Universidad de Deusto
Biblioteca

Nuestros primeros saludos á

PIO X,

Papa



de la Comunión

diaria.

EX LIBRIS A.E. de MARIANISTAS

¡Viva el Papa más amigo de los niños! . . . *José M.ª de Arriandiaga.*

Os Usted el pastor más celoso que han tenido estos corderos . . . . . *Carlos de Careaga.*

¡Viva el Papa Pio *X!* el Papa de la Comunión frecuente . . . . . *Marcos Arce.*

¡Felices nosotros con un Papa tan sabio que quiere que recibamos al Señor todos los dias! . . *Juan Bautista Erice.*

Santisimo Padre: Bendigo a Dios por haber tenido la dicha de ser niño durante vuestro pontificado y disfrutar del inmenso beneficio desde los siete años, y cuando puedo diariamente . . *José M.ª Zabalo.*

Como le quiero tanto le llamaré abuelito; imposible decir mi gratitud . . . . . *Pio de Goenechea.*

¡Dichoso dia aquel en que el Papa Pio *X* entre en la mansión de la Gloria seguido de los coros de bienaventurados que El formó por medio de la Comunión diaria. . . . . *Ignacio Anitua.*

¿Quién como Tú habrá dado gloria a Dios que llevaste a diario los niños a Jesús? . . . *Julián Urquiaga.*

Os damos gracias, Santo Padre, por permitirnos diariamente gozar de un manjar superior al de los ángeles . . . . . *Luis Sans.*

Yo soy feliz espiritual y corporalmente, gracias a S. S. el Papa Pio *X* . . . . . *Ignacio G. Ancos.*

Universidad de Deusto
Biblioteca

316009

Universidad de Deusto
Biblioteca

FLORES Y FRUTOS

Núm. 1.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Noviembre de 1913

No son sólo flores, las que el Señor quiere dar a esta mínima Congregación. También quiere darle frutos, y uno sazonado para el cielo fué el que llevaba el nombre de nuestro Patrono secundario:

Estanislao Martín Moro

El grabado que representa exactamente su fisonomía está diciendo cómo era. Joven de 15 años, despejado, serio, de no muchas palabras: simpático, con todo, a cuantos tuvieron la dicha de conocerle y de tratarle a fondo. Ninguno, entre tantos que le conocieron, conserva rastro de mal recuerdo de él.



Delicadísimo de conciencia.

Los que le trataron más íntimamente pudieron admirar en él no sólo su inocencia angelical, sino también su extrema delicadeza de conciencia: no se atrevía a comulgar sin confesarse antes de las menores faltas, o preguntarle al P. Director, cuando se acercaba al comulgatorio, si podría comulgar por haberse enfadado un poco, o por haber estado distraído o por otras pequeñas faltas por el estilo. Y cuentan los de su casa que, al levantarse, preguntaba muchas veces a su madre si por alguno de esos descuidos podría o no comulgar sin confesarse. Ni se contentaba con acusarse de lo que a él le parecía falta, sino que preguntaba si había algún peligro en las cosas que hacía.

Cine.

Cuando su padre enfermó no encontró mejor promesa que hacer al Señor, que ofrecerle que, si le devolvía la salud, no vería más ningún cine. Quiso el Señor llevarle a su buen padre: pero no por eso se creyó desligado de su promesa, y nunca más volvió al cine. Si lo hubiera seguido frecuentando—gracias a Dios lo hizo muy raras veces—, no es probable le cogiera la muerte tan inocente como le cogió.

Le gustaban, como a buen muchacho, los juegos al aire libre, con especialidad el foot-ball. Pertenecía a un equipo formado de sólo congregantes. Una de las condiciones que, para poder pertenecer a él, ellos mismos se habían impuesto, era la de venir todos los días a la misa de siete y media y hacer todo el bien que pudiesen entre sus compañeros.

Obediente.

Lo era, y de muy buena gana y con buena cara hacía cuanto le mandaban lo mismo su confesor como el P. Director y los de su casa; y aun lo que le aconsejaban para agradar más a Dios y conservar y aumentar la gracia no dejaba nunca de hacerlo.

Amigos.

Algún tiempo tuvo un amigo, y después nunca más se juntó con él. Preguntándole un día por qué ya no andaba más con él, respondió: Me empezó hablar de cosas feas, y no lo quiero más para amigo. En otra ocasión, cuenta un congregante que iba con él, se les juntó un chico hablando mal. Para separarse de él y además para separarme a mí, me púso esta excusa: «Ya sabes a dónde nos ha mandado el Padre». Yo me callé, porque ya comprendí que era para dejarle solo. Alguna vez al observar que siempre le gustaba andar con más pequeños que él, y al decirle que parecía un abuelito, contestaba sin inmutarse: «Peor es hacer otras cosas, que suelen hacer los que andan con mayores». Odiaba de una manera especial a los muchachos que sabía quitaban algo de casa. En una ocasión decía a un compañero que nunca jamás se juntaría con uno que sabía había robado algo. Otro día que supo habían quitado un libro pequeño a otro, le dijo a su compañero «El que quita un huevo quita un buey, y al que quita tarde o temprano se le coge».

Tenía verdadero empeño en juntarse siempre con buenos amigos; y recuerdo que en más de una ocasión, me preguntó si podría seguir jugando con tales o cuales, por algo que dudaba si podría serle provechoso o no. En todas sus dudas preguntaba qué debía hacer y cómo debía portarse. Cuidaba bien de escoger los mejores amigos y siempre congregantes.

Temor de Dios.

Desde que tuvo uso de razón se le vió lleno de santo temor de Dios, y lo adquirió no sólo por lo que oía y respiraba constantemente en su casa, sino también por la lectura de las vidas de algunos Santos, a que era muy aficionado.

Confesión.

Desde que hizo la primera Comunión, tuvo el mismo confesor durante toda su vida. Una de sus resoluciones fué confesarse todos los ocho días. Si alguna vez le sucedía no poder confesarse, parecía no descansar hasta que lo hiciera.

La Congregación.

La defendía como cosa propia, y así lo era: no podía oír hablar mal de nada que se relacionase con ella, aunque fuese de broma. Siempre estaba dispuesto a ocuparse en cuanto se le encomendase de los quehaceres de la Congregación, aunque fuesen estos algo trabajosos. Los momentos que tenía libres venía a aprovecharse de los libros que hay en el salón. No leía mucho tiempo; pero sí era constante en leer un libro hasta el fin; y aunque escogía libros amenos, siempre eran de los más útiles y se aprovechaba bien de lo que en ellos leía. Era, en una palabra, un verdadero congregante, consideraba al P. Director por su mejor amigo, y se aprovechaba bien de su trato casi diario.

Lecturas.

Era muy aficionado a la lectura y le gustaba leer de los periódicos que caían en sus manos; pero advertido que no leyese nada sin permiso, no se descuidó de hacerlo ni una sola vez. Todos sus compañeros dicen que no le gustaban nada las novelas.

Santo celo.

¡Qué satisfecho se sentía los domingos, a las diez y media, hora del Catecismo de la Congregación! No lo perdía un día. Su ocupación favorita era enseñar las oraciones a los niños más pequeños.

Devoción a la Sma. Virgen.

Como buen congregante la quería como a madre. Jamás dejaba de llevar el escapulario del Carmen. Cuando se le descosía no dejaba en paz a sus hermanas hasta que le hubiesen arreglado. Era muy constante, lo dice su familia, en rezar los Padrenuestros del Carmen. Le cogió la muerte con el escapulario al pecho; y este fué uno de los consuelos que tuvo la familia, lo mismo que el verle amortajado con la medalla de la Congregación.

Para prepararse para la primera comunión tomó por protectora a la Santísima Virgen y esta preciosa devoción le conservó puro toda su vida.

El Rosario.

Ni pensar que le dejara; y si algún día, por que se hacía ya tarde se le mandaba sin rezar a la cama, él lo rezaba sólo, antes de acostarse. Nunca se recuerda que dejara de rezar tampoco las oraciones de la mañana y de la noche.

La verdadera educación.

Ni hay ni puede haber sólida educación sin verdadera piedad. Es la única que puede hacer que suavemente se acostumbren los hijos a sacrificarse y no querer salir siempre con la suya, (como se ve hoy por desgracia en la mayor parte de las familias sobre todo en las más acomodadas). Así lo entendió bien la familia de Estanislao. La piedad formó la base de la educación que se le dió. Por los ejemplos de sólida piedad que estaba constantemente viendo en su casa se comprende que no le fuera difícil empaparse en ella y que le fuera fácil y hasta agradable cualquier sacrificio que se le pidiera. He aquí algunas de las oraciones que, además de otras más largas y conocidas, aprendió a recitar de rodillas desde que supo hablar al levantarse y al acostarse: Echad, Señor, vuestra bendición sobre mis siete hermanitos y sobre mis papás. Jesús mío, quiero ser todo tuyo hasta morir.—Angel de mi guarda, no me desampares ni de noche ni de día—Madre mía, aquí tienes a vuestro hijo. Esta la repetía tres veces con tres Ave Marías. En vos, Madre mía, he puesto toda mi confianza. Jamás seré confundido.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Cuando se encontraba sin fuerzas por la noche para rezar todas sus devociones, nunca se acostaba sin rezar por lo menos tres Salves a la Santísima Virgen.

La educación con el ejemplo.

Nada arrastra tanto, sobre todo a los jóvenes, y cuanto más jóvenes más, como el ejemplo. Así que nada tiene que extrañar se le viese siempre tan piadoso, tan obediente, tan atento, no viendo otra cosa en su casa que continuos ejemplos que a eso le moviesen. Jamás vió a sus padres asistir a teatros, ni a cines, ni llegar algo más tarde a casa. Las ocho era para él la hora señalada para retirarse y nunca faltó a la hora fijada, aunque sus compañeros siguiesen en la calle. Lejos de costarle estar en casa, en ella tenía sus mayores delicias: en muchas ocasiones, llegó el caso de tener que mandarle salir de casa a tomar un poco de aire, pues se encontraba muy satisfecho al lado de sus padres y hermanos.

Santa conversación.

Pocos días antes de su muerte se trabó en la mesa la conversación de quién había que no tuviese miedo a la muerte. Estanislao que no tenía por qué temerla, contestó: «¡Qué mejor que la muerte sabiendo que uno va al cielo!» No podía sospechar que la tenía tan cerca y con ella el cielo por él apetecido.

La víspera de su muerte.

Quería al día siguiente madrugar mucho para acompañar de pesca al señor en cuya casa estaba pasando unos días en Górliz. Salieron a pasear como solían después de cenar; pero al poco la señora le mandó subir a casa y acostarse para que lo hiciera enseguida. Cuando después de algún tiempo subió la señora, le encontró sin acostarse esperándola para rezar el rosario con ella.

El día de su muerte, 2 Julio 1913.

Hacia las 4,30 de la mañana ya estaba en pie y preguntado por la señora si se había santiguado, contestó que había rezado todas las oraciones que le tenían enseñado ¡Bendita costumbre!!

Su muerte.

De ella sólo fué testigo Dios, que así se la tenía preparada, para sacarle de este mundo lleno de engaños y pecados. Salió a las cinco de la mañana en el bote con el señor en cuya casa estaba. No estuvo mucho tiempo. Se vió precisado a salir y desembarcar entre las peñas de aquella costa que daban acceso a un camino que le conducía a la carretera. Debió sin duda alguna dar un mal paso y cayó entre aquellas peñas de tal modo que se abrió aquella hermosa frente que siempre se conservó pura y sin pecado. Muerte triste a los ojos de los hombres que sólo vemos con estos ojos de carne; pero muy alegre para los ángeles que la contemplaron y vieron escaparse de este mundo aquella alma sin haberse manchado nunca con pecado grave.

Lo que vale la Comunión diaria.

Además de las misas que se celebraron en la Congregación por su eterno descanso, multitud de comuniones ofrecieron sus hermanos congregantes a aquel hermano que como ellos y con ellos acostumbraba a recibir al Señor, cuando estaba en Bilbao, todos los días en la Misa de las siete y media. Si alguna práctica de piedad puede dar seguridad de que la muerte le coja a uno, por precipitada que venga, sin pecado, es a no dudar la costumbre de comulgar todos los días. Mucho le costaba madrugar, sobre todo en invierno; pero se venció y así llegó a conservarse tan puro en medio de tanto escándalo de que tenía que ser testigo. ¡Bendito millares de veces el Papa, que así está animando a todos, en especial a jóvenes, a la Comunión diaria!!!

Concursos.

Casi todos los meses del año tiene la Congregación su concurso, para de este modo meter suavemente lo que más quiere que se grabe en los corazones de los que a ella pertenecen. Nuestro Estanislao era constante en tomar parte en ellos. Y con ellos nos queda este buen recuerdo de sus religiosos sentimientos. He aquí algunos con sus atinadas contestaciones:

Las respuestas a este concurso tenían que darlas después de haber leído atentamente un librito que contenía la parte del artículo del Padre Vilariño sobre la Intención general del Apostolado para el mes de Junio. La primera pregunta decía: Qué comparación da mejor a entender la frecuencia con que debemos recibir al Señor en la Comunión?— Que así como es necesario comer para sostener las fuerzas del cuerpo, así (contestaba nuestro Estanislao) es necesario comulgar para sostener las fuerzas del alma; porque la Sagrada Forma es el sustento del alma. Por qué no puede dejarse la Comunión en tiempo de vacaciones?—Porque las almas se entibian y luego cuesta mucho comenzar otra vez a comulgar todos los días.

Después de los Ejercicios especiales que, como todos los años, tuvieron, en el concurso tomó parte nuestro buen Estanislao.

¿Qué nos enseña el ejemplo del estudiante, a quien el confesor preguntó muchas veces «Y después qué?...

Que siempre lo primero que debemos pensar es en salvar el alma.

Cuál es el mayor peligro que suelen tener los jóvenes?—Las malas compañías. Para qué sirve recordar los tormentos del infierno? Para que acordándonos de él no caigamos en pecado. Qué debe hacer el joven bien educado cuando oye una palabra fea?—Apartarse de aquel a quien se la haya oído y decirle que esas palabras no se dicen. Qué se saca de ir mucho a los cines?—El tener pensamientos malos y luego no poder estudiar porque sólo se piensa en ello.

R. J., *Congregante.*



Núm. 2.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Diciembre de 1913

Por qué me gusta la Congregación.

Nos preguntaba una noche el Padre a unos cuantos que estábamos con él: ¿Por qué nos habíamos hecho congregantes? ¿Qué es lo que más nos gusta en la Congregación? Nos dió un ratito para pensarlo; y uno tras otro fuimos diciendo nuestra ocurrencia.

Unos con unas palabras y otros con otras, todos venimos a fijarnos en las mismas razones:

Con la protección especial de la Santísima Virgen, con la comunión diaria, aseguramos la salvación.

Tenemos buenos compañeros, que no pisan un cine ni espectáculo alguno peligroso, ni dicen nunca una palabra fea.

Nos hacemos así hombres bien educados; no tan sólo en apariencia, como lo son la mayoría de los hombres, que por dentro están podridos.

J. C., Congr.

¿Es valiente o cobarde?

Cuatro congregantes, que no tenían clase, conversaban una tarde; y el que más aburrido estaba propuso a sus compañeros ir a pasar una hora en el cine. Oír la propuesta y exclamar uno de ellos: «El cine me da miedo» todo fué uno. Qué valiente! le da miedo el cine!

Ahora otro cuadro. Pasaba el mismo un día, ya de noche, por el puente más extraviado de Bilbao, como tenía que hacerlo para llegar a su casa. Nuestro protagonista, que levantaba poco del suelo, se encuentra allí con un buen mozo, que sin saber por qué ni para qué se encara con él y profiere unas palabras muy feas. Nuestro pequeño le hace rostro y le dice que para qué tenía necesidad de meterse con él, y menos con aquellas palabras que tanto le rebajaban. Tan frescamente se lo dijo, que sin saber qué contestarle, reconoció tácitamente la superioridad, y le dejó tranquilamente seguir su camino. ¡Esto es valentía!

«¡El cine me da miedo!»

Hablar así, ¿es de cobardes? Veámoslo:

Había asistido ese congregante todos los días a los ejercicios espirituales que suele tener en la Cuaresma la Congregación. No había faltado un día, a pesar de estar su casa a dos kilómetros y medio. Había oído contar el caso de San Juan Crisóstomo con la Emperatriz Eudoxia. Un día en que más enojada estaba contra el Santo, preguntó a los nobles que le rodeaban, cómo podría vengarse de él. Allí fué el discurrir lo que cada uno pensaba de más afrentoso y que más le agradase a la Emperatriz. Uno proponía el destierro; otro, el despojo de sus bienes; otro, meterle en un presidio y despojarle con la mayor infamia de su dignidad; hubo quien se atrevió a aconsejar la muerte. Quedaba todavía uno por decir su juicio: nada de eso, dijo, le dolerá como el tratar por todos los medios que el Arzobispo cometa un pecado mortal; lo único que teme, como lo tiene bien demostrado, es el pecado; ninguna otra desgracia le puede hacer enemigo de Dios. Se ríe de su dignidad, de sus bienes, de la vida, de la muerte; sólo teme el pecado.

Este caso oído en los ejercicios se le quedó grabado a este buen congregante y era lo que le hacía exclamar: «El cine me da miedo». En él veía el medio más ingenioso que el demonio tiene para hacer perder la inocencia y abrir la puerta a todos los vicios.

Ese miedo es el temor de Dios; y el temor de Dios no es cobardía: es el temor que tuvieron aquellos innumerables mártires que no se asustaban por ninguna clase de tormentos.

Así quiero yo ser valiente.

J. H., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

Una flor a San Estanislao.

Era el día de San Estanislao. Lejos estaban entonces mis pensamientos del gran Santo; en aquellos momentos sólo me acordaba del cine y de sus películas, de los estrenos y de los dramas que aquel día se exhibían; y sin embargo, yo había prometido aquella mañana a nuestro Patrono hacer un sacrificio en honor suyo, presentarle la flor más hermosa y más pura, que pudiera recoger en el jardín de mi pobre alma tan poco cultivada. Pero yo seguía andando, olvidado ya de mis promesas, y demasiado resuelto a entrar en aquel edificio que tenía delante, tan bonito en apariencia, pero tan negro en realidad. Y entré ¡vaya que si entré! ¡Como que tenía yo pocas ganas de ver aquel sensacional estreno! Ya me había sentado y comenzaba la primera película, cuando de repente una voz interior, no sé de quién, me dice: Pero ¿tú has venido al cine el día de San Estanislao? – ¡Anda! pues es verdad! No me había acordado; pero si lo dejo ahora, tengo el mismo mérito: no tenía esa intención... Y la voz siguió diciendo:

–De ninguna manera, pues aun tienes tiempo de salir.

—Pero me he gastado dos *gordas* y sería tirar el dinero al agua.

—Y ¿acaso no va al agua el dinero por que te quedas aquí dentro?...

—No... pero... ya que he entrado...

—Mejor sales ahora y presentas esa flor a San Estanislao.

—Pero puedo presentar otra mejor sin salir.

—No lo creo, ésta te cuesta mucho y tiene más mérito.

—Bueno ya veré... en cuanto termine esta película, que no tiene importancia

—Pues sal ahora mismo, si no tiene importancia, y será la flor más hermosa.

—... Bueno.

—Pero...

—Sí, voy a salir...

... Y cuando estaba más decidido viene... el diablo sin duda, y me pone mil inconvenientes.

—Has entrado ahora mismo, y ¡vas a salir! Se van a reír de ti... espera a que pasen un par de películas... Y yo a mi vez respondía a aquella voz secreta: se van a reir de mi.

—Pues tendrás mayor mérito.

—Y la película avanzaba, y no me decidía, y empezaron los besos, y las risas y las chungas groseras y deshonestas, y la voz insistió: y ¿no te vas ahora?; y me pareció que su acento era muy triste. En un momento de lucidez, sin pensarlo siquiera, me levanté y me dirigí hacia la puerta entre las risas del público, que se reía de lo que le debía producir vergüenza.

En seguida de salir a la calle, sentí un hondo bienestar en toda mi alma, y estaba tan contento y satisfecho, que corría por la calle como un chiquillo. Era efectivamente alegría de niño la que sentía, muy parecida a la que sentí al comulgar por primera vez, y fuí corriendo a la Iglesia a postrarme delante del altar de San Estanislao y presentarle mi pobre flor; el gozo duró todo el resto del día y podía haberlo repetido con hacer otro sacrificio parecido, y sin embargo, no lo hice

¡Qué tontos! ¿Por qué no lo hacemos todos los días, siendo tan fácil? ¿Por qué desaprovechamos las ocasiones que Dios nos presenta a cada paso?

R. Y., Congr.

NUESTROS GRABADOS

Son los escogidos del último concurso. En una tarjeta en que iba dibujada la fachada de un cine, se nos pedía que describiésemos gráficamente la malicia de los espectáculos de hoy en día.

N.º 1. Representa a un muchacho aún inocente; que entra con su Angel de guarda; sale en cambio con el demonio regocijado por las imágenes impuras que ha impreso en aquella alma.

N.º 2. Diógenes alumbra la sala con su lámpara y no encuentra lo que busca.

N.º 3. Un muchacho por cazar una mariposa, no ve el peligro y se despeña; así el que va al cine sin darse a veces cuenta del peligro despeña su alma.

N.º 4. El demonio le está dando a un muchacho entrada para el cine; pero en cambio le roba su puro corazón.

N.º 5. Revolotean las mariposas al rededor de la luz y caen abrasadas; así los que andan a la puerta del cine, caen en la tentación y allí se abrasan.

N.º 6. Veneno son las representaciones que casi siempre se dan en el cine: debieran poner en los prospectos una calavera como suelen poner los boticarios en los frascos de veneno.

N.º 7. Antes de frecuentar el cine era un angelito con sus alas y con los ojos cerrados para lo malo; después se le ve sin alas y con los ojos abiertos para su mal.

N.º 8. Lo explica el mismo artista: nada tiene que hacer el demonio en el cine: las películas de fraudes, celos y todas las porquerías, se encargan de hacer el daño muchas veces irreparable.

R. T., Congr.

Lo que saqué del cine.

Era una noche de invierno de esos días fríos en que no se puede pasar por las calles. Yo salí de casa como de costumbre y pasé por una calle y ví en frente de un cine una fila muy larga para coger entradas. Como daban unas películas muy bonitas, yo me intercalé en la fila; pero al mismo tiempo me dieron tal empujón, que me mandaron a la cola.















N.º 1 Pedro Icaza y Gangoiti.
» 2 Luis Lezama Leguizamón y Zuazola.
» 3 Juan Mantilla y Aguirre.
» 4 Edmundo G. y Homaechevaria.



N.º 5 Santiago Ortega y Pellón.
» 6 Emilio Aznar y de la Puente.
» 7 Manuel Acha y Bastida.
» 8 José Peña y Azaola.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Y entonces vino un amigo mío, más valiente que yo, porque me dijo: «Oye, tú, vamos a jugar; anda, no seas tonto, que luego va a ser peor para tí». Y efectivamente así fué. Yo no creía que de la boca de un chico podría salir semejante verdad. Al entrar ya empecé mal, porque un guardia, que estaba en la puerta, me quiso pegar un cachurrazo. Después de estar dentro me senté al lado de unos gandules, que otra cosa no se les podía llamar.

Empezó la película y resultó, lo que yo creía que iba a ser muy bonito, una cochinada; y como yo no hacía caso a la película oí que los gandules que estaban a mi lado decían: !Re...! fíjate, fíjate que bonito; y yo me dije: fíjate, fíjate que cochinito. Y entonces se echaron a reír de mí, y cuando me descuidé, cayó encima de mis espaldas un golpe que me dejó medio bobo; y como yo les reprendiese me siguieron pegando otros golpes más fuertes y que me hacían más daño.

Yo entonces mé salí del cine triste y pensativo; y para mayor desgracia mía, cuando fuí a casa me echaron una bronca que no quisiera que me echasen más en mi vida.

A la mañana siguiente le ví al otro chico jugando contento y esperando a entrar para ir a comulgar, y me dijo: «¿Qué tal el cine de ayer?» «Muy mal, chico, como que me pesa con toda mi alma». Y aquella mañana confesé y comulgué, para no volver más al cine.

R. P., Congr.

Fruto maduro de este verano

Era de ver. Dos congregantes que a la misma hora, a las doce, todos los días se juntaban el uno, después de haber estado jugando una hora entera con otros compañeros; el otro se divertía también, pero de muy distinto modo A las once, sin dejar ninguna mañana si no eran los domingos, iba a casa de un pobre muchacho, que deseaba prepararse para ingresar en la escuela de maestros. Allí pasaba la hora entera enseñándole lo que más falta suele hacer: cómo se debe estudiar; explicándole lo mejor que podía todos los días el catecismo de Mazo, aritmética, análisis gramatical, geografía, escritura al dictado y algo también de geometría.

¡Qué diferencia tan grande al encontrarse a las doce los dos amigos!: el uno aburrido ya de jugar, no sentía alegría ninguna verdadera; el que pasó la hora haciendo aquella obra tan buena, rebosaba de satisfacción y contento. Su consuelo todavía fué mayor al presentarse su adoctrinado a examen y verle salir con buena nota.

Conclusión: Agradecidísimo y edificado el joven, con tanta caridad y abnegación preparado; y consoladísimo el que con tanta constancia se había sacrificado todo el verano. Aburridísimo el otro, no encontraba en su corazón sino el vacío, fruto de tanta ociosidad.

I. B., Congr.

Correspondencia abierta.

¡Qué delicados sentimientos!

Querido Padre: Aquí en el Colegio me encuentro muy bien y muy contento, gracias a Dios; y desearé esté igualmente, y con la Congregación muy numerosa y al mismo tiempo con buenos congregantes y devotos de la Virgen Santísima nuestra Madre y Patrona y de San Estanislao también nuestro Patrono

Todos los días rezo por las intenciones de la Congregación y por el Padre y por todos los que pertenecen a la Congregación; y cada vez que pienso que soy congregante de María, se me alegra el corazón porque confío en ella.

Aquí también todos los días comulgo, como allí y hago todas las noches el exámen que nos dió.

Ruegue por nosotros a la Virgen Santísima, para que vayamos juntos al cielo. Amén. Su cordero, que mucho le quiere

E. C., Congr.

¡Qué te oiga Jesús!

Ya que no puedo acompañarles por ahí, les acompaño desde aquí todas las mañanas. Cuando viene a mi pecho Jesús, le digo que a algunos no se les pegue tanto las sábanas, que dejen de ir a la Misa de las siete y media.

I. R., Congr.

¡Santo temor de Dios!

Los días 9, 10 y 11 hemos tenido ejercicios y el Padre nos ha hablado mucho de lo malo que es cometer un pecado; y a mí me ha entrado tanto terror y tanto miedo de caer en él, que, como ya sé lo que es cometer un solo pecado mortal, pido siempre a la Virgen Santísima me conceda la gracia de no caer en él en toda mi vida.

J. F., Congr.

Aunque muy chico.

Yo me aburro la mar por estos mundos del diablo, donde no se hace más que ofender a Dios; sin embargo, algunas veces me divierto, aunque no muchas.

En la comunión me va divinamente, pues el niño Jesús es mi mejor amigo, la comunión es mi mayor consuelo.

J. O., Congr.



Núm. 3. Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Enero de 1914

Con el Niño Jesús

A la caída del sol, cuando los obreros todos volvían del trabajo, salía de su casa un niño con cara risueña, aire de ángel y con un libro en la mano. ¿A esa hora con un libro dónde irá ese niño? Anda que anda, se encuentra con un respetable Padre, y, después de besarle la mano y haberle saludado, entraron en conversación. ¿De qué trataron? Lo ignoro. Se despidió el niño tornándole a besar la mano, y el Padre con una sonrisa le dijo: Sé bueno, que así todos te querrán. El niño desde gran distancia le decía con su manecita adiós al Padre, a la vez que éste le pagaba de la misma manera. Al volver de una esquina, encontróse con una iglesia, cuyas torrecillas miraban al cielo.

El niño sin detenerse, como quien va a donde desea llegar, entró en las suntuosas naves de aquel artístico templo; pero él, olvidado del arte y de todo lo que le rodeaba, se postra al pie del Sagrario y lee despacio una de aquellas *Visitas* que con tanto fervor escribió San Alfonso M.ª de Ligorio. Terminada ésta, hizo una comunión espiritual, y cerrando los ojitos, tuvieron él y Jesús una conversación tan dulce, que al niño, como olvidado de sí mismo, se le pasaban sin sentir los minutos y aun las horas. ¿Queréis saber lo que hablaban? Pues postraos como él delante del Sagrario, y experimentaréis las dulzuras que él experimentara, os olvidaréis de vosotros mismos y aborreceréis después al mundo que con máscara de amigo quiere clavaros un puñal en el corazón.

M. A., Congr.

Año nuevo vida nueva

—¡Amigo Pepe! ¡feliz año nuevo!

—Gracias, Manolo, igualmente. Y que sea tan bueno como el pasado.

—Hombre, eso... es pedir poco.

—¿Qué tal pasaste el verano?

—Chico, admirablemente: saqué en Junio tres sobresalientes, y pasé un verano divertidísimo.

—Y ¿qué tal, eres más valiente, como suele decirnos el Padre? Porque en cuanto á lo demás ya sé que has adelantado.

—Hombre, tú siempre estás con lo mismo: pareces un trapense. ¿Qué tiene que ver la valentía con el fin del año?

—Muchísimo, y me sorprende que me hagas tal pregunta. ¿Tú no sabes lo que hacen los comerciantes a principio de año?

—Sí: liquidar las cuentas, hacer el balance y averiguar si hubo pérdidas o ganancias.

—Perfectamente; pareces un yanqui, según lo enterado que estás de las cosas de comercio. Pues bien, ¿qué dirías tú de un comerciante, que allín del año se fijase en lo mucho que se divirtió durante él o en los progresos que hizo en la bicicleta y no averiguase si su comercio iba bien o mal?

—Diría que ese comerciante no va a ninguna parte, sino a la bancarrota; pues lo más rudimentario en su oficio es saber si le fué bien en el camino emprendido, para no esperar a cambiar de rumbo cuando sea tarde.

—Muy bien, muy bien: hablas como un libro bien escrito: eso debe hacer todo comerciante y eso debemos hacer nosotros.

—Pero, tú y yo ¿somos comerciantes?, es la primera vez que lo oigo.

—Sí; somos comerciantes todos los hombres. Dios N. S. nos ha dado una riqueza, el tiempo, para que con él negociemos nuestra salvación.

—Hombre, miradas las cosas así...

—Pues así deben mirarse. Tú y yo tenemos que añadir un año a los pasados en este mundo; nadie puede poner en duda lo que significa un año en esta vida, cuya duración desconocemos y en la que un sólo negocio nos interesa: el negocio de la felicidad eterna.

—Aun somos jóvenes.

—Cierto, pero ¿quién te ha dicho que pasemos de ahí? Lo prudente es ver cómo hemos pasado el año que está para concluir; ver si (para valerme de tu frase) el camino que recorrimos durante él, nos conduce al término deseado; si nos ha hecho adelantar en nues-

Universidad de Deusto
Biblioteca

tros intereses espirituales, para dar la vuelta en caso contrario y tomar otro más apropósito.

—Bien, conque, ¿es preciso hacer el balance del año y ver si hay pérdidas o ganancias?

—Precisamente.

—Pues, amigo, te confieso que, miradas las cosas así..., el caso es que durante el año 1913 no adelanté gran cosa en este sentido.

—Pues, repito que entre cristianos deben mirarse las cosas así, no de otro modo; no hay negocio que se compare con la salvación de nuestra alma.

—Tienes razón y esa consideración me entristece. ¡Un año perdido!

—Y ¿sabes tú cuánto perdiste de adelantar durante ese año?

—Mejor será que vea lo que he retrocedido para ganarlo en el que ahora empieza. Te prometo dedicar algún tiempo a echar mis cuentas, es preciso no perder otro año...

—¡Quién sabe si será el último!

—Es verdad; pues, nada, año nuevo...

—Año nuevo; vida nueva.

M. S., Congr.

Cómo pasamos las vacaciones del Niño Jesús.

Más divertidas y más alegres no las pasan ni los más afortunados. ¿Que cuesta un poco madrugar y estar a punto para la Misa de ocho?; es verdad. Pero, también gusta, y mucho, encontrarse con los amigos, y sobre todo con nuestro mejor amigo, con el Niño Jesús a quien le abrazamos en nuestro pecho todas las mañanas.

A las ocho y media nos despedimos de nuestro buen Jesús; nos reunimos todos los amigos, convenimos en volver a encontrarnos a las nueve y media en la estación del ferrocarril de Las Arenas para jugar nuestro campeonato de Foot-ball. Los mayorcitos con nuestros cinco equipos nos disputamos el premio de la primera categoría; los menores, no sé si son ocho o diez equipos, se disputan el premio de la segunda.

En el tren vamos la mayor parte de las veces sin el Padre, pero muy formales, cantando, rezando el rosario, y hablando de nuestros equipos.

Cuando nos preparábamos para cantar le oí a uno que decía: «no vayamos a molestar a estos que vienen aquí y no son de la Congregación». Pero, no fué así: se quedaron admirados al ver lo bien que nos entendíamos y lo no tan mal que debíamos de cantar. Así pasamos el tiempo en el tren. Después ¡quién nos detiene, cuando ponemos nuestros pies en aquellas hermosas campas de Lauiaco!

Gracias tenemos que darles a los del Atlethic que nos permiten tener en ellas nuestro campeonato; y gracias también a la empresa del ferrocarril de Las Arenas que no puede estar más generosa con nosotros.

Y ¿por la tarde? Unos van al salón de la Congregación a acompañar al Padre en sus quehaceres; otros, a la biblioteca a terminar de leer alguna vida de Santos; los más a ver *santos*.

Unos días a las cinco y media y a las seis otros estábamos todos en el gran salón de la Universidad de Deusto: allí pasamos hora y media, que se nos hace un minuto, viendo películas con toda tranquilidad; no como en el Olimpia y en el Trucha, que hasta en los prospectos que reparten por las calles y en los carteles que sirven de reclamo aparece la franchutería y la indecencia.

¡Lástima de mal tiempo que se nos ha echado encima y que nos corta las mejores diversiones que teníamos! ¡Al Niño Jesús se lo ofrecemos!

A. G., Congr.

Apóstol en ciernes.

Era el día de los Inocentes, día en que recibieron 24 Congregantes por primera vez a Jesús.

Uno de ellos no sé si prometió a Jesús cuando le tuvo en su pecho, que le haría algún sacrificio; pero es el caso que, después de comer, fué corriendo al salón de la Congregación donde estaba el Padre; y parece que le estoy viendo entrar con la cara más alegre que he visto, con un bulto en la mano, agitándolo en el aire y diciendo: ¡Padre para los indios...! ¡Para los indios...! ¿Y qué traía en el paquete? Lo abrió él mismo enseguida; un duro de sus ahorrillos, una cadenita de oro, unos gemelos, el par de guantes y el lazo de la Primera Comunión. ¿Qué no dará este chico si sigue como ha comenzado, recibiendo todos los días al que como ninguno anima al sacrificio?

R. P., Congr.

Diálogo.

Entre dos muchachos de los cuales uno es congregante y el otro no.

Oye tú!! (Exclama el no congregante).

¿Qué hay? amigo. (Responde el otro).

También tú eres de los que han caído en la red, y vas todos los días a misa?

—Hombre sí. Y tú eres de los que han caído en otra red.»

El muchacho que ha comprendido la indirecta responde: Déjate tú, que esas son tonterías. A vosotros os engañan diciéndoos que si hay un Dios, que si Dios todo lo puede, que si es tan sabio, que si es...

—Y es verdad.

—Demuéstramelo.

—Te lo demostraré. ¿Has visto tú cómo la tierra tiene el poder de reproducir multiplicadas las semillas que en ella se depositan?

—Sí.

—Y, quién da a la tierra ese poder?

—Pues...

—Has visto tú alguna máquina que trabaje sin echarla andar?

—No, no la he visto.

—Pues entonces ¿quién da cuerda a ese planeta en que habitamos (pues, como sabes, la tierra está en movimiento)?

—Ah...

—Y ¿quién da al sol esa luz tan maravillosa que tiene, al cual no hay hombre que llegue para enterarnos de sus misterios?

Ah...

—¿Conoces tú algún hombre capaz de fabricar la luna, las estrellas o algún otro planeta de los que tantos vemos por la noche?

—No, no hay hombre capaz de hacerlo.

—Pues entonces ¿quien lo ha hecho?

—Ah...

El muchacho no sabiendo, o no queriendo confesar la verdad o contestar a estas preguntas, mudando de conversación dice: ¿Y también tu padre pertenece a alguna congregación?

—Sí, desde que tuvo uso de razón asiste a una.

—Y ¿cuánto paga?

—Nada, si no quiere, pero suele dar todos los meses una pequeña cantidad.

—Pues mira, si hubiese ahorrado eso y lo hubiese puesto a interés en algún negocio bueno, para ahora podía haberte comprado un buen automóvil.

—Entonces vamos a darnos un paseo en el automóvil que seguramente tendrás, pues tu padre nunca ha dado nada en esas tonterías.

—Ah... (Y el muchacho se quedó perplejo pues no tenía automóvil ni mucho menos) y todo admirado dijo: Y tú ¿donde has aprendido a hablar tan bien?

—¿Yo? en la congregación, leyendo aquellos libros tan buenos que allí tenemos; y explicando el catecismo con proyecciones á otros más pequeños que yo. Y tú ¿dónde has aprendido a hablar tan mal?

—Yo en... (Y el pobre chico se retiró todo, corrido y avergonzado jurando y perjurando que nunca más volvería a hablar de tal asunto.

R. M., Congr.

¿Qué fué aquello

que sentí al encontrar en las manos un prospecto de la nueva revista *El siglo de las Misiones*? No lo sé; pero me conmovió al ver que había todavía millones de almas que no conocían a Jesucristo y el ver los esfuerzos que los religiosos estaban haciendo para enseñarles el camino del cielo. Dije entonces para mis adentros: Esto me anima a mí a ser más valiente de lo que he sido; me voy a suscribir a la revista; tendré todos los meses quien me recuerde que, cumpliendo fielmente mi deber, puedo llegar a ser un apostol.

Pero no tengo seis pesetas y no se las quiero pedir a mi padre. Voy a empezar obligándole a mi bolsillo a sacrificar dos realillos todos los meses. Y dicho y hecho, me encuentro ya entre los suscritores aunque de pago no adelantado de *El Siglo de las Misiones*.

L. L., Congr.

¡Buen primito!

Caminaba un día a lo largo de una calle más aburrido que el sultán de Turquía, cuando vi que venía en sentido contrario un amigo mío; pero venía tan pensativo y tan distraído que ni siquiera se fijó en mí al cruzarse conmigo. Lleno de curiosidad llaméle por su nombre y le dije riendo: ¿A dónde vas tan distraído que no te fijas tan siquiera en los amigos? Pues por ahí a dar una vuelta: me venía acordando en este momento de un caso que me ocurrió a mí mismo hace tres o cuatro años, y en el que estuvo en peligro inminentísimo mi alma. Aumentóse con eso mi curiosidad, y le dije: A ver, cuéntame ese caso; que me has dejado con ganas de conocerlo.

Bueno; escucha, pues, un momento.

Tosió un poquito y empezó:

Era yo muy joven todavía. Era por Navidad, y no había ido nunca a la misa de Gallo, y como tenía muchas ganas de ir, manifesté mi deseo a mis padres, que, como todos los años, al principio se negaron porque no había quien me acompañase. Pero he aquí que por desgracia había venido un primo mío de Francia a pasar las vacaciones, y se prestó tan gustoso a acompañarme, y parecía un chico tan formal que mis padres accedieron a que fuese a la misa de Gallo acompañado de dicho primito.

Salimos pues de casa, llegamos a la iglesia, y oigo con asombro: No ha empezado la misa; vamos a dar una vuelta antes de entrar a la iglesia.

Aunque me pareció algo raro dar un paseo a aquellas horas, no puse inconveniente alguno a sus deseos y seguimos andando, hasta que después de algunos preámbulos, soltó de sus labios una proposición infame, indigna, y que yo jamás hubiese creído que tendría atrevimiento nadie para formularla. Me dejó en un principio atónito: mas reponiéndome, a los pocos momentos huí de aquel lugar, corriendo con todo el vigor de mis piernas, que sin duda aumentaban en aquel momento los ángeles, dejando plantado al malvado primo que hacía esfuerzos para alcanzarme. Y sin saber cómo, encontréme dentro de la iglesia: me acerqué luego a la Sagrada Mesa, y pedí al Señor con toda mi alma que salvase la de aquél muchacho que tan corrompida la tenía. Al poco rato salí. Paseando delante de la puerta estaba aquel calavera, que no había osado siquiera entrar en la iglesia. Sólo una vez habló en todo el camino: No digas a nadie nada de esto ¿entiendes? Bien que lo entendía yo.

Y así terminaba aquella relación que hizo honda impresión en mi alma, y me vino a la cabeza este pensamiento: ¿Quién sabe si haría ahora este mi amigo lo que años atrás hizo?

Así sucede siempre el mundo al revés. Cuanto más pequeños somos, tanto más valientes; de manera que, a medida que vamos creciendo, nos vamos acobardando.

A. M., Congr.

Cayó en mis manos.

el otro día un recordatorio de Primera Comunión y creo que el Padre me lo va a dejar insertar en Flores y Frutos. Dice así: «Piadoso y grato recuerdo de la Primera Comunión del niño José Luis María Santalló y Rodríguez de Viguri, que a la edad de cuatro años, siete meses y veinte días, habiéndolo solicitado con instante anhelo, según los vivísimos deseos de nuestro santísimo P. Pío X, la recibió fervorosamente en la iglesia del convento de Carmelitas descalzas en Santiago de Compostela, el día 8 de Diciembre de 1913, fausta solemnidad

de la Inmaculada Concepción de María Patrona de España.»

Según me han contado, su padre es juez de 1.ª instancia e instrucción y ya sabrá lo que se hace. Pero, aún sabe más el que tiene las veces de Cristo, que manda recibir la Comunión a los niños, cuando despierta en ellos la razón. Buen ejemplo para algunos padres en que está dormida la obediencia al Papa y a veces demasiado despierta la razón de su niño con tanto cine y escándalo a los seis, siete, ocho y aún más años sin recibir al Señor.

L. R., Congr.

¡Buena salida!

En una de esas noches en que vamos a ver al Padre, los que no podemos verle a otra hora, le encontramos comentando ese dibujo del diablo manchando un corazón en la pantalla del cine.

El Padre pesaroso de no haberle dado al artista, que estaba presente, un buen premio, le alarga una *Vida de Nuestro Señor Jesucristo* preciosamente empastada. Tuvo que pasar de mano en mano y verla, como tenemos que verlo nosotros, tocándolo todo. Llegó a manos de uno y al ver un poco su contenido, exclamó: ¡Este sí que es buen premio! ¡Vale más que un pelotón! Y cuanto más la hojeaba, con más verdad repetía la misma frase. No sospechaba él que la verdad con que la decía, como, se vió después, le iba a valer el mismo premio.

Me encontré con él después y no acababa de hacer alabanzas del premio que le había tocado. En su casa, decía, por espacio de una hora la leen en familia todos los días; y cuando no estaba así ocupada, se la disputaban todos.

¡A ver si soy tan feliz que me toque en un concurso una *Vida* de esas! Si no, me la compro cuando tenga 2,50 en el bolsillo, ahora por Reyes.

F. A., Congr.

¿Qué dicen los ausentes?

Quiere y no puede.

Prometí a usted ir en bicicleta a comulgar estos días de Navidad, que estoy pasando aquí con mi familia; pero me ha sido imposible, porque no he encontrado ninguna y además no hubiera podido ir, pues están las carreteras muy malas, porque vienen muchos carros de remolacha para la fábrica y han puesto el camino que no se puede ni andar. Esto unido a las fuertes heladas, que a las mañanas parece ha nevado, como le digo, me ha impedido ir, en contra de mi deseo.

Antes había capellán fijo; pero ahora tiene que venir del pueblo un sacerdote a decir Misa y sólo los domingos y muy temprano.

Por aquí paso el tiempo muy aburrido, aparte del gusto de estar con mis papás y hermanas; pues la única diversión que hay es el ir a ver pasar los trenes, diversión bien poco pecaminosa, según me dice mamá que diga a usted.

A. R., Congr.

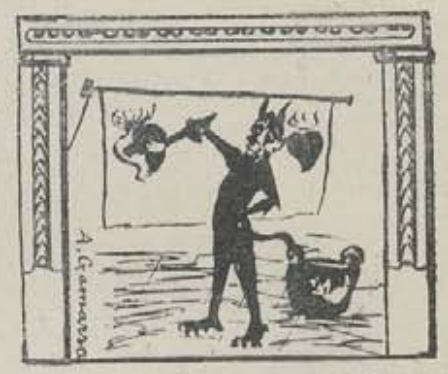
Tienes razón.

Como V. lo supone, paso aquí las Navidades.

Si supiera V. las ganas que tengo de verle. Supongo que V. tendrá tan buen humor como siempre, pues cuando se está en gracia de Dios, eso es costumbre.

I. R., Congr.

Premiados en el concurso.

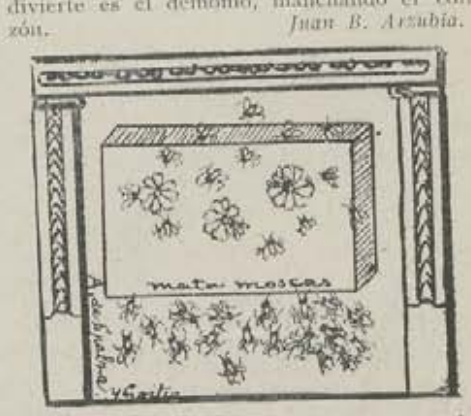


Así como cuando estamos en el cine pasan las películas, así el demonio va pasando la brocha de los pecados por nuestro corazón y lo va poniendo impuro y negro.

Enrique Anzola.

Pensamos divertirnos en el cine y el que se divierte es el demonio, manchando el corazón.

Juan B. Arzubia.



El matamoscas, qué bonito es; pero, cómo caen las pobres moscas. Esa caja tan bien pintada con unas flores tan bonitas, las atrae: prueban el agua azucarada mezclada con el veneno y les gusta; vuelven una y otra vez hasta que se aboban y cuanto más se atontan más les gusta, hasta que caen muertas. Unas más pronto y otras más tarde, según el veneno que tomen cada vez. También los cines son muy bonitos, pero ocultan el veneno, y ¡pobres de los que vayan mucho, caerán como las moscas!

José M. Alzaga.

En esa caja tan bonita mueren las moscas; así el cine: mata el alma, se pierde la pureza, quita el gusto al estudio y nos entrega a los vicios y a las distracciones.

Rafael Ibáñez.



Núm. 4.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Febrero de 1914

A nuestro amadísimo Pastor, el Excmo. e Ilmo. Sr. D. Prudencio Melo y Alcalde,

en su primera visita a Bilbao, con todo su corazón saluda

este rebañito de 610 fidelísimos corderos.

¡Bienvenido seas, Representante de Cristo en estas provincias!

Concédenos tu bendición y con ella la de Cristo, para que seamos

la esperanza de este pueblo.

¡Qué dos horas más felices!

Estábamos reunidos todos en el salón de la Congregación el día de Reyes a las diez de la mañana, todos tan alegres, tan contentos, tan decididos, mucho más que si fuésemos a jugar un partido de foot-ball. Pero el tiempo que hacía, no estaba para esas bromas. Ni se trataba de ir a ver algunas bonitas películas. No, en aquellas caras había, no sé qué cosa, otra alegría más verdadera. Pues ¿de qué se trataba? De ir, como todos los años acostumbramos, a servir en la mesa a los ancianos en el Asilo de las Hermanitas de los pobres. Salimos más de cuarenta en distintos grupos. Llegamos al asilo y sorprendimos a las Hermanitas, a quienes no había llegado el aviso de nuestra visita, que mandó el Padre. Nos recibieron rebosando cariño y agradecimiento; nos pasaron a la capilla, donde estaban los ancianos acabando el rosario. Allí cantamos un Avemaría y una plegaria a la Sma. Virgen. Salimos los primeros y vimos desfilar a los pobrecitos. «Buenos días, señoritos», me dijo un anciano lo más alegre, calándose un sombrero tan viejo como él. «Que los tenga muy buenos», le contesté. «Dios le conceda buena suerte en los estudios», me dijo otro. «Amén», le dije yo con toda mi alma, «que falta me hace». Deseándonos algo bueno, fueron todos desfilando delante de nosotros y acercándose al salón donde tenían la estufa.

El baile.

De entre aquellos viejecitos, uno más animoso que los demás, creyó llegada la hora de demostrar que aún le sobraba agilidad en las piernas. Pronto se hizo con una pandereta y un tambor destemplado y encontró en seguida quien los hiciera sonar. Ya estaba el baile armado. Sonar el tambor y saltar otro al ruedo a competir con él en ligereza, todo fué uno. Todos estábamos admirados al ver aquella alegría tan franca que se reflejaba en

Universidad de Deusto
Biblioteca

la cara de los que bailaban y contemplaban. Esa alegría, decía yo, no se compra con dinero, ni la he visto en los teatros ni en los cines.

En tres grupos

Fuimos divididos por el Padre: los unos a los ancianos, a las ancianas los otros y los restantes a los enfermos. Aquí nuestros apuros. Nosotros que entendemos poco de equilibrio en los líquidos, nos vemos de buenas a primeras con un plato lleno de sopa en las manos, teniendo que transportarlo. Gracias a la calma que nos aconsejaron, no hubo avería de consideración. Buena parecía estar la sopa, y mejor todavía las patatitas y el lomo que pusimos en seguida al alcance de aquellas bocas, la mayoría desdentadas. No tardó en desaparecer todo y las naranjas y el pastel de reyes y la copa y el café, que después les servimos.

Les obsequiamos al fin, con un purito; a las ancianas, con unos caramelitos.

Nada valía todo eso comparado con lo que de allí sacamos. Sólo ver aquellas religiosas, que con tanto cariño trataban a aquellos desamparados, era para bendecir a Dios. No fué a mí sólo al que se le ocurrió comparar aquel asilo con la antesala del Cielo; ni fuí yo el único que salió de allí diciendo que jamás había disfrutado más, que sirviendo a aquellos pobrecitos.

¡Bendito sea Dios, que así nos premió aquella obra buena! ¡Qué generoso es Dios y nosotros qué roñosos!

A. M. M., Congr.

Lo bueno que es ser Kostka.

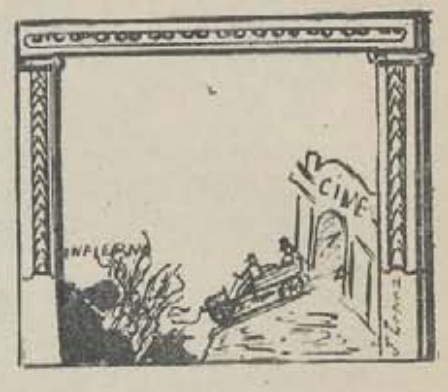
Antes de entrar Congregante de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka, confieso que frecuentaba mucho el cine. Entraba contento; pero, ¡pobre de mí!, salía con la cabeza atontada; llegaba a casa descontentadizo y hasta temboroso algunas veces; me pasaba, sobre todo el tiempo de estudio, pensando en aquellas malas escenas, que sólo servían para intranquilizarme el alma.

Pues bien. Un día, al pasar por el Arenal, me encontré con un antiguo compañero de escuela, que a las pocas palabras me dice: ¿Por qué no eres tú de la Congregación de los Kostkas? Verás cómo te gusta el Padre. Yo confuso no le contestaba nada (me estaba tentando el demonio). Insistió varias veces en lo mismo, y por fin me decidí a ir y apuntarme en la Congregación. Volví todavía algunos días al cine, hasta que el Padre me mandó un concurso con preguntas, o mejor diré, respuestas, que sobre el cine habían dado los mismos Congregantes y había que ordenarlas.

Tanto me hicieron reflexionar aquellas acusaciones, que los mismos chicos habían escrito con tanta verdad, que yo no pisaré jamás lugar de espectáculo tan peligroso.

En cambio en estas vacaciones de Navidad, que ha dado el Padre proyecciones acerca de la vida de Cristo y de otros Santos, al salir iba pensando en lo que sufrió Jesús, y me decía a mí mismo: ¡Qué malos somos! Nos piden que vayamos media hora todos los días por la mañana a encomendarnos y a recibir a tan buen Señor y ponemos mala cara y no hacemos un esfuerzo para madrugar un poco. ¡Qué tontos somos!

H. T., Congr.



¡Qué! ¿qué pienso sobre el cine?

Pues te voy a contar algo de lo que me ha ocurrido y sabrás lo que pienso.

He asistido pocas veces a ese espectáculo; así que no sé si te interesará mucho lo que te diga.

A mí me gustan las películas que instruyen, como son las que enseñan cómo se hacen los cañones y los barcos, cómo nacen las flores y plantas, los pájaros y los gusanos de seda en sus diferentes fases, los monumentos de todos los países de Europa, como Catedrales, castillos, vistas preciosas de ríos, montes y floridos valles; porque todo esto instruye, recrea y hace admirar las mil bellezas que Dios ha criado.

He visto muchas de estas películas en Inglaterra; pues mi madre sólo me llevaba al cine, cuando estaba muy segura que era inofensivo e instructivo lo que se daba.

Las tonterías de Max Linder y Tontolini me hacen reir; pero cuando salen dos bobos que quieren casarse y empiezan por besarse delante de todos, me da rabia y deseo marcharme cuanto antes.

Te diré lo que hace poco me pasó en Olimpia: Una de las pocas veces que he ido aquí al cine, dieron unas películas muy bonitas y morales, pero al final salió un payaso, fingiéndose borracho y se puso a comparar su vida con la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo; ¡vamos! me pareció tan horrible y blasfema aquella farsa, que cambió de color mi cara, y creo que, si mi familia, antes de acabarse la función, no me saca del cine, me pongo malo.

Tan grabado ha quedado en mí este recuerdo, que el otro día cuando me dijeron en casa que iban a dar Juana de Arco y podíamos ir, la verdad, mi primera impresión fué de alegría y empecé a palmotear; porque, eso sí, me gusta el cine, cuando el cine es bueno; pero, al acordarme del borracho de la última vez, dije en seguida: No, yo no voy al cine.

J. S. M., Congr.

¡Para los indios, Padre, para los indios!

(Carta de nuestro corresponsal belga).

Contestando a lo que uno de vosotros me preguntaba por carta, os diré que, en este colegio y en todos los colegios católicos de Bélgica, hay dos cajitas en que dice un letrero: «*Sellos y papel-plata para las misiones*». Cuando tenemos cualquiera de estas dos cosas, nos acercamos a las cajas y allí las echamos. Y diréis vosotros: ¿qué pueden sacar con esto?; pues el papel de plata poco puede valer, y los sellos pasados ¿qué valen?: si nadie los echará difíciles de adquirir; y por los sellos fáciles ¿qué les van a dar? No importa: por el papel-plata dan más de lo que vosotros pensáis; y los sellos, que son fáciles para vosotros porque estáis en el mismo país, para los Misioneros que están tan apartados de nosotros, a veces un sello de cinco céntimos puede valerles cinco pesetas. Con que, figuraos si tendrán valor. Así que debéis decir al Padre que ponga dos cajitas a la entrada del Salón, donde todos echéis los sellos, papel-plata, postales y otras cosas, que el Padre se encargará de mandarlas a los Misioneros. ¡Adiós, corderos, adiós!

J. M. E., Congr.

Contestación.

Querido amigo: Te voy a dar una buena noticia, y es que a todos nos ha parecido muy bien la iniciativa tuya, de implantar aquí, en la Congregación, la obra de las Misiones. Le hemos dicho al Padre que ponga en el salón las dos cajitas y otra más, como también tenéis ahí, para que las perrillas no naufraguen, comprando cualquier tontería, y vayan a salvar muchos indios en las misiones pobres.

Ya están puestas las cajas y son ya no sé cuántos los millares de sellos que tenemos en paquetitos de a doscientos. De papel-plata hay también para envolver a unos cuantos de nosotros. Las perrillas salvadas son muchas, y más, de los que menos tienen.

¿Sabes cuántos se han suscrito de su *bolsillo particular*, como quiere el Padre, a *El Siglo de las Misiones*? Más de treinta. Ha conseguido el Padre que nos cueste una peseta menos a los Congregantes, cinco en vez de seis.

Sigue mandando noticias de las que nos animen a ser desde aquí lo más misioneros que podamos. Ya sabes cuánto te quiere tu amigo.

J. R. S., Congr.

Bonito ejemplo, que nos manda nuestro corresponsal belga.

¡Qué lástima que no pueda estar yo con vosotros: os contaría este ejemplo que oí el otro día. No importa. Se lo mandaré al Padre, para que lo publique, si quiere, en *Flores y Frutos;* y le seguiré mandando otros que se me vayan ofreciendo. El de hoy es el siguiente:

Hallábase un día un seminarista paseándose por unas de las barriadas más apartadas de París, cuando un pobre pequeñuelo se le acerca y con mucha modestia le pide una limosna porque tenía mucha hambre. El seminarista juzgando por su aire tímido que decía la verdad, saca 10 céntimos, y le pregunta: «Amigo mío, sabes rezar algo?

—Sí, señor, respondió el niño.

—Vamos a ver; si sabes tus oraciones, en vez de una perra te daré diez.

El pequeño mendigo empieza a decir de cabo a rabo, con seguridad y sin equivocarse: «Padre nuestro», «Dios te salve, María», «Creo en Dios Padre», etc., los actos de fe, esperanza, caridad y contrición.

Le pregunta en seguida el seminarista varias cuestiones de la religión y se queda admirado de las contestaciones tan atinadas que le da.

—Pero ¿dónde, querido amiguito, has aprendido esto?

—¡Oh! señor, responde el niño: un joven de 15 a 16 años viene todos los días del arrabal más distante de nuestra barriada para enseñarnos el catecismo, y nos reune a mí y a varios como yo y nos explica todo eso. Hay algunos entre nosotros a quienes tiene que repetir cien veces la misma cosa; pero le es igual; tiene la paciencia de un ángel. Después nos enseña a ser buenos y nos recompensa cuando respondemos y nos portamos bien; él no falta nunca aunque llueva, hiele y aunque haga lo que haga; algunas veces viene todo mojado y manchado de barro, y le da lo mismo. Es necesario que sea Dios Nuestro Señor quien le ayude a hacer todo esto; pues él nos quiere como hermanos».

Maravillado el seminarista le da cuanto tenía en el bolsillo y queda admirado del ánimo que da la religión.

Hizo diligencias para conocer a ese excelente joven catequista y supo que pertenecía a una de las familias más distinguidas de París.

¿Por qué no podremos imitarle cuantos tenemos la dicha de ser Congregantes de la Santísima Virgen? ¡Cuánto disfrutaría ese joven y disfrutaríamos también nosotros, si hiciéramos algo parecido!

J. M. E., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Otro valiente.

La mañana en que más copiosamente nevaba, al salir de clase, otro compañero y yo, ambos congregantes, tropezamos en el camino con un grupo de gente en su mayoría muchachos, que se divertían contemplando algo con interés, que no se veía qué cosa era. Nos acercamos y lo que creíamos que sería alguna bonita figura hecha de nieve, no era sino una grandísima indecentada, y de ella se servían los chicos para hacer otras mayores.

Ver aquello y marcharnos en seguida, fué todo obra de un instante. Pero al dar dos o tres pasos, me vino la idea de quitar de delante aquella porquería, así no podría servir de escándalo a nadie. Volví resuelto, y con un ánimo, que nunca había tenido, la derrumbé entre aquella chusma que me insultaba. Con todo, nadie se atrevió a tocarme ni con una bola de nieve, eso que las tenían a mano y que la autoridad brillaba por su ausencia.

E. M., Congr.



Rasgos sueltos.

Un domingo a la hora de la función primera por la tarde, pregunta un muchacho a un congregante dónde está el teatro Trueba. Nuestro pequeño congregante, con todo aplomo, le pone camino del teatro Circo del Ensanche. Sabía que sólo allí se cuida bien de dar películas morales.

—

Un congregante de 9 años vive un poco apartado, y no quiere perder la comunión diaria.

En la iglesia más próxima no hay más misas que a las 6 y a las 7. La de las 7 le resulta tarde para ir a oír la misa obligatoria que tiene en el colegio.

Nada más sencillo, aunque costoso: Se levanta a tiempo para ir a misa de 6, acompañado de sus excelentes padres. Así les premia Dios que les ha dado por hijo un angelito.

—

El día de Reyes pregunta un padre a su hijo congregante: ¿Qué regalo quieres que te haga? El hijo con mucho modo le contesta: Démelo, si quiere, en metálico, que tengo una atención que cumplir. El padre, que conocía bien al hijo, sospechó el empleo que quería darle, y gustoso le dió 25 pesetas.

No sé si os figuráis lo que el chico hizo con ellas: su padre acertó; vosotros creo que no acertaríais. Se va al salón de la Congregación y sin preámbulos le da al Padre las 25 pesetas y le dice: 5 para que me suscriba a *El Siglo de las Misiones*, las restantes para lo que V. quiera.

El Padre las tiene reservadas, como le oí decir, para dar de premio a los que lo merezcan por sus aciertos y servicios una suscripción a *El Siglo de las Misiones*.

R. P., Congr.

¿Qué dicen los ausentes?

¿Por qué no se hará aquí lo mismo?

A uno, a quien se le ocurrió traer el otro día unos papelachos pornográficos, le denunciaron; así que no creo aparecerán más por aquí. En cuanto a cines hay aquí uno y él bastante mejor que esos de Bilbao. Estuvimos el domingo y no vimos ninguna escena de las que se suelen ver en el Olimpia y en el Trueba.

M. U. Congr.

Uno que se aprovecha bien de nuestros impresos.

Recibo sus hojitas y las leo con mucho gusto; y no una vez, si no que he vuelto a la carga varias veces, para sacar todo lo bueno que encierran, y la verdad que me animan a ser cada día más valiente.

F. E., Congr.

Buenos recuerdos, buenos deseos, buenos hechos.

Nunca me olvido de sus buenos consejos y comulgo todos los días que puedo. Grandes deseos tengo de verle y si Dios quiere será este verano. Para que vea que me aplico, sepa que tres meses seguidos he llevado diploma de honor y le incluyo el último para que lo vea.

J. G., Congr.



Núm. 5. Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Marzo de 1914

Nuestra visita al nuevo Prelado

Agradable sorpresa nos había dado el Padre por la mañana. Trataba de llevarnos a visitar al Ilmo. Sr. Obispo, a hablar con él. Estábamos todos muy alegres, sobre todo nosotros, los catequistas señalados, para representar la Congregación.

Nos reunimos más de 20 en el Salón a las dos y media y con el Padre a la cabeza nos pusimos en marcha. Preocupados con el tratamiento que teníamos que darle al Sr. Obispo y con lo que nos equivocaríamos, pues no estábamos acostumbrados a esos tratamientos, llegamos a la Universidad. No tuvimos que esperar nada. Nos escontramos enseguida delante de S. Ilma. sonriente, como si toda la vida nos hubiera conocido. Le besamos respetuosamente el anillo. Nos preguntó a uno por uno nuestro nombre; para todos tuvo una frase cariñosa, como de padre complacido. Nos dijo que ya estaba enterado de nuestra revistilla y por ella de nuestro espíritu y del bien que hacíamos. Nos concedió 50 días de indulgencia por cada artículo que escribiésemos y dándonos su bendición y a besar de nuevo el anillo, nos dijo que a su vuelta tendría muchísimo gusto en darnos la Sagrada Comunión. Ni se contentó con eso; sino que para que tuviésemos algún recuerdo suyo nos dió a cada uno de nosotros una preciosa estampa.

Salimos encantados de tanta amabilidad y afecto como nos demostró en lo poco que duró nuestra visita. Todo era comentarios sobre la buenísima impresión que nos había causado nuestro dignísimo Prelado.

A. M. M., Congr.

Seamos hombres,

que apenas si se puede encontrar uno que merezca llamarse *hombre*», nos dice y nos repite mucho el Padre que pidamos esa gracia a San Francisco Javier y le hagamos desde el día 4 de Marzo la novena, que se llama de la *gracia*, porque se ha comprometido el Santo a conceder cuanto le pidamos. Con que, a pedírsela todos. Para animaros a pedirle con mucha confianza os contaré el

Origen de esta Novena.

El 11 de Diciembre de 1633, mientras el V. P. Marcelo Mastrilli, de la Compañía de Jesús, se ocupaba en nuestra Iglesia de Nápoles en preparar una fiesta que allí se celebraba, cayó de las manos del que arreglaba la iglesia un martillo, del peso de dos libras, que desgraciadamente le hirió en la cabeza y lo derribó en tierra bañado en sangre y casi muerto. La recia fiebre que se siguió, la lesión del cerebro y las contracciones de nervios, el vómito contínuo y otros síntomas hicieron que se juzgase mortal la herida; y así le fueron administrados los últimos Sacramentos al P. Marcelo, aguardando por instantes su muerte. Entre tanto el enfermo, con licencia de su Superior, había hecho voto a San Francisco Javier, a quien tenía singular devoción, de que si les alcanzaba la salud y la vida, la emplearía en las Misiones de las Indias y del Japón; y teniendo la imagen del Santo junto a su lecho, se encomendaba a él con grande confianza. Agravándose más y más la enfermedad, entró el Padre en plena agonía. Pero no pudo sufrir el amoroso corazón de San Francisco Javier el contemplar a un devoto en tan deplorable situación sin socorrerle.

El Milagro.

He aquí que aquella misma noche visiblemente se le apareció en traje de peregrino, con el bordón en la mano y rodeado de resplandeciente luz celestial; y habiendo saludado al enfermo con una suavidad más propia del paraíso que de la tierra, le dijo: *Alégrate, Marcelo; yo ha aceptado el voto que has hecho y he venido para consolarte.* Y luego añadió: *¿Qué cosa querrías tú alcanzar del cielo? Pues has de saber que allá arriba puedo yo alguna cosa...* Y después de haberle dado algunas enseñanzas muy útiles para su propia perfección, le aseguró que todos los que,

Universidad de Deusto
Biblioteca

Comenzando el 4 de Marzo hasta el 12,

hiciesen una Novena en su honor, confesando y comulgando en uno de dichos días y mejor todos los días, e implorando su intercesión para con Dios, *obtendrían la gracia pedida*, con tal que fuese conforme a la divina voluntad. Finalmente, diciendo al P. Mastrilli con afabilísimo semblante: *Levántate, que estás sano*, desapareció.

Muy pronto vieron todos el prodigio; porque el P. Marcelo, de improviso mirando a su alrededor, como si viniese del otro mundo, y al mismo tiempo levantándose del lecho, exclamó: *Estoy curado: San Francisco Javier me ha hecho la gracia.*

Y entre las demás cosas, con grandísima consolación y maravilla le oyeron referir la promesa del Santo para todos los que hiciesen la sobredicha Novena.

El P. Mastrilli cumplió su promesa de ir de Misionero al Japón y murió allí mártir de Cristo.

El 12 de Marzo es el día en que fueron canonizados San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier.

Lo esencial para ganar la Indulgencia plenaria y 300 parciales cada día de la novena, es decir la oración: *Amabilísimo y amadísimo Santo...* con un Padrenuestro, Avemaría y Gloria; mas si no se tiene a mano esta oración bastará decir cinco veces el Padrenuestro, Ave María y Gloria Patri.

R. L., Congr.

Como mi casa creo que hay muchas.

Más de una vez me he puesto a pensar y no acierto a explicármelo, quiere mamá que no deje la Congregación (debe ver que me aprovecha y soy mejor); pero me tienta y con frecuencia a que la acompañe al cine con mi hermanita. Les he contestado resueltamente que no, que no se puede ser de la Congregación, que está muy prohibido. Les he recordado también que cuantas veces hemos ido, hemos tenido que estar presentes a escenas que no son ni para chicos ni para grandes; que de estar sólo me hubiera con gusto, y con rabia también escapado de allí; que allí no se aprende más que a ser falso, a ser ladrón y cosas peores; porque a eso se reduce casi todos los argumentos. Pero ni por esas.

«Y ¿á dónde quieres que lleve a tu hermana; no va estar todo el día en casa; no es una monja; algo tiene que ver». A eso venía a reducirse siempre lo que me contestaban.

Un día hablaban en la mesa y recordaban papá y mamá que allá de jóvenes no conocían los cines. Enseguida me ocurrió preguntarles en qué se divertían; al teatro, como decían, no iban, porque era muy de noche. ¿Cómo pasaban este tiempo que ahora tienen que pasarlo en el cine?

«En casa cosiendo. Por las tardes dábamos una vuelta cuando hacía bueno y las noches en tertulia con los vecinos y no lo pasábamos mal», contestó mamá.

Y ¿por qué no hacéis ahora lo mismo, repliqué yo, y dejáis de ver tanta tontería y peor que tontería y a mí no me molestáis más?

Pues ni por esas. Casi todos los días me han de venir con la misma canción: «tienes que acompañarnos, anda, que es muy bonita la película que dan hoy, que no tiene nada». Y cuantas noches voy forzado con ellos, me pongo rojo de vergüenza al pensar que están allí mi madre y mi hermana viendo *aquéllo;* y que para no ser testigo de aquellas libertades que con tanto descaro se permiten los franchutes y no tener malos pensamientos tenga que estar buenos ratos con los ojos bajos.

He oído más de una vez, y debe ser verdad, que en Bilbao la gente está desconocida, que se atreven ahora en público a lo que no se atrevían antes ni los golfos. No sé; pero, creo que la explicación de esto la acabo de dar ¡¡Malditos, malditos y malditos cines!!!

Que mamá me deje en paz ¡ y que tampoco ella vaya!!

J. M. H., Congr.

Nuestros Carnavales

Muy divertidos los pasamos. Llenábamos dos naves de la iglesia todas las mañanas a las ocho y casi todos hospedábamos a Jesús en nuestros pechos. ¡No nos cambiamos por nadie!

Las mañanas

pasamos en el Salón. Un piano alquilado para unos días despertó notables aficiones musicales. Pero el lunes que hizo buen tiempo, estábamos casi 200 bien repartidos en vagones de primera del ferrocarril de Las Arenas, y a la media hora, después de haber rezado una estación de desagravio en el camino, asaltamos los campos de Lamiaco. ¡Aquello fué expansión! Como no la pueden tener todos los enmascarados de este mundo.

Por las tardes

la del domingo sin hacer caso a lo desapacible del tiempo nos embarcamos a las tres en un remolcador. La casa de Sota y Aznar con la generosidad, con que sabe hacerlo, lo había puesto a las órdenes del Padre. Curioseando las orillas llegamos sin darnos cuenta al puerto. Alguna gorra voló y naufragó con el fuerte viento que soplaba y no estaba para bromas; era mucho el movimiento, que aún dentro del puerto se sentía; más de uno también allá, en su interior, sintió sus efectos.

El lunes con el tiempo justo para comer de vuelta de Lamiaco, tomábamos a las 2 y media en el mismo tren el camino de Algorta. Allí la playa y las olas se encargaron de hacernos pasar la tarde divertidísima.

No fué así la del martes. Hubo que suspender la proyectada jira en el remolcador ante el embravecido temporal. El Salón fué nuestro puerto.

Por las noches

la del domingo y la del lunes de 6 y media a 8 con curiosas proyecciones, preciosos cuentos y música alegre, lo pasamos de lo bien. Ni faltaron rifas, ni caramelos, ni premios para los que de los cuentos sacasen un buen pensamiento que fuese premiado por los jueces.

En la Universidad de Deusto.

más de 200 Congregantes abríamos la procesión de desagravio, que todos los años se hace por los claustros el martes de Carnaval. Era la primera vez que yo iba y casi no me daba cuenta de lo que veía y sentía: no sé qué era aquello porque todo me imponía: me imponían los inmensos corredores con sus altares en las esquinas; me imponía la escalinata grandiosa, como no he visto otra; me imponía lo escogido de los caballeros que cubrían la larga carrera de los tránsitos: todo infundía respeto y admiración. Apenas me dí cuenta ni de las cinco Visitas de desagravio que se hicieron en los altares, ni de nuestro Prelado que cerraba la procesión con la Custodia en las manos, ni de cuanto pasó delante de mis ojos. Cuando pareció despertar, me encontré en el hermoso Salón de Actos contemplando la película del Milagro de las Flores.

J. E., Congr.

Carta auténtica y sin sobre, sorprendida en el camino.

Mira..., vamos a comprar entre los dos un paquete de serpentinas, para tirárnoslas de un balcón a otro. Tú, ya sé que quieres disfrazarte, pero haces una gran tontería y además pecas. Te aconsejo que no te disfraces. No creas que es porque yo no puedo, que es por hacerte un bien.

Tu amigo, que mucho te quiere.

X., Congr.

Nuestro corresponsal francés nos manda este buen ejemplo.

El P. Chevrier, que es un santo de nuestros días, fué en Lyon el apóstol de los niños y de los pobres. El mismo nos va a decir qué educación había recibido:

«Doy gracias a Dios de que me ha dado buenos padres que me han educado cristiana y severamente, y que han velado sobre mi infancia para impedir que siguiera las malas compañías y los malos ejemplos.» ¡Dichosos los niños que tienen padres cristianos, juiciosos y que comprenden la importancia de la educación cristiana!

Cuando su madre le reprendía, no quería acostarse sin pedir primero perdón. «*Señorito, vaya usted a acostarse*», le decía su madre, y cuando así le hablaba era que le quería castigar. Y el pobre *señorito* obedecía y se retiraba a su cuarto. Mas al momento volvía bañado en lágrimas: «*Ya seré bueno, mamá; no quiero ser señorito, quiero ser vuestro Antonito: perdónenme ustedes.*»

De esta manera su docilidad fué perfecta y su madre pudo decir: *Mi hijo nunca me ha desobedecido*». Cumplía alegre los encarguitos que le mandaban al salir de la escuela, y tenía gran contento en ayudar a su madre en el trabajo y en los cuidados domésticos.

Su fe sencilla.

Antonio tenía ya ocho o nueve años y en su sencilla y viva fe, creía que Nuestro Señor bajaba *de una manera visible* sobre el altar en el momento de la consagración; pero que sólo el sacerdote tenía derecho de contemplarlo, mientras que los fieles debían inclinarse para no ver una maravilla tan grande que les deslumbraría.

Un día, impulsado por una cándida curiosidad, levantó la cabeza en el momento de la elevación, y vió sin sorpresa alguna, pero con admiración, un brillante globo de luz que vino a descansar sobre el cáliz. Tan pronto como vió este prodigio, confundido por aquella curiosidad que miraba como temeraria, se apresuró a bajar la cabeza. Hasta mucho tiempo después no comprendió que aquella manifestación sensible de la presencia de Jesús había sido extraordinaria.

Sus delicias.

Desde entonces la Eucaristía vino a ser su vida y sus delicias. Pidió como favor el ayudar todos los días la misa de las cinco, y levantándose antes de esa hora, solía estar rezando en la puerta de la iglesia, esperando que la abrieran.

Lleguemos nosotros a amar a Jesús tanto como este niño, y responder como él si se nos hace la pregunta que a él fué hecha: «*¿Amas mucho a Dios?*»—«*Oh, sí! le amo con un amor grande como el cielo y la tierra!*»

F. E., Congr.

Voy a ser franco.

Lo que me sucedía yendo al cine.

Entraba *allí* alegre y contento creyendo que iba a ver una cosa bonita y lo que veía casi siempre era una cosa sucia; oía *allí* cosas que en ninguna parte deben oirse; pensaba, claro está, *allí* en aquello mismo, y aun fuera de *allí* no podía quitar de la cabeza aquellos malos pensamientos. Salía de *allí* triste y cabizbajo. *Allí* me encontraba con malos compañeros y con ellos andaba todo el día y excuso decir de qué hablaba.

Lo que me sucedió cuando entré en la Congregación.

Esto ya era otra cosa: tengo desde entonces muy buenos compañeros, que me quieren mucho; trabajo mucho más en casa y en el Colegio; cuando tengo tiempo voy al salón de la Congregación, y me pongo a las órdenes del Padre, que nos trata con cariño de verdadero padre. Los domingos a las seis y media tenemos proyecciones y bonita lectura en el Salón. Salgo alegre y animado a ser mejor y, como nos pite mucho el Padre, a vencerme. Cuando hace mal tiempo y no hay nada de eso, no faltan muy bonitos libros en la biblioteca de la Congregación, con que pasar muy bien el tiempo y juntarme después con chicos de los mejores. Pero no me olvidaré de lo mejor: desde que soy congregante, comulgo todos los días y amo cada día más a Jesús, que es mi mejor amigo.

L. H., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Otro valiente.

Iba con mis compañeros a incorporarme con los que marchaban a la procesión de la Universidad de Deusto el martes de Carnaval. Nos íbamos riendo de los mamarrachos de máscaras que pasaban por nuestro lado, cuando pasó uno vestido de señora con un libro de misa, una vela y un papel en la espalda que decía *Catequesis*». No iba sólo, si no acompañado de otros canallas como él, que se iban riendo, a lo que entendí de las Damas Catequistas. Enseguida me vino el pensamiento y se lo dije a mis compañeros: «Le voy a arrancar el cartel a esa bestia».—«No, que te cogen» me contestaron, y te matan».—¡Quiá!—Y sin más, doy un salto, se lo quito y... me pescan. Gracias que estuve sereno, aun en las manos de aquel bárbaro. «Mire» le dije muy fresco, «si me hace algo, le cuesta caro: se estaba usted burlando de la religión».—No hubo más que decirle y me dejó en paz.

A. P., Congr.

¡Para los indios, Padre, para los indios!

Buen ejemplo que imitar.

Congregante hay que apenas deja una noche de ir al Salón, con el generoso afán de llenar él solo la caja de los sellos; y la ha llenado muchas veces. Ya no la llenará tan fácilmente: han puesto tres cajas mucho mayores y más bonitas, con el título una de ellas de:

Perrillas salvadas y salvadoras.

que se salvan de ser convertidas en golosinas y tonterías; y ésto supone en nosotros no pequeño sacrificio, a lo que estamos poco acostumbrados todavía; y *salvadoras* porque esas perrillas no se contentan con menos que con ir a facilitar el trabajo de los Misioneros, allí a la China y a las Indias. No se diga que, sólo los protestantes dan y así convierten más que nuestros Misioneros.

Caja modelo.

es la que tiene el Padre sobre la mesa, con los más curioso que le llevamos los Congregantes para los Indios. Allí hay: medallas de toda clase forma y tamaño, estampas preciosas y variadas, álbunes de tarjetas, rosarios, soldaditos de plomo, destinados a la fundición, unas lentes negras, etc., etc., etc.,. Ven esta caja los que entran al despacho del Padre y se animan a llevar cositas que algo valen para los Indios.

J. R. S., Congr.

Florecillas de Marzo a San José.

¡Viva San José, que nos ha de acompañar en el último momento de la vida!

M. B.

San José, haz que muera pronunciando con mucha fe y confianza Jesús, María y José.

E. A.

San José, mi abuelito, es muy bueno. Desde que dijo el Padre, que si somos constantes conseguiremos lo que pedimos, te pido que me hagas bueno y que no permitas que cometa un pecado mortal en toda mi vida. ¡Viva San José! ¡Viva! *J. S.*

No podemos encontrar mejor protector que San José. El mismo Dios te escogió para que cuidases al Niño Jesús.

J. A.

San José, protege la infancia pues protegisteis la del niño Jesús. Fuisteis jefe de la Sagrada Familia, sedlo también de la familia de los Kostkas. *S. M.*

RASGOS SUELTOS

Una liebre

y bien viva apareció el otro domingo en el salón de la Congregación, justamente cuando se acababa la catequesis. En cuanto cayó en nuestro poder, nos la hubiéramos disputado todos, pero puso su veto el Padre. En dos minutos quedó resuelto el caso. Cayó en suerte a uno de los más pequeñitos, que tuvo que valerse de las manos de su hermano mayor para llevarla a su casa.

¿Cómo entró esa liebre al salón? Pues sencillamente, venía toda asustada sin saber su paradero, metida en una cesta. Era regalo de uno de los más celosos catequistas que quiso sorprendernos y nos sorprendió a todos agradabilísimamente.

¿Cómo celebra un Congregante su Santo?

El mismo que nos metió la liebre por las puertas del salón, pasó por la noche en poder del Padre diez pesetas: era el día de su Santo y así le tiene enseñado su padre a celebrarlo. Esas diez pesetas quedan en fondo de reserva, para pagar la mitad del importe de la suscripción al «Siglo de las Misiones», a los Congregantes que vayan mereciéndola.

R. P., Congr.

SUSCRITORES CONGREGANTES de su BOLSILLO PARTICULAR a «EL SIGLO DE LAS MISIONES»

Ricardo Medrano, Vicente Verdes, José Verdes, Matías Urruticoechea, Isaac Garay, José Antonio Espinosa, Alfonso Moreno, Julián Moreno, Camilo Basterrechea, Ricardo L. de Luzuriaga, Marcos Arce, Alejandro Ibargaray, Luis Lasa, Carmelo Vigil, José María Escudero, Angel y Gabriel Gobeo, Ignacio González, Pedro González, José Díaz Lezama, José de Legarreta, Guillermo Sautua, Antonio Rivas, J. Roberto Sáinz, Carlos Langa, Antonio Damboronea, Sebastián Mantilla, Mario de la Torre, Félix Martín, Alfredo Ustara, Carlos Anitua, Ignacio Anitua, José María Tobalina, Ignacio Olaechea, José María Valdés, José L. Escós, Luis Sáns, Julio Ortiz, Enrique Anzola, Julián Urquiaga, Jesús Ordorica, Fernando Martínez, Agustín Jaureguibeitia, Fernando Arbaiza, Esteban Padilla, José Padilla, Serafín Alday, Domingo María Albizua y José María Goicouria.



Núm. 6.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Abril de 1914

Un Estanislao más en el cielo

Ignacito de Aguirre y Lecube voló al cielo el 30 de Marzo de 1914, a los 8 años de edad.

Desde muy pequeño dió a conocer su espíritu reflexivo y observador en las preguntas que hacía; éstas, por la sólida y cristiana educación que recibía, siempre eran de asuntos religiosos. Desde los 5 años, en que vió comulgar a su hermanito mayor, su aspiración no era otra que recibir al Señor en su inocente pecho.

Ninguna imagen menos pura empañó aquella alma: no pisó un *cine*, ni vió en su casa jamás, ni aun fuera de ella, figura alguna que le indujera al mal.



Asistía desde los 6 años con su padre y su hermanito a la Misa mayor de la parroquia y decía su padre que nunca hubo que hacerle la menor advertencia por falta alguna de compostura y atención en la Iglesia. Al prepararse para la primera comunión, el sacerdote que le preparaba en la Parroquia, estaba admirado de su seriedad más que de chico.

No perdía ocasión de comulgar aun estando veraneando, Allí en Algorta, era la edificación de las personas mayores, verle comulgar con otros congregantes. A su vuelta a Bilbao pidió y fué admitido en la Congregación.

Nadie sospechaba que aquella su robusta salud pudiera tan pronto deshacerse. No me olvidaré de la impresión que me hizo cuando fuí a verle con el P. Director y le encontré en la cama inmóvil, sujeto su cuerpecito con un aparato ortopédico. Su gravísima dolencia, que le interesaba la espina dorsal, le tenía allí postrado. Aquella serenidad que su cara de ángel reflejaba, era para bendecir a Dios. Tan sobre sí estaba y se daba cuenta de todo, que tenía siempre su cara risueña y cantaba para consolar a su madre que no se separaba de su lado.

Toda su confianza la tenía puesta en Dios, la Santísima Virgen y San José, a quien hizo la novena, recibiendo al Señor el día de su fiesta.

A estas devociones añadió la de San Ignacio; hizo que pusieran un gran cuadro del Santo delante de sus ojos. El P. Director le llevó una reliquia y el agua de San Ignacio que besaba y tomaba con la mayor devoción.

Ofrecimos el domingo 29 la Comunión todos los congregantes para que hiciera el Señor lo que más conviniera con aquel angelito; y al día siguiente a las 8 de la mañana, antes de entrar en la agonía, dándose cuenta de todo, mandó encender una vela a San Ignacio y la lámpara que tenía la Virgen, que en aquel momento notó él que se apagaba. Recibió la Extremaunción, contestó a las Letanías, besó las reliquias que tenía al cuello, y repitiendo las jaculatorias Jesús, José y María... voló aquella alma al cielo. ¡No era para esta tan malvada tierra alma tan pura!

L. S., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Nuestra Cuaresma.

Ejercicios espirituales.—Los hemos tenido y creo que con muchísimo provecho. Por la mañana a las siete y media llenábamos la nave del centro y una de las laterales; oíamos la plática, en que se nos exponía lo que debemos saber para confesarnos bien; y al Alzar casi todos comulgábamos todos los días.

Por la tarde el mismo Padre Zumárraga, que tenía la plática de la mañana, nos hacía ver casi con los ojos las verdades que nos sirven para temer sólo al pecado: tantos eran los ejemplos con que nos lo aclaraba todo. Le estamos muy agradecidos.

Este acto de la noche lo teníamos después de rezar el rosario; apenas dejábamos un banco libre de los que llenan las tres naves de la iglesia. Es verdad que todos no éramos congregantes. Un congregante hubo de ocho años que trajo a su criadito a todos los actos, y quiso dar esos días su desayuno a otro pobrecito; otros trajimos a compañeros, que lo habían sido, y estaban bien necesitados de oír estas verdades.

Esto fué lo que recuerdo haberle oído al Padre; que otras cosas debía callarse, pues se veía que estaba más contento que de ordinario aquellos días.

R. P., Congr.

Concurso de fin de ejercicios.

Más de 300 congregantes tomamos parte en este concurso. A alguna de las preguntas contestamos bien todos. Hasta 85 acertamos con todas.

Ahí van escogidas a la ligera algunas soluciones:

¿En qué ocasión demostró más San Francisco Javier el horror que tenía al pecado?

Estando una noche durmiendo San Francisco Javier a los pies de la cama de su compañero enfermo, el P. Simón, para darle una medicina a cierta hora de la noche, vió el enfermo a San Francisco Javier que dormido hacía con los brazos grande esfuerzo, como quien con ellos procuraba apartar algo de sí, y de la fuerza que hizo despertaba echando sangre por la boca. Preguntóle el P. Simón la causa, y nunca la quiso decir; hasta que estando en Portugal para partirse a la India, por prenda de su mucho amor le declaró este secreto, diciéndole: «Sabed, hermano Simón, que Dios ha conservado hasta ahora intacta mi virginidad; pero aquella noche soñaba yo con unas vistas muy feas e hice tanta fuerza para apartarlas de mí, que rompiéndose una vena arrojé aquella sangre».

¿Qué verdad o qué máxima fué la que le inculcó San Ignacio a San Francisco Javier y le dió aliento para que fuese lo valiente que fué?

Cuando San Ignacio le tuvo por amigo, con la confianza de tal, le repetía muchas veces aquella sentencia de Cristo aplicándosla a él: «¿Qué te aprovecha, Javier, ganar el mundo entero si pierdes tu alma?»

¿Qué debe hacerse con los malos amigos?

Decirle: mira, chico, si no quieres ser decente, ya puedes marchar donde no te vea más.

Se les debe mandar ir a tomar el viento.

Decirles, que no nos vengan a fastidiar, que se fastidien ellos.

Reñir con ellos antes de cometer ningún pecado; pues para nada es bueno reñir con Dios.

Se les responde: Mira si tuviera dos almas, una te la daría a ti; pero, como sólo tengo una, no te la puedo dar; se la doy a Jesús, que siempre nos la está pidiendo.

¿Cómo se podría demostrar a muchos de los Congregantes, que no comulgan diariamente, que mienten al decir *no puedo*?

Poniéndoles delante otros que están en el mismo caso y comulgan.

Haciéndoles ver que no les falta tiempo para otras cosas de poco fuste.

Dándoles uno mismo ejemplo todos los días.

Haciéndoles ver que así como pueden acercarse a la mesa a las horas de comer; pueden también acercarse a recibir el Pan de los Angeles.

Que cuando se trata de diversiones, ya saben hacer un esfuerzo. Más hace el que quiere que el que puede.

¿Por qué San José tiene tanto poder, que dice Santa Teresa que: «No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado a San José cosa alguna que la haya dejado de hacer el Santo?»

Porque, como decía la Santa, José tenía el nombre de Padre aquí en la tierra y le podía mandar; así en el cielo hace cuanto le pide.

«Mientes» *(caso práctico del* no puedo).

Iba camino del colegio, cuando me encuentro con unos compañeros amigos míos y congregantes. Entre otras cosas se suscitó la conversación de que quiénes comulgaban. De repente, uno de ellos dice: «Yo no comulgo porque no puedo». Yo me callé por no ser indiscreto.

Continuamos nuestro camino y llegamos al colegio. Allí nos pusimos a estudiar. Yo me acerqué al que había dicho que no podía y le dije: «Oye, mañana tenemos partido en la campa de Begoña a las siete, y supongo que no faltarás». Contestación: «Sí, hombre, ¿no voy a ir? Con mucho gusto».

Al día siguiente allí estaba él el primerito. Se me acercó y me dijo: ¡Qué gusto, chico! ¡esto sí que es bueno! ¡levantarse tempranito para jugar al foot-ball! Entonces ya no pude contenerme y le dije: ¿Con que te levantas a las seis y media para venir a jugar al foot-ball, y no eres capaz de levantarte para recibir a Jesús, que es el que te proporciona todo lo que te hace falta? Anda, dime ahora que no puedes...

F. M., Congr.



El que comulgó a los cuatro años.

Encontré este grabado en una revista y se lo llevé al Padre, para que se animara a reproducirlo en la nuestra. Este es aquel niño de cuatro años, siete meses y veinte días, hijo de un juez de 1.ª instancia e instrucción, de quien os hablé en el número de Enero en Flores y Frutos. A oídos del Romano Pontífice llegó lo temprano que despertó la razón en este cordero y lo pronto que pudo así hospedar al Señor en su inocente pecho y aquí tenéis también las mismas palabras, traducidas del italiano con que el Romano Pontífice le felicita y le bendice.

«Al amado niño José Luis María Santaló y Rodríguez de Viguri, a fin de que recuerde siempre con igual fervor eucarístico el día más hermoso de su vida—8 Diciembre 1913—en el cual recibió por primera vez el Pan de los Angeles, reiteramos con cordial efusión la Bendición Apostólica, que extendemos a toda su familia.»

Roma, 6 Febrero 1914.

PIO PP. X.

Con que ya veis cómo el Romano Pontífice se complace en que se comulgue al despertar de la razón.

Y, ¿habrá todavía padres, que en punto a prudencia y sabiduría quieran habérselas con el que tiene la autoridad de Cristo y ni aun a los siete años dejen comulgar a sus hijos? ¡¡Vaya unos cristianos!!

L. R., Congr.

Aún fuera del Cine.

«¿Qué habremos hecho», me decía el otro día un compañero muy formal con quien voy intimando, «para que todos los días nos pongan en las manos programitas y argumentos del Trueba, del Olimpia o del Ossuna, como este que acaban de darnos? ¿Por qué se han de empeñar esos señores tan *simpáticos* en escandalizar no sólo dentro, sino también fuera?» Y me pareció que no discurría mal mi compañero.

«La verdad», le contesté yo, «¿qué falta hará que pongan en manos de chicos ni de grandes estas tonterías y porquerías, con todo lo peor que tienen las películas? Que si aquel engaña a sus padres y se escapa de malo manera y con peor compañía y que roba y se da a todas las trampas y resulta *así* el héroe de la fiesta.

Y lo mismo en los carteles. Parece que temen que no les vaya gente, si no ponen bien a la vista de cuantos no quieran cerrar los ojos lo más escandaloso que tiene la película.

«Así resulta», replicó mi compañero, «que queriendo o no queriendo escandalizan, y no poco, a los que no queremos pisar aquellas *obscuridades*».

No es extraño que le guste tanto al Padre que recojamos el mayor número de programas posibles y los hagamos ciscos.

R. L. L., Congr.

La película de la Pasión en estos cines.

Una especie de concurso tuvo el otro día el Padre en su despacho con unos cuantos que allí nos reunimos.

—*¿Quién da la mejor razón*, preguntó el Padre, *para que no se vaya a ver la película de la Pasión en estos Cines?*

Un poco de silencio y en seguida pedíamos todos la palabra. Nos la dió por orden, según estábamos sentados.

Porque allí van a divertirse, y la Pasión es para llorar.

Porque allí van a divertirse y pecando, y Cristo padecerá y de veras.

Porque allí se silba y patea la película que no tenga algo de picante, y es exponer a que hagan lo mismo con la Pasión de Cristo.

Porque no puede menos de ser ridículo que un comediante represente a Cristo.

Muy bien discurrís, nos dijo el Padre. *Pero, estas razones ¿valdrán también para las personas mayores?*

Para todo el que es cristiano, replicó el más vivo de los concurrentes.

I. R., Congr.

Como mi casa creo que hay muchas

(Continuación)

La verdad; creí que mamá me había de dejar en paz y no se empeñaría más en que le acompañase con mi hermanita al cine.

Le puse para esto el número anterior de Flores y Frutos en las manos; quise que leyese mi articulito, sin decirle, claro está, que yo lo había escrito; pero ni picó. Me contestó que no fuese tonto, que no leía esas cosas, que no dejaría de ir al cine. ¡Bueno!

Aunque sin esperanza ni remedio, no tuve paciencia y solté lo que tenía dentro. Le dije lo que en una ocasión oí por casualidad a un

Universidad de Deusto
Biblioteca

caballero: «La razón, le decía a otro, de ir mucha, la mayor parte, de la gente al Cine es sencillamente la *obscuridad*. Que alumbrasen bien el Salón con esa luz roja, que no impide la proyección, y vería V. qué pronto se marchaba de allí tanto *murciélago*, a quien daña la luz y por tanto la vergüenza.

No hace poco en un gran teatro de Madrid que, a la semana de implantar una luz roja, se encontró desierto.»

Soy chico de 15 años todavía y no sé si discurriré bien; pero, tengo para mí que no es el mejor sitio para que le respeten a uno un salón obscuro, y tan concurrido por esa misma razón.

Todo esto le dije con buenos modos a mamá y a mi hermanita que estaba delante y ¡qué pena! me pareció que se quedaron tan frescas.

A todos los Santos les estoy pidiendo en la Comunión todos los días, que abran los ojos los de casa y no se pongan en tan gran peligro.

J. M. H., Congr.

Otro valiente.

De un congregante de 7 años recibió el Padre el otro día una carta muy curiosa.

Le animé a que la publicara y ha accedido:

Queridísimo Padre: Siempre se me olvida mandarle una cosa para la revista y es otra hazaña mía, y aunque no sea más que la idea, se la pondré:

Para ver si había tocado la lotería, quisieron las muchachas comprar *El Imparcial*; y yo no sabía qué periódico iban a comprar. Creyendo que era la lista, llevaba yo cinco céntimos, cuando se me ocurrió mirar al rótulo y ví que era *El Imparcial*; y entonces no quise pagarlo y la muchacha dijo: «Pues yo lo compraré con mi dinero»; y yo le contesté: «Pues, lo compra con el suyo, pero yo no le pago». Y entonces ella y otra muchacha se fueron a leerlo a una habitación del patio. Yo les dije: «Hacer lo que queráis, pero en casa no entra ese periódico»; y me quedé en la puerta para que no entraran con él. Al poco tiempo oí pasos y salí a la escalera y vi que subían al parecer sin el periódico; pero, como yo estaba un tramo más arriba, vi que una de ellas lo ocultaba. Me abalancé para arrancarle el moño y tirarla por la escalera; pero la otra la sostuvo para que no se cayese; y yo, viendo que eran inútiles mis esfuerzos, le dí dos buenas bofetadas, y ella, que era muy colorada, se puso como un tomate y rompió el periódico muy enfadada.

Hoy voy a confesar, para mañana ir a comulgar.

Me parece que ha mejorado mucho mi mal genio, y todos me dicen que sí, que he adelantado mucho, y por eso estoy muy contento.

Le suplico ruegue mucho a la Santísima Virgen para que muera antes de cometer ningún pecado.

J. M., Congr.

Este, como decía el Padre, más que cordero es ya a los siete años un carnero. Bueno es, decía, no permitir que entren periódicos liberales en casa; aunque no tan bueno el modo para impedirlo. Si hubiese muchos radicales como éste, no mancharían mucho papel los rotativos liberales. Se vió en seguida que lo que más le gustaba al Padre era la buena noticia que le daba de lo que le tenía muy recomendado, que venciese su genio fuerte, que hasta en su carta se ve le está bullendo. No hay que decir lo que le gustó al Padre la despedida.

J. V., Congr.

¡Para los indios, Padre, para los indios!

Caja modelo: Va enriqueciéndose con bonitos rosarios, estampas preciosas, *series*, hasta collares de imitadas perlas y mil cosas curiosas, que suponen algún sacrificio para desprenderse de ellas. Así, nos dice el Padre, se aprende a ser sacrificado.

Perrillas salvadas y salvadoras: Aquí se ve más el desprendimiento: un juguete que nos ha cansado ya, no vale tanto como esas perrillas con que podemos comprar lo que se nos antoje. Una perrilla y otra perrilla suman ya 22,50, que mandaremos a los indios.

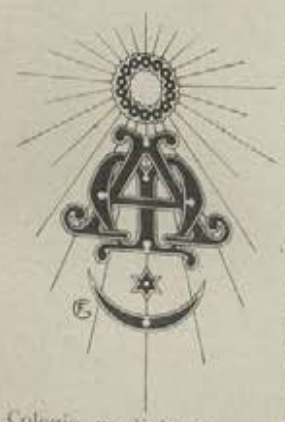
Cuadro de los indios: Encima de las cajas donde echamos las cosillas para los indios, tenemos una exhibición de cuadros, que se renuevan todos los meses con grabados del «Siglo de las Misiones». Se nos van haciendo más familiares y más amables y así nos acostumbramos a rogar por ellos.

J. R. S., Congr.



Núm. 7.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Mayo de 1914

Mayo.



Ya llegó el mes que más deseos tengo siempre que llegue: el mes de las flores, el mes de la Santísima Virgen.

Yo le daré en este mes flores; pero de esas flores que no se cogen en el campo, sino de aquellas que se cogen en el alma: en este mes he de ser más obediente que nunca, me he de aplicar más en el Colegio, no diré más mentiras y sobre todo no dejaré de comulgar y de hacerme más y más amigo de su divino Hijo. Jamás me acostaré ni me levantaré sin invocarte, Madre mía, y rezar tres veces el Ave María. Esta devoción quiero conservarla toda mi vida. Nada hay como la devoción que inamé y que es la que más me hal satisfecho.

F. M., Congr.

Recuerdos de mi niñez.

Tengo una estatua de la Virgen ante la cual desde mis tiernos años mi madre me enseñó a amar a mi Madre querida. Me dice que mis primeros besos; así como los de los otros niños son para sus padres, fueron para la Virgen y para su Niño. Ante ella, cuando no sabía hablar, me arrodillaba y hacía por invocarla, y después, según fueron pasando los años, la devoción creció y aprendí a rezar. Desde entonces nunca he pasado un día sin rezar a sus plantas las tres Ave Marías, el rosario y otras devociones, como el ofrecimiento, el Bendita sea, etc.; sin dejar la costumbre, que conserva, de mis besos.

Al llegar el mes de Mayo, la novena de la Inmaculada, la Virgen de Begoña, las vísperas de fiestas de mi Madre, del nacimiento del Niño, los sábados todos del año, ya desde la edad de 3 a 4 años, le he hecho obsequios especiales: privarme del postre, invertir el dinero que me daban para golosinas en flores para adornar a mi Madre y en limosnas que daba en su obsequio a los pobres.

Estas prácticas según mis años, ahora tengo 14, van adelantando y va con ellas aumentando el amor que tengo hacia su Hijo. Le estoy recibiendo diariamente y nunca, cuando tengo a mi Jesús en mi pecho, dejo de decirle que me lleve antes de tener la desgracia de ofenderle gravemente. En el colegio me han dado repugnancia los compañeros que tienen conversaciones adelantadas, y cuando he tenido algún apuro en mis clases, la he invocado con fervor. Yo nunca, no siendo para ir al colegio, me separo de mis padres; con ellos voy a todas partes, no piso un cine ni sé qué es; tanto que cuando en la Congregación en un concurso preguntaban por qué es malo el cine, me vi comprometido para contestar, pues como nunca he estado no puedo saber lo que allí pasa. Nunca tampoco he leído una novela y por supuesto no he pisado un teatro.

Antes de acostarme me despido ante la estatua de mi Madre; luego en mi cuarto me arrodillo, cojo en mis manos el crucifijo que tengo siempre debajo de mi almohada, hago mi examen de conciencia y después de haber descubierto mis faltas, le pido perdón de ellas, le beso con todo mi corazón y rezo mis Ave Marías y las oraciones que aprendí con mi madre.

Al levantarme doy gracias a Dios de haber pasado la noche, le pido su protección para durante el día, acordándome de la gracia que voy a recibir, la Comunión, que es mi fortaleza para todo el día. Nunca salgo de casa sin arrodillarme junto a mi estatua y rezar el ofrecimiento a la Virgen. Si alguna vez he bajado la escalera sin hacerlo, vuelvo a subir por prisa que tenga, y lo hago por supuesto con mis respectivos besos. Con estas devociones y este amor

Universidad de Deusto
Biblioteca

De un congregante, que está fuera, recibió el Padre una carta muy consoladora: entre otras cosas edificantes, le decía que su hermano se había animado a comulgar diariamente, leyendo el librito de la Pasión de Cristo. Aún a los que se ausentan de Bilbao sigue mandándoles el Padre todo, como si aquí estuviesen.

J. B., Congr.

Dos Conferencias de Misiones.

Con muy pequeño intervalo se ha visto honrado nuestro humilde Salón nada menos que con el Sr. Obispo de una de las Misiones de la China y con el P. Hilarión Gil, que nos han dado dos conferencias interesantísimas sobre las Misiones de infieles.

La del Sr. Obispo chino.

Nos habló su Iltma. (creo que se dice así) con sencillez propia de un Santo de las necesidades de aquellos desgraciados infieles y de lo fácil que es hacer mucho bien entre ellos, si les ayudamos con nuestras oraciones.

¡Qué bien se hizo cargo de que hablaba con chicos que estaban pendientes de sus labios; y la verdad, que aquella su venerable y modesta figura con aquellas largas barbas nos imponía; aunque su sencillez por otra parte se hacía amable en seguida.

Nos habló de las costumbres de los chicos allí en la China, de sus saludos, de la gran pobreza con que viven, de lo frecuente que es encontrarlos abandonados en las calles, sobre todo a las niñas pequeñitas. En fin, que durante media hora estuvimos viendo mejor que en proyecciones lo más interesante que hay allí que ver, para cobrar amor a aquellos infelices. De lo que he oído hasta ahora creo que es lo que me ha dejado mejor y más duradera impresión.

¡Pobrecillos! Que aquí todo nos sobre para el alma y para el cuerpo: tanta instrucción, tanto cuidado; y que haya allí tantos millones de desgraciados que se dan por contentos con tener un poco de arroz para quitar el hambre y que no sepan que hay un Dios que tanto nos quiere!!

Y aun los chinos cristianos se creen felices, la gran mayoría, si pueden en todo el año ver al Padre y confesar y comulgar y oír entonces Misa. En su diócesis creo que dijo tiene más de tres millones, casi todos por convertir todavía, y sacerdotes sólo **14**.

Desde aquí haremos de misioneros como el Sr. Obispo nos dijo. ¿Cómo? Pues, encomendándoles a Dios en nuestras oraciones y comuniones diarias, dejando gustos tontos para irnos haciendo hombres ,como aquí nos repiten mucho en la Congregación, y ahorrando algo todas las semanas para socorrer la pobreza de tantos misioneros.

Otra conferencia sobre Misiones por otro estilo.

fué la del R. P. Hilarión Gil, a quien ya conocemos por *El Siglo de las Misiones*. ¡Qué casos más bonitos nos contó sobre los trabajos y los grandes consuelos que tienen los Misioneros! A ver si el Padre no me dice en Junio lo que me ha dicho ahora, que mi artículo es ya muy largo, y no hay para tanto.

B. G. U., Congr.

Carta de nuestro Corresponsal belga.

Querido Padre: Recibí la suya, agradeciendo muchísimo tantas y tan buenas noticias como me daba.

Ya que tanto empeño tiene en saber lo que hacemos aquí le iré diciendo. Una de las buenas costumbres que aquí tenemos es la de rezar el Via Crucis todos los viernes, no de cuaresma, sino del año. Tal vez algunos de sus corderos al oír leer esto dirá que tendrán que ir allí obligados; pero no es así: sino que vamos muy libres y precisamente en tiempo de recreo y la mayor parte de los colegiales. Y no sólo los viernes sino todos los días empleamos cinco o diez minutos de recreo en hacer una visita al Amo sin ser tampoco obligatoria.

¿De comulgar? Comulgamos tanto los pequeños como los mayores todos los días. Para los indios, además de las perrillas que damos todas las semanas, como más les ayudamos es pidiendo a Dios por su conversión en nuestras comuniones.

Hasta otra se despide su cordero, que no le olvida.

J. M. E., Congr.

Como mi casa creo que hay muchas.

(Conclusión).

¡Ya respiro! Los que no pudieron mis razones, mis oraciones han debido conseguirlo.

Es el caso que después de los *ejercicios* que hicieron mi mamá y hermana en San Nicolás, no han ido más al cine.

Nos vienen contando un día que, en la meditación del infierno, el Padre les había hecho ver una película horrible.

Les había hecho pasar delante de los ojos unas como olas de fuego, que venían unas tras otras. Allí los condenados a manera de náufragos atormentados, en los ojos por haberles tenido despierto para todo lo escandaloso, en los oídos por haber escuchado conversaciones libres, etc., etc.; se revuelven en aquellas horribles llamas que les penetran hasta los tuétanos del alma y les hacen lanzar ayes desgarradores. Bien se veía que aquella película había sido más interesante, y sobre todo más provechosa, que las del cine.

¿Será esta película, o será algún susto de esos que los *murciélagos* alevosos acostumbran a dar a las concurrentes a esas oscuridades?

No sé; lo que sé es que ni mamá ni mi hermana no quieren pisar más los malhadados y tenebrosos salones del cine. ¡Bendito sea Dios!

¿A ver si como mi casa hay ahora muchas?

¡Amén! ¡Amén!

J. M. H., Congr.

hacia Ella y a su Hijo sacramentado a quien todos los días le hago la visita por la tarde, espero me conseguirá la gracia que le pido siempre: *antes morir mil veces que permitir que mi alma se manche por la culpa.*

M. T., Congr.

El ejemplo premiado.

Le recordaba al Padre el otro día el concurso que duró todo el mes de Mayo del año pasado. Ganaba el premio el que escogiera el ejemplo más apropósito para amar y confiar mucho en nuestra Madre. Para esto nos regaló a cada uno *El Mes de María* con 62 ejemplos sobre la Virgen.

Le he dicho al Padre que sería bueno publicar el ejemplo premiado, y le ha parecido bien.

Hé aquí el premiado:

Ejemplo.

Se conserva en los archivos de Carcasona este testimonio del mismísimo demonio. Estaba poseído de un demonio cierto hereje albigense en castigo de sus continuas blasfemias. Presentan el endemoniado a Santo Domingo, reza sobre él las oraciones de la Iglesia para obligar al demonio a salir de aquel cuerpo y le pregunta el Santo al demonio, antes que dejase a su víctima: «¿A quién temes más de cuantos habitan en el Cielo, y quién por consiguiente debe ser más amado y reverenciado de los hombres?» Después de manifestar su rabia con gestos y gritos responde: «Oid, cristianos, lo que tenemos que confesar: la Madre de Dios tiene toda potestad para sacar de nuestras manos a sus siervos. Ella desbarata todas nuestras artes como el sol disipa las nubes; ella malogra todas nuestras empresas. Confesamos por fuerza que ninguno de los que perseveran en su servicio ha venido jamás al infierno con nosotros. Un solo suspiro que ella presente a la Beatísima Trinidad, hace más efecto que todas las súplicas de todos los Santos. Más temor nos causa ella sola, que todo el Cielo junto. Sabed que por la eficacia de sus ruegos se salvan muchos cristianos a la hora de la muerte, y que si ella no destruyera nuestra máquina, ya habríamos exterminado a la Iglesia y arrebatado la fe de todas las órdenes de que se compone.»

Ya se le puede creer al demonio en esta ocasión. Muy contra su voluntad dijo esta gran verdad de lo bueno es confiar en nuestra Madre querida.

¡Agarrémonos a Ella con toda el alma!

J. M. T., Congr.

Nuestra Semana Santa.

Si hubiéramos tenido Capilla, ¡cuántas cosas hubiéramos hecho! Nos tenemos que contentar con un pobre y desequilibrado salón. A las siete y cuarto de la tarde lo convertíamos de improviso en Capilla; y lo que, según dicen, no se puede hacer en las capillas, lo hacemos en el Salón: teníamos un devotísimo Via Crucis con proyecciones de cuadros de los mejores pintores. El Padre se encargaba de hacernos en cada paso las reflexiones, que parecía leerlas en un libro, y el libro debíamos ser nosotros mismos: así de derechas iban las aplicaciones que nos hacía.

El Jueves Santo, ya que no podíamos asistir a la única misa (pues sólo nosotros llenamos casi todos los bancos) tuvimos nuestra misa leída desde el púlpito a las ocho de la mañana. Comulgamos todos los días que pudimos más numerosos que de ordinario; muchos esperamos hasta las nueve y media para no dejar de comulgar el Sábado Santo.

Quiso el Padre que estuviésemos bien ocupados en Semana Santa y para esto nos proporcionó un librito de la Pasión de Jesucristo sacada de la Vida de Cristo publicada en el *Mensajero* por el P. Vilariño. Hizo con este fin un concurso en el que el trabajo había de ser personal y propio.

Aquí van las preguntas y las soluciones que él pedía:

1.ª *¿Cuál es la principal enseñanza en las negaciones de San Pedro?*—Que debemos ser humildes y no confiar en nuestras propias fuerzas.

2.ª *¿Por qué San Juan fué tan querido de Jesús?*—Porque se conservó siempre muy puro.

3.ª *¿Por qué defecto se perdió Pilatos?*—Por ser, como la mayoría de los cristianos de hoy día, un cobarde, que obró contra sus propias convicciones.

4.ª *¿Qué nos enseña el grabado del hombre abrazado con Cristo crucificado?*—Que en todos nuestros trabajos y sufrimientos nada mejor que el recuerdo de la Pasión de Cristo puede consolarnos.

5.ª *¿Cuál es el mejor refugio en las tentaciones?*—La llaga abierta en el costado de Cristo, por la que podemos entrar en su Corazón, que como ninguno nos ha querido y nos quiere y puede ayudarnos en todas nuestras luchas.

6.ª *¿Cuál es mandamiento nuevo de Cristo?*—Que nos amemos unos a otros.

7.ª *¿Y por qué es nuevo?*—Porque quiso que la señal, que sirviese de distintivo a los cristianos, fuese este amor especial que quería tuviésemos entre nosotros.

Sólo pudimos tomar parte en el concurso unos doscientos cincuenta. A los demás no pudieron darles a tiempo el librito de la Pasión. ¡Lástima grande!

Con la primera solución dimos **72**, con la segunda, **52**; con la tercera, **88**, con la cuarta, **24**; con la quinta, **36**; con la sexta, todos, y con la séptima, **48**. Hasta **15** dieron con todas; pero aunque no había más que diez premios, hubo algo para todos.

Aquí están los premiados:

Ignacio Aranzadi, Camilo Basterrechea, Enrique Anzola, Miguel Meso, Ignacio Zuazagoitia, Jesús Moro, Jesús Salinas, Eduardo Zabalo, Aniceto Antón, Luciano Gastañazatorre, Pedro Vigil, Zacarías Landáburu, José D. Ipiña, Roberto Mendiguren, y Tomás Peral.

El mejor premio fué, como dice el Padre, que con esa lectura atenta conocemos mejor a Cristo y le amamos más.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Consejos de mi madre.

Cuando a tiempo se acordaron en mi casa que yo hiciera mi primera comunión, me llamó a parte mi mamá y me dijo: «Mira, hijo mío, para que el día que tú tengas la dicha de recibir al Señor, pueda un niño pobre presentarse decentemente vestido a la sagrada mesa, puedes ir guardando todas las perrillas; yo te proporcionaré una hucha y con tus ahorros le haremos todo lo necesario para vestirle al niño de pies a cabeza. Con ese propósito fuí ahorrando; y el día que la muchacha llevó el arreito a J. M. A., no sé quién estaría más contento, él, que lo recibió, o yo que se lo mandaba.

A los cuatro o cinco días de nuestra primera comunión, me mandó José M.ª su retrato con una corta, pero sentida, dedicatoria en la que me decía «Jamás te olvidaré».

Me pagó con creces.

A. L., Congr.

¡Para los indios, Padre, para los indios!

Vitrina.—La *Caja modelo* con lo más curioso de lo que traen los Congregantes tenía sus dificultades; pues como nos dice el Padre tenemos los chicos los ojos en los dedos y todo lo revolvemos. Ahora en la vitrina, que parece un precioso escaparate de quincallero, lucen que es un primor las cosas útiles que llevamos para los indios y no las podemos tocar. Allí se ven escapularios y Rosarios, medallas de todas clases y tamaños, un estuche pequeño de costura, una bonita imagen de la Virgen de Lourdes en metal, una brújula, un reloj de mesa de primera, una campanilla, ¡qué se yo!: todo lo que se nos ha figurado que era de provecho o para venderlo aquí, como los sellos y el papel de plata, o para mandarlos directamente a los Indios. A ver si dentro de poco podemos llenar una gran caja con todos estos chismes y la embarcamos para nuestros Indios!

Sellos empaquetados hay más de 100.000 y ¡los que quedan por empaquetar!

Perrillas salvadas y salvadoras. Suben ya a 44 pesetas las entregadas al Procurador de las Misiones, como nos consta por recibo. Después de lo que hemos oído en estas dos conferencias de la pobreza de los misioneros, no quedará Congregante que no deje su perrilla todos los Domingos. Uno, según oí al Padre, el otro día, el día de su Santo, dió para los Indios todo lo que le dieron, 5 pesetas.

J. R. S., Congr.

Otro valiente.

En la escuela, donde cursamos varios congregantes, nos hemos propuesto desterrar las malas lecturas, las malas palabras, las malas figuras; en una palabra todo lo malo.

Pues bien, se le ocurre a un desgraciado pintar una mala figura y enseñarla a los demás. Mi primera idea es rompérsela, pero esto no me es posible, por la resistencia que él pone y por estar el profesor en clase. Pronto tenemos que salir; ya se acerca la hora y espero a verme con él en la calle.

Llega la hora de salida y le espero; pero él me ve antes que yo a él y me llama, con todo y saber las intenciones que tenía de rompérsela. Llevaba la escandalosa figura en las manos. A él me dirijo para rompérsela; pero él, más fuerte que yo, me sujeta por los dos brazos y no me deja que me sacuda de él. En esta posición me enseña la figura, pero vuelvo la vista a las escaleras y veo salir a un compañero mío; le llamo en mi auxilio, se acerca sin perder tiempo, y viendo de qué se trataba, se decide defenderme; le agarra del pescuezo y le sujeta bruscamente. Entre los dos luchábamos, y él a punto de perder la figura en nuestras manos, se la mete a la boca diciendo: «Para que no me la quites me la como». Pero no era esto verdad; la tenía sin tragarla. Viéndonos en esta riña, viene otro congregante y le sujeta también del pescuezo con más fuerza para sacarle el papel de la boca.

Sucede lo de siempre, se reune un gran corrillo de chicos y entre ellos el héroe de esta historia. Se le acerca, le pega con más fuerza que los demás, cuando el malaventurado se nos vuelve a todos diciendo que no se metiera nadie con ellos. Accedimos a sus deseos y empezó la lucha mano a mano. El congregante ayudado por la Virgen le da en la cara un puñetazo y le marca los cinco dedos como de molde; le contesta el otro y están bastante tiempo, hasta que sale vencedor, a pesar de ser más pequeño, el congregante.

Al día siguiente el profesor que les había visto reñir y no sabía por qué, les llama, se entera y castiga al escandaloso, haciéndole llenar los tres encerados de la clase, con esta frase: «Yo he desmoralizado a los demás».

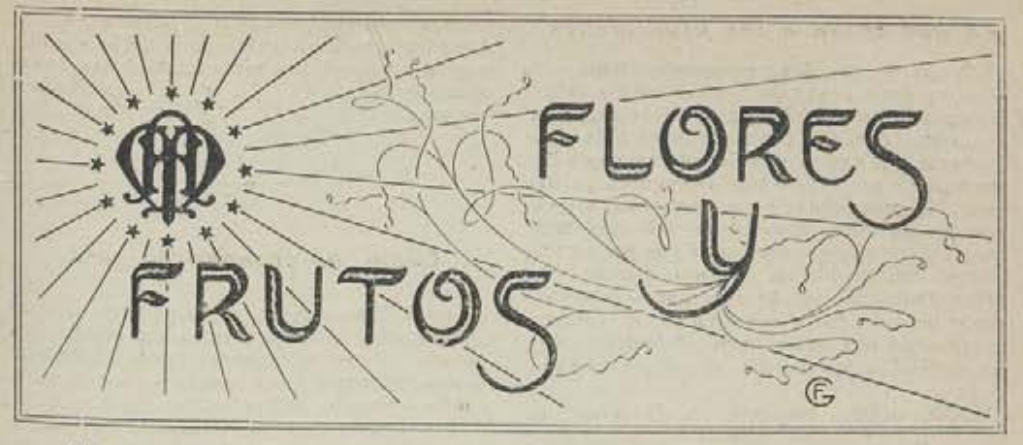
Si todos fuésemos como este pequeño y los maestros fuesen tan buenos como el nuestro, no había más escándalos en escuelas y colegios.

A. B., Congr.

Lo que debemos querer a la Virgen

Íbamos un día de paseo por un monte con papá y una hermanita, y enteramente tranquilos nos alejábamos corriendo los tres sin darnos cuenta de que estábamos solos. Cuando al llegar a la punta del monte, nos salieron dos perros de presa enormes, que ciegos venían a mordernos. Nos acordamos enseguida de nuestra Madre la Virgen Santísima y sacamos el rosario y la llamamos con todo nuestro corazón: «Sálvanos, María», y los tres en voz alta rezamos una Salve. En aquel momento, como movidos milagrosamente, los perros echan a correr y nos dejan. ¡Qué buena eres, Madre mía, que tanto quieres a tus congregantes.

C. de A. y I. de A., Congrs.

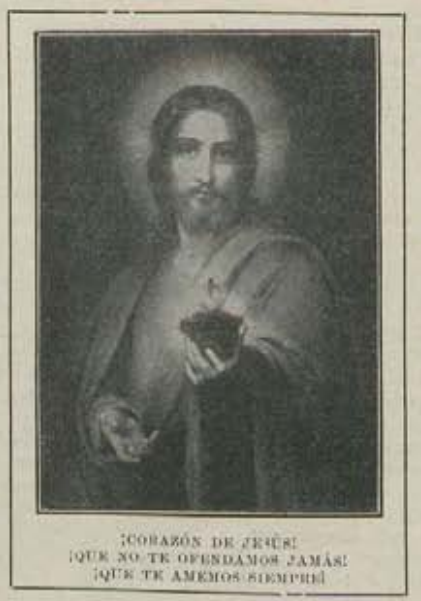


Núm. 8.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Junio de 1914

Nuestra bandera, o mejor, nuestro lema

«¡¡Qué te amen!!» tenemos inscrito en una gran placa del Sagrado Corazón, sobre la puerta de la calle del local que ocupamos. Se entra al Salón y el mejor lugar se ve ocupado por hermoso cuadro en colores del mismo Amo; en el despacho del Padre una gran fotografía del Señor ocupa la presidencia, y con el corazón en la mano nos está diciendo lo que nos quiere.

No suele costar mucho querer bien a quien bien nos quiere y no es otra cosa lo que el Señor nos pide.


¡CORAZÓN DE JESÚS!
¡QUE NO TE OFENDAMOS JAMÁS!
¡QUE TE AMEMOS SIEMPRE!

Así que no nos queda, Señor, más remedio que quererte de veras y pagarte en la misma moneda.

Mucho estás bendiciendo a esta Congregación ¡qué mucho que nosotros te bendigamos con obras sobre todo, y nos dispongamos desde la mañana, dejando un poco antes el sueño, a recibir el mayor de los dones! Deseamos mostrarnos agradecidos de esta manera tan fácil, recibiendo nuevos beneficios tuyos.

¡¡¡Qué te amemos de veras, Corazón de Jesús, y que te amen todos!!!

A. M. M., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

¿A qué se va a las procesiones?

¿A qué se va a las procesiones? Esto es lo que me puse a pensar cuando bajaba el día Viernes Santo por el puente del Arenal, y no se apartó de mí este pensamiento en toda aquella tarde. ¿A qué se va a las procesiones? Primeramente me hice a mí la pregunta ¿a qué voy a la procesión?; y me avergoncé al pensar que no iba a la procesión a lo que debía ir; yo iba a la procesión, para que me viesen, porque me mandaban en casa, porque iban otros. Pero ¿iba yo allí a honrar a Jesucristo como debía? ¿iba a dar ejemplo de compostura, como nos había dicho el Padre? ¡No!, me decía la conciencia, y yo callaba avergonzado.

«¡Ola, amigo», oigo que me dicen por detrás, «qué pensativo andas!»

Sí, bastante, ¿A que no sabes lo que venía pensando?

¡No!—

Pues venía pensando a ver por qué va tanta gente a las procesiones; a ver, por qué vas tú a la procesión, a ver por qué voy yo a la procesión.

¡Hombre! yo voy...

¿A qué vas tú? eso es lo que te iba a preguntar:

¿A qué vas tú?

Y vi que aquel íntimo amigo mío, que también era congregante, iba a lo mismo que yo.

Y nos encontramos con otro. ¿Y tú ¿a qué vas a la procesión? le dijimos los dos a un tiempo. Iba a lo mismo que nosotros y así cinco o seis.

¿Qué cobardes somos! dije. Si queréis iremos nosotros a la procesión a demostrar que somos congregantes.

Pues claro que sí queremos, me dijeron. Y fuimos adelante con nuestras velas con el firme propósito de ir a la procesión más tiesos que unas estatuas.

Pasó una media hora. Empezamos a desfilar con nuestras hachas encendidas. A poco viene un grupito de chicos, conocidos, pero bastante mal educados, que se nos acercaron alborotando.

¿Tienes una cerilla? me dijo uno.

No, respondí; e imité a mis compañeros, que más serios que un alguacil, ni siquiera les miraban.

Soltaron todos una carcajada al observar nuestras agrias caras y aquella carcajada resonó en mis oídos como un insulto a nuestro Amo, cuya muerte debía ser llorada por todos los hombres.

Por fin se fueron estos, y seguí observando. Vi que el que más y el que menos procuraba pasarse lo mejor que podía el tiempo que duraba la procesión: Uno encendió papelitos en la vela, otro se entretenía en echar bolitas de cera a sus compañeros, o mirar con aire aburrido a la gente de los balcones, y así la mayor parte.

Y toda esta gente dirá luego que ha ido a la procesión, le dije a uno de mis amigos luego de terminada ésta. Sí, y lo peor que irán diciendo que han ido a honrar a Cristo!!!

Y me indigné, me indigné mucho con una santa indignación, como jamás había sentido, y pensé: ¿A qué irá tanta gente a las procesiones? ¿A qué irá? ¿A qué se va a las procesiones?

A. M. M., Congr.

Cómo me enseñan en casa.

Uno de los consejos que mis padres nos reiten a mí y a mis hermanos con mucha frecuencia es que aprendamos desde ahora que somos jovencitos a ser caritativos y tengamos mucha compasión del pobre.

Para darnos ejemplo, viene a comer desde hace tiempo todos los domingos y fiestas un pobrecito anciano, que los días de labor come en el Asilo de Mena. No se le da de comer separado ni en la cocina, sino que come con nosotros y en nuestra mesa.

El día que no puede venir, por encontrarse indispuesto, ¡estamos más tristes!: notamos la falta de su agradable compañía.

Hace poco se enfermó el pobre Julián y fué al hospital. Me dice un día mamá: «Ya sabes, Antonio, que el visitar a los enfermos es una de las obras de misericordia; tenemos que ir al hospital a visitar a Julián». Fuí con mi mamá con unos paquetes de cigarros, que papá me dió para llevarle. Como no esperaba nuestra visita fué una buena sorpresa para él y para mí una alegría. No sé cómo, pero el caso es que estaba lo más contento.

A. L., Congr.

Miedo que aprovecha.

Quiero contar en honra de la Virgen el miedo que tuve la noche pasada por no rezar el rosario. Vine de la casa de mi tía algo tarde; al llegar dijo mi madre que íbamos a rezar el Santo Rosario (lo que hacemos todos los días). Yo le dije que estaba muy cansado y me fuí a la cama. Empieza en aquel momento una prima mía a leer un ejemplo sobre uno que no quiso en cierta ocasión rezar el rosario y me dió tal miedo, que estando ya en en la cama volví a vestirme, y al minuto me presenté a rezarlo con mejor voluntad que nunca.

Desde ese día ya no vuelvo a hacer semejante cosa. ¿Dejar a la Virgen, por diez minutos? ¡No! ¡Eso no! ¿quién sabe si me hubiese castigado la Virgen como aquel muchacho del ejemplo. Es que no quería que me fuese a la cama sin rezar su santo rosario. Tiene el Padre razón cuando nos dice que confiemos en la Santísima Virgen más que en ningún otro Santo!

C. de A., Congr.

Cuento en solfa.

Encontramos encima de la mesa del despacho del Padre una hojita, *El Rayo de Sol* número 97 «*¿A dónde vamos?*» Uno de los que allí estábamos la cogió, la leyó y le ocurrió al punto la idea de servirse del cuento para que el Padre hiciera allí mismo un concurso. Aceptada la idea, se leyó el cuento que dice así:

Cuento.

Erase un comerciante opulentísimo, dueño de un inmenso bazar, en que se encerraba toda clase de géneros, los más lindos, los más útiles y los más preciosos, en abundancia tal, que aunque los hombres todos de la población en que vivía, se dedicaran un día entero a saquearlo, hallarían bien que hacer y no tendrían necesidad de disputar sobre la presa. Y hé aquí que un día el dueño de tantas riquezas pone a la puerta de su establecimiento un cartel con este rótulo: «Entrada libre. Todo ciudadano tiene derecho a coger de estos almacenes cuanto guste en el tiempo que en ellos esté; pero se advierte que a cada uno se le obligará a salir a la hora menos pensada.»

¿Y qué te parece que hicieron los ciudadanos de aquella Jauja?

Los más discretos, presuponiendo que el tiempo que habían de pasar allí podría ser muy poco, procuraron aprovecharlo, haciéndose dueños del mayor número posible de monedas de oro, que allí por los suelos rodaban. Otros pusieron desde luego la mira en buscarse una corona real, una cartera, un elegante vestido. Lo cierto es que muchos se pasaron todo el tiempo en buscar lo que anhelaban, sin llegar a encontrarlo; otros hallando lo que querían malgastaron aquellas preciosas horas en lucirlo y gozarse con ello; otros, no menos faltos de cordura miraban a éstos con envidia y contendían por arrebatarles unas baratijas tan relucientes como inútiles. Toda esta infinita multitud de necios se reía de aquellos poquitos que sudaban en recoger y amontonar monedas, sin hacer caso de tan vistoso panorama. Pero hé aquí que a todos les fué llegando la hora de salida, y desde entonces los que habían llenado de onzas sus talegas, pudieron vivir siempre en la abundancia, mientras quedaron pobres y hambrientos demás.

Aquí acabó la lectura y ahora venía la aplicación del cuento y, la dificultad.

No fueron muy felices los primeros que lo cogieron en globo y lo embarullaron todo.

El que habló en cuarto lugar miraba mucho al Padre, y parecía que leía lo que pensaba y dió en el clavo. Fué parte por parte y a todo dió su aplicación y no mala.

La tienda o el bazar del cuento es este mundo, el amo del bazar que manda salir cuando quiere, tiene que ser Dios; los listos, que recogen el dinero son los buenos congregante; que viene a comulgar todas las mañanas; los tontos, que sólo cogen las cosas de colorines, que una vez que salen de la tienda no les sirve para nada, son los que sólo piensan en divertirse y apenas pisan el Salón de la Congregación.»

«¡Muy bien! Pues, a aplicarse el cuento», nos dijo el Padre.

I. B., Congr.

Frutos que se han recogido por no venir a la Misa diaria.

Poco sabrosos han sido. Ha salido profeta el Padre; nos ha estado diciendo que la Virgen daría un castigo a los que no vienen a la misa de siete y media. Así ha sido: pocos de los que pudiendo venir, no han venido este mes, porque decían que tenían que estudiar, han dejado de sacar su correspondiente fruto poco sabroso.

Por el contrario ¡qué bien les ha lucido y les ha ayudado la Santísima Virgen a los que han venido todos los días, sacando algunos sobresalientes y hasta matrículas!

¡¡Vaya si hay diferencia, entre levantarse media hora antes para poder comulgar todos los días, y tener que fastidiarse todo el verano con una o dos asignaturas!!

La Virgen no puede menos de ser generosa. ¡¡Viva la Santísima Virgen!!

J. S. Congr.

Si supiera escribir.

Si supiera escribir, no para escribir a ninguno de este pícaro mundo, sino para decirle algo, en este mes de Mayo a la Virgen Santísima; pero no sé cómo empezar.

Se me ocurre una idea: Mamá suele decirnos que la más pequeña mortificación, privarnos de un dulce o de otra cosa que nos guste mucho, o levantarnos a las siete todos los días, hecha por Dios o por la Virgen, tiene un gran mérito.

Algo de esto va le he ofrecido yo este mes, pues me he levantado no a las siete, sino a las cinco: oigo la misa que dice el Padre a las cinco y media, comulgo en unión de otro congregante, hago las flores y voy a casa, almuerzo, estudio y después al colegio.

Voy a contar también un medio de que me valgo para conseguir alguna cosa de mis padres: estudio mucho y hago lo que les agrada y después les pido lo que quiero, y, me lo dan.

Este mismo medio, empleo con la Virgen Santísima: primero le ofrezco este pequeño obsequio de madrugar por la mañana y todo lo bueno que hago durante el día y después le pido un favor: que me escuche un momento pues quiero decirle que desde hoy para toda mi vida me acoja bajo su manto, y si alguna vez cuando sea mayor estoy en peligro de perder su gracia, no lo permita, que antes me acoja en sus benditos brazos.

A. L., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

¡Para los indios, Padre, para los indios!

Carta de un Misionero chino a los Congregantes.

Wuhu, 19 Abril 1914.

Carísimo en X.º Padre: Esta es para que salude V. de mi parte a esos cariñosos Estanislaos y especialmente a los generosos donantes de sus ahorrillos y regalos para estos pobres chinos.

Dígales usted que estos paganos son muy desgraciados; pero estos cristianos, felicísimos. Les he contado por medio de otro Padre, que sabe el chino, lo mucho que los Estanislaos de Bilbao se interesan por ellos y decían que les diésemos las gracias.

No tengo tiempo ahora, pero no faltará de cuando en cuando una cartita para ellos.

Como veo por su Revistita que les gusta ver *santos*, he ido al taller de pintura del asilo de huérfanos y he pedido un cuaderno pintado por los huérfanitos aprendices. Es curioso: no muy presentable, pero al fin es cosa de unos niños chinos y se lo ofrezco a esos jóvenes europeos. Con auxilio de mi maestro he traducido lo que va en chino.

Usan este cuaderno algunos Padres en sus instrucciones a los catacúmenos.

Diga a sus congregantes que, cuando yo sea viejo, si Dios me concede vivir tanto, quisiera ver como sucesores de los Padres de ahora a algunos Estanislaos de Bilbao.

¡Qué gloria para ellos! ¡qué honra para la Congregación! ¡qué consuelo para usted y para nosotros!

Suyo in D.º

Pan chen fu. Ricardo Ponsol, S. J.

En otra carta, publicada en «El Siglo de las Misiones», el mismo P. Pan chen fu explicaba su nuevo nombre: «Sepan que ya no soy el P. Ponsol, sino el P. *P'an* que se parece algo a Pon y significa palacio. A todos añaden *Chen* que quiere decir espiritual y *fu*, padre. Así P'an-chen-fu, palacio espiritual Padres».

Lo que hace el buen ejemplo.

Los Congregantes de Durango, al ver lo que sobre las Misiones publicábamos en la Revistilla, se han animado: nos han mandado en poco tiempo 44.000 sellos y mucho papel-plata para que lo vendamos.

Lo que valga y 12 pesetas más, que recogieron en metálico mandaremos con lo nuestro.

I. R. S., Congr.

Ecos de la Congregación.

Cambio de hora.

A consecuencia de la nueva distribución de horas para las distintas Congregaciones de la Iglesia de la Casa Profesa, nos ha comunicado el Padre que nuestra hora fija para todos los días, aun los domingos, es a las siete y media. Hay que madrugar un poco más; pero, si todos se acuestan temprano como yo, no les costará mucho levantarse; y verdad es que cuando hay algo que nos gusta, ya lo sabemos hacer: el que no puede es porque no quiere.

Despedidas.

Ya han empezado algunos Congregantes a despedirse del Padre. Lo iremos haciendo todos los que salgamos y le daremos nuestras señas. Nos irá mandando, como el año pasado, lo que quiera, y estaremos en constante comunicación con él.

Nuestro mes.

Este de Junio, ahora que ya estamos en vacaciones, va a ser nuestro mes: es el mes de nuestro Amo y por lo tanto el nuestro; comulgaremos todos los días, le haremos alguna visita por la tarde; tomaremos parte en dos solemnísimas procesiones.

Nuestro día.

Nuestro día va a ser el día de nuestro Amo, el viernes 19, en que quiere ser honrado de una manera especial. Así lo haremos ya que tan bien quiere a esta Congregación. Nueve días antes, seremos más puntuales que nunca y más constantes y dejarán de venir tan sólo, los cobardes, que acabarán, como dice el Padre, por hacer congregación aparte. El día 19 repicarán otros las campanas; que si no, las repicaríamos nosotros; cantaremos, ya que no repicamos con más bríos que nunca; nos consagraremos o juraremos nuestra bandera, le entronizaremos, como ví en un opúsculo, en nuestro local; ¡a ver si nos hace valientes de veras!!!

A. M. M., Congr.



Núm. 9. Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Julio de 1914

A Loyola.

¡Cuatro días! ¡Con el pico cerrado! ¡En Loyola y con un Padre inspector que había de estar muy serio con nosotros! Estos fueron los puntos de la primera meditación, que la hice no en mi cuarto y a oscuras, sino en plena Gran Vía.

Por fin, como al Padre todo le tiene que salir bien, me decidí a marcharme con él. Y he aquí que en breve hago la maleta, me presento en la estación y rin ron, rin ron, rin ron, llegamos a Elgoibar. Montamos en dos magníficos *automóviles* de cuatro o cinco caballos de fuerza, y dimos el golpe. Un aldeano exclamó a nuestro paso: «¡Ené bada! cómo se arreglar San Ignacio con todos estos pues».—¿Que cómo? tener paciencia para llegar al final y lo veréis. Si algún diablillo se hubiera colado de rondón en mi maletín mientras subíamos por la cuesta, y hubiese escuchado por la cerradura, se hubiese chupado los dedos de gusto: ¡qué de proyectos! según ellos enriqueceríamos en cuatro días a la Tabacalera; no quedaría un pájaro vivo; hablaríamos por teléfono sin hilos y ¡qué sé yo lo que haríamos!

Pero de repente, divisar Loyola, conocer aquellos Padres tan amables, visitar la santa Casa, y darnos una vuelta el corazón todo fué uno. Y no digo nada, cuando a la mañana siguiente después de haber dormido de un tirón y oído misa, nos llevaron a una salita misteriosa. ¡Lagarto! ¡lagarto! ¡qué de pelucas nos van a echar. Pero ¡ca!... allí un Padre la mar de simpático nos contó unas cosas tan bonitas que todos decíamos poco más o menos: ¡Córcholis! ¡si tiene razón!

Y así de la Sala al cuarto y del cuarto a la Sala se nos pasaron los cuatro días en un periquete; y allí les tomamos una tirria a los cines y demás oscuridades, que no volvemos a ellos ni de *gorra* ni de sombrero.

El último día *lavamos la ropa sucia*.

Después de dormir más tranquilos que nunca, saltamos de la cama y recibimos al Rey de los Cielos. ¡Aquello sí que fué llover, no agua sino gracia!

Después de visitar algunas fábricas en Azcoitia por la mañana, nos despedimos de San Ignacio y sus Hijos, montamos en un coche y ¡arre! que es tarde ¡a Deva! Allí después de descorchar, muy bien por cierto, algunas botellas de sidra con su acompañamiento, con que nos obsequió Jesús Alzaga (muchas gracias), tomamos el tren y llegamos bastante felizmente a Bilbao. Para hacernos rabiar nos hizo movernos un poco, el misanísimo diablo que se agarró a los topes. En resumen: Al que no vuelva el año que viene, ¡MANTRO!

R. S., Congr.

En Loyola.

—¡Muy buenas, Padre! Ya son las 4 y 25.

—Pues adelante a ocupar vuestros puestos en el coche reservado.

Nos reunimos los treinta y uno y empezamos a comentar acerca de nuestra futura vida en Loyola, pensando en el aburrimiento que allí nos tocaría pasar.

Llegamos a Elgoibar después de un alegre viaje en tren, y montamos en dos grandísimos coches que nos transportaron a Loyola, donde entramos cantando la Marcha de San Ignacio.

Después el R. P. Ministro nos enseñó las admirables habitaciones pertenecientes a San Ignacio, de cuya hermosura, valor, etc. quedamos estupefactos. A la mañana siguiente a eso de las 10 entramos en ejercicios. Los daba el R. P. Lasquíbar, que con gran empeño y celo nos hizo comprender las verdades eternas, que tanto nos hace falta tener presentes. Un pequeño resumen de lo que nos mostró es lo que sigue:

Empezó por hablarnos del fin del hombre en este mundo, que no es otro que la salvación del alma.

Universidad de Deusto
Biblioteca

A continuación la realidad de lo que era Dios y lo mucho que está comprendido en El mismo. Más tarde nos puso delante los sufrimientos y penalidades del infierno y ¡qué horror! Si los tuviésemos siempre presentes, no cometeríamos ningún pecado. Después nos hizo comprender lo mucho que Jesucristo N. S. pidió a Dios Eterno Padre por cada uno de nosotros en particular; pues habiéndole ofendido tantas veces no nos ha arrojado a la pena eterna.

Al día siguiente nos describió la horrorosa muerte del pecador y la muerte del justo.

Llegó el viernes a la tarde y después de haber pasado el tiempo casi sin darnos cuenta fuimos a hacer la confesión general, quedando así preparados para la fervorosa comunión del día siguiente. Antes recibimos la bendición papal y de este modo dimos fin a los santos ejercicios. ¡Que se afirmen nuestros propósitos y no nos metamos en malos trotes!

¡Adiós, Padres, hasta el año que viene, si Dios quiere! A fortificarnos de nuevo en nuestros firmes propósitos.

R. R., Congr.

Al salir de Loyola.

No me explico; pero es el caso que apenas pudimos soltar la lengua, cuando nos encontramos juntos los nueve más amigos. Todos convinimos en que teníamos que hacer algo para conservar el fruto de los ejercicios. ¿Pues, qué haremos?—Un compromiso, dijo uno, para seguir muy unidos.—Una cruzada, salta el más vivo, para hacer todo el bien que podamos. Seguimos hablando sobre lo que podríamos y debíamos hacer, hasta que pasó por allí el Padre y le dijimos lo que estábamos tratando.—¡Muy bien!, nos contestó, al llegar a Bilbao os reunís y concretáis los puntos y, si queréis, el reglamento. Así fué. Al día siguiente a nuestra llegada, nos reunimos en el Salón y como lo teníamos muy discutido en seguida quedó todo arreglado.

Nos reunimos para dos cosas: 1.ª para conservarnos en gracia, y 2.ª para hacer todo el bien que podamos.

Para conseguir esto: 1.º Misa y comunión diaria; 2.º Obras de celo, como catequesis, etc.; 3.º Visita por la tarde al Santísimo; 4.º Devoción especial a la Santísima Virgen, nuestra Madre; 5.º Obediencia especial al Padre; 6.º Algunas obras de misericordia, y 7.º Volver todos los años a ejercicios a Loyola.

Así quedó convenido y esperamos tener fuerzas para cumplirlo.

R. M., Congr.

Como este niño habrá pocos.

(De nuestro corresponsal francés).

Eran, poco más o menos, las cuatro de la tarde, cuando de paseo me encuentro con un niño de unos siete años, pensativo y como rezando.

Yo como curioso le pregunto: ¿Qué haces? ¿qué rezas? Y él me contesta: Estoy aprendiendo a rezar el Padrenuestro y el Avemaría para enseñárselo a papá y a mamá, que no quieren ser buenos.—Muy bien, le contesto: Desde mañana vas a venir conmigo al catecismo. Pasa un mes y el chico sabe ya bien las oraciones.

Un día espera a que sus padres cenen y den de cenar a una tía que tenían en casa enferma. Apenas había acabado de tomar su padre la última gota de vino, dice el niño a su padre: —Papá, ponte aquí de rodillas. Su padre le dice:—¿Por qué?—Porque te lo mando yo. El padre obedece.—Mamá, ponte aquí de rodillas. Y la mamá se pone de rodillas.—Ahora a decir lo mismo que yo: «Padre nuestro...» ¿Qué es eso, la tía no responde? Pero, tía, ¿por qué no respondes? Sí, ya puedes. Repetid todos conmigo: Padre nuestro... Dios te salve, María... En el nombre... Bien, ya hemos terminado. Ahora voy a la cama.

Todas las noches hacía lo mismo. Y ¿sabéis lo que pasó? Que llegó un domingo y el niño se viste y va al cuarto de su padre y le dice: —Papá, son las ocho. Vístete pronto, que te voy a llevar a un sitio muy bueno. El padre se levanta y salen los dos hacia la iglesia. Sin decir una palabra hace todo lo que su hijo le manda y cuando llega a casa le dice el chico: —¿Te ha gustado? Y el padre responde:—Sí, monín.—Pues eso harás cuando yo te mande. Y desde aquel día entró en casa de aquel chico la tranquilidad y la paz, mientras antes todo era discordia y guerra.

F. S. M., Congr.

Para los catequistas.

Iba yo un día con un joven congregante, compañero mío de catequesis, que aunque era muy buen chico no tenía nada de Santo, cuando al pasar por una confitería (como éramos los dos muy golosos) se nos ocurrió comprar unos caramelitos que nos debían de sentar muy bien, según nosotros: subíamos, pues, con nuestros paquetitos en la mano y se nos estaba ya haciendo agua en la boca, cuando se viene hacia nosotros un rapazuelo muy pequeño despabilado que nos dice: ¿Me dáis un caramelo de esos? Ya preparaba yo mi paquete, cuando adelantándose mi amigo y dirigiéndose a los muchísimos crios que ya nos rodeaban les dice: ¿Quién sabe mejor el Credo? el que lo sepa se lleva el paquete y al poco iban diciendo uno por uno el Credo; no todos lo sabían, y mi compañero cumpliendo la promesa regaló el paquete al que mejor lo dijo; repartí el mío entre los demás y quedaron todos muy contentos. Pero no terminó aquí la historia, sino que, dirigiéndose mi compañero al que ganó el premio, le hizo varias preguntas, y habiéndole contestado satisfactoriamente, le dijo: ¿Dónde aprendes todo eso?—Pues en el catecismo, respondió el muchacho.—Ya lo sabéis, dijo entonces mi amigo dirigiéndose a los demás, volveré el mes que viene y veremos quién se lleva el premio. Y todos aquellos muchachos empezaron a acudir al catecismo con la esperanza de los caramelos, y nosotros nos tomamos el trabajo de acudir todos los meses a la citada confitería.

A. M. M., Congr.

¡Este la entiende!

Antes de acostarme me pongo de rodillas al pie de la cama y hago una meditación sobre estas frases:

¡Que no os ofenda jamás! ¡Que os ame siempre! ¡Que os reciba, Jesús, en mi pecho siempre que pueda! Cojo separadamente cada frase y la reproduzco más detallada en mi mente, de esta o parecida manera:

¡Que no os ofenda jamás!

Señor, escuchad estas palabras que salen de la boca, o mejor dicho de! corazón, de este congregante. Os pido perdón de todos los pecados que he cometido hasta ahora y espero vuestra ayuda para que no los cometa en adelante. Libradme especialmente de los pecados mortales; para que mi corazón no abra su puerta para despacharte y recibir al demonio en lugar tuyo.

¡Que os ame siempre!

Claro que sí, para que no os ofenda es preciso que os ame. Pero ¡qué llena está la tierra de peligros! Señor, que has dicho hablando de tu Sagrado Corazón: Este es el corazón que tanto ama a los hombres, estás comprometido a sacarme del letargo causado por el pecado ¡que sea vuestro amigo y os ame por toda la eternidad!

¡Que os reciba, Jesús, en mi pecho siempre que pueda!

¿Cómo podré demostraros ¡oh Jesús mío! que soy tu amigo? Sencillamente, pidiendo al Señor la gracia de poder comulgar todos los días. ¡Jesús, concededme esta gracia, para que pueda tener todos los días una entrevista contigo en la santa Comunión!

Después de estas meditaciones digo algunas oraciones y el acto de contrición. Luego me acuesto y con el auxilio de la Santísima Virgen me levanto sin ningún pecado.

Voy en seguida a Misa con los otros chicos y comulgo, pidiendo a Dios y a la Santísima Virgen, que guíen todos mis pasos para no caer en pecado.

R. M., Congr.

Cómo me enseñan en casa.

Tengo trece años, y a pesar de mi poca edad, son varias las veces que he ido con hacha cuando ha ocurrido llevar el Señor a algún enfermo pobre. Pero creo que jamás me olvidaré de una vez que fuí con otros siete niños de la misma edad que yo.

Un día que fué mi madre a visitar a un enfermo se encontró que estaban disponiéndolo todo para traer el Santo Viático y que sólo faltaban hombres para llevar las hachas. Voy a ver si yo los encuentro, les dijo mi mamá, y salió de la casa. No encontró hombres; pero sí ocho niños. Vestidos en un momento con nuestros mejores trajes, y frotándonos las manos de contentos, fuimos a acompañar al Señor. Los dos niños más altos llevaban las varas del palio, y los otros seis niños llevamos las hachas.

Llamábamos la atención por nuestra formalidad, y al vernos entrar en una casa de humilde aspecto, y saber que la enferma era muy pobre, alabaron nuestro proceder, y una señora que se enteró de todo, entregó a mi mamá ocho pesetas para que pagara las hachas; también ella quería tomar parte en tan hermoso acto.

Cuando después de terminado todo fuimos a verla, la pobrecita Patricia no sabía cómo darnos las gracias y con lágrimas en los ojos nos apretaba las manos y nos decía: Dios se lo pagará.

Los ocho chicos volvimos a nuestras casas lo más satisfechos: en aquel momento no envidiábamos a nadie.

A. L., Congr.

¿Por qué no hemos de hacer todos lo mismo?

Hace ya dos años que empecé a leer Vidas de Santos. En todos ellos he observado que desde los primeros años han tenido todos especial devoción a la Santísima Virgen; que ella les ha animado a vencer todas las tentaciones y con su favor las han vencido.

Así me ha entrado a mí la devoción a la Virgen y no hay necesidad ni tentación en que no acuda a ella.

Ahora, sobre todo, en vacaciones, que tanto tiempo tiene el demonio para tentarnos, me he de defender con ser muy devoto de la Virgen.

J. L., Congr.

Otro valiente.

He tenido una empeñadísima lucha con el demonio; cuando antes de acostarme rezaba mis oraciones ordinarias con casi ninguna devoción (pues yo lo que deseaba era dormir, sin imaginarme por casualidad lo que me iba a pasar) el demonio quería fastidiarme y estuvo a punto de conseguirlo.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Mientras que yo pensaba dormirme, el demonio comenzó a engañarme muy blandamente con sus tonterías; pero apenas conocí quién era el pícaro, que no me dejaba en paz, comenzó la lucha: la conciencia me ponía a la vista todos los males que me sobrevendrían; pero por otra parte tenía el fruto venenoso tan buen cobijo... Así estuve luchando muchos minutos que me parecían horas y cada vez más excitado... Cuando de repente tropiezan mis manos con el crucifijo que tenía sobre el pecho... Me doy cuenta de ello, lo agarro fuertemente, y me pongo a rezar lo que me ocurre, unas avemarías, sin fijarme en lo que digo, tan excitado estaba... Así estuve un rato y desapareció la lucha y con ella el demonio burlado al ver que yo no peleaba con mis propias fuerzas, sino con las dos invencibles fuerzas de Jesús y María.

En seguida me vino a la memoria la poca devoción con que recé al acosarme, y a lo que me expuse, y reconocido lo nada que soy sin el auxilio del cielo, me humillé y le dí gracias con toda mi alma, a mi Madre y á Jesús crucificado, que a no tenerlo al pecho, habría sido vencido... y dormí tranquilamente.

Que esto aparezca con otra firma y que no sepan quién escribe. No tengo más tiempo para escribirle. Voy a cenar.

Su corderito no le olvida en la comunión ni le olvidará.

X. X., Congr.

Otro valiente más.

Salía yo una vez de la clase, ya de noche, cuando un grupito de cuatro o cinco chiquelos empezaron a insultarme. Se decían unos a otros, y en alta voz para que les oyese: Mira, mira, ese es de la Congregación, ese va a misa todos los días como un lerdo; cree que hay Dios y que con eso va a ganar algo. De pronto me avergoncé; pero me repuse en seguida y contesté al que me amenazaba con la navaja: ¿Qué miedo voy a tener yo a las navajas con esto? y les enseñé mi rosario que siempre llevo en mi bolsillo.

Desaparecieron todos como por encanto y sin decir una palabra, y al parecer llenos de vergüenza.

Entonces pedí a Jesús y a su Madre Santísima que me dé mucha valentía y que consienta que muera entre los mayores tormentos antes que ofenderle.

J. L. de C., Congr.

¡Para los indios, Padre, para los indios!

Con las 44 pesetas de antes y las 36 que una y otra perrilla han sumado en poco tiempo, son ya 80 las pesetillas que han tomado camino de las Misiones.

Una gran caja se puede llenar con mil objetos variados que regalamos a los indios. Pronto la facturamos.

J. R. S., Congr.

Correspondencia abierta.

Un corderito de siete años.

El mes de Mayo lo terminé, cumpliendo las prácticas que había en las hojitas y rezando el Santo Rosario en familia. Comulgo siempre que puedo.

Aquí enseño a rezar y la doctrina a un pobre niño, como yo de siete años, que no sabe ni santiguarse.

A. E., Congr.

¡Jamás!

Aunque hemos tenido aquí ferias y había muchos cines abiertos y sepa, Padre, que no he pisado uno.

L. H., Congr.

Antes de dormirme.

Hay aquí conmigo cinco muchachos españoles. Mándeme cinco exámenes con la estampa de San Estanislao. No dejo ninguna noche de hacer mi examen.

Z. L., Congr.

Mucha constancia.

Hasta hoy no he dejado un día de tener al Amo en mi pecho y así pienso continuar todas las vacaciones.

J. B. A., Congr.

FLORES Y FRUTOS

Núm. 10.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Agosto de 1914

La procesión por el mar.

A las 2 corría que me las pelaba por el muelle de Ripa. Pues no era nada: ¡perder un paseíto por el mar, en el magnífico remolcador que generosamente nos habían cedido los señores Sota y Aznar!

Por fin llegué a tiempo; a las 3 en punto dejamos el muelle y quedaron con las ganas de venir los que habían venido a despedirnos.

—Vamos a ponernos en la proa, dijo de improviso uno que por la energía de su voz y de su talla parecía un Napoleón. E inmediatamente se posesionó de ella, seguido de cuatro o cinco valientes; y digo valientes, porque aun yendo allí no tenían miedo a las sensaciones del estómago. Yo que lo tengo más escrupuloso, me coloqué en la *meta* y así hice un viaje que fué encantador. Después de haber pescado unos diez o doce corderos veraneantes en Portugalete (eso de pescar corderos sólo sé hacerlo yo) llegamos al Abra. ¡Oh! ¡Ah! ¡Oh! Estas o parecidas exclamaciones se escaparon de nuestras gargantas al ver reunidas en el Abra tantas y tan preciosas barquitas. A las 4 y media salía la procesión.—Mira, decía uno, parecen las lanchas, polluelos que se agrupan al lado de la Madre.—¡Cómo le gustará a la Virgen que le acompañemos!, decía otro.—Más le gusta que te levantes antes por la mañana. —¡Qué barco tan hermoso!—Es el *María Cristina*, y damos la vuelta por él para que bendijese la Virgen a los emigrantes que van a América.—Sí, a ayunar más de lo que manda la Iglesia, repuso otro. Estos comentarios que los hacían a mi lado, se interrumpieron para gritar una vez acabada la procesión: ¡Afuera del puerto, Padre! ¡Afuera! Salimos y una vez que hubimos probado nuestras aptitudes marinas, muy afortunadamente, por cierto, probamos las meriendas que nos habían preparado en casa. Antes no lo hicimos por si acaso... Y en seguida llegamos a Bilbao. ¡Que se repita!

R. S., Congr.

Congregantes en acción.

Corre la voz: «Hay mañana una velada en los Campos Elíseos a beneficio de... ¡¡las escuelas laicas!!» Oir esto y ponernos en movimiento todo fué uno... ¿Quedar nosotros tranquilos al enterarnos de tal barbaridad? ¡Imposible! Habiéramos sido cómplices de tal salvajismo.

La noche anterior nuestra imaginación no paraba en inventar maneras de hacer fracasar la proyectada velada.

Por fin nos decidimos a emplear un medio suave: la propaganda de buenas hojitas.

Y ¿cómo? Plano en mano estudiamos calles y caminos por donde suelen venir los obreros a las 12 a comer. De dos en dos nos situamos en todas las entradas de Bilbao, y multitud de hojitas *Rayos de Sol* pasaban de nuestras manos a las de los transeuntes, que a toda prisa iban a sus casas a comer.

Otro tanto a las 6 de la tarde, cuando volvían de retirada de su trabajo: les esperaba otra hojita por el estilo.

¿Qué tendrían esas hojas que en cuanto llegaban a las manos de algunos parecía que les habían aplicado una corriente eléctrica? Pues nada; que les cantaba las verdades a los laicos; y como las verdades amargan, les amargó tanto a algunos, que no sabiendo cómo desahogarse, pegaron a los congregantes más pequeños que las repartían: uno recibió tal bofetón que le quedó marcada la cara varios días, que la enseñaba con cierto orgullo.

Resultado. Conseguimos que la función fuese un fracaso, y tan grande que más cuenta les hubiera tenido haberla suspendido: como que perdieron dinero: el público se redujo a un centenar, allí, en el *gallinero*.

Con esto no les quedará ganas de volver otra vez a dar una función. ¡Viva la Virgen!

L. L., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Nuestra excursión eucarística a Castillo-Elejabeitia.

¡Oye, conista! ya podemos correr, que no faltan ni cinco minutos para que salga el tranvía.

—Sí, eso que estamos más puntuales que de costumbre.

Con estos o parecidos diálogos llegamos a la Plaza Arriaga y tomamos los dos coches de la línea de Arratia. Allí nos esperaba el Padre con ciento veinte compañeros. A las seis y media ya estábamos andando. Se empieza a oír:

—Padre, déjeme ir en la plataforma, que yo soy muy formal.

—No, no le deje ir a ese, que quiere ir tocando el timbre, replicó otro también *formal*.

—Sí, eso dice para que le deje ir a él.

Un incidente cortó la disputa, que amenazaba dar al traste con toda la formalidad de aquellos Goliats. Era un rezagado que corriendo como un gamo y sudando la gota gorda se presentó ante el Padre, diciendo:

—Perdóneme, Padre, pero estaba...

—¡Muy bien en la cama!, se apresuró a contertarle otro perillán.

Y a no ser porque nos pusimos a rezar un Padre Nuestro no acaba tan pronto la disputa.

Pim, pam, pum y tilín, talán, tilín, talán, o sea, cohetes y campanas fué lo que oímos al llegar a Castillo Elejabeitia. Allí nos esperaba el pueblo con su digno párroco a la cabeza, el cual nos condujo a la iglesia, donde después de oir misa cumplimos la principal parte de nuestro programa: comulgamos.

El P. Olavarrieta exhortó a los feligreses a comulgar diariamente, siguiendo nuestro ejemplo. Después fuimos a desayunar a casa de doña Caridad Carranza, que haciendo honor a su nombre, colocó en su hermoso frontón larguísima mesa. Allí estaban en orden de batalla humeantes tazas: batalla que comenzó cuchara en mano. Mientras nosotros desayunábamos tranquilamente, doña Caridad, sus hijos, sus hijas, la miss, criados y criadas iban y venían deshaciéndose por servirnos. Así cumpliamos la segunda parte de nuestro programa: divertirnos. Jugamos a la pelota, al pelotón, al columpio, a la rana; y un carnero que salió por allí, tuvo que retirarse avergonzado de que nos riésemos de sus retorcidos cuernos. El burro tuvo que andar más de lo que hubiese querido. De repente suena el silbato y ¿qué pasará? ¿Nos fusilarán? Todo fué que nos quiso retratar el afamado arquitecto don Pedro Guimón. Y lo hizo, no sé si muy a su gusto.

Villaro.

Allí también nos esperaban con cohetes y todo. En la hermosa campa improvisamos tiendas de campaña y nos dispusimos a no dejar ni rastro de la sopa de arroz que ya no quemaba. Aligeramos el peso a los sacos de provisión y rociamos todo con rica y helada sidra.

Carreras en sacos.—¡Y qué carreras! Los corredores llegaron en seguida... en seguida a comprender que era imposible meterse en sacos y a la vez correr. Después de unas carreras de velocidad sin sacos fuimos a la iglesia a rezar el rosario, donde el P. Olavarrieta animó también a la comunión diaria. Cantamos un poquitín y saltamos y jugamos otro poquitín y... tín, tín, tín, al tranvía. Con el lastre que llevamos (las peras que nos regalaron en Castillo), llegamos perfectamente a Bilbao. Muchas gracias por el cariño con que en todas partes nos reciben.

R. S., Congr.

Correspondencia abierta.

Se explica bien.

Mi programa empieza desde las ocho, que me levanto, hasta las diez y media que me acuesto.

Cuando me levanto, lo primero que hago es ir a misa.

La cuestión de confesar no es problema fácil: pues como hablan los sacerdotes francés, no me puedo entender con ellos (porque no sé hablar francés); pero mi hermana María y yo vamos a San Sebastián (que ya es España) a confesarnos, y comulgamos en San Juan de Luz; pues para comulgar no hace falta hablar; así es que me parece que no es mala mi vida. Por aquí no tengo otros amigos que mi familia que son unos amigos... ya los conoce usted. Muy buenos, ¿no?

El otro día fuí con papá a Bayona y a Biarritz, que es una preciosidad todo este contorno. A mí me parece que es mejor que las Arenas, Algorta, etc.

En la iglesia hay que estar con una devoción tremenda, pues por un poco que se hable, le ponen todos una cara, que parece le dicen a uno que se marche de la Iglesia.

J. P., Congr.

No quieren enterderme.

Aquí, Padre, mi vida es esta: rezo el Rosario, hago mi examen todas las noches y comulgo todos los días.

Le parece a esta gente aquí, en Francia, que no se puede comulgar sin confesar y me lo han dicho varias veces. Yo les digo que no hay tal cosa, que el que no tiene pecados graves, puede comulgar. Insisten en que hay que confesar para recibir la absolución. Entonces yo les digo a ver si tengo que ir a confesarme para decirle que voy a comulgar. Se callan, pero no parece se quedan conformes.

A. D., Congr.

Catequista entre baturros.

Aquí me tiene usted, Padre, en Aragón, entre baturros.

Estoy enseñando el catecismo a un chico de nueve años que todavía no ha confesado, ni comulgado. No sabía lo que es pecado, ni infierno, ni el misterio de la Santísima Trinidad y empezaba a decir el «Yo pecador» y terminaba con la Salve. Ya le he enseñado todo eso.

Ya le escribiré un articulito para FLORES Y FRUTOS.

J. S., Congr.

Madrugadores.

Ayudamos a misa todos los días los dos primos y comulgamos en ella y eso que es tempranito (a las 6). Repartimos los grabados y quedaron los chicos muy contentos.

E. I., Congr.

No calla, pero observa.

Querido Padre: Algo atrasadilla anda mi carta. Le quiero contar un diálogo que tuve con un francés, que se las echaba de instruído en religión y no sabía hacer la señal de la cruz, ni los artículos, ni cosa que lo valga. Se reía de que nuestro catecismo era muy pequeño:

—En este catecismo tan pequeño no pueden estar todas las cosas de la religión.

—Pues yo se lo aseguro que sí; y en el suyo todavía falta algo. ¿Sabe hacer la señal de la cruz?

—Sí, la sé.

—Hágalo ver.

Y el francés rizo: En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

—Y ¿nada más que eso?

—No, así pone el catecismo.

—Pues yo creía que era: «Por la señal...» y le hice lo que se hace en España.

—¡Eso! ¡eso es protestante!, me dijo muy serio.

—¿Sabe usted los artículos de la Fe?

—No.

—¿Sabe los Dones del Espíritu Santo?

—No.

—Pues entonces, le dije, ¿qué catecismo es ese que ustedes estudian?

El francés bajó la cabeza y no respondió nada.

—¡Si viera usted, Padre, cómo comulgan! Es un escándalo verles. Dicen que comulgando todos los días, se abusa de la bondad de Dios.

Tienen otra costumbre también que no me parece muy católica: No arrodillarse en toda la Misa más que en el Alzar y en la Comunión del sacerdote. En el Evangelio se quedan sentados. Cuando se da la comunión el sacristán no lleva una vela para alumbrar al Señor.

Pida a Dios para que en la Congregación no haya nadie como estos franceses. Su cordero

Z. L., Congr.

Hay de todo.

Los corderos de por aquí deben de tener mucha lana, pues se pegan a las sábanas y no aparecen por la iglesia, excepción hecha de los dos más pequeños: uno de ellos ayuda a misa. Ya procuro animar a los demás, pero, como si no, pues no se deben preocupar de mis palabras.

Cumplo punto por punto los artículos de la Cruzada.

Sería muy agradable para mí el que nos honrasen con su visita: Usted, así dijo, que por usted no quedaría.

R. R., Congr.

Repartiendo grabados del Sagrado Corazón.

A una mujer que le dí agradeció tanto que hasta lloró y le llenó de bendiciones a usted que de seguro llegarán al cielo. Le dí varios para repartir porque tenía más conocidos que yo.

A. A., Congr.

Bonita contestación.

Hay aquí una persona que empezó un día a decirnos que la comunión diaria era una cosa que se hacía sin ninguna devoción, que lo hacíamos por rutina. En cambio nosotros, decía él, que comulgamos más de tarde en tarde, el día que recibimos a Cristo estamos muy contentos; y vosotros, acostumbrados a recibirle todos los días, vais allí como si fuerais a cualquier otro lado. Había otro que le defendía; pero luego mi prima y yo nos pusimos de frente y les hicimos callar de la siguiente manera: Nosotros vamos porque recibimos el mayor beneficio que podemos recibir; y le puse la siguiente comparación: Si una persona cada vez que fuera a tu casa te diese cinco duros, tú estarías deseando que fuese esa persona y no te gustaría que viniera de tarde en tarde; pues cuánto mayor beneficio es el que se recibe en la Sagrada Comunión, que se recibe el cuerpo y alma de Nuestro Señor Jesucristo; y se callaron.

E. P., Congr.

Otro valiente.

Aquí yo soy el único que voy a misa y comulgo en ella, y parece que la gente, viéndome ir a mí, se anima.

Me he hecho muy amigo del cura y voy a los montes con él solo; porque aquí no se puede andar con ningún chico.

No me he olvidado de nuestro periódico FLORES Y FRUTOS, y aunque no sea mucho, le voy a contar una cosa que me sucedió a mí. Eran las doce de la mañana del domingo cuando, cansado de estar en el jardín, fuí a la calle. Ví un hombre que estaba trabajando y yo con la mayor frescura del mundo le digo:

—¿Hoy también se trabaja?

—¿Por qué no?

—Porque es domingo y está prohibido.

—Los domingos también se come, me contesta, y a mí no me manda nadie y yo trabajo, cuando me da la gana.

Y yo muy serio:—En usted manda Dios y su amo.

Se quedó asustado sin saber que responder.

A. L., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Ecos de Congregación.

Novena a la Virgen de Begoña.

Comenzamos el jueves, día 6, y la mejor manera de obsequiar a nuestra Madre y Patrona por tantos títulos, es ser puntuales a las siete y media todos los días cuantos estamos aquí en Bilbao. Los que están fuera a la hora más conveniente recibirán al Hijo de tan buena Madre y Madre nuestra.

El día 7 de Agosto, primer viernes.

En este día debemos agradecer al Sagrado Corazón un gran beneficio: según dice el Padre, hace justamente cien años en este mismo día fué restaurada la Compañía de Jesús; de la que se sirve el Señor para tenernos en esta Congregación, que tanto bien nos hace. ¡¡Viva el Sagrado Corazón!!

Cómo pasar las vacaciones.

No se hizo el Padre rogar, cuando le quise animar a que publicara en este número de FLORES Y FRUTOS la parte del reglamento correspondiente a vacaciones.

Está ya preparando todo el reglamento, que dice empezará a urgir en Octubre.

Dice así lo dispuesto para

VACACIONES

Más aún que en tiempo de curso conviene ser muy cuidadosos en estas reglas:

1.ª *Refuerzo.* No dejes: la comunión diaria, o la más frecuente posible; ni el Rosario, ni el encomendarte a la Sma. Virgen como a tu Madre, ni el examen brevecito que tiene la estampa de San Estanislao.

2.ª *Confianza.* Ten mucha confianza con tu confesor, más si estás tentado, y más aún si caes en alguna mala tentación: no hay mejor médico y amigo que el buen confesor.

3.ª *Desconfianza.* No te fíes de desconocidos, ni de primitos, ni de vecinos, cuando quieren andar a escondidas y con secretos. Júntate todas las mañanas con los demás congregantes en la misa y anda con los mejores.

4.ª *Espectáculos.* No vayas a romerías ni espectáculos, donde ya ni se ven, ni se oyen, por regla general, otra cosa que escándalos y donde hasta para el cuerpo se recibe daño.

5.ª *Despedida.* Antes de salir de Bilbao por algún tiempo, te despedirás del Padre, le darás tus señas y, si tienes algún cargo en la Congregación, tratarás con él para dejar sustituto.

6.ª *Correspondencia.* Cuando por estar fuera de Bilbao no puedas presentarte al Padre Director, lo suplirás escribiéndole todos los meses una cartita: podrás contarle algo notable que te pase, las dificultades con que tropiezas para comulgar con frecuencia, qué habilidad tienes para hacer bien a otros, etc.

7.ª *Ocupación.* Tendrás algo en qué ocuparte en las horas de calor, v. gr.: preparar alguna nueva asignatura, repasar una que esté enlazada con otra que el curso siguiente tienes que estudiar, escribir algo para FLORES Y FRUTOS; mejorar algo la letra, dibujar, pintar; en fin, algo útil que te tenga entretenido.

8.ª *Diversiones.* Las más propias son las que puedes tener al aire libre, sobre todo si estás fuera de Bilbao. No estés mustio ni triste, ni en casa demasiado tiempo sin hacer nada. Debes divertirte sin ser molesto a nadie; y para esto pórtate con los demás, como te gusta que ellos se porten contigo.

Esto lo tenía el Padre encima de la mesa de su despacho y a todo el que llegaba se lo hacía leer y prometía un premio al que encontrase algo que quitar o añadir. No faltaron ocurrencias y buenas.

Ahora la cuestión es cumplirlo y ser en vacaciones digno congregante.

E. P., Congr.

Buena ocurrencia

CONCURSO

Al darme el Padre estas reglas para ver si me gustaban, la que mejor me pareció, después de la 1.ª fué la 7.ª, *Ocupación;* porque uno se aburre todo el día sin hacer nada.

Me ocurrió en seguida un concurso, que al Padre le pareció muy bien y propio para vacaciones:

Premio. Dice que recompensará con algo útil, a gusto del premiado, que valga por lo menos 20 pesetas, al que por escrito en carta o fuera de ella presente la mejor *distribución* del día en vacaciones y las *ocupaciones* más propias para pasar en casa las horas de calor.

Más, podemos también presentar algún dibujito o artículo propio para FLORES Y FRUTOS u otra buena ocurrencia; y, dice, serán premiados los más felices.

Con que ¡ánimo! Hay que mandarlo dentro de la novena de la Virgen de Begoña y lo podemos hacer en su obsequio.

R. D., Congr.



Núm. 11.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Septiembre de 1914

Nuestro inolvidable y queridísimo Padre Pío X
que lleno de méritos nos ha dejado
recibirá en el Cielo esta pequeña muestra de cariño
y agradecimiento de nuestra Congregación
que reconoce deber su vida a la comunión frecuente

La primera página del primer número de nuestro FLORES Y FRUTOS se vió honrada con un grabado de nuestro querido Padre Pío X. Allí, en aquella página, le ofrecíamos las primeras flores de esta Congregación: eran nuestros sentimientos de cariño y agradecimiento por la gran dicha de recibir al Señor todos los días en nuestros pechos.

Uno de nosotros parece que presintió el día que para nosotros tan tristemente ha llegado, y decía: «Dichoso día aquel en que el Papa Pío X entre en la mansión de la gloria seguido de los coros de bienaventurados que él formó por medio de la Comunión diaria.»

Queremos ahora que vea desde el cielo los frutos en que se han convertido aquellas flores. Seguros estamos que los bendecirá y los multiplicará. Aquí le presentamos algunos ejemplares. Hay otros mucho mejores y más sabrosos. ¡Lástima que no son para vistos ni contados, como ni el que los tiene se da muchas veces cuenta de ello! *A. M. M., Congr.*

Me ha ocurrido más de una vez, por saber todos los de mi clase en el Instituto que comulgaba todos los días, que al decirse una palabra mala en mi presencia, alguno por allí le hacía callar con sólo decirle: «¡Cuidado! que éste, y me apuntaba con los ojos, comulga todos los días». Y la verdad, que cada día nos respetaban más, y nadie se atrevía con nosotros.

Creo que este es buen fruto de la comunión diaria.

M. U., Congr.

Cuando no comulgaba caía en cierto pecado, como un bobo; me juntaba con un mal amigo que me llevaba a los cines, y no tenía ninguna fuerza para resistir a las tentaciones. Comulgo todos los días desde que entré a la Congregación, me aparté en seguida de aquel compañero y soy ya más valiente.

L. O., Congr.

Yo soy así: a la muerte del Papa no me parece que he sentido nada; pero, sí he deseado que elijan otro como Pío X.

La comunión diaria me ha hecho salir del grado de casi golfo, enredado con malos compañeros; y ahora en todos los malos pensamientos me acuerdo siempre de la Virgen.

H. T., Congr.

Desde que soy congregante comulgo todos los días, cuando antes lo hacía sólo una vez al mes. Toda la dificultad está en madrugar un poco más, lo cual se le ofrece a la Virgen; y luego en premio se recibe el mejor regalo,

Universidad de Deusto
Biblioteca

el mayor bien, el que puede hacernos grandes y ricos en el cielo.

E. P., Congr.

Me he aficionado tanto a recibir a Jesús en mi pecho que, cuando dejo algún día de hacerlo, siento durante ese día que me falta alguna cosa muy grande y no estoy tan alegre como cuando comulgo.

M. L., Congr.

Desde que comulgo diariamente he dejado de ir al sucio cine; y le he cogido tanto asco, que no quiero entrar ni aunque me paguen. Soy más valiente y puedo vencer las malas tentaciones y separarme de las malas compañías.

T. P., Congr.

El fruto práctico que saco de mis Comuniones es el retirarme de todos los sitios peligrosos, y ser más obediente.

A. A., Congr.

Yo, que iba mucho al cine, desde que comulgo diariamente he conseguido que ni siquiera compren nada para casa en esas tiendas que dan esos billetes de entrada.

L. P., Congr.

¡Por qué nos has abandonado, Papa de la Comunión diaria!

Desde que comulgo diariamente no soy tan cascarrabias y obedezco más a mis padres.

J. E., Congr.

Ante todo, vivo en gracia de Dios. Soy feliz hasta más no poder. ¿Quién no puede serlo recibiendo como yo todos los días en mi pecho a Jesús? Así es que, cuando entra en mi pecho, le adoro profundamente y me entrego a El del todo, consagrándole mi vida y mi corazón, y al mismo tiempo con gran fervor pido por mis padres y por el Padre, por mis amigos y por toda la Congregación.

G. P., Congr.

Dios habrá premiado a Su Santidad Pío X, por su amor a la Sagrada Eucaristía, y nosotros los niños rogaremos a Dios por el eterno descanso de Padre tan cariñoso.

V. O., Congr.

Yo con la Comunión frecuente he conseguido, entre otras muchas gracias, apartarme de malas compañías.

M. M., Congr.

Antes que no recibía al Señor todos los días, salía de confesarme y me empezaba a tentar el diablo con los pensamientos, y tenía que estar jugando, si no caía en pecado; ahora que comulgo, no se atreve a tentarme.

G. H., Congr.

Antes no podía vencer las tentaciones, y ahora sí, porque comulgo; y además, cuando me llamaban por la mañana, me decía la carne, quédate; y yo pensaba que si no comulgaba por la mañana, no me podía ayudar el Señor en las tentaciones.

J. M., Congr.

Yo quería mucho al Papa, porque estableció la Comunión diaria para los niños que, como yo, tienen 7 años. Ahora venzo muy bien la pereza por recibir a Jesús.

J. M. Z., Congr.

La Comunión diaria, aconsejada especialmente por el difunto Papa Pío X, es la fuente de la energía, de la tranquilidad y de la gracia. Recibiendo a Cristo, se le conoce cada vez mejor y así se le quiere. Al inolvidable Pío X, es a quien debemos tanto favor: él fué el renovador de la Comunión diaria.

R. M., Congr.

Antes decía muchas mentiras; ahora no digo ni una sola. ¿Qué me ha pasado? ¡Ya lo sé! Es la Comunión diaria. ¿Quién la ha renovado? Nuestro Padre querido Pío X. Doy las gracias a ese Padre tan bueno, que está en el Cielo.

J. L. A., Congr.

Los frutos que alcanzo con la Comunión diaria son estar siempre en gracia de Dios y muchas otras gracias que ni comprendemos.

A. M., Congr.

Comulgo casi todos los días; y siempre que lo hago, estoy contentísimo: he mejorado mucho en mis estudios y en la obediencia.

J. O., Congr.

No se puede expresar el agradecimiento a tan bondadoso y Santo Padre; sólo con los muchos beneficios que recibimos en la Comunión diaria, basta para no olvidarle nunca. Fruto.—Yo por mí puedo decir que he cambiado completamente, pues antes andaba con amigos que no me convenían y era como ellos; ahora ando con aquellos que me convienen y soy como ellos.

F. L., Congr.

Antes de la Comunión diaria no tenía tanta afición al estudio. Pedí todos los días esta gracia y el Señor me la concedió. Desde entonces el estudio, que a mí tanto me disgustaba, llegó a ser a fuerza de pedir suave y hasta agradable.

J. M. I., Congr.

Antes de la Comunión diaria me levantaba tarde, no me acordaba de Dios, iba al cine y al teatro y nunca estaba lo contento y satisfecho que ahora cuando comulgo diariamente. Además con la Comunión, que es un gran beneficio, vienen otros muchos: ahora me levanto a buena hora, voy a misa, comulgo, rezo el Santo Rosario y ofrezco todo mi ser y poseer a Dios Todopoderoso.

J. M., Congr.

Siguiendo los consejos del Papa Eucarístico, aunque no he comulgado todos los días, lo he hecho con mucha frecuencia y sentía que las tentaciones se apartaban de mí y parecía que entraba Dios en mi corazón. Tengo fuerza para separarme de todos los malos amigos, y ya no tengo la pereza que antes tenía.

J. F., Congr.

Antes estaba lleno de tentaciones, de miedo, y era peor. Ahora venzo las tentaciones, no tengo miedo de morirme en cualquier momento, porque estoy con Jesús, y me dicen en casa que soy mejor. Todo lo he ganado gracias al Papa Pío X.

L. I., Congr.

Con la Comunión diaria me encuentro más contento, me dicen en casa que soy más formal y lo que pido en la Comunión casi siempre lo consigo. La Comunión diaria me da fuerza para separarme de las malas compañías. Aquí en el mundo no hay cosa que más valga que la Comunión, y no hay cosa que más nos haga falta que la Comunión diaria a la que nos ha animado el Papa Pío X.

J. A. E., Congr.

He comprendido lo bueno que es Jesús y las fuerzas que da la Comunión diaria y estoy más alegre desde que comulgo diariamente.

E. A., Congr.

Los frutos de la Comunión son muchos, pero los principales para mí son, que estoy muy alegre, duermo más tranquilo (sin pesadillas) y obedezco con buena gana.

F. M., Congr.

Antes andaba con malas compañías y ahora con buenas. Antes iba al cine y me gustaba mucho, ahora no lo piso ni pienso pisarlo. Antes en las tentaciones no sabía invocar a la Virgen Santísima, y no andaba bien; y ahora pido que me auxilie y siempre salgo victorioso en las tentaciones.

J. M. G., Congr.

Siento que haya muerto Pío X, porque él fué el que me animó a comulgar diariamente. Ahora no me tienta el demonio, como me tentaba hace meses. Siento gran bienestar cuando comulgo.

L. O., Congr.

Comulgando con frecuencia, se me va quitando la pereza, y recibo todos los bienes que quiero. ¿Cómo se lo agradeceremos al Santo Padre? Pues, comulgando todos los días.

V. V., Congr.

Desde que comulgo todos los días, obedezco a mis padres, venzo todas las tentaciones que antes no vencía, soy valiente, estoy en gracia de Dios y no tengo miedo.

J. J. M., Congr.

Yo agradezco muchísimo al Papa Pío X su exhortación a la Comunión diaria; por ella he conseguido gran aborrecimiento al cine y a escándalos parecidos a este.

P. M., Congr.

Una visita a las Hermanitas de los pobres.

Una tarde de las que no teníamos clase, nos dijo mamá a mis hermanitas y a mí: ¿Queréis que esta tarde hagamos una visita a las Hermanitas de los pobres?—Con mucho gusto, mamá, le contestamos nosotros.

Salimos de casa a eso de las 5 y llegamos a la portería que el Asilo tiene en la plazuela de la Encarnación. Allí nos encontramos con el portero, un anciano muy simpático; en seguida nos dijo que era de Orozco.

Empezamos a subir y al llegar a los jardines nos encontramos con dos viejecitos que discutían quién de los dos había cortado más hierba para el ganado.

Un poco más arriba estaba un anciano sentado y hacía el recuento de su bolsa. ¿Qué tal de fondos?, le preguntó mamá; y él sonriendo le contestó: Mal, hay poco. Entonces me dijo a mí mamá dándome una moneda de dos pesetas: Toma esta moneda, y cámbiala por esas perras, y como buen agente de cambio y bolsa que se quede con el tanto por ciento de ganancia. Cuando hicimos la operación, puso una cara tan alegre, que si hubiese tenido más capital hubiésemos hecho otro cambio.

Por fin llegamos al Asilo y después de saludar a una Hermanita que nos salió al encuentro, le demostramos deseos de ver una ancianita a quien conocíamos mucho. Era navarra, de Huarte Araquil, una pobre mujer que abandonada por sus hijos y después de ver la mar de miserias logró su ingreso en las Hermanitas.

Cuando nos vió se puso muy contenta. Al preguntarla nosotros qué tal estaba, nos contestó que tenía una pena, y era no haber podido venir antes al lado de aquellas Hermanitas tan buenas.

¿Qué tendrá esta clase de visitas, que uno queda tan satisfecho después de hacerlas?

A. L., Congr.

Cómo me enseñan en casa.

Para que aprendamos a tener devoción a la Santísima Virgen, y siempre que nos veamos en algún apuro recurramos a ella, nos solía contar nuestra abuelita un caso que le sucedió a ella.

Tenía en cama durante tres meses enfermo de reuma a su hijo, joven de veinte años. Uno de los días que más se quejó el enfermo, hizo la madre promesa de ir a San Antonio de Urquiola. Allí mandaría celebrar una misa y comulgaría en ella, pidiéndole al glorioso Santo se compadeciese del pobre enfermo. Salió de Bilbao un viernes por la tarde, y el sábado al amanecer emprendió el camino de Urquiola. Cuando estaba hacia la mitad del camino vió con asombro que dos hombres de muy mala facha hablaban entre sí y la miraban a ella.

«Nunca he tenido más miedo que en aquella ocasión», nos decía la abuela, «y apretando con las dos manos el rosario que llevaba, pedí a la Santísima Virgen me amparara en aquel

momento. Los dos hombres se acercaron más y me preguntaron: Diga ¿viene usted sola?» La abuela les contestó sin demostrarles nada de miedo: «Una pareja de la guardia civil viene a corta distancia. Aquellos hombres al oir esta respuesta, me dieron las gracias y echaron a correr como alma que lleva el diablo».

«Siempre he creído que la serenidad que les demostré y la respuesta que les dí fué obra de la Santísima Virgen».

Así nos hablaba nuestra buena abuelita y quería hacernos devotos de la Virgen.

A. I., Congr.

Correspondencia abierta.

El celoso entre baturros.

Va a haber tómbola, tíos-vivos, cines, bailes y muchos demonios y muchas ofensas a Dios; que no sé cómo no se cansa de tanta impertinencia y ofensas, como recibe de parte de los hombres.

Todavía no he desmayado del todo, como usted teme, y Dios no me deja desmayar: ahora viene un chico todos los días, y le voy a enseñar el catecismo, pues seguramente no sabe cuántos dioses hay.

J. S., Congr.

Celo premiado con un pelotón.

Todas las mañanas mi hermano y yo hacemos el propósito de escribirle a V.; pero, ocupado por la mañana con los estudios, (pues no sé si sabrá V. que me estoy preparando para examinarme en el próximo Setiembre de segundo de latín) y ocupado por la tarde en divertirme, se me pasa el tiempo sin sentir.

Desde el día que vinimos, no hemos dejado ni un solo día la misa y Comunión. Al principio éramos Pedrito y yo solos; pero, ahora ya hemos reunido cinco más, y todos comulgamos diariamente y estamos trabajando para conquistar a otros amigos, que aquí tenemos para que formemos una buena cuadrilla que vaya todas las mañanas a honrar al Amo y a ofrecerle sus corazones. Lo pasamos muy bien, muy contentos y divirtiéndonos mucho sin olvidar nunca sus consejos y recomendaciones.

C. B., Congr.

Sigue la propaganda.

Hemos repartido bastantes imágenes del Sagrado Corazón, y la gente las recibe muy agradecida y las coloca en sus casas. Una mujer a quien dimos una, nos preguntaba si tenía que pagar algo por ella. Esto nos hizo mucha gracia. Le dijimos que no. En seguida la colocó en la puerta.

J. M. Z., Congr.

Arrepentido a tiempo.

¿Estará V. enfadado conmigo por no haberme despedido y sobre todo por no ir a misa y a comulgar todos los días? Hasta ahora, es verdad, sólo lo he hecho de tres en tres días, pero desde hoy le prometo firmemente hacerlo todos.

Mi vida hasta ahora ha sido ésta: levantarme a las ocho y media, oir misa algún día que otro, comulgar de tres en tres días, desayunar, ir a bañarme, jugar y después de comer andar en bicicleta; rezar el rosario, antes de cenar y a la cama.

Como V. ve, mi vida ha sido hasta ahora la de un completo holgazán y gandul; pero desde hoy cambiaré de vida, oiré todos los días misa y comulgaré en ella.

A. G., Congr.

Ecos de Congregación.

Excursiones.

Sondica.—La mañana del domingo, por el ferrocarril por donde van los muertos, aunque íbamos bien vivos, llegamos a Sondica. Como siempre, lo primero oímos misa y comulgamos. Fuimos después festejados a porfía por todas las familias de los congregantes que allí veranean. Ya que no pudieron detenernos todo el día, casi nos comprometieron para el año que viene.

Dios les pagará tan buena voluntad.

Castro-Urdiales.—Esta excursión fué más seria, para todo el día y dos horas de tren y por si acaso encerrados con llave en dos magníficos coches de segunda. No tiene par la Compañía del ferrocarril de Bilbao a Santander, que tantísimo ha contribuído al éxito de esas excursiones.

En la estación de Castro nos esperaba la plana mayor, que nos acompañó y nos obsequió durante todo el día. Edificamos cuanto pudimos comulgando, cantando y pidiendo al Señor que bendijese aquel pueblo. Corrimos y saltamos después de desayunar en la playa y por entre las peñas de aquel puerto; y no dejamos bicho alguno que se pusiera cerca de nuestras manos que no le pescáramos. Comimos casi en la playa, en una hermosa campa. Al poco fuimos al rosario y admiramos la preciosa iglesia gótica, que es una joya. Contemplamos después desde la Atalaya lo inmenso del mar y lo grandioso de las peñas que sirven de barrera.

No creo que se nos pase el año que viene sin que volvamos a visitar tan simpático puerto: tan bien impresionados nos dejaron sus habitantes.

J. H., Congr.



Núm. 12. Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Octubre de 1914

El 5 de Setiembre tomó el timón de la nave de San Pedro nuestro amantísimo Padre Benedicto XV.

Estos sus fidelísimos grumetes están del todo a su servicio y en sus diarias comuniones piden a Cristo para su Vicario largos y felicísimos años en que trasborde nuevas naciones al puerto del Corazón de Jesús.

¡¡Viva Benedicto XV!!

Para que conozcáis a Nuestro Santísimo Padre, Benedicto XV

copiamos estos datos:

El Sumo Pontífice que el Señor nos ha dado se llamaba Santiago Della Chiesa, y ahora se llama Benedicto XV, especial devoto del Corazón de Jesús.

Nació en Pegli (Génova) el 21 de Noviembre de 1854. Fueron sus padres el marqués José Migliorati y la marquesa Juana.

Hechos sus primeros estudios en Génova, se graduó de Jurisprudencia en la misma ciudad, en 1875.

Poco más tarde entró en el Colegio Capránico para completar sus estudios eclesiásticos, y, después de graduado en Sagrada Teología, se ordenó de sacerdote el 21 de Diciembre de 1878.

Pasó entonces a la Academia de Nobles Eclesiásticos, y, mientras atendía a perfeccionar sus estudios, se le admitió como oficial en la Secretaría de Negocios Eclesiásticos Extraordinarios, de la que era entonces secretario Mgr. Rampolla.

Destinado éste a la Nunciatura de España en 1883 llevó consigo a Della Chiesa, nombrado ya camarero secreto de Su Santidad. De 1883 a 1887 estuvo en España como oficial de la Nunciatura.

Elevado Mgr. Rampolla a la Sagrada Púrpura y a la Secretaría de Estado de León XIII, le acompañó también Della Chiesa, como encargado de redactar minutas.

El 1900 fué nombrado Prelado de Su Santidad; en 1901, sustituto de la Secretaría de Estado y secretario de la Cifra y Consultor del Santo Oficio. No descuidaba entre tanto los ministerios sacerdotales, especialmente la predicación. Conservó el cargo de sustituto durante los cuatro primeros años de Pío X.

Muerto el Cardenal Swampa, fué elegido en el Consistorio de 18 de Diciembre de 1907 para la silla arzobispal de Bolonia, y consagrado por el mismo Pío X en la capilla Sixtina el 22 del mismo mes. Hizo su entrada en Bolonia el 23 de Febrero de 1908. En esta diócesis ha mostrado eminentes dotes de gobierno e incesante solicitud pastoral.

Fué promovido al Cardenalato en el último consistorio, de Mayo de este año 1914.

Universidad de Deusto
Biblioteca

¡A propagar la Comunión diaria!

En el número de Agosto dimos cuenta de nuestra propaganda en Villaro, en el de Setiembre en Sondica y en Castro-Urdiales, en una de las restantes; se verá así lo bien que hemos pasado este verano de 130 a 140 escogidos como los más constantes entre los 200 que comulgamos aquí diariamente.

ELORRIO

Hora y media de agradable viaje en tren especial, y llegábamos al pueblo que encierra las cenizas de un Mártir vizcaíno.

Espléndido recibimiento.—En la estación nos esperaban el Sr. Cura párroco y demás autoridades, familias allí veraneantes, los niños de las escuelas, que ofrecían pintoresco aspecto con sus banderitas; hubo cohetes y ¡qué sé yo! casi la última palabra en materia de recibimiento. Precedidos de los chistularis y de los niños de las escuelas fuimos en ordenada comitiva hasta la Iglesia ¡¡y qué Iglesia!! no soy yo para describirla.

Subió al púlpito el Sr. Párroco y nos dió la bienvenida y agradeció mucho en nombre del pueblo nuestra visita. Comulgamos nosotros y los niños y mucha gente del pueblo. El Padre Camilo Abad desempeñó, como él sabe, con exquisito tino, su cometido, y exhortó al pueblo a la Comunión diaria.

Salimos de la Iglesia y desayunamos en una campa, y próximos a nosotros costeándolo algunas celosas señoras, desayunaron también los chicos del pueblo. Hubo después foot-ball, aviación y no sé cuántas cosas más.

La comida.—El Sr. Ardersch nos había preparado mesas a la sombra de frescísimos árboles, y dentro de su espléndido parque. El menú fué el de siempre (no lo cambiamos ni por faisanes): sopa de arroz con algunos pollos que allí aparecieron deshechos, provisiones particulares, limonada bien helada y abundantes frutas. Durante la comida, que nos sirvieron delicadísimamente algunas señoritas allí veraneantes, hubo piezas de gramófono inclusive y varias placas que nos sorprendieron despachando el menú.

Falta lo mejor.—Lo mejor de todo en el programa fué la procesión que con todo el pueblo hicimos a la gruta de Lourdes, que los religiosos Asuncionistas tienen enclavada en su finca. Iban los hombres del pueblo los primeros, después los niños de las escuelas y nosotros y los Adoradores con su estandarte y detrás el Santísimo, llevado por el Párroco y el palio, por distinguidos jóvenes; el resto del pueblo iba escoltándolo. Todo el trayecto estaba adornado con gallardetes. La gruta presentaba un aspecto encantador. Dirigió el P. Olavarrieta breves y encendidas palabras con que pidió a la Virgen la paz de las naciones. Entonamos algunos cantos y terminó allí la brillante procesión con la bendición del Santísimo. En la explanada del convento elevamos dos globos, que casi se perdieron de vista y volvimos en agradable paseo al pueblo.

El regreso.—Después de merendar fuimos a la estación, donde también quiso despedirnos el pueblo. Montamos en nuestros coches, y a las seis entre vítores, aplausos y chupinazos salimos para Bilbao. Y aquí hice punto, porque en el tren dormí soñando otra escursión.

ERANDIO

Veinte minutos en tren, lo suficiente para organizarnos en grupos y rezar el Rosario, media hora más para traspasar un monte y estábamos en la parroquia de Erandio el día 8 de Setiembre a las ocho de la mañana.

Allí se edificaron viéndonos comulgar a tantos, oyeron la convincente palabra del P. Olavarrieta, no sólo en la nuestra, sino también en la Misa mayor, con que animó al pueblo a la mejor de las prácticas; nos obsequiaron las excelentes familias que allí veranean; nos vieron correr y ser la alegría de aquella campa con toda clase de juegos que allí improvisamos.

Cogimos el tren de vuelta en el Desierto a las 12,40 y a la una estábamos de vuelta a comer en nuestras casas.

SANTURCE

Después de corto y feliz viaje por toda la ría de Bilbao en el remolcador «Ederramendi» llegamos a la parroquia de Santurce, modelo de tales por su limpieza y exquisito gusto, que estaba muy bien iluminada. Allí, como en todas partes, cantamos y con nuestro ejemplo procuramos animar, especialmente a los muchachos de nuestra edad, que con nosotros también recibieron al Señor.

En el Patronato fuimos amablemente recibidos por los HH. de la Doctrina Cristiana y ellos mismos nos sirvieron el desayuno. Jugamos y corrimos por sus terrenos de recreo y dimos después un paseo al rompe-olas, que estaba imponente; nos divertimos en la playa con las olas y vuelta al Patronato, donde nos esperaba riquísima paella allí, en su magnífico frontón.

Antes de salir rezamos en la capilla el Rosario con el Señor expuesto, recibimos la bendición del mismo Señor, nos despedimos de aquellos tan cariñosos Hermanos, y... caminito de Serantes. Estaba la cumbre cubierta de algo más que niebla; así que pronto torcimos y pasamos por la Virgen del Mar y por un baile, que poco honra a Santurce y llegamos al pórtico, y al embarcadero.

¡Lástima no haber podido salir en remolcador hasta Castro! el mar estaba bravito y no teníamos ganas de pasar apuros.

PLENCIA y BUTRÓN

A las ocho y cuarto en tren especial llegábamos a la entrada del puente de Plencia. Allí nos esperaba su celoso Párroco, y largas filas de niños y niñas cantando; un hermoso estandarte les precedía y le seguíamos nosotros escoltando una preciosa estatua del Niño Jesús de Praga. Salía la gente a vernos a los balcones y calles; «y ¡qué majos son!» decía más de uno al vernos pasar en largas filas. Muy buena impresión debíamos hacerles a juzgar por lo que decían sus caras.

El caso es que, entre los que nos precedían y seguían, y lo advertido que estaba el pueblo de nuestra llegada y el repique general de campanas, la Iglesia, que es bien capaz, estaba del todo llena. Las sentidas palabras del celoso Párroco, agradeciéndonos la visita y el buen ejemplo que estábamos dando a su pueblo, conmovieron a todos.

A continuación el P. Olavarrieta con atinadísimas reflexiones, nos hizo ver el tesoro que tenemos en el Sagrario para que nos aprovechemos de él todos los días.

Esta vez no nos dejaron cantar; allí estaba el coro de niñas que lo hizo muy bien.

El mismo Sr. Párroco quiso servirnos de guía a la fonda Miramar, que hace honor a su nombre; de allí veíamos la playa de Górliz, el Sanatorio y respirábamos aquellos frescos aires, al mismo tiempo que despachábamos el rico café con leche; Dios se lo pagará al excelente párroco, que tanto se afanó y con tan buen éxito.

Caminito de Butrón.—Con un buen guía, entre madroños cargados de frutos, maduros y verdes, duros y blandos, rojos y amarillos, que servían de provisiones de boca y guerra, llegamos por toda la orilla de la ría, a vista del elegante y airoso castillo de Butrón. No pudimos acercarnos, pero sí pudimos admirarlo desde la carretera.

Carrera de motos.—Allí sobre la carretera nos instalamos para verla, y no bien llegamos cuando pasó el primero. Cuatro vueltas tenían que dar delante nuestro los vencedores. A mí, si doy una en aquel chisme, me da cuatrocientas la cabeza.

Ovacionamos al vencedor, y apenas hubo pasado pensamos en lo que nos tocaba más de cerca: en echar gasolina a nuestras motos; teníamos que hacer todavía parte de la carrera hasta Urduliz.

En el camino se improvisó un cuerpo de ejército y la emprendimos con él a bellotazos. No hubo heridos; aunque sí, carreras y cargas consiguiendo así alargar el paso.

En Urduliz: un poco de descanso, una visita el Señor de los Señores, la merienda, agua fresca, y a apretarnos en el tren que venía bien aprovechado.

Casi en todas partes ha habido alguna o algunas personas generosas, que nos han aliviado total o parcialmente el presupuesto de gastos. Dios se lo pagará como se lo pedimos en nuestras diarias comuniones.

Creo que no es mala manera de pasar las vacaciones. Algunas veces nos ha costado un poco como en Castro-Urdiales, estar en ayunas con dos horas de tren hasta las nueve y media; pero el Señor nos lo paga muy bien con este ejemplo que estamos dando y con la alegría que no nos deja un momento. ¡Viva Jesús Sacramentado!

R. S., Congr.

Cómo me enseñan en casa.

Las alhajas de mi madre.—Hace poco preguntaba yo a mi mamá ¿tú no tienes alhajas? ¿Por qué me preguntas eso?» me contestó.—Porque yo veo que otras señoras llevan muchas sortijas y pendientes que brillan mucho y a tí nunca te los veo. Entonces mi madre acercándome a ella y dándome un beso de esos que sólo saben dar las madres, me dijo:

Escucha; hijo mío; y esto que te digo quisiera quedase grabado en tu memoria para siempre. Yo tengo cuatro alhajas y son de mucho valor, y por eso mismo estoy siempre al cuidado para que no se me pierdan; pero estas alhajas no se llevan en las orejas ni en los dedos, se llevan en el corazón.

Ahora caigo en cuenta, mamá, de haberte oído decir que nosotros somos tus joyas, tus cuatro hijos.—Has acertado. Mira, si yo a fuerza de rogar a la Virgen Santísima que no te deje de su bendita mano (pues no quiero que vivas si ha de ser para perdición tuya y tormento de su divino Hijo), como te digo, si yo consigo el que seas hoy un buen niño y mañana un hombre de bien en el puesto de Dios se digne señalarte, estaré tan satisfecha que no envidiaré la suerte, de la que en este mundo más alhajas tenga.

A. L., Congr.

Los milagros de San Antonio

Con que ¡Adiós! y hasta la vuelta.

¡Adiós! ¡que te diviertas mucho!

¡Oye! ya rezarás algo por nosotros a San Antonio.

—Sí ¡adiós!

Así me despedía de mis amigos la víspera de Santiago, día en que tomaba el tren de Achuri, para ir a pasar un mes a Urquiola.

Después de un viaje tranquilo llegué a San Antonio y visité la Iglesia. Allí ví innumerables muletas, bastones, aparatos ortopédicos modernos, etc. Al día siguiente, día de Santiago, fuí a oír la Misa mayor en el Santuario. A la salida de ella pregunté si todas aquellas muletas etc., representaban milagros de San Antonio.

Rogué que me contasen alguno, para que yo a mi vez lo contase en nuestra revistilla.

Un señor tomó la palabra y comenzó diciendo:

Hace próximamente un año vine yo a Urquiola con esta niña, dijo señalando a una pequeña que al lado de él estaba. Estaba entonces completamente ciega. Decidimos mi esposa y yo traerla a San Antonio con la esperanza de que recobraría la vista.

Comenzamos a hacer la novena, pero ni el primero ni el segundo día notamos ninguna mejoría, y lo mismo sucedió en los demás días, hasta terminar la novena.

Algo contrariados tomamos un coche que nos había de llevar a Durango. Montamos en el coche y continuamos carretera adelante, cuan-

Universidad de Deusto
Biblioteca

do al pasar por cerca de Mañaria, me vi sorprendido extraordinariamente al ver que mi hija abría los ojos y me miraba alborozada.

Admirado por tal prueba del poder de San Antonio, hice promesa de volver todos los años a Urquiola y hacerle una novena. Aquí me tiene usted a los pies de tan poderoso Santo.

También me contaron otros muchos milagros; pero, como fueron tantos, sería imposible nombrarlos todos; por eso voy a referiros otro de los más notables y más reciente.

Pocos días antes de mi llegada a Urquiola vinieron unos aldeanos con un nieto, al cual una paralisis había cogido casi medio cuerpo. Habiendo sido reconocido por algunos médicos, su mal fué declarado como incurable. El muchuchuelo no se desalentó por eso y dijo a su padre:

Yo sé un remedio para curarme. Llevadme a Urquiola y veréis qué pronto me pongo sano y bueno.

Lleváronle sus padres a San Antonio; y, al poco tiempo de comenzar los rezos, el muchacho quitándose los aparatos exclamó:

¡¡¡Gracias, San Antonio!!! ya estoy bueno!! y poco después se le veía tornar alegremente a su pueblo, saltando y brincando, como si en toda su vida no hubiese tenido enfermedad alguna.

R. M., Congr.

¡Para los indios, Padre, para los indios!

Con la vuelta del curso y de los veraneantes, vuelven a verse en el despacho del Padre grandes bolas de papel-plata, paquetes de sellos y, entre mil cosas, hasta relojes más o menos descompuestos.

Lo que más nos sorprende es

Un ídolo cesante venido de la China.

Sentado en un rústico trono domina el *despacho* de nuestro Director.

Su color es el de los caragüeses turnos. La cabeza parece un melón al que algún guasón le hubiese dado un mordisco en ambos carrillos. Sus ojos de lechuza parecen decir: «Cómo estarán mejor estos chicos, en salsa verde o a la vizcaína». Las cejas se dirigen hacia arriba como queriendo suplir la falta de pelos de su rapado melón. Las orejas parecen dos higos puestos al sol. La tripa un tambor con el cuero tostado.

Mirándole por un lado parece que está bailando el aurrescu, por el otro parece que quiere darnos un coscorrón.

En conjunto parece lo que es: Un ídolo cesante.

R. S., Congr.

Correspondencia abierta.

Constancia premiada con un pelotón.

Continuamos como antes levantándonos a las seis ayudando Misa y comulgando en ella.

Sentimos mucho la muerte del Papa de los niños; hubo aquí funerales y nosotros nos vestimos de monaguillos y fuimos con los ciriales.

Tuvimos mucha alegría al saber que teníamos nuevo Papa y fuimos a tocar las campanas, con lo que alborotamos todo el pueblo. Nos daba ganas de gritar y gritamos ¡¡Viva Benedicto XV!! Somos muy amigos de los señores Sacerdotes (que creo que son buenos amigos) especialmente del Párroco.

E. I. y J. M., Congr.

Tan fresco como siempre.

Por aquí (en Francia) estoy divinamente oigo Misa todos los días y comulgo y por las noches voy con mi hermana al Rosario, que se reza ahora por los heridos y muertos de la guerra. Yo utilizo este Rosario para nuestro queridísimo Papa, que Dios ha querido llevarle después de tantas cosas buenas como ha hecho especialmente con la Comunión diaria sobre todo a los chicos.

El otro día fuí con papá a ver a los heridos, que era muy imponente el verlos. Para cuidarles (más bien para divertirse) había muchas señoras y señoritas que no hacían más que estorbo; y consecuencia de esto y de la manera de presentarse en la Iglesia (parece que la tela es muy cara) les ha puesto el Párroco con muchísima razón a bajar de un burro; es una indecencia como vienen las mujeres a la Iglesia.

Se despide hasta la vista su fiel congregante, aunque enredador

J. P., Congr.

P. D. Sé más francés que Poincaré.

Catequista en Francia.

El otro día el Canónigo, en cuya compañía estoy me dijo que si quería ir a ayudar a Misa al Hospital donde están los heridos. Fuí con gusto, aunque daba compasión ver tantísimo desgraciado.

Todos los días voy una o dos horas con otros tres al Patronato y les enseñamos el Catecismo y las oraciones, porque algunos no saben nada. Estamos también convirtiendo uno de Marruecos, que es mahometano y un día de estos le bautizarán.

E. S., Cong.



Núm. 13.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Noviembre de 1914

Los calzones de Juan.

I

Juan era uno de los mejores Congregantes de María Inmaculada. Ninguno de los jóvenes de la edad de Juan, llegaba ni con mucho a ser tan bueno como él era.

Juan era el modelo de la Congregación, el mejor estudiante del colegio y el contento de sus padres. Juan no fumaba nunca, ni tampoco había aceptado ninguna copa, ni leía jamás novelas, ni decía palabras soeces; no hablaba malas conversaciones con nadie; y, lo que es más, ninguno se atrevía a hablarlas delante de él. Juan era además un chico amable y simpático y hasta guapo.

Era también obediente y sumiso a sus padres y superiores. Juan era lo que se llama un joven formal.

II

Un día Juan apareció vestido de hombre; tenía quince años y una más que regular estatura; y ya era hora que trocase sus trajes de pantalón corto por otros de largo. Juan no cabía en sí de gozo; el más elegante de todos los Congregantes era él sin duda ninguna. ¡Qué guapo estaba Juan! Aquel día se le pasó a Juan volando; a la noche soñó con su traje y al día siguiente se levantó antes, sólo para estar más tiempo con sus calzones. Por fin llegó la hora del Colegio: ninguno de los condiscípulos de Juan dejaron de mojar el traje con las puntas de los dedos. ¡Qué feliz era Juan!

A los pocos días, Juan se creyó autorizado para fumar un pitillo (¿no era ya un hombre?) y después dos y tres y luego leyó las aventuras de algún *detective* privado y aceptó unas copas que le ofrecieron sus amigos *y por pasar el tiempo* estuvo leyendo una porqueriita de revistilla y dijo más de dos palabrotas de carretero, y ni siquiera se sonrojó, cuando sus nuevos amiguitos sacaron a luz las bonitas conversaciones de su repertorio.

III

Pasó un par de meses y Juan era ya otro. Fumaba a todas horas, bebía más de lo debido y pasaba horas enteras en ciertos garitos, donde no debía estar ni un solo segundo. Pero Juan no pensaba en esto. Juan no era ya un niño. Juan era un hombre con su pantalón largo. Seguramente Juan podía ir a todos estos sitios. Pero el pobre Juan no había contado con la huéspeda y... claro está, al oír aquella noche que le decían: «Tu padre lo sabe todo». «A tu padre le han enterado que no vas estos días a clase», se le pusieron los pelos de punta.

Pero Juan fué a casa y vió a su padre con la cara de siempre, todos los de la familia estaban tranquilos, nada anormal se notaba. Será todo mentira, pensó y se acostó tranquilamente. Al día siguiente despertaron a Juan más temprano y ¡horror! Juan vió entrar a su padre en la alcoba con un envoltorio; será un zurriago, pensó; lo habrán traído de algún convento de Cartujos; pero ¡Ca! el padre de Juan no traía un zurriago; el padre de Juan traía un traje: pero no traía un traje nuevo y de calzones largos, como el que usaba Juan entonces, no; era un traje usado, era el traje de pantalón corto que había llevado Juan meses antes. Juan se quedó atónito; y más cuando oyó decir a su padre: «Juan, como niño que te has vuelto, ponte este traje; cuando te hagas hombre, te pondrás el otro» y vió que se llevaba el traje de largo y se dejaba el de corto.

IV

Juan fué aquel día al Colegio con pantalón corto. Ningún estudiante dejó de fijarse en él. Es extraño decían, a Juan le han cortado el pantalón por las rodillas. Juan no podía estar de puro avergonzado.

Todos le miraban, todos se reían de él, todos hacían mofa de sus pantalones. ¡Pobre Juan!

Universidad de Deusto
Biblioteca

Al día siguiente otra vez con lo mismo. Juan lloró de vergüenza, lloró mucho, y huyó de sus compañeros. ¡Ah si hubiera huído antes!

Juan entró en una Iglesia y lo primero que vió fué una Imagen del Sagrado Corazón de Jesús. Le parecía que le miraba con su rostro bondadoso diciéndole: «Juan, yo te perdono». Juan pensó un poquito sobre su triste situación y vió lo mal que había obrado y se arrepintió de veras. ¡Vaya si se arrepintió!... y poco a poco fué haciendo el examen. Desde que había estrenado los pantalones de hombre, Juan no se había confesado. Terminó Juan el examen y poco después se acercó a un confesonario.

Después de algunos minutos el Angel de la guarda de Juan se sonreía observando al Sacerdote que, con la mano extendida sobre la cabeza de Juan, hacía una Cruz diciendo en nombre de Dios: *«Ego te absolvo in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti»*. Juan estaba perdonado, gracias a la misericordia infinita de Dios...

Al día siguiente iba Juan a Comulgar con sus compañeros de Congregación; pero tenía ya el pantalón largo, que lo llevaba con tanto desprecio y humildad, como con soberbia lo había llevado antes. Juan había vuelto otra vez a ser hombre.

A. M. M., Congr.

¡Ave, Maris Stella!

Era el día 2 de Diciembre de 18... Un vapor se alejaba rápidamente entre la bruma que cubre a menudo el puerto de Newcastle. Sobre la cubierta no se veía a nadie. En la popa ondeaba arrogante y noble el pabellón español. Este vapor era el *Virgen de Begoña*. Poco tiempo después se alejaba a la desembocadura del río Tyne sobre el que estaba situada Newcastle. A las 23 horas de Inglaterra no se veía más que una lengua de tierra envuelta en densa niebla. ¡Con rumbo a España! ¡A la tierra de la fe! ¡A postrarse a los pies de aquella Virgencita, que dió su nombre al buque!

.....

Un temporal deshecho y un vendaval furioso reinan en el mar.

Un hermoso buque se bambolea en la superficie del mar como un cascarón de nuez. Es el *Virgen de Begoña*. Una ola le coge y le levanta a gran altura y lo deja caer; otra hace lo mismo que la anterior y otras barren la cubierta de toda clase de objetos. El estado del buque es muy angustioso. El temporal arrecia. Pasan cuatro días, navegando. El capitán reune a toda la tripulación y la exhorta a dirigirse a la Santísima Virgen en ferviente súplica. Rezan todos el Rosario con el fervor y con la angustia del que está a las puertas de la muerte. Pasan unas horas, y en lontananza se ve la tenue silueta de las montañas de Vizcaya. ¡Salvados! Y con las lágrimas en los ojos aquellos bravos marinos dan gracias a la Virgen. Horas después llegan al puerto sanos y salvos.

¡Así premia María Santísima a los que tienen depositada su confianza en Ella!

¡¡Viva la Virgen!!

J. M. U., Congr.

El que dice «no puedo» casi siempre miente.

Caso particular.

«¿Qué hay? cordero; vamos, hoy ya has llegado a Misa»: me dice el Padre cada vez que por las mañanitas me asomo por la Congregación; y luego me pregunta: «¿Cómo no has venido estos días, Rafaelchu?» Y yo le contesto como siempre: Pues, Padre, me he dormido.

Y verdaderamente yo siento no sé qué sensaciones extraordinarias de sueño que no me explico. Todas las noches digo a mi mamá: A ver si me llamáis temprano mañana para ir a Misa... y repiqueteo 10 o 12 veces diciendo «llamadme, llamadme temprano mañana.» «Bueno, hombre, bueno, ya te llamaremos; pero, no hagas lo de todos los días.»

«Nó, nó, mañana sin falta»: y lo digo con buenísima voluntad... «Adiós, hasta mañana».

.....

Y, señores, ya no puedo seguir explicando nada; hasta las ocho u ocho y media de la mañana no se abren los ojos, heridos por los rayos del sol en la bien entrada mañana.

Miro la hora: «¡Dios mío! las ocho!!!» Grito indignado a los de casa: «¿Por qué no me habéis llamado?» Ahora, bronca del Padre por vuestra culpa.

Pero, cálmese D. Rafael (como me llaman después de haber acabado el bachillerato). Si te hemos llamado a las seis y media y nos has contestado: «Traerme la ropa, que ahora mismito me levanto».

Pues, Señores, yo me asusto con estas afirmaciones, o tengo una carencia total de memoria, o soy por fuerza sonámbulo: pues yo ni recuerdo, ni creo que haya contestado absolutamente nada.

Grito... chillo... y me indigno contra los de casa y contra la fregona en particular... y terminan por no hacerme caso nadie.

Creo, pues, que es verdad lo que he dicho anteriormente, que siento sensaciones extraordinarias de efectos de sonambulismo estupendos.

Sin embargo, recuerdo y tengo que declarar la verdad; me he despertado varias veces, y bien tempranito, para ir a Durango en bicicleta, y otros días para una partida de caza... y sin ayuda de nadie, ni soñolencia.

En resumen tiene razón el Padre al decir que: *no puedo* es lo mismo que *no quiero*.

R. F., Congr.

Cómo me enseñan en casa.

Una vez he tenido ocasión de visitar la Cárcel de Larrínaga y fué tal la impresión que me hizo al ver aquellos pobres presos, que me salían las lágrimas; tal fué la pena que me causó.

Hablando de esto en mi casa, me dice mamá: Mira, Antonio, de aquí puedes sacar en consecuencia lo que será el Purgatorio. Suponte tú una cárcel donde los presos están atormentados por el fuego y pidiéndonos misericordia; pues, saben muy bien ellos que nosotros tenemos muchos medios con los cuales les podemos socorrer.

¿Y quién de nosotros no sentirá compasión hacia ellos teniendo allí hasta parientes muy cercanos? Muchas veces he oído decir que el mes de Noviembre es dedicado a las benditas ánimas del purgatorio. Pues ahora que estamos ya en él, aprovechémoslo haciendo algo en favor de ellas, poniendo más empeño en que nuestras Comuniones sean más fervorosas, las misas oídas con más devoción y haciendo alguna pequeña limosna o mortificación, ofreciendo estos méritos en sufragio de ellas.

¡Cuánto nos lo agradecerían ahora las pobrecitas, y mañana otro día ellas agradecidas intercederían por nosotros en el cielo!

A. L. Congr.

¡Qué bobos somos!

Estando en el Instituto antes de entrar a clase oí hablar de que si el Cine Arriaga, de que si la troupe Vernof, de que si las famosas artistas de varietés, etc., etc.

Al oir a mis compañeros hablar de este modo, al principio me indigné; mas después se picó mi curiosidad con los grandes elogios que de este espectáculo hacían y dirigiéndome a un compañero (el mejor de los allí presentes) le interrogué: —Oye! Y tú, ¿qué opinas del cine ese? —Yo, opino como esos otros: es un espectáculo muy bonito, muy entretenido...

E inmoral... le añadí yo.

—Eso no—me contestó mi compañero. Lo que pasa es que a vosotros, los Kostkas, todo os parece inmoral, grosero, etc.

Llamaron a clase, y así quedó la cosa.

Luego, al anochecer, no sabiendo donde dirigirme, me encontré con un amigo Congregante, y le dije:

¡Hola J.! ¿dónde vas?

Pues, francamente no lo sé—me contestó—

Seguimos juntos sin saber a dónde íbamos a parar, pues llovía bastante, cuando uno de esos repartidores de prospectos nos entregó uno a cada uno.

Nueva tentación. Según los prospectos desde las seis hasta las ocho y media se podría estar entretenido y viendo un espectáculo culto aquí cerca, en el Teatro Arriaga.

Mi amigo me dijo: Oye, sabes que he oído ponderar extraordinariamente a la troupe Vernof?

Y yo también! le contesté.

Pues mira—me dice—según me han dicho es un espectáculo que se puede presenciar sin temor de pecar.

Sí; yo también he oído que es bastante moral.

Pues casi... casi... estoy por decirte que vayamos, aunque no sea más que por ver lo que es. Si es malo, nos salimos y si no, nos quedamos.

Al oír esto, empezó dentro de mí una lucha terrible: la conciencia por una parte me enseñaba los males que me sobrevendrían; por otra, el demonio me presentaba el veneno en taza de tan buen color... Por fin, ¡oh, qué vergüenza!, el demonio me engañó miserablemente y entré.

Noté al entrar un olor bastante diferente al que estaba acostumbrado a sentir en la Congregación.

Para empezar dieron algunas películas tan tontas, que más nos hicieron reir de desprecio que otra cosa. Pasaba el tiempo, y yo seguía muy excitado: el remordimiento de la conciencia me hacía pasar ratos terribles. Al fin anunciaron la troupe Vernof, y a mí, que soy aficionado a los anagramas se me ocurrió cambiar las sílabas (nofver).

Esta idea, *no ver*, se apoderó de mi mente, y el remordimiento que seguía implacable sobre mí, hizo que dijese a mi amigo:

—Oye, no te parece que esto será una gansada como lo de las películas—y le repetí mi anagrama. Mi compañero comprendió, y nos salimos del teatro con algunas perras menos, menos tranquila la conciencia y avergonzados de lo que habíamos hecho.

Aquella noche no dormí: me parecía ver a mis compañeros apartarse con horror del cine, y yo dirigirme a él. Cogí el crucifijo con mis manos, lo besé varias veces, hice un acto de contricción, pidiéndole perdón por lo que había hecho.

A la mañana siguiente en la misa de congregación, confesé y comulgué. A la salida me encontré con el compañero de la noche anterior, que también había hecho lo mismo que yo (confesar y comulgar) y le pregunté: ¿Qué tal has dormido? Mi compañero sumamente avergonzado—me contestó:— Muy mal, ¿y tú? Idem. Idem. Y en mi mente está fija la idea de no volver al cine por los siglos de los siglos.

Por lo que empecé a ver allí y por las conversaciones que se oyen a los chicos, Arriaga es lugar apropósito para que acuda a él sólo la golfería.

J. M. I., Congr.

Del último Concurso.

Casi al acaso escogidas os quiero poner delante algunas respuestas, presentadas en este último concurso sobre el reglamento. Cuarenta, como se ve por la lista acertaron todas las respuestas; y se lamentaba el Padre de no tener otros tantos pelotones para cada uno de los que tuvieron tan buena puntería.

La primera pregunta decía que qué práctica era la más apropósito para saber cómo anda uno de cuentas con Dios. Hacer todas las noches—contestaron muchos—el examen de conciencia y anotar las faltas para saber así cómo correspondemos a Dios.

La segunda pregunta era: Porqué la comunión diaria o más frecuente posible es el mejor medio de educación. Contestaba uno: Porque es el mejor medio para aprender a vencernos y el que más se vence es el más educado. Otro: Porque cuanto más se recibe a Dios, nos da más fuerzas y nos hacemos más valientes. Otro: Porque Cristo nos aleja con sus frecuentes visitas del pecado; y el que no peca es el más educado.

La tercera pregunta pedía la razón de no permitir el reglamento ir a ver los actuales cines de Bilbao. No tenía mucha dificultad: todos

Universidad de Deusto
Biblioteca

dieron con la justa respuesta. Lo que sí es de notar que casi todos dejaban peor paradas a las personas que asisten a esos espectáculos, que a las mismas películas. El que mejor trata a la gente que allí acude, es de poco educada. Casi todos ven allí en peligro la pureza, el primer paso para la inmoralidad y el centro de la peor educación. Uno más inocente que no ve tan lejos se contenta con decir que con ir al cine se aburren de la Congregación.

Y a este propósito preguntado un pequeñito que comulga diariamente, si quería o no firmar la adhesión al reglamento, contes:ó decidido: Sí; porque para mí el cine es malo y la Congregación buena. Ve como uno de los mayores enemigos de la Congregación el cine; y más de una vez ya nos ha dicho el Padre: o cine o Congregación.

La última pregunta era sobre el otro peligro que tenemos y dice: Qué razón hay para que no tomemos parte en asociaciones de no-congregantes, sin permiso expreso del P. Director. Muchos dieron con la razón pedida: el gran peligro que hay de juntarse con malos compañeros, que es desgraciadamente lo que más abunda.

Los que merecían, por haber dado con todas las contestaciones, un buen premio fueron:

José Lezana.
Jesús Salinas.
Vicente Vidaurrázaga.
José Echevarría.
Antonio Lizárraga.
Fernado Paz.
José Aranguren.
Santiago Aréchaga.
Pedro Gaviria.
José Lueñas.
Jesús Egido.
Ignacio Paz.
Serafín Abaitua.
Félix Múgica.
Luis Echevarría.
Eusebio Endeiza.
Alfonso Moreno.
Angel M. Moreno.
Pedro Ruiz.
Camilo Basterrechea.
José M. Uranga.
Pedro Vigil.
Alfonso Bravo.
José Eguren.
Eugenio Moltó.
Fernando Milicua.
Adolfo G. Ubieta.
Benito Bergua.
Ignacio Aranzadi.
Manuel Sarasúa.
Fernando Mestraitúa.
Julián Moreno.
Francisco Otalora.
Domingo Albizua.
Carmelo Cirión.
Jesús L. de Guevara.
Carlos Careaga.
Carlos Echevarría.
José Legarreta.
Pedro Gárate.

J. T. V., Congr.

Correspondencia abierta.

Orduña, 31 de Octubre 914

Querido Padre: Me encuentro muy bien gracias a Dios.

Estoy plenamente satisfecho, por la gran seguridad que tengo de haber hecho muy bien los Ejercicios. Durante el tiempo que estaba el Padre haciendo las meditaciones, yo atendía mucho, para después meditarlo durante la misa o en filas o en alguna otra parte; así estuve los tres días de ejercicios. El último tuvimos confesiones y al día siguiente, comunión general.

Una vez a la semana suelo hacer las meditaciones con el libro del P. Ascondo; y así recuerdo las meditaciones que nos hacía el Padre en ejercicios. Cuando me viene alguna tentación, pienso en lo terrible que es el infierno y lo hermoso que es el cielo, y así se me va la tentación. Comulgo casi todos los días y pido a la Santísima Virgen morir antes que cometer un pecado mortal.

Estoy poniendo todo lo que puedo de mi parte para ser de los que mejor se porten y creo que lo conseguiré.

Su congregante que nunca le olvida

A. R. T., Congr.

Ecos de la Congregación.

El viernes 6 es primer viernes de mes, consagrado al Corazón del que más nos quiere.

El viernes 13, fiesta de nuestro Patrono, San Estanislao. Acudirán a comulgar a las siete y media cuantos puedan. La función solemne la celebraremos el cuarto domingo de mes, día 22. Comunión general a las siete y media y por la tarde a las seis, solemne bendición y panégirico del Santo. La asistencia es obligatoria.

Tanto en la misa diaria como en todos los demás actos entregarán un cupón con el número que se le ha señalado.



Núm. 14.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Diciembre de 1914

Le cuesta, pero es valiente

Dicen que había un chico muy bueno, muy bueno; pero, como a todos los de su edad, el demonio de los respetos humanos le tenía cogido por los extremos de la americana... y ni «en broma» le soltaba.

Este joven tan bueno, era muy devoto de la Santísima Virgen, se llamaba Enrique M.ª; ¡qué vergüenza le solía dar firmar ese n o m b r e del cual debía estar orgulloso. Sin embargo, Enrique n o d e j a b a de firmarlo nunca. ¿Para qué firmas ese nombre de chica?, le decían. Y poniéndose un poco colorado, contestaba: Porque me da la gana, y procurando poner la cara más dura posible.

Pero un día tuvo que ir a inscribir su nombre en una *oficinilla* donde había muchos guasones y allí fué ella.

¿Cómo se llama?

Enrique,... y aquí se paralizó la lengua del joven; porque ¿qué pensarían aquellos individuos si decía que se llamaba María?; y el pobre muchacho dijo el apellido suprimiendo el *María* que tanto le avergonzaba.

Pero ¡cómo se arrepintió de lo que había hecho! En seguida la conciencia le gritó indignada:



¿Y tú, congregante de María, te avergüenzas de llevar su nombre? ¡Cobarde! ¿Qué has hecho?

¡Es verdad! ¡Es verdad!, respondía el muchacho procurando callar aquellos reproches.

Pero, la voz seguía: Y ¿te avergüenzas de la Madre de Dios? ¿de tu Madre?—Sí, es verdad; pero, ¿qué voy hacer?

Que ¿qué vas a hacer? Pues ir otra vez allí y decir tu nombre, el nombre de *María*, con la frente alta y orgulloso de pronunciarlo.

Enrique vence por fin la vergüenza y entra en la oficina y dice: Hagan el favor de poner el nombre de *María* con el de Enrique, que esos son mis dos nombres.

Los escribientes notaron algo de particular en el rostro del joven, nadie se ríe. Todo lo han comprendido.

Desde entonces Enrique no deja nunca de firmar el nombre de María a continuación.

La Virgen bendice desde el cielo a su hijo que no tiene ya respeto humano de llevar su nombre.

La vergüenza para lo nfilo está bien; para lo bueno es sencillamente cobardía.

A. M. M., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Mi Virgencita.

¡Señor! ¡Dios mío!... ¡Ten piedad!... Se muere mi hermano y en mi casa no se oye otra cosa. Yo fuera de mí ni sé siquiera dónde estoy; me voy donde mamá y le digo: ¿qué pasa? Que R. está ¡muy mal! ¡muy mal! ha perdido ya el conocimiento.—¿Y no se ha confesado todavía?...—No—¡Por Dios! mamá, avisad a un cura ¡en seguida! ¡no le dejéis sin confesar!—Sí, ya ha ido la muchacha... y sigo llorando.

Yo lloro más que exterior interiormente y pienso cómo arreglarme para que se confiese a mi hermano y no encuentro solución ¡es imposible! ni entiende, ni ve, ni oye.

De pronto, levanto la vista y veo un cuadro... ¡Virgen Santa, exclamé, ten piedad!, y de rodillas con las manos cruzadas rezo unas Ave-Marías...

Estoy de luto; mi querido hermano, a quien tanto lloro, ha muerto...

Pero una idea me consuela: la Virgencita de mi cuadro antes de morir hizo un milagro, le dió el sentido, se pudo confesar divinamente, comulgó, dió gracias y murió.

El cuadro de mi Virgencita es el cuadro que más amo, a él me dirijo cuando estoy apurado, y ella me oye, como a todos los que lloran. Por eso ahora que estamos en su Novena para prepararme al día de su fiesta, voy a seguir comulgando diariamente y diariamente le rezo y rezaré mis Ave-Marías y levanto y levantaré mis ojos con gran confianza a su augustísimo trono.

S. A., Congr.

A las siete y media.

Y antes de las siete 150 y hasta 200 casas de congregantes, aquí en Bilbao, se ponen en movimiento.

«¡Arriba! ¡que ya es hora!» grita la madre o la criada; y cuando no quedamos luchando con las sábanas, nos levantamos de un salto, nos encomendamos a la Virgen y rezamos tres Ave-Marías, nos lavamos bien, nos ponemos guapos y a los 15 ó 20 minutos ya estamos bajando la escalera y en marcha.

Es de ver verles venir a todos, metiditos en sus gabanes para no enfriarse, alegres y reflejando en sus semblantes la pureza de sus almas: algunos de la Peña, otros de Begoña, otros de Basurto, los más de más cerca, como corrientes de limpias y bulliciosas aguas que van a descansar en el valle, que así se puede llamar a la pacífica calle de Ayala.

Y ¿a dónde van tan temprano, desafiando a las lluvias, a las nieves a veces y a los peores tiempos? No irán de paseo, ni de excursión, ni a ningún entrenamiento, como dicen ahora. ¡No! Vamos a algo mucho mejor. Vamos a entrenarnos para las batallas que tendremos en la vida, como nos suele decir el Padre. Para esto nos lee o nos habla hasta el Alzar de la misa y nos cuenta hechos de Santos, que llegaron a ser grandes, porque desde pequeños fueron valientes. Nos manda pedir eso mismo en la Comunión y nos enseña después a hablar con Cristo cuando le tenemos en el pecho. Ofrecemos las obras del día, nos consagramos a la Virgen, rezamos una estación a Jesús Sacramentado con la oración «Miradme, oh mi amado...» y estamos a las ocho en punto alegrando otra vez la calle de Ayala. Allí nos encontramos los amigos y pasamos el mejor rato del día. Y eso un día y otro día, sin cansarnos, siempre alegres, siempre divertidos; que para nada envidiamos a los que por un poquito más de descanso pierden todo este bien. ¡Pobrecillos! ¡no saben bien lo que se pierden!

A. M. M., Congr.

Cómo me enseñan en casa.

Dos fiestas hermosas en extremo tiene para mí este mes de Diciembre: la Inmaculada Concepción y el nacimiento del divino Niño.

Desde ahora estoy pensando cómo obsequiar a los dos: a su Madre con una novena hecha con mucha devoción; al Niño vistiendo por su amor a un niño pobre.

Mamá me ha preguntado: ¿Qué has pensado, hijo mío, al comulgar esta mañana? Que está en mi pecho el Señor de cielos y tierra, le he contestado.

Muy bien; pero este mes puedes pensar que viene a ti como niño. Figúrate cuando comulgas que la Santísima Virgen te dice: Antonio, ten este Niño. Me parece verte lo contento que te pondrías. Sí, mamá, y no sabría cómo tenerle para no hacerle daño (pues ya sabes que los chicos tenemoos poco modo para tener criaturas); pero ya trataría de tenerle bien; le besaría las manitas, los pies y creo le comería a besos: se me hace agua la boca en pensar en esa dicha.

Sí, le pediré a la Santísima Virgen que me dé a menudo a su Santísimo Hijo, que me lo deje sin cuidado: yo le apretaré mucho contra mi corazón, para que nunca me deje ni le deje.

A. L., Congr.

¡Que si puede el Rosario!

Era X. un revolucionario furioso que a la cabeza de numerosas hordas sedientas de sangre y fuego y al grito falso de ¡viva la libertad! causó muchísimo daño a la Iglesia católica en la cristiana república de C. Arrasó cuantos templos pudo, asesinó a sus ministros y profanó los vasos y vestiduras sagradas, persiguió a los católicos haciéndoles objeto de toda clase de vejaciones.

Por entonces se levantaron estos últimos llevando a su frente a un paladín de la Iglesia de Cristo. A su encuentro salió X., con miles de hombres. Iba resuelto a ganar la batalla y deshacer al católico ejército. Mas sucedió lo contrario.

Por un hábil movimiento de éstos, obligaron a retroceder a X., con sus hordas.

Herido su caudillo, los revolucionarios comenzaron a huir desordenadamente.

Los católicos en su avance llegaron a donde yacía X.

¡Cuál no sería su asombro cuando oyeron que éste pedía un confesor!

Se le envió uno y cuando se retiró fué asediado a preguntas.

El confesor manifestó que ese arrepentimiento del revolucionario era debido a que desde pequeño había tenido alguna devoción a la Virgen y no había dejado de rezar el Rosario un solo día, aun en aquellos en que cometía todo clase de infamias. Esta devoción se la inculcó su madre.

¡Benditas las madres que así enseñan a sus hijos y más bendita la Madre del cielo!

J. M. U., Congr.

Ya está la Junta.

Muy a gusto de todos ha quedado constituída la Junta de la Congregación de este modo:

Presidente: Roberto Mendiguren y Echegaray.
Vicepresidente: Juan B. Erice y Adarraga.
Secretario: Santiago Anitua y Otamendi.
Vicesecretario: José María Uranga y Palacio.
Tesorero: Esteban Padilla y Lázaro.
Vicetesorero: José María Iturrate y Larrazábal.
Consiliarios:
Félix Martín Rojo.
Pedro Gárate Azcárraga.
Pedro Gaviria y Zubeidia.
Antonio Bengoechea y Orueta.
Andrés Soloaga y Asúa.
Fernando Arbaiza y Velasco.
Bibliotecario: Eugenio Moltó y Tort.
Celadores de asistencia:
Ramón Rodamilans e Isanta.
Serafín Alday y Otaola.
Carlos Echevarría y Usaola.
Camilo Basterrechea y Aguirre.
Celadores de medallas:
Sebastián Mantilla y Aguirre.
Antonio Lizárraga y Achaerandio.
Vicente Vidaurrázaga y Acha.
Jesús Egido y Repila.
Prefectos de catequesis:
Luis Sans y Darnis.
Ricardo L. Luzuriaga e Iturri.
José María Escudero y Rivaflecha.
Director de Flores y Frutos: Angel María Moreno y Bilbao.
Prefecto de música: Víctor Zubizarreta y Arana.

¿Y para qué es la Junta, preguntará alguno? Pues sencillamente, para que los individuos que la componen sean otros tantos directores que tengan a su cargo parte de la congregación, a la que deberán darle vida; y una vida, como nos dice el Padre, no como lo que ha tenido hasta ahora, sino de verdad, dedicándose: unos animar las obras de las misiones, otros a propagar la comunión diaria, a las distintas catequesis otros, otros a los recreos que tenemos los domingos por la noche y a otras muchas cosas los demás. Todos los de la Junta han tomado con empeño su cargo, y a imitación de los apóstoles han empezado a extender por todos los ámbitos de Bilbao su actividad, y no cesarán hasta trasformar por completo la juventud de nuestro pueblo, ya que buena falta le hace.

R. S. T., Congr.

Infame vergüenza.

Pasando un domingo por un pueblecito cerca del que yo veraneaba, vi en una taberna dos hombres que estaban echando unas copas, en el momento que daban las últimas campanadas para comenzar la misa.

Al oirlas el uno le dijo al otro:

—¿Usted no va a misa?

—¡Yo! no señor; no he ido ni aquí, ni en ningún sitio; pues ya ve usted si el domingo va uno a misa, ya pierde media hora y en casa hay cada día más quehacer.

Yo entonces pensé: se conoce que este hombre es muy trabajador.

Mas pronto, al ver que al cabo de más de media hora el hombre seguía en la taberna cambié de parecer, y me dieron ganas de decirle: Pero, buen hombre, ya que usted no va a misa ¿por qué pierde así el tiempo? Dígame ¿cuánto ha ganado en todo este que se ha estado aquí?

No se lo dije (aunque se lo debía haber dicho) porque me dió vergüenza.

Pero, si se lo hubiera dicho, le hubiera cogido en su propia trampa; pues si tanto quehacer tenía, no se hubiese estado en la taberna.

Lo que le pasa a éste es lo que les pasa a muchos: se avergüenzan de ser cristianos.

¡¡Infame vergüenza!!

S. M., Congr.

¡Para los indios, Padre, para los indios!

Un buen saqueo.

A las seis de la tarde, ya de noche, un congregante entra a visitar al Padre; su semblante placentero refleja la alegría de su alma.

—¿De dónde vienes tan contento?

—Pues, ¡vengo de armar un cisco tremendo en casa! ¡Si viera usted qué revoltijo! He conquistado a mamá y no hemos dejado cajón sano; a todos les quitábamos algo, hasta la coqueta y el lavador han tenido que ceder su parte.

¡Qué traerá éste!

El congregante, más contento que unas pascuas, suelta los dos grandes pequetes que trae a cuestas y saca... qué sé yo lo que saca: es necesario hacer un inventario, que da por resultado:

Tres tomos encuadernados de *La Hormiga de Oro.*

Once abanicos bonitos y algunos de gran valor.

Un precioso termómetro de mesa, un rosario de abalorios y filigranas.

Un imperdible.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Varios curiosos objetos de vidrio.
Valiosas y bonitas medallas.
Cruces de nácar fino.
Sortijas, pulseras y pendientes con armazón de oro.
Peinetas con perlas y diamantes.
Varios pequeños rosarios de nácar y cobre.
Un espejo y un juego de la ruleta, diez y nueve variados escapularios, muchas y variadas estumpas bordadas unas y otras de gran tamaño.

Y todo era para los indios. ¡Pobres indios! Bien les hace falta, con lo abandonados que están con esto de la guerra! todos les tienen olvidados; hasta algunos misioneros se han visto obligados a volver y a luchar por su patria; los que daban alguna limosna ya no pueden hacerlo.

Seguramente agradecerán ahora como nunca todas las cositas, las perrillas y todo cuanto podamos mandarles.

Ahora es buena ocasión, y ya se pueden preparar en mi casa, que no paro hasta hacer otro tanto de lo que hizo este congregante más pequeño que yo.

J. R. S., Congr.

Correspondencia abierta.

Lo que puede el ejemplo.

Mi querido Padre: Me pongo a escribirle esta pequeña carta, para contarle todo lo que hago durante el día.

Me levanto a las seis, doy gracias a Dios por haberme sacado de las tinieblas de la noche a la luz del día, rezo tres Ave-Marías. A las siete, después del estudio, a misa y comulgo en compañía de mis amigos. Estudiando y en recreo se pasa el día y llega la noche; rezamos el rosario, cenamos y a la cama; entrego el sueño al Señor para que él prepare mi corazón para la Comunión del día siguiente.

Papá me dice que le cuente a usted cómo he empezado a propagar aquí la comunión diaria. Pues se lo voy a contar. Empecé con dos a comulgar desde el principio del curso. Los primeros días comulgamos los tres solos: después empezaron a comulgar los pequeños, ya entonces comulgaban dieciséis; y con constancia hemos logrado atraer a la sagrada Mesa a otros mayores, y de cuarenta que somos comulgamos veinticinco. ¡Dios quiera que por Navidades con las oraciones de los Kostkas lleguemos a comulgar treinta!

Se despide del pastor el cordero

J. M. G., Congr.

Hasta en Filipinas.

Mil gracias por el favor que nos hace con su FLORES Y FRUTOS: les leo a mis congregantes, a quienes gusta mucho, y cuando se cuenta algo de algún congregante valiente, me preguntan: Padre, ¿está canonizado ese muchacho? Ya ve si producen buen efecto en estos filipinos los ejemplos de los bilbainos. Diga a sus misioneritos, que al rezar por las misiones no se olviden de Filipinas, donde hay tanta necesidad de oraciones.

L. F., S. J.

Ecos de la Congregación.

Primera Comunión. Desde el miércoles, 9, se empezarán a preparar todos los días a las cinco y media de la tarde los que no han hecho la primera Comunión. La harán solemnemente uno de los últimos días del año.

Proyecciones. Cada día están más concurridas las que todas las noches los días de fiesta a las seis y media tenemos en el Salón. ¡Cuánto nos animaría un piano y cuán agradecidos quedaríamos a la persona bienhechora que nos lo procurase!

J. V., Congr.



Núm. 15.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Enero de 1915

Otro Estanislao más en el cielo

Pedro Ortiz y Arana cambió la tierra por el cielo el 30 de Diciembre pasado. El cielo era su propio lugar, pues a los diez años era un angelito revestido de cuerpo. Enredador vivo, un manojillo de nervios; pero lejos de ser molesto sabía ceder y cedía, aun cuando tenía razón, para evitar a sus compañeros un disgusto.

Lo que más resaltaba en él era su inocencia, fruto sin duda del sumo cuidado que tuvo su familia de que solo se acompañara de otros tan inocentes como él. Hasta tal punto llegaba su candidez que, con ser muy delicado de



conciencia, su confesor no encontraba muchas veces de qué absolverle y le despedía con una sencilla bendición. Con el que se confesó la primera vez, cuando comulgó a los siete años, siguió confesándose constantemente todas las semanas. Todos los días venía con su madre a recibir a Jesús en su pecho y a pedirle lo que al fin consiguió: que le llevara al cielo antes de ofenderle.

Tan recatado y modesto era que no permitía al desnudarse y al vestirse que entrara nadie en su aposento. Ninguno de los que lo trataron notó en su cara rastro de envidia, aun cuando viese a otros preferidos.

Le fueron consumiendo en su última enfermedad persistentes y malignas calenturas, y oyó un día quejarse a los que le rodeaban de lo larga que iba siendo la enfermedad; él entonces con la mayor naturalidad les animó a tener paciencia hasta que otra cosa dispusiese Dios. Cuando entendió que iban a llamar a otros médicos de consulta, protestó diciendo que era innecesario. Para persuadirle, le contaron que cuando niño había estado muy grave y que uno de aquellos médicos le había salvado. «¡Qué lástima!» exclamó «¡ya estaría hace mucho tiempo en el cielo!» Es verdad, pero no tendría los méritos de paciencia, de obediencia, de modestia que, con la gracia adquirida con tanta frecuencia de sacramentos, tiene acumulados en sus pocos años para gozarlos ahora por toda la eternidad.

Quien no le tiene envidia no ha pensado ni en el cielo, ni en lo vano que es todo lo que aquí se goza.

A. M. M., Congr.

La Virgen del Bosque.

Era el año 1870. Declarada la guerra entre Francia y Prusia, tuvo Joaquín que incorporarse en el ejército. Fué destinado a las avanzadas, en uno de los puestos de mayor peligro. Después de despedirse de su familia se fué a la casa del Párroco del pueblo, el cual le echó una pequeña plática, le exhortó a pelear como bueno, a no ensañarse con los heridos, a socorrerles y a no guardar odio. También le en-

Universidad de Deusto
Biblioteca

tregó una medalla de la Virgen del Bosque, diciéndole que no dejara de rezarla a menudo. Se despidió con lágrimas en los ojos.

Algún tiempo después se vió obligado a entrar en combate, invocando antes a la Virgen del Bosque, cuya medalla tenía.

En lo más terrible del combate Joaquín recibe un balazo en el pecho y cae.

Es llevado a las ambulancias y al reconocerle se vió que la bala había dado contra la medalla y desviándose libró al soldado de una muerte segura, aunque le causó una herida sin importancia. La Virgen del Bosque le había protegido.

J. M. U., Congr.

Un mal amigo.

Tenía un íntimo amigo, que hacía varios años que era congregante: un buen muchacho que venía todos los días a misa, un congregante muy querido de todos. El verano pasado estuvo fuera, en un pueblo. Se hizo amigo de los que primero encontró, que por cierto eran muy poco recomendables. Fruto de las relaciones de mi amigo con estas pésimas compañías fué el que en un verano cambiase de buen congregante en refinado golfo. No pisó más la Congregación.

Desde este momento que no fué congregante sentía cierta repugnancia en salir con él; pero no tenía suficiente fuerza de voluntad para decirle: ¡Vete de ahí! ¡No quiero ser amigo tuyo!, y esta cobardía fué la causa de que estuviese a punto de convertirme en algo que ni nombrarlo quiero.

Pero, gracias a Dios, un día antes de acostarme me acordé del examen diario de la estampa de San Estanislao, que hacía ya muchos días que ni la miraba; y vi con sorpresa que a casi todas las preguntas que antes podía contestar que no, ahora tenía que contestar que sí.

Me arrepentí de veras y prometí muchas cosas a nuestra Patrona, que ya las voy cumpliendo (aunque todavía soy muy malo) y pienso llegar a ser un perfecto congregante.

Esta es la gracia que principalmente he pedido a nuestra Patrona la Inmaculada al comulgar el día de su fiesta.

J. Z., Congr.

Cómo me enseñan en casa.

Mi papá me repite con mucha frecuencia: «no te acostumbres nunca a mentir por nada ni por nadie; di siempre la verdad, aunque sea contra ti».

Y para hacernos ver la fealdad de esta mala costumbre nos cuenta ejemplos de personas que, habiéndose desde pequeños acostumbrado a mentir, siguen con esta mala costumbre a pesar de tener ya muchos años.

También mamá nos ha contado alguna vez lo que le sucedió a un niño: Una vez engañó a sus padres diciéndoles una mentira, y ahora no le pueden creer nada, por más que el niño dice que es verdad. «¿Te extraña que no te creamos? Pues, tú tienes la culpa por habernos engañado en otra ocasión».

¿No sabes lo que le pasó al pastor mentiroso?

No.

Pues te lo voy a contar; y entonces me contó mamá esta historia.

Había en la montaña multitud de rebaños, cuidado cada uno por un solo pastor, y para librarse de los lobos, cuando uno se veía en peligro, tocaba un cuerno y gritaba: ¡el lobo! ¡el lobo! y enseguida los pastores de los demás rebaños acudían y hacían huir al lobo.

Pero, sucedió que un pastor muy mentiroso, un día por divertirse tocó el cuerno y gritó: ¡El lobo! ¡el lobo! y todos los pastores vinieron corriendo, mientras él se reía a carcajadas; y después de esta vez, otra, y luego, otra, y así dos o tres veces. Hasta que un día el tal pastor, vió al lobo que se acercaba a su rebaño y tocando el cuerno gritaba; ¡¡el lobo!! ¡¡el lobo!!; pero los pastores creyeron que era mentira y no acudieron: ¡Ea! esta vez no nos engaña, decían y el pastor mentiroso presenció sin poder él solo hacer nada, cómo el lobo dispersaba a sus ovejas y mataba las mejores.

Esto le sucede al que acostumbra mentir, que después no se le cree aunque diga la verdad.

¡Qué pena para esos padres! ¡Qué vergüenza para este niño!

Acostumbrémonos a decir siempre la verdad, sin andar con rodeos: sí o no, como Cristo nos enseña.

A. L., Congr.

Un sueño con los indios.

Un pequeñín trajo el otro día unas cositas para los indios: una colección completa de costura, un estuche, unas tijeras, un dedal, muchísimos alfileres, almohadillas y un sin fin de agujas, que como nos dijo el Padre, eran estimadísimas entre los indios.

Me causó mucha impresión oír que con aquellas agujas se podían salvar tantos indios. Me acosté, y me pareció ver en sueños una tribu de indios muy feos, muy feos, y más lejos unos Misioneros europeos, muy guapos, muy guapos. Los Misioneros querían convertir a los infieles, pero éstos eran feroces: si iba allí un Padre, era para entrar en el ancho estómago de alguno de los antropófagos. Entre los Misioneros vi a uno muy valiente, que se ofreció a entrar en el campamento de los infieles; y entró, y se encontró con una mujer que estaba cosiendo con una espina de pescado, pero, ¡cuánto le costaba! El Misionero le dió una aguja y le explicó la manera de coser con ella. La mujer se mostró agradecidísima y besaba enternecida los pies del Misionero.

Los indígenas se hicieron muy amigos del Padre; éste les daba agujas y aprovechaba los momentos para inculcar en aquellas almas los principales misterios de nuestra fe. Por fin, como epílogo, vi aquellos indígenas bautizados, sin comer carne humana, enseñando a otros lo que ellos habían aprendido; vi que uno estaba cosiendo con una aguja y que tenía un estuche pequeño con un dedal y una tijera y fijándome bien observé que eran los que había llevado aquel pequeño a la Congregación; quise ver más y abrí los ojos y me encontré con los de mi madre que mirándome me decía: ¡levántate que son las siete!

Desde entonces no dejo en casa estuche de costura sano.

A. M. M., Congr.

Romped prospectos y programas.

Iba yo el otro día de paseo por el puente del Arenal, cuando vi a tres amigos congregantes, que se acercaban a recibir programas y prospectos de cines y teatros. De pronto observé que corrían los tres perseguidos por el repartidor.

¿Qué pasa? Me acerqué a un señor, que presenciaba lo que ocurría, y oí de sus labios estas palabras: ¡Qué chicos más desvergonzados, se les da programas y aún tienen valor para romperlos en las propias narices del repartidor! ¿Sabes qué chicos son esos?, dijo dirigiéndose a mí.—Sí, señor, le contesté, esos son los Kostkas de Bilbao que rompen esas porquerías, ya que otros que tienen poca vergüenza los guardan para enseñárselos a sus padres y hermanos pequeños.

El señor calló y yo seguí mi camino, orgulloso de haber dado una lección a aquel que teniendo barba y bigote no sabía que los Estanislaos tienen más vergüenza y son más templados que otros muchos.

F. M., Congr.

En el Foot-ball.

Era un animado partido de foot-ball, en el cual dos equipos, compuestos de los mayorcitos de la Congregación, luchaban con verdadero denuedo para obtener el triunfo.

Uno de los señores que estaban presenciando el partido, dirigiéndose a los demás dijo: Pero, fíjense ustedes, ¡qué muchachos! En mi vida he visto cosa igual. Están jugando un partido reñidísimo y ninguno se enfada, ninguno juega con mala intención, a ninguno se le oye una palabra fea, ni nada de eso que vemos en los demás partidos. Estos muchachos parecen diferentes de los demás.

—Pero ¿no sabe quiénes son?

—¡No!

—Pues, los Kostkas, los de la Comunión diaria.

—¡Aaah!...

R. M., Congr.

Tentación de un diablo visible.

Cierto día me hallaba yo muy aburrido y un amigo me dice: ¿Vienes conmigo?—¿A dónde?, le digo.—Me contesta: Al cine.—Yo lo rehuso.—Anda, insiste él, que nos divertiremos mucho.—No voy, no.—Ven, tonto.—Ya iba a decirle: bueno, cuando me acordé de mi Madre Santísima, de la Sagrada Comunión, del Padre y de mucho más. Y así discurrí en aquel momento:

Mi Madre me dirá: tú no eres digno de estar en mi Congregación, no podrás ir a comulgar con tus amigos; te mirará con desprecio todo el mundo, y dirán, allí va uno que ha sido congregante; y el Padre me dirá: ya puedes tomar el pasaporte. Por esto y por mucho más le dije: vete tú si quieres, que yo no voy.

Después de esto me marché en dirección a la iglesia, con ánimo de enmendar mi debilidad y allí gozoso rezaba entre otras oraciones la siguiente:

Os doy gracias, Madre mía, por el gran favor, que me habéis hecho y os prometo morir antes mil veces que ofenderos.

D. M., Congr.

¡Para los indios!

En una de las juntas últimamente celebradas se trató de hallar la mejor manera de animar a chicos y grandes para que contribuyan cada uno con su granito de arena a formar el gran montón que necesitan las Misiones.

El Padre nos dice que nosotros estamos llamados a sostener con cuanto podamos las Misiones. Y, es bien fácil. No se trata de traer cosas de gran valor ni grandes cantidades en metálico; muchas cosas que en casa no hacen nada, pueden servir mucho en las Misiones.

Los indios son muy pobres y bastante desconfiados, y para poder enseñarles el catecismo es necesario atraerles, y esto se consigue ofreciéndoles toda clase de chucherías. El papel-plata que muchos traen al Padre, es llevado a un almacén de hierro viejo, que carga con ello y nos da en cambio algunas pesetas. Estas no son muchas, pero junto con otras hacen un número regular; pues como sabéis, un granito de arena no hace playa, pero muchos, sí.

Los Misioneros se encargan de sacar de esas pesetas todo el mayor jugo posible: compran rosarios, estampas, medallas, catecismos, construyen catedrales de bambú y de ladrillo.

También se compran niños recién nacidos a precios reducidos, pues sus padres los abandonan en mitad de la calle por no poderlos mantener y los Misioneros los compran por algunas pesetas y los cuidan hasta la edad en que pueden ganarse la vida.

Bien, pues, quedamos en que cualquier cosa vale. ¡Con que, hay que animarse a llevar socorro a los indios!

J. M. U., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Carta de Ciudad Real

Queridos compañeros Congregantes Bilbaínos: Nuestro P. Director, que no poco desea nuestra formación literaria, me obliga a tomar la pluma, cosa que yo por mí no hiciera, para que os felicite las Pascuas (esto sí lo hago de todo corazón) y para dedicaros una relación de nuestra última excursión a ejemplo de las vuestras (esto es lo que me cuesta.)

A La Cañada

El 15 de Noviembre a las siete y media de la mañana estábamos reunidos en nuestro salón 40 Congregantes, todos alegres y contentos y bien provistos de municiones de boca.

Un día espléndido.

Al arrancar el tren, estaba nublado y algún tanto lluvioso; rezamos tres Avemarías para obtener un buen día, y nuestra patrona nos lo concedió espléndido.

Tenemos en la Congregación a un baturrico que alegra no poco nuestras juntas; él amenizó los tres cuartos de hora del tren, cantando preciosas jotas a la Virgen del Pilar, que luego repetíamos todos. Los otros viajeros no llevaban a mal nuestro juleo, antes al contrario nos alentaban a ello.

En La Cañada.

A las nueve y media oíamos la misa de nuestro P. Director. El Sr. Cura, el Maestro y el pueblo, que habían estado atentísimos con nosotros a la entrada, lo estuvieron más en la misa, acompañándola con música y cánticos hermosísimos, muy bien cantados por las niñas del pueblo. Y lo más hermoso fué ver comulgar con nosotros muy compuestos a una buena sección de niños de la Cañada.

Al Foot-ball.

Cuando después de desayunar sacamos nuestro balón y en una explanada empezamos un match, los chicos del pueblo que antes nos comían, se escapaban de nosotros por miedo al balón, que nunca habían visto.

Al monte.

Haciendo de alemanes, que van a ganar posiciones a los franceses, subimos a lo alto de un monte con buen número de peripecias y lo que en realidad hicimos fueron ganas de comer. A la bajada del monte nos estaba preparada la comida en la hermosa finca de un amo de alma más hermosa y generosa! Alegría, animación, agasajos, obsequio, cordialidad! Nada hubo que lamentar y mucho que gozar.

La despedida.

A las tres y media estábamos otra vez en el pueblo: rezamos el santo rosario en la iglesia con asistencia del pueblo. A la salida declamaron en la plaza algunos cuentos morales de Claravana y a las cinco al tren.

La gente quedó satisfechísima; sentía nuestra partida y nos pedían que volviéramos.

De vuelta.

Hubo que endulzar la vuelta con un buen cartucho que todavía quedaba al Padre y con las jotas del baturrico.

Por fin llegamos y con alegre sorpresa vimos repleta la estación de gente como en los grandes acontecimientos; eran nuestras familias ansiosas de abrazarnos y saber cómo lo habíamos pasado. El gozo de ellas y nuestro fué completo.

Dios haga que en todos los pueblos que visitemos renazca un verdadero amor a Nuestro Señor Jesucristo y a María Santísima.

Otra vez os saluda y felicita vuestro a. s. s.

Antonio Navarro y Guernaca.
Prefecto de la Congregación de la Inmaculada y San Estanislao.

Ciudad-Real, 28 Diciembre 1914

Ecos de Congregación

La misa que en estas vacaciones ha sido a las ocho, ha vuelto a ser días de fiesta y de labor a las siete y media.

Han honrado nuestro Salón con instructivas y amenas conferencias: el P. Reyero, misionero en Marruecos y el P. Benito Pérez que pasó dos años convirtiendo caribes.

Les quedamos agradecidísimos.



Núm. 16.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Febrero de 1915

El Arcipreste de Huelva en el Salón.

¡Qué honrados nos vimos el otro día con el celoso y simpático Arcipreste de Huelva en nuestro Salón!

No tuvo necesidad de exordios, con sólo presentarse nos tuvo ya ganados. Con su gracia innata nos dijo que éramos los chicos como los perros que conocen enseguida a quien bien les quiere.

Se ve que no sabe hablar más que de Crsito, y de Cristo nos habló y nos contó lo que su libro favorito, los Evangelios, cuentan de lo bien que se entendía Cristo con los chicos y los chicos con Cristo: cómo dejaba Jesús que los chicos traídos por sus madres le rodearan, y él les bendecía y acariciaba y hasta reprendía a los discípulos, porque molestados algo por los chicos, los querían alejar; cómo cuando a un muchacho que le llevaban muerto, le volvió a la vida y se lo entregó a su madre que detrás le iba llorando; cómo fué Jesús vitoreado en su entrada a Jerusalén y los niños siguieron, como ninguno, constantes en sus alabanzas.

Mucho nos encomendó que agradeciésemos a Cristo las buenas madres que nos había dado, ya que, como se ve en estos hechos del Evangelio, las madres son las que nos acercan a Cristo.

Nos dió una definición muy a nuestro alcance del Corazón de Jesús y de su devoción: es una máquina, nos dijo, en la que se mete un tunante y sale un santo; algo así, decía, como lo que pasa en Chicago con aquellas fábricas famosas. Nos dijo también que si teníamos un Padre Director de caramelo, el Corazón de Jesús es canela fina.

Nos recomendó cuando pasásemos por delante de una iglesia nos asomásemos siquiera a la puerta y le dijésemos con toda el alma: «Corazón de mi Jesús, aquí está quien te quiere.»

Hasta en la despedida fué original; nos mandó levantarnos, dar una patada contra el suelo para el demonio, y un viva al Corazón de Jesús.

Excusado es decir que salió vitoreado por todos, y que nos acordaremos de él y de sus consejos toda la vida.

¡¡Viva el Corazón de Jesús y su Apóstol el Arcipreste de Huelva!!

J. M. U., Congr.

Historia de una cuerda.

En no me acuerdo qué pueblo vivía un chico, el cual era muy tonto cuando se trataba de estudiar una lección; el pobre por más esfuerzos que hacía no llegaba a retener en la memoria lo que cinco minutos antes había estudiado: estaba por lo tanto aburrido del estudio.

Pero era chico muy devoto de la Virgen María, y seguramente Ella fué la que le inspiró el pensamiento que le hizo tan grande como ya veremos.

Iba el muchacho un día por un gran campo salpicado por todas partes de pintadas flores, cuando se encontró con un pozo. En su boca ve que una de las piedras estaba ya gastada por la cuerda, con el continuo roce del bajar y subir el cubo para sacar el agua.

Se fijó en esto nuestro chico tan tontito y tiene un pensamiento mejor que el que muchos sabios hubieran tenido ante aquel pozo: ¡Cómo! La cuerda que es tan blanda con sólo rozar, ha llegado a gastar a la piedra, que es tan dura! Y ¿por qué no he de poder también yo vencer la dureza de mi cabeza, si soy constante? Desde aquel día se pone el muchacho a estudiar de firme.

Al poco se siente llamado al estado religioso y consigue ser admitido. Con su constancia, especialmente en el estudio, llegó a ser muy sabio y tanto que ¿sabéis lo que llegó a ser? Pues, ese chico a quien costaba tanto trabajo estudiar las lecciones llegó a ser, gracias a su firme constancia, la mayor dignidad que hay en el mundo, Soberano Pontífice!

A mi entender la constancia es la virtud que hace a uno más hombre y me he propuesto ser constante y mucho ha podido en mí este ejemplo.

L. S., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

¿Para qué sirve el cine?

La sesión del Cinematógrafo a la que yo había acudido se terminaba. Aquella multitud, que había presenciado conmigo las películas, cesaba de gritar y poco a poco se iba retirando triste y pensativa. Seguramente pasaba entonces por su alma lo que estaba pasando por la mía: me retiraba absorto en lo que había visto, procurando poner cara misteriosa, como había visto que la ponían los actores.

Al salir miraba a un lado y a otro a ver si me veía alguno: sin darme casi cuenta iba imitando perfectamente los gestos ya de un bandido perseguido, ya de un perspicaz detective.

Al poco me encontré con un amigo, a quien procuré poner cara alegre; pero, enseguida aquellas figuras que había visto se interponían y me hacían poner cara de huérfano que me delataba lo que había visto.

Llegué a casa y al acostarme quise rezar; pero nuevamente se me aparecían aquellas escenas, como reclamando que fijase la atención en ellas; y con esta impresión concilié el sueño. Pero ni aun en sueños me dejaron las malditas películas, sino por el contrario me molestaron toda la noche. A la mañana siguiente al despertarse el cuerpo, se despertó también el alma, y los primeros remordimientos empezaron a hablar en mi corazón; mas la impresión de lo que había visto, no se apartaba ni en el Colegio al día siguiente. Empezaba a estudiar y sin querer me acordaba de aquellos pasajes y alguna vez me venía también al pensamiento aquel recuerdo impuro, invitándome a que pensara en él, hasta que volvía a darme cuenta de que estaba estudiando; pero leía una línea y otra vez volvía a recordarlo todo; y así pasé, no uno o dos días, sino una semana entera. Por fin me confesé y comulgué y fuí olvidando poco a poco lo del cine, para acordarme algo más de lo de Dios. Lo mismo que a mí debe ocurrirles a los demás.

¡Y con todo habrá padres que lleven al cine a sus hijos! ¡Padres que envenenan de esa manera el alma de sus hijos y los incapacitan para todo lo grande y noble, pues todas son bajezas y algo peor lo que allí se ve!

R. I., Congr.

En las Hermanitas de los Pobres.

Allí estábamos como otros años a las once y media el día de Reyes, no sé cuántos, unos sesenta congregantes. En el alto de la cuesta que lleva al Asilo, nos esperaban cuatro ancianos con muy buen humor y con todos los instrumentos músicos que sacan los días que repican gordo.

Hicimos nuestra visita al Señor que vuelve en niños a aquellos viejecitos. A la salida de la visita ya les teníamos armados con guitarra y castañuelas que pusieron pronto en movimiento a algunos de ellos y con su ejemplo a algunos de nosotros. Pasó así casi media hora sin darnos cuenta y llegó la hora de la distribución: unos a los ancianos, y a las ancianas otros. Los servicios más codiciados observé que eran a los enfermos retirados, a quienes hay que darles poco menos que a la boca la comida. Me quedé con ganas de ir a servirles: los mayores fueron preferidos. Con nuestra servilleta en el hombro pusimos pies y manos a las órdenes de las Hermanitas. ¡Qué hermoso y alegre estaba aquello!: una comida que daba envidia, las Hermanitas sonrientes, al ver nuestro afán por servir a sus viejecitos; éstos lo más agradecidos nada echaban de menos al verse tan obsequiados. ¡Qué buenos ratos pasa uno ocupándose en estas obras de caridad!: mucho mejores que ganando un partido de foot-ball.

M. L. H., Congr.

¿Quién nos tose?

Antes de Navidades no había uno que se atreviese a presentarse en las tablas; y ahora, de repente, salen actores y aun autores hasta por debajo del suelo. Y ¡qué actores y qué actorazos! Hasta los más pequeños se han lanzado y recitado composiciones con su gracejo propio: algunos de ellos en francés y aun en alemán.

Nos faltaba escenario; y ya lo tenemos con dos puertas y su ventana; fabricado todo por nosotros. Telón nos falta, porque... (iba a decir porque no hay de qué, ni apenas espacio); pero no importa. Estamos formando una guardarropía superior; hasta peluquero tenemos. Dentro de poco, a ver quién nos tose!!

Terminan nuestras sesiones con bonitas vistas proyectadas: chistosas unas, algo más provechosas las más: los vicios salen ridiculizados y nosotros prevenidos contra ellos, y las virtudes con los ejemplos de Cristo y de los Santos puestas a nuestros ojos y nosotros animados a ser mucho mejores.

Está visto que mucho hacemos cuando queremos, y estas buenas ganas nos las da el Señor cuando una y otra mañanita le hospedamos en nuestro pecho. ¡Bendito sea!! ¡Que nos dé constancia!!

R. S., Congr.

Buen recurso.

¡Qué mala suerte! Se me ha perdido un alfiler de corbata y era recuerdo de mi abuelita, les decía yo a mis compañeros al vestirme y notar la falta del tal alfiler, después de un partido de foot-ball en Lamiaco.

¡Pues vamos a buscarlo! me contestaron; y allá fuimos todos buscándolo por todos los sitios; pero ¡¡ca!! el alfiler no aparecía, ni a la de tres.

Completamente desanimados íbamos a dejar nuestra busca, porque era tarde. Me ocurre entonces una idea y dirigiéndome a mis compañeros les dije: vamos a rezar tres Ave-Marías a la Inmaculada y un Padrenuestro a San Estanislao.

Rezamos y casi no habíamos terminado, cuando uno de nosotros, precisamente el que menos vista tenía, dice: ¡allá lo veo! Y, efectivamente, allí estaba mi alfiler.

Y esta no es más que una de las muchas gracias que me han concedido nuestros Patronos, de los cuales espero me concedan ser constante y gozar con ellos de las dichas de la otra vida.

R. M., Congr.

Cómo socorrer a un pobre.

Vi a un congregante el otro día hacer una unción que me gustó mucho. Vi que se acercaba con cierto reparo a un hombre y una mujer que estaban sentados en un banco, con caras que demostraban estar muy tristes. Dudó un poco y se atrevió por fin a hablarles: supo que era un pobre matrimonio venido de Francia y no tenían, como se dice, donde caer muertos.

Nuestro congregante quiso, como pudo, remediar su tristeza y le ocurrió mandarles a casa de sus padres. Les dieron allí unos bonos, con que pudieron comer aquel día y algunos más.

Cuando acabó de hablar con los pobres me contó esto, y le pregunté cómo se había atrevido a hablarles. —«Pensé, me dijo, que me gustaría se compadeciesen de mí si estuviese yo triste; así, dije para mí, voy a ver si puedo consolarles.»

Le pregunté que qué bonos eran aquellos, que tenían en su casa; y me contó entonces lo que el Padre les había dicho un día en el Salón y yo no le había oído: que por tanta falta de trabajo y mucha hambre que había con esto de la guerra, habían establecido unos buenos caballeros unos comedores económicos; que quieren ponerlos en todos los barrios obreros, y que ya tienen puestos dos: uno en una lechería de la Alameda de San Mamés, núm. 12 y el otro en la calle de Buenos Aires, 3, bajo: que hay tres clases de bonos: uno de sólo pan por 0,10; otro de sólo cocido por 0,15, y otro completo de pan y cocido por 0,20; que los tales bonos están de venta en la Librería de Emperaile, Cruz, 5, y en la Mercería de Escala, Berástegui, 2.

Se compran estos bonos y cuando se quiere favorecer a una pobre familia que no tiene ni con qué hacer fuego en casa como sucede a tantos, se les da uno de estos bonos y tienen con un bono completo, abundante ración para uno y casi para dos de la familia.

Me pareció muy bien todo lo que me dijo mi amigo y escribí enseguida este articulillo, para que por medio de la revista se conozca y ayude a la gente obrera necesitada, mejor que con darles una perrilla, que vaya uster a saber dónde va a parar.

J. M., Congr.

Cómo me enseñan en casa.

Una de estas noches sentados junto a la chimenea esperábamos que nuestro querido papá cumpliera con sus pobrecitos enfermos y viniera a cenar. Le dijimos a mamá que, entre tanto, nos contara algo.

Con mucho gusto lo haré y os voy a contar no un cuento para distraeros, como vosotros queréis, sino un sucedido del que podéis sacar una lección provechosa.

En una de las siete calles conocí a una familia compuesta de padre, madre y tres hijos: tenían el cuidado de una portería y al mismo tiempo trabajaba el padre en su oficio.

Corrió la voz un día de que aquel pobre hombre había sido víctima de un ataque: al poco le vimos con medio cuerpo paralizado. Con esta desgracia quedaba aquella pobre familia en el estado que es de suponer.

Yo marché de Bilbao y falté algunos años y mientras tanto, nos decía mamá, no supe nada de ellos. Hasta que hace cosa de un año encontré a nuestro buen hombre comprando en una tienda, pero tan transformado que dudaba fuera el mismo: estaba muy bien vestido y en su semblante se conocía que no carecía de nada.

Pretexté que no tenía prisa y dejé que despacharan a él el primero. Cuando hubo salido pregunté a la señora de la tienda si conocía a aquel señor. Me contestó que sí y me contó lo mejorado de situación que ahora estaba, debido a un buen hijo que tiene, trabajador, honrado y tan amante de sus padres que ha logrado colocarlos en una situación, en la que los pobrecitos nunca pensaron. Ya veis, nos decía nuestra buena mamá, qué dichosos estos padres y qué dichoso este hijo que así atrae las bendiciones de Dios sobre él y sobre toda su familia.

A. L., Congr.

Un Misionero en nuestro Salón.

No nos contentamos con oírle al R. P. Benito Pérez, S. J. en el Salón de la Filarmónica; quisimos hacerle aquí en nuestro Salón mil preguntas; pues la verdad es que nos interesamos cada día más por las Misiones. Poco nos costó estar muy atentos: todo el tiempo estuvo contándonos casos y cosas raras de aquellos infelices caribes: como que había habitado entre ellos dos años y harto los conocía por experiencia.

Viven en pequeñas islas, como en otro mundo, al que es muy difícil a un extraño no tanto llegar, como habitar.

Con todo y ser caribes no dejan de tener más idea que algunos de aquí del alma que tienen y de que hay otra vida. Y como ellos pasan la mitad del tiempo en el agua (así son de limpios), creen que el alma cuando sale del cuerpo, va al mar y que es excelente nadadora. Por esta razón cuidan de enterrarlos a todos junto a la playa y casi a flor de tierra. Y lo más curioso es que atan una cuerda a la nariz del cadáver y el otro extremo lo llevan hasta el mar; dicen que lo hacen para que pueda encontrar el alma por la cuerda su cuerpo, cuando se reconcilie con él. Y no es eso sólo, sino que ponen comida sobre la tierra en que está el cadáver; y cuando los pájaros no la han comido, se lamentan y preguntan al descompuesto cuerpo: ¿Estás disgustado de la comida? ¿quieres otra mejor? ¿quieres más? ¿quieres menos? Y al día siguiente aumentan o rebajan la ración.

Las mujeres son allí vanidosas, como en todas partes, y se ponen unos collares apretadísimos en los tobillos y muñecas; se pintan los pómulos y nariz de rojo y los vestidos asimismo son de colores muy chillones; llevan pendientes y un tremendo anillo colgando de la nariz proporcionado a la edad del que lo lleva.

El caribe no trabaja nunca: dicen ellos que no han nacido para trabajar, que para trabajar están los extranjeros, a quienes llaman Uakas.

Una vez estaba el Padre enseñándoles las letras, más por atraer la gente que por enseñar, cuando de repente penetró allí el jefe de todos

Universidad de Deusto
Biblioteca

ellos y al enterarse de lo que allí hacían dijo a los que allí estaban: tenemos que aprender todos a leer, todos, hasta los perros; y al decir esto, mostraba su perro e invitaba a los demás a que hiciesen lo que él; y efectivamente, decía el Padre, señalando la A, Aaaaa! y el cacique repetía al oído del can ¡Aaaaaa! ¡Beeeee! y el cacique arrimaba bien los labios al oído del animal y repetía ¡¡Bee!! y así los demás.

Cacareaba en otra ocasión una gallina y preguntaba un caribe al Padre: Dime, tú que sabes todo, ¿qué esta diciendo ahora la gallina? El caribe estaba convencido de que estos animales hablaban como los hombres.

Otro caribe queriendo aprender el español y el inglés, se compró un periódico de ambos idiomas: creía sin duda que consistía en esto el secreto del lenguaje.

Los caribes son excelentes nadadores: desde su más corta edad están nadando. Se alimentan de plátanos y peces. Lavan su ropa bailando encima de la tinaja llena de ropa y agua.

Se acostumbran ya desde pequeños a cazar con una paja hueca; dentro ponen una especie de flecha, soplan fuerte y se clava la flecha en el punto donde desean. Para pescar usan un procedimiento parecido al de la caza: tienen una especie de lanzas y, arrojándolas con fuerza contra un pez cualquiera, lo atraviesan de parte a parte.

Un Padre Misionero trajo a un caribe de doce años de viaje por Europa; el muchacho de nada se admiraba, ni de nuestras casas, ni de nuestros tranvías, ni de otras cosas que parece debían haberle maravillado. Nada apreciaba: conservaba después una impresión vaga semejante a un sueño pasajero; nos tienen en sumo desprecio. Dicen ellos que el caribe está para comer y dormir, y que es hijo de Dios; mientras el extranjero, o Uaka, es hijo de la planta del pie del caribe.

No se ponen los nombres hasta la edad de catorce años; entonces los encierran en una caseta y les están echando agua por espacio de cuatro días con sus noches sin más descanso que el necesario para tomar un ligero alimento; esto tendrá entre ellos su significado; pero el Padre no pudo saber nada de los reservados caribes.

En cierta ocasión un caribe se quiso ahorcar y se colgó de lo más alto de su choza; acudiendo a tiempo los vecinos y cortando la cuerda, dejaron caer al caribe desde lo alto. Parecía muerto e inútiles resultaron los trabajos del Padre para que diese señales de vida. Pero llega un caribe compañero del enfermo, y se encara con el Padre y le dice: los Uakas nos asesináis, yo curaré a mi hermano; y diciendo esto, él y sus compañeros comenzaron a echarle agua y más agua, hasta que el caribe quedó completamente curado.

Otra vez una mujer sufría fuertes dolores producidos por algún violento cólico. El Padre quiso aplicarle algún vomitivo, pero la enferma sin decir ni palabra se arrastró hasta el mar, donde se zambulló dando saltos. Al día siguiente la que tan enferma parecía estaba curada: el agua fría del mar había sido la medicina. Así se curan todas las enfermedades, menos las picaduras de las serpientes; estas se curan bebiendo agua hirviente con infusión de raíces de un árbol especial.

Para que nos formemos una idea del valor que dan allí a las cosas más insignificantes, nos contó el Padre que cierto día enseñó a un caribe un cristal de aumento y le aplicó con él los rayos solares hasta quemarle un poco en la mano. El caribe no salía de su estupor y se admiraba de cómo un simple cristal sin fuego ninguno produce aquel calor. El suceso corrió de boca en boca y días después venían hasta de las islas vecinas a contemplar lo que ellos creían tan maravilloso artefacto.

Acabó exponiendo los trabajos del Misionero. Explicó cómo tienen que celebrar allí la misa. El altar es sencillísimo y tiene el pobre Padre que decir la Santa Misa con hostias a veces casi pasadas. Tiene que tener una varita al lado para espantar a los perros, gatos y gallinas, etc., que se suben hasta el altar con la mayor franqueza; y con frecuencia tiene que mirar atrás para imponer silencio a las madres que reprenden a sus hijos en voz alta, etc... etc...

Se acuesta en una mala cama, tapándose cuando llueve con un hule hasta la cabeza; de lo contrario se mojaría. No es poco lo que tienen que sufrir con los alacranes, mosquitos, serpientes etc. que hay por aquellas tierras.

Con todo y sufrir tanto y estar entre gente tan desagradecida, como pocas, se le conocía al Padre que estaba allí contento y allí seguiría, de no haberse quebrantado mucho la salud con aquel clima.

A. M. M. Congr.

Lunes y Martes.

Lunes y Martes, o conversaciones alegres sobre materias serias, llamamos a unas conferencias que el R. P. Vilariño nos ha dado dos días a la semana a las siete y media, cuando salíamos del Colegio.

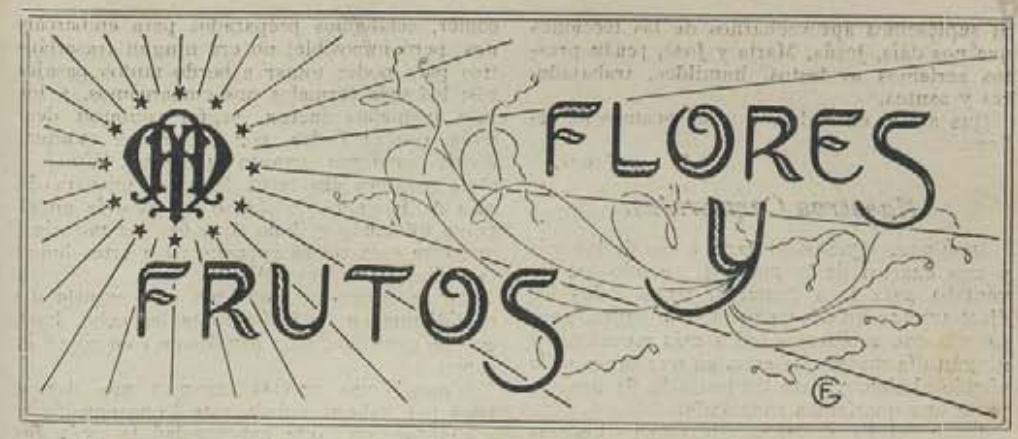
Prácticas y amenas, como se ve que es el Padre, resultaron las tales conversaciones, que tenía con algo más que un centenar de nosotros, los mayorcitos.

Durante la media hora larga nos ha explicado en 10 conferencias, materias que nos tenían atentos y lápiz en mano, tomando notas de lo más saliente.

Nos ha hecho ver lo que podemos los jóvenes y cómo debemos educar nosotros mismos nuestros sentidos, imaginación y facultades todas; qué podemos y cómo debemos leer; cómo discurriremos bien sobre un punto dado; de dónde vienen los errores y cómo debemos prevenirnos; cómo debemos oír y consultar, y hasta cómo podemos tomar notas de lo que oímos, leemos y observamos. Todo nos ha hecho ver con ejemplos y de la manera más práctica y amena.

¿Con qué le pagaremos este su trabajo? Con lo que él dice, con hacernos hombres de provecho; que hombres inútiles y fatuos los hay hasta dejarlo de sobra.

S. A., Congr.



Núm. 17.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Marzo de 1915

Otro Estanislao más en el Cielo.

Tomás Amutio y Guarrochea, de 14 años, inocente y bien reflexivo por cierto, se encontró en el cielo sin darse cuenta de ello.

Se le iba la vida a pedazos, aunque no así el ánimo, que lo tenía cada día más grande y alentado. Cuantas veces fuí a verle con el Padre, decía que estaba mejor, y fué lo último que le dijo a su madre, momentos antes de quedarse en sus manos. ¿Qué tal estás? le preguntó:—Muy bien, madre.

Ahora es cuando puede decirlo con más verdad: nunca ha estado ni estará mejor de lo que está, segurito y gozando allí en el cielo.

¡Lástima que no se cuente más de sus reflexiones, de hombre más que de muchacho!

Su cristiana madre, al enseñarle un Crucifijo, le decía: Mira cómo le han puesto a Jesús, clavado de pies y manos:—Sí, hasta el corazón tiene atravesado—, contestaba él.

—Sufrelo todo por amor a Jesús.—Sí, madre, que más ha sufrido él por mí.

Desde la aldea donde pasaba algunas temporadas para tratar de reponer su ya débil salud, escribía un día al Padre esta cartita:

«Inolvidable Padre: Supongo me dispensará usted mi poca atención, aunque como usted sabe, me encontraba delicado, y ésta ha sido la causa de mi dejadez, pero, gracias a Dios, voy mejor.

Ya me mandó mi padre el estuche con las 31 Florecitas de Mayo, que por cierto las hago con mucha atención.

Sin más de particular, mande usted cuanto quiera a este cordero, *Tomás*».

J. E., Congr.

El mejor regalito que nos puede hacer San José.

Estamos en el mes del que hace de abuelito de la Congregación. Como abuelito que es, ya lo tenemos ganado; de modo que querer ya quiere, y poder no le falta: no va a negarle nada Jesús que le obedeció como el mejor de los hijos. La dificultad es pedirle algo que nos convenga y esta ya está vencida; le pediremos lo que él más quiere: que la Congregación sea lo que debe ser, Congregación de escogidos; que pudiendo no dejen de venir todas las mañanas a hacerse hombres con el alimento mejor que puede darse, que como nos repite el Padre, es la Comunión y lo que allí nos va haciendo ver Cristo.

Novena de la Gracia.—Algo se anticipa a la de San José, esta de la *gracia* de San Francisco Javier, que empieza el jueves, 4. Como patrono que es de las Misiones, vamos a pedirle que no haya congregante que no se interese cuanto pueda por ellas. Que haga que una perrilla se salve todas las semanas y la coloquémos, como nos tienen dicho, en bolsillo aparte, hasta que la echemos al cajón, y del cajón salga a salvar muchos chinitos.

M. E., Congr.

Cómo me enseñan en casa.

Entre otros piadosos libros que tiene mamá hay uno que se titula «El devoto Josefino».

Lo ví sobre una mesa y movido de curiosidad me puse a leerlo un poco; cuanto más leía más me gustaba.

Hablaba de la casita de Nazaret y decía: Echa una mirada sobre ella y verás ¡qué modesta! ¡qué pequeña! ¡qué aseada y qué bien ordenada! Cada cosa ocupa su lugar, nada de manchas, aunque todo es muy pobre. Y ¡qué alegría se respira! qué bien se está aquí, cómo sabe a cielo! Hagamos en ella nuestra mansión para siempre. ¿Qué más podemos desear?: aquí está Jesús, mi buen Jesús, mi Dios; aquí está María, mi madre amantísima, madre de mi corazón; aquí está José, Santo bendito, Santo sin igual, el abuelito de la casa.

¿No es verdad que vale más un día pasado en la humilde casita de Nazaret, que mil años pasados en los palacios de los pecadores? ¡Oh!

Universidad de Deusto
Biblioteca

Si supiésemos aprovecharnos de las lecciones que nos dáis, Jesús, María y José, ¡cuán prestos seríamos modestos, humildes, trabajadores y santos.

Que así lo entendamos y así seamos de felices.

A. L., Congr.

Nuestros Carnavales.

Domingo.—Qué friito hacía a eso de las seis y tres cuartos de la mañana, cuando me levantaba para ir a comulgar como todos los días; aunque no era como todos los días, pues parecía que estábamos todos más recogidos; y ningún día mejor que esos, en que tanto se le ofende al Señor, para demostrarle de nuestra parte que queríamos consolarle.

De la Iglesia al Salón, como todos los tres días, para enterarnos del programa o de lo que habíamos de hacer aquel día.

Este primer día no dejamos el Catecismo, que enseguida del desayuno tenemos los domingos.

Por la tarde con mejor tiempo y en tren especial, salimos de Bilbao para las campas de Lamiaco, que nos han sido cedidas graciosamente por su propietaria, la Sra. Viuda de Coste-Vildósola.

Llegado el tren, se descargó en un momento por sí sola toda aquella mercancía viviente. ¡Magnífico! Allí teníamos todo lo que nos hacía falta para pasar la tarde, como debemos pasarla los muchachos: mucho campo, aire puro, buena compañía y numerosa (unos 300 congregantes) y no pocos saquitos de caramelos, para que mejor nos supiesen las carreras con que teníamos que ganarlos. Las carreras fueron variadas, de velocidad, de resistencia, metidos en sacos, en bicicletas, todo con primeras y segundas categorías: Todos tomamos parte más o menos activa; hasta el Padre estuvo a punto de correr y de llegar el último.

Antes de anochecer estábamos de vuelta en Bilbao en nuestro tren especial, y del tren al Salón, a acabar de pasar el día. Ya lo teníamos todo preparado, aunque no muy bien ensayado. Como estábamos en familia todo nos hacía gracia; y más que nada una serenata que dimos al ídolo cesante, que venido de la China se ha connaturalizado entre nosotros y nos es ya familiar con el nombre de *Chopipi*.

Lunes.—Casi todo el día en el Salón a causa del mal tiempo: de todos modos lo pasamos mejor que los que fueron a otras diversiones. Ya se sabe en esos días apenas si hay una que merezca título de decente.

Martes.—Malo amaneció, y tanto que, después de la Comunión, no creíamos que podríamos jugar el apetecido partido en San Mamés: apetecido, sobre todo, por lo que supone jugar allí donde se han jugado los mejores partidos de toda España. Muchísimas gracias, que otra cosa no podemos dar al generoso Athletic. Jugamos dos partidos y pasamos una mañana divertidísima: todos, mayores y pequeños, pues para todos hubo tiempo.

A las dos y media, con tiempo justo para comer, estábamos preparados para embarcarnos; pero imposible; no era ningún trasatlántico para poder tomar a bordo tantos pasajeros: los más formales nos embarcamos, y los más pequeños fueron, según contaron después, con el Padre, por no sé qué montes, donde corrieron cuanto quisieron. Unos y otros pasamos una tarde deliciosa, mientras la más de la gente de Bilbao se revolvía en el polvo infestado y lleno de todas las miserias, que otra cosa no se encuentra a ciertas horas esos días en la Gran Vía.

Por la noche no faltó con que pasarla divertidísima en el Salón hasta las ocho, hora en que cansados, sólo pensábamos en coger la cama.

¡Cuantísimas gracias tenemos que dar a Dios por habernos dado esta Congregación y a cuantos con tanta generosidad la están favoreciendo, y en especial estos días: a la casa naviera de Sota y Aznar, al Athletic, al ferrocarril de Las Arenas y a la generosa Sra. Viuda de Coste-Vildósola. Rogaremos por ellos, para que prosperen sus empresas, y el Señor, que nunca es corto en pagar, lo hará con creces, sobre lo que podríamos nosotros hacerlo.

R. M., y P. G., Congrs.

Un sueño en Carnavales.

Como todos los días, fuí a la Congregación y, muy recogidito, recibí al Señor con todos mis amigos. Acabada la Misa iba a mi casa, cuando un compañero me detiene y me habla algo más alegre que otras veces. Yo sin poder contenerme, le pregunté: ¿qué te pasa?... Nada, que me voy a disfrazar hoy a la tarde y al decirme esto se reía y se frotaba las manos de gusto. Yo, por si le podía convencer, le dije: no te disfraces, hombre, haces una gran tontería; después de todo ¡cómo te vas a divertir exponiéndote a pecar! El, despreciándome, me decía: no seas tonto, hombre; así os engañan en la Congregación; si disfrazarse es la cosa más divertida.

.....

Al poco veo a mi amigo, pálido, triste, sin moverse: el polvo, el incensante correr y gritar le había trastornado por completo. De pronto se lleva las manos a la cabeza, grita, llama y acuden sus padres; pero, mi amigo... muere.

.....

Llega a la puerta del cielo y San Pedro le despide. El, altivo, le dice: ¿Qué he hecho yo?

San Pedro descorre un velo y le enseña a Cristo azotado, escupido, llagado y ¡muerto! y le dice ¡Mira! ¡Mira, esa es tu obra. Mi compañero se desmaya y cae... ¿A dónde?... se iba hundiendo y tocaba ya a las llamas del infierno, cuando mi despertador suena las siete; hay que ir a la Congregación: ¡a vestirse!

Pero pasan días y por más que me froto los ojos la tremenda figura de Jesús maltratado por mi compañero no se me borra. ¿Y yo tendría valor para hacer de los cartuvales el suplicio de Jesús?

¡¡Nunca!! Antes de clavar una espina más en su cabeza, me quitaré la vida mil veces.

S. A., Congr.

Un diablo blanco.

¿A dónde se va hoy?, me decían mis amigos un domingo por la tarde.

No sé; donde queráis... respondí.

Es que no sabemos donde ir, por eso te lo preguntamos; a ver qué nos dices. Me puse a pensar, pero ni por esas atinaba con un sitio apropósito para pasarnos la tarde divertida.

¿A Lamiaco?—Ya es demasiado tarde; son las tres.

¿A la campa? estamos cansadísimos de haber jugado por la mañana.

¿Pues, a dónde? ¿al cine?—No, no, que la Congregación nos tiene terminantemente prohibido.

Yo ya sé dónde podemos ir, dijo sin duda el mejor de toda la cuadrilla; y bajando la voz, como si temiese que el Angel de la Guarda le oyese, nos propuso un lugar que no era abiertamente malo, pero, sí aunque al aire libre, peligrosísimo.

Todos pusimos mala cara a la propuesta; pero, sin saber cómo nuestros pasos tomaron maquinalmente el mal camino.

Pasamos al lado de una Iglesia, y, a pesar de ir tan extraviados, entramos a rezar una Estación.

Empecé mi oración, pero no le veía, o no me figuraba ver al buen Jesús en el Sagrario con su rostro complaciente como de costumbre; me pareció verle con rostro tristísimo, y oir que me decía: ¡Infeliz!, ¿Qué vas a hacer? No vayas a ese sitio.

Señor, no pecaré, decía yo, no pecaré.

Sí pecarás, ¿no ves que eres muy débil?

No. Ya tendré cuidado, no pecaré.

No vayas, y más seguro estarás de no caer en pecado.

Pero, cómo, ¡cómo voy a decir a mis amigos que no voy!

Un golpecito de uno de mis amigos, cortó este coloquio, y yo haciendo muy de prisa la señal de la Cruz, salí sin osar siquiera mirar al altar; salí, y poco después iba en la dirección propuesta por el diablo más atrevido.

Horas después volvíamos por el mismo camino, con el alma muy triste, pensando cada cual en sus quiebras, lo que hacía que nadie hablase ni una palabra. Llegó la Iglesia de antes y volvimos a entrar. Mas, ¡de qué diferente manera. Señor, perdóname, perdona a este pecador que te ha ofendido.

Mucho me tranquilicé con esta visitilla, y más después de prometer confesarme al día siguiente. Miré a mis amigos, y todos ellos tenían postura igual a la mía; seguramente pasaba entonces por su alma lo que estaba pasando por la mía.

Al día siguiente, al ir a confesarme, vi a todos mis amigos, que también se habían confesado, y puedo asegurar que aquel fué el lunes que más contento he ido al Colegio.

A. M. M., Congr.

Noche inolvidable.

Una vez solo me aventuré a coger la pluma para escribir en esta querida revistilla, fruto de nuestras aspiraciones: me debió salir bastante bien, porque siempre me aconsejaban que volviese a escribir. Pues bien, ahora después de Carnavales y por estar en Cuaresma, voy hacer este pequeño sacrificio y a contar esto que espero hará que otros no vayan a cines ni otros espectáculos.

Salía yo un día del cine de ver la película «Fantomas», cuando me encontré con unos congregantes. Se me acercaron y me dijeron: ¿De dónde vienes?—De dar un paseo, les dije. Ellos no me habían visto salir; pero me dijeron: eso no debe ser verdad, porque si tú vinieses de algún sitio bueno, no te hubieses puesto tan colorado como te has puesto. Yo entonces, viéndome cogido y no sabiendo qué contestar, dije: «Sí, vengo y ¿qué? —Pues si te tienes por buen Congregante, no debes contestar eso; que Jesucristo quiere pecadores arrepentidos. Nos despedimos y me animaron como buenos amigos a que no pisara más esos sitios, y a que me confesara para comulgar al día siguiente.

Aquella noche no dormí. Estuve pensando todo el tiempo en cosas terroríficas; nunca olvidaré noche tan infernal.

A la mañana siguiente a las cinco y media, ya estaba camino de la Residencia: me confesé y comulgué, y me pareció que un peso horrible me quitaban de encima de mi corazón.

Sacad la consecuencia que yo he sacado: no acercarme jamás a un cine.

U. A., Congr.

Concurso.

¿Qué haremos de ésto? nos decía un día el Padre y nos enseñaba un millar de buenos grabados que le habían regalado. Pensamos un poco, y nada nos ocurría. Al fin uno tuvo una feliz idea: al dorso, dijo, se podrían imprimir algunas preguntas que sirviesen de concurso. A todos nos pareció muy bien y nos pusimos a discurrir preguntas a propósito del grabado. Este representa a dos rabinos tentando a Judas y alargándole 30 dineros a cambio de la entrega de Jesús. Judas demuestra en sus ojos saltones y asustados el remordimiento y la lucha que allí dentro tiene. Allá en el horizonte se oculta el disco del sol, como para representar las sombras de remordimiento y de pecado en que queda aquel desgraciado.

La primera pregunta era sobre lo que parecía representar la cara de Judas. ¡Qué variedad de contestaciones!; tan grande como era la fantasía de cada cual.

La segunda pregunta tenía más malicia: ¿Cuál fué el mayor pecado de Judas? Muchísimos cayeron aquí, teniendo por mayor la infame venta de su Maestro, que con todo y ser tan enorme no lo fué tanto como desconfiar y desesperar.

¿Cómo empezaría Judas a ser ladrón? Con esta dieron la mayor parte; nos hacía pensar en las tentaciones que tenemos, de coger sin permiso algunas cosillas.

¿Quién estima a Jesús menos que Judas? Muchos la sabíamos: cualquiera que por un gustillo feo, o por ver una mala revista, o leer alguna novela mala, de amigo se convierte en enemigo de Jesús.

Universidad de Deusto
Biblioteca

¿Por qué?—Pues tampoco: era difícil contestar: porque nada de eso vale ni siquiera los 30 dineros que dieron a Judas; de modo que somos a veces peores que él.

¿Qué provecho sacó Judas de su pecado? —Absolutamente ninguno; aun las mismas monedas parece que le quemaban las manos y las devolvió enseguida y no paró hasta ahorcarse y reventar por medio y condenarse.

¿Qué sacamos nosotros de los nuestros? Pues, intranquilidad y remordimiento, y, si no nos arrepentimos a tiempo, ir a acompañarle a Judas en el infierno.

J. U., Congr.

Premiados.

Juan Ajuria-Guerra y Ochandiano, Ignacio Anitua y Otamendi, Juan S. Anitua y Otamendi, Aniceto Antón y Sáiz, Enrique Anzola y Urresti, Alberto Arechavaleta y Mendía, Vicente Aríztegui y Abechuco, Alfonso Bravo y Aguirre, Joaquín L. de Castro y Garavilla, Adolfo Echevarría y Usaola, Carlos Echevarría y Usaola, Miguel Egusquiza y Echave, Ruperto Herrero y Sáenz, José María Gamarra y Zulueta, Francisco Lueñas y Muro, Sebastián Mantilla y Aguirre, José María Manzanos y Arenaza, Fernando Milicua e Irala, Esteban Padilla y Lázaro, Tomás Peral y Ruano, Angel Pérdigo e Igual, Luis Sáns y Darnís, José Unamuno y Vildósola, Aquilino S. de Viguera y Larrea.

Otro misionero en el salón.

Otro misionero nos visitó días pasados en el Salón: el R. P. Reyero que pasó una Cuaresma en Argelia entre moros y cristianos que sólo se diferencian en que están bautizados.

Nos contó el viaje, y cómo a pesar de viajar en primera, para guardarse de cierta gente, se vió a la mitad del camino acompañado tan solo de moros, que tienen odio brutal a los cristianos.

Uno de ellos le dirigió la palabra cuando estaba rezando:

¿Qué haces? le preguntó

Estoy rezando.

¿Y, a quién rezas?

A Dios y a los profetas. Y el Padre enseñó entonces al moro impresos en el breviario los nombres de los profetas Isaías y Jeremías, etcétera, de quienes se habla también en el Corán.

Se alegró el moro de la coincidencia.

¿Y a quién más rezas?

Rezo a Mariem (María en árabe) que es Virgen y Madre de Dios.

Eso no; dijo el moro con viveza: Madre de Dios, no; Dios no tiene madre, Dios no puede tener madre.

El Padre aprovechando la ocasión, comenzó a explicarle al moro el misterio de la Encarnación; pero el moro viendo su intención dió media vuelta y dejó al Padre plantado; pues Mahoma les prohibe terminantemente discutir con nadie.

Nos hizo ver la escasez de sacerdotes donde más falta hacen, y nos contó cómo uno solo tenía que atender a una población numerosísima; todos ignorantes hasta los cristianos europeos allí establecidos.

Cierto día fué llamado el Padre a confesar a un enfermo grave; al mismo tiempo vino a avisarle una madre europea y suplicarle fuese a bautizar a su hijo moribundo. El Padre no podía ir a los dos sitios; explicó a la mujer cómo ella misma podía bautizar a su hijo; la mujer, extrañadísima, desconfiaba que pudiese ella administrar con validez el Sacramento; el Padre hubo de enseñarle lo que dice el Catecismo, y convencida marchó a auxiliar su hijo.

Y, si esto sucedía con una mujer europea, de las más civilizadas de aquella región, ¿qué sucederá a la inmensa mayoría de las que allí habitan?

Nos habló de los judíos, avaros y ladrones, allí como en todas partes.

A pesar de estar ya advertido de que no se fiase, al comprar unas postales en casa de una judía, cayó en el lazo. Pidió el Padre a la judía doce postales y una vez convenido el precio, le preguntó ésta: ¿Quiere usted que se las envuelva? El Padre no tuvo inconveniente: pues bien, en esta operación le dió un poco la espalda y le escamoteó cuatro.

Siguió hablando el Padre de las costumbres de los moros, de cómo están por las calles sentados en las aceras, con las piernas cruzadas, fumando en largas pipas y jugando a los dados.

Nos supo a poco su interesante conversación: tenía que subir enseguida al Salón de los Luises, de quienes fué Director hace algunos años. Le estamos muy agradecidos y de seguro que se dará por bien pagado si sabe que contribuyó su conferencia a aumentar nuestro interés por las Misiones.

A. M. M., Congr.

Buena lección.

Había un comerciante muy avaro que pasaba todo el día en la tienda; iba a Misa los domingos y confesaba y comulgaba todos los años por no romper con la Iglesia. Tenía un hijo que oía Misa y comulgaba todos los días y le decía a su padre: vamos a oir Misa y a comulgar; pero su padre le decía: oye y comulga hoy por mí.

Dios le mandó una grave enfermedad y en sueños le pareció ver a su hijo que con otras personas entraba en la gloria y él también quiso entrar; pero San Pedro le salió a la puerta y le dijo: su hijo ya ha entrado por él y también por usted.

Curó de su enfermedad y no volvió a decir a su hijo; vete tú por mí.

A. A., Congr.



Núm. 18.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Abril de 1915

¡¡Resurrección!!

El Señor, al resucitar, cambió de vida; pero aun con vida gloriosa, siguió durante cuarenta días conversando con nosotros.

Nosotros también debemos resucitar; no pasando de la muerte a la vida, sino de la vida que hemos llevado hasta ahora, a mejor vida; es decir, si hasta ahora no hemos cumplido bien nuestros deberes, cumplirlos bien en adelante; no contentándonos con cualquier cosa, tenemos que seguirle a Cristo más de cerca y hacernos sus discípulos predilectos; procuraremos estar con él el mayor tiempo posible; comulgaremos lo frecuentemente que podamos.

Los que no podemos a las siete y media, porque tenemos clases a las ocho, podemos adelantarnos un poco, e ir a las siete, como lo hacen ya casi una docena de congregantes.

Quiera Dios que no nos pase lo que al joven del Evangelio, que a mí se me ha quedado muy grabado: le dijo Cristo que si quería ser perfecto, vendiese todo y se lo diese a los pobres y le siguiese; no se animó a seguirle y se quedó como antes, y como algunos creen faltó a su vocación, se condenó.

Con que ¡cambiemos de vida, vengamos todos lo que podemos a estar con el Señor en la Misa de siete y media, que nadie nos quiere más, ni hay mejor Amo!!

M. E., Congr.

Un susto provechoso.

Aquello era imposible, no podía ser, tenía que ser mentira; y sin embargo lo decían todos: Paco, nuestro amigo Paco, nuestro íntimo Paco estaba enfermo gravemente. Así nos lo dijo el Padre cuando entramos en el Salón: ¿Sabéis que vuestro amigo está gravemente enfermo?—Pero ¡si estuvo con nosotros anteayer, y estaba tan sano como otro cualquiera!

Pues ¿qué queréis? así es este mundo, ayer estaba sano y robusto, y un día de estos tal vez esté de arribada en el otro mundo.

Pero ¡está tan grave!—Vaya si lo está, como que tiene una pulmonía con cuarenta y un grados de fiebre y alguna otra cosa peor. ¡Pobre, pobre chico! ¡pobre amigo nuestro, compañero de todas las travesuras y también de todas nuestras obras buenas. Porque Paco es muy amigo nuestro, es como suele decirse, nuestro íntimo: a él confiábamos todas nuestras cuitas y él nos las confiaba a nosotros. He aquí que falta un día al Colegio, y nosotros creíamos que era un catarrito y nos dicen todo aquello...

Y, a la noche fué ella, no hacía más que acordarme de la muerte y ¡cuidado que me asustaba! Lo mismo que ha sido Paco podía haber sido yo, y ¡bueno estoy yo para presentarme ante el tribunal de Dios! y ¿quién sabe si esta misma noche me muero? parece que me duele algo el costado ¿si será una pulmonía?... no, no, yo no quiero morirme, perdón Dios mío, perdón y así pasé toda la noche.

Al día siguiente me confesé y comulgué por si acaso... y ofrecí la comunión por la salud de Paco. Dios le llamaba a él y me dejaba a mí. ¿Por qué Dios mío, por qué?

No hay que decir que ya no soy el mismo que antes y rezo todos los días por mi amigo, que ya mejora.

A. M. M., Congr.

Cómo me enseñan en casa.

Hace algún tiempo nos hablaba mamá de cómo un buen hijo hacía la felicidad de sus padres y era la causa del bienestar de toda su familia. Hoy nos ha contado un caso completamente distinto y de tristes consecuencias.

Eran unos tenderos; tenían tres hijos y aquellos padres no reparaban en gastos, ni les negaban ningún capricho con tal de tenerlos contentos. Ellos no respondieron a aquel cariño tan grande y tan mal entendido.

Cuando mayores, en vez de encontrar los padres algún apoyo en ellos, encontraron más

Universidad de Deusto
Biblioteca

pretensiones, mayores gastos y muchos dolores de cabeza.

Murió el padre y quedó la pobre madre en el mayor desamparo; hasta el extrémo de tener que implorar su ingreso en un santo Asilo. Mientras hacían las diligencias, una buena señora, que la había conocido en tiempos mejores, le ofrecía su casa, que aceptó contenta la infeliz; y a los pocos días, consumida por honda pena, moría aquella pobre madre recogida por la caridad de una buena vecina.

No quiera Dios que nosotros nos portemos así con nuestros padres; mucho menos los que tenemos padres que se desviven por darnos educación cristiana, estiman en mucho a la Congregación y nos animan a comulgar todos los días.

A. L., Congr.

La Extrema-Unción da la salud.

Uno de los pasados días fuimos a acompañar al Viático que había de aliviar y confortar a nuestro amigo Paco. Cerca de cien personas iban alumbrando delante del palio, siendo la mayoría Congregantes. Solemne aspecto ofrecían las dos hileras de hachas encendidas, que a lo largo de la calle de Berástegui avanzaban con paso grave, infundiendo fervor a los buenos, respeto a los tibios y terror a los malos. Dió por fin el monaguillo tres toques de campanilla, y la hermosa procesión se internó en la casa de nuestro buen amigo. Tres de nosotros fuimos invitados a entrar en la alcoba del enfermo y con el corazón palpitante, casi tocando a nuestro Dios que venía a nuestra lado, entramos.

¡Cómo estaba nuestro amigo! ¡qué diferencia de como había sido dos días antes!... Con el pelo cortado al rape, pálidas las narices, colorados los carrillos por la fiebre, y fatigosa la respiración, nos parecía mentira que hubiese llegado a ese estado.

Confiteor-Deo dijo con voz solemne el sacerdote y nosotros y el enfermo con serenísima voz recitamos el *Yo, pecador* en castellano. Después de algunas oraciones llegó el momento, y el Sacerdote con la Sagrada Hostia en la mano, pronunció la fórmula de la Comunión; poco después el buen Jesús se hacía una misma cosa con nuestro pobre amigo. Después, mientras un Padre pariente del enfermo rezaba las letanías, el sacerdote pronunciaba las oraciones e iba aplicando los Santos Oleos en cada uno de los sentidos de nuestro amigo. Al fin el Sacerdote con la pequeña custodia en la mano dió la bendición a todos los circunstantes, y la procesión emprendió su regreso.

Para dar salud al cuerpo si le conviene, pensaba yo en el camino ¡¡si sanará mi amigo... indudablemente que, si le conviene, sanará; y rezaba, rezaba mucho para que mi amigo se curara. Desde entonces, íbamos todos los días a visitarle y notábamos que de día en día iba mejorando. Poco después se levantó por vez primera de la cama y un día de estos pasados ha salido ya a la calle.

Seguramente, la Extrema-Unción le ha curado.

A. M. M., Congr.

Con esto me salvo.

¡Qué amenos y qué provechosos tres cuartos de hora nos ha hecho pasar en el Salón todas las noches durante una semana entera el R. Padre Vilariño!

¡De qué verdades más prácticas y consoladoras nos habló el último día. Las entresacó el Padre de las máximas que como encabezamiento tiene nuestro carnets de asistencias.

De estas sentencias una nos dice: «Pide mucho a Dios que te salves y te salvarás». Pues bien, para que se nos grabase más nos afirmó de este modo categórico: Si, después de haber pedido diariamente a Dios que os salvéis, os condenáis, yo me comprometo a condenarme con vosotros.—No sé qué más se pueda decir para animarnos a pedir a Dios la salvación todos los días. Y, como él decía, no era promesa ni seguridad que daba él, sino era promesa y seguridad de Cristo, que dijo: «pedid y recibiréis»; y, si alguna cosa nos ha de querer dar, ha de ser esta, la salvación, por la que Cristo dió su misma vida.

Otra de las máximas que nos explicó fué: «La virtud más difícil es la constancia». Nos decía que es muy difícil ser bueno uno, tres, cinco años, que nos cansamos de resistir a tantas tentaciones y acabamos por dejar a un lado la virtud, por no tener presente que, pidiendo a Dios la gracia de ser constantes, lo podemos ser; por no ser humildes y pedir fuerza a Dios, para que la constancia a nosotros tan difícil nos haga El fácil.

Nos explicó por fin lo feo que es el pecado, las penas del infierno, las delicias del cielo, lo que Jesucristo padeció por nuestro amor, lo bueno que son los Sagrados Corazones de Jesús y María, a los cuales nos debemos encomendar para que la Congregación sea lo que debe ser, para que cada congregante sea un constante y valiente hijo de la Santísima Virgen. Otros no quiere el Padre y con razón.

R. R., Congr.

Otro valiente.

Estaba yo el otro día en el Instituto, cuando un compañero mío (he dicho mal, no debía llamarlo compañero, puesto que, aunque es condiscípulo, su conducta deja mucho que desear), se me acercó con otros de su calaña, con el fin evidente de reirse a mi costa. Lo noté enseguida y me dije para mis adentros: ¡Bueno! vosotros queréis reíros de mí; pues bien, veremos quién se ríe del otro, si vosotros o yo.

Se me acercaron, como iba diciendo, con unas cuantas de esas indecencias que impropiamente llamamos novelas de detectives y otras complicaciones y me dicen: Oye tú ¿no te gustan estas novelitas? Vamos ya sabemos que te gustan.—Ellos lo hacían con toda idea, pues ya sabían que era Congregante y que a los congregantes nos está prohibido leer estas cosas y otras por el estilo.—Mira, (prosigue con su bromita) para que veas que somos buenos amigos, te las regalamos; así te distraerás un poco y no tendrás la cabeza atontada de tanto estar metido en la Congregación. Algunos otros, como ellos, cobardes (no sé darles otro nombre) que presenciaban esta escena, aplaudieron y rieron la gracia; pero yo sin inmutarme ni enfadarme lo más mínimo, cojo las novelas y les contesto: vosotros sí que tenéis la cabeza atontada con esos cines y novelitas. Y sin hablarles más las hago trizas en sus mismas narices. Y, cosa rara, los que antes aplaudieron la mala acción de esos bromistas, al ver mi valentía y frescura me aplaudieron, haciendo que los bromistas se retiraran cabizbajos y avergonzados.

T. F., Congr.

Lo que más me impresionó.

El infierno.—Una de las meditaciones que más impresión me hizo en estos últimos ejercicios dirigidos por el P. Vilariño, fué la del infierno. ¡Qué nos dirá hoy el Padre para asustarnos!, pensaba yo.—Seguramente nos dirá cosas terribles.¡ Y, efectivamente, cosas extraordinarias no fueron las que nos dijo, pero sí, terribles.

El infierno, nos dijo, es un lugar donde se hallan todos los males, sin experimentarse bien alguno, sin el menor alivio para tanto mal.—Me decía yo para mis adentros, y sin querer me ponía a pensar: ¿Qué haría yo con un dolor de cabeza aun cuando fuese pequeñito sin poder recostarme en una almohada? ¡cuántos sapos y culebras echaría yo desesperado! ¡Y en el infierno! donde el dolor es incomparablemente mayor y no queda ni la esperanza de que se pase ¡¿qué será!?

El P. Vilariño nos recordó entonces cómo el rico Epulón sólo pedía como alivio en sus tormentos que el pobre leproso le mojase la lengua con una gota de agua. Ligero alivio es este! y sin embargo ¡cómo lo ansiaba el rico condenado! ¡Si me condenase! decía yo ¡si me condenase! Y ¡quién sabe! si no enderezo ahora estas y aquellas inclinaciones no llegaré a ser luego fácilmente un pecador que se vaya al infierno ¡Qué horror! si Dios me dice: ¡¡Apártate, maldito, estás condenado!! y condenado para siempre, y no saldrás de allí ¡¡jamás!! Esta palabra me hacía temblar de miedo.

La eternidad.—El P. Vilariño siguió su meditación: Considerad, nos dijo, si una hormiguita diese una vuelta cada año a este globo del mundo al rededor del mismo meridiano cuántos años tardaría en partirlo en dos mitades. Y sin embargo llegaría un tiempo en que lo partiría; pero la eternidad, la eternidad empezaría; no tiene fin, dura siempre. Y aquel *siempre* que abarcaba tanto, me hacía estremecer al considerar que podía condenarme muy fácilmente. Allí mismo hice propósito firmísimo de enmendarme de todos mis pecados.

Ya ha pasado algún tiempo desde los ejercicios, y todavía conservo fresca en mi memoria la impresión del infierno. ¡Que me dure mucho, toda la vida y me haga un Santo!

A. M. M., Congr.

Contrastes de Viernes Santo.

El día de Viernes Santo por la tarde, estaba paseando sin saber en qué sitio ponerme para ver pasar la procesión. Por fin encontré un sitio que me pareció a propósito; pero tenía delante unas tontas que por nada que pasara delante de ellas, se miraban una a otra, se reían y hasta daban chillidos, que más bien parecían estar en uno de esos estúpidos bailes, que viendo el paso de la procesión de Viernes Santo.

Cuando hubo este pasado, fuí a casa a merendar y, al salir, mi mamá me llamó y me dió un pastel. Bajaba yo por las escaleras comiéndole cuando en el portal me encuentro con unos muchachos que se reían cuanto podían. En ese momento me vino a la memoria el escándalo que ví en la procesión y pensando me dije: yo comiendo un pastel, los hombres riéndose y Cristo padeciendo. Con tal pensamiento me pareció ridículo seguir comiendo el pastel y lo eché al suelo.

Fuí al Salón y a la salida, la Gran Vía rebosaba de gente ¡en Viernes Santo! Dicen que aquí hay mucha piedad; pues ¡¡qué será donde no la haya!!

A. G. U., Congr.

Balitas rasas.

Unas balitas especiales acabamos de fabricar los congregantes en un Concurso, con las que nos ponemos a la defensiva y ofensiva de nuestros enemigos, los malos compañeros.

Podremos escoger la forma y el tamaño conforme el enemigo nos ataque de uno u otro modo y esté a más o menos distancia. Son balitas que se pueden y deben guardar en la memoria, como yo lo he hecho, repitiéndolas hasta tenerlas así bien a mano y poder en un caso dado escoger enseguida la de más efecto.

Uno de los puntos más estratégicos del enemigo son los escondites. Pues bien, la primera pregunta del concurso decía:

1.ª—*¿Si te invitaran con aparente cariño a separarse o esconderte contigo fuera o dentro de casa, qué les contestarías?*

Si es para jugar, mal; y si no lo es, peor. —*N. A.*

No, no, que tengo miedo a un atraco.—*P. M. B.*

No voy, porque es seguro que es para hacer algo malo.—*A. E.*

Es inútil, porque de Dios nadie se esconde.—*F. C.*

Tengo miedo en quedarme solo, porque nos podrían hacer cualquier cosa.—*T. B.*

Parece que vamos a engañar y los engañados resultaríamos nosotros.—*A. G.*

Que se vaya a freir espárragos.—*G. I.*

Oye ¿no podemos hacer eso sin escondernos?—No—Pues, a mí no me da la real gana de hacerlo.—*S. A.*

Que yo no soy cobarde y no quiero servir de tapadera para que otro obre mal.—*I. G.*

Ca, porque en mi casa no se esconden más que las ratas.—*J. E.*

No, porque, según Santa Teresa, en la oscuridad sólo se esconden las ratas y las arañas y en el monte las alimañas.—*J. M.*

Oye, mira: el esconderse es propio de gente mala y de ladrones cuando van a robar algo; así es que yo no quiero imitar a esa gente. —*A. A.*

Universidad de Deusto
Biblioteca

Porque no soy lechuza, ni murciélago, ni otro pájaro de esa clase, para andar en rincones y oscuridades.—*C. B.*

No, me huele mal, y además quiero que me vean.—*H. A.*

Otro de los puntos donde más atrincherado está el enemigo es el cine y espectáculos parecidos. Para descubrirle y no caer en sus lazos son buenas estas salidas más o menos al descubierto que nos enseñan las respuestas a esta segunda pregunta:

2.ª—*Si te convidaran a un mal cine o a otro lugar peligroso, ¿qué razón les darías para no ir?*

No voy a ser bandido ni otra cosa de las que enseñan en esos sitios.—*T. P.*

Que antes tengo que comprar gafas ahumadas y un paracaídas.—*A. T.*

¿Quisieras que te pescase la muerte allí? —*N. A.*

¿Te tirarías a un pozo que sabes que está lleno de porquería? Pues eso es el cine y los lugares peligrosos.—*J. B. E.*

Para ver porquerías y escándalos no hace falta ir allí, pues sin pagar dinero se ven muchos, por desgracia.—*J. M.ª G.*

El que juega con fuego se quema, y yo no quiero quemarme: aplica el cuento.—*J. D. I.*

No voy, porque no quiero que el demonio me coja ahí, como se coge a un ratón en la ratonera.—*P. M.ª B.*

No quiero, porque son el camino más seguro para ir al infierno.—*F. C.*

Chico, no puedo acompañarte, porque el médico me prohibe respirar aires malos como el del cine.—*T. B.*

Que no me gusta estar en tinieblas y oliendo mal.—*G. I.*

Hay que saber a veces retirarse a tiempo y en ello va la victoria, sobre todo cuando a uno le atacan y tiene el enemigo dentro. No están mal estas balitas para estos casos:

3.ª—*Si fuese conveniente, sin enfadarse, cambiar de conversación ¿qué excusa buena podrías dar para hablar con naturalidad de otra cosa?*

Haciéndole fijar en una cosa que supiese le gusta; por ejemplo: ¿Cuál te parece el mejor jugador de nuestro equipo?—*C. B.*

Darle un pisotón disimuladamente a uno, para cambiar de conversación entre risas y burlas.—*S. A.*

Aparentar estar intranquilo por tal o cual cosa, y haría ver que sólo en esa cosa pensaba.—*J. A.*

Perdona, pero hablemos de otra cosa.—*A. G.*

Hacer que no se ha entendido la conversación y preguntar cualquier cosa.—*A. A.*

Oye, habla de otra cosa, que eso me hace mal de tripas.—*J. B. E.*

Si te parece, podríamos jugar a alguna cosa.—*A. I.*

¿Que quieren cortarte los víveres y cogerte aislado?, pues aquí en estas respuestas encontrarás medios de no dejarte sorprender ni aislar.

4.ª—*Si quisieran burlarse de ti porque vas mucho a la Congregación, sobre todo por las mañanitas ¿con qué podrías callarles la boca?*

¿Por qué le dais de comer al cuerpo?—Porque si no, se moriría—Pues, igual se morirá el alma, si no la alimentas con los Sacramentos.—*A. A.*

Voy allí porque estoy bien espabilado; el que no va es porque tiene telarañas en los ojos y nublados los sentidos del alma.—*A. G.*

Si fuese para ganar el campeonato de football o para ir a un sitio muy divertido, no te importaría levantarte temprano; pues, bien, yo también me levanto para recibir al Señor y ganar el cielo.—*C. B.*

Si tú supieras lo que yo gano comulgando todos los días, no te burlarías más de mí.—*A. E.*

Tú ¿por qué te levantas temprano para ir al Instituto o a la escuela?—Porque tengo clase.—Pues yo también tengo clase, pero es con Dios y más quiero ir a la clase de Dios que a la de los hombres.—*J. M.ª G.*

Yo, de ser Congregante, quiero serlo de verdad y no de pico, siendo un cobarde y un falso.—*J. D. I.*

Al que madruga, Dios le ayuda.—*P. M. B.*

¿No ves ese perro?, ese no va a misa ni tiene ninguna obligación; yo no me quiero parecer a él.—*T. B.*

¿Quién está más contento; tu hermano cuando viene de misa, o tú cuando te levantas? —*N. A.*

Pues ya ves; con todo lo que tengo yo que madrugar y apesar de que, según tú dices, nos tienen engañados, estoy más contento y alegre que tú; y eso que no voy a ningún cine ni cafetín, que, según dices, son los únicos sitios donde se divierte.—*J. M.ª I.*

Preguntándole:—¿Sabes lo que es la Congregación?—y no sabrá qué responder.—*C. C.*

Cuando tengas envidia, avisas.—*D. M.*

Oye, tú que eres tan aficionado a colmos; a que no sabes el colmo de un tonto cuál es? —Pues es hablar de cosas que no entiende, como tú, por ejemplo.—*R. M.*

Diciéndoles que lo que siento es que cada día no tenga más que una mañana, pues mi deseo sería ir muchas mañanas al día, por lo bien que se está allí.—*S. M.*

¿Sólo a las mañanitas? y también por la tarde voy donde el Padre.—*L. S.*

A mí me parece muy bien lo que hago y poco me importa lo que tú pienses sobre ello.—*J. M.ª Z.*

H. G., Congr.



Núm. 19. Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Mayo de 1915

¿Cómo estaré siempre alegre?

Estaba yo de cuzu con mi amigo, y había notado que no hablaba como otros días y que estaba triste. Fuímos a sentarnos a la sombra de un hermoso roble y al lado de una fuente. Me había decidido a preguntarle la causa de su tristeza, cuando él me dice: «No sé qué tengo, estoy muy triste. Todos los días voy al cine para ver si me divierto algo; si no voy, estoy leyendo novelas de detectives; pero por las noches si tú supieras lo mal que lo paso: parece que un bicho me roe el alma y que una voz misteriosa me dice: Juan, no vayas al cine, no leas novelas; que te vas a perder. Pero, a mí me parece que si no hago esto me voy a aburrir; y, la verdad, al principio siento alguna repugnancia, pero no tengo fuerza para dejar el cine y las novelas.»



Yo le miraba con pena: subía que aquel bicho era el remordimiento y aquella voz misteriosa, la conciencia; pero todavía era yo poco valiente y me contenté con decirle: ¿Conoces a ese chico, que suele andar conmigo, que se llama Antonio?

No le he tratado, responde; pero es el chico que más me ha encantado y a quien más envidio; se vé que está siempre alegre; estoy deseoso que llegue una ocasión buena, para decirle que me descubra el secreto. ¿Me has dicho que anda contigo?

Sí, y es mi amigo.

Pues entonces le puedes decir que si quiere nos acompañe mañana, que vamos a ir de caza.

Me pareció muy bien ésto y en ello quedamos. Nos levantamos de allí, y poco a poco fuímos a nuestras respectivas casas.

Al día siguiente fuí con Antonio a buscar a Juan, y los tres nos encaminamos al sitio donde el día anterior habíamos estado sentados; le llevamos allí a Antonio, porque era muy pintoresco. Ibamos muy entretenidos oyendo las *flores* que con su voz angelical entonaba Antonio a la Virgen, y como nuestro objeto no era la caza, sino que Antonio mostrara a Juan el secreto de su alegría, le invitamos a sentarnos donde el otro día. Nosotros dos y sobre todo Juan observábamos a Antonio cómo miraba al cielo y sonreía ingenuamente y exclamaba: «¡Qué hermoso! si parece que este murmullo de la fuente, este olor que exhalan las flores que nos rodean y este movimiento apenas perceptible de las hojas, nos está convidando a cantar las grandezas de Dios.»

Esto nos hizo tal impresión que nos conmovió totalmente. Una vez repuesto, Juan se levantó y le dijo: Antonio, quiero que

Universidad de Deusto
Biblioteca

me digas de donde proviene tu alegría. ¡Que de donde proviene mi alegría! De que amo a la Virgen. Todos los días rezo el Rosario y le pido que me conceda mil veces la muerte antes que cometer un pecado mortal y que la ame cada vez más. Todos los días la ofrezco mis pobres flores y todos los días recibo a su Santísimo Hijo en mi pecho y Ella, que es tan buena, me consuela de este modo. Si quieres estar siempre contento, haz lo que yo y te prometo que también estarás muy alegre.»

Juan y yo hicimos lo que nos dijo Antonio. Al cabo de una semana, cuando volvíamos de caza ¡qué cambiado estaba Juan! Ya no estaba triste, sino muy alegre; la conciencia ya no le gritaba como antes: No hagas eso, sino, sigue por ese camino. Y el remordimiento se había cambiado en un hondo bienestar.

¡Qué buena es nuestra Madre! No la podemos negar nuestras flores en este mes, ni en ningún mes del año.

M. G., Congr.

Flores que no se marchitan.

¡Qué buena es la Virgen María! La empecé a amar desde que era muy chiquito, y gracias a ella me separé del camino del mal, que parecía haber empezado a andar. Desde entonces tengo en mi corazón un altarcito, en el cual está la estatua de María rodeada de flores.

Cuando, cerrando los ojos, miré a ese altar, vi que las únicas flores que no se habían marchitado eran treinta y una. ¿Por qué será?, me preguntaba yo el primer año; pero no sabía responder. Cuando al cabo de otro año, contemplando otra vez el altarcito, vi que las flores no marchitas eran sesenta y dos, entonces empecé otra vez a pensar; y ¡al fin! solucioné la duda como sigue: Dos años habían pasado con sus dos meses de Mayo o con sus 31 días cada uno. Cada día del mes había ofrecido a la Virgen una de las oraciones que nos dieron en la Congregación, que se llamaban «Flores de Mayo». El número era el mismo... Aquello era verdad.

Miré a mi corazón y me parecía que la Virgen sonriendo cogía aquellas flores y las besaba... ¡tanto le agradaban!... Por eso, cuando llega este mes, el mes de mi Madrecita, no quiero dejar pasar un día sin ofrecer una flor de esas que jamás se marchitan, de las flores que besa mi Madre.

J. S. A., Congr.

¿Mi Madre o mis amigos?

El mes de Mayo iba a empezar, y yo apenas me acordaba de la Virgen, a pesar de estar ya encima el mes dedicado a esta nuestra buenísima Madre. Al contrario, entonces sólo pensaba en divertirme, como que ya tenía preparada una juerguita que la iba a correr aquel mismo día. Pero la Virgen no quería sin duda que me divirtiese como yo había pensado; porque cuando estaba para salir, me trajo mi mamá un paquetito muy bonito, diciendo: Mira lo que te mandan de la Congregación. Allí, dentro de un sobrecito encontré las estampitas de los obsequios que todos recordarán nos mandaron el año pasado y que no pudieron llegarme en hora más oportuna.

Las tales estampitas eran monísimas; en el sobre se leían entre otras cosas: «Todos los días leerás la hoja 32 y luego la que te toque en suerte... Y practica lo que allí dice la Virgen». Es verdad, pensé yo, esto me dice la Virgen; esto me lo ha mandado ella misma y me lo ha mandado a mí, que estaba pensando en ir a una diversión, que fácilmente me puede hacer caer en pecado. Y entonces saqué la hojita de suerte, el sacrificio para el 1.º de Mayo. «Oh castísima, nadie logra ninguna gracia si no por ti»; y la imagen de la Virgen en ella impresa, parecía confirmar lo que debajo estaba escrito con su rostro, el más puro y más terso de cuantos han sido creados. Había luego una comparación y una máxima y después un examen. Examina hoy tu castidad, decía éste. ¿Procuras ser casto en tus pensamientos, palabras y obras? y sobre todo ¿en los peligros, ocasiones, en las lecturas, conversaciones, amistades, espectáculos, etc.?... Luego venía la Práctica: Si tienes algún peligro de faltar a la castidad, resuelve hoy mismo quitarlo y quítalo desde luego (rompiendo un libro malo, un cuadro obsceno, no yendo a un sitio peligroso).

¡Pero, cómo voy a hacer eso, ahora que estoy comprometido con mis amigos! ¡cómo voy a dejar de ir a ese sitio! ¡qué dirán mis amigos! ¡y, si no lo hago qué dirá la Virgen! ¿Acaso tendrá mérito esta práctica, cuando no me cuesta el hacerla? Sí, haré lo que tengo que hacer, lo que me manda hacer la Virgen.

Y de este modo me decidí a no ir, y no fuí; por el contrario me puse a hojear las estampas. Decía una: «Oh purísima, nadie se libra de males sino por ti», y otra: «Oh santísima, nadie consigue la salvación sino por ti».

¡Qué verdades decían aquellas líneas! Bien lo acababa de experimentar entonces mismo.

No hay que decir, que no dejé de hacer un solo día del mes el sacrificio que me tocó en suerte, y que aunque nos traigan otros este año, pienso repetir los del año pasado, y me librarán de algún peligro.

A. M. M., Congr.

¡Qué buena madre tenemos!

¿Qué sitio mejor que el regazo de su madre para un niño? Cuando se halla en algún peligro o tiene alguna necesidad, recurre a ella y no se encuentra seguro hasta que se ve entre sus brazos. Pues, ¡qué vale todo el poder de todas las madres del mundo y la confianza que podamos poner en ellas, comparado con el poder y la confianza que debemos poner en la Santísima Virgen!

¡Con cuánta confianza le pediremos que nos guarde bajo su manto, para que no ofendamos a su Hijo, sobre todo en esa virtud tan difícil de la pureza! Ella es nuestra protectora de una manera especial en esa virtud y quiere vernos puros y frescos como las flores del campo.

Y ¿no nos la concederá, si ella es Madre de Dios y Madre nuestra, y de nosotros los congregantes de una manera especial?

Un congregante, amigo mío, me contó que una noche se hallaba atormentado de una malísima tentación y al acostarse se encomendó a la Virgen de una manera especial.

Despertó al poco asaltado de la misma tentación; iba ya a ceder, cuando sin darse cuenta, pronuncia la dulcísima jaculatoria de «Jesús, María y José». Venció la tentación: la Virgen Santísima le libró de caer.

Como a éste, nos librará a todos los que de veras confiamos en su amor de madre.

J. D. I., Congr.

La Virgen y las Misiones.

Estamos en el mes de Mayo, mes de María; todos sabemos que tenemos que hacer un obsequio, o, mejor dicho, un ramillete de obsequios a la Virgen para ofrecérselos el último día y decirle: «Madre, mira lo que he cultivado para ti en este mes».

Los obsequios pueden ser de muchas clases, privarme de algo que me guste, ser más aplicado, más obediente, etc., etc.

Un obsequio muy agradable a la Virgen se puede hacer a poca costa, contribuyendo a la gran obra de las Misiones. ¿Cómo? Ya lo sabéis, nos lo han dicho a menudo: Metéis una perrilla en otro bolsillo, y no la tocáis para nada, y cuando vais al Salón, os arrimáis al cajón donde pone *Perrillas salvadas y salvadoras* y ¡zas! echáis la perrilla, teniendo cuidado que no os vea el Padre ni ningún congregante. Si no hay perrillas, lo podéis hacer con papel-plata, sellos y toda clase de objetos.

¿Creéis que no habéis contribuído eficazmente para las Misiones? Pues os engañáis. Porque si cada uno hace un poco, da una perrilla, o unos cuantos sellos o papel-plata o medallas, etc., al poco se formará un gran tesoro que contribuirá a que muchos negritos y negritas conozcan las verdades de la Religión, de las que están ayunos hasta ahora.

Nos ha felicitado el que está al frente de la propaganda española para las Misiones, y hasta quiere poner a nuestra Congregación como modelo de entusiasmo por esta obra tan bienhechora.

La cuestión es que lo seamos, y de veras: que nos persuadamos que con un pequeño sacrificio de nuestras perrillas generosamente ofrecidas podemos hacer mucho bien y sentir mayor contento que comprando alguna tontería. No son pesetas lo que nos pide la Virgen, sino perrillas que signifiquen algún sacrificio. ¡Con que, a ofrecer así un ramillete a la Virgen!!!

J. M. V., Congr.

¡Mis apuros de Mayo!

El mes de Mayo llegó aquel año como ha llegado también este año y como llegará todos los años. Y ¡qué miedo le tenía yo al mes de Mayo! Tan risueño y alegre como es siempre, a mí se me figuraba verle representado con los bigotes y el gorrito del catedrático que más temía. Seguramente me iba a suspender el pícaro de él, y lo peor es que, con razón: un milagro sería si me aprobase; los años anteriores había rezado a todos los Santos; pero está visto que no se pueden pedir estos milagros, y que, como dice el refrán: a Dios rogando y con el mazo dando; y yo no había dado con el mazo en todo el curso. En fin, aquello no tenía remedio, me faltaban veinte lecciones para terminar el programa que tenía cuarenta; y, ¿cómo iba a aprender las veinte lecciones que me faltaban si dentro de unos días eran los exámenes? Acudí a la Virgen: ¡Madre mía, dadme un aprobadete; un aprobado nada más os pido; que me aprueben! Y miraba a la imagen de la Virgen, que parecía decirme: Pero ¡si no estudias, hijo, si no estudias! Y yo le contestaba: Pues haz que estudie, que vaya a estudiar por las noches, en lugar de estar paseando en la Gran Vía.

Me oyó la Virgen, y al día siguiente no me pareció tan difícil aprender las veinte lecciones y repasar las otras veinte en ocho días; las demás asignaturas eran más fáciles. ¡Nada! aquello iba como la seda, y tanto, tanto estudié, que casi casi aprendí todas las lecciones, aunque el *casi* faltaba. Pero, en fin, yo me conformé con aquello y fuí a examinarme y ¡hay! por poco ¡qué *cate* me dan! Allí estaba yo sentado en el banquillo rezando, no sé cuántas Ave-Marías y Padre-Nuestros y Gloria-Patris; hasta que el tremendo catedrático pronunció con voz de trueno: Señor M., diga usted la lección... 20. Empecé a decir lo que sabía, ¡qué poco era!, no me acordaba más que de tres preguntas de aquella lección, las tres primeras; pero, yo, pensando bien lo que me esperaba, me las compuse y tardé todo el tiempo del examen en decirlas, y un poquito después tenía el *aprobado* en las manos.

Al pronto me olvidé de que la Virgen me lo había dado; pero luego me acordé e hice un pequeño sacrificio en honor suyo.

Pedid, pedid a la Virgen, y yo os aseguro que os concederá lo que le pedís, si os conviene; si no os conviene, claro que no os lo concederá.

A. M. M., Congr.

¡A Orduña!

Nos tenía el Padre prometida una excursión a esta ciudad, como premio a los mayorcitos de los congregantes que mejor nos portábamos. No nos atrevimos a recordárselo hasta Sábado Santo; y el Lunes de Pascua, bien puntuales sin faltar uno de los treinta y siete favorecidos, estábamos a las 9 y media en la estación del Norte. El jefe de la misma tuvo la amabilidad de ponernos a última hora un coche reservado, que nos sirvió también para la vuelta. El viaje lo pasamos muy animados con la esperanza del buen día que íbamos a pasar. El tiempo, cosa rara, estuvo espléndido. En la estación nos esperaban dos Padres, que nos acompañaron al Colegio. Al llegar subimos a saludar al P. Rector: estuvo muy amable y nos deseó felicísimo día.

El poco tiempo que quedaba antes de comer lo aprovechamos para ver algo del Colegio.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Nos llamó la atención la sala de Física, que está, sobre todo en cuestión de electricidad, surtida de los aparatos más modernos. Despachamos la ración con el apetito y la alegría que puede suponerse y salimos a los patios. Todos los colegiales estaban esperándonos y no sentados, sino en continuo movimiento. Nos sorprendió al poco la banda del colegio, que nos entretuvo un buen rato con sus armonías. Mientras los colegiales estuvieron media hora ocupados en el estudio, visitamos la sala de Historia natural, que contiene cosas raras y preciosas. Enseguida nos preparamos los jugadores. Se nos pasaron dos horas sin sentir: perdimos el primer partido por 2-1 y ganamos el segundo por 2-1.

Con el tiempo justo nos vestimos, merendamos y nos despedimos del P. Rector y demás Padres, a los que dimos y volvemos a dar las más expresivas gracias por las atenciones de que fuimos objeto.

El regreso a Bilbao lo hicimos muy contentos y alegres, comentando el resultado de la expedición, que, en resumen, fué magnífica.

P. G., Congr.

Correspondencia abierta.

Un fresquito de 8 años.

Querido Padre: ¿Dirá usted que falto a la Congregación? Pues, no; porque estoy en Neguri. Dirá usted que soy un fresco, porque me he marchado de ahí sin decirle nada. Pues, no, porque no supe hasta última hora que tenía que marcharme.

Aquí me he encontrado con otro congregante muy simpático. No le conocía; pero como me acordaba de que usted dijo que congregantes con congregantes y chicos tontos con chicos tontos, ando con él y muy divertido. Nos acordamos mucho de la Congregación. Sobre todo a las mañanas, cuando me levanto, digo: A esta hora solía ir a la Congregación.

Haga el favor de mandarme FLORES Y FRUTOS y otras muchas cosas a esta casa.

He venido a Neguri por el colegio de D. Mariano para ingresar este año; y si apruebo, por Octubre voy a Orduña.

Mañana voy al cine de D. Mariano (no crea usted que es un cine escandaloso, sino que dan películas muy bonitas). El programa de mañana es el siguiente: La lucha greco-romana, Los monos en el Africa, y una porción de películas chirenes.

Se despide de usted su cordero que le quiere.

J. M. S., Congr.

De los Madriles.

Queridísimo Padre: Ya me tiene aquí, en los Madriles, con una gente más buena que el pan bendito; y no se lo digo como si fuese mentira para que esté usted contento, sino que es verdad. En este colegio el mismo Director y sus hijos son los profesores.

Yo voy todos los días a comulgar, todos los días. Usted dirá ahora al leer esta parte de la comunión: ¡Cómo me engaña este corderín!—No, Padre ,no le engaño. Voy a misa de 7 y media a los Jesuítas (pues es la iglesia más cercana del colegio) con una hija del Director que es ya mayor y que es «Hija de María».

No se piense, Padre, que vivimos como en colegio y que se come aparte y se hace todo aparte; no, comemos todos juntos y rezamos el rosario después de la cena, y lo hacemos todo muy bien.

Salgo los domingos lo mismo que todos los días de fiesta, y las diversiones que tengo son, jugar al pelotón, ver jugar y patinar.

Ya ve, Padre, la vida que hago por aquí, no es vida para que su cordero Angel se pierda.

Se despide su querido cordero y su fiel congregante.

A. del R., Congr.

FLORES Y FRUTOS

Núm. 20.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Junio de 1915



Ilmo. P. Armengol Coll, C. I. M.

Obispo de Tignica

Vicario Apostólico de Fernando Póo

Aquí tenéis hasta dónde llegó nuestro atrevimiento: a invitar a nuestro humilde Salón a éste Ilmo. Sr. Obispo. Y bueno es que sepáis porqué. Porque tenemos hecho propósito de no perder ocasión, que no la aprovechemos para conocer más y mejor los trabajos de los Misioneros; el tal propósito nos hizo tan atrevidos. Y no nos arrepentimos; ¡qué vamos a arrepentirnos!; ni creo que tampoco S. I. se arrepintió de honrarnos. Estaba nuestro Salón el 28 a las siete y media de la noche lleno de cabecitas, levantadas, en el mayor silencio y con los ojos fijos en tan venerable figura que antes que abriera su boca ya nos tenía ganados.

Empezó y acabó hablándonos de Cristo y llevándonos a Cristo, especialmente a la Comunión.

Un caso nos contó muy edificante de un joven que por nada quiso volver a sus falsos dioses. Se educaba en un internado que allí tienen los PP. del Corazón de María, cuando tuvo la desgracia de hacerse una herida; la tuvo algún tiempo oculta, y se le formó una llaga, que a fuerza de cuidados estaba casi curada, cuando llegaron sus padres. Supersticiosos, como casi todos los naturales, propusieron llevarse consigo a su hijo para presentarlo a *Biera*. *Biera* viene a ser una caja que encierra los huesos y calaveras de sus antepasados, a quienes se encomiendan en sus enfermedades, sin conseguir nada por supuesto; pero no hay quien se lo quite de la cabeza. El chico, que oyó que le querían llevar a *Biera*, empezó a llorar y a gritar que no quería marcharse, que no quería ir a ver a *Biera*, porque no valía nada. Sus padres al principio le hicieron mucha resistencia; pero, viéndole tan afligido, desistieron de sus propósitos y le dejaron en la Misión.

Algún tiempo después al poco de estar curado, corrió y jugó una tarde, tanto que se le volvió a abrir la herida. Volvieron por entonces a visitarle sus padres; y al verle otra vez con la herida, le obligaron a volverse a su tribu con ellos. El chico resistió en vano. Llamó al Padre y se confesó con él y le prometió que por nada dejaría pasar un día sin rezar sus oraciones de cristiano.

Al llegar a su pueblo sus padres le aplicaron medicinas, sacadas de mil plantas y hierbas; pero la herida cada día empeoraba; hasta que un día se decidió en consejo de familia llevarle a *Biera*, para que se apiadase de él y le curara. El chico se negó resueltamente a presentarse delante del amuleto. Al ver sus parientes que no quería de grado, quisieron llevarle por fuerza; pero, él huyó con todo y su herida y se refugió en el bosque que en esas regiones es de gran exuberancia. Allí per-

Universidad de Deusto
Biblioteca

manecio tres días al cabo de los cuales le encontraron y le volvieron a su casa. Decidieron otra vez llevarle a *Biera;* pero otra vez se volvió a escapar y le volvieron a encontrar; aunque tan sin fuerzas y enfermo, que murió al poco tiempo, después de padecer verdadero martirio.

Nos contó la manera muy particular que tienen de entenderse a gran distancia por medio de silbidos. Cuando dos negros se ven de lejos y aun sin verse y quieren comunicarse algo: allí donde las palabras no llegan y llegan los silbidos, con sólo dos notas (algo así me lo figuro yo como el telégrafo de Morse) que varían a su gusto, se entienden entre sí perfectamente.

Nos relató también la manera que tienen de cazar elefantes, poniendo en la cima de los árboles lanzas que están en comunicación con el suelo. Viene un elefante y al pisar debajo de las lanzas él mismo las dispara. Al mismo tiempo hacen otro tanto los indios colocados en lugar oculto. Si no muere el elefante, emprende una carrera veloz y con frecuencia va a morir a muchos kilómetros del lugar donde ha sido herido. Suenan por todo el bosque los silbidos diciendo que fulano ha herido a un elefante, que va en huída. Y es ley entre ellos que quien lo encuentre tiene derecho a un colmillo. A veces hay disputas entre tribus de si el elefante fué herido por unos o por otros.

Y contándonos otras muchas costumbres muy curiosas nos hizo pasar tres cuartos de hora en constante atención. Terminó recomendándonos la Comunión diaria y diciéndonos que contribuyamos a la propagación de la fe. a mí me anima mucho el pensar que el que salva un alma ajena, puede estar seguro que la suya no irá más abajo que el purgatorio.

Quedamos agradecidísimos a tan venerable Prelado y pedimos al Señor que bendiga todas sus empresas.

J. Mª U., Congr.

Cómo me enseñan en casa.

Habréis visto vosotros, como yo, muchas veces unas estampas en que el Señor está llamando en la puerta de una casa.

Cada vez que la veía me daban ganas de echar a correr y llamar muy fuerte en la puerta de mis vecinos y decirles: ¿Dónde estáis, que no oís al Señor que llama en vuestra puerta?

Cuando le dije esto a mi mamá, me contestó: Pero, hijo de mi alma, a qué vecinos vas a llamar? ¡No sabes a qué puerta llama? A la tuya, a tu corazón está llamando el cariñoso Jesús.

¡Vamos! Ahora caigo en cuenta de mi aturdimiento: no me había fijado; cuánto lo siento no haberlo entendido antes, y haberle abierto a la primera llamada. Dispensadme, Señor, esta torpeza, entrad en mi corazón, y desde hoy disponed de él para toda mi vida.

Quisiera tener como Marta la dicha de hospedaros, y como su hermana María la de no apartarme de vuestro lado; ya que no puedo, por lo menos llegará mi deseo donde no llega mi poder.

Conformaros, os lo suplico, con mis humildes deseos. Os daré, Señor, gracias por los favores, que me habéis concedido por mediación de la Santísima Virgen, Madre vuestra y mía; y cuando para cumplir con mis obligaciones tenga que separarme de vos, a pesar mío, dadme, Señor, vuestra consoladora bendición, bendecid también a todos los míos y bendecid a toda nuestra Congregación, que prospere mucho para honra vuestra y provecho nuestro.

A. L., Congr

Obsequios a mi Madre.

I

Era Perico un simpático muchacho de dieciseis años, hijo de uno de los más ricos labradores de C... Pertenecía desde muy niño a la Congregación de María Inmaculada y San Luis Gonzaga, de la cual era uno de los mejores congregantes y quizá el más devoto de la Santísima Virgen.

En aquel entonces había terminado nuestro Perico sus estudios de bachiller y sus padres decidieron mandarle a la capital a seguir la carrera de Leyes.

Llegado Perico a la corte le colocaron sus padres en una buena casa de huéspedes, le aconsejaron que estudiara mucho, que fuese formal, que se acordase de la Congregación de su pueblo y mil otras cosas que Perico prometió cumplirlas al pie de la letra, con lo cual los honrados labradores marcharon contentos y satisfechos.

II

Al principio Perico siguió siendo tan bueno como antes lo había sido; pero, le ocurrió lo que a la mayor parte de tanto bobo, empezó a juntarse con compañeros que poco a poco fueron arrancándole de su corazón las sanas doctrinas, que sus honrados padres en él habían grabado, y el estudioso muchacho de antaño se transformó en algo parecido a sus amigos: en vez de estudiar y asistir a las clases malgastaba tiempo y dinero en cafetines, cines y teatros, los mejores sitios para encanallarse y dejar todo sentimiento de hombre honrado.

III

Aunque de su parte ninguna comunicación tenía ya con su Padre Director, seguía recibiendo los impresos y noticias de lo que los congregantes hacían.

Se hallaba ya próximo el mes de Mayo cuando el incauto joven recibió unas hojitas de la Congregación muy parecidas a las que este mismo mes nos han enviado a nosotros. Acompañaban a las hojitas una cartita del Padre Director, en la que le instaba a que por el amor que sentía por su Madre la Santísima Virgen, le hiciese aquellos obsequios que le enviaba.

Cogió el joven las hojitas y vió que en el encabezamiento decía «OBSEQUIOS A MI MADRE», seguía una serie de obsequios para todos los días del mes.

Leer esto y sentir una lucha tremenda en su corazón todo fué uno. Por una parte deseaba hacer aquellos obsequios a su Madre y por otra ¡sus amigos!

Todo el día pasó el pobre muchacho en esta terrible lucha hasta que al anochecer del 30 de Abril venció en su corazón la santa causa y lloroso y sumamente arrepentido corrió a confesarse a la iglesia más próxima. Absuelto ya de sus culpas, hizo el firme propósito de cumplir aquellos obsequios a su Madre y como en uno de ellos decía: «No me juntaré jamás con malos amigos», en cuanto los encontró rompió con ellos. Cumplió también los otros obsequios. Estudió desde aquel día muy bien sus lecciones, estuvo muy atento y formal en clase y hasta pidió perdón a sus profesores por su desaplicación y mala conducta pasada.

Llegó el mes de Junio y sucedió lo que tenía que suceder: los catedráticos, viendo el arrepentimiento sincero de Perico, le perdonaron; aprobó todas sus asignaturas. Sus desgraciados compañeros en cambio se encontraron a fin de curso con lo que sembraron: calabazas, deudas y el pesar consiguiente para ellos y para sus padres.

IV

Ya de arribada a su pueblo y después de haber enterado de sus notas a sus ancianos padres, corrió a verse con el P. Director, le contó todas sus cuitas y le prometió que al año siguiente no le sucedería lo que en este, pues tenía un buen remedio.

Algo asombrado el Padre le preguntó que qué remedio era: Perico contestó sacando las hojitas aquellas de los obsequios: ¡Este Padre! ¡Este! Pues no solamente lo pienso hacer en el mes de Mayo, sino todos los meses, que esto y mucho más se merece mi Madre.

R. M., Congr.

¡¡¡Pobres súbditos de Chopipi!!!

Os de saber que llamamos *Chopipi* a un pobre ídolo auténtico, venido de la China, que está en el despacho del Padre haciendo un ridículo papel; y con ser ridículo, nos anima a interesarnos por sus súbditos, los pobrecitos infieles, que no conocen nuestra sacrosanta Religión.

La verdad, cuando pienso que hay tantos millones de desgraciados en tinieblas, me ocurre decir: Y ¡qué habré hecho yo para que Dios me conceda la gracia de nacer católico! ¡Por qué no he nacido yo como aquellos infelices allí en sus agrestes selvas, sin conocer la civilización, y sobre todo sin conocer a Dios nuestro Señor?

Y ahora caigo en la cuenta de que si hubiese tenido la desgracia de ver la primera luz en China o en las Indias y la gracia después de verme comprado con vuestras perrillas, papel plata, sellos, etc. y hecho después católico; y supiese que a vosotros en gran parte debía mi conversión ¿qué no hubiese hecho yo por vosotros? Creo que lo primero hubiera pedido a la Virgen que os salvase a todos, y a Dios que os colmase de felicidad; y Dios y la Virgen Santísima, viendo vuestras obras buenas y mis oraciones, os lo concedería.

Pues bien, este pensamiento lo tengo clavado en mi mente, y en cuanto me dan la paga los Domingos, cojo una o dos perrillas y las traslado a otro bolsillo y me digo: esto no se puede tocar, es para las Misiones; y en cuanto llego a la Congregación lo echo en el cepillo.

Haced esto mismo y veréis cómo os sucede lo mismo que a mí; veréis qué consuelo sentís cuantas veces depositéis vuestra perrilla en el cepillo de las Misiones.

Parece que las fervientes oraciones de aquellos pobres indios recién convertidos ensanchan vuestros corazones y os aseguran una felicidad verdadera y por lo tanto eterna.

R. M., Congr.

¿Y qué se gana con ser Congregante?

Francisco era un chico muy perezoso, desobediente, a quien una palabra, una sonrisa, un gesto cualquiera bastaba para arrastrarle a esas diversiones peligrosísimas que hoy tanto abundan. El corazón de Francisco, a pesar de su poca edad, se iba poco a poco endureciendo. Pero ¡oh Providencia! Dios que es infinitamente misericordioso no quiere que ese número grandísimo de ovejas perdidas se aumente con Francisco y hace que un congregante se haga amigo suyo. A medida que el tiempo avanzaba los nuevos amigos más se querían.

Un día Angel, que así se llamaba el congregante, estaba con Francisco y con deseos de cumplir con nuestro Reglamento, lleno de un gran amor al Sacratísimo Corazón de Jesús, le dice: Francisco, te quiero mucho; pero una tristeza viene a amargar muchas veces este cariño, y es que tú no reconozcas lo ingrato que has sido y eres con Jesús. ¿No sabes que El te da lo que tienes de bueno y que su amor es tan grande que aun esto le parece poco y se encierra en el Sagrario, y constantemente te está diciendo: Ven, pobre alma, que quiero demostrarte lo que te amo; ven, toma mi cuerpo. ¿Qué más quieres? ¿qué más puedo darte?

Calla, calla, responde Francisco, ahora comprendo que tienes razón.

Si lo comprendes ¿por qué no te corriges? ¿por qué no vas a confesar y comulgar y le pides perdón?

Al oír esto él, con la cara entre las rodillas empezó a suspirar exclamando: ¡Perdón Señor! ¡Perdón, Jesús mío!

¡Qué alegría tan santa inundó el alma de Angel al ver el buen efecto de sus palabras! Le coge cariñosamente de la mano, le consuela y le lleva a confesar!...

Al día siguiente, cuando los dos amigos salían de comulgar, Angel dice a su amigo: tienes que hacerte Congregante.—Sí, sí, ahora mismo vamos donde el Padre...

Pasado algún tiempo, Francisco no era conocido: de chico perezoso y desobediente, se

Universidad de Deusto
Biblioteca

convierta en congregante digno de ser imitado por todos. No faltará por nada de este mundo de asistir todas las mañanas a la Misa de Congregación.

¿A quién debe ese cambio? A las abundantes gracias que la Santísima Virgen y el Corazón de su Santísimo Hijo derraman como rocío todas las mañanas sobre esta bendita Congregación.

A pesar de esto, hay muchos tontos que con todo y tenernos envidia, dicen: ¡Y, qué se gana con ser congregante!

M. G., Congr.

¡Vacaciones!

Se propuso uno hacer un viaje de exploración al centro de Africa. ¡Qué de precauciones y preparativos para tan largo y peligroso viaje! Todo le parecía poco y con razón. Calculó bien la situación de dicha comarca, se enteró bien de las fieras y se armó cuanto mejor pudo y, no contento con sus propias fuerzas, buscó dos fuertes y valientes que le acompañasen; llevó vestidos según el clima, hizo una provisión de alimentos y medicinas sobre, todo de quinina para combatir las calenturas, propias de las comarcas situadas en el Ecuador. Sabía bien que de nada le serviría ir en busca de fortuna, si a su llegada le acometía alguna enfermedad y le llevaba al sepulcro.

Pues, en este caso estamos nosotros, a punto de penetrar en un clima bastante inconveniente para el alma. De esta tranquila y piadosa atmósfera de la Congregación pasamos al agitado y peligroso ambiente de las vacaciones; nuestra alma será acometida por fuertes y listos enemigos; entre ellos «los malos compañeros», que a cada momento estarán maquinando cómo arrebatar de nuestra alma la paz y la dicha de que gozamos, hablándonos de tonterías primero, y de porquerías después.

¿Qué haremos para mantenernos firmes en nuestros propósitos y conservar intacta la pureza de nuestra alma?

Comulgar tanto y más frecuentemente que en el curso; pedir a Jesús al recibirle fuerzas, gracia para triunfar en todos los peligros; a fin de que terminadas las vacaciones podamos presentarnos de nuevo en la Congregación sin mancha ni borrón alguno.

Animaremos a otros a comulgar y hacerles, sobre todo con el ejemplo, cuanto bien podamos.

Pidamos a la Virgen Santísima y al Corazón de Jesús (ahora que estamos en su mes) que las vacaciones del 1915, no sean un paréntesis funestísimo en esta obra de nuestra educación cristiana.

P. M. G., Congr.

Bala rasa perdida.

Era un Domingo, cuando a pesar de estar el cielo algo amenazador, me decidí dar una vuelta por las afueras de la población.

Al ver que amenazaba ya llover pensé en volverme, cuando pasó por mi lado un joven bien vestido que cortesmente me invitó a cobijarme bajo su paraguas. Iba en la misma dirección y no supe negarme.

Hablando y hablando, al principio de cosas sin importancia varió la conversación y comenzó a decir tonterías y... porquerías.

Al momento pensé en echarle una «balita rasa» pero no me atreví, y él siguió con sus indecencias, con una frescura que me echaba para atrás. No pude resistir más y le dije que vivía allí cerca y que tenía que ir a casa; con lo que me despedí de él.

Ahora siento lo cobarde que fuí y comprendo que debía haber soltado un par de balitas rasas y haberle llamado con su nombre propio, cochino; pero, qué se va a hacer: era la primera vez y no estaba fogueado. Voy a repasar el número de Abril de Flores y Frutos para tenerlas más a mano, es decir, en la memoria y que salgan disparadas.

Le pido y le pediré todos los días fuerzas a la Santísima Virgen, y, gracias a ella, espero que nunca diré las majaderías que tanto se oyen por ahí aun en muchachos de nuestra edad y de familias decentes.

S. M., Congr.

Correspondencia abierta.

Desde la cama.

Mi querido Padre: Tengo que pedirle mil perdones, por no haber contestado antes a su cartita. Y si he de decirle la verdad, no es porque me olvido de mi Congregación: estoy en cama desde bastantes días, y desde la cama le escribo. Mi enfermedad no es de cuidado: son unas manchas que no se quitan, según el médico, si no es estando en la cama unos cuantos días.

¡Cuántos actos de paciencia tengo que hacer!: estoy bueno y tengo que estar en la cama, oyendo: las campanas cuando llaman a las Flores y el repique de la bendición del Santísimo, que hay los días festivos, y los juegos de los chicos que andan por la calle; y yo ¡preso y metido en cama!... Así que me parece que el mejor obsequio que le puedo ofrecer a la Virgen es estar conforme con esta penita, que Dios me ha mandado, y no manifestar ninguna rabieta y la verdad no hago ninguna.

Encomiéndeme usted para que siempre sea bueno. *Flores y Frutos* apreció mucho, y después de leerlo le doy a una señorita, que lo rifa a sus chicos de la catequesis. Muchas cosas le diría, pero tengo mala postura y me cuesta.

Su querido corderito que le pide su bendición.

A. M., Congr.

FLORES Y FRUTOS

Núm. 21.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Julio de 1915

Otro Estanislao más en el cielo

¿Por qué será que casi siempre quedan tan sonrientes las caras al escaparse de sus cuerpos las almas inocentes? Una de estas dulces despedidas fué la de nuestro angelito, Juanito Mestraitúa, que en la noche del 4 de Junio se encontró con un día resplandeciente y eterno.

Le visitaba su confesor días antes de morir, y para animarle a llevar con paciencia la enfermedad que le acababa, le tocaba la espalda y le decía: Mira, aquí te van a salir unas alitas, con las que pronto volarás al cielo. Un poco le costaba conformarse en dejar su buena familia, que con extremo cariño le cuidaba hacía



ya seis años. ¡Pobrecito! No conocía del mundo más que a su familia, sencilla y cariñosa; y de la compañía del cielo no acababa de figurarse que fuera mejor que aquella que entonces disfrutaba.

Tan sencillo era que, cuando estaba solo, charlaba con su pájaro y pasaba el tiempo con sus plantas y sus flores; por eso no creía divertido el cielo, por no haber allí como le decían, estas cosas que aquí tanto le entretenían.

Como de su pájaro y plantas, cuidaba mucho de cuanto se le encomendaba. Algo mayor en edad que uno de sus hermanos, se creyó obligado a mirar por él y a cuidar sobre todo que no anduviese nunca con malos compañeros; él por su parte no se juntaba ni con los demasiados traviesos y atrevidillos.

Mientras se lo permitieron las fuerzas, se distinguió por su *constancia:* hasta en los últimos días, en que estaba ya sin vida se lamentaba con sus hermanas y les decía: «Siempre he rezado por las mañanas y las noches y estos días no sé lo que tengo, se me olvida rezar casi todo.

A la Congregación, mientras pudo, no faltó un solo día desde que se estableció la Comunión diaria; fué de los primeritos que empezaron a practicarla aquí en la Congregación. Se apuraba mucho porque su hermano no llegaba a tiempo y le decía a su madre: a éste le van a despachar, nunca llega a tiempo, y no hace lo que el Padre nos dice.

Para prepararse a su primera Comunión, unos días antes, en vez de ir a jugar, se retiraba con una hermana mayor a hacer su examen y a pensar lo que iba hacer para recibir con la mayor pureza al amigo de los niños inocentes.

Era muy obediente y todo lo hacía como se le mandaba, hasta tenía un cuarto de hora de meditación, que parecía hacerla lo mejor que podía.

La inocencia aparecía manifiesta en algunas preguntas e inquietudes que a veces tenía por cualquier cosilla que hubiese oído. Un día se le notó que estaba muy pensativo y triste, y preguntado por qué no hablaba, y qué le pasaba, manifestó su alma limpia con esta pregunta: ¿Qué es pecado mortal; tendré yo pecado mortal? Oyó otro día hablar de malos pensamientos y preguntaba a sus hermanas: ¿Qué es eso de malos pensamientos? Se quejaba después de malos pensamientos de juramentos, y hasta que se ponía a cantar no le dejaba la preocupación de sus malos pensamientos. Cantando quitaba también la tristeza que de vez en cuando nublaba su alma pura.

Le recomendaba el Padre que, cuando se sin-

Universidad de Deusto
Biblioteca

tiese con fatiga y sin poder descansar, tomase una píldora que consistía en decir con toda su alma: «Hágase, Señor, tu voluntad», y no solamente lo repetía de veras; sino que aun a su hermano, cuando le veía incomodado, se la recomendaba.

Antes de recibir el Santo Viático, estaba con temor miedo de que le llegase la hora: se había figurado que ya se tenía que morir; pero llegada la hora estuvo muy tranquilo y contento y decía después que había pedido por todos.

Al día siguiente se levantó más alegre que otros días y fué al mirador donde quedó tomando el sol y contemplando sus plantas y hablando con sus pájaros.

Ultimamente, aunque ya no se quejaba el pobrecito, en ninguna postura encontraba descanso. Antes de morir decía: «qué pocas fuerzas tengo, no puedo mover los pies, estoy mal; yo me muero». Cuando vió que llamábamos a los demás y que entraban en el cuarto, volvió un poco la cabeza, para mirar por última vez a todos y luego volvió la vista otra vez hacia abajo, y repitiendo varias veces las jaculatorias de Jesús, María y José, hizo la comunión espiritual con mucho fervor, y después el acto de contrición, aunque esto ya no le oíamos.

Enseguida entró el señor Cura, le rezó algunas oraciones y mientras tanto voló al cielo con aquellas alitas que el Padre le había dicho.

F. M., Congr.

Cogido al vuelo.

Acababa de comer e iba a la Congregación donde estaba citado con otros a las 3.

En el camino me encuentro con un antiguo camarada que hasta hace poco fué Congregante.

—Buenas tardes—le dije; y me contestó:

—¡Hola beato! ¿dónde vas?

—Pues, a la Congregación; y ¿tú?

—Pues, yo voy a divertirme en grande. Desde que no soy Congregante ¡¡si vieras qué juerguecitas me paso!!

—Y ¿qué entiendes tú por juerguecitas?—le pregunté algo picado.

Y me contestó una sarta de disparates y majaderías que no tenía fin.

Entonces comprendí que aquel pobrecito en el tiempo transcurrido desde que dejó de ser Congregante, había cambiado completamente, y para probarlo le dije:

—Y ahora ¿ya comulgas tan amenudo como antes?

—Pues, no... me contestó.

—Y ¿por qué no?

—Porque ¡qué dirían mis amigos, si me viesen comulgar todos los días! Me llamarían beato y se burlarían de mí.

—Y los amigos que tenías antes ¿ya se burlaban de ti cuando comulgabas?

—No...

—Y eso ¿qué prueba?... No lo sabes? Pues, eso prueba que tus amigos de ahora no son buenos; y, ya sabes, «dime con quién andas y te diré quién eres».

Y algo enfadado me replicó:

—Oye; pero tú crees, que yo soy algún golfo y que mis amigos son malos?

—Hombre, le contesté; yo no sé, la cosa es, que tú has cambiado mucho; y si no, vamos a cuentas. ¿Cómo piensas pasar esta tarde?

—Pues, mira: ahora mismo voy al cine, después me voy a jugar un poco al billar o a las cartas a un café; luego al anochecer me voy a pasear por la Gran-Vía y luego a casita.

—¿Y luego? le interrogué.

—Hombre, pues luego a cenar y a la cama. ¿Te parece bien?

—Admirable para engordar; hay animalitos que hacen una vida parecida y engordan la mar.

Viendo que se metía en un callejón sin salida, me dijo: —Pues, a tí te parecerá mal; pero, a que me divierto más que tú.

—A que no?

—A que sí?

—Vamos a verlo: ¿A dónde vas tú ahora?

Ya te he dicho a la Congregación; allí nos reunimos los amigos y vamos a Lamiaco a respirar aire puro y no el aire corrompido del cine, y a jugar al foot-ball y no a ver cómo se roba y se mata en películas y otras porquerías peores en la gente que está cerca; pues todos los que van al cine los conoces tú mejor que yo y ya sabes...

—¿Y después?

—Después a la Congregación a ver vistas con el magnífico episcopidiáscopo, que hemos traído de Alemania, y a oír al Padre algunas cosas que buena falta te hacen a ti. Después me voy a casa; y antes de acostarme, rezo mis oraciones, hago mi examen y a dormir en paz y en gracia de Dios. En resumen: que gasto menos que tú; pero menos que tú; me divierto más y mejor que tú.

Comprendí la vergüenza que el pobre chico estaba pasando y, movido a compasión, le dije: Mira, vete al cine que si no, no vas a poder ver las películas, y ya son las tres, y yo voy a aburrirme con mis amigos. Con que divértete ¿eh?... y me contestó algo mohino:

—¡Adiós! Ya no voy al cine esta tarde.

¡Pobrecito, me dió compasión; no quisiera dejar nunca la Congregación ni divertirme como él.

R. M., Congr.

¡¡¡A Lamiaco!!!

Estamos sudando; desde el portal de casa a la estación en una corrida (¡cuidado que se anda pronto cuando se quiere!) y gracias a la velocidad de nuestras piernas, hemos llegado cinco minutos antes. Pero el tiempo pasa enseguida, y mientras buscamos sitio, nos sentamos etc., llega la hora, se oye el reglamentario grito, de: «Señores viajeros, al tren»; y después de «chuflar» la locomotora, empieza el viaje, ¡qué invento más colosal!, si no por él, nos quedaríamos en Bilbao. Al poco tiempo se oye ruido en la portezuela. ¿Quién será? pensamos.—Nuestro amigo decimos, cuando un interventor muy simpático, nos pide los billetes mietras nos dice: ¿A Lamiaco, eeeh...!—Sí, señor a correr un poco.—¿Ya cabéis todos aquí? —Sí, señor—Porque si no, podéis pasar a ese otro vagón, nos dice señalando el próximo más desocupado.—Muchas gracias, hoy ya cabemos «toditos» aquí.—Bien, bien, pero me gusta que vayais todos sentaditos; cada día vais más formales; así me gusta. Nosotros a esta alabanza de nuestro amigo nos sonreímos y le dimos las gracias. Mientras tanto aquí son los apuros de un Congregante, revuelve y más revuelve los bolsillos y no encuentra el billete. Pero nuestro amigo le consuela diciendo: ¿qué te pasa, hombre?, no te apures ya aparecerá y, si no aparece, ya se te conoce en la cara que eres chico bueno, que lo has tomado.

El chico sigue apurado buscándolo; se va a marchar el interventor, cuando lo encuentra enredado en el pañuelo. Aquí está, le grita contento, alargándole el billete, ¿Para qué te has apurado? ya te decía yo que aparecería. Adiós.

Nosotros seguimos el viaje viendo los barcos que están en la ría, unos tomando carga, otros parados por la guerra, las motos y los autos, que pasan por la carretera echando chispas, y otras mil cosas hasta que llegamos al puente de Lamiaco, pasado el cual, todos miramos al campo, que está solito esperando nuestra visita. Los que quedan en el tren se asoman a las ventanillas para ver nuestro desfile; hasta los maquinistas nos miran con medio cuerpo fuera de la máquina y nuestro amigo el interventor está en el apeadero para dar la salida cuando acabemos de bajar.

Lo que nos divertimos jugando no lo sabemos más que nosotros; pues, después de jugar, es cuando más tranquilo y más divertido se queda uno, sobre todo, si ha sido un juego como el nuestro, en el cual no se ofende a Dios.

Con que ¡a Lamiaco! Congregantes, a divertirnos sin pecar. Cuando se vuelve, se ve cuánto mejor es divertirse al aire libre, que en el *bodegón* de un cine.

J. S., Congr.

Correspondencia abierta.

Aquí todos los días a las ocho ayudo yo la Misa con mi hermano y comulgamos. Ya pronto pondremos las estampas que usted nos dió, para colocar en las puertas de las casas, y queremos colocarlas nosotros mismos con martillo y tachuelas.

El otro día subimos a cazar por el viñedo con el Sr. Cura, del que somos muy amigos, y no cazamos más que... cerezas.

También hemos hecho excursiones a la alta peña que tenemos aquí cerca, y en lo más alto colocamos una bandera roja.

Como yo pido a Dios por usted, quisiera ruegue usted por su corderito que le quiere mucho,

A. U., Congr.

Llegamos el domingo después de oir Misa y comulgar en el Pilar. Después de comulgar, al hacer la acción de gracias encomendé a usted y a toda la Congregación.

Todavía no he empezado mi Catequesis ni a poner en las puertas las estampas esas que me dió.

J. S., Congr.

El día que venía al pueblo fuí por la tarde dos veces a despedirme y no le encontré. Padre, este es un sitio muy tranquilo, yo no hago más que jugar al pelotón a ratitos y andar en bicicleta. Yo le prometo de no ir a ninguna ronería ni sitio peligroso.

F. M., Congr.

Otros años nos solíamos entretener sacando fotografías y diciendo Misas; pero todavía este año no hemos puesto el altar que pensamos poner un día de estos.

Ayer mi hermano y yo hicimos de ayudantes de ingeniero; le ayudamos a papá a tomar las medidas de una carretera en proyecto.

Nos entretiene también mucho la colección de sellos que empezamos a hacer en Bilbao; pues aquí la hemos aumentado mucho con algunos muy antiguos que nos ha dado la abuelita. Como mañana va a esa una conocida nuestra le mando esa caja con sellos para las Misiones y con ellos dos monedas antiguas.

J. U., Congr.

Aquí ¡qué lástima! no hay Misa todos los días; así es que sólo comulgo los domingos; pero todos los días me encomiendo y hago como si comulgase, deseándolo de veras.

Ya estoy preparando algo para FLORES Y FRUTOS.

D. M., Congr.

«La Esfera»

Fué hace poco esta revista objeto de una discusión con un amigo mío; llevaba orgulloso en sus manos uno de los últimos números, y viendo que me fijaba en ella, me dijo como queriendo averiguar algo:

—¡Qué! te parece mala esta revista?

—Si no me engaño mucho, no debe ser muy buena.

—¡Cómo que no!, ¿dónde encuentras tú la maldad?

—¡Hombre, pues creo que hay numeritos bien atrevidos, y si no recuerdo mal, creo uno es el número 62.

—Vamos a ver, y ¿qué dice?

—Algo así como una barbaridad fenomenal.

—¿Y estás seguro?

—Sí, señor, muy seguro.

—Pues en casa tengo la colección: vamos a mi casa.

Y fuimos hacia su casa ,llegamos, me llevó a su salita, y allí estaba la *preciosa* colección de «La Esfera».

—Vamos a buscar el 62—me dice mientras pasaba los primeros números—Aquí está! y lo empezamos a mirar. Yo estaba recordando el artículo donde ponía la barbaridad y al llegar a él recordé; «Este es: La moral que pasa». Lo empezamos a leer y ¡qué tonterías! Después de una serie de fantasías y palabras hinchadas, su autor Manuel *Bueno (para tirarle a la ría)* concluía así: «Los tratados de moral, tendrán un cierto valor arqueológico y los fundadores de religiones serán estudiados por la gente como casos patológicos. Al fin cuando los hombres en una hora de indefensión y de angustia, vuelven los ojos al cielo, no podrán menos de alterar el texto de la oración y decir: PADRE NUESTRO QUE ESTABAS EN LOS CIELOS».

Universidad de Deusto
Biblioteca

—¿Qué te parece esto, amiguito?

¡Hombre! no lo había leído, pero la verdad que está muy mal.

Y si esto, no habías leído, no has visto los fotograbados?

—Eso sí.

—Pues, vamos a verlos. Y apenas encontramos un número en que no se viese que el ser y vestir en decente va pasando de moda. En vez del título de *La Esfera*, le vendría más apropiado el título del articulito: *La moral que pasa de moda.*

—Pero mira que hay obras de arte: ¡qué cuadros! hasta el Cristo de Velázquez...

—Sí, y bien crucificado que está con tanta revista como esta.

—Entonces, no se puede leer «La Esfera», me dijo medio convencido.

—De ninguna manera; porque aunque parezca de «buen tono» el comprarla, no está bien que los cristianos cojan con las mismas manos, a la mañana el devocionario y durante el resto del día un libro que altere hasta el PADRE NUESTRO, y hace que la moral pase de largo.

C. M., Congr.

Concurso de vacaciones.

Todos hemos visto el concurso anterior, sobre el reglamento de vacaciones y sobre este cuadro que los que van al Salón habrán podido ver en un lugar bien visible. Bien se ve en el entrecejo arrugado de la víctima la lucha de su corazón y en su mirar inquieto y extraviado el deleite con que contempla el pensamiento que le sugiere el demonio, que generalmente suele ser un mal amigo. ¡Pobre infeliz, mientras está fijando la atención, embrutecido en un pequeño gusto, le arrebatan la mejor joya que posee y puede poseer un hombre!



Figúrate, decía el concurso, *que este demonio es un mal amigo. ¿Qué puede significar:*

1.º *El coger a solas a su compañero?*

Muchos contestaron bien a esa pregunta. Que es el momento más apropósito para inducirle a pecar. Efectivamente; cuando un compañerito con mucha amabilidad nos va apartando de la gente y se empeña en hablarnos a solas ¡¡malo!! huyamos de él, es un leproso: algo tiene en la boca que huele mal.

2.º *Las garras clavadas en el pecho?*

Arrancarle la inocencia del alma a cambio de un gustillo. Contestamos a esta, muy bien contestado ,porque, cuando niños todavía, dan su inocencia a un mal compañero, por satisfacer una pequeña curiosidad, o por una mal entendida condescendencia. ¡Tontos de nosotros, que porque se va a enfadar aquel perverso amigo, le entregamos para que nos pise la más preciosa de las virtudes, que es la pureza.

3.º *La mirada inquieta de la víctima?*

Fácilmente se contesta a esto con una sola palabra. La intranquilidad. Y en efecto nada más puede significar su mirada que la intranquilidad, el remordimiento por el pecado.

4.º *Por qué en vacaciones se pierden algunos congregantes?*

Porque tienen más libertad y se alejan de la Congregación. De aquí podemos deducir, el bien que nos hacemos mutuamente en la Congregación, con las máximas que allí oímos, con los ejemplos que unos a otros nos damos, con los consejos que recibimos, y con la comunión diaria, que es el mejor medio para conservarnos buenos; mientras que por ahí en vacaciones, es muy fácil dejar la comunión diaria, juntarse con amigos no Congregantes y olvidar las máximas que en todo el curso se nos ha inculcado en nuestro corazón. Pues para no deshacer en tres o cuatro meses el trabajo de nueve, procuremos cumplir el reglamento de vacaciones y no faltar por nada del mundo a ninguna de sus reglas y así volveremos después con el alma tan pura y tan sana como antes la teníamos.

5.º *Qué deben hacer para conservarse dignos Congregantes?*

De la anterior respuesta se deduce esta, así es que son muchos los que han dado con ella, respondiendo casi todos: Juntarse siempre con Congregantes y comulgar diariamente.

6.º *¿Qué frase del Reglamento de vacaciones nos previene contra la ociosidad, madre de todos los vicios?*

Harás algo útil que te tenga entretenido. Debemos pues fijarnos en especial en esta frase del Reglamento y procurar cumplir las prácticas que allí se nos pone por muestra. Con esta pregunta termina el concurso, nada difícil por cierto y muy práctico si queremos aprovecharnos de nuestras mismas reflexiones.

A. M. M., Congr.

FLORES Y FRUTOS

Núm. 22.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Agosto de 1915

Otro Estanislao más en el cielo

Cuando menos nadie lo podía pensar, nuestro Congregante, Manuel Coca, lleno de vida en la robustez de sus diez y seis años, se nos fué a otra vida, sin comparación mejor, en la que no se cuentan los años, ni hay inviernos, ni hay desengaños.

Pensaba salir de un día para otro a una bonita aldea próxima a pasar sus vacaciones, y se encontró repentinamente en el lugar más delicioso, para pasar un verano perpetuo y vacaciones sin fin.



Se encontraba veraneando en Villaro el año pasado y como buen Congregante, aun antes que estuviese aconsejado comunicarse con el Padre, le daba cuenta de su vida, edificante por cierto.

«No le he escrito antes, querido Padre, para poderle dar cuenta de mi vida: Me levanto a las siete; a las ocho voy a Misa y comulgo; los sábados al anochecer me confieso. Los libritos y las hojas que usted me dió los he repartido.

Estoy aquí muy contento; pero mucho deseo verle a usted y a mis compañeros.»

Se retrató a sí mismo en esta cartita sin pretenderlo: era en verdad piadoso y muy cariñoso.

Aún más edificante, aunque poco imitable, era la vida que llevaba en tiempo de curso: acudía a las clases que a deshora se ve obligado a sostener el Círculo Mercantil. Se tenía que retirar a las once y media de la noche; y con todo, y obligado a estar en clase a las ocho de la mañana, no perdía su misa y comunión diaria. Le resultaba tarde la misa diaria de la Congregación de las siete y media; y cuando los demás entraban en la Iglesia, él después de haber comulgado y oído misa, le besaba la mano y se despedía del Padre.

¡Cuánto le habrán valido y le valdrán por toda la eternidad estos sacrificios!

Aun aquí el Presidente de la Comisión de Enseñanza del Círculo Mercantil, pasó a su familia un atento oficio, que sirviese de alivio a tanta pena por la pérdida de tal hijo. En él testificaba que su hijo se había hecho digno de lo consideración de sus

Universidad de Deusto
Biblioteca

profesores por su aplicación y conducta intachable, mereciendo por ambos conceptos la nota de *sobresaliente*.

¡Que se lo confirmen en el cielo!

R. L., Congr.

Cuatro días de ejercicios y tres cartas.

Bilbao, 15 de Julio de 1915.

Sr. D. Julián Sépalo Todo.

Amigo Julián: cumpliendo lo prometido, voy a darte algunas impresiones de mi viaje a Loyola, del que conservo muy agradables recuerdos.

El día 9 a las 11,40 treinta y dos amigos tuyos, congregantes, nos poníamos en camino para Loyola. El viaje fué como todos los nuestros, comodísimo, baratísimo y felicísimo. Fuimos lo mejor que se puede ir en *Sleeping tabla;* ¡Lástima que el día estuviese algo tristón!

Por el camino iba recordando las buenas impresiones que me dejaron los ejercicios del año pasado. Tan entretenido estaba con estos pensamientos, que apenas me dí cuenta de que llegábamos a Elgóibar; *una cariñosa advertencia* de uno de tus amigos hizo que más que aprisa cogiese mi maletín y poco menos que por la ventanilla saltase del tren y me acomodase en uno de los dos coches que nos habían de llevar a Loyola. Atravesamos el pueblo, dándonos mucha importancia. La subida al alto de Elgóibar fué bastante lentita. ¡Qué le vamos a hacer! el siglo XX no ha llegado hasta las patas de los caballos. Por fin avanzando lentamente (como se dice ahora) hasta el alto y descendiendo rápidamente a Azcoitia, llegamos a Loyola.

Se me olvidaba decirte que entre la subida y la bajada hubo un intermedio de comestible.

En Loyola nos esperaban algunos Padres en las escalerillas de la Santa Casa. Visitamos la iglesia de Azcoitia y... tengo una ocupación urgentísima. Hasta que vuelva; tu amigo A. M. M., te contará lo que sigue mucho mejor que yo.

Adiós.

R. S., Congr.

Querido amigo: Me acaba de rogar nuestro amigo R. S., que te siga contando nuestro viaje y estancia en Loyola, ya que él, según dice, tiene unas secretas ocupaciones que le impiden hacerlo, y que me hacen creer que lo que tiene es una buena ración de *mieditis* de recordar lo que allí se nos dijo. Porque ¿qué ocupaciones crees que puede tener R. S? Yo creo que ninguna pero en fin, ya que me lo ha pedido, os daré gusto a los dos contándote cuán bien lo pasamos en Loyola al hacer ejercicios.

Llegamos el viernes por la tarde, y después que se nos señaló el cuarto donde habíamos de pasar los cuatro días en silencio, que tanto miedo nos daba, fuimos a dar un paseíto por Azpeitia; vimos allí en la Iglesia la pila donde bautizaron a San Ignacio; y a la noche nos volvimos a cenar, la cena de despedida; pues con ella se nos quitaba el uso de la palabra por cuatro días. Después de satisfacer nuestro apetito, nos despedimos unos de otros, como si en realidad nos ausentásemos o fuésemos a embarcar para la República Argentina. Adiós, chico, me decía un amigo, y cuidado con que te quedes.—No, no, hombre, no, ¡qué cosas tienes!... y nos interrumpió la señal de entrada a la primera meditación de los ejercicios. Adiós, hasta dentro de cuatro días... adiós...

Una hora después salía contentísimo de la sala de meditaciones. Vaya, pensaba yo, ¡qué temores más tontos los de antes!; total nada, no nos ha dicho nada de particular. El Padre tenía razón. Los ejercicios no son para asustar a nadie, los ejercicios no son para convencer a nadie a que se meta jesuíta; y yo que tenía tanto miedo...! Con esta impresión me retiré a mi cuarto la mar de satisfecho.

Mi cuarto, aunque no era bonito, me gustó mucho: desde luego me llamaron la atención sus gruesas paredes, la ancha ventana que daba a un patio lleno de flores, el escritorio con su carpeta de escribir, el oratorio con su crucifijo y su imagen de la Virgen; en fin, todos aquellos objetos hacían de mi cuarto un lugar que imponía respeto grandísimo: me parecía que Dios estaba allí contemplando todos mis movimientos, más de cerca que nunca. Por fin recé mis oraciones, y me acosté pensando qué nuevas sorpresas traería para mí el nuevo día que iba a pasar entre los muros de aquella santísima Casa.

A la mañana siguiente sentí entre sueños los pasos de alguien que abría las puertas de los cuartos contiguos y murmuraban palabras que no podía entender. Los pasos se acercaban y me tocó el turno; *Benedicamus Domino* dijo una voz simpática y tranquila, y yo, recordando lo de la Misa, respondí *Deo Gracias.* Los pasos se alejaron. Era la hora de levantarme.

Me vestí a todo correr y antes de oír la campana tuve tiempo de hojear algunos libritos que había encima del escritorio, que eran la *Imitación de Cristo* y algunos más. Después de los que hube revisado, oí una campanilla que nos llamaba. Íbamos a oír Misa a la Capilla particular de los Padres. Allí vimos entrar en dos filas: primero los HH. Coadjutores, después los estudiantes y luego los novicios, con los ojos bajos y sin fijarse en nadie; indudablemente aquellos eran felices tenían ya aquí el cielo. Chico, créeme que tenía cierta envidia de aquellos Santos tan pequeñitos.

Después de desayunar y a las horas que señalaba la distribución del tiempo, íbamos a la Sala a oír las instrucciones o puntos. A las doce menos cuarto a las letanías, y después a comer. Empezamos; estaba partiendo el pan, y una voz que resonó en el comedor entre el ruido de cucharas y cuchillos me interrumpió; era un novicio que con un libro en la mano leía: *Preparación para la muerte por San Alfonso María Ligorio.* Tenía hipo y se me quitó solo; pero enseguida comprendí que aquella lectura nos servía muy bien de distracción para una comida tan aburrida como debe ser la comida en silencio.

Por la tarde a las meditaciones seguían la merienda y el paseo en silencio por la huerta: allí pasábamos los mejores momentos contemplando la huerta, muy separados unos de otros para que no nos tentara el diablo de la charla.

No quiero hablarte de lo que se nos dijo en las meditaciones, pero no se nos echó el anzuelo como creíamos, ni se nos dijo nada de extraordinario; se limitaron a recordarnos las verdades eternas, que, sin asustarnos, nos movieron al dolor y propósito de nuestros pecados, y nos sirvieron de preparación para la confesión general. La hicimos el último día, y nos dejó con tanto arrepentimiento, como con ganas de hablar, hasta por los codos. Cenamos armando un barullo ensordecedor y por añadidura nos dieron copa y té, que nos acabaron de soltar la lengua. Era tal la charla que apenas nos entendíamos y hablamos en una hora más que lo que pudiéramos haber hablado en los cuatro días de silencio. Lo demás ya te lo contará R. S., que lo hace mucho mejor que yo. Se despide, pues, tu amigo esperando que el año que viene no habrá necesidad de contarte esas cosas, pues ya las experimentarás tú mismo.

Adiós.

A. M. M., Congr.

Amigo Julián: Prosigo una vez que he vuelto de mis ocupaciones. Mi sustituto te ha hecho ver lo contentos que quedamos después de haber confesado y comulgado; pues no hay alegría comparable con la que da la gracia de Dios.

Nos despedimos de los Padres, y empaquetados en un magnífico automóvil, dejamos Loyola, donde habíamos pasado días tan agradables, rezando un Padre-nuestro a San Ignacio. Lo único que nos apenaba era el mal tiempo que nos impedía lo pasásemos de campo. Pero a mitad de nuestro camino a Arrona, Dios quiso que el sol saliese y despejase el cielo y quedase un día magnífico. Con el entusiasmo que es de suponer decidimos llevar a cabo nuestra proyectada excursión a Zumaya y Zarauz.

Después de un paseo delicioso en auto llegamos a Arrona. En la estación dejamos todos los bultos, y a patita nos fuimos hasta Zumaya. En el camino encontramos a D. Julio Egusquiza que nos acompañó durante todo el día.

Apenas llegamos, nos dirigimos a la playa que es muy pintoresca. Las peñas que la rodean parecen, como me decía uno, un juego de barajas. Algunos se bañaron y, según nos dijeron, les sentó muy bien el tal bañito. Yo me dí uno de sol, que hacía tiempo que no lo probábamos.

Ya te puedes suponer que con todas estas cosas el apetito era más que regular y que así sin querer nos metimos en un restaurant que por allí había. El menú fué magnífico; D. Julio Egusquiza nos obsequió con una fresquísima sidra que mucho se la agradecimos. ¡Hasta hubo brindis!

Con esta recomendación emprendimos el viaje a Zarauz, que fué también pedestre. La carretera va bordeando el mar y excuso decirte lo entretenido que es el camino. Las dos horas que tardamos se nos pasaron sin sentir. En Guetaria nos detuvimos a contemplar la iglesia y la estatua de Elcano. La vista de Zarauz nos gustó mucho; la entrada sobre todo es preciosa. La playa no se acaba nunca. ¡Es delicioso todo aquello!

En la terraza del hotel la Perla merendamos y contemplamos el mar. En la Iglesia de los Padres Franciscanos, que amablemente nos cedieron, tuvimos una pequeña funcioncita, con exposición del Santísimo rezamos el rosario; hubo cánticos y todo.

No te puedes figurar la suerte que tuvimos a la vuelta; vinimos en un magnífico coche reservado. ¡Cuándo habrá otros ejercicios! No dejes de venir el año que viene porque no sabes lo que te pierdes.

Tu amigo,

R. S., Congr.

Cómo me enseñan en casa.

Suele recomendarnos mamá a mis hermanos y a mí, la obediencia pronta por ser una virtud muy agradable a la Santísima Virgen, y para que veamos cuán cierto es esto, nos enseñó en un librito llamado «Las Glorias de María» que se cuenta allí que, habiendo sido llamado un religioso a la hora de comer, quedó éste sin acudir por terminar los rezos; y la Santísima Virgen le hizo sentir que le hubiera sido más agradable si los hubiera dejado sin terminar y hubiera obedecido dejándolo todo.

Esto de la obediencia me hace recordar lo que nos contaba la buena Hermana, una de esas monjitas que se dedican a cuidar enfermos. Nos decía que al llegar el mes de Mayo le mandó la Madre Superiora que compusiera unos versos para decirlos a la Santísima Virgen durante la función de las flores. Nos contaba el apuro tan grande que le produjo la tal orden, pero obedeció sin la menor réplica. Y ¿qué resultó? le preguntamos nosotros. ¿Qué había de resultar?, nos contestó otra de las monjitas; unos versos preciosos, desde entonces la llaman a la Hermana, la poetisa.

¡Cuánto podemos cuando obedecemos de buena gana y qué contento da el Señor a los que así se portan.

A. L., Congr.

Cómo se cierra la boca.

Iba a misa un hombre muy bueno por cierto y que sabía cumplir con todas las obligaciones de buen cristiano, cuando le sale al encuentro un antiguo amigo suyo que había ido a América y había vuelto hecho un... incrédulo.

¿A dónde vas? le dice este último.

—A misa. Tú, como eres tan madrugador, ya la habrás oído.

—¿Qué dices? yo ir a misa; ¿acaso no sabes que yo he visto muchas tierras y he oído algunas cosas más de las que os cuenta en misa vuestro Cura?

—¿Y qué tiene que ver eso que has visto y oído para que no se vaya a misa? ¿Quién te ha dicho a ti que no hay que ir a misa? Serán esos que porque Dios les estorba, como estorba a los ladrones la guardia civil, dicen

Universidad de Deusto
Biblioteca

que no hay Dios. Pues a esos y a ti, si piensan como ellos, se les acorrala mejor que a las gallinas con el ejemplo aquel de la vieja, con el ejemplo del huevo y la gallina.

—Mucho decir es eso.

—Pues no creas que es mucho: es más sencillo que lo que a ti te parece; porque, vamos a ver, contéstame: ¿cuál fué el primero, el huevo o la gallina?

—El huevo.

—Y de dónde procede el huevo?

—De la gallina.

—Luego ¿cuál fué primero?

—La gallina.

—Caramba, ¡sabes que me sorprende tu contestación!, dijo irónicamente el buen cristiano, dices una cosa y luego tú mismo te contradices. ¡Estos son los hombres del progreso y de la libertad! Con que quedamos en que fuera primero la gallina o el huevo tiene que existir un ser superior que la creara.

Tam, tam, tam; las tres campanadas anunciadoras de que la misa empezaba, fueron como descarga eléctrica para aquel hombre del progreso y empezó la lucha interior.

Notólo su compañero y le dijo:

Vamos a entrar, ya es hora.

—Sí, respondió cabizbajo, y los dos penetraron en el templo a oir el sacrificio de la Misa.

¡Con qué poco se cierra la boca a la gente del progreso!

M. G., Congr.

¡¡Peligro!!

Todos hemos viajado por carreteras y hemos visto que a unos doscientos metros de un paso a nivel, o de una vuelta peligrosa, o de alguna otra cosa por el estilo, hay un poste con un letrero rojo; en él con gruesos caracteres, para que se destaque bien, ponen las palabras que yo he escogido para el título.

Pasaba el otro día por delante de uno de estos postes de estos avisos y se me ocurrió este articulillo, que viene bien para este mes de Agosto, que todo él es de fiestas y bullicio para Bilbao; así que yo quiero que nos pongamos ante los ojos este letrero con la consabida palabrita: ¡¡Peligro!! En este mes es cuando más peligros tenemos nosotros los jóvenes en Bilbao; en este mes, por iniciativa del mismísimo diablo, se instalan en Bilbao muchos más cines, teatros, exhibiciones de todas clases, que en épocas normales.

Pues bien, cuando los ciclistas, automovilistas, etc... van por una carretera y ven el poste anunciador de un cercano peligro, toman ciertas precauciones; y eso es precisamente lo que yo veo que tenemos que hacer nosotros, que recordemos el peligro que nos amenaza.

Y ahora me ocurre otra comparación: Me hace a mí el mismo efecto ver las barracas, que ver una grande y sucia telaraña, que ha puesto allí el diablo para cazar, como a moscas tontas, a la gente sin seso, que allí va a ver aquello, y se expone al peligro de entrar y ver alguna porquería.

Pero, y ¿qué precauciones vamos a tomar? Ya las sabemos. Recordemos que somos Congregantes, que hay Misa y Comunión diaria; que hay que pedir en ella que no nos arrastre el diablillo a las malditas barracas; que seamos lo que decimos que somos, Congregantes de la Virgen Santísima.

R. M., Congr.

Correspondencia abierta.

Me enteré por el periódico de la muerte de Coca, amigo y hermano de la Congregación, y ya he ofrecido por su alma una Misa y Comunión.

Quiero darle cuenta detallada de cómo paso aquí el tiempo. Por la mañana me levanto a las siete, me visto y voy a Misa de la Parroquia que dista de casa un cuarto de hora, oigo la Misa de ocho, comulgo en ella, que por cierto más de una vez he tenido que acercarme yo solo; pues aquí a las mañanas no hay más que dos o tres mujeres. Después de Misa, almuerzo leche con talo; leo las noticias de *La Gaceta del Norte*, estudio un poquito, y voy a la heredad a cortar la hierba para las vacas.

Después engancho las vacas, y a labrar. Voy luego a coger pájaros con el tiragomas, a coger mariposas, etc...; como, duermo o descanso debajo de algún árbol leyendo alguna cosa. Luego cojo el burro y ¡¡arre!! me doy unos cuantos paseítos por aquí. Amigos no tengo ninguno, propiamente dicho, pero juego con algunos aldeanitos que hay por aquí. ¡¡Ya ve usted, si con esta vida no engordo!!

Estoy esperando impaciente Flores y Frutos del mes de Agosto.

F. M., Congr.

Aquí lo peor que tengo es que no hay misa diaria y no puedo recibir a mi querido Jesús en mi pecho como desearía, y como lo hacía cuando estaba en Bilbao.

Sin embargo todas las mañanas tengo un rato de conversación con él y hago la comunión espiritual, y rezo las otras oraciones que rezamos después de comulgar. Por la noche ya cuido de no perder el rosario, y ninguna noche he dejado de rezarlo, según mi costumbre.

L. S., Congr.

Todos los días tenemos Misa a las ocho, en la cual comulgamos los cinco Congregantes.

Durante el día corremos de lo lindo y nos divertimos muchísimo, y terminamos el día rezando el rosario en la parroquia.

Acabamos de colocar las imágenes del Corazón de Jesús, sintiendo mucho no haber tenido más, pues nos hemos quedado a medias.

J. L. A., Congr.—L. A., Congr.—F. A., Congregante.—J. A., Congr.—V. A., Congr.

FLORES Y FRUTOS

Núm. 23.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 11 de Agosto de 1915

Otro de los nuestros en el Cielo, Congregante del Colegio de Orduña



El lunes 11 de Agosto de 1914 a la una y media de la tarde entregó su alma al Señor con la plácida muerte de un santo el joven colegial de Orduña, Manuel de Begoña y Murillo de Ardanaz, a la edad de 14 años.

Al cumplir el año de su santa muerte, queremos renovar su memoria para que nos animemos a seguir sus pisadas.

A los que conocieron a Manolo, no hay que decirles cuáles eran los rasgos característicos de su noble alma. Impresos los llevaba en el semblante y brillaban en sus ojos castos y humildes: en aquellos ojos leíamos todos inocencia, dulzura y bondad.

Este retrato está tomado del que él mismo se hizo sacar al principio de su enfermedad, para remitirlo al Colegio.

Cómo le educaron.

Manolo era sinceramente piadoso y la piedad fué el sol a cuyo influjo, se desarrolló y dió precioso fruto esta alma candorosa y pura.

Y es que en su niñez contribuyó mucho a educarle en la piedad y en el santo temor de Dios su abuelo materno, tan piadoso que para entretenerle a él y a sus hermanitos, en vez de contarles historietas vanas, les repetía los preciosos, interesantes y certísimos hechos de la Sagrada Escritura.

Estas escenas hacían tal impresión en Manolo y ejercían tal influjo sobre sus palabras y acciones, que preocupado el piadoso abuelito dijo un día a su hija: «Sabes que este Manolo, si no es un hipócrita, es un santito». Y añadió: «tanta hipocresía no parece que pueda caber en un niño como éste». Y así era, Manolo no tenía nada de hipocresía, y eso lo saben muy bien los que le conocían, por eso su abuelo se confirmaba con razón en creer que para su edad era un santo. Y ¿qué había dicho Manolo a su abuelito? Pues, una cosa muy semejante a lo que se decían Santa Teresa y su hermanito: «Abuelito, yo no quiero la vida más que para morir por Dios Nuestro Señor. ¡Qué gusto, qué gusto si yo me muriese mártir!» Fomentando tan delicados sentimientos hacía muchas veces aquel piadoso cristiano jurar a sus nietos que siempre habían de defender la fe católica.

Con tan cristianas prácticas y tan santas exhortaciones se templó aquella alma sólidamente piadosa. Fruto de esta educación eran aquellos sentimientos de delicada compasión que sentía en favor de las benditas ánimas del purgatorio. Por eso en la Porciúncula iba muy contento a rezar las estaciones y exclamaba: «hay que sacar muy pronto del Purgatorio a todas».

Universidad de Deusto
Biblioteca

Frutos de su esmerada educación:

Obediencia rendida.

Frutos de este temor y amor a Dios, con que le habían educado era lo rendido que era también a sus padres y superiores. Y ¡qué bien lo entendía! «¿Quién quiere más a mamá?» preguntaba a veces a sus hermanitos más pequeños: «Yo, yo», contestaba cada uno. «No es verdad», contestaba él, «quien más la quiere soy yo, puesto que soy el que más estudio y con eso está más contenta, le quito preocupaciones y la hago feliz. Y era así en efecto. Su mamá encontraba en él alivio, consuelo, verdadero descanso.

No sólo era puntual en obedecer a lo que se le mandaba, sino que estaba siempre dispuesto a ir más allá en todo lo que era dar gusto a su mamá. Por eso sin exageración de cariño maternal, pudo ésta decir que Manolo era un santo y que en su vida había conocido niño más servicial y menos egoísta.

Muy buena prueba de lo constante que fué la obediencia era haber merecido y obtenido, a pesar de sus pocos años, el respeto y consideración de los criados de su casa a quienes tenía encantados con sus buenos modales.

Siempre generoso.

Por razones de salud solía su mamá cuidar con más regalo a una hermanita de Manolo; los otros, como lo veían razonable, llevábanlo a bien; pero, Manolo no contento con aprobarlo, ofrecía de lo suyo para regalar a su hermana.

Pureza de alma y cuerpo.

En este punto según datos segurísimos y dignos de que se le dé entero crédito, fué Manolo extremadamente delicado y digno émulo de San Luis Gonzaga. Su recato era tal, que todavía muy niño cerraba las puertas de su aposento, para que ni por descuido entraran las personas del servicio, y no dejaba de insistir a su madre para que velase continuamente a fin de que entre esas personas no hubiere alguna, que con su trato y conversación ni remotamente empañase el brillo inmaculado de la pureza.

Llegó a tanto su recato, que según persuasión de su madre escusó siempre bañarse en el mar, pretextando no encontrar traje a su gusto; es decir, al talle de su *nimia* delicadeza. ¡Privilegio con que a las veces Dios favorece a sus almas escogidas!

Otros rasgos.

De su delicadeza, así por lo que hace a su modestia, como por lo que a la atención debida a las personas interesa, voy a referir. Acostumbraba a subir todos los años por las fiestas de N.ª S.ª del Carmen de Bermeo, al caserío donde de muy niño se crió; pero el año anterior al de su fin dichoso, considerándose hombrecito se mostró muy perplejo, porque, siendo muy pequeño el caserío, no había en él una alcobita donde pudieran acomodarle solo. Al notarlo su cariñosa mamá le propuso subiera la mañana misma de la fiesta en el coche de línea, añadiendo que por la tarde podría bajar en el que ella llevase. Mas pareció a Manolo que en esta solución pudiera vislumbrarse algún desaire para su aña, y dijo a su mamá: «Iré como siempre en el burro del aña; pues no quiero que el aña se disguste».

Mostraba gusto particular en acompañar a su madre y complacerla en todo. En casa al lado de su familia, ayudando a su madre en la administración, recreándola con su amena conversación, departiendo con ella, ya sobre asuntos serios y piadosos, ya distrayéndola con la narración de inocentes e infantiles aventuras hallaba Manolo su mayor contento y en eso ponía todas sus delicias. Por eso su madre, lo mismo que los demás de la familia, habían puesto en él las más risueñas esperanzas.

¡Esperanzas!

No faltaba fundamento para ellas, pues aquel niño tan escrupulosamente modesto, tan condescendiente y cariñoso con sus compañeros; soñaba por ser algo sobresaliente. Se gozaba en los timbres de nobleza que había de heredar de sus mayores; tenía gusto en copiar los escudos heráldicos de su familia, en revolver sus pergaminos; y sobre todo estaba dotado de una energía de carácter, como la demostró desgraciadamente en ocultar su enfermedad, hasta el punto de causar la mayor admiración del médico que primero le reconoció, y no podía explicarse tanto aguante; y en la tensión de ánimo que sostuvo en sus estudios y conducta, sobre todo desde las Navidades del último curso escolar de su vida; pudiendo asegurar al abandonar el Colegio, con su innata ingenuidad: que creía no haber desperdiciado veinte minutos de los tiempos ordinarios de estudio en este último período.

Su enfermedad.

Era muy observador y desde el principio de su mal se dió cuenta de las impresiones que todos sentían al verle enfermo, y esas impresiones despertaban en él vivos sentimientos y, como eran manifestaciones de verdadero interés y simpatía, correspondía a ellas con manifestaciones sinceras de profunda gratitud y verdadero afecto.

En los principios de ella, en Bermeo, cuando todavía no le había visitado ninguno del colegio, tuvo la original y feliz ocurrencia de hacerse retratar en la misma cama, para enviar el retrato a los Padres del Colegio, que tanto se habían interesado por él.

Con fecha 7 de Agosto escribía un Padre desde Baquio a Orduña: *«Recibí ayer su carta poco después de volver del Carmen de ver a Manolo. Se va consumiendo rápidamente. Pasó bien la mañana, después de una noche desasosegada; mas cuando llegamos le encontramos con tal fatiga y con tal ataque de nervios, que daba mucha más lástima que de ordinario. Cuando más fatigado estaba me dijo: «¿Sabe cómo se me pasa? Tomando VV. cerveza.» Y lo dijo con tanta formalidad e instancia, que le dimos gusto.*

Gracias a Dios se le pasó el malestar al poco tiempo y después estuvo muy animado con el pensamiento siempre fijo en el Colegio.

Sus fuerzas cada día más escasas; apetito dice él que sí le tiene, pero creo que son ganas de tener apetito y se alimenta cuanto puede, pero puede poco.

Comulga con frecuencia.»

Con fecha 8 de Agosto escribe el mismo Padre. *«El día de hoy ha sido de hondas emociones con ocasión de nuestro enfermito.*

Terminada la Misa mayor en Baquio, se presentó en casa el tío de Manolo diciéndonos que se estaba muriendo el pobre chico, y que suba si puede algún Padre. Inmediatamente nos hemos puesto en camino dos Padres y hemos llegado en poco más de una hora. Gracias a Dios se le había calmado la conmoción nerviosa que a veces le agita, y que él dice es como una corriente eléctrica que le coge desde la cabeza a los pies. No me cabe duda que se ha alegrado muchísimo de vernos, como siempre que vamos; pero no podía disimular la pesadumbre de que por su causa perdiésemos parte de nuestra fiesta de Baquio. Se deshacía por obsequiarnos. Por la mañana ha comulgado con toda tranquilidad y ha prometido entrar en la Compañía si se pone bueno. A media mañana ha tenido dos horas mortales; con una inyección de morfina ha quedado sosegado, aunque despierto. Por la tarde muy tranquilo mientras ha estado a solas con nosotros. A las cuatro y media le ha visitado el médico que ha salido muy mal impresionado. Creo que el fin no está tan próximo, aunque el mal avanza rápidamente.

Es inútil advertir qué impresión habrá causado esto a su pobre madre. Al fin ha quedado muy consolada, al ver al chico muy bien dispuesto a todo y más al oír a una de las monjas, que Manolo ha pedido después de la comunión a la Virgen que se le lleve en su día.

El chico tiene muchas ganas de ver a V. y esta mañana ha pedido que le escriban y llamen. De palabra le describiré las escenas de esta tarde inolvidable».

Con fecha del mismo día 8, escribe el mismo Padre en otra carta:

A Manolo le han visitado esta tarde otros dos Padres y le han encontrado desfallecido. Por la mañana hemos estado con él un Hermano y yo. Desde el primer saludo me ha dicho: «Si viera ¡qué contento estoy!» «Sabe ¿por qué? «Por que ya sé que me voy a morir pronto, y, al cielo» Da devoción verle y oirle, desea mucho que le hablen del cielo. Dice que va a morir el día 15 a las siete de la mañana después de comulgar.

Ha encargado al Sr. Cura que le lleve la comunión todos los días y ha insinuado que dejaba de comulgar algunos días, porque le causaba demasiada impresión.

Me ha encargado que le escriba y le dé cuenta de toda la visita. Lo principal, fuera de lo dicho, es que desea vivamente morir Jesuita, y esta idea no sé que se la haya inspirado antes nadie. Nos ha dado todos sus ahorrillos para las Misiones, es decir, 22,10 ptas.

Quiere que le amortajen con la sotana de la Compañía, y lo mismo quiere su madre y las monjas; en todas ha nacido la misma idea espontáneamente, sin comunicársela unos a otros.

Para el día 11 estaremos preparados; por lo menos no deje de venir V., porque Manolo tiene muchísimas ganas de verle.

Dios le cumplió sus deseos.

Este Padre, a quien tanto deseaba ver Manolo, le acompañó durante las últimas 40 horas de su vida, y recibió su postrer suspiro.

En estas horas fué cuando este Padre pudo apreciar mejor la hermosura de aquella alma generosa y pura.

Solía repetirle al verle sufrir «pobre Manolo, pero digo mal, dichoso Manolo», y añadía la explicación: que le llamaba pobre, porque le daba pena; pero que le consideraba dichoso, porque veía lo mucho que ganaba, por lo bien que sobrellevaba su trabajo.

Pero una vez solo le dijo el Padre la primera parte, y él con el tono insinuante y cariñoso que solía, pero casi sin voz le dijo: «Por qué me dice pobre». Y era que estaba muy persuadido de que era dichoso y favorecido de Dios, con el fin que le concedía. Por eso repetía muy amenudo actos de conformidad, resignándose en las manos de Dios, y aún le daba gracias por la muerte que le enviaba.

Por su parte veíala venir tan tranquilo y con el espíritu tan sereno que la última noche de su vida, al tiempo de ir a cenar señalando al extremo de su cama, dijo al Padre que le acompañaba: «Hoy aquí porque es la última». Quería, y así se hizo, que se sentara el Padre en su propia cama, no sólo por el consuelo de verse acompañado, sino para observar si cenaba con buen apetito ya que él no podía hacerlo. Y efectivamente, obligábale a presentarle los platos antes que los retirasen, para persuadirse lo hacía a gusto de él; y si así no resultaba mostrábase disgustado. En estas delicadas atenciones para con los que le visitaban, era extremado. Al verlo solícitamente preocupado, disponiendo cómo había de obsequiar a sus visitantes, diríase que se olvidaba de lo que sufría.

Por otra parte, lo que en el mundo dejaba no le atraía hacia sí, antes lo veía en su verdadero tamaño. Verdadera inspiración debió ser la que en su última comunión teniendo ya a Jesús en su pecho, dirigiéndose al Padre que le acompañaba le obligó a exclamar: «¡Qué pequeño! ¡¡Qué pequeño!!» Interpretólo el Padre, como si quisiera decir que a sí mismo se veía muy pequeño en comparación del Se-

Universidad de Deusto
Biblioteca

ñor a quien tenía en su pecho, pero él replicó: «Todo, todo lo de este mundo».

Si no sentía dejar todo lo de aquí abajo, lo de allá, la eternidad que tanto aterra a los que han vivido descuidados de su salvación, lo veía venir con esplendorosa claridad, lo miraba con la paz absoluta de una conciencia tan pura, que no le causaba el menor espanto. Procuraba recogerse para recibir la Sagrada Comunión, pero no se inquietaba en lo más mínimo con la idea de confesión y reconciliación. Premio sin duda del cuidado que durante su vida había puesto en conservar la pureza de su alma y cuerpo.

Con tal vida no era de temer que en la hora de la muerte flaquease la firme confianza que tenía de ir a ver a Dios y a su Madre Santísima en el cielo.

A un Padre que entre otros le visitó la víspera de su muerte, le dijo que se pusiese delante de su cama para vernos y mirarnos, pues ya poco nos podremos ver, decía él. Contestándole el Padre: en el cielo nos veremos; dijo Manolo: ¡Toma!, eso ya es de suponer.

Los sentimientos y afectos de su alma en las últimas horas de su vida fueron las de un Santo fervoroso. «¡Qué bien me sirven! Pues a Jesucristo le dieron hiel y vinagre y a mí me dan lo que pido. ¡Jesucristo por mí sudó sangre; yo sudo agua; Él murió en una Cruz, y yo muero en la cama!»

Pidió con grande insistencia que le permitiesen morir en el suelo, para imitar en esto a San Estanislao de Kostka; y se regalaba con el pensamiento de que dentro de pocos días podría tratar familiarmente con este Santo en el cielo, como con un amigo.

Estos fueron sus sentimientos y estas sus conversaciones desde que se persuadió que su muerte era irremediable y estaba cercana. Esta misma persuasión lejos de producir en él desasosiego, sirvió para que ejercitase continuos actos de paciencia. «Sufro poco, muy poco», solía decir y con todo no era poco sino mucho lo que sufría.

Y conforme con sus palabras eran sus hechos; pues hubo de mandarle el Padre al comenzar la última noche de su vida, se dejase curar una llaguita que a veces le causaba vivo dolor, que él quería soportar por más sufrir y merecer.

Si alguna vez le molestaban dolores nerviosos, o descuidos cometidos, bastaba una sola indicación de que convenía ofrecer al Señor aquellas molestias, para que no se oyese una sola queja de sus labios.

Persona que durante los últimos días estuvo a su lado asegura que durante éstos no se le notó una sola impaciencia.

En su manera de hablar y de discurrir juntamente con la serena tranquilidad de una conciencia pura, echábase de ver la clara percepción con que recordaba lo pasado y veía lo futuro.

En una de estas conversaciones recordó cómo en la meditación de la muerte, durante el triduo de los últimos ejercicios, refiriéndose a un colegial que había muerto en vacaciones, dijo el Padre: ¿Donde está vuestro compañero, que hace un año se sentaba entre vosotros? ¿Quién faltará el año que viene en estos bancos?... Pues ya puede decir, añadía Manolo, que falta Begoña.

Este pronóstico se cumplió a la letra y en los ejercicios del curso 1914-1915, la meditación de la muerte la hicieron los alumnos con solemnes funerales por el alma de su inolvidable compañero.

Recibido el Santo Viático y la Extremaunción, leída la recomendación del alma repitiendo muchas veces devotas jaculatorias, que un Padre le iba sugiriendo, fué poco a poco apagándose aquella voz dulce que en los últimos días de su vida no se había dejado oír más que para manifestar afectos santos de cristiana piedad. Su amor al Colegio, su desprecio a las cosas mundanas, su deseo de entrar en la Compañía y de ser amortajado con la sotana de Jesuíta, la repetición de la fórmula de los votos, su confianza de ir al cielo y de ver allí a la Virgen y a Jesucristo Nuestro Señor, y de esperar a los que en la tierra dejaba: he aquí las cosas de que en los ocho últimos días de su vida habló Manolo.

Por fin en la mañana del 11 de Agosto, después de una noche de sufrimiento continuo, se las repitió por última vez al Padre que Manolo había deseado tener a su lado, gracia que el Señor le concedió.

Hacia media mañana empezó a perder el uso de la palabra, pero todavía se daba cuenta de las jaculatorias que el Padre le iba sugiriendo, las cuales él recogía interiormente en su espíritu, apretando cada vez con más firmeza la mano del Padre que de ninguna manera quería soltar.

En esta actitud cerró plácidamente los ojos a esta vida mortal y miserable para abrirlos a la otra inmortal y dichosa, como piadosamente lo creemos en compañía de Jesús, de la Virgen y de los Santos.

Con muerte tan dulce premió el Señor la vida virtuosa de este niño y, sobre todo, su angelical pureza y la extremada solicitud con que la había guardado y defendido de todo asalto y hasta del más ligero tropiezo.

Por limitar esta relación al espacio prefijado, y por no distraer la atención de nuestro joven ejemplar, hemos cuidado no decir en ella nada de lo que naturalmente pudiera referirse a otras personas, particularmente a su excelente madre; que tan heroicos actos de cristiana resignación supo practicar en tan difíciles circunstancias.



Núm. 24.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Septiembre de 1915

Simpática propaganda.

Por la tarde de uno de esos calurosos días de Julio, le digo a un chico que suele venir a jugar: Oye: ¿quieres que hagamos algo bueno esta tarde?

—Hombre, sí.

—Pues mira; vete a la cocina, coge harina y agua, amásala bien y espérame en el portal, que enseguida vengo.

Yo echo a correr como un gamo, subo a mi cuarto y cojo unas estampas del Sagrado Co-



razón, que me había dado el Padre y bajo saltando y brincando. Me pregunta el chico:

—¿Qué vamos a hacer con eso?

—Tapar la puerta a los diablos y poner en cada casa el mejor portero.

—Bien está eso. Vamos.

Y pega que te pega en cada puerta una estampa. Cuando íbamos a pegarla en una casa viene el amo y nos dice: ¿Para qué quiero yo eso, si tengo la casa plagada de Santos? y le contesto: ¡Hombre de Dios, el Corazón de Jesús es el mejor! Se calló el hombre y yo puse en la puerta, quieras o no quieras, la divina imagen.

Seguimos nuestra faena con entusiasmo y vamos a casa de una viejecita; ésta nos rogó que le pusiéramos una en su cuarto, y a su cuarto subimos y colocamos otra imagen. En otra casa nos preguntaron: ¿Para qué sirve esto?; y nosotros le contestamos: Para que el Corazón de Jesús les proteja y ahuyente al diablo.

Por aquel día lo dejamos; ya habíamos colocado un buen número de estampas, que resaltaban muy bien en el fondo oscuro de los viejos portalones del pueblo.

¡Cuál sería nuestro desconsuelo, al ver al día siguiente todas o casi todas las estampas destrozadas, arrancadas, rotas. Pero no nos desanimamos: volvimos a emprender nuestra obra, colocando otra segunda estampa; y esta vez algunas han sido respetadas. ¡Qué lástima da ver a estas pobres gentes viviendo tan sólo con la triste esperanza de un mísero porvenir, trabajando tanto sin levantar nunca los ojos a Dios.

Una legión de verdaderos Estanislaos ¡qué bien harían aquí! Animarían a esta gente inerte que parece la misma muerte del alma.

J. S., Congr.

Cumpliendo los consejos del Padre, colocamos estampas del Corazón de Jesús en cuantas puertas pudimos. Hicimos engrudo; y nos echamos a la calle; pronto nos vimos rodeados de una multitud de chiquillos.

Preguntábamos primero a ver si nos permitían colocarlas y casi todos estaban muy con-

Universidad de Deusto
Biblioteca

tentos de la buena obra que les queríamos hacer.

Muchas mujeres bajaban hasta con el dinero en la mano pensando que había que pagar; nosotros les contestábamos que Dios nos pagará. En algunas casas nos daban en cambio buenos consejos y nos impresionó mucho ver llorar a una anciana, emocionada de la acción que llevábamos a cabo.

En cambio en tres desgraciadas casas no nos dejaron poner la estampa diciendo que les traigamos dinero y no estampas. A una de ellas que habitaba una anciana fuimos al cabo de unos días y conseguimos convencerla.

¡No desistimos de conseguir nuestro objeto el año que viene y renovaremos las ahora colocadas!

¡Qué hermoso está ahora el pueblo cuando al pasar se ven las puertas engalanadas con las imágenes del Sagrado Corazón, y qué alegre pasa uno el verano haciendo buenas obras y teniendo la conciencia tranquila!

J. L. A., Congr.

¿Por qué no indignarme?

Hace tres o cuatro años por fiestas nos está viniendo a las barracas un tío protestante a vendernos sus biblias y otros libros prohibidos. Casi todos los que pasan por allí se acercan a tomarle el pelo; pero, desgraciadamente siempre ha de haber algunos que, o sin saber lo que hacen o echándoselas de despreocupados, o tontos, o curiosos, compran alguno de esos libracos.

Iba yo una tarde por las barracas, y me acerco a aquél puesto, indignado y con ganas de molestar un tanto al tal vendedor. Iba yo pensando en el camino: Pero Señor, ¿cómo es posible que las autoridades, que no permiten vender nada que perjudica la salud, hayan de permitir la venta de estos libros prohibidos? Si mandan reconocer la leche al encargado de ello, ¿por qué no ha de haber sacerdotes que examinen lo que hay en esos puestos, ya que son los que mejor pueden entender en ello? En fin; no quise dar vueltas a esa idea, por no indignarme más de lo que estaba.

Me puse a pensar cómo le podía tomar el pelo y al punto se me presenta una ocasión. En el momento en que yo llegaba, engañadas compraban unas pobres muchachas unos libros. Me acerco enseguida y les aviso que no se dejen engañar, y que los devuelvan, que son protestantes. No se atreven, les dá vergüenza. Entonces me comprometo yo hacerlo. El protestante *protesta* con la mayor grosería del mundo, diciendo que no le daba la gana devolver el importe de lo que una vez había vendido. Yo entonces pienso que aquello no lo podía tolerar uno que se tenía por Congregante: rompo en mil pedazos los libros y le tiro los pedazos a la cara, pensando en mis adentros que nada mejor se podía hacer con aquel sinvergüenza.

Las chicas se quedaron agradecidísimas y de ningún modo me quisieron recibir el importe que yo les quise dar. Fuí a casa dando gracias a Dios por haber tenido ocasión de hacer esa obra buena.

***

Muchas veces me he puesto a pensar después de sucederme ésto, y he dicho: ¡Cómo es posible que me haya podido indignar con ese brío contra el protestante de las biblias, y me indigne tan pocas veces con el demonio, que me quiere vender veneno como ese protestante! Sí, algo así como veneno es, v. g., la pereza por la mañana, las pocas ganas de rezar en la Misa y en el rosario; el mal humor a todas horas y otra porción de cosas parecidas. Y sin embargo en esas tentaciones, lejos de indignarme le compro gustosísimo al demonio su mala mercancía.

En fin, pediré a Dios que me dé brios ¡que bien los necesito contra ese enemigo tan molesto! Y, tú, lector, pídelo también; que aunque no necesites tanto para valer más que yo, no por eso dejas de ser de mi misma madera y no por eso te dejarán en paz los mismos enemigos que a mí no me dejan.

H. P. M., Congr.

Querer es poder.

De un amigo he recibido una cartita que me ha gustado mucho.

Después de la fecha y de alguna cosita más, escribía:

«¿Qué noticia te daré primero?.. pues la más importante ¿Y sabes cuál? ¿No te acuerdas de la palabrita mal oliente, que se me escapaba. ¿A que no sabes cómo me he corregido?

Algunos ya me habían dicho que esa palabreja resultaba demasiado aromática y que a ninguno gusta ese olor. Aquí aun los aldeanitos cuando me la oían, parecía que se asustaban y hufan (luego dirán que no están civilizados) y me dejaban plantado como un hongo.

Pero eso sólo no ha bastado. Tenía tan mal acostumbrada la lengua que ha sido preciso desacostumbrarla, castigándola con un mordisquito cada vez. Así es que puedes imaginar cómo tendría la lengua, no ya a la noche, sino a la tarde. Como a eso de las 4 era la merienda de manzanas, melocotones, etc. y tanto me escocía, que no podía comer a gusto y no sacaba sabor a mi banquete favorito. Tuve que terminar con los mordiscos y para eso con la tal palabra aromática.»

Seguía la carta de noticias tan saladas como esta.

Siquiera alguno que ha notado el mal olor, y lo ha corregido dando ejemplo a esos que no pueden comer dos palabras sin soltar dos ajos o un ciento de guindillas ¡¡que pican!!

J. S. A., Congr.

Mi despertador.

¿Quién creéis que es mi despertador todas las mañanas? Mi perro: a las seis y media empieza a llorar y a pedir con quejidos que le abran la puerta, y apenas lo consigue va corriendo a mi cama, salta sobre mí, se vuelve loco de contento, me hace caricias hasta despertarme.

Todo porque le hago fiestas y le doy caramelos.

Lo que antes no conseguía, despertarme a tiempo e ir pronto a la Congregación, ahora lo he conseguido con mi perro.

Mirad de qué modo tan sencillo se vale el Señor, para que vaya a tiempo toda las mañanas a la Congregación.

I. A. P., Congr.

Cómo se tapa la boca.

Paseaba un incrédulo por las afueras de su pueblo y estaba tan embelesado en cierto pensamiento que él tenía, que no se daba cuenta si pasaba alguien junto a su lado, ni si hablaba alto o bajo.

El cura de ese pueblo acostumbraba a pasearse al mismo tiempo que rezaba su Breviario; y acertó a pasar tan cerca de él, que pudo oír las siguientes palabras: «Dicen que hay Dios; pero a mí nadie me ha convencido, lo cual prueba que no lo hay.

Se le acercó entonces un poco más el cura y le dice: ¿En qué piensas, hermano? ¿Dices que no hay Dios? ¿Quiéres que te pruebe lo contrario? Sorprendido el incrédulo sin saber qué contestar le dice: Sí, señor.—Pues escucha atento. Tú has oído decir: Eso de que el mundo, el orden maravilloso de la creación, el giro acompasado de los cielos, la noche y el día, la multiplicación de un grano de trigo, los cuadros admirables que a cada paso nos presentan la tierra y el cielo, es obra de un artista divino, de un ordenador supremo, en una palabra, de un Dios creador: eso... es cosa de frailes y curas.

A tí te parece que todo eso se debe a un poco de casualidad por aquí, otro poco de necesidad por allí; y esos elementos o átomos, sin más, han hecho este mundo.

Dime. Tú eres cantero y estás en huelga hace días.—Si señor, para revindicar nuestros derechos.—Pues, mira, ¿sabes una cosa? Puedes ir mañana a casa del capataz a pedirle el jornal de estos días.—¡Eh!—Sí, hombre! Pasas por el lugar del trabajo y verás cómo la casa se ha construído sola.—¿Se está usted burlando, Sr. Cura!—No. Estoy seguro. El último día de trabajo habían acarreado las piedras y las habían dejado en un montón para tenerlas más a mano el día siguiente. Pues bien, al verse allí las piedras y adivinar que estaban destinadas a la construcción de una casa, empezaron a labrarse chocando unas con otras, y después se subieron a ocupar cada una su puesto.—¡Pero, qué dice V! Si eso es imposible: ni las piedras hablan, ni tienen conocimiento, ni ese es el camino de hacer casas.—¿De manera que tú crees que una miserable casa no puede construirse por tan extraño procedimiento?—¿Es claro?—Luego convendrás conmigo que: para hacer un palacio se necesita un arquitecto, para hacer un cuadro un pintor, para una estatua un escultor y para crear el mundo... Exclama convencido el pobrecito, sin dejar hablar al señor Cura. Sí, que sí! Dios.

M. G., Congr.

Improvisados cocineros.

A dónde vas?

—No sé, chico, ando por aquí vagando errante entre calles, estoy más aburrido!

—¿Qué me dices, tú, aburrido y en vacaciones?

—Pues, ¿qué quieres? durante el curso no hacía más que pensar en los tres meses de vacaciones, ahora no hago más que pensar en los días de clase; así somos siempre, cuando pitos flautas y cuando flautas pitos. Y tú ¿qué tal? ¿te diviertes?

—Muchísimo, hombre, muchísimo.

—Pero ¿con qué te diviertes? yo quisiera saber con qué te diviertes.

—Pues, muy fácil hombre, facilísimo.

—Por la mañana voy a comulgar.

—Bueno; yo también.

—Y después la dedico toda a estudiar, leer, escribir; y a la tarde...

—Esto digo yo, a la tarde...

—Pues a la tarde... Mira, tú mismo vas a ver lo que hacemos a la tarde: mañana a las dos y media te iremos a buscar.

—Muy bien, me parece muy bien, mañana me vendréis a buscar y ¿qué?

—Traes un frasquito de aceite.

—¿De engrasar?

—No, hombre, de lo de la criada.

—Bien, entendido.

—Traes también algunos comestibles condimentables o no condimentables...

—Ya, ya voy entendiendo y ¿qué más?

—Nada más. ¡A las dos y media en punto! Adiós.

Esperando a Ignacio se encuentran tres muchachos impacientes, hasta que éste llega al último peldaño.

—Ya has bajado?

—Sí, ya he bajado, ¿no me véis? Pues, traigo alpargatas, aceite, pan y chorizo y chocolate. Y vosotros, qué traéis?

—Nosotros traemos, yo patatas y alguna otra cosa, éste huevos, y ese una lata de sardinas.

—Bien, muy bien, pues en marcha.

A las tres y media los cuatro jóvenes han llegado a un hermosísimo arbolado en las verdes faldas de un lindo montecito.

—Mira Ignacio ésta es nuestra casa de campo... 3... 4... 5 arboles huecos; éste es la despensa. Vamos a subir... ves ¡qué bien! todos con sus escaleras. ¿No ves en ese hueco nada?

—No veo nada.

Pues mira, quitando esas ojas aquí, dos cazuelas, dos botellas, y esas cucharas naturales; la fuente está muy cerca para traer agua. Vamos a bajar. ¿Ves estas piedras negras? ese es el hornillo. A ver chicos! a encender el fuego; tú vete a la fuente; nosotros vamos a freír las patatas.

Los cuatro jóvenes, previo despojo de ropas exteriores, que les deja convertidos en unos «reyes de la selva», comienzan su tra-

Universidad de Deusto
Biblioteca

bajo y durante él se puede oir muy bien sus exclamaciones:

¿Ya está ese fuego? Sopla un poco, que se apaga.

¿Poner la cazuela con el aceite... ¿Está ya caliente? Echar unas patatas a ver si hacen chir... chir... ya está... A ver los huevos y el chorizo. Así... ¿Echamos el chocolate? No, hombre, no. Bueno, esto ya está... ¡Qué rico!... al comedor, a comerlo... Pero, si no tiene sal, a ver tú... trae esa sal... Ya está. Toma, tú, ahí tienes el tenedor de palo. Poco a poco el rico potaje había desaparecido.

¿Qué te ha parecido Ignacio?

—Superior, espero que se repita.

—Sí, hemos ido ya cinco veces y esperamos ir muchas más; como ves no es fácil que nos quiten lo que allí dejamos y aunque me quiten... ¡qué importa. Con que quedamos que ya sabes ahora con qué divertirte.

—Sí, ya sé ahora, y te doy las gracias. Otra vez haremos otra cosa, que tenemos repertorio.

A. M. M., Congr.

Correspondencia abierta.

Confirmación del número extraordinario de Agosto.

Recibí días pasados el «Flores y Frutos» extraordinario de la vida y muerte de Manuel de Begoña; la muerte de ese Congregante tan edificante, ya la sabía yo; me la contaron las Hermanas que tuve cuando estuve enfermo, y fueron las mismas que le cuidaron a él y me lo contaron todo igual como se pone en «Flores y Frutos» en el número de Agosto.

He vuelto de Lourdes entusiasmado de la Virgen y quisiera estar en la gruta toda mi vida. Cuando vaya por esa le llevaré unas medallitas bendecidas.

J. A., Congr.

Nosotros, siempre de fiesta.

Todos los días vamos a comulgar mi hermano y yo.

Las fiestas de San Pedro han consistido en una semana de música y baile hasta la una de la noche. Nosotros después de cenar a las siete y cuarto, rezamos el Santo Rosario como todos los días y después charlábamos algo, y a dormir.

Recuerdo haber oído decir a un estudiante de cura, que le habían pedido una peseta para contribuír a que la música se quedara un día más; a lo cual contestó mi amigo: Yo daría una peseta con gusto, pero para que se marche enseguida.

J. M.ª A. E., Congr.

La visita diaria.

Siempre hago la visita al Santísimo y un día al ir a hacerla, se vieron unos muchachitos conmigo y todos entramos en la Iglesia; pero se estuvieron riendo. Yo les dije que me iba a otra parte de la Iglesia a hacer la visita al Santísimo; y todos los que se estaban riendo se marcharon. Uno se arrepintió y se quedó conmigo.

M. A. E., Congr.

Así hay que ser fresco.

Como era la primera vez que venía a Castro al principio no tenía amigos; a los pocos días me hice amigo de los que creí que eran los mejores, entre ellos me hice particular amigo del más simpático, que creí era el mejor de todos. Pues bien, al poco de ir con él me empezó hablar cosas feas. Al principio tuve tentación de seguir hablando, cuando me acordé que era congregante, y de las balitas rasas de aquel concurso, y que para ser Congregante hay que ser *fresco*. Venían por allí cerca unos animalitos de vista baja, y sin más le digo: Ves a esos que vienen por ahí? —Sí.—Pues vete y habla con ellos de esas cosas. Ya desde entonces no tuve más amigos en aquel pueblo.

S. S., Congr.

Un contador curioso.

Hace algunos días me mandó el Padre entretenerme en poner por orden alfabético las cartas que se habían recibido ya en esta temporada de verano; las conté por curiosidad y eran 168.

Fué un poco más allá mi curiosidad, y mientras las iba ordenando, ví un poco por encima lo que decían algunas. En casi todas las que ví observé que los Congregantes contaban su vida en vacaciones: en qué se ocupaban, lo bien que se divertían y casi todos cómo empezaban el día con lo que más se nos recomienda, con la comunión. Los que no podían contar que comulgaba todos los días, ya se excusaban: unos, los más, con que las misas en su pueblo no son a hora fija; otros, con que son demasiado temprano, o que está demasiado lejos la Iglesia.

Había también bastantes que no habían olvidado hacer la visita al Santísimo por las tardes; y de algunos recuerdo, a pesar de estar cerrada la Iglesia. Uno decía que cuantas veces pasaba por delante, aunque estaba cerrada, le rezaba algo al Santísimo, alguna jaculatoria.

Una vez contestadas y ordenadas se guardan en un gran sobre; y así se van conservando de año en año.

J. L. C., Congr.

FLORES Y FRUTOS

Núm. 25.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Octubre de 1915

Cómo aprovechamos el verano

Procesión náutica.

Los que veraneamos en Bilbao sabemos también divertirnos y hacer al mismo tiempo por los pueblos que visitamos mucho bien con nuestras excursiones eucarísticas.

A estas excursiones precede nuestra jira por el puerto de Bilbao la tarde del día de Nuestra Señora del Carmen. En hermoso y capaz remolcador tomamos parte en la procesión, con que el pueblo de Santurce honra a la Patrona de los marinos.

Airosa va la imagen de la Santísima Virgen del Carmen en hermosa lancha que sólo se utiliza en ese día. Rodeando la imagen va el clero de Santurce y demás invitados, presididos por S. I., el Sr. Arzobispo Nozaleda.

Va la lancha de la Virgen escoltada por toda clase de variadas embarcaciones, y entre ellas de nuestro remolcador, y en él nosotros cantando a nuestra Madre con entusiasmo de hijos suyos predilectos. Mucho nos quiere la Virgen y en ese día nos da una bendición singular, con la que vamos seguros en tranvías y trenes por todos los pueblos de Vizcaya, sin que nos ocurra la menor desgracia.

Esta su bendición es el mejor seguro de accidentes.

¡Bendita sea la Virgen!

Llodio.

El domingo, 25 de Julio, reanudamos nuestras excursiones eucarísticas. Remolcados por el tren rápido de Barcelona salimos a las seis y treinta en dos vagones, tan desahogados y capaces que casi podíamos pasear en ellos.

A las siete y cuarto llegamos a Llodio 125 congregantes, después de un alegre viaje Nos esperaban en la estación el Director de los Estanislaos de Llodio y algunos coadjutores de la parroquia, numerosos vecinos y todos los congregantes que allí veranean. En la iglesia del pueblo a donde inmediatamente nos dirigimos nos esperaban 400 niños y mucha gente del pueblo. Durante la Misa nuestro P. Olavarrieta alentó a los de Llodio a que apreciasen mucho la Congregación, en la que estaban ya alistados más de 130 escogidos muchachos.

Resultó un acto hermosísimo el de dar la Comunión a tantos, por tres sacerdotes a la vez. Después de dar gracias fuimos a la escuela pública donde nos sirvieron un riquísimo chocolate. Dimos una vuelta por el pueblo y empezamos a subir a Santa Lucía. La hora que tardamos en subir se nos pasó en un periquete. Unos con la chaqueta encima de un palo y la gorra en la punta, subían pausada-

Universidad de Deusto
Biblioteca

mente; otros corrían como gamos, como la asalto de una trinchera; algunos iban contando cuentos, tan estusiasmados, que no se daban cuenta de los obstáculos del camino y a veces besaban el santo suelo. Por fin después de dar muchas vueltas y revueltas, llegamos a catar Santa Lucía.

En cuanto llegamos a la plazoleta de la ermita, se improvisaron juegos públicos. Hubo juego de bolos, corrida de toros, pero con un toro imaginario; pues en cuanto se acercó por allí una vaca asustada puso pies en polvorosa el que hacía de torero, y sólo cuando la vió bien amarrada, se atrevió a citarla y aun así desde distancia bastante respetable.

A continuación se organizó un batallón de voluntarios que maniobró admirablemente por la campa. Para que nada faltase se preparó un orfeón que estuvo haciendo gorgoritos hasta quo nos llamaron a comer.

Comida campestre.

En cuanto sonó el silbo, cada grupo se puso donde mejor le pareció y al poco rato no dejábamos memoria de una olorífera paella que en un rinconcito se preparaba. En seguida se abrieron los sacos en los que venían las provisiones que nos habían puesto en casa y al poco tiempo ya no quedaban sino algunas migajas.

Rosario y partido.

Cuando acabamos de comer fuimos a la ermita, que ya la quisieran muchos párrocos de iglesia, y allí tuvimos una pequeña función: expuesto el Santísimo, rezamos el Santo rosario y se nos dió la bendición.

La bajada fué tan animada como la subida.

Una vez en Llodio, fuimos al campo de football, donde nos esperaba el equipo de Llodio, dispuesto a luchar con un equipo de nuestra Congregación. El partido resultó competido. A pesar del brillante juego de las defensas de Llodio, ganaron los nuestros por uno a cero; si hubiese podido durar el tiempo reglamentario, no sé lo que hubiese sido.

A las siete y cuarto tomamos el tren de vuelta; el andén estaba lleno de gente que vino a despedirnos. En el tren de vuelta, nos habían puesto los mismos coches reservados de la mañana; así es que vinimos al pelo. Al arrancar el tren, los chupinazos y los vítores resonaban, y nosotros, como podíamos, les demostrábamos nuestro agradecimiento. Por no herir la modestia de algunos, no queremos aquí mencionarlos.

¡Qué gente tan buena hay en Llodio!

Ceánuri.

A las seis y media de la mañana del domingo 1.º de Agosto, parecían dos grandes grilleras los dos capaces coches del Tranvía eléctrico de Céanuri que llenábamos 114 congregantes.

Nuestro Padrenuestro a San Rafael al comenzar la marcha y provisiones particulares todas, al saco. Pasamos el viaje de hora y media larga lo más entretenidos viendo aquel paisaje tan pintoresco del valle de Arratia. Cerca de Céanuri, la corriente eléctrica se debilitó y paramos; y un chiquitín que no entendía de corrientes le ocurrió que sería el diablo el que tiraba para atrás, y no quería que llegásemos.

Llegamos por fin; y allí estaba esperándonos todo el pueblo. Se improvisó en seguida una procesión; precedidos de los congregantes del pueblo seguidos de gran parte del pueblo, y acompañados por el Sr. Párroco y el Director de los Luises subimos cantando hasta la iglesia, que está algo apartada.

Aquí también para que no se nos hiciera más tarde y porque los muchachos que deseaban comulgar con nosotros eran muchos, tres sacerdotes tuvieron necesidad de administrar la comunión; para entonces ya habían comulgado más de 200 personas mayores. Esta vez el P. Olavarrieta acomodándose al auditorio, que apenas entendía otra cosa que el vascuence, les habló en su lengua.

Nos contaron aquellos celosos sacerdotes, que con motivo de haber celebrado allí la fiesta de las Espigas los adoradores del valle de Arratia, comulgaron en la madrugada del día de San Ignacio más de 500 personas y en otras misas más tarde 600 más.

¡La verdad que es gente buena y sencilla aquella de Arratia!

Allí mismo a la salida de la Iglesia, nos tenían preparado el desayuno, y lo que ellos no pensaron, un circo improvisado. Sobre una gran capa de helechos se dispusieron los más ágiles a demostrar sus habilidades: toda clase de saltos, la vuelta al aire inclusive tuvo allí su premio. Nos despidió la gente de Ceánuri, tan cariñosamente como nos había recibido, y por el monte en media hora nos presentamos en Villaro.

La campita del establecimiento fué nuestro comedor. De allí no nos movimos hasta que el repique de campanas de la parroquia nos anunció que nos esperaban para la funcioncita, que en media hora quedó terminada: hubo tiempo para un sermoncito de 10 minutos también en vascuence, para el Rosario, para unos cánticos, todo ello con el Señor expuesto y su bendición.

Lo más notable de la vuelta, fué que en Lemona, allí mismo donde tienen que parar los tranvías para hacer el cruce con los de Durango había una concurrida romería. Levantamos nuestras voces cantando un «Ave María», y tuvo que suspenderse el baile mientras allí estuvimos. Cantando todo el tiempo llegamos alegres a Bilbao.

Munguía-Larrauri.

La tercera excursión de la temporada tuvo lugar el día 8 de Agosto.

Como el camino era desconocido para los más, pues por Munguía no habíamos aparecido, lo pasamos muy entretenidos durante el viaje. En cuanto llegamos nos dirigimos a la iglesia. Fué una lástima que hubiese carreras de motos, pues casi pasamos desapercibidos; sólo las personas que asistieron a nuestra misa de ocho, se dieron cuenta de nuestra presencia.

Quisimos cazar dos liebres de un tiro: edificar con nuestro ejemplo y ver la carrera de motos y ninguno de los fines conseguimos completos.

La Sra. Duquesa nos invitó a que fuésemos a su magnífico parque, y gracias a ella no sentimos el gran calor que hacía.

Vimos arrancar las motos y la primera vuelta que dieron; y en seguida un baño de sol regularcito de tres kilómetros que los pequeños hicieron en un carro hasta llegar a Larrauri. Allí apreciábamos el beneficio que Dios nos ha hecho proporcionándonos la sombra que allí abundaba. La bondadosa viuda de Goyenechea nos obsequió con arroz y alguna otra cosa, que, unido a nuestras provisiones, sirvieron para reponer las fuerzas.

Después, un pelotón fué el mejor excitador para ponernos en movimiento.

Lástima nos daba luego dejar aquel sitio tan delicioso. Desandamos los tres kilómetros de la mañana a patita, y desde Munguía volvimos sin novedad en nuestros coches reservados.

Amorebieta.

El día 15 de Agosto realizamos otra excursión. El tranvía nos plantó en Amorebieta a tiempo para la misa de ocho y media.

En la carretera nos esperaban muchas personas del pueblo y de la colonia veraniega. Precedidos del chistu y el tamboril, y acompañados por la gente que nos había esperado, fuimos a la iglesia, que es verdaderamente magnífica; tan buena como las catedrales de muchísimas diócesis. Oímos misa y comulgamos juntamente con los congregantes del pueblo.

Nuestro vascófilo P. Olavarrieta predicó en vascuence y castellano ante muchísima gente.

La familia de D. Pedro Basterrechea nos obsequió con un confortante desayuno. En seguida fuimos a Larrea, a jugar al marro y al foot-ball. De allí fuimos al campo de foot-ball y encima del campo con el apetito que teníamos, ya se pueden ustedes figurar lo demás qué bien quedaría cumplido.

Seguimos jugando todo lo que quisimos y a las seis de la tarde tomamos los dos tranvía en que habíamos ido. Un gran gentío y distingnidas familias del pueblo nos despidieron.

Contentísimos de haber pasado un día tan agradable, no quisimos llegar a Bilbao sin visitar en su día a nuestra Madre, la Virgen de Begoña.

Dejamos los tranvías en Bolueta y en diez minutos subimos a Begoña a obsequiar a María Santísima con un Rosario y un cántico y la prometimos no olvidarla jamás. ¡Amén!

Guernica-Pedernales-Mundaca.

¡Qué encanto tan especial tendrán nuestras excursiones para que nos levantemos tan temprano, venciendo el sueño con tanta facilidad! Si hay algunos que para llegar a Misa de siete y media todas las mañanas, tiene que pasarles su madre una esponja de agua fría por la frente. ¡qué habría que hacerles para que se levantasen a las cinco!

En fin, que estoy divagando y todavía no les he contado a ustedes que después de un viaje buenísimo, más de un centenar de muchachos estábamos ya en Guernica el día 8 de Setiembre, día de la Virgen, a las siete y cuarto de la mañana.

El Sr. Cura Párroco y muchas distinguidas personas y los niños de la escuela con sus banderitas y gente del pueblo nos esperaban en la Estación.

Procedidos de estandartes y tamborileros que tocaban la marcha de San Ignacio, fuimos

Universidad de Deusto
Biblioteca

a la Iglesia donde nos dió la bienvenida el celoso Sr. Párroco.

Lo mejor de la excursión fué sin duda alguna la Misa que oímos y sobre todo la comunión que recibimos en la Iglesia parroquial de Guernica.

Nuestro P. Olavarrieta animó a chicos y grandes a seguir nuestro ejemplo y a comulgar diariamente; y según entendí se animaron a algo más, a reunirse en Congregación, como lo estaban antes.

Después visitamos y admiramos cuanto de histórico encierra la Casa de Juntas y contemplamos el famoso Arbol de Guernica, que tantos recuerdos evoca. Seguidamente jugamos un partido de Foot-ball luciendo sus habilidades los que las tenían y los demás contemplándolas.

Al poco de llegar a Pedernales, estábamos sentados en fresca sombra y despachabamos nuestro insustituible menú.

Inmediatamente fuimos a la Isla de Chacharramendi, donde sentados entre las peñas, pasamos dos horas deliciosas.

Recorrimos en media hora los dos kilómetros que nos separaban de Mundaca, admirando las bonitas vistas que tiene la carretera. En Mundaca nos esperaba el Sr. Cura Párroco y numeroso grupo de feligreses. Se llenó casi la Iglesia y rezamos el rosario y la Estación y recibimos la bendición del Santísimo.

Desde la hermosa atalaya contemplamos una vez más el mar y emprendimos la vuelta para coger el tren de las seis en Pedernales.

Cinco minutos antes y hubiésemos presenciado un choque entre dos automóviles, que cerca de la estación, se encontraron sin poderse detener.

Algunos de los que los ocupaban resultaron heridos, gracias a Dios, levemente; los coches quedaron bastante graves. ¡Inconvenientes de ser ricos! Mi automóvil sólo teme los pisotones.

El regreso fué digno del día que habíamos pasado: cantando llegamos a Bilbao a tiempo para cenar y meternos en la cama, pues a las siete y media hay que ir a misa al día siguiente y todos los días.

Muchas, muchísimas gracias a todos nuestros bienhechores.

Pepe, Congr.

Ultima excursión fructuosa, aunque sólo intentada.

Tal fué la de Arceniega: un domingo porque había ferias y nuestro buen ejemplo no se feria en esos días; otro porque amenazaba ser el día tormentoso como la noche precedente, se quedaron los que estaban para venir con un pie en el estribo y con las ganas.

Yo que estaba quince días antes en Arceniega tomando aquellos aires, trabajé cuanto pude porque no hubicse ni rata en el pueblo que no estuviese dispuesto a recibirlos bien. Por la mañana del día señalado, último domingo de Septiembre, fuí llamando puerta por puerta «A las ocho sin falta»—«Sí, sí, ya iremos»—«Y que comulguen los chicos y Ustedes también»—«Bien, bien».

La banda ya estaba dispuesta, la gente se iba estacionando en la carretera, los autos iban a partir en busca de los propagandistas de la Comunión, cuando nos llega un aviso por teléfono diciendo, que no vienen.

Y los autos al garage, los músicos con la música a otra parte y la gente desanimada ya se estaba retirando haciendo diferentes comentarios, cuando yo, repuesto de la impresión del inesperado aviso, corrí de uno en otro grupo diciendo: ¡No importa, todos a las ocho, aunque no tengamos quien nos acompañe, ya comulgaremos los de aquí. Todos a las ocho sin falta! Y la gente ya reanimada me prometían que no habían de faltar; y lo cumplieron, pues la iglesia estaba casi llena.

Recibimos la comunión 60 ó 70 chicos del pueblo y forasteros, y siguiendo nuestro ejemplo mucha gente mayor.

Apenas salimos de misa, de todos escucho la misma pregunta: ¿qué les ha pasado? ¿qué les ha pasado? «Nada, nada que Dios no ha querido que vengan, otro día vendrán» ¿Cuándo?—«No sé, no sé, pero estad preparados para hacerles compañía en la Sagrada Mesa».

Mil gracias a todos los que contribuyeron a nuestra fustrada excursión, y en particular al celoso párroco, Hermanos Maristas y otras personas que pusieron todos sus medios para ayudar y hacer entretenida la estancia de los excursionistas en Arceniega. Y gracias infinitas al Señor, que, aun sin la flor de la excursión, concedió el fruto de ella.

J. L. C., Congr.



Núm. 26.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Noviembre de 1915

¿Vivo o muerto?

Era la fiesta del pueblecito R. donde yo estaba pasando una temporada. Los barraqueros ambulantes, después de haber estado en innumerables fiestas de otros pueblos habían también llegado al pequeño R.

Era aquello una colección de cines, circos al aire libre, charlatanes y vendedores de baratijas, semejante a lo que se establece todos los años por Agosto en el Campo Volantín. Yo acudí a contemplar por centésima vez las barracas que tantas veces he visto en Bilbao, en el concurrido mes de las fiestas. Hube de contemplar sin embargo una cosa bien diferente.

Allí en un lugar bien visible había un charlatán, que al contrario de los demás estaba rodeado de numeroso público. Me acerqué a ver lo que era, y ví que tenía un lindísimo pajarito en la mano. El charlatán agitó una campanilla y dijo en alta voz para que oyésemos todos. «Aquí hay un pájaro. ¿Está muerto o vivo? esa es la pregunta, al que acierte se le entregan 100 pesetas en el acto». Un murmullo de general asombro entre todos los concurrentes ante la esplendidez de la recompensa; y confieso que a mí no dejó de interesarme la suerte.

Ved, dijo el charlatán, he aquí el pajarillo. Miré, pero la descomunal mano del orador le tapaba casi por completo. Me pareció que estaba vivo... ¿Está muerto o vivo? preguntó, y centenares de bocas respondieron a voz en grito ¡¡¡Vivooooo!!!

No me había equivocado, el pájaro estaba vivo. Pero ¡cuál no será mi asombro al ver pendiente de una pata al pajarito en manos del barraquero sin dar la menor señal de vida. El pájaro estaba muerto, no cabía duda, y yo y conmigo centenares de personas se habían equivocado. Podía verse cosa más maravillosa.

El charlatán repitió la suerte con otro pajarito «¿Está muerto o vivo?» preguntó de nuevo, y la multitud al ver que antes se había equivocado contestó lo contrario ¡¡¡muertooooo!!!

El barraquero abrió la mano y el pajarillo desplegó su vuelo hasta perderse en el espacio.

El barraquero siguió la suerte dos o tres veces más y entonces eché de ver el engaño. El charlatán cogía un pájaro muy vivo, y si la gente respondía a su pregunta que estaba vivo, aquel verdugo le ahogaba hábilmente en su manaza, y el infeliz pajarillo moría víctima del entretenimiento de los hombres. Si la multitud respondía que estaba muerto, el charlatán abría su mano; y el pajarillo volaba feliz al verse libre de la amenazadora mano.

Este cuentito tiene su gran aplicación a los padres de familia y educadores todos: Que el padre es buen educador, la suerte del hijo es la misma que la del pajarillo a quien dejan libre, puede considerarse feliz. Pero si tiene su padre que le educa mal, si le consiente, si no le castiga cuando y como debe, ya se puede considerar como el pájaro muerto a quien la desgracia y la casualidad condenan a tan triste suerte.

A. M. M., Congr.

¡Pobre madre!

Terrible ejemplo oí leer el otro día en la vida del P. Claret; enseguida saqué mi cartera y tomé nota.

Se cuenta allí que pasaba este Venerable Padre, fundador de los PP. Misioneros del Corazón de María, por Villafranca del Panadés para ir a regir la diócesis de La Habana, cuando se le presentaron varios Señores sacerdotes, que estaban advertidos de su llegada. Antes que se apeara para tomar descanso, le rogaron encarecidamente que se sirviera pasar a la cárcel, donde había unos reos condenados a muerte, que estaban en vísperas de ser ejecutados y no querían confesarse.

No hubo que rogarle nada: sin tomar ningún descanso, se fué derecho a la cárcel, donde se estuvo muy despacio con los reos. Su gran celo consiguió moverlos a arrepentimiento y se confesaron, al parecer todos bien.

Universidad de Deusto
Biblioteca

A la mañana siguiente volvió el Señor Obispo a la cárcel para darles de su mano la última comunión. Empezó la Misa, que los reos la oían con gran atención. Llegó el momento de darles la sagrada Comunión, y entre las preguntas que acostumbra hacer la Iglesia en estas ocasiones, les preguntó el Prelado uno por uno si perdonaban a todos. El primero y el segundo de los reos dijeron que sí; pero le tercero y más joven con los ojos arrasados en lágrimas, quién sabe si de odio o de pena, respondió toscamente: nó.

Sorprendido el P Claret por tan inesperada respuesta y queriendo a todo trance salvar aquella alma, le preguntó que a quién no perdonaba. El joven sécamente respondió: A mi madre.—Atónito el Prelado.—¡Pues, qué te ha hecho tu madre!—¡Que qué me ha hecho! —¡Por su culpa he llegado a este trance: me dejó desde pequeño hacer lo que quise; no hizo nada para apartarme de malos compañeros, que me arrastraron por el camino del vicio.

Comprendió el Santo Obispo que con razones nada conseguiría y dejando el copón sobre el altar, se arrodilló delante del Señor y oró. Oyó Dios su oración: el jóven antes de ser ejecutado perdonaba a su desgraciada madre.

A los padres no tenemos nosotros que hacerles reflexionar, ellos saben hacerlo. Nosotros somos los bobos que creemos que nuestros padres nos quieren cuando nos consienten y no nos castigan; así creyó ese desgraciado y tarde cayó en la cuenta.

J. S. A., Congr.

¿Para qué es bueno el Cine?

Pero ¡hijo mío! ¿por qué no quieres venir? decía una mamá muy *cariñosa* a su hijo queridísimo. ¿Por qué no quieres acompañar al cine a tu mamá? Vamos a ver ¿por qué no te gusta venir nunca al cine?

Y el hijo firme en su rotunda negativa contestaba.—No, no y no, yo no voy al cine.

—Pero ¿por qué hijo mío?

—Porque el cine es muy malo, muy malo y oí decir un día, que al cine no van más que los que quieren ir perdiendo la vergüenza.

—¡Qué ocurrencia, hijito! ¿Cómo tu mamá te iba a llevar a un sitio malo? ¡no faltaba más! ¿no ves que tu mamá te quiere mucho y no quiere más que tu bien? Vamos, no seas tontín, iremos donde haya películas buenas.

—Bueno, pues iré; pero estaré con los ojos cerrados.

—Estarás como quieras, pero ya verás cómo los abres cuando veas que las películas son muy inocentes. La madre tan satisfecha llevó al pobre niño a dar el primer paso hacia su perdición.

Poco después la película empezaba, y el niño había abierto los ojos vencido por la curiosidad, mientras la madre le miraba de reojo complacida al ver que se interesaba el niño.

Y ¿qué veía el pobre niño? Allí en el telón se reflejaba una *heroina*, que tenía que vengarse de una grave ofensa y el niño ya en su interior empezaba a aplaudir la resolución que estaba tomando de matar a su rival. Está bien, pensaba el niño, debe vengarse; y aprendió que la venganza es una virtud. Poco después la heroina vestía un traje, que debía haber coloreado de vergüenza a toda persona medio decente, y la madre se contentó con exclamar a guisa de protesta: ¡Qué exagerada!

Y como fin de la película, la protagonista, después de realizada su venganza, levantaba arrogante un puñal en lo alto para clavárselo a sí misma y caía sobre blancas y perfumadas rosas. La película terminó; todos aplaudieron pensando: ¡Qué valiente! ¡qué nobleza la suya! matarse de ese modo es una honra, y en todas las imaginaciones quedó la desventurada suicida como una heroina, como un angel.

El niño sacó también su conclusión: ¡Así se debe hacer! decía, y aprendió una cosa más, lo *hermoso* y *noble* que es el suicidio.

¿Te ha gustado, hijo mío?, dijo la madre.—Mucho, mucho, mamá. Y madre e hijo se quedaron a ver más películas impregnadas todas de escenas de amores, que en la calle escandalizarían y en el cine son preciosidades, y a ver argumentos que, como el anterior, no tenían *nada de malo*. Al salir dijo la madre: ¿Ves, hijo mío, cómo no había nada malo? — No, mamá.

A partir de aquel día el pobre niño va casi todos los días al cine, y cada día le parecen mejor *aquellas escenas* y va ya pensando cómo podrá poner en práctica lo que se va poniendo a su alcance.

A. M. M., Congr.

Cómo se tapa la boca.

Caminito de mi casa, que está bien a las afueras de Bilbao, me encontré una tarde un pobre obrero, joven todavía. Parecía sin trabajo y aburrido, y con ganas de comunicarse con el primero que le oyese. Así fué.

Se me acercó para pedirme una limosna, a mí que no llevaba más que mis libros de texto. Pero eso le sirvió de introducción, y no me dejó hasta mi casa.

Al poco descubrió el pobrecito que llevaba el alma tan vacía como el estómago y no sé si más. Empezó quejándose que ni pan tenía, y de ahí dedujo que no había nada concertado en este mundo, y por lo tanto que no había Dios.

Tuve la paciencia de dejarle desahogarse; aunque no faltaron ganas de interrumpirle y decirle que mal modo tenía de buscar trabajo ni que nadie le confiara nada; pero tiré por otro camino.

Me acordé de los artículillos que había escrito en Flores y Frutos para probar con evidencia que hay Dios, y le puse delante el del huevo o la gallina y el de la casa que se acabó sin obreros.

No tenía el infeliz que contestar más que las vaguedades que había oído y leído en papeluchos, y yo para rematar le puse este **nuevo argumento** que ya estaba pensando, para que apareciese en nuestra revistilla.

¿Ha visto V. alguna vez, le dije, que una ley se dé ella sola, que nadie la haya mandado?

—¡No hombre, no! ¡Quién va a creer eso!

—Pues eso es lo que V. cree cuando dice que no hay Dios. Y si no dígame ¿no tiene V. algo ahí dentro que le reprende cuando obra mal, y cuando hace una buena acción le felicita? ¿Esa ley procede de V. mismo? No por cierto; porque V. *la teme* y a V. mismo creo que no tiene por qué temerse; y si V. hizo la ley la podrá quitar cuando se le antoje, y sin embargo ya ve V. que no es así; que aunque usted rabie y patalee, la ley está siempre firme, como un látigo levantado contra el reo. Luego esa ley procede de alguno que tiene autoridad sobre V. y sobre sus actos interiores. ¿Es qué teme V. al policía? Pero, si muchas veces la acción es tan oculta que sólo V. la sabe, y nadie la puede saber: por consiguiente, lo que V. teme cuando oye la voz interior de su conciencia, no es nada que esté al alcance de los sentidos y es algo muy superior a V. mismo. Y ¿quién puede ser si no Dios?

Se calló el pobre hombre y pensativo siguió su camino; yo subía a mi casa contento por haber podido dar una buena limosna aquél pobre de cuerpo y alma.

M. G., Congr.

El tío «Pachote»

Era el tío *Pachote* el marino más viejo, el más experimentado y el más querido de todos los de la costa. Sobre todo, los chicos del pueblo ¡cuánto le querían! ¡Qué alegría reflejaban sus rostros cuando el tío *Pachote* se decidía a contarles un cuento mientras componía sus redes!

Tío *Pachote*, cuéntenos un cuento, decían los chicuelos, y él les contaba un cuento, en el que siempre procuraba poner una conclusión o aplicación provechosa para sus pequeños oyentes. ¡Qué bueno era el tío *Pachote!*

Aquel día, como tantos otros, empezó a contar el consiguiente relato en medio de aquella docena de cabecitas rubias y negras, que tan singular contraste ofrecían con la suya cana y avejada.

Un día, empezó diciendo, salimos dos naves a pescar, la mía y la de Francisco. El tiempo estaba indeciso, pero no nos desanimamos; echamos las redes y después de estar toda la tarde pescando, emprendimos el regreso con bastante pesca. Mas, de pronto el ya nublado firmamento oscurecióse más y más, y densos nubarrones le cubrieron en un momento. Un relámpago iluminó por un momento la nave, un sordo y lejano trueno retumbó en el espacio, al mismo tiempo que en gruesas gotas caía copiosa lluvia, que nos caló hasta los huesos.

Mal aspecto toma esto, me dijo un compañero, será necesario que lleguemos cuanto antes a la costa.—Sí, le dije, a no ser que nos coja antes la tempestad en todo su empuje y entonces... Efectivamente, a los pocos momentos, las tablas de nuestro barco crugían con el choque de las olas, y hubo que recojer parte de las velas. A poca distancia, la nave de Francisco se balanceaba entre las olas amenazando hundirse. El temor y la desconfianza se pintaban en todas aquellas duras facciones acostumbradas ya a contemplar impasibles otras borrascas.

Poco después aparecieron las negruzcas peñas de la costa; pero su aparición en vez de animarnos acrecentó nuestra desconfianza. ¿Quién iba a correr el riesgo de atravesar aquellos puntiaguados peñascos? Era imposible llegar al puerto. El empuje de las olas nos hubiese estrellado, y entonces todo había terminado.

Es necesario alejarse, viremos hacia alta mar donde lucharemos con las olas; aquí tendríamos que luchar con las peñas ¡imposible!

Todos conformes; pero ¡estaba tan cerca la tierra! ¡Parecía tan fácil atravesar aquel espacio de mar que les separaba de sus esposas y de sus hijos!... ¡estaba tan cerca la felicidad!... Una milla escasa, y abrazaríamos nuestras familias. Mas ¡qué locura ir entonces en pos de tal felicidad! Viremos, viremos a alta mar.

Mucho luchamos con las olas, pero al fin se sosegó la tempestad Dimos gracias a Dios y emprendimos el regreso.

¿Qué había sido de la nave de Francisco? ¿Había ido a alta mar como nosotros, o se había arriesgado entre los peñascos en busca de la felicidad, tan cercana como falsa?

Los restos de una nave hecha astillas en las peñas que después atravesamos tan serenos nos anunciaron la triste nueva. La nave de Francisco había sido víctima del naufragio.

Hijos míos, reflexionó entonces el avezado anciano, huíd de la felicidad de este mundo que es falsa y está entre peñascos. Buscad allí la verdadera felicidad, allí, en alta mar, en Dios, lejos de la puntiaguda escollera de las pasiones.

A. M. M., Congr.

Cómo me enseñan en casa.

Ya voy viendo que de todo se aprovecha mi mamá para educarme. Supo el otro día el escarmiento que llevó un pobre obrero y nos lo contó enseguida, y no le faltó su moraleja.

En un taller muy acreditado de esta villa ingresó hace poco tiempo como oficial un joven a quien recomendaron muy bien, pues parecía que deseaba ganarse honradamente la vida y ayudar a sus padres.

Al poco tiempo de estar este muchacho en el taller notaron repetidas veces la falta de varias piezas de bronce. No quiso el encargado culpar a nadie y trató de averiguar quién era el culpable.

Sospechaba algo de nuestro joven, porque notó que todas las tardes salía el último; pero se guardó de decirle nada sin saber a punto fijo si era él.

Llamó aparte a uno de los operarios de más confianza y le dijo: Subes al tejado del taller, separas un poco una teja y desde allí miras cuando salen los trabajadores a ver si descubres quién es el que lleva las piezas. Así lo hizo el buen hombre y vió salir uno por uno a todos menos a nuestro joven. Tardó éste un poco más en ponerse la chaqueta, miró

Universidad de Deusto
Biblioteca

después a todas partes y cuando le pareció que no le veía nadie, empezó a guardar lo que pudo entre la ropa varias piezas de bronce. Bajó enseguida del tejado y avisó al capataz lo que había visto. Antes de salir del cerco del taller, fué detenido, llevado a la oficina, registrado y despedido para siempre.

Te parece, hijo mío, me dijo mamá, que este desgraciado se hubiese atrevido a robar si hubiese mirado arriba y hubiese visto que le veían?—¡Qué va a robar! contesté yo.

Pues, mira siempre arriba, que mejor que aquel obrero que acechaba desde el tejado, nos ve Dios que está en todas partes.

Y te voy a contar otro caso que viene aquí muy bien.

Eran dos hermanos a quienes un día se les ocurrió cerrarse en su cuarto para hacer una fechoría. El más malicioso mira debajo de la cama, detrás de los cortinones y no deja de mirar ningún rincón y hasta cierra con llave la puerta. Su hermanito que había ido siempre a aprender el catecismo y a oír las explicaciones a la iglesia, se acordó de algo que había oído.

No has visto todo bien, le dice a su hermano, algo te falta de mirar.—¡Qué me va a faltar?—Sí, que no has mirado todo, no has mirado al techo.—Pero, bobo, en el techo ¿quién puede estar?—que, ¡quién puede estar! Dios, que de Dios no nos escondemos.

Bastó esta reflexión, que nos la debemos hacer siempre nosotros, para que no hiciesen aquellos lo que intentaban.

Mira que te mira Dios.

A. L., Congr.

Correspondencia abierta.

Por nada dejo el rosario.

No abandono mis buenas costumbres, Padre, ni dejo de rezar mis oraciones, mi rosario. Permita el cielo muera 100.000 veces antes que dejar el rosario.

Muy amenudo, aunque no todos los días me levanto a las seis y cuarto y voy a misa. Comulgo y pido por mi familia, por mí, por la guerra, por el Romano Pontífice, por las Misiones, por V., por los congregantes y bienhechores. Usted acaso dirá ¡Cómo me engaña éste! pero créame V., que le digo la verdad.

A. G., Congr.

Discutiendo.

Después de cenar se nos viene aquí un señor, que es materialista o... majadero; solemos discutir un rato, hasta que se ve cogido, y malhumorado se marcha por no dejarse vencer.

Empezamos a hablar la otra noche de la existencia de Dios y por sucesivos razonamientos de sentido común, contesté a lo que de Psicología él me argüía; hasta que tuvo que confesar la existencia de un Ser Supremo. Pero me negaba el muy borrico que ahora pudiese existir y además que Jesucristo fuese Dios. Le dije que si creía en la Historia de España; y me contestó que sí. Entonces le dije que con qué derecho creía en ésa y no en la Historia Sagrada y en los milagros que cuenta de Jesucristo. A esto me contestó que tenía que hacer y se marchó. Todavía espero la contestación: ha debido de ir a consultarse con Ferrer.

M. U., Congr.

Ecos de Congregación

Conferencias.—Muy honrados nos hemos visto con el R. P. Cascón, S. J, redactor de *El Siglo de las Misiones*. Dos noches con sus amenas pláticas sobre las Misiones nos interesó por esta obra la más simpática.

Descanse en paz.—Perdimos un protector nuestro aquí en la tierra. El bondadoso Don Pedro Santisteban descansa en el Señor. Le ofrecimos dos Comuniones, que bien merecidas las tenía.

Categorías.—Va a haber ahora algo así como tres clases de Congreguntes: de 1.ª unos, de 2.ª otros y otros de 3.ª, y vamos a aparecer al descubierto lo que somos y en cuánto nos tenemos y queremos que otros nos tengan.

E. P., Congr.

Nueva Junta Directiva

Presidente

Esteban Padilla y Lázaro.

Vicepresidente

Luis Sans y Darnís.

Secretario

Ramón Rodamiláns e Isanta.

Vicesecretario

Fernando Arbaiza y Velasco.

Tesorero

Carlos Echevarría y Usaola.

Vicetesorero

Serafín Alday y Otaola.

Prefectos de Catequesis

José M.ª Escudero y Rivaflecha.
Fernando Milicua e Irala.
Adolfo Solaún e Igartua.

Celadores de Asistencias

Camilo Basterrechea y Aguirre.
Miguel Egusquiza y Echave.
Gregorio Olalde y Olazar.
Sebastián Mantilla y Aguirre.

Celadores de Medallas

Antonio Lizárraga y Achaerandio.
Francisco Lueña y Muro.
Tomás Udaondo y Zuazagoitia.
Angel del Río y Soler.

Director de FLORES Y FRUTOS

Manuel González de Cos.

Capilleros

Enrique Idoyaga y Gáldiz
Jesús Mendialdúa y Gartéiz.



Núm. 27.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Diciembre de 1915

¡A ser acorazados!

Muchas veces he visto y siempre con mucho gusto a los balandros que con tanta suavidad y tan veloces recorren las aguas; parecen palomas que vuelan rasando con el agua: tan blancas son sus velas, tan rápido su vuelo. Pero nunca pensé que con tanta facilidad pudieran ser puestos en gran peligro y a veces naufragar, con sólo tocarles un poco la galerna.

Y ¡que haya en este mundo muchos, muchísimos jóvenes de nuestra edad sólo comparables a los balandros, que mientras no hay tentaciones, cuando no se les presenta un mal amigo van bien; pero, un amiguito que les tiente un poco basta para hacerles naufragar!

Por lo contrario se ve a un acorazado de color aplomado, que impone respeto, que avanza a gran marcha sobre la mar más enfurecida; y no tiene peligro de naufragar. Y si a veces acaece que hay que atacar a cualquier enemigo, ataca intrépido.

¡Seamos acorazados y cuando venga un amiguito a tentarnos para que no sigamos con nuestros buenos propósitos, se le hace callar, se le dispara una balita rasa, se le da su merecido, se le llama con su nombre ....

Pidamos a la Virgen Inmaculada, que no seamos balandros, que seamos acorazados.

J. M.ª E., Congr.

Cómo me enseñan en casa.

Siempre me recomienda mamá una tierna devoción a la Sma. Virgen, y que tengamos mucha confianza en su intercesión, en toda clase de necesidades, espirituales y temporales; y me contaba hace poco un caso ocurrido este mes de Octubre en esta villa.

Hallábase en una ocasión una señora en una necesidad y acudió a otra para que la sacara del apuro. Pronto y bien la socorrió, entregándole la cantidad que le hacía falta.

Pasó bastante tiempo y la persona que debía no podía pagar, a pesar de sus buenos deseos. Hace pocos días se encontraba oyendo Misa ante un altar de la Sma. Virgen y le pedía la salud de todos los suyos, pero sobre todo la salvación de sus almas; para ella pedía luz y acierto para poder dirigir sus hijos por el camino del bien, y después pedía por aquella persona que tanto bien le había hecho, y le dijo a la Sma. Virgen: «Madre mía, no permitáis que termine este año sin que yo cumpla con ella» y sin poderse contener lloró a los pies del altar.

Al terminar la Misa y llegar a la pila bendita, sintió que alguien le pegaba cariñosamente en el hombro y al volver la vista se encontró con su acreedora, quien al salir de la Iglesia la saludó tan amable, preguntándole por toda su familia. Avergonzada la otra de tanta bondad quiso darle una explicación de su conducta, pero no la admitió diciendo al momento:

«No se apure ya más por ello, ahora mismo queda liquidada esa cuenta y me parece me ha pagado muy bien».

Grande fué la sorpresa que recibió y no encontraba palabras para darle las gracias, pues tan emocionada estaba la favorecida. Al cabo de un rato se despidieron con un fuerte apretón de manos y aun más amigas que antes si cabe.

No olvidó nunca favor tan grande, y dándole mil gracias a la Virgen, y llorando de gozo decía que era un milagro que obró la Sma. Virgen.

Ved hijos míos, nos decía mamá, como socorre a los que le piden de corazón y tienen confianza en ella.

A. L., Congr.

¡Quiero ser Misionero!

Juanito y Pedro eran los niños más amables y simpáticos del pueblo; en la escuela eran los más apreciados del maestro y de sus compañeros, por su aplicación, buena conducta y condescendencia; en el catecismo

Universidad de Deusto

Universidad de Deusto
Biblioteca

eran los más queridos del párroco por ser los más asiduos.

Después de comulgar tempranito para llegar a tiempo a la escuela, iban juntos a casa y en el camino solían tener conversaciones como esta: —Me edifica, decía Pedro, lo recogido y fervoroso que te veo despues de comulgar. ¿qué es lo que le pides al Señor?

—Pues, que me conceda la gracia de ser misionero, porque me da mucha pena que, siendo El tan bueno, haya tantos que no le conozcan, y tantos que si le conociesen serían quizá mejores que nosotros.

Juan quedó pensativo.

Al día siguiente los dos amigos se encaminaron como de costumbre, después de comulgar hacia su casa; Juan dijo a su compañero: —Lo que me dijiste ayer me hizo reflexionar y hoy he pedido al señor la misma gracia que tú: y siguieron alegremente su conversación hasta que llegaron a su casa.

Desde que los dos amigos manifestaron sus deseos de ser misioncros, se aplicaban al estudio con verdadero ahinco, para adquirir conocimientos que luego pudieran serles útiles.

Al cabo de algunos años los dos amigos pidieron a sus padres permiso para ingresar en una congregación religiosa que se dedicaba a las misiones. Los padres de Pedro se negaron a permitírselo, pero por una grave enfermedad que sobrevino al padre, hizo voto de si curaba, dar el permiso a su hijo, aunque con gran pena por ser muy aprovechado, para que cumpliese sus deseos de misionero.

Los padres de Juan también se despidieron de su hijo con lágrimas en los ojos, pero dando gracias a Dios, por haber dirigido a su hijo por ese camino, ya que a ellos no les había dado por ahí.

Juan y Pedro son ahora dos fervorosos misioneros, que todo su empeño lo tienen puesto en que no haya una alma que no conozca a su Criador.

El párroco del pueblo ilustra la catequesis con proyecciones de las fotografías que le mandan el P. Pedro y el P. Juan.

Aunque nosotros no podamos hacer ahora lo que hicieron estos dos piadosos jóvenes, podemos contribuir al florecimiento de las misiones con nuestras oraciones y con el sacrificio de algo de nuestros ahorrillos.

J. M. U., Congr.

¡Ojalá fuese cuento!

En una de esas típicas aldeas de las provincias vascongadas vivían en sus respectivos caseríos dos aldeanos. El uno gozaba de una rica propiedad de cinco caseríos, y era dueño de 50 vacas, gallineros y varios campos donde recogía anualmente todos los productos propios del país; en fín era lo que se llama un aldeano rico.

El otro no poseía más que un mal caserío donde vivía, un pequeño huerto que le daba lo suficiente para ir pasando la vida, un modesto corral con diez gallinas y una vaca cuya leche ponía a la venta; ésta y los huevos era su única ganancia de cada día. Estos dos hombres que Dios puso en el mundo con tanta diferencia de bienes, tenían un hijo cada uno; pero estos recibieron muy distinta educación. El aldeano rico que se llamaba Domingo, no pensaba más que en satisfacer los caprichos de su hijo y aumentar su fortuna dejándole una buena herencia.

En cambio Juan, que así se llamaba el pobre, educó muy bien a su hijo, enseñándole a guardar los santos mandamientos y a ganar su vida trabajando.

Domingo un día se encontró con el cura de la aldea y éste que sabía lo mal que educaba a su hijo le dijo: Mira Domingo, en lugar de dejar a tu hijo que se pase el día sin hacer nada debías de enseñarle a trabajar como conviene a todo hombre, aunque sea rico.

Déjeme, contestó Domingo; lo que yo quiero es que sea rico; así será feliz.—¡Qué poco discurría!

Mas como todo tiene fin en este mundo, sucedió que estos dos aldeanos murieron y quedaron sus hijos dueños de la herencia. El rico, con su dinero, sus caseríos y sus vacas; y el pobre con la mejor herencia, con una buena educación.

Antón, que así se llamaba el hijo del rico, se vió fascinado por tanta riqueza y se decía: Para qué voy yo a trabajar, si tengo tanto dinero: iba todos los días al pueblo, donde se juntaba con malos amigos y malgastaba su dinero en las tabernas, cines, juergas etc. se acostumbró a la bebida y ya no se ocupó nada de sus caseríos. Llegó un año de mala cosecha y Antón no tuvo bastante dinero para los vicios; vendió poco a poco sus caseríos y así fué quedando en la miseria; hasta verse un día obligado a pedir limosna a su vecino, hijo del aldeano pobre. Este está ahora lleno de prosperidad y aumentando su hacienda; constante en su trabajo, ahora goza de un hogar feliz y tranquilo.

¡Ojalá fuese cuento! y entendiésemos los hijos cuál es la mejor herencia que nos pueden dejar nuestros padres.

A. M. S., Congr.

Cómo se tapa la boca.

Muchas veces había pensado qué había sido de Francisco, de aquel Congregante tan buen amigo mío; hasta que el día 28 del pasado mes de Noviembre me encontré con un chico que me dice: Adiós Manolo. Yo me quedé mirándole como el que no sabe quién le habla, hasta que él me dice: ¿No me conoces?—No. —¿No te acuerdas de Francisco?—¡Cómo! ¿tú eres Francisco?—Sí.—¡Cuánto tiempo hace que no nos veíamos! ¿Dónde has estado?—Pues en Francia.—¿De manera que desde hace tres años que marchaste no has vuelto? —No. -Estarás hecho un francés.—Ya lo creo; tú no sabes cuánto he aprendido allí. Al principio solía ir algunas veces a comulgar; pero pronto me convencí que era una tontería y lo dejé, y estoy muy agradecido a algunos amigos; pues gracias a ellos soy lo que soy, un hombre desengañado, que sabe que Dios no es más que invención de curas y frailes, y que todo lo que existe es obra de la Naturaleza, de esas fuerzas que obran por sí solas. En una palabra, por ellos soy un hombre del progreso.

Yo le escuchaba al mismo tiempo que preparaba un argumento para taparle la boca y me acordé de uno que había leído en nuestra Biblioteca y que venía muy bien para probar las habilidades de señora materia. ¿Has terminado? le dije.—Sí.—Pues, ahora me toca a mí hablar. Dime, quién te parece que es más listo, tú, que has aprendido tanto en Francia, o un huevo de gallina?

—¡Hombre! qué tonterías dices!—Supongo que tú eres más listo; ¿no es eso? Pues bien te voy a probar lo contrario, que ni tú ni todos los sabios y químicos más célebres discurren y hacen lo que discurre y hace, según tú, una yema de un huevo escondido 21 días debajo de una gallina o en una incubadora. A ver si tú te atreves a discurrir y hacer lo que la pobre yema. Ella no ha visto nunca a otro pollito, ni tiene, como sabes, ojos para verlo, y sin embargo fabrica dos ojitos tan monos y espabilados que de todo se dan cuenta y ven al gavilán desde muy lejos. No sabe ni puede saber que los pollitos tienen oídos y con todo se fabrica para sí unos tan listos o más que los tuyos. Ni ha visto que los pollitos tengan dos patas con las que puedan sostenerse y correr tan lindamente, y con ellas se contenta y de ellas se sirve para todo.

Ya te irán cansando ¿no es verdad? y lo peor, o lo mejor para tí, te irán haciendo alguna impresión, supongo yo, estos tan sencillos argumentos?

—La verdad que vas estando cargante. Ya te he dicho que son las fuerzas de la naturaleza; ella es la que ha ordenado todo y hace que tan maravillosamente obre la materia.

—Pero, por favor dime: ¿quién es esa Señora Naturaleza, que sabe más y puede más que todos los sabios y poderosos de todo el mundo? Entérate bien, que tengo muchas ganas de conocer a esa Señora, que tan atrás deja a los más listos e industriosos ingenieros. A ver si otra vez que nos encontremos me dices quién es y dónde vive; te lo agradeceré.

M. G., Congr.

Por nada dejo mi Congregación.

Iba yo el otro día con un amigo Congregante de pantalón largo, y hablando de otras cosas me ocurrió tentarle un poco sobre lo que le parecía de la Congregación, si tenía verdaderamente ganas de pertenecer a ella, o estaba porque querían en su casa. El muy serio me respondió que estaba en la Congregación, porque era un medio de educarse sólida y cristianamente. Muy bien chico, le dije yo, veo que te has aprendido el Reglamento de memoria; pero ahora dime: no tienes algo que te dice que ya eres mayor para estar en la Congregación. Hombre, algo de eso hay; pero dime tú, ya que tan preguntón estás: si ahora en la Congregación le cuesta a uno ser bueno ¿qué sería si saliese?

Esta pregunta me dejó pasmado y sin saber lo que responderle. Al poco me ocurrió éste otro incidente que contesta a la pregunta de mi amigo.

Estaba yo hace unos días en el Instituto y me acerqué a unos chicos medio buenos y medio malos. Sabes tú, me dicen sin más ni más, que no se lo que tiene la Congregación vuestra que cuando sale uno de ella se vuelve golfo...

Y me empezaron a contar pequeñas historias de algunos que por andar con malos compañeros se habían salido, hasta que tuve que hacerles callar y hablar de otras cosas.

Entonces me acordé de la pregunta que me había dirigido mi amigo aquel otro día, y cuando estuve con él le dije: Oye, tú, Antonio, sabes que te puedo responder a la pregunta que me hicistes sobre la Congregación.—Ah!, si ¿qué se hará?

—Pues, cuando salga uno de ella, si no anda con cautela y no sigue practicando las máximas de todo buen Congregante, se hará... —Basta, me dijo, ya sabemos lo que se hará; hasta otro día.

F. M., Congr.

¡A matar la araña!

Cierto día en que la señora de una casa esperaba visita, mandó a la sirvienta que limpiase el gabinete lo mejor posible; la muchacha, que tenía la mala costumbre de hacer las cosas a la ligera, cogió el quitapolvos y en un momento dió fin a la labor que su señora le había encomendado. Esta al cabo de un rato fué al gabinete a ver si había quedado bien arreglado, y vió con disgusto que en un rincón estaba una telaraña, por la que repetidas veces había reñido a la muchacha; enfadada la llamó y nuevamente la reprendió, por haberse olvidado como días atrás de aquella telaraña. Al oír esto la criada dijo que todos los días la quitaba, pero que enseguida volvía a salir.

Por esta contestación comprendió la señora la corta inteligencia de la muchacha, que inútilmente quitaba todos los días la telaraña y no mataba la araña que era lo principal; y así le dijo: Pero ¿usted ya se ha ocupado algún día en matar la araña?

La muchacha no sabía qué responder y dijo que no, que de matar la araña no se había ocupado.

Pues, como esta criada hay muchos que creen que basta con quitar la telaraña y no se preocupan de matar la araña.

Y ¿qué significa la araña? Pues, sencillamente: Figuraos que hubiera uno que se dejaba acompañar de un mal amigo y con él hablaba lo que no debía e iba donde no le convenía, etc., etc., y con esto consentía en malos pensamientos, etc.. etc. Va a confesarse y confiesa sus pecados, pero se calla que esos pecados (que casi siempre suelen ser los mismos) los ha cometido por tener la mala compañía; pues es más bobo que la criada, no mata la araña, que en este caso es el mal amigo, como que él es el origen de sus pecados.

Universidad de Deusto
Biblioteca

No vayamos a confesarnos a la ligera, cuando tengamos que hacerlo; porque nosotros recibimos una visita todas las mañanas, la de Jesús en la Comunión. Para que no encuentre telarañas matemos resueltamente la araña dejemos el mal compañero o lo que sea causa de nuestras faltas; y si nos falta fuerza para ello, porque algunas veces cuesta mucho, ahora tenemos buena ocasión para pedirle muy de veras a la Inmaculada Concepción en su novena que gustosa nos la concederá, si de nuestra parte hacemos algún esfuerzo.

R. R., Congr.

Nuestras categorías.

Oí el otro día a uno que hablaba con otro y le decía: No te parece a tí que la 3.ª categoría es algo así como el «desfilen».—Mal, muy mal lo entendéis, les interrumpí yo; la cosa no es así: en la 1.ª entrarán los mejores; en la 2.ª los buenos; en la 3.ª los medianos.

Pero resulta ¡claro está! que todos querríamos pertenecer a la 1.ª categoría, o por lo menos a la 2.ª; la cuestión es que pongamos los medios, que cumplamos el Reglamento; y los que pertenezcan a la 3.ª categoría no tienen porqué desanimarse.

Sí, ya sé, decía uno, que me pondrán en 3.ª categoría, y bien merecido lo tengo; pero, por eso no me asusto. Porque, vamos a ver; por ser yo ahora de la 3.ª categoría, voy a continuar siempre en ella ¡ca! ni por nada. Ya sé yo porqué estoy en esa categoría; que bien claro me lo dijo el otro día el Padre cuando estuve a visitarle; pero también me dijo que si cumplo con algunas cosas que antes no cumplía pasaré a la 2.ª y luego a la 1.ª. ¡Y no faltaba más! Antes no iba a misa todos los días; pues ahora iré. Antes no iba a visitar al Padre; pues ahora iré y veremos cuánto tiempo estoy en la 3.ª.

Ah! si todos pensásemos como éste, pronto desaparecería esta categoría y entonces todos de 1.ª y 2.ª; y más tarde todos de 1.ª.

¡Qué hermoso sería! Pues bien, cumplamos el Reglamento y mientras estemos en la última, esforcémonos en pasar adelante. No nos estanquemos. Eso es lo que conseguiremos con los ánimos que nos dará nuestra Madre Inmaculada, María.

R. M., Congr.

Correspondencia abierta.

Siempre con mi Rosario.

No dejo, Padre, de rezar el Rosario; los días de labor en el Colegio, y los días de fiesta lo rezamos en casa; no he visto un chico en el Colegio que tenga rosario. Yo lo suelo llevar como Congregante que soy de la Virgen; y me parece que estoy haciendo algo con mi buen ejemplo, pues al que está a mi lado le vi hace algunos días que él también lo traía y me puse muy contento; veremos, ahora que somos dos, si siguen con nuestro ejemplo los demás.

A. S., Congr.

Muy lejos de España.

Y seguí su consejo de comulgar todos los días, y ya todos los españoles siguen mi ejemplo.

J. M.ª U., Congr.

Fuera de mi casa.

Todos los meses de mi estancia en los Madriles tengo pensado hacer algo que pueda contarle. En Octubre me eché la siguiente cuenta: Todos los días al ir a la Facultad me encuentro con algún amigo; pues bien: tengo que pasar por tres iglesias y saludar en todas ellas. Algunos al principio se rieron, pero ahora estoy contento, pues he triunfado: todos los que conmigo vienen se quitan como yo el sombrero. Esto aunque parece poco a primera vista, yo lo considero mucho, pues aquí dicen muchos que yo soy católico y que creo en Dios como el que más, pero con más o menos práctica; y tienen razón: el que es, que sea, que practique.

Le voy a poner alguna de mis normas que tengo aquí en Madrid: todos los días comunión, rosario, tres avemarías al sentir dar las horas, oraciones al levantarme y acostarme y examen de conciencia con el acto de contrición y a dormir.

A. G., Congr.



Núm. 28.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Enero de 1916

Nuestras Navidades.

Nada ha faltado para que las pasásemos muy alegres. Aun el tiempo parece que se esmeró aquellos días para hacer más animadas estas vacaciones que nos dá el Niño Jesús.

Los Congregantes pelotaris lucieron sus habilidades en el gran campeonato a pala, que hemos tenido en los hermosos frontones de la Universidad de Deusto; así como los footbolistas, en los campos de Lamiaco.

En el Salón, convertido en algo así como teatro, pasamos las horas muy divertidas debido a nuestros improvisados actores, que por lo improvisados hacían gracia.

Pero nuestras vaciones no han sido completas, me decía uno.

—Por qué—Porque, ya ves como nos urgen que vayamos todas las mañanas a Misa, aunque no tan temprano como en curso.

—Y qué ¿te diviertes más y estás más contento quedándote en la cama hecho un tronco o levantándote y oyendo Misa y comulgando y encontrándote con tus amigos alegres por haber comenzado tan bien el día? ¿Qué te parece? ¿Te ha pesado alguna vez de haberte levantado temprano? Pues eso es lo mejor que hacemos, si queremos ser de veras Congregantes; porque divertirse, eso ya lo saben hacer los nenes y las nenas.

J. L. C., Congr.

Nuestra Asamblea.

Varios días antes se notaba una alegría especial entre los congregantes. Íbamos a tener nuestra Asamblea parlamentaria, a imitación de la que tuvieron nuestros hermanos de Málaga, y era la primera vez que nos presentábamos en público; bien lo decían las caras de disertantes y contendientes que, aunque más vivas y animadas que de ordinario, reflejaban su preocupación.

Ensayos particulares y generales, en privado y delante de la Congregación, fueron asegurando el éxito, más o menos feliz, con que terminó el tal debate.

De todo ello fué el alma nuestro infatigable y animoso P. Olavarrieta, a quien no le pagaremos con nada sus afanes y trabajos.

Llegó por fin el día y antes de las cuatro de la tarde ya estaban en las puertas de la Universidad de Deusto centenares de congregantes y las familias de éstos, esperando con verdadera ansiedad la hora de entrada.

Poco después, primero las familias y después nosotros, llenábamos el magnífico Salón de actos de la Universidad.

El presidente de la Academia concede la palabra a uno de los congregantes, no de los mayores. Pintó éste a grandes rasgos nuestra vida de congregantes. Bien merecido tuvo el simpático congregante los aplausos con que premiaron su labor. Terminado este discurso, los veinticuatro académicos se disponen para discutir un tema muy importante, que lo lee uno de los secretarios: «El catecismo es la única base de una educación sólida y cristiana y, por lo tanto, es indispensable».

¡Con cuánto entusiasmo escuché los discursos de los futuros oradores! ¡Cuántas veces aplaudí y con fuerza a mis amigos diputados! ¡Cuántas veces estuve a punto de presentarme de un salto frente a los oradores y de un fuerte puñetazo quitar a los de la izquierda de delante y, en cambio, dar un abrazo a los que tan valientemente defendían el catecismo! ¡Varias veces estuve a punto de soltar un ¡¡bravo!! a los de la derecha, que tan bizarramente lucharon y triunfaron en nuestro debate!

No sólo mis aplausos, sino los del numeroso público allí reunido, felicitaron a los valientes oradores.

Entre los dos turnos del debate recitó uno de los secretarios una bonita narración sobre San Tarsicio, y terminó el otro de los secretarios con un breve y animoso discurso, en el que nos exhortó a ser constantes en el camino emprendido.

Terminó el acto con una bonita e instructiva película, con la que salimos bendiciendo a Dios, que nos tiene en esta Congregación suya y de su Madre.

J. L. C., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

¡Vaya una sociedad!

Vino un día una de mis hermanas mayores quejándose de que apenas había podido entrar en el aposento de una amiga suya enferma, por no sé qué olores fuertes que se sentían allí en el cuarto. Se admiraba de cómo podían los de la familia estar allí el día entero entre aquellos olores; no caía en la cuenta que los que allí estaban hacía tiempo tenían las narices acostumbradas y no les molestaba.

Me aproveché de esto para disuadirle una vez más de que no fuese al cine en el que, según ella decía, no veía nada malo.

A tí, le dije, te pasa lo que a la familia de tu amiga, ellos por estar en aquella atmósfera de boticas, nada sienten; lo mismo a tí, por estar todos los días viendo aquellas películas, ya te parece que no hay allí nada malo. En cambio que vaya uno que sea bueno y vea por primera vez lo que tú ves todos los días, verás cómo le disgustan aquellos malos olores que despiden las películas con tanta desnudez, tanta desvergüenza, tantos gestos y miradas provocativas y torpes. Haz la prueba: convida al cine a una que venga de la aldea y pregúntale después lo que le ha parecido de todas aquellas libertades que ve en las películas y las que se permite el público entre aquellas sombras de infierno, y verás, si tiene sentido común, lo que te dice.

Y a eso, a ir todos los días a esas oscuridades, a exponerse a cualquier desvergüenza, pues los que frecuentan aquello la tienen escasa, a ver aquellas procacidades en las películas, a eso llaman hoy, como le oí a uno, vivir en sociedad. ¿No hubiera dicho mejor suciedad?

F. A., Congr.

¿Quiénes son más indios, ellos o nosotros?

En una tierra lejana casi desconocida de los hombres había un campamento de europeos, los cuales habían colocado sus tiendas entre tribus de salvajes, que les tenían en constante sobresalto. Una de las tribus sobre todo, no les dejaban parar ni a sol ni a sombra, como suele decirse. Dedicábanse los europeos a las costosas faenas agrícolas, y cuando removían con sus arados las fértiles tierras, propias de los países cálidos, el jefe de los indios arrastrando su cuerpo medio desnudo a través del cerrado follaje del campo, atisbaba por curiosidad las operaciones de los blancos, cuyo objeto no podía comprender. Veía en efecto que removían la tierra y lanzaban y desparramaban el trigo, que a ellos costaba tanto trabajo en adquirirlo en la aldea distante de allí muchísimas leguas que recorrían los indios dos veces al año para hacer sus provisiones.

Se decidió por fin un día tener una entrevista con el jefe de los blancos para pedirle por favor que diesen a su tribu el trigo que así desperdiciaban. El indio acompañado de varios de los suyos se dirigió a la colonia europea y habló en los siguientes términos:

Hemos sabido que tú arrojas despreciativamente el trigo que nosotros necesitamos; que te pedimos nos lo dés, o nos digas por qué obras así tú y tu gente. El jefe de los blancos, que no era mala persona, se sonrió y contestó a los ignorantes indios: Los blancos, no arrojan el trigo, antes bien comercian con él en la tierra. Por un grano que nosotros arrojamos, la tierra nos devuelve más de cincuenta.

El indio no creyó lo que le decía y quedaron en que él y su gente habían de visitar cada mes el campo de los blancos para presenciar la prodigiosa multiplicación del trigo. El primer mes el indio se sonrió; los blancos le mostraban las yerbas que encima de la removida tierra habían salido. ¿Qué podían salir de esas miserables yerbas? Mas pasados varios meses la yerba se tornó amarillenta y la espiga comenzó a despuntar; el indio se asombraba y no sabía lo que pensar.

Cuando llegó el tiempo de la siega los blancos enseñaron al indio las espigas repletas de trigo y la paja que alimentaba a los caballos. Los indios agradecidos colmaron a los blancos de presentes, y desde entonces arrojan también ellos trigo, que luego recogen centuplicado.

Este cuentito tiene su buena moraleja, que me inspiraron los *Ejercicios* de Loyola. Allí, cuando contemplábamos a los novicios que con las manos cruzadas y los ojos bajos, pasaban presurosos a lo largo de los pasillos, decían unos ¡Pobrecitos! y otros: ¡qué aburridos estarán! y no faltaba quien decía; *pa ellos, pa ellos, a mí no me cojerán*. Y ahora se me ocurre a mí preguntar; ¿no será ese el trigo que a nosotros nos parece desparramado, el que produce esa franca y verdadera alegría que se nota en sus conversaciones?

No debe ser tan triste y costoso el andar así tan serios y compuestos como allí andan ¿Y eso que entonces siembran. ¡Qué serán cuando cosechen!

Para mí que nosotros somos de veras indios cuando pensamos esas cosas y no nos damos cuenta que hay que sembrar en esta corta vida buenas obras para recogerlas centuplicadas en alegría aquí y para toda la eternidad.

Señores: hay que hacer algo más que divertirse; hay que sembrar y no ser indio.

A. M. M., Congr.

La odisea de una perra gorda.

¿De manera, decía el otro día un joven muy simpático a su amigo que le acompañaba, que tú no puedes dar nada para los indios?

—Nada, absolutamente nada, no puedo.

—Pero ¡hombre! si yo te he visto muchas veces con dinero... ¿Cómo no puedes dar una *perra gorda* a la semana?

—Te seré franco: no tengo fuerza de voluntad; no me dura el dinero hasta la noche. Quiero, pero no puedo.

—Explícate: a ver si tiene eso remedio.

—Pues mira; después de comer, todos los domingos, me da mi mamá algunas perras para mis gastos particulares. Salgo de casa y digo: diez céntimos para los indios, y me gasto todo menos los diez céntimos; pero, a lo mejor, se me ha olvidado comprar caramelos, o se viene por allí la de los cacahueses, y me quedo sin los diez céntimos, y así todos los domingos.

—Pero, ¿no es más que eso? pues te voy a enseñar el remedio que yo empleé para esa enfermedad que también yo la tuve.

Tenía los domingos 4, 5 o 6 *perras gordas;* pues bien, al salir ponía la de los indios en el bolsillo izquierdo y las demás en el derecho. Y todo el día no tocaba bajo ningún pretexto la *perra* de la izquierda.

Salgo de casa un domingo con solo diez céntimos; y no hice más que salir cuando me encuentro con mis amigos. Hay que comprar una pelota, me dicen; si tienes diez céntimos, cómprala; otro día la compraremos nosotros. Yo tenía los diez céntimos que ya no eran míos, y les digo que no, y sigo adelante con ellos. A cada paso que dábamos decían: «Qué aburrimiento, hombre, no tener una pelota»... Yo tocaba con la punta de los dedos la *perra gorda*, pero no, no digo nada.

Cuando después me separo de mis amigos, viene el barquillero. «Eche una perrilla, señoritu?» Me dieron ganas, pero... sigo adelante. Viene después otro con cacahueses; tenía un apetito atróz, chico, pero... los diez céntimos no eran míos y... no compro. Viene luego otro amigo mío que me dice: ¿Quieres que compremos la novela de Z... cuesta diez céntimos; cinco pones tú y otros cinco yo. Espera, le digo, y me pongo a meditar lo que iba hacer. ¿Robaré cinco céntimos a los indios, para comprar una novela? Sí... No; porque yo no quito nada a nadie... pero si en realidad la *perra* es mía... pero no, no y no... y así le contesté a mi amigo. Pero éste adivina que yo tenía y me dice prontamente: ¡Qué roñoso, hombre, por cinco céntimos!... Me dieron ganas de sacar los diez céntimos y comprar yo solo la novela, para demostrar a aquel individuo que yo no era roñoso...; no sé, chico, cómo me contuve, pero... me contuve.

Antes de la noche tuve otras innumerables ocasiones y tentaciones; pero de todas salí victorioso y pude depositar la maldita *perra gorda* en el cepillo de los indios. Entonces me pareció bendita. Te aseguro que quedé, como quedo todos los domingos, descansadísimo, satisfechísimo; muchísimo más que si la hubiese gastado en una golosina.

Desde entonces pongo todos los domingos la *perra gorda* de los indios en el bolsillo izquierdo, y, pensando que no es mía la conservo intacta el domingo, el lunes y casi siempre toda la semana. Y así, como nos dicen en la Congregación, es como tengo que educarme, venciéndome a mí mismo. Y ¿no te parece que es buen vencimiento y bien continuo el llevar la perra una semana y otra semana en el bolsillo izquierdo hasta depositarla el domingo por la noche cuando vamos al Salón y nos la piden para las Misiones?

Resuélvete a hacer esto que yo hago y verás cómo puedes tanto como yo y más, y te animarás y serás más hombre, no dejándote vencer de un capricho tonto.

Haz la prueba con resolución; y, aunque alguna vez salgas vencido, no te desanimes.

—Te prometo hacerlo.

A. M. M., Congr.

Cómo me enseñan en casa.

Uno de los mayores cuidados que tienen en mi casa es saber por dónde y con quién ando; si tardo un cuarto de hora más en ir a casa de lo acostumbrado, tengo que dar cuenta en dónde y con quién lo he empleado; y al decirle a mamá el por qué de tanto miedo, me responde: tengo miedo a un mal amigo y a un cuarto de hora mal empleado.

Apropósito de los malos amigos voy a contaros un caso que, por haber sucedido hace poco, recuerdo perfectamente.

Era un niño de diez años a quien en su casa tenían por modelo de candor; así lo decían su familia y sus amigos y no se cansaban de ponderar al niño, pues tan bueno era. La que contaba todo esto era una pariente cercana, y tan satisfecha estaba que ni se le pasó por la imaginación que el tal jovencito pudiera perder aquella hermosura angelical y no ponían cuidado en que no llegara a él un mal compañero.

A los dos o tres meses de contar estas cosas aquella misma persona estaba asombrada y se hacía cruces: ¡Quién lo hubiera creído! el niño que tanto ponderaba estaba completamente cambiado; ella misma le había escuchado cosas muy feas.

Le había dejado ir al cine algunos días y se juntó allí con otros chicos que se encargaron de perderle.

Ya no era un ángel como ella decía antes; era el mismísimo demonio, pues procuraba hacer malos con sus conversaciones a otros.

Huyamos de ellos como del diablo en persona.

A. L., Congr.

Se conoce y se educa a sí mismo.

Hace ya tiempo que venía yo portándome muy mal, y no había día por casualidad, que no hubiese injuriado ya levemente ya gravemente a la Santísima Virgen.

Todos los días al ir a la cama me daba un miedo terrible el pensar que si me moría aquella noche iría al infierno; prometía ir al día siguiente a comulgar; pero llegaba el día siguiente, y tan tranquilo me quedaba en la cama.

Por fin, un día aburrido de tanto ofender a la Santísima Virgen, decidí poner en práctica un medio que se me ocurrió cuando iba a la cama tan empecatado como todos los días anteriores. Consistía éste en quedarme sin salir de paseo el domingo cuya semana hubiese cometido alguna falta un poco grave, y además dar a un pobre la paga que me daban el domingo en casa. Pero por suerte no he tenido por ahora que hacer esto ninguna vez con gran satisfacción mía y también de la

Universidad de Deusto
Biblioteca

Virgen Santísima, que ha sabido darme un método para evitarme el estar en pecado mortal y aparecer en el infierno cuando menos lo pensara.

X. X., Congr.

Bien pagado.

¿Qué harían en los pasados días de Navidad muchos Indios y Chinos, cuando nosotros en nuestras familias y sin que nada nos falte celebrábamos el nacimiento del Niño Jesús? ¡Pobrecitos! La mayoría de ellos no poseen la verdadera Religión. Y ¡cómo puede reinar la alegría y el consuelo en sus corazones, si no conocen al que es todo bondad y con tanta abundancia derrama sus gracias sobre los que le aman!

Pero un congregante, hijo tan favorito de la Stma. Virgen, no puede mirar con indiferencia esto, y procura, como ahora puede, por medio de oraciones y del pequeño sacrificio de alguna perrilla, que Jesús su Stmo. Hijo sea conocido y honrado por muchos que habían permanecido ciegos a nuestra santa fe católica.

Además de esto, el interés nos debía animar a sacrificarnos por las Misiones, pues como nos han repetido varias veces, los que tienen la dicha de ser rescatados por nuestras perrillas, encomiendan mucho a Dios a sus bienhechores.

A estas oraciones debe su salud Antonio, mi buen amigo. Veníamos de paseo una tarde y al llegar a casa, Antonio sintió mucho frío y se acostó. Al día siguiente, al ir a preguntar por él me dijeron que estaba bastante mal, y poco a poco en los días sucesivos se agravó tanto su enfermedad, que los médicos dijeron que su muerte era inevitable.

Tenía Antonio un tío misionero en Africa, a quien Antonio solía mandar algunos ahorros, para que con ellos comprara negritos; supo enseguida que su sobrino estaba enfermo, llamó a los que con sus ahorros había comprado y les dijo: Antonio se va a morir. Echáronse los niños a llorar exclamando: ¡Jesusito, que no se muera! ¡que no se muera! Corrieron a la capilla a postrarse a los pies de la Virgen y a pedirla alcanzase de su hijo la salud de su bienhechor.

Ofrecieron las comuniones de todos los días del mes, y los rosarios y el mérito todo de sus buenas obras.

El mismo día, como se supo después, en que hicieron este generoso ofrecimiento, Antonio enpezó a mejorar y a los pocos días estaba completamente curado. Ahora cuando le vienen ganas de comprar alguna golosina, dice: No, no, para las Misiones.

M. G., Congr.

¿Quién quiere ser árbol seco?

En un pueblo de la provincia de Burgos, una familia poseía un jardín muy hermoso, rodeado de árboles frutales y de toda clase de flores.

Uno de estos árboles, plantado hacía mucho tiempo, no daba nunca fruto, antes bien estaba siempre seco y estéril.

Estaban un día padre e hijo paseando por el jardín, y al pasar junto a un árbol le dice el hijo: Oye, papá, mira qué árbol más feo — Es verdad, hijo, tienes razón; y hace ya 18 años que lo planté, y todavía no nos ha dado fruto alguno; voy a mandar al jardinero que lo corte y así nos servirá para algo, para hacer fuego en casa, en las noches de invierno.

En efecto, al día siguiente ya no existía aquel árbol, ya estaba cortado y preparado para el fuego.

Quiso el padre dar una lección al hijo y le llamó a su cuarto y le dijo: Mira, Juanito, creo que recordarás que ayer estuvimos paseando por el jardín y que cortó el jardinero el árbol feo que me dijiste; pues bien ese árbol es imágen muy real de muchos hombres en la tierra.

Dios les ha plantado, les ha puesto en esta tierra para que den todo el mayor fruto posible, o sea para que se santifiquen y alcancen la recompensa que les tiene prometida, pero ellos en vez de ser aplicados y trabajadores, continúan un año y otro año secos, estériles, y malos.

Dios que todo lo está viendo deja pasar un año y otro sin decirles nada, hasta que paseando un día por este jardín suyo del mundo se fija en ellos y como cansado de tanto esperar los corta de este mundo; es decir, les quita la vida y los arroja al fuego, pero no a un fuego de la chimenea, sino al fuego eterno del Infierno.

¡Que no seamos de estos, Virgen Santísima!

F. M., Congr.

Correspondencia abierta.

Ya no me cuesta.

Estas vacaciones no las paso mal, pues a la mañana sigo como en Bilbao comulgando diariamente: estoy convencido que comulgando es como más tranquilamente se pasa el día; así es que ya no me cuesta nada el levantarme, aunque haga el frío que aquí hace, que lo hace bueno.

El día Noche buena fui con papá y mi hermano a la Adoración Nocturna, pues había vigilia extraordinaria, y hoy también iremos, para entrar en presencia de Jesús Sacramentado en el nuevo año.

A. S., Congr.

Desterrado

Las fiestas de Navidad y año nuevo los españoles las hemos pasado muy aburridas.

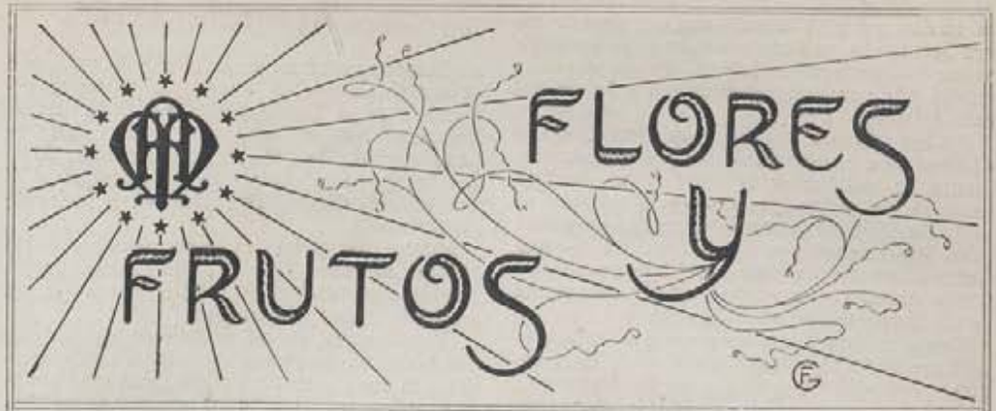
Fuimos a la misa del Gallo y de allí a la cama; y los demás días hemos trabajado como de ordinario. ¡Cuanto mejor se vive ahí entre católicos, que aquí entre protestantes, con todo y aparecer tan adelantados!

J. M. U., Congr.

Mis Navidades

Tenemos en casa un nacimiento muy bonito y cantamos villancicos, desafinados a veces, pero el Niño Jesús ya estará contento.

P. L., Congr.



Núm. 29.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Febrero de 1916

Al Ilmo. Sr. Obispo de Olimpo.

Las primeras líneas de este numerito, queremos dirigírselas a nuestro inolvidable y bondadoso bienhechor, antes Arcipreste de Huelva, hoy Ilmo. Sr. Obispo de Olimpo; le damos, desde lo más profundo de nuestro corazón, la más cordial enhorabuena por el nuevo puesto en que Dios le ha colocado.

Gratísima fué su visita; no la olvidaremos, ni lo que con su característica gracia y unción nos inculcó; nos acordamos bien de lo que nos dijo de nuestro Amo, Cristo Jesús; ya se ve, para él Cristo es su mejor amigo y sólo sabe hablar de El, y comunicar a todos el fino amor que le tiene.

Nunca nos olvidaremos de aquella sencilla definición que nos dió del Corazón de Cristo; es, decía, una máquina en la que se mete un tunante y sale un santo; o lo que es lo mismo, el amor de Cristo, aunque seamos tunantes, nos hará santos; y para aficionarnos a él nos decía con su gracia inimitable que es canela fina, es decir, lo mejor y más dulce que se conoce.

Le hicimos una promesa, que si a alguno se le ha olvidado, va a cumplirla desde ahora; que al pasar por una iglesia, nos acerquemos por lo menos, si no tenemos tiempo para otra cosa, y desde la puerta le digamos a nuestro Amo: «Corazón de mi Jesús, aquí está quien te quiere».

Antes, como ahora y en adelante le pagaremos a nuestro querido e Ilmo. Obispo de Olimpo su mucha bondad con nuestras oraciones: puede estar bien seguro que siempre estos quinientos y pico Congreguntes pedirán a Dios por él.

Lo hicimos de una manera especial el día de su proclamación y pedimos y pediremos para que Dios desde la nueva altura en que le ha colocado haga que le oigan más y gane más almas para el cielo.

Ya sabe, querido pastor, que aquí tiene estos corderos que le seguirán hasta la muerte.

E. P., Congr.

Nuestras categorías.

¡Ya aparecieron por fin las deseadas y por algunos temidas categorías. En un librito después de nuestra sencilla Memoria estamos todos clasificados en tres distintas listas.

Mucho tiempo estuvimos pensando en cuál sería nuestra suerte. «Mi compañero estará en primera, claro está, pero yo... no sé, no sé, algunos días ya he faltado.» Esta era conversación bastante general entre los Congregantes.

Muchos días estuvieron las listas expuestas en el Salón, y se nos animaba a que presentásemos todas las reclamaciones que creyésemos justificadas. A muchos aun se les dió tiempo para que con su conducta pudiesen mejorar de condición. Reclamaron algunos, y algunos fueron atendidos. Hasta las mismas pruebas de imprenta fueron proyectadas a la vista de todos por medio del epidiáscopo. Se corrigió algún error y se atendió, aun a última hora, a alguna reclamación. Sólo así se comprende que no haya habido queja alguna, con ser tantos y por primera vez clasificados.

Pero lo más malo viene después, si variamos a peor, o los que están abajo no varían a mejor. ¿A quién le va a gustar a los tres o cuatro meses aparecer otra vez en público tan deslucido o más que antes? A nadie seguramente. ¡A escalar mejor posición el que no la tenga tan buena!

E. P., Congr.

Los Cines de hoy.

A la Academia donde tengo clase, como no es como la Congregación, van chicos buenos y malos. Salió un día la conversación sobre los cines y al punto quedaron divididos los campos: los conocidos de antes por su despreocupación (por no decir desvergüenza) se declararon enseguida en panegiristas de las películas que en los principales cines se daban aquellos días. Las escenas más desvergonzadas eran las que más alababan: que si

Universidad de Deusto
Biblioteca

la fulana así y la fulanita asao...; aquello no era para oído, ni para pensado y menos para visto; al que aquello haya visto apenas si le queda que ver, aun cuando vaya a los sitios más infames.

No les dejamos continuar su narración; les dijimos que ya estaban clasificados sencillamente de indecentes, al contemplar aquellas escenas sin protestas y lo que es peor al alabarlas. De las palabras vinimos a las obras pues las razones con ellos no valían. No nos fué mal: las contundentes les hicieron callar y desde entonces no se ha vuelto a sacar más la tal conversación en la Academia.

Como es natural estamos con esto más prevenidos para no pisar jamás esos lugares; que, aunque los frecuente quien los frecuente, no son más que la puerta para ir a los allí representados, donde el actor sea uno mismo.

M. E., Congr.

Royendo un hueso.

Sentados una tarde junto a un caserío, después de haber tenido nuestra catequesis, y haber subido a uno de los montes que están sobre Lamiaco, se nos presenta delante un perro flaco y maltrecho. Traía entre sus dientes un hueso ya bien seco, y, sin darse cuenta de nuestra presencia, se echa tranquilamente en tierra lo largo de su cuerpo y de lleno se entrega a su faena: ¡qué de vueltas le da!; lo coge por una punta y trata de romperlo entre sus muelas; no puede y prueba el otro extremo; se le resiste y lo ataca por el centro; ni queda parte que no la muerda mil veces.

Al principio apenas le hacemos caso, pero por fin atrae toda nuestra atención, y nos da por hacer chistes sobre el afán del pobre perro. Me ocurre preguntar a mis compañeros ¿A quién se parece este pobre perro?. Uno de ellos que viene todas las mañanas a misa y se acuerda de todo lo que allí nos dicen, salta enseguida: ¿A quién se va a parecer? A la gente que anda por ahí sin pensar más que en hacer dinero y en divertirse. Y sinó, mira: vamos a ofrecerle a este perro cosa mejor que ese hueso, verás cómo no lo deja. Dile que deje éso; que le vas a llevar a tu casa y que allí le darás algo mejor que ese hueso. No lo entenderá, ¡que lo va entender!

Pues lo mismo les pasa a los que no piensan más que en foot-ball y sólo en divertirse; decidles que hay otro contento y otra satisfacción mucho mayor; que nunca desayunarán más satisfechos que cuando hayan ido a misa y comulgado. Tampoco te entenderán ¡que te van a entender! como no entiende el perro que es mejor lo que puedas darle en casa.

Pues pidamos a la Sma. Virgen, que para esto estamos en la Congregación, que no seamos tan tontos que por los gustos de este mundo que enseguida terminan, perdamos este mayor contento que dá el ser buenos, y después en el cielo otros gustos, sin comparación mejor que estos, que no terminan

J. L. C., Congr.

Cómo me enseñan en casa.

Cuántas veces en un arranque de esos, que creo sólo tienen las madres, dándome un cariñoso abrazo, me dijo: Fácil te será conocer, hijo mío; que mi idea fija y mi constante preocupación eres tú. Yo quisiera poder guardar tu inocencia dentro de mi corazón y librarte de tantos males como van a rodearte en el mundo.

Muchas veces, en vez de alegrarme al verte crecer, me entristece la idea de que un día puedas encontrarte en situación en que no te pueda llegar mi consejo.

¡Y qué sería de mí si llegara a saber que por juntarte con malas compañías habías perdido tu mayor tesoro! ¡Qué pena también la mía, si llegara a mis oídos que por el maldito *qué dirán* no cumplías tus deberes de buen cristiano.

Tú sabes el empeño, me suele repetir, que desde pequeño he tenido contigo en casa, y ahora ya ves el afán que tengo que seas un buen Congregante, para que mañana, con el favor de Dios, seas un hombre de bien que cumplas con tu deber cueste lo que te cueste.

Todos los días al ofrecer a Dios las obras del día, me dice, le pide luces para dirigirme; pide también a la Sma. Virgen la gracia de verme muerto antes que perdido: pues de este modo, dice, tendría la esperanza de volverme a ver en el cielo para no separarnos jamás.

Ten siempre, hijo mío, a Dios en tu corazón y al mundo debajo de tus pies.

Esta madre es mi madre, gracias a Dios.

A. L., Congr.

¡Vaya un cariño!

El enfermo estaba peor aquellos últimos días. Era preciso que se preparase para morir y así se lo notificaron. Tenía el pobre señor una llaga en el brazo; y la gangrena se había extendido pudriéndole la sangre. Se iba a morir y no había más remedio que prepararse. El testamento ya estaba hecho. Su colosal fortuna había dividido en tres partes iguales que correspondían a sus tres hijos, a los cuales quería con verdadero delirio. Eran estos de 37, 26 y 24 años respectivamente y uno de ellos estaba ya casado. Nada faltaba ya, es decir, faltaba lo más importante; lo indispensable para morir como buen cristiano, confesarse. Ante esta palabra el enfermo se estremecía: tenía ciertas dudas que resolver, y le daba verdadero miedo decidirse a dar este paso. Al fin se decidió avisar a un sacerdote. La entrevista fué larga y extensa; pero el resultado poco satisfactorio. La fortuna que aquel señor había reunido a costa de tantos trabajos, no era suya, o, lo que era lo mismo, la había adquirido por medios ilícitos: tenía pues que restituir todo aquel dinero que encubiertamente había robado, y por tanto tenía que dejar a sus hijos casi en la miseria.

El sacerdote no pudo convencer a aquel pobre moribundo de la necesidad de desprenderse de sus riquezas. Es muy duro, decía, dejar arruinados a mis hijos, y añadía, sin saber sin duda el alcance de sus palabras: prefiero, prefiero condenarme.

El sacerdote tristemente horrorizado de la blasfema exclamación de aquel enfermo se decidió salvar a todo trance su alma.

¿Cuál es la enfermedad que V. padece? preguntó amablemente al enfermo. El pobre señor le descubrió su repugnante llaga y se la mostró al celoso sacerdote diciendo: es incurable; ¡no hay remedio para mí?—¡Cómo que no? Yo sé el remedio, dijo entonces el siervo de Dios, iluminado por una idea. ¿Sabe cómo se curan estas llagas?—¡Cómo!—Encontrando uno que se deje quemar la mano y vertiendo sobre la llaga la grasita caliente que vaya cayendo, y aun es más eficaz si es de la misma familia. Aquí en la puerta están esperando vuestros tres hijos. Cualquiera de ellos os prestará este valiosísimo servicio. Llamad, pues, a alguno de ellos y yo os respondo de vuestra curación.

El pobre señor vislumbró un rayo de esperanza y llamó al mayor de sus hijos, del cual no dudaba aquel servicio de abnegación.

Llegó el hijo, pero no se prestó al sacrificio. Cómo, dice él, voy a exponerme a perder una mano. Esta llaga es incurable, y ¡por qué he de ser yo y no mis hermanos!

Llegó el segundo, quien también se negó.

Ya sólo quedaba el menor, el que más amaba a su padre, y en el cual el enfermo depositaba toda su confianza. Hijo mío, mi fortuna es para ti si te prestas, le dijo. Si me amas, deja que te quemen un poco y me salvas. El hijo reflexionó unos instantes; pero al fin se negó.

El padre se quedó triste y comprendió lo que le aman sus hijos. Cuando queda solo con el buen sacerdote, tomó éste la palabra: Sus hijos no quieren hacer ese sacrificio por V. ni por sus riquezas, y V. ¡va a sacrificar su salvación por ellos!

No quieren dejarse quemar la mano y usted ¡¡quiere por hijos tan ingratos quemarse por toda la eternidad!!

El enfermo se reconcentra un poco, llama al notario, restituye y muere cristianamente.

Hay cariños que matan, y pueden con ellos matarse a sí mismos eternamente.

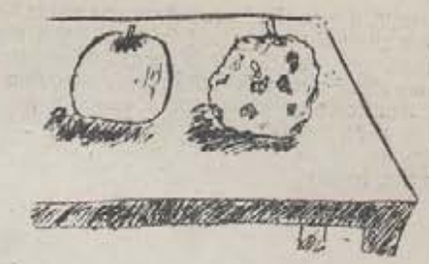
A. M. M., Congr.

Concurso de dibujo sobre los malos amigos.

Entre las mil ocurrencias que tuvimos como dibujantes, sólo apuntamos aquí estas; puede ser que en números siguientes aparezcan otras.

Lo que importa es que se nos grabe bien que el mayor enemigo que tenemos es un falso amigo, y que a tiempo estemos prevenidos para que, en cuanto asome la oreja, le hagamos correr o nos alejemos a cien leguas del que peor nos quiere.

M. G., Congr.

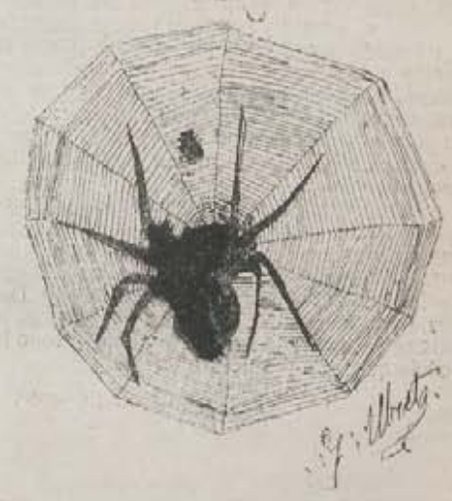


¡Qué grabado se me quedó desde que oí en la Escuela el ejemplo de las manzanas aplicado a las malas compañías! Cada vez que veo un mal compañero me acuerdo enseguida de la manzana mala y digo para mí: ¡Tate! a otro con esa manzanita!

Y como a las manzanas podridas, también a estos se les conoce en la cara: ya han perdido aquella frescura, aquel color sonrosado.

Pues bien, así como nadie para conservar una manzana fresca la deja un día y otro día junto a una podrida, que tampoco nos permitan nuestros padres jamás andar con muchachos corrompidos; y lo son los que frecuentan los cines y espectáculos parecidos.

E. P., Congr.



Ved esa pobre mosca, entre las garras de la voraz araña. Momentos antes de caer en su red, revoloteaba alegre alrededor, descuidada de que pudiese tener tan cerca algún peligro; en uno de sus vuelos más airosos ella misma se enreda. Al punto la araña se precipita sobre ella y allí le chupa su sangre y la deja sin vida,

Eso mismo nos pasa a nosotros: llega un compañero que nos tiende una red que no parece red; damos un día un vuelo mayor que de ordinario, nos vamos a uno de esos cines

Universidad de Deusto
Biblioteca

o paseos, donde tienen tendidas sus redes los malos compañeros: y allí caemos y allí nos chupan, por decirlo así la pureza de nuestra misma alma; nos van quitando nuestros buenos sentimientos y quedamos secos e incapaces para nada noble y digno de un Congregante de la Virgen. ¡A no ser, como las moscas, tontos!

J. E., Congr.





Se cuenta de los caballos que, cuando están en los montes formando sus yeguadas, son en invierno atacados por manadas de hambrientos lobos. Verles venir y oirse un relincho en todo el monte y reunirse toda la yeguada y formarse en círculo, las cabezas hacia el centro y las patas traseras en la circunferencia, todo es uno. Unos junto a otros se creen invulnerables. Si algún indiscreto lobo se pone al alcance de sus patas, vuela al punto por el aire sin dientes o con alguna costilla hecha pedazos.

Así, los que estamos formando esta Congregación, no tenemos que temer a los lobos, que no son otra cosa los malos compañeros. Unidos los Congregantes, imposible que nadie pueda atacarnos sin salir deshecho. Defendamos la cabeza, que para nosotros es la pureza de nuestro cuerpo y alma, y todo lo demás quedará defendido.

M. G., Congr.

Me figuro a ese gato como está dibujado, y como suelen ellos acechar a su presa en huertas y jardines y en el mismo monte; cosido en la tierra, cubriéndose como puede debajo de algunas hierbas, para no ser visto; sabe bien que de ser descubierto huirán de él. Aprovecha el momento más propicio y le hace presa y se divierte con él y lo devora.

No de otro modo el demonio, que tampoco quiere ser descubierto, se encubre bajo uno que quiere pasar por amigo. En su compañía ya nos tiene seguros; hace con nosotros lo que quiere, y de diversión en diversión pretende acabar con nosotros en el infierno. El que quiera ser pájaro tonto, que lo sea.

E. P., Congr.

Correspondencia abierta.

Siempre se pega algo.

El que le escribe a continuación podrá decirle lo que estudio, pues siempre lo hacemos juntos, y como sabrá es un chico muy aplicado y siempre se pega algo.

No dejaré por nada ni por nadie la comunión de los días festivos, y diaria cuando pueda.

Del confesor ya lo tengo fijo: es un Padre Jesuíta que no sé como se llama, pero ya me enteraré.

A. G., Congr.

FLORES Y FRUTOS

Núm. 30.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Marzo de 1916

¡Quién no escarmienta!

I

Faltaban algunos días para el Carnaval, pero Justo y Rogelio habían ultimado sus preparativos; iban a disfrazarse, a vestirse de máscaras. Justo era un chico muy bueno y Rogelio buenísimo; pero el demonio, que nunca está quieto, les había tentado. He aquí cómo.

Una tarde iban los dos amigos paseando y se fijaron en un escaparate, en el cual con un mes de anticipación se anunciaban trajes para máscaras a precios módicos.

Calla, dijo Rogelio a Justo, ¡pero, hay trajes tan baratos! Si casi nos podíamos vestir nosotros.

Quita allá, respondió, Justo, ¡nosotros! pero ¿cómo?: yo no tengo 5 ptas. para comprar ese traje, ni tú tampoco; y además en nuestras casas no nos permitirían eso y tendríamos que hacerlo a escondidas.

Es verdad, tienes razón.

Pero el demonio no se dió por vencido, y les dió conversación a los dos amigos para toda la tarde. Oye, decía Rogelio, si nos pudiésemos disfrazar ¡qué bien lo pasaríamos ¡eh!

Ya lo creo.

Y cómo nos las arreglaríamos?; yo en la hucha tengo por lo menos 3 pesetas. La rompería sin que nadie se enterara y después compraría otra y ...

Justo decía: yo también tengo dinero en la hucha, lo menos... 10 pesetas; tendríamos para los dos, y además nos sobrarían dos o tres pesetas para los confetis.

Y, vestirnos ¿dónde nos vestíamos?

Eso sería cuenta mía; yo tengo una criada antigua que ahora está casada, y allí estaríamos como en nuestra casa. ¡Cuánto nos vamos a divertir! Y Justo y Rogelio empezaron casi a saltar, como si efectivamente estuviesen bajo las pintorreadas percalinas de sus disfraces.

No les faltó mucho para decidirse y cuatro días antes de la endemoniada fiesta tenían ya en sus casas bien escondiditos los malhados trajes de máscaras.

II

Por fin llegó el día deseado, y Rogelio y Justo se dirigieron con sus paquetes debajo del brazo a casa de la criada de este último.

¡Qué guapo estás! decía Rogelio contemplando a su amigo a través de los agujeros de la careta.

¡Pues, tú, respondió Justo, estás precioso, desconocido.

Nada, que no nos conoce nadie. Mascarita dijo Rogelio imitando las agudas voces de las máscaras.

Calla, tontín, que no sabes. Verás qué bien lo hago yo... y los dos se pusieron a gritar desaforadamente. A los pocos minutos ya estaban los dos amigos entre el bullicio de las gentes locas, sin saber lo qué decir ni hacer, corriendo de arriba abajo como uno de tantos payasos o monigotes, que otro nombre no merecen los que tan mal aprovechan el tiempo. Se acercaron a varios amigos diciéndoles ¿Me conoces? Y cosa rara, casi todos les habían conocido. ¡Pero no estaban ellos tan tapaditos! ¡Cómo podían conocerlos! Y Justo y Rogelio, se miraban atónitos encontrándose muy feos.

Momentos después Justo y Rogelio no podían más. El constante chillar y el polvo les había anudado la garganta, y sus rostros ardían bajo el acartonado interior de la careta.

En una palabra Justo y Rogelio empezaban a aburrirse.

Sabes, dijo Rogelio, que estoy...así... como metido... en un baúl.

Yo también, chico.

¡Y sabes que no me resulta ésto tan divertido como parecía...?

A mí tampoco, chico.

Siguieron andando. Pero ya no se contentaron con chillar y dar bromas a los amigos·

Universidad de Deusto
Biblioteca

Ahora... envalentonados, imitan los obscenos escándalos de las demás máscaras que les rodean, y ya no son hombres, ni máscaras, ni monigotes, son demonios.

III

Al día siguiente por la mañana Justo y Rogelio no se encontraron. El polvo del paseo y el constante chillar les había postrado a los dos en cama; y Justo en su enfermedad pensaba tristemente lo que tendría Rogelio y éste en la suya pensaba también en su amigo Justo.

Todos se habían enterado de todo: sus padres, sus madres, y sus hermanos; cómo se enteraron, no lo supieron.

Pero Justo, y lo mismo Rogelio, arrepentidos ya de su desvarío, determinaron, jamás volver hacer de locos.

Quien no escarmienta en cabeza ajena es un.....

A. M. M., Congr.

Cómo me enseñan en casa.

Cuando se acercan los Carnavales suele repetirnos mamá: Ya le llega su feria al demonio. Ahora es cuando él hace su negocio. ¡Qué bien les engaña a los hombres, y eso que se tienen por tan listos! A cuántos les ha desfondado no tanto su bolsa como, lo que vale sin cuento más, su alma.

Y para confirmarlo nos cuenta casos como éste que pasó no hace mucho tiempo.

¿Sabéis cómo fulanifo ha llegado a ser lo que es, que es tan ya pública su desvergüenza?

Pues el pobrecito tuvo padres más ricos que vosotros, eso sí; pero gracias a Dios no le quisieron tan bien como nosotros os queremos.

De pequeño era guapísimo: su cara risueña y sonrosada, su cabello rubio y todo él robusto; era el niño más simpático que se podía ver. Como era tan guapo se le ocurrió a su madré un año por Carnavales disfrazarle; también al padre le pareció buena la idea; y se mandó hacer un precioso traje, cueste lo que cueste, no se reparaba en gasto; el caso era que su luciera.

Por la mañana le llevó su madre al Arenal, después a casa de sus parientes para que le vieran, y por fin por la tarde le llevó su padre a la Sociedad, para que también le vieran sus amigos; de éstos uno le dió a beber de una copita y otro más atrevido le alargó un cigarrito; esto sólo le falta para completar el traje, estaba de torero.

Todos quedaron encantados de lo bien que había estado el niño. Al año siguiente también hubo disfraz y se repitió la suerte los años siguientes.

Resultado.—Ya marcadamente después de aquel primer disfraz y aquel primer lucimiento se hizo el niño algo altivo. Empezó desobedeciendo a los criados y a la que le acompañaba de paseo; si no le hacían fiestas, ya estaba descontento. No tardó en refunfuñar a su madre, y en contestarla después. Al fin se atrevió con su padre que, cuando mamá le quería castigar, tenía la debilidad de defenderle. Ahora no hay por dónde cogerle: los bailes más escandalosos le parecen poco; con sólo mirarle a la cara ve uno lo que es: como que lleva en ella, sin poder ocultarlo, el sello del más feo de los vicios.

Algo más y mejor me han querido a mí mis padres, gracias a Dios.

A. L., Congr.

El perro dogo encadenado.

Hablaba el otro día con un amigo cuando no sé cómo salió la conversación del Carnaval, y me dice:

—¡Cómo, no te disfrazas!

—No pienso, le dije.

—¡Qué tonto! pero si muchos se disfrazan.

Y tenía razón muchos se disfrazan y entre los que se disfrazan, el que se disfraza mejor es el demonio; ése sí que es un *tío* disfrazándose; tiene todos los disfraces y el mejor es el del mal amigo; con esa careta engaña fácilmente a cualquier tonto.

Me viene ahora a la memoria lo que me contaron hace tiempo: En un pueblo, no recuerdo su nombre, tenían en un caserío un perrazo, a quien todos temían por sus instintos feroces. Si se descuidaba uno en pasar dentro del círculo que le permitía andar su cadena, le dejaba marcado con sus dientes; así que siempre estaba bien atado.

Ocurría que en los días que había feria cerca de aquel pueblo, pasaba más gente por aquel lugar, y el amo para dar más miedo le alargaba un poco más la cadena. Esto hacía que aquellos días fueran bastantes los mordidos, pues no se apercibían que estaba más suelto, y muchos la pagaban.

Algo así pasa con el diablo estos días de Carnaval: es perro rabiosillo como ninguno y ¡pobres de nosotros si estuviese suelto! estábamos ya todos marcados con sus dientes.

Pero el amo, Dios, le tiene bien atado; eso sí, parece que estos días le alarga un poco más la cadena, y muchos, muchísimos se descuidan o se hacen los valientes, y se ponen a su alcance. Cómo salen, ya está visto.

¿Y, quién es el tonto que se pone al alcance de este perro de presa? Tonto tiene que ser el que no lo sepa: el que va a ciertos paseos, a ciertas horas, sobre todo estos días. Y si queréis saber dónde anda como en su casa ese perrazo sin cadena alguna; vedle allá en los Cines, Teatros y demás antros suyos.

J. V., Congr.

¡Dónde estás bebiendo, infeliz!

Iba con mi familia de viaje, y viaje largo; y entre mil excentricidades, que encuentra uno recorriendo diversos países, no puedo olvidar ésta Encontramos a un pobre muchacho todo sofocado que de bruces en medio de una calle bebía con avidez el agua de un charco. No me puedo contener y me voy a él; le cojo de un brazo y le levanto.

Me mira él sorprendido sin comprender siquiera por qué le había interrumpido.

Pero ¡dónde estás bebiendo, infeliz! le digo mirándole a la cara y sin soltarle.

—Tengo mucha sed, me contesta con mucha naturalidad. Déjeme beber.

Ya te buscaré yo mejor agua, le replico; vamos a esta casa. Y le llevo a la más próxima y pido para el pobre muchacho un vaso de agua.

Con escenas como esta tropieza uno aquí todos los días y, sobre todo, éstos de Carnaval. No hay más que salir a ciertas calles y más a ciertas horas. ¡Qué otra cosa hacen esos muchachos y no muchachos, sedientos de diversiones, que querer apagar su ardor con algo así como un agua llena de fango y de la de peor género.

Que lo digan, si no, sus palabras sus conversaciones, sus miradas y gestos: ¿no huelen a agua encenegada y con el peor cieno?

Y con esa agua ¡¡tan contentos!!

M. G., Congr.

¡¡Carnaval!!

Esta es la palabra que suena en la boca de muchos chicos y grandes con júbilo: les parece un día dichoso para ellos.

En la calle se les ve agitados y se preguntan unos a otros ¿Tú, de qué te vas a disfrazar? Yo, de Pierrot, dice uno —Yo, con un dominó y careta de trapo.—Pues yo, agrega otro, con una careta muy bonita que se alquila donde X.

Durante los dos o tres días que faltan para Carnaval, hacen los preparativos es decir, eligen la careta que más les gusta, encargan a la tendera que se la tenga reservada para ellos; recorren después las tiendas en busca de cornetitas, serpentinas, bolsas artísticas de confetis, y otras cuantas chucherías que no valen más que para meter ruido, propio de de ese día.

Por fin llega el ansiado día, y todo el carnaval se reduce a algunas máscaras mal vestidas, bailoteos, verbenas, y jaleo por aquí y jaleo por allí; parece que ya no hay penas ni tristezas, todo es bullicio y alegría.

Pero no es todo broma y jaleo, que Dios se cansa a veces,

Recordemos el terrible castigo de la ciudad de Niza, cuyo Carnaval es uno de los más famosos del mundo, y donde todo el pueblo pedía perdón a Dios el Miércoles de Ceniza de rodillas en las calles cuando permitió el espantoso terremoto que tantas víctimas causó. Sólo en Liguria fueron hallados más de 2.000 muertos entre los escombros. En 1884 perecieron también en Niza 300 personas en el incendio del teatro. Un año después se incendió el Casino. Al año siguiente chocaron dos trenes en las inmediaciones del mismo Niza.

Andemos derechitos, que de Dios nadie se ríe.

F. M., Congr.

En un manicomio.

Curiosísima resultó la visita que hice hace poco de paso a un manicomio de estas provincias. Hoy sólo voy a contaros una de las curiosidades que allí ví; otro día os contaré otras.

Pasaba despacio junto a las celdas acompañado de un vigilante, cuando atrae mi atención un hombre como de unos 45 años, tan reposado en todos sus movimientos como constante en su trabajo. Me paro, le miro fijamente y nada observo en él que justifique su estancia en aquella celda del todo abierta. Le pregunto con la mirada a mi acompañante la razón de por qué está éste aquí; y todavía me deja más admirado su respuesta.

Pues, como está V. viendo ahora, se pasa todo el año tejiendo esas redes tan formal, sin levantar la cabeza de su labor.

Y ¡cómo es que han traído aquí a este infeliz!, exclamo yo más asombrado.

—Es que no está V. aquí alguno de esos días que tiene al año, cuando apenas si podemos con él; deshace todas las redes que ha tejido y encuentra a mano, y de no ponerle en seguida la camisa de fuerza, no dejaría en toda la casa títere con cabeza.

¡Pobrecillo! ¡qué pena me dió! un hombre tan formal y tan trabajador, allí entre locos porque algún día que otro en el año se le afloja algún tornillo. ¡¡Pobrecillo!!

Y ¡qué pena me dan también tantos hombres tan sesudos y algunos jóvenes tan formales todo el año, que son del estilo de ese desgraciado: todo el año tan cuerdos tegiendo buenas obras y en estos tres días destegiéndolo y echándolo al traste todo, hasta la vergüenza. ¡¡Pobrecillos!!

J. L. C., Congr.

¡Hay que ser generoso!

Leía el otro día en una revista esto que en algún modo se nos puede aplicar.

En una gran población la noche última de Carnaval daban en casa de un ricachón gran baile. El gran salón estaba espléndidamente adornado: sus espejos y lámparas brillaban como el sol. Iban llegando numerosos invitados a la fiesta; y se prometían pasar deliciosa la noche.

Detrás de la casa del rico señor, había un pobre hombre muriéndose casi de hambre. Llama a la puerta, pero como era pobre, cuando a todos aquellos ricos que van llegando se les abre de par en par, a él se la cierran de mala manera. Sale triste a la calle y contempla aquel entrar de la gente que nada en la opulencia. Espera a que termine la fiesta y vuelve a pedirles; pero nadie le hace caso.

Nos indigna ésto que tan frecuentemente pasa, y no reflexionamos lo poco o nada que hacemos nosotros por la obra de las Misiones.

¿Quién sería capaz de negar 5 ó 10 céntimos a Dios si se los pidiera?

Universidad de Deusto
Biblioteca

Nadie. Y sin embargo los Misioneros nos piden en nombre de Dios y a veces se lo negamos, preferimos comprar cualquier chuchería que a nadie aprovecha y menos a nosotros. Otros nos parecen muy roñosos y nosotros en pequeño lo somos tanto o más.

F. G., Congr.

¡¡Pobre rebaño!!

Era un día de esos de calor, que ni aún a la sombra parecía respirarse otra cosa que aire salido de algún horno encendido.

Un rebaño de ovejas, a la sombra de unos árboles estaba ocultando sus cabezas una entre otra, como cuando les molesta mucho el sol. De pronto una de ellas se levanta, se asoma al peñón que estaba allí a lo largo cortado a tajo, se fija en un charco, unos 18 metros más abajo, y sin más, impulsada por la sed, se precipita. A su ejemplo se levanta el rebaño y se precipitan una tras otra. El pastor que estaba descuidado sólo puede contener a las ocho últimas. Se asoma enseguida y ve con espanto ochenta y tantas de sus ovejas hacinadas, muertas las más y las demás tan mal heridas, que tienen que matarlas casi todas.

La aplicación de esta hecatombe a lo que sucede estos días de Carnaval no me parece que sea muy difícil.

La razón que estos días dan mucho de los que se precipitan en diversiones y paseos peligrosos, no sé si convencerá más que a ovejas o a los que tengan tanto seso como ellas: Todos se precipitan y yo.... también.

R. R., Congr.

Correspondencia abierta

Este nos honra.

No tengo nada notable que contarle; le diré que comulgué toda la primera semana de este mes, pues pude; y por las siguientes razones: la primera para empezar bien el mes; la segunda porque era la Purificación de la Virgen y el confesor me dice que siempre que comulgue le pida purifique mi alma y corazón; la tercera, porque era San Blas; la cuarta, por ser primer viernes, y la quinta... yo que tengo tanta devoción a la Virgen, cómo iba a dejar de comulgar el primer sábado. Esta semana he comulgado el 14 y el 15, porque era el aniversario de mi tío; hoy también lo he hecho y he pedido de una manera especial por la Congregación y por usted.

Como verá, siempre que se puede se comulga. Y ¡cómo no!; pues no voy a ser de los que comulgan por el qué dirán y porque me hace ir mi madre, sino porque es el mejor medio de dar buen ejemplo, de estar tranquilo y conservarse bien como este su corderote tan valiente como siempre.

A. G., Congr.

Fuera ¡qué serán!

En el catálogo de los Congregantes que me mandó usted noto la falta de muchos amigos míos que ya no son Congregantes ¡Qué desdicha! ¡pobres de ellos! si antes no supieron ser buenos con tantos medios como tenían para serlo... ¡qué serán ahora!... ya se lo puede usted figurar.

C. J. A., Congr.

¡Quién fuera tan guapo!

El catálogo me ha gustado mucho y sobre todo ¡qué bien está el *Retrato del buen Congregante!* ¡Quién fuera tan guapo!

J. D. L., Congr.

Desde Portugal.

Aquí nos ha costado mucho encontrar un cura para que nos dé la comunión todos los días; pues el de aquí nos dijo que no tendría tiempo de dar la comunión a niños; pero mi mamá ha hablado con otro de otro pueblo, y viene todos los días y así podemos comulgar y, aunque me cuesta madrugar, voy a pie todos los días a Cascaes.

I. Z., Congr.

Nuestro programa para estos Carnavales.

A las 7 y media Misa con comunión reparadora. A continuación tendremos el Domingo catequesis como de ordinario, el Lunes, partido de foot-ball en el campo del Athletic, el Martes nos haremos párvulos con los párvulos del Asilo de la Casilla.

Por la tarde, si el tiempo lo permite: el Domingo y el Martes habrá concursos de juegos en Lamiaco; el Lunes, excursión náutica y función de desagravios en Santurce. Si llueve pasaremos la tarde viendo proyectados los más interesantes grabados de las mejores revistas de la guerra.

Por la noche los tres días hasta las 8 habrá divertidas representaciones.

Nota importante.—A todas horas visitaremos al Amo y le consolaremos por tanto como le ofenden estos días sus malos hijos.

E. P., Congr.



Núm. 31.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Abril de 1916

Otro Congregante más en el cielo

Casi podíamos decir de nuestro Santiago Anitua Otamendi otro Estanislao más en el cielo; porque seguía siéndolo y muy de veras en el aprecio y afecto: el otoño pasado, a los 17 años, pasó a los Luises, y nos consta que se hubiera quedado con mucho gusto otro año más entre nosotros de no haberse hecho Luises sus inseparables y dignos compañeros.



Y la verdad que se distinguió siempre por su gran aprecio a la Congregación; espontáneamente con cualquier ocasión le salían frases muy laudatorias, y por escrito nos consta también cómo la quería.

Entre las respuestas a los Concursos, que conserva el Padre, me he encontrado con este diálogo suyo. Se trataba de fingir o escribir una conversación de un mal amigo que quisiera apartarle a un congregante del buen camino; así nos ensayábamos en esas luchas que no nos suelen faltar.

Este fué el que escribió nuestro Santiago:

«Oye, dice el mal amigo ¿cuándo sales de la Congregación?

—¡Hombre!, le contesta el congregante, no sé cuándo tendré que salir; pero nunca pienso salir de sus costumbres.

—¡Entonces, replica el mal amigo, no piensas, ahora que eres joven, divertirte?

—¿No voy a pensar? ¡Si me voy a pasar una vida...!

—Sí, de aburrido.

—Eso te parece a ti...

—Pues, ¿qué vas a hacer?

—Sencillamente: todas las mañanas al levantarme rezar mis oraciones, comulgar, tener la conciencia tranquila y...

—Y ponerte una capucha.

—Eso es, la capucha de la honradez y de la dicha, que de otro modo no se consigue.»

Así termina su diálogo nuestro buen congregante y se pinta a sí mismo sin darse cuenta.

Este era su modo de ser, como aparece en el diálogo: entre alegre y serio, siempre discreto, sin herir a nadie, aunque le diesen motivo para ello. ¡Cuántas veces me admiré al ver que algunos compañeros algo pesados no lograban sacarle ni una palabra más alta que otra: era listo y bastante conocedor del corazón humano, y entonces hablaba menos y más bajito, cuando más se proponían sacarle de sus casillas.

Su constancia.

Hay una piedra de toque, que basta pasar por encima de algunos metales, para conocer

Universidad de Deusto
Biblioteca

si son aquello que parece que son; y para conocer a un congregante si es de veras bueno, como nos repite a menudo el Padre, hay otra piedra de toque, que es la constancia. Bien probado fué con ella nuestro Santiago: desde pequeñín, que ingresó en la Congregación, hasta el último día de su vida no dejó nunca sus buenas prácticas.

Se estableció hace años la comunión diaria en la Congregación, y fué de los primeros en alistarse, eso que vivía a respetable distancia y que tuvo algunos inviernos que atravesar cuando llovía caminos poco transitables y casi de noche en invierno. El era el aliento y ejemplo de sus dos hermanitos, que siempre le acompañaban.

Su confesor.

Buena prueba fué también de su constancia el no cambiar desde muy pequeño de confesor. Encontró uno a su gusto y que de veras se interesaba por él, y nunca lo dejó. Se veía con él todas las semanas, y se arreglaba muy bien para buscar la hora en que menos ocupado le veía. No es extraño que con esa constancia llegase a ser a los 17 años, un muchacho firme ya en el camino del bien y de muchísimas esperanzas.

Los cines.

Sus compañeros no le podían proponer ni de broma ir a los cines. «¡A qué vamos!, contestó más de una vez, si no se ven más que tonterías, y ¡ojalá no se viesen cosas peores!» Otras veces le oímos decir: «¡No sé cómo va nadie a ver esos visajes y bobadas que hacen esos comediantes; no parece si no que se están burlando del público!»

Prefería quedarse sólo antes que ir a ver aquellas sandeces, como él también las llamaba. Y nunca le ocurría quedarse sólo; pues convencía a sus compañeros y se iban, o a dar una vuelta, si hacía buen tiempo, o a tocar el piano y a cantar cuando hacía malo. Aun en los primeros días de su enfermedad mandó llamar a un amigo suyo, muy buen pianista, para que le tocara varias piezas.

Su pureza.

No es extraño fuese modelo en esta virtud, como también en otras, si se tiene en cuenta su constancia en la Comunión diaria, en su confesor y en su devoción tierna a la Santísima Virgen. Este la entendió y, a pesar de tener que oír y ver lo que hoy es casi imposible no ver ni oír antes de los 17 años, no manchó en lo más mínimo esta virtud, que la podemos llamar su favorita.

Su recato llegó a tal punto, que a todos nos edificaba verle muy alejado de todos, cuando se mudaba antes y después de jugar al football.

Cuando se oía alguna palabra malsonante, si no podía hacerle callar ni cambiar de conversación, protestaba con su seriedad o se tapaba descaradamente los oídos; así rarísima vez sucedía que nadie dijese una mala palabra delante de él. A este propósito le oí decirle a uno algo desahogado: «Mira, no me gusta la guindilla picante.»

En esta composición, que hace algún tiempo mandó para nuestra revistilla, dejó pintada, sin pretenderlo, la pureza de su alma:

COMO EL ARMIÑO

Lector te voy a contar
la muerte de los armiños,
y su piel a comparar
con el alma de los niños.

—

Cuando un cazador persigue
a un armiño descuidado,
su caza sólo consigue
en el terreno enlodado.
Allí se para el armiño
y se confía a la suerte,
que antes que su piel manchara
preferiría la muerte.

—

Lo mismo contigo hace
el demonio cazador:
te lleva donde te place,
que es el terreno peor.
Pero tú cuando lo adviertas
¿no habrás de mirar al cielo,
y al ver las puertas abiertas
querer morir con anhelo?...

—

Sí, morir como el armiño,
antes que ensuciar el alma,
que es la pureza del niño
lo que da sosiego y calma,

—

Pues así terminaremos
nuestras vidas sin pecado
y a gozar todos iremos
al cielo tan deseado.

Su actividad.

Con su genio pacífico contrastaba y no poco su actividad, que hoy la tienen pocos sino es para divertirse, sin molestarse en nada. El la tenía para sacrificarse y divertir a los demás. Donde más lució su actividad fué en los Carnavales el año pasado: se puso al frente de todos los entretenimientos en el Salón y fuera en el campo, y él llevó todo el peso del trabajo. «Hay que hacer algo, nos decía días antes, para que se diviertan los congregantes y no anden por esas calles y vengan aquí y aprendan algo bueno.»

Con sus comedias muy graciosas e improvisadas y con una comparsa original como pocas, nos hizo pasar ratos deliciosísimos.

A todo esto ninguna importancia daba a sus cosas; alababa, en cambio, cuanto hacían los compañeros, y así les animaba a seguir trabajando. Era muy práctico; en vez de aplausos acababa todos los actos pidiendo una limosna para las Misiones, a las que era muy aficionado. Aun en sus graciosas coplas cantadas o recitadas mostraba su celo; pues, con aquella gracia suya particular, sacaba siempre algún buen recuerdo o alguna sentencia, que animase a los demás a seguir las prácticas de todo buen congregante.

Su Secretariado.

Ya el año anterior había ocupado otro cargo en la Junta, y tan bien lo desempeñó que a punto estuvo este año pasado de ocupar el primer cargo. Pero, este de Secretario le cuadró aun mejor: a su seriedad unía la actividad y constancia, que se requieren para Secretario. Tuvo muy buenas iniciativas y me consta que apenas si emprendía algo nuevo el Padre, que no le pidiese su parecer, por ser en todo muy práctico y acertado.

Y tal vez donde más se distinguió en este punto fué en secundar la iniciativa de otros, aun cuando alguna no le pareciese a él tan conducente; le bastaba saber que estaba aprobada por el Padre, para tomarlo como suya y no dejarla de la mano hasta verla terminada.

El inició y firmó la primera breve Memoria de la Congregación que se publica ya todos los años con el Catálogo.

¡Que siga desde el cielo alentándonos a los que ejercemos su cargo y a todos los congregantes: y estamos seguros de que lo hará.

Catequista modelo.

Sintió mucho no poder tomar parte en las Catequesis hasta que hubo terminado su carrera: le era preciso, aun los Domingos por las mañanas, ir al Colegio para atender a sus clases.

Tan pronto como terminó, se alistó en la Catequesis que quisieron adjudicarle. Pocos días pudo ir, porque la enfermedad no se lo permitió; pero se preveía la constancia y celo que hubiera tenido, por el empeño grande que aun a los principios mostró; y entonces suele ser más difícil por estar rompiendo las primeras dificultades de organización y no conocer a sus catequizados ni poder encariñarse con ellos.

Sus compañeros de Catequesis se acuerdan del deseo que tenía de que fuese la suya, en a que hacía de Secretario, una Catequesis modelo.

El cariño con que trataba a los niños se deduce de una frase que solía repetir:

«Con cariño se puede hacer lo que se quiere con ellos.»

No contento con trabajar con tantos bríos, animó a varios compañeros suyos a alistarse como Catequistas.

Concursos.

Tomaba parte en todos, y en algunos con mucho acierto. Aquí tengo delante sus contestaciones y sólo pondré alguna que otra:

¿Quién estima a Jesús menos que Judas? y cantestaba él: «*El que por un gustillo de nada comete un pecado*» ¿Por qué? «*porque estima más al gustillo que al mismo Jesús que se lo prohibe*».—¿Qué sacamos de esos gustos pecaminosos?--«*Intranquilidad, tedio y remordimiento*».—¿Qué debemos hacer para conservarnos dignos y valientes congregantes? «*Comulgar diariamente, ya que es el medio de recibir más refuerzo para vencernos.*»

Sobre un ejemplo muy bien expuesto en tiempo de ejercicios, de un caballo que se resistía a pasar por un puente y espoleado por el jinete tuvo que pasarlo hasta cuatro veces, se nos preguntó después en un Concurso lo que en aquello se quiso explicar, y contesta nuestro Santiago: «*Cuando no queremos hacer algo que nos manda la razón, que es el jinete, entonces debemos violentarnos más y hacerlo y volverlo a hacer hasta quitar la repugnancia.*»

Conciliador.

Lejos de entremeterse en líos ni discusiones, intervenía cuando esperaba poder arreglar las diferencias; y se las componía tan bien que, después de oír a las dos partes, daba la razón al que la tenía, y la otra parte no quedaba molestada. Estábamos el año pasado los que íbamos a ir a Orduña a pasar un día de campo, formando un equipo selección para jugar con los del Colegio. No nos entendíamos: unos queríamos completarlo poniendo a uno y otros a otro. «No os sofoquéis, exclamó él con aquella su paz acostumbrada, yo dejaré de formar parte y así juegan los dos». No lo permitieron sus amigos, y bastó ver aquella prueba de desinterés en uno de los mejores jugadores para que se entendiesen todos.

Escritor.

Era una de sus favoritas ocupaciones la literatura, y de más joven se hubiera dedicado a ella, si su familia no hubiera tenido por más acertado el que terminara antes una carrera. Este verano acabó la de perito mercantil y mientras esperaba ocasión de ejercerla, se dió a leer buenos autores y a manejar la pluma, publicando amenas narraciones en «La Semana Católica». Ya antes había hecho pruebas en esta nuestra Revistilla y demostrado en sus articulitos sus piadosos sentimientos. Uno como sueño en tiempo de Carnaval, acaba así: «Antes de clavar una espina más en la cabeza de Jesús, perderé mil veces la vida».

Su amor a la Sma. Virgen.

Recordando la muerte de su hermano demuestra en un articulito muy tierno y delicado su confianza sin límites en la Santísima Virgen. Le pidió con toda su alma que le devolviese a su hermano el conocimiento para que pudiera confesarse; lo que consiguió y así acaba su articulito: «Estoy de luto; mi querido hermano, a quien tanto lloro, ha muerto...

Pero, una idea me consuela, la Virgencita

Universidad de Deusto
Biblioteca

de mi cuadro antes de morir hizo un milagro, le dió el sentido, se pudo confesar divinamente, comulgó, dió gracias y murió.

El cuadro de mi Virgencita es el cuadro que más amo; a él me dirijo cuando estoy apurado, y ella me oye, como a todos los que lloran. Por eso voy a seguir comulgando diariamente. Le rezo y rezaré mis Ave-Marías y levanto y levantaré mis ojos con gran confianza a su augustísimo trono.»

Nunca se olvidaba de poner algunas estampas de la Virgen en todos sus libros de estudio, y aun la tenía puesta en su pupitre del Colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, donde hizo toda su carrera.

En el mes de Mayo del año pasado en otro articulito no está menos expresivo y delicado. «Cuando llega, dice, este mes, el mes de Mayo, el de mi Madrecita, no quiero dejar pasar un día sin ofrecer una flor de esas que jamás se marchitan, de las flores que besa mi Madre.

En la Iglesia.

Su compostura natural y digna era de lo más edificante; con la mayor ingenuidad le oí decir un día, no sé a qué propósito, que para no estar atento y como es debido es preferible no ir. Y así era en todo, y arrastraba con su ejemplo a sus amigos, y a más de uno de estos bien le aprovechó su influjo.

Cuando íbamos en el verano a los pueblos a comulgar y a propagar la comunión diaria, él subía al coro y cuidaba de los cánticos y se multiplicaba.

Su jovialidad.

Nunca se aburría ni nadie se aburría estando con él: «Cuando no tengo que hacer y estoy sólo, decía, me pongo a la ventana mirando al cielo, y me entretengo muy bien.

Oyendo el piano se pasaba horas enteras, y si observaba que nos cansábamos, se ponía a cantar, aunque no tenía grandes dotes para ello, o se ponía a hacer chistes, para los que tenía muy buena gracia. Convidarle a ir a un caserío y a pasar en el campo la tarde, era para él una delicia; con cualquier cosa del campo se entretenía; así era de sencillo y de feliz.

Era también fotógrafo, y las vistas y grupos campestres eran de lo que más le gustaba.

Su paciencia.

Fué bien probada su paciencia, sobre todo durante su larga enfermedad. No se le oyó quejarse de ninguna molestia de que procuraba aliviarle cuanto podía su ejemplar familia. Cuando se le preguntaba si sufría, aun cuando no podía menos de dar alguna señal de su sufrimiento, decía con semblante alegre que se encontraba bien. En los momentos de sus mayores ahogos besaba con ternura el crucifijo y le decía con toda su alma: «¡Jesús! ¡Jesús! todo te lo ofrezco.»

En sus últimos momentos, antes de perder el conocimiento, fijó sus ojos en una imagen de la Virgen, de su Virgencita, como él la llamó toda su vida y con dulce sonrisa la repetía: «¡Todo te lo ofrezco!»

Estas fueron las últimas palabras que pronunció aquella alma antes de volar al cielo, en sábado y en el día de la Anunciación de la Santísima Virgen que tan puro le conservó toda su vida.

Sus amores fueron la Santísima Virgen, su ejemplar familia y nuestra Congregación. ¡Nos seguirá queriendo, quién lo duda, y nos conseguirá mil bendiciones!

***

Después de escrito esto, me encuentro con un testimonio de su dignísimo padre, que tan sólidamente supo educar a este su hijo, y así se expresa con toda verdad al hablar de su Santiago: *«Congregante ejemplar, amigo modelo, estudiante pundonoroso, hijo sin tacha. ¡Santiago querido! ¡Vive ya, para tu bien y el nuestro, la vida inmortal de los elegidos!*

R. R., Congr.

FLORES Y FRUTOS

Núm. 32.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Mayo de 1916

Otro Estanislao más en el cielo

Al joven Rafael Benguria y Berreteaga, le vemos en nuestro Catálogo entre los congregantes ausentes de Bilbao, y ausente de Bilbao está, como que está en el cielo.

Muy poco tiempo pasó aquí entre nosotros; y, aun sin ser congregante, no dejaba mañanita ni tarde que pudiese, de venir a la Congregación; no se hizo entonces congregante, porque sabía que pronto iría a Plencia y no volvería a Bilbao. Pero es el caso que, aun ausente y enfermo, no nos podía olvidar; y escribía al Padre el 21 de Noviembre: *«Quiero me diga si puedo ser congregante, y si puedo serlo, qué es lo que tengo que hacer».*

Tan pronto como recibió el diploma, mandó ponerlo en un marquito muy propio y a la cabecera de su cama; la medalla la tenía siempre a mano y se la ponía cuantas veces comulgaba. Uno de sus encargos, al hablar de su muerte, fué que no le enterrasen sin la medalla de la Congregación.

Con ser congregante, se creyó más obligado a ser aún más edificante, y lo fué con cuantos tuvieron el consuelo de visitarle en su larga enfermedad.

Por su carácter alegre, sus finos modales y sobre todo por la sólida y delicada educación que le dieron sus buenos padres, se veía querido por sus compañeros, los cuales pasaban con él muy buenos ratos. Jugaba sobre todo y se entretenía con los más pequeños, y era incapaz de reñir y hacer pasar ningún mal rato a nadie.

Respetuoso y dócil con sus superiores, hacía de muy buena gana cuanto le mandaban, y nunca se le advirtieron murmuraciones y muestras de disgusto contra ellos.

Aún se acuerdan sus compañeros de vacaciones cómo nunca dejaba de retirarse a la hora exacta que le mandaban por muy divertido que se encontrase, y cómo arrastraba a sus hermanos consigo. Además de ser de buena disposición para los estudios, se aplicó mucho, y prueba de ello fueron las buenas notas que siempre tuvo.

Estando sano comulgaba con sus hermanos casi todos los días; enfermo, lo hubiera también hecho, pero era casi excesiva su delicadeza: en todo veía molestia para los demás y temía serles cargoso.

Al tener la primera noticia de que se había perdido el vapor *Príncipe de Asturias*, ofreció al Señor su vida para que se salvara el capitán, cuñado suyo; así era de noble y generoso.

Tan tranquilo y alegre estaba siempre, aun cuando sufría, que sólo ver aquella cara



Universidad de Deusto
Biblioteca

tan placentera, consolaba a sus atribulados padres. «*Yo sigo*, escribía él, *como Dios quiere; ya no puedo estar echado; y sentado, enseguida me empiezan a doler los huesos.*» «*Estoy tranquilo*, decía después de recibir los Santos Sacramentos, *y tengo mucha paciencia; algunas veces estoy fatigado, pero tomo de las píldoras que me dió el Padre y con ellas me va muy bien.*» Se refería a una jaculatoria que le recomendó: «Hágase, Señor, tu voluntad», que solía repetir con frecuencia. Preguntado una vez, cuando más dolores tenía, si sufría mucho, contestó con naturalidad: «*Más sufrió Jesucristo*».

Ni aun después de muerto quería que le llorasen. El de antemano consolaba a sus padres y les decía: «*No me lloréis después de muerto; porque cuando mayor, podría juntarme con malos y llegar a ser uno de ellos*». Era observador y veía lo que sucede a la mayoría de los jóvenes, que no tienen fuerza para hacer frente a un amigo atrevido.

Víspera de la Anunciación, su mayor deseo era volar al cielo precisamente en ese día; y hasta llegó a pedírselo a la Santísima Virgen en una cartita que mandó cosérsela en el escapulario. Llegó la noche, y no había perdido aún la esperanza de ver la fiesta que a la Virgen le harían allá en el cielo. No quiso Dios cortar ese tierno tallo de 14 años y llevárselo al cielo hasta cuatro días más tarde.

Allí, a quienes bien nos quiso, nos seguirá queriendo y ayudando mucho mejor que lo hubiera hecho aquí con su presencia. ¡No es pequeño consuelo! como no será pequeña la dicha de que estará gozando!

J. L. C., Congr.

Lección bien aprendida.

Tenía yo un amigo que era bueno y listo como pocos. Comulgaba todos los días, y estudiaba sus lecciones que daba gusto; y claro está, como el obrar bien es un reproche constante para los que obran mal, con el pobre chico había hecho enemistades todos los malos, que no eran pocos. Y ¡qué cosas le decían!: unos le llamaban bobo, otros beato y otros le insultaban aún más gravemente, empleando términos groseros que hacían enrojecer a cualquiera. El callaba siempre y únicamente, cuando decían frases poco decentes, se ponía serio y les hacía alguna reflexión; pero con eso se avivaba más el odio que ya germinaba en la mayor parte de aquellos perversos jovenzuelos.

Uno de ellos, sobre todo, se gozaba en hacer padecer a aquel buen amigo mío: era un muchachote en cuyo rostro se veían las huellas de sus vicios. Olía a tabaco por todas partes y tenía una mirada que reflejaba palpablemente la maldad de su alma; sólo con verle infundía repugnancia a cualquiera.

Un día se encaró con mi amigo.—Tú, le dijo, tienes buenas notas, porque tu papá le conoce al profesor.

—No, dijo mi amigo sin inmutarse, mi padre no conoce a ninguno de mis profesores.

—El muchachote continuó. Pues no se comprende que los asnos saquen notas decentes...

Mi amigo callaba. El gandul al ver que no conseguía enfadarle prosiguió verde de ira: Este debe de tirar de algún carro de los profesores y por eso sale siempre bien.

Todos se rieron burlándose cada vez más de mi amigo; pero él callaba, callaba siempre. Yo no hubiese podido resistir aquellas burlas y me parecía que nadie podía resistirlas. Contemplé a mi amigo: estaba impasible, únicamente creí advertir en su rostro un ligero tinte de tristeza. Indudablemente este chico es un cobarde, pensé.

Un pequeño incidente vino a demostrarme lo contrario. El chicote aquel soltó de su infame boca una blasfemia horrible contra Dios. Mi amigo se levantó de un salto.

Eso no tolero, dijo, delante de mí nadie dirá esas blasfemias; a mí insultadme si queréis; pero, a Dios en mi presencia no le insulta nadie; y sin ningún miedo levantó en alto su cabeza, como retando aquel que se atreviese a decir algo contra su padre que es Dios. Casi todos se pusieron de su parte, y yo entre ellos con toda mi alma. Pasó en aquel momento un profesor y los grupos se disolvieron terminando el incidente. Yo salí con mi amigo y me atreví a preguntarle: ¡Cómo te arreglas para vencer tu ira cuando te insultan?

¡Cómo ni siquiera te inmutas en las burlas? ¿Eres de mármol acaso? No, no soy de mármol me contesto sonriendo. Aplico un remedio que me da excelente resultado: antes también yo me enfadaba, pero ahora... tengo presente a Nuestro Señor Jesucristo en la Cruz suplicando por los que le insultaban y me parece un crimen enfadarme por unas pequeñas burlas de amigos; y digo pequeñas porque en comparación de los insultos que lanzaron a Jesucristo no son nada.

Tienes razón le contesté y no dejé ni dejo de admirar a mi amigo, que tan bien ponía en práctica las enseñanzas de Jesucristo.

A. M. M., Congr.

¡Bendita costumbre!

Todas las noches al acostarme, me acuerdo de aquellos días de mi infancia en los que me arrodillaba sobre la cama, ante el crucifijo, que a la cabecera he tenido y tengo siempre, y balbuceaba aquellas oraciones que mi cariñosa madre me enseñaba. *Repite hijo mío*, me decía, *¡Bendita sea tu pureza...* y yo con una emoción indescriptible y un fervor grandísimo, que sin duda me lo comunicaba mi madre, repetía: *¡Bendita sea tu pureza;...* y continuaba repitiendo la oración, al par que mi madre, mirando ora al crucifijo, ora a mi madre que me enseñaba con dulzura propia de madre. Y así todas las noches hasta que aprendidas las oraciones las recitaba yo solo, aunque en su presencia; pues temerosa de que olvidase esta santa costumbre, acudía ella todas las noches a mi cuarto, para recordarme mi obligación con su presencia. De vez en cuando me decía: *¿Tienes algo que pedir a la Santísima Virgen?*

Y cuántas veces le contestaba: *Pero, ya le he pedido mucho, mamá.— Le he pedido que me guarde a mí y a mis hermanitos; le he pedido que antes de pecar me lleve al cielo... y, si le pido más cosas, se va a enfadar.*

—Pídele eso mismo todas las noches; pídele sin cuidado, que la Virgen no se enfada nunca con sus hijos, aunque le pidan muchas cosas; y es más, si se las pides con fervor, pierde cuidado que, si te convienen, ya te las concederá. Pero sobre todo, nunca olvides de entregarte a ella cuando vas a dormir. Nunca olvides de rezar al acostarte y pídele, pídele lo que quieras que eres su hijo y te quiere mucho, mucho más que yo.— Y dándome un beso se despedía a descansar.

Y también ahora, aunque ya no tenga a mi cariñosa madre que me lo recuerde, todas las noches al acostarme me arrodillo y rezo el *Bendita sea tu pureza...* y después le pido muchas cosas.

Mi madre desde el cielo ¡con qué gusto verá que nunca olvido esta santa costumbre, que ella cuando era yo niño, inculcó en mi corazón!

R. M., Congr.

Nuestro último concurso.

Era razón que los congregantes hiciéramos algo de provecho en las vacaciones de Semana Santa.

No fué grande el trabajo que nos mandaron: leer con atención el opúsculo del P. Vilariño, «*Educaos a vosotros mismos*»; y una vez leído, contestar a cinco preguntitas.

A pesar de no ser difíciles, hubo algunos que, para estar más seguros con las respuestas, lo leyeron tantas veces que casi se lo aprendieron de memoria.

La primera pregunta, a que teníamos que responder, era: *¿Qué es lo que menos educa?* Respondía clarito el opúsculo, las diversiones. Y claro está, nos pasa lo que a los potritos: si se les deja todo el día sueltos, y no se les obliga a andar al paso que uno quiere, no se domarían jamás. La aplicación es exacta, con sólo la diferencia de palabras; pues lo mismo viene a ser educarse que domarse.

Nos preguntaban después: *¿Quién mejor que nadie puede ayudarme en mi educación?* —Esta pregunta, como también la respuesta, la teníamos muy oída en la Congregación, y acertamos casi todos: Un buen confesor y siempre el mismo. ¿Quién puede mejor conocer nuestras malas mañas y ayudarnos con sus consejos y reprensiones, y quitarnos los malos resabios?

La tercera pregunta, a mi modo de ver, es la que tenía más miga: *¿Qué es lo más necesario para educarme?* En el opúsculo estaba clarito: «¿Queréis educaros?—Pues, mortificaos.»

En apoyo de esta pregunta venía la siguiente: *¿Por qué están los mal educados que lo están?* Pues sencillamente, por no mortificarse, porque no saben negarse un capricho.

Y basta discurrir muy poco para ver que, si todos hiciéramos sólo lo que nos gusta, sin atender al gusto de los demás, saldríamos peor parados; como que nadie nos atendería por salir con la suya; y entonces sí que tendríamos que mortificarnos mucho más, y contra toda nuestra voluntad.

Como remate venía la siguiente pregunta: *¿Dónde encontraremos la gracia de Dios que es la que más me ayuda para educarme?* «Búscala en los Sacramentos», nos decía el librito, y eso mismo nos dice el Catecismo: los Sacramentos son los canales por donde nos viene la gracia de Dios, y con ella la fuerza, que puede más que nuestra malas inclinaciones. Y hay un Sacramento que es mucho más que canal, que es la misma fuente de la gracia, la comunión, en que se nos da a Cristo, al mismo Dios.

Por eso nos repiten tanto que nada hay mejor que comulgar, y comulgar diariamente. El hacerlo así, está en nuestra mano, y para los más pequeños, en manos de sus padres.

F. M., Congr.

Cómo me enseñan en casa.

Muchas veces se dice entre nosotros que Mayo es el mes de los apuros, que es mal mes para los estudiantes. Por mi parte puedo decir que, si bien tengo mis apurillos, deseo con ansia que llegue este hermoso mes.

Mi corazón amante de la Santísima Virgen, me parece que siente una alegría especial al empezar este mes, dedicado a nuestra bendita Madre.

¿Quién de sus hijos no se esmera en hacerla, aunque no sea más que un pequeño obsequio? Cuando voy a misa todas las mañanitas y la veo rodeada de flores y de luces y como en un trono de gloria, quedo prendado de ella, y no acierto a decirle otra cosa que: «*Madre mía, aquí estoy*» y con esto estoy satisfecho, pues parece que la Virgen me escucha muy complacida.

Suele decirnos mamá, que nuestras devociones sean cortas, pero devotas, pues las largas y bien hechas quedan para otras personas más perfectas. Corta fué la mía, pero se la decía con todo mi corazón.

Cuando termina la función, le digo a la Santísima Virgen: «*Madre mía, ahí te dejo mi corazón; con tu bendición iré a ocuparme en mis obligaciones. Dame, querida Madre, a mí y a toda mi familia tu santa bendición; bendice también a nuestra amada Congregación, que prospere mucho para gloria de tu Santísimo Hijo, y honra tuya y provecho de tus hijos congregantes*».

A. L., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

¡Qué buena es la Virgen!

Voy a recordaros un caso que casi todos le oísteis al P. Arbeloa una noche de Cuaresma en el Salón; como tiene mucha enseñanza, bueno será que lo tengamos presente toda la vida.

Era un joven que por andar con malos compañeros, iba como ellos por mal camino y había ya cometido toda clase de pecados; en una palabra, era ya un pecadorazo.

Quiso Dios que cayese enfermo, y una noche al volver a casa se sintió mal y se acostó, pero sin darle importancia. Viéndole su pobre madre que estaba inquieto se apresuró a llamar al médico. En efecto, vino éste, le reconoció y no encontró en él nada anormal. Mas el joven algo presentía y dijo a su madre que le hiciera compañía por la noche.

Accedió su madre, más por darle gusto que por que temiese nada malo.

Entrada la noche el joven se siente peor y ruega a su madre que mande llamar a un Padre, que quiere confesarse. La madre, como desgraciadamente tantas madres, contesta que el médico no le había dado importancia a la enfermedad, y que no era hora para molestar al Padre. Pero el hijo que ve más de cerca su caso, quiere a todo trance arreglar sus cuentas atrasadas. Vuelve a pedir el confesor; pero su madre procura distraerle, para que no se acuerde de eso. El hijo vuelve a insistir, hasta que al ver que su madre no cede le dice: *Pero ¡quieres madre que me condene!* Estas palabras llegaron al fondo del corazón de aquella madre, que se preocupaba más del cuerpo que del alma. Llama al confesor, que no tarda en llegar. Se desahoga y queda tranquilo y satisfecho. Media hora después entregaba su alma a Dios con el nombre de la Santísima Virgen en los labios.

En medio de su pena ¡qué contenta se vió su madre al quitar aquel remordimiento que le hubiera durado toda su vida de haberse negado más tiempo a llamar al confesor!

¿Sabéis a quién le debió este joven su conversión tan consoladora a última hora? A una devoción que nunca la dejó, aun cuando andaba más extraviado: a las tres Ave-Marías que le recomendaron en la Congregación, que rezase todas las noches.

¡Qué agradecida es la Virgen a lo poco que hacemos por Ella!

E. P., Congr.

Correspondencia abierta.

Tres hermanitos en Madrid.

Aquí todos los días que podemos vamos a comulgar para tomar fuerzas para el día, y para que el Señor no nos deje caer en pecado, pues aquí hay muchas ocasiones de pecar.

Todavía no hemos pisado un cine, ni un teatro, ni un sitio malo, ni pienso pisarlo. Donde solemos ir es a un teatro que hacen los de la Catequesis.

Ahora tenemos que estudiar bastante más que antes.

J. S., Congr.

He leído en la hoja del calendario del Corazón de Jesús de ayer, lo que hizo un sacerdote que guardaba sellos y otras cosas que le daban, y recogió así 30.000 francos que los mandó a las Misiones; yo también recojo papel-plata y sellos, y cuando vaya se los daré.

L. S., Congr.

Leí la vida de Santiago Anitua, de la que ya sabía mucho, pues fuimos muy amigos, tanto en el Colegio de los Hermanos, como en la Congregación; fué buen congregante, y como tal murió. Apliqué, y dije a mis hermanos que aplicasen, varias misas y comuniones por su alma.

A. S., Congr.

Se aplica.

La primera vez leí el opúsculo que me mandó, *Educaos a vosotros mismos;* pero lo hice sin mucha reflexión; a medida que leía me iba interesando más. Lo he repetido hasta seis veces, y en todas las repeticiones he encontrado nuevas enseñanzas, que se pueden aplicar a nuestra vida ordinaria.

J. O., Congr.

Buenos deseos.

He examinado muy detenidamente el catálogo y las categorías, y he hecho promesa de hacer todos los posibles, cuando esté en esa, para estar en primera: y siempre tengo esperanzas de llegar a ser *algo* en esa Congregación.

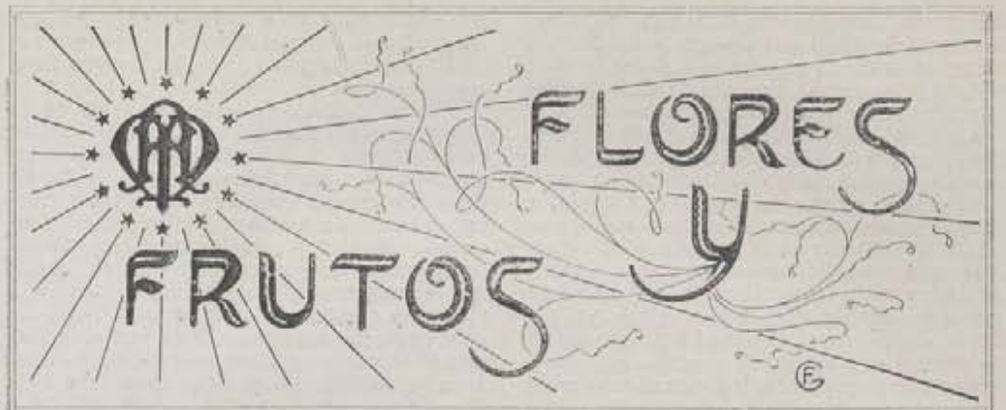
C. B., Congr.

Tan guapo como siempre.

Aunque estemos sin quien nos vigile, no por eso dejo de portarme bien. No crea V. que le exagero; he hecho todos los días de Cuaresma el Vía-Crucis; los miércoles y viernes los hice con todos los que van a la Iglesia a las seis y media; los demás días fuí, bien con un amigo, bien solo. Ya recibí FLORES Y FRUTOS y el opúsculo *Educaos a vosotros mismos,* que lo he leído con gran atención; adjunto le envío el concurso.

A Anitua le apliqué la comunión un día de estos.

A. G., Congr.



Núm. 33.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Junio de 1916



¡¡Alerta!!

Vedle: Firme en su puesto, en toda gala, brillantes sus correas, reluciente su lanza, se pasea ora a la derecha ora a la izquierda, con orgulloso meneo propio de los bizarros tercios españoles.

¿Sabéis por qué se presenta así nuestro soldado?

Pues ese valiente guerrero luce tan limpio su uniforme, tan brillantes sus correas, tan reluciente su lanza, porque es el día de su Rey, el día en que quiere recibir honores de sus vasallos, y a eso acude nuestro soldado, gallardo y elegante, como en las mayores fiestas.

¿No os figuráis de quién es imagen este bizarro soldado?—Pues es imagen de nosotros, los Congregantes de María Inmaculada.

Estamos en uno de los meses más hermosos del año, en el que el sol quiere complacernos con sus hermosos rayos, en el que hemos terminado nuestros estudios, en el que todo nos sonríe.

Pues bien, es el mes más propio de nuestro Rey, quiere que sus vasallos le rindan especiales honores y atender a los ruegos de sus súbditos. Ya sabemos a qué hora y dónde le honraremos mejor, y dónde conseguiremos más favores suyos. ¿Cuándo mejor que cuando le tengamos en nuestro pecho todas las mañanas y le contemos nuestras cuitas?

¡Soldados de la Virgen! cuando a la mañanita sintáis la voz del que os despierta de vuestro sueño, gritaréis *¡Alerta!,* echándoos de la cama, como lo haría un valiente soldado al oír el toque de diana, para dirigirse presuroso al palacio de su Rey, y ser de los primeros en felicitarle.

J. L. C., Congr.

Carta del Ilmo. Sr. Obispo de Fernando Póo.

Estimados jóvenes de María Inmaculada y San Estanislao de Kostka: Hacía días que deseaba dedicaros algunas líneas, y siempre se me pasaba a causa de mis continuas obligaciones. Pero hoy, aprovechando unos momentos esta tarde, que es tarde de jueves, no he querido dejarlo para más adelante.

Os recuerdo muy bien; todavía os tengo en mi imaginación reunidos en vuestro Salón aquella tarde en que durante mi plática, algunos os santiguábais por los rayos y truenos que había. Después he ido siguiendo los pasos de la Asociación, leyendo el FLORES Y FRUTOS que me enviáis. De modo que, aunque estoy lejos, en espíritu estoy en medio de vosotros. Si os hubiese de contar mis viajes desde que volví a estas tierras ¡qué largo me haría! Y hay que tener en cuenta que aquí no estamos tan provistos como ahí de medios de locomoción. He estado muy adentro del Muní; en donde un joven negro catequista lleva muy bien una cristiandad que tenemos en un pueblo llamado Asobla. Estuve también en Corisco, en cuya isla fundé hace muy pocos años un colegio de niñas; y una mujer, que de pequeña fué instruída por las

Universidad de Deusto
Biblioteca

religiosas es ahora una directora, y lo lleva con una disciplina que me gusta mucho. Estuve en la costa siguiendo las reducciones Claret, Calatraba, la misión de Cabo de San Juan, la reducción de Egombegombe, la de Hange, la misión de Río Benito y la de Basa. En la misión del Cabo de San Juan, el P. Superior no hacía mucho había matado un tigre y una enorme cerastes, que es una de las culebras más venenosas. El mismo recibió un susto no pequeño en la reducción de Egombegombe, pues, al encender la luz al levantarse, se halló una culebra a los pies de la cama debajo de un filtro de agua que allí tenía. En Corisco me dijo el P. Superior de la Misión que les salían muchas, que parecían de dos cabezas; pero que al ver la luz se hundían de repente de nuevo en la arena.

Estando en Río Benito, se enfermó uno de nuestros Hermanos Coadjutores, y murió a los ocho días. Estos países son muy malos, de modo que al mismo tiempo que tenemos que luchar con la ignorancia y paganismo, hemos de hacerlo también con las enfermedades. El Señor nos dará más tarde el premio.

Estando allí mismo en Río Benito, oí decir que en Nume (distancia dos horas y media de la Misión hacia el Sur) había un joven que todas las noches rezaba en su pueblo el rosario con mucho fervor. Hacía mucho tiempo que deseaba hacer allí una capilla, pero me faltaba catequista; pasé allá desde la Misión de Río Benito, y le propuse la construcción de la Capilla; a todo se avino, como también a rezar en ella el rosario todos los días y a enseñar en catecismo; y así lo está haciendo. También enseñé a los Colegiales de Río Benito prácticamente el modo de cultivar el algodón; porque todo conviene en esas tierras. En fin muchos detalles paso para no hacerme largo.

En cuanto a vosotros, queridos jóvenes, acordaos de lo que se lee en las Sagradas Escrituras, sobre lo que Cristo nuestro Señor siempre distinguió en su amor; a los niños y a los jóvenes, como ya os dije. Respecto de los niños, cuando los Apóstoles querían alejarlos de El, les dijo aquellas palabras: «Dejad que los niños se acerquen a mí, de ningún modo se lo prohibáis; porque de ellos es el reino de los cielos.» Y respecto de los jóvenes, no hay más que ver que los tres muertos de que habla la Escritura que resucitó todos eran jóvenes, ninguno estaba casado. Y entre los Apóstoles, el más querido suyo fué siempre San Juan, el más joven del apostolado. Ahora bien, queridos Congregantes, Jesús no cambia, el corazón de entonces es el que tiene ahora, y si entonces amaba con predilección la juventud, lo mismo le sucede ahora. Estad seguros, niños y jóvenes amados, que formáis las delicias del Señor, si correspondéis a esta predilección. El fervor, la inocencia, el alejamiento de las malas compañías, el amor y respeto a vuestros padres, la sumisión omnímoda a vuestros directores, esto es lo que quiere de vosotros. En retorno, El os dará en la Santa Comisión tal dulzura, que no tengáis necesidad de ninguna de esas diversiones mundanas que tanto abundan en las ciudades, y que después dejan el corazón tan vacío, que se parece al hambre de uno que no ha comido hace mucho tiempo.

Jóvenes estimados, no os apartéis de la Congregación, aunque seáis mayores. Los escollos para la juventud son muchos en nuestros días, porque los enemigos de Cristo dicen: Dejemos a los religiosos la niñez, después nosotros cojeremos a la juventud. ¿Y de qué le sirve a uno haber sido muy bueno cuando niño, si se pervierte cuando joven? Así sería necesario que muchos se muriesen niños para salvarse. ¿No es así? Pero, lo peor que tiene vuestra edad es que no conociendo el mundo, fácilmente puede ser engañada, si no tiene el propósito de dejarse dirigir por aquellos que Dios la ha dado por guías. Dejaos, pues, guiar, vivid alegres en en la Congregación, seguid los consejos de los Padres, y de este modo seréis grande satisfacción a vuestro afectísimo que a todos os bendice.

El Obispo de Fernando Póo, C. M. F.

Las tres Ave Marías.

No hace mucho pasó este caso en Barcelona con un joven de malísima conducta.

Era el día de Viernes Santo, y nuestro joven, según era de desahogado, se reía también de las cosas de la Iglesia.

En día tan señalado se fué a un restaurant, y aunque el mismo amo le recordó qué día era, él pidió e insistió, con asombro de los presentes, en que le trajesen una chuleta y un chorizo; no hubo terminado de comerlos, cuando sintió un fuerte cosquilleo en las piernas; y ¡cuál no sería su asombro cuando se fué a levantar y no se podía ya mover; las piernas las tenía hinchadas de manera monstruosa. Llamaron al médico. Le examinó bien y declaró que la tal enfermedad le era completamente desconocida, y por los síntomas muy grave. Le llevaron al hospital, donde le practicaron muy dolorosas curas.

La Hermana de la Caridad, que cuidaba al enfermo, quería insinuarse poco a poco para que se confesara; pues su estado era tan grave que no había esperanzas de que saliera del hospital. El joven se negaba resueltamente a recibir los Santos Sacramentos

Una noche la Hermana, cuando estaba algo dormido, puso frente a la cabecera de su cama una imagen de la Santísima Virgen y debajo de su almohada, una medalla de la Milagrosa. Pues bien, al día siguiente de repente, cuando nadie lo esperaba llama el joven a la Hermana, y en voz baja le dijo: «*Hermana, quiero confesarme*». Oir esto la Hermana y echar a correr en busca del confesor, todo fué uno; a la media hora hacía el arrepentido joven una confesión que le dejó tan trocado y tan contento que las Hermanas del hospital envidiaban la hermosa muerte que le esperaba a joven tan favorecido por la Santísima Virgen.

Durante los pocos días que vivió con conocimiento, era a menudo visitado por las Hermanas del hospital, que satisfechísimas de verle tan animado, le decían palabras de consuelo y resignación, y él con gran alegría y espontaniedad les repetía: «*Quiero morir, para ver a mi Madre*».

Contaba entonces el mismo joven todo gozoso cómo atribuía su repentina conversión, a la bendita costumbre, que adquirió cuando pequeño, de rezar tres Avemarías al acostarse; y aunque lo hacía muchas veces por rutina, nunca la dejó y, hasta se levantaba de la cama cuantas veces se acostaba sin rezarlas.

Al fin la bendita Virgen le salvó.

R. R., Congr.

En el juego y en la mesa.

Eran las 5 de la mañana. En vista del buen tiempo que anunciaba el sol saliente y el despejado cielo, Pedro se decidió a salir de caza. Tenía especiales ganas, pues el día anterior había adquirido un hermoso perro, que según le aseguraban corría mucho más que el suyo de antes. Quiso probar si era verdad y se fué a buscar a su íntimo Luis. Ambos precedidos unas veces y seguidos otras de sus dos canes marcharon hacia el monte.

El sol había salido y con sus fuertes rayos calentaba la espalda y cabeza de nuestros dos amigos, que sudaban cuanto tenían que sudar. Por fin encontraron un bosquecito; allí descansaron, tomaron el suculento almuerzo que llevaban y se dispusieron a probar el perro nuevo.

Les hacen correr varias veces y gana siempre el nuevo. Después les hicieron saltar, y lo mismo que antes, el nuevo sacaba gran ventaja al antiguo.

Pedro rebosaba de satisfacción al ver que había estado acertado en su compra; y Luis, su amigo le felicitaba por ello. Se internaban un poco en el bosque, cuando ven a un lado un gran matorral. El perro nuevo lo saltó enseguida; en cambio el otro lo empezó a olfatear y a ladrar, hasta que hizo saltar de allí dos hermosas liebres, que a grandes saltos se alejaban cuanto se lo permitían sus alargadas patas.

Al verlas Pedro exclamó: «Luis ¡buena ocasión para ver cuál es el mejor galgo! Efectivamente, los perros se echaron cada uno detrás de una liebre; y el nuevo enseguida cogió la suya; mientras que el otro tardó bastante más en darle alcance.

Pero, sucedió que el nuevo al cogerla entre sus dientes la destrozó; el otro, en cambio, se la trajo viva a Pedro; otro tanto pasó con todo lo demás que cazaron aquella mañana.

Viva o muerta la pieza que cogía el nuevo la destrozaba en el acto. No era difícil explicar esa diferencia: el nuevo no estaba educado para la caza, y de nada le servía el correr muy bien y saltar mejor, si no podía contenerse y mostraba sus instintos.

Mucho de eso pasa a jóvenes listos, que no les gusta les llamen mal educados y puestos en la ocasión se ve lo que dan de sí. Cuando se encuentran con algo que mucho les gusta no saben contenerse y les pasa lo que al perro sin educar, que entonces muestran lo que son. Y ¡qué bien dicho que está aquello de que al bien educado se le conoce en el juego y en la mesa; comiendo y jugando fácilmente se dejan llevar sin darse cuenta del placer o del disgusto, si no está bien domado y sobre sí.

L. S., Congr.

¡Para qué sirve un corderillo!

¡Qué ratos tan divertidos pasaba Luis con su querido corderito. Con él saltaba, corría, jugaba, descansaba, en fin aquel precioso animalito era para Luis su única alegría.

En vano sus padres procuraban distraerle; no se saciaba Luisito, si no estaba allí su amado corderillo.

No sé si sería porque sus papás le daban muchos mimos, el caso es que Luis les contestaba, desobedecía a sus maestros, se enfadaba y hasta insultaba a sus criados: siempre quería salir con la suya.

Sus padres advertían con tristeza todo esto, pero no querían castigar a su hijo. Idearon, con todo, un medio práctico, aunque no tan directo: siempre que Luisito se dejaba dominar de su insolencia, molestaban delante de él a su corderito, pues sabían que esto le dolía mucho. La idea dió magnífico resultado: el Luisito de antes contestón y díscolo, cambió enseguida, y se hizo condescendiente, amable y cariñoso, no pudiendo soportar los castigos de su corderillo.

Aquí vendría bien un concurso para encontrar aplicación práctica para este ejemplo. No sé si acertaríamos muchos, y eso que la aplicación la tenemos en casa; a mí me la han dado hecha, o como solemos decir me la han soplado. El corderillo o animalillo es nuestro mismo cuerpo; nuestra alma se va insolentando según vamos creciendo; nuestro padre es Dios, quien muchas veces nos hace entrar en caja castigando a este animalito a quien tanto queremos.

¡Que Dios aquí nos cure, aquí nos castigue, para que después no tenga que echarnos al al infierno!

M. V., Congr.

Bien pagado.

Minutos después de haber vuelto de cumplir su encargo, fué llamado por el principal el joven que lo había hecho, recientemente entrado en el escritorio.

«¿Cómo es que te han dado tanto de más? Te encargué compraras papel timbrado por valor de 700 pesetas; y aquí tienes todo lo que has traído de más, por valor de 400 pesetas.

El muchacho quedó sorprendido y no se explicaba cómo la estanquera hubiese podido equivocarse tanto.

«Lo devolveré enseguida», replicó el muchacho, tan pronto cómo salió de su asombro.

«¡Cómo, devolverlo! ¡qué tontería!» le contestó el principal con mucho aplomo; «que no hubiese sido tan tonta. Esto aquí se queda.»

Con tanta resolución lo dijo, que compren-

Universidad de Deusto
Biblioteca

dió el muchacho sería vana cualquier reflexión que se atreviese hacerle; pero, le pareció que no podía quedar así esa diferencia, y pronto le ocurrió el modo de arreglarlo todo.

El no contaba entonces con tanto dinero disponible; pero lo tenía un hermano suyo, a quien al punto, sin decirle entonces para qué era, se lo pidió por carta,

Le mandó el dinero a vuelta de correo; con ello se fué enseguida a consolar a la pobre mujer, aunque nada le contó de lo ocurrido con su principal.

No tuvo palabras la buena estanquera para agradecer tal devolución. Apenas había podido descansar desde que se había dado cuenta de su equivocación.

Por escrito manifestó la estanquera al principal su agradecimiento, alabándole como honrado y generoso.

Aquella lección tan bien dada por su dependiente, aunque sin pretenderlo, no supo llevarla bien, y desde entonces se mostró serio y hasta impertinente con él.

Pasó algunos días, y, como viese que no cambiaba su amo, cambió él de casa.

Para saber lo bien que le pagó Dios aquella su honradez y la que siempre ha tenido, bastaría saber su nombre: es ahora un conocido caballero, adinerado como pocos, y como pocos feliz en medio de su ejemplar familia.

¡Qué buen pagador es Dios!

J. L. C., Congr.

Cómo honraré a mi Madre.

Erase un joven que se llamaba Hugo, el cual desde sus primeros años había sido instruído y educado por su madre en el temor santo de Dios.

Ella desde pequeño le inculcó la devoción a la Virgen, de tal manera que Hugo no la olvidaba nunca, y se encomendaba a ella con todo fervor. Pero, llegó este joven a la edad de los dieciséis años, la edad más difícil, y empezó a torcerse de una manera muy señalada; se juntó con malas compañías, leyó libros perversos, frecuentó sitios malos y aquel chico antes tan bueno, se trasformó por completo, era un escandaloso.

Su pobre madre venía notando de algún tiempo los malos pasos de su hijo, y quiso poner los medios para evitarlos; pero, Hugo cada vez más esclavo de los vicios pasaba la vida de placer en placer, y todo el mundo le consideraba como a un joven desbocado.

Mas, este joven, con todos sus muchos pecados, no dejó nunca de rezar el rosario a la Virgen, y esta buena Madre se valió de un medio prodigioso para hacerle volver al hijo perdido al buen camino. En cierta ocasión Hugo salió de caza con uno de sus amigotes, y cansado y sediento de tanto andar aquella mañana, se apartó de su compañero y se internó en el bosque en busca de alguna fuente donde pudiese saciar su sed. Mas, la Virgen, que lo había dispuesto todo para su bién, no le dejó encontrar ninguna. Cada vez más sediento empezó a quejarse de su fortuna. Estando de esta manera vió que venía una aldeana con un cesto de higos frescos y relucientes.

El joven que los vió, se echó en seguida al cesto; lo arrebató de las manos, y ya se disponía a comerlos, cuando vió que estaban envueltos entre estiércol. Arrojó de asco el cesto al suelo y cogiéndolo la que parecía aldeana le dijo: Hugo, tú no has podido aceptar estos higos fresquísimos que te traigo, porque tienes repugnancia por estar envueltos entre estiércol; y ¡cómo quieres que yo no tenga repugnancia en aceptar tu rosario de las noches, si está envuelto entre pecados y escandalos!

Hugo comprendió el favor divino que le hacía la Virgen en persona, dióle de rodillas las gracias, y desde aquel día consagró su vida al servicio de Dios, y murió santamente en un convento.

¡Que las flores que demos a la Virgen no vayan nunca envueltas en pecados; que estén limpias de toda mancha, que tengamos la conciencia tranquila cuando ofrezcamos algo a tan buena Madre.

F. M., Cong.

Correspondencia abierta.

De Ultra-Mar.

En esta ciudad de Matanzas (Cuba), vivía un joven albañil, incrédulo y vicioso, que hacía gala de su falta de fe. Contra la costumbre aquí establecida de cesar todo trabajo durante los días de Jueves y Viernes Santo, se propuso hacer él mismo el arreglo de su propio tejado, y para escandalizar más decía al que quería oirle que, como en nada creía, a nada estaba obligado.

Pronto le probó Dios lo contrario: apenas había empezado la labor, cuando sin que se sepa cómo, vino de cabeza a la calle. Estuvo en gravísimo peligro de muerte. El mismo confesaba después que Dios había permitido aquel accidente para su bien; reconoció su error y es hoy un fervoroso creyente.

¡Por cuántos y cuán distintos medios lleva Dios a su gracia a las almas extraviadas!

C. S. V, Congr.

Muy edificado.

Honda pena me causó la muerte de Anitua, pues fui grande amigo suyo. Mas, por otra parte me consuelo al considerar el premio que habrá recibido un corazón tan noble y generoso como era el suyo. ¡Ah, si hubiese muchos congregantes que al fin de su vida pudiesen como él poner muy alto el nombre de la Congregación!

L. R., Congr.

Quiere morir congregante.

Mucho me impresionó lo que se contó de la muerte de Rafael Benguría, que deseaba le enterrasen con la medalla de la Congregación. Tiene que ser muy triste morirse después de haber sido congregante y despedido de la Congregación. ¡No lo quiera Dios!

L. A., Congr.

El número 34 está colocado a continuación.



Núm. 35.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao, 1.º de Julio de 1916

Información particular sobre nuestra guerra

(Prosigue)

Bilbao, Junio 16.

Todos los Congregantes que están fuera de Bilbao se han puesto en comunicación constante con estas oficinas militares. (Ayala núm. 3).

Al verlos llegar los diablos, encargados de aquellos pueblos, y observar que desde los primeros días comulgaban con el debido recogimiento y que son tan alegres como cascabeles de plata en agitación perpétua, han quedado los muy cuitados con un palmo de narices y sin saber por dónde arremeterles.

Al instante han pedido instrucciones a Infierno. Tienen el teléfono en repiqueteo continuo.

El caso es que tampoco por aquellas honduras, se deben dar mucha prisa en sacarles de dudas.

Al ver lo valientes que se juzgan los Congregantes y las continuas victorias sobre los suyos, están completamente asustados y sin saber lo que hacer; por allí todo el mundo anda cabizbajo y muy serios paseando de una parte a otra; alguna vez conferencian unos con otros, pero nadie saca nada en limpio.

Mientras tanto nuestros compañeros van ganando terreno. ¡Animo!

Bilbao, 20 Junio.

Están a punto de chocar los dos Ejércitos, pues los Congregantes han resuelto hacer una fervorosa Novena al Sagrado Corazón y portarse mejor que nunca, según aquello de «A Dios rogando y con el mazo dando».

Bibao, 21 Junio.

Hoy, día de San Luis, patrono también de las Congregaciones, aunque de jóvenes ya hechos, ha habido abundantes comuniones y gran fervor. Ha comenzado la novena del Sagrado Corazón, o lo que es lo mismo, se ha roto el fuego. Andan los diablos que se los lleva el mismísimo Pateta en persona.

Bilbao, 22 Junio.

Procesiones muy concurridas en todas partes. En todos todos los pueblos donde hay Congregantes se nota que éstos han querido acompañar por calles y plazas al Señor en agradecimiento a que quiso dejarnos su *Sagrado Cuerpo* como remedio de nuestras necesidades.

Por supuesto, que todos han comulgado. Con esto ya se entiende que esta fiesta del *Corpus* ha sido un verdadero triunfo.

Bilbao, 24 Junio.

De los alrededores han venido muchos Congregantes con objeto de no faltar en la escolta del divino Salvador.

La tradicional procesión del Sagrado Corazón se celebró, con los resultados que eran de esperar por parte de los Congregantes.

Todos los Congregantes formados en filas se preparaban la batalla, la cual empezó muy bien temiendo los demonios un serio descalabro. Aunque, por tener que ausentarse el general y jefe, hubo un pequeño repliegue.

Los demonios atacaron por la parte más débil (los mayores aunque no lo parezca); éstos al principio se resistieron, pero luego cedieron un tanto, temiéndose seria catástrofe; más tarde se reanimaron y se defendieron valientemente hasta el final.

Se encontraron con la huéspeda aun faltándonos el jefe; sus planes fracasaron y se han llevado chasco. Ellos llevaron la peor parte.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Los que han dado muestras de mayor valor han sido los pequeños; intentaron atacarlos por varias partes, pero ninguno cedió y rechazaron al enemigo con gravísimas pérdidas.

¡Vivan nuestros pequeños y valientes guerreros!

Pese al diablo y sus secuaces, es cosa hecha que el Divino Corazón *reinará*... ¡vaya que si reinará, y en la Congregación como en muy pocos sitios del mundo!

Infierno, 25 Junio.

El repiqueteo de las campanas, los cohetes y bombas reales, los cánticos piadosos, los acordes de las bandas y los aullidos de rabia de los diablos por el triunfo del Divino Corazón del día de ayer, han producido a Satanás terrible jaqueca, que no le deja pegar ojo en su ardiente lecho de fuego.

Con ello está un humor de perros y trae de cabeza al infierno entero.

No ha podido convocar Consejo, como deseaba.

Bilbao, 30 Junio.

Hoy ha sido día verdaderamente de adoración y reparación. Fervorosas comuniones de desagravios, hermosos ratos de compañía junto al Divino Prisionero de nuestros altares, costosos sacrificios por su amor, todo eso y mucho más han hecho hoy los Congregantes.

Desde la mañanita han tocado alegre diana las campanas anunciando la fiesta de nuestro soberano.

Por la tarde, cuando más solo estaba el Señor, han hecho las visitas de desagravio y un rato de compañía, lo cual le ha agradado sobremanera al Señor.

Los balcones y casas han aparecido engalanados.

Parecía día de fiesta nacional, como en realidad debiera serlo.

Jesucristo ha reinado por completo.

Bilbao, 1 Julio.

Los Congregantes, residentes actualmente fuera de Bilbao nos comunican que el día de ayer fué de verdadero triunfo.

En todas partes comulgaron y acompañaron este día nuestros compañeros a Jesús.

En cierto pueblecito han ido poniendo en las puertas de los caseríos estampas del Sagrado Corazón de que hay buen depósito en las oficinas (Ayala, 3).

Para un día de fiesta, en que los aldeanos están menos apremiados con las labores del campo, preparan un gran acto.

Será entronizado Jesucristo en todo el pueblo, desde el Ayuntamiento hasta la casita más apartada.

Infierno, 2 Julio.

Lucifer está que hecha chispas.

Por de pronto quiere pedir cuentas a su gente. Está convocado Consejo con los de su Estado Mayor para mañana a primera hora, trasmitiré resultado.

Infierno, 3 Julio. (Urgente).

Se ha tenido el animado Consejo de Estado Mayor,

Lucifer ha estado breve y ejecutivo.

Ha hecho un recuento de las posiciones perdidas, y ha confesado que son de mucha consideración, y que particularmente para él es un mal síntoma que un joven empiece bien las vacaciones, porque así cuesta doble trabajo el *descarrilarle*.

R. R., Congr.

El caballito del cuento

En el rinconcito Z. pueblecito pintoresco de la provincia de Guipúzcoa se han encontrado este año dos íntimos amigos.

El uno, el mayor, pasa los inviernos entre el bullicio de los arrabales de la corte, mientras que el menor, el más travieso y vivaracho de los muchachos de su edad los pasa tranquilamente en esta nuestra villa.

Sentados muellemente entre verde yerba y sirviéndoles de respaldo el tronco de un copudo roble, se cuentan sus cuitas respectivamente.

—De modo que te diviertes mucho por los Madriles ¿eh?

—Sí y no, chico; no sé que decirte. Cines no nos faltan, cafés tampoco, armamos juergas a menudo, dinero tengo lo que quiero y sin embargo... sin embargo, creo que no tengo bastante, necesito algo más.

—Pues no has de necesitar ¡hombre!; lo que necesitas te lo voy yo a decir ahora mismo.

En primer lugar una buena ración de sentido común, y en segundo conocer las diversiones que debes tener para ser completamente feliz.

—Pero, tú crees que se pueden tener más que las que tengo.

—Pues, no he de creer, hombre ¿te figuras tú que los bienaventurados del cielo necesitan de cafés y de cines, para ser completamente felices?

—Por lo menos creo que, para los que gustan de cafés y de cines, el mejor goce del cielo será tener una buena colección de estos.

—Pero no estabas diciendo que con esa clase de diversiones no eras completamente feliz. ¿Cómo quieres que te las ponga en el cielo donde todo es felicidad y felicidad eterna?.

—Pues yo así lo entiendo, chico. Si a mi alma le dan como felicidad una diversión parecida a la de jugar a la pelota o subir de excursión a un monte, no sería feliz. Es más si a mi alma no le dan una diversión igual a la de los cines, cafés, teatros, no puede ser feliz.

—De manera que para ti son indispensables esa clase de juergas?

—Indispensables.

—Pues hablas como un mentecato y te lo voy a probar.

¿Qué dirías tú de un caballo que haciendo de criado y discurriendo a lo caballo, como esquisito plato le pusiese a su amo un manojito de paja en un plato de postre

—Pues que estaba hecho un caballo.

—Cabal, y qué pensarías tú si, después de advertirle al tal caballo, que para su amo es mucho mejor una buena chuleta, él contestase que no, que él ha comido las dos cosas y sabe que es mucho mejor la paja?

—¿... .....?

—Pues eso mismo piensas tú. Tu alma es como si fuese el amo y el caballo eres tú ¿me entiendes? piensas igual que el caballito del cuento.

El amigo de Madrid no supo qué responder, y entonces el de Bilbao tomando otra vez la palabra le dijo: Verás cómo este verano te diviertes: no tienes más que hacer lo que yo haga; verás cómo con la conciencia tranquila, comulgando todos los días, ocupándote en algo, y jugando el resto del día, pasas unas vacaciones en grande.

A. M. M., Congr.

Aunque tarde, valiente.

Fuí el año pasado a veranear con el propósito de no aburrirme. ¡Para algo me habían dado buenas notas!

Así es que enseguida que llegué al pueblo, busqué un grupo de amigos con quienes divertirme. El pueblo era más pequeño de lo que yo había creído, y por lo tanto, los diez o doce veraneantes que allí había formaban un sólo grupo, al que yo me agregué. Todos ellos eran chicos que no eran malos, pero que podían ser mucho mejores. Iban a misa solamente los domingos y comulgaban una vez al mes, cuando no se les «olvidaba». En resumen eran chicos con los cuales no debía haberme juntado nunca, y sin embargo todo el día estaba con ellos.

Al comulgar cada mañana, le pedía al Señor me diera suficiente voluntad, no solo para separarme de ellos, sino para hacerles cambiar de camino; pero cuando a eso de las diez me venían a buscar, se me olvidaba todo lo que había prometido hacer por la mañana y seguía divirtiéndome con sus bromas y riéndome de sus chistes.

Así pasó el primer mes. Un día, el primer viernes de Agosto le pedí como siempre al Señor, y aquel día lo hice con tanta insistencia que me lo concedió.

Por la tarde aprovechando el buen tiempo fuimos todos a merendar a un lejano chacolí. Estábamos todos sentados formando corro, cuando uno de ellos sacó un cromo bastante indecente y enseñándoselo al que estaba a su lado, le dijo: «Pasa esta preciosidad a tu vecino». Este se la dió al siguiente y así fué corriendo por toda la mesa en medio de grandes carcajadas.

Por fin llegó donde estaba yo, y en vez de reir como los demás, con el valor que Dios me dió en aquel instante y con el arrojo que aun hoy mismo me admiro, la rompí en diminutos pedazos y dando un buen bofetón al que me había dado la estampa, le dije: «Pasa eso a tu vecino».

Inútil decir que no volví a juntarme más con ellos y ¿queréis creerme? me divertí desde entonces bastante más.

I. G. M., Congr.

Correspondencia abierta.

El número anterior de «Flores y Frutos» puesto en práctica.

Me levanto todos los días a las siete para ir a Misa y comulgar, y pedir por V. y por todos los Congregantes. Después de desayunar trabajo hasta las diez y media, haciendo el extracto de alguna asignatura de grado, para tener algo adelantado en el próximo curso. (D. M.) Luego voy de paseo con mi papá y hermanos hasta la hora de comer. Por la tarde, durante las horas de calor, me entretengo jugando con las herramientas de carpintero, y después de merendar y hacer la visita al Amo, voy dando un paseo con el Coadjutor, y con los niños del catecismo voy a jugar al pelotón a una de las hermosas campas que aquí tenemos.

Por la noche rezamos el rosario en familia, y al irme a la cama hago mi examen de conciencia, rezo las oraciones acostumbradas, doy las gracias a Jesús y María por haber pasado el día sin ofenderles y muy contento y tranquilo me entrego en brazos del Angel de mi Guarda.

Tengo mucho trato con los Sres. Curas, les hablo de la Congregación y les enseño todo lo que de ella tengo, y se están animando a fundar una en esta Parroquia.

Sigo siendo Catequista.

Para no olvidar a las Misiones, todas las semanas echo una perra en una caja, que llevaré cuando vaya a esa.

Me han concedido dos Matrículas de Honor.

M. G., Congr.

Observador.

Ya estamos aquí después de haber pasado una gran semana en Madrid. Aunque en el primer momento me causó Madrid gran desilusión, cuando llegó la hora de la marcha, de buena gana me hubiera quedado unos días más. Hemos estado en todos los museos, que son verdaderamente preciosos; para ver el de pinturas se necesita una semana. También vimos la Capilla Real y el tesoro que, además del valor de las joyas; pues, sólo donde se encierra el clavo de Nuestro Señor, hay sólo en brillantes once mil, sin contar las piedras preciosas; hay además un sin número de reliquias. Visitamos también San Francisco el Grande, y la cripta de la Almudena que tiene sepulturas de verdadero mérito, y el panteón de hombres ilustres, que tiene mausoleos de gran valor artístico; éste no me gustó pues se siente el frío de la indiferencia religiosa.

F. A., Congr.

Desde Covadonga.

Desde estas pintorescas regiones de Asturias, donde se libró la primera batalla de nuestra Reconquista (que empezando en este

Universidad de Deusto
Biblioteca

rinconcito no paró hasta los regios Alcázares de Granada, y las vírgenes selvas de América) junto al sepulcro de D. Alfonso I y Pelayo, bajo la imponente gruta, sobre el rugidor torrente y frente a la hermosa basílica de Nuestra Señora, le envía un filial saludo, así como a mis amigos Congregantes su corderote,

D. A., Congr.

Todo, volando.

No he podido escribirle antes, porque se pasa el tiempo volando; me levanto a las 7 de la mañana, voy a la Iglesia, comulgo, oigo misa, desayuno y después voy a la playa; allí me descalzo y jugamos en el agua.

Después de comer voy donde el músico mayor que vive abajo nuestro y doy con él clase de solfeo y piano; salgo después de paseo, vuelvo a casa, ceno, rezo el rosario y, a la cama.

P. L., Congr.

Madrugador.

Continúo comulgando diariamente, aunque ahora la misa es a las cinco y media. Aquí me divierto mucho, pues tengo dos caballos y todas las tardes salgo a dar un paseo con mi hermano a caballo. Los domingos acompañamos al señor cura a dar el catecismo a los pequeños, que ya me lo he aprendido de memoria.

M. L., Congr.

Un cura de diez años.

Estoy muy contento, pues ayudo a misa todos los días, y comulgo también todos los días. Padre: ¿me podrá contestar a esta pregunta?—Mire: el Padre Dávila me preguntó si harán los Congregantes alguna expedición por aquí; ya entiende por donde ¿eh? por Mundaca.

Estos días estoy sin celebrar misa hasta pasar San Pedro, pero después de San Pedro todos los días celebraré, si Dios quiere; pues ahora no tengo misal; pero en San Pedro me dejará el misal que el Sr. cura tiene en casa.

M. A. E., Congr.

Buen madrugón.

Aquí se celebró ayer una hermosa función de Iglesia y la gran procesión por la carretera con el Santísimo. Las señoras se encargaron de adornar el altar de la calle, y tanto el sábado, como ayer por la mañana, me levanté a las cuatro de la mañana, y les acompañé a llevar ramajes y flores. Aquello estuvo precioso.

J. M.ª A., Congr.

Un valiente.

Hoy ha sido el primer día que he podido comulgar por haber estado enfermo, y pienso hacerlo todos los días.

El enemigo de que V. me habló el otro día, va de vencida; pues cuando viene a tentarme, me acuerdo de la Virgen y entonces no puede vencerme.

L. T., Congr.

Buena satisfacción.

Al recorrer los caseríos vecinos, tuvimos la satisfacción de ver enteras en todas las casas las estampas que colocamos el año pasado.

Oímos todos los días la Santa Misa, ayudamos los dos hermanos y comulgamos.

A. U., Congr.

Mejorando.

Estoy casi seguro que cuando V. abra esta carta dirá: vamos ya era hora que me escribiera este corderín. Es verdad que estoy muy perezoso para escribir, pero no crea que por eso me he olvidado de la Congregación; sino que es todo lo contrario, pues, aunque antes, como sabe, no lo hacía siempre, ahora comulgo diariamente.

A. D., Congr.

FLORES Y FRUTOS

Núm. 34.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao, 15 de Junio de 1916

Información particular sobre nuestra guerra

La agencia *Angeles de la Guarda* nos trasmite por radiograma el siguiente despacho.

«Corte Celestial, 1-Junio-17.

Nos consta por conducto muy autorizado, que hay gran animación en la Babilonia infernal.

Parece inminente que Lucifer declarará en breve plazo la guerra a los Congregantes de Bilbao; y de una manera especial para el próximo verano; piensa que le será propicia la circunstancia de hallarse éstos en vacaciones.

En los infiernos está la cosa que arde.»

Junio-3-18,20. (Urgente).

Está convocado el Consejo de ministros infernales, encargado de dictaminar sobre la guerra.

El primero en llegar fué Lucifer. No mucho después llegaron sus ministros. Sólo llegó tarde el demonio de la Pereza.

Hay gran expectación por saber que se decide.

Junio-4-7 mañana. (Urgente).

La declaración de guerra es un hecho.

Hoy, que ya muchos Congregantes van terminando brillantemente sus exámenes, les ha sido enviado el *ultimatum*.

Se ve que la guerra va a ser a muerte.

El fatal documento va firmado por «Tentación, Ministro Infernal de la guerra».

Junio-4-9 mañana. (Urgente).

El Consejo ha sido largo y muy agitado.

El primero en el uso de la palabra ha sido el demonio de la Necedad.

Ha dicho que es una verdadera vergüenza que, después de todos los esfuerzos del infierno, viva aún y florezca en Bilbao la Congregación, y ha añadido que es preciso hacer la guerra sin cuartel durante estas vacaciones, hasta hacerla desaparecer.

(Grandes aplausos).

«La guerra ha de ser, ha continuado diciendo el pobre diablo, ha de ser franca, a cara descubierta...»

Al llegar aquí un verdadero diluvio de improperios ha caído sobre el diablo-necio.

—¡Ese no lo entiende! ha dicho con voz gangosa el Demonio de la Hipocresía.

—¡¡Fuera ese tonto!! añadió el de la Soberbia.

Como el alboroto iba tomando proporciones alarmantes, hubo de retirarse más que a paso el infeliz agredido.

Se ha disputado el sucederle en el uso de la palabra una porción de Consejeros.

Se ve que ni de nombre se conoce, por aquellos caldeados barrios, a la Modestia ni a la Humildad.

Un rugido del Presidente ha logrado por fin dominar aquella alborotada jauría, y se le ha concedido la palabra al ya citado Demonio de la Hipocresía.

Goza éste de gran autoridad en los infernales contornos por ser el inventor del funestísimo aforismo diabluno: «Apariencias de Santo y hechos de diablo.»

El se las arregla para presentar como bonito todo lo feo, blanco todo lo negro y perfumado de ambar, aun lo que a cien leguas apesta a insoportable azufre.

Sus palabras están siendo recibidas con estruendosos aplausos. Os avisaré en qué paran estos entusiasmos.

Junio-4-11,15 mañana. (Urgente).

En este momento se ha terminado el Consejo del Estado Mayor Central.

He aquí en extracto lo más importante:

Diablo-Hipócrita.—«Mi Presidente, Vete

Universidad de Deusto
Biblioteca

ranos Consejeros: Que a los Congregantes de Bilbao se les pueda atacar francamente y a cara descubierta, cosa es que ni en sueños se le ocurre a nadie más que al mismo Demonio de la Tontería. (Aprobación general.)

Ver el Congregante la tentación manifiesta, el pecado franco, descubierto al demonio y santiguarse, encomendarse a su Rey, invocar a su Patrona, arremeter contra nosotros, no consentir ni por asomos en lo propuesto y mandarnos por fin con viento fresco de allí a cien mil leguas, cosa es toda de un abrir y cerrar de ojos como a diario nos ha mostrado la fatal experiencia (Señales de profundo convencimiento en el auditorio).

Al Congregante no se le vence así. ¿Sabéis cómo? Hay que disfrazarse, hay que cubrir con guante blanco la peluda garra, hay que vendérsele como amigo; tal vez no convendrá que nosotros en persona nos acerquemos a él.

Será mejor, a veces, que nos pongamos de acuerdo con nuestros amigos del mundo, con tantos demonios en carne humana como tenemos a nuestro servicio en la tierra...»

Un aplauso cerrado interrumpe al astuto orador. Aquello ha sido una verdadera revelación para el infierno y se suceden los vítores sin cesar.

Se pone a votación el asunto y es aprobado el plan por unanimidad.

Nuevamente impone silencio el Presidente para decir: «Exponga cada Consejero las fuerzas con que contamos.»

Demonio de las malas compañías.

Yo presento unos amigos, chicos de buena facha a primera vista, que con una invitación al parecer casual e inofensiva, con una palabrita dicha al oído, con una bromita pesada, con sólo llamar a un Congregante «niño» o «beato» son capaces de poner a ese Congregantilio colorado como un tomate, hacerle titubear, retraerle de la Congregación y llevarle por desconocidos caminos

Y les presentaré amigos que amando odian, aconsejando envenenan, acariciando matan y que son tan hábiles como yo en hacer de un ángel un demonio, más negro que cualquiera de nosotros.

(Aprobación general).

«Contigo trabajaré a una—dice el

Demonio de los respetos humanos—

que tengo yo de repuesto para estos casos unos miedos, unas cobardías, un: *qué dirán* si comulgo, *se me van a reír* si no les acompaño, capaces de tumbar de espaldas a una Congregación entera. (Risas y asentimiento).

Demonio de la Pornografía.

No hay minas ni submarinos más disimulados que los míos: unas revistas muy *ilustradas*, muy elegantes, con unos grabados de arte y unos cuadros de tanto mérito y hasta sus asuntillos piadosos y...nada! allá al volver la hoja... entre col y col lechuga... o cosa que se le parezca a lo menos por lo fresco.

Pues ¿y las novelitas, folletines, cuentos y chascarrillos que me gasto?

Son capaces de enrojecer a un guarda-cantón y de hecho enturbian y ennegrecen muchas almas.

Pero ¡fuera temores! Yo les sabré poner en la portada un sugestivo rótulo v. g., «cuadros populares», o cubriré su desnudez con el amplio ropaje de un estilo rimbombante y... no ha pasado nada; el librito tendrá entrada en multitud de casas, en donde, o poco he de poder, o ha de quedar al alcance de algún cándido Cogregante, tal vez junto a un devocionario repleto de novenas y oraciones.

—Contigo he de ir yo del brazo por ese necio mundo, añade muy ufano el

Demonio de la Sensualidad.

Tengo entrada franca en los teatros y en los Cines; yo he inventado los thes, tangos, y los couplets y hago de las modas mangas y capirotes. He azuzado las pasiones humanas y he mandado a presidio a la Vergüenza que sufrirá condena de cadena perpetua. (Aplausos.)

No podréis negar, Señores Consejeros, que en esta guerra soy yo el inventor del verdadero cañón de más alcance.

—Podrá ser—exclama un tanto amoscado el

Demonio de la Ociosidad,

pero la presente campaña ha de triunfar por obra mía.

De las vacaciones—diré por todas partes—que son para descansar. Fuera, pues, estudios y libros. Y cuando yo tenga al Congregante mano sobre mano, vagando sin rumbo fijo de un lado para otro, sin entretenimiento honesto, en los límites de aburrimiento, entonces puede acercarse cualquiera de vosotros, ya está hecho el trabajo de zapa, ya están bombardeadas y removidas las trincheras, dad vosotros una carga, que el triunfo será cosa de coser y cantar.

Este parecer se ha tenido en el Consejo por opinión muy aguda y ha sido muy alabado por Satanás mismo.

Finalmente se ha levantado la sesión y ha marchado cada diablo a sus negocios.

De pasada se ha podido coger el animado diálogo que a la salida sostenían dos redomadísimos demonios.

El uno: ¿Sabes tú que es tremendo el Demonio-Hipócrita?

El otro: ¡Ya lo creo! Como que él es el que enseñó a las gentes a encender una vela a San Miguel y otra al que está debajo.

El uno: Razón tienes, y él fué también el que inspiró que el discípulo entregara con un beso a su Maestro!

El otro: ¡¡Ay, Congregantes, estáis perdidos.

Junio-5. (Urgente).

La movilización infernal ha comenzado.

Legiones enteras de diablos de alta y baja graduación se han dirigido al mundo. Las posiciones que ya han ocupado no pueden ser más estratégicas.

Por todas partes se ve la acción infernal.

En los paseos no se sabe ya a dónde dirigir la mirada.

En muchos escaparates, sobre todo donde venden revistas y folletos, han construído resistentes trincheras.

Los demonios de carne y hueso trabajan con mayor ardor aún que los espíritus infernales. Hay gran expectación por saber la respuesta de los Congregantes.

Bilbao, 6-Junio-7,30. (Urgente).

A los Congregantes no ha cogido de sorpresa la declaración de guerra para las vacaciones.

Muchos ya la esperaban.

Han resuelto que ni siquiera se responda al *ultimatum* infernal, pues de su parte están ellos en *perpetua guerra* con el infierno.

No por eso se crea que desprecian el peligro. Conocen al adversario y se preparan ya fuertes defensas.

Infierno-7-Junio.

Cuartel General. Hoy empezará la ofensiva. Atacarán por los cuatro puntos cardinales a la vez. Todos, aun los más rabiosos lobos, han de presentarse vestidos con piel de oveja. Plan de ataque, hacer:

1.° Que omitan lo bueno.

2.° Que empiecen a bajar por el resbaladero de lo mediano.

3.° Que se despeñen en lo malo.

Bilbao, 8-Junio. (Urgente).

La Congregación se ha puesto de acuerdo con los Imperios Celestiales.

En estos ha sido acogida con la mayor cordialidad su petición.

El Cielo y los Congregantes lucharán juntos.—Ya nadie duda de la victoria.

Bilbao, 9-Junio. (Urgente.)

Se ha hecho el recuento general de fuerzas. Se dispone ya de las siguientes:

Su Divina Majestad que, particularmente en el Sagrario, dará audiencia a todas las horas del día y de la noche. Jamás faltará allí aprovisionamiento de consuelo, divino alimento y fuerzas sobrehumanas.

La Celestial Emperatriz de los Cielos, siempre vigilante y cuidadosa de sus predilectos hijos.

San Miguel Arcángel como apabullador general de todos los demonios.

San Ignacio de Loyola, los Santos de la devoción de cada uno, como procuradores de la causa de los Congregantes en la Corte Celestial. San Estanislao en primera fila. Los Santos Angeles de la Guarda que les acompañarán y defenderán en todas partes.

Estos bienhechores espíritus han aceptado muy gustosos los puestos más avanzados en el frente de batalla.

La lucha promete ser muy reñida.

Bilbao, 10-Junio.

Aún cuentan los Congregantes con nuevas fuerzas.

Han instalado en la tierra sus Oficinas de Guerra.

En ellas (Ayala 3) se nota más animación que en laboriosa colmena.

Se facilitan allí instrucciones a todos los beligerantes.

Bilbao, 11-Junio.

Está ya armado y equipado el joven ejército Mariano.

Su armamento es ofensivo y defensivo, en una sola pieza.

Si con él se comparan en la ofensiva los cañones de más alcance, los aviones y los cruceros, son ciertamente menos aún que la carabina de Ambrosio, colgada de un clavo y cargada de sal.

Para la defensiva es tanta su resistencia que las plazas más fortificadas son en su comparación verdaderos castillos de naipes.

Su nombre es «Gracia divina» y con ella han triunfado durante veinte siglos legiones sin cuento de cristianos

En el cuartel General (Ayala, 3) se reunen para ultimar preparativos.

Comisiones encargadas de examinar el plan de ataque del enemigo han publicado oportunas instrucciones para desbaratar sus planes y vencerle. Los Congregantes procuran quedar bien enterados de ellas.

Se nota mucha unión y animación.

Bilbao, 12-Junio.

Os envío un extracto de las instrucciones, contra el ejército de las malas compañías:

1.° Los Congregantes procurarán reunirse preferentemente con los compañeros de Congregación.

2.° Los que salen a veranear fuera, procurarán preguntar al P. Director si sabe de algunos otros Congregantes, que hayan de ir por su mismo sitio de veraneo y podrán reunirse con ellos.

3.° En el verano particularmente se tendrá en cuenta que a los Congregantes les está prohibido, bajo pena de expulsión, dar su nombre a ninguna asociación, club y a un simple equipo de foot-ball, sin consentimiento del P. Director.

4.° Cuando encuentren un joven piadoso, a quien vean frecuentar mucho los Sarramentos y observar buena conducta, podrán tratarle y entusiasmarle con la Congregación y animarle a inscribirse en ella y ponerle en comunicación con el P. Director.

5.° Cuando por relaciones de familia u otras razones inevitables hayan de tratar a jóvenes cuya conducta no les satisface, expongan ya de palabra, ya en una prudente cartita el caso al P. Director en cuya resolución podrán quedar tranquilos.

6.° Cuando duden si admitir o no a un joven a su trato, acuérdense que en las oficinas militares (Ayala, 3), se resuelven a todas horas por carta o personalmente cuantas dudas ocurran.

Universidad de Deusto
Biblioteca

7.° Cuando se tropieza con un fresco de trato inconveniente, se le dice muy clarito que a los Congregantes nunca agradan amigos de tal clase y se le manda a la primera, sin ambages ni rodeos, que se vaya a paseo.

—Sabemos de buena tinta, que se van forcundo para Bilbao y sus alrededores, agrupaciones de sólos Congregantes, que sin ofensa de Dios y sin provecho del diablo, piensan pasar unas alegres y divertidas vacaciones.

Bilbao, 13-Junio. (Urgente).

Hoy se han conocido nuevas y útiles instrucciones. Allá van:

1.° Jamás leer revistas, novelas, ni cuentos sin permiso de mis padres y aprobación de mi confesor.

2.° No ser tan tonto que ya crea decente a una revista, por el sólo hecho de que de vez en cuando traiga grabados piadosos, sino acordarse de aquello de que *«tras de la cruz está el diablo»*, y así pedir siempre consejo.

3.° Acordarse de tantísimo como se ha dicho en la Congregación acerca de ese *cazadero de bobos*, donde hace el demonio su negocio, conocido vulgarmente con el nombre de Cinematógrafo.

4.° Entiéndase otro tanto de ciertos paseos concurridos por gentes, elegantes tal vez en la apariencia, pero faltas en absoluto de edúcación y vergüenza, a juzgar por las libertades que se toman. De esto ocurre bastante en algunas playas.

Bilbao, 14-Junio.

Son ingeniosísimos los medios que los Congregantes han ideado, para estar convenientemente entretenidos, sin dar lugar al aburrimiento ni a la ociosidad. Cada grupo de Congregantes se ha hecho algo así como una holgada distribución, conforme a la cual repartirá el tiempo y una serie de diversiones para tener entretenimientos variados.

Hay allí su parte para Dios: la Santa Misa y Comunión para empezar el día, y visita al Stmo. y Santo Rosario para terminarlo como buenos Congregantes.

No faltan las giras animadas, las expediciones alegres, las caminatas en bicicleta y aun en modesto y pacífico borrico, partidos de pelota, de tennis, de foot-ball, cuando el tiempo y el local lo permitan, baño refrescante, etcétera, etc.

Algunos Congregantes que salen de Bilbao han resuelto pasar las horas de calor en casa de un compañero suyo, cuyos amables papás les obsequian con una mesita de billar.

Otros muchos piensan pasar ese tiempo repasando alegres piezas de piano, perfeccionándose en el dibujo e ideando concursos de útiles caricaturas que si el pulso ayuda verán la luz pública en Flores y Frutos.

Como las horas menos animadas son las primeras de la tarde, no faltan quienes piensan pasarlas a la fresca y a la sombra, ya formando bolas de papel de plata, ya ordenando su colección de sellos y de postales de monumentos, ya poniendo en orden y concierto multitud de chucherías que tienen reunidas para *las Misiones*.

Congregantes hay que piensan formar en una pintoresca aldea *un catecismo*, y enseñar lo más rudimentario a unos niños de abandonados padres, que esclavos de la miseria se olvidan de sus hijos.

Otros podrán, entendiéndose con el Sr. Párroco, preparar niños para la primera Comunión y tenerla muy lucida.

La manera de hacer todas estas cosas y dónde hay abundantes hojitas para hacer esto con gran facilidad lo dirá con mucho gusto a todos el P. Director, dirección Ayula, 3.

A los valientes, que de este modo ganen para Jesucristo algún pueblecito y arrojen de él al demonio, se les concederá honores militares de *cabo o sargento* que el Angel de la Guarda anotará para el gran día de Revista general en el libro de actas del Regimiento Mariano.

También habrá allí honrosas condecoraciones y sus correspondientes citaciones para general ejemplo en la orden del día.

Los ascensos habrán de ser por mérito riguroso.

Bilbao, 15-Junio.

Van marchando llenos de ánimos y entusiasmo bastantes Congregantes a pueblecitos y poblaciones. Los que aquí quedan saben que, libres de clases y colegios, están obligados a venir todas las mañanitas, y por nada quieren perder la Congregación.

R. R., Congr.



Núm. 36.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao, 1.° de Agosto de 1916

Información particular sobre nuestra guerra

(Prosigue)



Infierno, 24 Julio 3,25.

Antes que el día amaneciera han tocado hoy *diana*. Se teme por parte de los Congregantes un ataque temible.

Según aviso fuertes contigentes se aprestan a salir con dirección a un notable campo atrincherado situado en un pintoresco valle de Guipúzcoa.

Bilbao, 24 Julio-9.

En las oficinas militares de Bilbao, es incesante el ir y venir. Funciona sin cesar el correo y el teléfono. Se está equipando un cuerpo escogido de ejército más valiente que numeroso.

Dícese que sus Ejercicios los practicarán en la acreditadísima Escuela de Guerra de Loyola, y que allí serán armados caballeros de Cristo y darán al enemigo descomunal batalla.

El texto que para tan importante fin estudiarán es el de aquel valiente cupitán de la fortaleza de Pamplona, conocido en el mundo entero por Iñigo de Loyola.

Bilbao, 24 Julio-9,30.

Las condiciones del nuevo ejército de operaciones se parecen en algo a las que a sus soldados impuso Gedeón.

Es de toda necesidad que sean valientes; *los gallinas* están muy bien en casita.

Excuso decir que no se ha encontrado *gallina* en toda la Congregación ni para poder condimentar una simple taza de caldo.

Bilbao, 24 Julio-12.

Hoy han salido para Loyola los de la segunda leva de 1916. Son 36: todos voluntarios.

Galdácano, 24 Julio-12,20.

Desde las cinco de la mañana está custodiada toda la vía. En todas las estaciones hay su correspondiente compañía de diablillos.

Amorebieta-Zornoza, 24 Julio-12,35.

Ha pasado el tren, uno de cuyos coches era ocupado por los Congregantes. Reinaba una animación que daba envidia. Hasta ahora no hay nada que lamentar en el viaje.

Momentos antes de la llegada del tren ha aparecido un piquete de Angeles de la Guarda que han hecho desbandar al enemigo y ha limpiado de diablejos toda la línea.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Loyola, 24 Julio-15,30.

Han llegado los Congregantes. Al divisar la grandiosa Escuela de Guerra han sido atacados formidablemente por los demonios en forma de desaliento, de temor, de aburrimiento y hasta su tanto de miedo.

La aguerrida compañía ha resistido valerosamente a todo, y allí, donde gentes que se dicen *espíritus fuertes* han retrocedido sin valor para afrontar breves días de seria reflexión, ellos han triunfado como la cosa más natural.

Ya están todos instalados; al anochecer empieza el fuego en toda la línea.

Loyola, 25 Julio-11 mañana.

Estamos en pleno curso de estrategia.

El enemigo ha roto el fuego con toda su artillería de grueso calibre: ganas de hablar, de corretear de ventana en ventana, de entretener el aburrimiento charlando con los amigos... ¡¡Quién va a aguantar ¡así! *cuatro días!!*... Si no hubiera venido, ahora estaría en la playa de..., haría excursión en bicicleta por... ¡¡Qué divertidos andarán N y N' y N"!... Y total para decirme lo mismo que me dicen todos años en la Congregación... ¿Si querrán que me meta Jesuíta? Lo que es a mí no me cogen, aunque se empeñe el Padre que desde el primer saludo nos espetó «hay que pensar de veras en la elección de estado!...»

«Cuando sonaba la bocina de algún automovil, ¡qué ganas de asomarse a la ventana! Si no me armasen bronca en casa, mañana mismo me escapaba...»

«Las 10; las 11; las 3 de la tarde; las 5, las 6... Señor ¡qué largo va esto! qué aburrimiento! y aún no ha pasado el primer día!... y aún faltan otros tres días!!!....

A pesar de tanta metralla y tan mortífera, aun de gases axfisiantes, todos han resistido a pie firme, sin bajas, sin retroceder.

Saludamos compañeros de Bilbao; pedimos se acuerden de nosotros ante nuestro Supremo Jefe y Señor.

Bilbao, 26-Julio.

No se ha notado variación en la línea. Aun no hallándose presente nuestro Director que está al frente del destacamento Loyola, continúa, como es nuestro deber, el fuego en este frente.

No nos olvidamos particularmente a las siete y media de la mañana de que nuestros compañeros traen encarnizada lucha en Loyola. Estamos tranquilos esperando seguros victoria.

Loyola, 27 Julio.

Ayer y hoy el enemigo ha redoblado sus ataques a la desesperada, pero en todos ha sido rechazado victoriosamente y derrotado en toda la línea. El espíritu y disciplina de todos nuestros soldados, excelente. Luchan con una bravura y tesón pocas veces vistos.

Después de los combates, se dedican a estudiar aquel compendio de táctica ignaciana: «1.° que sienta interno conocimiento de mis »pecados para aborrecerlos. 2.° que sienta »el desorden de mis pasiones y afectos para »que aborreciéndolos, los enmiende y ordene. »3.° que conozca y aborrezca las vanidades del »mundo.» Contemplando las ruinas y estragos y consecuencia del pecado, sobre todo del de la impureza, ha tratado de conocer y desenmascarar cada cual a sus propios enemigos, las evoluciones, emboscadas, tácticas, armas y modo de combatir de los mismos. Para sostener una vigorosa *defensiva*, aprenden a construir parapetos, trincheras, alambradas y comunicaciones *interiores* contra *amigos, lecturas, cines, diversiones, miradas, conversaciones*, que son las avanzadas del enemigo; buscan un buen Director espiritual, que como capitán experimentado les dirija y en la Comunión diaria y en la visita a la Sma. Virgen cobrarán vigor y aliento. ¿Con tales aprestos quién les podrá echar del terreno conquistado?

Enardecidos con la arenga del heroico defensor de Pamplona «¿qué he hecho por Cristo? ¿qué hago por Cristo? ¿qué debo hacer por Cristo?» se aprestan a una arrolladora OFENSIVA.

Loyola, 28 Julio.

En todos los pechos bulle una sola decisión: ser soldados distinguidos en las filas de Cristo Jesús. El *pelotón de los torpes* ha quedado esta vez en cuadro. Solo esperan recibir órdenes de mando de su Divino Capitán para acudir al puesto señalado, aunque sea en las avanzadas.

El enemigo, que conoce bien el objetivo de San Ignacio en sus Ejercicios *la elección de estado*, hace un último desesperado esfuerzo para desquitarse en este combate de las derrotas anteriores. Menudea el fuego de fusilería y artillería; *arma emboscadas;* llega casi hasta las alambradas: arrecia los temores: «¿Y quién me asegura que tengo vocación? No todos han de ser religiosos! hacen falta buenos seglares! ya se puede ser bueno si uno quiere! Aquellas diversiones, aquellas amistades, aquellas... ¡cómo voy a vivir tantos años sin nada de esto! (Por aquí es por donde más carga el enemigo.) Meterse jesuíta!! Dios no pide tanto.»

La lucha se recrudece por momentos. Qué apuros, qué sudores, qué trasudores: «ojalá me digan que no sirvo para jesuíta, ni para fraile, ni para cura.»

Entre tanto el Angel de la Guarda, reanima con mil consoladores pensamientos:

Qué hermosa la vida religiosa, donde se vive entregado al solo servicio divino!... Aquellos novicios, con sus ojillos bajos y su carita de risa, aparecen hoy rodeados de singular encanto. Qué diferencia de estos jóvenes y esos que pululan en Bilbao y en otros sitios!... Qué sublime aparece San Luis Gonzaga, renunciando halagos de corte, cariños de familia, pingües rentas y coronas de duque y de marqués para vestir una pobre sotana! Qué arrebatador es acudir en socorro de tantos gentiles, indios, chinos, zulús, abisinios, etcétera que no conocen a Jesucristo por no haber quien se lo predique. En Europa tantas Iglesias, tantos sacerdotes, tanta facilidad de sacramentos, sermones instructivos; allí una mala choza donde celebrar; el sacerdote que gira una visita al año; sin haber casi quien administre el bautismo, la comunión y la extremaunción; sin poder oír casi sermones. Aquí tanto dinero que se malgasta en teatros, sports y... otras cosas peores; allí mueren miles de niños sin bautismo por no poder ser recogidos y educados.

Los ejercicios se nos han hecho agradables y hasta breves. Cómo nos pretendía engañar el demonio el primer día!!

Desde esta tarde se nota particularmente que anda la gente con alegre cara de Pascua.

Al enviar este comunicado se oye lejano el toque de retirada del enemigo.

¡Hurra! ¡Vivan los Estanislaos!

Loyola, 29 Julio.

El día de hoy durará en nuestra memoria lo que la vida.

Hemos jurado eterno vasallaje a Jesucristo nuestro Rey en el mismo sitio en que tan resueltamenre lo juró San Ignacio de Loyola.

Estos muros testigos de aquel juramento, que los hizo estremecerse y los dejó cuarteados—como aun hoy día se puede comprobar—han sido hoy testigos de nuestra consagración más completa al Señor.

Les hemos recibido todos emocionados en nuestro pecho.

Quiera Dios que nunca retiremos traidores la palabra que hemos empeñado. Antes morir. Llevando: por General en Jefe a Jesucristo, a quien recibiremos diariamente; por Madre y Reina a la Sma. Virgen, a quien todos los días visitaremos; por Capitán a un sabio y prudente Director espiritual, con quien nos aconsejaremos, a quien expondremos desde el primer momento nuestras tentaciones, nuestras dificultades, nuestros peligros, y cuyas voces de mando obedeceremos sin réplica: venceremos al mayor enemigo de la juventud «la impureza».

Piadosos sin mogigaterías, alegres y divertidos como el primero, valientes y decididos sin cobardía, aplicados cuando suene la hora de estudiar y trabajar, obedientes, seremos dignos Congregantes de María Inmaculada y San Estanislao, en la iglesia, en nuestra casa, en el colegio, Instituto, en la calle, en los paseos y aun en la misma Congregación, tomando parte activa en los Catecismos y obras de celo y fomentando la obra de las Misiones.

Si el Señor hubiere llamado a alguno para servirle más de cerca, dichoso mil veces él! Por qué no nos llamaría a todos!

Al abandonar Loyola se encuentra apenado el ánimo, encariñado con este tranquilo rinconcito donde tan serenas corren las horas y tan cerca se siente a Dios.

Fuera nos espera el bullicio, la algazara, la lucha para tanto mortal.

¡Agur! Aita San Ignacio, hasta el año que viene! No te olvides de tus soldados más tiernos.

Infierno, 29 Julio.

Estos antros presentan el más desolador aspecto. La derrota en los campos de Loyola ha sido completa.

Diablos y diablillos de todos géneros, tipos y tamaños van llegando corridos y echando espumarajos de rabia.

El demonio de la sensualidad, el de las malas compañías y el de los respetos humanos, el de los cines, novelas, paseos, que se creían inexpugnables y pensaban o que ya eran *medio amigos* o que andando el tiempo llegarían a serlo de algunos Congregantes, se han quedado *a la luna de Valencia*.

En Loyola se ha roto con todo lo que ni a cien leguas pueda oler un día a *chamusquina*.

Satanás está que arde, como un *triquitraque*.

Corte Celestial, 29 Julio.

La alegría perenne que aquí reina se ha aumentado hoy accidentalmente por el buen éxito de los Ejercicios de Loyola.

Una banda de alegres angelitos ha ido a dar serenata al trono de la Santísima Virgen y al sitial de San Estanislao. San Pedro ha hecho una escapatoria desde la insustituible portería para enterarse a qué se debía tanto alborozo.

El Arcángel San Miguel le ha salido al paso contándole que él y los suyos están de fiesta, pues los Congregantes a su custodia encomendados van este verano de victoria en victoria sobre los demonios. ¡Mal año para esos galopines rabilargos!, ha respondido el Príncipe de los Apóstoles blandiendo las doradas llaves de las puertas de la Gloria.

Y volviendo apresuradamente al vestíbulo de la mansión de los bienaventurados ha dicho muy ufano a los angelitos que allí forman el cuerpo de guardia:

«En cuanto asome por aquí un joven, que haya muerto con las insignias de Congregante de María, abridle de par en par las puertas y sea el muy dichoso recibido con bandera y música».

Corte Celestial, 29 Julio-5 tarde.

Continúan los ángeles celebrando los triunfos Marianos.

Los jóvenes bilbaínos, que han tenido la dicha de morir Congregantes, han sido particularmente obsequiados durante todo el día.

Hasta los gravísimos Patriarcas del Antiguo Testamento, les han felicitado cordialmente.

R. R., Congr.

Correspondencia abierta.

De pesca.

Le pongo cuatro letras; pero no se ría de mí, porque es la primera vez que cojo la máquina. El domingo comulgamos, y después fuimos a pescar cangrejos; ya pescamos; pero ¿qué?... hambre.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Como le dice mi hermano, la vida aquí es dormir, comer, estudiar y pasear, y se me olvidaba la misa. El 24 iremos a repetir la pesca; a ver si salimos tan bien como el otro día.

E. U., Congr.

¿Para qué es buena la suela?

Aquí estoy muy bien; todos los días ayudo a Misa y comulgo y me paso la vida entre Congregantes. El otro día me saludó aquel que V. sabe y le dí la suela del zapato; para que vea V. si me estoy haciendo valiente.

J. M.ª S., Congr.

Siempre juntos.

Le doy las gracias por su librito; hago uso de él en mis frecuentes comuniones. Aquí nos juntamos una partida de Congregantes y nos divertimos *la mar*.

G. G., Congr.

Hay que ser más.

Me alegro del deseo de V. de elevarme de categoría; es un aliciente, Padre, ¿verdad?

G. I., Congr.

¡Como éste, todos los pueblos!

En ésta oímos misa y comulgamos todos los días junto con bastantes chicos, que están comulgando también diariamente. El párroco recomienda mucha comunión diaria y está obteniendo mucho fruto; pues, como le digo, bastantes chicos comulgan diariamente y también muchas personas mayores.

M. y J. A., Congr.

Arrepentido.

He oído misa todos los días, menos dos que me he dormido; pero, desde ahora, Padre, no me dormiré más.

M. B. H., Congr.

De todo y bien.

Por el día me dedico a repasar las asignaturas y a leer las horas de calor; el resto lo paso andando en bicicleta y enseñando la doctrina a dos chicos; por las mañanas, por supuesto, comulgo.

F. M., Congr.

Aprovechando el librito.

No se puede V. figurar cuánto me gusta recibir cartas, así que ya se puede V. hacer una idea de la alegría con que vi aquel bultito y dije para mis adentros: Algún plan de defensiva para la guerra que sostenemos triunfantes contra Lucifer. Y así fué en efecto, un plan que lo uso todas las mañanitas para fabricar resistentes trincheras contra los demonios de la distracción y aburrimiento.

El primer día que lo usé, tanto me gustó, con tanto gusto lo leí, que se me pasó la misa como por encanto. Y ahora me pasa lo propio; apenas entro en la iglesia hago mi ofrecimiento de obras, saco mi librito del bolsillo y me pongo a leer con verdadero gusto, y a pensar en las reflexiones que tiene cada día.

Comulgo con mucha atención y, después de haberle pedido gracia para pasar el día sin pecado, leo la acción de gracias y otras oraciones y hay veces que sin sentirlo yo termina la misa y todavía me quedo muy entretenido con mi buen amigo el librito de «La Comunión diaria».

Padre, ¿ya me haría el favor de mandar otro para un amigo mío muy bueno que tengo aquí, a quien he conquistado ya y comulga conmigo todos los días?

Mándeme otro libro, es decir, dos, que otro amiguito pronto se animará a acompañarnos todas las mañanas.

J. L. C., Congr.

Activo.

El mismo día que recibí su circular fuí a verle al señor Cura párroco de San Román, para ponerme a su disposición.

Me dijo lo que V. en su tarjeta: que fuese de casa en casa recomendando a los niños que no dejasen por nada de comulgar el domingo 30, y tal como me lo encargó lo hice; pues no paré un instante hasta que estuvo recorrido todo el pueblo.

El domingo a las seis de la mañana ya estaba yo levantado, esperando ansioso que llegase la hora de la misa, que era a las siete, para recibir al Señor y al mismo tiempo ver si faltaban algunos niños; pero no fué así, pues al entrar en la iglesia vi con satisfacción que no faltaba ninguno que hubiera hecho ya la primera Comunión.

El acto resultó muy bien, pues comulgamos medio centenar de niños y cantaron las Hijas de María.

J. F. Z., Congr.

¡Lástima de orden!

Cuando recibimos su hojita ya había leído el Párroco en el púlpito la circular del señor Obispo; sin embargo, hubo algunos que no se enteraron; les comunicamos la noticia y pudieron comulgar.

En resumen, la Comunión numerosa pero no muy ordenada, pues las mujeres se mezclaron entre los chicos.

J. M.ª A.-E., Congr.



Núm. 37.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao, 1.º de Setiembre de 1916

Cerca y acerca de cierta playa.

Próximo a una playa concurrida, de cuyo nombre no quiero acordarme, tiene un jardín uno de esos Congregantes, que lo son a cara descubierta.

En un ángulo de ese primoroso jardín, tumbados cómodamente sobre la hierba se reunieron hasta docena y media de Congregantes, convocados de antemano para una reunión privada e íntima.

El que llevaba la voz cantante expetó sin ambajes ni rodeos a sus compañeros la perorata siguiente:

«Chicos: Lo que pasa en la playa no es decente ni cosa que lo valga. A mí me gusta, »como al que más, chapuzarme de lo lindo, »nadar a todo brazo y divertirme en grande; »pero... ¡la verdad! emporcarme ¡no!!

»Si no podemos evitar el ver lo que vemos »y alternar con la gente que allí estamos en»contrando, yo os aseguro que por mucho que »me cueste no vuelvo a pisar la playa. ¿Os »parece que eso tiene remedio?

A.—Hombre, tú eres el tonto que te fijas y le das importancia.

B.—No, *A*; en esas cosas nos hemos fijado todos y de suyo tiene importancia sin que nosotros se la demos

C.—Opino que bueno es divertirse; pero, por encima de eso está el ser buen Congregante.

D.—¡Ahí va un plan!

Todos.—¡Venga, venga!

D.—Iré numerando para mayor orden y claridad:

1) Elegimos un sitio más retirado y menos concurrido de la playa.

2) Contratamos para toda la temporada unas mismas casetas, todas seguidas.

3) Que nos sirva los baldes con agua y demás tratos siempre un bañero.

4) Le advertimos que si por allí hay inconveniencias, le dejaremos todos y daremos parte a quien convenga.

5) Iremos todos a la misma hora; y al primer fresco que se desmande, se le da una silba que la hayan de oír hasta en la Estrella Polar.

6) Hemos de avisar a otros compañeros que vengan a la misma hora y en estas condiciones.

7) Después de recibir las primeras olas se puede, si es día de gran calma, organizar con balón, apto para el caso, un partido de foot-ball marítimo en el que, ya se entiende, pueda jugarse a mano.

B y C.—¡Magnífico!

El de la voz cantante. ¡Chócala *D.!!* Eres un genio.

E.—Yo veo algún inconveniente.

D.—Venga ¿cuál es?

E.—Que no hay dueño de casetas, ni bañero que se preste a eso.

D. y B.—¡No ha de haber!

G.—Sí, hombre *E.*, cuantos quieras. ¿No ves que si vamos todos los Congregantes y amigos nuestros al mismo, éste sale ganando, que es de lo que ellos tratan, y le hacemos parroquia; y teniendo contratadas gran cantidad de casetas, impedimos que allí se bañen a aquella hora gentes que están en X equivocadas; porque su intento, por lo que sospecho, debió ser tomar el vapor en Málaga, y pasando el Estrecho ir a hacer de las suyas a África, donde estarían como en su propia casa; pero, ¡qué quieres! por una lamentable equivocación cambiaron de rumbo, tomaron el tren y vinieron a parar a X. (Aplausos a *G.*, que echa chispas).

H.—Bueno, ¿Conformes todos?

I.—Yo voy a encontrar dificultad en mi casa en el cambio de caseta.

G.—Pues explicas a tus papás lo que pasa.

I.—Es que no me creerán.

F.—Podrá ser, porque ciertas cosas no parecen creíbles si no se ven; pero que se dé tu papá una vueltita por la playa a cierta hora.

J.—¡Esa sería una gran idea! Podríamos exponer en nuestras casas el plan del eminente estraga *D.*, y si nuestras familias se van sumando a nosotros, podríamos lograr arrin-

Universidad de Deusto
Biblioteca

conar a esos *equivocados* y obligarles a retirarse a su país, al Africa.

R.—Nada, que como en ciertos salones hay días de más selección en que se dá «sesión blanca» así en la playa es preciso lograr que a nuestra hora y por lo menos en la parte que nosotros elijamos se tenga «baño blanco»; es decir, baño en que: se respeten las casetas, se respete el trayecto al mar, se atienda al decoro, no estemos forzados a oír conversaciones de doble y nada recomendable sentido, cada cual guarde su puesto y sin ver ofensa de Dios ni peligro de incurrir en ella podamos divertirnos.

F., B. y D.—Muy bien hablado, *R.*, chócala (alargándoles las manos).

A.—Bueno, chicos, yo tengo una ocupación y me retiro.

Varios.—Puedes hacer lo que te parezca.

L.—Adiós, *A.*, no te dejes engañar!

G.—¿Por qué le has dicho eso?

L.—Porque es la verdad.—Al pobre *A.* le han engañado y ya no es el Congregante formal que antiguamente conocimos. Los malos amigos le han trastornado; a él le parece *menos mal* lo de los Africanos de la playa.

No ha hablado sino para disculpar lo que allí pasa y ha sufrido un martirio durante toda esta discusión.

N.—Déjale ir; *A.* es cobarde; porque es cobardía pensar de una manera y obrar por debilidad de manera contraria.

Si no es de los nuestros, que se vaya.

M.—Bueno. Se propone a votación de los señores presentes el plan de *D.*

Todos (poniéndose en pié y levantando con seriedad la derecha.)

¡¡Aprobado!!

El de la voz cantante.—Pues a la tarde hacemos una lista en los que podamos reunir, y mañana tomaremos el primer baño de «la temporada blanca.»

En la playa hay un revuelo muy grande. Varios Congregantes se han despedido de sus bañeros y casetas, dándoles la verdadera razón de su determinación. Han mediado las promesas de rigor de que en adelante todo irá como una seda, pero ha sido inútil.

En cambio a algunos honrados bañeros les ha caido la lotería. El revuelo se ha extendido a bastantes familias, que estaban acerca del particular en cierta descuidada tranquilidad.

Ha habido «baño blanco» y por cierto, muy animado. Se ha visto lo de siempre que si hay un valiente que levante la voz, son muchos los que siguen; porque hay muchos que reprueban lo malo, pero no sirven para capitanear el movimiento bueno y tomar la ofensiva.

Son bastantes las mamás que han resuelto inspeccionar personalmente la playa.—Excuso decir que el orden se va restableciendo como por encanto.

Los renacuajos y lagartijas más notados por su frescura han quedado aislados con el calificativo de «Africano». Aun al más desahogado le escuece; pues en cuanto alguien es nombrado miembro de la tribu, hace fortuna el nombramiento, que al instante cunde por toda la playa.

R. R., Congr.

Otra junta no menos provechosa.

Cansados una de estas últimas tardes después del segundo baño del día, empezaba ya a sentirse algo la brisa retardada, cuando nos encontramos juntos sin darnos cuenta casi todos los Congregantes que veraneamos en X.

No sé qué instinto nos ha dado Dios de propia conservación, que sin querer nos juntamos y nos defendemos, como nos hemos defendido admirablemente todo lo que va de verano.

Sentados unos y echados otros sobre la arena, la conversación cambiaba cada dos minutos. El punto de que menos quisimos hablar fué el que sacó un desgraciado a relucir, el de que si las vacaciones iban de vencida y el curso se venía encima.

—No hablemos de cosas tristes, contestó uno no muy aplicado, con espontánea aprobación de todos.

Con todo, como lo que se teme también nos viene a la memoria tanto como lo que se desea, volvió otra vez a recaer la conversación en las asignaturas que nos iban a torturar el curso siguiente.

—¿Cuándo iremos, preguntó uno, a Bilbao para matricularnos?

—¿Y no podríamos este año ir todos nosotros juntos?, replicó otro.

—Para eso, dijo otro, mejor sería que nos citemos también con los del pueblo vecino.

—Aquello será una romería, saltó el más alegre.

Otro más reposado replicó: Lo mejor de todo es que así conseguiremos estar los Congregantes unos juntos a otros en clases; como que en muchas clases no hay otro puesto en todo el año que el que nos da el orden de matrícula, y con sólo matricularnos uno tras otro está todo hecho. Así no tendremos al lado, como hemos tenido a veces, *frescos* que se permitan fracesitas y postales y revistas y monigotes que le ponen colorado al que tiene vergüenza.

—Hasta tendremos otra ventaja en que vosotros no os habíais fijado, repuso uno de los mejorcitos.

—¿Cuál?

—La de que el profesor se fijará más en nuestro grupo, que será, claro está, el más formal de la clase, y nos mirará con más cariño y si nos hace pasar examen, desfilaremos uno tras otro victoriosos.

—En conclusión, ¿qué hacemos?, preguntó uno que tenía que irse a casa.

—No matricularse ninguno, contesta el que hacía como de presidente, sin antes apalabrarnos sobre el día y hora en que iremos a Bilbao juntos con los del pueblo vecino.

Con anticipación avisaremos al Padre y él reunirá también a cuantos están en Bilbao, y todos, unos tras otro, a matricularse.

Así en grupo, en batallón nos haremos más respetar. Si no conseguimos que los *frescos* se vayan a vivir solos a su clima, no valemos dos cuartos los Congregantes.

Hasta mañana a la misa de ocho. Adios, Señores.

R. M., Congr.

Un sueño realidad.

Acércase el mes de Setiembre. Una noche me acosté preocupado ya con la idea de las clases en que tengo que matricularme pronto; pensando en esto me cogió el sueño y soñé que salíamos de clase. Yo, yo mismo lo veía, me parecía imposible y era una realidad. ¡Pero Blas! un chico tan bueno haberse cambiado así! aquel chico que antes no osaba separarse de nosotros ¡irse con unos desvergonzados? ¡Si es imposible! A las clases iba siempre con nosotros, salía de clase con nosotros, en los pasillos con nosotros estaba; ¿dónde se ha podido perder?

¡Ah! si, ya caigo! va con Fulano y Zutano; ¡justo! los que están a su lado en clase. ¡Pobre chico! esa ha sido la causa de su caída; como que son unos perdidos. Y claro, un día una palabrita, otro día una figurita, al salir una conversación; esas han sido las balas que han destrozado el alma de mi amigo.

Y, cuando, sin volver de mi asombro, ví a a Blas con sus nuevos compañeros desaparecer por la revuelta de una calle, me sentí sin fuerzas y sobrecogido me encontré en... la cama.

Me incorporé asustado, y frotándome los ojos comprendí que había sido un sueño. Entonces me tranquilicé, y al cabo de un rato, dormía profundamente; el sueño que acababa de tener me había aterrado, ante la prespectiva de ver a mi amigo Blas hecho un golfo. Volví a soñar y soñé que fuimos todos los Congregantes, que estudiábamos el mismo curso, a matricularnos el mismo día; que empezaban las clases admirablemente; que los Congregantes formábamos un núcleo aparte; que allí no pasaba nada que fuese perjudicial a la salud del alma; que no había incautos Blases que se dejasen engañar; que nadie se metía con nosotros, y sin juntarnos con otros nos divertíamos en grande y hasta obtuvimos mejores notas que otros años.

Bien quisiera que este sueño se convirtiese en realidad; que todos los de un mismo año nos matriculásemos juntos el próximo curso; que juntos anduviésemos y de este modo nos evitásemos muchos y grandes contratiempos para el alma.

S. M., Congr.

Las dos mejores juntas.

Digo «dos» porque otra parecida en todo a la nuestra tuvo lugar, a lo que entendí, en Las Arenas dos días más tarde que la nuestra.

Digo «mejores», porque no sé que haya de mejor que reunirse por las mañanas para recibir lo más que podemos recibir y que los mismos ángeles bien lo quisieran y no lo pueden conseguir.

Pues, justamente, para recibir al Señor que vale sin cuento más que lo que valen hoy todas las Navieras juntas del mundo, nos reunimos en misa de ocho en la Parroquia.

Allí estábamos puntuales los cuarenta Congregantes, que comulgamos otros días en las tres iglesias, que están en los extremos y en el centro de Algorta.

Allí en la Parroquia nos había citado el Padre, y allí nos arengó durante la Misa y animó a tener siempre a gala el ser Congregantes, dignos hijos de la más noble de las madres.

No tuvimos después que dar muchos pasos para encontrarnos con lo que ya nos pedía el estómago. En el jardín de D. José Escudero estaba todo largamente preparado. Sólo sentimos la ausencia del dueño, que, como en otra ocasión parecida, hubiera disfrutado no poco con comensales como nosotros, de tan buena edad y consiguiente apetito.

No hay que decir cómo le quedamos una vez más agradecidos.

F. B., Congr.

Concurso de dibujos y fotografías.

Para la vuelta de vacaciones se abrirá un concurso de dibujos y fotografías.

Se darán premios a los que despliegen más gusto artístico y mejor ejecución.

Es condición indispensable que sean hechura del Congregante que los presente como suyos; aunque para el caso haya podido ser tan sólo dirigido por persona mayor.

Las fotografías, que sean de grupos, constarán sólo de varones.

Quedarán expuestas las mejores en la alargada vitrina nuevamente instalada en el Salón.

R. R., Congr.

Correspondencia abierta.

Carta abierta dos veces.

Me pregunta que cómo empleo el tiempo; no es muy bonito el de los días laborables, por faltar el dato más precioso: la misa y la comunión; pero le diré la verdad. Nos levantamos a las siete y media, nos lavamos, desayunamos y si hace buen tiempo vamos hacia el puerto o algún otro sitio. A las doce comemos y a las dos vamos a hacer dictados al salón; después, a hacer mapas; y cuando la marea es a buena hora (de 4 a 7), nos bañamos; a las ocho cenamos; a las las nueve y media a dormir, rezo mis oraciones y a esperar el nuevo día.

Los domingos por la tarde vamos de excursión a Biarritz.

Los compañeros que tengo son buenos, dos chicos hijos de la casa. Vamos a bañarnos y a pasear juntos. De cines y teatros no hay peligro, apenas si hay uno.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Ya me enteraré si hay en la Catedral algún sacerdote español para confesarme y poder comulgar, aunque solo podré hacerlo los domingos.

E. L., Congr.

¡Eso es madrugar y apuntar!

No me olvido de oír misa y comulgar todos los días. Los días de labor es la misa a las siete; los domingos a las tres y media, para que puedan ir trabajar los labradores.

Ayer fuí a cazar con mi papá y me dejó tirar dos tiros a unos pájaros que estaban en las ramas de un zarzal, y los dos cayeron.

Las estampas que me dió V. hace dos años para repartir en todas las casas, cuando vine las encontré todavía pegaditas en las puertas.

V. M., Congr.

Tan satisfecho con su pesca.

Dedico toda la mañana a mis estudios y por la tarde la paso jugando a la pelota y pescando en compañía de mis buenos amigos. Estos días he estado muy afortunado en la pesca; con frecuencia traía algún pececito para mi papá que tanto le gustan.

Mucho le agradecería a V. si quisiera enviarme tres libritos de la comunión diaria para tres amigos míos de esta, que les ha gustado mucho.

J. M., Congr.

Congregación animada.

En esta religiosa y pequeña villa hay muchísimo entusiasmo entre los Congregantes de San Luis; y si a esto se añade el de los Estanislaos, comprenderá, Padre, las rabietas que pasarán los diablejos, diablos y diablazos y demás familia infernal.

J. L., Congr.

Picó como debía.

Acabo de recibir el número 11 de *De broma y de veras*. Mucho me han gustado las historias tan bonitas que tiene.

Leí también aquel papelito escrito a máquina que me decía; «Ahora en vacaciones, cuando de ordinario hay más peligro, debes acordarte más de la Santísima Virgen y comulgar con más frecuencia». Esta frase me ha hecho pensar en ello, y desde hoy en adelante comulgaré todos los días.

J. G., Congr.

El burrito de la carta.

Lo que menos me podría figurar es que usted confeccionara pelucas de tan práctico resultado: al día siguiente de su muy grata, me ocurrió decirle al borriquillo que para las siete y media debía estar en pie, a las ocho en la Iglesia; y aunque estos animales no asisten a misa, se plantó allí tan fresco; tan bien se ha aprendido ese camino, que lo sigue haciendo todos los días, sin que yo le dirija siquiera una palabra.

Si será malo y espavilado el tal animalito, que de vez en cuando me pide por favor que le deje descansar siquiera un segundo más; y cuando ve que en vez de hacerle caso, le desprecio, se encabrita; entonces, como usted me aconsejaba, le pego una de palos que acaba por pedirme perdón y decirme que no volverá a hacerlo más.

R. R., Congr.

Nota de la redacción

Parece que ha hecho su efecto la comparación del tal borriquillo. Pues, a lo que le entendí al Padre, el tal burrito no es otro que nuestro mismo cuerpo. Que quiere dar media vuelta cuando le llaman por la mañana; pues, sencillamente, como a un borrico no se le deja salir con la suya, cuando no quiere andar, tampoco al cuerpo. Y eso en todo: que no se le deje comer todo lo que quiera, ni deje de comer lo que no quiera; y así en lo demás, que no mande jamás el borrico; aunque según se ve en muchísimos el que manda casi siempre es el tal burrito, a él se le cuida como si fuese el señor de la casa.

M. G., Congr.



Núm. 38.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao, 1.º de Octubre de 1916

CÓMO PASAMOS EL VERANO

En Mundaca y en Bermeo.

Con tantas ganas reanudamos nuestras excursiones eucarísticas, que de mañanita, a las cinco y media, estábamos 140 congregantes en la estación de Achuri.

Hubo quien, no fiándose de sus padres ni del despertador, dió encargo al sereno que a las cinco le tocase el timbre.

El viaje sin novedad, alegres como castañuelas. A las ocho y cuarto nos recibían en Mundaca el señor cura párroco, distinguidas familias y multitud de niños y niñas, precedidos del tamboril. Dispuesto lo encontramos todo, oímos la Santa Misa, comulgamos recogidos y alentados antes por las encendidas palabras de nuestro inseparable y querido Padre Olavarrieta.

Cumplido que hubimos con el alma, hubo que darle al cuerpo lo que pedía ya con toda justicia. De ello se encargaron señoras y señoritas, tan atentas, tan diligentes, que nuestro quehacer fué dejarnos obsequiar; todo lo encontrábamos a mano: chocolate, pasteles, panecillos y leche.

Uno muy pequeñín, que por primera vez iba de excursión, se llevó el gran apuro: no se atrevía a desayunar, pues ya nada tenía en el bolsillo y creía que le iban a cobrar. No sabía el infeliz que aquellas familias que así nos obsequiaban, no se contentaban con lo que nosotros pudiésemos darles; de otro pagador se fían más que de nosotros, y hacen bien.

A la atalaya a ver el mar, que estaba como una balsa; a jugar a la pelota y a correr cuanto queríamos.

En Bermeo.—Más niños y niñas con sus banderitas, mejor ordenados que los que desfilaron a nuestra llegada, es difícil ver; nosotros, con ser 140, desaparecíamos entre aquella multitud. En procesión improvisada y en toda regla, con cruz alzada, estandartes y estatua del Niño Jesús seguida del señor cura párroco de Santa María, nos dirigimos a hacer una visita al Amo de los amos y a citarnos para las tres de la tarde.

Colgaduras, cohetes, campanas, cantos, todo respiraba la simpatía que inspirábamos al pueblo de Bermeo.

A la vista del mar, en la atalaya, despachamos amenamente nuestras raciones. Puntuales a nuestra cita, estábamos a las tres en Santa María; rezamos el rosario, oímos una breve plática, recibimos la bendición con el Santísimo y un buen encargo del celoso párroco de Bermeo, el cual, encantado de nuestra propaganda, nos despidió con vivas entusiastas, que fueron contestados por los niños. El encargo fué que visitásemos de parte de su pueblo a nuestra Virgen de Begoña, y la tarde siguiente quedó cumplido.

Un rasgo delicado nos sorprendió al pasar de vuelta por Mundaca: las señoras de Careaga y Aldamiz-Echevarría, que allí veranean y que con sus hijas nos obsequiaron tanto por la mañana, no se habían aún cansado; nos esperaban a la entrada del pueblo al frente de dos grandes mesas con galletas, abundante leche y fresquísima agua. Ya saben bien por quién hacían todo aquello y que es sin cuento más agradecido por nosotros.

La vuelta, aunque parecía debiéramos estar cansados, la pasamos entre cantares, chistes y la alegría consiguiente a día tan bien empleado.

Dios quiso también estar galante con nosotros; el tiempo fué ideal, sin nada de calor, conteniéndose la lluvia todo el día, hasta que todos estábamos ya en nuestras casitas. ¡Quinientas mil gracias!

Universidad de Deusto
Biblioteca

En Górliz y Lemóniz.

¡Buen madrugón! Basta decir que a las ocho de la mañana estábamos ya oyendo misa en Górliz.

Y eso después de un gran recibimiento completamente improvisado; como que el día anterior hicieron la propaganda de caserío en caserío; con todo estuvo a la altura de los mejores. Al límite del pueblo nos salió a recibir el clero todo, con cruz alzada y ciriales y dos largas filas de niños, pertenecientes a la catequesis, con sus estandartes y banderolas, y les acompañaba casi todo el pueblo. Al mismo tiempo el estallar de los cohetes, el repicar de las campanas y la banda que nos acompañó en la procesión, nos dejaban boquiabiertos; esta admiración creció aun más, al divisar colgados en el centro de la iglesia y en la entrada de la misma sendos pendones con dedicatorias «A los Estanislaos».

Antes de la misa nos fué dirigido un entusiasta saludo por el celoso coadjutor D. José Sagarna. Con mucho placer vimos que en la comunión nos acompañaba mucha gente del pueblo, especialmente niños Nuestro indispensable P. Olavarrieta a mayor altura si cabe que otras veces.

Repuestas nuestras fuerzas por un señor almuerzo, carretera adelante hacia Arminza.

A la mitad del camino una *mirivilla*, señores. Detrás de un caserío sobresaliente bastante a su tejado se yergue una magnífica pita. ¡Quién lo diría! En menos de dos meses, en siete semanas, ha repujado un tallo central de cuatro metros y medio de grueso y de más de medio metro en su base. El inquilino del caserío que hacía de *cicerone* nos decía en su singular lenguaje «*no tengo referencia fija de cuándo fué plantada: unos veinte años. A boca llena se puede decir que es una de las mirivillas de Vizcaya*.

Después de caminar otro ratito llegamos al puertecito de Arminza, pequeño, pero de lo más pintoresco que he visto. Unas cuantas casas todas ellas habitadas por pescadores situadas al lado del mar, forman lo que se llama Arminza. Lástima grande me dió el no distinguir entre aquellas casas ningún campanario. ¡Qué campanario!; ni siquiera una pequeña capilla donde pudieran oír la misa y recibir al Amo. Qué buena obra haría el que con su dinero les construyera una Iglesia donde se les facilitara guardar los mandamientos.

Volviendo a lo nuestro: En el puerto pasamos gran rato en la contemplación de la inmensidad del mar. Por más que quisimos sorprender las langostas en sus depósitos, logramos ver éstos pero no aquellas; hubo algunos que dijeron que las habían visto. ¡Enhorabuena!

Con el acicate del apetito que el aire del mar nos hacía sentir, nos presentamos enseguida en Lemóniz.

Allí todo estaba a punto hasta el arroz. No tendrán título de cocineras pero bien lo merecen. ¡Ojalá en todas partes valieran tanto y nos lo presentaran tan rico! Al arroz siguió todo lo demás.

Después de un buen rato de descanso y siesta para algunos, y de carreras y juegos para otros, a la iglesia. Es curiosísima tanto por su pórtico como por sus imágenes y antigüedad. La función corta, sencilla y aprovechada. La plática por malaventura nuestra no la entendimos la mayor parte: era en vascuence.

Acabada que fué la función nos pusimos en camino, no por carretera como a la mañana sino por prados y montañas hasta que nos encontramos en la playa de Górliz.

Allí un buen rato de descanso a nuestro modo, corriendo en la arena hasta que llegó la hora de coger el tren.

En Somorrostro y La Arena.

Sólo nos faltaba por estrenar una estación de las seis que tenemos para salir de Bilbao, la de Portugalete, y allí estábamos a las siete de la mañana.

Al poco nos esperaba una nueva línea en el Desierto, la de Triano. En cómodos coches nos encontramos antes de las ocho, en el extremo de la línea, en San Julián de Musques, y pocos minutos después en la parroquia de San Juan de Somorrostro.

Allí, en la puerta, nos esperaba el señor cura párroco, que probó, también en esta ocasión, su conocida fama de dar más de lo que promete. Así le luce su celo, sobre todo con los niños; pues una palabra suya basta para tener cuando quiere una Comunión de más de 400 de éstos.

Y dicho sea con verdad, que es gran mentira la idea que se tiene de aquel extremo de Vizcaya. El párroco, que no recuerda ya los años que está al frente de su parroquia, tampoco recuerda que le hayan faltado una vez al respeto.

Después de recibido el Pan de los Angeles, nos esperaba el que fabrican los hombres y la rica leche, que en abundancia desusada nos brindaba la familia de D. Nicomedes Landáburu.

Los tres kilómetros que nos separaban de la playa de La Arena nos hicieron sudar un tanto: no lo bastante que nos quitara el mucho polvo de la carretera.

La brisa marina se dejó sentir poco a poco y nos enjugó pronto el sudor.

Algo retirados de la playa, debajo de higueras, sólo apetecibles por su fresca sombra, tomaron carbón nuestras maquinillas para algo más que la media tarde.

A las tres llamados por una no sé si campana o campanita, entrábamos en la capilla que con tanto gusto ha construído casi en la playa D. Agustín Iza.

El Rosario no pudo ser ni más sencillo ni más solemne al mismo tiempo. Tal es la gravedad con que lo reza un D. Benito que está al cuidado de aquella capilla, y tan bien cumple su cometido, que es conocido en aquellos alrededores con el título de Padre Benito.

Fué la vuelta más amena que la ida, y para cuando nos dimos cuenta estábamos dentro del jardín de los Landáburu; allí nos esperaba un refresco, como si no bastara lo que a la mañana nos habían obsequiado.

Bien sabían que hacían un buen negocio; como que se hacían acreedores al ciento por uno y al cielo, que esperamos será nuestra última excursión.

¡Así sea!

En Arcentega.

La intentada excursión del año pasado, quiso la Virgen que la dejásemos para el día de la fiesta de la Encina de este año.

La ilusión de muchos eran los hispano-suizos que nos esperaban en Sodupe y no fué defraudada. De lo más pintoresco resultaban nuestros tres autos deslizándose entre montañas, y tan llenos de vida que rebosaban hasta encima de la cubierta; allí nos tocó a no pocos hacer el oficio de maletas vivas.

Con tanta vida dentro y fuera llegamos antes del tiempo fijado. Los coheteros, con todo, ya estaban prevenidos y se disputaban para echar los cohetes, y calle abajo se veían venir los niños de las escuelas.

Más prevenido que ninguno el señor párroco nos dió la bienvenida y nos acompañó al santuario de la Encina. El mismo celebró la misa y nos dió lo que más vale en este y en el otro mundo. El antiguo recargado retablo sirve de precioso engarce a la devotísima imagen de la Santísima Virgen, que reposa sobre una encina, como apareció allí mismo.

¡Campa como la que tiene allí la Virgen frente a su santuario, no la pescamos en ninguna parte! ¡Qué sombra más rica si hubiera habido sol!

¡Qué sería que, con todo y haber árboles, pudimos jugar al foot-ball, como si hubiera sido campa abierta!

A nuestras provisiones ordinarias se agregaron las que bienhechores bien benévolos nos tenían prevenidas. Las principales familias que allí veranean. de los señores Amézola, Garay y Zabalgoitia quisieron hacer más ameno nuestro banquete sobre la verde campa.

Nos despedimos privadamente de la Santísima Virgen con su Rosario y un cántico, y camino abajo nos fuimos a medir nuestras fuerzas al foot-ball con las de los campeones de aquella villa. Decimos campeones, porque no tienen competencia; como que son allí los únicos y a nosotros también nos derrotaron.

Nos pasó a nosotros lo contrario de lo que les acontece a los que van a los toros: a la salida, sobre todo de la última corrida, a quien le pregunta: ¿De dónde vienes?—Contestan con aire tristón: De los toros.

En cambio nosotros estamos más alegres a la vuelta que a la ida, y en la última excursión más que en la primera, como que hemos procurado extender con nuestro ejemplo la mejor de las costumbres: la de la Comunión frecuente y al mismo tiempo nos hemos divertido como pocos se divierten.

Hasta el año que viene.

P. P., Congr.

Salvador dos veces.

Era D. Manuel un señor que ni asistía a misa ni comulgaba nunca. No eran así sus dos hijos, Ricardo y José; por los consejos y enseñanzas de su madre eran dos niños como se encuentran pocos.

Cierto día fueron de paseo por el muelle los dos niños con su padre; iban jugando muy descuidados, cuando en una de sus corridas José dió un mal paso y cayó al agua.

Ricardo al ver a su hermano que no sabía nadar, se arrojó al agua y logró con peligro propio salvarle.

El padre al ver lo que pasaba corrió todo acongojado al lugar del suceso, y una vez que estuvo José en tierra le cogió en brazos y lo llevó a su casa.

Cuando se les pasó el susto, el padre le preguntó a Ricardo con qué quería que se premiase su gran valor. Ricardo contestó: Papá, me contento con que vayas con nosotros a comulgar y a oír misa todas las mañanas.

Algo le costó a D. Manuel el acceder a lo que su hijo quería; pero al fin lo hizo, y hoy día es un señor tan devoto como hay pocos, y querido de todos los del pueblo como no lo era antes.

J. F. Z., Congr.

Catequesis modelo.

Aquí en Busturia la enseñanza del catecismo está, como verá V., muy bien organizada.

El digno coadjutor de la parroquia de Santa María de Axpe tiene un local llamado «Oratorio Festivo». Los domingos por la tarde reune allí la mayor parte de los niños y niñas del barrio, para explicarles el catecismo.

Tiene el «Oratorio» un altarcito con las imágenes del Sdo. Corazón en el centro y San Galo y la Virgen niña a los lados; ante este altar practican las devociones particulares que son propias del catecismo.

Se enseña el catecismo con proyecciones, y para esto hay una hermosa linterna mágica, con un aparatito adaptado a la linterna, con el que se proyectan objetos opacos. Hay hasta un pequeño cine que les pone delante de los ojos películas inocentes y graciosísimas.

Tiene además su comercio y según los méritos y asistencia se reparten vales; éstos dan derecho a los niños a elegir en el bazar el juguete que más les guste.

Hacen también certámenes sobre el catecismo; tienen sus bandos: «Roma» y «Cartago»; cada uno de 30 sujetos; se colocan uno frente a otro, a cada lado del Salón; se señala una lección del catecismo, se levantan a decirla dos, uno de cada bando: el que mejor la diga gana un punto para su bando; hacen así una especie de campeonato.

Verifican todos los años algunas excursiones catequísticas; el año pasado hicieron una a Bermeo; para este año hay proyectada una a un barrio de Busturia muy apartado del pueblo. A todas partes van con su linterna.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Hasta tienen su revistilla titulada «Busturiko Kister Ikastia» o sea en castellano «La enseñanza del catecismo en Busturia»; contiene escritos en castellano y en euzkera.

Creo será difícil encontrar un pueblo pequeño, donde esté mejor organizado el catecismo.

J. M. U., Congr.

De Bilbao a Algorta

y de Algorta a Bilbao.

¡Cuántas vueltas he dado este verano a cuenta de la clasecita pendiente!

En muchas de estas idas y venidas, no sabía ya lo que pensar: tan aburrido iba. ¿Por qué será, pensaba yo una de esas veces, que las iglesias tienen sus torres y que esas torres son altas y algunas tan esbeltas?

No me ocurría otra solución, sino pensar que son las torres algo así como dedos con que Dios nos está señalando el cielo. Y falta hace que haya quien nos lo señale; ni aun así nos acordamos de pensar en él: la mayoría por no mirar nunca al cielo se confunden con los que ni pueden levantar sus ojos.

Tales eran mis pensamientos cuando otros parecidos me ocurrieron al ver de lejos un gran entierro.

Oí, a los que se sentaban por allí cerca, que había sido un gran naviero, que su fortuna había crecido como la espuma en poco tiempo. Contaban también, cómo él solía repetir, que su mayor pena era el haber vendido algunas acciones que después siguieron subiendo; y tanto le preocupaba la tal venta, que parecía no se acordaba de lo que con las muchas acciones que aún le quedaban iba ganando.

Al poco paró el tren y la conversación, y me dejaron solo con mis reflexiones. ¡Qué pobre era este rico! pensaba yo para mis adentros. ¡Cuánto más rico era antes cuando tenía menos!

Al pasar el tren por medio del campo y de huertas me imaginaba yo a aquel rico como si fuese un labrador, harto de todo y empeñado en tener más vacas y más bueyes y en engordarlos, temiendo ver el día que le faltase carne y llegase el día en que muriese de hambre. Antes morirá, continuaba yo pensando, de una indigestión o algo así, como ha muerto este pobre, tenido por los demás por tan afortunado.

¡Cuánto nos engañamos al creer que es feliz el que guarda más y más dinero! Si tiene familia ¿qué le sucede al pobrecillo? que no les deja otra cosa que un bolsón lleno, y por regla general de educación vacíos. No les envidio la suerte.

Así con estas y otras reflexiones, procuro entretenerme y sacar, si viene el caso, algún desengaño.

J. M. E., Congr.

Corrrespondencia abierta.

Dos valientes.

De lo que V. dice que nos juntemos con lo mejorcito lo voy cumpliendo, pues gracias a Dios he tenido fuerza de voluntad para desechar a los malos compañeros; con el P. Director nos hemos hecho muy amigos.

Sobre lo que V. nos dice de hacer en esta villa un grupo de valientes, ya está hecho, y lo formamos los que vamos a comulgar diariamente; y sobre lo de hacer bien a otros, lo hacemos cuanto podemos.

J. L., Congr.

Tertulias aprovechadas.

Tuvimos aquí un bellísimo sujeto que después de cenar nos hizo pasar muy buenos ratos con juegos y comedias.

Me ocurrió aprovecharme de esas tertulias, y hacer una colecta para las Misiones; reunimos 33 pesetas, que muy contento se las remito. ¡Quién fuera Creso, que, según dicen, era un señor muy rico, para mandar cien veces más!

Este año espero asistir más a la Congregación, pues he mejorado mucho. Ayer terminé mis ejercicios de tres días, y estoy muy contento, pues he hecho la confesión general. El Padre me recalcó mucho que basta *un solo pecado mortal* para ir al infierno, y yo seguiré pidiendo a Jesús con más fervor que hasta ahora, que me conceda la gracia de morir mil veces antes que pecar. Pida V. también eso para mí y para todos sus corderos.

I. G. A., Congr.



Núm. 39.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao, 1.º de Noviembre de 1916

Alguna noticia de otras Congregaciones

¿Y porqué no nos llevó con V.? le decíamos al Padre, cuando de vuelta nos contaba lo que había visto y oído en su viajecito por Madrid, Valencia y Barcelona. Si nos hubiese llevado, no volvemos en un mes por lo menos: en trece días tiene poca gracia hacer ese viaje. Porqué no nos cuenta V. lo que vió en el camino. ¡A quién se le ocurre viajar de noche!

A estas interpelaciones nos contestaba el Padre que él no había ido por ver lo que había por el camino; que fué a ver las Congregaciones de Luises y Estanislaos y que había tenido tiempo para ver lo que quería; aunque no lo pudo ver tan bien, por estar las Congregaciones suspendidas. Con todo ya trajo algo que contarnos.

Madrid.

En los Estanislaos de Madrid lo que más le gustó fué el Padre, de quien el nuestro fué discípulo cuando tenía nueve años. ¡Qué lástima, nos decía, que no se le pudieran quitar unos añitos!; tampoco puede quitársele su dulzura; no es extraño así que lleve tras él a quien le conozca.

Nos aventajan también en la capilla, que la tienen para ellos solitos y bastante capaz. No así el salón, que, con valer poco el nuestro aun vale menos el suyo. Viven como nosotros, de esperanza; pues cuando pase por allí la Gran Vía comenzada, tendrán más terreno y otro local que diga bien con ellos.

Los que deben tenerlo requetebueno, que daba envidia al oírle contar, son los Luises. Aquello es como de la corte, señorial: un señor salón de actos, otro señor salón de juegos, una señora biblioteca y lo mejor de todo una capilla devota, aunque algo apretadita; todo de nueva planta; algo así como lo que esperamos tener nosotros cuando haya *cumquibus*. Es verdad que algo ya tenemos: el terreno próximo, según el Padre; es por fin de la Casa profesa y está destinada para capilla y salones de las Congregaciones. Algunas buenas limosnas dicen que van viniendo; pero que aún queda por andar.

Volvamos a los Luises de Madrid, que, aun suspendida la Congregación, sabían dónde tenían un Padre que era solo para ellos, y como suyo le estimaban y querían, y con la misma confianza le trataban, según nos contaba el Padre, que nosotros al nuestro.

Hablando estaba en su despacho el nuestro con el suyo, cuando golpean a la puerta pidiendo entrada. No les contesta; al poco nueva llamada; sigue haciéndose el sordo, y otro y otro toquecito. Por fin se les permite entrar, y una docena de Luises entran con cara de satisfacción y contentos al verse frente a frente con su Padre. Dos había entre ellos, hijo uno de un exministro y otro de un título, que venían a despedirse; y ¿para dónde os parece?, para... el Noviciado de la Compañía.

Según le dijeron a nuestro Padre al saludarle, otra carrera les había gustado más que la que habían estudiado, la de salvarse y salvar almas; y tengo para mí que es de las buenas la mejor. ¡Quién la pescara!

Lo que parece que más le gustó a nuestro Padre en Madrid fué el nuevo y grandioso edificio titulado: *Instituto Católico de Artes e Industrias*. Ocupa una manzana entera en el Ensanche. Alguna idea se forma, por los los grabados que nos enseñó, de lo que es aquello. Mitad del edificio para el bachillerato y preparatoria militar, que pasan de cuatrocientos; otra mitad para los ingenieros, que se quieren formar no sólo teórica sino prác-

Universidad de Deusto
Biblioteca

ticamente en las industrias mecánica y eléctrica; llegan a trescientos los matriculados de Electricistas, Montadores y Mecánicos; y son casi otro centenar los que cursan la carrera de Técnico-Mecánico-Electricistas.

Los maquinistas, no contentos en los ventilados y espaciosos sótanos, estaban pasando las máquinas a los nuevos pabellones, que a modo de fábrica acababan de habilitarse al otro lado de la calle Alberto Aguilera.

Al oír la descripción que nos hacía el Padre nos entraban ganas, no sólo de ir a ver funcionar aquella maquinaria de la más moderna, sino hasta de hacernos ingenieros manejándola. Bien prácticos deben estar los que allí cursan, cuando, según dicen, aun antes de terminar el 4.º y último año, son bus cados y están casi todos colocados. Y las colocaciones no pueden ser mejores; como que les ponen al frente de grandes talleres, y allí en contacto con los obreros, pueden influir mucho con ellos.

También aquí, sobre todo entre los bachilleres, hay quienes escogen, o, como dice el Padre, Dios les escoge para la mejor de las carreras: desde Enero hasta estas vacaciones habían ido al Noviciado de la Compañía siete jovencitos de grandes esperanzas.

Fontilles.

De Madrid no fué el viaje de nuestro Padre a Valencia tan directo: le tentó el Padre que le acompañó al salir de Madrid y pronto cayó en la tentación de ver de camino a los leprosos de Fontilles. Y según nos hablaba de satisfecho, ninguna cosa le había sido tan grata como esta visita.

Escondido entre montañas y a la vista del mar, aunque a bastante distancia, está el Sanatorio. Lo componen varios pabellones, todos airosos, limpios, bien aislados; y tanto que allí los sanos en nada tienen que temer el contagio; todo dice que está completamente separado; hasta en la iglesia: la nave central la ocupan los enfermos, y separados por cristalería los sanos están en los dos lados del prebisterio.

Aquí le interrumpió al Padre uno de nosotros un tanto curioso y de buen corazón.

—Y díganos, Padre, ¿cómo viven aquellos leprosos y quién les paga todo aquello?

—Dios, hijo, que mueve los corazones generosos y les recuerda que serían como ellos, si hubiera querido hacerlos leprosos.

—Y ¿cómo puede enterarse la gente que hay tal leprosería estando tan escondida como está?

—Tienen una revista mensual, que va contándolo todo por todas partes: lo que allí hacen, lo que allí padecen, y lo que allí agradecen y piden a Dios por los que se acuerdan de remediar sus miserias.

—¿Y qué tal comen aquellos pobres?

—Ya podéis comprender, tan bien como lo permiten los recursos o limosnas que les mandan. Figuraos qué apetito tendrían la tarde que allí estuve, que se comieron hasta los platos.

—Nos quedamos todos con la boca abierta, al oír esto al Padre.

—No os admiréis, nos replicó, los platos eran ricas tortas de maíz que llevaban encima no sé qué guisado muy apetitoso.

—¿Y quién les hace las curas a esos infelices?

—Unos a otros se las hacen y como saben lo que es sufrir, ninguno se las haría con más cuidado. Sólo en gasa y vendas gastan un buen pico, pues en limpieza no se economiza nada.

—¿Y no se cura ningún leproso?

—Casi ninguno; me dijeron que todos o casi todos llegan al Sanatorio con la enfermedad muy avanzada, que se acordaban tarde de ponerse en cura.

—Y ¿de qué suelen morir los pobrecillos?

—A unos el mal les va llegando a la garganta y acaba con ellos; a otros les ataca la disentería, y se van debilitando y apagando, como se apaga una vela.

De lo demás que nos contó el Padre se saca, que casi desaparece la repugnancia natural de tratar con los leprosos: tal es la alegría y satisfacción que muestran en aquellas desfiguradas caras siempre sonrientes. Y no es extraño; como que es gente que comulga todos los días y vive de continuo en una atmósfera de piedad y de mutuo buen ejemplo.

Hay que verles y oírles, nos repetía el Padre, para convencerse que puedan estar resignados y tranquilos, viendo como ven que aquellas sus llagas van comiéndoles a unos sus pies, a otros sus manos y desfigurando sus caras. Les debe pasar lo que a aquel Santo que, a los que se admiraban al verle tan alegre en medio de sus llagas, les ponía aquella gráfica comparación:

«A mí me pasa, les decía, lo que a un encarcelado, que ve que se caen poco a poco las paredes de su cárcel, y que va a verse pronto libre, y no puede menos de alegrarse.

Pues, eso mismo estoy viendo en mí: veo que estas llagas van acabando con mi cuerpo, que está sirviendo de cárcel a mi alma; y ¿no me he de alegrar al ver que se deshace y que me voy a ver libre de estas paredes que me detienen y no me dejan libre subir al cielo?»

Gandía.

Ahora veo que he trastornado un poco esta narración; pues antes de estar en Fontilles se detuvo el Padre en Gandía.

Allí se dió, como decimos, el pisto de alojarse en un palacio; y no en uno de tantos, en el de un Duque; y no de un Duque cualquiera, sino de lo más encopetado que se puede ser, de un Santo Duque; en el palacio en que nació S. Francisco de Borja.

Y no nos daba poca curiosidad de ver cómo estarán los principales salones: el Salón del Trono y el de Armas y otros, como en tiempo del Santo Duque.

Y ¿cómo será, nos preguntaba el Padre, que pude celebrar la misa metido en un ataúd?

No acertábamos. ¡Qué íbamos a acertar!

Pues sencillamente, nos replicó el Padre; San Francisco de Borja mandó hacer la capilla de su palacio en forma de ataúd; pero grande, muy grande, donde caben de pie 40 ó 50 personas. Con eso recordaba el Santo Duque su pensamiento favorito, el de la muerte; el que le hizo despreciar al mundo y a sí mismo, como en esa hora todos querríamos haberlos despreciado.

La sacristía de esa capilla, dicen que era la habitación donde descansaba, y, por las señales de sangre que aún se ven en las paredes, donde se vengaba de su cuerpo el Santo. ¡Quién tuviera tantos ánimos!

Con gusto se hubiera quedado el Padre en Gandía a su vuelta de Fontilles; pues le invitaron de nuevo los Padres y le habían tratado antes con delicadeza propia de Duques Santos. Pero decía que desde Bilbao le hacíamos nosotros andar de prisa y siguió camino de Valencia.

Valencia.

Llegó por fin a Valencia el Sábado al atardecer. Encontró al entrar en la Casa Profesa al Padre Director de los jóvenes obreros de Valencia, que entonces como otros Sábados salía a su Patronato a confesar, y se salió con él a confesar también y a conocer por vistas y oídas aquella su obra, tan singular como provechosa.

Patronato de la juventud obrera.

Son más de mil los jovencitos obreros que se reunen a las siete y media los Domingos en una gran iglesia. Les dijo la Misa nuestro Padre y, según él contaba, le conmovió aquella multitud, y más aún sus voces, que no podían contenerse entre aquellas paredes.

Les dieron entre dos la Comunión al final de la misa; les platicó después su Padre sobre un punto del catecismo y antes de las ocho y media estaban todos alegres camino de sus casas.

No era esto solo: tienen en propiedad un gran terreno, parte destinado a huertecitos, que los cultivan como propios los mismos jóvenes, y parte para juegos; con su teatro y gimnasio cubiertos y muy capaces, y con su capilla de buen gusto y desahogada.

Allí pasa el Padre con ellos todas las tardes los Domingos; se entera de cómo tienen sus huertos, con qué dificultades tropiezan en los talleres y a veces en sus casas y de todo lo que a sus muchachos pueda alejarlos de peligros.

También tienen sus escuelas propias diurnas y nocturnas, visitadas de continuo y dirigidas por el Padre.

Llegan a tener estos jóvenes del Patronato, al estilo de los ricos, hasta su casa de campo propia en un monte, a 600 metros de altura, donde reciben directamente la fresca brisa del mar. He leído la Memoria y da envidia ver lo bien que pasan allí 200 y más jovencitos de 10 a 20 días, conforme a su conducta durante el año. Todos los gastos, hasta los de viaje, corren a cuenta del Padre. Y no le faltan limosnas, pues todo Valencia ve que es la obra que más moraliza su parte obrera.

Congregación de los Luises.

Por lo que nos decía nuestro Padre, aquel P. Director es difícil describirle. Hay que ir a ver el local admirablemente aprovechado y con un gusto exquisito, y con eso se puede uno figurar algo de lo que será el Padre que lo dirige.

Conoce también a sus paisanos los valencianos, que se atreve a lo que otro no podría ni soñar. Acompañado de otro Padre fué casa por casa invitando, como la cosa más natural, a todas las autoridades a los Ejercicios que se daban para los Congregantes en la Iglesia de la Casa profesa; y todos le prometieron asistir y asistieron todos los días. Llegó el día de la Comunión general y, como los demás días, estuvieron todas las autoridades en el presbiterio y quisieron honrarse públicamente con la medalla de socios honorarios de la Congregación.

Ni se contenta con anunciar en los periódicos los actos de la Congregación; los anuncia con grandes letras hasta en las paredes en algunas calles más céntricas.

Le llevó a nuestro Padre una noche al local de la Congregación; pues bien, en un abrir y cerrar de ojos dejó trasformado el Salón principal, convertido este año en biblioteca Acababan de llegar 12 mesitas escritorio preciosas con sus persianas arrollables en su parte superior. Cogió el Padre su reloj en la mano, y a cinco o seis Congregantes que allí estaban, les mandó colocar las mesitas una tras otra a lo largo de una de las paredes del Salón, y lo tenían que hacer antes de que pasaran tres minutos; y quitar de allí sillas y divanes que estorbaban la operación.

Lo hicieron antes del tiempo fijado y pudo apreciar en un momento el efecto que harían 50 mesitas como aquellas sirviendo de zócalo a todo aquel precioso Salón.

¿Y qué van hacer con tanta mesita?

Servirán de mesa de estudio a los más aplicados: éstos tendrán cada uno la suya como en propiedad y cerrada con llave; podrán pedir los libros que les interesen para sus estudios y hacer allí sus trabajos.

Fué recorriendo después las diversas salitas para las distintas academias, y por lo que las ponderaba nuestro Padre, si una salita le gustaba mucho, otra le gustaba más.

El último local que vió fué uno convertido no en sala sino en cocina, al estilo de las clásicas de la Huerta de Valencia. Allí al amor de la lumbre estaba una figura de tamaño natural imitando tan a lo vivo un valenciano, que el Padre estuvo a punto de saludarle. Todo lo demás era legítimo y pintoresco y no había que figurarse nada, sólo abrir los ojos para verse en la casa de un labrador de aquellos algo acomodados, donde se conservan, según dicen, las tradiciones como en pocas partes.

Tienen los abogados, los literatos, los de

Universidad de Deusto
Biblioteca

las bellas artes, los ingenieros, los médicos y no sé cuántos más sus respectivos salones para sus estudios y conferencias.

A los médicos no les faltan sus esqueletos y sus huesos sueltos y obras llenas de instructivos grabados para su estudio; obras que no las encontrarían tal vez en ninguna parte.

Ni encuentran tampoco un local tan próximo a la Universidad, como que está en frente; allí pueden pasar los ratos libres muy bien aprovechados.

Los Estanislaos de Valencia están en cambio sin local y no tan animados como los Luises; aunque a nuestro Padre le han escrito que tienen ya su misa los Domigos a las siete y media y comulgan todos; y poco a poco, como dice el Padre, nos aventajarán cuando tengan los medios que tenemos: pues dice que los valencianitos son muy dóciles y bien inclinados.

De Barcelona a Valencia una noche más perdida, y, como nos decía el Padre, un día ganado.

Barcelona.

Según el Padre, muy distinta es de Valencia, y lo son también de sus habitantes, y por lo tanto las Congregaciones; que, claro está, aunque es el mismo el Reglamento, se acomoda a la índole del pueblo.

Allí todo dice que parece más serio: la biblioteca, la salita aparte para estudiantes de Medicina, su salón poco capaz de conferencias, donde las distintas academias en distintos días tienen sesiones, presididas todas ellas por el Padre.

Hay secciones para todo lo bueno: sección de piedad con su Comunión diaria y otras muchas prácticas; sección de caridad, y entre ellas una formada por jóvenes que visitan todos los Domingos en las afueras de Barcelona un Hospital de leprosos; sección de propaganda con varias catequesis y su Apostolado de la Buena Prensa. En fin, aunque la asistencia los Domingos no es extraordinaria, lo es el tesón de muchos de ellos que se forman hombres completos a la sombra de la Congregación.

Y ¿cómo están allí los Estanislaos?, le preguntó uno de nosotros al Padre.

—¡Cómo han de estar! muy animados. ¿Habéis acaso visto que haya nadie que crezca por metros ni por centímetros? Por milímetros y mucho menos vais creciendo en el cuerpo, y otro tanto nos sucede con el alma. Así es que si son, como he dicho, crecidos y valientes los Luises; los Estanislaos necesario es que vayan siendo animosos y constantes

Por lo que se ve, mucho tenemos que andar nosotros si hemos de llegar a ser tan valientes y activos, como lo son estos que ha visto nuestro Padre en el camino Con constancia y un poco más de seriedad, que dice nos falta a los bilbaínos, todo se alcanza.

Y otra vez que marche el Padre, no irá solo, Alguien ha dicho que le acompañaremos varios a Fontilles, donde ya han estado algunos Luises de Bilbao; que aquello es otro mundo más verdadero que este de colorines en que aquí vivimos.

Yo desde ahora me comprometo a acompañarle.

M. G., Congr.

NUESTRA ENTRONIZACIÓN

Aprovechó nuestro Padre su estancia en Barcelona en algo más que en enterarse de las Congregaciones: nos compró una preciosa estatua del Sagrado Corazón de Jesús sentado, en tamaño natural, y sencillamente elegante.

Su figura, sobre todo su cara, nos ha gustado muchísimo, no puede ser más simpática ni más natural; con una mano nos está bendiciendo, y enseñándonos con otra su corazón, y con él lo que nos ama.

Va a ocupar el gran día de la Entronización, y siempre, el centro de nuestro Salón, que ese día estará desconocido. Le vamos a tener allí como de casa, hablando con nosotros; y eso de hablar va a ser más verdad de lo que parece. No tendremos reunión en el Salón, según nos dice el Padre, que no nos hable el Señor sin moverse de su sillón; nos repetirá las mismas palabras que dijo cuando andaba entre nosotros: nos leerán algún pasaje del Nuevo Testamento.

¡Lástima que algún día, en vez de dejar que en su nombre nos hable otro, no nos hablara él mismo, y animara su estatua, y nos hiciera ver con un milagro lo que quiere a los Congregantes! Pero, ¡qué digo, ni qué sueño! ¡Qué falta nos hace ese milagro, si otro mucho mayor nos hace todos los días, cuando oímos su voz y nos levantamos a tiempo y vamos contentos y alegres a recibirle en nuestro pecho.

Ya no es su figura la que vemos, como en esta nuestra estatua: él mismo real y verdaderamente nos da la mayor muestra de amor que puede darnos: ¡no es algo más que hablarnos, el que se nos entre por nuestra boca en nuestros pechos y se haga alimento nuestro!

¡Que no lo entendiéramos un poco mejor, y así le amásemos como se merece y nos ama!

Para amarle de veras nos ha dado el Padre un medio, después de consultarlo con nosotros: nos ha dado un papel donde nos anima a destronar en estos días nuestro defecto principal, hasta el Domingo 26, término de los Ejercicios de año, que durarán toda la semana anterior.

Si nos empeñamos, lo conseguimos; y el que de nosotros no se empeñe, bien tonto será: llegará el día y no podrá ofrecerle al Señor lo que más le agrada en nosotros, el vencernos y no ser vencidos como antes por algún defectillo que con nosotros va creciendo hasta hacernos viciosos.

Le cortaremos a tiempo y le ofreceremos el día 26 al Señor de los señores.

L. M. B., Congr.



Núm. 40.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao, 1.º de Diciembre de 1916

Nuestro gran día.

No nos asustó el temporal del domingo 26; la Congregación en masa estaba a las siete y media ocupando su puesto, y dispuesta, como en el día de la mayor gala, a la mayor recepción.

Nos arengó el R. P. Ogara para que como corona de los Ejercicios, que acabamos en ese día, nos dispusiésemos a dar a Cristo el puesto más honroso de nuestro corazón y a no destronarle jamás.

En largas filas tuvimos algo más que besa la mano: ocupó Cristo realmente nuestros pechos; y allí en la mayor intimidad y con la mayor verdad le juramos eterno vasallaje.

Pasamos después a nuestro Salón. Ese día sí que se le podía llamar Salón. Con sencillez y gusto exquisito estaba transformado: el centro lo ocupaba la simpática figura tallada en madera y en tamaño natural de nuestro Amo y Señor, a quien le veremos en adelante de asiento entre nosotros bendiciéndonos y pidiéndonos lo que le prometimos, nuestro más fino amor. A su izquierda tenía un jardín emblema de otro que queremos le recree más, el de nuestra Congregación.

Los muros estaban tapizados y coronados de guirnaldas; hasta las columnas estaban ensortijadas de flores.

Cuadros preciosos de la vida de nuestro Rey, llenaban una vitrina a lo largo del Salón y las fotografías de todos nosotros, con nuestro nombre al pie, estaban a la entrada como diciendo: de aquí nadie nos hecha; aquí estaremos siempre haciendo la corte al Señor; y allí estábamos a las ocho para entronizarlo oficialmente en nuestra Congregación.

Tuvo que ser rapidísimo todo: se bendijo la imágen: leyó el Presidente la consagración, nos arengó el Padre a no dejar a este Señor, pues de lo contrario, otros no señores sino tiranos se echarán sobre nosotros.

Por la tarde tuvimos una pequeña academia en la que ratificamos lo dicho y hecho a la mañana. De allí fuimos a la Iglesia a recibir su bendición y con ella contentos y felices a nuestras casas, a ser mejores hijos aún y mejores Congregantes,

¡Así sea!

M. G., Congr.

Nuestro Padre Ipiña.

Bien merece este título de nuestro: sabido es lo que nos quería; prueba de ello lo que se sacrificaba por nosotros.

No podía hacer cosa mejor por nosotros que dirigirnos y alentarnos; y a cuantos quisimos ponernos en sus manos, nos dirigió y alentó, donde y como mejor se puede dirigir y alentar, en la intimidad más íntima, en la confesión; como que no faltó mientras pudo ni un día de esperarnos a sus horas.

Según entendimos, y lo veíamos, arreglaba su distribución de modo, que, con bajar a las cinco al confesonario y decir después la Santa Misa, a las siete y cuarto estaba invariablemente esperando al primer Congregante que se le presentara; y todo el tiempo en que estábamos en la Iglesia de siete y media a ocho, a nadie confesaba más que a nosotros.

Pero no era eso sólo: tan pronto como comprendía que queríamos dirigirnos con él, nos recomendaba que fuésemos a otras horas para poder así hablarnos más despacio y de propósito. ¡Cuánto le echo de menos! Entonces nos mostraba más su interés por nosotros y su amor de Padre. Más de una y de dos veces, en el poco tiempo en que pude dirigirme con él, llegó a contarme historias y cuentos que venían apropósito para las tentaciones que me molestaban: así se me grababa más el remedio que me daba. ¡Que desde el cielo nos alcance de Dios quien le sustituya, con aquel cariño e interés de verdadero Padre!; y tengo para mí que es uno de los mayores beneficios que puede conseguir para nuestra Congregación.

J. L. C., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Mi amiguito.

Todos los días al ir a clase, encontraba invariablemente al viejecito aquel, con su saco al hombro, arrastrando sus pies cansado de caminar, respirando fatigosamente, jadeante y sucio. Era el carbonero. Desde el primer día que le ví sentí hacia él simpatía. Era viejo, muy viejo. La nieve de muchos inviernos cuida sobre su cabeza la había tocado de blanco. Su figura venerable aparecía encorvada por el peso de los años.

Tenía su tienda, si de tal podía calificarse a su mísero portal, en un cuchitril hecho de tablas. Allí almacenaba carbón, que luego él mismo repartía por las casas: su único modo de vida. Eran tan cortos sus ingresos, que ni siquiera le permitían tener un criado más joven y robusto, que le pudiera repartir la mercancía.

¡Pobrecillo! daba pena verle ahogado bajo el peso de su carga: caminaba con paso tardo buscando a cada instante un saliente donde recostarse y descansar un momento. Después volvía a cargar penosamente su saco y continuaba su peregrinación.

Un día, hace de esto como un mes, le encontré como todos los días cargado con su saco; pero su paso era más tardo aún, su aspecto más envejecido. Caminaba por medio de la calle mirando a los lados; indudablemente buscaba algún sitio donde dejar su saco para descansar, pero no le encontraba y seguía su marcha jadeante ya y casi dando traspiés. A mí me dió mucha pena. Pensé que yo era más joven y que bien podía ayudarle. Me dirijo a él y le digo: ¿Le pesa mucho, abuelito? yo le ayudaré, descargue y descanse; y cogiéndole el saco lo depositó blandamente en el suelo

Al sentirse aliviado de su peso alzó su cabeza y me miró sorprendido. Yo continué hablándole cariñosamente: le veía casi todos los días y hoy al verle tan cansado, comprendí que quería bajar el saco y que no podía, y por eso le ayudé.

Entonces él haciendo un esfuerzo para hablar, me dijo con voz casi imperceptible: Gracias, señorito, gracias! ¡Dios se lo pagará! y me dirigió una mirada de afecto, y de sus ojillos pequeñetes y casi sin brillo salió una lágrima que rodó lenta por su mejilla descarnada.

Para consolarle le pregunté si sufría mucho en este mundo, y de su boca salieron quedas estas palabras: ¡Alabado sea Dios! Sí, sufro, sí; pero pronto gozaré con El.

Despedíme de él cariñosamente y desde aquel día todos los sucesivos saludaba a mi amiguito: Adiós abuelito!; y él, cargado como siempre e imposibilitado de hablar por el peso de su carga, alzaba un poco la cabeza, me miraba con aquellos ojitos, que tantas tristezas habían visto en este mundo y su boca se dilataba enseñando sus encías sin dientes: era que se sonreía. Y así todos los días. Yo quería ya aquel amiguito y creo que él también me quería. Lo leía yo en sus ojos. Siempre al verle recordaba yo aquellas palabras suyas: Alabado sea Dios! Sí, sufro, sí; pero pronto gozaré de El.

Un día no encontré a mi viejecito y me extrañó: pero no mucho: pensé que quizú aquel día no llevaría carbón a aquella hora.

Al día siguiente, hace de esto dos días, iba yo como siempre bien envuelto en mi abrigo, viendo congelarse mi aliento. Al llegar frente a la carbonería de mi amiguito, como yo para mí le llamaba, veo un papel pegado en la puerta: me acerco a él y leo estas tristes palabras: «Cerrado por defunción».

Me dirijo presuroso al portal próximo y pregunto a la portera por el carbonero, por mi amiguito. Ha muerto esta mañana, me dijo. Me hicieron tal impresión estas palabras que casi me desmayé. Asombrada la portera me pregunta:

Pero señorito ¿era algo suyo?; y contesto conmovido: Sí señora, era ¡mi amigo! y reteniendo las lágrimas que querían salirse a mis ojos, me dirijo a clase masculando una oración y pensando en aquellas palabras: Sí, sufro, sí; pero pronto gozaré con El.

Pobre amiguito ¡Cuánta razón tenía! Pido por él una oración a todos los congregantes y que nos acordemos, cuando suframos de aquella hermosa sentencia:

Sí, sufro, sí; pero pronto gozaré con El.

R. M., Congr.

De mi jardín.

En una de las esquinas del jardín, la más azotada del viento, había un bosquecito algo más que en plantel. Poca sombra daban todavía los arbolitos; pero que pasen años y ya la darán, decía el dueño al verlo.

Por estar tan expuestos al viento, todos tenían su rodrigón y así se iban defendiendo muy bien.

Cuéntase que dos de estos arbolitos, algo más levantados que los otros, se molestaban de sus ataduras, y con el meneo de sus copas demostraban al hortelano que les soltase y echase lejos de allí los molestos rodrigones. Tantas demostraciones hicieron que el hortelano, contra su voluntad, les dejó campear y balancearse libremente. Era de ver cómo cuando más viento hacía, más se balanceaban y parecía que gozaban más; se compadecían y hasta se reían de los arbolitos vecinos que no podían balancearse como ellos.

Así iban las cosas, cuando, en una galerna de esas de verano, apretó el vendabal y ocurrió lo que tenía que ocurrir. Una vez tronchados por el viento, hubo que arrancarlos de raíz, para que diesen su lugar a otros que se conformasen con sus rodrigones y así llegasen como todos los demás del bosquecito a crecer derechos y bien fuertes.

No hace falta decir lo que estos dos desventurados arbolitos nos enseñan; basta indicar que el rodrigón para nosotros es nuestro reglamento, nuestra Congregación.

J. A., Congr.

De menos nos hizo Dios.

Lo que más llama la atención de los forasteros que nos visitan en nuestra casa de campo de la aldea es un gigantesco encino de más de 35 metros de altura y cuyo tronco tendrá unos tres metros y medio de circunferencia Cuando podan las ramas nunca alcanzan la copa; no hay marinero tan arriesgado que se atreva a subir a ella; y con esta media poda se llenan unos cuantos carros de leña. Más, ningún cazador ha podido matar un sólo pájaro, de los muchísimos que allí arriba en las ramas de su inmensa copa se guarecen.

La admiración sube de punto cuando los forasteros ven que no nace en tierra firme, sino que brota a metro y medio del suelo en un grueso muro de cuatro metros de alto.

No sé de dónde sabrá nuestro viejo hortelano lo que cuenta de este encino.

Es el caso que repite y con mucho aplomo que hace más de doscientos años una paloma depositó una bellota en una de las concavidades de la pared; y no es inverosímil, pues las palomas torcaces comen, o mejor, tragan bellotas enteras, como nosotros migas de pan y a veces comen tantas que no pueden dar largos vuelos con todas.

Las raicillas evidentemente tropezaron con mil obstáculos; pero, se abrieron paso entre las grietas de las piedras, y a fuerza de constancia y de años buscaron la tierra necesaria para desarrollar su tronco de esa manera extraordinaria y hacerle subir enteramente derecho.

Cuando mi hermano y yo nos sentábamos sobre el muro en que nace el encino, más de una vez nos acordábamos de nuestra Congregación. Nos ocurría que la Comunión diaria, las continuas exhortaciones del Padre, los buenos ejemplos que nos dan en casa van penetrando poco a poco en nuestro corazón de suyo duro y seco y poco apropósito para germinar nada bueno y van venciendo la resistencia que encuentran en nosotros para el bien.

Si somos constantes ¿por qué no hemos de crecer también nosotros y llegar a ser hombres de veras y hasta sobresalir como los Santos si nos ponemos en manos de Dios, para que sea por nosotros glorificado?

J. M. U., Congr.

¿Quién es mi ayo?

Una destemplada mañana del frío invierno se encontró abandonado en las calles de la Corte un pobre niño de muy pocos años.

El llanto con que lamentaba su abandono llamó la atención del Monarca que a la sazón acertó a pasar por allí rodeado de brillante séquito.

Fué tanta la compasión que aquel desvalido excitó en el corazón real que quiso S. M. al punto hacerse cargo de aquel niño.

El rey en persona determinó la vida y ocupaciones de su ahijado.

En lo que el Monarca estuvo más exigente fué en lo relativo al ayo que del nuevo protegido había de cuidar.

Maestros, abogados, profesores de universidad, eclesiásticos y seglares. militares y elemento civil; de todo hubo entre los aspirantes a preceptores del nuevo morador del palacio real. Examinó S. M. los expedientes de todos, mas ninguno mereció el regio beneplácito.

Después de muchos dimes y diretes púsose por fin a escribir muy resuelto, y cerrando el pliego en un sobre de gran tamaño, escribió el rey de su puño y letra la dirección del ilustre destinatario.

Porque es de saberse, que lo que aquel sobre contenía era sencillamente el nombramiento de ayo del nuevo protegido del rey, y que todos se quedaron viendo visiones cuando se publicó el nombre del elegido.

Y, la verdad, la cosa no era para menos.

Era el sujeto en cuestión persona que lo mismo podía presidir el Consejo de Estado que mandar una Capitanía General; condecorada con cuantas cruces, placas y bandas puede colgar al pecho caballero alguno, y tan noble por los cuatro costados, que con una rama de su árbol genealógico había para hacerle cómodamente un trono al monarca más pintimparado del mundo.

Y no se crea que el campanudo aristócrata hizo ascos al nombramiento; nada de eso.

Penetróse al punto de la importancia del nuevo cargo, y de tal manera se puso a desempeñarlo, que en nada pensaba noche y día, sino en el chicuelo a su custodia confiado.

A la mesa y al juego, al estudio y al descanso, a todas partes le acompañaba.

Procuró instruirle en cuantos conocimientos podían un día serle útiles; pero en nada insistió tanto, como en recomendarle el más profundo amor y agradecimiento, hacia el que de pura gracia le elevó desde el arroyo hasta el alcázar real.

Pues bien; aquel muchacho jamás llegó a entender lo que significaba, que el rey pusiera a su servicio personaje tal que para el príncipe, su hijo, no encontrara servidor de más talla.

Nunca tuvo un afecto agradecido ni una palabra amorosa ni blanda para el elevado palaciego que, dando de mano a ocupaciones de mayor brillo, soportaba paciente por amor a su soberano sus antojos y caprichillos.

Lector amigo, ¿sabes quién es el personaje cuya historia te cuento? ¿no aciertas?

Escúchame un momento:

Compadecido Dios Nuestro Señor del abandono espiritual del hombre, quiso velar por él; quiso que desde la cuna al sepulcro tuviera un ayo, que cuidara particularmente de su alma.

Y la verdad, tampoco el Rey del Cielo pudo mostrarse más generoso.

Allá en lo más encumbrado de la gloria gozaban de El unos espíritus puros, de sabiduría altísima, de poder inmenso, de hermosura admirable, capaces de regir y gobernar mundos enteros, de desquiciar y restablecer cien veces el orden todo del universo, verdaderos magnates de la corte de Dios, sus ángeles.

Pues, nada, hasta aquellas alturas fué Dios a buscar un ayo para el hombre y desde entonces el Angel es el custodio del mortal.

Sentado junto a la cuna recoge el Angel las primeras lágrimas del niño, y de pie junto al lecho de muerte acerca al anciano la copa del dolor, que con las lágrimas de la agonía queda colmada.

En el intermedio ¡cuántos pasos ha contado! Primero los rasguños, luego los resbalones por la pendiente, después... tal vez la caída fatal en el precipicio con un mal amigo. Todo lo ha visto el Angel y jamás ha abandonado al hombre; siempre le ha aconsejado bien, siempre ha estado a su lado.

Y ¡cuántos hay que ni siquiera han sabido comprender esta dignación divina de darles Dios custodios tales, que ni para Jesucristo mismo no ha tenido servidores más nobles y fieles!

Ni aun siquiera reparan en el Angel de la Guarda y eso que al levantarse ellos él está presente, y con él salen a la calle, y con él vuelven a casa y él vela su sueño.

Quizá has conocido a alguno que ni le saluda por la mañana ni se despide de él antes de tomar descanso.

¿A ciertas ahora de quién es imagen el desagradecido chicuelo del cuento?

. . . . . .

II

Por dicha nuestra, sabemos muy bien los Congregantes de cuánto somos deudores al Angel de la Guarda y cuál debe ser nuestra conducta con él.

El es nuestro mejor amigo, que de mil peligros de alma y cuerpo nos libra.

Los devotos del Angel de la Guarda saben por experiencia de cuántos trances apretados suelen librar estos poderosos espíritus.

Nunca debemos dejar de pedirle su auxilio al levantarnos, en las oraciones de la mañana, ninguna noche debemos olvidarnos de encargarles vigilen nuestro sueño.

R. R., Congr.

Correspondencia abierta.

Del otro lado de los Pirineos.

Los domingos se pasa muy aburrido; y ahora hasta los días de labor, pues para economizar gas y electricidad cierran los almacenes y tiendas a las seis; así es que va a parecer una ciudad muerta.

Aquí, ya me he dado cuenta, hay muchos protestantes. Hasta entre los españoles la mayor parte no van a misa.

Yo conozco un chico que es judío, y le llamamos *caquiño*, y le damos tanta lata que le vamos a hacer abjurar el judaísmo.

E. I., Congr.

El día de nuestro Patrono.

No puede Vd. suponer lo que siento no poder pasar el día de hoy, de San Estanislao en su compañía.

Como también aquí hay Congregación, ayer celebramos la fiesta de nuestro Patrón, pero algo más hubiera preferido estar en esa.

I. y J. P., Congr.

Buen sentimiento.

Cuando reciba esta carta ya estará entronizado el Sagrado Corazón, no sabe bien lo que he sentido no poder asistir a la fiesta.

Ya me enteré de la muerte del P. Ipiña y ofrecí una Comunión por su alma, que Dios ya la tendrá en su seno.

E. P., Congr.

No sabe poco.

Mucho me apena no poder asistir a la Entronización con el cuerpo; mas mi alma estará ese día en medio de ustedes. Desde aquí asistiré, y ruego me den cuenta de lo que pasa por Bilbao en ese venturoso día.

Cuando me acer ue a la Sagrada Comunión rogaré a Jesús por la prosperidad de la Congregación. También rogaré mueva ese día el corazón de algunos Congregantes que están llamados a la vida religiosa; pues sé con certeza que son bastantes.

J. O., Congr.

FLORES Y FRUTOS

Núm. 41.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao, 1.º de Enero de 1917

El carbón de Pepito.

I

Desusadamente preocupado estaba aquella mañana Pepito; el hijo único de los Sres. de Z.

Tenía en la mano un pliego chiquitín y muy mono, al cual daba una y mil vueltas, como si buscase en él la solución de un enigma que tratara de descifrar.

Algo tenía Pepito aquella mañana; pero como era en víspera de Reyes, no chocaba su preocupación, ni a su madre, que le contemplaba de cerca entre complacida y risueña.

Seguramente tenía escrita el pobre chico una larga lista de once o doce peticiones y trataba de añadir la trece o catorce; los Reyes son muy bondadosos y no iban a dejar a Pepito sin este pequeño regalo.

Pero no, no era éste el motivo de la preocupación de Pepito, y así lo indicaba la expresión de su carita, no triste, pero sí muy seria y meditabunda. Lo que sucedía era que un buen pensamiento había puesto a su alma cariñosa y compasiva en el mayor de los compromisos, por lo que se originó en el interior de Pepito una lucha, que, aunque era pequeñín, bien podía llamarse de titanes.

Porque era el caso, que a Pepito le iban a traer los Reyes todo lo que pedía en la cartita que tenía en la mano, y él estaba muy contento, aunque luego se cansase pronto, y se lo tirasen pronto a la basura... Pero de repente va, y se acuerda de los chinos. ¡Con la pena que le daban a él los chinitos! Y entonces le vino el buen pensamiento.

Con aquel dinero de los juguetes, podían comprar los misioneros una chinita, y hasta dos y ponerles de nombre *Pepitas*, que para eso se llamaba él Pepito. Luego las pobres chinitas rezarían mucho por él e iban a estar muy contentas, y él también y todos.

Pero todo eso le costaba mucho a Pepito, porque su amiguito del piso de arriba se iba a reír mucho al ver sus zapatos vacíos, y le iba a enseñar sus juguetes, y eso le iba a dar a él mucha envidia...

Pero Pepito era un hombre y le importaban poco todas esas cosas; él con el importe de los juguetes se compraba las dos chinitas, y aquí paz y después gloria.

Y dicho y hecho, tachó toda la lista que poco antes había escrito, puso en vez de ella con letras grandes «Carbón» y se quedó tan satisfecho.

II

¿Qué es lo que has pedido a los Reyes? Preguntaron ya de noche, los Sres. de Z. a su queridísimo Pepito. Y Pepito poniéndose muy serio contesta sólo una palabra: «Carbón».

¿Cómo carbón? responden los papás riendo.

¿Sabes lo que cuesta el carbón con esto de la guerra?

—Pues, yo quiero carbón.

—Pero, ¡cómo carbón! ¡carbón sólo!

—Carbón y otra cosa que no se puede decir.

—¡Que no se puede decir! A los papás se les dice todo.

Pepito calla y entrega la cartita a sus papás. En ella está explicado todo; y los padres de Pepito también lo han comprendido todo. Pepito muy alegre pone sus zapatos lustrosos y relucientes como nunca en el borde de uno de los balcones y se acuesta con la tranquilidad de la inocencia y de la satisfacción del bien obrar.

Los papás de Pepito no salieron aquella noche después de cenar.

. . . . . .

III

A la mañana siguiente, Pepito se ha despertado con la gritería de sus vecinos, que recogen con estrépito sus juguetes, alboro-

Universidad de Deusto
Biblioteca

tándolo todo. No está triste ni mucho menos. Allí, en el balconcillo, ve sus zapatitos, cargados hasta los bordes de carbón, y encima, resaltando su brillo en la negrura del combustible un pequeño montoncito de monedas de oro, que pronto partirán felices para la China.

El Angel de la Guarda de Pepito debió de recoger el carbón de los zapatos, para ponerlo en el platillo de las buenas obras el día del juicio final y seguramente pesará buenos quintales.

A. M. M., Congr.

La justicia de los «Reyes»

I

Serafín era un niño pobre, muy pobre, aunque virtuoso, limpio y aplicado. Juanito era soberbio, desaplicado y adán. Ambos iban a la misma escuela y estaban en la misma sección, en la que Serafín ocupaba el primer puesto y Juanito el último. De aquí, la envidia que a Serafín tenía.

El pobre Serafín al quedarse huérfano tuvo que irse a un pueblo inmediato a vivir con unos tíos. Estos le mandaron la víspera del día de Reyes a por unos encargos a la ciudad. El pobrecito miraba sin envidia los escaparates donde estaban los regalos que los Reyes Magos habían de comprar para los niños ricos.

Así distraído, la noche se le había echado encima, caía en abundancia la nieve, y Serafín tuvo miedo de ir solito al pueblo y decidió pasar la noche en el rincón de una puerta; y, casualidad, era la puerta de su condiscípulo Juanito.

Arriba Juanito descansaba cómodamente junto a su madre.

Mamá ¿vendrán los Reyes? le preguntaba.

—Sí, hijo mío, y me parece siento algún ruido en el balcón.

—A los niños pobres no les echan nada ¿verdad?

—¿Por qué dices eso, hijo mío?

—Porque no quiero que le echen nada a ese tonto de Serafín que va a mi escuela.

—Eso no lo debes decir. Serafín es tan hijo de Dios como tú.

—Sí... pero...

II

Un gran silencio reinaba en todas las calles, cuando acertaron a pasar tres caballeros por donde Serafín dormía como un ángel.

¡Mirad qué angelito! dijo uno. ¡Se ha quitado los zapatos pensando en los Reyes Magos!

—¡Apenas tiene ropa! dijo otro.

—¡Quién sabe, a lo mejor no ha comido todavía! dijo el tercero metiéndole unas cuantas monedas en el bolsillo. El segundo le abrigó con una hermosa bufanda. Mientras tanto, el primero cogió los zapatos de Serafín y subiéndose por una reja los cambió con otros buenísimos y llenos de dulces que estaban en un balcón de aquella casa (eran los de Juanito.

El frío cada vez más intenso despertó a Serafín, el cual lo primero que hizo fué mirar sus zapatos, y cuál no sería su alegría al verlos llenos de dulces.

Miró a su alrededor, y vió a lo lejos tres bultos. ¡Los Reyes! exclamó, ¡los Reyes! ¡benditos sean! ¡Ojalá les traigan juguetes a mis amigos, especialmente a Juanito, para que sea bueno y aplicado!

Ni la mamá de Juanito ni los tíos de Serafín pudieron explicarse lo ocurrido; pero en aquel hecho todos vieron claramente la mano de la Providencia.

No seamos pues soberbios y orgullosos, sino humildes y caritativos; así seremos premiados aun en este mundo.

M. C., Congr.

Si fuese misionero...

Allá lejos, muy lejos, en Asia, en Africa, hay niños también como nosotros, cristianos como nosotros; pero que desgraciadamente no tendrán ningún regalo y gracias que tengan algunos pobres vestidos con que tapar sus carnes.

Los juguetes para ellos son casi desconocidos; el turrón no pasa más allá de nuestras casas; las pequeñeces, con que les pueden obsequiar los misioneros, se les agotan y si no son sustituídas por otras, se ven enseguida imposibilitados de darles nada. Y... ¿qué digo?: éstos son muy felices comparados con otros pobres, que no son cristianos y que quizá desearan fervientemente serlo y sin embargo no les es posible, porque los misioneros faltos de recursos para sostener sus antiguas Misiones se ven imposibilitados de organizar otras nuevas; como que muchas veces la cristiandad más cercana dista leguas y más leguas y el misionero no puede ir a instruirles por no tener un mísero caballejo que abrevie la distancia.

Y nosotros, los congregantes, que siempre hemos tenido especial cuidado en que no quedase vacía la caja de las perrillas, ni que se dejasen de formar montones y más montones de esas chucherías que tan útiles son allá en la China, ¿vamos a dejar pasar estos días de mayor abundancia para nosotros sin interesarnos por ellos? No, de ningún modo. Ahora más que antes cuando las granadas de esta nefasta guerra han tronchado tantos otros Arboles de Navidad en pro de la Misiones, nosotros hemos de enriquecer más y más vuestro ya florido y fructífero Arbolillo.

Y para comprender y sentir cuánto desean los misioneros que se los socorra, me he de figurar yo mismo misionero, lejos de mi patria, rodeado de gente pobre y de quien nada puedo esperar, sino que al contrario, tendré que socorrerlas continuamente. ¡Cómo me agradaría a mí el recibir de vez en cuando esas cosillas inútiles aquí con las que atrajera a los paganos a la fe! ¡Cuánto me agradaría el recibir dinero; con él: compraría niños ganándolos para Dios, levantaría una capilla donde mis cristianos oyesen la Santa Misa, y haría un asilo para los pobres pequeñuelos, y si hubiese más, tendría un caballito para poder llevar más veloz los últimos socorros a los moribundos! Claro está que me gustaría, indudable.

Pues lo que no quieras para ti no lo quieras para otros. Por tanto, si a ti no te gustaría verte sin recursos, piensa que los misioneros muchas veces no tienen que comer y no compres tantos caramelos, invierte lo que allí podías gastar en las Misiones. Si se te parte el corazón al ver maltratar a un perro, piensa que en China hay muchos niños recién nacidos que lo pasan peor que perros, arrojados en medio del arroyo por sus propios padres, y piensa también que al misionero como a ti se le parte el corazón al verlos, pero... no los puede recoger porque el orfanato es muy pequeño y está atestado y no se puede agrandar por que tú y yo y aquel de más allá entregamos la perrilla, que había de ensancharlo, a la tienda de enfrente, a cambio de cualquier cosa, de un juguete que dura poco o de unos caramelos que duran menos.

No, congregrantes, no, no hemos de ser así: yo soy el primero en confesar que hasta ahora he sido tibio; pero desde hoy en adelante hemos de interesarnos más, hemos de preocuparnos más por las Misiones; y en estas Navidades ¡que no haya un rezagado! El que reciba juguetes, lleve los antiguos ya estropeados a formar el Arbol de Navidad; el que dinero, separe una parte para las Misiones. Registraremos todos los cajones de los armarios donde seguramente encontraremos cosas, que nos son completamente inútiles, que harán un gran papel por allá donde todo sirve, relojes estropeados, medallas, cintas, estampas, rosarios, etc., todo lo llevaremos o a la Congregación, o bien al Colegio del Sagrado Corazón. A ver si hacemos que de tanto peso se doblen las ramas del Arbol de Navidad de las Misiones.

A demostrar lo que somos ¡hijos generosos de la Virgen!

S. M., Congr.

El cine, siempre el mismo.

Rápido bajaba un tranvía la ancha calle de Alcalá, cuando un mozuelo repartidor de telegramas se subió a él. El cobrador le miró la gorra para cerciorarse de su empleo. El chico que representaba unos 11 años apercibido de la mirada, que debió ser para él como una pregunta, contestó:

—Pase.

En otra plataforma iba un botones que era conocido del repartidor pues le llamó y se pasó adelante.

—¡Hola! con el Paco.

—Qué hay, chavea. ¿Cómo va el negocio?

—Chee, se vive.

—¿Y tú cómo andas?

—Con los pies.

—¡Te daba así! (amenazándole un puntapié).

—Hoy he *cobrao*.

—Entonces fumaremos de gorra.

—Si no quieres hacerlo con ella puesta.

—Estás *mu guasivo*.

—Como el tiempo, que no sabe si nevar o salir el sol. Lo que ahora me tiene *intrigao*, más que los pitillos es «Lucibe Love» que mide 15 episodios; ya he visto 8, y tengo ganas de saber el desenlace, aunque se le ve venir; ¿la has visto tú?

—¡Hombre, sí, aunque no tantos como tú.

—¿Y qué te parece?

—*Mu* por igual. Eso, a mí de todo lo del cine me tenía más *preocupao* los «Vampiros».

—Chico; yo no comprendo cómo te gustase más el «Gran Vampiro» que «Hugo»: a mí me gusta mucho, pues arrea cada mamporro.

—¡Pchs! eso va en gustos; a mí por ejemplo me gustaba más «La mano que aprieta» que «Soborno».

—¿Y qué?

—*Pus* nada.

—A mí me resulta todo; dicen que en la variedad está el gusto. Hoy creo que se *inaugura* otro cine.

—Si ayer por una casualidad pasaba las hojas de un periódico, cuando me llamó la atención un anuncio por las letras tan grandes y se refería a eso.

—Tú menos mal, como has *cobrao* lo verás; pero yo tendré que inventar el modo de sacarme una propis y privarme de ciertas cosas como el *vermú*, etc.

Bajaron el estilo más y más y hablaron de las trampas que hacían a sus madres para amedrentarlas y sacarles dinero.

Por fin se despidieron los dos.

—¡Bueno! yo voy a bajar.

—Yo tengo que continuar hasta más *alante*.

—A ver si en la próxima entrevista me das buenas noticias. Eh. Mañana nos veremos en el nuevo cine.

—Sí, que la semana se presenta brutal.

—¡Bueno! Pues entonces allí nos veremos.

—¡Adios, Paco!

—Adios tú, hasta mañana, no faltes.

—Quiá, no tengas *cuidao*.

Este diálogo y otros peores en que se enseñan unos a otros todas las trampas y porquerías que han visto en el cine, se oyen muy a menudo en los tranvías y en todas partes, y se ven lo que trabaja los entendimientos para el mal.

Claro está que también los padres tienen mucha culpa; con frecuencia se les oye decir: «pobre chico, trabaja tanto, estudia tanto, todo el día encerrado»; y no saben o no quieren saber que como trabajan más es acordándose de lo que han visto el día anterior. Luego una de dos: o están ciegos o si lo saben, a sus hijos no les tienen cariño de padres.

Pasados unos años no les puede extrañar que su hombrecito se dispare o dispare a otro su Browing. ¿Qué van hacer si están acostumbrados a ver cosas semejantes? Ni tienen tampoco derecho a quejarse de que el hijo les salga un calavera.

Nunca olvidaré, cuando vi entrar a una joven en el hospital con un hachazo terrible, que le

Universidad de Deusto
Biblioteca

había roto la cabeza, la frase del médico que le asistía: «Cosas del cine».

Aun en los mismos tribunales se echa la culpa de muchos crímenes al cine; luego el que les dé dinero y asiste, consiente crímenes.

En resumen que por nada ni por nadie debe ir a un cine ninguna persona que se precie por regular, mientras no cambien los argumentos del repertorio peliculesco que hoy se ve.

F. R., Congr.

De mi jardín.

Había al pie del monte un huerto, por medio del cual corría un riachuelo, que dividido en pequeños canalitos lo fertilizaba.

Su dueño hizo en él un gran plantío de rosas, y todas las mañanas hacía que el agua corriera por los canales, a fin de que llegase hasta las mismas plantas.

Un atardecer aparecieron por encima de la cerca unas zarzas que se mofaban de los rosales próximos que estaban dentro y les decían:

«¡Parecéis tontos! estáis haciendo el ridículo, dejáis que os rieguen todas las mañanas con esa agua y creéis que sacáis algún provecho? ¡Quia! de ningún modo; y si no, vednos a nosotros qué lozanos estamos y sin embargo nunca nos han regado».

Los rosales convencidos decidieron quejarse al jardinero de que ellos no querían más riegos; y así fué en efecto. Cuando a la mañana siguiente el jardinero se disponía a encauzar el agua, ellos comenzaron a moverse a impulsos de una ligera brisa en señal de protesta. Comprendiólo el hortelano y dejó de regarlos.

Los primeros días todo fué bueno; los atrevidos rosales se codeaban rebajándose con toda clase de yerbajos; se fueron enredando con los zarzales; después empezaron a palidecer; a las hermosas rosas se les cayeron las hojas; y al fin, lo único que vino a quedar fueron unos palos secos llenos de espinas.

Eso mismo nos suele pasar a algunos congregantes. Estamos en el jardín de la Congregación y al principio, cuando somos pequeños, recibimos todas las mañanas el agua de Vida; después cuando mayores, aunque tenemos que vencer muchas más tentaciones, pensamos como los rosales que ya no nos es necesario comulgar; nos figuramos que de este modo nos hacemos más hombres; nos codeamos con otros que no son congregantes ni merecen serlo y venimos a parar como los rosales del cuento, en palos secos llenos de espinas.

M. S., Congr.

En las Hermanitas de los Pobres.

—¿Pero, habéis estado en las Hermanitas?

—Sí, hombre, sí.

—¡Canastos! si me lo hubieras advertido. Yo creía que íbamos el día de Reyes.

—Otros años sí: pero éste hemos cambiado con los Luises, hemos ido el día primero. Si vieras lo que te has perdido.

—Pues qué ¿os divertisteis mucho?

—¡La mar! como que no era tanto de diversión mundana, sino de esta otra que... ya me entiendes, de esas en que Dios consuela a uno interiormente. A mí me tocó servir la comida a las ancianas. ¡Chico! ¡qué comida! con decirte que le pedí permiso al Padre para comerme uno de aquellos pececillos!

Daba gusto ver aquellas ancianitas, todas tan alegres; la que más, la que menos nos deseaban buenas notas en los exámenes, que saliésemos con nuestro empleo, en fin lo que a cada una le parecía que más nos convenía.

El Nacimiento ¡qué preciosidad!: aquí había caído una escarcha de mil colores; allá era la entrada de un túnel, que en sus buenos tiempos habría hecho buen papel en algún ferrocarril en miniatura; más allá, entre la espesura, levantaba una iglesia su altiva torre rematada en cruz, antes que Jesucristo hubiese sido crucificado.

Pues ¿y los ancianos? también tenían su Nacimiento, que rivalizaba con el anterior y... casi lo ganaba; como que se veía en el fondo el Palacio de Herodes y a un lado el de Pilatos. Había hasta un Asilo de Hermanitas y un carro parado en la puerta, tan alto que un hombre estaba metiendo unos sacos por las ventanas.

¡Chico! que se nos hizo corto el tiempo que allí estuvimos.

¡Si supieras cuánto más consolado se sale de allí que del maldito cine!

S. M., Congr.



Núm. 42.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao, 1.° de Febrero de 1917

¡¡Aún hay tontos!!

Conozco yo un Señor de estos modernistas, de ideas avanzadas, apóstol del reformismo y no sé cuantas cosas más, que se ríe de la fe católica y todas esas *tonterías...*; pero cree a pies juntillas en toda clase de supersticiones...: *¡Un espíritu fuerte!*

Este pobre Señor pasa la vida por demás aperrada: no tiene un momento de paz. ¡Cuidado que vas a romper un espejo, y eso trae mala suerte! ¡Caramba! ¡ya has echado la sal!; desgracia segura. ¡Eh! has vertido tinta! ¡Ay! algún peligro nos amenaza!; y así vive el pobre hombre, siempre temiendo algún mal, siempre con el alma en un hilo.

Yo al principio me reía en grande con sus tonterías y siempre que me encontraba con él procuraba divertirme a su costa: cogía una silla y comenzaba a darle vueltas; si había algún salero a mano, vertía la sal en el suelo, o le hacía alguna fechoría, de las que tanto alarmaban al buen Señor.

Después movido a compasión procure explicarle, y convencerle de lo erróneo de sus teorías; pero nuestro hombre las tenía por tan ciertas, que le parecía imposible desecharlas.

Yo ya quisiera no creer todo eso, me decía; pero no puedo, no puedo.

Llegó el día de San Antonio y por ser su santo fuí a felicitarle. Le encontré como ahogado, nervioso y angustiado.

—¡Que las tenga V. muy felices!, exclamé al verle.

—¡Felices! sí; sí que las voy a tener felices, me contestó furioso.

¡Hombre! y ¡cómo no!, contestele yo, ¿no sabe V. qué día es hoy?

Ya lo creo que lo sé, y por eso me apuro, me replicó.

—¡Pues...? interrogué·

—¿Pero no te has fijado que hoy es 13 y Martes; el peor día del año. Verás, alguna desgracia terrible me va a suceder hoy.

—Pero calle V., déjeme de 13 y de Martes, y no piense sino que es el día de San Antonio, su patrón, y un día feliz para V.

—¡Hombre!, me dijo esperanzado al oírme. Hoy que es San Antonio, te agradecería mucho que intercedieses por mí con este Santo a ver si consigo desechar estas creencias que tanto me atormentan. Se lo prometí y me despedí de él.

* * *

Después de comer, fuí otra vez a visitarle; pero ya llevaba yo una idea con la que esperaba curar de raíz el mal de mi pobre amigo. Invitéle a pasear un rato y nos dirigimos hacia una calle en la que habita una Señora, que según ella, adivinaba el pasado, presente y porvenir de todo bicho viviente.

Mi amigo ya había consultado a otras semejantes y creía en sus revelaciones como en sí mismo. Aprovechando yo la oportunidad le dije:

Mire D. Antonio, vamos a consultar a Madame Yhilyet, a ver qué desgracias le van a suceder.

Acepta muy satisfecho y vamos escaleras arriba.

Tocamos a la puerta de la adivinadora; nos recibe muy bien; nos hace sentar. Se cubre ella con un velo negro, comienza a examinar unas cartas y a hacer signos extraños y a *adivinar* nuestro porvenir.

Yo apenas podía contener la risa que me reventaba por salir de mi garganta al ver aquel cuadro. Ella seria, muy seria, nos decía: Tal día le ocurrirá a V. un mal paso; tal otro una fortuna. Esta carta le indica que un amigo le engañará; y otra serie de majaderías sin fin. Mientras el buen D. Antonio mira fijamente con sus atónitos ojos a las cartas que van saliendo: hace gesto de satisfacción cuando le anuncian algo bueno y se retuerce nervioso en su silla cuando le señalan una carta adversa.

Entonces me decido a poner en práctica mi idea y al oído de D. Antonio dejo caer estas palabras:

Universidad de Deusto
Biblioteca

«Pregunte V. por su esposa.» Me mira asombrado; pero, le hago una seña, y dirige a la Madame esta pregunta: ¿Qué hace mi Señora en este momento?

La Madame dándose aire de gran importancia y mirando a través de un vaso con un líquido rojizo, exclama dando a sus palabras un tono melodramático: «Su esposa en este momento está sentada en un balcón leyendo un libro.»

Solté yo la carcajada que había detenido tanto tiempo y D. Antonio levantándose furioso, exclamó, dirigiéndose a la adivinadora: ¡Mentira! Es V. una vil explotadora. Mi esposa no puede estar en ningún sitio porque... soy soltero...; y cogiendo los sombreros marchamos los dos escalera abajo, y continuamos nuestro paseo comentando lo ocurrido.

Ya poco trabajo me costó convencerle de sus errores, y a los pocos días ni se preocupaba del 13, ni de la sal. Y cuando después de algún tiempo de nuestra aventura, le pregunté si estaba contento de haber desechado tanta tontería, me contestó radiante de júbilo:

¡Oh! es un favor inmenso el que me has hecho.

No, yo no, le dije: San Antonio me inspiró la idea de preguntar por su esposa; y reíamos y reíamos los dos al recordar el episodio, al mismo tiempo que mis labios bendecían al Santo por haber salvado a aquel incauto de las explotaciones de esas gentes sin conciencia ni vergüenza.

R. M., Congr.

En la Filarmónica.

En nuestra naciente Academia de declamación nos animamos a empezar los ensayos, pues nos encontrábamos antes sin fuerzas para presentarnos en público.

El último ensayo quisimos tenerle solemnemente en la Universidad, para que pudieran ver la obra los congregantes, que por ser tantos no podrían verla el día de la fiesta. Pero el ensayo no pudo ser tan a lo vivo: una mala inteligencia hizo que los trajes no estuviesen a tiempo.

Al día siguiente era de ver lo animado que estaba el cuartito donde nos caracterizaban. «Tú primero; así, eso es, quietecito un momento: ¡zis zas! ya están los ojos rasgados. A ver los bigotes? así, hacia abajo: ¡Bien! ¿La calva? ¡superior! el público no te puede tomar el pelo... Ahora V., muy bien así; esa trenza para atrás, las cejas más pronunciadas hacia arriba, ¡ajajá!»

«Bueno, ¿ya estamos todos?... pues, en marcha. A ver, la luz? ¡ya está? ¡bueno! ¡Telón! ¡Telón!»

Bastó nuestra presencia en la escena para ganar la voluntad de los presentes. Desde el primer momento se hizo simpático el protagonista, el chinito Chao: maltratado éste por su dueño el bonzo, quiso huir y refugiarse en la casa del Misionero católico.

El bonzo, molestado porque con la presencia del P. Misionero iban los suyos perdiendo la fe en sus dioses, y sobre todo, porque le faltaban las limosnas, decidió deshacerse del Blanco, llamando a unos célebres bandidos para que destruyesen toda la Misión.

Enterado Chao de todos estos proyectos y sin otro camino para avisar al P. Blanco que el de descolgarse por una ventana, lo hace con tan mala suerte, que rota la cuerda se le quiebran las piernas.

Con todo, le entera a tiempo al Blanco, que avisa a los suyos y pueden defenderse y hacen huir a los ladrones. Se creen éstos traicionados por el bonzo, y le cogen y le cuelgan y queman su pagoda.

Chao queda así libre y va a aumentar el número de los niños del P. Misionero.

La Filarmónica, capaz de 1200 personas, debió hacerse de goma, pues serían casi 2000 las que asistieron.

A la salida, los mismos actores con trajes de chinos hicieron la colecta, y feliz, pues pasaron de 800 pesetas las recogidas, que por ser para las Misiones estimamos más que los aplausos.

S. M., Congr.

Otro Debate.

Lo mismo que el año pasado quisimos algunos de nosotros, oradores noveles, si a eso llegamos, lucir nuestra oratoria y no con salvas sino con balas y balas rasas. ¡Lástima que el auditorio, como suele suceder, no era el más indicado para recibirlas!

Se trató en el tal Debate de la mala prensa, y la proposición defendida y opugnada era: es incomprensible, irracional, intolerable el que los católicos lean la mala prensa.

No tuvimos que sudar mucho los que la defendíamos para triunfar. Lo que nos sobraban eran argumentos sin réplica, que nos lo proporcionan todos los días los Sres. de *El Imparcial, El Liberal, El Heraldo de Madrid, La Correspondencia de España* y demás de esa ralea liberalesca.

Ni respetan al Papa; y, sin saber lo que son los Sacramentos, hablan de ellos de la manera más despreciativa; si es que no se declaran como algunos ateos o tienen por inútil la Providencia de Dios.

En fin, que no hay por dónde cogerles, pues cuando hablan así, algunos ni a la lengua castellana respetan.

Además, para que a nadie le quede duda, ya están con el sambenito de la condenación formal de no sé cuántos obispos; sólo a *El Imparcial* recuerdo que le han condenado 21; si bien bastaba uno sólo, para que sin más razón no lo cogiera ningún católico en sus manos.

Venció en este Debate la verdad, como debiera vencer en todos; y fuera de dos, que se defendieron con chistes y evasivas, todos convinieron en que la proposición debía ser aprobada, y que ningún católico puede dar una perra chica ni leer los tales periódicos que así maltratan a nuestra queridísima Madre, la Iglesia.

Se siguió una película, de las que desgraciadamente no se ven en los cines; pues dicen que lo picante y picaresco es lo único que tiene salida en este mercado público de Bilbao; y más, nos dicen, que aun es peor el público, que la misma mercancía. ¡Qué tal será el conjunto! ¡Para que nos fiemos!

R. R., Congr.

A la cola de un macho.

Lo recuerdo como si fuera hoy mismo.

Sudábamos en clase como negros hasta una veintena de muchachos, para poder traducir a tientas y ayudados por el profesor el tema de traducción latina, que preparábamos para el Instituto.

«*Vis unita fortior*» repitió por vigésima vez el maestro, buscando con ojos escrutadores un alumno que le librara del bochorno de traducir él propio y por entero el citado aforismo latino.

Todo fué en vano. Suelen en esos casos ser correlativas la ignorancia y la modestia, y como aquella en nosotros era mayúscula, ésta era tal que nadie levantaba la vista del libro.

Tenía nuestro profesor paciencia por quintales y no sólo dió la traducción sin perder la calma, sino que tuvo aún arrestos para explicarnos algo del meollo que encerraban en su laconismo aquellas tres enrevesadas palabras.

¡La unión es la fuerza! decimos los españoles.

Aquí tenéis, nos dijo, una gran lección para la vida.

Tomad en vuestras manos un flexible mimbre, dobladlo con violencia y pronto estará roto.

Tomad dos y de idéntico modo los romperéis casi con la misma facilidad.

Si los mimbres son tres, ya os veréis precisados a hacer mayor esfuerzo.

Un haz mediano de mimbres apenas hay hombre, por fornido que sea, que de esa manera lo pueda romper.

¿Véis la fuerza maravillosa de la unión?

—Este caso ocurrió en Aragón, continuó diciendo:

Un grupo de chicuelos se encontró con el macho del *tío Tanasio*.

Era el pobre animal cansado, viejo y paciente en demasía.

Ocurriósele a uno de aquellos *baturricos* jugar al tío Tanasio una mala partida y propuso a sus compañeros le ayudaran en la tarea de dejar pelada por completo la cola de aquel macho.

Agradó por lo original el entretenimiento, y tomadas las oportunas precauciones, pusieron aquellos diablejos manos a la obra.

Una a una iban arrancando sin compasión las cerdas de la cola del desdichado animal que, con las patas atadas, no hallaba medio de defender aquellos útiles y apreciados mechones.

Pronto empezó a parecerles monótona la ocupación, y tarea para largo rato, y así uno, que parecía tener mejor equilibradas la tontera y la malicia, propuso echar por el atajo colgándose todos juntos y con fuerza, del apéndice posterior del animal; con lo que aquel quedaría por completo pelado.

Como lo propuso él lo cumplieron todos con gran algazara.

El estirón fué como para desconyuntar todos los huesos de la víctima; mas... ¡cosa maravillosa! su cola no padeció merma de ningún género.

Con dos palmos de boca abierta quedaron nuestros baturros y así estarían a estas fechas, como grupo alegórico de la necedad admirada, si el látigo del tío Tanasio no hubiera intervenido oportunamente, saliendo de junto a un matorral que le ocultaba y sembrando el pánico en la atrevida cuadrilla de mozuelos.

Ignoraban estos la fuerza maravillosa de la unión y, aunque inconscientemente, practicaron al principio el profundo consejo: «Divide y vencerás», se olvidaron luego del aforismo castellano—traducción libre del latino: «la unión es fuerza».

¿Y ocurre entre nosotros algo semejante? ¡Vaya si ocurre!: Fulano es un joven bueno, Zutano un muchacho excelente, Perengano un chico cabal.

Pero, quieren tener más medios para cumplir con sus deberes de cristianos, quieren ser más respetados cuando practican el bien y hallar dirección segura; en una palabra, quieren tener *fuerza espiritual*, y se unen, y en la unión encuentran la fuerza y aquí tenemos de buenas a primeras una *Congregación*.

Por eso mientras estamos en la Congregación todo va viento en popa...; lo malo es cuando por cualquier razón nos vemos separados de ella.

Ahora da un vistazo por tu Colegio o clase; mira ante todo si hay otros Congregantes—¿Los hay? Pues vas triunfando; la unión se impone, pues ellos y tú tenéis los mismos ideales y las mismas aspiraciones.

Y la alianza ha de ser ofensivo-defensiva.

Mejor podéis contestar varios a las cuchufletas de esos retoños de *espíritus-fuertes;* ya no podrán decirte *beato;* tendrán que deciros *beatos*, y tantos podéis ser que antes de decirlo se anden con cuenta.

Y no te has de contentar con eso; podrá haber allí abusos, que nosotros no deberíamos permitir que a nuestra vista se cometan, y consultado el caso y por el medio más conveniente, que ordinariamente será la intervención de nuestros papás, habéis de procurar que allí se os respete como católicos.

Pero, esto es solamente una parte de la ofensiva.

¿Qué tal si todos los Congregantes os apalabráis allí para arrebatar a esos despreocupados los primeros puestos de clase, y estudiáis con tesón y lográis vuestros intentos? ¿Quién triunfa entonces?

Si junto a nuestro título de Congregante ponemos unas notas medianas, y andamos arrinconados por las clases, no será extraño que se oiga: «Los Congregantes no valen para nada»; pero si los primeros premios y las más brillantes notas son para nosotros, y

Universidad de Deusto
Biblioteca

cuando viene un paso difícil tiene el profesor que preguntarnos a nosotros, porque *ellos* no dan pie con bola ¿quién triunfa?

¿Quién vence cuando en días de repaso o vísperas de exámenes tienen *ellos* que preguntar la solución de sus dudas a un Congregante?

Yo tengo un amigo que lleva este pundonor y este espíritu de asociación hasta preferir los Congregantes aun para que jueguen en su bando y quiere que hasta en esto sean los Congregantes los más habilidosos.

Es él de los primeros de clase y suelen ser muy codiciados sus cuadernos de apuntes por lo claros; pues a buen seguro que, al que con preferencia se los prestará, será a un Congregante.

¿Qué no hay Congregantes en tu clase?

Mucho será que no haya algún muchacho decente y bueno y con ese te podrás reunir.

No seas como aquellos animalitos que siempre van a buscar lo más sucio.

La unión es la fuerza, y, ya que no puedas entre semana, únete los domingos con la Congregación, y si no puedes personalmente, hazlo por carta.

Yo te garantizo que tendrás más fuerza.

Dios quiera que no seamos los Congregantes en ninguna parte *mimbres desunidos*, sino *apretado haz*.

R. R., Congr.

De mi jardín

Erase un hermoso manzano, que por todas sus hojas denotaba el trabajo del experto labrador que lo cuidaba día tras día, año tras año: podándolo cuando convenía, injertándole para que diese buenos frutos y cuidando de que ningún bicho le dañara.

Las manzanas se hallaban casi en plena madurez, esperando llegase el día en que el labrador fuera a recogerlas. ¡Qué contento contemplaba el magnífico resultado de sus cuidados y desvelos!

Mas, he aquí que un día, ocultándose cuanto pudo un gusanillo, fué arrastrándose, y se metió en la manzana más hermosa que había en el árbol; la fué royendo, royendo; la manzana empezó a perder su hermoso color, a arrugarse y por fin cayó al suelo.

Pero como no hay mal que por bien no venga, de la pérdida de esta manzana sacaron provecho las demás; pues se acabó de pudrir en la tierra, la fertilizó, y de ella absorbió el manzano las sustancias necesarias para que madurasen los demás frutos.

Aquí tampoco hace falta pensar mucho para encontrar aplicación: la Congregación es el árbol, el gusanillo que, hasta al cuerpo le quita la frescura, es la impureza; le roe todo hasta los huesos y sólo sirve para escarmiento de los demás.

Yo digo y diré: no quiero que me pase lo que a ese que va perdiendo la vergüenza y hasta el color de la cara; yo no me dejaré morder de este infame gusanillo. Seré muy devoto de la Virgen.

A. A., Congr.

Correspondencia abierta.

Caso frecuente.

Aquí estoy rodeado de chicos sin religión, sin creencias y aún sin educación; pues un chico educado, por lo menos por urbanidad, se guarda de decir frases de carretero como las estoy oyendo a cada momento.

No crea V. que por esto me vaya enfriando (y ¡verdad que hace frío en este Madrid!) entre esta gentuza; todo lo contrario me ayudan a ser más valiente y mejor.

C. G., Congr.

Esto sí que es bueno.

Soy de las Conferencias de San Vicente de Paúl. El domingo empezamos las visitas y vimos cuadros espantosos; es muy hermosa esta obra y se siente una satisfacción muy grande después de acabar las visitas; hasta sabe mejor la comida de aquel día, después de ver que hay muchos que no tienen casi qué comer ni con qué vestirse.

E. P., Congr.

Un animoso Secretario.

Me defiendo contra los ataques de los lobos que siempre me están acosando; aunque gracias a la comunión frecuente puedo luchar y salir vencedor.

Los muchachos no son recomendables, excepto los de la Congregación con los que me junto.

De esta Congregación le diré que va progresando bastante. Este año hemos hecho un Nacimiento en una iglesia en que se enseña el catecismo a los niños de los peores barrios; va a verlo bastante gente, con lo que va aumentando la bolsa de la catequesis.

Me parece que vamos a publicar una hoja de la Congregación, que si sale ya le mandaré. Sepa que me han hecho Secretario de la Congregación.

J. L., Congr.



Núm. 43.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao, 15 de Febrero de 1917

La vocecita de Rufo.

I

Era la víspera de Carnaval. Rufo después de cenar penetró en su cuarto y dió un vistazo al pintorreteado disfraz que estaba bien oculto debajo del colchón, y cerciorado así de qne no había sido notada su presencia, se metió tranquilamente en la cama.

Rufo había sido congregante, sin embargo ahora no lo era, no lo quería ser ¡qué lo había de querer! eso se queda para los bobos y los beatos, él no quería ser ni bobo ni beato. Más, él decía que no creía en nada, y hacía con sus compañeros alarde de ello; pero, allá en su interior sentía una voz que le decía: «Rufo, hay un Dios, que ve todos tus pecados». Pero a Rufo, completamente encenagado, le parecía imposible dejar aquella vida: ¡tan habituado estaba a pecar!; y el pobrecito para acallar la voz de su conciencia se decía: «Bien, no digo yo que no haya Dios; pero... en eso ya pensaré más adelante ¡tiempo tengo! ya podré confesarme antes de morir.»

Aun así la vocecilla insistía y le venían a la memoria con frecuencia unas palabras que le había oído repetir al P. Director: «Cuando os tiente el demonio para que cometáis algún pecado, haceos esta reflexión: ¿Y si me muero después de cometerlo?»

Rufo más quería pensar en su disfraz, y dando media vuelta en la cama se dijo: «¡Bah! esas son tonterías, a mí lo que me conviene es pasar esta vida lo mejor posible; después, cuando sea viejo, ya podré arrepentirme antes de morir.»

II

Al día siguiente (primero de Carnaval) nuestro Rufo vestido de pierrot fué a unirse con sus compañeros, que impacientes le esperaban.

—¡Ya es hora, Rufo!

—¡Ola, Francisco y compañía!

—¿A dónde se va?

—Al paseo de máscaras.

—¡Quién lo duda! Y como movidos por un resorte, lanzáronse a correr y gritar por las calles, lo mismo que locos. Así se pasaron toda la mañana arriba y abajo, haciendo tonterías. Aun entre el bullicio de la gente volvió Rufo a oír la misma voz que le decía: «¿Y si te mueres ahora?» Mas, no hizo caso y quiso ahogar esa voz entre el torbellino y barullo de las gentes.

III

Por la tarde volvió a unirse Rufo con sus compañeros. Estuvieron en el baile, después en el cine; hasta que cansados de tanto pecar, decidieron ir a ver el paseo de coches.

Parecía que se divertía Rufo; pero no era cierto: en su interior sentía sin poderlo evitar remordimientos; y aunque procuraba hacer mucho ruido, la voz de su conciencia hacíase algunas veces más fuerte que la algazara exterior y se dejaba oír: «Rufo, si mueres ahora, vas derecho al infierno». Pero Rufo no se daba por aludido y gritaba aún con más fuerza.

Llegaron al paseo. Estaba brillantísimo, uno tras otro pasaban y volvían a pasar coches y automóviles llenos de máscaras; y Rufo, a imitación de sus compañeros que habían subido a otros carruajes, subió al estribo de uno y se puso a tirar confettis y a decir tonterías y porquerías a las tontas que lo ocupaban.

Así fué un rato; hasta que de pronto, dan los caballos un inesperado tirón y el pobre Rufo, se balancea un momento, pierde el equilibrio y cae al suelo. Al verse en el aire, se acuerda del infierno, quiere pedir perdón a Dios; pero, ya es tarde... Un grito de terror se escapa de los labios de todos los circunstantes: el automóvil que venía detrás acababa de pasar por encima del cuerpo del infeliz Rufo.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Arrójase la gente al automóvil, levantaron al muchacho y sin pérdida de tiempo fué llevado a la Casa-socorro.

Más ¡oh bondad Divina! al reconocerle el médico, no le encontró lesión alguna; sólo tuvo un fuerte golpe en la cabeza, consecuencia de la caída. ¡Sin duda las ruedas del auto habían pasado a los lados del cuerpo sin tocarle!

IV

Cuando Rufo, abrió los ojos y se encontró en su cuarto con su madre al lado de su cama, quedóse como quien ve visiones. El, que se suponía ya rodeado de llamas en el infierno, ¡estaba allí! El, que por sus pecados merecía el fuego eterno, ¡estaba en blanda cama al lado de su madre!; le parecía imposible. Cuando supo lo sucedido, rompió a llorar amargamente al ver la bondad de Dios al lado de su perversidad y bajeza.

Dios podía haber permitido que muriese y fuese al infierno, y sin embargo no la había hecho. El, que por otra parte no se acordaba de Dios mas que para burlarse como si fuera un mito; ve que Dios se ha acordado de él para favorecerle. Excuso decir que Rufo, desde aquel día es otro: ha dejado a esos perversos amigos, y ha vuelto a entrar en la Congregación, y pide a Dios por todos los que, como antes él, le ofenden sin conocerle.

S. M., Congr.

Un árabe en el desierto.

Está visto que no tengo tan mala memoria, pues hace ya cinco años que oí un sermón en Carnavales, y siempre que llega esta fecha, me parece estar oyendo la potente voz de aquel predicador que decía:

«El mundo es como un desierto, por donde todos caminamos; el calor que allí despide la arena junto con el que se recibe directamente del ardiente sol, excitan una sed aún más ardiente; y de no llevar buenas provisiones de agua, acabaría por ahogar al infeliz caminante.

Sucede con frecuencia que cuando el calor es más intenso, se dejan ver allá a lo lejos unos como grandes lagos de agua, que a medida que avanza el caminante se van alejando de él, y le hacen entender que aquellos lagos no eran más que una ilusión de la vista, un reverberar del aire encendido.

Un árabe en su primer viaje por el desierto no se acabó de convencer que aquellos no eran lagos; y para caminar más a prisa echó en la arena la provisión de agua que llevaba.

Ya os figuráis lo que pasó; aquel debía ser el primero y último viaje. Llegó un momento en que ya no pudo más y cayó desfallecido. Retorciéndose con la más rabiosa sed, estaba ya para espirar, cuando acertó a pasar una caravana que le recogió a tiempo para salvarle. A todos dió compasión y estuvo por todos atendido y pudo al fin salvar la vida.

¡Quién no ve retratado en este desgraciado a otros más desgraciados todavía!: Echan de sí lo único que les puede quitar la sed en estos ardores que sienten de gozar y más gozar; se olvidan de Dios y de todo lo que antes cuando más pequeños practicaban; quieren correr libres, y como nunca encuentran lo que tanto apetecen caen cansados de afanarse por lo que no puede satisfacerles.

A ver si cuando mayorcitos somos de tan cortos alcances como este árabe del cuento; pues no discurren más los que tan sólo piensan en divertirse No echemos el agua que siempre podemos llevar con nosotros, el temor de Dios, que nos quita la sed de gozar de lo que no podemos, sin perder la gracia, sin perder la misma vida del alma.

¡De cuánto me ha servido ya el recuerdo de este sermoncito! ¡Qué poca sed he tenido ni tengo de este gozar y nunca hartarme! ¡No os olvidéis de este pobre árabe!

R. R., Congr.

Los caros Carnavales.

Se avecinan los malditos Carnavales que, según he oído decir a mi abuela, fueron inventados por el mismísimo demonio, para hacer caer a los incautos, y para que no falte carne en las calderas de Pedro Botero.

Y, os voy a contar algo más que un cuento, un sucedido.

Era mi amigo Julio, un muchachote alto y robusto, con cara de angelote, aunque con hechos que nada tenían de tal.

No era congregante, para gloria nuestra; pues, según él decía, eso es bueno para los chavales; pero para los hombres, ¡cá!—¡La eterna canción!

Pues, este Julio tenía entre manos un proyecto infame. Quería dar una broma muy pesada a un vecino suyo que el año anterior le había dado su merecido; pues con su poco o ningún juicio se atrevía a molestar a veces a personas mayores.

Llega el día de Carnaval, y nuestro Julio se disfraza y va a gansear a la calle principal, diciendo y haciendo cosas que, de no tener la cara tapada, le hubieran hecho enrojecer de vergüenza, y no se hubiera atrevido a hacerlas ni decirlas; que para sólo eso sirven las caretas.

Cuando más entretenido estaba y más engolfado en sus diversiones, ve pasar a Don Clemente, el caballero de que antes os hablaba, y se dice: «Ahora es la mía». Echa a correr hacia él y comienza a insultarle, teniendo buen cuidado de fingir la voz, para que no le reconociera.

El pobre D. Clemente, al verse así insultado, comienza a protestar y hace ademán de enarbolar el bastón que llevaba, para dar un garrotazo al desaprensivo joven; pero no puede, porque éste en el paroxismo de su furia le arrebata el bastón, y le asesta con él dos bastonazos en la cabeza y le hace rodar por el suelo.

Al escándalo acude mucha gente; prende un policía al joven, le arranca la careta y le reconocen todos; le llevan a la prevención y dan aviso a sus padres.

Aquellos Carnavales costaron al temerario Julio, además de la consiguiente vergüenza, la pérdida del curso; pues se enteraron del caso los profesores; y más tarde en vacaciones sus padres le metieron en un correcional, en el que todavía se halla aprendiendo educación y purgando las faltas de su vida.

Por casualidad estuve hace poco a visitarle y ¡si viérais qué cambiado le encontré! Parecía otro, moral y materialmente.

Recordando el caso: «Guárdate de los Carnavales», me decía, «y sobre todo, no te distraces nunca; porque ¿sabes con qué objeto se disfrazan todos? pues sencillamente para hacerse desvergonzados. Y, como sabes, por experiencia propia puedo decirte que cuesta caro, y es mucha verdad que con el pecado se lleva la penitencia.

R. M., Congr.

¡Todos al puerto!

Apenas se distinguía ya más que una como rayita en el horizonte, último vestigio del puerto, del cual no podían los marineros separar la vista ni el pensamiento: algo muy querido guardaba aquella tierra.

Con todo, procuraban pasar la vida lo más alegremente que podían. Cantaban unos, y otros jugaban en el rato que tenían disponible. El capitán con aire de satisfacción contemplaba ora a la mar tranquila, ora a los suyos; y como buen cristiano, bendecía a Dios, de quien era grandemente favorecido.

Al poco se llega al capitán uno de los pilotos, y le dice unas palabras al oído, y ambos se meten corriendo por una estrecha puerta. Tan rápidos fueron sus movimientos, que ninguno de los hombres, entretenidos ya en sus tareas, se fijó en ellos. Aparece de nuevo el capitán cambiado de color: antes coloradote y fresco, como quien se mantiene de las brisas marinas, y ahora descolorido y hasta pálido, como quien ve la muerte a pocos pasos. Miraba a la mar, entonces serena, plana y azulada, pronunciando varias veces estas palabras: «Parece imposible, parece imposible.»

También los marineros habían cambiado mucho, de alegres y juguetones en tristes y mustios. El capitán da órdenes aceleradamente y sus hombres las cumplen al momento.

Era preciso meterse al puerto más cercano, una horrible galerna se les venía encima. Ya a pocas millas del puerto, nuestro barco no iba solo como horas antes; otros también habían recibido el mismo radiograma y trataban de ponerse en salvo en el primer puerto.

Muy mal lo hubieran pasado, sobre todo las embarcaciones pequeñas que estaban de pesca, de no haber seguido el ejemplo y el aviso que les dieron los barcos mayores. Aunque no todos hicieron lo mismo: una de las pequeñas embarcaciones, por perseguir un banco de sardinas, se atrasó un poco y pagó muy caro su descuido. La sorprendió fuera del puerto la galerna y una gran ola la azotó de costado, y nadie volvió a ver vivos a sus tripulantes. ¡Pobrecillos!

¿No puede el Carnaval compararse a una galerna y a una galerna anunciada de antemano? Y ¿quién será el desventurado que avisado tan a tiempo se crea sin peligro en medio de esa mar embravecida, de esos cines y paseos donde rompen tantas olas como son los escándalos?

¡Todos a nuestro puerto, a la Congregación!

J. L. C., Congr.

Perpetuo Carnaval.

Mira ¡qué bien! ya llegan los Carnavales; ahora podremos disfrazarnos. La cuestión es que ni por el aire, ni el modo de andar puedan conocerme. Esto me lo decía con aire de satisfacción un medio-amigo mío, que no es congregante.

No quiero, continuaba, que me pase lo que a aquel militar, capitán de graduación: salía de la casa donde se había disfrazado, y al poner el pie en la calle, se le cuadra y le saluda un soldado, que justamente por allí pasaba: En el aire y modo de andar le había reconocido. Esto bastó para que se volviese a casa enseguida a quitarse el disfraz y no quisiese aventurarse más ni ser de ningún otro descubierto.

Pues bien, te digo yo ahora, de veinte hombres o mujeres por lo menos diez y nueve gastan careta todo el año.

¡Qué gracia les hace a los niños poder disfrazarse sin que lo sepan sus padres, y sorprenderles en la calle y, fingiendo cuanto pueden la voz y los meneos, decirles a la cara: ¿Me conoces? En son de triunfo se llegan a sus amiguitos y les dicen: «Ni mis papás me han reconocido».

Y dicen más verdad de lo que entonces piensan; y lo peor que todo el año podrían decirles a sus papás: ¿Me conoces? Y ¡qué les van a conocer!: tienen todo el año muy bien puesta la careta del alma; les creen muy inocentes y muy puros; y sucede muchas veces que están ya muy lejos de ellos la pureza y la inocencia.

Y dime tú, si así engañan con la careta del alma los niños; ¿qué harán los mayorcitos y mayores? Nada, amigo, que casi todo el mundo gasta careta y la gasta todo el año. ¿No te parece?

Y con un casito, harto frecuente en Carnavales, te lo probaré mejor.

Dos enmascarados se fueron al teatro una noche de Carnaval. Entran en un palco y con voz fingida, pero bien alta, les van quitando uno a uno la careta del alma. Señoras, señoritas y caballeros, con caretas de tales, aparecían a los ojos de todos lo que eran en realidad: todas sus trampas, todos sus embustes y cosas peores salían allí a relucir. De un palco pasaban a otro palco, y excuso decirte el pánico que produjo en el teatro el tal descubrir de las caretas.

Pues ahora quiero que sepas para qué soy congregante, ya que tantas veces te has reído

Universidad de Deusto
Biblioteca

de mí por serlo. Es sencillamente para no llevar jamás careta, para no engañar a nadie y menos a mis padres, para llevar siempre la cara bien alta y descubierta, para que nadie pueda jamás avergonzarme.

Ya ves que para algo y para mucho sirve ser congregante.

J. L. C., Congr.

¡La gran invención de los confettis!

Me parece que es hoy, y hace ya un año, cuando pasaba camino de mi casa por el paseo principal; apenas se podía dar un paso: tal era el concurso y lo apretada que andaba allí la gente. Tuve que salir al camino de los coches que también estaba casi interceptado.

A mí que me gusta ver contrastes y discurrir algo sobre ellos, se me agolpaban no pocos pensamientos al tropezar con tanta gente.

Venía de divertirme, como debemos divertirnos los chicos, en el campo y corriendo, con ese desahogo y satisfacción que no encontramos en otras diversiones.

Pues bien, no podía yo comprender cómo podían divertirse chicos como yo, ni mayores, en medio de aquella atmósfera, en la que había más polvo que aire respirable; entre aquellos antipáticos confettis, que sólo son buenos para desvergonzarse sin careta; entre aquellos apretones soeces e intencionados; entre palabras y miradas que en otros tiempos sólo las usan la gente más baja; en medio de aquella locura propia de embriagados.

Seguía yo pensando: Si a cualquiera de estos o de estas les mandara el confesor por penitencia respirar un par de horas aquella podredumbre ¿habría quien la cumpliera? Pues ahora se lo manda su mayor enemigo, que ha conseguido hacer de moda el respirar aquella miseria, y ahí están en medio de ella una hora y otra hora, tan contentos que darían dinero para respirarla.

Todavía recuerdo las anginas infecciosas que pescó hace dos o tres Carnavales un antiguo amigo mío; con 15 ó 20 días de cama y calentura, pudo al fin deshacerse de ellas, y otros tantos pasaron antes de reponerse. ¡No sé cómo no las cogen todos cuantos allí pasean!

Y me preguntaba yo a mí mismo ¿por qué tendrán derecho esos papelitos redonditos a ser lanzados a la cara de cualquiera?—No será por ser redondos.—Pero, ¿quién les ha dado esa licencia?—Seguramente sería algún desvergonzado que se atrevió a hacerlo por vez primera, y no recibió lo que merecía, una buena bofetada; al contrario vió aplaudida la *gracia;* y el desgraciado volvió a repetirla y tuvo enseguida imitadores

Así tendría que ser la tal invención, que no requiere más talento que el que pueda tener un atrevido mono entre otros de su especie.

Otro contraste, si cabe, más enorme con los tales confettis. Tuve gran curiosidad de saber lo que se gastaría en estos días en Bilbao sólo en confettis, y por lo que he podido calcular, por los que se venden en una tienda, resulta que pasarán con mucho de **30.000 pesetas ¡treinta mil!** las que se gastan sólo en Bilbao en estos tres días. Aunque es verdad que parece va pasando algo de moda esta desvergüenza y tantísimo gasto de los confettis.

M. E., Congr.

Los dos mejores disfraces.

Tengo un amigo, el más querido de todos, que ha logrado disfrazarse como ninguno: se llama Jesús.

Vivía en el cielo en compañía de su Padre, y era Dios: bajó de allá, se disfrazó de hombre y tan perfectamente lo hizo, que al pasar por este mundo todos se preguntaban: ¿Quién es éste?—Y El a cada uno respondía: «¿No me conoces? Soy tu Dios».—Y los hombres se rieron y no le conocieron. ¡Dios disfrazado de hombre! No lo podían creer.

El disfraz no podía ser más maravilloso, que aun diciendo quién era no le podían reconocer: era disfraz inventado por el ingenio de un Dios que me amaba.

Vió después que sus amigos al recorrer la senda de la vida habían de caer hambrientos y desfallecidos, y quiso salirles al camino de modo más maravilloso aún. Se cubrió con una capita de pan, transformó en sí ese mismo pan, para que los que le encontrasen en el camino lo tomasen como confortante manjar y lo comiesen. Oculto con este disfraz se ha quedado en el mundo después de volver a su Padre. Disfrazado así pregunta a cada uno de los hombres: «Hijo mío, me conoces?»—Y los hombres sólo tienen en sus labios la misma respuesta:—«¿Quién eres tú que así te encubres? No te conozco». Los únicos que han llegado a conocerle aun a través de su perfectísimo disfraz son las almas puras, que tienen delicadísima vista para profundizar en el Corazón de Dios. Estas almas le reconocen sobre todo por la paz que en sus almas sienten y la fortaleza que las anima, cuando al encontrarlo en el camino de la vida lo comen con frecuencia: es paz y fortaleza que sólo Dios infunde.

Estas solas son las almas que a la pregunta de Dios: «¿Me conoces?», pueden responder: «Sí, Jesús, yo te conozco: tú eres mi más fiel amigo, mi salvador, te conozco y te amo.»

¿Ha habido jamás disfraz más ingenioso que el que inventó el amor de Dios a los hombres?

L. S., Congreg.



Núm. 44.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao, 1.º de Marzo de 1917

La Novena de la gracia y los estudiantes.

En el número 5 de FLORES Y FRUTOS contamos el milagroso origen de la Novena de la gracia de San Francisco Javier, y por qué se llama de la gracia, por haber prometido el Santo la que se le pide; claro está, si nos conviene y se la pidamos con fe y confianza.

Ahora quiero yo contar algo de la especial devoción que tienen en los Estados Unidos a esta Novena. Por algunos datos que tengo a la vista, sólo en Baltimore llega a tener tal popularidad esta devoción, que ya no es bastante la Iglesia de los Jesuítas, y se hace la Novena en otras ocho Iglesias. Con no tener la Iglesia de los Jesuítas, que allí es una de las parroquias, más que unos 1.000 feligreses, acuden unas 6.000 personas, entre ellas más de 2 000 hombres. Antes de rezar la Novena oyen una breve plática, y tan práctica resulta que acaban por confesarse todos los asistentes; seguramente no es ese de los menores milagros del Santo.

Ya no son menester anuncios al comenzar la Novena. Los mismos periódicos expontáneamente se encargan de recordarlo: refieren su origen milagroso, las gracias en ellas concedidas, y el extraordinario desarrollo que tiene ya esta devoción.

Los días de la Novena, a las horas de entrada y salida, las tres líneas de tranvías que pasan por aquella iglesia aumentan su servicio; van abarrotados, y quedan al pasar vacíos del todo: tanto, que algunos conductores, de broma o de veras, en vez de anunciar la calle como suelen hacer, gritan al llegar a la puerta de la Iglesia: *Todo el mundo a la Novena*. Estos últimos años ha sido necesario colocar a la salida de la Novena un empleado especial de tranvías, para que no se agolpara demasiada gente en cada coche.

Acude a la Novena toda clase de gentes, comerciantes, jornaleros, doctores, profesionales, empleados, y, lo que es más de extrañar, estudiantes de medicina. Se ha hecho entre los estudiantes de esta facultad una especie de tradición y todos los que se gradúan aquel año asisten en masa a la Novena. Y es de admirar la confianza que ponen en el Santo de que les sacará airosos de sus exámenes.

Y no les debe ir mal cuando un año y otro repiten la Novena.

Les vamos nosotros aquí a imitar a los estudiantes Norte-americanos, y estamos seguros que a nosotros también nos dará buenas notas; como que le vamos a pedir que nos dé un poco, o mejor, un mucho de lo que a él Dios le dió en abundancia: aquella fuerza de voluntad o valentía con que supo vencerse. Con ella venceremos la repugnancia al estudio, y las buenas notas serán la consecuencia.

Dicho y hecho.

¡Todos a hacer la Novena de la gracia! Los que no puedan venir a la misa de siete y media, la harán cuando puedan, a poder ser en la Iglesia.

Empezará, como lo indicó el mismo San Francisco Xavier, el Domingo día 4 para terminarse el día 12, día en que fué canonizado.

J. L. C., Congr.

De vuelta del baile.

1

Eran las doce de la noche cuando llega el auto. En cuanto el condesito de Z, hubo entrado en su despacho, el criado, que impaciente le esperaba, se llega a él y le entrega un sobre.

Abrirlo el conde, ponerse pálido como la cera y tener que recostarse en la pared para no caer al suelo todo fué uno; pasado el primer momento de estupor, se sienta en el sillón y apoyando la cabeza entre las manos se pone a meditar: Nada, ¡es irremediable! el parte está bien claro... «mañana a las diez en el cuartel con las armas y el uniforme de campaña»... El conde deja el papel sobre la mesa, frótase una y otra vez los ojos, como quien

Universidad de Deusto
Biblioteca

quiere despertar de una horrorosa pesadilla, y sigue pensando... ¡Imposible! estaba en el ejército y como ciudadano francés debía ir a defender su patria... Pero... ¡no hay pero que valga! las relaciones estaban rotas y los alemanes amenazaban caer sobre el mismísimo París... Mas.. ¡tan joven! .. ¡morir tan joven!... Ahora que era cuando empezaba a gozar de la vida... ¡morir!

De pronto le asaltó a la memoria otra idea: ¡desertar!... marcharse cuanto antes de Francia... ¡Imposible! ¡qué dirían mis amigos! ¡qué fama cogería en todo París!

Había que resignarse a marchar al campo de batalla y probablemente a morir.

Pero el condesito aunque resignado ya, tenía un enorme peso sobre su conciencia, que no le dejaba punto de reposo... El, la verdad, no había sido malo...; pero... tenía algunas cuentecillas pendientes con Dios: La misa... la misa... Sí, eso sí, aunque no se arrodillaba más que a medias, a misa ya había ido... casi todos los domingos... Digo... sí casi todos... a excepción de algunos.. bastantes que le había sido imposible, pues siempre... algún compromiso, alguna cita... ¿Y confesar?... también... ¡phs!.. la última vez... fué. . por Pascua... justo hace un año y pico... ¿Y comulgar? ¡Quién se acuerda de comulgar! ¡Si eso se ha pasado de moda! él ya comprendía. Con todo, él había comulgado casi todos los años... En fín, que le urgía hacer una buena confesión general. Porque... la verdad, se decía, confesarse cuesta... cuesta... pero el infierno ¡también cuesta!, y nuestro condesito todo compungido, pasó lo que restaba de noche en hacer su examen de conciencia.

II

Quien hubiera estado al día siguiente tempranito en la iglesia de Nottre Damme, hubiera visto a un soldado de figura y porte distinguido, arrodillado ante un confesonario, rezando devotamente el «Yo pecador...»; le hubiera visto después acercarse al comulgatorio y salir de la Iglesia en derechura al cuartel; era el condesito de Z.

¡Qué falta nos haría a todos ver de vez en cuando la muerte tan de cerca como la vió este condesito!

S. M., Congr.

Polvitos maravillosos.

Con plenos poderes de su gobierno llegó a París un personaje chino a arreglar un empréstito. Al buen señor todo le llamaba la atención; estaba asombrado de ver el orden que había, lo educada que estaba allí la gente, y la comparaba con la de su país; el contraste era tremendo.

De allí a pocos días llegaron los Carnavales y entonces fué su asombro mayor que el de antes: no sabía cómo explicar lo que veía. Se decía y repetía para sus adentros: «Esto no ocurre ni en China», ¡Cómo cambian las cosas en este París! Hace pocos días aquí nadie se atrevía a molestar a ningún transeunte; si alguien lo hubiera hecho, enseguida hubiera estado la autoridad encima.

Así pensaba el señor, cuando de pronto ve que uno de aquellos locos, por tales tenía él a los enmascarados, se le arrima y le empieza a decir tonterías y le tira papelitos a la cara y le hace otras mil gansadas propias solamente de locos. Nuestro chino se incomoda y enarbola su bastón para darle al loco su merecido. Descubre entonces a través de la careta al hijo de un gran banquero, en cuya casa había estado invitado el día anterior. Se contiene, y sigue adelante su camino sin hallar explicación a tal locura.

Pasaron los tres días y llegó el miércoles de Ceniza. Salió a la calle el tal Señor, creyéndose encontrar con los locos de los días pasados; y ¡cuál fué su asombro al verlo todo normal como algunos días antes! Al ir a ultimar sus negocios, pasó en auto por la puerta de una iglesia y le llamó la atención la mucha gente que entraba. Acertó a ver a un personaje conocido suyo, y se animó a entrar movido por la curiosidad. Mandó parar y entró en la iglesia; se adelantó y vió cómo a todos les ponían unos polvitos en la cabeza.

Entonces él admirado, se dijo: ¡Ya estoy en el secreto!: esos polvos son misteriosos; lo estoy viendo; les tocan con ellos en la cabeza y se les quita la locura. Tentado estuvo el buen chino de pedirle al sacerdote unos pocos para llevárselos a su tierra. No se atrevió.

Verdaderamente que son mágicos esos polvitos o ceniza que nos recuerda lo que somos, bien poca cosa, un poco de polvo.

T. G., Congr.

Delante de mi espejo.

Al mirarme un día al espejo, y me miro pocas veces porque tengo poco que perder, me ocurrió este pensamiento: ¿No es una rareza sin igual que para verme la cara donde están encajados los ojos con que veo y para ver los mismos ojos, tengo que recurrir a este artefacto? Y en cambio para ver la cara de mi hermano, que está aquí conmigo, aun a mucha distancia la veo y veo bien cualquier mancha que tenga! De modo que yo soy espejo para otro y no lo soy para mí. A propósito de esto contaré lo que le pasó un día a dos que, como se verá, no eran muy amigos.

Estuvieron paseando toda una tarde y atravesaron al salir a las afueras por las calles más concurridas. Ya notó el uno de ellos que la gente le miraba con extrañeza; pero era bastante distraído y despreocupado, y no le dió importancia.

Al volver de su paseo y entrar en casa, se encuentra con su hermana, que se le queda mirando a la cara y le dice: ¡Chico! qué mancha tan fea que tienes en la cara!; le pone enseguida un espejo delante, y queda avergonzado. Comprende entonces que había sido la tal mancha la que a todos había llamado la atención en su paseo.

No hay que decir que le costó bastante olvidar aquella inadvertencia o mala intención del tal amigo. Con razón no quiso en adelante salir con él.

Otro tanto debiéramos nosotros hacer con tantos que se tienen por amigos nuestros, y todo es alagarnos siempre y aun alabar nuestros defectos.

Yo, por el estilo de éste así advertido por su hermana, tengo otra hermana que me quiere bien, que no piensa en cines y en tonterías, que me me da muy buen ejemplo y me advierte de todos mis defectos; y la verdad no tengo con qué pagarla, pues me sirve así de espejo. Y de esto he sacado en conclusión mirarme al espejo antes de acostarme, es decir, hacer bien el examen todas las noches; y tener además otro espejo, alguien que me quiera bien y me advierta mis defectos. Para mí este espejo es mi madre; otro podrá decir para mí es mi hermano mayor o mi buen amigo que me habla claro; para todos debe serlo su confesor fijo.

J. G., Congr.

¡Pobre pluma!

Cualquier cosa en movimiento ¡cómo nos llama la atención! Una tarde, sentado en un banco del parque, miraba hacia el espacio, cuando me fijo en una plumita blanca como la nieve, que impulsada por el viento que corría se revolvía gallardamente en el aire de un lado a otro,

Sin darme casi cuenta, sigo los movimientos de la pluma, que vuela más ligera que el pajarillo que la había perdido: baja ahora un poco y después se eleva, y tanto que desaparece casi de la vista. Así estuve un gran rato entretenido, cuando de pronto cesa un poco el viento y no muy lejos de mí se viene al suelo, y con tan mala suerte, que cae en el camino que estaba algo embarrado.

El viento siguió soplando, pero le había tocado el barro, y ¡qué iba a moverse!

Al poco rato, uno de tantos transeuntes la pisa; y la que antes era blanca pluma queda ahora confundida con el barro; difícil es ya reconocerla, y más difícil hacerla recobrar aquella su blancura y ligereza de antes.

Me vino entonces al pensamiento lo que pasa a muchos niños: eran una preciosidad, ligeros y alegres, como plumas llevadas por el viento; y les ocurre un día a sus padres llevarles a un bailecito de niños o a uno de esos cines, donde no falta otro niño, a veces más pequeño, que le explica lo que él no entendía y para nada tenía que entender. Ya no puede volar; se confundió con la impureza; perdió aquella su pura alegría, que nunca la debiéramos perder.

T. G., Cong.

Pendiente de una torre.

Una familia distinguida habitaba en su antiguo castillo, felices como buenos cristianos que eran. Se estilaba entonces ser servidos por esclavos, que de aquella buena familia eran tratados mejor que los criados de hoy en día. Correspondían éstos bien a sus amos, sirviéndoles con afecto y fidelidad; si bien uno de ellos, acostumbrado de antes a blasfemar, se descuidaba cuando era de alguno molestado. Pronto se enteró su amo y le reprendió como era justo. Había ya empleado varios medios sin lograr quitarle la mala costumbre.

Estaba una tarde recostado en una ventana de su castillo, cuando ve pasar por debajo a su incorregible esclavo. Le llama al punto, y en el momento le ocurre un medio para corregir aquella su mala costumbre. Sin decirle lo que pretendía, le hizo ver las yerbas salientes en la torre del castillo. Mañana, le dice, atado a la cintura con una fuerte cuerda, vendrás a quitarlas. Esperarás a que venga yo, pues quiero estar presente.

Llega la mañana y bien atada la cuerda al cinturón de cuero del esclavo, queda éste al poco suspendido en el aire para hacer su trabajo. El mismo amo tiene bien sujeta la cuerda desde arriba.

Ya había acabado su labor y esperaba que le soltara poco a poco para llegar al suelo, cuando nota que aun advertido el amo, sigue teniéndole suspendido en el aire.

Aquel buen amo, que lo que se proponía con aquello, no era hacerle sufrir a su esclavo, sino corregirle de aquel vicio; se inclinó un poco para que le oyera mejor su criado lo que le iba a decir y le habló en estos términos:

Mira, Julián, yo te tengo a tí completamente en mis manos; si quiero ahora te suelto y dejo que te estrelles contra el suelo. Al oír esto el pobre hombre queda temblando y le dice sollozando que le perdone si en algo le ha ofendido; que bien sabe que puede hacer con él lo que quiera, pues es su esclavo.

Entonces el amo cree que le ha llegado la hora de quitarle a su esclavo aquella mala costumbre y le dice: Mira, ¿sabes quién te tiene colgado de otra cuerda mucho más delgada que ésta? Es ese mismo de quien tanto blasfemas. El siempre, te puede soltar y dejarte caer en el infierno. ¿Si de mí que te tengo pendiente estás temblando y no te atreves a decirme una palabra mala ¡cómo no tiemblas de Dios y te encaras con él cuando blasfemas!

Con esta lección práctica quedó para siempre curado de su mala costumbre.

Bueno es que nos acordemos, cuando nos sentimos tentados a pecar, que nos tiene Dios pendientes de su mano y que nos puede dejar caer en aquel momento en que pecamos en el mismo infierno.

J. L. C., Congr.

Nuestra conferencia de la Santa Infancia.

El Domingo, 25, tuvimos entre cuatro de nosotros una conferencia con proyecciones sobre la Santa Infancia. ¡Qué cosas más conmovedoras nos contaron! No puede menos de conmoverse el que oiga las costumbres tan bárbaras que aun hoy en día tienen los chinos para deshacerse de los niños. Nos cuesta

Universidad de Deusto
Biblioteca

creer; pero es el caso que aun en fotografías pudimos ver lo que allí pasa en este punto. ¡Ya podían impresionar unas cuantas películas con lo que allí ocurre! servirían para mover los corazones de los que aquí no comprendemos pueda haber gente tan desalmada y padres tan poco padres. Como llevan aquí a la plaza las verduras, se ven allí en un cesto diez o doce cabecitas de niños abandonados y recogidos para el orfanatrofio.

Y ¡qué casos nos cuentan en sus cartas los Misioneros, que les han ocurrido a ellos mismos y les ocurren todos los días. Dicen que a todos los niños que vienen al mundo con algún defecto físico, sus mismos padres, o los echan al río, si lo hay, o al bosque para que los coman las bestias; si no los matan antes y los entierran; si nacen niñas todas, casi sin excepción, van al arroyo. Sólo en Pekín se calcula que en un año fueron echados al río más de 10.000 niños recién nacidos.

Y os parece que se necesita mucho capital para mantener uno de esos niños salvados por los Misioneros? Pues dicen que bastan diez céntimos al día para mantener a uno de esos desgraciados.

No queremos pensar lo que tendríamos que sufrir si nos encontrásemos todos los días en el caso del Misionero, que está al frente de uno de esos orfanatrofios; que ve se le mueren muchos niños por no poder atenderles mejor, que tiene que quitarse la comida de la boca para no verles morir de pura necesidad.

Así que parece mentira que sea por una parte tan poco lo que hace falta para salvar una criatura de esas, y que por otra estemos acostumbrados a darnos en todo gusto y a gastar tan en tonto muchas perrillas que tan buen papel compondrían en la China!!

Y más todavía, que es una vergüenza para España, que con ser la nación que más fe tiene y más favorecida del Señor, sea la que menos da para la Santa Infancia y para las Misiones; y que les mismas naciones protestantes nos ganen por muchísimo en generosidad en esta obra tan cristiana. Y todo sencillamente porque no queremos molestarnos ni organizarnos.

Nosotros desde ahora estamos dispuestos a no derrochar en tonterías ni cinco céntimos; recordaremos que con pequeñísimas cantidades podemos ayudar mucho a aquellos desgraciados; que bien querríamos, si fuésemos chinitos, que se acordasen de nosotros y hubiese quien nos recogiese, nos bautizase, y en vez de ir al limbo nos llevase al cielo. Cuánto rogaríamos allí por los que con sus ahorrillos nos hubiesen salvado.

Desde luego va a quedar establecida en la Congregación una División completa de la Santa Infancia, compuesta de 144 capitanes que tenga cada uno su grupo de 12 niños. Menos no pueden pedirnos de lo que nos piden y pediremos a los de nuestro grupo, 0,05 *al mes* y una Ave María todos los días con esta corta jaculatoria: «Virgen Santísima, ruega por nosolros y por los pobrecitos niños infieles».

Esta va a ser una de las gracias que vamos a pedir a San Francisco Xavier en esta novena de la gracia, que empezaremos a hacerla todos el Domingo día 4. Seguros podemos estar de que nos la concederá el Apóstol por excelencia de los infieles.

T. G., Cong.

El «Ya-mi-lón».

En algunos grandes ríos de la China hay pueblecitos flotantes, formados por barcas, en las cuales habitan pobres familias cristianas de pescadores.

Tienen esas familias la costumbre de adoptar por hijo suyo, a pesar de los muchos que les da Dios, a algún huerfanito, a quien le dan el nombre de «Ya-mi-lón», que significa hijo de Dios.

Cuentan los PP. Misioneros, que están al frente de los orfanatrofios, que con alguna frecuencia se encuentran con que les falta alguno de los niños más hermosos.

No tienen que fatigarse mucho para encontrarles. Vamos, dicen los Misioneros, a las barcas de los pescadores, y en alguna de ellas jugando con los demás niños de la familia encuentran al ya adoptado niño, al «Ya-mi-lón».

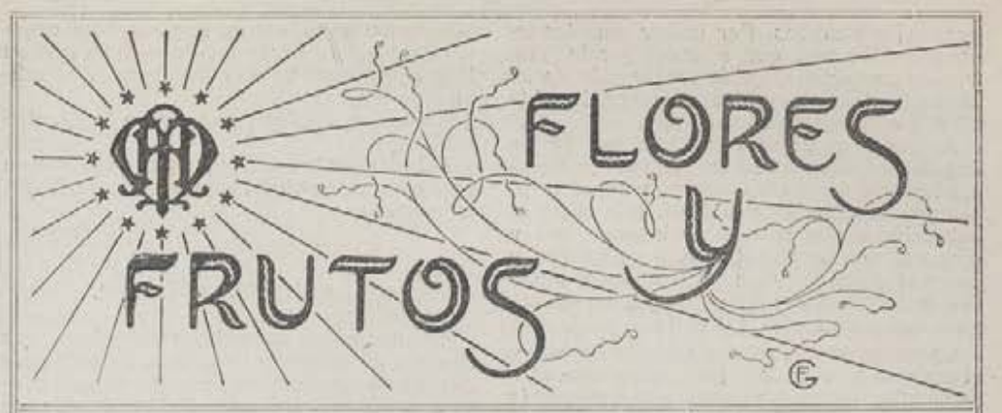
Y ¡cómo lloran los pescadores cuando el Misionero va en busca de los niños!; tánto, que tienen que dejarle con ellos.

Y según dicen es muy fácil conocer al «Ya-mi-lón» entre los de la familia; no hay más que fijarse en quién lleva el mejor vestido y quién está más gordito.

Como vemos la misma China, nación tan inculta y por civilizar, gana a España en generosidad; pues aquí no se estila a adoptar así a los niños.

¿Y pudiéramos nosotros desde aquí adoptar alguno de éstos? Oíd lo que nos dice un Misionero: «Si quiere V. adoptar alguno, yo tengo 10 000 que ofrecerle cada año». Me parece que no tendré mucha dificultad en escogérselo bien listo y bien guapo. Vuestro ahijado rogará por V. y por V. ofrecerá a Dios sus obras cada día.

M. G., Congr.



Núm. 45.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º Abril de 1917

La conversión de Juan Camorra.

Uno de los días de Carnaval lo aproveché para ir a visitar a mi abuelita, que está en su casa de campo a dos horas de aquí.

Poco antes de su casa está la iglesia del pueblo; entramos para saludar al Amo y decirle que no queríamos pertenecer al número de los que esos días viven más como bestias que como hombres.

Un joven de mi estatura terminaba de rezar devotamente el Vía Crucis.

—Pero si parece el mismísimo Juan Camorra—pensaba yo, sin poder dar crédito a mis ojos. ¡Juan Camorra! ¡Si me despedí de él hace cinco meses; si apenas iba un Domingo a misa! ¡Qué iba a ir! si sus mismos padres son desgraciadamente descreídos. Era natural que fuese desaplicado, desobediente, desvergonzado y pen lenciero, y tanto que los compañeros le apodaban Camorra. Iba a cuantos cines y diversiones peligrosas podía, y devoraba todas las novelas inmorales que encontraba en casa y podía procurarse.

Yo le amonestaba cariñosamente, pero no me hacía el menor caso. Al comenzar el curso le dejé como recuerdo un ejemplar de *La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo*, que nos repartieron el año pasado en la Congregación y le puse una expresiva dedicatoria.

——

Pues bien, me acerco ahora para cerciorarme si es él; me ve, me reconoce, se levanta y sale conmigo de la iglesia.

¡Cómo por aquí! Juanito; si supieras qué alegría tan grande he sentido al verte tan edificante en la iglesia, le dije.

—Ya no soy el Juan que antes conocías, me contesta, y, mira ¡no sé cómo podré pagártelo! porque en gran parte a ti te debo mi conversión.

—¡A mí!, respondí, abriendo los ojos asombrado.

—Sí, la lectura del libro que me regalaste me ha cambiado de este modo.

—¡Explícate, hombre!

—Me explicaré: Llegué a cometer una acción muy mala, por la cual mi padre me castigó severamente. Yo, ciego de ira, me escapé de casa dispuesto a ensayarme en las aventuras que tantas veces había visto en los cines y en las novelas; pero, pronto me cogieron y me metieron en la perrera del pueblo por orden de mi padre, según luego me enteré. Para matar el tiempo me puse a leer el libro de *La Pasión* que me regalaste, y que por casualidad lo llevaba en el bolsillo.

No puedo decirte la impresión que me produjo aquella lectura, y lo que lloré viendo los atroces tormentos que Jesús quiso sufrir por mí, y lo ingrato que yo he sido siempre con El. Yo sentía ganas de que me diesen a mí los azotes que El había recibido; así que allí decidí mismo a confesarme bien en cuanto me sacaran del encierro, a cambiar de vida y sacrificarme mucho para pagar tanto como le debo a Cristo; y más, propuse con mi buen ejemplo convertir a mi padre. No puedes figurarte lo contento que ahora vivo. Todas las mañanas al levantarme pienso por lo menos diez minutos en la Pasión de Cristo, y así no me cuesta nada el estudio y el estar sujeto y no ir al cine y vencer otras tentaciones.

Con esta conversación llegamos a casa de la abuelita y tuvimos que separarnos.

Yo estaba tan conmovido, que apenas comía ni hablaba.

A mi regreso a Bilbao, me propuse referir esta historia a los congregantes, para que vean qué frutos puede producir en el alma la consideración de la Pasión de Jesucristo.

J. M. U., Congr.

La mejor de las madres.

Era aquel un año de gran carestía. En uno de los pueblos donde más se dejaba sentir el hambre había una pobre mujer muy miserable; habitaba en un camaranchón, tan desvencijado que entraban en él el agua y el frío por to-

Universidad de Deusto
Biblioteca

dos cuatro costados. Por únicos muebles tenía una mesa coja, que, a juzgar por lo deteriorada que estaba, debía contar más de un siglo de existencia, y algunas que habían sido sillas y serían del mismo tiempo.

Aparte de eso, sólo se veía en uno de los ángulos un montón de harapos, que en mejores tiempos debió ser colchón, y sobre él recostado un niño de corta edad, hijo suyo; el pobrecillo medio muerto de hambre, una y otra vez con voz desfallecida pedía pan, y una y otra vez perdíase la voz en los ámbitos del lúgubre camaranchón, sin que el pan llegase nunca a su abierta y vacía boquita.

La madre, con la cabeza entre las manos y el corazón partido de dolor, oía los lamentos de su hijo; mas no los podía remediar; ¡había salido ya tantas veces a pedir, sin obtener ni una migaja!

Sin embargo, no pudiendo escuchar aquel llanto, vuelve a la calle. ¡Inútilmente salía!; pasó una hora, y pasó otra, y la atribulada madre no encontraba un alma caritativa, que le diese por misericordia un poco de pan para su hijo. Toda acongojada tuvo que volverse a casa, si aquello se podía llamar casa, y sentarse junto al hijo para allí morir de hambre los dos.

Así pasó un rato, hasta que de pronto se levanta como alocada, y fuera de sí, coge un cuchillo y haciendo un supremo esfuerzo se desnuda un brazo y se abre una vena y a ella aplica la boquita de su hijito.

Recobra el niño la vida a costa de la sangre y vida de su madre; ésta en cambio inclina al poco su cabeza sobre la de su hijo y muere.

Al ver que su madre no le contesta ni se mueve, llora el niño sin consuelo. Oye sus gemidos una pobre vecina: entra y se encuentra con aquel cuadro...

Al ver la boquita del niño tinta en sangre de su madre lo comprende todo; se extiende al punto la noticia del caso por toda la vecindad, y se apresuran todos los vecinos a contemplar aquel rasgo del más delicado amor de madre.

Eran de oír las exclamaciones de aquella gente que no acertaban a ponderar el amor de aquella madre, y a lamentarse, aunque tarde, de la miseria en que la madre había muerto.

Quieren ahora, como pueden, reparar aquel descuido tan grande y una de aquellas familias más acomodadas adopta al niño.

Pasan los primeros años del niño y llega a darse cuenta de la historia que muchas veces le habían contado.

No puede olvidarse de aquel supremo esfuerzo de su madre que le dió a él la vida. Conserva su retrato, y en tanto lo estima que por ningún precio lo daría, y lo lleva siempre consigo, y cuantas veces lo ve, lo besa con el mayor afecto. Nada más justo.

Pues todavía con mayor justicia y con mayor afecto debemos llevar con nosotros y besar alguna medalla con la imagen de nuestra Madre, la Virgen Santísima: ella ha dado por nosotros más que su vida, la vida de su Hijo y de su Dios. Poco le hubiera costado a la Virgen dar su vida para que nosotros viviésemos; mucho, muchísimo le costó ver a su Hijo morir como un vil ajusticiado en el patíbulo de la Cruz.

¡Cuánto nos quiso y nos quiere la Santísima Virgen!

Así también la quiero yo y quiero pensar en algo más que en divertirme, quiero sacrificarme por ella.

S. M., Congr.

El burro del molinero.

Por una senda estrecha y empedrada, iba una vez un molinero con su borriquillo, que llevaba un pesado saco de trigo. Aquella senda era el único camino por donde se podía llegar hasta el molino, pues todo lo demás era un fangal. Nuestro borriquillo iba como digo caminando y veía a un lado y a otro unas yerbecitas que a él se le antojaban muy sabrosas, y crecían en medio del pantanoso fango. No pudo resistir a una de esas tentaciones, y saltó al fangal por la codiciada yerba. La comió, pero, ¡qué desencanto! le dejó en la boca un sabor tan agrio! Y, no es eso lo peor: el pobre burro se iba hundiendo más y más sin poder dar un paso.

El molinero no tuvo más remedio que entrar también en el fangal y poner a riesgo su vida, cargando sobre sus espaldas el trigo; aligeró así al burro, y ambos pudieron después de grandes esfuerzos ponerse en terreno firme. Al cabo de otro buen rato de camino, vuelve otra vez el burro la cabeza hacia las yerbas; vuelven a parecerle muy sabrosas, y el burro, sin acordarse del trabajo que le había costado a su dueño sacarle de allí, dió otro brinquito, y otra vez quedó hundido. El pobre molinero tuvo que repetir el salvamento y con harto trabajo pudo otra vez ponerlo en tierra firme.

¿Qué diríamos todos de ese burro? nada más que lo que merece y su nombre lo dice: que es muy burro. Y vemos que también nosotros merecemos muchas veces ese mismo epíteto de burros y muy burros.

Después que sabemos lo que ha costado a Cristo el rescatarnos del cautiverio del demonio y ponernos en la verdadera senda, parece que no lo apreciamos; con la mayor facilidad saltamos tras una yerbita cualquiera, que no nos deja más que remordimientos y con la que le reproducimos la terrible pasión con los azotes, las burlas, la corona de espinas y la muerte de cruz. Y ¿quién comparará toda esta Pasión de esfuerzo y valor infinito con el esfuerzo que tuvo que hacer el molinero para sacar a su burro?

¡A no ser burros! A no dejarnos engañar de un mal amigo, de un mal gustillo!

S. M., Congr.

Qué asustó a unos ladrones

Estaba anocheciendo. A lo lejos veíanse confusamente las siluetas de algunas casas de la ciudad de X... y a la derecha, sobre una pequeña colina, se destacaba un alargado bulto como pendiente de una cuerda.

Saltando cercas, atravesando sembrados y procurando siempre caminar al abrigo de árboles y malezas, aproximábanse a la ciudad dos hombres, que por las trazas y armas que llevaban, se notaba a la larga que eran dos ladrones y se suponía lo que pensaban hacer en la ciudad.

Estaban ya a pocos pasos de ella, cuando bruscamente se detienen a la vista de un cadalso. Uno de ellos más atrevido se adelanta y pregunta a un labrador que por allí pasaba, quién era aquél que estaba allí ahorcado. El hijo del juez, le contestó, que había cometido una falta muy grave.

¡Vaya una broma! se dijeron; ni paru el hijo del juez tienen aquí clemencia ¡¡qué nos aguarda si nos cogen!!

Sin más reflexiones, dieron media vuelta y no pensaron más en el crimen y el robo que tenían tramado y preparado.

La misma reflexión debemos hacernos nosotros: El divino Juez ni a su propio Hijo perdonó cuando salió fiador de nuestros pecados, y ha permitido, y eso que él no era el culpable, que sufriese en la Cruz la muerte más afrentosa que todos los ajusticiados.

¿Qué hará con nosotros que somos culpables, si persistimos en seguir pecando?

Está visto que Dios es muy bueno para amigo, y muy malo para enemigo.

S. M., Congr.

El consuelo de Enrique.

I

Enrique era un niño modelo, hijo de una familia muy cristiana. Desde pequeño su madre le inculcó las verdades de la religión, le educó siempre en el temor santo de Dios, le instruyó convenientemente en el mejor colegio de aquella localidad; y llegó a ser un joven tan bueno y cariñoso, que todos le querían y cuantos le trataban buscaban ocasión de demostrárselo.

Llegó Enrique a la edad de diez y seis años, y Dios le tocó el corazón, y le llamó al estado religioso. No se hizo esperar; escuchó al punto las voces de Dios y los consejos de su madre que le exhortaba a seguir su vocación. Fijado el día se dirigió al Convento, donde fué recibido con mucho cariño por todos los religiosos

Desde el momento en que entró en aquel santo lugar, empezó a sentir una alegría interior, que no sabía cómo explicarla.

Le llevó el Prior a su cuarto y le habló clarito: Mira, Enrique, estos días, hasta que entres en el noviciado, estás de prueba. Tengo buenas noticias de tí: sé que eres humilde y obediente; pero piénsalo bien: mira: si abrazas el estado religioso, no te divertirás como antes; no jugarás con tus compañeros; tendrás que dejar tus padres, hermanos y parientes, honras y riquezas; tendrás que levantarte antes que el sol amanezca; no comerás como en tu casa platos exquisitos, y trabajarás, aunque no tengas ganas. Ya ves Enrique, tendrás que pasar todas estas pruebas y más; pero no te desanimes, ten confianza en Dios.

Para que bien lo pienses, te doy ocho días, y después tú me dirás cuál es tu resolución.

El chico pensativo, se retiró a su cuarto y se puso a meditar.

II

Pasados los ocho días, Enrique fué llamado por el Prior. Después de saludarle y besarle la mano le dijo resueltamente: Padre, ya lo he pensado muy bien. Desearía que antes me respondiese a estas preguntas que le voy a hacer:

¿En mi cuarto donde descansaré habrá un crucifijo?

—Sí, hijo mío, ¡cómo no!—le respondió el Prior.

—Está bien, dijo Enrique. Y en el comedor ¿habrá también otro crucifijo?

—También.

—Y en el sitio donde nos reunimos para meditar y hacer oración ¿habrá también otro?

—Sí, que lo hay.

—Y en la huerta y en los pasillos del convento ¿habrá siempre un crucifijo?

—Sí, hijo mío, en todos los sitios hay un crucifijo, respondió el Prior.

—Pues bien; si en todos esos sitios hay un crucifijo ¡qué me importa a mí que tenga que sufrir, que tenga que trabajar, ni que tenga que comer mal, y dormir en mala cama, ni molestarme ni cansarme, si con una mirada que dirija al crucifijo, se me alivian todas las penas.

Esta respuesta dejó asombrado al buen Prior, que desde aquel día se esforzó en instruír y animar más y más a su nuevo hijo, hasta llegar a hacer de él un perfecto religioso.

Acabados sus estudios pidió ir a la China y allí acabó sus días, felicísimamente y llevando innumerables almas al cielo.

F. M., Congr.

El crucifijo de San Francisco Xavier.

Este pasado mes de Marzo hemos celebrado la novena de la gracia de San Francisco Xavier, el gran apóstol de las Indias y del Japón, que bautizó por su propia mano más de un millón doscientos mil infieles y convirtió para Cristo doscientos reinos.

Estaba leyendo hace unos días su vida, santificada con tantas profecías y milagros, cuando atrajo singularmente mi atención uno, ocurrido cuando se dirigía a una isla llamada Baranuza.

Les sobrevino en el camino una gran borrasca que les puso a punto de naufragar. Los tripulantes, que conocían el singular favor que concedía el Señor ál Santo, le suplicaron que rogase a Dios por ellos y los librase de una muerte cierta.

Entonces San Francisco tomó un pequeño crucifijo de metal, que llevaba siempre al

Universidad de Deusto
Biblioteca

cuello, teniéndole sujeto con un largo cordón lo tiró al mar; pero no lo sujetó bastante y se le escapó de la mano el cordón, y se hundió el crucifijo entre las agitadas olas. Al instante cesó la tempestad, y todos pudieron desembarcar sanos y salvos.

Ya habían pasado veinticuatro horas cuando, estando en la playa, vieron salir del agua un cangrejo que sobre sus espaldas traía el crucifijo. Se fué acercando al Santo, se llegó a él y se lo entregó, y una vez cumplida su misión se volvió al mar.

Así consoló Dios a San Francisco Xavier que no llevaba en sus viajes otra cosa consigo que su ropa puesta, su breviario y su crucifijo. Con él era feliz y a su imitación podemos serlo nosotros; llevaremos un crucifijo, que nos enseñará, como a este Santo, a sacrificarnos, y amar así a Cristo como él nos ama y quiere que le amemos.

F. B., Congr.

Cómo meditaba San Bernardo.

No me despertaron a tiempo el otro día y lo sentí, pues perdí la misa, y lo que en ella se dijo y me lo contó a su modo después mi compañero, aquel ejemplo de San Bernardo tan bonito y tan gráfico.

Se figuró el Santo un día al meditar la Pasión de Cristo que estaba, como nosotros ahora, jugando y paseando con sus compañeros en una espaciosa plaza, sin preocuparse entonces de otra cosa; cuando allá, en el palacio real que daba a la plaza, se estaba dando contra él mismo sentencia de muerte.

Esta noticia llegó a oídos del hijo del rey y sin poderse contener, se quitó sus preciosas vestiduras y salió a la calle vestido con un saco y la cabeza cubierta de ceniza, llorando y lamentando que su padre me hubiera condenado.

Yo, que hasta entonces ignoraba el caso, al ver al hijo del rey salir de aquella manera me quedé atónito de la novedad y pregunté la causa al primero que hallé a mano; excuso decir cómo me quedaría al oír que el hijo del rey iba a morir por mí.

Y ¿qué haré ahora, Dios mío? ¿Seré tan loco, tan descomedido, que me vuelva al juego? ¿que no vaya siquiera a acompañarle y a llorar junto a él; si tanto me quiere que lo deja todo, su corona, su palacio, los honores de la corte, y va a morir por mí!!

Estamos nosotros en el mismísimo caso en que se figuraba San Bernardo: pensamos tan sólo en divertirnos, cuando sabemos que no el hijo de un rey, sino el Hijo de Dios sale fiador y muere por nosotros!!

¿Queremos agradecerle, y pagarle en cuanto podamos lo que El hizo por nosotros? Y ¿cómo lo podremos hacer? Nada mejor que oír la misa todos los días y pensar en lo que sufrió por nosotros. Si no podemos oír la misa, que bien podemos casi todos, haremos todos los días una visita de cinco ó diez minutos y le diremos que no s ceda un poco sitio en la cruz que nosot os estaremos con gusto a su lado, que queremos sufrir algo de lo que sufrió El por nosotros.

J. L. C., Congr.

¡Vaya una ganga.

La Santa Infancia!

—¿A dónde vas, Perico?

—Hola, Serapio, ¿qué hay de nuevo por aquí?

—Nada, ya puedes ver: la revolución de Rusia y la Santa Infancia.

—De la revolución ya tengo algunas noticias; pero, de eso de la Santa Infancia no sé lo que es; aunque ya me figuro que, siendo cosa tuya, será algo de rezar.

—En parte has acertado; pero hay que rezar muy poco: un Ave-María al día, y dar cinco céntimos al mes

—¿Y vamos; qué consigues con eso?

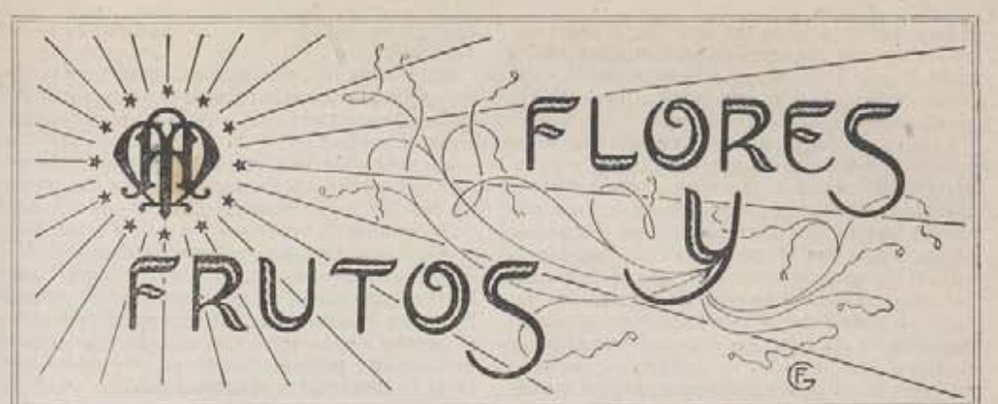
—¡Que qué consigo? ¡una tontería! dejas de ser egoista, te haces generoso, te sabes vencer, guardando cinco y más céntimos para la Santa Infancia, tienes la intercesión en los cielos de millares y millares de niños a quienes bautizan los Misioneros y suben al cielo por año. A mí me parece que ya servirán de algo sus oraciones y las de otros muchos millares que se educan en orfanatos y escuelas. Me figuro que con tantos niños que pidan por ti, será más fácil que Dios te dé fuerza para vencer las tentaciones y para no apartarte de él. ¡Te parece poca la ganga!

—¡Caramba!, dice Perico rascándose la cabeza, la verdad es que hacéis un buen negocio.

—¡Vamos ya veo que te animas!

—Ya lo creo, chico ¡cómo no me voy a animar en estas condiciones; apúntame enseguida en la Santa Infancia, y no serán sólo cinco céntimos al mes los que te dé.

S. M., Congr.



Núm. 46.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° Mayo de 1917

El carretero y las tres Ave-Marías.

No es para olvidar este caso que ocurrió todavía hace pocos años y que lo he oído de boca de un P. Misionero, que lo cuenta y repite por cuantas partes predica la devoción de la Virgen María

Ocurrió en un pueblo, creo que de la Rioja, no muy crecido, situado a orillas de un hermoso río, que, entre el continuo murmullo de su corriente y los alegres gorgeos de los pajarillos, formaban un dúo alegre del que disfrutaban sus habitantes, todos labradores.

El pueblo era muy cristiano; sin embargo, algo y mucho le rebajaba el diabólico vicio de blasfemar. Uno de los que más arraigado lo tenía, era Juanón, muchacho de 19 años, alto y fuerte, que con su carro y su macho se dedicaba a traer y llevar encargos a la ciudad próxima. A cualquier cosilla que le salía mal, enseguida vomitaba tal serie de blasfemias contra Dios que, según lo contaban las mismas vecinas del pueblo, un demonio no le hubiera igualado. A este vicio propio del infierno unía otro bien feo, robaba cuanto podía, y a su alcance no había cosa segura en el pueblo.

Un día que, como los demás, iba con el carro cargado camino de su casa, se fué el macho a la cuneta, y una de las ruedas del carro se quedó inmóvil, embarrancada. Ciego de coraje Juanón soltó una blasfemia horrible, de las que acostumbraba; y al ir a asestar al animal un garrotazo, le pegó éste tal coz en el pecho que le derribó en tierra dejándole como muerto.

Mientras tanto en el pueblo su familia cada momento estaba más preocupada por la desusada tardanza de Juanón. Al cabo de cuatro horas, viendo que no llegaba, se pusieron tres hombres en camino y no tardaron mucho en encontrarle tendido en el suelo sin dar apenas señales de vida. Le pusieron en el carro una vez sacado del atolladero y le trasladaron a su casa. Pasaron dos días sin que diera más señal de vida que una ligera pulsación.

Al volver en sí, y tan pronto como pudo salir de casa, lo primero que hizo, con asombro de todos los vecinos y del mismo párroco, fué ir a confesarse y a recibir a Jesucristo, a quien tantas veces había ultrajado e insultado.

Desde aquel día Juanón ya no fué el de antes: no se le escapaba ni una blasfemia, a pesar de la costumbre que antes tenía; ya no robaba, no se oyeron más quejas, como antes continuamente se oían; vamos, que la coz que el mucho propinó a Juanón le había cambiado radicalmente.

Cuando el Misionero que me contó este hecho fué a dar una Misión a aquel pueblo, testigo de tan tremendo castigo de Dios, Juanón al punto se hizo su amigo, le contó toda su vida y el caso con que Dios le había castigado y vuelto a buen camino. Le contó que tan pronto como perdió el conocimiento, vió a unos demonios que se echaban sobre él para arrancarle su alma y llevársela al infierno; iban a echarle ya sus garras, cuando se presentó una gran Señora que con voz imperiosa dijo: «Dejadle a éste, que es mío», e inmediatamente desaparecieron los demonios; desapareció también la Señora, no sin haber antes sentido como que le trocaban su corazón.

Al oir ésto el P. Misionero le preguntó si había tenido alguna devoción en medio de su mala vida; el joven le contestó que sí, que desde pequeño se acostumbró a rezar todas las noches tres Ave-Marías y que no dejaba una noche de rezarlas; aquel era el único momento del día que se acordaba de la Virgen.

¡Qué bien paga la Sma. Virgen nuestros pequeños obsequios! Jamás me acostaré ni me levantaré sin rezarle tres Ave-Marías.

J. L. C., Congr.

Una lección con un cesto.

En el pueblo en que yo veraneaba conocí a una pobrecita abuela de muy cristianas costumbres. Vivía a su cuidado un nietecito de rostro moreno y sonrosado que reflejaba la inocencia de su corazón. Aquellos dos seres, aunque pobres, como eran buenos eran felices. Iba creciendo Luisito (que así se llamaba

Universidad de Deusto
Biblioteca

el nieto al lado de su anciana abuela recibiendo los buenos consejos de ésta, aunque por su edad y sus achaques, no se ocupaba lo suficiente del nietecito, que poco a poco iba teniendo más libertad de lo justo.

Luisito al llegar a los siete años hizo su primera Comunión y siguió confesando y comulgando con mucha frecuencia; oía con atención los consejos que le daba su anciano párroco; aunque no dejaba del todo a algunos compañeros que no eran del todo buenos; al mismo tiempo con la libertad que le daban en su casa, enredaba ya más de lo debido. Su pobre abuela enterada de todo empezó a disgustarse, a renegar de él, a amenazarle con castigos; aunque sólo de boca lo decía pues le dolía en el alma el menor castigo que le impusieran.

Una de las veces que la anciana estaba riñendo a su nieto oyó un ruido detrás de sí; volvió la cabeza y vió que a la puerta estaba el anciano párroco que de pie, inmóvil, cruzadas las manos escuchaba con atención las palabras de la anciana. Ambos al verle se quedaron helados y Luisito avergonzado se retiró. El párroco, que había ido con el único fin de visitar a la anciana, se había enterado de todo lo que en aquella casa sucedía. La pobre abuela aprovechó esta ocasión para desahogarse y contarle su disgusto y las ganas que tenía de quitar de delante aquella criatura, que en lugar de servirle de consuelo, únicamente servía para amargarla los últimos días de su vida; le contó también la extrañeza que le causaba el que, comulgan lo con tanta frecuencia como comulgaba, seguía siendo el mismo.

El anciano y bondadoso párroco, cuyo único deseo era hacer todo el bien posible, empezó a explicarle los efectos del Sacramento, y después de darle v. rios consejos, se iba ya a despedir, cuando se fijó en una cesta toda sucia, que servía sin duda para recoger las verduras de la huerta. Le ocurrió entonces aprovecharse de la cesta para demostrarla palpablemente a la buena anciana lo que parecía no entender con palabras.

Cogió en sus manos la cesta con asombro de la anciana, se acercó a ella y al nieto que le contemplaba también admirado. Ya ven, les dice, este cesto lo sucio que está. Pues bien; voy a pedirle a V. un favor, abuelita: va V. a mandar que todos los días, hasta el día en que vuelva a verla, echen en este cesto un jarro de agua.

La abuelita ante tal demanda quedó atónita: ¡Qué dice Vd. Señor párroco! ¡echar agua en un cesto!

Sí, señora, hágame Vd. lo que le digo.

Ante la insistencia del párroco prometió la anciana cumplir su encargo. Se despidió y no volvió a aquella casa hasta después de dos semanas.

Después de saludarla le pregunta por el nieto y le contesta: No hemos adelantado nada, Señor párroco, tan molestada me tiene como hace quince días y eso que sigue confesando y comulgando con frecuencia, y cuando algo le digo se excusa con Vd., con que Vd. se lo manda.

Está bien, le replicó suavemente el Párroco. ¿Cumpliría mi encarguito, ya cuidaría de que echasen todos los días el jarro de agua en aquel cesto?

Sí, señor párroco; aunque si he de ser franca, me costaba no poco, me parecía una rareza mandar echar agua en un cesto en que toda se colaba al momento.

Así lo parece, pero, dígame; ¿no lo ve V. ahora cómo está mucho más limpio que hace quince días? Pues eso mismo es lo que pasa con la confesión y la comunión frecuente: entra mucha gracia y, aunque parece que en su nieto nada queda, no es así; ¡cómo estaría su nietecito si no comulgara!

Este argumento del cesto convenció a la abuelita más que todos los razonamientos que le había hecho en otras ocasiones el párroco, y no volvió a impedir más a su nieto; antes al contrario todas las mañanas le llamaba ella misma y le animaba a que comulgara, y bien se le conocía al muchacho que le aprovechaba: se fué apartando de aquellos malos compañeritos y cada día era más obediente.

M. C., Congr.

Triste historia.

En un pueblecito de la China, donde los Misioneros católicos habían ganado para Jesucristo una buena porción de paganos, pasaba al anochecer un anciano con dos grandes cestas pendientes de un palo; arracimadas cabecitas de niños sobresalían en los cestos; unos llorando, otros durmiendo, otros ateridos por el frío y los malos medios de locomoción.

Aquel buen hombre que tan buena pesca traía era el encargado de las monjas de San José para comprar y recoger niños, que sus despiadados padres dejaban en las calles o arrojaban al río.

Llama a la puerta del orfanatrofio con golpes que daba con el pie, pues ambas manos tenía ocupadas con su carga, y al momento sale a la puerta una Hermana.

—¿Qué nos trae el anciano Nang-haci?

—Ya ve, Hermana, ya ve cuántos le traigo; estos dos los recogí al poco de salir esta mañana, estaban tirados en medio de la calle, a punto en que unos perros estaban para echarse sobre ellos.

Enseguida encontré este otro en ese arroyo que hay al terminar la calle; no sé si se habrá muerto; ya le bauticé apenas le tuve en los brazos.

Encontré después a una pobre mujer que no debe ser del pueblo, pues nunca la he visto por aquí. Llevaba a éste en los brazos, que desde entonces no ha cesado de llorar. Comprendí que no eran buenas sus intenciones; me insinué con ella, pero por más ruegos y ofrecimientos que le hice por la criatura, de ninguna manera me la quería dar. La seguí, tomó el camino del río. No desesperé, aunque ella a mis ofrecimientos se hacía la sorda; llegué a ofrecerle hasta 150 sapekas. Ni por esas. Creía ya mi negocio perdido, cuando invoqué a la Virgen con una corta oración. Como por encanto cedió a mi última propuesta. Conté las 150 sapekas y con gran gusto se las dí.

Le bauticé, le eché a la cesta, di gracias a la Santísima Virgen, y aquí me tiene Hermana.

—Bien Nang-haci, Dios te pagará lo que haces por sus hijos; y metieron a los recién llegados en el orfanatrofio.

El que tenga su «Hucha de Misiones» allí tiene el verdadero retrato de esta escena, que casi a diario ocurre en la China. A ver, si con ese vivo retrato delante, nos animamos a llevarla bien llena a la Congregación y a darle al mismo tiempo infinitas gracias a Dios porque ha querido que nazcamos de padres tan diferentes de esos chinos.

J. M., Congr.

Un saludable pinchazo.

Terrr... ¡El despertador! ¡Demonio! Qué es eso? ¡Tan pronto! ¡A ver ..! Me incorporo un poco y enciendo la luz. En efecto, las 7 ¡caramba! ¡Qué sueño tengo, debe ser muy temprano! Vuelvo a mirar al despertador, pero, éste, impasible, seguía marcando las siete: Nada, nada, que hoy tengo un sueño atroz. Bueno, por un día ya me perdonará Dios!; y diciendo y haciendo, me vuelvo a meter en la cama resueltamente. Pero, no hago más que tocar con la cabeza la almohada, cuando siento un pinchazo atroz, brutal, en mitad de la espalda. Salto de la cama, echo mano y me encuentro con una aguja de coser que sin duda había quedado olvidada entre las sábanas. Indudablemente Dios no quería perdonarme la media hora de cama, y resignado me visto y me marcho a misa. Claro está que de allí salí mucho más consolado que si hubiera salido entonces de la cama.

Desde entonces oír el despertador y venirme a la memoria el pinchazo y saltar de la cama, por más sueño que tenga, es cuestión de un momento.

¡Buen recuerdo me ha dejado la tal aguja!

Si como yo se figurasen todos que les pinchaba una aguja al llamarles por la mañana, de seguro que tendrían poca pereza.

S. M., Congr.

El mejor consuelo.

Hay en Polonia una costumbre muy singular y muy cristiana: cuando muere alguno de familia, los parientes y los amigos del lugar no gastan muchas palabras de consuelo; le entregan un crucifijo y con él le consuelan mejor que con palabras.

Vivía en una ciudad de Alemania un polaco tan distinguido en su porte como cristiano en su conducta, y vivía con su hijo tan cristiano y distinguido como su padre.

Quiso Dios que aquellos dos seres queridos se separasen de la manera más desgraciada: Iban una tarde muy distraídos en su conversación, atravesaban una calle, cuando se les vino encima un vehículo tirado por un caballo medio desbocado, que atropelló y mató al desdichado padre.

Como era natural, no había consuelo para aquel hijo. Todos sus muchos amigos pasaron por su casa para consolarle; todo inútil.

Llegó un caballero polaco y, siguiendo la costumbre de su país, al darle el pésame, le entregó un crucifijo. Lo apretó el afligido hijo entre sus manos; clavó sus ojos en la imagen del Salvador muerto por nosotros, y al poco rato, balbuceó estas palabras: «Ha sido la voluntad de Dios; cuando él así lo ha dispuesto, bien hecho está». Aquel joven, momentos antes tan angustiado, estaba ya del todo resignado.

La verdad que teniendo fe firme debe consolarnos más que nada el ver que nuestro mejor Padre, nuestro Dios ha sufrido por nosotros, sólo por nuestro amor, lo que no ha sufrido ni sufrirá nadie en este mundo.

¡Que el crucifijo sea siempre, como para polacos, nuestro mayor consuelo!

T. G., Cong.

Cómo aprovechamos el Viernes Santo.

No me atrevo a decir cuál de las cuatro juntas o mejor dicho reuniones familiares que tuvimos en Viernes Santo, con el simpático Director de *El Siglo de las Misiones*, Reverendo P. Hilarión Gil, fuese más provechosa; así que empezaré a narrar algo de ellas por el orden en que las tuvimos.

La primera fué a las diez de la mañana en la Universidad de Deusto; allí nos reunimos con él los 13 primeros jefes de la División completa de la Santa Infancia que acabamos de formar. Para animarnos a que llevemos adelante nuestra empresa comenzada, nos habló del entusiasmo con que toman estas obras los protestantes de Nueva York. Se reunen muchos estudiantes y con un mapa de las Misiones en la mano, se van haciendo cargo de las dificultades especiales de cada Misión; y así se animan y animan a otros y aprovechan todas las ocasiones que tienen para hacer atmósfera en favor de esta obra. Sólo así se comprende que haya de vez en cuando donativos tan crecidos para favorecerlas.

La segunda junta con los mayorcitos de la Congregación, la tuvo a las tres y media y, como las dos siguientes, en nuestro Salón.

Nos animó mucho a amar de todas veras la virtud que más nos hace valer y que hemos de tener si queremos hacer algo de provecho; como el mejor medio para conservarnos puros, nos recomendó la comunión diaria. Y para probarnos que lo es nos contó el dicho del P. Rector de la Universidad de Trichinópolis: afirmaba que, en dos años que llevaba rigiendo aquella Universidad, podía asegurar con bastante certeza que los 300 jóvenes católicos que allí cursaban no habían cometido un pecado mortal; y si bien es verdad que aquellos jóvenes se alimentaban muy pobre-

Universidad de Deusto
Biblioteca

mente como pobres que son; pero, la razón de conservarse puros no era otra que la comunión diaria, a la que estaban hechos.

Esperando a que salieran los mayores se hallaban los 144 capitanes de la Santa Infancia; a éstos les habló el P. Gil de la miseria grande que pasa la gente pobre en la China. Algunos años por falta de agua y otros por sobra, con las inundaciones, llega la miseria a tal punto que tienen que comer lo que encuentran por el campo, hojas, raíces y aún esto suele a veces faltarles y vienen a morirse de hambre. Acuden los mismos paganos en estos casos al Misionero para pedir un puñado de arroz, y pierden estas tan buenas ocasiones de hacerles otro bien mucho mayor por los pocos medios con que suelen de ordinario contar. Esto del hambre fué lo que más me impresionó. En punto a objetos que aquí nos sobran están allí tan escasos, que en todo un pueblo de bastantes cristianos no pudieron encontrar un crucifijo ni pequeño ni grande, con que poder ayudar a morir a un buen cristiano.

La última de las juntas fué para toda la Congregación a las siete y media de la tarde. Fué también muy provechosa. Nos hizo ver lo que les vale a los Misioneros las postales, las estampas que aquí apenas sirven de tan vistas y conocidas como están. Allí las aprecian mucho, pues los paganos están acostumbrados a tener en sus casas muchos idolillos, y luego de convertidos, no se hacen a vivir sin estampas o algo que las sustituya.

Los sellos también tienen allí mucha aplicacion: emplean miles y millones en empapelar sus salas; aunque más cuenta tiene venderlos aquí, sobre todo si son algo raros, y mandarlos allí el importe. El papel-plata allí no tiene aplicación: se vende aquí y se les manda el dinero. Esto es lo que más necesitan; pues se amolda a todas sus necesidades.

Así con una y otra conferencia empleamos santamente y bien entretenidos el Viernes Santo y quedamos muy animados a no dejarnos ganar de los protestantes en amor a las Misiones. Sería una vergüenza.

M. A., Congr.

Pecado que no se perdona.

Despés de la solemne función religiosa se formaron en el pórtico de la iglesia de mi pueblo numerosos corrillos, que comentaban lo ocurrido en la función. Según pude sacar de las conversaciones, pues yo no estuve en la función, el predicador, enterado de que había varios vecinos que se enriquecían en aquel pueblo con la usura y el engaño, mientras muchos pobres cubiertos de deudas arrastraban una vida miserable, habló clarito contra el robo. Al terminar el sermón, el sacristán, conocido en el pueblo como hombre honrado y sin tacha, con gran asombro de todos sube al púlpito y exclama: «A todo lo bien que nos ha hablado el Padre sobre el rebo, sólo ésto tengo que añadir, que este pecado no se perdona» y sin decir más palabras se bajó del púlpito.

Como era natural éste era el motivo de todas las conversaciones.

—¡No lo hubiera creído; pero todos lo hemos oído! decía uno.

—¡Cómo se ha atrevido a decir ésto!, exclamaba otro.

—Yo creía que daría algún aviso.

—Pero es el caso que yo no lo entiendo.

—¡Cómo que no!

—Eso de que no se perdona es mucho decir.

—No es mucho decir, puesto que se necesita la restitución.

—Conformes.

—¿Y crees tú que el que roba lo hace con intención de devolverlo?

—¡Hombre! tienes razón.

—Pues nada, hay que renunciar a enriquecerse por malos medios.

Y al poco rato los últimos grupos se dispersaron para recogerse en sus casas.

Al que le toque que se aplique el cuento.

Para no tener que restituír o irse al infierno mejor es no quitar nada a nadie.

J. M. A.-E., Congr.

Correspondencia abierta.

¡Bien por Valladolid!

La nota más simpática la dimos el Lunes de Pascua que fuimos cerca de 150 Luises a la Comunión de los enfermos del Hospital.

Ofició y dió la comunión el Sr. Obispo, a quien acompañamos todos en procesión de sala en sala. Se anticiparon algo unos Congregantes, que prepararon a los enfermos en cada sala antes comulgar y les ayudaron después a dar gracias. Ya antes de la Comunión habíamos comulgado todos los Congregantes y muchísima más gente, pues estaba muy concurrido.

Después de todo esto, las monjas nos dieron el desayuno, con el arroz con leche, como es aquí costumbre en estos casos; el decano después nos regaló un puro a cada uno. Cantó un poco el orfeón y nos sacaron algunas fotografías; en un grupo los Congregantes con el P. Santa Romana, en otro los internos de la facultad con el decano y otros profesores, y en otro las enfermeras del Hospital. Total una fiesta agradabilísima de la que salimos todos muy contentos.

El día de la comunión de los presos, creo que haremos lo mismo.

E. P., Congr.



Núm. 47.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° Junio de 1917

Mis vacaciones pasadas y presentes.

Hacía ya unos cuantos días que había quedado libre de las cinco fastidiosas asignaturas y ya no sabía lo que hacer; las mañanas eran para mí interminables y las tardes pesadas y monótonas; sin nada que hacer vagaba como un tonto por las calles, o si me quedaba en casa permanecía embobado pensando en babia.

Uno de aquellos días aburridos, cuado quieto como un poste contemplaba todo lo que se me ponía delante sentí que una mano se apoyaba en mi hombro; volví la cabeza como un autómata y, ¡cuál no sería mi sorpresa al ver que quien así interrumpía mis tontas cavilaciones era Paquito, estudiante amigo mío que por lo que se veía ya había vuelto de Zaragoza, donde estudiaba preparatorio de medicina!

—¡Caracoles! ¡Tú por aquí! ¿Cuándo has venido?, le dije.

—Esta mañana. Chico, tengo que contarte una de cosas... Ya verás. Y diciendo y haciendo me agarró del brazo y me llevó consigo y empezó a contarme una serie de porquerías y desplantes, de los que había sido sujeto o espectador allí en Zaragoza. Yo, al principio le oía con repulsión, quería interrumpirle; pero él me arrastraba cada vez más y más al fango de su conversación y acabé, lo confieso, por oírle con agrado. La cuestión es que aquella tarde me llevó a un cine de los peores y aquella noche no dormía con la conciencia tranquila.

El día siguiente fué una copia del anterior, con mayores borrones aún; y así se sucedieron uno tras otro los quince días que me faltaban para ir a veranear.

Llegué al pueblo donde solía pasar el verano y, como mi corazón estaba ya muy ennegrecido, cuando me acercaba a los compañeros de Congregación que veraneaban conmigo, me sentía inferior a ellos; me humillaban sus risas francas y alegres, tras las que se vislumbraba una alma blanca como la nieve; acabé por irme con los otros... con los lobos.

Diréis y con razón que debiera haberme arrepentido, que debiera haberme confesado; pero estuve tontísimo; tenía vergüenza de hacerlo, porque creía que mis faltas iban a asustar al confesor, que se iba a horrorizar: así me tenía cogido el demonio.

Pasé el verano con ellos; las malas conversaciones eran plato del día, mi pensamiento, en nada ocupado, vagaba de una parte a otra, se detenía en las mayores porquerías; era como un escarabajo que se revuelve entre porquerías.

Y así se me pasó todo el verano, y cuando volví a Bilbao, mi alma estaba más negra que la cara de un carbonero.

Comenzó el curso, y yo era uno de los peorcitos de mi año: donde se reunían los cochinitos de clase, allí estaba yo, y mis antiguos amigos ya no querían ni hablarme.

Pero a todos les llega su San Martín y a mí me llegaron los Ejercicios; al principio fuí de broma, a la mitad con respeto, y al fin tenía más miedo que un niño de seis años en una habitación obscura. Así que llegaron las confesiones, fuí a un confesor y le solté todo el fardo de carbón que me oprimía el pecho. Os lo aseguro, quedé más alegre que un estudiante con dos duros en el bolsillo.

Ya me han llegado nuevamente las vacaciones, pero yo os aseguro que no serán para mí como las anteriores; nada de estar hecho un holgazán; pues entonces lo primerito que se va por esos mundos vedados era el pensamiento. Tengo entre otras cosas unos buenos libros, para pasar el rato, proyecto unas excursiones para estirar las piernas que ya ya!!

Señores míos, andemos sobre aviso.

J. J., Congr.

La Hucha de Misiones vista en sueños.

Casi todos conocemos a Juanito. Es un chiquitín, moreno, de pelo rizado, muy alegre, que todos los días, cuando aún falta un buen

Universidad de Deusto
Biblioteca

rato para empezar la misa de las siete y media, se presenta en la calle de Ayala, y, como no esté lloviendo a jarros, busca tres o cuatro amigos, y quieras que no, arma una partida de pelota o de foot-ball, o prepara un tren rápido que, en menos tiempo que te lo cuento, recorre toda la calle llevando ¡claro está! como locomotora a nuestro amigo Pero, eso sí, cuando suenan las dos palmadas para entrar en la iglesia, aquella locomotora que poco antes silbaba y corría casi más que las de verdad, apaga las calderas y cruzándose de brazos se coloca muy formal en las filas de los Estanislaos.

Juanito es un gran chico; pero tiene su defectillo, como todos lo tenemos, aunque quizá, y sin quizá, mayores que el suyo. Juanito es muy fervoroso, muy devoto de la Virgen, muy puntual en la Congregación, muy aplicado (¿qué raro, eh?) muy obediente; pero, pero... un golosón de primera. Y, claro está, no es pecado que nos gusten mucho los dulces, no; pero es que a Juanito le gustan en demasía: y como se lo decía su madre, no había visto el mundo más que por el agujero de una rosquilla. Para él, el dinero no servía más que para una cosa, para comprar pasteles; la comida, para preparar el postre; la cama, para soñar con dulces; el estudio, para sacar buenas notas y pedirle a papá una caja de bombones. El quería ser muy bueno, y lo era, y cuando se acordaba del cielo no podía menos de imaginarse un cielo con confitería.

* * *

Pues bien, un día Juanito se encontró encima de la mesita donde estudiaba un paquetito, no muy grande, que una mano misteriosa había colocado mientras él estaba en el colegio. ¿Qué sería? No estaba muy decidido a abrirlo... ¿si sería una bomba?... Llamó a la criada ¡Julia, Julia! ¿Quién me ha traído ésto?

—Un amigo tuyo que no sé cómo se llama.

Se dió una palmada en la frente. ¡Qué tonto he sido! Pasado mañana es mi santo, se dijo con alegría, algún regalo.. ¡Dulces; dulces! Y en un santiamén desenvolvió el paquete. Pero ¡oh! desilusión. En vez de una caja de dulces, había... ¿Qué decís que había?... Una cajita de cartulina con una rajita muy significativa en la parte superior, adosada a un cartoncito en el que se veía en un grabado a un viejo chino con dos cestas colgadas de un palo, en las que había dos ramilletes de niños chinos que parecían decir a gritos, que los letreritos de aquella original hucha tenían mucha razón: «De 1 800 millones de habitantes, todavía hay en el mundo 900 millones de infieles!!!» «Salva un alma y salvarás la tuya.» «Invita a tu familia a llenarla.» «Salvemos pobres chinitos.»

Pasada la primera impresión, a Juanito le gustó mucho aquella hucha, porque, como tenía muy buen corazón, los chinitos infieles le daban mucha lástima. La cogió y fué corriendo a enseñársela a sus hermanitos. La iban a llenar de dinero hasta que casi estallara. Y con mucha solemnidad la colgó de un clavito debajo de la pila del agua bendita mirando casi con pena el que fuese tan pequeña.

* * *

Pero el hombre propone y Dios dispone... Se acercaba el día designado para entregar la hucha y la hucha tenía mucho polvo y hasta alguna telaraña por dentro; pero, no tenía dinero. Varias veces había intentado echar en ella sus ahorrillos; pero, a pesar del remordimiento, acababa por gastarse los cuartos en alguna golosina.

Llegó la víspera de la entrega de las huchas y la de Juanito seguía casi sin estrenarse. Pero había hecho firmísimo propósito de llenarla aquel mismo día con lo que aun le quedaba de sus ahorrillos. Mas llegó la noche y Juanito más triste que nunca, por no haber cumplido su promesa, se acostó casi sin atreverse a mirar aquella hucha que parecía le había visto gastarse en caramelos lo que a ella estaba destinado. Acurrucado debajo de la almohada y con mucho miedo, tardó mucho en dormirse; pero al fin, como aquel día el tren había corrido más que nunca, se durmió. Y soñó. Soñó con un camino que, saliendo por detrás de un monte, iba a terminar en un pueblecito muy lejano, muy lejano... Soñó con una casita, que estaba en uno de los linderos de aquel camino, y que de aquella casita salía un chino muy alto, de mirada terrible; que llevaba un paquete debajo del brazo y lo dejaba en medio del camino. Juanito quiso acercarse a ver lo que era aquel bulto misterioso, y cuando se inclinó para verlo, notó con espanto que aquel envoltorio se parecía mucho a su hucha, y vió con terror que, rompiéndose la cartulina, salió de aquella caja un chinito muy niño todavía; le saltó enseguida al cuello y apretándole la garganta con una fuerza descomunal le grita: «Tú, tú tienes la culpa que yo pierda mi alma...»

* * *

Cuando a la mañana siguiente la mamá de Juanito fué a despertarle, le encontró encogido, con todas las sábanas revueltas y con la cabeza metida por entre los hierros de su cama.

Apesadumbrado y sin atreverse a descubrir su sueño a sus papás, impresionado aún por la terrible pesadilla que había tenido, y avergonzado de no poder llevar su hucha a la Congregación, se dirigió Juanito al cuarto de sus papás a darles un beso como tenía por costumbre cuando se levantaba.

Figuraos cual sería su sorpresa cuando se encontró con que su papá le dijo, metiendo la mano al bolsillo de la chaqueta y sacando la cartera, estas palabras: Ayer estuvo la abuelita en casa, y aunque tú no te acuerdas, hoy es el día de su santo, y no ha querido que pase sin hacerte un obsequio. Me ha dado ésto para tí y espero que sabrás agradecérselo y sobre todo emplearlo bien. Y conforme le iba diciendo le alargó un billete de 25 pesetas. Juanito no vaciló un momento, y después de haber pedido permiso a su papá para regalárselo a los chinos, lo metió en su hucha con aire de triunfo y llevándola consigo como señal de grande victoria, dirigió sus pasos a la calle de Ayala, dispuesto a cumplir su palabra.

Aquella noche también soñó Juanito; pero ¡qué sueño más diferente! También vió abrirse su hucha; pero no para salir de ella un enfurecido chinito, sino el billete de la abuelita, que volando, volando iba a recoger al chinito de la carretera y envolviéndole se lo llevaba hasta la casa del Padre Blanco; allí aquel chinito se arrojaba también a su cuello, pero no para apretarle, como antes, sino para colmarle de besos y caricias. Juanito durmió muy bien aquella noche; había salvado un alma.

No dejemos tampoco nosotros para última hora el llenar esas huchas tan bonitas que podemos adquirir en la Congregación. Las llenaremos poco a poco, y cada perrilla que echemos en ella será un caprichillo, una golosina una como espina que nos arrancamos del corazón; estando seguros que si así lo hacemos podremos mostrarnos orgullosos de haber imitado a Jesucristo en la sublime misión que le trajo al mundo: la salvación de los hombres, facilitando el camino del cielo a los chinitos, que están ahora abandonados en los caminos del vicio y en la oscura noche del paganismo.

R. S., Congr.

El peor perro.

En el caserío donde vivía el tío Pedro había un perrazo, que el viejo hortelano tenía para la guarda de su casa. Por su fiereza era el terror de los alrededores; grande, fuerte y provisto de dientes afilados temían provocar sus iras con sólo pasar por delante.

Pero aunque el perro era fuerte, más fuerte era la cadena que le sujetaba e impedía que su acción no pasara de tres o cuatro metros de radio. Al único que respetaba el mastín era al buen Pedro, pero ¡ay si cualquier otro se ponía a sus alcances! Esto lo sabía muy bien la gente del pueblo, y buen cuidado tenía de no acercarse demasiado. También lo sabía Paquito, hijo de otro labrador; pero era muy atrevido.

Iba un día tras una mariposa, y ésta, como para burlarse, fué derechamente a posarse sobre la casita donde dormitaba «Rakú», que así se llamaba el perro. El niño tan sólo pensando en coger la mariposa, no reparó que estaba en el peligro, y guiado de su afán corrió hacia ella. El perro, que le había sentido venir, de un brinco se abalanzó sobre él, y le dió tales dentelladas que, a no ser por la oportuna intervención del tío Pedro, allí quedara muerto. Con gran trabajo pudo separar al animal que había hecho presa en una pierna y no quería soltarla. Subióle a su casa, cuidóle lo mejor que pudo, y aprovechó el tiempo para darle una buena lección.

Lo mismo que te ha pasado a tí, le dijo, les pasa a muchos otros, pero con otro perro peor que es el demonio: éste, lo mismo que mi «Rakú» está sujeto y tiene el campo de acción limitado en los cines, bailes, novelas obscenas, compañeritos malos y lo que éstos traen consigo. Si uno no se pone a su alcance, no tiene peligro; pero, hay muchos que se parecen a tí; se acercan allí donde Dios le permite morder, y, claro está, que les muerde, pues para eso tiene su mala voluntad el envidioso demonio.

El pobre Paquito confeso y contrito, y con mucho dolor de corazón y mucho más de su pierna, hizo allí mismo propósito firme de no ponerse al alcance ni del uno ni del otro. Aunque más difícil es cuidarse del mal compañero, pues éste viene con disfraz de compañero y no aparece su maldad hasta después que ha mordido; y los hay tan tontos, que aun mordidos y todo, vuelven a querer ser más mordidos y a seguir oyendo un día y otro las porquerías que echan por aquella maldita boca

El que quiera aprender, que aprenda a tiempo.

S. M., Congr.

¡Pobre pastor!

El tren estaba para partir cuando entró en el coche en que yo iba un sacerdote que se sentó frente a mí.

Pasado un rato y después de haber terminado de rezar su breviario, entablamos conversación y entre otras cosas me contó su entrada en el primer pueblo a que fué destinado como párroco

Recién ordenado de sacerdote, dijo, me destinaron a un pueblecito llamado Villacabrales. Yo partí contentísimo, pues guiado de mi joven pensamiento creía que instruír y guiar un pueblo pequeño sería un negocio fácil y sin obstáculos.

Llegué al pueblo, y poco tiempo después de haber salido de la estación, llegó también mi primer desengaño.

Estaba frente al cementerio y sin entrar en él pude ver una tapia que lo dividía en partes muy desiguales, y en la parte mayor no había cruces.

Mi pensamiento ya empezó a discurrir algo más que antes; iba absorto en estas preocupaciones, cuando divisé a lo lejos el campanario de la iglesia, y hacia allí encaminé mis pasos. Por la calle me encontré con algunas personas que me saludaron muy secamente. Me acerqué a la Iglesia y la ví cercada por una tapia de madera, y para entrar sólo había una puertecita, por la cual con algún trabajo podía pasar una persona. La estaba mirando cuando un hombre alto y robusto se dirigió hacia mí. Me saludó cortesmente y me habló en estos términos: La iglesia se halla así tapiada, porque en este pueblo han dado la orden de que a todo el que entre en la iglesia se le multe con una peseta, y apenas se atreve a entrar ninguno.

Cada día que pasaba iba viendo la realidad más nublada. Ni los domingos oían misa más que algún hombre que otro y unas pocas mujeres.

Con esa pesadilla me acostaba todas las noches y una de ellas soñé que había llegado el día del juicio y que Dios iba llamando uno por uno a todos los hombres. Oigo que llaman a Zacarías. Yo pensé para mí: no seré yo, otros habrá de mi nombre, y me quedé sentado como estaba Al poco con voz más alta oigo: Zarcarías Fernández. ¿Qué hago? Quizás haya con mi nombre otro Fernández y temblando como estaba, me encogí y no me di por entendido. Con voz todavía más poderosa: Zacarías Fernández y Bastida. Ya no

Universidad de Deusto
Biblioteca

tuve más remedio que levantarme y presentarme aquel me tomasen cuentas.

¿Qué has hecho de tu rebaño? oigo que me pregunta Dios, ¿Dónde están tus ovejas?

Me puse a mirar a la derecha a ver si encontraba algunos de mis parroquianos y no vi a ninguno. Miro a la izquierda y allí estaban todos entre los condenados. Yo no sabía qué contestar al Señor; y por toda salida le dije que no eran ovejas las que me había dado que eran todos cabritos, y natural era que estuviesen todos a la izquierda. Así desperté de mi sueño; pero, desgraciadamente el sueño tenía mucho de realidad.

Le pregunté yo entonces a qué atribuía él que fuesen todos tan rematadamente malos, y me contestó: «unos a otros se pegan de chiquitos esas malas mañas, y después no hay quien se las quite.»

Tiene razón, dije yo para mis adentros; si no me alejo de aquel compañerito en vacaciones, me pasará que me enseñará a andar por su camino extraviado hasta que me pierda del todo. Este año no me pesca en vacaciones ningún mal compañero. *T. G., Congr.*

No hacer el primo.

Vivía Antonio en un pueblo bastante cercano al mío, al cual llegaba después de pasar un angostoso camino. Era un chico angelical, y aunque no comulgaba con mucha frecuencia era bastante obediente y aborrecía la mentira.

Acostumbraba yo a ir a su casa y siempre me recibía con mucho cariño: bajábamos al jardín la mayor parte de las veces y nos divertíamos en hacer túneles por dónde pasara su tren eléctrico.

Sucedió entonces que vinieron dos primos suyos que habían estado estudiando en Francia, y no eran tan buenos ni mucho menos. Los primeros días los estudiantes parecían unos chicos muy buenos; pero, poco a poco fueron hablando de cosas que causaban no poca extrañeza a Antonio, que no estaba acostumbrado a oírlas,

Ya desde que habían llegado los primos notaba yo en Antonio que huía algo de mí. Claro está, como comulgaba poco, tenía pocas fuerzas para luchar con aquellos enemigos, sus primitos. Después de pasado un mes ya no sólo no tenía alma para resistir los ataques cada día más descarados de sus primitos, sino que se reía al oír aquellos groseros chistes y conversaciones vergonzosas.

Poco a poco dejó del todo la comunión y dejó de confesarse y llegó a hacer coro con sus primos, y alarde de su vida depravada, hasta el punto de jactarse, como tantos, de lo malo que no había hecho.

¡Cuidado con los primitos y amiguitos! ¡para qué sirven muchas veces! *A. M., Congr.*

Cómo se pierden algunos mayorcitos.

He oído decir que la vida de verano es la más deseducativa, y no les falta razón; pues desde que se levanta uno hasta que se acuesta no suele hacer, por lo general, nada de provecho y si no veamos:

Uno de mis más íntimos amigos, que por cierto era un tanto holgazán, me explicó la vida que solía hacer en Algorta donde van a veranear, y era la siguiente: «A eso de las nueve o diez me levanto, porque, como nos acostamos muy tarde, no podemos levantarnos a a las 8 para ir a misa y comulgar; si no me venían a llamar los amigos, me estaba en casa leyendo el periódico; cuando me llamaban iba a dar una vuelta o a pintar la pava hasta que caíamos como pájaros bobos en la playa. Después de pasar en tonterías un par de horas, nos daba la hora de comer, sin haber hecho en toda la mañana nada de provecho».

Yo le dije que si a la tarde hacían lo mismo y me contó que, después de comer, volvían a reunirse los amigos con su novelita bajo el brazo en una rampla de arena junto a la playa unos a *ilustrarse* con sus novelitas; otros a hablar de fulanito o fulanita y otros a echarse todo lo largo que son, creyendo así valer para algo el día de mañana.

Llegada la hora de merendar seguían cuidando de su cuerpo, sin acordarse para nada de su abandonada alma. En el paseo principal servían de figurines unas veces y de demonios tentadores otras con sus miraditas, gestos y palabritas. ¡Vaya un porvenir para ellos y para sus pobres padres!

Y me seguía contando el tal amigo que luego iban a cenar y otra vez al paseo principal, cuando no al bailecito hasta eso de las 10 o las 11. Iban por fin a dormir, y al día siguiente la misma andanza.

Cuando acabé de oírle relatar su vida al que figuraba como Congregante no pude menos de decirle que la cambiara cuanto antes, de lo contrario acabaría pronto por dejar de serlo. Me atreví como buen amigo a decirle ésto; pero él puso cara seria e hizo un gesto como queriendo decir ¡A mí qué me importa! Desde aquel momento en que marché de su pueblo de veraneo (o mejor dicho de perdición) no le he vuelto a hablar ni a saber nada de él. ¡Pobre amigo mío! ¡Así se pierden los congregantes en el verano! Por la pereza, los amiguitos y los respetos humanos. Que si en el invierno se acostumbrasen a ir a misa de Congregación todos los días y andar con Congregantes, en el verano no les sería difícil vencer esas dificultades.

R. R. Congr.



Núm. 48.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º Julio de 1917

Una visita a la cárcel.

Casi todas las semanas un amigo de mi papá me tomaba por compañero para hacer su visita favorita a los presos. A todos conocíamos y estábamos ya enterados de las razones de sus encierros.

Había allí dos, que no podían o no querían pagar sus deudas en metálico, y tenían que pagarlas con sus respectivas condenas de catorce y quince meses de arresto; los dos estaban en la misma celda y se consolaban los pobres como podían.

En una de esas visitas, mi compañero les preparó una sorpresa del todo inesperada. Le ocurrió destinar una parte de sus muchas caridades para librar a aquellos pobres desgraciados; y la manera de entregarles lo que necesitaban para salir de la cárcel no pudo ser más peregrina: desde el balconcillo del primer piso (ellos estaban en la planta baja) les echó parte en billetes y parte en plata, en dos apretados saquitos, lo bastante para pagar sus deudas; y les echó cuando estaban dormitando, haciéndoles despertar el golpe que cada uno recibió con el saquito; a mí mismo me sorprendió no poco, pues no me lo había prevenido.

El despertar de ambos no pudo ser más distinto: el primer movimiento del que era un tanto iracundo fué coger el saquito y sin fijarse en lo que contenía echarlo por la ventanilla; el otro, en cambio, llevó con paciencia el golpe, abrió el saquito, levantó los ojos y vió en el pasadizo a su bienhechor; se puso en pie y le dió las más expresivas gracias. Parecía despertar de un sueño agradable y no acababa de tener por cierto lo que veía. Contó y vió que era la suma exacta que necesitaba para salir de la cárcel. Arregló su negocio tan pronto como pudo y quedó libre y agradecidísimo. El otro, que se dió por molestado y tiró lo que se le daba para librarle, se quedó sin la suma y continuó su condena.

Cuando volvíamos de la cárcel, mi acompañante, o mejor dicho mi acompañado, que sacaba provecho de todo, me aplicó el caso a lo que hace Dios con nosotros y nosotros con Dios; nos manda algún trabajillo o desgracia con que podamos pagar las deudas que tenemos: y unos, los más, se enfadan cuando se sienten molestados con la contrariedad, y lejos de pagar la deuda, llevándolo con paciencia, la hacen mayor; otros, y suelen ser pocos, reciben la molestia o la enfermedad como venida de Dios y pagan con ella la deuda y quedan libres, caminito del cielo.

¿Quiénes son más listos y la entienden?

J. H. Congr.

La verdadera alegría.

Era un día de verano. Uno de esos días cálidos, en que la pereza casi no nos deja tenernos en pie. Aprovechando las vacaciones iba yo a pasar la tarde al campo de foot-ball de Lamiaco. En el mismo departamento que yo viajaban también otros Congregantes. Eran cuatro pequeñines, con carita fresca y sonriente y unos ojos tan expresivos que se podía leer en ellos la candorosa inocencia de su alma.

Apenas arrancó el tren, los cuatro con una seriedad y una formalidad poco común se santiguaron, pero enseguida volvieron a su charla. Alborotaban un tanto: uno hablaba de la Congregación, y los demás... también. Parecía su tema obligado. Al entrar en el túnel, cesó como por encanto su charla, y a la par que en profunda obscuridad todo quedó sumido en silencio.

De repente una vocecita infantil, que entre los ruidos siniestros del tren sonaba a repique de campana de gloria, exclamó como asustado: ¡Qué obscuro! ¡Así de negra deben tener el alma los pecadores! Y como si aquella sentencia hubiera merecido la atención de todos, todo volvió a quedar en silencio, pensando yo para mi capote que quizá más de uno de los que en el coche venían podía aplicarse aquella comparación.

Pero terminó el túnel y volvió el sol a filtrar sus ardientes rayos por los ventanales del coche, y con la luz vino de nuevo la alegría.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Entonces noté que todos los viajeros dirigían sus miradas curiosas hacia los cuatro pequeñines, que sin hacer caso de nada empezaron de nuevo a gorgear, riendo y hablando con una alegría y buen humor envidiables. De repente uno de ellos, el que parecía mayor, se dirige a otro compañero, fija en él su mirada, como queriendo adivinar su pensamiento y le dice: ¡Ahora que me acuerdo! ¿Has ido esta mañana a misa a la Congregación?...

El preguntado se pone rojo de vergüenza; mas, con esa franqueza propia de las conciencias tranquilas dice:

No, me he dormido, pero he ido a misa de ocho y media a San Vicente y allí he comulgado.

Las otros tres se consultan con la mirada, hacen un gesto de inteligencia, y el que primero había hablado, dice, cual un juez investido de sus poderes.—¡Bueno! ¡por un día!... pero que sea el último ¡eh?... Y terminado el incidente, vuelve de nuevo el alboroto, la alegría inusitada, y continúan hablando de mil cosas, pero aplicándolo todo a su Congregación. Cada palabra de uno promueve la risa de los demás.

A mí me dió que pensar aquella alegría. ¡Cómo—decía yo—éstos están siempre tan alegres, y no van nunca al cine, ni al teatro, ni a sitios parecidos! Pues ¿no dicen que eso es divertirse? Y comprendí que todas esas diversiones, engañan al cuerpo durante un momento en que parece nos olvidamos de nuestras tristezas, pero luego las duplican. ¡Sí! ¡Sí!, la alegría verdadera es la que nace de la tranquilidad de la conciencia. Yo en mí mismo he podido experimentarlo. Cuando era niño, gozaba, era mi alegría sincera, ¿por qué?... porque nacía en mi misma alma, porque la alegría es algo innato al cuerpo sano y a la conciencia tranquila.

Ahora, cuando ya mayorcito, si alguna vez he pretendido buscar la alegría en otro sitio, no la he hallado. Cuando vamos siendo hombres, no nos divertimos tanto ni tan bien como de niños lo hacíamos; pues justo es reconocer que nunca se goza tanto de la vida, como cuando uno es inocente.

Divertámonos en cuanto podamos como niños, y como tales gozaremos. Antes no había aquí, como les he oído a mi padres, cines ni estos escándalos de bailarinas, y no por eso dejaban de divertirse y mucho más que ahora.

M. R , Congr.

¡Buen amigo!

Era la primera vez que salía de casa solo; había terminado el bachiller y de camino para el pueblo de veraneo tuve que pasar por Burgos cuando se celebraban las fiestas de su Patrono; había gran afluencia de forasteros; los hoteles estaban llenos de gente. Fuí al que me habían recomendado. Me llevaron a mi habitación; me arreglé un poco y al salir para ir a comer, conocí a mi vecino que salía al mismo tiempo: era un joven alto, guapo, de aire simpático como efectivamente lo era; nos saludamos, comimos juntos, fuímos al café y de paseo; después de cenar salimos también juntos; él me dijo que se retiraba temprano, y se fué a su cuarto; yo siguiendo su ejemplo me retiré al mío y después de rezar mis oraciones me acosté, teniendo presente la buena tarde que había pasado y la suerte de haber encontrado aquel compañero.

Pero ¡cuál sería mi sorpresa cuando después de un par de días me enteré en el pueblo por un periódico de Burgos lo que había hecho aquel mi vecino tan simpático, que a mí me había gustado tanto, aquella misma noche que se había despedido de mí tan temprano: a un caballero que estaba en el mismo hotel y tenía mucho dinero le invitó a dar un paseo por las afueras. El caso que, no se sabe cómo, le mató: le quitó las llaves, y para que no dejara rastro le quemó; pues todo lo debía tener premeditado, y preparado; se apoderó de cuanto tenía en el hotel; pero, al cobrar en el Banco al día siguiente una letra, entraron sospechas, le siguieron el rastro y pocas horas después tod estaba descubierto.

Por mucho tiempo no pude quitar de mi cabeza cómo había yo andado con este joven tan simpático y tan bandido, tan a gusto y con tanto peligro de que me ocurriera algo semejante de lo que le ocurrió a aquel desgraciado caballero. El susto que me llevé fué tan tremendo al leer esto y al pensar que había estado tanto tiempo a su lado y que había dormido en la habitación próxima a la suya, que no pude dormirme aquella noche ni otras sucesivas: en todas partes se me representaba su retrato, y cuanto más quería distraerme, más presente le tenía.

Le conté el caso a un amigo mío, catequista y de los más listos, y enseguida me dijo que lo iba a contar a sus catequizados, y aplicar la historia a los malos compañeros: suelen ser muy simpáticos, eso sí; pero por lo que les ha pasado a otros se ve lo que puede pasarme a mí: nos hacen caer en pecados y *nos roban* todos los méritos que habíamos adquirido estando en gracia de Dios; *nos matan* no sólo el alma, sino muchísimas veces pecados aun el cuerpo y si no nos enmendamos a tiempo nos *arroja al fuego* del infierno, mucho peor que cualquier fuego de aquí de la tierra.

Pues a ver si no somos tontos que nos dejamos engañar de cualquier compañero, que con cara muy alegre y muy simpática nos lleva al pecado y con el pecado nos acarrea todos estos males. ¡Que la Santísima Virgen no lo quiera!

P. M., Congr.

El palacio de la felicidad.

En un país muy lejano, con una situación privilegiada, aún está en pié un palacio, tan magnífico, de líneas tan elegantes, de proporciones tan bellas y unas salas tan suntuosas para las infinitas diversiones en ellas establecidas, que, según contaban los poquísimos que habían conseguido llegar a él; no podía dársele un nombre más adecuado que aquel con el que era conocido, *Palacio de la Felicidad*. Pero fijaos bien en que he dicho que eran poquísimos los que habían conseguido llegar hasta él; y como me figuro querréis saber el por qué de esta dificultad, os lo voy a explicar, aunque os ha de parecer mentira mucho de lo que os diga.

Cuentan los cronistas que para darle vista es necesario pasar una soberbia alameda, que desde la puerta de la finca conduce a los umbrales del Palacio; alameda tan magnífica y dotada de tantos atractivos, que todo lo que puedo deciros de ella será pálido reflejo de la realidad.

A ambos lados del caminito se levantan dos grandes hileras de árboles altísimos cuyas ramas están caprichosamente enlazadas.

Pero no era esto sólo, sino que en las ramas de aquellos árboles saltaban multitud de bellísimos pajaritos, cuyos trinos formaban el concierto más armonioso que pudiera oírse. Y si se extiende la mirada para ambos lados del camino se ven multitud de caprichosas macetas de flores de variadísimos y delicadísimos perfumes. Formando el marco de aquellos jardincillos, dicen que se levantan multitud de fantásticas grutas y bordeando los macizos corre un arroyuelo de limpísimas aguas.

Pero, lo que más admira y llama la atención es que del fondo de aquellas grutas y del interior de aquellas flores, y así también de las más altas copas de los árboles, salen unas suavísimas voces que invitan a los viajeros, sobre todo a los jóvenes, a salirse del camino para gozarse en contemplación de un espectáculo tan maravilloso. Y cuentan los que de aquellas tierras han llegado que son tantos los atractivos y tantos los encantos de aquella alameda, que hasta hace muy poco tiempo nadie había sido suficientemente enérgico, para seguir con paso firme el camino recto sin caer en la tentación de desviarse o entretenerse.

Pero en cierta ocasión un joven, más animoso y decidido, que los demás que le habían acompañado, desoyó las seductoras vocecillas, rechazó les halagadoras tentaciones, consiguió llegar al fin de la alameda, y una vez allí vió tan claramente la diferencia que existía entre la alameda y el Palacio mismo que convenció a otros muchos, que siguieron su ejemplo y consiguieron llegar a disfrutar de las indescriptibles bellezas del *Palacio de la Felicidad*.

¡Cuántas veces al acordarme de aquella alameda, me ha venido a mi imaginación la idea de lo tontos (así, con todas las letras) que somos, cuando a imitación de aquellos que se quedaban en el camino, nos quedamos también abobados con los pocos y amargos placeres de esta vida, sin darnos cuenta de que un poco más allá, quizá muy cerca, está nuestro *Palacio de la Felicidad*, el cielo que Dios nos quiere dar.

Y sin embargo nos basta la vocecilla de un mal amigo, la contemplación de una figura provocativa, el fugaz relumbrón de cualquier película, para que atontados nos salgamos del camino y no podamos llegar a descansar y gozar del único verdadero bien!!

R. S., Congr.

Un condenado en vida.

En la semioscuridad de una alcoba mal oliente, puede distinguirse al descreído Hilarión que agonizaba con el rostro amoratado y sudoroso, los ojos salidos de las órbitas y rojizamente brillantes, que miran con la angustia de la desesperación y las ansias de la muerte. Sus cabellos materialmente empapados de sudor se han pegado en largos mechones a su frente febril, dándole un aspecto repugnante.

Dos mujeres de edad rodean la cama del enfermo exhortándole a bien morir; pero Hilarión con palabras que parecen rugidos se niega diciendo con toda la fuerza de sus pulmones: «¡No! ¡no! ¡no quiero!»

Hilarión ha sido malo, muy malo; la soberbia, la avaricia, la lujuria y la gula, han sido en él vicios habituales y a ellos se ha juntado el desprecio y la burla que Hilarión ha hecho de las cosas santas.

Su mujer y su hermana se lo advertían continuamente: «Hilarión, tú llevas mala vida y el que tiene mala vida, también tiene la muerte mala...» Pero, Hilarión se reía diciendo, que todas las muertes son malas.

«Hilarión, confiésate en vida, si quieres morir confesado». Y el infeliz respondía que a la hora de la muerte hay tiempo de sobra para que se confiese el que quiera.

Pero Hilarión no quería confesarse ni a la hora de la muerte.

«Que te condenas, que te vas al infierno»; le decían su mujer y su hermana valerosamente.

«Prefiero condenarme antes de que entre en mi casa un cura», decía entonces aquel demonio; «además en el infierno no estaré solo, muchísimos amigos míos se habrán condenado también».

«Mal de muchos consuelo de tontos»: respondía su mujer cuerdamente, y el enfermo haciendo un movimiento que producía leve tintineo metálico en los hierros de su cama, volvía a sus suspiros y a sus ansias.

En esto habían llegado el médico y el sacerdote; éste se quedó esperando prudentemente sin penetrar en la alcoba del enfermo.

El médico previno a Hilarión: «Señor mío, se muere Vd sin remisión. Yo le aconsejaría que se preparase para bien morir; en una palabra que se confiese. Conmigo ha venido un sacerdote por si quiere arreglar sus cuentas».

El enfermo gritó como un energúmeno: ¡Vd. está loco!... Este médico está loco.... ¡Traerme a mi un cura..! Que salga el cura fuera...

El sacerdote oía desde el corredor la mala disposición del penitente, y pedía a Dios que se compadeciese de aquella alma, aunque adivinaba la triste muerte del malvado.

«Quiero condenarme... ¡mejor!... allí estaré con mis amigos», gritaba el enfermo...

Poco después comenzó el estertor de la agonía.

Las dos mujeres lloraban en silencio y el médico llamó al sacerdote para hacer al enfermo la recomendación del alma. Pero el enfermo no se daba ya cuenta de nada.

Parecía que no respiraba, que se había ya

Universidad de Deusto
Biblioteca

muerto. Pero no, aún tuvo Hilarión un movimiento de terror indescriptible, como si quisiera apartar de sí terrible visión. Después quedó inerte en su lecho, al parecer sin respiración ni señal alguna de vida.

El doctor dudando si el enfermo era o no ya algo más que un cadáver, encendió una cerilla para cerciorarse y la aproximó a las narices del infeliz. El pobre hombre que aún vivía, gritó en el colmo de la desesperación al sentir el calor de la cerilla: «¡Ya empiezo a quemarme en el infierno!» Los circunstantes aterrados se acercaron más al desgraciado, que en aquellos momentos quedó exánime.

¡Pobrecillo! que ya en vida se creía condenado. Como tal vivió y como tal murió.

A. M. M., Congr.

De nuestro corresponsal de Vitoria.

¡Si aquellos pobres chinitos hubiesen podido estar aquí en Vitoria el día de San Luis Gonzaga!

Acudí a la parroquia de San Vicente muy de mañana y ya me encontré el templo convertido en el redil inocentísimo del Divino Cordero y del Pastor amorosísimo.

Más de 1500 niños con toda compostura y devoción asistiendo al santo sacrificio, que celebraba el muy digno arcipreste, don Félix Ruiz de Arcaute, Director Diocesano de la Obra de la Santa Infancia

Y cuando ví en medio de ellos alentando y dirigiendo aquel diminuto ejército de Cristo, a un pastor venerable, de blanca cabeza y porte patriarcal, al R. P. Durand, se me vino a la mente el bíblico pasaje «Dejad que los niños vengan a mí». Más de 1000 niños comulgando fervorosamente en dos altares servidos por cuatro sacerdotes, ofreciéndose a su Niño Jesús para conseguir la salvación de sus pobres hermanos los chinos.

¡Qué ejemplos más hermosos nos recordaron de sus compañeros de Bilbao los dos niños que declamaron desde el púlpito «Las alhajas de mi madre» y «Lo que me enseñan en casa».

Por la tarde a las cinco, engrosaron las filas más de 2.500 niños y niñas, y se apiñaban ordenadamente en los bancos con sus respectivos profesores y maestras. Dignos de toda alabanza fueron los Colegios de D. Apolinar Landa, del Sagrado Corazón, San Viator, Centro Católico, Catecismo de Villa Suso entre otras representaciones de escuelas de niños que acudieron a la fiesta. Después del cántico «Niño de mi vida» el Santo Rosario e himno del Sr. Virgala, se explicó lo que significa «La hucha de la Santa Infancia», se leyeron cartas de los Misioneros de China, Padres Suchambe y Barreiro, de Céanuri y Vitoria respectivamente, y el R. P. Larrondoburo, excitó a los niños vitorianos a seguir tegiendo *coronitas* que las encontrarán en el cielo por cada perrilla que entreguen para los pobres chinitos abandonados. Por la unción y sencillez cautivó extraordinariamente al pequeño auditorio. A los acordes del «Adoro te devote» se expuso el Santísimo y se hizo la consagración.

Nota simpatiquísima la dieron a la salida dos chinitos y dos chinitas *de verdad*, aunque nacidos en los Arquillos o Herrería. Aquellos trajecitos multicolores atraían las perras de los niños que era una bendición, más de 60 pesetas en calderilla y alguno que otro *ojo de buey*.

A ese paso pronto se recaudará tanto como el año pasado: 10.000 ptas. Sólo los Kostkas de Bilbao entregaron 200 pesetas en los meses de Mayo y Junio.

Establecida desde muy antiguo esta piadosa costumbre en Alava, hace unos 20 años, la restauró otra vez el celoso P. Bascurre, S. J. que muchos conocimos. Hoy no podemos menos de recordarle y felicitar efusivamente al R. P. Durand, el padre de los niños de Vitoria, alma y vida de la obra. ¡A él si que le están entretegiendo una corona e gloria los niños chinos!

M. S., Congr.

Correspondencia abierta.

Antiguo congregante que nos honra.

Para dar gracias a Dios por haber tenido dos matrículas, un sobresaliente y un notable le mando esos mis ahorrillos para las Misiones; y en la siguiente carta le mandaré lo de la Santa Infancia y lo que haya en la hucha de Misiones.

Aquí para juntarnos sólo los de la Congregación hemos formado un equipo.

Se ha animado mucho esta Congregación; vienen muchos más; y el domingo pasado se impuso la medalla a unos 20 aspirantes. La misa diaria la tenemos aquí a las siete, media hora antes que ahí; yo comulgo todos los días.

J. L., Congr.

Otro actual, que también nos honra.

No me deje usted de mandarme dos o tres huchas de las Misiones y aquel libro de la Santa Infancia, al que pensaba añadir una hojita.

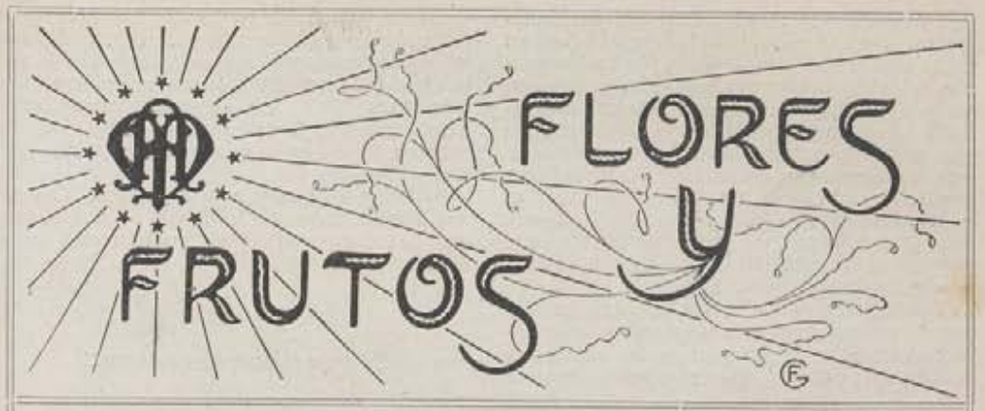
Los días anteriores al Domingo pasado hemos estado muy entretenidos ayudando a los señores Curas a preparar los niños de la primera Comunión. Uno de éstos me decía que en el infierno había lumbre y calderonas (así llaman aquí a unas vasijas de metal muy grandes) llenas de aceite hirviendo. Parece que se establecerá aquí la Congregación y con ella «La Santa Infancia». Ya le pediré lo que nos haga falta, pues ya se acordará que me dió permiso para ello.

Le mando pesetas 3,30 lo que me han dado los socios de «La Santa Infancia» de aquí.

Más tarde le mandaré un articulito para Flores y Frutos.

Todavía no he perdido un solo día la comunión desde que estoy aquí.

M. G., Congr.



Núm. 49.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° Agosto de 1917

La última jotita.

Pocos momentos de vida le quedaban a don Antonio en este valle de lágrimas, y sin embargo su tranquilidad, su calma no habían variado. Ningún síntoma indicaba inquietud ni decaimiento de ánimo en el espíritu de don Antonio. Casi podía decirse que estaba alegre, y era que D. Antonio se encontraba preparado; estaba siempre cuando Dios quisiera dispuesto a morirse, y ahora que su hora había llegado no le temía a la muerte.

En efecto, D. Antonio había recibido el Viático, para el largo viaje que iba a emprender y la Extrema Unción con la cual quedaba el hombre, limpio de polvo y lodo y hasta con ganas de morirse cuanto antes. Así se lo había él dicho a D. Melitón, excelente cura del pueblo, que le había confesado.

Sí, D. Antonio, sí, decía D. Melitón, que no podía menos de sonreírse de la inocencia de aquel hombre admirable.

Así era D. Antonio cuando la muerte estaba cerca, y así había sido cuando lleno de salud y vida y buen humor y virtud, caminaba por los senderos del pueblo en busca de los pobres que necesitaban de sus consejos o de su dinero.

Animo, hermano, decía a los afligidos, que esto es muy corto, y se va enseguida. Un pellizquito que pica un poco, es verdad, pero que dura también muy poco. Y sus palabras alegraban enseguida porque iban acompañadas siempre de una gracia que era bálsamo regenerador de los desanimados.

Ahora D. Antonio todos los consuelos se los aplicaba a sí, y Dios no podía menos de conceder a él el ánimo que a los demás había dado.

«Salva, Señor, su alma como salvaste a Daniel de la cueva de los leones», decía D. Melitón leyendo la recomendación del alma, y D. Antonio sosteniendo una candela en su mano derecha, que la debilidad del pulso hacía temblar con débiles oscilaciones, repetía: «Salva, Señor, mi alma».

«Salva, Señor, su alma como salvaste a los tres jóvenes del horno de Babilonia», seguía D. Melitón; y D. Antonio respondía: «Salva, Señor, mi alma».

Después de la recomendación tuvo D. Antonio un momento de crisis en el cual parecía que la respiración iba apagándose hasta extinguirse, y pidió un vaso de agua con el cual se reanimó su espíritu decaído.

Continúe V., D. Melitón, que todavía puedo oírle; y el buen sacerdote continuó con las Letanías: «Ora pro eo», respondían los circunstantes; y D. Antonio, con voz tranquila y clara, respondía: «Ora pro me».

Pero la vida abandonaba aquel cuerpo y poco a poco iba faltándole la voz a D. Antonio, que sin embargo hacía esfuerzos para contestar: «Ora pro me».

Poco después quedó sumido en una modorra precursora de la agonía. Entonces las campanas de la parroquia doblaron con lúgubre acento, pidiendo oraciones por un alma que iba a comparecer ante Dios. ¡Tan!... ¡tan!... Se oían claramente las campanas. D. Melitón, D. Melitón, llamó muy quedo D. Antonio; ¿Oye V.? Están tocando la última jotita. Se acaba para mí la romería de este mundo.

Así murió riéndose de la muerte. Y no es muy difícil entender por qué moría tan tranquilo.

A. M. M., Congr.

Lo que cansa y lo que no cansa.

Visitaban unos caballeros principales la ciudad de Nápoles; después de ver y admirar sus suntuosos monumentos y magníficos palacios, se dirigieron aconsejados por su *cicerone* al hermoso Convento de los Cartujos, que domina la ciudad. Suplicaron que les enseñaran el convento, y a los pocos momentos se presentaba un cartujo de bondadoso rostro, quien amabilísimo se brindó a enseñárselo.

Después de mostrarles algunas dependencias, les llevó por una magnífica escalera de mármol a la terraza del convento; entrar en

Universidad de Deusto
Biblioteca

ella y quedar asombrados ante el espectáculo que ofrecía a su vista, todo fué uno. Divisaban a sus pies la hermosa Nápoles con sus suntuosos palacios, sus hermosos edificios, sus vistosos jardines; bellísimo conjunto que alegraba la vista; un poco más allá el amplio puerto con toda clase de embarcaciones, incluso algunos majestuosos trasatlánticos; más allá se perdía la vista en la inmensidad del mar; y, como si no bastara todo esto, a la izquierda se erguía el Vesubio, como soberbia chimenea por donde las entrañas de la tierra continuamente desahogaban sus humos.

Mudos contemplaban estas bellezas, cuando uno rompiendo aquel elocuente silencio exclamó; ¡Amigos, sólo por contemplar esta magnificencia, podía uno quedarse aquí religioso.

Puede que tenga usted razón, dijo el fraile sonriendo. Si les parece podemos ir a ver otras dependencias. Y diciendo esto les llevó por unas galerías de pintorescas vidrieras; hízoles dar una vuelta por el claustro, y cuando menos lo pensaban, se encontraron otra vez con la mágica terraza. Nuevamente admiraron el conjunto, pero no les hizo tanta impresión como la primera vez. Volvieron a entrar dentro y admiraron los airosos surtidores que animaban el patio del claustro, y por otra puerta dieron otra vez con la terraza. Sorprendiéndose ellos y después de mirar algo el panorama que antes les había extasiado volvieron a salir siguiendo al Padre, que, con la sonrisa en los labios, les llevó a ver la sacristía y los tesoros de la antigüedad que encerraba. Pasaron por unos corredores y sin darse cuenta dieron con la misma terraza. Algo molestados entonces se dirigieron al Padre diciéndole: Pero diga usted, ¿no tienen otra cosa que enseñarnos? ésto está ya muy bien visto.

Entonces el Padre, riéndose bonachonamente, dijo a los caballeros: Dispénseme ustedes si les he molestado con enseñarles tantas veces la terraza; como noté que les había gustado mucho y que uno de ustedes había dicho que podía uno quedarse religioso para admirar desde aquí las bellezas de Nápoles...

Perplejos quedaron los caballeros, dieron mil excusas al buen Padre y se despidieron de él, después de agradecerle sus atenciones.

Esto mismo a la letra nos pasa a nosotros con las cosas de este mundo: estamos deseando tenerlas, y cuando las tenemos nos aburren y las dejamos; y hasta llegamos a odiarlas. Os habéis fijado en lo que os pasó a vosotros y les pasa ahora a vuestros hermanos menores: están deseando un juguete y hasta que sus padres se lo compran, qué rabietas, lloros y disgustos no les cuesta; y una vez que lo tienen a los pocos días porque se les ha antojado otro igual al que tiene otro amigo los rompen o los dejan. Llegaréis a mayores y querréis una bicicleta o una máquina de retratar o cualquier cosa que os guste y no paráis hasta que os la compren vuestros padres; la tenéis los primeros meses y tal vez el primer año y no la dejáis de la mano; pero pasado el primer entusiasmo, lo dejáis y deseáis algo más.

Por el contrario, cuando acabamos de hacer una cosa buena: de enseñar el catecismo a los niños, de visitar a los pobres... etc... ¡qué gozo no experimentamos! estamos deseando de tener ocasión de poder volver a experimentarlo más veces. De lo que se deduce bien claramente que aun la felicidad de esta vida no está en las cosas de la tierra, sino en las del cielo.

Pidamos a Dios y a la Santísima Virgen nos haga comprender bien esta verdad y que una vez comprendida, la practiquemos toda nuestra vida.

P. M., Congr.

El que al cielo escupe...

El otro día salieron mis amigos a echar la cometa al campo. Cuando más elevada estaba fueron a verla varios muchachos y uno de ellos cambiando la palabra Dios por Deus dijo dos blasfemias. No pudo sufrirlo uno de mis compañeros y con mucha serenidad y valentía le dice: Oye amigo, ¿no sabes tú que el que al Cielo escupe a la cara le cae? y si no mira, toma esta piedra te pones debajo de la cometa y se la tiras.

Como vió que tal como se lo había dicho lo iba a hacer, le detuvo y le dijo: ¡No tires, hombre! ¿Qué pasaría si hicieras esto que te digo? Pues nada que la cometa se quedaría tan fresca riéndose de ti y la piedra al caer te rompería la cabeza.

Y para que más te convenzas de lo insensato que es el que blasfema, añadió, te voy a contar el siguiente cuento a fin de que no pretendas con tus pedradas, que son las blasfemias, herir a Dios; que no conseguirás otra cosa, si no que el peso de su justicia caiga sobre ti.

Había un señor muy rico que no tenía más familia que un sobrino al que pensaba dejar toda su fortuna.

Un día pensaron ir de merienda a un sitio muy bonito que estaba al otro lado del río y por lo tanto tenían que atravesarlo en una barca, propiedad de dicho señor.

Sabía el sobrino que su tío no podía nadar y concibió el cobarde proyecto de deshacerse de él a fin de verse libre y disfrutar cuanto antes de sus bienes, sin tener en cuenta los males que esta conducta le podía acarrear.

En efecto cuando llegaban a la mitad del río observa que su tío estaba distraído mirando a una trucha y sin más razones, deja los remos, coge a su tío por los pies y al agua con él.

Inmediatamente da vuelta a la barca y corre a sus amigos llorando y lamentándose de la desgracia de su tío, que por coger una trucha se había caído al río, sin que pudiera salvarle.

En vista de esto los amigos avisan al Juez y volvieron con él y con el sobrino a buscar y recoger el cadáver.

Iban llegando al sitio de la desgracia cuando con asombro de todos y estupor del sobrino se encuentran con el tío y un pescador que le había salvado. Se hubiera metido debajo de tierra el sobrino; pero tuvo que vérselas con su tío sin acertar a decir palabra. No hay para qué decir que allí mismo, delante de todos le despidió para siempre de su casa y le dejó completamente desheredado sin querer volver más a verle.

Casi nos portamos nosotros peor con Dios: nos quiere hacer aquí felices si le servimos y después nos quiere dar por herencia el reino de los cielos, y la mayoría de los hombres ¡cómo se portan con Él!; quisieran que ni siquiera existiese Dios y si pudieran destruirle le aniquilarían.

No seamos nunca de esos desagradecidos y al mismo tiempo desgraciados, pues Dios es malo, como nadie, para enemigo.

M. G., Congr.

Ya creo en el infierno.

Están dando las nueve en el reloj de la iglesia de mi parroquia; aún no acaba la gente de salir de misa, cuando Miguel ha reunido a su pequeña grey y se dispone en el ancho atrio que rodea la iglesia a comenzar la lección semanal de catecismo.

Pedro, el obrero escéptico, de ideas avanzadísimas, pasa casualmente por allí. Atraído por la curiosidad y el deseo de burlarse de la religión, espera a que Miguel acabe la lección para interpelarle. ¿Qué mentiras has estado contando a esos niños? ¿Quién te ha dicho a ti que hay todas esas mogigaterías de infierno, purgatorio y no sé cuántas cosas más? ¿Acaso ha venido alguna vez alguien del infierno a decirnos que existe?

El bueno de Miguel se quedó algo turbado ante aquella rociada; pero serenándose le contestó: ¿Qué dices, que no ha venido nadie? Ahora mismo te voy a contar...

No, no cuentes nada, me da igual; yo no creo más que lo que veo ¿entiendes? ¿Has visto tú el infierno? pues yo, tampoco.

—¡Caramba! con que no crees más que lo que ves?

—Nada más.

—Bueno, bueno no te sulfures por eso; hablemos de otra cosa dijo Miguel cambiando el tono; y como iluminado por una idea, le propone: ¿Quieres venirte a comer unas cerezas conmigo a mi huerta?

—Hombre eso no se rehusa; vamos allá.

Miguel saca una llave del bolsillo y acercándose al mayor de sus chicuelos le dice unas palabras en bajo y continúa:... Vete a la huerta abres la puerta y espéranos allí.

Mientras Pedro y Miguel hablando de cosas indiferentes suben despacio, el muchacho ya se ha adelantado y espera apoyado en la verja que rodea la propiedad.

Un rato después Miguel tumbado a la sombra compartía con Pedro una buena ración de cerezas.

Al poco el muchacho, que de árbol en árbol se había ido alejando, vino pálido hacia Miguel diciéndole que dos bandoleros acababan de matar al guarda y bajaban monte abajo.

Ante tales palabras Pedro quedó como petrificado y sin acertar a andar, miraba lleno de congoja hacia la puerta; no así Miguel, que se quedó tan fresco, y como si nada le importara siguió comiendo sus cerezas.

Llegó Pedro, como pudo hasta la puerta y torcejeó para abrirla. Al poco Pedro se volvió hacia Miguel sudando por los esfuerzos que había hecho para abrir y le dijo: ¿Qué diablos tiene esta puerta que no se puede abrir?

—¿Qué ha detener? contestó flemáticamente Miguel, que está cerrada.

—¡Caracoles! no te andes con bromas, trae corriendo la llave, a ver si salimos antes de que lleguen y podemos huír a tiempo.

—Pero ¿quién va a llegar?

—¡Los ladrones!

—¡Cá, hombre! ¡Qué ladrones! yo no creo más que lo que veo, me he convencido que tu teoría es la mejor. ¿Has visto a los ladrones?

—No.

—Pues yo tampoco.

¡Qué veo ni no veo! gimió iracundo, lanzándose desesperadamente sobre Miguel; trae la llave.

—No, es inútil que me la pidas, la he tirado fuera, ahí está.

Pedro vió a la parte de fuera lo que tan necesario creía en aquellos momentos. Por segunda vez arrojóse Pedro sobre los barrotes y tiró, reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban; pero la puerta no se movió. Entonces dióIo todo por perdido y medio desmayado echóse sobre la hierba a esperar la muerte.

Miguel entonces se levantó, y ayudado por el muchacho, a quien ya le había desaparecido la palidez ocasionada por medios artificiales, reanimó a su amigo, al mismo tiempo que le advertía que todo aquello había sido una farsa, que no había ladrones ni cosa que lo valga; que lo había hecho para probarle la falsedad de su teoría.

—¡Ah! ¡sí! ¡ahora comprendo!, balbuceó Pedro al cabo de un rato, dando un suspiro de satisfacción, estaba en un error al decir que no creo más que lo que veo; ahora entiendo que pueda haber infierno.

Miguel le contó entonces cómo había advertido antes al muchacho que hiciera aquella farsa con objeto de darle una lección y sacando una llave que siempre llevaba consigo, abrió con ella la puerta.

Desde entonces Pedro ha cambiado mucho, y ya no se burla de nuestra sacrosanta Religión.

S. M., Congr.

¿Me conoces?

Al doblar la esquina, encontré en la acera un grupo de gente arremolinada, y parecióme ver en medio de ella la venerable figura de un religioso; me aproximé con curiosidad.

En efecto, no me había equivocado: en medio del grupo había un religioso, y delante de él, atrayendo las miradas de todos, un muchacho, cuyo rostro avergonzado reconocí al punto por el de Enrique.

Al verle ante un religioso subió de punto mi curiosidad, pues sabía muy bien que habiendo sido educado a la moderna (como aho-

Universidad de Deusto
Biblioteca

ra lo llaman) aborrecía todo lo que huele a sacristía, y más de una vez le había yo mismo oído insultar a los sacerdotes.

Procuré, poniéndome en puntillas, atisbar esquivando las cabezas de los que les rodeaban; y aplicando la mano al oído a guisa de bocina, oí que el religioso le preguntó: «¿Y usted me conoce?».

Después de esto hubo un momento de silencio, al cabo del cual una voz entre avergonzada y confusa contestó: «No, señor».

Entonces el religioso volviéndose a la gente, dijo: «Vean Vdes. un muchacho que sin conocerme me insulta todos los días que paso por aquí».

Resonó una estrepitosa carcajada entre los circunstantes, al mismo tiempo que Enrique avergonzadísimo se escabulló por donde pudo.

Entonces me lo figuré todo: El religioso cansado de oír todos los días sus insultos, quiso darle y le dió aquella sabia lección.

Lo mismo que este religioso puede preguntar Jesucristo a los que le ofenden: «¿Me conoces?» ¡Y qué le han de conocer!, si le conocieran, no le maldecirían.

S. M., Congr.

Un valiente alicantino.

¿Quién no llama valiente a este congregante alicantino de siete a ocho años que así se porta?

Iba el otro día de paseo junto al puerto y oyó que un hombre profería una blasfemia. Sin más se acerca a aquel Goliat este pequeño David y le dice sin temor ni respeto humano: «¡Oiga V.! aquí nadie se ensucia, ni hace nada contra Dios».

El blasfemo, corrido de ser reprendido de esta suerte por un rapazuelo, vuelve a proferir nuevas blasfemias. ¿Qué hace entonces nuestro diminuto Congregante? Va a buscar a un policía y le dice: «Aquel hombre, (señalándole con el dedo), se está ensuciando en Dios».

—¿Y a ti que te importa que otro blasfeme?

—¡Cómo si me importa! Yo soy Congregante de la Virgen y San Estanislao y no puedo consentir que nadie blasfeme contra Dios; y V. tiene obligación de llevar a este hombre a la cárcel. Y si V. duda si soy o no soy Congregante, mire, aquí le presento mi medalla de la Congregación.

Yo no sé si el policía juzgaría que la medalla de Congregante equivaldría a una contraseña de un agente de policía secreta; lo cierto es que convencido y atemorizado por la erudición jurídica y por la contraseña feaciente de nuestro diminuto Congregante, echó mano al blasfemo y le condujo preso para que pagase la correspondiente multa.

¿Qué tal? ¡Oh si todos los Congregantes marianos de España imitasen el proceder legal de este pequeño Congregante alicantino! ¡Cuán pronto desaparecería de muchas poblaciones el vicio repugnante de la blasfemia!

J. B., Congr.

Correspondencia abierta.

Uno que se expansiona.

Le voy a contar a V. lo que hago todos los días. Todas las mañanas oigo misa y comulgo y después de desayunar voy a jugar a la pelota o a la Atalaya a ver los convoyes de barcos que casi siempre pasan de dos en dos días; los suele haber hasta de 12 y 14 barcos, unos ingleses, otros griegos y de muchas clases. He tenido la suerte de ver dos hidroaviones, que han pasado cerca de la isla de Izaro; y a lo primero parecía que iban por el agua y después subieron al aire. También he visto al destroyer «Bustamante».

Me confieso de siete en siete días y siempre tengo un confesor fijo, y todas las noches hago el examen de San Estanislao.

M. A. E., Congr.

La Santa Infancia que da frutos.

Acerca de la Santa Infancia me he enterado de que los Hermanos de la Doctrina Cristiana han conseguido que casi todos los chicos se inscribiesen en Bermeo, donde está establecida hace mucho tiempo, por lo que no necesita V. mandarme nada.

J. M. A.-E., Congr.

Contestando a dos preguntas.

Padre, no puedo discurrir una cosa mejor que pueda hacer yo todos los días que comulgar y oír misa; aunque mejor que oírla es ayudarla, y mejor todavía, aunque eso no es para mí, celebrarla.

Los barcos se acercan tanto a esta costa de Mundaca, no para que los vea yo, sino porque tienen miedo a los submarinos y porque tienen que doblar el Machichaco.

M. A.-E., Congr.

Uno de rompe y rasga.

Paso el tiempo estudiando algo para el curso que viene y jugando a la pelota con un primo. Todavía no le he notado nada malo; pero si llego a notárselo, le daré primero buenos consejos, y si no me atiende, le mandaré a freír espárragos.

V. R., Congr.

Sacando de apuros.

Aquí me he encontrado con uno de los pocos chicos buenos que hay en el pueblo, y con él únicamente ando. Va a misa todos los días porque voy yo. En su casa le decían que fuese, pero él tenía vergüenza por ser el único chico que iba; y así, cuando me ha encontrado a mí, ha quedado muy contento.

Al confesarme el sábado pasado tuvo el párroco la precaución de decirme que no me juntase con los chicos del pueblo; que tan sólo podía andar con el que antes le he dicho.

C. G., Congr.



Núm. 50.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º Setiembre de 1917

Ilustrísimo Prelado y amantísimo Pastor,
Representante de Dios en estas Provincias hermanas:
Dr. D. Leopoldo Eijo Garay
de todo corazón le saluda este rebañito de 520 fieles corderos.
Le damos la bienvenida.
Tan sólo le pedimos que nos dé su bendición,
para que con ella, jóvenes hoy, lleguemos a ser mañana
hombres de carácter y seamos de provecho
a la Iglesia y a la Sociedad.

El Diablo tirando del hilo.

Yo recuerdo que cuando niño, en los días calurosos de verano, soliamos sentarnos bajo la grata sombra que en la plaza del pueblo veraniego ofrecían unos árboles de hojas muy anchas.

Allí con toda calma descansábamos después de comer, resguardados de los cálidos rayos del sol y nos entreteníamos contando cuentos inocentes que merecían toda nuestra atención infantil. Alguna que otra vez procurábamos reírnos y divertirnos a costa de todo el que pasase por nuestra vera. Para ello disponíamos de una moneda de cinco pesetas, falsa por más señas, a la que habíamos hecho un agujero. De él atábamos un hilo muy fino. Colocada la moneda en medio del camino y sujeto el otro extremo del hilo por uno de nosotros, permanecíamos en actitud expectativa deseando que pasase algún alma cándida que fijara su mirada ávida en el duro que brillaba en el suelo. Verlo y echarse al suelo como un rayo era todo uno. ¡Entonces era la nuestra! Con un fuerte tirón atraíamos la moneda, mientras que el afortunado, que creía tenerla en sus manos veía asombrado que emprendía rápido vuelo. Y allí de nuestras carcajadas: la risa represada durante toda la escena salía tumultuosa. En cambio, el paciente, avergonzado y mohino alejábase echándonos unas miradas que helaban nuestra risa.

Una vez acertó a pasar cuando teníamos tendida la red, el venerable Cura párroco del pueblo. Vió la moneda y agachose también a cogerla. Esto no era para nosotros motivo de juerga. El sacerdote tan amable no merecía ser objeto de burla. Cohibidos, nadie se atrevió a tirar del hilo. Cogió el Sr. Cura la moneda, vió la cuerda, comprendió la jugada y una sonrisa bondadosa asomó a sus labios. Siguió con los ojos la dirección del hilo y su mirada fué a parar en el grupo que temerosos y arrinconados formábamos casi ocultos por un banco.

Se acercó sonriendo, nos saludó amable y tomando asiento en medio de nosotros comenzó a disculpar nuestro juego y nos advirtió que lo practicáramos sólamente con amigos. Nos hizo después una bonita aplicación.

Eso mismo, nos dijo, que hacéis vosotros con vuestra moneda hace el demonio con nosotros. Nos pone delante las tentaciones que son esos goces y bienandanzas que da él, falsos como esa moneda. Como vosotros tiráis del hilo, también él tira; y cuando gustamos de aquel placer, de aquel gusto, nos en-

Universidad de Deusto
Biblioteca

contramos con la desilusión y la tristeza que trae consigo el pecado.

Yo entonces no comprendía bien esa verdad, era muy chico; pero ahora que discurro un poquitín mejor he pensado muchas veces en ello y lo tengo bien presente; y cuando me veo envuelto en alguna tentación en seguida me digo: «¡Sí! ya te veo dispuesto a tirar del hilo; pero, tira, tira; que a mí no me engañas»; y pensando que el duro es falso me libro de la tentación, para ir a dar gracias a María Santísima y encomendar el alma de aquel Cura párroco que grabó en mi corazón, entonces tan tierno, aquella lección tan provechosa.

R. M., Congr.

El cazador y el pavo

Veraneaba durante algunos días de estas vacaciones en un pueblecito de Castilla; de esa tierra de campos de mieses dilatados como el mar, de cielo azulado y trasparente.

Nada grandioso, por cierto, en aquel pueblo me llamaba la atención; sus casitas eran en su mayoría de adobes, algunas había de piedra y todas ellas estaban quemadas y tostadas por el sol; sus calles, tortuosas, estrechas y sucias; y allá en la plaza del pueblo había una Iglesita pobre, triste, de paredes polvorientas y caldeadas también por el fuego de los rayos del sol castellano. Un compañero nos dijo que aquella Iglesia era del siglo XI. ¡Qué tesoros no encerrarían pues sus muros! ¡Cuántas penas no estarían allí enterradas bajo las losas de su suelo, cuántas lágrimas sobre ellas estampadas, cuántas alegrías no volarían en aquel ambiente de gloria, cuántos corazones no habría encerrados en aquel estrecho sagrario! Entramos, visitamos al Amo que hacía ya nueve siglos allí esperaba impaciente nuestra visita y salimos contentos y dispuestos a dar un paseo por el campo.

Al salir mi amigo Luis mira al campanario y me grita: «Oye, Enrique, mira allá arriba.» Levanto los ojos y veo en la cima del campanario una veleta, que en aquel momento giraba rápidamente impelida por una ráfaga de viento. Era muy curiosa de verdad. En la lanza que señala la dirección del viento se veía el perfil de un hombrecillo que apuntaba con una escopeta al extremo opuesto, en el que aparecía la figura de un gran pavo formando la paleta, que por ofrecer mayor resistencia al aire, hacía girar todo el aparato.

Parecía que la figurita iba ya a disparar su arma cuando una racha violenta hizo girar la veleta; giró también el pavo y... el pobre cazador debió perder la puntería pues no disparó sino que, firme en la varilla, se puso a dar vueltas con la veleta en persecución del pavo sin dejar de apuntar, como esperando el momento crítico: paróse un instante; de nuevo el pavo se puso a dar vueltas en un sentido y en otro, y el cazador tras él con la misma dirección de su enemigo y sin perderle de vista. Estábamos así embelesados cuando se presentó el cura de aquella Iglesia, un anciano simpático de pelo cano y mirar alegre. Rióse de nuestra expectación y contento, y después de saludarnos nos dijo: Pues ese cazador lleva ya así los años que yo tengo de vida con una constancia y tesón admirables, a pesar de la velocidad y volubilidad de ese chisme. Ahí tenéis la mayor constancia del cazador en la mayor ligereza y volubilidad de esa veleta.

Desde entonces muchas veces me viene a la imaginación aquella veleta con su cazador y su pavo. ¿Hay algo más variable que nuestros gustos, deseos y caprichos? He aquí la veleta. ¿No perseguimos nosotros ningún ideal, no somos cazadores que apoyados en este mundo vamos tras de alguna pieza, algún vicio que pretendemos matar, tras de alguna pieza, alguna virtud que pretendemos enlazar? Ese ha de ser nuestro pavo.

No me daré por contento hasta alcanzar el ideal que me he propuesto. Se entiende, con tal que ese ideal no me impida conseguir mi salvación eterna, que está por encima de todas las carreras y negocios de este mundo.

E. D., Congr.

El gato de la vieja.

Ante las reiteradas instancias de que nos cuente lo que le sucedió con el gato, Pascasia, la vieja ama de llaves, accede.

Sentados en corro, quién en un taburete, quién en el santo suelo, esperábamos mis hermanos y yo impacientes el comienzo de la narración. La anciana carraspea y dejando las gafas en el hueco de la falda comienza: «Hace años entré a servir en casa de los señores de Gralejo que tenían un gato de angola muy grande, de finísima piel, pero muy arisco.

A los pocos días acercóseme meneando la cola y aullando suavemente pasaba y repasaba el lomo por mi falda. Yo como desconocía sus tretas, comprendiendo sus deseos lo puse sobre mis rodillas y comencé a acariciarle; pero no bien estuve un poco descuidada cuando se me tiró de improviso a un brazo, comenzando con él a dentelladas que no parecía sino que fuera yo su mayor enemiga.

La gracia del gatito me costó una grave enfermedad, pues se me engangrenaron las heridas y estuve en grave riesgo de la vida.

Cuando lo supieron los de la casa sintieron mucho no habérmelo advertido para que no le hiciera caso ni le acariciara, pues ya sabían sus malas mañas.»

Acabado el relato, calóse otra vez las gafas y recomenzó la labor dejándonos pensativos sobre todo a mí.

Y con tanto como estoy prevenido contra los malos amigos, en seguida me ocurrió comparar al tal gatito con uno de esos muchachos que se presentan muy suaves y mimosos y después de capturse las simpatías hincan sus uñas y le engangrenan al así engañado. ¡Mucho ojo a estos gatazos!

T. G., Congr.

Las zorras del Gorbea

I

La blanca luna comenzaba a rielar entre las tenebrosas sombras de la noche, cuando yo aburrido y hastiado salí de casa a respirar el aire puro de las faldas del Gorbea.

De sopetón me encuentro con un viejo cazador, satisfecho a juzgar por su semblante. Le pregunté la causa de su quietud y alegría y me respondió así: Desde hace unos meses salgo de mi casita, armo mi cepo, pongo por cebo un gran pedazo de carne, y para que las zorras den pronto con el rastro, desde el cepo en distintas direcciones llevo arrastrando un trozo de carne.

Voy a la mañana siguiente y siempre me encuentro con que alguna incauta zorra ha caído en el cepo. Esto me alegra, pues la vendo y así me gano la vida. Y muy contento y alegre por haber encontrado hoy otra, voy ahora a poner el cepo como de costumbre.

II

Han pasado ya dos semanas y he vuelto a encontrarme con él; su semblante ha cambiado de alegre en triste, de risueño en sombrío y caviloso.

—Hola, Don Julián. Más él ensimismado en sus pensamientos, no notó mi presencia, y le oí que decía: Pero ¡qué será ésto! ¡qué pasará! ¡qué ocurrirá!...

Dile yo un golpecito en la espalda, repitiéndole al propio tiempo:

—Hola Don Julián ¿qué ocurre?

—Eso es lo que digo yo ¿qué ocurrirá?

—Pues ¡qué le pasa!; cuénteme sus cuitas.

—Pues nada, que hasta hace una semana cazaba yo todos los días una zorrita como se lo dije yo a Vd. y desde entonces acá me encuentro todos los días con que el cepo está sin zorra; es más, cerca se ven rastros de zorras que han pasado por allí, lo cual indica que zorras no faltan. ¡Qué será esto! ¡Qué no será! ¡qué ocurrirá! No pudiendo dar con el clavo, me determino a observarlo con mis propios ojos; al efecto, coloco el cepo como de ordinario y me pongo en la copa de un corpulento árbol.

Sería la media noche cuando de entre las sombras parece surgir una vieja zorra que cojeando se acerca y se sienta muy cerca del cepo.

A poco diviso otra que, siguiendo el rastro, da con el cebo; va ya a caer, cuando la vieja comienza a hacer aspavientos, así como dándole a entender que allí había algo malo; y hacía esto con todas, y todas se escapaban del cepo.

Hubo sin embargo algunas que, no queriendo hacer caso a la vieja zorra, se arrojaron a la carne del cepo y cayeron en manos del cazador.

Los que ahora en verano se aprovechan de los consejos que han oído al salir a vacaciones, dejan el cebo y se libran; los que no, perecerán a manos de otro cazador peor que que el del Gorbea.

¡¡A dejar al mal amigo y la mala diversión!!

E. B., Congr.

La jugarreta de León.

En un tranquilo cuartel de la provincia de Málaga, pasaban contentos y felices los días una compañía de soldados que eran muy queridos de sus jefes, correspondiendo ellos a su vez con el mismo afecto.

Entre los que más se distinguían por su buen humor e ingenio, había un soldado raso llamado León, muy querido por sus compañeros, pues su trato amable y jovial, proporcionaba buenos ratos a sus camaradas, distrayéndolos con sus chistes y ocurrencias de la vida monótona del cuartel.

Casualmente por aquél tiempo se turbó un tanto la tranquilidad de los soldados, pues los oficiales notaron la falta de algún dinero, y los robos se iban sucediendo con bastante frecuencia. Se dió la voz de alerta para que pusieran todos de su parte los medios que estuvieran a su alcance para coger al autor o autores de dichos robos.

La fatalidad quiso que a León también le limpiaran una noche estando durmiendo, tres durillos, fruto todo ello de constante ahorro y de dejar el cigarrito, que no le disgutaba.

Al despertarse León y darse cuenta de lo que le faltaba, no se turbó ni se entristeció; antes bién, se alegró, pues esperaba sacar partido de ese robo, y avisó a sus compañeros que ese mismo día caería en sus manos el infeliz ladrón.

En efecto, así sucedió: pidió permiso a sus oficiales para que le dejaran revisar uno a uno a todos los soldados que había en el cuartel. Comenzó una operación, a la vez que pesada muy original: nuestro buen soldado iba sacando los duros de sus compañeros y ni siquiera los miraba; los iba probando con la lengua uno a uno y exclamaba con voz fuerte: «Este no es mío, éste tampoco».

Llevaría León media hora ocupado en esa operación, siendo la admiración hasta de sus jefes que no acertaban a comprender lo que conseguiría con tocar con la lengua los duros uno a uno; cuando notaron que hizo un gesto raro, y con voz más fuerte aún exclamó: «Este sí es mío» y sucesivamente fué encontrando entre el dinero que tenía uno de los soldados sus tres mágicos duros.

Con admiración de todos al oírle afirmar con tanto aplomo, explicó el caso:

Miren Vds., estoy plenamente convencido que estos duros son míos, porque para ello empleé la siguiente estratagema. Compré cinco céntimos de pimienta de la más fuerte que encontré; los embadurné bien con la pimienta. Pueden probarlos y cerciorarse por sí mismos.

Ahí tienen Vds. al autor de los robos.

Interrogado el soldado acusado, confesó ser el autor de todos los robos que había habido; y la tranquilidad volvió a reinar en aquel cuartel, gracias a la astucia y habilidad del

famoso León, que fué felicitado por sus jefes y camaradas, y celebraron su ocurrencia con un rancho algo extraordinario.

Esto mismo pasa con nosotros. En este caso León es Dios y los duros somos nosotros. Tenemos que tener el buen olor de Cristo y así nos conocerá cuando llegue la hora de llamarnos; nos irá probando uno a uno; y no creáis que pondrá la cara de León al picarle la pimienta; pondrá una cara que rebosará bondad y complacencia y con su voz suavísima irá diciendo: Este es mío, me pertenece.

Que todos seamos suyos es lo que os desea,

F. M., Congr.

Rasgo delicado.

Me mandó mi mamá dar un recado en una platería. Estaba esperando que una familia acabase sus compras, cuando se presenta una criada de servicio con un pequeño envoltorio en la mano. Algo apurada venía, lo que hizo que todos nos fijásemos en ella, y hasta sospechásemos algo. Aumentó nuestra sospecha al verla desenvolver el papel y al aparecer en su mano una cuchara de plata. Ella comprendió nuestras miradas y cambió de colores.

Nuestra sorpresa fué muy diversa de la que temíamos. Con voz algo cortada mandó hacer al platero una cuchara de plata exactamente igual a la que traía: había desaparecido en casa una como aquella y prefería perder todo lo que ganaba en un mes trabajando y sudando, antes que faltase algo de valor que estuviese a su cuidado.

¡Buen ejemplo de delicadeza!

T. G., Congr.

Correspondencia abierta.

Un limpito.

Tengo muy pocos amigos, porque los chicos de aquí son muy sucitos. Con el que más trato es con el hijo del juez; es un chico bastante bueno.

J. M. M., Congr.

Sin más firma.

Mándenos estampas del Sagrado Corazón. Las que el año pasado nos envió las colocamos en las puertas de las casas y todavía duran.

Sus corderos números

354 y 355., Congr.

Un acontecimiento.

Hace unos cuatro días que pasaron dos hidroaviones, y fué un acontecimiento: uno cayó más arriba de Machichaco y le recogió un vaporcito y después de poco tiempo le recogió un barco de guerra francés y lo llevó a remolque.

J. M., Congr.

Uno muy ocupado.

Ya dirá Vd. que es hora que le escriba pero estoy muy ocupado; todo el día estoy jugando, no me queda tiempo para nada.

Nos divertimos mucho pescando cangrejos, y, si pudiéramos mandárselos, le mandaríamos con gusto

J. M. Z., Congr.

Uno que no corre lo que quiere.

Yo me encuentro bien por aquí. El otro día me pisó un caballo y así estoy un poco cojo y no puedo correr todo lo que yo quiero. Le extrañará que le escribamos en carta de luto; es porque se murió la tía, que estaba muy viejecita. Sin más por hoy se despide un corderito suyo.

F. E., Congr.

Teme la censura.

Aquí lo paso muy bien jugando a la pelota, paseando, etc... y sobre todo no falta el buen humor y alegría, que es propio de un Congregante de la Inmaculada que comulga todos los días.

De dos en dos días están pasando convoyes numerosos de barcos de diferentes naciones; y ayer fondeó cerca de este puerto el torpedero n.° 2; y hoy han pasado hacia Bilbao un guardacosta y hacia San Sebastián el torpedero n.° 8, y hace días el *Bustamante* y otro. Supongo que la censura no borrará este movimiento de tropas. ¡Qué sé yo!...

E. I., Congr.

El rosario por esos montes

Noté al pasar por estos caseríos que los aldeanos rezaban el rosario antes de sentarse a comer y con toda la devoción que les inspiraba su confianza en la Virgen Santísima; pues por las noches vienen ya cansados de las faenas del campo.

También nosotros cuando vamos de excursión por estos montes rezamos el rosario, aunque luego lo volvamos a rezar en casa.

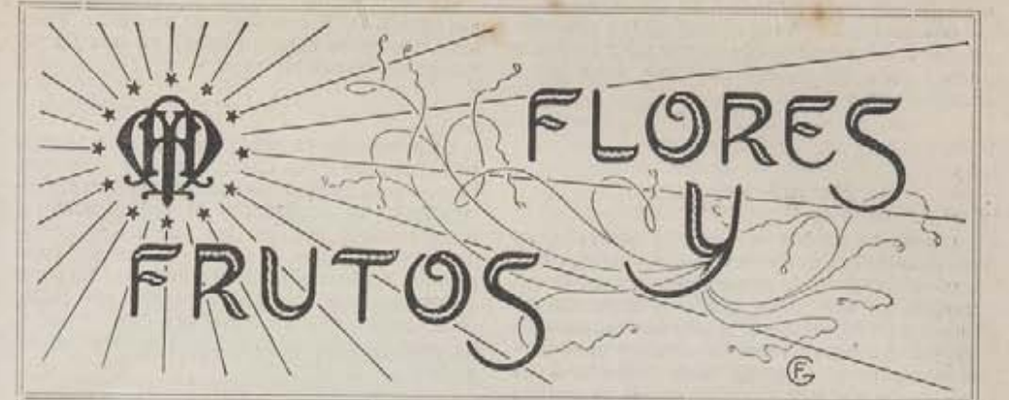
J. M. U., Congr.

Fiesta nocturna.

En la noche del 28 al 29 de Julio se celebró la fiesta de las espigas. Al anochecer hubo una procesión con el Santísimo y, después de varios actos, hubo misa mayor a las tres y media, seguida de una comunión a la cual se acercaron casi todas las personas de Lequeitio, aún las que comulgan de año en año, y a continuación hubo una procesión en la cual se bendijeron la mar y los campos.

Y los está Dios bendiciendo, pues hay mucha cosecha y la pesca está muy cerca. Asistí a todos estos actos y comulgué en la comunión general antes del amanecer.

M. A., Congr.



Núm. 51.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° Octubre de 1917

Un salido del infierno.

Allá en Manresa a la orilla del Cardoner se ven unas rocas bastantes altas, horadadas por los vientos y el agua, formando algo así como cuevas Dentro de una de las mayores había unas pobres viviendas donde los obreros se creían más al abrigo de las tormentas.

Ocurrió una gran temporada de lluvias, bastante para que el agua se introdujese por todas las grietas y se empapasen hasta las mismas piedras. No vieron el sol aquellas pobres gentes durante muchos días. Amaneció por fin un día expléndido, y le siguió la consiguiente despejadísima noche. Bajó la temperatura como pocas veces en Manresa, hasta helarse el río en algunos puntos represados. Se heló también el agua que estaba encerrada en las grietas de las rocas; y se dilató tanto, que agrietándose éstas, se desplomaron sobre las casitas que parecían estar más seguras a su abrigo.

Apenas si pudo salvarse alguno que otro de los que allí estaban entonces durmiendo. A los dos días de remover los escombros, encontraron a un hombre que se hallaba con pocas señales de vida. Inmediatamente fué trasladado al hospital.

Los que le conocían sabían bien cómo sus creencias y costumbres andaban a la par. Se burlaba de los curas y de todo lo que olía a religión, y así era en su conducta de perdido.

A fuerza de cuidados volvió el desgraciado en sí, y pudo, poco a poco, darse cuenta de todo lo sucedido. Quedó aún más aterrorizado cuando supo que él sólo se había salvado.

Llegó por entonces al hospital un Padre Jesuíta que lo visitaba con frecuencia. Le vió el infeliz entrar en la sala, y sin poder contenerse gritó con todas las pocas fuerzas de sus pulmones: «Padre, aquí tiene un condenado salido del infierno».

Así se lo decía su conciencia, aunque con la boca decía lo contrario cuando estaba sano.

T. G., Congr.

Hospicio de la vanidad.

Es curioso lo que se cuenta del último emperador del Brasil. Tuvo que valerse de un medio singular para sacar dinero con que construír un hospicio para pobres ancianos.

Veía con tristeza a miles de pobres viejos que sin familia vagaban miserablemente por las calles pidiendo limosna. Les era indispensable un gran hospicio donde se pudiesen recoger aquellos infelices, a quienes la edad ya no permitía ganarse el sustento, pero la falta de dinero trastornaba los buenos planes del compasivo monarca.

Abrió una suscripción que la encabezó él con una buena cantidad, pero fracasó completamente. Aguardó un año animando por medio de los periódicos a aquellas gentes, y haciéndoles ver lo necesario de un centro benéfico para socorrer a aquellos pobres ancianos. La gente desoía esas llamadas, y el emperador hubo de retirar la suscripción.

Aquel buen monarca se devanaba los sesos buscando algún medio con que poder reunir dinero para su obra. Varias ideas se le ocurrieron, y hasta llegó a poner alguna en práctica. Mas ninguna le dió resultado.

En una ocasión en que el monarca estaba dedicado del todo a este su favorito pensamiento, se le ocurrió una idea salvadora. Anunció en la prensa más aristocrática, que a quién entregase de 20.000 pesos para arriba se le daba el título de Conde, Vizconde, Marqués, según fuese la cantidad con que contribuía.

Ocho días después de hacer pública la oferta, pasaban de mil las personas que habían acudido a entregar grandes capitales, no para favorecer y ayudar a la ancianidad sino con el sólo propósito de adquirir un título mundano, que en vez de favorecer, comprometía mucho su salvación eterna.

Pronto quedaron ultimadas las obras del gran hospital. En su fachada mandó el emperador se pusiese con letras grandes, muy grandes y doradas para que todos lo viesen desde lejos el siguiente encabezado: «*Hospi-*

Universidad de Deusto
Biblioteca

cio debido a la vanidad de los hombres».
Así se hizo público el motivo tan rastrero a que habían tenido que acudir para levantar aquel asilo de pobres ancianos. Eso no es caridad, es vanidad.

I. L. C., Congr.

De mi veraneo.

Cierta tarde que me hallaba aburrido, se me ocurrió ir a una extensa planicie que hay a poca distancia de donde yo veraneaba convertida en una gran pradera; acostumbraban los pastores llevar a ella sus rebaños de ovejas. Llevaban también consigo unos hermosos perros mastines, para defender a las ovejas de los lobos que abundan en aquella comarca.

Después de andar de un lado para otro viendo los rebaños, me senté junto a uno de los pastores y entablé con él conversación. Entre otras muchas cosas me dijo el pastor, que la mayor parte de sus ovejas no se separaban ni de sus perros guardianes ni de su pastor, por temor a los lobos; pero en cambio, algunas, muy pocas por suerte, eran bien bobas, pues se separaban de sus compañeras sin atender a la necesidad que tenían de vivir con el pastor; y ocurría no pocas veces que al poco de separarse de las demás, se les echaba encima el lobo y las devoraba.

De vuelta a casa fuí solo y pensando en la gran aplicación que tiene este caso que les ocurre con frecuencia a las pobres ovejas. Si tuviesen un poco de razón no serían tan tontas, me decía yo; y ¡cómo será que algunos dejen tontamente la Congregación para caer en manos de un mal compañero!! Con este triste pensamiento y haciendo firmes propósitos de ser muy Congregante, llegué a casa.

Que la Virgen nunca permita que pierda el bien que tengo al estar en su rebañito. Amén.

J. F. Z., Congr.

Castigado y perdonado.

Era la tarde del Viernes Santo. Mientras los vecinos del católico pueblecillo de X... se dirigían a la Iglesia para asistir a la procesión, Julián el herrero, hombre sin creencias religiosas, con el intento diabólico de profanar el día más Santo del año, fué recorriendo varias tabernas, hasta que dió con una donde secundaron su sacrílego intento.

Empezó la merienda entre cantares, insultos a la Iglesia, insultos a los sacerdotes. «Hoy, decía el desbocado, me van a saber mejor el vino y las chuletas».

Apenas hubo terminado el último trozo de carne, se empezó a quejar de unos dolores agudísimos de vientre. Acudió inmediatamente el tabernero y contempló con horror a aquel desgraciado que se hinchaba por momentos. Se revolvía en la silla, apretaba los dientes, y no pudiendo soportar los terribles dolores que le atormentaban, gritaba y juraba desesperadamente.

Al poco tiempo perdió el conocimiento y enseguida se le acomodó en un coche, y una hora más tarde estaba inmóvil en una de las camas del Santo Hospital.

***

La procesión ya había terminado, y la gente se retiraba a sus casas alegre y contenta. Dos o tres grupos se quedan en la calle comentando lo acontecido al pobre herrero. Poco tiempo después, las puertas se cerraban, y las familias de aquellos honrados campesinos terminaban en derredor del fuego el Santo Rosario. «Un padre-nuestro por Julián el herrero», añaden aquel día casi todos, y bajando la cabeza lo rezan con especial devoción.

***

Casi un día tardó todavía Julián en recobrar el conocimiento, y lo primero que vió, al abrir los ojos, fué una Hermana, que, de rodillas a la cabecera de su cama rezaba no sé qué... algo rezaba. De vez en cuando, separando la vista del cuadro de la Santísima Virgen, la vuelve hacia el rostro del enfermo. ¡Pobre Julián! ¡Qué triste despertar! Mira de de un lado a otro; y camas y rostros demacrados sólo se ofrecen a su vista. Quiso incorporarse, mas no pudo ¡qué ha de poder! Entre tanto los médicos discuten el mal del herrero; mal para ellos misterioso; aunque todos estaban convencidos de que era gravísimo; tanto que seguramente no duraría el pobre mucho tiempo, pues se corrompía en vida por momentos.

La Hermana le preguntaba qué origen tendría aquel mal; y Julián con voz apagada le respondía: «Es castigo de Dios». Con todo, a la menor palabra que oía de confesarse, se ponía nervioso y amenazaba a la Hermana con tirarle con un cacharro si volvía a aparecer por su cama. La pobre monjita convencida de que ella no era capaz de hacer cambiar a aquel hombre, se decidió hacer una piadosa novena a la Virgen Santísima. Bien de veras se lo pedía que salvase aquella alma; mas el herrero no parecía cambiar y se iba corrompiendo día por día.

***

Un día en que muy de mañana había ido la Hermana a visitar al herrero, le encontró nervioso y agitado y al preguntarle el motivo de aquel estado, contestó:

—¿Me perdona usted todo lo que le he ofendido?

—No te he de perdonar, hijo mío, dijo la Hermana, por la cara de la cual pasó un rayo de alegría.

—¿Y Dios ya me perdonará tanto como le ofendido?

—Ya lo creo, ¡cómo no te ha de perdonar?

—Pues, Hermana, que venga el sacerdote, que quiero confesarme.

Tan bien lo hizo, que según lo refiere la misma Hermana que le cuidó, nunca había visto una muerte tan hermosa. Llorando al pie de la cama estuvieron mientras Julián con las manos juntas sobre el pecho repetía: «Virgen Santísima, abogada de todos... *de todos* los pecadores, tened misericordia de mí».

Pidió perdón a todos y en continuos coloquios con la Virgen Santísima entregó el alma a Dios.

¡Qué buena es la Virgen!

J. L. C., Congr.

Nuestras excursiones de este verano.

Eibar y Deva.

Después de un año de descanso, cojo la pluma para contarles a ustedes, lo mejor que sepa, lo que hicimos los congregantes en nuestra primera excursión de abono y temporada.

Un grupo de 114 congregantes de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka, nos encontrábamos reunidos en la estación de Achuri, dispuestos a tomar el tren de las seis menos veinte, con objeto de aterrizar en Eibar.

A las seis y media hacíamos nuestra triunfal entrada en esta industriosa villa. Nuestra pintoresca caravana atravesó en poco tiempo las empinadas calles que separan la estación de la iglesia parroquial, en la que nuestro insustituíble P. Olavarrieta dijo la Misa, al mismo tiempo que nos repartían el Pan de los Angeles.

El P. Gómez Aparicio nos hizo ver en elocuentes frases cómo el mejor modo de agradar a Jesucristo era cumplir sus preceptos; pues, como dice el refrán, «Obras son amores...»

Después de habernos alimentado espiritualmente de modo tan cumplido, nos trasladamos a casa de la Viuda de Iraolagoitia, quien generosamente nos cedió una de sus magníficas galerías para que pudiéramos saborear el desayuno, que mejor me ha sabido de todos los desayunos y que mi desfallecido estómago recordaba haber tomado.

Acompañado después de los simpáticos jóvenes Manuel y Javier Iraolagoitia y de otros amabilísimos eibarreses, cuyos nombres siento mucho no recordar, fuimos a visitar la Escuela de Armería que está admirablemente montada. En su Museo pudimos admirar las magníficas colecciones de escopetas, carabinas y fusiles, donde se ven todos los tipos conocidos en la historia de las armas.

Encantados de nuestra corta visita, salimos de Eibar nada menos que en el rápido, y a las once y cuarto llegábamos, con mucha alegría y más apetito, a la concurrida playa de

Deva

Por cierto, no estaba muy concurrida la playa, de lo que nos alegramos mucho, pues así teníamos más sitio y más libertad para hacer todo lo que pueden hacer 114 chicos de diez a diez y siete años en una playa tan hermosa como la de Deva. Los más mayorcitos lo primero que hicieron fué visitar el campo de foot-ball y prepararse para el formidable partido que con los del pueblo iban a jugar a la tarde; los demás, unos saltando de roca en roca, otros tratando de pescar algún carramarro, otros, los más espirituales, contemplando las hermosas vistas cómodamente sentados, y otros, los más (ustedes dirán lo qué), lanzando miradas enternecedoras al Hotel Deva, en el que íbamos a comer, entretuvimos el tiempo hasta la hora de mediodía.

Lo primero que atacamos fué una suculenta paella, pues hemos convenido en hacerla plato adoptivo a la Congregación. Lo restante de la comida corrió a cargo de nuestras respectivas mamás. Una fresca limonada, que nos supo a poco, nos refrescó sabrosamente.

Una vez terminado el banquete se jugó el más formidable partido que han visto los siglos; aunque, triste es confesarlo, que los nuestros no sé si debido a que el andar de parranda todo el día es incompatible con el foot-ball o a los horrores de la digestión, lo cierto es que la paliza que nos dieron los devatarras fué más que regular.

No faltó tampoco nuestra visita a la Virgen, pues, como somos hijos agradecidos, quisimos testimoniarla, rezando su santo rosario. También admiramos el antiquísimo y elegantísimo claustro de la iglesia de Deva.

Durante el camino hubo en el coche comedias, dramas, películas, discursos, orfeones, mareos de pega y al natural y todo lo necesario para pasarlo divinamente, hasta las nueve en punto que llegábamos a Achuri, con mucha alegría en el corazón y muchas ganas de repeticiones.

A Ciérvana.

El tiempo estuvo como si Dios nos lo hubiese prometido tenerlo a nuestro gusto:

—¿Cómo queréis que amanezca el día de la excursión? ¿despejado o nublado, caluroso o fresco?

—A ratos nublado y a ratos con sol, pero sin que éste nos moleste mucho.

—Bien. ¿Y cómo queréis viajar? ¿En tren o a pie?

—En tren será mejor antes de desayunar; después andando, así podemos correr a nuestro gusto.

—Bien. Y el camino ¿cómo lo queréis? ¿queréis carretera o monte, o por camino viejo, o por campos, o cómo?

—Pues parte por carretera, otra parte por sendero y la otra por camino viejo, pero siempre a la orilla del mar.

—Bueno. Y el mar ¿lo preferís alborotado, con grandes olas, o tranquilo y sereno? ¿sin viento o con buena brisa?

—Preferimos que esté picado y con grandes olas y que despida una fresca brisa que nos refresque y nos dé alientos para no desmayar en el camino.

—Bien. Y allí ¿cómo váis a pasar el tiempo hasta la hora de comer? ¿qué queréis que se os prepare?

—Querríamos ver bien el fuerte que defiende la entrada del puerto de Bilbao.

—Está bien. ¿Y la comida? ¿Queréis cambiar el menú u os quedáis con vuestra clásica paella?

—Sí, sí, nos quedamos con la paella, pero

que esté sabrosa, y... que no nos sepa a poco.
—Bien. ¿Y la vuelta? ¿La queréis también como por la mañana andando hasta Portugalete, pasando el trasbordador y tomando cuando estéis cansados el tren para Bilbao?
—Ni más ni menos.
Y Dios cumplió al pie de la letra nuestro deseo.
Aunque con no muchos testigos, pues esta excursión fué en día de labor, oímos nuestra misa en la parroquia de Portugalete, comulgamos, cantamos, e hicimos la novena a nuestra Madre, la Virgen de Begoña.
Desayunamos después, y caminito de Ciérvana, con el mar un tanto alborotado siempre delante de nuestra vista.
Apenas llegamos al pueblo, lo primero que hice fué preguntar a un vecino si el manantial que surte de agua a las fuentes de Ciérvana era bastante caudaloso para la sed que llevábamos. Me contestó afirmativamente y me quedé tranquilo.
Bebimos, descansamos un poco, y emprendimos una rápida ascensión de diez minutos hasta encontrarnos en el término de nuestra excursión, en el fuerte de Punta Lucero que domina la entrada del puerto de Bilbao.
Puertas de verja cerraban la entrada de la batería, y desde allí se distinguían los negros cilindros de los cañones. Los artilleros salían a darnos la bienvenida y el brigada del fuerte se ponía del todo a nuestra disposición.
Se nos abrieron las puertas y nosotros pronto formábamos un círculo frente al primer cañón. Una nube de preguntas cayó sobre aquellos soldados, que tan amablemente nos servían de *cicerones*. ¿Y ésto para qué es? ¿Cómo se apunta? ¿Qué se hace para disparar? ¿Cuánto alcanzan? ¿Meten mucho ruido? (se aventuró a preguntar un chiquitín). ¿Son mucho mayores que éstos los morteros del 42? interrogó un pequeño.
Casi las mismas escenas se fueron repitiendo en los seis cañones que defienden el puerto.
En uno de esos el brigada del fuerte, que tan servicial estaba con nosotros, manda que preparen un cañón como para dispararle ¡Ya podían disparar eh! Esto se decían unos a otros todos los congregantes. Este deseo no se nos cumplió. Pero a la primera invitación de ¿quién quiere venir al polvorín?, ni uno dijo que no, y todos poco a poco fuimos viendo las grandes balas y los cajones de pólvora que allí se guardaban. Aquellos exágonos que fueron pasando de mano en mano con un agujero en medio, cualquier cosa parecían menos pólvora.
Ya se iba haciendo hora de comer y había que andar ligeros. Vimos el comedor, las habitaciones, la escuela, todo en medio del mayor orden y limpieza. También vimos el rancho, y no era cualquier rancho; y sentimos que sólo tomaran parte el olfato y la vista, pues el olor hacía sospechar que estaba sabrosísimo.
¿Queda algo curioso que ver en el fuerte? le preguntamos a nuestro guía. Sí, y creo que es lo último. Nos llevó a una habitación grande donde estaban separadas todas las piezas que componen el mecanismo del cañón, y donde a los artilleros se les ensaya en unirlas. Salimos muy agradecidos a tanta atención como habían tenido con nosotros.
Una corrida monte abajo, y a la campa donde impaciente nos espera la paella.
Pronto dejamos sin peso las grandes tarteras y vacíos nuestros sacos de provisiones lo mismo que la cesta de fruta que nos tenían preparada.
Bajamos después al puerto donde descansamos un ratito, y de una tirada, hasta la playa de Santurce. Pronto quedó esta convertida en un astillero pues en poco tiempo se vieron fabricadas, (aunque con no muy buen material pues eran de arena movediza) unas cuantas barcas con que algunos quisimos desafiar las iras del mar; pero (lo que no podía menos de suceder) una ola las deshizo dándonos a los que allí estábamos un buen remojón.
Otro paseo hasta el trasbordador que nos puso en las Arenas, donde con no pocas ganas cogimos el tren y en coche especial llegamos a Bilbao comentando nuestras peripecias.
Tan bién tomamos el sol y el aire, que a mí no me conocieron en casa.
Este verano no se han repetido estas excursiones tanto como otros años. ¡Qué mundo este! ¡Hasta lo agradable pierde pronto la novedad!
El año que viene Dios mediante las emprenderemos con más gusto. ¡Así sea!

PP., Congr.

Correspondencia abierta.

Un medio estupendo.

Madrid es una completa serie de peligros para un joven, empezando por los cines y teatros y acabando por lo que son las calles de noche. Yo, cómo sé que para poder vencer todos estos peligros la comunión diaria es un medio estupendo, suelo ir a la Residencia que está en la calle de la Flor Baja a comulgar todas las mañanas, y a las tardes al Rosario.

V. Z., Congr.

FLORES Y FRUTOS

Núm. 52.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° Noviembre de 1917

¡¡Las manos vacías!!

En las afueras de París, en el fondo de un valle, destacábase un soberbio edificio coronado de gallardas torrecillas.
Una soledad sombría reinaba en el castillo. Todo estaba cerrado, parecía sin vida aquella casi regia morada.
Algunos campesinos que vuelven de sus faenas del campo, pasan por el camino que hay a corta distancia; todos vuelven la cabeza y miran aquel castillo, como queriendo adivinar el por qué de aquella soledad y tristeza.

* * *

Si triste aspecto ofrece el exterior del palacio, desolador es el del interior. Allí, en el cuarto mejor orientado, en una rica cama, una señorona que hasta hacía poco tiempo había llamado la atención, derrochando cuantiosas rentas en lujos, y dejándose ver en los principales salones y teatros de París, deja ver su rostro demacrado y consumido por unas malignas calenturas.
La moribunda se agita nerviosa en el lecho y da ayes lastimeros: ¡Sóla en el mundo, dice, nadie llorará mi muerte!. ¡Dios mío! que no me muera!, no!. ¿Qué va a ser de mi castillo, de mis terrenos. de mis rentas? ¿de qué me ha servido todo eso? ¿de qué? ¡Un sacerdote, un sacerdote! repetía, que venga pronto, que no estoy tranquila, pronto, que no quiero morirme! no!. Y como ahogada por la calentura deja caer su cabeza, cuyos cabellos enredados y desparramados dan a su fisonomía un aspecto que inspira lástima.

* * *

Llega el sacerdote. Al verle entrar, hace un esfuerzo, se incorpora y sacando de entre las delicadas sábanas sus consumidos brazos, muestra al sacerdote sus huesudas manos; y «¡Padre!, le dice con voz ahogada, mire, Padre, mire, vacías, vacías tengo las manos para la eternidad. Nunca he pensado en la muerte, jamás me he acordado más que de gozar, de los placeres del mundo y derrochar dinero en vanidades. Sí, vacías las tengo, y es tarde ya para llenarlas».
Se deja entonces caer sobre su blando lecho y comienza a agitarse nerviosamente y a dar vueltas sin encontrar alivio.
El sacerdote la anima; mas élla le contesta con voz apagada: «ya es tarde»; hace un esfuerzo y queda muerta.
¿Quién la envidia? Que no nos pase otro tanto, que no nos encontremos desconsolados y tengamos que decir lo mismo. «Tengo las manos vacías». A tiempo estamos para llenarlas, pensando en algo más que en divertirnos; en hacer buenas obras y en emplear bien el dinero.

J. L. C., Congr.

La barca del otro mundo

Características eran las costumbres de aquella comarca, dividida en dos partes por un caudaloso río.
El que tenía que pasar de una orilla a otra, no podía llevar otra cosa consigo que su persona, y si tenía alguna recomendación.
¡Cuántas veces la barca de Caronte cruza el ancho río cargada de personas, impulsada por los vigorosos brazos del viejo marino!
La gente que pasa le suplica al barquero, que les consienta transportar unos equipajes y algún dinero; le prometen pagarle espléndidamente; mas, el viejo permanece impasible ante los ruegos y las ofertas, y tan solo permite la entrada en su lancha a las personas. Quedan éstas al pasar contemplando todo lo que han traído a la orilla; allí dejan sus riquezas y bienes amontonados, y van pensando la triste suerte que les espera en la orilla opuesta; cuanto más poseían más lo sienten y más les cuesta atravesar el ancho río.
Dos pasajeros más avisados, ni siquiera un

Universidad de Deusto
Biblioteca

pequeño paquete habían llevado al muelle; llevaban tan sólo una buena recomendación en el bolsillo y se tenían por muy bien provistos; sabían que allí, en la otra orilla, ninguna falta les haría dinero, ni muebles, ni provisión alguna.

Estos dos van charlando alegremente y reflejan en sus caras una satisfacción extraña a los demás viajeros; ni siquiera miran a la orilla que han dejado, mientras que los demás no pueden quitar de allí la vista. Ven los dos con alegría su punto de desembarque; en cambio para los otros cada avance que da el bote es como un golpe de tristeza, que les entra en el alma

«¡Pobrecillos!» se dicen, movidos a compasión «¡hay que animarles!».

¡Cómo es que vais tan tristes, le pregunta uno de ellos a los que van sentados junto a él.

¡Cómo no hemos de ir tristes! si todo lo que teníamos acumulado a fuerza de trabajos, lo hemos tenido que dejar. ¿No véis aquellos montones de sacos de dinero que quedan en la otra orilla!!.

—¿Pero no lo han dejado todo a sus hijos!

—Sí, pero ahora, un poco tarde caemos en la cuenta, que cuanto más les hemos dejado, menos se van a acordar de nosotros; y, o les pasa lo que a nosotros, que siguen amontonando para dejarlo todo allí; o lo malgastan, se envician y les llega antes la hora de pasar a este otro lado.

¡Si les hubiéramos enseñado a hacer lo que Vds. que vienen tan tranquilos y contentos!. No hemos pensado más que en tener muchos papeles en los Bancos y allí se quedan todos ellos. La recomeadación que nos hace falta para que nos traten bien en la otra orilla, no la tenemos. Ya ven Vds. si tenemos por qué estar tristes.

—Tienen Vds. razón para su tristeza. Ya vemos. Algo nos costó a nosotros, cuando Vds. iban a cines, teatros, bailes y se lucían en sus autos, no hacer lo mismo. Ahora eso a Vds. les da tristeza y a nosotros alegría. Algo nos hemos molestado antes y algunas limosnas hemos hecho, así hemos conseguido la recomendación y la seguridad que tenemos de ser bien recibidos en la otra banda.

Ya llega la barca a su destino. Contentos y decididos los dos amigos enseguida echan pié a tierra y se despiden del barquero; a los otros les es necesario para salir del bote, un empujón del tío Caronte. Desembarcados se desesperan, lloran y envidian a los dos que ven obsequiados de los que allí mandan y llevados a un magnífico portalón. Presentan allí la recomendación que llevan llena de sus buenas obras y mortificaciones; les abren la gran puerta y entran en el palacio de la gloria.

No ha acabado de cerrar la puerta, cuando a los demás que han desembarcado se les abre a sus pies la tierra y desaparecen por aquel boquerón del infierno.

Esto es algo más que cuento. ¡Que no sea triste realidad!. Hay que acordarse a tiempo.

J. L. C., Congr.

Con esta astilla volveré.

Hombre muy conocido, eso que hace más de 200 años que nadie le ha visto, es el Padre Eusebio. Así le llaman todavía en muchos pueblos al autor de la «Diferencia entre lo temporal y lo eterno», P. Eusebio Nieremberg. Este célebre Padre a los 16 años se sintió con vocación a la Compañía de Jesús. El demonio le quería atraer con la bobería de los honores y riquezas, que su padre le guardaba: sostuvo tentaciones terribles para que desistiera de su intento; pero él resistió valiente, puestos sus ojos en la Compañía de Jesús, y después de una lucha de tres años alcanzó su ideal.

Pero, allí el diablo levantó y suscitó nueva montaña de dificultades.

Sus padres se opusieron ciegamente a la vocación de su hijo, le visitaron y le rogaron con súplicas y lágrimas que abandonara aquel cielo; mas él que sabía lo que había ganado, que buenos sudores le había costado, se mantuvo firme y venció de nuevo. Entonces prepararon una batida y asalto formidable a aquella fortaleza. Comenzó su padre a remover influencias de sus muchos amigos de la corte, a sacar órdenes de las autoridades civiles y eclesiásticas; al fin arrancó una al Nuncio mandando que saliera del Noviciado y volviera a su casa Cuando los superiores vieron aquella orden la acataron, y Eusebio fué en virtud de ella arrancado de la Compañía y llevado a casa de sus padres.

Y voy al caso: aquella orden le atravesó y despedazó el corazón; con lágrimas en los ojos se dispuso a cumplirla. Al salir de su habitación y cerrar la puerta arrancó una astilla y con entera resolución dijo: «Con esta astilla volveré.»

La guardó y partió con su padre a su casa; allí peleó una formidable batalla con todos sus amigos y parientes; pero no cedió su corazón por miedo y cobardía ni un momento; cuanto más luchaba, se fortalecía más su corazón. Al fin su padre, convencido de que era vocación de Dios, cedió y dejó partir a su hijo. Este, que conservaba aún la astilla, fué a colocarla en la puerta de donde la había arrancado.

¿Verdad, que éste es buen ejemplo de firmeza y constancia de carácter? Por esa constancia alcanzó su ideal. Un corazón así nos hace falta; pues este ambiente de frivolidad y ligereza nos está ahogando.

C. A., Congr.

Muerte envidiable.

En la aldea en que acostumbramos a pasar el verano nos reunimos cinco compañeros casi de la misma edad; todos tenemos los mismos gustos y sin haber asistido jamás a un cine ni cosa que lo valga, nos encontramos todos a cual más alegres y contentos, procurando cumplir nuestro Reglamento de Congregantes.

Uno de los paseos que más nos gustan es al caserío «Urquiedúa»; es encantador el panorama que en aquella altura se disfruta; pero lo que más nos atrae hacia allí, no es la belleza del del lugar, ni la sencillez y piedad de aquellos caseros, ni lo mucho que solemos divertirnos en las carreras de burros, ni los demás entretenimientos que allí encontrábamos; sino que a medio camino veraneaba otro compañero nuestro, el angelical Esteban, primogénito de una acaudalada y distinguida familia: éste era el mayor actractivo para nosotros.

¡Qué bueno era Esteban! Mientras tuvo salud nunca dejó su Comunión diaria, pero una rápida y grave enfermedad se lo impidió hasta que paso a mejor vida.

Al notar sus padres los primeros síntomas del mal, procuraban persuadirle que no saliese de casa por las mañanas; pero no tenían otro remedio que acceder a los ruegos de su hijo, que los hacía de tal modo que era imposible negarle nada.

«Por amor de Dios, dejadme ir, pues prefiero no vivir más que dos meses comulgando todos los días, les decía, que dos o tres años privado de la comunión.

Nosotros al subir a «Urquiedúa» nunca dejábamos de entrar a verle; nos edificaba tanto verle tan paciente, tan resignado y risueño en medio de los muchos dolores que sufría! Pronto se dió cuenta de que su enfermedad era mortal y con la mayor serenidad nos hablaba de ello y nos decía un día:

«El Señor me quiere a mí más que a vosotros. No veis (nos enseñaba sus brucitos) cómo estoy en puro huesos.

¿No se alegraría un prisionero si viese que con las lluvias se iban deshaciendo las paredes de la cárcel, donde estaba encerrado? Como es natural estaría deseando que lloviese más y más, y que pudiese así pronto verse libre y escaparse de aquel encierro. Pues, eso mismito me pasa a mí; esta fiebre que no me deja está deshaciéndome el cuerpo, donde está encerrada el alma. ¿No he de estar contento?.

Con una frescura sin igual nos estuvo aquel día hablando de la muerte. Veía con alegría la eternidad; así tenía su conciencia de tranquila y sus cuentas bien arregladas.

Otra de las razones de estar tan seguro de su salvación, y se veía que gozaba al contárnoslo, era la devoción que siempre había tenido a la Sma. Virgen. «Nunca» nos decía, «he dejado de rezarle el Rosario, ni una sola noche.»

Nos prometió acordarse de nosotros y de nuestra Congregación cuando estuviese en el cielo; que allí rogaría para que la Virgen Santísima nos concediese la gracia de serle siempre muy devotos y de asegurar así nuestra salvación.

Al volver a nuestras casas no hablabamos de otra cosa que de la envidia que nos daba la muerte que pronto iba a tener nuestro amiguito. *J. M, U., Congr.*

De mi último viaje.

El tren atravesaba veloz las grandes llanuras y comenzaba ya a aburrirme. Como iba sólo y sin tener nada en que pasar el tiempo empiezo a pasear por el corredor de mi coche y me fijo en los distintos viajeros; y, como curioso que soy, procuro enterarme de lo que van hablando: ¿de qué van a hablar? De sus negocios.

Me pongo junto a unos encopetados caballeros. Tanto les interesa su conversación, que casi ni se fijaron en mi presencia. Van hablando de barcos, de acciones, de alzas, de bajas, de los cambios.....

Como yo no entendía mucho de esa materia, poco tiempo les oí, y me fuí junto a otros, labradores según todas sus apariencias, que un poco más allá charlaban, fumando tanquilamente en sus pipas.

«No sabes tú la suerte que he tenido, decía uno de ellos, todo el ganado que he traído a la feria, al precio que quise lo he vendido; y más todavía, he quedado comprometido con otros bueyes, que no me atreví a traer por por miedo de tenerlos que volver atrás.»

«Yo también estoy muy contento, añadía un segundo, pues la cosecha de patatas se me presenta este año buenísima y tengo fruta para echar.» Todas las conversaciones eran por el estilo.

Sigo curioseando y veo a dos jóvenes con sus libros al lado del asiento; hablan y mezclan en sus conversaciones grandes carcajadas y se frotan las manos de contento. Me quedo parado oyéndoles la conversación. De ella deduzco que son estudiantes; pero lo que menos piensan es en estudiar, tratan de divertirse en sitios públicos y algo obscuros; y no de buena manera, no es difícil adivinar dónde.

Cuando así estaba yo entretenido, pára el tren y veo a uno de los labradores que minutos antes hablaba de sus ganancias con sus ganados, que se apea del tren triste y taciturno.

El tren vuelve a marchar, pero no por mucho tiempo; otra vez se pára, y uno de los que hablaban de acciones, de cambios y de navieras desciende del tren casi a la fuerza. Sigue el tren andando y el pobre señor ve con envidia la cabeza de su amigo que desde la ventanilla le mira hasta perderle de vista.

Al rato, más o menos largo, vuelve el tren a pararse; y presencio escena más triste: se baja uno de los jóvenes estudiantes y al despedirse el uno del otro, observo que no hablan ya de divertirse, que el uno cabizbajo, y el que queda se ha vuelto triste y pensativo.

Todas estas escenas no sé cómo me traen a la cabeza lo que pasa con la muerte. Me figuro que es algo así como un tren el camino de esta vida. Vive la gente ocupada en sus compras y ventas sin acordarse para nada que la estación se acerca. Cuando menos lo piensan y más mentidos están en hacer más y más dinero, se les pára el tren, y la muerte les hace apearse y el mundo sigue rodando hasta que uno por uno se apean todos.

Por qué somos tan tontos, y no pensamos en que se nos va a parar el tren y en que tendremos que apearnos cuando menos lo pensemos. El maquinista de este tren de la vida es la muerte, que sin previo aviso nos anuncia que acabó nuestro viaje.

A ver si nos coge desprevenidos y en pecado! ¡no lo quiera Dios!. *J. L. C., Congr.*

Universidad de Deusto
Biblioteca

Cuatro guapos.

—Mira, Pepe, va siendo un escándalo intolerable el que los chicos cerca del Instituto lean los papeluchos que leen; y yo creo que si nosotros nos ponemos a ello, podremos evitar ese y otros mayores escándalos.

—Tienes razón, Manolo. Es una vergüenza que esas porquerías se vean en manos de chicos educados; puedes contar con mi apoyo en todo lo que proyectéis hacer para impedirlo. ¿Qué te parece a ti, Carlos?

—Qué me ha de parecer! Que si queremos demostrar que somos Congregantes de verdad, debemos poner manos a la obra enseguida. ¿Y tú, Antonio, qué piensas?

—Que os sobra la razón, que es una vergüenza que las autoridades no pongan un poco de cuidado para desterrar esas porquerías; pero ya que no lo hacen, vamos nosotros a darles el ejemplo.

Así hablaban cuatro jóvenes estudiantes, reunidos en una especie de junta para tratar del grave asunto que ocupaba su atención y animados a llevar a la práctica lo que allí plantearon.

—Lo que yo creo, dijo Manolo, que estamos hablando y quejándonos mucho, y con eso no se quitan de leer nuestros *cochinitos* compañeros; y es necesario que hagamos algo práctico; y creo que lo mejor es lo siguiente: Vamos curioseando por los corrillos siempre juntos. En cuanto vemos que alguno está leyendo o viendo alguna porquería nos separamos. Tú, Pepe, como más ágil, das un salto sobre él, le quitas el libro o lo que sea; enseguida lo pasas a Carlos, éste a Antonio, y Antonio a mí. Yo me encargo de hacerlo trizas y que cuando venga a pedirlo su dueño no quede ni rastro.

¡Bravo! ¡Bravo!, dijeron Carlos y Antonio.

Me parece muy bien, dijo a su vez Pepe; pero creo que para completarlo debemos hacer otra cosa, y es; que cuando les veamos leer esos papeluchos en clase se lo pida el el que de nosotros esté más cerca del lector, y luego a la salida lo rompemos cuando estemos reunidos.

Otra vez más se lanzaron por los reunidos *¡Bravos! ¡bien!* y en medio de un gran entusiasmo se disolvió la sesión.

Los efectos no se dejaron esperar, pues a poco tiempo de la reunión, y en ocasión de encontrarse un pollito embadurnándose con un indecente papelucho, presencié la práctica de las maniobras planteadas en la reunión. Así fué: observé que los cuatro inseparables amigos se dispersaron; y adelantándose Pepe dío un soberbio salto y arrancó de las manos de aquel desdichado la porquería. Enseguida ví por los aires el papel, lo ví recoger a Carlos; pasarlo a Antonio y éste a Manolo, y vi cómo Manolo, con gran satisfacción iba haciendo menudos pedacitos aquella indecencia.

Observé después que no sólo trabajaban para desterrar las lecturas, sino también para corregir las conversaciones y las palabras. Y aquí la táctica era distinta; pues si se trataba de palabras sueltas, reprendían al que las pronunciaba de esta o parecída manera: «Oye, fulano, ¿no te sería lo mismo hablar bién?» o bien «Cállate, que nos estropeas los oídos hablando así»; y la mayor parte de las veces se callaba avergonzado. En cambio, si era una conversación, procuraban hablar de otra cosa y conversar sobre ello; con lo que dejaban al *cochinito* con un palmo de narices.

Con estos buenos manejos estos cuatro buenos amigos estaban siempre alegres y contentos. Pero creo que más contenta y más alegre estaba la Virgen, nuestra Madre, a la que ofrecían sus buenas obras.

L. L., Congr.

Correspondencia abierta.

Cuando se quiere, cuánto...

Para que no me abandone, he hecho una distribución bastante rigurosa y gracias a Dios tenga suficiente fuerza de voluntad para cumplirla.

Aunque tengo que estar todos los días en la Academia a las 8, no dejo ni un solo día de comulgar en misa de 7 y de acordarme en la comunión de Vd. y de sus congregantes. Dista mi casa un minuto de la iglesia de San Ginés; ya ve V. lo bien que estoy.

Los domingos estudio dos horas, y nada me gusta tanto como el darme grandes paseos por los alrededores de la población.

He sabido que el Sr. Cura de mi pueblo sigue muy animado para establecer la Congregación de Estanislaos, y que el Sr. Obispo le ha prometido su ayuda.

M. G., Congr.

Este es valiente.

De prácticas religiosas a la orden del día. A casi todos los huéspedes les extraña que rece todos los días el rosario; pero nadie se ríe por ello, pues me he impuesto a todos.

El otro día empezaron a reírse de mis *beaterías*, y al principio me callé; pero ya sabe mi genio: a uno le tiré contra una puerta; a otro de dos empujones le llevé del corredor a la cocina. Por estas cosas y porque ven que nunca me meto con ninguno, me tienen más respeto que antes.

J. L., Congr.



Núm. 53.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º Diciembre de 1917

Este es valiente.

Enrique, congregante piadoso de unos 11 años, ha subido al tranvía con su montón de libros bajo el brazo; se ha sentado en uno de los bancos, y, una vez en marcha el eléctrico, se ha puesto muy formal con la nariz arrimada al cristal de la ventana, pensando en la lección que minutos después tendría que recitar, y viendo maquinalmente pasar ante sus ojos carros y vendedores ambulantes que pasan pregonando su mercancía.

Al llegar a una encrucijada, y pararse el tranvía, suben dos señores (si así merecen que se les trate), se sientan frente a Enrique, que seguía tan entretenido; sacan del bolsillo un periodicucho prohibido por lo blasfemo e indecoroso, y comienzan a leer y comentar en alta voz sus chanzonetas.

¡A buena parte iban! Enrique no era de los que se acobardan tan fácilmente y menos entonces, que apenas hacía una hora que había recibido en su pecho a Jesucristo.

El había oído en casa a su papá que aquel periódico era muy malo, que el leerlo era pecado mortal Al principio volvió tímidamente la cabeza, asustado por aquellas palabrotas; pero ya, cansado de oír tantos disparates, se levantó con mucha resolución, se quitó modestamente su gorra y en pie, delante de aquellos deslenguados, les dijo con respeto: «Señores, les agradecería en el alma leyesen un poco más bajo ese indecente periódico; si no por otras razones, si quiera en atención a mí que, como ustedes ven, soy todavía un niño».

Aquellos dos hombres se miraron uno a otro estupefactos, doblaron casi sin darse cuenta el periódico como subyugados por la voz de aquel niño, y se mordieron los labios sin saber qué responder...

Unicamente uno de ellos al ver a Enrique que se retiraba otra vez modestamente a su asiento, le detuvo emocionado, y, mientras procuraba disimular dos lágrimas que le asomaban a los ojos, le dió un beso en la frente.

Aquel señor se acordó de que también él tenía un hijo como Enrique, y se sintió avergonzado de no haber sabido respetar la imagen de su inocencia.

Cuando Enrique fué a la mañana siguiente a misa de la Congregación, le pareció que el Niño Jesús le miraba complacido, mientras él le pedía fuerza para seguir siendo digno hijo de la Virgen Santísima, y que no tuviese nunca la desgracia de coger en sus manos ninguna revista, novela ni periódico malo.

¡Por qué no seremos todos animosos como este Enrique!

J. L. C., Congr.

Una buena visita.

Habíamos recorrido ya, acompañados del Señor Capellán, unos cuantos pabellones del Santo Hospital; íbamos a terminar nuestra visita, pasando por donde estaban algunos hombres operados.

Al entrar hizo que nos fijáramos en un enfermo que estaba paseando por la sala, de color casi cobrizo y de aspecto que hacía sospechar los muchos sufrimientos que aquel hombre había sobrellevado.

Allí estaba entre los demás enfermos, a quienes trataba de entretener y animar. Atendí con mucha curiosidad al Señor Capellán, que relataba los horrorosos tormentos que aquel hombre había sufrido. «Ya hace tres meses que está en el Hospital, y en todo este tiempo, hasta hace poco, no ha cesado de padecer. Ha tenido momentos en que ya, no pudiendo resistir los terribles dolores que le atormentaban, se retorcía y gritaba, y la morfina era inútil para calmar sus torturas».

«Los médicos, proseguía el Capellán, no se decidían a hacerle la operación, único remedio para su enfermedad, creyendo ser imposible resistirla estando tan acabado».

«Sufría tanto ese santo varón (ese título le daba el capellán), que cuando yo le visitaba, me tomaba mi mano entre las suyas y con voz acongojada me decía: señor capellán, ahora estoy yo pasando el purgatorio; menos tendré

Universidad de Deusto
Biblioteca

que detenerme cuando me muera; es lo único que me anima y consuela en estos sufrimientos». ¡Cuánto vale la fe!

«Por fin los médicos, viendo que no podía tomar otro camino, se reunieron y decidieron hacerle la operación».

«Yo estaba presente, añadía el Capellán, y me edificó muchísimo. Un momento antes de cloroformizarle, nos dió a todos los presentes la mano y se despidió con una naturalidad, impropia de esos casos, hasta la eternidad».

«Una vez insensibilizado, comenzaron los médicos a trabajar, y cobraron muchas esperanzas al notar la vida que aún aparecía en sus entrañas Le cortaron lo que tenían que cortarle en el estómago, y ahí le tienen ustedes ahora, sin dolores, aunque todavía demacrado. Mucho ha ganado ya ¡figúrense cómo estaría entonces!»

«Los médicos no acertaban a comprender, proseguía el señor cura, cómo habría podido resistir operación tan fuerte después de haber sufrido tanto. Todos lo atribuían solamente a las buenas costumbres que durante toda la vida había tenido el enfermo: jamás había fumado, ni bebido, ni hecho el menor exceso; y gracias a eso puede vivir todavía muchos años».

Aquí hizo punto final el Capellán; le dimos muchas gracias, nos despedimos y tomamos el tranvía.

Mucho nos movió este vivo ejemplo; tanto que hicimos propósito firme de jamás fumar, ni beber, ni hacer ninguna otra tontería, que tras de hacer gastar dinero, estraga la salud.

J. L. C., Congr.

¿Qué habrá en el cielo?

Había hace ya algún tiempo en el Hospital de Palencia un hombre, ya de edad, muy cojo; era, con todo, tan aficionado a los toros, que por no perder la corrida que suele haber en Currión de los Condes en tiempo de ferias, se arrastraba como podía las siete leguas y las otras siete de vuelta a su Hospital.

Para él eran los toros lo más subido que se podía ver, y el plato más exquisito que se podía comer, la cecina. No parecía soñar con otra cosa ni remontaba más altos sus deseos.

Le llegó como a todos la hora de su muerte; y allí a su cabecera estaba el ministro del Señor para ayudarle a saldar sus cuentas atrasadas y reanimarle en aquel supremo trance.

Le habla del cielo, de lo dichoso que allí sería, y tanto más cuanto aquí en su miseria poco había gozado y su vida había sido bastante ordenada; le describe la felicidad que allí le espera, le dice que se cumplirán allí todos sus deseos, que allí iba a ser enteramente feliz. Le escucha el enfermo complacido al mismo tiempo que lucha con la muerte: y con su voz ya muy apagada, reanimándose cuanto puede, le pregunta al sacerdote: «Pero, diga, don Pascual ¿habrá cecina en el cielo? Contuvo el sacerdote la risa y le aseguró que en el cielo nunca le faltaría cecina, que allí tendría cuanta quisiera.

Nos hace gracia lo poco con que se contentaba este pobrecito; y mucho más arriba no apuntamos nosotros. Otros gustos nos esperan en el cielo; pues creo que fue, si mal no recuerdo, San Pablo, el que, después de haber sido arrebatado al cielo, dijo que no tenía palabras para decir lo que allí había, y que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni cabe en el corazón del hombre lo que allí gozaremos.

Tendrá Dios que ensancharlo para que quepa tanta felicidad. ¡Que así sea con nosotros!

J. L. C., Congr.

Lo que va de acordarse a no acordarse.

La vista del juicio había acabado aquella mañana y con ella toda esperanza de perdón para los compañeros en el crimen, Juan José y Enrique: habían sido condenados a muerte.

Juan José sabía, harto ciertamente por desgracia suya, qué día iba a ver por última vez el sol; ya se lo habían dicho: no le quedan a usted más que seis días de vida.

Al encontrarse con la muerte cara a cara se arrepintió sinceramente de sus pecados, pasó los días que le quedaban llorando sus culpas y pidiendo perdón a Dios, y el día de la sentencia apareció sereno y tranquilo ante los soldados que tenían la triste misión de enviarle al sepulcro.

Enrique, por el contrario, no dió importancia a la fatal sentencia «me la esperaba», se dijo, y aunque sabía que de un día a otro iba a morir, no se preocupó sino en pasar el tiempo lo más alegremente que se puede pasar en una cárcel.

Mas a él también le llegó el día en que abrieron su celda y escoltado por cuatro soldados pasó al lugar del suplicio. Entonces también pensó en arrepentirse, comprendió lo mal que había hecho en no pensar en ello antes, cuando tuvo tiempo, vió también la muerte de cerca; pero tan cerca ya, que no le dió tiempo para volverse atrás. Sonó una descarga, tambaleóse un momento y cayó su cuerpo a tierra... y su alma... su alma, negra como el carbón, cayó en el lugar de otro suplicio mucho peor y eterno.

¿Por qué el uno acabó tan bien, y tan mal el otro? No es muy difícil acertar con la respuesta.

El uno tuvo presente la hora de la muerte y el otro desgraciado no quiso acordarse de ella.

A tiempo estamos para ver lo que hacemos; pues todos estamos procesados y condenados a muerte.

S. M., Congr.

Una monada.

Recuerdo de un caso muy bonito, que en uno de los Circos de la feria presencié. Os lo voy a contar porque os gustará.

El número más emocionante del programa de aquel circo lo constituían una *troupe* de monos que, representaban una pantomima en el palacio de S. M. Monin 1.° Uno de mis amigos nos había asegurado que el espectáculo era muy digno de verse; y estábamos impacientes por presenciarlo.

Luisín, que así se llamaba mi amigo, nos había dicho con mucho misterio que nos íbamos a morir de risa. Por fin, salió la comitiva; iba delante un trompetero real, de quien con toda verdad se podía decir que era *muy mono*. Detrás iban cuatro alabarderos que sin duda eran los más animales de la familia. A continuación marchaban cuatro monas muy feas, que eran algo así como las damas de corte ; y por fin sobre una litera magnífica y escoltado por cuatro encantadores pajecillos (todos con cola) iba, saludando muy finamente a la multitud, una mona distinguida, con su corona, su cetro, y su magnífico vestido. Le llevaban la cola (me refiero a la del vestido) dos pajecillos de los más feos. En el centro de la pista se hallaba un magnífico trono, que S. M. no tardó en ocupar con toda la solemnidad que requiere el ceremonial. Poco después y obedeciendo a una señal del rey se presentó en escena el Excelentísimo Señor Presidente del Consejo de Ministros, a quien *Monin 1.°* recibió con mucho afecto, pero sin perder un átomo de su dignidad. El Sr. Presidente entregó a S. M. no sin antes besarle la mano, un pergamino cuidadosamente arrollado. Era la declaración de guerra de los *Chinpancinitas* que presentaba a la sanción real. *Monin 1.°* con gran solemnidad se dispone a firmar, cuando de pronto desciende con la velocidad de un rayo las gradas del trono, no sin haberse dejado antes su manto y su corona en el camino, y se abalanzó sobre un objeto que se encontraba en medio del salón. El estupor del público y del dueño de los monos fué tremendo cuando, además de perder el Rey de aquel modo su dignidad, un atrevido alabardero y al poco tiempo toda la corte empezó a reñir con S. M.

Cuando nos enteramos de lo que era el objeto que había hecho renunciar al Rey a su gravedad, una formidable carcajada se dejó oír en el Circo...: ¡era la última nuez que a mi amigo, el pícaro Luisín, le quedaba de la merienda!; la había echado a rodar con disimulo por el escenario.

Cuando ahora me acuerdo de aquella mozada, pienso que hay el mundo muchos hombres, chicos y grandes, como esta mona del circo; parecen a primera vista que son personas muy graves, muy serias, hasta buenas; pero cuando se les pone delante alguna de esas nueces, con que nos tienta el diablo, arrojan enseguida la corona de la gracia de Dios y y el manto que tenemos los seres racidesonables y se bajan y se paran, como ese animalito con su nuez, con pensamientos, deseos y gustos a veces muy vegonzosos. Nos reíamos de la mona ¡que no se rían de nosotros, cuando por placeres y riquezas, más vanas que las nueces, perdemos no la apariencia de reyes, sino la realidad de hijos de Dios y herederos del cielo, a que nos da derecho la gracia.

R. S., Congr.

Al mismo manantial.

Fuí este verano a pasar un día de campo en casa de mi amigo Gerardo, que tiene no sé cuantos caseríos y montes y mucho arbolado. Su casa solariega la tiene sobre la carretera, que la aprovecha bien para dar sus grandes paseos en bicicleta; por debajo pasa el río, cercando y haciendo una península con varios caseríos. Algunos de estos pertenecían casi al Antiguo Testamento; y el papá de Gerardo los está echando abajo; tiene m y buen corazón y no puede ver a sus honrados caseros habitar en aquellas destartaladas viviendas; y con estar la construcción tan cara, les estaba haciendo nuevas casitas, que ni soñadas por sus caseros.

En un recodo del río hay algo así como una playa, y allí tiene Gerardo su caseta de baño; y allí los tomaba este año con mucha fe.

Unos veinte kilómetros antes va a dar al río un manantial de aguas medicinales, que a Gerardo le había recomendado su médico. Esto me lo contaba Gerardo cuando estábamos en su playa y me reí un poco de buena fe.

«No te harán mucha falta esas aguas medicinales, si no, tus padres ya te hubieran mandado a tomarlas más arriba, al mismo manantial».

«Así es», me replicó él», ya ves lo sanote que estoy».

Cuando ya me despedí de toda la familia, después de agradecerles el buen día que pasé con ellos, me vinieron al pensamiento los baños de mi amigo, veinte kilómetros más abajo del manantial; y pensé para mí que a más distancia los toman muchos y los tomaba yo antes cuando no comulgaba todos los días y no iba al manantial de la gracia que es Jesucristo en la Sagrada Comunión.

¿Y a quién no le hacen falta tomar esas aguas diariamente?

J. M.ª U., Congr.

¡Acaso soy yo manzana!

—¡Hola! Pedrito, a dónde vas?

—Peh.., ya ves a pasar el tiempo; ahí me esperan...

—¡Sí! desde que salistes de la Congregación y te juntastes con amigos de la calaña del que ahí te espera...

—¿Y qué? repuso él atajándome.

—¿Qué? que te va a suceder lo que a las manzanas.

—No me tomes el pelo, respondió tanto amoscado.

—No te pongas así ¡hombre! solo intento contarte la historia de las manzanas.

—Pues, cuéntala.

—Ahí va: A uno que vendía fruta, se le cayó por descuido en un cesto de suzonadas una podrida. Fué al cabo de unos días a enseñar muy satisfecho sus preciosas manzanas a una mujer que quería comprárselas; y ¡cuál no fué su sorpresa al encontrarse con que casi todas se le habían podrido! La tal manzana podrida hizo tan gran estrago en las otras, que apenas si encontró una sana.

Universidad de Deusto
Biblioteca

—¡Vamos! Y este cuento ¡qué tiene que ver con lo de mi amigo! ¡Acaso soy yo manzana

---

Ha pasado un año y leo en el periódico: «Pedro C. y C. ha sido preso por delito de robo»... Pero ¡cómo! si será Pedrín mi amigo, aquel que oía misa y comulgaba, tan bueno e inocente, ¡él! ¡él, preso!

Reflexiono un poco y salgo de mi admiración al considerar que Pedro salió de la Congregación y quiso ser *hombre* antes de tiempo; y como de *hombres* a su parecer, era fumarse pitillos, leer novelones, barbotar palabrotas, hablar de porquerías, ir a los cines y teatros, todo lo hacía arrastrado de sus pérfidos amigos.

Allí en la prisión, pensaba yo, se habrá convencido un poco tarde que sino era manzana, en él habrá tenido gran aplicación el cuentecito.

Voy decidido a visitarle, y le encuentro allí con otros de su calaña. Le cojo aparte y con mi acostumbrada intimidad le digo:

—¿Qué hay! Perico.

—Ya ves, nada bueno

—Ahora te acordarás del cuento de las manzanas...

—Ya lo creo; demasiado tarde; ahora odio a los que creía amigos míos y han sido mis mayores enemigos: todos me han abandonado la verme en la desgracia. Ahora conozco lo que es ser Congregante !qué dicha la vuestra!

—Vamos no te desanimes; pronto saldrás de aquí; harás confesión general, y te quedarás tranquilo; esta lección te servirá.

—No la olvidré, pierde cuidado.

Este necesitó la experiencia para convencerse de lo de las manzanas. Nosotros estamos a tiempo.

¡¡Ojo!! que abundan las manzanas podridas!!

E. B. Congr.

Dios es buen pagador.

—¿A que no sabes lo que soñé anoche?

—¡Cómo quieres que lo sepa!, me contesta mi compañero.

—Pues mira, soñé que estaba muy enfermo que iba a morirme, y junto a mi cama vi unos niñitos chinos que lloraban y pedían a la Virgen que me pusiera bueno; en aquel momento me pareció que me volvían la salud. Pues bién, tan vivo fué el sueño, que me ha dejado muy animado a sacrificar mis gustillos. Y ¿quieres saber dónde encierro mis caprichillos de antes? En la hucha de Misiones.

Y te contaré mis industrias y cómo me arreglo para hacer que también otros la llenen: Aparece por casa algún amigo o primo, o cualquiera que sea; como que no hago nada enciendo la luz, pues hay poca en el recibidor, y hago que se fijen en la hucha colocada en el colgador de la entrada. La mayor parte me preguntan para que es aquello. Aquellos niñitos del grabado que están en los cestos y la abertura de la hucha, en cuanto se fijan en ella, no les deja lugar a duda. Todos depos tan allí algo de lo que llevan en el bolsillo.

No contento con esto, pensé que el mejor empleo de mi colección de sortijas de puros, que están ahora en moda entre nosotros, va a ser en las Misiones.

Con este motivo me ocurrió hacer unos papelitos, que hemos convenido en llamar «Vales de la Santa Infancia». Por cada moneda de cinco céntimos que me agencian, doy uno de estos vales, y con cierto número de vales pasa una sortija de mi cuaderno a poder de mi hermano o de mi amigo.

De esta manera les animo a todos y a nadie dejo que se olvide de la limosna. Mi hucha va prosperando, y estoy cada día más animado; pues aunque al principio me costaba un poco desprenderme de mis sortijas, ahora, acordándome del gran bien que hago, las doy con mucho gusto.

Un compañero mío al enterarse de mi ejemplo, hace otro tanto con sus sellos de correo; y creo que pocos serán los que no puedan hacer lo que nosotros. El caso es que lejos de sentir envidia, como antes sentía, ahora cada día soy más generoso y me cuesta menos dejar los gustillos que antes me arrastraban; hasta noto que estudio mejor y casi con gusto y estoy más contento y alegre que antes.

Dios es buen pagador, como ninguno.

L. M.ª B., Congr.

Correspondencia abierta.

Buen paseante.

Tengo que salir a las ocho y cuarto todas las mañanas para Lequeitio, cinco kilómetros de aquí; llego antes de las nueve y media, que es la hora de la clase de Inglés en la escuela de náutica; salgo a las diez y media, y voy enseguida a los Marianistas a dar clase de Francés y nociones de Comercio; y a las doce vuelvo a andar mis cinco kilómetros de vuelta a casa, donde paso la tarde preparando las lecciones para el día siguiente.

Sigo su consejo de comulgar siempre que pueda, y no dejo de hacerlo ningún domingo ni día de fiesta.

J. A., Cong.



Núm. 54.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° Enero de 1918

Nuestras Navidades.

Las vacaciones de Navidad han sido para los Congregantes de San Estanislao no solamente días de recreo y descanso, sino que en todos, o en la mayoría de ellos, se ha notado el entusiasmo que sienten por las Misiones: han trabajado en la medida de sus fuerzas para allegar recursos con que aliviar la crítica situación que en estos momentos atraviesan las pobres Misiones.

Era de ver en algunos cómo aguzaban su ingenio para colocar los billetes de la rifa que a peseta se habían comprometido a vender; hubo Congregante que vendió setenta; entre todos vendimos 1.400 billetes. Con impaciencia esperábamos que llegase el día 27 en que iba a celebrarse la rifa de interesantes y curiosos objetos chinos, algunos de gran valor artístico. La presentación de estos objetos la hizo el R. P Arturo Rodríguez, que con sencillez y peculiar gracejo, hizo las delicias de la numerosa concurrencia, que al mismo tiempo que se reía de lo lindo, se enteró de muchas costumbres chinas desconocidas hasta entonces.

La conferencia del R. P. del Olmo, también cautivó a los concurrentes; el fruto que sacamos los Congregantes fué el de seguir trabajando con ahinco para allegar recursos con que contribuir al desarrollo de la enseñanza católica en China.

Para que los concurrentes se formaran una idea más completa de los trajes, ceremonias y saludos chinos, salieron a escena dos Congregantes con el traje que usan los mandarines en verano e invierno y lo hicieron todo al vivo.

Días antes, los más activos se desvivieron por repartir casa por casa y piso por piso, «Enhorabuena», hojas muy bien presentadas que despertaban en las familias el celo por las Misiones.

Otra prueba del amor que los Congregantes sienten por las Misiones es que pocos son los que no están suscriptos a «El Siglo de las Misiones».

Nosotros al ver el inmenso beneficio que el Señor nos ha hecho con traernos a la Congregación, donde tantos medios encontramos para perseverar en la virtud, no podemos menos de condolernos de la triste situación de los pobrecitos paganos que no conocen a Dios, y a fuer de agradecidos trabajaremos con empeño creciente para que todos le conozcan, amen y sirvan.

J. M.ª U., Congr.

Los librepensadores y los presidiarios.

La tertulia estaba animada como pocas veces. Palmadas de llamada a los camareros, golpes secos de las fichas de dominó en los mármoles de las mesas, ruido de platillos y tazas y un murmullo de muchas conversaciones era lo que se oía en aquel café o taberna ilustrada.

Los temas de las conversaciones eran diferentes: aquí unos hablan de la guerra, allá otros discuten de política, en otro lado se comenta un partido de foot-ball, otros una corrida de toros.

Más allá, un poco separados, están reunidos cinco caballeros, que por su porte e indumentaria daban a entender que eran hombres de carrera. Cada cual tenía delante de sí una tacita de café.

Todos hablaban, menos uno que con la cabeza baja, no pronunciaba una sola palabra, y parecía no hacer caso de la conversación de sus amigos.

Hablaban de las estupendas conquistas de los liberales y de la necesidad que tienen todos los hombres de libertad. Como callase a todo nuestro hombre, fué interrogado sobre su manera de pensar en aquel punto.

Señores, les dijo, hace unos días fuí a visitar a un íntimo amigo mío, que estaba muy triste y cariacontecido. ¿Qué te pasa?, le pregunté. Hace una semana que estoy con unos dolores agudísimos de cabeza, que no me de-

Universidad de Deusto
Biblioteca

jan dormir en toda la noche. Ese hombre echaba de menos la salud.

Casualmente ayer me tropecé con un pobre harapiento que interrumpiéndome el paso me pedía una limosna. Este echaba de menos el dinero.

Hace cosa de una hora me he encontrado con un amigo, que con lágrimas en los ojos me comunicaba la muerte de su único hijo. Este echaba de menos a su hijo.

Acompañando a un P. Jesuita, que con frecuencia visita a los presos, tuve ocasión de ver el presidio. Allí vi a unos criminales, en cuyo semblante se retrataba la melancolía más profunda. ¡Pobrecillos! ¿qué es lo que os pasa? ¡Cómo estáis aquí tan apenados! ¿qué deseáis?... La libertad, la libertad, me contestaron todos a coro. Estos echaban de menos la libertad.

De modo, señores, terminó aquel caballero, como ven ustedes, unos echan de menos el dinero, otros la salud, otros algún ser querido; pero nadie echa de menos la libertad, a no ser los presidiarios. Esta verdad de a puño dejó avergonzados a aquellos liberales, que tanto echaban de menos la libertad.

J. L. C., Congr.

Un pobre que es rico.

Transitaba mucha gente por una de las principales calles de cierta populosa y católica ciudad. En opuestas direcciones corrían presurosos autos, y aumentaban la confusión algunos carros de transporte. Movidos los transeuntes por el afán del negocio, iban y venían sin mirar a los que pasaban a su lado. Creo que era yo el único que caminando lentamente contemplaba aquella animación propia de una gran ciudad entregada a compras y ventas y quehaceres terrenales. ¿No habrá, decía yo, muchos que se ocupen en el negocio de la salvación y por él se muevan y afanen? Sí los habrá. Es indudable; ciudad católica no puede menos de dedicar gran parte de su vida al negocio de la salvación.

Quizás esas mismas elegantes señoras, que van ahí tan cómodamente sentadas en su auto, llevarán la alegría y abundancia al hogar del triste y menesteroso. Pero, nó; pára el auto ante una perfumería, entran en ella y las pierdo de vista.

Esos jóvenes estudiantes van tal vez a alguna academia católica. Me equivoco: penetran en el Ateneo científico de carácter eminentemente racionalista.

Y, estos caballeros que pasan representarán asociaciones benéficas que se ocupen en alguna obra de caridad. Tampoco, toman la dirección de la Bolsa.

No te canses, me dije para mis adentros, la piedad no mete ruido; si quieres conocer la religiosidad de la población acude a las iglesias.

Esto pensaba, cuando reparo en un mozo que tiraba de un carrito de mano, abriéndose paso entre la muchedumbre. Un anciano paralítico iba sentado en el carro con una muleta a cada lado. Sentado el pobre viejo sobre una tosca estera se agarraba a los palos para no caer, mientras el mozo tiraba sin miramiento alguno. Me inspiró compasión y le seguí. Poco tiempo después se detuvo el carrito a la puerta de una iglesia, situada en las afueras de la población, donde el Santísimo está expuesto constantemente. Entre el mozo y unos pobres que estaban a la puerta le colocaron las muletas bajo los brazos, y medio arrastrando, le metieron en la iglesia.

Lleno de curiosidad me acerco a uno de los pobres y entablo el siguiente diálogo:

—¿Conoce usted a ese pobre anciano?

—Sí, señor; hace varios años que viene a esta iglesia diariamente.

—¿Y por qué no lo traen en un carrito más cómodo?

—Porque es muy pobre y un carrito mejor le costaría mucho más, y el pobre señor no puede con tanto gasto.

—¿Tan pobre está?

—Tanto, que viste mal y come peor, para pagar a quien le trae a hacer esta visita.

¿Admitirá alguna limosna?

— Pienso que no.

Entro en la iglesia, y junto a una columna veo a mi buen hombre de pie apoyado en sus muletas contemplando al Santísimo, como extasiado, y con el rostro inundado en lágrimas.

¡Cuántos que pueden ir a hacer una visita al Santísimo en cómodos autos y coches no van! pensaba yo.

¡Cuánto me enseñó a mí este pobre inválido que así buscaba el consuelo en Jesús Sacramentado, que sólo puede darlo sólido y verdadero!

M. C., Congr.

¡Pobres ricos!

Murió el pobrecito mendigo en una estrecha y mal oliente bohardilla, que por cinco pesetas al mes le cedía un vecino; murió muy contento después de haber recibido con mucha devoción los últimos Sacramentos; y mientras los vecinos disponían su entierro, su alma, que estaba en gracia, fué al cielo. Ya en sus puertas llamó, y sin ninguna dificultad fué recibido por San Pedro. Entró y vió allí algunos pobrecitos que había conocido en el mundo, y, como premió a las calamidades que habían sufrido, gozaban entonces de la presencia de Dios. Nuestro pobrecito estaba asombrado de lo que veía y de lo alegres que todos estaban y no cesaba de dar gracias al Señor por haberle permitido entrar en aquella mansión. Allí vió a todos los Santos que habían sido sus abogados, cuando él vivía en la tierra, y que en aquel momento le miraban complacidos como diciéndole: «¡Bien pasados están el hambre, el frío y la soledad que sufriste! ¡Cuánto mejor te ha sido ser pobre!»

Encontró también a muchísimos niños y jóvenes, y sobre todo, incontables pobres.

La vida en el cielo se pasaba muy bien; siempre contentos, siempre alegres, sin ningún género de tristeza ni aburrimiento.

Así las cosas, cierto día se vieron sorprendidos los bienaventurados por una gran algazara que del lado de la puerta se levantaba... un gran número de ángeles se dirigía hacia la entrada; deliciosa orquesta lanzaba al aire las notas de una marcha triunfal, resonaban cánticos de alegría, vítores, aplausos; todo hacía suponer que algún acontecimiento se festejaba. Atraídos por las músicas y los cantos se aglomeraron en las puertas los moradores de la casa celestial, e intrigados se preguntaban: ¿qué será? ¿entrará quizás algún Santo? ¿por qué se organiza esta fiesta? Se hacían estas y parecidas preguntas, deseando satisfacer su curiosidad.

Pronto averiguaron la causa: todas aquellas músicas, todos aquellos cánticos y aquellos vítores y aplausos se dirigían a un rico potentado que no se había envanecido de sus riquezas y había sabido darles muy buen empleo; había sostenido y dejado grandes rentas para habilitar a los Misioneros y convertir así muchos infieles; había empleado su talento en hablar y escribir por la gloria de Dios y sus altas influencias en favorecer a los católicos. Y por todas esas cosas había merecido entrar en el cielo.

Pero aquellas demostraciones de alegría por su entrada dieron lugar a que los pobrecitos que allí estaban comenzasen a murmurar y a decirse unos a otros: «¡Toma! pues resulta que aquí también hacen distinciones entre pobres y ricos.» «A nosotros nos recibieron bien, es verdad, pero no hubo este aparato.»

Estas murmnraciones se fueron extendiendo y llegaron a oídos de San Pedro, quien enseguida dió fin a aquellas habladurías y les atajó diciendo: «Callaos, no sabéis lo que decís. ¡No íbamos a festejar esta entrada, si hacía varios meses que no venía ningún rico al cielo!

L. L., Congr.

El baile del oso.

¡Hola, querido Luis! ¡Dichosos los ojos: así exclamaba yo al estrechar en mis brazos a un muy querido amigo, al que hacía tiempo no veía!

—Pues, aquí me tienes de regreso de Italia, donde por negocios de familia he pasado dos años. Quiero que me cuentes cómo os va en mi querida Congregación.

Al hablarle yo de nuestra revistilla FLORES y FRUTOS, se interesó y me contó que aun allí, en Italia, seguía recibiéndola. Entonces yo le propuse que escribiera un artículo; pero él cree que esto es muy difícil (y está en esto muy equivocado); y convinimos después en escribir un artículo *en comandita:* él me daría la idea y yo la explanaría y haría el artículo. Entre otras, contó una cosa muy curiosa: la manera cómo enseñan a bailar a los osos. ¡Es interesante!

Emplean un procedimiento tan ingenioso como sencillo: abren un hoyo en la tierra de unos dos metros cuadrados. Encienden en él una hoguera y colocan encima de ella una chapa metálica. Preparado así se pone al oso sobre esta chapa, impidiéndole salir de ella. El fuego en su acción va calentando la chapa. El oso colocado en ella, nota, como es natural, que sus extremidades se queman y entonces su mismo instinto de conservación aguza su ingenio, y para atenuar la quemazón, prueba de colocarse sobre dos de sus patas solamente. Lo consigue al fin; pero, buscando lenitivo mayor, levanta una de sus patas y después otra y camina y se mueve y parece que baila. Ahí tenéis explicado el origen de su baile fantástico que en nuestros años de niños nos entretenía tanto

¿Aplicación?... muy sencilla. No os parece que el fuego del infierno nos irá levantando del contacto de la tierra? Pensemos en él de vez en cuando.

R. M., Congr.

Un futuro misionero.

Hay en nuestro colegio un chico que da todas las clases con nosotros, y tan malo era antes que jamás pisaba la Iglesia, ni aún los domingos y con cierto orgullo decía que no se había confesado hacía años; por supuesto se burlaba de los Congregantes que allí estudiábamos, tratándonos de beatos y engañados por los curas.

A mí al principio me horrorizaban las blasfemias que decía y me marchaba de su lado; pero después le hablé a otro Congregante y nos decidimos hacer bien aquel muchacho; a quien sus padres habían abandonado y que seguramente, cuando mayor, sería su deshonra. Comenzamos a hablarle del infierno que le esperaba, si seguía con aquellas malas costumbres; en cambio le pintábamos el cielo a donde volaría si hacía una buena confesión y perseveraba después en gracia. Pero, como si tal; él se reía de nuestros consejos, replicaba que no existe el infierno, que nadie lo ha visto, que eso es invención de frailes.

Mi amigo estuvo a punto de desanimarse ante la actitud de aquel joven. Yo, al contrario, cada vez estaba más animado y tenía confianza en que la Virgen trocaría el corazón de aquel pobre joven.

Una tarde, durante el recreo, le cogimos por nuestra cuenta y con tan negros colores le pintamos el infierno, sus llamas y sobre todo tanto le recalcamos la eternidad, que el pobre chico empezó a sentir miedo.

Yo estaba tan entusiasmado, que no encontrando ya otro medio para probarle lo horroroso del infierno, le pedí a un chico su caja de cerillas, encendí una y se la arrime a un dedo, mientras yo en medio de sus protestas le decía: «ni un momento puedes tú resistir la llama de una cerilla; en cambio si te condenas tendrás que sufrir por toda la eternidad unas llamas incomparablemente mayores».

La plática de aquel día hizo su efecto en el curazón de nuestro amigo; tanto que quedó citado con nosotros después de la última clase para que le acompañásemos a confesar.

Fuimos a la parroquia. Yo no cabía en mí de gozo. Casi iba saltando por el camino. Allí ayudamos cuanto pudimos para que hiciese un buen examen. Se confesó muy bien, y a la mañana siguiente subíamos los tres

Universidad de Deusto
Biblioteca

amigos a dar gracias a la Santísima Virgen de Begoña por el favor que había hecho a aquel joven.

Desde entonces comulga con mucha frecuencia, es nuestro más inseparable amigo y no tardará en pertenecer a la Congregación.

L. A., Congr.

De paso por el Japón para la China.

El P. Tomás Esteban a quien oímos aquí en nuestro Salón el año pasado, nos escribe desde Nagasaki una larga carta, de la que entresacamos estas curiosidades.

«Nos acercamos a uno de los muchos templos paganos y pudimos ver lo que había, aunque sin entrar porque no queríamos descubrirnos, ni tampoco descalzarnos; pero desde allí vimos a una mujer que estaba sentada en el suelo, tocando el bombo con dos palillos y diciendo al mismo tiempo algunas palabras. Aquel ruido era para despertar al dios Buda, por si estuviese durmiendo y también para alegrarle con aquella música monótona: este ruido del bombo se oye desde nuestro hotel durante casi todo el día.

En el centro del templo, hay como un altar y allí se veían idolillos, faroles, cintas y algunos trozos de vela: por si acaso se duerme el dios, hay quienes dan un par de palmadas con las manos; así lo vi hacer a un hombre en otro templo.

Un poco más adentro se ve una taquilla donde había algunos jóvenes: van allí para sacar por suerte un papel, en que está escrito lo que les ha de suceder en adelante; es como la buena ventura que echan las gitanas en España: si el papel predice buenas cosas lo guardan; si predice cosas desagradables lo colocan en una alambrada que está junto al ídolo y van a sacar otra suerte por cinco céntimos. ¡Cómo se lo creen!

Hay también otra pequeña estatua de bronce en medio de una fuente y junto a ella muchos trapos pequeños: estos sirven para lavar al ídolo, y curarse de sus enfermedades. Tiene uno, por ejemplo, dolor de muelas: va donde está el ídolo, moja un trapo en el agua y con él frota las mejillas del ídolo, para que a él se le quite el dolor. Si otro tiene dolor de cabeza, le frota en esa parte; y si tiene sabañones le trota en los pies. Y preguntará alguno de esos pequeños: ¿Padre, y se cura enseguida haciendo eso?—Nó: y ahí se puede ver la ceguedad de estos gentiles que creen en estas cosas; y lo mucho que vale nuestra fe, con que creemos las verdades que nos enseña nuestra Madre la Iglesia Católica.

Cerca de la casa donde nos hospedamos hay tres templos; uno dedicado a los soldados que murieron en la guerra contra los Rusos; a estos soldados los veneran como a ángeles custodios del reino.

Nos tocó ver otra casa que perteneció al famoso general Nogi (en Toquío). Este general, cuando murio el precedente Emperador, no quiso vivir más tiempo; sino que se mató en su casa para poder acompañar al emperador en la otra vida. ¡Qué ideas paganas; Pues bien, ahora adoran a este general como a un dios, por haber hecho esta acción; y la casa la consideran como sagrada, y es visitada del público.

La catedral de Nagasaki es pequeña, porque también son pocos los católicos de esta ciudad; de 200.000 habitantes solo 1.500 son católicos. Aquí reside el Sr. Obispo con quien estuvimos hablando largo rato.

Hace medio siglo (1865) se edificó esta catedral, y como los japoneses son curiosos acudieron de todas partes a verla, y he aquí que unas mujeres se acercaron al altar de la Santísima Virgen. Apenas la vieron empezaron a hablar entre sí, diciendo en japonés que aquella era la «Santa María Virgen» y como tiene la imagen del niño Jesús entre los brazos añadieron; «ése que tiene en sus brazos es el infante Jesús.» Pudieron hablar con un sacerdote que había allí y le dijeron que ellas eran cristianas, que creían aquello y que tenían la misma fé. Volvieron a sus casas que estaban en los montes y les contaron a sus maridos lo que habían visto en la catedral; y a los pocos días por la noche vinieron los hombres caminando por los montes a ver la imagen de la Santísima Virgen. Vinieron de noche y a escondidas porque había pena de muerte para todo el que fuese cristiano; y así se fueron reuniendo los cristianos que hay ahora.

Entre Nagasaki y Urakoni, está el camino que recorrieron los Mártires en la persecución de fines del siglo XVI; nosotros recorrimos ese mismo camino. A cien pasos a la derecha está el lugar donde martirizaron a 52 cristianos: muchos de ellos de la Compañía de Jesús. Un niño, como algunos de esos Estanislaos, llamado Ignacito sufrió allí el martirio juntamente con su madre y varios PP. Jesuítas.

Pidan al Señor en las comuniones tan frecuentes que hacen, para que algun día merezca también yo recibir el martirio en China».

Tomás Esteban, S. J.

Correspondencia abierta.

Este la entiende.

La última noche del año estuvimos en la catedral adorando a Jesús Sacramentado. La misa celebró el Sr. Obispo de Madrid-Alcalá; también estuvimos en la Adoración la noche de Navidad. ¡¡Qué buenos ratos se pasan acompañando a Jesús!!

Le ruego me mande dos huchas para recoger dinero para los pobres chinitos; ya le mandaré algo para los chinos de mis aguinaldos.

Todos los días voy a comulgar y a oír misa.

J. S., Congr.



Núm. 55.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º Febrero de 1918

Nuestro drama
«El Soldado de San Marcial».

Éramos unos 20 los que estas vacaciones de Navidad, en tranvía o andando, hacíamos nuestro viajecito diario a la Universidad de Deusto para hacer nuestros ensayos.

Era cosa de vernos a la salida: nos desafiábamos primero con la mirada y después a bolazos con la nieve. Los protagonistas de estas batallas eran siempre los mismos. Comenzaban dos o tres, los demás nos dividíamos con unos o con otros, según las simpatías más íntimas, y hasta tanto que el suelo que pisábamos quedaba completamente limpio de nieve o uno de los bandos pedía la paz, no cesaba el tiroteo.

La víspera de la representación no teníamos ganas de jugar. No podíamos quitarnos la pesadilla del miedo. La mayor parte era la primera vez que se presentaban en escena: íbamos todos acurrucados en nuestros asientos del tranvía, repasando nuestros papeles.

Yo soñé aquella noche, que mientras estábamos representando nuestro drama *El Soldado de San Marcial*, uno se cortó, no supo continuar; los demás nos atolondramos; y la gente aburrida nos abucheó.

Gracias a Dios en nada se pareció la realidad al sueño.

El día de Reyes, a las cuatro y media, cuando el precioso Salón de Actos de la Universidad presentaba un aspecto brillante, nosotros entre bastidores hacíamos por ahuyentar el miedo, encomendándonos a la Santísima Virgen. Antes de salir al escenario, instintivamente todos nos santiguábamos; y me convencí una vez más de que es muy grande el poder de la señal de la Cruz; pues el giro que tomaba la representación no podía ser más satisfactorio.

Nadie se cortó, como yo lo había soñado; todos salimos airosos y la gente salió divertida del salón; y hubo bastantes que se pasaron la función sollozando, conmovidos por las peripecias del drama.

Más que triunfo nuestro lo fué del que estaba oculto entre bastidores, del P. Olavarrieta, que nos preparó, con su incansable paciencia y hombría de bien.

Y para completar la fiesta, el coro de Congregantes lució sus voces con muy bonitas piezas; y en uno de los entreactos, un guitarrista afamado nos demostró que la guitarra es de los más completos y entretenidos instrumentos.

En suma, que hacemos votos para que se repitan estos actos tan entretenidos y morales, que contrarresten en lo posible los espectáculos libres que aquí ya tanto abundan.

J. L. C., Congr.

Pastillas de Carnaval.

Dos grandes armarios con puertas de cristal que dejaban ver grandes frascos llenos de no sé que ingredientes; una espaciosa mesa de mármol cubierta de botellas, embudos, tubos y retortas; unos cuadros con clasificaciones y con muchas cifras que cubrían las paredes: este venía a ser el mobiliario de la sala-laboratorio, en que nuestro famoso químico desplegaba gran actividad estos días de Carnaval.

Notábase en todo gran desorden: frascos abiertos, embudos encajados en botellas, cajas de todas hechuras; en fin, todo indicaba que en aquel laboratorio se iba a trabajar en grande...

***

Acababa el reloj de dar la última campanada de las ocho, cuando el Doctor entró en el laboratorio.

Su primer cuidado fué despojarse de su abrigo y americana y ponerse su larga y blanca blusa. Luego retiró a un lado de la mesa algunos frascos y colocó en su lugar un gran matraz.

Un golpe seco en la puerta de cristal, turbó el silencio de aquel recinto; el Doctor sin ex-

Universidad de Deusto
Biblioteca

trañarse, como si esperase al que llamaba, se dirigió a la puerta y dejó paso franco a un joven. También éste, después de saludar al Doctor, con un cariñoso—¡hola, tío!—, se armó con su blanca y ancha blusa, dejando al descubierto sus robustos brazos.

Sacaron de una caja algo así como harina y la echaron en el gran matraz y encima bastante agua; luego el sobrino añadía cucharadas de líquidos y de polvos de todos colores, mientras el tío revolvía constantemente aquella masa.

—Yo creo, decía el doctor, que estas pastillas que van a salir de aquí, van a tener muy buen despacho; y dejaba asomar entre sus labios una ligera y maliciosa sonrisa, mientras seguía batiendo la masa que iba quedando cada momento más espesa. Trae aquel frasco.

—¿Este?

—Sí, ése. ¿No dice el rótulo *desvergüenza*? Echa aquí un par de cucharadas. De ese otro de esa esquina, siguió el doctor, echa tres cucharadas, que eso influye considerablemente en los efectos de la pastilla. Sí, de ese que se titula *desenfreno*... Y al derramar el joven aquellas tres cucharadas, el doctor sonrió con marcada complacencia, y siguió batiendo, batiendo la mezcla.

¿Ves aquel frasco grande que tiene un licor muy fétido?... Bájalo.—Sí, ese que se llama *impureza*. Echa tres o cuatro cucharadas, que eso le dará a todo un tinte muy verde.

—Y aquel licor rojo, exclamó el joven, que empleamos el otro día para aquellas pastillas que damos a chicos y grandes antes de confesarse, ¿no servirán para éstas que estamos haciendo?

—¡A quién se le ocurre!, exclamó el doctor incomodado. ¡Echar aquí *vergüenza*! Nó, hombre, nó. ¡Cualquier día echo yo ahora *vergüenza*, para contrarrestar la *desvergüenza* que hemos echado antes! A poca que echásemos, quedaban desvirtuadas nuestras pastillas. Acerca, en cambio, esa cajita negra; ábrela y echa esos polvos. Son de *tontería*, da vuelta a la caja; échalos todos, que arriba quedan más. Con eso entontecen más y más, en los Carnavales, los que son tontos de ordinario.

—Y ¿cómo llamaremos a estas pastillas?...

—Pues, *pastillas de Carnaval*. Ya tengo pensado dónde pondremos los puestos para venderlas. Desde luego en todas las taquillas de los cines y teatros. Ahí será el negocio principal. En las puertas de todos los locales donde haya bailes, aunque sean de los encopetados, y en el paseo principal, sobre todo a ciertas horas, se venderán también muchas. Allí pondremos varios puestos. Y se frotaba las manos aquel misterioso doctor, mientras el joven ayudante colocaba el matraz en un hornillo de gas para que hirviese la masa.., luego la apartó del fuego para que se enfriase lentamente... ¡cientos de pastillas hicieron tío y sobrino de aquel repugnante amasijo!...

El despacho va a ser este año mayor que el pasado, pues hay más dinero (aunque también hay muchos que se mueren de hambre); pero, el toque está en que las paguen bien los aficionados a mascaradas. Nada, que cuando aumenta como ahora el dinero, aumenta en los hombres el deseo de lucirse, mejor dicho, de lucir la tontería y la desvergüenza en cines, teatros y paseos.

Así hablaba aquel doctor, que no era otro sino el mismo *demonio*, a su ayudante y sobrino el *mundo*...

¡Y que no están duchos el uno y el otro en revolver los brutales apetitos de la *carne!*

Ojo, señores ¡a no comprar de esas pastillas! ¡miren que salen muy caras!

J. L. C., Congr.

Dos pescas.

Vino este verano a visitarme un amigo mío que vivía cerca del puerto donde yo veraneaba. Todo le sorprendía, hasta las calles; porque nunca había visto calles como aquellas, escalonadas una sobre otra y con las bajadas al puerto tan pendientes.

Bajamos por una de éstas y enseguida nos encontramos en el mismo puerto.

Curioso mi amigo, como lo somos todos los chicos, me hizo mil preguntas: ¿Para qué son esas lanchas? ¿por qué hay tantas de esas grandes y sólo dos pequeñas? ¿qué buscan con esas redes? ¿cómo las echan? ¿cómo las recogen?, etc., etc.

Seguimos andando por el muelle que defiende al puerto de las olas y seguía él con sus preguntas y yo tan satisfecho al contestarle a todas.

Una vez en la punta del muelle nos sentamos contemplando al mar, y aun allí continuaban sus incesantes preguntas. Reparamos en unos pescadores de caña que estaban sobre unas peñas a la vuelta del muelle; y que con mucha frecuencia levantaban las cañas con un buen pez coleteando. No nos cansábamos de mirarlos. Otro tanto, le dije a mi amigo, les ocurre casi todos los días y en esas mismas peñas.

—Y ¿por qué será que al pie de esas peñas hay siempre peces?, me pregunta mi amigo.

—Pues nada más natural: la corriente lleva allí todos los restos y porquerías que echan al agua, y como allí forma la corriente un remanso, allí quedan y allí van los peces y allí van detrás los pescadores, que bien saben dónde está la pesca y qué horas son las mejores.

***

Esta conversación recordaba yo el otro día y se la conté a un congregante muy listo y muy amigo mío.

—Sabes que viene bien la tal pesca, me replicó, para lo que sucede en teatros y cines y en muchos paseos. Esos son como los remansos a donde van a parar las heces de muchas miserias morales: allí va la gente, como los peces, a alimentarse de aquellas inmundicias; y van también allí los pescadores, que son los demonios, a tentarlos y pescarlos como a peces bobos

Sólo que hay una diferencia; que allí en el puerto veías a los pescadores y no a los peces que estaban dentro del agua; aquí, en los cines y en muchos paseos, es todo lo contrario: ves a los bobos de los peces y no a los pescadores.

¡Ay si a esos pescadores les vieran los peces!; no se dejarían coger tan fácilmente!

M. A., Congr.

El primero y el último disfraz.

Miguel y Ramón eran chicos como nosotros. Alegres, un poco traviesos, y así y todo bastante buenos... Pero los dos, como vosotros y como yo, cojeaban de un pie... A Miguel le gustaba echárselas de hombre... Le entusiasma la idea de pasar de la categoría de niño... y Ramón que tenía poca voluntad para resistir las proposiciones de su compañero, aunque fuesen impropias de un niño y aún de un hombre recto, acabó por hacer todo lo que se le antojaba a su compañero.

***

Cierto día Miguel y Ramón salieron del Colegio más contentos que de costumbre. ¡La cosa no era para menos! Era la víspera del Carnaval y tenían por delante tres días de vacaciones. Como estas gangas se encuentran pocas veces, iban los dos amigos camino de sus casas, combinando planes para divertirse en grande aquellos días. Ramón proyectaba una gran excursión en bicicleta a casa de unos tíos suyos que vivían en una aldea cercana, para descansar allí un día y volver al siguiente con toda calma. Aquel programa le pareció muy soso a Miguel.

—Mira Ramón, le dijo, yo creo que este año debiéramos hacer lo que hace mi hermano mayor... ¡¡Disfrazarnos!!...

—Pero, repuso Ramón, a quien la idea de Miguel le había parecido un disparate, si se enteran en el Colegio nos expulsarán... además que el disfrazarse no debe de ser de muy buenos cristianos...

—Ba, ba, ba... ¡Esas son músicas y tonterías que sólo a tí se te ocurren... Haz lo que te digo y verás cómo nos divertimos.

Y Ramón, acostumbrado a obedecer ciegamente a su amigo, prometió alquilar con sus ahorrillos un magnífico traje de Pierrot.

***

Al día siguiente, en cuanto terminó de comer, Ramón se despidió de sus papás, diciéndoles, no sin morderse los labios de vergüenza, que iba al Colegio a jugar a la pelota. Salió de casa, recogió su disfraz y con él debajo del brazo, con mucho miedo de que supiesen lo que llevaba, se dirigió a la casa de su amigo, que era el sitio donde pensaban disfrazarse. Allí le esperaba Miguel. Empezaron a vestirse, no sin alguna dificultad, pues los dos trajes eran bastante grandes. Sobre todo el pantalón de Miguel, ni aún subiendo la cintura hasta cerca de los hombros le quedaba bien. Por fin pudo recogerle con un imperdible, y con su saco de confetis y su látigo y sus flamantes caretas, los dos amigos se lanzaron a todo correr por las escaleras, ansiosos de realizar las hazañas que habían proyectado. Cuando salieron a la calle, Ramón se detuvo instintivamente. Creyó que todo el mundo le miraba, le conocía, le señalaba con el dedo... a punto estuvo de echarlo todo a perder... Pero Miguel que comprendió enseguida la turbación de su compañero, le cogió por un brazo, y echándole en cara su cobardía, le animó a seguirle. Corriendo, gritando como dos energúmenos, se dirigieron al paseo de coches, y cuando allí llegaron... Ramón ya no tenía miedo... ni vergüenza... Sobre todo vergüenza... que a las máscaras les suele estorbar mucho.

***

El paseo estaba rebosando animación. Las largas filas de coches y automóviles, envueltos en una nube de polvo, iban arrastrando largas estelas de sucios papeluchos que sus alocados ocupantes se encargaban de amontonar.

Miguel y Ramón habían asaltado casi todos los carruajes... Sólo les quedaba uno y había que subir a él para dar broma... Era un lujosísimo coche, tirado por un tronco magnífico... Ramón le esperó y cuando estuvo cerca, agarró fuertemente la portezuela, se afianzó bien en el estribo y saltó dentro. Miguel quiso hacer lo mismo por el otro estribo; pero al dar el salto se le enganchó el pantalón, (que cada vez se le iba quedando más flojo), resbaló y cayó al suelo. En aquel momento un automóvil, que por circular en el paseo central iba a bastante velocidad, se le echó encima, y aunque el mecánico frenó rápidamente, no pudo evitar el que Miguel fuese atropellado. Ramón que todo lo había visto, corrió en auxilio de su compañero, que dando alaridos de dolor se retorcía entre las ruedas del automóvil...

Cuando Ramón vió a su compañero tendido en el interior del mismo automóvil que le había atropellado, con la cara descompuesta y lívida... gimiendo sordamente... con el Pierrot destrozado... lleno de polvo y salpicado de sangre... sintió tanta repugnancia a aquel traje grotesco que llevaba, que le rasgó con rabia... prometiendo no volver a ponérselo jamás.

***

Tres meses más tarde, Ramón y Miguel, que salvado de la muerte por milagro, salía a la calle por primera vez, se encaminaban hacia un santuario de la Virgen, ansiosos de postrarse a sus plantas y darle gracias... Miguel, porque había salvado su vida... los dos porque habían comprendido el aviso que Dios les había enviado...

¡Qué terrible debe de ser, decía Ramón a Miguel mientras marchaban, el que antes de que los médicos quiten al cuerpo la máscara de tela que le envuelve... haya Dios despojado al alma de la máscara de hipocresía, con que la disfrazamos a los ojos del mundo!

R. S., Cong.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Una lección de mi Colín.

Era una hermosa mañana, y yo, sin saber que hacer, estaba sentado en una extensa pradera mirando al despejado cielo. De pronto veo aparecer a lo lejos a mi *Colín*, gracioso perrito, suelto y corretón como una lanzadera, listo como una ardilla, de color canelo con dos motitas blancas encima de los ojos.

Al verle se me ocurrió una idea para pasar el rato, de la que saqué bastante provecho para mí mismo.

Quise probar el talento de mi *Colín* del siguiente modo: subí a casa enseguida y cogí un hueso que pinté de rojo vivo y un pedacito de carne; volví a la pradera y los puse encima de un tronco que allí se hallaba. *Colín* al verlos, sin dar paz a la cola, empezó a bullir y a rebullir y hacer la rosca al tronco y muy especialmente a aquellos manjares que tanto le atraían. En medio de esta alegría, mi *Colín* se paró, pues se le ofrecía un problema que tenía que resolver y era el siguiente: los dos pedazos no podía cojerlos al mismo tiempo; pues estaban bastante separados... ¿Cuál cojerá el primero?..., y después de mucho pensarlo, empieza a saltar, se pone en dos pies como un mono, se lame la cara, está para saltar, da otra vuelta, se vuelve a lamer, da otro salto y al fijarse en aquel hueso tan rojo y tan fresco, le prefiere y le agarra entre sus colmillos.

Así probé yo la inteligencia de mi *Colín*, y no sólo lo suya, sino la de otros muchos, los cuales, como mi *Colín*, están pensando y volviendo a pensar a dónde irán, dónde se divertirán más; y sin discurrir más que mi *Colín*, allí se lanzan, y no escarmientan ni después de muchos desengaños: no se persuaden que son huesos pintados lo que nos ofrecen los anuncios de cines y teatros.

Y ¡ojalá no estuviesen como lo están hoy en día, además de pintados, envenenados!

M. C., Congr.

Hay muchas charcas.

No te fíes de las apariencias, le decía yo el otro día a un amigo, a propósito de un desengaño que le había dado un *amiguito* suyo, a quien había prestado cinco pesetas, las mismas que el tal negó haber recibido después que se las hubo jugado y perdido. ¿No me decías que, aunque no iba a la iglesia como otros, podía ser tan bueno o mejor que ellos?

—Y sigo pensando como antes.

—Pues sigue prestando a esa gente que no va a misa y verás cómo te luce el pelo con los intereses que cobres. No le des vueltas, el que no guarda los tres primeros mandamientos, tampoco guardará los demás; que el que no respeta al Rey menos respetará a sus criados. Eso sí, procuran cubrir las apariencias; pero de las apariencias no pasan.

Ya te habrás fijado en lo que sucede en las charcas; antes de revolverlas parece que está el agua limpia, clara... Revuélvela un poco, enseguida cambia de color, se llena de burbujas y no se puede estar allí de mal olor.

¿Y sabes cuándo se suelen revolver más las charcas de un pueblo? pues ahora, en este tiempo de Carnavales. Encontrarás personas que durante el año parecen muy formales; sólo los que los conocen a fondo saben lo que ocultan esos tales bajo tan irreprensibles apariencias...

Pero a tiempos, como este de Carnaval, se revuelve aquella agua estancada de sus pasiones, y huelen... ¡pues a lo que necesariamente han de oler, a podrido! aunque vayan cubiertos de seda.

¡Lejitos de esas charcas, que son los malos amigos!

J. M. L., Congr.

¿Horrible casualidad, o justísima providencia?

Hace unos 35 años, en cierta ciudad de España, célebre entonces por su inmoralidad y odio a las Ordenes Religiosas, hubo quienes quisieron burlarse públicamente de la Religión y poner en ridículo a los religiosos en uno de los días de Carnaval.

Para esto, organizaron una procesión, parodia sacrílega de las de Semana Santa, que recorrió las calles de la ciudad, tomando parte en ella los más desvergonzados y libertinos mozalbetes.

Nada faltaba allí: la cruz, los fieles con las hachas y hasta andas con Santos, que no eran otros sino jóvenes de los más descarados con hábitos de distintas Ordenes: Capuchinos, Dominicos, Cartujos, Carmelitas... Iban con los brazos cruzados y con la cabeza baja, burlándose así del modesto y sencillo porte de aquellos a quienes representaban.

Era de notar la gran afluencia y bullicio de los espectadores y la gran satisfacción y alegría que experimentaban durante aquel acto tan sacrílego. La animación en los balcones era extraordinaria. En uno de ellos estaban una señora y un caballero que esperaban con regocijada curiosidad el paso de la procesión.

El primer Santo iba vestido de Carmelita: verle el caballero y enfurecerse fué todo uno; y bien porque le cegara el demonio, bien porque perturbaran su imaginación el odio y rencor que profesaba a los religiosos, el caso es que, permitiéndolo Dios, cree que aquel mamarracho es verdaderamente un fraile; entra dentro, coge una escopeta y a pesar de todos los esfuerzos de la señora para detenerle y hacerle entender que aquello no era sino una farsa, una broma, apóyase en la barandilla, apunta y dispara. Desplómase el fingido santo desde las andas al suelo, fórmase en derredor un charco de sangre, amotínase la gente, y óyese gritar en todos los tonos ¡ha muerto! ¡ha muerto!...

A poco llaman en casa del caballero y de la señora, que atónitos de espanto reconocen en el muerto a su propio hijo... La justicia arranca al parricida de los brazos de su esposa y le deja en su lugar el cadáver de su hijo.

¡Qué verdad es que Dios es de mucho aguante, pero no para siempre! Una eternidad tiene para castigar, y por eso espera tanto; pero aun en esta vida, ¡qué pesada tiene la mano cuando la sienta sobre el pecador!

M. C., Congr.

FLORES y FRUTOS

Núm. 56.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° Marzo de 1918

Otro hermano nuestro en el Cielo, congregante en Santander



Cuando el día de San Estanislao, terminada la función solemne de la tarde y dejadas en su puesto las medallas, decía el P. Director al verlas un tanto en desorden, «dejadlas, que ya las arreglará otro día Girón»; no contaba, ya se ve, con que aquellas cintas, mejores que las que suelen emplearse en los días ordinarios, no las había de volver a ver el servicial y activo congregante y habían de usarse en la inmediata vez por causa precisamente del mismo Girón, con motivo de su entierro. Aquel mismo día, el celador del coro 12, el presidente de la recién fundada sección de las Misiones, uno de los cantores más asiduos y constantes de la Congregación, aquel compañero alegre, fino y delicado del Colegio de San Luis Gonzaga, mi inolvidable y queridísimo amigo, José Antonio Girón Ribalaygua cuía enfermo. Había asistido por la mañana a la Comunión, había cantado en el coro: *Jesús me muero, Jesús vivir no puedo;* todavía me parece estarle oyendo junto a mí con aquella su voz clara y trasparente. Pero a la tarde ya no pudo ser, se sintió mal, le dolía mucho la cabeza y quedó en casa, avisando, eso sí, al P. Director de que se hallaba enfermo. Enfermo continuó, aunque con alguna aparente mejoría de cuando en cuando; agravóse la enfermedad, sobrevinieron complicaciones, pasaron aquellos 46 días de cama en que tanto tuvo que padecer, sobre todo los últimos 25, y, ya lo he dicho, aquellas medallas y cintas todavía no ordenadas, pues las había de ordenar Girón, hubimos de ponérnoslas los congregantes la víspera de la Purificación y primer viernes de Febrero, cuando a las doce del mediodía y a un lado y a otro de la carroza fúnebre acompañábamos a nuestro amigo y congregante al cementerio. ¡Virgen Santísima!, si tú nos le has llevado, en tu derecho estabas ciertamente, que tuyo era a la verdad y te pertenecía, como te pertenece y es también tuya esta Congregación y sus frutos todos; mas no extrañes tampoco nuestra pena al ver que en el Colegio, en la Congregación, en su casa, no contemplamos, como antes, al amigo verdadero, al congregante ejemplar, al hijo cariñoso y obediente. ¡Cuántas cosas pudiera yo narrar de cada uno de estos puntos! pero me han recomendado sea breve y voy a serlo.

El amigo verdadero.—¡Había que ver a Girón, como yo le ví muchas veces, cuando por no sé qué misterioso atractivo reunía a su alrededor una nube de palomas!... Pues con ese mismo no sé qué, atraía a su amistad a muchos niños del Colegio y los llevaba a donde quería, a unos a que se hicieran congregantes, a otros, faltos de instrucción religiosa, a que se presentasen a quien les enseñara el Catecismo.

Universidad de Deusto
Biblioteca

No puedo detenerme en citar hechos: lo que no omitiré es que a sus buenos padres siempre los tuvo, como si dijéramos, por sus amigos más asiduos, los acompañaba en casa y en el paseo, y de ellos aprendía a evitar las ocasiones y los peligros; y si a veces iba con otros amigos, siempre cuidaba que fueran de su edad y además que se cumpliera el aviso de la Congregación de que los congregantes vayan siempre y únicamente con congregantes.

El congregante ejemplar.—Basta considerar los cargos que, como hemos indicado, tenía en la Congregación, para convencerse de que era ejemplar acabadísimo de verdaderos congregantes; y eso que allí no se dice que estaba señalado, aunque tan joven para formar parte de la nueva Junta; y eso que también se calla que era como la persona de confianza del P. Director, a quien acompañaba en las visitas; y eso que ninguno como él cumplía, y tampoco queda dicho, aquello de presentarse con puntualidad al Padre; pues no ya de quince en quince días, como está mandado, sino todas las tardes se le acercaba, llegando a ser muy cierta aquella frase que varios congregantes alabándole, repetían el día en que murió: «Girón, siempre junto al Padre»

En una de estas ocasiones en que se hallaba junto al Padre en compañía de otros congregantes, fué cuando dijo: «cuéntenos algo de Misiones, a mí me gustan mucho estas cosas»; por lo cual y por la avidez con que leía *El Siglo de las Misiones*, con otras muestras que dió sobre lo mismo, fué nombrado Presidente de esta sección, cargo que empezó a desempeñar con grande esmero. El tener aquella voz tan fina y agradable no era mérito propio, sino don de Dios que le había concedido lo que no a todos concede; pero el cantar y estar bien en los ensayos y hacer que otros con su ejemplo lo estuviesen, no se puede negar que se debía a él y que valía mucho. Algo falta hoy aquí, decía un día el P. Director, al ver que alborotébamos algo más de lo ordinario.—No Padre, dijo una voz, usted quiere decir que sobra ¿no es verdad? que sobra ruido.—Eso también es verdad, contestó aquel, pero quiero decir que no está Girón, pues si él estuviera, habría, a lo que creo, más formalidad y empeño.

El hijo cariñoso y obediente. Dejando en este punto muchas cosas, voy a fijarme solo, y eso muy someramente, en uno de los frutos de ese cariño y obediencia de Girón para con sus padres, que es la piedad. Todavía era muy pequeño, cuando en compañía de una hermana suya y llevados ambos por su madre, iban de paseo a las afueras, y deteniéndose en el sitio que más les acomodaba, rezaban de rodillas el Rosario. Mira, mamá, decía a veces José Antonio, no te parece que allá en el cielo se ve a la Virgen que nos mira al tiempo que rezamos? Algo mayor, esto es, a los siete años, le enviaban sus padres al catecismo, y él obediente, jamás faltaba; y a las dos y media, se le veían los domingos aguardando le abriesen el local de la catequesis. El 21 de Mayo de 1914 hizo su primera Comunión.

Por entonces debió de ser cuando preguntando un día su madre en casa, para qué estábamos en este mundo, él luego contestó: «para sufrir mamá, para sufrir». ¡Pobre inocente!, no sabía lo que le aguardaba, no sabía los dolores tan intensos que había de padecer en su postrera y también primera enfermedad, que otra no tuvo. ¡Virgen Santísima! decía al verse de aquel modo, quitadme estos dolores, porque me duelen los ojos, me duele la cabeza, me duelen los brazos, me duelen las piernas, en una palabra todo. Frótame, decía otra vez a su mamá, pidiendo el agua de San Ignacio, frótame aquí, en la nuca, me duele mucho la nuca. Después de recibida la Extrema-Unción todavía se le oyó decir con claridad: Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Finalmente, las últimas o casi las últimas palabras que dijo, tal vez sin conocimiento, fueron: Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía.

Descanse en paz mi amigo y compañero de colegio.

Manuel Soto, Congr.,

Nuestro último concurso.

Nos llevaron a nuestras casas con un número extraordinario de «Los Doce Apóstoles» un concurso que trataba de las Misiones, en especial de las actuales de la China.

Para hacernos esta vez más fácil acertar con las respuestas, nos decían al final de la pregunta la página donde estaba contenida aquella cuestión.

La primera, que era la más principal, decía así: *¿Qué es lo mejor que yo puedo hacer por las Misiones, mejor aún que darles algo de mis ahorros?* Claro está que lo mejor de todo es pedir al Señor por aquellos infelices y que les envíe Misioneros y se conviertan.

La segunda: *¿Qué es lo más urgente y lo que conviene más para la conversión de la China al catolicismo?* No quedaba duda leyendo las páginas 4.ª y 5.ª: tienen que empezar los Misioneros por formar escuelas y llenarlas de niños, que se eduquen cristianamente. Los mayores son mucho más difíciles de convertir en todas partes.

¿Qué es lo que más puede contribuir para educarme bien, o lo que es lo mismo, para dejar de ser caprichoso? era la 3.ª pregunta. Lo que nos educa y nos doma, como mucho nos lo repiten, es el sacrificarnos, el dejar de hacer aquello que mucho apetecemos; y en este caso de las Misiones es negar nuestro gusto y ofrecer ese disgusto por ellas.

La 4.ª venía a decir lo mismo con otras palabras: *Qué debo yo sacrificar y encerrar en mi «Hucha de Misiones» más aún que mis perrillas?* Mis caprichos, esos se han de encerrar antes que mis perrillas.

Pocos han dejado de acertar con la última. *Cuando me privo de algo para dar a las Misiones ¿quién sale más favorecido, las Misiones o yo?* Yo, contestan todos; y muchos dan la razón o razones que no se les pedía. «Porque los niños bautizados con mis sacrificios, rogarán por mí en el cielo; porque gano yo muchos méritos, dicen otros; porque el que salva un alma salvará la suya; porque quedo muy contento cuando doy algo y me sacrifico.»

J. L. C., Congr.

Por qué fué tan valiente

San Francisco Xavier.

Nos encontramos en los tránsitos de una de las más antiguas y célebres Universidades del mundo, la Universidad de París. Una multitud de jóvenes estudiantes, alegres y bulliciosos, entretienen su rato libre en hablar hasta por los codos de todo lo decente y no decente; mucho más de esto último; pues la mayoría de los allí reunidos revelan en sus rostros y en sus conversaciones, que se hallaban infectados por los muchos vicios que dominaban a París en aquella época. Por esto descuella tanto un joven de distinguido porte, aspecto simpático y agraciado, de mirar recatado y modesto, que sin preocuparse más que de los libros, forma como una sociedad aparte de la de aquellos corrompidos compañeros: es Francisco Javier, hijo de una noble familia de Navarra, que habiendo ido a París con el objeto de alcanzar renombre en las ciencias, no sospechaba en aquel momento el grandioso destino al que Dios le tiene escogido.

Cuando más enfrascado estaba en el repaso de sus apuntes, se encuentra desagradablemente sorprendido... ¿Por quién creéis? Por un profesor suyo, que ¡quién había de pensarlo! era un malvado y de la peor especie; como que era presa en cuerpo y alma del vicio más feo; y, como suelen ser esos infames, no se contentaba con serlo, pretendía que sus discípulos aprendiesen de él aquel vicio que le consumía en vida.

Pero, Javier le tenía bien conocido y no poco se sirvió, para estar siempre alejado de aquella peste, que tan fácilmente se pega a la juventud de la misma cara de aquel desgraciado: estaba cubierta de una erupción que daba a entender, mejor que muchas palabras, lo que da de sí ese infame y repugnante vicio.

Pues bien, aprendió Javier allí, en aquella abominable cara y más abominable profesor, la lección que debiéramos aprender todos nosotros: a odiar a par de muerte ese detestable vicio de la carne. Y tan bien la aprendió, que nunca se manchó con ninguna falta grave.

Pero, lo que más declara el odio que tenía al tal vicio, es aquel hecho de la vida de Javier, del que yo nunca puedo olvidarme:

Estaba de camino hospedado en una posada y dormía en el mismo cuarto que su compañero de viaje.

En lo más profundo del sueño, se agita con la mayor vehemencia y echa una gran bocarada de sangre.

Al oír aquel esfuerzo imcomprensible de Javier, despierta su compañero; le pregunta lo que le pasa; quiere disimularlo Javier; pero, no puede; e ingenuamente le confiesa que había tenido en sueños una representación fea, y del esfuerzo que hizo por rechazarla, se le había roto alguna vena.

¡Bien entrañado le quedó a Javier la repugnancia al más feo de los vicios, cuando aun en sueños así se defendía de él y lo rechazaba con tanta violencia!

¡Muy bien nos vendría a nosotros tener también delante de los ojos alguna figura repugnante, de muchas que andan por ahí, marcadas por ese bestial vicio; bien seguros de que no nos dejaríamos tan fácilmente arrastrar de él!

Si queremos valer para algo grande, aunque no sea tanto como San Francisco Javier, está visto que tenemos que ser puros; y este gran beneficio le vamos a pedir en su Novena de la Gracia, que empieza el 4 de este mes y acaba el 12.

L. L., Congr.

Lo que vale sufrir.

Acababa de asentar la estrecha mesa, que había traído sobre sus hombros, en la esquina de una de las calles más concurridas el Hermano que acompañaba a San Francisco Xavier en sus predicaciones por el Japón.

En la mano izquierda tenía un pequeño crucifijo donde brillaban los rayos que el sol enviaba, como queriendo animar aquella escena; con la derecha agitaba una gran campanilla, al mismo tiempo que observaba con satisfacción a la gente que le miraba extrañada y se iba apiñando. Ya el concurso era numeroso; el Hermano guardó la campanilla; impuso silencio con el dedo y comenzó a predicar la doctrina de Cristo, todavía del todo extraña, en aquel dilatado imperio.

Todos aquellos japoneses escuchaban en silencio al predicador. Alguno que otro se marchaba, los más curiosos en cambio procuraban arrimarse más a la mesa-púlpito del Hermano.

Todos, hasta los pequeñuelos en brazos de sus madres, miraban al predicador, y las mujeres, que en ninguna parte callan, en voz casi imperceptible, hacían grandes ponderaciones del orador.

En medio de los oyentes, un hombre hace esfuerzos para abrirse paso. Se planta delante del predicador, y consigue atraer con su impetuosidad las miradas de todos. El Hermano ni se había dado cuenta de su presencia, hasta que el recién llegado, con el mayor descaro, le escupió en la cara.

Si entre nosotros es esa afrenta grande, en el Japón lo es aún mayor; pero, con asombro de todos, el afrentado se limpió y siguió hablando sin mirar siquiera a aquel desvergonzado.

Esto sorprendió muchísimo a aquellos ignorantes japoneses, que esperaban ver indignado al predicador, víctima de tan vil bajeza.

Un sacerdote pagano, un bonzo, que presenció aquella escena, se quedó estupefacto y no acertaba a explicarse el proceder del predicador. Le pareció al principio un cobarde; pero lo pensó mejor y se fué dando cuen-

Universidad de Deusto
Biblioteca

tu de que le sobraban fuerzas y valentía para deshacer, si quisiera, a su ofensor.

¿Qué será, se decía, lo que le ha contenido a este hombre para no vengarse de esa tan pública y grave ofensa? ¡Gran virtud tiene la doctrina que éste predica, cuando así le hace sobreponerse y perdonar tamaña injuria!

Siguió así reflexionando y no acabó hasta hacerse instruir bien en la Religión que empezó a admirar en la virtud del predicador.

Recibió al poco tiempo el Santo Bautismo y fué motivo para que numerosos bonzos se convirtieran y con ellos muchísimos más infieles, que llegaron con el tiempo a formar una cristiandad.

¡Cómo bendijo Dios aquel sacrificio y aquella abnegación!

De vengarse, qué provecho hubiera sacado.

J. L. C., Congr.

Nuestra correspondencia con China.

Seguiré refiriéndoles brevemente lo poco que he podido observar en mi entrada en la China.

Desagravio y constancia.

Hablando con el Misionero que esta allí de párroco de Urakami. «Miren Vds., nos dijo, en este mismo lugar en que se halla edificada la Iglesia, hasta hace cincuenta años, o sea antes de la última persecución, se venía cometiendo un horrible sacrilegio, pisoteando la imagen del Crucificijo; porque había un edicto que mandaba a todos los padres de familia ir una vez al año y cometer este horrendo pecado en presencia del Alcalde de este lugar; y nos señaló una casa pequeña donde antes vivía el Alcalde y ahora sirve de escuela para enseñar el catecismo. En reparación de tantos pecados como aquí se cometieron, los cristianos de ahora han levantado este templo para alabar al Señor, allí donde tanto se le ofendió.»

Gran parte de aquellos cristianos, que veíamos cerca de nosotros, cuando sobrevino la última persecución, fueron desterrados del pueblo a distintas partes del imperio; y, quisieron perder sus casas y haciendas antes que renegar de su fe. Permanecieron tres años en el destierro y ahora tienen casas muy pobres con las paredes de barro y el techo de paja.

Pobres niñas.

Un padre de familia cristiana, todo angustiado, se quejaba a nuestro Padre Ministro de haber tenido una gran desgracia en la familia; y preguntado cuál era respondió: «me ha nacido una hija»; y no ha mucho tiempo que en la puerta de nuestra casa dejaron abandonada una criatura: era una niña.

Pobres niños.

En el último día de paseo por las calles de esta ciudad, vi a dos niños que tenían un pequeño anillo en la nariz, a manera de pendiente; llamé la atención del Padre que nos acompañaba y nos dijo: «esos niños están consagrados a algún ídolo; y creen que una cadena invisible llega hasta el ídolo, y éste los sujeta para que no se los lleve el demonio».

Un buen médico.

En medio de esta gentilidad se dan casos que consuelan el alma: ayer nos visitó el señor Lohpa-hong, médico cristiano como hay pocos en China y en Europa.

Tiene este Señor mucha confianza en la medalla milagrosa de la Santísima Virgen y procura darla a los enfermos y a los que están en las cárceles; y hasta ahora todos aquellos que han recibido de buena voluntad la medalla han sido bautizado antes de morir.

Y no se contenta con ser bueno y fervoroso para sí, sino que procura comunicar este fervor a los demás. En cuanto puede, procura hacer siempre las curas en miércoles, viernes o sábados, encomendánse a San José, a la Pasión del Señor y a la Santísima Virgen; oye misa y comulga, y, a veces, ayuna para que le salgan bien las operaciones que hace.

Allí, en su hospital, vimos muchos niños de los que son robados en la región del Norte y al llegar a Shang-hai, la policía se los saca de las barcas en donde los traen escondidos, y los entrega en este edificio para que cuiden de ellos.

Como último triunfo de su apostolado nos contó que, al volver ahora de Pekín, se encontró con una anciana paralítica y muy enferma; la instruyó en nuestra Santa Religión y la bautizó y murió.

Los hay rebeldes.

Pero no se vayan a creer que siempre le sale todo bien, como él desea; porque algunas veces le rechazan el bautismo. Cuando en cierta ocasión iba a bautizar a un pagano, a quien creía suficientemente dispuesto para ello, sacaba el frasco de agua, de que iba siempre provisto para los casos apurados y urgentes, y levantaba la mano para bautizarle, le dió él otro tal golpe en el brazo que le tiró el frasco al suelo. En otra ocasión, exhortaba a cuatro condenados a muerte, a que se convirtieran y se hicieran cristianos: dos de ellos convinieron en ello; los otros dos lo rechazaron. Cuando volvió poco después con un Padre a bautizarlos, los dos rebeldes empezaron a burlarse de sus compañeros y ¡caso triste! vencidos por la vergüenza y el respeto humano, no quisieron ser ya bautizados, y al poco tiempo se ejecutó la sentencia de muerte. ¡Qué desconsuelo ver a estos miserables por una vana vergüenza renunciar al cielo!

T. E., S. J.

Los números 56 a 60 inclusive están a continuación.



Núm. 61.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º Agosto de 1918

¡¡Pobres veraneantes!!

Es la hora del baño, las doce del mediodía. El sol cae de plano calentando de lo lindo y la brisa marina mitiga sus ardores con su frescor agradable.

Bajo un toldo de la playa se solaza un grupo de siete muchachos en traje de baño, ligeramente cubiertos por menudas tohallitas de felpa, contemplando distraídos los festones de espuma que dejan las olas al romper en la caliente arena.

Todos son menores de veinte años, y uno de ellos, el menor, representa escasamente quince.

Es muy bueno este chico y la bondad se halla reflejada en su semblante, en el cual se observa no se qué expresión de inocencia

Los otros no sabemos cómo son. Dos hermanos de Madrid, otro de un pueblo desconocido, otro recién venido de un colegio extranjero y los demás vaya usted a saber de dónde.

Pero en el verano todos, por desgracia, son amigos; unidos por esa intimidad de los pueblos pequeños que hace mirar los unos a los otros como vecinos, como allegados, casi como miembros de la familia.

El jovencito de los quince años ha oído en los días que han pasado ya de verano cosas bien extrañas por cierto, que ha meditado después en sus soledades. Ahora también bajo el toldo habla con gesto picaresco y sonrisa diablesca uno de aquellos de Madrid y el jovencito escucha con mucha atención callando siempre, riendo algunas veces, sin saber seguramente por qué.

De pronto comenzó a animarse el que hablaba y el grupo con él. Gesticulaban y con sus movimientos señalaban un grupito de casetas de baño, donde se reunían las jóvenes.

Lo que hablaba aquel mancebo adornando su oratoria con guiños infames, debió parecer bien a todos y todos se levantaron. El pobre Benjamín del grupo, el más joven, el inocente vaciló un poco calculando la gravedad de lo que sus compañeros proponían; pero al cabo se levantó también.

Rondaron un momento alrededor de las casetas y al fin escogieron su observatorio. Ningún vigilante estorbó el descarado espionaje de los jovenzuelos. Luego, entre grande alboroto de carcajadas y mohines de desvergüenza, comentaba el grupo con algazara el suceso y el que más hablaba era el pequeño. Pero ya no tenía aquel gesto de buen muchacho que le distinguía: su mirada aparecía por el contrario como apagada, sin lumbre, sin brillo ninguno y su sonrisa era distinta de la que antes tenía.

¡Al baño! ¡al baño! gritaron por fin, y al baño se metieron, corriendo, salpicando al entrar a gran distancia el agua salada del mar inmenso.

Pronto se alejaron nadando todos con prodigiosa agilidad y el grupo se fué desparramando poco a poco, confundiéndose unos con otros bañistas y separándose los demás a gran distancia.

Un rato bueno duró el baño. Uno a uno fuéronse vistiendo los mozos y procurando calmar los primeros escozones del hambre con algún churro o alguna docenita de quisquillas del cercano puesto

Nadie echó de menos al pequeño. Habrá ido a comer a su casa. Se estará vistiendo todavía. Se habrá quedado quizá con otros.

Pero el pequeño no apareció por casa. Nadie supo dar razón de él y al anochecer, después de mil preguntas y averiguaciones, todo el mundo presentía una desgracia.

Efectivamente, al amanecer del siguiente día recogieron en la playa el cadáver del desgraciado jovencito, hinchado, horriblemente desfigurado y maltratado por las rocas, triste despojo que el mar devolvía después de consumada su obra... y en los rasgos indecisos y borrosos de su rostro, se veía claramente un gesto imponente de desesperación y de horror.

A. M.ª M., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

¡¡Pobres padres!!

—¡Adiós, Felipe! ¡qué cara de pocos amigos llevas! ¿Te ha ocurrido alguna desgracia?

¡Hombre, desgracia... según se entienda; pero yo creo que lo que a mí me ocurre es desgracia y gorda.

—Cuéntame, a ver si yo consigo aliviar tus penas.

—Me parece que el auxilio que yo pido, no me lo puedes dar.

—¿Pues, quién?

—El Banco España o algún capitalista.

—¡Ah! Entonces ¿es el caballero dinero el que te tiene tan triste y cariacontecido?

—El mismo. Figúrate que al comenzar el año labrador, o sea en la época de la siembra, tuve que comprar semillas, y me encontré que con esto de la guerra había subido de precio casi el doble. Yo, francamente, no contaba con esta dificultad, y de ahí que mis ahorros del pasado año no alcanzasen a la suma que yo precisaba. En este apuro consulté al señor Blas, que es hombre experimentado, y él me aconsejó que fuese a casa de D. Ponciano, ese ricachón que vive cerca del molino y me sacaría de apuros. Así lo hice; pero, ¡ojalá no hubiera seguido su consejo!

—¡Pues qué! ¿no te dió lo que precisabas?

—¡Vaya si me lo dió! pero ¡en qué condiciones! Tenía que devolverle las mil pesetas para la cosecha y además un veinte por ciento por el favor que me hacía, según me dijo el *bueno* de D. Ponciano.

—¿Y aceptaste?

—¡Qué iba a hacer! La época de la siembra se echaba encima y tenía que entregarme en sus manos o morirme de hambre: y acepté.

—Y ¿no has oído que D. Ponciano está gravísimamente enfermo con un cáncer en el estómago?

—¡Y eso qué tiene que ver si tengo que pagarle dentro de ocho días y no tengo ni con mucho la cantidad que le adeudo!

—Pues tiene mucho que ver. Porque figúrate tú que ese hombre al verse en trance de muerte se arrepiente de sus favores de veinte por ciento y no exige más que las mil pesetas ¿qué dirías entonces?

—Diría que era un milagro, porque un milagro hace falta para ablandar un corazón tan duro.

—No desesperes, que en caso necesario, para eso estamos los amigos. Además que si ese señor no cede, ya tendrá su castigo, en este mundo o en el otro.

—¡Hombre, mira quién viene por allí. El señor Cura párroco.

—Parece que trae cara triste; seguro que viene desesperado.

—Buenas tardes, señor Cura.

—Buenas tardes nos dé Dios.

—¿Dónde le han puesto a usted tan triste?

—En casa de un desgraciado que aunque está a las puertas de la muerte, no quiere arrepentirse.

—Ya sabemos quién es, D. Ponciano.

—Ese mismo; ése que, a pesar de todas las riquezas que ha acumulado a costa de los labradores como vosotros, es bien pobre

—¿Cómo se entiende eso? Dice usted que es pobre y que tiene riquezas. ¿Me quiere usted aclarar esto, señor Cura?

—Vosotros sabéis que ese D. Ponciano es rico, muy rico. Pues bien, a pesar de esas riquezas que ha reunido para dejarlas a sus hijos, es el ser más desgraciado de la tierra. Sabréis, porque lo sabe todo el pueblo, que el pobrecillo está enfermo, pero enfermo con enfermedad terrible, con un cáncer en el estómago. En cuanto lo supe tuve propósito de visitarlo para moverle a que restituyese las cantidades que ilícitamente había cobrado. Así lo hice. Fuí esta mañana a su casa y desde que entré pude convencerme de la desgracia que justamente padecían en aquella casa. Apenas llegado a la entrada oí una fuerte discusión mantenida entre los hijos sobre la parte que en la herencia que correspondía a cada uno. Esto me impresionó muy desagradablemente. Entré en el cuarto del enfermo; y éste, demostrando a las claras la contrariedad que mi visita le causaba, me volvió la espalda. No abandoné por eso el campo. Invocando a Dios Nuestro Señor, le exhorté a confesarse y a restituír lo mal adquirido; todo inútil; no había argumento capaz de convencer aquel hombre. Al fin un pensamiento cruzó mi mente y me animó a volver al asalto. ¿Qué argumento mejor que la vida para este hombre tan apegado a la tierra? Así pensé y le dije: «¿Desearía usted recobrar la salud?» Decirle esto y sentarse en la cama, como movido por un resorte, todo fué uno.

—¿Puede usted salvarme? ¿Me puede usted devolver la salud?, me dijo.

—Puedo devolvérsela, pero con un remedio que le costará muy caro.

—Aunque cueste 10.000 pesetas, dijo dando una gran voz.

—Consiste en que vierta sobre la parte enferma grasa de una persona viva. Atónito quedó el enfermo ante proposición semejante. Sin embargo sobreponiéndose a la impresión que le causaba, llamó y reunió en torno de sí a sus tres hijos. Una vez en su presencia, les comunicó mi proposición. ¿Queréis creerme que ninguno de los hijos consintió en hacer ese sacrificio por su padre? Pues, ni por ésas abrió los ojos; ni quiere oír de confesión ni restitución.

—Anda, anda, para que se afane uno en hacer fortuna y luego reciba este pago de los hijos, dijo Felipe.

—¡Justo castigo de Dios a su afán inmoderado de riquezas!.

L. L., Congr.

Excursión a una cueva.

—Hola, Pepe, ¿qué te parece el tiempo?

—Pues nada, chico, que está espléndido para ir por ahí de excursión.

—Y ¿a dónde quieres que vayamos? Hemos hecho ya tantas excursiones.

—¿No podíamos ir a la cueva, a la que fueron el otro día mis hermanos?

—¡Muy bien! ¿Y qué les pareció?

Les gustó mucho: la entrada dicen que es bonita, el techo alto, el piso bueno; así dicen que es todo los diez primeros minutos de marcha; pero poco a poco el techo es más bajo, el suelo más resbaladizo; y lo peor de la cueva, aunque algunos les pareció que lo mejor eran unas muy bonitas estalactitas. Quisieron algunos alcanzarlas y cayeron y se empaparon de agua y se quedaron con las ganas.

Después de otras peripecias y desilusiones como ésta, vieron por fin varias salidas. Tomó cada uno la que mejor le pareció. Mi hermano mayor dice que tomó una que en apariencia no era la mejor. Le valió algunos tropezones, pero al fin salió bien parado a las afueras del pueblo; en cambio los otros por tomar las salidas que les parecieron mejores se encontraron al otro lado del monte.

Aquí se acabó la narración y no tardé en encontrar a mi parecer buena aplicación a lo que pasa en la vida: sin dificultad andamos los diez o doce años primeros de la vida; después el camino va empeorando, pues van creciendo con nosotros las pasiones y luego las tentaciones y desilusiones; cuando en la enfermedad o a la vejez vamos viendo la salida, si no vamos por el camino estrecho de la virtud, salimos donde menos quisiéramos salir, y de manos a boca nos encontramos con... el infierno.

L. M.ª B., Congr.

¡Mi sacerdote!

Encorvada por la edad, el trabajo y las enfermedades, una sirvienta vivía del trabajo de su aguja y de una rentilla que le dejaron sus amos. Trabajaba con la esperanza de dejar un capitalillo suficiente para educar un pobre niño en el Seminario. Su constancia era tan grande como su deseo.

Y era tan poderoso el estímulo, que sobre ella ejercía aquella imagen, siempre delante de sus ojos, de un niño formándose en el seminario piadoso, abnegado y luego sacerdote: «¡Un sacerdote! ¡Un sacerdote! ¡Sería yo tan dichosa que llegase a tener un sacerdote *mío*, un sacerdote, que pidiese por mí y que trabajase con celo por salvar a un pueblo! ¡Oh Dios mío! no me dejéis morir sin que yo os dé un sacerdote».

Tenía ya casi reunida la rentilla necesaria, cuando tuvo una pérdida que vino casi a deshacer sus esperanzas; pero, la imagen de su suspirado sacerdote le dió nuevos bríos; y Dios vino también en su ayuda, pues permitió que varias obligaciones saliesen amortizadas y compensó este beneficio la pérdida pasada.

Cuando un amigo que tenía en el Banco donde estaban depositadas las obligaciones, le anunció su buenaventura y le sacó las cuentas y entendió que tenía ya la renta necesaria, quedó como aturdida; extendió sus brazos y con sus ojos llenos de lágrimas decía gritando loca de contenta: ¡Oh, ya tengo mi sacerdote!

Con su pensamiento realizado murió contentísima y más contenta entraría en el cielo al ver todas sus privaciones y trabajos, tan bien coronados y al dejar en la tierra quien llevara muchas almas al cielo.

A. L., Congr.

Distintas y merecidas suertes.

Entré yo al pueblo, lugar de mi veraneo, uno de esos pueblos costeños del Cantábrico, que no atraen por su hermosura ni por la limpieza de sus calles, sino por la sencillez de sus habitantes.

De las cosas de actualidad que entonces se comentaban, era la principal la suerte de dos administradores. A esto se reduce la historia:

Erase un poderoso hacendado dueño de casi todo el pueblo; su Casa-torre, la más rica del lugar infundía respecto; diríase que el Supremo Hacedor la había colocado junto a la Iglesia para que unidas con los lazos de la concordia se defendiesen mutuamente. A la puerta se hallaba el escudo de la casa, que, al decir de los heráldicos, era el más antiguo de los contornos; las torrecillas que coronaban el edificio, tan gallardas, que con su mudo lenguaje parecían decir al viento: «no te temo» y al mar «te domino» En las mugrientas arcas veíanse repartidos con variada profusión montones de doblones de oro, y sacos de plata; todo parecía contribuír a la felicidad del dueño que era un vejestorio, cuya vida al parecer de todos, no había de durar arriba de unos meses. No tenía hijos ni parientes, en él se acababa el lustre de su familia. Su fabulosa hacienda había de parar en manos de dos administradores a quienes amaba entrañablemente

A uno de ellos, de caracter adusto rígido y soberbio, se le daba un comino en que la hacienda del amo mejorase o empeorase; y se decía «ya me dejará con qué pasar la vida». Pero no se percataba que el amo le seguía de cerca; le tenía ocultamente desheredado y la herencia la tenía adjudicada a su compañero, afable y laborioso que se había ganado las simpatías del amo y de los por él administrados.

Vino a morir el amo y apareció en el testamento único heredero de sus bienes al laborioso administrador, quedando el otro en la calle; en vano se arrenpintió él de su soberbia y presunción, pues lo hecho no tenía ya remedio.

¿Qué otra cosa me dije para mí mismo, hace Dios con nosotros cuando nos designa cierto número de gracias, no ya suficientes sino superabundantes? Aprovechémonos de ellas y procuremos aumentar el caudal; no nos suceda lo que al presuntuoso administrador.

E. B., Congr.

Correspondencia abierta

Un fresquito.

Yo no sé qué contarle, pues lo que sabía mi hermano lo pone; porque hoy no me acordaba de usted y en esto me vino mi hermano y me dijo: Fernando, yo ya he escrito al Padre y, si quieres escribirle algo, allí está la carta; y yo he ido y he escrito esto.

Se despide su congregante,

F. E., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Propagandista práctico.

Pensábamos mandarle alguna fotografía, que mostrara gráficamente la función que hicimos a beneficio de las Misiones.

L. M. B., Congr.

Una barbaridad.

Supongo estará bien, gracias a Dios, pues yo estoy divertiéndome una barbaridad.

A. N., Congr.

Un caritativo ayudante de misa.

Desde que llegué a ésta, el sacristán me dijo: José María, ya quedas encargado, como todos los años, de ayudar a misa. Y yo le contesté que podía ocuparse en sus labores de labranza, que yo con mucho gusto ayudaría a misa.

J. M. I., Congr.

No le llega el tiempo.

Aquí estamos *colosalmente*. Comulgamos todos los días; desde que he venido no he dejado de comulgar ni un solo día, de modo que por ahora va bien el veraneo. Todavía no he estudiado nada; pues no he tenido ningún momento ocioso y aburrido, todos he estado entretenido, pues unos días por la tarde iba a pescar cangrejos y otros estábamos andando en bici, y otros íbamos a jugar a la pelota al pórtico o al frontón.

J. M., Congr.

Sin exagerar.

Aquí la topografía está tan adelantada que a lo mejor va uno por la carretera, se cae en un bache y no se le ve ni la cara.

Anteayer sin ir más lejos, un arriero tropezó con una piedra que era, nada, como un garrafón. Pues tropezó y se rompió la clavícula derecha, y eso que cayó para delante, que si llega a caer para atrás se rompe el tendón de Aquiles y además la quijada.

J. M. G., Congr.

Un curioso saciado.

Cuando bajábamos del Faro, vimos un convoy que salía del puerto de Socoa con rumbo hacia Burdeos y le custodiaban dos areoplanos, al parecer franceses. Yo, que tenía tantos deseos de ver un espectáculo así, me alegré mucho.

S. I., Congr.

Estudia con buen fin.

Ya estoy estudiando el catecismo del Padre Arcos, conforme a las reglas del papelito que me mandó usted, para que estudiásemos bien y para que tapáramos la boca a los que hablan contra la religión. *F. S., Congr.*

Este la entiende.

Yo he tomado muchos baños de mar; nos tiramos de la peña como unos patos y nadamos y hacemos la *plancha* muy bien.

Hay aquí una familia al lado de nuestra caseta que dice perrerías de los jesuítas. Ya puede pedir por ellos que son unos desgraciados.

No deje de pedir mucho por su agradecido Congregante

G. V., Congr.

Congregante aprovechado.

Por amigos tengo un primo mío y un antiguo amigo, ambos seminaristas; con ellos he enseñado a los niños de las escuelas algunos cánticos de los que aprendimos en el Salón bajo la dirección de D. Pedro; así hemos amenizado la entronización del Sagrado Corazón de Jesús en las escuelas públicas, acto que resultó conmovedor en extremo. También con mis amigos he copiado durante varios días en casa del Sr. Párroco actas de confirmación, entreteniendo así el tiempo que de otro modo se nos hacía aburrido.

Al principio comulgué todos los días en la misa primera; pero después me dejé llevar algún día de la pereza. He resuelto en honor de la Virgen Santísima no dejar ni un solo día sin rendirle este obsequio que sé le gusta mucho.

Me divierto lo que puedo yendo muchas veces de caza con mis amigos, etc.; pero ya comprenderá que no teniendo más amigos que los que antes le mencioné, no tengo ocasión gracias a Dios de divertirme mal.

J. R., Congr.

Con tiempo para todo.

En primer término le tengo que decir que la Comunión sólo la he dejado tres días hasta el presente, el rosario no lo dejo por cansado que me encuentre.

En segundo lugar quiero preguntarle a ver si se pueden leer las publicaciones de T. B. O. y Cuentos de Calleja.

También le gustará saber la vida que hago: no he perdido ningún encierro y sólo he perdido una corrida; los toros embolados que sacaban por la mañana después del encierro, me gustaban más que las corridas formales; pues salían algunos chulitos con muchos bríos y los novillos les hacían dar volteretas.

J. M. O., Congr.

Nota de la redacción.

El T. B. O. es hasta ahora inofensivo y a propósito para perder el tiempo.

Los Cuentos de Calleja en su mayoría excitan demasiado la imaginación, y aun por solo este motivo son inconvenientes.



Núm. 57.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º Abril de 1918

Flores que gritan.

—¿Qué tiene Vd., D. Manuel? Algo le pasa a Vd. que no tiene hoy cara tan alegre como otros días.

Este fué mi primer saludo al sentarme junto a un caballero a quien en el mismo tren veo casi todos los días.

Al salir por fin del largo túnel, seguía don Manuel apoyado el codo en la ventanilla y la cabeza baja y apoyada en la mano. Me propongo arrancarle de su abstracción, pero apenas si consigo sacarle alguna que otra palabra.

—¡Mire qué día más despejado está hoy! ¡Ya se conoce que estamos en plena primavera! Da gusto ver el campo; parece que le han vestido de nuevo. Mire, D. Manuel, esos frutales cubiertos ya de flores, que parecen ramilletes.

Los mira D. Manuel, más para condescender a mi indicación, que porque le interesara nada, según aparecía su cara de tristona. Pero, ¿qué le pasa a Vd. D. Manuel?

—Nada, que lo que a Vd. le alegra, a mí me entristece, y lo que me pasa ahora me ocurre casi todos los años. No se puede figurar la poca gracia que me hacen esas malditas flores en los árboles.

—No le entiendo a Vd. D. Manuel!

—Pues no tiene mucho que entender ¿Sabe Vd. lo que me parece a mí que me gritan esas flores? Que estamos en Pascua y que hay que cumplir con la Iglesia. Y a Vd. no sé lo que le pasará, pero a mí me hacen muy poca gracia los tales gritos y el tal cumplimiento. Porque ¡eso de tener que arreglar las cuentas de todo un año! ¡Vamos! ¡No sé a quién le hará gracia!

—Tiene su dificultad, D. Manuel; aunque no tanta como la que a Vd. se le figura. Y para mí muy poca; pues no dejo pasar quince días sin arreglar mis cuentas. Ya veo que es dificillillo barrer la casa que no se ha barrido en todo el año; pero no es para entristecerse, D. Manuel; Dios perdona las deudas como no lo hace el más adinerado de este mundo: con sólo reconocerla y ponerse a los pies del confesor y proponer de veras no volver a las andadas. Eso sí, de no hacerlo así bien, como nos decía el Padre que platicaba en Santiago el otro día, más vale no hacerlo. Todo es cuestión, D. Manuel, de sacudir la pereza y echarse al agua.

¡Animo, D. Manuel, y a quitarse pronto esa pesadilla y a confesarse más amenudo este año!

M. C., Congr.

Cogido en sus mismas redes.

Un comerciante rico y entendido en sus negocios, como pocos, aspiraba pasar por ateo y de tal se jactaba. Trataba de convencerle y convertirle por razones un antiguo amigo y condiscípulo, pero en vano; porque el comerciante o cambiaba de conversación o le daba la espalda mal humorado.

A poco le volvió también la espalda la fortuna que antes le acariciaba. Estaba ya para declararse en quiebra por haberse metido en demasiados negocios; cuando discurrió un medio criminal de hacerse con una gran fortuna: interesóse en un cuantioso robo con dos matachines. Entraron éstos en casa de una señora viuda muy rica; la sorprendieron, la mataron y se llevaron todo su dinero, que, por no fiarse de Bancos ni de nadie, le tenía en su casa.

Al cabo de unos días se dió con la pista de los dos asesinos; fueron presos, y una vez declarada toda la verdad, juntamente con el comerciante, fueron los tres condenados a muerte. Los dos asesinos se convirtieron gracias al celo del Capellán de la cárcel; mas el comerciante se negó en absoluto a confesarse, y parecía reírse de todo, del cielo, del infierno y del mismo Crucifijo, que el atribulado Capellán le presentaba. A todo contestaba fríamente: ¡A mí qué!

Llamó el Capellán a un Padre Franciscano, que con mayor vehemencia excitara la fé casi extinguida de aquel desgraciado. Acudió so-

Universidad de Deusto
Biblioteca

lícito el buen religioso, y con las formas más insinuantes, quiso ganarle la voluntad; le recordó los días de su juventud, cuando antes de meterse en negocios sucios, frecuentaba la Iglesia; le trajo a la memoria el día de su primera Comunión; mas no logró que se confesara, aunque sí se mostró un poco más dócil y atento.

La víspera del día de la ejecución, fué a visitarle su antiguo y buen amigo. No sabes, le dijo, cuánto siento verte en este estado; y quisiera poder sacarte de aquí; pero, como sabes, no valen ya influencias.

—Te lo agradezco mucho, querido, respondió el comerciante.

Ya no tenía el buen amigo más palabras con que consolarle, cuando le ocurre allí mismo fingir una consulta, en la que el reo impenitente se viera cogido por su mismo fallo: «Te voy a pedir un consejo; ¿Qué harías tú en mi caso?; me han ofrecido un negocio que de no resultar bueno, no me expongo más que a una pequeña molestia; y de salirme bien, me hago riquísimo. Y si no le acepto, por los compromisos que tengo de antes, me aseguran que perderé muchísimo. Dime: ¿qué me aconsejas?

—¿Qué he de aconsejarte?, no tiene mucho que pensar; tómalo enseguida.

—Pues mira; tú eres el que te hallas en ese caso. Piénsalo bien; si como dices nada hay después de la muerte, no pierdes nada en confesarte, pasando por la pequeñísima molestia de contestar a unas preguntas que te haga el confesor y de arrepentirte de veras; pero, si hay cielo e infierno, ya ves lo que pierdes, y ya ves lo que ganas para toda la eternidad.

Cogido por su misma lógica, y más todavía por la gracia que le alumbró y le dió fuerzas, el comerciante se dispuso, con una buena confesión, a morir como cristiano.

¡Nunca hizo mejor negocio!..

Está visto que el que se condena es porque él lo quiere. Pero, no esperemos a arreglar las cuentas al último día de la vida, que la cabeza no suele estar entonces para deshacer enredos.

E. C., Congr.

La historia de un cólico.

El tío Ambrosio era un hombre de ideas avanzadas, un verdadero hombre moderno. ¡Ya lo creo! Como que era de los más asíduos concurrentes a la taberna del Pato, lugar de reunión y centro de la masonería. Don Manuel, el maestro de escuela recientemente llegado al pueblo, un verdadero (si los hay) ateo, que cobraba su sueldo del católico Estado español, y era el promotor de aquel adelanto intelectual, el iniciador de aquella nueva doctrina, llena de dudas y revestida de palabras altisonantes que nuestro hombre dejaba salir de sus labios a raudales, como si en palabras huecas de sentido, consistiese la felicidad que predicaba. Pero, claro está, aquella gente sencillota, de casi dormida inteligencia, encontraba incomparablemente mejor la práctica de aquella doctrina, tan fácil y explicada tan elocuentemente al parecer, que no la de D. Jacinto, el anciano párroco, lleno de sencillez en sus discursos. ¡Mastuerzos!, les decía, ¿creéis acaso que la verdad necesita de perifollos y retóricas? La verdad es una, la que yo predico, y continuaba en un arranque de entusiasmo: Si no fuera para predicar la verdad iba yo a meterme de por vida en este saco negro. Y uniendo el ademán a la palabra, daba fuertes tirones a su sotana, como protestando que si no fuera por salvar su alma y las almas de sus prójimos, la haría pedazos.

***

La mujer del tío Ambrosio había fallecido hacía ya tres años, y malas lenguas aseguraban que los disgustos que su marido le había dado fueron la causa de su prematura muerte.

Ambrosio quedó pues viudo y con dos criaturas. Y si antes, las insinuaciones de su esposa no conseguían evitar sus borracheras semanales, en las que gastaba gran parte del jornal; ahora que él era el dueño único y absoluto del hogar ¿iba a enmendarse? ¡Bueno! ¡Pero acaso él no podía hacer lo que le diera la gana! ¿No era un hombre libre? ¡Pues entonces! El caso fué el de siempre, que usando mal de la libertad se quedó sin ella; como que eran los vicios los que mandaban en aquella desventurada casa.

Sus hijuelos, huérfanos de madre por la muerte, y huérfanos de padre *por su vida*, quedaron abandonados, si no fuera por D. Jacinto que solícito acudió en su socorro. Los niños no iban a la escuela, pero en cambio el cura cuidaba de enseñarles, no sólo a leer y escribir, sino también otra cosa que en la escuela estaba olvidada: el catecismo!

Y mientras el tío Ambrosio se reunía con sus compañeros de logia en la taberna, los niños en la huerta del cura recitaban su lección de doctrina: «Honrar padre y madre, etcétera, etcétera».

***

Sí, estaba decidido. La merienda sería el Viernes por la tarde. En el pueblo guardaban fiesta ese día a pretexto de que era Viernes Santo. ¡Bah! ¡Reaccionarios! ¿Iban a quedarse ellos allí presenciando las mojigaterías de la procesión? ¡De ninguna manera! ¡De juerga! ¡de juerga!

Por supuesto, comerían carne, y sólo carne, por algo decía el cura que debían abstenerse de ella. ¿Con que no se puede comer carne? ¡Ya lo veremos!

Y previsores de todo, el mismo lunes prepararon dos trozos de un bien cebado ternero para la juerga del Viernes.

Los hijos del tío Ambrosio no dejaban de comprender el horrible sacrilegio que intentaba su padre; pero desconocedores del modo de evitarlo, se fueron a pedir consejo al buen cura. Larga fué la conferencia que con él sostuvieron, y... menuda travesura iban a hacerle a su señor padre. A ellos les parecía que hacer travesuras a su padre estaba reñido con el respeto que éste se merecía; mas ¡cuando D. Jacinto lo decía!...

***

Y llegó el Viernes Santo. Y allá se fueron todos los de la logia, contentos, con sus buenas botas al brazo y un jumento cargado con las viandas de la merienda. ¿Todos?... No... falta el tío Ambrosio. ¡Qué le habrá pasado! ¡Bah! Si no viene, él se lo pierde. Vamos, vamos. Y el tío Ambrosio no fué.

***

¡Fué milagro de Dios! ¿fué la maldita casualidad? Nadie lo sabía, el caso es que todos los que el Viernes fueron de parranda yacían en el lecho, revolviéndose con los retortijones de una indigestión terrible. Unos aseguraban que en castigo de aquella desaprensión, Dios les enviaba esos dolores. Otros decían que, como el Miércoles y Jueves no se mata ganado, los juerguistas habían escogido la carne desde el lunes y ¡claro! se había podrido, quedando mala y produciendo aquella serie de cólicos. Sea como fuere, el caso es que la masonería en pleno, estaba rociándose con agua de Carabaña... y que no se reía poco el tío Ambrosio!... Se reía, sí, como que no había ido de juerga. Y, no fué, porque no pudo encontrar las botas. Se las habían escondido sus hijos, según ellos mismo le confesaron, para evitarle un castigo de Dios. Y a fé que habían acertado... Ja, ja, ¡D. Manuel con dolor de tripas! ja, ja, ¡cómo se reía el tío Ambrosio!

Es fama que en cuanto curó el maestro, abandonó el pueblo para no volver; y según versión que a mí me merece entero crédito, en aquel pueblo nadie come carne en Viernes Santo, porque además de estar prohibido por la Iglesia... da dolor de tripas.

R. M., Congr.

Un lobo reconocido.

Lo que a mí me impresionó, tal vez os impresione también a vosotros. El caso es singular; pero desgraciadamente podría repetirse muchas veces.

A ver si os hace tanto provecho como a mí.

En cierta ocasión, un muy nombrado novelista, que no se distinguía por la moralidad de sus doctrinas, ni cosa que lo valga, se propuso publicar una obra, en que fielmente se viera retratada la vida interior de los establecimientos correccionales y penitenciarios. A este fin, se encaminó a la cárcel para observar sobre el terreno, cómo funcionan semejantes centros, y hacer indagaciones directas, consultando a los mismos reclusos.

Una vez en el patio, donde los presos se reunen después de comer, se acercó al grupo más numeroso y entabló con ellos animada conversación.

Todos le pedían noticias de la ciudad, de la cual su desgracia los tenía separados, y él complaciente, en cuanto podía, les relataba las que ellos no conocían.

Dos de los que le escuchaban, cambiaron algunas palabras en voz baja, miraron con descaro al novelista y se apartaron del grupo para sentarse en un rincón, bastante separados de los demás.

El escritor los siguió con la mirada y poco después se encaminó hacia ellos, y al pretender darles la mano con la sonrisa en labios, uno de ellos, encarándose con él, le dijo, al mismo tiempo que apretaba desesperadamente los puños: Usted es quien debiera ocupar nuestro lugar; usted es quien con sus escritos ha emponzoñado nuestras almas y nos ha arrastrado a cometer actos que nunca hubiéramos cometido; usted es quien con sus enseñanzas impías y disolventes nos ha hecho merecedores de ser encerrados en este sitio, tan aborrecido por nosotros antes de empezar a leer lo que usted sirve al público para envilecerle y corromperlo.

Todos los reclusos hicieron corro en derredor del literato, el cual, lejos de disuadirles de sus creencias, y sin tratar de justificarse en manera alguna, avergonzado de su obra, se retiró más que de prisa.

Yo, la mucha afición que tenía a la lectura de libros recreativos, la he perdido completamente; ninguna gana tengo de que se me metan en la cabeza esas valentías y después tenga que pasar la vida en una cárcel.

¡Guerra a los novelluchos y revistas indecentes!

F. S., Congr.

Subiendo a un quinto piso.

Me llevó un día el Padre de compañero al ir a confesar a un pobre portero: Vivía, pobre, como lo más cerca del cielo que en aquella casa se podía vivir; la escalera era espaciosa como la de las casas más acomodadas.

Se conoce que antes de nuestra llegada había corrido la voz por todos los pisos de que iban a administrar al pobre enfermo los Santos Sacramentos. Era de ver los preparativos que estaban haciendo los vecinos en las escaleras para el paso del Santísimo.

¡Mire, Padre! ¡qué rica alfombra han puesto aquí! le dije según pasábamos por el primer piso.

¡Vamos! Aquí han puesto algo más, ¡qué bién lucen esos jarrones sobre esta otra alfombra! Un momento de descanso y seguimos subiendo al tercer piso.

Aquí, Padre, todavía hay algo más. Estaban encendiendo ya las velas de dos candelabros sostenidos sobre elegantes pies, y dos floreros japoneses cubrían los ángulos.

En el cuarto piso había más animación: sacaron a la escalera algo de lo más lucido que tenían en las dos habitaciones de derecha e izquierda, y aparecían puestos con gusto, jarrones, airosos floreros y lucidos candelabros.

Llegamos por fin al quinto piso, y los vecinos del enfermo, estaban, como se dice, echando el resto y convirtiendo aquel descansillo de la escalera en un pedacito de jardín; todo les parecía poco para dejar aquella entrada lo más digna del esperado huésped.

Entramos a ver al enfermo que estaba lo más tranquilo esperando al que iba a abrirle las puertas del cielo. Le dejé solo con el Padre que no tardó mucho en salir, pues aquel buen cristiano no dejaba pasar el año sin reparar repetidas veces sus pequeñas averías; así que hacía poca agua y poca tenía que desaguar.

Universidad de Deusto
Biblioteca

De vuelta a casa y al bajar por las escaleras, sentimos tanto el Padre como yo, la impresión contraria que sentimos al subirlas: al bajarlas, bajaba también nuestra admiración. Está visto que los más ricos que viven en los pisos más bajos y cómodos, son los que de ordinario aprecian menos a Dios, contentos con vivir pegados a la tierra de sus riquezas; por el contrario los más pobres, muchas veces son más agradecidos, y aun relativamente mucho más generosos. Quedan así comprobadas las palabras de Cristo: «Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos.»

J. L., Congr.

¡Ya volverá a su tierra!

Mientras los mozos con sus carretillas, llevan de una parte a otra los equipajes, y los viajeros provistos ya de sus billetes, iban llenando el andén de aquella estación, más concurrida que de ordinario, dos honrados labradores, sin dejar de la mano sus atados, con tiempo de sobra, habían sido los primeros en ocupar sus asientos en el andén y charlaban amigablemente.

Era la primera vez que viajaban en tren y naturalmente les chocaba todo, hasta los baules amontonados y llevados en carretilla.

Sentáronse junto a ellos dos ingleses, que siguieron hablando en su idioma. Uno de aquellos aldeanos, tuvo que hacer esfuerzos para sostener la risa, que aquella manera de expresarse les provocaba.

—No les entiendo ni jota, decía, parecen tontos. Su compañero le hizo callar llevándose el dedo a los labios.

Estos deben de ser ingleses. No sé por qué me lo figuro. Estos si pueden ya volverán a su tierra, como nosotros que apenas hemos salido estamos ya deseando de volver al pueblo.

No acertaba a comprender cómo podían entenderse en aquella lengua enrevesada.

Nuestros hombres quedaron en silencio y seguían mirando a una parte y a otra con la boca abierta, cuando ven entrar tres caballeros elegantemente vestidos que atrajeron considerablemente su atención.

Pasearon al principio por el andén y se pararon después delante del banco donde nuestros hombres estaban sentados. Les oían todo lo que hablaban, aunque no les entendían ni una palabra. Estos, dice uno de ellos, no hablan como los de aquí, que parece que al hablar mastican algo. Estos serán franceses de Francia. Ya estarán deseando de volver a su tierra.

—No sé por qué se me mete también a mí en la cabeza, le dijo su compañero, que en cuanto puedan volverán pronto a Francia. Yo no sé cómo hay quienes pueden vivir tanto tiempo fuera de su pueblo.

***

El tren había entrado en agujas, y los viajeros se amontonaban para ocupar los mejores asientos.

También nuestros hombres habían dejado el banco, y hubieran querido tener más manos para trasladar al tren todos sus atados y las cestas que consigo llevaban. Los brazos no hay que decir que los tenían ocupados; hasta en los hombros llevaban como podían algunos paquetes.

Apenas paró el tren, ellos quisieron entrar los primeros en el coche; pero ¡allí los apuros! Por más esfuerzos que hacen, no les es posible atravesar la portezuela; pues con sus equipajes tropiezan arriba y en los lados. La protesta de los demás viajeros y del jefe de estación que les da prisa y les amenaza con dejarlos en tierra, ponen nerviosos a los pobres hombres.

Gracias a la ayuda de un caritativo maletero, consiguieron al fin entrar en el wagón. Lo primero que hicieron fué quitarse de encima su equipaje, colocándolo tranquilamente en los bancos. Nuevas protestas y nuevo azaramiento de los pobres aldeanos.

—Quiten esas cestas de ahí, métanlas debajo del banco y ahí encima. No vamos a estar nosotros de pie por esas cestas sucias, les dice un hombre de carácter no muy bueno que acababa de entrar en el wagón.

Al pretender uno de los aldeanos colocar una maleta arriba, se le fué al pobre de la mano y vino a caer precisamente sobre el pie del viajero que antes se encaró con ellos.

Este ciego de furia, soltó una blasfemia horrible contra Dios. ¡¡Jesús!!, dijeron a dúo los aldeanos, y se quedaron como clavados en su asiento, sin atreverse siquiera a levantar su maleta; tal era la impresión que en ellos había causado aquella blasfemia.

Por fin vino la calma y se sentaron el uno frente al otro sin atreverse a hablar palabra. Al poco uno de ellos dijo al oído del otro: Oye: ¿has oído lo que ha dicho ese hombre contra Dios? Según tengo oído a D. Jacinto, el párroco del pueblo, los que hablan así, son del infierno; porque sólo en el infierno usan ese lenguaje. Me huele que éste también irá a su tierra, aunque no lo quiera, a juntarse con todos sus compañeros que son todos los que hablan esa lengua del demonio.

¡Qué compasión deben darnos los insensatos blasfemos! *J. C. L., Congr.*

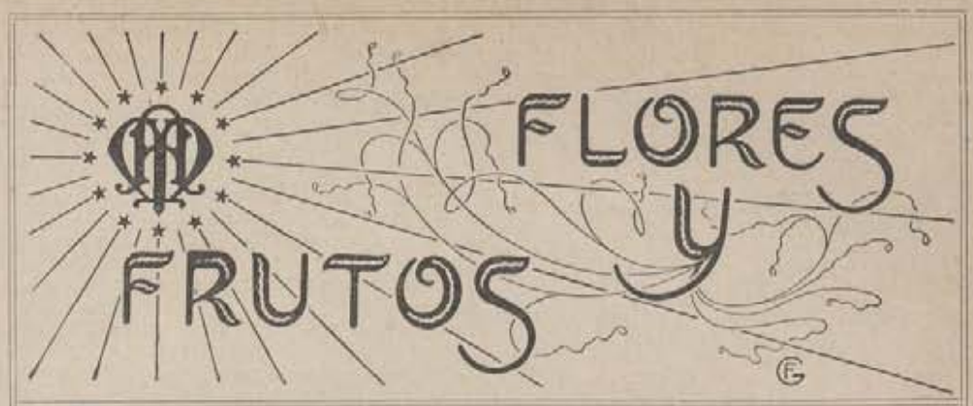
Correspondencia abierta.

El mejor consuelo.

Ante todo le he de dar la noticia de la muerte de mi hermana; no tenía enfermedad ninguna y estaba tan contenta como siempre. El día 15 tuvo un ataque a eso de las doce de la mañana; se llamó al médico enseguida y dijo que era un derrame cerebral tan fuerte que acabó con su vida a las diez del mismo día.

Pero, esta pena se nos hace más ligera por tener la seguridad de que está en el cielo; pues además de conservar intacta la inocencia, una monja de su Colegio para saber si estaba en el cielo con más seguridad, pidió al Señor que viniese una niña nueva a su Colegio y, a pesar de que ya se acercaban las vacaciones, vino.

Por lo tanto no hablemos de ella pues está mejor que nosotros. *J. L., Congr.*



Núm. 56.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° Mayo de 1918

¡Atame con cadenas!

I

Estaba sentado aquella mañana Juan de Quirós delante de su escritorio, sepultada la cabeza entre las manos y con señales de preocupación muy honda. Tenía a su lado un cesto-papelera lleno hasta los bordes de rasgados papelotes y a su alrededor grandes carpetas y rollos de escrituras cuyo tinte amarillento indicaba claramente su antigüedad.

Levantóse al cabo nuestro hombre, dejando ver entonces toda la elegancia y gallardía de un joven de unos 24 ó 25 años; más bien alto que bajo, delgado que gordo, rubio que moreno. Un ligero bigote agraciaba una boca de expresión natural y agradable, y sus cabellos peinados hacia atrás, formaban naturalmente pequeñas ondas de rizos.

Era asturiano Juan y de familia distinguida. Su padre que acababa de morir le dejaba una fortuna que no podía evaluar, pero que calculaba bien en un par de millones por lo menos.

Motivos tenía Juan para preocuparse; porque, si para resolver su problema no hacía falta mucha inteligencia, se requería sin embargo mucha voluntad, que, cabalmente es fuerza que escasea mucho entre los jóvenes. Se trataba del empleo que había de dar a sus millones. Juan era cristiano y conservaba su fe intacta, tal cual la había recibido de mano de su santa madre, pero no era como debía ser.

Hacía algunos años que arrastrado por malos compañeros se había aficionado a vicios feos que rebajan al hombre y le igualan a las bestias, debilitándole y carcomiéndole la potencia del alma, que es más necesaria en las luchas de la vida, la voluntad.

Juan, siguiendo sus viciosas inclinaciones, pensaba qué capital del mundo era abundante en diversiones para gastar allí su dinero. Pero como tenía buen corazón, oía los gritos de su conciencia, que le ponía delante la serie de miserables, hambrientos, desnudos y desvalidos que podrían aprovecharse de sus socorros y nervioso y agitado, luchaba en sí mismo descomunal batalla, que al fin hubo de perder porque luchaba sin armas, sin oración y sin sacramentos.

II

Decidióse pues, el pobre Juan a derrochar su fortuna en francachelas y, paseando su vista por las urbes que más le seducían, se fijó en París, el gran París de modas y bailes, teatros y cines, la villa donde el vicio se ostenta con más descarada desenvoltura y provoca con más desvergonzadas solicitaciones.

Bien que sabía Juan que no era bueno lo que hacía, y cuando se acostaba se encontraba sin querer con la mirada de una Inmaculada de Murillo, que, para traerle al buen camino, parecía ofrecerle el contraste de su pureza con la suciedad de su vida; pero Juan apartaba la vista presto... aunque como sabía también que hacer una cosa, conociendo que es la perdición, es propio de locos y que a los locos se los ata, rezaba a la Virgen una oración sencilla: «Atame, Señora, átame y ten piedad de mí».

El infeliz corría en vertiginosa carrera a la perdición eterna... Nadie podía detenerle, nadie, sólo Dios.

III

Bien pronto se hizo Juan con amigos en París, porque el dinero es el mejor cebo de falsas amistades. Y con esas amistades se divirtió cuanto pudo, que no fué mucho; porque aunque otra cosa parezca, no son esos desgraciados, que llevan en la frente el estigma de su bajeza, los que gozan; nó, sino que son desgraciados dobles, porque en este mundo son esclavos de sus vicios que son los señores más tiranos, y después, en la otra vida, serán eternamente esclavos del demonio.

Juan sentía siempre la nostalgia de la vida cristiana y honrada y siempre rezaba a la Virgen su oración: «Yo no tengo fuerza, átame tú Señora, Madre mía» y aquella Madre que veía a su hijo perderse le obtuvo lo que pedía,

Universidad de Deusto
Biblioteca

una camisa de fuerza que le sujetara en sus desvaríos.

Hacía tiempo que Juan no sentía bien. Comía poco, se cansaba mucho y con los frecuentes golpes de una tosecilla débil y seca, pero molesta, se impacientaba y se ponía de pésimo humor.

Muchas veces hubo de quedarse en casa y suspender alguna francachela, porque no se hallaba con el vigor necesario para esos trotes. Perdía el pobre muchacho kilos y kilos y se volvía lacio, flaco, chupado hasta que por fin ante una sospecha que repentinamente le sobrevino, decidió visitar a un notable médico, con el cual tenía amistad antigua.

IV

Sí, doctor. Tengo un criado, un jokey apreciadísimo, y sospecho que está enfermo, tuberculoso quizás y como no quiero estar en la duda... he aquí sus esputos. Examínelos, ya volveré mañana a enterarme de sus observaciones... Y Juan temblándole la voz, por la emoción con que aguardaba el decisivo fallo de la ciencia, colocó un pequeño frasco en la mesa del célebre médico, amigo suyo, despidiéndose hasta el día siguiente. Eran sus propios esputos.

V

Mala noche pasó el pobre Juan, pensando qué le diría el doctor... y apenas el primer rayo de sol le indicó que empezaba el nuevo día, se vistió y acudió a casa de su amigo, el médico.

No estaba levantado éste todavía, y Juan con fiebre de impaciencia y de ansiedad esperó una hora entre paseos inquietos y tristes pensamientos. Al fín salió el doctor.

—Oh amigo mío, ya puede usted despedirse de su sirviente, no creo que dure ni tan sólo dos meses. Tísico, tísico, rematado. Lo raro es que no haya muerto ya con tanto bacilus dentro.

Nada replicó Juan...; pero algo debió de notar el doctor en su rostro. ¿Está usted enfermo?, le dijo. La impresión quizás. No se apure usted. Puede ser que dure más si se le cuida bien.

Juan se quedó anodadado. Ya temía él esta respuesta, y sin embargo la impresión fué terrible. Dos meses, sólo dos meses de vida. Y después la cuenta, la cuenta detallada de todos su pasos. No puedo hacer penitencia que compense mis pecados en dos meses. Adios, mis caballos, mis fiestas, mis amigos. Adios todo.

Y Juan vaciló errante por las calles de París; pareciéndole que podía caer muerto en cualquier esquina. ¡Muerto en aquel estado! Nó, nó, mil veces nó. «No permitáis, Madre mía, que me condene».

Y sin duda la Madre de aquel hijo extraviado dirigió sus pasos, porque momentos después hablaba Juan con un sacerdote, más tranquilo ya, y con más esperanzas.

Larga fué la conferencia y cuestión importante debió de ser la que en ella se trató, porque al cabo de un rato Juan, acompañado de su confesor, salía alegre a postrarse ante la imágen de la Virgen y agradecerle la gracia singular que le había concedido.

VI

Los pobres de París se reunen hace algunos días en la opulenta casa de un rico joven español. De él reciben sin tasa lo necesario para la vida, y un consejo que nunca se les olvida. Rodeado de pobres, recostado en un sillón entre almohadillas, recomienda el pobre enfermo una sola cosa: la devoción a la Virgen.

Este ser viviente en cuyo rostro huesudo y trasparente de puro pálido se adivina a la muerte que llega a prisa es Juan de Quirós, el joven asturiano que dedica aquel corto resto de vida a buenas obras en espiación de sus pecados.

La Virgen le ató con cadena que ni el loco más fuerte, podrá jamás romper.

A. M. M., Congr.

¿Por qué es tan valiente la Infantería?

Era el 8 de Diciembre. Había sonado el toque de diana; los soldados con caras alegres y vestidos como en los días de las grandes festividades, apréstanse a colocarse en filas. Suenan las voces de mando y las compañías, una tras otra, abandonan el cuartel.

Yo las ví salir y picado de curiosidad, al mismo tiempo que enardecido mi corazón por el redoble de los tambores, comencé a seguirlas a la manera de esos innumerables chiquillos que, delante y detrás de los soldados, marchan esforzándose en conservar el paso marcial.

Su dirección era la de la Iglesia. Entraron y entré tras ellos; y, cuando mis ojos se hubieron acostumbrado a la escasa luz del templo, pude observar que el altar mayor estaba engalanado con banderas que, entrelazadas con guirnaldas de flores, formaban un vistoso dosel alrededor de la imagen de la Inmaculada.

Entonces comprendí qué día era; era el día de la Patrona de la Infantería y los soldados venían a festejarla, a pedirle que les diese la fe y el valor de sus antepasados.

Entonces me acordé de aquel soldado, gloria de los Tercios Españoles, Martín Alonso de Tamayo que, en el cerco de Igostlad, preparóse con tres Ave-Marías a combatir con un contrincante de gigantesca estatura, venciéndolo; y comprendí que si la Caballería había elegido por patrón a Santiago, que según piadiosa tradición se apareció en la batalla de Clavijo sobre un caballo blanco, y la Artillería a Santa Bárbara, por su relación con los relámpagos y truenos, la Infantería había elegido a la Virgen, por la valentía que da a sus protegidos.

Cuando, después de acabada la Misa solemne, salía de la Iglesia, comparaba en mi interior una Congregación Mariana con la Infantería; y pensaba para mí: si la Infantería ha elegido a la Virgen por Patrona para que de cada soldado haga un héroe, nosotros, Congregantes de la Inmaculada, al elegirla también por patrona, no debemos esperar ser menos en estas batallas que a diario tenemos que librar contra nuestras pasiones y malos compañeros.

S. M., Congr.

¡Qué colono tan listo!

Un gran señor poseía un hermoso castillo rodeado de extensísimos campos que los había repartido entre varios campesinos, que en cambio le llevaban parte de la cosecha del año.

Uno de estos campesinos, por nombre Julián, cuidaba solícitamente de la parte confiada a su trabajo; pero un año, a pesar de todos sus esfuerzos y cuidados, el gusano infeccionó sus frutos de tal modo que el pobre campesino no tuvo con que pagar a su señor el debido tributo.

¿Qué hace entonces? Conociendo la bondad de la esposa del castellano, propónese servirse de su mediación para lograr la condonación de la deuda por aquel año.

Efectivamente, dirígese a ella, que le recibe cortesmente, y le confía sus cuitas. Consuélale ella, dándole ciertas esperanzas de que obtendría lo que pedía, pues su compasivo corazón, no sufría ver a aquellos pobrecitos expuestos a ser arrojados de sus tierras por la ira de su esposo.

Al punto manda a sus criados que limpiando aquellos frutos los pongan en bandejas de oro, rodeadas de flores de suavísimo perfume; luego que así lo dispusieron todo, ella misma vestida con su mejor traje y adornada de riquísimas alhajas, rodeada de todo su séquito de pajes y damas, se dirije al aposento de su esposo.

Turbóse algún tanto éste al ver tanto aparato; mas la señora presentándole los frutos le dijo: Señor, he ahí los frutos de vuestro colono Julián. Acogiólos benévolamente el Señor por verlos tan bien presentados. No hay que decir que el colono salió bien librado.

Pobres colonos somos también nosotros, que hemos recibido de Dios el alma para cuidarla como a huerto cerrado. Para presentar a Dios nuestros frutos, agusanados por tantas faltas, acudamos a la Virgen, que si ella los presenta le serán a Dios muy aceptos.

¡Seamos devotos de la Virgen!...

E. B., Congr.

De tumbo en tumbo.

I

No había en todo el pueblo niño más completo que Miguelín: no contaba aún doce años y era de ver su robustez y gallardía; más no sólo en su físico era perfecto, sino que en cuanto a la parte moral, no había muchacho a cinco leguas a la redonda que, no ya superase, pero ni siquiera igualase a nuestro Miguelín: hijo de cristianos y acomodados padres su alma se conservaba inmaculada y libre de toda impureza que la mancillase; era en fin un encanto de muchacho.

El ángel infernal, con feroz constancia, acudía, unas veces en forma de algún amigo enmascarado de muy cristiano, pero en su interior verdadera sierpe; otras en forma de revista curiosa y atrevidilla; otras en forma de tarjetas-postales de la correspondencia... del infierno, todo con el propósito de emponzoñar el tierno y puro corazón de Miguelín; pero éste que tenía puesta en la Virgen su entera confianza, rechazaba siempre cuantas tentaciones podía imaginar el diablo, que, como vemos, no eran pocas.

II

Miguelín está en Madrid, donde lleva ya cuatro años cursando una carrera; no es ya el fuerte y hermoso muchacho que conocimos en el pueblo de su nacimiento; pálido, macilento, deslavazado, con sus grandes ojos hundidos; no parece un hombre, sino la sombra de un hombre. ¿Qué había pasado?... El demonio en una de sus inumerables arremetidas había vencido a Miguel, y Miguel no era blanca paloma, era un buitre, un libertino corroído por el vicio.

Llegado a la capital, cerró algún tiempo los oídos a las voces del enemigo; pero se rindió a sus secuaces, a los ejemplos y sugestiones de ciertos jóvenes compañeros de estudio y picó en el atractivo cebo del pescador infernal y de tumbo en tumbo llegó a cometer excesos mayores quizás que los de sus mismos instigadores.

III

Eran las doce y media del Viernes Santo. Miguel, que despierta en aquel momento, se acuerda del festín que a las dos de aquella misma tarde iba a celebrar con sus amigos para escarnecer las preocupaciones de los fanáticos cristianos, demostrándoles con el ejemplo que son hombres ilustrados los que, en cualquier día, comen de todo.

Tales eran sus pensamientoe mientras se aseaba y vestía; ya estaba dando el último toque a su sombrero, cuando recuerda que aún no ha rezado las Aves-Marías que por rutina reza al levantarse de la cama, no por otra razón, sino porque, al salir de su pueblo, se lo había prometido a su santa madre. Dirige, pues, su vista a la imagen de la Virgen que también por recomendación de su madre tiene siempre junto a su cama y retrocede asustado. ¿Qué había notado? Le pareció que la Virgen le miraba con sus dulcísimos ojos, impregnados de lágrimas, y que al mismo tiempo oía, oía en su conciencia una voz: «Miguel, Miguel, ¿no te basta que mi Hijo haya sido una vez crucificado; sino que tú otra vez le clavas en la cruz?...

Abrió entonces Miguel los ojos a la gracia y lanzando un torrente de lágrimas de verdadero arrepentimiento, cayó de hinojos al pie

Universidad de Deusto
Biblioteca

de la imagen y le hizo fervientes protestas de amor, jurándola no volver a ofender a su divino Hijo en lo que le restaba de vida, como en efecto lo cumplió, pues se empleó en adelante en reparar escándalos pasados.

J. M. G.

Como este caso hay muchos.

En la cubierta del barco se habían formado alrededor de los pasajeros varios grupos de parientes y amigos, que no se resignaban a perder por un solo momento su compañía y no acertaban a separarse de quien bien querían.

Unos más y otros menos, todos tenían allí quienes llorasen su partida: solamente una pobre mujer con un niño de corta edad, estaba sola e inundado su semblante de tristeza.

Al llegar el momento de la partida y ordenar el capitán saltar a tierra a los que no hubieran de emprender el viaje, se apoderó de todos una honda tristeza, como si presagiasen que no se volverían más a ver.

Solos ya los pasajeros, fueron poco a poco conociéndose; en su mayoría eran descreídos, y los que no lo eran, con sus respetos humanos, lo parecían. Sólo la pobre mujer bendecía la mesa, y por esta piadosa práctica era notada de todos con una sonrisa de desdén burlesco.

Los primeros días estaba el mar como una balsa; pero ¡quién se fía! Al cuarto día se desencadenó un temporal terrible. Las olas barrían la cubierta y por más que trabajaban los tripulantes por salvar el barco, se preveía que todos los trabajos iban a ser inútiles. En tales trances aquellos despreocupados tenían bien bajita la cabeza. Quienes más levantada la tenían, eran la madre y el hijo, que miraban al cielo y se encomendaban con gran confianza a la Santísima Virgen.

Por fin, a pesar de los esfuerzos de la tripulación, se abrió una vía de agua tan grande, que en pocos minutos se hundió la nave.

Poco a poco fué tragándose el mar todos los tripulantes, hasta que solo quedó a flote aquella buena madre que, mientras con un brazo sujetaba con todas sus fuerzas a su hijo, con el otro se aferraba a una tabla, que era su único apoyo. Al cabo de algún tiempo una ola arrancó al hijo de su madre, y ésta sin advertir a su propio peligro, abandona la tabla y trata de salvar a su hijo.

* * *

Nadie supo explicar el caso; pero es lo cierto que horas después madre e hijo se encontraban en una playa sin haber sufrido daño alguno. Lo que sí se sabe, es que su hijo llevaba pendiente del cuello una medalla de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.

Al darse cuenta de que estaban sanos y salvos en la playa, divisaron una ermita que se descubría en la cumbre de una montaña próxima. Subieron a ella y ¡cuál sería su asombro y su gratitud al ver que aquella ermita estaba bajo la advocación de la misma milagrosa Virgen!

– Es que María protege a sus devotos no sólo en cuanto a la vida del alma, sino también en cuanto a la vida del cuerpo.

J. M. A., Congr.

¿Quién hizo estudiar a Juanito?

Alegre, saltarín, juguetón, travieso hasta la saciedad, Juanito era la felicidad de sus padres, los señores de Sotoblanco que se miraban en aquel pequeñuelo como en las niñas de sus ojos.

Simpático en grado superlativo, tenía por amigos a todos los jovencitos del pueblo, que lo consideraban insustituíble en sus juegos y distracciones y le reconocían esa especie de superioridad, que es inseparable de las personas adornadas de dotes atractivas. Iniciado por su virtuosa madre en las obligaciones de nuestra Religión, era devotísimo de nuestra Madre, a la que todas las mañanas dedicaba el primer saludo del día.

Pero... (no podía faltar el *pero* tratándose de hijos de Adán) tenía un defecto que empañaba y obscurecía el brillante colorido de sus virtudes. Era vago, excesivamente vago. No había medio, suave ni duro, de hacerle estudiar. Dotado de viva y despierta inteligencia se asimilaba enseguida (cuando no fabricaba pajaritas de papel o iurgaba el oído del compañero con una pajita) las explicaciones que le daba su maestro; ¡pero sujetarse él a estudiar! ¡Bah! Lo otro pase; pero eso de estar sentado ¡quieto!, el libro sobre la mesa, la cabeza inclinada, los codos materialmente pegados a la tabla, las manos apretando las sienes para que la ciencia no se escape, eso para Juanito era imposible; una hora se le hacía un siglo.

El pobre maestro, cansado de sermonearle como comprendió que perdía el tiempo, le dejó por imposible. La madre, con cariño, con dulzura, como lo saben hacer las madres, le recriminaba su conducta y le exhortaba a cumplir sus deberes de estudiante. ¡Todo inútil! Mucho ponerse de rodillas, hacer promesas, estudiar algún día, y vuelta otra vez a las andadas.

Así estuvo varios años sin mudar, hasta que en cierta ocasión, estudiando el primer curso del bachillerato, y por el mes de Mayo, observaron sus padres que Juanito había cambiado por completo. Su vida era la del perfecto estudiante: se levantaba a tiempo, oía Misa, comulgaba, estaba con mucha atención y formalidad en clase por la mañana, y pasaba las tardes enteras estudiando hasta que le avisaban para merendar.

Extrañada la madre del cambio, se decidió un día a preguntar a Juanito. Este contestó: «Se lo he prometido al empezar el mes a nuestra Madre la Virgen y lo estoy cumpliendo».

Desde entonces su aplicación va en aumento, y, como sigue constante, todos los años al llegar Mayo, ofrece como flores a la Virgen sus estudios, su obediencia, y sobre todo, su pureza.

L. L., Congr.

FLORES Y FRUTOS

Núm. 59.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º Junio de 1918

Otro Estanislao más en el cielo



¡Qué consuelo sentí al leer aquella frase del recordatorio de la muerte de nuestro veterano congregante Alberto Arechavaleta y Mendía! ¡Con qué verdad se podía decir que había fallecido *habiendo recibido el mismo día los Santos Sacramentos!* ¡Ojalá todos los recibieran con tanto conocimiento y fervor como él los recibió aquella mañana del día de la Ascensión, en que se confesó, como siempre, algo antes de la hora de la Congregación, con su propio confesor, comulgó con todos y oyó hablar del cielo; y, a no dudar, allí irían sus deseos; y ¡quién sabe si le pidió a Dios la gracia de irse pronto de este miserable mundo! Como veremos, por unas iniciales que escribió al final de uno de sus artículos, a todos deseaba la gloria.

Verdad es que la manera de llevárselo Dios fué un poco desconsoladora para nosotros; pero nó para su Angel de la Guarda, que debió verle maduro para el cielo y no le advirtió que tropezaba con un cable con que estaba amarrado un vapor al muelle y permitió que cayera al agua y no saliera vivo a pesar de la buena voluntad de dos tripulantes del barco que se echaron a salvarle.

Tan grande afición tenía a los barcos, que su paseo favorito era irse por la orilla de la ría, ver toda clase de embarcaciones y hablar y discutir sobre marina. Y ninguna carrera le llamaba la atención como la que se ejerce sobre las olas. Y ¡quién le hubiera dicho que sin embarcarse había de encontrar su fin en ese elemento por otra parte de él tan apetecido! ¡Qué poco podemos prever los hombres!

Le hemos llamado veterano y por tal le teníamos por los años que llevaba en la Congregación y por sus 18 años pasados, que contaba ya de vida. Y con ser de talento muy despejado (siempre era el primero en sus clases), nunca tuvo pujos de hacerse el hombre, como la mayor parte de los muchachos los tienen aun mucho antes de esa edad. Era de los que más frecuentaban el Salón; y ya se sabía, los días de fiesta, después de su paseo por la orilla de la ría, su descanso era la biblioteca de la Congregación.

Comunión diaria.

Tenemos en el cielo otro protector más de esta práctica, la más querida de nuestra Congregación; como que fué de los que la inauguraron hace seis años y de los más constantes. Y ninguna mañana hubiera faltado si su salud hubiera sido más fuerte.

Los domingos, no contento con oír la misa de la Congregación y comulgar, asistía a la de once y media, donde de ordinario se explica una Lección Sacra, un pasaje de la Sagrada Escritura.

Catequista.

El vacío que ha dejado en este cargo pocos podrán llenarlo como él lo llenaba; a su claro talento unía un carácter afable y serio que en pocos se encuentran reunidos, y a todo esto se juntaban gran celo porque aprovechasen sus catequizados, que también le distinguía.

Las bromas, aunque fuesen algo pesadas·

Universidad de Deusto
Biblioteca

nunca le molestaban; las tomaba a risa y jamás quería reñir con nadie.

Cines.

Nunca se le vió ni en el único al que se permite ir de vez en cuando a los Congregantes; y ocasiones hubo en que invitado por sus propios padres y sabiendo que le dejuban en libertad, no aceptó la invitación. Su carácter no era para pasar el tiempo contemplando las tonterías que de continuo allí se representan. ¡Que en el cielo pida que todos los Congregantes tengamos a menos, como él lo tenía, pisar un cine mientras no se representen escenas de más seso y más morales! En el concurso que hubo hace años para describir con un dibujo los peligros del cine, así dejó grabado el peligro que en el cine veía: a la puerta de un cine está el demonio empujando a un chico y haciéndole caer en el infierno.



Con todo lo que vamos diciendo se comprende ser verdad en él aquella su frase: «*No soy Congregante porque me obliguen a serlo; soy Congregante porque quiero serlo.*»

Esta misma fuerza de voluntad queda comprobada en sus contestaciones a los concursos. Tomaba parte en todos y en más de la mitad, de los muchos que ha habido, acertó con todas las respuestas. Vamos a ver algunos de sus aciertos o

Chispazos.

Cuando a uno le consienten sus padres todos los gustos, ¿cómo le quieren?—«Le quiere muy mal».

Y el que está contento con que le mimen ¿qué viene a ser?—«Un tonto».

Si fuese conveniente sin enfadarse cambiar de conversación con alguno, ¿cómo se podría con naturalidad hablar de otra cosa?—«Haciéndose el distraído y preguntándole algo que le pudiera interesar».

¿Por qué San Luis Gonzaga jugando un día al billar y siendo preguntado qué haría si supiese que iba a morir enseguida contestó: seguiría jugando?—«Porque entonces Dios le mandaba jugar y se divertía santamente».

¿Cuál es el consejo de los consejos de San Francisco de Sales?—«Elegir un confesor fijo y hacer lo que él nos mande».

Cuando me privo de algo para dar a las Misiones, ¿quién sale más favorecido, las Misiones o yo?—«Yo, porque Dios me premiará ese interés por las Misiones».

¿Qué debo yo sacrificar y encerrar en mi «Hucha de Misiones» más aún que mis perrillas?—«Mis caprichos y gustillos».

¿Qué práctica nos han recomendado para vencer pequeñas tentaciones y colaborar a las Misiones?—«Meter una perrilla en el bolsillo izquierdo y retenerla en él toda la semana».

¿Con qué práctica podremos más fácilmente conocer nuestro principal defecto y corregirlo?—«Haciendo el examen de conciencia todas las noches».

¿Qué es lo que menos me educa?—«La diversión».

¿Qué es lo más necesario para educarme?—«El mortificarme».

¿Por qué están mal educados los que lo están?—«Porque no saben dominarse».

¿Dónde encontraré la gracia de Dios, que es lo que más me ayuda para educarme?—«En la frecuencia de los Santos Sacramentos».

¿Por qué se prohibe ir a los cines?—«Porqué son los centros donde se aprende la peor educación y peligra la gracia de Dios»

Decir con otras palabras o con una comparación la frase favorita de San Estanislao: «No nací para lo temporal, sino para lo eterno.—«Quiere decir que el fin para que fuimos criados es para ir a gozar de Dios, y no para divertirse aquí en la tierra».

¿Qué dos tiempos del día son los más indicados para rezar a la Santísima Virgen las tres Ave-Marías?—«Al levantarse y al acostarse».

¿Por qué es muy valiente el devoto de la Virgen?—«Porque así como un niño se acoje a su madre cuando tiene algún peligro, así también se defiende contra todos con la Virgen que es nuestra Madre, a quien debemos invocar en las tentaciones».

¿Cómo se podrá demostrar a muchos Congregantes, que no comulgan diariamente, que mienten al decir «no puedo»?—«Poniéndoles esta comparación: Si diesen cinco duros todas las mañanas a todos los que llegasen a tiempo a misa de siete y media, nadie faltaría; pues ¡cuánto más ganamos oyendo la Santa Misa y ¡cuánto más recibimos comulgando!»

Violinista.

Demostró también de pequeño tener muy buenas prendas para la música y especialmente para el violín. Llevó todos los años la mejor nota, y es de creer que hubiera llegado a ser algo notable si su delicada salud no se lo hubiera impedido

Su cartera.

No eran pocos los papeles que aparecieron en su cartera medio borrados por el agua; entre ellos estaba la estampa de su primera Comunión: Cristo Nuestro Señor con la Hostia y el Cáliz ofreciéndosela en comida y bebida.

Nada de lo que allí se encontró era profano; todo ello era más o menos relacionado con su vida Congregante. Hasta tres artículos para FLORES Y FRUTOS tenía allí en borrador.

Por estos sus artículos inéditos se puede también conocer su espíritu bien templado y acondicionado:

El barquero del cuento.

«Era un pobre barquero que pasaba la gente »de un lado a otro de un caudaloso río.

»Cierto día conducía a un señor que entabló »con él conversación y preguntó al botero:

»—¿Sabe usted algo de matemáticas?

»—¿Matemáticas?, ni sé lo que es éso.

»—¿Si sabe usted sumar, restar, multiplicar, etc.

»—Nó, no señor.

»—Pues mire usted, ha perdido una cuarta »parte de su vida... ¿Ya sabrá usted escribir?

»—No señor, no me enseñaron.

»—Pues ha perdido usted otra cuarta parte »de su vida... y ¿sabrá usted leer?

»—Tampoco; no se más que remar y nadar.

»—Pues está usted lucido, ha perdido usted »otra cuarta parte de su vida.

»El pobre hombre iba ya molestándose con »tantas pérdidas y tantas cuartas partes, »cuando en aquel momento dió un remazo »más fuerte, rompió el estrobo, y se balanceó »tanto el bote que dió vuelta cayendo ambos »al agua.

»En aquel momento de confusión le ocurre »al barquero preguntarle al sabio: ¿Oiga, »sabe usted nadar?

»—Nó, le contestó todo acongojado, tragándose una bocanada de agua.

»—Pues ha perdido usted toda su vida. Y »nadando, nadando llegó el botero a la orilla, »dejando al sabio que se ahogara con todo »su saber, ya que no sabía lo único que le »importaba saber en aquel momento.

»Y así nosotros: que sepamos muchas matemáticas, mucha geografía, geometría, gramática, muchas lenguas; si no sabemos lo »que está más obligado a saber y entender »el cristiano, ¡estamos lucidos!

»Esta asignatura de la Doctrina cristiana »y de conformarnos a ella con nuestra conducta, va a ser la del último examen: si no la »aprobamos, ya podemos contarnos entre los »eternamente reprobados.»

Este otro artículo fué encontrado también en su cartera y está relacionado también con la marina.

Lo primero es lo primero.

«En toda la extensión del horizonte no se »divisaba nada, ni un penacho de humo, ni »la más pequeña vela; el mar estaba desierto, »el sol se despedía para ir a visitar otros mares y otros continentes.

»Sobre la cubierta del hermoso vapor un »rico comerciante se paseaba tranquilo, contemplando la puesta del sol que parecía encender en rojo el líquido elemento. Nada tenía que temer.

»Dedicado desde su juventud a los negocios, »había visto crecer su capital como la espuma. »A la sazón conducía en su barco, como en »anteriores ocasiones, un cargamento de sedas y otros objetos de menor cuantía, valorados en muchos cientos de miles de pesetas; »iba allí flotando en su barco buena parte de »su caudal.

»Transcurrió la noche sin novedad; mas, al »amanecer entre dos luces se sintió una formidable explosión por la parte de babor: una »mina había chocado en el costado del buque, »partiéndolo de arriba a abajo como si fuera »una simple caña. El agua invadió a torrentes »el departamento de máquinas. Los tripulantes medio dormidos, desoyendo las órdenes »del capitán, se lanzaron a los botes con tanta precipitación que estuvieron a punto de »sumergirse.

»El comerciante, como alocado por la pérdida, les gritaba para que salvasen el cargamento, como si aquello fuera lo más importante en trance tan apurado.

»El único marinero que quedaba a bordo le »largó un salvavidas; pero él lo desechaba y »seguía gritando como un desesperado: ¡Mi »cargamento! ¡mi barco! ¡mi ruina!

»Antes es la vida. Tome ésto que le salva, »le gritó el marinero, y viendo que no le hacía caso, le ató a viva fuerza un salvavidas »y le arrojó al mar, y el marinero hizo otro »tanto.

»El comerciante forcejeando con las olas »que querían sepultarle, llega al barco que »estaba casi sumergido e intenta locamente »sacar algunos fardos.

»Al poco da el buque un fuerte bandazo y »se sumerge a unas cuantas brazas de profundidad, arrastrando en su remolino al desgraciado comerciante. Todos los demás tripulantes llegaron sanos y salvos a sus casas.

»Algo así como un barco es nuestra vida: »cuando menos esperamos se presenta la »muerte sin previo aviso. Si en esta tormenta »de nuestra vida tratamos de salvar riquezas, »honores, etc... nos hundimos para siempre »en los abismos del infierno. Pero si, en vez »de acumular riquezas pasajeras, hemos acumulado buenas obras, que son el salvavidas »que nos mantiene a flote, llegaremos sanos y »salvos a nuestra casa, la gloria, q. a. t. o. d.»

Estas iniciales con que termina el artículo, fácilmente se entienden después de la palabra *gloria*.

Y ¡quién le iba a decir que llevaba en su cartera escrito por él mismo lo que le iba a

Universidad de Deusto
Biblioteca

pasar, que se le iba *«a presentar la muerte sin previo aviso»* y que la tenía tan cerca estando tan sano.

Y para que se vea en lo que se fijaba cuando leía y cómo amaba a la Santísima Virgen, pondremos aquí el artículo que le entregó al Padre y no lo publicó por estar copiado casi a la letra de *El Mensajero de María* y no admitirse artículos que no sean más o menos originales. Quitaremos lo que él quitó y añadiremos lo que él añadió. La última frase está puesta por él con lápiz y casi borrada por el agua.

Aprended, esclavos de María.

Tenemos en el término de nuestro huerto una pequeña y hermosa pinada de reciente plantación, y rodeada por bellísimas plantas de jardín, cultivadas con esmero por los religiosos del convento, una estatua de María. Allí ante la Inmaculada, al comenzar y terminar sus recreaciones, suelen presentarse todos mis hermanos los religiosos a pedir la bendición a su Madre y Reina.

Un día, hará de esto tres o cuatro meses, estaba yo solito delante de esta mi querida Madre, y después de saludarla con el Ave-María, púseme a curiosear con la vista los pormenores artísticos de la estatua. Pero, he aquí que al fijarme en el repliegue que hace el manto bajo el brazo derecho de la Virgen, allí, en un huequecito observé un bulto, algo que a primera vista parecióme afear la imagen de la que es más pura que el sol y más limpia que los ángeles.

Acerquéme un poquito más y... ¿qué diréis que ví? Un caracol. Un caracol, sí, el protagonista de esta historia.

¡Jesús! ¡qué bicho! voy a echarle a tierra, me dije, y en un santiamén me encaramé sobre el pedestal de la Virgen, y llevé la mano con la intención sabida al hueco donde se había refugiado el animal.

No llegué a tocarle siquiera. Una idea más rápida que el movimiento de mi brazo asaltó mi mente y me dijo en un instante: «¡Insensato! ¿sabes lo que vas hacer? ¿qué mal te hace el caracol con buscar albergue en mi regazo? ¿qué más quisieras tú para tí que imitarle a él viviendo en mí? No lo toques; al contrario, contémplale e imítale.»

Comprendí la lección que me dió la Virgen, y allí en su presencia me dí a meditar: María es la Reina de la Creación, luego todos los seres están sujetos a su poder y a su amor; todos son vasallos y esclavos suyos; el caracol está en posesión de su derecho y ¡quién lo creyera! me da una lección que nunca olvidaré. ¿Puede encontrarse símbolo más perfecto de *la vida en María* que el ejemplo de este animalito? El ha dejado su guarida, si así podemos llamar a la piedra o planta donde antes se cobijaba, ha despreciado la hierba que le podía alimentar, se ha desentendido de la compañía de los suyos, y con sus propios esfuerzos ha trepado por el pedestal y y no ha cesado hasta colocarse aquí en el sagrado albergue de su Señora y Reina.

Retiréme de aquel sitio, donde tanto había aprendido, emocionado, agradeciendo a mi Madre y Reina la lección que por medio del caracol me había dado.

Desde aquella fecha, cuantas veces me ponía delante de la imagen de María, mis ojos buscaban al caracol y allí le encontraban siempre, por las mañanas, al mediodía, al anochecer, en los días calurosos, en los húmedos, hasta en los días de lluvia.

Su constancia viviendo en María derrocaba mi corazón.

Tantas veces le ví en aquel sitio a mi querido caracol que llegué a convencerme de que había muerto. Si es así, me decía yo, si ha muerto, nueva lección a mi inconstancia, a mi falta de intenso amor a María. Morir en María después de haber vivido en ella... ¿Se puede apetecer dicha más perfecta?

«Aprendamos también nosotros la lección que nos da este caracol sobre la manera de *vivir en María*.»

Se encontró también en su cartera una hoja de calendario con este chiste que le debió hacer gracia por la agudeza y la enseñanza que contiene. Dice así:

Feliz ocurrencia.

Un día de gran concurrencia en una estación de ferrocarril, se presenta un sacerdote y se acerca a la taquilla para pedir billete.

—Detrás, bocifera un semi-caballero; estaba yo aquí antes que usted.

—Dispense usted, creí haber llegado el primero, contestó el sacerdote.

—No, señor, fuí yo; aquí, como en el confesonario, todos por turno; y el dinero en la mano porque no se fía.

—¿Ha pagado usted alguna vez en el confesonario?

—Sí, señor.

—Entonces, dice el cura sonriendo, mucho peor para usted; en el confesonario no se paga sino para restituír lo robado.

Ante la ocurrencia del buen sacerdote, una carcajada general aumentó la confusión del chamuscado contrincante.

Y por qué no pondremos fin a esta breve biografía con la idea primera y que más se me ha grabado al recoger estos datos, y es precisamente la misma que él apunta en su segundo artículo inédito: que la muerte viene sin previo aviso. Pues bien, para que no me coja desprevenido, hay que estar aprovisionado; y no hay mejor previsión ni provisión que la Comunión diaria; así aunque mi muerte sea repentina, podrá decir mi familia con gran consuelo y con gran verdad lo que se ha podido decir de nuestro Alberto; ha muerto después de haber recibido los Santos Sacramentos. ¡Así sea!

J. M. A., Congr.



Núm. 60.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° Julio de 1918

Un juego de manos con consecuencias.

Todos los invitados por el Sr. Marqués para el banquete, con que obsequiaba a sus amigos en el día de su fiesta onomástica, se hallaban ya reunidos en el magnífico salón; en la mesa no se sabía qué admirar más, la riqueza o el gusto; relucían cucharillas de oro sobre la mantelería blanca y el centro estaba cubierto de rosas de variados colores, que parecían brotar de artísticos floreros.

Elegantes camareros de librea servían a los convidados variedad exquisita de manjares.

Entre los invitados había dos caballeros, conocidos por sus ideas bastante antirreligiosas, los cuales desde hacía largo rato miraban con ojos codiciosos las cucharillas de oro que esparcidas sobre la mesa, parecían con sus brillantes reflejos más apetitosas a nuestros dos convidados que los más delicados manjares.

Uno de ellos estuvo varias veces a punto de coger y guardarse una de ellas con disimulo; pero aún no se había atrevido a realizar su proyecto; miraba nervioso a todas partes y esperaba una distracción de los demás invitados para ponerlo en práctica.

Por fin se decidió. Con el pretexto de sacar el pañuelo, metió por fin en su bolsillo una de aquellas cucharillas tan codiciadas.

Para todos no había pasado inadvertida la maniobra.

* * *

Llegó la hora de los brindis. El Marqués fué el primero en brindar. Fueron saludadas sus palabras con abundantes aplausos.

Brindaron seguidamente otros dos caballeros que también fueron muy aplaudidos.

—Brinde usted, D. Manuel, dijo el señor Marqués a un caballero muy encopetado que no había hablado una sola palabra durante el banquete.

—No, señor Marqués, yo no sé brindar.

—Brinde, sí, brinde usted.

—En vez de brindar, les haré un juego de manos.

—Muy bien, que lo haga, dijeron todos con gran contento; y el bueno de D. Manuel, después de levantarse un poco las mangas de la levita negra, pue es característico en todos los prestidigitadores, retira a un lado unas copas que tiene delante, se pone de pie, y deja asomar a sus labios una sonrisa picaresca.

—¿Ven ustedes esta cucharilla de oro que tengo en mis manos?, dijo muy serio D. Manuel tomando una de encima de la mesa. ¿La ven ustedes?, ¿ven que la guardo en mi bolsillo? .. Pues bien, ahora la van ustedes a ver en el bolsillo de aquel caballero que está allí enfrente; y con el dedo índice señaló a el que momentos antes se había guardado la cucharilla.

Los que estaban más cerca del aludido señor, tocaron sus bolsillos, no esperaban encontrar en él la cucharilla; pero sí, no cabía duda, la cucharilla estaba allí, claro que sí.

El que estaba a su derecha, metiéndole la mano en el bolsillo, se la sacó, al mismo tiempo que una ovación estruendosa premió el trabajo del simpático D. Manuel, en cuyo rostro asomó de nuevo una sonrisa burlona que hirió doblemente al pobre ratero; porque el *bueno* de D. Manuel era el otro aprovechado caballero que se había propuesto no salir del convite, sin llevarse una cucharilla de oro... ¡Y se la llevó! ¡vaya si se la llevó! ¡para eso hizo aquel juego de manos!...

Decididamente los lobos de dos pies, que no tienen más religión que su provecho propio, se muerden unos a otros...

J. L. C., Congr.

Historia de un naufragio.

La travesía no podía ser más feliz. Nueve días llevaba el hermoso buque español navegando y ni el menor contratiempo había sufrido en su ruta.

El capitán, hombre ya entrado en años,

Universidad de Deusto
Biblioteca

acariciando su ondulante barba negra, permanecía impasible y silencioso de pie en el puente observando cómo maniobraban los marineros a las voces de mando del segundo de abordo.

Unos ocupados en la limpieza del barco, otros al cuidado de las calderas, otros encargados del timón y las máquinas, y otros haciendo cumplir a cada uno su obligación; todos trabajaban, algunos al compás de alegres canciones marineras, y otros al compás de cantos populares, que les recordaban la patria que por algún tiempo habían abandonado.

Cuando al atardecer les era concedido un buen rato de descanso, la mayor parte sentábanse rendidos, y allí pasaban un buen rato contemplando el océano azul, que les ofrecía una eterna e invariable decoración.

Pero, tratándose de una cosa temporal no podía durar mucho la dicha.

Una de esas tardes en que los marineros descansaban de las fatigas del día contemplando la puesta del sol, que iba alegrar con sus rayos otras tierras, sintieron por la parte de popa un cañonazo que los sobrecogió a todos de espanto, al mismo tiempo que a poca distancia distinguieron un gran submarino que se acercaba al buque español.

Este se paró al momento y todos sus tripulantes, amontonados sobre las barandillas del puente, esperaban acontecimientos.

El capitán con varios oficiales pasaron al submarino con la documentación, que fué reconocida; y por ser contrabando de guerra el cargamento del buque, se mandó a la tripulación desalojarle, pues inmediatamente había de ser volado.

* * *

Se terminó la dicha. En débiles barcas, juguetes de las olas están ahora aquellos marineros, que horas antes gozaban de una felicidad completa.

Hacía un momento que el barco donde habían trabajado y gozado juntos, había desaparecido de la vista de nuestros pobres náufragos.

El capitán, que con otros cinco marineros ocupaba una pequeña barquichuela, lloraba como un niño viendo hundido aquél su buque, que le sirvió de casa durante 25 años que llevaba a su mando.

Pasaron seis días en medio de los mayores tormentos. Ni un barco acertó a pasar por aquellos lugares; solos, abandonados, sin víveres, ateridos de frío, desesperaban ya de auxilio humano. Parecía que la muerte quería para sí aquellos desgraciados.

Tales fueron sus sufrimientos, en particular los de aquellos que ocupaban la barca del capitán, donde no habían comido nada desde hacía seis días, que tres estaban ya enfermos, uno grave, muy grave, el segundo maquinista hombre joven todavía, pero deshecho por los vicios y malas costumbres que siempre había tenido.

En el delirio de la fiebre; todo el día se lo pasaba pidiendo con voz casi imperceptible: «un sacerdote, un sacerdote para confesarme; quiero confesarme».

—Pero, si no tenemos aquí ningún sacerdote.

—«Un sacerdote», repetía, «traedme un sacerdote; buscadme un sacerdote. Yo quiero confesarme... pronto...», y en un rato de mayor delirio, en que la calentura más aceleradamente le consumía, empezó a decir al mismo capitán los gravísimos pecados, en que había incurrido durante su mala vida.

* * *

Al día siguiente un cuerpo inerte era arrojado entre las alborotadas olas, que parecían rugir pidiendo cuanto antes a aquel desgraciado.

Era el cadáver del infeliz maquinista, que, después de arrastrar una vida de infamias y vicios sin acordarse para nada de Dios; en su última hora, cuando veía acercarse la muerte a paso acelerado, entonces le remordió la conciencia, y, como si viese pasar ante su vista lo que le esperaba, quiso un sacerdote cuando era ya imposible.

Un medio infalible para no vernos en el caso de este pobre maquinista: No estar nunca en pecado mortal; confesarse, si se puede, cinco minutos después de haber pecado.

Así, aunque la muerte nos sorprenda donde no haya sacerdote, la recibiremos con toda tranquilidad.

J. L. C., Congr.

Un curioso bien cogido

Hace algunos años llegó a Vichy, para tomar sus celebradas aguas, un caballero inglés, protestante, de ideas bastante avanzadas; era en una palabra un hombre a la moderna, un espíritu fuerte.

La enfermedad le impedía tomar parte en los bailes y demás diversiones del balneario; y por eso, en los ratos que le dejaban libre sus ocupaciones, que eran los más del día, nuestro hombre se aburría soberanamente. Para matar esos ratos de tedio se le ocurrió un día acudir a un templo católico con el propósito, desde luego, de burlarse de lo que allí viera.

Entró, pues, en el templo una noche en que se celebraba una función en honor del Santísimo Sacramento. El inglés veía que los fieles estaban arrodillados con mucho recogimiento sin atreverse a mirar al altar, y que aún mayores demostraciones de respeto hacia el sacerdote oficiante.

Sentía él que lo que veía le cautivaba el ánimo; pero era tal el arraigo que en su corazón habían tomado las malas ideas, que queriendo explicar aquello de algún modo, lo atribuía a hipocresía. «Estos fanáticos, se decía, hacen estas exterioridades porque son unos hipócritas y más por respeto humano que por otra cosa; y me convenceré de ello quedándome cuando termine la ceremonia».

Poniendo en práctica su pensamiento, concluída ésta, buscó un lugar escondido y se acurrucó al lado de un confesonario. Algún tiempo hacía que estaba en esta situación, cuando sintió ruido de unos pasos: era el párroco, anciano venerable, que antes de acostarse solía hacer una visita a la Iglesia para inspeccionarla. Se dirigió al altar mayor y allí se arrodilló y reverenció al Señor que estaba en el Sagrario. El protestante que veía ésto, no pudo resistir más, y saliendo de su escondite, fué al encuentro del sacerdote, cuya atención a sus rezos era tanta que no le sintió hasta que le tuvo a su lado. Entonces le dijo con voz tranquila: ¿Qué quiere usted, caballero?

—Señor, le respondió el inglés, yo era protestante y he entrado en el templo esta noche para reírme de sus ceremonias; ví que usted predicaba la presencia real en el sagrario del Hijo de Dios vivo, y quise saber si lo que enseñaba de palabra lo practicaba igualmente; de lo cual acabo de convencerme plenamente al verle a usted y quiero hacerme católico.

En efecto, el caballero abjuró de sus errores y hoy es un señor muy virtuoso que hace mucho bien a las almas de los infieles.

Acostumbrémonos pues a estar bien en la Iglesia. Pocas cosas mueven tanto a estar compuestos y devotos en el templo como la compostura y devoción que vemos en otros. ¡Pues, demos ese buen ejemplo!

I. G. Congr.,

¿Para qué sirve el dinero?

Era el día de la distribución de premios. Luisito sentado en la sala con todos sus condiscípulos, esperaba la llegada de sus padres, a quienes hacía tanto tiempo que no veía. Pero pasa una hora y otra hora; ve a sus compañeros, que con gran regocijo abrazan a sus padres, les enseñan sus notas y, después de despedirse de sus profesores, van tan alegres a descansar y hacer vida de familia. Luisito entre tanto, los contempla con sus ojos nublados de preocupación y de tristeza, debida a la tardanza de sus padres.

Cada vez que se abría la puerta, le parecía a Luisito ver entrar a sus papás con los brazos abiertos a buscarle; mas... el acto había terminado, el Salón estaba casi totalmente desalojado y Luisito era el único colegial que no formaba grupo con su familia.

Cuando estaba decidido a ir a buscar consuelo donde el P. Rector que estimaba mucho al niño, vió aparecer en la puerta el rostro arrugado de Antonio, el viejo criado de su casa.

Lo primero que hizo fué preguntarle por su papá, por su mamá y por su hermana. Antonio le respondió que todos estaban buenos. Pero a Luisito le parecía descubrir en la respuesta seca de su criado algún misterio y le dió prisa para ir cuanto antes a casa.

Antonio puso el coche en marcha, y Luisito, mientras veía pasar ante su vista los hermosos árboles que sombreaban la carretera, pensaba en sus papás en por qué habrían dejado de ir a buscarle, cosa que habían hecho durante los tres años que llevaba en el Colegio.

En dos saltos subió la hermosa escalera de mármol sin fijarse para nada en los hermosos tapices y primorosas estatuas nuevas para él.

Con la primera que tropezó en el primer piso fué con su hermana a la que preguntó por su mamá.

—¿Mamá? Ha ido a un baile que da la Marquesa de Torre Nova, y que un día de estos se repetirá aquí en casa. Ahora casi todos los días va a estas horas a alguna de estas fiestas, desde que papá ha ganado tanto dinero... Además ya sabrás que tenemos automóvil... y creo que papá va a hacer un palacio en Madrid.

—¿Y cuando vendrá mamá?, insistió Luisito, tengo muchas ganas de verla.

—No suele venir hasta bastante tarde, le respondió su hermana.

Luisito extrañaba grandemente el cambio que en su casa se había obrado.

—Antes mamá nunca salía, pensaba Luisito, más que con papá y con nosotros, y ahora se va al teatro y a bailes y no nos quiere llevar. ¿Y papá? ¿dónde está? volvió a preguntar a su hermana.

—En su escritorio con el mayordomo. Deben estar tratando de algún negocio importante porque a mí me han mandado salir.

Luisito va corriendo hacia el escritorio y sin previo aviso entra dando un portazo.

Papá... papá... mira, mira qué notas... tres sobresalientes... mira los diplomas... ¿Por qué no has venido a buscarme?...

—Ya ves, estoy muy ocupado; y separando a un lado los diplomas que Luisito le había plantado encima de la carpeta, volvió a trabajar, al mismo tiempo que, alargándole una moneda de cinco pesetas, le dijo: Vete, vete al circo con Antonio.

A Luisito le produce una impresión terrible el proceder de su padre. Sale del escritorio y arroja con rabia por el pasillo la moneda que le dió su padre; anda después dando vueltas por la casa sin saber lo que hacer.

Por todas partes ve criados con libreas rojas adornadas con relucientes botones dorados que se disponían a servirle; pero él no hacía caso de sus agasajos y seguía siempre impasible hasta que se encontró con Antonio.

—Acuéstate Luisito, le dijo, ya es tarde; mañana verás a mamá; y con él de la mano entró en la habitación que le tenían dispuesta.

—Ya no me quieren como antes, Antonio, decía el pobre Luis sollozando. Papá para despacharme me da dinero para que vaya al teatro; mamá prefiere andar de bailes a venir a buscarme.

Y el buen Antonio casi llorando, impresionado por las palabras del niño, consiguió a fuerza de consuelos que se durmiera, mientras entre dientes decía: ¡Maldito dinero, tú eres la causa de muchas desgracias! Y ¡cuántas cosas más terribles podría haber dicho del, muchas veces, criminal dinero!

I. M., Congr.

El soldadito de Nápoles.

Yo soy curioso y más tratándose de conversaciones de muchachos. Escuchad esta que sorprendí el otro día entre dos chicos que se sentaron junto a mí en el Parque:

Universidad de Deusto
Biblioteca

—¡Hola Luisillo! ¿qué tal? hace días que no te veo...

—Era difícil verme; el «Soldado de Nápoles» me había herido.

—¡Ah! ¿Tú también?... ¿Y cómo así?...

—No sé chico. Hace una semana al salir del cine, noté los primeros síntomas: malestar, calentura, tos, qué sé yo... creí que me descuadernaba.

—¡Conque al salir del cine! ¿eh?

—Sí, porque esa epidemia...

—¿Cuál, los cines?...

—No, la grippe. Esa epidemia parece que reina en los lugares donde se reune mucha gente ¿sabes?... Por eso no fuí yo a misa el domingo.

—¡¡Caramba!!... ¿y fuiste al cine?

—¿Dónde iba a ir?

—No, claro. Sobre todo ahora que han alargado tanto los días y que hace tan buen tiempo ¿vas a ponerte a pasear?... No hombre; naturalmente; es muchísimo mejor la obscuridad del cine, tan agradable ¿eh?... Y aquella atmósfera saturada de puro oxígeno...

—¡Caray! todo lo tomas a broma.

—No, no. Bien, pero continúa, continúa.

—Bueno. Pues como te iba diciendo, la grippe es contagiosa. Basta que una persona la lleve para que muchas que respiren su misma atmósfera se contaminen. Y en el cine donde tanto tarda en renovarse el aire y tanta gente se reune, es aún mucho más fácil el desarrollo de la enfermedad.

—Entonces de los concurrentes asiduos a ese espectáculo, habrá pocos que no hayan oído esa «Canción del Olvido».

—Hombre, no tanto.

—¡Hombre, sí tanto. Porque basta que uno la lleve para contaminar a los demás, ¿no? son tus palabras... Y de los que al cine van casi todos tienen grippe. Si no la tienen en el cuerpo, la llevan en el alma.

—¡¡Eh!! ¡¡Eh!!

—En la iglesia no sé yo de nadie que se haya contagiado de ninguna de las dos cosas. En cambio tú llevas grippe hasta en el alma; por eso, por no ir a la iglesia e ir al cine.

—Chico que me avergüenzas.

—¡Ah! menos mal si aún te queda vergüenza. Pues mira, aplícate la poca que te queda, a ver si te curas, que buena falta te hace...

Y no les oí más, aunque yo creo que fué bastante.

R. M., Congr.

Correspondencia abierta.

Estos son guapos.

Querido amigo Enrique: No sabes bien lo que nos divertimos estas vacaciones los seis Congregantes que aquí estamos. ¿Quieres saber el secreto de por qué nos divertimos este año mucho más que el año pasado? pues óyeme:

El año pasado no hacíamos nada de provecho, como que todo el día estábamos fuera de casa y casi todo el día aburridos.

Este año lo entendemos mejor. Mira que distribución más buena tenemos:

1.° Todas las mañanas vamos juntos a oír misa y comulgar a las ocho en la parroquia.

2.° Después del desayuno estudiamos el Catecismo del P. Arcos y nos reunimos en casa del Párroco, le damos la lección y él nos la explica.

3.° Luego vamos a tomar el baño, pues a eso de las 10 hay todavía poca gente y estamos más anchos.

4.° En cuanto nos bañamos, cogemos el bote de José María y damos una vuelta.

5.° A primera hora de la tarde, que hace mucho calor, estudiamos en casa las asignaturas del año que viene.

6.° Cuando ya no hace tanto calor, vamos en bicicleta carretera adelante.

Si quieres creerme, te diré que hasta la paga la tenemos ya distribuída: parte para la «Hucha de Misiones» y también tienen la suya los leprosos de Fontilles.

Aquí, por supuesto, andamos los seis siempre juntos, nos defendemos mutuamente y no nos juntamos con ningún otro chico, pues los hay que huelen bastante mal, se entiende de la boca.

¿Qué te parece? Seguramente que te gusta; haz tú algo así y verás cómo es verdad lo que te decía que te divertirás, como nosotros, mucho más.

Adiós Enrique, hasta que vengas por aquí y lo veas más de cerca.

R. T., Congr.

Otro guapo.

He estado muy ocupado todos estos días en ordenar mi habitación de estudio y mi biblioteca de libros antiguos, pues me ha regalado mamá una porción de ejemplares raros sobre los que antes tenía.

Hago casi la misma vida que el año pasado. Por la mañana me levanto cuando llaman a misa; la oigo y comulgo en ella, a veces ayudo cuando falta algún monaguillo. Después del desayuno leo el periódico. Después estudio, pinto, leo, etc.

Enseguida de comer voy a echar una siesta bajo algún arbol del jardín o de la huerta. Después de merendar salgo a dar un paseo con algún amigo o con mi hermano y a veces solo, hasta eso de las ocho y media, hora en que voy a hacer la visita al Santísimo.

La «Santa Infancia» sigue aquí tan bien organizada como el año pasado. El catecismo está aún mejor como verá en la hoja adjunta.

El artículo para FLORES Y FRUTOS me lo han quemado sin saberlo, cuando estaba ya concluído, así es que lo tendré que volver a hacer.

J. M. U., Congr.

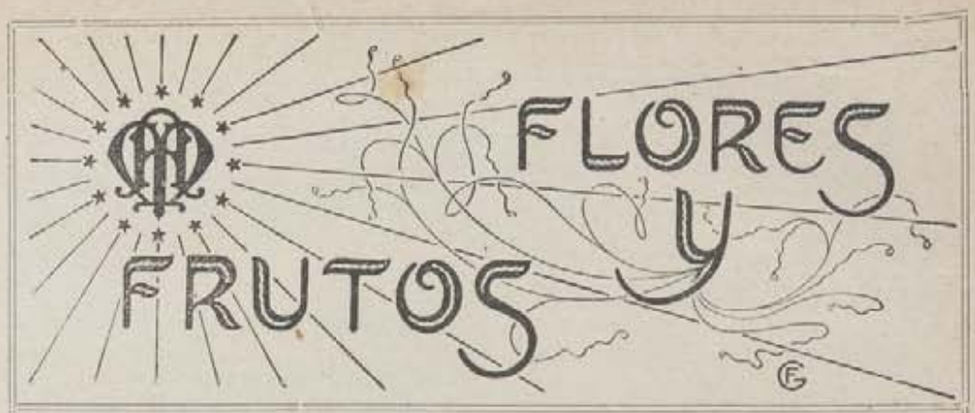
Un guapo más.

Paso el día muy divertido, pues me junto a chicos pequeños a quienes enseño el Catecismo, y por la tarde, sentado a la sombra de los árboles, rezo el Santo Rosario.

Pero no piense usted que estoy todo el día rezando, pues suelo ir a cazar y a pescar con el primo. Para el día del Carmen pienso estar en Bilbao para tomar parte en la procesión náutica.

J. M. J., Congr.

– El número 61 está colocado después del 56.



Núm. 62.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° Setiembre de 1918

Nadar a medias.

Estaba cómodamente en un wagón de ferrocarril, esperando la salida del tren que había de conducirme al pueblecillo donde paso el verano; cuando de pronto se abrió la portezuela y entró en mi coche Roque Mendizábal, jadeante y sudoroso.

Había estado a punto de encontrar cerrada la taquilla y por nada quería perder el tren.

Le costó un triunfo atravesar el andén que estaba atestado de gente, pues era sábado y huyendo del calor de Bilbao, iba al campo y a la playa a descansar y a refrescarse.

Como no nos habíamos visto hacía dos meses, Roque me dijo con alborozo:

—¡Hola!, tú aquí?

—¡Hola! Roque, a dónde vas?

—Voy a San Sebastián.

—Pues yo, como siempre, a mi rincón a pasar el verano.

—Supongo que este año te divertirás como persona decente, dejándote de beaterías y devociones.

—Has acertado con todo lo contrario. Mira el plan que tengo formado para este año: Oír Misa y comulgar todos los días; porque así como venimos al campo para oxigenar el cuerpo, es también necesario oxigenar el alma con la santa comunión y con la Misa. Y no vayas a creer que eso me impide hacer las grandes excursiones por montes y pueblos, ir en bote y disfrutar del magnífico paisaje que se distingue desde la vega y bañarme en el mar; además allí entre los amigos tenemos algo así como una escuela de natación; y así nos divertimos. ¿Qué te parece?

—Está bien todo eso de pasear; pero, veo que perteneces a una escuela peligrosa...

—A la de natación?

—No. A la de los que se dan muchas misas y comuniones.

—Pues bastante más peligroso me parece a mí que es caerse de bruces en el infierno por descuidar estas prácticas. Nada, que a ti te pasa lo mismo que aquel que decía sabía nadar a medias.

—¿A medias?

—Sí porque decía que sabía hundirse y no sabía flotar; y tú eres como ése; sabes hundirte en el infierno; pero no sabes ahora que estás a tiempo cómo salirte de él; pues, ni sabes el catecismo o lo tienes olvidado, que es lo mismo; ni vas a la Iglesia para nada y menos te confiesas y comulgas como deben hacerlo los que quieran flotar.

No tuvo qué responder y cambió el pobrecito de conversación.

J. M. U., Congr.

"Tengo el práctico a bordo"

¿Pero qué barco es ése que siempre está allí parado a la entrada del puerto?, me preguntaba días pasados un amigo mío durante nuestro paseo por la orilla del mar.

—Es el barco del práctico, le contesté yo. Aunque la entrada de este puerto no es ahora peligrosa, con todo, a fin de asegurarse más, sube a bordo de los grandes vapores que entran, un capitán, que conoce bien el puerto y la ría, se pone al timón, y queda, claro está, con toda la responsabilidad del barco.

Y cuando oigo hablar de prácticos, me acuerdo siempre de un hecho muy edificante que oí contar a mi papá, de un capitán de barco de la Compañía Transatlántica, a quien conoció en un viaje que hizo en su barco.

Era todo un señor capitán: un hombre valiente de veras, de esos que capeaban los mayores temporales sobre cubierta. Y aún tenía otra valentía mayor, más elevada: al atardecer, cuando mayor era el contingente de pasajeros sobre cubierta, se paseaba en el puente a la vista de todos con su rosario en la mano; y en la cabecera de la mesa, ya se sabía, delante de todos, hacía la señal de la Cruz al empezar a comer y rezaba devotamente un Padre-nuestro. Por supuesto, todos los días tenía su lectura espiritual y no pasaba un día sin que leyese un capítulo de la Biblia.

Como a todos nos llegará, le llegó a este

Universidad de Deusto
Biblioteca

buen capitán la hora de cambiar de rumbo y navegar derecho al otro mundo: una maligna calentura le estaba consumiendo. Le habían ya administrado ya el Santo Viático, que recibió con grandísimo fervor.

Acababa de salir el sacerdote, y un amigo suyo le animaba como para que no temiese. Comprendió el moribundo su buena intención, y con la mayor serenidad, como cuando estaba sano, le contestó:

«No temo nada; ¿no ve que acabo de recibir al Señor y tengo el práctico a bordo?

¡Que todos podamos decir lo mismo y con la misma serenidad! Para eso hay que ser de los valientes, como lo fué este bravo capitán.

J. L. C., Cong.,

¡Vaya una noche!

El resultado de la caza no pudo ser mejor. Gracias a la serenidad y buena puntería de nuestros dos cazadores, tenían ya amontonadas en sus sacos de caza más de 30 perdices.

Algo habían tenido que andar desde las primeras horas de la mañana, cuando apenas el sol había aparecido; atravesaban montes y no atendían a cuestas ni distancias cuando seguían a una banda de perdices.

Ni se acuerdan casi de comer, cuando ya el sol está para ponerse; siguen el cauce de un río que corre entre montes y recibe de las encañadas arroyos que aumentan su caudal. Sin darse cuenta siguen su curso, hasta que uno de ellos reflexiona y le dice a su compañero:

—Sabes que la noche se nos echa encima y debemos atravesar el río por aquí, que, como ves, tiene poca profundidad.

—Nó, replica el otro, más adelante pasaremos; a este lado han quedado unas perdices.

Siguieron así un buen rato; atisbando el uno el terreno y animando los perros y esperando sorprender a alguna incauta perdiz; mira el otro a las aguas del río que se hace poco a poco más difícil de vadear.

Más y más inquieto le dice a su compañero:

—Es muy difícil que caces nada a estas horas; y como ves cuanto más bajamos, más crecido va el río. Echémonos atrás y pasémoslo cuanto antes.

—No te da a tí poca guerra el dichoso río, le contestó riendo, cualquiera que te oiga dirá que eres un chiquillo de 10 años. Vamos a seguir adelante; si quieres tú quedarte, te quedas, yo tengo esperanza de dar con esas perdices.

—¡Bueno!, le replicó el otro, se ve que quieres pasar la noche fuera de casa.

Mientras tanto la noche cubrió con su manto oscuro la tierra. A nuestros hombres les fué imposible caminar y tuvieron que detenerse de no querer tropezar y caer por algún terraplén que había a los lados del camino. No tuvieron más recurso que acurrucarse en una esquina para pasar la noche lo mejor que podían; en toda ella no pegaron ojo.

El ruído que producían las aguas del río, parecía que estaba al unísono con el de la conciencia del que había caído ya tarde en la cuenta de su falta.

¡Bien le está! diréis todos al leer esto, ¡que hubiese vuelto atrás cuando a tiempo le avisó su amigo!

¡Y cuántos no habremos estado ya a punto de pasar a lo noche eterna, de ir al infierno, por no volvernos atrás de un mal compañero, o no haber vuelto atrás de alguna mala costumbre!

J. L. C., Cong.

«Ese cambio no vale»

Esta escena que es todo verdad, tiene lugar en el portalón de una magnífica casa solariega. La contaré tal como nos la ha conservado la historia; vosotros veréis quién merece más el título de protagonista, si Bernardo o sus hermanos mayores o el Benjamín de la familia:

Resuelto ya Bernardo a dejar el mundo y no dejarse engañar por él, consiguió con su persuasión y con su ejemplo arrastrar a sus hermanos a seguir sus pasos en la vida religiosa.

Estaba ya reunida toda la familia en el portalón para despedirse por última vez. Quien menos sufría, porque menos entendía de separaciones, parecía ser el hermano menor, de unos 14 años. Era el único hijo que iba a quedar acompañando a sus padres. Con todo, lloraba al ver ir a todos sus hermanos, que con dificultad volvería a ver.

Al verle llorar, le dijo el que más cerca de él estaba: «No llores, querido hermano; aunque nos vamos todos, no sientas tanto nuestra partida. Como ves, nada llevamos con nosotros, y toda la hacienda de nuestros padres queda para tí solito».

—No, le replicó con tono resuelto el hermanito, algo grande esperáis vosotros, cuando dejáis tanto por encontrarlo. Dime ¿qué vais a buscar?

—El reino del cielo, querido hermano, el reino del cielo.

—¡Esto sí que está bueno! ¿De modo que vosotros queréis que me contente con la tierra y eso me dejáis; y os lleváis en cambio el cielo? No vale ese cambio; no soy tan tonto. Dejad que tenga yo la edad y tan pronto como pueda yo seguiros, me tenéis con vosotros. Dejaré yo también todo esto que no sirve más que para enlodarse, e iré con vosotros a asegurar el cielo.

Fué constante en su propósito, y tan pronto como pudo, lo realizó.

E. B., Congr.

Mis mayores enemigos.

En los ratos de ocio que solía tener en la aldea donde pasaba temporadas, solía entretenerme con un perro faldero, monísimo, que mi abuela quería mucho y al que siempre estaba dispuesta a mimar y satisfacer sus gustos.

Pues bien, ese perro, ídolo de mi abuela, era tan limpio, que si alguna vez manchaba sus blancas lanas, él mismo se arrojaba al estanque del jardín y se revolvía hasta quedar bien limpio.

El polo opuesto eran otros animalitos que también tenía mi abuelita; también los quería, aunque con otro fin, con el de cebarlos y servirse de sus carnes para alimento en invierno. No hay necesidad de llamarlos por su nombre propio. ¡Cuántas reprensiones recibí de mi abuela por el mal trato que de mí recibían esos repugnantes animales!

Tan pronto como el criado les abría la puerta y entraba algún rayo de sol, como para anunciarles que había terminado su encierro, todo su cuidado era irse a donde hubiese un charco; y cuando encontraban varios delante, ya se sabía, iban derechos al mayor y al más sucio.

¡Qué de palos recibieron de mí por esta su sucia condición! pero ni por esas: repugnaba verles cómo metían primero sus pezuñas, y luego sus patas, hasta que acababan por revolcarse cuanto eran de *idem*.

Pues bien, a esta repugnante imagen que tenía yo bien grabada de un verano y otro verano, vino a unirse la gráfica pintura que de esta misma escena nos hizo el Padre que nos dió los últimos ejercicios. ¡Qué bien aplicó las costumbres de los tales animalitos a los compañeros que toda su diversión la ponen en meterse poco a poco y revolcarse en las conversaciones más sucias!

Y tan grabada tengo la tal imagen y la tal uplicación, que ahora, me basta oír a una persona cualquiera, chico o grande, una palabra fea, para que se me vaya la imaginación sin quererlo a esos repugnantes animales; y como que se me revuelve el estómago y no puedo sostener conversación con ellos, aunque me venza mucho.

¡¡Ojalá pudiera pegar esta mi repugnancia a todos los Congregantes!!

J. L. C., Congr.

Mandando a paseo.

Cierto día estaba uno de esos feroces prefectos de Antioquía martirizando a un cristiano; pero a pesar de todas las promesas que le hizo y de todas las amenazas con que procuró atemorizarle, no pudo vencerle. Cuando ya estaba cansado de atormentarle, le dijo el cristiano: «Si quieres que yo te escuche, escúchame tú también primero». El prefecto, creyendo que al fin cedía, le mandó que hablase. Entonces el noble confesor dijo al prefecto con rostro sereno y tranquilo: «Haced traer una caldera de bronce; meted en ella un niño y cubridla luego». Así se hizo. «Ahora tirad flechas contra la caldera» y fué obedecido. Por numerosas que fueron las flechas no hicieron ninguna mella, todas caían al suelo. «Quitad la cubierta de la caldera y mirad si ha padecido algo el niño», dijo el mártir. Y hallaron al niño ileso como había entrado.

Entonces el mártir, dirigiéndose al Prefecto, le dijo: «Ese vaso de bronce te enseña lo que no sabes todavía. Así como las flechas no han herido en lo más mínimo al niño, así sucede a los cristianos. Tú puedes herir, destrozar nuestros cuerpos, pero nuestras almas permanecen firmes e ilesas en la fe y en la virtud. Si el cristiano no lo quiere, todos los tormentos no le pueden dañar».

Lo mismo sucede con nosotros. El demonio es nuestro tirano. Como no puede atormentarnos, hace lo contrario: nos ofrece pensamientos gustosos; nos echa, no flechas, sino algo así como dulces para cazarnos con ellos. Encerrémonos, no en caldera de bronce, sino en firme propósito de no hacerle caso y mandarle a paseo. *J. M. A., Congr.*

Un rey sabio tenido por chiflado.

Una de las islas del Asia de magnífica vegetación y por lo tanto riquísima, era gobernada por un rey. Vivía, como suelen vivir los reyes, en gran palacio, rodeado de servidores dispuestos a cumplir sus menores deseos; pero estaba sujeto a una condición bien rara: a los dos años quedaba destronado y le retiraban a una isla en la que no había ni habitantes, ni casas y el sol calentaba muchísimo; de modo que todos los bienes que había tenido durante su reinado quedaban convertidos en otros tantos infortunios. Y cosa rara (y no tan rara), todos querían ser reyes, con no ser pocos los que lo habían sido y eran ya unos desgraciados

Hubo uno de aquellos que desde el primer día llamó la atención de todos, y todos hablaban de él como de un raro y un chiflado; no tenía otra pesadilla que la de su futuro destronamiento. Se veía que a aquel hombre le preocupaba más el provenir que el presente; parecía que aquella isla tan triste y solitaria estaba siempre delante de sus ojos; no discurría más que el modo de librarse de aquella futura miseria.

Y no tardó en encontrarlo.

«Ya que soy rey, se dijo a sí mismo, y tengo tanto mando, poco me ha de costar el construir un palacio tan bueno o mejor que el que tengo, llevar esclavos y hacer de aquella isla un delicioso pueblo».

Y dicho y hecho. Poco a poco fué construyendo su magnífico palacio, condujo muchos esclavos y tan bién preparado lo tenía todo, que esperaba con grandes ansias la hora de dejar aquel reinado, y gozar de aquel otro preparado por él, mucho mejor que el presente tan poco duradero.

Este rey y este reinado tienen harta semejanza con este mundo y con nosotros; con la diferencia de que este rey sabía que a los dos años había de cambiar de isla; nosotros también sabemos que hemos de salir de este mundo, pero no sabemos el día.

Aunque parezcamos a otros raros, riámonos, como este rey, de todos; hagamos lo que él: preparemos el reinado que ha de durar eternamente. *A. G., Congr.*

Cartá abierta.

Desde Algorta.

Queridos Congregantes: No creéis que, porque no estamos ahora en Bilbao, dejamos nuestras buenas costumbres. Los que aquí

Universidad de Deusto
Biblioteca

veraneantes formamos una pequeña colonia, que, aunque no en la misma Iglesia ni a la misma hora, recibimos todas las mañanas al Señor.

Uno solo hay que no puede hacerlo, porque el pobre está sufriendo resignadamente lo que el Señor quiere que sufra, hace ya 14 meses, sin moverse de la cama.

Nosotros no podíamos ver que nuestro enfermo no comulgara y veréis lo que hicimos.

La víspera de la Virgen de Begoña, citados por el Padre, nos reunimos todos en la Parroquia, y después de pedir por él en la comunión, en dos filas, muy formales, salimos más de 40 Congregantes de la Iglesia formando guardia de honor al Señor.

Yo no sé qué tenía la campanilla que iba a intervalos anunciando el paso del Señor. Su sonido que era una mezcla de solemne y dulce, parecía que invitaba al recogimiento.

La cosa es que cuantos encontrábamos en el camino, descubríanse respetuosamente y se arrodillaban. Al mismo tiempo nosotros con nuestra compostura dábamos bien a entender la dignidad de Aquel a quien acompañábamos.

En la puerta del jardín, engalanada con un arco de flores, estaban esperando los de la casa con velas encendidas; todos juntos llegamos hasta un pequeño altar improvisado en el jardín; a un lado estaba nuestro enfermo en un cochecito. El Sr. Párroco rezó las oraciones de costumbre y en medio de un religioso silencio, se acercó a darle la comunión. Fué este momento de verdadera emoción.

El Señor, a quien tantas veces había ido a recibir en el templo, ahora que él no podía hacerlo, venía a visitarle. Jesús, el divino médico era el que entraba en su pecho a darle la salud si así le conviniera.

¡Cuándo había recibido visita mejor! Así, después que hubo comulgado, abstraídos con estos dulces pensamientos, estuvimos todos un rato de rodillas. Al fin, cumplida nuestra honrosa misión, nos levantamos para irnos; pero no hubo medio de retirarse, pues allí nos tenían preparado un magnífico desayuno y hubo que dejarse obsequiar.

Después, y bajo la dirección del enfermito, que se animó mucho con la visita del Señor, se echaron globos, se tocó la música y todos pasamos un rato agradabilísimo.

Me ocurrió entonces esta reflexión: Más de un año lleva con santa paciencia la enfermedad sin poderse mover del cochecito. A buen seguro que, si para lograr éste la salud, que ahora tan de balde la tenemos y tan poco la apreciamos y agradecemos al Señor, tuviéramos que hacer un sacrificio: por grande que este fuese, estoy cierto que lo haríamos.

Pues ya que estamos sanos, agradezcámosela al Señor y por nada de este mundo usemos mal de ella ni ofendemos al que tan generoso es con nosotros; empleémosla en servirle, que sólo así se encuentra el verdadero descanso.

S. M., Congr.

Correspondencia abierta.

Así se educa bien.

Hay aquí una colonia escolar que vino de Bilbao hace cerca de tres semanas. Todos los chicos con sus respectivos maestros oyen misa todos los días, menos hoy que no la ha habido y un día de la semana pasada. El domingo pasado comulgaron cerca de treinta.

También están pasando una temporada una familia de Bilbao: una madre con dos hijos, los tres comulgan todos los días.

J. M. U., Congr.

Tiene buen juicio.

Sigo yendo a Misa y estudiando el catecismo del P. Arcos, que cada vez me gusta más

Por aquí está haciendo mucho calor, bueno para ir nosotros a la playa, pero malo para el campo, que está perdiéndose.

J. M. I., Congr.

Un bailarín.

El Padre, que nos ha predicado, vino una tarde a mi casa, y como era la víspera de la romería en este pueblo, le pedí permiso para bailar, y me dijo que bailara con mi mamá y tía.

J. B., Congr.

Estos andan bien.

Hace poco tiempo recibí una hoja que explicaba el modo de estudiar el catecismo del P. Arcos y como nosotros no lo tenemos, haga el favor de mandarnos.

Aquí nos juntamos siempre con los Congregantes y unos seminaristas.

N. V., Congr.

Carta aprovechada.

Desde que recibimos su carta de usted, no hemos faltado ni un día a misa; comulgamos todos los días y nos confesamos los viernes.

D. I., Congr.

NUESTRAS EXCURSIONES

PARA PROPAGAR LA COMUNIÓN DIARIA

¡¿A DONDE?!

A ALGORTA

Faltaban unos minutos. Iba a partir el tren de las Arenas, cuando se precipitó en el andén un enjambre bullicioso de muchachos. Eran las siete de la mañana, ¿cómo no habían de oirse los gorjeos de los pájaros y los niños?

—¿Adónde se va, Padre?
—A Algorta.
—¿Con sus chicos?
—Con mis corderos.
—¿Me permite?
—Con mucho gusto.

Y quedé agregado a la embajada.

Minutos después, cesaba el bullicio, y aquel departamento quedaba convertido en improvisada capilla. Los Kostkas imitaban a su patrono y se acordaban de su Madre. Terminado el rezo del rosario, se animó la colmena con mayores regocijos todavía.

La llegada.

Sus compañeros veraneantes esperaban en a estación, acompañados de sus familias. Por un momento pareció que se iba a dispersar el rebaño, pero sonó el silbato, y todo el mundo a su puesto.

En los Trinitarios.

En la bonita iglesia de los RR. PP. Trinitarios, al fin de la Misa, recibieron la Sagrada Comunión 115 de aquéllos angelicales niños, que con tanta edificación comulgan todos los días en la Residencia de Bilbao. Una plática muy fervorosa del R. P. Arechavaleta sobre la Comunión diaria y los peligros del verano acabó de templar el espíritu de los Kostkas que entonaron con más empuje que nunca cánticos piadosos.

Vivaqueando.

En la magnífica posesión de don José Escudero, y acompañada su familia por las de Isasi y Verdes, vivaquearon los excursionistas. Allí sí que se animó la bandada.

Uno tras otro, cayeron los muchachos sobre la suculenta bandeja del almuerzo.

Dios premió a aquellas familias bienhechoras sus obsequios a los Kostkas con el aleteo



Grupo completo en Gorliz.

Universidad de Deusto
Biblioteca

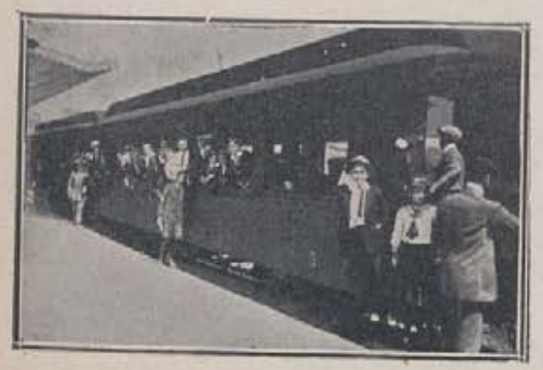
alborozo de aquellos angelitos por sus jardines. Pasteles, chocolate, leche, todo muy bien preparado y a punto para cada niño.

Mitin improvisado.

La conciencia tranquila y la *tripica llena*, había que gritar. Así lo entendió el señor Escudero.

—Yo no sé echar discursos, exclamó encaramándose en una terraza, pero os haré un sermón muy breve.

¡Viva la Congregación de los Kostkas! ¡Viva la Compañía de Jesús!



Esperando la salida del tren especial.

Los chicos no deseaban otra cosa y corearon de lo lindo los entusiasmos de don José. Para él también hubo su viva correspondiente. ¿Cómo nó?

Festejos populares.

No estaban en el programa, pero los improvisó la buena voluntad de aquellos señores. Los globos empezaron a subir y a quemarse y a perderse por las nubes, como si quisiesen llevar hasta María, Reina de los Kostkas, el fuego y ardor de aquellos corazoncitos infantiles.

Marinos de tierra.

Las gracias muy cumplidas y... a la playa. Todos se sintieron lobos de mar. Se construyeron astilleros *en arena*, y las olas del furioso mar se estrellaban en la débil barrera levantada por los Kostkas. Era que el piloto del Tiberiades estaba en aquellas barquichuelas!

Al tren.

Sonó otra vez el silbato, se congregó de nuevo el rebaño y hubo que volver con harto sentimiento a meterse en la gran cazuela chimba, donde está hundido Bilbao; pero esto se repetirá ¿no es eso?

28-7-13.

A SANTURCE

En efecto, ellos son. Ciento y pico de bullangueros jovencitos que penetran alborozados en el andén como un enjambre de avispillas por la piquera. Un señor cura con ellos; ¡ah el pastor con sus corderos, el Padre Basterra, S. J.! No necesitaba ya permiso para unirme a la embajada.

—Algún colegio ¿eh?—me dice un buen señor, que se coló distraidamente en nuestro reservado.

—Ca. No, señor, no. Son los Estanislaos, los Kostkas, como usted quiera.

—Vamos, los llevan a bañarse.

—Sí, señor, sí, baños espirituales. Van a comulgar a Santurce, donde les esperan sus compañeros veraneantes; comulgan todos los días en la Residencia.

—¡Ah! esto es muy hermoso, exclamó mi hombre abriendo una boca de admiración de tres metros.

Y así se quedó sin poder cerrarla, porque una voz comenzó: «Por la señal...» Todo el tren rezando el Rosario. Al salir de los túneles había observado yo uno de los últimos domingos pasados, que arrastraba el tren consigo una bocanada de palabras soeces y cuchufletas indecorosas más negras que la humareda que arrojaba por aquella bocaza, y ahora qué de Ave-Marías se escapaban revoloteando hacia el cielo.

En la jaula.

Tal parecía el transbordador de Las Arenas con tanto crío, pues a los excursionistas se sumaron unos cuantos más de aquellas playas. Se abrió la portezuela y todo el mundo se lanzó muelle arriba. Ilusión para las pobres bañeras. ¡Ahora si que llegan bañistas! Desencanto general. Los chicos siguieron a Santurce.

Tres cosas buenas.

La Comunión general de los expedicionarios, que resultó altamente edificante.

El sermonazo de los buenos con que supo caldear aquel ambiente el fervoroso P. Vilariño, tan ocurrente y original como siempre.

Y los cánticos piadosos con que los muchachos llenaron de alegría santa el bonito templo de Santurce. La enhorabuena al señor párroco, don Jenaro Oraá, por la espléndida iluminación del retablo.

El asalto a la finca y al bollo.

La finca propiedad de los señores Mac-Lennan fué invadida, gracias a la generosidad de sus piadosos propietarios.

Y el bollo, y el chocolate, y la leche, y las galletas, y los pasteles, pronto quedó a buen recaudo. ¿Cómo no? ¿Si estaba tan bien servido y tan a tiempo y con tanto cariño por aquellas simpáticas señoritas de Mac-Lennan y Moreno, convertidas en improvisadas camareras por amor a los pequeños Kostkas?

Sport libre.

Muerto el gusanillo y la alegría matinal bailándoles en el cuerpo, corrieron los chicos por los jardines, siendo la desesperación del infantil fotógrafo que no podía impresionar una placa más que con muchísima *exposición*... de su trípode.

Unos se marcaron a gusto en los columpios otros marcaron a don Francisco con sus retozos alborotados, y otros, más aristocráticos, jugaron al tennis. Hubo para todos.

Un señor gordo.

Era de papel y tenía un triponcio más que regular. Le rodeamos enseguida, le calentamos un poco y empezó a subir. Pero aquel Muley-Hafid subía poco a poco, sopló un vientecillo y se quedó en un árbol enganchado de la levita. Hizo esfuerzos desesperados para volar, pero no pudo. Tanto se le quemó al fin la sangre, que el pobre globo desapareció al poco consumido.

Desde la tribuna.

Tocaron a marchar y apareció en lo alto de la terraza un Kostka con bigotes, que improvisó un discursito poético en verso campestre para dar las gracias y los vivas correspondientes.

Visita de confianza.

La hicimos a la Virgen del Mar, brevecita, pues el tren esperaba allá abajo, en Las Arenas, pero la Virgen que mora en aquella capillita vió con gusto a sus marinerillos y los siguió sin perderles de vista hasta Bilbao con mirada cariñosa de Madre.

Y a las doce en punto aquí, de donde salimos a las siete. Vaya una mañanita aprovechada.

Y todos tan contentos. Que se repita.

9-8-13.

A GORLIZ

Dos curiosos.

Un tanto curioso procuré y logré sentarme junto al Padre. Empezaba á hablar con uno, que, después, supe era antiguo amigo suyo, y le molió á preguntas.

—¿A dónde vas con tanto crío?

—A Górliz.

—Este tren no creo que vaya á Plencia.

—Este no; pero sí el especial que tomaremos en Algorta.

—¿Les llevas de día de campo?

—Sí, de campo y muy *sui generis*. Si sigues con nosotros, rezarás con nosotros el Rosario; y si continuases hasta Górliz, podrías comulgar con todos mis corderos; así acostumbro á comenzar mis campos.

—Y ¿cómo te arreglas para llevar chicos de distintas clases y con esa separación que he observado cuando entraban?

—Pues sencillamente, mando ponerse en filas y los amigos juntos; y así se sientan, y así se forman en grupos; y consigo además saber en un momento dado si falta alguno.

—¡Ya te marearán al cabo del día!

—No es tanto. Están bastante bien acostumbrados; á un golpe de pito los tengo á todos á mi lado, y con dos que dé seguidos los tengo formados en grupos.

—¿Y si alguno se desmanda?

—Con apuntarle en la cartera, que es lo mismo que condenarle para no ir en la próxima expedición, está todo arreglado; así que temen á la cartera, como al diablo; en varias expediciones no ha habido que apuntar á nadie.

—¡Que Dios te dé paciencia para hacer mucho bien á esta gente menuda!; pues, con tanto cine y tanta desverguenza, falta hace que haya quien se acuerde de contrarrestar los peligros en que se encuentran.

—Voy á dar ahora una vuelta por los coches, que al llegar á Deusto empezamos el Rosario.

Aquí se acabaron las notas que pude tomar sobre el diálogo.

En el cruce.

En la estación de Luchana, al cruzarse los trenes, todos se sienten sobrecogidos de cierto respeto al oir de aquellos labios angelicales las alabanzas de la Virgen Santísima.



La desbandada.

Nuestra mercancía.

A las ocho, en nuestro tren especial, entrábamos en Plencia, parando solamente en las estaciones en donde había congregantes que se nos iban incorporando. Guiados por los que veranean en Plencia, Luis Bareño y Manolo Beltrán, marchamos en grupos por el camino más corto á Górliz. Pasamos justamente por el gran mercado que este día se celebra; pero no hicieron caso de nuestra mercancía. Esta consiste en el buen ejemplo que queremos dar en los pueblos, lo mismo que lo damos todos los días en la Residencia, comulgando más de 130 muchachos.

Universidad de Deusto
Biblioteca

La llegada.

Cumpliendo las órdenes del celoso párroco que tuvo que ausentarse, encontramos la iglesia iluminada como en las mejores fiestas y todo á punto. El señor Torróntegui celebró la Misa. La plática animada, como lo es él, la tuvo el P. Olavarrieta. Recordó cómo en aquellas mismas rocas había perdido al principio del verano la vida un ejemplar congregante, que comulgaba también todos los días. Por él ofrecimos la Misa, la Comunión y rezamos un solemne responso.

Un congregante de San Luis.

Se prestó voluntariamente y cantó con su fresquísima y poderosa voz durante la Comunión, el aplaudido tenor José R. Laborda, que se encuentra allí de temporada. Ejecutó primorosamente, como él sabe hacerlo, su favorita Ave María y un escogido motete al Santísimo.

Desayuno improvisado.

Con el apetito que lleva consigo tan fresca edad, una hora de tren, dos kilómetros de carretera y el entusiasmo y la devoción desplegada, fácil se hace entender cómo desaparecieron en un momento con el mayor orden onzas de chocolate, pan, galletas y toda la leche preparada.

A escoger.

Inmediatamente se forman dos equipos de foot-ball y se lanzan á un bonito campo que á la vista del mar se extiende. Lástima, se decían, no tenerlo más cerca de la calle de Ayala. Comienza un formidable partido, mientras otros se esparcen por la playa y en animadísimos grupos se entretienen en acariciar las olas, *sin mojarse* por supuesto.

Suena el silbato.

¡Qué pronto pasan las horas alegres! ¡A Plencia á tomar el tren de regreso! Recuerdo que entonces se acerca un hombre al P. Basterra y le dice:

—Padre, ¿por qué no vienen ustedes en un día de fiesta para que todo el mundo contemple tan hermoso espectáculo? ¡Este es un verdadero apostolado; es la mejor propaganda de la Comunión diaria!

—Este es el fin principal de estas excursiones, repuso el Padre. Esta es la cuarta que vamos haciendo este verano.

Y con gran entusiasmo se nos despidió diciendo: Adios, Padres, y que de estas excursiones se repitan muchas; cuantas más, mejor.

1-9-13.



Uno de los equipos.

Segunda edición.

249

FLORES Y FRUTOS

Núm. 63.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º Octubre de 1918

Cómo pasamos el verano.

En Castro-Urdiales.

Para esta excursión escogimos un día de labor, pues no había medio de llegar a Castro a buena hora para poder comulgar y dar ese buen ejemplo que damos en otros pueblos. Por supuesto, comulgamos todos juntos antes de salir, en la misa de siete, y tuvimos tiempo antes de tomar el tren, para calentar nuestras calderitas con uno y dos vasos de leche y un bollo que estaba aguardándonos en el Salón.

A las ocho menos veinte ya estábamos en la estación de Santander, encerrados en dos coches especiales. Al arrancar el tren, invocamos, como de costumbre, a la Santísima Virgen, y entretenidos en admirar los hermosos panoramas que se dominaban desde nuestras ventanillas y oyendo chistes más o menos felices, se nos pasaron las dos horas sin darnos casi cuenta.

—Mirad, chicos, ya se ve la mar, y también se ve Castro en el fondo.

En efecto, unos minutos después entrábamos en el andén. Y allí nos esperaban distinguidos señores de la localidad, entre ellos D. Enrique Ocharan que no se separó de nosotros, nos enseñó lo que había que ver y nos contestaba con su amabilidad, bien probada ese día, a las mil preguntas con que le molestamos.

Fuimos pronto a la playa: y allí nadie estaba ocioso: unos construían barcas de arena con que pretendían desafiar las alborotadas olas que avanzaban con la marea; otros querían pescar algo entre las rocas de la playa; otros, tomaron por asalto unos chivos que había en la playa y se estuvieron columpiando cuanto quisieron, y algunos mayorcitos se hicieron dueños de unos juegos de rana y se disputaron la honra de ser campeones.

No sé si por el continuo movimiento en que estábamos o por qué, el caso es que a todos para la una se nos abrían las bocas. Sonó por fin el pito y en dos brincos nos plantamos en el jardín del Sr. Ocharan.

No se contentó D. Enrique con acomodarnos en su jardín; tenía allí prevenido y dispuesto todo lo necesario; y lo que no tiene precio: allí estaban a nuestro servicio, él, su señora, sus hijos y toda su servidumbre. Nos dejamos obsequiar, pues no podíamos hacer otra cosa, y agradecidísimos nos despedimos de aquella amable familia, de que tan buen recuerdo conservamos.

Volvimos a la playa; dimos después un paseo por el muelle y en la antiquísima parroquia de Castro rezamos el Rosario a la Santísima Virgen.

Nos paseamos por el rompeolas y después de saturarnos de aire y de vista de mar, llegamos a la estación donde teníamos reservados nuestros coches.

A mitad del camino, en Traslaviña, pudimos salir un poco de los coches y estirar las piernas; y llegamos a Bilbao con esa alegría que llevamos siempre con nosotros, aun en los días que no son de excursión, por tener siempre tranquila la conciencia.

¡¡Que esta alegría la llevemos todos los días en nuestra vida!!

En Güeñes.

Según se vió por el recibimiento que nos hicieron, la noticia de nuestro propósito de ir a comulgar a Güeñes, puso en movimiento a toda la buena gente que allí veranea y no veranea, y por lo visto no es poca ni poco buena.

Con estampido de cohetes y al son de la marcha de San Ignacio, tocado por el tamboril que nos precedía, entramos en el pueblo y derechos nos fuimos a la iglesia.

El señor cura párroco, en breves y sentidas frases, nos dió la bienvenida y al acabar la Misa nos despidió agradecido al buen ejemplo que dimos a su pueblo

A la salida quedamos sorprendidos al encontrar la campa junto a la iglesia rodeada de gallardetes y hasta una inscripción con que saludaba Güeñes a los Estanislaos de Bilbao;

Universidad de Deusto
Biblioteca

mesas y bancos en el centro de la campa nos convidaban a sentarnos y a reponer las fuerzas del cuerpo, cuando ya las del alma estaban enteras con la Sagrada Comunión. Y por cierto no hubo más que sentarse: las señoritas se disputaban por servirnos rico café con leche, galletas, etc. Y no estaban poco sentidas por no haber llegado a tiempo los churros y los bollos que tenían encargados. ¡Pobres estómagos nuestros si llegan a estar a nuestro alcance! ¡No subimos tan fácilmente al monte!

Como el sol no se atrevía a molestarnos, alargamos la estancia entre tan buena gente, y pudimos enterarnos de los afanes de la víspera para que todo el pueblo participara de nuestra alegría y de nuestra propaganda eucarística; hasta el Ayuntamiento y demás Sociedades particulares estaban engalanadas. ¡Bien por Güeñes! No queremos nombrar a nadie, por no herir su modestia. Se improvisó allí una corrida, amenizada por el tamboril, hasta que llegó la hora de la Misa mayor; y como todos éramos clericales, quedó suspendida. Nosotros, al son del chistu y de una alegre marcha, tomamos el camino del monte y dejamos a los de Güeñes con deseos de vernos pronto de vuelta por su pueblo.

Sin otra peripecia que una parada a mitad del camino, donde continuó la suspendida corrida, llegamos al santuario de San Cosme y San Damián tan frescos de fuerza que al pronto se organizó y comenzó un gran partido de foot-ball.

Esperamos así a que el sol pasara por el meridiano para que la paella tomara el camino de nuestros estómagos, y el mismo rumbo siguieron nuestras provisiones particulares; y así, con el carbón propio de nuestras maquinillas y con el agua (y algo también de vino), volvieron a andar tanto, que no había quien las parara.

Dando más bien freno que vapor, bajamos a Gordejuela; llegamos un poco antes de empezar el santo rosario, al que tomamos parte con el pueblo; y a la salida nos esperaba el tamboril con la marcha de San Ignacio y un número escogido de piezas; alguna de ellas estuvo a punto de poner las piernas de algunos en ritmo movimiento.

La merienda nos esperaba junto a la ermita de la Virgen de Isasi. Saludamos a Nuestra Madre como buenos hijos; y, refrescados de nuevo, llegamos por el monte a Sodupe y de allí, en tren, hasta Bilbao. Aquí echamos de menos aquel aire que no ha pasado por otros pulmones humanos ni fabriles.

¡Lástima que no fueran todos los días, días de campo tan felices como éste! Allá en el Cielo los tendremos continuados y mejores.

En Sopelana.

En coches especiales enganchados en Algorta a un tren de mercancías, pues el carbón está muy caro, llegamos a punto para la misa más concurrida del pueblo

Nos recibieron con un gran repique de campanas que atrajo más gente que la acostumbrada.

Llamamos la atención por el número (íbamos 112), la variedad de edades, tamaños y trajes, y sobre todo por vernos recibir al Señor con nuestro recogimiento ordinario; no pocos del pueblo hicieron otro tanto. La plática fué sobre lo mismo, sobre el mejor seguro de vida y vida eterna, la Comunión frecuente.

Al poco de salir de la iglesia vimos convertido el pórtico en un gran comedor. Sentaditos despachamos nuestra taza o tazón de chocolate y un buen vaso de leche y un riche: todo ello dirigido por el señor cura párroco y servido por las catequistas del pueblo.

Si con tanto gusto y maña hacen estas señoritas su catequesis, de seguro no queda un chico en Sopelana que no sepa a maravilla el Catecismo.

Después, había que moverse; y un pelotón lanzando al aire fué la palanca motora.

Del campo a la playa, y allí, descalzos, nos divertimos con las olas, que por cierto no estaban para muchas bromas.

Un poco de lluvia quiso aguarnos la fiesta y buscamos un abrigo: nos lo dió un precioso chalet en construcción con su bonita torre, todo ello de estilo vasco.

Nuestra gran familia convirtió todas las habitaciones y la misma calle en comedores. Hicimos cada uno la mesa a nuestro gusto con ladrillos que allí abundaban.

Las catequistas no se habían cansado, y estuvieron tan solícitas como a la mañana, pues era difícil estarlo más. Si les decíamos: «Dios les pague», nos contestaban: «ya nos lo tiene pagado», y bien se les conocía ser verdad por lo alegremente que lo hacían todo.

Otra vez volvimos a poner en movimiento, los unos el pelotón y los otros la arena de la playa. Se jugó un partido formal con los del pueblo, con quienes quedamos empatados y desafiados a jugar otro en Lamiaco.

Nos quedaba un paseíto que dar hasta Algorta, y lo dimos; allí nos esperaba el tren que nos trajo tan alegres, como salimos, a Bilbao.

Sopelana quedó a muy gran altura, con estar casi al nivel del mar.

En Galdácano.

Escogimos este laborioso pueblo fabril para despedirnos por este año de las excursiones eucarísticas.

Divididos en dos tranvías movidos por la hulla blanca, llegamos descansaditos al pie de la capilla de la fábrica. Ocupamos el presbiterio, como si no hubiese allí mayor autoridad que nosotros, y la parte delantera de la capilla, quedando así a la vista de toda la gente que la llenaba completamente.

Escuchamos una sentida plática del Padre Chalbaud, comulgamos y nos trasladamos al salón de actos del Centro Obrero.

Allí nos brindaron a que tomásemos parte en una hermosa función, dividida en algo así como en tres partes: Primera, un riquísimo vaso de café con leche; segunda, un bollo de leche, que con sólo él me hubiese yo quedado satisfecho, y, tercera, un sabroso riche. La parte que estuvo a nuestro cargo se deslizó a las mil maravillas.

Del salón de actos nos trasladamos, para tener otra representación más movida, al campo de foot-ball; allí vimos primero un bonito partido, y pudimos prever la paliza que nos esperaba. Y, desgraciadamente, no nos equivocamos. Nuestras fuerzas se estrellaron ante las de nuestros contrincantes. ¡Qué le vamos a hacer!

Un poco de descanso, y monte arriba, a respirar el verdadero oxígeno. ¿Que hace calor? Pues con más gusto nos tumbaremos arriba a la sombra. Y pian pianito, monte arriba, hasta que llegamos a un rincón, en el que, por más que el sol se empeñaba en introducir allí sus rayos, no le fué posible. Allí nos sentamos, bebimos un agua mineral, lo más fresca que se puede pedir, y sin quitar ojo a lo que humeaba a pocos pasos, esperamos tranquilos los futuros acontecimientos.

Allí se veía por el suelo algo que había sido un gran jamón, huevos que no se contentan con cualquier altura con lo que están subiendo, un novillo hecho filetes (¡pobrecillo!), y no sé cuántas cosas más.

La apertura de esta función fué simultánea a la de los grandes pucheros que contenían toda una señora paella. Mientrus la despachamos se prepararon los filetes y, para completar la fiesta, nos sirvieron riquísimos canutillos. ¿Con qué pagaremos tanta fineza al Círculo Obrero de Galdácano?

Quedaba lo mejor de la excursión: la vuelta por las cumbres de los montes Abril y Santo Domingo, dominando por una parte al fabril y febril Bilbao, y por la otra, a su gran contraste, a los pacíficos valles de Lezama y Derio, que presentaban un panorama que sólo la naturaleza, o lo que es lo mismo, Dios, puede presentar.

Llegamos así, sin darnos cuenta, a Begoña; rezamos a nuestra Madre el Santo Rosario y le dimos gracias por su especial protección en las excursiones de este año.

Hasta el año que viene, a no ser que Dios quiera llevarnos antes al campo eterno del Cielo.

P P., Cong.

¿Cómo encontró el descanso?

En el pueblo donde yo veraneo, vivía un hombre, que, por lo que se dejó decir después, ¡¡qué malos ratos se pasó!!

Se conoce que había caído en un pecado gravísimo, pues era tanta la vergüenza que sentía, que de ningún modo se atrevía a confesarlo.

Eran tan crueles los remordimientos de su conciencia que, sin poder sufrir la angustia que le causaban, estaba ya desesperado y decidido a echarse al río. Iba ya a ejecutarlo cuando, al llegar a la orilla, le detuvo la Divina Misericordia.

Se volvió a casa llorando tristemente y pidiendo a Dios le perdonase sus pecados con potestad plena, como él decía, y sin necesidad de confesarlos.

De allí se fué a visitar santuarios; pero todo en balde, porque en ninguna parte hallaba paz ni consuelo.

Dios quería que fuese por intercesión de su Santísima Madre.

Una noche en que, agobiado de la tristeza que sentía, se había quedado dormido, siente que le tocan la espalda y le dicen: A n d a a c o n f e s a r t e. Sin detención salta de la cama, y se dirige a la cercana Iglesia resuelto a efectuarlo; pero en el umbral de la puerta de la Iglesia le asalta la vergüenza y vuelve atrás.

Dejó pasar algunos meses, hasta que, recibiendo una noche otro segundo aviso, sale otra vez más determinado aún; pero segunda vez le vence la vergüenza.

En esta situación se decide a morir primero que a decir sus pecados al confesor; pero la gracia le solicitaba fuertemente; así que todo el día estuvo luchando consigo mismo. Por último, habiendo ya oscurecido y yendo a su casa, entró de paso en una Iglesia, donde se veneraba una devota imagen de la Santísima Virgen a quien de rodillas pidió el remedio de su enfermedad.

Y la piadosa Madre no quiso abandonar al infeliz en su peligro, ni dejar sin premio el corto obsequio que le hacía, pues le alcanzó de su Hijo la victoria.

Al punto siente el corazón completamente trocado, se levanta, busca un confesor y con abundantes lágrimas le descubre su conciencia, refiriéndole todos los pecados de su vida.

Recibe la absolución, y con ella ¡cosa maravillosa! tanta paz y tan extraordinaria alegría, que aseguraba no la tuviera mayor, si ganara todo el oro del mundo.—*E. C., Congr.*

¿Cuándo hay que dar freno?

Iba yo calle abajo con dos congregantes, pues yo no sé andar con otros, cuando observamos que la gente se arrimaba a los portales al mismo tiempo que en un extremo de la calle se dejaba oír un ruido ensordecedor.

Los tres al mismo tiempo nos paramos e instintivamente volvimos la cabeza.

El espectáculo que se ofreció a nuestra vista era espantoso. Tres hermosos caballos con sus bocas blanqueadas por la espuma y dando brincos, arrastraban un carro, amenazando hacerlo trizas. El carretero gritaba elevando sus brazos y pidiendo auxilio; pero el ruido del carro apagaba los gritos del pobre hombre.

El vehículo pasó ante nosotros. Las mujeres se tapaban los ojos para no ver el epílogo de aquella carrera desenfrenada.

Mis compañeros y yo empezamos a correr tras él... ¡Se va a pegar contra la acera! ¡Pobre carretero! ¡Ay! ¡Se le ha salido la rueda del eje! ¡Dios mío, qué horror!

Estas y otras exclamaciones oíamos mientras íbamos corriendo.

Ya estábamos cerca de él. Un ruido terrible se oyó y al mismo tiempo un grito salió de todos los que estábamos presentes.

El carro había dado vuelta y la carga casi cubría a los caballos que asomaban sus cabezas manchadas de sangre.

Yo temblaba al ver sufrir a aquellos animales y más aún cuando ví el rostro del pobre carretero, también ensangrentado.

Universidad de Deusto
Biblioteca

¿Está muerto?

No, no, dijo un hombre que le estaba sacando, un fardo le ha rozado la cara. No creo que sea cosa grave.

El tiene la culpa, dijo entonces el municipal que separaba a la gente; no ha dado el freno al principio de la cuesta...

* * *

Ya estoy tapado en la cama, casi hasta la nariz, y con los ojos cerrados, cuando me viene a la memoria el carretero que no dió freno al empezar la cuesta abajo; y me ocurre que se parecen a él, los que no resisten al principio al mal pensamiento o no se separan al primer encuentro del mal amigo. Estos nos deben dar más compasión que el pobre carretero.

Hay que dar freno al principio de toda tentación y no ponerse jamás en la pendiente; y la pendiente está en los cines, en los teatros y en ciertos paseítos. *J. C. B., Congr.,*

Remedio para el «mal de ojos.»

—¡Qué tal, hombre! Tanto tiempo sin verte; casi siete años.

—Es verdad; ¡cómo se pasa el tiempo!

—¿Habrás venido a hacer algunas compras?

—No, que me han resultado muy bien los negocios; he dejado mis rebaños en la aldea y hace quince días que estoy aquí para pasarme un par de meses.

—Ahora con tus rebaños ganarás muchísimo, pues la carne, y sobre todo los cueros, han subido tanto.

—Nada de eso; hay por ahí alguno que no puede ver mi prosperidad y les ha hecho *mal de ojos* a mis ovejas; todas se me están muriendo de repente.

—Vamos, no creas en supercherías; y para que te convenzas de eso, te voy a contar lo que pasó una vez en mi pueblo:

Estaba de visita en casa del señor Párroco, cuando se presenta una aldeana diciendo que una vaca, que antes le daba mucha leche, hacía unos días que no le daba nada: que aquello sólo podía ser debido a hechizos de alguien.

El buen Cura, que se preocupaba más de desterrar del alma de la aldeana estas supersticiones que de averiguar la enfermedad de la vaca, escribió algunas palabras en un papel, lo dobló y lo entregó a la aldeana, encomendándole al mismo tiempo que se levantase todos los días a las dos de la madrugada y tocase con aquel papel en la puerta del establo y enseguida ordeñase la vaca.

Marchó la buena mujer prometiendo hacer lo que se le había mandado.

Se levantó al día siguiente a su hora, fué al establo, tocó la puerta con el papel, y ¡oh prodigio! la vaca tuvo tanta leche como en sus mejores épocas.

El segundo día encontró una puerta abierta, pero no le dió importancia. El día tercero ordeñó la vaca como los anteriores y al salir de la cuadra vió en una esquina un bulto que se movía; se acerca más y reconoce al hermano de su sirvienta que trataba de ocultarse. Entonces quiso despedir a la sirvienta infiel; pero ésta, al verse descubierta, se apresuró a escaparse.

Avergonzada la aldeana con lo ocurrido, fué a contar todo al señor Cura y entonces éste le dijo: Ahora lee lo que ponía el papelito: «Vigilad siempre, redoblad vuestra vigilancia por la noche y pronto desaparecerá todo encantamiento».

Al cabo de unos días volvía a encontrar a mi amigo, y al preguntarle por las ovejas, me dijo: A los dos días de verte, fuí a ver el rebaño y me encontré en el camino con una cuadrilla de gitanos que comían la carne de mis ovejas. ¡Ladrones! para algo las envenenaban antes. *J. M. A.-E., Congr.*

Apuntes de mi viaje.

Era una de esas mañanas del otoño madrileño en que, resaltando el sol entre el azul bellísimo del cielo, baña a la tierra con su luz purísima de oro.

Empleados, periodistas, estudiantes atraviesan las estrechas y sinuosas calles en las que se levantan antiguos edificios, altos, antiestéticos, enormes moles de piedra adornadas con sus escudos, cuyas armas nos recuerdan las heróicas hazañas guerreras de aquellos nobles antiguos.

Un viejete, de arrugado cutis y torcidas piernas, inclinado bajo el peso de sus años, se sienta a descansar en un pequeño banco de piedra, junto a un árbol de ramas sinuosas y desnudas; junto a él iba un niño en cuyos ojos aún brillaba la inocencia. Mientras el tierno niño miraba al sol contemplando las grandezas de aquel astro, el pobre viejo, mirando al suelo, dibujaba con su nudoso bastón enigmáticas figuras en el polvo del paseo: la vida que empieza y la que acaba; ambos estaban alegres y contentos, entreteniendo el niño con sus caricias y juegos al pobre abuelo.

Más allá dos muchachos cojos, trabajosamente se dirigían hacia nosotros, apoyados en sus muletas. Ya se acercan... de sus labios contraídos salen unas palabras: «¡Señoritos, una limosna para estos pobres, cojos por la afición a los toros!»

Nuestro corazón, aficionado a la fiesta nacional, salta en el pecho conmovido por la frase: les interrogo y uno resulta madrileño y el otro bilbaino; me cuentan su desgracia: cómo hace tres años una mañana viajaban en el tren sin billete, como de costumbre, y al ser vistos por el interventor, quieren bajarse en toda marcha, y ¡oh desgracia! les flaquean las piernas y caen sobre la vía y son cogidos por aquel monstruo de hierro... La cura, en la sala triste y lóbrega de un hospital, fué larga y penosa, sin más consuelo que el de aquellas santas Hermanas de la Caridad, con las que compartían su dolor.

Les dimos algunas monedas y se fueron agradecidos. Y yo me quedé pensando lo mucho más que tenía que agradecer a Dios por haber tenido padres que me domaran a tiempo y no me dejaran andar con compañeros que me arrastraran, como les arrastraron a esos desgraciados, a hacer la vida que hicieron y quedar tan mal parados como quedaron.

M. C. Congr.



Núm. 64.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Noviembre de 1918

Los dos bandidos.

I

La última batida de la guardia civil en el bosque de las encinas dió un resultado por demás satisfactorio.

Dos muertos habían dejado los bandidos en el campo y algunos habían resultado heridos, y además el jefe de la cuadrilla y uno de sus secuaces detenidos.

Los dos caminaban bajas las cabezas, más que por vergüenza, por cansancio, entre dos parejas de la guardia civil a caballo, al mando de un cabo.

Uno de ellos, que sus compañeros llamaban «El tuerto», tenía efectivamente un ojo vaciado de un corte de puñal en una riña y una cicatriz desfiguraba completamente su rostro, dándole un mal aspecto; además una barba recortada de rara manera, le dejaba una figura en la que se adivinaba bien lo que era.

El otro de largas patillas andaluzas, era el cabecilla, tenía la cabeza vendada después de la contienda con los guardias y vestía mejor que el otro; los dos a la andaluza.

«El tuerto» andaba sin decir palabra; pero el cabecilla, soberbio en demasía, no se avenía bien a caminar a merced de aquella policía, atadas las manos a la espalda como iba: a cada paso se retorcía estirando las cuerdas y blasfemando e insultando a los guardias y a sus madres. Después de un camino de dos horas, llegaron a la capital.

II

Muchos habían sido los crímenes de aquellos foragidos para que la justicia los perdonase, y así fué, que después de algunas horas de juicio, el jurado declaró que eran culpables y la sentencia se pronunció. No la oyeron ellos sin embargo.

Al «tuerto» se la comunicaron al día siguiente, y la impresión que le produjo fué grande: la sentencia era de muerte.

Al cabecilla nadie se lo decía: conocido como era de todos su carácter violento, procuraban no tener que sufrir el alboroto que se preveía en cuanto se le leyese la sentencia, y así permaneció como olvidado.

III

Pasaron los días «El tuerto» sabía la fecha fija de su ejecución. Tenía un mes por delante y en este mes procuró portarse lo mejor que le fué posible, ya que en su vida había hecho tanto mal. Se confesó con un fraile capuchino y arrepentido, procuró meditar en la muerte que se le acercaba. Poco a poco fué familiarizándose con la idea y ya no le parecía tan horrible. ¡Qué vale, se decía, la más temible de las muertes comparada con la más pequeña pena del infierno!; y daba gracias a Dios que le libraba de los tormentos eternos.

El cabecilla, ajeno a lo que le esperaba, recibía a sus amigos sin preocuparse de la sentencia. Había combinado con dos antiguos camaradas un plan de fuga sencillísimo: ellos le traerían una lima-sierra; cortaría él las rejas de la celda, y luego todo se reduciría a matar al centinela y entre cuatro recibirle en una manta extendida en el aire.

Antes que llegara el día de la fuga premeditada llegó la hora de la ejecución. «El tuerto» recibió la noticia con serenidad. «A partir de las doce queda usted en capilla», se le dijo, y la noticia no le produjo gran impresión; estaba bien preparado para morir; todo lo que tenía que sufrir lo haría de muy buena gana en expiación de sus culpas.

El cabecilla, en cambio, recibió la noticia como una bomba. ¡¡Qué está usted diciendo!! ¡¡yo en capilla desde las doce!! ¡yo! ¡yo! y a pesar de su naturaleza robusta y fuerte estuvo una hora desmayado.

Un fraile procuraba exhortarlo a bien morir. Todo inútil. El estupor que le causó la noticia le tenía anonadado, loco, sin darse cuenta de nada.

Universidad de Deusto
Biblioteca

El día de la ejecución no cambiaron las cosas. «El tuerto» caminaba sereno al cadalso. Al cabecilla hubo que llevarle en vilo.

¡¡Matarme ahora!! ¡¡Ahora que me fugaba yo a América a gozar del tesoro que tengo escondido: ¡más de seis millones! Desesperado, se tiraba de los cabellos.

Todo lo que hacía el Padre por ponerle bien con Dios era inútil. El bandido ni oía siquiera; sus lamentos eran terribles.

«El tuerto» murió como un santo.

Al cabecilla le pusieron a la fuerza el garrote al cuello; y sus quejidos y blasfemias se oían desde lejos. El verdugo dió media vuelta al torno. Un crujido horrible del organismo comprimido y una mueca imponente fueron el epílogo de la muerte de aquel malvado. El verdugo cubrió su cuerpo con un lienzo negro y su alma fué cubierta con algo más horrible aún, con las tinieblas exteriores.

Cuando oí contar este trágico suceso y me repuse de la impresión fuerte y desagradable que me causó, vino la refexión y me ocurrió enseguida lo tonto que somos los hombres, que estando todos condenados a muerte no reparamos en ello y cuando nos dicen que se acerca el momento nos damos por sorprendidos; y muchos ¡¡cómo mueren!! ¡¡qué tristemente se condenan por haber vivido engañados en sus vicios, creyendo locamente que no tenían que morir!!

A. M. M., Congr.

¡Aún hay tiempo!

I

—Lo que sobra es tiempo para morirse. ¿Crees que yo, casi en la flor de mi edad, con mis 27 años, tan fuerte que no recuerdo haber padecido enfermedad alguna en mi vida voy a morirme, ahora, cuando mejor me siento. ¡Quita allá, Luisa, quita allá!

—Mira, Fernando, que cuando menos se espera, salta la liebre. Ven mañana conmigo a ponerte bien con Dios, que hace tiempo que no lo has hecho; no es que yo diga que eres malo, muy lejos de eso; pero vamos, ya me entiendes, hay que ser del todo bueno. ¿no te parece?

—Pero, Luisa, que hay tiempo te digo, para confesarse. Y si no mira una prueba de lo que te estoy diciendo: Juanito mi amigo, tenía la misma norma que yo: hay tiempo, hay tiempo. Pues nada, se puso enfermo y aún murió cuatro horas después de haberse confesado y comulgado. ¡Con que ya ves, hay tiempo sobrado! añadió con una sonrisa un si es no es victoriosa.

—Pues que tú lo dices, sea lo que Dios quiera. Y bien, ¿llevas el alcanfor? ¿y el yodo para tomar en el café?, abrígate bien que hace frío.

—Se ve que me tomas—dijo riendo Fernando—por un chiquillo. Pero ya que te empeñas, por darte gusto me pondré el gabán ligero. ¡Vaya, terminó despidiéndose, adios Luisa.

—Adios, Fernando.

Salió Fernando y Luisa quedó pensativa: —Es fuerte, sí, pero a los fuertes se está llevando esta epidemia al sepulcro. ¡En fin, confiemos en Dios!

II

La tertulia se disolvió. Solo quedaba en el Café del Boulevard el amo y los mozos para hacer el balance del día. Fernando con las solapas de su gabán levantado, y las manos en los bolsillos, atravesaba a buen paso el puente de Isabel II para dirigirse a su casa. Hacía una noche despejada, pero fresquita, por no decir fría.

¿Qué cosquilleo es este—se preguntaba de vez en cuando al sentir que le pinchaban ligeramente en el costado izquierdo—¡bah, ya pasará; eso sí, qué ganas tengo de llegar a casa y de echarme en la cama.

Por fin llegó a su elegante vivienda. Abrió la ancha hoja del portal que se hallaba cerrada, como que eran más de las doce, tocó el timbre y entró en el ascensor. Este se puso en marcha y al poco paró. Fernando al abrir la portezuela pudo ver a Luisa, que en el dintel de la puerta de la habitación le esperaba impaciente.

El cambio de temperatura al salir del café, el andar, o lo que fuese, le produjo un mareo: las sienes le zumbaban, se desvaneció y al volver en sí, se encontró en su cama, rodeado de Luisa, del Doctor y de los criados.

Tomóle el médico el pulso, le reconoció con detención, y dijo en voz baja a un sirviente: Vayan en seguida a llamar a un sacerdote.

—¿Qué tal me encuentro, Sr. Doctor? ¿Qué es lo que tengo? Se me va la cabeza y...

—No es nada—le interrumpió el galeno, una ligera pulmonía; y añadió por lo bajo dirigiéndose a Luisa, que llorando escuchaba el diálogo:

—Es una pulmonía infecciosa; no sé cómo vamos a andar. Y volviéndose al enfermo: Por lo que pudiera ocurrir, bueno será cumplir con Dios: ¿No le parece a Vd?

—No hay cuidado todavía, dijo el enfermo, *hay tiempo aún;* Pero ¿qué es esto?: se me nublan los ojos, la cabeza me da vueltas.

Calló un momento. Después gritando, con voz estentórea prorrumpió: Sí, sí, hay tiempo, aun hay tiempo; ¡ah la pulmonía, el yodo, hay tiempo aún. Ya estaba delirando. Todos los presentes miraban, aterrados esta tristísima escena.

La campanilla del Viático sonó en la calle; y al oirla Fernando se incorporó en la cama; arrojó por su boca una baba sanguinolenta, sus ojos estaban vidriosos y luchando con los últimos espasmos, balbucía: ¡Aún... hay... tiempo!... Hay...

Dijo y haciendo una horrible mueca se desplomó en la cama en el preciso momento en que el Señor entraba en la alcoba: ¡Pobre Fernando! había muerto, y muerto probablemente en pecado por... *falta de tiempo.*

J. M. G., Congr.

Mi paseo a un astillero.

Todos los días, después de terminada mi tarea de estudios, me gusta oxigenarme un poco y suelo pasear un rato por el muelle.

No sé si son las tranquilas aguas de nuestra ría lo que me seduce; el caso es que siempre dirijo mis pasos por el mismo camino, y siempre termino mi paseo vespertino en un astillero a las afueras de la población.

Allí me siento, y cual si fuera un ingeniero, me pongo a atisbar todos los rincones visibles del pequeño astillero y hasta me he permitido a veces sacar faltas a lo que allí veía y a proponer ideas a mi juicio más prácticas.

Cerca del astillero hay una campa hermosa sombreada por árboles que mustios dejan caer sus hojas, como señal del triste tiempo en que estamos.

Y allí también me metí sin permiso de nadie y a pesar del vallado; y me interné y ví a unos cuantos obreros que se ocupaban en derribar árboles corpulentos y en trasladar su madera a los talleres; quedé entre ellos un buen rato contemplando su trabajo. Los árboles que se elevaban rectos oscilaban para caer, teniendo los obreros que hacer esfuerzos para tirarlos hacia el lado que les convenía.

No así los torcidos: los trabajos de los obreros se reducían a pasarles la sierra; y cuanto mayor era la inclinación, antes caían y con mayor violencia venían contra el suelo.

Algo acostumbrado a reflexionar, me vino enseguida al pensamiento lo que suele pasar en la hora de la muerte: No hay que darle vueltas, me decía yo a mí mismo: al cortar de la vida el que es vicioso vicioso muere, y el que bien vive bien muere.

I. L. C., Congr.

¡Hasta ahora, voy bien!

Y va de cuento.....

Mi tío que había viajado por casi todo el mundo, nos cuenta de vez en cuando algún episodio de su vida.

Allende los mares, en la América del Norte está, como sabéis, la populosa Nueva York. Allí el genio del hombre y su actividad han dejado huellas de su paso. Tiene esta urbe calles de kilómetros, plazas enormes, tranvías aéreos, trenes subterráneos, etcétera, etcétera.

Y lo que más impresiona al viajero son algunos edificios que alcanzan alturas verdaderamente inverosímiles. Hay casas de vecindad que tienen más de cuarenta pisos. Cuarenta y dos tenía el hotel en que yo habitaba. Mi habitación era una del piso diecisiete. Solía asomarme a la ventana para mirar la calle. Veía los coches y automóviles que se movían en el suelo, todo diminuto e infantil. Una tarde en que estaba así asomado a la ventana y entretenido en contemplar la actividad y tráfico industrial de la población, sentí de repente sobre mi cabeza un ruido extraño; miré hacia arriba y ví un cuerpo humano que desprendido del andamio en que trabajaba, caía vertiginosamente desde gran altura. Cruzó ante mi ventana y asustado grité:

¡Pobre hombre! ¡Se mata!

Pero él, que no debía experimentar sensación alguna de disgusto, iba diciendo:

Hasta ahora voy bien.....

Siguió su inevitable caída, yendo a estrellarse contra el suelo.

Le recogieron hecho un tortilla, como que solo quedaba, de aquello que había sido un hombre, un montón informe de huesos y carne, que colocados en una caja se los llevó muy presto la autoridad.

El bueno de mi tío sonrió picarescamente al ver que su cuento nos había impresionado.

Carraspeó de nuevo su garganta, volvió a atusarse su duro bigote y continuó:

Como este albañil de Nueva York son casi todos los hombres: en su caminar hacia la muerte van despreocupados y contentos

Si alguna vez ponéis ante los ojos el recuerdo del fin de la vida, la necesidad de la religión, os contestan:

«Hasta ahora voy bien». «Hasta ahora voy bien»; y los desgraciados no alcanzan a ver la proximidad de su fin y el infierno que les aguarda. No basta decir: «Hasta ahora voy bien».

R. M., Congr.

La comedia de la vida

I

Estábamos los amigos de siempre reunidos para hacer el último y definitivo ensayo. Hablábamos de lo lucido que saldríamos con los vistosos trajes, que con el mayor empeño los estaban preparando nuestras mismas familias. Conveníamos todos en que ninguno se luciría tanto como Jo. quín, por ser quien desempeñaba el papel de rey; después, decíamos, será Ramón que hace de príncipe, y así nos parecía que, según bajaban de categoría, se lucirían menos; y nadie envidiaba a Antonio que hacía las veces de un humilde labrador.

Llegó el día siguiente; ya estábamos todos con cierto orgullito, ataviados con nuestros trajes correspondientes, todos ellos relucientes excepto el del labriego Antonio; sonó la tercera campanillada, nos santiguamos todos y se levantó el telón.

II

Estábamos ya todos juntos en la calle, comentando, no como el día anterior lo que resultaría de la función, sino lo que había resultado.

Preguntamos a varios amigos que habían asistido a la representación, y todos nos decían lo mismo: todos habíamos estado bien, pero el que mejor ha estado en su papel ha sido Antonio, el que hacía de labriego.

Pasado un rato más en conversación nos despedimos, y cada cual fuimos hacia nuestras casas.

Por el camino iba yo pensando: Ayer creía-

Universidad de Deusto
Biblioteca

mos todos que Joaquín por hacer el papel de rey quedaría mejor parado; y no ha sido así; todos han dicho que Antonio ha hecho mejor que nadie su papel de labrador. ¡Bien le ha lucido el haber sido tan constante y formal en los ensayos.

Otro tanto les va a pasar a muchos ricos: creen algunos que por tener muchos miles o millones a la hora de la muerte les va a ir mejor delante de Dios. ¡Vaya un chasquito!

Esta vida es una comedia; casi antes de salir de este mundo nos despojan de todo, como a los comediantes de sus vestidos; la habilidad está en hacer bien el papel que Dios ha dispuesto que hagamos, de rico o de pobre, de joven o de viejo.

T. G., Congr.

Dos ajusticiados.

Hace pocos años se ajusticiaron en Bilbao a dos criminales: uno de ellos era hombre de malos instintos y peores costumbres, que cometió durante su vida mil robos y crímenes. Al fin, él y su cómplice cayeron en manos de la justicia.

Al subir al cadalso, el más bandido, tembloroso, tenía su semblante marcado con el terror y la desesperación: ni quiso confesarse, ni admitió consuelo alguno. Despreció con todo descaro al Padre que le hablaba de nuestra religión; hasta renegó de Dios y de los hombres y se revolvió en el suelo presa de horribles convulsiones, sin poder huir del trágico fin que le aguardaba Según aseguraban los que le vieron en aquellos instantes, hacía la impresión de un verdadero demonio. Verle era comprender los tormentos de los condenados.

El otro compañero, de carácter débil, había sido dominado por vicios y arrastrado por malos compañeros; en el fondo era hombre, como se vió, de buenos sentimientos. En cuanto se enteró de que le habían condenado a muerte, pidió un confesor, se arrepintió de veras, se preparó a bien morir y escaló las gradas del cadalso tranquilo y esperanzado. Cuando el verdugo se acercó a él bajó humildemente la cabeza, volvió a llorar sus culpas y plácidamente acabó su vida.

Bastaba, según algunos testigos de visita, haber contemplado aquellas muertes tan opuestas, para quedar persuadido de que después de esta vida nos espera, conforme a nuestras obras, el cielo o el infierno.

R. M., Congr.

«Colorín colorao.....»

Había un caballero aquí en Bilbao, ya anciano, de humor envidiable. Su vida era ejemplar; oía su misa todos los días y todos los días rezaba el Santo Rosario.

Así las cosas, cayó en cama víctima de una enfermedad, que, según decía él, era la de tener muchos años. Naturalmente, se fué agravando su dolencia según pasaban los días y llegó un momento en que todos temieron un fatal desenlace.

Los de la casa, apesadumbrados y llorosos, pedían a Dios que prolongara la vida de tan ejemplar anciano. Sólo éste se mostraba tranquilo y alegre y ni una queja salía de sus labios.

El último día de su vida, comulgó devotamente en la misma cama Mandó después venir a toda la familia y juntos rezaron el Rosario. Terminado el rezo se sintió morir, les aconsejó que vivieran como él había vivido para morir como él moría; se despidió de sus hijos, como si emprendiera un viaje corto, diciéndoles: «hasta luego».

Cogió el Cristo que lo tenía siempre a mano, lo besó con devoción y con el rostro alegre, como siempre lo había tenido, exclamó:

«Colorín colorao, este cuento se ha acabao».

Dió media vuelta y expiró, seguro de que habiéndose terminado el triste cuento de esta vida comenzaba ya la verdad, infinitamente más dulce y duradera.

R. M., Congr.

Nuestras trincheras.

Ocasiones he tenido de ir a algunas casas de congregantes, y en muchas de ellas ¿qué os parece que fué lo primero que mis ojos vieron al abrirme la puerta? Pues fué la simpática hucha de Misiones colocada en el centro del perchero y debajo de la bombilla, que hacía más clara la entrada. Parecía estar llamando la atención e invitando a depositar en ella algo que fuese a ayudar a los Misioneros y salvar más y más almas.

A otros congregantes les pareció mejor sitio el comedor, y allí la tenían colocada en el centro del aparador.

Pero, donde más me llamó la atención fué en casa de dos hermanos; ellos mismos, como habilidosos que son, han hecho un pedestal forrado con una bonita tela, y en medio tienen asentada la hucha. Han dado pruebas de buenos estrategas, pues tan bien la han situado que cuantos entran se ven comprometidos a dejar alguna moneda en su trinchera de cartón. Y el resultado no ha podido ser más feliz: han conseguido llenar en poco más de un año hasta nueve huchas con la respetable suma de 304 pesetas.

Otro apostolillo, incansable también por las Misiones, ha conseguido que le ayuden a llenar en poco tiempo tres huchas con 114 pesetas.

Total que en poco más de un año se han reunido solo por este medio 1.612,50.

Y es curioso el modo que tiene una madre de estimular el ahorro de su hijo en favor de las Misiones; por cada peseta que recoge el niño le añade ella un real, y esa entrada le anima a seguir sacrificando pesetas y más pesetas por tan buena causa.

¡Qué bien lo entiende esa madre al contribuir con ese medio tan sencillo como eficaz a la educación de su hijo y al socorro de las Misiones.

J. L. C., Congr.



Núm. 65.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Diciembre de 1918

Alegre vida y santa muerte.

El día 11 de Noviembre próximo pasado se llevó Dios Nuestro Señor para sí, a los doce años de edad, a Antonio Tejeiro, con muerte verdaderamente santa y fervorosa.

Era Antonio uno de esos niños que han nacido con la alegría en el alma, y con ella en el alma vivió, y con ella se fué al cielo.

De entendimiento vivo, juguetón, de imaginación brillante y traviesa y de una memoria no común, aquella alma tenía necesidad de moverse en aquel cuerpo, y alma y cuerpo se movían con la franqueza propia de su carácter.

Mira, Antonio—le decía el P. Prefecto del Colegio de Vigo—cuando acompañado de un Hermano iba a salir a casa del oculista—«Mira, Antonio, a ver si te portas bien».

—«¡Ay! Padre,—yo fuera de casa, siempre me porto bien; pero dentro... dentro no puede ser.»

—«¿No puede ser? y ¿por qué?»

—«Porque apenas entro por esa puerta se me meten en el cuerpo seis o siete diablillos.....»

Y claro está, el pobre Antonio tenía no pocas veces que pagar las travesuras de aquellos diablillos.

¡Con qué resignación cumplía entonces los castigos, y con qué nobleza los olvidaba, pues estaba visto que era para él clarísimo lo que, tratándose de su propia causa, para tantos es oscuro: que el que la hace la paga!

Pero no voy aquí a contar su vida, sino su muerte. Sólo diré, y así no os extrañará fuese tan fervososo, que Antonio había recibido de Dios una fe viva y sencilla mamada en su hogar verdaderamente cristiano. Y fruto de esta fe era una piedad natural, honda, que le hacía comulgar casi todos los días, no apartar nunca de su muñeca el Rosario de Nuestra Señora cuando estaba acostado y rezar algunos días, cuando estuvo retirado en la enfermería del Colegio, cinco y seis Rosarios; y fruto también de esta fe era su pureza que procuró no empañar nunca, como lo muestra su propósito bien cumplido de no asistir en tiempo de vacaciones a los Cines; esto será siempre un consuelo para sus cristianos padres.

Oíd ahora su muerte contada por una persona de su familia: Convaleciente de una ligera fiebre gástrica, sintióse Antonio una tarde lleno de frío; metióse seguidamente en la cama y al otro día ya la gravedad estaba manifiesta, según lo comprobaron los tres médicos que lo vieron. Agotáronse todos los recursos de la medicina que se juzgaron más oportunos, acudiendo desde los primeros momentos a los medios más enérgicos: inyecciones repetidas, revulsivos, punciones para combatir la pleuresía, que se le presentó junto con la bronconeumonía que le mortificaba con una fatiga penosísima.

A todo esto el niño, revelando una entereza singular, sufriendo con incomparable resignación, tuvo algunos ratos de buen humor que hicieron concebir más de una vez vivas esperanzas a la familia y aún a los médicos.

Pero él debió darse cuenta de su estado, porque, sin la menor indicación de nadie, pidió con viva insistencia que se llamase al confesor, a quien recibió con una alegría tal, que sacando fuerzas de flaqueza incorporóse en su lecho, saludándole con todo cariño y con verdadero júbilo.

Confesóse, y su satisfacción por haberse confesado se traslucía en su semblante y así se lo expresó con entusiasmo a su madre.

Pero aún no quedaba del todo contento, porque, le faltaba recibir al día siguiente el Santo Viático y lo deseó con tal ansiedad, que durante la noche despertaba con frecuencia, preguntando siempre: «mamá, qué hora es?» y al saberlo añadía: «aún faltan seis horas; aún faltan dos horas...» y ayudado de su madre (que más que mujer parece un ser nacido todo entereza para el sacrificio en aras de la caridad y del dolor) se preparaba con gran fervor para recibir en su pecho al Divino Huésped; él mismo estaba en todos los detalles, hasta en el orden en que había de prepararse la mesa o altarcito de que debía servirse el sacerdote. Y cuando ya había

Universidad de Deusto
Biblioteca

recibido el Sacramento de la Santa Extremaunción, llamó a su madre cerca de sí, y con una expresión casi imperceptible, porque no podía más, le dijo: «quiero aquel crucifijo» señalando el que colgaba de la cabecera de su cama; se le dió, lo besó, y junto a su cara lo tuvo el tiempo que fué capaz de tenerle. Con su madre, que apenas se separó de él un momento, rezaba cuanto se lo permitía su estado, invocando frecuentemente el nombre de Jesús y repitiendo la jaculatoria «Jesús, José y María os doy el corazón y el alma mía...»; hasta que rendidas todas sus fuerzas por el peso de la fatiga que le aceleraba la muerte, no pudo repetir con los labios las últimas palabras de la jaculatoria, y entró enseguida en la agonía, que fué bastante larga y penosa, con la suerte de tener entonces a su lado al sacerdote a quien dirigía la vista constantemente, hasta que no pudo más y entregó su alma a Dios. Murió a las dos de la tarde, y a las doce de ese día rezó con su madre y sus hermanos el Angelus, repitiendo conforme podía todas las palabras.

En ese mismo día no cesó desde el amanecer de pedir que se le llevase la comunión; pero ya no fué posible dársela.

Su confesor no se cansa de decir que Antoñito subió al cielo, y como él pensamos cuantos le conocimos; él desde el cielo pedirá por nosotros.

E. V. G.

La fuente envenenada.

Como de costumbre salió aquel domingo, José María en dirección al pueblecillo de Dos Caminos, donde tenía un grupo de niños pobres que ansioso esperaba sus explicaciones de Catecismo y más aún los caramelos y otros regalitos, con que procuraba conservar en buen camino aquel grupito de inocentes niños.

Durante el viaje iba pensando José Mari en la materia que les iba a explicar aquella tarde y decidió, después de dar algunas vueltas a su meollo, hablarles del pecado original, por estar en vísperas de la Inmaculada.

Llegado al pueblecito, los niños le recibieron como siempre, y saltando y corriendo entraron en el saloncito de la Catequesis; rezó las oraciones acostumbradas, preguntó por los que faltaban, los anotó y dió comienzo a su explicación:

—Ya sabéis ¡qué felices fueron nuestros primeros padres, Adán y Eva, y qué fácil les hubiera sido portarse bien con Dios! Pero, el demonio, que tenía envidia de ellos, quiso perderlos y que desobedecieran como él a Dios.

—¿Quién de vosotros me cuenta esa historia?

—Yo, dijo un chiquitín que estaba en el último banco.

—A ver, a ver cómo lo dices y te ganas el primer caramelo.

—Pues, el demonio se metió en una serpiente y subió al árbol que no podían comer, y luego vino la mujer, y el demonio le dijo: ¿por qué no comes? y ella le dijo que Dios no le dejaba, y el demonio le dijo que eso era mentira, que si lo comían serían tanto como Dios; y entonces la mujer comió y vino Adán y también comió y Dios les echó del Paraíso.

—Muy bien, Luisito, muy bien, dijo entusiasmado el catequista. Ya veis, pues, por ese pecado de Adán y Eva todos nacemos con un pecado, que se perdona con el Bautismo y se llama pecado original.

—Oiga usted, D. José, dijo entonces levantándose uno de los mayorcitos más atrevido que los otros, que algunas veces escuchaba lo que se decía en las tabernas: Y ¿cómo podemos pecar nosotros cuando nacemos, si no podemos hacer nada tan chiquitines como somos?

—No debéis extrañaros de no comprender estas cosas, porque se trata de un misterio que no podemos pretender explicarlo, sino que debemos creerlo, porque Dios lo ha dicho. Además, como sabéis, hay muchas cosas que las vemos con los ojos y no las podemos explicar.

Vamos a ver: si vosotros entráis en una fábrica, veréis unas ruedas grandes, otras más pequeñas, poleas, calderas, etc.; veréis todas esas cosas, y sin embargo, no os explicáis por qué aquella rueda grande está colocada allí y no en otro sitio; y así todo lo demás de la fábrica.

Pues, si estas cosas que otros hombres entienden no las podéis explicar ¿cómo queréis explicaros cosas que Dios quiere que permanezcan en el misterio?

Pero aunque no podamos explicarnos, podemos hacer comparaciones que en parte nos den idea de lo que se trata.

Figuraos que existe un veneno activísimo, y que echando una gota en una caudalosa fuente, quedaran en el acto emponzoñadas sus aguas. Naturalmente, las personas del pueblo por donde pasa el arroyo que bebieran de sus aguas quedarían todas envenenadas. Pues algo parecido ocurre con el pecado original: aquel pecado de Adán y Eva es como la gota de veneno arrojada en el río de la vida, y así todos los que nacemos venimos al mundo intoxicados con ese veneno; digo mal, todos no; porque hubo una mujer que por disposición de Dios y porque había de ser la Madre de su Hijo, no bebió de aquella fuente, y nació pura y sin mancha: es la Inmaculada Concepción.

Pues, una vez que estamos purificados por el Bautismo, imitemos la pureza de nuestra Madre; así nos pareceremos más a ella y nos protejerá más.

L. L., Congr.

¡Buena salida!

A propósito de las barbaridades que se decían estos días pasados de crisis en el Congreso, me contó mi amigo un episodio que ocurrió hace bastantes años, de no sé qué escándalo público de varios millones de pesetas malbaratados.

Se habían reunido ya casi todos los diputados, y los asientos de las tribunas del Congreso se veían invadidos por multitud de señores y señoras dispuestos a ver y oír cómo se echaban los trastos a la cara.

Momentos antes de empezar la discusión, el señor Presidente agitó la campanilla e impuso silencio; levantóse y dijo entre general asombro: Señores, fíjense bien: toda persona decente que se halle en las tribunas tendrá la bondad de marcharse; se va a tratar de una cuestión muy delicada, que no podrá menos de herir a todo el que se tenga por persona honrada. Sentóse, esperando que saliese toda o casi toda la gente de las tribunas; pero, con gran sorpresa del Presidente, nadie se movió de su sitio.

Tomando entonces un tono más serio e imperativo dijo a los ujieres, en voz tan alta que todos lo oyeron: Haced salir enseguida a toda la gente, ya que por confesión propia no hay ninguno decente. Al poco tiempo quedaron vacías las tribunas.

Me hizo mucha gracia la salida del tal Presidente y como él debiera haber uno en casi todos los cines y teatros de hoy en día; seguramente que pasaría la misma triste escena.

T. G., Congr.

¡Pobre Manolo, echado de casa!

¡Pobre Manuel! Ha cometido aquel día una falta gravísima, ha deshonrado a su familia y ahora está escondido en su cuarto avergonzado, con la cabeza entre las manos.

A cualquier ruido que siente, cree ver a su padre con un palo dispuesto a castigarle; y en medio del temor tiene alguna esperanza de que no se entere.

Pero, la puerta se ha abierto y ha entrado su padre, desencajado y nervioso; y echándose a un lado de la puerta, con voz de trueno le dice a su hijo: Salga usted ahora mismo de casa; me avergüenzo ahora de ser su padre: ¡Márchese para siempre de mi vista!

Y Manuel, empujado por el brazo de su padre, sale al pasillo y de allí a la escalera.

Pero, no acababa, con todo, de perder la esperanza del perdón y no acertaba a bajar la escalera, ni a separar la vista de la puerta. Estando así sin saber lo que hacer, volvió a oír aquella voz más imponente aún que antes: Le he dicho que se marche, infame, no quiera acordarse más del que fué su padre, que no puede tolerar su gravísima falta.

Y aquel desgraciado, ante aquel tan aterrador mandato, no tuvo más remedio que salir de aquella casa, que encerraba tanta dicha pasada y ahora su solo recuerdo venía a ser su mayor desdicha.

Pero, a pesar del mandato de su padre, una fuerza oculta le detenía y no se resolvía a separarse de la vista de aquella casa.

La voz de su padre sin cesar le resonaba en el oído, y con su instancia iba perdiendo toda esperanza de perdón.

Se alejó por fin, y todo el día anduvo sin rumbo fijo el pobre Manuel, dando vueltas por aquellos solitarios valles, hasta que llegada la noche se dejó caer en el suelo. Y aun allí le parecía oír la voz de su padre que con irresistible imperio le decía: «Vete de ahí, hijo maldito, también ese campo es mío y no quiero que pises nada que me pertenezca.» Acertó a pasar junto a un frutal cargado de coloradas manzanas, y se echó sobre él para saciar el hambre que le consumía; pero también entonces parecía oír la voz de su padre, ronca e imponente.

Hacía él por no oírla, pero con más fuerza le decía: «Marcha de ahí, maldito de tu padre, también eso me pertenece; vete y busca tierras y lugares que no me pertenezcan». Y el desdichado Manuel siguió sin rumbo alguno, y sediento se fué a arrojar sobre un remanso de cristalinas aguas de un arroyuelo que bajaba del monte. Al ver allí su imagen reflejada recordó la cara de su padre y volvió a sentir su aterradora voz: «Esa agua también es mía; y por más que andes no encontrarás cosa ni lugar que no me pertenezca».

Presa de horribles convulsiones, revolcándose en el suelo, ahogado por el dolor y la sed, y desfallecido por el hambre, deseaba su destrucción, quería su muerte; con gusto se hubiera lanzado en un horno encendido para dejar de existir; pero le era imposible: su vida era más triste que la más triste muerte.

Otro tanto le pasa al que vive y, sobre todo, al que muere en pecado; queda separado violentamente de la casa de su padre, sin esperanza ni descanso alguno; él mismo, deseando su destrucción, se echará en el infierno. Con todo jamás le será dado dejar de padecer. ¡Pobre pecador!

Ahora estamos muy a tiempo para separarnos del mal compañero y para dejar la mala costumbre que nos aparta de la casa de nuestro Padre, más justo y cariñoso que todos los padres de este mundo.

J. L. C., Congr.

Le salvó el rosario.

El suceso ocurrió en Filipinas, al tiempo de la conquista de estas islas por los españoles. Su protagonista fué un joven y valiente soldado indígena.

No tenía más religión que la del culto de sus monstruosos ídolos; con todo, conocía y admiraba la religión católica por pláticas que tuvo con un Padre Dominico que acompañaba al ejército conquistador. Le profesaba a este Padre un cariño rayano en veneración; porque, en ocasión de la toma de una aldea, le había salvado la vida que le querían arrebatar sus mismos compatriotas. Tal era el influjo que el buen Padre ejercía sobre el joven, que consiguió de él la promesa de que todos los días de su vida rezaría el santo rosario. Antes le había explicado las excelencias de María.

Apenas despuntaba la aurora solía el Padre Dominico, ayudado de un bravo capitán, celebrar el Santo Sacrificio de la Misa y distribuir el Pan de los fuertes a aquella aguerrida tropa española

Un día, en que se dirigía a cumplir su ministerio, vió entre los soldados españoles al filipino que también rezaba.

Grande fué su asombro al distinguirle, pero su admiración subió de punto al ver que el

Universidad de Deusto
Biblioteca

soldado, llegándose a él, se arrojaba a sus pies diciéndole todo emocionado: «Padre mío, admitidme como indigno hijo de María y de vuestra Iglesia».

El asombrado religioso le interrumpió: «¿A qué es debido este milagro de la gracia?»

No hizo esperar la explicación el indígena, que habló así delante de los militares, que respetuosos presenciaban la escena: «Anoche, cansado de la larga jornada, me acosté en mi hamaca sin haberme acordado de rezar el rosario, quedándome al poco tiempo profundamente dormido. A eso de media noche me desperté con una fuerte pesadilla al mismo tiempo que me pareció oír una especie de chirrido; casi inmediatamente recordé que aún no había rezado el rosario; tan pronto como lo pensé, me arrojé de la cama para rezarlo; no lo pude hacer en seguida porque a la luz de la luna, que penetraba por una abertura del techo distinguí sobre el suelo una enorme serpiente que al punto reconocí como de las más venenosas. Al alcance tenía la espada y de un tajo le tronché la espina dorsal, y de otro le partí la cabeza que amenazadora llegaba hasta mi cara. El verme salvado de tan gran peligro lo atribuyo a la Virgen María y por eso solicito el ingreso en la Religión de su Hijo».

En efecto fué catequizado en poco tiempo y en la misma tienda, testigo del milagro, convertida en capilla, recibió las aguas del bautismo y los nombres de Domingo María.

Y la Santísima Virgen ¿no cuidará más de nosotros que somos ya cristianos e hijos suyos predilectos?

J. G., Congr.

Digno de compasión

Una de tantas tardes, las asiladas del orfanotrofio de Wu-hu salieron al jardín, entonando su acostumbrado canto chino a la Virgen.

Dos niñas como de 4 ó 5 años, que andaban en busca de alimento, al oír el canto se acercaron a la verja del jardín y se pusieron a escuchar. Eran las dos, pobres huérfanas, de esas que tanto abundan en China y habían sobrevivido a la miseria y al abandono de sus padres sin saber cómo, por una especial misericordia de Dios.

Una monjita de blanca toca apareció en el dintel de la puerta y al ver aquella parejita de harapientas niñas, que con envidia contemplaban a sus asiladas, se detuvo un momento a mirarlas. Algún triste pensamiento debió entonces cruzar por su frente, pues, sacando un pañuelo, se lo llevó a los ojos, y, maquinalmente, como quien tiene que hacer un esfuerzo grande, cerró violentamente la puerta.

¡Había visto tantos casos de esos!, y con todo, aún no se había hecho a estas dolorosas emociones.

En el orfanotrofio de Wu-hu se acababan hasta las reservas que tenían para los casos apurados y no se había recibido todavía la limosna mensual. Las religiosas hacía mucho tiempo que no habían podido admitir ni una niña más.

No obstante, en aquel mismo día habíanles traído 4 recién nacidas, y con lágrimas en los ojos habían tenido que despedirlas.

Las niñas acabaron su canto, y las pobres huerfanitas, después de estar un rato junto a la verja, cruzaron entre sí unas palabras en su idioma monosilábico y, separándose con pena de la verja, siguieron su camino.

¡Quién sabe lo que se dijeron la una a la otra! Seguramente aquel himno les había gustado mucho. Cantaban a una Señora desconocida para ellas que tenía un nombre dulce, muy dulce, y la pedían su protección.

¡Ah!, si ellas conocieran aquella Señora también irían a pedirla que se apiadase de ellas, que las pusiera en compañía de aquellas otras niñas tan felices: esto debía ser, seguramente, lo que pensaban a la vista del orfanotrofio.

Salieron del pueblo y a lo lejos, y rodeado de esa fantástica penumbra de que se envuelven los objetos en el crepúsculo, divisaron un montón de basura. A él se dirigieron para ver si encontraban algo con que mitigar su hambre.

Escarbaron, y una de ellas encontró un hueso del que pendían algunas hebras de carne. Pero aun eso hubieron de disputárselo a un perro, que por allí andaba y que se abalanzó hacia él. Entonces sobrevino la lucha; lucha por la vida, lucha desigual en la que la niña forcejeó lo que pudo; pero era débil y salió triunfante el perro, que se alejó con su presa. La pobre niña incorporándose resignada volvió a coger de la mano a su hermanita y siguió camino adelante, privada hasta de aquel miserable hueso con que creyera ella poder saciar su hambre.

Cuando ya apenas se divisaban las últimas casitas de Wu-hu ocultas en la neblina que precede a la noche, había alguien que, desde una ventana, seguía con la vista empañada en lágrimas, a las dos huerfanitas: era la monjita del orfanotrofio. Tampoco ella había comido más que un poquito de arroz en todo el día.

Y ¡no sacrificaremos nosotros nuestros caprichos tan tontos!

S. M., Congre.



Núm. 66.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Enero de 1919

«Corazón tranquilo».

Vivía, y no sé si vive todavía, en un pueblecillo de Vizcaya una señora de natural tan sencillo y de conformidad tan grande en las tribulaciones que subyugaba a cuantos tuvieron el placer de conocerla.

Se le habían muerto en poco tiempo varios de los seres más queridos de su familia, y con este motivo fueron sus allegados a consolarla; pero quedaban sorprendidos al ver que ella era las que les prodigaba sus consuelos; pues, cuando le dirigían palabras de pésame, ella contestaba con sencillez: ¡Qué se le va a hacer! Dios ha querido llevárselos. ¡El sabe lo que se hace! Y en aquellos momentos, en que todo el mundo estaba apenado, ella aparecía con la misma tranquilidad de siempre.

Esta buena señora que no sabía leer y nunca había salido de su pueblo si no era para venir en el tranvía que viene directo a Bilbao, tuvo noticia de que un hijo suyo residente en Cádiz, iba a hacer los votos en una orden Religiosa, y deseando ella estar presente en aquellos solemnes momentos, decidió ir a Cádiz.

Llegó a la puerta de la estación, y fué a pasar directamente al andén, ignorando que en aquel ferrocarril había que tomar el billete antes de montar en él; pues ella creía que le darían el billete en el camino como solían hacerlo en el tranvía que la conducía a Bilbao. Subyugado por la sencillez y humildad de la señora el empleado de la puerta, le indicó con mucha amabilidad el sitio donde le darían el billete.—Dios se lo pague contestó ella a sus amables indicaciones; y tomó el billete que le consumió casi todo el dinero que llevaba; mas ella no se apuró por esto, sino que pensando como siempre que Dios iba con ella, se acomodó donde encontró sitio libre.

Allí se captó las simpatías de cuantos con ella viajaban, y Dios que nunca abandona a los que en El confían, le deparó la suerte de encontrar a un soldado que iba también a Cádiz, a abrazar a su madre después de haber hecho el servicio. Este, que se hizo la cuenta de que acompañaba a su misma madre, la cuidó con toda solicitud.

Tal era la bondad de esta señora que llegó a hacerse popular entre los viajeros que se sucedían en las varias estaciones del tránsito; éstos la agasajaban y convidaban en cuantas ocasiones podían. Ella agradecía todo esto, pero sin extrañarse de nada, pues en su candor creía que todo aquello era costumbre hacer a todo el mundo.

Una vez que llegó al Convento y abrazó a su hijo, el Superior y cuantos estaban allí le preguntaron cómo ella sola se había atrevido a hacer un viaje tan largo; a lo que respondió ella con admirable naturalidad: sola no he venido; he venido con Dios.

Tan feliz como la ida fué la vuelta; y ni le ocurrió nunca sospechar que le pudiera suceder de otra manera. Con esta ciega confianza obligaba a Dios a velar de una manera especial sobre ella. ¡Así debiéramos hacerlo todos! Nos podrían llamar como la llaman los de la familia «corazón tranquilo.»

J. M. L., Congr.

Para qué sirven las novelas.

Un día de estas pasadas vacaciones, con lo que me dieron en Navidades, compré unas novelas. Fuí al Parque, y sentado al sol en un banco estaba leyéndolas, cuando siento que me dan una palmadita en el hombro; vuelvo la cabeza para ver quién era, y me encuentro con el P. Pedro que años antes había sido profesor mío en el Colegio y me dice:

—¿Qué hay, Jesús?

—Ya puede usted ver, le contesté, guardándome la novela en el bolsillo.

—¿Y qué es de tu vida?

—Estoy estudiando el tercer año de bachiller y ahora, Padre, de vacaciones.

—Y ¿qué librito es ese que has escondido en el bolsillo?

—Y yo ¿qué le iba a decir? tuve que sacar la novela.

Universidad de Deusto
Biblioteca

—¡También tú lees novelas! No sabía que te habías vuelto tan malito!

—Yo me sonreí todo encendido y no sabía qué contestarle.

—Acompáñame un rato, me dijo el Padre, ven conmigo y te voy a contar lo que me pasó a mí cuando era como tú; verás el daño que hacen las novelas.

Aún vive una señora bastante vieja, la pobre, que tenía un hijo, José Luis se llamaba, que fué muy desgraciado; el padre le quería tanto a este hijo que todo lo que le pedía se lo concedía.

Con todo, José Luis era de tan buena índole, que siempre era el primero en clase, el más juicioso, a quien todos los profesores le querían muchísimo. Yo, que era uno de sus compañeros, aunque ni tan listo ni tan bueno como él, en cuanto entré en el colegio procuré hacerme su amigo, y hasta tal punto llegamos a querernos, que cuanto sentía y pensaba me lo comunicaba enseguida.

Tuvo la desgracia de perder a su padre; pero siguió tan bueno como antes y yo le quería mucho más.

Por este tiempo caí enfermo de pulmonía; y José Luis me venía a ver casi todas las semanas, y yo le estaba muy agradecido; pero algún tiempo después dejó de venir. Y yo no sé...; pero, cuando empecé a volver al colegio, José Luis no era el mismo; ni sabía tan bien las lecciones, y conmigo procuraba estar lo menos posible; para mí estaba desconocido. ¿Y qué era? que se juntaba con un tal Alfonso, que hacía poco estaba en el colegio y era un chico malísimo, aunque como muchos, parecía bueno. Este le engañó a José Luis, diciéndole que él nunca estudiaba nada, que se pasaba muy divertido el tiempo leyendo cuentos y novelas, y que con todo llegaban los exámenes y salía bien; y José Luis se lo creyó, y empezó a leer cuentos de Calleja y a no tener ninguna gana de estudiar. Claro está, ¡cómo iba a saber las lecciones! Imposible.

Yo, en cuanto me enteré de lo que pasaba, se lo dije a su padre; pero no me hizo caso. Cuando le indicaba que no leyese aquellos cuentos, me contestaba que no eran malos. Ya lo sé que son buenos, le replicaba yo; pero así empiezan todos, a leer primero esos cuentos y acaban leyendo novelas; y no era esto lo peor, cada vez se estrechaba más la amistad del mal consejero.

Llegó el tiempo de examinarse y José Luis y Alfonso recogieron lo que habían sembrado. En consecuencia, los dos tuvieron que estar viniendo al colegio durante el verano. Yo me marché con mi familia a veranear.

¡Cuánto pensé yo aquel verano en José Luis! Nunca me podía imaginar el daño que hacen las novelas, hasta que supe lo que había pasado.

Se pasó el verano sin tener noticia de mi compañero; y el mismo día que volví del pueblo me fuí a su casa. Encontré a su madre que rompió a llorar tan pronto como me vió; no podía hablar una palabra de acongojada que estaba. Supe entonces que José Luis se había suicidado.

Fué para mí aquella noticia como una puñalada; y cuando se me pasó el susto me lo contó todo un tío suyo que vivía con ellos aquellos días. Con aquellas novelas y aquella compañía, empezó a venir tarde a casa, a ir a los cines, a ciertos bailes, y de allí a otros sitios peores.

Yo no sé cómo pudo llegar en tan poco tiempo hasta tal extremo. Un martes vino a casa muy tarde, y como su pobre madre ya no le decía nada, le reñí yo por venir tan tarde; ni me contestó; se metió en su cuarto, notándosele en su rostro algo extraño

Al día siguiente salió muy temprano de casa y no se supo más de él, hasta que fuera de la ciudad un guardia le encontró tendido y muerto con un revólver en su mano derecha.

Yo no podía contener las lágrimas, pues desde pequeños siempre habíamos estado juntos. Le pregunté dónde estaba enterrado, y me dijo que en el cementerio civil.

Esta historia te puede ser ahora a ti también muy provechosa.

Poco después me despedí de mi profesor, que, a la verdad, nunca me había dado lección más provechosa, pues ya no he leído más novelas en mi vida, ni las leeré.

J. M., Congr.

Una visita a la cárcel.

Cierto día me dirigía con gran satisfacción a la cárcel de mi pueblo dispuesto a pasar una hora entretenidísimo; pensaba al mismo tiempo llevar a los presos algunos consuelos espirituales, animándoles, sin descuidar tampoco la limosna corporal, que podía hacerme agradable y simpático desde el primer momento.

Entré, pues, en aquella triste morada y guiado por un pobre hombre, próximo ya a extinguir su condena, fuí recorriendo las galerías, los patios, la enfermería, las celdas, la capilla, el gabinete antropométrico, etcétera, etcétera. Mi vista se detenía, tristemente impresionada, ante cada celda, en cuyo fondo oscuro se distinguía el rostro repulsivo por el sello del crimen en él impreso. Pero donde mi ánimo sufrió más penosa conmoción fué al penetrar en una sala, amplia, bien ventilada, donde estaban recluídos 10 ó 12 niños de diez a catorce años, sucios y harapientos, que me recibieron con un desdeñoso saludo, mientras se miraban unos a otros, burlándose picarescamente de su inoportuno visitador.

Uno de ellos, que tendría poco más de diez años, llamó poderosamente mi atención por el sello, inconfundible, de viva inteligencia, que en su rostro se reflejaba.

—¿Cómo te llamas?, le dije, dispuesto a sondear un poco en aquella alma, apenas nacida y corrompida ya.

—Yo, no me llamo; me llaman, me contestó, haciéndoles un gesto a sus compañeros que quería decir, poco más o menos .. ¡Qué le importará a este señoritingo cómo me llamo yo.

—Pues mira, me habían dado un paquete de caramelos (y se lo enseñé) para un muchacho que está en esta casa y que no recuerdo bien cómo se llama.

—Entonces es para mí, porque ese paquete ¿para quién va a ser sino para Periquín, el más barbián de todos los ratas de la población?

—Bueno; ahora ya no creo que tendrás inconveniente en decirme qué diabluras has hecho para venir a esta casa

—No señor, contestó rápidamente Periquín que no perdió de vista mi flamante paquete. En primer lugar yo no vine aquí, me trajeron Y me trajeron porque a un chivato (guardia) se le ocurrió mirar en el Mercado hacia un puesto de verduras, en el preciso momento en que yo le *limpiaba* un portamonedas a una señora, que llevaba dos: ¿para qué quería tantos? En fin, otro día tendré más *cuidao* y procuraré que sea un portamonedas con más *guita*.

—¡Cómo! ¿No has escarmentado ya?

—No señor; aquí, en este mundo, hay que procurarlo pasar bien; y cuando no se tiene, se quita.

—¿Y no temes a la cárcel?

—A los hombres no les tengo miedo.

—¿Y a Dios?

—¿Dios? Yo no sé lo que es eso.

—¡Cómo! dije asombrado.—¿No sabes que hay un Dios, Todopoderoso y Justo, que premiará o castigará en la otra vida nuestras acciones?

—No señor. En mi vida he oído hablar de semejante cosa.

—¿No te han enseñado nunca el Catecismo?

—No señor... pero dígame usted, a ver lo que es eso.

—Pues, escúchame, que no te pesará. Existe un Dios, un Ser Supremo que crió el mundo, que te crió a ti, y que como es el sol de la Justicia, tiene preparados en la otra vida, premios para el que cumpla sus mandamientos y castigos para el que los desobedezca.

—¿Y qué mandamientos son esos?

—No robarás, no matarás, no mentirás... etcétera .. Por eso te decía antes que si no temes a los hombres, ¿cómo no temes a Dios?

—Periquín se quedó un momento pensativo y luego me dijo estas palabras, que nunca se me olvidarán

—Pues ¿sabe usted lo que le digo?... Que si yo hubiese sabido eso, no estaría en este sitio, *porque si todos supiésemos el Catecismo hiciésemos lo que nos dice, sobrarían las cárceles y no harían falta chivatos.*

. . . . . .

¿No te parece, lector, que vale la pena de pensar un poco en estas palabras, y aprender bien el catecismo?

R. S., Congr.

Los corderos de Luis.

Pedro era un malicioso comerciante como hay tantos; había andado mucho por el mundo y en el momento en que se realiza esta historia se halla en un barco viajando.

Un día se traba de palabras con un vendedor de corderos llamado Luis, que llevaba una buena partida a bordo. Pedro le quiere hacer una mala jugada.

Hace al parecer las paces, y le dice: quiero comprarte un cordero. Luis que sabe vender su mercancía, le responde: Conforme; pero, mira las lanas finas y largas de mis corderos, en cuanto a su carne te aseguro que es exquisita. A fe de buen hombre te pido por uno sólo 30 pesetas.

—Es mucho le responde Pedro, pero ten, ahí va el dinero.

Pedro una vez de haberlo pagado, escoge el más hermoso de todos.

Mientras Luis cuenta el dinero y se ríe para sus adentros, Pedro se lleva su cordero que bala cuanto puede. Entonces los demás corderos le hacen coro y siguen con la mirada al cordero de Pedro.

De repente, Pedro sin decir nada y a la vista de todos, echa el cordero al mar. Acto continuo acude otro cordero y salta al mar por donde había ido el de Pedro, y luego le sigue otro y otro y otro...

Luis viendo perecer sus corderos, quiere impedirlo con el palo y con sus perros que muerden sin piedad a los pobres corderitos; pero inútilmente, todos se le escapan. Puede al fin agarrar a uno, el más grande y el más hermoso, pero éste hace tal esfuerzo que se le escapa también y sigue a sus compañeros.

¡Lástima grande que haya algunos que quieran salirse del barco éste de la Congregación, donde navegan tan seguros, y prefieren seguir la mala suerte de los que saltan de él y se ahogan en el mar de sus pasiones, alborotadas con los cines y otros malos ejemplos. ¡¡Pobrecitos!!

F. M. C., Congr.

Un buen padre.

Perico era un estudiante desaplicado, que no sabía nada, porque nunca cogía un libro en la mano, y en lugar de estudiar se había dado al juego. Su padre, señor muy bondadoso, le amaba entrañablemente; apesadumbrado por su conducta y viendo que ni por regalos que le había ofrecido y hecho, ni por castigos que le había dado, ni por nada de este mundo se corregía, se decidió con gran dolor de su paternal corazón a encerrarle en un cuarto completamente a obscuras. Encerrado en su prisión horas y horas, entró a cuentas consigo mismo y empezó a ver que su padre era muy bueno y que no le tenía allí metido por fastidiarle y a conocer que no correspondía a sus beneficios. Pesaroso, por último, de su ingratitud y deseando salir de aquel encierro y de aquella obscuridad, se resolvió a cambiar de vida y en aquel mismo instante hizo propósito de empezar a estudiar. Se levantó de la cama, donde por pereza y aburrimiento estaba acostado; se dirigió a la puerta de la habitación y desde allí, con voz suplicante, llamó: «Padre, padre, ábrame V. y déme luz que le prometo ser desde ahora mismo muy obediente; que me pesa de los disgustos que le he dado y deseo estudiar para hacerme hombre y ganar mucho.

Su padre que le oía, se regocijaba con toda

Universidad de Deusto
Biblioteca

su alma; pero no respondió luego, porque consideraba que, habiendo sido su hijo durante tanto tiempo ingrato con él, era justo que ganase su perdón a fuerza de esperar y de pedir.

Perico, viendo que su padre no acudía, vuelve a llamarle, llorando y golpeando la puerta; y el padre que no deseaba otra cosa, llega enternecido, le abre y le da un abrazo.

Desde este momento, para cumplir lo que prometió a su padre, para darle gusto y desagraviarle, y sobre todo para hacerse bien a sí mismo, reparó el tiempo perdido, buscó libros, estudió horas enteras y consultó con sus maestros lo que no entendía; adquirió así la ciencia y acabó su carrera con que llegó a vivir una vida honrada y desahogada y feliz. Este buen ejemplo no necesita comentarios.

J. G., Congr.

Carta de la China a los Estanislaos bilbaínos. Dos futuros Misioneros.

Estanislao Chu y Francisco Kan de 15 y 13 años respetivamente son dos niños de mi escuela. Los primeritos que aprendieron a ayudar a misa. Y ¡cómo me distraen cuando la estoy celebrando las vivas instancias que hace Francisco a su compañero para que toque a tiempo la campanillita! Diríase que para él estaba en éso la esencia del sacrificio.

Y no se diría la verdad; porque los dos, para su edad, saben y entienden bien la doctrina. Hágase un programa de 12 á 14 lecciones en que se contenga toda la doctrina del Credo; que saquen mis monaguillos un par de bolas o tres; que el más cejijunto catedrático firma por lo menos sendos notables.

Yo me atrevería a que entrasen en desafío con dos coetáneos de España; y si no les ganaban, que bien pudiera ser, a lo menos dejarían la bandera catequística de Es'en-yan bien puesta.

Hoy mismo que tocaba explicarles la comunión de los santos, cuando salí de clase quedaban en disposición de responder a las siguientes preguntas Si antes dijimos que la Iglesia es una ¿cómo decíamos hoy que hay tres Iglesias? ¿Qué bienes pueden comunicarnos los bienaventurados? Y ¿nosotros a ellos? Las ánimas benditas ¿qué pueden hacer por nosotros? y nosotros ¿qué por ellos? Los que están en gracia y aún en este mundo ¿cómo partipan de los bienes de la Iglesia? y cómo pueden mutuamente ayudar sus almas?—Los pecadores, los herejes, cismáticos y excomulgados. Los herejes de buena fe.

Tranquilícese el pedagogo que tenga por demasiada tanta doctrina para niños recien convertidos, (tal es Francisco bautizado por mí), tranquilícese digo, al saber que fué explicación de varios días y que por lo demás yo me atuve al texto excelente por cierto. De él me decía, quien mejor que otro alguno conoce nuestra misión: «si el P. Tourdy no hubiera hecho más que escribir ese librito, bastaría ello para que se le tuviera por muy benemérito»

Vuelvo a mis doctrinos. Estando yo esta mañana en mi aposento, entraron ambos muy juntitos y con un aire de gravedad que me extrañó. ¿Qué os trae por aquí?—Mirábanse uno o otro sin responder palabra. Al fin a una indicación de Estanislao, Francisco con gran timidez me dijo:

Quiero ser sacerdote—¿Cómo?

Sí padre, quiero ser sacerdote como lo es Vd. y como lo es el P. Ech'en.

Y ¿tú. Estanislao?—Yo también.

Y ¿porqué quieres ser sacerdote?

Para salvar nuestras almas.

Bien está eso, ¿pero sabed que si el sacerdote no es buen sacerdote, también se puede condenar. Además conviene que el sacerdote ayude a salvar las almas de los hombres. Sed muy buenos, pedid luz todos los días a la Sma. Virgen, estudiad mucho y ya veremos si puedo ayudaros para que el año que viene vayáis a Ngan Kin. No digáis nada a nadie.

Cuando a poco fuí a explicar el catecismo a la escuela, mis dos curitas cuyos puestos están contiguos, conservaban el aire de tranquila serenidad e irreprochable compostura.

¿Es esto decir que allá para el año mil nuevecientos treinta y tantos, un día del mes de agosto, estoy cierto de que recibiré dos estampitas en cuyo reverso se lea; Estanislao Chu o Francisco Kan celebró su primera misa el 31 de Julio de 1935 en la catedral de Vuhu o de Ngan Kin?—Claro que no, por muchas razones. Ni todas las flores llegan a sazonado fruto, ni todas las larvas logran vestirse de brillantes alas.

Pero ¿es poco, que dos niños nacidos entre paganos a dos pasos del Chiu-pia-san, morada del demonio, abriguen en sus almas tan altos y divinos ideales? Por lo menos esto les ayudará mucho a ser buenos cristianos, quizá lleguen a excelentes catequistas, puede que se logre uno completamente, ¿quién sabe si los dos?

El terreno ha dado muestras de su fertilidad. Cuando Francisco me decía: «Quiero ser sacerdote como Vd. y como el P. Ech'en,» aludía a un sacerdote natural del distrito de Esin-yan, y cuya madre y hermanos son mis mejores feligreses.

Es esta gloria muy grande del distrito de Esin-yan y del P. Grillo que entonces le regentaba; y es para mí un continuo estímulo y esperanza. Los sacerdotes naturales del Ngan Hoei se pueden contar con los dedos de una mano. Uno de ellos es de Esin-yan.

Por aquí vino este año a visitar a su anciana madre, y uno de los días que pasó en mi residencia tuvo el consuelo de leer las notas que dejó escritas el P. Grillo. «Este año de 1901 se ha enviado a Zi-ka-Wei a un niño para que estudie latín y lengua patria y se prepare a ingresar en el Seminario menor».

Ciertamente que cuando mi buen predecesor escribía estas líneas no abrigaría en su corazón más que una débil esperanza. Enviar un niño a Zika Wei para que se prepare a ingresar en el Seminario menor, dista mucho de significar un sacerdote a la vista.

Pues en ese caso todavía no estoy; aun estoy más lejos; pero estoy muy contento.

Julio Herrera, S. J.



Núm. 67.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Febrero de 1919

El beso del leproso.

Ramudú era en verdad el tipo del leproso, de esos que se ven en Oriente tendidos a la orilla de los más frecuentados pasos, gritando sus miserias a los transeuntes, como ladran los chacales su hambre a la luna.

No siempre había estado leproso Ramudú.

Quimaya, su padre, labrador rico, amaneció un día herido de lepra. La parentela viéndolo incurable lo relegó al campo, en una mísera choza; y entre todos sus hijos sólo Ramudú quiso seguir a su padre y servirle con filial piedad. El cuerpo del pobrecito leproso se deshacía a pedazos, como casa en ruina: cuando llegó a perder pies y manos, Ramudú le servía de pies y manos. Lo levantaba, lo sentaba, lo acariciaba, como haría una madre con su hijito. Hasta que un día el querido enfermo se le quedó muerto en los brazos.

Murió Quimaya y dejó, como herencia, a su hijo Ramudú la asquerosa lepra. Primero apareció como una inflamación, después siniestras manchas afearon la piel del joven y formáronsele, en las articulaciones de las manos y los pies, dolorosas llagas. Ya no quedaba duda: estaba leproso! Expulsado a su vez de la sociedad, Ramudú, sentado en el cruce de dos caminos, con un platillo ante sí, imploraba la piedad de los transeuntes, pero en vano!

Recordó Ramudú, que cierto día una señora blanca, se había detenido compasiva ante su padre para darle una limosna. Cómo se arregló para encontrarla poco importa; el caso es que un día se presentó a Sor Justina pidiendo ser admitido en el asilo de leprosos.

¡Qué hermosa era el alma de Sor Justina! Entregada por completo a la gracia, difundía en torno la alegría y la luz, como esparce el lirio su perfume: era en verdad una de esas almas cuya vocación en este mundo es recordar a los hombres que Dios es bueno y probárselo a fuerza del propio sacrificio.

Admitido en el Asilo, creyó Ramudú que había entrado en el paraíso: gracias, principalmente al régimen y al cuidado de la limpieza, la lepra pareció detenerse algún tiempo; y su alma, como un pajarito en el bosque, cantaba gozosa. Entablaba con su amable enfermera discusiones sobre el problema del sufrimiento, que la filosofía india se precia de haber resuelto, enseñando que todo dolor es consecuencia de maldades cometidas en alguna de nuestras vidas anteriores. Esta teoría divertía no poco a Sor Justina.—«Ramudú, le decía, de modo que tú has vivido y muerto ya otras veces?»—Yo no me acuerdo de ninguna, son nuestros bramanes los que así lo enseñan. Lo único que yo sé es, que estoy leproso, por curar a mi padre. ¿Y es este mi pecado?—¿Tu pecado? Pero si precisamente por eso te ha amado Dios y ha usado contigo de misericordia. Y la buena religiosa le explicaba sumariamente el gran misterio de la Redención.

Visitaba después a otros enfermos, esparciendo el amor y la luz en aquellos dolorosos deshechos del paganismo. A su vuelta se reanudaba la conversión.—Dime, Ramudú, te has portado bien? ¿Has pensado en el amor que Dios te tiene?—Sí, Virgen blanca, pero mi cabeza atormentada por la lepra sólo comprende una cosa, que hace diez años mi alimento único han sido insultos y desprecios. Yo amé a mi padre, pero a mí nadie me ha amado!—Te engañas, Ramudú, escúchame y lo comprenderás. Dios, el único Dios verdadero, te ha amado y mucho! ¿Quién te ha recibido aquí? ¿Quién ha lavado tus llagas y te las ha medicinado? ¿Quién te ha alimentado y te ha enseñado a rezar?—Tú, Virgen blanca, tú, que eres una diosa!—No digas eso, porque me marcho! La que tú llamas una diosa, no es más que una siervecita de Dios y es El quien te recibió, quien te alimenta, quien te lava por medio de mis manos, de suerte que mis manos y las suyas no forman sino una sola. Yo te curo porque El lo desea; si por eso no fuese, ¿piensas tú que hubiera resistido, durante quince años, el vivir con los leprosos como lo he hecho?

Ramudú estaba fuera de sí de asombro; esta vez comprendía, sin acabar de comprender! Era cosa maravillosa aquella sustitución,

Universidad de Deusto
Biblioteca

aquella unión de la mano de la religiosa con la mano del divino Maestro... En adelante siempre que la buena Hermana lo curaba, miraba fijamente su blanca mano... Gracias a los cuidados solícitos de la blanca mano, la lepra había al principio parecido tender a curarse; pero poco después reapareció más voraz y terrible que antes. Ramudú empeoró. En sus piernas, en todo el cuerpo lívido y deforme se presentaron horribles llagas, su nariz cancerosa desaparecía, los labios pendían deshechos, los ojos, en sus sangrientas órbitas se iban apagando. Había llegado el tiempo de salvar la flor, ya que el frágil vaso en que vivía, se iba desmoronando. El agua santa del bautismo corrió sobre la frente del leproso y Ramudú trocó su nombre por el de Gregorio, en memoria del gran Pontífice que hospedara al Divino Leproso en persona, bajo la apariencia de un leproso vulgar. Y en aquel cuerpo en descomposición, habitó el Espíritu Santo. ¡Cuán grande es, Dios mío, el precio de una alma humana, cuando descendéis vos mismo a poseerla, aun en medio de las mayores inmundicias de su cuerpo!...

Gregorio estaba próximo a morir y su alma sentía un postrer deseo, que no se atrevía a manifestar, por parecerle irrealizable. Pronto conoció Sor Justina, que la felicidad de aquel pobrecito no era completa: —¿Sufres más de lo acostumbrado, verdad?—Bien sabes que estos días las costras de mis llagas se han secado y que esto trae un recrudecimiento de mis dolores... pero no es esto lo que me aflige!—¿Pues qué te pasa? ¿Echas de menos tus manos y tus pies?—Ah, nó; tú me has enseñado, que Dios bondadoso me dará otros mejores y así lo espero!—Más aún, te dará alas como a los ángeles; ten mucha confianza. Te ama tanto!.. —Bien lo comprendo. El me ha amado, pero... Y Gregorio calló.

Por la tarde, cuando volvió Sor Justina, le dijo: «Ahora me vas a confiar tu secreto y así serás feliz: vamos, dímelo al instante! Gregorio, haciendo un gran esfuerzo, balbuceó: Pues bien, es que yo quiero besar la mano del buen Dios.—Criatura! pero qué es lo que dices? Todavía no es posible! Pero en cuanto mueras lo harás; más aún, te estrechará entre sus brazos...

Gregorio insistió débilmente, después calló. A tal insistencia Sor Justina palideció: había comprendido el sueño del leproso!

—¿Quiéres besar la mano del buen Dios? Le dijo dulcemente.—Sí, la tuya puesto que es la Suya.—Y por qué no me lo dijiste antes? Toma y sé feliz...

Gregorio se animó por última vez y con un esfuerzo supremo aferró con sus roídos muñones aquella mano, que tan maternalmente le había curado, la acercó a sus cancerosos labios y dejó en ella una estría de negra sangre. La religiosa sintió que todo su ser se estremecía de horror y se alejó. Aquella tarde murió el leproso.

Han pasado dos semanas. El Doctor gira su visita a la leprosería y se asegura de que todo está en orden y de que los enfermos están bien tratados. Va a ver a Sor Justina, que guardaba cama hace unos días. Una herida que se había hecho en la mano derecha, limpiando algunos aparatos de cirujía, inficionada le produjo fuerte fiebre. Después de visitar a la Hermana salió el Doctor dando muestras de gran pesar.

Por la noche en el Casino estaba taciturno. Doctor, vamos a echar una partida de dominó le dijo uno de sus amigos. Pero preocupado no se dió por entendido.

Pero ¿qué es eso? ¿Ha ocurrido alguna desgracia? le preguntó el amigo.

Y muy grande! respondió el Doctor.

Se podría saber cuál!—Pues que la mejor de mis enfermeras está enferma!—¡Bueno! ya la curaréis! Imposible! no hay médico capaz de hacerlo!—Pues qué, está tan grave? —Sor Justina presentu síntomas de lepra!

A. O., Congr.

Un barbero de oficio.

¿Por qué será que los sábados carga tanta gente en las barberías?

Así empecé mi conversación con mi barbero, después de haber esperado un buen rato a que acabase su faena con los que se me habían adelantado.

—Será sin duda, me dijo, porque quieren estar el domingo más limpios y más guapos.

—Tiene usted razón, le dije, esa debe ser la causa. Y, ¿dígame? ¿cómo es que usted y todos los barberos se entienden tan bien con sus parroquianos?

—Pues tiene fácil explicación; porque estamos poco tiempo con ellos, y nos amoldamos a sus gustos y si hace falta a sus ideales.

—Está bien. Y, ¿durante la guerra, a quiénes defendía usted a los aliados o a los centrales?

—Al que comprendía que gustaba al parroquiano que tenía entre manos.

—No está mal. Así no reñirá usted nunca.

—Pues no hay más remedio; una vez que no podemos estar en silencio, hay que amoldarse al parroquiano para no perderle.

Esta conversación me ha venido muchas veces a la memoria.

No está mal, sino muy bien, que nos amoldemos a los demás cuando el deber no nos impide; pero ni tanto ni tan calvo, que aun a los malos compañeros les digamos a todo que sí.

Si perdemos ese parroquiano, muchísimo mejor.

J. G., Congr.

Otro barbero.

También este otro barbero tenía buena charla, o no sería barbero.

Sabe usted, me dijo que ha aumentado mucho mi parroquia desde el sábado pasado, que estuvo usted aquí.

—Y ¿cómo así?

—Pues desde el miércoles voy dos veces a la semana al Manicomio; son ciento y tantos, y dan su quehacer.

—Vaya que le darán. ¿No les tiene usted miedo? ¡Pero, ya se dejan cortar el pelo!

—Se dejan cortar, como corderos la lana, sin abrir la boca; y sobre todo cuando les estoy afeitando, parecen estatuas.

—¡Sabe que es raro!

—No tanto: tengo para mí que al verme con las tijeras y la navaja en las manos, se figuran que puedo cortarles la garganta si se mueven o sublevan. Así que me respetan como a nadie.

—Tiene usted razón, le dije; sólo así se explica que le respeten tanto.

Tampoco esta lección cayó en vacío. Somos más locos que los mismos locos si no tememos más a Dios: está con el cuchillo sobre nosotros, y nos atrevemos a ofenderle y sublevarnos contra El; suyos son los momentos todos de nuestra vida.

J. G., Cong.

Un desengañado.

Al bajar el otro día por la calle de la Estación, me encontré con un amigo de esos que se dan mucho tono, de ideas poco recomendables.

Me paró, le saludé y le pregunté si esperaba a alguno.

Sí, al tranvía de Santurce para ir a la Escuela de Ingenieros; y por cierto, me repugna ir en esta hora en ese tranvía.

—¿Pues?

—Nada, que a esta hora todos los días va mucha gente a curarse al Hospital de Basurto; y yo, que no tengo vocación para médico ni cosa que lo valga, no puedo resistir el olor a medicinas que despiden; tanto me repugna, que algunos días casi me he mareado.

—Pues, dime tú, le contesté, ¿qué será el mismo Hospital y más todavía un Sanatorio de leprosos?; estarán divertidos los religiosos que cuidan de esos desgraciados día y noche, y están oliendo aquellos aromas. ¡Vamos ya creo que son dignos de más aprecio del que les tienen lo común de la gente! ¿No te parece?

—Sí, tiene su mérito; y te confieso que no valgo para eso.

Vamos, confiesas que los religiosos sirven para algo, para un algo que tú no tienes ánimos. No te he oído siempre decir lo mismo.

—Tienes razón; desde hoy, cuando me encuentre con esa pobre gente en el tranvía, me acordaré de que no siempre he pensado bien de los religiosos; de que son más valientes que yo, y dignos de respeto y admiración.

—Me alegro, chico, que ahora pienses así. Ya no puede tardar tu tranvía, y yo tengo que ir también a mi clase. ¡Adiós!

Así le despedí, contento de haberle hecho entender a aquel amigo lo que antes no entendía; y sin entenderlo repetía, porque lo había oído a sus viciosos compañeros

¡Cuántos hay como éste que si conociesen un poco más de cerca a los religiosos, pensarían muy de otro modo!

R. M., Congr.

Nuestros futuros oradores

El domingo, víspera del día de Reyes, salimos a lucir nuestra incipiente oratoria los, más que modernos, futuros oradores.

Y la lucimos a juicio de los muchos que quisieron escucharnos en el Salón de la Filarmónica. Podrán otros oradores hablar con verdad; pero nosotros no les vamos a la zaga en este punto. Sentíamos lo que decíamos. ¡¡Vaya que lo sentíamos!!; y con párrafos de los mismos periódicos, tenidos por muchos por buenos o pasables, demostramos a quien nos quiso oír, que no son buenos ni pueden pasar, aunque corren por esos mundos, con nombres de tales: como el *A. B. C.*, *El Sol*, *La Correspondencia*, *El Día* y otros así.

Los que tenían que hacer el pobre papel de defender lo que no tiene defensa, realzaban más la malicia solapada y no solapada de esa prensa neutra, que vive de los que mata.

Y ¿por qué engaña y llega poco a poco a matar a tantos buenos esa prensa neutra? me hacía yo mismo esta pregunta; y la verdad, no atinaba con la causa.

Volví a pensar sobre lo mismo al cabo de unos días, y me ocurrió hacerme la pregunta en otra forma: Pero, señor, ¿por qué no sabrán que es falso lo que cualquier católico, por poco que sepa el Catecismo, tiene que saber lo que es?

Así, la respuesta iba contenida en la pregunta, y no tenía dificultad.—¿Cómo van a medir, sin tener una medida, y saber lo que pugna con las verdades de la fe, sin saber ni siquiera su compendio, el Catecismo?

Eso sí, nos pasó, lo que pasa en las iglesias, que nos oyeron todo esto los que menos lo necesitan.

Otro tanto pasó en Durango, donde peroramos esto mismo el domingo siguiente.

S. M., Congr.

Carta de dos Congregantes, próximos Misioneros.

Al saber la limosna de 10.000 pesetas, que ha hecho esa Congregación, no pudimos menos de conmovernos: ¡Precioso fruto, dijimos, de sacrificios y vencimientos propios y actos de generosidad, que no podrán menos de robar el corazón a Dios!

¿Quién sabe si nos tocará a nosotros dos, antiguos miembros de esa misma amada Congregación, la dicha inmensa de dar a conocer en esa vuestra escuela a los pobres niños infieles los beneficios de nuestra santa religión!

La realización de esta idea no la vemos muy difícil; pues hace cosa de dos meses que los dos Congregantes de Bilbao, que estamos en Oña, empezamos a estudiar la lengua china con el beneplácito de nuestros superiores; y si llegan a cumplirse nuestras doradas esperanzas, no ya cuando seamos sacerdotes, si no dentro de dos años, concluída la filosofía, iríamos a China para perfeccionarnos en la

Universidad de Deusto
Biblioteca

lengua y ayudar a los Padres por algunos años en los oficios de catequistas y profesores del futuro seminario y escuelas.

Así que con razón podemos y debemos agradecer, como futuros misioneros, que hacéis por nuestra Misión. No podemos mandar a cada uno una fotografía de San Francisco Javier, como la que en prenda de gratitud os enviamos por este correo. Lo que podemos es unir nuestras pobres oraciones con las de los muchos que aquí desean también ir a las Misiones. Hemos ofrecido al Señor nuestras comuniones, misas, rosarios, mortificaciones, etc., de varios días, pidiéndole que lleguéis a ser todos vosotros, los actuales congregantes, participantes de aquellas magníficas promesas: «Los que enseñan a otros la justicia brillarán como estrellas por perpetuas eternidades» y de aquella consoladora exclamación: «¡Oh! ¡cuán hermosos son los pies de los que evangelizan la paz, de los que evangelizan el bien!» Que si al misionero se refieren directamente; pero, en su grado, se pueden también aplicar a todos los que le ayudan en tan sublime empresa; y a lo menos para todos ciertamente es aquella sentencia de San Agustín: «Salva un alma y salvarás la tuya».

Narciso y Antonio Irala, S. J.

Interesantes costumbres indias.

El R. P. José Vicente, Carmelita y misionero, que estuvo mucho tiempo en la India inglesa y espera volver, nos honró una noche de estas Navidades, visitándonos en nuestro Salón.

Bien sabía lo que nos gustaba, y así nos enteró de las costumbres de aquellos indios entre los que vivió muchos años.

Tanta confianza, nos dijo, les inspiran los misioneros a aquellas pobres gentes, que para componer sus pleitos, reclamar sus deudas y pedir consejo, para todo acuden al Padre; su fallo es para ellos de última instancia; están persuadidos que les quiere mucho.

Sus mayores amigos, nos dijo, son los niños: donde quiera que nos ven andar solos nos acompañan, sin atreverse a hablarnos hasta que el Padre les dirige la palabra; nunca dejan de besarle la mano y el crucifijo con el mayor respeto y compostura.

Sus viviendas no pueden ser más sencillas: plantan cuatro cañas fuertes de bambú en las cuatro esquinas de un rectángulo; las sujetan por arriba con otras cuatro; para hacer las paredes y el techo, entrelazan medias cañas, que vuelven a cubrir mejor con hojas de palmeras, de esas que aquí se bendicen el Domingo de Ramos.

El suelo lo cubren con barro amasado con boñiga, y resulta una pasta dura y más limpia de lo que puede parecer.

No tienen que asegurar de incendios el mobiliario, porque nada tienen sobre el suelo. Allá junto a la pared tienen arrollado algo así como una alfombra, entretejida con hojas de palma, que puestas en el suelo por las noches les sirve de cama. Y ¿dónde se sientan?; pues no se sientan: se ponen en cuclillas y así trabajan y así descansan, como nosotros sentados. A un carpintero, que le prestaba muchos servicios, quiso el Padre regalarle algo útil y le mandó hacer una mesa de carpintero; se la regaló después de explicarle cómo se usaba. Pues bien, al indio le ocurrió modo mejor: se subió sobre la mesa y empezó allí de cuclillas su labor. No se les puede quitar esa costumbre.

La comida no puede ser más frugal; nadie gasta arriba de dos reales diarios; cuecen en agua una ración de arroz sin condimento alguno; y el agua les sirve de desayuno y cena, y el arroz de comida. Añaden una salsa de hierbas, tan picante que los misioneros no pueden tomarla.

Tampoco gastan mucho en vestidos: a la mujer le basta con diez reales y al hombre con dos reales menos. Así son también los jornales: el de cinco reales es tenido por uno de los mejores

Terminó el Padre, como tienen que terminar todos los Misioneros sus conferencias, con pedir una caridad para sus Misiones. Les parte el corazón ver que por falta de recursos quedan estériles gran parte de sus sacrificios. Con mucha frecuencia les vienen indios de muy lejos, que desean vaya el Padre a bautizarles y a edificar allí su iglesita, y a la inmensa mayoría no pueden atender por falta de recursos.

¡Y aquí estamos sobrados de todo!

R. E., Congr.



Núm. 68.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Marzo de 1919

La tía de los millones.

Enrique se detuvo delante de la puerta de una casa elegantísima, vaciló un momento y entró.

Un portero con lujosa librea de paño de Béjar, abrió la puerta del ascensor, en el cual entró Enrique; sentóse en sus blandos cojinetes de terciopelo, oprimió el botón del piso principal, y con suave movimiento de ascenso, comenzó a elevarse hasta llegar al segundo descansillo, en el cual llamó discretamente

¿Ha llegado quizás Horacio?, preguntó al criado, que salió a recibirle.

«En este momento acaba de llegar, señorito». Enrique hizo un gesto expresivo de impaciencia. No le gustaba encontrarse con su primo en aquella casa, era su rival, su enemigo.

Los dos eran sobrinos de la dueña de aquella casa, señora riquísima, vieja y de poca duración, según confidencias de un médico amigo. Se trataba de ganar la voluntad de la tía, de captarse sus simpatías para que luego hiciese un testamento que cada uno de los sobrinos pretendía exclusivamente para sí, haciendo uso de un refinado egoismo.

Enrique, vividor aristócrata, lleno de vicios, acosado por sus acredores, deseaba la muerte instantánea de su querida tía, como la llamaba él, en el ejercicio de sus arrullos.

Horacio tenía menos prisa. Pensaba, en cuanto se muriese su tía del alma, marcharse a gastar la fortuna, que le legase, a París y a Londres y a cualquier otra capital que le diese suficiente margen para el desarrollo de sus planes juerguistas.

La no mucha prisa de Horacio, permitía a éste mimar con más calma a su tía, y esto exasperaba a Enrique que con sus prisas y afanes aparecía siempre menos cariñoso que su primo.

Entraba, pues, Enrique verdaderamente contrariado en casa de su tía, y casi casi estuvo tentado de marcharse.

La famosa tía de los primos, tenía bien tirados sus planes. Había que hacer las cosas como Dios manda. «Tantos millones... pues la mitad para Horacio y la otra mitad para Enrique. ¿Podía pedirse mayor justicia distributiva?

Pero, aquella señora tía se olvidaba de un tercer heredero, que tímidamente acudía también a aquella casa de vez en cuando con su plan de conquista. El párroco, el bueno de D. Dionisio, que calculaba que aquellos millones iban a perderse en manos de aquel par de perdularios, cuando había tantos pobres a quien socorrer, tantos enfermos a quien auxiliar, tantas Misiones que sostener, y sobre todo, aquella idea, que tenía el excelente cura, de organizar un centro obrero bajo la advocación de la Virgen.

Ya le había prometido la señora millonaria que le dejaría una buena cantidad; pero, mala memoria debía de tener, cuando no se acordaba para nada, más que de sus sobrinos que la querían *tanto*...

Pero tiempo hacía que había terminado su testamento la tía rica, cuando apareció el señor cura a reanudar el ataque a aquel fuerte de billetes de Banco.

Mal recibimiento le hizo.

«Mire usted, D. Dionisio, lo siento, pero ya está hecho el testamento a favor de mis sobrinos. Los parientes son antes que todo. Sólo ellos me quieren como hijos.

Cuando me muera sólo ellos se acordarán de mí. ¡Cuánto llorarán los pobres! ¡Infelices! Hasta deber de gratitud es hacer lo que he hecho Crea usted, D. Dionisio, no podía hacer otra cosa. Es mi deber.»

Y luego en un alarde de desprendimiento, alargó a D. Dionisio un billete de 100 pesetas.

El pobre de D. Dionisio salió desolado; ¡100 pesetas solo! con una fortuna de millones; menguada herencia para tanto desgraciado. Adiós Centro obrero proyectado, contando con el auxilio que acababa de resultarle nulo.

¡Lástima de dinero que iba a tirarse sin que él pudiese coger ni siquiera una moneda!

Universidad de Deusto
Biblioteca

A la puerta de un cementerio esperaba el esplendido «Packcard» de la señora rica, que hemos conocido.

Fuese por capricho o por deseo de visitar y reconocer el lujoso panteón, que le había de servir de depósito para el estiercol de su cuerpo, había acudido a visitar aquel lugar de reposo, tan triste para los malos.

La dama examinaba uno a uno los sepulcros pensando en que sus sobrinos, habían de ponerle no muy tarde alguna de aquellas dedicatorias que iba leyendo.

«A mi queridísima madre» leía la infeliz señora. «Nó, no es esto lo que me pondrán mis sobrinos», pensaba ella.

Más allí otro letrero «A mi innolvidable padre». Tampoco, tampoco era aquello.

La dama iba recorriendo ya casi todas las sepulturas. Tampoco es esto repetía y por cada sepultura tenía un nuevo desengaño.

Terminó todas y no había ninguna dedicatoria de sobrinos a sus tíos.

«¡Es posible¡» meditó un momento «que no haya nadie que haya muerto siendo tío»!

¡¡Cuántos no han muerto en mis mismas condiciones. Y los sobrinos todos resultan ingratos en este cementerio, todos desagradecidos!!»

Caso extraño. . Y entonces le pareció a la desgraciada que todos aquellos sepulcros vacíos de frases, abandonados, en los cuales la yerba indómita crecía cubriendo todo adorno, toda apariencia, eran de otras tantas tías que como ella habían muerto confiados en el amor de sus sobrinos.

Aquel mismo día llamó a su notario la millonaria señora, para hacer nuevamente testamento.

La visita al cementerio le había abierto los ojos.

¡Cómo iba a ser ella precisamente una excepción a tantos desagradecidos!

Y entonces se acordó de D. Dionisio. Aquel la agradecería con verdadero agradecimiento.

Y a la muerte de la señora, D. Dionisio emprendió numerosas obras para las que contaba con abundantes recursos, mientras los sobrinos hablaban perrerías de los curas, en círculos y sociedades de gran pisto.

Año tras año, el Centro de jóvenes obreros debido a la generosidad de la señora, celebraba su fiesta conmemorativa

Las misas celebradas en toda la ciudad eran aplicadas por el alma de la fundadora, a quién los miembros de la Institución titulaban cariñosamente su madre.

En la presidencia del salón estaba en un gran retrato, que todos miraban con cariño; y todos tenían un recuerdo, una palabra significativa de gratitud. Al terminar la fiesta brotaba de todos los corazones como un suspiro de agradecimiento, una oración unísona, que sería ciertamente bálsamo seguro para el alma de la generosa señora.

A. M. M., Congr.

Copita tras copita

Había ido a Sevilla un inglés para presenciar las solemnes procesiones de Semana Santa, tan famosas ya de antiguo. Después de terminadas, se le ocurrió pasar a Jerez y visitar las renombradas bodegas del exquisito vino tan saboreado en su tierra.

Provisto de buena recomendación se dirigió a una de las más importantes casas.

Recorrio todas sus bodegas, admirando la calidad de aquellos vinos; y no se contentó con admirar, pues el empleado de la casa le daba a probar las mejores marcas, y no tenía que repetirle dos veces que lo probase.

Mire, le decía, éste lleva en la casa más de 50 años, y le alargaba una copita.

Este es el más añejo que tenemos.

El dependiente estaba admirado que dejase todas las copas vacías, cuando los demás visitantes solían tan sólo aplicarlas a los labios; y más notable era que no se le notaba nada, y salía tan complacido de su aprovechada visita.

Al despedirse se fijó en una fuente que estaba próxima a la puerta.

¿Esta fuente no será de vino?

Nó, le contestó su acompañante; pero es un agua tan rica que muchos vienen a buscarla, y por eso está la fuente tan cerca de la puerta.

Vamos a probarla, dijo el inglés, y bebió un poquito

Resultado, que el buen inglés no pudo en toda la noche pegar el ojo, ni pudo parar en la cama con tamaña calentura e indigestión. Y lo más notable era que, con todo aplomo por la mañana, a todo el mundo repetía que aquella poca agua le había trastornado.

Algo así nos pasa a nosotros: todos los costipados y no costipados se cogen precisamente por la mañana en misa, por madrugar; el andar por la noche, el ir y salir del cine y del teatro a cualquier hora, eso no nos hace daño.!!

¡Cómo discurrimos y discurren a veces nuestros mismos padres!

A. U., Congr.

Batalla perdida.

El regimiento 32 de la línea se halla acampado al aire libre y los que estan en la avanzada vigilan al enemigo.

Un soldado de las avanzadas llega apresurado a la tienda del Cuartel General, y le previene a su jefe de la extraordinaria animación que en las trincheras enemigas se nota.

El general da enseguida las órdenes a sus oficiales para que se preparen para la defensa y darles a ser posible un contraataque. Manda también que le preparen su caballo, porque desea él dirigir la batalla. Entonces se presenta su ayudante y le dice: «Mi general todo está pronto para la lucha, pero debo advertirle que a su caballo le falta un clavo en la herradura, y le ruego espere un momento, mientras le ponemos en condiciones».

—Imbécil, le contesta el general, ¡buena hora para poner clavos!

El ayudante se calla. Retumba el cañón. Los enemigos se lanzan briosos al ataque. Nuestro general desafiando el peligro se coloca al frente de los suyos, les anima con su ejemplo Cuando está la batalla en su mayor apogeo tropieza el caballo con una piedra, se le suelta la herradura, y queda fuera de servicio. Los enemigos aprovechan esta ocasión y urgen el ataque y logran apoderarse del general.

Envalentonados por haber cogido al jefe enemigo continúan atacando con vigor, hasta que cunde el desaliento en las tropas del general y acaban por huír a la desbandada.

Por poca cosa perdemos también nosotros nuestras batallas y caemos en las tentaciones; por una condescendencia con un amigo que parece algo divertido, por no fortalecernos, pudiendo hacerlo, con la comunión diaria.

E. C., Cong.

Un singular atraco

Salía de su casa el otro día un obrero sin trabajo, desolado por no tener pan que dar a sus hijos ni tener quien se lo fiara.

Sabía también por experiencia que si pedía una limosna se la negarían. En este trance no le ocurrió idea mejor que esperar a la noche y sorprender a un señor, que sabía salía a hora fija de su oficina y darle en despoblado un susto y obligarle a hacerle la limosna que de otro modo no se la haría.

Dicho y hecho: llega la noche, se esconde a tiempo y al ver llegar a su víctima le pide con imperio la bolsa. El caballero sorprendido no resiste, saca su cartera y de ella un billete de 25 pesetas que llevaba. Su sorpresa es aun mayor cuando se lo devuelve y le pide tan solo dos pesetas.

Le pregunta entonces por qué le había pedido en aquella forma, y el pobre le cuenta la triste situación de su familia, y tanto le interesa al caballero que, acompañado del obrero, va a ver aquel cuadro de verdadera miseria peor aún de lo que le había sido descrito.

Vuelve el caballero a alargarle el billete y él a re hazarle, contento con alejar el hambre de aquel día y poder trabajar al día siguiente.

¡Por qué no habrá películas de estas miserias domésticas y rasgos tan conmovedores! Y ¡por qué se gastará el dinero tan en tonto, cuando hay tantos que ni tienen pan que dar a sus hijos!

J. M. G., Congr.

Siempre con careta.

La tarde estaba calurosa y convidaba a pasear por el campo, cuya brisa siempre es más fresca que la bochornosa de la población.

De pronto nos fijamos en la agradable sombra que un frondoso castaño nos ofrecía y le propuse a mi amigo Emilio una paradita. Voy a contarte, me dijo Emilio una vez sentados, lo que me ocurrió hace unos días, el domingo pasado, con aquel Antonio a quien todos teníamos por bueno; nos encontramos los dos al salir de misa y apenas nos pusimos los sombreros me preguntó ¿A dónde vas tú? —A la Congregación. Entonces me replicó con un tono un tanto irónico: ¿También eres tú de esos micos que vienen todos los días a misa y además congregantes? —Sí señor, le repliqué con entereza, y además congregante; y no quisiera perder la Congregación por nada de este mundo.

—Que te aproveche ya que crees en la misa y en todo eso.

—Pues claro que creo, y si tú no tienes esa dicha, eres bien desgraciado. Y ¿por qué vienes a misa si no crees en nada de eso?

Pues vengo porque de no hacerlo me reñirían en casa, y además la gente es tan boba que viéndome venir a Misa y comulgar dice: ¡qué bueno es ese chico! Tú, deja esas tonterías, y vente conmigo y con mis amigos y te divertirás mucho más.

Me vinieron ganas de darle un boleo, pero me contuve, y le contesté: No iría con vosotros porque a mí me gusta tratar con francos y no con hipócritas como tú; porque iría acompañado de incrédulos y me podría contagiar. Además te advierto que ésta será la última vez que hablo contigo. Ante mi resuelta contestación se puso colorado y no tuvo más remedio que retirarse. Y me pesó no haberle tratado un poco mejor y no haberle hecho ver la verdad y la tranquilidad que tenemos nosotros que andamos sin hipocresías.

Nosotros nos presentamos con la cara descubierta; esos pobres andan siempre con careta.

J. C. B., Congr.

Unos peces.

El río que pasa por junto a la casa donde yo veraneaba es un encanto, sobre todo en aquella época en que sus aguas limpísimas dejaban ver a su través todo el misterio de la vida de los peces.

Se ven bandadas de pequeños pececillos, que se apartan con gran prisa todos a un mismo tiempo en presencia de otro grande que moviendo muy despacio su cola de escamas inicia la persecución de los débiles que serán su alimento.

Y para mí, lo más interesante, lo que se escapa seguramente a la vista de todos, es la manera de estar de los distintos peces entre la corriente del río. Junto a la presa lo ví un día muy despacio.

Primero pasaron dos casi juntos, la corriente les llevaba a su merced, y ni siquiera se movían, ¡cómo habían de moverse, si estaban muertos! Enseñaban una panza blanca como la nieve, pero esa blancura infundía más bien repugnancia que agrado porque se adivinaba bien que era la blancura de la muerte. Tropezaban con una piedra y allí se quedaban, hasta que un golpe mayor de la corriente los arrastrase de nuevo, venciendo aquella desconsoladora inercia. Al llegar cerca de

Universidad de Deusto
Biblioteca

la presa, su velocidad aumentaba; daban unas vueltas arrugándose y doblándose en medio del torbellino y caían por la blanquísima cascada, desapareciendo, para volver a la superficie, lejos, muy lejos, donde el agua recobraba nuevamente su calma.

En cambio otros ¡con qué majestad, movían su cola. Venciendo unas veces la corriente, aleteando, avanzaban, y en cambio otras, se dejaban llevar de ella perezosamente. A veces llegaban atrevidos al borde de la presa; pero un enérgico coleteo les ponía de nuevo, fuera del empuje de la corriente... y vuelta a moverse, vuelta a dejarse llevar.

Algunos de los que estaban debajo de la presa tenían una manera de nadar prodigiosa, nadaban contra corriente y subían, subían, agitando rapidísimamente su cola que le daba impulso suficiente para vencer aquella mole de agua que se desplomaba formando remolinos de espuma. Brillaba un momento, a los rayos del sol, la plata de sus escamas y aparecían en el cauce de arriba. Y así uno, y después otro y luego un grupo, cuyos reflejos herían la vista como un espejo.

Fácil es dejarse llevar de la corriente de las pasiones, basta estar muerto a la gracia. Lo difícil es ir en contra, hay que estar vivo y muy vivo y hace falta empuje y vencer la inclinación a lo que gusta y deleita.

Y más difícil y de pocos es subir a cosas más altas, despreciar esto bajo y querer vivir donde el agua está más pura, en su fuente, en Dios.

A. M. M., Congr.

Otros peces

Son aquí muy frecuentemente las riadas, que arrastran con su corriente tanto fango de minas y heredades, que aquello no parece agua, parece un barrizal. Y siempre que lo veo me viene a la memoria esta otra riada moral, o inmoral, mejor dicho, que se nos viene encima, especialmente en tiempo de Curnaval.

Pero si en aquella agua barrosa es imposible ver los peces, lo contrario sucede en esta agua revuelta estos días de Carnaval: se ven más que nunca y se les ve revolverse allí tan contentos, como si no pudieran hacer cosa mejor que estar allí enfangados en sus bajas pasiones.

Otros hay que no se atreven a tanto, pero gustan de estar de espectadores a la orilla, y algunos con ganas de echarse y hacerles compañía; y lo cierto es, que todos que los están ya hundidos y acostumbrados y contentos en medio de aquella porquería empezaron por ser espectadores.

Preveyendo este peligro, muchos se retiran de aquella vista lo más lejos que pueden; y los hay más animosos que con todo empeño persuaden a otros que se alejen para que no caigan en esa tentación.

Creo que la tal parábola es bastante clara y que se entiende fácilmente quiénes deben ser estos más esforzados.

A. I., Congr.

Una lección dada por monos.

Estábamos todos en derredor del abuelo Francisco, esperando a que nos contase algún cuento como de costumbre.

Todos estábamos ya cruzados de brazos y el abuelo empezó.

Como sabéis, nietecitos, yo de pequeño trabajaba en una cantera, a dos kilómetros de la casa de mis padres. Cierto día, al volver por el monte para acortar el camino, porque se me hacía tarde, oí un ligero murmullo entre las ramas de los árboles, y me quedé mirando para ver lo que era; iba ya a continuar mi camino, cuando delante de mí saltó un mono desde un árbol. Me quedé mirándole, y cuando más distraído estaba viendo aquella figura tan ridícula, saltó otro y otro, y así hasta doce o quince monos. Luego, el primero que hubo saltado, jefe de aquella monería, fué dando saltos y piruetas de rama en rama. Como es natural, los demás monos le imitaban en todo.

Dió el primero un paso en falso, y cayó por el precipicio de un lado del camino, quedando agarrado a un arbusto. Los demás monos al ver a su amigo caer, vacilaron un rato mirándose unos a otros, como si quisieran decirse algo; al fin se tiraron todos al arbusto; era éste muy tierno y rompióse por el peso y rodaron todos al precipicio.

Tan pronto como llegué a casa, conté todo lo que había visto; y mi madre que era muy lista, me aplicó el caso a la tontería de los jóvenes, que en seguida, por no ser menos, se meten en cualquier peligro. ¡No seamos tan tontos como los monos que sigamos ciegos al más atrevido.

J. G., Congr.



Núm. 69.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Abril de 1919

¿No ha vuelto nadie del infierno?

Hay en la vasta llanura africana que surca el río Mpiri, un pueblecito llamado Alen; en el que hace aún pocos años vivía el viejo cacique Olane. Había sido en su juventud muy celebrado por su gran valor y refinada astucia; y, por entre peligros sin cuento, había sabido conducir a su pueblo desde las grandes lagunas interiores hasta las orillas del Ogowe. En las tribus que en su marcha encontrara, los niños y las mujeres repetían con terror su nombre: y digo las mujeres y los niños, porque eran los únicos sobrevivientes. Los hombres todos habían perecido o en el combate o en duro cautiverio.

Víctimas desdichadas de la antropofagia, habían ido sirviendo de manjar al jefe y a sus principales guerreros, en repugnantes banquetes.

Cuando yo conocí a Olane, era ya un viejo de barba y cabellos blanquísimos. El roce con los europeos y sobre todo con los misioneros, le había suavizado de suerte que casi había desaparecido por completo su ferocidad primitiva: hasta el punto de que, cuando enseñábamos el catecismo en su pueblecito, y esto acontecía casi todos los días, por estar Alen a poco más de dos horas de piragua de la Misión, nos recibía con cariño y entablaba conversación con nosotros. Llegaron a concurrir al catecismo todos los niños del pueblo y cuando no tenían otra cosa que hacer acudían también los hombres y entre ellos Olane Con gusto hubiera recibido el S. Bautismo, pues que a su edad ya no tenían para él atractivo los placeres y glorias de la tierra; pero se oponía como obstáculo insuperable su hermano Etare, fanático fetiquista.

Había éste visto con rabia impotente disminuír su crédito de hechicero, conforme iba progresando nuestra enseñanza y su odio terrible se manifestó visiblemente en muchas ocasiones. Sin juicio temerario le atribuíamos el robo de tres de nuestras piraguas, un comienzo de incendio y aun alguna tentativa de envenenamiento ocurrida en la Misión. Muchas veces le invitaba Olane a acudir a las explicaciones del catecismo y él lo hacía, para después en sus asambleas fetiquistas ridiculizar y parodiar nuestras ceremonias. El infierno y el diablo eran el objeto principal de sus burlas sacrílegas. Por desgracia era tan grande el influjo que ejercía en su hermano, que el pobre Olane, lleno de terror, no acababa de resolverse a hacerse cristiano y difería su conversión de día en día indefinidamente.

* * *

Habíame estorbado un furioso huracán el ir al pueblecillo y mitigado el enervante calor del día, comenzaba adormilarme, gozando de la deliciosa y restauradora frescura de la noche, en la galería de la casa Misión; cuando de repente gritos salvajes y fúnebres lamentos resonaron en el sendero que daba acceso a nuestra habitación. Vimos agitarse algunas antorchas y muy pronto apareció un grupo con Olane a la cabeza.

«Padre!, Padre!!, gritaban todos a la vez »Padre, qué desgracia!, Etare ha muerto y se »nos ha aparecido!»

«¡Cómo! exclamé, lleno de admiración, ¡que »ha muerto Etare y se os ha aparecido?.—Sí, »Padre; ha venido a decirnos:—*Mirad cómo »me hallo ahora!*; y por todas partes ardía!. »Puso su mano sobre la puerta y la dejó abra»sada. Padre no queremos ir a donde él está: »bautízanos al momento!.—Que os bautice!, »eso se dice pronto; pero no acabo de entender »lo que decís: sentaos y no habléis todos a la »vez. Tú, Olane, cuenta lo que ha sucedido».

Y Olane habló así:—«Esta mañana fuese mi »hermano a pescar: has visto el huracán que »se desencadenó; sorpendido por la tempes»tad, una racha hizo zozobrar su piragua; »vímosle naufragar desde el pueblo, pero era »imposible con aquel tiempo pensar en soco»rrerle. Ignorábamos qué le habría sucedido. »Yo me retiré a mi casa acompañado de ése y

Universidad de Deusto
Biblioteca

»de aquél; y al decir esto me señaló a dos de »los presentes, que con la cabeza asintieron »a lo que afirmaba.—Hablábamos de Etare, »cuando de súbito lo vimos aparecer en el »dintel de la puerta.

»¿Le visteis vosotros?—Que si le vimos, »como te vemos a ti! Rígido junto a la puerta, »encendido como un carbón que se toma del »fuego.—¿Y os habló?—Sí... *Mirad ¡cómo es»toy ahora!*, nos dijo, y espero que vosotros »vendréis dentro de poco a acompañarme!... »Y avanzó hacia mí, y tocó con su dedo en »mi pecho... mira! mira esta marca negra...» Realmente sobre el pecho de Olane se veía un círculo negro, y la huella de una profunda herida. «Yo salté hacia atrás horrorizado, »dando un grito de terror... y él desapareció, »pero en la puerta, como en mi pecho, podrás »ver la huella de su mano.»

Los demás confirmaron este relato con sus gestos y con sus palabras: «Nosotros lo vimos!», dijeron con sencillez. Olane continuó:

«Como no queremos ir a juntarnos con él, »vinimos enseguida a buscarte; caminábamos »a prisa para llegar a ti, cuando ¿sabes lo que »vimos?... El cadáver de Etare!... Estaba frío, »helado, . las olas lo habían arrojado a la »orilla. Las mujeres lo han transportado al »pueblecillo y nosotros hemos acudido a ti!»

Al día siguiente, en compañía de Olane y sus camaradas, ya convertidos definitivamente, me encaminé a Alen: quería ver con mis propios ojos las huellas del paso de un réprobo. Pero al aproximarnos al pueblecillo vimos una grande hoguera a la salida, junto al bosquecillo consagrado a los ídolos. Los materiales de la casa de Olane habían suministrado el combustible; conforme a la tradición indígena habían querido hacer desaparecer todo lo existente en el lugar donde se había aparecido un muerto. Ardía una inmensa hoguera... y en su centro se consumía un cuerpo humano. Era el de Etare, el hechicero! Ya no volvería a molestar a los vivos. Y mientras estábamos ante aquella horrible fogata se destacó a nuestra vista una cabeza horrenda, su boca entreabierta se contraía con mueca infernal...

La huella marcada por el dedo del precito en el pecho de Olane no se ha cerrado, pero él pidió mucho antes de morir el bautismo y hoy todo el pueblecillo del que era cacique es cristiano.

Escarmentemos también nosotros a tiempo.

J. M. O., Congr.

Un mártir de caridad.

Corría el año 1815, y a la sazón habitaba en Manresa el P. Juan de Urigoitia, quien en alos de su caridad pedía al Señor la gracia de morir en un hospital cuidando apestados.

Había llegado la triste hora de proclamar la Constitución liberal en España; y en la fecha a que se refiere este suceso, tocaba su turno a Manresa, gobernada entonces por el Capitán general, Sr. Roten. Este era hombre de ideas netamente liberales y, consecuente con sus principios, era muy transigente con todos los libertinos; y por lo contrario, nada consecuente con sus ideas cuando debiera proteger a los buenos.

Nuestro general destaca para Manresa 700 soldados, a los cuales, contra lo dispuesto por la nueva ley, concede el derecho de votar; con lo cual tenía la completa seguridad de que todos los regidores electos serían de sus mismas ideas. Con todo, no sale con la suya; pues trabajan sin descanso los ciudadanos honrados y consiguen elegir a aquellos que creen más convenientes para su mejor gobierno.

Al tener noticia de lo sucedido, encolerizado, el Sr. Roten, da órdenes para apresar a los regidores elegidos y a los que habían dirigido la votación; y 70 en número son encarcelados en un uposento de su propia casa.

Entre estos encuéntranse dos Padres de la Compañía de Jesús, que no tenían más delito que el haber dicho que los católicos de Manresa habían cumplido con su deber al trabajar con gran empeño y unión en las elecciones.

Estaban pasando aquella noche en un salón desprovisto de toda comodidad, cuando a eso de las dos de la madrugada entra un Capitán que les ordena desalojar el salón; lee los nombres de todos, y manda a los unos subir en los caballos, que tenían ya preparados los soldados, y a los otros seguirles a pie. Los dos Padres estaban entre los designados para ir a caballo; poco después se ponen todos en marcha.

A todo esto el Capitán llevaba consigo un sobre cerrado que no lo debía abrir hasta llegar a un lugar llamado «Los tres laureles», a dos leguas de Manresa.

La caridad del P. Urigoitia no le permite caminar mucho tiempo a caballo: compadecido de un P. Franciscano, que iba a pie, le cede su cabalgadura.

Llegan al amanecer a «Los tres laureles», y el capitán, fiel a las órdenes que llevaba, rompe el sobre, se entera del contenido y manda al punto parar a toda la comitiva que va agrupándose a su alrededor; lee en alta voz la orden del general; quien, sin proceso y sin dar razón alguna, manda que sean fusilados allí mismo los que caminaban a pie y permite a los que iban a caballo seguir camino de Barcelona. Aterrorizados todos con tamaña iniquidad acataron ante la fuerza armada, la justicia, o mejor dicho, la tan manifiesta injusticia.

El P. Urigoitia, que podía haber seguido su camino, por haber sido designado nominalmente para montar a caballo, quiere aprovechar aquella ocasión que Dios le ofrecía para sacrificarse por el prójimo, no permite que el P. Franciscano baje del caballo; y se queda entre los de a pie para ser fusilado. Se les da tan sólo tiempo para confesarse, y al poco son todos inicuamente ejecutados.

Y ¡viva la libertad! de estos modernos y antiguos liberales.

Al P. Urigoitia no le salió mal la cuenta, pues consiguió ser mártir de caridad.

F. G. de A., Congr.

La mayor felicidad en este mundo.

Vivía en Castilla, en la Edad Media, allá entre aquellas explanadas sembradas de trigo, y no muy lejos de las encrespadas montañas de la cordillera ibérica, un rico señor feudal cuyo castillo se levantaba en una colina rodeada en parte por el río. Se veía sobre su entrada el cuchillo y la horca, como símbolo de la soberanía de D. Iñigo Ramírez, señor de aquel castillo.

Pues bien, tenía D. Iñigo un hijo que amaba con ternura; por ser único, jamás le negaba nada. Contrastaba con esta ternura el carácter de D.ª Marta que, por querer mejor a su hijo Felipe, que así se llamaba, más de una vez le sentó la mano por algunas faltas que tenía.

Felipe, aunque siempre alegre y divertido, nunca quedaba contento, ni aun después de la más entretenida caza o cualquier otra diversión; siempre le quedaba un no sé qué en el corazón, que no le dejaba descansar.

Solía tan sólo encontrarse consolado cuando venía Fr. Diego, con quien Felipe tenía gran intimidad, y a quien le confiaba todos los secretos de su alma, menos éste de no encontrar descanso en nada; pero al fin se decidió a descubrírselo.

Vino Fray Diego, como de costumbre, y salió Felipe de paseo con él; al llegar a un bosquecillo que hay junto al camino, se detuvieron a descansar y entonces le explicó Felipe el vacío que sentía.

Fr. Diego entonces, con toda dulzura, le dijo: En este mundo no hay felicidad completa, los que más parece que gozan son siempre los más desgraciados. Sin embargo, también hay algunos que gozan algo de aquel bienestar eterno: éstos son los que tienen la conciencia tranquila.

—Y ¿quiénes son los que tienen la conciencia tranquila? repuso Felipe.

—Pues, los que guardan los mandamientos.

—Pues yo ya los guardo y sin embargo...

—Mira, Felipe, me has venido a preguntar lo que le preguntó aquel joven a Jesús cuando andaba entre nosotros; y te responderé como él le respondió:

«Si quieres ser perfecto deja cuanto tienes, véndelo, dáselo a los pobres, ven, y sígueme».

Volvió Felipe al castillo pensando en aquella sentencia, y acabó de comprender que Jesús le llamaba para cosas más grandes.

* * *

Los días transcurrieron y Felipe lo pensó muy bien; lo consultó con su confesor, y al fin se decidió a dejar el mundo con todo lo que le ofrecía, su señorío, sus bosques, sus fértiles tierras; en fin, todo lo que su padre tenía, que era mucho; y se decidió a dejar también lo que más quería en este mundo, a sus padres.

Entendió bien que todo esto no tiene comparación con lo celestial; y que la alegría que tienen en esta vida los que cumplen la voluntad de Dios, no se compra con nada.

Grandes obstáculos encontró Felipe para realizar su propósito; pues, si bien su madre quedó muy contenta al asegurar la salvación de su hijo, su padre se puso hecho una furia y no permitió a Felipe de ninguna manera realizarlo, ni tan siquiera pensar en ello; cortó también las relaciones con Fr. Diego. Se decía: yo que tantos cuidados he tenido y tengo por hacer de mi hijo un buen gobernante, y a él quería hacer pasar todo mi señorío! Y ¡ahora me sale con que nada quiere! ¡¡Este es el pago que me dá!!

No; no le dejaré ir; prefiero verle muerto a mis pies. ¡De esta manera discurría aquel pobre padre!

Durante todo este tiempo D. Iñigo procuraba distraerle a Felipe lo más posible; le llevó a ver varias ciudades y con él entraba en bailes y diversiones y en todo aquello que pudiera apartarle de su idea.

Entre todos estos enemigos, Felipe permanecía en su misma resolución.

Al ver su padre que de esa manera no conseguía nada, acudió a otro religioso, por si lograba hacerle desistir; pero no encontró quien quisiera hacer este triste oficio.

¡Cómo iban a no aconsejar con su palabra lo que con su ejemplo aconsejaban?

Por fin, un nuevo asalto de su hijo rindió el corazón del padre, que tanto tiempo había permanecido cerrado.

A los pocos días partía Felipe para un convento de Dominicos.

* * *

Pasaron pocos años y pudo oír su padre la primera misa de su querido Felipe; y un año más tarde moría después de recibir de manos de su hijo los últimos sacramentos.

Qué consuelo no tendría y no tendrá ahora eternamente.

M. I., Congr.

¡Pobre trasatlántico!

Los habitantes todos de Santander y los que fueron llegando durante mucho tiempo, pudieron contemplar apenados la triste suerte del hermoso trasatlántico Alfonso XIII.

Se trató de averiguar la causa pero nada se supo en limpio sobre si fué o no intencionado el tal hundimiento.

Se cree que quedó por la noche abierta una compuerta del costado del buque. Lo cierto es que aquella noche arreció el viento, como suele con frecuencia arreciar en aquella bahía, y le entró tanta agua, que para cuando se dieron cuenta ya estaba el trasatlántico hundido y acostado de un lado.

Su salvamento se vió que era difícil, y tan costoso que se tuvo por mejor hacerlo pedazos, y aprovechar así el hierro de su hermoso casco.

Y ¡cuántos tienen la misma triste suerte! Como que basta un descuido, una ocasión, el ir a un cine, el ver algo inconveniente para echar a pique a su alma, que tantos tesoros encierra.

J. S. F., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

¡Buen ejemplo!

Hijo de honrados labradores era Juan, teniente de infantería cuando contaba unos 22 años

Aunque no hacía mucho tiempo que estaba en aquel lugar, era muy estimado de todos por su carácter franco, y su afable y simpática conversación.

Por su porte digno y su apellido, que sonaba a algo ilustre, era tenido de los demás oficiales por hijo de familia noble y rica.

Le ocurrió un día a su padre ir a la ciudad a hacer algún dinero con las hortalizas que le sobraban y pasó por el cuartel para ver a su hijo.

Halló a éste conversando con varios oficiales; corrió hacia él, y sin saludar siquiera a los que estaban a su lado abrazó a su hijo y entre los dos se cruzaron las preguntas que suelen cruzar en estos casos.

Los oficiales se miraban asombrados de ver que Juan llamaba padre a un labrador. Juan sin titubear les sacó de su admiración, presentándoles de uno en uno a su padre.

Desde aquel momento fué Juan mucho más apreciado y respetado de sus compañeros, y con razón.

Y ¡así debemos ser también los cristianos!; aunque hay muchos que, aun en la iglesia, se avergüenzan de serlo y buscan la parte más oscura y temen se les vea; y cuando oyen que le blasfeman a su Padre, cobardes, se callan. ¡No seamos así!

M. M., Congr.

No me acostaré en pecado.

En el pueblo en que veraneo conocí hace algunos años a un muchacho que era un encanto: tenía ya 15 años cuando le vi por última vez y, en los seis que estuve veraneando en su aldea, le conocí siempre tan fresco y candoroso como el que más. Era de humilde familia, hijo de unos labradores que no tenían otra fuente de ingresos que el sudor de su rostro; pero cristianos fervientes que habían educado a su hijo en el trabajo y en el santo temor de Dios; y tanto había aprovechado el hijo de esta buena educación, que siendo pequeño, a los siete años, cuando hizo su primera Comunión, se propuso hacer un voto que le asegurara la salvación, y a este efecto prometió a su Jesús en el día más solemne de su vida que jamás se acostaría en pecado mortal. ¡Hermosa promesa que le salvó!

Desde aquel día no dejó de recibir la Comunión, encontrando su delicia en el trato cuotidiano de su Jesús como con encantadora familiaridad llamaba a Aquel que recibía en la Sagrada Hostia. De este modo se pudo conservar puro e inocente hasta aquella edad.

Pero un día, ¡triste día! tuvo la horrible desgracia de manchar la nítida blancura de su alma con un pecado mortal. Se acordó enseguida de su propósito y al instante trató de confesarse; pero se le ofrecieron varias dificultades: aquel día tenía mucho trabajo, era ya tarde, la iglesia se hallaba lejos del campo, etc. Ante este cúmulo de obstáculos, que el diablo le hizo ver como otras tantas montañas, se dijo: ¡Vaya, Dios mediante, otro día lo confesaré. Pero su voto se le venía a la memoria y le acosaba continuamente diciéndole: andu, cumple lo prometido, ve a confesarte.

Atormentado con esta lucha interior que no había experimentado hasta entonces, no sabía qué hacer y se le ocurrió ponerse de rodillas y rezar a su Madre María una Salve rogándola se compadeciese de él y le iluminase. Al instante se sintió más animado y se puso en camino de la iglesia dispuesto a confesarse. En el pórtico me hallaba yo entonces; según mi costumbre había llegado hasta allí en mi paseo vespertino; al verme, con toda confianza me refirió lo que le había pasado.

Se confesó en efecto y volvimos a casa más contentos que unas pascuas: él por haberse reconciliado con su Jesús y presentir un sueño tranquilo y yo por verle alegre, pues le quería mucho y era mi mejor amigo en el pueblo.

Se acostó y a la mañana siguiente su padre estaba impaciente, pues teniendo mucho trabajo en el campo habían convenido en levantarse muy temprano y empezar la tarea con la aurora.

Le llamó golpeando la puerta de su cuarto y el muchacho no acudía. Incomodado ya el padre por lo que él consideraba efecto de la pereza, entró en la alcoba diciendo: ¡Vamos! ¡arriba! ¡haragán! que ya es tarde. ¡No te da vergüenza! Pero como si nada, el chico no respondía. Ya un poco inquieto, acércase a él su padre, le toca y le encuentra frío, le mira y le ve pálido y sin movimiento. Comprendiendo al punto lo que sucedía, fué anonadado a su mujer y le refirió el suceso y se produjeron las naturales manifestaciones de dolor de los padres ante el cadáver de su hijo. Pronto se divulgó el caso por todo el pueblo. Para consolarlos les referí lo que había sucedido la noche anterior; con lo que todos quedaron tranquilizados, sobre todo los padres, que se conformaron muy bien con la voluntad de Dios.

Hagamos también nosotros un firme propósito de nunca acostarnos en pecado mortal.

J. G., Congr.

FLORES Y FRUTOS

Núm. 70.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Mayo de 1919

Otro Estanislao más en el cielo

Estaba yo un día con el Padre, cuando se llegó a él un sacerdote todo sudoroso. Era el confesor de nuestro Luis Martínez y Alonso.

Después de brevísimo saludo le contó cómo se encontraba nuestro congregante, deshauciado por los médicos y con pocos días ya de vida.

Había recibido ya los Santos Sacramentos y vuelto a comulgar al día siguiente, cuando administraron el Santo Viático a su hermana, grave también con esta enfermedad aún reinante. Días antes le habían avisado al Padre, pero no le llegó el aviso

De vuelta el Padre venía impresionado de ver en medio de aquella doble desgracia tanta conformidad: decía que le habían recibido con una sonrisa de conformidad en sus labios, que sólo la pueden inspirar los profundos sentimientos religiosos de aquella familia.

En una de las visitas que continuó haciéndole el Padre, le preguntó si tenía esperanzas de ponerse bien –le contestó, lo que contesta todo enfermo, que sí.—«Pero, ¿no prefieres irte al Cielo?»—«Eso sí,» contestó con la misma naturalidad de uno que está fuera de su casa y le preguntan si quiere volver a ella.

«¡Señor! hágase tu voluntad,» solía repetir con frecuencia, sobre todo cuando sentía algún ahogo.

El Viernes Santo, suplicó a su padre que le leyera la Pasión de Nuestro Señor. «Oyéndola,» decía «se me hacen estos dolores más suaves». Era la Pasión de Cristo, publicada aparte de la Vida, escrita por el P. Vilariño, su libro favorito. Aún de sano le encontraron sus padres leyéndola antes de acostarse.

Eran las once y media del Sábado Santo cuando nuestro enfermo mandó llamar a toda prisa al Padre. Le encontró éste con todo el conocimiento y apurado, por figurársele, y se lo repetía a sus padres, que había dicho una mentira: les había contado que había visto a Dios, que era hermosísimo. Comprendió después que había sido imaginación suya, y no quedó tranquilo hasta que el Padre volvió a darle la absolución. ¡Así murió de puro y de tranquilo!

Daba devoción ver el afecto con que besaba el Crucifijo, que no acertaba a separarlo de sus labios.

En esto llegó también su confesor, que empezó a leerle la recomendación del alma. Perdió enseguida el conocimiento, y se encontró de la otra parte de este pícaro mundo, camino del cielo, sin darse cuenta de que había dado el paso más peligroso que todos tenemos que dar en esta vida.

En todo lo que se recomienda en la Congregación tomaba parte activa; así que siempre figuró en *primera categoría*.

De su paga del domingo, separaba siempre la cuarta parte para su *hucha de Misiones*. ¡Qué bien se lo pagará el Señor por toda la eternidad!

No dejaba de tomar parte en ningún concurso; por ellos se puede aún ver lo bien que le había aprovechado lo que oía en la Congregación.

En un concurso sobre las *Misiones*, a la pregunta de qué era de lo que más podía contribuir a educurle bien, contestaba: dar parte de sus perrillas a las Misiones, en vez de gastarlas tontamente.

A la pregunta: ¿Qué es lo mejor que puede hacer por las mañanas para tener fuerzas para estudiar y sacar a fin de curso mejores notas? contestaba: Oír misa y comulgar.

En Noviembre hará dos años, hubo un concurso sobre los artículos de «Flores y frutos» núm. 52; se preguntaba cuál era el artículo que más le gustuba. Contestó él que «Muerte envidiable». Parece que presentía que le había de pasar lo que en aquel artículo se describía; y así fué. Y a la pregunta de por qué le gustaba más aquel artículo, contestaba él que por verse en aquella historia clara-

Universidad de Deusto
Biblioteca

mente lo que es esta vida, lo pronto que se pasa y lo que importa vivir bien para morir bien.

Decía y hacía; pues mientras se lo permitió su delicada salud, no dejó un día de comulgar en la misa de la Congregación. Y tan bien le probaba, que su amigo más íntimo recuerda haberle oído repetidas veces decir: «el día que no comulgo no estoy tranquilo».

De ahí le venía el sentir bajamente de los cines: «No puede uno ser bueno yendo al cine», y harta razón tenía al hablar así.

Era cuidadoso también con la lectura A sus hermanas les repitió varias veces, que no se fiasen de los libros que les prestaban a veces algunas amigas, que las hay con frecuencia poco escrupulosas; que antes de leerlos preguntasen a su confesor. Más de una vez recuerdan sus amigos haberle encontrado en casa leyendo vidas de Santos, y como hemos dicho, su libro favorito era la Pasión de Nuestro Señor.

Con cualquier motivo sacaba a relucir su Congregación, y por lo que allí había oído se regía. Como verdadero hijo de la Santísima Virgen, acudía a ella en todas las tentaciones. Bajo su protección vivió casi 17 años muy tranquilo, y murió, como esperamos también morir nosotros si somos como él fieles congregantes, con la seguridad de salvarnos. ¡Así sea!

R. M , Congr.

Novedad antigua

Por primera vez este año estuvimos el Jueves Santo los de la Junta en las Hermanitas de los pobres.

Lanzó uno en la junta que tuvimos días antes, la idea de ir ese día a lavar los pies a los ancianos; y, a decir verdad, la idea fué acogida al principio con un poco de extrañeza, que desapareció cuando nos dimos cuenta que imitábamos a Cristo, que siendo Dios no tuvo asco de hacer ese oficio con sus discípulos.

Para hacerlo con más espíritu visitamos al Monumento que tenían las Hermanitas; y nos pareció que desde allí se sonreía el Señor y se consolaba al vernos dispuestos a imitarle.

En el salón de recreo más abrigado nos esperaban sentaditos veinte ancianos. Nos quitamos los abrigos y cogimos nuestras toallas; estábamos ya dispuestos a nuestra faena, cuando el Padre nos leyó el Evangelio del Lavatorio de los pies.

Oírlo y ponernos todos gustosos de rodillas delante de un anciano y ayudarle a descalzarse y ponernos en faena, fué obra de tan pocos momentos, que no dimos lugar a que hubiera ninguno que como San Pedro se resistiese.

Verdad es que estaban ya de víspera preparados por las Hermanitas, que nos quitaron casi todo el trabajo; pero lo mismo hubiera sido, a todo estábamos dispuestos.

Como final de fiesta les dimos un purito a cada uno, con lo que quedaron aquellos ancianitos, más conmovidos todavía y agradecidos.

No hay que decir que nosotros nos sentíamos más hombres, y con un contento tan sólido y tan íntimo que no lo encontramos en diversión alguna; y tanto es así que estamos deseando lleguen ocasiones como ésta para vencernos y hacer y sentir lo mismo.

I. L. C., Congr.

Hacha siempre afilada

Casi todos los días paso por la misma calle y a las mismas horas para ir al Colegio, y con frecuencia me encuentro con una mujer entrada en años, que después de comer se ocupa en partir desperdicios de maderas. La manera de hacer los pedazos más pequeños es bien sencilla, ni tiene que afilar nunca su hacha: ésta no es otra que una piedra de dos o tres kilos de forma ordinaria. El procedimiento es bien sencillo: se reduce a colocar entre la acera y el piso bajo el pedazo que quiere partir en dos, y a dejar caer la piedra sobre la parte que queda sin apoyo; no puede resistir el peso y empuje de la piedra y se quiebra en dos.

Tantas veces la encontré en la misma faena, que un día me ocurrió que no hace otra cosa con nosotros el demonio: con modo también muy sencillo nos quiebra y hace de nosotros astillas, si pudiera, para el infierno. Conoce enseguida cuál es nuestro punto más flaco y allí cae su tentación. Nos quiere coger al aire, sin el apoyo de la Santísima Virgen, que es el mejor después del que recibimos en la comunión por las mañanas.

L. A., Congr.

«La Doctrina ¡cosa de poca monta!»

—¡Ay! D. Julián, créame; me vuelvo loco.

—Pero, ¡qué le pasa, D. Pedro! Cuente, cuente, que todo soy oídos.

—Sí, D Julián, me voy a volver loco, por... por mi Pepito: sus maestros se hacen lenguas de él; cuentan maravillas de su talento, lo mismo para matemáticas que para geografía, que para gimnasia y demás ejercicios físicos; en fin, le digo que es un niño modelo *en todo.*

La escena comenzaba a desarrollarse a la sombra de un secular tilo, frente a la casona de D. Julián, hombre ejemplar, aferrado a las antiguas creencias.

—Cálmese Vd., D. Pedro, cálmese Vd.; y qué tal anda Pepito en cuestión de Doctrina Cristiana...

—Pche...—respondió D. Pedro—la Doctrina... cosa de poca monta me parece.

—A las pruebas me atengo, ya que no quiere oír razones,—respondió D. Julián—Vd. mismo vendrá a decirme si es de poca o mucha monta la cuestión de la Doctrina; con que hasta la vista.

—Adios..

Efectivamente, Pepito era un joven de verdadero valer. Sus bien formadas facciones, lo esbelto de su talle, daban a entender un chico de esos que el mundo llama *de porvenir.*

Pues bien; Pepito para realizar su *porvenir* que la fortuna le señalara, hubo de viajar por Francia, Suiza, Alemania, cursando en Universidades tan célebres como las de París, Ginebra, Berlín, etc..,

Al cabo de unos años volvió Pepito a casa, sabio según el mundo; pero con el alma emponzoñada y sombría, y con esa espantosa soledad que produce la incertidumbre de no poder fiarse de nadie ni saber qué creer Sus demacradas facciones demostraban un joven que ha bebido con avidez de los rotos algibes de este mundo.

Con todo su padre, viéndole con brillantes notas, se alegraba, sin ver la tempestad que iba a descargar sobre su cabeza, por haber descuidado la educación religiosa de su hijo.

* * *

Pepito tenía ya 24 años; con su flamante carrera parecía estar contento, pero en realidad, aquello no le llenaba; él estaba ya hastiado de esta vida, y como no esperaba otra, no encontraba el remedio.

Y efectivamente, un día salió después de haber escrito una carta a su padre, en la que le decía: Amado padre, no culpes a nadie de mi muerte; cúlpate a tí mismo, pues si tú hubieras cuidado de mi educación religiosa no iría ahora a suicidarme. Y así lo hizo; de un tiro puso fin a su miserable vida.

* * *

Mustia y triste era la noche, y por entre pinares se deslizaba la sombra de D. Pedro que iba a llorar al sepulcro de D. Julián. «¡Pobre de mí, decía, si te hubiera hecho caso... ¡¡la Doctrina, cosa de poca monta!! ¡Loco de mí!».

El terror le heló la sangre; el pobre padre sin atreverse a rezar ni una oración por la desdichada alma de su hijo, volvió transido de dolor a su casa

Tardío fué su arrepentimiento, pero sírvanos de ejemplo.

E. B., Congr.

En un viaje

Al salir por el tren que va directo a San Sebastián, se ven por la ría antes de llegar a la primera presa unas como lengüetas de piedra amontonada que avanza algo en la ría.

Conmigo viajaba un padre con su hijito, curioso y listo y que todo lo quería saber. Enseguida se fijó en aquellos entrantes que le parecieron hechos con algún propósito y pregunta tras pregunta no paró hasta saberlo todo.

Papá ¿para qué están esas piedras puestas así?—Para pescar desde ahí las angulas.

Y ¿cómo las pescan?—Con unos cedazos atados a un largo palo.

Pero ¿qué les ponen en el cedazo para que vayan a él?—Pues no les ponen nada; las pescan de noche, tan solo encienden un candil.

Pero ¡no se apaga el candil en el agua! —No, no llega al agua el candil; lo dejan fijo cerca del agua.

Y ¿qué hacen las angulas? —Pues se acercan a la luz y cuando hay muchas pone el cedazo debajo, lo levanta apresuradamente y las saca y echa al cesto o caja que tiene a la orilla.

¿De modo que son tan tontas que se dejan coger con solo el resplandor de la luz?—Pues sí, así son de bobas, eso basta para atraerlas y pescarlas. Y ¿no has visto tú y ves a muchos chicos todos los días en las puertas de los cines?—Sí—Pues así los pescan allí también; ponen unos prospectos de crímenes y tonterías y porquerías, y no hace falta más para atraerlos y para que se metan chicos y grandes en el cedazo y queden pescados y allí pierdan la vida de la gracia. Me gustó la aplicación que hizo aquel padre tan bueno, que como se ve se sirve de todo para educar a su hijo.

F. M. C., Congr.

En otro viaje

No puedo olvidarme de un niño de 3 ó 4 años, que un día de verano de mucha concurrencia viajaba con su madre en el mismo coche conmigo.

Iba lo más entretenido viendo todo lo que dejaba a su paso el tren; a nadie molestaba, pues poco espacio le bastaba y justamente llegaba a la ventanilla.

Llega el primer túnel, y la oscuridad completa, pues no había luz alguna en el coche.

Se ve que el niño tiene miedo e instintivamente busca y se agarra a su madre.

Pasa veloz el túnel y se desprende enseguida el niño de su madre para volver a ver por por la ventanilla.

Vuelve otro y después otro túnel, y vuelve otras tantas veces a agarrarse a su madre, sintiéndose seguro a su lado, descuidando a todos los demás viajeros.

¡Cuántas veces en las tentaciones me he acordado de este caso! nos mete entonces el demonio como en un túnel sin luz y al parecer sin salida; y en esos casos no hay como agarrarse, como aquel niño, a la Sma. Virgen, y con ella a nadie tenemos que temer ni nada nos puede dañar.

Y a este propósito quiero decir lo que cuando se acuestan hacen muchos congregantes: ponen fuera de la camisa las medallas que tienen al cuello, y cuando les viene alguna tentación, las empuñan, y con ellas en su mano derecha se duermen tranquilos.

S. M., Congr.

La mejor de las madres

Terminaba mi visita y me despedía en aquel momento de D. Mario Muriel y de su esposa.

Las últimas palabras de la conversación las decíamos ya en la misma puerta, con el

Universidad de Deusto
Biblioteca

sombrero en la mano y dispuesto a marcharme. Alcé la vista y me fijé en un detalle del recibidor, que antes pasó desapercibido. Una bonitísima imágen de la Purísima, de regular tamaño, descansaba en una rinconera, con una lucecita puesta con arte y algunas flores que le servían de adorno. Aquella colocación original de la imágen me llamó la atención desde luego, y pensé en mi interior, por qué la habrían puesto allí, en sitio tan desacostumbrado.

Dos guapos chicos de 10 a 12 años, hijos de D. Mario, salían de casa entonces, y vinieron a darme sin querer una explicación a tan singular capricho: Se despidieron muy atentos y abrieron la puerta para irse. Su padre les observaba, como esperando algo.

«¡Hola!» dijo de pronto al ver que sus hijos cerraban ya la puerta. «Miguel, Luis ¿por qué no os despedís?»

Miré extrañado a D. Mario porque la despedida de sus hijitos, me pareció del todo correcta, pero no paró ahí mi asombro.

Miguel y Luis entraron azorados, como quien ha cometido una falta y se pararon frente a la imágen. Me pareció que una oración partía de su corazón y de sus labios hasta la graciosa Purísima que decoraba la antesala.

Marcháronse los chicos y se explicó así D. Mario: «Es una costumbre de mi madre que quiero perpetuarla en mi casa.

Así honrábamos a la Virgen. Cuando me marchaba, me enseñó mi madre, la de aquí, la de la tierra, a despedirme de la Purísima, nuestra madre del cielo.

Adiós, Madre mía. No permitas que me aparte de tí. Haz que hoy no manche mi alma. Cuando vuelva y entre en casa no me veas en pecado mortal; y así todos los días.

¡Cómo iba a permitir la Virgen mi perdición!

Cuando volvía dirigía una mirada de agradecimiento a mi Madre, que me cuidaba y me preservaba de pecado.

Si alguna vez no obraba bien, si había estado en algún sitio próximo al pecado, llegaba ante la Virgen avergonzado y confuso y en sus ojos purísimos, advertía siempre una mirada de perdón y de amor. ¡Cuánto me sirvió esta devoción!, sobre todo en mi juventud, cuando me perseguía por todas partes, la sombra de lo malo, cuando encontraba a mi paso, peligros y más peligros, tentaciones y más tentaciones.

Temblaba yo pensando en el disgusto de mi Madre... ¡Si tuviese dos puertas mi casa, para no verla al entrar! Pero nó, allí estaba siempre como pidiéndome cuentas cuando volvía al hogar.

¡Qué vergüenza volver en pecado! Y así me contenía; así me libré de las mallas del pecado impuro que aprisiona tan fuerte a la juventud. Por eso quiero que mis hijos ahora lo aprendan y lo practiquen, y así nunca ofenderán a Dios y será mi familia un grupo escogido de limpios y de dignos hijos de la Virgen. ¿Entiende usted ahora?»

Vaya si entendía, como que en cuanto llegué a casa propuse la idea a mi madre; y ahora también yo tengo vergüenza de pasar frente a la Virgen en pecado, también yo procuro huír del pecado, apartarme de la ocasión, no ofender a mi Madre jamás.

¡Qué costumbre tan sencilla y tan práctica! ¡Qué madre habrá que no ponga a sus hijos bajo la protección de la mejor de las madres, de la que puede conservarles puros!

A. M. M., Congr.

Nuestro último concurso

No estuvimos sin quehacer durante las vacaciones de Semana Santa. Nos mandaron a casa un «Devocionario Popular» del P. Vilariño, y nos hicieron recorrer sus páginas y discurrir para contestar a estas preguntas; acertaron los 38, que con unas u otras palabras contestaron como este premiado:

¿Por qué razón no hay práctica más provechosa que el oír la Santa Misa? Porque es la representación real del acto más grande que ha habido y habrá, del Sacrificio de la Cruz;

¿Qué es lo mejor que puedo leer cuando estoy en Misa? Las mismas oraciones que dice el que está celebrándola;

¿Quien, después del celebrante, participa de suyo más de los méritos de Cristo en la Misa? El ayudante, que esté atento a lo que se va haciendo,

¿Qué otra práctica podemos tener antes o después o durante la Misa que más gracia y fuerza nos comunique? La Sagrada Comunión.

Y no conseguíamos los premios prometidos, de no dar cuenta exacta de las ideas de la página 63, que toda ella habla de la devoción a la Santísima Virgen; ni sabíamos quiénes teníamos opción a los premios hasta el momento de rifárnoslos; así que todos procuramos aprenderla.

J. M., Congr.



Núm. 71.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Junio de 1919

La historia más verdadera.

Miradle, Congregantes, este es vuestro mejor amigo, es la imagen del amor ofendido, que con ninguno mejor que con vosotros se consuela.

¡Qué triste y apenado! ¿verdad? su tristeza se está asomando a esos ojos de un mirar profundo y desconsolado, pero dulce y atrayente: sin duda que sus penas no son como las vuestras, que se deshacen en un breve llanto como nube primaveral; sinó más hondas, más duraderas, más amargas.



Tristeza como la suya ¿a que no habéis visto jamás en rostro alguno? ¿cómo podríais adivinar siquiera un poco de ella...?

Vosotros habréis contemplado alguna vez a vuestros papás muy graves y pensativos, bajo el peso de una desgracia de familia, acaso cuando alguno de casa le acaba de dar un gran disgusto: papá no parece enojado ni con vosotros ni con nadie, ni se queja ni llora; y sin embargo su tristeza os ha llegado más al alma que vuestros mismos pesares. Pues bien, mucho más amarga todavía, más honda, más silenciosa, más incomprensible es la tristeza que rebosa en ese rostro del Sagrado Corazón de Jesús.

El artista que ha esculpido la sagrada imagen sabía una historia larga y lastimera de pesar y de cariño, que nos ha dejado escrita su cincel, para que de una mirada la leamos. Compendiada, dice así: Era el amable Salvador de los hombres, que por el mundo de las almas salió en busca del amor de sus redimidos. Su traje... el de un humilde peregrino nazareno; ceñida con un cordón la tosca y polvorienta túnica, para que no le impida caminar; sin hato ni provisión de viandante, porque su amor le requiere ligero y desembarazado, y bastante carga lleva ya con su pesar y sus desdenes; soleado está su rostro por muchos soles y bañado en el sudor de muchas fatigas. A la mitad de la jornada ha llamado, pidiendo hospedaje a las puertas de un alma olvidadiza, y nadie le ha respondido; ha esperado largo tiempo, y la puerta ha permanecido cerrada. Vuelve a cargar al hombro su pesado manto, para seguir la jornada, y en el cruce del camino permanece unos instantes indeciso y meditabundo, saboreando su desdén.

Por allí acierta a pasar alguno, que es su hermano o, por lo menos, redimido con su

Universidad de Deusto
Biblioteca

sangre; el Nazareno va a abrazarle, y su abrazo es rechazado bruscamente: con el sabor del nuevo desengaño queda más triste y más amante; su mano derecha queda señalando lánguidamente el sendero de su amor, el señuelo de su Corazón sagrado, y la izquierda desfallece en amoroso caimiento.

Sus resecos labios se entreabren entonces para hablarnos de más amor, y sus divinos ojos de más amor y más tristezas.

Hasta aquí llega la historia, que el artista nos revela en la Sagrada imagen; en esa nueva imagen del amor y del abatimiento, del dolor y de la dulzura, de la humildad y las grandezas

Si vosotros, Congregantes, no comprendéis enteramente la lastimera historia, referidla con vuestra charla en vuestras casas; y ya veréis si hace llorar. Y, si el desairado huesped llegase alguna vez a vuestras puertas, le tomaréis vosotros de la mano, y le conduciréis a reposar de sus jornadas en el seno y al amor de vuestra familia, diciéndole en nombre de todos los de casa estas palabras: «Quedaos con nosotros, Señor, que ya anochece, y el sol va declinando hacia su ocaso».

Augurio Salgado, S. J.

Contra corriente.

Discutimos poco tiempo mi amigo y yo desde un rústico puente sobre el remanso de un río. Dentro de las cristalinas aguas veíamos unas truchas que parecían estar completamente quietas, sin adelantar ni atrasar nada, a pesar de la pequeña corriente de la presa. Estaba mi amigo empeñado en que no movían nada las colas; y yo sostenía lo contrario; hasta que nos sacó de dudas el compañero de larga vista que suele llevar mi amigo cuando sale de paseo por el campo: enfocó sus prismáticos y confesó que sí, que se veía perfectamente con los anteojos cómo las movían.

Seguimos nuestro paseo río arriba, donde la corriente iba aumentando con la pendiente. También por allí aparecían de vez en cuando buenas truchas, y algunas quietas, quietas, a pesar de la fuerza con que bajaba el agua. Para ver que movían la cola y las aletas no hacía falta ser lince. Con todo, lo hacían con tal naturalidad que al parecer no les costaba nada.

No quise que pasara aquella observación desapercibida, y, no discutimos en su aplicación: me acordé entonces de lo que había leído no sé en dónde, de que no podemos estar quietos nunca en la virtud ni en el vicio; el no querer hacerse violencia y esforzarse, es lo mismo que dejarse llevar de la mala inclinación de seguir la corriente. No hay modo, sin trabajo y esfuerzo, de encontrar equilibrio y no hacerse uno peor; pues desgraciadamente nacemos con tendencia al mal. Convinimos los dos en que era preciso negarse y fastidiarse muchas veces al día para no ser malo, y más, si hemos de valer para algo y ser mejores.

Y ocasiones hay como ahora en vacaciones de verano en que parece que aumenta para nosotros la corriente; tenemos que hacer mayor esfuerzo para no retroceder y no encontrarnos después, al empezar el nuevo curso, muy lejos de ser congregantes en espíritu y verdad. ¡A tiempo estamos! ¡A tomar precauciones!

L. A., Congr.

Un gran termo.

Lo que me pasa a mí en los viajes creo que le pasa a casi todos: que aun arrastrados en el más cómodo tren al poco sienten un vacío que ni andando a pie se experimenta mayor, lo malo es que a veces no hay medio de llenar a tiempo la caldereta, para que siga animado el buen humor.

En uno de los últimos viajes que hice ninguno de mis compañeros llevaba provisión alguna. Uno tan sólo llevaba un termo que hacía poco le habían regalado y lo quería lucir.

El caso es que nos vino muy bien; pues nos ofreció un café tan caliente y tan en punto, que no estaría mejor recien hecho. Nos excitó lo bastante para llegar animados a Miranda donde quedé solo.

Entonces empecé a pensar lo bien que nos vendría un termo así y más en tiempo de vacaciones. Muchos nos separamos entonces del calorcito de la Congregación, y hay que dar con algún medio para conservarnos en buen temple y no enfriarnos enseguida.

Y ¿cuál será el mejor?—Yo no sé que haya otro mejor que la comunión todas las mañanas y pedirle entonces al Señor que nos libre de ir a sitio donde se enfríe y llegue a destemplarse y no valer nuestra alma para nada que suponga trabajo y sacrificio, o lo que es lo mismo, que no valgamos más que para dar quehacer.

J. G., Congr.

¿Quiénes salen ganando?

¿Cómo podrá ser, me decía un día mi amigo más íntimo, que haya quien se entretenga sin salir de casa y sin ir por lo menos de vez en cuando a los espectáculos y a ver lo que nos suele distraer y entretener?

—Pues, no sé qué decirte; más de una vez me ha ocurrido lo que a ti y tampoco encontraba explicación; y menos cuando pensaba en los religiosos que no salen casi nunca de casa y jamás van a estas diversiones nuestras.

¡Cómo no las echarán de menos! ¡cómo vivirán tan contentos!

Pues bien, un día de estos últimos oí una explicación que no solo me satisfizo, sino me dió hasta cierta envidia.

Todos o casi todos los hombres tienen sus consuelos; solamente que a los unos, ya que tanto los buscan, les consuela Dios con estos contentos de la tierra; y a los que a estos renuncian de buen grado les consuela Dios por sí mismo. Y ¡claro está! que mejor lo hará Dios por sí mismo que por medio de otros. Algo así como cuando un rey quiere hacer un regalo por su propia mano, no va a dar una pequeñez, dará algo digno de su persona; que cuando quiera dar poco, entonces se valdrá de otros.

Bien mirada la tal explicación queda uno con envidia y quisiera ser consolado directamente por Dios y privarse de todas estas tonterías.

A. I., Congr.

¡Qué tres moditos!

Mucho nos gustó a los mayorcitos aquel pensamiento de San Bernardo, en que tan gráficamente describe los tres modos principales que tiene el hombre de pecar

Uno es propio de ángeles, a quienes quiere parecerse el hombre, cuando en su caída del cielo al infierno, pretendieron ser como Dios y se figuraron que todo era poco para ellos. Y esto mismo les pasa a algunos ya mayorcitos, se infían y no hay más que hinchazón y petulancia; se figuran que son ya más que sus padres y de los superiores muestran poca estima, si no hablan ya con desprecio.

Otros pecan a lo hombre, codiciando tener más y más riquezas, echándose más peso encima, como si así pudieran encontrar descanso. Lo que encontrarán con el dinero es la puerta abierta para todos los vicios.

Y, en especial se les franquea la puerta de aquellos animalitos de vista baja; pues se dan a pecar a lo bestia, que es la tercera manera de pecar que tiene el hombre y la que más le rebaja. A esos tales no les propongáis nada noble, nada digno ni siquiera nada humano; están contentos con su parte animal y desearían no tener alma racional y menos conciencia que les remuerda. ¡Envidian a los animalitos del campo! ¡Buena suerte!

Tenemos que luchar contra esos tres modos de pecar, si no queremos ser lo que son tantos desgraciados y desnaturalizados: bestezuelas si son pequeños y peor que bestias si son mayores.

J. M., Congr.

«Nulla dies sine linea».

¡Qué grabado le quedó a mi amigo lo que oyó el otro día en clase! me lo repetía como si quisiera que me impresionara también a mí tanto como a él le había impresionado; y lo bueno es que lo consiguió. ¡Ahí se ve lo que puede un amigo! El profesor les había hablado del famoso pintor Apeles, que según se cuenta llegó a tal perfección en la pintura y tan bien se servía de los efectos de luz y perspectiva, que las figuras parecían salirse del lienzo.

Una de sus más famosas pinturas fué el retrato de Alejandro Magno montado a caballo ¡Con qué viveza estaría pintado aquel caballo, que en más de una ocasión al poner el cuadro a la vista de algunos caballos, relinchaban éstos como si vieran a otro su semejante lleno de vida y gallardía!

Les preguntó después el profesor a sus discípulos cómo se figuraban ellos que habría podido llegar Apeles a tanta perfección.

Uno contestó que sería a fuerza de constancia.

Para confirmar que había estado acertado contó entonces el profesor el dicho del mismo Apeles: *«Nulla dies sine línea»;* no hubo día que no echara alguna línea.

Se confirma una vez más, lo que tantas veces estamos oyendo, que más hace el que quiere que el que puede, y que más vale una medianía constante, en su especialidad, que un gran talento si es inconstante.

Pero lo que más me gustó del caso fué el propósito decidido que sacó mi amigo y ha conseguido sin darse él cuenta que le imite: no acostarse ninguna noche sin haberse negado en algo. Se acordó una noche que nada había hecho durante el día, y no ocurriéndosele otra cosa, besó el suelo y rezó un Credo con los brazos en cruz, y se acostó satisfecho.

Estoy viendo hasta con los ojos de la cara cómo mi amigo va mejorando y valiendo más cada día.

L. A., Congr.

A cada uno, lo suyo.

Estudiando, o mejor diré, leyendo el otro día la Historia de España, allá por los tiempos en que la gobernaba como regente el Cardenal Cisneros, me encontré con un caso curioso.

Fué no sé qué diplomático a pedirle al Cardenal una gracia temiendo que habría de poner reparo en concedérsela. Le expuso su petición, y pronto vió en su rostro el nublado que se aproximaba. Quiso desviarlo y no se le ocurrió medio mejor que decirle: «Bien sé que Su Eminencia como Cardenal no podrá concedérmelo; pero no veo que pueda tener dificultad en concedérmelo como político».

«¡Buena solución!», le replicó el Cardenal: «Usted se ha figurado que yo ¡me salvo como político y me condeno como Cardenal!: tengo dos almas, una que se salva y otra que se condena».

No hay que decir que le dejó callado y que no volvió a ocurrírsele más al diplomático hacer petición que no fuese justa por sus cuatro costados.

Ahora que soy joven tengo que aprender bien esta lección: que ni por todas las políticas de este mundo debo dejar de ser católico a marchamartillo; primero es Dios, después los hombres; y no como hacen la mayoría de los políticos: todo al revés.

¡Así anda el mundo!

J. M., Congr.

Cómo es el mundo.

Recuerdo que cierto día estábamos dando clase de Geografía, y la lección versaba sobre la forma de este planeta que habitamos. Todos esperábamos que sacase del armario la esfera terrestre, como otras veces lo solía hacer; pero nada de eso: nuestro profesor se

Universidad de Deusto
Biblioteca

limitó a sacar de su pupitre una manzana de muy buen aspecto, que más que para aplicarla a una lección de geografía, nos pareció a nosotros que serviría para aplicarla el diente del que mejor supiese la lección.

Después de hacernos el profesor algunas explicaciones, tomó la manzana en sus manos y enseñándonosla en alto para que la viésemos bien, nos dijo: así es el mundo.

No nos dimos cuenta de lo que con aquello quería decir, y terminada la explicación, el profesor me regaló la manzana, le dí las gracias y me dispuse a comerla, la abrí en dos pedazos; y ¡qué sorpresa no me llevé al ver que estaba podrida! El profesor nos reunió a todos y nos volvió a repetir, mirad, ved: así es el mundo.

Entonces comprendí algo, y cada día comprendo más la lección de mi buen maestro y qué razón tenía El mundo se nos presenta con sus mil diversiones y atractivos con que nos parece hermoso como la manzana; pero, si nos fijamos bien en lo que es por dentro veremos que está todo o casi todo podrido. Creo que si se propusiera desengañarnos, no lo haría mejor que lo que hace; pero, somos muy tontos y queremos vivir engañados!

T. G., Congr.

Carta de China.

Las procesiones del diablo.

Así llamo a la que me ocurrió contemplar al salir a visitar mis cristiandades. Por el camino me extrañaba no ver, como otras veces, tanta gente que va y viene cargada con los frutos del país; ni los veía trabajar en los campos.

Continué mi camino por la orilla del torrente; y habría caminado dos horas, cuando empiezo a oír un ruido lejano y confuso; según iba caminando, iba también percibiendo con más claridad los batintines, los petardos, las salvas de las escopetas, etc.; hasta que por fin divisé una fila interminable de hombres y niños que atravesaban el torrente hacía el lado en que yo me encontraba. Lo primero que ví fué el ídolo que lo llevaban en andas adornadas con cintajos; de tiempo en tiempo lo colocaban en una mesa y allí encendían velitas y quemaban incienso y aromas.

En el centro de la procesión una inmensa multitud de hombres enarvolaban banderas blancas y de color; delante de ellos (y es lo que más compasión me dió) muchísimos niños de 10 a 14 años llevaban unas banderitas en las manos y unas máscaras que les cubrían desde la frente para arriba; ¡pobrecitos! con qué cara de inocencia me miraban, y yo ¡con qué afecto de compasión rogaba por ellos! sus padres, sus abuelos , antepasados, todos paganos y ellos... ¿seguirán el mismo camino? Quiera el Señor que sea llegada la hora en que abran los ojos de su alma a la luz de nuestra santa fe. Rueguen por ellos.

Aceleré el paso de mi macho y pasada una media hora, llegué al principio de la procesión. Allí ví un grupo de hombres con sus escopetas chinas, haciendo salvas; otro grupo de hombres enlutados iba a la cabeza de la procesión; ¡pobre gente!, decía para mis adentros; es necesario destruír el reinado del demonio para levantar entre ellos el reinado de Jesucristo.

Los niños, asustados, se apartaban de mi macho; ¡con más razón se espantarían del demonio, si le conocieran! Esta procesión era corta y al fin de ella iba un hombre con alas de papel, ¡vaya qué angeilto!

Un entierro que alegra.

¿Será posible que un entierro puede causar alegría? Si, por cierto, porque fué una manifestación pública de nuestra santa fe; vengamos al caso.

Hacia la mitad de Enero del presente año murió un cristiano en esta ciudad; el heredero cumplió su voluntad y fijamos para los funerales el 4 de Marzo; y no es de extrañar que el cadáver estuviera casi dos meses en casa, porque esta es costumbre muy general entre los chinos; en un ataúd enormemente pesado echan cal viva; colocan el cadáver, de manera que esté completamente rodeado por la cal y así no hay peligro de que moleste a nadie.

Llegado el 4 de marzo estaban ya dispuestas todas las cosas para el entierro solemne; 20 hombres con banderas; otros 20 para llevar la caja mortuoria; 4 con cornetas, dos largas y dos cortas; dos para tocar el ta-lo; 3 para disparar petardos; además los cristianos y parientes que asistían al entierro y 4 policías con su jefe, para conservar el orden; con este acompañamiento y algazara, hice la conducción del cadáver desde casa a la iglesia; canté los responsos acostumbrados y celebré la misa; después marcharon a desayunar y a continuación se ordenó el cortejo fúnebre; yo vestía sobrepelliz, estola negra y bonete; rodeado de siete monaguillos vestidos como ahí, con mi catequista, maestros y cristianos que rezaban en alta voz el santo rosario, atravesamos la ciudad; no hay que decir que todos miraban con respeto,

Cuando salimos de las murallas, al llegar al río empezó a llover; se detuvo la comitiva y en presencia de una multitud de paganos, recé un responso, rocié con agua bendita la caja, la incensé y después de concluída la ceremonia, me vestí la ropa ordinaria para volver a casa ¿No es verdad que fué una gran manifestación pública de nuestra santa fe? ¿No es verdad que puede servir para que los paganos abran los ojos y conozcan y abracen nuestra santa religión? por eso digo que el entierro me causó alegría.

Tomás Esteban, S. J.

FLORES Y FRUTOS

Núm. 72.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Julio de 1919

Otro Estanislao más en el Cielo

Recuerdan después de 16 años los padres de nuestro Vicente Aríztegui y Abechuco, con natural y consolador sentimiento, el dicho de un hermanito suyo de 5 años cuando nació nuestro Vicente: ¡Qué buen hermanito nos ha mandado Dios.! Y no se equivocó; pues si ya en su primera niñez mostraba su buena condición, siguió mostrándola cada día mejor. Y aun más afirman los que mejor le conocieron: aseguran que se fué al cielo sin perder la inocencia. ¡Y no es poco afirmar, en estos tiempos, de un joven de 16 años, y más si se tiene en cuenta que había estudiado en los centros oficiales!

Se ve cuánto le aprovechó la devoción a la Santísima Virgen con que se amamantó desde niño, y en la que después creció más y más en la Congregación.

Su celo.

Y no se contentó con conservarse tan sanote en el alma; procuró hacer el mayor bien que pudo a los demás. Cuanto oía en la Congregación, ya se sabía tenían que oírselo en casa sus padres y su hermanita. Y confiesan que no poco se aprovechaban de cuanto le oían contar, prendados del interés con que lo hacía. De una manera especial se ocupaba en contar lo que oía los días de ejercicios de la Congregación, sobre todo las comparaciones y ejemplos. Cumplió con esto muy bien la regla que manda al Congregante, no tan solo crecer él en virtud, sino hacer cuanto pueda para que crezcan los demás con quienes trata. Y obraba con tal naturalidad, que ni se daba cuenta del bien que hacía.

Con quien más desplegó ese su celo, fué con el joven que le acompañó constantemente sus dos años de enfermedad. Sabía que iba con alguna frecuencia al cine; y no paró hasta que consiguió con sus exhortaciones de buen amigo, que lo dejase del todo. Se pasaba muy bien, aun cuando tenía salud, sin acudir a los espectáculos públicos. «Son, decía, el recurso de los aburridos» y no le faltaba razón. Aun cuando fuera la función del todo recomendable se resistía a asistir, por más que sus mismos padres le invitaran. Esto se vió mejor en ocasión en que tenían en casa un forastero: iban a ir todos a una función del todo buena; le rogaron que fuera, y fué; pero salió pesaroso de haber ido, y, como él decía, de haber perdido el tiempo. No fué menos lo que trabajó con él para que también del todo dejase de ir a ciertos bailes. Le hacía leer el «Catecismo explicado» del Padre Arcos; y le interrumpía la lectura para que se fijara bien en lo que leía, y le hacía aplicaciones prácticas, y le ponía ejemplos, tantos y y tan a propósito, que poco a poco le apartó de toda peligrosa diversión. Recordando después su amigo estas pláticas me decía, que le daba tanto gusto oírle hablar, que con frecuencia le contradecía para que Vicente siguiera hablándole y poniéndole ejemplos, que le ocurrían entonces muy felices.

Pero le exhortaba con preferencia y especial empeño a que dejara para siempre los

Universidad de Piura Biblioteca

malos amigos; pues se daba bien cuenta de que ésa era la causa principal de las caídas de los jóvenes.

Aún recuerda su joven acompañante el diálogo que sostuvo con él con motivo de las procesiones de Semana Santa:

Piensas, me decía Vicente, ir a las procesiones de Jueves y Viernes Santo?

—Aún no lo he pensado.

—Pues debes ir. Dime ¿y a cuántas has ido hasta ahora?

—A una solamente.

—Y no te da vergüenza. ¡Vamos! Que si todos hicieran lo mismo, lucidas saldrían las procesiones!

—¡Quiá! uno más, o menos.

—Pues eso es lo que te digo, que no hay derecho a discurrir así, tan sin razón; pues como tú podrían pensar los demás diciendo, porque falte yo no se deja de hacer esto o aquello.

El caso es que le convenció y fué a tomar parte de las procesiones.

Novelas.

Solía su amigo ocupar sus ocios en leer novelas sin cuidarse mucho de la selección. Lo observó nuestro Vicente, y no paró hasta comprarle las publicadas por el «Apostolado de la Prensa» y quitarle todas las otras.

Su devoción a la Santísima Virgen.

Le tenía tan verdadera devoción, que la mostraba en cuantas ocasiones se le ofrecían. Le quedaba tan sólo un hilito de vida en los últimos días de Mayo, pero no dejó por eso de hacer las «Flores». No se le pasaba a su oído finísimo el oír las campanadas del «Angelus», y aunque estuviera cualquiera de visita, rezaba y hacía rezar las Oraciones.

Preguntándole el Padre la víspera de su muerte qué diría de su parte a los Congregantes, le contestó con toda firmeza: «dígales que quieran mucho a la Virgen, que para eso son sus Congregantes»; y se lo dijo con la naturalidad de quien así lo sentía y así lo había sentido toda su vida.

A su vuelta de Lourdes, escribía al Padre: «He venido de Lourdes entusiasmado de la Virgen, y quisiera estar en la Gruta toda mi vida».

Lo que quería a la Congregación se manifestó claramente en la alternativa en que se encontró en una ocasión, de dejar de pertenecer a la Congregación, o dejar de asistir a un Colegio a donde, por concurrir también muchachas, no convenía que asistieran los Congregantes.

Con estar en el tal Colegio entusiasmados por su buena conducta y buenas notas al fin del curso, no dudó ni un momento en dejarle, antes que verse separado de la Congregación de la Virgen.

Comunión diaria.

Mientras se lo permitió su delicada y por largo tiempo quebrantada salud, no dejó ni un día la misa diaria de la Congregación; y recuerda su madre que no había que avisarle por la mañana; él se levantaba, y sin hacer el más ligero ruído se vestía, abría la puerta y corría para llegar a tiempo a Misa. A la vuelta era ya otra cosa: alborotaba toda la casa con lo alegre y bullicioso que venía.

Y ¡qué alegría más franca y verdadera era la suya! Como la que sólo puede dar, y la da siempre la buena conciencia.

Su sincera afición a Cristo crucificado, corría parejas con su deseo de comulgar cuanto podía. No había tarde que dejara de visitar a un devoto Santo Cristo y rezarle allí sus consabidas oraciones. Y en la cuaresma no dejaba ni un día de hacer el *Vía-Crucis*, ni aun cuando estaba más enfermo. Su lectura favorita, y más en ese tiempo, fué la Pasión del Señor.

Las notas que más apreciaron sus padres, no tanto por lo brillantes como por la materia sobre que versaban, fueron sus dos Matrículas de Honor en los dos años de Religión.

Misiones.

Para agradecerle al Señor el haberle hecho cristiano y el beneficio de nacer y educarse en tierra de tanta fe y piedad, se mostraba lo más generoso que podía con los pobres infieles. Fueron varias las huchas que en poco tiempo llenó; y no contento con echar de lo suyo, animaba a otros a que contribuyeran; hasta lo perdido en el juego, fuera quien fuera el que perdía, había de ir a sumarse a lo que tenía la «Hucha de Misiones». Cuando este año comulgó con la mayor solemnidad, en tiempo del cumplimiento Pascual, prometió al Señor 50 pesetas para los Misioneros, y cumplió su promesa. Cuanto tenía lo daba; así se lo pedía su buen corazón, que más se compadecía de otros que de lo que él mismo padecía. Ya lo sabían unos pobrecitos viejos que había a la puerta de la Iglesia de Santiago: al ver pasar a Vicente, ni tenían

necesidad de alargar la mano; él cuidaba de buscársela para darles lo que tenía.

Sus enfermedades.

Hay que ponerlas en plural; porque tres fueron, a cual más graves, las que le hicieron crecer en méritos los cuatro años últimos de su vida.

Un tifus le puso a las puertas de la muerte; y casi entró por ellas con una peritonitis aguda. Recibió los Santos Sacramentos, y estaba ya conforme con dejar lo que aquí más amaba, a sus buenos padres, cuando empezó a mejorar.

Nunca olvidarán sus padres, y con razón, su extraordinaria conformidad la Noche-buena, en que estaba ya convaleciente: tomaba parte más que ninguno desde su cama de toda la alegría de aquella noche. Sonaban las doce cuando, como era natural, mayores manifestaciones se hacían de regocijo; y en aquel mismo momento sintió los dolores agudos que hacía muchos días habían desaparecido. El cambio de escena en aquella casa no pudo ser más rápido ni más desconsolador. Aunque no tanto; pues nuestro enfermo en medio de aquellos dolores, consolaba a todos diciéndoles con la mayor sencillez: «No me extraña que vuelvan ahora los dolores. ¿No es ahora cuando nació el Niño Jesús y nació llorando y padeciendo? ¿Y no es justo que yo también padezca y acompañe a Jesús?»

¡Qué consuelo más profundo sintieron sus padres al oírle hablar así!

Salió después de larga y penosa convalecencia; pero no le duró mucho la salud. Empezó a sentir malestar en una pierna y se le llevó al Sanatorio, donde le hicieron en poco tiempo hasta tres operaciones; en una, por no atreverse a darle más cloroformo, no llegó a perder el conocimiento. Sin embargo no se quejó, no hizo más que manifestar que aún se daba cuenta de todo.

El último día que estuvo de pie fué el día de la Porciúncula, va hacer dos años. Estaba convaleciente de una de esas operaciones; y aunque las monjitas del Sanatorio querían que comulgara en la cama, él se levantó para comulgar en la capilla; y después se acostó para no levantarse más en estos dos años que ha sobrevivido.

Mirando al cielo.

Así se expresaba él, y sin darse cuenta se retrataba a sí mismo en carta, que al principio de esta enfermedad dictaba al compañero que le hacía de secretario.

En uno de los párrafos decía al Padre «Sigo teniendo paciencia con lo que Dios ha dispuesto; quiere que esté siempre mirando al cielo, acostado en este carrito en el que salgo a la playa. Suplico que rueguen en la Congregación, para que siga teniendo paciencia». ¡Ni se acordaba de pedir y hacer pedir por su salud!

Y volvió a escribir al Padre desde la misma playa de La Aida y le decía: «Yo también sigo desde aquí encomendando a sus corderillos. Como V. dice que de ordinario se gana más de enfermo que de sano, quisiera ganar mucho para ellos y para V.»

«No he recibido Flores y Frutos y estoy deseando saber alguna valentía de sus corderillos.»

En las respuestas a varios concursos descubría cúal era su mayor anhelo.

Casi todo el número 52 de Flores y Frutos habla de casos de muertes, unas edificantes y algunas dignas de compasión. Se nos preguntaba en un concurso cuál de aquellos casos nos había gustado más y por qué. «A mí me gusta más, contestaba, el titulado «*Muerte envidiable.*» Y no es de extrañar, pues lo que allí se decía podía repetirse casi a la letra de nuestro Vicente. Se ve, pues, que no solo admiró al joven, cuya santa muerte se refería, si no que, sano y enfermo, le imitó cuanto pudo. También Vicente prefería, como aquel joven, vivir menos tiempo que verse privado de la Sagrada Comunión. Y la razón que da nuestro Vicente era también muy suya, como lo probó por experiencia propia: «Me gusta la muerte de ese joven, decía, porque esperó tranquilo la muerte, como quien tenía tranquila la conciencia.»

Muestra también a las claras sus sentimientos de ferviente católico cuando contestaba muy a propósito a una pregunta y exclamaba: «¡Qué dichoso es quien nunca se avergüenza de ser cristiano! Y ¿por qué es valiente el devoto de la Virgen?, se le preguntaba en otra ocasión; «pues porque ella nos ayuda a rechazar todas las tentaciones».

Bien consiguió lo que a diario le pedía y lo dejó también firmado: «Le pido que me libre del pecado mortal», y por todo lo que dejó escrito se ve que no le ocurría que pudiera caer en lo que más frecuentemente caen los jóvenes: era uno de esos pocos que nacen con instintos de pureza.

Con todo, se ve por sus escritos que ya se

Universidad de Deusto
Biblioteca

daba cuenta de los remordimientos que tienen los que andan por malos caminos; pues en un concurso, en tiempo de Carnavales, demostraba comprender qué quieren los libertinos con sus cánticos y sus músicas y sus bailes «quieren, decía, hacer mucho ruído para no oír la voz de su conciencia».

También se daba cuenta del triste servicio que prestan en carnavales los confetis; «Sirven, decía, para desvergonzarse sin careta». Y ¿cómo me arreglaré para no llevar nunca careta y andar siempre a cara descubierta? «Siendo buen congregante».

Y para que se vea lo bien que sentía de la educación, contestaba a la pregunta: ¿Qué es lo que menos educa? «La diversión o el hacer todo lo que nos dé la gana». Y a la otra ¿quién puede como nadie ayudarme en mi educación?: «La gracia de Dios que se recibe en los Sacramentos, especialmente en la Comunión». Cuando los congregantes estudian el reglamento se les pide que contesten a algunas preguntas. Acertó en todas las respuestas, como en muchos otros concursos. ¿En qué debe trabajar con gran empeño el congregante? Contestó que en salvarse y santificarse y en hacer otro tanto con los demás que están a su alcance. Y hasta con los que no lo estaban; pues sus continuas privaciones por las Misiones y el empeño que ponía en que otros hicieran otro tanto, con ese mismo fin se encaminaban a la salvación de los infieles.

Hicimos constar en un artículo de Flores Frutos y hasta en la Memoria del año pasado el acto tan consolador, en que tomaron parte los Congregantes que veraneaban en Algorta. La misma mañana, después de comulgar todos en la Parroquia, fuimos acompañando al Señor para que le recibiera nuestro Vicente en su jardín acostado en su carrito; pues le era imposible tomar otra postura.

¡No fué pequeño consuelo el que nos dió a todos al verle tan contento y resignado! Para obsequiarnos a todos nos tenía preparado un sabroso desayuno; y lo amenizó más con música y echando globos al aire.

Vacaciones.

Desde Algorta escribía al Padre cuando tenía 12 años y le daba cuenta de su distribución en vacaciones: «Después de levantarme y rezar mis oraciones voy, aunque a las nueve, a oír Misa y comulgar todos los días; a las diez doy lección de latín para prepararme para el año que viene; después saco unas fotografías, o voy al bote o cosa parecida.

Al anochecer revelo las fotografías que he sacado por el día.

Me confieso los sábados.»

Lo más admirable en él, como he dicho, fué su paciencia en esta enfermedad de casi dos años. El mismo consolaba a su madre que no se separó un momento de su lado. Cuando la veía triste, se ponía a cantar y procuraba, como podía, alegrarla. Si la oía quejarse, la dejaba que se desahogara. «No se apure, mamá», le dijo en más de una ocasión, «menos tiempo estaremos en el purgatorio. No sacaremos de este mundo más que lo que padezcamos con resignación. Jesucristo también padeció mucho para darnos ejemplo». Ni a una persona mayor se le hubieran ocurrido mejores razones, ejemplos y comparaciones que los que a él se le ocurrían; y lo que más consolaba, era el tono natural y simpático con que lo decía todo.

Cuando ya no podía leer sus oraciones, ni las de la Misa los Domingos, le suplicaba a su padre que se las leyese para poder tomar así la parte que podía.

Su muerte fué verdaderamente la del justo. Tuvo conocimiento hasta momentos antes de llegar el Padre, y sus últimas palabras fueron, las que quisiéramos que fuesen las nuestras: «Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía».

Duró todavía algún tiempo, hasta que, como se apaga una vela, se apagó aquella vida; tan suavemente, que más que muerte, fué un último paso inconsciente que le puso en el cielo el 9 de Junio.

¡Así oyó el Señor a sus padres!; le estaban pidiendo en una novena al Cristo de la Agonía, que le diese una muerte apacible; y más apacible y consoladora difícilmente se puede concebir. ¡Así mueren los justos!: más que pena dan envidia.

A un Congregante que leyó esta reseña antes de llevarla a la imprenta, le conmovió tanto que volvió a leerla y quedó en volver a saborearla cuando apareciera en la revista.

Puedes hacer tú lo mismo, si te parece; la vuelves a leer, y así te aprovecharán más estos rasgos edificantes. ¡Así sea!

J. M., Congr.

FLORES Y FRUTOS

Núm. 73.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Agosto de 1919

Cómo se vence huyendo.

Alégremente meditabundo, volvía Enrique en el rápido de San Sebastián, de hacer los ejercicios en Loyola.

Terminó el bachillerato y juzgó oportuno aquel *entrenamiento* espiritual, para resistir a los embates, cada vez más fuertes, del peor de los enemigos de la juventud, la carne.

Enrique tenía un fondo buenísimo y un carácter excelente, pero era débil. ¡Qué lástima! La fuerza de voluntad es la joya más preciosa, por lo mismo que es tan rara; y a Enrique le faltaba la fuerza de voluntad. Enrique era, pues, un muchacho casi del montón.

Ahora venía contento como nunca. Con el alma trasparente de puro limpia. Hizo una confesión general franca y sincera. Sintió un dolor, allí, en las soledades de su cuarto, donde parecía que tenía a Dios cara a cara, un dolor que allí sólo se sabe sentir.

Buenos propósitos había sacado Enrique en sus días de entrenamiento, pero de repente le vino a la imaginación la dificultad del cumplimiento de uno de ellos. ¡Qué pronto empazaba el demonio a querer deshacer la *coraza* de que se había armado el buen muchacho!

«Propongo apartarme de todas las ocasiones de ofenderos», había anotado Enrique; y este propósito, por lo vago, por demasiado abstracto, le pareció sencillísimo y ahora se daba cuenta de que sus amigos del verano eran ocasión constante para sus caídas.

¿Cómo arreglarse?

Porque era el caso que aquellos amigos le iban a atosigar en cuanto llegase, y preveía muy bien cuán difícil sería disuadirles los planes que para entonces tendrían fraguados

Ciertamente pensó bien Enrique; al llegar al pueblo, alegre y veraniego, sus amigos le esparaban en la estación.

Inmediatamente sintió el chico la diferencia entre aquel ambiente de amigos charlatanes, que aunque jóvenes, tenían constantemente en los labios frases y palabras feísimas, y el otro ambiente, el de Loyola, con aquellos otros jóvenes también, pero limpios, que salían de misa con la vista recogida y con una dulzura angelical en el rostro, los novicios.

Enrique habló poco aquel día, pero oyó mucho y aunque en verdad, no había pecado, le remordía e inquietaba el alma su negligencia y flojedad en mandar a sus amigos a... muy mal sitio.

Al día siguiente se repitió y se aumentó la charla insana del día anterior. Los amigos de Enrique hablaban de todo y para todo tenían su comentario mixto, su frase asquerosa o su gesto indecente. Enrique oía a disgusto, pero callaba. Sentía vergüenza de protestar ante sus amigos de todo aquello, porque iban a decirle que le habían engañado en Loyola, que le habían hecho efecto los ejercicios.

¡Triste razón la suya!

Por la noche leyó sus propósitos:

«Apartarme de las ocasiones de ofenderos, comulgar todos los días y rezar en la tentación a la Virgen para que me libre de la caída.»

Enrique apretó contra el pecho su escapulario y pidió fuerzas. «¡Antes morir que ofenderte, Madre mía! ¿Dejarás a tu hijo perecer? No, ¡Virgen pura! ¡Virgen santa! ¡Virgen inmaculada! ¿Qué madre hace eso...?

...Y al día siguiente Enrique apareció enfermo. Enfermedad de poco cuidado que le duró unos días. Pero el médico opinó que se llevara al chico a otra parte, a unas aguas de no sé dónde, y efectivamente se hizo como opinó el médico.

Enrique se despidió de sus compañeros, o mejor dicho, sus compañeros se despidieron de él; pero no tenía el joven la tristeza de la separación, sino la alegría del que acaba de salir de un peligro.

La Virgen lo había salvado; y en su departamento, con los ojos cerrados, como quien dormita, le rezó Enrique un rosario de agradecimiento mientras el tren corría a toda marcha a las aguas de Cestona.

En casos como éstos, que se registran demasiado, lo mejor es huír.

A. M. M., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Lo que es la vida.

Cuando de verano se viaja por carretera en días en que el viento anda muy agitado, se ven a veces levantarse enormes polvaredas, que, empujadas por el viento toman tal incremento, que llegan a imponer al viajero y le impiden seguir su camino.

Según va calmando el viento va al mismo tiempo decreciendo la polvareda. Cesa del todo y toda aquella polvareda que antes casi daba miedo, se deshace y viene a tierra y va a esconderse y desaparecer en un recodo del camino, convirtiéndose en un puñado de polvo que se pisa y se desprecia.

A una polvareda de esas pueden comparar se nuestra vida y las tonterías de este mundo. Mientras estamos robustos y sanos, todo nos parece que nos viene pequeño; lo queremos llenar todo con nuestra vanidad y nuestro orgullo; pero según va menguando el viento de esta vida, va disminuyendo también esta fantasía, hasta que la muerte nos sale al encuentro y cesa la vida; y toda nuestra hinchazón y tontería van a parar a un rincón y a convertirse en un puñado de polvo.

¡Que no se nos pase la vida como pasa una inútil y perjudicial polvareda!

T. G. Congr.

Enfermedad que cura

Nos invitó nuestro tío a pasar unos días en la casa que poseía en el pueblecillo cercano y accedimos gustosos a la invitación. Nuestro tío es de muy buena pasta, amigo de todo el mundo, hasta de un señorón que habitaba en un hermoso chalet, frente por frente de su casa. En el pueblo se decía que el del chalet, era un incrédulo, y sus razones había para afirmarlo; jamás se le había visto pisar la iglesia; se burlaba de curas y frailes; y con gastarse el dinero en mil caprichos, algunos costosísimos, no admitía pobres en su puerta, decía que eran unos vagos que querían vivir sin trabajar.

Cuando yo supe esto, me extrañé de que mi tío, con lo piadoso que era, fuera amigo de aquel hereje y le visitase a menudo.

Un día, me atreví a preguntarle:

Tío, ¿cómo siendo usted tan bueno suele visitar a ese señor de en frente?

—De jóvenes,—me contestó—éramos buenos amigos, y él era piadoso; pero lo de siempre; luego se juntó con malas compañías, se aficionó a novelitas y frecuentó lugares que no debía y acabó por pervertirse; ahora le visito de cuando en cuando, por ver si puedo hacerle volver al buen camino.

De poco o de nada le aprovechaban sus visitas, seguía viviendo a su modo; hasta que la enfermedad de moda el año pasado, empezó a extenderse por el pueblo, y no perdonó a nuestro señorón. Aunque la gripe era benigna, mandó todo apurado llamar al médico del pueblo.

Cuando mi tío supo los apuros del enfermo fué a visitarle y justamente se encontró en la puerta de la casa con el médico, muy amigo suyo. Le llamó un momento aparte, y le dijó:

Me ha ocurrido aprovecharme de esta enfermedad de D. Pedro.

—Usted dirá.

—Hay que hacer un esfuerzo para convencer a D. Pedro lo que parece que no entiende, y creo que esta es buena ocasión. Usted dará a la enfermedad más importancia de la que tiene y veremos si, ante la idea de la muerte, se convierte ese desgraciado.

—Convenido.

Entraron ambos en la casa del enfermo.

Por la cara y gestos del médico le pareció al enfermo que su salud se hallaba comprometida y se asustó extraordinariamente.

Entonces mi tío se insinuó con él, y después de algunas frases de aliento, le dijo: Dígame, D. Pedro, si le faltase alguno de los miembros, ¿qué daría usted al que se le devolviese?

—Cuanto tengo, daría.

Al oir esta respuesta, se adelantó el médico y le dijo:

Usted es hombre de palabra, y ahora es tiempo de cumplirla; su salud, gracias a Dios, no corre peligro; El se la conserva, El le ha dado todos los miembros, que se le podían caer, contra su voluntad, como se le caen a un leproso.

Con estas y otras reflexiones, por este estilo de sencillas, se despidió el médico, dejándole bastante preocupado.

Al día siguiente volvió mi tío a visitar a su amigo. Después de saludarle, le dijo el enfermo:

No he podido conciliar el sueño en toda la noche, ni quitar del pensamiento lo que ayer ustedes me dijeron. Ya veo que no puedo continuar la vida que he venido haciendo, sobre todo estos últimos años; no quiero ser por más tiempo ingrato para el que tantos bienes me ha dado; estoy arrepentido, y quiero servirle lo que me resta de vida, como ayer prometí.

Dicho y hecho; a los pocos días ya se levantaba de la cama, sano de alma y cuerpo; repartió grandes limosnas, y según todas las trazas, sigue cumpliendo sus buenos propósitos.

¡Lástima que esas consideraciones no se las hubieran inculcado a D. Pedro en su juventud! ¡No se hubiera pervertido tan fácilmente!

A nosotros, los congregantes, nos hacen constantemente estas y muchas más reflexiones de palabra y por escrito. La cuestión es que nos aprovechemos y no las olvidemos.

A. U., Congr.

Unos monos.

Fué curiosa la manera de cazar monos que les ocurrió a dos, no sé cómo llamarlos, si mercachifles o mercaderes, que por algún tiempo se dedicaron a la caza y venta de los tales cuadrumanos.

No llevaban más armas que unas botas o polainas untadas por dentro con mucha pez. Donde veían monos de la raza especial que

ellos buscaban, allí se sentaban tranquilamente debajo de los árboles.

Ya se sabía: tan pronto como los monos los veían, se quedaban parados observando cuanto hacían. Entonces nuestros cazadores empezaban su faena sencillísima; se calzaban y descalzaban las botas que tenían puestas; operación que, a la vista de los monos, la repetían varias veces. Después se alejaban algo y quedaban en acecho. No tardaban en bajar los monos de los árboles y se apresuraban a repetir la operación que habían visto con las botas que quedaban allí como de lazo.

Calzarse se calzaban pronto; pero descalzarse era algo más difícil: se les pegaban con la pez que tenían dentro las botas. Intentaban andar y no acertaban a dar un paso con aquella inusitada calzamenta.

Cuando ya no había más botas que calzarse, llegaban nuestros cazadores, y a palos los domaban, les echaban después una cuerda al cuello y uno tras otro los llevaban atados a donde querían y les convenía para domarlos mejor y venderlos en el mercado.

Y ¡vaya que tiene aplicación la tal caza!

¿Cómo caza el demonio a los jóvenes? Pues de la misma o parecida manera. Quieren en seguida echárselas de hombres y como no lo son, ni pueden serlo, ni pueden andar; los pobrecitos se caen a cada paso y hacen el ridículo.

J. M., Congr.

Otros monos.

O mejor dicho era un solo mono. Lo tenía una familia y era de lo más sociable y bien educado que puede ser un mono.

Una mañana, sin darse cuenta el amo de la casa, estuvo el mono acechándole todo el tiempo que estuvo afeitándose. Como estaba de prisa, dejó la navaja sobre el lavabo sin cuidarse más de ella.

No pasaron muchos momentos cuando nuestro mono estaba convertido en auto-barbero. ¡Para qué quería más! Aplicó la navaja a la garganta y se dió un tajo tal, que con un chillido continuo, cada vez menos agudo, perdió toda la sangre y con ella la vida.

¿Y sabéis qué me recuerda esta tragedia monesca? Pues ciertas lecturas...

Hay libros que *en abstracto* son buenos Pero *¿y en concreto* para ser leídos por estas o aquellas personas? Esos libros, leídos por jóvenes ya formados, con el parecer del confesor y bajo la dirección de un maestro cristiano, ilustran el entendimiento; son la navaja de afeitar en manos del hombre. Pero leídos por jovenzuelos sin ninguna de aquellas precauciones, son un tajo mortal asestado al alma; son la navaja de afeitar en manos del mono.

I. M., Congr.

Otros monos más.

Estos son los de los circos. ¡Quién no los ha visto haciendo monadas al arbitrio del domador! Saca éste un aro relleno de papel, se lo pone delante y, a saltar; le pone una doble escalera y sube y baja por ella cuantas veces se lo mandan; anda al paso y baila según toquen un pasodoble o un bailable. En fin, hace de todo, de rey o de servidor, según esté enseñado.

Da risa y da pena verlos servir de risa a todos los presentes.

Y no da menos pena que risa ver a la mayoría de los jóvenes qué papel más ridículo hacen por esas calles, teatros y cines; andan los pobrecitos no al paso que ellos quieren y por donde ellos quieren. Andan y visten conforme a la moda, a lo que el mundo les dice.

Y lo hacen todo sin caer en la cuenta, como los monos, que hacen el papel más ridículo.

¡Quién quiere hacerlo o seguir haciéndolo!

¡Valientes monos!

J. M., Congr.

¡Así se debe sufrir!

En una de estas hermosas mañanas de verano, al levantarme, sentí un fuerte dolor de muelas; se me ocurrió, es el demonio que me está tentando para que no vaya a Misa.

Venzo la dificultad (Dios me da fuerza para ello.) Voy derechito hacia la Congregación. Una vez en misa, me empieza otra vez el demonio a tentar; cada vez aprieta más el dolor. Ya me daban intenciones de volver a casa a poner algún calmante; pero el Señor me recordaba que no había comulgado aquel día. Vencí otra vez la tentación y terminada la Misa fuí a casa. Aun allí parecía que el demonio se quería vengar porque no le había hecho caso, pues por más que me curaba la muela, no se me quitaba el dolor.

Con todo sufría contento, por sufrir algo por Jesús que sufrió más por mí.

J. L. Congr.

Juan el de ahora.

Ya estamos en vacaciones ¡qué gusto! ¡cuánto nos vamos a divertir durante el verano! Juanito.

—Sí, hombre sí, cuanto queramos; podremos asistir a los cines, teatros y otras diversiones públicas, además de nuestros juegos de costumbre; ¿qué te parece, Nicolás?

—Muy bien, estoy contigo.

Esta conversación sostenían dos jóvenes estudiantes, antiguos congregantes de la Inmaculada Concepción y San Estanislao de Kostka; uno de ellos, Nicolás, y el otro, primo suyo, Juanito. Habían salido bien en sus exámenes y ahora se disponían a trazar sus planes de vacaciones Los dos, aunque despedidos de la Congregación, conservaban en su corazón y grabado en su memoria algo de lo que en ella se les había dicho y comulgaban con alguna frecuencia; pero los perdía el no poder rechazar los malos compañeros en sus respectivas aldeas de veraneo.

¡No sabían aquellos dos primos lo peligrosos que eran para ellos los malos compañeros en las vacaciones; y, como apenas se fijaban

en quién era bueno y quién era malo, trataban con todos.

Llegado a su aldea Juanito, entabló amistad con algunos compañeros malos del todo. Un día se hallaba Juanito escondido con sus compañeros (no sería para hacer ninguna buena acción), cuando sintió unos escalofríos terribles, que le dejaron como muerto; después de un buen rato, aprovechando un instante de lucidez, reunió todas sus energías que le quedaban y echó a correr como un desesperado hacia su casa.

Al llegar la hora de comer sentáronse todos a la mesa, y, viendo que faltaba Juanito, preguntaron a la muchacha si sabía dónde estaba. Ella les respondió que hacía una hora próximamente se había metido en su cuarto y de allí no había salido. Fué a llamarle la muchacha y, no obteniendo contestación, fué su mamá a su cuarto; pero no pudo porque estaba la puerta cerrada por dentro; llamóle y volvióle a llamar, pero también sin lograr una respuesta. Se levantó su padre, le gritó, empujó tanto la puerta, que al fin de un rato cedió. Al entrar vieron a Juanito arrodillado en frente de una imagen de la Virgen. Preguntado por qué se había encerrado, le confesó a su padre en medio de sollozos, desde el principio hasta el fin, todo lo que le había pasado; después, tan pronto como pudo, fué donde el confesor y obtuvo el perdón de todos los pecados.

Al terminar el veraneo se encontró con su primo Nicolás que le invitó a ir al cine.

«No pienses en eso, le contestó seriamente, no creas que soy el Juan de antes, ahora soy otro y no quiero tener malos compañeros. Quiero volver a la Congregación si me admiten».

El otro, turbado por la seria respuesta, marchóse de allí inmediatamente.

Así debemos ser nosotros, firmes y fuertes en nuestra palabra, y no débiles, que nos dejemos arrastrar por cualquier mal compañero. El Sagrado Corazón de Jesús nos ayude en estas vacaciones, para tener siempre en cuenta que no hay que ser como Juan el de a n t e s sino como el de a h o r a.

J. R. O., Congr.

Correspondencia abierta

¡Así se canta y así se lee!

El viernes pasado, festividad de Santiago, cantamos en la parroquia la misa de *Angelis* entre mis hermanos y los otros congregantes, acompañados del Armonium por el Párroco de otro pueblo, con el cual la habíamos ensayado; nos salió muy bien, y creo que la repetiremos algún otro Domingo.

Si es que vienen a Limpias, me avisan.

Ya recibí «Flores y Frutos» con la vida del Congregante Aríztegui y me gustó mucho; ya procuraré imitarle en todas sus virtudes.

N. V., Congr.

Buena señal

¿Haremos este verano algunas excursiones los Estanislaos? Si las hiciéremos, creo que me avisaría, pues a mí me gusta mucho. Aquí todos los Congregantes que conozco oyen misa y comulgan.

F. C., Congr.

Buenas promesas

Padre; le he prometido a la Virgen comulgar y oír misa todo un mes seguido sin faltar un día, y le prometemos a V. comulgar otro tanto.

Vamos de paseo con chicos que ya conocemos a su familia; van casi siempre conmigo a misa.

J. Ll., Congr.

Se quedó con pena

He tenido muchísima pena por no poder ir en el remolcador; pues se me ha hecho tarde, y me he tenido que conformar con verla desde el faro del rompeolas de Algorta con unos anteojos muy hermosos, que me ha dejado el torrero del faro.

J. L., Congr.

¡Qué vida más tranquila!

Me encuentro en esta aldea donde no hago más que darme una vida tranquila, durmiendo mucho y jugando más; quisiera ir a misa todos los días, pero los de labor no la hay. Nunca estoy aburrido, pues suelo andar de huerta en huerta, ya viendo amontonar el trigo o cortarlo, ya cortar hierba, etc., y en los ratos de ocio suelo leer Flores y Frutos atrasados que traje de Bilbao.

V. B., Congr.

¡Qué suavemente se pasa el tiempo!

Oigo misa todos los días al paso que me acerco a recibir el Cuerpo del Señor. Aquí me encuentro muy bien; varias veces vamos a jugar a la pelota o a andar en bicicleta, así es que se pasa el tiempo como agua por el río.

J. M. G., Congr.

Se divierte y hace el bien.

Desde que vine, voy a misa todos los días de labor antes de ir a la playa; y casi todos los días voy a comulgar, pues aunque viva lejos de esa Congregación no me he enfriado.

Por las tardes, suelo ir al frontón, y algunas a Pasajes, a pescar.

No he pisado los cines, y a pesar de todo, lo paso muy divertido. Los días que llueve, el dibujo me suele entretener más de lo que yo creía

El «examen» lo he puesto a mi hermano en el marco de un cuadro que tiene en su cuarto. Aunque no quiera, lo tiene que ver. Yo no lo tengo en peor sitio.

Por aquí suelen pasar varios aereoplanos que suelen ser otra distracción en estas vacaciones tan largas y peligrosas.

R. E., Congr.



Núm. 74.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Septiembre de 1919

Bonita jugada.

El protagonista del suceso que voy a referir es un guapo muchacho de unos 14 años, que desde los 7 pertenecía a la Congregación de María Inmaculada y San Estanislao. Tanto había arraigado en su alma el amor a la Santísima Vírgen y a su Divino Hijo, que la asistencia a la misa de la Congregación constituía para él indispensable alimento, sin el cual, le parecía imposible vivir. Y para los que creen que las prácticas de la Congregación son incompatibles con los estudios, puedo decir que nuestro joven ha terminado el 4.° año de Bachillerato con dos sobresalientes y tres matrículas.

Después de concluír las tareas del curso último marchó con su familia a veranear a un pueblo del interior de la provincia. A este mismo pueblo llegó poco después una familia de Madrid, cuyo padre había sido condiscípulo del de nuestro congregante; y aunque después apenas se habían tratado, renació la antigua amistad para distraer el tedio, pues eran los únicos veraneantes en aquella aldea.

Hijos de esta última familia eran dos jóvenes que se habían educado a la buena de Dios, es decir, a sus anchas, frecuentando cines, cafés y otros lugares *non sanctos*.

El trato de los padres trajo en pos de sí el de los respectivos hijos, pues aquéllos quisieron que los chicos anduvieran siempre juntos. Obedeció nuestro joven sin resistencia, pues le habían parecido los otros formales y así cumplía la voluntad de su padre; pero olvidaba que en este mundo no hay que fiarse de las apariencias sino vivir siempre alerta, por ser todo él una urdimbre de lazos peligrosos.

Salieron, pues, de paseo una tarde calurosa y hablaron al principio, como amigos nuevos, de cosas indiferentes. Mas, como la mona que aunque se vista de seda mona se queda, no les fué posible a los dos hermanos desempeñar durante mucho tiempo su farsa.

Y sucedió que prosiguiendo nuestros amigos su paseo, se encontraron por una casualidad al señor Cura del pueblo, a quien el congregante saludó con mucha afabilidad. Sus compañeros no sólo no le imitaron sino que tomaron de esta laudable acción pie para sus sarcásticas burlas, a las que correspondió el congregante con el más solemne silencio, no atreviéndose por el pronto a manifestar de otro modo el disgusto que le causaban las inconveniencias de sus compañeros, quienes al darse cuenta de ello callaron como avergonzados.

Siguieron su paseo en esta situación, buscando desde entonces nuestro joven una coyuntura favorable para separarse de sus compañeros, pues había advertido que éstos no eran cuales debieran ser. La ocasión se le ofreció pronto y muy de su gusto, porque se le ocurrió dirigir arteramente los pasos hacia la iglesia para entrar en ella y abandonarles.

Como lo pensó, lo hizo. Llegados al templo, propuso a sus amigos le acompañasen en la visita al Santísimo, pues él tenía intención de hacerla. Aquéllos se mostraron como escandalizados y contestaron a la proposición con impertinencias y diciendo al fin que hiciera él en buena hora la visita, que ellos le esperarían en el pórtico.

Entró, en efecto, nuestro congregante, habló algunos minutos con el Señor, y poniendo en práctica el epílogo de su pensamiento, salió de la Iglesia por una puerta que daba a unas huertas y desde allí, a campo traviesa, fué corriendo como si huyera de la peste, hacia su casa. Encontrando en ella a su madre, le refirió todo lo sucedido. Esta aprobó su conducta y le prometió que en adelante no tendría que andar con aquellos *amigotes*.

Entre tanto... éstos esperaban... ¡No tenían mala espera!—*P. A., Congr.*

La mejor defensa.

Acababa la carrera de medicina un joven, que no por su gran talento, pero sí por su gran constancia en el bien, había descollado y descollaba entre todos sus compañeros. Su porte esbelto, sus modales corteses, su mira-

Universidad de Deusto
Biblioteca

da penetrante y su cara reflejo de un alma grande y pura, que jamás había sido manchada con un pecado mortal; todo había contribuído a formar aquel su carácter, afable y cariñoso con sus amigos y enemigos, pero también enérgico y temible para aquellos que delante de él osasen hablar conversaciones menos honestas.

Manolo, que así se llamaba, tenía gran devoción a la Reina del Cielo y cual otro San Estanislao, la llamaba «mi Madre». En todos los peligros que le ocurrían la invocaba con estas breves palabras: «Madre, no me abandones»; y si la tentación impura continuaba decía otras jaculatorias que salían del fondo de su alma, procuraba ocuparse en algún trabajo serio repitiendo de vez en cuando con cariño el «¡no me abandones!»

Una vez, en vacaciones, iba en bicicleta y al ir a tomar una vuelta, como llevaba gran velocidad, cayó por un terraplén. Manolo en aquellos momentos espontáneamente se acordó de la Virgen, y la llamó como siempre; pero no tuvo tiempo más que para decir «Madre»; pues al punto una especie de neblina cubrió sus ojos y perdió el sentido.

Después de mucho tiempo volvió en sí, y se encontró acostado en una cama y una pobre anciana en la cabecera; echó una mirada por el cuarto, y por las apariencias dedujo que aquella casa debía de ser de algún aldeano. Empezó a moverse en la cama para ver si se había hecho daño, y cuál no sería su sorpresa al encontrarse como si nada le hubiera pasado; preguntó a la anciana que le acompañaba, cómo estaba él allí y en dónde le había encontrado.

Ella, después de mucho carraspear, le respondió:

Pues mire V., señorito; venía de coger leña, como todas las tardes, de un jaro que hay junto al camino real y ví que, en el fondo del barranco donde termina la cuneta de la carretera, había una bicicleta hecha pedazos y a corta distancia de ella había un bulto que parecía moverse; yo en seguida me figuré que sería algún accidente de un ciclista. Movida de compasión y caridad cristiana, bajé y ayudada por un vecino le traje a mi casa. Lo que más me ha extrañado a mí ha sido que no tenga V. nada después del golpe que se ha llevado.

Calló él, comprendiendo que era la Virgen la que le había salvado; y se puso a darle gracias. Al poco se abrió cautelosamente la puerta del cuarto y aparecieron con el mismo silencio dos personas. A una reconoció en seguida, pues era su padre.

Su cara brilló de alegría al ver a su hijo tan tranquilo, pues él creía que le iba a encontrar medio muerto por lo que le habían contado, y se apresuró a decirle:

—¿Qué tienes, mi querido Manolo?

—Nada.. la Virgen Santísima me ha salvado.

Su padre se aproximó más a su cabecera colmándole de caricias. Así permanecieron unos minutos, y después le pidió que le explicase todo lo ocurrido.

Se lo contó todo como había sido, y al llegar a decirle la manera de invocar a la Virgen cuando se caía por la cuneta, una lágrima saltó de los párpados del padre corriendo por sus mejillas; prosiguió el hijo como si nada hubiera notado, y al acabar de contar el caso tan providencial pudo observar que su padre estaba emocionado.

Siguieron en silencio un gran rato, hasta que al fin añadió su padre:

En vista de que no tienes nada te voy a llevar a casa en el coche en que he venido, que es de este señor que me lo ha prestado para venir a buscarte.

Montaron en el coche y, después de haber gratificado muy bien a la anciana por su hospitalidad, partieron.

En el camino se detuvieron en un Santuario a dar gracias a Dios por haberle librado de aquel peligro, y al poco tiempo llegaron a casa.

J. M., Congr.

Una visita aprovechada.

Me encontraba veraneando en Burgos cuando un día me dijo mi Papá:

¿Quiéres venir a ver la Cartuja? Hoy podremos verla. Acepté la invitación, y al comenzar a caer el sol, montando en auto nos dirigimos a la Cartuja por entre aquellos hermosos paseos y choperas; mientras que gran número de gente alegre y bulliciosa se dirigía en dirección contraria, a las carreras de caballos y otras diversiones.

Unos minutos bastaron para llegar a la Cartuja, y penetramos en el santo recinto.

Un hermano Cartujo de aspecto venerable, blanco hábito, blanca barba y porte distinguido nos recibió a la entrada y nos acompañó con suma caridad y cortesía durante toda la visita.

Contar todo lo que ví, los primores de arte, las impresiones todas que recibió mi alma es imposible, abrumado con tanta belleza. ¿Quién no ha leído varias veces la descripción de la magnífica iglesia con sus artísticas tumbas y arcadas de purísimo estilo; y de aquella tan admirable como famosa escultura de S. Bruno «que no habla porque es cartujo»?

Yo, profano en materia arquitectónica, no intentaré más que manifestar la principal sensación que produce todo el conjunto.

Es esta la mansión de la penitencia y recogimiento, y sin embargo allí no reinaba la tristeza. Silencio, sí, gravedad también; pero tristeza, no. Pobres eran aquellos aposentos y claustros; pero limpios y esmaltados de vez en cuando con la alegría que dan la luz y las flores.

Aquellos hombres allí encerrados voluntariamente, renuncian a los goces más lícitos del mundo para disponerse con una vida santa y penitente a una muerte segura, momento tremendo del cual pende nuestra felicidad o desgracia eterna. Y aquellos hombres tan austeros ¡con qué dulzura y placidez hablan de hora tan temible! Estábamos junto al sepulcro de los padres de la gran Reina Isabel la Católica, verdadera filigrana esculpida en blanquísimo mármol.—Fíjense ustedes, nos dijo el Hermano; —en estos sepulcros todo es vida. La muerte, para los artistas que labraron esta tumba, era un sueño de esperanza.

Aquellos artistas tenían un alma profundamente cristiana, y en cada partecita de estos sepulcros iban dejando trozos de su cristiana inspiración.

—Miren ustedes; toda la alegría de la tierra está aquí reunida por ellos para indicar que la muerte es el logro del descanso. Y así es efectivamente, los Reyes allí sepultados descansan plácidamente, y la paz, y la serenidad y la vida acompañan en su última morada a los padres de la gran Reina.

Embebido en estos pensamientos y lleno de gratas impresiones, que no acabaría de contar, salimos de La Cartuja

En nuestro camino volvimos a encontrarnos con la gente que de las carreras y diversiones volvía al parecer tan alegre. Yo creo que su contento era sombra comparado con la alegría y paz que yo acababa de ver en aquella santa casa, tenida por tantos como casa de soledad y de tristeza.

¡Qué contraste! Allá, en el convento, penitencia, paz... y a la hora de la muerte, regocijo y alegría; aquí, en el mundo, diversión, algazara, aturdimiento... y al final, lágrimas y tristezas. La verdad de la vida, y la vida de la ficción. Estos, pretendiendo engañarse, dicen: divertámonos. Aquéllos, puestos en la realidad, exclaman: A tí suspiramos, en este valle de lágrimas.

F. B., Congr.

Un valiente.

Salía Antonio de paseo unas veces con su padre y otras con sus amigos por los alrededores del pueblo en que veraneaba.

Iba una tarde con varios compañeros suyos, y notó que por el camino que llevaban tenían que pasar por delante de una ermita, y como sus compañeros no eran muy clericales, el demonio le tentó de esta manera:

—¿Qué van a decir tus amigos si te quitas el sombrero? Total por una vez. ¡Déjalo!...

En el corazón de Antonio se estaba librando un combate en aquellos momentos: por un lado el demonio y por el otro la Divina Gracia; pero se puso a reflexionar; y acordándose de su Madre, la invocó en seguida y pudo vencer aquella tentación. y al pasar por la ermita se descubrió respetuosamente y dijo en su interior: «Corazón de mi Jesús, aquí pasa quien te quiere».

Un murmullo general se oyó en aquellos momentos; pero ninguno de sus compañeros se atrevió a decirle nada, pues conocían perfectamente su carácter enérgico y que les tapaba la boca en seguida.

Llegaron por fin al monte donde iban; sacaron cada uno su merienda y en un dos por tres la despacharon. Al principio hablaban muy poco, pero conforme se les iba acabando, fué animándose la conversación.

Hablaban de asuntos variadísimos; cuando uno de los chicos que formaban el grupo, preguntó a Antonio:

Oye: ¿por qué te has quitado el sombrero al pasar por aquella ermita? Lo comprendo al pasar por una Iglesia, porque está el Santísimo... pero por una ermita...

Antonio, que se había contenido al principio, le replicó:

No me he descubierto por las imágenes, sino por lo que ellas representan.

Vicente, que así se llamaba su adversario, hizo un gesto como si no comprendiese aquello

Entonces él para sacarle de dudas le pidió su retrato. Una vez en sus manos el retrato de Vicente, simuló quererlo romper.

Vicente que vió aquello, se enfureció y le quiso pegar. Pero Antonio muy sereno le dijo:

Hombre, no tienes por qué enfadarte, esto no vale la pena; es un papel cualquiera.

—Claro que es un papel, pero, estando yo en él fotografiado, me representa.

Entonces puedes comprender fácilmente lo que veníamos discutiendo. Si tú a tu retrato le haces respetar tanto ¿qué es lo que debíéramos de hacer al ver el de un Santo?

Todos callaron comprendieron cuánta razón tenía Antonio.

Pues a mí me parece, prosiguió éste, que lo menos que debíamos de haber hecho era el habernos descubierto.

Continuaron todos durante mucho tiempo en silencio; hasta que al fin rompiéndolo Vicente, dijo:

Me has convencido, Antonio; tenías mucha razón.

Así Antonio dió fin a aquella tarde con una victoria más. Pero lejos de vanagloriarse cuando sus amigos le daban la enhorabuena, bajaba los ojos y sonreía, y en su corazón daba gracias a la Virgen atribuyendo a Ella la victoria.

Nosotros también los congregantes tenemos que ser más valientes; y si el día de mañana no hay quien saque la cara por Cristo, seamos nosotros quien le defendamos en la calle, en el colegio o con nuestros compañeros, invocando siempre a nuestra Madre. Suyas serán nuestras victorias.

J. M., Congr.

Para lo que sirve el dinero.

Ya estaba Chomin contento. Ya había conseguido que su padre le llevase a un pueblo vecino al suyo, el cual tenía mucho que ver; pues además de su antigua iglesia y su casa consistorial, tenía varias fábricas de salazón muy interesantes, y sobre todo, lo que más le llamaba la atención a Domingo era la casa de los dementes.

La tartana en la cual iban a ir ya estaba dispuesta; Vicente, el cochero, estaba acabando de poner los arreos a la jaquita, mientras Chomin impaciente no hacía más que dar vueltas alrededor del coche esperando la llegada de su papá. Por fin, después de mucho esperar, apareció en el portal de su casa D. Dionisio, su padre, tan grave como siempre, a quien el peso de los años le hacía mi-

Universidad de Deusto
Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

rar más hacia el sepulcro. Montaron los tres en el cochecito, y a una señal de Vicente, partieron a gran velocidad.

El camino era muy pintoresco; por un lado el río con sus cristalinas y caudalosas aguas, y por el otro un frondoso bosque de castaños, que se prolongaba hasta la cima de la montaña que iban bordeando; de vez en cuando había algunas cuestecitas bastante pendientes que a *Sili*, la jaquita, le hacían sudar mucho.

Al cabo de una hora de camino divisaron el mar, y ya, por conjeturas de Vicente, estaban encima del pueblo. En efecto, no hicieron más que andar doscientos metros, cuando en una vuelta de la carretera se les puso a la vista.

Lo primero que vieron fué una casa considerablemente grande junto a la carretera, y Domingo se apresuró a preguntar a su padre lo que era.

D. Dionisio le respondió que aquella casa la había hecho un acaudalado americano para los locos de aquella región.

Hicieron parar allí el coche, y padre e hijo se dirigieron a la secretaría, donde los recibió muy cortesmente el médico de guardia.

Al subir al primer piso observó Chomin desde una ventana, que en el jardín había un hombre sacando contínuamente agua de un pozo; le chocó mucho y se quedó parado mirándole atentamente. Entonces el médico, para sacarle de su asombro, le dijo que aquel era un loco que había sido jardinero y que ahora tenía la manía de sacar agua con un caldero roto, pasándose horas y horas sin hacer otra cosa.

Después estuvimos viendo las celdas de los más graves, y al pasar por la celda número 15 miramos por el ventanillo de la puerta, como habíamos hecho en todas, y vimos un hombre pálido, melancólico, como sometido a una gran tristeza; y por la explicación que nos dió el médico tenía la locura de echarse en el suelo y luego se ponía encima gran número de chapas de hierro de un peso terrible; en aquella posición pretendía levantarse, y como no podía, se desesperaba. Pero aun entonces, en lugar de quitárselas, procuraba echarse más y más peso, hasta que llegaba a ser éste sumamente enorme.

Seguimos viendo casos rarísimos, como lo son los de la mayoría de los locos.

Quise después recordarlos, y los primeros que me vinieron a la memoria fueron los dos que acabo de contar.

El primero, que quería sacar agua con aquel caldero sin fondo, me recuerda a los que con sólo dinero quieren llenar su pobre alma.

El segundo, a estos mismos que se echan más y más peso de riquezas, como si así pudieran encontrar descanso.—*M. J., Congr.*

Correspondencia abierta

Se aprovecha de todo.

Sigo ayudando a misa y comulgando; porque aunque me cuesta levantarme temprano, todo esto no vale nada para lo que Jesucristo padeció por mí.

Le voy a referir un viaje que hicimos a Bermeo.

Salimos de aquí a eso de las cuatro y media y fuimos todo el camino viendo preciosos paisajes de mar y tierra; allí me acordaba de la grandeza de Dios, que es muchísimo mayor; al llegar, entramos en una Iglesia y rezamos el Santo Rosario, dimos una vuelta por el puerto y volvimos a casa; estoy como siempre, acordándome mucho de usted y de sus congregantes; que Dios y la Virgen los bendiga.—*R. S., Congr.*

Cómo está éste contento.

Tengo que levantarme a las cinco, y como puede comprender es un gran sacrificio para mí. ¡Qué verdad es aquel refrán que dice: más hace el que quiere, que el que puede; pues aunque me tengo que levantar tan temprano le aseguro que estoy contentísimo.

E. M., Congr.

Cómo se cae al infierno.

Ya le ponía en mi carta anterior que me he caído de un árbol, y le voy a decir cómo fué: Después que me examiné, otro chico y yo andábamos solos; vimos un nido en la punta de un castaño y nos subimos a cogerlo, y cuando estábamos bastante altos se rompió la rama en que estaba y me caí; yo creía que me moría, porque me hice mucho daño. Cuando me fuí poniendo un poco mejor, les dije a los que me cuidaban que no quería ser aviador ni de balde.

Me pregutaba usted también en su carta que cómo se puede caer de un árbol al infierno? Sí, se puede caer de un árbol al infierno, si el que cae está en pecado mortal y se mata al caer.—*J. L. A., Congr.*

Con poco se contenta.

La tarde que tenemos libre, salimos después de merendar, y nuestro mayor gusto es ir montados en carro al monte, si nos permite el aldeano.—*I. L. A., Congr.*

Cómo se divierten.

Como los buenos congregantes, vamos todos los días a misa de siete y media y comulgamos; estamos aprendiendo a ayudar a misa en San Juan; luego desayunamos con muchas ganas y estudiamos una hora para que no olvidemos lo que hemos aprendido. Un día de estos vamos a ir a la Virgen de la Peña desde la mañana hasta la noche; la comida la llevaremos en un pollino, que aquí hay bastantes. Ya estoy viendo lo que nos vamos a divertir.—*J. L. I., Congr.*

¡Aún hay fe!

En este pueblo hay un San Roque a quién el pueblo tiene mucha devoción.

Este año, con motivo de la sequía, le han hecho una rogativa para que lloviera, y en seguida vino el agua. Así que el pueblo está muy contento.

Entre los compañeros tengo uno que estudia para sacerdote.—*T. C., Congr.*



Núm. 75.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Octubre de 1919

Cómo pasamos el verano.

Como todos los años, el día del Carmen honramos a nuestra Madre, sin mucho sacrificio nuestro, tomando parte en la pintoresca procesión por mar que se celebra ese día en el puerto exterior.

Plencia-Górliz.

Nuestra primera excursión por tierra fué a Plencia, y como de ordinario en nuestras excursiones, sentimos la protección especial de la Santísima Virgen: llovió muy bien a la ida y a la vuelta, cuando estábamos metidos en los coches del tren, y poco antes de comer, cuando teníamos donde abrigarnos.

Al ir nos cruzamos con un tren especial de Adoradores bilbaínos que volvían de su fiesta de las Espigas. Llegamos nosotros ese día a completar su propaganda eucarística.

¡¡Que les aproveche a los plencianos!!

Estos estuvieron muy obsequiosos, pues después de facilitarnos el banquete del cielo, nos abrieron las puertas del Casino para que pudiésemos desayunar allí cómodamente. ¡Lástima no pudiera nuestra presencia santificarlo; aunque nos hubiéramos contentado con desinfectarlo, de lo que debe tener mucha necesidad en el verano!

Tuvimos después regatas en la ría y algunos pasearon por el mar en un hermoso gasolino. Pasamos por la playa al nuevo Sanatorio de Górliz. No es de extrañar que en aquella playa, tan aireada y abrigada, mejoren los enfermos, aun los más raquíticos, visiblemente día por día. Estábamos autorizados para comer en alguna de las galerías aún deshabitadas, y una de ellas nos sirvió de comedor, mientras caía un buen chaparrón.

Parte en las peñas, detrás de un monte, y parte en la playa, pasamos la tarde, y no hay que decir que se nos hizo corta.

Zalla-Valmaseda.

También aquí la Providencia se mostró, como siempre, paternal con nosotros. A pesar del retraso de media hora, el párroco nos esperaba revestido en el altar, para empezar la Misa y darnos la Comunión tan pronto como llegásemos; y a la vuelta, en Valmaseda, encontramos a un Jefe de estación tan amable, que nos dejó tomar el tren de la otra línea, la de Santander; pues de haber vuelto por la línea que fuímos, hubiéramos llegado a las 10 de la noche, en vez de llegar a las 8,30 como llegamos puntualmente.

Esta fué una excursión montaraz y con comer en sitio muy apartado, nada nos faltó.

¡Lástima que por la tarde no hubiéramos echado a andar un poco antes para poder tomar parte activa en una procesión que hubo en Valmaseda, con lo que los PP. Misioneros del Corazón de María honraban a su Patrona! Por muy poco la perdimos. ¡Otro año será!

Durango-Abadiano.

La ida fué en tranvía, y así no pudimos comulgar hasta las 9,30 con salir a las 7. La vuelta, en tren rápido; lo inverso hubiera sido mejor. En la Residencia de los PP. Jesuítas esperaba un Padre revestido para decirnos la Misa y comulgar. Fuimos después a los comedores de los ejercitantes y de los colegiales del nuevo internado de latín. Allí, con toda comodidad, nos dejamos obsequiar de los Padres, que quisieron servirnos ellos mismos. El tiempo estuvo amenazador, pero para nosotros no fueron esas amenazas; la lluvia cayó antes que llegásemos y nos quitó el polvo e impidió que el calor nos molestase. Allí mismo, en el Colegio, jugamos a la pelota e hicimos unas carreras, y, con otra más lenta, llegamos a Abadiano. Allí lo encontramos todo a punto. En el gran pórtico estaban puestas las mesas por si llovía, y en efecto, llovió mientras comíamos. Fuimos obsequiados como en pocas partes. ¡Dios se lo pagará a la familia del señor Nebreda y a las hermanas de su esposa!

Dimos la vuelta a Durango por la Granja y pudimos ver los ejemplares de todas clases que tiene allí la Diputación; y no sólo vimos,

sino oímos también el rugido, más que mugido, de uno de los toros: molestado con nuestra presencia, quiso ponernos miedo y nos lo puso, aun estando bien atado como estaba.

Por más propósitos que teníamos de llevarnos todos los cangrejos del arroyo que por allí pasa, y aunque hicimos algunos esfuerzos en lo que nos quedó de la tarde, no conseguimos nuestro deseo, y con unos pocos cangrejos como de muestra, nos volvimos a nuestras casas.

Nos quedaba por hacer la excursión al Santo Cristo de Limpias y todo lo teníamos arreglado y previsto, cuando se nos echó encima el invierno inesperadamente. Otro verano será.

P. P., Congr.

Una buena campaña.

En uno de estos pueblos de Vizcaya, donde se reunen por millares los obreros alrededor de las grandes industrias, hubo un alcalde que empuñó muchos años el bastón de mando.

Hombre recto, se propuso desterrar en cuanto pudo la blasfemia pública. Uno de sus primeros bandos fue el de multar a todo blasfemo, y la multa aumentaba con la reincidencia.

Y no paró el bando en lo que paran casi todos los de este género: en letra muerta y tinta perdida; lo urgió tanto y tan bien, que a los pocos meses solamente los que venían de nuevo a trabajar a las fábricas eran los que caían en la condena.

Y es el caso que esas multas iban a parar a una cuenta especial, que había mandado abrir el alcalde al cajero del Ayuntamiento.

Iban ya sumándose tantas en los diez años de alcaldía, que un concejal preguntó en sesión ordinaria el destino que se daría a aquella cantidad de más de 5.000 pesetas.

No deseaba el alcalde otra pregunta, para indicar su propósito de destinar aquella cantidad para adquirir unas buenas campanas.

A todos los concejales de las derechas, que sumados eran mayoría, les pareció felicísima la idea, y quedó aprobada. «De este modo», dijo todo satisfecho el alcalde al ver tan bien recibida su proposición, «de este modo las blasfemias se convertirán en cuanto sea posible en alabanzas al Señor».

Se encargaron unas sonoras campanas y se mandó inscribir en ellas unos versos que ahora los quisiera recordar.

T. G. Congr.

La amistad más pura.

I

Durante las vacaciones nos pasábamos Carlos y yo casi todo el día en el colegio, entreteniéndonos con los muchos y variados juegos que allí nos proporcionaba el Director de la Congregación; éstos se interrumpían con saludables reflexiones que a Carlos le ocurrían.

Yo veía resplandecer en Carlos sus sólidas virtudes, y procuraba imitarle, estrechando más y más los vínculos de nuestra amistad; y si no hubiese sido por él, ya para estas fechas me hubiera perdido.

Como conocía tan admirablemente su corazón, me desahogaba contándole mis cuitas. Un día hablando los dos, como acostumbrábamos, versó la conversación sobre la carrera que íbamos a seguir. Yo le dije francamente, que aún estaba indeciso sobre el partido que iba a tomar. El me respondió por el contrario muy afirmativamente, que hacía dos años sentía en sí vocación para el estado religioso. A mí me sorprendió y no me sorprendió semejante respuesta: en un chico tan bueno no es extraño, me decía yo, que brote tan generoso deseo.

II

Poco antes de acabar el curso se hizo público que Carlos iba a entrar en la Compañía de Jesús. Esta resolución produjo saludables efectos en algunos de los más sensatos y reflexivos, y hubo varios que manifestaron deseos de imitarle; en cambio otros muchos, debido sin duda al poco aprecio con que miran a los religiosos, no acertaban a comprender cómo un muchacho de tanto porvenir y que había obtenido los éxitos más brillantes entre entre los 650 alumnos del colegio, tomaba tal resolución; pero no faltaron algunos que, al considerar las verdades eternas de los ejercios, cambiaron su manera de pensar y acabaron por admirar y aun envidiar el valor de su amigo Carlos.

A la salida de los ejercicios pude estar con él para despedirme, pues habíame avisado mi padre que marchase a casa cuanto antes.

Después de muchos y muy buenos consejos que me dió, acabó diciéndome:

«En el cielo nos veremos».

Callé no entendiendo el significado de aquella frase. Pero recordé enseguida el ejemplo que nos propuso Fray Daniel al darnos los ejercicios, y comprendí que el cielo a que aludió era la vida religiosa.

Carlos había interpretado mis deseos, y le respondí: «Bien dices, Carlos, allí nos veremos. Te lo prometo.»

Vino a despedirme a la estación y allí estuvimos hablando largo rato hasta que vino a cortar nuestra conversación la voz de «Señores viajeros al tren». Nos dimos un fuerte abrazo y subí precipitadamente a mi vagón, que ya estaba en marcha. Los dos no pudimos impedir se nos saltaran abundantes lágrimas. ¡Cuánto y cuán de veras nos amábamos!

Seguí asomado a la ventanilla para contemplar a mi querido Carlos, hasta que perdiéndole de vista, me senté en mi departamento, sacando un libro que me había regalado; ya podéis figuraros de qué estilo sería.

III

Qué verano más terrible me estoy pasando. Después de aprobado el sexto año de Bachiller con un sobresaliente, tres notables y un aprobado, se le ocurre traerme a mi padre aquí al extranjero, para que estudie medicina examinándome en Setiembre de dos asignaturas de preparatorio. Pero qué se le va a hacer. «Obedecer es amar». Menos mal que estamos cerca del colegio a donde probablemente vendrá Carlos, y así nos podremos ver con mucha frecuencia.

Estaba embebido en estos pensamientos una mañana de Agosto, delante de un libro más grande que mi cabeza, cuando dan dos golpes en la puerta. Me asaltó enseguida la idea de que era mi padre el que llamaba, e hincando los codos en la mesa me puse a fingir que estudiaba; pero se me contrapuso esta otra idea en mi cerebro: Mi padre, cuando entra, lo hace sin llamar. Ya entonces respiré y dije con todos mis pulmones, como un director en su despacho: ¡Pase! Y entra Marcelina, la menegilda, más pocha que una lechuga en invierno, con una carta en la mano, que me la deja en la mesa.

La pregunté si la acababan de traer y ella por no hablar me dice que sí con la cabeza, y dándose media vuelta cierra estrepitosamente la puerta. Yo me quedé mirándola y me dije: ¡cuidado que son raras las viejas!

Cojo la carta y no hago más que ver la letra de la dirección, cuando mi alma se llenó de un contento especial, al recordar mis ocho años en el colegio junto a mi inolvidable Carlos de quien la recibía; la desdoblé ansiosamente y comencé a leer:

«16 de Agosto de 1919

Querido Ramón:

Por tu carta del día dos del corriente, he sabido la determinación que has tomado de comenzar la carrera de medicina, y te doy por ello la más cordial enhorabuena.

Ya puedes ver por el lugar donde está fechada esta carta dónde me encuentro. Tú, a pesar de que me prometiste seguirme a la salida de ejercicios, aún no te has presentado por aquí».

Una lágrima corrió por mis mejillas cayendo precipitada sobre la carta al mismo tiempo que exhalé un profundo suspiro; pensaba en lo que había prometido y cuánto me costaba realizarlo por la continua oposición de mis padres. Levanté los ojos y vi un cuadrito del Sagrado Corazón; murmuraron mis labios una plegaria para que viese pronto realizados mis propósitos.

Al fin conseguí serenarme y seguí leyendo:

«He tomado la sotana el día 15, festividad de nuestra Señora, y no puedes figurarte lo contento que estoy. Tengo de instructor al H. Alfonso, antiguo conocido mío, y me figuro que a mediados de Setiembre entraré en ejercicios con otros cinco que llegaron poco antes que yo.

Saluda de mi parte a tus padres y a los conocidos míos que veas.

Todo tuyo en el Señor

Carlos, N. S. J.»

Apenas acababa de leerla, cuando se presenta mi padre y me dice:

«Ya sé que has tenido una carta de Carlos.» Y viéndola encima de la mesa, me la coge y se pone a leerla. Al cabo de haberla mirado y remirado mucho me volvió a decir:

«¡Está bien, está bien! ¡De modo que tú prometiste a Carlos seguirle!»

—«Ya sabes que sí, papá, y si no lo he hecho ha sido porque tú me lo has impedido», respondí firmemente.

—«Basta, basta, no quiero hablar más de eso», dijo mi padre para acallar sus remordimientos.

—«Lo que podías hacer, papá, era dejarme ir a verle, pues tenemos muchas ganas de vernos.»

Vaciló un momento y después me respondió: «Con tal que no te quedes allí, puedes ir.»

¡Para qué quería yo más! Me fuí enseguida a prepararlo todo para marcharme al día siguiente.

IV

Llegué por fin al Noviciado en que estaba Carlos, y no tardé en poder verle. Después de darle un fuerte abrazo, hablé con él durante largo rato; y palpé una vez más que se encontraba como en su centro, rebosando satisfacción por todos sus sentidos; y no una satisfacción pueril producida por lo nuevo de la vida, sino una satisfacción honda, reposada, natural en su alma bien inclinada, que por vez primera se encontraba en un ambiente de intensa piedad.

Después le pregunté qué era lo que más le chocaba.

Y me respondió que lo que más le llamaba la atención es lo excesivamente risueños que ve a los novicios. Y no advertía que él también se va contagiando de la misma enfermedad.

También le dije cómo podía con los trabajos del noviciado siendo un joven tan delicado como había sido.

Pero él me replicó muy sereno: «Todo lo que tengo que hacer ya me lo figuraba, y con el favor de la Virgen, a la que siempre he tenido mucha devoción, se va haciendo todo suave y fácil».

Comprendí que Carlos estaba deseando le hablase de la promesa que le había hecho al despedirme, y, como el principal objeto de mi visita era también ése, al ver lo contento que estaba Carlos, le dije que con gusto me quedaría con él; pero que había prometido a mi padre volver, y por entonces no podía hacer otra cosa. «Sin embargo, en cuanto vaya a casa rogaré a mi padre que me deje venir otra vez, pero para quedarme. Aunque mucho lo dudo, pues ya sabes cómo se opone mi padre a ello; pero pidiéndoselo con constancia a la Virgen lo conseguiré más tarde o más temprano.»

Larga y efusiva fué nuestra entrevista y me despedí, mas para poco tiempo.

Así lo espero y cada día más vivamente.

R. R., Congr.

Universidad de Deusto Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

Fácil modo de arreglar cuentas.

Al pensar en los agradables ratos de veraneo, me viene frecuentemente a la memoria la graciosa figura del Sr. Manuel, regordete, de ancha cara, coloradote y de muy buena pasta.

Este buen hombre desempeñaba el cargo de arriero o recadista entre el pueblo y la capital, ganábase la vida llevando y trayendo recados y cosas entre ambas poblaciones.

Para despachar los recados se valía de un medio ingenioso que me describía con su graciosa charla:

La víspera de la salida admitía toda clase de encargos. Tenía un paquete de papelitos como los que forman el taco de un calendario, y conforme le daban los encargos los iba apuntando en papeles separados.

—A la señora Tomasa una escoba fuerte y barata.

—A Baltasar, el del herrero, un trompo grande que baile bien; me entregó dos cuatrenas.

—Al hijo del esquilador, un pito que pite mucho; me dió tres ochenas.

—Al señor Secretario, una caja de sobres, un tintero y una caja de plumas; recibí nueve reales.

Por este estilo iba apuntando todos los recados, extendia los papelillos sobre una mesa de su cuarto y sobre cada uno ponía el dinero, si se lo entregaban.

Poco antes de salir para la ciudad se acercaba a la mesa, daba tres fenomenales resoplidos y los papelitos que no tenían dinero, iban revoloteando por el cuarto.

Recogía los papeles que hallaba sobre la mesa, liaba en cada uno el dinero correspondiente y al avío.

Al volver, la gente le acosaba como un enjambre

—Señor Manuel, mi trompo.

—Aquí está, que baila solo.

—Señor Manuel, mi pito.

—Tómalo y no des la lata a tu madre.

—¿Y mi escoba?

—¿Qué escoba?

—La que le encargué que fuese fuerte y barata.

—¡Córcholis! Debió de llevar el viento el papelillo en que tomé la anotación; como no tenía peso encima...

Así iba despachando la gente, entregando los encargos a los que le habían dado su importe y echando la culpa de los recados no cumplidos al viento.

Y al recordar todo esto, y reflexionar sobre ello, veo que algo semejante nos sucede en punto a los propósitos: unos hacen propósitos buenos, muy buenos y los llevan a cabo con tesón. Otros los hacen de palabra y muy generales, pero no ponen los medios para cumplirlos, y luego viene el diablo, que viene a ser el mal compañero, sopla algo a la oreja y se lo lleva todo la trampa, se va con él al cine y le oye cuanto sale de aquella mala boca.

I. G., Congr.

Un sueño reparador.

Ramón estaba a dos pasos de la muerte. Y ¡qué muerte le esperaba! No quería recibir los Santos Sacramentos, y sus poco escrupulosos deudos, no se preocupaban de que los recibiera: muriera como muriera, se contentarían con poner sobre su tumba una valiosísima corona como recuerdo imperecedero de su cariño.

No obstante se salvó su alma. Veréis cómo.

Ramón no había sido siempre malo. En el principio de su juventud hasta perteneció a una Congregación de María, y allí oyó hablar de las misiones, y ya entonces había dado para ellas algunas limosnas. Pero aquellos buenos tiempos pasaron. Más adelante llegaron las pasiones, y se cansó de luchar; no supo dominarlas y éstas le perdieron. Pero aun entonces siguió dando limosna para las Misiones, y aquella limosna era la única obra buena que se acordaba haber hecho en toda su vida.

Próximo a expirar, tuvo el siguiente sueño que le sacó del letargo del pecado en que se hallaba. Le pareció que había muerto.

Su alma pasó a la antesala del cielo en donde fué juzgada Pero era tan grande el número de iniquidades, que iba a caer desplomada en los profundos infiernos, cuando de la tierra subió un clamoreo suave y acompasado. Su ángel de la guarda la detuvo. De la tierra subían oraciones, pedían por él.

Con las limosnas, que en su juventud dió para las misiones, había ayudado a convertir algunas almas; éstas habían traído otras al redil del Buen Pastor llegando a constituir familias cristianas, de tal modo, que para su muerte se había formado ya un pequeño pueblo cristiano que todos los días oraba por sus bienhechores.

No había, pues, tiempo que perder. Acercándose el ángel cogió las oraciones amontonadas en el lugar de los méritos día tras día por aquellos humildes convertidos y echolas en el platillo de la derecha.

La balanza osciló, titubeó como si estuviera rehacia y quisiera aún inclinarse al lado izquierdo; mas al fin se igualan ambos platillos. Era necesario un poco más. El ángel, entre esperanzado y perplejo, miraba ora a la balanza ora a la tierra donde los convertidos oraban con fervor.

Pero las oraciones siguieron subiendo y cayendo sobre el platillo de la derecha; éste comenzó a pesar más... y por último venció a su contrario.

El ángel dió un suspiro. Y Ramón despertó de su letargo; mandó llamar al instante al Director de la Congregación, a que de niño había pertenecido; le contó el sueño, y, mientras el Padre no acababa de admirarse de la admirable Providencia de Dios, que tan maternal se había mostrado con Ramón, éste se preparaba para hacer una buena confesión; recibió después de ella el cuerpo del Señor y expiró tranquilamente repitiendo sin cesar en sus últimos momentos la sentencia de San Agustín: «salva un alma, y salvarás la tuya».

L. M., Congr.



Núm. 76.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Noviembre de 1919

Visita singular.

No hace mucho que estaba en la puerta de la casa de mi amigo esperando a que bajase para irnos a dar un paseo.

No sé por qué me figuré que tardaría en bajar, y acerté; pero no perdí el tiempo; era la hora en que más gente transitaba por la calle y puse mi atención en los maltrechos que pasaban.

No fueron pocos los tales que pasaron al cabo de un cuarto de hora que tardó en bajar mi amigo. Aun sin haber sufrido aquí consecuencias directas de la guerra, pasaron por delante de mí: cuatro cojos o semicojos, dos tuertos o que parecían serlo, uno con las espaldas cargadas y otro sobrecargadas; y con cara de hambre, o su equivalente el vicio, pasaron no sé cuántos y algunos muy bien vestidos.

Bajó por fin mi amigo de su casa e interrumpió mi cuenta. Le dije en lo que me había entretenido y se rió de mi ocurrencia.

De vuelta de nuestro paseo arribamos, como solemos hacerlo todas las tardes, en la parroquia próxima y, allí, delante del Señor, se me vino enseguida a la memoria los más o menos lisiados que pasaron delante de mí antes de empezar nuestro paseo. Aquello que al principio me pareció una distracción, se convirtió en materia de grandísimo agradecimiento al Señor que estaba visitando, y, con quien, sin darme casi cuenta, empecé a hablar en esta forma: Si no soy yo cojo o tuerto o peor que todo esto, es por que tú, Señor, no lo has permitido. Tú has querido que mis piernas sean iguales y mis ojos miren como deben; en fin, que no llame la atención como tantos pobrecitos la llaman por algún defecto.

Con estos y parecidos pensamientos pasé los cinco minutos que suelen durar nuestras visitas al Señor todas las tardes.

Esta vez salí animado a demostrarle, con vencimientos propios, que le estoy agradecido.

Y así si alguna cosa me mandan, que me cuesta, me digo a mí mismo: vamos que si fuese cojo y te prometiesen quitarte la cojera ¿no harías ésto?—Volando—y lo hago.

Y si estuvieses en cama con dolores y te dijesen que te ponías bien si te decidías a no perder un día la misa ¿no irías?—Y bien puntual.

Pues con reflexiones como ésta, me animo en muchas ocasiones a vencerme, y me cuesta muy poco lo que antes no acertaba a hacerlo por indecisión y cobardía.

M. M., Cong.

Un verdadero rico.

En otra ocasión me refirió mi padre la historia de un comerciante, amigo suyo, establecido en una de las más ricas ciudades de España y conocido de toda la población por su probidad y por la bondad de su corazón. Salía airoso de todas sus empresas y eran considerables los beneficios que cada año reportaba de las mismas.

Como fiel observador del Evangelio, cifraba toda su dicha en consolar a los pobres. Su bolsa estaba abierta para cuantos a él recurrían; todos le consideraban como la providencia de los pobres de la comarca.

Por desgracia, su mujer distaba mucho de parecérsele: poseída de sórdida avaricia, quejábase amargamente, cuantas veces notaba que su marido había empleado el dinero en buenas obras. Echábale en cara que no pensaba en el porvenir de sus hijos, y que, si la fortuna llegase a serle desfavorable, caería en la miseria.

«Dios proveerá de nosotros en este caso, respondía el buen hombre; puesto que El me da las riquezas, es para que use bien de ellas; y de ningún modo puedo hacerlo mejor que socorriendo a los desgraciados.»

Sin embargo, para cortar sucesivas disputas, tomó el magnánimo comerciante la resolución de no hablar más a su mujer de sus negocios, y así colocó desde aquel día sus papeles importantes en una cajita particular.

Cuando volvía a casa fatigado de los negocios del día, penetraba solo en la habitación en que había puesto la preciosa caja, y salía con el rostro risueño.

Más de una vez su mujer que le aguardaba a la puerta para despedirle, advirtió con inquietud que se llevaba sumas considerables de dinero, y no pudiendo contenerse le decía: «Pero oye ¿qué vas a hacer de ese dinero?» «Un gran negocio», era la respuesta, y el dinero pasaba a mano de los pobres.

Por justos designios de Dios, nuestro mercader vino a caer enfermo, y a los pocos días agravóse tanto, que se perdió toda esperanza de su salud. No abandonó aún en esta circunstancia ninguno de sus deberes, y a pesar de sus sufrimientos puso orden en los negocios, tanto de su conciencia como de su comercio.

Pasó la crisis, pero quedó tan débil, que no había esperanza; entonces le ocurrió una idea singular; mandó que tomasen de su cajita un rollo de papeles cuidadosamente plegados y envueltos.

Estos queridos papeles se parecen a un maravilloso talismán; han tenido siempre el privilegio de hacerme olvidar los pesares de esta vida. Colocadlos bajo mi cabeza a guisa de almohada y no dudo que mitigarán mis dolores.

Obedeció su mujer y el enfermo aseguró que aquella nueva almohada le era más blanda que si fuera de suave plumón. Poco después cerró los ojos y se durmió el sueño eterno con la sonrisa en los labios

Después de calmarse la primera impresión de dolorosa sorpresa, el primer cuidado de la mujer fué abrir el misterioso paquete, tan grande era su curiosidad.

Todas las miradas se dirigieron al rollo; rompe el sello y halla una multitud de cartas y de bonos; cartas de reconocimiento recibidas de personas a quienes el generoso mercader había colmado de beneficios; obligaciones de sus deudores, que había anulado por caridad. Y esto era lo que, cual bálsamo, había suavizado los trabajos de toda su vida, lo que tan dulcemente había consolado su última hora.

Esto no lo entienden la mayoría de los ricos. No pueden disponer de lo suyo para bien de otros. ¡Pobrecitos!

I. G., Congr.

Lo que más consuela.

No sé lo que tienen algunas familias, que cuando Dios quiere bendecirlas de una manera especial, las bendice de veras. De éstas fué la familia de don José Iturry.

Uno a uno se le habían marchado sus hijos a otro mundo mejor, que no es este mundo de pasiones, a la religión. El primero, Jorge, guapísimo muchacho que había hecho concebir a sus padres por su talento esperanzas de un porvenir brillantísimo. El día que aquel hijo manifestó que iba a Loyola a hacer ejercicios, al despedirle su misma madre, le dijo: «No vuelvas; ganarás mucho más si no vuelves.»

Después marchó Luisa, cuando apenas tenía 16 años. Luego María, y por último la hija más amada. Tembló al decir su resolución a sus padres, como con miedo de que se les acabase aquella virtud admirable, aquel maravilloso espíritu de sacrificio.

«Padres: Dios me llama a mí como a mis hermanos; dadme vuestro consentimiento; Dios me llama.»

Callaron los padres ante la rudeza del golpe; otro hijo, el cuarto, que se les iba. Lloró la madre y por un momento parecía que había decaído el ánimo en los esposos Iturry.

—«¿Lloras? María.»

—«Sí lloro, pero es de alegría; de agradecimiento a Dios que nos quiere tanto, que nos colma de gracias.

Al día siguiente partía la hija al noviciado de las Esclavas.

* * *

Algunos meses después la madre sentía llegar la hora de la recompensa colmada. Aquellos cuatro sacrificios veía ella transformarse en otras tantas coronas de gloria bien cercanas por cierto. Por eso D.ª María quedaba tranquila frente a la muerte y la miraba como un premio, como una señal de que Dios estaba satisfecha de ella.

Aquel día era para la familia Iturry un día de penas, o mejor dicho, había motivo para que fuera día de penas, pero no lo era.

D.ª María, la señora de casa apreciadísima por sus virtudes, se moría. Una dolencia del hígado la tuvo en cama una temporada, y por fin el desenlace temido llegaba...

En efecto, el rostro de D.ª María tenía ya el color de la muerte y un brillo particular de su cutis, indicaba la proximidad de los sudores de agonía.

Sin embargo, la paz de que gozaba en su alma, exteriorizada en la tranquilidad de su rostro, no demostraba que estuviera en trance tan terrible.

En la alcoba se hallaban el esposo amado y su querido hijo que, arrodillados a la cabecera de la cama, rezaban.

Y la enferma dirigía su mirada amortiguada, ya a aquellos seres queridos, ya al crucifijo que sus trémulas manos sostenían, como si éstas fueran las tres únicas prendas de su amor.

Por fin, después de un prolongado rato de silencio, alzando la voz dijo con voz naturalísima:

«Acércate Luis. Acércate, hijo mío. Me muero, pero la muerte con Dios es vida. Alegraos, porque hoy es el día de mi dicha. Me despido, pero me despido hasta luego. Porque esta vida no es más que un momento. Hasta enseguida. Hasta ahora mismo.»

Doña María abrazó entonces a su esposo y a su hijo, y quedó un momento postrada; luego balbuceó alguna incoherencia como perdiendo el conocimiento. Se repuso sin embargo enseguida.

«No sé lo que me digo, se me va la cabeza y me duermo», y en voz alta comenzó a decir con toda claridad:

«Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía.»

«Jesús, José y María, asistidme en esta última agonía.»

Una oración más entre dientes y el alma de D.ª María abandonó el cuerpo para volar limpia y pura a recibir el premio de aquellos sacrificios, que ahora iban a pesar buenas arrobas en la balanza de las virtudes.

Don Luis aplicó un fósforo encendido a la boca de D.ª María por ver si quedaba un rastro de aliento, y como encontró que había ya expirado, le cerró los ojos y le cruzó las manos, poniendo entre ellas un crucifijo de plata, de la devoción de la difunta.

El mismo la amortajó; él la metió en la caja, cerrándola luego con mucho cuidado, y todo sin una lágrima; animando a todos para que no tuviesen pena en el día feliz.

Más tarde, cuando por un resquicio del balcón veía alejarse la fúnebre comitiva que acompañaba a su esposa, D. Luis se despidió con un «Hasta pronto, María», y después rezó con humildad oraciones que por fuerza tenían que ser agradables en la presencia de Altísimo. En aquella familia ni en aquel día tuvo lugar la tristeza.

¡Así mueren los cristianos que son en vida generosos con Dios!

A. M. M., Congr.

Dos buenos recuerdos

Se me han quedado muy grabados estos dos ejemplos que leí hace mucho; y no poco me han servido para quitar algunas mañanas la pereza.

I

Hace poco se presentó al misionero de una misión japonesa un niño de unos nueve años y le pidió con insistencia ser admitido a la primera comunión.

—Nó, le dice el misionero; tienes antes que aprender de memoria el catecismo.

—Es que ya me lo sé, replica el niño, preguntadme.

Le examina brevemente el Padre y le encuentra con suficiente instrucción; pero le advierte que tendrá que esperar unos dos meses para recibir con otros solemnemente la primera comunión.

¡Largo plazo para el niño fervoroso!

—Y yo... ¿cuándo recibo la sagrada comunión? ¿cuándo recibo la sagrada comunión? repite varias veces. Y hasta llega a pedir a otros para que intercedieran con el misionero para que le dejara comulgar, y lo consiguió.

II

Un domingo, después de misa, se llegó a un Padre jesuíta misionero en el Brasil, una mujer trayendo a la espalda una criatura de pocos meses y una hija de cuatro o cinco años de la mano,

—Padre, le dijo, quisiera comulgar.

—Es tarde, contestó el misionero, y no se guarda el Santísimo. (El mal estado de la capilla no lo permitía).

Entonces la pobre mujer levantó los ojos al cielo, y dijo:

¡Ay, Padre! ¡cuánto tiempo hace que deseo la comunión y jamás puedo asistir a misa!

Y gruesas lágrimas bañaron sus ojos.

—Bueno, bueno, le dijo el Padre; el domingo que viene ya podrás venir, ¿no es así?

—¡Ay! ya quisiera, Padre, pero vivo a tres leguas de aquí, en la selva; soy pobre y no tengo quien me cuide estas criaturas. He andado toda la noche con los niños al brazo; en ayunas, me confesé antes de la misa y el Padrecito Dios no ha querido venir a mí.

—¿Cómo ha sido eso? Si has estado en misa, ¿por qué no te has acercado a comulgar?

—¡Ah! Padre! un poquito antes de la comunión la criaturita ha comenzado a gritar y me he salido fuera para no molestar, y cuando volví ya había terminado la Comunión. ¡Ay! ¡El Padrecito Dios no ha querido venir a mí!

Y la pobrecita lloraba desconsolada.

La consoló el misionero como pudo. Después comió alguna cosilla y se volvió llena de tristeza a su selva. Pero, al domingo siguiente, aquella buena cristiana volvió y logró recibir al Señor.

S. J., Congr.

Un alma noble.

El hecho es histórico y acaecido pocos años há a un joven de 13 años en un buen colegio.

Encontrándose una tarde haciendo el Vía Crucis en la devota y casi del todo oscura capilla, acompañado tan sólo del divino prisionero del Sagrario, iba deteniéndose cada vez más, según adelantaba en las estaciones.

Al llegar a la 11.ª en que se considera a Jesús clavado en la cruz, parecióle oír en su interior aquellas palabras «Me amó y se entregó a la muerte por mí.»

Fijó con devoción sus ojos en aquel retablo de dolores y al ver el amor y mansedumbre con que el Salvador extendía una mano mientras le clavaban cruelmente la otra, parecióle que junto con la roja sangre que brotaba de las llagas, salía también del fondo de su propia alma más clara y distintamente que nunca esta voz: «Me amó y se entregó a la muerte por mí.» Acordóse entonces de unas palabras que había leído días antes, y en un arranque de nobleza y generosidad, propia de corazones juveniles, con el alma toda enardecida, exclamó: «Pues, sangre por sangre y vida por vida.»

Y allí mismo, ante aquel cuadro que tan claro le decía el amor de un Dios a los hombres, con resolución irrevocable, se entregó por completo a su Señor con ánimo de ir a donde pudiera derramar él también su sangre o por lo menos acabar su vida entre trabajos y privaciones, por dar a conocer a los infieles la bondad de su verdadero Dios.

N. J., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

Consecuencias de los mimos.

En una ciudad importante fué condenado a la última pena el hijo mayor de una noble familia. Hallándose en capilla, se confesó lleno de arrepentimiento y sincero dolor con un Padre de la Compañía de Jesús.

Terminada la confesión, le suplicó el reo hiciese venir a su padre a la cárcel para que le perdonase y le trajera al mismo tiempo el perdón de su madre. Hízolo el confesor. Costóle no poco a su padre acceder a los deseos de su hijo; al fín fué a la cárcel.

Apenas le vió, aquel joven se echó a los pies de su padre y le pidió le perdonase, y que lo hiciese asimismo en nombre de la madre. Conmovido profundamente el padre, concedió ambos perdones al hijó, abrazándole con ternura.

Entonces, levantándose éste, dijo:—Ahora, padre, le perdono yo el mal que usted me ha hecho.

—¡Qué mal te he hecho, hijo mío!¸

—¿Se acuerda usted, padre, de aquel día en que al salir de la iglesia me arrancó usted la medalla diciéndome: Deja esas cosas, que son beaterías de tu madre?—No recuerda usted, añadió, cuando por primera vez me insolenté con los criados, que me dijo: Haces bien, tú eres el amo y puedes tratarlos como quieras?—Acaso se ha olvidado usted que por las primeras malas notas que traje del colegio, fuí reprendido por mi madre, y usted le dijo: Déjale, es rico y no necesita trabajar? ¿Se acuerda de aquel día que, por primera vez, le quité a usted una peseta para jugar; lo supo mi madre, me encerró por castigo y usted me sacó, y, poniéndome en la mano cinco duros, me dijo: Toma, hijo mio, que el dinero es para gastar? .. Pero, cuando perdí la fe, aborrecí el trabajo, de resultas me faltó el dinero y jugué para adquirirlo; perdí y robé para jugar;... y luego asesiné... y mañana subo al patíbulo manchando la nobleza de nuestro apellido con indeleble borrón... Dios le perdone, oh padre, como yo le perdono.

El padre, al oír el relato y la acusación de su hijo, cayó al suelo desmayado de dolor y como herido por un rayo.

No queramos nunca ser mimados, que así nos quieren muy mal.

I. I., Congr.

Como éste hay muchos.

En plática con mi padre, me refirió que conoció en una ocasión a un estudiante que, confiando en la rica herencia que le esperaba, nunca tuvo fuerza de voluntad para estar un cuarto de hora seguido sobre los libros, ni aun ayudado por los profesores que sus padres, pródigamente le proporcionaban. «¿Para qué voy a devanarme los sesos y llevarme malos ratos, se decía, estudiando las Pandectas y embotellándome el Código civil, si yo no he de practicar la abogacía?»

Por fin, a fuerza de recomendaciones y de calabazas, consiguió sacar el título, que era a lo único a que aspiraba para poder firmar en las tarjetas: Fulano de Tal, abogado.

Murieron sus padres al poco tiempo, y quedó el joven dueño absoluto de una gran fortuna y de la inexperiencia de quien no ha tenido que preocuparse nunca de su alimento, sin rienda que le sujetara; se entregó al juego y a otros vicios, en los que comsumió gran parte de su antes bonita herencia.

A la postre, en una jugada de bolsa, aventuró cuanto tenía y se quedó sin un cuarto y sin posibilidad de ganarlo.

En vista de su precaria situación, abandonó la ciudad, teatro de sus prodigalidades; ofreció sus servicios en todas las casas de negocios que había en una lejana comarca, y en ninguna se los aceptaron

Por fin, en una población y por influencia de sus antiguos maestros, a quienes había dado tanto que sufrir en sus años de colegio, entró de cobrador en una empresa de tranvías.

Así acabó el que se fió de los dineros de sus padres y no quiso estudiar ni molestarse en nada.

I. G., Congr.

Un sucedido

Prueba de lo que anima el buen ejemplo, es este sucedido.

Le ocurrió, uno de estos días de fiestas aquí en Bilbao, a un señor venido de Navarra a divertirse, entrar en la iglesia de la Residencia, cuando estábamos los Estanislaos en nuestra misa diaria comulgando.

Tanta impresión le hizo ver a tantos jóvenes comulgando con aquella compostura y recogimiento, que se conmovió y sintió deseos de confesarse y comulgar, como lo hizo enseguida; que según decía él, no lo había pensado hacer ni a cien leguas al venir a Bilbao tan solo a divertirse.

Y según decía, los que más le edificaron fueron los mayorcitos, algunos de 18 y 19 años.

Está visto una vez más que es ésta la mejor predicación, la del buen ejemplo.

L. O., Congr.



Núm. 77.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Diciembre de 1919

Herencia malograda

Corría el año 1843. En la sala-despacho del caserón, que el Sr. D. Miguel Echévarri poseía en la ciudad argentina de Tucumán, se hallaban discutiendo dos hombres sobre un asunto que parecía para uno de los interlocutores de excepcional importancia.

El más joven de ellos, de nombre Martín, era un arrogante tipo vascongado. Parecía tener unos 25 años, y hacía seis que, huyendo del enganche ordenado por los *cristinos* en en las provincias vascongadas para sostener la guerra de los siete años, había emigrado a la Argentina abandonando el dulce hogar de su aldea y buscando en las entonces pródigas tierras americanas, medios para poder hacer fortuna y ayudar a sus ancianos padres.

Al llegar a América se puso el joven a trabajar a las órdenes de un tío suyo que allí había hecho su fortuna; pero habiendo observado éste su poca afición al comercio y que, en cambio, poseía un más que regular talento para la agricultura, a la que se había dedicado en su aldea, le envió a las grandes plantaciones que don Miguel, íntimo amigo suyo, poseía en Tucumán.

Tales eran los personajes que encontramos al comienzo de esta narración. Como he dicho antes, se hallaban discutiendo, y el asunto de su discusión era un anuncio inserto en un periódico que acababan de recibir. Decía en extracto lo siguiente: «Habiendo fallecido repentinamente el comerciante don Francisso Uriarte y Orio, y no habiéndosele encontrado testamento alguno, se anuncia en todos los periódicos de la República que, quien se crea con derecho a la herencia del mencionado señor, se presente dentro del plazo de tres meses, contados a partir del día 15 del presente mes, en el palacio de Justicia, a fin de acreditar su derecho.»

Y a la verdad, el tal anuncio se dirigía bien derecho al joven, puesto que el señor fallecido era su propio tío. Pasado el primer momento de dolor que le produjo el escrito, y convencido por su amo y protector de que duelos con pan son menos, decidieron que Martín debía ponerse en marcha inmediatamente para Buenos Aires, pues aun cuando les sobraba tiempo, era conveniente resolver esta clase de negocios cuanto antes.

En consecuencia, puso en orden los documentos que creyó le serían necesarios para acreditarse como heredero de su tío y se preparó, en fin, para un larguísimo viaje, en el transcurso del cual, difícilmente encontraría alguna habitación humana.

Enjaezó su caballo argentino, y acompañado de un guía, se puso al día siguiente en marcha pensando atravesar a caballo la región selvática del Gran Chaco, que le separaba del río Paraná, en cuyo puerto de Corrientes proyectaba embarcarse para Buenos Aires

Al cabo de algunos días de viaje, en el cual tuvieron ocasión de adiestrarse en el tiro para matar las bestias de que habían de alimentarse, llegaron a una región, cuya soberana belleza cautivó desde el primer momento a nuestro joven; ciertamente, no era para menos.

El paraje a que habían llegado semejaba a un amenísimo vergel, y al penetrar en aquellas selvas sombrías, al comtemplar aquellos panoramas embelesadores de árboles seculares y gigantescos, que enlazando sus ramas determinaban arcos ojivales, y de arbustos caprichosos cuajados de aromáticas flores, al vislumbrar en su aquel primer anuncio la vegetación tropical, decidió Martín quedarse allí por algún tiempo para gozarlo a sus anchas. En vano le advirtió el guía que en aquellos lugares abundaban las serpientes venenosas y demás alimañas salvajes anejas a las bellezas ecuatoriales, y que, por consiguiente, mejor sería dar un rodeo. Siguió el joven aferrado a su loca idea, mientras que el guía, no queriendo correr aquel riesgo, se le separó, prometiéndole reunírselea la salida de aquel bosque.

Bien cara le costó su obstinación.

Al poco tiempo de seguir en aquel peligroso paraje y en un alto que hizo durante la noche para descansar de las fatigas del día fué acometido por un terrible jaguar. En vano intentó Martín defenderse de la fiera; sorpren

Universidad de Deusto
Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

dido por su rugido en el sueño, apenas tuvo tiempo de preparar el arma y disparar; pero en el estado de excitación en que se encontraba no hizo más que rozar la piel de la fiera, que encoraginada por ello, se abalanzó de un salto sobre el joven sin darle tiempo a cargar de nuevo, y le destrozó entre sus garras.

Y por su loca temeridad perdió Martín la vida y la herencia en cuya busca iba.

También nosotros somos viajeros que vamos buscando una gran herencia; lo malo es que, como Martín, nos distraemos muchas veces por lo bonito de ciertas diversiones; y desgraciadamente quedamos maltrechos sin esperanza de alcanzar la herencia del cielo.

J. G., Congr.

¡Qué buena lección da un toro!

Mientras cenaba en casa oí contar a mi padre un hecho que presenció desde el cortijo de la granja de un amigo suyo, en la cual tenía dos hermosos toros de pura raza. El hecho fué el siguiente:

Junto a la granja de su amigo, pasaba la vía del ferrocarril del Norte, y cerca de la vía estaba el campo en el cual pastaban tranquilamente los dos toros. Mi padre y su amigo contemplaban cómo de vez en cuando corrían por aquel prado, respirando el aire de libertad. Al poco oyeron el silbido de la locomotora que arrastraba tras sí un largo convoy con pesada velocidad Entonces vieron cómo uno de los toros se quedó mirando fijamente y con aire amenazador al tren, que se aproximaba desde lejos. De repente dió un mugido y empezó a correr hacia la vía con la cabeza baja. Uno de los pastores trató de cortarle el paso conociendo las intenciones que guiaban al toro; pero éste saltó la valla que separaba el prado de la vía, y se colocó frente a frente del tren que estaba muy próximo. El criado corrió tras él; pero el toro, sin hacerle caso, esperó al tren, fiando en sus potentes cuernos que resultaban impotentes contra aquella masa de hierro. No hay para qué decir que se estrelló pereciendo despedazado debajo de sus ruedas.

Mi padre acabó alabando la valentía de aquella fiera que no retrocedió ante aquel monstruo.

Yo, que estaba haciendo los santos ejercicios, me apliqué el cuento y me sirvió de meditación sobre el sermón del santo temor de Dios que había oído; y al acostarme me hice unas cuantas reflexiones.

Empecé a pensar lo que hacemos los hombres cuando pecamos, que desafiamos a Dios, tan ciegamente como aquel toro desafió al tren.

No hacemos caso de los buenos consejos que oímos a nuestros padres y al confesor; algo así como el toro que huyó cuando el criado quiso parar sus pasos, que le llevaban a una muerte segura.

Así caemos nosotros también bajo el peso de la ira de Dios que al fin se cansa de nuestros pecados.

Yo creí ver en esto un aviso de Dios y le tengo tanto temor, que desde entonces me sentí muy fortificado contra las tentaciones.

J. M. B., Congr.

Una caza original

Conocía yo a un tal Chomin, popular en mi pueblo por el sin número de oficios a que se dedicaba: además de alguacil era recaudador de arbitrios, carpintero, albañil, enterrador, sacristán, guarda jurado, etc., etc.; desempeñando cada uno de ellos según las circunstancias. Yo le estimaba mucho, pues era uno de esos aldeanotes, que cuando se trata de hacer bien no se paran en barras.

Acompañábame muchas veces cuando salía de caza, a la que él y yo éramos muy aficionados; estábamos días enteros por los parajes más recónditos de nuestras montañas en busca de chochas, palomas y otras aves, que se nos pusiesen a tiro A pesar de lo aburrida que a veces resultaba la caza, jamás volvíamos tristes por no haber cogido nada; pues aunque no hubiésemos tirado un tiro, mi Chomin empezaba a decir chirigotas, y así pasábamos el rato.

También cazábamos lobos. zorros, garduñas, que bajaban de los montes cuando nevaba; sobre todo a los zorros los atraía Chomin de una manera muy singular. Íbamos los dos al bosque y nos metíamos en una caseta que él tenía allí, como guarda que era; entonces él sacaba un pote y con un pincel se untaba las suelas de los zapatos de una substancia algo resinosa; daba una larga vuelta por los alrededores de la casita en que nos habíamos metido y después de hecho esto cogíamos nuestras carabinas y esperábamos a que tuviésemos blanco. No era esta caza como la de las palomas y otras aves, que hay que esperar horas, y horas a que pasen; sino que a los diez o veinte minutos, aparecía un zorro; en seguida disparábamos y abajo. Después se nos presentaba otro que llevaba la misma suerte que el primero. Así llegábamos a matar muchos; hubo vez que trajimos cinco y aún más. Lo más chocante era que no se asustaban ni de los tiros, ni de ver a sus compañeros muertos. Nunca pude saber lo que se daba Chomin en los zapatos, pero sin duda ninguna ejercía sobre estos animales influencias extrañas que hacían que éstos siguiesen el rastro de las botas así untadas hasta encontrar la muerte.

Algo así pasa con los anuncios de algunas películas: va el diablo esparciendo un rastro apetitoso; hace correr la voz de que la película es bonita y hasta buena. Siguen muchos ese rastro, sin tomar consejo de nadie; y allí, en el cine les coge su enemigo a tiro y les enseña con lo bonito lo que les hace desvergonzados o más desvergonzados

J. M., Congr.

Muerto de pena

Todos, me figuro, conoceréis la lucha política que hubo en Castilla en tiempos del reinado de D. Pedro I el Cruel, en la que luchó este Monarca contra sus hermanos, principalmente contra D. Enrique, Conde de Trastamara, que se había sublevado por haber dado muerte el Rey a los infantes D. Juan y D. Pedro, hermanos del de Trastamara. En esta guerra civil, como en todas, los caballeros, condes, mesnaderos, etc., dividiéronse: yendo unos a favor de su Rey y otros a favor de sus hermanos.

Aconteció, en la segunda época de esta lucha, que cierto caballero llamado D. Gastón, partidario de D. Pedro, noticioso del gran riesgo que corría su señor, sitiado en el castillo de Montiel, trató de socorrerle; y juntándose con otros cinco caballeros partieron hacia aquellos campos en busca de laureles. Tenía D. Gastón un hijo, cuyas ideas políticas eran opuestas a las de su padre; y el hijo, al estallar la guerra, marchó a incorporarse al ejército de D. Enrique; esta causa impidió a su padre el entrar en ella.

Pero ahora las circunstancias lo exigían y además sabía que su hijo no se encontraba en el ejército sitiador, y por eso se decidió a tomar parte.

Encontrábase ya D. Gastón a unas dos jornadas de Montiel, cuando le sucedió que fué sorprendido de noche por una partida de don Enrique, que hubiese acabado con ellos a no ser por la pericia de D. Gastón, que, ordenando replegarse hacia una colina, presentóles allí la batalla. Comenzó el combate y arremetiéronse unos a otros con gran valentía, luchando como verdaderos leones, pareciendo los guerreros, a la luz de la luna, fantasmas y no hombres. Muchos fueron los que cayeron al primer encuentro; y esta pérdida impedía, aunque saliese victorioso D. Gastón, por la escasez de hombres, el tratar de auxiliar a D. Pedro. Continuó durante un rato más la batalla, pero la victoria no se decidía en favor de ninguno de los dos bandos, por lo que, encontrándose los dos caudillos frente a frente, apartáronse un poco de los combatientes y a la luz de la luna dispusiéronse para batirse, a fin de evitar tener que derramar más sangre.

Dispuestos ambos a entrar en el combate, a una señal convenida arremetió el otro caballero llamado D. Iñigo, lanza en ristre contra D. Gastón, que le aguardaba impertérrito; éste hurtó hábilmente el golpe haciendo saltar a su caballo, y sin dar tiempo a D. Iñigo de poderle volver a atacar, se arrojó contra él obligándole a defenderse con el escudo; pero el golpe fué tan rudo que el escudo se partió en dos pedazos. Viéndose el partidario de D. Enrique sin escudo y en las puertas de la derrota, ébrio de corage, tiró la lanza, y, empuñando la espada, con las dos manos, se dirigió contra D. Gastón asestándole un golpe en el hombro, con tal fuerza, que le hizo cisco la hombrera y el caballero cayó a tierra. Echóse de un salto al suelo el vencedor y levantando con la punta de la espada la visera del vencido, fijó sus ojos sobre el rostro cadavérico de D. Gastón. Entonces viósele a D. Iñigo palidecer, pintándosele en su faz la desesperación: estiró los brazos, apretó los puños, rechináronle los dientes, retrocedió un paso como buscando apoyo e irguiéndose poco a poco hacia atrás cayó de espaldas, diciendo: ¡mi padre! y expiró.

Si nosotros cuando pecamos considerásemos que cuanto está en nuestra mano deshacemos a Dios, nuestro Padre, jamás le ofenderíamos, como tampoco este hijo hubiese matado a su padre de haberle conocido.

J. M , Cong.

Un rico, como tantos, impotente

Era un viejecillo pequeño de cuerpo, rasurada barba, plateados cabellos y de ojos pequeños y vivos que en todo se fijaban

En su juventud había empezado a estudiar con notable aprovechamiento la carrera de ingeniero industrial; pero poco antes de terminarla tuvo la inmensa pena de ver morir a su anciano padre, como ya en la infancia había tenido la gran desdicha de perder a su madre. La muerte del buen viejo trastornó toda su vida: aquel rudísimo golpe sumió al joven en una intensa melancolía que era como un freno a toda actividad del ánimo; abandonados sus estudios, vagaba por el pueblo como un sonámbulo a quien nada interesase, y la vida la sobrellevaba como una pesada carga.

Sus amigos le instaban a que reanudase sus estudios para ver de vencer aquella tristeza que le consumía; pero él afirmaba que le era imposible. Sin embargo, el tiempo logró cicacitrar su herida y pudo Carlos tomar una determinación: la de marchar a América a rehacer su peculio, ya que el modesto patrimonio andaba dando sus últimas boqueadas.

Embarcado en un navío que iba a partir para la Argentina, llegó al cabo de un mes a Buenos Aires, donde después de andar vagando por sus inmensas calles en busca de una colocación, fué admitido, utilizando los estudios que había hecho, como jefe de la sección de maquinaría agrícola en el gran establecimiento, en que un opulento catalán desarrollaba todo género de negocios.

Pronto su hábil gestión le captó todo el aprecio de su amo, quien, viendo los grandes rendimientos que en la dirección de su sección reportaba a toda la casa, le asignó un tanto por ciento muy crecido sobre aquellos beneficios; y, al morir, como justa remuneración a sus trabajos y desvelos, le cedió en absoluta propiedad cuanto correspondía a la sección de su cargo

* * *

Treinta y tantos años de continuo laborar lograron a Carlos una posición verdaderamente envidiable. Rico, muy rico, varias veces millonario, ¿de qué le serviría aquella riqueza si no había de gozarla?

Como lo pensó lo hizo: realizó la venta de todos sus inmuebles, de los valores y negocios en explotación, y se vino a España con sus huesos y con sus millones.

Llegado a su pueblo natal se hizo construir un magnífico palacio, donde pasase el resto de sus días

Universidad de Deusto
Biblioteca

En el mismo pueblo solíamos pasar la temporada de verano; y mi padre, por quien sé toda esta historia, le hacía frecuentes visitas.

En una de éstas hizo D. Carlos a mi padre la confianza de hablarle de su testamento. En él, ya que no tenía heredero forzoso, dejaba sus bienes a obras pías: para la construcción de una iglesia, de un hospital-asilo, en misas y otras mandas de este género.

—Pero hombre de Dios—le dijo mi padre—¿por qué no comienza Vd. desde ahora a cumplir su última voluntad, haciendo celebrar las misas que quiera, dando con sus manos las limosnas que le parezcan bien, favoreciendo la buena prensa, ayudando a las misiones de infieles, como lo hacen en vida hasta los protestantes, llevando a cabo otras buenas obras en favor de los menesterosos? ¿Por qué quiere que lo hagan otros después y no prefiere disfrutar Vd. haciéndolas y merecer muchísimo más delante de Dios y satisfacer así por adelantado por sus pecados, y no verse comprometido a esperar allá unos sufragios que quizas no lleguen nunca?

Ni aun con este razonamiento tan evidente y eficaz quiso hacerlo, pero a los pocos meses Dios le llamó para pedirle cuenta de todo. El resultado final lo sabremos el día del juicio; pero ahora me consta que una buena parte de su hacienda pasó a manos del gobierno, para otros fines nada piadosos, contra la voluntad del pobre difunto.

I. G., Congr.

¿Por qué está en el infierno?

Cerca de la iglesia de una misión católica de la China había un tugurio, donde habitaban ocho desgraciados pordioseros, privados de todo bien de fortuna y, para mayor desdicha, desheredados del cielo.

Cierto día, uno de ellos salió al encuentro del misionero, y descubriendo su pecho le dice: Padre, ¿tiene remedio para esta enfermedad? Le miró el Padre, y al verle tan hinchado, pronto conoció que se trataba de una hidropesía. Fué a casa, consultó su libro de medicina y le recetó el remedio indicado, dándole, al mismo tiempo, dinero para comprarlo: pensaba el misionero que ayudándole a curar su cuerpo, podría fácilmente salvar el alma.

Comprendió enseguida el Misionero los progresos que había hecho la enfermedad y le dijo: «Amigo, yo hubiera querido curarte; pero veo que la enfermedad no tiene remedio; yo no soy médico corporal, pero sí espiritual y puedo curar tu alma»; le explicó cómo tenemos un alma inmortal, la necesidad de salvarla recibiendo el Bautismo .. Escuchaba el enfermo atentamente, pero aquel día no se decidió a abrazar nuestra santa religión.

Antes de salir el Padre, uno de los mendigos, ciego, habló algunas palabras que no pudo el Padre entenderlas; supo después por el criado que le había dicho cosas supersticiosas a la oreja. Se despidió el Padre del enfermo dejándole alguna limosna.

No quedó el Misionero satisfecho, y a los dos días hizo nueva visita y le ocurrió llevar una medalla de la Vírgen y dársela al enfermo Apenas oyó el ciego que había recibido su compañero una medalla, se la quitó y devolvió al Padre; pero éste, con una mano recibió la medalla y con la otra se la volvió a dar al enfermo.

Al cabo de media hora de plática, el enfermo exclamó: «Padre, siendo así como usted dice, quiero recibir el Bautismo». Se alegró el Padre al ver que triunfaba la gracia; pero como el caso no urgía prometióle volver a la mañana siguiente para instruírle mejor y bautizarle.

Pero he aquí que aquel perverso compañero tanto debió hablarle, durante la noche, que a la mañana siguiente, se encontró el Misionero que desgraciadamente había cambiado por completo el cuadro del día anterior: el enfermo no quería ya bautizarse. «¡Cómo es eso!» le preguntó el Padre.

El mendigo le respondió: «Mi compañero no quiere que yo me bautice» Comenzó de nuevo a exhortarle al bautismo; pero siempre recibía de él la misma respuesta: «Mi compañero no quiere que me bautice, y yo tampoco».

Con la tristeza en el alma se retiró el Padre Misionero de aquella desgraciada morada; aquel mismo día, por la tarde, tenía que emprender su viaje de inspección. Después supo que a los dos días de su partida murió aquel desdichado sin recibir el Bautismo.

¡Cuánto daño hace un mal compañero!

F. E., Cong.

Cosas de mi padre.

¡Cuánto provecho saqué yo de un incidente que me ocurrió hace muy poco tiempo con mi mismo padre.

Voy una noche a casa a la hora mandada, o mejor dicho, un poco más tarde. Entra mi padre al poco tiempo; y como acostumbra, pues se preocupa de mí mucho más que de sus dineros, me pregunta dónde y con quién había estado y por qué venía algo más tarde. Le doy mis excusas; pero mi padre siguió preguntándome con extrañeza mía: insistía en saber con quiénes había estado hablando en la Plaza Circular a las ocho y media. Me puse en guardia y comprendí que él me había visto o alguien se lo había dicho. Sé bien lo que le molesta a mi padre la mentira, y le conté clarito con quiénes había estado; y en mi turbación comprendió que no habíamos tratado de nada edificante. No siguió adelante en sus preguntas, le bastaba mirar mi semblante para adivinar todo lo demás, pues como buen padre me tiene bien conocido. Eso sí, me dijo que me había estado viendo y que no era la primera vez que me había visto y observado en la calle y en casa sin advertírselo yo, ni sería la última.

Desde aquella noche ya no me fío: y aunque esté seguro de que no me ve mi padre, me hago cuenta de que tengo otro Padre, que, aunque yo no lo vea, no deja de verme ni un instante.

Y ¡qué bien me porto con este pensamiento!

I. J., Congr.



Núm. 78.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Enero de 1920

El anzuelo de D. Jacinto

El día había estado de prueba: inaguantable y asfixiante, aun para los mismos campesinos bien curtidos en el duro clima de aquellas alturas. A la tarde, cuando se pudo respirar un poco de brisa, fuimos invitados por D. Jacinto los muchachos, que componíamos la colonia de verano en el pueblo, a dar un paseo por la orilla del río. Era D. Jacinto un viejecillo alegre y simpático, que, enriquecido con la industria vinícola, se había retirado de todos los negocios temporales para dedicar siquiera sus últimos años al negocio capital: al de su alma. Era muy aficionado a la pesca, y en el día en que os lo presento venía armado con su aparejo. Excuso decir que todos los invitados aceptamos con entusiasmo la proposición

Algunos muchachos del mismo pueblo, compañeros nuestros, al vernos marchar en compañía del anciano, bien pronto se dieron cuenta de lo que se trataba y se dispusieron alegres a tomar parte en la expedición.

Al poco rato los mas ágiles habían traspuesto el puente de troncos de árboles, donde el río forma un gracioso recodo, bastante profundo y abundante en sabrosa pesca. Allí fué llegando poco a poco y parándose a descansar toda la comitiva; D. Jacinto, otro joven, seminarista y este humilde servidor llegamos los últimos.

¡Allí se respiraba!

Varios muchachos habían seguido unos cuantos metros adelante y se ocupaban en espantar la pesca con piedras hacia el recodo.

Pronto volvieron al sitio donde descansábamos. Rodearon a D. Jacinto que había comenzado a desarrollar del carrete el sedal; ya tenía puesto el corcho y se disponía a recubrir el anzuelo con el cebo, cuando llamó nuestra atención el anzuelo que era de oro. Yo, que trataba al buen viejo con cierta intimidad, no tardé en caer en la cuenta de que el anzuelo con que iba ahora a pescar seguramente sería uno de oro que en una ocasión me enseñó D. Jacinto, diciéndome que en su juventud se lo había regalado un amigo conocedor y admirador de sus dotes piscatorias.

Y al manifestarle nuestro asombro porque se arriesgaba a pescar con anzuelo de tanto valor, D Jacinto, sin abandonar su eterna sonrisa, no hacía más que repetir: Ya sé lo que hago, ya sé lo que hago.

Y como a nadie se le ocultaba que D Jacinto se exponía a perder bastante dinero, era grande la expectación por presenciar la pesca.

D. Jacinto, sonriente, lanzó el anzuelo; y no bien había comenzado el flotador a bajar por la corriente cuando un golpe brusco lo hundió en el agua. El pescador al punto tiró hacia arriba, pero con tan mala suerte, que encontrando mucha resistencia, la caña se quebró por la mitad. Un grito espontáneo de tristeza se escapó de labios de todos. Pero, afortunadamente, el bramante era doble y estaba arrollado en espiral a lo largo de la caña. Dejó D. Jacinto la vara, agarró el bramante y, con gran ansiedad y expectación de todos, fué tirando poco a poco, temiendo que de un momento a otro se rompiese el sedal por la tirantez y excesivo peso Por fin, todos lanzamos un grito de alegría cuando apareció en la orilla una trucha enorme; los muchachos batían palmas al verla saltar y azotar la arena con fuertes coletazos.

¡Qué necio se mostró el tal D. Jacinto exponiéndose a perder un objeto de oro, pérdida que no podría compensar la más abundante pesca; pero más necios son y más locos los que por un momento de diversión se meten en un cine a contemplar indecencias o las leen en los libelos tan profusos hoy en día; pues arriesgan, y rara vez sacan intacta el alma que vale infinitamente más que todo el oro del mundo! *I. G., Congr.*

Un bolsillo consagrado.

Salía yo de casa hace poco a dar mi paseo diario, cuando al pasar casualmente por una de las calles más concurridas, ví frente a un escaparate, un individuo que, según todas las

Universidad de Deusto
Biblioteca

trazo, parecía mi amigo Luis, al que no veía hacía bastante tiempo. Me cercioré y me fuí a él.

—Hola Luisillo. ¿Qué cuentas, hombre? ¿qué es de tu vida?

—Pues nada, chico; que he estado fuera a examinarme de la dichosa Química. Ya sabes que me suspendieron en Junio; pero ya está aprobada.

—Me alegro, hombre, ¡que sea enhorabuena!... pero, ¿qué haces aquí parado ante este escaparate?

—Estoy viendo una cartera (y me señaló una muy bonita) que me gusta mucho y la voy a comprar. ¿Quieres que entremos?

—Nó, si sales pronto te espero aquí.

Entró mi Luis en la tienda, y mientras le veía a través de los cristales de la puerta muy ocupado en examinar su cartera, acertó a pasar frente a la tienda uno de esos Misioneros, que, después de haber estado años enteros consagrado a la conversión de infieles, está ahora pasando una temporada entre nosotros.

Entonces se me ocurrió que aquellas pesetas que mi amigo estaba gastando en una bagatela, que al cabo de algún tiempo no iba a servirle para nada, servirían de gran alivio al trabajo de aquellos abnegados Misioneros. Ese dinerillo, sacrificado de mis caprichos, es precisamente el precio a que Dios quiere que hoy se compren las almas.

Cuando Luis salió de la tienda le dije todo lo que había estado pensando mientras él gastaba tontamente el dinero.

Sí, chico - me contestó—, tienes razón, también yo había pensado en eso; pero no he tenido fuerza para resistir la tentación. En adelante propongo dedicar todas las semanas algún dinerillo para las misiones.

Cuando volví a casa aquella tarde y mientras subía las escaleras, recordé haber leído en una revista de Misiones algunas cosas que nos harán interesarnos vivamente por esa obra tan necesitada de nuestros socorros por pequeños que sean. Decía aquel Padre misionero en su artículo que una perrilla o dos hacen maravillas en las Misiones, donde la vida es tan barata y frugal; con cuatro o cinco perrillas se puede el Misionero alimentar durante todo un día, y no se necesita más que dos o tres perrillas diarias para sustentar en el orfanotrofio a un niño. Añadía el Misionero que hay en la China cientos, millares y millones de infieles, deseosos de intruírse y de ser admitidos en nuestra Santa Iglesia y poder mandar a sus hijos a nuestras escuelas, y no lo pueden hacer ni puede el Misionero ayudarles por falta de perrillas.

Hagamos un propósito firme de tener, no solamente una hucha, sino también un bolsillo de nuestro traje destinado a estos sacrificios; y de no echar nunca mano a ese bolsillo, sino es para meter más perrillas, que salgan para descansar en la sagrada hucha que encierra nuestros voluntarios sacrificios.

Así nos iremos también educando.

J. M. U., Congr.

Cobarde venganza.

Pasaba una temporada de vacaciones en un pueblo de Castilla, donde tuve ocasión de conocer a un Padre francés, que haciendo las veces de practicante, había pasado tres años de la guerra en un Hospital. Entre las muchas cosas que oímos de sus labios, y que yo escuchaba con mucha atención, referiré el siguiente caso: Sucedió en una trinchera de primera línea; estaba anocheciendo, cuando llegó el relevo de los soldados; al salir éstos, un disparo hirió a uno de los que salían. Le recogieron y en una camilla le condujeron al Hospital donde el citado Padre prestaba sus servicios de ayudante. Siete doctores trabajaron por extraerle la bala que tenía alojada en el costado, cerca del vientre; y resultando inútiles sus esfuerzos le abandonaron como caso perdido. El Padre como inspirado le puso al enfermo en posición contraria, a la que había tenido durante el trabajo de los doctores; y en esa posición abrióle una brecha, y ayudado solamente de sus dedos, logró extraerle la bala. Esta operación salvó al pobre herido y fué elogiada de los médicos. Examinada la bala por el Padre, pudo apreciar que era francesa Preguntado el herido la razón del caso, contestó rulatando la historia que no me parece propio ponerla en este lugar, por ser una bajeza de un compañero suyo.

El Padre le amonestó a que perdonara a su compañero, y le instó a que se confesara; pero el herido contestó, «no lo haré hasta vengarme del malhechor.»

Una vez restablecido, no paró hasta encontrar a su agresor, al cual mató a traición. Este desgraciado, perdió la ocasión de ejercer un acto heróico de caridad cristiana y se rebajó a cometer esta acción que antes había llamado cobardía en su compañero.

J. M. O., Congr.

¡¡Pobres padres!!

Era un niño angelical, rubio, de unos 8 años de edad; sus grandes ojos azules, en los que se transparentaba su alma pura y límpida, eran de ello buen testigo.

En el mes de Mayo anterior había hecho su primera Comunión con piedad encantadora. Muchas noches, cuando ya el niño reposaba en su camita, su padre y su madre, obreros honrados, pero poco afortunados, se decían: «¡qué listo es!, ¿qué haremos de él?»

Un día, cuando contaba 12 años el muchacho, aquella pregunta recibió su respuesta. Uno de los sacerdotes de la parroquia llamó a la puerta de la modesta habitación del niño. Era el que le había preparado para la primera Comunión y el que, con este título, había recibido las primeras confidencias de su alma cándida. «Si quiere Vd., dijo a la madre, yo me encargo de su hijo; es piadoso, inteligente; ¿por qué no consagrarlo al sacerdocio? El mismo lo desea y así me lo ha propuesto muchas veces».

Su madre, aunque cristiana, ciega por un amor demasiado humano, no pudo resolverse a separarse de su hijo, y respondió enfurecida a esta proposición en la que jamás había pensado.

El sacerdote no juzgó prudente insistir por entonces; y algunos meses después, el muchacho entraba en un colegio neutro.

* * *

Han pasado trece años... Un sacerdote espera en la antecámara del director de la cárcel. Es la tercera vez que viene; otras dos ha pedido en vano ver a un recluso; ahora presenta una carta de recomendación de un alto personaje. Por fin, obtiene el ansiado permiso: «Señor cura, le dicen, tome usted el *pase* que le permitirá visitar al preso; pero cinco minutos solamente y en presencia de dos carceleros, ¡dése prisa!»; y precedido de los dos guardianes, después de haber atravesado un laberinto de corredores, y cruzado más de veinte puertas, es introducido en la celda del prisionero a quien desea ver.

En el fondo de ella, postrado en un jergón, yace un hombre de unos 25 años, envejecido ya por los vicios y consiguientes remordimientos.

Su mirada tenía un no sé qué de duro y frío como el acero. Estaba encarcelado por un crimen horrible: había consumido con sus vicios su capitalito, y sin hábito de trabajo para recobrarlo, robó una cantidad que resultó exigua, y que él esperaba fuese mayor; y para lograrlo asesinó a una pobre anciana.

«¡Hijo mío, le dice el sacerdote, ¿te acuerdas de mí?»

Y a estas y otras cariñosísimas palabras del sacerdote no respondió más que con palabras bruscas, pronto interrumpidas por las de uno de los carceleros: «Señor cura, el tiempo de la visita ha transcurrido».

Así terminó aquella entrevista sin una señal de arrepentimiento.

A los pocos días, el joven asesino compareció ante el Tribunal de justicia. No se ofrecía para el reo circunstancia alguna atenuante; únicamente la honradez de su familia hizo que los jueces fueran clementes y le condenaron tan solo a reclusión perpetua.

Y mientras los guardias civiles conducían al condenado a su celda, una mujer del pueblo, envejecida por la edad y por los sufrimientos, elevaba hacia el cielo sus ojos preñados de lágrimas, diciendo: «Dios mío, esto debía suceder, pues no tenía derecho a negaros mi hijo».

I. G., Congr.

¿Quién es molino sin agua?

Un día de verano, y por cierto bastante caluroso, estábamos sin poder decidirnos en dónde debíamos pasar aquella tarde.

Juanito dijo: Me parece que podríamos ir al pueblo vecino a merendar.

—Nó, hombre, no, le contestó Andrés, hace mucho calor y está lejos; creo que lo mejor que podríamos hacer es ir al molino que está en la hondonada, llena de árboles; allí nos dejarán estar, pues el dueño es muy conocido mío; y allá nos fuimos: era un sitio agradable por su frescura.

Nos encaminamos hacia él por un camino muy estrecho al lado de un riachuelo que iba dando saltos por entre las piedras y bajando a la hondonada entre castaños y robles.

—Supongo, dije yo, que no será este arroyo el que mueve al molino.

—Nó, me contestó Andrés, es aquél que viene por aquel otro lado—y diciendo esto nos señaló otro de mucha agua y que tenía una pendiente más suave; y por cierto que ya estábamos muy cerca. En efecto, apenas hubimos andado cuatro o cinco minutos, vimos una casita blanca, a la que iba el agua que molía el trigo.

Entramos y vimos a la mujer del molinero que estaba en aquel momento para terminar su trabajo. En cuanto nos vió se levantó y nos dijo:

—Buenas tardes, chicos ¿a ver el molino habéis venido? ¡Ené! ni fijar me había hecho, Andreschu aquí; ¿cómo te andas?

—Muy bien, gracias a Dios.

—Y el padre y la madre, bien ¿verdad?

—Sí, perfectamente, y la nena también.

Sí ¿eh? pues ya tengo que ir alguna vez a visitaros. Le voy a llamar enseguida á Pachi.

Y, efectivamente, se fué escaleras arriba, volviendo enseguida con el hombre.

—Hola, Andrés, ¿cómo andas?

—Bien.

—Y en casa? También todos, muy bien. Aquí hemos venido a ver el molino.

—No tiene esto que ver mucho, pero... Bueno, entréis por ahí, por esa puerta.

En aquel sitio había un eje que andaba girando y unos depósitos en los que estaba la harina ya molida; empezó a enseñarnos todo y nos dijo:

—Este ruido de abajo es del agua que hace mover la piedra.

—Y ¿dónde está la piedra? le preguntó uno de nosotros.

—Mira, le contestó, y levantando una tapa vimos dos piedras, una que estaba quieta y la otra moviéndose encima, las dos circulares.

—Y así siguió indicando lo que significaba cada una de las cosas y explicando su objeto.

A lo último nos dijo que hacía algunos años se habían visto muy mal, porque el arroyo se secó y no funcionaba el molino, pasando algunos apuros.

Ya de vuelta, dijo Juan, el mayor de nosotros y el más formal: A que no sabéis lo que he estado pensando mientras nos estaba contando lo de la sequía?

—Nó, le contestamos.

—Pues es, que lo que les sucedió a esos por falta de agua que parase el molino, es muy parecido a lo que le sucedería a un alma si le faltase la gracia de Dios, porque si a un hombre le faltara sería imposible que hiciese cosa conducente para la vida eterna. Así, pues, es preciso pedir a Dios que no nos falte nunca el auxilio de su gracia, pues sin ella pereceremos.

M. A., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Cómo empezamos el año.

Adiós, Antonio, qué tal pasaste las Navidades?

Yo muy mal, chico; he tenido dos empachos.

Pues yo muy bien; mira cómo las he pasado; iba por la mañana a misa de la Congregación y comulgaba en ella; después repasaba un poco las lecciones, y escribía otro poco; comía y a la tarde iba a dar mi buen paseo, y ver al mismo tiempo Nacimientos; al anochecer, hacía una visita al Santísimo; cenábamos tranquilamente; sin excesos; rezábamos el Rosario a la Santísima Virgen y después de divertirnos un poco íbamos a la cama.

En la noche de año viejo, esperamos al nuevo; y cuando las sirenas de los barcos y las campanas anunciaban el año nuevo, rezamos toda la familia una estación a Jesús Sacramentado, para que nos dé salud y más amor a su divino Corazón, y nunca jamás nos nos deje caer en el pecado.

Muy bien, Juan, me has dado una buena lección; yo no hacía nada de eso

Más que nada me ha gustado la manera que tenéis de empezar el año. Dios os tiene que bendecir.

F. M. Congr.

De los mejores consuelos.

En un café de Madrid, solía reunirse Don Antonio con sus amigos.

El día Navidad había nevado, y hacía mucho frío; y allí en su tertulia estaban pensando en comer y beber y pasar alegremente aquella alegre noche. Entre estos pensamientos, se le ocurrió a D. Antonio una idea: ¿Sabéis lo que he pensado?, les dijo a sus amigos, pues se me ha ocurrido que mientras nosotros comemos y bebemos bien, y estamos tan alegres, otros pobres en día tan señalado, como el de hoy, no tendrán qué comer, y estarán muertos de frío y les podríamos socorrer llevándoles algo de lo que, gracias a Dios, a nosotros nos sobra.

Les pareció muy buena la tal proposición y la aceptaron; empezaron entre ellos a recaudar y reunieron algunos duros (pocos, pues no eran ricos).

Entonces, uno de ellos dijo: yo conozco a una pobre muy necesitada y podríamos hacerle este obsequio como día de Navidad. Sin aguardar más se levantaron todos y se fueron a una tienda y compraron turrón, jalea, dulces, jamón y no se qué vino; de la tienda se fueron derechos al hogar miserable, en que vivía aquella pobre.

Llegaron a la casa, tocaron la aldaba, y les salió a recibir una mujer consumida por la privación y envejecida por las penas.

La casa era una boardilla sucia y que apenas tenía ventilación; la saludaron a la pobre mujer, y le dijeron lo que traían Ella llena de júbilo no sabía cómo agradecer aquel regalo; lloraba de consuelo, bendecía con la bendición del cristiano, es decir, con la oración, desde lo alto de la escalera, a aquellos caballeros, que se privaron de aquel dinero.

No hay para qué decir que volvieron a su tertulia con el corazón lleno de la más sana alegría.

¡Quién no puede hacer algo así con tanto niño raquítico, y medio muerto de hambre, como hay hoy en los Imperios vencidos; y más nosotros que hemos salido mejor parados que los mismos vencedores!

¡Qién no puede dar algo de sus ahorrillos, y más todavía de sus caprichos tontos sacrificados por tan justa causa.

I. A. Congr.

Angelito... al cielo.

Kao-chem era un niño japonés, como sus ojillos oblicuos bien a las claras lo indicaban.

Apenas contaba 10 años cuando una afección al pecho, muy corriente en aquellos países, cortó la existencia de los seres para el infeliz más queridos.

Sólo en el mundo, fué recogido por los Padres Franciscanos. Cristiano, como lo habían sido sus padres, cifraba su mayor esperanza en morir pronto, para reunirse con su Madrecita Buena como llamaba cariñosamente a la Santísima Virgen. Oficiaba en aquella bendita casa de ayudante del Padre capellán. ¡Qué bueno era Kao-chem! Todos los que le conocían así lo atestiguaban. Había caído enfermo; una afección al corazón le producía un grande sí, pero también consolador sufrimiento; acudía a su Madrecita Buena, y ésto le alibiaba su padecer. Recibió con grandísimo y edificante fervor al Señor, e inmediatamente después, tranquilo y sereno pidió al Hermano que le velaba, le trajese un globito de papel de seda, de los que tan lindos y caprichosos se fabrican en el Japón. Cuando lo tuvo en su mano rogó le acercasen la cama a la ventana. Se hizo así entre el asombro y estupefacción de todos, y Kao-chem arrojó fuera el globo. El viento elevó el ligero globito que abandonado en el aire subía... Vete decía entre tanto el ángel Japonés, vete a decir a la Madrecita Buena que ya Kao-chem irá enseguida a hacerle compañía... sube... sube...

Así murió y subió poco después al cielo, aquel angelito.

J. M.ª G., Congr.

Correspondencia abierta.

Buenas Navidades.

Estos días de Navidad, voy a oír misa y a comulgar. A la tarde salgo a pasear y me divierto mucho, como usted verá, sin salir de los límites que usted nos marca; pues no voy a ningún *cine* ni sitio parecido, donde pueda corromperme; para las seis o las siete ya estoy en casa. *C. K., Congr.*

Dignidades.

A mi hermano le hicieron sub-brigadier, y a mí proveedor de pobres, y nos han nombrado además a los dos de la Junta de la Congregación del Colegio. *P. S., Congr.*



Núm. 79.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Febrero de 1920

Poco ruido y muchas nueces.

Hace más de un año, al iniciarse la epidemia gripal, regía la parroquia de un pueblo castellano un sacerdote, por cuya estatura y andares militares, se adivinaba sin esfuerzo que en un tiempo había manejado las armas.

Y, en efecto, él mismo se preciaba de referir su historia de oficial de caballería que, peleando valientemente en los preliminares de la campaña contra los moros del Riff, sintió trocarse su corazón ante una escena de combate, resolviéndose a renunciar al brillante porvenir que le sonreía en el Ejército y sentar plaza en otra milicia, quizá no tan gloriosa en apariencia, pero sí de resultados más positivos; y se hizo sacerdote.

Destinado a la parroquia castellana, el bien que hizo en ella, por su bondadoso carácter y su franqueza militar, es incalculable.

Cundió la gripe en la aldea y el buen cura, despreciando el peligro del contagio, se dedicó con todo el ardor de su alma sacerdotal a asistir a los enfermos, multiplicándose por acudir a todos los sitios en que su presencia era requerida. Cayó también él acometido por la enfermedad. Un coadjutor enviado por el señor Obispo le reemplazó en su ministerio. Al poco tiempo, vista la gravedad de su estado, se le administraron los últimos sacramentos. Estaba recogido en su acción de gracias ofreciendo al Señor sus sufrimientos y agonía, cuando una persona entró en su alcoba y le dijo:

—Señor Cura, el Sr. Andrés está muy grave y no quiere recibir al sacerdote.

—¡Qué pena! dijo el párroco con disgusto. Si yo no estuviera moribundo acaso me hubiera...

Se calló. Un pensamiento sublime cruzó por su mente; e incorporándose en su pobre lecho, elevó al cielo los ojos, diciendo: ¡Dios mío! dadme fuerzas, sólo una hora de vida. Seguidamente ordenó a las personas de su casa que le vistiesen.

Estupefactas, pasmadas, escuchaban aquella voz expirante que había recobrado el tono de mando para hacer una cosa imposible, y creyeron que el enfermo deliraba. ¡Vestidme! repitió él con suprema autoridad, al mismo tiempo que presentaba sus miembros temblorosos; y ante aquel tono autoritativo, que no admitía réplica, hubieron de obedecerle casi sin darse cuenta de lo que hacían.

* * *

Amigo mío, dentro de poco vamos los dos a comparecer ante el tribunal de Dios... ¿Quieres que hagamos el viaje juntos?... Yo vengo a ayudarte...

Un hondo suspiro brotó de labios del enfermo pecador que, sin poder articular una palabra, tomó la mano de su pastor y la llevó a sus labios.

—Hijo mío, el tiempo urge. .; confía en Jesús...; ¿verdad que no rehusas confesarte?

—¡Oh!, sí, quiero confesarme con usted— prorrumpió el pecador, subyugado por tan sublime heroísmo.

Una sonrisa celestial contrajo los descoloridos labios del párroco: la gracia triunfaba una vez más. Hizo una seña y quedaron solos los dos moribundos.

Cuando el sacerdote concluyó su divino ministerio, inclinó su cabeza sagrada sobre el pecho, sus brazos fatigados quedaron sin movimiento; sus ojos se cerraron y su alma, que aguardaba ansiosa aquel momento, salió del cuerpo miserable remontándose con inefable gozo a recibir la aureola del martirio.

I. G., Congr.

El por qué de las máscaras.

Al poco de pasar los anteriores Carnavales, pregunté a algunos que se habían disfrazado por qué lo habían hecho.

Uno, muy fresco, me contestó que para hacer el indio; y dijo mucha verdad; aunque durante el año sabe también hacer muy bien ese papel.

Otro, que se había disfrazado con careta

Universidad de Deusto
Biblioteca

que recordaba a un cochinito, me dijo, con palabras bastante mal sonantes, que había querido desahogarse más públicamente que de ordinario.

Le pregunté a otro que había lucido un bonito traje de pierrot; y me contestó que así había podido decir todas las tonterías que quiso y fastidiar a uno a quien tenía rabia, por no decir envidia.

¡Y si no duraran, digo yo para mis adentros, como duran todo el año los Carnavales!

No es poco lo que con el vestir engaña la gente!

Otros ¡qué poco dejan su careta de hipócritas todo el año! Aunque ahora se va estilando cada día más la desvergüenza de decir aun más de lo que hacen de vergonzoso.

Me preguntaba un día mi amigo, con quien filosofo de estas cosas, cómo se podría saber lo que baja o sube en moralidad una familia y un pueblo. Le parecía a él muy difícil poder apreciarlo; y a mí no me parece tanto: el pudor o la desvergüenza con que se habla y se tratan en la familia y entre amigos; la libertad con que se va a ver cualquier película sin conocerla, y a cualquier obra de teatro aun conociéndola, puede servir de medida para apreciar la moralidad de un pueblo. ¿No te parece?

Quedó conforme mi amigo.

J. S., Congr.

Más sobre Carnaval.

Dicen que el Carnaval, con sus excesos, viene del paganismo, que no son más que restos de unas fiestas que se hacían en Roma en honor del dios Baco, dios de los excesos, particularmente en la bebida; que salían en bandadas, embriagados, permitiéndose con sus disfraces toda clase de libertades.

Y no sé, pero tengo para mí que vienen de mucho antes; vienen de aquel esconderse de Adán y Eva tan pronto como cometieron el primer pecado.

Desde entonces los hombres, cuando cometemos una falta se nos cubre la cara de rubor, que es el único antifaz que nos dignifica.

Hay con todo no pocas personas que se avergüenzan de ruborizarse; por esto cubren este pudor con la careta.

¡Que nunca nos haga falta engañar a nadie! ¡que entonces nos engañamos más a nosotros mismos!

J. R., Congr.

Recuerdos de un viaje.

Lo emprendí el verano de 1918. Terminado el curso con las mejores notas que pudo conseguir mi celo por agradar a mi padre, me propuso éste, como premio, que le acompañase en el viaje que por cierto asunto iba a hacer por la costa. Acepté con entusiasmo y hénos al cabo de algunos días en San Sebastián.

Mientras se ventilaba el negocio, aprovechamos el tiempo para hacer algunas visitas. Voy a contar algunas de mis impresiones.

Lo primero que visitamos fué un gran Colegio dirigido por Religiosos.

En él teníamos un Hermano conocido, que nos llevó por las diversas dependencias del establecimiento y nos explicó su organización.

En el Colegio se preparan para sus carreras los jóvenes de la sociedad más escogida.

Como prueba de que la piedad, en que allí se les educa, no está reñida con el buen humor, quedamos encantados de la algazara que reinaba en los patios y salas de juego.

¡Cómo juegan y se divierten! dijo mi padre.

Sí, *eso* lo hacen bastante bien, respondió el Religioso.

Y como al poco pasásemos por cerca de la inmensa cocina y observase que de ella salía un tufillo reconfortante, el Hermano, sonriendo a mi observación y como redondeando su última frase, añadió: ¡Ah, y *esto* lo hacen todavía mejor!

Pero, supongo, repuso mi padre, que estos caballeritos, a más de encomendarse a Dios, de divertirse y comer bien, tratarán de estudiar algo.

¡Estudiar! ¡estudiar! ¡ése es el problema! ¡Casi todos tienen la desgracia de ser tan ricos!

¡Cómo!

Quiero decir que como para malgastar una fortuna no se necesita saber mucho; como creen asegurado su porvenir...

¡Pero ustedes en este Colegio nos les enseñan eso!

¡Bueno fuera! ¡todo lo contrario! haríamos la felicidad, no sólo de ellos sino de sus familias, si ellos y sus padres quisieran.

Pero ¡qué! ¿puede haber algún padre que no quiera la felicidad de sus hijos?

Sí, todos la quieren; pero... a su modo; salvo honrosas excepciones, los padres que tienen la desgracia de ser ricos, entienden su felicidad y la de sus hijos como el mundo la entiende. Por eso, me parece que en materia de educación se invierte deplorablemente el orden: se empieza por educar a los hijos cuando debiera comenzarse por educar a los padres. ¡Qué bien estaría al lado de este Colegio otro para la buena educación de muchos padres de familia!

Siguió un rato más de conversación y nos despedimos del amable religioso.

S.

Una visita interesante.

No solo interesante si no de mucho provecho fué la visita que hicimos, a una familia con la que nos ligaba cierto lejano parentesco

Después de los saludos de rigor y entablada la conversación entre los padres, fuimos sorprendidos por el estrépito que armaban los niños de la casa

Efectivamente, éstos, en número de tres, se hallaban en el pasillo sumamente alborotados y revoltosos; se daban puñetazos, se tiraban al suelo; ataviados con gorros de papel y armados con sables y revólveres de madera, que ellos mismos habían hecho, se acometían con furia, se empujaban y se decían mutuamente frases incoherentes.

Extrañado mi padre de que niños ordinariamente pacíficos se hubieran tornado tan guerreros, le dijo su misma mamá:

—No te extrañe la actitud de estos chicos; están insoportables desde que van todos los domingos al cine.

Les llamó su mamá, y sin darse prisa fueron llegando.

Pregúntales qué quieren ser, le dijo a mi padre su papá.

Yo, contestó uno de ellos, capitán de piratas; yo, dijo otro, buscador de oro; y el menor, de siete u ocho años, dijo con gesto napoleónico: yo seré banda de apaches. Desde que habían visto películas en que se desenvolvían estos asuntos no soñaban sino en ser los protagonistas del drama que habían presenciado.

Y pretendiendo disculparse, añadió la mamá con una frescura polar:

—Este (por su marido) no se puede ocupar en estas nonadas, y a una le muelen estos chicos cuando están toda la tarde en casa; así que les mando al cine para que pasen el rato y me dejen en paz y pueda hacer mis visitas.

¡Así andan las familias y así se educa hoy!..

I. G., Congr.

Respuesta bien dada.

A propósito de lo despreciados que son los religiosos, oí contar hace poco tiempo a uno de mis profesores el hecho siguente:

Sucedió a dos Hermanas de la Caridad que, yendo, como de costumbre, a pedir limosna para sostener un Asilo de niños huérfanos, que acababan de fundar; en un hotelito en que solicitaron una limosna salióles un caballero muy apuesto, que al ver que eran monjas y que además pedían, insultólas con palabras groseras, propias de un hombre vil y cobarde, y, para rematar su insolencia, escupióla a una de ellas en la cara; esta pobre mujer no se inmutó nada, recordando, sin duda, que su Divino Maestro también había sido insultado y escupido; tan solo le dijo modestamente:

—Está bien; esta saliva para mí; ahora déme algo para los pobres huérfanos

Aquel hombre, al oír tal respuesta y verse así vencido, quedóse todo cortado; reconoció su culpa, le pidió perdón y le dió una buena limosna.

Menos mal; pues hay muchos que ni con esos ejemplos de abnegación se rinden; la soberbia les ciega, y no quieren reconocer su culpa ni admirar y menos alabar una buena acción, que les hace a ellos pequeños.

J. M., Congr.

Lo que enseña un zorro.

No sabía D. Gabino cómo desaparecían las gallinas de su granja; pero era el caso que, hoy tres y mañana cuatro, iban desapareciendo.

Creyó al principio que a algún vecino suyo le gustaban extraordinariamente sus gallinas; pero, por las huellas que dejó el ladrón un día marcadas en el barro, comprendió que se trataba de un zorro.

Quiso tener él mismo la satisfacción de pegarle un tiro, y escondido detrás de una ventana, que dominaba el gallinero, le esperó una noche.

No tuvo mucho que esperar; pues, cuando entró la noche y todo quedó en silencio, vió D. Gabino un bulto que caía de la pared que cercaba la granja. No perdió un segundo, disparó y corrió a echarse sobre su víctima que estaba tendida en el suelo. No quería más el zorro, que había quedado intacto: se aprovechó de las espaldas de D. Gabino al verle agachado y saltó la pared, sin que se le volviera a ver más por aquella granja.

En esta estratagema bien podemos imitar al zorro, y valernos de la misma tentación para hacer un acto de la virtud contraria.

Y así, cuando me venga un mal pensamiento, le ofreceré a Dios mi pureza, que en sus manos y a su vista, recordando que él me ve, estará bien segura.

I. M., Congr.

Lo que enseña un perro.

Una espléndida mañana de Febrero caminaba por la carretera que cruza una provincia cercana un hombre, cuyo aspecto desastrado indicaba a las claras su profesión de mendigo: cubrían su aterido cuerpo las ruinas de un traje, sobre su hombro izquierdo llevaba unas alforjas con algunos mendrugos, y al andar se apoyaba en un sinuoso palo. Delante de él y a alguna distancia marchaba un perrillo sucio y macilento, único compañero de sus andanzas y fatigas.

El día estaba frío aunque radiante de sol. Cerca ya del mediodía llegaron nuestros viajeros a una posada o taberna, que era la providencia de carreteros y viandantes.

Entró el mendigo en el local que hacía de comedor, y, sentándose, pidió una buena ración que se puso enseguida a devorar más bien que a comer; no hay que decir lo bien que se roció con un buen jarro de vino que asimismo se había hecho servir.

Mientras tanto, el perro, que tenía muy conocida la tacañería de su miserable amo, pensó también en el derecho a la vida, y se dispuso a proveerse por su cuenta y riesgo, de algo con que lastrar su asaz ligero estómago. Pero la posadera, mujer ladina y a cuya perspicaz observación nada escapaba, adivinó su poco honradas intenciones y le acechaba. Andaba el hambriento can rastreando por todos los rincones, y, no hallando nada de provecho, se dispuso a jugar el todo por el todo colándose de rondón en la cocina.

Universidad de Deusto
Biblioteca

La mala intención de la tabernera seguía de cerca, con un jarro de agua helada en la mano, los rastreros movimientos del can; éste, al entrar en la cocina, quedó extasiado al ver sobre una mesa un plato de suculentas chuletas; pero no satisfaciéndose el apetito con la mera contemplación, se preparaba el perro a dar el salto que pusiese en sus abiertas fauces el ansiado trozo de carne, cuando sintió en su cuerpo una sensación que no era precisamente de calor; aullando lastimeramente, echó a correr, rabo entre piernas, por donde su instinto le dió a entender.

Cuantas veces volvió a pasar el mendigo por la taberna con su perro, corría éste que se las pelaba por la carretera, no queriendo por nada del mundo entrar en aquel sitio en que había recibido tan poco grata impresión.

Y aunque parezca mentira hay entre las personas muchas bastante menos listas que este perro; pues saben que de un compañero han oído una vez una inconveniencia que ha causado daño a su alma, y no son capaces de mandarle a paseo; conocen que en el cine reciben impresiones que después les molestan mucho y sin embargo siguen yendo como borreguitos.

I. G., Gongr.

Cómo ganamos más.

Desde largo tiempo teníamos pensado mi amigo Jorge y yo en vender o cambiar una buena partida de sellos bastante buenos, pero para nosotros repetidos.

Provenían estos sellos de dos colecciones distintas: la una de mi padre, y la otra de un tío mío; los cuales, como coleccionistas de una misma época, poseían una buena cantidad de sellos iguales; así que, al formar yo una sola colección de las dos, me sobraban muchos. Conocíamos ya varias casas, unas españolas y otras extranjeras, todas ellas formales, que nos comprarían los sellos. Pero es el caso, que las españolas no eran tan espléndidas como las extranjeras, y con aquellas íbamos a perder al cambiar la moneda; así que estábamos indecisos, a pesar de tener muchas ganas de venderlos, para con su producto comprar otros y aumentar considerablemente nuestra colección.

Una mañana cuando me encontré con mi amigo a la salida de misa, me pareció verle venir con la cara más risueña que de costumbre; y como es de los que cuando tienen que dar una buena noticia no andan en rodeos, me expuso enseguida el motivo de su alegría, que no era otro que el siguiente: se había enterado por una revista americana de una casa yanqui, que pagaba muy bien los sellos antiguos y, sobre todo, los raros de aquel país, de los que yo poseía bastantes.

A su juicio, era la casa más a propósito; pues, a más de pagar muy bien, lo efectuaba en moneda americana que tenía el cambio a la par con la nuestra. En vista de esto y para no desperdiciar tan buena ocasión, aquella misma tarde estaba ya todo preparado; íbamos a certificar al día siguiente nuestros sellos y hacer así un gran negocio.

Pues bien; esa misma tarde cuando estaba yo esperando con impaciencia a mi amigo y la revista americana anunciadora de la casa de los sellos, llegó a mis manos otra revista editada por una casa misionera que, aunque no precisamente para pagarlos en oro americano, también pedía sellos; pero para negociar de manera bien distinta que la otra, pues el producto de su venta servía para la salvación de las almas de los pobrecitos infieles. Nos los pagarían con las oraciones diarias de las numerosas almas salvadas por este medio, y por si esto fuera poco, con el ciento por uno, que promete Dios a toda obra buena.

No nos hizo falta a mi amigo y a mí mucho tiempo para decidirnos, y al día siguiente salían los sellos bien empaquetaditos, aunque no ciertamente pura América, sinó a la China con la dirección de la casa de un Padre Misionero.

Quién duda que acertamos al cooperar a esta obra y despreciar unas monedillas.

L. M. B., Congr.

Efectos del opio.

En un suntuoso salón, elegantemente decorado con magníficos tapices y riquísimas sedas chinas, vense, a un lado una grotesca figura que parece ser un ídolo; sírvele de sostén una semicolumna rodeada de inscripciones chinas; en el lado opuesto se encuentra un incensario en forma de un animal raro, que al mismo tiempo que arroja incienso mueve los ojos.

En el centro aparece a nuestra vista una figura de hombre recostado sobre un sofá y aparentemente inanimado: es un fumador de opio.

Han pasado dos horas y no se nota movimiento alguno en su organismo; mas he aquí que entra por el fondo del salón una figura de mujer, es la esposa del fumador: levántase éste, coje entre sus manos temblorosas una preciosa vasija de porcelana china y se la arroja a su señora.

Si recorremos toda la casa hallaremos a tres chinitos; preguntadles por su padre y se escaparán de vosotros, pues tal es el horror que le tienen.

Algo así como estos efectos del opio son los que produce el cine: quita toda fuerza para hacer nada de provecho; tanto, que después de haber asistido a un espectáculo enervante, aun en la mañana siguiente se encuentra uno sin ánimo y es vencido de cualquier pasioncilla por baja que sea.

A. P., Congr.



Núm. 80.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Marzo de 1920

"Arrogante"

Bien puesto tenía Julián, el carpintero, el nombre con que le conocían todos en su pueblo y en sus alrededores: era el mozo, y después el hombre, más gallardo de aquel lugar. No contento con su jornal, esperaba mejorar de posición sin trabajar; y siempre que podía jugaba a la Lotería

Y quiso Dios que llegara el día, que no llega nunca para la mayoría de los jugadores, y saliera premiado su número con 15.000 pesetas.

Ese día se rió muy a gusto de los que se habían reído de él otras veces al verle consultar la lista y romper desesperado el billete.

Aquel día todo fué plácemes y envidias más o menos disimuladas al verle arrogante hasta el bolsillo.

Pasaron algunos días hasta que pudo cobrar su billete, que lo tenía tan guardado, que ni su mujer sabía dónde estaba escondido. Llegó a saberlo el día en que para cobrar lo lo sacó de un oculto agujero abierto en una viga.

Se fué al pueblo vecino donde estaba la Administración de Lotería y recibió en billetes su importe. Pero le pareció poco bulto y los cambió en seguida en plata. Montó en su borrico y, sin dejar un momento de la mano su saquito, subió a casa y lo guardó en una arca bien oculta y armada de buena cerradura. Cuando se vió dueño de aquel saco lleno de plata y bien asegurado, no abrió más el taller; con hacer alguna visita al saco, cuando se le acababa lo que había sacado antes, ya lo tenía todo cumplido.

Su frase consagrada al sacar uno o dos duros, era: «no se conoce»; se figuraba que por no notarse la falta de uno o dos duros en aquel montón, podía tranquilamente seguir gastando.

Llegó pronto el día en que comprendió que no en vano se sacaban los duros; y ese día, ni a él ni a su mujer, les ocurrió otra idea mejor que cambiar los duros en calderilla para llenar de nuevo el saquito. Y dicho, y hecho.

Y continuó menudeando más aún sus visitas al arca con su sabida cantinela al sacar las perras del saquito: «no se conoce».

¡Y tanto como al poco tiempo se conoció!: tuvo que volver a abrir el taller y a trabajar como antes, con la pena del dinero malgastado y después de perder la costumbre al trabajo.

Cuántos *arrogantes* hay como éste, especialmente entre estudiantes: dejan de estudiar un día y otro, y dicen: «no se conoce»; y al fin de curso ¡vaya si se conoce!; como que tienen que volver a estudiar en tiempo de vacaciones, y sin ninguna gana. ¡No hay que ser *arrogantes!* *J. R., Congr.*

Engaño probado.

En un pueblecillo de Alava tenían los aldeanos una idea que los trastornaba mucho. Esta era, que en una cueva que estaba cerca del pueblo, en la falda de un monte, había un tesoro que los moros habían dejado escondido.

Un buen señor que en el pueblo se encontraba, se propuso quitar esta preocupación de los aldeanos, para lo cual les dijo:

—El día pasado me fuí a la cueva y efectivamente, a bastante distancia de la entrada encontré el suelo removido; supongo que si el tesoro existe, allí estará, y les indicó el sitio y cómo lo encontrarían.

Al día siguiente allá fueron los aldeanos armados de sendas azadas y desarmados por el miedo que les daba entrar en aquella obscuridad; pero la codicia pudo más y entraron en la cueva. Cuando hubieron llegado al sitio designado por el señor, se pusieron a ahondar hasta que hicieron un gran pozo; pero no aparecía el tesoro por ninguna parte. Algunos se desanimaron y volvieron; mas los otros siguieron trabajando, hasta que convencidos de que allí no había tal tesoro volvieron también al pueblo, dispuestos a reclamar al señor que les había engañado. Este, que lo tenía todo previsto, les recibió muy cariñosamente y les dijo:

Universidad de Deusto
Biblioteca

—Allí no habéis visto nada; aunque no ha sido poco encontraros al fin con el desengaño que os hacía falta.

Les dió después algo de comer y se marcharon para no pensar más en tesoros escondidos.

No son pocos los que se parecen a estos aldeanos; muchos creen encontrar la felicidad en los teatros, cines, etc, y allá se van. Pero lo que encuentran es un desengaño más, y éste exponiéndose a perder la felicidad verdadera Aquellos aldeanos desengañados, no volvieron más a buscar, y en esto bien les podemos imitar: no repitamos las peligrosas entradas, no sea que algún día o noche salgamos ya sin remedio.

M. A., Congr.

La receta del tío Antón.

Curioso modo de curar sus constipados era el del tío Antón. No sé dónde lo habría aprendido o si él lo había inventado; el caso es que no sólo lo practicaba, sino que lo recomendaba tan de veras que muchos seguían su ejemplo.

Mandaba cocer vino y echar en ese cocimiento cascos de botella de ginebra. Y tanto se fiaba de la eficacia de los tales cascos, que una noche no quiso tomar el vino cocido sin ese requisito.

No se rió poco de él en ésa y en ocasiones parecidas su misma mujer, que ninguna fe tenía en detalle tan insustancial.

Pues bien, con frecuencia sucede que fácilmente damos fe aunque sea a un desconocido que nos recomiende cualquier tontería y no se la damos a Dios que nos dice, juntamente con la experiencia de todos los días, que la mejor medicina es refrenar nuestras pasiones y no adquirir vicios.

L. S., Congr.

Tal vida, tal muerte.

Era D. Antonio uno de tantos, que decía llamarse católico porque le habían bautizado; pero jamás habían preocupado su mente las que él llamaba beaterías; trataba de exagerados a los que frecuentaban los sacramentos; él, por su parte, creía cumplir casi demasiado con sus obligaciones al oír algún Domingo que otro la Santa Misa. ¿Acaso ni el Papa manda oírla diariamente? ¿Y por qué ser más papista que el mismo Papa? Tales eran los raciocinios de D. Antonio.

Frecuentaba diariamente las diversiones públicas, cines y teatros; para él no había diferencia entre una y otra película; en las representaciones teatrales no distinguía colores. ¿Por qué le han de llamar a esta verde y a la otra azul? ¿Pues no son todas ellas realidades de la vida?

Una vez que un Sacerdote amigo de su familia le exhortaba a cambiar de vida, diciéndole: «¿Qué sería de usted si en tales momentos le sorprendiera la muerte?»; él, sin inmutarse en lo más mínimo, respondió: «Ya tendré tiempo de arreglar mis cuentas con Dios, y moriré tranquilo».

* * *

Han transcurrido 15 años. Me traslado al domicilio de D. Antonio y observo un momento, y no tardo en percibir leves gemidos; entro un poco más y me encuentro su cama débilmente iluminada con una lamparilla; pues de otra forma hubiera sido perjudicial para la vista de D. Antonio, que se halla postrado en el lecho. A su derecha y con un Cristo en la mano, aparece un sacerdote; frente de éste, un caballero aparentemente contrariado: es el doctor que, cogiendo la mano del que fué D. Antonio, pronuncia estas palabras: «ha muerto», al mismo tiempo que el sacerdote encomienda su alma.

El ministro del Señor se encuentra visiblemente apenado, pues durante todo el tiempo de la enfermedad permaneció D. Antonio sin conocimiento; de tal modo que le fué imposible ni articular palabra ni hacer con la mano señal alguna de arrepentimiento a lo que el sacerdote le sugería.

Así mueren los que se confían demasiado y dejan la confesión para la última enfermedad.

A. P., Congr.

Cosas de mi padre.

No sé si muchos padres harán lo que hace el mío, que es tenido por buen negociante, y se ha metido a negociar hasta con Dios.

Y no debe irle mal, pues dice que con Dios ha hecho los mejores negocios. Le ha prometido a Dios el 10 por 100 de las ganancias en los negocios algo arriesgados; y confiesa mi padre que no se hubiera atrevido a meterse en ellos sin la seguridad que le daba su compromiso con Dios, que cuidaba de cumplirlo, según realizaba los negocios.

Yo no sé fijamente lo que ha ganado ni lo que ha dado; pero algo he oído y he podido entender que son ya varios miles de duros con los que ha favorecido a Conventos y no Conventos; y entre éstos tiene predilección por los que recogen a muchachos y muchachas abandonados.

Bien se le conoce a papá cuando hace una de esas limosnas, aunque habla poco, en lo contento que está.

No hay para qué decir que con su ejemplo pronto llenamos la hucha que tenemos en casa.

¡Por qué no serán así todos los padres!

I. T., Cong.

Pasarse de listo.

Una tarde, después de haber estudiado mis lecciones ojeaba distraídamente un libro de fábulas y me encontré con la siguiente que decía algo así:

Erase un ratoncillo que, aprovechando la falta de sus padres, se había escapado de su escondite; y registrando una despensa se encontró con una ratonera.

El ratoncillo al verla con aire de suficiencia se dijo: ¡Una ratonera! ya sé lo que ésto; mi padre me suele decir que los malvados hombres ponen en ellos pedazos de queso o tocino, y mis incáutos compañeros caen en ella.

No seré yo de éstos. ¿Pero qué daño me puede venir de que la examine? ¡Ninguno! Voy a ver hasta dónde llega la malicia humana.

Y dicho y hecho, se metió con mucho tiento; escudriñó todos los rincones, hasta que vió el queso y empezó a dar vueltas a su alrededor; con muchísima precaución se fué acercando poco a poco, hasta que al fin vino a dar con el hocico en el queso. Pero ¡oh dolor! Disparósele la trampa y quedó preso nuestro ratoncillo.

Entonces desesperado, decía entre sí:

«Soy el más necio de los ratones; mis compañeros caen por ignorancia; pero yo he caído por pasarme de listo».

¿Qué os parece la lección? ¡Cuántos hay que razonando como el ratoncillo caen en la trampa!; y ¡cuántos jóvenes, sabiendo el peligro de las malas lecturas y de espectáculos inmorales, dicen ¿qué mal me puede venir? Y se pasan de listos.

N. V., Congr.

Pérdida feliz.

Al volver una tarde un anciano Misionero a su pobre morada, fatigado por una penosa excursión por la isla, vió con sorpresa al pie de un banano a un niño de unos diez años, que sentado y con la cabeza entre las manos lloraba a lágrima viva. Se aproximó a él el Misionero y le preguntó compasivo:

—¿Qué haces? ¿Por qué lloras?

—Mi madre ha ido a la mansión del Gran Espíritu, contestó el pobre sollozando.

—Y tu padre?

—Ha muerto también; y yo moriré pronto, pues no tengo nadie que me quiera.

Y el niño continuaba llorando y dirigía al Padre temerosa mirada.

El Misionero levantó al cielo los ojos pidiendo consejo a Dios; luego, inclinándose amoroso hacia el huérfano, le dijo:

—¿Quieres venir conmigo? Te amaré como te amaba tu madre y conocerás al Dios, que a todos nos ama,

Admirado el niño al oír un lenguaje tan dulce, sorprendido de que no se le hubiese rechazado, secó su llanto y siguió al Sacerdote.

* * *

Entre tanto, la instrucción del neófito adelantaba, y al pensar que un Dios le amaba y que tenía en el Cielo una Madre poderosa, al considerar estas cosas tan consoladoras y tan nuevas, del alma candorosa del niño brotó tan ardiente amor al Señor y deseo de recibirle en la Eucaristía que, administrado el Bautismo, se fijó fecha para su primera Comunion.

Pero antes de ese día el P. Misionero cayó enfermo de fiebres, de las que salió tan quebrantado que con el corazón desgarrado tuvo que dejar la Misión y disponer el viaje para España. No quiso separarse de su huerfanito y determinó traerle consigo, donde podría instruírse mejor y llegar a ser Sacerdote y Misionero.

* * *

El *Delfín* evocaba, por su forma al surcar las aguas, al animal cuyo nombre llevaba. El mar estaba en calma y el cielo sereno y puro. En estas condiciones la travesía se hacía agradable; cuando una mañana, el cielo se obscureció de súbito y la tempestad estalló terriblemente. Sacudido como una cáscara de nuez por las aguas alborotadas, sin mástiles y sin timón, el *Delfín* corría a merced de las olas que saltaban imponentes por encima de la borda y recorrían la cubierta, arrastrando cuanto encontraban en ella. Pero a la mañana siguiente, el día amaneció sereno, el viento había calmado bastante su furia y el peligro parecía desaparecido. El optimismo renacía en todos los corazones, cuando de repente resonó un siniestro crugido: el navío, quebrantado por la tempestad del día anterior, acababa de abrirse y el agua penetraba a borbotones en la cala por una vía enorme.

—¡Al agua botes! gritó el capitán, y las dos chalupas salvadas de la tempestad fueron botadas al mar. En este momento se produjo una escena indescriptible. No había en las lanchas sitio para todos; lo sabían bien los marineros que, viendo cerca la muerte, asaltaron las embarcaciones. ¡Nosotros, clamaron, los primeros, los demás si hay sitio!

En vano se interpuso el capitán. Su voz no fué escuchada y a los pocos minutos las dos chalupas se alejaban a fuerza de remos.

Sobre el puente permanecían el valiente capitán y algunos bravos marinos y nuestros dos héroes.

—Capitán, preguntó el Misionero que estrechaba sobre su pecho el Crucifijo, ¿cuánto tiempo nos queda de vida?

—Antes de veinte minutos el *Delfín* se sumergirá en los abismos, si Dios no hace un milagro. Padre, absuélvanos.

—Gracias, Dios mío, murmuró el anciano.

Y volviéndose hacia el huérfano:

—Hijo mío, vamos a morir. ¿Quieres ir pronto al cielo?

—Oh!, sí, Padre, sí. ¡Qué dicha, Dios mío!

Y el niño cae arrodillado.

Un gozo inefable brillaba en sus ojos. La muerte ya no le preocupa, pues va a unirse con su dulce Amor que tanto deseaba ver.

El sacerdote quedó absorto en muda oración y en tanto el barco se iba poco a poco hundiendo.

—Padre, murmuró el capitán, dentro de muy poco esto se acabó. Dénos la absolución para que vayamos al cielo.

Y el perdón descendió sobre los hombres postrados de rodillas. Momentos después el buque se hunde bajo las aguas.

No habían pensado hacer un viaje tan feliz y tan corto como este que hicieron

I. G. Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Las camas y lavabos de la China.

Fíjate en la cama: ¿no notas algo especial y distinto de las camas de Europa?

—Sí, Padre; que aquí no hay mantas y puede decirse que ni sábanas.

¿Cómo se arregla usted para dormir con este frío tan fuerte (pues entre paréntesis en China hace mucho más frío que en Vizcaya) sin mantas y sin abrigo?

—Ves ese envoltorio que está sobre la cama y que si lo coges y lo pones aquí fuera se asemeja a un saco abierto por un extremo y cerrado por el otro? Se llama «pegú»; está recubierto de montones de lana y preserva así muy bien del frío; donde está el «pegú» chino, están de sobra las sábanas y las mantas. Entra uno como puede en aquel envoltorio (al principio cuesta no poco) y allí metido como un gusano en su capullo, dice muy satisfecho: vengan las heladas y nevadas, que me tienen sin cuidado. Luego, es una cama que se prepara tan pronto!

—Y en los viajes cuando tienen que visitar los misioneros lejanas cristiandades, ¿cómo arreglarse?

—No deja de tener eso sus dificultades, pues el susodicho «pegú» ocupa mucho lugar y no es cosa de llevárselo de una parte a otra, como se lleva v. gr., el abrigo. Para eso usan, los que pueden hacerse con él, un «pegú» de seda, cosa no difícil aquí donde abunda ésta; y, como los de esa clase pueden reducirse a muy poco espacio, lo llevan donde quiera que vayan.

Si te acercas al lavabo notarás que hay en él dos toallas; la una, parecida a las de ahí, aunque mucho más pequeña del tamaño de un pañuelo ordinario; la otra más bien que toalla parece una servilleta.

—¿Qué misterio chino habrá encerrado en esto?

—Mañana por la mañanita, a las cuatro y media, se oirá junto a la puerta ruído de quien derrama agua en una jarra, es uno de los chicos del servicio; trae en efecto agua, pero agua hirviendo. Pues bien, quien quiera lavarse a la china, meta la toalla pequeña en el agua hirviente, la estruja bien y luego pase la toalla por el rostro. Quien quiera hacerlo a la europea que se valga de la otra mayor.

Oye lo que nos pasó en un viaje que hicimos a un santuario muy célebre de la Virgen.

Tuvimos que comer en casa de un P. Misionero jesuíta, hijo de un célebre banquero francés. Al terminarse la comida, que como de Misionero fué abundante pero muy poco variada, se presenta el que servía la mesa, con ocho toallas que estaban humeando como si estuvieran ardiendo.

Nos miramos los nuevos misioneros y no pudimos menos de reírnos, mientras exclamábamos a una extrañados: ¿y para qué es esto? La respuesta nos la dió el veterano misionero lavándose, o mejor dicho, pasándose la suya por manos y cara. Hicimos otra tanto los restantes y con ello cumplimos con una costumbre china que nunca se omite en las comidas.

J. V., Congr.

¡Si fueran todas como mi madre!

Tenía noticias de que mi amigo Antonio se había soltado mucho; y por supuesto ya no se le veía en la Congregación.

Después de mucho tiempo le encontré mirando distraído un escaparate, donde había postales poco decentes; y me decidí a hablarle: «¡Caramba, Antonio, cuánto tiempo sin verte! ¿Por qué no vienes por la Congregación? Seguramente con la vida que ahora haces no serás tan feliz como lo eras antes. ¿Verdad?»

Acto seguido le eché un discursito para animarle a volver conmigo todas las mañanitas á la misa de la Congregación.

Y entre otras cosas se me ocurrió decirle: «Mira, chico, así le tendrás muy contenta a tu madre».

El pobre Antonio, que había estado callando, al oír esta razón, me replicó: «¡Cá, hombre! mi mamá no se ocupa de esas cosas, ni se mete en la vida que yo hago».

Yo ya no insistí más. Habrá tantos chicos, dije yo para mí, que no tengan madre para ocuparse de ellos.

Pero yo tengo madre, y ¡qué feliz soy!

Con ella es imposible ser malo. Todas las mañanas viene a despertarme: «Anda, Josechu; levántate para que llegues a tiempo a la Congregación».

Cuando vuelvo a salir de casa me recomienda siempre las buenas amistades; discurre el modo de que estemos entretenidos mis amigos y yo en casa, aunque la molestemos; con tal que no vayamos al cine ni al teatro, ni cuando llueve está contenta.

Cuando voy a acostarme entra en mi cuarto y empieza a hacerme cariñosamente sus preguntas: «¿Has hecho el exámen? ¿Has rezado bien las oraciones? ¿Ya has hecho hoy un ratito de lectura espiritual?» Después me habla un poco del amor de Dios o de la Santísima Virgen o de las virtudes de algún Santo, para que con esas ideas me duerma y comulgue con más fervor al día siguiente.

Si en algo no me he portado bien ¡con qué amabilidad me reprende y con qué serenidad me castiga!

¡Qué buena es mi madre! Todos la quieren y la respetan. Se conoce que para que sea yo bueno, se ha propuesto ella ser santa.

¡Qué bien si todos los chicos tuvieran una madre como la mía! ¡Qué felices serían!

J. M., Congr.



Núm. 81.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Abril de 1920

¿Cuál es el mejor libro?

Moría un santo religioso, y a sus hermanos, que le rodeaban solícitos, pidió le diesen «su libro.» Lleváronle el breviario.—No, ése no! Lleváronle la Sagrada Escritura.—No, tampoco ése! Aquel. Y les indicó el Crucifijo. Diéronsele; fijó en él sus ojos, posó en él sus labios, apretólo contra su corazón y se unió con Jesús para siempre.

* * *

¡Mi libro! Así quisiera que llamásemos cada uno de nosotros a nuestro crucifijo. Esto supone que todos tenemos *nuestro crucifijo*. ¿Es así?—Sin duda; pero sinó, el remedio es fácil: pidámoslo, comprémoslo. Poco nos costará y vale tanto! Por el tamaño nos parecerá pequeño el librito. Si comenzáis a *leerlo*, si aprendemos a estudiarlo, veremos que en él se encierran tesoros inagotables de ciencia! De la única necesaria: de la ciencia de salvación eterna!

* * *

Monstruo horrible es el pecado, que puso a Jesús en la Cruz! Si lo considerásemos un poco, no pecaríamos tan fácilmente. Si queremos conservarnos puros de toda mancha, acostumbrémonos a mirar con frecuencia al crucifijo, acostumbrémonos a besar con frecuencia el crucifijo y triunfaremos.

Era un joven simpático, se llamaba Teodoro Wibaux. Alistóse entre los Zuavos pontificios, para defender los sagrados intereses del Vicario de Jesucristo. Desde el campamento, escribía a su madre: «Quiero conservarme casto, quiero ser valiente». Tres años más tarde volvía a escribirle: «Como regalo del día de su Santo puedo ofrecerle mi corazón limpio y piadoso, con la promesa de perseverar en el bien». Y no le faltaron peligros y tentaciones fuertes de pecar; él dirá cómo triunfó? El mismo, escribiéndole a su madre nos dice cómo: «Aquí tengo conmigo al crucifijo, mi inseparable compañero, testigo de mis oraciones, de mis alegrías y de todas mis luchas; siempre ha ido sobre mi corazón y está gastado a fuerza de besos. ¡Cuántas veces, en medio del ardor violento de la pasión, lo he apretado convulso entre mis manos, como lo hubiera hecho a una tabla de salvación». Y fué para él verdadera tabla de salvación, que evitó el naufragio de su alma. Pocos años después, dejado el uniforme militar, vestía la sotana de la Compañía de Jesús. Y joven aún moría como un santo.

* * *

¡Cuánto nos ama Jesús! Mirémosle: le vemos todo deshecho, destrozado, crucificado, muerto! Por mí! me amó y se entregó por mí! Cuando yo era pecador y le olvidaba y le perseguía y le ponía en cruz; El lo sufría todo por mi amor, para perdonarme. ¿Y no le amaré?

Decía en cierta ocasión Jesús a San Jerónimo: ¿Qué me darás por tanto como te he dado?

—Señor, respondió el santo; por ti dejé la corte de los Pontífices de Roma, por ti los esplendores de aquella suntuosa ciudad, por ti la púrpura y las delicias de la vida regalada! Mi corazón, mi inteligencia, mi vida... todo es tuyo, te lo he dado, todo te pertenece! ¿Qué más he de darte, si nada más tengo?

—Hay en ti algo más que olvidas y que yo quiero: Jerónimo, dame tus pecados!!

—Mis pecados, Jesús! ¿Y para qué los queréis?, exclamó admirado el santo penitente.

—Dámelos todos para perdonártelos todos!!

Y el corazón del piadoso Doctor se derritió en lágrimas de dolor, en lágrimas de amor, en lágrimas de dicha! A nosotros nos dice lo mismo desde la cruz. ¿Y le negaremos algo a quien todo se nos dió?

No hay mayor muestra de amor que el dar su vida por los amigos. Esa prueba de amor nos la dió Cristo! Si encontramos en el mundo quien nos haya dado muestras de mayor amor o siquiera de tanto amor, amémosle enhorabuena tanto o más que a El. Pero si nadie nos ha amado como Jesús, por qué no le

amamos sobre todas las cosas? Amor con amor se paga!

* * *

Lo que vale un alma! Vale la sangre de Cristo, que la entregó toda por rescatarlas. Del oro se recogen las arenitas porque es un metal precioso. De los diamamtes se guardan las chispitas, porque es una piedra preciosa. Y no hay quien recoja tantas almas como yacen tiradas por el fango del pecado! Y se dejan así caídas en el suelo, bajo los pies de los hombres, las gotas de la sangre de Cristo!!

Miremos el Crucifijo y veremos lo que vale un alma! Sí, quien sabe como Cristo su valor hace por salvarla lo que hizo; ¿qué debemos hacer nosotros?

A los pies del crucifijo, estudiando ese libro divino se formaron los Pablos, los Javier, los Apóstoles todos. ¿Creímos que habría un apóstol si arrancásemos de sus manos y de su corazón el crucifijo? Y en cambio, estemos seguros de que, mientras haya en el mundo imágenes de Cristo crucificado, no faltarán quienes lo dejen todo por correr a buscar almas!

* * *

Amemos a Cristo! El amor es ingenioso y el amor es como el fuego, que prende fácilmente y ansía extenderse y comunicarse. Amemos a Cristo y El nos impulsará a hacerlo amar, nos hará apóstoles. Metámoslo en todas partes: que no falten en nuestras casas.

Pongámoslo sobre el pecho de nuestro padres, hermanos y amigos. Y sobre todo pongámoslo sobre nuestro pecho, besémoslo, estudiémoslo! En él aprenderemos a vivir, a luchar, a sufrir, a morir! Apretémolos bien contra nuestro corazón, que nadie nos lo arranque, ni en vida, ni en muerte, ni en el tiempo, ni en la eternidad.

A. O., Congr.

Que aprendan los padres.

En un pueblo de los más importantes de la provincia de Santander había, hasta hace poco, una familia cristiana y muy devota de la Santísima Virgen.

Tuvieron la desgracia de que una de las primeras víctimas de no se qué epidemia, fuese el padre, a pesar de su reconocida buena salud.

No pudo la madre seguir pagando la pensión de sus dos hijos, internos en un Colegio; y conforme a sus pocos recursos, siguió dándoles algunos estudios.

Los niños, de diez y doce años, se creyeron felices al tener más libertad que en el Colegio Empezaron por ir los domingos y días de fiesta que llovía al cine o al teatro; después todos los domingos y acabaron por frecuentarlos entre semana, engañando como podían, y sabían hacerlo, a su pobre madre.

El caso es que poco a poco, o mejor dicho, bien pronto, aquellos niños, conforme a lo que veían en las películas, perdieron todo el pudor y el recato y hacían, aun entre sí, las cosas más vergonzosas, resultando unos golfillos de marca mayor.

Con tal conducta adelantaron la muerte de su madre, que murió como una santa, afligidísima al ver cómo dejaba a sus hijos.

Poco antes de expirar les recomendó cuanto pudo que no dejaran al acostarse de rezar tres Ave-Marías.

El mayorcito se olvidó bien pronto de la promesa que había hecho a su madre; el más pequeño, aunque seguía bastante de cerca la mala conducta de su hermano, no dejaba nunca de rezar sus tres Ave-Marías.

Al poco tiempo tuvieron que separarse: el mayor siguió de mal en peor y tuvo que huir a América después de algún desfalco, y ni se sabe dónde para; el pequeño fué a vivir con una familia que tenía de huésped a un buen sacerdote; se hizo muy amigo suyo y hoy ya está desengañado y en buen camino.

¿Por dónde empezó la perdición de estos dos pobres hijos? Que aprendan los padres.

G. V., Congr.

¡Algo más que aldeanito!

Juanchu es un aldeanito bastante instruído con quien llegué a trabar una amistad muy íntima durante los pocos meses de verano que hace varios años pasé en su pueblo. Es hijo de honrados labradores; tendrá ahora unos doce años, y por las cartas que de él recibo de vez en cuando, conozco bastante bien los sentimientos de su alma; no pueden ser más hermosos. Se ve que hasta en sus paseos a través del campo, sigue de día en día el progreso lento de las semillas que brotando de la tierra en forma de hierbecilla, se elevan en verdes tallos; y, llegado el verano, ve dorarse las mieses que esperan la hoz del segador. Ante este espectáculo, Juanchu, como se lee en una de sus cartas, me recuerda aquel pasaje encantador del Evangelio que nos presenta a Jesús en medio de las campiñas de Samaria, haciendo oír estas palabras: «La mies es mucha, pero los operarios pocos».

Y no puedo quitar de la memoria aquellas palabras—me dice en una de sus cartas aquel algo más que aldeanito—sobre todo, cuando ando por entre los campos llenos de trigo. Y se ve que Juanchu piensa con la mayor naturalidad en estas cosas tan sublimes, y se pregunta: ¿Por qué no he de llegar yo algún día a ser uno de estos divinos segadores? Y se alimenta de este sueño y espera la edad en que pueda realizarlo, y estudia entre tanto lo que sus padres, por consejo del confesor, le tienen ordenado.

Cuando pienso en este aldeanito, confieso que quedo con envidia.

I. G., Congr.

No seamos judíos.

Como cosa que debemos hacer en todo tiempo, y más especialmente estos días de Semana Santa, en que la Iglesia conmemora lo que Cristo sufrió por salvarnos, leía la mañana del Domingo de Ramos, como preparación para la Comunión, el pasaje en que se describe el triunfo de Jesús al entrar en Jerusalén. Es de todos bien sabido cómo le recibieron allí con palmas y aclamaciones, muestras del entusiasmo popular. Pero después de describir todo este aparato de regocijo, así como el llanto del Salvador a la vista de la ciudad ingrata, leí en el libro textualmente: «No habiendo quien le hospedase (a Jesús) en Jerusalén, vuelve a Betania.» Es decir, que, después de ser tan aclamado Jesús, nadie le ofrece su casa ni su mesa: todo el festejo se reduce a voces más ninguno lo traduce en obras.

He ahí un ejemplo de lo que somos los hombres: pagamos a Dios con palabras; tal vez diremos a Jesús muchas cosas en el momento de comulgar y al poco rato nos olvidamos de El. Y a veces somos tan necios o tan ingratos que nos portamos como los judíos que el domingo clamaban: ¡Hosanna, hosanna! y el viernes gritaban: ¡Crucifícale, crucifícale!; pues reincidiendo en las ordinarias faltas volvemos a abofetear ya que no a crucificar a Jesús, a quien se le crucifica con el pecado mortal.

Y como fruto de aquella comunión saqué un decidido propósito de aprovecharme de todas las ocasiones que durante el día se me ofrezcieren de sufrir algo por Jesús.

I. G., Congr.

Los millones de Don Pedro

En el interior de un despacho amueblado con exquisito lujo y rodeado de magníficos tapices y pinturas de muy buen gusto, distínguese la figura de un caballero entrado en años; descansa su emblanquecida cabeza en el brazo derecho que se apoya en una cincelada mesa-escritorio en la cual se advierte el desorden, pues vense por una y otra parte multitud de papeles de negocios; trátase de un acaudalado comerciante.

Don Pedro, pues así se llamaba el industrial, había pertenecido a una modesta pero religiosa familia; la ambición le había hecho olvidar las enseñanzas más nobles de su santa madre, y afiliarse a un partido avanzado; ocupaba hoy un alto puesto en la sociedad y era poseedor de un fuerte capital; mas para adquirirlo habíase servido de todos los medios, lícitos e ilícitos; y he aquí que, viendo próximo el día de su muerte, desesperaba de lo que se le presentaba por delante.

Por una parte, el recuerdo de su esposa y sus hijos, al mismo tiempo que el tener que deshacerse para siempre de cuanto le rodeaba, y por la otra, aquellas enseñanzas santas que había aprendido de los autores de sus días, afluían a su imaginación, y atormentaban su espíritu.

No encontraba descanso el pobre Don Pedro ni aun de noche: aquellos millones le resultaban al fin de sus días muy pesados; y no menos pesados eran los disgustos que le daban aun sus hijos casados; fruto natural del ejemplo que les había dado.

Le llegó el último día, muy esperado de sus hijos, a quienes ni se les pasó por la cabeza llamar al único que hubiera podido endulzar aquella amarga agonía, al Sacerdote. ¡Pobrecito! murió como vivió, apartado de Dios.

De qué poco le sirvieron y de qué tormento le servirán ahora sus millones y la mala educación que dió a sus hijos.

A. P., Congr.

¿Por qué me reprenden?

Marchaba yo uno de los días pasados en compañía de mi padre por una de esas calles con objeto de cumplir ciertos encargos cuando, al volver una esquina, con gran sorpresa, encontramos a mi hermano Pepe, que con un compañero suyo se hallaba muy divertido contemplando el escaparate de un bazar de objetos deportivos. Y como a aquella hora era precisamente la en que mi hermano debía estar en clase, de ahí nuestro asombro y el visible disgusto de mi padre; quien llamando a mi hermano le preguntó la razón por qué se encontraba en aquel sitio a aquella hora. Sorprendido el pobre chico en flagrante delito no se atrevió ni a excusarse, y sólo tuvo aliento para balbucear algunas palabras incoherentes.

Pero mi padre, sacando una tarjeta del bolsillo, escribió en ella de corrida algunas líneas y dándosela a Pepe le mandó que al punto fuera al colegio y la entregase al Director. El infeliz, aún sin volverle el aliento, marchó a su clase más que a paso, siendo él mismo portador de su castigo.

Testigo de toda esta escena fué el otro compañero, que como estudiante del mismo año, debía estar en clase entonces como mi hermano, y claro está, mi padre no tuvo para él ninguna palabra de reconvención.

«Cuando de Pepe o de ti sé alguna travesura enseguida os reprendo y castigo, porque sois mis hijos y os quiero como a tales, deseando que seais buenos; pero por quien no tengo interés, como sucede con ese caballerito, aunque le vea hacer alguna cosa mal hecha, no le digo nada ni le hago caso; que allá su padre se entienda con él. Y así, vosotros, y muchos como vosotros, debéis desterrar ese prejuicio por el que creéis que cuando se os reprende o castiga es por fastidiaros; y no hay tal, pues se os trata así porque se os quiere; que a quien no se le quiere no se le hace caso.

I. G., Cong.

Un desengaño más

Don Mariano, era al tiempo en que yo le conocí, un señor muy rico, aunque la primera edad de su vida la había pasado en la conquista del pan de cada día.

Durante los años de su juventud y virilidad, logró reunir varios millones que constituían la envidia de las gentes, que no se paraban a considerar cuánto trabajaría nuestro hombre para atesorar tan gran caudal, y de qué artes se valdría para conseguirlo.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

llegado a una edad bastante avanzada, y colocados ventajosamente sus hijos, creyó llegado el momento de echar las cuentas para los años que le restaban de vida, o mejor dicho, para realizar las esperanzas de su juventud. Pero, como a la lechera de la fábula, llegó para el buen señor la hora de rompérsele el cántaro, y el hecho ocurrió en la pasada epidemia gripal.

Declarada la enfermedad en el pobre señor, fueron puestos sus hijos al corriente de su mal estado; pero con cartas muy zalameras se excusaron éstos pretextando diversas ocupaciones, dejándole abandonado al sólo cuidado de un criado. Pero el enfermo, en aquella su última hora de agonía, comprende a través de las fingidas cartas de sus hijos, toda la amarga verdad de la vida. Poco antes de morir, llama al criado, que acude al momento. Le presenta el puño cerrado, y le dice en tono de desengaño:

—Paco, ábreme el puño y mira qué tengo dentro.

Abre Francisco el puño de su amo, pensando encontrar alguna cosa, y hallándolo enteramente vacío dijo:

—No tiene nada.

—Pues tanto como dejo,—replicó D. Mariano—y tanto como he trabajado y padecido para reunirlo, y eso me llevo: ¡nada!

I. G., Congr.

Costumbres chinas.

Subamos ahora al comedor y veamos cuál es la bebida preferida y que nunca falta, ni por la mañana, ni por la noche, ni por la tarde; la que se presenta al que llega sofocado y al que viene tiritando de frío, la que se ve hasta en las mesitas que hay entre cada dos asientos en los coches de los trenes: el ch'a, es decir, el té, té ardiendo, sin azúcar, té con su hierba en el fondo de la taza.

Agua fría, jamás prueba el chino, y ello es una providencia de Dios, que evita muchísimas enfermedades, pues escasea mucho el agua, y la que hay, es de ríos indecentes o charcos, o al menos de poca confianza. Al principio sabe a purgante amargo semejante té, pero luego se hace uno a él y cuanto más ardiente, mejor.

En toda mesa china, están allí a mano, y jamás pasarán sin ello, el *ch'a-pú*, o sea, la tetera y *el fan*, es decir, el arroz. Faltarán el pan, el vino y el agua, lo que acontece casi siempre, pero no *el ch'a ni el fan*.

J. V., Congr.

Cosas de mi padre.

Le sorprendí al empezar el año a mi padre un secretillo que ya lo sabría mi mamá, pero que ningún otro de casa lo sabía. Lo que sí sabía era que llevaba y lleva al día la cuenta de sus gastos ordinarios y extraordinarios en distintas partidas, y una de éstas es la del automóvil.

Pues bien, el día primero de año, como muchos días de fiesta, me tomó por compañero para dar una vuelta antes de comer.

No tardamos en encontrar a uno de sus amigos más íntimos, y seguimos con él nuestro camino.

En éstas ocasiones suelo yo hacerme el distraído, pero no se me pasa nada.

Después de hablar del tiempo y de lo mucho que ha encarecido la vida, de lo que ya estoy cansado de oir hablar, le preguntó el amigo a mi padre:

—¿Y se puede saber, Vd. que lleva las cuentas bien llevadas, cuánto le supone el gasto del automóvil al año?

—Me ha costado 14.000 pesetas, o mejor dicho, doble de esa cantidad.

—¡Cómo doble!

—Pues sencillamente, que aunque parece que tengo uno, tengo dos automóviles.

—Pues ahora lo entiendo menos.

—Ya lo entenderá, pero no lo diga por ahí. Ahora, a fin de año, sumo todos los gastos del automóvil, y justamente otro tanto lo reparto en distintas obras buenas.

—Me parece muy bien, le replicó su compañero.

—No quiero ser, continuó mi padre, de esos que el primer capítulo de gastos que disminuyen es el de las caridades que hacen. Tengo para mí que lo que doy a Dios, me lo devuelve aun en dinero, multiplicado.

Esa lección ya la voy aprendiendo; muy repetidas veces se la voy oyendo a mi padre. Si fueran como él todos, qué simpáticos se harían aun a los pobres los automóviles.

J. L., Congr.



Núm. 82.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Mayo de 1920

Mi secreto para todos.

Soy un hombre, y si esto pareciere presunción, soy un joven de 17 años; y por mi suerte o por mi desgracia, desde hace algún tiempo me doy perfecta cuenta de aquella mi naturaleza humana y del fuego de mi edad. Pero a pesar de ello, por incomparable beneficio de Dios, aún conservo intacto mi tesoro, el tesoro que bajo el manto de mi Madre María quiero mantener incorruptible: la castidad.

Y puesto ya a hacer confidencias, voy a revelar el medio de que me valgo para salir airoso en mis peligros; medio muy fácil y suavísimo que creo puede servir a muchos como yo.

En primer lugar en cuanto advertí los primeros embates, extremé mi confianza con el confesor haciéndole depositario de todos mis pensamientos y aun afectos.

Y necesitando después substituír los pensamientos y deseos rastreros que en mí se despertaban con otros más elevados y nobles, quise tener siempre a mi vista alguna cosa que purificara mis pensamientos y aspiraciones. Y compré una medalla de regular tamaño que representaba admirablemente a la Virgen Inmaculada

Siempre la tengo conmigo: en casa, durante el estudio, la coloco sobre la mesa presidiendo mi trabajo; en la calle, en el paseo, la llevo en el bolsillo, sobre mi pecho.

Y cuando algún pensamiento menos limpio me viene a la imaginación, miro a mi Virgen, y al punto se alzan en mi mente ideas de pureza, candidez, blancura, nitidez, limpieza, castidad. Y todo eso me dice que hay algo más precioso que todos los placeres de la tierra.

Y cuando el afecto es más vehemente y siento impulsos de amar, contemplo mi Imagen; y al mirar a María como la pintó Murillo, en trono de blancas y ligeras nubes, colocada entre el cielo y la tierra como arco iris de esperanza, entre grupos de ángeles que extasiados la contemplan, con sus ojos llenos de pureza y amor, con su rostro celestial...; y al pensar que toda otra hermosura es nada en comparación de su espiritual belleza...; y al considerar que aquella criatura sublime es mi Madre y me ama...; esta exclamación brota de mis labios: «Bendita tú eres entre todas la mujeres» y la dirijo una ardiente súplica: «Madre, que no te olvide jamás, que no posponga tus purísimos amores a los de ninguna otra criatura».

I. G., Congr.

¿Con quién estoy seguro?

Las tres de la mañana serían cuando a los muelles del pesquero pueblo donde veraneo, comenzaron a llegar los marineros de las boniteras, que luego iban a hacerse a la mar. Las despedidas de las familias fueron más cariñosas que de ordinario, pues el pescado no había llegado aún a nuestra costa y tenían que alegarse mucho y la ausencia iba a ser de muchos días.

Antón también se despidió de su mujer y niño que sólo tendría un año.

Izadas ya las velas, el fresco viento del N. E. hizo a alta mar a las embarcaciones, que llevaban andado todo el día sin llegar aún a los puntos en que la pesca se encontraba.

Allí la labor no fué muy afortunada, y después de varios días, algunos de los patronos decidieron volver a sus casas. Antón, gran conocedor del mar, creyó en efecto que el tiempo no habría de ser favorable y se unió también a las embarcaciones que iban a regresar.

Al doblar un Cabo vieron en el horizonte señales de que se iba a producir fuerte galerna. Pronto llegaron las primeras ráfagas de aire, suaves al principio, que fueron después aumentando en intensidad; la mar adquirió aspecto imponente: altísimas olas se desarrollaron y los barcos pesqueros fueron juguete del agua y del viento. Al ver Antón el aspecto que había tomado el tiempo decidió recoger la vela y arriar el palo, pues estaba seguro que de esta forma su embarcación se defendería me-

Universidad de Deusto
Biblioteca

jor; quiso comenzar la maniobra, mas le fué imposible. Vieron entonces que no había fuerza humana que pudiera librarlos de la muerte y pensó Antón en recurrir a la Virgen, y dijo a sus compañeros: Podéis ver que nuestra salvación es casi imposible; lo único que debemos hacer es ofrecer a la Virgen de Begoña que iremos desde Bilbao a su iglesia descalzos, antes de salir la próxima ocasión a la mar. Todos entonces lo prometieron llenos de fé y con esto se reanimó su espíritu y llenos de un nuevo ardor consiguieron bajar el palo y se defendieron de esta forma. Poco tiempo después la mar estaba ya en calma, y con una pequeña vela de repuesto pudieron llegar al puerto.

Al día siguiente cumplieron su promesa e hicieron un donativo a la Virgen.

Como aquellos pescadores se salvaron gracias a su devoción a la Virgen a quien acudieron en aquel terrible temporal, en el que perecieron tantos pescadores, debemos nosotros acordarnos de Ella en todas nuestras necesidades, sobre todo en las tentaciones feas, en que seguramente sin su ayuda naufragaremos.

M. A., Congr.

Flores de mi huerto.

En una huerta no muy lejana de este pueblo en que vivimos, huerta a la que prestan mucha atención mis padres, voy a entretenerme algunos ratos que mis estudios me permiten. Al pasar por un sitio determinado, se nota en esta época del año, un aroma riquísimo; aroma que no se encuentra otro igual en las perfumerías, ni se siente otro parecido ni que se asemeje entre los perfumes con que por estas calles nos quieren a veces regalar. Ese olor tan agradable lo produce el Lirio del Valle, que cubre un oculto y pequeño trozo de la huerta.

Siempre que paso por allí, recuerdo a mi querida madre la Virgen, a la que en los Sagrados libros, he oído decir, le llaman Lirio del Valle; y me parece muy bien, porque ese aroma delicado sólo es propio de Ella, es perfume de la Virgen. Y alguna vez he comparado el mes de Mayo a mi huerto, que así como en éste sale y perfuma el Lirio del Valle, en el mes de Mayo brota otro Lirio más hermoso que es mi Madre la Virgen Santísima, que lo perfuma con perfume del Cielo.

A. E., Congr.

Flores del campo.

Ya hace años que no paso el mes de Mayo en el caserío que me vió nacer; pero nunca me olvidaré cómo lo celebrábamos

La iglesia dista del caserío más de una hora, y ya por tradición (pues los abuelos que aún viven en una barriada distante hacen lo mismo) reune mi madre a los vecinos de los caseríos próximos, y todos acuden, los inquilinos nuestros y los que no lo son.

Algún tiempo antes recuerda mi madre a todos los niños que vayan por el campo a recoger flores; y enseguida se entabla competencia sobre cuál es el más bonito ramo que merezca el premio. Se adorna con ellos el sencillo altar de la Virgen, colocado en la mejor habitación del caserío.

Tal es ya la costumbre de los caseros que no hay que avisarles, están deseando que llegue el mes de Mayo; y, aunque estén muy cansados, ninguno deja de ir a honrar a la Santísima Virgen.

Empieza mi madre rezando el Santo Rosario con los interminables Padre-nuestros a todos los Santos y difuntos de su devoción; siguen unas oraciones y una meditación y algún milagro de la Santísima Virgen; y a la salida llevan todos un papelito en vascuence con algún acto de virtud para cumplirlo al día siguiente.

Y no hay para qué decir la satisfacción con que salen todos, niños y grandes. Se ve a las claras que van conociendo más y más a la Santisima Virgen y que gustan de honrarla.

M. U., Congr.

Uno que la entiende.

Uno de los domingos pasados fuí a San Mamés con intención de presenciar el partido que se jugaba aquella tarde, y como viese que el match carecía de interés, me largué de allí para ver la feria de ganado en la campa de Basurto.

Yendo en esta dirección, diviso no muy lejos a dos jóvenes que parecían discutir animadamente; curioso como soy, apresuro el paso hasta colocarme a distancia en que sin infundir sospechas, pudiera enterarme de su conversación.

Las primeras palabras me hicieron olvidar la feria y el ganado; saqué un librito del bolsillo y seguí a los dos jóvenes al parecer abstraído en mi lectura, pero a la verdad, con el oído atento a lo que ellos dijeran.

Y por cierto, que era interesante su conversación.

—¡Verás! —fué lo primero que oí—aunque no fuera más que por interés material, nos conviene celebrar el mes de Mayo, pues éste es el mes inmediato al de nuestros apuros escolares, y María no puede olvidar los obsequios que le ofrecemos. Además ¿no sientes una gran satisfacción al honrar así a nuestra Madre? ¿Cambiarías tú por algo el gozo íntimo que experimentas cuando tu madre te paga con una sonrisa o una caricia lo bueno que haces por ella? Pues calcula lo que será agradar a una tan buena Madre como es para nosotros la Virgen.

—Bien, conformes en que haya que celebrar el mes de Mayo, pero ¿cómo se hace eso?

—Como sabes, a Mayo se le llama el mes de las Flores y eso es lo que desea María de nosotros: flores. Y no tanto flores naturales como espirituales, sacrificios nuestros.

—Pero ¿qué sacrificios vamos a hacer nosotros a nuestra edad y en nuestras circunstancias?

—Pues chico, apenas no hay tela. Para muestra, ahí van unos retazos: Supongamos que tú por las mañanas sientes que se te pegan las sábanas; pues ¡no señor!, dices, en todo el mes de Mayo voy a ir a tiempo a Misa y a comulgar. Y te advierto que ésta es la rosa más fragante que puedes ofrecer a la Vírgen. Por la noche, tienes más ganas de dormir que de pensar en exámenes de conciencia y rezar tus oraciones; y a pesar de ello todas las noches de Mayo haces con especial cuidado tu exámen del día y tus rezos. Y tantísimas otras cosas que puedes hacer: rezar el Rosario, si no lo rezas; rezarlo bien, si lo rezas mal; no ir al cine; visitar al Santísimo; saludar a los sacerdotes; ¡qué se yo! Ahora mismo: parece que te gusta llevar las manos en los bolsillos del pantalón; pues bien, quitas esa costumbre.

—Pero ¿crees tú que la Vírgen se fijará en estas menudencias?

—¿Menudencias, eh? Si te has fijado en las flores del tilo habrás visto que son muy menudas, pero reunidas muchas forman un racimo de delicioso aroma. Así también nuestros sacrificios repetidos un día y otro día formarán al terminar el mes un hermoso ramillete, que, ofrecido a nuestra Madre, será acogido por ella con singular complacencia.

I. G., Congr.

Historia antigua y contemporánea

Vamos a echar un párrafo de Historia. Hace varios siglos, cuando aún había moros en España, era señor de un condado alemán un joven príncipe de nombre Conrado, cuyo padre hacía poco había muerto peleando con bravura al frente de sus caballeros contra su poderoso y tradicional enemigo el duque Rodolfo. No podía Conrado, debido a su corta edad y experiencia, regir por sí solo su dominio, y lo hacía bajo la tutela de su madre, hermana del duque Otón, mucho más potente que su enemigo; tenía también a su lado un Consejo de caballeros, a cuyo frente estaba el viejo Federico, que se había distinguido siempre por su valor y prudencia.

No satisfecho el duque Rodolfo con haber dejado huérfano a Conrado, y aspirando en su ambición a hacer suyos los dominios de éste, puso en movimiento su gente de armas, para con la mayor presteza y secreto posibles caer sobre el castillo de Conrado y sorprendiendo a sus moradores, apoderarse de la condesa viuda y de los caballeros del Consejo; en la inteligencia de que separada su inocente víctima de quienes pudieran prestarle ánimo y fuerzas, se doblegaría fácilmente a sus imposiciones.

Estaba todo bien urdido; pero no se pudo realizar con el secreto que convenía a los planes del ambicioso duque; porque husmeando el sagaz Federico lo que tramaba su odiado enemigo, puso en estado de guerra todos sus hombres; y con la condesa, reunió en el patio de armas a los caballeros en Consejo permanente.

En él expuso el joven príncipe su deseo de que no se derramase una gota de sangre por su causa, y que, puesto que él con toda su gente no era bastante poderoso contra su enemigo, se sometiesen sin resistencia a sus pretensiones.

Airados, al escuchar las necias palabras del apocado joven, hicieron oír los caballeros el ruido de sus armas, y tomando la palabra en nombre de todos el viejo guerrero dirigió al conde un valiente discurso en estos términos:

«Errado pensamiento el vuestro si creéis que sólo por ser atacado habéis de perder vuestro Estado; pero más loco aún vuestro intento, si pretendéis sin resistencia entregarlo. Vos, mi joven señor, estáis en el comienzo de vuestra carrera, aún no os conocen vuestros vasallos; debiera arder en vuestro pecho el deseo de perpetrar hazañas que llenaran de gloria vuestro nombre y nos hicieran exclamar llenos de gozo: ¡Loado sea Dios que nos ha deparado tan gran señor! Y ahora al contrario, se os presenta ocasión de probarnos vuestro ánimo, y ya habláis de someteros? ¡Lejos de vos tal intento! Cierto, señor, que nosotros solos nada podemos contra nuestro enemigo; pero, ¿no tenéis a vuestra madre?; ¿y no puede vuestra madre solicitar la ayuda de vuestro tío y hacer invencible vuestra causa? Hacedlo así, mi señor, y alcanzaréis la gloria.»

De conformidad con estas palabras, acogidas con muestras de asentimiento por parte de los guerreros del Consejo, y animado el espíritu del pusilánime conde, se despacharon emisarios de la condesa viuda al duque Otón, solicitando su alianza y pudieron, con ella, resistir los ataques del ambicioso Rodolfo.

Análoga a la de este príncipe es nuestra situación: como él nos vemos atacados de jóvenes por el formidable trío del demonio, el mundo y la carne; el demonio pretende separarnos de María para hacérsenos más halagador el mundo y más plecentera la carne. No lo consintamos jamás; y sin desanimarnos por la tentación, pues en ella no está el pecado, aferrémonos a nuestra Madre, y ella nos alcanzará de su Hijo Divino, fuerza para resistir nuestras tentaciones. Y a fin de granjearnos su alianza, obsequiémosla especialmente el Mes de las Flores.

I. G., Congr.

Esto es educar.

Alegres y felices eran en la familia de Ormilugue las fiestas de la Virgen; y todos los sábados del año se celebraban con algo extraordinario. Así que los dos pequeños de la casa, Mario y Luis María, esperaban la llegada del sábado con tanta gana como la del domingo. El domingo no se iba al colegio, pero en cambio, el sábado tenían algo que los domingos no lo veían ni de lejos.

Por la mañanita la Imagen de la Virgencita Inmaculada, de regular tamaño, a quien los chicos, se acostumbraron a mirar desde los brazos del año, aparecía adornada, con unas flores, que la señora de casa, modelo de pie-

Universidad de Deusto
Biblioteca

dad, se encargaba de colocar desde la víspera.

No era ésto lo que más llamaba la atención de los pequeños que en cuanto se levantaban correteaban por allí cerca, sino lo que había junto a las flores...

Una cajita de dulces y caramelos era el primer obsequio de la Virgen.

¿Quién ponía allí aquellas golosinas?

Ya sabían Mario y Luis María que era su madre, la de la tierra; pero consideraban que era por encargo de la del cielo, y a ella se lo agradecían.

Muy contentos quedaban todos los sábados; pero cuando llegaba el mes de Mayo, era continua la fiesta.

Todos los días obsequios, pero obsequios que había que pagar con otros obsequios. Por eso, cuando llegaban los dos chicos del colegio, se postraban un momento ante la Madre y la presentaban el obsequio del día Una mentira evitada, una pereza vencida, o quizás quizás, el dejar los dulces que con tanto gusto habían cogido por la mañana.

De esta manera, la señora de Ormilugue, madre de Mario y de Luis María, inculcaba a sus hijos el amor a la Vírgen.

Y cuando éstos eran ya mayores se acordaban siempre, de que, gracias a su madre de la tierra, amaban tanto a la del cielo y porque amaban tanto a la del cielo, era la señora de Ormilugue la madre más querida de sus hijos, madre de hijos modelos.

A. M. M., Congr.

¡Vaya una tía!

Lo digo por la mía. Es una señora la mar de simpática: como que no hay ocasión en que vaya a su casa a visitarla, que no saque la boca endulzada. Y, claro está, yo, como buen sobrino, procuro menudear en lo posible las visitas.

Pero aparte de esta dulzura de carácter, para mí y para todos, es mi tía especialmente amante de sus hijos. Son tres, entre 8 y 14 años de edad, y sostiene muy a menudo con ellos conversaciones que bien pudieran llamarse idilios por lo íntimas.

En algunas de estas sesiones me suelo hallar presente. En cierta ocasión, planteó mi tía, me parece con premeditación y alevosía, la cuestión de nuestras respectivas carreras. Y tal debía ser aquella su intención; porque ya había sido muy debatido este asunto en otra ocasión, y no adivinaba a santo de qué habíamos de tratarlo de nuevo.

Abierta la sesión, y puesta sobre el tapete tan transcendental cuestión, fuimos exponiendo nuestros programas por el orden en que nos hallábamos sentados.

Empezó diciendo el mayor de mis primos: Yo seré abogado que con mi arrebatadora elocuencia defenderé los sagrados derechos de individuos y colectividades conculcados por la parte perversa de la sociedad. Y siguió con un discurso tan elocuente que Cicerón a su lado hubiera parecido un vulgar vendedor de agujetas.

Le siguió otro de mis primos en el uso de la palabra para hacer la apología de la medicina.

A continuación hablé yo encareciendo la delicada misión del didáctico que tiene por fin elevar el nivel cultural de la sociedad.

Llegado su turno, irguió arrogante sus dos palmos de estatura y con descompasados movimientos hizo oir su vocecilla para decir: «Yo he de ser militar como el abuelo y no voy a dejar ni turbante de moro».

A todo esto, mi tía callaba y se sonreía, a mi entender maliciosamente. Y cuando el Benjamín terminó con aquella explosión de furor, nos dijo a todos:

—Bien, hombres, bien; parece que estáis encantados con vuestros ideales, pero yo veo que, a pesar de los humos que tenéis, aspiráis a muy poco.

Todos nos removimos en nuestros asientos, molestados por tamaño atentado a nuestra honorabilidad personal.

—Sí, hijos, sí,—continuó la mamá;—yo conozco a un chico que aspira a ser todo eso que habéis dicho: médico, abogado, catedrático y militar en una pieza.

—¡Qué fenómeno! salta uno.

—¡Pero ese chico tiene que ser un niño prodigio, lo menos, digo yo; para hacer todo eso...!

—¡No lo creais; es un niño bien sencillo; y tal vez no tenga tanto talento como cualquiera de vosotros.

—¿Pues qué va a hacer? preguntamos a coro.

—¡Va a ser sacerdote!

—¡Aaaah!!!

—Sí señor; y os digo que cumpliendo su propósito va a realizar todos vuestros programas. Porque será abogado que defienda a la Iglesia, vejada por las insidias del liberalismo, la masonería y demás sectas; será maestro que enseñe a sus discípulos, los católicos, las verdades de la fé, difundiendo los principios de la ciencia divina desde su sagrada cátedra; será médico que cure las enfermedades del alma, más graves y delicadas que las del cuerpo y aun contribuya a sanar los males del cuerpo que son muchas veces consecuencias de las miserias del alma; y será militar que a los órdenes del generalísimo el Papa, y manejando la espada de dos filos de la palabra y de la acción, conduzca a las almas a noble combate en servicio de sí mismas y de la Iglesia, alcanzando siempre la segura victoria prometida por Jesús, nuestro invicto capitán.

Atentos escuchábamos el discurso de mi tía, cuando llegado este punto, no pudiendo mi primito, alma generosa y arrebatada, contener su entusiasmo exclamó con candor: ¡Concho, pues es verdad! ¡Yo quiero ser todo eso!

Y tengo entendido que, olvidado de sus Moros, sólo piensa en estudiar y fortalecer su alma y su cuerpo, preparándose para ser un digno capitán en la milicia de la Iglesia.

I. G., Congr.



Núm. 83.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Junio de 1920

Un buen amigo.

Eran tres amigos, jóvenes y alegres con la alegría de la juventud que tantos viejos envidian.

Ricardo y Eduardo, se conocieron en el colegio, y tardaron bastante tiempo en hacerse amigos. Ricardo. que sabía todo el valor de un amigo bueno de verdad, sondeaba y trataba de conocer el corazón de su amigo Eduardo, por quien sentía gran simpatía, antes de hacerle su íntimo. Muchacho de talento, comprendió enseguida que Eduardo era digno de su amistad, y acto seguido comenzaron las conferencias y las confidencias, que son las ataduras que unen con más fuerza a los amigos.

Algún tiempo después apareció el tercer amigo, Antonio, que comenzó juntándose con Eduardo, el cual gustaba por su lado mucho de la amistad de su nuevo amigo.

No era éste malo, sino muy simpático; pero no gustó del todo a Ricardo, quien, con la especial intuición que le caracterizaba para conocer al amigo, adivinó que Antonio no merecía formar parte en la intimidad que se había entablado entre él y Eduardo y así se lo dijo a éste; pero Eduardo se limitó a contestarle sonriente dándole palmaditas en la espalda:

«Vamos, lo que tú tienes son celos. Tienes miedo de que cambie mi amistad contigo, por la de Antonio, ¿estamos?» Pero el hecho era, que Eduardo comenzó a apartarse de Ricardo y se marchaba con Antonio, Dios sabe dónde.

Un día Ricardo se enteró de algo malo, que habían hecho sus amigos y les advirtió en términos duros.

«Si yo me entero otra vez de algo de eso, dijo, estad seguros de que se lo contaré a vuestros padres.»

Antonio le miró con desprecio. «¿Es ésa tu amistad? ¡Vaya un amigo! ¡Un amigo delator! ¿Qué te parece, Eduardo?»

Eduardo estaba también enfadado. Temía que Ricardo hiciese lo que decía, y ésto le parecía que no era de amigos.

Las correrías se repitieron, y Ricardo delató a sus amigos; lo hizo correctamente, con naturalidad, como quien está percatado de que hace un bien, que luego han de agradecerle.

Eduardo y Antonio no quisieron continuar desde entonces amigos de Ricardo y no perdieron ocasión de despreciarle. Particularmente Antonio odiaba de verdad a Ricardo. Eduardo sintió la pérdida de su amigo; pero pensó que, como quería y procuraba que le castigasen en su casa, era un mal amigo y le dió por bien perdido.

Ricardo por su parte vigilaba a su amigo y procuraba que el padre de Eduardo se enterase de todo lo que éste hacía. Veía el peligro del pobre amigo y rezaba por él con verdadero cariño. Pronto se convenció de que Dios escucha siempre la oración sincera.

Eduardo, acosado verdaderamente por las reprensiones de su padre, que se enteraba de todo, renunció a la amistad de Antonio; y al apartarse de este mal amigo, se sintió descansado, y tranquilo al comenzar una nueva vida para la cual se encontraba todavía dispuesto

Al reconciliarse con Ricardo comprendió toda la bondad del corazón de su amigo y cómo lo que él creyó traición era interés de un buen amigo por su salvación.

Desde entonces Eduardo y Ricardo fueron más que íntimos, hermanos; y su amistad durará toda la vida porque los amigos de verdad no se separan nunca.

Antonio?: ¡Quién sabe lo que habrá sido de él! probablemente a la primera caída sucedería otra mayor, hasta perderse por completo. Y ¿después? todos terminan lo mismo y en el mismo sitio.

¡Dios quiera que no vayan allí ninguno de los que lean esto, que no irán si lo comprenden y lo meditan!

A. M. M., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Otro buen amigo.

Uno de los sábados pasados fuimos los dos amigos, según nuestra costumbre sabatina, a visitar a la Virgen de Begoña; y en el camino, no recuerdo si al subir o al bajar, dije a mi amigo, como quien empieza a desarrollar un plan preconcebido:

—Oye, te voy a contar un cuento muy interesante.

—Veamos.

—Y después que te lo cuente me has de decir si el hecho de que en él se trata es verosímil.

—Venga el cuento

—Allá va: Eran éstos dos amigos: uno de ellos era negociante y a cada paso necesitaba de la ayuda, la recomendación y el consejo del otro amigo, que era muy poderoso y andaba siempre buscando ocasión de favorecer al negociante, esperando únicamente para hacerlo, que éste se lo pidiera; mas ¡ay! muchas veces el amigo necesitado no se acordaba de pedir la ayuda del poderoso, llenando con ello de pesadumbre su corazón; y no hay que decir que cuando esto sucedía los negocios salían mal.

Pero una vez, por consejo, determinó el negociante variar de procedimiento, y al poco tiempo él mismo se maravillaba de la buena marcha de sus asuntos. Y para ello el medio de que se valió no le costaba gran cosa: todos los días, por la mañana, sacrificando un poco de sueño, iba a visitar a su amigo en su casa, le planteaba con familiaridad sus negocios, le exponía sus planes, solicitaba su consejo e influencia y salía de allí tranquilo y contento.

Pero, a pesar de esto, el corazón del amigo poderoso no estaba aún satisfecho del proceder de su amigo negociante; y motivo tenía, en verdad, para no estarlo.

Porque verás lo que pasaba. El negociante, ciertamente, visitaba todos los días a su amigo como te he dicho; pero había en el día multitud de ocasiones en que cruzando las calles de la ciudad se encontraba con él, y esto era lo que entristecía el corazón del amigo poderoso, pues en tales encuentros los dos amigos se veían; el poderoso esperaba ansioso alguna palabra de saludo de su amigo, pero éste, temiendo que si se detenía perdía tiempo, ingrato para aquel a quien se lo debía todo, pasaba de largo.

Este es el cuento; ahora me vas a decir si es verosímil. Estamos hablando humanamente.

Mi amigo se rascó un momento el occipucio como suele hacerlo cuando se trata de alguna profunda cavilación, y en seguida me dijo:

—No sólo es verosímil sino es la triste realidad de lo que los hombres hacen con Jesús.

—Bravo, hombre; discurres como un grande. Explícate un poco más.

Nueva rascadura y respuesta al canto.

—Pues en tu cuento el amigo poderoso es Jesús que está siempre en el altar, y el negociante son los hombres que al pasar frente a una iglesia se avergüenzan de descubrirse.

—¡Bah! ¡No vales para nada! ¿Crees que entre dos amigos de las condiciones que te he expuesto se puede cumplir con darse un sombrerazo al encontrarse y seguir el camino serios como un Pope ruso? ¡No, hombre, no! La más elemental regla de urbanidad y aun de egoísmo dice que el negociante, al encontrarse con su amigo, debía saludarle y hablarle unos momentos, recordándole su necesidad y dándole gracias si procedía; y dado que tuviese verdaderamente prisa, siquiera, siquiera detenerle al paso y decirle: «Dispense usted, amigo, tengo mucha prisa; pero acuérdese de mí». Pues eso, y nada menos que eso, debemos hacer nosotros con Jesús: visitarle unos momentos al pasar frente a cualquier iglesia. Verdad es que hay ocasiones, muy pocas realmente, en que tenemos verdadera prisa; pero, con todo, ¿crees que se perdería mucho tiempo, si en vez de cruzar la calle, cruzáramos la iglesia o nos asomáramos a ella diciendo al paso a Jesús: «Señor, aquí está quien te quiere, acuérdate de mí?»

I. G., Congr.

Un oportuno cestito de setas.

Hallándome cierto día en una casa de campo, trabé conversación con su dueño acerca de una película, de la cual tenía yo no muy buenas referencias. Como le dije que no debiera verla, que era mala y no se podía ver, me preguntó: ¿La ha visto V?

—Yo no, repuse, porque no debo, según el juicio de personas autorizadas.

—Pues, amigo mío, me contestó, es preciso que la vea V.; al fin ya sabemos a nuestra edad distinguir lo bueno de lo malo.

Casualidad, o mejor dicho, providencia: iba a replicarle, cuando se nos presentó un pastor que entraba con un cestito de setas.

Mi amigo que era muy aficionado a ellas me dice: se las compraba ahora, si supiera que eran buenas.

Yo le contesté sencillamente: pruébelas V. y lo sabrá.

—¡Está V. loco! me dijo ¿quiere que me ponga en peligro de envenenarme, sólo por probar si son buenas o malas?

—¿Y V. pretende, le contesté enseguida, que me exponga a ser víctima de la ponzoña de esa película, sabiendo, como sé, que su argumento es dañoso?

Enseguida me abrazó y me prometió no ver ninguna película sin enterarse antes por personas autorizadas.

F. M., Congr.

¡Vaya otra tía!

Toda la familia estaba revuelta. En aquella casa se veían juntas personas, que sólo raras veces aparecían por allí: era que la madre de mis primos, muy anciana, estaba terminando su carrera por la carretera de esta miserable vida.

A su alrededor estaban sus hijos, fija la vista en el rostro de su madre y el oído atento a sus últimas palabras.

No padecía más sufrimiento que un pequeño ahogo y una debilidad creciente por momentos. Con todo, no descansaba: cuándo a uno, cuándo a otro de los hijos le daba los más atinados consejos. Ni aun así descansaba: nos pedía de vez en cuando que rezáramos una oración al Corazón de Jesús y no acertábamos a darle gusto. Comprendió por fin su hija que lo que deseaba era hacer la entronización al Corazón de Jesús de toda la familia. Para ese acto tenía guardado un cuadro muy devoto del Sagrado Corazón; hubo que traerlo y rodearlo de candelabros.

Reunida toda la familia alrededor del cuadro, leyó el sacerdote que le asistía la entronización de aquella familia al Corazón de Jesús.

Quedaron con esto cumplidos todos los deseos de la moribunda, y pudo, con tranquilidad envidiable, después de mandar traer pasteles y vino generoso para los que asistían a aquel solemne acto, exclamar: «Ahora ya puedo cerrar el pico.»

Pensamos los asistentes en aprovechar mejor aquel precioso tiempo que en comer pasteles: rezamos todos el rosario, al que contestaba la agonizante con todo despejo y devoción, y, al acabar el rosario, acabó su vida aquella ejemplar tía.

A. J., Congr.

Cómo se triunfa de un enemigo

Yo mismo tuve el consuelo de presenciarlo en el Colegio. Era un chico de 14 años, de comunión diaria y nada tímido en mostrarse siempre fervoroso; se descubría sin respeto humano al pasar junto a la capilla o delante de una gran cruz que había en la plaza, y si alguna vez llegaba después de los demás al refectorio o al estudio, no tenía reparo en santiguarse y rezar de pie delante de todos.

Su cartera solía estar siempre bien llena de *vales* de buena conducta, con los cuales, caso de ser castigado, se podía conmutar la penitencia.

Vicente, algo mayor en edad y estatura, aunque inferior con mucho en clase, empezó a molestarle con toda clase de apodos y burlas, relativas, algunas de ellas, a su conducta edificante y piadosa.

El silencio y la paciencia fueron los primeros días la única respuesta. Mas como nada aprovechase este remedio y un día que estaban juntos al salir del refectorio comenzasen de nuevo las molestas burlas, sacó nuestro héroe con mucha paz su cartera, tomó de ella 3 ó 4 *vales* y, lleno de amabilidad, los puso en manos de su contrario y se adelantó a seguir las filas.

Inesperada de todo punto fué la salida, y tan noble contraataque triunfó por completo del corazón de Vicente, a quien no faltaba su fondo de nobleza: la vergüenza asomó algo a su rostro; calló y siguió cabizbajo las filas. Mas desde aquel día cesaron por completo las burlas, sustituyéndolas el respeto y amor hacia su virtuoso compañero.

N. I., Congr.

Santo engaño.

El señor Carlos Miranda fué un sabio sacerdote, profesor de cierta Universidad española. En el momento en que lo presento se halla paseando por uno de los claustros, leyendo al mismo tiempo en su breviario. Detrás de él paseaba también un joven estudiante que, de vez en cuando, tosía con esa tos que llega al alma de los que la oyen y comprenden.

—Amigo mío, dijo de pronto el sacerdote, volviéndose hacia el joven; hay que cuidar eso.

El joven se sonrió con tristeza; y como la tos se obstinase, seca, desgarradora, el profesor preguntó al estudiante su nombre.

—Emilio Moncada, servidor de usted.

—¿No ha estado usted con ningún médico? Puede usted visitar al doctor Sánchez que es muy entendido en esas enfermedades. Tiene mucha amistad conmigo y ya le recomendaré a usted.

* * *

Algunos meses después de esta escena, el Sr. Miranda recibía una carta concebida en estos términos: «No he podido ir a darle las gracias porque he estado retenido en cama por una grave pulmonía; ruégole tenga la bondad de visitarme en la calle... número...» Y firmaba, Emilio Moncada.

¡Emilio Moncada! ¿quién sería este señor? El profesor no lo recordaba en aquel momento: ¡veía a tanta gente, oía cada día tantos nombres! Pero allí había una necesidad, se trataba, sin duda, de un sufrimiento físico o moral, tal vez de los dos, y el buen sacerdote no necesitaba más para decidirse: tomó su manteo y se dirigió al domicilio señalado.

No le fué difícil encontrarlo: subió al último piso; la puerta estaba abierta y alguien tosía en el interior; y guiado por aquella tos el sacerdote pudo llegar a una miserable estancia en la que un hombre joven, agotado por la enfermedad, parecía trabajar sentado ante una mesa.

El sacerdote reconoció en aquel joven al estudiante a quien meses antes había hablado en la Universidad. Y al verle tan ensimismado en su labor que aún no había notado su presencia, echándole las manos sobre los hombros, le reprendió dulcemente su falta de cuidado:

—Pero, hombre, debe usted estar acostado. Sufre usted demasiado para trabajar.

—Es que no trabajo, señor; escribo una carta urgente a mi padre.

—Lo mismo da; acuéstese usted enseguida y después hablaremos.

Y diciendo y haciendo le tomó de la mano ardorosa de fiebre y le ayudó a que se acostara. Y después que hubo arreglado las cubiertas de la pobre cama, de modo que el enfermo no sintiera frío, se sentó a su cabecera y entabló con él afectuosa conversación, en el transcurso de la cual, el sacerdote penetró en el secreto de aquella vida de trabajo y de pobreza, de ternura y de abnegación.

El pobre enfermo se había matado en el trabajo, como otros se matan en el vicio. Sin

Universidad de Deusto
Biblioteca

dinero, arrastrado por un vivísimo amor al estudio, había podido casi concluir su carrera de medicina, empleándose al mismo tiempo en ciertos menesteres para proveer a su subsistencia y a la de su padre, anciano y enfermo.

Hasta entonces, a fuerza de tenacidad y parsimonia, había podido hacer algo; pero ahora está al cabo del heroísmo, no puede más, y sin embargo lo que le agobia no es su propio dolor, es el dolor de su padre.

—Desde que le conozco a usted la muerte no me espanta. El único pensamiento que entristece mi salida de este mundo es la previsión del dolor de mi pobre padre cuando sepa que ya no vivo. Hasta ahora mis cartas le han sostenido, pero cuando no las reciba conocerá que he muerto y esto acelerará el desenlace de su vida.

Una divina inspiración de caridad ilumina de repente el alma sacerdotal del señor Miranda.

—Su padre, amigo mío, no sabrá nada jamás. Yo imitaré su letra y le escribiré como usted lo hacía.

Los ojos del estudiante se fijaron sobre los del sacerdote en mirada de inmensa gratitud. Había comprendido que su padre seguiría teniendo un hijo que le había de escribir y alimentar.

Con este consuelo en el corazón, el pobre enfermo murió a poco, y el santo sacerdote que se había ingeniado imitando la letra del joven muerto, continuó su obra de caridad Y dicen que hasta sobre su lecho de muerte, el anciano padre de Emilio, fué sostenido por las cartas de aquel hijo que él creía dejar lleno de vida y que le había precedido, sin ruido, en el eterno descanso.

I. G., Congr.

Correspondencia abierta

Estoy casi obligado a andar solo, pues la gente que hay aquí no tiene nada de bueno.

El otro día me vino uno hablando de cosas feas, y le dije que fuese a hablar de esas cosas a los perritos. *J. C. B., Congr.*

Señales para conocer al amigo.

El buen amigo.

1). Según un dicho antiguo: «Amigo hasta las aras», es decir hasta tanto que no se interponga una ofensa de Dios.

2). Otro dicho hay muy al caso: «No busques por amigo ni al rico ni al noble, sino al bueno, aunque sea pobre.»

3). El buen amigo alterna con todos los buenos pero escoge uno entre mil, para considerarle como otro él y como la mitad de su alma.

4). El buen amigo le avisa a su amigo de sus faltas.

5). El bueno, cuando ve que él no es bastante para corregir a su amigo, avisa discretamente a sus padres o a quien más convenga.

6). El bueno no teme ser visto ni sorprendido, nunca se esconde aunque le inciten a ello.

7). El buen amigo oculta a su amigo cosas y pensamientos que sólo a Dios y al director espiritual se deben descubrir.

8). El buen amigo aparta a su amigo de cualquiera mala compañía.

9). El bueno le disuade a su amigo que vaya a espectáculos peligrosos.

10). El buen amigo, aprecia a sus amigos y sigue sus consejos, mas no cuando están en oposición con los prudentes dictámenes y mandatos de sus padres.

11) El buen amigo habla siempre bien de sus padres, y si tienen cualquier defecto los calla.

12). El bueno, cuando su amigo está enfermo o sufre cualquier desgracia, muestra su interés visitándole, consolándole, etc., etc.

13). El buen amigo se muestra generoso con su amigo en cualquier apuro monetario.

14). Al bueno se le conoce en el modo de andar, en el vestir, en su modestia.

J. B., Congr.

El mal amigo.

1). Al mal amigo le importan poco los mandamientos de Dios y menos que ninguno el que manda ser puros.

2). El mal amigo se jacta aun de lo que no tiene, y lo que es peor exagera notablemente aun sus propias faltas y vicios.

3). El mal amigo tan fácilmente se hace nuevos amigos como se desentiende de los anteriores, atento no a razones cuanto a impresiones y pasiones de momento.

4). El malo le alaba sus defectos y anima a seguir creciendo en el vicio.

5). El mal amigo enseña a su amigo a engañar a sus padres para que no echen de ver sus faltas y siga empeorando.

6). Al malo le gusta andar en casa y fuera de casa en escondites y si puede encerrándose con otro para que no les vean.

7). El mal amigo a veces cuenta a su amigo faltas y proyectos que con gran daño del alma no se atreve a decir a su mismo confesor.

8). El malo le pone en contacto y amistad con otros como él.

9). El mal amigo aprovecha todas las ocasiones para llevar a su amigo, aun pagándole, a diversiones y paseos escandalosos.

10). El mal amigo aprecia más a su amigo que a los mismos padres y pospone los consejos de éstos a los de aquél.

11). El malo ni en sus conversaciones respeta a sus padres y los nombra con apodos.

12). El mal amigo sólo quiere a su amigo para divertirse con él; llegada cualquier calamidad le abandona.

13). El malo en cuanto ve que su amigo no tiene ya dinero, no le hace caso o mucho menos que antes.

14). Al malo se le reconoce en sus posturas, ademanes y más todavía en sus conversaciones.



Núm. 84.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Julio de 1920

Un león.

El verano anterior se detuvo algunos días en mi pueblo una cuadrilla de esa gente sin ventura, con toda su ambulancia propia de comediantes. Los hacía notables un león que enjaulado llevaban. De su feroz rugido se valían las madres aquellos días para poner en temor a sus hijitos amenazándolos cuando lloraban con llevarles al león Yo, que accidentalmente me hallaba en el pueblo, procuré desde luego entrar en conversación con los comediantes, y como es natural les hice mil preguntas sobre lo que más llamaba la atención, sobre el león. Al preguntarles si era muy fiero me contestaron que ya había probado la carne humana. Y ¿cómo fué eso? le repliqué asombrado.

—Pues un día, cuando esta fiera era muy pequeña, se presentó al jefe de la cuadrilla un desgraciado, diciendo que él se encargaba de domarla pues tenía un gran sistema. Aceptó el dueño.

El sistema del nuevo domador consistía en domesticar a la fiera a fuerza de halagos y caricias. Nada de látigo, nada de fuerza, mucha blandura y mucha libertad; debían además criarse junto a la fiera unos perrillos falderos de su misma edad, vivirían juntos, crecerían unidos y así la fiera iría olvidando sus instintos y adquiriría las costumbres zalameras de los animales domésticos.

¡Vamos!, le dijeron muchos: más seguro sería enjaularla; al fin es fiera, y podrá hacer de las suyas.

¿Enjaularla? ¡qué crueldad! no, eso nó; ya verán ustedes qué resultado dará mi sistema. De todos modos la vigilaré, y a la menor señal de fiereza la castigaré severamente. La fiera en efecto creció bastante mansa al lado de los perrillos. El domador estaba satisfechísimo.

Pero un día quiso uno de los perritos disputar a la fiera un pedazo de carne. ¡Nunca lo hubiera hecho! se lanzó sobre él, y de un zarpazo le destrozó.

El domador quiso entonces contenerle; pero ya era tarde. La fiera se sublevó: la sangre derramada había exaltado sus instintos; saltó sobre el domador, le clavó las garras en la garganta, y le dejó tan mal parado, que al poco murió.

Ahora, en tiempo de vacaciones, me parece que tiene más aplicación que nunca este hecho: los primeros en pagar cara tanta libertad y tanta complacencia son los mismos que debieran sujetarnos más, y a veces castigarnos. Que lo entiendan a tiempo.

M. U., Congr.

Otro león.

Al estar escribiendo lo que oí sobre ese león de barracas, me he acordado de lo que no sé si leí u oí de otro león, que nos enseña no poco a ser, como debemos, agradecidos.

Se cuenta que fueron echados unos esclavos fugitivos al circo romano para ser destrozados delante de todo el pueblo por un magnífico león que acababa de ser traído del Africa

Estaban ya los pobres esclavos a la vista de aquel feroz pueblo, en medio del circo, cuando abren una compuerta que deja libre al león. Admirado éste al verse entre aquel bullicio de gente, no sabe al principio a dónde dirigirse. Mira a todas partes y se ve cercado; se dirige al centro del circo y ve aquellos pocos hombres, a quienes el miedo tiene apelotonados Se acerca a ellos y se oye entonces un grito de otra fiera más cruel, del pueblo que le anima a lanzarse sobre los indefensos esclavos y a destrozarlos.

Algo extraño ocurre que sorprende al pueblo: el león se acerca a uno de aquellos esclavos y le lame, y se deja del esclavo hacer caricias. Se separa el esclavo del grupo y el león le sigue sin haber dañado a nadie.

Ante aquella tan inusitada escena el pueblo depone su fiereza y pide al esclavo que explique aquel misterio. Con el león a sus pies, manso como un perrito, cuenta el esclavo al público, que le podía oír la historia: Escon-

Universidad de Deusto
Biblioteca

dido en un barco huí de la casa de mis amos por el mal trato que me daban y llegué al Africa; allí, para no ser preso, me interné en el desierto. Después de mucho andar no encontré mejor vivienda que una cueva; topé allí con un león malherido en un pie por una espina que no podía sacar.

Pasado el primer susto y advertido del malestar de aquella fiera, al verle tan mansa, me atreví a acercarme, y como pude le curé la herida. Desde aquel momento no nos separamos; él partía conmigo su caza y me seguía y defendía en cualquier peligro; y su fidelidad se vió mejor cuando en una gran cacería nos sorprendieron en nuestra cueva; tuvieron que rendirle a él, después de defenderse como quien era, antes que me cogieran.

Nos separaron a la fuerza hasta este momento en que habéis sido testigos de su reconocido agradecimiento.

El pueblo, al acabar de oír esta historia, pidió a gritos la libertad de aquel esclavo, que le fué enseguida otorgada.

Y no paró aquí la fidelidad de aquel reconocido león: se cuenta que desde aquel día le acompañaba al esclavo por las calles como si fuera un corderito, con asombro de todo el pueblo que al principio, con gran miedo, le contemplaba.

¡Cuántos de nosotros nos dejamos ganar en agradecimiento de este león! testigos son nuestros mismos padres, a quienes no obedecemos como debemos.

I. J., Congr.

Una carta interesante.

El martes por la tarde llegué a este pueblo; enseguida me encontré con mi amigo José Marí. Me contó lo que hacía, cómo estaba ya aburrido sin hacer nada en todo el día. Subimos a la atalaya, y allí sentados, contemplando el mar, convinimos en que para pasar mejor las vacaciones era necesario trabajar algo y que la ocupación más provechosa, ya que durante el curso tenemos poco tiempo, era repasar el catecismo y aprenderlo bien a la letra; pues muchas veces hemos oído decir que no hay palabra que sobre ni que falte.

—Bien, me contesta José Marí, pero para ello habrá que determinar previamente la hora del día en que hemos de estudiarlo, porque si lo dejamos para la mejor ocasión, es seguro que no la encontraremos favorable en todo el día.

—Tienes razón. A ver cómo arreglamos este punto... Mira, yo iré indicándote las distintas horas del día y tú das tu parecer sobre cada una de ellas.

—Bien ¡empieza!

—¿Inmediatamente después de levantarnos?

—A esa hora mis ojos están mejor para cerrarse que para fijarse en letras.

—Y los míos, ídem. Prosigo: ¿durante la misa?

—¡Hombre! no me parece mal; es una hora muy propia. Si no encontramos otra, ésta es buena. Adelante.

—¿Después de desayunar y antes de salir de casa? ¿no te parece que ésta es buena?

—¡Ya lo creo! a esa hora la imaginación está en calma y se aprende mejor. Aparte de que, estudiando por la mañana, quitamos este cuidado para el resto del día. Pero, sigamos a ver si otra nos conviene más.

—¿Poco antes de comer?

—Eso fuera si antes de comer tuviéramos tiempo; porque de ordinario...

—Bueno; ¿después de la siesta?

—¡No es mala; ya tenemos tres para elegir después.

—¿Durante la merienda?

—¡No me hables de eso, hombre!

—¿Crees que somos anacoretas? ¡Con las ganas que tenemos de charlar mientras comemos!

—¡Pues, hombre!; ya no veo ninguna hora más, porque de noche estamos muy cansados para pensar en estudios.

—Bien! ya hemos encontrado tres horas: durante la misa, después del desayuno y de la siesta.

—Durante la misa es muy propio pensar sobre el catecismo, pero aprenderlo de memoria...

—Tampoco yo lo considero oportuno... Pero espera: ¿Qué te parece reflexionar durante la misa sobre unas cuantas preguntas o una página entera, y luego, después del desayuno aprender de memoria lo que hemos meditado antes?

—De perillas, chico, te felicito! Eso es lo mejor! ¡Bravo hombre!

—Bueno ¿decidido?

—Pero, tú tienes aquí el Catecismo.

—No, pero todo se arreglará pidiéndoselo al Padre que nos lo mandará enseguida.

—Perfectamente; hoy mismo le escribiré yo.

I. G., Congr.

«¡Me lo mató García!»

¡«Pobre hijo mío! ¡Me lo mató García!» Esta es la muletilla de la pobre loca.

El día pasado la ví y es una simpática señora, no muy anciana aún; pero cuya cabeza está ya encanecida, más, a lo que parece, por las amarguras de su vida que por la obra de los años. Vive en una casita rodeada de un pequeño jardín en las afueras del pueblo.

En una de las ocasiones en que pasé por frente de su casita me refirió mi acompañante que todos los días, al volver de misa y al caer de la tarde, retirada en su jardín, cuerda en todo lo demás, acércase la infeliz a un busto de barro cocido que representa a su hijo y le dice:

¡Hijo mío Dieguito! ¡Dale gusto a tu madre! ¡Persígnate siquiera! Vamos, conmigo. Por la señal...¡Ay de mí, no quiere! ¡Reza un poco! ¡Siquiera un Ave María; nada más que un Ave María! ¡No responde! ¡Debe estar muerto! ¿A ver?

Y pone la mano en el corazón del busto y escucha como un médico, y dice:

¡En efecto no late! ¡Está muerto! ¡Pobre hijo mío; ¡Me lo mató García!

Y ¿quién fué García? pregunto yo ansiando conocer el drama que había puesto a la pobre señora en el estado en que se encuentra.

García, me dicen, fué un joven de este mismo pueblo de alguna más edad que Diego, cuya amistad supo captarse, en unas vacaciones, por su carácter afable y alegre. Pero no era oro todo lo que relucía, pues el tal mozalbete, a fuer de alegre, sentía ansia de divertirse y gozar, no reparando para satisfacerla en los medios Por esto estaba ya a su corta edad muy avanzado en los vicios, procurando, luego que consiguió la amistad de Diego, instruírle en su malhadada ciencia hasta conseguir hacer de Diego otro él. En vano había protestado la madre, su padre, so pretexto de que eran beaterías de su mujer, no le hizo caso, diciendo: ¡Bah! son chicos y déjales que se diviertan. ¡En verdad que quedaron divertidos él, ella y su hijo! Porque el chico perdió la fé, dióse a los vicios, consumió a disgustos a su padre y se marchó a América de donde no volvió.

Fué tan honda la pena de la madre al conocer la pérdida de la fe de su hijo que se volvió loca durante algún tiempo, y si bien volvió en sí para todo lo demás, le quedó la locura de ir todos los días, mañana y tarde, a rezar con su hijo.

Y de vez en cuando al oír hablar de hijos o de muertos o de alguna cosa que pueda tener conexión con su hijo, repite con profunda amargura alguna de estas frases: ¡También mi hijo murió! ¡Pobre hijo mío! ¡me lo mató García!

L. G., Congr.

Lo que cuenta uno de Loyola.

Llegamos a la Santa Casa. A cada cual se le designó un cuarto y yo, precedido de un amable Hermano, me dirigí hacia el que me había correspondido. Cuando entré, lo primero que hice fué inspeccionar detenidamente mi nuevo alojamiento: los cuadros, la cama, las sillas, lo que se veía por la ventana. Luego me senté en la mesa y revisé los libros piadosos que sobre ella había; entre ellos llamó mi atención destacándose uno pequeñito. Por su forma lo reconocí, abríle y ví en efecto que era un catecismo. Comprendí al momento por qué estaba allí: es claro, me dije, un ejercitante que desea amoldar más toda su vida a las máximas y reglas de la Religión lo primero que debe saber es cuáles son estas máximas y estas reglas. He aquí por qué aquel librito aparecía allí el primero entre todos.

Todos los días lo leía un poco y siempre sacaba de esa lectura un gran provecho.

El último día volvía leyendo en mi pequeño libro camino de mi cuarto, me encontré con un Padre que ya viejecito arrastraba penosamente los pies y que al verme pasar se me quedó mirando con unos ojazos azules y dulces como los de un niño en los que tan bien como en los de éste retratábase su alma inocente y hermosa. Detúveme yo al verle y él me dijo:—Bien muchacho, ¿estudiando el catecismo?—Si Padre, le dije yo, es un librito que por más que se estudie siempre hay algo que aprender en él.

—¡Qué razón tienes!—me contestó—y sin embargo no todos piensan así. Todavía recuerdo yo que no hace muchos años presentóseme un señor que venía a hacer ejercicios y al ofrecerle yo un catecismo, me dijo: ¡Pero Padre! ¿Por quién me toma Vd? eso es cosa de niños, desde los seis años me lo sabía yo todo de memoria.—Bien, bien, veamos si lo sabe Vd. tan bien ahora, y le hice varias preguntas. El buen señor que era un abogado de mucha fama me salió con cada disparate que acabé por decirle: ¿Lo ve Vd., señor mío, cómo necesita Vd. de este librito? ¡Ah, s! todos los que se precian de católicos lo supieran como es debido, se evitarían a veces muchas discusiones tontas y no se dirían como se dicen en periódicos y revistas tantas enormidades!

De él como de arsenal inagotable se saca la verdadera doctrina de Jesucristo, como así lo entendió S. Francisco de Asís, cuando predicando en Italia atribuía siempre aquellas sus innumerables conversiones, a aquellos sermones en los que explicaba sencillamente el catecismo y sacaba el auditorio siempre mucho más fruto que de los sermones preparados largamente y con sumo cuidado. Así lo entendió también un sabio obispo en Francia cuando llanamente y sin advertir a sus diocesanos de qué iba a tratar, se puso a explicar el catecismo en la misa pudiendo decirles después de varios meses en los que habían concurrido en proporción creciente: He aquí, hijos míos, que en las pláticas que vosotros escucháis con tanto gusto, no hago otra cosa, desde seis meses a esta parte, sino explicar el catecismo. Sin embargo no os lo quise decir al principio porque entonces no lo hubierais considerado digno de vuestra atención; no obstante, ahora os lo advierto para que veáis las buenas enseñanzas que del catecismo se pueden sacar y cómo es necesario a todos los cristianos el aprenderle».

Aquí calló el Padre, y yo besándole la mano me despedí de él y al seguir hacia mi cuarto iba prometiéndome, para mis adentros, no dejar pasar este verano sin aprenlo todo, como Dios manda.

M. A., Congr.

Carta abierta.

Querido Padre: En este pueblo están ahora segando el trigo y yo voy con los aldeanos al campo; ya casi he aprendido a segar.

Me da lástima el ver cómo se afanan, cuando yo estoy todo el día descansando.

Ayer le dije a uno: ¿Por qué no descansáis ahora como hago yo?

—¡Mira éste, me dijo, pues después de estar trabajando todo el año vamos a dejar, ahora, que se pierda el fruto?

—¿Tú en qué te has ocupado este año?

—He estudiado tercero de Bachiller, pero ya me he examinado, le dije muy ufano.

El se encogió de hombros como diciendo: Igual me daba que me hubieras dicho que has estudiado décimo y murmuró: Pues si has recogido algún fruto, que no se te pierda ahora por falta de cuidado.

No me parece que discurre mal este aldeano, querido Padre, desde hoy recordaré algo de lo que he estudiado y así repaso. Y, Padre, le voy a decir a Vd. una idea que se me ha ocurrido: ¿Por qué será que muchos jóvenes que han sembrado y cultivado la buena semilla de la Comunión durante el curso, cuando llega el verano, que debiera ser la época de la recolección, cuanto más calor hace más se enfrían y aun acaban por dejarla? Yo no me lo explico. ¿Qué diríamos de un labrador que después de afanarse todo el año, en la época de la siega, que es cuando más cuidado exige el fruto ya maduro, se tumbaría a la bartola?

Su hijo en Cristo.

I Z., Congr.

Otra carta abierta.

Mi querido Padre: En este pueblo, en el que estoy pasando unos días, hay una iglesia muy vieja, muy vieja; no hay más que ella. Dicen que es del siglo XII y está dedicada a Santa María Virgen. Muchos días oímos misa y comulgamos en ella. A mí me gusta mucho. Es pequeñita y pobre, y, aunque tiene las piedras gastadas, se nota muy bien todavía su tallado que, para lo antigua que es, está admirablemente hecho. Los que entienden de eso, dicen que es románica, y viene mucha gente a verla, pues apenas si queda alguna como ella y dicen tiene un gran valor arqueológico.

A mí eso no me importa mucho; en lo que pienso cuando estoy allí oyendo misa, es en la generaciones de cristianos que, durante ochocientos años, habrán oído la Santa Misa en esta iglesia y habrán alabado a Dios y pedido les dé su bendición, lo mismo que lo hacemos nosotros. Cuando miro a la imagen de la Virgen, aunque no es ningún prodigio de arte, pienso que si está tan viejecita y tan gastada es por los miles de ojos que, suplicantes, se han clavado en ella pidiéndole su protección.

¡Ah! y ¡qué gusto me da cuando veo a un lado, bajo la lámpara, tallado en piedra un pez, señal y consigna de la proximidad del Santísimo Sacramento, la misma que los cristianos de Roma usaban para advertir a los fieles dónde podían encontrar el alimento para sus almas, preservándole al mismo tiempo de toda profanación! ¡Qué gusto me da pensar con qué fervor entrarían aquí los sencillos cristianos de otros tiempos y al ver el pez se postrarían y adorarían a Nuestro Señor, oculto en el Ciborio!

Tiene una torre a la que se sube por una escalera de caracol, tan estrecha, que casi no cabemos. El día que llegamos, estuvimos tocando las campanas y alborotamos todo el pueblo.

Bendiga a su cordero,

M. A., Congr.

Correspondencia abierta.

Así se portan los buenos.

Recibí su contestación a mi primera carta que me dió muchos más ánimos de los que tenía para seguir aquí con mi vida de congregante. Contra lo que yo creía el primer día, reparten también en este pueblo de Castilla la Sagrada Comunión diariamente, sólo que hay que avisarle al Sr. Cura porque no hay siempre quien comulgue. Comulgo todos los días en compañía de la madre del señor Cura y un hermanito suyo, de 11 años, muy querido de todos. Procuro cuando voy a misa encontrarme con algún chico en el camino y le invito a venir conmigo, y casi siempre viene, de no tener alguna obligación. Aquí saben ayudar a Misa hasta los hombres, y, durante ella, oficia el Sr. Cura en voz alta y ellos contestan.

Algunas veces hablan delante de mí mal de los Sacerdotes, etc.. ; pero no les hago caso y algunas veces les hago callar.

M. M., Congr.

En el extranjero.

Comulgo, oigo Misa y rezo el Santo Rosario todos los días, y me confieso en francés con un Cura de la parroquia, del cual me he hecho amigo.

J. A., Congr.

Poco le basta saber para ser bueno.

No se me olvida decir aquella frase que dijo un Padre una noche en la Congregación: ¿Qué soy yo?—Congregante—¿Para qué soy yo congregante? —Para dar buen ejemplo, haciendo bien los actos de piedad, y todo lo que tengo que hacer en el día.

I. O., Congr.

Uno que no se fía.

Me encuentro en un caserío inmediato a la carretera y a un cuarto de hora del pueblo. Esta mañana he querido enterarme de las Misas y sus horas. Me dicen que habrá una a las siete. Encantado yo me dirijo hacia la Iglesia en ayunas para poder comulgar, y llego, en efecto, a las siete; pero entonces terminaba la misa de seis y media y no salía otra. Pude después volver y alcanzar la de las nueve. Mañana, ya con más experiencia, iré a misa de ocho en que comulgaré y espero encontraré a todos los Congregantes que aquí veranean.

Después de misa fuí carretera adelante hasta la playa, permaneciendo cerca de una hora jugando y cogiendo cangrejos por un procedimiento de mi invención, tan seguro, que espero adquirir patente. No se lo describo, porque al conocerlo querrá usted usurpar mi derecho.

I. G., Congr.



Núm. 85.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Agosto de 1920

Los bizcochos de Mendaro.

Bizco...o...o...o...chos de Menda...a...ro.

Este es el grito tristón con que los vendedores ambulantes de Mendaro, ofrecen a los viajeros de la línea de Bilbao a San Sebastián y a nosotros que íbamos a Loyola su mercancía.

Bizcoo...o...o...o...chos de Menda...a...ro.

Y del tren salen brazos que se agitan pidiendo a toda prisa aquellos bizcochos redondos, pequeños y raquíticos, que, no obstante, deben de ser una delicia a juzgar por la demanda que es continua.

El vendedor va corriendo de coche a coche, procurando despachar en un par de minutos de parada el mayor número de paquetes. Uno por aquí, otro por allí, otro por el otro lado.

¡Usted, el de los bizcochos!... media docena para mí. Ahí van 60 céntimos.

El comprador es un joven delgadito y pálido, que no obstante, se traga sus bizcochos en un santiamén. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Ya están. ¡A ver, usted..., otra media docena, tenga otros 60 céntimos!

Me quedo estupefacto. Alrededor todo el mundo compra aquellos papeles en los cuales unos redondeles amarillos, del tamaño de un duro, con una pastita de azúcar por encima, ofrecen su aspecto tentador a los pacíficos viajeros.

Me decido a comprar media docena. Despego del limpísimo papel blanco el mágico redondel que se llama bizcocho y me lo llevo a la boca. Un segundo nada más y el bizcocho desaparece, dejando un saborcillo dulzón y como meláncolico que pide otro al momento. Apenas he podido darme cuenta de aquel saborcillo atrayente, me como otro y lo paladeo; la misma sensación, casi instantánea. Un suspiro de dulzor agradabilísimo, pero de momento

A ver dos a un tiempo... tres... cuatro. Venga otro paquete, otro y otro... El tren pita y arranca, lanzando con fuerza un humo espeso y negro, y a los lejos se pierde la silueta del vendedor de bizcochos que cuenta sus ganancias.

Mi paladar es un ascua. Aún no he podido darme cuenta del sabor exacto de los fatales bizcochos; pero, un dejo vago me recuerda aquella sensación dulcísima.

Espero otra estación y pido más bizcochos. No soy yo solo. Las ventanillas están tan animadas como en Mendaro. La misma agitación de brazos. La misma desilusión cuando el tren arranca.

Un compañero se sonríe burlón. ¿Cuántos paquetes van?

—Ocho o nueve, pero creo que es poco.

—Yo no he comido ninguno.

—¿Que nó? eso es imposible. No hay nadie que se contenga.

—¿Yo...?

—Sí, es una tentación para mí, pero cuando paso por Mendaro procuro distraerme. Si comiese uno solo, me dejaría con ganas de comer otro y después otro, sin hartarme nunca. Los bizcochos de Mendaro no llenan jamás.

Hago propósito de no volver a comer los bizcochos. Pero ¡quién sabe si lo cumpliré! ¡Es tan atrayente aquel papel blanco con los bizcochos pegaditos que parece que se siente ya el gusto antes de tocarlos!

Imagen exacta de los placeres de este mundo. Cuando más se gusta de ellos, más se desea, sin llegar a hartarse nunca. Siempre con el ansia de *más*.

También hay quien cree que es imposible abstenerse de ellos, pero a millares se cuentan los ejemplos de los que, con buen sentido, no quieren probar un manjar que saben de sobra que no les ha de llenar.

A. M. M., Congr.

Esas son tonterías.

Viajaba yo tranquila y cómodamente en los Ferrocarriles Vascongados, divirtiendo mi imaginación con la vista del pintoresco paisaje del trayecto, cuando no sé en qué estación vino a distraerme de este placer una señora, que noté se acomodaba a mi lado, acom-

Universidad de Deusto
Biblioteca

pañada de su esposo, que ocupó el asiento frontero. No dudé que aquellas caras me eran conocidas y pronto advertí que mis nuevos compañeros de viaje eran don Juan y doña Teresa, padres de dos amigos míos. Yo les saludé atentamente, ellos me correspondieron con mucha cortesía, y ya con esto quedó franco el camino para que, después de interrogarme sobre la salud de mis padres y hermanos, entablásemos animada conversación acerca de mi vida.

Cuál sería su asombro al oír que yo era uno de los congregantes de Bilbao, lo echaríais de ver fácilmente, advirtiendo, como yo advertí, que se dirigieron una mirada que no significaba precisamente respeto y alegría, sino más bien desprecio y hasta compasión. Siguióse a esto un rato de silencio, hasta que se encara conmigo don Juan y me dice:

—Esas son tonterías, esas son bagatelas, no son más que beaterías.

—¿Cómo tonterías?—replico yo.

Y él, haciendo una mueca como de indiferiencia, añade por toda respuesta:

—Nó, a los niños no hay que hablarles de esas cosas y menos aún, incitarles a tales beaterías; cuando sean mayores de edad, ellos escogerán lo que mejor les pareza; el hombre debe ser libre, eso de oír sermones, de asistir todos los días a misa, de comulgar diariamente, etc., etc., me parece muy bien si lo escogen ellos.

Yo entonces, haciendo como que cambiaba de conversación, les pregunto:

—¿A qué Colegio asisten sus hijos?

—No van a Colegio; van al Instituto, el mayor, de 14 años, ha terminado el cuarto año de comercio y el pequeño, de 11, acaba de ingresar.

Yo, haciéndome el sorprendido, les opongo:

—Pero ¡qué! ¿les hacen Vds. estudiar? ¿Por qué no les dejan hasta que sean mayores de edad?

Doña Teresa, muy seria, me replica:

—Es necesario hacerles estudiar de pequeños, porque de mayores no les entrarían tan fácilmente las letras, se aburrirían de estudiar y mandarían luego los libros a paseo, resultarían inútiles a la sociedad y acabarían por verse obligados a pedir el pan de puerta en puerta.

—Pero ¡cómo así!—replico yo. En lo tocante a la religión miran de otro modo que en lo tocante a los estudios? ¿Por qué no les dejan hasta que sean mayores sin estudios de ninguna clase para que cuando tengan discernimiento escojan entre ser hombres de negocios o ser unos pobres y simples jornaleros?

Ambos, como por instinto, bajaron la cabeza. Hubo un momento de penoso silencio. Por fin don Juan, mirándome indignado, díjome:

—¡Pero qué! ¿Es lo mismo la religión que los estudios? Yo procurando calmarle, le digo:

—Tiene Vd. mucha razón don Juan; no es lo mismo la religión que los estudios, pero es porque la religion debe estar muy por encima de todos los estudios, pues es preferible tener un hijo religioso y no sabio en lo tocante a la ciencia del mundo, que un indiferente e impío en lo tocante a la religión y sabio en lo concerniente a la ciencia del mundo. Pero, don Juan ¿no decía Vd. que quería educarle a su hijo indiferente en religión? Pues ¿por qué no quiere Vd. que se acompañe de Eduardo que es muy buen chico, y por lo contrario usted mismo le incita a que ande con Roberto y otros tan malos como él: así entienden ustedes el indiferentismo hoy día; están como empeñados en que sus hijos no se salven.

Más listos son los labradores que enderezan los árboles pequeños, para que cuando sean mayores estén derechos.

Doña Teresa parecía convencida y don Juan con la cabeza inclinada sobre el pecho meditaba sin duda mis últimas palabras. Entonces yo aprovechando esta ocasión, les digo: No saben qué víbora alimentan en su propio seno, cuando siguen esta conducta. El día de mañana, yo les aseguro, se arrepentirán, pero demasiado tarde, cuando ya no tenga remedio. No contestaron.

Por fin llegamos a Durango, donde ambos esposos se apearon del tren, no sin una cortés despedida. Yo seguí con tranquilidad mi viaje hasta Bilbao.

Quiera Dios que todos los padres se aprovechen de esto, como supe más tarde se habían aprovechado don Juan y doña Teresa.

A. P., Congr.

¡Que aprendan los tíos y...!

Antonio era el ojo derecho de su tío, que con él vivía, y a quien tenía estudiado mucho mejor que las asignaturas del bachillerato que acababa de cursar. De él se servía para que sus padres no le castigaran, ni aun cuando llegase a su casa media hora más tarde de la señalada. Cuando le amenazaba su padre con quitarle la paga del domingo, o con dejarle encerrado por alguna falta, que bien lo merecía, ya era cosa sabida: iba a su tío, le lloraba un poco; y nada hacía falta para que se ablandara e intercediera y consiguiera en seguida el indulto.

No hay que decir que el sobrino le pagaba a su tío con desprecio; pues, aunque en casa lo disimulaba muy bien, se desahogaba con sus compañeros y se reía de su bendito tío; y éste era el calificativo más suave que le daba.

El tío, para distraerse, y sobre todo para redondear su fortuna, iba a diario a la Bolsa, y según buenas y malas lenguas, era poco escrupuloso: no miraba al negocio, ni a las circunstancias; y lo que tenía de desahogado tenía de ojo avizor, según corría la fama.

Pues bien, se despedía del sobrino un amigo suyo que había terminado con él el bachillerato; y tal era el amigo cual fué el consejo que le dió en su despedida: «Mira, chico, te tengo envidia: ahora yo tengo que fastidiarme y estudiar bien mi carrera, si quiero después ser algo; y tú, con tener un tío que se vaya al infierno, estás en grande. Adios, Antonio, ¡quién tuviera tu suerte»!

Y lo peor es que al sobrino le hizo gracia la salida del amigo y se congratulaba de tener tal tío.

¡Qué bobos son muchos tíos al creer que les quieren tanto los sobrinos!

I. G., Congr.

Lo que enseña un cochero.

Don Teodoro, habiéndosele marchado su cochero, anunció en un diario de la localidad, que la plaza se hallaba vacante. No tardaron en acudir a su casa, una verdadera nube de pretendientes. Al apurado D. Teodoro, le ocurre una idea salvadora, y se decide a ponerla en práctica. En efecto, llega el primer pretendiente, y le pregunta: ¿Qué haría en el caso que tuviéramos que pasar junto a un precipicio. Pues yo, señor, contestó el otro, soy tan diestro en el manejo de los caballos, que pasaría por cerca de él, sin el menor reparo. Llama un segundo, le hace la misma pregunta; y éste, aún más imprudente, díjole, que él se pasearía con el coche, por la orilla del precipicio, tan seguro como por un camino real. Desechóle y como a éste, a un sinnúmero de ellos, que daban respuestas análogas.

Llególe por fin el turno a un viejo cochero, y práctico en la vida, el cual le contestó, que pasaría a la mayor distancia posible del precipicio, y de esta manera evitaría cualquier descuido, del cual nunca está libre el hombre, sin la ayuda de Dios.

Al llegar a este punto, interrumpió la escena un padre de familia, aplaudiendo la actitud de aquel cochero, que no osara ponerse en el peligro.

¡Qué bien dijo Salomón: «Quien ama el peligro perecerá en él.»

A. P. Congr.

La cucaña.

El pueblecito de mi residencia veraniega tan apacible y tranquilo otros días, parecía ataviarse con sus galas mejores, dando a entender, bien a las claras, que era aquel día extraordinario.

En efecto: era el día del Patrono del pueblo, y el Ayuntamiento, deseando esplendor en los festejos, dió en organizar para la tarde una cucaña, espectáculo que por las pericias sin cuento a que da margen, había de ser, a no dudarlo, concurridísimo.

Llegó la suspirada tarde; los rayos solares caían de plano sobre la tierra, las calles del pueblecito aparecían desiertas y sin animación; pero a medida que la hora del espectáculo llegaba, iban apareciendo por todas partes oleadas de gentes ansiosa de presenciarlo, comentando ya entre chistes y risotadas las peripecias que suelen siempre ocurrir en tales casos. Comienzan los preparativos; horizontalmente y a pocos metros del suelo colocaron sobre caballetes un largo madero bien torneado y untado de una pasta viscosa y resbaladiza que relucía a los rayos del sol. A uno y otro lado se tendían largos sacos de lona llenos de arena con el fin de prevenir las caídas.

Eran las cinco de la tarde, cuando terminados todos los preparativos y colocada la graciosa bandera en la punta del palo se dió comienzo a la fiesta. Un apuesto joven, ganoso del premio, avanza con todas las evoluciones de brazos y todas las contorsiones de cuerpo a que le obligaba su posición de equilibrio inestable; a poco una sonora carcajada del público acogía la caída del atrevido joven. Avanzaba el espectáculo, las carcajadas se repetían junto con las caídas, y aún nadie había arrebatado la ansiada banderita que, ligeramente mecida por el viento, parecía burlarse de todo el que intentaba alcanzarla. Quiso probar fortuna un mozo de reconocida reputación; comenzaron los movimientos para sostener el equilibrio, con tan mala fortuna, que, haciendo fuerza con el pie para sostenerse vino a ser despedido su cuerpo, que, fuera del radio de los sacos, se llevó un regular golpe.

Silencio imponente reinó en la multitud, ni una risa vino a herir los oídos del dolorido paciente que probaba por sí mismo levantarse.

El espectáculo se suspendió, y pensativo me dirigía a mi casa. Detrás de mí dos señoras venían hablando:

—Pobre joven, ha quedado baldado.

—Majadero de él, ¿quién le mandó ponerse en el peligro?

Apresuré el paso; la noche comenzaba a cerrar.

Entré en mi casa; aquel vehemente «majadero» que había resonado en mis oídos se hallaba grabado profundamente en mi alma.

Pensé en otros majaderos que, por más vil precio que el representado por la banderita de la cucaña, pónense en peligros y pasan su vida tambaleándose por la senda del placer, llorando frecuentes y dolorosas caídas, sin llegar jamás a gozar plenamente de la consecución de sus deseos.

E. B., Congr.

¡Qué pereza!

«¡Vamos! estudia o trabaja algo; que yo no sé cómo no os aburrís todo el santo día fuera de casa sin hacer nada.» Esta es la canción constante de mi buena madre. Y a mí, la verdad, casi sin darme cuenta me ha invadido una pereza tal, que no soy capaz de hacer nada de provecho: si tengo que escribir algo, lo hago de noche para no perder nada del día.

No hace mucho, dando vueltas, fuí a parar a la Congregación, y cogí un libro y me puse a leer. Dios que de todo se aprovecha para nuestro bien, quiso que abriera el libro por un capítulo que trata justamente de la pereza y ¡vaya una recetita que me dió!

Por si alguno le hace falta, voy a resumir algunas de las muchas frases dignas de aprenderlas de memoria.

Como un vaso vacío puede recibir todos los líquidos, así el perezoso es capaz de todos los pecados.

El hombre es como la tierra, que si no se siembra de buena semilla, germina hierbas inútiles y nocivas.

El hombre, como en todo tiempo tiene que

Universidad de Deusto
Biblioteca

hacer algo, cuando no se ocupa en las buenas se entrega a las malas acciones.

El hierro se oxida cuando no se usa.

El aire se corrompe y engendra enfermedades, cuando pasa mucho tiempo sin agitarse; algo semejante ocurre con el perezoso.

El agua que no corre se corrompe y cría todo género de sabandijas; así el cuerpo que se corrompe por la pereza, es asiento de todos los malos deseos.

El pájaro en tanto está seguro en cuanto vuela; en cuanto se posa y está quieto, hacen blanco en él; lo propio acontece al hombre que ceja en el trabajo.

A cualquiera por tonto que sea pueden hacerle ver lo que le importa estar ocupado, habituarse al trabajo. Nadie se aburre tanto como el que no quiere estudiar algo o escribir o dibujar en tiempo de vacaciones.

J. L., Congr.

¡Un poco de historia!

Enrique VIII de Inglaterra, acérrimo defensor del catolicismo hasta el punto de hacerse digno merecedor del título «*defensor fidei*, patrono de la fe», que se lo concedió León X, vino a convertirse más tarde en un verdadero monstruo, lleno de las más infames pasiones. Tuvo, cabe sí, un ángel, Tomás Moro, Canciller mayor de Palacio, que con su rara modestia, humildad y perfecta sumisión a la Santa Sede, holló más de una vez la soberbia de Enrique.

Tomás, hoy elevado a los altares, tuvo una hija llamada Margarita, buena y santa como su padre.

Conocemos ya un poco a los tres protagonistas de esta historia; vamos ahora a conocer el fin de ella para aprovecharnos de sus ejemplos.

Como las moscas, cuando ven la miel no pueden resistir a la tentación y aun cuando ven allí otras muertas, se lanzan a ella para saciar su gusto; así Enrique VIII se dejó seducir por los mezquinos y sucios goces del placer de no sé quien.

La fuerza de la pasión fué tan violenta, que llegó a olvidar y conculcar los más santos contratos.

Una excomunión mayor de Roma vino a turbar todos sus planes; él, lleno de ira y cegado por la fuerza de la pasión, negó la obediencia al Papa, separándose de la Iglesia, e hízose cabeza y jefe de la iglesia protestante inglesa. Tomás, aunque brindado por todos los goces de aquí abajo, prefirió morir mártir, antes que apostatar de nuestra única y verdadera religión.

Después que rodó por los suelos la cabeza del insigne mártir, nadie, por temor a la perfidia del rey, quiso dar honrosa sepultura a aquellas venerables reliquias. En medio de tanta cobardía, Margarita majestuosa se levanta y con profundo respeto al valor de su mártir padre, le da el tributo que corresponde a tanta heroicidad de la hija, que así desafiaba sus iras rindiendo aquel honor debido a su padre.

¡La virtud siempre es respetada..!

¿Respetamos nosotros así a nuestros padres? Hagamos un examen sobre este punto tan provechoso y necesario.

J. L., Congr.

Correspondencia abierta.

Un antiguo Estanislao.

En este momento me entregan FLORES Y FRUTOS, que lo agradezco mucho, pues pensaba pedirle en esta carta, porque aunque es una revista pequeña en tamaño, es mucho lo que encierra. ¡Cuántas veces hemos hablado los amigos del mucho bien que hace esa revista, quizás más que otras mayores.

D. M. A., Congr.

Un hidroavión averiado.

Al día siguiente de nuestra llegada tuvimos la novedad de que nos visitara un hidroavión, que se vió obligado a aterrizar frente a esta hermosa playa, llevaban sin duda averiado el motor, operación que llevaron a cabo en presencia, se pudo decir, de casi todos los de Baquio; pero por la noche, resultó que las olas destruyeron toda la parte del avión, que es de madera, salvándose el motor y sus accesorios.

F. V., Congr.

Con poco somos felices.

Estoy muy contento, oigo misa y comulgo diariamente. Aquí el día más aburrido es el domingo, pues la cancha está ocupada por los aldeanos y los demás días jugamos nosotros; a veces tenemos la fortuna de encontrar algún carro de bueyes y ¡es la nuestra! Tenemos preparadas un sin fin de chocolatadas; cogemos chocolate, una jícara y la chocolatera, encendemos fuego en el monte y lo hacemos allí. Se despide su cordero.

J. M. N., Congr.

Otros felices.

Aquí ando muy bien, siempre juntos mis hermanos y mi primo; vamos todos los días a misa y comulgamos, después desayunamos y ¡a correr!

G. V., Congr.

En Francia.

El Abbé, que nos dá lección, nos ha presentado a unos amigos que son de los que oyen misa y comulgan todos los días Ayer, 14 de Julio, hubo revista y sobre las tropas pasaron seis aviones, dando la vuelta de campana y volando a la altura de las casas.

I. A., Congr.

Solemos después de oír misa volver a casa, desayunar y estudiar el catecismo y la lección; después a la playa a jugar y a bañarse.

R. E., Congr.

Una buena idea.

No se olvide de mandarnos esos papelitos que repartimos en Bilbao la víspera de los primeros viernes de mes «*¡A comulgar! Mañana primer viernes.*» Los repartiremos por todas las casas; aquí, en vacaciones no sabemos en qué día vivimos.

I. S. J., Congr.



Núm. 86.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Setiembre de 1920

Lecciones de un borracho.

Tuve ocasión de oír a un borracho hablar, y me dió no poco que pensar por la razón que tenía; tanta, que se podría decir de él que hablaba como un buen libro.

Era por otra parte honrado y trabajador; pero al infeliz por herencia, según decían, le venía el vicio rebajante de la embriaguez; pero aun borracho tenía a su manera momentos de lucidez.

Allá va una de sus maximás o de aquellas sus explicaciones: «Yo en cuanto a la herencia que mi padre me ha dado le aborrezco y preferiría no haber nacido para arrastrar una vida como la que actualmente llevo.»

Preguntado por uno de los que le oían el por qué no se dominó desde joven, respondió: «No me dominé porque, además de los malos ejemplos de mi padre y de la mala sangre suya que llevo, tuve la desgracia de andar con unos compañeros que tenían un padre semejante al mío, y así me crié en la atmósfera del vicio; me daban todo el dinero que le permitían sus ganancias, las cuales eran bastantes crecidas. Yo ante el cebo de pasar alegre esta vida, sin pensar en el porvenir, dí rienda suelta a los vicios que un joven de mi edad puede tener.» Y así siguió diciendo verdades y más verdades, oyéndolas nosotros callandito, sin atrevernos a tomarle el pelo, como en un principio lo hicimos.

El epílogo lo dejaremos también que lo diga el pobre borracho, pues me parece digno de oírle:

«Vosotros sois jóvenes aún, ¡ya quisiera yo estar otra vez en esa edad en que podéis dominaros!; yo ya no puedo. Si veis que alguno de vuestros amigos le gusta demasiado el vino tinto o el blanco, dejadlo en paz, y si tiene un padre a quién también le gusta, mandadlo más lejos, porque, fuera de algunos pocos casos, los hijos saldrán también borrachos.»

Esto va para nosotros que no nos cuidamos de la calidad de nuestras amistades, y guiados por la simpatía fácilmente nos dejamos arrastrar y hasta revolcarnos en el lodo y porquería de una mala vida; y va también para los padres que creen que sus hijos no pueden ser malos, que sus hijos son los mejores, y que pueden andar con aquel primito o compañerito que es demasiado alegre y no le gusta la iglesia.

J. M., Congr.

«Arriba está quien para abajo ve.»

Vino a visitar el otro día nuestra Congregación un Padre Misionero, que nos hubiera contado muchas historias de haber sido invierno cuando todos estamos aquí.

Al leer a la entrada del salón una de las sentencias: «Con el de arriba no se juega» recordó el encuentro que tuvo en una misión con un buen viejo que al punto se le franqueó y contó su vida y milagros. Estos no fueron pocos, pues en su larga carrera, de más de 80 años, fué muy tentado por amigos y enemigos y se encontró en circunstancias comprometidas, y, especialmente en su juventud muy apretado de las pasiones. Con todo, nunca le arrastraron y estuvo tan firme que parecía imposible, según algunas ocasiones fueron de difíciles, que no cayera como cayeron todos sus amigos.

A la pregunta reiterada del Padre de cómo se las había arreglado, de qué medio se había valido, cómo se había sostenido para no caer; contestó con tanta sencillez como sinceridad: Padre, nunca me he olvidado ni olvidaré de lo que oí en una Misión cuando era niño; repetía el Misionero con frecuencia en casi todos los sermones esta frase: «Arriba está quien para abajo ve», y se me quedó tan grabada que he mirado y sigo mirando arriba como instintivamente cuando asoma el mal pensamiento o cuando oigo a algún mal amigo alguna mala conversación o alguna mala propuesta. Así, reforzado con el pensamiento de que Dios está arriba mirándome, no me cuesta nada rechazar la mala tentación; temo más ofender a Dios que a todos los amigos o enemigos del mundo.

Universidad de Deusto
Biblioteca

¡Quién no puede imitarle y ser tan valiente como él! Cualquiera puede serlo con acordarse de que Dios le está mirando y le puede castigar en aquel mismo momento.

M. U., Congr.

Una indiada.

Quiso un rico comerciante mostrar su agradecimiento a un americano amigo suyo por un favor que le había hecho, y mandóle con un indio un hermoso cestito con doce riquísimas manzanas. A la mitad del camino el indio, que debía ser muy curioso y goloso, quiso reconocer el contenido del cesto y al efecto abriéndolo cogió una manzana y la encontró tan buena que se comió también una segunda.

Al llegar al término de su viaje el indio entregó el cesto de manzanas al americano juntamente con la carta; la leyó y contó las manzanas, y al ver que faltaban dos le reprendió al indio por habérselas cogido. El indio negó rotundamente. El americano le dijo que en la carta decía que le mandaba doce. Con todo, el indio volvió a negarle que las hubiese cogido y que aquella carta mentía. Empezó entonces el indio a sospechar que lo de la carta era cosa de magia; y se arrepintió de haberla tenido por testigo.

Cinco días después de este suceso quiso el hortelano mostrar por segunda vez su agradecimiento a su amigo: volvió a llamar al indio para que le llevase otra docena de peras.

Al llegar al mismo sitio, donde había cometido el anterior hurto, sintió sed y se comió dos de aquellas peras, tomando antes la precaución de esconder la carta debajo de una pera; creía que de ese modo no sería descubierto su robo.

Llegó con su nuevo regalo a la finca del americano en la seguridad de no ser esta vez descubierto. Entrega su encargo al americano y pensaba marcharse cuando el americano después de leer la carta le detiene y le reclama las peras que faltaban. Quedó el indio como pegado sin acertar a contestar. Pues bien, desde entonces no quiso llevar carta ninguna, ni aunque se le obligase a palos.

¡Cuántos hay tan tontos como este indio; buscan la oscuridad para pecar, pues ninguna cosa buena se hace a oscuras; se figuran que nadie les ve. ¡Cómo podrán ocultarse a las miradas de Dios, como se lo dice a cada uno su conciencia!

A. P., Congr.

Un perro

Hasta ahora no he podido escribir por tener la mano vendada. Con ese motivo no sé las veces que he tenido que contar la misma historia a cuantos me preguntaban lo que me había pasado. Se la contaré a usted también y será una vez más:

Paseaba como de costumbre con mis amigos por uno de estos montes que rodean a Bilbao, cuando a bastante distancia oímos los ladridos o más bien quejidos de un pobre perro. Dejamos en seguida el camino y seguimos derechos, no sin algunos rasguños y tropezones, hasta llegar al punto de donde salían los ladridos. Encontramos por fin un pozo no muy profundo y allí hundido un pobre perro que, cansado de dar saltos, a ladridos pedía auxilio.

Me inspiró tal lástima, que, aunque mis amigos me dijeron que anduviese con cuidado, en seguida me eché al suelo y alargué cuanto pude la mano para coger al perro y sacarlo. Ni me dió tiempo para retirarla; me dió tal mordisco que me dejó clavados todos sus dientes en la mano. Con todo, compadecidos no quisimos dejarle allí morir, echamos un tronco que había por allí y salió trepando como pudo y se alejó de nosotros.

Me dejó buen recuerdo el tal perrito y no me ha servido de poco.

¡Cuántas veces me he acordado de esta ingratitud para no ser ingrato! Y ¡qué fácil es serlo, sobre todo con aquel a quien más debemos: con Dios, con nuestros padres y con los que nos educan, y hasta con qué facilidad les mordemos!

A. P., Congr.

Otros perros.

En nuestras excursiones por estos montes donde veraneo, no son raros los sustos que súbitamente nos dan a veces los perros. Y no son peores los que mucho ladran; más miedo les tenemos a los que sin ladrar quieren acercársenos. A éstos comparo yo esos compañeros de formas muy corteses, de conversación entretenida, que al principio se muestran dignos, pero al día o a los dos días enseñan ya los dientes con su conversación picante, etcétera, etc.

Pero, sigamos con los otros perros. Nos ocurre muchas veces que al llegarnos a un caserío tenemos que defendernos con piedras para que no se nos acerquen demasiado, pues se les ve su mala intención. Y es muy general en estos casos, que al tirarles la piedra corren tras ella y la muerden, como queriendo vengarse en ella de la corrida que huyendo han dado.

Siempre que ésto nos sucede me viene a la memoria la aplicación que oí de este modo de obrar perruno al que tienen la mayoría de los hombres cuando se les reprende de alguna falta: todo su empeño suele ser en estos casos en saber quién les haya podido ver, y sobre todo contar, aquella falta a sus padres o al superior que les reprende; y creen que con morder o hablar mal de aquel o de aquellos que ellos sospechan, lo tienen remediado todo. Y llegan en estos casos a ser peor que los perros: éstos suelen escarmentar y acaban por no morder la piedra; pero no es así los hombres y menos los chicos; se escudan con cualquier cosilla que no sea tan exacta y con decir o pensar que no las quiere bien el que los ha hecho aquel gran favor.

J. M., Congr.

Carta abierta.

Hay en el portal de la casa en que vivo una imagen fea, artísticamente hablando, por estar toscamente fabricada con yeso; representa a la Virgen María con el Niño Jesús en los brazos. Pero, a pesar de su ruda factura, es tenida, por los vecinos de este barrio y de otros más apartados, en gran veneración, a la que contribuye lo extraño y providencial de su origen, a parte de los muchos favores que, rogando ante la imagen, se han conseguido.

Tal origen es, según me han referido mis caseros, el siguiente: Hace muchos años, con motivo de una guerra fueron arrasados todos estos alrededores, reduciendo a escombros todas las edificaciones entre las que se encontraba una ermita situada enfrente de esta casa. Sobre los escombros se formó con el tiempo la tierra de labor que, repoblados que fueron estos lugares, fué cultivada. Hallándose un día cavando los aldeanos en la huerta de enfrente debieron, ahondar lo bastante para dar, casualmente, con la imagen de referencia. De ella solo pudieron sacar en buen estado el Niño y la cabeza y las manos de la Madre. El hallazgo fué considerado desde el primer momento por estas sencillas gentes como milagroso y se apresuraron a habilitar un nicho en el portal de esta casa adornando a la imagen con un vestido de preciosa tela, aunque está ya algo decolorada por el tiempo.

Desde entonces viene aquí mucha gente, sobre todo marineros, que acuden agradecidos por la buena pesca o a impetrar algún favor. Recuerdo que alguna vez he rezado el Rosario con veinte y más pescadores que habían venido aquí en cuadrilla.

Pues bien, estos días, vista la gran sequía que sufrían, se les ha ocurrido a estas gentes acudir a su Virgen organizando una novena de Rosarios. Y todos los hombres, mujeres y niños de este barrio vienen aquí a rezar por las noches, siendo muy curioso el golpe de vista que ofrece a eso de las nueve, viéndose que por varios caminos afluyen aquí las familias, en grupo, alumbrando los caminos con farolillos.

Cuando ya está toda la gente reunida se comienza por rezar el Rosario en vascuence, y en este idioma lo hacen bien, naturalmente; pero en cuanto llega el latín .. los Christialaisón y Matre di Christi son frecuentes.

Seguidamente del Rosario se reza la estación a Jesús Sacramentado, cosa que a mí me asombró grandemente el primer día por el lugar en que lo hacían.

Bueno, renuncio a hacer el inventario de lo que después rezan, porque sería labor interminable y acabaría usted por cansarse. Bástele saber que se encomiendan a San Antonio, San Roque, Animas del Purgatorio, etcétera, etc. Y no vaya a creerse que se contentan con un Padrenuestro a cada uno de estos santos, ¡cá! lo tomarían por una ruindad: lo llevan a seis o siete por barba, a parte de otras oraciones en vascuence. A San José le dedican una Ave María después de las diez de cada misterio. Total, que dura la función unos tres cuartos de hora. Pero ellos están muy confiados, pues cuentan con precedentes de haber sido favorecidos.

Otra cosa que me gustó mucho por ser muy rara en estos tiempos de cobardías y respeto humano, fué la que tuve ocasión de ver en el llamado Parque del pueblo:

Era un domingo y me encontraba sentado en un banco cuando a las doce, mientras en la iglesia próxima tocaban el Angelus, ví a un marinero, hombre fornido, que paseando y con la cabeza descubierta rezaba visiblemente, sin importársele nada de lo que dijeran los que alrededor de él pasaban.

I. G., Congr.

Lo que enseña una mariposa.

Iba el otro día a las diez próximamente a la Congregación a divertirme como de costumbre con mis amigos.

Al entrar en la calle de Ayala vi a un chico como de unos cinco años de edad, que se afanaba por dar caza a una linda mariposilla de muchos colorines; volaba en trechos cortos, y apenas se paraba, enseguida el muchacho de puntillas, con la gorra en la mano se disponía a echársela encima; se acercaba, mas un vuelo de la mariposa desbarataba sus planes.

Logra por fin su intento, y alegre por haberla dado caza, levanta con mucho cuidado la gorra y consigue sugetarla entre sus dedos.

Me acerco entonces al niño para admirar de cerca aquellos colores que semejaban al volar a una linda paleta de pintor llena de vivos colores. Abre la mano donde tenía casi aplastado al insecto, y nada le queda ya de su primitiva belleza.

Así es la ilusión del placer: parece linda mariposa, y cuando se logra alcanzar, se desvanece.

J. L., Congr.

Un apóstol de trece años.

Me preguntaba usted qué razones tengo para querer ser apóstol, y cómo me preparo a ello.

En cuanto a lo primero me ocurren muchas cosas que con la gracia de Dios podré decirle: el ver que tantos millones de almas yacen aún en las sombras de la muerte; y ¿por qué no nací yo entre ellos y me condeno como ellos?; el considerar que Dios quiso hacerse hombre, que nació en un pesebre frío y sufrió toda la vida hasta ser crucificado, tanto por esos infieles como por mí; el ver con gran tristeza de mi alma cuántas y cuántas almas se lleva el demonio al fuego eterno, por no haber quien les bautice, instruya y predique la verdadera religión; el que Dios me haya escogido entre muchísimos, mejores que yo, para ser apóstol; el que el mismo Vicario de Cristo en la tierra nos incite a salvar las almas de los infieles. Más razones le daría acerca de este

Universidad de Deusto
Biblioteca

primer punto, pero no lo hago por no prolongarme demasiado.

Vengamos al segundo punto. ¿Cómo me preparo para ser apóstol? Haciendo, con la gracia de Dios, bien los ejercicios espirituales, la meditación, Misa y Comunión, el rosario, la lectura espiritual, el examen, etcétera...; estudiando lo que nos mandan; tomando todas las cosas como venidas de la mano de Dios; en fin, ejercitándome en las virtudes que requiere un Misionero.

J. E. S., Congr.

Correspondencia abierta

El día de San Ignacio en Francia.

Celebramos primero la parte religiosa oyendo misa y comulgando como lo hacemos todos los días; después la parte profana tocando el violín y el piano de modo tan alarmante que alborotamos al vecindario. En la comida hubo brindis, y uno de mi hermano fué así:

«Brindo para que aprendamos tan bien este año el francés, que el año que viene no tengamos que volver a Francia para aprenderlo.»

Por la tarde fuimos a honrar al Santo y asistimos a la función. Hubo sermón, reserva y cánticos; cosa que nada tiene de particular; pero lo particular fué la manera de hacerlo. ¡Vamos! que si San Ignacio hubiese estado presente, creo que allí nos deja a todos en la iglesia heridos como a él le dejaron en Pamplona.

J. J. A., Congr.

Este sabe lo que es bueno.

Aquí lo pasamos muy bien, pues vamos, o a coger cangrejos o a los montes a merendar. Este año no voy a dar lección, pues mi mamá por haberme aplicado durante el año no me lo manda; no hago más que las cuentas del colegio. Ahora comprendo yo la ventaja de estudiar a no estudiar durante el curso.

¡Qué día más agradable pasamos el día que fuimos a Ceberio con usted; nunca le pagaremos!

J. L. G., Congr.

Uno que quiere volar.

Por la tarde voy al «cine» del Centro católico que está al cuidado de un sacerdote y del organista, que lo revisan bien de antemano.

Veo muchos hidroaviones, y al verlos me entran ganas de pegar un salto, agarrarme al hidroplano y probar ese higiénico modo de viajar.

J. M. O., Congr.

Otro que se deja querer.

Hay mucha fruta por aquí y los amos son tan buenos que pidiéndoles permiso, cuando están maduras, nos dejan cogerlas.

M. C., Congr.

Dando sus pruebas.

Comprendo que usted no nos creerá que comulgamos todos los días, pues en Bilbao no éramos tan constantes; pues sepa usted que nos han puesto en el cuadro de honor; éste es un cuadro en el cual escribe el Padre los nombres de los que asisten diariamente a la santa misa.

C. S. M., Congr.

Contrastes de verano.

Todas las mañanas vamos a la iglesia y da pena verla tan vacía, y más, estando acostumbrados en Bilbao a verla llena de gente; aquí nosotros solos comulgamos y algún día suele hacerlo ese amigo nuestro de quien le hablé.

En ésta hace mucho calor, y según dice papá ahí hace frío; si pudiéramos mandarle un poco de calor y usted un poco de frío. Por la noche da gusto salir a la calle después de las ocho; pero mamá en cuanto cenamos nos manda meter en la cama; muchas veces nos quedaríamos a tomar el fresco, pero mamá nos dice que si no, no podemos madrugar.

V. LI., Congr.

Uno que es previsor.

El Domingo proyectamos una excursión que no nos salió tan bien como las suyas: no nos encomendamos a San Rafael.

Con todo, en previsión de que llegaría muy cansado, tomé la precaución de hacer la visita al Santísimo al medio-día y rezar el Rosario, lo que no dejo de hacer ningún día como tampoco la Comunión y la misa.

D. M. A., Congr.

De milagro en milagros.

Le voy a contar mi excursión a unas grutas, a 26 kilómetros de aquí, fantásticamente iluminadas con bombillas de diferentes colores; la entrada cuesta 5 francos y estábamos temiendo que, después de andar unos 300 metros en bote, nos cobrasen también a la salida.

A la vuelta tuve un percance, que no me costó la vida por un milagro: volvía en bicicleta, como había ido, y en un puente que da un virage rapidísimo y con mucha cuesta, se me rompió el freno, y con todos los trastos fuí a dar contra un muro; me dí un fuerte golpe en el brazo y me hice una buena herida en la rodilla, que me ha tenido en casa varios días sin salir.

El domingo pasado fuimos a Lourdes, por ser el último día de la bendición de los enfermos de la peregrinación nacional. La procesión la componían 6 Obispos, 400 sacerdotes y 100 enfermos con sus camilleros, etc; dos enfermos alcanzaron la curación. Por la noche tuvo lugar la procesión de las antorchas, en la que hubo un gentío enorme, y la iluminación de la basílica nos gustó tanto que no nos queríamos marchar; pero el tren no esperaba y tuvimos que dejar aquello para llegar a casa a las doce de la noche. Esperamos volver otra vez a Lourdes antes de llegar a Bilbao.

I. A., Congr.

FLORES Y FRUTOS

Núm. 87.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Octubre de 1920

Los prodigios del Santo Cristo de Limpias.

Hasta la víspera de empezar el curso no pudimos visitar el prodigioso Santo Cristo. Fuímos solamente los que no lo habíamos aún visitado, pues tal es la aglomeración de visitantes en grupos y en privado, que después de esperar meses no pudieron reservarnos más que dos coches, donde cómodamente pudimos ir 120 congregantes.

Comulgamos antes de salir, aunque con más gusto lo hubiéramos hecho en Limpias, de haber podido llegar a tiempo.

No hay que decir que el viaje lo pasamos animadísimos, y con la particularidad de que no se notaba en las conversaciones la menor esperanza de ver el prodigio, ni se hablaba de lo que pudiera sucedernos una vez llegados.

Al llegar allí tuvimos que esperar un buen rato hasta que terminaran los funerales del benemérito Sr. Obispo de Santander. Acabados éstos, entramos en la Iglesia y oímos una misa rezada, que amenizamos con algunos cánticos. Estos debieron serle gratos al Señor, allí donde derrama tantas gracias, pues ya entonces mismo empezaron algunos a ver claramente el prodigio en diversas manifestaciones. La más frecuente fué el movimiento distinto de los ojos de un lado a otro y de abajo a arriba; uno que le vió fijar su vista en los presentes se asustó y retrocedió instintivamente.

Muchos le vieron también mover distintamente la boca abriéndola y cerrándola repetidas veces. Algunos le vieron mover los labios como si hablara. Tres amigos que juntos estaban contemplando al Santo Cristo vieron algo así como un velo que por algún rato les quitó de la vista la parte superior del cuerpo del Señor.

Hubo rato, y bastante largo, en que todos los que habían vuelto a entrar en la iglesia estuvieron viéndole mover los ojos y fijarlos en dirección de la sacristía, mientras otros veíanle abrir y cerrar distintamente la boca y algunos mover la cabeza.

Aun por la tarde al hacer el Vía-Crucis hubo bastantes que le vieron de nuevo y sintieron la emoción sosegada y el temor respetuoso, propio de los que están bien con el Señor y tienen la conciencia tranquila.

Agradecidísimos le estamos al Señor pues quiso así distinguir a más de la mitad de los congregantes que le visitamos. Y que no ha sido en vano este beneficio estamos probándolo desde el primer día del curso: con haber llegado ese día retrasados, a las 9,50, apenas faltó ninguno la mañana siguiente a la misa de siete y media; y más animados aún que otros años, seguimos constantes oyendo misa y comulgando. Y tengo para mí que es demasiado despreocupado el que pudiendo (y quién no puede si se acuesta a tiempo) no viene a aumentar el número de 250 que vienen todas las mañanas a oir lo que se nos dice durante la misa y sobre todo a recibir al Señor.

P. P., Congr.

Cómo pasamos el verano.

Castillo-Elejabeitia y Ceberio.

El domingo primero de Agosto inauguramos las excursiones eucarísticas de este verano pasado.

Llegamos a Castillo-Elejabeitia en el tranvía eléctrico con bastante retraso; pero la gente muy paciente nos esperaba: y algo debió animarles nuestra anunciada llegada, pues, por testimonio del párroco, sabemos que comulgó casi todo el pueblo, y con nosotros no pequeña parte.

A continuación nos trasladamos a la casa de campo de la señora viuda de Meñaca, que nos esperaba: honró esta señora una vez más su nombre con la *caridad* con que nos trató.

Mientras tanto, nos estaban esperando en Ceberio las autoridades y el pueblo entero, que no se cansó de aguardarnos durante dos horas.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Y no les faltó su desilusión intermedia; pues estaban encargados unos jóvenes en el campanario de empezar el repiqueteo y el tiroteo de cohetes, en cuanto apareciésemos por la carretera; nos confundieron, y comenzaron con cohetes y campanas a alborotar el aire. y, cuando esperaban ya vernos llegar, se encontraron con algunos aldeanos de otro pueblo; tuvieron que acudir a su paciencia bien probada, para esperarnos una hora más.

Llegamos, por fin, y con nuevo repiqueteo de campanas nos recibieron, como venidos del cielo. Fuímos con el alcalde a la cabeza a rezar una estación al Santísimo, charlamos después con tan buena gente un rato, y de la campa de la iglesia hicimos nuestro gran comedor. que resultó más cómodo con el desnivel del terreno. Merecía también llamarse, si es que no se llama, Caridad una de las señoritas de Aldama, que gustosísima, se prestó a pagarnos la paella.

Hubo diversiones para todos los gustos, y a las tres, como se les había comunicado, tuvimos nuestra funcioncilla de iglesia con exposición menor del Santísimo, Rosario, plática y bendición y algunos cánticos; todo ello con tal sencillez y devoción que llenaba el alma.

Al poco rato nos pusimos en camino de vuelta a Castillo-Elejabeitia, no sin antes despedirnos del pueblo, con su alcalde a la cabeza.

Si ellos quedaron tan bien impresionados de nosotros como nosotros de ellos, no nos lucimos poco. Demostró ser de los pocos pueblos que quedan sanos del todo; pues con ser día de romería, casi se llenó de jóvenes la iglesia por la tarde; y por la mañana, animados por el celoso párroco, que les excitó de víspera con nuestra venida, comulgó muchísima gente.

Rogaremos al Señor que conserve a esos pueblos tan sanos como siguen siéndolo.

Urdúliz, Barrica, Plencia y Górliz.

Gracias a los automóviles, que tenemos siempre a mano, pudimos recorrer todos esos pueblos: y los recorrimos en el verdadero sentido de la palabra: corrimos y volvimos a correr y no paramos en las catorce horas que estuvimos fuera de Bilbao. Con tiempo tan excelente y con panoramas tan espléndidos disfrutamos bastante más que los que se quedaron en Bilbao, respirando entre calles este aire empolvado, y más en tiempo de corridas.

Comulgaron con nosotros, como lo deseábamos, todos los niños del pueblo; se ve que tienen un buen párroco, que no les deja de la mano y quiere así reanimar más y más su parroquia. ¡Enhorabuena al párroco y al pueblo!

Las familias de los señores Uribe y Urrutia no pudieron estar más atentos; llegaron a acompañarnos por el monte hasta dar vista a Barrica.

Allí, a la sombra del pórtico, cambiado de improviso en comedor, renovamos la provisión de gasolina; y tan bien, que no paramos más que el rato preciso para tener nuestra funcioncita con exposición menor, Rosario, breve plática y bendición con el Santísimo.

Llegados a Górliz, nuestros autos se permitieron el solaz de refrescarse algo en la playa, sin que con el agua de mar padeciesen nada motores ni engranaje.

Pero se vé que pueden tirar poco más de doce horas, pues al llegar de vuelta a Plencia, ya no carburaban lo bastante y tuvimos que echar mano del tren; y en él, parte dormidos y parte despiertos, llegamos a Bilbao un poco antes de las nueve.

Si como hay abonos para corridas, hubiera abonos para repetir estas jiras, desde luego me abonaba.

P. P., Congr.

Una bonita lección.

Fué hace pocos días, en vísperas de empezar el curso. Había ya notificado a mi padre la elección de carrera que había hecho y, en consecuencia, estaba hecho el pedido de textos al centro universitario en que pienso examinarme. Por fin, después de varios días de espera, llegaron los dichosos libros. Lleno de alborozo al tenerlos en mi poder me puse a romper las cuerdas y quitar los papeles en que venían envueltos y quedé patidifuso al contemplar la inmensa dosis de imprenta, que tenía que embotellarme en el curso si quería aprovecharlo. La verdad, llegué a dudar por un momento si debía agradecer a Gutemberg su invención y si sería mejor volver a aquellos tiempos de obscurantismo en que por falta de libros impresos se habían de reducir necesariamente los estudios.

Mi padre, que se hallaba presente a todo esto, debió darse cuenta de lo que cruzó por mi mente a la vista de aquellos libros, pero no me dijo nada.

Al día siguiente me propuso que le acompañara en una visita que pensaba hacer a una gran panadería en que estaba empleado un amigo suyo. Acepté con gusto, y hénos al cabo de una hora recorriendo, acompañado de nuestro amigo, las dependencias del establecimiento. En una de ellas había apilados multitud de panes que esperaban la próxima repartición. Y me dice mi padre señalándomelos:

—Todos estos panes te los vas a comer tú.

—¡Horror!

—Sí, sí—confirmó el amigo.—No hay remedio; si quieres vivir los has de comer.

—Pero, señor, si aquí hay comida para un batallón!

—Vamos a ver; ¿cuántos panes crees que hay aquí?

—No puedo apreciarlo así, a simple vista.

—Pues hay 200. Y de Octubre a Junio ¿cuántos días hay?

—Unos 240, si no miente el Calendario.

—Pues bien, lo que antes te queríamos decir es que estos 200 panes te los has de comer en 240 días.

—¡Hombre!, de ese modo... casi me parece poco pan comido.

—Pues de ese modo debíste haberlo considerado desde el principio—terció al fin mi padre; como de ese modo has de considerar la distribución del trabajo en el curso. Ayer al recibir tus libros te quedaste pasmado pareciéndote excesivo al primer golpe de vista lo que tenías que estudiar, sin ocurrírsete por un momento medir las lecciones y el tiempo de que puedes disponer. Hazlo y verás cómo, seguramente, te parecerá fácilmente llevadera la carga.

M. H., Congr.

Otra bonita lección.

—¿Qué estás haciendo? me pregunta mi padre penetrando en mi cuarto en el momento en que despechado arrojaba sobre la mesa una lupa con la que había pretendido, sin conseguirlo, encender un papel concentrando sobre un punto del mismo los rayos solares que en aquella hora eran bastante fuertes.

—Pretendía quemar este papel con esa lupa, pero no lo he podido lograr; ¡se tarda más...!

—Con que se tarda mucho y por eso no consigues encender el papel? A ver si delante de mí lo puedes.

Volví a tomar el papel con la mano izquierda, empuñé de nuevo la lupa con la derecha me coloqué en la ventana y... a esperar tocan. Llevaba ya dos o tres minutos en la posición que se puede figurar, oyendo a mi padre que me advertía: ¡ese pulso! ¡más fijo! ¡ese pulso! cuando, no pudiendo contener mi impaciencia, separo con rabia las manos y volviéndome exclamo:

—¿Lo vé...? ¡Si no se puede...!

Mi padre se sonrió y no me dijo nada; pero tomando la lupa y el papel se puso a su vez a la ventana; y advertí desde el primer momento que sus manos se mantenían invariablemente fijas, sin apenas moverse un ápice; y, cuál no sería mi entusiasmo viendo al cabo de breves instantes cómo del punto enfocado brotaba una llamita que creciéndose acabó por consumir el papel!

—¿Lo ves.. ? ¿Se puede o no se puede?

—Sí, pero es porque su pulso es muy seguro mientras que el mío es muy bailarín.

—Precisamente ésto es lo que muchas veces malogra todos vuestros trabajos de jóvenes. Porque eso que tú has llamado pulso bailarín es lo que en un orden de cosas más elevado se llama volubilidad o inconstancia de ánimo. En el estudio. por ejemplo, te sucede lo mismo: te pones a estudiar a las tres, lo dejas a las cuatro, verbigracia, y crees que has estado estudiando una hora. Nada de eso, has estado sobre el libro sesenta minutos, y esto es cierto; pero quita cinco que habrás estado pensando en lo que te dijo tu amigo, siete en el partido anunciado para el domingo... o ¡qué se yo!; y al fin resulta que no has aprendido bien la lección, que necesitaba una *hora* completa de estudio.

J. V., Congr.

Un escarmentado.

¿Has terminado ya tus estudios de hoy?

—No, señor; me falta un poco todavía.

—Bien; cuando termines, vas a dar un paseo y después dibujas este plano que necesito para mañana.

—Bueno, ya lo haré.

Y me quedé solo y, consultando mi reloj, me dije: son las tres; en media hora estudio lo que me falta y... a jugar. Y mirando luego al plano me dije para mis adentros: Eso en una horita está liquidado... Aunque tiene unos detalles que se las traen... Todo será que vuelva de jugar para las seis. Dicho y hecho; cierro los libros; me reuno con mis compañeros y jugamos a la pelota una hora larga. Serían ya las seis y cuarto. Bien merendado, abro el estuche de dibujo para cumplir el encargo de mi padre. ¡Cielo santo! imposible hacer nada. Mis manos hinchadas con el juego no podían manejar el tiralíneas. ¡Dios mío! ¡qué hacer!... ¿Cómo arreglármelas? Y miraba y remiraba primero los delicados trazos del dibujo y después mis pobres manos abultadas y temblorosas... No hay remedio; imposible dibujar nada con el pulso tan alterado.

* * *

A su hora llegó mi padre; y yo, pretendiendo diferir, siquiera por poco tiempo, el planteamiento de la crisis, me había retirado... a estudiar. La pregunta terrorífica no se hizo esperar.

—¿Has hecho el dibujo?

No tuve más remedio que confesar la verdad.

—¡A quién se le ocurre, hombre!, fué la reconvención que escuché. ¡Bueno, bueno! ya que ahora no puedes hacer nada, cenas y te acuestas enseguida, y mañana, levantándote tempranito, lo haces.

Lo hice. ¡Vaya si lo hice! Tuve que sacrificar el sueño delicioso y reparador de la mañanita fresca.

¿Tiene alguna moraleja este sucedido?

Sí, señor; y es la siguiente; que la misma tontería y barbaridad que yo hice comete el estudiante que dedica a la lectura de novelas los ratos de descanso que le dejan sus lecciones. Pues por en medio de las declinaciones y verbos, y fórmulas y reacciones, saltan las imágenes arrancadas a la novela: a manera de aquellos duendes o diablos traviesos que, según vulgares leyendas, procuraban estorbar a los ermitaños que se ponían a hacer oración.

R. A., Cong.

Historia de todos los días.

Cierto señor, potente y bondadoso, había concebido por uno de sus servidores el amor más intenso que hombre alguno puede concebir. amor inexplicable para quien apreciase el abismo social que separaba a los dos hombres. Le había sacado de la miseria en que

Universidad de Deusto
Biblioteca

yario, había elevado su nivel intelectual y moral a un grado insólito de perfección; le había edificado en la cima de una montaña un castillo opulentamente aderezado, desde cuyas almenas se divisaba un panorama embelesador; había dedicado a su servicio una falange de siervos atentos sólo a satisfacer sus menores deseos, cuanto más sus necesidades; y en el valle extendió un jardín amenísimo en que el hombre podía hallar cuanto halagara sus sentidos. En una palabra, el señor hizo feliz a su servidor.

Pero por un capricho que explicaba perfectamente su poder y como prueba de la soberanía que sobre su criado quería conservar y que éste debía siempre acatar, le prohibió que, bajo ningún pretexto, penetrara en una de las salas del castillo so pena de perderlo todo para siempre.

Mas un día ¡día fatal! el feliz servidor cometió la insigne tontería de prestar oídos al emisario de un noble vecino que, envidioso de su prosperidad, supo embaucarle de tal modo que le hizo desobedecer a su bondadoso amo. Penetró, en efecto, en la estancia prohibida y ¡oh desgracia! al poner en ella la planta se sintió cogido en un cepo hábilmente colocado tras el dintel. En vano clamó el pobre criado pidiendo auxilio; llegaron los esclavos que, después de varias tentativas, se declararon impotentes para soltarle del cepo que atenazaba sus carnes.

Aquella tarde, precisamente, hizo el señor una de sus frecuentes visitas al castillo y al encontrar a la gente desacostumbradamente alborotada adivinó la perfidia de su criado; y la sospecha se confirmó, cuando habiendo sido conducido al lugar en que aquél yacía, vióle cogido en el cepo y pugnando por ocultarse a su presencia.

Mas la justa cólera del señor se descargó sobre él: pues habiendo sido desposeído de todo lo que graciosamente había recibido, se vió en la triste condición de tener que cultivar la tierra para poder comer. Aunque el amo, siempre bueno hasta la saciedad, al mismo tiempo que le condenaba le consoló con estas palabras: «Siervo, ya que me has sido infiel, tendrás que trabajar en mi servicio para vivir; pero por cada día que trabajes te reservaré una parte de tu anterior prosperidad, que te devolveré íntegra si, hasta que a mí me plazca, me sirves.»

No sé si el siervo se hizo acreedor a este galardón; pero sí sé, porque me lo han explicado personas que entienden, que en este criado infiel estamos representados todos los hombres que, por la desobediencia de nuestros primeros padres, fuimos arrojados del paraíso y obligados a trabajar para alcanzar nuestro sustento; y prometiéndosenos al mismo tiempo que si en todos los días de nuestra vida trabajáramos en el servicio de Dios, nos reintegraríamos a la Gloria de que fuimos expulsados.

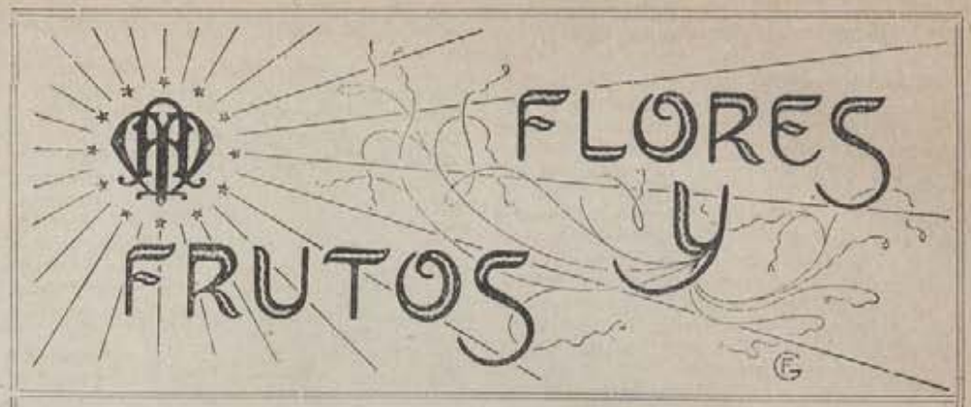
I. G., Congr.

Correspondencia abierta.

Bastan dos para moralizar una clase.

Nos pregunta Ud. a ver qué tal se portan los alumnos de nuestra clase. Los alumnos de nuestra clase al principio eran un poco *ya sabe Ud. qué;* el otro congregante y yo cuando oíamos decir alguna palabra fea les reprendíamos con toda libertad, aunque con buenos modos; hasta que hemos conseguido que no se oiga ninguna palabra mala ni en clase, ni al entrar ni salir de clase; hemos llegado a poder ahora juntarnos con los peores, que han cambiado completamente. Cuando Ud. nos mandó FLORES Y FRUTOS no había alumno que no se enterase de aquellos artículos tan instructivos y agradables.

E. A., Congr.



Núm. 88.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Noviembre de 1920

Mi periódico.

Yo leo bastantes periódicos porque me gusta mucho su lectura; pero los periódicos que yo leo son diferentes de los demás, son periódicos que yo hago que lo sean; pero como no soy egoísta quiero que los demás los conozcan y se aprovechen de su lectura.

—¿Dónde encontraré yo un periódico que me informe de todo cuanto en las circunstancias en que me hallo me conviene saber?, preguntaba no hace mucho a varias personas de gran criterio.

—En los libros de texto, me respondían invariablemente.

—¡Vaya un periódico más soso!

—Pues, hijo, no tienes más remedio que leerlo si quieres llegar a ser algo. Y después de todo no es tan soso como a ti ahora te parece. Léelo varios días seguidos y verás cómo cambias de opinión.

—Lo probaré.

Empecé a estudiar los textos y aquello era soberanamente aburrido: no podía sufrir ni las gacetillas. ¡Veremos si mañana viene más interesante!, me decía; y al día siguiente otra vez a vueltas con los libros, y el mismo resultado aparente. Pero al cabo de unos días de asiduo trabajo, parece como que salí de un sueño; empezó a interesarme un asunto, lo estudié un poco y me agradó; y desde entonces me gustan los libros de estudio, y no de lejos precisamente.

¿Pero cómo un texto se puede convertir en un periódico?

Oh!, y de varias ediciones, a saber: la lección de Matemáticas, la de Historia, la de Literatura, etc. Y para completar la ilusión pongo al principio de cada libro: edición de la mañana, edición de la tarde y de la noche, según las horas fijas a que estudio.

Por supuesto, que ésta mi prensa, tiene descanso dominical: los domingos no aparece ni por asomo.

Y de este modo espero que no tendré que prolongar la suscripción, al menos obligatoria, por el verano; y que ahora no me sucederá lo que en los cursos anteriores, en que el invierno comenzaba para mí en primavera, entristeciéndome la vecindad de los exámenes cuando toda la naturaleza se regocijaba con las flores de los campos y los trinos de las avecillas.

Quiero en adelante estudiar con gusto y no hacer el tonto.

M. U., Congr.

Bonita lección.

Erase una señora, cuyo hijo estaba muy grave y ella no hacía más que llorar; tan grave se puso que se murió y a la pobre señora no se le ocurría otra cosa sino llorar, llorar siempre. Pasóse llorando toda una noche y todo el día siguiente, y había empezado a pasar la segunda noche del mismo modo, cuando la vencieron el sueño y el cansacio. Se durmió y durmiendo le pareció presentarse ante su vista un anchuroso río, en el que de pronto cayeron varios jóvenes, entre los que reconoció ser uno su hijo. Todos comenzaron a pugnar por salir, ganando la orilla opuesta; pero mientras los demás avanzaban, nadando fácilmente en una parte del río en que el agua estaba más mansa, su pobre hijo se debatía y forcejeaba, hundiéndose cada vez más en el centro de un furioso torbellino, formado por los dos chorros de lágrimas que caían de sus ojos.

Entonces ella, aún más angustiada, clamó: «Pero hijo, ¿qué te pasa?»—«Madre, le contestó aquél, con sus lágrimas inútiles me tiene Vd. sufriendo en el purgatorio, donde estoy por mis pecados. Rece, rece usted por mí, como rezan por esos otros que ahí delante van y que, gracias a ello, pronto saldrán del purgatorio».

Acabando de decir ésto, la madre despertó sobresaltada, secó sus lágrimas y poniéndose de rodillas empezó la primera oración que rezaba por el alma de su hijo.

M. A., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

¡Manguero! ¡aquí no llega!

Salía una tarde de clase y me dirigía con algunos compañeros a casa, cuando al pasar por la Plaza Nueva, tuvimos ocasión de presenciar un espectáculo regocijante, aunque no lo fué tanto para los que sufrieron las consecuencias.

Eran aquellos días de gran calor y por esta causa se regaban las calles con alguna frecuencia. A la sazón en que nosotros íbamos a cruzar la Plaza Nueva se hallaban regando los jardincillos que hay en ella, y lo alegre del caso era que, a gran distancia de la manga, diez o doce chiquillos, se entretenían saltando y gritando desaforadamente:

¡Agua aquí! ¡Que no llega hasta aquí!

Y en efecto, parecía que no llegaba, pues el aguador ora dirigía la manga a un jardinillo ora a otro sin poder, en apariencia, responder como era debido al reto de los mocosuelos, que, envalentonados por la simulada impotencia del manguero, redoblaban su grito:

—¡Agua aquí! ¡Que no llega hasta aquí!

Llevábamos ya algunos minutos en esta situación y parecía que el riego había de tocar pronto a su fin; en efecto, al poco rato el aguador fué paulatinamente acortando el alcance de la manga, al mismo tiempo que los muchachos se iban acercando cada vez más creyendo que ya había pasado el peligro. Pero esto era precisamente lo que esperaba y deseaba el hombre de la manga, quién, enderezándola de improviso, dejó caer sobre los chicos apiñados y completamente descuidados un raudal de agua que los dejó talmente como unas sopas... Pobres críos... Cada uno escapó por donde se le dió a entender, chillando como una rata.

Y mientras, el manguero y su ayudante se sonreían socarronamente, al tiempo que preparaban los trastos para ir con la música a otra parte.

Nosotros nos alejamos riéndonos en grande, y comentando después el caso con otro congregante que había estado conmigo presenciándolo, me decía: ¿No te parece que lo mismo hace Dios con los pecadores? Creen éstos que, porque inmediatamente del pecado no reciben muchas veces el castigo, es Dios impotente para castigarles, olvidando que sí, su manga es en verdad muy ancha para perdonar al pecador que se arrepiente, es también muy larga y alcanza tarde o temprano al obstinado.

I. M., Congr.

La mejor arma.

Uno de los primeros días de este mes de Octubre marchaba yo de paseo con un amigo por el campo de Volantín. En aquellos días y por orden gubernativa se hacía extremar el rigor de esas operaciones de manoseo que se llaman cacheos. Marchábamos, pues, como digo, los dos amigos, cuando nos salió al paso un individuo vestido de paisano que, en buenas formas, nos intimó que nos dejásemos cachear.

Como se comprenderá, no teníamos por qué oponer reparo y no lo opusimos, procediéndose en consecuencia al registro. Este, por lo que a mi toca, fué rápido: un pase de manos por delante y otro por la espalda y podía proseguir tranquilamente paseando. Así lo hice, y cuando al cabo de algunos segundos volví la cabeza para ver si mi amigo había liquidado y venía a mi alcance, ví con gran sorpresa que sosteniendo en la mano algo parecido a un puñal de regular tamaño, hablaba con mucha animación con el policía o lo que fuera aquel señor.

—¿Qué estará haciendo con ese tío?, me preguntaba yo intrigado. Iba a acercarme al grupo que formaban los dos, pero se separaron a poco, viniendo enseguida mi amigo a reunírseme con una cara de Pascua... Le pregunto:

—Oye, pero qué le has dicho, o qué te ha dicho, o qué ..

—Calla, hombre; vaya un chasco y vaya una leccioncita que se ha ganado ese individuo. ¡Já, já!

—¿. ...?

—¿Verás: al primer manoseo tropieza ese tío con un objeto duro que tenía en uno de mis bolsillos; pero no queriendo andar por el domicilio ajeno como Pedro por el suyo, me preguntó:

—¿Qué lleva usted ahí?

—Un arma, le digo yo la mar de fresco.

—Haga usted el favor de entregármela.

Parece que el negocio de los registros no le había salido bien aquel día, porque brillaron sus ojos prometiéndose algo bueno. Y es grande, es grande, repetía mientras yo iba a sacarla. Y calcula tú el chasco que se llevó al ver que la suspirada arma era un crucifijo.

—¿Y a eso llama usted un arma? me pregunta medio furioso.

—¡Pues no ha de ser! Figúrese que pretende acercárseme uno de esos marrajos que tienen su sindicato en el infierno y que se llaman diablos, portador de una píldora *tentadora* con que quiere *atentar* contra mi alma; pues no tengo más que esgrimir esto y ya le estoy viendo al tal pajarraco la cola.

—Vaya, vaya, no tengo ganas de bromas.

—Ni yo tampoco. Adiós.

I. G., Congr.

Lo que enseña un gusano.

Un rato de amena charla y una lección de mucha sustancia nos proporcionaron en la Congregación en menos de diez minutos. Eso, entre otras cosas, gana el que acostumbra a pasar un rato en compañía de tan buena gente: y eso es lo primero que uno empieza a abandonar cuando comienza a ser mal congregante.

Trajo un congregante un capullo bastante grande que tenía algo que se movía allí dentro.

A todos nos tentó la curiosidad y preguntamos qué era aquello Uno, que había ya estudiado Historia Natural, nos explicó lo que era: Esta fué una oruga de esas que se arrastran a veces por tierra, caídas de las hojas de los árboles. Le llegó su tiempo y se hizo este envoltorio para protegerse y dormir un larguísimo sueño.

Cuando por fin ha llegado el tiempo del desarrollo, rompen ellas mismas la habitación que las proporcionaba el calor y descanso necesario y salen airosas volando, las que antes se arrastraban penosamente por la tierra, hechas ya mariposas.

Una mariposa es, pues, perfecta imagen del hombre. Nosotros, como gusanillos, desde que nacemos nos arrastramos por el lodo de este mundo; labramos con nuestras manos una sepultura en la que han de descansar por algún tiempo nuestros restos mortales; después, como la mariposa, imitando al alma que ya voló, volará a gozar o a sufrir una eternidad sin límites.

J. L., Congr.

Recordando mis travesuras.

Era yo muy pequeñito: tendría unos siete u ocho años a lo sumo. Mis padres se habían ausentado a no sé qué viaje y habíamos quedado mi hermano menor y yo bajo la inspección de nuestra hermana, bastante mayor que nosotros.

¡Bueno, chiquitos!, nos habían dicho los padres al darnos los besos de despedida; ya lo sabéis: María observará todo lo que vosotros hagáis y nos lo dirá todo cuando volvamos. A ver qué buenos sois.

—Sí, sí, papá; ya verás qué buenos vamos a ser. Pero, ¿a ver si nos traeis muchas cosas, eh?

—Sí, hijos, sí.

Y nos quedamos solos, es decir, con nuestra hermana.

Y recuerdo que en aquellos días nos portamos admirablemente; bueno, digo admirablemente no porque fuéramos entonces unos santos, ya que siempre hemos sido unos cascarrabias, según lo tenemos oído mil veces, sino porque era verdaderamente cosa de admirarse lo relativamente buenos que en aquellos días estuvimos.

Regresaron nuestros padres del viaje, y naturalmente, empezaron por pedir cuentas de nuestra conducta. Por prevención nos colocamos enfrente de la hermana cuando empezó a informar, haciéndole señas con el puño que querían darle a entender: «Como digas algo malo, te cascamos». Pues me parece que teníamos en nuestra historia de aquellos días algún motivo de sobresalto.

—Se han portado bastante bien (respiramos); se levantaban temprano e iban al colegio a tiempo y volvían de allí sin entretenerse mucho en el camino; ¡vamos! muy decentes (casi íbamos a abrazarla); pero un día se comieron los dulces que tenía preparados para mi merienda...

—No ha...

—... y anteayer ataron una lata a la cola del minino y lo anduvieron persiguiendo por toda la casa, armando un cisco de mil diablos.

—Y ella...—empezamos pretendiendo convertirnos de acusados en acusadores.

—¡A callar!, oímos la voz severa de papá.

No recuerdo bien lo que después nos sucedió; supongo que como cosas pueriles las que nosotros hicimos, pequeño sería también el castigo. Pero al evocar este pasaje de mi niñez pienso muchas veces: con que no estando mis padres presentes me conduje mejor que si lo hubieran estado, sólo porque sabía que mi hermana les iba a contar todo lo bueno y malo que hiciera; y estando seguro de que Dios me ve y de que además tengo siempre a mi lado un ángel que me acompaña y que toma nota de todas mis acciones, ¿no he de portarme bien? Y este pensamiento me anima muchas veces a hacer lo que debo; y si en alguna ocasión tomo los dulces ajenos o armo bulla, pido enseguida perdón a mi ángel, procurando de este modo tenerle siempre contento, en la seguridad de que si tal hago tendré siempre contento a Dios.

I. G., Congr.

«Con Dios no se juega.»

Había en Habana un caballero muy rico; tenía colocado su capital en varias empresas que le producían crecidos intereses. Tuve ocasión de conocerle, porque tenía un hijo en el mismo Colegio en que yo estaba. No creo que fuese impío ni vicioso; pero, por las trazas, debía de tener bastante descuidada su alma, como suele suceder con harta frecuencia entre gentes que viven entregadas por completo al negocio.

Enfermó, no sé de qué, y para el caso poco importa, hasta presentar síntomas alarmantes. En cuanto lo supo uno de los Padres jesuítas residentes en el Colegio, donde su hijo estudiaba, interesándose por él, como era natural, fué a visitarle. Ya se deja ver la intención del Padre: no era visita de puro cumplimiento, ni siquiera trataba de proporcionar algún alivio a su dolencia corporal; otra mucho más grave padecía en el alma, y allí quería aplicar el remedio el celoso visitante. Le habló, pues, nuestro buen Padre, con la sinceridad y el cariño de un amigo verdadero, de la necesidad de hacer una buena confesión para disponerse a emprender el viaje a la eterninad.

—Mire, Padre, le contestó el enfermo; yo no me resisto a confesarme, porque soy católico y quiero morir como católico; pero ahora no; cuando esté desauciado, cuando haya perdido toda esperanza de poder vivir, entonces me confesaré.

—Cuanto más pronto lo haga V., mejor, insistió el padre; si V. se confiesa ahora, deja ya arreglado el asunto de la mayor importancia, que necesariamente hay que arreglar, si, como V. dice, quiere morir como católico.

—Es que, si me confieso ahora, replicó el enfermo, no me confesaré bien.

—Y ¿por qué?

—Porque me va a faltar el propósito de la

Universidad de Deusto
Biblioteca

enmienda. Yo ahora tengo esperanzas de salir de ésta, y por consiguiente de volver a mis ocupaciones ordinarias, a mis negocios... veo que voy a tropezar con las mismas dificultades de antes para vivir como cristiano, y no me siento con fuerza de voluntad para resolverme a hacer mudanza en mi manera de vida.

No sé si el Padre volvió a insistir, ni cómo terminó el diálogo y la visita. Lo cierto es que el caballero no se confesó. A los pocos días hubieron de hacerle una operación, y en la operación quedó muerto. Era la víspera de Navidad y estábamos en una casa de campo cuando nos comunicaron la noticia del fatal desenlace ocurrido la noche anterior; y uno de los presentes dijo: «Con Dios no se juega»: que en otras palabras quiere decir: Cuando Dios nos ofrece una ocasión para reconciliarnos con El, hay que aprovecharla, porque tal vez no nos ofrezca otra; y cuando Dios nos invita, hay que aceptar la invitación, porque si no, corremos peligro de perdernos para siempre sin remedio.

Dentro de poco tendremos los ejercicios de año. Vamos a hacerlos muy bien.

E. C. de O., Congr.

Mi predilecto rosal.

Esta última primavera, cuando después del largo interregno del invierno fuí a visitar a mi tío experimenté una sorpresa que, si desagradable en un principio, me llenó después de satisfacción por la consecuencia que de ella saqué, o mejor dicho, que el tío Anselmo me hizo sacar.

Y fué, que al visitar, como digo, en el mes de Mayo la casa de campo, vi que su jardín había sido objeto de una reforma, o más bien, transformación radical: los pies de aquellas bellísimas plantas que en los años anteriores constituían mi maravilla y la de todos los que las contemplaban, habían sido arrancados, la tierra se hallaba removida y todo presentaba señales de haber sufrido una cruel devastación.

Pero no, algo se había salvado de la catástrofe: y este algo era un magnífico rosal, que en mí rincón del antes jardín, guarecido por una tosca valla de espinos elevaba sus altaneras ramas cuajadas de encarnadas rosas cuyo fresco aroma se difundía por todos los ámbitos, suavizando en cierto modo el aspecto desolador del jardín. ¡Qué hermoso era aquel arbusto!

Bullía en mi cuerpo la curiosidad por conocer la causa de aquella destrucción y el origen del esplendoroso e insólito arbolillo; así que en cuanto se me presentó la primera ocasión favorable la aproveché para preguntar mi tío:

—Tío, cómo es que su jardín, antes tan hermoso ha quedado ahora tan triste que me da pena mirarlo?

—Mira, querido, no quieras saber la causa, pues si te la refiriese me harías sufrir. Sabe únicamente que cuando ví una mañana mis amadas flores tronchadas... ¡sentí una pena..!

—Pero, tiito, y el rosal tan fragante que aún se levanta arrogante entre tantas ruinas ¿por qué está allí?

—¡Ay, hijo! eso sí que te explicaré con mucho gusto.

Yo desde joven fuí un enamorado de la Naturaleza: las plantas y sus flores me atraían. Por eso, cuando al fin me retiré algo a descansar, consagré mis desvelos a la formación del jardín, cuya falta ahora deploramos. Y cuando el jardín fué destrozado, me dediqué con todo afán a hallar entre los restos algo que pudiera retoñar para que, prodigándole todos los solícitos cuidados de que antes hacía objeto al jardín, se convirtiera en la planta más hermosa que compensase aquella pérdida. Y encontré el rosal; y ya has visto que he conseguido mi propósito.

Y ahora, al finalizar el mes de Octubre, recuerdo este sucedido y pienso que lo mismo debíamos hacer nosotros en un orden de cosas más bello que el de la Naturaleza: enamorarnos de esa flor tan dulce y hermosa a quien llamamos la Virgen María; y ya que por nuestras ocupaciones o por otras causas no podemos dedicarle muchas devociones ofrecerle, al menos, las *rosas* del *Rosario*, poniendo en su rezo todo nuestro empeño, a fin de que llegue a ser lo que debe.

I. G., Congr.

Correspondencia abierta.

Unas semanas en Francia.

Las dos primeras semanas no me he confesado ni comulgado debido a la dificultad de expresarme. Por fin resolví poner un punto y un número a cada lado de mis pecados en el libro de misa en francés, enseñárselo y recibir después la absolución. Pero hablando de ésto con los de la casa me dijeron que me podía confesar en español con un Padre del colegio; que fuese con la dueña de la casa. Desde entonces suelo confesarme los sábados y comulgo casi todos los días. Tampoco me olvido de hacer los quince minutos con Jesús Sacramentado, pues tengo un libro en español para mejor hacerlo. El Padre me da muchos consejos; pues como no hay casi ninguno confesándose a la tarde podemos estar media hora o más hablando.

Los habitantes de este pueblo cumplen bien los preceptos exteriores de la Iglesia; pero hay muchísimo respecto humano, sobre todo para la Eucaristía; pues, descontando a la señora de casa, solo conozco a otras tres señoras que comulgan todos los días; allí no hay hombres ni niños, solo estoy yo.

Los chicos de aquí no se parecen nada a a mis amigos de Bilbao; se distinguen desgraciadamente en las faltas del sexto mandamiento. Tuve que enfadarme con ellos diciéndoles que no les miraría a la cara si hablaban porquerías; y como yo tengo juegos y cosas que ellos no tienen, no se separaban de mí y no hablaban nada malo delante de mí. Le advierto, Padre, que hasta ahora ni se confesaban de las malas conversaciones, pues creían que no pecaban.

V. B., Congr.



Núm. 89.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Diciembre de 1920

Otro Estanislao más en el cielo.

El grabado del joven congregante, Eladio Martínez y Pascual, sacado en una fotografía en el día de su primera Comunión, nos da mucha luz sobre su carácter serio y afable. Pues bien, han pasado de esta fecha algunos años, y otro retrato de última hora nos daría la misma mirada inocente, los mismos rasgos serios y complacientes de hace años.



Antes de ir este verano a pasar las vacaciones a Reinosa, habló despacio una mañana con el Padre, y, con la mayor sencillez y naturalidad, le dió algo así como cuenta de conciencia. Y quedó admirado el Padre, según él lo refiere, de aquella su inocencia tan rara hoy en día a los 14 años.

Preguntándole el Padre lo que quería ser el día de mañana, contestó que militar. Pensó entonces el Padre: para algo todavía más grande creo que te destina Dios. Y no se equivocó: le destinaba para llevárselo enseguida al cielo, y se lo llevó. ¡Qué mejor destino, sin embarrarse en la tierra, llegar al cielo!

El egoismo hoy tan común y pegajoso, tampoco le había tocado: no podía ver una necesidad que, si podía, no la aliviara; y si no tenía con qué, pedía a sus padres para satisfacer sus deseos de socorrerla.

Bien pronto se empapó en el espíritu de la Congregación: el exámen diario de conciencia, con la estampa de S. Estanislao, que nos está invitando a pensar en el cielo, lo tenía siempre dispuesto en la cabecera de su cama; lo mismo que la hucha de Misiones, que le recordaba que debía sacrificar algunos gustillos por salvar pobres chinitos.

Era mirado aun con los regalos que le hacían: no quería que fuesen costosos; si le daban a escoger, preguntaba su valor, y escogía el menos valioso. Esta su delicadeza se le notaba en su trato con todos.

Por eso no dejaba de ser viril y de gustarle los juegos atléticos: era conocido entre sus condiscípulos del Instituto por su afición a la lucha greco-romana.

Su recato, aun enfermo cuando había que descubrirlo, era notorio. No cumplió el año en la Congregación, y no llevaba aun un mes en ella, cuando con no sé qué ocasión, a los trece años cumplidos, escribía a sus padres una cartita; le dejaremos hablar:

«Queridos papás: Quiero ser un niño bueno, aplicado, compasivo y cariñoso con todos mis hermanos. Pero dejadme comulgar todos los días; veréis cómo soy bueno; dejadme también suscribirme a "El siglo de las misiones", veréis qué bueno y aplicado soy.

Os lo prometo de todo corazón, que seré bueno, aplicado, limpio y obediente, veréis qué cambio notaréis dentro de unos días.»

Pone en forma de carta sus promesas; pues

Universidad de Deusto
Biblioteca

creía conseguir así que más fácilmente le dejaran comulgar todos los días; y consiguió lo que quería.

Desde Reinosa le escribía al Padre entre otras cosas: «Cuando llegué a este pueblo, me encontré solo y aburrido; hasta que un día me hice amigo de un niño que iba todos los días a misa y que va a entrar congregante a su vuelta a Bilbao. Después llegó mi amigo, el congregante Eduardo; y ahora somos tres los que nos reunimos todas las mañanas en misa».

Se daba bien cuenta en dónde podría encontrar buenos compañeros; no los iba a buscar en sitios de diversión.

Nos queda también otro recuerdo suyo en el Concurso de Carnaval, el único en que pudo tomar parte; acertó como veremos a todas las preguntas:

¿Por qué en tiempo de Carnaval se debe acompañar más al Santísimo?

Porque es cuando más ultrajado está.

¿Por qué en Carnaval no conviene ir donde hay mucho concurso de gente?

Porque se ven y se aprenden cosas que no se debe.

¿Por qué se debe ir muchísimo menos a teatros y cines en este tiempo?

Porque hay que dedicarse a desagraviar a Dios nuestro Señor.

¿Por qué no se puede hacer en Carnaval lo que no se hace en el resto del año?

Porque en todo tiempo obligan los mandamientos de Dios.

¿Por qué resulta todo el año Carnaval para la mayoría de la gente?

Porque la mayoría de la gente sigue siempre las costumbres paganas.

Su misma sencillez y lo conforme que estaba con cualquier cosa, a pesar de tener hasta auto en casa, se ve en el testimonio de un condiscípulo y amigo, que bien le conocía:

«Jamás creo que pisó un cine, pues los Domingos solía estar jugando en la Congregación, y si alguno le decía: ¡qué aburrimiento! él contestaba que nó, que se había divertido.

Algunas veces se le veía jugar con una piedra a falta de pelota.

Sobre todo era muy humilde, algunas veces le hacían trampas jugando y él decía ¡bueno!, y se conformaba.»

¡Qué lejos estaría de todo mal amigo, que cuidaba mucho de que sus buenos compañeros no se juntasen nunca con ningún malo, y a tiempo les advertía para que no cayesen en malas manos. ¡Bien presente tiene las advertencias que le hizo sobre amistades peligrosas un amigo suyo, que le está y estará muy agradecido.

¡Lástima que la enfermedad le impidiera recibir los Santos Sacramentos! Pero ¡cómo tendría su conciencia de tranquila que, días antes de su muerte y poco antes de perder el conocimiento, le invitó a una hermanita suya que se acercó a su lecho con estas palabras: «¿Quieres venir conmigo al cielo?»

Allí será ya feliz; allí donde nosotros deseamos también llegar: ¡Así sea!

M. U., Congr.

¿Quién quiere ser mono?

Recuerdo que en mi niñez oí varias veces contar el siguiente sucedido:

Frente a una mansión aristocrática tenía su pobre cuchitril un pobre zapatero remendón, más viejo que el calzado que para su compostura le entregaban algunos vecinos del barrio.

Los dueños de la señorial vivienda, que por lo visto no tenían ocupación adecuada en que entretener sus ocios, adquirieron un mono, el cual pasaba a su vez el rato viendo trabajar al pobre zapatero de nuestro cuento.

Debió de creer el cuadrumano, que la labor realizada por el zapatero era de una sencillez encantadora y que él fácilmente podría ejecutar; y, aprovechando una ausencia de éste, bajó al portal y comenzó a realizar todas las operaciones que había presenciado. ¡Cuál no sería el asombro del pobre menestral al encontrarse con todas las botas recosidas y llenas de agujeros de la lezna!

Poco tuvo, sin embargo, que discurrir para comprender que el causante de las averías había sido el mono; y maquinando una cruel venganza, agarró la cuchilla y se la pasó repetidamente y con mucha furia por el pescuezo, abandonando inmediatamente el portal.

Volvió el mono en cuanto le vió salir y cogiendo a su vez la cuchilla se la pasó por su cuello imitando las posturas del zapatero; pero, equivocando la forma de coger la cuchilla, se produjo con el filo enormes heridas que le ocasionaron la muerte.

Lo mismo nos pasa a nosotros cuando nos juntamos con un mal compañero, empezamos por hacer lo que él hace, y de esa manera causa la muerte de nuestra alma. Tan sólo hay una diferencia, que en este caso los dos mueren.

I. L. M., Congr.

La verdadera Lotería.

Bajaba por la calle de la Estación para dirigirme a clase cuando ¡he aquí! me encuentro con un hombre de aspecto sucio, que se hallaba frente a la lista de la Lotería; tenía en su mano un papelito en el que debía constar el número de su pequeña participación. Me acerco movido por la curiosidad y digo para mi capote: Este también debe esperar en los caprichos de doña Fortuna.

Me fijo un poco en él y parecía realmente querer comerse la lista; ya estaba un poco desilusionado porque el premio mayor no le había tocado y seguía más abatido a medida que se acercaba al fin; al acabar se marchó gruñendo:

«¡Ya no echaré más; ésto es un robo!»

Yo consideré entonces que ¿qué sucedería si se sabría fijo que iba a tocar mayor cantidad que la que se puso. Pues ¡tonto! me dirán todos hasta el más pequeño; entonces todo el mundo echaría. ¿Y no es posible encontrar una lotería que aunque no tenga ese nombre lo sea en realidad? ¿No tenemos la gloria eterna con sus diversos grados de gozar para todos aquellos que han dado de su dinero, algo a los pobres, a las Misiones o para mil otras necesidades.

¿No dice Jesucristo que al que hace un bien en la tierra se le devolverá centuplicado en el cielo? No seamos tontos; sostengamos las Misiones, rescatemos niños al infierno para que un día todos esos bienes se nos devuelvan centuplicados y entonces podremos decir con razón. ¡¡A mí también me ha tocado la Lotería!!

J. L., Congr.

Buen guía.

Un día el Padre nos mandó a un amigo y a mí a repartir Flores y Frutos. Llegamos mi compañero y yo a una de las casas señaladas; subimos al piso y nos encontramos con tres puertas. Le pregunto a mi amigo: ¿cuál de las tres será?, y me contesta: ¡cualquiera; Toco el timbre en la primera y mientras salían, me dice mi compañero: nos hemos equivocado; esa no es, es esa segunda. ¿Por qué? le contesto, y él me dice: porque esa no tiene la Imagen del Sagrado Corazón de Jesús y esa otra sí. Y así mismo nos sucedió pues la primera no era; pero la segunda no faltaba: el sello que la puerta tenía lo estaba demostrando. ¡Pocas puertas de casas de congregantes habrá que no tengan ese sello si es que hay alguna!

R. A., Congr.

Me salvó mi hermana.

¡Qué felices transcurrían los primeros años de mi vida rodeado de los solícitos cuidados de mi madre y de mi hermana!

¡Mi madre! Entiendo yo, aún ahora que soy joven, que jamás podré dar cumplidas gracias a Dios por la madre que me dió. Ella fué quien al desatarse mi lengua la acostumbró a modular la dulce frase de María, Madre mía, antes que su nombre propio; ella la que al sentir mis caricias infantiles me decía dulcemente: Quiéreme siempre así, Antón mío, pero más que a mí quiere a tu Madre del cielo; ella la que siendo yo todavía muy tiernecito me trajo a esta Congregación convencida de que la Comunión diaria con que en ella nos nutrimos había de ser el mejor factor de mi educación; y ella la que siendo ya talludito me llevaba consigo a las Flores de Mayo, y rezaba conmigo el Rosario, y... ¡se me ocurren tantas cosas que me hacía mi madre! Y yo la amaba tiernamente porque veía en ella un reflejo de aquella Mujer divina que es también madre mía porque es Madre de Dios, cuya santidad y amor reverbera, en cierto modo, sobre todas las madres de aquí. Y compenetrado de esta idea apenas concibo que haya hijos desnaturalizados que hagan sufrir a su madre...

Pero yo tengo además una hermana.

¡Cuántas cosas podría yo decir de mi hermana!... ¿Recuerdas, Mercedes, aquel día de la Inmaculada en que ansiosos esperábamos el fallo que mamá había de dar acerca de cuál de las dos estatuitas, la tuya o la mía, estaba mejor adornada? ¿Recuerdas que la mía estaba muy linda con nueve hermosísimas rosas con que la había circundado; y que el premio fué para tí, a pesar de que tu imagen no tenía más que unos papelitos a sus plantas? Ya sabes por qué fué: en aquellos papelitos estaban anotadas las flores del sacrificio que en aquellos días habías tú practicado. ¿Y recuerdas cómo desde aquella fecha nos preguntaba mamita todas las noches: ¿qué tenéis hoy para ofrecerme? y nosotros le presentábamos el obsequio de la virtud practicada o la pasioncilla vencida, obsequio que, aunque ofrendado a la Madre del cielo, hacíamos pasar ilusionados por mano de su imagen viviente nuestra madre en la tierra? .. ¡Oh, sí lo recuerdas, verdad?... Pero, ¡calla! una sombra empaña estos dulces recuerdos. Déjame que la evoque para execrar mi desvío y no incurrir otra vez en él.

* * *

Tenía yo entonces catorce años y cursaba el bachillerato en el Instituto. Mis compañeros de clase eran unos chicos vivarachos y alegres, muy revoltosos y yo ofuscado por aquel destello de falsa alegría, sentía en mí impulsos de hacerme uno de ellos, de leer lo que, coreándolo con carcajadas, ellos leían; de hacer lo que tan alborozadamente hacían.

* * *

Una noche volví a casa tan tarde como todas las noches anteriores, y sintiéndome hastiado me retiré a mi cuarto; en cuanto entré me llamó la atención un papel que se hallaba sobre mi carpeta de estudio y junto al papel una estampa de la Virgen dolorosa que me miraba... ¡Qué mirada, Mercedes, qué mirada tan triste!; leí todo azorado el papel y decía así:

«Antón, hermanito, cuéntame lo que te pasa; cuéntamelo todo que ya sabes que te quiero mucho. Dime: ¿Por qué vienes ahora tan tarde a casa?

¿Por qué te encierras en tu cuarto después de saludarnos tan friamente? ¿Por qué estás en la mesa con mamá y conmigo tan silencioso y seco? ¿Qué sacas de andar con esos amigos que tú, mejor que nadie, sabes lo que son? ¿Por qué no rezas con nosotras como antes el Rosario y le pides gracia a la Virgen para ser bueno como lo eras antes? ¿O es que has hallado en esos amigos mayor cariño que en nosotras?»

Imposible describirte, hermana mía, la emoción que entonces experimenté; sólo sé decirte que la vista de aquella imagen dolorida y la lectura de aquellas delicadas preguntas, me enternecieron; contemplé el rostro entristecido de la Virgen, y su mirada me llegó al fondo del alma, y me dije con resolución:

¡Basta! basta!!

Ya sabes, Mercedes, lo que sucedió después: me presenté enseguida ante vosotras como si nada hubiera pasado; recé el Rosario con más fervor que nunca; y sellamos la nue-

Universidad de Deusto
Biblioteca

va etapa feliz con aquella canción que tu voz argentina entonó:

Oh Virgen hermosa,
Dulce Madre mía;
No olvide tu amor
Jamás, jamás...

A. G., Congr.

Correspondencia abierta.

Un predicador de 10 años.

Todos los días comulgo en el Colegio y le pido a Dios que el día que nos muramos, pues nos tendremos que morir alguna vez, vayamos todos al cielo; y para ganar la gloria es menester ser buenos y amar a Dios sobre todas las cosas. ¡Oh, qué gusto el día que nos juntemos todos en el cielo!

L. Ch., Congr.

¡La Virgen puede más que Dios!

Cuando me cueste mucho aprender la lección haré lo que dice el Padre en un papelito que nos mandó: le pediré a la Virgen, pues antes le pedía a Dios y me era imposible.

L. Ch., Congr.

Cómo se puede predicar con el ejemplo.

Este mes de Noviembre lo he pasado con mis padres en este balneario.

En este pueblo de Andalucía con sus olivos y naranjos, con el sol y cielo que envuelven su paisaje de un tono primaveral, con lo próspera que está la agricultura y buen clima, parece natural que sus habitantes estuviesen todo el día dando gracias a Dios por sus bondades para con ellos Pero desgraciadamente es todo lo contrario; no sólo no dan muestras de su agradecimiento sino que los domingos no van a misa más que contadas personas y trabajan como otro cualquier día de la semana.

Estaba tomando las aguas un Padre jesuíta de la residencia de Málaga, que desde hace muchos años viene, y él nos contaba que había conocido hace pocos años la iglesia completamente llena de hombres y mujeres.

¡Qué pena ver la diferencia de entonces!

«Ahora, – les decía desde el púlpito el celoso Padre, – en todas partes está de moda la huelga; hay huelga de albañiles, de carpinteros, de labradores, etc.; y lo peor de todo, según veo en este pueblo, hay huelga de hombres en la iglesia.» Otro día, les decía: «No sé en qué os diferenciais de los que no tienen razón, pues parece que no tenéis alma no ocupándoos para nada de ella ni de Dios.»

Todas las noches iba yo a la función de Animas en la que el Padre jesuíta solía predicar unas pláticas muy provechosas. Con la asistencia a estas pláticas y la frecuencia de Sacramentos hacía yo con el ejemplo el bien que podía a aquellas pobres gentes, ya que me era imposible de otra manera.

¡Dios quiera que vuelvan todos al buen camino!

I. G. de A., Congr.

Desde Londres.

El otro día estuvo aquí un jesuíta belga que tienen a su cargo las Misiones de la India, y todo el sermón en inglés lo entendí admirablemente. Al día siguiente, estuve a visitarle y le di algo de dinero para los pobres Misioneros; no pobres, sino ricos por el cielo que ganan y lo contento que viven.

Le dije que nosotros los Estanislaos tenemos una Escuela en China, y que la mantenemos nosotros; a lo que me contestó que en otro sitio (que no lo recuerdo en este momento) también hacen lo mismo, y es una hermosura.

Aquí está de hospedaje también otro español, y el primer día me dice: ¿Hace frío, eh? y yo le contesto en inglés: No me hables en castellano ahora porque quiero olvidarlo; y no hemos vuelto a hablar más en castellano.

A todos les extraña mucho el que me imponga muchas veces contra mi voluntad; cosa que no hacen los franceses que están conmigo; y un día el ama hablándome me dijo que había notado que tengo mucho *will* (voluntad) y esto se lo debo a esa Congregación; pues empecé ahí por pocas cosas y ahora puedo con todas.

Yo voy muchos días a comulgar y todos a rezar el Rosario a la iglesia, que gracias a Dios está a dos pasos; y así encuentro fuerzas bastantes para después ver, como quien ve llover, cosas tremendas que sólo hacen que me compadezca de esta pobre gente, que parece que está dejada de la mano de Dios.

M. A., Congr.

FLORES Y FRUTOS

Núm. 90.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Enero de 1921

¿Quién salió ganando?

Volvía Manolín del sermón de Santiago el día de Navidad; volvía saltando a su casa pensando en los deliciosos manjares que su paladar había de gustar, cuando vió a un grupo de personas que miraban como atontadas la pila de mazapanes y dulces del tiempo, que ofrecían una buena ración de vista a los transeuntes. Manolín se acercó curiosamente al mágico escaparate: turrones de todas clases, dulces, frutas secas, caramelos, almendras... ¡Qué cosas más deliciosas! Manolín se figuraba estar comiendo cada una de aquellas tentaciones; pero lo que más le llevaba la vista era un hermoso paquete de peladillas que parecían invitarle a comprarlas y comerlas.

Leer el rótulo «A una peseta» y meter la mano en el bolsillo, como buscando algo, todo fué uno. Sus dedos tocaron con varias monedas producto de los primeros aguinaldos de Navidad, sacó el dinero, lo contó, lo recontó y dió un brinco de alegría al ver que tenía: ¡Dos pesetas! Miró de nuevo al paquete ansiado y penetró decididamente en el establecimiento. Poco después estaba en posesión del paquete deseado. Salió ufano de la tienda y al contemplar al numeroso público que permanecía estático ante el escaparate, vió a un niño de su edad cubierto de harapos que abría sus ojos lo más que podía para ver aquello, aquello que no probaría.

Manolín siguió su camino, pero al poco rato ya no estaba alegre.

Tenía en el corazón algo que le atormentaba: ¡Aquél niño!

Una idea cruzó por su mente y volvió rápidamente sus pasos. Aún estaba allá el pobre mendigo, aún estaban abiertos sus ojos...

Manolín se acercó a él. «Ten este regalito, es el aguinaldo que te doy» dijo entregándole el paquete de las peladillas. No se contentó con eso Manolín, y, volviendo a meter la mano en el bolsillo, le dió la peseta que le sobraba. El niño le miró agradecido, y de sus labios no pudieron salir más que estas palabras, dichas con todo su corazón: «Gracias, Dios te lo pagará» y con gran alegría corrió a su madre que no lejos de allí mendigaba, y, saltándole al cuello, le dijo: «Mire madre, lo que me ha dado un angel...» Manolín no quiso oír más y echando a correr llegó a su casa donde le estaban esperando para cenar.

* * *

Aquella noche Manolín soñó... ¡Qué dulce sueño!... soñó que estaba en el portal de Belén adorando al Niño Jesús, que éste le abría sus brazos como queriendo abrazarle mientras que la Virgen le miraba con una sonrisa que parecía repetir las mismas palabras que le dijo el pobre: «Gracias, Dios te lo pagará.»

¿Quién salió ganando? – Sin duda Manolín: no hubiera tenido satisfación y consuelo tan íntimo y verdadero comiéndose las peladillas como lo tuvo dándoselas a aquel pobrecito y viéndole tan feliz. Sabía además que el Niño Dios se las pagaría como dadas a El mismo.

F. M.ª C., Congr.

Oportunos pellizcos.

Preguntóle un congregante a otro, cuando empezaron las clases por Octubre:

—Tú: ¿Quién sería el majadero que inventó el estudio?, y precisamente ahora, cuando estamos en la mejor edad para disfrutar! Mira que eso de ir mañana, pasado y otro y otro día, durante ocho meses; para que al fin por mala suerte, o cosa parecida, nos den un suspenso!

—Todo eso, le contestó su buen compañero, y algo más tenemos que sufrirlo como consecuencia del pecado de Adán.

Quedé admirado de la verdad de tan pronta contestación.

Con este pensamiento caminaba yo hacia mi clase cabizbajo y con el temor de los compañeritos con quienes tendría que estar tratando durante el curso.

Universidad de Deusto
Biblioteca

A la hora anunciada estábamos todos en la clase, y nos fueron colocando banco por banco; llamándonos por nuestro nombre y apellido y por el número que nos habían designado.

¿Quiénes serán estos desconocidos, dije yo para mí, que van a estar conmigo a un lado y otro todo el curso?

Al día siguiente iba con muy poca gana a clase y más al saber que no había allí ningún congregante. No tenía más remedio que estar en medio de aquellos dos desconocidos que me inspiraban poca confianza. Al poco rato trabé conversación con uno ellos y apenas nos dijimos dos palabras, cuando salieron de aquella boca infernal palabras sucias y horribles blasfemias, que demostraban con quién tenía que estar avecindado todo el curso.

Yo en aquel momento no supe qué decirle, pues todos cuantos por allí estaban eran parecidos; pero ¡hé aquí! que el Señor me trae a la memoria aquella su sentencia:

«Quien de Mí se avergonzare ..» y fué cosa de un momento; me decidí a hacerle frente, y le dije:

¿Sabes los disparates que has dicho en este momento?; harás el favor de no decirlos más delante de mí, al menos durante el tiempo que estamos en clase.

Al oír ésto se hechó a reir de mí y miró a los circunstantes, pero se calló.

Cuando me dirigía después de clase a mi casa, veo que me sigue, y es que él también iba a casa no lejos de la mía; entonces me aproveché mejor de la ocasión, y le dije:

Antes te has reído de mí en son de burla; pero, no quisiera volver a oírte ninguna de las palabras que antes has dicho, ni cosa parecida.

—Si me es imposible, me contestó; ¡cómo podré conseguirlo si continuamente estamos acostumbrados en la oficina a oír y decír tales barbaridades!

—Pues mira, le repliqué: Tengo leído que contra ese pecado de la lengua, no hay mejor remedio que acostumbrarse a decir otra interjeción, y ésto fácilmente lo puedes hacer.

—Ya lo procuraré. Y nos despedimos.

Al día siguiente, me hablaba como si toda la vida nos hubiéramos conocido; pero casi no había empezado a hablar, cuando ya decía por fuerza de su arraigada costumbre, las mismas palabras. Yo entonces, con mucho cariño y firmeza, le daba un pellizco tal que le hacía saltar; y, como estábamos ya amigos, no me tomaba a mal; así, poco a poco, con miedo a los pellizcos, que por desgracia eran frecuentes, se le quitó aquella maldita costumbre en menos de ocho días.

Hoy es el mejor amigo que tengo en clase, y tanto, que está deseando se le presenten ocasiones para demostrarme su buena voluntad.

Está visto que mucho podemos hacer en las clases y colegios con pensar que somos congregantes y estamos obligados a dar buen ejemplo y hacer todo el bien que podamos.

M. U., Congr.

Mi carterita.

Tenía como otros muchos, costumbre de llevar en mi bolsillo una pequeña cartera de piel, con el fin un tanto pedante y casi exclusivo, se puede decir, de abrirla delante de algún desconocido para entregarle, al despedirme de él, la tarjeta en que se consignara mi pequeña personalidad. Pero desde algún tiempo a esta parte me sirve para algo más.

Una tarde del pasado verano corría desalado en bicicleta por una de las carreteras de nuestra costa. Iba solo; el calor era sofocante a pesar de la brisa que empezaba ya a templarlo. En el ardor de la carrera me distraje, y no sé si tropecé, o cómo fué ello; el caso es que dando un fuerte golpe vine a dar en la cuneta de la carretera más alejada del mar. Los primeros momentos no me dí cuenta de nada; debí de perder el sentido, aunque fué muy breve tiempo: luego me ví tendido cuan largo soy y a un metro y medio de mi bicicleta. Por fortuna no sentía dolor grave ni notaba en mí lesión mayor: me senté, pues, primero, y repuesto un tanto del susto me sacudí el polvo; después me levanté y acabé de limpiarme: metí la mano en el bolsillo y... ¿dónde está mi cartera? Miré acá y allá y pronto la descubrí debajo de la bicicleta. Al ser yo despedido del vehículo se me había salido del bolsillo. Estaba abierta, y de los varios papeles que llevaba únicamente se veía fuera uno pequeño y no muy nuevo. Enseguida lo reconocí; lo veía por el reverso y leía en él estas frases que hacía tres meses las había escrito yo mismo:

«¡Madre mía! ¡Madre mía! Vuelve tus ojos a mí.» ¿Con qué objeto llevaba yo este papelito?

Pues nada. En una de las conversaciones íntimas de familia oí contar cómo mi difunto padre en un accidente de automóvil que tuvo, en cuanto recobró el sentido, pidió un crucifijo que *siempre* llevaba en el bolsillo de la americana: y yo imitando una costumbre tan santa, en cuanto pude, tomé una estampa de la *Virgen de los Dolores* (a quien siempre he tenido muchísima devoción), y en su reverso escribí esas frases que dije, y me propuse llevarla *siempre* conmigo en mi cartera

¡Y qué bien me va desde entonces! Estoy cierto que mi Virgen me salvó en esta ocasión y me salvará en otras.

N. M., Congr.

«Quien mal siembra...»

Hace varios siglos, cerca de la inmortal Toledo y en un escarpado picacho se alzaban airosas las torrecillas de la mansión señorial de don Iñigo de Mendoza. Este señor, viudo a los pocos años de su casamiento, tenía como consuelo, o desconsuelo, un niño de doce años llamado Gonzalo que se había educado cual flor entre malas hierbas; pues sus compañeros, los hijos de los soldados, le arrastraron en la corriente de toda clase de vicios y maldades. Don Iñigo, si bien era un valiente al frente de sus guerreros, no tenía ánimo suficiente para contener a su hijo!

Los vasallos de don Iñigo no veían con buenos ojos la educación que recibía su futuro señor. Para ver de poner fin a estos males encomendaron al buen capellán del castillo la difícil tarea de convencer a su señor de que vivía equivocado en lo tocante a su hijo.

Una mañana de Octubre se disponía don Andrés, el celoso capellán, a emprender la subida al castillo cuando se encontró con el mismo don Iñigo, que iba a dar su acostumbrado paseo matinal por sus dominios.

—¿A que no sabe Vuecencia el objeto de mi visita al castillo?

—Va un doblón a que a socorrer a algún enfermo o a practicar cualquier otra caridad.

—No señor; voy sencillamente a comunicar a Vd. unas noticias.

—Le escucho, pero... que no sean sermones, ¿eh?

—Pues mire: Todos los caudalosos ríos, que, al desembocar en el mar, son anchos cual brazos de mar, al nacer se reducen a un hilito de agua...

—¡Vaya una noticia! Continúe...

—Pues así son los vicios de su hijo: intente usted poner un dique al río cuando cae sobre la mar y no lo conseguirá seguramente; pero en cambio en el sitio donde nace con solo poner la mano lo realizará. Intente Vd. detener a su hijo cuando ya se hayan desatado completamente sus pasiones, cuando éstas hayan echado fuertes raíces, cuando estén completamente trabadas en el corazón de su hijo, inténtelo entonces y seguramente no lo conseguirá...

No supo qué contestarle el Señor, comprendiendo que era mucha verdad lo que se había atrevido a decirle su capellán; y en adelante le tomó por guía para la educación de su hijo

Ojalá los padres se acordaran a tiempo y se guiaran de hombres experimentados que no están ciegos como muchas veces lo están los padres con el amor que tienen a sus hijos.

F. M.ª C., Congr.

Una buena apuesta.

—Hechos cantarán, y si no remitámonos a las pruebas.

—Pues me remito a las pruebas, como dices, y pronto comencemos nuestro viaje.

Así discutían dos cocheros, que con dos de aquellas antiguas diligencias iban a emprender un largo viaje. Sin embargo de que los dos coches eran cosa buena, he de hacer constar aquí, que el de Juan, así se llama el que más bravatas hacía, prometiéndose un feliz término, era de más reciente construcción y más ligero que el de Pedro.

Aprestáronse para la marcha, proveyéndose antes ambos de lo más necesario y que no encontrarían en las ventas del camino.

Comenzaron la carrera, y ambos a la par pasaron los primeros días de camino, sin la menor novedad: sin un tropiezo, ni ruptura que impidiese o, por lo menos, entorpeciese su marcha. Después de seis días sin conseguir que cada cual sacase diez codos de distancia, llegó el domingo, día puesto por Dios para descanso, imitándole a Él, que descansó en este día.

Pedro era cristiano práctico; mas no así Juan: echóse aquél cuentas consigo mismo y se dijo:

Lo que Dios ha mandado al hombre con el descanso del Domingo, les aprovechará también a mis caballos; es necesario pues que descansen. Y como lo pensó lo cumplió.

Por el contrario Juan, no se acordó del precepto del descanso ni de sus pobres caballos y prosiguió su marcha con solo la interrupción de la noche.

Al día siguiente, Lunes, Pedro prosiguió su camino bien descansadas las caballerías. Continúo el Martes sin ver a su contricante que le había sacado mucha ventaja, pero el Miércoles ya le había alcanzado y dejado atrás, rendidos los caballos de éste por la continuada marcha.

Parecidas pruebas podrían hacerse, y se hacen todos los días y no hay que buscar otra causa a tantos hombres y aun jóvenes agotados y ajados en flor; el descanso dominical, no sólo es obra del artista de los artistas, sino que también es requisito necesario de la naturaleza.

J. L., Congr.

Chispazos

Ví no hace mucho tiempo en las cercanías de una gran fábrica de nuestra vecindad un niño de unos nueve años, hermoso en sí, pero todo desaliñado, sucio y roto. Con él estaban jugando otros cuatro niños y niñas más pequeñitos. No parecían hermanos, pero no estaban tampoco más cuidados y limpios. Cuando nos vió Lisardo, (que así supe después se llamaba el chiquillo), puso una cara muy fea; y no sé si porque le incomodó nuestra presencia, o porque le contrarió alguno de sus compañeritos, lo cierto es que lánzó una palabra brutal e indecente. Yo noté que me sonrojé, y le miré airado con ánimo de zaherirle. El entonces se rió burlonamente y echó a correr hacia lo que debía de ser su casa, hacia un tugurio miserable.

Entonces instintivamente pensé: Si en pecho tan tierno puede arder ya un volcán que dé tal *chispazo* ¿qué será cuando se endurezca ese corazón y se pueda cebar el fuego con tanto periódico impío y tanto grito de rebelión y tan desenfrenadas pasiones?

Y elevé una plegaria a la Virgen para que se compadezca del niño Lisardo.

—

A la hora y media de este episodio presencié otro qua me consoló mucho. Era un niño candoroso de ocho años y medio. Jugaba a la puerta de casa con su caballito cuando llegaron dos religiosas a pedir una limosna por amor de Dios para sus pobres recogidos El niño que oyó la palabra *limosna* les presentó un pañuelito con un nudo para que lo soltaran y cogieran su contenido: eran dos pe-

Universidad de Deusto
Biblioteca

rrusgordas. Las Hermanitas le acariciaron, pero visto el óbolo, y agradeciendo la buena voluntad no querían privarle de su tesoro. El lo notó, y dejando en manos de las religiosas el pañuelo, se retiró a un rincón de su casa, sin querer volver a su presencia.

Todo lo presenciaba su madre quien rogó a las religiosas complacieran a su hijito. Sin duda que las religiosas pidieron al Señor aumentara la caridad del niño para que aquel pecho inocente fuera con el tiempo un volcán de misericordia y amor al prójimo.

—

No hay duda que estos chispazos que da la niñez, indican los diversos fuegos que arden en el corazón y suelen generalmente ser indicios del futuro. El niño desbocado suele ser hombre sin decoro y cruel: el niño caritativo suele ser, cuando mayor, padre de los pobres.

N. M., Congr.

Cómo estudio yo.

Como estudiante que soy, leí la hojita *Método y consejos para estudiar* que Vd. nos mandó. Me gustó muchísimo, por las reglas que se contenían en ella; y estoy haciendo lo que ellas aconsejan

Pero además de éso, procuro sacar de mis estudios una cosa mejor que ciencia humana: estudio para agradar a Dios; y por eso estudio lo que me mandan, y porque Dios quiere que estudie. Estudio también para poder conocerle más y con mi ciencia ganarle muchas almas que gocen viéndole a El. Mas, entre tanto que este tiempo llega para mí, ofrezco al Señor mis estudios y los trabajillos que con los estudios vienen, para que salven los Misioneros muchas almas, que alaben y bendigan el santo nombre de Jesús y María por siempre en el cielo.

Esto como ve Vd. podrían hacerlo muchos; y, al mismo tiempo que en la ciencia humana, adelantarían en la divina, que es el amor que hay que tener a Dios y al prójimo.

¿No le parece bien?

J. T., Congr.

¿Quién dió más?

En un pueblecito de la costa cantábrica, donde he vivido algunos años, me tocó pasar unas fiestas de Navidad. Había frente a mi casa otras dos: una no recuerdo de qué Marqués y otra de una pobre familia que tenía un hijo de 12 años. Juan era su nombre de pila; o como le bautizaron por segunda vez en el pueblo, *el rubio*, pues por su color se parecía su cabeza a una moneda de oro.

Una mañana, (creo que fué el día de Navidad), fué con su cantarillo a la fuente en busca de agua para su madre; en la fuente había algunas otras mujeres las cuales en cuanto asomó nuestro *rubio*, comenzaron a bromearle.

Acertó a pasar entonces por allí, el hijo del marqués con su mamá: todos les saludaron y, cuando pasaron, una mujer le dijo a Juan:

—¿Y qué le has ofrecido tú al Niño?—Mira, el marqués está repartiendo limosnas a los pobres, en honor del Dios que nace en Belén.

—¿Quizá, le contestó el *rubio*, quizá mi regalo al Niño valga más que las pesetas que dé el Marqués?

—Sí, espérate un poco: a ver, a ver? dijeron a coro las mujeres. Juan entonces con aire sereno y mucha compostura dijo:

—Yo ofrezco al Niño Jesús mi corazón.

Las mujeres quedaron sorprendidas de la salida. Pero el *rubio* con la misma templanza comenzó una copla de Navidad, llenó el cantarillo de agua y se marchó a su casa cantando.

Ofrezcámosle nosotros también nuestros corazones, que valen más que todos los regalos mundanos.

J. L., Congr.

Un Congregante de nueve años.

Le escribo esta carta para contarle algunas cosas de aquí y también dos milagros más de este Santo Cristo de Piedramillera. Uno de ellos lo presenció mi abuelita, y ahora se lo voy a contar. El primero es de un niño que una vez iba montado en carro de bueyes, se cayó y la rueda le pilló las dos piernas, dejándoselas magulladas. Sus padres visitaron a los médicos y todos le decían que se moría; vinieron sus padres descalzos a visitar al Santo Cristo y antes de los quince días el chico ya podía andar.

Segundo milagro. Este es el que presenció mi abuelita; vinieron dos mujeres de un pueblo cercano con una niña que no podía andar; y no hizo más que pisar la capilla, y ya podía andar y correr.

L. V., Congr.

Correspondencia abierta

En Francia.

En este Colegio no estamos más que dos de esas tierras, y los dos de Bilbao. Entre otras cosas que hacemos de bueno es comulgar todos los días; y así damos ese buen ejemplo.

A. G., Congr.

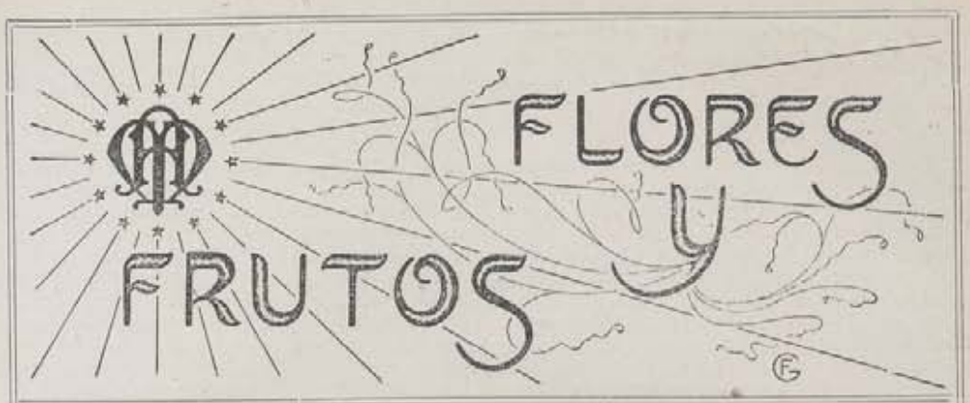
En Londres.

De religión tengo muchos casos curiosos, que le contaré otro día. Cada día estoy más persuadido de que en materia de religión no hay gente más ignorante que estos ingleses.

Ahí va una prueba. Predicaba el otro día en público un *señor* y le oímos decir al pasar: «Jesucristo no ha podido ser ni siquiera un gran hombre como muchos dicen, porque no era *british*, inglés». Esto pasaba en Hyde Park y la bronca que le armamos mis amigos y yo fué tan enorme que no tuvo más remedio que retirarse.

Gracias a que no había ningún guardia; de lo contrario dormimos, en Scotland Yard.

J. E., Congr.



Núm. 91.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Febrero de 1921

Del mono al hombre o del hombre al mono.

«El proceso es sencillísimo: el animal más perfecto, el mono; busca un mayor perfeccionamiento y evoluciona a través de los tiempos a la etapa superior que es el hombre inculto y salvaje. Luego de ahí, la transición al hombre culto y civilizado; es cuestión de tiempo, nada más que de tiempo.»

Al decir ésto el Doctor Quirós se atusaba la perilla, y miraba a través de sus gafas de oro a su cuñado, el cual, aunque estaba convencido, de que el Doctor mentía, no sabía qué responder a aquella lógica *aplastante*.

José Luis, sobrino del Doctor, pegaba con mucha paciencia los sellos de su colección en un álbum, mientras oía con atención las teorías de su tío. Su talento le hacía ver toda la malicia y alcance de aquellos razonamientos y otros parecidos, con que el doctor quería demostrar su ciencia, poniéndose a la altura de los animales.

«Un hecho viene a probar palpablemente lo que afirmo: el parecido exacto del mono con el hombre.»

Aquí José Luis tomó la palabra:

«Yo no veo a ese parecido, tío; al contrario, encuentro tal diferencia, que los hombres más parecidos a ese animalito, me parecen enteramente diferentes, y más perfectos.»

El tío, miró estupefacto a su sobrino, y la cara de mono que puso, era la mejor prueba, de lo que quería probar y sin embargo...

«Comparemos a usted por ejemplo con un mono, prosiguió el sobrino: El mono jamás ha hablado y usted está hablando toda la tarde. Usted se pone unas veces serio, como ahora, y otra se ríe a carcajadas; el mono sin embargo tiene una cara sosa, sin expresión. Además, que me parece un salto demasiado grande ese ¿Por qué ahora no sucede eso? El mejor domador de monos es incapaz de hacerle por ejemplo tener vergüenza... Además, yo he visto en el colegio una cabeza de mono y tiene una forma que no se parece ni a la del portero ese, que tiene la cabeza cuadrada.»

Al Doctor Quirós no le hizo ni pizca de gracia la contestación del sobrino y le dijo furioso:

«¡Qué sabes tú de eso! ¡Si querrás saber tú lo que sabemos los médicos! ¡Vaye con el chiquillo!»

—«Yo no sé lo que sabéis los médicos; pero tengo para mí que los que sostenéis, sin más pruebas que esas palabras vacías, evolución, perfeccionamiento, tendencias, etapas, merecíais tener por abuelo a un mono tan guapo y perfeccionado como se os antoje.»

Yo no creo en esa evolución del mono al hombre; en cambio estoy viendo la evolución contraria, del hombre al mono. No hay más que ver a los que se dejan llevar de las pasiones y en especial de la pasión fea; hasta la cara cambian algunos jóvenes y no jóvenes; cuanto más sucios, en la misma cara se parecen más al mono.

El que quiera ser mono que lo sea!»

A. M., Congr.

Un escarmentado.

—¡Pobre José! Tú tienes que ir a trabajar, y yo sin preocuparme de nada me dan de comer, y además tengo mi paga los domingos.

—¿Pobre? ¿Crees, Luis, que trabajar es deshonra?, antes se ha de tener a honra el ganar uno su sustento con el sudor de su frente.

Así se hablaban dos vecinos conocidos y amigos: el uno Luis, hijo de un ricachón, que no pensaba otra cosa más que pasar la juventud lo mejor posible, divertiéndose en toda clase de espectáculos; mientras que el otro, José, hijo de un pobre carpintero, iba todas las mañanitas a abrir su taller para sacar el sustento para él y para su padre que se hallaba entonces enfermo

Un lunes fué Luis a visitar a su pobre, pero dichoso amigo, a quien siempre hallaba trabajando con buen humor.

Después de un rato de charla que tuvieron le dice José:

Universidad de Deusto
Biblioteca

—¿Cómo es que estás tan triste, pensativo y sin ganas de hablar? ¿Te ha pasado algo?

—Nada, nada, no me ha pasado nada, más que...

—Dime, que no le contaré a nadie.

—Pues escucha:

Ayer a la mañana me encontraba con tres pesetas en el bolsillo, más dos que me dieron como día de paga; me hallaba sin saber a dónde ir con ellas a divertirme.

Toda la mañana pasé aburridísimo sin saber qué hacer; fuí a misa de once y media; todo hice menos oir misa, pensando a dónde podíamos ir a pasar la tarde, sin resolver dónde nos habíamos de divertir más.

Llegada la hora, después de comer, nos juntamos todos los amigos para ver qué dirección tomábamos, y ninguno quería decir su parecer. Por fin parece le iluminó el... diablo a un compañero el camino para el cine; a todos nos pareció una idea feliz, porque veíamos sería la manera mejor de pasar la tarde y a poca costa; pero, no nos sucedió así.

No tardamos nada en coger las entradas y colocarnos en nuestros puestos, en aquel salón donde el aire que teníamos que respirar había pasado ya por otros pulmones, tal vez tuberculosos.

Llevábamos ya una media hora comiendo con la vista todas las porquerías que nos presentaban, cuando ¡he aquí! que se agita la gente, silba por un lado, grita por el otro y se revuelve todo el público.

Preguntamos a qué venía aquello, y nadie nos daba razón.

Después de un rato se apaciguó la gente y cuando estábamos olvidados de lo pasado, se presenta una pareja de guardias a llevar a los que creían que habían armado aquel escándalo. Se acercan a nosotros y sin más nos dan por detenidos a los tres amigos, y nos llevaron a la perrera. Allí permanecimos dos horas y nos despidieron con una buena paliza, y... todo sin merecerlo. Ahí tienes José el motivo de mi tristeza.

—No es para menos Luis. Apenas lo puedo creer; aunque sí creo en otras consecuencias peores que trae el cine. Ahora sí que puedes aplicarte a tí mismo aquello que el día pasado me decías a mí, que cuando iba a trabajar me llamabas «¡pobre!»; pero, por dicha mía, ando muy lejano de esa tu pobreza.

—Sí, desde ahora te prometo, querido José, no volver más a pisar un cine; en ellos no se ve ni se oye otra cosa sino porquerías excitándose a hacerlas; se tienen después malos pensamientos y conversaciones y se hace poco a poco un desvergonzado y un golfo.

M. U., Congr.

Otro escarmentado.

—¿Qué le pasa a Tomás que hace días que no viene a la escuela?—preguntaba a su amiguito el maestro de un pueblo cercano a esta villa.

—Pues está en cama por haberse roto el brazo derecho.

—Seguramente será, replicó el maestro, por haberse caído de algún árbol, como le tengo pronosticado, por el desmedido afán de coger nidos.

A los quince días de esta conversación se presenta en la escuela Tomás llevando aún vendado el brazo. Al verle el maestro le obliga a que refiriera lo que le había sucedido, y le coloca en sitio donde pudieran oirle bien sus condiscípulos. Tomás, un tanto azarado, empieza su relación del siguiente modo:

Todos vosotros sabéis que los días en que no hay escuela en estos meses de primavera me dedicaba a buscar todos los nidos que pudiera para apoderarme de los pajarillos que en ellos había. En cuanto los cogía hacía una selección, sin tener lástima de los ayes de sus padres; los colocaba después al pie del árbol y me entretenía arrojando piedras hasta que no quedaba uno con vida.

Hace veinte días divisé un nido de jilguero en la copa de un chopo, subí hasta ella y cuando ya alargaba el brazo, no me fijé en la rama en que me apoyaba que era muy débil, y... catapiún vine al suelo. Quise incorporarme en medio de mis dolores y me fué imposible... grité, lloré, durante largo tiempo, y por fin Eusebio que pasaba con un carro me condujo hasta casa.

Durante mi enfermedad los dolores y angustias unidos a los consejos de mi buena madre iban haciendo mella en mis malos instintos y cambiándolos radicalmente. Me decía ella: ¿Ves, Tomasito, lo que tú sufres? así sufrían los pajaritos por tus piedras; y si tú madre sufre al verte en cama ¡qué no sufrirían los padres al verlos muertos a sus hijitos al pie del árbol!

Me ha costado cara esta lección y he tomado la determinación de seguir los consejos de mi madre y maestro y prometo cambiar de conducta.

P. A., Congr.

Hipnotizado.

Una tarde del verano pasado y después de un largo paseo con mi familia por las orillas del mar nos detuvimos a la sombra de un frondoso árbol; de pronto cesó nuestra conversación al oir los cantos y trinos de un pajarillo, que aparecía en lo alto del árbol; quedamos absortos por la especial dulzura de su canto.

Mas cuál no sería nuestra sorpresa al ver que, cesando sus cantos, tomaba una aptitud que revelaba que algo extraño le ocurría.

Mi papá se levantó al instante, e imponiéndonos un silencio absoluto, se adelantó hacia el punto donde el pajarillo hacía esfuerzos para huir.

Nos llama papá con el dedo en la boca, para que no hiciéramos el menor ruido y nos dice: ¿Véis? fijaos en aquella culebra que se destaca en aquel claro de la hierba; esa es la causa del azaramiento del pájaro; ha conseguido hipnotizarlo y de no estar nosotros aquí se habría apoderado de él.

Así era, en efecto, el pajarillo luchaba por escapar, pero la atracción debía ser terrible, pues cada vez se acercaba más; viendo que la distancia era ya muy reducida, mi papá lanzó una piedra ahuyentando a la culebra.

El pajarillo libre ya de aquella mirada desapareció, para no volver más a aquel hermoso árbol.

Entonces aprovechando nuestra buena disposición nos dijo: Acordaos siempre, hijos míos, de esta escena. Así sucede a los jóvenes que se fijan en las palabras y chistes de un mal compañero, o en el brillo y vanidad de las cosas de este mundo; por eso es conveniente que, así como yo por experiencia he salvado a ese pajarillo, vosotros también os dejéis guiar por un buen confesor que os advierta dónde están los verdaderos peligros para vuestra juventud todavía inexperta.

P. A., Congr.

Agradecido a la Virgen.

A mi regreso de las vacaciones de Navidad, me ocurrió un suceso, que no sé cómo calificarle.

Venía en el tren del Norte con mi papá; cuando más marcha traía el tren al bajar la cuesta de Orduña, como me mareaba, me acerqué a la ventanilla, sin reparar si la portezuela estaba bien cerrada. De pronto, cuando más descuidado estaba, se abre la portezuela, y yo ante el temor de caer a la vía, me agarro fuertemente a la puerta abierta ya del todo y quedo colgado de ella. En esta posición permanezco algunos momentos en grave peligro de mi vida. Ante peligro tan grande invoco a la Virgen de la Antigua que, como saben los que han pasado por allí, desde el tren se divisa. A la protección especial de mi Santísima Madre debo haberme salvado de la muerte y espero también salvarme del pecado que es la muerte del alma

En acción de gracias prometí publicarlo en Flores y Frutos.

S. A., Congr.

Otro agradecido a la Virgen

Ibamos este verano mi amigo y yo de paseo en sendas mulas por un pueblo de Castilla, donde veraneamos; íbamos hablando de nuestra Congregación y de la protección con que nos guarda a los congregantes la Santísima Virgen.

Bajábamos, de vuelta a casa, la cuesta muy pendiente que habíamos subido, cuando paró mi mula a comer ramas de un olivo que caía sobre la carretera; yo, que no quería separarme de mi amigo, le pego a mi mula en el pescuezo, y empieza ésta a correr dando saltos hasta que me tiró al suelo. Ni sé cómo caí, pero no me hice nada, por lo que yo creo, gracias a la Santísima Virgen.

V. L., Congr.

Buena lección en un corral.

—Mira cómo gritan; ayúdame a subir, a ver qué es eso.

—Pues, déjalo; que ya sabes lo que dicen de la curiosidad, que es la madre...

—Chirri... chi.. rri.. rri...

—¡Anda, anda! ¿no oyes cómo chillan?; no seas lerdo. ¡Bueno! yo ya estoy arriba, dije cuando con un gran esfuerzo mis manos consiguieron llegar a lo más alto de la pared; hice entonces una flexión y pude echar un pie y sentarme sobre la pared. Miro con ojo avizor la gran faena que se estaba desarrollando dentro de un corralillo o conejera.

Un niño coloradote, como de unos seis años, quería coger a los seis conejos que estaban allí metidos. Y lo bonito del caso era, que quería coger a todos a una. Los acorrala en un rincón, se tira sobre ellos como se tira un perro a la presa; pero uno por un lado y otro por otro se le escabullían todos.

Nos aburrimos de ver rabiar tanto al muchacho, y compadecidos mi amigo José Mari y yo, le decimos cómo puede cogerlos: Oye, chiquito, ¿por qué sigues a todos juntos?; síguele primero a uno hasta cansarle. ¡Anda! síguele a ese blanquito; después sigues a otro, y así cada vez te costará menos coger a los demás, pues al seguir a uno, los demás también corren y se cansan.

Siguió nuestro consejo el muchacho, y en efecto, al de poco todos los conejos capitulaban, víctimas de tanto correr.

¿Por qué no haremos nosotros otro tanto al hacer nuestro examen por las noches? Si principalmente nos fijamos no tanto en todas nuestras faltas, como en tal o cual falta particular, creo yo que terminaríamos pronto con nuestro repertorio. Hagamos la prueba.

J. L., Congr.

Cómo se anda mejor.

El Párroco del pueblo donde pasé los primeros años juveniles nos enseñaba y explicaba el catecismo con muy bonitas comparaciones; con una de las que recuerdo nos daba a conocer cuán necesario es el estudiar con constancia el catecismo.

Dos hermanos tenían que emprender un viaje muy largo; estaban muy lejos de su casa natal, donde había fallecido su padre y les esperaba una rica herencia. Pusiéronse los dos en camino; mas el uno determinó, como era natural, viajar sólo de día; el otro, por el contrario, por no sentir el calor, se dispuso hacerlo sólo de noche. A éste le advirtieron que exponía su vida a mil peligros yendo por caminos desconocidos, sin luz ni guía. Todo cuanto le dijeron fué en vano, no quiso hacer caso, y se rió de ellos. Y le pasó lo que tenía que pasarle de un modo u otro: fallóle un pie al pasar un mal puente y cayó a un pequeño río, donde le hallaron ahogado.

En cambio el otro acabó su viaje aguantando algo el calor, pero sin tropiezos ni peligros. Llegó felizmente a casa donde había sido lla-

Universidad de Deusto
Biblioteca

mado por sus hermanos y recogió la parte de la rica herencia que estaba bien dividida.

Ni más ni menos sucede al que aprende y no aprende el catecismo. El que no lo aprende anda en tinieblas; no sabe dónde pisa ni siquiera a dónde va. No así al que lo sabe bien; sabe lo que ha de creer y lo que espera alcanzar, guardando los mandamientos y frecuentando los Sacramentos.

Así sencillamente quiero ir yo seguro al cielo.

M. U., Congr.

¡Que me lleve el diablo!

Cuentan las crónicas, que allá en el país de la niebla, en Inglaterra, hallábase predicando en un templo protestante, un pastor como los sacerdotes entre nosotros.

De entre la serie de barbaridades que salieron de la boca de aquel desgraciado, una de las mayores fué ésta: ¡Hermanos! si el Evangelio de San Juan y los Hechos Apostólicos son verdad... que me lleve el diablo!!!

Estaba tan entusiasmado el hombre predicando, que no se dió cuenta de que la voluminosa Biblia se la había caído. Un señor de los que estaban en la concurrencia, le dijo a su criado (que era negro como el betún) que le subiera el libro, procurando no meter ruido para no distraer a la concurrencia.

Seguía predicando, es decir, disparatando nuestro hombre, que al volver algo la cabeza para contemplar a sus oyentes, ve una silueta completamente negra, pues el criado iba de levita; y acordándose de que podría muy bien ser el diablo para llevarle, cambió repentinamente de idea y empezó a decir: «¡Hermanos! disienten los doctores sobre si es verdad o no el Evangelio de San Juan». Y como iba acercándose cada vez más el criado, viéndose en peligro inminente, comenzó a temblar como un azogado y continuó: «hay algunos que opinan que es verdad el Evangelio». En esto el criado ya casi le tocaba y el individuo, desesperado, dijo: «toda la doctrina protestante es una mentira ¡fijaos bien hermanos míos! la única verdad es la del Evangelio».

¡Cuánta pena da que estos farsantes, que todo lo hacen por conveniencia, hagan tanto daño en las Misiones! pues se llevan el fruto de tantas almas que se podrían convertir a Cristo.

Esforcémonos, pues, en auxiliar a las Misiones para que las almas convertidas a Dios, rueguen por nosotros.

S. A, Congr.

Cogido al vuelo.

Por el puente de Isabel II dos caballeros sostienen una animada conversación. Pasan por allí dos jóvenes a quienes oyen blasfemar de Dios. Oírles uno de los caballeros, adelantarse hacia ellos y llamarles cobardes todo es uno.

—¡Cobardes! ¿Por qué? exclaman los jóvenes.

—Porque el que maldice de Dios es un malvado o es un cobarde.

—¿Sabe V. lo que dice?

—Sí, lo sé muy bien; porque si creen en Dios, son ustedes ingratos y malvados; y si no creen en El, son unos cobardes; creen que blasfeman de un ser imaginario que no les puede hacer nada; ¡qué poco se atreverían a tratar así a un transeunte cualquiera, exponiéndose a que le diese una bofetada!

No se contentó el caballero con reprenderles; llamó a un guardia de seguridad, e hizo con ellos lo que se debe hacer con todos los que blasfeman y maldicen el Santo nombre de Dios: echarles una buena multa.

F. M. C., Congr.

Ni más ni menos que chiquillos.

No ha mucho, este verano, tuve ocasión de ver lo siguiente: un chiquillo del pueblo en que veraneo, fué enviado por sus padres a hacer un recado a un caserío algo distante del pueblo; tenía que atravesar nuestro muchacho un paraje bastante sombrío, en el que, según decían las viejas para asustar a los niños, ocurrían cosas fantásticas: hadas, enanos y otras mil tonterías, con que suelen asustar a los pequeños.

A fin de no tener miedo y hacerse el valiente, el chiquillo comenzó a cantar y a silbar, no sin dejar de mirar por si acaso, hacia atrás y a los lados; y así llegó, canta que canta y silba que silba, a su destino, y del mismo modo volvió a su casa.

La mayor parte de los hombres, tienen igual manera de proceder que este pequeño. ¿Qué hacen cuando la conciencia les remuerde por alguna mala acción o están en una mala ocasión? En vez de arrepentirse y huir, que sería lo más natural, se esfuerzan por meterse más y más; chillan y alborotan para aparentar que están satisfechos; pero en realidad, es para acallar la voz de la conciencia, que cual gusano les va comiendo la conciencia.

S. A , Congr.



Núm. 92.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Marzo de 1921

Curiosa historia.

«Miusté, señorito; cuando entramos en Alcázar Seguer le pasó a un chico de mi Compañía una cosa graciosa. Figúrese que encuentra allí a un moro que le dice que es su pueblo y resulta que es verdad.

—¡Pero hombre, no me vengas con tus andaluzadas!

—No, señor, que yo no digo mentira. Esto ocurrió como sigue: A mi Compañía le tocó ir a una posición destacada algo del pueblo; sucedía que los moros solían acudir allí a comer el rancho sobrante, y con ese motivo solíamos reirnos un rato con ellos, y principalmente con uno que chapurreaba algo el castellano. Este moro se fué haciendo cada vez más familiar, y se pasaba con nosotros casi todo el día hablando de la Península. Un día en que la conversación giró sobre las provincias de que éramos, salta:

«Yo también ser de allí.»

Nosotros creíamos que se bromeaba; pero él se obstinaba repitiendo:

«Yo también ser de allí; yo ser tu abuelo »

¡Caray! Aquello era el disloque; estuvimos por mantearlo.

¡Aquel morazo tan negro pretender ser abuelo de uno de nuestros compañeros!

Pero el moro seguía repitiendo lo mismo; y por fin se pone a hablar del pueblo y a dar toda clase de detalles y a preguntar por fulano y zutano.

La cosa se iba enredando y llegó a tomar interés; y así, un día y otro; hasta que después de muchas pruebas que le hicimos, resultó que era cierto lo que decía.

No le digo a usted nada; en seguida quiso volver a ser cristiano; hicimos subir al capellán, y delante de todos abjuró de Mahoma y volvió a ser como uno de nosotros.

Ahora viene la explicación. Poco tiempo ha, Ceuta era un presidio al que traían los condenados a Africa; este chico sabía que tenía en presidio un abuelo suyo, y cuando le tocó venir aquí anduvo preguntando por él, y nadie le dió razón; y fíjese dónde le encontró. Aquel hombre que vino aquí en la flor de su vida a sufrir la condena, logró escapar en un bote, yendo a parar a Alcázar; allí, por debilidad, se hizo moro, y. . hasta la fecha. Ahora me figuro estará en su tierra, pues el nieto hace un año que cumplió el servicio; estará disfrutando de su familia y proclamando su fe.

La verdad es que da pena ver que este pobre cautivo hubiese renegado de su fe, y nos parece cosa abominable.

Y vamos a ver: ¿no hay entre nosotros quienes, sin ir a tierra de moros y sin estar en tantos apretos como el moro de nuestra historia, reniegan de Jesucristo? Aquí mismo cuántos hay más cobardes que este pobre hombre!

J. M., Congr.

Uno que teme al dinero.

Leía el otro día en una revista de la Habana un caso, verdaderamente raro, que encierra no poca enseñanza.

Un millonario—ya decía allí su nombre y apellido—pudo al morir dejar a cada uno de sus cuatro hijos e hijas un millón de pesos, algo así como siete millones de pesetas. Los hijos, que eran ya mayores, pronto vieron cómo repartirse los valores, sorteándolos, cuando había alguna duda de su valor, o quedándose por partes iguales

Uno de ellos, que vivía ya de su carrera y era muy reposado, no pudo estar presente a la muerte de su padre, ni después al reparto: estaba como ingeniero al frente de unas lejanas minas.

Cuando llegó, tan pronto como pudo dejar su puesto, le presentaron la forma en que habían hecho el reparto, por si antes de firmar la escritura le ocurría hacer alguna observación.

«Ese reparto está mal hecho» dijo con voz reposada y alta; «tenéis que hacerlo de nuevo».

Todos se miraron extrañados, pues no les

ocurría cómo pudieran haber procedido con mayor nobleza ni justicia.

El asombro de sus hermanos y demás presentes fué aún mayor; asombro que rayó en admiración cuando dió la razón de su inesperada renuncia:

«Tengo bastante para vivir con mi carrera; siento que el trabajo me ennoblece. Ese dinero me traería cuidados y probablemente me haría peor de lo que soy. Así que no lo quiero.»

No salían sus hermanos del asombro y admiración, y siguen asombrados y admirados.

Y con razón: era hombre que dominaba al que todo lo avasalla, al vil dinero.

Y me pregunto yo: ¿cómo no le ocurrió al desprendido hermano dejar su fortuna para obras benéficas en favor de los pobres?; y ¿quiénes más pobres que los infieles que ciegos caminan sin que haya, por falta de recursos, Misioneros que les aparten del sendero del infierno?

F. M. C., Congr.

Fró-fró

Voy a presentaros a Pepín: tiene ocho años, estatura mediana... un tatico goloso... dos tanticos perezoso... tira de la trenza a su hermana, y hace faltas de ortografía...

Por lo demás, un corazón de oro; y si no, a la prueba.

***

Pepín es dueño, desde la última Navidad, de *Fró-fró*, un camello.. un encanto de camello: de un metro de altura, aspecto bonachón, con sus gruesos mechones de pelo de carnero, sus perlas amarillas en los ojos; sus patas callosas, su joroba descomunal, etcétera, etcétera.

***

—Pepín, hijito, ya estamos en Cuaresma. ¿Sabes lo que representa la Cuaresma?

—Sí, mamá; es el tiempo antes de la Semana Santa, cuando Jesús, después de dejar el Cielo para bajar a la tierra que estaba fría...

—¡Eso es! Jesús dejó el Cielo azul, los ángeles, los santos, las estrellas, la inmensa paz de allá arriba, para venir a la nieve, a tiritar sobre la paja... a trabajar y sufrir mucho... y a morir en una cruz. Y todo ¿por quién?

—¡Por Pepín!

—Y entonces?...

—Y entonces?...—repite el niño, a quien una vaga inquietud empieza a invadir.

—Entonces, si el niño Jesús ha hecho tantos sacrificios por Pepín, es muy natural que Pepín haga algo por Jesús. ¿No es eso?

—¡Claro!...

—Así, pues, vas a reflexionar, y tú me dirás esta tarde qué sacrificio piensas hacer por Jesús.

Y con una entonación más grave, añadió su mamá: ¡Y espero que sea algo muy bueno!

***

Pepín, solo en su cuarto, está ansioso.

La última palabra de su mamá trota a galope acelerado en su cabecita.

—¡Algo muy bueno!... ¡Pero si no tengo más que mi camello que sea muy bueno!.. Todo lo demás... ¡deshecho!

Abre un armario en que libros y juguetes se amontonan con desenfrenado desorden.

¿Los libros? No, la verdad, no sería un sacrificio.

¿Los juguetes? ¡Pero qué juguetes! ¡Si están todos casi hechos polvo!

¡Ay! ¡ay!... ¡no queda más que el camello!...

¡Y después de todo los Reyes Magos, que eran unos santos, dieron todo al niño Jesús, pero no sus camellos!

***

A medida que el día avanza, Pepín está cada vez más perplejo.

Ahora piensa que los niños pobres tienen malos vestidos... viven en sitios miserables... están amarillos por no poder comer... tosen... ¡Si él fuese pobre, cómo le gustaría que le diesen juguetes!

Y Pepín se representa a *Fró-fró* entrando en una bohardilla en la que yacen amontonados unos niñitos... *Fró-fró* con su jiba llena de dulces... ¡la alegría que a aquellos pobres llevaría!... ¡los gritos!... las manecitas batiendo palmas de entusiasmo!...

Evidentemente, el camello es el gran sacrificio.

***

Por la tarde la mamá vió entrar en su habitación, con paso resuelto, a su Pepín, pálido, abatido... a su Pepín que le puso, con un gesto casi violento, el hermoso camello en los brazos y se escapó en seguida sin decir nada.

Pero, como deseaba tener alguna explicación, fué al cuarto de su hijito; y ¡cuál no sería su sorpresa y su ternura al distinguir, por el agujero de la cerradura, algo como un niño que ahogadamente sollozaba!...

¡Cómo agradecería el Niño Jesús aquel sacrificio; ¡Y qué bien se lo pagó!

Desde aquel día poco le costaba levantarse temprano, ir a Misa, estudiar, sacrificar sus ahorrillos por las Misiones y llegar a ser con esos pequeños sacrificios un joven intachable y ejemplar.

I. G., Congr.

Las dos ollas.

Eran dos ollas; una de barro y otra de hierro. La de hierro le propuso a la otra un viaje, pero aquélla le contestó que no podía porque era muy frágil, y que mejor estaba arrimada al fuego, donde era su puesto.

La de hierro insistió, y le dijo: mira, no seas tonta, vamos juntas; que cuando vayas a caer o tropezar yo me pongo en medio y no te pasará nada. Con esta y otras razones, al fin la convenció.

Salieron, y todo iba a pedir de boca, hasta cuando llegaron a un camino escabroso, y la olla de barro tropezó; ya iba a caer, cuando se puso debajo la de hierro, y ocurrió, lo que tenía que ocurrir: que se estrelló.

Nosotros somos la olla de barro, y la de hierro es el mal amigo; éste, que es muy astuto, se junta a nosotros y nos presenta todo de color de rosa; nosotros le creemos, como bobalicones; como la olla de barro abandonamos el fuego y vamos poco a poco dejando la misa diaria y la Comunión; nos acercamos a las tonterías del mundo, vamos a malas diversiones, y cuando menos lo pensamos, perdemos la pureza, nos deshacemos.

¡No seamos tan tontos!

B. G., Congr.

La voz de Dios se impone.

Aquel día un inmenso gentío, más que de ordinario, imposibilitaba la entrada de una taberna sita en el costeño pueblo de Lequeitio: todos parlaban y todos bebían; pero allá junto al mostrador, un hombre, que daba muestras de intranquilidad mal sofocada, se esforzaba por ocultar sus pensamientos, como veremos, sanguinarios. De pronto, al despedirse de sus amigos con reprimida calma, hace que todos se den cuentan exacta de la hora.

Y ¿dónde vá? Siniestros planes maquina su cerebro; le constaba que, unos veinte minutos antes había salido de Lequeitio, en dirección a su pueblo, un aldeano montado en su carro; que llevaba consigo el producto de la venta de unos hermosos terneros que había vendido en la feria.

Por atajos, bien conocidos del criminal, consiguió dar con él, y en un santiamén perpetró su homicida robo; así se decía en el auto de su procesamiento: «Asesinato con la agravante de robo».

Sin perder ni un instante y veloz como el rayo, volvió de nuevo a la taberna y, con toda la calma que pudo aparentar, hizo notar de nuevo su presencia; sacó otra vez el reloj y otra vez les enseñó la hora.

Pronto cayeron sobre él sospechas; pero alegó los testigos que en aquellas horas le vieron en la taberna; se hicieron pruebas para saber si en el escaso tiempo intermedio y a aquella distancia se podía haber consumado hecho semejante; pero ni el joven más ágil pudo en tan corto tiempo hacer aquel recorrido; y así se retiró la acusación.

Redoblaron la vigilancia para dar con el verdadero asesino, pero todo en vano. ¿Dónde lo habían de encontrar, si se les había escapado la liebre de entre los dientes? Pasóse un año, y ni el menor indicio.

Pero la conciencia no le dejaba tranquilo al asesino: de día le hacía temblar la presencia de un guardia cualquiera; de noche ¡pobrecito! le aterrorizaba con terribles visiones el difunto, hasta tanto que con frecuencia soñaba sobre su crimen.

Acaeció que una noche durmió en un mismo cuarto con un cochero que por allí pasaba; le oyó en sueños sus congojas y la causa de ellas; le delató al día siguiente a la Guardia civil, y una vez preso, confesó despierto lo que durmiendo su conciencia no le había permitido ocultar.

La voz de la conciencia es más poderosa que el hombre; como que es la voz de Dios, a quien quisiera negar tanto malvado.

J. L., Congr.

Un paseo aprovechado.

Ibamos un día mi amigo y yo por un campo donde estaban pastando varios rebaños. Nos detuvimos a hablar con uno de los pastores; y, como nos extrañase el ver que las ovejas no tenían marca alguna, le preguntamos cómo las conocía.

Muy fácil,—nos contestó,—con sólo mirarles a la cara.

Estuvimos por allí recorriendo todo hasta que llegó la hora de que las ovejas entrasen en el redil; nosotros entonces nos acercamos hacia donde estaba el pastor de antes.

Estaba en la puerta del redil, mirábales al pasar, una por una. Yo me supuse que las contaba, pero al entrar una oveja, se fija en ella y la separa. Le dijimos por qué la separaba y nos contestó: esta oveja no es de mi rebaño; yo no quiero lo que no es mío.

Nos admiramos cómo pudo conocerlas tan bien.

Eso mismo pasa en la Congregación. La Virgen, que es la Divina Pastora, conoce a todos los congregantes, y aunque alguno, no siéndolo, quiera pasar por congregante, la Virgen le separa y le manda de la Congregación: no quiere la Virgen en su rebaño escogido lo que no es suyo.

J. S. J. Congr.

¿Para qué sirven los curas?

La escena acontece en una estación más allá de Hendaya, un momento antes de partir el tren ascendente: hállanse en un vagón dos personas, un señor que se las echa de ateo y un obrero. El señor, para echársela de lado, le mostraba al obrero un sacerdote que en el andén se encontraba, y con tono que denotaba profundo desprecio, le dice: ¡Para qué sirven los curas! El obrero le miró, se sonrió ligeramente y bajó la cabeza.

Pocos momentos después se oyeron tres golpes de campana seguidos de estridente silbido y el tren se puso en movimiento

Transcurrieron algunos minutos durante los cuales iban apareciendo y desapareciendo como por encanto árboles y árboles, cruzando un continuado valle, o mejor dicho, un arenal cubierto de pinos. Cuando se hallaban a distancia de todo poblado, continuando el tren su vertiginosa carrera, pónese el obrero en pie y dirige al señor estas aterradoras palabras: Estamos en despoblado, yo soy más fuerte que Vd., ¿por qué no aprovecharme de esta ocasión?

—Será inútil, replicó el señor al mismo tiempo que se ponía pálido de emoción, pues no llevo nada.

—¿Y los 20.000 francos que ha cobrado en

Universidad de Deusto
Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

casa del banquero en San Sebastián y se hallan en esa maleta?

Se iba a dar por vencido, cuando como por encanto cambió de actitud el obrero; le miró bondadosamente al señor y le dijo: Nada temáis; he sido educado por esos curas de quienes os acabáis de burlar; ellos me han enseñado a ser honrado, a temer a Dios y a respetar lo ajeno.

¡Desgraciados! Y seguirán chillando y trabajando para fundar escuelas sin Dios, donde se burlen de los sacerdotes, y donde pierdan los niños hasta la vergüenza.

S. A., Congr.

Rompiendo novelones.

Un día, en el Instituto, ví que un amigo mío estaba leyendo una novela mala, o por mejor decir, indecente Yo me acordé entonces que como congregunte debía hacer todo el bien posible entre mis compañeros, y formé el firme propósito de no descansar hasta romper aquel vil folletón. En esto nos llamaron a clase, y como los demás, tuve que entrar; y lo peor del caso era que el tal chico estaba a mi lado. Como es de suponer tuvo todo el tiempo clavados los ojos en la novela, recreándose en su perniciosa lectura. Yo no le hacía caso, ni cuando él se volvía hacia mí para decirme alguno de aquellos chistes sucios que allí leía.

A poco rato cerró la novela y volviéndose hacia mí me dijo:

—Ya la he terminado. ¡Es lo más curiosa! y tiene unos chistes...

—Si es tan bonita – le dije,—déjamela, que así pasaré el rato esta tarde.

El al principio desconfiaba de mí, pero al fin, ante mis ruegos, me la dejó. Yo la guardé en el bolsillo, contento de mi triunfo. Acabada la clase, salí corriendo a cierto sitio y la descuarticé en mil pedazos.

Así quedé satisfecho.

Cuando después de días me preguntó por ella, le dije que no sabía dónde estaba; y era verdad.

No es la primera, ni será la última vez que haga esto mismo; ocasiones no faltarán desgraciadamente.

B. C., Congr.

¡Fuera estorbos!

Un hortelano de mi pueblo se las había arreglado muy bien para recibir por medio de un caño la cantidad de agua necesaria para el cultivo. Un día advirtió que el agua no venía en tanta cantidad como antes, y no hizo caso; pero, viendo que la cantidad de agua iba disminuyendo cada día, se decidió a buscar la causa.

Revisó bien todo y advirtió que unas piedrecitas puestas en el cuño por algunos chiquillos del pueblo, quedaron estancadas en un recodo; con un palo largo y una bola de trapos atada al palo pudo quitar las piedras, y volvió a correr el agua en tanta cantidad como antes.

Me ocurre que algo así pasa con algunos congregantes y con mucha frecuencia, desgraciadamente: oyen un día una burlita, otro día una bromita sobre el ir tanto a la Congregación, y hacen estos dichos de piedrecitas que se interponen en el caño de la Congregación, de que se sirve la Santísima Virgen para regarnos y conservarnos frescotes y lozanos.

J. S. J. Congr.

De nuestro corresponsal de Marruecos

En una de las posiciones más avanzadas de nuestro protectorado en Marruecos, que tendrá próximamente trescientos hombres, hay ahora un comandante que los domingos y días de fiesta acostumbra a portarse como diremos:

En este poblado, como en otros muchos, a pesar de ser numerosa su guarnición, por la escasez de capellanes no pueden cumplir con el primer Mandamiento de la Iglesia. Pues bien, el comandante, ya que a sus soldados no puede darles ese beneficio, les hace formar mirando hacia Tetuán y les dice: «Allí se está celebrando el santo sacrificio de la Misa; figuraos que estáis presentes»; y mientras les lee él mismo, de un devocionario del P. Vilariño, la Santa Misa.

Caso edificante y triste al mismo tiempo, ¡pues hasta este extremo llega la escasez de clero!

El que sienta en sí vocación, muy tonto será si pierde el mérito y la honra de ser ministro, no de la Corona, sino del mismo Dios.

J. M., Congr.



Núm. 93.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Abril de 1921

Dos sustos provechosos.

Apoyados ambos codos en la barandilla del balcón, pasaba el rato el opulento banquero don Rafael, hombre de gran actividad en los negocios. Recreábase viendo pasar a la gente que atravesaba la calle y se enorgullecía al ver que la mayoría de la gente saludábale con gran respeto.

En esto, un pobre mendigo, desarrapado y macilento implora en voz alta una limosna

Al principio don Rafael se hace el desentendido; luego, ante la insistencia del pobre hombre, frunce el ceño; pero, al acordarse en dónde está y quién es, mete su mano en el bolsillo, y deja caer majestuosamente una peseta.

* * *

En esto, en el reloj de la Catedral, suenan seis campanadas: es la hora de dar al atardecer su acostumbrado paseo. Coge su abrigo de pieles, toma el sombrero y sale majestuoso de su palacio. Ya la noche comenzaba; el parque estaba solitario.

De lejos, ve don Rafael un bulto que poco a poco se fué acercando: era otro mendigo. Comprende que le va a pedir, y adelantándose, exclama enfadado: «¡Ale por ahí, holgazán! Esta maldita mendicidad hay que suprimirla». Y forzando un poco el paso logra separarse del mendigo. Este al principio queda quieto y mudo; pero al punto, un relámpago de ira cruza por sus ojos y echa a correr tras don Rafael con ánimo de arrebatarle lo que antes se había negado a concederle. El banquero, al verle correr, intenta huír, y mal lo hubiera pasado a no ser por una ocurrencia que en otro caso de nada le hubiera valido. Cree que correrá mejor sin el abrigo; lo echa al suelo y sigue corriendo hasta que ve que no le sigue: el pobre se había contentado con llevarse el abrigo.

Sudoroso, después de la carrerita improvisada, sintió frío; aprieta el paso y llega a su casa. En ella le esperan ya varios amigos para dirigirse al casino a perder en el tapete verde el tiempo y el dinero. Pero don Rafael les despide después de contarles lo que le había pasado y se acuesta. Lo que él al principio cree un ligero resfriamiento se convierte en subida calentura y así pasa la noche.

* * *

Estamos en el camino del cielo. Dos almas suben por él. Una es la de un pobre religioso que va llena de obras buenas y con ellas corre ligero hacia la mansión de los bienaventurados. La otra es la del desgraciado don Rafael, que lleva al hombro el gran saco de sus millones y pecados, y no puede dar un paso. «¡Señor! ¡Cuándo llegaré! — exclama—¡piedad, Señor, piedad!». Pide auxilio al religioso y éste, tan acostumbrado a la caridad, le auxilia en lo que puede.

Al fin, llegan. Allá, ante la puerta del cielo se alza una gran balanza donde Dios pesa las acciones de los hombres y da en seguida el fallo. El buen religioso, pone en un platillo sus virtudes y en otro sus pecados. Este último ante el peso de aquel se alza bien alto y la puerta se abre y el religioso comienza los eternos días de gloria que le esperan.

Llega el turno al banquero; echa sus pocas buenas obras a un platillo y al otro sus pecados y el abuso del dinero. Baja el platillo de los pecados y en aquel instante el suelo se hunde a sus pies y se ve precipitado en el infierno. Con el susto despierta de aquella pesadilla y da gracias a Dios de que no hubiese sido realidad y estuviese ya condenado eternamente.

Aquel sueño le sirvió de aviso del cielo para usar mejor de sus riquezas y llegar a ser la providencia de los necesitados.

F. M. C., Congr.

La mejor visita.

Falta poco tiempo para la llegada del tren que conduce al Sr. Arzobispo que viene a visitar a un anciano religioso a quien mucho aprecia; se habían hecho en casa los preparativos convenientes para recibirle.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Entre tanto, un caballero hablaba con el religioso de los preparativos y de la gran honra que le hacía el Sr. Arzobispo al venir exclusivamente a visitarle; y entre otras cosas le dice: Padre, le envidio por la visita que va a recibir.

A lo que respondió el Padre: todos los días cuando celebro la Santa Misa, recibo una visita que es mejor que toda otra visita: recibo a Nuestro Señor; así que la del señor Arzobispo no puede asombrarme; pues el que está acostumbrado a lo mayor, bien puede hacer lo más pequeño.

También nosotros, si queremos, podemos todas las mañanas recibir en nuestros pechos la mejor visita de todas: a Dios Nuestro Señor, que todos los días se digna venir a nosotros. Todo lo demás por grande que sea nos debe parecer pequeño. *A. L., Congr.*

Cogido en su misma red.

Un joven educado a lo cristiano, asistiendo un día a un banquete de gala, antes de sentarse a la mesa hizo con la mayor naturalidad la señal de la cruz. Un oficial, asustado, le dijo en voz baja: ¿No os avergonzáis de que os vean hacer la señal de la cruz?

El joven miró fijamente la condecoración que el oficial llevaba en el pecho y le dijo: ¿Se avergüenza V. de su condecoración?

—Nó, respondió el oficial; antes, al contrario; me glorio de ella.

—Pues bien, replicó el joven, sabed que la señal de la cruz es para mí la mayor señal de gloria y honor; vuestra misma condecoración en forma de cruz lo está diciendo.

No supo qué contestarle, ni tenía contestación. *R. A., Congr.*

Lección práctica.

En una aldea cercana a esta villa, había, no hace muchos años, una familia con un niño de unos 8 a 9 años, a quien su madre le crió en el santo temor de Dios. Un día se le ocurrió al padre ir a robar trigo a la era del vecino. Cogió un saco, tomó al chico de la mano y, mirando a un lado y a otro con desconfianza, llegó al campo. Allí se percató que nadie le veía y empezó a llenar el saco. El hijo, al ver aquella acción indigna de su padre, estaba todo asustado y escandalizado; y no sabiendo cómo contenerle, se acordó de lo que había oído en la explicación del catecismo y le dijo: Padre, no ha mirado V. bien que le están viendo.

—¡Cómo! ¡quién!, contestó el padre todo azorado.

—No ha mirado V. arriba.

Entendió el padre que el hijo quería decirle que estaba mirándole Dios; vació el saco y todo corrido volvió camino de su casa; no le ocurrió volver a robar ni de noche.

Ni a nosotros nos ocurriría hacer alguna acción indigna, ni a pensar en algo malo, si mirásemos arriba y nos acordásemos que Dios está siempre mirándonos.

J. L. M., Congr.

Espigas que enseñan mucho.

Iban de paseo un señor llamado D. Pepe, hacendado del pueblo, con su hijo Pedro. Al pasar por un campo sembrado de trigo se fijó el hijo en que unas espigas estaban erguidas mientras otras caían dobladas sobre su tallo. El chico, que no se daba cuenta a qué se debía aquella diferencia, dijo a su padre: Padre, esas espigas erguidas deben de tener más fruto que esas otras que se agachan como avergonzadas.

—Nó hijo; sucede todo lo contrario, las agachadas tienen más fruto que las otras. Si esas están tan levantadas y tan airosas, es porque realmente no tienen más que aire, no tienen peso y apenas si tienen grano alguno.

Y aprende, hijo, que así son también los hombres, chicos y grandes; los que valen y son virtuosos no andan con la cabeza levantada, deseando que todo el mundo hable de ellos; los vanos y soberbios son los que desean ser vistos y tenidos por mucho y se dejan ver en todas partes. *G. V., Congr.*

Medio ingenioso.

Como prueba de gratitud a mi buena madre y no menos a Jesucristro Nuestro Señor que me la dió tan buena y tan cristiana, ahí va este pequeño recuerdo del día más feliz de mi vida.

Apenas tenía yo seis años y medio cuando un día me dijo mi mamá:

—Luisito, ya se acerca el día en que tienes que recibir al divino Niño Jesús; te tienes que ir preparando ya para ese día de tu primera Comunión, que es el día mejor de la vida.

Yo, con ingenuidad de niño, le debí de responder:

—Sí, mamá, prepárame para recibir al Niño Jesús.

Entonces ella, con un tono de amor y cariño que creo sería el de Jesucristo en el Sermón de la Cena, me dijo con la insinuación con que lo sabe hacer una madre y madre cristiana:

—Pues mira, Luisito, te voy a enseñar un medio muy sencillo y que gustará mucho al Niño Jesús. ¿Ves lo que tengo en esta mano?

—Sí, una bolsita.

—Pues esta bolsita la he hecho para tí; y ¿sabes lo que hay en este paquete?

—No, mamá.

—Pues aquí hay muchos granos de trigo y con estos granos molidos se hace una hostia blanca y pura y a esta hostia bajará el Niño Jesús para entrar en tu alma. Pero, ¡fíjate bien! estos granos los vas a ganar tú. Ya sabes que a Jesús le gustan mucho los actos de obediencia, el rezar muy quietecito y con devoción las oraciones, el no hacer rabietas, y otros actos buenos por el estilo. Pues bien, cada vez que hagas tú un acto de estos y te venzas en algo, te iré dando un granito de trigo que lo echarás en tu bolsita. A ver si desde ahora eres tan bueno y das tanto gusto al Niño Jesús que la llenas pronto, y entonces, moleremos esos granitos tuyos y haremos una hostia blanca y pura, y Jesús vendrá a ella para entrar en tu pecho.

Confieso que aquellas palabras dichas con el cariño de una madre y aquel plan tan sencillo debieron herir mi imaginación infantil, y aunque yo era muy vivaracho y travieso, lo acepté saltando de alegría. Los dos primeros días fué bien la cosa y algunos granos cayeron en la bolsa; luego, me olvidaba, pero mi madre con oportunas advertencias me lo volvía a recordar. Lo cierto es que poco a poco se iba llenando mi bolsita.

A qué actos de virtud me llevó esta práctica yo apenas los recuerdo. Algunos se complacía más tarde mi madre en recordármelos, como yo también ahora. Un día, por ejemplo, porque me prohibieron ir a jugar con mis amiguitos, armé un lloriqueo soberano. Mi madre no me riñó por el momento; pero, cuando hubieron pasado unos dos minutos y mi rabieta se fué calmando un poco, me dijo con suavidad y firmeza:

—Luisito, ¿te has olvidado de los granos de trigo...? Esto no agrada al Niño Jesús... Ya le puedes pedir perdón a El y también a tu mamá.

Sin decir más se retiró; yo me callé enseguida, y al poco tiempo me acercaba tímidamente a la habitación donde ella solía estar cosiendo y muy humildito, con la cabeza baja, le pedía perdón. Abrazóme entonces mi madre y me besó repitiendo con cariño:

—Te perdono, Luisito, y el Niño Jesús también te perdona; pero a ver si en adelante eres bueno como el Niño Jesús, y me dió dos granos de trigo, por haber vencido mi rabieta y haber pedido perdón.

De este modo, y con actos parecidos de virtud, se fué acercando el 5 de Mayo en que cumplía yo siete años y había de hacer mi primera Comunión.

Dos días antes me llamó mi mamá a su cuarto y delante de un altarcito de la Virgen me preparó para la primera confesión. Luego, delante de mí, molieron mis granos de trigo y pudieron hacer con ellos tres formas. Por fin llegó el día feliz, y acompañado de mi papá y mamá, fuí lleno de alegría a la Parroquia donde recibimos los tres a Jesús que se había dignado bajar a aquellas blancas hostias formadas con mis actos de virtud y pequeños sacrificios.

Aquel día fué el más feliz de mi vida y, aunque desde entonces han pasado algunos años, su memoria, a la vez que me confunde al verme tan desemejante de entonces, me alienta y me conforta y me llena de santo agradecimiento al Señor y a la madre que El me dió.

L. I., Congr.

Un demonio.

Tenía por convecino a un perro llamado Reverte, a quien tenía declarada la guerra.

Pero un día las tomó mi buen Reverte más a pecho y cuando se agotaron todas mis provisiones de piedras, dió un brinco, abrió la boca y después de haberme marcado bien cuatro dientes, se llevó para recuerdo un gran pedazo de mi pantalón.

—Ya le habrás hecho tú algo, me decía mi madre; ya le habrás hecho tú rabiar.

—Yo ¡qué le voy a hacer; yo no le he hecho nada!

* * *

Yo no sé cómo demonio, su amo el viejo Pacho, se enteró del gran mordisco que su perro me había proporcionado; la cuestión es que acompañado de su fiel custodio vino a mi casa a preguntar por José.

En este mismo momento se ha ido a cambiar de pantalón.

¡Si supiera V.! qué mordisco le ha dado! tiene cuatro dientes marcados.

—¡Cá! este perro no es capaz de tanto, replica Pacho; a buen seguro que no le ha mordido sin más ni más.

—Sin más, ni más; sí, sin más, dije yo saliendo de mi cuarto y acabando de atarme el pantalón.

—¡Cá! por mucho que lo repitas, no te lo creo: ya sé lo que son los chicos; nunca hacen ellos nada.

Efectivamente yo no le había hecho nada más que... una caricia, le había dado una pedrada.

Prometí la enmienda para lo futuro; pero lo más grande era que, aún sin hacerle nada, siempre me ladraba.

Cierto día pasaba yo con un sacerdote por allí, y el perro como de costumbre se echó a ladrarme.

¿Qué le has hecho a ese perro?

Contéle yo toda la historia y después que hube terminado: así es el demonio, me dijo, lo mismo que los perros: va a tentar no a los que son de casa, que bien seguros tiene: tienta a aquellos que le dan guerra.

J. L., Congr.

Otro demonio.

La aplicación del cuento anterior me trae a la memoria a otro demonio. Cuenta la historia que entrando unos Misioneros a una ciudad encontraron a la puerta a un demonio que sentado pierna sobre pierna estábase tranquilamente tomando el sol.

Quedaron sorprendidos los religiosos al ver a un demonio en aquella tan populosa ciudad tan sosegado e inactivo.

Y tanto les picó la curiosidad que se adelantaron y le preguntaron a él mismo: Oye, demonio, ¿Cómo es que no haces tu oficio habiendo aquí tantos hombres a quienes tentar?

—Otros me han quitado el trabajo—contestó él sin perder su aparente sosiego.

—Pero; qué: ¿Hay tantos demonios por aquí que no te dejen a tí qué hacer?

—Nó, os equivocáis; en este pueblo estoy yo sólo.

—Pues ¡entonces!

—Es que los mismos hombres, especialmente los malos compañeros, se encargan de hacer nuestra labor y la hacen admirablemente. Como que apenas hay un condenado en el infierno que no haya sido traído por algún mal amigo. *M. U. Congr.*

Universidad de Deusto
Biblioteca

Una caza y otra caza.

Juanito es un muchacho de catorce primaveras, bajo, de ojos meridionales y astutos, dibujándosele en toda su negra tez una pícara sonrisa, indicio cierto de la malicia que abriga su tierno corazón, todo su afán es la caza de pájaros, siendo la época de los nidos tiempo en que despliega toda su actividad.

Invitóme cierto día a una de estas correrías; gustoso acepté, porque, si he de decir la verdad, a mí no me desagrada esta diversión.

Juanito tenía un nido de jilguero con cuatro pequeñas crías y era como él decía, de ley dar caza a los padres; para ello nos valimos de un medio muy curioso: rodeamos lo mejor que pudimos el nido de una pequeña malla.

—¡Ya caerán, dice mi amigo, una vez armada aquella entrampada malla.

—Pero, Juanito, si le has dejado ese agujero, que si le sirve para entrar, le servirá también para salir.

—No tengas cuidado, que si entra, ya no sale: se aturde, tropieza aquí y allí y cada vez más tonta no acierta a dar con el agujero: Vamos a escondernos, para que no nos vean los pájaros. Ya está la madre; ¿no oyes cómo canta?

Esta levanta el vuelo y va de cabeza al nido; se detiene un poco antes contemplando a sus hijitos, quienes a su vez sacan sus piquitos pidiendo de comer.

Sin fijarse más que en el agujero que deja la malla entra al nido. Corre entonces mi compañero y la asusta; se atonta por los continuos tropiezos y no acierta a dar con el agujero, único medio de salvación.

Así nos suele pasar a nosotros en las tentaciones; nos turbamos con frecuencia y no acertamos a invocar a la Santísima Virgen; nos quedamos enredados en el mal pensamiento, hasta que consigue el demonio que nos guste; y entonces... estamos ya cazados; ya somos suyos.

No seamos atolondrados, que nos metamos en las redes del cine; tampoco curiosemos revistas, etc., etc.

J. L., Congr.

Contestaciones oportunas.

Hace años tuvimos un concurso parecido, al que llamamos de las «Balas rasas». Ahora va a hacer falta metralla y ametralladoras, pues los malos amigos aumentan en número y en descaro.

Estas respuestas pueden ir sirviendo para responder y atacar según las ocasiones.

A un compañero que, por no tener dónde divertirse, me invita a un cine sin saber cierto que es bueno todo lo que dan ¿qué deberé contestarle? que:

—Haría un disparate tan grande como si tomara de una caja píldoras sabiendo que había algunas envenenadas.

—Como no quiero tener malos pensamientos, no voy al cine.

—El cine, por regla general, es sitio de jóvenes aburridos o corrompidos.

—Yo pienso que me puedo morir allí mismo y no voy.

¿Qué conviene decir al que quiera separarme de otros, si entiendo que pueda ser para algo malo?

—Si te avergüenzas de hacerlo o decirlo delante de otros, señal que es algo malo.

—Si encuentras algún sitio donde no nos vea Dios...

—El esconderse es propio de ladrones; algo me quieres tú robar.

Cuando me encuentro con dos o más que están hablando algo indecente ¿qué debo hacer o decir?

—Cambiar de conversación, haciéndole alguna pregunta.

—Si no cambian, poner cara muy seria.

—Si veo que no consigo que cambien de conversación, marcharme.

—Interrumpirles por medio de un chiste bueno y malo, aunque por él me peguen.

¿Por qué razón estoy obligado a descubrir a un escandaloso encubierto que me consta está haciendo daño a otros?

—Un congregante está muy obligado, por el deber que tiene de ganar almas, pues las perdería no descubriendo al oculto y dañino.

—Porque le hago un bien a él, que no peca más, y a otros que ya no pueden ser pervertidos.

—Porque los escandalosos encubiertos hacen mucho más daño con los incautos, que los que se presentan con cara descubierta.

—Para estropearle la combinación.

¿Por qué algunos compañeros, después de algún tiempo de trato, se atreven delante de unos amigos a hablar libremente y delante de otros no?

—Porque son unos cobardes, que no se atreven a hablar mal delante de los que saben taparles la boca.

¿Qué medio me parece a mí mejor para cargarme toda la vida de temor de Dios?

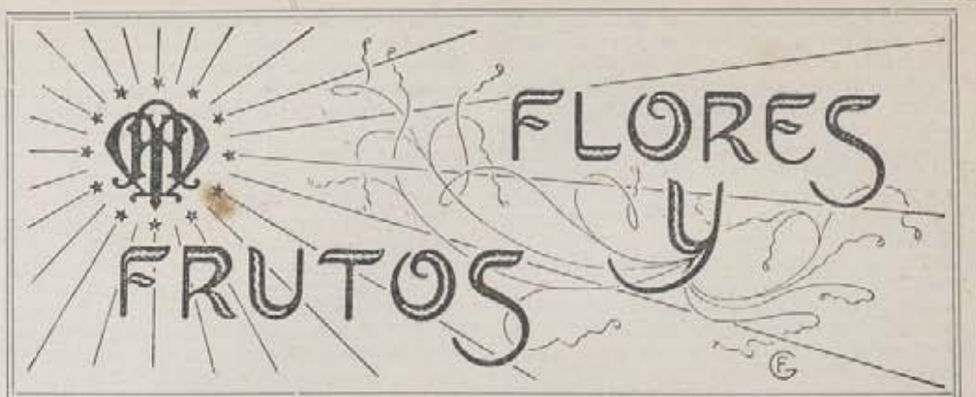
—Recordar con frecuencia cómo mueren los malos.

—El pensar que podemos entonces mismo, cuando pecamos, ir al infierno, y que de allí jamás saldremos.

—Acordarme que en el momento que menos me dé cuenta, puede venirme la muerte.

—Pensar que *nadie*, ni el más fuerte ni el más rico, se ríe de Dios.

—Pensar que es muy tonto hacer algo, sabiendo que tendré que arrepentirme.



Núm. 94.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Mayo de 1921

A través del desierto.

Un comerciante tenía que acudir a un mercado algo distante para hacer un buen negocio, y se veía forzosamente obligado a atravesar el desierto, árida y enorme extensión de arena; como tenía prisa no podía agregarse a una de las caravanas, que periódicamente atraviesan el desierto, y resolvió emprender el viaje solo.

Al efecto, mandó a su criado que le ensillara su camello, le diera de comer y le pusiera víveres suficientes para la travesía.

A penas hubo amanecido cuando se puso en camino con un espléndido día de otoño, refrescado por la brisa que templaba algo los ardores del sol; así transcurrieron lentamente las horas, pues el paisaje era siempre el mismo; algunas dunas, montículos de arena acumulados por los vientos, que asemejaban las encrespadas olas de los mares limitaban algo el horizonte.

Caminaba nuestro comerciante cubierto por un pequeño dosel que, a modo de sombrilla, suelen tener las sillas de camello, guiándose por el curso del sol, como hacían los navegantes de otros tiempos, con el objeto de caminar en línea recta a través de aquella inmensidad de arena, para llegar a la cita que tanto le interesaba.

En esto, divisó a lo lejos una palmera que se mecía con la brisa, y exclamó lleno de júbilo: «¡Bendito sea Dios! allí encontraremos refresco y renovaremos la provisión de agua.» Aquella palmera era señal inequívoca de que había agua, pues de lo contrario se hubiera secado; estimuló al camello para que acelerara su tranquilo paso. Al cabo de buen rato, próximamente al medio día, llegaba al pequeño oasis. Y llegó a punto, pues un leñador se proponía cortar la palmera para vender su leña y sacar para su sustento; se disponía ya a pegar el primer hachazo, cuando con ademán imperioso le dijo:

¡Desgraciado! ¿vas a quitar el faro del caminante del desierto, el guía que anuncia la presencia del agua que falta en estos lugares?

A lo que contestó: Señor, la iba a cortar para poder comer hoy con el precio de su leña.

Entonces el comerciante le dió algunas monedas y el leñador, con el hacha al hombro, se alejó cantando.

—

Han pasado algunos días; negros nubarrones se extienden sobre el desierto, el simound sopla con increible fuerza, levantando las arenas, capaces de sepultar ciudades; en esto aparece en el horizonte la silueta de un camello, que en la dirección del viento avanza. El que lo monta es nuestro comerciante que, después de haber hecho el negocio, vuelve a su casa; le ha sorprendido en el camino la terrible tempestad de arena, empujada por abrasado viento. Volvió otra vez a divisar la palmera bajo la cual había descansado, y que, mediante unas monedas, consiguió que no fuese cortada. Da gracias a Dios de haberla de nuevo encontrado, pues de lo contrario habría perecido; llega, sacia su sed, da de beber al camello y se resguarda hasta que la tempestad ha pasado; tranquilo y contento, en cuanto renace la calma, emprende su camino y llega felizmente a su casa.

Lo mismo pasa en la vida: la Virgen, nuestra Madre, es la palmera que nos cobija en los ataques de las fuertes tentaciones ¡Cuántas veces hubiéramos perecido sin su protección! Es el norte que nos muestra el camino a través del árido desierto de este mundo; el recuerdo de nuestra Madre es el refresco que nos quita el malestar que nos dan las tentaciones contra la virtud, que a Ella más le agrada, la pureza.

¡No cortemos nunca esta palmera; seamos siempre devotos de la Santísima Virgen!

S. A. L., Congr.

Duro escarmiento.

Las doradas y ya bien sazonadas espigas de trigo, parecían pedir a gritos unas manos

Universidad de Deusto
Biblioteca

que las segaran. Pero Juan era más inteligente aún desde que su anciano padre había fallecido, y ya para él su terruño no era el lugar de las delicias, como lo había sido para sus antepasados: no encontraba gusto trabajando en sus heredades; la taberna, con todo su séquito de malos amigos, habían hecho del hijo trabajador un perezoso; en una palabra, no quería mojar su frente con una gota siquiera de eso que se llama sudor, y debiera llamarse honra. Llegó Junio con sus encantos: el trigo hermoso, verde hasta entonces, empezó a dorarse: habían sus vecinos recogido la mies y asegurado el fruto de sus trabajos; él iba en cambio dejando la siega de día en día. De repente, una mañana, huyeron para ocultarse detrás de la nubes, cada vez más densas, los rayos de sol. Juan tembló por primera vez ante tan súbita acometida. Miles de pensamientos en confuso tropel asaltaban su mente. ¡Cuántas veces se decía: Mi padre, que Dios le tenga en la gloria, de madrugada en invierno, con el mayor frío y sin hacer caso de sus años y canas, con el azadón al hombro y una vieja chaqueta, se ponía a trabajar! y yo... y yo... ¡qué vago he sido, y sigo siendo!

Las nubes, que habían cubierto todo aquel hermoso y azulado horizonte, se rasgan de súbito para dejar paso a un atronador relámpago: aquel oscuro cielo empieza desplomarse a pedazos: la fuerza de la corriente arrasó todo el trigo no dejando de su cosecha más que una triste huella.

Juan y con él toda su familia, había quedado sin un pedazo de pan.

Está visto que no basta haber empezado bien; si mayorcitos vamos, como éste desgraciado dejándonos llevar de la pereza y abandonando la frecuencia de Sacramentos, nos encontraremos con que nos sobreviene una tempestad: con el mal amigo o la maldita curiosidad, que acabarán con el fruto de las labores pasadas. ¡Que me olvide antes de mi mano derecha que de invocar a la Santísima Virgen en las tentaciones!

J. L., Congr.

Los rayos X y la Santísima Virgen.

Ya habréis oído: cómo por medio de los Rayos X se sorprenden, infraganti, en un saco de harina o en una bala de algodón, el contrabando de relojes, joyas, etc.; cómo se puede internar en el laberinto del cuerpo humano a explorar lo que allí puede estorbarnos antes de que entre el bisturí que no tiene ojos. Y no digo nada de la benéfica influencia que ejercen esos rayitos en las diversas afecciones de la piel, en los tumores, cánceres y otras enfermedades, pues están ya reconocidos como muy buenos enfermeros. Y no contentos con ser tan entrometidos, se han hecho totógrafos, impresionando placas con primores incomparables. Y ¿hasta llegan a ser detectives, comparables con el mismísimo Mr. Burns? ¿A cuántos no han identificado mediante la radiografía de las impresiones digitales, que son en el hombre tan propios y exclusivos como sus mismas acciones? ¿Os extraña? Pues tomad la radiografía de los dedos lavados en alcohol y embebidos de un compuesto de plomo v. g. el minio, y obtendréis de vuestra piel una imagen o fotografía con dibujo tan característico vuestro que será una cédula personal magnífica. Ya veis si son los Rayos X buenos médicos, aduaneros, fotógrafos y detectives.

Pero, ¿qué tendrán que ver los Rayos X con la Santísima Virgen?

Pues, si señor, los Rayos X han servido también de detectives de los que han maltrado y estropeado cuadros de la Madre de Dios.

Baste para muestra un botón. Se conservaba un cuadro pintado en 1500 por Geertgen von St. Jans que representaba una señora, pero con la particularidad de que tenía una postura muy atada y antinatural. Al contemplarlo, aquí hay gato encerrado, se dijo el doctor Heilbrón, y encargó a los detectives Rayos X averiguar el misterio. En efecto, radiografió el cuadro, y bajo el retrato de aquella señora, apareció en la placa la Santísima Virgen con el Niño Jesús en los brazos. Y a fe, que aquellos Rayos X se debieron poner muy contentos con tan feliz hallazgo, como se ponen radiantes de alegría los hijos que encuentran a sus madres.

Pues, ¿quién no sabe que Röntgen, que fué el inventor de estos Rayos, atribuía su invento a la Santísima Virgen, a quien en acción de gracias rezaba todos los días el santo rosario?

Pero hay otra relación más íntima entre la Radiografía y la Santísima Virgen. Si nos dejamos radiografiar con otros rayos X, aparecerá en nuestro corazón la imagen de la Santísima Virgen, no pintada, inerte, sin vida: sino radiante de luz, de hermosura, de vida celestial y divina. Esos rayos ejercerán su benéfica influencia sobre las llagas y tumores y cánceres de nuestras almas; a sus fulgores encontraremos en los repliegues de nuestras conciencias, infraganti, mucho contrabando de faltas y pecados; impresionarán nuestras almas con fotografías de cielo; y, sobre todo, grabarán en nosotros la imagen viviente y divina de la Santísima Virgen. ¡Son los Rayos X del Sagrario! ¡Son los rayos de cielo que despide el niño Jesús desde la Sagrada Eucaristía!

R. A., Cong.

Los Saisaguas.

Atravesamos la plaza de España y por una de las puertas de la muralla penetramos en el barrio moro. A ambos lados de la calle se levantan las blancas casas morunas, bajas por lo regular, en las que tienen establecidas sus tiendas los mogrebinos. Más adelante un hebreo, sentado en un banquillo, pregona en alta voz el cambio de nuestra moneda con la hasani, pasando de una a otra mano las monedas de plata, cuyo metálico sonido despierta la codicia en los corazones.

Seguimos adelante, y por fin llegamos al zoco; como día de mercado está apiñado de moros, que, con sus chilabas de colores muy vivos, hacen se destaque más su gallarda figura del obscuro fondo de sus tiendas. Las moras, con el rostro velado, examinan los diferentes objetos puestos a la venta; y los montañeses exponen sus productos a la sombra de las parras que cubren gran parte de la plaza.

¡Qué espectáculo tan bello para la vista del europeo! No sé, por qué esto evoca a mi imaginación los pasajes del evangelio, que relatan la vida de Jesús cuando andaba entre nosotros.

Seguíamos en el zoco cuando apercibimos una ligera música; preguntamos y nos dicen que eran los Saisaguas, que celebran hoy su fiesta.

Nos ocultamos en un recodo, y, en efecto, al poco rato aparece la comitiva. Iban en primer término unos ancianos con grandes banderas azules y rojas; después venían unos quince o veinte moros en corro dando saltos y al mismo tiempo grandes alaridos.

Cerraba la marcha una murga infernal compuesta de chirimías y tambores, que tocando descompasadamente hacían un ruido ensordecedor.

Llegados al zoco, se paran y comienza la danza.

Los del corro, al compás de la música, empiezan a dar vueltas y sus gritos mézclanse con los de la muchedumbre enardecida por su fanatismo; dura esta algarabía unos diez minutos.

De repente se paran todos y uno de ellos coge una bola de hierro, la arroja al aire, y se pone debajo para que caiga sobre su cabeza; suena un ruido seco; el moro vacila un momento, y la sangre comienza a correr por su cabeza. Entonces los pañuelos llueven de las azoteas, y él, empapándolos en su sangre, los devuelve; otros le echan pan, y tinto en sangre se lo comen ansiosamente.

Yo no tengo valor para seguir viendo aquello y me escabullo por entre los muchos concurrentes que allí quedan contemplando aquella salvajada.

Después nos explicaron que los Saisaguas son una secta de los Mahometanos; que el que muere a consecuencia de ese golpe es tenido por santo. A los individuos que componen la comitiva los han tenido antes en la mezquita, los han narcotizado con una bebida que contiene mucho opio y les dejan así en un estado de excitación muy grande.

Todo esto hacen ellos por su falsa creencia y no se avergüenzan de ello; y nosotros ¡quizá por una sonrisa dejamos de cumplir los deberes de católicos!

J. M., Congr.

¿Qué haremos de este niño?

Era un niño de doce años. En sus grandes ojos azules, su alma se retrataba toda entera, pura y transparente como una mañana de primavera. En el mes de Mayo último, había hecho su primera comunión con una piedad conmovedora. Pocos meses de clase le quedaban; la hora de ir a trabajar iba a sonar. ¡Cuántas veces por la noche, cuando dormía en su pequeña camita, sus padres, obreros honrados, pero poco afortunados, decían por lo bajo: «Cuidado que es inteligente el pequeño, ¿qué haremos de él?»

¿Qué haremos de él?. Un día, esta pregunta recibió una respuesta. Uno de los sacerdotes de la parroquia vino a la modesta vivienda del niño. Era el que le había preparado a la primera comunión, y el que con esa ocasión había recibido las primeras confidencias de su alma angelical.

Si quieren Vds., dijo a la madre, yo me encargo de este niño: es piadoso, inteligente, ¿por qué no hemos de intentar hacerle sacerdote? Ese es también su deseo, como muchas veces me lo ha manifestado él mismo.

Su madre, aunque cristiana, cegada por su sobrado cariño, no pudo resolverse y separarse de su hijo; unas semanas más tarde, entraba el niño en un taller impío, de esos que abundan ya tanto en las grandes ciudades.

—

Seis años después... Un sacerdote espera en la antecámara del director del presidio. Es la tercera vez que se presenta. En vano había intentado ver al prisionero a solas, después de muchos días. Esta vez, gracias a una carta de recomendación muy valiosa, obtiene su intento.

– Señor cura, aquí tiene Vd. un pase que le permitirá ver al prisionero; pero cinco minutos nada más y en presencia de dos guardias.

Después de atravesar unos obscuros corredores custodiados por guardias armados, me introdujeron en la celda del prisionero que yo buscaba.

Un joven de unos 18 años estaba tendido sobre el duro suelo. A fin de robar se había ensañado en una viuda, que no le había hecho más que beneficios. Le reconoce en seguida; el mismo cabello rubio, los mismos ojos azules; pero ¡qué distinta mirada! hay en ella algo de frío y de duro, como si fuera de acero.

—Hijo mío, ¿me conoces? le dijo el sacerdote.

Para cuando puede despertar y darse cuenta del que le visitaba y le hablaba con tanto amor; para cuando puede el desgraciado pronunciar algunas incoherentes palabras; uno de los guardias les interrumpe, diciendo:

Señor cura, ha pasado ya el tiempo...

Al día siguiente comparecía el joven ante el tribunal. El juicio fué largo y apasionado. Sólo los pocos años del reo se alegaron como circunstancia atenuante. La sentencia fué benigna. Se le condenó a cadena perpetua.

Al volver el prisionero a su celda, una mujer de pueblo, encanecida antes de tiempo, atravesada de dolor, levantaba hacia el Cristo del pretorio sus ojos que se habían secado de tanto llorar y exclamaba: ¡¡Dios mío, ésto debía suceder; yo no tenía derecho de rehusaros mi hijo. Veo ahora tarde que con los derechos de Dios no se juega!!

I. G., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Curioso regalo.

Un rico gentilhombre quiso ganarse la voluntad de su procurador en un pleito difícil que tenía pendiente. Creyó que un buen regalito haría andar más díligente a aquel procurador, conocido de todos por su notable avaricia.

Hizo comprar un magnífico capón e introdujo en su vientre un rollito de monedas de oro. Después mandó a un lacayo a la casa del procurador que le entregara el regalo de su parte.

El procurador sin sospechar la sorpresa que encerraba el capón mandó, a la criada que lo vendiera en el mercado lo más caro que pudiese. Volvió ésta contentísima a su casa del negocio que creía haber hecho.

Al día siguiente el gentilhombre en persona fué a saludarle, y se extrañó tanto de no recibir del procurador más que un sencillo «gracias por el obsequio» que sospechó de la fidelidad de su lacayo. Preguntó francamente al procurador si no había recibido el rollito de monedas en el vientre del capón.

Quedó el procurador tan asombrado que, sin atender a otra cosa, mandó a la muchacha corriendo al mercado a ver si daba aún con el capón vendido. Imposible; ya era tarde.

Tal fué la pena del procurador, que faltó poco para que enfermara.

Algo parecido nos pasa a nosotros con Dios. Este quiere darnos un tesoro de gracias encerrado en la Comunión diaria; pero muchos a sabiendas, que es lo más triste, prefieren quedarse en la cama y desprecian y pierden el tesoro que, sin ningún merecimiento por nuestra parte, Dios nos quiere dar en la Comunión.

¡Seremos tan tontos!

F. M. C., Congr.

Narración india

Cuentan de un soberano de la India, que afligido por un mal grave en el pie, consultó con sus médicos; éstos no sabiendo cómo curarle, le aconsejaron como remedio el meter su pie enfermo en el cuerpo recien abierto de un niño de menos de menos de quince años. No tardaron mucho en encontrar la víctima: unos padres desnaturalizados consintieron en vender su hijo. Aquel niño, por haberse hecho cristiano, ya no era querido de sus padres.

Supo él muy pronto la fatal noticia y no se inmutó.

Llegó el día de ser llevado al príncipe para ser sacrificado, y como si se tratara de tercera persona, así se mostró el niño de imperturbable y sereno.

El príncipe admirado le preguntó la razón de su valor.

«Cuando un niño, replicó muy tranquilo, se ve en peligro, corre a su madre; si ve que ésta no puede salvarle, acude a su padre; si éste le rechaza acude a las autoridades y si es preciso al mismo rey. Pues bien: mis padres me han vendido al rey que va a matarme. No he encontrado ni piedad en mi padre, ni ternura en mi madre, ni justicia en el rey. ¿A quién acudo? me he preguntado yo. A Dios Todopoderoso y a su Madre Santísima, que también es madre mía; segurísimo estoy de que ellos me defenderán y me vengarán.» Estas palabras fueron dichas con tal aplomo que desconcertaron al rey. Este dejó en libertad al niño, y quedó admirado del temple de ánimo que daba a aquél su religión.

Nosotros cuando nos veamos en alguna tentación o peligro alcemos nuestra vista al cielo; pensemos que allá está nuestro Padre y nuestra Madre, que nunca dejarán de ayudarnos.

F. M. C., Congr.

Una buena discusión.

Discutía hace poco con mi amigo sobre los medios mejores para hacer el mes de Mayo de modo que fuera de mucho agrado a la Santísima Virgen y provecho nuestro.

¿No te parece, me decía mi amigo, ya un tanto calculista; no te parece que nos tiene mucha cuenta el honrar a la Santísima Virgen? Está visto que hay cosas que no se pueden comprar por mucho dinero que demos por ellas; dicen que al contrario, el dinero le hace a uno tonto y que con esa tontera viene, lo peor que nos puede venir, la impureza.

—Está bien; pero déjate ahora de sermones, le interrumpí yo, y vamos al grano. ¿A tí cuál te parece la mejor manera de conseguir que la Santísima Virgen nos trate siempre como a hijos suyos?

—De modo bien sencillo, me contestó, portándonos como buenos hijos; haciendo aquello que tenemos que hacer bien hecho, sin necesidad de hacer nada de extraordinario: que cuando le rezamos el rosario, lo recemos bien, dándonos cuenta de que hablamos con ella; que al empezar a estudiar nos encomendemos a ella para que lo aprovechemos, y no nos distraigamos en tonterías y lo tomemos muy en serio; que cuando nos vienen malos pensamientos acudamos a ella y le digamos: «Madre quiero ser siempre puro» y nos ocupemos enseguida en otro pensamiento; en fin, que, animados por la confianza que nos da esta Madre, sepamos vencernos en lo que más nos importa, en quitar nuestro defecto principal.

—Está visto que tienes buena memoria y recuerdas lo que nos han dicho otros años; si es que no has revisado ya despacio la hojita «Obsequios del mes de Mayo» que nos han mandado a casa, donde están indicados esos y otros medios.

Yo por mi parte no pienso dejar de examinarme y anotar en la hojita los obsequios que haya hecho a la Santísima Virgen aquel día; eso mismo me serviré de recordatorio para el día siguiente. Y pienso seguir haciendo otro tanto en el mes de Junio.

M. U., Congr.



Núm. 95.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Junio de 1921

El santo y seña.

Cierto día, cuando las guerras entre Estados-Unidos y Méjico asolaban aquellas fronteras, avisaron al general Zabala que al atardecer, fuese con sus tropas al frente, para juntarse allí con las que mandaba el general en jefe, y dar con él la batalla decisiva al enemigo.

Algunos kilómetros antes de llegar al frente, el general Zabala acordóse de que no sabían ellos el santo y seña que el General en jefe había dado, y que debía servirles durante la batalla. Comprendiendo lo comprometido de su situación, dijo a sus soldados:

—¡Muchachos! es preciso que uno de vosotros muera por salvarnos a todos; no sabemos el santo y seña de las tropas de nuestro general en jefe, y sin saberlo estamos en gran peligro de no reconocernos y que en aquella confusión nos tomen por enemigos los mismos nuestros. ¿Quién de vosotros se ofrece para llevar esta carta al general en jefe?

—Aquí estoy yo, dijo adelantándose un soldado muy cristiano.

—Vas a morir, le dijo el general.

—No importa, moriré por salvar a mis hermanos.

Marchó el heroico soldado con la carta para el general en jefe; en cuanto llegó a su campamento, el centinela, levantando su fusil, le echa el alto:

—¡Alto! ¿Quién vive?

—Un amigo, respondió el soldado.

—Santo y seña, replicó el centinela.

No hizo caso el soldado cristiano y siguió avanzando.

Estaba ya dispuesto el centinela a disparar, cuando nuestro heroico soldado se prepara para morir cristianamente y da un grito:

¡Viva el Corazón de Jesús!

Al punto el centinela baja el fusil y le reconoce como compañero.

¿Qué había sucedido? Que le había educado muy cristianamente su madre e inspirado gran confianza en el Corazón de Jesús, y así se había salvado; el santo y seña convenido para aquél ataque había sido precisamente aquella exclamación.

Otras batallas tenemos nosotros constantemente y bien nos puede servir este santo y seña para salir airosos en las batallas y tentaciones que tenemos y tendremos si vivimos.

J. A., Congr.

A mayor libertad, mayor.....

Jugando una tarde con mis amigos, nos sorprendieron los gritos estridentes de varias aves que volaban por encima nuestro. Paramos el juego y cuál no sería nuestra sorpresa al observar que un ave de rapiña llevaba entre sus garras una cosa blanca que al pronto no atinamos qué podía ser. Alrededor de ella volaban unos siete cuervos que la asediaban a picotazos y no la dejaban avanzar. El ave de rapiña deseaba a todo trance abrirse paso; pero tal furor desplegaban los cuervos que se vió obligada a soltar la presa. Entonces en medio de nuestro asombro vimos que era un pichón muy blanco, que apenas podía volar y por las trazas estaba herido.

Momentos después volvió el ave de rapiña a apoderarse del pichón; y los cuervos continuaron en su furioso ataque, hasta que al poco tiempo soltando la presa, desapareció el ladrón y los defensores dejaron también el campo, o el aire, de batalla.

Corrimos en busca de la palomita que cayó pesadamente y nos apoderámos de ella; tratamos de reanimarla con solícitos cuidados; mas fue en vano: en su cabeza y garganta tenía profundas huellas de las garras del gavilán. Apenas la pobrecita conservó la vida en nuestras manos más que unos pocos minutos. Algunos de mis compañeros emocionados no hablaban, sin duda ante el temor de que conociéramos su viva emoción; pero yo que era el mayorcito, haciendo un buen esfuerzo, les dije lo que entonces se me ocurrió: pobrecito pichón, sin duda con deseos de más libertad se ha separado demasiado de su pa-

Universidad de Deusto
Biblioteca

loman, le ha sorprendido el gavilán y cuando trató de volver a los suyos no ha podido.

¡Cuidadito! amigos míos, que también nuestra alma tiene gavilanes, más astutos que ese gavilán; no tengamos deseos tontos de libertad; no nos alejemos, y menos en vacaciones, del manto de nuestra querida Madre, la Virgen; acordémonos que somos sus hijos queridos, sus congregantes.

P. A., Congr.

Un buen hijo.

Me contaron este hecho de un niño, travieso, pero celoso y valiente, como lo vamos a ver. Oyó en la catequesis que no deben leerse malos periódicos, y entre ellos el que su padre recibía. Pues bien, sin decir nada a nadie se puso resueltamente al día siguiente a la puerta de su casa a la hora en que el repartidor traía el periódico, y en cuanto le vió le dijo muy serio:

—De parte de mi padre, que no traiga más ese periódico.

Y aquel día se quedó sin leerlo y lo mismo al día siguiente y al otro; hasta que un día, preguntó muy enfadado a su hijo, si sabía por qué no le traían el periódico.

—Porque le he mandado yo que no lo traigan más, contestó el niño.

—¿Y quién le manda a Vd. gobernar la casa? caballerito.

—Lu mucho que le quiero a Vd.

—¡Lo mucho que me quieres!

—Sí, señor; porque ese es un mal periódico y yo no puedo sufrir que a mi padre querido nadie le haga daño.

—Pues entonces ¿qué periódico voy a leer?

—Cualquier periódico bueno.

—Muy bien; pues mande Vd. señorito, que desde mañana me traigan el que Vd. quiera, responde su padre sonriéndose y dándose por vencido.

Esta escena sucedió no hace mucho.

¡Cuánto puede un buen hijo con sus mismos padres!

J. L. O., Congr.

Bianaventurada desgracia.

Un joven de veinte años, hijo de una de las familias más nobles de Rusia e íntima del Zar, aunque cismático y rodeado de los peligros de la corte, se conservaba puro y casto en sus costumbres. Al estallar la guerra, padre e hijo siguieron con prosperidad las banderas del Zar; mas cuando surgió la revolución bolchevista, perdieron todas sus grandes riquezas, y para colmo de males, el padre cayó prisionero de los revolucionarios, a quienes, valiente, combatía. Su buen hijo, queriendo librarle, se ofreció a los revolucionarios para sustituir en la cárcel a su padre, que recién cobrada de este modo la libertad, murió víctima de la peste. El hijo, condenado a muerte, pasóse en oración tres días, y el Señor, como premio a su bondad, le restituyó la libertad y la vida.

Alistóse de nuevo en el ejército de Wrangel contra los bolchevistas; pero, desbaratado éste, huyó con su buena madre a Constantinopla, donde pasó tres meses de verdadera pobreza. El P. Tysrkiewier, de una de las más ilustres familias de Ukrania, que providencialmente se hallaba en Constantinopla, tropezó con este joven, y viendo sus buenas disposiciones, le instruyó y convirtió a nuestra Religión. Hecha la adjuración de sus errores, se encaminó con su madre a Roma, y se dirigieron por consejo del P. Tysrkiewier a otro Padre, joven, muy devoto de San José.

Agradecidísimo al estupendo don de su llamamiento al catolicismo, se resuelve el joven ruso a ser todo de Jesucristo y se decide a emprender la carrera de sacerdote.

Coloca el Padre también al Príncipe bajo los auspicios del Santo Patriarca y consigue así que el Santo sea para el Príncipe y su madre la gran providencia. Viven de limosna, pero ésta nunca les falta, aunque a veces no sepan por dónde les viene.

Estaba un día hablando el protector del joven con otro Padre acerca de cómo podría pagar al joven la carrera sacerdotal, cuando saca éste con toda calma una carta recibida el día anterior y se la da a leer. En ella un rico señor de Nápoles, en acción de gracias por un beneficio recibido, ponía a disposición del Padre el capital necesario para dar los estudios a un joven que quisiera ser sacerdote. Su madre está contentísima de que su hijo único sea sacerdote católico para que vaya a convertir cismáticos a Rusia.

Cuantos tratan con el Príncipe quedan encantados; desde su conversión se ha entregado de lleno a Dios; sigue sufriendo con valentía admirable el despojo total de sus bienes y las miserias que padece. La fe le sostiene.

El Señor le dé la santa perseverancia, y nosotros seamos también agradecidos al Señor por los bienes de que nos ha colmado.

¡Que no nos diga Dios algún día! Si todas las facilidades que te doy a tí para ser bueno las hubiera dado a muchos, cuánto más me lo hubieran agradecido.

Y para que nos animemos a confiar mucho en San José oigamos lo que suele decir aquel Padre, su devoto: «Yo nada tengo que dar, pero sé que nada ha de faltarme, porque tengo pacto con San José y todos los días le rezo alguna oracioncita. Jamás me ha faltado nada ni en lo espiritual ni en lo material. Asistí a los heridos en los hospitales y los puse bajo el amparo de San José y no se me murió ni uno sin confesión. Pedí al Santo que entre la multitud de moribundos de todas clases que asistiera a ninguno le faltara la lucidez, y a ninguno le faltó; a veces sólo les duraba cinco minutos, los necesarios para arreglar las cuentas con Dios».

A. M. M., Congr.

Dos buenos y dos malos amigos

Pasábamos hace poco mi amigo y yo por pintorescos montes con motivo de un viaje de recreo; y al ver aquellos vallecitos interrumpidos por crecidos montes, nos parecía imposible que hubiese incrédulos que no admirasen allí la mano piadosa de Dios. Dejamos el camino y nos metimos por un atajo, cuando de pronto oímos, fuertes voces; nos paramos, atendimos a las voces y nos pareció que algunos, no muy lejos, estaban disputando.

Nos encaminamos en seguida al lugar de donde partían aquellas voces, y nos encontramos con dos muchachos que reñían por el desigual reparto de unas frutas robadas. De las palabras habían pasado a las manos, hasta que cansados y advertidos de nuestra inesperada presencia, se habían ya algún tanto sosegado. Sin tener ya qué decirse le ocurrió a uno echarle en cara ciertos defectos de su padre. Al verse el otro ofendido en su padre, de no estar nosotros allí para impedirlo, hubiera saltado sobre su contrario. Les hicimos ver, al uno lo villano que era hablar así de un padre, y al otro, o mejor a los dos, a qué extremos lleva la venganza.

Seguimos nuestro camino comentando lo visto, hasta que cansaditos hicimos alto junto a una fuente, a la sombra de frondosos robles. Allí hicimos los honores a nuestra suculenta comida con que veníamos cargados. Llenamos después los morrales de buenas setas, que por allí las había en abundancia, y por fin nos pusimos de nuevo en marcha a desandar lo andado.

Cerca ya de casa recordamos el incidente de aquella pelea que sorprendimos, y, acostumbrados ya a aprovecharnos de todo lo que vemos y oímos de bueno y de malo, le ocurrió a mi amigo la idea de que no puede haber amistad verdadera y duradera donde hay pecado, como les ocurrió aquellos dos muchachos que habían ido a robar fruta.

No tengamos ni por un momento malos amigos.

F. I., Congr.

Bien escarmentados.

Un pobre molinero, cuando volvió a su pueblo acabado el servicio, mientras sus buenos vecinos iban a oír la Santa Misa, se quedaba limpiando su molino. Un domingo, en que estaba el aire apacible y sereno, quiso nuestro molinero componer las aspas. Cuando vió que nadie pasaba por el camino empezó su tarea; llevaba un rato trabajando, cuando de repente vino un viento huracanado; encaramado como él estaba y agarrado al aspa, empezó a dar vertiginosas vueltas; pidió auxilio, y en vano; cayó al suelo y quedó muerto en el acto, pues del golpe tenía destrozada la cabeza.

Terminada la Misa, al volver los vecinos a sus casas, pasaron por el molino, y, al ver a nuestro pobre hombre tendido y yerto en el suelo, unos en una dirección y otros en otra huyeron despavoridos; algunos volvieron a la iglesia a buscar al párroco. Corrió él al lugar del suceso; comentaron ante el cadáver el manifiesto castigo de Dios; pues conocían todos las costumbres de este pobre; el párroco tuvo que dar ánimos para que recogieran el cadáver y lo enterraran.

Desde entonces no hubo vecino que se atreviera sin permiso del párroco a trabajar en día de fiesta y nadie faltaba a misa.

A. I., Congr.

¿Quién anima más?

Un día nos contó nuestro médico la siguiente historia: Tenía que operar a una señora que padecía una grave enfermedad; mas la señora desanimada y temerosa no se decidía nunca a operarse. ¡Cuántas veces, estuvo en la antesala de la clínica y cuando le tocaba el turno se salía sin dejarse ni auscultar! El médico, amigo íntimo de su esposo, tenía sumo interés en sanarla en cuanto estuviese de su parte; pero ella seguía indecisa y atemorizada. Había ido ya más de siete veces a la clínica, y a la octava, ante el asombro del médico, que creía que iba a hacer su acostumbrado juego, penetra en la sala. Quiere quitarle el sentido y no lo consiente; y, sin decir un ¡ay! de dolor, se lleva a cabo la operación con felicísimo resultado. El médico sin salir de su asombro le dice: ¡Ve Vd., señora cómo la cosa no tenía tanto peligro como Vd. se figuraba!

Entonces la señora entre lágrimas que no se podían distinguir si eran de dolor o de placer le dice: Pues sepa, Doctor, que antes he estado leyendo en la sala de espera la «Pasión de Nuestro Señor Jesucristo»; y la idea de que debía sufrir algo por Cristo, que había tanto padecido por mí, me dió los alientos que me faltaban.

Ya sabemos ahora el remedio para sufrir con esfuerzo y valentía.

F. M. C., Congr.

Un listo que fué tonto.

Dos amigos fueron, como decían ellos, a ilustrarse pasando una buena temporada en París. Paséanse un día por sus alrededores y cuando más entretenidos están comentando lo que van viendo, les llama sobre manera la atención un caserón no tanto por el tamaño como por la multitud de gente que en él habita; algo de extraordinario se nota allí; unos suben, otros bajan, y van hablando todos en voz baja. Excitados por la curiosidad penetran nuestros dos amigos en el viejo caseron cuyo exterior estaba amenazando ruinas y su interior estaba ya casi arruinado. Con mayor curiosidad aún aceleran nuestros dos amigos el paso y llegan por fin a un cuarto del último piso, donde se detienen a la entrada.

Invitados a entrar, entran y quedan tristemente impresionados: allí, tendido en un mal jergón en el mismo suelo, está un viejo de unos 70 años de edad, rodeado de unos seis niños que le miran asombrados; detrás de este círculo hay otro formado por los vecinos de la casa. Quedan los recién llegados más asombrados, cuando al preguntar a un vecino quién era aquel pobre anciano, oyen que en voz baja les dice: Miren ustedes, ese pobre viejo, que se está muriendo, en sus buenos tiempos dió mucho que hablar por su talento y por sus discursos; esos niños son sus nie-

Universidad de Deusto
Biblioteca

tecitos, que van a quedar ahora más desamparados.

No satisfecha aún la curiosidad de nuestros dos compañeros se deciden a esperar más, para ver cómo termina aquella escena.

Al poco uno de los nietecitos, que debía ser el mayorcito, se acerca más a su abuelito casi moribundo y le pregunta: ¿En qué piensa usted, abuelito?

Levantando su apagada voz lo bastante para que todos le oyéramos, exclama: Estoy pensando que el infierno está lleno de talentos mal aprovechados como el mío.

Al oír estas palabras casi todos los presentes sálense pensativos y silenciosos y detrás de ellos nuestros dos amigos. Estos aprovecharon bien aquella lección tan verdadera como inesperadamente recibida.

Sabes que es triste, se dice el uno al otro, acabar la vida con un desengaño tan tardío como tiene ahora este pobrecito. Habrá sido listo, pero ha pasado la vida engañado. Y lo peor es que así vivimos la mayoría de los hombres ¡Chico, vamos a aprovecharnos de esta lección!

A. I., Congr.

Escenas varias en China.

Una de ellas pasa en la escuela de Nan Ling. Son las nueve de la mañana, y el rebañito se dispersa bullicioso por el patio de recreo. Tres rapazuelos corren a porfía escaleras arriba disputándose la primacía de hablar al Padre; llaman y entran en su aposento.

—Padre, déjeme contarle el Evangelio que se ha leído hoy en la Misa.

—Padre, a mí también!

—Y a mí!!

—A todos; pero con orden y primero tú, Ling.

Ling es un niño de nueve años, inteligente y vivaracho. Empieza, pues, su narración balanceándose según costumbre china, con su lenguaje típico e ingenuo.

—Muy bien, Ling; en premio toma, elige una estampa entre estas diez. Sus ojos y su manita se fueron tras una del Angel de la Guarda.

Sus dos compañeros, tan angelicales como él, no fueron tan afortunados en recordar los nombres, para ellos bárbaros y difíciles, de Jerusalén, (Petaniya): Betania, etc.; sin embargo, habían recordado muy bien lo principal del Evangelio y también llevaron su estampa.

Tienen una cualidad admirable estos niños chinos, una docilidad envidiable. Les digo un día: «Es muy bueno y gusta mucho a la Madre del Cielo el rezarle un Avemaría al dar el reloj las horas » Pues de ahí adelante mis angelitos, al dar la hora, dejarán por un momento sus juegos para saludar con el Ave a su Madre Santísima. Por las noches, mientras cenan, uno de ellos lee algún ejemplo de las vidas de los Santos. Pues bien, al día siguiente vienen a mi cuarto a contármelo y ganarse una estampa o tarjeta. De este modo vienen a conocer a nuestros Santos, y tras el conocimiento viene el amor y la imitación.

¡Cuántos Estanislaos en pureza y santidad podrían salir de estos niños si el Misionero tuviera medios para librarles de los peligros que hallarán al salir de la escuela, y poder, aprovechando sus buenas prendas, educarlos completamente! Pero la pobreza no me permite por ahora alimentar más que unas cuarenta boquitas, y éstas son las que reciben también el Pan del alma. Pero por su medio lo reciben también otros; porque ellos son mis apóstoles en la enseñanza del Evangelio. Los domingos me valgo de ellos para que cuenten en la Iglesia el ejemplo o Evangelio; y noto que los cristianos y catecúmenos les oyen con mucho agrado y les entienden sin duda mejor que a mí. En los catecumenados de hombres ellos enseñan las oraciones a hombres a veces ancianos. Con estos niños entablo animados diálogos delante de los catecúmenos, y ¡qué bien lo saben hacer! En fin, cuando en esto pienso, al mismo tiempo que se me alegra el alma, no puedo menos de irme al Sagrario y decir al Amo bendito: «¡Jesús bueno! y ¿vas a consentir que por unas pesetas menos se vayan a perder esos angelitos, que tan bien te saben amar luego que te conocen? Y entonces, a través de aquella puertecita dorada, me parece oír la voz dulce y suave de Jesús, el Amigo de los niños, que me dice: «Nó, yo te mandaré los auxilios del cielo y de la tierra; tú tráeme a mí todos los niños que puedas; ¡si son ellos la alegría de mi Corazón!»

Ahí va, para terminar, un caso curioso que me ocurrió la víspera de la Inmaculada.

El día anterior, después del ejemplo de vidas de Santos, al salir de la escuela les digo riéndome:—El que mañana me diga el Evangelio de la Misa, tal como está en el libro, se lleva 150 tarjetas!!!

Todos se echaron a reír, incluso el catequista, que ya lo había leído y se veía negro para pronunciar nombres para él tan desconocidos.

Llega el primer recreo de la víspera de la Inmaculada y, como siempre, vienen corriendo a que les pregunte el Evangelio,

—Padre, dice uno: Usted prometió que el que dijera el Evangelio de hoy a la letra, se llevaba 150 tarjetas. Yo lo sé.

—¡Qué vas a saber!

—Déjemelo decir.

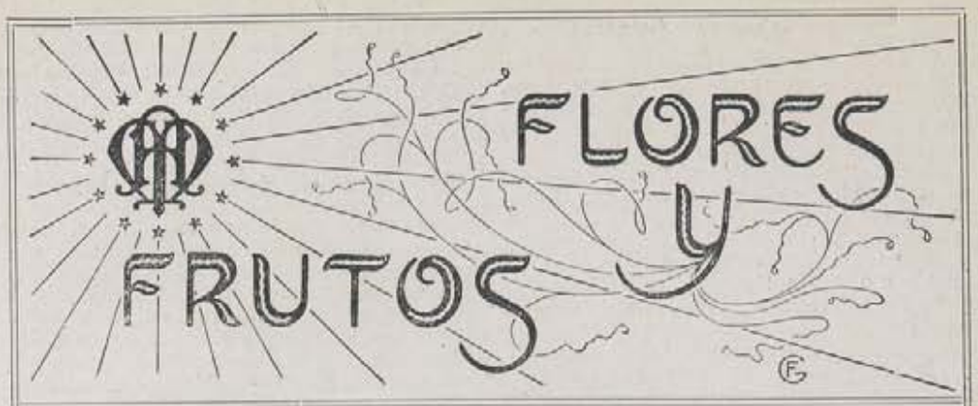
—Pues empieza.

Empieza de hecho el rapazuelo a repetir con toda frescura los 20 ó 30 nombres de los antepasados de Nuestro Señor Jesucristo y los recita sin equivocarse en uno.

Para mantener mi palabra y no aparentar que me volvía atrás de lo prometido y, por otra parte, no verme privado de una vez de 150 tarjetas, no tuve más recurso que decir: Sí, los has dicho, pero no oyéndolo una sola vez; sino que después de Misa te has puesto a aprenderlo y por eso lo sabes. Así había sucedido. Y por eso me ví libre del compromiso de darle 150 tarjetas, aunque le dí un buen número.

¡Cuánto bien podemos nosotros hacer desde aquí sacrificando por las Misiones algo de lo que nos sobra.

E. C., S. J.



Núm. 96.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Julio de 1921

De actualidad.

—¡Juan! ¡Juanito! ¿Vienes mañana con nosotros.

—¿A dónde?

—Pues mira: Vamos a pasar el día divertidísimos... Saldremos en el bote de Paco e iremos fuera del puerto, muy metidos en alta mar; nos tomaremos una buena cantidad de baños tanto de mar como de sol; luego comeremos, pescaremos, todo ello en el mar y... ¡en fin que nos vamos a divertir! ¿Contamos contigo, no?

—¡Chico! El plan no deja de ser halagüeño, de modo que si en casa no encuentro obstáculo... Bien, y a qué hora salís?

—A las siete, todos en el embarcadero.

—¡Adiós mi dinero! Ya sabéis que a las siete es la primera Misa y yo quiero comulgar, ¿Qué os cuesta salir más tarde y cumplir con Dios sin dejar las diversiones?

—¡Vaya! Prédica tenemos... ¡Anda, no seas bobo! Por un día nada te va a pasar.

—Quién sabe... ¿Y tú Luis, también vas?

—¡No! Que me voy a perder esta excursión por ir a Misa.

—¡Toma! ¿Pues no me dijiste que no podías venir conmigo a Misa porque el médico te había prohibido terminantemente levantarte antes de las nueve?

—¡Calla, calla beato!... Si quieres vienes y si no... ¡Allá tú!

* * *

El día estaba espléndido. Ni una nube manchaba el azulado manto del cielo; sólo a lo lejos se veían unos nubarrones bastante feos ¡pero en fin! No sería nada. En el pequeño embarcadero del pueblo se hallaban media docena de chicos mostrando sus caras alegres y risueñas. Poco después se les vió saltar a un bote, empuñar los remos y bogar...

Ninguno había faltado a la cita, excepto Juan, que había preferido, como ya lo hemos visto, recibir al Señor a acompañarles. La lancha impulsada por vigorosos brazos avanzaba rápidamente. De vez en cuando se renovaban los remeros y de este modo llegaron a estar mar adentro, tanto que las casas del pueblo se las veía diminutas, ¡casi no se las veía!

Se acercaba la hora del almuerzo. Nuestro Luis, alegre y retozón, comenzaba a disponer las cosas para el espléndido banquete. Volaban por encima de sus cabezas las gaviotas con rumbo hacia la costa; se levantó un fuerte viento; el mar parecía agitarse; las nubes avanzaban hacia el cénit cada vez más imponente. Luis sintió miedo e insinuó la idea de volver...

—Ya pasarán, miedoso ¡Después de una mañana tan hermosa! ¿Temes que te coman los peces?

¡Infelices! No vieron a tiempo la terrible galerna que se les echaba encima y tarde se acordaron de emprender el regreso. ¡Imposible volver! El bote era juguete de las olas y vanos fueron los esfuerzos de los atrevidos muchachos. Zozobró la barca. ¡Estaban tan lejos que de nada les servía el saber nadar! Gritaron pidiendo auxilio y no los oían.

* * *

En el embarcadero se desarrollaba una escena conmovedora: Ya volvía el vaporcito de pesca que había salido en su socorro. ¡Era de ver a las infortunadas madres como se arrojaban sobre los cuerpos de sus hijos que iban sacando del vaporcito! Juan también estaba allí, con los ojos llenos de lágrimas: de sus seis amigos, tres se habían ahogado y los otros volvían en deplorable estado. En esto vió venir a su madre y se arrojó a su cuello, diciendo:

—¡Mamá, mamá! La comunión diaria ha sido mi tabla de salvación.

Y le contó la escena de la víspera.

F. M. C.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Un Congregante ilustre.

Algunos parece desprecian los actos de la Congregación por parecerles cosas de niños. Por dicha nuestra no faltan ejemplos de jóvenes crecidos y aun de hombres de negocios que acreditan todo lo contrario.

Hace pocos años entregaba a Dios su alma rodeado de los suyos el general de Lartigue, uno de los héroes de Sebastopol y de Reichschoffen, y objeto por mucho tiempo de afecto y admiración para todos los feligreses del pueblecillo de la Dalbade, a donde había ido a establecerse desde que obtuvo su retiro en 1879.

La piedad del general era verdaderamente admirable. Un día, recién llegado a la Dalbade, uno de sus amigos le dijo:

—General, ¿queréis ser de los nuestros?

—Cómo de los vuestros?...

—Inscribiéndoos en la Congregación de la Virgen Santísima.

—Pero... ¿hay aquí una Congregación de la Virgen para nosotros, para los hombres?

—Sí, general; yo pertenezco a ella, de vos sólo depende pertenecer también.

—¡Congregarme a María! Si era ese mi sueño! Cuánto os agradezco vuestra invitación!...

Y congregante de María y congregante fervorosísimo vivió y murió, cumpliendo sus deberes de tal de una manera edificante.

Una mujer del pueblo decía que procuraba ir todos los días a la Misa de las ocho, a la que acudía el general para verle rezar el Rosario, como nosotros que no sabemos otras oraciones.

¿Le gustan a usted los higos?

En una inmensa llanura, cubierta por doradas mieses, onduladas suavemente por el viento, se hallaban esparcidos los campesinos segando los trigos de los cuales habían formado ya gruesas gavillas mientras otros iban cargando los carros tirados por los mansos bueyes.

A pesar de ocurrir la escena en tierras de Castilla, un pastor protestante, queriendo hacer prosélitos, recorría los campos diciendo perrerías de la Santísima Virgen, pues, como él decía, se podía muy bien servir a Dios sin honrar a la Virgen.

Cansados ya los campesinos de oír tanta majadería, creyeron que con volverle las espaldas se marcharía más pronto; mas ocurrió lo contrario; viéndose despreciado por aquellos rudos campesinos, comenzó a soltar terribles blasfemias contra la pureza de la Virgen. Entonces uno de ellos encarándose con él le dijo:

—¿Le gustan a usted los higos?

—¿A qué viene esa pregunta?, contestó el otro.

—¿Le gustan a usted los higos?, volvió a preguntar.

—Sí, me gustan, respondió algo amostazado.

—Pues si le gustan a usted los higos no tiene que maldecir de la higuera: si usted alaba a Jesucristo ¿por qué no reconoce a su Purísima Madre? De tal higuera tal higo.

Y con ésto aquel rudo campesino tapó la boca al subiotonto protestante.

S. A., Congr.

Una lección provechosa.

En una de mis asignaturas de este curso había una lección que me era sumamente antipática; me costaba mucho comprenderla y estaba casi resuelto a no estudiarla.

Sin embargo, el último domingo de mayo le ofrecí a la Virgen privarme de toda diversión y me dediqué durante toda la tarde a estudiar la sinsabida lección; después de muchos esfuerzos conseguí no solamente dominarla sino quedarme, como se dice, muy empollado en ella.

Llega el examen y ¡vaya una alegría! me toca en suerte la tal lección y consigo hacer un buen examen. Entonces me digo yo a mi mismo: qué bien compensado estoy del sacrificio de ese domingo; he conseguido un buen verano con solo haberme privado de unas horas de holganza; ¡con qué satisfacción pienso ahora en aquella tarde y en aquel vencimiento que tuve; y ¡qué lección para el porvenir para animarme al cumplimiento del deber! Y ahora en el verano, en que arrecian los peligros y cuesta más conservar limpia el alma.

P. A., Congr.

Dos botones de muestra

¿Haría V. el favor de decirme si aquí es donde se reciben las limosnas para el Monumento del Sdo Corazón?... preguntaban dos muchachos botones.

—Sí, aquí es, les respondió el Hermano portero. ¿Queriais algo, chicos?

—Tome V. esto, dijo el mayor de los dos, echando mano al bolsillo de su chaleco, ésto para el Monumento del Sdo. Corazón; y depositó en sus manos cinco pesetas.

Pasóles con su acostumbrada amabilidad el Hermano al recibidor para anotar sus nombres, y una vez dentro saca papel y lápiz y les pregunta: ¿Qué nombre pondré? Los dos muchachos puesto el uno en frente del otro no aciertan a contestar.

Pues... a nombre de éste, dijo el más pequeño, éste es el mayor.

—A mi nombre no puede ser, tuya fué la idea y a tu nombre debe ir.

—Sí, mía fué la idea, pero tú pusiste más.

El Hermano entonces les preguntó: tendriais la bondad de decirme cómo lo habéis recaudado?

—Pues cuando se abrió la suscripción éste me dijo que una parte de nuestras propinas las debiéramos destinar a este objeto; yo acepté y hemos reunido estas pesetas y seguiremos reuniendo más.

—Y ¿qué nombre pongo?

—Pues... dos devotos del Sdo. Corazón.

J. L., Congr.

Cuento árabe.

Mustafá, el buen Mustafá como le llamaban los habitantes de Bagdad era un desgraciado a quien el peso de los años obligaba a mendigar la caridad pública. Un día, como de costumbre, estaba sentado sobre su esterilla cuando pasó por allí un rico comerciante, que agradecido a un beneficio de Dios, le entregó una bolsita de dinero.

¡Qué alegría para Mustafá! Mas todo el gozo en un pozo. En un momento de distracción un ladrón, que había visto todo esto, se apoderó de la bolsa y huyó.

¡Cómo había pasado la felicidad! Si Mustafá no hubiera tenido tantos años menos hubiera corrido tras el infame ladrón, peró a su edad...

Entonces se levantó y con gran trabajo llegó al cementerio, en cuya puerta tomó asiento. Los transeuntes al verle en sitio tan desacostumbrado le preguntaban la razón, y el buen anciano entre lágrimas les contaba lo sucedido.

«¿Por qué, le decían airados, por qué no le seguiste? mejor hubieras hecho corriendo tras él que viniendo al cementerio.»

Y entonces les contestaba filosóficamente; «Mustafá es viejo y no puede correr, peró sabe, que por mucho que corra el ladrón, por mucho que se oculte, como toda la vida la suya tendrá su fin y tarde o temprano vendrá a parar aquí.»

Estas palabras, llenas de sabiduría, fueron corriendo de boca en boca y llegaron a los oídos del mismo ladrón, que reflexionando sobre aquella verdad corrió a devolverla al buen Mustafá.

F. M. C., Congr.

El último baño.

Aún no han pasado tres años desde que tuvo lugar en uno de los pueblos de la Rioja el siguiente sucedido.

Era una de esas tardes calurosas de agosto; varios amigos se animaban unos a otros para ir a bañarse en el río en un sitio oculto a las miradas de los hombres, como si con eso pudieran ocultar sus acciones a las miradas del que todo lo ve.

A juzgar por lo intrigado que andaban nuestros héroes, el baño no era según las de la ley, pues se esforzaban en vano por arrastrar consigo a Manolo, chico simpático, travieso, siempre dispuesto a divertirse a costa de los gatos y perros del contorno, pero que tenía hecho el propósito de divertirse siempre sin pecar.

El más bruto de todos o séase el mandón, hizo un gesto de desprecio a nuestro Manolo y echando el brazo al cuello de un amigo gritó: el que quiera venir que venga y el que no que se vaya!

Todos le siguieron incluso Juanillo íntimo de Manolo, como él también, congregante y además condiscípulo.

A los pocos minutos estaban en la orilla del río, no sin antes haber saludado unos ciruelos del huerto vecino.

¡Ea! a nadar, dijo el mandón: a ver quién llega a la otra orilla...

Ni uno se movía.

—Pero hemos venido a nadar o a ver correr el agua, repuso nuestro bruto...

—Lo que es yo no me baño, dijo Juanillo.

— Ni yo... Ni yo .. respondieron los otros...

—Pues me bañaré yo sólo y empezó a decir tales palabrotas, que los compañeros se vieron obligados a decirle. No seas animal; a ver si Dios te castiga y verás.

Antes de que el compañero terminara ya estaba nuestro bruto dándose de chapuzones; de vez en cuando se dirigía a los de la orilla, y en son de burla les decía: ay! que me ahogo... que me ahogo... y volvía a meterse de cabeza en el agua... En una de estas notaron que tardaba mucho en salir; comenzaron a gritarle, y que si quieres... el infeliz se había hundido... Horas después llevaban su cuerpo al hospital.

Juanillo se apresuró a comunicar el suceso a Manolo y ambos se dirigieron al Colegio a contárselo a los Padres.

Salieron profetas los amigos, Dios le castigó y bien duramente.

F. C., Congr.

Lección de un negro a un blanco.

En la época de una terrible peste, que azotó duramente a la ciudad de Londres, gran número de personas ricas creyeron encontrar el remedio en la huída. Veíanse a cada instante desfilar por las calles numerosas carrozas, atestadas de pasajeros que se dirigían al campo, lejos del principal foco de la epidemia. Uno de los paladines de la nobleza, Lord Cannon, dudó no poco si salir o no de Londres, hasta que se decidió a seguir el ejemplo de los demás.

Todo estaba dispuesto, la corroza con sus seis caballos esperaba en la calle. Al poco rato salía altanero y majestuoso el Lord. Dispuesto estaba a montar en la carroza, cuando una frase que oyó detrás de sí, le hizo cambiar de resolución: un negro que tenía a su servicio se despedía y decía a sus camaradas: «Seguramente, el dios del amo habita en el campo, y el amo va a ponerse bajo su protección». El pobre negro, como pagano hablaba sin malicia; creía que cada cual imploraba a su fetiche.

Lord Cannon quedóse pensativo, y sin acabar de ponerse los guantes, dijo para sí: «Mi Dios está en todas partes, y puede protegerme lo mismo aquí que en el campo. Debo quedarme donde estoy. Perdonadme, Señor, de haber querido evitar vuestra mano». Dió orden al cochero y a los criados de retirarse. Y no se encerró en su palacio, como lo había hecho hasta entonces; se echó bravamente a la calle para curar y consolar a las desgraciadas víctimas del azote. Una gran confianza en Dios sostenía la valentía de Lord Cannon que no fué alcanzado de la terrible enfermedad; era un buen católico.

F. M. C., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Correspondencia abierta.

Antes ciego que...

En los dos días que llevamos he visto ya algo de Madrid. Se ve que hay bastantes peligros con los ojos; está visto que va a haber que ponerse debajo de un nido de golondrinas como Tobías.

J. M. M., Congr.

En Loyola y en ejercicios.

Estoy contentísimo, no he pasado días más tranquilos que estos; es mucho mejor de lo que me figuraba. Lo peor fué dormirme la primera noche, pues siempre con cama nueva no se duerme tan bien; pero esta noche, la he pasado admirablemente.

S. A. L., Congr.

Fundando una Congregación.

Recibí las medallas que nos enviaba para esta nueva Congregación, mucho nos han gustado y le estamos muy agradecidos. Somos ya unos veinte pero aún no se ha podido constituir por no haber llegado el documento de agregación a la de Roma; sólo nos falta ésto para su apertura.

J. M., Congr.

Generoso peregrino.

Aquí nos han tomado los nombres de los que vamos a ir a Lourdes a ver la Virgen milagrosa. Si desea algo de Lourdes dígame sin miedo.

M. A., Congr.

Un animoso.

Ahora veo que necesito ese espíritu batallador, ahora que he entrado en una vida nueva y peligrosa; algo creo que tengo y lo recibí en esa Congregación donde pasé días tan felices, que tienen para mí recuerdos imborrables.

J. J. A., Congr.

Un aplicado de tantos.

Voy todos los días a misa de siete y media y comulgo, rezo las oraciones que V. dice y esto como si V. me viera o estaría presente. Hoy empiezo la lección una hora con el profesor del pueblo de doce o una porque quiero examinarme de Gramática en Septiembre.

M. V. M., Congr.

Dos de las infinitas maneras de morirse.

El día de San Pedro tuvimos aquí dos desgracias: después de haber oído misa de siete, a un niño de nueve años, le mandó su padre llevar a beber agua a la vaca a un pozo; pero al chico le dió la mala ocurrencia de atarse el ramal a la cintura. No se sabe cómo, se espanta la vaca, echa a correr y se lleva arrastrando al pobre niño hasta su casa. Cuando le fueron a coger era ya cadáver.

La segunda fué que una anciana de 70 años cayó por una terraza sin barandilla. La cogieron sin sentido y gracias a Dios volvió en sí y pudo recibir los Santos Sacramentos; pero murió aquella noche.

F. M., Congr.

Un decidido.

Me sucedió aquí una cosa: estaba jugando al pelotón con unos chicos y profirieron una palabra fea; yo al momento cogí el pelotón y me marché; así es que no tengo amigos; por supuesto ni dejo la comunión ni el rosario y lo que V. nos tiene recomendado en el papelito, "El mayor peligro."

P. H., Congr.

¿Qué contento es mejor y dura más?

Recordaba al acostarme el domingo pasado, que por haber ido a hacer de catequista, había perdido un delicioso baño; mas créame, Padre, que no me dolía, ¡al contrario! estaba satisfechísimo, tanto que, si hubiera habido otra catequesis hubiera asistido bailando. Después de todo no había perdido el baño pues supongo y creo que será V. de mi opinión, que Dios me lo tendrá en cuenta y en el Purgatorio dejará caer el agua de ese baño para calmar mis dolores y sufrimientos.

F. M. C., Congr.

Otros catecismos.

Por si quiere saber nuestra vida se la voy a describir: oímos nuestra misa preparándonos para recibir la Comunión; vamos después de desayunar al frontón si el sol no hace de las suyas; si las hace, a la playa; hasta la una jugamos por las peñas pescando algún remojón. Después de comer nos quedamos un rato en la Alameda, pasado el cual vamos a jugar al pelotón o hacer alguna diablura, hasta que comience a anochecer y vamos a la Iglesia a rezar el Rosario y a la cama.

Hay aquí catequesis de dos a tres de la tarde todos los domingos; hemos convenido en coger cada uno de los congregantes un grupo de niños.

J. L. O., Congr.

Inimitable y no imitable.

Oigo misa y comulgo todos los días y le digo en verdad que es el rato que mejor lo paso; y no crea que estoy sin hacer nada en la Iglesia: rezo con mi hermano y mis primos las oraciones que V. reza en Bilbao a los congregantes, el Rosario y las oraciones del Devocionario Popular del P. Vilariño.

Una de las diversiones que tenemos aquí y casi la única es jugar a la pelota y andar en bicicleta, y una tentación que de vez en cuando tenemos es coger fruta por los montes; una vez estuvimos en peligro de que nos cogiera el aldeano.

B. G., Congr.

FLORES Y FRUTOS

Núm. 97.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Agosto de 1921

Apuntes al vuelo en mis ejercicios de Loyola.

Enseguida me acostaré; creo que dormiré mejor que la pasada noche. Antes me ha parecido que estoy aquí desde hace mucho tiempo; se me hace muy extraño pensar en que fué ayer cuando vine; hasta tal punto se me han hecho interminables las dos terceras partes del día de hoy; y ahora, no sé por qué, me parece que estoy algo contento, que me encuentro bastante bien aquí; no echo de menos nada exterior; indudablemente es lo que les pasa a todos; la verdad que me he dado unos hartazgos de andar por estos laberintos, que la gente de aquí les llama tránsitos que... ¡ya, ya! y unas rodilladas... y unas sentadas... Lo mismo estoy cansado de estar sentado que de andar, que de arrodillarme.

Llueve... ayer me hubiera hecho efecto; quizá hasta hace poco también; ahora lo veo; ¡claro! como si vería llover.

Relampaguea... ¡y a mi qué! Estoy alegre, me creo optimista...

Bueno, bueno, basta de confesiones, a la cama se ha dicho. ¡Buenas noches!

* * *

Acabo de desayunar. Creo que he dormido bien, pues la noche se me ha pasado rápidamente. Ya no me parece como el primer día el aposento tan estrecho, ni el cielo tan nublado (y lo está), ni el gran reloj tan terrible, ni las cortinas de mi cama tan tristes, ni las fachadas tan grises; ¿qué darán aquí que cambio tan opuestamente de parecer?

Aún no he aprendido del todo a meditar, a meterme en mí; me distraigo todavía; pero tengo muy esperanzado el corazón. He empezado a preparar mi confesión; largas líneas de negra tinta emborronan el papel, como mis pecados emborronan mi alma.

Mi alegría va en crescendo; no me tortura el no hablar ni me importa el no reir.

Todavía falta la plática y meditación sobre el infierno y muerte; eso me restará alegría; pero, a decir verdad, estoy deseando que llegue, y cuando a mí mismo me pregunte el por qué de este deseo, no sé responder.

* * *

El segundo día ha pasado; un poquito largo se me ha hecho, pero infinitamente menos que el de ayer; aun las Letanías que ayer se me antojaron listas inacabables, hoy han tenido fin; no diré que no sea un poquillo molesta aquella continuación de nombres; pero, vamos, tampoco es insoportable

Han venido por fin los tan esperados y temidos puntos sobre el infierno y muerte; me han sobrecogido bastante, pero confío en hacer más; he formado propósitos; ya es algo.

Conque ¿hoy era Domingo? Pues no lo sabía hasta que el furibundo repiqueteo de campanas me lo ha venido a decir.

Se presenta un gran día; ¡para lo que voy a gozar de él...!

Anoche me visitó un novicio; la pereza que tenía, no el sueño, me impidió describirlo. Es un novicio pequeñín, vivaracho, con una verborrea que para sí la quisieran muchos padres de la Patria.

Y me habló muy bien; me detalló muchas cosas que yo no sabía de la Compañía de Jesús.

Nos ha dicho y repetido el Padre, que nos cuida, que el que se aburra vaya donde él a decírselo; tratará de combatir el tedio, aun mandándole a paseo (cuidado con el sentido de la frase) con un Hermano.

Ningún ejercitante habrá acudido a él para esto.

Yo de mí sé decir que el tiempo se me pasa volando, y en algunos retazos de él, cogidos así, al aire escribo estas líneas.

* * *

Y el tercer día ha concluído. ¡Eureka! Ya sé meditar. Meditaré en mi vida ordinaria.

Tan, tan, dos discretos golpecitos en la puerta.

¡Adelante! Es el novicio de ayer, es mi

Universidad de Deusto
Biblioteca

condiscípulo de antaño. Toma asiento y empieza una conversación amenísima. Hablamos de religión, de arte, de literatura...

El tiene que marcharse a las nueve y media. Las nueve y cuarto... nueve y veinte... qué pronto pasa el tiempo en su agradable compañía; dan las nueve y media en el inmenso reloj; toso para que no pueda oir las campanadas y se quede un rato más conmigo. Es inútil, las ha oído y le es preciso acudir a su deber; nos despedimos hasta mañana.

Mi examen está preparado. ¡Atiza, no hay pocas cosas en él...! Pero mañana me confesaré y quedarán borradas; y con este pensamiento busco a Morfeo, y seguro es que le encuentre dentro de poco.

***

Enseguida comeremos, o dicho de otro modo menos halagüeño y glotón, son las doce menos minutos.

No os podéis dar idea de lo contento que estoy; mirad, una cosa os voy a comunicar en confianza; no la digáis a nadie: yo desconfiaba de los Ejercicios; creía que a mí no me podían hacer mella. Es preciso venir aquí para retractarse de esa creencia. Y los que ésto leéis, y os pasa lo que me pasaba mí, no dudad, venid a Ejercicios. Cuanto esté de mi parte haré por acercarme a este Santuario el año que viene.

***

¡Ya me he confesado! ¡Ya estoy tranquilo!

A eso de las siete nos han levantado la losa que unía nuestros labios, y era de ver los transportes de franca y sincera alegría que llenaban estos tránsitos. Parecía que volvíamos a nacer; que después de una larga ausencia (en que, sin embargo, todos los días y en todo momento nos veíamos) nos encontramos, saludamos a todos, conocidos y menos conocidos, con quienes topamos y las mismas preguntas mueven nuestra lengua: ¿Qué tal lo has pasado? ¿Te hallas contento?

Y siempre la misma respuesta afirmativa: ¡Sí, chico, se me han ido los cuatro días en un periquete!

***

¡Adiós, Santo Retiro, Colegio de Loyola; adiós, querido aposento con tus inmaculados cortinajes; adiós, tristes y amados corredores por los que acudíamos a oir la Divina Palabra y por donde volvíamos con el pecho henchido de sobrenaturales fuerzas! Adiós a tí, en particular, bendita Sala de puntos, que nos has cobijado estos cuatro días y has encerrado la sublime sabiduría en tus humildes paredes! ¡Adiós, probo reloj, que a todas horas cumplías tu deber llamándonos al nuestro! ¡Adiós, amables Padres, candorosos novicios, abnegados Hermanos coadjutores, que nos habéis dispensado la más tierna cordialidad! ¡Adiós, inmensa mole de piedra dedicada a alabar, bendecir y llevar almas a Cristo. ¡Adiós, a todo adiós...!

J. M. G., Congr.

Un castellano leal.

No es el poema del Duque de Rivas el que voy a referir, sino un edificante hecho que he oído contar:

Cuando ocurrió la escena, varios siglos atrás, alzábase sobre ingente picacho rodeado de simas profundas un feudal castillo, con su puente levadizo, sus murallas, torres almenadas, capilla, patio de armas, almacenes y su esbelto torreón del homenaje que mostraba el pendón o insignia del castillo, que indicaba la presencia del señor.

En las cárceles abiertas en la roca viva que servía de cimientos hallábanse los caballeros hechos prisioneros por Rodolfo, el castellano, durante las frecuentes escaramuzas que tenía con los castellanos vecinos, entre los cuales descollaba por su altivez y fiereza, Atanahildo, caudillo de la vecina región a cuyas órdenes militaban los caballeros que yacían en las obscuras y frías cárceles.

En la primavera siguiente, empezóse a arreglar el castillo para celebrar la Pascua como el castellano tenía costumbre de hacer, con gran solemnidad.

Después de preparados todos, tanto de alma como de cuerpo, el domingo de Resurrección, el día más grande del año, iban entrando en la capilla Rodolfo con su hijo mayor, vestidos de gran gala, con sus cabelleras rizadas y sus espadas en cintos de oro; seguían a éstos los demás de la familia y guerreros con sus adargas, servidumbre del castillo y, a fuera, en el patio de armas, hallábase apiñada la población de los contornos por no caber todos dentro.

Comenzó la Misa y al llegar al «Pater noster» todos lo rezaban en alta voz, según antiquísima costumbre.

Un momento antes de que el sacerdote se dispusiera administrar el «Pan de los fuertes» levántase Rodolfo, ordena a sus guerreros que traigan a su presencia a Atanahildo y sus vasallos; al cabo de un rato llegaron arrastrando cadenas con la frente baja de vergüenza.

En esto, óyese la voz firme, aunque turbada por la emoción, de Rodolfo, quien teniendo una mano en la empuñadura de su espada y la otra dirigida hacia al altar, exclama: Antes de recibir el «Pan de los ángeles», aunque te has portado mal con nosotros, yo te perdono para que el Supremo Juez que voy a recibir, me perdone en la hora de la muerte; Atanahildo, aquí te entrego tu espada de caballero y desde este momento tú y todos tus vasallos sois libres.

***

Han pasado algunos años, las campanas tocan a muerto, y todos lloran a Atanahildo, antes tan odiado por su ferocidad y después de la generosa acción de Rodolfo, convertido en modelo de caballeros.

¡Qué hermoso es perdonar a nuestros enemigos a mitación de Cristo en la cruz! «Padre, perdónalos, por que no saben lo que hacen.»

S. A. L., Congr.

Un consejo barato y provechoso.

El tío Pedro, uno de los labradores más ricos del lugar, se fué un día a la vecina ciudad y en cuanto llegó fué en derechura a tener consulta con uno de los abogados más afamados.

Al entrar en el despacho le preguntó el abogado qué deseaba.

—Pues quisiera que me diese usted un consejo, replicó el labrador.

—Pero un consejo sobre qué, agregó el abogado.

—Sobre cualquier cosa.

Entonces el abogado cogió un papel y escribió: «No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy» y lo metió en un sobre. El labrador, aunque se resistió el abogado, le dió tres pesetas.

Llegó el hombre al lugar y al abrir el sobre y leer el contenido dijo para sí: Tengo cortado el trigo y aunque lo iba a recoger mañana voy a recogerlo ahora. Y unciendo los bueyes al carro se fué a la era.

Sus compañeros pensaban que estaba loco, pues era tarde y no veían ningún anuncio de tempestad.

Pues bien, al poco tiempo de llenar su granero, empezó a levantarse el viento y cayó una horrorosa tormenta sobre el pueblo que destruyó todas las cosechas.

J. L. A., Congr.

Buena contestación.

¡¡Al agua patos!! dijo Juanito dándose un ligero chapuzón salpicando a sus amigos que al contacto con el agua salieron corriendo y chillando.

—¡Si está helada! dijo uno.

—¡Qué barbaridad! ¡El Polo Norte con focas! exclama otro.

—¡Anda ya! ¡Si está estupenda! ¡Canela fina!

—¡Y que lo digas!

Mas Juanito resbalando sobre las tranquilas aguas del mar, deslizábase meciéndose ligeramente sobre las olas.

Terminado su baño envolvióse en su amplia capa, atraviesa la multitud de curiosos que se estacionan en las playas, y se dirige a su caseta.

Su porte gallardo, su andar majestuoso, su mirada clara y pura, reflejo de un alma hermosísima delataban en él al verdadero joven de los que hoy apenas se encuentran. Colgaba de su cuello una cadenita de oro de la cual pendía una preciosa medalla de la Virgen del Carmen y del Sagrado Corazón que saliendo por encima de la capa lanzaba destellos en todas direcciones.

Al pasar por un grupo de jóvenes observándole uno de ellos exclamó a media voz:

- ¿No le dará vergüenza ir a bañarse con las medallas?

Juanito que lo oyó volvióse y sosegadamente midiendo sus palabras le respondió:

—«Si me ahogo en nada me deshonrarán y si no me ahogo tampoco»: Y dándose media vuelta desapareció entre la multitud.

J. M., Congr.

Rasgo hermoso.

Un joven, mozo de labranza, se presentó en casa de su párroco con cierta cantidad de dinero, para que hiciese el favor de repartirlo en limosnas.

No sería mejor, respondió el Sr. Cura, que la distribuyeseis vos mismo?; es tan grande la satistacción que se experimenta al distribuir la limosna!

—Es verdad; pero yo no conozco tan bien como V. a los pobres de la parroquia, y además... Nada, Sr. Cura, que yo tendré sumo gusto en que sea V. quien las distribuya, y le alargó un cartuchito de cien francos.

—Cien francos! Pero, hijo? ¿no es ésto demasiado? y ¿el día de mañana?...

El día de mañana espero que no me faltará otro tanto que dar a los pobres...

¡Qué verdad es que el pobre es compasivo y generoso; como que sabe bien lo que es sufrir privaciones!

J. L. A., Congr.

Y va de cuento.

Cierto día fué una mujer a comprar lino a la granja vecina, y llevaba consigo a un rapazuelo de unos 5 años.

Mientras la mujer, ajustaba y examinaba el lino; el niño se metió al huerto, cogió con ambas manos, un rosal que allí había, con lo cual se arañó todo lastimosamente. El niño empezó a dar alaridos y con las manos ensangretadas, junto al rosal, maldecía a las engañosas y dañinas flores.

Nosotros tampoco nos fijamos en que también somos a veces niños grandes: todo gozo o toda diversión tiene alrededor de sí sus espinas, como la rosa; a él nos abalanzamos con ambas manos igual que el niño de nuestro cuento.

¡No os dejeis imprudentemente seducir por las bonitas rosas!

El hombre no debe seguir sus gustos sino siempre obrar con previsión y cordura.

J. L., Congr.

Triste historia.

Llegó mi antiguo amigo al pueblo, para él desconocido, con buenas ganas de divertirse, pues había trabajado bien durante el curso. Pronto se enteró que no había más que dos congregantes; pero ¡qué lástima! ¡no eran de su edad!

Pero no faltaban chicos del pueblo y venidos de la ciudad, que poco o nada tenían de bueno; con éstos el demonio preparó con mucha arte su red para cazarlo.

El congregante no era corto y fácilmente se hizo amigo de uno de ellos que le pareció menos malo; al prificipio, claro está, no manifestó que lo era, y logró ganar la confianza de su nuevo amigo; mucho debió agradarle pues al día siguiente le dijo que pasara a buscarle; como lo prometió lo cumplió y al día siguiente fué presentado nuestro congregante a sus amigos; éstos, poco a poco, le fueron

Universidad de Deusto
Biblioteca

enseñando todas las malas mañas que sabían.

Llegó el día de su partida, pues tenía que reanudar sus tareas escolares, y despidióse de sus amigos, o mejor dicho, enemigos.

Empezó el curso hecho una verdadera calamidad; tanto habían arraigado en él los malos gustos, las conversaciones y las diversiones peligrosas. El que antes se había distinguido por su buena conducta, ahora sobresalía entre los peores y enseguida fué despedido de la Congregación.

Aun antes estaba caído, como cae la fruta podrida del árbol.

F. C., Congr.

Correspondencia abierta.

De todo y bueno.

Comulgo todos los días, y todas las tardes voy a hacer la visita, y a la noche, cuando está clara salgo después de cenar a contemplar las estrellas. Durante el día, a veces me dedico a recoger insectos, otras estudio un rato, o saco los tubos, matraces, etc., etc..., y me pongo a hacer algún experimento de Química, a la que tengo afición.

Un rato después de comer, enseño a leer a un pequeño, pero es imposible enseñarle el catecismo, porque todos hablan vascuence, y como yo no sé ni palabra, no puedo hacer nada.

S. A. L., Congr.

Buen confesor.

Por la tarde tenemos gran función por ser la novena de Nuestra Señora del Carmen y de predicador nada menos que al celoso, Excelentísimo Obispo de Coria. Ayer, a la tarde, ayudé a la función y me confesé con el señor Obispo.

V. B., Congr.

Un resuelto.

Los papeles que usted me dió de «El mayor peligro en vacaciones» los repartí enseguida; uno fué tan tonto que lo quemó; ya no pienso hablar más con él.

F. A. C., Cong.

Un prevenido.

No he olvidado sus consejos, pues a todo amigo que se le va la lengua le despacho o me separo, así es que ahora ando con uno sólo que es de mi edad y es persona muy decente.

I. O., Cong.

Otro prevenido.

Esta tarde ha ocurrido una sensible desgracia: un joven ha perecido ahogado y con este motivo he recordado el consejo suyo de que debemos estar siempre bien preparados.

M. E., Congr.

Otro prevenido más.

Con los chicos de aquí no se puede ir, pues son todos ellos unos golfos perdidos, únicamente conozco a uno que sea bueno. Así es que la única compañía es mi hermano. No hay otras diversiones que un cine, que creo es bastante escandaloso, y dos cuadras (no me atrevo a llamarlas salones) donde se baila.

M. M., Cong.

Lo que puede el ejemplo.

A las ocho, antes de la hora del Rosario, cuando tocan la primera campanada, toda la gente mayor abandona la playa o la Alameda para llegar a la tercera campanada al Rosario; nosotros, confiados en nuestras piernas, no nos movemos hasta oír la segunda o tercera; después del Rosario, a cenar y a la cama hasta el día siguiente.

Del bien espiritual que hacemos no le puedo decir gran cosa; pero a media docenita de chicos amigos nuestros, que antes no iban al Rosario ni a Misa los días laborables, con nuestro ejemplo van diariamente al Rosario, y hasta ellos mismos se echan en cara cuando faltan.

I. M.ª O., Congr.

¡A imitarle!

Les he dicho a mis hermanitos que los diez céntimos que nos dan por las noches los abuelitos, debíamos guardarlos para las Misiones; mi hermana de 10 años quedó conforme, el de 6 años no entendía y decía que para caramelos; pero mi hermana y yo enseguida le convencimos y él dijo que bien; así es que cuando vaya a Bilbao llevaremos nuestros ahorrillos para las Misiones.

P. H., Congr.

Con los Luises.

Continuamos asistiendo a Misa todos los días, y a la misma hora que en la Congregación.

Ayer tuvimos aquí a los congregantes de San Luis y a los caballeros de la Inmaculada. Para recibirles, en la entrada de la calle del Beato Berrio-Ochoa, habían puesto un arco muy bonito adornado con guirnaldas y un letrero dándoles la bienvenida; en la plaza, frente a la Iglesia, se levantó una tribuna adornada con follaje, que hicieron mis hermanas y unas amigas. Al llegar el tren con los Luises echaron cohetes desde la torre de la parroquia y repicaron las campanas anunciando que el tren estaba a la vista; en la misma estación se organizó la procesión camino de la Iglesia; se celebró una Misa rezada y después los demás actos anunciados.

Con ellos pasamos un buen día.

V. M. M., Congr.

La fiesta más simpática.

El domingo se celebró en este pueblo la fiesta del Sagrado Corazón; resultó hermosísima; se anunció con gran repique de campanas y cohetes; hubo comunión general, y a pesar del calor vino de lejos a comulgar muchísima gente, tanto de niños como de personas mayores; cuando estaba recibiendo la Sagrada Forma me figuraba estar en compañía de todos los congregantes.

N. F., Congr.



Núm. 98.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Setiembre de 1921

Los dos fareros.

A unas 15 millas de la costa Sur de Inglaterra, álzase una torre sobre escollos que cuando la marea es baja, hacen peligrosísima la navegación.

En este faro situado en alta mar, habitaban dos hombres: uno de ellos era escocés con luenga barba, encanecida por los años, con el rostro y las manos curtidas por el aire marino; el otro era joven, de temperamento vivo, inquieto, había sido también marino, pero prefirió pasar su vida en un faro que a bordo de un buque, expuesto a naufragar.

Cada quince días, una barca que hacía el servicio del puerto, salía de éste con rumbo al faro llevando provisiones y trayendo la información de los torreros sobre los buques que divisaban desde su atalaya.

El torrero más joven hacía poco tiempo que había llegado al faro: al principio por la novedad, no le pareció tan mala aquella vida, pero cuando pasaron algunos meses de vida monótona, comenzó a aburrirse a pesar de que para evitarlo llevó varios libros, una caja de música y otros utensilios por el estilo; que a fuerza de leerlos, de oir la misma pieza musical y de andar con lo mismo, terminó aburriéndose solemnemente.

El escocés por el contrario, habituado desde hacía tiempo a tal vida, no se le hacían tan largas las horas, ni por la noche, cuando se quedaba velando en la torre para que el faro no dejase de enviar sus rayos ni por un solo instante: era esclavo del deber, como todos los hombres que valen.

Una noche tempestuosa en que el mar azotaba con furia los cimientos del faro y el viento silbaba en las rendijas, se sintió enfermo el torrero viejo mientras estaba de guardia y agarrando la cuerda de la campana de alarma, tiró fuertemente

A los pocos segundos, el joven estaba allí pronto a reemplazarle; mas el viejo dijo: presiento que mi muerte está cerca, dentro de unos momentos dejaré de existir, ruega a Dios por mí y ten mucho cuidado de que el faro no se apague. Dicho esto cerró los ojos y al poco tiempo quedó sumido en el eterno sueño de la muerte.

El joven al presenciar aquello, se le heló la sangre en las venas y tuvo miedo. Echó de menos su caja de música y como un loco bajó a la parte inferior por no estar a solas con el cadáver de aquel hombre en noche tan espantosa.

Al volver a los pocos momentos ¡cuál no sería su terror al ver que el faro estaba apagado! y que a poca distancia había dos luces una roja y otra verde, los fuegos de posición de un navío que empujado por la tempestad corría hacia los arrecifes del faro. Poco tardó en encenderlo; mas ¡ay! era tarde, un estallido horrible seguido de lamentos y crujidos le dió a entender que el barco había naufragado.

Una idea horrible le asaltó: ¡por haber dejado de cumplir su deber, había ocurrido la desgracia!

No tenía testigos, es verdad; pero la conciencia le hacía reo de un crimen.

El cumplimiento del deber es lo principal; ¡cuántas desgracias se evitarían!

S. A. L., Congr.

El tío Gregorio.

El tío Gregorio es célebre en todo el vecindario. Su figura alta y huesosa; su rostro enjuto y amarillo, con nariz abultada y corba, son inconfundibles. Su hablar es reposado, y constantemente oprimen sus labios una larga y negra pipa, sin duda la primera que estrenó en su juventud. Aunque esta figura, o mejor, esta sombra de hombre viviente, no es atrayente, es su trato encantador

El tío Gregorio es el hombre de las historias: tanto, que muchas cosas que cuenta parecen fábulas y por tales muchos las tienen: unas verdaderas maravillas.

Su afán y su entretenimiento, (al menos en verano), es reunirnos al salir de la iglesia y

Universidad de Deusto
Biblioteca

contarnos esas maravillas a los chicos que allí pasamos las vacaciones.

Nos quiere mucho y se consuela divirtiéndonos a nosotros con sus narraciones.

También de cuando en cuando procura darnos un poco de doctrina: y es que ahora es muy bueno; pero... como él nos dice,... ha sido MUCHO MALO.

«Sí, hijos míos, nos decía no hace mucho en una de las más apacibles mañanas dominguera de agosto: guardaos de los *falsos* amiguitos... Cerrad las manos y no las abrais para recibir lo que os entregue antes de que sepáis que es bueno lo que con insistencia e interés os alargan... Yo tenía un amigo (!!!) que era solapado como un demonio y me hacía mucho mal, pero me quería *al parecer* con extraordinario cariño».

Pobre de él, ¡qué mal murió al poco tiempo!...

Pues bien, hijos míos; un día por las fiestas de San Pedro, cuando yo tenía catorce años, viene a mi corriendo, y me dice: —Toma, Gregorio, lee, verás qué cosa más bonita!..,

—Yo ya vislumbré en aquellos ojillos ladinos que no era bueno el librito; pero fuí muy flojote y curioso, y por darle gusto empecé a leerlo enseguida a su vista.

El se reía bribonamente. En mal hora, hijos míos, inqué el diente en la manzana podrida. aquello me hizo mucho mal: me enseñó cosas muy malas; y, lo peor, lo peor fué que con aquello triunfó mi amigo, y ya comenzó a tratarme descaradamente como si fuera otro como él; y yo me fuí dejando, dejando llevar de iniquidad en iniquidad...

«Pero no hace falta que os cuente mi vida... Sabed que la Virgen, nuestra Madre, me convirtió a los 48 años.

Hijos míos, hijos míos, huid de los malos amigos. .»

Era verdad lo que decía; lo sabía yo por otro conducto: hace dos años que tenía referencias de su vida y por eso impresionaban más hondamente estas palabras dichas con mucho aplomo y verdad, a nuestras almas y nos hacían querer mucho más al tío Gregorio.

No hay para que decir, que mientras esto oíamos tenía muy fijo en mi fantasía el *cuadro del mal amigo* que tenemos en el Saloncito de la Congregación, y, aborreciendo de corazón tan fatales cariños y amistades, suplicaba a la Santísima Virgen, me ayudara para no caer en tal desgracia.

T. T., Congr.

Contestación atinada.

Preguntaba a un señor muy sesudo su amigo: ¿Por qué estás siempre leyendo libros que tratan de los deberes del hombre, si estás cansado de saberlos?

—Amigo,—respondió el otro—¿por qué comes hoy, pues ya comiste ayer y antes de ayer...?

—Cómo, para vivir, contestó el primero.

—Y yo también lo hago para vivir bien; porque las buenas lecturas son el pan del alma y de la virtud.

F. C., Congr.

Un valiente.

El *León XIII* navegaba con tiempo hermoso:

Un silencio profundo reinaba a bordo, alterado solamente por el acompasado movimiento de los potentes émbolos de la máquina que conducía a tantos jóvenes soldados a las lejanas playas filipinas, donde habían de hallar muerte gloriosa la mayoría de los bizarros expedicionarios.

Terminado que hubieron los jefes y oficiales la tertulia, el coronel inspeccionó detenidamente las dependencias donde descansaban los soldados. Todo lo halló en orden; mas cuando iba a retirarse, observó que junto a la toldilla de popa se hallaba de rodillas un soldado, el cual, en lugar de dormir movía acompasadamente los labios, a la vez que con una mano oprimía amorosamente una medalla, y con la otra sostenía un papel que, al parecer, leía con devoción.

—Qué haces? le preguntó el jefe.

—Mi coronel, respondió el soldado, cumplo con mis deberes de congregante.

—Vamos ¡ya comprendo! eres devoto y tienes algo así como miedo...

—En cuanto a lo primero, mi coronel, no hago más que cumplir con lo que prometí al ingresar en la Congregación, de no acostarme sin rezar el acto de consagración a la Virgen y un Padre nuestro a mi patrono San Luis. Lo del miedo será mejor dejarlo para cuando llegue la ocasión de medir nuestras armas con los tagalos.

El trasatlántico fondeó por fin en la bahía de Manila y nuestros expedicionarios saltaron en tierra, cuando la insurrección tagala se hallaba en su mayor apogeo, especialmente en los alrededores de Santa Cruz. El 8 de Diciembre la guarnición se rendía.

A un grito de Rojas, su jefe, la bandada de insurrectos se arrojaba en el templo de Nuestra Señora «La Purísima Concepción.» Cuando todos se disponían a profanar la Imagen de nuestra Madre Inmaculada, apareció en la puerta del templo un pelotón de veinte soldados españoles, a cuya cabeza iba un sargento, ostentando en su pecho una medalla. No había tiempo que perder. Dos frases de aliento a los soldados, una mirada a la Virgen, un beso estampado en la medalla y nuestro sargento machete en mano, lanzóse a la pelea logrando pasar a degüello a todos los que con Rojas se disponían a profanar la veneranda Imagen. Pocos minutos después llegaba el coronel con una columna de socorro, y la Iglesia y la ciudad estaban otra vez en poder de los españoles.

Al presentarse Luis delante del coronel, éste le dijo abrazándole: Vuestro heroísmo excede a todo encomio,

—Mi coronel, contestó Luis con santa arrogancia, mostrándole la medalla que pendía de su heróico pecho: «Para defender a la Virgen y a la patria, nada infunde tanto valor, nada tanta seguridad del triunfo como la medalla, o lo que es lo mismo, ser buen congregante de la Virgen.

F. C., Congr.

¿Cuánto vale una peseta?

Era Ong un chinito de unos 2 años, de la más elevada alcurnia. Su padre, antiguo mandarín de uno de los principales distritos de la populosa China, había sido destituído de dicho cargo por cierto primo suyo, que, envidioso del amor que el pueblo le profesaba, había conseguido su destierro a una muy apartada isla, después de haberle confiscado todos sus cuantiosos bienes.

No sobrevivió mucho tiempo el ex-mandarín a su desgracia y viendo cercana su muerte, rogó a cierto antiguo criado suyo, fanático pagano, que acogiese bajo su tutela a su tierno hijito. El criado prometiéndose alguna recompensa de la adopción del desgraciado Ong, recibióle en su casa con grandes muestras de cariño. Mas como, a la muerte de su antiguo amo, echase de ver la espantosa miseria en que desde su destierro había quedado el ex-mandarín, buscaba algún medio con que deshacerse del pequeño Ong que solamente le servía de carga. Arrojar a los perros o a los cerdos al hijo de su amo que tan bien le había tratado a él, le helaba la sangre; abandonarle en alguna heredad al cielo raso, era perjudicarse a sí mismo porque pronto se descubriría quién lo había abandonado; el venderle a las Hermanas Blancas, luchaba en su endurecido corazón con su fanatismo pagano.

Así transcurrió un mes sin que el criado saliese de sus espantosas dudas. Sobrevino el hambre en aquella región, y faltó en su choza arroz que distribuir a sus hijos. Decidióse por fin, sobreponiéndose a las contradiciones de su fanatismo pagano, a deshacerse del pequeño Ong y venderle a las Hermanas.

Dirigióse temprano a la mañana siguiente al Horfanatrofio con el infeliz Ong a cuestas, y llamando a la puerta ofreció a la Hermana que le salió al encuentro aquel inocente niño por un puñado de sapecas, que vendrían a valer alrededor de una peseta. La Hermana meneó triste la cabeza, y bajando los ojos replicó con voz, en la que se revelaba todo su hondo dolor: Hace días que no tenemos ni una triste sapeca con que comprar arroz para los pobrecitos huérfanos. Y volviendo la cabeza fué a ocultar sus lágrimas en un tránsito.

La indignación que entonces se apoderó del ruin pagano no es para descrita. Resuelto a sacrificar aquel débil ser, concibió la más horrible e inhumana resolución: la de arrojar al desgraciado Ong a las frias y cenagosas aguas del río. Pensando estaba en ésto, maldiciendo su estrella y la hora en que adoptó por hijo a Ong, cuando sintió un leve y suave peso sobre su hombro acompañado de estas ansiadas palabras: «Toma, hermano, toma lo que me pedías por tu criatura, y recibe también este puñado de arroz, para que tengas hoy algo con que saciar tu hambre. Era como ya habréis supuesto la Hermana que, contenta y alegre, llevaba en sus manos una plateada peseta, que acababa de llegar en el correo de España».

Era el 25 de Mayo. La ciudad entera, paganos y cristianos lloraban con llanto inconsolable el desgarrador martirio, que acababa de padecer su caritativo Arzobispo acompañado de 10 sacerdotes más y 13 diáconos y subdiáconos catequizados por él mismo.

Los cristianos lloraban a su cariñoso Padre, cuyas dulces palabras habían sido miel en sus persecuciones; los paganos deploraban la muerte de su caritativo bienhechor que, despojándose aún de sus cosas necesarias, había cubierto su desnudez y saciado su hambre.

¿Sabéis ahora, quién era este Arzobispo tan llorado de cristianos y paganos, que tantos y tantos cientos de almas había atraído al dulce seno de la Iglesia, que de tanto amor y respeto había sabido rodearse...

Era Ong que educado al calor del Horfanatrofio de Tio-Hao había seguido en el apostolado a Jesu-Cristo, salvando cientos y cientos de niños abandonados, como él lo había sido en otro tiempo gracias a la peseta enviada de España.

Y ¿conocéis ahora lo que vale una peseta?... nos costará apartar de nuestro dinero todos los domingos algunos centimillos para salvar con ellos tantos y tantos chinitos, que de no ser recogidos por las bondadosas Hermanas, morirían helados en las aguas de algún río o despedazados por los perros...?

A. P., Congr.

"No tengo tiempo".

Cuando leía estas líneas me ocurrió exclamar: ¡ésto hacía todo un Señor Presidente de la República del Ecuador!

Aquí están sus resoluciones escritas y cumplidas:

«Oración por la mañana y pedir particularmente la humildad. Misa y Rosario diario; Kempis y conservar la presencia de Dios, sobre todo al hablar, para refrenar la lengua. Ofrecer a Dios mis obras antes de comenzarlas. En las dudas y tentaciones decir: ¿qué pensaré sobre ésto en la hora de mi muerte? Hacerlo todo a mayor gloria de Dios. Confesarme por lo menos semanalmente».

Para que vengan algunos señoritos que yo me sé diciendo que no hacen nada de ésto ni van a Misa todos los días porque «no tienen tiempo»... Sin duda están más ocupados que este Presidente de República que todo lo dirigía.

J. M., Congr.

El periódico de papá.

Una madre que notaba el cambio desfavorable efectuado en su hijo aún adolescente, indagando la causa, le sorprendió un día escondiendo en la cómoda el periódico, que recibía su marido, por lo cual le reprendió.

Se enteró el padre y empezó también a reprenderle.

—¡Valiente crimen!—replicó el hijo en tono despreciativo.—Eso es lo que me decía el

Universidad de Deusto
Biblioteca

cura; pero después me he instruído en tu periódico y he visto que todo eso son pamplinas.

Esto bastó para que el padre dejase la suscripción al periódico.

¿Conseguiría con eso devolver a su hijo la fe y la virtud que su lectura le había arrebatado?

Eso ya es más difícil.

F. C., Congr.

Correspondencia abierta.

Este habla claro.

Recuerdo que Vd. me dijo que este pueblo era muy peligroso; pero yo creo que no hay peligro, si uno no va a paseos y diversiones donde ve y oye lo que no debe; al tal le pasa lo que a la mariposa que, al andar volando cerca de la luz, termina quemándose las alas.

F. C., Congr.

Y éste también.

No quiero pensar el susto que pasarían mis amigos cuando estuvieron a punto de ahogarse; gracias que son buenos chicos y que siempre están dispuestos a dejar este mundo tan *perro;* no se puede estar un instante con el alma muerta, pues cuando menos se piensa salta la... muerte.

Estos días que ha hecho tan mal tiempo me dedico a hacer redeñas para no estar ocioso; a mí me parece que la ociosidad es el peor amigo. Esta semana no he tomado un solo baño de mar, pues el mar está horroroso y cualquiera se deja que el mar le coma.

¡Qué lista anda la muerte!

Aquí ha habido en poco tiempo dos desgracias; un hombre al ir por su camino vió una culebra (porque aquí hay muchas) y la pegó unos cuantos palos y se marchó; pero se dijo: igual no la he matado; y volvió y la hurgó con el palo; ésta le saltó al pescuezo y le picó en lo que se llama yugular y le mató. La otra fue también repentina: iba con su carga de cerezas un hombre del pueblo y la mula no quería andar; le pegó con la palma de la mano y la mula le dió un par de coces y le mató.

F. A., Congr.

¡Cualquiera cree en brujas!

El campanario del pueblo tiene brujas, al menos así lo dicen; aunque ahora veremos lo que fueron. El día Santiago subió un hombre a tocar las campanas y oyó ruido y bajó corriendo a avisar al Sr. Cura; el Sr. Cura subió con la escopeta y un farol y otros hombres subieron con palos a ver lo que pasaba, y no vieron nada. Al día siguiente una mujer a las ocho y media fué a ver a su padre enfermo, y al pasar por debajo de la iglesia oyó como que mandaban callar a alguien, y la mujer miró a todas partes y no vió a nadie; y echó a correr, y ni ella ni sus hijos querían pasar por allí. El otro día subimos nosotros a ver, y resultó que eran unas... lechuzas.

F. A., Congr.

Hay ánimos para todo.

A pesar de haber llegado en bicicleta de nuestra excursión casi a las 12 y cansado de tanto correr me hubiera podido Vd. encontrar a las siete y media de la mañana siguiente en la iglesia.

I. A., Congr.

Buenos deseos.

Todos los días al comulgar quisiera poder escuchar su sermoncito, pero me contento con recibir a nuestro Señor.

J. Z., Congr.

No menos buenos.

¡Qué ganas tengo de ir a Bilbao, para poder comulgar todos los días sacramentalmente; mi casa dista ahora 5 Kms. de la iglesia.

L. G., Congr.

Para qué sirven mis cartas.

Yo no sé por qué, pero cada vez que le escribo me entran ánimos para ser buen congregante.

V. B., Congr.

Inscripción curiosa.

En la iglesia hay un sepulcro con la siguiente inscripción:

«Enterramiento de D. Andrés de Sarría caballero de la Orden de Alcántara. Dios le dió el sér en Villalba, y en el nuevo mundo hacienda, en todas partes honores, y el sepulcro en esta piedra.»

De las mejores maneras de aprovechar el tiempo.

Desde que estamos aquí en vacaciones le hemos cogido a un pequeñín y le damos lecciones de catecismo; la cosa no parece tomar mal camino, ya le hemos enseñado algunas oraciones y está muy contento. A los demás niños no podemos cogerles, pues no saben el castellano.

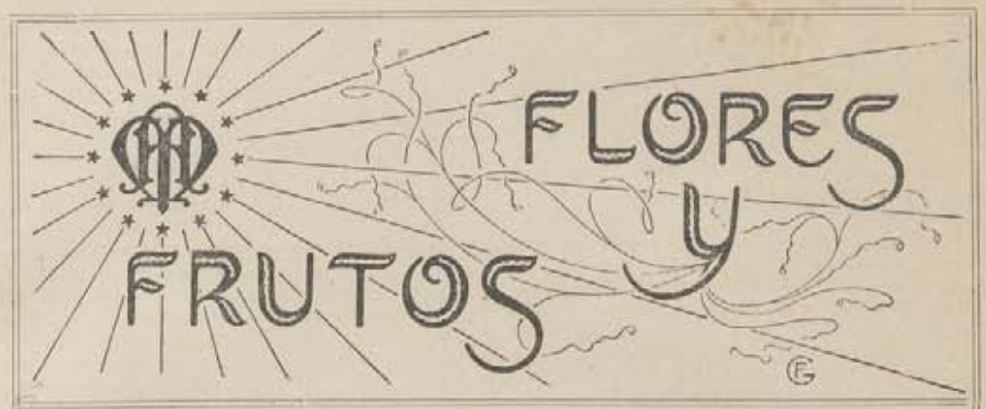
G. V., Congr.

Honrosos sentimientos.

Al contemplar despacio catedrales, como las que he visto estos días de Toledo Avila, queda uno admirado Ahora ya por la religión no se levantan monumentos como esos; se ve que se va apagando la fe. Debiéramos taparnos la cara de vergüenza, al ver que nuestros antepasados con menos medios hicieron lo que vemos hecho, y nosotros no pensemos mas que en ganar dinero.

Nuestros nietos dirán después; los del siglo XX parecen que no fueron católicos ni valieron para nada.

J. M., Congr.



Núm. 99.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Octubre de 1921

Cómo pasamos el verano.

En Valmaseda.

El que quiera saber lo que es vida que venga con nosotros a una de nuestras excursiones eucarísticas. Ya la noche anterior algunos apenas duermen y otros sueñan con el día de expansión que les espera.

Si nuestras fuerzas hubieran sido bastantes para hacer andar al tren más aprisa, antes de las nueve y media hubiéramos llegado a Zalla; no nos interesa tanto andar en tren como correr a nuestras anchas por el campo.

Como de otro modo hubiéramos desayunado muy tarde, comulgamos esta vez antes de salir de Bilbao; éste es para nosotros el mejor desayuno; tanto, que ya lo quisieran tener los mismos habitantes del cielo.

Cansados de tren nos apeamos en Zalla, pues nuestras maquinillas, gracias al gran maquinista, no estaban ni descompuestas ni gastadas. Sin cambiar de velocidad echaron a andar hasta llegar a Valmaseda.

Allí, sí, la cambiábamos a cada momento, a gusto del pelotón, que a veces andaba a más marcha que nosotros.

En la campa donde acampamos nos proporcionaron algo que no venía en bidones ni era precisamente gasolina: era un sustitutivo que hizo sus veces con gran ventaja.

Lo que no pudimos hacer por la mañana comulgando delante de todo el pueblo, como lo hacemos en otras excursiones, lo hicimos por la tarde: tomamos parte en la procesión con que los religiosos Misioneros del Corazón de María honran todos los años a su Patrona titular.

La expansión todo ese tiempo concentrada se convirtió en mayor alegría, tanto, que casi ni nos dimos cuenta que estábamos ya de vuelta en Bilbao.

¡Qué distinta esta nuestra alegría de la farsa del paseo de coches que aquí encontramos, donde reinaba la vanidad y la fingida alegría.

En Plencia y Górliz.

La segunda de abono fué nuestra excursión á Plencia-Górliz. Y por cierto que nos complació mucho ver en Plencia tan concurrida la Misa que se enlazó y siguió a la nuestra, eso que era día de fiesta suprimida; se ve que el pueblo le quiere mucho a la Virgen.

Aunque no nos vieron comulgar, se enteraron de cómo sabemos empezar el día. Y á propósito de empezar el día, casi nos atrevemos a desafiar a que nadie lo pueda empezar mejor. Y ¡así bendice Dios estas nuestras jiras. ¡Qué días pasamos más felices!

Este día fué de esos que parece que los relojeros andan moviendo las manecillas y haciendo correr á los relojes hora tras hora; las doce horas que estuvimos fuera de Bilbao, ¡qué ligeras pasaron! Si todos los días pasaran así, pronto nos hacíamos viejos.

La playa fué nuestro campo de acción; y tuvo su encanto especial tanto la bajada de la marea por la mañana, como la subida por la tarde

Tentando vados y hundiéndonos, a veces un poco más de lo conveniente, conquistamos algunas islas. Para esto no nos hacía falta embarcaciones como el vaporcito que vimos encallar, ni hidroaviones como el que pasó delante nuestro.

Por la tarde, en cambio, el mar, al subir, pudo más que nosotros, y deshizo nuestras fortalezas, como si fuesen de arena; y claro está que la playa no daba material más resistente.

La encañada en que comimos al pie de una fuente, que va a surtir de más agua al Sanatorio, no pudo ser más pintoresca; como pintoresco fué el transporte por entre aquellos montes de la impedimenta, si así puede llamarse a lo que más nos hizo correr después.

Está bien claro que a todos, especialmente a las familias, les tiene cuenta favorecer jiras como estas; así podrá haber jóvenes sanos de alma y cuerpo, que tan difícil es en este Bilbao de tanto movimiento y tan encajonado y bastante maleado.

Universidad de Deusto
Biblioteca

En Dima.

Algo así como a Don Quijote, a quién se la antojaba que todo lo que encontraba en sus caminos eran ejércitos de fementidos enemigos, nos pasó a nosotros en nuestra excursión a Dima: íbamos con la preocupación de ver aquellas famosas cuevas, y todo agujero que encontrábamos de paso nos ocurría que era una cueva.

Llegamos a Dima, los tres kilómetros últimos con nuestros automóviles «propios»; y llegamos antes de la hora señalada, gracias a que por nuestra causa habían retrasado el reloj. Oímos misa y comulgamos cuando había más concurrencia de pueblo, a las ocho y media.

Sobre la Comunión diaria, de la que queremos ser propagandistas, versó la plática en vascuence; aunque ya en otra misa nos habían precedido más de 200 niños en la mesa eucarística. No es extraño que ese pueblo, bastante incomunicado y con tan celosos sacerdotes, se conserve tan sano; tanto que apenas hay quien no rece el Santo Rosario en familia.

Caminamos, después de un suculento desayuno, a las famosas cuevas con las consiguientes peripecias, como pasar y repasar inútilmente un riachuelo y por caminitos propios de cabras.

Una fotografía del gran portalón de la cueva lleno de congregantes hubiera dado alguna idea de la impresión que aquel espectáculo nos causó a los que veníamos en la retaguardia; y no hubiera tenido que ser muy instantánea, pues ante aquella media oscuridad estaban los ánimos y aun los pies un tanto aquietados. Pasada esta primera impresión resonaron aquellas monolitas bóvedas con cánticos a la Santísima Virgen y con vivas a todo lo que más amamos.

Improvisadas con periódicos lucidas antorchas y alumbrados también con lámparillas eléctricas, nos internamos en la cueva hasta dar con la otra salida y volver a ver el sol, que aquel día, como pocos, lucía sus mejores galas.

Satisfechos con aquel paseo subterráneo, buscamos un sitio acomodado junto a una fresquísima fuente, para reponer nuestras fuerzas; y una vez repuestas, volvimos al pueblo, donde rezamos con él el Santo Rosario, y, contentos, tomamos nuestros tranvías, despidiéndonos de estos días de campo tan bien aprovechados. ¡Lástima que no sean más frecuentes!

P. P., Congr.

¡Vaya un amiguito!

Era ya el segundo año que Carlos, joven a la sazón de no más de 13 años, había ingresado en el Instituto de Valladolid con el fin de estudiar allí el bachillerato al lado de una tía suya, siendo la admiración de sus compañeros por su intenso amor al estudio y descollando siempre en las aulas por su raro ingenio. Jamás había cedido sus premios de aplicación y aprovechamiento a ninguno de sus compañeros. Y.. cosa extraña; aunque lejos del calor materno y rodeado de amigos, no todos de sus religiosas miras, ni había pisado un *cine*, ni corrido su vista por la negra página de una novela impura. Y aun cuando sus compañeros, envidiosos de sus brillantes adelantos, querían arrastrarle tras de sí en la carrera de sus vicios y le importunaban a que tan siquiera una noche les acompañase a algún *cine*, él contestaba resuelto: no, no voy.

Mas ¡ay! poco a poco le condujo al abismo el afecto que sentía hacia cierto condiscípulo, no muy amigo de iglesias. Y tanto pudieron los hipócritas halagos del enmascarado amigo, que tras tenaz resistencia cedió al fin, y aquella misma noche fué a un *cine*, primer eslabón de la cadena con que desde entonces había de quedar sujeto al vicio.

El, bien reconoció la perversidad de aquella función; mas retenido por el fatal ¿qué dirán?: «se dirá, si me retiro, que no sirvo sino para sacristán», no salió.

Terrible fué para él aquella noche; horrible el sueño; espantosas figuras se le presentaban a la imaginación. Reconocióse culpado, avergonzóse de su falta; pero, teniendo vergüenza de su pecado después de cometido, no se atrevió a manifestar su flaqueza y caída a su confesor. Así pasó un día y otro, y semana tras semana, sin poder sepultar en el olvido su falta; porque ésta sólo se olvida después de declararse culpable a los pies de un confesor.

Tristes trascurrían los días para él; tenebrosas las noches; el reposo y alegría huían de su corazón. No pudiendo soportar por más tiempo el roer del gusanillo de su conciencia, resolvió acallarlo a fuerza de amontonar pecados sobre pecados. Así abandonó los libros, descuidó las clases volviendo a los *cines*, teatros y otras reuniones, acabando por encenegarse en el vicio más feo.

Quiso volver a los libros, mas éstos ya no atraían su corazón, preocupado y engolfado en otras cosas. Llega así Junio, y con Junio los exámenes, y hubo de recoger lo que había sembrado; le obligaron a estudiar durante el verano. Marchó a su pueblo, y con el mayor despecho y descariño, se presentó a su madre, despreciando y burlándose de las dulces reconvenciones que ésta en su dolor le dirigía.

No supe más de él, hasta hace cosa como de dos meses; por casualidad me enteré que teniendo ya 18 años, había querido Carlos, instigado por los ruegos y lágrimas de su madre, volver al camino de su niñez; mas no pudiendo romper con las malas costumbres, se había sumergido más en los vicios, hasta llegar a serle insoportable la misma mirada de su madre; se había escapado de casa, dejándola tan amargada que no sobrevivió largo tiempo. Ingresó como dependiente en una platería, y más tarde he sabido también que estaba ya retenido en la cárcel por lo que es de suponer.

¡Por qué poco empezó, y por qué poco se empieza; el primer tropiezo siempre lo pone un *amiguito*. ¡Cuidado con ellos!

A. P., Congr.

Un tranvía para el cielo.

Era Ricardo un chico muy alegre y travieso y un tantito desobediente; con todo era muy aplicado y devoto de la Virgen.

Llegó un día a su casa cargado de libros de estudio y con la cara radiante de alegría: había obtenido a fin de curso el primer premio entre los de su clase.

Apenas tuvo tiempo de dejar su sombrero y libros encima de la cama de su cuarto; corrió al comedor donde estaba su madre, a darle la buena noticia.

Mamá—le dijo—me han dado el primer premio de la clase Alegróse la madre al oirlo y le prometió que conseguiría que su padre le diese un buen premio.

Efectivamente; cuando llegó su padre le ratificó la promesa; y Ricardo soñaba despierto con el codiciado premio. ¿Cuál sería? Ya lo tenía bien pensado.

* * *

Aquella noche era la del quinto día de la novena de la Dolorosa, a la cual asistía con toda su familia.

En el curso del sermón, dijo el predicador que las mortificaciones eran una cosa muy a propósito para agradar a la Virgen y un modo para recordar y agradecer lo mucho que sufrió al pie de la Cruz por nosotros.

Escuchaba Ricardo con mucha atención el discurso, proponiendo en su interior hacer lo que pudiera agradar a su Madre Santísima; no se acordaba entonces de su tranvía.

Llegó el día siguiente, y a la mañana al rezar sus oraciones, se acordó que era el día fijado para su compra, y le vino también a la memoria el sermón de la víspera que tanta impresión le había causado. Allí fueron sus apuros y cavilaciones. Por una parte le presentaba el demonio el tranvía con sus ruedas de goma, su trole, sus faroles; por otra, aquella mortificación tan agradable a la Virgen; podría pedir su valor y darlo a las Misiones o a los pobres.

Pero tanto empujó el demonio que al fin condescendió, aunque sólo en parte: compraría el tranvía, pero en cambio se mortificaría mucho en el estudio, en la comida, etcétera...

Con esta resolución y la correspondiente inquietud pasó las primeras horas de la mañana, hasta que la Virgen, por medio de un compañero, le puso en conocimiento de que la familia de un amigo suyo estaba en la miseria.

Entonces pensó: ¡Madre mía! no te he de contentar ahora que tengo tan buena ocasión?

Con toda resolución se entera dónde vive aquella familia, vuelve a su casa, corre a su mamá y le dice:

—Mamá, déme usted lo que valga ese tranvía.

—¿Para qué?—le contesta ésta—¿es que quieres comprarlo ahora mismo?; no tienes poca prisa.

—No, mamá, no,—le dice Ricardo—quiero ese dinero para dárselo a mi amigo Julián, pues acabo de saber que está pobre y además enfermo.

Entrégale la madre emocionada lo que pedía; sabe bien el sacrificio que hace su hijo y le anima a que siga siempre con esos sentimientos. Poco después salen juntos hacia la casa en donde vivía Julián con su familia.

Páranse ante un portal de pobre apariencia, suben por una escalera apenas sin luz y de escalones bien poco nivelados; y por último llegan a una bohardilla con grietas por los cuatro costados, de techo bajísimo.

En una esquina de aquel lugar, una pobre mujer cuida a un muchacho de pálido aspecto que está en una cama. Cuando Ricardo y su madre entran, levántase la mujer y mira hacia la puerta. Sólo se oye una doble exclamación: ¡Pobre Julián!—¡Ricardo¡ Poco tiempo, aunque muy aprovechado, están allí Ricardo y su mamá; durante el cual conocen la causa de la desdicha de la familia de Julián y la enfermedad de éste Por último, después de haberles prometido ayuda, les entrega Ricardo las cincuenta pesetas, que, lejos de costarle, las da con grandísimo contento.

Al llegar a casa y ver la imagen de su Virgencita, le parece aquella su mirada más amorosa y agradecida que nunca.

Este primer esfuerzo que hizo le animó a otros mayores de modo que encontraba ya hasta placer en mortificarse. Y todas las noches arrodillado ante la imagen de la Dolorosa le ofrecía un ramillete de mortificaciones.

Así fué creciendo más de ánimo que de cuerpo nuestro pequeño Ricardo.

Sabía bien que la Virgen no se deja nunca vencer en generosidad.

M. A., Congr.

Va de cuento.

Pues señor. Estos eran dos diablos que andaban desesperados porque no sabían qué hacerse. ¿Qué haremos, se decían mirándose uno a otro muy cariacontecidos.

En éstas se hallaban cuando se presenta otro diablo muy ladino, que por todas las trazas tenía ya hechas muchas y muy gordas en su arte de cazar almas.

—¿Qué hay de bueno, camaradas? les dice nuestro huesped.

—Lo de siempre; mucho ruido y pocas nueces... Que por más que nos empeñamos y y movemos y removemos, no conseguimos nada.

—Es raro; porque vosotros os dedicáis a pescar anchoas y sardinillas; si fuerais como yo que tengo que pescar de lo fino... esos frailecitos se escurren que es un primor.

—Pues nuestros chicos hazte cuenta que son frailes, según están de avispados. Ayer creí que mi chico iba a quedarse en la cama y dejar la Misa, y al efecto me acerqué y le eché unos polvitos de pereza para adormecerlo un poco... Nunca lo hubiera hecho; el nene cae en la cuenta y...

—¿Te dió con los polvos en la cara?

—Si fuera eso solo: se levanta, viste, corre, se va a misa y se acerca a comulgar (cosa que no pensaba) y empieza a rezar por todos los

Universidad de Deusto
Biblioteca

niños perezosos... Nada, que me corto la coleta.

¡Como no se la corten! Seguirán engañando tontísimamente a padres e hijos

¡Qué así no sea!

F. C., Congr.

¿Brujerías, eh?

En un pueblo de Aragón situado en las faldas del Pirineo, había un labrador rico, algo excéntrico, si se puede emplear esa palabra tratándose de un baturro.

Propuso aumentar el número de festejos en los días en que se celebra el Santo patrón del pueblo del año siguiente: organizó un concurso entre los mozos del lugar, asignándose premios para las tres pruebas: carrera, salto libre de obstáculos y salto con pértiga.

Todos los mozos comenzaron a ejercitarse para poder ganar la honrilla y los premios al año siguiente.

Entre ellos había uno que acababa de concluir la carrera de maestro el año anterior y estaba todavía sin colocación.

Nadie en el pueblo creía que podría presentarse a la prueba, pues pensaban que quien había pasado su vida entre libros, no podría hacer gran cosa.

Encaminóse el maestrillo a casa de una vieja que habitaba en un pueblo inmediato, la cual a cambio de las monedas que le daban los tontos que la consultaban, dejaba correr la voz de que era adivina.

Cuando llegó le preguntó cómo podría arreglárselas para ganar el concurso

Ella, después de hacer infinidad de signos y figuras con una varita, le dijo: «sube a la montaña y tráeme unos cuantos pelos de la punta de la cola de una liebre viva cogida por tí sin herida alguna, unas gotas de sangre de la primera cabra montés (rebeco) que veas bajando desde el pico de la Maladetta, y el cascarón de un huevo de águila». Pagó el maestro la consulta y se marchó al pueblo.

Al día siguiente, comenzó a seguir a las liebres, sin resultado, porque los perros en cuanto alcanzaban a la liebre, la mataban.

Cambió de táctica, llevaba un solo perro atado con una larga cadena y corría con él por los campos hasta que levantaba la liebre; después era cuestión de piernas, corría tras ella como un desesperado hasta que no podía mas; docenas de veces creyó que la alcanzaba y otras tantas se le escapaba hasta que llegó a coger una viva obteniendo así los ansiados pelos.

Habiendo divisado en una de sus correrías un nido de águila, resolvió cogerlo: subió a una roca que dominaba el precipicio en cuyo fondo estaba el nido y descolgándose por una largísima cuerda, llegó a apoderarse de los huevos poniendo a prueba en la apertura la resistencia de sus brazos.

La captura del rebeco fué lo más facil, pues acostumbrado a correr y a saltar de roca en roca, subió a la Maladetta y al primer rebeco que divisó lo persiguió con tal encarnizamiento que consiguió apoderarse de él.

Pocos días antes de la prueba, volvió a casa de la bruja entregándole el premio de sus fatigas, y entonces la vieja le dijo: «cuando llegue el día de la carrera pondrás los pelos de liebre en tus alpargatas; cuando la del salto te mancharás los pies con la sangre del rebeco y cuando la del salto con pértiga, frotarás ésta con los cascarones de águila».

Dicho y hecho, el día de la prueba, cuando nuestro maestrillo se presentó, una carcajada general le saludó. Dieron la señal de marcha, y dos docenas de los mozos más robustos empezaron a correr; pero llegó a la meta un segundo antes que los demás, nuestro maestrillo.—Parece mentira, dijo el más aventajado de los mozos, corre como una liebre.

En la segunda prueba quedaron empatados, conviniéndose en que el que ganara la tercera se llevaría los dos premios.

Después de frotar varias veces la pértiga con el cascarón hecho polvo, dieron la señal de partida: nuestro individuo adquirió una velocidad tan grande en la carrera, que cuando llegó el momento de saltar, se elevó como una pluma sacando enorme ventaja a sus adversarios. La ovación fué enorme yendo orgulloso a recibir los tres premios.

Al día siguiente encaminóse al pueblo vecino para dar las gracias a la bruja por el resultado apetecido. Cuando llegó le dijo a la vieja que la conciencia tenía intranquila por haber contravenido al primer mandamiento de la ley de Dios «no creer en agüeros, hechicerías ni cosas supersticiosas.....» a lo que la mujer le contestó con una carcajada diciéndole «¡Cómo creistes en la virtud de los pelos de la liebre, cascarón de huevo y gotas de sangre!» El premio te lo has ganado por tu agilidad; pues ¡cuántas carreras, saltos, trompazos, sudores no te han costado los *famosos hechizos!*.

Imaginémonos la cara que pondría el maestrillo cuando se dió cuenta de que había sido un tonto al creer que los consejos que le dió aquella, que él creía que era bruja, tenían algo de sobrenatural.

* * *

Todas las patrañas de las adivinas, hechiceras, etc., etc... son por ese estilo y aún peores, pues no todas tendrán el sentido común que tenía esta vieja, robándoles a los tontos que las consultan, el dinero y sobre todo la tranquilidad de conciencia por haber despreciado y aun pisoteado el primer mandamiento de su Criador.

S. A. L, Congr.

FLORES Y FRUTOS

Núm. 100.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Noviembre de 1921

Otro Congregante más en el cielo

Tan marcadamente animosa y consoladora fué, como veremos, la despedida de este mundo del joven congregante Juan José Achaerandio y Arrese que, de estar allí presente gente mundana y despreocupada, hubiera tenido que confesar que alguna esperanza muy levantada le esforzaba aún en su misma agonía. Ese esfuerzo se lo daba la educación sólidamente cristiana que le había alentado toda su vida y no le dejaba ni en la muerte.



Aunque pertenecía a los Luises, y estaba separado oficialmente de los Estanislaos, seguía con el afecto con nosotros, como lo demostraban sus frecuentes visitas al Padre, a quien ni en su casa llamaba con otro nombre, y con quien aún ausente por carta comunicaba sus alegrías y esperanzas. Muchos párrafos de estos han aparecido por el verano en «Correspondencia abierta» de esta revista.

En una de éstas del año pasado escribía desde Pau la vida que allí llevaba. «Nos levantamos, dice, para la misa de ocho como de costumbre y comulgamos acordándonos de todos ustedes. Sentimos, aunque no hasta la desesperación, el no poder asistir a celebrar la fiesta de San Ignacio en la Residencia o en Orduña. Celebramos después la parte profana tocando el violín y el piano todo el día, y de manera tan alarmante que alborotamos el vecindario».

Sin querer se retrató en este párrafo; pues era constante como pocos en la misa y comunión diaria; estaba en la persuasión de que no había nada mejor para ser siempre muy digno y estar siempre alegre.

Y esta su alegría la llevaba por donde quiera que iba; no como muchos que, alegres fuera de casa, en casa se muestran serios y displicentes: llegaba a casa y su primer cuidado era saludar con cara alegre a su madre y a su tía alargándoles si estaban juntas al mismo tiempo las dos manos. No había que verle para que se supiera que estaba en casa: su conversación animada, cuando no sus tarareos de escogidos cantos le denunciaban.

De esta misma continua alegría, señal de su tranquila conciencia, son testigos abonados sus especiales amigos. Y en el escogerlos se veía también su buen juicio; tanto que aún en Francia estos dos veranos tenía por amigos, según carta de su hermano, jóvenes que oían misa y comulgaban todos los días.

Los amigos que aquí tenía le honraban y se honraban a su vez con su compañía. Si no que lo diga aquel animarse mutuamente estos dos últimos años para ir sin que nadie les hablara a hacer los ejercicios a Loyola; y no contentos con ir ellos animaban a otros no tan amigos; juntándose algún año más de veinte jóvenes en la tanda libre de Junio.

«Temía, dice su primo, jesuíta en Loyola, que entre tanto joven se había de portar mal y preguntaba frecuentemente por su conducta al H. encargado, quien siempre me respondía: «Pero, si es un chico de primera!... ojalá fueran todos como él!» El tercer día fuí a visitarle como de costumbre y le hallé tendido en la

Universidad de Deusto
Biblioteca

cama pregunté al Hermano qué tenía y me dijo: «Está mal; está mal!... y para que vea Vd.: le he dicho que deje de asistir a los puntos y me ha respondido: Nó, Hermano, nó; no quiero perder nada!»

El día de las confesiones le dije al despedirme: A ver si te confiesas bien, y me respondió con seriedad: «Sí, sí». Y al contar él la alegría que sintió al acabar sus primeros ejercicios «¡Tengo, dice, un gozo sin igual después de confesarme».

De Loyola sabido era cómo salía: la alegría rebosaba su capacidad y hacía de ella acopio para todo el año; ¡lo que vale tener siempre la conciencia tranquila aún en la edad difícil que Juan José tenía!

Cuando tenía nueve años fué por primera vez al Colegio de Orduña y escribía al Padre lo contento que allí se encontraba y lo que había mejorado de salud en el primer mes de Colegio; y en posdata en aquella carta confirmaba el mismo P. Rector que José valía más de lo que pesaba.

Su celo para hacer bien a otros lo demostrabn también en carta, en que pedía docena y media de «Devocionarios populares» del P. Vilariño, para repartirlos entre sus compañeros de Colegio.

En pocos concursos pudo tomar parte; pues al poco de introducirse este medio de instrucción y educación en la Congregación se fué al Colegio de Orduña; pero en los tres en que lo hizo demostró bien a las claras su piedad práctica.

Se nos preguntaba en uno de ellos cuál era la mejor manera de hacer una novena o de honrar a un Santo. Contestaba él que, «si se trataba de honrarle en Congregación, todos juntos, lo mejor era asistir puntualmente a misa y comulgar fervorosamente; si en particular podrían hacerse comuniones espirituales y algunas limosnas; y, si se trataba de honrarle al Santo en el trato con sus compañeros lo mejor sería practicar la caridad y ser condescendiente». Prácticas, como vemos, de las más sólidas, para las que hay que mortificarse no poco.

Y esto lo debía decir en serio, pues en carta posterior entre broma y no broma le decía al Padre; «No es mala la vida que usted tiene; es cosa de meterse jesuíta; se lo digo muy en serio».

Otro caso de esforzado ánimo nos contaba el otro día un amigo suyo: Hace dos años al volver de Algorta tropezó en la estación de Bilbao con un desalmado, que quiso hacerse el bárbaro profiriendo una horrible blasfemia.

No pudo contenerse nuestro Juan José y, con aquella firmeza de carácter que le distinguía, le increpó duramente. Aquel infame de más edad y más corpulencia quiso intimidar a su inesperado interlocutor y lanzó, entre palabras soeces, otra blasfemia. Viendo nuestro joven que nada conseguía le denunció al guardia que estaba en la estación; quien cumplió con su deber, tomando los nombres del denunciado y denunciante, y multando al blasfemo.

Se conserva el diario que llevó el último año de Colegio y de él hemos podido entresacar algunos datos que demuestran también su buen espíritu. Entre otros, éste:

«Estamos en recreo cuando nos dicen que ha llegado un telegrama: «Gonzalito fallecido. Araluce».

La impresión que nos hizo fué terrible especialmente a los de 6.º Yo tuve unas lágrimas para con mi compañero de curso y de Bilbao, R. I. P.

No tengo ganas de nada. Pensar que el Jueves se fué de aquí y el Sábado está muerto.

A las siete y media de la noche, viene al estudio el P. Rector y nos lee dos cartas de su padre relatándonos la muerte de Gonzalo. Murió besando el crucifijo y diciendo quería ver a Dios. ¡Quiera el Señor concederme a mí una muerte semejante!

Todos los bilbainos de 6.º año fuimos al día siguiente con el P. Rector a Bilbao, y al poco de llegar fuimos a casa de Araluce. Estaba vestido de San Luis con la medalla de la Congregación. Lo mismo que cuando vivía, sólo que un poco pálido. A su lado estaba su hermana llorando sin consuelo. Sus padres estaban resignadísimos. Nos contaron cómo se acordaba de nosotros antes de morir. Nos dieron las gracias a todos, y su papá nos abrazó. Salimos, al menos yo, muy impresionado.

Cuenta también al fin de su diario cómo al llegar a Bilbao ya bachiller subió a Begoña a rezar con sus compañeros un rosario, y prosigue: «La tía Carmen me ha regalado una sortija de oro con mis iniciales y por dentro grabadas estas palabras: «Antes morir que ofender a Dios». Mamá me ha regalado otra con la fecha 25 de Mayo, en que me hicieron congregante, y con esta frasecita: «Mira a la eternidad».

No es extraño tuviera esos sentimientos quien fué educado, como nos lo contará ahora su primo, hoy jesuíta, que pasó buenas temporadas viviendo con ellos en familia. «Aún recuerdo con devoción y cariño aquellas escenas idílicas en que tuve la dicha de formar parte, cuando poco antes de acostarnos nos reunía su madre en su aposento, y puestos de rodillas junto a un Santo Cristo, nos hacía rezar en voz alta las oraciones de la noche y comenzaba luego el exámen, al que respondían con angelical candor mis primos, contándole sus travesuras infantiles...; cuando, en las alegres vacaciones de Navidad, interrumpíamos frecuentemente nuestros juegos para ir a rezar el Credo ante un precioso Niño Jesús, colocado sobre un velador en el gabinete...; cuando reunidos al caer de la tarde los primos con las criadas ante un cuadro del Perpetuo Socorro, rezábamos el Santo Rosario, teniendo ellas que dar cuenta a las tías de cómo lo habíamos hecho...; cuando íbamos el último día de año a dar gracias a Dios Nuestro Señor en la Basílica de Begoña, y a las doce de la noche nos hacían comenzar el Año nuevo con un ¡Viva Jesús!.. ; cuando más tarde y siempre (mientras yo pude observarlo al menos) entraba la madre en el cuarto de Josechu y le despertaba haciéndole repetir con ella una oracioncita que

comenzaba: «Este primer suspiro de mi alma, Jesús mío,...»

Al ir a examinarse este año a Valladolid del segundo curso de Derecho, deseaba, como era natural a su edad, que no le acompañara como el año anterior su madre. Se comprometió a portarse con más formalidad aún que el año anterior y lo cumplió; y era uno de los buenos recuerdos que tenía, como lo declaró a la hora de la muerte.

En sus conversaciones manifestaba a veces sus deseos de no ser hombre vulgar, de sobresalir en su carrera y más, después de terminada; y sobresalió, como veremos, sobre todo al terminar la carrera de este mundo.

Por la urgencia con que se presentó la gravedad no hubo para el pobre enfermo preparación de ningún género, y recibió la noticia con tanta serenidad y conformidad tan admirable que, sin un milagro de la gracia, aquello era incomprensible. Antes de salir los médicos de casa, ya estaba el P. Poydenot; con él se confesó muy contento de poder hacerlo en español; el Padre al salir nos dijo que Josechu esperaba contentísimo lo que Dios dispusiera de él.

Le transportaron a la clínica y en vista de la marcha que tomaba la enfermedad decidieron los médicos operarle; pues de otra manera no pasaría aquella noche. Yo desde aquel momento no pude hablar de mi primo sino como de un caso muy extraordinario, pues hasta en la cara tenía algo de especial. Cuando entré por última vez antes de la operación a decirle adiós, me pareció ver un San Estanislao: tenía una alegría como jamás se le había notado y mirándonos con gran cariño nos dijo: ¡Animo, ánimo, confianza en Dios y en la Virgen de Begoña!

Nos mandó que todo el tiempo de la operación estuviésemos en la Iglesia del Buen Pastor delante del altar de la Santísima Virgen.

Cuando le abrieron encontraron el apéndice perforado y el peritonal completamente lleno de pus.

El P. Poydenot le llevó la Comunión y nos dijo estaba edificado de su fervor

A las 24 horas de la operación empezó a ponerse muy mal; con todo las ocho horas que duró fueron preciosísimas; imposible describirlas, pues nos dijo tantas cosas e hizo tales actos de humildad y contrición, que sin un torrente de gracia de Dios imposible le ocurrieran las cosas que nos dijo. En uno de los momentos que tuvo de calma notamos en su cara un gozo extraordinario, tanto que su tía le preguntó:—¿En qué piensas, Josechu?

—En la Comunión de esta mañana, tía, ¡Ay! pensar que me podía haber muerto hoy sin recibirle!

A todos nos dijo entonces frases de consuelo; pero a su madre y hermanito les despidió con tal alegría y generosidad, que sin verlo no se puede creer.

El párroco le dió la Santa Unción cuando tenía todo su conocimiento.

Dos cestas de flores preciosas que le regalaron mandó se las pusieran a la Virgen; y en sus últimos momentos las volvió a pedir y cogiéndolas con las dos manos, las levantaba y ofrecía a la Virgen, de modo tan especial que parecía la estaba viendo. Tuvo también algunos cortos momentos de lucha con el enemigo, porque hacía con mucha firmeza con los dedos una cruz, y como hablando con alguien decía: «No me vencerás, estoy con Jesús y con él todo puedo. Luego un poco inquieto preguntó: «Amachu, qué día es; hasta el sábado tendré que estar en el purgatorio».

—Nó, hijo mío; te haremos muchos sufragios

—¡Ay, gracias, amachu, ¡qué buena eres!; has salvado mi alma y la tuya».

A causa del cloroformo tenía gran sed; y como la tía temía le perjudicara, le dijo: Mira, Josechu, ofrece ese último trabajito a Jesús, que también tuvo sed en su agonía.

—Sí, tía, y ¡Jesús clavado en la cruz y yo en esta cama tan blandita!»

Y no volvió a pedir agua y con una cara de satisfacción decía: ¡Ay! yo que he sido tan malo y ¡qué consuelo me da Dios en la hora de la muerte!»

Un amigo suyo y testigo de su muerte escribía: «Ha sido verdaderamente consolador ver la tranquilidad con que se daba cuenta de que moría y cómo se acordaba de todos.

Como viese llorar a algunos de los presentes, les decía: No lloréis; si esto no es más que un paso. Y como una de las enfermeras, como para animarle, le dijese, que no moriría, le contestó: Si yo quiero morir; mejor que ahora nunca me cogerá la muerte.

A mí me dijo: Ramón, dame un abrazo. ¿No te parece que es hermoso morir como yo muero? Di a nuestros amigos, que muero contento y en gracia de Dios.

¡Quién no quisiera tener muerte como ésta, tan tranquila, tan consoladora a los que hayun de sentir nuestra ausencia!

Pues, que me eduquen tan religiosamente como vemos le educaron a este afortunado joven; que como él comulgue diariamente; que tenga confesor y consultor fijo, como él lo tenía. Por esos pasos se va a la muerte tranquila y a la felicidad del cielo.

D. A., Congr.

¡Vaya una propina!

Erase un señor Obispo que en ocasión de hacer la visita a su diócesis, encontrándose un día a bastante distancia de su palacio, se le inutilizó el coche rompiéndosele un eje.

El señor Obispo se apeó y se fue andando poco a poco camino de su palacio. No había andado mucho cuando se oyó un ruído de cascabeles; era que venía la diligencia del pueblo. El señor Obispo la esperó; pero cuando hubo llegado vió que estaba ocupada; y, aunque algunas personas de las que iban le ofrecieron su asiento, él no aceptó de ninguna de las maneras; y como pudo se colocó en la delantera con el cochero.

Iban por el camino hablando amigablemente; y, cuando ya la diligencia se acercaba al palacio, echó el señor Obispo mano al bolsillo con intención de darle una buena propina, pero lo encontró vacío; le dijo entónces, que

cuando necesitara algo fuese al palacio y dijera que era el cochero de la diligencia; con solo eso le dejarían entrar.

Llegó el pobre cochero a su casa y le contó todo a su mujer, que era tan buena cristiana como él. Sabes que es buena ocasión para pedirle por nuestro hijo, que como él nos dice quiere estudiar para sacerdote. Convencido el pobre cochero por su mujer se dirigió hacia el palacio; llegó a la puerta y no se atrevió a llamar; al fin llamó y salió un criado al cual le dijo que era el cochero de la diligencia del pueblo, que quería verse con el Sr. Obispo. Pasó y llegó al gabinete el pobre hombre todo sonrojado. Contó al Sr. Obispo lo que le había dicho su mujer, y el Sr. Obispo le contestó que no se apurara que todos los gastos correrían por su cuenta.

Han pasado veinte años y el hijo del cochero es un sacerdote muy celoso, y su padre tiene a mucha gala contar a todo el mundo esta historia, que la termina diciendo: ¡vaya una propina que me dió el Sr. Obispo!.

B. G., Congr.

Cómo arribar seguros.

En un puerto del Sur de España ví, en la época del paso de las aves a la costa africana, un sinnúmero de avecillas que no se determinaban a pasar el mar; parecía que no contaban con fuerzas suficientes para la travesía.

En ésto aparecen en lo más alto no sé qué clase de aves de gran tamaño; las avecillas por instinto, remontan su vuelo; gran parte de ellas se posan sobre el dorso de las mayores, consiguiendo de este modo llegar a la playa africana.

Nosotros tampoco podemos con nuestras fuerzas atravesar el mar de esta vida; nuestro apoyo es el manto de la Virgen y con la gracia recibida de Ella, que es nuestra Madre, arribaremos a nuestro puerto, al cielo.

P. A., Congr.

Antes morir que...

El mismo se lo había pedido a Dios una y y mil veces, siempre que comulgaba: Señor, prefiero la muerte a cometer un pecado mortal; y sin embargo, ahora que estaba tan cerca de cumplirse su petición, él no lo comprendía.

Aquella mañana, al despedirse el médico, como verdadero cristiano, dijo a su madre: Está tan grave, que sólo un milagro puede atajar la muerte. Ella, aunque ya suponía muy mal, se impresionó tan vivamente como es de suponer; no obstante, animándose con esa resignación santa, que es privilegio de los creyentes, lo ofreció a Dios con un: «Hágase tu voluntad», y se preparó al sacrificio.

Luisito—le dijo,—hace muchos días que no comulgas: ¿quisieras hacerlo hoy?

—Sí, mamá; que llamen a mi confesor. A mí me parece que Dios quiere llevarme y quiero prepararme bien.

La madre iba a contestar pero la congoja habíale hecho como un nudo en la garganta y no pudo articular palabra. Así pues, conteniéndose, salió a desahogarse fuera del cuarto.

Luisito había observado hasta entonces una vida ejemplar; bajo la vigilancia de sus buenos padres habíase educado cristianamente, pudiendo decirse, como se dice de Cristo, que cada día iba fortaleciéndose más en la virtud. ¡Cuánto gozo le daba aquella angustiosa hora el recordar las veces que había recibido a Dios, las oraciones, los sacrificios, las limosnas y todas las obras buenas que había hecho durante el curso de su corta vida! Por otra parte, de poco se tenía que arrepentir. En sus semanales confesiones no habían entrado sino pecadillos veniales, pues los *cines* y teatros puede decirse que no los había pisado; ¡tan bien cuidaban de su alma sus buenos padres! En su casa no había visto más que buenos ejemplos, y en el Colegio estaba bajo la inmediata vigilancia de sus profesores.

Cuando, acabados los exámenes, disponíase a pasar alegremente las vacaciones, he aquí que una cruel enfermedad le sale al paso. Y ¡qué extraña casualidad! Precisamente hacía unos días que habían llegado unos primitos suyos, a quienes sus padres los creían más inocentes de lo que eran en realidad: ya metían en la conversación ciertas palabritas y se permitían hablar de ciertas cosas que, aunque Luisito no las comprendía bien, su conciencia le decía que no eran buenas. Estos, según le dijeron, se proponían pasar unas vacaciones a su manera divertidísimas y le habían invitado para que les acompañara.

Luisito, más bien hubiera querido negarse; pero... fué un poco débil y accedió quedando concertado para salir juntos precisamente el día en que Luisito estaba tan grave.

Dios, para quien no existe el tiempo, había oído la oración de Luis, cuando le pedía que quería antes morir que ofenderle: había visto cómo arrastrado por sus primos al mal iba a perder la inocencia y a cometer el primer pecado mortal de su vida. Por eso, aunque daba un golpe terribilísimo a sus padres, se lo llevaba de este mundo. Y cuando sus desaprensivos primos, sin saber que estaba enfermo, llegaron en su busca, su alma había volado al cielo y solo encontraron tendido en el lecho su cuerpo rígido y frío.

Los padres de Luis estaban inconsolables pero su confesor les dijo: No hay que llorar tanto por quien ha muerto inocente como nuestro Luis, que seguramente goza ya de Dios en el cielo. Quién sabe qué hubiera sido de él si hubiera vivido!

Y ¡qué razón tenía! Ya nos podía suceder a nosotros otro tanto!

S. M., Congr.

Índice de "Flores y Frutos,,

ABSTINENCIA.—Un castigo ejemplar, 302-1.
ACCION.—Hablar poco y hacer mucho, 208.
ACOSTARSE.—Oraciones y examen antes de... 35-1; Meditación provechosa, 35-1; Tres *Ave-Marías* antes de.. 231-2, 322-2; Modo de vencer las tentaciones, 35-2; Besar la medalla, 390-2.
AGRADECIMIENTO. — Seamos agradecidos. 301; Aprendamos del león, 333 334; No seamos judíos, 342-2; No seamos ingratos, 342-1.
ALEGRIA.—Cómo esturé siempre alegre, 73; La verdadera alegría, 189-2.
ALMA.—Sólo tenemos una, 283-2; Seamos acorazados, 105-1.
AMIGOS.—Lo que puede uno malo, 58-1, 308-1; Son el resorte del diablo, 134-1; Uno que se perdió por seguirlos, 78-2, 188-1, 231-1-2, 241-1. Industrias para desprenderse de los malos, 3-1; Qué hay que hacer con los malos, 29-2, 333-2; Retirarse a tiempo, 216-1; Lobos con piel de oveja, 11-2; Hacen de diablos, 59-2, 118-2, 134-2; Son como la araña, 107-2, 115-2; Como manzanas podridas, 115-2, 211-2; Como el gato, 116-1; El gato de la vieja, 198; Las zorras del Gorbea, 199; Son charcas cenagosas, 220-1; Las dos ollas, 336; Como el cerdito, 247-1; Huyendo de la peste, 293; Roban, matan y arrojan al fuego, 190-2; Modo de conocer los malos, 332-2; La jugarreta de León, 199; Modo de conocer los buenos, 342-1; Que nos avise de nuestras faltas, 175-1; El mejor amigo, 330-1; Los consejos de un buen... 67-2; Por un mal compañero en el infierno, 308-1; Condescender con tino, 2-6-2; Dos buenos y dos malos, 308-2; La amistad más pura (¿Si será cuento?), 298-2; Lo que puede uno bueno, 215-2; 329; Reglamento contra las malas compañías, 136-2; Lo que pueden los malos, 300-1, 304-2; Peligrosos en vacaciones, 387-2; Cómo engañan, 389-2; Primitos finos, 400.
AMOR.—Amemos a Jesús. 113-1; ¡Padres, amad a vuestros hijos!, 239-1-2; ¡Hijos, amad a vuestros padres, 63-1-2.
ANGELES. — Son nuestros ayos, 159-2; Debemos serles agradecidos, 160-1.
AÑO.—Fin de año; Balance de cuentas, 9-2; Buen modo de comenzar el año. 312-1.
APOSTOL.—Un Congregante apóstol, 79-1; Un apóstol de 7 años, 36-2; *Modo de ejercer el apostolado:* a) Con la limosna, 10-2, (vide Misiones); b) Con el ejemplo (vide Ejemplo).
ARROGANCIA.—No hay que ser arrogantes, 317.
AVARICIA. — La historia de D. Ponciano, 242-1-2; Cuán feo es este vicio, 182-1.
AVE-MARIAS.—El carretero y las tres Ave-Marías, 181-1; Costumbre premiada, 131-1.
BAILE.—De vuelta del baile, 173 2; Se queman las patitas, 215-1.
BAÑOS.—Los peligros de la playa, 145-146; Historias trágicas, 241, 381, 383.
BLASFEMIA.—El que al cielo escupe..., 194; Un valiente alicantino, 196; Dos pájaros de un tiro, 298-1; El blasfemo es un cobarde. 364-2; El lenguaje del infierno, 298-1-2.
BRUJERIAS.—Engañifas, 396.
CARACTER.—Firmeza de carácter, 206-2, 207-1; No seamos monos, 272-2 (vide cobardía y constancia).
CARNAVAL.—Modo de pasarlo. 18-2, 66-1; Carta hermosa, 19-1; La gran riada, 272-1; Pastillas de carnaval, 217-2; invención de Pedro Botero, 170-2; Hacen el loco, 118-1; El loco tejedor, 119-2; La feria del diablo, 118-1; Como borregos, 120-1; Dios suelta al diablo, 118-2, Una visión provechosa, 66-2; Es tiempo de galerna, 171,1; La charca, 118-2; Castigos de Dios en los carnavales, 169-2, 220-2. 117, 119-1; El primero y el último disfraz, 219-1; Opinión de un chino, 174-1; Por qué se disfrazan, 313, 314; Confesión de un arrepentido, 171-1; Concurso sobre carnaval, 354-1; Los carnavales perpetuos, 171-2; La invención de los confetis; Cuánto se gasta en ellos, 172-1; Los dos mejores disfraces, 172-2
CARRERA.—La carrera de la salvación, 163-2; La universidad es el gran resbaladero, 231-2; Elección de carrera; vide. Ejercicios.
CASTIGOS.—Dios castiga y no con palo, 132-2; A veces retarda el castigo, 350-1; Castigo de un indecente, 383-1; a un confiado, 381; Por profanar las fiestas, 379-1.
CATECISMO.—Lo que vale saberlo, 278, 303, 364; El parecer de un ratero, 262-2; No es cosa de niños, 335-1-2; Cuánto hace el que quiere, 334, Frutos del Catecismo, 34-1; Enseñar el Catecismo; Catequista entre baturros, 38-2; Idem en Francia, 48; Bonito ejemplo, 15-2; Catequesis modelo, 151-2; Bien discurrido, 384-2; Dos que la intienden, 34-2.
CELO.—Ejemplos de.... 14-1 15-2, 16-1. 34-2, 37-2, 285; Entre baturros, 38-2, 44-1; Celo premiado, 44-1; Cuánto puede el celo 151-2; Es ingenioso, 11-1; Ocasiones oportunas para ejercerlo, 22-1; El celo llevado al heroísmo, 313-1.
CIELO.—El Palacio de la felicidad, 190; Hay algo más que cecina, 219-1; Los bienes de la tierra cansan, 19 -194, 337; Varios que la entienden, 246-2; Buscando una gran herencia, 305; Qué pocos ricos van a él, 214-215; La esperanza del galardón, 158-1. Cómo arribar seguros, 400-1.
CINE.—Concurso sobre el cine, 2. (bis)
Qué debes pensar sobre él. 14-1
Por qué van muchos al cine? 23-2.
Por qué no debemos ir? 72-1.
Frutos del cine. 8-1; 14-1; 62-1; 110-1; 112-2; 163-2.
Testimonio fehaciente, 19-2; Los cines de hoy, 114-1
Es incompatible con la Congregación, 18-1.
Escarmentados, 7-1; 6-2; 19-2; 51-1, 67-2, 111-2; 361-1.
Por no dar freno, 251-2; Uno que va a pique, 275-2.
Herencia malograda por ir al cine, 305-2.
Placeres ilusorios, 337-1; 339-1-2; 243-2; 317-2.
Grabados sobre el cine, 6-2; 7-1 y 2; El dibujo de Alberto, 234-1
La puerta del infierno, 113-2; Cuidado con las setas, 330-2.
El matamoscas del diablo, 12-2.
Sociedad o suciedad? 110-1.
El Soldadito de Nápoles, 233; Haciendo el mono, 291-2.
La pesca del diablo, 279.
Anzuelo de oro, 308; Efectos del opio, 316-2.
Lecciones de unos perros, 315-2; 220-1.
Aldeanos bobos, 317-2; Cazadero de bobos, 136-1.
Frase de Luisito, 278-1; La película más moral, 26-2.
Una caza original, 306.
Qué hacer si la película es mala?. 6-2; El cine me da miedo, 5-1; Imágenes, el primer eslabón, 394-2.
Promesa de no ir al cine. 2-2; Uno que trabaja porque no le lleven, 18-1; Diálogo interesante, 163-2.
La costumbre atrofia el olfato, 110-1.
Padres que merecen palos, 18-1; 102-1; 315-1.
Rasgos imitables, 2-2; 6-1; 7-1; 18-2; 23-2; 67-2.
CLASES.—Necesidad de unirse en las clases, 146-2; Peligros de las clases, 147-1.
Ejemplo en las clases, 357-358; 348-2.
COBARDIA.—Cobarde para pecar, 5-1; Cobarde para ir al cine, 5-2; Contra la cobardía, 53-1; Infame vergüenza, 55-2; Un congregante cobarde, 80-2; La historia de muchos, 365-1.
COMUNION.—Hacer la primera cuanto antes, 11-2; 23-1.
Bonitas maneras para prepararse a la primera, 10- ; 28-1.
Cuánto vale la diaria, 4-2.
Alegría, 9-1; 42-1; El respeto de los demás, 41-1.
Evita los pecados, el cine, etc..., 41-1; 42-1; Los mal los pensamientos, 41-2.
Engendra la obediencia, 42-1; Valor en las tentaciones, 42-1 y todo el n.º 11.
Valentía, 206-1; Una frase de Luisito, 278-1.
Efectos sorprendentes en Trichinópoll, 183-2.
Un medio estupendo para..... 204-2.
Comparación sacada de una encina. 159-1.
Ejemplos que espolean, 303-1: La Comunión diaria le salvó, 381-2; No desprecies el tesoro, 376-1.
Medios ingeniosos para disponerse a ella, 28-1; 370-2.
Hermoso pensamiento para comulgar bien, 54-2.

NOTA. El primer número indica la página y el segundo la columna.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Oraciones para después de la..... 35-1.
Respuestas a los perezosos; A uno que dice «No puedo» 22-2.
Caso práctico, 22-2; Si este niño comulga y es tan malo! 181-182.
Si lo hacen por rutina! 29-2, Me voy a constipar! 270-2.
Propaganda por medio de excursiones; Vide; Eucaristía.
Más propagandistas, 46; 86; 144.
Hay que comulgar siempre, 164-1.
Ejemplos que imitar, 192-2; 204-1.
Bebamos del manantial, 211-1.
Al lado de Jesús, 216-2; Uno que comulga y otro que no, 245-1; Le salvó no dejarla, 381.
Vide; Viático.
CONCIENCIA.—La voz de Dios, 367-1; Ejemplos de delicadeza, 2-1; 132-1; 200-1.
La buena es fuente de alegría, 189-190; Un grito que no engaña, 201-1
Un condenado en vida, 191-2.
CONCURSO.—Idea de ellos, 4-2.
Sobre cine, 2 (bis).
De fin de ejercicios, 22-1; Sobre la película de la Pasión, 23-1.
Para Semana Santa, 27-2; Sobre las vacaciones 40-2.
Sobre el Reglamento, 51-2; Sobre Judas el traidor, 67-2.
Respuestas a varias preguntas, 71 y 72.
Concurso en Vacaciones, 84-1-2.
Sobre los malos amigos, 115-1; Sobre la educación, 127-1.
Sobre dibujos y fotografías, 147-1.
Sobre Misiones, 222-1; Sobre la Misa, 280-1.
CONFESION.—Tengamos confesor fijo, 4-1; 174-2; 122-1.
Descanso que produce, 67-1-2; 251-1.
Conviene sea frecuente, 225-1; Uno que quiere, pero tarde, 248-1.
Ajustemos nuestras cuentas, 225-2.
Confesarse cuesta; pero el infierno..... 174-1.
Vayamos a la raiz de las faltas, 107-2.
CONFIANZA.—Vayamos con Dios, 261-1; Dios no abandona, 261-1; Contra el desaliento; hagamos por partes, 346-2.
CONGREGACION.—Por qué nos debe gustar, 5-1; No es cosa de solos niños, 382-1.
Cuánto se aprende en ella, 10-2; Satisfacción que causa, 8-2; 19-2
Bienes que nos trae, 5-1; 14-1; 41-1; 19-2; 79-1.
Cómo educa, 44-1; 59-2; etc. etc.
El que la deja se hace. . golfo, 107-2; Manzana podrida, 211-2.
Es el valle a donde corren las gracias, 54-1; El rebañito de la Virgen, 262-1; La Divina Pastora, 367-2; Es el rodrigón de las almas tiernas, 158-2; Es un jardín; el rosal y el zarzal, 164-1; El manzano, 168-1.
Las Congregaciones de Madrid, Barcelona y Valencia 1-183 y siguientes; Congregante ilustre, 382.
CONGREGANTE.—Por qué soy congregante, 336-2; Hermosa frase, 234-1; Qué se gana con serlo, 79-1
Un congregante feliz, 288-2; Son los Tercios de María, 123-1.
Los grandes enemigos del demonio, 133 y sigtes.
Los colonos de Dios, 231-1; Unidos tienen gran fuerza, 116-1; La medalla del congregante, 390-2
EL BUENO.—Siembra y recoge, 110-2; Convierte a los suyos, 378-1.
Ser congregante bueno, es algo más que divertirse, 109-1.
El buen congregante en el foot-ball, 59-1; En las barracas, 88-1,
En los cines: Vid-cine. Con los novelones, 59-1; 70-1; En Carnaval, 66-1.
En las clases, 342-2; Vide Clases. Con los pobres, 62-1; 63-1; Con las Misiones, en Navidad.
EL MALO.—Imitador de Judas, 67-2; Arbol seco, 112-2; Los corderos de Luis (a los desertores),263-1; Fuera que serán! 120-2.
Congregantes modelos, 17-1, 19-1, 21-1, 25-1 y 2, 57-1-2, 81-1-2, 85-1-2, 89 y sigte., 121-1, 125-1, 221-1, 233-1, 277-1, 285, 353.—Congregantes prácticos, 140. 141, 144, 148, 160, 184-2. 196-2, 244, 292, 296, 340, 344. 356, 360.
CONSTANCIA.—La virtud más difícil, 70-2; La más necesaria, 70-2; No basta comenzar, 373-374; Hay que pedirla. 70-2.
Es la piedra de toque, 122-1; La virtud que hace al *hombre*, 61-2.
Frutos de la constancia, 159-1; Cómo Dios la premia, 243-1.
La inconstancia de los jóvenes, 347-1; Un inconstante, 387-2.
Modelos de constancia, 61-2; 77-2; 104-1; 120-2; 198-1.
CORAZON DE JESUS.—Nuestro lema! 29; Su día es el de nuestro amo, 32-2.
El Sagrado Corazón y los niños, 61-1; Definición de un Obispo, 61-1; El sello del congregante, 355-1; ante. Apóstoles de su devoción, 44-1; 93-1.
El santo y seña, 377-1; Una ofrada del Sagrado Corazón, 49-50.
Amorosa reconvención, 79-2; Entronizado, 156; Jaculatoria sublime, 113-1; Historia verdadera, 281.
COSTUMBRES.—Las malas son como ríos, 359-1; El hábito de pecar, 102-2.
CRUCIFIJO.—La devoción al crucifijo, 179-1-2; El consuelo de Enrique, 179-1; Esfuerzos en el deber, 379-2; El mejor libro, 321-322; La mejor arma, 350-1.
CUMPLEAÑOS.—Modos de celebrarlo; 20-2; 183-2.
CUERPO.—Comparación del borriquillo, 148-1-2; (vid pasiones)
DEBER.—Premiado y castigado; 289.
DEMONIO Y DIABLO.—Cuán solapado es, 51-1; Un diablo blanco, 67-1; El demonio hipnotizador, 302-2; Los súbditos del diablo, 79-1; Variedad de demonios, 133 y 134; Modo de darle jaqueca, 138-1; Es el peor perro, 187-1; Muerde a los que no son de su casa, 371-1-2; El prefecto de Anlioquía, 247-1; Gran asamblea de diablos antes del verano, 133 y 139; La Virgen refugio contra él... vide Virgen; Representantes del diablo... vide Amigos y Congregantes malos.
DESENGAÑO.—Niño, rosal espinado, 389-2.
DESGRACIA.—Una desgracia bien aprovechada, 378-1; (Vid Enfermedad).
DIOS.—Pruebas de su existencia; La gallina y el huevo, 87-88; Nadie da lo que no tiene, 10-1; El cura y el cantero, 95-1; La ley moral, 102-2; Va de nuevo la gallina, 106-2; Presencia de Dios; Dios nos mira desde arriba, 104-1; 308-2; 341-2; A minori ad majus, 351-1-2; Sección práctica, 370-1; 383-2; Parecen indios, 342-1; Siempre vamos con Dios, 261-1; Con Dios no se juega, 351-2; 348-1; Castiga aunque tarde, 350; Vide Castigos; Es nuestra felicidad; El sólo puede calmar nuestra sed. 170-1; ¡Sin Dios!, 259-1-2; No nos avergoncemos de llamarle nuestro Padre, 276-1.
DIVERSIONES.—Las del buen Congregante, 82; Divertirse y no pecar, 83-1; Las del malo, 82; Discurren como el caballo, 138-2; Hay algo más que divertirse, 110-2; Diferencia entre las buenas y las malas, 151-1; ¡Cuidado con las espinas!; 387-2
EDUCACION.—Necesidad de la educación, 131-1; Frutos de la primera, 101-1; 304-1; Efectos de la mala, 106-2; 161-2; 258-1; 304-1; 310; Cariños que matan, 114-115; 252-2; 310-311; 314-2; Una madre cruel, 18-1; 23-2 102-1-2; 304-1, 310-311; 314-2; Padres que merecen palos, 314-2; 239-2; 242-1; Efectos de la buena educación, 106-2; 179-1; 327-2; 328-1; Muchos padres como éstos, 49-1-2; 112-1-2, 263-2; 306-2; 318-2; 324-2; Muchas madres como éstas, 35-2; 43-2; 47-2; 50-2; 54-2; 105-1; 126-2; 256-2; 330-2; Cuánto valen los buenos padres, 179-1; 252-2; 263-2; 318-2; Familias modelo, 30-2; 53-2; 63-2; 65-2, 69-2; 78-1; 103-2; Hijos que honran a sus padres, 114-2; 118-1; 158-1; 151-4; 252-2; 320-2; 340-1; Educación religiosa cuánto vale; 278-279; 279-280; Más vale tarde que nunca, 290-1-2; 338-1-2; Ejemplos de sólida educación, 3-2; 4-1; Un buen Maestro, 28-2; 284-2; Congregante educador, 20-1; 24-1; 26-2; 30-1; 370-1; Medios para educarse bien, 13-1; 20-1; 278-1; 309-310; Un padre que vigila, 338-2; Modelo de padres, 346-2; Padres escarmentados!; 322-1; 334-335; Quien bien te quiere....., 323-2; Lecciones de un perro. 342-1 y 2; Padres, atad la fiera a tiempo 333-1; ¡Cuidado con la víbora!; 337-338; Un hijo que educa a su padre, 370-1; Educad con el ejemplo; Costumbres cristianas, 398-2; Véase esta Palabra.
EJEMPLO.—Lo que puede el bueno, 39-2; 108-2; 301,-238-239; 388-2.
EJERCICIOS. Para qué sirven?, 87-1; 141, 142 y 143 Impresiones, 33-1; 86; 141-143; 386; Apréstos para la lucha, 141; Fruto de las meditaciones, 71-1; 141-143; 386-1; Felicidad de los que los hacen, 86-87; Cuánto los teme el Demonio, 141-143; Medios para perseverar, 289-1-2; 34-1; En Loyola, 385.
ENFERMEDAD.—Ofrecérsela a la Virgen, 80-2; Lo que Dios pretende con ella, 131-2; Llevada por Dios, 265; Enfermedades del alma: Los rayos X de la Virgen, 374-1.
ESCLAVOS.—Los esclavos de la Virgen, 236-1; Esclavitud de los pecadores; Cuánto gastan por pecar, 171-172; Los esclavos del vicio, 229.
ESPECTACULOS.—Las dos pescas, 218-2; Una lección de Colón, 220-1; Buscando sin encontrar, 317-318.
ESTUDIO.—El hábito de estudiar; La novena de la Gracia y los estudiantes 173-1; La Virgen hace estudiar a Juanito, 232-2; ¿Para qué estudiar? «(La historia de muchos), 304; Modelo de estudianles, 349-1; El propósito de Tomasito, 362-1; Estudiar para salvar almas, 360-2.
ETERNIDAD.—Mandamiento sobre la eternidad! 71-1; El Paso a la eternidad, 205.
EUCARISTIA.—Jesús premia la fe de un Congregante. 19-2; Un pobre que es rico, 214-1; Excursiones eucarísticas, 38; 90, 149; 203; 249; 297; 345; 393-394.
EXAMENES.—El buen Congregante en los exámenes, 78-2; Hace falta un espejo, 174-2; Exámen particular, 340-2; Divide y vencerás. 369-2.
FORTALEZA.—Ejemplo de..., 94-1-2; 77-2; 200-2; 247-1-2; (Vid. Valentía).
FRESCURA.—Hay que ser fresco, 5-1; 48-2; 55-2; 20-1; Un Congregante fresco, 70-2; 96-2; 48-2; 5-1; 20-1; Guerra a ciertos frescos, 146-147.
FIESTAS.—39-2; Juan y Pedro, 359-1-2; Castigo por profanarlas, 379-1.
GENEROSIDAD.—400-1; Generoso perdón, 386; Pobre generoso, 387-2.
GRACIA.—Cómo debemos recibirla, 189-1; Qué poco cuesta el perderla, 211-1; El alma sin gracia, molino sin agua, 311-1; Hay que ser fiel a la gracia, 213-2; No juguemos con las gracias, 351-2.
HIJOS.—Los buenos son las mejores alhajas que se pueden ofrecer al Señor. 47-2; Los ingratos cuán abominables, 70-1; Los buenos influyen sobre sus padres, 378-1; Les sacan de apuros, 63-2.
HIPOCRITAS.—Los niños que usan careta, 171-2; Un Congregante con careta 271-1; El demonio hipócrita, 133-2; 134-2.
HOMBRES.—Hay que ser HOMBRES, 17-1; Hacerse el *hombre*; Los calzones de Juan, 46; Historia de unos monos, 251-1; Hombres chiquillos, 364-2; Hombres bestias, vid. Pasiones y carnavales, etc.
HOSPICIOS.—Placer que se experimenta en ellos, 13; 43-1; 62-1, etc.; 164-2.
IGLESIA.—Devoción en la Iglesia, 38-2; Guardemos compostura, 238-239; Manzana podrida, 168-1.
IMPUREZA.—Ejemplo de San Xavier, 223-1; Cruzando el mar; la galerna, 325-2; El demonio de la..... 134-2; V. Pureza.
INFIERNO.—La película más moral, 26-2; Meditación fructuosa, 71-1; Eternidad de sus penas, 71-1; El castigo de Manolo (pena de daño), 259; Cómo se cae en él, 266-2; Una plática saludable, 215-2; Chiste que pica en historia, 228-2; Un salido del infierno, 201, Una aparición, 273; Talentos mal aprovechados, 379-380; Un condenado en vida 191; Conversión de un descreído, 185-1; Por un mal amigo en el..... 308-1.
INJURIAS.—Perdonad como Jesucristo, 386-2; Venganza cristiana, 331-1,
JESUCRISTO.—Llama a las puertas de nuestro Corazón, 78-1; Su realidad histórica, 104-2; Es nuestro amigo, 330-1; Historia verdadera, 281; Si le conocieran, 195-2; Se disfraza en Carnavales, 172-2; Su corazón es una máquina, 113-1.
SAN JOSE.—Motivos para tenerle devoción, 20; Se le engaña como a abuelito, 65-1.
JOVENES.—Hipnotizados, 362-2; Jóvenes con cara de monos, 361-1; También los jóvenes mueren! (vide. Muerte); Cómo los caza el demonio, 291-1,
JUICIO.—Un sueño reparador, 300: Otro muy provechoso, 369-1.
LECTURAS.—Discurren como el ratón, 319-1; Amor a las buenas, 3-2; Efectos de las buenas, 11-1; 12-1; 177-1; No todo se puede leer, 291-1; El mejor libro, 221-1; Vid Novelas y Revistas.
LIBERTAD.—Peligros de la demasiada, 277-2; Por andar sueltos, 372-1.
LIMOSNA.—Un dinero bien guardado, 289; Un gran negocio, 301-302; ¿Quién dió más?, 360; Hacer y no aparecer, 328-2; 387-2.
MADRE.—Lo que hace una mala, 126-2; Vid Educación.
MARIA.—Vid. La Virgen.
MAYO.—Modo de pasarlo, 25-1; Buen modo de obsequiar a la Virgen, 31-2; 376-2; La Virgen o los amigos?, 74-1; La Virgen en el mes de Mayo, 75; Piadosa discusión, 376-2; Un ramo de lilas, 326-327; Ofrezcámosla sacrificios, 327-378; No le neguemos las flores, 73; Flores que no se marchitan; 74-1; Obsequiemos a la Madre, 78-2; Pero no en pecado, 132-2.
MENTIRA.—Cuán feo es este vicio y daños que trae, 58-2.
MISA.—Concurso sobre la Misa, 28-1; Amor a la Misa. 388-2; Sed devotos de ayudarla, 19-2; «*No puedo*» vana excusa, 22-2; 50-2; Otra excusa: la capita del inglés, 270-2; Los efectos de un pinchazo, 183-1; El perro despertador, 94-2; Lo que se saca de no oirla diariamente, 31-2; Historia que debes leer, 68-2; Excusa refutada, 381-1.
MISIONES.—Concurso sobre misiones, 222-2; La Virgen y las misiones, 75-1; La Santa Infancia, 175; 180; 192...; Perrillas bien pagadas, 112-1; Ganga colosal, 180-2; La hucha vista en sueños, 185-2; Más sobre las huchas, 212; 256; La verdadera Lotería, 354-2; Sellos bien empleados, 316-1; Los zapatos de Pepito, 181-2; Fró-Fró; rasgo hermoso, 361-1; Industrias santas, 212-1; 213-1; 256-2; Triste historia, 182-2; Dignos de compasión, 260-2; Congregantes misioneros, 267-2; Acordaos de los chinitos, 161; 162; 163; Costumbres chinas. 264; 320; 324; 380; De paso para el Japón, 216; 224; Costumbres indias, 268; Fernando Poó (variedades), 77; 129; Marruecos (variedades), 68-2; Los que quieren ser misioneros, 105-106; Lo que puede el que quiere, 58-2; Niño comprado por una peseta, despues arzobispo, 491-2.
MISERICORDIA.—(Obras de...); Espirituales, Enseñar al que no sabe, 34-2; 38-2; (Vid Catecismo); Dar buen consejo, 39-2; 240-1; etc.; Corregir al que..., 39-2; 82-1-2; 330-2; Perdonar las injurias, 331-1; 386-2; Consolar, 162-1; 184-2; Vid. Hospicio y Pobres; Rogar por los vivos y los muertos, 50-51; 180-2; 349-2; La Santa Infancia.
Corporales.—Visitar a los enfermos, 30-2; 184-2; 209-2; Vid. Hospicio; Dar de comer, 30-2; 63-1; 164-2; Redimir al cautivo: Perrillas salvadoras, 29-1; 182-2; Vid. Misiones; Vestir al desnudo, 28-1; 54-2; 162-1; Dar posada, 182-2; Conferencias de San Vicente, 168-2.
MUERTE.—Estamos sentenciados, 253; Como debemos mirarla, 4-2; También los jóvenes mueren! 69-2; Viene sin avisar, 69-1-2; 381-383; La vida es un tren, 207; La comedia de la vida, 255-2; Provechos de pensar en la muerte, 210-2; El ataud de San Francisco, 155-1; Polvitos maravillosos, 174-2; Y si te mueres?, 169-2; Provechos de visitar a un moribundo, 70-1; Lo que enseña un gusano, 350-2; El *I. «Despues»* de San Felipe: Como muere el Congregante, 4-1; 81-1; 126-1; Deseando la muerte, 319; Muerte edificante, 348-1; Quiéres venir al cielo? 354; Muerte envidiable, 206; Alegre vida y santa muerte, 257; ¡Quieren morir congregantes!, 132-2; La Virgen en la hora de..., 54-1; Alegría de los buenos en la muerte. 295-1; La última jotita, 193; Tengo el práctico a bordo!, 245-2; Cuál la vida así la muerte, 255-1; 318; Las manos vacías!, 205; No dejes el bien para después. 307-2; «Aún hay tiempo»: La historia de muchos jóvenes, 254; Muramos entronizando a Jesús en nuestro Corazón, 331-1; Muy edificante, 399; Antes de morir, 400; Viene sin avisar, 392-1.
MUNDO.—Lo que es el mundo: Ejemplo de la manzana, 284-1.
NAVIDAD.—Modo de pasarlas divertidas, 10-1; Lo que podemos hacer, 312-1; Un rasgo de Manolín 357.
NOVELAS.—El congregante y las..., 59-1; 70-1; Para qué sirven, 261-2; Un lobo reconocido, 227; Cuánto impiden estudiar, 347-2; Rompiendo novelones, 94-1; 398-1; Cuatro guapos, 398-1
NOVENAS.—La de la Gracia: su origen, 17; La de la Gracia y los estudiantes. 173-1; La misma para alcanzar valentía, 283; Cómo hacerlas prácticas, 398-1.
NIÑOS.—Chispazos de niño, 359-2; Son como plumas que lleva el viento, 175-1; Sed buenos cuando pequeños, 337-338.
OBEDIENCIA.—Cuanto agrada a la Virgen, 87-2; Modelo de obediencia, 90-1.
OCIOSIDAD.—El gran resorte del Demonio, 134-2; El gran peligro en vacaciones, 134-2; Industrias para evitarla, 136-1-2; 302-1; (Vid. Vacaciones)
PACIENCIA.—Ejemplo sublime, 315; Lo que vale sufrir, 223-2; Lo que Dios pretende al enviarnos trabajos, 189-1; Sufrimos por Dios!, 158-1.
PALABRAS.—Obscenas y malolientes, 94; Lo que recuerdan las obscenas, 247-1; Las sucias: Modo de evitarlas, 398-1; Respuestas a los que dicen palabras obscenas, 122-2.
PASION.—Su eficacia para convertir a los pecadores, 177-2; Parábola de San Bernardo, 180-1; Infunde fortaleza, 379; ¿Quiénes crucifican a Cristo? 84-1; La Virgen Dolorosa, la mejor de las madres, 177-178; Viernes Santo: Rasgo hermoso, 71-2; Vía-Crucis: Así se hace, 303-2.
PASIONES.—Hay que frenar, 251-2; No dejarse llevar de la corriente, 271-2; Hay que quitar la raiz, 107-2; Extremos a que llevan, 114-2; 115-1; «Atame, Señora, átame!, 229.
PECADO.—Tengámosle horror: ejemplo de San Xavier, 22-1; Basta uno para ir al infierno. 152-2; Re-

Universidad de Deusto
Biblioteca

medio eficaz para salir de él, 111-2; Tres modos de pecar, 283-1; ¡Por qué naderías se peca!, 339-1-2; Crucificamos a nuestro Padre, 307-1; Ponemos espinas en su cabeza, 123-2; No te acuestes en pecado, 276; Y si te mueres hoy?, 276-2; Piadosa estratagema, 288-1-2; Pecado original: La fuente envenenada, 258-1; Otra explicación, 348-1-2; Antes morir que pecar, 400-1.
PEREZA.—Un saludable pinchazo, 183-1; Motivos para trabajar, 339-340; Remedio contra ella, 43-1; Es el veneno del diablo, 94-2; El perro despertador: El diablo de la pereza, 395-2.
PLACERES.—La ilusión del placer, 337-1; 343-2; 193; Rosas y espinas, 387.
POBRES.—Bienaventurados los pobres, 227-228; No lo olvidéis, 324-2; Acordaos de los niños pobres!, 162-1; Consuelos con los pobres, 164-2; Modo de socorrerlos, 63-1; Ricos, pobres, 152-1; En el día de Navidad: Rasgo de Manolín, 357.
PORNOGRAFIA.—Si todos hicieran esto!, 16-1; 16-2; El demonio de la..., 134-1
PROCESIONES.—A qué se va a ellas, 39-1.
PROPAGANDA.—Un niño propagandista, 39-2; (Vid. Corazón de Jesús).
PUREZA.—(Vide Impureza) Modelos de pureza, 81-1; 90-1; 122-1; El recato es su salvaguardia, 77-2; Como el armiño, 122-2; El lirio de un huerto, 326-1; Tres medios para conservarla, 122-1; Secreto para obtenerla, 325-1; Luchando por no perderla, 35-2; Respuestas a los obscenos, 122-2; Bendita sea tu pureza!, 126-2; Peligros de la pureza: Vid. Amigos, Carnavales, cines, etc.
PURGATORIO.—Más vale pasarlo en esta vida, 269-2; Más indulgencias y menos lágrimas, 349-2.
RELIGION Y RELIGIOSO.—Una visita a la Casuja, 294-2; La mayor felicidad de este mundo, 275-1, Como premia Dios a los padres que le dejan sus hijos, 302; Como castiga a los que hacen lo contrario, 310; 375.
REPRENSION.—Quien bien te quiere.... 232-2; Debemos amar a los que nos reprenden, 175-1
RESPETOS HUMANOS.—La vergüenza para lo malo, 53-1-2; Infame vergüenza, 55-2; La opinión de un Demonio, 134-1; Del enemigo el ejemplo, 374-375.
REVISTAS Y PERIODICOS.—A uno que lee la Esfera, 89-2; Hermoso ejemplo, 24-1; Se pierde la fe, 391-2; Respuesta atinada, 209-1.
RIQUEZAS.—Anzuelo de oro, 309-1; De poco le sirvieron a D. Pedro, 323-1; No se llevan a ultratumba, 324-2.
ROSARIO.—Poder del Rosario, 54-2; Para ahuyentar los perros, 28-2; Los malos compañeros, 36-1; Los ladrones, 43-2; No se acierta sin rezarlo, 3-2; 104-1; Otro que casi se olvida, 30-2; Arrastra a otro con su ejemplo, 108-2; A otro le salvó el rezarlo, 259-2.
SACRAMENTOS.—El Bautismo: por qué no soy yo pagano?, 79-1; La Extremaunción da salud, 70-1: Vide Confesión, Comunión y Sacerdocio.
SACERDOCIO.—Carta del P. Herrera, 264; La mies es mucha..., 322-2; Yo quiero ser todo eso; 328; Ejemplo inimitable: Por una propina, 396-2, Vid. vocación.
SALVACION.—Para qué estamos en este mundo?, 311; La ciencia más necesaria, 235-1; Lo primero es lo primero, 235-2; ¡Cuidado con nadar a medias!, 245-1; Hay que pedirla, 70-2; Consejo provechoso, 397-1
SENSUALIDAD.—El cañón de más alcance, 134-2; Infame gusanillo, 168-1.
SUFRIMIENTO.—Vide Paciencia: Desgracia.
TEMOR DE DIOS.—Pendiente de una torre, 175-2; Desafiando a Dios, 300-1; Es el dueño de nuestra vida, 267-1; Vid. Castigos y justicia de Dios.
TENTACION.—Acudamos a María, 75-1; 279-2; No turbarse!, 272-1; Modo de vencerlas, 35-2; 38-1; 52-2; Cómo se vence huyendo, 289; Hacer lo contrario, 315-2; Resistamos a los principios, 358-359; Hay que frenar a tiempo, 251-2; El diablo tirando del hilo, 197; Las zorras del Gorbea, 199; Ataque de un tiro, 327-1-2; ¡Cuidado con el veneno!, 94-2; ¡Cuidado con las cosas pequeñas!, 271-1; Hacer todo lo contrario, 395-2.
UNION.—Hermoso ejemplo de solidaridad, 37-2; En la unión está la fuerza, 145-146; 208-1; 167-1.
VACACIONES.—Concurso sobre vacación, 40-2; 84-1-2; Por qué en ellas se pierden algunos?, 84-2; Peligros, 88-1; 145-1; Cómo se pierden algunos mayorcitos, 188-2; Modo de pasarlas bien, 8-1; 95-2; Reglamento para las mismas, 40-1; ¿Distribución modelo, 139-2; Distribuciones prácticas, 240-7; ¡Cuidado con los amigos!, 187-2; Hay que comenzarlas bien, 138-2; Un escarmentado, 185-1, Hay que llevar provisiones!, 80-1; Haceos con un termo, 382-2; Arrecia la corriente, 282-1; El gavilán se acerca!, 377-378; Dos que se desbocan, 291; En borrascoso mar: Frutos de una Comunión, 381; Estudiad el catecismo, 334, Repasad asignaturas, 335-336; Castigos de Dios en las vacaciones, 381; 383; Padres! domad vuestros leones, 333-1; ¡Padres! no os los maten, 334-335; Vida modelo en las..., 88-2.
VALENTIA.—Un bofetón bien dado, 130-1; ¿Por qué es tan valiente la Infantería?, 233-; Un militar valiente, 390-2; Enseñando el escapulario, 387-1; Contra un blasfemo, 393-1; Contestación valiente, 382; Ejemplos de valentía, 11-2; 16-1; 20-1; 24-1; 26-1; 36-1; 39-2; 70-2; 91-1; 133-1; 196-1; 208-2; 209-1; 295-1; 387-1.
VANIDAD.—Hospicio de la vanidad, 201; Enseñanza de una espiga, 270.
VENCIMIENTO.—Cristo en la Cruz, 126-2; La Odisea de una perra gorda, 111-1; Utilidad de vencerse, 356-2; Querer es poder, 91; 145; 146; 208-2.
VIATICO.—Acompañando al Señor, 35-2; 227-2; 248-1; Efectos que causa, 70-1; El práctico a bordo, 248-2.
VICIOS.—Esclavitud del vicio, 228; El abstenerse de ellos es bueno para la salud, 216-1.
VIDA.—La vida es una cueva, 242-2; Como una polvareda, 298; Es un tren, 237; Una comedia, 255-2.
VIGILANCIA.—Bienes de la vigilancia materna, 111-2; Hay que velar, 252-1; Un padre que vigila, 338-2.
VISITAS AL SANTISIMO.—Con el Niño Jesús, 9-1; Modo facil de visitar al Señor, 61-1; Una visita modelo, 96-2; El ejemplo de un tullido, 214-1.
LA VIRGEN MARIA.—La mejor de las Madres, 279; En su regazo materno, 74-2; Nos dió la vida, 178-1; Cuán grande es su poder, 271; Nos librará de los perros, 28-2; Procura que Jesús nos perdone, 105-2; Acudamos a ella siempre!, 54-1; Tengamos una imágen suya, 54-1; 25-1; 325; Es tan agradecida...? 128-1; Es nuestra fortaleza, 227-1-2; No nos avergoncemos, 53-1; Su amor fuente de alegría, 73-1; Protege a los navegantes, 50-1; Protege a sus devotos, 232-1; La palmera de este desierto!, 373-1; La Virgen y las Misiones, 75-1; La Virgen y los rayos X, 374-1; ¡No me abandones, Madre!, 294-1; Dos agradecidos, 363-1; Modelo de constancia en su devoción, 3-2; Modelo de fomentar su devoción, 25-1-2; La vida en María, 236-1; La Virgen de los Dolores, 358-2; Mi predilecto rosal, 352; Por María a Dios, 231-1; Contestación atinada, 381; Obsequio costoso, 395-382-2; Nuestro firme apoyo, 400-1.
VOCACION.—Hay que seguirla, 298-299; ¡Padres, aprended!, 310-311; ¡Padres, escarmentad!, 375-2; Vid. Religión y Sacerdocio.

Universidad de Deusto Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

EX LIBRIS
A.E. de MARIANISTAS

ÍNDICE ALFABÉTICO DE MATERIAS

DE LOS DOS TOMOS DE

"FLORES Y FRUTOS"

Universidad de Deusto
Biblioteca

Abstinencia.—(T. I): Un castigo ejemplar, 202; La historia de un cólico, 226.—**(T. II):** No avergonzarse de guardarla, 86.

Acostarse.—(T. I): Oraciones y examen antes de acostarse, 35; Meditación provechosa, 35; Modo de vencer las tentaciones, 35; Tres Avemarías antes de acostarse, 231, 322; Besar la medalla, 390; Bendita costumbre, 126; No me acostaré en pecado, 276.

Agradecimiento.—(T. I): Seamos agradecidos, 342; A Dios, 290, 301; A nuestros padres, 333; A los que nos corrigen, 342; A los ángeles de la guarda, 160; No seamos judíos, 322.—**(T. II):** La ingratitud para con los padres redunda en nuestra desgracia, 93.

Agua bendita.—(T. II): Un pequeñín ya maestro 147.

Ahorro.—(T. II): Es clave del bienestar social, 151.

Alegría.—(T. I): Consecuencia del estar en gracia, 12, 67, 124; Fruto de la caridad y breves obras, 8, 14, 28, 30, 35, 43, 55, 62, 111, 164, 168, 278; Cómo estaré siempre alegre, 73; La comunión diaria es fuente de alegría, 109, 112; La verdadera alegría, 189.—**(Tomo II):** No es fruto de las riquezas, 81.

Alma.—(T. I): El peor enemigo es el que daña el alma, 247; Basta pequeña cosa para echarla a pique, 275; Salva un alma y salvarás la tuya, 300; Locura de los que arriesgan el alma, 309; Alma sin gracia, molino sin agua, 311; Mira el Crucifijo y ve lo que vale un alma, 322; Sólo tenemos una alma, 283; Seamos acorazados, 105.—**(T. II):** El alma existe, 26; Vale más que todo, 31; Es como gota de agua, 375; El dolor es su pulimento, 12; Su gracia está en Dios, 2; La ceguera del alma es mala, 115; Cuidemos el cuerpo, pero también el alma, 241; Tengámosla limpia, 384.

Ambición.—(T. II): La vida del ambicioso no es vida, 147.

Amigos.—(T. I): Amigos en vacaciones, 40; Por qué se prohibe a los congregantes entrar en asociaciones de no congregantes, 52; Pan que sirve un buen amigo, 79; No es buen amigo el que sólo os alaba, 174; Juntarse los buenos, 167; Un buen amigo, 329; Nuestro mejor amigo es Jesús, 330; Cuando os mortifican los amigos acordaos de Cristo crucificado, 126; Señales para conocer al bueno y al malo, 332; No sigamos a los más atrevidos, 241.—**(T. II):** Dime con quién andas..., 207, 298; Lo que hace un buen amigo, 34; El bueno nos avisa de nuestras faltas, 115; Los buenos, son el mejor bien, 204; El bien que puede hacer un buen amigo, 305, 221, 269; Diligencia de un buen amigo, 317.

Amigos malos.—(T. I): Un mal amigo, 58; Es el peor perro, 187; Es un ladrón y asesino, 190; Son como los gatos traidores, 198; Son como las arañas, 107, 115; Son manzana podrida que pierde la sana, 115, 147, 211; Son como el gato que acecha su presa, 116; Son el demonio disfrazado, 118; Son los instrumentos del demonio, 134; Hacen el oficio del demonio, 371; Se parecen a los puercos, 246; Son el peor enemigo, 247; Son hipócritas, 271; Se muerden unos a otros, 237; Se les conoce en las conversaciones, 113; Lo que hacen, 78, 111; Nos harán caer, 246, 252, 292, 387, 389, 394; Matan la inocencia de los incautos, 101; Le llevan a uno a la incredulidad, 106, 290; Frutos de las malas compañías, 187, 188; ¿Por qué está en el infierno?, 308; Me lo mató García, 334; Lecciones de un borracho, 341; Arrastran a la perdición, 261, 263; Con ellos nos estrellamos, 366; Los malos amigos es el gran peligro de vacaciones, 185, 291; Qué debe hacerse con ellos, 22, 144; Hay que huir de ellos, 11, 315, 289, 246, 252; Industrias para desprenderse de ellos, 3, 293; El mejor remedio de defenderse de ellos es juntarse los buenos, 116, 147; La Comunión diaria muy buen remedio contra ellos, 41, 42, 43; Uno de rompe y rasga, 196; No hagamos el mono, 354; No condescender con ellos, 266; Contestaciones a los que invitan a esconderse, 71, 103; A los que invitan al cine, 72; A los que se burlan de la Congregación, 72; A los que tienen malas conversaciones, 72, 96, 122; Qué se hace con los que enseñan novelas o figuras provocativas, 139; Avisos contra los malos amigos, 135; Seamos acorazados contra ellos, 105; Sobre un cuadro que representa un mal amigo, 84; Concurso sobre los malos amigos, 372; Donde hay pecado no puede haber amistad verdadera, 11.—**(T. II):** Hacen perder la inocencia, 18, 123; Nos quitan la felicidad, 83; Son el peor enemigo, 61, 295; Presentan la mejor cara, 191; Huyamos de ellos, 88, 178, 214, 296; Cuidado con ellos, sobre todo en vacaciones, 73; No seamos demasiado confia-

316010

Universidad de Deusto Biblioteca

dos, 406; No ofendamos a Dios por ellos, 131; Enseñan lo malo y no aprenden lo bueno, 178, 204; El mal que puede hacer un mal amigo, 321, 222, 223, 242, 268, 269, 345, 355, 356, 359, 270, 277, 306, 230, 400; Más daño nos hacen a veces los no tan malos, que los peores, 59; De cuántas desgracias son causa los malos amigos, 85; Pueden ser nuestra perdición, 226; Buen escarmiento, 11. No seamos juguete de ellos, 256; Juntémonos con los congregantes para evitar los malos amigos, 240, 243.

Amor.—(T. I): Amemos a Jesús, 113; ¡Padres, amad a vuestros hijos!, 239; ¡Hijos, amad a vuestros padres!, 63.—**(T. II):** Falso amor, 52; Dios necesita amor, 160; Efectos del amor mal entendido, 127 (Vide de Padres e Hijos).

Angeles.—(T. I): Son nuestros ayos, 159; Da cuenta a Dios de lo que hacemos, 351; Debemos serles agradecidos, 160. —**(T. II):** El ángel custodio nos libra de muchos peligros, 268.

Angelus.—(T. II): Buen ejemplo, 148.

Anuncios.—(T. I): Aun fuera del cine, 23; Romped prospectos y programas, 59.

Año.—(T. I): Fin de año: balance de cuentas, 9; Buen modo de comenzar el año, 312; Cuentas de fin de año, 324.

Apóstol.—(T. I): Un apóstol de siete años, 36; Un congregante apóstol, 79.—**(T. II):** Como un niño puede ser apóstol, 187, 298, 193, 195, 292, 267; Apóstol sin quererlo, 290; Joven apóstol, 293; A trabajar por la salvación de las almas, 300; Médico de alma y cuerpo, 327; Apóstol de los mineros, 189; Modos de ejercer el apostolado: a) Con el ejemplo (vide Ejemplo), b) con la limosna, (vide Limosna y Misiones).

Avaricia.—(T. I): La historia de Don Ponciano, 247; Cuán feo es este vicio, 152; La avaricia rompe el saco, 376.—**(T. II):** La vida del avaricioso no es vida, 147; La avaricia rompe el saco, 211, 312, 365; ¡Qué tonto el avaro!, 150.

Ave María.—(T. I): El carretero y las tres Avemarías, 181; Tres Avemarías antes de acostarse, 231, 322; Costumbre premiada, 131; Esta devoción trae a buen camino a los descarriados, 322.—**(T. II):** Efectos de las tres Avemarías, 87; Poder del Avemaría, 389.

Baile.—(T. I): Se suspende uno cantando el Avemaría, 99; No prestar su concurso a él, 96; En él se embarran las almas, 175; De vuelta del baile, 173; Se queman las patitas, 215.—**(T. II):** ¿Qué hay del baile?, 16; Es peligroso para el alma, 178; Es ridículo, 349.

Baños.—(T. I): El último baño, 383; Historia trágicas, 241, 381; Bañarse con las medallas, 387 (Vide Playas).

Benedicto XV.—(T. I): Datos biográficos, 45.

Blasfemia.—(T. I): Temeridad del blasfemo, 175; El que al cielo escupe..., 194; Un valiente alicantino, 196; El blasfemo volverá a su tierra (el infierno), 228; El blasfemo es un cobarde, 364; El lenguaje del infierno, 228; Buena campaña, 298.—**(T. II):** Nadie se ríe de Dios, 111; Buen ejemplo, 148; Castigo de la blasfemia, 206, 302, 309, 326; Cómo castigó un Kostka la blasfemia, 221; Protesta contra la blasfemia, 358.

Brujerías. (Vide Supersticiones)

Calumnia.—(T. II): La mejor manera de restituir la fama es no calumniar, 204.

Carácter.—(T. I): Firmeza de carácter, 206, 207; No seamos monos, 272; No dejemos arrastrarnos por la corriente, 271.—**(T. II):** Como se forma la voluntad, 219; La falta de carácter en los hombres de hoy, 237; En la formación del carácter el móvil principal ha de ser nuestra educación, 253; La falta de carácter acarrea a veces la desgracia, 255, 365; Uno sin carácter, 306; Hombre sin carácter no vale para nada, 268, 304; Hombre con carácter no se vende por dinero, 271; Un hombre con caracter, 320; Con su carácter salvó a Roma, 334; Recobrando el carácter perdido, 253 (Vide Respetos humanos, Cobardía y Constancia).

Caridad.—(T. I): Es fuente de alegría (vide alegría). Un mártir de la caridad, 274.—**(T. II):** Ejemplo de un cura, 139; Acto heroico, 142; La venganza de un cura, 148; La caridad nos hace más ingeniosos, 189; Niños caritativos, 293, 203, 245; Joven caritativo, 213; Caridad recompensada, 294; La caridad, ¡qué buena madre!, 335; Caridad cristiana, 341; Mártir de la caridad, 247, 243; Caridad fraterna, 248; Haz bien y no mires a quien, 248; Ciego caritativo, 370 (vide Misericordia y Enemigos).

Carnaval.—(T. I): Modo de pasarlo, 18, 66; Hermosa carta, 19; Qué es el carnaval, 119; Es una galerna, 171; Es cosa propia de locos, 174; En él se revuelven las charcas del pueblo, 220, 272; Pastillas de carnaval, 217; Perpetuo carnaval, 171; En carnavales el demonio tiene más larga la cadena, 118; En ellos se echa a perder lo que se ha hecho durante el año, 119; Nuestro programa para carnavales, 120; Un sueño en carnavales, 66; Fruto de carnavales, 118; El por qué de las máscaras, 313; Para qué se disfraza la gente, 170; ¿Quién no escarmienta con los disfraces?, 117; El primero y el último disfraz, 219; ¿Horrible casualidad o justísima providencia?, 220; Más sobre el carnaval, 314; Contestaciones a un concurso de carnaval, 354; La gran invención de los confettis, 172; Acordaos de la muerte, 169; Pobre rebaño, 120.—**(T. II):** Portémonos como cristianos, no como paganos, 15; No está el gozo en las diversiones mundanas, 15; Es la mayor de las majaderías, 16; Quien más se ríe en carnaval es el diablo, 57; No hay cosa peor que los bailes de máscaras, 57; ¿Quién es peor, el cristiano o el infiel en tiempos de carnaval?, 15.

Castigos.—Castigos de Dios (vide Dios).

Catecismo.—(T. I): Unica base de buena educación, 109; El barquero del cuento, 235; O el catecismo, o la cárcel, 262; La doctrina, ¡cosa de poca monta!, 278; Estudiemos toda la vida el catecismo, 335; Es nuestra guía para salvarnos, 363; Para qué sirve, 367; Fruto del catecismo, 15, 34; Dos que la entienden, 34; No calla, pero observa, 39—**(T. II):** Es necesario, 378; Es el resumen de todas las ciencias, 82; Hay quien se llama católico y no lo ha leído, 114; Lo que hace el saberlo, 307; Defendamos nuestra fe con él, 322, 359; García Moreno y el catecismo, 316.

Catequesis.—(T. I): Catequesis modelo, 151; Bonito ejemplo, 15; Para los catequistas, 34; Catequista en Francia, 48; Catequista modelo, 123.—**(Tomo II):** Un buen premio, 87.

Celo.—(T. I): Ejemplos de..., 14, 15, 16, 34, 37, 285; Entre baturros, 38, 44; Celo premiado, 44; Cuánto puede el celo, 151; Es ingenioso, 11; Ocasiones oportunas para ejercerlo, 22; Celo llevado al heroísmo, 313; Celo del congregante (Vide Congregante). Celo de Vicente Aríztegui, 28.

Ceniza (Miércoles de).—**(T. I):** Polvitos maravilloso, 174.

Cielo.—(T. I): Acordarse de él en las tentaciones, 52; El palacio de la felicidad, 190; Hay algo más que cecina, 210; Los bienes de la tierra cansan, 193, 337; Prefiramos el cielo a todo, 246; Buscando una gran herencia, 305; Pocos ricos van a él, 214; La esperanza del galardón, 158; Cómo arribar seguros, 400; Viaje feliz, 319. —**(T. II):** A él hemos de aspirar, 306; ¡Qué será cuando este valle de lágrimas es tan hermoso!, 213; El camino del cielo es vencerse, 396; Lo ganaremos teniendo limpia el alma, 384.

Cine.—(T. I): Lo que es el cine en realidad, 6; Es un matamoscas, 12; Más vale no ver, 51; ¡Peligro!, 88; No alegra, 73; En él se embarran las almas, 12, 175; En él nos caza el diablo, 218, 306; Qué se aprende en el cine, 102; Se acostumbra uno a ver malas escenas, 110; En él estamos al alcance del demonio, 187; Frutos del cine, 6, 163, 314, 316; Lo que me sucedía yendo al cine, 19; Lleva a la perdición, 322, 394; A qué se va al cine, 122; No fiarse de apariencias, 220; El veneno del cine, 361; Pobre del que va al cine, 361; Para qué sirve el cine, 62, 111; Qué pienso del cine, 64; Los cines de hoy, 113; Los programas del cine, 23, 59; La película de la Pasión en los cines, 23; Huyamos del cine, 315; El congregante y el cine, 14, 59, 51; El privarse del cine es un obsequio muy delicado a S. Estanislao, 6; La comunión diaria es buen remedio para dejar el cine, 41, 42, 43; Contestaciones al que invita a ir al cine, 72; No va a él nadie decente, 258; Es de valientes el temer el cine, 5; Grippe que se pega, 230; Rasgos imitables, 2, 6, 7, 18, 23, 67.—**(T. II):** Es la peor de las escuelas, 9; Es el corruptor de la juventud, 208; Produce la ceguera del alma, 333; Se entra alegre y se sale triste, 245; Aun el decente nunca es bueno, 269; Ingenio para librarse de verlo, 14, 47; Desde cuándo soy peor, 153; Desastrosa lucha, 175; Con el cine se pierde, 96; Las películas actuales son una majadería, 149; El que ama el peligro, en él perece, 66; Enemigo del estudio, 384.

Circos.—(T. II): El circo de feria, 71.

Civilización.—(T. II): Sin Dios no hay civilización, 74.

Clases.—Vide Colegio.

Cobardía.—(T. I): Cobarde para pecar, 5; Para ir al cine, 5; Contra la cobardía, 53; Infame vergüenza, 55; Un congregante cobarde, 80; La historia de muchos, 365.

Colegio.—T. I): Procuren los congregantes ponerse juntos en las clases y así dar ejemplo y evitar peligro, 146, 147, 167; Evitar las malas lecturas en ellos, 208; Ejemplo en las clases, 357, 348.

Comunión.—(T. I): Hacer la primera cuanto antes, 11, 23; Bonitas maneras para prepararse a la primera, 28, 10, 370; Pensamientos dirigidos a Pío X, 1; La comunión es nuestra riqueza, 31; La mejor junta, 147; Es el agua que necesitamos en el desierto de este mundo, 170; Los dos mejores disfraces, 172; Atrae bendiciones, 200; Es manantial de gracias, 211; Es el práctico para entrar en la otra vida, 245; Da fuerza en la hora de la muerte, 206; En ella recibimos el mejor amigo, 330; La mejor visita, 369; La comunión diaria, remedio contra el cine, malos compañeros, tentaciones, pensamientos, mentiras, da alegría, etc., 41, 42, 43; Preservativo contra los peligros, 88; El mejor medio para conservarse sano, 120, 137; El mejor medio de educación, 51; Es fuente de alegría, 109, 112, 200; Es el riego que necesitamos para dar fruto, 164; El mejor medio para conservarse puros, 183; Ayuda en las tentaciones, 270; Nos ayuda a enmendarnos, 181; Se obtiene mucho fruto con ella, 144; No la dejemos, 376; El demonio procura que perdamos la comunión, 395; ¡Mientes!, caso práctico del no puedo, 22, 50; Le salva la comunión diaria, 381; Bonita contestación, 39.—**(T. II):** La primera comunión a los siete años, 220; Caso edificante, 374; La comunión según los libertinos, 330; No perdamos la comunión, 356; Es el sostén que Dios nos ofrece para no caer en pecado, 375; ¡Qué ejemplo nos dan los salvajes!, 106, 160; ¡Qué horrible la comunión en pecado!, 75; Tres peticiones, 59; Valor del Santísimo Sacramento, 163; Cuánto puede la comunión, 153, 117, 163; Fuerza que da la comunión, 47; La comunión diaria es el mejor tesoro de un pueblo, 204; Nos fortalece contra las pasiones, 206, 225; Nos debe apartar de actos indignos, 242; Por comulgar, 299, 313, 321; Estratagema para comulgar, 14; Si no hubiera comulgado..., 302; Es fuente de valentía, 395, 396.

Comunismo.—(T. II): No es verdadero el actual, 182.

Conciencia.—(T. I): La voz de Dios, 367, Ejemplos de delicadeza, 2, 132, 200; La buena es fuente de alegría, 189; Un grito que no engaña, 201; Condenado en vida, 191 (Vide. Remordimientos). —**(T. II):** La conciencia tranquila da felicidad, 29; La paz verdadera está en la conciencia, 63; Oigamos a tiempo la voz de la conciencia, 158; Ella es el timón que rige nuestra vida, 255.

Concursos.—(T. I): Idea de ellos, 4; Nuestros grabados (sobre el cine), 6, 12; Concurso de fin de ejercicios, 22; De Semana Santa, 27; Sobre Judas el traidor, 67; El ejemplo premiado (concurso de mayo), 27; Concurso de vacaciones, 40, 84; Sobre el reglamento, 51; Sobre la educación, 127; De misiones, 222; Sobre la Misa, 280; Sobre los malos amigos, 115, 372; Sobre dibujos y fotografías, 147. —**(T. II):** Así, ¿quién no acierta?, 145.

Conferencias. De misiones: (Vide de Misiones).—**(T. I):** Lunes y martes, 64; El arcipreste de Huelva en el Salón, 61; Con esto me salvo, 70; Nuestra Asamblea, 109; Debate sobre la mala Prensa, 166, 267.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Confesión.—(T. I): Descanso que produce, 67, 251; Conviene que sea frecuente, 225; Ajustemos nuestras cuentas, 225; Confesarse cuesta, pero el infierno..., 174; No tengamos vergüenza, 251; Vayamos a la raíz de las faltas, 107; No se paga sino para devolver lo robado, 236; Confesarse a tiempo en las enfermedades, 351; Uno que quiere, pero tarde, 238. — **(T. II):** Confesémosnos con frecuencia, 30; El secreto de la confesión, 244; Dios nos coja confesados, 210.

Confesor.—(T. I): Tengamos confesor fijo, 4, 57, 122, 174; Es nuestro guía, 362; El que más ayuda a educarnos, 127.—**(T. II):** ¡Qué bien viene un confesor fijo!, 182; Mi piloto, 10; Es médico del alma, 205; Sigamos sus consejos, 206; Entreguémonos a él por completo, 298, 339; Él encauza nuestras energías, 342; Nos ayuda en los peligros, 353.

Confianza.—(T. I): Vayamos con Dios, 261; Dios no abandona, 261; Contra el desaliento: hagamos por partes, 346. —**(T. II):** La oración con confianza siempre es oída, 151; Confianza en la Virgen. (Vide Virgen); Desconfiemos de nosotros mismos, 398; Seamos desconfiados con los amigos, 400.

Conformidad.—Con la voluntad divina (Vide Resignación).

Congregación.—(T. I): Para qué sirve, 5, 107, 120; Es el rebañito de la Virgen, 202; La Divina Pastora, 367; El rodrigón de las almas tiernas, 158; Es un jardín: el rosal y el zarzal, 164; El manzano, 168; Es el puerto en que nos refugiamos, 171; El barco en que navegamos, 263; El valle a donde corren las gracias, 54; Protege contra los escollos de la juventud, 130; Cuánto se aprende en ella, 10; Satisfacción que causa, 8, 19; Bienes que nos trae, 5, 14, 41, 19, 79; Cómo educa, 44, 59; El que la deja se echa a perder, 107; Manzana podrida, 211; El dinero que se da a las Congregaciones no es perdido, 11; Contestaciones a los que se ríen de ellas, 72; El por qué de la Junta, 55; El por qué de las categorías, 108, 113; Que sea lo que debe de ser, 65; Las Congregaciones de Madrid, Barcelona y Valencia, 153 y ss.—**(T. II):** La unión hace la fuerza, 27, 362; No sabemos bien lo que vale, 123; En qué estima la tenía S. Estanislao, 217; Bienes que hay en la Congregación, 158; Es la salvación de la juventud, 251; Congregantes en el alma, 292; Por nada la dejemos, 356; La Congregación para amar a Dios, 246.

Congregantes.—(T. I): Por qué soy congregante, 336; Hermosa frase, 234; Qué se gana con serlo, 79; Un congregante feliz, 298; Son los tercios de María, 125; Los grandes enemigos del demonio, 133 y 88. Los colonos de Dios, 231; Unidos tienen gran fuerza, 116; La medalla del congregante, 390; Uno que quiere ser congregante, 125; Quiere morir congregante, 132; Deben comunicarse con el director, 85; Deben de juntarse para defenderse de los malos amigos, 116; Procuren ponerse juntos en las clases, 146, 147, 167; La Virgen conoce a todos sus congregantes, 367; La piedra de toque del buen congregante es la constancia, 121; El buen congregante se precave contra los peligros, 88; Ha de ser conciliador, 123; Acude a las procesiones, 137; Es misionero entre sus compañeros, 215, 357, 378; No va al cine, 14, 59; Serlo bueno es algo más que divertirse, 109; El buen congregante en el foot-ball, 59; En las barracas, 88; En las playas, 145; En carnaval, 66; En las clases, 342. (Vide Colegio): Con los pobres, 62, 63; Con las misiones (Vide misiones); El buen congregante y las enfermedades, 124, 126; Congregantes prácticos: 140, 141, 144, 148, 160, 184, 196, 244, 292, 296, 340, 344, 356, 360.—**(Tomo II):** El que no quiere andar con los congregantes fácilmente se pierde, 94; Muerte del congregante, 386.

Congregantes fallecidos.-(T. I): Estanislao Martín Moro, 2; Ignacio de Aguirre y Lecube, 21; Pedro Ortiz y Arana, 57; Tomás Amutio Guarrochea, 65; Juanito Mestraitúa, 81; Manuel Coca, 85; Manuel de Begoña y Murillo de Ardanaz, 89; Santiago Anitua y Otamendi, 121; Rafael Benguría y Berreteaga, 125; José Antonio Girón, 221; Alberto Arechavaleta y Mendía, 233; Luis Martínez Alonso, 277; Vicente Aríztegui y Abechuco, 285; Eladio Martínez Pascual, 353; Juan José Achaerandio y Arrese, 397.—**(T. II):** Ignacio Galdeano e Iráculis, 5; José María Manzanos y Arenaza, 37; Juan Cruz Otalora, 45; Víctor Artola y Cenarro, 97; León Berrojaechevarría, 133; José María Mateos Soroa, 169; José Ignacio Uribe y Guimón, 213; Enrique Barrena y Villachica, 233; José María Gutiérrez Luco, 245.

Constancia.—(T. I): La virtud más difícil, 70; La más necesaria, 70; No basta comenzar, 373; Hay que pedirla, 70; Es la piedra de toque del congregante, 122; La virtud que hace el hombre, 61; Frutos de la constancia, 159; Cómo la premia Dios, 243; La inconstancia de los jóvenes, 347; Un inconstante, 387; Ejemplos de constancia, 61, 77, 81, 104, 198; Querer es poder, 94; "Nulla dies sine linea", 283; Constancia en el estudio, 317, 347.—**(T. II):** La constancia nos conduce a la victoria, 60, 71, 219, 258; Constancia en el bien, 31; Constancia en corregirse, 375; La perfección en la constancia, 261.

Conversación.—(T. I): Contestaciones a los que tienen malas conversaciones, 72; Excusas para cambiar de conversación, 72; Escapatorias a las malas, 80.

Corazón de Jesús. — (T. I): Nuestro lema, 29; Su día es el de nuestro amo, 32, 138, 157; El mes de nuestro rey, 129; El Sagrado Corazón y los niños, 61; Definición de un obispo, 61; El sello del congregante, 355; Apóstoles de su devoción, 39, 44, 83, 93; El santo y seña, 377; Una mirada del S. C., 49; Llama a la puerta del alma, 78; Saludemos al pasar ante las iglesias, 113; Acompañándole, 137; Amorosa recomendación, 79; Jaculatoria sublime, 113; Nuestra entronización, 156; El mejor portero, 93, 140, 355; Historia verdadera, 281; Hermoso rasgo, 382.—**(T. II):** Es el que mejor corresponde, 25, El sol que ilumina nuestras almas; 375; No seamos ingratos, 393.

Costumbres.—(T. I): Las buenas traen la dicha, 121; Hacen que se puedan resistir las enfermedades, 209; Las malas son como ríos, 359; Se quitan castigándose a sí mismos, 94, 111; Arranquémoslas a tiempo, 246; El hábito de pecar, 102.—**(T. II):** El sereno de mi pueblo, 146; Unos valientes, 148.

Cristiano.—(T. I): Su único enemigo es el que daña el alma, 247; No nos avergoncemos de serlo, 276.

Crucifijo.—(T. I): Nos consuela en nuestros trabajos, 179; Calma la tempestad, 179; Es el mayor consuelo, 183; El mejor libro, 321; La mejor arma, 350; Esfuerzo en el deber, 379; Los prodigios del Cristo de Limpias, 345; Dos milagros de otro, 360. — **(T. II):** Infunde valor, 322; Ante la Cruz el demonio es impotente, 91.

Crueldad.—(T. I): No seamos crueles con los animales, 362.

Cuerpo.—(T. I): Es un burrito que hay que dominar, 148; Cuidemos el cuerpo, pero también el alma, 241. (Vide Pasiones).

Cumpleaños.—(T. I): Modos de celebrarlo, 20, 185.

Curiosidad.—(T. II): Es muchas veces causa de pecado, 83; ¡A cuántos pierde!, 125.

Deber.—(T. I): Ante todo cumplamos con él, 389.—**(T. II):** Su cumplimiento será nuestro mayor elogio, 268, 286; Dios nos premiará, 308; Antepone la obligación a la vida de su hijo, 240; La mejor alegría está en cumplir con las obligaciones, 114.

Defectos.—Vayamos quitándolos gradualmente.—**(T. I):** 363, y **(T. II):** 375.

Demonio.—(T. I): Es nuestro verdadero enemigo, 247; Cuán solapado es, 51; Un diablo blanco, 67; El demonio hipnotizador, 362; Los súbditos del diablo, 79; Variedad de demonios, 133, 134; Modo de darle jaqueca, 138; Es el peor perro, 187; Muerde a los que no son de su casa, 371; El prefecto de Antioquía, 247; Gran asamblea de diablos antes del verano, 133 y 139; La Virgen refugio contra él. (Vide Virgen); Representantes del diablo (Vide Amigos malos y Congregantes malos).—**(T. II):** Sus lazos son los espectáculos, 319; Es quien más se ríe en carnaval, 57; Es impotente ante la Cruz, 91; Se mete por la ventana de las pasiones, 22.

Deporte.—(T. II): Cuidemos del cuerpo, pero también el alma, 241.

Desengaño.—(T. I): Niño, rosal espinado, 389; Las diversiones de este mundo son un desengaño (Vide Diversiones)

Desesperación. — (T. II): La oración salva aun a los desesperados, 19.

Desgracia.—(T. I): Una desgracia bien aprovechada, 378 (Vide Enfermedad y Sufrimiento).

Devocionario.—(T. I): Aprovechando el librito, 144.

Difuntos.—(T. I): Oraciones por ellos, no lágrimas, 349.

Dios.—(T. I): Pruebas de su existencia: la gallina y el huevo, 87; Nadie da lo que no tiene, 10; El cura y el cantero, 95; La ley moral, 102; Va de nuevo la gallina, 106; Presencia de Dios: Nos mira desde arriba, 103, 104, 308, 341, 342, 370; Dios nos acompaña, 261; Dios está en todas partes, 383; Dios es nuestro padre, 307; Seámosle agradecidos, 290, 301; No nos avergonzemos de llamarle Padre, 276; Acudamos a El, 376; Da lo que hace falta a los que le sirven, 62, 154; Paga lo que se hace con los suyos, 149; La mano del buen Dios, 265; Con Dios no se juega, 351, 348; De Dios nadie se ríe, 119, 202, 220, 226; Dios castiga y no con palo, 132; A veces retarda el castigo, 350; Castigos de Dios, 350, 383, 381, 379; El solo puede calmar nuestra sed, 170; ¡Sin Dios!, 259; Primero Dios, 283; El que no teme a Dios es un loco, 266; El pecador desafía a Dios, 306; Nos tiene colgados de una cuerda, 175; Es el dueño de nuestra vida, 267; Si le conociéramos no le ofenderíamos, 195.—**(T. II):** Existencia de Dios, 366, 356, 286, 347; ¡Qué tontos los ateos!, 62; Sin Dios no hay civilización ni progreso, 74; Sin El no hay sabiduría, 308; Sin El nada puede el hombre, 152, 186; Reverencia a Dios, 277, 287, 344, 363; Busquemos a Dios en todas partes, 371; Seámosle agradecidos, 379; Cualquier sacrificio por servirle, 381; El amor de Dios antes que el de los padres, 212; Antes Dios que los hombres, 223, 315; Sigamos a Dios, dejando al mundo, 298; Dios ha de ser el móvil de nuestras acciones, 253; La Voluntad divina, 346; El hombre si no va a Dios, va a las cosas mundanas, 374; Malo es Dios para enemigo, 59; No hay mejor amigo que el temor de Dios, 61; ¡Cuánto vale!, 86; Nadie se ríe de Dios, 111, 156; Con Dios no se juega, 182, 231, 206; Castigo de Dios, 390; El temor de Dios es medio infalible para ser valiente, 177; Es el áncora de nuestra salvación, 254; Hombre sin El se perderá, 259; Arriba está quien para abajo ve, 233.

Diversiones.—(T. I): En vacaciones, 40; Diversiones de un congregante, 82; Las verdaderas son aquellas que no ponen en peligro el alma, 82, 83; ¡Peligro!, 88; No prestar ayuda a diversiones peligrosas, 96; Las diversiones no alegran, 73; No está en ellas la felicidad, 103, 317, 337; Tienen espinas, 387; Muchas veces quitan la felicidad, 305; No llenan al hombre, 138; Nos distraen de nuestro fin, que es el cielo, 195; Es lo que menos educa, 127; No acallan los remordimientos, 118; Los que van tras ellos son como los perros, 114; Diversiones en lugar escondido, 71, 84, 103; Improvisados cocineros, 95.—**(T. II):** Cómo es el mundo, 70; Prefiramos a Dios a las diversiones, 126, 147; ¿Quién es el tonto que se mete en cosas de pecado?, 15.

Dolor.—(T. II): Es el mejor consejero, 53; Saquemos provecho de él, 20.

Domingo.—(T. I): El descanso de los domingos, 359.

Educación.—(T. I): Necesidad de la educación, 131; Frutos de la primera, 101, 304; Efectos de la mala, 101, 106, 258, 304, 310; Efectos de la buena, 89, 106, 179, 327, 328; Educación religiosa: cuánto vale, 278, 279; Más vale tarde que nunca, 290, 338; Ejemplos de sólida educación, 3, 4, 19, 328, 398; Un buen maestro, 28, 284; Congregante educador, 20, 24, 26, 30, 370; Medios para educarse bien, 13, 20, 278, 309; Quien bien te quiere te hará llorar, 323; La mayor riqueza es una buena educación, 106; La Congregación es uno de los medios mejores de educación, 107; El catecismo, única base de la buena, 109; Al

Biblioteca

Universidad de Deusto Biblioteca

joven bien educado se le conoce en el juego y en la mesa, 131; Lecciones de un perro, 342; ¡Cuidado con la víbora!, 337; Educad con el ejemplo, 4; Costumbres cristianas, 398 (Vide Costumbres).—**(Tomo II)**: Quien bien te quiere te hará llorar, 195; Quien mal te quiere te mimará, 285; La mejor manera de educarse es vencerse, 274, 289; Educar la juventud es educar la humanidad, 286; Educándose, 289; Así se educa, 303, 316, 171; Lo bien aprendido tarde se olvida, 304; Siepre hemos de proceder por principios internos, 257; Efectos de la mala educación, 10; La buena es la mejor herencia que pueden dejar los padres, 51; Es la mayor riqueza, 77, 79; Feliz la familia en la que los hijos están bien educados, 56; La mala educación redunda en mal de los padres, 46; Que caros resultan los mimos (Vide Padres y Carácter).

Ejemplo.—(T. I): Lo que puede el bueno, 39, 56, 108, 304, 238, 388; El bueno inclina al bien, 159; No sigamos el malo, 120; No hagamos el mono, 354.—**(T. II)**: Lo que puede el bueno, 35, 150; Un animal que confunde a muchos, 166; El mejor apostolado, 187, 315.

Ejemplos.—(T. II): Acordémonos de la moraleja, 374.

Ejercicios.—(T. I): Para qué sirven, 87, 141, 142, 143; Impresiones, 33, 86, 141, 143, 386; Fruto de las meditaciones, 71, 141 a 143, 386; Cuánto los teme el demonio, 141 a 143; Medios para perseverar, 189, 34, 87; Apuntes al vuelo en Loyola, 385; Achaerandio y los ejercicios, 397.

Embriaguez.—(T. II): Opongámonos al vicio de la bebida, 74.

Enemigos.—(T. I): El del cristiano es el que puede dañar el alma, 247; Perdonemos a nuestros enemigos, 386; Cómo se triunfa de ellos, 331.—**(T. II)**: El peor es un mal amigo, 61; Perdonarles, 172, 267, 367; ¡Cuánto se goza perdonando!, 123; Efectos del perdonar, 172; La venganza de un cura, 148.

Enfermedades.—(T. I): No es pobre el enfermo, sino rico, 90; Ofrecerlas a Dios, 124; A la Virgen, 80; Llevarlas por Dios, 265; Conformidad en ellas, 126, 158; La fe consuela en ellas, 209, 287; La comunión da resignación, 154; Son castigos que Dios manda, para que nos enmendemos, 131; Son las riquezas, para pagar nuestras deudas, 189; Purgatorio en este mundo, 209; Enfermedad que cura, 290; Confesarse a tiempo, 351; Enfermedades del alma: Los rayos X de la Virgen, 374.—**(T. II)**: Saquemos provecho de ellas, 20; Son el pulimento del alma si las llevamos con paciencia, 12.

Envidia.—(T. II): ¡A qué extremos lleva!, 156.

Esclavitud.—(T. I): Los esclavos de la Virgen, 236; Esclavitud de los pecadores: cuánto gastan por pecar, 171; Los esclavos del vicio, 229.

Espectáculos.—(T. I): Las dos pescas, 218; Una lección de Colón, 220; Buscando sin encontrar, 317; No está en ellos la felicidad, 318.—**(T. II)**: En la mayoría hay peligro para el alma, 113; No hay que picar, 141; Los malos son los arrecifes de la sociedad, 297; Son lazos del demonio, 319. (Vide Cine, Circo).

Estudio.—(T. I): Más vale el estudio que el dinero, 304; Las novelas perjudican al estudio, 261, 347; Las riquezas quitan la afición al estudio, 314; Seamos constantes en ellos, 317, 347; Dividamos bien el trabajo, 346; Nuestro periódico han de ser los libros de estudio, 349; Estudiar por salvar almas, 360; Ofrezcámoslo a la Virgen, 382; No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy, 387; La Virgen hace estudiar a Juanito, 232; La novena de la Gracia y los estudiantes, 173; El propósito de Tomasito, 362.—**(T. II)**: No está la ciencia en las notas que nos den, 72; Cómo debo estudiar, 41; Las diversiones son sus enemigos, 384.

Eternidad.—(T. I): Meditación sobre la eternidad, 71; El paso a la eternidad, 205; Preparémosnos para cuando vayamos a ella, 247.—**(T. II)**: ¡Cuánto enseña un poco de arena!, 390; Sólo valen en ella las buenas obras, 391 (Vide Novísimos y Muerte).

Eucaristía.—(T. I): Jesús premia la fe de un congregante, 19; Un pobre que es rico, 214; Fiesta nocturna, 200.—**(T. II)**: Dios está en la Hostia consagrada, 3; Defendiendo a Jesús, 351; Mártir de la Eucaristía, 347; (Vide Comunión y Excursiones eucarísticas).

Examen.—(T. I): El buen congregante en los exámenes, 72.

Examen de conciencia.—(T. I): La práctica mejor para saber cómo se anda con Dios, 51; Espejo en que debemos mirarnos, 174; Fruto del examen, 58, 74; Examen particular, 346; Divide y vencerás, 363 y **(T. II)**: 375.

Excursiones eucarísticas.—(T. I): Año 1914: 38, 44, 46; 1915: 75, 97 a 100; 1916: 149 a 151; 1917: 203 a 204; 1918: 249 a 251; 1919: 297; 1920: 345 a 346; 1921: 393.—**(T. II)**: 1922: 43 a 44; 1923, 89 a 90; 1924: 137 a 138; 1925: 185 a 186; 1926: 238 a 239; 1927: 282 a 284; 1928: 335 a 336; 1929: 379 a 380. Carta de Ciudad Real.—**(T. I)**: 60.

Extrema-Unción.—(T. I): Da la salud, 70.

Familia.—(T. I): Sagrada Familia, 65; Familias modelos: 30, 53, 63, 69, 78, 103.—**(Tomo II)**: Siempre unida, 355; ¡Qué feliz la familia en la que los hijos están bien educados!, 56. (Vide Padres, Hijos, Hermanos, etc.).

Fe.—(T. I): Demos la vida por nuestra fe, 374.—**(T. II)**: Defendamos nuestra fe, 42; La fe nos hace héroes, 204; Mártires, 266, 325; Castigado por la fe en Méjico, 266, 296; Antes morir que renegar, 285; La fe católica la más sublime, 295; Sólo en la fe católica encontraremos a Jesús, 306; Mártires en Méjico, 301, 310, 311, 312, 314, 334, 339. Un hombre sin fe es un animal, 311; Mártir en China, 314; Renegado y mártir, 329; Padeciendo alegres por la fe, 361.

Felicidad.—(T. I): El palacio de la felicidad, 190; La de este mundo está llena de peligros, 103; No la dan las riquezas, 106, 152; Ni los espectáculos y diversiones, 317; Cuando creemos que vamos a alcanzarla, se nos marcha, 197; Es fruto de las buenas obras, 121; La mayor felicidad de este mundo, 275.—**(T. II)**: Consejos para ser felices, 259; No está en las cosas de este mundo, 265, 383; Consiste en la virtud, 306; Depende de la tranquilidad de conciencia, 29; Los malos amigos quitan la felicidad, 83.

Fiestas.—(T. I): En usted manda Dios, 39; Juan y Pedro, 359; Castigos por profanarlas, 132, 379.—**(T. II)**: No trabajar, 28, 48; Atinada contestación, 32.

Fin.—(T. II): En toda acción debemos de pensar en el fin, 119.

Flores y Frutos.—(T. I): Cincuenta días de indulgencia por cada artículo que se escriba, 17.

Fortaleza.—(T. I): Ejemplos de..., 94, 77, 206, 247. (Vide Valentía).

Generosidad.—(T. I): 400; Generoso perdón, 386. (Vide Enemigos). Pobre generoso, 387. (Vide Limosna).

Gracia.—(T. I): Cómo debemos recibirla, 189; Qué poco cuesta el perderla, 211; Alma sin gracia, molino sin agua, 311; Hay que ser fiel a la gracia, 243; No juguemos con las gracias, 351.—**(T. II)**: En Dios está la gracia para el alma, 2. (Vide Pecado).

Hermano.—(T. I): Me salvó mi hermana, 355.

Herencia.—T. II): La mejor herencia, 159; Es una buena educación, 51.

Hijos.—(T. I): Los buenos son las mejores alhajas de los padres, 47; Los ingratos, cuán abominables, 70; Los buenos influyen sobre sus padres, 378; Les sacan de apuros, 63; Amor de los hijos a los padres, 331, 340; Hijos que honran a sus padres, 114, 118, 151, 158, 252, 320, 340; Hijo que educa a su padre, 370; Malos hijos, 69; Los paganos y los hijos, 175; El ya-mi-lón (costumbre china), 176.—**(T. II)**: Feliz la familia en que los hijos están bien educados, 56. (Vide Padres).

Hipocresía.—(T. I): Los niños que usan careta, 171; Un congregante con careta, 271; El demonio hipócrita, 133, 134.—**(T. II)**: No te fíes de las apariencias, 295, 307, 340.

Hombres.—(T. I): Hay que ser hombres, 17; Hacerse el hombre: Los calzones de Juan, 49; Historia de unos monos, 251, 290; Hombres chiquillos, 364; Hombres bestias. (Vide Pasiones y Carnaval); El hombre es un árbol, tiene que dar fruto, 112; El gusano, imagen del hombre, 350; Del mono al hombre, 361.—**(T. II)**: ¡Cuán pocos merecen llamarse hombres!, 91, 118; El hombre es superior al animal, 142; El hombre nada vale sin la ayuda de Dios, 152; O va a Dios, o va a las cosas mundanas, 374; Uno que desciende del mono, 146.

Honradez.—(T. I): Frutos de ella, 131.—**(T. II)**: Es la mejor aureola que podemos mostrar, 106; Dios premia la honradez, 65.

Hospicios.—(T. I): Placer que se experimenta en ellos, 13, 43, 62, 164; Lavando los pies a los asilados, 278; Hospicio de la vanidad, 201.

Humildad.—(T. II): Vale más que toda la ciencia humana, 78; Consigue lo que logra la fuerza, 193; El que se humilla será ensalzado, 54; ¡Qué heroicidad!, 119; Un joven humilde, 233; Seamos humildes, 395.

Hurto.—(T. I): Pecado que no se perdona, 184; Al que procede bien Dios le ayuda, 131; La jugarreta de León, 199; Rasgo delicado, 200; Un juego de manos, 237; Arriba está quien para abajo ve, 370.—**(T. II)**: El ladrón descubierto, 68; Con la vara que midieres, serás medido, 128; Un estafador cogido, 273.

Iglesia.—(T. I): Devoción en la iglesia, 38 Guardemos compostura, 238; Manzana podrida, 168; Descubrirse al pasar ante ellas, 295; Las torres son dedos que apuntan al cielo.—**(T. II)**: Abandonemos al entrar todo pensamiento mundano, 382.

Iglesia católica.—(T. II): No perecerá, 302.

Imitación de Cristo.—(T. II): Son grandes los prodigios que se obran leyéndola "bien", 109.

Incredulidad.—(T. II): Cuán mala es la ceguera del alma, 115; De Dios nadie se ríe, 156.

Infierno.—(T. I): Acordarse de él en las tentaciones, 52; Lo que más me impresionó, 71; Un condenado en vida, 71; La muerte de los pecadores demuestra su existencia, 256; Ya creo en el infierno, 195; Un salido del infierno, 201, 273; Mueve a los pecadores, 215; Pensemos en el infierno, 215; Frenemos a tiempo para no caer en él, 251, 246; No tengo dos almas, 283; ¿Por qué está en el infierno?, 308; Está lleno de talentos mal aprovechados, 379; El lenguaje del infierno, 228; La película más moral, 26; Cómo se cae en él, 296; Chiste que pica en historia, 228.—**(T. II)**: ¿Y si hay infierno?, 143.

Inocencia.—(T. I): Locura de los que se exponen a perderla, 309; Los malos amigos hacen perderla, 101 y **(T. II)**: 18, 123.

Inspiración.—(T. II): Conveniencia de escucharlas, 2, 11; Dios nos ayuda con sus inspiraciones, 207.

Ira.—(T. II): Causa de nuestra perdición, 4.

Jesucristo.—(T. I): Llama a las puertas de nuestro corazón, 78; Su realidad histórica, 104; Historia verdadera, 281; Los dos mejores disfraces, 172; Si le conociéramos no le ofenderíamos, 196; Es nuestro mejor amigo, 330; No reneguemos de Él, 365; Ofrezcámosle nuestro corazón, 360; Tengamos olor de Cristo, 199; Sacrifiquémonos por Él, 366; Su vida es muy buen premio y muy buena lectura, 12.—**(T. II)**: ¿Qué hago por Cristo?, 257; Nos echa en cara nuestra cobardía, 271; Lo haría si no fuera cristiano, 301; Darwin y Cristo, 303; En Jesucristo hay dos naturalezas, 322; Jesús muerto por nosotros, 326; Seamos agradecidos a Cristo, 365, 373; No le abramos las heridas, 385; Conoce a todas sus ovejas, 386.

Juego.—(T. II): Juguemos por agradar a Dios, 386.

Juventud.—(T. I): Jesucristo y los jóvenes, 130; Hipnotizados, 362; Jóvenes con cara de monos, 361; Cómo los caza el demonio, 291; La educación del joven se conoce en el juego y en la mesa, 131; También los jóvenes mueren (Vide Muerte).—**(T. II)**: Educar la juventud es educar la humanidad, 286; No nos dejemos arrastrar en la juventud por los vicios, 23; Más mueren jóvenes que viejos, 286.

Juicio.—(T. I): Sueño reparador, 300; Otro muy provechoso, 369.

Lecturas.—(T. I): Es muy buena lectura la vida de N. S. Jesucristo, 12; Discurren como el ratón, 319; Amor a las buenas, 3; Efectos de las buenas, 11, 12, 177; Las buenas son alimento del alma, 390; No todo lo bueno, puede leerse por todos, 291; El mejor libro

Universidad de Deusto
Biblioteca

es el Crucifijo, 321; Combatamos las malas, 94; Avisemos al prójimo, 94; Para evitar las malas en los colegios, 208.—(T. II): Las buenas pueden hacer un bien inmenso, 212; Propaguemos las buenas, 370; Las **dlotas** serias aficionan al trabajo, 258; Las malas dañan sin darse uno cuenta, 207, 346; Las malas son el peor incendio, 243; Hemos de procurar desterrar las malas, 259; Qué se hace con los libros malos, 305; (Vide Novelas, Periódicos y Revistas).

Levantarse.—(T. I): Un saludable pinchazo, 183.—(T. II): El primer pensamiento para la Virgen, 69.

Libertad.—(T. I): A mayor libertad, mayores peligros, 333, 377; Por andar sueltos, 322; Los librepensadores y los presidarios, 213.—(T. II): No está la verdadera libertad en llamarse libres, 9; Qué poca cabeza tienen algunas personas, 179.

Limosna.—(T. I): No es dinero perdido, 10; Dios es buen pagador; 212; Buen negociante, 318; ¿Quién salió ganando?, 357; ¿Quién dió más?, 360; Un verdadero rico, 301; Al que dá no le faltará, 387; Seamos desprendidos, 369; Para qué sirve el dinero, 295; De los mejores consuelos, 312; Mejor en vida que en muerte, 307; Un tranvía para el cielo, 395; Hacer y no aparecer, 328, 387.—(T. II): Limosna bien devuelta, 66; A cuántos salvamos con ella, 150; Manos que no dais, ¿qué esperáis?, 341; García Moreno y los pobres, 281; Tres pesetas que valen tres millones, 398 (Vide Misiones).

Madres.—Vide Padres.

Madrugar.—(T. I): Nadie se pone enfermo por madrugar, 270.

Maestros.—(T. I): Un buen Maestro, 28, 284; Sigamos sus consejos, 362.

Mahometismo.—(T. I): Los Saisaguas, 374.

Mandamientos.—(T. II): Hay que guardarlos todos, 4, 48; El camino más seguro para la eternidad, 33; Antes Dios que los padres, 267; Hasta los ladrones se escandalizan, 238.

Mansedumbre.—(T. II): Cuánto ganamos con ella, 161.

María.—Vide Virgen.

Martirio.—(T. I): Un mártir de la caridad, 274; Un alma noble, 303.—(T. II): Mártir de la caridad, 243, 247; Misionero mártir, 317; Mártir de la Eucaristía, 339, 347; Niño mártir, 390 (Vide Fe).

Mayo.—(T. I): Modo de pasarlo, 25; Buen modo de obsequiar a la Virgen, 31, 376; La Virgen o los amigos, 74; La Virgen en el mes de mayo, 75; Piadosa discusión, 376; Un ramo de lilas, 326; Ofrezcámosla sacrificio, 327; No le neguemos las flores, 73; Flores que que no se marchitan, 74; Obsequiemos a la Madre, 78; Pero no en pecado, 132; Cómo me educan en casa, 127; Quién hizo estudiar a Juanito, 232; Un ejemplo premiado, 27.

Mentira.—(T. I): La comunión diaria remedio contra ella, 42; Consecuencias de ella, 58.—(Tomo II): Antes se coge al mentiroso que al cojo, 110, 178; Tomémosle horror, 30.

Milagro.—(T. II): Milagro de S. Jenaro, 34.

Misa.—(T. I): Frutos que se han recogido por no venir a la misa diaria, 31 (Vide Comunión diaria); Mientes, (caso práctico del no puedo), 22, 50, 55, 391; Concurso sobre la Misa, 28; Amor a la Misa, 368; Ayudarla, 19; Los efectos de un pinchazo, 183; El perro despertador, 94; Historia que debes leer, 68; Excusa refutada, 381; La capita del inglés, 270; Misa sin sacerdote, 368; Un cura de diez años, 140.—(T. II): Suave estratagema, 126; Procurar ir a tiempo, 55; Poder de la misa, 385.

Misericordia (Obras de).—(Tomo I): **Espirituales.** Enseñar al que no sabe, 8, 15, 36, 34, 38 (Vide Catequesis); Dar buen consejo, 39, 240; Corregir al que yerra, 16, 39, 82, 330; Perdonar las injurias (Vide Enemigos); Consolar, 162, 184, 331 (Vide Hospicio y Pobres); Rogar por los vivos y los muertos, 50, 180, 349; La Santa Infancia (Vide Misiones); **Corporales:** Visitar a los enfermos, 13, 30, 43, 48, 184, 209, 395 (Vide Hospicio); Cuidarles, 265, 293; Dar de comer, 30, 63, 164; Redimir al cautivo (Vide Misiones); Vestir al desnudo, 28, 54, 162; Dar posada, 182; Enterrar a los muertos, 340; Conferencias de S. Vicente, 168.—(T. II): Dar de comer, 293 (Vide Limosna).

Misiones.—(T. I): Concurso de Misiones, 222; La Virgen y las Misiones, 75; El congregante no puede mirarlas con indiferencia, 112; Recompensa por favorecerlas, aun en este mundo, 112; Quién negará una limosna a Dios, 119; Dios es buen pagador, 212; La hucha de Misiones, 212, 256; La hucha vista en sueños, 185; Salva un alma y salvarás la tuya, 300; Un bolsillo consagrado, 309; Donde emplearemos mejor los sellos, 316; La verdadera lotería, 354; Cuánto vale una peseta, 391; Nuestras navidades, 213; La odisea de una perra gorda, 110; Tertulias aprovechadas, 152; El carbón de Pepito, 161; Un sueño con los indios, 58; Dos congregantes que nos honran, 192; Un rasgo, 16; Qué fué aquello, 11; Apóstol en ciernes, 10; Los estudiantes y las misiones, 183; Fro-Fro, hermoso rasgo, 366; La Santa Infancia, 175; Es un negocio, 180; Fiesta de la Santa Infancia en Vitoria. Velada misional, 166; Industrias santas, 212, 213, 256; Triste historia, 182; Hambre en China, 184; Dignos de compasión, 260; Congregantes misioneros, 267; Si fuese misionero..., 162; Quiero ser misionero, 105; Un apóstol de trece años, 343; Acordaos de los chinitos, 161, 162, 163; Costumbres chinas, 176, 224, 284, 320, 324, 380; De paso por el Japón, 216; Costumbres indias, 268; Fernando Póo, (variedades), 77, 129; Marruecos, 68; Los caribes, 63; Idolo cesante, 48; Pobres súbditos de Chopipi, 79; Carta de un misionero, 52; Dos conferencias, 26; Dos nuevos cristianos y la comunión, 303; ¿Por qué está en el infierno?, 308; Un salido del infierno, 273; Angelito al cielo, 312.—(T. II): Valor de las limosnas, 28; Tres pesetas que valen tres millones, 398; En ellos se apoya el misionero, 112; Efectos de la limosna, 107; Estas limosnas nos consolarán en la muerte, 105; Roguemos por las misiones, 144, 364; Si ganaran también los negritos la vida eterna, 102; Voces de S. Francisco Javier, 61; Prodigios recientes suyos, 62; Faltan misioneros, 398; ¡Qué felices los misioneros!, 393; ¡Qué dicha ser misionero!, 116; Misionero desde aquí,

287; Enfermedad curada, 118; Misioneros insignes, 175, 174; Un valiente misionero, 173; Misionero mártir, 317; Cómo se sirve Dios de los misioneros, 188; Estratagemas de los mismos, 189; Cuánto hay que hacer, 322; Un catequista ciego, 400; Un abismo insaciable, 120; Cómo reza el Padre nuestro quien no se interesa por las Misiones, 124; Compadezcámonos de los infieles, 304, 342; Cómo salva Dios a los infieles, 327, 370; Interesante bautismo, 338, 352; Conversión por un niño, 292; Conversión peregrina, 121; Pequeño héroe, 259, 285; Joven héroe, 319; Quiero comulgar, 321, 356; De las garras del león al cielo, 322; Por no caer en la tentación, 294; Entre tigres, 344; La muerte del cocodrilo dios, 333; Crueldad del paganismo, 190; Un ídolo singular, 240; Tanto se puede, cuanto se quiere, 230; Curiosidad china, 387; En las perpetuas nieves, 388.

Misterios.—(T. II): Lo que enseña un tapiz, 309.

Moda.—(T. I): Otros monos más, 291.—(T. II): Qué desverguenza, 155; Qué ridiculez, 126; ¿Que no se fijan los niños?, 220, 238, 267; Prolongado carnaval, 302; Modas salvajes, 318; Castigando los vestidos cortos, 267; Antes muera que vestir así, 350.

Modestia.—(T. I): Rasgos de modestia, 90, 122.—(T. II): Seamos modestos, 56.

Mortificación.—(T. I): Es el mejor medio de quitar las malas costumbres, 94, 111; Y de educarse, 127; Cuando alguien os mortifica acordaos de Cristo Crucificado, 127.

Muerte.—(T. I): Estamos sentenciados, 253; Cómo debemos mirarla, 4; También los jóvenes mueren, 69; Viene sin avisar, 69, 381, 392; La vida es un tren, 207; La comedia de la vida, 255; Pensemos en la muerte, 169, 173, 210; El ataúd de San Francisco, 155; Polvitos maravillosos, 174; Provechos de visitar a un moribundo, 70; Lo que enseña un gusano, 250; Cómo muere el congregante, 4, 21, 81, 126; El congregante y la muerte, 57, 92, 126; Deseando la muerte, 319; Muerte edificante, 248, 330, 399; Muerte envidiable, 206; ¿Quieres venir al cielo?, 354; Muerte heroica de un sacerdote, 313; Angelito al cielo, 312; Alegre vida y santa muerte, 257; Quieren morir congregantes, 132; La Virgen en la hora de la muerte, 54; Alegría de los buenos, 256, 302; La última jotita, 193; Tengo el práctico a bordo, 245; Tal vida, tal muerte, 255, 318, 323; Todo dejaremos menos las buenas obras, 205, 256, 323; La muerte no espera, 254; No dejes el bien para después, 307; Se alegra uno del bien hecho, 301; Estemos prevenidos, 237; Muramos entronizando a Jesús en nuestro corazón, 331; Todos moriremos, 383; Viaje feliz, 319; Dos ajusticiados, 256; La muerte del pecador demuestra que hay infierno 256; No me acostaré en pecado, 276; Antes morir que pecar, 398, 400.—(T. II): No respeta edades, 360; Más mueren jóvenes que viejos, 14; Hay que estar preparados, 155, 391; Hay que dejar las riquezas, 353; Sólo se llevan las buenas obras, 194, 253, 195; La muerte del congregante, 380; Ignacio Galdeano y su muerte, 8.

Mundo.—(T. I): Es un bazar, 31; Es una romería, 193; Es una manzana podrida, 283; Es un desierto, 170.—(T. II): No da la felicidad, 383.

Murmuración.—(T. II): Hace casi imposible la restitución de la fama, 186.

Navidad.—(T. I): Modo de pasarlas divertidas, 10; Lo que podemos hacer, 312; Excelente modo de celebrarla Nochebuena, 312; Un rasgo de Manolín, 357.—(T. II): Buen modo de celebrarla, 293.

Niños.—(T. I): Son como la pluma llevada por el viento, 175; Los niños paganos, 176; El Corazón de Jesús y los niños, 61; Si no se educa de niños, luego es difícil, 187; Chispazos de niños, 359; Sed buenos de pequeños, 337.

Novelas.—(T. I): Un congregante y las novelas, 59, 70; Arrastran a la perdición, 261; Perjudican al estudio, 261, 347; Un lobo reconocido, 227; Rompiendo novelones, 94, 368; Cuatro guapos, 208.

Novena.—(T. I): La de la Gracia: su origen, 17; La de la Gracia y los estudiantes, 173; La misma para alcanzar valentía, 283; Cómo hacerlas prácticas, 398.

Novísimos.—(T. II): Su recuerdo es la mejor base del hombre, 342 (Vide Juicio y Muerte).

Obediencia.—(T. I): Su importancia, 87; Es muy agradable a la Virgen, 87; Modelo de obediencia, 90.

Obispo.—(T. I): Nuestra visita al nuevo prelado, 17.

Obigación.—(Vide Deber).

Obras buenas.—(T. I): Son el fruto del árbol del monte, 112; Las echaremos de menos en la hora de la muerte, 205; Es lo único que llevaremos al otro mundo, 206; Palabras no, obras, 323; Cuentas de fin de año, 324.—(T. II): Serán nuestro único valor después de la muerte, 128, 194, 195, 353; Aprovechemos las ocasiones de hacer bien, 94; Obra bien (canción china), 388.

Obsequios.—(T. I): Es muy delicado el privarse del cine en honor de S. Estanislao, 6; Obsequio bueno a la Virgen es favorecer a las Misiones, 75; Obsequios de mayo, (Vide Mayo).

Ocasiones de pecar.—(T. I): El mejor remedio es huir, 11, 67; El que no huye cae, 318; Quien ama el peligro perece en él, 339; El valiente procura alejar a otros de ellas, 16; Contestaciones al que invita a ir a un lugar peligroso, 72; Arriba está quien para abajo ve, 103; Son como una araña, 107; Cuidado con los escaparates, 117; Cómo me enseñan en casa, 114.—(T. II): No nos arrastre la curiosidad, 13; Dios nos ve en todas partes, 95; Son ratoneras, 195; Redes del demonio, 224, 290; Jugar con fieras, 262, 292; No nos metamos en ellas, 290, 251, 394; Huyamos de ellas, 363, 338, 391; Guardemos los sentidos, 196; No nos descuidemos, 397 (Vide Carnaval, Cine, Circo, Lecturas).

Ociosidad.—(T. I): Madre de todos los vicios, 134, 139; Industrias para evitarla, 84, 136, 392.—(T. II): El mayor peligro para la pureza, 258 (Vide Vacaciones).

Oración.—(T. I): Es el mejor auxiliar en las tentaciones, 35; Frutos de la oración, 112; La oración y la salvación, 70.—(T. II): El trato con Dios nos salva, 91; Poder de la oración, 114, 162, 150, 201; La oración fervorosa y confiada no es desoída, 151, 166; Salva aun a los desesperados, 19;

Universidad de Deusto Biblioteca

Recemos antes y después de la comida, 395; En las tentaciones, 376; Recemos bien, 101.

Paciencia.—(T. II): La desgracia, llevada con paciencia, redunda en nuestro provecho, 12, 93.

Padres.—(T. I): Madre cruel, 18, 23, 102, 304, 310, 314; Cariños que matan, 114, 128, 252, 304, 310, 314; Padres que merecen palos, 101, 239, 242, 314; Muchos padres como éstos, 49, 112, 263, 308, 318, 324; Muchas madres como éstas, 35, 43, 47, 50, 54, 105, 126, 256, 320; Cuánto valen los buenos padres, 179, 252, 263, 318; Un padre que vigila, 308, 338; Modelo de padres, 346; ¡Padres, escarmentad!, 322, 334; ¡Padres, atad la fiera a tiempo!, 333, 358; No nieguen sus hijos a Dios, 206, 302, 310, 375; Antes miren por su salvación que por dejar riquezas a los hijos, 114; El dinero aminora el amor a los hijos, 239; Amor de madre, 178; El ejemplo de los padres, 341; El periódico del padre, 391; Castiguen a sus hijos, 323; Eviten que vayan al cine, 322; Eduquen y enseñen la religión a los hijos, 337; Sujétenles, 252; Respetemos a los padres, 19; Amémosles, 34; Sigamos sus consejos, 362; Procuremos estén bien, 63; Seámosles agradecidos, 333; Procuremos que cumplan con la Iglesia, 151.—**(T. II):** Cómo hay que educar, 195; Responsabilidad del padre sobre la vocación de los hijos, 196; Madre que infunde la vocación a su hijo, 243; Faltan madres, 263; Una madre que no es madre, 349; ¡Vaya una madre!, 309, 312, 357; Lo que puede una madre, 201, 202; Una mirada de la madre, 220; Las mamás, 399; Antes Dios que los padres, 212; Obedece y es obedecido, 267; Amemos y veneremos a los padres, 212; Seámosles agradecidos, 93; Qué caros resultan los mismos, 47; La mejor herencia para los hijos es una buena educación, 51; La mala redunda en desgracia de los padres, 46. (Vide Hijos).

Palabras.—(T. I): Obscenas y malolientes, 94; Lo que recuerdan las obscenas, 247; Las sucias: Modo de evitarlas, 358; Respuestas a los que dicen palabras obscenas, 122.

Pasión de N. S. J. C.—(T. I): Una conversión por meditar en ella, 177; Parábola de San Bernardo, 180; Anima a sufrir, 379; Acordaos de ella para no pecar, 178, 179; Contrastes de Viernes Santo, 71; Cuando os molestan, acordaos de ella, 126; ¿Quiénes crucifican a Cristo?, 84; La Virgen Dolorosa, la mejor de las madres, 177; Vía-Crucis: así se hace, 303; La película de la Pasión en los cines, 23. — **(T. II):** El camino para el cielo, 396.

Pasiones.—(T. I): Hay que vencerlas cuando empiezan, 251, 341; Hay que quitar la raíz, 107; No dejarse llevar de la corriente, 271; Extremos a que llevan, 114, 115; Hacen al hombre mono, 361; "Átame, Señora, átame", 229. — **(T. II):** Hay que dominarlas de joven, 122; Tengámoslas a raya, 19, 157, 316, 319, 335; Son las ventanas por las que entra el diablo, 22; La comunión nos fortalece contra ellas, 206, 225; Cuán poco vale el hombre sin Dios, 152; Seamos fortalezas, 156.

Pecado.—(T. I): Tengámosle horror, 22; Temámosle, 5; Antes morir que pecar, 77, 114, 398, 400; Basta uno para condenarse, 152; Remedio eficaz para salir de él, 111; Tres modos de pecar, 283; Por qué tonterías se peca, 339; No estemos en pecado, que la muerte no espera, 237, 254; No nos acostemos en pecado, 276; ¿Y si te mueres hoy?, 276; Crucificamos a nuestro Padre, 231, 307; Ponemos espinas en su cabeza, 123; Pensemos en la Pasión de Cristo y no pecaremos, 178, 179; Demos a Dios los pecados para que nos los perdone, 321; Donde hay pecado no puede haber amistad verdadera, 378; El pecado lleva la penitencia, 350; Trae consigo la intranquilidad, 84; El que está en pecado queda separado de la casa de su Padre, 259; El pecador es un loco, 266; Es comparable a un burro, 179; Temeridad del pecador, 175, 306; Su alma es comparable a un túnel, 189; Santo temor de Dios, 8; No reneguemos de Cristo, 365; No seamos judíos, 322; No seamos monos, 210; Concurso sobre el pecado de Judas, 67, 123.—**(T. II):** Infinito daño del pecado, 25; Con él herimos a Jesucristo, 385; El pecado lleva la penitencia, 4, 54; Arranquemos sus raíces, 55; Huyamos de él, 33; Con creer no se borra el pecado, 143; El devoto de la Virgen no caerá en toda clase de pecados, 17. (Vide Ocasiones de pecar).

Pecado original.—(T. I): La fuente envenenada, 258; Otra comparación, 348.

Pensamientos.—(T. II): Dejar los mundanos al entrar en la Iglesia, 382.

Pereza.—(T. I): Un saludable pinchazo, 183; Motivos para trabajar, 339; Remedio contra ella, 43; Es el veneno del diablo, 94; El perro despertador: El diablo de la pereza, 395; No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy, 387 y **(Tomo II):** 90.

Peregrinación.—(T. II): Visita de los congregantes al Papa, 249.

Periódico.—(T. I): Avergonzad a los lectores de los malos, 209; Evitemos que se compren los no católicos, 24; Hacen mucho mal, los malos, 392; Un buen hijo, 378; Debate sobre la mala Prensa, 167, 267; El nuestro han de ser los libros de estudio, 349. —**(T. II):** Hace perder la fe el malo, 302.

Pesimismo.—(T. II): No hay que ser pesimista, 84.

Piedad.—(T. II): Para qué sirve, 80.

Pío X.—(T. I): Nuestros primeros saludos a Pío X, Papa de la Comunión diaria, 1; Pío X nos ha dejado (Frutos de la Comunión diaria), 41, 42, 43.

Placeres.—(T. I): Nos apartan de nuestro fin, que es el cielo, 191; En seguida cansan, 193; La ilusión del placer, 337, 343; Rosas y espinas, 387. (Vide Diversiones).

Playa.—(T. I): Los peligros de ella, 145; Conducta de los congregantes, 145; Pecado castigado, 241. (Vide Baño).

Pobres.—(T. I): Bienaventurados los pobres, 227; No lo olvidéis, 324; Acordaos de los niños pobres, 162; Consuelos con los pobres, 164; Modo de socorrerlos, 63; Ricos pobres, 152; En el día de Navidad, 357. (Vide Limosna).

Pornografía.—(T. I): Si todos hicieran esto, 16; El demonio de la pornografía, 134. (Vide Lecturas).

Porvenir.—(T. II): ¡Hay tantos que no se preocupan de él!, 118.

Presunción.—(T. I): No hay que ser arrogantes, 317.—**(Tomo II):** No presumamos de nosotros mismos, 67.

Procesiones.—(T. I): A qué se va a ellas, 30; La procesión por el mar, 37, 97; Los congregantes y las procesiones, 137.

Prójimo.—(T. II): ¡Qué fácil es echar la culpa al prójimo!, 50.

Propaganda.—(T. I): Un niño propagandista, 39; Congregantes en acción, 37. (Vide Corazón de Jesús).

Propósitos.—(T. I): Fácil modo de arreglar cuentas, 300; Medios para perseverar, 34, 87, 289.—**(T. II):** Seamos constantes en ellos, 60.

Protestantismo. — (T. I): Es una farsa, 364. — **(Tomo II):** ¿Cree mucho y peca más?, 143; Notable conversión, 86; Pastor confundido por un niño, 239; ¡Cuánta farsa!, 210; El apostolado de los protestantes es muy cómodo, 352.

Providencia divina.—(T. II): O Providencia, o trampa en la naturaleza, 392; Cómo usa Dios de ella, 188; Dos casos providenciales, 227; La Providencia de Dios en sus siervos, 367; Un insecto que enseña, 144; Lógica marina, 396. (Vide Dios).

Pureza.—(T. I): Modelos de pureza, 81, 90, 122; Como el armiño, 122; El lirio de un huerto, 326; Tres medios de conservarla, 122; El mejor, la Comunión, 183; Secreto para obtenerla, 325; Luchando por no perderla, 35; Locura de los que se exponen a perderla, 303; Respuestas a los obscenos, 122; Miremos mucho al crucifijo para conservarnos puros, 321; Bendita sea tu pureza, 126; La impureza, gusano que roe la manzana, 168; El demonio de la impureza, 134; Tengamos presente el rostro de los impuros, 223; La galerna, 325.—**(T. II):** Antes morir que pecar, 229, 387; No empañemos la pureza, 306; Conservémosla con precaución, 91, 167, 243, 244; Fácil es perderla, 360; Es como un copo de seda, 375; Uno que sabe defenderla, 309; La ociosidad, su peor enemigo, 258; Modelo de pureza, 98. (Vide Recato); Peligros de la pureza. (Vide Amigos, Ocasiones de pecar).

Purgatorio.—(T. I): Más vale pasarlo en esta vida, 309; Más oraciones y menos lágrimas, 349; Cómo me enseñan en casa, 50.

Recato.—(T. I): Salvaguardia de la pureza, 77.—**(T. II):** Modelo de Recato, 98.

Redención. — (T. II): Es una verdad que no llegaremos a entender, 194.

Religión. — (T. I): Heroísmo que da, 376.—**(T. II):** Sin ella no puede haber sociedad, 260; Su defensa es nuestro mayor deber, 282, 352; Es fácil hacer callar a sus enemigos, 3; Los enemigos de la nuestra generalmente no la conocen, 29, 172.

Religiosos.—(T. I): La mayor felicidad en este mundo, 275; Son los que más alegres están, 294, 299; Su abnegación, 315; El beso del leproso, 265; Su mérito, 267; ¿Quiénes salen ganando?, 282; Ese cambio no vale, 246. (Vide Vocación). — **(T. II):** ¡Fuera los religiosos!, 278; La verdadera felicidad, 383.

Remordimientos.—(T. I): Muchos alborotan para acallarlos, 364; La voz de la conciencia se impone, 367.—**(Tomo II):** Aprovechémonos de ella, 59.

Reprensión.—(T. I): Quien bien te quiere..., 323; Amemos a los que nos reprenden, 175.— **(T. II):** Quien bien te quiere te hará llorar, 195.

Resignación.—(T. I): Ayuda a sobrellevar los sufrimientos, 158; La Comunión da conformidad con la Divina Voluntad, 154. (Vide Enfermedad). —**(T. II):** No hay mejor que conformarse con la Voluntad Divina, 35. (Vide Paciencia).

Respeto humano.—(T. I): Vergüenza para lo malo, 53; Infame vergüenza, 55; La opinión de un demonio, 134; Del enemigo el ejemplo, 374; No nos avergoncemos de ser cristianos, 276, 365.—**(T. II):** No tengamos respetos humanos, 255, 227, 296, 299, 312; A qué extremos conducen, 209, 211, 277; Dejemos los respetos en vacaciones, 227; Uno sin respetos humanos, 226, 262; Valientes y cobardes, 263; Nuestro enemigo, 377.

Revistas.—(T. I): A uno que lee "La Esfera", 83; El demonio de la Pornografía, 134. —**(T. II):** Leamos siempre revistas católicas, 53.

Riquezas.—(T. I): No traen la felicidad, 106, 152; Hacen apreciar menos a Dios, 227; Aminoran el amor a los hijos, 239; Quitan la afición al estudio, 314; Más vale la salvación que todas ellas, 114, 323; No se llevan al otro mundo, 324; La tía de los millones, 269; Más vale el saber que las riquezas, 304; Para qué sirve el dinero, 295; Un verdadero rico, 301; Un rico impotente, 307; Pobres ricos, 204, 242; De poco le sirvieron a don Pedro, 323; Nuestra mayor riqueza es un alma inmaculada, 309; Uno que teme a las riquezas, 365.—**(T. II):** No se llevan a la eternidad, 2, 353; Valen menos que una buena educación, 77, 79; Traen muchas veces la desgracia, 81; Las mal adquiridas no aprovechan, 115; Los sacrificios hechos por el dinero pueden perderse, los hechos por Dios no, 95; Muchos por el dinero pisotean los deberes más sagrados, 41; Por las riquezas seamos agradecidos a Dios, 350; La mejor riqueza es la espiritual, 168.

Rosario.—(T. I): Poder del Rosario, 54; Es muy buena arma, 36, 43; Le salvó el Rosario, 250; Para ahuyentar a los perros, 28; No se acuesta sin rezarlo, 3, 104; Miedo que aprovecha, 30; Siempre con mi Rosario, 108; Es causa de la conversión de un pecador, 132; Ave Maris Stella, 50; El Rosario por esos montes, 200; Recémoslo lo mejor posible, 352.—**(T. II):** Ancora de salvación, 70; Efectos del Rosario, 63; García Moreno y el Rosario, 340; El mal rezado desagrada a la Virgen, 101; Recémoslo en familia, 76.

Sacerdocio.—(T. I): Falta de clero, 368; Para qué sirven los curas, 367; Es médico, maestro, abogado, militar, etcétera, 328; Muerte heroica de un sacerdote, 312; Mi sacerdote, 243; Vaya una propina, 399.—**(T. II):** No hay dignidad que le iguale, 181; Defendámosles siempre, 208; Respetémosles, 320.

Sacramentos.—(T. I): La frecuencia de los Sacramentos nos salva, 373; El bautismo: ¿por qué no soy pagano?, 79; La Extremaunción da salud,

70. (Vide Confesión, Comunión y Sacerdocio).
Sacrificio.—(T. I): Sacrifiquémosnos en honra de la Virgen, 395; Hermoso rasgo, 366. —**(T. II):** Los hechos por el dinero pueden perderse, los hechos por Dios no, 95; El Padre Damián, 243.
Sacrilegio.—(T. II): No queda sin castigo, 19.
Salud.—(T. I): La mejor receta es refrenar las pasiones y no adquirir vicios, 318; El abstenerse de vicios es bueno para la salud, 210.
Salvación.—(T. I): Para qué estamos en el mundo, 311; La ciencia más necesaria, 235; ¡Cuidado con nadar a medias!, 245; Pide a Dios que te salves y te salvarás, 70; Consejo provechoso, 397; Salva un alma y salvarás la tuya, 300; Vale más que todas las riquezas, 114; Seamos constantes en perseguirla, 198.—**(T. II):** No se salva con comodidades, 13; El principal negocio, 206.
San Antonio.—(T. I): Los milagros de San Antonio de Urquiola, 47.
San José.—(T. I): Motivos para tenerle devoción, 20; Se le engaña como a abuelito, 65; Confiemos en él, 378.—**(Tomo II):** Lo que puede, 203; Acudamos a él, 205; Confiemos en él, 264; Filial devoción a San José, 233.
Santos.—(T. I): ¿Por qué no hemos de hacer lo mismo?, 35; El retrato de los Santos, 295; Devoción a los Santos, 343; Invocándoles se encuentra lo perdido, 62.
Semana Santa.—(T. I): Nuestra Semana Santa: concurso, 27. (Vide Pasión de N. S. Jesucristo).
Sencillez.—(T. II): Grandioso mérito del que siendo sabio es humilde, 166.
Sensualidad.—(T. I): El cañón de más alcance, 134; Infame gusanillo, 168.
Sentidos.—(T. II): Guardémoslos, 318, 322.
Signar.—(T. I): No nos avergoncemos de signarnos en público, 370.
Soberbia.—(T. II): El que se ensalza será humillado, 54 (Vide Vanidad).
Sufrimiento.—(T. I): Sufrir por Jesús, 65, 291; Lo que vale sufrir, 223; Acordaos de la Pasión de N. S. J. C., 127, 379. —**(T. II):** Llevémoslos con alegría, 65; Moneda que paga en el cielo, 49; Nos allegan más a Dios, 160; El mejor consuelo, 153 (Vide Enfermedad, Paciencia, Resignación).
Supersticiones.—(T. I): Son una farsa y los adivinadores unos farsantes, 165, 396; Remedio para el mal de ojos, 252; La receta del tío Antón, 318.—**(T. II):** Buen remedio, 78.
Talento.—(T. I): El infierno está lleno de talentos mal aprovechados, 379.
Temor de Dios.—(Vide Dios).
Templo.—(Vide Iglesia).
Tentación.—(T. I): La mejor ayuda es la oración, 35; La comunión diaria ayuda a vencerlos, 41, 42, 43, 270; Dios, la Virgen y todos los Santos nos ayudan, 135; La mejor defensa es la Gracia divina, 135; La Virgen nos ayuda, acudamos a ella, 35, 75, 278, 279, 289, 327, 372, 373, 374; Son las tempestades, nosotros los barcos, 105; Muchas veces vienen de mirar a los escaparates, 117; Acordarse de que Dios nos ve, 341, 343; Acordarse del infierno, 52; Cómo se vence huyendo, 289; Hacer lo contrario, 315, 395; Resistamos a los principios, 358; Hay que frenar a tiempo, 251; El diablo tirando del hilo, 197; Las zorras del Gorbea, 199; Ataque de un tiro, 327; Cuidado con el veneno, 94; Cuidado con las cosas pequeñas, 271.—**(Tomo II):** Huyamos a tiempo, 1, 33; El que juega con fuego se quema, 64; No confiemos en nuestras fuerzas, 82; Dominémonos de jóvenes, 122; Acudamos a María, 244; Sigamos los consejos que nos den, 127; Oremos para no caer, 376; Pensemos que podemos morir tras ellas, 27; Son muy variadas las maneras de cazar al diablo, 129; No demos pábulo a nuestro peor enemigo: la carne, 83; ¡Qué tontos los que por un gustito pierden la felicidad eterna!, 122.
Trabajo.—(T. I): No dejes para mañana, lo que puedas hacer hoy, 387, y **(T. II)**, 90; Nuestro trabajo nos hace valer, 195; Tanto mayor es el consuelo, cuanto mayor el trabajo después de hacerlo, 50, 96, 103.
Vacaciones.—(T. I): Vacaciones, 80; Concurso sobre vacaciones, 40, 84; Ocupación en vacaciones, 136, 139, 147; Distribución de tiempo, 88, 240; Modo de pasarlas bien, 8, 95; Peligros, 88, 145; Es cuando más nos combate Satanás, 133; Hay que empezarlas bien, 138; No dejar la misa y comunión diaria, 84, 88, 242, 245; Cuidado con los amigos, 187; Un escarmentado, 185; Hay que llevar provisiones, 80; Haceos con un termo, 282; Arrecia la corriente, 282; El gavilán se acerca, 377; Dos que se desbocan, 291; Estudiar el Catecismo, 334; Repasad asignaturas, 335; No perdamos el fruto del año, 335; Sigamos los consejos que nos dan para no caer, 199; Reglamento para ellas, 40; Para no aburrirse, 240; Castigos de Dios en vacaciones, 381, 383. Padres, domad vuestros leones, 333; Padres, no os los maten, 334; Acordarse de las vacaciones más que nunca, 148; Vida modelo en las vacaciones, 88; Concurso de dibujos y fotografías en ellas, 147.—**(T. II):** Cuidado en vacaciones, 321; Cómo pasé el verano, 77; No perdamos lo recogido en el curso, 226; No dejemos las prácticas piadosas, 226, 227; Cuidado con los malos amigos, 73.
Valentía.—(T. I): Un bofetón bien dado, 139; ¿Por qué es tan valiente la Infantería?, 233; Un militar valiente, 390; Enseñando el escapulario, 387; Contra un blasfemo, 398; Contestación valiente, 382; El valiente teme al pecado, 5; al cine, 5; Huye de las ocasiones de pecar y de los malos amigos, 11; Impide las malas lecturas, 24, 70, 94, 208, 209; Procura alejar a otros de ocasiones de pecar, 16; No consiente que nadie se burle de la religión, 20; No se avergüenza de llevar el nombre de María, 53; Por qué fué tan valiente San Francisco Xavier, 223; Rasgos de valentía, 11, 16, 20, 24, 26, 36, 39, 70, 94, 133, 196, 208, 209 295, 387; Los malos son cobardes, 36.—**(Tomo II):** Valientes y cobardes, 263; La verdadera está en Jesús Sacramentado, 395, 396. (Vide Mártir).
Vanidad.—(T. I): Hospicio de la vanidad, 201; Enseñanza de una espiga, 270.—**(T. II):** Lo que hace la vanidad, 222, 291; Vanidosa señorona, 358; El que se ensalza será humillado, 54.

Vencimiento.—(T. I): Cristo en la Cruz, 126; La odisea de una perra gorda, 111; Utilidad de vencerse, 356; Querer es poder, 94, 145, 146, 208; El que no se vence, va mal, 282; Constancia en el vencerse, 283; Hay que vencerse cuando empiezan las pasiones, 251, 341; Venciéndonos mostramos nuestro agradecimiento a Dios, 301.—**(T. II):** El camino del cielo, 396; Venzámonos, que nos perdemos, 392. (Vide Sacrificio).
Venganza.—(T. I): Es una cobardía, 310. (Vide enemigos).
Veraneo.—(T. I): Ponerse a disposición del párroco, 144; Comunicarse con el director, 85, 137, 140. (Vide Vacaciones).
Vestido.—(T. I): El vestido no hace al hombre, 49. (Vide Moda).
Vía-Crucis.—(T. I): Así se hace, 303; Carta de nuestro corresponsal belga, 26.
Viático.—(T. I): Acompañando al Señor, 35, 227, 248; Efectos que causa, 70; El práctico a bordo, 245.
Vicio.—(T. I): En el vicio no está la felicidad, 229; Su consecuencia es la enfermedad, 229; La ociosidad, madre de todos los vicios, 134, 339; El abstenerse de ellos es bueno para la salud, 210.—**(T. II):** No nos dejemos arrastrar en la juventud, 23; Cortémoslos al principio, 24, 110, 106; Penetran poco a poco en el alma, 10, 62.
Viernes. — (T. II): Primeros viernes de mes: promesas que no fallan, 113.
Vida.—(T. I): Esta vida es una cueva, 242; Como una polvareda, 290; Es un tren, 237; Una comedia, 255; Es el camino para el cielo, 190; Es un barco a merced de las olas, 235; Es un cuento, 256; Es el tiempo que estamos en el bazar del mundo, 31; Preparémonos para cuando salgamos de ella, 247; Aprovechemos bien el tiempo que estamos aquí, 31, 243; Tal vida, tal muerte, 191, 255, 318, 323.
Vigilancia.—(T. I): Bienes de la vigilancia materna, 111; Hay que velar, 252; Un padre que vigila, 338.
Virgen.—(T. I): La mejor de las madres, 177, 279; Nuestra madre, 325, 327; En su regazo materno, 74; Nos dió la vida, 178; Qué buena madre tenemos, 74; Mi madre o mis amigos, 74; Lo que debemos querer a la Virgen, 28, 325; El valiente no se avergüenza de llevar el nombre de su madre, 53; Recuerdos de mi niñez, 25; El devoto de la Virgen estará alegre, 73; Todos los Santos han sido devotos suyos, 35; protección de la Virgen, 50, 54, 105, 294, 363; La Virgen del Bosque, 57; Encuentra lo perdido, 62; La mejor ayuda en las tentaciones, 135, 278, 279, 325, 372, 373, 374; Da valor en las batallas, 390; Es nuestro apoyo, 400; Es nuestra fortaleza, 227; Nuestra pastora, 202; Conoce a todos sus corderos, 367; Ayuda a quitar las malas costumbres, 111; Salva a los náufragos, 232; Estrella del mar, 325; Ablanda a los pecadores, 202, 215; Refugium peccatorum, 230, 231, 251; Da valentía a sus devotos, 230; Protege en la hora de la muerte, 128, 130, 181; El carretero y las tres Ave-Marías; 181; Nuestra intercesora para con Dios, 231; Secreto para conservarse puros, 325; Ayuda en los exámenes, 75; Le es muy agradable la obediencia, 87; La Virgen y las misiones, 75; No olvidemos su amor, 355, 123; Acojámonos a su manto, 236, 325; Encomendémonos a ella cuando pequemos, 276; Acudamos a ella, 54, 376; Ofrezcámosle los estudios, 382; Sacrifiquémonos en su honra, 395; Tengamos una imagen suya, 25, 54, 325; Buena campaña, 358; Procura que Jesús nos perdone, 105; Es tan agradecida..., 128; La palmera de este desierto, 373; La Virgen y los Rayos X, 374; ¡No me abandones, Madre!, 294; Dos agradecidos, 363; Modelo de constancia en su devoción, 3; Fomentar su devoción, 25; La vida en María, 236; La Virgen de los Dolores, 358; Mi predilecto rosal, 352; Si cree en Jesucristo, cree en la Virgen, 382; Obsequio costoso, 395; Fruto de los obsequios a la Virgen, 78; La procesión por el mar, 37; El ejemplo premiado, 27. —**(T. II):** Mi madre, 389; No seamos ingratos, 387; Por mi madre, 382, 383; Nunca desampara, 36, 52, 76; El mejor amparo, 190; Confianza en María, 21, 27, 158, 87, 194, 244, 251, 261, 309, 332, 333, 337, 362; Lo que puede, 202, 225; En mis apuros la Santísima Virgen, 69, 71; Misericordia de María, 230, 251, 263, 304; Invoquémosla, 87, 325, 165; Abogada de pecadores, 327; La ayuda de la Virgen, 117, 130; Nunca desampara, 76, 52, 36; Acudamos a ella en las tentaciones, 244; Premia la Virgen lo que por ella se hace, 122; La devoción a María es nuestra salvación, 243, 254, 318, 347; Devoción práctica de María, 217; El no devoto de la Virgen caerá en toda clase de pecados, 17; Efectos de las tres Ave-Marías, 87; Nuestro primer pensamiento al levantarnos debe ser para la Virgen, 69; Para qué sirve una medalla de la Virgen, 109, 110; En defensa de María, 303; Notable conversión de un general protestante, 86; Begoña, 329. (Vide Mayo y Rosario).
Virtud.—(T. I): Aprovechémonos de las tentaciones para practicarla, 315; Siempre es respetada, 340; Los virtuosos quieren vivir ocultos, 370.
Visitas al Santísimo.—(T. I): Con el Niño Jesús, 9; Modo fácil de visitar al Señor, 61; Una visita modelo, 96; El ejemplo de un tullido, 214—**(T. II):** Visitémosle, que nos ha salvado de la cárcel, 373; ¡Cuántas veces nos espera solo!, 23.
Vocación.—T. I): ¡Qué hermosa es!, 142; Dios no pide tanto, 142; Hay que seguirla, 298; No pongan los padres dificultades, 206, 310, 375; La mies es mucha, 322.—**(T. II):** Desgraciado del que no la siga, 196; La vocación por medio de una madre, 243; No deben de despreciarse los meros deseos de un niño, 281; Por oponerse los padres, 20, 345; Con Dios no se juega, 68. (Vide Religiosos y Sacerdocio).

Universidad de Deusto
Biblioteca

Indice ajustado al Catecismo Astete-Vilariño

(Unicamente se citan los artículos en los cuales se hallará la materia que se desea.)

INTRODUCCION

Catecismo. — Catecismo, Catequesis.

CAPITULO I

Virtudes cardinales.—Fortaleza.
Frutos del Espíritu Santo.—Paciencia, Mansedumbre y Modestia.
Sacramentales.—Agua bendita.

CAPITULO II

¿Sois cristiano?—Cristiano. Véase también: Respeto humano, Cobardía y Valentía.
Santa Cruz.—Crucifijo, Signar.

PRIMERA PARTE

Fe.—Fe, Misterios.
Dios.—Dios, Providencia divina.
Fin del hombre.—Salvación, Felicidad, Fin.
Sentidos.—Sentidos.
Entendimiento.—Talento.
Alma.—Alma, Deporte.
Jesucristo.—Jesucristo, Corazón de Jesús, Redención y Pasión de N. S. J. C.
Virgen Santísima.—Virgen.
Purgatorio.—Purgatorio.
Novísimos.—Novísimos, Eternidad, Muerte, Juicio, Cielo, Infierno.
Iglesia.—Iglesia católica e Iglesia.

SEGUNDA PARTE

Oración.—Oración, Acostarse.
Oración mental.—Ejercicio, Imitación de Cristo.
Cualidades de la oración.—Humildad, Confianza, Constancia.
Padre nuestro. — Primera petición: Misiones.
Ave María.—Ave María, Angelus, Rosario, Mayo (mes de).
Devoción a los Santos.—Santos, San José, San Antonio.
Otras devociones. — Vía-Crucis, Procesiones, Obsequios, Novena.

TERCERA PARTE

Mandamientos.—Mandamientos, Deber.
Primer mandamiento.—Religión, Incredulidad, Sacrilegio, Protestantismo, Supersticiones, Lecturas, Periódicos.
Segundo mandamiento. — Blasfemia.
Tercer mandamiento. — Fiestas, Domingo.
Cuarto mandamiento: Deberes de los hijos.—Hijos, Obediencia, Estudio, Hermano.—**Deberes de los padres y maestros.**—Padres, Educación, Reprensión, Herencia, Maestros.
Quinto mandamiento.—Embriaguez, Crueldad, Ejemplo.
Sexto mandamiento. — Pureza, Recato, Modestia, Sensualidad, Moda, Playa, Baños, Baile, Curiosidad Pornografía, Conversación y Palabras.
Séptimo mandamiento. — Hurto, Honradez.
Octavo mandamiento.—Calumnia, Mentira, Hipocresía, Murmuración.
Mandamientos de la Iglesia:
Primer mandamiento.—Fiestas, Domingo, Misa, Devocionario.
Cuarto mandamiento. — Abstinencia.
Obras de misericordia.—Misericordia, Obras buenas.
Espirituales.—Apóstol, Celo, Enemigos, Paciencia, Difuntos.
Corporales. — Hospicios, Pobres, Limosna.
Bienaventuranzas.—1.ª, Pobres, Riquezas; 2.ª, Mansedumbre; 3.ª, Enfermedades, Sufrimiento, Desgracia, Resignación; 6.ª, Pasiones, Vencimiento.
Enemigos del alma:
Mundo.—Amigos, Carnaval, Placeres, Diversiones, Espectáculos, Cine, Modas, Libertad, Desengaño, Carácter.
Demonio.—Demonio.
Carne.—Cuerpo, Pasiones, Sacrificios.

CUARTA PARTE

Sacramentos.—Sacramentos.
Gracia.—Gracia, Inspiración.
Virtudes teologales:
Fe (en la primera parte).
Esperanza. — Desesperación, Pesimismo.
Caridad.—Caridad.
Bautismo.—Pecado original.
Penitencia.—Confesión, Confesor.
Pecado.—Pecado, Ocasiones de Pecar, Ociosidad, Tentaciones, Temor de Dios.
Examen de conciencia. — Conciencia, Examen de conciencia.
Propósito.—Propósito, Defectos.
Pecados capitales:
Soberbia.—Presunción, Soberbia.
Vanidad.—Humildad.
Avaricia.—Ambición, Avaricia, Generosidad. (Vide Obras de Misericordia).
Ira.—Venganza, Paciencia.
Lujuria.—Vide sexto mandamiento.
Envidia.—Envidia.
Comunión. — Comunión, Eucaristía, Viático, Viernes (primeros de mes), Visitas al Santísimo.
Extremaunción. — Extremaunción.
Orden.—Sacerdocio, Vocación, Religiosos.
Matrimonio.—Familia.

A. M. D. G.

Universidad de Deusto
Biblioteca



Núm. 101.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Diciembre de 1921

Lo que enseña un gato.

Dicen que había un buen señor en un pueblito, tan bondadoso y blando de corazón que se conseguía de él todo lo que se quería solo con hacer tres pucheritos o contarle una historia triste.

Nada tiene de extraño con un carácter tan tierno, que nuestro buen D. Eulogio tuviese por su gatito un sentimiento, que, si no era precisamente cariño, se le parecía mucho.

Era también sabido cómo le gustaba ocuparse en repasar sus tomos de apologética, y entre capítulo y capítulo acariciaba el suave lomo del minino que sacaba su jiba inverosímil solazándose de gusto. Unos cuantos mimos más a la hora del desayuno, y otros pocos el resto del día, y no pasaba de ahí su debilidad por su gatito.

A pesar de esta prudente parquedad en el cariño de D. Eulogio, Brígida, su ama de llaves estaba desesperada. Todo su odio lo concentraba en aquel animalejo negro, que le miraba siempre receloso con las rayitas de sus pupilas brillantes con instintiva suspicacia.

Por cada frase cariñosa de D. Eulogio al negrísimo felino, lanzaba doña Brígida veinte gritos insultantes que el gato siempre alerta, oía clavando los puñales de sus ojos en el rostro enjuto de la vieja hostil.

—¿Cómo se explica, D. Eulogio, decía la vieja, que después que el bicho ese me comió el otro día el hígado y las salchichas, vaya usted ahora a rascarle el cogote con más mimo que si fuese de la familia?

Don Eulogio miraba espantado a su ama, y más cuando ésta le aseguraba, que el jueves la había dejado sin carne y había tenido que salir otra vez a comprarla para que la cena no fuese escasa.

Un día tuvo que ausentarse D. Eulogio, y doña Brígida decidió terminar con el gato fuese como fuese aprovechando la ausencia del amo.

Como Cleopatra, estuvo pensando diferentes métodos de muerte agradable (porque doña Brígida no era cruel) no para llevarlos a la práctica en su persona, coma la reina de Egipto, sino para acabar de una vez con el pérfido gato que le consumía la sangre.

Pero el ingenio de D.ª Brígida a pesar de que no lo tenía dormido no daba con el procedimiento.

—¿A cuchilladas ¡Qué horror!

—¿Tirarlo al río? ¡Pobre bicho!

—¿De hambre? ¡Qué pena, oir los maullidos pidiendo comida.

Por fin dió D.ª Brígida con un procedimiento original, y al efecto se impuso diariamente una extraña tarea: A las horas más comodas, comenzaba a decir Jesús, Jesús, Jesús.... Jesús; diez, veinte, muchas veces y después con el palo del escobón daba al minino la más soberana paliza.

Volvió después de algunos días D. Eulogio y D.ª Brígida le aseguró que el gato estaba endemoniado Vaya si lo estaba ¿No lo quiere creer?... pues pronto harían la prueba.

Diga Vd. Jesús dos o tres veces nada más, y verá, verá cómo corre que parece el mismísimo demonio, que así se horroriza con el nombre del Salvador.

D. Eulogio sonreía con cara burlona; Cosas del ama, pobre mujer del pueblo ignorante e ingenua, decía para sus adentros.

Con un siseo silbante llamó al minino: bis, bis, bis.

El gato entró al reclamo, maullando y desperezándose.

¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!

Fué una chispa eléctrica. Con agilidad prodigiosa dió el gato negro un salto felino hacia atrás que le puso en un segundo fuera de la estancia; corrió después por el pasillo como un rayo, desapareciendo de la vista.

¡Válgame Dios! ¿qué era aquello? ¿Tenía razón el ama?

Se repitió la suerte, y el gato cada vez que oía decir Jesús, creía que llegaba la tanda de de golpes y corría como un desesperado.

D. Eulogio se rindió a lae videncia ..; y el gato desapareció no sabemos cómo para tranquilidad de D.ª Brígida, que quedó muy sa-

Universidad de Deusto
Biblioteca

tisfecha del resultado de su ingeniosa práctica.

Unos cuantos experimentos bastaron para despertar el instinto de este gato y avisarle dónde estaba el peligro.

Y nosotros al contrario. ¡Cuántas veces nos ponemos en la ocasión, conociendo el peligro y viendo que con aquel amigo y en aquel lugar viene siempre la caída!

No tengamos menos resolución que un minino: cuando llegue la ocasión, no nos quedemos como bobos a recibir la paliza; pues no es cobardía, sino prudencia, evitar seguro tropezón.

A. M. M., Congr.

Dónde estará seguro mi capital.

Sucedió hace unos seis meses, en un pueblo de Aragón cercano al Pirineo, este hecho curioso: había un labrador rico pero no muy listo, como se verá después, quien después de haber vendido las cosechas del año y algunas cabezas de ganado, se puso a pensar dónde guardaría su dinero en lugar seguro donde no le robaran.

Después de estar pensando sobre el asunto por espacio de unos días, pesando las razones que tenía para obrar de una manera u otra, discurrió de este modo: si lo llevo al Banco, me produce interés; pero, y si quiebra? ¡me lucí! ¡¡después de estar por todo un año trabajando, exponerme a perderlo, vaya una gracia!! si lo guardara en algún rincón de casa que yo solo supiera..... que no tuviera que temer que lo robaran..... éso, éso es mejor!!

Entusiasmado nuestro hombre con su idea, fue corriendo a ponerla en práctica: creyó que el sitio más concurrido, el portal, era el menos sospechoso y por eso el más seguro; levantó un par de tablas del entarimado; practicó un agujero; y bien envuelto en un periódico, metió allí todo su capital, su fajo de billetes de Banco.

Hecho ésto, volvió a sus ocupaciones habituales; transcurrieron dos o tres meses sin que se volviese a acordar de ello.

Un día le dijeron que podía hacer buen negocio comprando reses en la feria próxima, y radiante de gozo fue a su casa, cerró la puerta, levantó con gran ligereza las tablas ¡cuando! ¡oh desdicha! de aquel precioso fajo, no quedaba ya sino un informe montón de pedazos de papel; comprendió se lo habían comido los ratones.

Algo así nos sucede cuando ponemos nuestro corazón en cosas de este mundo; nos exponemos a encontrar nuestro capital comido por vicios y pecados, verdaderos roedores de la tranquilidad de la conciencia.

En cambio, si lo ponemos en Dios, cooperando a buenas obras como a las Misiones, podemos estar tranquilos de que lo recogemos centuplicado aun aquí y más en la otra vida.

S. A. L., Congr.

Un pájaro, un ratón, una rana y cinco flechas.

Se cuenta del rey de los persas Dario, apellidado *Histaspes* que formó el proyecto de aumentar el territorio de su vastísimo reino, conquistando el país de los scytas que habitaban el norte del Ponto o sea Rusia actual.

Reunió su ejército, traspasó el caudaloso Ister (nombre antiguo del Danubio) internóse en el país de los scytas. Estos nunca le hacían frente; al retirarse, cual si fueran la sombra proyectada por el ejército de Dario, cegaban pozos, destruían poblados y hacían todo el mal posible al ejército perseguidor.

El rey de los persas, creyendo que todo aquello era señal de cobardía, envió un mensaje a sus enemigos que decía: «A qué huir siempre? ¡rendíos!!» Los scytas no contestaron, continuaron su táctica de volver las espaldas; este hecho irritó a Dario.

Llegados los primeros fríos, recibió un mensaje de los scytas, que consistía en un pájaro, un ratón, una rana y cinco flechas.

Extrañado de semejante mensaje, no sabía lo que quería decir, hasta que uno de sus consejeros que conocía las costumbres scyticas se lo tradujo de este modo: «Si no os vais por los aires como los pájaros o por debajo de la tierra como ratones o por las aguas como las ranas, seréis traspasados por las flechas de los scytas».

Comprendió muy tarde Dario la imprudencia que había cometido invadiendo un territorio lejos de su reino, con escasos víveres y pertrechos y en época de frío, y resolvió emprender su retirada; tan desastrosa que fué dejando por los caminos un reguero de cadáveres helados.

A Darío se parecen los pecadores, que han adquirido la costumbre de pecar y quieren ir adelante con sus pecados, imaginándose que ningún obstáculo les puede estorbar. Dios, de vez en cuando, les envía mensajes: remordimientos, la muerte de algún amigo, algún buen desengaño, etc., etc.; pero unos desprecian los tales mensajes hasta que les sorprende la muerte y experimentan durante toda la eternidad las flechas de la ira de Dios.

Otros, por el contrario, se acuerdan a tiempo, se arrepienten y hacen penitencia; a éstos la muerte no les sorprende, pues están preparados y van después a gozar de Dios eternamente.

S. A. L., Congr.

¿De quién son las riquezas?

Un año en mi pueblo abundaron las liebres de tal manera, que más de una vez se les vió correr por las callejuelas perseguidas por los chiquillos.

Los labradores se quejaban del destrozo que hacían en sus plantaciones, y rogaban instantemente a los cazadores, que por favor salieran a darles una batida para ver de exterminar aquella plaga.

Una tarde se reunieron como de costumbre Francisco y José, íntimos amigos, para dar un paseo por el campo con objeto de apreciar el progreso que hacían las plantaciones de entrambos; eran hijos de los dos labradores más fuertes que había en la comarca.

Los dos eran muy aficionados a la caza. Salían siempre juntos, y eran de los que, llevando magníficas escopetas y hermosos perros, nunca cazaban nada.

Eran tan iguales los dos lebreles, que no les distinguían sus amos sino llamándoles por sus nombres.

—Mira Francisco,—dijo José a su amigo:—ocasión más propicia que ésta no se nos presenta nunca; con que salgamos un poco del pueblo, creo que tendremos liebres a la vista; y por errados que sean nuestros disparos, los perros cogerán algunas con sólo perseguirlas.

—Bien,—repuso Francisco,—mañana saldremos tempranito y seguramente vendremos cargados de abundante caza para resarcirnos de todas nuestras desgraciadas cacerías.

A la mañana del siguiente día, salieron los dos amigos como habían convenido. Los perros iban delante de ellos corriendo, como si conociesen que se les presentaba un día donde demostrar sus habilidades.

Francisco y José no estaban menos contentos que sus perros, porque pensaban divertirse a gusto.

No tuvieron que andar mucho para encontrar una liebre, pero le perdonaron la vida pensando que después encontrarían más, como así fué en efecto; en una explanadita aparecieron buen número de ellas, y nuestros cazadores, que ya estaban impacientes por oprimir el gatillo, contuvieron a sus perros, se acercaron cautelosamente y acto seguido hicieron una descarga. Estaban tan juntitas y tan descuidadas que unas cuantas quedaron muertas; las restantes marcharon como relámpagos; los perros salieron en seguimiento de las fugitivas hasta que pronto se perdieron de vista liebres y perros.

Al cabo de un buen rato, regresó sólo un lebrel; el otro, no volvía. Los dos amigos salieron en su busca y registraron todos los matorrales para ver si había caído en algún hoyo oculto por las zarzas.

El perro no aparecía, y decidieron volver a casa sin él.

Repuestos del mal rato, como de broma, dijo Francisco:

—Y de cuál de los dos es este perro; pues nadie los distinguía de iguales que eran.

—Para conocer de quién es, repuso José, tú marchas hacia un sitio y yo al opuesto, y los dos le llamamos; si viene a mí, indudablemente que es mío; si va hacia tí, es seguramente el tuyo.

Así hicieron, y el perro se fué con José.

Algo así le pasa al rico al final de su vida con sus riquezas; porfía él que le pertenecen; el mundo le dice que son de él; pero los hombres no se convencen y quieren llevárselas consigo, las aman mucho; y como ninguno cede, hacen la prueba al separarse, para ver de quién son. A la hora de la muerte todas las riquezas que él porfiaba que le pertenecían se quedan con el mundo; el pobre rico se va sin nada; si aquí no las ha usado bien, su recuerdo le servirá de tormento eterno como al rico Epulón.

C. G., Congr.

Buena contestación.

A un niño de siete años que acababa de hacer la primera Comunión quería convencerle un protestante, que ni estaba Dios en la Sagrada Hostia ni podía estar. El niño sin turbarse le repetía sencillamente lo que había aprendido en el Catecismo.

—Pero no sabes, le decía el protestante, lo que os enseña vuestra religión en el Padre nuestro que rezáis?

—Sí lo sé y tal vez mejor que usted, que me viene con mentiras, le contestó el niño.

—Pues dilo y te convencerás de que Dios no puede estar, como tú dices, en un pedazo de pan; repitemelo.

—El chico con sus ojos azules llenos de inocencia, empezó aquella oración que era la que mejor sabía y entendía, por ser la primera que su madre le había enseñado: «Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado.

—Basta, basta; le dice el protestante, tú mismo me dices que está en los cielos; luego ¿cómo quieres que esté en la Sagrada Forma?

El pequeñuelo calló un instante, pero sin dudar ni un momento de ese gran Misterio; recuerda la explicación que había oído cuando se preparaba para la primera Comunión, y le replica:

—¿Sabe usted el Credo?

—Sí lo sé.

—Pues haga el favor de decírmelo.

—Te lo diré por complacerte; pero no creas en esas tonterías que los curas os cuentan: «Creo en Dios Padre Todopoderoso...»

—Bueno, basta, basta, repuso el pequeño; no me dice usted mismo, que Dios es Todopoderoso? luego no hay para El nada imposible.

No supo el protestante qué decirle, ni le quedaron ganas de tentarle otra vez.

Con sólo saber el catecismo, ¡cuánto más sabemos que la mayoría de los sabidillos o sabiondos!

M. U., Congr.

Otras buenas contestaciones.

En los salones que frecuentaba Voltaire tropezaba a menudo con un joven marqués, ferviente católico, con el cual tenía frecuentemente polémicas morales y religiosas. Mas como el Marqués, unía a sus sensatas razones una delicada agudeza y gracia, le dejaba muchas veces desconcertado y expuesto al ridículo y ocioso es decir, que Voltaire le odiaba profundamente.

Sucedió, que una gran Duquesa invitó a ambos enemigos a sentarse a su mesa, y viendo su estado de ánimos llamó a parte poco antes del banquete al Marqués y le rogó que no hablara con Voltaire durante la comi-

da, pues para ella sería molesto una discusión entre ellos.

El Marqués, cortesmente, prometió a la Duquesa no decir más de cuatro palabras durante la comida, atención que agradeció la Duquesa.

Voltaire deseando hacer un alarde de gracia exclamó al ver que servían un plato que era de su favorito. «¡Oh! Ese manjar me deleita, me encanta... Yo me preparo para tomarlo, con el mismo ardor que puso Sansón al atacar a los Filisteos...»

Entonces el Marqués, que no le había dirigido la palabra, consideró oportuno el momento para colocar sus cuatro palabras y, recordando que Sansón en dicha ocasión empleó una quijada de burro, volviéndose hacia él con una sonrisa burlona le preguntó: «¿Con la misma quijada?»

Esta historieta nos demuestra que para callar a uno que está hablando mal de la Religión, basta dirigirle una acertada pregunta o un chiste bien puesto.

Así por ejemplo: Si uno está diciendo perrerías de la Iglesia, bastará en muchas ocasiones preguntarle sencillamente si sabe lo que es la Iglesia para dejarle corrido y en mal lugar. No sabrá qué contestar.

F. M. C., Congr.

Pianista desconcertado.

Andrés Pitt, jóven pianista, precedido de extraordinaria fama, acababa de llegar a Cádiz. La alta sociedad estaba impaciente por oirle. Dos horas antes del anunciado concierto, conversaba Andrés con varios amigos suyos. Uno de éstos, Carlos, pianista de bastante fama, empezó a hablar con ellos de religión.

Entre otras cosas dijo Andrés: para ser uno buen cristiano no necesita cumplir todos los mandamientos.

—Pues tengo para mí que está usted en un error —contestóle Carlos —no se puede faltar ni a un solo mandamiento, de no querer ser mal cristiano.

—¡A uno solo!

—A uno solo, claro está, que si falta a dos será peor y así sucesivamente.

Siguieron conversando hasta que se levantó Andrés, pues se acercaba ya la hora y quería antes probar el piano y templarlo a su gusto, sirviéndose del afinador, que luego dejó sobre la mesa; volvió después a recorrer el teclado y lo dejó a su gusto.

Cuando se marcharon entró Carlos, cogió una llave, levantó la tapa del piano y aflojó una cuerda.

Media hora después hallábase Andrés sentado al piano y empezaba a tocar una composición alemana que entonces estaba en boga; al lado de Andrés hallábase sentado Carlos. Cuando más animado estaba Andrés, sonó la nota desafinada.

—¡Qué es ésto! Se ha aflojado una cuerda; no responde esta nota,—exclamó Andrés fuera de sí.

—Pero ¡qué importa por una nota! siga usted,—dijo Carlos.

—¿Cómo que no importa! ¿No sabe usted que la falta de una sola nota, destruye toda la armonía?

Después del concierto, cuando se le había pasado el mal humor, le aplicó Carlos el cuento o el disgusto:

—El quebranto de un sólo precepto divino, destruye también todo el orden moral establecido por Dios, y viene el desconcierto.

J. L., Congr.

Con el pecado se lleva la...

Un rico colono muy descreído tenía un criado que era el reverso de la medalla de su amo: el uno muy temeroso de Dios y el otro nada; el uno muy devoto y el otro nada.

El criado tenía la costumbre de oir Misa antes de cumplir las obligaciones para con su amo y no se contentaba con oír una sola, sino que oía cuantas veía empezar.

El amo nunca estaba alegre, temeroso siempre de que por cualquier causa perdiese su cuantiosa fortuna, tenía una envidia atroz a su criado que siempre estaba alegre; así que siempre estaba buscándole la ocasión de descargar sus iras sobre él

Un día el amo al verle a su criado llegar más tarde que de ordinario, por haber oído más Misas, quiere castigarle y ciego de ira determina quemarle vivo: manda una carta a su panadero, a quien todavía no conocía de vista, y le da orden terminante de que, al primero que al día siguiente se le presente y pregunte si está cumplido ya su encargo, le coja y a viva fuerza le meta en el horno y allí le calcine.

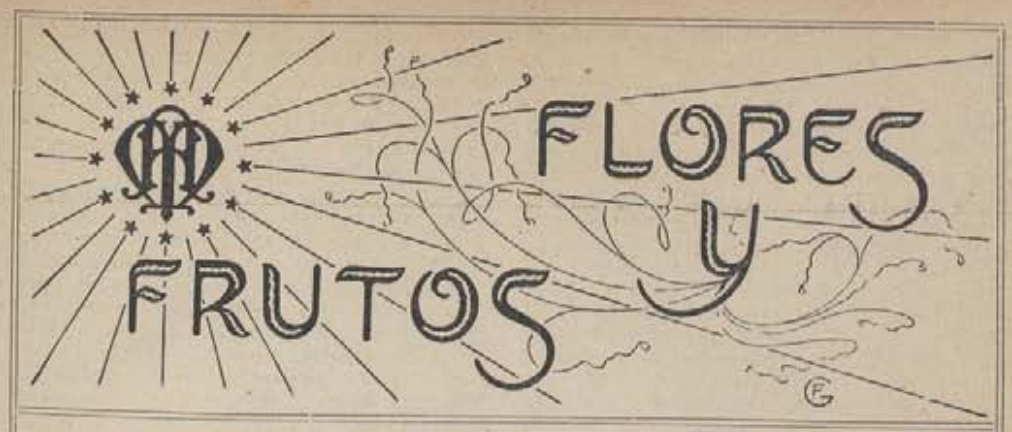
Nuestro joven criado de camino entró a una Iglesia y como de ordinario oyó varias Misas, y tardó bastante en cumplir su encargo.

Mientras tanto el colono a quien no le dejaba tranquilo su conciencia, impaciente para ver si estaba ejecutado su crimen, decidióse a ir él mismo y verse con el panadero. Este que no le conocía personalmente, al oirle preguntar si estaba cumplido su encargo le coge, sin hacer caso de protestas, le mete en el horno cerrando inmediatamente la puerta.

Al poco rato llega el criado, y al saber lo que acaba de pasar, se compadece de su amo y se esfuerza por sacarle; pero todo inútil, ya no quedaban si no sus huesos calcinados.

Al uno le salvó su devoción a la Santa Misa; al otro le perdió la ira.

A. I., Congr.



Núm. 102.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Enero de 1922

NUESTRO PRESIDENTE EN EL CIELO



Faustísima para nuestra Congregación la fecha del 23 del pasado Diciembre: muy tempranito volaba al cielo la hermosa alma de Ignacio Galdeano, nuestro benemérito e insigne Presidente: perdíamos un entrañable amigo y compañero para tener un intercesor más en el cielo. Imposible dudar de que en él está gozando eternas delicias, quien sabemos con plena certidumbre que llevó sin haberla manchado jamás con culpa grave la blanca estola de la inocencia bautismal.

Sus primeros años se deslizaron plácidamente entre las prácticas de piedad que aprendió de sus cristianos padres, y los juegos infantiles entreverados con los estudios; desde niño los hizo con tan brillante aprovechamiento, que en las oposiciones para el premio, denominado de la Viuda de Epalza, llevó la palma a todos sus competidores; verdad es que no se le adjudicó el premio, pero ello fué por causas ajenas al verdadero mérito.

El traslado de su familia a Olazagutía (Navarra) le imposibilitó que comenzase los estudios del bachillerato hasta los trece años y medio; pero él supo darse tal maña y se aplicó a estudiar con tal tesón y energía, que a los cuatro años tenía ya conquistado el anhelado título.

El primer año cursó en el Instituto con el lucimiento que patentiza las cinco matrículas de honor que obtuvo; los tres restantes los estudió él solo, sin que nadie le explicase las diversas asignaturas. Y conste que todavía le quedaba tiempo para llevar la contabilidad de su padre y dar lecciones a un muchacho. Para ello más de una vez tenía que trasnochar. Rasgo es este que por sí solo es suficiente para retratar de cuerpo entero, por una parte su extraordinaria capacidad, y por otra su infatigable laboriosidad; tanto más de admirar, cuanto que su salud nunca fue muy robusta a causa de un defecto innato en el corazón, del que siempre adoleció.

Esta laboriosidad a toda prueba, incesantemente espoleada por una hambre insaciable de saber e informada por los sentimientos de la más acendrada piedad, iba poco a poco y al compás de su desarrollo físico labrando y moldeando su bien templado y bellísimo carácter; destacándose en él entre las demás notas distintivas, su firme constancia, su dulce y discreta serenidad y su jovialidad siempre modesta, sazonada de chistes inofensivos y de bromas de buena ley. Dócil sobremanera y obsequioso como el que más, con sus padres era respetuoso y un tanto tímido con los superiores. Su trato era apacible, su conversación variada y amena, pero sin confidenciales expansiones, pues éstas únicamente las reservaba para sus íntimos amigos, los cuales solían ser pocos, y ellos de los más juiciosos y fervorosos congregantes.

Ignacio se vió privado de las caricias maternales cuando apenas contaba cinco años. Nadie lamentó pérdida tan sensible más vivamente que su honrado padre, al ver que por la multitud de sus ocupaciones y por sus obligadas ausencias se hallaría casi imposibilitado de atender a la educación de sus hijos con la solícita asiduidad que él deseaba y la tierna edad de aquéllos requería. Suplió en buena parte esta deficencia inculpable, una hacendosa y antigua sirvienta de la casa, que nunca dejó de prodigar, lo mismo a Ignacio, que a los otros dos hermanos los más amorosos desvelos.

Pero lo que más benéfica influencia ejerció sobre el alma de Ignacio, según él no se cansaba después de repetirlo con gozo y agradecimiento, fue la Congregación. Admitido en este plantel de virtud antes de los 10 años, encontró para su generosa alma un in-

tenso cultivo espiritual, numerosos estímulos y santa emulación para la práctica del bien, amigos de plena confianza y hasta honestos pasatiempos para entretenerse sin peligro alguno de su pura alma. Por eso miró siempre la Congregación como su segundo hogar y la amó con cariño entrañable como a las pupilas de sus ojos. Cuanto a la Congregación interesaba, le interesaba a él; los congregantes eran sus únicos amigos; diversiones prohibidas a los congregantes jamás pensó frecuentar. Puntual en la asistencia a la misa y comunión diaria y a todos los demás actos, observantísimo de todas las reglas y avisos, su mayor contrariedad era cuando, por causu de sus achaques o por otros motivos siempre justificados, no podía acudir al menos una vez al día al centro o salón donde estaban sus compañeros y el P. Director. Sabía bien lo recomendado que está a los congregantes el confesor fijo, y con su ejemplo les animaba; su hermano recuerda bien que más de una vez le trajo al caso la comparación, que no por repetida deja de ser muy expresiva, del médico de la familia que siempre es el mismo, porque conoce bien la historia y predisposición particular de cada uno de los de casa.

Otra de las cosas que más a pecho tomaba eran los famosos concursos, en los cuales suelen proponerse de vez en cuando ciertos temas teórico prácticos de orden religioso, moral y aun social, con opción a determinados premios para los que atinen con la solución o respuesta más acertada. A la vista tengo varios en que tomó parte con éxito notorio. En uno de ellos se pregunta: ¿Qué práctica es la más apropósito para saber cómo anda uno de cuentas con Dios?—El examen de conciencia, responde, todas las noches.

¿Por qué se prohibe ir a todos los actuales cines?—Porque se aprende la peor educación.

¿Cómo empezó su testamento un racionalista?—Deseo que me entierren de espaldas al cielo.

¿Por qué dijo eso?—Porque las bajas pasiones le habían distraído del gran Dios, como al que desea un objeto y se le distrae con sonajas.

—¿Por qué es mucho mejor que me dejen mis padres en herencia una buena educación que mucho dinero?—Porque el dinero es casi siempre medio de condenación, y una educación cristiana nos proporciona la felicidad eterna.

Estas y otras respuestas, que pudieran consignarse, expresan bien a las claras el recto criterio moral en que inspiraba el congregante sus acciones todas.

Pero donde mejor reveló sus grandes cualidades fué en nuestra revista, cuando con singular acierto fué encargado de su dirección. En sus numerosos artículos no sabe uno qué alabar más, si la originalidad o el primor con que están escritos, y que aparecieron ora con la firma de I. G., ora con la supuesta de otros amigos a quienes por modestia les prohijaba. ¡Qué ingénua espontaneidad campea en ellos! ¡qué estilo el suyo tan fácil y pintoresco!

Aun enfermo y todo no se resignaba a dejar de contribuír con algún trabajito. Nada extraño que, en vista de cualidades tan relevantes y de tan madura discreción, el Padre Director le concediese la más amplia libertad, le mandase revisar a su placer los artículos de los demás colaboradores, y hasta le hiciera el obligado y principal calificador en los concursos de que antes hemos hablado.

Sin perjuicio de continuar escribiendo más o menos en la revista fue nombrado Ignacio, y con aplauso de todos, Presidente de la Congregación. Al posesionarse de su honroso cargo dijo él mismo candorosamente a uno de sus confidentes, que entonces iba a trabajar por todos y particularmente en la Santa Infancia, y desde luego comenzó a ordenar bien los «Anales» para repartirlos a todos los capitanes. Bien es verdad que por su enfermedad no pudo realizar sus deseos ni en esto ni en la sección de Misiones que miraba con predilección.

Aunque la Congregación no hubiese proporcionado a Ignacio otra ventaja que la de conservar intacta su pureza, hubiese sido para él un beneficio inestimable. Consta por el mismo testimonio de Ignacio que en un arranque casi providencial de ingenuidad dejó escapar este secreto de su alma y lo estampó en Flores y Frutos, consta, repito, que durante toda su vida conservó sin mancha grave la cándida azucena de su pureza

A los que estaban más en los secretos de su alma les era conocido cómo no solamente conservó inmaculada su pureza, sino que la hermoseó y la selló con voto que, debidamente autorizado, hizo con carácter temporal y que lo estuvo renovando hasta su muerte.

Y este ánimo tan levantado nada extrañaba a los que le conocíamos cómo sabía templarlo, según veremos enseguida, en la fragua de la más intensa piedad y cómo se guarnecía de las peligrosas ocasiones con la más exquisita vigilancia. Mucho le valió la selección de los amigos, el estudio serio y constante, su retiro tempranito en la noche; pero mucho más aún su hostilidad franca contra los espectáculos y sobre todo contra los cinematógrafos. En toda su vida, dice su hermano, no llegarían a cuatro las veces que acudió a esos centros y ellas por puro e ineludible compromiso de sus parientes. Una de las veces que tuvo que asistir al circo, al ver que algunas personas se presentaban al público con ciertos trajes demasiado ceñidos y menos decentes, le causó tal asco y rubor que todo el tiempo estuvo sin levantar los ojos.

Para confirmación de lo dicho ninguna prueba más fehaciente que el artículo estampado por él en el número 82 de Flores y Frutos con el título de «Mi secreto para todos», que varias revistas tuvieron el buen gusto y acierto de reproducir con elogio, y después se ha estampado al dorso de una preciosa tarjeta de la Purísima en colores con con el título de «Mi Virgencita».

Su singular cariño a la Virgen le impulsaba a practicar obsequios delicadísimos en su honor. Raro el sábado que pudiendo no le visitara en el devoto santuario de Begoña acompañado de algún amigo; el año que cursó en el Instituto y lo mismo en tiempo de exámenes en las horas libres, repetía allí sus visitas para impetrar la predilección y el favor de su Madre. Desde que tres años y medio antes de la muerte hizo unos fructuosísimos ejercicios en Loyola, cobró también la costumbre de rezar todos los días la «Pífsima», atribuída a San Buenaventura.

Con ser tiernísima al par que solidísima su devoción a la Santísima Virgen, cuyo hijo regalado era, no hay duda sin embargo que su amor más intenso y profundo fué para el Santísimo Sacramento del altar. Desde que tuvo la dicha de hospedar al bondadosísimo Señor dentro de su puro e inocente corazón, sentía una atracción tan íntima como suave a la comunión diaria; el día que no le era posible saciar esta felicísima sed, decía él sentir un vacío incolmable y una como tristeza indefinible.

De ahí los artificios de que se servía para no perder la Comunión. Sentía muchas noches irresistibles golpes de tos; pues bien, para que no le oyeran toser y le dejaran la mañana siguiente ir a comulgar, se cubría debajo de la sábana y metía parte de ella en la boca y la mordía hasta que se le pasara aquel acceso de tos.

Pero llegó un día en que le notaron su estratagema, y para evitar que se levantara por la mañana siguiente, mientras dormía le quitaban del aposento sus vestidos. Pero no se acobardó el fervoroso joven: echándolo de ver, se levantaba a las cinco de la mañana sin que los demás se apercibiesen, se ponía el vestido y el gabán de su hermano y a la chita callando se iba a la Iglesia de la Residencia a fortalecerse con la sagrada Comunión. Como a la vuelta aún estaban los demás en cama, Ignacio salía con la suya o mejor dicho con la de Dios, y su padre, ignorante de lo sucedido (no lo supo hasta el día siguiente de su muerte) dejó de urgir con terminante precepto su voluntad. Aun así no se sintió tranquilo Ignacio, temiendo si acaso ofendía a Dios por no obedecer a su padre; pero pronto se cercioró de que sin culpa alguna podía continuar este sagrado juego al escondite, con la condición de que saliera bien abrigado y de que no prolongara en demasía la acción de gracias después de comulgar.

Al lado de este rasgo tan tiernamente edificante, figura muy poco el añadir que el dichoso joven se preparaba, cuando se lo consentía su estado de salud, para comulgar con media hora de meditación, valiéndose de algunos libros aptos que para este fin adquirió; que muy frecuentemente oía dos y aun tres misas; que muchos días rezaba el oficio al Sagrado Corazón que lo aprendió de memoria y que le dolía en verano salir de Bilbao cuando preveía que había de perder la diaria comunión.

Como vecino que era de la parroquia de San Vicente, cuando se enteraba de que iban a dar a algún enfermo el Santo Viático, le acompañaba cuantas veces podía; su profunda fe le hacía comprender la honra grande que es ir en tal acompañamiento.

Que en terreno tan bien labrado y tan regado con las bendiciones celestiales brotase la delicada planta de la vocación religiosa, era tan natural, como que en un vergel muy diligentemente cuidado germinaran las flores en primavera. Ignacio vino sintiendo el llamamiento de Dios de años atrás, pero un poco confuso y con algunas vacilaciones; los ejercicios que en Loyola practicó el verano de 1918, acabaron de iluminar su mente y le abrieron los horizontes de su vida. Quiso quedarse ya en Loyola, pero no pareció prudente: parte para probar más la vocación, parte para que pudiese terminar el bachillerato y consolidar su salud demasiada quebradiza para el estado que aspiraba tomar. Aquellos ejercicios consolidaron y enfervorizaron grandemente el alma generosa de Ignacio y le hicieron avanzar en el camino espiritual con paso acelerado: no se contentaba ya con lo bueno, aspiraba a lo más perfecto. El bello ideal del estado religioso, no le dejaba descansar; en sus confidencias íntimas apenas solía hablar de otra cosa. Así lo atestigua un amigo con quien solía pasear. Por entonces se dió también a comprar y leer libros de piedad y de ascética con mayor entusiasmo. Gozaba mucho particularmente con los libros que describen la dicha del estado religioso, tales como San Alfonso de Ligorio, el P. Natali, «La muerte en la Compañía de Jesús» y otras semejantes.

Apenas terminado el bachillerato, se apresuró a plantear de nuevo la cuestión, exponiendo al R. P. Provincial los vivos deseos que venía sintiendo de entrar en la Compañía. El Padre quedó encantado de su entrevista y estuvo muy deseoso de admitirle; pero consu tados dos expertos médicos y en vista de su dictamen conforme, de que el corazón de Ignacio hacía presentir poco tiempo de vida, le contestó con pena que el ingreso por entonces era imposible.

Mucho costó al fervoroso candidato resignarse con la negativa no por temida menos sensible. Decía que era imposible, que dándole nuestro Señor tales deseos, no pudiese realizarlos; a ratos su iluminada fe le impulsaba hasta a esperar una milagrosa curación que le librase de sus achaques.

Bastó que le insinuasen que de sacerdote, aún con menos salud, le sería más fácil la entrada en la Compañía, para que sin más se decidiera a emprender la carrera eclesiástica y empezase a aprender en particular el latín y otras materias apropiadas al fin; al mismo tiempo que, para satisfacer sus aficiones favoritas, estudiaba algunas asignaturas de la carrera de ciencias. El sacrificio que con ello se impuso fué tanto más meritorio, cuanto que Ignacio, como él mismo lo decía sin rebozo, no sentía (apesar de su veneración) ninguna inclinación a ser secerdote secular; pero en razón de poder algún día realizar sus santos ideales y vestir la sotana, que llevaron sus patronos, San Estanislao y San Luis Gonzaga, todo le parecía poco y por todo pasaba gustosamente. En poco tiempo consiguió poder traducir algo el latín y se aprestaba ya a darle las primeras lecciones a su más íntimo amigo.

Dios, sin embargo, en sus amorosos designios iba bien pronto a segar en flor tan bellas esperanzas. La salud de Ignacio empe-

Universidad de Deusto Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

zó a resentirse notablemente: los ahogos se sucedían con frecuencia y mal de su grado le tenían en cama o al menos retirado en casa: apenas podía dar dos pasos o subir las escaleras sin fatigarse muchísimo. Fueron varios los médicos consultados y los tratamientos prescritos: en sustancia convenían todos en que el mal no tenía remedio. Durante el verano pasado se agravó hasta el extremo de administrarle el Santo Viático. Ignacio lo recibió con tanta devoción como serenidad; y, con asombro de todos y mayor del sacerdote presente, le dijo que cómo no le había llevado también la Santa Unción. Hubo que complacerle, pues inspiraba serios temores de muerte próxima.

No murió de aquellos ataques, pero nunca pudo levantar cabeza; de suerte que los tres últimos meses apenas si podía salir de casa, sino es algún día muy bueno para oír misa o ir al local de la Congregación, de que constantemente se estaba acordando.

Nuevos ataques de corazón y de retención de orina le pusieron al borde del sepulcro a fines de Noviembre pasado; el médico de cabecera al ver la ineficacia de los remedios, le dió por desahuciado. Ignacio lo supo muy a tiempo; la noticia de la muerte próxima léjos de serle desagradable, le era deseable, como muchas veces se lo habían oído sus íntimos amigos. Por lo mismo, cuando días después de recibido con gran fervor y consuelo el Santo Viático, se le insinuó si quería también que le administrasen la Santa Unción, contestó sin turbarse: «De mil amores; que me traigan ahora mismo.» Algunos días más tarde y en vísperas de la Inmaculada respondió con gozo a quien le preguntó si quería morir aquel día: «¡Vaya que sí!; pero sería gollería pensar que era yo digno de que la Virgen me concediera tan gran dicha.» Al poco rato le sobrevino un acceso de fuerte tos acompañado de grandes ahogos. Al calmarse un tanto dijo con toda serenidad a los presentes: «Este parece ser el principio del fin: en aeroplano me voy al cielo.» Como al oírlo rompiese a llorar su hermano menor, el enfermo lo advirtió, y encarándose dulcemente con él le dijo: «¿Por qué lloras, José Mari? ¿Crees que la muerte es amarga para mí siendo principio de vida tan dichosa? Enjúgate los ojos, por Dios, y no llores.» Análoga amorosa reprensión dió a otro de sus amigos a quien se le arrasaron los ojos en lágrimas al escuchar tales palabras.

La víspera de la Inmaculada, el enfermo se llegó a persuadir que iba a fallecer aquel día para celebrar en el siguiente la festividad de su querida Madre en el cielo: las tiernas jaculatorias y las dulces plegarias que en fuerza de esta persuasión y de su regalada devoción dirigió a la Virgen, sobre todo por la tarde, arrancaron copiosas lágrimas de los suyos y de las otras personas que fueron a visitarle.

Este día de la Inmaculada no acertaba a conformarse y quedarse sin comulgar. Por estar ocupadísimos los sacerdotes ese día, en que comulgan en Bilbao de 15 a 20 mil almas, no pudo nuestro Ignacio comulgar hasta las doce y cuarto; y no le pareció tarde esa hora en que, de la Capilla que tienen unas religiosas que viven en dos pisos de la misma casa, le subieron el Señor. No quiso privarle la Santísima Virgen en su día de ese consuelo a su querido Ignacio.

Y estaba éste echando sus cálculos y preparándose para recibir de nuevo al Señor mucho más temprano, después de la Misa del gallo la noche de Navidad, cuando Dios tenía dispuesto que la antevíspera de ese día disfrutase ya en el cielo de otras fiestas mejores.

Hasta el último momento conservó plenamente sus facultades. Para las cosas de devoción, siempre estaba dispuesto; y su hermana, entre otras cosas, atestigua que varias veces le rogó le leyese despacio «Las Glorias de María» de San Ligorio; y para que se vea lo sólido que era le suplicaba que le volviera a leer de nuevo hasta tres veces las mismas páginas, para irlas saboreando a su placer. Una de las últimas noches pidió que le leyeran el capítulo del libro del Padre Arcos sobre la Eucaristía y el comentario sobre el Padre Nuestro. Pues bien, al llegar a las palabras: «el pan nuestro de cada día», comenzó a repetir las mismas palabras una y otra vez, y no dejó de hacerlo hasta que los presentes le prometieron que habían de comulgar todos los días, siempre que pudieran. Los últimos días, por estar tan agotado, apenas podía rezar nada, se consolaba grandemente con las miradas cariñosas que dirigía al cuadro del glorioso San José que tenía en frente de su cama; en el mismo cuadro había pegado la imágen de la Inmaculada de Murillo, que en vida había sido compañera inseparable.

Por fín le llevó la enfermedad casi repentinamente privándonos de los incomparables ejemplos que de seguro nos hubiera dado en la última hora.

No pudo es verdad a la hora de la muerte pronunciar, según lo pretendió, los votos de la Compañía de Jesús; pero seguramente, los tres Patronos de la juventud, y más aún la Virgen, que había sido la reina de sus pensamientos y afectos, reconocerían a su fiel imitador y a su hijo querido, y le saldrían al encuentro en el paso de este mundo temporal al eterno. ¡Dichoso él!

A los congregantes que le visitamos de cuerpo presente nos consoló ver su cadáver, amable y natural con una suave sonrisa en los labios. Los funerales y la conducción del cadáver en caja que, con singular acierto, se mandó fuera blanca, constituyó una manifestación, tan concurrida y devota como pocas veces, tratándose de un joven, se habrá visto en Bilbao. Todos elogiaban su virtud, y a más de uno se le escapaban silenciosas lágrimas. Uno decía: es el amigo mejor que he tenido. Otro exclamaba: no he conocido jóven más angelical. Otro escribía: justo que reciba su premio, y me alegro tener en el cielo a este amigo, que tanto bien me ha hecho con sus conversaciones y ejemplos.

¡Que estos ejemplos de tan relevantes virtudes nos sirvan de estímulo a todos los jóvenes y en especial a los congregantes marianos!

C. G., Congr.



Núm. 103.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Febrero de 1922

Buena lecioncita.

La escena ocurre en un saloncito ricamente amueblado, interlocutores: una señora elegante y un jovencito de nueve a diez años.

Esta señora, que antes iba mucho a la iglesia y acudía a todos los sermones, novenas y funciones, había ido perdiendo esta buena costumbre: por las tardes en lugar de ir a la iglesia, iba al cine, al baile cuando podía acompañando a sus hijas para que éstas se divirtieran un rato *honestamente;* era moda pecar... y se pecaba.

—Mamá, que no quiero ir al cine, repetía por vigésima vez el muchacho.

—Anda, no seas tonto, te vas a aburrir solo, ven con tus hermanas al cine esta tarde, que te divertirás mucho.

—Pero si no suelen ser buenas las películas ¿cómo voy a ir?

—No digas tonterías, José Mari, que la película que hoy proyectan dicen todos que es buenísima.

Cedió por fin José Mari, no sin mostrar antes el vivo disgusto que se reflejaba en su rostro.

Ha comenzado la sesión: se proyecta un novelón de tantos, que nada tiene de santo por estar lleno de las degradantes pasiones de sus protagonistas.

José Mari empezó a mirarlo, mas apenas notó el veneno, bajó los ojos intranquilo y se puso a pensar en otra cosa.

Así pasó buen rato, y al levantar la vista, vió una cosa que, a los que frecuentan el cine no les llama la atención, pero que no puede ser mirado con ojos castos por persona decente.

Se le ocurrió entonces una idea salvadora; poniendo la mano en la boca y dirigiéndose a su mamá le dice bajito: Mamá ¿ya podría yo hacer eso con una de mis hermanitas? Esta frase atravesó como una puñalada el corazón de la pobre señora, que bajó la cabeza para ocultar el tinte escarlata que coloreaba su rostro.

Desde entonces, fue la madre dejando poco a poco el cine, y cuando iba ya no intentaba llevar a José Mari, que con razón estaba muy satisfecho de que su madre hubiera aprendido la lección y no le pusiera más en malas ocasiones.

Escarmentemos en cabeza ajena y para huir de este enemigo pegajoso, lo mejor es hacer propósito firme de no pisar jamás un cine.

S. A. L., Congr.

Fieras acorraladas.

Se cuenta de un rey que era aficionadísimo a cacerías de tigres, leones y toda clase de fieras; y como señor de numerosas colonias solía ir a ellas, para entretenerse en su afición favorita; claro está que con ésto aquellas temporadas, alargadas con los largos viajes, tenía desatendidos los asuntos de su estado, así que muchas veces tenía que dejar su diversión favorita para entregarse de lleno al gobierno de su nación.

Los vasallos que le rodeaban comprendieron las muestras de amor que en aquellas ocasiones les daba su rey, y agradecidos, decidieron hacerle un valiosísimo regalo: mandaron traer de sus colonias a la corte un buen número de animales feroces, de diferentes especies. Aceptó el rey muy agradecido la ofrenda que le hacía su pueblo, y en uno de los más hermosos parques que tenía el palacio, instalaron las fieras.

Rodearon antes el parque con altísimo muro, y de propósito hicieron que su contorno fuese muy irregular, de modo que éste unas veces formaba ángulos, otras enrevesadas curvas, y en otros sitios líneas rectas, afectando por consiguiente una forma muy caprichosa.

Como nadie molestaba a las fieras, y encontraban allí lugares apropósito para hacer sus guaridas, se multiplicaron en seguida,

Universidad de Deusto
Biblioteca

tanto, que pronto el rey y sus cortesanos pudieron organizar una cacería.

Tomadas bien todas las precauciones, los unos se apostaron esperando el paso de alguna fiera, mientras otros las acosaban, de suerte que las fieras se veían forzadas a salir de sus escondites. Algunas veces éstas lograban escapar del cerco que les habían formado los cazadores, y creyéndose libres huían; mas los cazadores les perseguían de nuevo, hasta que llegaban al insuperable muro que circundaba al parque, y allí eran víctimas de las armas de los cazadores.

En el mismo caso que aquellas fieras del parque, están los hombres impíos; éstos se creen también libres, y no echan de ver que les circunda el muro de la muerte; se figuran que no dependen de nadie y que Dios no puede con ellos; pero les llega la última hora, y se ven entonces acorralados por la omnipotencia de Dios, y allí perecen miserablemente los que se creyeron libres, y no quisieron en vida reconocer la supremacía de Dios y reusaron servirle ¡Desgraciados!

C. G., Congr.

Uno de tantos sucedidos.

No hace más que tres años en una ciudad de Colombia fué condenado a muerte el hijo mayor de una noble y opulenta familia.

Hallándose ya el desventurado joven en capilla, pidió confesión y la hizo lleno de arrepentimiento y sincero dolor con un Padre de la Compañía de Jesús. Terminada la confesión, le suplicó el reo hiciese venir a su padre a la cárcel... Hízolo el confesor y mucho hubo de trabajar para que el padre de aquel infeliz accediese a los deseos de su hijo; pero, al fin, accedió y fué a la cárcel. Apenas lo vió el joven, se echó a sus pies... y le suplicó le perdonase en su nombre y en el de su madre. El padre, profundamente conmovido, concedió ambos perdones, abrazándole con ternura.

Entonces el hijo levantándose le dijo: «Ahora, padre, le perdono yo el mal que usted me ha hecho.» Sorprendióse el padre y preguntó: ¿Qué mal te he hecho yo, hijo mío? Por ventura ¿no puse a tu servicio toda mi fortuna?... ¡Oh! sí, replicó el hijo; V. me ha hecho mucho daño y casi tiene toda la culpa de que yo me encuentre en este patíbulo.

¿Se acuerda V. de aquel día que al salir de la Iglesia, de la comunión que hice como Congregante, me arrancó V. la medalla, diciendo: «Deja esas cosas, que son beaterías de tu madre?» Otra vez, maltraté a un criado y V. me dijo: «Así se hace; tú eres el amo y es menester que te sepas hacer respetar.» De la misma manera, cuando me presenté en casa con las primeras malas notas del Colegio, mi madre me reprendió y V. se interpuso diciendo: «Déjale, ¿para qué quiere el estudio?; es rico y no necesita trabajar.»

Otro día vió V. que mi madre me castigaba porque había hurtado una peseta y V., riendo el caso, me entregó una onza de oro, «toma, por listo, que el dinero se ha hecho para gastar...» Pero llegó el día en que, por imitarle a V, perdí la fe; huí del trabajo, arruiné mi fortuna en el juego, robé, asesiné y... mañana subo al patíbulo manchando su apellido... Dios le perdone, como yo le perdono.

El padre cayó postrado a los pies de su hijo exclamando: «Verdaderamente, he sido yo tu asesino».

F. C., Congr.

A tiempo estamos.

Caminábamos poco a poco mi amigo y yo a lo largo de la ría, cuando nos fijamos en un objeto que flotaba y era arrastrado por la corriente. En los primeros momentos no distinguíamos bien lo que era, hasta que fuimos acercándonos y pudimos ver que no era otra cosa que algo así como un tanque de pintura vacío, que se movía de un lado y de otro, e iba ya medio hundido.

Le dije entonces a mi compañero: Ese tanque pronto se hunde. Por contradecirme, creo más que por otra cosa, insistió mi amigo en que no se hundiría, y yo en que sí. Le seguimos un rato con la vista, y en un vuelco mayor se hundió y desapareció de nuestra vista.

—Sabes lo que me ocurre, le dije entonces a mi amigo.

—¿Qué?

—Que lo mismo les pasa a muchos: van los vicios entrando poco a poco en sus almas, hasta que en el último tumbo se anegan y hunden en el abismo del infierno. Mira, lo mejor es no meterse en ocasiones; allí suelen darse los tumbos, hasta anegarse y hundirse muchas veces sin remedio. ¡Cuidadito!

R. I., Congr.

Mi Piloto.

Una violenta tempestad se desata contra la costa, que la obscuridad de la noche la hace aún más terrible; aquella costa inhospitalaria (en la que se encuentra un magnífico puerto) está sembrada de escollos, contra los cuales se estrellan furiosas las olas formando anchas fajas de espuma. ¡Desgraciado del buque que sea arrojado por la tormenta a esa costa, porque es inevitable su naufragio!

Un hermoso buque navega a lo largo de esa costa y ha sido sorprendido por la borrasca que cada vez va en aumento, agravándose la situación por haber anochecido.

Los faros, con sus destellos y luces de varios colores, indican con seguridad el punto de la costa que ocupa; mas los innumerables escollos, arrecifes y bancos de arena indicados en las cartas marinas, hacen difícil el gobernar un buque de gran calado, tan cerca de la costa con tiempo sereno, y casi imposible manejarlo con el mar embravecido.

A intervalos regulares se veía aparecer la masa del buque levantado por la borrasca; lucha con la marejada, mas viendo que no avanza mucho, decide el capitán arribar al puerto más cercano; pero ¡cómo entrar atravesando tales parajes! Comienza a pedir

práctico, pues, de no venir, se perdería sin remedio: porque de un lado el mar azotaba terriblemente y de otro estaban los arrecifes prontos a destruirlo.

Los tripulantes esperaban con ansia que alguna barca se acercase al buque conduciendo al práctico, ¡al salvador! pero ¿quién se iba a atrever a lanzarse a la mar de tal modo embravecida?

* * *

En una choza, situada en el acantilado, viven dos pescadores: uno, anciano de blancos cabellos y huesosas manos, el otro, joven, robusto, de anchas espaldas y tez curtida por el aire marino. Padre e hijo vivían desde muchos años atrás del producto de la pesca.

Ambos habían oído la señal de auxilio, y salido de la cabaña para ver de dónde provenía; de pronto salió de sus pechos un grito; una luz roja se hallaba muy cerca a la costa, en el sitio de más peligro.

—Padre, ¿oís?, piden práctico; es preciso que vaya a salvarlos!

—Sí, hijo, vete; expones tu vida, pero es para salvar la de tus semejantes; al mismo tiempo dos gruesas lágrimas surcaban sus mejillas.

Como un rayo, bajó el hijo el acantilado saltando sobre una barca pescadora y, remando con brío, consiguió llegar al costado del buque en peligro; por una cuerda, arrojada desde el barco, pudo subir a cubierta, lanzándose al puente, donde dirigió la maniobra con tal destreza, que antes de una hora estaba el barco anclado en el puerto y fuera de peligro.

* * *

La vida es una azarosa navegación en la que, si nos acercamos demasiado a las costas de las ocasiones peligrosas, nos hallaremos entre los escollos de las pasiones; sólo un buen práctico puede salvarnos; este práctico, es nuestro confesor fijo; otro, difícilmente conocerá bien los escollos, las ocasiones donde podamos naufragar y el modo de salvarnos.

S. A. L., Cong.

Buen escarmiento.

La campana de la iglesia suena alegre anunciando a los fieles que comienza el día y se va a celebrar la Misa primera.

Para entonces el tío Perico, el conocido zapatero, ya está en pie para oír su misa; porque ante todo, como él dice, hay que servir a Dios; enseguidita se pone alegremente a su trabajo; con que también le sirve. ¡Hay que oír el martilleo incesante de las suelas! ¡es preciso ver la rapidez y esmero en el arreglo del calzado, para darse cuenta exacta de la actividad que aquel buen tío despliega en su trabajo.

El tío Perico no tiene ya familia; solo tiene un cariño, solo siente un amor. Este lo tiene concentrado en un guapo y robusto chico de doce años, un nieto suyo de nombre Antonio.

¡Bien ganado tiene el buen abuelo el descanso en los últimos años de su vida, y pudiera tomárselo, pues dispone de un capitalito, fruto de sus ahorros; pero él prefiere trabajar para su Antoñito; pues con tal de que su nieto esté alegre y contento, él es feliz.

* * *

Han pasado varios años, y el tío Perico no trabaja, el tío Perico llora... Y llora como un niño, porque su corazón marchóse a la ciudad, ventajosamente colocado en una oficina. Las cartas que, al principio tan frecuentemente recibía de su Antoñito y que constituían todo su consuelo, luego fueron atrasándose; tanto que hace ya varios meses no tiene noticias de él. Y ese es el motivo de su dolor y de su llanto... Acongojado ha escrito a un amigo pidiéndole noticias de su nieto; y le ha contestado que su Antoñito se hizo un perdido, un calavera, y que desde hace dos meses ha desaparecido... y ¡siempre por los malos amigos!

* * *

Ocurría por entonces la campaña anterior africana, y nuestro joven viéndose perdido sentó plaza, como la sientan ahora muchos legionarios.

En una de las camillas viene herido en un muslo un legionario. Si el tío Perico hubiera levantado la cortina de la camilla se hubiera asombrado al ver a su nieto gravemente herido.

Pues bien, Antonio, que desesperado se había hecho legionario con intenciones suicidas, se acordaba en aquellos momentos de su abuelo, de aquél viejecito que tanto le quería y que por su culpa, tal vez hubiera ya muerto de pena. Entonces veía ante sus ojos la ingratitud que había tenido con él. ¡Si él pudiera volver a su casa a pedirle perdón y abrazarle... Verdad es que se arrepentía, y formaba estos buenos propósitos, cuando andaba a dos dedos de la muerte. En medio de la fiebre en que ardía, rezó a Dios y a la Virgen, para que le concediera esta dicha. Y no desesperó.

* * *

El tío Perico es feliz; la oveja perdida había vuelto al redil, había vuelto con dos meses de licencia para reponerse de la herida que gracias a Dios no fué mortal.

Yo al oír esta historia pienso y medito en las muchas enseñanzas que encierra, sobre todo en cómo empezó a perderse por un mal compañero.

F. M. C., Congr.

Otro «Arrogante»

Aún se acuerdan los antiguos bilbaínos de Arrogante, de aquel pescador conocido de todos por su honradez y gallarda estatura. Todo el día pasaba con la caña en la mano y con ella ganaba el sustento del día.

Un día, después de haber estado pescando, al volver a casa, se encontró con una carta; le comunicaban en ella que un primo suyo

Universidad de Deusto
Biblioteca

había muerto en América y le había dejado 8.000 duros; pero, como sospechaba que no sabría administrarlos bien, envió el dinero a un banquero amigo, para que se los guardase y le diese mensualmente los intereses.

Se enteraron los amigos de su prosperidad y de las condiciones en que venía limitada su fortuna, y le calentaron los cascos, para que no fuese tonto y pidiese de una vez todo su dinero. Tanto insistieron, que al fin hubo de hacerlo así; y el banquero, por quitarse aquella molestia de encima, pues días seguidos se presentaba a pedirle sus dineros, se los dió.

Tomó Arrogante el fajo de billetes y los escondió en una arquita y, por supuesto, arrinconó su caña y aparejo de pesca.

Los amigos, que antes apenas le habían hecho caso, ahora no le dejaban ni a sol ni a sombra.

—Oye, Arrogante, esta tarde ¿dónde vamos a merendar?

—Donde queráis, contestaba sonriente a sus amigos. Y un día sacaba un billete y otro día otro.

Llegó día en que notó que se reducía el fajo, pero no les ocurrió otra providencia mejor, ni a él ni a su mujer, que cambiar los billetes que le quedaban en duros.

La arquita, con esta industria, quedó rebosando duros, y a ella acudían para todo. Sacaban un duro, dos duros, y seguían consolándose creyendo que aquello no había de acabarse.

Así se deslizaba, sin tropiezos y sin trabajos, felizmente la vida. Aunque tropiezos no le faltaban a Arrogante cuando a la noche volvía a casa, no sé cuándo ni cómo; el bolsillo sabido era que volvía casi siempre sin cuartos. Continuó un mes y otro mes, pero, antes del año, tuvieron que confesar que ya se conocía y que aquello se acababa. De común acuerdo, cambiaron los duros que quedaban en calderilla y volvieron a ver su arquita llena y a coger sin llevar cuenta ninguna; aunque bien pronto conocieron que la calderilla se marchaba más pronto que los duros y que se quedaban con el arca vacía, como les sucedió casi antes de que se dieran cuenta.

Con los amigos, no se diga; les sucedió lo que suele suceder con el perro, que, acabado el plato que le ponen delante, se va y no vuelve.

Nuestro pobre «Arrogante» tuvo que quitar las telarañas a sus aparejos de pesca y volver a su vida de antes, que en mala hora había dejado. Ya no tenía la alegría, ni siquiera el pulso firme de antes para sostener inmóvil su caña.

No malgastemos tampoco nosotros las gracias de Dios, los buenos ejemplos, las inspiraciones, y nos engañemos apreciando lo que pasa y deja vacía el alma. Que si no nos aprovechamos bien de esas gracias ¿quién sabe si el Señor nos las quita y nos perdemos para siempre? ¡A tantos les ha sucedido esto y les sucederá!!

J. T., Congr.

Lo que enseña un cántaro.

Estaba un día de mi última enfermedad más fastidiado que de ordinario, por los dolores que sentía y las inyecciones que me daban; tan molestado estaba que deseaba acabara pronto aquella enfermedad, fuese curándome o muriéndome.

Vino, como de costumbre, a verme el Padre y, al encontrarme en aquel estado de ánimo, me contó lo siguiente:

«¿No te has fijado tú en lo que hace un cantarero? Enciende el horno cuanto puede y deja que se caliente bien y, cuando ya está en su punto, mete en él los cántaros que con barro acaba de hacer para que se cuezan y sirvan luego para nuestros usos comunes.

¿Quién no diría que esos cántaros al meterlos en aquel subido calor no se desharían en seguida? Pues no, señor; al poco tiempo los saca, no ya deshechos, sino enteros y tan hermosos y tan blancos que da gusto mirarlos.»

Bueno, Padre, ya le he entendido, interrumpí yo.

Una vez que se marchó y me quedé solo, reflexioné un poco sobre lo que me acababa de decir:

El horno es mi enfermedad, el cántaro soy yo y Dios es el cantarero; enciende el horno cuando me manda esta enfermedad para que, llevándola con paciencia, salga como los cántaros, más limpio y más fuerte para sobrellevar y resistir las adversidades y pasiones de esta vida.

Con esta reflexión me animé mucho y llevé la enfermedad con más paciencia pensando en el premio que luego me esperaba y me espera.

A. I. S., Congr.



Núm. 104.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Marzo de 1922

Al borde de un volcán.

Cuentan de Empédocles, célebre filósofo de la antigüedad, que tuvo curiosidad de ver de cerca el fuego del monte Etna. Quiso saber por sí mismo lo que eran aquellos fuegos, cómo saltaban, y la huella que en pos de sí dejaban. Decidióse para esto a subir a lo alto de la montaña y examinar por sus propios ojos aquellos infranqueables lugares.

Sus discípulos procuraban apartarlo de aquel proyecto, que juzgaban descabellado y temerario; le representaron cómo todos los que habían intentado lo mismo habían perecido; que en lo alto de la montaña el suelo estaba calcinado; que las erupciones eran traidoras por demás y que las partes, al parecer más seguras, cedían cuando menos se pensaba y, abriéndose en canal, sepultaban al infeliz turista en un mar de fuego.

¿Qué decía a todo esto nuestro filósofo? «¡Bah, exageraciones del pueblo ignorante; el miedo agranda los peligros y se les antoja ver un gigante donde sólo se encuentra la sombra de un pigmeo. Ya tomaré mis precauciones; para eso soy filósofo, tomaré medidas eficaces que me aseguren en los peligros!»

* * *

Un día se oyó en la ciudad que el filósofo se aprestaba a hacer la excursión al Etna; las medidas que había tomado no podían ser más ridículas: un gran bastón para sondear el terreno y ver dónde tenía que poner el pie; después, llevaría los pies descalzos, con lo cual notaría si el suelo estaba o no caliente y, por consiguiente, si había o no peligro de erupción.

Era una mañana alegre y risueña; Empédocles emprendió la subida de la terrible montaña; al llegar a cierto sitio descalzóse las sandalias y prosiguió su camino con los pies desnudos, hasta la sima de la montaña.

¡Qué satisfecho estaba Empédocles al verse al borde del abismo!

Sí ¡aquello era sublime. ¡Qué profundidad de cráteres! ¡qué imponente aquel hervir de la lava en el abismo! El filósofo se paseaba al rededor del terrible volcán con una intrepidez y frialdad verdaderamente *filosóficas*. Con su bastón se libró de caer en más de un abismo, y más de una vez el calor de los pies le advirtió la necesidad de cambiar de sendero. Había satisfecho su curiosidad, y se felicitaba ya del feliz éxito de su excursión. No había que dudar; sus discípulos habían quedado derrotados. ¡Qué satisfacción no experimentaría al contar lo que había visto por sus propios ojos!

En estos pensamientos se entretenía cuando de golpe siente que debajo de sus pies salen llamas a borbotones, que le obligaron a arrojar al aire su bastón medio abrasado, y sepultaron al filósofo en el abismo. Los discípulos, que de lejos lo observaban todo, vieron cruzar por los aires el bastón; corrieron a socorrer a su maestro, pero no pudieron encontrar ni rastro de él. Recogieron el bastón medio quemado y lo colocaron en el templo de la *«Prudencia»*, para que sirviese de escarmiento a las venideros y advirtiesen todos que la verdadera prudencia consiste en evitar el peligro, y que todas las precauciones son inútiles cuando se mete uno en él.

¡Cuántos indiscretos creen poder curiosearlo todo, sobre todo en Carnaval!; y, les pasa, lo que les tiene que pasar, que se hunden en el vicio, aunque se tengan por muy sabios y avisados.

¡A no ser tan sabios o, mejor dicho, tan tontos!

M. M., Congr.

¡Vaya un viajecito!

Este caso ocurrió por aquellos tiempos en que el modo más cómodo de viajar era las diligencias. Un Señor de Madrid, que por las trazas tenía mucha prisa, se presentó a la Administración preguntando por el coche que conducía a Zaragoza. Precisamente va a salir dentro de muy poco: ahí le tiene usted; le

Universidad de Deusto
Biblioteca

respondieron señalándole el coche. Estaba ya con el pie en su estribo, cuando vió no lejos de allí otro coche también en disposición de marchar, que era mucho más elegante; recién pintado, con unos asientos butacas etcétera, etc. Tú que lo viste, a él se dirigió nuestro hombre y en él buscó el sitio más acomodado.

El administrador que andaba por allí lo atribuyó a error; se le acercó muy cortésmente y le dijo: «Caballero, no decía usted que iba a Zaragoza?

—Si señor.

—En ese caso tengo que decirle a usted que se ha equivocado de coche.

—¿No es éste el que va a Zaragoza?

—No señor, va a Sevilla.

—Pero al fin ¿no llegará a Zaragoza?

—¿Cómo así? usted llegará a Sevilla; ha tomado el coche y el camino de Sevilla...

—Bah... bah... déjese usted de cuentos: este coche me gusta más, aquí voy mejor, más cómodo; y el administrador no va a ser tan descortés que me lleve como yo no quiero. Yo voy aquí muy bien y mañana espero llegar a Zaragoza.

El administrador levanta los hombros y le deja que emprenda el camino que quiera.

Suena la hora de partir; sale el coche de Madrid, y después de tres días de ronda nuestro viajero se encuentra en... Sevilla.

Verdad que apenas se comprende que haya hombre tan mentecato como éste; y los hay y en gran número, que se empeñan en llegar a la felicidad de esta vida por el camino de los vicios, y a la dicha eterna por el camino del infierno.

Y ¡cuántos han cambiado tonta y miserablemente su ruta en estos días de carnaval!

M. U., Congr.

Histórico.

He aquí la estratagema de que se valía un muchacho para comulgar diariamente. Su padre era un malvado y no podía consentir que su hijo fuera al Colegio de Jesuitas ni que asistiera a la Misa y Comunión. Tenía en cambio por fortuna una madre que era una santa y se había propuesto educar al hijo tan cristianamente como ella había sido educada. El niño sin que su padre se percatase, iba todos los días al Colegio de Jesuítas. Esto era muy fácil; porque su carácter algo más que especial y la índole de las ocupaciones, hacían que tuviera que pasar grandes temporadas fuera de la Ciudad: pero a las veces permanecía en ella, y aquí de nuestro héroe... Cuidadito con levantarse antes que su papá, o séase antes de las once. Efectivamente a las once se levantaba nuestro jovencito; pero ya en la cama se había estudiado las lecciones; y apenas su papá ponía los pies en la calle, salía el hijo de casa y..... a la Iglesia a comulgar; eran las doce; pero los Padres que sabían bien todo el secreto, al punto le subían a la capilla y en ella le daban la Sagrada Comunión.

No duró mucho esta situación, pues le libró Dios poco después del verdugo de su conciencia y pudo libremente proceder como cumple a fervoroso cristiano.

Otro rasgo del mismo.

Le llevaba su padre muchas veces a cines, teatros y otros espectáculos, y ¿qué hizo el muchacho? No pudiendo excusarse de asistir sin incurrir en la indignación de su padre, decidió jugársela. Aprovechándose de su vista defectuosa, le pidió que le comprase unos gemelos para poder contemplar mejor los espectáculos. A la siguiente vez iba nuestro joven muy honrado con sus lentes; y todo se le volvía hacer ponderaciones de lo que veía y hacían y, en los momentos más críticos, ya se sabía los gemelos a las narices; el padre (si es que padre merece llamarse) estaba satisfechísimo de ver el cambio de su hijo y el gozo con que asistía a los espectáculos. ¿Qué pasaba? Me lo confesó a mí el mismo muchacho años después: había puesto unos papelitos por dentro; con lo cual le era imposible ver nada; por éso se los ponía cuando más peligro había... Así perseveró varios años hasta los 13 cumplidos en que el Señor le libertó de tal padre.

J. M., Congr.

Carta de Luis a su amigo Paco

Querido Paco:

El Padre nos acaba de relatar la muerte de un congregante de no sé qué Colegio de PP Jesuítas, y yo, fiel a la promesa mutua de escribirnos cuanto pueda sernos útil para nuestra perseverancia en la virtud, me apresuro a contártela. Parece ser que el joven era de mi edad, quince años bien cumplidos, de familia muy cristiana, y, por eso, de máximas de fe muy arraigadas. Sin ser malo, no era de los que sobresalían; si bien tenía una virtud envidiable, que era la aplicación al estudio; a ésto, más aún que a su piedad, atribuyen las buenas dotes que le adornaban.

Pues bien, resultó que el muchacho tuvo a principios de año algo así como una apuesta con un Padre del Colegio sobre quién moriría antes, y, es claro, él, como joven, opinaba que la muerte está más cerca de los viejos, y que él no tenía porqué preocuparse tanto. Entre broma y broma supo el Padre cantarle la cartilla, advirtiéndole que anduviera con ojo no fuera que le aconteciera lo que a tantos jóvenes, que en medio de sus días habían sido segados por la muerte: y le recordó algunos ejemplos para ellos muy conocidos.

Los días pasaron, pero no tantos como el jovencito se había imaginado: dos meses después, el 20 de Enero el joven yacía en cama emfermo de cuidado y el 25 era llevado al cementerio.

Lo de siempre Paco, que la muerte se ceba en los jóvenes más aún que en los viejos; pues a viejos vemos que llegan pocos. Pero volvamos a nuestro joven.

Su muerte fué de las envidiables; para mí

la quisiera! Hizo no sé cuántas confesiones; recibió el Santo Viático, la Santa Unción y todo se volvía besar el Crucifijo y la medalla de la Congregación y lamentarse de no haber sido más fervoroso... Del cielo hablaba como de su patria y prometía candorosamente que había de venir a decírselo cuando entrara en el cielo.

Ya ves, amigo mío, que tenemos razón para vivir bajo el manto azul de María Inmaculada. No se puede negar que a veces hay que vencerse, para mantener su medalla inmaculada; pero mejor: será así el mérito mayor y mayor por lo tanto la corona.

Tu amigo hasta la muerte

Luis M.ª, Congr.

Cómo me enseña mi padre.

Era el domingo de Carnaval. Un río de gente bajaba por la calle de la Estación al Arenal; la Gran Vía estaba tomada por larga hilera de coches,

«Pero ¿qué hacen y qué dicen y a dónde va con tanto alboroto toda esa gente?» Tal preguntaba yo a mi cristiano padre, con quien había salido de casa en dirección a la iglesia para hacer una visita de desagravios.

«Hacen el tonto, me respondió; dicen ¡qué van a decir!, tonterías..... y muchas cosas peores; siguen una costumbre pagana».

En ésto llegamos a la iglesia; hicimos nuestra visita y luego al salir me entregó unas pesetas y algunos cigarros y me llevó consigo a un hospital. «Vamos nosotros a hacer todo lo contrario que lo que hace ese mundo tan loco; en vez de hablar tonterías, les daremos buenos consejos y ya que nadie se acuerda de aquellos pobrecitos les consolaremos.

Si algún amigo te pregunta mañana: tú ¿por qué no te diviertes como nosotros estos días? le dices; que por obrar como cristiano: como vosotros se portan los paganos; nosotros tenemos que portarnos como cristianos.»

F. C., Congr.

Saltando entre fuego.

Era la víspera de San Juan Bautista, señalado de la más remota antigüedad para encender las famosas fogatas con que soñaban jóvenes y niños divertirse como otros años.

Entre éstos, el jovencito que más se había afanado y más ganas tenía de divertirse era Currito. Para prender el fuego, se había hecho con un botellón de alcohol, y para animar el jolgorio se había comprado media docena de cohetes sin varillas. Llegó la hora de prender la hoguera y nuestro Currito sacó su frasco y echó un poco de alcohol con que el fuego prendió en un santiamén. ¡Ea, a saltar!. Y comenzó a formarse la consabida hilera de muchachos y a saltar uno tras otro sobre el fuego con la consiguiente satisfacción. Como suele suceder, nunca falta quien disuene en estos casos, y el que disonó en nuestro caso fué precisamente Currito que ebrio de gozo, después de un salto estupendo en la dirección de todos, no tuvo paciencia para dar la vuelta y saltó en dirección contraria precisamente cuando Miguel, su amigo venía en opuesta dirección.

Lo que pasó no es para contarlo; ambos cayeron en la hoguera; Miguel pudo levantarse más que a escape; pero no así Currito que había caído con peor suerte; el sobrante de alcohol que había guardado en el bolsillo comenzó a arder y los petardos o cohetes estallaron, envolviendo al pobre muchacho en vivas llamas; quiso la suerte, o mejor, Dios en su Providencia que algunas personas, que contemplaban la escena, se hicieran cargo de toda la trascendencia del hecho y, aunque de mala manera, pudieron poner a salvo la vida Currito. ¡Buen cuidado tuvo en adelante de andar en bromas con el fuego!

El caso por desgracia no es único en la historia. En otro género de ideas acontece, sobre todo en Carnavales, otro tanto... Aquí el que prepara las fogatas es el diablo; y ¡vaya si reúne combustible...!

Ni faltan Curritos que esperan con ansia estos días de Carnaval y creen poder divertirse en grande con el fuego sin que éste les abrase; ¡Pobrecitos! no se fijan que llevan dentro de sí las pasiones que al contacto del fuego, y al saltar de las chispas, arden en llamas.

Y ¿qué os ha de suceder sino arder primero aquí y después en el Infierno? ¡Al freir será el reír!

V. B., Congr.

Un café cantante.

Era Kivoto un café-teatro de Esmirna, construído a orillas del mar sobre grandes pigotes de madera. Las espesas y fuertes estacas que sostenían la casa flotante estaban ya carcomidas por la acción del tiempo y del agua, y habían perdido mucho de su solidez.

Era el 11 de Febrero de 1873, las diez de la noche; más de doscientas personas se encontraban allí reunidas para asistir a un espectáculo cómico. Se estaban riendo en grande, cuando de repente se dejó oir un temible chasquido: tras ésto sintieron una grande conmoción; la casa con el teatro y los espectadores se volvió de lado del mar quedando para ser devorados por sus olas.

¡Sorpresa tremenda para aquellos amadores del placer!. Pues bién, hoy todos los cafés-cantantes y la mayoría de los no-cantantes están carcomidos, y más en carnavales. ¡Quién es el tonto que se mete en ellos!

B. G., Congr.

¿Quién es peor?

Días pasados tuve la dicha de hablar con un misionero que ha estado en China; y ¡qué cosas aprende uno en pocas horas! ¿Por qué no han de venir de cuando en cuando aquellos

misioneros a predicarnos a los que tenemos la gracia inestimable de vivir entre católicos?; no nos formamos idea de lo que tenemos; sería preciso que fuéramos allá, y viéramos todo lo que allí falta.

Entre otras cosas que me contó, fué una la que me hirió muy sensiblemente, y creo te pasará a tí lo mismo. Tienen allá los Padres un Colegio, a donde van los católicos y los paganos. En lo alto de la tribuna está un hermoso crucifijo, presidiendo el salón destinado a los católicos; a este salón acuden a las veces los paganos para las clases que no tienen que ver con la religión, y ¿sabes lo que hacen? al entrar, se miran unos a otros, señalan con el dedo el Santo Crucifijo, o la imagen adorable del Corazón Sagrado, y se echan a reir...!

Al Padre, al contármelo, se le saltaban las lágrimas!

Luis, ¡te aseguro que no he tenido momentos más angustiosos que aquellos! ¡Nuestro Dios deshaciéndose por nuestro amor y por el amor de aquellos infelices, y ellos... se ríen de su figura, les hace gracia su locura!...

* * *

Te lo he contado, por si te sirve para estos Carnavales; yo te aseguro que al leer ésto se me quitan las ganas de pecar! ¿No es ésto lo que hacen esos miserables que oyen por las tardes las campanas que llaman a la gente a desagraviar al Señor... y se ríen de El?

¡Diles que crucifican de nuevo con sus pecados al Señor! ¡Verás cómo se te ríen con desprecio, si es que no blasfeman con alevosía!

¿Quiénes son peores, éstos o los infieles?

L. G., Congr.

¿Qué hay del baile?

Un joven de familia muy noble, aunque pobre, es muy rico en honor.

A los 23 años había terminado su carrera de Derecho en París, donde había tenido que vivir haciendo prodigios de economía para no ser cargoso a sus padres.

En seguida se volvió a su casa solariega...

Por una de esas leyes tiránicas de mundo que tantas almas aprisionan, aprisionado nuestro joven tiene que acudir un día a un baile.

Como él no se moviese, pronto se le presenta una joven vivaracha que le conoce un poco y le dice:

—¿No baila V.?

—El baile no es digno del hombre, contestó nuestro joven.

—¡Usted se burla! replica la joven.

—No: un hombre no debe ni burlarse ni bailar.

—Y ¿por qué?

—Porque... Jesucristo, que es nuestro modelo, nunca bailó ni se burló.

M. U., Congr.

La mayor de las majaderías.

Este es el verdadero nombre del carnaval, cuyo origen es muy antiguo. Ya desde el principio se presentó con su verdadero carácter de fiesta licenciosa, extravagante y llena de locuras.

Entre los griegos se identificaba con las fiestas denominadas bacanales, saturnales, etcétera, destinadas a honrar a los dioses Baco, Saturno, etc. Las más notables eran las bacanales en las que los asistentes honraban al dios de la embriaguez bebiendo hasta perder el juicio, y una vez que estaban en tal estado, se adornaban con tallos y hojas de vid paseando por los campos medio desnudos y gritando desaforadamente.

Los romanos, imitadores de los griegos en casi todas las cosas, lo celebraban análogamente.

Los pueblos del Norte, godos, visigodos y ostrogodos, cuya invasión produjo la caída del imperio romano, mostraron su espíritu serio en que no gustaban de tales fiestas, pues si no las prohibieron, por condescendencia para con los vencidos, tampoco tomaron parte en ellas

Los árabes, que profesan una religión sensualista, por excelencia, gustaron mucho del carnaval organizando grandes festejos por este motivo.

Respecto al carnaval moderno, si bien el de Venecia es notable por las magnificencias de los disfraces, es también donde más se dan a conocer sus consecuencias: conspiraciones, venganzas, crímenes, etc., todo está permitido en esos días.

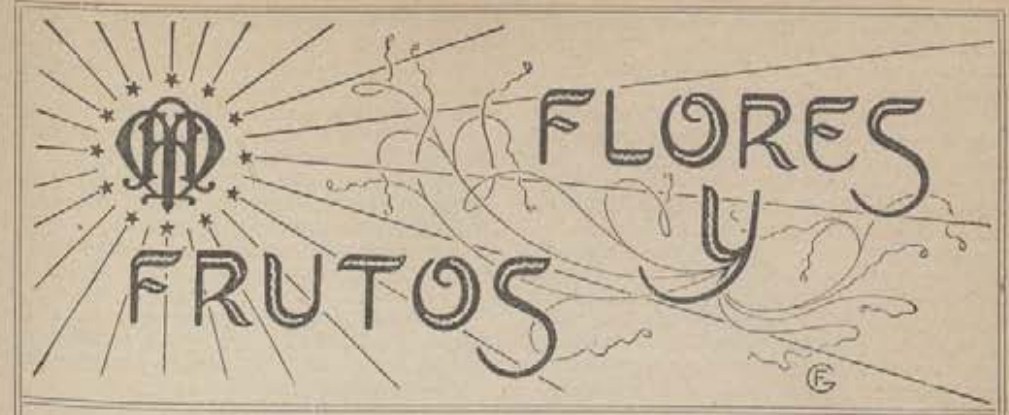
Los ingleses, celebran el carnaval en sus casas, en familia, no hacen sus locuras por la calle.

Mas el carnaval más curioso es indiscutiblemente en Montevideo, Buenos Aires, etcétera, en donde se acostumbra tirar agua, cáscaras de huevo conteniendo aceite, etcétera, desde las azoteas, balcones y ventanas a los que pasan por la calle.

¡Lástima que no haya esa costumbre aquí para aplicarla a los que hacen el indio de la manera más lamentable! No les quedarían ganas de volver a esas andanzas.

En resumen: el carnaval, es una fiesta indigna de todo cristiano y de todo hombre sensato.

S. A. L., Congr.



Núm. 105.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Abril de 1922

Al nuevo Cristo en la tierra,
a su vivo representante y pastor nuestro, Pío XI,
le felicita en su advenimiento,
le rinde humilde vasallaje
y le ofrece el tributo de sus diarias comuniones
este rebañito que tiene en Bilbao.

"Oíd a vuestro amigo."

Creo que habrá llegado a manos de todos vosotros aquella preciosa postal en colores de la Inmaculada de Murillo, que hace algún tiempo se viene repartiendo con grande fruto en muchas Congregaciones. Y como prueba de ello, ahí va la siguiente carta, que ha pocos días recibí de un antiguo compañero de colegio.

Después de algunas líneas, prosigue: «Ya sabes cómo por desgracia tuve padres que me consintieron en demasía y permitieron me juntase con compañeros, cuya amistad jamás debí haber admitido Ellos fueron, bien lo reconozco ahora aunque tarde, los que para mi desdicha me arrastraron por la senda de perdición, por donde caminé hasta hace una semana. Yo, que no vi en mis padres impedimento alguno a mis desvaríos, antes bien ayuda con dinero y silencio, encenagueme más y más en los vicios, llegando... ya puedes figurarte... a lo que jamás hubiera pensado, y de solo recordarlo me avergüenzo.

¿Por qué, los que sabían mis malas andanzas, no se las contarían al Padre? Por fin las supo ya tarde y me llamó a su despacho, y después de reprenderme cariñosamente mis deplorables escándalos, me amenazó con la expulsión si no volvía enseguida al buen camino. A los pocos días fuí expulsado. Desde entonces, te digo la verdad, no he tenido ni mañana ni noche tranquila; he estado atormentado de pesadillas, sin poder olvidar la Congregación, de la que desde un principio quise hacer caso omiso. ¡Bien conocí entonces lo que era ser congregante de María!

Pasé así mucho tiempo, hasta que hace algunos días, me regaló Francisco una tarjeta de la Inmaculada, de Murillo con una preciosa confesión al dorso. Aceptéla yo, entre bromas y no bromas, más por complacerle a mi amigo que por cariño hacia mi Madre, pues lo tenía ya perdido. Al ir a acostarme anteanoche y al abrir uno de los cajones de mi cómoda, separé la tarjeta, y, aguijoneado por no sé qué deseo, me puse a leerla. Leíla una vez, y aunque lo hice con frialdad, al acabar, sin reparar en ello, repetí de nuevo la lectura.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Apenas leí por segunda vez aquellas palabras: «aún conservo intacto mi tesoro, el tesoro que bajo el manto de mi Madre María quiero mantener incorruptible: la castidad», un no sé qué corrió por mí; sentí un escalofrío por todo mi cuerpo; arrojé la tarjeta despechado y procuré conciliar el sueño. Mas en vano; la imagen de la Virgen se presentaba a mis ojos más bella, más sublime que nunca; algunas de aquellas frases recién leídas afluían a mi memoria y las repetía yo sin darme cuenta. No pegué los ojos en toda la noche. Serían las dos de la mañana, cuando, no pudiendo sosegar, salté de la cama, agarré casi sin darme cuenta la tarjeta y proseguí su lectura. Entonces vi claro por qué había fracasado; cómo necia y cobardemente perdí la confianza con mi confesor, al sentir las primeras tentaciones que más avergüenzan y cuando más falta me hacía su consejo; cómo no había acudido, como debiera, en las tentaciones a la Virgen.

Salí temprano de casa sin que nadie me viese, y corrí a los pies de un confesor a que me diese la absolución. ¡Qué libre quedé después que la conseguí! Parecióme que yo no era yo; que otra alma animosa y más alegre, había entrado en mí; aquellos fueron los momentos más dulces de mi vida. A María y a ese piadosísimo jóven Ignacio Galdeano, a quien algo conocí, sentía que debía mi salvación.

Te prometo que esta Virgen Inmaculada presidirá desde este momento todos mis afectos y acciones.

Ahora, te voy a pedir un favor para que mi alegría sea completa: aboga por mí ante el P. Director para que de nuevo me admita en la Congregación; que yo te aseguro seré siempre fiel hijo de María. Mañana en ocho saldré para ésa; a ver si para entonces me has conseguido el favor que te pide tu íntimo amigo

Carlos.

A. P., Congr.

Los gatos en huelga.

Éranse dos gatitos, tan parecidos entre sí como D. Quijote y Sancho Panza: el uno era alto, flaco y contrahecho, que no parecía sino que la mismísima diosa del hambre había encarnado en él; el otro, por el contrario, más redondo que una naranja, de negros y rasgados ojuelos. Tenía el primero colocado su escondrijo entre las carcomidas vigas del tejado de cierta cuadra; al paso que su compañero se adormecía muellemente sobre las bien mullidas sayas de su ama.

Y así transcurrieron los días y las noches, sin pendencia alguna entre estos dos vecinos; hasta que cierta mañana, aguijoneado el del tejado más que de costumbre, no sé si del hambre o de la envidia, al ver los sabrosos pedazos de carne que tocaban en suerte a su compañero, cuando él tenía que contentarse con roer y rechupar algún que otro despreciado hueso, determinó jugarle una mala partida atrayéndole a que hiciese causa común con él.

Levantóse, pues, animoso, salió de su cuchitril y dirigióse embriagado en sus pensamientos a cierto lugar desde donde fácilmente podría tener un ratito de palique con su compañero, que en aquel entonces dormitaba sobre el marco de una ventana, acariciado de los calurosos rayos del sol.

—¿Qué haces ahí, camarada?—fué todo el preámbulo de su discurso, irritado al ver que al presentarse no le había atendido.—Parece mentira, que siendo tú de la familia real de los felinos, no sepas corresponder a mi saludo.

Un prolongado y soñoliento desperezo fué la única respuesta que recibió de su augusto oyente, airado sobre manera al verse de aquel modo importunado en su sueño.

Mas nuestro improvisado orador no amedrentándose por tan mala acogida, prosiguió:

—¿Hemos de tolerar por más tiempo el duro yugo que nos imponen nuestros tiranos en pago de nuestros grandes servicios? ¿Soportaremos que ellos duerman dulcemente mientras nosotros corremos desalentados tras de un miserable ratón? Anda, amigo, sacude de una vez ese yugo y ven en mi compañía a este tejado. Aquí tengo, con solo estirar un poco mi zarpa, cuanta carne de pájaro quiero, mientras que tú, si te descuidas en coger ahí un miserable hueso, pronto te lo hacen abandonar a escobazos. Y así diciendo se retiró muy ufano maullando de contento en espera del fruto de su brillante alocución.

No poco le costó creer a nuestro michín en las falsas palabras de su compañero; porque al fin y a la postre él estaba gordo y su arengante solo tenía piel y huesos—Mas...—decía hablando consigo—quién sabe... tal vez... quizás .. Adelante—dijo al fin decidido—puede ser todo esto verdad... y... si no ¿quién me obsta para que de nuevo tome el camino de mi casa? Y diciendo y haciendo presentóse de un salto y jadeante al lado de su camarada.

No es necesario decir el hambre canina que tuvo que pasar entre aquellas vigas el minino intruso; porque los prometidos pájaros nunca aparecían, y, si alguna vez se dejaban ver, era para arrancar un grito de despecho de su garganta; lo cierto es que a los pocos días quiso volver a su antigua casa; pero los escobazos, con que su ama le recibió a la puerta, pronto le quitaron las ganas de entrar en ella. Tomó de nuevo el camino del tejado donde una tarde se lo merendó fraternalmente su compañero, después de haberle matado el día anterior a arañazo limpio en una pendencia sobre un hueso que ambos a un tiempo habían visto desde el alero del tejado.

***

¡Cuántos jóvenes parecidos al gato del cuento se ven hoy día en el mundo! Viven felices y puros, libres de todo peligro, hasta que vienen otros envidiosos de su felicidad e inocencia, que pugnan y se esfuerzan por arrancársela de su corazón.

Triste historia de todos los días.

A. P., Congr.

«El que la hace...»

Era el 11 de Agosto de 1834. Una muchedumbre de herejes, soliviantados por un pastor protestante, acometió durante la noche el convento de Ursulinas de Charlestown.

Al ruido de la violencia con que derribaban cuanto se oponía a su paso, despertaron sobresaltadas las religiosas, y no tuvieron más tiempo que el necesario para abandonar el convento, del que una parte empezaba ya a ser pasto de las llamas. Entre los que comenzaron a saquear todo el convento, un atrevido, con sacrílega mano, profanó el sagrario y se atrevió a coger las Formas que estaban dentro del copón.

Fuese después a un suburbio de Charlestown, donde no cesaba de hacer alarde de su execrable acción.

Pasaba por allí casualmente un católico irlandés; se acercó al grupo, y oyó con espanto las palabras del protestante; éste notando su presencia, sacó las Sagradas Formas del bolsillo, se dirigió a él, y con desprecio, le dijo: «Mira, he aquí a tu Dios».

El irlandés se quedó mudo de espanto al oir estas palabras.

Casi en aquel mismo momento sintió el sacrílego unos terribles dolores y no pudiendo resistirlos, dirigióse hacia su casa; pero apenas anduvo unos pasos, cayó al suelo, herido por la ira de Dios. Poco después, moría con horribles dolores, echando las entrañas por la boca.

El católico irlandés que le había seguido los pasos, explicó a los presentes lo ocurrido y el justo castigo de Dios; cortó el bolsillo del sacrílego, donde estaban las Sagradas Formas, y se lo entregó al Obispo de la diócesis.

Y ¿qué sacaríais de aquí?, — les pregunté yo a mis amigos cuando, al acabar este artículo, les leí:—«Que el que la hace, la paga,—me contestó uno de ellos; y el otro, «mejor es pagarlo aquí que no condenarse como este desventurado»; y el tercero «para no tener que pagarla, mejor es no hacerla.

R. F. L., Congr.

«Aunque estés desesperado...»

No hace muchos años que ocurrió este histórico hecho.

Era ya muy entrada la primavera, aunque la lluvia torrencial, que duró varios días sin cesar, podía hacerle a uno creer que era entonces lo más crudo del invierno; y tanto que muy pronto los caminos, quedaban convertidos en verdaderos ríos; y el río, aumentando rápidamente sus ya pequeñas orillas, arrastraba cuanto encontraba a su paso. Las hermosas campiñas, alegría del sonriente pueblecito, pronto quedan inundadas. La gente comienza a correr despavorida, ansiando salvar la vida, ya que no puede salvar sus haciendas; animales domésticos son arrastrados con el ímpetu de la riada; una viga enorme, como si fuera una pluma, va río abajo flotando sobre las espumosas y agitadas aguas, da un tremendo golpe contra una tapia, y por el boquete abierto entra el río e invade la finca. Oyense de pronto gritos de auxilio, y corre la gente que puede prestárselo. Se encuentran con una pobre mujer con dos niños en los brazos, ateridos de frío y al marido dando voces en demanda de auxilio.

Después de mucho trabajo consiguen salvar a la madre y a los dos hijos, y se disponían a salvar al padre, cuando, cayéndose una de las paredes del caserón, quedó el padre en un pequeño espacio de tierra que pronto iba a inundarse. Aquel hombre desecha los brazos salvadores de un guarda jurado, y lleno de desesperación y de tonto orgullo, blasfema de Dios Nuestro Señor y de la Santísima Virgen y arrójase a la corriente. Un profundo sollozo escápase de los corazones de todos los circunstantes que con lágrimas en los ojos, se pusieron a pedir perdón a Dios y a la Virgen Santísima para aquel desgraciado. El infeliz fué a parar afortunadamente en mitad del río sobre una gran piedra; allí se le vió con la mirada extraviada, los labios morados y los miembros ateridos sin poder moverse.

Pronto oyó la Santísima Virgen las súplicas de los que compadecidos pedían por él; pues, al poco de verse inmóvil en aquella peña, dirigió su mirada a la ermita de la Virgen que domina el vallecito; parecía hablar con Ella y reanimarse algo su semblante.

Pudo a duras penas ser recogido; pero sobrevivió poco y murió con claras señales de arrepentimiento.

¡Cuánto vale la oración para salvar aun a los desesperados.

A. S., Congr.

La araña maestra.

Comenzaron de nuevo los preparativos, y la Condesa mandó con mucha diligencia limpiaran todos los objetos, pues aquella misma tarde iba a llegar el Emperador. Examinó toda la sala por si faltaba algún detalle, y minuciosamente se fijó en la estatua, donde había visto el día antes una telaraña.

A la mañana siguiente de llegar el Emperador, le mostraron la sala adornada con objetos los más preciosos y antiguos. La Condesa iba por delante enseñándole, ufana de ver el orden y limpieza en que estaba todo. Al llegar a la estatua se acercó a Carlos V para mostrársela más despacio, pues era preciosa. ¡En mala hora! pues ambos a un tiempo se fijaron en una telaraña que unía el cuerpo con el antebrazo. Quedó corrida la Condesa, aunque disimuló como pudo. Al terminar llamó al encargado de la sala.

¡No sabe, le dijo, el mal rato que me ha hecho V. pasar y el bochorno que he sufrido y estoy sufriendo! ¿No le había mandado terminantemente que no cuidara de otra cosa que de tener la sala como un sol de limpia?

—Hice, Señora, todo cuanto estuvo en mi mano y hasta encendí todas las luces una hora antes, para ver mejor si había algo que necesitara de más limpieza.

— Pues véngase y vea cómo está la estatua, lo

Universidad de Deusto
Biblioteca

más precioso que encierra la sala. Se ve que se descuidó y no mató la araña. Mátela enseguida.

Así nos pasa a nosotros: vamos todas las semanas a limpiar nuestra alma con la confesión y quitamos la telaraña; pero no matamos la araña: nuestra pereza, nuestra soberbia o envidia; y en casi todas las confesiones tenemos que acusarnos de lo mismo.

J. M. M., Congr.

«Tú lo quisiste, tú te lo ten».

Era Manolo, un niño alegre, bullicioso como un jilguero, y lo que es más de estimar, candoroso como un ángel. Amaba mucho a Jesús, y de ahí el tierno fervor con que todas las mañanas al albergarle en su corazoncito, le rogaba le hiciese digno de ser algún día su sacerdote: Señor, le decía, quiero ser mensajero tuyo; y como no sabía qué otra cosa decirle, repetía, pero cada vez con mayor amor: «quiero ser tu mensajero, sí, quiero ser sacerdote».

No podía mostrarse por más tiempo sordo a tan dulces reconvenciones aquel que en su amor dijo «pedid y se os dará»; y ¡tal deseo de seguirle infundió en la tierna alma del inocente niño, que éste se decidió a poner por obra sus ardientes anhelos! Comunicó su propósito con su confesor, quien después de alabarlo le animó a perseverar en él.

Pero otro fué el sentir de su padre: apegado en demasía a sus títulos y riquezas, cifraba todas sus esperanzas en el único heredero de sus blasones y haciendas. Así que al ver que pódían ser frustrados su propósitos y contrariadas sus vanidosas miras con la repentina salida de su hijo, se esforzó con toda su alma por hacerle desistir de su propósito. Mas todo en vano. Manolo conocía muy bien el singular valor de la vocación que Dios le había concedido, y desde un principio se propuso no mostrarse ingrato a tan inestimable beneficio.

El padre, al ver que iban a ser quebrantados sus más decididos esfuerzos, determinó echar por tierra, a cualquier costa, la fuerte muralla que le oponía su hijo. Apartó de su lado a los religiosos que cuidaban de su educación, y aun a su docto confesor. Pero ni aun con ésto se contentó: tenaz en su propósito, atropellando todos sus deberes de padre, no cejó hasta arrancar de raíz los firmes deseos de Manolo. Arrastróle a cines, a teatros, a cafés, a bailes; hasta procuró empañar su inocencia con la lectura de impuros novelones y compañía de ruines amigotes que con sus burlescas conversaciones le aguijoneaban más y más a que les siguiese en su senda de perdición.

Hace ya algún tiempo, me encontré con un antiguo compañero, que con muchos datos me refirió cómo, seducido Manolo por los halagos de su padre e irónicas burlas de sus amigos, había abandonado su vocación, a pesar de los fuertes remordimientos de su conciencia. Deseoso de ahogarlos e inducido por sus perversos compañeros, habíase escapado cierta tarde del lado de su padre después de haberle robado una considerable suma de dinero, que la gastó, cual otro hijo pródigo, en compañía de sus amigotes. Su padre casi enloqueció de dolor, y murió al poco tiempo. Poco antes tuvo que encerrar a su hijo en una casa de corrección, donde murió de una enfermedad que contrajo en su viciosa vida. Gracias a Dios, días antes de morir había reconocido sus faltas, y vuelto al buen camino.

No sé si habrá nada más peligroso a padres e hijos que jugar con la vocación.

A. P., Congr.

Carta de un congregante de 11 años.

Querido Padre: Como ya lo sabe, mi enfermedad ha sido pesada; no ha pasado un mal sin que vengu otro. Pero me ha servido para ver que tengo quien me quiere; porque además de los muchos amigos que me han visitado, mi mayor alegría fue, Padre, cuando le vi a V. aquí en mi casa; yo no sé lo que me pasó; me parecía que soñaba; ni supe qué decirle; no sabe V. la alegría que sentí; me decía yo después: «el Padre me quiere», y estaba contentísimo.

Me he entretenido leyendo la vida de San Estanislao; los domingos leía todas las oraciones de la Misa. Por la noche rezaba el Rosario a la Virgen, y a San José y al Angel de la Guarda.

Me dieron, Padre, unas inyecciones muy dolorosas; tanto que, cuando me decían que me las iban a dar, protestaba; pero, cuando venían a dármelas, me dejaba pinchar como un corderito manso.

Un día de tantos que estuve en la cama me fijé en la hucha de los chinitos que tenía enfrente, y pensé: «yo puedo hacer algo por los chinitos;» y al que venía a verme y era de confianza, le explicaba lo que V. nos tenía dicho de los chinitos, y me echaban perras a la hucha; y cuando echaban no sabe usted la alegría que me daban, hasta me encontraba mejor. Así, que estoy contento, pues lo que he sufrido les ha aprovechado también a los chinitos; los amigos que han venido a verme me han llenado la hucha de cuartos.

Si antes cuando entré a la Congregación, por vivir tan lejos, me contaba V. entre los valientes, ahora me verá V. siempre en primera fila.

Su hijo que mucho le quiere.

F. L., Congr.



Núm. 106.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Mayo de 1922

¡Que no me muero!

Se cuenta de un obispo escocés que al recorrer a pie las montañas de su diócesis, en una ocasión le sorprendió la noche; después de muchas vueltas y revueltas dió por fin con una casita habitada por una humilde familia. Recibiéronle muy atentos sin saber la calidad de huesped, que ocultaba su sotana de obispo con un largo abrigo. El obispo por su parte no sabía si la casa era de católicos o de protestantes, y procuró mantenerse en estrecha reserva.

Pasados los primeros momentos, creyó notar algo singular que le hizo sospechar favorablemente. Poco después invitado se sentaba a la mesa: la mujer iba y venía, entraba y salía en una habitación contigua, y aunque afable y servicial parecióle al obispo que su rostro estaba nublado por la tristeza; tanto que se decidió a decirles: Ustedes me permitirán, pero noto en esta casa señales de aflicción ¿hay algún enfermo, han tenido alguna desgracia?

—¡Ay!—suspiró la buena señora,—no sabe usted! en la habitación inmediata está mi esposo ya anciano y en las puertas de la muerte; pero lo que más nos aflige es que él no se persuade de que va morir.

—¿Podía yo saludarle?—dijo el obispo emocionado y sorprendido al mismo tiempo.

—Con mucho gusto, y se lo agradeceríamos mucho; a ver si logra V. lo que nosotros no hemos podido conseguir.

Efectivamente, el señor Obispo penetró en la habitación y vió al pobre anciano que estaba muy en las últimas. A la primera alusión que hizo el señor Obispo sobre lo mal que se encontraba, el anciano pareció reanimarse y con voz enérgica replicó: ¡No: yo no moriré!

—Pero no ve V. que la muerte es una cosa inevitable; usted está enfermo de gravedad, sus años son ya muchos...

—He dicho que no moriré! Es imposible!

A cuantas reflexiones hacía el obispo daba el enfermo la misma respuesta.

—Bueno—le dice el señor Obispo,—y se puede saber qué razón tiene usted para afirmar éso?

El viejo se incorpora dirige, una mirada al huesped y le dice; Perdóneme la pregunta: ¿es V. católico?

—Si señor,—repuso el señor Obispo.

—Pues si V. es católico comprenderá lo que voy a decirle. Yo también lo soy, así como mi mujer y mis hijos, y siempre he procurado vivir como tal: todos los días, desde que hice la primera comunión hasta el día de hoy, he pedido a la Virgen la gracia de no morir sin tener un sacerdote que me asista. Y cree V. que mi Madre del cielo puede dejar de escucharme? ¡Eso es imposible! Por eso repito, que yo no puedo morirme ahora.

Ya se puede comprender la emoción del señor Obispo.

—Hijo mío! exclama conmovido; hijo mío! la Virgen te ha escuchado: tienes a uno delante algo más que sacerdote, a tu Obispo. La Santísima Virgen ha debido ser la que ha hecho que me extraviase, para que pueda recoger tu último suspiro. Y levantando el manto, hizo brillar a los ojos del buen anciano el pectoral de Obispo. Cayeron todos postrados, y el enfermo exclamó lleno de alegría: ¡Oh María, buenísima Madre mía! Yo os doy las gracias. Siempre confié en vos; pero no merecía tanto!

Confesóse con el Sr. Obispo, y pocos instantes después moría con la muerte de los predestinados.

¡Qué bien se había persuadido de las palabras y del sentir de San Bernardo cuando dijo que nadie invocó a la Virgen y dejó de ser atendido; parecía que en su corazón tenía escrito lo que tanto repetía: no puedo morirme sin conseguir la gracia que todos los días le pido a la Santísima Virgen.

Al que lea estos ejemplos y no tenga mucha confianza en la Santísima Virgen, no sé cómo llamarle.

F. C., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Un perro que habla.

En el corazón egoista de doña Pepita, había cabido solo un afecto: el de su perro Kid. Kid era su ilusión, su familia y su hogar y para la vieja solterona no había más desvelos que los que le proporcionaba aquel perrucho mimado y cargante.

Desde la mañana hasta la noche se le oía a doña Pepita gimotear sus mimos a los oídos del animal que se hinchaba en el desayuno de tostadas y a todas horas de muy escogidos bocaditos. El jamón en dulce le empalagaba ya al perrito de tanto comerlo y la mortadela y hasta el huevo hilado eran ya manjares harto conocidos del animal.

Pero hay que reconocer que el perro tenía cualidades para ser tan querido de doña Pepita.

De pie, Kid, solía decirle su ama cuando quería demostrar a sus pocos amigos el valor de aquella alhaja. Y Kid obediente y manso al chillido imperioso de la vieja, se empinaba sobre sus patas traseras, manteniéndose vertical en un hábil equilibrio.

¡Qué inteligencia tan admirable! ¡Qué prodigio de talento! Si parece talmente una persona; y doña Pepita daba unas palmaditas de entusiasmo en el hocico del perro, que movía su medio rabo con rígidas oscilaciones de satisfacción.

Pero cuando doña Pepita se enternecía de entusiasmo, era por las mañanas cuando Kid reclamaba con un gorjeo de ladridos la ración correspondiente.

Espera un poco Kid, no seas impaciente; ya voy, ahora mismito. ¿Ves? toma, precioso, toma. ¡Qué gracioso! ¡qué bonito!

Y nunca cogía él nada. ¡Cu! La honradez de Kid estaba muy por encima de estos hurtos. Esperaba quieto a que le entregasen su ración, sin violencia aunque con chillidos.

Sí, aquel perro era una maravilla...!

***

Paul Tomeu, representante de no sé qué casa catalana, llegó a casa de doña Pepita, a ventilar un asunto pendiente.

No se hizo esperar la presentación del admirable bicho.

—¡Realmente es un extraordinario perro!—dijo Tomeu. Estoy acostumbrado en mis viajes a ver ejemplares de la raza de singulares dotes, que llaman la atención en todo el mundo; pero éste, señora, éste, es caso único, nunca visto.

—¿Verdad que sí? Ya decía yo que mi perro no era un ser vulgar. Mire usted, en una dentellada se le estropeó un colmillo. Pensé llevarlo donde el dentista a que le ponga uno de oro y así lo hice. Mire usted. Toma aquí, Kid. Le ha quedado admirablemente. Pero don Anselmo el cura me dijo que tenía que dar estrecha cuenta a Dios de tanto despilfarro en un animal, habiendo tanto pobre necesitado; total por cincuenta duros que importó la factura del dentista. ¿Le parece? Y decirme eso a mí que no dejo de dar a ningún pobre que me pide...

¡Oh realmente es admirable este perro, es único, es exclusivo. Con una educación metódica me comprometo yo, a que realice en poco tiempo cosas extraordinarias, inauditas.

Doña Pepita sonrió, y con aire entre misterioso y satisfecho se dispuso a hacer una confidencia a Tomeu.

—No quise decir a nadie, pero este perro canta.

¡.....!

Verá usted. ¡Canta Kid!, ¡toma aquí.! canta o te pego ¡canta! Y la vieja doña Pepita puso una cara severa, endemoniada, que asustó al animal enseguida. Ve usted, ve usted.

Efectivamente Kid lanzaba al aire una especie de chillido que más que canto parecía chirriar de carro cargado de helecho.

El catalán se incorporó en la silla dando un resoplido de admiración.

—Señora, acabo de descubrir en este animal excepcionales condiciones que me hacen sospechar un fenómeno extraordinario; y al oído de doña Pepita dijo algo misterioso.

—Doña Pepita palideció. ¿Cree usted? dijo muda de espanto; ¿Cree usted que pueda hablar?

—Señora yo respondo. Una educación metódica durante menos de un año. Un tratamiento *sui generis*, y el perro hablará, yo se lo garantizo. El gasto será aproximadamente mil pesetas mensuales...

La señora doña Pepita pensó un momento y... accedió. No había de acceder.

***

El vivales del catalán tenía a doña Pepita al corriente de todas las novedades referentes al famoso perro,

Alteraciones de peso, régimen de alimentación, distribución del tiempo, detalles de tratamiento, etc. etc.; y en una famosa carta aseguró que el perro pronunciaba clarísimamente: Do-ña-Pe-pi-ta, y... alguna otra cosa.

A doña Pepita no le cogió ésto de susto. Estaba persuadida de que su perro hablaría hasta por los codos... si los perros tuviesen codos, y únicamente esperaba con ansiedad oir ella misma las palabras de su perrito. Pero...

***

Un día llegó a poder de doña Pepita una carta sensacional.

Ya llegaban, ya venían, el perro fenómeno y el profesor Tomeu, extraordinario hombre de ciencia.

El sueño de doña Pepita realizado. Qué diría la gente, tantos como le habían cogido rabia a su Kid: un perro que habla, un perro fenómeno. ¡Calla!, si es el de doña Pepita...

Pues claro, tontos, no decía yo que mi perro era extraordinario.

Doña Pepita preparó recibimiento y todo.

Una colcha de plumas forrada de raso para cama del perro. Un collar de incrustaciones de plata .. ¡Qué se yo!

Ya llegaban. Ya venían... ¡Qué habían de venir!

Llegó el señor Tomeu sólo, desolado.

Un desastre,señora, un desastre, desfavorable, desgraciadísimo. No le pude contener. Ya ve usted... le mordió.

¡.....!

...Si señora; el animal oyó hablar mal de usted... le insultaban, le llamaban vieja imbécil. Y el perro ¿qué había de hacer?, se lanzó como una fiera a mordiscos.

Y... aquí la voz del catalán desfallecía... Un bruto, imbécil, lo arrojó por la ventanilla.

¡Horrible! señora ¡horrible!. Telegrafié en seguida para que recogieran los restos del malogrado perro. Y en Santillos le dimos honrada sepultura.

—¡Horrible! señora ¡horrible!

Doña Pepita lloraba, hecha un mar de lágrimas.

—Resignación, señora, resignación.

—Quiero que le hagan una tumba, una tumba expléndida de conmemoración. Usted se encargará de ello, Tomeu.

—¡Sí! señora ¡sí! ¡Qué pérdida tan irreparable! ¡Qué desgracia!—y el catalán se embolsaba cinco mil pesetas de anticipo para los gastos de sepultura, etc. como si los fuera a hacer y hubiera hecho.

¡Qué bien por una parte y qué mal por otra se sirvió este *vivo* de la imbecilidad de aquella desgraciada vieja! aprovechó admirablemente su punto flaco, la chifladura por su perro.

Y no hace otra cosa con nosotros el demonio: ve que fulano es hombre ya y no piensa más que en negocios, y le propone uno o muchos para enredarle más y más; ve que zutano tiene poca edad y muchas ganas de divertirse y de pensar en lo que no debe, y allí está el embaucador proponiéndole por medio de un mal compañero, tales y cuales diversiones; si ahora no puede, para el verano que se aproxima.

¿Quién será tan tonto como esta ridícula vieja?

A. M. M., Congr.

En vísperas de exámenes.

La historia que sigue rigurosamente histórica, puede servir de estímulo y consuelo a cuantos andan con el agua al cuello en vísperas de pasar por las horcas caudinas de los exámenes.

Era Juan Nicolás joven ejemplar, de familia de no muchos haberes, pero que todo sacrificaban por educar bien a su hijo: le llevaron al Colegio que los jesuítas tenían en Metz, donde residían.

Pronto comprendieron sus padres que el talento de Nicolás no corría parejas con su virtud. Era muy piadoso, angelical en sus costumbres, estudioso y trabajador; pero el éxito no coronaba sus esfuerzos, y al fin de semana el último puesto de la clase vino a ser exclusivamente suyo.

Al empezar el último trimestre del curso el P. Rector aconsejó a su padre que lo retirase de los estudios y le enseñase algún oficio.

No se avenían los buenos padres de Nicolás a ver a su hijo privado de carrera, y rogaron al P. Rector que lo retuviera siquiera fuese el último trimestre, y, si al fin de curso no daba esperanzas, lo retirarían...

Llegó el día en que Nicolás tenía que hacer, como los demás compañeros, la composición para los premios y puestos, última prueba que había de decidir la vocación del muchacho. Su madre lo llevó a la Iglesia de San Celestino, delante de una imagen de la Virgen; ambos suplicaron fervorosos a la Virgen que les amparase en aquel trance; permaneció la madre en oración y el hijo se retiró al Colegio: hizo su composición y. . con admiración de todos se puso de los primeros de la clase. Desde entonces los primeros puestos fueron siempre para Nicolás. A los pocos años entró en la Compañía de Jesús y llegó a ser uno de los mejores predicadores.

¡A cuántos como a éste les ha ayudado la Santísima Virgen en sus estudios! Sólo Dios y la misma Virgen Santísima lo saben.

C. G., Congr.

Un extraño centinela.

Hace algunos años, meses después de haberse establecido en Orleans un regimiento, el cura de la Catedral notó con agradable sorpresa que un militar todos los días entre una y tres de la tarde se colocaba de pie, inmóvil, y derecho como una columna delante de la reja del coro. El buen sacerdote, algo intrigado tenía cierto recelo y curiosidad de saber la razón de este modo de proceder, y aprovechó la llegada de un capitán que se acercó a visitar la Catedral. Una vez en la sacristía le contó lo que pasaba. Acaba, dijo el sacerdote al terminar su narración, de dar la una, y le aseguro que el soldado estará ya en la Iglesia. Efectivamente allí estaba ya de pie junto al coro. Se fija en él el capitán y exclama:

«Si es mi ordenanza!... Se llegó a él y con voz baja le dice: ¿Qué haces tu aquí?

—Mi capitán, respondió algo sorprendido, estoy haciendo dos horas centinela a nuestro buen Señor... Se me quema la sangre al ver lo que pasa en el mundo; por todas partes centinelas y guardias de honor: en París, el Presidente tiene cuatro; aquí, mi general tiene dos; mi coronel, uno; y me he dicho yo: Dios es incomparablemente mayor que todos éstos, y ¡no ha de tener un solo centinela! Y resolví de hacer aquí la guardia cuando estuviese libre. Créame, mi Capitán, nunca jamás la hice con más gusto.

¡Qué buena lección nos da este soldadito!

B. G., Congr.

Por no pasar el puente.

Cuentan de un aldeano llamado Pedro que nunca había salido de su pueblo; avisáronle que su hermano había muerto soltero, en la capital de la provincia y le había dejado considerable fortuna.

Al oir ésto nuestro Pedro coge su maleta y su bastón y se pone en camino. Algunas leguas había andado en tren y otras andando,

Universidad de Deusto
Biblioteca

cuando se encontró con un gran río que tenía que atravesar. El nunca había visto río tan grande y al ver la largura, la profundidad y la anchura de aquel torrente de agua, le entró un miedo atroz. ¿Quién atraviesa ahora este torrente, se dijo a sí mismo!; esperaré; ésto debe ser como los torrentes que se forman en el río del pueblo en día de tempestad.

El barquero, que estaba en la otra banda del río, vió a mi hombre sentado, dió media vuelta a la barca y se acercó a nuestro hombre ¿Quiere pasar? le dijo.

—Yo bien quisiera; pero no me fío; no quiero exponerme a caer en el río sin saber nadar; esperaré un poco.

—Ya puede V. esperar veinte años, que el río no ha de menguar; súbase, hombre y no tenga miedo...

No hubo medio de hacerle montar. Entre tanto habían llegado varias personas con las cuales se llenó la barca y pasaron el río; y nuestro Pedro, ni por ésas.

La noche vino, el barquero amarró su barca y se fué a su casa. Pedro se retiró a un albergue cercano, y muy de mañanita volvió a la orilla; pero el río...

La escena se repitió varios días, hasta que acertó a pasar por allí un primo suyo que se enteró de lo que ocurría y quiso para animarle, pasar con él el río: Pero, qué haces aquí tantos días? No has visto pasar a otros? Vamos, pasaremos juntos.

—Mira, responde el bobo de Pedro, yo cada día tengo más miedo; si quieres te vas tú y te llevas la herencia. El primo así lo hizo, y nuestro aldeano volvió a su aldea, en donde tuvo que recibir las rechiflas de todos los vecinos.

¡Cuántos hacen lo que nuestro aldeano. Preguntad sino a los pecadores: ¿por qué no dejáis el pecado y os dais a atesorar para el cielo?; y os responderán como el bobo de Pedro: Espere V. que pase la corriente; que pase la juventud con sus expansiones; entonces atravesuré el río de obligaciones que Dios y la Iglesia me imponen.

Otros contestan: después que acabe estos negocios; estas ocupaciones le roban a uno todo el tiempo... y así va pasando la vida esperando un tiempo oportuno para dar con su herencia, con Dios, y nunca lo encuentran. ¡Pobrecitos ¡Qué tontos!

F. C., Congr.

Entre nieve.

Estaba yo en mi aldea y acompañaba por diversión a nuestro criado cuando iba al monte a cortar leña.

Nevaba sobre nevado, y yo, que era poco más que un niño, mientras nuestro criado se ocupaba en partir con su tajante hacha un tronco, me entretenía en hacer bolas de nieve y tentar la paciencia de las vacas, del criado y de todo el que se me pusiera delante; opté luego por tirarlas monte abajo; y ¡cómo me divertía el ver que aquellas bolitas que yo arrojaba venían a ser grandes bolas de nieve que caían en el valle! De pronto arrojo una por la pendiente más larga; comienza a crecer a crecer en tamaño y velocidad, de suerte que encontrando a su paso un pino de regular robustez lo quebró con estruendo, cayendo entre la nieve y quedando sepultado.

Pues ¿qué pasará en los Alpes donde las montañas son tan altas? Copo a copo se van formando grandes bloques, que se desgajan bajando con asoladora fuerza por la montaña como un mar de hielo arrastrando árboles, casas, aldeas, pueblos enteros, cuyos habitantes huyen despavoridos a ponerse en salvo.

En la cima de la montaña un niño detiene la bolita de nieve, pero si cae ¿quién la detendrá?

Así empiezan muchos con la novelita menos mala, con los espectáculos divertidos, con el amiguito. No sigáis adelante; no dejéis caer la bola monte abajo; destrozando fama, salud, dinero y lo que vale más que todo, el alma, sin que nadie pueda deteneros.

E. B., Congr.

De nuestro corresponsal.

De Barcelona.

Ayer salimos de Zaragoza después de desayunar, así es que, para no dejar ni un sólo día de recibir el Pan de los fuertes, nos levantamos a las cuatro y media para ir a misa de cinco, hora en que rezan el rosario. Resulta un espectáculo muy bonito por la poca luz que hay. Y cosa curiosa: las iglesias permanecen cerradas durante todo el día, excepto las horas de misa y las vísperas en la Seo; no hay más iglesia abierta todo el día que el Pilar; consecuencia: poca devoción, la cual es para el Pilar.

Eso sí, se ven poquísimos escotes y faldas cortas; lo cual denota que la Virgen protege aquellas tierras. ¡Qué bien si ahí sucediera otro tanto!

Llegamos a Barcelona ayer a las seis, así es que todavía apenas lo hemos visto.

Toda la mañana han estado evolucionando un biplano con pasajeros y un hermosísimo globo dirigible. ¡Qué envidia me daban!

Hemos estado en el parque, jardín zoológico, etc.

Todos los días rezamos el rosario como toda la vida, y hacemos la visita si hay alguna iglesia abierta.

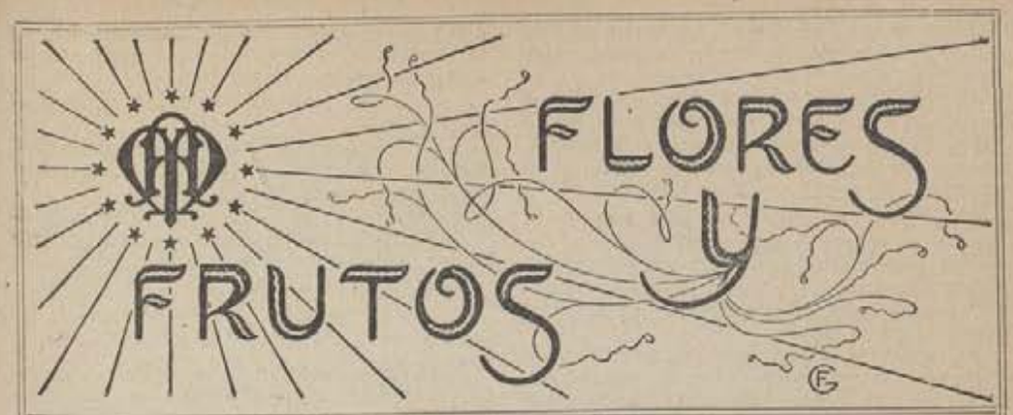
De Niza.

He seguido comulgando todos los días y me vá muy bien.

Llegamos a Nimes por la noche; y ¡qué lástima no haber estado allí más tiempo! pues es muy bonito y teníamos la iglesia al lado. Se conservan muy bien algunos monumentos romanos, el Coliseo, la Casa cuadrada, el templo de Diana, etc. No pudimos ver más que los dos primeros por ser de noche cuando llegamos, y la mañana siguiente salíamos para Marsella. Esta población con ser grande tiene poquísimas iglesias.

Niza es muy bonito; me recuerda a San Sebastián, y a mi juicio vale más.

S. A. L., Congr.



Núm. 107.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Junio de 1922

El mejor pagador.

Hermán Cohen crecía y se llenaba cada vez más de orgullo, ocasionado por los ruidosos aplausos que le dispensaban sus admiradores Este orgullo le cegó de tal manera, que llegó a apostatar de su fe y a hacerse acérrimo enemigo de la Iglesia Católica.

Hacía el año 1847, hallábase en París nuestro renombrado pianista luciendo sus habilidades y llamando la atención general, cuando un íntimo amigo le invitó a dirigir el coro de Santa Valeria de París, en una gran solemnidad, en que había de estar expuesto el Santísimo Sacramento. Aceptó Hermán la inivtación, tan solo por condescender a la instancia de su amigo. Mas, al elevarse la custodia en manos del sacerdote, para dar con ella la bendición, fijó sus ojos en ella; y no pudiendo resistir los potentes rayos que irradiaba el que es la misma luz y verdad cayó instantaneamente en tierra, y a los pies del Sacramento abjuró solemnemente de todos sus errores y excesos, exclamando con San Pablo: «Qué queréis, Señor, que haga.»

Poco tiempo después este artista era intachable religioso Carmelita, que con el nombre de P. Agustín del Santísimo Sacramento se dedicaba con el celo de un Apóstol a la salvación de las almas y moría como un santo.

Como vemos a este músico por sólo haber honrado involuntariamente al Sagrado Corazón de Jesús, le premió de este modo, ¿qué no podremos nosotros esperar si cada día de este mes de Junio le honramos de veras?

M. A., Congr.

Otro perro que habla.

¿Ha visto usted Matías?—decía el estirado camarero al administrador del hotel—¿Ha visto usted? ¡Qué prodigio!... ¡Un perro que habla!

El llamado Matías, alzó su rostro, sanguíneo y mofletudo, adornado con pobladas patillas grises y miró con cierto sobresalto a su subordinado. No le asustaba a él que un perro hablase, que ya sabía que era ésto un fenómeno imposible. Lo que le llamaba la atención era que el camarero, que más en su juicio parecía, hiciese una afirmación tan propia de demente.

—Usted tiene gana de broma, Gómez, y le aseguro que no es ésta la hora más a propósito para chanzas.

Pero la expresión de Gómez no parecía bromista, antes bien reflejaba su rostro un sentimiento tal de asombro, de verdadero estupor, que hacía pensar a cualquiera en algo anormal y extraordinario.

—Un perro que habla, señor Matías. ¡Le aseguro!... ¡Es ciertísimo!... Arriba, en el comedor, con un caballero...

El señor Matías dudó unos momentos, pero al cabo subió al comedor convencido de que algo sensacional ocurría.

* * *

El reloj del hotel había sonado ya su campanada, dando la una del mediodía, y el comedor comenzaba a verse concurrido. El olor de los fritos, levantaba oleadas de apetito y más de uno se había sentado a la mesa y procuraba hacer boca con trocitos sabrosos de salchichón y otros delicados entremeses.

Un caballero, joven aún, se había colocado en una mesita redonda, de inmaculados manteles, y jugueteaba con un perro, cuya inteligencia se adivinaba en su brillante mirada. Alrededor, dos o tres individuos contemplaban con curiosidad las gracias del prodigioso *can*.

Entre ellos, un buen señor, gordo, de gafas de oro e infantil mirada, contemplaba la escena con curiosa complacencia.

Ahora, ¿qué quieres de comer interrogó el dueño del perro,... al perro, nada menos, como si el perro pudiera contestarle.

Pues, si señor, que le contestó.

Entreabrió el hocico con mucha gracia y balbuceó con toda claridad.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Yo... quiero... chuletas... La última palabra sobre todo, la pronunció con verdadera glotonería.

El caballero de las gafas de oro, dió un resopido de asombro y el camarero del hotel se quedó atónito, suspendido. Y corrió, corrió a avisar al administrador del hotel la presencia de aquel extraño cliente.

Muy pronto el grupito se hizo numeroso. Todas las personas que se hallaban en el comedor habían acudido a convencerse de aquel verdadero prodigio y algún que otro cocinero asomaba también por el pasillo de las cocinas su gorro blanco.

Es indudable que el famoso ventrílocuo, no pensó en un principio llevar el engaño tan adelante. Un ratito entretenido nada más; pero el desarrollo de la farsa adquiría proporciones alarmantes.

Hasta de política habló el señor ventrílocuo con su perrito amaestrado.

El caballero de las gafas de oro hacía cálculos: Pero ¿cómo no exhibe usted ese animal al mundo entero? ¿cómo no le presenta como prueba irrecusable de la teoría de la evolución de la materia? Cómo no explota económicamente tan prodigiosa anormalidad en beneficio propio?

—Realmente no se le conoce bien pero, mi perro ha sido ya presentado en París y Lisboa y ha sido reconocido por las mayores eminencias médicas como un ser incomprensible..

¿Cuánto quiere usted por su perro? ofreció el buen señor.

¿.....?

¿Cuánto quiere usted.? Estoy dispuesto a darle cinco mil pesetas.

—No... me... vendas, balbuceó con su extraña voz el animal incomprensible

—Ya lo oye usted, mi perro no quiere negocios a su costa.

—Sin embargo, caballero, podría pujar mi oferta mil pesetas más.

—¿Quiere seis mil pesetas por el bicho?

El perro aulló dos veces y repitió otras tantas:

—No... me... vendas; no... me... vendas.

—Me pone usted en un compromiso, señor mío; ya ve usted que al animal no le es agradable cambiar de propietario.

—¡No!... me... vendas, corroboró el famoso can.

—Siete mil quinientas pesetas, insistió el de las gafas.

El amo del perro vacilaba.

Se veía que luchaba con una indecisión que por otra parte parecía explicable.

Siete mil quinientas. *¡Totó!* No hay más remedio que venderte.

El animal se resistió en una serie de aullidos de disgusto, pero mientras su amo formalizaba la venta y percibía las siete mil quinientas pesetas calló con toda calma.

—Trato hecho, dijo el ventrílocuo.

—El perro es mío.

El de las gafas pareció un momento temeroso de algún mordisco; pero se tranquilizó ante el aspecto pacífico del animal.

—Vamos, vamos, *Totó,* dijo al fin satisfecho y sonriente ante las miradas de todos. Yo te presentaré al congreso de veterinaria de Chicago para que te admiren.

—Habla un poco de despedida, ordenó el ventrílocuo.

Y el animalito meneando el rabo, como con guasita y frunciendo el morro, con gesto hasta cierto punto mimoso, habló:

—*Ahora... de rabia... no... hablo... más.*

El de las gafas se fué con el perro, y cuentan que éste nunca más habló.

¡Quá había de hablar!

* * *

Si no fuera esta narración ingenioso cuento, descubierto el engaño se hubiera deshecho la tal venta.

Pero, ¡pobres de nosotros!, hacemos otros contratos los jóvenes que no se pueden deshacer, y en los que nos engañan de medio a medio: pagamos para satisfacer nuestra maldita curiosidad mucho más que este señor de las gafas: al lanzarnos al pecado vendemos lo que más vale en el mundo, nuestra alma.

A. M. M., Congr.

Y va de cuento...

No hace mucho tiempo, se encontraron paseando por un camino, un médico materialista y un sacerdote.

Empezó el médico a negar la existencia del alma, para lo cual hacía las siguientes preguntas:

—¿Habéis visto alguna vez un alma?

—No.

—¿Habéis oído un alma?

—No.

—¿Habéis olido un alma?

—No.

—¿Habéis gustado un alma?

—No.

—¿Habéis sentido un alma?

—Eso si que lo he sentido — contestó el sacerdote.

Pues ya véis—dijo el médico—tenemos cuatro pruebas contra una de que no hay alma.

Entonces le dijo el sacerdote.

Usted que es doctor en medicina:

—¿Habéis visto un dolor alguna vez?

—No.

—¿Habéis oído un dolor?

—No.

—¿Habéis olido un dolor?

—No.

—¿Habéis gustado un dolor?

—No.

—¿Habéis sentido un dolor?

—Sí.

Pues ya véis—dijo el sacerdote—cuatro sentidos contra uno, que comprueban que no hay dolor; y en cambio Vd. sabe muy bien que el dolor existe.

J. L., Congr.

¡Que sea la última!

Se celebrabran en la fastuosa corte de Francia la boda de Margarita, hermana del rey Enrique II, con el duque de Saboya; y quiso el monarca con solemnísimas fiestas conmemorar tan fausto acontecimiento. Se tenían preparados para el día del casamiento toda clase de festejos, y el torneo, tan popular en el siglo XVI, era el número predilecto en el programa de las fiestas.

De plaza servía la calle de San Antonio y se extendía desde el hermoso palacio de Tournelles, mansión real, hasta las caballerizas del monarca; por todos los lados se habían levantado tablados que se llenaban de espectadores.

Los grandes señores y hasta el mismo rey se presentaban en la plaza; y el juego consistía en que dos caballeros, armados de punta en blanco con lanzas de madera, se arremetieran con violencia, resistiendo el golpe con el escudo; el que fuese derribado del caballo era vencido. Generalmente la lucha, como la hacen en la actualidad los toreros, se la dedicaban a algún príncipe o alto dignatario, que'a ella asistiera.

Era el 29 de Junio; los cuatro adalides eran el duque de Guisa, el príncipe de Ferrara, el duque de Nemours y finalmente el rey; éste había vencido a sus dos contrincantes, y llevádose todos los honores del torneo. Ya se daban por terminadas las fiestas, cuando Enrique vió dos lanzas aún por romperse.

Al punto mandó al capitán de su guardia que las tomase y que le entregase una de ellas. Fue cumplida su orden: el conde de Montgamery le entregó una lanza y se quedó con la otra para luchar con el rey. Este se dirigió a la reina su esposa, y le brindó aquella última lucha.

Mas la reina, Catalina de Médicis, que sabía el gran peligro de aquel juego, le respondió: No luches, te lo suplico; mucho más gusto me darás si das por terminado el torneo.

—Esta es la última lucha, la están ya todos esperando.

—Mucho me temo, le replicó la reina, que sea ésta la última como tú dices.

Sin atender a más razones, avanzaron los dos combatientes y se encontraron y chocaron con tan extremada violencia, que, rompiéndose ambas lanzas, el caballo del monarca cedió, torciéndosele las patas delanteras y al caer, una astilla de la lanza rota del conde le entró por la cimera y se le clavó en un ojo, con tan mala suerte que le produjo un derramamiento de sangre en el cerebro. Enrique II cayó desmayado y al poco tiempo murió.

La reina con los ojos arrasados en lágrimas dijo mirando al cielo. «¡Con cuánta razón me dijo que ésta era la última...!

Algo así nos sucede a nosotros: el demonio nos dice: haz ésto y piensa en eso otro; ésta es la última; te esperan tus amigos; qué dirán si no vas con ellos.

Oigamos las voces que nos da nuestra Madre del cielo: No vayas; no les hagas caso; resiste a esa tentación, que así hasta los mismos enemigos te estimarán más.

Pensemos que aquella puede ser la última vez y sin tener tiempo de arrepentirnos nos puede coger la muerte.

Temamos a Dios y a nadie más.

J. B. M., Congr.

Los tres olivos.

Sobre la cima de una árida y descubierta colina habían brotado muy juntitos tres olivos. Estaban allí desprovistos de todo abrigo, expuestos a todos los vientos y sus tronquitos eran tan tiernos, que estaban en gran peligro de ser barridos por la primera tempestad. Parece que se dieron cuenta de su debilidad, y se dijeron: Entrelacemos nuestras ramas y así podremos servirnos de mutuo apoyo.

El caso es que andando el tiempo tan bien se habían unido, que el que no se fijara bien en los troncos, se figuraba que era un sólo árbol. Ahora ya no temen a las tempestades más fuertes; las desafían, y casi las apetecen; pues así echan más fuertes raíces, y se unen más y más los troncos con el continuo roce.

Y, ¿cuándo dejaremos de andar en bandos, con envidias y miserias; y, en vez de unidos, estemos siempre desunidos, desalentados y vencidos por cualquier contrariedad?

Y especialmente los congregantes en vacaciones, ¿por qué no estaremos más unidos que nunca? Muy tontos somos si no lo hacemos.

P. I., Congr.

La visita de la tarde.

En Pamplona no hace mucho ocurrió este caso edificante.

El General de la plaza, indefectiblemente, todas las tardes iba a hacer una visita a la Virgen del Pilar que se venera en la Parroquia de San Nicolás; y observó con grande complacencia que un soldado hacía lo propio todos los días.

Una tarde, al salir de hacer su ordinaria visita, esperó al soldado y le dijo: Tú, serás aragonés.

—No, Señor, soy catalán.

—Y, ¿cómo es que tienes tanta devoción a la Pilarica?

—Señor, es la patrona de nuestro pueblo, y mi madre me dijo que le rezara todos los días.

—¿Tienes confianza en Ella?

—Muchísima

—Y, ¿qué la pides?

—Pues, todo lo que necesito.

—Dime, ¿quieres tú ser ordenanza?

—¡Ya lo creo! pero esas plazas son para los que tienen muchas recomendaciones; yo no tengo ninguna.

—¿Cómo te llamas?

—El, dijo su nombre.

—Mañana vé al Gobierno militar. Y la Virgen del Pilar te va a dar lo que deseas. Soy

Universidad de Deusto
Biblioteca

el General. El soldado no le conocía, porque estaba vestido de paisano.

Al día siguiente se presentó en el Gobierno militar.—El General le habló con cariño de padre y, cuando se iba a despedir el soldado, le dice: ¿Tienes deseos de ver a tu madre?

—Es lo que más anhelo.

—Pues mañana sales para tu casa con licencia de un mes, y di a tu madre que te envía la Pilarica.

A los pocos días recibió en su casa un volante del General en que se le comunicaba que iba a ser ordenanza del Jefe de Estado Mayor de la plaza, y que trajese el vestido de paisano y le añadía de su propia mano el general: La Virgen del Pilar te ha concedido esta plaza.

Volvió el soldado y estaba tan contento y satisfecho en el nuevo destino, que repetía continuamente:

«La Virgen del Pilar me ha concedido esta plaza»

Estos casos animan a cualquiera a pedir con confianza y constancia a tan buena Madre.

J. B., Congr.

Atinada contestación.

Un inspector de enseñanza llegó a un pueblecito del Norte para visitar la escuela. Llegó su vez a la Aritmética. Llama a un niño por las trazas muy listo que apenas había cumplido siete años.

—Dime, niño: si tu padre gana veinte reales cada día ¿cuánto gana en la semana?

El niño se pone a calcular: veinte reales hacen cinco pesetas, o sean un duro; entonces ganará... seis duros por semana.

—Pero hombre—replica el inspector—en este pueblo la semana tiene seis días?

No señor—responde el niño con todo el aplomo:—aquí también tiene siete días; pero el Domingo no se debe trabajar.

De una carta de un misionero.

El espejo del demonio.

. . . . . .

En la casa donde vivían dos catecúmenos, había un espejo pequeño puesto sobre el dintel de la puerta. Y ¿qué tiene ésto de supertición, me diréis? Eso mismo pregunté al catequista que me acompañaba; y me contestó: «Los paganos lo ponen sobre la puerta, para que cuando venga el demonio a hacerles mal, vea en el espejo su horrenda figura y asustado se marche. ¡Desgraciados! Les quité el espejo y les prediqué del infierno, donde si es que no se convertían, irían a parar con el demonio, a quien tanto temían.

Lo que vale un pito.

Entre las chucherías que llevaba para repartir a los niños de los cristianos, había algunos pitos. En cierta casa dí a un niño uno de esos pitos; en seguida lleno de contento se pone a silbar y a recorrer las casas de los vecinos paganos, para enseñarles a los otros niños el pito: le rodearon muchos otros niños y al saber quién se lo había dado, muy pronto vinieron a mi presencia; pero como todos eran hijos de paganos, el niño cristiano muy serio les dijo: «Sen-fu pu neng pa chi ni-men: ni-men mu yon fong chiao.» «El Padre no os puede dar a vosotros: vosotros no sois cristianos».

Como veía que a aquellos niños se les iban los ojos tras las chucherías, les dí esperanza de darles otra vez. ¡Pobrecitos! a ver si por medio de los hijos se gana a sus padres.

Y luego dirán que no vale un pito. Mucho valen las perrillas que ahorráis, dejando de comprar alguna golosina. De cosas bien pequeñas depende que nos hagamos los misioneros simpáticos a los paganos y los convirtamos a la verdadera fe.

T. E., S. J.

De nuestro corresponsal.

De Roma.

La iglesia del Jesús la tenemos muy cerca; es preciosa, y el altar que más vale el de San Ignacio. Nos enseñaron las habitaciones del Santo, la capilla, el lugar donde murió, la azotea en la que contemplaba el cielo. Hoy hemos tenido audiencia general con el Papa, que después de la bendición general, nos ha bendecido en particular por haberle dicho que éramos españoles.

En Génova vimos desfilar constantemente los autos de los individuos de la Conferencia ¿Cómo se arreglará éso?

Se dice que los bolchevikis se quieren poner de acuerdo con la Santa Sede. ¡Ya hace falta!

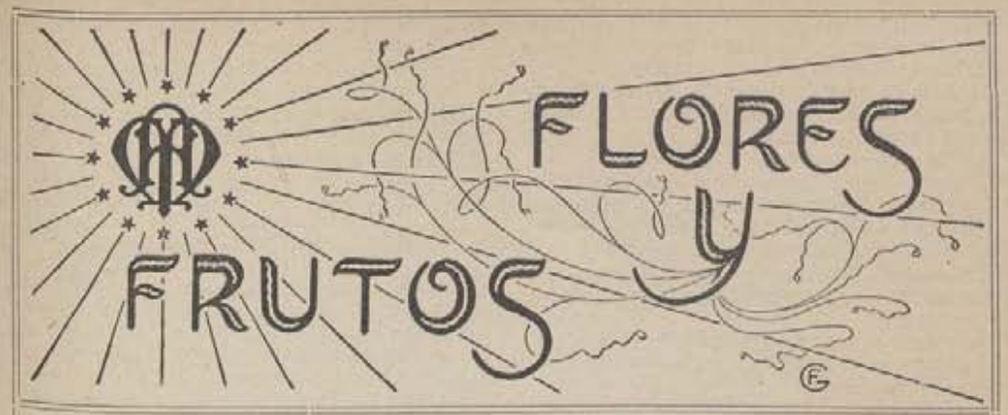
No tengo apenas tiempo: desde la mañana después de misa, hasta la noche, no paramos; pues hasta el rosario y el mes de María lo hacemos en alguna iglesia que nos viene al paso; no tengo tiempo ni para revelar las películas, las revelo a la luz del día con un aparato especial, muy cómodo; tengo preciosas vistas.

De vuelta a Roma.

No he dejado por nada de este mundo la comunión, aunque me haya costado sacrificios como verá.

De Nápoles fuimos a la isla Capri: el mar estaba tranquilo parecía teñido de añil. Allí fuimos a la célebre «gruta azul», única en el mundo donde no se puede entrar más que de tres en tres. Se penetra echado en el suelo de la barca, pues la entrada tiene como un metro de altura y se llega a una cavidad bastante alta en donde se produce un fenómeno sorprendente: como la única comunicación es la boca muy estrecha y el mar es muy azul, todo lo de dentro tona un azul intensísimo, y los remos y la quilla de las barcas, parecen de plata, pues la mayor parte de la luz entra por debajo del agua.

S. A. L., Congr.



Núm. 188.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Julio de 1922

La verdadera dicha.

Era el atardecer hora en que los aldeanos terminaban sus trabajos de campo, retirándose a buscar el reposo en el seno de la familia, donde les esperaba el cariño de sus queridos hijos.

Un joven de la ciudad se paseaba en los alrededores de la aldea al caer la tarde, y veía con admiración la tranquilidad y alegría de aquellos hombres que pasan la vida en trabajos duros y expuestos a la inclemencia del tiempo. Llamóle la atención un venerable anciano que se dirigía al pueblo con la horquilla al hombro y sirviéndose de la azada como de bastón; su paso era tardo, pero seguro; su rostro, curtido por el sol y el viento, tenía la expresión del contento y de la dicha.

Al verle el joven no pudo menos de decir para sí; he aquí un hombre feliz, si hay felicidad en la tierra, y se acercó para acompañarle y hablar con él.

—Dios guarde a V. buen anciano, le dijo.

—Buenas tardes, caballero, contestó el anciano haciendo un sencillo saludo.

—Se dirige V. al pueblo?

—He concluído por hoy mi tarea y voy a reparar las fuerzas para continuarla mañana.

—Pues iremos juntos, si no hay inconveniente.

—Con mucho gusto, caballero. Me hace usted mucho favor.

Hablóse al pronto de los productos de la tierra y de lo penoso de los trabajos agrícolas.

El anciano se manifestaba muy satisfecho de su suerte, y continuando la conversación le dijo el joven:

¿Ha visto V. la ciudad?

—Muchas veces.

—Y no envidia V. esas suntuosas casas.

—¿Por qué? ¿No está rodeado mi albergue de árboles frutales y emparrados que dan sombra y abundantes y sabrosos frutos?

—Es verdad, pero tambien en la ciudad ofrece sus dones la naturaleza; junto a esos soberbios palacios hay magníficos jardines con largas y anchas calles cubiertas también de árboles; en los parques hay plantas y flores preciosas, que embellecen tan amenos sitios.

—Calles muy inferiores a los tortuosos senderos de la selva; espesuras que no pueden igualar a la sombra de nuestros frondosos árboles; flores pálidas y marchitas si se comparan a las rosas, violetas y pensamientos que alegran nuestros prados. ¿Qué son los jardines del arte comparados con el de la naturaleza?

—Pero al fin, en estos pueblos miserables no hay porvenir ni esperanza de riquezas. Ha de ser muy triste al cabo de la vida no legar a los hijos sino el trabajo y la ignorancia.

—El trabajo? ¿Y qué es el trabajo sino la independencia? En cuanto a la ignorancia está V. muy equivocado. En la escuela se aprende lo que es verdaderamente útil, y sobre todo, se aprende a temer a Dios, a honrar a los padres y a imitar sus virtudes.

El que sabe todo esto no es ignorante, antes al contrario, posee la verdadera ciencia.

¿Y qué riquezas más preciosas que el producto de la tierra aumentado con un trabajo asiduo y constante?

—¿Y ésto es lo que constituye la felicidad de usted?

—Esto, unido a la tranquilidad de conciencia, que es el más precioso de todos los bienes. Tengo 60 años, y este largo tiempo ha pasado para mí como un hermoso día de primavera en medio de la calma y de los placeres más puros; porque he procurado no olvidar nunca que *de la tranquilidad de conciencia depende la dicha en este mundo.*

A. J., Congr.

Hermosa lección.

En una ciudad de poca importancia se presentó en cierta ocasión una comisión que tenía por objeto ciertos asuntos agronómicos, al frente de la cual venía un joven ingeniero que había perdido la fe, y antes, como pasa a todos, las buenas costumbres.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Recibieron hospitalidad en casa de la familia más acomodada, de la que formaba parte una joven piadosa y resuelta.

Desde su llegada al pueblo empezaron públicamente a burlarse de la religión, y de tal modo se las echaban de impíos, que nadie se atrevía a contestarles.

Pasado algún tiempo el ingeniero enseñaba los planos enorgullecido de su obra que todos aplaudían, menos la joven que se reía apuntando con su dedo a los planos.

Molestado el ingeniero porque una muchacha de pueblo se riese de su obra, le preguntó:

—¿Sabe usted topografía?

—Nada; contestó ella riendo.

—¿Y dibujo?

—Tampoco.

—¿Ha visto alguna vez planos?

—Son los primeros.

—Me admira entonces su risa, y la verdad me parece muy tonto, reirse de lo que no se entiende.

Se irguió entonces la joven con majestad de reina y le repuso:

—¿Conoce usted a fondo la religión católica?

—No; contestó el ingeniero con desdén.

—¿Sabe usted el credo?

—Tampoco.

—¿Recuerda acaso las oraciones que le enseñó su madre?

Déjeme usted en paz—añadió el joven bajando la cabeza.

—En paz le dejo, pero entiendo que es más tonto y ridículo, burlarse de las doctrinas admitidas por hombres más sabios que usted.

El ingeniero no contestó, y él y sus compañeros no volvieron a reirse más delante de aquella joven, y marcharon lo antes que pudieron de aquel pueblo en el que habían recibido tan hermosa lección.

J. L. A., Congr.

Otra buena lección.

Tomás era un labrador que allá en sus tiempos había sido bueno, pero, andando con malas compañías, había olvidado todas las prácticas religiosas; oir hablar de confesión era como sentir un pinchazo y montar en cólera, y más de una vez se enfadó con un compañero por querer traerle al buen camino; si se confesaba por Pascua era para él mucho.

Sin embargo en el trabajo material era todo lo contrario; cuidadoso como pocos con su ganado, solía pasarse el tiempo que le dejaban libre las faenas del campo en limpiar bien a sus hermosos bueyes.

No sabía el cura del pueblo cómo volverle al buen camino; hasta que un día al pasar a visitarle, le encontró ocupado en el aseo de sus bueyes y le dijo:

—¿Qué tal, Tomás; tú siempre limpiando y queriendo lucir tu ganado. Pero ¿por qué te cansas todos los días en pasarles con ese cepillo? ¿No bastaría que les limpiases una vez a la semana? te ahorrarías mucho trabajo.

—Ah, Sr. Párroco, no ve usted que si yo no los limpiase todos los días me costaría mucho después, y nunca estarían limpios.

Tienes mucha razón, Tomás; ¿y no pasará lo mismo con tu alma? Aplícate el cuento.

Le dejó todo pensativo y bastó esta lección para que aquel labrador fuese en adelante modelo de cristianos.

J. L. A., Congr.

Una mentira muy cara.

Hay costumbre en algunos pueblos de la playa que, cuando los pescadores surcan el mar con sus ligeras barquillas, sus hijos suben a algún punto alto, desde donde ven en el mar, a lo lejos las barcas de sus padres.

Cuando los pescadores hacen buena pesca, colocan una banderita delante de la blanca vela de sus embarcaciones. Los niños, que desde la tierra esperan esta señal, bajan y llenos de alegría recorren las calles gritando, «A la playa. Hay mucha pesca»

Los mercaderes de pescado bajan al puerto a encontrarse con los marineros para comprarles la deseada pesca

Un día, Antonio, hijo de un pescador y muchacho aficionado a la mentira, creyó hacer una gracia engañando a los mercaderes, y corrió por las calles del pueblo gritando con todas sus fuerzas, «A la playa, Hay mucha pesca»

Acudieron precipitadamente los mercaderes y algunos desde muy lejos; pero en vano, por que nada se había cogido.

Se encolerizaron y Antonio, que lo observaba todo desde su casa, se reía al verlos burlados.

Su madre le reprendió severamente:—Antonio, le dijo: ¿no sabes que el que engaña a otros pierde su confianza? Desde hoy aunque digas la verdad, no te creerá nadie. Ya todo el mundo te tiene por mentiroso. ¡Pobre hijo mío! En vez de reir por tu irreflexión, debieras llorar..... .....

Algunos días después, Antonio estaba solo en la colina. A sus pies rugía el mar, que comenzaba a cubrirse de espuma, señal de que la tempestad se acercaba.

El niño estaba inquieto porque aquella misma mañana su padre había ido a la pesca y veía a lo lejos su barquilla azotada furiosamente por las olas.

De pronto en el mástil de la barca. Antonio divisó una bandera; pero no era la señal de una buena pesca, sino la de angustia; la barca estaba en peligro y pedía socorro

Lleno de terror bajó Antonio la colina gritando «Socorro! Socorro! Mi padre va a morir ahogado» Mas todo el mundo recordaba las mentiras de los días anteriores, y creyeron que ésta sería otra nueva, y no le hicieron caso El pobre Antonio, lleno de desesperación, sollozaba tan amargamente que otro niño de su edad tuvo lástima de él y subió a la misma colina. Bien pronto volvió al pueblo, diciendo que Antonio decía verdad y que un pescador corría gran riesgo de perecer con todos los de su barquilla.

Entonces algunos marineros se lanzaron valerosamente a las olas en una barca, y a pesar del oleaje y exponiendo su vida, tardaron mucho tiempo en conseguirlo; porque la barca del padre de Antonio arrastrada por las olas estaba tan lejos que no se la distinguía sino como un punto en el horizonte.

Antonio inmóvil sobre la colina asistía angustiado a este espectáculo. Pensaba que su mentira de la víspera iba tal vez a causar la muerte a su padre, y pedía a Dios de rodillas que tuviera compasión de él.

Una hora de angustia mortal transcurrió hasta que al fin los marinos volvieron al puerto; entre ellos venía el padre de Antonio a quien habían salvado de una muerte cierta.

A partir de este día, tomó tal horror a la mentira que se corrigió para siempre y ganó bien pronto la confianza de todo el mundo.

F. I., Congr.

Un pensador y profesor a los diez años.

Cuando tuve la noticia de que estaba grave el tío, no pude venir a ésta porque no había acabado los exámenes en Indauchu; y cuando llegué ya había muerto.

No me impresioné nada cuando entré en el cuarto en donde estaba el cadáver del tío; recé un Padre-nuestro y le apliqué unas Bulas; allí estuve muy poco tiempo y no pude pensar nada hasta que salí del cuarto.

Al salir, reflexioné lo siguiente:

Ya sé que he de morir también; pero, cuándo, cómo, bien o mal; ésto no lo sé; entonces he de estar preparado para que en cualquier momento en que muera esté sin pecado. Acordándome de la muerte, podré vencer cualquier tentación. He hecho firme propósito de tener la muerte grabada en mi mente.

Mis hermanas y yo estudiamos después de desayunar; ayer le expliqué a Marichu cómo se simplifica un quebrado y se reducen varios quebrados a un común denominador; hoy vamos a repasar lo que estudiamos ayer y cómo se suman y se restan quebrados mixtos, etc. La pequeña estuvo estudiando el primer Mandamiento de la Iglesia, pero no aprendió más que hasta qué es Misa, por éso hoy estudiará lo de ayer, y mañana que es Domingo, estudiará lo de hoy. Todos los días vamos a Misa, comulgamos, y yo la ayudo.

J. A. A., Congr.

Lo que más importa asegurar.

Cuentan que un ricachón, después de haber asegurado todas sus cosas, se puso a hablar con un vecino suyo, y para hacerle ver la seguridad en que vivía le dijo: Diga usted, ¿cuál le parece a usted el mejor modo de asegurarse uno su porvenir?

—Hombre, depende de lo que usted quiera asegurar. ¿Quiere usted asegurar la casa?

—¡Oh, no! La tengo asegurada contra incendios hace tiempo.

—¿Son los muebles?

—También los tengo asegurados.

—Entonces ¿serán las cosechas?

—Tampoco.

—Ya no queda más que el ganado.

—Acabo de asegurarlo.

—Entonces usted todo lo tiene asegurado; ¿a qué venía la pregunta?

—Era que te quería mostrar de esta manera la tranquilidad con que uno vive cuando tiene todo asegurado: en este mundo se expone uno a perderlo todo, si no procura prevenirse de algún modo.

—Don Antonio, ya me permitirá que le diga una cosita; pues me parece que en la enumeración de antes faltaba algo por asegurar, y por cierto bien preciso.

—Tú dirás; te aseguro que será para mí un descubrimiento.

—Pues le falta a usted por asegurar su honorable persona.

—Hombre, no te apures: Si el fuego prende a mi casa, ya tengo pies para salir escapado...

—¡No está mal! Pero, amigo mío, y el día en que tenga usted que bajar seis codos bajo tierra, cómo evitará usted aquel otro fuego, si para asegurarse de él no ha tomado usted prevención alguna?

—Más tarde... cuando sea viejo...

—Es usted muy dueño de hacer lo que quiera; pero tenga por cierto que le falta por asegurar lo principal.

Cuentan las historias que la lección le entró muy en provecho a nuestro rico; pues reflexionó un poco y vió que era verdad, que si no aseguraba su alma de nada le aprovechaba asegurar las riquezas de este mundo. No pagó mucha prima por el seguro: se comprometió a rezar tres Ave Marías por la mañana y otras tres por la noche. La Santísima Virgen le devolvió el temor de Dios y vivió bien el resto de su vida.

M. T., Congr.

El "cross country"

Escenario: el *sta ñum* de los juegos Olímpicos en Amberes. A las 11 se daría la señal de partida en la que tomaban parte los *ases* del *sport*, los campeones de varias naciones.

Una muralla humana, alineada a ambos lados del camino que iban a seguir los corredores, limitaba la pista que tenía la forma de una O inmensa, con su punto de partida y de llegada frente por frente del Jurado y las tribunas.

Dos horas antes, a eso de las 9, habían sido tomados los mejores sitios.

Poco antes de las 11 iban apareciendo los corredores, llevando sobre el pecho un gran número y los distintivos de nacionalidad y sociedades deportivas a que pertenecían.

Llegó por fin la hora ansiada por miles de espectadores, y un agudo silbido, dió la señal de partida

Los corredores se lanzaron, adelantándose algunos con gran regocijo de los que habían apostado por ellos; mas al haber recorrido próximamente las tres cuartas partes del trayecto, comenzaron a jadear: la cara encendida, los ojos inyectados denotaban que estaban rendidos.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Los que iban a la zaga, habían corrido con más calma y estaban relativamente frescos.

Al aproximarse a la meta, la expectación fué enorme: los que iban delante, hicieron un esfuerzo infructuoso; los que iban detrás se adelantaron. ¡Habían ganado!

Este mundo no es otra cosa que una pista gigantesca en la que todos corremos hacia la eternidad. Aquí también los que ganan son los que desde el principio hasta el fin de la carrera practican la virtud sin perder un solo paso.

«Todos corren por la pista, dijo el gran Apóstol San Pablo, mas pocos son los que alcanzan los laureles de la victoria.»

¡Ay de los que corren bien durante el curso y en este tiempo de vacaciones se desalientan y pierden la carrera!

S. A. L., Congr.

¿Quién tendrá razón?

El encuentro fue casual. Se dirigía un conocido doctor a una visita, cuando tropezó en la calle con un antiguo camarada de colegio y ahora eminente abogado.

Eran dos polos opuestos en cuanto al modo de pensar: el Doctor era ferviente católico práctico y miembro de varias asociaciones benéficas; mientras que nuestro abogado era librepensador de marca y anticlerical casi rabioso. Los dos amigos no se habían visto desde que salieron del colegio; se saludaron afectuosamente y comenzaron a hablar de sus actuales ocupaciones.

—Yo chico, decía el abogado, no paro un momento. Un día visito a un diputado, otro acompaño a un ministro, o a alguna otra persona influyente. En fin, siempre estoy en actividad, y pienso ir muy lejos en la política, como que tengo buenos amigos.

—Pues yo también estoy con grandes aspiraciones, le interrumpió el doctor y nunca estoy quieto, tengo muchas y variadas ocupaciones. Además de visitar a mis enfermos, socorro en sus buhardillas a algunos necesitados, voy también a la cárcel, al hospital; soy de la Sociedad de San Vicente Paul y de otras instituciones. Resumiendo: procuro hacer todo el bien que puedo,

Su amigo con tono burlón le interrumpió. —¡Magnífico! chico, ¡magnífico!; sin compartir tus ideas clericales te admiro profundamente. Mas créeme: tu caridad o tu filantropía no te llevarán muy lejos.

—Con aire de satisfacción profunda le contestó su amigo: – No iré muy lejos, pero espero ir muy alto.

F. M. C., Congr.

Atinada contestación.

Un padre de familia tenía la costumbre de trabajar el Domingo, y quiso que hiciera otro tanto uno de sus hijos que había cumplido doce años. El niño se resistió, diciendo que le habían enseñado que ese día había que ir a misa y no se podía trabajar.

—Aquí no hay más autoridad que la mía,—contestó secamente el padre.—Deja de ir a misa y vente a trabajar conmigo.

Pasaron unos minutos y el niño no aparecía. Furioso el padre, corre a la iglesia, y medio arrastras saca al chiquillo y dándole un buen sopapo le dice:

—¿No te enseñó el señor Cura a obedecer a tu padre?

—Sí, señor; ése es el cuarto mandamiento; pero antes está el tercero, que es santificar las fiestas; y como usted dice que se puede faltar al tercero, también se podrá faltar al cuarto.

El padre se vió cortado con esta réplica, y quiso Dios que cayera en la cuenta de que su hijo tenía razón; y no solamente le dejó ir a misa, sino que le acompañaba él, y desde aquel día no profanó más el día festivo.

M. M., Congr.

Correspondencia abierta.

Consejo aprovechado

El consejo que usted me da por carta, de mirar arriba cuando me sienta tentado, ya lo venía practicando; pues lo recordaba de otra vez que nos lo dijo usted en el Salón, y lo ha repetido varias veces. Hace poco, fuí tentado fuertemente, miré arriba pidiendo a la Virgen protección; y en el mismo momento, me avisaron que acababa de llegar un amigo mío; éste, con su charla me distrajo, de lo cual no sabe lo que me alegré.

R. A., Congr.

Un pueblo sano.

El día del Sagrado Corazón, tuvimos gran fiesta en este pueblo; casi todas las casas tuvieron en los balcones colgaduras, y por la noche gran iluminación en los balcones. La procesión con el Santísimo fué bastante larga; hubo tres altares y asistió todo el pueblo y por supuesto nosotros.

El día de San Juan, también se guardó fiesta; bastó que dijera el párroco que, aunque se podía trabajar, era mejor que se guardase fiesta.

V. M., Congr.

Para éso son los amigos.

En cuanto a las compañías, no tengo más amigo que un chico del caserío frente al nuestro; es un chico que está estudiando náutica; antes comulgaba de 15 en 15 días, y ahora, como ven sus padres que yo comulgo mucho más a menudo, comulga, como yo, un día sí y otro no.

M. M., Congr.



Núm. 109.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Agosto de 1922

El cántaro.

—Vamos de paseo, Juan.

—De mil amores, chico, que el día está espléndido.

Y salieron de paseo aquel hermoso día estival por las riberas del riachuelo que por entre espesos cañaverales se deslizaba murmurando.

Al llegar a un remanso, donde el agua corría por profundo cauce, observaron un cántaro semiroto que bajaba con la corriente inclinándose a uno y otro lado, recibiendo cada vez su poquito de agua.

—Te fijas en ese cántaro,—observó Juan.

—Hombre, es verdad; mira, parece que va a hundirse en seguida.

—Cierto, ahora...

—No, ahora, ahora...

—Vaya con el cantarito; lo que dura.

—De esta hecha caduca...

Pasó un ratillo; el cántaro, a cada balanceo, iba recibiendo más y más agua, hasta que al fin Juan exclama: ¡ves, ya se ha hundido!

Unas burbujitas de aire fueron lo último que el tal cántaro dejó detrás de sí, y el agua siguió tranquilamente bajando como si nada hubiese pasado.

—Oye, Juan, ¿sabes qué se me ocurre?

—Tú, dirás.

—Mira; ¿no te parece que el cantarito somos nosotros, que vamos en esta pícara vida inclinándonos a un lado y a otro y llenándonos de los pecados que cometemos; hasta que llega un momento en que hacemos uno que acaba de llenar el cántaro y nos hundimos para siempre y sin remedio?

Oye, y ¿cuál será el último que llena la medida?

—Quién sabe si el primero que voy a cometer...

—Y ¿qué remedio?

—El mejor remedio he oido yo que es, temer mucho a Dios, y decirle al demonio o al compañero: anda, marcha de ahí, que si hago ésta, quizá me hunda para siempre.

E. B., Congr.

Una fábula.

Dos caballos jóvenes, que trabajaban en una granja, lograron escaparse un día, y andaban por los montes vecinos muy satisfechos de su libertad; cuando uno de ellos distinguió la vía del ferrocarril y dijo al otro: ¡Qué camino tan bueno veo! ¡vamos a él!; ¡allí podremos correr y brincar a gusto!

A su compañero le pareció muy bien, y ambos fueron a la vía muy contentos de haber encontrado lugar tan liso y llano.

Cuando más satisfechos estaban oyen de pronto un silbido agudo y ven al tren venir hacia ellos a toda velocidad. Quedan aterrados ante el aspecto de la locomotora, que se les echa encima. Al instante huyen precipitados; aunque de manera muy distinta: el uno se planta de un salto fuera de la vía y se pone a salvo; el otro, fiándose en su agilidad, echa a correr vía a delante; cree poder escaparse; pero pronto se cansa, pierde distancia y perece destrozado por la máquina.

¡A huir en seguida del peligro!

A. B., Congr.

Otra fábula.

Un viajero llevaba consigo, aunque bien ocultas, grandes riquezas; tenía que pasar un camino solitario, que, según las gentes del pueblo, estaba lleno de ladrones.

Le enseñaron otro que tenía que rodear mucho y más dificultoso, pero más seguro. Nuestro viajero dijo para sí: me conviene ir por el camino más largo; poco adelanto con ir por el más corto si pierdo mis riquezas, y nada me importa que sea más trabajosa mi jornada, si salvo mi vida y mi hacienda.

¡Qué somos nosotros en este mundo más que viajeros! El tesoro que llevamos es nuestra alma; el camino más corto y el más fácil es el de las pasiones; más trabajoso es el de la Ley de Jesucristo.

El que quiera que vaya por el más corto y agradable.

L. J., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Una excursión en Nápoles.

El día 11 del pasado Mayo, a las 9 de la mañana, (nos levantamos a las seis a fin de no dejar de comulgar) salimos en un bote del embarcadero llamado "del castillo del Huevo", por haber un antiguo castillo de esa forma; el barquero se deja llevar de la corriente hasta que sentimos un poco el oleaje. No transcurrieron cinco minutos antes de que viéramos salir del puerto comercial un barco seguido de larga columna de humo que venía a nuestro encuentro. Era el "Regina Elena" barco destinado al transporte de turistas al otro lado de la incomparable bahía napolitana. Efectuado el embarque, al punto comienza a surcar rápidamente las azules aguas con rumbo a Sorrento, ruta análoga a la que seguían las galeras romanas para ir a Palermo.

El día hermosísimo, con neblina que impide distinguir los objetos distantes: el Vesubio, apenas se destaca del velo blanco que se extiende por todas partes; las olas imprimen cierto balanceo al buque siendo causa de que los predipuestos se mareen. A medida de que nos vamos alejando más de Nápoles, el oleaje disminuye; apenas se distinguen ya las casas y jardines, pues la niebla las oculta.

Entonces es cuando se goza del incomparable espectáculo de verse entre el cielo azul y el mar azul y las olas que chocan contra el costado del buque coronándose de espuma. De cuando en cuando se divisa alguna barca pesquera, que con su vela hinchada por el viento corre veloz en busca de sus compañeras. De pronto, comienza a dibujarse claramente la costa de Sorrento: acantilados en los que se alzan las casas de pescadores; más arriba, algunas quintas de recreo y hoteles para los visitantes. Se detiene un poco el barco esperando la bajada de los que se dirijan a esta población. A los pocos minutos nos ponemos en movimieto para Capri; son ya las once menos cuarto; no faltaba mucho.

La isla se ve desde el mar, simulando una esfinge, alta por sus extremos y baja en medio. Se detiene un momento para los que quieran desembarcar: la mayor parte se queda a bordo pues el barco se dirije a la "grotta azzura" (la gruta azul.) A las once y cuarto nos hallamos por fin al frente de la célebre gruta. Estando el mar tranquilo, no era peligroso el desembarco que es necesario efectuar para visitarla; en barcas de dos, lo más tres, nos fuímos colocando; el mar, azul en general en el Mediterráneo, se volvía allí añil. Muy cerca de la costa, se ven varias aberturas, sin saber cuál ha de ser la entrada; no sin inquietud en un principio, se ve que se dirije la barca a una estrecha abertura. Nos dicen que nos acostemos en el fondo de la misma. El barquero se agarra a una cadena, y de un empujón entra; al principio nada se distingue; mas al poco tiempo, se queda uno admirado del magnífico espectáculo: todo es azul; en cambio, todo lo que está bajo el agua aparece plateado, los remos, las quillas de las barcas, etc. Se debe el fenómeno al color del agua iluminada por la luz que entra por debajo.

Después de la visita desembarcamos en el pueblo en donde comimos; es muy pintoresco y situado en las laderas de la colina central. A las cuatro embarcamos, siendo el viaje de regreso análogo al de ida, volvimos a franquear las 15 millas, que próximamente nos separaban de Nápoles, en dos horas y media.

Como llegara a nuestros oídos, que continuaba el milagro de S. Jenaro en la catedral, nos dirijimos a ella tan pronto como pisamos tierra.

El célebre milagro consiste en que todos los años, el día del Santo, se licúa su sangre contenida en una ampolla, y dura el milagro ocho días

Llegamos a la catedral, en ocasión de que estaban dando a besar la ampolla, que de cuando en cuando lo volteaban, para que se pudiera mejor observar que estaba fresca, como si la hubieran recogido entonces.

¡Cómo explicarán este fenómeno, como ellos llaman, los sabiondos!

S. A. L., Congr.

Lo que hace el buen amigo,

Era una tarde de verano. Román, sentado bajo el emparrado de su casita de campo estaba enfrascado en la lectura de un periódico.

Como otras veces, acertó a pasar por allí su amigo Antonio y le dice:

—¿Qué haces ahí, Román?

—Estoy pasando el tiempo hasta que bajen mis padres, pues voy a pasear con ellos.

—Entonces, tú no vienes a la romería.

—No por cierto, ya sabes que le tengo declarada guerra a muerte.

—¡Claro! Tú, chocheando como siempre. ¿No ves que otros van, y también están allí sus padres?

—Sí, sí, ya lo sé; pero yo no quiero ponerme en el alero; prefiero no ver lo que allí hay que ver; y además volvéis muy tarde; y francamente, prefiero poder oir misa temprano y comulgar diariamente. Y ésto me sienta mucho mejor que a ti las romerías.

—¡No digas tonterías! ¿Para qué quieres oir más misa que la del Domingo? No creo que estamos obligados a más.

—Yo lo que sé es, que el que se pone en peligro, es seguro que a la corta o a la larga caerá, ¡y si entonces te coge la muerte...! ¿No te has fijado nunca en tu perro? Cuando llegas a casa, sale a recibirte, dando saltos sin tón ni són, y para hacerte un obsequio, coge en la boca una alpargata vieja, un trapo sucio, lo que le viene a la boca y te lo ofrece, creyendo que ha hecho una gran cosa. Tú, claro está, le mandas alejarse, pues te da asco el regalito. Bueno, pues ahora, hagamos un cambio de personajes. Suponte por un instante que el amo del perro es Dios, y que el perro eres tú. ¿Qué le ofreces a Dios cuando vas como ahora a una romería; y si sigues así ¿con qué te vas a encontrar cuando te llegue la muerte? Serás tú como el perro que le presenta a su Amo toda la basura que hayas podido coleccionar en este mundo. Y naturalmente, el Amo te dirá: ¿Eso me traes? ¡Largo de aquí! ¡Vete con todo eso a cumplir tu castigo!

—¿Sabes que me has convencido? Mira. No voy donde pensaba, y si tú quieres, me iré con vosotros, y cuenta desde ahora con un amigo que te imitará y tratará de atraer a otros al buen camino.

R. F., Congr.

Un susto en la playa.

Julio y Fernando, hombres ya, y que no se habían visto desde que acabaron juntos el bachillerato, se veían ahora casualmente en una playa. Fernando, que era de tierra dentro, era la primera vez que veía el mar, y no cesaba de admirarlo.

Después de comer, volvieron nuestros amigos a la playa, a la que difícilmente se podía pasar, porque estaba subiendo la marea.

—Cuéntame tu vida, hombre; tantas cosas habrán pasado desde que nos separamos..., le dice Julio a su amigo.

—Ya puedes figurarte: después de acabar mi carrera, conseguí colocarme en la Hidroelectra y aquí me tienes trabajando cuanto puedo.

—A ti te noto no sé qué; cuéntame tu historia. Parece que estás triste.... ¿Cuál es el motivo de que estés así?

—Harto tengo porqué estar triste y desconsolado. Ya sabes, cómo después de acabar la carrera y de colocarme....más valdría no hablar de ello; gimió Fernando, pues siento una tristeza como este mar de grande...

—Amigo Julio, dime qué es lo que te pasa; ¡quizá podría aliviarte! Cuando una pena se comunica a otro, parece que se calma.

—Seré breve: me casé y me dió Dios un hijo listísimo que me hizo concebir grandes esperanzas; mas una traidora enfermedad lo llevó al sepulcro. Desde entonces, no hago más que llorar a mi hijo, al que creo le seguiré pronto, pues no puedo resistir dolor tan continuado.

—Ya hay medio de calmar esa pena.

—Dámelo pronto, Fernando.

—Mira, Julio, acude a Dios; piensa en lo mucho que ha sufrido por nosotros; acuérdate, cuando te apriete la congoja, de la Pasión de Cristo. ¡Quién sabe si hubiera sido un desgraciado como tantos hoy en día, a quienes más les valiera haberse muerto de niños! ¿No crees que Dios conoce algo mejor que nosotros lo que nos conviene?

—Tienes razón, Julio; no te puedes imaginar lo mucho que te agradezco estas palabras de consuelo.

—Apresurémonos a volver, dijo Fernando, la marea va cediendo y dentro de pocos momentos llegará hasta nosotros.

—Imposible—dice Julio,—nos hemos aventurado imprudentemente y el mar nos corta la retirada; mira allí cómo baten las olas el pie del acantilado, por el que acabamos de pasar. A nuestras espaldas, dice Fernando, no quedan más que tres o cuatro metros de roca y luego... ¡horror! la pared lisa del acantilado que es imposible subir. ¡Cómo salir de aquí, gran Dios!

No podía menos de reirse interiormente Julio, de los temores de su amigo, de los que se quería aprovechar para darle una lección.

—Ya saldremos, hombre, ya saldremos, aunque sea para ser arrastrados por las olas.

En medio de estos temores, no tuvieron que esperar mucho, pues empezando la marea a bajar, observaron que en el intervalo de dos a tres olas grandes, quedaban a la vista los escollos que les ponían en comunicación con el resto de la playa.

Así que se hubo serenado un poco Fernando, le dijo Julio: acabas de observar cómo las olas, por grandes que parezcan, y por fuerte que sea la marejada que las empuje, no pueden pasar del límite que Dios les señaló desde el principio de la creación.

—Así es,—dijo Fernando,—éso cualquiera lo comprende.

—Pues mira,—continuó Julio.—lo mismo que con las cosas del mundo físico, ocurre con las del mundo moral: Dios señala el límite de nuestras penas, tribulaciones, dolores y trabajos, los cuales jamás pueden pasar de la raya trazada por el Supremo Hacedor.

—Tienes razón, Julio; no hay mejor que conformarse con la voluntad de Dios.

S. A. L., Congr.

¿A qué vuelta se echa el perro?

En el Café Suizo de cierta villa, se reunían hace algún tiempo varios amigos, cada uno de los cuales era una notabilidad en su ramo. Uno de ellos, gran compositor musical, y mejor católico, al dar las nueve de la noche en invierno, se despedía de sus compañeros sin que jamás pudieran éstos detenerle, a pesar de intentarlo varias veces.

Una noche, salió con él uno de sus amigos, gran literato, y ya en la calle hubo de preguntarle éste a nuestro protagonista lo siguiente:

—Hombre, ¿haces el favor de decirme a qué viene esa rareza de dejarnos tan pronto tú, que todo el día te encuentras trabajando y no tienes ni padre, ni madre, ni perrito que te ladre?

—Pues ya que quieres saberlo, te lo diré. Tú conoces mi vida durante el día, mas ignoras lo que hago estas horas que restan de la noche y por la mañana temprano. Al levantarme por la mañana, me encomiendo a Dios, le doy gracias, me visto, me voy a misa y comulgo.

—Pues un motivo más para que por la noche no te retires tan pronto y nos des el placer de oir tu amena conversación.

—Gracias, amigo. Continuemos. ¿Sabes cómo se acuesta el perro?

—Sí, dando vueltas.

—¿Cuántas?

—No lo sé.

—Yo tampoco. Pero el caso es que da varias estudiando, no como los antiguos gladiadores romanos la manera más elegante de caer, pero sí la más cómoda.

—¿A dónde vas con esa charla?

—Ya lo verá su señoría; a hacerte ver que si un perro mira por su comodidad, cómo se

Universidad de Deusto
Biblioteca

acuesta, el hombre debe saber cómo se acuesta para su eternidad. He aquí porqué me voy a casa antes que vosotros. Ahora rezaré el rosario y leeré un buen libro para elevar mis pensamientos al cielo y desprender de mi alma el poco de barro que he podido traer del mundo. Cenaré, daré unas vueltas como medida higiénica antes de acostarme, pediré perdón a Dios de las faltas del día, gracia para pasar bien la noche y misericordia por si no he de despertar. Ya ves, te lo he contado todo; y para ésto hace falta un par de horas y por éso me separo de vosotros a las nueve de la noche.

El literato, no replicó nada. Apretó la mano del gran artista, y le dijo: Hasta mañana. Pero el hecho es que desde aquella noche, se retiraban ambos a las nueve.

¡Lo que puede y vale el ejemplo y una lección dada a tiempo!

A. L. J., Congr.

La cabrita agradecida.

Los días en que no le tocaba ir a la escuela, el mayor contento de Emilio era ir a la montaña y guardar las cabras de su padre.

Este le había enseñado a ser cariñoso con los animales, así que nunca las pegaba y ellas le seguían afanosas.

Linda, la más hermosa de las cabras, era su favorita; de lucido pelaje blanco; ella se estremecía de satisfacción cuando el niño le hacía caricias en su lustroso cuello.

Mientras guardaba el rebaño, se entretenía el niño en saltar; como si fuese otra cabrita, corría por las rocas.

Un día, en el momento en que llegaba a la cima de una roca muy elevada, se le escurrió un pie. El pobre niño rodó durante algunos momentos por la montaña e iba a caer en el espantoso precipicio que a sus pies se abría, cuando logró agarrarse con todas sus fuerzas a una mata de ortigas. Consiguió de este modo evitar por de pronto la caída, pero quedó suspendido sobre el abismo y no podía bajar ni subir. El dolor que las ortigas le causaban en sus delicadas manecitas, era nada en comparación del terror que sentía al verse tan cerca de la muerte.

Entonces el pobre niño empezó a gritar desesperado, pero el ruido de un torrente cercano ahogaba sus lamentos.

De pronto se escuchó el ruido de una campanilla y vió a una cabrita, que se iba acercando con rapidez. Era su hermosa cabrita de pelaje blanco, que había escuchado los lamentos del niño. El animal saltaba atrevido de roca en roca, con ligereza de cabra, cuyo mayor placer es suspenderse al borde de los precipicios.

Emilio, al verla, sintió renacer su esperanza y la llamó por su nombre. Linda se aproximó a él como si hubiera querido venir en su ayuda y colocándose en un reborde de la roca debajo de la mata de ortigas a que se había asido el niño, inclinó hacia él la cabeza como para recibir su acostumbrada caricia. Emilio se agarró a sus cuernos y consiguió montarse sobre ella; la cabrita aunque oprimida por el peso, trepó a lo alto de la montaña con el niño, alejándole del precipicio en que había estado a punto de perder la vida.

Fuera ya de todo peligro, Emilio hizo infinidad de caricias al noble animal y comprendió que la dulzura con que trataba a su rebaño había tenido su recompensa.

¿Sabéis a quién se asemeja la cabra de la campanilla?

En mucho se parece a nuestra madre la Virgen María, que viene en nuestro auxilio no sólo en los peligros del cuerpo, sino en los del alma que son de mucho más cuidado.

F. I., Congr.

Correspondencia abierta.

Activo y franco.

Estoy recogiendo sellos y dinero entre todos mis parientes y conocidos para los niños chinos; ya verá usted cuánto he recogido para cuando vaya a Bilbao.

Mucho me acuerdo de los buenos ratos que pasaba en la Congregación, aunque aquí no los paso malos.

A. A., Congr.

Otro, lo mismo.

Pierda cuidado, que comulgaremos todos los días. Tengo casi llena la hucha; ya se la daré cuando vaya.

F. Z., Congr.

Sabe compensar.

No crea que porque me divierto dejo mis prácticas piadosas, pues si algún día, por no estar bien, no oigo misa, voy a rezar media hora delante de Jesús Sacramentado.

L. B., Congr.

Un previsor.

Todos los días voy a misa y comulgo, y a la noche antes de cenar rezamos el Rosario; porque si lo dejamos para después de cenar nos dormimos todos.

D. A., Congr.

Vamos ganando.

Este año ésto está mucho mejor, hay mejor espíritu, como diría Carlos.

En el pueblo ha crecido grandemente la devoción y son muchos los que reciben al Señor diariamente.

Lo más saliente del veraneo fué una excursión al Serantes; en los descansos de la ascensión rezamos el Rosario. Cada uno se encargaba de un misterio. Al día siguiente, día de San Antonio, tuvimos que volver a subir a la mañana temprano porque a uno se le perdió la visera. Cuando nos dimos cuenta les dije a los demás: hoy es San Antonio, que ayuda a encontrar las cosas perdidas, vamos a rezarle. Rezamos y echamos andar mirando al suelo. Casi al instante la encontré; y agradecidos volvimos a rezarle al Santo.

F. M.ª C., Congr.

FLORES Y FRUTOS

Núm. 110.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Setiembre de 1922

Otro Estanislao más en el cielo



Parece que estoy viendo a José María Manzanos y Arenaza cuando tenía cinco años y se preparaba para hacer su primera Comunión: esa de ver al salir de la iglesia su aire marcial y decidido. Si le contaban algún ejemplo para aclarar mejor algún punto de la doctrina, preguntaba en seguida si aquello era verdad; en su ánimo no entraba la mentira ni cosa que se lo pareciera.

Su madre, intranquila, por creer que eran pocos cinco años y medio para comulgar, se fué al confesor del niño. Esté usted tranquila, le contestó éste resueltamente; tiene discreción más que suficiente para poder comulgar; esta discreción se revelaba en sus preguntas.

Pocos años más tenía cuando escribía esta carta desde Córdoba: "Hemos estado en las ermitas que hay aquí. Dicen que son Santos y hacen una vida austera de cilicios y disciplinas." Y poco más tarde esta otra que la copiamos íntegra:

"Siempre se me olvidaba mandarle una cosa para la revista y que es otra hazaña mía y aunque no sea más que la idea se la pondré. Me parece que la revista aumenta mucho y que está muy bonita.

Hoy voy a confesar para mañana ir a comulgar.

Me parece que he mejorado mucho en mal genio, y todos me dicen que sí, que he adelantado mucho y por eso estoy muy contento.

Ahora voy a contarle mi hazaña. Para ver si había tocado la lotería quisieron las muchachas comprar *El Imparcial*, y yo no sabía qué periódico iban a comprar; y creyendo que era la lista llevaba yo cinco céntimos; pero se me ocurrió mirar al rótulo y vi que era *El Imparcial*, y entonces no quise pagarlo, y la muchacha dijo: "Pues yo lo compro con mi dinero" y yo le contesté: pues lo compra con el suyo, que yo no le pago; y entonces ella y otra muchacha se fueron a leerlo a una habitación del patio. Yo les dije: Hagan lo que quieran, pero en casa no entra el periódico; y me quedé en la puerta para que no entraran con el periódico; pero al

Universidad de Deusto
Biblioteca

poco oí pasos y salí a la escalera y vi que subían, al parecer sin el periódico, pero como yo estaba un tramo más arriba, vi que una de ellas ocultaba el periódico: me abalancé para arrancarle el moño y tirarla por la escalera; pero la otra la sostuvo para que no se cayera; y yo entonces, viendo que eran inútiles mis esfuerzos, le di dos buenas bofetadas, y ella era muy colorada, pero se puso como un tomate y rompió el periódico muy enfadada.

Le suplico ruegue mucho a la Santísima Virgen, para que muera antes de cometer ningún pecado mortal."

Como se ve, sin pretenderlo, describe él mismo su carácter resuelto, que aparecía en la misma mirada.

No poco contrasta en medio de tanta resolución y tanta verdad la afición que tenía a la lectura y preferentemente a la de novelas. Pero su pasión por ellas, aunque intensa, jamás pudo doblegar su ánimo, fijo en lo que le dictaba la conciencia.

Verdad es que tuvo padres inflexibles que le ayudaron a formar aquel carácter inflexible también; no le permitían leer nada sin su permiso o el de su confesor; y cuando a éste no le tenía a mano, tenía a mano siempre la pluma para escribirle, como le escribió muchas cartas que aún conserva en las que le ponía listas de obras para saber cuáles podría leer. Se echa de ver en ellas, que ya conocía los buenos y malos autores: casi nunca hubo que negarle el permiso que pedía.

Pronto empezó a saber por experiencia lo que era sufrimiento: primero sus padecimientos de estómago le impidieron seguir de interno en el Colegio de Orduña; después unas calenturillas le hicieron cambiar de climas y andar de pueblo en pueblo; tanto que en algunas cartas se firmaba "El errante".

En su inercia obligada, no encontraba mejor recurso que la lectura; ésta y la actividad represada de su fantasía le pusieron la pluma en la mano para escribir novelitas que, a juicio de los que las leyeron, estaban muy lejos de ser vulgaridades; aparece allí al vivo su talento y su viva imaginación.

Para que se vea cómo discurría y cómo estaba sobre sí copiaremos sus mismas palabras:

"Me parece muy bien el moderar algo la lectura de novelas y sustituirlas por cosas más serias; como sabe usted hago también lectura espiritual.

Adiós Padre; voy viendo, que de mí no se va a poder esperar más que buenos deseos y mucha práctica en enfermedades. Cada día estoy más desengañado del mundo; todo es una porquería."

Demostró no poco su constancia en tratar todas sus cosas con el mismo confesor; se daba bien cuenta de quién podía mejor ayudarle. "Tengo, dice desde Madrid, con este Padre mucha confianza y procuraré verle lo más frecuentemente posible. Sin embargo, por eso no quiero que deje usted de molestarse en escribirme. Yo también le haré a usted perder el tiempo con la lectura de mis cartas."

Antes de la gran operación que, para que siguiera viviendo, tuvieron que hacerle, acaba así una carta:

"Adiós, Padre; le escribiré en cuanto pueda, si salgo bien de la operación; y si no, siempre me acordaré de usted en el cielo."

Salió feliz la operación no sin haber estado a una línea de la muerte.

Conservamos una carta de su padre que da también testimonio del temple de ánimo de su hijo; dice así: "El chico ha estado hecho un bravo; fué a la operación como pudiera ir el hombre más valiente, como si fuera a una simple cura cualquiera; se quedó dormido con el cloroformo diciendo en voz baja el acto de contrición. Luego ha sufrido horriblemente con la sed y con no poder moverse."

A lo único de este mundo que conservó afición fué a su magnífica colección de sellos; era de ver con qué curiosidad y gusto, aun la víspera del día de su muerte, los iba en los distintos albums colocando. La dejó como legado a las Misiones, y resultará más valioso de lo que él se prometía.

Prueba de su delicadeza de conciencia, tan rara hoy en compras y ventas, es la siguiente carta:

"La carta de hoy es una consulta sobre una cosa que me ha pasado y que me tiene un poco inquieto; es la siguiente: me enteraron que un chico vendía sellos; se los pedí y me mandó varios para que viera si me convenían. Yo vi que los sellos valían (si los comprara) unos siete duros, de no estar, como lo estaban, deteriorados. Fuí a su casa y delante de sus padres le pregunté cuánto quería por ellos; su madre me dijo que nada, que me los regalaba; insistiéndole, por fin el chico me pidió tres pesetas, que yo le di y me quedé con ellos. Como dijo que no entendía de sellos, estoy pensando si debiera yo haberle dicho algo. Dígame si tengo que hacer alguna cosa y haga el favor de contestarme pronto. Mamá, que también estaba presente, le decía al chico que pidiera lo que quisiera."

Se le tranquilizó diciéndole que él nada tenía que hacer más de lo hecho.

Se distinguió también por su afecto a San Ignacio; no se olvidaba nunca de tomar el agua bendecida con la oración de este Santo; había llegado en sus largas y continuadas dolencias a desconfiar de todos los médicos de la tierra, y solía decir que San Ignacio era el mejor médico.

Los cuatro últimos meses tan apartado estaba del mundo, que no quería que entrasen en su habitación otros que su madre y su hermana; y preguntándole su madre por qué no quería que entrase ninguna otra persona, contestó: todo lo que aún de lejos huele a mundo, en vez de alegrarme, me entristece. Nada le satisfacía que no fuese pensar y hablar de Dios y de la otra vida, que esperaba con calma, o mejor dicho con ansias.

Aun en los días en que estuvo abatido y sin fuerzas no dejó de hacer las *Flores de Mayo;* tenía fe ciega en la protección de la Virgen Santísima.

Donde más claramente aparece su juicio recto y sereno es en los pocos concursos en que pudo tomar parte. En todos fué premiado; es sobre todo notable la solidez de sus respuestas. Se nota que se fijaba mucho en lo que leía y apreciaba el valor de las razones.

Al pedírsele hace cinco años su parecer sobre los artículos del número 52 de Flores y Frutos, parece que presentía, o por lo menos, deseaba con ansias aquella muerte que Dios le dió también a él: "el artículo, decía, que más me gusta es *Muerte envidiable*". Allí se describen los últimos días de un joven que tenía puesta toda su esperanza en el cielo, y estaba alegre y contento porque le iba consumiendo la fiebre y, como él decía, deshaciendo las paredes de su cuerpo que tenían prisionera en este mundo al alma. Todo lo que se cuenta en aquel artículo de aquel joven ejemplarísimo, visitado por el que hace aquel relato, se puede, como veremos, aplicar a la letra a los últimos días de nuestro José María.

Le preguntaron después por qué le gustaba más aquel artículo y, con su solidez acostumbrada, contesta: Porque lo principal es salvarse como este joven; como él vivir y morir en gracia.

Durante el mes de Enero último se agravó notablemente su enfermedad. En la temporada anterior, pasada el en Sanatorio de Fuenfría, no podía comulgar diariamente, porque no había capellán y la parroquia quedaba muy distante; pero él aprovechaba cuantas ocasiones se le ofrecían para confesarse y recibir al Señor, y éste fué el tiempo de sus mayores tribulaciones. Un día tuvo una tentación que le duró largo rato y a juzgar por lo mucho que durante ella sufrió y por las tiernas jaculatorias que repetía debió verse en trance apurado. Siento no recordar exactamente las continuas frases conque se encomendaba a Dios nuestro Señor, rogándole se apiadara de él y no le dejara caer en pecado. Una vez calmado me decía que estaba muy contento, porque había experimentado que con el auxilio del Señor podemos vencer las tentaciones más fuertes.

En todos sus sufrimientos le consolaba en gran manera un cuadro del Santísimo Cristo de Limpias y otro de Nuestra Señora de los Dolores que siempre procuraba tener a la vista.

Se pasaba una gran parte del día y de la noche rezando el rosario, fervorosas plegarias y jaculatorias y actos devotísimos de contrición, recordando lo mucho que ofenden los pecadores a Dios tan bueno.

Cerca de su casa había una herrería en la que durante unos días se oía blasfemar con alguna frecuencia. No se puede uno imaginar lo que sufría; casi lloraba; ofrecía alabanzas y actos de reparación a Nuestro Señor; y como le pareciera un día que la monjita que le asistía y su hermana no demostraban tanta pena como él creía que debían demostrar les decía: "No comprendo cómo pueden oir esas barba-

Universidad de Deusto
Biblioteca

riedades y quedarse impasibles". Y en aquellos momentos en que tanto sufría su alma se acordaba de los Estanislaos de Bilbao y decía: "Si estuviesen aquí, evitarían esas barbaridades". Estábamos ya dispuestos con gran contento suyo a procurar evitar aquellas ofensas al Señor, cuando alguno se nos anticipó.

Procuraba moderar los afectos de su alma delante de las personas que le visitaban, pero nunca ocultaba su fe y conformidad con la voluntad divina. Y luego decía que se portaba así porque no quería hacer vana ostentación de su fe, pero tampoco avergonzarse de ella, pues se acordaba de aquellas palabras del Señor: "Si alguno se avergonzare de mí..."

Por este tiempo nos enseñó un *Acordaos* que él compuso, encargándonos se lo repitiéramos a la hora de su muerte, cuando ya hubiera perdido el uso de la palabra. El principio es como el de San Bernardo: "Acordaos, oh piadosísima Virgen María... Alentado con esta confianza a Vos acudo, oh Virgen, Reina entre las Vírgenes, y os ruego me libréis de las tentaciones del demonio, de los horrores de la agonía, y que cuando muera me presentéis a vuestro Hijo interciendo por mi perdón." Repetía muy frecuentemente el *Alma de Cristo*, sobre todo aquellas últimas frases: "Dentro de tus llagas escóndeme, etc.," y le consolaba también muchísimo la recomendación del alma que hizo se le leyera muchas veces, y él la repetía con fervor en voz alta.

El 18 de Febrero se le trasladó a Madrid. Era tan grave su estado que fué preciso hiciera el viaje en camilla y con médico a su lado. A principios de Marzo creía el médico que en cualquier momento moriría y como nada le ocultábamos al enfermito (pues así nos lo rogaba) estaba esperando la muerte con grandísimas ansias. Se equivocó el médico, y un día decía José María con pena: "Los médicos me han engañado".

Una vez en Madrid comenzó a comulgar diariamente, práctica que continuó hasta el último día de su vida, excepto uno tan sólo en que por las náuseas se vió obligado a dejarla. Muy pronto su espíritu se llenó de paz sobrenatural. Sus deseos de morir se trocaron en un abandono tal en la voluntad de Dios, que ya no apetecía otra cosa sino que en él se cumpliera aquella perfectamente. "Lo mismo me da morirme que vivir, decía, y que aun vivir siempre enfermo. Mira, mamá, si Nuestro Señor quiere que me cure estoy contento; si quiere que me muera, pues estaré mejor en el cielo, y si quiere que siga enfermo, pues... también estoy contento. Sea lo que Dios quiera." Y atribuyendo esta paz a su constancia en comulgar diariamente, añadía: "Nunca pensé que la Comunión diaria produjera tan maravillosos efectos. Estoy tranquilísimo y gracias a la Comunión ni siquiera siento tentaciones".

No podía separarse de su Crucifijo con indulgencia plenaria para la hora de la muerte, y tenía verdadero empeño en tener muy bien colocado el escapulario de Nuestra Señora del Carmen: esto llegaba a una santa exageración, pues algunos días quería que repetidas veces viéramos si estaba bien colocado en la espalda.

Dos o tres días antes de morir nos indicó con toda tranquilidad en qué le gustaría que empleásemos unos miles de reales que tenía. Y... se acordó de sus amigos. Y pensó en seguida en algún chico pobre enfermo como él, y en las misiones, y en los leprosos de Fontilles.

El mismo día en que murió, estaba ya más muerto que vivo, cuando a la hora de otros días, a las once, sintió antes que nadie que subía por la escalera el sacerdote que le traía la Sagrada Comunión. Sentirlo y reanimarse aquel casi cadáver fué obra de un instante. Se creyó que no podría pasar la Sagrada Forma y se le dió una partícula con la que recibió su última comunión.

Ya no hablaba, pero tenía muy bien su cabeza, y así todas las veces que el Padre le preguntaba si se arrepentía de todos sus pecados, contestaba que sí, lo mismo que cuando le decía que le iba a dar la absolución, etc. Poco antes de morir, sin indicárselo nadie, besó tres veces el crucifijo con gran devoción diciendo: "Jesús, Jesús, Jesús". Y poco después pasaba José María a las manos de Jesucristo, con quien tan estrechamente unido había vivido.

¡Quién pudiera tener una muerte, con tan seguras prendas de salvación!!



Núm. 111.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Octubre de 1922

Cómo debo estudiar.

Padre, aquí traigo las matrículas de honor que acaban de darme; y las desplegaba Manolo ante los ojos estupefactos del Padre Ramírez, su antiguo profesor de Matemáticas.

—¡Bien, Manolo! ¡casi no lo creo! Cuéntamelo todo.

—Usted bien sabe, cómo mis condiscípulos me motejaban y no sin razón, como a Santo Tomás de Aquino, "El buen mudo"; aunque a mí, como sabe, me importaban poco tales burlas. Terminé el bachillerato, y me dije: No puede continuar esto así: he gastado ocho años casi inútilmente en mis estudios y a mis padres mucho dinero: es necesario que medite, que vaya a hacer ejercicios como van mis condiscípulos.

La mayoría de los que fuimos nos habíamos aquel mismo año graduado de bachiller, y queríamos hacer la elección de carrera. Los dos primeros días transcurrieron sin novedad; en el tercero el P. Hernando, que nos daba los ejercicios, nos expuso cómo Santo Tomás había conseguido más con sus fervientes oraciones, que con sus esfuerzos y asiduo estudio, y llegado a trocar aquel su peculiar mote "El buen mudo" por el de "El buen sabio". Como epílogo de su plática nos contó aquel otro pasaje de la vida del Beato Alberto Magno, en el cual se narra cómo el Santo en cierta ocasión, cansado y deseoso de abandonar, vista su insuficiencia, los estudios, pasó junto a un pozo y admiró la hendidura socabada en la dura piedra con el continuo roce de la soga que subía y bajaba el balde, y prorrumpió en aquella sentencia digna del que más tarde fué tan gran filósofo: "Si esto ha podido una blanda soga con la dura roca, ¿qué no podré yo si estudio con constancia?"

Desde aquella plática creí ya divisar nuevo horizonte en mi carrera; en cuanto salí del Colegio compré en el mismo Jerez dos estampas; una de la Virgen que enjugase en mis apuros mis sudores y lágrimas, y la otra del Beato Alberto el Magno que trajese a mi mente el recuerdo de la soga.

Desde entonces, Padre, no he vuelto jamás a dejarme vencer del desaliento; cuando éste me asalta, una simple mirada a María conforta mi espíritu y despeja mi mente; esto, unido a algunas sentencias de diferentes santos, colocadas oportunamente en algunas páginas de mis libros, de tal modo suaviza mi trabajo, que he llegado a encontrar mi mayor placer en el estudio.

Y nosotros, ¿por qué no obraremos como este joven? ¿por qué cuando nos sentimos sucumbir bajo el peso del desaliento, no acudimos a María proclamada por la Iglesia como patrona de los estudios?

Cuando esté estudiando tendré un poco sacada del libro aquella preciosa tarjeta de la Inmaculada, que nos regalaron en la Congregación; le pediré a la Sma. Virgen gracia para estudiar de veras, aunque nadie me vea ni me pregunten la lección; así aprovecharé mucho y me haré muy hombre.

A. P., Congr.

Abominables hijos.

Reclinada en la falda de una montaña, rodeada de castaños y manzanos, se alza una pequeña aldea.

No ha mucho sucedió lo que constituye el objeto de este relato.

En una pobre choza, ya que casa no se le puede llamar a cuatro paredes no muy derechas y un tejado desvencijado, habitaba una familia de agricultores, compuesta de padre, ya anciano, y tres hijos.

Durante largos años, vivieron contentos y felices sosteniéndose del producto de la labranza, que por cierto no era muy floreciente; apenas sacaban para comer.

Con los años vinieron las enfermedades, y poco a poco faltaron las fuerzas al pobre padre que se vió obligado a abandonar los trabajos agrícolas.

Los hijos continuaron trabajando durante

Universidad de Deusto
Biblioteca

algún tiempo; mas al observar que su padre ya no podía labrar la tierra y tenían ellos que alimentarle, los perversos hijos se disgustaron y dijeron: ¡a nosotros nos toca siempre trabajar para nuestro padre!; y, después de tanta molestia, al morirse, no nos dejará nada.

Con estos y parecidos pensamientos, las relaciones de los hijos con su padre eran cada vez más frías: no le hacían caso, le contestaban de mal modo y en cuantas ocasiones podían le humillaban.

Al padre le causaba grandísima pena, que sus hijos de aquel modo le despreciaran, después de haberse sacrificado tanto por ellos, no sólo cuando pequeños, sino también cuando mayores. A la legua se le conocía en la cara la tristeza tan grande que casi le ahogaba.

Un vecino, muy amigo suyo, al enterarse de la causa de la tristeza de su amigo, fué a visitarle y le dijo: "¡Qué le vas a hacer, hombre; todo se arreglará; te voy a proponer un medio muy sencillo que a alguno le ha dado sorprendente resultado. A las horas en que tus hijos se hallen en casa, entras en tu cuarto, te encierras y comienzas a contar con estas monedas de plata—y le alargó algunas—; no te hacen falta muchas, pues con recontarlas muchas veces, está terminado; te aseguro, que al poco tiempo, tus hijos se habrán enmendado".

Practicó al pie de la letra el consejo de su amigo, y pronto vió con satisfacción la nueva cara que le ponían sus hijos y los mimos que le hacían, no por él, sino creyendo que tendría escondido el dinero que habían oído sonar.

Esta triste historia, viene a probar una vez más, lo bajo que es el hombre: pisotea muchas veces los deberes más sagrados si no espera un puñado de monedas; y dice: ¡con esto gano; pues de cabeza! Con aquello no gano nada, y me cuesta; anda, pues, que lo haga Vargas!

Y luego nos reímos de Esaú, que vendió su primogenitura por un plato de lentejas! ¡Cuántos Esaús andan por esas calles!

S. A. L., Congr.

Un valiente a los 11 años.

Esta discusión ocurrió hace poco tiempo entre un alumno de 1.er año del Colegio de Villasís de los PP. Jesuitas de Sevilla, y un caballero desconocido del niño.

Dejémosle hablar al mismo niño.

En cierta ocasión penetré en un establecimiento público, en el cual encontré a un caballero que, al verme el botón de Congregante de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka, me dijo tales cosas que, lo que yo nunca hubiera hecho por mi corta edad y falta de conocimientos para discutir con una persona que por todos conceptos me infundía profundo respeto, tratándose de una cosa tan grande como es el Catolicismo, no vacilé ni un instante en entablar con él la siguiente discusión, que por encargo de un superior voy a relatar.

—¿En qué Colegio estás?

—En Villasís.

—Pues en ese Colegio no os enseñan más que Religión y acabáis por ser nada más que unos "beatos". Por eso yo no comprendo que haya personas que pongan sus hijos en ese Colegio.

—Mire Vd., caballero: yo no le puedo tolerar que hable Vd. así del Colegio de Villasís, porque ofende a mis padres, que me han puesto en él; al Colegio, que es muchísimo más bueno que lo que Vd. se figura, y a mí, que estoy satisfechísimo de estar en él.

Además, en Villasís nos enseñan todo lo que debe saber una persona muy instruída; y admitiendo que no nos enseñaran más que Religión, tampoco tendría Vd. derecho para criticar, porque la Religión es la piedra fundamental de una educación cristiana y social.

—Yo, no tengo ninguna religión; pero para tener alguna, escogería el Mahometismo...

—Pues siento decirle que me parece que tendría Vd. muy mal gusto.

—¿Muy mal gusto?

—¡Sí!

—¿Por qué?

—Porque es una religión muy bárbara.

—Pruébalo.

—Ahora mismo: ¿conoce Vd. algún hombre célebre que haya sido mahometano?

—Mahoma...

—Mahoma fué un hombre que implantó su religión a sangre y fuego. ¿Y conoce Vd. algún milagro de Mahoma?

—Yo...

—¿No lo conoce Vd.? ¡Pues yo, sí!

—¿Cuál?

—Aquel que cuentan los islamitas de que Mahoma llamó a un monte y, naturalmente, el monte no fué; y entonces dijo Mahoma la tan conocida frase: "Si el monte no viene a mí, iré yo a él". ¡¡Oh, qué milagro!!

—Y tú, ¿podrías citarme algún hombre célebre o algún milagro del Cristianismo?

—¡Oh, sí, señor! Como hombres célebres, tenemos a Pelayo, los Reyes Católicos, Colón, Hernán Cortés, Pizarro, Cervantes, Felipe II, etc., etc. Y en nuestros tiempos le citaré a Marconi, Torres Quevedo, Santos Dumont y otros muchos que harían interminable la lista de los hombres célebres cristianos.

Y como milagros, le citaré la Resurrección de N. S. Jesucristo, la Ascensión, la Inmaculada Concepción, la Multiplicación de los panes y de los peces y, por último, el milagro mayor, el milagro de la Redención, por el cual un Dios grande, todopoderoso, infinito, pero también misericordioso, se hace hombre por el hombre y llega a derramar su preciosísima sangre para librar al género humano del pecado y abrirle las puertas del cielo.

Y aquí terminó nuestra discusión, porque aquel señor terminó lo que tenía que hacer, y haciendo un furioso saludo, se marchó bramando.

Una persona que había presenciado la disputa y que ni su instrucción ni su educación se hallaban a gran altura, me dijo una frase que, por su gracia, me apresuro a poner en este relato; es la siguiente: "Yo, no soy **clericá**, pero comprendo que tú llevas la razón".

Me asalta una duda: ¿sería broma todo lo que me dijo aquel caballero? Me inclino a creerlo.

P. G., Congr.

Cómo pasamos el verano.

En Amorebieta.

Por algún pueblo habíamos de empezar, y sin saber que íbamos a tener allí una novedad, nos plantamos en Larrea en dos grandes tranvías, a tiempo para la misa de nueve.

A una ligera indicación de última hora, los RR. PP. Carmelitas nos tenían todo preparado; nos sirvieron el banquete celestial, banquete del que no gusta ni sabe gustar la gente mundana.

Después en aquella campa pusieron a nuestro alcance confortable desayuno; así al cuerpo no le faltó lo suyo y tuvo ánimo para correr, apesar del sol que lucía y nos calentaba aun en la sombra. Pronto se cansó y se retiró detrás de unas nubes; éstas nos dejaron comer tranquilamente; pero después cuando estábamos llegando al campo de foot-ball, improvisado en tiro de pichón, las nubes, que nos servían a maravilla de sombrilla, nos dijeron que sacáramos los paraguas, que no teníamos; les pesaba el agua que llevaban, y quisieron descargar algo del peso sobre nuestros hombros; pero no fué tanto que no lo pudiéramos llevar sin notable molestia.

Más nos entretenía entonces mismo ver cómo unos pobres pichones, apenas levantaban un poco las alas al salir de sus cajitas, caían heridos; con más gusto veíamos a otros más felices tomar raudo vuelo, apesar de los perdigones que les querían forzosamente regalar.

Nos figurábamos que el tiro de pichón sería más emocionante; y lo fuera, si les dejaran tomar más alto el vuelo.

Ante nueva amenaza de negras nubes, que gracias al que las guía, pasaron de soslayo, nos retiramos del campo y nos fuimos más cerca de tejado.

Al poco, los tranvías volvían a cargar con nosotros, hasta llegar a Bolueta; desde allí subimos a ver a nuestra Madre, la Virgen de Begoña; la saludamos con lo que más le gusta a ella, con el santo Rosario, y... a casita, a descansar, después de doce horas de trote.

En "La Bien Aparecida" y en Limpias.

Esta vez tomamos un vuelo más largo, y no paramos hasta Udalla. Ni nos dimos cuenta, hasta las diez, de los montes que habíamos dejado en el camino, desde las 7,40 que echamos a volar. No fué así con el último vuelo, desde Udalla a "La Bien Aparecida", que, aunque corto, fué más penoso; con todo, ni el sol, que calentaba bien, pudo quitarnos los ánimos para dominar en poco más de media hora la deseada altura; en seguida nos olvidamos del cansancio; aquel aire fresco y aquellas sombras nos dieron ánimo para seguir al pelotón en todas direcciones.

Saludamos antes a los RR. PP. Trinitarios, fieles custodios de aquel Santuario y a los sacerdotes, que van allí a descansar los últimos años de su benéfica carrera por este mundo.

Quitado ya el sudor, entramos a ver a Nuestra Madre, que desde aquella cumbre, bendice toda la montaña de Santander; le rezamos el Rosario, le cantamos, y, cumplidos estos deberes de buenos hijos nos aprestamos a reponer nuestras fuerzas.

Pudiéramos muy bien habernos ahorrado la molestia de llevar nuestras provisiones particulares, si hubiéramos sabido lo que nos esperaba: aquella paella encerraba todo un rústico y suculento banquete. ¡Bien se lo pagará Dios a aquel venerable sacerdote, que no se paga de alabanzas humanas!

Nos despedimos de Nuestra Madre y nos pusimos en marcha, para ver a su Hijo, que nos esperaba en Limpias.

Ante aquella conmovedora y milagrosa imagen hicimos breve y sentido Vía-Crucis, al que se unieron cuantos estaban en la iglesia. Nadie debió ver en el rostro aquel dolor y angustia, conque otras veces se ha mostrado. Más ganas tendría de mirarnos con la sonrisa conque nos mirará todas las mañanas cuando le recibimos, como le habíamos recibido antes de emprender nuestra excursión.

Y vuelta al tren, a nuestra franca y sana alegría, a merendar, a reir, a ser felices, como Dios quiere que lo seamos en este pícaro mundo, sirviéndole con la alegría propia de nuestra edad.

En Berango.

Sabemos ir contra corriente: cuando de todos los pueblos vecinos, con motivo de las corridas de toros, llegaban los trenes llenos a Bilbao dejando el aire de sus valles para respirar aquí polvo, gasolina y otras cosas peores moralmente entendidas, nosotros hacíamos el cambio inverso, con ganancia equivalente a su pérdida.

A las ocho y media estábamos en Berango tranquilamente oyendo misa y comulgando. El consiguiente desayuno nos dió fuerzas para ir a la playa más próxima, donde la marea baja nos la ensanchó y nos dejó gatear por las acantiladas rocas, con tantos pozos intermedios, que no faltaban peces raros apresados al bajar la marea. ¡Lástima no haber ido preparados con algún aparejo para acabar de apresarlos!

Lo que al poco nos apresó a nosotros fué una cerrazón resuelta en apacible lluvia, y aunque apacible nos hizo dejar antes de

Universidad de Deusto
Biblioteca

tiendo aquella conquistada playa. Bien hubiéramos podido comer donde desayunamos, y tanto nos obsequiaron, en el espléndido parque del no menos espléndido D. Pedro Icaza; pero unas gotitas de agua nos pusieron en dirección del pórtico de la airosa y elevada iglesia; tan airosa y elevada, que allí el suelo, ya seco, nos ofreció un comedor despejadísimo. En aquella ancha campa nos divertimos después a gusto, hasta la hora de entrar al Rosario, cuando justamente se cerró el cielo en lluvia. Al poco de rezarlo aprovechamos un rato de despejo y nos plantamos en Algorta; y allí, a cubierto en los vagones, vimos cómo se deshacía el cielo en lluvia. A suerte, gracias a Dios, nos ganan pocos.

En Zalla y Güeñes.

Está visto que, como tantos otros, no servimos para astrónomos: nos quedamos en casa el domingo anterior por temor al mal tiempo, y lo hizo espléndido; nos lanzamos en cambio el siguiente, confiados en tener un gran día, y ni llegó a decentillo. Con todo, nos protegió una vez más la Providencia, pues cuando llovía fuerte en Bilbao y en el mismo Güeñes, estábamos nosotros en Zalla jugando tranquilamente un partido, en que, gracias a la mayor edad de nuestros adversarios, salimos dignamente descalabrados.

Los de Güeñes a nuestra entrada nos trataron espléndidamente. Ya antes de llegar se oían cohetes y campaneo; en la estación nos esperaba un lucido grupo de más de setenta escogidos jovencitos; se nos fué allegando gente en el camino de la iglesia, donde oyeron misa y comulgaron con nosotros. Allí nos animaron a seguir con la mejor de las costumbres, con la Comunión diaria.

A la salida no tuvimos que andar mucho para encontrar desayuno exquisito; señoras tan finas, que temeríamos herir su modestia señalándolas con sus nombres, y obsequiosas en sumo grado, no pararon hasta poner a nuestro alcance, junto a la misma iglesia, más de lo que necesitábamos para poder corretear toda aquella, al parecer de otros, tristona mañana.

Dejamos el camino que nos llevaba derechos a Zalla, para subir al mal llamado palacio de las Brujas. ¡Qué bien situado está y qué bien empleado estaría aquel edificio de piedra sillería y sería arquitectura, en asilo de alguna obra benéfica! No son las mentidas brujas las que impiden hoy habitarlo, sino las diferencias de los propietarios y terratenientes vecinos.

Con algún chispeo de las nubes llegamos a Zalla, donde nos albergaron con la mejor voluntad del mundo los RR. HH. Maristas, que tienen allí lucidísimas clases y talleres; allí más que defendernos de la llovizna, que ya no caía, nos defendió del suelo, que estaba impropio para servirnos de mesa.

Rezamos después el Rosario en la parroquia, jugamos delante del pueblo el competido y desigual partido, y... caminito de Güeñes. Con igual animada despedida, que lo fué la entrada, dejamos aquel simpático pueblo y nos llegamos a nuestros cuarteles de invierno.

P. P., Congr.

Buena madre tengo.

Durante las vacaciones no he faltado ni un día de ir a comulgar y oir misa; y eso que suele ser a las siete y media, cuando tengo un sueño tan terrible que no me puedo estar de pie. Algunas veces es tan grande que cuando viene mamá a despertarme suele tener que ponerme encima una jarra que está muy fría; me amenaza con tirarme su contenido, y ya ve V. que no me cabe más remedio que dar un salto y salir de la cama pitando.

Aun cuando estoy muy bien aquí volveré con gusto para verle a V. y asistir todas las mañanas a la Congregación.

L. O., Congr.

Uno que se cansa de vacaciones.

Estoy deseando que llegue el tiempo de estudiar, pues no se porqué, pero me aburro aquí apesar de que hago todo lo posible por pasar agradablemente el tiempo.

Por la mañana, después de ir a misa y comulgar, juego al billar en casa o salgo a jugar a la pelota o al pelotón y voy al baño; por la tarde, lo mismo, y así todos los días. Al principio me divertía bastante, pero ya parece que me han cansado todas esas diversiones.

Tengo ganas de verle y no faltar ni una mañana a la Congregación, eso que vivo, como V. sabe, bien lejos.

H. G., Congr.

Uno que sirve para todo.

La vida de siempre: no he dejado de comulgar más que dos días por ser la misa muy temprano; todos los días hago una visita a mi Señor y Amigo y nunca falta el Rosario. No tengo que decirle que ando **muy mal** por tal amistad.

Tengo una idea magna: fundar aquí una Congregación; mañana o pasado le hablaré al Párroco acerca de sus muchas utilidades para los jóvenes, y cuento con V. para que asista a la inauguración o por lo menos nos haga una visita; creo que aceptará usted.

Este año es de poco sol, con excepciones como es natural. Casi todas las noches hay nubes o niebla; así es que no puedo dedicarme a mi diversión favorita, la Astronomía: más de la mitad de su órbita ha recorrido Mercurio, desde que no he podido mirar el cielo.

Por vía de ensayo he hecho andar con un motor de acetileno a un barco pequeño, con satisfactorio resultado.

S. A. L., Congr.

FLORES Y FRUTOS

Núm. 112.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Noviembre de 1922

Otro Estanislao más en el Cielo



Cuando el 15 de Septiembre nos anunciaron el fallecimiento de Juan Cruz Otalora y Arana, los colegiales de Orduña que estábamos en la Congregación nos dijimos en seguida unos a otros:

¡Qué bueno era!; ni un día faltaba a la Congregación con vivir tan lejos; y en el colegio ¡qué alegre estaba siempre! todos le queríamos mucho ¡era tan buen amignito! En estas frases quedaba retratado su carácter afable, digno y constante.

Unas ligeras calenturillas que más tarde degeneraron en una bronconeumonía, y que por fin complicaron gravemente el corazón le llevaron en mes y medio al sepulcro.

La víspera antes de morir le visitó un Padre del Colegio y al preguntarle si tan pronto nos quería abandonar e irse al cielo, le respondió que quería ir a ver al Niño Jesús. El pobrecito apenas si podía respirar y eso que contínuamente se le aplicaban balones de oxígeno. De cuando en cuando se quejaba, le debían hacer sufrir ciertas convulsiones que se le notaban en las piernecitas.

Su muerte, según nos asegura su buen hermano José Ramón, fué dulce y sosegada como el sueño de un niño sin exhalar una queja, conservando el conocimiento hasta momentos antes de entregar el alma a su Criador. Cadáver ya, se veía en sus labios una dulce sonrisa.

Al visitarle otro Padre, aunque apenas le quedaban fuerzas para hablar, no sabía cómo demostrarle lo agradecido que se sentía; le mandó sentarse en seguida y escuchaba con la mayor complacencia cuanto le decía.

Cuando tenía salud se veía más a las claras su complacencia en lo que más cuesta a un estudiante: "Estoy, decía a sus padres en carta, estudiando, como les prometí, con toda mi alma."

Esto mismo y cuanto venimos diciendo confirma un profesor suyo que escribe al saber su muerte:

"Grato me será siempre el recuerdo de Juanito, niño sumamente cariñoso y atento con sus profesores e Inspectores, con los que a todas horas se encontraba alegre, y de los cuales parecía no acertaba a separarse. En los recreos era bromista y juguetón, en los estudios y clases muy atento y aplicado y en todas partes fiel cumplidor de la disciplina del colegio. Su conducta siempre me inspiró suma confianza y de él teníamos los Padres entera seguridad de que, aun estando sólo con otros chicos, nadie se descuidaría en decir una palabra menos conveniente en su presencia. A esto le ayudaba su piedad sólida, su cristiana educación y el poco o ningún caso que hacía de lo que otros pudieran decir o hacer."

Todos los que le conocieron recuerdan su amor a la Sagrada Eucaristía, su cariño a la Santísima Virgen, compenetrado con el que tenía a la Congregación, y el celo por las Misiones.

Desde que hizo la primera comunión comulgó todos o casi todos los días; y del curso que pasó en Orduña lo sabemos con certeza, y aún

el día en que salió de Vitoria para Bilbao en el tren de las seis, terminados felizmente sus exámenes, no quiso desayunar ni tomar nada en el camino, para poder comulgar a las diez en la Congregación. Su compostura al acercarse a comulgar era recogida y reverente y siempre se valía del devocionario para prepararse y agradecer al Señor gracia tan regalada.

Una prueba de lo mucho que a su Madre la Virgen amaba, era el cariño y estima que profesaba a la Congregación. En Bilbao ni un sólo día faltaba a la Misa de la Congregación y aquí en el Colegio trabajó incansable por lograr ser admitido en ella, logrando ser aspirante a medio curso, a pesar de lo mucho que en el Colegio se exige para conseguirlo; lo cual indica que su comportamiento y conducta fueron inmejorables. En el estudio y clases, a todas horas tenía delante, como lo notaron sus compañeros, la Inmaculada de Murillo, y sabemos que durante todo el mes de la Virgen y los sábados todos del año, se privaba de dulces y postres, que más le gustaban, en obsequio de su buena Madre.

Me gusta, escribía por el mes de Mayo a sus padres, cada día más el Ejercicio de las Flores; por lo que en él nos leen me estoy animando a querer cada día más a la Santísima Virgen. Y en otra carta: ayer día de la Ascensión tuvimos los pequeños una fiesta muy agradable en el Santuario de Nuestra Señora de la Antigua: después de levantarnos bajamos al patio, rezamos el ofrecimiento de obras delante de la Virgen de la gruta y marchamos a oír la Misa al Santuario; cantamos la Misa de Angeles; nos habló el Padre Ministro para que le diésemos gracias a la Santísima Virgen por su protección durante el curso tan feliz y nos bendijese en los exámenes y vacaciones y después en la campa próxima desayunamos.

También sentía verdadero cariño por las Misiones. Con gusto leía revistas de Misiones y de la paga semanal que se le daba, la mejor parte la entregaba todas las semanas al colector de la sociedad de Misiones a que pertenecía. Cuando cogía billetes para alguna rifa en favor de las Misiones, lo hacía como se lo oímos decir más de una vez, más por favorecerlas que porque le tocase algo. Durante su última enfermedad sabemos que tenía a la cabecera de la cama una hucha de Misiones y a todo el que entraba a visitarle, invitaba a echar algo para los pobres chinitos. Como sabían todos los que le visitaban en la enfermedad su afición a las Misiones echaban dinero a su hucha; y él siempre pagaba con una sonrisa cuando con palabras no podía manifestar el gusto con que veía la llenaran.

Cuando estaba en el Colegio de Orduña haciendo la novena de la gracia, escribía: el Padre Ministro nos está preparando con unas pláticas sobre San Francisco Javier. Se me está haciendo este Santo muy simpático.

¡Cuánto más simpático le será ahora en el cielo donde pedirá por nosotros, algo de aquel magnánimo espíritu con que convirtió tantas almas.

S. O., Congr.

¡¡Que se diviertan!!

—Hola, tío Marcelo.

—Buenos días, señor Cura.

—Felices nos los dé Dios. Qué ¿hay mucho trabajo?

—Mucho no, ya lo puede ver usted; lo peor es que quien no siembra no recoge.

—Razón te sobra. Y ¿qué hay de tus hijos que ayer no aparecieron en el catecismo?

—Yo... ya les dije que fueran, pero...

—¿Pero, qué? ¿También ayer al cine de Erandio?

—Ya ve usted, son aún jóvenes y la sangre les pide divertirse. ¡Quién tuviera su edad!

—También la quisiera yo para mí, pero sólo por una razón; por la misma razón que rehuyes en tus hijos: para comenzar con más empeño por la senda de la virtud, pues ten presente lo que decías antes que lo que no se siembra...

No siembres tú en tus hijos; sigue, tío Marcelo, tan transigente, y más tarde, tal vez pronto, llorarás tu error con lágrimas aunque tardías de arrepentimiento.

Se despidieron sin más palabras y el bonachón del Párroco, tan alegre siempre entre sus hijos, airado esta vez a la vista de este sistema moderno de educación, comenzó a subir la cuesta hacia la iglesia, a llorar allí las transigencias de los padres que no las lloran; mientras el tío Marcelo, se quedaba algo cabizbajo, sin hacer gran caso de las palabras de don Timoteo, que él creía exageradas: Dejémosles, persistía, que se diviertan; están aún en su edad divertida; ya caerán después en la cuenta y dejarán esos caminos.

***

Era un hermoso día de Abril y habían transcurrido ya tres años. Después de Misa mayor, apareció por el cuarto del señor Cura el tío Marcelo, mustio, cabizbajo; saludó como desfallecido con un lánguido "Ave María Purísima".

—"Sin pecado concebida"—se apresuró a contestar animosamente don Timoteo; levantó al mismo tiempo su vista del breviario y la fijó, siempre sonriente, en el rostro del labrador, diciéndole:

—Pero hombre, ¿qué te pasa?; parece que veo lágrimas en tus ojos. Vamos, cuéntamelo todo.

—¡¡Ay señor Cura, es que soy tan desgraciado...!!

—Pero ¿por qué? tío Marcelo; ¿por que? ¿Algún infortunio en el ganado o en el campo? Lo que es de eso no te puedes quejar; tamañito año que has tenido!

—No... de eso no me quejo; pero... mis hijos... mis hijos ¡ingratos!

—¡¿Tus hijos...?! ¡Ah! vamos, ya caigo; alguna trastada ¿eh? Ya buscaremos remedio.

—No lo hay ya, don Timoteo. Ya sabe usted como vendí en la feria del jueves mis dos pares de bueyes y la vaca pinta, que ya no me hacían falta; pues... ese dinero ha desaparecido, y mis hijos... ¡ingratos!

—¡También tus chicos! Mira, mira, todo se arreglará. Gracias a Dios, tus hijos son aún pequeños, y lo único que habrán intentado, será poner por obra una de tantas cosas como han visto en el cine de Erandio; arrepiéntete y aprende la lección. ¿No te acuerdas cómo te advertí tantas veces, que tus hijos iban por mal camino?

—Sí. ¡Quién iba entonces a pensar...!

La cosa no pasó más adelante, pues, como decía bien don Timoteo, los chicos eran demasiado jóvenes y no se atrevieron a ir muy lejos y para la noche volvieron a casa después de haber gastado buena parte del dinero robado.

A. P., Congr.

Cómo llenó sus manos.

Un joven de unos veinte años se hallaba en su última enfermedad asistido por un celoso sacerdote de su parroquia, que con frecuencia le visitaba. En una de estas visitas le animaba a que confiara en Dios y le decía: Pronto vas a recibir el premio de tus buenas obras.

Al oir esto, miró fijamente el joven al rostro del sacerdote sospechando que se bromeaba de él; pues al pobrecito t a n t o le habían consentido sus padres, que eran poquísimas las buenas obras que había hecho y muchas de las que tenía que arrepentirse. Por toda contestación levantó el joven sus brazos y manos consumidos por la fiebre y exclamó con tono de profunda tristeza: ¡Si tengo estas manos vacías, vacías para la eternidad!!

Le animó cuanto pudo el sacerdote y se le ocurrió una feliz idea: Toma, hijo, le dijo, y al mismo tiempo puso en sus manos yertas un Crucifijo; une tus sufrimientos de ahora con los de Jesucristo, y verás qué pronto tus manos se encuentran llenas.

A la vista de Jesús Crucificado el pobre joven se sintió confortado y lleno de esperanza; desde entonces besaba con frecuencia consolado el Crucifijo y lo estrechaba contra su pecho; y unos momentos antes de perder el conocimiento lo besó repetidas veces muy arrepentido con la confianza de que Dios le habría perdonado sus muchos pecados, que en tan temprana edad le habían consumido.

¡Qué caros vienen a costar los mimos de los padres!

J. L. I., Congr.

Cómo acabó un congregante con el cine.

—Anda, Pepín, prepárate; aquí está ya tu amiguito para que vayáis al cine—exclamó la madre, entreabriendo la puerta.

Entrególes la mamá algunas monedas, y se fueron.

Sonrió la señora, una vez que se hubo quedado sola y monologó:

—Que se diviertan un rato, porque para eso es la edad de los niños;—y, después, poniéndose algo seria:—aunque, hay películas como la que vi ayer, y sin duda repetirán hoy que, malas para decir malas, malas no son; pero tampoco estoy muy segura de su bondad; en fin, ¡qué mella pueden hacerles a los niños!, si ellos sólo van a reirse de las payasadas de Charlot y compañía...; y eso que la de Charlot del vier-nes, también tiene un tipo de mujer que... ¡hum!... pero, qué se van a fijar los chicos en él. Además aquí en casa aburren los muchachos con sus juegos.

Impugnados de esta manera los debilísimos argumentos que su conciencia le ponía, tomó un libro y, satisfecha, empezó a leer para hacer tiempo esperando a sus amigas y salir con ellas también al cine.

Y el jueves siguiente, fiesta, se repitió la escena: el amiguito que acude a buscar a Pepín; Pepín que se prepara; y el amiguito y Pepín que se van.

—¡Rin... rin... rin...!

—¡Hala, Pepín!—habló la voz materna desde el dintel de la puerta. El muchacho levantó la cabeza.

—¿Qué quiere usted, mamá?—demandó con la más infeliz de las sonrisas.

—Y ¿me lo preguntas?—respondió la madre.—¿No has oído el timbre?

—Sí... y ¿quéeee...?

Miróle ella, entre asombrada y sonriente, y replicó:—Pues que está tu amiguito para que vayáis al cine.

—Oiga usted, mamá—pronunció despacio Pepín, mirando a su mamá; un poco excitado, es cierto, a causa de la espera que habían tenido que aguardar sus palabras.—¿Está usted segura de que el cine de hoy es bueno?

—No sé, ni lo he visto; pero ¿por qué me lo preguntas?

—Oiga usted, mamá—repitió, inflexible, el muñeco, y continuó con la misma entereza y mirando a su madre.—¿Por qué en la calle no me compra usted los pasteles esos de 5 céntimos que vende aquel muchacho por la ciudad y que se pone en la esquina?

—Toma—respondió en este punto la madre sin adivinar a dónde iba su hijo con aquella pregunta—porque temo que tengan algo que pudiera hacerte daño.

—¡Ah!—exclamó el chiquillo—de manera que ese pastel no me deja usted que lo coma, y me manda usted al cine a alimentarme moralmente de *cosas* que no está usted segura de si son buenas?

La madre, sin responderle, despidió con buenas palabras a su amiguito.

Y cuentan que jamás volvió a importunar a su hijo los domingos por la tarde, por mal tiempo que hiciese y por mucho que le molestase.

J. M. G., Congr.

Escena de verano.

La escena se desarrolla en un rincón de un pintoresco pueblecillo frecuentado por numerosas familias veraniegas. Es de noche y dos jóvenes amigos, congregante uno, se despiden, no sin tener antes el siguiente diálogo:

—¡Anda, anímate! ¡Aún hay tiempo de dar una vuelta, para ver la animación de la romería!

—¡Quita de ahí! Ya es tarde y no quiero que me riñan en casa. Además yo no voy a esos sitios ni de día.

—Bueno, hombre, bueno. Siquiera una vueltita por aquí cerca. ¿No quieres?

Universidad de Deusto
Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

—Ya voy. Tengo que ir a acostarme; pues lo demás, me parece que mañana voy a tener un sueño...

—¡Bah! Te levantas más tarde.

—Sí, eso es fácil de realizarlo si hubiese misas a cualquier hora; pero aquí, que la última es a las ocho y media...

—¡La dejas! ¡Total por un día! ¿Qué santo es mañana? No veo que haya obligación de ir a misa y comulgar precisamente mañana.

—Obligación no la habrá; pero quiero hacerlo y me basta.

—Entonces...

—Te callas, no digas sandeces. Te voy a contar un caso: Se cuenta de la gran Santa Teresa que no hubiera llegado a ser tan Santa, de faltar cierto día a comulgar; cierto día en el que el Señor había dispuesto tuviera dos tentaciones. Una de ellas era precisamente no comulgar aquel día. Pues bien, de no haber vencido la primera tentación y recibido grandes refuerzos con el Pan de los Fuertes, hubiera caído de fijo en la segunda, y a estas horas no sería lo que es.

—¡Sí...!

—Y mira; tú mismo, por no haber ido esta mañana a comulgar, a pesar de lo que ayer te animé, no has sido capaz de dejar la romería y has seguido como borrego a esos otros amigotes que tienes...

No teniendo qué contestarle, se separaron. Esta vez le aprovechó la lección y a la mañana siguiente se encontraron tempranito en la iglesia sin haber pisado más la romería.

F. M. C., Congr.

Predicador confundido.

Con ocasión de una crecida, el río se llevó parte de un puente. Para empezar las reparaciones vino, entre el personal técnico de ingenieros, contratistas, ayudantes, uno descreído, a quien le parecía elegante hacer gala de incredulidad y desaprensión; no tenía allí el diablo mejor predicador.

Cuando la obra estaba para terminar, los aldeanos, reunidos un domingo al salir de misa, pasaban y repasaban el puente alabando la obra del ingeniero; éste creyó que la ocasión le favorecía, y comenzó a disparatar siguiendo su costumbre; se figuraba que entre aquellos aldeanos podía gallear impúnemente, y entre otras cosas les dijo: Ya véis, yo no robo ni mato, y no necesito ir a misa todos los domingos para ser honrado; con cumplir algunos de los diez mandamientos tenemos bastante. ¿Qué necesidad tenemos de cumplir todos?

Un aldeano que hasta entonces no había abierto la boca le dice:

—¿*Paqué* pues han hecho el puente?

—¡Vaya una pregunta!

—¡Otra que tal! Según *usté* con tres ojos del puente teníamos bastante, ¿qué *necesidá* tenemos de cinco?

Comprendió la lección aquel desgraciado, y cuentan que desde entonces no se volvió a burlar más de las prácticas religiosas.

S. A. L., Congr.

Otro confundido también.

Un aldeano se burlaba de su vecino porque éste era fiel, cumpliendo con buena voluntad el tercer mandamiento de Dios, mientras que él pasaba frecuentemente los domingos trabajando.

—Eres un tonto, le decía, pierdes un tiempo precioso. No sabes lo que valen estas horas de trabajo.

—Bueno, bueno. Suponte, dijo el otro con ánimo de sacarle de su gran error, que tengo siete duros en el bolsillo y que me encuentro con un hombre en el camino y sin más ni más, voy y le entrego seis duros...

—Te sientes generoso. Ya podía estarte agradecido.

—Sí. ¡Muy bien! Pero resulta que, en vez de quedar agradecido, está descontento con los seis duros que le he dado gratis y quiere robarme el otro que me queda...

—Merecía cualquier cosa, la cárcel, y quitarle los seis duros.

—Pues amigo... Ese desagradecido eres tú. Dios te da seis días para trabajar y ganar tu vida, y no se reserva más que el séptimo para que lo santifiquemos; y al mismo tiempo, mira si es generoso, para que te sirva de descanso. Y tú, desagradeciendo sus muchos favores, le robas ese día... ¿No es el mismo caso? ¿Qué te parece?

No solo quedó confuso el otro aldeano sino que arrepentido se corrigió.

F. M. C., Congr.

Correspondencia abierta.

Catequesis china.

Me dan compasión y edificación a la vez, estos pobres cuando ya tienen alguna edad: los llamo uno a uno y les pregunto, como a los pequeñines de ahí en la escuela: haga la señal de la cruz; rece el Padre-Nuestro, Ave-María, etc.; por supuesto todo lo dicen cantando, porque lo aprendieron cantando.

Cuando les pregunto el catecismo, lo primero que hacen es volverme las espaldas porque así quieren probar que lo dicen de memoria sin mirar al libro; ¡qué costumbre! Algunos que son de edad avanzada me dicen que les perdone que no pueden aprender todo de memoria; yo procuro animarles y que hagan lo que puedan.

Rueguen mucho todos los congregantes por estos pobres infieles. **T. L., Congr.**

Utilidades del foot-ball.

Por aquí estamos jugando muchos partidos con los de los pueblos vecinos.

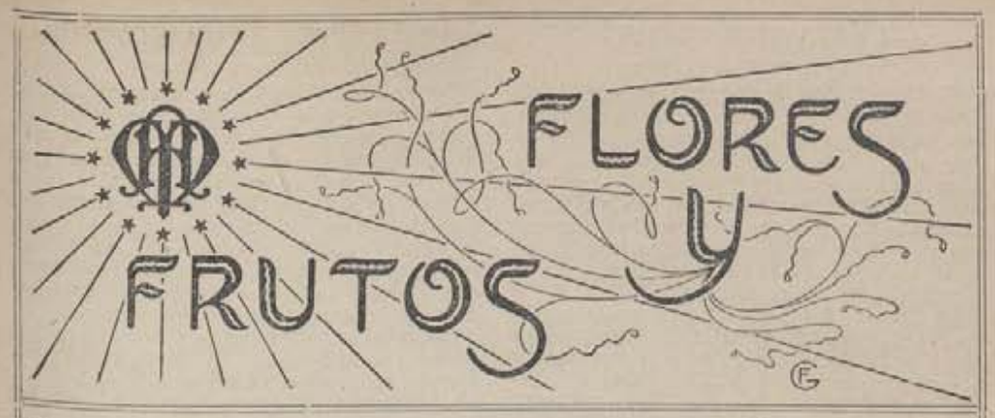
Con los jugadores vienen hasta gente mayor de los pueblos, que antes se metían en las tabernas y en otros sitios peligrosos sobre todo para el alma. **J. M. Ch., Congr.**

Utilidad de la Comunión.

Ante todo mi primera ocupación por las mañanas es ayudar a misa y comulgar. Como celebran bastante temprano, me cuesta mucho levantarme; pero son tantas las llamadas que acaban por despertarme y llego a tiempo.

Con la comunión quedo animado para vencerme y estudiar con todo empeño.

J. G., Congr.



Núm. 113.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Diciembre de 1922

¡Vaya un cuento!

El abuelo Andrés, animoso pescador, en sus mejores días había arrostrado con imperturbable serenidad, multitud de galernas y borrascas, y en edad en que ahora le sorprendemos, aunque anciano, es alegre y muy paciente en las muchas molestias que le aquejan. Solía aliviarlas con la compañía de algunos pequeñuelos que le hacían tertulia. En una de éstas le sorprendimos, cuando por no contarles ninguna historia empezaba a impacientarse su infantil compañía; sin importarle nada nuestra inesperada presencia, empezó así su narración:

Cuando yo era joven había en este pueblo una cárcel con dos ventanas bien enrejadas; una daba al mar, o mejor dicho a un precipicio; otra a la habitación superior en que estaba el carcelero, para poder cómodamente vigilarles.

Dos amigos, uno muy malo y el otro pervertido por este demonio de compañero, se dieron al juego y acabaron, como todos los jugadores, con su fortuna y con lo que no tenían. Sus acreedores los llevaron a los tribunales; les condenaron a muy larga condena; allí conocieron tarde lo errados que habían andado.

Súpolo una persona caritativa, y cuando ya les creyó bien escarmentados, compadecido resolvió entregarles el dinero que debían y pudieran así salir de la cárcel. Fué a verse con el carcelero, conocido suyo. —He pensado, le dijo, libertar a esos dos desgraciados; me dan mucha pena, ¿qué le parece? ¿están ya arrepentidos? ¿volverán a las andadas? —No lo creo; este castigo ha sido muy fuerte; llevan ya un mes, y por las conversaciones que les sorprendo esta soledad y encerramiento les ha hecho tremenda impresión; están muy desmejorados. Les oí el otro día que se decían: Ahora vemos las cosas como son; ¡qué engañados y atontados estábamos creyendo que con el juego podríamos ser felices. Y ¡cuántos jóvenes hay así como nosotros, que hasta que no reciben un fuerte desengaño, creen que es oro todo lo que reluce.

—Mucha pena me dan los pobrecitos, y he pensado sacarles mañana mismo de la cárcel; pero quiero darles al mismo tiempo, si a usted le parece bien, una nueva lección. El dinero que les falta para pagar no es mucho, unas mil pesetas a cada uno; pues bien, mañana vengo con dos bolsas, parte en billetes y parte en plata; desde su ventana les voy a echar los dos saquitos sobre sus cabezas; veremos lo que dicen, qué caras ponen, cómo agradecen. ¿Le parece bien?

—Perfectamente.

—Pues bien, hasta mañana a las diez.

—Hasta mañana, si Dios quiere.

Llegó la hora convenida y allí estaba el caballero con sus dos bolsitas bien ocultas.

Los dos presos estaban, como siempre, mustios y cabizbajos, cuando casi al mismo tiempo sienten un fuerte golpe en la cabeza. Uno de ellos llevándose las manos a la cabeza, sin pensar en lo que hacía, airado en extremo cogió la bolsa y la echó por la ventana; el otro llevó también las manos a la cabeza; pero más sosegado, miró arriba a la ventana del carcelero, cogió la bolsa, se enteró bien de su contenido y se deshizo en agradecimiento al que se la había echado, y pudo en seguida salir de la cárcel. En ella quedó el otro sin que nadie se compadeciera más de él hasta que terminó a los dos años su condena.

Este caso está lleno de aplicaciones; estamos en este mundo como encarcelados, sin poder pagar a Dios tantas deudas de faltas y pecados. Nos manda Dios de vez en cuando, y cuando menos lo pensamos, alguna humillación, enfermedad o pérdida de fortuna. Con sólo resignarnos y llevándolo con paciencia, podríamos, con el valor que encierra el sufrimiento, pagar nuestras muchas deudas; pero no, nos impacientamos en seguida, nos quejamos y no miramos ni nos aprovechamos de su valioso contenido.

J. M. M., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

¡Vaya otro cuento!

Había en las desiertas regiones de la Tebaida un monje de nevada cabellera, luenga barba y rostro tostado por el ardiente sol, que, a pesar de los sesenta y tantos años que pesaban sobre su encorvado cuerpo, tenía que hacer todos los días una larga caminata de unos 15 kilómetros para poder acarrear a su celda una pequeña vasija de agua de la fuente más cercana que estaba a tan respetable distancia.

Un día a la mitad del camino se sintió rendido, y dejando a un lado su cántaro se sentó a la orilla del camino y comenzó a pensar consigo mismo: "En verdad que estoy dando todos los días una caminata inútil. ¿Qué necesidad tengo de pasar tanto trabajo? Lo mejor será que me vaya a vivir junto a la fuente y así no me será preciso andar tanto para traer el agua a la celda".

Al día siguiente yendo como siempre algo cansado hacia la fuente, se animaba a sí mismo echando sus trazas y planes, dónde estaría bien la celda, cómo la edificaría, y atusándose la barba caminaba lentamente embebido en estos pensamientos, cuando de pronto oye detrás de sí una voz como de hombre que decía: uno... dos... tres... Vuelve el monje la cabeza, admirado de que en aquella soledad hubiese quien contase algo; pero no ve a nadie. Continúa su camino algo extrañado pensando como antes en el lugar y situación ventajosa de su futura celda, y al poco tiempo vuelve a oir la misma voz que seguía contando al parecer sus pasos. Mira a una parte y a otra, tampoco ve a nadie. Por tercera vez vuelve a oir las mismas extrañas voces, mas al volver la cabeza ve un joven hermoso y resplandeciente que con la sonrisa en los labios le dirige estas palabras: "No te turbes; yo soy el Angel de Dios, el de tu guarda; vengo contándote los pasos que das en este camino para que ninguno de ellos quede sin premio y galardón", y diciendo ésto desapareció. El anciano al oir estas palabras reflexionó un momento, y dijo para sus adentros: "¿Pero, cómo soy hombre tan sin juicio que, por una pequeña comodidad, quiera perder tanto premio y ganancia? Lo que es, si hasta ahora he discurrido mal, no ha de ser así en adelante!" Y al punto se determinó a mudar la celda a un lugar más lejano todavía de la fuente, para tener que andar más cada día.

Este caso podrá o no ser verdad; pero encierra mucha enseñanza. La fe me dice que de este mundo voy a llevarme tan sólo mis buenas y malas obras. Ahora bien: si quiero ahorrarme todas las molestias y trabajos, discurro tan pobremente como uno que no tiene fe y solo vive para lo que bien pronto pasa.

¡Qué alegre vive el que sabe que todo se le anota y todo se le pagará por toda una eternidad! Yo con esta esperanza estudio y obedezco y me animo tanto que apenas tengo qué vencerme.

A. M. M., Congr.

Doña Engracia, desgraciada.

La casa de doña Engracia es un infierno por obra y gracia de Luisito, alegre y vivaracho, confeccionado, a juicio de su oronda mamá que no le puede soportar, de azogue y de la mismísima piel del diablo.

Once primaveras han pasado desde que Luisito y Pepe su hermano gemelo vieron la luz del mundo; y aunque de una misma masa, sus geniecillos son tan discrepantes, que en los once abriles han librado más batallas que en la guerra de los cien años.

Si por el resquicio de la cerradura pudiéramos ver algunos de los cuotidianos incidentes, sacaríamos en buena lógica la consecuencia de que Pepe es un niño mimado, llorón, que no sabe más que engañar a su mamá; en cambio Luisito es potrito lleno de vida, con corazón noblete, lleno de los mejores sentimientos; cualidades que no tienen cabida en el cerebro ni en el corazón de su mamá.

—Mamá: Luis me pega.

—Si no le he hecho más que tocar un poquito.

—¡Ya estamos otra vez! No te repito más: si vuelves a pegar a tu hermanito, chiquillo, te meto en un correccional.

Han pasado los años, y el tiempo descubridor de verdades, nos ha revelado lo desacertado de los juicios de la impresionable mamá.

Pepe, educado con mimos de parte de su mamá y con engaños de la suya, es el baldón de su familia, un golfo lo más repugnante, un degenerado que ha llevado al sepulcro a los autores de sus días. Por el contrario Luis, casado ya, es un hombre honrado y trabajador, probo, amante de su casa y de la prosperidad de los suyos.

¡Cuántas desgraciadas hay como esta Engracia, que se fían de apariencias, y se dejan llevar de sentimentalismos, y en vez de educar deseducan.

J. L., Congr.

¿Por qué no me quieren?

—¡Esto no puede seguir así; ya estoy harto!—exclamaba un día D. Celedonio, hombre delgado y flexible como un junco, de rostro seco y arrugado como una pilonga, consumido según se decía en el pueblo por un **no sé qué** que hervía allá en sus adentros, y unos lo llamaban desequilibrio de humores, otros agitaciones quisquillosas, otros (que quizás eran los que más se quemaban) un mal genio pertinaz; aunque todo el vecindario convenía con admirable unanimidad en que el bueno de D. Celedonio era para su prójimo, en ocasiones demasiado frecuentes, como las ortigas para el que juega con ellas.

—Yo no puedo vivir más con esta gente; mañana mismo huyo de esta casa que vive en continua marejada y me voy a servir a un monasterio. Allí, entre los monjes que tienen domadas sus pasiones, podré sin duda ninguna vivir en paz sin los choques y atropellos de que soy víctima cada día. Con estas palabras dichas con acalorada vehemencia, puso D. Celedonio fin a la contienda en que le hemos sorprendido.

A la mañana siguiente, al primer clarear de la aurora, sin más recomendaciones que su cara de infeliz echó a andar por un sendero que como una culebrina subía por la montaña y conducía al monasterio, que distaba no poco.

—Ajajá, perfectamente; ya me ha dicho el Prior que por ahora puedo ocuparme en la portería. Conque... ya sabes, se decía a sí mismo el bueno de D. Celedonio, presteza y diligencia; al primer rin, rin... como un cohete a la puerta... un cortés saludo y a esperar órdenes.

Tranquilo como el arroyuelo que pasaba murmurando a los pies del monasterio estuvo los primeros días el ánimo de D. Celedonio en aquella apacible morada. —Verdaderamente, repetía con complacencia, la culpa de mis trastornos la tenía mi familia, que es peor que el papel de lija sobre carne viva; y frotándose las manos y dando un par de pataditas al aire para sacudir el frío se felicitaba del acierto en su elección de vida y se prometía para el resto de sus días una paz octaviana, que era para su ánimo, agitado de continuo, el culmen de la felicidad.

Pero, bien pronto llegó el fin de las dichas de D. Celedonio. Al poco tiempo de su llegada, cierto día, en que por ser fiesta solemne había más ir y venir de gente en el convento, estrenó el improvisado portero un dolor bastante agudo en una pierna, que le puso de mal humor. Al ver a D. Celedonio más serio que de costumbre algunas personas ocurrentes le dijeron dos o tres palabritas por donaire que le irritaron en extremo y lo dejaron más inquieto y alborotado que un mixto de campaña; riñó aquel día con el médico; riñó con un tratante en cera que llamó a las puertas del convento; riñó con... todo el mundo, a quien inculpó de estar perdido y muy falto de la más necesaria urbanidad.

Al día siguiente de estas tremolinas, se presentó muy cariacontecido el bueno de D. Celedonio al Prior y le expuso el estado de su ánimo: cómo, en vista de que allí tampoco podía vivir en paz, determinaba retirarse a un lugar solitario que él conocía para vivir allí sin tratar con nadie que le pudiese enojar, dedicado a algún trabajito que se presentase y a prácticas de piedad.

Recibió con agrado algunos consejitos del Prior, y con un hatillo al hombro tomó el camino de la habitación que le parecía inmejorable para sus intentos. Era ésta un ruinoso castillo, en otro tiempo baluarte de algún señor feudal, que descansaba en la soledad de una cumbre como un guerrero maltrecho. Aunque el viento mugía entre las grietas que parecían heridas abiertas por la aguda espada del tiempo que a nadie perdona, y las aves nocturnas y la hiedra que trepaba por sus negruzcas paredes le daban un aspecto fantástico, el corazón de D. Celedonio no era de los que se intimidan por tan poca cosa. Y allí preparó sus cosas para vivir por fin en paz, sin tratar con nadie que le pudiera fastidiar.

—Este castillo va a ser para mí una sucursal del Paraíso! Ya lo tengo todito habilitado... aunque no; falta llenar esta jarrita de agua por si acaso.

Volvía de la fuente tarareando según su costumbre una copla de su tierra, cuando, no sé cómo, tropezó y dejó caer el jarro, y aunque no se rompió por haber allí hierba, toda el agua se derramó. Volvió segunda vez a la fuente, mas al dejar la jarra en el desigual suelo, ésta se bambaleó un poco, perdió el equilibrio y... segunda vez cayó toda el agua. Entonces fuera de sí D. Celedonio coge la jarra, la levanta en alto y da con ella en el suelo haciéndola mil pedazos.

Al ver el suelo lleno de cascos y darse cuenta de su arrebato, se le cayó la cara de vergüenza y dijo con humildad: —Ya veo que la culpa de mis alborotos no está en los demás sino en mí, pues a pesar de estar aquí sólo, me he sulfurado tanto. Hoy mismo vuelvo a mi familia, donde Dios quiere que viva, y desde ahora voy a tener cuidado con mis desmanes y a modificar mi genio.

Así lo cumplió todo a la letra, y desde entonces cuentan que D. Celedonio tuvo muchos y muy buenos amigos y vivió muy en paz el resto de sus días.

¡Qué fácil es echar la culpa a otros y por eso mismo no corregirse nunca! El que es manso y humilde se entiende bien con todos, y todos le quieren.

A. M. M., Congr.

El mejor entrenador.

Yo tuve un padre como lo debieran querer para sí todos los hijos; era todo un entrenador; desde pequeño me enseñó a hacer gimnasia, no solo de brazos y piernas, con lo que las tengo como de acero, sino, lo que vale mucho más, me ejercitó la voluntad. Eramos muchos hermanos, y ninguno sabía lo que es un capricho, ni el pequeño era más consentido, ni el mayor más suelto y atrevido; a todos nos quería muchísimo y a todos igual.

¡Cuántas veces le oimos contar la historia de un chico que a los ocho años quedó huérfano de padre y madre. Recogido por un tío suyo, que más se preocupaba de sus negocios que de atender a la educación de su sobrino, no le quedó a éste otro recurso que emprender la difícil tarea de educarse a sí mismo, si bien ayudado del mejor educador que le dejó, como único consejo, su padre al morir: "Hijo mío, acuérdate siempre de lo que te voy a decir: ten un confesor fijo y trátale con más confianza que con la que me hubieras tratado a mí... Adiós, hasta el Cielo".

Efectivamente, empezó a intimar desde tan temprana edad con su confesor, de modo

Universidad de Deusto
52
Biblioteca

que mi sólo no le costó seguir practicándolo toda la vida, sino que halló en este medio un consuelo grandísimo y un baluarte invencible contra toda clase de tentaciones y peligros; y siguió tan a la letra sus consejos que llegó a tener una voluntad de hierro.

Entre otros mil ejercicios le enseñó el confesor al jovencito a no apresurarse nunca para hacer una cosa agradable, como no comer en seguida un caramelo por muchas ganas que tuviese de comerlo; le acostumbró a no dejar para más adelante lo que le costara hacer, a aguantar en el trato al que le fuera antipático, a andar de prisa cuando no tenía ganas, etc., etc.; a estarse quieto estudiando, si el profesor salía un momento de la clase, en vez de alborotar como los demás; aunque supiera que no le preguntaba la lección la estudiaba de firme. Eso sí, en el recreo jugaba y se divertía como ninguno; siempre estaba con ese aire de reposo propio de los que gozan de la felicidad de una conciencia tranquila.

Este joven a los quince años se reía de sus compañeros, que se dejaban arrastrar vergonzosamente de las tentaciones propias de su edad e impropias de un joven educado.

¡Qué bien se servía nuestro padre de este ejemplo para animarnos a vencernos más y más, aun en las cosas más lícitas.

Pues bien, hasta su última enfermedad no supimos que ese joven que así se había educado y tanto nos había servido y animado, era nuestro mismo padre.

Esta educación fué su mejor fortuna, y con dejarnos muchas propiedades y dinero, no pudo dejarnos mejor herencia.

S. A. L., Congr.

Lección aprovechada.

Dos señoras, madre e hija, se dirigieron a París con ánimo de divertirse y se hospedaron en un magnífico hotel. Era el mes de Mayo. Quisieron una noche asistir a la Opera Mignon; pero se acordaron un poco tarde: todas las localidades estaban despachadas. La hija, que era algo más piadosa que su madre, le dijo: "Mamá, puesto que no hay entradas iremos al mes de María de la Magdalena; ésto será mejor".

La función en dicho templo fué de las que llenan el alma, y la hija dijo a su mamá: "Jamás en el teatro ni en el cine he experimentado la satisfacción que ahora en esta Iglesia".

Dirigiéronse en seguida al hotel y les fué preciso pasar frente al teatro; su sorpresa fué grande al verlo ardiendo, y mayor al oir el número de víctimas que empezaban a sacar, muertas unas y otras malheridas. Volvieron a Ntra. Sra. de las Victorias con el corazón lleno de agradecimiento, y no acertaban a salir del templo, hasta que les advirtieron que iban a cerrarlo.

No les quedaron más ganas de asistir a teatros, y se volvieron en seguida a su pueblo, donde fueron en adelante de las señoras más edificantes, dedicándose a obras de caridad, en las que gastaban la renta que les sobraba; así se tenían por felices y lo eran de verdad.

J. B. M., Congr.

El turrón de Luis.

Luisito sentado junto a su madre oía con atención un precioso cuento que ella le estaba contando.

—Vamos a ver, Luis, le dijo no bien hubo acabado, si me lo repites de corrida te daré este turrón.

Agua se le hacía la boca a Luis al par que balbuceaba el cuento con tanta gracia y facilidad, que no hubo más que levantarse a cortar el turrón para el novel narrador.

Quiso la desgracia o la Providencia que corriese el cuchillo más de lo debido y fuese causa de una pequeña herida de la que comenzó a brotar sangre con profusión.

Luisín que vió la herida pensó que iba a quedarse sin madre, y comenzó a llorar amargamente.

Bien ha dicho quien ha comparado el alma de los niños a las tardes de verano, que ahora están obscuras y al momento siguiente manifiestan todo el esplendor del azulado cielo. Porque no habrían pasado diez minutos cuando sorbiéndose las lágrimas se acordó Luisito del turrón que había ganado. Al punto va a cogerlo y viene triunfante con él. ¡Quién se acordaba ya de lo pasado!

—Mira, Luis, has visto que me he hecho mucho daño. ¿Sabes con qué se me quitará?

—¿Con qué, mamá?

—Ya verás, dame ese turrón y desaparecerá.

—¡Ay, mamá! ¿y no se puede quitar con otra cosa?

—No, Luis.

—Ay, pues yo...

—Pero, ¿no decías que me querías tanto?

—Sí, pero... el turrón...

En fin, que Luis tan extremoso en llorar y compadecerse de su madre herida, no tenía amor para desprenderse del dulce.

¡Cuántos hay como este niño: de palabra muestran mucho afecto, pero cuando llega la hora de sacrificar el gustillo, la ocasión... ¿Y esto es amar?

E. B., Congr.



Núm. 114.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Enero de 1923

¡Cuidado con los rateros!

Sólo faltaban unos minutos para la salida del tren, cuando mi condiscípulo José Mari y yo, juntos casualmente en el mismo departamento al volver de vacaciones al Colegio, terminábamos de instalarnos y asegurar nuestras maletas en aquella nuestra provisional habitación.

En el andén todo era ires y venires, barullo y ronca gritería de pastilleros y periodistas, que no cesaban un momento de cacarear sus mercancías: ¡Pastillas de café y leche!!! ¡allá va "La Esfera", "El Nuevo Mundo...!!! corriendo sin descanso a una y otra parte para satisfacer los caprichos de los viajeros.

—Será cosa de comprar algo para amenizar nuestro viaje, me dijo José Mari, echando mano al bolsillo. Mira, tú compras "La Esfera", yo "El Nuevo Mundo", y luego cuando cada cual lea su revista, nos las cambiamos y al pelo.

—Cá, hombre!—le interrumpí al momento;—yo no compro semejantes revistas.

—Pero si no son malas, si son indiferentes...!

—Pues que las lean los indiferentes, que yo no pertenezco a ese partido de gallinas, por no decir de escépticos despreocupados que se llaman indiferentes, aunque, como tú bien sabes, sólo usan de la indiferencia en materia de Religión, que en lo demás... Tú serás católico, ¿verdad?—le pregunté en tono de broma.

—¡Hombre, no faltaba más!

—Pues ahí tienes una revista de tu partido; ahí te dan a conocer los triunfos de tu partido sobre la gentilidad.

Y diciendo y haciendo le alargué un número muy interesante de "El Siglo de las Misiones" de que yo me había pertrechado en casa para leer en el tren. El me lo tomó de buena gana y se puso a curiosearlo.

En tanto la locomotora dió un estridente silbido, sacudió ligeramente la larga hilera de coches, que con lo que chirriaban al comenzar a andar parecían querer dar también ellos el último adiós a la estación, y soplando a diestra y siniestra nos alejó cada vez más presurosa del andén, agitando alborozada un blanco penacho de humo como el viajero agita el blanco pañuelo en son de despedida. Con velocidad vertiginosa, perforando montes y vadeando ríos, llegamos por fin al Colegio.

A los pocos días de nuestra llegada tuve una agradabilísima sorpresa: vi a José Mari, tan refractario antes a todas estas cosas, depositar algo que era más que cobre en el cepillo donde se recaudaban limosnas para la Propagación de la Fe; y leí su nombre en las listas de socios activos de esta Asociación.

A los dos nos premió el Señor: a mí, por haber burlado al demonio, ese ratero que tanto provecho saca en las estaciones, robando a los hombres por medio de malas revistas su mejor tesoro, la pureza; a mí me premió con el consuelo de ver aprovechada la lectura sana que proporcioné a José Mari; y a él por haber renunciado de buena gana a aquellas revistas tan peligrosas, con el cambio benéfico que experimentó su corazón.

¡Cuántas veces podemos hacer bien a nuestros prójimos de maneras semejantes!

A. M. M., Congr.

¡Pronto, a Lourdes!

En París, en la estación del Mediodía. Ensordecedora confusión de voces y ruidos. Multitud de viajeros que presurosos atraviesan el amplio andén, se buscan, se encuentran, se pierden. Empleados sudorosos, afónicos que procuran colocar en sus asientos a aquella muchedumbre.

—"¡Pronto! ¡Al coche, señores! ¡Pronto!"

—¿Pero qué es lo que pasa hoy? Es extraordinario...

—¡Lourdes!—contesta un maquinista que pasa en aquel instante por allí.

—¡Lourdes!—repite el curioso asombrado.

Y aproximándose más, dirige sus ansio-

Universidad de Deusto
Biblioteca

sas miradas tras los cristales del tren interminable.

Lo que más le llama la atención son los vagones llenos de enfermos. Subido sobre el estribo contempla semblantes transformados por el dolor... caras alargadas... ojos hundidos, febriles, que brillan de esperanza... Entre los enfermos reconoce a uno paralítico, cargado con sus muletas, leyendo una "Vida de Cristo".

—¡Miguel!

—Hombre, ¿eres tú? ¿Dónde vas así?

—Ya lo ves, amigo... voy a Lourdes...

—¡Vamos! ¿Y confías... que sanarás?

—¡Vaya que sí!

Un silbido estridente y prolongado interrumpe el diálogo... El tren que arranca. La locomotora se anima poco a poco, arrastrando tras sí un mundo de fe, de dolor, de esperanza. Pañuelos que se agitan temblorosos por las ventanillas y que desaparecen lentamente... Se pierden en lejanía las notas de un **Magnificat** entonado con devoción. Poco después todo ha desaparecido...

El andén va quedándose desierto. Las pocas personas que restan se sienten conmovidas. Todas menos una, menos Lombard, el repórter del periódico radical. Con un lápiz y un block en la mano, la mirada altiva y una escéptica sonrisa en los labios, se le ha visto pasear, anotando los menores detalles que se presten a la burla, al escarnio.

¡Ah! ¡Qué hermoso artículo va a componer con semejantes datos! "¡Es preciso ser necio, para confiar en ser sanado con el agua milagrosa...¡milagrosa! Como si la ciencia admitiera todavía esos milagros... ¡Como que ya no sabe todo el mundo que tales curaciones son imaginarias, puras supercherías!"

Reflexionando sobre su artículo Lombard ha llegado a su casa. Su mujer le espera.

—¿Mi hija?—pregunta al entrar, con voz temblorosa.

—¡Mal!

—¡Mal! ¿Cómo? ¡Mal! ¿Esa tos, ese catarro?

—¡Tísica! palabra ahogada por los sollozos.

—No, no; no es posible; no puede ser...

—Sí—contesta la pobre mujer, que cae en un sillón,—bien lo ha dicho el doctor... el pulmón derecho atacado... el otro...

Se oye un grito desgarrador. Espantada la mujer, se levanta.

¿Es que se va a volver loco su marido? ¡Terrible impresión!

—¿Qué tienes?—le pregunta sin dejar de pasar su mano por la frente ardorosa de Lombard.

—¿Podría viajar?

—Sí, creo...

—Pues entonces, pronto, pronto llevémosla...

—¿A dónde?

—¡¡¡A Lourdes!!!

¡Qué buen amigo es el dolor; qué buen consejero! ¡Cómo cuando uno sufre ve claro lo que cuando goza de salud y bienandanza, lo ve negro!

F. M.ª C., Congr.

Lecciones en el campo.

Iba yo un día de paseo, y llegué a un paraje en que había un roble de fuertes ramas, que se erguía soberbio; a algunos pasos de distancia, vi un tomillo que se inclinaba humildemente, y le miré con indiferencia, para volver a contemplar al hermoso roble.

De vuelta a casa empezó a llover y relampaguear con mucha fuerza y así continuó hasta el día siguiente.

Algunos días más tarde, volví al lugar donde majestuosamente se erguía el roble, pero ¡cuál sería mi asombro al verlo caído en tierra medio quemado y destrozado! A un aldeano que pasaba le pregunté la causa, y me contestó que en la pasada tempestad, un rayo lo destrozó completamente llegando a quemarse algunas de sus ramas.

Entonces me acordé del tomillo, le miré y vi que estaba más fuerte por las últimas lluvias.

Pensé entonces: el soberbio está bien figurado en ese roble; cree que lo puede todo por sí sólo, le deja Dios de su mano, viene una tentación fuerte y... abajo; el humilde es como el tomillo: Dios le ayuda, y si viene la tentación, no caerá sino que se pondrá más fuerte por el mérito de haberla vencido.

Por eso debemos pedir a Dios todos los días la humildad, que es la base de todas las virtudes; así seremos fuertes.

J. M.ª M., Congr.

Donde las dan, las toman.

Un viajero entró un día en la cocina de una posada en el momento que el posadero estaba sacando un guisote que despedía un aroma que invitaba a comérselo.

Como el viajero dirigiera miradas que indicaban lo mucho que le atraía, díjole el posadero: Parece os agrada; ¿queréis que os dé una ración?

—No, respondió el viajero, no tengo necesidad; me ha bastado el olor para recuperar mis fuerzas.

—¡Ah! pues entonces pagaréis un duro.

—El viajero tomando a chacota la exigencia del posadero, no pudo menos de sonreirse picarescamente; pero el posadero tomó la cosa en serio y molestado por la actitud de sorna del viajero, le amenazó, como lo hizo, con llevarle ante el juez del lugar.

Enterado del caso el señor juez, obligó al viajero a pagar el duro que le exigía el posadero.

Al echar aquél sobre la mesa, con disgusto, la moneda, preguntó el juez: —Habéis oído el sonido, señor posadero? Buen sonido ¿eh?

—Muy bueno, respondió alegre el posadero; y como alargara la mano para coger el duro, el juez se la detuvo diciéndole: ¡Alto ahí! Y dió judicialmente esta sentencia: Ya que vuestro huésped se contentó y quedó satisfecho con el olor del guisote, muy justo y natural es que os contentéis también con el sonido de la moneda.

Tuvo su merecido como lo tiene todo pecado aun en este mundo.

P. A., Congr.

Los mosquitos en la corte.

Pues, señor, en aquellos tiempos en que los hombres vivían felices, sin necesidad de latines ni matemáticas, gobernaba cierta isla un rey ya de avanzada edad y calvo por añadidura. Un día de triste memoria, presentáronse de improviso en el palacio de Su Majestad, y por supuesto sin su venia, una verdadera tribu de los más impertinentes mosquitos, cuyo mayor placer consistía en pascarse a lo largo de las cabezas calvas, entre las que merecía lugar de preferencia, merced a su brillantez y tersura, la del rey de nuestro cuento o historia. Y aquí el desesperarse del buen príncipe y discurrir sin hallar medio de hacer desaparecer tal plaga.

Inútilmente llamó a consejo a todos los magos y hechiceros de la isla, proponiendo cuantiosos tesoros y aun la misma mano de su única hija, a quien le aliviase de semejante pesadilla.

Mas he aquí que un día se presenta en la corte cierto joven extranjero, de agradable aspecto que contaba de sí las más extrañas y atrevidas aventuras. Este, después de haberse reído muy a su gusto de la simplicidad de aquellas gentes, obtuvo una audiencia con el anciano señor de la isla, y le prometió acabar con sus molestos huéspedes en menos de un año.

No es para dicha la benignidad con que acogió el rey la propuesta del joven, llegando a prometerle la mano de su única hija para cuando acabase su tarea. Emprendió, con cuantos medios le parecieron convenientes, la destrucción de los mosquitos que, a pesar de su magnánimo trabajo, muy lejos de disminuir aumentaban considerablemente. Aquí comenzó el desesperarse de nuestro aventurero, cuando un día, no sin bien consultado antes con la almohada, se le ocurrió la idea de empezar su obra por el aniquilamiento de los huevos de los molestos insectos. Echó algo así como petróleo sobre las aguas estancadas, y llegó tiempo en que desaparecieron todos.

Al llegar aquí alguien no habrá podido por menos de dibujar una sonrisa en sus labios y decir para sus adentros: "Claro está, ¿cómo iba a destruir los mosquitos si no destruía los huevos que eran su origen?"

Mas ¿ha pensado que tal vez a él le sucede lo mismo, cuando en vano procura quitar algunas faltas no cuidando de extirpar su origen, de apartarse de aquel compañerito que le quita el gusto de frecuentar la Congregación, de no dejarse llevar de la vanidad o de las comodidades?

A. P., Congr.

El salto mortal.

Eran poco más o menos las siete y media cuando yo salía del Colegio cierto día, con un frío que ya ya... Los libros debajo del brazo, las manos en los enormes bolsillos del gabán, envuelto en mi tapabocas y echando por narices y boca algo que parecía humo como si fuese un volcán ambulante, me dirigía a toda prisa hacia casa, cuando de pronto oigo un tenue silbido, contraseña que me anuncia la aproximación de algún amigo de los de confianza.

Vuelvo la cabeza, y a la luz, bastante indecisa por cierto de un farol, diviso la silueta alegre y juguetona del gran Manolo, siempre bueno, siempre de buen humor.

—¿Qué hay, Manolo? Vaya unas botitas de agua que has estrenado...! ¡Si están de amarillas que parece que tienen ictericia!

—Psss... no vendrán mal; si yo no defendiese mis pies con este impermeable cuero, te aseguro que con lo que yo me meto por todas partes, se me pondrían de sabañones como la cordillera Pirenaica.

—Pero hombre! Yo creí que eso del frío y mal tiempo era para ti poco menos que un mito.

—¡Qué ocurrencia hacer de mí semejante excepción!

—Como te veo siempre tan puntual a Misa de 7 y media, haga el tiempo que haga...

—Imposible que me veas puntual siempre, que a veces no me puedes ver porque llegas... vamos, un tanto rezagado. Pero mira: si sigues mis procedimientos nada más que durante una semana seguida, yo te aseguro que en adelante todos los días nos veremos los dos temprano, y sentirás muchísimo menos el frío, y no cogerás constipados, etcétera, etcétera.

—Algo peregrino tienen que ser esos procedimientos que reportan tantas utilidades. ¡A que vas a resultar inventor!

—La cosa es muy sencilla; pero para que veas todos los trámites porque hube de pasar antes de dar con el invento, permíteme que tome el agua de más arriba.

—Venga, venga, que me vas interesando.

—A mí también, a fuer de cobarde, me pasaba lo que a lo mejor te pasará a ti; que en cuanto llegaba el invierno me costaba tanto levantarme por las mañanitas, que a veces hacía que me despertasen antes de la hora, para ir preparando a ojos abiertos el temible **salto mortal** que pronto había de dar.

—Efectivamente, algo de eso me pasa a mí—interrumpí a Manolo, que con sus palabras retrataba sin querer mi cobardía.

—Pues, nada, nada; las mismas enfermedades, los mismos remedios. Fíjate qué mágico es el mío.

Poco antes de examinarme de Geometría, por estar tan pez como tú... te acordarás, tuve que ir al Colegio tempranito. Puse el despertador... con toda la cuerda... lejos de la cama; en un rincón del cuarto. Excuso decirte que aunque me caía como una granizada, al oír el tirrin, tirrin... sin apelaciones de aquel cruel aparato, no tenía más remedio

Universidad de Deusto
Biblioteca

que levantarme como un cohete para extrangularlo e impedir que con su desafinado cacareo alborotase toda la casa; me vestía entonces con toda rapidez pensando en el Señor a quien pronto iba a recibir, y casi sin darme cuenta, sin tener tiempo de pensar en si hacía frío o no, me encontraba en disposición de dar una corrida para llegar a Misa temprano; y créeme que en la Comunión sentía que el Señor me miraba con buenos ojos. Al poco tiempo con este procedimiento me acostumbré a levantarme con rapidez a la hora que me llamasen, ofreciendo al Señor esta victoria sobre mí mismo con que comenzaba el día, y ahora me va a las mil maravillas. Te repito, levántate muy puntual una semana, ofrece ese obsequio al Señor, y verás qué bien te va; porque las píldoras no amargan si se toman de repente.

Ha pasado una semana, mejor dicho, muchas semanas desde mi entrevista con Manolo, y confieso que por nada cambiaré la satisfacción que siento al ofrecer al Señor en la Sagrada Comunión mi primera victoria sobre mí mismo... ¿Y el frío? No tengo tiempo ni de pensar en él.

A. M. M., Congr.

¡Qué bien se educó mi amigo!

La felicidad no está en este mundo; pero hay muchos que son casi felices. Allá va un ejemplar.

He conocido a un joven, el mayor amigo que he tenido, y por haber estado siempre con él puedo referiros muchos pasajes de su vida.

Su familia, muy honrada y muy reducida, no ganaba más que lo suficiente para vivir, tanto que casi rayaba en la estrechez; sus padres a costa de muchos sacrificios le habían dado el grado de bachiller, y todavía seguían sacrificándose más y más, para darle una carrera con los ahorros que tenían, y no de las modestas sino larga y de muchos años de estudios. En la época en que le estamos observando estaba en el comienzo de su carrera; él era un congregante de los que no tronchan las tempestades; tenía a su madre enferma y como no podían sostener una criada, él era el que tenía... no lo cuento porque mi amigo vive y si llega esto a sus manos se va a ruborizar.

Alternaba sus estudios con las labores de casa, y en una de éstas le sorprendemos cuando decía: "Por qué llora usted, mamá?; si ya sabemos que la felicidad no está aquí; pues conformémonos y pasemos este mundo sufriendo algo y ganando cielo.

—Tienes razón, hijo. Creen muchos tener la felicidad contando con riquezas, honores y distinciones; pero yo, hijo mío, me consideraría feliz teniendo salud, pues mi anhelo es trabajar y el trabajar no me arredra.

—Pues en cuanto a mí, me contento con seguir el camino que llevo, estudiar cuanto pueda y tener mi conciencia tranquila con el deber cumplido; así soy casi feliz; una sola cosa empaña mi felicidad: su enfermedad.

¡Cuántas veces le tentaba yo a este mi amigo y le decía: vamos hoy al partido, que juegan muy buenos equipos.

—Dispensa, chico, vete tú si quieres, pero a mí no me llega la paga.

—Pues cómo, ¿no te siguen dando una peseta los domingos?

—Sí, pero yo hago de ella otra distribución: 10 céntimos son de limosna, bien para un pobre o bien para las Misiones, por turno; 25 para gastar, y 65 para la libreta de ahorros; y cuando sea mayor no les ha de faltar la limosna del 10 por 100 de lo que gane a los pobres y a las Misiones.

En las vacaciones sus tareas eran repasar y hacer ejercicios sobre las lecciones ya aprendidas, y su mayor descanso saltar y correr por los montes como una cabrita en busca de bichos y piedras raras para sus colecciones; pero siempre suprimía todos estos gustos en la enfermedad de su madre.

Si así se educaran los hijos ¡qué felices serían las familias!

J. I., Congr.

Como este caso hay pocos.

Juan Eugenio Hartzenbusch, uno de los dramaturgos españoles de más renombre y también excelente católico, fué en su juventud ebanista y, aunque después fué un gran literato, siempre tuvo una modestia proverbial, de la cual es un ejemplo el siguiente hecho histórico:

Visitaba un día en Madrid el palacio del Duque de Osuna y llevaba una tarjeta de éste, en la que ordenaba al conserje le enseñase lo más minuciosamente posible todo el palacio. El conserje, al ver aquella tan excepcional tarjeta del Duque, tomó a Hartzenbusch por un gran señor, y le trató delicadísimamente, con gran disgusto del célebre literato que veía contrariada su natural modestia. Siguieron viendo salas y salones y, no pudiendo soportar más tanta cortesía, y recordando que alguna vez trabajó él de joven en algunos muebles del Duque, púsose en una de las salas a examinarlos y dijo al conserje: "No encuentro en estos muebles la señal que yo hice".

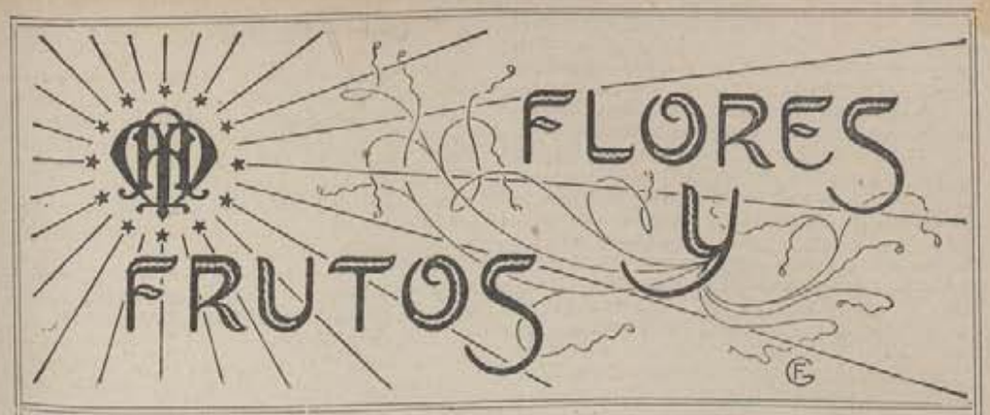
El conserje dándose por ofendido le replicó vivamente: "Estos muebles han pertenecido siempre al señor Duque".

A lo que Hartzenbusch contestó: "Antes de pertenecer al señor Duque, recuerdo que el jefe nos hizo pasar varias noches a oficiales y aprendices trabajando unos muebles para el Duque de Osuna".

A partir de aquel momento, el conserje le trató como a uno cualquiera al gran dramaturgo con gran contento de éste, que no consentía le tratasen como a gran señor.

¡Cómo agrada la modestia y qué pocos la quieren en el trato social! Pocos son los que no quieren aparecer más de lo que son y valen. ¡Cuánto engaño!

J. S. J., Congr.



Núm. 115.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Febrero de 1923

¿Quién se ríe más en Carnaval?

En unos profundísimos antros se celebra una sesión extraordinaria: triiin... triin... trrriin..., todavía se oye ese inm... de la campanilla, cuando a la tremenda algarabía de demonios sucede un silencio sepulcral, solamente turbado por el chasquido de las llamas que los atormentan eternamente.

Al frente de la asamblea se halla Lucifer, sentado en un trono real: a sus pies, todo un ejército de diablillos le adoran.

—Señores—comienza diciendo—se aproximan como sabéis las fiestas que más nos agradan.

—El Carnaval, el Carnaval, aullaron a coro todos los demonios del infierno.

—Silencio, cuando habla el Rey, todos se callan—gritó Lucifer echando centellas de ira por los ojos.

—Os he convocado para comunicaros una ideilla que he tenido estos días; se trata de... lo de siempre, de aumentar el número de idiotas que vengan a hacernos compañía; ¡vayan las vueltitas en el asador! espero que tendremos una caza magnífica; lo bueno sería que los pudiésemos poner en conserva para divertirnos con ellos a nuestro antojo. Pero qué digo! estamos pensando en comer y la caza está aún volando. Vamos a tratar del asunto y desde ahora, puede cada uno exponer su opinión.

—Yo creo, objetó un diablo, miembro honorario de la Junta de diversiones, que debemos tentar a los hombres para que armen grandes escándalos por calles y plazas y ofendan más descaradamente a Aquél por quien estamos eternamente condenados.

—Y a quien eternamente odiaremos—saltó Lucifer como mordido por una víbora.

Después de haber hablado una media docena, interrumpió un diablo que fué en sus tiempos idólatra.

—¡Eh! ¿Qué estáis diciendo? ¿Se os ha olvidado la técnica de uno de nuestros grandes maestros, Juliano el Apóstata? ¿No sabéis que aquél decía que era mejor guardar al principio las apariencias, hasta tener bien sujetos a los novatos, y luego hacer de ellos lo que se nos antoje? ¿Ignoráis que más moscas se cogen con una gota de miel, que con un barril de vinagre?

Un murmullo de aprobación se oyó en el infernal congreso, con lo cual animado el orador, continuó: Propongo que el Carnaval se celebre de aquí en adelante, de este modo: públicamente aparecerá alegre, sí, pero con gran decencia y compostura; caerán muchos, no lo dudéis porque sacarán la cuenta y dirán: ¿qué mal hay en ello?, y así que estén bien ataditos—decía frotándose las manos y haciendo un par de cabriolas que no dejaban de tener cierta gracia—se les lleva a los bailes de máscaras, a sitios cerrados, cines, etc., etc.; veréis —dijo soltando una gran carcajada—cuántos que que en otros días se conservan lejos de nosotros, se van enredando poco a poco y los cazamos para siempre.

Aprobó el proyecto Lucifer, mandando levantar acta de lo acordado y distribuyendo de nuevo su ejército por todo el mundo para tentar estos días más que nunca a los mortales.

¿Quién se ríe más en Carnaval que el demonio?

S. A. L., Congr.

¡Qué sueño antes de Carnavales!

En la villa de Obejo no se separaban nunca cuatro jóvenes de las familias más acomodadas; por sobrarles siempre dinero, no les faltó muy mala educación y mucha libertad aun de pequeños.

Era la víspera de Carnaval y se había organizado en la localidad un gran baile de máscaras. Los cuatro amigotes no podían faltar a un espectáculo de aquella especie.

Mas aquella noche, Luis, uno de ellos, que tenía buena madre aunque débil, tuvo una terrible pesadilla, que relataba él mismo conmovido: A eso de la media noche me pareció estar en el salón de baile en medio de una como infernal alegría; de improviso apareció en medio de la reunión un hombre vestido de negro a la antigua, con una espada en una mano y un pergamino en la otra; iba hablando

Universidad de Deusto
Biblioteca

a cada uno de los reunidos y les presentaba el pergamino; ellos lo leían y después firmaban en él. De esta manera llegó a donde estaba yo, y al presentarme el pergamino y enterarme de lo que contenía, me negué a firmarlo. El pergamino contenía un compromiso mediante el cual los que lo firmaban entregaban su alma al diablo a cambio de los placeres de aquellos días. Ante la inesperada negativa, aquel hombre montó en cólera e hizo ademán de atravesarme con su espada, y al grito que dí, al verme en aquel apuro, desperté, presa de gran agitación. Mi conciencia me reprochó entonces todas las malas acciones que había cometido, y me decidí entonces mismo a hacer una sincera confesión.

En efecto, antes que estuviese abierta la Iglesia ya estaba yo allí. Seguí mi examen en la puerta esperando a que abrieran; entré; oí la Santa Misa y recibí el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo.

Cuando aquella tarde fueron mis compañeros a buscarme alegué una fuerte indisposición para no asistir a la fiesta.

A la mañana siguiente me enteré del merecido castigo de mis tres compañeros: unos mozos del pueblo que no les podían ver les esperaron enmascarados a la salida del baile, arremetieron con ellos con sus garrotes y no les dejaron hueso sano; meses estuvieron en cama, sin que desaparecieran las marcas de la bestial paliza. Desde entonces ya no quisieron gallear más.

Al saber ésto Luis dió gracias a Dios por haberle salvado el alma y con seguridad el cuerpo con aquel tan terrible y oportuno sucño.

J. M. de M., Congr.

¡Son piratas!

Al amor de la lumbre, en una antiquísima y clásica cocina, un hombre de edad ya avanzada acostumbraba a sentarse durante las interminables horas invernales.

Era hombre de mar, y aunque difícil, a veces se le podía hacer hablar.

Ah! qué interesantes narraciones eran las suyas.

Una noche fría y obscura como ninguna, en que la nieve caía con pausa, éramos nosotros los únicos que por aquellos senderos cubiertos de nieve caminábamos. El viejo farol nos alumbraba el sendero y el frío intensísimo comenzaba a hacernos temblar.

—¿Está aún lejos?—preguntamos al criado de nuestro abuelo.

—Faltarán diez minutos solamente.

—Solamente, pensamos; diez minutos del aldeano son siempre media hora.

—Aquella luz que se ve allí, es la luz de casa, dijo por fin nuestro guía.

Esta frase fué para nosotros un rayo de esperanza que a la vez de llenar nuestro espíritu de alegría hizo olvidarnos el frío que ya empezaba a molestarnos demasiado.

Después de fuerte golpe de aldaba, se abrió la puerta y entramos en aquella cocina donde nos esperaba nuestro buen abuelo.

Su saludo fué cariñoso y a la vez triste. Después de las primeras frases, y una vez sentados todos alrededor del fuego, comenzó a hablar así:

Vuestra edad tendría yo cuando dejé esta casa para ir a sacar mis viajes de práctica en la fragata "Alejandra". Y describió todas sus emociones de salida y viaje hasta un puerto inglés, para ir de allí a Filipinas pasando por el Cabo de Buena Esperanza.

Qué viaje tan duro fué para mí, acostumbrado como estaba a los mimos de mi madre, pues mi padre había muerto ya.

A la vuelta del viaje sufrimos tremendo temporal en alturas de Buena Esperanza y fuera de su influencia nos hallábamos navegando casi en calma con rumbo a la isla de Santa Elena. Serían las cuatro de la tarde y el viento tan poco que nuestra "Alejandra" estaba casi quieta.

Era la hora de cambio de guardia y así se hizo. Subimos al puente el primer oficial y yo que hacíamos juntos la guardia; allí en el puente estaríamos hasta las ocho.

Empezamos la guardia con todas las velas izadas, pero sin viento que nos diera el más leve empuje.

Llevaríamos media hora cuando el vigía gritó con voz firme desde su puesto: "Vela a estribor". Nuestras miradas fueron rápidas y vimos, en efecto, lo que nos anunciaban de arriba.

—¿Qué tipo de barco es?—preguntamos al vigía.

—No lo puedo distinguir bien, pero es buque ligero.

—¿Qué rumbo lleva?

—Parece que hacia nosotros dirige su proa.

En efecto, no había pasado una hora cuando ya teníamos al ligero barco como a media milla de nosotros. Vimos que echaban un bote y que éste se nos iba acercando. Llegaron los marinos y pidieron agua: se les dió y la pagaron con frutas.

Al ver que nuestro navío tenía un cañón, preguntaron si teníamos pólvora; a lo que uno de los nuestros contestó: "mucha y de la buena".

Con ésto se alejaron.

Son piratas, dijimos todos; y el capitán añadió: "estamos perdidos si es que nos acometen, porque resulta que la pólvora está completamente mojada".

No habían pasado dos horas, cuando vuelve a avisar el vigía que varios barcos venían a toda marcha hacia nosotros.

En aquellos momentos estaba la mar espléndida y dice el capitán: "Aquí todos, en cubierta; pidamos a la Virgen de Begoña que mande un fuerte temporal; recémosle de rodillas un rosario; prometámosle que a la llegada a Bilbao iremos todos a visitarla y darle las gracias, si nos concede el favor que le pedimos".

No bien acabamos de rezar, entra un temporal tremendo, y como los barcos de los piratas no podían soportarlo, desaparecieron y no les volvimos a ver; así nos libró la Virgen de peligro tan grande.

Excusado es decir que todos cumplimos fielmente la promesa y algo más; pues oímos juntos Misa en Begoña, confesamos y comulgamos.

A. A., Congr.

Robo fustrado.

Hace algún tiempo, un capitán de infantería se fué con toda su familia al teatro cerrando la casa. Al volver a la noche se encontró con todas las cerraduras saltadas, las joyas y el dinero en el suelo sin que faltara nada. Atribuyeron ésto a que el ladrón habría oido algún ruido que le hiciera huir precipitadamente.

Algún tiempo después recibió dicho capitán un anónimo que decía así: El otro día, aprovechando la ocasión de que usted con toda su familia se fué al teatro, penetré en su casa saltando la cerradura y abrí la caja donde suele guardar usted los objetos de valor y el dinero; pero se me ocurrió levantar la cabeza y mi vista tropezó con un crucifijo como el que tenía una señora después de muerta, y esta señora era mi madre; abrí un cajón y vi una condecoración, como la que tenía mi padre, que también era militar, y así sucesivamente con unos cuantos objetos; me pareció que todos los de mi familia me estaban mirando; me entraron tales remordimientos de conciencia que me hicieron dejarlo todo y me marché precipitadamente.

¡Que Dios nos dé remordimiento a tiempo!

J. L. O., Congr.

Malo es Dios para enemigo.

Salió de clase, un sábado por la tarde, un joven de muy dudosas costumbres, pensando en lo que haría para no aburrirse, cuando quiso Dios que se encontrara con otro amigo suyo que, como congregante, seguía los consejos del Padre y más cuando se trataba de conservar su pureza.

—¿Qué hay, Juanito?

—Nada de particular.

—¿Vienes conmigo al teatro donde debuta una famosa cupletista? Te advierto que es de primera.

—No tengo costumbre de ir a semejantes espectáculos.

—¡Vamos! hombre! No digas esas tonterías que son impropias de un joven como tú. Cuando lleguemos a viejos seremos formales; ahora... a pasarlo bien!

—Yo no sé por qué hay que esperar a viejo para ser bueno. Lo mismo puede morirse uno de joven.

—¡No seas tonto! ¿No ves qué bien lo paso yo? Eres un cobarde.

—Tú si que eres cobarde, que en lugar de luchar con tus pasiones, te rindes a la primera embestida. Cuando Dios te conserva la vida ¡quién sabe si es para darte una última ocasión de salvarte! Hazme caso y ven tú conmigo.

—No me convences, Juanito. Dios es muy bueno y no dejará que me muera tan pronto. Adiós.

—Ojalá no te suceda lo que te he dicho.

—No hay cuidado. Hasta otro rato.

Juanito, alejándose de su amigo, se dirigió a su casa, y después de merendar y jugar un rato con sus hermanos, estudió las lecciones para el lunes, pues siempre tenía muy presente: el no dejes para mañana lo que debes hacer hoy.

A eso de las siete y media, una vez estudiadas las lecciones, se dirigía Juanito a la Congregación, y al pasar por la puerta de una Iglesia, acordóse que su amigo estaría en aquel momento ofendiendo a Dios; entró para hacer un acto de desagravio y pedir al Señor que tuviese misericordia de su amigo.

Salió de la Iglesia con la alegría de quien ha cumplido con un deber y tiene la conciencia tranquila. Al salir se encontró con unos amigos que iban asustados comentando una desgracia que acababa de suceder. Preguntó qué era lo que había pasado; y ¡cuál sería su asombro al enterarse de que en el mismo teatro había tenido lugar al salir un escándalo y reyerta, y entre varios heridos el único muerto había sido su amigo!

¡Con qué tristeza recordaba aquellas palabras de su reciente entrevista!: "Si Dios es tan bueno, no dejará que me muera tan pronto".

Y Juanito pensó: "¡Qué malo es Dios para enemigo!"

V. E., Congr.

¡Qué tres consejos!

Antonio era un chico de lo más travieso y enredador que pudiera encontrarse en el colegio donde cursaba sus primeros estudios. Sin embargo, bajo aquel exterior de diablillo conservaba su alma pura y llena de los más hermosos sentimientos.

Se acercaba el día de su primera comunión, sin que por eso pareciera modificarse en nada; seguía siendo el tormento de sus profesores y de su virtuosa madre.

Pero en los ejercicios que precedieron a la primera comunión, Antonio se conmovió y la gracia triunfó cambiando radicalmente su modo de ser; se puso a pensar seriamente qué promesa sería la que más agradase al Niño Jesús, cuando hiciese su primera comunión. No acertando se dirigió a su madre y le perguntó su parecer. Ella le contestó: hijo mío, si quieres agradar al Niño Jesús y a su Santísima Madre, prométele estas tres cosas: no cometer jamás pecado mortal, tener una gran devoción a la Santísima Virgen y un confesor fijo.

Antonio, cuando llegó el día de su primera comunión, hizo las tres promesas, y entonces se le ocurrió una idea: para no olvidarlas, lo mejor será que las ratifique en todas las comuniones que haga.

Así lo hizo, y actualmente es un caballero que no cesa de dar gracias a Dios y a su madre por haberle inspirado las tres promesas que le han mantenido siempre fiel cristiano y fiel cumplidor de sus deberes.

V. B., Congr.

Después fue tarde

Pues tenía gracia; haberle dejado a él, cursante de sexto año del bachillerato, el hombre ante quien por sus hercúleas fuerzas temblaba todo el curso, expuesto a la pública vergüenza por un pequeño de doce años de segundo año.

Universidad de Deusto
BibliotecaCentral

Y al fin y al cabo ¿qué le importaba a él que anduviera con Fulano y Zutano, y que le gustase algo el cine? ¿Vendría a darle el chiquillo lecciones de experiencia, y hasta decirle: que por ese camino se iba a mal paradero? Ya se discutiría esa cuestión al día siguiente en el colegio, si fuera preciso, con los puños.

Salieron del colegio hablando de estas cosas, cuando al cruzar una bocacalle sintió nuestro Hércules su hombro oprimido por cariñosa mano, mientras que un niño de dulce aspecto y simpática mirada se le ponía delante obstruyéndole el paso.

—Dispensa, Juan, si con mis fuertes palabras te ofendí en el colegio; no fué esa mi intención; sólo quise advertirte el peligro; mas como en seguida nos rodeó una patrulla de chicos, no pude impedir que todos lo oyeran.

—Bien, bien, pero dime: ¿qué te va ni qué te viene de que yo ande con Jorge?

—A mí... nada; pero como los dos somos congregantes, creí deber mío el avisarte.

—Sí, soy congregante, y tanto como el que más. ¿No voy todos los domingos a Misa?

—Los domingos, sí; pero los demás días, no te suelo ver.

—Y a ti qué de todo éso, de que yo no vaya todos los días a Misa, ni a comulgar, ni...

—Es que se me ocurre que has cambiado desde que tienes por compañero a Jorge.

—¿Acaso es malo?

—Ni tampoco bueno; pero los que tras él vinieron, sí que lo son. Yo no te hubiera dicho nada, por andar con Jorge; mas como vi que de un amigo menos bueno y no congregante, pasabas a otros amigotes positivamente malos... Mira, para darte una prueba de que, al hablarte así, sólo lo hago por el interés que tengo de que seas tan bueno como antes, te confesaré que yo también creía una exageración del Padre el consejo que nos suele dar, de que procuremos la compañía de congregantes o de chicos muy buenos; mas al ver cómo tú de Jorge pasas a otros amigotes, veo que también los menos buenos nos hacen daño.

—Chico, ¿sabes que vales para cura? ¿Pero crees tú que yo he hecho algún disparate en compañía de esos que tú llamas amigotes?

—Creo que no; por eso te advierto antes que no tenga remedio. Tal vez después...

—Vete con tus tonterías a otra parte; es necesario tratar con todos; quizá el día de mañana tenga necesidad de ellos.

—¡Bueno! Acuérdate que acaso cuando adviertas que vas mal, sea tarde. Adiós, Juan.

Nuestro Juan llegó a ser un desgraciado y a salirse de la Congregación; un amigo menos bueno y conversaciones de la misma especie le llevaron al precipicio. ¡Cuántas veces más daño nos hacen compañeros no del todo malos, que otros por completo perversos! Estos nos hablan sin decoro ni recato y en seguida nos apartamos de ellos; al paso que los primeros poco a poco nos van enfriando y acaban por hacernos sentir mal de la Congregación y de sacarnos de ella.

A. P., Congr.

Tamerlán no retrocede.

Era una tarde fría de invierno. En una preciosa tienda de campaña descansaba Tamerlán de las fatigas del pasado combate; rudo había sido éste, y en él se había visto el Soberbio Mogol por vez primera derrotado. Sus capitanes deliberaban en el campo, pesando las razones que habría para proseguir adelante o dejar la campaña. Un fuerte sonido de trompeta les dió a entender que el Emperador los llamaba a consejo.

—El enemigo, manifestó Tamerlán, envalentonado con la pasada victoria, ha hecho grandes aprestos militares y se dispone a consumar la obra en el próximo combate. Mirad, capitanes, que sea acertado vuestro consejo si en algo estimáis la vida.

—Señor, dijo el más anciano, no temo la muerte; mil veces la he mirado cara a cara entre el fragor del combate; pero, si en algo estimáis vuestro honor y la gloria del Imperio, retrocedamos, os suplico: nuestro ejército quebrantado e inerme no será capaz de resistir el empuje del traidor enemigo. Tiempo vendrá en que, engrosadas vuestras huestes con soldados de refresco, podáis con ventaja presentar batalla al enemigo.

El parecer de los demás jefes fué el mismo; en aquellas circunstancias era una quimera presentar una batalla.

Mustio y cabizbajo Tamerlán oía el parecer de sus capitanes y expresaba en impotente cólera sus amargos sentimientos.

—¿Nos vamos a retirar tan ignominiosamente?

—No es cobardía, señor, es prudencia; pronto volveréis a deshacerlos.

Una pequeña hormiga subía entonces por una piedra situada frente al asiento del Emperador. Arrojada por dos veces seguidas al suelo por el bastón de Tamerlán, sin embargo ella de nuevo comenzaba a ascender, sin parecer desanimarse por aquella insuperable dificultad.

Asombrado Tamerlán ante constancia tan invencible e iluminado su entendimiento por una llamarada de luz, se levanta, increpa a sus capitanes con duras palabras y exclama: Iremos al enemigo; esta pequeña hormiga os confunde; cierto que mis huestes han sido diezmadas, pero más hace el coraje de 1.000 que 2.000 cobardes.

Tamerlán no retrocede.

Y no retrocedió y la victoria coronó su valor, llegando a dominar el Asia y gran parte de Europa.

¿Y nosotros? Caemos una, dos y más veces, y decimos: "es imposible, no puedo". Y por qué?—Porque retrocedemos, porque no imitamos a la hormiga, y a aquel Emperador en su constancia y valor. Que si no retrocediéramos de miedo, el amiguito y la ocasión quedarían vencidos. Ahí tenemos a Jesús en la Eucaristía que nos infundirá arrojo y valor suficiente para derrotarlos. A no retroceder.

E. B., Congr.



Núm. 116.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Marzo de 1923

El mejor y el peor amigo.

Como jueves, ya desde la mañana, previendo el paseo de la tarde, había más animación en el colegio.

Llegó la hora de partida y al sonar la campana, todos como con un resorte estábamos en nuestros puestos, prestos a romper la marcha.

Juan y Antonio, amigos inseparables, no perdían estas ocasiones para salir juntos. El primero había arrastrado al mal camino al segundo, a quien tenía como encadenado.

Pronto se separan de los demás, enredados sin duda en sus conversaciones, que por malas y del mal género, les hacen huir del gran grupo, como urgidos, por su mala conciencia.

Cuando más entretenidos y sin cuidado alguno caminábamos todos, al doblar un recodo de la carretera, vemos que se nos echa encima un caballo a todo galope.

El pánico es horrible; abrimos camino echándonos unos sobre otros; pero no da tiempo a Juan, que iba ensimismado en sus malas conversaciones. El caballo le pasa por encima del pecho, y le da tal patada que al poco se le para el corazón y muere allí mismo.

Acude el Hermano que nos acompañaba, le suelta el chaleco, le descubre el pecho, le mueve los brazos, pero todo inútil; todos aterrados, persuadidos que está muerto, ni acertamos a hablar.

Para serenarse y reanimarse y para descanso de aquella alma, que estará dando cuenta a Dios, reza el Hermano y contestamos todos emocionadísimos algunas oraciones.

Quedan con el Hermano algunos custodiando al cadáver y entre ellos su compañero inseparable. Tarda el juez en llegar a levantar el cadáver y rezamos en tanto dos rosarios, algo más serenados. Antonio, su inseparable, está ahora apartado sin acertar a rezar y sin poder contener las lágrimas. Se le acerca el Hermano, le quiere consolar, pero en vano; sigue inconsolable.

Se supo después la causa: hasta el momento mismo de ser derribado y muerto por el caballo no había cesado en sus malas conversaciones. No podía rezar porque le suponía en el infierno.

Está muy visto que no hay peor enemigo que el mal amigo; se le conoce en seguida en las palabritas, conversaciones y gestos; ni hay tampoco mejor amigo que el temor de Dios, que me puede echar al infierno y castigar como a éste cuando ceda a la tentación del mal amigo o de la mala pasión.

A. Z., Congr.

Voces de S. Francisco Javier.

Con qué gusto recuerdo lo que estos días durante la Misa nos están leyendo de San Francisco Javier, del compañero de San Ignacio más rebelde para convertirse y después más constante, heroico y generoso.

Poco tiempo pasó en Portugal antes de embarcarse, y ya todos le conocían allí con el nombre de Apóstol.

¡Y con qué alientos se embarcó para las Indias!! "Tengo grandes esperanzas, escribía desde el mar, de hacer mucho fruto en las Indias, porque no tengo ninguna de las dotes que se requiere para Misionero."

Y ¡cómo premió Dios aquella su confianza en Él y desconfianza en sí con tan inauditos milagros! Cuentan que a veces enviaba a los niños con su cruz y su rosario; rezaban las oraciones sobre los enfermos, y los dejaban curados.

Las conversiones eran numerosísimas: "Contío, escribe desde el Cochín, que este año haré más de 100.000 cristianos". A veces se cansaba de bautizar aquel mismo brazo que pasó por aquí este año y muchos tuvimos la dicha de besar.

Pero su celo era mucho mayor: "Muchas veces, dice, me vienen ganas de ir a la Universidad de París y dar voces como loco: ¡Cuántas almas se pierden por no haber quién las enseñe! ¡Cuántos jóvenes, si se parasen a considerar la cuenta que han de dar, trabajarían por conocer la voluntad de Dios, y por cumplirla una vez conocida, diciendo: "Señor, aquí me tenéis; ¿qué queréis que haga?"

Y me ocurre que otro tanto diría ahora si

Universidad de Deusto
Biblioteca

viese por aquí, al Instituto y a los Colegios de Bilbao y de toda España.

¡Qué corazón tan grande aquel, a quien los inauditos trabajos del Apostolado le hacen exclamar: "Más, más trabajo!" Y al mismo tiempo corazón tan tierno, que hablando de la Compañía de Jesús: "No sé, dice, acabar de escribir de tan delcitosa comunicación... que tengo mis recreaciones en pensar en mis compañeros, los Jesuítas, y llevo al pecho las firmas de sus cartas como reliquias y dulcísimo recuerdo."

Esto es tener corazón tierno y esforzado.

¡Quién lo tuviera tan animoso e hiciera tanto bien con él como él lo hizo.

P. A., Congr.

Prodigios recientes de S. Francisco Javier.

Este año, con motivo del triunfal paseo que ha dado el tan benemérito brazo de San Francisco Javier, ha obrado el Santo notorios milagros.

Uno en Tolosa de Francia, que se publicó en los periódicos de aquende y allende los Pirineos, en una religiosa bilbaína que hizo su noviciado en Erandio-Desierto: estaba ya agonizando a causa de un cáncer en el estómago y afección en la espina dorsal; otro en una Salesa, tuberculosa rematada en los pulmones e intestinos; otro en una religiosa también Agustina, con cáncer y gran dilatación de estómago. Las tres curaron repentina y completamente; la última sin besar la reliquia, gracias a la Novena.

De otra recuerdo también, tísica en último grado: Al llegar la reliquia a su casa de Tortosa, "la cogí, dice, y la abracé contra mi pecho, y no sé lo que la dije..." Al día siguiente se levantaba completamente curada.

Otros milagros van a publicarse en "El Siglo de las Misiones" de este mes. Todos nos deben aumentar la fe y la confianza en la intercesión de este Santo, que seguramente nos oirá en la Novena de la Gracia.

R. T., Congr.

Pájaros enjaulados.

Una espléndida mañana le ocurre a Luisito madrugar para salir temprano a cazar pájaros con liga; se le hacía triste ver su nueva jaula sin huésped.

Pertrechado con todo sale al monte, donde encuentra pronto un pocito que para su caso le parece a propósito; y le dice al compañero, que ha encontrado en el camino y le ha tomado de ayudante: Este es buen sitio; armamos aquí las varillas; pronto caerá algún prisionero.

—Y ¿dónde nos escondemos nosotros?, le replicó el compañero.

—Ahí, detrás de ese matorral.

Lo dejan todo a su gusto y corren a esconderse.

Poco tiempo llevan de espera, cuando ven acercarse a un pintado jilguerillo, que con toda inocencia se posa para beber agua en una de aquellas enligadas varillas.

Salen al punto de su escondrijo; le cogen con cuidado, le limpian lo que pueden; y sin esperar a que caigan más pajarillos, triunfantes, corren a casa.

Después de bien limpio lo mete en la jaula y exclama: Me da pena encerrarle en esta estrecha jaula para siempre; pero para eso le hemos cogido.

No, dice su hermanito, yo me encargo de librarle al pobrecito.

Tienen su contienda y vence el mayor y queda encerrado el jilguerito. Este se encuentra fuera de su elemento, y choca con las rejas que le impiden salir, hasta que se cansa. A los pocos días ya estaba acostumbrado a la jaula y parecía no echar de menos la libertad perdida

Al año próximamente le quieren dar libertad; pero el que antes era capaz de volar y volaba por los aires, sin tropiezo de montes ni distancias, ahora no puede.

Cuántos como este incauto pajarillo, caen en un vicio que les parece deleitoso; al principio se encuentran inquietos y sin descanso; se acostumbran por fin, y dominados no tienen fuerzas ni quieren pensar en el cielo que les espera y el infierno que deben temer. Pobrecitos!

M. A. E., Congr.

Ante un gallinero.

Me gustaba cuando iba solo de paseo al monte, descansar en un caserío que dominaba el valle y casi los montes vecinos; allí me sentaba y pasaba un buen rato entretenido en observar las costumbres de los animales domésticos. Los más simpáticos me resultaban los que había visto romper el cascarón y dar las primeras corriditas, algunos con parte del cascarón acuestas. No me cansaba de verlos y admirar aquellas maquinitas tan lindas llenas de vida.

Cómo podrá ser que aquellos huevos que vi yo escoger y ponerlos debajo de la gallina se hayan convertido en estos animalitos; allí no había más que una masa informe, clara y yema; y en pocos días han salido estas preciosidades que no paran un momento de piar y correr de un lado al otro sin separarse mucho de la gallina que hace de madre.

¡Qué deditos tan hábiles y delicados ha debido haber ahí dentro de ese huevecillo, me decía yo, que sin que nadie lo notara fueron transformando parte de aquella materia en esas alitas, parte en ojuelos tan listos que se aperciben de todo y hasta conocen al gavilán, sin que nadie les haya prevenido; otra parte convirtieron en ese pico que pía y tiene ya aprendida el habla, conque se entiende con su madre; en esas patitas tan listas, otra parte de esa materia, que les ha dado además esa agilidad sin ejercicio previo que salieron ya del cascarón corriendo!

Así pensaba yo y me parecía ver a Dios que se complacía en enseñarme en aquellos animalitos, tan listos como pequeños, su omnipotencia, su sabiduría y su bondad; y me parecía el caso más estúpido, que haya hombres que se tienen por sabios y dicen que todo eso lo hacen las fuerzas ciegas de la materia. ¡Si conocerán esas fuerzas y esa materia ciega e inerte que hace cosas tan lindas y les da tanta vida! Ellos sí que son ciegos. Yo quiero ver en todo la mano de Dios, y así me lo explico todo bien.

A. P., Congr.

¿Quién es el más valiente?

Caminaba un viajero de noche por senda desconocida. El camino como de montaña y casi todo él al borde de un abismo. El cielo se había ido cubriendo de nubes, señal de una próxima tempestad.

Deseoso el viajero de llegar al pueblo inmediato y adelantarse a la tormenta, había acelerado el paso, cuando de improviso en una de las vueltas del sendero, no ve y tropieza con una gran piedra, que se había desprendido de la montaña y que le obstruía el paso. Cae el desgraciado en el abismo en cuyo fondo oye correr un torrente. Creíase perdido irremisiblemente, cuando por una feliz providencia un arbusto que allí crecía le detuvo en la mitad del precipicio; con mil dificultades y peligros logró al fin valiéndose de arbustos, matas y malezas remontar la pendiente y volver al sendero.

Entonces un suspiro de satisfacción se escapó de su pecho oprimido. Dió gracias a Dios con todo su corazón, y después acordándose de la peligrosa piedra que obstruía el camino, y de los otros viajeros que pasarían por allí, exclamó: Yo debo remover esta piedra del sendero; no sea que la desgracia que he estado a punto de sufrir, ocurra a los que seguramente han de pasar por aquí.

Pero la piedra era muy pesada, y después de haber hecho algunos vanos esfuerzos para apartarla, fatigado y casi sin fuerzas, volvió a emprender su camino. Mientras se alejaba le pareció oir dentro de sí una voz poderosa que le hablaba: "Si los que vengan tras ti tropiezan en las tinieblas con el obstáculo que has dejado en tu camino, caerán y rodarán hasta encontrar la muerte en la precipitada corriente, ¿no será tuya la culpa?"

Hizo grandes esfuerzos para pensar en otra cosa, mas no lo consiguió porque su conciencia no le dejaba reposar: le parecía ver a uno ya caído y creía escuchar sus gritos de desesperación implorando socorro. Y no cesaba la voz de la conciencia: "Tu negligencia puede causar la muerte de muchos. ¿Qué te importa que te sean desconocidos? Todos los hombres son hermanos".

No pudo contenerse, y a pesar de la fatiga y de la tormenta próxima a estallar, volvió sobre sus pasos; llegó al sitio donde la piedra se hallaba, redobló sus esfuerzos y, valiéndose de su bastón de monte como de palanca, consiguió removerla del sendero; se sentó un rato para descansar antes de proseguir su marcha.

No habían pasado ni dos minutos desde que estaba allí sentado, cuando pasó un joven sin fijarse en él y a toda marcha, con la confianza que le daban sus pocos años.

Entonces vió claramente que si hubiese dejado la piedra atravesada, aquel joven seguramente se hubiera despeñado, y se dijo: "Este desconocido no llegará a saber nunca que me debe la vida: pero ¡qué me importa! Yo he cumplido con mi deber y éso basta".

Satisfecho del todo, tomó su bastón y se puso en marcha.

Bien pronto se desencadenó la tempestad; el estampido del trueno varias veces repetido por el eco hacía estremecer la misma montaña; el viento rugía entre las ramas de los árboles; los relámpagos iluminaban las negras nubes y el abismo. En medio de este desconcierto general de la naturaleza, él avanzaba con paso rápido y sereno. Una calma profunda reinaba en su espíritu; le parecía que con esta paz interior era más poderoso que la fuerza ciega de la tormenta que hacía temblar la montaña.

¿Sabéis por qué? Porque la voz de la conciencia es la voz del mismo Dios, que habla a nuestras almas; y cuando esta voz aprueba nuestros actos, somos muy valientes; Dios está con nosotros.

F. I., Congr.

Un rosario dos veces salvador.

Por la empolvada carretera, sombreada por árboles de majestad milenaria, volvía yo de mi paseo, estudiante, muy piadoso en mi niñez, pero que, actualmente, lejos de mi buena madre, había olvidado, si no perdido del todo aquella devoción de mis mejores tiempos.

Caminaba pensativo, inclinada mi cabeza sobre el pecho, cuando mis ojos se fijaron en una cadenita, un rosario que casi confundido con el polvo del camino cerca del pretil se encontraba. Mi primer pensamiento fué el de pasar adelante y dejarlo como un objeto empolvado y sin valor. Mas el recuerdo a mi antigua devoción a la Santísima Virgen me hizo agacharme y recogerlo.

—Ya que no podré devolverlo a su dueño, se lo daré a la Virgen María, a quien todos los rosarios le están consagrados; lo depositaré en la primera iglesia que encuentre.

En efecto, entro en una iglesia y derecho me dirijo al altar de la Virgen María; la Virgen como que esperaba a su hijo para llamarle en su corazón; y me pareció que me decía:

—Rézame un rosario antes de dejarlo sobre el altar.

Conmovido ante aquella inspiración, me arrodillé y recité devotamente el rosario que se desliza entre mis dedos. Y María, la buena Madre, seguía hablando a mi corazón:

—En tu infancia oisteis una voz de Jesús que te decía: "Sé sacerdote, hijo mío". No escuchaste la llamada y sin embargo ésta es tu vocación; vuelve a ella.

Un rayo de luz fueron estas palabras que penetraron hasta lo más profundo de mi alma. Lloré, recé, reflexioné con devoción y al fin exclamé:

—¡Madre, Madre mía! Vuelvo a tí; estudiaré, procuraré ser un digno sacerdote y apóstol de la fe de tu Hijo.

Cumplí la palabra. Llegué a ser sacerdote, y mi devoción favorita era la del Santo Rosario, y gustaba rezarlo con aquel rosario que años atrás encontré en su camino y al que debía la gracia inmensa de esta santa vocación.

Pasaron los años y la divina Providencia quiso que pasara a capellán de un hospital.

Un día, visitando a un enfermo, fuí rechazado con un violento:

Universidad de Deusto
Biblioteca

—No me habléis de religión; yo no creo nada.

Viendo que la dulzura y la bondad no producían efecto alguno le dije:

—Pues bien; rezaré un rosario por vos. Quiera Dios...

—No me habléis del rosario.

—Pero si estas oraciones a todos hacen bien...

—Al contrario, señor cura; el rosario es la causa de mis desventuras

—¡Cómo es eso, amigo mío!!

Y el enfermo, irguióse sobre la almohada y relató:

—Os lo diré, señor cura, puesto que tanto lo deseáis. En mi infancia, rezaba con mi madre y con mi familia el rosario todos los días. Crecí, y cuando llegué a mayor tuve que alejarme del hogar para estudiar una carrera. Malos compañeros ¡si antes lo hubiera sabido! me arrastraron al mal, al desdeño de todo cuanto sea Religión. Me hallaba en esta situación cuando fuí llamado a mi casa. Mi pobre madre se moría. ¡Pobre madre! No quise apenarla y prometíle rezar el rosario cada día. Y mi madre me dió su rosario, rosario de cuentas desgastadas por el uso.

Volví a mis estudios. Al principio, no sé si por el recuerdo de los días de pena, cumplí fielmente mi promesa. Luego, los amigotes entibiaron mi devoción hasta el punto que un día cedí a una infame tentación que parecía decirme: "Despójate de tu rosario, échalo". Lo hice así; mas desde entonces siempre soy desdichado, me creo maldito.

Callóse el enfermo agitado por cruel remordimiento.

Y el sacerdote, no menos conmovido, le preguntó:

—¿Cuándo fué eso? ¿En qué año, en qué mes, en qué día?

Y ante la precisa respuesta del enfermo, introduje en la sotana mi temblorosa mano y saqué el rosario.

—¿Lo reconoces?

El enfermo, abre los ojos enormemente, no acierta a articular palabra alguna.

—¡El rosario de mi madre!

Lo coge amorosamente y llorando lo tiene pegado a sus labios largo tiempo.

Interrumpí aquel largo silencio.

—Ese rosario que deciais es la causa de vuestras desdichas ha sido para mí la salvación; sepa que a él debo yo el ser sacerdote. Y ahora, amigo mío, será la causa de vuestra eterna salvación.

Días después moría el enfermo besando el rosario de su santa madre. El sacerdote tomólo de nuevo. Las cuentas desgastadas siguen corriendo por dedos...

F. M. C., Congr.

¡Pobre conejo!

Había en un monte multitud de conejos que estaban jugando y brincando contentísimos.

No lejos estaba un perro de presa al que se le hacía la boca agua viendo tan cerca tan exquisito bocado; pero sin embargo no podía y se contentaba con gruñir y enseñar los dientes.

De pronto un conejito chiquitín y flaco tiene la mala ocurrencia de acercarse más que los otros y cayó en su poder.

—¡Ay! Suélteme usted. ¿No ve ahí cerca otros compañeros míos mucho más gordos y dignos que yo de su paladar?

—¿No has visto, infeliz, que estoy atado y solo puedo cazar a lo largo de la cadena? Si no, no quedaba ni un conejo en todo el monte. Y dicho esto se lo comió de un bocado.

Sabemos también que el diablo está atado y que nada tenemos que temer mientras huyamos de los lazos que nos tienda: del cine, del mal amigo, de la mentira... pero desgraciado del que se ponga al alcance de sus garras.

E. B., Congr.

Correspondencia abierta.

De los Madriles.—Digna de leerse.

No sabe V. lo bien que me conservo aquí. Como estoy tan ocupado ni tiempo tiene el diablo para tentarme; y además no en balde guardo en mi cartera los consejos y recetas que aprendí en Loyola en los cuatro días de ejercicios, de donde saqué el propósito firme de volver este verano.

De amigos ando bien, pues con ninguno tengo libertad, ni se permiten ellos tenerla conmigo. Ya saben que no me gustan algunas cosas y se callan o cambian de conversación sin hacerlos yo la menor indicación. Me bastó poner el primer día mala cara y ya están al tanto de mi gusto.

Solo tengo un buen amigo que V. conoce tan bien como yo.

Le gustará a V. mucho saber que los dos somos en Madrid también catequistas.

Invitados por un buen sacerdote nos pusimos incondicionalmente en su ayuda.

Todos los domingos, de 3 a 4, tomamos la lección a un grupo de chicos; luego el Párroco les explica y les cuenta alguna historia; y un servidor sube con un grupito de ellos al coro, donde bajo mi dirección cantan algunos cánticos a la Virgen y al Corazón de Jesús, de los que cantábamos en Bilbao; y después a casita.

Me alegra mucho la catequesis; se me figura estar con los chicos de su Catecismo de Luchana; pues en instrucción andan a la par.

No hay joven que salga tan contento de cines, ni de bailes, etc., como nosotros de nuestra catequesis.

I. L. O., Congr.

FLORES Y FRUTOS

Núm. 117.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Abril de 1923

El regio fantasma.

Envueltos en las sombras de una oscurísima noche, cubiertos sus vestidos de nieve y ateridos los miembros por el intensísimo frío que penetraba hasta los huesos, caminaban dos caballeros, uno delante del otro: el primero ocultaba con amplio manto de artesano sus reales insignias, y el otro envuelto en un capote de soldado, pasaban desapercibidos entre los pocos campesinos que a tales horas cruzaban la campiña.

Un observador perspicaz que frecuentase la Corte, hubiera reconocido al instante, que aquellas dos sombras que en noche tan desapacible cruzaban el campo, eran: el gran Rey de Hungría, San Ladislao, a quien se debió la independencia de su patria y el restablecimiento de la paz interior, turbada hasta entonces por continuas guerras civiles que ensangrantaban el país, y el Capitán de su guardia.

Tenía por costumbre este gran Santo y Rey, salir todas las noches acompañado del Capitán, por una puerta secreta del Regio alcázar, para ir a una iglesia vecina, abierta expresamente para el caso, hacer la guardia, como caballero, al Rey de los Reyes oculto en el Sagrario, y después, recorrer una larga lista de cabañas y casuchas miserables donde yacían muchos de sus súbditos en la más espantosa miseria y algunos tendidos en el lecho del dolor. Para todos tenía palabras de consuelo y cariño; y no contentándose sólo con palabras, les daba alimentos, vestidos, medicinas y todo lo que necesitaban.

Tanto gustaba el monarca de esta costumbre, que, según decía, era la acción que más le agradaba de todas las del día: era doblemente Rey, por la Corona y por el gran afecto que le profesaban sus súbditos, como compensación de lo que hacía por ellos.

Crujía la nieve bajo los pies de los dos caminantes que habían recorrido ya gran parte de su camino, cuando el Capitán, no pudiendo más, exclamó:—¡Señor, no puedo más, mis miembros están helados y mis pies no pueden ya andar!—A lo que se limitó a decir el soberano:—Pisa donde yo piso.

Al oir aquella voz venerada que en cien combates le había hecho despreciar la muerte, un sentimiento de pundonor militar, le hizo reflexionar:—Si el Rey, mi Señor, sufre, ¿por qué no he de sufrir también yo? Tal efecto causaron en él aquellas palabras, que nunca volvió a quejarse ni del frío, ni del cansancio en las excursiones nocturnas; más parecía sentir calor cuando pisaba en las huellas que el Rey dejaba.

¿No podríamos, también nosotros, sufrir un poco por Dios y llevar no sólo con paciencia, sino con alegría todos los trabajos del estudio, pensando un poco por la mañana en lo mucho que Cristo, nuestro Rey, padeció por nosotros?

S. A. L., Congr.

Bien premiado.

Pedro era el niño de la Parroquia que mejor se sabía el catecismo, y no le movía a ello los regalos y golosinas que les daba el señor Párroco, sino el deseo de saberse muy bien la ley de Dios, como se lo aconsejaban sus padres.

Cierto día explicábales el señor Párroco: "No debemos guardarnos aquello que no nos pertenece; tenemos que hacer las diligencias conducentes para entregarlo a su legítimo dueño..."

Al salir de la catequesis tomó Pedro el camino de su casa. Iba con la vista baja, pensando en lo que les había dicho el señor Párroco, cuando he aquí que tropieza con un objeto que entre el polvo del camino estaba escondido; bájase a cogerlo y reconoce en él una abultada cartera. Ni siquiera se detuvo abrirla; corriendo sigue camino de su casa y cuenta a sus padres lo sucedido; éstos al punto, como buenos cristianos que eran, van

Universidad de Deusto
Biblioteca

a la Parroquia a dar cuenta del hallazgo. Al pasar por una callejuela oyeron redoble de tambor. Dirigiéronse allá al punto y cuál no sería su sorpresa al oir al atabalero decir: "Se ha perdido una hermosa cartera con documentos de importancia; el que la entregue en la Parroquia será espléndidamente gratificado por su dueño". Encaminan hacia ella sus pasos, gozosos, no de recibir la recompensa ofrecida, sino de ejecutar una buena acción; al llegar vieron al señor Párroco hablando con el dueño de la cartera. Al punto se adelantan hacia ellos, y después de relatar lo ocurrido, entregan la cartera a su dueño. A las preguntas de éste, de cómo podría pagarles tan gran servicio como le habían prestado, Pedro le contestó: "Toda mi aspiración es llegar a Sacerdote; pero mis buenos padres no tienen los recursos suficientes..."

Aquel caballero que era de buen corazón y cristiano, le abrazó y dijo: "Yo te procuraré los medios de serlo". Y pocos días después partía Pedro con su protector, camino del Seminario.

¡Cuánto importa ser honrado desde jovencito! ¡Qué bien lo premia Dios!

J. M. de M., Congr.

El que ama el peligro, en él perece.

Era este un ratoncito que vivía con su madre entre las cestas del armario de cierta despensa, royendo algunas migajas de pan, cuando no alguna que otra cortecita de queso. Un día que el ama de la casa se descuidó en dejar abierto el armario, se le ocurrió salir a ver mundo; es decir, el mundo de la despensa, que para él no había otro, despreciando como si fuesen cuentos los consejos que le había dejado su madre, de que no saliese de la cesta hasta que ella volviese.

Y dicho y hecho; de un saltito se plantó fuera del cesto, deslizándose con mucho tiento por las maderas del armario hasta el suelo de la despensa, donde preludió su canto de victoria con un chillido apenas perceptible.

Allá por el techo veía grandes girones de carne que debían ser chorizos y jamones; pero ¡estaban tan altos!...

—No deben ser buenos, dijo consolándose así ya que no podía alcanzarlos, y abriendo más y más sus ojitos. Continuó su paseo a lo largo de la despensa husmeando paredes y alacenas, sin encontrar bocado digno de su paladar.

Ya iba a retirarse, aburrido de ver mundo sin provecho, cuando llegó a sus narices cierto olorcillo como a queso tan picante que le produjo un leve estornudo. Mirando por aquí y olfateando por allá, al fin se encontró con un pedacito de queso de holanda, prendido por dos varillas de alambre que partían del centro de un arco del mismo metal. Mas era el caso que su madre le había advertido que aquello era el cepo que los hombres ponían para que atraídos los ratones por el cebo de la comida fuesen cazados. Pero ¿qué sabían las madres de todo eso? ¡Bah! excesos del cariño maternal, dijo para sí. Si él se aventurase a morder sólo una esquinita del queso... no le pasaría nada.

Se estiró lo que pudo, aseguró las patas contra el suelo y... pudo arrancar, sin que nada le aconteciese, un pedacito al queso.

¡Vaya, vaya!—exclamó gozoso a la par que roía su presa:—está visto que son excesos del amor materno. Todo lo han de ver negro. Si yo pudiese coger aquella otra esquinita... por aquel lado no hay peligro. Y sin apenas titubear se arrojó de nuevo al queso con menos cuidado que la primera vez, aunque también ésta salió con su empresa.

Envalentonado con el feliz éxito de su temerario arrojo, lanzóse por tercera vez sobre el sabroso queso, con tan pocas precauciones y tan temerariamente, que habiendo tropezado con una de sus patitas contra el cepo... ¡zas!... se cerró éste y quedó cogido hasta que a la mañana siguiente murió entre las garras del gatazo de la casa, sin que de nada le valiesen ni los tardíos esfuerzos de su madre ni los suyos propios.

Muchos se le parecen: a pesar de que se les advierte de que en el cine y con ciertos compañeros, aunque parezcan buenos, tienen peligro, no hacen caso. Pasan adelante después con los pensamientos y preguntas y conversaciones indiscretas y malas, y quedan cogidos en las garras del gatazo infernal. ¡Allá ellos!

A. P., Congr.

Limosna bien devuelta.

Por una de las mal empedradas callejuelas de Metz una anciana cubierta de harapos caminaba lentamente apoyada en tosco cayado; parábase de vez en cuando para enjugarse el sudor que corría de su tostada frente; de pronto se detuvo ante una puerta que se destacaba entre todas por su gran aldabón y por la altura con que se levantaba orgullosa y resaltaba entre las mezquinas casas de que estaba rodeada, hacía suponer que estaría habitada por personas de distinción.

Después de un pequeño titubeo cogió la aldaba y reuniendo sus escasas fuerzas dió recio aldabonazo que lúgubre resonó dentro de la casa. No había pasado mucho tiempo cuando la hoja de la puerta giró sobre sus goznes y por ella la anciana desapareció. Dentro del aposento una majestuosa señora adornada de ricas prendas acogió afable a la mendiga y la condujo por un corredor a lo que componía la mansión del que por entonces era burgomaestre de la ciudad de Metz. Llegaron a un humilde cuarto que desdecía de lo restante de la casa, y una vez sentada la pobre anciana en vieja poltrona, la señora asomóse al dintel de la puerta y llamó a la criada y mandó que preparara la comida, que por sus propias manos sirvió a la pobre. Esta, con lágrimas en los ojos, no podía expresar la gratitud que sentía hacia la caritativa dama, y una vez que hubo saciado su apetito emprendieron la vuelta hacia la puerta que antes la había servido de entrada. Llegado que hubieron, la señora deslizó en la mano de la mendiga una moneda de oro, al mismo tiempo que la puerta se cerraba, dejando tras sí la anciana una estela de bendiciones, mientras que su ángel allá en el Cielo apuntaba con letras de oro la generosa acción.

En los albores del otoño los fríos vientos vinieron acompañados de la noticia que los prusianos habían declarado la guerra e invadido el territorio. Los aldeanos con el ajuar que la premura del tiempo les dejó recoger venían en tropel diciendo que los enemigos dejaban tras su paso incendios y destrucciones, y que con marcha acelerada se dirigían hacia el corazón del país. Las noticias llegaban confusas, y en previsión el burgomaestre organizó la defensa de la ciudad con las fuerzas de que disponía y con los ciudadanos que espontáneamente querían quedarse, aunque veían que no podrían resistir a las numerosas fuerzas que poseía el invasor. En efecto, vino éste, mas tras heroica defensa sucumbieron. El burgomaestre apeló a la fuga: con su familia y con lo que pudo reunir se lanzó al campo. Toda la noche erró sin rumbo fijo, hasta que cansados y ateridos divisaron una luz que como faro surgió ante ellos. Llegado que hubieron a la casa llamaron en ella y tras la breve espera oyeron un apagado "adelante" que les permitió pasar el umbral de la puerta. Una vez dentro contemplaron una escena difícil de describir: en un mísero lecho una anciana con un Crucifijo, que apretaba con frenesí, estaba casi en las últimas convulsiones de la muerte; y ¿cuál no sería la sorpresa de la dama al reconocer en ella la mendiga a quien solía dar limosna? También ella en un postrer esfuerzo la había reconocido. El burgomaestre la contó lo desesperado de su situación. Comprendiólo en seguida la moribunda y con un ademán señaló una puerta del cuarto; se metieron por ella precipitadamente todos. No había pasado mucho tiempo cuando voces intempestivas se dejaron oir fuera de la casa; entraron en ella varios soldados que plantados se quedaron delante de la pobre moribunda; vacilaron un poco y salieron dejándola sola. Cuando salieron al poco los perseguidos de la habitación la anciana espiraba con la sonrisa en los labios, pagando así la limosna que había recibido.

No había pasado mucho tiempo cuando se oyeron las pisadas de los caballos de los soldados que se dirigían a otra parte a buscar al burgomaestre.

N. R., Congr.

Un cobarde de tantos.

Termina la solemne función de iglesia entre el humo del incienso; del coro, en el fondo de la nave, parten las últimas notas de una Salve entonada devotamente por los fieles. La gente comienza a retirarse con religioso silencio. Las elocuentes palabras del predicador han conmovido a la multitud...

En un rincón solitario de la iglesia, dos jóvenes hablan en voz baja:

—¡Vamos, Enrique! ¿te animas?

—Sí, hombre, sí...

—Entonces hazlo pronto... Esta misma noche.

—Ahora mismo me confieso. Créeme...

—Te creo. Mira ahí tienes al Padre que nos ha dado estos santos ejercicios... que te han convertido.

—¿Crees tú que confesará?

—Sí, parece que te espera. Vete.

—¿Me aguardarás?

—Aquí te aguardo.

—¿Qué tal?

—Estoy contentísimo. ¡Si supieras qué vacío he llenado, o mejor dicho qué peso he dejado!

—Créeme que la alegría la tiene el que vive bien, aunque viva en medio de los mayores trabajos y penas. La tiene el que lleva la conciencia tranquila.

—Es verdad. ¿Y pensar que hasta ahora he sido un cobarde? Pensar que yo tantas veces me he dejado arrastrar de lo que otros sinvergüenzas hacían y decían... Vamos, he sido un cobarde pero ya... ya no lo soy ni lo seré. Te lo juro...

—No te fíes tanto, mira que también San Pedro dijo: Señor, aunque todos te nieguen y te abandonen, yo no. Y sin embargo...

—No me tortures más. Mañana iré a misa y comulgaré.

—¿A qué hora? ¿Vendrás conmigo a las siete?

—¡Oh, no! Eso de ir tan temprano parece como querer esconderse de la burlesca mirada de los compañeros de antes; yo quiero demostrarles que he cambiado...

—Haz lo que quieras. ¡Hasta mañana!

—¡Hasta mañana!

Son las ocho de una mañana soberbia de mayo.

Enrique sale de su casita con firme paso. Son las ocho, se dice; no me importa. Iré a misa de ocho y media. Así será más pública mi conversión. Sobre todo lo que quiero es demostrar a esos que fueron, ya no son, mis amigos, a Benito el fanfarrón, a José el embustero, a Paco el... que son unos idiotas. ¡Toma! Por allí vienen. Mejor que mejor...

—¡Hola, Enrique! Veníamos a buscarte con temor de no encontrarte. ¡Chicos! Andando...

—No, yo voy...

—Sí señor. Tú vienes con nosotros, ahora

Universidad de Deusto
Biblioteca

mismo. Hemos organizado una partida de caza y tú no puedes faltar. El auto que hemos alquilado no tardará en llegar... aquí al Café donde nos hemos citado con el schauffer. En tanto tomaremos unos refrescos... ¡Mozo! Cuatro grosellas ¡Pronto!

—Es que...—exclama todo rojo Enrique a quien los amigos han arrastrado a un cafetucho—.

—¿Qué?—repite Benito mirándole fijamente a los ojos.—No te apures, que yo convido... ¡Anda, bebe!

Y Enrique, más pálido que el mármol de la mesa, apura temblón la copa que sostiene entre sus manos...

Nunca presumas de tí mismo. No hay más valiente que el humilde que confía en Dios y no en sus fuerzas.

F. M. C., Congr.

Una caldera que habla.

Un rico labrador, a la vez que alcalde de su pueblo, quiso obsequiar con una merienda en el campo a los niños del lugar. Resultó la fiesta lo más alegre, quedando todos satisfechísimos. En el momento de mayor algazara y alegría, notó el alcalde que le faltaba la navaja con que él había ayudado a mondar las manzanas y peras que les había dado; pero a pesar de que buscó y rebuscó, nadie sabía dar razón de ella. Este labrador, que no tenía nada de tonto, pensó para sí: Alguno de estos la ha de tener; pronto sabré cuál de ellos es.

Manda a un criado que traiga una gran caldera llena de ollín por fuera; que meta dentro una bujía que había encendido para el caso; y todo ello en una habitación completamente oscura. Manda a todos los chicos que entren; cuando todos están esperando alguna nueva sorpresa, dice el alcalde: Ahora pasad uno tras otro por el lado de la caldera tocándola con la mano derecha; la misma caldera descubrirá quién es el ladrón de mi navaja.

Al oir esto los más pequeños se sobrecogen de temor, creyendo que iba a salir de la caldera algún monstruo; pero los mayorcitos, que se las echaban de valientes lo toman a guasa diciendo: ¡Cuidado! la caldera va a dar un mordisco al ladrón, o si no dará un sonido como la campana de la torre.

Tocan, pues, como el alcalde les ha dicho, la caldera, pero la caldera no suena, ni el ladrón se queja de mordisco alguno. En vista del éxito que ha tenido el alcalde comienzan los niños a reirse y a decir que no tenía resultado alguno la prueba.

Sacó entonces el alcalde de la caldera la bujía para iluminar el cuarto y exclama: Id pasando y enseñándome cada uno de vosotros la mano derecha.

Todas las manos estaban tiznadas menos la de uno. ¡Ah, tú eres el ladrón!—exclamó—porque como tenías mala conciencia no te atreviste a tocar la caldera. Y en efecto, en el bolsillo del pantalón del muchacho encontró la navaja. Entonces dijo: Conservad vuestra conciencia limpia de todo mal, pues aunque es verdad que sólo Dios ve el corazón, permite muchas veces que se descubra al que ha hecho alguna mala acción.

P. A., Congr.

Con Dios no se juega.

Muy pocos años ha que en un Colegio un jovencito de familia muy conocida se sintió con vocación religiosa. Tan resuelta era que no bastaron durante dos años las innumerables tentativas que hizo su madre por arrancársela del corazón. Llevábalo a toda clase de diversiones y espectáculos mundanos a fin de que se distrajera de su propósito, que tan contrario era a los planes que sobre él tenía formados. No miraba en que con aquellos espectáculos iba exponiendo no sólo la vocación, sino el alma y la pureza de su hijo.

Un día proyectó un paseo en compañía de algunas señoritas. Como es natural nuestro joven tuvo que mostrarse atento y en especial con una se mostró tanto, que quedó prendado.

Al volver a su casa fué a dar a su madre la grata noticia de que ya había conseguido su intento con aquel pasco, pues ya no pensaba para nada en su vocación de religioso.

La desventurada señora se llenó de gozo por su ansiado triunfo. Cuando su madre fué a pedir la mano de la señorita de quien se había enamorado su hijo, ella, que estaba muy enterada de los deseos que antes había abrigado de ser religioso, le respondió que quien había sido infiel a Dios, también lo sería con ella y que por tanto no contase para nada con ella.

Este primer castigo de su infidelidad a la vocación hizo que al primer mal paso se siguieran otros y al cabo se vino a encontrar metido de lleno en el mundo, mucho más lejos de donde lo había querido llevar su madre.

Esta al ver los desórdenes a que se entregaba y las lágrimas que le hacía derramar, fué desconsoladísima al P. Rector a suplicarle que le hiciera decir muchas misas para que Dios devolviera la vocación a ese hijo, de cuya perdición era ella la causa. El Padre Rector le contestó: "Señora, con Dios no se juega".

Se casó al fin con una joven, pero para desgracia de ambos. Una vez, entre otras de las varias que solían reñir, tuvieron un altercado tocante a dinero. Al día siguiente salió él de cacería acompañado de dos criados. No había pasado mucho tiempo desde que se separó a cierta distancia de ellos, cuando oyeron un disparo. Acudieron creyendo fuera una pieza cazada por su amo. Su espanto fué horrible al encontrarlo cadáver con su escopeta al lado. Según todas las averiguaciones no hubo suicidio, sino una casualidad.

Así acabó este joven infiel dejando a su madre con la espantosa duda de si fué un suicida el que no quiso fuera jesuíta.

E. G., Congr.



Núm. 118.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Mayo de 1923

La primera rosa del Perú.

La importación de la rosa en el Perú, revistió no sólo el mayor interés, sino también el carácter de verdadera solemnidad para las gentes cultas de aquel país; y debemos al autor de la acreditada Historia del Nuevo Mundo, P. Bernabé Cobo, S. J., haber recogido y consignado cuidadosamente en la primera mitad del siglo XVII, todas las noticias y tradiciones acerca de este curioso asunto.

Fué, según dicho escritor, hacia el año 1552 cuando llegaron a la ciudad de Lima para ser allí sembradas las primeras semillas de rosal. "Como cosa deseada, dice, se puso gran cuidado y diligencia en sembrarla para que se lograse y perpetuase en esta tierra y con este intento se dijo una Misa con la semilla sobre el altar, para que con la bendición del sacerdote tuviera feliz suceso como lo ha tenido, porque al presente es una de las plantas que más se han extendido en estas Indias, y de las que más copiosamente nacen en todas partes. Diéronse las primera rosas en esta ciudad en el sitio donde ahora está fundado el hospital del Espíritu Santo, siendo virrey del Perú el marqués de Cañete."

Según el mismo escritor, una vez nacidos los rosales y llegado el momento de dar las primeras rosas, que debieron ser sencillas, quisieron las piadosas personas que de ello se habían ocupado, ofrecer a la Madre de Dios la primera rosa abierta en el Perú, y así se hizo en una curiosa y bella ceremonia, solemnemente celebrada en aquella Iglesia Mayor, y en la cual el Arzobispo de Lima, Fray Jerónimo de Loaisa, a vista de la gran concurrencia de fieles, colocó la primera rosa en la mano de una escultura de la Virgen María, que en aquel templo se veneraba.

La primera rosa de nuestro huerto, el primer pensamiento del día qué bien estará en el corazón de Nuestra Reina y Madre, para que Ella bendiga el huertecillo de nuestro corazón y se llene de rosas para María, de flores que son una alegría para hoy, una esperanza para mañana y un tesoro en el cielo.

Huertecillo con cielo de Mayo, con brisas de Mayo, con agua de Mayo, con bendiciones de la Reina de las flores, de los corazones buenos que piensen en Ella y se vencen por Ella, de los corazones puros, que huyen de aires mal sanos... Huertecillo de Mayo, cuántas flores darás para la Virgen María, si empiezas el día pidiendo en la Santa Misa, en la Sagrada Comunión, aquellas bendiciones que pedían para sus semillas de rosa las devotas gentes del Perú.

A. M., Congr.

En mis apuros, la Sma. Virgen.

Bretón fué en algún tiempo irreligioso y sin fe, como lo eran sus compañeros, que no veían con buenos ojos la conversión de su amigo.

Lo que más excitaba su hilaridad era que Bretón llevase colgada del cuello una medallita de la Virgen, pues no entendían para qué podía valer.

Escuchad, les dijo, en una ocasión en que se habían excedido en sus bromas, y después de escucharme podéis reiros cuanto queráis.

Hace próximamente cinco años que pasó lo que voy a referiros: Era yo escultor y mi taller había adquirido fama por la estatuaria profana. Nunca tuve afición a la escultura religiosa aunque mi mujer mucho me lo había recomendado.

Muchos de mis clientes eran algo remolones en el pago, pero al fin pagaban; aunque algunos de mis parroquianos resultaba de vez en cuando insolvente; y como algunas veces suponían mucho los gastos hechos mi pequeño capital más bien disminuía que aumentaba.

Como si esto no fuese bastante para llevar la desolación a mi espíritu, empezó a disminuir la demanda de obras y mi taller quedó la mayor parte de los días cerrado por falta de trabajo.

A esta desgracia quiso la suerte fatal acumular otras mayores y cuando menos lo pen-

Universidad de Deusto
Biblioteca

saba cayó enferma mi esposa, a la que quería con toda mi alma.

Después de muchos meses de cama, con un sinnúmero de gastos, cuando yo con más empeño me disponía a trabajar para reponer mi capital me disloqué un brazo. Comenzaron de nuevo los médicos a frecuentar mi casa, y este estado de cosas se prolongó por más de medio año, llegando la penuria a mi hogar hasta el extremo de llegar a pensar en el suicidio.

A pesar de que no creía en ninguna cosa tocante a la religión, rezaba todas las noches tres Ave Marías a la Virgen, más bien, por seguir una costumbre que desde pequeño tenía, que por verdadera devoción.

A tal punto llegó mi situación que una tarde estando sentado en mi despacho, cogí el revólver, lo preparé, y ya me disponía a disparar, cuando llegó hasta mí la alegre voz de mi querido Juanito, con una de esas exclamaciones que ignoran el sufrir. Conmovido por la voz de mi hijo quise darle mi despedida y busqué papel para escribir algunas frases de cariño...; lo primero que se presentó a mis ojos fué una estampa de la Santísima Virgen, cuando escribí la primera palabra y la angelical voz de mi hijo resonó en la puerta del aposento. Con verdadera contrariedad me dirigí a aquella puerta que no pensaba volver a franquear nunca.

Papá, me dice mi hijo echándoseme al cuello, toma esta carta que me acaba de dar un señor que te espera abajo.

Quien me esperaba era un antiguo amigo mío, y al preguntarle por el objeto de su visita me contestó: Necesito una estatua de la Inmaculada y como me han hablado con elogio de sus obras he decidido encargársela a usted. Quedamos en que cuando se me curase el brazo se la haría y escogió por modelo precisamente la estampa en que pocos minutos antes había fijado al querer despedirme de mi hijo.

Después de esta visita y sentado Juanito en mis rodillas abrí la carta que poco antes me entregó y ¡cuál no sería mi asombro al encontrarme dentro un billete de mil pesetas!

Papá, me dice Juanito, todo esto se lo manda la Virgen, porque todos los días cuando tú te marchas, mamá y yo le rezamos una novena para que nos saque de este apuro y nos dé con qué comer; toma, papá, esta medalla y llévala siempre contigo.

Decidme ahora, amigos: ¿Os extraña que lleve en mi pecho la imagen de la que me sacó de la situación que acabo de referíros?

¡Quién no confiará en la Santísima Virgen!

L. S., Congr.

Cómo se salvó el Conde.

Estaba dándose la Misión por aquellos días en el pueblecito de Macina por dos Padres Capuchinos, cuando llegó a dicho pueblo el Sr. Conde, dueño casi del pueblo, hombre irreligioso y poco caritativo, que abusaba de su buena pluma para atacar a nuestra Sacrosanta Religión. Su ángel tutelar en la tierra, aparte del especial que todos tenemos, era su buena y bondadosa esposa.

Esta había procurado mantener en su esposo la costumbre, que ya a éste le había inculcado su piadosa madre, de rezar el Santo Rosario a la Santísima Virgen.

Al segundo día de llegar al pueblo consiguió la mujer del Conde que éste le acompañara a la Misión. Mas él, sólo se quedó breves momentos en la Iglesia y pronto se salió de ella, volviéndose al terminar a buscar a su esposa. Pero durante el corto intérvalo que había estado en la Iglesia oyó ciertas palabras acerca de la intercesión de la Virgen, que le interesaron. Al día siguiente, último de la Misión, no tuvo que rogarle mucho para que asistiera a todo el acto.

Al salir de la Iglesia grandes remordimientos empezaron a conmover su conciencia; era la gracia, que Dios, por intercesión de su Santísima Madre, derramaba sobre aquel pecador.

Al llegar a su casa contóselo a su mujer, la cual se llenó de gozo al entrever la conversión de su marido que con tanto ardor había pedido.

A la mañana siguiente, acompañado de su esposa, dirigióse a la Iglesia, donde después de maduro examen hizo confesión general de 40 años de mala vida. Recibió momentos después el Cuerpo de Nuestro Señor; y al salir de la Iglesia ¡qué paz inundaba su alma! Su áncora de salvación había sido el Santo Rosario.

J. M. de M., Congr.

Cómo es el mundo.

Me acuerdo y nunca puedo olvidarme de una lección de geografía que dimos el año pasado. Se trataba de la forma del mundo; todos estábamos esperando sacase el profesor a relucir una vieja esfera, que la tenía cuidadosamente guardada en un armario. Pero tardaba y casi nos impacientaba su mucha calma; hasta que al poco sacó de su bolsillo una manzana de buenísimo aspecto que mejor servía, a nuestro entender, para que la incáramos el diente que para explicarnos la redondez de la tierra; así que nuestra atención estaba más en el gusto que tendría que en su forma.

Después que nos explicó con ella el achatamiento de los polos y cuanto quiso, me la echo a mí, que estaba el primero en la clase.

Yo no tuve tiempo para partirla, de modo que la desilusión llegóme antes, pues la encontré por dentro toda podrida.

Lo notó en seguida el profesor, y ya que a mí no me había servido para saciar el gusto, quiso que aprovechase a todos de otro modo mejor, hablándonos de lo bien que representaba la tal manzana el mundo, bonito y gustoso al parecer, y por dentro podrido y lleno de penas y desengaños.

No tengo muchos años, y ya voy comprendiendo que el mundo está así tan podrido como aquella bonita manzana; quisiera que Dios me sacara de él antes de ofenderle mortalmente, o llevándome al cielo, o despidiéndome de él y entrando religioso. ¡Así sea!

I. N., Congr.

Cómo anda más un cojo que uno a caballo.

Augusto tenía 35 años. Aquella madrugada triste, después del fracaso de su obra, cuando aún resonaban en sus oídos las protestas del público y las ironías de sus amigos pensó así: Soy un fracasado y estoy viejo; me voy a mi pueblo a vivir descansado de mis rentas.

Llegó a su pueblo a media tarde. No tenía familia y pocos amigos le recordaban ya.

Se acercaba la fiesta de San Ignacio, el Patrón, cuyo santuario, a tres leguas del pueblo, era costumbre visitar todos los años.

Efectivamente, la aldea, como en víspera de fiesta, estaba animadísima. Era alegría pura como de niños la de aquellas humildes gentes que se sentían felices con su fe ardiente e invocaban al Santo con veneración y dulzura. ¡Cómo gozaban aquella noche de estío ante la perspectiva de un día de regocijo!

No quiso la compañía de aquellos amigos, deseaba ir solo, y recordar en cada vuelta del camino, los árboles y las fuentes y los episodios de su infancia; pero aceptó el ofrecimiento de una yegua fogosa y ligera.

En el momento de partir resonaba a su lado sobre la carretera el martilleo seco de unas muletas; era el tío Tonio, viejo zapatero, que saludó a Augusto.

—¿Vas a la fiesta, Augusto?

—Sí, tío Tonio. ¿Y usted?

—Como todos los años.

—¿Y piensa usted llegar sin otra cabalgadura que sus muletas?

—Así he ido siempre y allí estaré antes de la noche.

—Difícil me parece—replicó.

—Por el mismo camino iremos y quién sabe si llegaré antes que tú—dijo el cojo—y empezó a martillear con sus muletas, camino adelante.

Augusto picó espuela a su yegua y marchó a galope.

Al llegar a una revuelta del camino, Augusto hizo alto para saborear aquel paisaje de gratos recuerdos. Abstraído en su contemplación no advirtió que pasaba apoyado en sus piernas de palo el tío Tonio.

Montó otra vez, partió al trote y pasó adelante saludando al cojo:—¿Qué tal, tío Tonio?

—Ya ves al Santo.

A los pocos minutos refrenó su cabalgadura para apagar su sed en una fuente del camino; aquel manantial estaba en una eminencia del terreno desde donde se divisaba toda la vega que ofrecía a la luz del crepúsculo un paisaje de soberana hermosura.

De pronto y con asombro vió cómo el tío Tonio se acercaba lenta y tenazmente con sus muletas. Al pasar le saludó de nuevo y le dijo: Aún llegaré antes que tú.

Augusto no le hizo caso y cada recodo, revuelta, montículo o peñasco del camino volvía a distraerse.

Anochecía ya cuando Augusto llegó a la ermita. Al apearse el tío Tonio se le acercó diciendo: Ves cómo he llegado antes que tú; para alcanzar algo difícil no son necesarios ni piernas ligeras ni caballos fogosos, bastan la tenacidad y la constancia.

C. E., Congr.

¿Quién puede con los tiburones?

Pocos años hace que un joven marinero, dejando las costas de América partía para España. Tenía gran devoción a María Santísima, y llevaba su escapulario con verdadera confianza y amor. Llegado al término del viaje quiso bañarse en el mar. Procuraron algunos disuadirle, haciéndole presente que las olas estaban muy agitadas; mas él persistió, y como buen nadador se alejó algo de la playa.

De repente ve junto a sí un tiburón pronto a tragárselo. El primer movimiento del joven marino fué de espanto; pero luego su pensamiento se dirigió al cielo y con la mano se arrancó al momento el escapulario que no se había quitado del cuello y lo presentó al tiburón, mientras con la mano derecha seguía nadando. El monstruo, como herido de ceguera o de parálisis, se detuvo, y el protegido de la Santísima Virgen con su arma milagrosa en la mano, llegó sin la menor novedad hasta la playa, donde se arrodilló para dar gracias a su salvadora, rezándole lo que más le gusta a la Santísima Virgen, el Ave María.

Desde aquel día, antes de embarcarse se provee bien de escapularios, no sólo para sí sino también para todos los marineros que vayan con él.

Lleno de peligros está el mundo; llevemos el escapulario o la medalla de la Virgen y confiemos en Ella de veras, que si la invocamos en los peligros los malos compañeros no nos harán daño.

F. M. M., Congr.

El circo de feria.

—Antoniooooo...

—Hola, Pepe!—decía pocos momentos después un muchacho de unos 14 años de edad, robusto y de sano color.—¿Dónde has estado esta mañana?; te he estado buscando para salir y al no encontrarte, he decidido salir con Juan. ¡Adiós! Ya está en la revuelta de la carretera; me voy.

—¡Bah, tienes buenas piernas!; quédate un poco.

—¡Déjame, que tengo prisa!—contestó echando a correr.

—¡Oyeee... Antonio, Antoniooooo... ¿qué hacemos a la tarde?; y Antonio, como si le hubieran tocado con una varita mágica, deshizo lo andado juntándose de nuevo con su amigo.

—Que ¡qué hacemos...? ¡Vaya una pregunta! ¿No sabes que hoy empiezan las funciones de circo?... A las cuatro te espero en la plaza, de bajo del castaño. Conque lo dicho eh?... a las cuatro de bajo del castaño. Dió media vuelta y echo a correr con toda la celeridad que le permitían sus pulmones y sus piernas, para alcanzarar a Juan, antes de que se embarcase para pescar.

—

Pocos momentos antes de que el reloj de la torre de la iglesia diera las cuatro campanadas anunciadoras de la hora convenida, paseábase

Universidad de Deusto
BibliotecaDeusto

Antonio imaginándose lo que se iba a reir y gozar, y esperando a Pepe, que ya no tardaría en venir... Dieron las cuatro, las cuatro y cuarto... y Pepe no parecía; la campanilla de la entrada del circo empezaba a agitarse, tocando con ese tintineo nervioso y excitante que les es característico.

—Pues, señor, si no viene, que no venga; peor para él—pensaba Antonio, dirigiendo sus pasos a la entrada de aquel mal llamado circo, formado por unas cuantas tablas mal clavadas, que hacían prodigios de equilibrio por la mala disposición de las que servían de sostén; todo él estaba cubierto con una lona sucia y nada nueva.

"Entren, señores, entren, que por 20 céntimos ven una función maravillosa"—gritaba un payaso con la cara empolvada de harina y haciendo gestos grotescos.

Nuestro pobre Antonio, entró arrastrado por muchos otros; el interior estaba ya tomado casi por completo; como ningún día se hallaba lleno.

Salió primero un payaso a hacer las consabidas ridiculeces y a decir chistes y palabrotas bastante indecentes para alegrar un poco al público; a continuación, unos perros y un mono viejo hicieron sus habilidades y sus monadas. —Vamos, pensaba Antonio, ésto es más decente que lo otro, que le había sonrojado un poco. Luego un equilibrista atravesaba un alambre, haciendo figuras con su sombrilla chinesca; después... una cupletista no muy decentemente vestida, empezó a entonar (rebuznar, debió decirse) canciones picantes y hasta soeces, porque "hay que divertir también un poco a los mayores, no sólo a los pequeños", era la frase del poco escrupuloso empresario.

Antonio, al ver y oir aquello, hizo ademán de levantarse y salir... pero, ¡lo de siempre!, creyó que todas las miradas se fijaban en él, y él, cobarde, que más bien debía de llamarse *gallina*, se volvió a sentar, bajando asqueado la vista.

Al mismo tiempo, un crugido espantoso, seguido de infinidad de ayes y de gritos de auxilio, se oyó, levantándose tal nube de polvo, que era imposible ver nada; ¡el circo se había venido abajo!

—

Divulgóse rápidamente la noticia y todo el pueblo acudió al lugar del suceso. Sacaban a las víctimas de entre los escombros, siendo Providencia de Dios, que no hubiese ningún muerto. Entre los heridos, hallábase Antonio, con una pierna rota y la cabeza llena de heridas.

Su amigo Pepe, alegróse, después de todo, de que no hubiese muerto y sobre todo ¡en aquel sitio! No hubiera podido decir lo que el angelical San Luis, a quien le preguntaron qué haría si se fuese a morir en seguida y contestó "que seguiría jugando, porque Dios quiere ahora que juegue".

Toda la vida se acordó Antonio de aquella tarde en que pensó divertirse tanto, y estuvo a punto de perder la vida y quizá de condenarse eternamente...

S. A. L., Congr.

Una lección del campo.

Un alcalde, previsor como pocos, no podía sufrir que sus campos y los de sus vecinos, se pudriesen algunos veranos con la sequía. Estudió la manera mejor de conseguir regar las tierras más bajas, y se aprovechó del río, y llevó las aguas por unos canales, no sin grandes trabajos de todos menos uno de los vecinos.

Este no quiso tomar parte en los trabajos ni contribuir con nada, a pesar de la amenaza de no poder después aprovecharse del riego. Creía que con la humedad de las vecinas tierras le bastaría a su campo, y se reía de los que afanosos trabajaban con la esperanza de asegurar sus cosechas.

El siguiente año, con no ser de sequía, se conoció bien su campo que ni en grano ni en paja estuvo tan abundante como los de sus vecinos; pero a los dos años—año de pertinaz sequía—comprendió tarde lo desacertado que estuvo; quiso entrar en tratos con sus vecinos para el riego pero ya era tarde: su campo agostado ya le hizo sentir, con gran pena y vergüenza, su desacierto; se llevaba las manos a la cabeza, pero tarde.

¡A cuántos, sobre todo estudiantes, les ocurre lo mismo! y aunque consigan aprobar sin haber estudiado, el tal aprobado sólo les sirve para hacer lo mismo al año siguiente, y encontrarse al fin del bachiller o de la carrera inútiles para todo lo que requiere la lucha de la vida.

A. P., Congr.

Correspondencia abierta.

Dónde sentí más alegría.

Ahora me doy cuenta porqué he mejorado tanto; porque voy afianzándome en la devoción a la Virgen, que se me había olvidado un poco.

La otra noche al volver de la Congregación hacia casa, me pareció que la Virgen me pedía que le rezara el rosario. Aunque sentí también la tentación de no entrar en la iglesia, entré y al salir sentí una alegría como no la he sentido nunca.

E. O., Congr.

Otro que sabe dónde se alegra más.

No me extraña que me diga usted que, aunque no tuviera más compañía que la del Santísimo, es bastante; pues yo sé que no paso rato más alegre que cuando le recibo en mi pecho y le hago una visita; por lo cual pudiendo no dejaré ni un sólo día de recibirle y acompañarle un rato, aunque no sean más que diez minutos.

F. G., Congr.



Núm. 119.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Junio de 1923

¡¡Vacaciones!!

Días pasados, al bajar de Begoña, a donde como de costumbre subimos los sábados para visitar a nuestra Madre, veníamos hablando de las vacaciones en perspectiva, que pronto se convertirán en realidad.

—Las vacaciones, como todo, tienen su lado bueno y su lado malo, dijo uno.

—Vamos, hombre, exclamamos la mayoría; a ver si todavía querrás continuar el curso; ¡vaya! con ocho meses y medio, me parece que hay bastante.

—No me refiero a eso, sino a los peligros... a ver, ¿quién me dice cuál es el escollo en que casi siempre naufragan los chicos en vacaciones?

—Las malas lecturas, dijo el primero.

—Los espectáculos malos, añadió otro.

—Los malos amigos, decía aquél.

—El asistir a ciertas reuniones y paseos, indicaba éste.

Cuando todos dijimos nuestra ocurrencia, nuestro improvisado examinador nos dice apuntando al que había señalado el peligro de los malos amigos: para mí, tú has acertado, como lo voy a probar. Mirad: un chico bueno, que no acostumbra ir a donde no debe, estad seguros que sólo no se atreverá a dar el paso primero, que más cuesta; no se aventura en un cine, donde sabe que se dan algunas porquerías; no tiene en sus manos ni por un momento, una revista o novela indecente...; viene el amiguito, aquél que al principio no hablaba más que de cosas indiferentes, de las aventuras del fin de curso, de foot-ball, de regatas, pero que luego se permitió hablar de cosas, no malas, pero ya algo menos indiferentes, que puso un día en sus manos una revista un poco verde, y luego otras de otros colores, que al principio se divertían al aire libre, en excursiones en bicicleta y en bote; pero que poco a poco fué acostumbrándole a ciertos sitios en donde no se ven y oyen más que cosas impropias, no ya de un joven bueno, sino de cualquier persona decente... Ahí tenéis a aquél chico tan bueno, que no se atrevía a nada, metido en lugares que nunca debiera haber pisado.

—Pero cerca del mal está el remedio, saltó otro.

—¿Dónde?, preguntamos los demás.

—¡Dónde ha de estar! continuó: para evitar la caída, la ruina, el naufragio, que todo esto es el primer paso malo, está en el confesor fijo y en la comunión, que nos da fuerzas para despreciar las seducciones primero y para mostrar con entereza los terribles dolores del tormento.

—Pero, interrumpió otro, el desgraciado que ha dado ya algún paso, ¿qué hará?

—Pues no le queda más remedio que contarle todo lo que le pasa a su confesor, y no a su compañero, y en cuanto queda otra vez bien con Dios, trabajar con todo empeño, no ya para evitar la caída, sino para procurar que otros no sigan sus desgraciados pasos.

Con esta tan buena conversación llegamos al Arenal y nos dispersamos hasta encontrarnos al día siguiente en la Misa de la Congregación.

S. A. L., Congr.

Este la entendía.

Cuando el gobierno francés decretó la expulsión de todos los religiosos, se refugiaron éstos donde buenamente pudieron. La mayor parte vinieron a España, donde fueron recogidos unos por sus Ordenes religiosas, otros, por bondadosos sacerdotes, o en familias muy cristianas. En estas condiciones se encontraba el anciano de 76 años Juan, en cuyo convento de Fourseret vivía hacía 27 años.

Con una confianza enorme en Dios, mucha hambre y una maletita, se dirigía el P. Juan a la casa del cura Párroco, de un pueblecito de Extremadura, formado por 15 casas (incluso la del cura) y la Iglesia. Gente ruda por excelencia y sin pizca de educación eran sus habitantes, pero buena por otra parte.

Estaba la nueva morada del P. Juan, en el alto del monte, junto a la Iglesia y sin más vistas que otros montes y las 14 casas restantes.

Llegado que hubo a la casa del párroco, comenzó a echar muy de menos las atenciones de sus hermanos de religión y la

Universidad de Deusto
Biblioteca

vida de su convento; pero nunca se le vió de mal humor ni siquiera triste; antes al contrario estaba siempre alegre y comunicativo, y chapurreando el castellano llegó a ser, no ya de las delicias de la casa, cural, sino también de toda la aldeúcha, cuyos habitantes no hacían nada sin contar con él. Es decir llegó a ser el amo del pueblo haciendo un bien inmenso.

Una mañana llegó a la aldea un automóvil, siendo esto un verdadero acontecimiento en la aldea.

Dentro del automóvil venían dos sacerdotes de la misma Orden y un caballero joven.

Preguntó uno de los religiosos por el P. Juan e inmediatamente le dieron razón una docena de asustados muchachos.

Llegaron por fin a la casa del cura y se llevaron un gran chasco, pues en lugar de encontrar al P. Juan medio muerto de tristeza, ya que no era para menos su edad y su vida, lo encontraron arreglando unas plantas de la huertecita del cura y cantando de contento.

Excuso decir la alegría del pobre viejo al ver a sus antiguos compañeros. Estos no salían de su asombro y no hacían nada más que mirarle, hasta que uno de ellos admirado de la alegría de aquel anciano, le preguntó:

—Pero Padre ¿cómo está usted aquí tan alegre y contento?

Le miró el P. Juan muy sonriente, y le dió la saladísima respuesta siguiente:

¿Cómo? pues sencillamente: Yo quiero estar contento donde estoy: no voy a ser tan tonto que quiera estarlo donde no estoy.

Este la entendía.

J. M., Congr.

"Pasa ésto a tu compañero".

Una de las aldeas, sujetas al piadoso Duque Carlos de Brunswick, estaba compuesta de católicos y honrados vecinos que acostumbraban a asistir los días de fiesta, devotos y recogidos a la misa mayor. Con todo no faltaban algunos amigos del dios Baco, que mientras el pueblo oraba, blasfemaban en la taberna, maldiciendo los nombres de Dios y de sus santos.

Ni el clero, ni las autoridades, ni aun sus propios parientes pudieron apartar de sus corazones el amor denigrante a la bebida.

Era un domingo y diez o doce hombres, capitaneados por un bajo, regordete, encarnado, como la escarlata y ya entrado en edad, se dirigían hacia la única taberna del lugar, en cuya puerta sentado y leyendo el periódico, les esperaba el tabernero. Llegar a la taberna y sentarse todo fué uno. Sobre ella estaba ya dispuesta una jarra y varios vasos. Apenas se sentaron entró un hombre mal vestido, aunque de porte aristocrático y culto, que pidió también vino. Entonces, aunque con ojos recelosos, el jefe de nuestros anticlericales le ofreció el puesto de su derecha. Acomodados todos, tomando el antedicho caudillo la jarra se sirvió y se la dió al intruso con estas palabras: "Pasa esto a tu compañero". Servido que se hubo vino, se la dió a su vecino con las mismas palabras y, después de recorrida la mesa, volvió a la presidencia.

El que la ocupaba besó, abrazó e hizo mil chocherías ante la jarra y con las mismas palabras "Pasa esto a tu compañero", se la dió al desconocido. Otra vez recorrió la jarra la mesa, hasta que al fin el intruso, el desconocido dió, no pudiendo contener su justa indignación, un tremendo bofetón al jefe de los beodos, diciéndole con voz enérgica: "Pasa esto a tu compañero". Todos se levantaron indignados; pero el desconocido se desató el levitón dejando ver a la vista de aquellos infames el lujoso uniforme de los soberanos de Brunswick, y desenvainando su espada dijo: He dicho que pases eso a tu compañero. Los bofetones recorrieron seis veces la mesa, hasta que, creyendo el príncipe suficiente el castigo, se retiró.

¡¡¡Lástima que no haya ahora personas de autoridad que se opongan a tales o semejantes abusos!!!

I. B. M., Congr.

Atinada respuesta.

Hablando un pastor protestante con un niño católico que iba a hacer su primera comunión, le preguntó:

—Pero, ¿crees tú que en la hostia que vas a recibir está Dios en cuerpo y alma?

—Ciertamente que lo creo.

—Dime, ¿y sabes el Padrenuestro?

—Hace mucho tiempo que lo sé.

—A ver, recítalo.

—Padre nuestro que estás en los cielos...

—Basta. ¿Qué quiere decir eso?

—Que Dios está en los cielos.

—Y entonces, ¿cómo puede estar en la hostia?

El niño quedóse un momento pensando, y dijo: —¿Querría hacer usted el favor de recitar el Credo?

—Con mucho gusto: Creo en Dios Padre, todopoderoso...

—Basta. ¿Qué quiere decir todopoderoso?

—Que Dios puede hacer todo lo que quiere.

—Pues si es así, puede muy bien estar en los cielos y al mismo tiempo en la hostia consagrada. ¿No le parece a usted?

El pastor, no sabiendo qué contestar a tan lógico e irrebatible argumento, marchóse confundido, dando el diálogo por terminado.

I. B. M., Congr.

Un nuevo invento para el progreso.

No puede dudarse que los modernos inventos son capaces de interesar a un muerto. Por eso apenas ha llegado a mis oídos uno de ellos, me apresuro a comunicarlo con la mayor rapidez.

Y primeramente, dos palabras sobre el nobilísimo invento: es éste D. Longines Alumbrado; ¡y por cierto que debió de estar alumbrado su eximio entendimiento!

Los primeros años de su vida los pasó al rededor del mostrador, y entre las gentes de todos los colores que frecuentaban la taberna de su padre; pero apenas cumplidos los quince años, por motivos de familia hubo de dirigirse a una villa de Francia y vivir con un tío suyo de mala catadura. Allí se decidió su salvadora vocación.

En cuanto aprendió el "comment allez vous" y un poco más, adquirió de segunda mano el primer tomo de las obras de Rousseau, dos novelas de tendencias socialistas, y se cambió el nombre de "Guindilla" con que le conocían en su pueblo, por el de Mr. Longines L'illuminé.

Hacía en aquel pueblo bastante frío, y como nuestro ya Mr. Longines andaba escaso de indumentaria y sólo en la biblioteca pública había estufa, excuso decir que su vida era la biblioteca y los libros. La Filosofía,—solía decir,—no se debe tomar con cuentagotas como la tintura de yodo, sino a torrentes. Su mayor placer era aspirar el polvillo que los años suelen esconder entre las hojas de los libros viejos; se le quemaron dos o tres veces las cejas por acercarse demasiado al quinqué en sus nocturnas lecturas; enseñaba los codos, y de tanto cavilar se puso tan flaco, que su chaqueta pendía de sus hombros como de una percha, y aun se temía que se hubiese secado su cerebro... En una palabra, era ya todo un "intelectual", ¡Cuánto había aprendido! Entendía algo de Economía política, conocía un poco del Derecho de gentes, hablaba contra la Inquisición, sabía que el hombre es libre... y no iba a Misa.

Pero había llegado ya la hora de darse a conocer. Empeñó alguna prenda de vestir y algunos de sus libros, ya innecesarios, porque los sabía de memoria, y con su importe se compró una chalina, unas botas de charol y un billete de 3.ª y... ¡a su pueblo!

¡Con qué agasajo fué recibido por el alcalde, secretario y otros muchos personajes! Desde luego, la robusta voz de un pregón declaró a D. Monsieur Longines consejero mayor del alcalde, para que con sus acertadas advertencias empujase al pueblo por el camino del progreso. Pero... ¿y el invento? Su gran invento o descubrimiento, si queréis, lo reveló Mr. Longines al alcalde en una visita que con caracteres oficiales hizo a las escuelas.

Apenas entró en la primera clase, cuando al ver clavado en la pared un hermoso crucifijo, se echó a reir y dijo: Ya lo decía yo: ¿qué importará para la enseñanza y progreso de un pueblo la religión, la Misa y los curas...? Saber mucho y entender en negocios es lo que importa; en lo demás no se debe forzar a nadie, sino respetar las opiniones y que cada uno tire por donde quiera, que "el hombre es libre". ¡Fuera esa cruz y que pongan en su lugar una marmita de Papín, para que se les meta a los niños la ciencia por los ojos! El alcalde abrió sorprendido unos dos palmos de boca; pero como deseaba tanto el progreso de sus súbditos, mandó al maestro que obedeciese a D. Longines. Si hubiese en el mundo, repetía éste, tantas fábricas como conventos, el mundo sería otra cosa.

El invento de D. Longines se hizo igualmente observar al cura del pueblo: se le prohibió predicar, exhortar a los remolones a la confesión... siempre con la misma cantinela: "Hay que respetar las opiniones; el hombre es libre".

Pero héte aquí que a los dos meses de la llegada de aquel ilustre progresista, se cometió un horrendo crimen: un criado ahogó a su amo, muy anciano, para quedarse con sus cuartos, como quien estrangula un capón para comérselo en Navidad. Se consultó el caso a D. Longines, quien de ninguna manera permitió se agarrotase al criminal, sino que en nombre de la justicia y del derecho de gentes, intimó la orden de no cometer de nuevo falta semejante, so pena de destierro.

Pocos días después, alentados con la impunidad de este criadillo, varios hombres del pueblo se amotinaron contra los taberneros, porque echaban demasiada agua al vino, y lincharon a dos, llevándose cuanto había en el cajón del mostrador. Antes de solucionarse este nuevo conflicto, los obreros de la fábrica de harinas se declararon en huelga; las criadas sisaban a sus amos, las posaderas robaban a los forasteros, los hombres salían a la calle con puñal y las mujeres con navaja en la faltriquera: en una palabra, a los seis meses del advenimiento de Mr. Longines había progresado tanto el pueblo con su sistema, que los campos estaban abandonados; gran parte de la población emigró, en cada esquina había un nuevo atropello, y el mismo Mr. Longines, apareció mártir de la civilización, tendido boca arriba y bañado en su propia sangre; sus fervorosos discípulos le habían dado una puñalada.

Historias como esta las estamos oyendo todos los días; y a pesar de todo ¡cuántos Mr. Longines hay que repiten con jactancia: qué importan la Misa y los curas para el progreso, sin que el horroroso resultado de sus doctrinas les haga caer en la cuenta de que sin Dios ni hay progreso, ni paz, ni civilización!

A. M. M., Congr.

El mejor padre y la mejor madre

El hijo único, a quien amaban sus padres había caído gravemente enfermo; inmenso fué su dolor.

El médico manifestó que la enfermedad tenía remedio eficaz, pero de precio elevadísimo. Los padres eran pobres.

"No soy rico, dice el padre; pero tengo dos brazos para trabajar; espero con la ayuda de Dios ganar lo necesario para curar a mi hijo. Se desprende por de pronto de cuanto tiene y empieza a trabajar noche y día hasta que, exhaustas sus fuerzas, cae gravemente enfermo. Llama a su esposa y entrégale todo lo que ha ganado y le dice: Aquí tienes lo necesario para salvar a nuestro hijito; cómpraselo; muero contento con tal que él viva.

La madre compra la medicina y vase corriendo a llevársela a su hijo. Toma, querido del alma, aquí tienes la medicina que te ha de salvar; es fruto de los sudores y de la vida de tu padre... Pero ¡qué hace aquel hijo! Toma la copa en sus manos y la hace arrojándola al suelo mil pedazos ante los ojos mismos de su desconsolada madre.

Esta madre es la Iglesia; este padre es Jesucristo, muerto por rescatarnos; esta copa es su gracia; comprada con su sangre preciosa y este hijo indigno, ese monstruo de

Universidad de Deusto
Biblioteca

ingratitud es el cristiano, que se acerca a la Comunión en pecado mortal. Este es el crimen del sacrilegio, no olvidéis jamás.

R. A., Congr.

Con un pie en el infierno.

Se cuenta de un joven italiano que prometió al demonio su alma si le obtenia medios para conseguir lo que mucho deseaba, que era como para conseguirlo por el demonio muy pecaminoso; y le hizo de ello escritura firmada con su propia sangre.

Cometido el pecado le urgió el demonio para que cumpliese su promesa; le llevó junto a un pozo y amenazóle que si no se arrojaba dentro de el, le llevaria en cuerpo y alma al infierno.

Creyó el infeliz que no podía escapar ya de sus manos, y subió al pozo; pero atemorizado de la muerte dijo al enemigo que no tenía valor para arrojarse al pozo, que le diera un enpujón y le lanzara dentro. Como llevaba el joven al cuello el escapulario de la Virgen del Carmen, le dijo el demonio: "Quitate ese escapulario y te daré el empujón".

Reconoció el infeliz en el escapulario la protección que aún le conservaba la Virgen Santísima y no quiso quitárselo.

Viendo el demonio que no conseguia su propósito abandonó su pretendida presa avergonzado; mientras que el pecador agradecido corrió a la Iglesia a confesar todas sus culpas con el firme propósito de ser muy agradecido a la Virgen María que le habia sacado de la boca del infierno.

Llevemos siempre el escapulario o la medalla de la Santísima Virgen, que tan buena Madre no nos desamparará.

A. Z., Congr.

Curiosa historia.

Antes de que en Venezuela estallara la funesta revolución que tanta ruina causó a aquella república americana, vivia en su magnífico palacio en compañía de sus hijos una viuda católica multimillonaria.

En una noche fría se presentaron ante las puertas de su palacio, no sin antes haber oido algún refunfuño del viejo y bigotudo portero, dos soldados que iban, según ellos decian, a incorporarse al dia siguiente a su regimiento; y no acertaban dónde alojarse, habiéndose extraviado en el espeso bosque del palacio.

La señora tenia la piadosa costumbre de reunir después de cenar, en su oratorio a sus hijos y criados, para rezar el Santo Rosario. No lo habian empezado cuando fué avisada la señora, que los mandó entrar y los recibió con suma complacencia; les indicó cómo iban entonces mismo a rezar el Rosario; lo rezaron, y terminado observó que detrás de los criados estaban los soldados con sus ojos bañados en lágrimas. Ella con su natural compasión les consoló, y les dijo: ¡Ea! hijos mios, tomad ahora vuestra cena y como estaréis cansados, acostaos en seguida.

Cuando se hubieron acostado, llamó al cocinero y le dijo: Tendles preparado para mañana, antes del amanecer, un buen desayuno para que estos buenos soldados, hoy mis huéspedes, puedan incorporarse pronto al ejército.

Al día siguiente, muy tempranito, la señora abandonaba el lecho para ver si estaba todo preparado. Los soldados al verla se conmovieron, y tomando la palabra el más resuelto dijo: Somos indignos de los beneficios y del cariño que usted nos ha dispensado. Nuestra intención al llegarnos a su palacio fué amordazarles a ustedes y con lo que hallásemos desertar. Pero anoche al ver la piedad de usted y cómo reunia para rezar el Rosario a los de su familia y servidumbre, en verdad, señora, no pudimos menos de conmovernos, recordamos cómo en nuestra tierna infancia nuestra querida madre, pues somos hermanos, nos enseñó a rezarlo y este dulce recuerdo nos ató las manos dispuesta: a cometer tan grande maldad.

Entonces su hermano le interrumpió y dijo: Damos a usted nuestra palabra de honor de que desde hoy seremos otros hombres. Si antes del toque de diana llegamos al cuartel, no será notada nuestra ausencia, nos salvamos; y procuraremos con nuestra conducta olvidar los yerros pasados.

—No es esto suficiente, replicó entonces la dama. Si como decis estáis verdaderamente arrepentidos, id a la iglesia y postrao: humildemente a los pies del confesor; pedid perdón de vuestras culpas; acercaos después a la Sagrada Eucaristía, y aquel Señor que en ella recibiréis os dará la perseverancia. Sacó después de su bolsillo dos rosarios, dióselos, diciendo: Nunca caiga de vuestras manos este rosario.

Se despidieron ellos dando muestras de agradecimiento hacia aquella hospitalaria señora y corrieron a incorporarse a su batallón, antes del toque de diana; se confesaron después y al dia siguiente comulgaron.

Poco tiempo después estalló en Venezuela la terrible revolución, y poco tardó en verse el palacio de la católica señora atacado por los insurrectos. Pero parecia que alguien velaba por él, pues en los críticos momentos se presentó un piquete de tropa con dos bizarros oficiales al frente, que desbarataron a los revolucionarios.

Conmovida la dueña, llamó a su presencia a aquellos oficiales y ¡cuál seria su sorpresa al reconocer en aquellos jefes a sus antiguos huéspedes y oir que le dicen: Aquí estamos, señora, dispuestos a derramar hasta la última gota de nuestra sangre a fin de defender su vida e intereses. Gracias a su buena acogida, a sus consejos y a sus rosarios—dijeron ellos mostrándolos con orgullo,—ocupamos hoy honrosos puestos en la milicia.

—Caballeros, les interrumpe la señora; yo no hice sino cumplir con mi obligación; a ustedes les debo ahora el haberme salvado la vida e intereses.

¡Cuánto valió a esta señora y a estos oficiales el rosario! Desgraciada la familia que no tiene esta salvadora devoción.

J. B. M., Congr.



Núm. 120.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Julio de 1923

Cómo pasé el verano.

Por fin pasaron los exámenes, los libros yacen olvidados en el fondo del armario; nos hallamos en plenas vacaciones y somos dueños de aquella felicidad que ansiábamos.

Mas ¡oh desilusión! apenas pasan los primeros días ya no sabemos cómo emplear el tiempo; todo nos aburre, todo nos cansa, mis hermanitos me molestan, me cuesta madrugar para ir a misa. Es preciso cambiar de vida.

Aquellos amiguitos me dijeron que me uniera a ellos para "pasarlo bien": Estuvieron tan simpáticos conmigo, me adularon, me hicieron reir tanto... ¡Vamos, que me convencieron. Esta tarde los veré y como son tan amables de seguro que me llevan en automóvil a su excursión proyectada.

Efectivamente llegó la tarde y, ¡pobre de mi! seducido por los malos amigos cedí y me voy con ellos. Dios sabe dónde. Este retrato mio es el de muchos, muy triste, pero, verdadero.

Pues bien, es preciso poner remedio a ese aburrimiento que tan fatales consecuencias puede traernos. Ir prevenidos para el verano, con un programa, divertido si, pero de verdadero congregante.

Os voy a contar el plan que tuvieron unos el verano pasado y que tan buenas consecuencias trajo. Estos congregantes, muy aficionados al foot-ball, unidos a otros buenos compañeros se procuraron un magnífico campo y organizaron grandes partidos los domingos por la tarde contra equipos notables de otros pueblos.

Este juego desconocido hasta entonces de aquéllos buenos aldeanos, llegó a entusiasmarlos de tal modo que asistían a los partidos con gran interés gozándose con los triunfos obtenidos por los del pueblo. No sólo éstos, sino los más aficionados bailarines se hicieron partidarios del espectáculo y prefirieron admirar nuestras proezas, a estar ofendiendo a Dios en el baile y la taberna.

Con tal motivo hubo de suprimirse dicha peligrosa diversión por falta de concurrencia cuando menos durante el partido.

La compostura, la alegria, la educación que distinguian al equipo del pueblo llegó a captarlos las simpatías de todos infundiendo mucho con su buen ejemplo. Oí decir a una persona. "Fijaros los de nuestro equipo todos llevan su medalla al cuello".

Si verdaderamente aquéllos jóvenes eran alegres y edificantes a la vez. ¿De dónde les venia aquella simpatia? De que eran dignos hijos de María Inmaculada, pues cumplían exactamente sus deberes: todas las mañanas madrugaban y se daban un paseo de dos kilómetros para oir misa y comulgar llevando con su ejemplo a otros muchos, después estudiaban, leían, se entretenian viendo las faenas del campo; por las tardes daban grandes paseos, sin dejar su sport favorito, al que dedicaban el tiempo que en sus casas permitian. Ya véis queridos compañeros un buen medio para divertiros: Uniros los buenos y sed constantes en vuestra piedad.

V. F., Congr.

¡Cuán distinto es mi padre!

En la aldea, en que yo el año pasado veraneaba, hay un rico labrador, dueño de casi todo el pueblo; y tiene a su salida su gran casa de labor, de la que cuida como veremos con gran empeño y diligencia.

Ya se sabia, al volver del paseo que daba todas las tardes para ver cómo estaban de adelantados o de atrasados sus campos, su consabida pregunta era: ¿Está ya el ganado en los corrales?

Una tarde le contestaron que no, que aún no habia llegado. Fue de ver lo impaciente que se puso: salió al campo para ver si lo veía a distancia, y, al no divisarlo en el horizonte, no sabía qué hacerse de inquieto, ni quiso cenar hasta que llegó el rebaño y según entraba hubo contado una por una sus ovejas. Poco antes había oído a su amigo, rico propietario del pueblo vecino, lo que le habia ocurrido: al pasar su rebaño por un

Universidad de Deusto
Biblioteca

barranco, reblandecido por la lluvia, habían quedado varias ovejas empotradas en el barro; y sobre todo, desde que oyó este caso, quedó escamado y le pareció que a sus ovejas les iba a pasar cualquier desaguisado; siempre estaba temiendo una mala noticia.

Y este buen propietario tiene sus hijos ya creciditos, jamás le ocurre preguntar ni muy pasado el anochecer si están ya sus hijos en casa; y por más que llegan muy tarde a casa, nunca se apura y aun después de haber oído contar casos y cosas de otros hijos e hijas que se han desgraciado; ni con haberle dicho que sus hijos tampoco andaban por buenos caminos. Pero está visto que más estima cincuenta o cien pesetas que puedan valer un par de ovejas que el porvenir y la fama de sus hijos y familia entera.

¡Cuán distinto es mi padre, qué, con tener muchos negocios, no nos deja un punto de su mano, y practica lo que muchas veces nos repite que más quiere dejarnos bien educados que ricos.

V. E., Congr.

Un tonto listo.

Caminaban San Ignacio y sus compañeros como pobres peregrinos llevando al hombro sus hatillos de libros y sus pocas y viejas ropas; hablaban continuamente de Dios, de la Virgen y de sus prerrogativas singulares, y embebidos en estos santos pensamientos no notaban que les seguía un campesino que no dejaba de escucharles y de mirarles, saludó por fin a los peregrinos y les pidió por amor de Dios que le entregaran sus hatos para llevarlos él y servirles al mismo tiempo de guía, pues conocía aquellos montañosos caminos. Tras larga contienda le dieron alguna parte que él cargó gozoso y sonriente.

Les preguntó: ¿a dónde se dirigen? los peregrinos le contestaron: a Venecia.

Pues por aquí hay un sendero fácil y que termina en una posada, en donde podrán pasar bien la noche.

Seguían su camino por aquellos fértiles lugares, contemplando la belleza de las flores y la hermosura del cielo. Mas oyendo San Ignacio a sus compañeros que desconfiaban de su guía temiendo fuese un ladrón o bandolero, les mandó que se encomendasen a Dios que El les enderezaría.

Al llegar a la posada, los peregrinos como pobrecillos pidieron que les dieran la cuadra no sólo para tener el sitio más pobre, sino para sin ser notados pasar la noche alabando a Dios. A la media noche el campesino que también allí los había acompañado, viendo qúe se juntaban prestó oído atento para ver lo que hacían y decían, y oyó cómo glorificaban al Señor y a su Madre Santísima. El no se cansaba de repetir: Señor, yo soy un tonto; pero me alegro que os alaben, y y quiero seguir sirviendo de "asnillo" de estos santos peregrinos.

San Ignacio que lo oyó, dijo a sus compañeros: Este es el más sabio del mundo, porque ha aprendido la humildad, y nos dice con su ejemplo: Antes que las letras y ciencias mundanas, aprended las virtudes divinas que son las que hacen sabio al cristiano.

J. de M., Congr.

Buen remedio.

A un caballero le prestaba sus servicios un criado algo supersticioso, que aunque tenía esta tontería no era tonto. Le ocurrió un día de Navidad presentarse a su amo con la mayor formalidad y frunciendo el entrecejo, un si es no es cabiloso: Anoche, Señor, soñé que usted me daba cinco duros de aguinaldo; y como yo creo en sueños...

Pues mira lo que son las cosas, le contestó el amo, también muy serio: Cuando tú soñabas en el aguinaldo, yo soñaba en que te estaba dando una singular paliza; y como yo también creo en sueños...

Pero entonces el muy pícaro de criado viendo que su amo se disponía a hacer caer sobre sus pobres costillas el bastón que llevaba, se escapó más que a paso para ponerse en salvo.

Y dicen que desde entonces desaparecieron de su mente las supersticiones, o tonterías.

¡¡Buen remedio!!

J. B. M., Congr.

Lo que puede un sobrino

Erase un viejo solterón, chiflado por las antigüedades, y por añadidura sin ninguna idea religiosa; y, cosa rara, este señor tenía en una de sus vitrinas una estatua del Sagrado Corazón, antigua y de valor.

Su sobrino, a quién quería como a hijo, se preparaba para recibir por primera vez la Sagrada Eucaristía.

Solía el niño repetirle lo que había oído en la catequesis; y su tío sin ninguna gana le escuchaba.

Pronto se dió cuenta el pequeño de que no le gustaban las cosas de la iglesia y le preguntó: Oye tío para qué tienes esa imagen del Sagrado Corazón? si no la rezas ¿para qué la quieres?

Su tío malhumorado le contestó: Sólo los niños rezan, ya olvidarás los rezos con la edad.

—No, tío, el señor párroco nos ha dicho que hay que rezar todos los días de nuestra vida, y el que no, se condenará; y yo no quiero que te condenes.

—Vamos, vamos, vete a la cama, que ya es tarde.

—Pero oye, tío, antes de ir a la cama, te voy a pedir una cosa: ya que tienes ahí esa imagen y no la rezas, déjame que la lleve yo a mi cuarto, yo la rezaré.

El tío, para que fuese enseguida a la cama, abrió la vitrina y le dió la estatua. Al rato de estar solo empezó a pensar: Si tiene razón el pequeño, si sigo así me voy a condenar; no hago más que pensar en las antiguallas y tonterías. Le ocurre entonces dirigirse al cuarto de su sobrino, abre la puerta y le encuentra dormido de rodillas recostado al lado de la cama, delante de un altarcito que había improvisado en la mesita de noche con la estatua del Sagrado Corazón.

Le coge y le mete en la cama y al hacerle esta operación, el pequeño medio dormido sin darse cuenta de lo que decía exclama: Jesús, te pido por mi tío, para que se haga bueno, te rezaré y comulgaré a menudo. Al acabar estas palabras se durmió del todo.

A los pocos días de este sucedido recibía el niño por primera vez la Sagrada Comunión y a su lado estaba su tío que después de bien confesado comulgaba también.

J. L. O., Congr.

Buen engaño.

De aquí a pocos días don Emeterio, el celoso párroco de la aldea va a celebrar las bodas de plata de su apostolado. Hace veinticinco años llegó a su parroquia. Desde hace veinticinco años no ha cesado de trabajar por el bien espiritual y temporal de sus feligreses. Cuando llegó a la aldea tenía en su cartera quince hermosos billetes de a mil pesetas; pero ya no los tiene.

Mandó reparar a sus expensas el tejado de la vieja iglesia; pagó los estudios a hijos de pobres obreros; reconstruyó la ruinosa morada de algún necesitado... ¡en fin, no acabaríamos de contar sus innumerables caridades!

Quince mil pesetas se gastan bien pronto cuando es uno generoso como este buen párroco.

Aun después de gastados sus tres mil duros, no ha cesado de socorrer a pobres: pide a los ricos para que den limosna a los necesitados; y sigue dando de lo suyo. Sus honorarios son bien exiguos, pero se las arregla tan bien, economiza tanto, que siempre encuentra medio para seguir con sus inagotables caridades.

* * *

Tanta, tanta caridad descontenta a Margarita, su vieja sirvienta.

—Don Emeterio: no me cabe la menor duda de que usted acabará por hacernos morir a usted y a mí sobre un lecho de paja o sobre el santo suelo...

—Margarita, responde el celoso sacerdote ¿qué importa el que uno muera sobre paja o en una blanda cama, si se muere como buen cristiano?

Y aunque la buena Margarita sigue murmurando entre dientes, don Emeterio sigue, cada vez con más entusiasmo, practicando la mejor virtud, la Caridad.

Da a los enfermos los huevos que Margarita recoge del gallinero... y a veces las propias gallinas.

Aquel año había habido una epidemia en el pueblo y don Emeterio al propio tiempo que repartía los dulces consuelos de la Religión ha ido entregando sus camisas, sus mantas... todo, a sus pobres!

Y Margarita, al ver el rápido despojo de su modesta casita no puede contenerse; le sobran ganas de enfadarse y armar un pequeño alboroto, pero bien sabe que sus regaños de nada servirían...

"Bueno, exclama indignada, ya sé lo que me haré..."

* * *

Cuando al anochecer don Emeterio ha regresado a su casita para cenar unas patatas y beber un vaso de agua, Margarita se le ha acercado entristecida.

—¡Ay señor cura! Acabo de conocer a una pobre mujer, muy desgraciada. No se atrevió a implorar su caridad. Ayúdela, don Emeterio, usted que es tan bueno...

—Margarita, responde el cura un tanto extrañado, me alegro de que comience a ser caritativa. ¿Dice que conoce usted a esa pobre mujer muy desgraciada?

—Sí, sí muy desgraciada. Figúrese que no tiene ni sábanas, ni mantas, ni pañuelo siquiera... Es una miseria espantosa.

—Pues entonces... ¿por qué está aquí? Ande llévele pronto lo que necesite.

—¡Qué más quisiera yo señor cura! Pero, mirad el armario, está vacío...

En efecto; no había nada. Tan solo un portamonedas con varias monedas de plata.

—Pues tome ese dinero y cómprele lo que necesite esa desgraciada. ¡Ya se encargará el Señor de alimentarnos...!

* * *

Margarita no se hizo repetir otra vez. Al día siguiente compró lo que necesitaba. Poco tiempo después don Emeterio preguntóle lo que había hecho con aquella pobre mujer y si se puso contenta al recibir la limosna.

"¡Que si se puso! No lo sabe usted bien, don Emeterio ¡qué alegría! No tenéis más que mirar este armario!" Y abriendo éste, le enseñó en una balda algunas camisas, sábanas y mantas.

"Señor cura, la pobre mujer era yo. Yo no le he mentido, puesto que no teníamos ya ropa blanca. Si os hubiera pedido dinero para comprarlo de nuevo, no me lo hubiérais dado ¿no es ése?"

Don Emeterio no pudo menos que sonreir; quiso acercarse al armario, pero Margarita lo cerró y guardó la llave en el bolsillo.

—"No, no, señor cura, no lo tocaréis más, no tendréis ya la llave. Estas cosas ya no son suyas; usted mismo me las dió".

Y se alejó riendo, mientras don Emeterio quedaba rascándose la cabeza con cara mezclada de estupor y de sonrisa...

F. M.ª C., Congr.

Los tres amigos.

José Luis distinguía entre todos sus amigos a tres que creía le eran más adictos, con quienes casi siempre salía de paseo. Cierto día tuvo un desagradable encuentro con otro joven que creyéndose injuriado por José Luis le amenazó con llevarle a los tribunales y en efecto lo hizo.

Nunca se había visto José Luis en mayores apuros; le faltó tiempo para contar a

Universidad de Deusto
Biblioteca

sus amigos lo ocurrido; en ellos creyó encontraría consejo y ayuda, y todos tres se lo prometieron y le animaron para que supiera defenderse.

Llegó el día del juicio oral y José Luis que no había dormido aquella noche estaba turbadísimo y antes de ir al tribunal pasó por casa de su más íntimo amigo que se excusó con no sé qué ocupación y no le acompañó. Salió de su casa más cabizbajo todavía que cuando entró, y fuese a casa del otro amigo, en quién también mucho confiaba; se prestó éste a acompañarle al tribunal, lo mismo que el tercer amigo que encontraron en el camino; pero el primero se excusó en la puerta de fuera, mientras que el último, en quién menos confiaba, estuvo a su lado y abogó por él y le sacó de aquel apurado trance.

Pasada aquella tormenta y venida la serenidad reflexionó José Luis y vió cómo se había equivocado: el compañero que creía le quería a él menos fué precisamente su defensor hasta la última hora.

¡Qué no vivamos también nosotros engañados toda la vida; nos fiamos más del dinero, y nos deja en vida, y muchas veces antes de ponernos gravemente enfermos; nos fiamos de parientes y amigos y éstos, cuando más, nos acompañen hasta el cementerio; en lo que menos nos fiamos es en nuestras buenas obras, que son las únicas que han de llegar al tribunal, donde al fin de la vida seremos juzgados!

¡Que me dejen una buena educación y no mucho dinero: la buena educación es fuente continua de buenas obras, el dinero suele ser manantial de soberbia y de pecados!

F. G., Congr.

¿Este, por qué se salvó?

Hace algún tiempo que vivía una viuda con su hijo a quien amaba como a único. Al sentirse enferma conoció la madre que Dios la llamaba. Entre sus maternales consejos le recomendó con el mayor empeño el amor al Sacratísimo Corazón de Jesús.

Murió y por algún tiempo nuestro joven cumplió exactamente los consejos de su buena madre. Pero, lo de siempre, habiéndose juntado con malos compañeros le pervirtieron e indujeron a llevar atropellada vida.

Un día en que Guillermo se hallaba en un café poco culto y menos decoroso, acercósele su mayor y peor compañero, y le dice: Esta misma noche en el salón de juego aventuraremos nuestras fortunas; a ver si la duplicas. La codicia le obliga a aceptar; y llegada la hora dan principio al juego. La excitación de Guillermo le hace salir de sí; y al ver que, su compañero le gana, se echa sobre él para matarle; pero es detenido por el grupo que lo estaba presenciando. Entra en una habitación saca del bolsillo el revólver; pero siente que le toca la divina gracia; arroja lejos de sí el arma y llora lágrimas de contrición, y corre a las plantas de un confesor que le hace volver al buen camino; o mejor dicho el amantísimo Corazón de Jesús le había salvado. Este joven durante su vida de piedad, había practicado la devoción de los nueve primeros viernes y había comulgado con esa intención.

Jesús nos ha prometido que si cumplimos esta santa práctica nos ha de conceder la perseverancia final.

Una vez más está visto para que sirve la piedad.

F. I., Congr..

Correspondencia abierta.

Buen propósito.

Nos ponemos a escribirle después de haber comulgado y ayudado a misa, como lo venimos haciendo todos los días.

El domingo pasado hubo aquí, en Elorrio, una peregrinación de Guernica. Vino mucha gente en automóviles y en un tren muy largo.

Estoy aprendiendo a ayudar a misa con mi hermano para que me nombre usted sacristán de la Congregación.

J. L. M., Congr.

Cómo discurre a los siete años.

Hoy hemos comido una liebre que mató el tío Pepe; mató a la pobrecilla por salirse de su casa; así yo no quiero salir de la Congregación para no encontrar fuera la muerte del alma.

E. E., Congr.

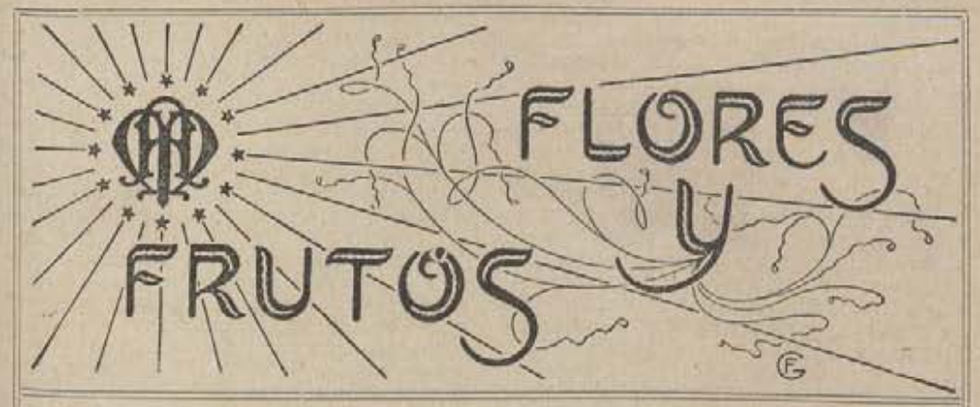
Cómo se hace de una cara un mapa.

No olvidamos sus buenos consejos. Cómo olvidarlos si nos damos ya cuenta de que ellos nos hacen felices.

Pregunte a las golondrinas amigas, a esas que tiene usted diseminadas para vigilar a los congregantes; pregunte a las que nos han tocado en suerte y le dirán que nuestra conducta es ejemplar. Seguimos comulgando diariamente en la misa de siete y media y los domingos volvemos a la de diez. Por si le parece poco, a las tres de la tarde nos hacen ir a vísperas, y esto ya nos molesta una miajilla; pues además de ser el sermón kilométrico, es en vascuence, y como no lo entendemos nos resulta de una pesadez de plomo, pero lo llevamos con paciencia; porque después de todo aun estando en la iglesia hasta las cinco, nos queda tiempo de sobra para merendar, pasear... y hasta para rompernos las narices; y sino que lo diga mi hermano, que anteayer nos vino desfigurado por haberse caído de un cerezo.

Tiene el labio superior partido, el inferior magullado y el resto de la cara tan lleno de arañazos que parece un mapa; le aseguro padre que en la forma que está no le conocen sus golondrinas. Le hicimos una cura como de caballo, pues es más duro que la piedra; una buena limpieza con árnica; una gran cantidad de tintura de yodo encima, unos cuantos azotes... y sin cenar a la cama: ése fué el final de la jornada del domingo. Hoy se encuentra completamente bien, pero parece una caricatura.

A. M., Congr.



Núm. 121.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Agosto de 1923

Farsa descubierta.

Es el primer domingo que paso en la ciudad de mis estudios y, como domingo y como buen andarín que soy, invito a dar un paseo a un tal Manolo, a quien me habían presentado el día anterior en la Universidad y tenía ganas de conocer.

El me sirve de guía, y me lleva por el paseo más concurrido de la ciudad, me señala toda la gente elegante que pasa y me habla de su amistad con ella describiéndome el lujo como un hastiado de tanto compromiso.

Yo le tomo por un marquesito, mas por no herir su modestia no le hago ninguna pregunta sobre su noble alcurnia.

Hablando, hablando mi marquesito y yo llegamos a un recodo del camino en que para contraste de nuestra conversación había un pobre anciano sentado sobre su chaqueta a la vera del camino. Yo no reparo en él, pero Manolo con esa estúpida sonrisa que sabe sacar la juventud de hoy día me dice con aire de chistecillo: "Mira". Yo miro y veo la nevada cabeza de un anciano y en su rostro dibujarse la amarga expresión del sufrimiento; era manco y sus talados brazos asomaban por las mangas cortadas de su camisa y se extendían hacia nosotros en demanda de limosna... Antes que saliera de mi compasión sigue Manolo con la misma sorna: "¡Ay amigo, qué dos chorizos le asoman por esas mangas".

La frase me cae como una bomba, durante todo el paseo se me hace cada vez más antipático y ya mi marquesito me parece más bien un fanfarrón, hijo de alguna mala patrona. A la vuelta del paseo me convida a merendar en un café y no quiero, porque esperaba hacerlo más a gusto en casita con mi familia; me quiere llevar al cine, y tampoco; se me hace tan empalagoso el señorito y aquella frase me resuena tan mal en el oído...

Ya en la ciudad nos encontramos con Plácido, otra de mis amistades del día anterior y con él dimos una vuelta por las calles. La frase de Manolo me parece uno de esos ruidos que siguen zumbando en los oídos y se recrudeció más aquel recuerdo al ver a una mujer que viene en sentido opuesto, descalza y mal vestida con un cesto debajo del brazo por el cual asomaban dos chorizos. "A ésta sí que le asoman dos chorizos por ese cesto, exclamó casi sin saber lo que dijo". Pero un codazo de Plácido me vino a sacar de mi absorción; ¿qué pasa? le pregunto, y el dice por lo bajo: Calla ¡que es su madre!

Yo quedo pasmado y no sé hablar más.

¡Cuánta farsa! Apenas hay quien no quiera pasar por más de lo que es y que no engañe.

J. H. A., Congr.

El mejor capital.

Aquí cerca en un pueblo de la costa vivía una humilde familia de pescadores.

La vida monótona y arriesgada de los pescadores desagradaba al más emprendedor de los hijos y decidió marchar a Buenos Aires para hacer fortuna, como él decía.

Durante algunos años sus padres continuamente recibían noticias suyas; y era de ver la alegría de aquellos pobres pescadores cuando las recibían; pero después de algún tiempo dejaron de llegar las acostumbradas cartas. Hacía ya catorce años que había marchado y seis de ellos iban transcurriendo sin tener noticias suyas; cuando un día llamó el cartero a la puerta y les entregó una carta, procedente de América. Grande fué su alegría al recibirla; pero mucho mayor fué la pena que sintieron cuando la abrieron y vieron que no era de su hijo, sino de un abogado que les daba la noticia de su muerte.

No obstante algo les alivió la pena otra carta que recibieron poco después, por la que se enteraron que les dejaba la gran fortuna que con mucho trabajo había logrado reunir.

Aquellos, hasta entonces, pobres pescadores,

Universidad de Deusto
Biblioteca

abandonaron el pequeño caserío que había sido su morada, y pronto fué sustituido por un precioso chalet construído a la orilla del mar. Los dos hijos más pequeños fueron, como correspondía a su nueva posición, a estudiar a la Ciudad hasta que después de algunos años terminaron sus respectivas carreras. Ya aquellos jóvenes no eran los mismos: los que hacía algún tiempo no hubieran por nada del mundo dejado la misa ni el rosario, ahora lo dejaban por irse a la playa; y por cualquier tontería se quedaban sin misa el Domingo.

¡Cuántas veces sus padres se lamentaban de ello!; pero habían ya entrado por el camino de perdición, y fueron inútiles todos los esfuerzos que se hicieron para llevarles al buen camino.

Aquellas riquezas que parecía que habían de llevar la felicidad a la familia, le habían conducido a la desgracia.

¡Cuántas veces, como en este caso, las riquezas alteran el orden de vida morigerado y virtuoso de las familias, y con ello auyentan la felicidad!

J. R., Congr.

El castillo encantado.

Al Noroeste de Francia, en los confines de Bretaña con Normandía se levanta majestuoso una mole de piedra, antiquísimo castillo feudal; es difícil precisar por su estilo arquitectónico, la época de su construcción; aun cuando el conjunto se sujeta al estilo anglonormando, que no es sino una variante del románico. Sobre la puerta principal, notable por el trabajo de las esculturas de su archivolta, hay un enorme escudo, cubierto en gran parte por la hiedra y musgo; pero que por las partes descubiertas de sus leones y leopardos revelan fué tallado con esmero inusitado.

Respecto a este castillo hay varias leyendas emocionantes que el pueblo con su fantasía las ha elevado hasta lo inverosímil.

Una de las leyendas, es la referente a Clodoveo, rey de una de las tribus Franco-Galos, la de los Sicambras; el cual, como aspirase ha ser jefe único de la nación, hubo de luchar contra toda clase de enemigos. Dícese que al volver de una de sus innumerables victorias, divisó de lejos el castillo, pidió pormenores de él y tan interesantes fueron las noticias que le proporcionaron, que, picado de viva su curiosidad, y aprovechando el descanso de sus tropas, partió sólo, montado en su precioso caballo, camino del castillo.

Clodoveo debiera haber desconfiado al encontrar tendido el puente levadizo y la puerta del castillo abierta de par en par; pero en su pecho nunca entró el temor y siguió su camino hasta el interior, donde se encontró de improviso en un hermoso salón, y en él un gran grupo de caballeros, bien armados discutiendo con gran calor la última hazaña de su jefe.

Sorprendidos por la entrada de éste desconocido caballero quedaron al pronto todos en silencio, hasta que, pasada la natural sorpresa, le rodearon todos los que en el salón se hallaban. Tomó entonces la palabra el mayordomo del castillo y le dijo: Vuestro aspecto marcial me revela que sois de alcurnia y por tanto no recobraréis vuestra libertad sin antes haber luchado con nuestro jefe; si salís vencedor nadie tocará ni el arnés de vuestro caballo; pero si salís vencido, preparaos a sufrir grandes infortunios.

Clodoveo, que desde su entrada al castillo se sintió sin fuerzas, hasta el extremo de no poder manejar su lanza, temió por su libertad, y por primera vez entró en su pecho la zozobra; y tal fué su estado de agotamiento, que le tuvieron que ayudar a ponerse las armas.

Afortunadamente la lucha era fuera del castillo y cuenta la leyenda que apenas hubo franqueado el umbral, Clodoveo recuperó todas sus energías.

Puestos frente a frente los dos caballeros en sus fogosos corceles, arremetiéronse lanza en ristre con tal denuedo, que al choque espantoso, quebráronse las lanzas hechas astillas. Clodoveo vió delante de sí a un temoroso rival y desconfiando de su destreza pidió, en su interior, auxilio a la Reina de los Cielos; en aquel momento el jefe del castillo desenvainando rápidamente su espada arremetió con tal coraje que Clodoveo no tiene tiempo más que para presentar su escudo; y tan terrible fué el golpe que la hoja de la espada saltó hecha añicos quedando el caballero desarmado. ¡Me has vencido! rugió; tuya es la libertad.

A Clodoveo una curiosidad confiada le puso en aquel peligro; he ahí exactamente lo que nos sucede a nosotros, confiamos mucho y nos creemos ser fuertes y, puestos en la ocasión, decrecen nuestras fuerzas y quedamos a merced del enemigo.

La desmedida curiosidad y la insensata confianza en sus fuerzas, pusieron en gravísimo riesgo la vida y la libertad de Clodoveo; y tan sólo le salvó el recuerdo oportuno de la Virgen Santísima. ¡A cuántos jóvenes pierden para siempre la indiscreta nerviosidad y la confianza más indiscreta aún en sus fuerzas, si su buen ángel no los inspira un fervoroso recurso a su celestial Protectora!

P. A., Congr.

El más fino extracto.

Sabido es que en la antigüedad los reyes eran muy amigos de instruirse; uno de estos, Thebas, rey de la Arabia tenía una colección inmensa de manuscritos los cuales trataban de todo lo entonces conocido. Le daba pena ver tanto libro y se decía: ¡Cómo voy a leer todo esto!

Después de mucho pensarlo ordenó a los sabios del reino, que los compendiasen en el menor espacio posible. Mas después de ímprobo trabajo y de mucho pensarlo, llevaron unos cincuenta volúmenes con su extracto.

Cuando el rey lo supo dijo: ¡Quién lee todo eso! y volvió nuevamente a ordenar a sus sabios que los resumiesen más.

En este estado de cosas, estaba un día el rey en su habitación, cuando entró un cristiano criado suyo, el cual después de ponerse a sus plantas le dijo: "Señor, noticioso de que habéis mandado a vuestros sabios la recopilación en pocos volúmenes de los libros de vuestra inmensa biblioteca, aquí lo traigo todo eso y mucho más perfectamente resumido; y al mismo tiempo le mostraba el Catecismo. Quedó sorprendido e interesado el Rey, y pronto devoró con creciente admiración aquel librito que por contener unos inquebrantables mandamientos no se pega a las manos de muchos sabios del día. Otro era el aprecio que de él hacía un célebre Padre alsaciano, convertido al catolicismo después de haber sido protestante durante mucho tiempo. Siempre que subía al púlpito, mostrando el Catecismo a sus feligreses, les decía: "Hermanos míos, aprended bien este libro que aunque parece muy chiquito, sin embargo se encierra en él todo el fundamento de nuestra sacrosanta Religión, y es el camino único para nuestra felicidad".

J. M. de M., Congr.

Un atrevido.

—¿Qué es esto, qué es lo que pasa que corre todo el pueblo a la plaza como las moscas a la miel? preguntaba el secretario del pueblo a un honrado y pacífico vecino, ya viejo y arrugado como el pergamino.

—Pus... no lu sabéis? Mi lastima el dicirlo...

—Anda, hombre, que me hormiguea la curiosidad...!

—Pus D. Iñiguez, el melitar retirao...

—¿Pero, ¿qué le pasa a D. Iñiguez? dí pronto.

—Naa... que se le ha cuadrao en que ha di montar un potro sin domar..., y sin freno...

—Y el pueblo va a ver lo que pasa ¿verdad?

—Me se figura...

—Ya le podían poner a ese D. Iñiguez una camisa de fuerza y encerrarle en su cuarto... De ésta se mata ese loco...

La algazara de la chiquillería vino a interrumpir esta conversación.—Ya viene! Ya viene! gritaba la gente menuda, mientras las mujeres y hombres de razón lloraban y se compadecían de la locura de D. Iñiguez.

Y efectivamente, ya venía, ya venía el potro negro como el azabache y más soberbio que un sultán; ojos de fuego, agitando su cola a manera de plumero en todas direcciones, y pidiendo libertad con recias sacudidas y continuos saltos, que hacían correr no pocas veces a los chiquillos, temerosos de ser atropellados.

—Fuera gente!!! Sitio, sitio, allá voy yo... gritó D. Iñiguez apenas lo divisó. Y por si no sabes quien era tal Iñiguez, te lo voy a decir. Era un capitán retirado que había estado según decían en la guerra de Cuba: de carácter rarísimo que había degenerado ya en verdadera locura. Unos le compadecían, otros le halagaban, mas nadie podía oponerse a sus caprichos; por eso en esta ocasión se hubo de condescender con su loco deseo de probar fortuna sobre tan peligroso bicho.

Al verse frente a él, D. Iñiguez se caló una visera del revés, a lo aviador; metió dentro de ella algunos mechones de pelo, con que tapaba la calva, y aprovechando un momento de calma del potrito, de un rápido salto montó sobre él y asiéndole fuertemente de las crines del cuello, esperó.

El potro, aturdido en un principio al sentir sobre sí un cuerpo extraño, batió luego dos o tres veces el suelo con sus patas delanteras y comenzó a andar agitadamente, aunque despacio; mas dándose sin duda cuenta de que se hallaba en plena posesión de su libertad, agachó la cabeza y, rápido como el rayo, se lanzó a la carrera, desapareciendo al punto en una revuelta.

Ya no se supieron más detalles de D. Iñiguez.

Al día siguiente muy de mañana, las campanas de la Iglesia doblaban a muerto, y el juez y su secretario silenciosos, con ese silencio que impone la desgracia, se dirigían hacia el lugar de la catástrofe: no lejos de las últimas casas del pueblo, en un hondo barranco yacía el cadáver de D. Iñiguez, polvoriento y con los vestidos desgarrados.

Verdaderamente fué una bárbara locura la de D. Iñiguez, y tengo para mí que mucho mayor es la nuestra cuando queremos andar sobre el potro de nuestro cuerpo sin ningún freno, y dejándole ver lo que quiera y trotar por donde él quiera, por playas y paseos a horas inconvenientes. ¡Qué tentaciones no tendrá luego y entonces mismo que no le despeña en el pecado mortal!

A. M. M., Congr.

Cuento-historia.

Vivía en una pobre cabaña un leñador con su amigo Tomás.

Uno de tantos días en que salió el rey a cazar acertó a pasar en el momento en que el leñador decía: Si yo hubiese sido Adán no hubiese consentido a Eva que coja la fruta ni yo la hubiese comido.

Entonces, dijo Tomás; si yo hubiese sido Eva, no hubiese desobedecido a Dios.

El rey que lo oía todo entró en la cabaña, donde pidió que le diesen de comer y de beber; le ofrecieron gustosos lo que tenían.

Quiero pagaros bien, les dijo el rey después de comer: os llevaré al palacio donde viviréis comodamente, con tal de que no destapéis la sopera que se os presentará en la mesa.

Ellos aceptaron y fueron llevados a palacio en lujosas carrozas.

Una vez en palacio se les dió trajes y se les sirvió la mesa, donde apareció la sopera, a la cual apenas la miraron, siendo esta faena repetida todos los días hasta que Tomás dijo al leñador: Vamos a descubrir la sopera. El leñador le detuvo y la sopera quedó intacta.

Pocos días después dijo Tomás lleno de curiosidad: Destapemos la sopera que el rey no lo sabrá. El leñador accedió y Tomás destapó

Universidad de Deusto
Biblioteca

la sopera de donde salió una rata blanca, que se precipitó a la mesa primero y luego al suelo. En vano procuraron cogerla porque se metió en un agujero hecho a propósito.

Entonces armaron tal alboroto, que se presentó el rey y al ver la sopera destapada y la rata escapada, les dijo: Coged vuestros antiguos trajes y salid de mi palacio; así lo tuvieron que hacer.

Como Tomás hizo perder la felicidad al leñador, así los malos amigos nos quitan la felicidad eterna y hasta la temporal, y como la curiosidad hizo a Tomás desgraciado, así también la imprudente curiosidad puede hacernos desgraciados facilitándonos el poder ofender a Dios y exponiéndonos a que nos condenemos.

J. A. A., Congr.

Pesimista convertido.

Ramón era un joven de unos veinte años, y ya todo le parecía negro y sombrío, a sus amigos en toda ocasión les repetía que era el más desgraciado y que no había venido a este mundo más que para sufrir.

Cierto día, en que más se quejó de su suerte, soñó que se encontraba en una sala llena de cruces muy diversas; instintivamente se puso a verlas todas; y pronto y bien mandado recorrió la estancia en busca de la cruz que mejor podría soportar; pero esto le costó muchísimo trabajo: la una, aunque poco pesada, era demasiado grande y por lo tanto muy molesta; la otra, por lo contrario, pequeña pero muy pesada; la de más allá tenía los bordes demasiado cortantes que le herían demasiado sus hombros; cerca de ésta había otra que era de oro brillante, pero que correspondía en peso al del codiciado metal; se fijó en fin en una que parecióle de su gusto, que creyó que podría llevarla cómodamente, la miró bien, y en ella reconoció que era justamente la suya, de la que tanto se quejaba.

Desde entonces a este joven se le quitó el pesimismo, de suerte que se le encontró siempre muy alegre, no se quejó más y se aplicó al estudio de lo que antes le parecía insoportable.

¡Quiero ser optimista y trabajador!

F. G., Congr.

Correspondencia abierta.

En cuadrilla.

Nos reunimos una cuadrilla de chicos de mi edad, que vienen conmigo a comulgar todos los días; hasta ahora no he dejado ni un solo día, y me va muy bien.

A. N., Congr.

Desde Lourdes.

La primera y última tarde que estuvimos en Biarritz pudimos apreciar un poco aquellas asquerosidades, que en la playa dicen que se duplican; aun fuera de ella vimos que las mujeres han suprimido completamente las mangas pues no llevan ni un milímetro; además tienen la desfachatez de no llevar medias, y de los escotes ni qué hablar; tanto es así que hicimos propósito de no ir a la playa, hasta las ocho de la noche. Con mal tiempo no íbamos a estar y con bueno íbamos a ver aquellas porquerías, así que determinamos venir a Lourdes. Por lo demás los paseos de Biarritz se podrían llamar "El Paraíso lleno de demonios".

Lourdes es el polo opuesto. Aquí pobres y ricos, militares y paisanos, holandeses, ingleses, españoles, etc... todos rezando con gran devoción delante de la gruta.

J. S. J., Congr.

Este la entiende.

Desde el otro día me echo un sueño de una hora después de comer y así por la mañana no pierdo la misa.

C. C., Congr.

Aunque se exagere ¡vaya un desgraciado!

Vino aquí a la Academia un compañero mío muy formal, estudioso, ni fumaba, ni bebía, en toda la extensión de la palabra era un buen chico.

Pero vino también otro todo lo contrario, muy aficionado a la bebida y al tabaco y, a este último en tanto, que ha llegado a fumarse 400 cigarros, mas varios puros de los peores y mucho tabaco en pipa. Ya está tan acostumbrado al tabaco que los peores tabacos ingleses le parecen suaves y ha hecho para sí la mezcla siguiente: tabaco de libra, de cuarterón, de cincuenta, de veinte, puntitas de puros, ingleses y todas las clases que ha encontrado, y los ha mezclado con gasolina, alcohol, colonia, etc...; y eso dice que es delicioso; hace otras barbaridades como beber colonia y alcohol de quemar en gran cantidad.

Bueno, sigamos el relato, el primero se hizo bastante amigo del segundo, y enseguida lo empezamos a notar los demás compañeros; pues ya no estudiaba nada, y un día le llevó a un café y le hizo beber con engaños, y vino a la Academia bastante mareado y después se tomó el vino de los seis de la mesa y cogió una tremenda y en su consecuencia se dió de baja; al día siguiente se la injustificaron y le metieron quince días de corrección, que ha sido el primer arresto que ha tenido y por esto le han venido otros y ya le tienen fichado los profesores como punto, y gracias a Dios que ya no se junta al mal amigo por los repetidos sermones de otro alumno y mío.

J. Ll. Congr.

Desde Londres.

Sigo, gracias a Dios, con la mejor de las costumbres, con la Comunión diaria. Esta me ha valido para resistir a las tentaciones. Así he pasado alegrete el año; que la paz que da el alma vale más que todas las diversiones que puede ofrecerme.

Aquí las costumbres son peores que las de allí; pero hay católicos valientes, como lo demostraron en la procesión que tuvieron por las principales calles de Londres, rezaban el rosario en voz alta, cantaban el Credo y algunos himnos como el "Dios, bendiga nuestro Papa", no les permitían llevar ninguna insignia ni bandera; y con todo resultó muy solemne.

P. O., Congr.



Núm. 122.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Septiembre de 1923

Dos víctimas más.

Luis había terminado el bachillerato con brillantes notas y se aprovechó de ellas, y además y como único hijo que era, obtuvo de sus acaudalados padres todo lo que le vino en gana. Era Luis de buen corazón, cariñoso y sobre todo era puro, como buen Congregante. Sus padres le habían educado cristianamente y entre otras prácticas piadosas le habían inculcado la de ayudar todos los días a la Santa Misa; en suma que era un modelo de estudiantes.

Llegó el verano y se fué con su familia al pueblecito de S... donde tenía una hermosa posesión. A los pocos días de llegar, trabó su familia conocimiento con otra que era la primera vez que pasaba el verano en dicho pueblo. Dicha familia tenía un solo hijo llamado Antonio que era la antítesis de Luis. Al intimar las dos familias, por fuerza lo hicieron sus hijos y aquí tenemos a Luis con el primer mal compañero de su vida y que seguramente no sería el último. Poco a poco fueron llegando los veraneantes y con ellos dieron principio los escándalos harto frecuentes que se dan en las playas. Al principio la madre de Luis no le dejó ir a la playa, pues veía el peligro que en ella había, pero al fin tuvo que ceder a instancias de la familia de Antonio. Los primeros días Luis no se dió cuenta de las inmoralidades que tenían lugar en la playa, pero al fin su malvado compañero le fué infiltrando sus impuras doctrinas, y en quince días se perdió el trabajo de diez y seis años de asiduos cuidados maternales. Por fin concluyó el pernicioso verano y Luis regresó con sus padres a la capital. Después de unos días de descanso comenzó Luis a estudiar la carrera de abogado, no por su gusto,—que ya era el de no hacer nada—sino por imposición de sus padres los cuales pronto empezaron a recoger los frutos de la libertad que habían dado a su hijo.

Luis tenía la costumbre de llevar al terminar la clase los libros a casa con objeto de estudiar la lección del día siguiente, pero ya desde el primer día vieron sus padres, cómo en unión de su compañero de veraneo, que estudiaba en la misma Universidad, tomaba el camino del Teatro, cosa que siempre había tenido prohibida. Este fué el primer acto de insubordinación filial; y de esta manera continuaron dos meses salpicados con frecuentes disgustos. En este corto intervalo de tiempo, Luis había perdido el sello de la juventud, aquella frescura de que gozara meses atrás, y se había convertido en un joven enclenque, chupado y consumido por el vicio.

Sus padres no le daban tanto dinero como él necesitaba para mantener sus vicios. Una noche en el salón de juego del Casino, perdió el poco dinero que le quedaba. Medio desesperado se dirigió a su casa, con el decidido propósito de robar a sus padres. Justamente al día siguiente tenía su padre que pagar a los numerosos operarios de una gran fábrica de harinas que poseía, y se hallaba en su despacho haciendo el recuento de los fajos de billetes que había de entregar al encargado de hacer los pagos. Sorprendió a su padre en esa operación, y el desdichado hijo en su sed de dinero se arrojó sobre su padre para arancarle los billetes. Forcejearon ambos y ya había conseguido el pobre padre desasirse de su infame hijo, cuando éste sacó una pistola y disparó sobre su padre, que cayó exánime sobre el alfombrado suelo.

Al ruido de la lucha acudió la infortunada madre, que al ver aquel cuadro cayó desmayada en los brazos de su doncella. Acudió la policía que condujo al desventurado Luis a la cárcel, donde quedó incomunicado. Al poco tiempo se vió su causa ante los tribunales de justicia y, a pesar de la elocuencia y hasta de las lágrimas de su abogado, que quería demostrar que fué un momento de arrebato y que no sabía lo que hacía, el malvado hijo fué condenado a cadena perpetua.

De día y de noche su pesadilla eran los malos amigos que le habían engañado. ¿Por qué fuí tan tonto que les seguí y me precipité con ellos en tan profundo abismo! Se acordaba de sus buenos tiempos de fervoroso Congregante.

M. G., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

¿Quién salió ganando?

De mi pueblo salieron tres comerciantes con el objeto de negociar en la feria que había en el pueblo vecino. Llegados al ferial, juntos se hospedaron en la misma posada.

Terminada la feria, en la cual ganaron no poco dinero, los dos de más edad dijeron al otro que era menester salir al día siguiente tempranito para llegar a casa antes del anochecer.

No estoy conforme con vuestro parecer, replicó el otro: mañana es domingo y lo primero que debemos hacer es oir misa; después marcharemos a casita.

—Eso lo haces tú si quieres, le contestaron secamente, nosotros nos marchamos enseguida.

En efecto se marcharon camino de su casa mientras el otro fué camino de la iglesia.

Los primeros al atravesar para llegar a su pueblo un puente de madera de un río un tanto desbordado con el peso de los caballos y de lo que llevaban encima sin saber cómo, se hundió el puente y nadie pudo salvarles y perecieron ahogados.

Una hora después llegó el tercer comerciante y asustado por lo ocurrido reconoció enseguida la severa justicia de Dios, y dió gracias al cielo por haberle librado de una muerte tan espantosa.

Aun antes de haber oído este ejemplo ¡qué intranquilo hubiera estado si algún día festivo hubiera faltado a misa. ¡Que siempre me dure este temor de Dios!

A. Z., Congr.

Boxeo interrumpido.

Cosa de romperse de risa es oir al glorioso "Patroya" contar este verano en su chapucero castellano la aventura que le pasó con un campanudo inglés.

Volviendo el buen aldeano a las tareas del campo con la azada al hombro y medio cantando el himno de S. Ignacio, ve a un coloradote y rubio que hablaba acaloradísimo con otro de su mismo pelo y color. A "Patroya" le debió gustar lo colorados y mofletudos que estaban, pues se paró muy cerca mirándoles con la boca abierta. Mi lord, que no debía estar para bromas, al ver al aldeano dijo alguna frase en que le pareció a "Patroya" mentaba a San Ignacio.

Sospecha mi aldeano que con tanto genio no le puede haber dicho nada bueno de su Santo compatriota y juzga conveniente darle un calmante; en efecto va muy cerquita de él y le da un soberbio pisotón

Ante aquel insulto, la noble sangre de aquel mofletudo hierve en sus venas, se pone en postura de boxeo, da un par de saltitos atrás y otros adelante y le lanza su reto en lengua que jamás había oído. "Patroya" se echa a reir ante aquella danza caribe y como ve que no basta pega un berrido soberano; pero ni por esas, seguía sus bailables, hasta que levanta la azada para dar más fuerza a sus palabras y dice en su mejor castellano: Estacaso que te vas a llevar, si no te callas eh?

No hay que decir que el heróico picotero calló y siguió hablando con su compañero como si tal cosa; eso sí, un poco más pálido ya estaba.

J. L. A., Congr.

Doble caza.

El buen Pedro ha pasado desde las cinco de la mañana buscando de un lado para otro alguna buena pieza de caza para regalársela al Sr. Párroco en el día de su santo. Al fin a eso de las doce, levanta su fiel perro una hermosa perdiz, da con ella, y ya tiene su regalo.

Pero el ardor de la caza le ha hecho olvidar de que está en ayunas, y empieza ahora a picarle con gran fuerza el hormiguillo del hambre. Mas cómo entretener si su morral no contiene nada más que la hermosa perdiz y en varias leguas a la redonda no hay otra posada que la de un protestante, con el cual había sostenido ya frecuentes disputas. Pero, al fin pudo más el hambre, y se decide a entrar. Acude presuroso el amo y le pregunta qué desea. Pedro, como buen cristiano que era sabía que aquel día no se podía comer carne le indica que le ponga delante cualquier cosa menos carne.

Ya se conoce, le dice el posadero, que sois un buen católico; y se echa a reir.

Pero ¿a qué he venido yo aquí, le contesta con gran paz, a que me mate V. el hambre o a que se ria V. de mi? Apresúrese a servirme lo que le he pedido. Bajó la cabeza el hostelero, al ver aquel aplomo y entereza, y al poco tiempo estuvo servido el buen cristiano.

J. M. de M., Congr.

Sorpresa mutua.

La conversión de un general de los Estados Unidos, afamado por su ciencia militar, al Catolicismo durante la guerra civil, fué notable por las circunstancias.

Uno de tantos dias en que la atronadora voz de los cañones y el ruido de la fusilería se mezclaban con los gritos de los moribundos y los lamentos de los heridos, el general vio caer herido a su lado a un soldado. Al enterarse de su estado supo que una bala, que debía haberle atravesado el corazón, se había desviado repentinamente al tropezar con un escapulario. Tal desvío o providencia, pensó el general, sólo podía atribuirse a la bondad y al poder de la Madre de Dios, cuya imagen desvió la bala; y tanto le impresionó que el que hasta entonces había sido protestante reconoció el poder de la Santísima Virgen, que antes no veneraba y tan bien lo reconoció que sin más miramientos se puso con todo empeño a estudiar la doctrina católica y adjuró sus errores.

Terminada la guerra vuelve a su país un tanto inquieto por la acogida que le dispensará su mujer, celosa protestante. Llega el domingo; las campanas de la iglesia católica le llaman a misa. El general con pretexto de ir a afeitarse sale y se va directamente a la iglesia católica. Se coloca en una silla y se pone a orar con el mayor recogimiento. Poco después llega una señora; toma una silla a su lado; el general abstraído en su oración ni la mira.

Cuando el sacerdote dice el *Ite Missa est* y dá la bendición, el general se levanta, hace la señal de la cruz para el último Evangelio, y se fija en su mujer que como él se signaba en la frente, en la boca, y en el corazón.

Los dos eran católicos sin haberse dado cuenta el uno al otro de su conversión; ambos habían procurado ocultarse mutuamente sus nuevas creencias por temor a un disgusto.

Fácil es comprender el gozo que les causó el descubrimiento: nunca fueron tan felices como desde aquel momento en que se encontraron nuevamente unidos por la fe verdadera.

G. M., Congr.

Un milagro de tantos.

En una buhardilla y en pobre cama, yacía un hombre de poblada y desarreglada barba, cuya baja mirada hacía ver un corazón insensible; era verdaderamente desgraciado, sin religión, que no podía soportar la mortal enfermedad que iba a dar término a su vida.

Cerca de su cama estaban dos niños de nueve a once años, deseando sosegar con sus caricias de angel a su desgraciado padre. La madre, muy piadosa, había terminado las labores de casa y en un rincón de la habitación sollozaba pidiendo a Dios por la conversión de su marido.

Una mañana de tantas llevó la madre a sus hijos a la iglesia a rezar por las necesidades espirituales y temporales de su familia, y era de ver a aquellos dos angelitos postrados ante una imagen de la Virgen María cómo pedían con lágrimas más que con palabras por su padre. No esperaba otra cosa la Virgen Santísima para abrir sus oídos a tan inocente plegaria.

Al regresar encontraron a su padre con otra cara y con la mayor sorpresa le oyeron decir: Iros pronto en busca de un sacerdote. No tardó en llegar, ni en confesarse, y seguidamente se le administró el Santo Viático y la Unción.

La madre y los hijos fueron a postrarse de nuevo ante la imagen de María Inmaculada, a quien le dieron las más rendidas gracias por la conversión de su padre. ¡Qué feliz parecía y era aquel hombre que poco antes tanta compasión inspiraba! Solo ver aquel repentino cambio era para convertir a un incrédulo y hacerle ver el poder de la religión con la oración perseverante y confiada.

F. I., Congr.

El mejor premio.

Hace un mes que los chicos de la catequesis de Güeñes tienen un hermoso campo de foot-ball, tan grande como el del Athletic, completamente llano; allí juegan reñidos partidos aun contra chicos de otros pueblos

Tienen antes el rosario y la lección de catecismo, y marchan desde la iglesia al campo de foot-ball en compañía de los Sres. Curas y de alguna persona de respeto que cuidan no se metan con los manzanos del camino, que tienen tan tentador fruto como el que hizo caer a Adán y Eva.

Difícil sería contar los chicos aun en la iglesia, donde están tan quietos; pero en el campo donde no paran, imposible. Por más que ya tienen donde parar y descansar en la sombra de un frondoso arbolado contiguo. Se consideran felices; pues no les falta nada, ni habilidad para defenderse aun de chicos mayores, como de los de Galdames; que si ganaron fué por sólo un goal de penalty.

Tanto el campo como el pelotón todo les ha proporcionado la catequesis y le están muy agradecidos porque además de divertirse mucho aprenden en la doctrina lo principal, a ser buenos cristianos; y mientras están en el foot-ball ya se sabe no andan a caza de fruta, y haciendo cosas peores.

El pueblo lo ha comprendido tan bien, que todos han querido contribuir a los gastos con que sostienen tanta moralidad como esto supone en el pueblo.

Ojalá muchos pueblos imitaran a Güeñes.

P. T., Congr.

Un bandido convertido.

Era el conde D. Pedro, hombre tosco y brutal que tan solo se ocupaba de amontonar riquezas por medio del saqueo y del bandidaje. Poseía un hermoso castillo en la región Norte de Francia, que, al mismo tiempo de ser su mansión, era su guarida cuando veíase acosado por los soldados del gobierno que trataban de reprimir sus criminales desórdenes.

Su único afecto era su hermana, la cual a espaldas de éste procuraba remediar los males de su malvado hermano.

Profesaba él odio mortal sobre todo a todo eclesiástico. Cierta noche tormentosa en la cual andaba de correrías, hallábase su hermana en un salón del castillo esperando que le anunciasen la llegada de su hermano, cuando penetra en él un criado anunciando que dos religiosos solicitan alojamiento por aquella noche. Después de mucho pensar sobre el compromiso en que le ponen, ordena que sean colocados ocultamente en el pajar.

No tarda en llegar su hermano; cambia su empapado vestido por uno de riquísima seda, y se sienta con su hermana, a la mesa espléndidamente iluminada y llena de exquisitos manjares. A poco de comenzar la cena, su hermana no puede reprimir el llanto y acosada por las preguntas de su hermano acaba por relatarlo todo. Entonces él ordena que suban los religiosos con el firme propósito de reirse a cuenta de ellos. Pero de tal manera supieron los religiosos llevar la conversación, que al final de la cena, el señor queda prendado de ellos, y no quiere que vuelvan al pajar; aunque ellos tan humildemente se lo piden que vuelven a acostarse en él.

Al amanecer les despiertan fuertes voces que les llaman; levántanse y se enteran que el señor se había puesto gravísimo y quiere con-

Universidad de Deusto
Biblioteca

festejas. Ayudánle a bien morir, y preguntándole porqué había merecido aquella tan descarriada oveja el gran favor de recibir los Sacramentos y morir en gracia de Dios, oyen que les dice: "Jamás me he acostado sin rezar tres Avemarías a la Santísima Virgen, costumbre que me inculcó mi madre.

J. M. de M., Congr.

La pesca de la ballena.

Un pequeño grupo de esquimales junto a las costas de Groenlandia, provistos de botes de piel, con sus remos dobles, y gran cantidad de vejigas de foca llenas de aire, unidas a dardos con puntas de espinas de nardal, se disponen a cazar ballenas.

Así aparejados se meten en los botes y se lanzan atrevidamente al mar en busca de las huellas del gran cetáceo.

Mucho hubieron remado hasta que encontró uno de ellos unas manchas oleaginosas, que en la superficie del mar forman las babas y demás residuos del monstruo. Le faltó tiempo para avisar a sus compañeros, y juntos navegaron en busca del cetáceo siguiendo sus huellas.

No tardan en ver al animal, se le acercan cuanto pueden y lanzan sobre su lomo a docenas los dardos con sus correspondientes vejigas, que le quedan clavadas en la piel. Al sentir los aguijones bucea y se sumerge; pero la necesidad de respirar le obliga a salir a la superficie. Los esquimales que le seguían le lanzaron cuantos dardos les quedaban entre manos, en tanto número que, aunque intentó sumergirse y volverse boca arriba para huir, no lo consiguió; las bejigas eran otras tantas boyas que mantenían sujeto al monstruo en la superficie de las aguas. Se aprovechan entonces los esquimales de la corriente del mar y la llevan con gran algazara a la costa donde la acaban de matar y poco a poco van despedazándola, y llenan de aceite cuantas vasijas encuentran.

Me ocurre que las diversiones, paseos y chistes etc., que nos presentan los malos amigos son como arpones y vejigas con que nos sujetan. ¡Hay que huir a tiempo!

J. A. A., Congr.

Correspondencia abierta.

Ni por el aire.

Sólo he dejado de comulgar un día, por haberme levantado algo más tarde; pero aun así quise comulgar; pero al salir de casa me encuentro a papá de vuelta y me dice que se había marchado ya el Sr. Cura. Todo el día estuve como si me faltara algo, y según un primo que pasaba días en casa, estuve a la mañana de un humor malísimo.

El rosario, como V. sabe, ni en casa ni fuera de ella ni en viaje por tierra o por mar y creo que por el aire sería lo mismo, no lo dejamos ni un sólo día.

También es raro el día que no voy a visitar a mi Real Amigo, aunque no sea más que 3 ó 5 minutos.

En cambio Dios nos mima hasta el punto que el día 1.º de Agosto en el que hicimos una excursión a las cuevas del Gorbea (por 2.ª vez) tuvimos misa a las cinco y media pues dió la coincidencia de ir unos sacerdotes a la Cruz del Gorbea.

S. A. L., Congr.

Excelentes deseos.

No sé lo que me pasa; parece que en tiempo de vacaciones huye la pluma de mi, o mejor dicho, soy yo el que procuro no encontrarme con ella; pues hace más de quince días que estoy pensando en escribir y mis deseos no se cumplían.

Yo sigo pensando en ser sacerdote; pero como soy tan imperfecto, ruego a V. se acuerde de hacerle una súplica a Jesús, cuando celebre la Santa Misa, para que llegue algún día a ocupar dignamente cargo tan elevado. Yo por mi parte procuro ya pagárselo con mis pobres oraciones.

Como puede V. suponer apenas estoy un momento en casa, corriendo por estos montes y caminos y jugando al pelotón que es un gusto.

O. F., Congr.

Premio y castigo merecido.

Después de merendar cuando aún faltaba media hora para el rosario, nos reunimos todos los amigos como de costumbre en la puerta de la iglesia. Pero, como no sabemos estar quietos, nos pusimos a jugar; y tan divertidos nos encontrábamos que algunos dijeron que querían quedarse jugando y no ir al rosario.

A la mayoría nos pareció que no era razón ni con mucho para faltar, y menos habiendo, como domingo exposición del Santísimo. Les dí algunas más razones, y el caso fué que arrastré a todos; aunque algunos entraron con el propósito de salirse cuando terminase el rosario.

Los que habían entrado medio a la fuerza y por no quedarse sólos, empezaron a reírse en la iglesia, tanto que la hermanita de uno les avergonzó diciéndoles que mejor harían salirse; y se salieron al poco rato.

Excuso decir que cuando salimos de la función los encontramos aburridísimos, ni se habían entendido entre sí; nosotros no quisimos reanudar con ellos el juego y les dimos así una buena lección.

F. L., Congr.

En Alemania.

La iglesia Católica dista de casa unos 50 metros; así que no me puedo quejar.

En Sajonia es probablemente donde hay menos católicos; pero sin embargo todos están conformes en decir que son muchos los protestantes que se van convirtiendo al catolicismo; he oído que, hace años aquí no había ni la mitad de católicos que hoy día, aunque se ve que no están muy instruídos en la religión. Lo contrario sucede en Baviera donde se puede decir que son todos católicos; a los mismos de España podrían dar ejemplo de fe y de instrucción.

Todos los precios suben por día cantidades tremendas; hoy un par dezapatos no cuesta menos de cinco millones y seguramente dentro de cinco semanas valdrá el doble.

M. J., Congr.

FLORES Y FRUTOS

Núm. 123.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Octubre de 1923

Nuestras excursiones veraniegas.

ORDUÑA

Por ser la primera excursión de la temporada, de ante-víspera la expectación era notable. Se nos prohibió madrugar antes de las cinco y media, porque si no muchos levantándose a las tres creerían que llegaban tarde al rápido de Barcelona, que a las 6 y 25 iba a remolcar nuestro magnífico coche; tan capaz, que los 125 podíamos pasearnos tranquilamente por él; parecía hecho para nosotros.

Llegamos a Orduña, y los cohetes y las campanas del Santuario de la Antigua nos invitaban a visitar a nuestra Madre y a tomar parte en el mejor de los banquetes.

Lástima que no hubiéramos llegado una hora antes, cuando el Ayuntamiento de Orduña, con sus maceros de típicas gorras y chuzos, asistía a la misa en la Antigua, como asiste muchos domingos. Con todo tampoco faltó a nuestra misa el señor alcalde, poco menos que representando a su pueblo.

Bajamos al Colegio y en su magnífico comedor despachamos el esperado desayuno, que dió fuerzas a la mayoría para subir a la Peña y dominar desde el balcón de la colosal y sublime estatua de la Virgen todo el valle de Orduña y de Arrastaria.

A la bajada nos esperaba en otro más espléndido comedor, en el Castillo, lo que ya empezábamos a echar de menos, por el carbón gastado en nuestra ascensión a la Peña.

Habíamos oído que había en el Colegio lucidos gabinetes de Física e Historia natural, y nos sobraban ganas de visitarlos. A pesar de esperar ver algo notable, lo que vimos sobrepasó a nuestra expectación; funcionaron ante nuestros ojos algunos aparatos modernos de Física con que vimos a las claras lo que en el libro al estudiar nos parecía tan oscuro.

Pasamos después al museo de Historia Natural, y no sabíamos dónde poner los ojos; miraban unos arriba, otros abajo unos a un lado otros a otro; estaba lleno de minerales raros, de fósiles y de animales disecados que ni soñados tan bonitos; allí se veía bien lo que es Dios cuando quiere lucirse un poquitín.

A las cuatro rezábamos el rosario y la novena de San Ignacio con el devoto pueblo de Orduña; y poco después desapareciamos en los tres inmensos cobertizos, en los patios y sobre todo en los campos de foot-ball, donde despleglamos nuestra, por falta de campos en Bilbao, poca sobrada destreza. Nada tiene de extraño que del Colegio de Orduña hayan salido los mejores jugadores del Athletic.

Vuelta a refrescarnos y a nuestro abonado coche que tirado por el rápido de Madrid nos puso en menos de una hora en nuestras casitas.

URQUIOLA Y OCHANDIANO

Esta mañana no tuvimos que ir a niguna estación para tomar el vuelo; lo tomamos desde la puerta del local de la Congregación, y no paramos hasta 700 y pico metros de altura, en San Antonio de Urquiola; allí posamos nuestros sobradamente descansados pies.

Eran de ver los dos grandes autos repletos por dentro y por encima; parecían como dos ramilletes de flores animadas; y tanto que alegrábamos a cuantos nos veían; si no era a los jovencitos como nosotros, a quienes les daba algo como de envidia nuestra ambulante alegría.

En Urquiola admiramos las obras, visitamos la parte nueva aprovechada del Santuario, y contemplamos una pared cubierta de muletas y otros artefactos, inútiles ya ante la protección de San Antonio; allí las dejaron los enfermos como muestra de agradecimiento.

De vuelta a lo lejos oíamos el repique de campanas y los estallidos de cohetes; nos encontramos a la entrada con todo el pueblo de Ochandiano que nos esperaba con su párroco de capa pluvial y el alcalde y todos los jóvenes formados en dos largas filas, ostentando sus medallas de congregantes. Nos llevaron en procesión a la iglesia y vimos todo el trayecto engalanado con colgaduras.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Cantamos una Salve y nos despedimos hasta la hora del rosario.

Comimos al lado del arroyo, de donde salieron los cangrejos para amenizar la rica paella. No contentos con esto nos obsequiaron con fruta y pasteles en abundancia.

Tan alegremente pasamos allí el tiempo, que fué preciso retrasaran el reloj de la iglesia para que así llegásemos justo justo a la hora del rosario y la reserva. Todo el pueblo estaba en la iglesia con aquel respeto que sólo se ve donde se conserva la fe de nuestros antepasados.

No nos habíamos figurado que en estos malhadados tiempos hubiese pueblo tan sano, tan franco y tan feliz.

¡Cuánto pueden todavía las autoridades cuando son lo que deben, y están prontos para cerrar la puerta a toda diversión peligrosa!

A muchos nos hicieron subir al balcón engalanado del Ayuntamiento, para presenciar los espatadantzas, que lucieron la soltura envidiable de sus piernas.

A la pregunta que nos hacíamos de por qué nos habían recibido con tanto ruido y agasajo, nos contestó el mismo señor alcalde, que lo merecíamos, por venir a dar tan buen ejemplo; pues todo el pueblo sabía que éramos de los que empezamos el día de la mejor manera posible; comulgando.

Lucimos después nuestras habilidades futbolísticas; y nos volvieron a regalar con una espléndida merienda y una despedida tan cariñosa y popular como la entrada.

Llegamos al anochecer a Bilbao, encantados del nuevo y pintoresco camino y mucho más del pueblo donde se conserva la juventud en todas las edades muy feliz sin cines ni diversiones peligrosas.

P. P., Congr.

Tres distintas señoras.

Tres señoras amigas, después de oír en cierta ocasión un elocuente sermón sobre la Inmaculada, determinaron honrarla, colocando cada una en el salón de su casa un magnífico cuadro, copia de uno de los famosos de Murillo.

Se comprometieron a escribir a uno de los mejores artistas y a encargar un marco de exquisito arte y gusto, dignos en cuanto pudiera ser de nuestra Madre.

Llegado el día que habían determinado para escribir, lo hicieron dos de ellas; la otra, dejándose vencer de la pereza, lo dejó para el día siguiente; y, como suele suceder, lo fué dejando de día en día hasta dejarlo por completo.

Entretanto a las dos más diligentes les llegaron sus cuadros, y muy contentas determinaron el día en que solemnemente se habían de colocar en sus salones; los mismos invitados pasarían a la otra casa después de asistir a la fiesta de la primera.

A la hora determinada todas las familias invitadas estaban puntuales en casa de la primera señora. Allí en el magnífico salón, tapizado de terciopelo, se procedió a colgar el cuadro en la parte más digna y elevada.

La señora indicando a los carpinteros el sitio: Colócadme, les dijo, ahí el cuadro; y tened mucho cuidado que no se me estropee el terciopelo; colocadmelo con estos cuatro alfileritos prendidos en el terciopelo y en estas cintitas de seda.

Con gran extrañeza respondieron ellos: Señora, dispensad, pero usted comprenderá que es imposible que con alfileres se sostenga el cuadro; se caerá desde tanta altura, y se quedará usted sin él. Dejadnos que clavemos unas buenas escarpias de hierro, que sostengan bien cuadro tan grande, aunque con eso se estropee algo el terciopelo.

—Oh! no, no! de ninguna manera! me lo van a estropear. Póngalo como les digo con estos alfileritos y lazos.

Ante tan persistente mandato obedecieron los oficiales; y colocado el cuadro y sosteniéndole ellos mismos, subidos en escaleras, se dirigieron de nuevo a la dueña de la casa:

—Mire usted, ya está colocado; pero sepa, lo que le decimos, que apenas lo soltemos caerá y se romperá todo.

—Que nó, que nó! que estará muy bien con los alfileres!; déjenlo ya!

Importunados por tan insistentes mandatos, lo soltaron, aunque muy bien sabían lo que había de suceder.

En efecto, el cuadro cayó y se hizo pedazos; y el lienzo se rompió y arrugó y todas aquellas finísimas labores y adornos del marco se destrozaron. Y como si esto no fuera bastante, el cuadro al caer rompió dos preciosos jarrones que estaban debajo.

Lloraba y gemía la señora dando suspiros lastimeros y exclamando por toda la casa: Ay! mi cuadro, ¡ay mi precioso cuadro; mi Inmaculada tan linda! Ay! Ay!... Y echaba la culpa a los que lo habían colocado.

—Señora, le respondieron éstos, ya se lo decíamos y se lo repetimos muchas veces, y no nos hizo caso.

Quedáronse en su casa los parientes más cercanos de la desolada señora a consolarla como pudieran, y los demás se dirigieron a casa de la segunda señora, celebrando y riendo la manía de la pobre señora desequilibrada.

Mientras esta pobre señora gemía junto a los restos de su alhaja, llegó la comitiva a casa de la segunda, que alborozada recorría las habitaciones dando órdenes a los criados para el recibimiento y banquete que preparaba a los concurrentes.

Reunidos ya todos en el salón lujosamente preparado, entregó la señora a los carpinteros unas fuertes y doradas escarpias, que había mandado hacer expresamente para su Inmaculada.

Nada me importa, les dice, que se estropeen algo los terciopelos; lo que deseo es que quede el cuadro perfectamente sujeto.

Colgado el cuadro y bendecido por el Párroco, que también había sido invitado a la ceremonia, pasaron al comedor a hacer los honores al banquete preparado. Y todas aquellas personas reunidas pasaron una alegre tarde.

Estas tres señoras tienen, entre chicos y grandes, sus imitadores: hay muchos que van dejando las obligaciones para mañana y no dan un paso; otros empiezan su labor, pero por no seguir el consejo de otro lo echan todo a perder ¡cuántos hay de éstos!; otros en fin, la entienden, son constantes se fían de sus padres y maestros y salen adelante con su empresa.

A. S., Congr.

Los consejos de una fuente.

Acercáronse tres viajeros amigos a una fuente, adornada con esta inscripción "Imitad esta fuente".

¿Qué querrá decir ésto?—se preguntaron uno a otro.

Al que debía ser mercader le ocurrió, que así como la fuente corre sin cesar y uniéndose a otras fuentes, que encuentra en su camino, se hace arroyo, y corriendo y creciendo llega por fin a ser río caudaloso; así parece que nos dice: Trabajad y prosperaréis.

El otro viajero, que era un joven de aspecto grave, al par que bondadoso, sonrióse al oír la explicación del mercader y dijo: Yo entiendo la lección de otra manera: Esta fuente va por el valle haciendo bien y no pide recompensa; y con su ejemplo nos dice, que la caridad y generosidad no debe ser ejercitada por egoismo, sino por amor de Dios.

El tercer viajero que era adolescente aún y por vez primera se había separado de su virtuosa madre, se acordaba de sus consejos y con la timidez propia de sus primeros años oía y callaba; pero incitado por sus compañeros dió su explicación y dijo: ¿De qué nos serviría esta fuente si sus aguas estuvieran sucias y corrompidas? De enfermedades y de muerte. Pero con sus puras y cristalinas aguas parece que nos dice: "Conserva limpio tu corazón y sólo así serás de provecho, como yo lo soy, que voy regando y fertilizando la tierra".

R. F. L., Congr.

La mejor compañera de viaje.

Un jovencito al tener que dejar la compañía de su madre por largo tiempo, obligado por las necesidades de la vida, recibió de ésta palabras de aliento: "Hijo mío no sabes lo que siento no poder acompañarte: pero yo te daré una compañía segura y fiel.

—¿Quién es, madre mía?

—Y dándole el último abrazo de despedida, murmuró unas palabras en sus oidos, y al dejarle le repitió: "ella, hijo mío, ella solamente".

—Os lo prometo hacer, madre mía.

Apenas abandonó la casa materna, cuando le salieron al encuentro diferentes personas. Tómame por compañera, le dijo una voz.—¿Cuál es tu nombre?—¡Soy la gloria!—No es ese el nombre que me ha recomendado mi madre; puedes continuar tu camino.

A los pocos días le pareció oir una segunda voz muy dulce que le dijo: ¿Me quieres por compañera?

—¿Cuál es tu nombre?

—Soy el placer.

—No es ese el nombre que me ha dicho mi madre; y siguió su camino. Al caer de la tarde, el joven triste y fatigado oyó una voz que le dijo: ¿Me quieres por compañera?

—¿Cuál es tu nombre?

—Soy la oración.—¡Ah! ven, ese es el nombre que murmuró mi madre al darme el último abrazo.

Tres años más tarde aquel joven volvía al regazo materno conservando un corazón bueno y puro siendo el encanto de la autora de su vida hasta en los últimos momentos. La oración, el trato con Dios le había salvado.

R. F. L., Congr.

No discurría del todo mal.

Cuentan de Diógenes que en medio del bullicio y concurrencia de Atenas, vivía dentro de un tonel vacío; y que al mediodía todo roto y desarrapado con un candil encendido, andaba por calles y plazas buscando hombres. A los que le interrogaban qué buscaba, contestaba que quería encontrar hombres, que cuantos veía y conocía vivían con ansia de dinero y sucios placeres, y lejos de merecer el título honroso de hombres merecían el de bestias.

Otra curiosidad tenía escrita con letras grandes junto a su vivienda: "Atenienses, aquí se vende sabiduría".

Pasó una vez cierto desconocido al lado de su vivienda que, más que cátedra y tienda de sabiduría, parecía tugurio de hambre y de miseria; y, tentado de la curiosidad y deseoso de poseer la preciada sabiduría, entró y llamó a Diógenes, que sacaba la cabeza de su tonel y pidió le diera diez sestercios de sabiduría.

Entonces Diógenes, con su adusto y macilento semblante, le rogó encarecidamente que jamás diese al olvido esta sentencia: "Ten siempre a la vista tu único fin".

Agradó al desconocido la sentencia de Diógenes hasta el punto de esculpirla él mismo en la pared de su aposento con letras de oro, para jamás perderla en la memoria.

Y ¿no grabaremos nosotros en nuestro corazón esta máxima, capaz ella sola de hacernos para siempre felices? Acuérdate de tu fin.

J. E., Congr.

Cómo se salvó un judío.

Cierta noche tormentosa, extraviado de su camino un judío se encontró con una ermita, situada en lo más profundo del bosque. Comprendiendo que andaba errado se dirigió a sí mismo: lo mejor que puedo hacer es acomodarme como pueda aquí mismo y tratar de descansar y dormirme. Impresionado al darse cuenta de donde estaba se acordó de una práctica muy sencilla y significativa que sabía tenían y tienen todos los cristianos:

Universidad de Deusto
Biblioteca

era la de hacer la señal de la Cruz antes de acostarse; él la hizo también, aunque claro está, sin nada de fe.

Duérmese largo rato cuando a eso de la media noche oye hablar dentro de la ermita y sobresaltado se despierta presurosamente sobrecogido de temor. Harto motivo tenía para ello, pues los que hablaban no eran más ni menos que un gran demonio que parecía hacer de jefe y tres compañeros infernales que venían a darle cuenta de sus trabajos del día.

Uno de ellos se dirige a su endiablado jefe y le dice entre otras cosas: la mejor acción, creo que ha sido el conseguir que un joven venciese la dificultad que tenía para ir con un tal mal compañero, que en dos días será completamente nuestra la nueva víctima.

Parecidas hazañas continuan exponiendo los otros dos secuaces, cuando uno de ellos se fijó en el aterrorizado judío, a quien el miedo tiene paralizado; y se dirige a su jefe y le dice: "Aquí tenemos una buena víctima..." Pero su jefe le contesta: "Es un mal vaso, lleno de iniquidades; pero está bien sellado".

¡Cómo si es judío!

Sí, pero está sellado con la señal de la Cruz, y ante ella ya sabéis que somos impotentes".

Oído ésto el judío, sin acertar a coger sus bártulos, se dirige apresuradamente al pueblo más cercano, donde después de catequizado, es bautizado en la verdadera religión.

J. M. de M., Congr.

Correspondencia abierta.

Actual apóstol y futuro doctor.

Lo primero que tengo que decirle es que del asunto que me interesa más a mí y a todos en esta vida el de salvarme, no ando mal pues oigo misa casi todos los días y comulgo en ella.

Una vez me valí de una aldeana del pueblo para que viniera a comulgar ella y toda su familia el primer viernes de mes; llega dicho día y veo a su familia toda en misa; llega la comunión y van todos a comulgar, cosa que me alegró mucho, pues vi que yo, que creía que no servía para nada, había hecho ir a comulgar a seis personas.

No crea usted que yo me paso el día vagueando, no; pues tengo dos horas de estudio, una por la mañana y otra por la tarde, de Fisiología e Higiene; aspiro al título de "Doctor".

M. A., Congr.

Otro que vale y quiere valer más.

Desde que recibí su amable carta, me levanto en cuanto me llaman, para hacer guerra a la pereza, pues quiero valer mucho. Aquí comulgo con mucha frecuencia, pues ya sé que es lo que mejor puedo hacer. Una hermosa tarde de este mes de Septiembre iba caminando en compañía de un amigo mío; hasta que parándose mi amigo, sacó una novela y me la enseñó. Al punto vi un grabado feito. Se la pedí; me la dejó con confianza. Entonces tranquilamente delante de él la hice pedazos. Protestó y me dijo que no era de él, que la cogió en la casa donde daba lecciones.

No me asusté; le invité a que fuese trayéndome todas las novelas que encontrase, que las mandaría por el mismo camino. Ahora ya tiene cuidado de no enseñármelas.

L. Ch., Congr.

Solito en Alemania.

El único amigo con quien empiezo ahora a salir es un joven al cual le doy lecciones de castellano; y éste sí me gusta, pues es buen chico y simpático y muy atento conmigo: como no conozco todavía bien el idioma, él me ayuda en las cosas que necesito.

De vez en cuando le echo alguna puntada para que se haga católico, pero me contesta que las dos religiones son completamente iguales; ésto lo dicen todos aquí, pues a mi patrona, la mejor persona que aquí he conocido (he tenido una suerte tremenda) también le he hablado sobre el mismo particular y contesta lo mismo; son muchos los domingos que en lugar de ir a la iglesia protestante se va a la católica. En la ciudad (pues yo vivo un poco en las afueras) tenemos una Catedral preciosa, y los domingos está completamente llena; la mitad de la gente son protestantes; unos van por oir la música (que es muy bonita y aquí tienen una afición loca); otros porque están muy bien presentadas las ceremonias etc., etc.

Le voy a dar los últimos precios cotizados en ésta sobre algunos artículos. Yo me he hecho hace diez días un abrigo y pagué 346 millones. He ido hoy con mi amigo al mismo sastre y le ha preguntado lo que costaría un abrigo de la misma tela que el mío; el sastre le ha pedido 3.460 millones. Verdaderamente si esto no se ve personalmente, no se puede creer. Me acuerdo que estando en España leí una vez en el periódico que en Rusia costaba un coche de alquiler para una hora unos tres millones, y lo tomé a risa, pero cuando veo que aquí cuesta unos 110 millones, me parece imposible que en Rusia pueda estar tan barato. Hoy, (hay que decir hoy, porque mañana será completamente distinto el precio) cuesta un cigarrillo el millón; el tranvía vale dos millones; pero va a subir el lunes; pues en relación con otros precios no es caro. Por curiosidad he calculado hoy lo que cuesta cada cerilla, y viene a salir unos 15.000 marcos. Pensará usted, que soy exagerado; yo mismo, lo digo francamente, si estuviese ahora en España y me dijesen ésto no lo creería.

El pueblo está muy excitado y no se duda que este invierno estallará la revolución, pues cada día hay más obreros sin trabajo. Casi todos los días hay manifestaciones; a mí me gusta verlas, pues no van los manifestantes como en España, en montón, sino muy bien formados como si fuesen soldados, y uno hace de jefe.

M. J., Congr.

FLORES Y FRUTOS

Núm. 124.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Noviembre de 1923

¡Bien merecido!

El pobre viejecito molinero estaba poco menos que desesperado. El, tan cariñoso siempre con todos, veíase ahora menospreciado por su propio hijo. Al morirse la molinera tuvo que ir a vivir a casa de su hijo Juan, casado y con dos niñitos. Este mal hijo, que no esperaba heredar nada de su padre, le tenía relegado al último lugar de la casa. Si hacía frío y se ponía al lado del fuego, pronto le retiraba su hijo, para poner delante a los niñitos; en la mesa era servido el último; y desde el día en que por descuido rompió la escudilla de barro, le hacían usar una medio rota de madera.

Con qué amargura decía el pobre anciano: Después de haber trabajado tanto para poder dar un oficio decente a mi hijo, éste es el pago que recibo!

Le ocurrió un día al pobre anciano dirigirse a casa de un amigo que vivía cercano al pueblo y le contó todas sus penas.

Cuando el pobre anciano acabó la relación de sus desdichas su amigo le dijo. Vas a hacer lo que te diga: Toma esta bolsita de onzas, que traigo ahora conmigo, y cuando estés en tu cuarto llamas a los nietos, y empiezas a contar delante de ellos procurando hacer ruido; después a su vista las metes en la bolsa y en el fondo del baúl y lo cierras; haces esto mismo varios días; y me las traes después.

Hízolo así el buen viejo, y el primer día en cuanto guardó la bolsa, se apresuraron los nietos a contárselo todo a su madre. Después de repetir la acción, el viejecito molinero se apresuró a devolver el dinero al amigo; éste ya le tenía preparada otra bolsita idéntica que en vez de onzas contenía hojas de latón dorado. Continuad, le dijo, contándolas delante de los niños sin sacar ruido.

No tuvo que repetir muchas más veces el recuento, pronto notó los efectos de los consejos del amigo... "Niños, quitaos del fuego, les decía su madre, para que se siente el abuelito..., y en la mesa: usted, padre, el primero..." y así por el estilo. Murió al fin el molinero, y claro está, se quisieron hacer dueños de las onzas; pero al abrir sus hijos el baúl y encontrarse con las hojas de latón dorado, reconocieron el castigo de su ambición. Unicamente por dinero habían prestado sus cuidados a su buen padre, sin acordarse de que a él era a quién se lo debían todo, después de a Dios.

Pues bien; sin llegar a viejo sus hijos se portaron con él como habían visto que se había él portado con su abuelo, y no pararon hasta llevarlo a un asilo de ancianos. ¡Bien merecido!

J. M. M., Congr.

Granizada de oro

Pasaba yo unos días en el pueblecito de mi veraneo y acostumbraba a dar mis paseos al perder el sol su fuerza por entre aquellas grandes extensiones de trigo; daba gusto perderse por entre aquellos entrecruzados caminitos, casi cubiertos por las ya doradas espigas. Aquella soledad era de lo más agradable, y sin querer meditaba sobre lo que se le presentaba a la vista. ¿Por qué, me decía, estas espigas están dobladas sobre su tallo y estas otras tan derechas y levantadas?. Corté una de cada clase, las examiné, y enseguida encontré la respuesta Estaban muy airosas las unas porque tenían más aire que grano; éstos eran raquíticos; todo lo contrario en las espigas dobladas, el peso de sus bien formados granos les hacía mirar para abajo

Al darme cuenta de esta diferencia, me ocurría enseguida la que hay también entre los hombres: los que tienen poco peso y no piensan más que en lucir y divertirse, van muy ufanos con la cabeza levantada mirando a todas partes; los que piensan en algo serio y valen, no llevan tan levantada la cabeza, ni quieren que les vean; hasta en el paso se les conoce que allí dentro hay algo de peso y de valer.

Cuando estaba terminando mi veraneo, sentí una mañana al despertar inusitado movimiento y voces desentonadas. Apenas me vestí y recé

Universidad de Deusto
Biblioteca

mis oraciones me asomé a la ventana y vi ¡qué pena daba! todas las espigas tronchadas y los tallos tendidos en el suelo; una granizada que yo dormido ni la había sentido, había trocado aquel espigado campo en desolación y ruina. Y no era eso lo peor; al salir de casa quise consolar a aquellos campesinos, y todos me contestaban con destempladas quejas de Dios que venían a ser otras tantas blasfemias.

Recordé entonces lo que había oído a propósito de parecida desgracia, y traté de que les sirviera de algún consuelo; me acerqué y les dije con cariño: Decidme, no os hubiérais dado por felices si Dios os hubiera deshecho los campos con granizada de oro?

—¡Vaya el oro que nos ha caído hoy! me contestaron.

—Ya sabéis que no es oro todo lo que reluce y entre lo que no reluce puede haber oro, Y si no, decidme, cuándo se hizo célebre Job: cuándo recogió muchas cosechas o cuándo se las quemaron y bendijo a Dios con aquéllas palabras: "Dios me lo dió, Dios me lo quitó, sea su santo nombre bendito". Repetid ésto mismo vosotros, aunque os cueste, y convertiréis en oro la granizada de esta noche, con quejaros y blasfemar de Dios ¿qué provecho sacáis?

No replicaron, ni blasfemaron y quedaron menos intranquilos.

J. S. J., Congr.

El Duque en gran peligro.

Todo era paz y prosperidad en los estados del Duque don Fernando, que se desvivía por el bien de su pueblo. Pero bien pronto la envidia de sus vecinos vino a turbar la paz, que disfrutaba aquel laborioso país, haciendo una incursión las tropas de una nación fronteriza.

El Duque verdadero amador de su pueblo, hizo un llamamiento general a los nobles de la corte, y él mismo se puso con ánimo esforzado al frente de su pequeño pero valiente y aguerrido ejército.

Convenido el plan de ataque, salió el Duque, rodeado de su Estado Mayor y seguido de sus tropas, al encuentro de su enemigo.

Una tarde, cuando el sol estaba ya en su ocaso, después de varias jornadas en dirección a la frontera invadida, el Duque se separó un poco de su comitiva y sin permitir que nadie le acompañara se internó poco a poco en el vecino bosque.

Las tinieblas de la noche unidas a la frondosidad de sus corpulentos árboles, dejaron pronto al bosque en profunda obscuridad. No acertando ya a encontrar un sendero por donde hallar salida e incorporarse a los suyos, determinó apearse y permanecer en la selva, esperando la mañana del siguiente día. No había aún encontrado postura para descansar cuando le pareció ver un resplandor como de una gran hoguera y oir poco después el rumor de muchas voces. Se incorporó y encaminó enseguida al punto iluminado, de donde se oía el ruido, seguro, que sería un destacamento de sus soldados.

¡Cuál no sería su sorpresa al reconocer en aquellos soldados, no a los suyos, sino a los de una avanzada del enemigo!

Quiso retroceder; pero, intento vano; era ya tarde había sido visto, y rápidamente se vió rodeado de hombres armados, que pronto se percataron de que el intempestivo visitante era el valeroso Duque en persona.

El que parecía jefe de aquella tropa se adelantó a él, y le hizo desmontarse de su magnífico caballo, diciéndole que pasaba a ser posesión suya aquel hermoso corcel, como botín de guerra.

Seguidamente pidió al Duque que le entregara su espada, que era preciosa, digna del guerrero que la llevaba.

El Duque se fué desprendiendo de los otros objetos que ponían en claro la dignidad del prisionero; como comprendía que todo hubiera sido inútil, no hizo ninguna resistencia.

Despojado de sus armas y de las principales piezas de su armadura como el peto y la preciosa borgoñota, el jefe de aquellos soldados se fijó en un objeto, para él raro, que sujeto a un hermoso cordón de oro, pendía de los hombros del Duque y le caía delante del pecho. Intrigado por la curiosidad y con el deseo de poseer aquella alhaja, preguntó al Duque qué oficio le prestaba aquel aparatito.

A tal pregunta el interpelado respondió con gran serenidad: Este objeto me sirve para ésto: y llevándolo a sus labios sopló fuertemente, y oyó un estridente silbido. No creyó el jefe que fuese malicioso el tal silbido y contento con quedarse con él, silbó también con toda su fuerza. No sospechaba que era la señal convenida para casos extremos y de tanto efecto en éste, que al poco rato todo el campamento fué ocupado por los soldados que andaban por allí buscando ansiosos a su Duque.

Libre ya de las manos de los enemigos, recuperó los objetos de que había sido despojado; y escarmentó duramente al enemigo que estaba desprevenido.

¡A qué gran peligro se expuso el Duque por separarse de los suyos, como se expone también, más de lo que se figura, el congregante que se aleja de sus hermanos de Congregación, y se va con otros, la mayoría de las veces enemigos que le acorralan y le despojan de cuanto bueno tiene. En los peligros de silbato nos puede servir el recuerdo de la Virgen Santísima y de que estamos bajo su bandera.

J. B. M., Congr.

La chaqueta del borracho.

Como en cierta ocasión pasase un baturro, un tantico empinado, caminito de su pueblo, y a causa del mosto sintiese demasiado calor, quitóse la chaqueta poniéndola en la grupa de su rucio.

Pero al cabo de algún tiempo de marcha mirando al suelo, encontróse con una chaqueta muy parecida a la suya, tan parecida que era la misma; no lo creyó así el bueno del aragonés, y contento con el hallazgo colocola en el lugar de la otra mientras refunfuñaba entre dientes: "Bueno, una chaqueta más".

Siguió el curso y el maño, vuelve a ver en el suelo su chaqueta, que otra vez se le había caído; juzgó que era una tercera y como espoleando su cabalgadura llégase a orillas del Ebro, arrojola al río, pensando de este modo en sus adentros: "Va, va para qué quiero tantas chaquetas".

Pasáronsele los humores del vino a nuestro maño y como llegase a casa encontróse, no ya con dos chaquetas, pero ni siquiera con una.

¡Cuántos se ven en nuestros días como el baturro del cuento: desprecian las gracias que Dios les envía, lo mismo que las ocasiones que se les ofrece de hacer buenas obras, creyendo que no les ha de faltar ni las unas ni las otras; mas llega la hora de su muerte y se ven vacíos de ambas; pues Dios todo lo da medido!

A. P., Congr.

Cómo dió vuelta don Silvestre

A las siete repicaban las campanas de la Iglesia de San Pablo, cuando Julián, antiguo mayordomo de la familia más influyente y poderosa del pueblo, con vacilante e inseguro andar, iba a ofrecer al Creador las primicias del día. Al llegar a la iglesia, se acercó a una de las paredes del templo alzó la mano, la tocó suavemente y depositó en ella un ósculo.

Iba a meterse silencioso en el interior, de la Iglesia cuando don Silvestre, su amo, volvía de una de sus juergas; su vida era una serie no interrumpida de orgías, y hasta en su rostro demacrado, como en libro abierto, se leían los estragos que en él hacían los vicios. Quiso aquella mañana la Providencia que presenciara el amo lo que su mayordomo sigilosamente hacía. Intrigado y curioso se le acercó y con marcada sorna le preguntó:

—Julián, crees que los curas te van a dar dinero por besar las paredes?

Miró Julián sorprendido a su amo, y tomando su voz un tono de reproche le dijo:

—Don Silvestre, si ha reparado usted en cosa tan insinificante, ¿Cree usted que Dios no se fijará en su pública y pecaminosa conducta?

Sin tener que contestar a respuesta tan sabia, entró con el anciano en la Iglesia y no paró hasta que llegó contricto a los pies de un confesor y pidió perdón de sus culpas y entabló nueva vida.

Dios ve nuestras faltas; su memoria nos contendrá cuando nos encontremos tentados.

N. R., Cong.

El tío Prédica.

¡Qué contentos estaban aquél día los chiquillos del pueblo: Al marcharse el anterior maestro había dejado algún dinerillo para que todos tuviesen una tarde de campo con su imprescindible merienda.

Estaban en lo más ardoroso del entusiasmo, cuando apareció por allá, encorvado por la edad y dando golpecitos en la hierba con su bastón, don Severino, aquel buen viejete, a quien los chiquillos llamaban el tío Prédica por las moralejas tan jugosas que siempre sacaba de sus graciosos cuentos.

—¡Don Severino, don Severino! comenzaron a gritar infinidad de vocecitas alborotadas.

—¿Qué queréis, impertinentes?

—Un cuento, un cuento.

—¿Un cuento? repetía el buen viejo sin dejar de dar sus consabidos golpecitos; ¿un cuento? pues allá va:

Había en tiempos del rey que rabió una vieja sucia y andrajosa, cuyo dinero era el blanco de los chismes y habladurías de sus comadres; pues trabajando ella día y noche, nadie sabía lo que hacía del producto de sus labores. Sólo un hombre perverso y ladino, había logrado observar tras de muchas vigilias e insomios, cómo todas las noches recontaba muchos dorados doblones, que guardaba en un arcón, y cómo de vez en cuando depositaba alguno que otro nuevo en el arca.

Cavilando, cavilando de qué modo burlaría la avaricia de la andrajosa vieja fraguó sus compadres tan tímantes como él, el plan que habían de llevar a cabo en la próxima vendimia.

Mientras uno de ellos entretenía a la pordiosera, entraría el otro en la casa, abriendo el arcón a fuerza de palanca y arrojaría cuanto dentro encontrara por una ventanilla a un plantío de alubias.

Llegó la vendimia y el tío Pascual, que así se llamaba nuestro jefe de atracadores, se dirigió a casa de la vieja a quien encontró en extremo alborozada.

—Buenos días, tía Petra.

—Felices nos los dé Dios ¿qué diantre le trae por aquí?

—Pues ya ve, comadre: estaba sólo y me aburría allá en el cortijo y me animé a tener con usted un rato de palique.

¿Palique? respondió secamente la tía Petra. ¿Palique? volvió a repetir, lo tendremos. Quiero que sepa tío Pascual, que soy rica. Todos los que antes se reían de mí, como de loca tendrán que venir a mendigar de rodillas un préstamo. ¡Ja, ja, ja! a mí a mendigar un préstamo... y pensar... y continuó echando más improperios mezclados con repugnantes carcajadas, que repercutían en las paredes de la casa, mientras el tío Pascual apenas si lograba disimular que toda su atención la absorvían otros asuntos.

Así siguió todo hasta que las campanas de la antigua iglesia tocaron al Angelus, momentos que el compadre aprovechó para retirarse mientras la comadre absorta en sus recuerdos y odios no interrumpía sus exclamaciones.

Pero cuando a la noche fué a hacer la visita acostumbrada a sus doblones, en los que tanto confiaba, se encontró con el arca forzada y los doblones desaparecidos. La primera impresión fué terrible; ni se daba cuenta de lo que le pasaba como loca de desesperación, gritaba, pataleaba, se pegaba cabezadas contra las paredes... El vacío que sentía en su corazón era inmenso, se puso enferma y al poco murió desconsolada.

¿Os ha gustado el cuento? concluyó don Seve-

Universidad de Deusto
Biblioteca

rán echando una mirada de complacencia sobre su concurrencia.

¡Qué miedo! fué la contestación de un rapaz de rubia cabellera.

¡Qué miedo! ¡qué miedo! repitieron los demás a coro.

Os ha dado miedo ¿eh? ¿y si a vosotros os sucede lo mismo?

¡Cuatra! repitió el mismo rapaz, es que nosotros no somos avariciosos.

—Lo veremos ahora; tú para qué vas a estudiar?

—Mi papá dice que para abogado.

—Y para qué quieres ser abogado?

—¡Toma! pues para que todos me atiendan, y yo sólo hable, y me aplaudan y rían y lloren cuando yo quiera... y... después seré famoso... diputado y... quien sabe si ministro.

—Conque ¿no eres avaricioso? ¡eh! Te cogí. Mirad esa ganancia y méritos con los sacrificios que hacéis al estudiar, esa gloria os la puede quitar cualquier desacierto y desde luego la muerte, hay tesoro más precioso que no te lo puede robar ningún ladrón.

—Y ¿cuál es éste?

—Pues mirad, ofreced los sacrificios de vuestros estudios al Niño Jesús o a la Virgen, y veréis después si tengo razón.

Desde entonces si alguno les preguntaba a los chiquillos de la escuela por qué estudiaban, respondían: Quiero hacer un tesoro que no me lo puedan robar como a la vieja del tío Prédica.

A. P., Congr.

Pescando una nutria

El que hubiera visto a Carlitos, tan pulcro y arreglado como era, con el traje en desorden y lleno de barro, seguramente hubiera dado cabida en su mente a algún pensamiento que hubiera rebajado algo el buen concepto en que se le tenía en todo el pueblo.

Arrimado a las paredes de las casas y con la vista fija en el suelo, por miedo de encontrar a algún amigo de su familia, caminaba nuestro buen Carlos hasta que se metió en el portal de la casa de sus padres. Una vez en el vestíbulo pensando que nadie le había visto se dirigió presuroso a su cuarto con ánimo de asearse un poco. Oyó su madre algún ruido que delató su presencia y le llamó para que saludara a su abuelito que había venido a traerle un regalo, pues al día siguiente era su santo.

No es para descrito el efecto que hizo su entrada en el comedor; ¿Qué te ha sucedido?, fué lo primero que dijo su padre al verle en aquél lastimoso estado.

Carlitos no se atrevió a contestar a la algo irritada pregunta de su padre; pero animado con la cariñosa mirada de su madre y su abuelito, se decidió y les dijo: Les contaré lo que me ha parado:

Salí esta tarde con mis amigos de paseo hacia la ermita de la Virgen de la Merced, cuando, al pasar por el puente, ví al pobre Pedrito que se afanaba en sacar del río una nutria, pues como saben su abuelo prepara y vende toda clase de pieles; yo al verle en aquél apuro quise ayudarle con tan mala fortuna que me caí al agua. Salí como pude sin poder coger más que el remojón; la nutria se la llevó la corriente; además por temor de que su abuelo le riñese le he dado las dos pesetas que constituían todo mi capital.

Aquí terció su abuelito: ahora me toca a mí, Carlitos; mañana día de tu santo le das a tu protegido estas cinco pesetas y para tí estos dos duros; y ahora venga un abrazo, querido nieto. Lo mismo hicieron sus padres. Comprendió una vez más Carlitos la gran satisfacción que da el bien obrar.

J. de M., Congr.

Un pavo como hay muchos.

Este era uno de tantos pavos como andan por el mundo; cuando era pobre vivía sin cuidados, felizmente, dando mil vueltas por una colinilla buscando su comida. En cierta ocasión, cansado de aquella vida que le parecía monótona, resolvió dirigir sus pasos a la granja vecina, donde le cebasen por cuenta ajena; y como lo pensó lo hizo.

No es para referido el contento que recibió el ama de la granja cuando le vió entrar tan tranquilo puertas adentro; ni menos el gozo del pavo cuando se vió tratado a cuerpo de rey y cebado cual nunca lo hubiera imaginado cuando volvía y revolvía por la colina para encontrar algún bicho o grano con que poder ir tirando.

¿Qué sucedió después? Al anochecer estaba ya retiradito en su hogar nuestro pavo, encaramado en un palo sobre una pata y medio dormido, cuando se llega de puntillas el ama; le agarra de la pata y enseguida de las alas, que las sacudía con fuerza, y se va con él a la cocina; para cuando despertó del todo ya estaba decapitado.

Cuántos jóvenes creen que van a ganar mucho por el momento en el cine o con aquel compañero, y al poco les pasa lo que al pavo, que lo pierden todo.

A. P., Congr.

Correspondencia abierta

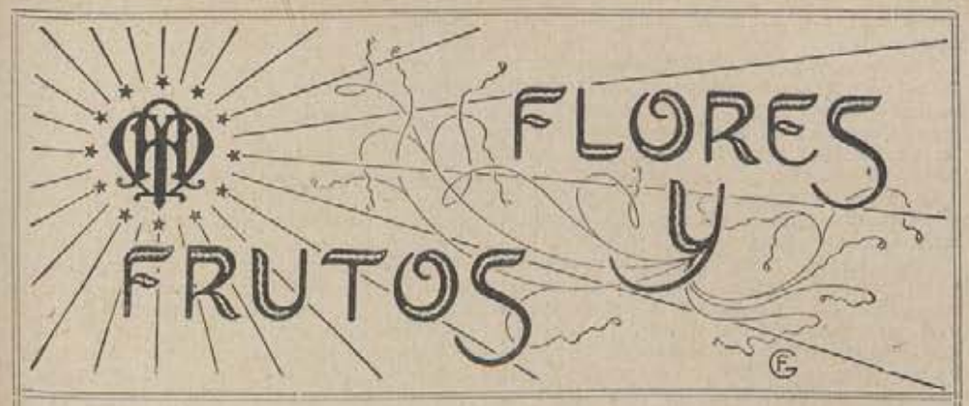
De Francia.

En Francia la misa de los domingos es solemnísima y guardan los chicos una compostura como nunca la he visto en los colegios de esa nuestra tierra. Hay entre los alumnos algunos protestantes que contestan de la manera más necia cuando les decimos ¿por qué no váis a Misa?

Hace frío en la iglesia; hay que estar mucho tiempo. Con todo, son chicos morales, simpáticos y complacientes.

En este momento tocan a comer con tambor, costumbre introducida en honor de los muertos de la guerra.

C. M., Congr.



Núm. 125.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Diciembre de 1923

Otro Congregante más en el cielo

Hubiera sido preciso crear una nueva categoría en el Catálogo de la Congregación, para clasificar debidamente, cuando aún vivía entre nosotros, al Congregante Víctor Artola y Cenarro; tanto sobresalió, como veremos, entre los clasificados en **primera.**

Cuando tuvieron noticia de su muerte los que con más intimidad le habían tratado, confesaban que no se sentían movidos a encomendarle a Dios: pues les parecía que alma tan cuidadosa de evitar faltas deliberadas, nada tendría que expiar en el purgatorio.



Verdad es, que no poco le debió de ayudar para proceder con tanta rectitud su carácter tímido: por no desagradar a un superior hubiera hecho y hacía cualquier sacrificio; una de sus últimas noches, a pesar de su tranquilidad de conciencia, no pudo dormir sosegado al saber que uno de sus superiores quería hablarle.

Para persuadirse de su candor no había más que ver lo que aun ahora expresa este grabado: esa era su mirada, siempre fija y serena, como quien nada absolutamente tiene que ocultar. Intempestivamente le preguntaron un día: ¿a dónde irías tú, si te murieses ahora?—Al cielo, contestó con la mayor naturalidad.

Con su mirada penetrante se hacía enseguida cargo de los deseos de sus superiores; sus órdenes eran para él sagradas; parecía ver a Dios en ellos. ¡Cuántas veces le oímos decir: "Lo ha dicho mamá, o papá lo ha dicho, o lo ha dicho el Padre"; y no podía pensar en obrar de otro modo.

En la vida de familia.

A pesar de tener tan buena índole, es cierto que no hubiera llegado a tanta conformidad y obediencia, si sus padres no se hubieran esmerado en educarle: Comprendían ellos la trascendencia de esas faltas pequeñas de los niños, que a la mayoría de los padres hacen tanta gracia cuando las ven en sus hijos; ellos por el contrario, lejos de reirse, no se las consentían.

Y ¡qué agradecido fué con sus padres! Alma delicada y de tiernos sentimientos, era para él un dolor causarles la menor pesadumbre y en las cosas de su casa cifraba verdadero entusiasmo. Su docilidad fué constante y llamaba la atención de las personas que tuvieron motivo para tratarle de cerca.

Por dar gusto a sus padres no reparaba en sacrificio alguno: hasta los caramelos que le daban se los llevaba a su madre y no quedaba contento si ella no se los recibía. Y así lo mismo en infinidad de atencio-

nes menudas que constantemente les prodigaba.

Su natural pacífico no le impidió sin embargo más de una vez encararse resueltamente con personas mayores poco educadas que supuso se reían de personas de su familia. Su timidez entonces, lo mismo que en el juego, desaparecía y no conocía el miedo.

La razón principal de querer ser el primero en clase, era ciertamente la de satisfacer en todo a sus padres.

Como vemos, pocos hijos se habrán mostrado tan agradecidos a los sacrificios que sus padres se impusieron al educarle ya desde niñito, con aquel debido rigor. Todo lo contrario de lo que suele ocurrir: los hijos más mimados y consentidos, son siempre, aun de pequeños, los más desagradecidos.

Su recato y pureza.

Donde se vió también que correspondió como debía, al desvelo y a la delicadeza con que fué educado, fue en aquel su extraordinario amor a la virtud más propia de su edad: a la pureza. Cualquier palabrita algo fea le molestaba y escandalizaba, y aun preguntado por sus padres, no se atrevía a repetir la palabra que había oído.

Su recato desde niñito fué notable; le enseñaron a dormir con los brazos cruzados y así le encontraban en la cama, tanto despierto como dormido, hasta el último día de su vida. En el verano, cuando tenía que bañarse, no encontraba traje a su gusto: todos le parecían poco decentes, y ni con los mejores quería tomar baños de sol. Siempre se bañaba llevando el crucifijo y las medallas pendientes de su cuello.

Las pocas veces que en sus once años vió el cine, fué con sus padres, enterados de antemano de lo inofensivo de las películas. Conocía el peligro que el cine encerraba, y jamás pidió permiso para ver una película, aun cuando oyese que era buena.

Le acompañaron una vez a "Los Sobrinos del Capitán Grant"; pues bien, después de un año, aún recordaba la mala impresión que recibió al final de la representación con no sé qué danza o coro, por otra parte inofensivo.

Jamás hubo que reprendérsele por quitar la menor golosina; y aun lo que encontraba en la calle, como le sucedió varias veces, lo entregó enseguida a quién le parecía ser su dueño.

Lecturas.

Tenía afición a la lectura, del todo conforme con su educación, tan sólidamente religiosa: el mejor premio para él era la vida de algún Santo; y se le pegaba tan bien lo que en ellas leía, que cuando le dejaban escoger a él los temas en los ejercicios de composición, que tenían los domingos, le venían enseguida a la memoria y a la pluma las escenas más delicadas y sobresalientes, como la aparición de la Santísima Vírgen a San Ignacio en Loyola, la vela de armas ante María Santísima, en Monserrat, etc., etc.

Santísima Vírgen.

Como se acaba de ver, le gustaba más todo lo referente a la Santísima Vírgen.

Tuvo que pernoctar algunas semanas del mes de Mayo de su primer curso en el colegio, cuando aún tenía nueve años. Al estar cenando una noche, el Padre que le acompañaba notó que no tomaba postre, y le preguntó: ¿No te gusta?.—Sí, Padre.—¿Pues entonces...?.—Padre, estamos en el mes de la Vírgen. Aquel mismo día no sé cuántos obsequios había ofrecido a su celestial Madre. Estos sacrificios, ocultos a nuestros ojos, eran sin duda bien conocidos y agradecidos de la Santísima Vírgen.

Sagrado Corazón de Jesús.

Aunque mucho quería como vemos a María Santísima, mayor era su amor para el Sagrado Corazón de su divino Hijo. ¡Con qué gusto repartía las vísperas de los primeros viernes de mes los papelitos que invitaban a comulgar ese día! Y si veía que alguno correspondía a su invitación, ¡qué alegría sentía!; y en la razón de aquella su alegría demostraba más lo fino de su amor: ¡Qué alegre, decía, estará Jesús, porque han comulgado algunos más!

Algunas religiosas de Algorta que le observaron cómo miraba al Santísimo, cuando estaba expuesto, quedaban asombradas de aquella su mirada fija y expresiva, como si estuviera hablando con el Señor.

Aplicación y paciencia.

Cuando en las subidas y bajadas de puestos en clase le tocaba ceder el primero, que con frecuencia ocupaba, bajaba la frente pesaroso, naturalmente, de que otro fuera el ganancioso; pero ni en esas ocasiones salió de sus labios palabra de desenfado. Su aplicación en el Colegio de Indauchu, del que fué uno de los alumnos fundadores, era notoria, mereciendo constantemente las mejores notas; y tan conocida era su buena conducta hasta de los padres de muchos alumnos, que les daban el pésame a los mismos Padres del Colegio por haber perdido discípulo tan aventajado en estudios y en piedad; y con razón se lo daban, pues el sentimiento que con su pérdida causó en los Padres, estaba en proporción de lo mucho que le apreciaron.

Hasta por escrito han testificado algunos de sus compañeros, la mucha paciencia que le distinguía; aun en el juego, que es donde suele aparecer lo que es cada uno, nunca se daba por molestado; como tampoco cuando alguno, en los recreos, le hacía objeto de alguna burla. Con no ser de los que menos se lucían, estaba siempre contento con el puesto que le designaban; y en su empeño de querer hacerlo todo bien, quería ser el primero tanto en el juego como en el estudio. No le gustaba estar ocioso; algo tenía que hacer, y ponía mayor empeño en la asignatura que más dificultad le ofrecía.

Aunque, como hemos visto y veremos, era muy paciente, no dejaba por eso de protestar cuando pensaba que tenía derecho y perdían los suyos.

Quien le ejercitó notablemente la paciencia, fué la viveza extraordinaria de un hermanito de cinco años: ni un momento, ni en casa ni fuera de casa, podía estar quieto: muchas veces le vimos correr tras él, porque se le escapaba. Con todo y tener temperamento tan reposado, nunca protestó cuando le mandaron salir con él. Lo que no consentía era que aquella inquietud de su hermanito molestara a otros y por este motivo se resistía a traerlo a la Congregación. Como se ve, hacía lo contrario de lo que suelen hacer los jovencitos, y también los mayores: el trabajo y cuidado lo quería para él y no para otros. Sin darse él cuenta, le valió este ejercicio doméstico de paciencia para educarse y para que no le costara sufrir a los demás fuera de casa. ¡Qué bien ejercitó el lema de todo hombre bien educado: **sufrir sin hacer sufrir!**

Donde campeó más su paciencia, fué todo este verano en Algorta ayudando dos, tres y hasta cuatro misas; y lo que más llamaba la atención era su devoción, compostura y naturalidad; pues se portaba como si nada de particular hiciera, cuando era el ejemplo y la edificación de cuantos le veían.

No faltaron jovencitos que se riesen de él y al oír que otros le alababan le tuviesen envidia: cuando le encontraban solo, solían a veces preguntarle con sorna, cuánto le daban por Misa, y otras tonterías por el estilo. El o lo tomaba a broma, o no les hacía caso y seguía su camino.

Dicho se está que con este temple de alma, aunque sus padres no le hubieran animado a no perder ni un sólo día la Comunión, él no la dejara por molestia ni por cansancio alguno.

Su vocación.

A nadie extrañará que en aquella alma tan recogida brotara la vocación al sacerdocio. Era de todos sus amigos conocida y a todos les parecía la más propia a su modo de ser y a su virtud. Con uno de sus mismas aficiones e ideales gustaba hablar de su vocación. Este buen compañero se encuentra ya en el Seminario de Comillas y recuerda "que estando un día varios compañeros de colegio disputando qué premio pedirían a sus papás si aprobaban el curso; uno decía una bicicleta, otro un balón, otro una máquina fotográfica, etc.; entonces Víctor se acerca a mí y me dice: si apruebo, les pido a mis papás que me dejen ir contigo a Comillas a estudiar para sacerdote". Siempre solía andar con él, y un día le pidió el album publicado por el Seminario de Comillas el año que celebró sus Bodas de plata. Lo leyó muchas veces y cada vez le gustaba más leerlo. Los domingos le invitaba Víctor a ir a su casa, para ver si su amigo convencía a sus padres y le mandaban este año al Seminario.

Y él mismo en las cartas que escribía al Padre en vacaciones, dice así: "Mucho hablo, con mi amigo Luis de nuestros proyectos y deseos; y mi gusto sería, como usted sabe, ir el próximo Septiembre con él a Comillas; pida usted al Señor para que ilumine a mis papás y nos haga ver lo que El quiere. Pida también por mis exámenes que pronto son, y bien quisiera dar gusto a mis papás sacando muy buenas notas."

Y en otra carta: "Desde que usted se fué, sólo dos días me han cogido otros la delantera para ayudar a Misa; me levanto a las seis y media, y un cuarto de hora después ya estoy en la sacristía de la Residencia. Es un pequeño sacrificio, pero espero que Dios me lo premie concediéndome que algún día de ayudante pase a ser celebrante."

Con madrugar tanto para ser el primero, si observaba que el que venía después se mostraba contrariado le cedía con gusto su puesto; y ésto sucedía con frecuencia.

Preguntándole un día el Padre Espiritual: ¿Por qué quieres ser sacerdote?.—"Padre" le contestó al pronto con acento ingenuo y decidido: "Para tener todos los días a Jesús en mis manos".

Amigos.

Si bien todos los jovencitos del Colegio y de la Congregación le parecían buenos y a todos hablaba, demostró exquisito gusto en escoger lo mejorcito.

Cuando marchó a Comillas su mejor amigo, se dió a buscar otro que le reemplazara, y pronto dió con quien por su bondad pudiera confundirse con él mismo.

En su casa y en el jardín, se divertían los domingos por la tarde con variedad de juegos; los cargos delicados, como el de echar alcohol a las máquinas para ponerlas en marcha, etc., se le confiaban a él.

Les edificaba verle pendiente del minuto para dejar el juego más divertido, cuando se acercaba la hora determinada por sus padres, para que fuera al Salón de la Congregación.

Si alguna vez creía que podía pedir permiso por teléfono a sus padres para estarse más tiempo, lo hacía con tal deseo de agradarles, que gustaban de escucharle y quedaban admirados de su delicadeza. No es extraño que le quisieran tanto en aquella familia, que cuando supieron su muerte, chicos

Universidad de Deusto
Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

y grandes le lloraron y siguen sintiendo un vacío como si les faltara uno de casa.

Concursos.

Lo bien que le aprovechaba cuanto oía en su casa y en la Congregación, podemos ahora verlo en sus respuestas a los Concursos, que son buen testimonio de su sólida formación.

Cuando no tenía más que 10 años contestaba bien a todas las preguntas que se hicieron en un concurso, y debían resolverlas estudiando el número de "FLORES Y FRUTOS" del pasado Diciembre. Se cuenta allí de un joven, a quien su papá al morir le dejó su confesor por padre; y se aprovechó tanto de la confianza que en él puso, que llegó a ser hombre de muchísimo valer. Creyó nuestro Víctor que no se podía dar mejor consejo a un joven que el que tuviese toda la vida confesor fijo, y acertó, y lo que vale más, lo practicó, y estaba en camino de ser un gran hombre.

El otro ejemplo, del monje que se convenció de que ganaba más cuanto más se molestase y trasladó su celda más apartada que antes de la fuente, le hizo ver claro a Víctor lo que le importaba fastidiarse, y lo supo hacer como lo hemos visto. Y otro tanto practicó cuando contestaba que un congregante ama a la Congregación cuando se sacrifica por ella, y estaba deseando se le ofrecieran ocasiones, y después de sus padres, nada quiso tanto como su Congregación.

Su grande ánimo campea en esta otra contestación: ¿Qué debiéramos desear en esta vida si tuviéramos fe?.—"Morir por Cristo"; y seguramente no hubiera quedado en palabras, si se le hubiera presentado ocasión de contestar con obras.

Y con el juicio certero, que tienen los niños cuando están bien educados, como éste estaba, contestaba a otra pregunta, que los mimos de los padres y los engaños y zalamerías de los hijos, sólo sirven para educarse muy mal. Y para que más se fijaran en este punto tan importante se les hacía de otro modo la misma pregunta: la causa de la desgracia de muchas familias no es otra, contestaba él, que la flojedad y blandura de los padres.

Misiones.

Todo lo que suponía algún sacrificio prendía en su alma como semilla en tierra bien preparada.

Por eso se distinguió enseguida entre sus compañeros; el celo que desplegó le hizo digno de ser nombrado **procurador** de las Misiones; para ellas eran sus ahorrillos y lo que vale más sus cuidados, con que a otros hacía contribuir con constancia y a sus tiempos.

Le había oído repetir al Padre cuánto educa un cargo tomado con mucho tesón y empeño; y allí estaba él para educarse como el primero, y hacer bien a los pobrecitos infieles por distantes que estuvieran.

¡Que nos consiga desde el cielo ese mismo tesón para todos los congregantes! ¡Qué bien educados saldríamos! Nos lo conseguirá si se lo pedimos y empezamos a vencernos.

Ha sido el primer alumno de Indauchu que ha subido al cielo a reunirse con su primer Padre espiritual; de él solía Víctor repetir ¡Qué bien estará en el cielo el Padre Dermit! ¡Quién como él"!

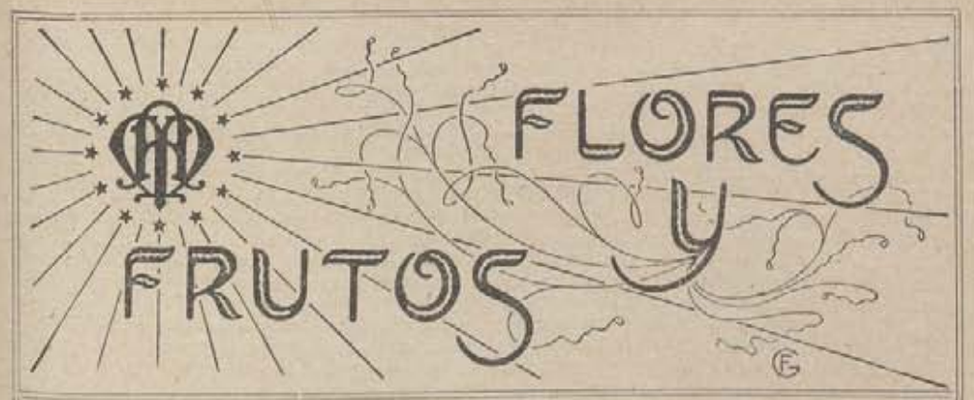
¡Dichosos de ellos! podemos decir ahora nosotros, allí se habrán encontrado y mucho antes de lo que nadie podía figurarse.

Tal fué la vida, ejemplar en su humildad, de nuestro congregante.

Por eso, cuando Dios le llamó a Sí de modo tan inopinado, en menos de 24 horas de enfermedad y casi sin sufrimiento, solo hemos podido oir frases como estas: "¡qué bueno fué!" "¡qué dichoso es ahora!"

Sí ¡qué dichoso! En él tenemos los jóvenes un modelo que seguir. Sea él, y sean los compañeros que pasaron a mejor vida, continuando en la Patria celestial la Congregación de aquí abajo, los intercesores de ésta cerca del trono del Altísimo, para que siga derramando sobre nosotros los mismos frutos de bendición, a fin de que lleguemos a ser hombres de provecho y buenos cristianos.

J. M., Congr.



Núm. 126.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Enero de 1924

Un enredador de tantos

—¡A rezar el Rosario todos; enseguidita, que se va a hacer tarde y tenéis que acostaros pronto para ir mañana tempranito a la Congregación!

Los hijos de doña Teresa debían estar a gusto en sus juegos, porque no acababan de dejarlos. Tuvo que repetir el aviso, y fueron uno a uno llegando al comedor, en donde, a los pies de una imagen de la Virgen de Lourdes, solían rezar esa hermosa devoción que siempre se ha usado en todas las familias cristianas, y ha constituido y constituye una de las costumbres más características y hermosas de la vida familiar.

Solo faltaba Antón. ¿Qué estaría haciendo? Sin duda que al muy travieso se le había ocurrido alguna de las suyas, y ocupado en poner en ejecución su pensamiento, ni había oído las llamadas de su madre.

Así era, pues cuando ésta fué a buscarle, me lo encontró en el cuarto de costura con unas enormes tijeras en las manos, dispuesto a arremeter con ellas la estirada tela del bastidor de bordar que había, sin duda por descuido, dejado allí su hermanita.

—¡Tunante! ¿qué haces ahí?—dijo alarmada doña Teresa que, tan ufana como estaba con la labor de su hija, se hubiera llevado uno de los disgustos más grandes de su vida, tanto más cuanto que aquella esperaba obtener de las profesoras en los exámenes de medio curso la primera condecoración.

Agarró a Antón de una oreja y le llevó al comedor en donde todos le estaban esperando. Y comenzaron el Rosario.

Antes de acabar el primer misterio ya estaba Antón echando bolitas de papel a su hermanita que rezaba muy devota el Rosario delante de él.

Observa ésto la madre que dirigía el Rosario, y le grita interrumpiendo el Ave-María: "Antón, estate quieto, que te vas a ganar un buen castigo." Al mismo tiempo una severa mirada del padre le hizo comprender que la cosa iba de veras, y Antón se puso muy formal.

Mas el demonio que nunca está quieto, y menos en estas ocasiones, más solícito en tentar y distraer a los hombres intentó en ésta un medio que su agudo magín le sugería ser de buen efecto.

Efectivamente, al poco rato entraba por la puerta del comedor, muy levantada la cola, el gato de casa; pasó al lado de Antón, le rozó suavemente con el lomo y se sentó precisamente delante del travieso muchacho en una silla baja a que el morrongo era sumamente aficionado.

Antón, al verle, olvidándose de las amenazas pasadas, acerca más la silla para poder observarle cómo sube y baja rítmicamente los largos bigotes al compás de la respiración.

—Pero, hombre,—reflexionaba entre sí—qué ocurrencia!, un animal tan pequeño con bigotes tan largos; mientras que yo, que soy mucho más grandote, por más que me miro en el espejo, nunca me encuentro con ninguno. Se los voy a cortar.

Echa una mirada a su alrededor, y no encontrando ni tijeras ni cosa parecida, coge una caja de cerillas que estaba allí cerca; enciende una y mientras con una mano sostiene al gato para que no se le escape, con la otra arrima la cerilla a los bigotes. Arden éstos con un ligero chisporroteo; mas, forcejeando el gato por zafarse de las manos del travieso, se quema el morrito, y tal fué la impresión, que dando un formidable maullido salta de una parte a otra, del suelo a la mesa y de ésta al aparador, volcando tazas y cafeteras. Interrúmpese el Rosario al oir aquel estrépito. Tremendas invectivas de la madre, que no se había dado cuenta de lo acaecido, hasta ver el destrozo. Y el padre, poniéndose muy serio, coge al chico y le pone delante de sí de rodillas.

El pobre Antón, cariacontecido y confuso, propuso entonces estar con formalidad, y tanto que antes del quinto misterio ya está tranquilamente dormido debajo de la mesa.

Acabado el Rosario, determina papá castigarle dejándole allí dormido a oscuras. Salen todos muy callandito, apagan la luz y suben al piso superior de la casa donde estaban las habitaciones.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Y Antón soñaba que era guardia civil y que iba por un bosque, muy cerrado, muy oscuro, en persecución de unos ladrones que habían aparecido en el campo por aquellos días y robaban y mataban a todos los viajeros que se acercaban a aquel bosque, en donde tenían su guarida.

Antón se había ofrecido a traerlos presos o muertos antes de la noche del día siguiente.

Internóse pues en el bosque y después de haber andado como hora y media sin encontrar rastro alguno que pudiese ponerle en la pista, llegó a una especie de hondonada formada por dos montes próximos. Y continúa por el bosque más cerrado aún y más oscuro. Paróse un rato a escuchar con el fusil preparado para prevenir una sorpresa y solamente el suave rumor que el viento producía en las altas copas de los árboles y sonido lejano de esquilas del ganado que pacía en los montes, turbaban el silencio y la calma de aquella tenebrosa espesura.

De pronto oyó a su espalda ruido de pasos que pisaban las hojas secas y las ramas de que estaba lleno el suelo.

Volvióse rápidamente; se puso a escuchar y el ruido cesó.

El miedo empezóle a cundir por todo el cuerpo, pero sin embargo adelántase hacia aquel lado dispuesto a averiguar la causa de aquel ruido.

Pronto se encontró con un riachuelo medio escondido entre la maleza. La otra orilla estaba cubierta de zarzales y espinos que algún recelo le inspiraron. Sin embargo saltó el riachuelo y... cayó en una profunda excavación que no había podido ver, arrastrando en su caída multitud de piedras. ¿Y el fusil? Precisamente en el momento más necesario, se veía desprovisto de él; había quedado enredado entre la maleza de la entrada y era imposible cogerlo.

Temblando de miedo oyó voces de personas que se acercaban rápidamente por una galería que debía conducir a la excavación.

Efectivamente, tres hombres de feroz aspecto aparecieron a la entrada de la galería, y al ver al guardia desarmado no pudieron contener una carcajada.

(Antón dormido debajo de la mesa se encogía al soñar ésto, como sobrecogido de terrible miedo y seguía...)

Con unos fuertes cordeles, aquellos bandidos le ataron de pies y manos y le llevaron en brazos por aquella oscura caverna que descendía hacia las entrañas de la tierra. Al cabo de un rato llegaron a una rotonda bastante ancha adonde abocaban otras varias galerías, y allí dejaron al guardia.

El pobre Antón pudo ver en un extremo de la plazoleta, a la luz de una antorcha que uno de aquellos foragidos llevaba para alumbrar el camino, una profunda sima.

Los bandidos se alejaron por una de las galerías laterales hablando animadamente. Al poco volvían, y Antón oyó estas palabras: "Compadre, creo que se va a divertir ahí abajo.—Ya lo creo, Donato, y no tendrá poco que hacer si quiere vivir dos minutos; esas serpientes son capaces de estrangular un buey. Yo no las he visto funcionar, pero a juzgar por el tamaño... Pero ya estamos aquí."

Llegaron en ésto a la rotonda y cogiendo al guardia civil que, petrificado por el terror no oponía ninguna resistencia, sin más ceremonias le lanzaron al profundísimo pozo de las serpientes...

La tremenda impresión de la caída hizo despertar a Antón. Este, sobresaltado, quiso levantarse; pero habiendo tropezado con las patas de la mesa y contra la tabla de encima y después contra las sillas, en medio de aquella oscuridad, empezó aterrorizado a dar terribles gritos.

Acudió a las voces su padre, encendió la luz y tomando de la mano al travieso, calmóle un poco y luego cariñosamente le dió una pequeña lección que le aprovechó para lo sucesivo.

Díjole cuánto desagradaban a la Santísima Virgen las distracciones voluntarias en los rezos, cómo merecían un purgatorio quizá largo, pues al fin y al cabo son muestras de poco cariño y de poco amor a nuestra Madre y de poca fidelidad y agradecimiento a tantos beneficios; y al contrario, los Rosarios y las oraciones bien hechas qué agradables son a María y a Jesús y qué bendiciones atraen; y desde entonces, aunque siguió siendo travieso, cuando llegaba la hora del Rosario acordábase de lo que le dijo su padre, y no volvió a hacer diabluras durante él.

Dicho se está que la Virgen se lo pagó muy bien, pues además del éxito en los estudios, le concedió la gracia inestimable de la vocación.

J. P., Congr.

Peregrina costumbre

Corría el año 1920; tenía necesidad de venir a España y me embarqué en uno de los vapores que hacen el servicio de Manila a Barcelona; hacía varios días que habíamos salido de Manila y nos encontrábamos a la altura de la isla Socotora, en la entrada del golfo de Aden, donde el trasatlántico tenía que llegar para aprovisionarse de carbón.

Como el vapor no podía entrar en el puerto por tener poca profundidad, fondeó a unos 100 metros de su embocadura.

El panorama que se ofrecía a nuestra vista era soberbio: el puerto, que es natural, tiene la forma de media luna y en sus extremos se alzan arrogantes dos enormes rocas completamente peladas como cortadas a pico, o gastadas con la fuerza de las olas; por el lado de tierra en cambio, descienden suavemente, hasta formar en el centro de la media luna, verde llanura, con humildes chozas indígenas, separadas de las arrogantes casas de los ingleses; en el horizonte se descubren colinas cubiertas en su mayor extensión de árboles frondosísimos.

En el puerto no había más que algunas piraguas y dos o tres vaporcitos de vela.

Contemplaba absorto este panorama, cuando me llamó la atención una piragua de regular tamaño ocupada por cuatro o cinco negros; en ella se agitaba algo que al principio no distinguí, pero que después ví que eran patos. La piragua se detuvo a unas cuantas brazas de nuestro buque. Vimos entonces a los negros que cogían a los patos, les ataban una cadenita al cuello apretándoles al parecer bastante fuerte; hecho ésto los levantaban al alto, se armaban de unos látigos muy largos y empezaban a chillar como energúmenos.

Estaba yo intrigadísimo; no entendía lo que querían hacer con aquello; supuse que sería algún sacrificio al dios marino.

No esperaba ver más a los patos y los creía en el vientre de los peces, cuando uno por un lado, otro por otro, como agujereando la superficie del agua, reaparecen de modo muy distinto del que yo antes había supuesto: lejos de haber sido tragados por algún gran pez, ellos eran los que los traían en el pico sin poderlos tragar por el anillo que les ceñía el cuello. Mientras hacían los pobres patos inauditos esfuerzos para tragarse la presa, se acercaban los negros con su piragua, les arrebataban los peces y les obligaban a zambullirse de nuevo. Atizados más por el hambre que por los palos de los negros volvían a zambullirse repetidas veces, hasta que les faltaban ya las fuerzas. Les quitaban entonces el anillo y les dejaban comer los pececillos que no tenían precio. Así ganaban la vida los negros y los patos.

Si ganaran también los negritos la vida eterna! Pero no tienen como nosotros quien les enseñe el camino, les dirija y les anime. Hagamos lo que podemos para que vayan los misioneros a salvarles; y ¡cuánto podemos con nuestras oraciones y sacrificios!

J. A. M. A., Congr.

Un perdón bien pagado.

Jugaban unos muchachos en la carretera de un pueblo de Italia cuando acertó a pasar por allí un extranjero, poco conocedor de las costumbres del país. Molestó a los muchachos, dando lugar a que uno de ellos más atrevido le contestara bruscamente. El extranjero, que por lo visto nada tenía de prudente, se trabó en disputa con ellos, y se exasperó tanto que, sacando una pistola, disparó un tiro sobre la cabeza del indefenso muchacho, y le dejó muerto en el acto.

Poco le duró la satisfacción de la victoria, pues, pasada la ira, comprendió que estaba perdido. Se dió a la fuga y llegándose a una casa algo extraviada, entró; refirió lo que le había sucedido y pidió de rodillas que le ocultaran. La dueña de la casa, viuda y muy buena cristiana, se interesó por el desgraciado y le ocultó lo mejor que pudo. No tardó mucho en presentarse la justicia. Registró de un punto a otro la casa; hasta que desesperados quisieron obligar a la señora a que lo descubriera, sin que nada consiguieran saber de ella. Iban ya a marcharse cuando uno de ellos dijo: "Esta pobre señora ignora todavía que es su propio hijo el asesinado, pues de lo contrario ya descubriría al asesino." Con todo no quisieron darle la noticia y se marcharon.

¡Cuál no sería la sorpresa de aquella madre cuando al poco tiempo se entera de lo ocurrido! Deshecha en llanto y más de dolor, pensó en descubrir al asesino, cuando se acordó de que Jesús perdonó a sus propios verdugos; cayó de rodillas ante la imagen de Jesús crucificado y murmuró: "Hágase tu voluntad."

Con este nuevo ánimo se dirigió al escondite, sacó de allí al asesino y le pertrechó de víveres y de dinero y le indicó la ruta que debía seguir, para no caer en manos de la justicia.

Se retiró a orar por el descanso de su hijo, y, en medio de aquella inmensa pena, sintió un consuelo tal que le pareció que Dios había oído su oración y recibido su sacrificio y que su hijo estaba ya en el cielo. Dió gracias al Señor; y poco a poco fué cicatrizándose su corazón herido hasta sobrepujar el consuelo al dolor.

Así premió Dios aquella generosidad heroica y así premia nuestras buenas obras. Cuanto más nos cuesten, con mayor consuelo.

E. G., Congr.

La torre del hambre.

Dante nos ha legado este conmovedor relato del suplicio impuesto a un gran señor convertido en gran criminal. Se llamaba Ugolín y vivía en la ciudad de Pisa, que había ensangrentado con sus crímenes. Llegó un día en que la voluble fortuna le abandonó, y vino a caer en las manos de aquellos mismos a quienes había en otro tiempo perseguido.

¿Qué castigo impondremos a éste, que así tanto tiempo nos ha tiranizado?...

Sobre la orilla de un río se elevaba una torre de sólidos muros, capaces de desafiar los asaltos de los hombres y del tiempo.

Condujeron allí a aquel miserable en unión de sus tres hijos y un nietecito, cerraron las puertas, y arrojaron las llaves al río. Pronto se dejó sentir el hambre. Los pequeñuelos pedían pan, y el pobre padre, llena de angustias el alma, respondía tan sólo con lágrimas. El hambre iba en aumento y devoraba las entrañas de aquellos desgraciados que se arrastraban por el suelo, hasta que al fin murieron por manición.

El anciano, al encontrarse en presencia de aquellos cuatro cadáveres y al sentirse atormentado con los más atroces dolores, pedía en vano un pedazo de pan, hasta que loco furioso se arrojó sobre sus hijos y quiso ¡oh espanto!, quiso saciar su hambre con la carne de aquellos pequeñuelos...

Un hambre sin comparación más desesperante es la del condenado en el infierno: tiene hambre de Dios.

R. F. L., Congr.

Variado Concurso

Ahora en las pasadas Navidades, como antes en los Ejercicios y después en Semana Santa, tenemos nuestros clásicos concursos, que nos obligan a reflexionar sobre verdades de a puño, que son las que ahora nos animan y nos han de animar toda la vida.

Este último, por lo variado y más práctico que de ordinario, merece especial mención.

Una de las preguntas nos mandaba buscar una frase corta y gráfica como: *"Sufrir sin*

Universidad de Deusto
Biblioteca

hacer sufrir", que expresara bien la idea de lo mucho que nos conviene vencernos y no salir con la nuestra.

A uno solo le ocurrieron estas frases: No vencerás las grandes dificultades si no te vences en las pequeñas. No hay mayor victoria que vencerse a sí mismo. Vencerse a sí mismo es el más recto camino para hallar a Dios. Querer salir con la suya demuestra o falta de capacidad o sobra de soberbia.

Otro decía: Quien se vence a sí mismo, triunfará.

Otro: Véncete y vencerás.

Otro: Tanto valgo, cuanto sé vencerme.

Mil otras respuestas como éstas dimos otros, con que demostramos que no en vano oímos repetir estas verdades.

La segunda nos pedía un pensamiento o deseo que moviese a compasión de tantísimos infieles que mueren sin conocer la única y verdadera religión salvadora. Estos eran:

¡Con qué gusto iría yo a bautizarles y abrirles la puerta del cielo!

Si conociéramos el valor de un alma, no se perderían tantas por la falta de recursos que tienen los Misioneros.

Un ciego infunde tanta compasión. ¡Cuánto más estos pobres chinjtos que no conocen a Jesucristo!

¡Qué dirías tú de una persona que viese a otra ahogarse y pudiese, con solo alargar el brazo salvarla, y no le diese la mano! Pues no sé si es peor, que, por no privarnos de algunas tonterías y porquerías los domingos no mandemos nada a los Misioneros con que puedan alimentar y educar muchos niñitos.

La vida de éstos, dice otro, se parece a unos que con los ojos vendados se acercan a grandes pasos a un precipicio, del que tú con tu oración y tu dinero puedes alejarle.

Lo que sentirá un padre que no puede dar pan a sus hijos, sienten también los Misioneros cuando no pueden recoger en sus escuelas a niños por no poderles dar un poco de arroz.

La compasión que inspira un chinito debe ser como la que tendríamos si viésemos a un niño en su cuna rodeado de llamas sin poderle salvar. Nosotros podemos salvarles con nuestras oraciones y sacrificios.



A los que tenían alguna habilidad se les pedía que expresaran en un dibujo algo que moviera a compasión.

Este fué el premiado, que no necesita mucha explicación. Ese desgraciado padre acaba de echar su niñito al arroyo para ahogarle. El demonio, que se lo ha inspirado, está allí rematando la obra y acabando de hundirle, mientras tres congregantes forcejean por salvarlos y llevarlos a Cristo.

Como se ve, está explicado el pensamiento con viveza; sólo falta el Misionero que es el intermediario entre Cristo y los sacrificios de los fieles.

¿No nos animaremos a servir al que nos ha salvado a nosotros y quiere valerse de nuestros pequeños sacrificios para salvar a tantos millones de desgraciados como se están hundiendo en los infiernos.

M. T., Congr.

FLORES Y FRUTOS

Núm. 127.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Febrero de 1924

Acto heroico bien pagado.

Entre los varios pasajeros que ocupaban un magnífico trasatlántico y hacían el viaje de América a España, se hallaba un millonario afiliado a la secta masónica; iba acompañado de su señora y de su hijo, niño de corta edad.

También hacía el viaje un caballero, perfecto católico, hombre muy recto y muy cumplido. El caballero oía misa todos los días, y solía dedicar algunos ratos del día a la lectura espiritual; y lo hacía sin el menor reparo, ya en el salón de lectura, ya paseándose sobre cubierta, cosa que no pasó desapercibida para el millonario que constantemente se burlaba de él y aprovechaba la menor ocasión para ponerle en ridículo ante los demás pasajeros. El caballero, a pesar de su carácter impetuoso, se vencía y con su paciencia se captó las simpatías de la mayor parte de los pasajeros.

Un día, el niño del masón trabó conversación con él, y quedó tan prendado de su trato que, en cuanto el niño le veía, acudía cariñoso hacia él. Aprovechó el caballero aquel afecto del niño para infundir en aquella alma las ideas religiosas que por primera vez oía. Rogóle un día al caballero que le regalase una estampa del niño Jesús, que tenía en un libro; el caballero, temiendo lo que sucedería si el masón se enteraba de sus conversaciones con el niño, se resistió a dársela; pero ante la insistencia de éste se la dió. Ver el niño la estampa en sus manos y correr a enseñársela a su padre, fué cosa de un instante; el masón cogió la estampa y a pesar de los sollozos de su hijo la rompió, prohibiéndole volver a hablar con aquel beatón que para nada servía.

Un hermoso día en que el sol invernal animaba a aprovecharse del calorcito de sus rayos, salieron los pasajeros a pasear sobre cubierta; allí estaban el millonario y su hijito en ocasión en que se hallaba en ella el caballero. El niño al verle, olvidándose de la prohibición de su padre, intentó hablar como de costumbre con su amigo; el masón de ningún modo se lo consintió, y, al empezar a correr el niño hacia el caballero, su padre le dió tan tremendo empujón que el cuerpo del niño venciéndose sobre la escotilla cayó al agua. A los gritos de angustia de su padre, mandó el capitán dar máquina hacia atrás; acudieron los pasajeros y tripulantes; pero nadie se atrevía a lanzarse a salvarle.

La ansiedad crecía por momentos cuando de pronto sintióse un ruido, como de un cuerpo que cae al agua; no tardó en verse un bulto que luchando con las olas avanzaba hacia el niño; la espectación en el buque era enorme hasta el momento en que logró coger al niño y comenzó a nadar esforzadamente hacia el buque. Nadie se había aún dado cuenta de quién era el salvador del niño; pero su padre en seguida le reconoció: era el caballero a quien él tanto había ofendido y de quien había apartado a su hijo.

Cuando fueron subidos al barco, pudo apreciarse que el niño no había sufrido mucho; no así el caballero quien por su delicado estado de salud y a causa del esfuerzo realizado, apenas llegado a cubierta sufrió un desvanecimiento. Cuando volvió en sí, encontró a su lado al millonario que, puesto de rodillas, le rogó le perdonase las muchas ofensas que le había hecho, que abjuraría de su secta y se convertiría. Perdonóle el caballero.

Como su enfermedad se agravaba por momentos, el masón, que no quería retardar su conversión, suplicó al capellán del buque que quería retractarse enseguida delante del enfermo. Tuvo éste el grandísimo consuelo de ver cómo abjuraba el masón de sus errores, y era bautizado el niño.

Poco antes de entrar el buque en el puerto, expiraba aquel perfecto caballero teniendo el Crucifijo en sus manos y a sus lados el niño a quien había salvado de la muerte corporal, y al padre a quien había salvado de la eterna. No hay que decir que murió consoladísimo.

Nosotros también tenemos gran consuelo en vida y mayor nos espera en la hora de la muerte al saber que con nuestros sacrificios y ahorrillos y sobre todo oraciones hemos salvado a muchísimos infieles, llevándolos al cielo.

J. S. J., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

Honrado, valiente y afortunado.

—¡Quítate de ahí, chiquillo, no nos vengas a desbaratar nuestros juegos!—Esto decía, Ramón, el capitán de los chavales del pueblo, dirigiéndose a Jaime, a quien le echaban la culpa de todo.

Jaime, sin padre ni madre desde hacía dos años, se vió obligado a ir de pueblo en pueblo pidiendo limosna hasta que una buena mujer lo recogió. Pero para colmo de desdichas murió ésta muy pronto, y Jaime tuvo que volver a su vida antigua de vagabundo.

Cuando se cansó de andar construyó una cabaña en el lindero del bosque y de allí salía para pedir limosna. Ya se sabía, de cualquier fechoría que se cometía en el pueblo, el supuesto culpable era Jaime. Con todo, no hacía mal a nadie y Dios no le abandonaba.

Su mayor apoyo era el buen párroco, que con mucha frecuencia le socorría con alguna limosna; y con ésto y con lo que le daban por las hierbas medicinales que en el campo recogía, se proporcionaba el sustento.

Arrojado cierto día como de costumbre de los juegos de los demás chicos, se dirigió muy triste hacia su cabaña. Poco rato hacía que estaba en ella, cuando llegaron unos cazadores preguntando si había por allí cerca alguna fuente donde saciar su sed. Con mucho gusto les condujo a una que manaba allí cerca; le dieron los cazadores como recompensa unas monedas. Jaime, que aquel día había tomado poquísimo alimento, se dirigió al pueblo en busca de algo para quitar el hambre.

Al pasar por la plaza, estaba todavía jugando Ramón con los suyos; al verle que venía contento enseñando sus monedas, a todos les ocurrió lo mismo: las habrá robado; y como de costumbre se dirigió hacia él el cabecilla y, retorciéndole la mano, le preguntó: —¿Quién te ha dado a ti esas monedas?

—Unos cazadores, a quienes les he enseñado el camino a la fuente.

—No nos vengas aquí con historietas. Y sin más le quitaron las monedas de las manos; las echaron por el suelo y se marcharon, dándole en cambio un fuerte golpe en la cabeza; ellos entre tanto, divulgaron la noticia por el pueblo, que Jaime había hecho una de las suyas.

Comprendió entonces que si no iba en busca de los cazadores no podría probar su inocencia, y echó a correr hacia el bosque. Los chicos al verle correr le siguieron gritando: ¡cogedle! ¡al ladrón!

Pero al llegar al bosque cuál no sería su asombro al ver a los cazadores perseguidos por una vaca, asustada de un disparo. Le ocurrió a Jaime dar media vuelta y echar a correr hacia el pueblo; pero a sus espaldas tenía sus perseguidores. A todo ésto, el animal, al ver aquella turba de chiquillos, la emprendió contra ellos, que sorprendidos echaron a correr hacia sus casas. Pero el animal iba ganando terreno y el peligro aumentaba; Jaime, al verles, les gritó: "¡Corred al pueblo, que allí estáis seguros!" En aquel instante dió vuelta e hizo frente al animal. No pudo esquivarle por faltarle fuerzas y fué cogido y volteado entre los cuernos de la vaca. Le recogieron y con mucho cuidado le llevaron al hospital. Lo primero que hizo al volver en sí fué preguntar a uno de los cazadores que estaba allí:

—¿No es verdad que V. me dió las monedas?

—Sí, y muchas más te daré por habernos salvado.

Oyendo esto Ramón, y no pudiendo resistir la emoción, se le echó al cuello y le pidió perdón...

Pasado el peligro y recobrada la salud fué a vivir con uno de los cazadores a la ciudad; mostró deseos de seguir la carrera sacerdotal y el buen caballero se la costeó.

¡Buena recompensa!

M. B., Congr.

La verdadera felicidad.

Un misionero llegó a la apartada región de Groenlandia, que hacía más de tres años que no visitaba. Al correr la noticia de su llegada, las tribus del contorno y aun algunas de bastante lejos, movidas por los mismos deseos de honrarle y de aprovecharse de su presencia, salieron a recibirle.

Se presentaron los jefes delante de él y le dijeron: "Padre, hemos venido a la gran plegaria; muchos desde hace dos días te esperan, y están deseosos de recibir cuanto antes la Sagrada Eucaristía, el Pan que hace dichosos."

Al misionero aquellas palabras le enternecieron y contestó: "Ya recordaréis que antes de comulgar debéis reconciliaros con Dios, para que le podáis recibir muy dignamente en vuestros corazones."

Entonces el cacique más anciano, admirado de aquella observación del misionero, le contestó:

—¡Cómo es posible! ¡Pero en tu país se dejaría con vida al que fuera infiel a su Dios, después de recibirlo en la Sagrada Eucaristía!

El misionero entonces les dió algunas instrucciones acerca de la pureza con que se debe recibir al Señor, y comenzó la misa.

Al leer el Evangelio se oyó un estrépito de armas; las habían empuñado con actitud amenazadora como si se dispusieran a ir en contra del que intentase arrancarles la fe de Cristo. ¡Con qué fe y devoción recibieron aquellos fervoros os indígenas la Sagrada Comunión! Después de un rato, cuando, las obligaciones particulares cumplidas, les era permitido volver a la iglesia, les parecía que entraban en el cielo.

J. B. M., Congr.

¿Quién fué más castigado?

Hace 50 años, o sea, en 1874, ocurría el hecho rigurosamente verídico que voy a relatar. En un pueblo de la provincia de Alava, cuyo nombre por ser tan enrevesado no recuerdo, vivía una mujer viuda con su hijo, niño de 7 años; poseía bastante hacienda y vivía de sus rentas.

Un día al venir el niño de la escuela dijo a su madre: "Estaba descuidado el maestro y mire madre: le he cogido una pluma nueva; mire qué bonita."

—Pero hijo, eso está mal hecho; la echará en falta y te castigará.

—Psh...!; pero como tiene tantas no lo notará. Y así quedó.

Otro día vino a su casa diciendo a su madre: "Mire qué manguillo tan bonito; es de hueso; me lo he encontrado." Y al robo añadió la mentira, pues lo había quitado a un compañero suyo. Al poco tiempo el señor Maestro notó la falta de cinco reales, que en el cajón de la mesa había dejado, y, aunque se figuró quién podría haber sido, ante el temor de castigar a un inocente, no dijo nada, pues esperaba coger al culpable. En efecto, puso una peseta sobre la mesa, en dos piezas de cincuenta céntimos, para que llamase más la atención del ladronzuelo; éste no tardó en verlas y cogerlas; pero fué sorprendido por el Maestro, que vigilaba. Este no quiso reñirle ante sus compañeros para que no perdiese la vergüenza, y una vez perdida se dedicase a mayores vicios, sino que llevándole a casa de su madre le dijo: "Aquí tiene usted a su hijo que el día pasado me quitó cinco reales y hoy una peseta. Se lo traigo para que lo castigue y no deje llegar el día en que sea imposible corregirle, y tenga que derramar amargas lágrimas."

Mas, aquella madraza poco o ninguno fué el castigo que impuso a su hijo. El vicio fué en aumento; la madre principió a notar la falta de dinero, hasta que un día le dijo:

—¿Para qué quieres, hijo mío, el dinero que me coges?

—Yo para guardarlo; si no lo gasto.—Y en ésto consistió la corrección.

En el pueblo se jugaba a los bolos, y el chico vió que los hombres manejaban dinero, que algunos tenían mucho; y el jovenzuelo de 14 años añadió al título de ladrón el de jugador. Poco después huyó de su casa, para no oir los sermones que su desgraciada madre le echaba, aunque sin fruto, pues ya era tarde.

Aventajó tanto en su desenfrenada carrera que no contento con ser ladrón y jugador se hizo criminal; para apoderarse del dinero de una pobre mujer, mató a ésta y a un niño que en sus brazos llevaba; fué apresado, juzgado y condenado a la horca el joven de 17 años, que a los 7 había comenzado su carrera quitando una pluma.

F. T., Congr.

Mi mayor alegría.

Conocí en el pueblo dondè veraneo a un muchacho, que contaba entonces con unos once años y con quien jugando a la pelota pasaba yo muy buenos ratos.

Un día, cuando estábamos descansando después de jugar un reñido partido, se me ocurrió hacerle esta pregunta: Oye tú, José Mari, ¿quieres contarme alguna cosa notable de tu vida, alguna satisfacción grande, por ejemplo?

—Sí, hombre; pues verás: hace ya de ésto bastante tiempo; tendría yo ocho años. Era un día en que yo, como de costumbre, salía a dar un paseo con mi padre por el campo; cuando ya habíamos andado bastante nos sentamos a descansar al lado de una fuente como lo hacíamos todos los días. Por allí cerca estaba trabajando un hombre, que había dejado sus botas algo ocultas cerca de la fuente. Apenas las veo, concibo una idea que al momento, sin pensar en lo que hacía, llevé a cabo: cogí las botas y las escondí detrás de unos matorrales.

Volvía yo muy contento de mi hazaña al lado de mi padre, cuando me fijo que tiene cara de enfadado; apenas llego donde él estaba, me dice: "Ahora mismo vas a coger las botas y a dejarlas donde estaban y dentro, para que aprendas, vas a dejar todo el dinero que llevas."

Yo, que pronto me dí cuenta de que había obrado mal hice todo lo que mi padre me dijo y dejé los diez reales que tenía.

Era ya el anochecer cuando volvíamos por este mismo sitio y vemos al hombre que se disponía a dejar el trabajo. Yo me quedé allí escondido para ver el efecto que le producía el hallazgo. Comenzó a ponerse las botas, pero pronto notó que había algo en ellas. Apenas se dió cuenta de lo que era empezó a exclamar: "¡Oh Dios mío, qué bueno sois, que me habéis puesto yo no sé como aquí este dinerillo con que podré componer estas destrozadas botas; gracias, Dios mío, gracias!"

Pues bien, te digo la verdad, nunca he pasado un rato mejor que cuando ví a este hombre contento, que así alababa a Dios.

A. N., Congr.

Aquellos niños blancos me han salvado.

Entro el día pasado en mi casa y me dirijo a mi cuarto; no hago más que abrir la puerta y veo a mi hermanito que, azaroso y riendo a la vez a carcajadas, estaba revolviendo unos papeles.—¿Qué nueva trastada habrá hecho este diablejo?—Me pregunto.

El no cesa de reir mientras yo me alegro de esa satisfacción pura que la inocencia proporciona.

—¿Qué estabas haciendo?—le digo; y por toda contestación coge un papel, de entre los muchos que allí había, y echa a correr pasillo adelante. Y mientras, yo busco en mi mesa la causa de toda esa algazara, él brinca, salta y atruena la casa con sus gritos. Por fin veo que me falta un papel de mucho interés.

—José María, basta de juegos; trae ese dibujo que no es mío.

—Sí, sí, ven con excusas; pero aún pienso reirme un rato.

—Dámelo, pues me ha dicho el Padre que tengo que hacer una explicación de él para que salga en "Flores y Frutos", y si lo rompes...

—Ah, bueno, si es así te lo daré; pero antes me tienes que desembuchar esa explicación que vas a poner.

—Venga pues.

—Toma. Y ahora dime. ¿Esa construcción que hay ahí qué representa? ¡qué bonita es! ¿y ese ángel con ese chinito? ¿y esas cadenas? Mira qué dos chicos hay ahí...

—Poco a poco; pero ¿tú te crees que tengo cuarenta bocas para contestarte a todo eso?

—Bien, pero dime pronto ¿qué es ese edificio?

Universidad de Deusto
Biblioteca

—Es una pagoda, un templo chino.

—¡Qué bonito es! ¡Cuánto me gustaría ver uno así por dentro!

—Verdaderamente es bonito y si pudieses ver uno como ese, tendrías satisfecha tu curiosidad; pero te daría tal repugnancia y compasión a la vez, que no te ocurriría entrar otra vez a visitarlo.

—¿Pues? ¿por qué?

—No verías sino figuras monstruosas, grandes fauces abiertas y acaso también alguna con los bordes de su enorme boca tintos en sangre todavía humeante.

—¿Pues qué? ¿Hacen todavía, como antes los hebreos, sacrificios de corderos?

—Ya lo creo que de corderos, de tiernos corderitos como tú.

—¡Oh! no quiero ver eso, calla, calla, no me hables más, ¿y eso hacen todos los días?

—No; tienen bastantes fiestas al año y entonces...

—No, calla, no me lo digas.

—Bien, pero en cambio ¿ves aquellos dos niños?, son dos congregantes.

—Sí; pero ¿qué tiene aquello con lo otro?

—Calla hombre, si no me dejas decírtelo. Aquellos dos congregantes están depositando su limosna en la caja de las misiones; luego esa limosna es mandada a los misioneros, con la cual pueden sostener sus establecimientos para recoger chinitos, que compran a sus avaros y desnaturalizados padres.

—Esas cadenas ¿para qué las han puesto ahí?

—Esas son las cadenas de la superstición con que los sacerdotes chinos atan a padres e hijos.

—Pues ¿cómo la superstición puede ser cadena para ellos?

—Según ellos hay espíritus buenos y malos, y los buenos están al cuidado de los actos más insignificantes de la vida; estos espíritus están en constante lucha entre sí, y con los malos y sus victorias y derrotas influyen en los seres y actos que tienen bajo su tutela.

Acostumbrados desde niños a estas ideas supersticiosas que mantienen vivas las terribles estatuas de los templos, crecen los chinitos en este temor a sus divinidades.

Su libro sagrado les dice que el King tiene terribles castigos que los dioses reservan al que no cree, y valiéndose de ésto, el demonio personificado en los sacerdotes budistas forja los eslabones de esa cadena que esclaviza al pueblo chino. Sólo el demonio y los sacerdotes chinos triunfan y reinan.

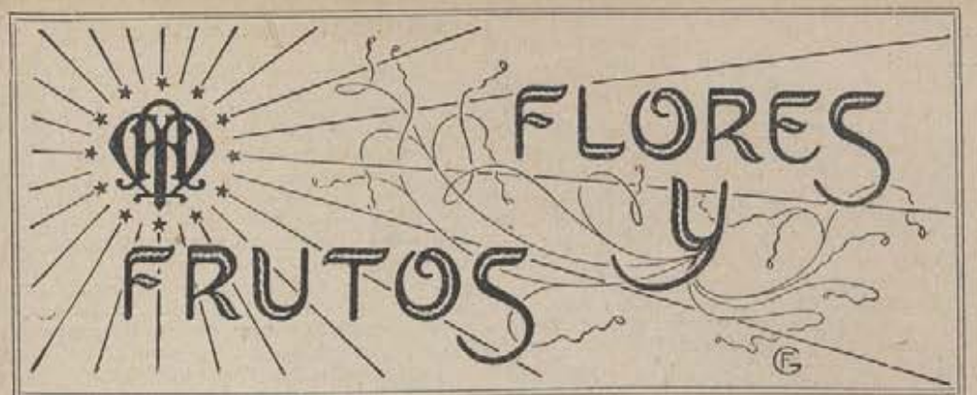
Pero las limosnas de esos dos congregantes que ahí ves han dado facilidades al misionero para poder llegar hasta ese chinito que ha comprado, ha roto entonces las cadenas que le sujetaban, le ha bautizado, ha muerto quizá por los malos tratos que había antes sufrido y su ángel de la guarda lo transporta al cielo, no sin antes decirle "¿Ves aquellos dos niños que hay allí?; pues a ellos debes tu salvación" y el niño chino al entrar en el cielo y ser presentado a Dios repite señalando abajo: "Aquellos niños blancos me han salvado."

—¡Qué bonito es eso! Voy a hacer ahora mismo otro dibujo y tú me haces la explicación, para que se lo lleves al Padre. ¿Quieres?

—Anda, corre, ya estás haciéndolo.

F. de T., Congr.





Núm. 128.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Marzo de 1924

Una criada ideal.

Doña Antonia cerró el libro, "Imitación de Cristo" encuadernado al estilo antiguo, lo tuvo unos instantes entre las manos quedando mientras tanto pensativa y luego, resueltamente, tomó el sombrero, se puso un abrigo de pieles y con paso ligero se dirigió a la Iglesia.

Rezó unas oraciones, se acercó a un confesionario y expuso sus deseos al confesor:

—Padre, hoy no vengo a confesarme. Quiero pedirle un nuevo favor. ¡No sabe usted lo que le agradecería me proporcionase una criada que me **sirva!** ¡Una muchacha que me sirva! Créame, la necesito...

—Señora, precisamente se me han presentado varias jóvenes que buscan casa para servir; de modo que procuraré atenderla como usted se merece. No creo sea difícil proporcionarle una buena sirvienta. Es tan numeroso el gremio.

Al cabo de unos días Doña Antonia volvió donde su confesor.

—¡Ay, Padre! No me hizo usted bien el encargo. Me mandó una criada, sí, pero qué criada...

—¿Acaso...? Pues, conste que tenía los mejores informes de la joven.

—Sí, Padre. Si es por éso: es una muchacha excelente, servicial, obediente, activa... ¡Sí, es modelo de virtudes!

—Pues entonces... no entiendo. ¿No dice usted que es una joya?

—Sí, en efecto, una joya; pero yo hubiese querido una criada de otra clase.

—¿Mejor aún? ¡Imposible!

—¡Imposible!: una criada gruñona, desobediente, perezosa... una criada que me excite, que les haga rabiar a mis chicos...

—Doña Antonia, jamás le creí tan belicosa...

—¡Al contrario! Ya veo que no me entiende... Quiero una criaada así, no para armar gresca sino, para tener que sufrirla, para que la tengan que sufrir mis hijos, para que nos mortifiquemos todos... para acomodarme a lo que leo en la "Imitación de Cristo!"...

—Pues procuraré enmendarme, enviándole otra "joya" ¡Esas sí que son abundantes!

Pasó una corta temporada y de nuevo se presentó Doña Antonia a su confesor; esta vez para darle las gracias.

—¡Qué agradecida le estoy! Es una criada ideal, lo que se dice ideal: le manda usted hacer alguna cosa y se lo hace todo al revés y refunfuñando. ¿Encargarla algún trabajo? ¡No por Dios, que eso es ser un tirano! ¿Rompe algún plato? La culpa la tiene usted por no tener vajilla completa de repuesto. En fin... una criada que se hace señora para que la señora se haga criada. ¿Mis hijos?... Sin ir más lejos ayer me vino Luisín sangrando de los labios. ¿Qué te has hecho? le pregunté. "¡Es por esa criada. Le digo que me traiga las botas y me trae los zapatos. No le contesté nada, sino que de buenos modos le rogué que me trajese las botas, puesto que tú me lo mandaste. Se marcha y al cabo de un siglo... me trae los zapatos de color. ¡Qué calamidad! Le iba a soltar un taco... un taco muy gordo tenía tanta rabia que, tuve que morderme los labios hasta hacerme sangrar" ¿Ve usted Padre cómo es una criada ideal?

Y el confesor cuando, terminada la conversación, se alejó a la sacristía iba como el eco repitiendo: "Una criada ideal... Una criada ideal... ¡Oh los prodigios de la Imitación de Cristo!" bien leída bien meditada.

F. M. C., Congr.

Para qué sirve una medalla.

Estaba el anciano párroco rezando devotamente en su huerta, cuando fué llamado de repente para confesar a un enfermo de un caserío.

Preparó enseguida su borriquita, pues hasta el caserío había mucho camino y sus fuerzas eran contadas.

Quiso Dios que equivocara el camino y se

Universidad de Deusto
Biblioteca

dirigiera a otro caserío. Llama y pregunta si es allí donde está el enfermo que se quiere confesar; ¡Oh, responden que sí, que allí hay un enfermo grave; pero que no se confiesa, ni quiere confesarse, ni ver un cura.

El buen sacerdote no se desanima, y suplica le dejen entrar a verle. A sus ruegos le permiten entrar. Mas apenas le ve el enfermo, empieza a gritar y a amenazarle, y si no puso las manos sobre él, fué porque no le quedaban fuerzas; las tiene para gritar, y grita para que se marche.

Viendo el anciano párroco que no iba a conseguir nada, piensa en marcharse; pero al dirigirse a la puerta le ocurre la idea de dejarle una medalla de la Santísima Virgen. Vuelve y le pide por favor, que en pago de su visita, se quede con aquella medalla.

—Con tal que se marcha usted, le replica, déjeme lo que quiera.

Se retira el sacerdote y sigue pidiendo a la Virgen que obre aquella conversión. A los pocos días vuelven a llamarle que acuda otra vez al mismo caserío; y ¡cuál no sería su estupor cuando oye que aquel recalcitrante le pide la confesión!

Gustosísimo le confiesa y le administra el Viático y la Extrema-Unción; no mucho después, tranquilo e invocando el dulcísimo nombre de María, su salvadora, entregaba su alma al Creador.

M. B., Congr.

Un tramposo entrampado.

Un comerciante de Ginebra, obligado a hacer un largo viaje, confió, antes de marcharse, toda su fortuna a un barbero en el cual tenía puesta su confianza.

Cuando volvió de su viaje, el tal barbero había dejado de serlo y se había ido a una ciudad lejana, para comerciar con el dinero apropiado.

Le buscó el comerciante por todas partes y por fin supo dónde estaba; le encontró y reconoció a pesar de lo bien que como barbero se había desfigurado, y le llevó delante del juez.

El depositario infiel negó rotundamente haber sido nunca barbero ni haber recibido suma alguna de dinero. Juró que el comerciante se equivocaba y que era la primera vez que le veía.

El juez, no encontrando ninguna prueba, no pudo dar la razón al comerciante, aun cuando cría que la tenía.

Le ocurrió al juez asomarse a la ventana y al verle marchar le gritó: ¡Barbero! Este, cediendo a la fuerza de la costumbre, se volvió para responder. Este indicio le pareció suficiente al juez para creer que en realidad era barbero, y mandándole volver a su presencia, le dijo: "Así como has mentido diciendo que no eras barbero, lo mismo has podido mentir en lo demás." Y le condenó a devolver lo que el comerciante le reclamaba y a un año de cárcel.

Lo mismo nos pasará a nosotros si dejamos que un vicio se arraigue: en cuanto se nos presenta la ocasión, caemos casi contra nuestra voluntad. A tiempo estamos para no adquirir ninguna mala costumbre.

L. M. B., Congr.

Otro tramposo entrampado.

Sucedía el hecho que voy a relatar en la provincia de Burgos, en un pueblecillo donde la mayor parte de sus habitantes eran pastores, y tan pegados al terruño como desconfiados.

En razón al corto número de habitantes, el gobierno reclamaba para el ejército solo un soldado de los dos o tres mozos que entraban en quintas cada año.

El año en que ocurrió este suceso tocaba entrar en suerte al hijo del cacique y al de un pastor. El caciquillo, que no había de faltar aunque el pueblo no tenía más que dos casas y dos docenas de chozas, le dijo al secretario: "A ver cómo te las arreglas para que mi hijo no vaya soldado; porque si no, me las arreglaré yo contigo."

Llegada la víspera del sorteo, le importunó de nuevo al secretario: "Vamos a ver lo que has discurrido."

"He pensado, le dijo el secretario, meter dos bolas con el número uno en la caja del sorteo; hacemos que saque primero el pastor su suerte, y como sacará el *uno*, le diremos como con pena: la otra es el *dos*; mala suerte has tenido."

El caciquillo, que, como suele suceder, era también alcalde, quedó conforme con la trampa. Se fué seguidamente a la choza del pastor y le dijo: "Mañana ya sabes que se sortean los mozos; están tu hijo y el mío; vengo para que tú y tu hijo vayáis al ayuntamiento mañana a presenciar el sorteo, pues si por casualidad mi hijo sale libre no quiero que murmure la gente; así veis que se hacen las cosas tal cual es debido.

El pastor le dijo que se fiaba y además que él no podía ir, pues tenía que llevar el ganado a pastar, que a su hijo le mandaría.

Bien, si no puedes tú, el hijo es bastante."

El pastor dijo a su hijo: "Me paice, me paice que nos la pegan; a mí me quiere pa tapaera de sus trapisondas", y tomó sus precauciones.

Llegado el momento del sorteo, el alcalde le dice al hijo del pastor: "Saca tu suerte".

"No, no; que la saque primero su hijo; alguna preferencia ha de tener el hijo del alcalde."

Se empeñó una contienda con lo que comprendió el pastor que había trampa. Con todo cedió, y cogió una bola, que la llevó a la boca y se la tragó diciendo:

"Si la que queda es el *dos*, yo voy soldado; si no, tiene que ir el hijo de V."

Había muchos testigos, y no le valió la trampa ¡tuvo que ir el hijo del alcalde.

Al tramposo y mentiroso en su trampa y mentira se le coge.

F. de T., Congr.

Una tarde de Carnaval.

El alma de Juan era realmente pura; su corazón, algo así como un vergel de tiernas virtudes, aunque algunas de sus flores aparecían ya medio tronchadas entre las espinas del zarzal que en su centro comenzaba a echar raíces. Era el zarzal del respeto humano que había de ahogar tanta semilla de buenas obras que comenzaban a germinar.

Juan había ya traspasado los umbrales de la adolescencia después de haber coronado con brillantes notas su bachillerato; y era necesario que trocase el tranquilo hogar paterno por las severas aulas de la Universidad.

Cuando fué a despedirse del Director de la Congregación, éstas fueron las últimas palabras que oyó de sus labios: Juan, hasta aquí apenas si has tenido que luchar con tus pasiones; en adelante ya será otra cosa: el mundo te brindará sus halagos y... Dios quiera, que la primera oleada del respeto humano no haga sucumbir la pobre navecilla de tu alma: no abandones la medalla de la Congregación; entre las borrascas de la vida mira a la estrella, invoca a María: sólo así te salvarás.

Han transcurrido ya dos años; estamos al declinar de la tarde del segundo día del Carnaval, en una de las habitaciones de la casa en que se hospeda Juan, en su cuarto-dormitorio precisamente.

¿Qué había pasado por el alma del antiguo Congregante durante estos dos años?

Los primeros días habían sido melancólicos para su corazón, pero serenos para su alma; mas después, como tuvo dinero, no le faltaron amigos; luchó durante largo tiempo con sus respetos humanos, pero, como éstos habían poco a poco echado algunas raíces en su corazón, al fin brotaron y dieron su fruto de cobardía; procuró ahogar sus remordimientos entre aquel barullo de libertad y desenfreno, y por este tiempo había conseguido acallarlos algún tanto o hacerse el sordo.

Cualquiera que se hubiera asomado a la puerta podría haberle visto en su habitación, hundido en una butaca, desviados sus ojos que miran al vacío y en sus labios bosquejada una leve sonrisa; una de esas sonrisas que cuestan muchas lágrimas al alma; como que estaba enredado en un mal propósito que estaba acariciando.

Al poco tropiezan sus trémulas manos con algo que no se distingue bien; y de repente cambia la escena aquella su sonrisa truécase en tristeza... y arranca dos expre-Santísima! ¡Madre mía! y estrecha contra siones de su garganta: ¡No, no! ¡Virgen su pecho algo que oculta entre sus dedos.

¿Cuál ha sido el resorte de este cambio repentino? En su mente habían quedado profundamente grabadas las palabras de despedida del P. Director: "No abandones nunca la medalla de la Congregación, y entre las borrascas mira a la estrella, invoca a María; a ello deberás tu salvación"; y ciertamente, entre las borrascas de sus pasiones, había tenido ánimo suficiente para guardar su postrer recuerdo de Congregante, su medalla con la que tropezó en el bolsillo donde la llevaba, éste fué el objeto precioso a que debió su salvación y el que estrechaba contra su pecho. ¡Cuánto más dulce era el gozo que entonces embargaba su alma, que el proyectado para aquella tarde!

A la mañana siguiente grande fué la admiración del P. Director al divisar entre las filas de Congregantes a Juan, cuyas andanzas le eran conocidas y que entonces en medio de la mayor compostura se acercaba a la Sagrada Comunión ostentando orgulloso sobre el pecho su medalla...

Como a este joven ,también a nosotros nos salvará el recuerdo de lo bueno que ahora de jóvenes oímos y sentimos; y está bien probado lo conveniente que es llevar con nosotros algo que nos ayude y nos lo traiga a la memoria. ¿Y qué mejor que una medalla de la Santísima Virgen?

A. P., Congr.

Mosquitos vengadores.

Cuentan de un jugador de profesión que acababa por perder, como todos, miserablemente con el dinero y el tiempo, la honra y casi su alma.

En cierta ocasión en la que como de costumbre estaba jugando y perdiendo, se acordó de pedirle a Dios que le volviera la suerte, no tanto para salir ganancioso, como para recobrar lo que había perdido.

Continuaba en el juego sin cesar en su oración, mas Dios lejos de atenderle, permitió que perdiese aun lo que no tenía; y aun el juicio parece que había perdido, porque salió tan excitado, tan furioso, que culpando a Dios de su pérdida, quiso el desventurado tomar venganza del mismo Dios.

Se fué a su casa, armóse de punta en blanco, montó a caballo y se dirigió a la plaza, donde, después de llamar la atención a cuantas personas había por allí, lleno de cólera dijo: Si hay alguno que se precie de amigo de Dios, salga contra mí a defenderlo y vengue su nombre; yo no necesito de El para quitarle la vida; así demostraré que no hay Dios.

Atónitos quedaron todos al oír blasfemia tan atrevida y monstruosa, y mientras suspensos todos, nadie le respondía; unos mosquitos se le metieron debajo de la visera y empezaron a picarle tan cruelmente en el rostro, que afligido del grave dolor que le causaban, se quitó la gorra, la tiró al suelo sin que por eso los mosquitos cesaran un momento de clavarle sus aguijones en el rostro y cabeza.

No le bastaban al miserable las manos; atormentábale el dolor, pues no cesaban los ministrillos de Dios en su labor.

Tuvo que apearse del caballo para ver de librarse de aquellos diminutos enemigos, que seguían dándole punzadas cuanto más quería aplastarlos con las manos; cuanto más se arrascaba el desgraciado más sentía las picaduras; tanto que se agitaba ya desesperado.

En este aprieto y vergüenza de no poder defenderse de unos mosquitos el que en modo tan blasfemo había desafiado a todos los presentes y maldecido de Dios, no pudo contenerse y exclamó: "¡Dios mío, Dios mío, Tú lo puedes todo!

Sin decir más palabras, cogió las riendas del caballo y con la cabeza baja se retiró a vista de todos a su casa para no volver más a jugar ni blasfemar.

Nadie se ríe de Dios. Que poco le basta para humillar nuestra soberbia.

J. R., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

En la boca del infierno.

—Ala, toma el dibujo para que me hagas la explicación.

—Oye; pero ¿tú crees que pierdo el tiempo en resolver pasatiempos?; como no me digas lo que éso quiere decir, yo no lo adivino.

—Hombre, yo ya sé que no sabes dibujar; pero ¿tan poco artista eres para no saber lo que yo he querido expresar? Te lo diré, porque, aunque no lo manifiestas veo que con tus sabañones y mis ruidos estás refrito.

—A lo que vamos, que te desvías.

—Pues este dibujo representa la boca del infierno. Esa columna que tiene encima una hucha es el sostén que tiene el misionero para coger los chinitos cuando van a caer y ser ensartados en el tenedor del diablo; mira qué furioso se ha puesto, parece que le ha sabido mal.

—Claro, como que le ha dado en las mismas narices.

—Cá, hombre, dirás en los mismísimos cuernos.

—¡Caracoles! Y qué bien has dibujado a ese chico! ¡Con qué fuerza parece sostener la cuerda!

—Claro. Es un Congregante, sabe que no sólo hay que salvarse, ni salvar a otro compañero o a un chinito; sino cuantos más, mejor y como ve que enfrente de él van a caer otros por eso sostiene con la cuerda al misionero con sus limosnas.

—Es verdad. ¡Qué cosas tan curio.as se ven en los dibujos! Cada rasgo puede hacer surgir un pasatiempo. Por eso si es malo el dibujo, ¿qué de malos pensamientos pueden venirle a uno?

—¡Hombre! Y a propósito. Ahora me viene a mi un pensamiento.

—Qué; ¿de los malos? Pues mándalo a hacerle compañía, a ese que está ahí, al del tenedor.

—No, quiero decirte que he dado sin quererlo a esas dos manos de ese Congregante dos expresiones diferentes.

—Tú dirás.

—Ya sabes que el Padre nos dice que debemos sacrificar algo nuestros caprichos y en vez de comprar 10 ó 20 céntimos de cacahuets compramos menos o nada y contribuímos a salvar a un niño como hace ese Congregante en el dibujo; pero también nos dice que más todavía puede la gracia de Dios conseguida por la oración.

—Pues bien; ese Congregante con la mano izquierda echa una moneda y contribuye a formar la columna; pero con la derecha sostiene una cuerda que es la gracia de Dios que él ha pedido al Señor y que sostiene al misionero.

—Sí.

—Claro; como que es la cuerda lo que le sostiene más directamente; sino hubiera cuerda, aunque hubiera mil columnas, como si no, seguirían cayendo al infierno como antes que es lo que les pasa a los misioneros protestantes, que tienen muchos cuartos; pero de gracia de Dios están ayunos.

—Oye, pero yo no sé por qué has dibujado ahí a tres chinitos que se despeñan en el infierno, así, que van por su propio pie, porque ya se necesita ser majadero, saber que allí hay un precipicio y marcharse derechito a caer en él; y más majadero yo por dibujar éso así.

—No, pues no te pese porque es la verdad; en la China son majaderos los pobres sin saberlo; aquí lo somos a ciencia cierta y lo que es peor sin querer quitarnos esa ignorancia consciente, que a tantos les envuelve de pies a cabeza.

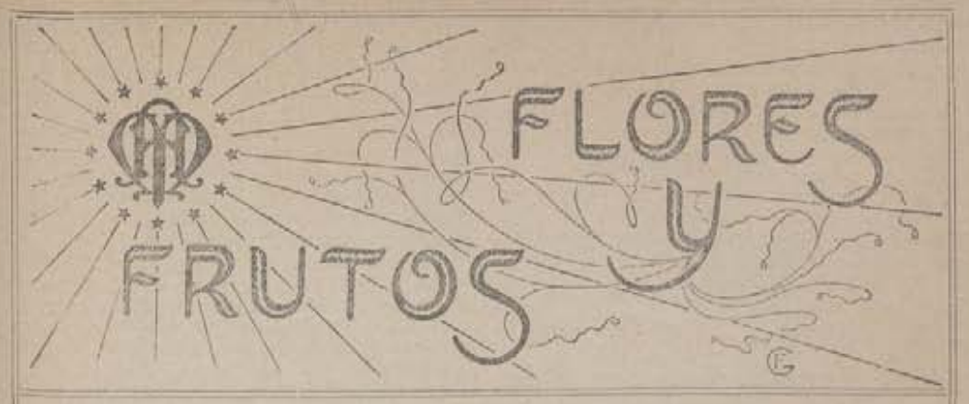
—Explícate, ¿a ver?

—Muy sencillo. El supersticioso temor de que están empapados los chinos les arrastra, para que los malos espíritus no les hagan mal, a estar en su derredor, a quemarles incienso, y a caer por el despeñadero de la boca del infierno; pero sin darse cuenta, por lo que son muy dignos de lástima; mas "el qué dirán" lleva a muchos, a rendir culto al demonio blanco, al mal compañero, que conduce, por diferente camino que a los chinos, al mismo despeñadero.

—Y luego dirás que te explique yo, que tú no adivinas jerolíficos; pues ésto que me acabas de decir no te lo he explicado yo. Anda, ya me estás escribiendo la explicación y sino otra vez no me vengas con excusas.

F. de T., Congr.





Núm. 129.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Abril de 1924

Promesas que no fallan.

En un pueblo de Colombia vivía un hombre, peatón de oficio, que semanalmente hacía su viaje a la ciudad, montado en su mula, y traía de allí los encargos que sus convecinos le confiaban.

A la salida del pueblo, en una extensión de algunos kilómetros, el camino, trazado en el flanco de una montaña, tenía muy poca anchura, presentando por un lado un precipicio de gran profundidad, y siendo muy difícil el paso, sobre todo en tiempo de lluvias.

Un día de invierno, diluviaba cuando nuestro peatón volvía de la ciudad montado en su mula, y he aquí que de pronto ésta se encabrita, y sin poder evitarlo el jinete, ambos ruedan por el precipicio, quedando muerta la cabalgadura, y el peatón, aunque con vida, muy mal herido.

Pasaron dos días, y unos arrieros del pueblo que iban a la feria, vieron en el fondo del precipicio a su desdichado amigo, cuya falta venía siendo objeto de todos los comentarios: acudieron en su auxilio, siendo grande su sorpresa al encontrarle con vida, y lo que es más, pudiendo aún hablar.

Llamaron a un Sacerdote, que inmediatamente se personó, teniendo el consuelo de poder confesarle. Como le preguntaran a qué atribuía su salvación, que parecía imposible, dadas las condiciones en que ocurrió el accidente, contestó el herido: "Yo ahora me moriré, pues tan solo me ha conservado la vida el Señor, para que pudiera confesarme: he hecho los nueve primeros viernes, y Jesús tenía que cumplir su promesa."

J. M. O., Congr.

La bandera roja.

Roque, nuestro protagonista, estaba identificado con las agujas que tenía en la estación a su cuidado; allí estaba él, como si fuera la última de las palancas. Con todo y tener demasiada afición al alcohol, en lo de cumplir con su deber era inexorable; las visitas a la cantina, demasiado cercana, se multiplicaban; y para tenerla más cerca de su casa, se llevaba al alejado barrio donde vivía, la botella de aguardiente, que se llenaba con demasiada frecuencia. Ya no sabía vivir sin su compañía y de nada servían los ruegos de su buena esposa y de sus hijos.

Eran los días en que los huelguistas obligaban a todos a secundar el paro, y los muy atrevidos se metieron en las estaciones de los ferrocarriles; aunque todos los empleados sin temor a las amenazas continuaron firmes en sus puestos.

Estaba Roque como de costumbre colocado en su aguja con la bandera, mientras se acercaba el rápido que no debía parar en aquella estación, cuando de pronto se fija que a no larga distancia están los raíles medio levantados: los huelguistas habían cumplido su amenaza. En aquel momento le pareció ver los coches volcados, regueros de sangre, cadáveres disformes, gritos de dolor por todas partes. Su pensamiento rápido como una chispa eléctrica le hizo saltar al medio de la vía y levantar los brazos al aire moviendo frenéticamente la bandera, gritando como un loco. Nó le vieron en el primer momento, y la máquina seguía imponente como queriendo aplastar a aquel ser que iba a dar su vida por querer salvar la de sus prójimos. Todo fué cosa de un momento; el maquinista vió el peligro, dió todos los frenos y tras fuerte sacudida logró parar la máquina a pocos pasos del guarda, que había cumplido heroicamente con su deber. Al saberlo los viajeros, le dieron las más efusivas gracias y muchos lo que llevaban en sus bolsillos. Al volver por la noche, contaba a todos, justamente orgulloso, su hazaña.

Ramón, uno de sus hijitos, listo y cariñoso siempre con su padre, cuando se encontró solo con él, le preguntó: —Padre, ¿estarías con la bandera roja en la mano?

—Sí, hijo mío, en caso de peligro se pone siempre la bandera roja; así está mandado.

Al día siguiente, a la vuelta del trabajo, fué como de costumbre a coger la botella, y ¡cuál no sería su estupor cuando al ir a tomarla en

Universidad de Deusto
Biblioteca

sus manos se encontró en el tapón clavada una banderita roja! Al punto lo comprendió todo: su hijito le había colocado la banderita roja que indicaba peligro. Pues bien, desde aquel momento hizo firme resolución de no beber más que agua cristalina, y firme en su propósito, no pisó más la cantina por más que le tentaban sus amigos.

¡En cuántos sitios, a veces aun dentro de casa, debiera estar colocada la bandera roja en señal de peligro! ¡Qué buena prevención sería! ¡Lástima que la mayoría de los espectáculos públicos no estuvieran obligados a tenerla a la vista!

M. B., Congr.

Los valientes... y consecuentes.

He tenido que suprimir ya algunas discusiones religiosas con los protestantes y católicos del Liceo, pues iban siendo demasiado acaloradas; con todo, no he dejado de recoger algunos interesantes datos:

Me decía el otro día un colegial: —Mira, te confieso que si soy cristiano es porque mis padres me lo han inculcado desde mi más tierna infancia; pero ahora que veo que el hombre es libre, no me importaría cambiar de religión; pues a mi parecer tan buena es una como otra, y para ser consecuente igual me da no pertenecer a ninguna, y así menos quebraderos de cabeza.

Vosotros los españoles tenéis metida la idea del Cristianismo; pero no sé cómo no os fijáis que vuestro pueblo es tan libre como el nuestro y por consiguiente hay que dejarle que tire por doquiera.

Como ve Padre, con esta gente no se puede más que oir, ver y callar. Son muy pobres de espíritu; no hay ni 15 en este gran Liceo que hayan leído el catecismo. ¡Y luego presumirán de católicos!

Ahí va otra muestra:

Uno de estos espíritus fuertes me decía el otro día: —Mi mamá es católica, y mi padre protestante; pues bien, cuando voy con mi madre voy a misa, cuando salgo con mi padre ni mentar palabra de religión; y claro, estando como estoy aquí solo en el colegio, hago lo que me viene en gana: si quiero voy a misa, y si no, a dar clase de hípica con mis compañeros.

No quiero seguir contándole más casos, todos tan *edificantes y valientes* como los referidos. ¡Pobre Francia! Aquí hay muy poca fe; la mayoría no tienen la menor noción de Cristo, ni de su Iglesia, ni de sus fines; y se tienen por tan civilizados.

C. M., Congr.

Pesadilla provechosa.

Carlitos había sido delicado de niño, y, como tantos, mimado como nunca le hubiera convenido. No tenía seis años y estaba dando sus frutos aquel ¡cuidado con no molestar al niño!

Apenas empezó a ir al colegio, se cansó de los sabios consejos de su maestro, tan cargado de años como de experiencia; le molestaba el estudio quisiera jugar en todo tiempo.

Con la mayor frescura, cuando todavía apenas si sabía leer, dijo a sus padres que en la escuela no aprendía nada nuevo. No contento con ir a jugar, en vez de ir a la escuela, no iba ni los domingos a Misa; tenían que llevarle poco menos que arrastrando.

Cuando sus padres le contradecían tales eran las rabietas, que temían enfermara. Sin saber ya qué hacer, pedían a todos los conventos oraciones para que Dios se compadeciese de su Carlitos, y es de ver de qué manera tan extraña Dios le trajo a mandamiento.

Tuvo una noche un pesado sueño: Se vió hecho ya hombre y despreciado de todo el mundo, nadie se fiaba de él, ni podía obtener el más mísero empleo, ni servía para nada; pero nada le dolía tanto como haber desperdiciado el tiempo de su juventud. Y cuando parecía haber llegado al sumo su amargura, despertó de su pesadilla que, como se vió después, no fué desaprovechada.

Gracias a Dios que estoy a tiempo, se dijo; no voy a faltar ni un día al colegio, y no me van a conocer ni mis amigos, quiero ser de los primeros en clase.

La impresión de aquella pesadilla no fué pasajera. Se vió rehabilitado entre sus compañeros, y continuó estudiando con tanto empeño que pronto se hizo en él costumbre la aplicación y el estudio.

Sin haber tenido yo tal pesadilla comprendo cuánto me conviene vencerme en el estudio y en la obediencia, y he conseguido que cada día me cueste menos cumplir con mi deber. Así soy feliz y lo quiero ser siempre.

J. U., Congr.

Tertulias aprovechadas.

—¡Llaman a la puerta, Luis!

—Son sus amigos, señor Cura.

—Pues que vayan subiendo y pasando aquí.

—Buenos días, señor Cura, saludan en voz alta al ir pasando a su lado.

Cuando cerraron la puerta les hizo sentar, y entre otras historias les contó ésta, que como tantas otras no dejó de aprovecharles.

No hace muchos años, vivía en un pueblecito de Francia, una familia compuesta de padre, madre, hijo e hija. Tanto el padre como el hijo tenían la pésima costumbre de blasfemar; trabajaban en una fábrica que distaba de su casa próximamente un kilómetro; allí todos blasfemaban como demonios.

La madre, era de esas que tienen la religión como cosa secundaria; con tal que su marido y su hijo ganaran bien, estaba contenta.

La hija, por el contrario, muy temerosa de Dios, pasaba rezando los tiempos que le dejaban libre sus labores, y estas mismas las ofrecía para que su padre y su hermano quitasen pronto aquella su infernal costumbre. Cierto día tuvo la paciencia de contar las blasfemias que oyó en casa; las de su padre llegaron a 53, las de su hermano pasaron de 70 y perdió la cuenta.

Con todo, nunca perdió la esperanza y seguía pidiendo a Dios con gran fervor para que dejasen tan detestable costumbre; añadía grandes sacrificios, pues creía que todo era poco para conseguir la deseada gracia.

Enfermó un día el padre y vió a su hija que pasaba largos ratos rezando y llorando ante la imagen de la Virgen Santísima.

Admirado, la llamó y preguntó: —¿Por qué lloras? ¿qué estás haciendo?

—Pues ¿por qué voy a llorar, padre? ¡Si estoy pidiendo a Dios que te dé fuerza para que no blasfemes más y parece que no me oye!

No pudo el padre contenerse al oír estas palabras, y más con el lastimero tono con que se las decía. Rompió a llorar el padre, y prometió a su hija quitar su maldita costumbre.

Tan de veras se lo prometió que aun estando en la cama, si alguna vez se le escapaba, en fuerza de la costumbre, alguna blasfemia, él mismo se asustaba y pedía en seguida perdón. Con el buen ejemplo de su padre, pronto quedó curado el hijo.

Aquí se ve lo que puede la oración; casos como éste os podría contar a millares.

De ese modo solía aprovechar sus tertulias el señor Cura, a quien mucho querían y veneraban, saliendo muy aprovechados de sus conversaciones.

V. E., Congr.

El que la hace la paga.

Entre los niños que acudían a la escuela de mi pueblo, se hallaban dos amigos llamados Luis y Roque, de la misma edad, aunque no de los mismos sentimientos. Luis, noble y generoso, era el preferido tanto del maestro como de sus compañeros. Roque, por el contrario, de carácter rum y engañoso, no gustaba de la compañía de los demás niños; y no sé cómo con Luis había llegado a tener verdadera amistad.

Una vez terminados sus primeros estudios, Luis marchó a la capital con objeto de estudiar una carrera; la hizo con gran brillantez y pronto montó una gran fábrica, donde era apreciado de todos.

Roque, se dedicó al comercio, y, siguiendo sus torcidas inclinaciones, con negocios no muy limpios, se halló también en posesión de una buena fortuna, que siempre la tenía comprometida, o lo que es lo mismo, empeñada.

Con ocasión de tener los dos que embarcar importantes mercancías con destino a América, se animaron a hacer ellos también el viaje, para asegurar mejor su buena venta.

Luis aseguró su maquinaria; pero Roque, apesar de los insistentes consejos de su amigo, no quiso pagar la prima del seguro por sus vinos, para poder así ganar más.

A los pocos días de haber zarpado el buque, sobrevino una horrorosa tempestad. El capitán, para aligerar el buque, que empezaba a hacer agua, determinó arrojar al mar gran parte del cargamento.

Luis, como lo tenía asegurado, se avino fácilmente; pero no así Roque, el cual se opuso decididamente, pues aquello equivalía a su ruina; pero la necesidad era apremiante y mal de su grado, tuvo que ver cómo se hundían en el abismo todas sus riquezas, pagando, aun en este mundo, su necedad y malas artes.

Luis, en cambio, si bien se le ocasionaban algunas pérdidas por el retraso en el envío, pudo reponerse de ellas y continuar sus negocios felizmente.

Aun en este mundo se ve siempre premiado el trabajo y la honradez. Por el contrario, el dinero mal adquirido ni aun aquí aprovecha: tarde o temprano se lo lleva la trampa.

J. S. J., Congr.

Los peores ciegos.

No sé qué Rajah, de nombre enrevesado, hizo reunir a todos los ciegos de la capital de su reino para hacerles palpar su incomparable elefante real, y entretenerse oyendo sus mil agudas observaciones que él provocaba con preguntas:

—¿A quién se parece? ¿Con quién podéis compararlo?

—Con una columna, dijo el ciego que palpó una de sus patas.

—Se parece a un cepillo y a una cuerda, dijo el que tocó el rabo.

—A una pared, exclamó el que fué palpando la espalda.

—Este es un cuerno, replicó el que tocó un colmillo; y así continuaron sus variadas comparaciones y ocurrencias.

Divirtióse el Rajah no poco con tan diversas respuestas y se cuidó bien de no contradecirles.

Los ciegos, por el contrario, riñeron entre sí dando lugar a animadas y violentas discusiones y en nada convinieron por qué cada uno pensaba tener razón.

¡Pobres ciegos, ni pueden ver, ni pueden entenderse!

Así son los que han perdido los ojos de la fe; jamás convienen ni con sus compañeros de incredulidad.

Triste ceguedad los que no quieren entender más que lo que palpan; es bastante peor que la ceguedad del cuerpo.

F. M. C., Congr.

Un buen despertador.

Antonio estaba encariñado con su perro, y éste a su vez correspondía a su dueño sirviéndole con la mayor fidelidad.

Dormía siempre sobre la alfombra al pie de su cama.

Sucedía con harta frecuencia que el joven amo sufría durante el sueño formidables pesadillas, tanto que amanecía cansado, como si hubiera estado todo aquel tiempo trabajando. Su mayor alivio en estos casos era despertar y darse cuenta de que no era realidad lo que le atormentaba.

Pues ese alivio se lo daba su fiel perro; apenas notaba alguna agitación en el dormido, ponía sus pies delanteros en la cama y con mucho miramiento despertaba a su amo.

Otro servicio aún más notable y de agradecer le hizo otra noche: notó el perro algún ruido y sintió el humo que empezaba a entrar por la puerta; comprendió, a su modo, que algo extraordinario ocurría, y avisó enseguida a su amo profundamente dormido. Así le libró del incendio que empezaba a tomar sordo incremento; pudo llamar a su gente y cortarlo a tiempo.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Un despertador fiel ¡qué provechoso nos sería! ¡Un buen amigo de cuántos peligros nos libraría! Aunque no sea tan divertido, como a veces aparentan ser los malos, no le dejemos nunca, si tenemos a suerte de tener alguno que nos advierta de nuestras faltas

A. Z., Congr.

Saltemos por la barandilla.

Era un día desapacible y frío; la corriente del río amenazaba salirse de su cauce; el puente estaba lleno de curiosos que alarmados contemplaban la rápida subida de las aguas. La curiosidad y el temor se veían en todos los rostros. Los ancianos sobre todo, se mostraban temerosos al recordar los estragos de pasadas inundaciones.

De pronto, un ¡ay! desgarrador, que no pudo ahogar el ruido de la corriente, salió del pecho de todos los espectadores: ¡Mi hijo!... ¡Mi hijo!... ¡Salvad a mi hijo!... Gritaba una mujer loca de dolor, que a no haberlo impedido la multitud, se hubiera arrojado al río en pos del pedazo de su corazón.

En momentos tan trágicos, al ver a aquella madre llena de pena, extendiendo los brazos hacia la corriente que se lleva a su hijo un joven valiente tira su gorra y su chaqueta, y veloz como una flecha se arroja a la corriente; se hunde, flota, lucha a brazo partido con las aguas y consigue agarrar al niño; se sumergen, suben, vuelven a sumergirse y a subir, hasta que el robusto brazo del joven consigue arrebatar a la corriente su víctima y llevarla a la orilla.

¡Bravo!... ¡Bravo!... Grita la muchedumbre entusiasmada. Allí está la madre; llena de gozo estrecha al hijo contra su pecho, y cubre de besos aquellas manos salvadoras. No tiene nada que darle porque no tiene nada en el mundo más que a su hijo; pero le dice "Dios te bendiga y te lo pague".

¡Qué satisfacción para aquel joven haber salvado a un niño de la muerte!

Aún hay gozos más puros e indecibles:

El gozo de un sacerdote, que en los últimos momentos de la vida, oye la confesión de un moribundo y pronuncia sobre él las palabras salvadoras de la absolución, dándose cuenta de que por su intervención esta alma se ha salvado.

Imaginad la alegría de un misionero que, viviendo entre gentes que nunca oyeron de Cristo, ve cómo el conocimiento de Nuestro Señor crece en los corazones de estos habitantes por su propio y heroico esfuerzo!

¡Qué dicha ser sacerdote! ¡Mejor aún ser misionero!

Nosotros, sin serlo, podemos gozar de sus alegrías, ¿Cómo? Saltando sobre la barandilla de nuestras comodidades y caprichos y arrojándonos como rayos sobre las corrientes de la infidelidad y de la impiedad para arrancarles las víctimas que furiosas llevan al infierno. La Virgen, nuestra Madre, los contempla con dolor y extiende sus manos para cogerlos; ¡qué satisfacción si logramos con nuestro ejemplo y nuestros sacrificios mover el corazón de algún pagano o mal cristiano para entregarlo a nuestra Madre!

Ella nos abrazará y estrechará entre sus brazos. ¡Animo, pues, y saltemos sobre la barandilla de nuestros caprichos y comodidades!

F. de T., Congr.



FLORES Y FRUTOS

Núm. 130.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Mayo de 1924

El secreto de siempre.

Paco, Luis y Alfredo penetraron alborotando en el despacho del simpático Pepe Luis, nuevo director de la fábrica. El viejo cajero, a quien los gritos y exclamaciones de entusiasmo hiciéronle equivocar en una larguísima suma, no pudo menos de exclamar malhumorado: ¡A qué vendrán aquí alborotando!

Nadie le contestó. Pepe Luis se dió por contento al escaparse de los abrazos demasiado efusivos de sus amigos.

Y la cosa no era para menos. Pepe Luis, joven, muy joven, a los veintitrés años, se veía colocado al frente de una importantísima industria. Lo más extraño hoy y meritorio, era que había llegado a tan elevado puesto por sus propias fuerzas, sin recomendaciones ni ayuda ajena. El Consejo de Administración, reconociendo su laboriosidad y su preclaro talento, le nombró director gerente, con doble sueldo que su antecesor.

Sus amigos se hallaban admirados; no habían conocido joven más bueno, más inteligente y hasta más simpático que Pepe Luis. Y surgió la pregunta que tenía que surgir. Alfredo, medio en bromas medio en veras, insinuó:

—¿Y cómo te has arreglado tú...?

—¡Ah! ¡ese es mi secreto!

—¿Tú secreto? ¡Cuenta, cuenta...!

Pepe Luis, siempre afable, les pasó a su despacho, les pidió que se sentasen y se dispuso a hablar:

—Ya que insistís os revelaré mi secreto, un secreto... a voces. Espero que no dudaréis de mis sinceras palabras. Si he tenido ánimos y entusiasmos suficientes para estudiar mi carrera concienzudamente, si no me ha faltado la prudencia en los momentos oportunos, ha sido gracias... a la pureza. Si ahora os digo ésto, es porque creo un deber el honrar a mi Virgencita, la Virgencita de mis amores; esta estampa que ahora preside mi mesa de despacho, me acompañó siempre, siempre a todos los estudios, a todos los exámenes; la llevaba en el bolsillo junto a mi pecho y la apretaba con mi mano en todos los peligros, y en cuantas ocasiones necesitaba de su poderosa protección. Si me he mantenido siempre puro, ha sido gracias a Ella.

—¡Te creo, te creo... pero quién lo hubiera dicho!

—Pues yo, terció Luis, creo que es imposible, que siempre te hayas mantenido puro; que nunca hayas pecado. Vamos, que es imposible; el hombre carece de las fuerzas necesarias.

—No te falta razón; pero es que además de esta Virgencita tenía otra ayuda aún mejor: ¡la comunión diaria! Os asombráis; pues me entenderéis mejor con este caso que os voy a contar: Un cieguecito, a pesar de su inmensa desgracia, se sentía feliz. Todas las mañanas, apoyado en su bastón, salía a dar lentamente su paseíto por los floridos jardines del parque. Algunas veces se detenía y, con faltarle la vista, parecía quedar extático en la contemplación de las bellezas de la naturaleza. ¡Luz y colores que nunca comprendió! Pero estas flores, se decía, ¡qué hermosas deben ser! Y alargando la mano hacia una maceta, tomaba una flor y aspiraba su perfume. Tú eres la rosa, exclamó un día, te he conocido por tu delicioso aroma. Mas uno que le observaba le replicó: No, cieguecito, te equivocas. No es rosa, pero entre ellas ha vivido y ellas le han cedido su perfume.

Pues, chicos, otro tanto le pasa a quien recibe en su pecho todos los días al mismo Dios. Algo se le queda de Dios; no sé qué fuerzas recibe; tiene el gusto muy delicado, y le parece repugnante, le da asco todo lo que a los jóvenes suele de ordinario arrastrar. Haced, si no la prueba.

Como les había demostrado, más que con palabras con su ejemplo, se propusieron los dos amigos imitar a quien tanto admiraban, y al poco tiempo se encontraron tan cambiados, que ni ellos mismos se conocían. No se separaron nunca de tan buen amigo, siguieron frecuentando los Sacramentos y acabaron sus carreras con muy buenas notas.

F. M. C., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Como llega uno a ser hombre.

Días pasados sostuve con un congregante una conversación, y como creo que de ella podrá sacar la mayoría algún provecho, me he propuesto contaros algunos episodios:

Me ocurrió no sé por qué, me dijo, llevar a clase el Catálogo de la Congregación; algunos que lo vieron, sin poder yo evitarlo, me lo quitaron enseguida y lo rompieron y echaron por el suelo, creyéndose que hacían algo notable.

Te voy a contar otro caso: Hay un chico de familia muy buena; pero de amigos...; sus padres le mandan a cumplir con la parroquia, a comulgar por Pascua. ¿Qué te parece que hace él?: pues se va a la iglesia para ver de qué color es la casulla; entra luego en la sacristía y dice: He comulgado hace un rato; hagan el favor de darme la cédula de comunión. Se la dan y a casa con ella, a engañar a sus padres.

Como se ve, éste aún conserva la fe, porque teme a Dios y no quiere hacer un sacrilegio.

Este otro caso es más curioso: Es un chico de unos 15 años, que tiene como amigos a todos *esos*, y es tan malo como ellos. Con todo, oye decir a un chico una palabra inmoral y de una bofetada le hace rodar por el suelo.

—Vaya un valiente.

—Por eso me da lástima que se junte con *esos*. Después de leer Flores y Frutos, se lo doy para ver si va cayendo en cuenta; pero con esos amigos...

Yo entonces le interrumpí a mi amigo, que me contaba estos casos: Con esos perdidos no conseguirás nada, se reirán y burlarán de ti; pero está bien que de vez en cuando se les diga algo; si son un poco razonables, algo conseguirás; los otros, son irracionales rabiosos.

—No es eso lo peor... hay cada boca como para taparse los oídos con algodón hidrófilo fenicado. Llevaba un Flores y Frutos y se lo enseñé a uno para que lo leyera y después reflexionara. ¿Sábes lo que me contestó?: "Cuando me quieras regalar una revista me das el ..... Estas son sosadas ¡Cómo os emboban!... Bueno, ya te convencerás, como yo me he convencido. Yo, cuando hice la primera Comunión, era un bendito y creía todo lo que me decían; pero ahora ya me he espabilado, ya tengo dos dedos de frente para comprender que éso es bueno para niños. Vamos a ver: ¿Os dejan ir al cine? ¿Os dejan leer alguna revista como no sean esas sosadas?"

Mi amigo le contestó:

¿Dejan vender el sublimado y la cocaína? ¿Permiten el suicidio? Pues no son otra cosa la mayoría de películas y esas *graciosas* revistas de que tú hablas.

Yo le interrumpí a mi amigo:

De modo que según tus condiscípulos nosotros somos unos benditos, unos niños embobados y, claro, ellos unos hombres: como que se han planchado la raya del pantalón y llevan en los labios un cigarro y compran tal o cual revista de dudosa moralidad, y viene el lunes y se lucen contando sus hazañas del domingo: fuimos a este sitio, hicimos tal cosa, nos acompañaron tales personas; los demás escuchan con la boca abierta, encantados. Cuando quieren darse un poco más de pisto, sueltan de su boca una blasfemia, y así el relato de sus hazañas domingueras resulta más variado: digo, más asqueroso y repugnante.

Esa fué mi conversación y ¡esos son los hombres!

Así llegan a ser hombres, siendo muy brutos.

F. de T., Congr.

Episodio curioso.

Pasó por aquí hace dos días un Padre Jesuíta que tiene puesta su dicha en ir lo antes posible a la Misión de Alaska; y una de las razones que le mueven a ir a aquel extremo de la tierra es la escasez de misioneros en aquellas regiones; no hay más que Jesuitas, y pocos en número.

Nos contó varios episodios ocurridos hace poco; y entre otros, este notable: Uno de los Padres más ancianos, al cargo de una apartada cristiandad, enfermó de fiebres tifoideas. No tenía más médico que el Hermano que le acompañaba, ni más medicina que su poca habilidad y su muy buena voluntad.

Como si no le bastaran las fiebres tifoideas, sintió síntomas de pulmonía, que se acentuó tanto, que una noche creyó era la última de su vida. Encomendó al Hermano que, pasada la estación del invierno, llevara su cadáver al pueblo próximo y le enterraran en el cementerio. Muy bien pueden hacerlo allí sin las precauciones que aquí son necesarias, pues aquel intenso frío conserva incorruptos los cadáveres.

Cansado el buen Hermano con aquel incesante cuidado, se durmió junto al enfermo; cuando de pronto, sobrecogido por el frío, despertó. Se encontró medio helado; miró a todas partes para ver por dónde entraba el frío, y vió al anciano Padre que sin despertarle se había levantado y estaba en la puerta como tomando el fresco.

Admirado el Hermano, no sabía qué pensar: sin duda que está el pobre Padre delirando, se dijo; se me va a quedar ahí muerto. Se disponía a llevarle a la cama, aunque él mismo se sentía entumecido, cuando oye que el Padre le pide medio pato, que estaba colgado en la cocinilla. Sin salir de su asombro hizo fuego, lo calentó (pues estaba cocido) y con mayor asombro vió que el Padre se disponía a comérselo, como en efecto lo comió: se encontraba curado.

Aunque no tanto, que no estuviera alelado un par de meses después.

Continúa aún en la Misión trabajando con toda su alma, como si fuera joven.

A. M., Congr.

Otro episodio más curioso.

El mismo Padre nos contó este otro caso:

A unos 8 kilómetros de una Misión católica al norte de Norte América, cultivaba una pobre familia cristiana sus reducidos campitos con los que vivía y podía mirar tranquilamente los años de malas cosechas.

El padre, o mejor dicho, el abuelito, ciego hacía muchos años, no dejaba ni una mañana de dar su paseo a la Misión para oir misa, y desahogar con Jesús Sacramentado todas sus penas y cuidados. Se tenía por feliz para todo el día cumplida aquella práctica; y Dios le bendecía sobre todo con la mucha paciencia con que llevaba cualquier adversidad o contratiempo.

No tenía más camino para ir a la Misión, ciego como estaba, que la vía del ferrocarril que la conocía palmo a palmo. Su oído muy fino le advertía el paso de los trenes; y antes de pasar un puente que no tenía paso alguno para personas, se ponía a escuchar por si se acercaba algún tren.

Distraído un día, había pasado buena parte, cuando advierte que un tren se le echa encima. No le ocurre otro medio para librarse que colgarse de la parte de fuera. Así lo hace y pasa el tren sin lesionarle; pero, al querer subir, se encuentra el pobre anciano sin fuerzas y sin maña y comprende que eran inútiles sus esfuerzos. Su única esperanza está puesta en que alguien pasara por allí y le ayudara; pero es tan poco frecuentada aquella vía y tan pequeña es su resistencia, que empieza a encomendar su alma a Dios y a la Santísima Virgen y a rezar las jaculatorias que él había inspirado a otros en el momento de la muerte.

Siente un frío sudor y al comprender que le faltaban del todo las fuerzas, repitiendo las palabras de Cristo en la cruz, "En tus manos encomiendo mi espíritu", cae donde él menos se imagina, de sólo unos diez centímetros de altura.

Quién podrá describir el cambio de impresiones que experimenta aquella alma; las gracias que da a Dios sin cesar; ni se da cuenta dónde está; cree haber resucitado.

Otros ciegos hay más ciegos que éste, y otro verdadero abismo; y con todo, aunque ven que la vida pasa y se les van las fuerzas, son tantos los que no se preocupan de su porvenir, por el que debieran estar temblando. ¡Desgraciados ciegos voluntarios!

F. L., Congr.

Por qué se turbó el barbero.

Oí de un joven que fué a una feria y entrando en la plaza fué curioseando los escaparates de varias tiendas. Llegó en esto a una tienda del todo vacía, barrida y sin muestra de nada. En ella estaba un venerable anciano; y, fuese por curiosidad o por burlarse, entró y le dijo:

—Señor, ¿qué vende usted?; porque aquí no veo nada.

—Lo que yo vendo, respondió muy mesurado el anciano, es la sabiduría.

—¿La sabiduría? Ahora lo oigo: estaba yo en que era mercancía que ni con los muchos dineros se compra, ni con los altos puestos se alcanza. Pero si, como usted dice, la vende, vámonos ajustando.

—Sea en buena hora.

Pidióle el viejo una gran cantidad, y el joven que venía con mucho dinero a la feria, exhibióla de contado.

Entonces el viejo dijo: Mira: en todas tus obras, en todas tus aciones, piensa siempre lo primero a qué fin has de llegar con ellas.

—Esta bien; pero venga la sabiduría que yo compro.

—Pues ¡qué más sabiduría queréis que ésa? Ya os la he entregado.

—¿Cómo? ¿Y ésa es toda la sabiduría?

—Sí, señor.

—No vale éso; llámome a engaño; venga mi dinero. Entendí yo que me había de dar todo un tropel de noticias, todo un almacén de textos y toda una flota de ciencias: éso es sabiduría: y ¡con éso me viene ahora!

—Con éso y en éso está toda la suma de la sabiduría: anda y nunca lo olvides, y escribe en todas las partes y en todas las paredes de tu casa esta sentencia, y allá lo verás.

No fué menester poco para apaciguar al joven, que se daba todavía por engañado. Fuése, en fin, y escribió la sentencia en su casa y púsola patente: "En todas tus obras, etc."

Pasados algunos días, vino un barbero a afeitarle, y habiendo ya empezado, advirtió que se turbaba, y, en fin, parado, no acertaba a proseguir.

—Maestro, ¿qué le ha dado?

—Yo lo confesaré claro, dijo él. Ha de saber usted que yo, pagado por unos enemigos suyos, venía ahora con ánimo de matarle; pero desde que entré y leí aquella sentencia que usted tiene ahí escrita, empecé a discurrir sobre ella: ¿a qué fin puedo yo ir a parar con una acción tan injusta? Esto me ha detenido y me ha turbado, y a usted le ha dado la vida, y a mí me ha hecho confesar la verdad.

Entonces conoció el joven cuán bien dado había sido el precio que le pidió por aquella tan sabia sentencia.

No hay para qué decir que siguió teniéndola muy presente, sobre todo en los trances más comprometidos de la vida, y salió bien parado.

Los canteros tienen su nivel y su plomada. ¿Cuál otra mejor que esta sentencia para edificar en firme y acertar en todo? Me preguntaré en adelante: ¿Para qué fin hago yo ésto? ¿Tendré que arrepentirme o alegrarme si lo hago?

A. F., Congr.

Un artista vivo que no era de este mundo.

Cierto día Rubens, recorriendo con sus discípulos los alrededores de Madrid, entró en un convento de regla muy austera; al poco se fijó en un cuadro que revelaba talento notabilísimo. El cuadro representaba la muerte de un monje y no tenía firma. ¿De quién podrá ser? Rubens rogó al superior que bajase a hablar con él. Este superior era un anciano venerable.

Después de saludarle le preguntó el artista el nombre del pintor de aquel cuadro.

—Ya no es de este mundo, le respondió el Prior.

—¡Muerto!, exclamó Rubens, y nadie le ha conocido; nadie ha dicho su nombre que debería ser inmortal, su nombre ante el cual el mío, con ser Rubens, palidecería.

A este nombre el Prior hizo un brusco movimiento, sus ojos centellearon, su cara se encendió; pero esta exaltación duró poco; ha-

Universidad de Deusto
Biblioteca

jo los ojos, cruzó los brazos y repitió: —El artista ya no es de este mundo.

—Pero decidnos su nombre, que podamos darle la gloria que le es debida! Y Rubens, Van Dyck y Van Thulden rodearon al Prior suplicándole que dijera su nombre.

—Escuchad dijo el monje, os he dicho que el artista no es ya de este mundo, aunque todavía no ha muerto. Está en un convento, es cuanto.

—Decidme en qué claustro está, exclamó Rubens. Yo iré a buscarle y a decirle la gloria que le espera.

—No os diré ni su nombre ni el de su claustro, replicó el monje con un tono resuelto. Por lo tanto vuestros esfuerzos no conseguirán nada. Dios le ha llamado, y él ha renunciado a toda la gloria de este mundo.

A pesar de todas las súplicas del artista y de sus discípulos, no quiso decirles una palabra más, y se marcharon del convento silenciosos y pensativos.

Cuando se hubieron alejado, el Prior subió a su celda, miró sus pinceles, sus pinturas y el caballete que ocupaba un rincón de la estrecha habitación y lo tiró todo al río que pasaba debajo de su ventana. Contempló con melancolía cómo los arrastraba la corriente, y cerrando después la ventana, se arrodilló delante de su crucifijo y rezó largo tiempo. Así venció la tentación de vanagloria que le había acometido, y acabó su vida con una tranquilidad propia del cielo.

L. M. B., Congr.

Correspondencia abierta.

Mucho me gustó el número último de Flores y Frutos, y es mucha verdad la que encierra el artículo "*La bandera roja*". Aquí, en Madrid, por todas partes debiera haber una banderita roja. No me pasa lo que ahí me ocurría: que en casa mi madre, en el Colegio los Hermanos y en la Congregación el Padre, nos estaban siempre recordando nuestro deber. Aquí, hay que ir expresamente a una iglesia si me ha de recordar alguno que tengo un alma que salvar.

¿Sabe usted quién hace para mí de banderín rojo?; aquella su tarjeta de la Inmaculada que la guardo como señal de la lección en el libro de texto. ¡Cuántas veces he leído lo que allí escribió el buen Galdeano, q. e. p. d.

A ver si hace usted el favor de mandarme aquel impreso que me mandaba usted otros años donde apuntar los obsequios que debemos hacer a la Santísima Virgen. Así me obligo un día y otro a hacer esos sacrificios y voy volviendo a mis antiguas y buenas costumbres.

J. P., Congr.

Un abismo insaciable.

Más de una vez durante el verano, cuando cansados ya de jugar, y sin peso alguno de libros ni de estudios, os habéis sentado a orillas de un río, frente a uno de esos saltos de agua con que Dios anima la tierra que pisamos, veréis cómo el agua, cayendo, se hunde en el fondo del río; al día siguiente veréis lo mismo; dentro de un año, de dos, de veinte, el agua seguirá cayendo y nosotros no nos cansaremos de observar aquel continuo movimiento. Pues bien, cuando contemplo una de estas caídas de agua, me figuro yo una como corriente de paganos que caen en el abismo del infierno. Y no una corriente cualquiera de estos nuestros ríos, sino algo así como la del Amazonas, que va con todas sus aguas a dar en el mar, y el mar nunca dice basta, nunca se llena. Así es el infierno; tan insaciable como el mar, tan profundo como él.

Me figuro la vida como un monte, donde hay varios caminos: unos ásperos y en cuesta como el del propio vencimiento; otros anchos y en suave declive, como el de las pasiones; y aún hay otros de grandes riscos y áridos, por los cuales multitud de infieles bajan a trompicones, empujados por la pronunciada pendiente de las supersticiones paganas. Este es sin duda el más frecuentado, siempre va lleno, es horrorosamente largo; su principio se halla en el horizonte, su fin se pierde en el abismo. Llegan los desgraciados infieles al fin del camino, unos empujan a otros y no pudiendo retroceder, caen unos en el abismo; llegan otros hasta la mitad del puente, su pie no encuentra apoyo y sucumben, y otros, pocos en número, son alcanzados por el misionero.

Hay que reconstruir el puente con ingenio, constancia y valentía; los intrépidos misioneros formarán con sus cuerpos verdadero puente humano; nosotros, aunque no sea más que con oraciones y limosnas acudiremos a sostenerlos y ayudarles. Mirad ese abismo que traga diez millones de infieles al año, y nunca se llena, nunca dice basta.

Y a medida que por nuestros sacrificios se haga más sólido ese puente, pasarán más por él, y abrazando a nuestros hermanos diremos a esa Virgen: "Madre mía, alégrate que ya tienes a tus hijos."

F. de T., Congr.





Núm. 131.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Junio de 1924

Por romper un cristal...

¡Qué ocurrencias tan peregrinas tiene Dios N. S! exclamé espontáneamente, no bien un amigo mío hubo terminado de contarme el histórico hecho, que os voy a referir.

El caso tuvo lugar ha pocos años, allá, lejos, muy lejos, en una populosa ciudad, en Shanghai, donde todo es movimiento y vida pagana, donde el ambiente que se respira trasciende a **chamusquina** del infierno, donde cada habitante con sus ojillos rasgados y maliciosos parece estar viendo en cada esquina, un diablejo feo y negro. Una cosa rara y particular de aquellas gentes: ¡que no saben levantar la cabeza para mirar al cielo! que siempre, siempre andan con la vista baja, como escarbando con su mirada las cosas de la tierra. ¡Habráse visto cosa más prosaica! Es que el esplendente sol de la fe no ha iluminado aún ni sus campos ni sus calles, ni sus hogares, ni sus mentes, ni sus corazones... ¡Cómo han de saber mirar al cielo!

Con el exordio, ya casi me olvidaba del fin principal de este mi artículo... Pero no; ¿veis ese poste con un letrero en el que están dibujados unos garabatos chinos? Si no me engaño, quieren decir: "Parada discrecional del tranvía"; y, claro está, todos esos estacionados, junto a los rieles, aguardan impacientes la llegada del eléctrico. Aparece por fin, y la gente se prepara a tomarlo por asalto, algo así como a una fortaleza: y allí codazos, empujones, protestas, forcejeando cada cual por no quedarse en tierra.

En estos momentos de mayor confusión un joven estudiante de unos 17 años, abotonándose la chaqueta, como para encontrar menos estorbos, con ágil salto cae de pie en la plataforma, no sin antes haber maltrecho el pie diminuto de una señora.

La infeliz, protesta contra tamaña insolencia; mas el estudiante dirigiéndole un "usted perdone" se cuela un tanto azorado en el departamento.

Llega el interventor; nuestro joven, como si nada hubiese ocurrido, introduce su mano en el bolsillo para pagar el precio del billete... pero, ¡oh desgracia! en aquel mismísimo instante una brusca sacudida del coche, al ponerse en marcha, le hace tambalear pierde el equilibrio y para no caer se apoya en el cristal de una ventanilla rompiéndolo estrepitosamente con la consiguiente alarma de los viajeros y del cobrador; éste con voz imperiosa reclama cinco piastras por la rotura del cristal.

¡Cinco piastras! exclama el joven, no sé de dónde las podré sacar.

—Entonces le llevaré al despacho de la Compañía.

No tiene más remedio que conformarse y comparecer ante el señor Director de la Compañía, que por fortuna es un ejemplar caballero cristiano y Presidente de la Unión Católica de Shanghai.

Muéstrasele al principio algún tanto severo; mas, al ver su ingenuidad y buenas maneras, se le hace simpático; pregúntale por sus estudios, familia, religión.

—Soy Budista como toda mi familia, responde con naturalidad.

El bondadoso Director se sonríe con una sonrisa de tristeza, y le dice: te perdono la indemnización, pero con una sola condición, y es que estudies y examines la religión verdadera; para ello toma estos libros, llévatelos, y cuando los hayas meditado bien, no dejes de venir a verme.

Habían pasado pocos meses, cuando nuestro protagonista conocía perfectamente nuestra sacrosanta Religión y la amaba y deseaba con ansias indecibles que las aguas regeneradoras del Bautismo le abrieran las puertas del cielo.

Y así fué, pues siendo todavía catecúmeno le asaltó una grave enfermedad.

Dos miembros de la Unión Católica, por mandato del señor Presidente, fueron a vi-

Universidad de Deusto
Biblioteca

sitarle, consolarle y bautizarle. Y murió como mueren los santos, con deseos insaciables de ver el hermosísimo rostro de Dios... ¡Qué ocurrencias tan peregrinas tiene el Señor! Se vale de la rotura de un cristal para llevar aquella alma al cielo.

D. R., Congr.

De tentación en tentación.

¡Qué alegría para Juanito! Aquel día el 24 de Mayo tan soñado, que con tan vivos colores se le había presentado durante el curso, lo palpaba ya con sus manos.

Estudiaría, eso sí, algo durante las vacaciones; pero nada de eso de levantarse como en el curso poco menos que estudiando y acostarse revolviendo en su pensamiento la lección del día siguiente. Vaya, vaya ¡que le fuese el profesor de Matemáticas con aquellos quebrados, con aquellas proporciones que entre los sudores del apuro se le presentaban ni más ni menos como una danza macabra de letras y números revueltos! Allí llevaba él en su bolsillo las cinco pesetas justas y cabales, que le había de costar el viaje en segunda clase; media horita más y estaba ya en su casita.

Acababa de entrar en la estación cuando le sorprendió la voz chillona de un chiquillo que gritaba corriendo de una parte a otra: "Almendras, peladillas, pastillas de café con leche". La boca se le hizo agua a nuestro hombrecillo.—Aquellas almendras, aquellas pastillas que a él tanto le gustaban...; pero tenía lo justo; no podía ser.—Temiendo ser vencido iba a apartarse de la ocasión, cuando se le acercó el vendedor.

—¿Quiere usted algo, joven?

... ...

—¿Vamos no quiere usted algo para el viaje?

—¿Cuánto cuesta una de esas cajitas?—respondió Juan, aturrullado ya.

—Esas, 1,50.

¡Bah! 1,50—pensó Juanito;—aunque compre una, aún me queda lo justo para ir en tercera; ¿qué importa un poco más o menos de comodidad?

Qué sed daban aquellos caramelos; y el calorcillo aquel...; vamos que todo le convidaba a tomar una de aquellas limonadas que había en el kiosco. ¡Qué bien le vendría una, nada más que una! Total 0,30...—Y aturdido nuestro hombrecillo, recién vencido por la halagadora cestilla del pastillero, se acercó al kiosco, pidió una limonada y se la bebió en un dos por tres.

Aún no había acabado de bebérsela, cuando sonó la primera campanada que llamaba los viajeros al tren.

Entonces se acordó Juanito de que había venido a la estación a coger el tren. Tardío fué su arrepentimiento y vanos sus lloriqueos y angustias al encontrarse sin el suficiente dinero para el billete. El tren marchó y nuestro Juan tuvo que quedarse al menos por entonces sin ir a casa.

¡Cuántos Juanes hay como el del cuento! Les ha dado Dios talento y otros bienes para que con ellos le sirvan y ellos los malgastan, cambiando acaso la felicidad eterna por un gusto momentáneo. Al freir, será el reir...

A. P., Congr.

Está atascado el carro.

Una lucidísima noche estaba Lutero paseando en su jardín con Catalina, tan pérfida como él, y contemplaban admirados aquel ejército de innumerables estrellas que lucían como en día de gala y centelleaban arrojando vivísima lumbre, mientras la hermosa luna recorría majestuosa el cielo.

Lutero estaba pensando en el grandísimo mal que había sido su falsa Reforma; no podía apartar del pensamiento la corrupción de las costumbres, la muchísima sangre derramada en las guerras por su causa suscitadas; todo ello le producía un vivísimo remordimiento.

En medio de estos sombríos pensamientos, le interrumpe Catalina y le dice:

—Mira, Martín, qué hermoso espectáculo: cómo brillan hoy las estrellas en el cielo. Si eso es lo que aparece, ¿qué será lo que más allá se esconde?

Lutero levanta sus ojos, lo contempla un momento, y dice:

—¡Oh! hermoso, es verdad; pero no para nosotros.

—¿Cómo?, replica ella.

—No iremos nosotros allá a gozarlo.

—Y ¿por qué? ¿Acaso estamos ya condenados al infierno?

—Puede ser, en castigo de tantas maldades como hemos hecho.

—Remedio fácil, dice ella, volver a nuestro antiguo estado, y todo concluído.

—Es ya tarde, el carro está ya atascado, y no tengo fuerzas para sacarlo.

Calló ella comprendiendo la profunda verdad que encerraban las palabras de Lutero.

Y a tan profundo abismo llegó él, no de repente, sino muy poco a poco, dejando hoy esta práctica piadosa, mañana asistiendo a diversiones peligrosas, etc. ¡A no dejar atascar nosotros el carro!

E. B., Congr.

¿Quién le salvó?

No hace aún muchos años que, desembarcando un sacerdote en la Isla de Fernando Póo, divisó a la orilla del mar una cruz. Movido por la curiosidad, pues sabía de cierto que aun no había penetrado en aquella isla Misionero alguno, fuése internando cuando quedó sorprendido al ver de rodillas junto a una cruz de palo a un niño blanco, rodeado de tres negritos, que parecía rezaban algo.

Al contemplar el niño blanco al Misionero, gritó: ¡"Un cura"!

Se le acercó cariñoso el sacerdote, y después de mil preguntas le dijo que le llevasen donde estaban sus padres.

—¿Mis padres?—respondió el niño blanco con sus ojos llenos de lágrimas—No los tengo. Mire lo que me pasó: Iba con mis papás en un barco y sin saber cómo, me encontré una mañana en casa de unos negros que me querían mucho. Yo estaba triste, porque no veía a mis papás. Me acordé que en casa solíamos rezar todos los días el Rosario, y como no tenía ninguna imagen de la Virgen, hice esta cruz; aquí vengo todas las tardes a rezarlo con estos amiguitos, a quienes he enseñado el Ave María en español para que me acompañen.

Luego dirigió al sacerdote a la choza de los negros con quienes vivía.

Al día siguiente el Misionero rezó el Rosario delante de aquella cruz con asistencia de muchas familias indígenas y les dió las primeras lecciones sobre nuestra religión. Después fué de casa en casa hablándoles de Cristo y de la Virgen; tanto les aprovecharon aquellas verdades que pronto creció en aquel pueblo una floreciente cristiandad.

Otro Misionero llevó al poco tiempo a su patria el niño que después de averiguaciones consiguió encontrar a sus padres.

El niño, siempre que contaba la vida que había hecho entre aquellos negritos y cómo se había salvado y encontrado a sus padres, todo lo atribuía a la Santísima Virgen. Ella decía, me sirvió de bondadosa madre. Ella les inspiró aquel cariño a los negros que tan bien me habían tratado hasta volverme a los brazos de mis padres.

Así lo reconoce el niño y así premió María aquellos Rosarios; como nos premiará también a nosotros los sacrificios que estas vacaciones le hagamos y más si procuramos, como este afortunado niño, que otros también la honren.

A. P., Congr.

¡Pobre golfillo!

Aquel día nuestro Padre Misionero, como tenía de costumbre, recorrió la ciudad para que todos los chicos de las escuelas y de la calle fueran al catecismo. En las manos llevaba un grande ramo a guisa de estandarte; una turba de muchachos le seguía cantando los cantos de la misión. La gente al oírlos se admiraba viendo al jesuita rodeado de tantos niños de todas clases y muchas de las personas mayores seguían a la entusiasta manifestación para oír también ellos las explicaciones.

Cuando llegaron a la puerta de la iglesia el número de los niños era muy crecido. Detenidos allí los pusieron en dos filas para que hicieran su entrada con orden.

De pronto, sale de filas y acercóse al Padre un chico de 13 o 14 años, de aspecto bastante sospechoso. Su indumentaria se reducía a unos calzones destrozados, una camisa hecha jirones, que Dios sabe desde cuándo no había sido lavada, (si alguna vez lo fué) que apenas cubría la roña de su pecho, un chaquetón sin botones pero en cambio con enormes bolsillos, un par de botas remendadas (no tenía calcetines) y por fin una gorrilla de visera tan deteriorada como todo lo demás.

Tenía su negro cabello revuelto, cara ancha y sucia, cruzada por una honda cicatriz.

Recíbele el Misionero con cariño, y el golfillo quitándose la gorra y con voz sumamente conmovida: "Padre—le dice—no sabe quiénes somos nosotros".

Este, como que no había entendido, le responde sonriendo: "Sí, sois bastantes; llegaréis hoy casi a cuatrocientos".

—"No le digo eso, Padre—replicó mirando al suelo como avergonzado el chiquillo—es que nosotros... nosotros somos unos golfos... pero si usted estuviera aquí como ahora siempre con nosotros, y nos enseñara el catecismo y nos dijera tantas cosas buenas... no seríamos malos, Padre ¡no!—y el pobre muchacho se echó a llorar.

Y el Misionero... tampoco pudo contener las lágrimas.

Pues lo que este pobre golfillo echaba de menos, a nosotros nos lo ha dado Dios. Tenemos nosotros tan buenos padres y esta Congregación que les ayuda para hacernos virtuosos es decir, esforzados y hombres de provecho para la sociedad. No perdamos en vacaciones lo que hemos adquirido durante el curso; repasemos bien el Catecismo.

M. A., Congr.

Flores que matan.

Era la tarde de un domingo de Mayo, cuando nuestro Manolín corría por la pradera pintada por multitud de flores silvestres. Las olía y gozábase de su aroma, y satisfecho decía: Cuando vaya a casa voy a llenar mi habitación de flores.—Dicho y hecho: al anochecer Manolín se fué a casa cargado con sus flores.

Antes de acostarse las arregló con arte y las puso todo lo cerca que pudo de su cama, para aspirar mejor su aroma. Así estuvo gozando de ellas hasta que se durmió.

Amanece ya y los pajarillos salen de sus nidos buscando alimento para sus hijuelos. La luz de los primeros rayos de la aurora entra por los resquicios de su ventana, y si hubiéramos estado en aquella habitación hubiéramos visto a Manolín pálido, inerte e inclinado hacia las flores. Estaba muerto. Las flores, que tanto le habían deleitado la tarde anterior y con cuyo pensamiento y aroma se había dormido, con su ácido carbónico le habían poco a poco envenenado la sangre.

¡Cuánto de ésto pasa a los jovencitos! Se encaprichan de cualquier amiguito o diversión y acaba con su inocencia y con la vida del alma.

R. F. L., Congr.

Se goza más perdonando.

Al atardecer volvía un buen labriego, por la alta y despoblada sierra, que daba acceso a su casa, satisfecho de la buena venta de sus cabras. En el pueblo donde las había

Universidad de Deusto
Biblioteca

vendido no había ni sucursal ni agencia de Banco alguno, donde pudiese depositar sus dos mil y pico reales que le habían dado por su inquieta mercancía; y llevaba sus dineros bien sujetos en la faja. Iba cantando para hacer más distraído su camino, cuando detrás de unas peñas ve salir a un foragido, que le amenaza con su trabuco. Imposible la huída. Con todo, no quiere entregar su dinero sin resistir lo que pueda; y levanta su tranca para echársela sobre el trabuco.

Al ver aquella resistencia el ladrón descarga su arma sin lograr hacer blanco; echa entonces mano al cuchillo, con tan mala suerte, que en aquel brusco movimiento se rompe una pierna y queda rendido a los pies del viandante.

Este al verle así, desarmado por el suelo, olvidando su tan cobarde opresión le colocó a la grupa de su caballo, como si hubiera sido su mejor amigo y le llevó a su casa.

Nadie llegó ni a sospechar en el pueblo la historia de aquel desgraciado.

La satisfacción que sentía el labriego, al prestarle sus cuidados, no es tanto para descrita como para sentida. Aun aquí paga Dios las buenas obras.

E. G., Congr.

Correspondencia abierta.

Un Congregante, Estado Mayor.

Está ya en marcha la Juventud Católica de nuestra Parroquia; todavía no hay más que los círculos de estudios; pero con el tiempo y la ayuda de Dios, que no nos faltará, procuraremos tener escuelas primarias y profesionales, Caja de protección y socorro, obras de propaganda etc.... Por de pronto el Párroco nos considera como su **Estado Mayor** según nos dijo el otro día.

Acostumbrado en la Congregación con las Juntas, etc., hasta que empecé con ésto, parecía que me faltaba algo.

Comulgo todos los días, hago la visita al Stmo., leo el Kempis y rezo el Rosario y el Mes de María.

S. A., Congr.

Un Congregante entre ridículos.

Aquí en Francia en este colegio hay muchos alumnos protestantes y hasta profesores que también lo son. Y lo más curioso es que a católicos y no católicos el Reglamento del Colegio les obliga a entrar en misa los domingos al frente de todos sus alumnos; unos y otros van poco menos que arrastrados: miran al Altar; se están cruzados de brazos, y en el Alzar inclinan un poco la cabeza, y aun esto de pies; pues de rodillas, como decía uno de ellos, se les puede torcer la raya del pantalón, y éste no es protestante; pero como ve no se diferencia mucho en la práctica.

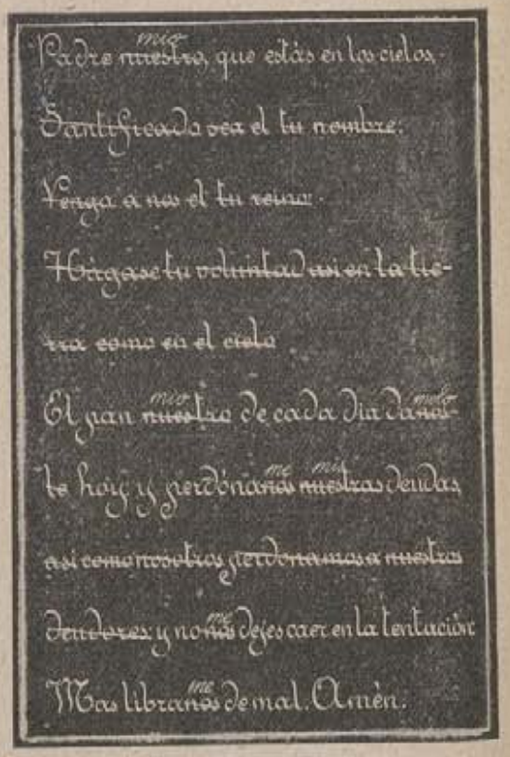
C. M., Congr.

Un valiente ingeniero.

Como sabe, aquí comulgamos todos los días, aunque algunas mañanas la pereza quiera ponerse por medio para impedírnoslo.

A mí me llama la atención la carrera de Ingeniero y, ¿sabe por qué? Por los puentes atrevidos y firmes que construyen. Ahora que yo no me contento con menos que con construírlos intermundiales, lo que es lo mismo, de la tierra al cielo. Por eso les tengo envidia a los Sacerdotes, a los Religiosos y Misioneros: cuando bautizan y confiesan, sobre todo, en la hora de la muerte, me figuro, lo que es verdad, que construyen en un momento, ayudados por Dios, un puente para que el alma vaya al cielo. Por eso sobre todo, les envidio a VV.

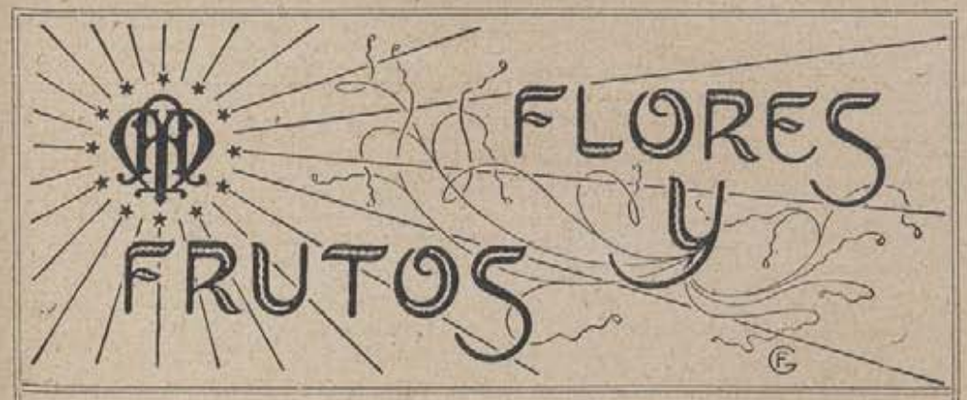
F. E., Congr.



Así tiene que rezar el **Padre nuestro** el que no se interesa por las Misiones, o lo que es lo mismo por la salvación de otros.

Todos somos hijos del mejor de los padres, y justo es que sacrifiquemos algunos caprichillos. ¡Cuánto bien podemos hacer ayudando a los Misioneros!

Si no tienes una hucha, pídela.



Núm. 132.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Julio de 1924

Confituras del diablo.

Muy revueltas andaban las cosas de aquel imperio.

Muerto el gran emperador Tutaxerxes II, subió al trono su hijo Tutaxerxes III, como le correspondía por herencia. Era éste todavía muy joven, contaba solo 12 años; y, aunque había dado ya muy claras muestras de talento y sensatez, sin embargo, atendiendo a su poca edad, y a lo revuelto que se encontraba el reino, el consejo de los ancianos decidió que por entonces gobernase su abuela, hasta que el niño llegase siquiera a los 18 años.

Por más que la vieja reina, astuta como una serpiente, multiplicaba las arrugas de su seca cara a fuerza de cavilaciones, no podía conseguir que se apaciguasen las revueltas políticas. Es verdad que la mayoría del pueblo se inclinaba a favor del joven rey, legítimo heredero de su padre; pero unos cuantos ambiciosos pretendían el trono para Mamerlán, truhán de profesión y conspirador de oficio, esperando que éste les colocara en puestos honoríficos por el apoyo que prestaban a su causa.

—Es necsario—gritaba Mamerlán en una junta de conspiradores—quitar la vida a ese mepto chiquillo, que quiere ser rey como su padre. Sólo así podré yo subir al trono.

Y toda la comparsa de revoltosos se puso a discurrir el medio de quitar la vida al joven heredero.

—¡Acribillarle a puñaladas!—grita un descamisado, inspirado por el hambre.

—Pero ¿cómo? si le defienden 400 guardias!

—¡Envenenarle!, claman cinco a una vez.

—Pero si no come más que lo guisado por su propia abuela, la vieja reina...!

Hubo un momento de silencio; nadie encuentra medio de matar al rey...

De pronto, un puñetazo dado en la mesa, que hace saltar vasos y botellas, interrumpe el fatídico silencio. Una voz ronca como una tronada anuncia que el medio estaba ya encontrado: el rey era muy aficionado a golosinas; gustaba de saborear todos los dulces que se confeccionaban en el reino...

* * *

Al día siguiente, el propio Mamerlán, disfrazado de infeliz confitero, esperaba, sentado detrás de un tenderete, el paso del joven rey con su guardia. Las miradas del curioso Tutaxerxes se filtraron a través de los 400 guardias que le rodeaban y vinieron a dar en aquellas confituras tan particulares... ¿A qué sabrán?

Cuando al día siguiente volvió a pasar por delante de aquel tenderete, su curiosidad por enterarse de lo que eran le hormigueaba allá dentro de su fantasía: ¿Por qué yo—se decía—por ser hijo de reyes no voy a poder tomar lo que toma cualquier honrado ciudadano?

Al llegar a palacio, cuchicheó dos o tres palabras al oído de su paje; éste, obedeciendo las órdenes de su señor, corrió secretamente al malhadado confitero; le compró los más gordos de aquellos confites, que, aunque no lo parecían, llevaban dentro la muerte... Mamerlán se frotaba las manos y daba pataditas en el suelo de contento.

Al quinto mordisco, Tutaxerxes se sintió malo... Unas horas más tarde pateaba en su lecho y se mordía los brazos de puro dolor; los médicos prepararon veinte clases distintas de mejunjes; pero nada valió. Poco tiempo después, el joven heredero del Imperio era un cadáver estirado, amarillo, frío...

Apenas dió Tutaxerxes la última boqueada, una bandada de revolucionarios asaltó el regio alcázar, encerraron a la vieja reina, hicieron rodar a golpes dos o tres personajes que hicieron alguna resistencia, y cogiendo en sus manos la real corona, la colocaron en la testa de Mamerlán.

¡Ay curiosidad, curiosidad, a cuántos niños y grandes has matado!

A. M. M., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

¿No podría yo hacer otro tanto?

Entre los mil y pico obreros de una gran fundición estaba Pedro, honradote y buen hombre; aunque de niño había abandonado con la escuela su educación religiosa, obligado por su padre a cambio de unos miserables cuartos que le traía a casa.

Cuando entró en la fundición estaba su cabecita como liso panal de cera recien fundida, en el que cuantas impresiones se hacían quedaban marcadas; así que en su educación se ven impresas las huellas profundas, hechas por sus amigotes.

Y ahora, ¡qué os parece que es! ¿Católico? No. ¿Protestante? Tampoco. ¿Racionalista? ¡Quiá! Pues, entonces, ¿qué?

Ya os he dicho: es un obrero fundidor; algo mecánico, que a cualquier cuestión religiosa os contesta ¡a mí qué! Y si le importunáis y medio le convencéis, os dice: Idos a paseo. El pobre está en el mundo para fundidor.

Vive en el alto de la villa; y un niño de un vecino, de unos nueve años, le tiene como encantado; verdad que es de lo más lindo y de la mejor índole conocida.

Se encontró el niño un domingo por la mañana con el obrero que salía a dar una vuelta. Instruído por su madre, le acompañó de paseo e intencionadamente le encaminó a una iglesia; justamente se explicaba entonces el Evangelio del día. Aunque el niño había estado temprano en misa y comulgado, invitó al obrero a entrar.

—Oiga, Pedro, yo no dejo de oir misa ningún domingo. ¿Quiere usted acompañarme? Luego continuaremos el paseo.

No supo negarse y por primera vez, después de veinte y tantos años, oía misa. Animado Jacinto con lo bien que le había salido su primer intento, al siguiente domingo repitió la invitación para salir de paseo. Comprendió Pedro que le llevaría a la iglesia, y con todo, no supo negarse éste ni otros domingos; hasta el punto que ya acostumbró a no faltar ni uno; así encarriló aquella oveja descarriada, que sintió renacer la paz en su alma.

Lo que este niño hizo, amaestrado por su buena madre, ¿no podremos hacerlo nosotros también cuando se nos presente la ocasión?

C. E., Congr.

Agua que vale sangre.

Encontrábase David en guerra con los filisteos: los ejércitos deseosos de batallar acampaban frente a frente. El sol recogía ya sus rayos, bañando a la tierra de sombra y misterio. El rey devorado por la sed y cubierto de sudor, deja escapar este deseo: ¡"Quién me diera de beber agua de la cisterna de Belén"!

Al oír ésto tres de sus valientes guerreros parten al punto y atravesando el campo de enemigos, y volviéndolo atravesar regresan gozosos, trayendo en sus cascos agua tan deseada de la cisterna de Belén. David, al ver esta ofrenda que le hacen sus valientes vasallos, se recoge, medita un poco, y comprendiendo los peligros que aquella agua habían costado, exclama: "No, no beberé la sangre de estos hombres", y dicho ésto, tomó el agua y la derramó en tierra ofreciéndola al Señor en sacrificio.

¡Qué bien sabía apreciar el santo rey David la sangre de sus guerreros, y fieles servidores; y nosotros, cristianos, hijos del Calvario ¿no estimaremos la sangre de Dios derramada por nuestra salvación?

¿Nos expondremos ahora en vacaciones a perder lo que tanto ha costado? La venderemos por un rato de diversión!

R. F. L., Congr.

Las fregonas de hoy en día.

Angelito era lo que indicaba su nombre: un ángel en cuerpo y alma; altito, fuerte, con hermosura varonil; tenía un alma más hermosa aún; educábase en un colegio de Jesuítas, y cursaba quinto de bachillerato; querido y respetado de sus condiscípulos; con estas envidiables cualidades y con ser excelente futbolista, ejercía saludable ascendiente en el colegio. Terminó el curso con tres matrículas de honor y un sobresaliente.

Llevaría como un mes de vacaciones en el elegante chalet que sus papás tenían en una playa del Norte, muy entretenido con sus hermanitos, cuando se presentó en casa su hermana Teresa, joven de 16 años, uno más que Angelito, colegiala de las MM. Ursulinas en la misma ciudad en que Angelito se educaba.

A buen seguro que si las Madres hubieran visto a Teresa la siguiente mañana cuando se acercó a recibir al Señor, que no la hubieran reconocido.

Son las 11 de la mañana. Espectáculo curioso el que se desarrollaba en una de aquellas salitas. Teresa, preparada ya para la playa, hablaba con Angelito, quien tenía fija la vista en el suelo.

—Y ¿no me vas a acompañar a la playa?

—¡No!

—Hombre, ni siquiera te dignas mirarme a la cara... ayer muchos agasajos y ¿ahora? ni que estuvieras enfadado!

A pesar de la aparente despreocupación de Teresita, Angelito no dudaba que este su enfado le había de llegar muy al alma; sí, era de extrañar: no se habían separado en las anteriores vacaciones: iban a misa y comulgaban todos los días juntos, en la playa juntos, en el paseo juntos... ¿qué haría ella, sola?

Durante la comida Angelito habló poco, no miró a Teresita ni una vez.

Terminada la comida fueron los papás a descansar y los niños a jugar; Angelito, dirigiéndose a Teresita, la dijo:

—Tengo que decirte...

—Y ¿por qué no me miras?

—¡Porque me das vergüenza!... y como no vistas mejor, no te acompaño más; se lo he dicho a papá.

—Pues ¿cómo quieres que vista? Todas mis amigas visten así...

—Aunque todas vistan así; tú no debes de vestir así: ellas no comulgan todos los días y tú sí; y mira que das mal ejemplo a las del pueblo.

—Bueno, y ¿cómo quieres que me vista?

—Eso tu verás; así, no; estás inmodesta e indecente. Ese ahorro de tela por el pecho y esas mangas de *ilustre fregona* te afrentan y me afrentan; no es la playa ni los paseos públicos sino la cocina y el lavadero tu propio lugar. Si te vieran las profesoras del colegio?

—¿Quieres que me vista como las vecinas? Son también colegialas y ya ves cómo visten.

—Muy mal: si oyeras lo que de ellas dicen...

—¿Hoy me acompañarás de paseo? Si no, me quedo sola y no salgo...

—Pues ya sabes la condición... ¡ah! y tienes que confesarte antes de comulgar mañana; porque el traje que hoy llevabas a comulgar era inmodesto e indigno, y has escandalizado; se fijaban en ti las jóvenes del pueblo...

—Angel, haré lo que tú quieras...

—Y harás bien, porque por tu culpa empiezan las del pueblo a vestirse inmodestamente. Yo he oído en un libro que nos leyeron en el colegio, que se puede hacer mucho daño con esos malos ejemplos, y me acordé de ti...

—¡Yo no quiero pecar! seré buena...

... ...

¡Ah! si hubiera muchos jóvenes y niños como este Angelito!

La culpa tienen los papás, que por no ser menos pasan por todo: dejan que vistan como las más descocadas, las dejan solas; y así demasiado andan de atrevidas y tontas y escandalosas, aunque por la mañana se acerquen a comulgar.

C. K., Congr.

Y va de cuento.

En cierta alquería, que confinaba con la vía del tren había un gallo y varios patos.

Acostumbraba el primero a avisar a los segundos el peligro cuando se acercaban los trenes. Cierta mañanita de invierno, cuando el sol comenzaba a enviar sus benéficos rayos, como divisase el gallo allá a lo lejos la venida del tren ceñido de humo, comenzó a cantar en octava alta por supuesto, el consabido aviso: "Que viene el tren..." Mas los patos a quienes las caricias de Febo daban más pesadez que ligereza, devolvieron, en octava baja y con toda calma, su respuesta: "Quiá, quiá, quiá."

Quedó desconcertado el centinela al ver desatendido por primera vez su solemne aviso; pero a la vista del tren que no esperaba y que se echaba encima, afinó más la voz y al sentirse arrollados entre las ruedas de los vehículos comenzaron a clamar: ¡Ay de mí! ¡ay de mí! ¡ay de mí!

¡Cuántos jóvenes por desgracia son como los patos del cuento: no advierten el peligro y juzgan excesiva y hasta tonta precaución la de aquellos que les avisan, y previenen; y llegan a desengañarse tarde, cuando han sido arrollados con la torpe realidad!

A. P., Congr.

La madraza.

Era imposible encontrar niño más lindo que Jacinto; sus padres se miraban en él; y más que en su rostro, se recreaban en sus hermosas cualidades.

Cuando Jacinto empezó a cursar la carrera de leyes, quiso ensanchar el círculo en que le tenía encerrado la disciplina paternal, y para ello tomó como intercesora a su madre, exageradamente blanda, que le permitía frecuentar nuevas amistades.

Cuando doña Clemencia hablaba a su esposo de este particular, don Severo contestaba con la entereza que cuadraba con su nombre.

—¿A qué llamas tú alternar? Jacinto puede tener las amistades que quiera con tal que sean buenas y sus diversiones honestas; pero esas diversiones vergonzosas que ya ha empezado a frecuentar, no volverá a pisarlas, no serán frecuentadas por mi hijo, y a las diez de la noche cuando yo me acueste, la llave de la casa ha de estar en mi poder y la colocaré debajo de mi almohada, porque tú eres una madraza y no me fío.

Jacinto se resignó a regañadientes; mas don Severo, a quien no se escapaba la violenta actitud de su hijo, decía a su mujer:—Déjalo, que algún día bendecirá la rigidez con que le trató su padre.

Una noche, doña Clemencia, no pudiendo ya resistir las súplicas de su hijo, y deseando borrar el ceño de su frente, esperó con el corazón palpitante a que el sueño de don Severo fuese profundo y deslizando su mano bajo la almohada, entregó a su hijo la llave diciéndole:—No vengas muy tarde, hijo mío, pues tu padre podría despertar y notar la falta.

Jacinto salió después de besar a su madre diciendo:—¡Qué buena eres, mamá!

Y la madraza quedó en vela esperando la vuelta de su hijo.

Las primeras noches Jacinto regresaba a la una de la madrugada; poco a poco fué retrasándose más; los amigos le detenían.

Una noche, en que doña Clemencia se agitaba insomne en su lecho, dieron las 3 en el reloj del gabinete; su conciencia le remordía la extrema tolerancia que tenía con él; dieron las tres y media, las cuatro, y triste presentimiento llenaba el corazón de la madraza. Acababan de dar las cuatro y media cuando sonó un fuerte campanillazo que llenó de angustia a doña Clemencia. Don Severo despertó diciendo con voz soñolienta:—¿Han llamado? ¿será fuego? Voy a abrir.

Doña Clemencia quedó como petrificada.

La criada gritaba desde fuera:—¡Señora!... ¡Señora!... Una pareja de serenos y unos hombres, ¿Abro la puerta?

—Pero ¿cómo vas a abrir si tengo yo la llave? Ya voy. Y don Severo vistióse a toda prisa, buscó la llave bajo la almohada y no encontrándola exclamó:— ¡Clemencia!... ¿la llave?... ¡tú la has cogido!

Un grito de la muchacha le impidió continuar; precipitóse hacia la puerta a tiempo que entraban por ella unos hombres conduciendo una camilla. Uno de ellos dijo:—Señor, este joven ha sido herido en una riña y después de

Universidad de Deusto
Biblioteca

hacerle la primera cura ha manifestado deseos de venir a su casa. ¿Es su hijo, verdad?

Don Severo se adelantó y con mano trémula levantó el cobertor de la camilla. ¡Es mi hijo! contestó, a tiempo que lanzó una mirada a doña Clemencia, traspasando el corazón de la desgraciada madre como con el más afilado puñal.

Jacinto vivía aún. Con grandes precauciones fué acostado en su lecho. Al desnudarle, una cosa pesada cayó de su bolsillo. Don Severo la recogió y se la entregó a doña Clemencia, diciendo:—Puedes guardarla...; te pertenece.

Doña Clemencia rechazó la llave, lanzando un gemido, y cayó medio desvanecida al pie del lecho de su hijo moribundo.

Jacinto no recobró el conocimiento; no pudo reconciliar su pobre alma con el Juez Supremo; aunque pudo, poco antes de morir, clavar sus ojos en su madre con una expresión tan espantosa, que la desgraciada sintió que se le helaba la sangre en las venas.

Don Severo, impasible presidió el entierro de su hijo. Cuando volvió de él, entregó otra llave a su mujer, diciendo friamente:—Guárdala con la otra.

Era la llave del ataud.

E. E., Congr.

El que la hace...

Erase cierto campesino que, una vez a la semana, iba a la ciudad vecina, y entre otros encargos llevaba a un amigo suyo cinco kilos de manteca, por los que recibía otros tantos de pan.

Le ocurrió un día pesar la manteca, y observó con extrañeza que le faltaba medio kilo; volvió a pesarla otro día y otro, y notó la misma falta. Un día se le acabó la paciencia y, sin poder disimular del todo su mal humor, preguntó el panadero al campesino, después de saludarle:—No sé si te has fijado; pero desde el día en que empecé a pesar todas tus entregas de manteca, falta aproximadamente medio kilo.

El campesino, que ya estaba preparado para esta reclamación:—Lo siento, le contestó; pero es el caso que con tener balanza, no tenemos pesas; así que pongo en un platillo tus cinco kilos de pan, y con ellos peso los cinco kilos de mi manteca.

No fueron menester más explicaciones: cabizbajo se retiró, y no hay para qué decir que desde aquel día se cuidó bien de dar el peso debido.

Así hace Dios: "Con la vara que midieres, serás medido."

P. G., Congr.

Llena pero vacía.

Había acabado el bachillerato y ya no pensaba sino en su futura brillante carrera. Las honras, los honores con que le brindaba el risueño porvenir, eran toda su ilusión; de ello únicamente hablaba.

Su madre, madre cristiana que sabía apreciar en su debido valor las cosas, decidió darle una buena lección.

Le llama una tarde, condúcele al gabinete, sobre una hermosa mesa se ve una gran caja. ¿Qué misterio contendrá? Lánzase el joven a abrirla y ¡oh qué desencanto! *estaba completamente vacía.*

—¿Qué es esto, mamá? ¿Qué significa esta caja vacía?

—¿Vacía? No te has fijado, está llena.

—¿Llena? no lo veo.

—Sí, de aire.

—Valiente chiste!

—No, no es chiste, hijo mío, es que dices bien que la caja, *estando llena de aire,* se halla completamente vacía, porque su fin *no es contener aire.* Mira, hijo mío, que Dios no te hizo a ti arca de viento, y si al fin de tu vida te presentas a él cargado de honores y gloria solamente, te rechazará Dios como *arca vacía,* porque estarás vacío de *buenas obras,* y para eso, no para otra cosa, te hizo Dios.

J. B. M., Congr.

Correspondencia abierta.

Un catequista improvisado y activo.

Le agradecí muchísimo los libros, pues en esta tierra hacen un bien que usted no se puede figurar.

Mi mamá y yo hemos ido a ver a la señora maestra. Esta, que es muy buena, se animó y supimos que les dijo a los niños unas palabras para que fuesen todos los meses a comulgar y a misa todos los días que puedan; y, como la gente de aquí es buena, creo que se hará algo. Riñó entre ellos los libritos y quedaron todos contentos.

Los domingos voy a hacer de catequista con los pequeños, para lo cual me veo obligado a molestarle para que me mande unos cuarenta catecismos del P. Astete, para, si puede ser, dar principio el domingo.

En mi próxima carta ya le contaré algo típico de estas tierras.

J. M., Congr.

Un buen observador.

La gente de aquí es muy buena; pero la falta de Clero hace que cada cura tenga a su cargo dos iglesias, y unos días dicen misa en una y otros en otra, y los domingos en las dos; alternando la Misa Mayor.

Aquí no hablan el francés, hablan el vascuence, y esta región es de las mismas costumbres que Vizcaya, pues en todos los pueblos hay frontón, tiran la barra, etc.; también hay muchos españoles.

Ayer fuimos a pescar en un carro a cuatro kilómetros de Aroue, a un sitio precioso. Aquí no hay nadie que venda carne y es muy gracioso ver salir a las cocineras en bicicleta para ir a buscarla.

Comulgo todos los días y cuando tienen misa en la iglesia del otro pueblo, allí me voy; y hay que ver las ganas de desayunar que se sacan en el camino de vuelta.

El cura es muy simpático y servicial.

Aunque la iglesia está a 3 kilómetros de distancia, no perdemos un día la misa ni la comunión.

J. E., Congr.



Núm. 133.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Agosto de 1924

Caza de pájaros.

Varias son las maneras de cazarlos, según la edad y los países.

Unos los cazan *a pedrada limpia.* Así los suelen cazar los mataperros.

Otros *con liga;* es decir, con una substancia pegajosa extraída de la corteza del acebo o de la del muérdago.

Vánse los cazadores, generalmente muchachos, monte arriba bien provistos de liga y de varetas. Llegados a algún arroyo o fuentecilla sombreada, a donde ya saben que suelen acudir a beber los pajaritos, embadurnan bien de liga las varetas y las van colocando después por las orillas, cubriendo como pueden todos los otros pocitos.

¡Ay de los que acosados por la ardiente sed del bochorno del mediodía, sin fijarse dónde se posan, se precipitan inconsideradamente a beber! Apresadas sus patitas pro la liga, y embardunadas sus alas al revolotear para desprenderse, quedan hechos una bola sin poder menearse, con gran alborozo de los cazadorcitos.

Las personas mayores suelen cazarlos ya *con reclamo,* sobre todo si se trata de perdices o codornices.

Dirígense para ello a los trigales, sobre los que extienden una ancha red. Luego, por medio de otra perdiz enjaulada, que se despepita a cantar, van atrayendo hacia aquel sitio todas las perdices de los contornos, que, a medida que se acercan, no dejan de responder con sus cantos a los del reclamo.

Cuando las tienen debajo de la red, salen de su escondrijo precipitada y clamorosamente los cazadores; las avecillas se levantan con precipitado vuelo; pero se encuentran con la red, en cuyas mallas se enredan tanto más cuanto más forcejean por huir.

Por fin, los elegantes y cazadores de pura cepa, los cazan con *escopeta* y perros perdigueros. Y de estas cazas, quien más quien menos, todos habréis sido más de una vez por lo menos espectadores.

Pues bien, todas estas maneras de cazar *pájaros bobos* emplean también los diablos, especialmente en las vacaciones; y, por eso, debemos estar con mucho ojo.

A los de merenguito y madamitas los cazan a pedradas; es decir, con dicharachos de amigos mataperros, que son como piedras disparadas al corazón:

"No seas tonto; déjate de misas; ya oiste bastantes durante el curso; vámonos a jugar o a bañarnos a la playa."

Y al oir aquello... la madamita, tal vez con su título de bachiller, no sabe dónde meterse, y ¡por pura cobardía! deja a Dios y se va con los mataperros.

Ya están cazados.

También los diablos emplean para cazar el procedimiento de *la liga*; buscan un sitio apropiado, y en cuanto hallan, se dicen guiñándose el izquierdo:

"¡Qué abrevaderos estos para las avecillas, incautos congregantes!

Y con gran alborozo se dan prisa a llenarlos de varetas enligadas: varetas en la pantalla, varetas en los espectadores, varetas en los primitos y amigotes, varetas en las playas, varetas por todas partes...

Y llegan vocingleros los jilgueritos... y se enredan en las varetas.

Quisieran al principio despegarse y levantar el vuelo, yendo a confesarse; mas el pegamento infernal de las diversiones malas les aglutinan las alas del corazón y... dejan las confesiones y comuniones... y después la misa diaria... y después el trato y comunicación con el Padre... y después... después quedan durante todas las vacaciones como una masa inerte en manos de los cazadores.

¡Cuidadito con las diversiones donde haya varetas!

Y ahora vienen los reclamos, que ya podéis suponer que no son otros que los amigos, presos ya en otras redes y encerrados después por los cazadores en la jaula de hierro de sus vicios.

Ellos nos invitarán a tales diversiones o pasatiempos que se despepitan en ponderaciones; ellos nos recomendarán o prestarán tales libros

Universidad de Deusto
Biblioteca

o postales; se permitirán tales chistes o conversaciones, etc....

Huyamos, huyamos como de la peste de tales reclamos de Satanás.

Por fin, la caza a escopeta es la que llevan a cabo los demonios mismos disparándonos como balas rasas al corazón mil pensamientos y deseos feos sobre todo cuando estamos sin hacer nada, aburridos.

Lo mejor es no ponernos a tiro, estar siempre ocupados y hacer lo que esos pájaros que huelen la pólvora y levantan enseguida el vuelo. Y ¿a dónde hemos de huir a refugiarnos, mejor que al Sagrario y al regazo de nuestra Madre Inmaculada?

E. E., Congr.

Recuerdos de mi madre.

—Oye, mamá, hoy está lloviendo y no podemos ir a ningún sitio; ¿qué haremos?... ¡Oye! Cuéntanos aquello que me pasó a mí cuando era pequeño; aquello de la Virgen de Lourdes.

—¡Con mucho gusto voy a recordártelo!

Eras tú pequeñito, tendrías tres años. Estabas postrado en la cama con anginas hasta el punto de que ni contestabas ni hacías caso, y ya el médico, que vivía en la misma casa, nos dijo que no había ya esperanza de salvarte.

No te puedes figurar el dolor que sentimos al saber esto; tanto más que tú eras el tercero que te morías, y el único que teníamos. Estando así, bajó la señora del médico que, como ya te he dicho, vivía en la misma casa. Venía a consolarnos.

"Sólo un milagro, dice el médico, puede salvar a esta criatura; se está ahogando."

Como inspirada la señora del médico al oír esto de milagro, sube a su casa, vuelve a los pocos momentos con una botellita de agua de Lourdes.

"Denle un poquito a beber, tengan fe, además esto no le hace daño."

Efectivamente, te dimos a beber y tú, insensible, bebiste. A los cinco minutos pediste un poco de agua de aquella; ¡era la primera vez que te oíamos hablar desde hacía cuatro horas! Entonces un rayo de esperanza pasó por nosotros. Al de quince días te encontrabas convaleciente.

Esto te enseña, hijo, mío, a confiar en la Santísima Virgen y a acordarte de ella en los momentos difíciles de tu vida. Encomiéndate a Ella, principalmente en el Rosario.

Y a esto añado yo: Tengamos fe y confianza en tan buena Madre.

S. M., Congr.

Las modernas tribus de salvajes.

A mí mis padres no me dejaban ir a la playa a la *hora del baño*, a la hora de moda, y nunca supe por qué, hasta que un día, en compañía de mi amigo Mariano, me acerqué a la playa.

Me imaginé, al ver lo que allí vi, que contemplaba una de las tribus de salvajes de que en el colegio, en las conferencias de misiones, nos hablaban; unos y otras tomaban el sol, el aire y todos, a juzgar por el traje—llamémosle así—de playa, que llevaban, habían dejado la vergüenza, el pudor y la dignidad en la caseta, en casa o más lejos quizás. Vi entre ellos y entre ellas conocidos de mis papás; algunas, de comunión frecuente: y pensé ¡cuánto me quieren mis papás que así me alejan de los peligros!

Ya era pasada la hora de moda del baño, pero aún quedaba gente en la playa. En esto entró a bañarse un joven alto y fuerte, como de unos veinte años: apenas habían pasado cinco minutos, aún estaba en sitio donde no le cubría, y empezamos a oír: ¡Socorro! ¡Auxilio! Acudieron en su ayuda cinco bañeros; mas era tal la fuerza que el joven hacía que, a pesar de estar tan cerca y estar la mar tranquila, no podían con él. Pocos minutos después lo sacaron y pudimos ver que apenas daba señales de vida; unos minutos más, y era cadáver... Y yo me digo: ciertamente no es la mejor de las muertes y si a esos y esas que tan descaradamente ofenden a la modestia les cogiera la muerte en ese traje, no sería la mejor recomendación para presentarse ante Dios y nadie les ha dicho que no les ha de suceder lo que a este joven...

¡Cuánta verdad es lo que el Padre que nos dió los ejercicios a principio de curso, nos decía: La muerte no respeta edades, ni sexos, ni tiempos: lo mismo nos salteará en invierno que en verano, de joven, que de viejo, en la calle, en la playa o en casa.

C. K., Congr.

¿Quién dió más?

El V. Bautista Castellini nació en Faenza en 1497. Por carácter, por audacia, por estatura y por fuerza, era terrible entre los más bravos soldados; pero convertido por un sermón del P. Bernardo Ochino, pidió entrar en la orden de los PP. Capuchinos, donde fué admitido después de largas y graves pruebas. Habitaba en el convento de Faenza cuando un día, por una falta ligerísima, fué, para probar su virtud, en pleno refectorio reprendido. Oyó él con las manos juntas la reprensión y cumplió de corazón la penitencia; pero no sin que la naturaleza levantase fiera tempestad en su interior; y atizándole por dentro el demonio, experimentó oleadas de tan violenta indignación, que por vencerse sintió que alguna venita se le rompía en el pecho. En esto, salió del refectorio, corrió a la iglesia, se arrodilló ante un hermoso Crucifijo que aún hoy día es allí venerado, y recogiendo entre las manos el poco de sangre que le salía de la boca, la ofreció a Jesús diciendo: ¡Oh, Jesús! Mira, mira, cuánto he padecido por ti!

Entonces Cristo desde el mismo Crucifijo le anima, y soltando la diestra de la cruz la lleva a su costado herido y le dice: ¡Mira, Bautista! cuántos trabajos he sufrido en esta cruz por ti! Después de lo cual volvió la mano a su puesto.

Con este milagro, sintió aquella alma un consuelo indecible y repetía que hubiera querido morir mártir para devolver a Jesucristo sacrificio por sacrificio.

Murió en 1562. El hecho fué testificado también por el V. P. Constantino Lotti, que por encontrarse entonces en la iglesia lo vió, sintió su conmoción y lo testificó con todos sus pormenores.

J. B. M., Congr.

Salida inesperada y contemporánea.

Ramoncito era un muchacho vivaracho, de ojos rasgados e inquietos y muy ocurrente en sus dichos. Estaba abonado a todos los castigos que se le podían poner en el colegio; pero él por eso no perdía el buen humor. Por demás está el decir que en su casa celebraban los dichos del niño; era el benjamín de la familia. Mentira parece que un niño que sólo contaba 10 años, se fijase en cosas como la que os voy a referir.

Una fría noche de invierno, envuelto en su gabán y bufanda, llega a casa en el preciso momento en que su mamá y Margot, su hermana, vienen del gran baile de moda que había tenido lugar en casa de una amiga. Pronto Margot, *por enseñar lo que no debía*, iba a obligar a Ramoncito a *enseñar al que no sabe*. Besó a su mamá y, al saludar a su hermana, la preguntó:

—Oye, Margot, ¿por qué te vistes así?

—¡Já, já, já!, fué la respuesta de Margot.

—¿Qué dice ese?, pregunta la mamá.

—Que por qué me visto así.

—Sí, porque hace frío... pues en el colegio, cuando hay una postal así como tú, o la tapan, o la rompen...!!

C. K., Congr.

La última absolución.

En los almacenes de una gran estación de París fueron acomodados sobre paja unos 150 heridos de guerra, clasificados con poca precisión, como lo permitían las circunstancias, según su estado de gravedad. Las improvisadas enfermeras tenían ya sus instrucciones y se dirigieron al grupo señalado. Diálogos como éstos se oían a cada paso:

—Sufres mucho, pobrecito?

—Sí, señora, muchísimo.

—Permitidme que os levante los vendajes.

—Sí; pero con cuidado, porque me es muy doloroso.

—Así me gusta; tiene usted su medalla! Muy bien, tenga mucha confianza en la Santísima Virgen; Ella le ayudará a sufrir con paciencia.

—Sí, siempre la he tenido devoción; ahora que, desde hace tres años, no he tenido tiempo para nada.

La voz del enfermo era ya muy débil, y su estado cada vez más inquietante y agravado además por tan penoso viaje. Y, mientras la enfermera le hacía la cura, continuaba conversando. Bajando todavía más la voz la dijo:

—Quisiera confesarme.

Ante esta manifestación se reanimó la enfermera y dijo silenciosamente a uno que pasaba por allí:—¿Habrá por aquí algún sacerdote?

—No; el capellán vendrá más tarde.

—¿Y abandonar yo a esta alma que pide confesión por acudir a otros mutilados que están gimiendo!

Pero Dios velaba por aquella alma. Al alejarse la enfermera, sintió que le tiraba de la blusa un enfermo que estaba allí moribundo, y se incorporaba como podía, y quería hablarle. Figurándose que le imploraba algún alivio la joven se le acercó; su mirada era de fiebre, y su actitud suplicante.

—Señora, yo soy sacerdote y puedo absolver; haga el favor de llevarme al lado de ese hombre.

La enfermera vacilaba, porque se le veía con un pedazo de obús que le había destrozado los riñones. Viendo que no se le atendía, su voz adquirió acento de intimación.

—Usted tiene fe y no ignora el valor de un alma. ¿Qué vale un cuarto de hora más o menos de vida con tal de salvar un alma? Y al decir estas palabras el sacerdote moribundo hace un esfuerzo supremo e intenta marcharse solo junto al enfermo que pide absolución.

No hubo más remedio que obedecer. Le pusieron sobre unas angarillas y le acercaron al otro moribundo.

Comprendió que con aquel movimiento se le acababa la vida y como pudo pronunció las preciosas palabras de la absolución: **Ego te absolvo** y expiró. A los pocos momentos satisfecho con la absolución se despedía de esta vida el otro enfermo.

Todo lo observó el enfermero que estaba allí cerca y exclamó: Esto es consolador en medio de tal desgracia. Siento que se me aviva la fe que la tenía muerta.

J. B. M., Congr.

Un cuarto de hora.

El Mariscal Luxemburgo se moría. Francia entera esperaba con terror el desenlace de aquel combate en que el Mariscal había de salir quizá por primera vez vencido; la enfermedad minaba aquella naturaleza potente acostumbrada a los rigores y privaciones de los campos de batalla.

En el Palacio del Mariscal todo eran idas y venidas, y preparativos en aquella hora suprema: era que Luis XIV iba a visitar a su vasallo.

Llega el Rey, rodeado de aquella pompa, aparato y majestad que le caracterizó, a través de los amplios salones ricamente engalanados, y avanza hasta la alcoba del paciente.

Salúdale afablemente el Monarca, y a fuer de agradecido, al ver pendiente cerca de la cama la espada aquella temible del Mariscal, le recuerda los días de gloria que ha dado a la Patria, la pujanza de su brazo y el valor de su persona, que asombran al mundo.

El Mariscal, abatido, apenas le oía. El Rey le suplica con ahínco que le pida la última gracia, que él se la concederá.

Incorporándose un poco en el lecho el an-

Universidad de Deusto
Biblioteca

ciano Mariscal, fija sus vidriados ojos en los del Rey y exclama:

—¡Oh, Rey, dadme un cuarto de hora de tiempo más, para arreglar los negocios de mi alma!

—Es imposible, no puedo, responde el Rey.

—Pues si así es, ¿cómo he sido tan necio que he gastado mi vida sirviendo a un rey que no me puede valer en el único negocio que me importa?

Y nosotros, digo yo, ¿qué hacemos que a veces por complacer a un amigo pasamos por encima de la ley de Dios? ¡Necios!

E. B., Congr.

Correspondencia abierta.

Estos son de acción.

Ahora le vamos a contar todo lo referente a nuestros amigos: Teníamos uno y le dijimos si quería ir a misa; nos dijo que iría desde el primero de Julio: este día fué, al siguiente también; pero el tercero se quedó en la cama hasta las diez y media o las once; después nos dijo que iría el domingo siguiente a comulgar y desde entonces todos los demás días. Llega el domingo y, efectivamente, va a misa y comulga; al día siguiente fué a misa pero no comulgó y así continuó toda la semana; y a fines de este mes empezó a ir a misa y a comulgar, y, desde entonces, sigue yendo todos los días.

También tuvimos otro amigo que creíamos era bueno; pero después de unos días empezó a decir malas palabras. Un día, al ir a misa, vimos que llevaba un paquete en la mano y al volver a casa le preguntamos si el paquete que llevaba era el de los pecados que había dicho; él, muy serio, nos dijo que no, y entonces le dijimos que esas palabrotas no debía decir, y él nos contestó que si no nos gusta cuando diga algo feo, le demos un golpe en la espalda para que se acuerde y se le vaya quitando la costumbre; pero, a pesar de todo, seguía hablando tan mal como antes y diciendo a su primo, por nosotros, que éramos unos tirillas y tontos porque íbamos a comulgar todos los días; además a su primo no le dejaba ir a comulgar y, si iba, que no fuese con nosotroos; ya por fin nos enfadamos con él, nos salimos de la sociedad y nos enfadamos también con todos los amigos, porque son peores que él.

Ahora sólo andamos con su primo que es el que por fin hemos conseguido que vaya a misa y a comulgar.

Ven lo que les vale ser Congregante.

En cuanto a la comunión y misa hemos de decirle que vamos muy bien; además hemos logrado que algunos de nuestros amigos frecuenten más la comunión, porque a misa van casi todos.

Nuestra excursión principal ha sido el Castillo de Arteaga, tres familias juntas en número de 30.

Salimos de aquí en gasolino a las once y cuarto y llegamos sin novedad a Arteaga, y derechos fuimos al Castillo y seguidamente a la iglesia, que es muy hermosa. ¡Cuánto daríamos por tener una así! pero qué le hemos de hacer; tan real y verdaderamente está Dios en una como en otra. De amigos no nos podemos quejar: son todos muy buenos. ¡Ah, Padre, cuánto valen sus consejos!

J. M. y A. A., Congr.

Uno que escribe con escoba.

Padre, le suplico me perdone por esta letra que parece hecha con escoba o escobón.

Me levanto, y voy a visitar a la Santísima Virgen en la ermita de Allende, donde después juego al croquet con otros amigos de Madrid, que son los dueños de este establecimiento; después subo a colinas que circundan la ermita y las vuelvo a bajar cayéndome y poniéndome hecho una facha.

Después de comer escribo mi plana o el borrador de cualquier carta del día siguiente, leo la Historia de España y me pongo a regar el jardín, etc., etc.

J. A. S., Congr.

Un curioso aprovechado.

El otro día, al volver de misa, fuí a preguntar al ama de una casa vecina qué tal estaba el enfermo; y me encontré que había tres hombres y un señor calvo y de barbas blancas; estaba escribiendo en una mesa lo que le decía el amo de la casa. Yo me quedé escuchando (cosa muy mal hecha) y oí que decía el enfermo: Dejo la casa a Antonio, dejo esos muebles a Juliana, dejo el dinero..." no sé a quién dijo. Y todo lo dejaba: ¡qué poca maleta va a llevar este! dije para mí; yo desde ahora voy a pensar en la maleta que llevaré cuando me muera; allí sólo se llevan las buenas obras; las malas me servirán de peso y estorbo y pena en el purgatorio, y ¡no permita Dios que sean para el infierno!

V. J. A., Congr

Un gran Catequista.

Recibí su cariñosa carta y los catecismos, de lo que mucho me alegré; pude empezar a tomar la lección a los chicos del pueblo el día siguiente, domingo; mamá tiene 18 chicas y yo 14 chicos; para lo pequeño que es el pueblo no es poco.

J. U., Congr.

Su único disgusto.

¿No ha estado usted nunca en Oiz? Pues le diré que en altura es el segundo de los montes de Vizcaya; allí está su iglesia como un nido y por dentro como una tacita de plata, cuidada con esmero extraordinario.

El barrio es de alegre como unas castañuelas; eso que no llegan allí ruidos extraños a la propia naturaleza.

Mi único compañero es el balón, y tras él corren los muchachos del pueblo que en su vida habían visto, como ellos dicen, una pelota tan grande.

Algunas veces se me pasa la misa porque la única que hay es demasiado temprano. El único disgusto que he recibido en ésta, me lo ha proporcionado usted al bajarme a segunda categoría; pero yo quiero ser como el hijo pródigo, quiero volver al redil y no ser cordero de segunda.

A. M., Congr.



Núm. 134.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Setiembre de 1924

Otro Congregante más en el cielo

Desgraciadamente no podemos presentar ningún retrato de nuestro León Berrojaechevarría y Arescurrinaga. Y digo desgraciadamente, porque siendo como era un verdadero modelo de congregante, debido, ya a su carácter retraído, ya a pasar con su familia en Guernica casi todos los días de fiesta, pocos le trataban con la familiaridad propia de congregantes; y por la misma razón, pocos son los que se acuerdan ahora de su fisonomía exterior.

Pero, aunque no presentemos ningún retrato material suyo, presentamos uno moral muy acabado, al que podremos mirar con frecuencia todos los congregantes para ver si tenemos algún parecido con él.

Sus facciones delicadas y finas, como pocas, eran como lo iremos viendo, verdadero retrato de su alma. Cuantas personas le trataron este último año, confiesan que su sonrisa y su mirada, aún en medio de la fiebre que le consumía, eran claros reflejos de aquella su virtud en parte natural, y en parte adquirida a fuerza de reflexión; reflexión que brillaba sobre todo en el trato de familia: ahí es sin duda donde se forjan los caracteres, buenos o malos, y donde se forjó y afinó el suyo; tan fino y delicado, que no desmintió ni aún en aquella edad tan peligrosa y de suyo tan pedante de los diez y ocho años.

Su amor a la Congregación.

La Congregación constituía para él uno de sus mayores entusiasmos. Apartado como estaba de su familia, la miraba (son palabras suyas en un concurso), como a "su segundo hogar". ¡Con qué dulce sonrisa la recordaba! En ella aprendió la práctica salvadora de tener un confesor fijo, que con sincero cariño, supo sostenerle: en ella se previno contra el peligro de los espectáculos públicos, en la mayor parte de los cuales solamente se aprende, como él nos dejó apuntado, la peor educación: y en ella por fin, gracias a los concursos, de los cuales, los que aún se conservan, hablan muy alto de lo bien que de ellos sabía aprovecharse, y hacen ver cómo se le grabaron las ideas más fundamentales: como la de desconfiar de los amigos poco conocidos, etc. ¡Qué de extraño tiene que dijera al Padre en una de sus cartas que siempre se estaba acordando de la Congregación!

Su caridad.

No llevaba un año de congregante cuando escribía: "a las horas de calor me entretengo enseñando el catecismo a los niños, del que muchos están muy ignorantes". No es extraño que desease tener vocación de Jesuíta. Una dificultad encontraba en su carácter demasiado tierno y compasivo, que le hacía sentirse incapaz para consolar a los afligidos y desgraciados. A su Santo Fundador de la Compañía, le tenía tanta devoción que como escribe en otra carta: "estoy haciendo el mes de San Ignacio para que me ayude en todas mis necesidades así espirituales como temporales" y con su medalla al cuello vivió y con ella también quiso morir.

Con la reflexión y prudencia, tan naturales en él, se preocupaba de sus hermanos mayores como si les aventajara en edad, hasta el punto de hablar con su madre del porvenir de ellos como si fuera su propio padre, a quien tiempo há habían perdido.

Tanto o mayor cuidado le suministraba a su hermanita: a quien no quería ver en

Universidad de Deusto
Biblioteca

la calle con las de su edad, por haber notado el desdén con que algunas estaban educadas; llegando en esto a sacrificarse hasta el punto de acompañarla él de paseo.

Como todo bien educado, el lema que regía las acciones todas de su vida era "Sufrir sin hacer sufrir". Cuando al comenzar el curso pasado volvió al lado de su familia, para pasar con ella los días de Todos los Santos y de ánimas, observaron que estaba bastante decaído; tomando pie de ésto, le dijeron que no pensara en volver a Bilbao. El se conformó, aunque con mucha pena, por temor a perder el curso.

El mismo día de Todos los Santos, al volver de un paseíto con su madre y su tía, como si se diera ya cuenta de lo mucho que tendría que molestarles, les dijo: "Sufran por amor de Dios mis enfermedades y mis impertinencias; Dios les dará mucho cielo".

Durante su enfermedad se le vió mucho más preocupado por lo que a otros molestaba, que por sus propios sufrimientos; tanto que por cualquier servicio que le prestaran pedía le dispensasen.

Con frecuencia se le oía lamentarse de no poder segir el curso de sus estudios; y se acordaba de la buena salud de que gozan muchos olgazanes, mientras él con tantas ganas de estudiar veía pasar días y meses sin poder coger un libro. Pero pronto él mismo se consolaba, con el mayor de los consuelos: "Dios no me da la salud; El sabrá lo que se hace; comprendo que no querrá que viva más tiempo, y que todos nacemos para morir".

El último invierno lo pasó en Logroño, tuvo tan concertada y constante distribución del tiempo, que más parecía persona mayor que joven de 17 años..

Una hermosa tarde de primavera, quiso el amo de la casa en que se hospedaba celebrar una merienda en el campo; y con el mayor cariño y desinterés convidó a nuestro León, ofreciéndole llevar lo que más le apeteciera. Agradeció él en extremo tanta atención y delicadeza, pero excusóse diciendo: "No, hasta que no pueda salir a comulgar, no me atrevo a salir a merendar". Tan delicada y cristiana contestación no tuvo réplica, y con ella quedaron todos sumamente edificados.

Esta misma delicadeza apareció a todas horas en el curso de su enfermedad; para no pegarles el contagio, no permitía que entraran jóvenes a visitarle, y prefería estar sólo o acompañado de su madre o tía. No permitía que nadie usase de lo que él había tocado; llegando en esto al punto de mandar que después de su muerte quemaran las ropas y objetos que él había utilizado.

Sus amigos.

Uno de los escollos contra el que con más frecuencia se ha ido a estrellar la mayoría de los jóvenes inexpertos y poco avisados, son las malas compañías: pues bien, veamos cómo León supo sortear este escollo.

A pesar de ser por su natural de modales finos y muy delicados, prefería la compañía de los labradores a la de los jóvenes de su clase, que no eran tan mirados en sus conversaciones, como se lo indica él al Padre en una carta de verano.

Como hubiese observado que muchos de sus condiscípulos eran no sólo desaplicados sino también mal hablados, no salía de casa hasta la hora precisa de comenzar las clases.

Aunque jamás había ofendido a ningún amigo, pues no se lo consentía su carácter en extremo delicado, con todo, mandó llamar al de más confianza, para encargarle que pidiera perdón a todos ellos en su nombre.

Durante su enfermedad, su constante ocupación cuando se hallaba sólo, era leer vidas de Santos. Al ver cómo estos héroes se abrazaban a la cruz con tanta grandeza de ánimo, sentíase él también incitado por una santa emulación, a llevar con gozo y alegría los sufrimientos que su enfermedad le ocasionara.

Su devoción a la Stma. Virgen y su muerte.

Esta devoción, ha sido el lazo que ha unido las épocas todas de su vida; en todas ellas con el mismo brillo, en todas ellas con la misma intensidad. Inspirada por su buena madre en los tiernos años de su infancia, se conservó siempre pura y sana, y lo mismo en los albores de su juventud, que en los días de su muerte. Ni los vientos de las pasiones, que lleva consigo la edad, ni los peligros, con que a veces involuntariamente tuvo que tropezar, pudieron tronchar ni siquiera deshojar esta blanquísima flor.

El día de San Ignacio hizo su confesión general, deteniéndose hora y media con su confesor. Deseaba morir el día de la Asunción; pero la Virgen le concedió un día más de méritos, y morir en sábado.

Para presentarse más lucido delante de la Virgen Santísima, mandó que le cambiasen su escapulario del Carmen, que llevaba puesto, por otro más bonito y nuevo que tenía guardado.

Después de haber pasado el día con el buen humor de siempre, aseguró que moriría al toque de oraciones. Al llegar el anochecer, mandó llamar a todos los de casa y al Sacerdote; llegó este pasado el toque de oraciones, pero el enfermo no daba señales de vida.

Murió sin la menor agonía, según él lo había pedido a la Santísima Virgen; hablando de ella a quien parecía tener delante: tal era la fijeza con que miraba al cielo, tal la posición levantada de sus brazos, y las grandes voces con que exclamó: "Ahora, ahora, ahora".

Cuantos contemplaron aquella tan tranquila y desusada manera de morir, y la actitud con que aun después de muerto, quedó con sus ojos clavados en el cielo, y le oyeron hablar con tanto afecto de la Santísima Virgen; se persuadieron que algo extraordinario demostraban aquellas sus últimas palabras, y no acertaban a pensar otra cosa, sino que la Santísima Virgen había acudido a recibir su alma; favor que se cuenta y tiene por cierto, haber dispensado esta celestial Señora a algunos devotos suyos.

Y no es de maravillar que, llamándola tantas veces, como suplicamos en el "Santa María", en aquellas palabras: "Ahora y en la hora de nuestra muerte", venga en aquellos últimos y supremos momentos a consolarnos.

J. A., Congr.

Correspondencia abierta.

Un tesoro escondido.

No sabe qué alegría tan grande sentí cuando vi mi anterior carta en "FLORES Y FRUTOS"; no creí que merecería verse en la prensa.

El domingo subimos mi hermano y yo con papá a Udala, para aprender el camino y tomar el sol; y el lunes nos reunimos unos cuantos chicos con nuestro gran acompañante y, caminito de Udala, íbamos muy alegres y despacito, cuando nos encontramos con un alpinista que bajaba. Nos preguntó a dónde íbamos; le dijimos que a la punta de la peña.

Muy bien, nos dijo muy serio, allí encontraréis una bandera y un tesoro. No toquéis la bandera; pero sí el tesoro.

Ya se figurará Padre con qué ilusión empezamos a caminar, más de prisa. Yo me caí rodando varias veces y se me rompió el pantalón; lo sujeté con un pañuelo para disimular... y adelante. Nuestra ilusión era dar con el tesoro.

Llegamos por fin. Allí estaba la bandera muy tiesa, la saludamos; y nos dedicamos todos a buscar el deseado tesoro.

Un grito nos anunció que allí estaba. Todos corrimos; era una magnífica lata de conservas con un rótulo: "Melocotones al natural".

La comíamos con los ojos. No sé los saltos que dimos alrededor; algo así como los indios cuando están de fiesta.

Todos llevábamos rica merienda; pero aquello nos hacía una ilusión que sin abrirla la queríamos comer. Tuvimos que abrirla (cosa algo difícil) pero a fuerza de maña y de algún arañazo ya la abrimos; y ¡qué grande no sería nuestro desengaño al ver, Padre, que no eran melocotones sino tomates!

Al principio nos quedamos muy serios, pero luego nos reímos no poco de nuestro desengaño; y yo pienso, Padre, que muchas veces me va a pasar en la vida eso mismo.

V. J. A., Congr.

Casi en otro mundo.

Aquí me tiene en el Pirineo aragonés, entre Navarra y Francia, casi en un barranco.

Es este un pueblo muy típico en todo, en casas, costumbres y trajes; hasta el dialecto es lo más peculiar, un castellano de hace 300 o 400 años.

Sus habitantes se dedican a la cría de ganado lanar y caballar, por tener muchas praderas, donde no hay bosques de hayas y de pinos.

Si no por los periódicos que nos envían de ahí, no sabríamos nada de ese otro mundo.

Sigo con mis buenas costumbres de Comulgar y oír misa, etc.

A. S., Congr.

Uno que hace a todo.

La mañana, después de oír misa y comulgar, la paso jugando a la pelota; a la tarde vamos a una campa, donde practicamos los deportes, o a las montañas, porque nos hemos vuelto alpinistas y nos arrastra el monte. Allí sacamos bonitas fotografías, de las que rara es la que sale bien.

Sumando las alturas de los montes he subido, por distintos montes 5. 331 metros; repitiendo 8.386.

Los días que llueve los paso muy bien con libros muy morales y bonitos; ya sabe usted mi afición a la lectura y el cuidado que tengo en escogerla.

El día 3 de Agosto fué aquí un acontecimiento con la carrera del campeonato español: se me ha pegado la chifladura y estoy aprendiendo andar en bicicleta.

El artículo de "FLORES Y FRUTOS" que más me ha gustado es ¿Quién dió más? porque enseña sobre todo la humildad. Puede ser que en la próxima carta le escriba un articulito.

J. M. N., Congr.

De comediantes.

Aquí lo pasamos muy bien. El día de San Ignacio hicimos una velada Misional con **"Los años del tío Tenaja"** y las chicas con otra: **"Hay que ver"** en vascuence.

El tres de Agosto representamos otra, el drama **"Negocio del alma y el alma del negocio"** y la comedia **"Sindo"** que resultó tan aplaudida y bien hecha que nos han dicho que la repitamos; eso que aquel día nadie sabía el papel.

Si puede mándenos, como le dije por teléfono, algunas comedias como **"Pulmonía doble" "Parada y fonda"** y algunas otras pues está deseando el Párroco dar comedias en favor de las misiones.

C. T., Congr.

Un catequista negrito.

Tengo el pensamiento de organizar un Catecismo de niños, en unión del señor Cura; pero, son tan poco cristianos por estos pueblos, que me parece me costará mucho; sin embargo no cejaré en mi empeño.

Ahora es aquí tiempo de trilla, y me aprovecho lo que puedo, y me estoy poniendo muy negrito.

J. M. de M., Congr.

"Una oración y hasta luego".

Hemos hecho una excursión a Laga; allí nos juntamos dos familias. Por la tarde un amigo y yo fuimos a Elanchove; solo sa-

Universidad de Deusto
Biblioteca

biamos que Elanchove estaba al otro lado del monte. Subimos sin camino a la cumbre entre zarzas y pinchos, que hicieron bien su oficio. Llegamos por fin a la cumbre, desde donde efectivamente se veía Elanchove.

Allí me ocurrió que la subida a este monte es como el camino del cielo: se empieza derecho, pero enseguida vienen tentaciones y ganas de bajar o torcer el camino; y entonces piensa uno y dice: No, porque si voy para abajo o para el lado no llegaré al cielo, y hay que vencerse.

Una vez arriba a la vista del pueblo, encontramos camino. Al llegar a la puerta del cementerio, leimos esta inscripción en vascuence, que traducida al castellano dice así: "Una oración y hasta luego". Rezamos un Padre Nuestro, pensando en la significativa despedida que nos dan los muertos.

Por fin llegamos al pueblo entramos en la iglesia que es muy devota y bonita; hicimos una visita al Señor y vuelta a casa.

En la Comunión y misa seguimos constantes.

J. M. de A., Congr.

Costumbres de antaño.

El día de la Magdalena, patrona de Poyatos, se viste esta gente con sus trajes típicos: las mujeres van con moños como platos y faldas del siglo XVIII. Hay baile, turrón y cosas de esas.

A la mañana misa, sermón, procesión y entrada de moros y cristianos que son cuatro hombres vestidos de cristianos y otros cuatro de moros, y recitan unos versos a la Virgen.

La catequesis, muy bien; hacemos todo el bien que se puede.

J. U., Congr.

Buena industria.

Aquí vamos a Comulgar casi todos los días; porque si algún día nos vence la pereza (rara vez sucede eso) nos apuntamos unos a otros las faltas que hacemos, estableciendo así una competencia, en la que resulta vencedor, claro está, el que menos faltas tiene.

L. E., Congr.

V.da estupenda.

Estoy haciendo una vida estupenda, después de oir misa, comulgar y desayunar, voy a la playa donde hago algo de atletismo; a las doce me echo al agua a nadar hasta la una. A la tarde, unas veces voy de excursión al monte y otras a pescar o mejor dicho a estar contemplando el corcho, sin otro resultado que sacar algunas algas en el anzuelo y otras veces ni siquiera esto.

S. L., Congr.

Un contemplativo y activo.

Mi vida en este lugar es muy tranquila; ando mucho por el monte, y cada vez me gusta más; ¡es tan hermoso contemplar a Dios en la naturaleza!

Voy todos los días a misa y a recibir a Nuestro Señor. No he conseguido atraer a oir misa a muchos, porque aquí toda la gente va al trabajo, hasta algunos pequeños. Sólo vienen los hijos del maestro, que es una excelente persona, y algunos chicos que van conmigo. Al Rosario ya acude más gente, y más ahora por celebrarse la Novena de la Consolación y tener que ir a cantar. He conseguido que vengan a la Novena cinco chicos de 18 a 20 años de edad que antes no iban; y poco a poco les he ido inculcando la idea de lo bueno que es esta costumbre.

El otro día hablando con uno de ellos, presidente de la Sociedad Deportiva, me decía: yo con venir al Rosario gano para el alma muchas idulgencias y para el cuerpo doble paga que me da mi madre.

Hace ya bastante tiempo que está aquí un Franciscano que predicó muy bien. ¡Vaya una manera de ensalzar a la Virgen, qué ideas le ocurrían tan tiernas!

Estuvo a despedirse otro religioso, hijo también de aquí que iba a China. ¡Qué vocación tan hermosa! Si viera qué contento estaba. Tiene otros dos hermanos religiosos que se cree que irán también a China. Me dijo que después de dejar el vapor, tenía que andar 18 días a caballo, sin haber antes montado ni en un mísero burro en toda su vida.

R. U., Congr.

Una excursión.

Hace 8 ó 10 días, aprovechando un viaje que hice a esa, fuí a verle y no le encontré. Pero, como el móvil principal, se lo confieso, era ver cómo iban las obras de la Casa de las Congregaciones, busqué y encontré quien me la enseñara.

Me sorprendió ver que estaba ya puesto el tejado y que nuestro inmenso Salón, y no se diga, los cinco frontoncitos, estaban a falta del suelo de asfalto sobre el que poder correr aunque llueva cuanto quiera. Ya estaba también puesto el entramado de vigas para el suelo del escenario.

Oí después al salir que va haber reglamento para los juegos en el que entrarán de lleno las Categorías; éstas le darán a uno más o menos derechos a jugar ya que somos tantos. Está visto que va a ser preciso aplicarse y estar en primera.

J. B. C., Congr.



Núm. 135.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Octubre de 1924

Nuestras excursiones eucarísticas.

AMURRIO.

Renovamos el 3 de Agosto nuestras excursiones, que, como nos dijo en su corto, sustancioso y apropiado saludo el celoso párroco de Amurrio, las hacemos de modo muy distinto del que acostumbran ahora a hacerse, llamando la atención del pueblo, que nos vió con mucho agrado cómo empezamos nuestros días de campo, como en Bilbao lo hacemos a diario: comulgando.

Al salir de la iglesia nos daban de este otro pan de la tierra, que nos dió fuerza para llegar al Reformatorio.

Allí nos esperaban, antes de desayunar, gratísimas sorpresas; nos recibieron al toque de una bonita pieza, admirablemente ejecutada por su Banda, que se ha lucido en ocasiones más solemnes, entre otras al pasar por Amurrio el presidente del Directorio.

Allí todo fueron, como digo, admiraciones; saber que aquellos chicos debían estar en la cárcel y verles en un campo sin valladar alguno; las ventanas del Reformatorio, con menos prevenciones que las de un chalet, sin reja alguna; andar por el pueblo solitos, haciendo recados y prestando toda clase de servicios, y lo que es más, jugar a su tiempo al fútbol con el mayor entusiasmo y no sé si con mayor compostura, sin oírseles en las contrariedades del juego hablar una palabra ni más baja ni más alta, en completo silencio. Como los vimos, que jugaban tan bien, no nos atrevimos a medir nuestras fuerzas con las suyas, que sin medirlas las sentíamos superiores; allí se ha tomado el fútbol como medio de educación, muy a propósito para reprimir los propios ímpetus, y les luce muy bien el pelo.

Seguimos admirándonos al ver aquellos talleres y las obras que tienen entre manos y algunas ya acabadas; allí hay ebanistas, tallistas, zapateros, mecánicos, ajustadores, torneros, etcétera, etc.; de allí salen para ser colocados en algún taller, y al mismo tiempo estar bajo la tutela de algún caballero, a quien tienen que visitar y de quien deben ser visitados. Aquello es para visto; de allí salen laboriosos los que, si hubieran estado en la cárcel, servirían al salir para ser unos expresidiarios, con todo lo que desgraciadamente dice ese nombre.

Nada de extraño tiene que estén tan a gusto y que teman tanto les llegue el tiempo, tan apetecido en las cárceles, de salir; uno nos decía: "Estamos aquí mucho mejor que los marqueses."

Uno de los nuestros notó otro contraste al compararlos con nosotros, los congregantes; a nosotros, nos decía, cuando somos malos, nos despiden; en cambio, a éstos se les guarda más consideraciones cuanto peor se portan; claro, la Congregación, lejos de ser Reformatorio, es suma de jóvenes edificantes.

Y para que vean lo bien que están, no les falta ni baños en verano; nada menos que del agua de la Muera, que baja lindando la posesión, ni duchas templadas en invierno.

La alimentación, como pudimos observar, es sanísima, y nada se diga del papel que representa en su educación, la dirección espiritual, la piedad fomentada y la frecuencia en los Santos Sacramentos.

Pueden estar satisfechísimos los que han contribuído y contribuyen a tan social y benemérita obra. Acabamos la excursión con la bendición solemne del Santísimo, precedida del Rosario y de sentida plática y acompañada de cánticos del Coro alternando con todos los felices moradores de aquel ejemplar Reformatorio.

Nuestra vuelta no hay que decir que fué tan feliz y alegre como la ida; todos comentábamos lo que habíamos observado, y no podíamos creer que aquellos jóvenes hubieran sido lo que fueron al verlos tan transformados. A nosotros mismos nos aprovechó no poco tal observación.

GUEÑES

Casi no habíamos despertado del sueño de nuestra esperada excursión a Gueñes, cuando nos encontramos en la estación con las autoridades y multitud de jóvenes que aguardaban nuestra llegada.

Empezaron acompañándonos en la mayor

Universidad de Deusto
Biblioteca

parte de nuestro programa, en la Misa y en la Sagrada Comunión.

Ya en la estación, nos esperaba también el tamborilero, que nos alegró un poco, y aun durante el desayuno nos dió una serenata, ganándose una ovación.

¡Qué diríamos nosotros por tener un campo de foot ball, aun con aquellos baches y más, sombreado como está por la tarde por corpulentas encinas!

A su sombra descansamos y pudimos apreciar la sabia Providencia de Dios, que de estar colgadas de ellas las calabazas, nos hubiéramos lucido.

Lo que en aquel descanso llegamos a echar más en falta fué una cristalina fuente; pero pronto improvisó un ingenioso ingeniero una traída de aguas, sirviéndose de unas clásicas herradas, que merecían estar a la entrada de aristocrática mansión señorial.

Pero como no daban abasto a nuestra sed, entró por medio la economía y tuvimos que echar antes carbón al horno que agua a la caldera.

Por allí aparecieron las crecidas avellanas del señor alcalde, premiadas en el último concurso, juntamente con sabrosísimas y abundantes peras.

Aprovechamos en nuestra vuelta a Sodupe el encuentro de una ermita, y desde allí mandamos a nuestra Madre collares de perlas, más preciados que los que pueden llevar todas las reinas de este mundo, rezando devotamente el Santo Rosario.

Nos encontramos al salir de la ermita con un guía tan experto, que para dar con una fuente nos hizo subir un empinado monte; tanto que aquella agua, aunque fresquísima, no bastó para refrigerar nuestros motores en la carrera que tuvimos que dar para coger el tren.

A éste le ocurrió darnos un susto, llegando (caso desusado) a Sodupe cinco minutos antes de su hora.

Susto y carrera que paró en satisfacción al encontrarnos sentados y alegres, caminito de casa, con ganas de volver a las andadas.

Las atenciones que nos dispensaron en Güeñes son de esas difíciles de pagar, y menos de olvidar.

PLENCIA Y ARMINZA

Empieza esta excursión con un incidente seriogracioso; al ir a tomar nuestro coche especial, a las siete de la mañana, en el tren de obreros, oímos a un señor que preguntaba:

—¿Dónde van estos chicos?

—A Plencia—le contestan los empleados..

Volvemos la cabeza y nos encontramos ante un señor alto, grueso, elegantemente vestido, afeitado con esmero; con ser tan temprano, no le faltaba detalle, ni dejó en casa sus alhajas; iba hecho un paquete.

Intrigado, según se vió, por la presencia de un sacerdote entre nosotros, al ver los dos saquitos de panecillos frescos que llevábamos, le preguntó:

—¿Cuántos panes llevan ahí?

—Unos cien.

—¿Y para qué tantos?

—No son muchos; uno para cada uno, además del chocolate y la leche que se les da de desayuno.

El caballero vuelve a sus preguntas: Y, ¿cuántos panes necesitó Jesucristo para alimentar a 5.000 personas?

—Cinco panes y dos peces.

—Pues, eso mismo debiéramos necesitar nosotros si tuviéramos fe; pero como somos pecadores...

—Ya asomó la oreja, nos dice el Padre dirigiéndose a nosotros. Usted debe ser de los que, según dicen, andan por Las Arenas y Algorta haciendo propaganda protestante.

—Yo ando por todo el mundo, nos contestó muy serio; y luego, marchándose, se le oyó hablar con un sencillo obrero y decirle: "Este", refiriéndose al Padre, "éste se mete sólo con los ignorantes: por eso le he metido mano; ha perdido la fe ¡so embustero!"

Se ve que, con todas sus elegancias, se acomoda en su modo de hablar a la mayoría de los obreros, que con su socialismo y con su infame Prensa están ayunos de instrucción religiosa y prevenidos contra ella.

¡Ah, señor protestante!, busque usted otro modo de ganar el pan, que ya los hay, tal vez menos lucrativos que ese que usted tiene, pero más honrados.

Persuádase, que esos pobres obreros, aunque ignorantes, pronto conocen su falsa mercancía. "Creer firme y pecar fuerte", ese es tu lema y tu fe salvadora.

Llegamos a Las Arenas entretenidos con estos y otros comentarios, cuando le vemos descender del tren. Pues bien, a pesar del chaparrón que caía, no quiso cubrirse con su paraguas; no sé si por sobrada fe o por tenerlo tan plegadito que casi parecía un bastón; y, si lo desplegaba, no podría él dejarlo tan "chic".

Sin darnos cuenta llegamos a Plencia, donde fuimos recibidos por la veintena de congregantes que allí veranean. Todos juntos subimos a la devota capilla, que los pueblos de alrededor tienen dedicada a la Virgen de las Nieves; oímos misa, recibimos el Señor en nuestros pechos; desayunamos y emprendimos la marcha a Arminza.

Allí admiramos el soberbio espectáculo que nos ofrecía el nuevo puerto, las caprichosas peñas puestas al descubierto con gran bajamar, y vimos también, las langostas en sus viveros; y después de curiosearlo todo, nos volvimos hasta dar con el mejor manantial de aquella tierra. En su corriente despachamos nuestras provisiones, que allí aparecieron como por encanto en un autobús.

Al llegar a Górliz saludamos a nuestra Madre con el Rosario. Presenciamos al salir una pintorescamente desordenada carrera de cintas en bicicleta. Otra carrera más pintoresca nos esperaba a nosotros en casa de un congregante: debíamos correr alrededor de una mesa repleta de uva, higos y manzanas; no nos bastaban las dos manos para coger lo que nos daban.

De allí a la playa de Górliz a jugar con las olas que, de vez en cuando, nos sorprendían más de lo que hubiéramos querido. Y del tren a casa; hasta el verano que viene.

P. P., Congr.

Pastor que da su vida.

Al pasar por Lemóniz, en esta última excursión Eucarística, recordamos algunos al simpático y celosísimo sacerdote, don Elías Fano, que en ocasión parecida nos obsequió allí cuanto pudo. Preguntamos por él a aquellos buenos caseros, y, a pesar de hacer seis años que les había dejado para irse al Cielo, todos le recordaban enternecidos: ¡Qué simpático era don Elías!, nos decían; ¡qué funciones aquellas tan devotas! Tanto empeño puso en que comulgáramos todos los primeros Viernes, que hasta al último caserío nos avisaba a tiempo; de víspera tocaba las campanas, y no se levantaba del confesionario hasta que niños y grandes se hubieran todos confesado. ¡Qué pláticas aquellas tan sentidas!; y al decir esto apuntaban las lágrimas en los ojos del que nos lo contaba.

Nada de extraño que impresionara de este modo, pues es sabido que templaba su ánimo y le prestaba palabras el que él llamaba su amigo, Jesús Sacramentado, a quien acompañaba cuanto podía y a quien confiaba sus ovejas y todos sus cuidados.

Así se explica cómo los niños junto al Sagrario fueran para él el mejor ramillete que podía ofrecer a Jesús; por eso se esforzaba siempre en hacerles comulgar frecuentemente; hasta el punto de que no tardaran los mayores en seguirles camino del Sagrario, arrastrados por el fervor y las dulces voces de los niños.

Las Hijas de María nos hablan también elocuentemente de sus sacrificios: "Meses enteros, nos dicen, le vimos bajar todos los días al barrio de Armiza, muy distante de su parroquia; allí nos reunía para alentarnos e impulsarnos el amor de María Inmaculada; nos ensayaba luego los cantos sagrados con que dar vida a las funciones religiosas. A la tarde reunía a otro grupo que formaban las que vivían cerca de la parroquia. Todas recuerdan la solemnidad que revestían las funciones religiosas, en que el pueblo tomaba parte muy activa.

Pero se distinguió sobre todo con los enfermos: sólo Dios conoce los sacrificios y el celo que desplegó con ellos. Subía y bajaba aquellos montes sin que la lluvia ni la obscura noche le hicieran nunca retroceder; y cuando sus compañeros le decían: "Así no puedes resistir, también hoy has perdido la noche", él contestaba con cierta gracia: "Hoy he ganado la noche."

"No necesitamos llamarle, decían los enfermos, él se enteraba y en seguida venía a vernos. El nombre de don Elías era para nosotros consuelo y alivio, y ahora gratísimo recuerdo."

Cuántas noches, no contentándose con visitarles, velaba a su cabecera regresando a la mañanita a la parroquia a la hora en que tenía que celebrar.

Nos contentaremos con señalar este caso entre muchos: En pobre vivienda estaba una viuda enferma, con tres hijas, dos de ellas tuberculosas. Sin el menor miedo al contagio, allí estaba el sacerdote suavizando las penas de aquella familia, visitándoles diariamente. El médico le advierte muchas veces el peligro; mas él le responde: "Demasiado me conocen esos microbios. Dios les ha prohibido la entrada en mi casa; así que no pueden conmigo." Y así fué; y así se comprende cómo se registraran en Lemóniz muertes tan resignadas.

Esta es extraordinaria, y no quiero dejarla de contar: Está gravemente enfermo un joven. Allá vuela don Elías no sin enterarse antes de la disposición de su ánimo por medio de un amigo. Le anuncian su visita, pero es rechazado el sacerdote; con todo, el único que no se desanima es don Elías que, con nuevas tentativas, consigue introducirse como si fuera amigo suyo; le habla como sólo saben hablar los Santos, y aquella alma se entrega a Dios. ¿Qué había pasado? Una imagen de la Virgen del Carmen, que el enfermo acepta de manos del celoso sacerdote, obra el milagro y el joven muere santamente, bendiciendo a Dios.

Cuando la grippe producía aquellos estragos terribles, especialmente en los más altos caseríos, se lanzó al campo con más celo si cabe; era ya entonces párroco de aquel pueblo, dispuesto a dar la vida por sus ovejas. Una de las víctimas de la terrible enfermedad era el médico del pueblo, y en tan triste situación fué él quien además del consuelo espiritual, llevaba el remedio a muchos caseríos y, bien instruído por el médico, daba inyecciones y socorría a los enfermos. "A ciencia cierta, decía el médico, podemos asegurar que murió de contagio el buen don Elías: en una ocasión fué rociado por la sangre de una mujer en uno de sus vómitos."

Aun con fiebre siguió trabajando sin descanso, hasta que el médico, ya repuesto, encontrándole a la cabecera de un enfermo y poniéndole el termómetro, halló que tenía 39 grados y le obligó a acostarse; pero aun entonces salió de la cama para acudir a un enfermo que se moría y no le dejó hasta que le faltaron del todo las fuerzas.

"Yo tengo que dar ejemplo a mi pueblo, decía a sus hermanas; preparad el altar que quiero recibir el Santo Viático." Y como viera llorar a sus hermanas: "No lloréis, les dice, que aunque deje este pueblo, me destinan a una ciudad permanente."

Predicando así con su ejemplo, recibió fervorosamente los Santos Sacramentos y entregó su hermosa alma a Dios.

En su agonía recordaba muchísimas veces a los Padres del Seminario de Comillas, donde hizo su carrera, repitiendo sus nombres con agradecimiento.

Se celebraron solemnísimos funerales y le dieron sepultura en el panteón de uno de los más conspicuos feligreses.

Apenas hay casa en Lemóniz que no tenga la fotografía del santo Sacerdote que dió la vida por sus feligreses.

¿En qué se parecerán a este mártir de la caridad los llamados pastores entre los protestantes, que tantos deseos tienen de introducirse entre nosotros?

I. A., Congr.

Campenoato de vuelo.

¡El espectáculo era vistosísimo...! Como que todas las aves, de mil leguas a la redonda, se habían dado cita en aquel monte... ¿para qué os parece? Pues nada menos que para celebrar

¡Un campeonato internacional de vuelo! Como que el organizador de aquellos vuelos atléticos era un simpático *chimbo* que desde la azotea de "la Misericordia" había presenciado con interés creciente los más reñidos partidos de San Mamés, preguntándose con envidia por qué ellos, los volátiles, que poseían el magnífico campo azul del cielo, iban a ser menos que los roji-blancos dueños del campo verde del *Athletic*. Así pensando, habló con un par de cotorras muy charlatanas, para que en fogosos discursos extendieran la idea... y, a los pocos días, unas por curiosidad, otras por compromiso, por *sport* no pocas, y por vanidad muchísimas... se reunieron casi todas las aves que baten alas, para batir aquel día el *record* de altura y conquistarse en reñido campeonato el título de "rey del aire".

Subió el primero un colibrí monísimo, a quien sus papás le habían enseñado en el nido a captarse la benevolencia de los "Moscas" agitando nerviosillo sus pintorreteadas alitas; pero el pobrecito, apenas se vió a un metro de altura sobre aquellos pajarracos de mal agüero, que le miraban con ira, envidia y desprecio juntamente, se echó a piar como un nene... y cayó en brazos, digo en alas, de sus atribulados progenitores.

En seguida subió un tordo, muy gordo, que rojo de vergüenza al oir las cuchufletas de sus elegantes competidores, se alejó furioso picando acá y allá, y jurando que no volvería a presentarse ante gente tan incivil.

Luego surcó los aires juguetona y rápida una agilísima golondrina; y después una alondra mañanera; y un mirlo, y un canario, y un jilguero, y una calandria... en fin, un sin número de pajaritos de pequeño calibre que, después de lucir sus vuelos ante tan autorizada concurrencia, se retiraron respetuosos, al ver que un poderoso buitre avanzaba majestuoso hasta el borde de una roca, daba un atrevido salto sobre el abismo, extendía sus potentes alas, las agitaba imperceptiblemente y comenzaba a describir círculos inmensos en el aire, hasta perderse de vista envuelto en los flotantes pliegues de una nube.

Los pobres pajaritos piaban y más piaban, llenos de admiración, dispuestos ya a conceder el título de "rey del aire" a aquel gigante de los espacios, cuando de repente, un pájaro de muy buena vista empezó a gritar con todas sus fuerzas, al ver que el buitre empezaba ya a descender: "¿Qué pasa? ¿qué pasa?"—le preguntaban todos.—"¡Allí! ¡allí! ¿no veis? ¡si sube más que el buitre todavía!"—Y, en efecto, todos vieron a un diminuto pajarillo que volaba y volaba hacia arriba, cuando ya el buitre, cansado, comenzaba el viaje de vuelta. "Pero, ¿será posible?"—se decían los pájaros aturdidos—; porque todos veían al débil pajarillo subir muchos metros más que el buitre, y bajar después como una flecha a recibir de sus picos las felicitaciones y el glorioso título de "rey del aire".

"Pero, chiquillo, ¿cómo te has arreglado?"—le preguntaban los pájaros más astutos—; y él, con la mayor naturalidad del mundo, les contó su hazaña: Montado sobre el buitre, fué subiendo descansadamente hasta que se inició el descenso. Entonces, se puso de puntillas sobre sus patitas, batió las alas, y empezó a subir con todas sus fuerzas hasta donde pudo...

Todos veían que no era el pobre bicho un mago del vuelo, pero no dejaban de reconocer en él instinto nada vulgar; y, al fin y al cabo, él era el que más alto había subido. Así que, para no descontentar al buitre y premiar al mismo tiempo el "pesquis" del pajarillo, le otorgaron el título de "Reyezuelo", con el que desde entonces le conocen los ornizólogos.

...Y ahora se me ocurre a mí una cosa. ¿Verdad que en este gran concurso de la vida, nosotros, pobres pajarillos, apenas podemos levantarnos del suelo? Pero, ¿verdad que hay también grandes aves que surcan majestuosas el cielo de la virtud y se remontan a increíble altura? Pues, ¿por qué no hemos de aprovecharnos de la lección que nos da el "reyezuelo"? ¿Por qué no hemos de depositar nuestra alma en el seno de un virtuoso confesor, y dejarnos llevar en alas de sus consejos, hasta donde por nuestras pocas fuerzas nos hubiera sido imposible subir?

D. A., Congr.

Trozos de una carta.

Antes de ser Congregante.

Estaba yo un día en el Instituto antes de ser congregante, cuando se me escapó una palabra que no debió ser muy bonita, por la cara que puso mi amigo Rufino, congregante, y por las palabras tan comedidas como valientes que me dijo. Desde aquel momento fuí más amigo suyo; me entusiasmó su valentía, tanto que en aquel momento me sentí animado y transformado de malo en bueno.

Mi querida madre me educó tan bien y fuí tan bueno, que me consideraban como modelo en el Colegio; hasta que en el pueblo malos amigos me cambiaron tanto, que hubiera llegado a ser un Navarrete.

Bendita la hora en que, al llegar a Bilbao, otros amigos me levantan y me dan a conocer esta otra madre, la Congregación.

Después, de Congregante.

Estoy aquí en el pueblo de pasada, como usted sabe. Me encuentro ayer con dos de mis antiguos amigos; hablo con ellos y observo cómo discurren y con qué palabras se expresan. Ahora, al verme con modo de pensar y hablar tan distinto, aprecio la dicha que tengo al estar en la Congregación; y le pido a la Santísima Virgen la gracia de pagarle con algo que me cueste lo mucho que le debo.

Me encontré también con otros dos amigos que me querían, y veo que me quieren bien de veras. Me dijeron lo que vaticinaban de mí cuando salí para ir a Bilbao; pensaban que llegaría a ser anarquista; y no creo que iban tan descaminados. Les hablé de la Congregación, de lo que hacemos ahí, de cómo nos educan y comulgamos todos los días; les entregué unos *Flores y Frutos* que llevaba. Quedaron admirados y me encomendaron que les escribiese; me felicitaron al parecerles que era todo un hombre y hasta me vaticinaron que sería un apóstol.

¡Ojalá se cumpla tan buen deseo!

R. S., Congr.



Núm. 136.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Noviembre de 1924

No hay que picar.

Monísimo era el canario de don Ricardo. Tan pronto como comenzaba a difundirse la luz, zambullíase por completo en el bebedero, arreglaba con el pico su amarillento plumaje y saltando airoso entre los palos de la jaula, recibía entre armoniosos trinos los primeros rayos del sol.

Pues cuando su dueño aparecía con la galleta empapada en leche, ¡oh! entonces la alegría raynba en delirio. Asido con las patitas a los alambres de su prisión, sacaba su cabecita para recibir en su pico el ansiado cebo, y después que lo comía, daba las gracias a don Ricardo envueltas en sonoros gorjeos. Los días fueron estrechando esta amistad, hasta que una vez, en ratificación de ella, firmaron ambos un convenio. Don Ricardo se comprometía a abrirle la puerta de su jaula, y el pájaro a no escaparse y a alegrar el vecindario con la música de sus trinos.

D. Pantaleón

Pequeño, flaco, de pocas palabras y ademanes repulsivos, era su exterior una imagen pálida de su alma. Marrullero incansable, no podía vivir sino entre chismes y enredos; avaro impenitente, hasta el sueño se acortaba para idear medios con que chupar más a mansalva la sangre de los pobres.

Y hete aquí que, sin más ni más, por quitar aquel entretenimiento a otros, se le ocurre a nuestro hombre matar traidoramente el canario, que de ventana en ventana, cantando aquí y gorjeando allá, llegó a ser el encanto del vecindario.

Sentado en una silla, mordiéndose las uñas y paseando su inquieta mirada por todos los rincones, comienza a planear. De pronto se da una palmada en la frente, se levanta y "Excelente, dice, es un plan inmejorable".

En una cajita vacía de caramelos, cuyo aroma aún se percibía, pone cañamón picado y una galleta que cualquiera creería empapada en añejo vino de Jerez. Pero el corazón seco y arrugado de don Pantaleón era incapaz de pagar tan generosamente los alegres arpegios del animalito. Aquella galleta está mojada en estricnina, veneno activísimo. Un picotazo que dé, se acabarán para siempre los vuelos y trinos del pajarito. Aquel veneno, difundiéndose rápido por su sangre, paralizará la vida.

El amor aguza mucho la vista, y el peligro que se oculta aun a los ojos más avizores, no puede sustraerse a las miradas del cariño. Inmediatamente don Ricardo se ha dado cuenta del peligro; en cambio el canario apenas ha visto tan apetitosa comida, batiendo sus alas y lanzando al aire sonoros trinos, se posa junto a la cajita. Don Pantaleón se frota las manos de contento y silba amorosamente al canario, para que dé principio al convite.

Don Ricardo, que todo lo ha visto, corre presuroso a su cuarto, carga su escopeta y cuando ya el canario iba a picar en la mortífera galleta, dispara al aire. El estampido del tiro ahuyenta al canario, que volando rápido se mete en su jaula convulso, sobresaltado y piando tristemente parecía decir: "¿Por qué me ha dado ese susto? ¿Por qué me ha quitado del pico aquella galleta tan sabrosa."

Tristeza y alegría

Al día siguiente, posado el canario en un palo, no comía ni cantaba. En protesta había declarado la huelga del hambre y del canto. Don Ricardo, que le vió tan triste, ¿Qué te pasa, le pregunta, que hoy ni comes ni cantas? Que si quieres: el pájaro metió su pico entre las amarillas alas y no hizo caso a su bondadoso señor. Pasaron unas horas y de nuevo se acerca don Ricardo a la jaula. El canario ya menos hosco, le dice con tono tristón: "¿Por qué me dió ayer aquel susto? ¿Por qué no me dejó comer?"

"Por tu bien lo hice, fué la respuesta del dueño. Aquella galleta por la que tú suspirabas, estaba empapada en un terrible veneno."

"¿De veras? replicó el canario. ¿Es eso verdad?"

"Tan verdad que no puede ser más. ¿Ves allí en el suelo, precisamente debajo de la ventana de don Pantaleón aquellos dos gorriones muer-

Universidad de Deusto
Biblioteca

tos. Allí están por haber probado lo que tú no probaste, y muerto como ellos para ahora estuvieras también tú, si don Ricardo no te hubiese apartado de aquel peligro."

"¡Perdón! ¡Perdón! mi querido dueño, respondió el canario; mil gracias por tanta bondad. Mi sumisión más completa a sus órdenes será la señal de mi agradecimiento. De hoy en adelante le cantaré con más esmero." Y al decir esto, dejaba escapar de su sonora garganta un surtidor de dulcísima armonía.

CONCLUSIÓN

Todos habéis adivinado lo que nos enseña este cuento. Imagen de nuestros superiores es don Ricardo; el demonio está retratado en don Pantaleón. El cebo que nos pone delante es aquella diversión, aquella película que nos dicen no es peligrosa, pero que encierra mucho veneno, sobre todo cuando oímos los comentarios que a nuestro lado se hacen.

No seamos tan tontos que piquemos.

S. I. J., Congr.

Hay que enfadarse a tiempo.

No hace mucho tiempo que un buen hombre que tenía su labranza junto a la capital de la provincia, se había dejado alucinar por cierto francmasón, que tenía allí algunas propiedades.

El sencillo labrador, al regresar una tarde de sus labores del campo, se puso a reflexionar como pudiera hacerlo un indígena de Berbería.

Apoyada la cabeza en ambas manos a fin de concentrar mejor sus ideas, meditaba y razonaba consigo a su modo. Empezó por preguntarse si existía una diferencia esencial, una verdadera diferencia entre él y su perro, su gato, su asno y su buey.

"Verdad es que mi perro tiene cuatro patas —dijo para sí—y yo no tengo más que dos pies. El tiene una cabeza y yo también; duerme, tiene calor y frío, oye, ve, respira, y yo hago lo propio. El es muy inteligente... y yo no soy tan menguado que digamos. Vive, estará enfermo y un día se morirá; y, como él, yo vivo y también llegará mi hora postrera... No veo, pues, absolutamente ninguna diferencia entre uno y otro."

En este punto se hallaba de sus reflexiones, cuando acertó a entrar un vecino suyo, aunque médico de aldea, muy hábil en su arte y, lo que vale más aún, hombre honrado y sumamente instruido.

Después de los saludos de costumbre, le dijo el médico:

—¿Qué tenéis vecino? Me parece que os veo algo mohino.

—Es que estaba reflexionando, contestóle el buen hombre, y me parece que apenas hay diferencia entre nosotros y las bestias.

El médico, mordiéndose los labios para reprimir la risa, le contestó:

—Tenéis razón. Sois un bestia, un bruto, un animal.

Al oir estas palabras, levantóse el labrador, frunció las cejas, cerró los puños, y con voz colérica exclamó:

—¿Qué es lo que está usted diciendo? ¿Me insulta?

—No, por cierto; yo no he hecho más que repetir lo que usted me ha afirmado, lo que usted cree que es.

Y luego, cambiando de tono, le demostró lo que valían sus razonamientos y a dónde conducen las malas doctrinas.

Aquel labrador tenía sobrada razón de enojarse al oir que le llamaban bestia, bruto, animal; pues en su interior sentía que estaba muy levantado sobre todos ellos.

¿Por qué no se enfadaría contra los que le predicaban tales doctrinas, y contra sí mismo cuando en ello pensaba?

L. B., Congr.

Acto heroico.

Levantó con ambas manos el enorme aldabón de hierro y le hizo chocar contra el grueso clavo de ancha cabeza que le servía de yunque.

—¿Quién va? ¿Quién se atreve a llamar así a estas horas?

—No es a usted, señora Victoria.

Al mismo tiempo la ventana del primer piso se abre y el venerable rostro del señor cura aparece iluminado por el pálido resplandor de una lamparilla.

—¿Qué hay? pregunta el sacerdote. Pero ya la señora Victoria ha introducido a nuestro visitante en la cocina, donde se goza de un agradable calorcillo.

—Estás helado, mi buen Antonio,—le dice el sacerdote con cariñoso acento; toma asiento, caliéntate y después me dirás qué objeto te trae aquí tan de madrugada.

—Señor cura: vengo del pueblo; salí hace mucho, pero hay tanta nieve!...

—¿Es que tenéis allí algún enfermo?

—¡Ay! puede ser que ya no haya nada a estas horas, señor cura!... ¿Morirá el desdichado sin confesión?

—¡A escape!... Mis botas, mi manteo... ¡Victoria!... mi sombrero ¡pronto!... ¡Oh, Dios mío! haced que llegue a tiempo.

—No; el señor cura no irá,—dice en alta voz Victoria, que, sin embargo, se apresura a reunir los objetos pedidos. No, ni pensar en ello con este frío. Y hay dos pies de nieve.

—Cuatro de nieve,—interrumpe Antonio,—y ni rastro de camino.

—Aún no me has dicho el nombre del moribundo.

—Es Demetrio Blanco,—responde Antonio.

—¡Demetrio Blanco! ¡Dios mío!

La sirvienta levanta las manos al cielo; enfundada la izquierda en una bota y armada la derecha de un cepillo. ¿Irá usted, señor cura? ¡El que jamás se descubre ante la cruz! ¡El que silba cuando pasa la procesión!... un borracho... un ladrón... No vaya usted allí, señor cura.

Y al mismo tiempo la buena sirvienta va a buscar medias de lana y fuertes guantes de conejo, y vuelve al momento refunfuñando:

—Sí, le ha insultado a usted y le hubiese pegado de no estar Antonio allí presente.

El anciano sacerdote, sin hacerle caso alguno, termina los preparativos y se levanta.

—Vamos, Antonio, me servirás de monaguillo.

—¡Recontra, con mucho gusto!

—En marcha.

El sacerdote abre la puerta y el viento penetra con violencia El anciano entra en la iglesia acompañado de Antonio, que lleva un farol. Coloca dentro de su bolsa de damasco la cajita que encerraba la sagrada Forma y la cajita con los santos óleos. Antonio coge el ritual y la campanilla.

El anciano sacerdote y su guía caminan a buen paso sobre la nieve. Hace más de dos horas que van andando y aún están muy distantes del pueblo. Continúan su camino penosamente y van cambiando breves palabras para mutuamente animarse.

Se levanta fuerte brisa que al poco llega a convertirse en viento impetuoso que arrastra nubes convertidas en nieve.

Nuestros caminantes no hablan; avanzan paso a paso sin atreverse a levantar un pie sin asegurar bien el punto en que han de poner el otro.

El anciano tiene que rendirse, y con triste sonrisa entreabre sus labios y dice:

—No hay carga más pesada que la corona de cabellos blancos.

—¿Quiere usted, señor cura, que le lleve?

—No, hijo mío: es preciso que uno de los dos se mantenga firme.

—Busquemos un refugio. Cuando descanse algo continuaremos.

El anciano recoge sus fuerzas y, casi arrastrando, sigue su camino.

Transcurren algunos minutos y el sacerdote vacila. Antonio deja caer su linterna y sostiene el cuerpo del anciano.

—¡Ah! ¡tú no sabes lo que estoy sufriendo! ¡Qué daría por llegar a tiempo a la cabecera del desdichado que se muere!

Hubo un momento de silencio.

—Señor cura, ¿tiene usted un cortaplumas?

—Sí; tómale de mi bolsillo del reloj.

Antonio lo toma, y sin que el sacerdote advirtiese lo que hacía, oye que le dice:

—Abra la boca y beba. Le doy mi sangre pura y caliente.

—¡Jesús! exclama el sacerdote, sorprendido ante aquel sacrificio del campesino; acerca sus labios al brazo de Antonio y se siente reanimado. Antonio, cuando ve reanimado ya al anciano, liga fuertemente con su pañuelo, valiéndose también de los dientes, la parte superior del brazo.

Al otro día tornaba don Federico a su casa cural. Demetrio Blanco había tenido la edificante muerte de un verdadero cristiano, reconciliado con su Dios.

Así premió Dios aquel acto heroico, pues bastó la narración de lo ocurrido para ablandar aquella empedernida alma, que antes por nada hubiera consentido un sacerdote a su lado.

Con aquella alma salvada, se dió por bien pagado Antonio, que, por otra parte, creía no haber hecho nada extraordinario.

C. B., Congr.

Lección aprovechada

Por una de las calles más céntricas va el conocido Mateo, obrero socialista, poco menos que del brazo con el pastorcillo protestante. Este se le había hecho encontradizo, pues quería poder decir a todo el que le oyese que Mateo era de los suyos; creía que su ejemplo arrastraría a otros y éstos a todos los obreros de la población.

El pillo de Mateo se dejaba querer, pues con el dinero bíblico se daba un día y otro día los grandes paseos en automóvil.

En el último de estos paseos, cuando más le estuvo hablando del poco sacrificio que piden los protestantes a los que se convierten, y más le repitió su frase favorita de que basta creer para salvarse; le rogó Mateo que despidiese al auto para seguir su paseo de vuelta a pie.

A tanta predicación, se fingió Mateo convencido y se felicitaba por haber encontrado religión tan suave que, con creer con firmeza, se podía pecar con tanta o mayor firmeza y seguridad.

—¿Sabe lo que según eso me ocurre? le dijo al pastor entre serio y risueño.

—¿Qué?

—Pues sencillamente poner su doctrina ahora mismo en práctica: Creo, como usted dice, que con los méritos de Cristo me salvo; y ahora mismo me suelta usted su reloj y cuanto tiene en el bolsillo.

—¡Cómo! Si eso es robar!

—Sea lo que sea, usted me suelta lo que le he pedido o, de otro modo, le irá mucho peor.

No tuvo más remedio que soltarlo todo y desplumado y solo, volverse triste a la ciudad.

No hay que decir que no volvió a hacerse más encontradizo con Mateo ni se atrevió, por vergüenza, a decir a nadie lo que le había ocurrido.

M. O., Congr.

Y ¿si hay infierno?

Eran incontables las veces que habría oido Pepito que no hay que acostumbrarse a dormir en pecado mortal, porque el mejor día nos asalta la muerte y se acabó todo. ¡Son exageraciones! Si tantos pecan, y aún yo mismo, y no me he muerto, decía él...

Un sábado se retiró Pepito a media noche con el alma muy negra, a pesar de su carita de rosa, hermosos ojos azules y abundante pelo rubio: aquella tarde no se podía parar junto a él, blasfemó como un condenado, se burló de lo más santo y sagrado y ya, entrada la noche, se despidió de su amigote Paquito causante de todas sus infamias. ¡Cuántos padres tendrán que dar estrecha cuenta a Dios por dejar a sus hijos juntarse con cualquiera sin saber quién es!

Ya en su alcoba le asaltó la duda de siempre; y ¿si hay infierno?... procuró desechar esta idea; imposible... rezó las tres Ave Marías, única práctica religiosa que aún le quedaba, e intentó conciliar el sueño. Mas aquella conciencia negra no podía descansar sobre la almohada con sueño tranquilo, y empezó a soñar: le pareció oir un ruido sordo como de quien arrastra cadenas: ¿Quién va? gritó entre sueños... silencio... al cabo de un rato le pareció oir un nuevo ruido de cadenas, esta vez más cercano; poco después creyó ver una lucecita azul: él, soñando e instintivamente, se tapaba la cara con el embozo de la sábana para no

Universidad de Deusto
Biblioteca

ver aquello. Mas era en vano: la lucecita azul se fué agrandando hasta aparecer una persona envuelta en llamas... —¡Pepe! soy Paquito.— ¿Qué quieres?—Estoy en el infierno; como ves, hay infierno; ¡yo estoy en él! tú también estarías; te han salvado las Ave Marías... ¡Ay! para siempre en el infierno...! —Y desapareció Paquito...

Pepito, con los cabellos erizados, se despertó, el rostro desencajado, la mirada extraviada, se salió del cuarto.

—Pero, Pepito, ¿qué te pasa?, hubo de decirle su mamá.

—Nada, nada.

—¿Cómo que nada? si tienes una cara...

Pepito se volvió a su alcoba.

¿Será verdad o sueño? se decía; y se agitaba nervioso de un lado a otro de la habitación; y aún es la una; tan pronto como pueda salgo de casa y voy a enterarme.

Sonaron las cinco, y después del toque de oraciones comenzaron las campanas de la iglesia a tocar a muerto. Pepito se estremece, se lanza a la calle, se encamina a la iglesia y al primero con quien tropieza le pregunta: —Oiga, ¿por quién tocan a muerto?

—¿No lo sabe? por su amigo Paco; anoche, repentinamente, se murió...

Pepito, anonadado, se volvió a su casa... ¡Paquito en el infierno! ¡¡hay infierno!!

Dos días después caía enfermo, y el jueves, a los cuatro días del hecho, moría Paquito. Como él mismo dijo a su criado, le era imposible vivir después de lo que había ocurrido.

¿Se volvió Pepito a Dios? No lo sé. Llamó a un sacerdote, estuvo con él hora y media, pero según el criado no recibió el viático...

¡Cuidado con los malos amigos!

L. A., Congr.

Un insecto que enseña.

En un vecino pueblo arrullado por las brisas marinas del Cantábrico, pasé el verano último.

Cuando el sol dejaba de calentar, como calienta aquí a veces, salía con mi primo a pasear y a tomar la fresca a la Alameda; allí nos encontrábamos con un anciano conocido de papá, que había ejercido varios cargos en el Instituto, entre otros el de catedrático de Historia Natural. Nos gustaba mucho su compañía por la amenidad de sus coversaciones y la erudición de que daba muestra en sus charlas.

En una ocasión nos iba hablando del instinto de los animales, y entre muchos que nos refirió se me grabó éste, aunque no el nombre del insecto; por más que recuerdo que por el color azabache que tiene le llaman *Carbonaria*. Este animalito, antes de poner los huevos, se le ve afanoso y trabajador en busca de nido apropiado en que dejarlos.

Y ¿a que no adiviná is dónde encuentra el nido? Como este animal muere al poco de poner sus huevos, no llega a ver a sus hijos; aunque no por eso llegan a echar de menos a la madre que los alimente a la salida del cascarón. Pues bien, con ese motivo, anda afanoso en busca de una araña bien gorda, a la que clava un aguijón que lleva en la boca y se lo clava en medio del vientre, donde no puede alcanzarle con sus patas y defenderse. Con tal picadura, la araña queda insensibilizada, como muerta. Aprovecha esta inmovilidad para colocar sus huevos dentro del vientre de la araña; donde reciben el calor suficiente, y al romper el cascarón encuentran una despensa preparada y como carne fresca, de la que comen y se fortalecen hasta que salgan ya formados del vientre de la araña.

Como veis, Dios les ha dado el medio de suplir la falta de su madre; pues sin morir la araña puedan vivir los insectos y crecer a su abrigo y expensas. Y esto sucede en unos bichitos que se miden con milímetros.

Este catedrático, que era muy cristiano, nos hacía ver en todo la providencia de Dios y nos entretenía al mismo tiempo que nos instruía.

J. de M., Congr.

¡A levantar las manos!

Cuando el pueblo Hebreo salió de Egipto para emprender aquel larguísimo viaje a la tierra prometida, hubo de tomar repetidas veces las armas para rechazar agresiones hostiles por parte de naciones que, enemigas del nombre de Dios, intentaban cerrarle el paso.

Habían ya pasado el Desierto de Sin y llegado a un lugar llamado Rafio, donde Dios había hecho brotar agua de un duro peñasco para calmar la sed de su pueblo, cuando los amalecitas comenzaron a atacarlos.

Juntáronse Moisés, Aarón, Josué y Hur a deliberar, orar y consultar al Señor. Llamó Moisés a Josué y le dijo: Sal tú con un puñado de valientes a presentar la batalla al enemigo, mientras yo subo a orar a ese cercano monte.

Así se hizo; Josué se batía como un león, mientras Moisés con Aarón y Hur oraban al Señor en la cumbre del monte.

Y permitió Dios entonces se obrara un estupendo prodigio por medio de Moisés y fué que, cuando alzaba al cielo las manos orando, vencía el pueblo de Israel, y cuando, desfallecido, las dejaba caer, Amalec resultaba victorioso.

Aarón y Hur, al darse cuenta del prodigio, sostuvieron en alto las manos del caudillo Hebreo hasta que la derrota de Amalec fué completa, dándose a vergonzosa huída.

¡Qué hermoso pensamiento! Mientras ese ejército de Misioneros pelea denodado en las avanzadas, imitemos a Moisés, oremos; nuestra será la victoria. ¡Tantos millones de infieles! ¡Tantos millones de cismáticos rusos y griegos que arrastrados al Cisma por la ambición y soberbia de sus gobernantes fueron separados de la Iglesia Católica!

Oremos por ellos.

E. B., Congr.



Núm. 137.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Diciembre de 1924

Cómo hago cantar a todos.

¡Qué canción se concierta en mi casa cuando llega algún concurso! Y, como buen director de orquesta, me las arreglo muy bien para que todos canten en su tono, es decir, para que contesten lo que crean más entonado a la pregunta que les hago. Y no contento con eso, yo, a lo tonto, me pongo en la oposición; y, como de la discusión sale la luz, de las razones que me dan para sostener lo que ellos dicen, me aprovecho para salir de mis dudas. Y aun cuando no las tengo, llevo la contraria y consigo así que se fijen más en la verdad que entrañan la pregunta y la respuesta.

Las dos víboras.

A propósito de la primera pregunta que nos recordaba el horripilante caso de aquel niño perdido en el bosque y sorprendido por la noche, que despierta bien amanecido y se encuentra con dos víboras dormidas al calorcito de su pecho, les hago ver, al comparar el horrendo susto del niño con el terror que debe tener el que duerme en pecado mortal, las dos vidas que tenemos: la del cuerpo y la del alma. ¡Y no les hice discurrir poco sobre la vida del alma! ¿Qué será, qué no será? Les costó dar con que la gracia es la vida y el pecado la muerte del alma; que las víboras pueden quitar la vida temporal, y el pecado quita la vida eterna; y, por lo tanto, que no hay nada más horrible como vivir en pecado, lo mismo que dormir en este estado de condenado.

La trompeta.

No dió tanto qué pensar a los de casa la otra pregunta de la trompeta, o el pensamiento del juicio final. ¿Cómo no ha de quitar de raíz toda vergüenza para confesar algún pecado, si echa cuentas de que aquel pecado, si no lo confiesa, va a ser conocido de todo el mundo? Ahora nos admira oir sin hilos voces desde New York; pues, ¡qué hará Dios cuando quiera hacer oir su trompeta! creo que podrá hacerlo mejor que nosotros con estos aparatitos. ¿No es eso?

¿Quién deja a quién?

Dicen de un rico que, estando para morir, después de haber arreglado sus cuentas con el confesor, mandó llamar al notario. Llega el notario, y le saluda al enfermo: Don Tomás, en qué puedo servirle?

—Ayúdeme, Sr. Notario, que no sé cómo expresar mi voluntad.

—Como usted quiera. Suele decirse sencillamente: dejo tal cantidad a mi hermano; tal otra a cada uno de mis hijos, y del mismo modo las mandas que quiera dejar.

—Pero es el caso, le interrumpe el enfermo, que si nunca se puede mentir, ahora, cuando estoy para presentarme delante de Dios, ¿cómo voy a decir lo que no siento! Porque yo no dejo mis dineros; ¡nó! son ellos los que me dejan a mí; demasiado los he querido y mucho los quiero. Y al decir esto, una lágrima de desconsuelo apareció por sus hundidos y vidriosos ojos.

Al contar este caso y hacer la pregunta del concurso: ¿Qué es lo que deben decir con más verdad al morirse la mayoría de los ricos: Dejo mis propiedades, o mis propiedades me dejan? no hubo discusión alguna, ni sobre la razón por qué deben decir con toda verdad: Mis propiedades me dejan.

El Camaleón.

Se cuenta de este animal que, por pasarse gran parte de su vida quieto y con la boca abierta, se alimenta del aire. No dirían lo mismo los insectos que, forzosamente, como el carbón en la caldera, entran en su estómago. Pues menos que aire para el cuerpo son para el alma las riquezas y el deseo de amontonarlas que tienen la mayoría de los ricos; que por muchas que tengan, nunca les parece que bastan.

En ésta o en forma parecida se contestaba a la pregunta de ¿por qué nadie puede llenar las aspiraciones de su alma con las riquezas.

Caso horripilante.

Lo fué el sucedido a aquella señora rica que, tenida por muerta, fué dejada, al fin, en [illegible]

Universidad de Deusto
Biblioteca

del sepulturero; y, al querer éste arrancar a viva fuerza el anillo de su inchado dedo, volvió a la vida. Desde que cayó en la catalepsia, con hacerse cargo de todo lo que pasaba a su lado, no podía dar señal alguna de vida. La desdichada, allá en su interior, se encomendaba con todo fervor a la Santísima Virgen y le hacía promesas, como la que cumplió después, edificando con sus riquezas un templo en su honor.

Este caso dió no poco que pensar a todos los de casa al preguntarles qué enseñanza, a propósito de las riquezas, encerraba. Yo, de lo que otros discurrieron, saqué en limpio que, al muerto de nada le sirven ni anillos, ni coronas, ni otras tonterías; que tan sólo le aprovechan nuestras oraciones y buenas obras ofrecidas por su eterno descanso.

¡Vaya una bola!

En la otra pregunta, sobre la comparación con que habían hecho de algún modo ver lo que dura la eternidad, no había que discurrir mucho; lo que hace falta es imaginación viva para darse alguna cuenta de cómo una hormiga, andando por una bola de acero, como este mundo de grande, podría con sus pasos desgastarla. Me acordaba del caminito que dejan marcado las hormigas cuando van muchas en procesión unas tras otra. Si en vez del caminito sobre tierra movediza fuera una superficie de acero ¡qué desgaste harían en ella aun millares de hormigas, yendo y viniendo millones de años? ¡Pues qué será lo que desgaste sólo una, que se mueva lentamente! Pero al fin la desgastaría. ¡Y después de tantos millones de años, como si entonces empezase la eternidad! Es decir, otra bola y otras mil y millones de bolas tendrán que desgastarse. Este pensamiento sí que me da peso y me anima a sufrir lo poco que aquí tenemos que sufrir.

El padre de la Muerte.

La última de las preguntas nos hizo discurrir poquita cosa: ¿Quién trajo la muerte al mundo?

La Historia Sagrada que aprendimos de chicos, nos lo manifiesta o mejor dicho, Dios mismo que allí nos habla, y, al dirigirse a nuestros primeros padres, les amenaza con la muerte si comían del fruto prohibido. Ellos la ganaron es decir, el pecado nos la trajo, y el pecado es el que a tiempo debemos aborrecer, para que no nos traiga, tras ésta temporal, la muerte eterna.

Me ocurre ahora sacar la cuenta de las veces que hemos pensado despacio, en una u otra forma, en estas preguntas: la primera vez, cuando las oíamos platicar en los ejercicios; la segunda cuando las recordábamos en casa sirviéndonos de los papelitos que nos daban al salir; la tercera, al hacer este concurso, que llegó a casa a los pocos días; la cuarta, cuando oímos las soluciones en el Salón y, quinta, ahora, al acabar de leer este articulito.

P. O., Congr.

Uno que desciende de los monos.

El año pasado estándome yo paseando por el jardín zoológico de Londres, encontré a un conocido de ideas un tanto extravagantes.

No sé cómo salió la conversación referente al origen del hombre y nos enzarzamos en esta cuestión, mientras nos entreteníamos contemplando los movimientos de una partida de monos que estaban dentro de una gran jaula.

De pronto mi interlocutor se vuelve hacia mí y dice:

—Oiga usted, yo creo, y se ve palpablemente que es así, que los hombres descienden de los monos!

Yo no le respondí nada y pensaba en mis adentros hasta dónde llegaría la estupidez de aquel pobre darwinista. Así pasé un momento cuando me repitió el mismo dislocado pensamiento. Con el buen humor que tenía, quise reírme un poco de él; y al ver que uno de los monos se disponía a bajar de un árbol, cuando ya estaba a la mitad de su camino, me volví a mi compañero y le dije:

—Bueno, eso de que los hombres desciendan de los monos podría discutirse, lo que no hay que discutir para nada es que, así como los hombres descienden de los monos, como usted dice, los monos, a su vez, descienden de los árboles.

Pues, ¡señores! no se puso de poco genio el descendiente de los monos! Lo primero que hizo fué cambiar de conversación, y con el pretexto de que anochecía se salió del jardín y se fué no sé dónde.

Y ¡tanto discurren algunos hombres que lleguen a equipararnos con los monos! Merecían serlo.

F. E., Congr.

El sereno de mi pueblo.

No sé, me decía mi amigo, si te habrás dado cuenta, como yo, que me he pasado unos veranos entre pescadores y otros entre labradores, de lo pendientes que están todos ellos de la mano de Dios. Claro, como que los unos tienen siempre la mirada fija en las inquietas aguas del mar y los otros en las nubes que, a veces, recorren el cielo; no de otro modo que el niño que mira al rostro de su padre, para averiguar si está con él contento o enfadado.

En el pueblo en que he pasado parte del invierno, lo mismo cuando el suelo blanquea cubierto con capa de nieve, como cuando el cielo luce engalanado de estrellas, los tranquilos moradores, descansando de noche de sus tareas, parece que han dejado su corazón velando en la puerta de su vieja iglesia: cada vez que da la hora, desde las diez de la noche, hasta las cinco de la mañana, sale una voz de aquellos callejones y encrucijadas, que encierra en sí la voz de todos los que descansan, y contiene algo de súplica y algo de alabanza, de himno de acción de gracias, y de reverencia hecha al Altísimo: pues, antes de cantar la hora, manda al cielo, en nombre de todos, aquella tan sentida como dulce frase para todo cristiano: *Alabado sea Dios;* y, según está el tiempo, añade: *lloviendo, nevando* o *sereno.* Y, como éste suele ser el tiempo más ordinario, de ahí le ha venido el nombre de sereno al que pregona y vela por la seguridad de los que duermen, en él y, sobre todo en Dios, confiados.

Cuántas costumbres de éstas se van perdiendo y con ellas mucha de aquella fe y cristiandad, que hizo sufridos y esforzados a nuestros antepasados.

Ahora, aun de día, molesta oír hablar de Dios a muchos que se tienen por cristianos.

G. S. C., Congr.

Un pequeñín ya maestro.

Rezando estaba yo en el coro de la iglesia, este verano, cuando he aquí que un niño, cuyos dos palmos de estatura revelaban su inocencia, distrajo mi atención. Cruzados al pecho sus bracitos, con paso lento, impropio de su edad, bien arreglados sus negruzcos cabellos, atravesaba el diminuto prohombre la única nave de la iglesia y dirigíase hacia la pila de agua bendita. Era ésta, hermosa concha circular de blanco mármol sustentada por artística columna. Alargó el tierno niño su mano, púsose de puntillas, estiróse cuanto pudo, y, a pesar de muchos esfuerzos, no logró humedecer las puntas de sus deditos en el agua purificadora. ¿Qué hacer? Aguardó unos instantes a su madre, que venía un tanto rezagada, y se sonreía interiormente al contemplar la maniobra de su hijito. Colgóse éste de sus brazos, al tiempo que recibía un maternal abrazo y, alargando entonces su mano pudo fácilmente tocar el agua bendita.

Mas no penséis que se santiguó en el acto; esperó a que su madre le dejara en el suelo y, entonces, como quien está bien penetrado de la sublimidad de aquella ceremonia, hizo la señal de la Cruz con reposo; se arrodilló, rezó con su madre unos Padre nuestros y, brincando corrió a su casa.

Qué enseñanza para muchos cristianos, que, mirando a la pila de Agua bendita desde cierta altura (desde la altura de la presunción), no se quieren *abatir* a trazar la señal de la Cruz sobre su frente; y si se santiguan es, haciendo un garabato o gesto ridículo, no una verdadera Cruz que representa el símbolo de nuestra redención.

E. M., Congr.

¿Quién fué más feliz?

En una aldea de Flandes, un honorable campesino tenía dos hijos: Gaspar y Conrado.

Poco antes de morir, díjoles su padre: "Creedme, hijos míos, continuad cultivando juntos este caserío porque, una vez vendido, la parte que a cada uno os toque será demasiado pequeña.

Murió el padre, y Gaspar dijo a Conrado: "Vivamos juntos, según el deseo de nuestro padre".

"No, respondió Conrado, en el campo nunca se hace uno rico, y yo quiero ser rico para poder vivir en magnífica casa. Repartamos nuestros bienes y cada uno de nosotros hará, independientemente, lo que mejor le parezca". Y así lo hicieron.

Con la parte que le correspondió, alquiló Gaspar un pequeño caserío, poco después otro mayor. Por fin, pudo comprar uno por cuenta propia y vivió en él. Casóse bien y fué padre de numerosa familia. Tenía buena salud, disfrutaba trabajando, descansaba tranquilamente, a sus horas y no les faltaba a los suyos honestas distracciones.

Conrado, por el contrario, fué a la ciudad y empleóse de comisionista. Comerció después, por su cuenta y llegó a poseer regular fortuna. Hubiera podido casarse como su hermano y ser un feliz padre de familia, pero sólo pensaba en trabajar día y noche para amontonar dinero.

Muchas veces se decía: "Llevo una vida dura, pero paciencia, que mejor vida será la mía cuando me retire a descansar a mi gran casa".

Su cuerpo se iba debilitando su cara se arrugaba y sus cabellos blanqueaban. Por fin, ahorrando y trabajando, al cabo de cuarenta años, Conrado hizo la fortuna suficiente para comprar su soñada casa. La compró en su país natal y la amuebló con todo lujo de comodidades. "Ahora, se decía, frotándose las manos, voy a vivir"... Seis meses hacía que habitaba en el castillo cuando murió.

Aunque heredó de su hermano su magnífica casa, Gaspar sintió mucho su muerte; pero, poco a poco, su pena se fué aminorando.

Instalóse con su familia en la magnífica vivienda, supo administrar su gran fortuna con modestia y disfrutaba, gastando gran parte de sus riquezas, en hacer bien a sus semejantes. Murió de edad avanzada, llorado de todos.

Conrado había vivido sólo seis meses, y Gaspar había vivido toda su vida. No es vivir la vida del ambicioso; es sobresalto y ansiedad es sed que no se apaga.

L. M. B., Congr.

Como éste debo ser

El conde José Melodoki, polaco, fué una de las numerosas víctimas de la feroz persecución iniciada en 1863 por los rusos contra los católicos.

Despojáronle, por de pronto de todas sus propiedades de la Polonia Rusa, evaluadas en varios millones de pesos.

Pero, llamado luego por el Gobernador de Kien, prometieron devolverle todos sus bienes con una sola condición.

—¿Cuál?, preguntó altivamente el noble polaco.

—Bien poca cosa, le respondieron; que renuncies al Catolicismo para entrar en la Iglesia Griega.

—A mi fe no se le pone precio, contestó noble y varonilmente Melodoki. Quedaos allá vosotros con todas mis propiedades, que yo me quedo con mi fe y con mi Dios.

Y, así diciendo, se retiró a la Galitzia Austriaca, orgulloso en su pobreza de haber confesado con valor a Cristo, que a su vez, lo había de confesar a él por suyo ante el Eterno Padre; y contento de perderlo todo por quien había perdido por él hasta la vida.

Nobleza ob'iga... Cuando el demonio os venga ofreciendo cualesquiera gustitos, pasatiempos o diversiones a condición de que pequéis; ¿no tendréis valor para responderle, que se quede allá con todo, que vosotros preferís quedaros con vuestro Dios?

V. V., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Unos valientes.

Voy a contarte algunas hazañas de los jóvenes marineros del pueblo donde he veraneado; son valientes de verdad:

Íbamos una mañana paseando por el morro, como aquí le llaman al muelle, dispuestos a dejarnos mecer sobre las olas, cuando oímos blasfemar a un desgraciado, que no era del pueblo, y estaba allí trabajando. Oír la blasfemia y lanzarse sobre él los marinos, para echarle al mar, fué cosa de un momento; aunque no tan instantaneo, que no pudiéramos intervenir y darle otra lección, no menos eficaz, aunque más seca, con la que quedó corrido y prevenido para quitar su infernal costumbre.

Fuimos otro día, a la entrada de la noche, a probar una afamada sidra. Sonó entonces el toque del Angelus y, con estar la sidrería, fuera y dentro, llena de jóvenes y de no tan jóvenes, todos, con la mayor naturalidad y sin respeto humano, se pusieron de rodillas a rezar las consabidas Ave Marías y, rezadas, volvieron tranquilamente a coger las cartas y a jugar.

Otro día, muy de mañana, salí con mis primos en una lancha que iba de pesca. Cuando llegamos a la altura en que les pareció que habría sardinas, antes de echar las redes, rezaron devotamente un Padre Nuestro. Así acostumbran a hacerlo siempre, y así les bendice Dios a los que tanto en El confían.

Otra prueba de su religiosidad de buenos marinos es la que dejan inscrita en sus lanchas y barcos: a todos ellos ponen por nombre el de algún Santo.

R. G., Congr.

Buena venganza.

En una hermosa mañana de primavera en la que el sol resplandecía en todo su esplendor y el ambiente estaba saturado por el aroma de innumerables árboles frutales cargados de flor que se alineaban a ambos lados de la carretera; corría, con su acostumbrado trote y el ruido de los cascabeles, la diligencia, que era el único medio de locomoción que unía aquellos pueblos en la época en que ocurrió lo que vamos a relatar.

Hacía, todavía, poco tiempo que la diligencia había comenzado su camino cuando un joven, que ocupaba junto al mayoral un sitio en el pescante, al darse cuenta de la presencia en la diligencia de el buen don Juan, como llamaban sus feligreses al virtuoso párroco de uno de aquellos pueblos, dijo: ¡Ya está ahí! ¡Cuac! ¡Cuac!, imitando el canto de los cuervos.

—El buen señor dirigió una mirada de compasión al insolente y, sin ocuparse más de él, cogió el breviario, se santiguó y se puso a rezar. El mayoral empuñó el látigo, se oyó un chasquido, y el tiro, formado por unas pobres mulas, que en sus buenos tiempos no fueron del todo despreciables, continuó su marcha, alegrando a los viajeros con el sonido de los cascabeles, y dejando en pos de sí una espesa nube de polvo.

Apenas siguió la diligencia su marcha, cuando el mismo joven, que según parece, era un mal estudiante y peor cristiano, de uno de aquellos pueblos, volvió a las andadas con chistes irreverentes, y convirtiendo el pescante en tribuna mitinesca, espetó un discurso contra todo lo más santo y sagrado. La Religión, la familia, la propiedad y, principalmente el clero, el pobre clero, fueron vilmente ultrajados por aquel energúmeno, que en su improvisada perorata desarrolló los temas de menos sentido, aprendidos en autores ateos. El buen sacerdote seguía rezando sin levantar los ojos del breviario; pero el cotarro empezaba a alborotarse, porque ninguno de todos aquellos viajeros estaba conforme con las estúpidas y descabezadas teorías defendidas por el aún más descabellado estudiante, y ya se había levantado de su asiento uno de esos aldeanos sanotes de alma y cuerpo para dar su merecido al deslenguado, cuando una de las mulas de varas, que había sido atada muy flojamente por el mayoral, selló con un hermoso par de coces los labios del estúpido propagandista, que fué derribado del pescante, con toda la cara ensangrentada, y hecho por el golpe todo su cuerpo, una lástima. Con tan poca suerte cayó el desgraciado al suelo, que estaba a punto de despeñarse por un precipicio.

Entonces, nuestro párroco, en un arranque de sublime generosidad y heroismo, sin tener en cuenta el peligro que corría, se arrojó del coche y llegó a tiempo para coger por la espalda a Federico, que así se llamaba el desdichado, en el preciso momento en que se hallaba a unos dedos del precipicio.

Un segundo más y su cuerpo se hubiera estrellado contra un enorme peñasco, al caer desde más de veinte metros de altura.

Esto impresionó tanto a Federico que, como obedeciendo a una llamada de la gracia divina, besando la mano del sacerdote le dijo con los ojos arrasados en lágrimas: Padre, soy un miserable; yo os ultrajé, y con grave peligro de vuestra vida habéis salvado la mía. Perdonadme, y al decir estas palabras, cayó arrodillado a los piés del buen sacerdote.

Levántate, hijo mío, le dijo éste. Dios te perdone, como yo te perdono y como te perdonan seguramente aquellos a quienes hace pocos momentos habías acabado de ofender con tus insolencias e impiedades ridículas.

Este corto diálogo enterneció a los circunstantes, que se dieron por satisfechos con el castigo. Curado Federico de primera intención, volvieron a acomodarse los viajeros en sus respectivos puestos. La diligencia emprendió de nuevo su carrera entre los chasquidos del látigo del mayoral y el sonido de los cascabeles de las mulas levantando espesas nubes de polvo, al atravesar, rauda como el viento, las llanuras inmediatas al final del trayecto.

Federico descendió del coche y voló a su casa presuroso para abrazar a su querida madre. Las oraciones y los cuidados de ésta le devolvieron en poco tiempo la salud del alma y del cuerpo. Sano y regenerado volvió a la capital, donde llevó vida ejemplar, terminando con mucho lucimiento la carrera y ocupando hoy un lugar preferente en su profesión.

Ahora es un buen cristiano y una persona muy honorable.

J. R., Congr.



Núm. 138.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Enero de 1925

"El secreto de una cueva".

Fué el último día de Noviembre, primero de la Novena de la Inmaculada, cuando Luis María, joven de 15 años iba solo, con el gabán muy ceñido y el cuello levantado, de prisa, sorteando con soltura los grupos de gente que circulaban por las aceras.

Era Domingo; ya casi de noche, y a lo lejos llamaban a la Novena, solemne y maternalmente, las campanas de la Residencia.

Luis María apretó el paso para llegar a tiempo: cruzó la calle y desembocó en la plaza para tomar otra calle. Al poco la encuentra impedida por la gente que espera delante de las taquillas, donde racimos de chiquillos comentan los carteles que tienen a la vista.

Luis María mira instintivamente los títulos. En efecto, era la misma película de que había oído hablar en casa a su hermano mayor.

El anuncio grande y chillón cubre todo el tablero: cuadro negro, de líneas negras; el cuerpo de las figuras en verde: un verde crudo y negruzco con pinceladas como tinieblas. Estas palabras, como llamaradas de pez, dicen:

El secreto de una cueva

Drama brujo.—Película en 4 partes

La figura es inquietante. De un brasero extraño sube el humo en enigmático espiral, que se va abriendo, abriendo... hasta formar las barbas y el busto del viejo hechicero. Este, parece adelantarse misteriosamente hacia el público con una redoma de vidrio que tiene como reflejos de maleficio. Las patillas y las barbas las lleva retorcidas como llamas verdes, que terminan en grumos espiralados; algo así como lo que vemos en la oscuridad al oprimirnos las pupilas. Los ojos del viejo son circulares, abiertos, taladrantes, con un brillo amarillo-verdoso, color de fósforo.

No se le puede mirar, no se resiste la punzada de aquellas sus pupilas como de fantasma.

Luis María le contempla un rato intranquilo, y se dice entre sí: ¡Bah! ¡ya no llego aunque corra!... y ¡total por un día!... Y con el gesto de quien quiere aturdirse a sí mismo, pide una entrada.

Se acomoda. Pasan dos, cinco, nueve minutos eternos, ¡aún no es hora! De pronto se apaga todo y aparecen las letras del título que se clavan en la pantalla:

El secreto de una cueva

Primera parte

¡La luz de las letras tiene una vibración diabólica! Un corte brusco... y empieza la película. En un gran óvalo, la cabeza monstruosa del brujo mira pausadamente tres veces a todo el público, como para hechizarle. Los ojos van pasando por todos los tonos: desde el verde más vivo a un mate gris. Adelanta la cabeza; abre la bocaza... y desaparece en una bocanada de humo. Transición. Arrabal sucio de gran ciudad. A la puerta de una casucha mugrienta, un grupo repugnante maniobra en silencio, con actividad febril que aturde...

¡Luis María no puede más! Se levanta de un salto, hace trizas la entrada y de dos brincos se planta en la calle.

¡Se ahogaba! Aquello era horrendo!

El, que había llegado allí con el mejor humor del mundo.... Pero ¿quién le mandaba meterse en aquel ambiente de pesadilla? Sí, estas películas son un asco, ¡un asco! Eso no es divertirse; ¡eso es torturarse el pecho!...

Huyendo y renegando llega a la iglesia de la Residencia y empuja la puerta. El templo está repleto. Una oleada cálida de oraciones y de incienso le envuelve, más que el cuerpo, el alma. Entra y se pone de rodillas detrás, cerca de la puerta. El Rosario y el sermón han terminado, y se rezan las últimas oraciones de la Novena. Allá, en el fondo, sobre el mar oscuro de cabezas, el oro del retablo, centelleante de luces, se abre como un amanecer de ideales. María, la estrella blanca y azul, aparece como en un fondo de luz que hace como entrever un girón abierto en el cielo.

El rumor de oraciones crece, como que el pueblo entero contesta a las súplicas; ruega

Universidad de Deusto
Biblioteca

a la Madre de Dios, Madre de pecadores, para la hora suprema de la muerte.

Una alegría, como nunca ha sentido, invade el pecho de Luis María. Siente ansias de ser bueno, ¡muy bueno! Lo quiere y... lo consigue con decisión, a pesar de las burlas, a pesar de la seducción de las diversiones...

¡Aquí, en el templo, se siente feliz, sereno, dueño de sí, puro y casto a los quince años, bajo la mirada de la Virgen Inmaculada! Al poco oye una campanilla, y Luis María alza los ojos humildes, y ve desde lejos la Sagrada Hostia que está marcando en el aire una cruz. le está bendiciendo; y se encuentra ya fortificado para la lucha.

Salen los fieles; y detrás, cuando el silencio y las tinieblas empiezan a esparcirse en la nave, sale él, pensativo, a solas, entre el movimiento dominguero de la noche; se había purificado, acercado a Dios, aborreciendo para siempre aquellas enervantes diversiones.

M. J. A., Congr.

¡Vaya con el gaitero!

Al desierto, donde ni nacen flores que embalsamen el ambiente, ni corren alegres y bulliidores riachuelos, ni se oyen armonías de pintados pajarillos, sino que todo es silencio, tristeza, soledad, acudían en remotos tiempos miles de hombres que, *huyendo del mundanal ruido*, buscaban en la vida eremítica, paz para sus almas, sosiego para sus corazones.

Uno de ellos fué San Pafnucio, de nombre raro, como veis, pero que, a pesar de nombre tan raro, y de las arrugas que surcaban su frente y sus mejillas, y con todo y parecer su cuerpo más que cuerpo de hombre, un manojo de raíces de árbol, que evocaba recuerdos del sepulcro, pues a tal estado le había reducido con sus recias y contínuas disciplinas, dícese que era un anciano simpatiquísimo cuya cabeza, blanca como la nieve que corona las montañas, daba a todo su continente un tinte algo celestial, y los ríos de dulzura que de sus labios se derramaban en los corazones, le hacían tan amable y bondadoso que con ansia, como a un ángel del cielo, todos le buscaban.

Hallábase cierto día en recogida oración nuestro santo eremita, cuando el Señor le dió a entender que en una aldehuela de Egipto existía un gaitero cuya santidad se igualaba nada menos que con la suya.

Púsose en camino el buen Pafnucio para ir en busca del revelado gaitero.

Preguntó por éste, no bien hubo llegado a la aldea y... ¡oh sorpresa y maravilla! enteróle la gente que el gaitero estaba tocando en la taberna para divertir a los repugnantes bebedores que frecuentaban aquel inmundo garito.

Sin duda, me imagino yo que al oir esto el bueno de San Pafnucio, arrugaría el entrecejo, levantaría los ojos al cielo, buscando modo de cohonestar estas dos palabras, al parecer, contradictorias: ¡santo... y en la taberna! Vamos allá y veamos, díjose para sus adentros Así que dió con el festivo recreador de los devotos de Baco, llamóle aparte para que le diera cuenta de su vida espiritual y obras buenas, que hubiese practicado.

Una burlona y sonora carcajada que retiñó en los oídos de Pafnucio, como un fogonazo descargado a quemarropa fué la primera respuesta de aquel gaitero que, más que santo, diríase una incógnita por resolver.

¿Obras buenas? exclamó por fin, ¿yo vida espiritual? vamos... sí... me acuerdo que allá cuando era yo ladrón, salvé el honor de una virgen consagrada a Dios; y en otra ocasión entregué de limosna cierta cantidad de dinero a una doncella pobre, muy necesitada.

Se despidió como pudo S. Pafnucio de hombre tan singular y no pudo menos de exclamar asombrado: ¡Vaya con el gaitero!, a quien el Señor le ha otorgado gracias iguales a las mías, por impedir durante su estragada vida de ladrón dos pecados mortales, por haber librado del infierno a dos almas que hubieran caído en él.

¡Cuánto estima Dios el celo por la salvación de las almas! Con la oración, con el buen ejemplo y la limosna, ¡a cuántos podemos salvar!

D. R., Congr.

El tío Patata.

Erase un señor solterón, bien conservado, entrado en años, con tanto dinero como avaricia, que era muy crecida; y tanta que el único sobrino, ni presentándose con su más bonita cara, ni después de comer, cuando el tío estaba más satisfecho, pudo sacarle una mísera peseta, ni como aguinaldos en tiempo de Reyes.

Mucho menos le sacaban para obras de caridad; todo era decir y repetir: "¡Habráse visto! siempre están pidiendo", y podía haber añadido a esa su cantinela: "y yo nunca doy nada".

El sobrino, cuando hablaba de él, le llamaba "mi tío Patata"; y cuando le preguntaban por qué le llamaba así, respondía: "Mi tío es, o va a ser como las patatas, que sólo dan cuando están debajo de tierra."

Ni quiso hacer testamento, no sé si por no gastar, o por parecerle que ya tenía que soltar los cuartos que había ido toda la vida acumulando.

¡Cómo se reía el sobrino de su tío Patata, no sólo en sus adentros, sino también con sus amigos. Más el gozo llegó a desbordarse al morir el tío Patata. "Ahora que le enterremos, repetía el sobrino, tiene que dar aunque no quiera."

Y así fué: el sobrino se quedó con todo, menos con los miles de duros que por derechos reales se llevó el Estado, y dejó la oficina, donde honradamente trabajaba, y se dió la gran vida, riéndose a la contínua de su tío, que le había preparado tan a su costa tanta felicidad.

Pero tampoco fué feliz: sin trabajar y con los vicios consiguientes al ocio y al dinero, perdió la salud y pronto la vida.

No hay como la honradez y el trabajo y la generosidad de ánimo para tener larga vida y disfrutarla. ¡Qué disfrutarán los ricos, que todo les parece poco y van amontonando en el Banco su dinero, para que se rían de aquel su afán de acumular sus herederos! ¡Cuánto más disfruta y goza el que siente la satisfacción al cubrir necesidades corporales y espirituales tan pronto como las conoce!

J. N., Congr.

De mi abuela.

Yo así la llamo; pero ni es la madre de mi madre, ni tampoco de mi padre; ¡mas es tan simpática! ¡¡La quiero tanto...!

—Abuela, cuénteme un cuento

—Hijo, como no sé de letras, tampoco sé de cuentos.

—Sí que sabe. Cuénteme un cuento, abuela.

—Ya que te empeñas, contaré un cuento que no lo es. Es mi historia: Mis padres tuvieron buena posición; pero murió mi madre cuando yo tenía 9 años, y desde entonces tuve que conocer lo que era no tener madre. Me casé y viví pobre. El corto jornal de mi marido no llegaba más que para pan. Muchas noches, al acostarme, notaba que se había terminado cuanto había en casa de comer; pero estaba contenta, aquél día mis hijos habían tenido pan; mañana... Dios proveerá. Y como estaba en manos de Dios, me acostaba tranquila. A la mañana siguiente, no faltaba quien me dijese: "Simona, toma ésto para tus hijos". Aquel día también se había acordado Dios de mí.

Pasaron unos años. Nosotros teníamos entonces unas tierras a renta y con el producto de ellas nos alimentábamos. Pero un día... cayó mucha piedra y Dios nos dejó sin nada. Mis hijos entonces eran mayores y dijeron: "Madre, iremos a Bilbao a trabajar. ¡Tenemos aquí tan poca suerte...! Y se fueron.

Había pasado ya algún tiempo y yo no podía vivir sin ellos. Por fin, un día, dije a mi marido: "Voy allí, al amor de los hijos". Y él se quedó y siguió regando con su sudor aquella tierra que tan ingrata le había sido.

Una mañana por fin, me decidí. Me acuerdo que dije a mi chiquilla: Anda, entra en la tienda de en frente y paga un pan que debemos. Me sobraron cinco reales. Y con todos estos recursos nos pusimos en camino.

Íbamos carretera adelante; en un brazo llevaba a mi Raimundo, que entonces tenía 3 años, y con la otra mano agarraba la de mi Dolores, que tenía nueve. En el camino nos encontramos con un carro; yo quise apoyar a mis hijos en él, para descansar; pero el carretero se puso furioso y principió a blasfemar, de tal manera que, horrorizada, le dejé pasar. Aquello era una contrariedad que el Señor me enviaba para probar mi fe; pero pronto quedó premiada, pues a poco vino otro carro y su dueño nos invitó a subir en él. Nosotros no queríamos porque estábamos muy asustados; mas él insistió tanto, que al fin, nosotros hubimos de montar. Yo iba muy contenta, teniendo allí a mis hijitos y con la esperanza de abrazar pronto a mi Tomás y a mi Timoteo.

De esta manera llegamos desde Fitero hasta Calahorra. Allí Dios, que nunca me abandonaba, me deparó una sobrina que restauró nuestras fuerzas, ya perdidas, con un sabroso almuerzo. Nunca he comido más contenta y con más gusto. Nos pagó el billete hasta Logroño y allí, otra parada. Se había acabado el carbón para hacer andar el tren.

Pasamos la noche en casa de un primo carnal y, a la mañana, cuando me disponía a pensar cómo seguiría mi viaje, el Señor, que dirigía mis pasos, me hace dar, apenas salgo de casa, con un señor que había sido médico de mi pueblo.

—¿Qué vida, Simona? ¿Cómo usted por aquí?

—Voy a Bilbao, allí, a vivir con mis hijos.

—¿Y cuándo piensa marchar?

—Yo quisiera irme mañana; pero mientras no tenga posibles...

—No diga usted eso, que no es verdad. Mañana vaya al tren correo.

No hablamos más. Al día siguiente me esperaba en la estación la cocinera del médico; digo mal, un ángel de Dios; me había sacado los billetes hasta Bilbao y me traía una cesta llena de comestibles. Yo no acababa de dar gracias a Dios. ¡Si supieras qué contenta iba!...

Pasaron unos años; ya mi marido había venido a vivir con nosotros; y después de trabajar mucho y ahorrar todos, conseguimos poner una carbonería; pero en seguida de ponerla sobrevino una huelga de tres meses que nos dejó en la calle. Y ésta fué la tercera vez que quedamos pobres. Poco después marcharon dos de mis hijos a la Argentina, privándome del consuelo de tenerlos; mi marido enfermó gravemente y, desde entonces, ya no ha podido trabajar más; yo me multipliqué cuanto pude para dar de comer a los hijos que me quedaban y a mi marido.

Y ahora, ya ves, protegida por los hijos, se acabó ya la época de las pruebas; ahora el premio, y después... después será más grande.

Y al decir esto, mi abuelita, se cruza de brazos y me sonríe con una cara tan satisfecha, como quien había confiado en Dios y nunca se había visto abandonada.

F. de T., Congr.

Los dos ricos.

En el mejor piso de su casa vivía don Antonio con su familia, sin que le faltara ninguna de las comodidades modernas, aunque el chofer ya le probaba a veces la paciencia, haciéndose esperar sus buenos ratos.

Con tener buenas rentas de sus casas y valores, eran más sus gastos; y, aunque lo sabía, no se resolvía a dejar el auto y otros lujos, que le desnivelaban diariamente el presupuesto.

En la buhardilla de su casa vivía el portero Pedro con sus hijitos; uno de estos, ya le ayudaba a machacar la suela y a otras rudimentarias labores; con lo que venía a sacarse sus 10 ó 12 pesetillas, y a vivir holgadamente, sin privarse de nada que le fuera conveniente; y aun así, le sobraban sus 20 ó 30 pesetas al mes, que iban engrosando poco a poco su libreta de la Caja de Ahorros.

A un buen vecino que conocía muy bien a las dos familias, le daba no poco que pensar el modo distinto de vivir de estas dos familias; y lejos de envidiar al dueño de la casa, le tenía compasión. ¡Qué mal educa éste a sus hijos!, se decía, pues éstos se figuran que son muy ricos, y con esto muy malos estudiantes.

Universidad de Deusto
Biblioteca

¡Cuánto más valen y van a valer los hijos de nuestro portero! Ya Juanito, que ha sido de los primeros en la escuela, le está ayudando a su padre, y los demás ¡con qué gusto se prestan a hacer cualquier cosa que se les mande! La verdad que es más rico este portero que el amo de la casa; pues a éste le falta y a aquel le sobra y ahorra dinero; el amo quisiera tener más de lo que aparenta; en cambio, el porterito está satisfecho y contentísimo con su suerte. ¿Quién es más rico?

J. N., Congr.

Otros dos ricos.

Acompañando el otro día a mi padre de paseo, nos saludó un amigo suyo de la infancia, y tan largo fué el saludo que duró toda la tarde, hasta que le dejamos en la puerta de su casa.

¡Cuánto más se aprende oyendo hablar a personas mayores y de sano juicio, como era este caballero, que no pensando y discutiendo siempre de novelas y películas!

No sé a propósito de qué, nos habló de dos ancianos que él trató mucho, que con ser muy amigos pensaban de muy distinto modo; los dos estaban en muy buena posición; habían trabajado mucho en sus buenos tiempos y descansaron después, dedicándose a pasear y curiosearlo todo.

El menos anciano de los dos, ante cualquier novedad que veía en los escaparates, se paraba sorprendido y echándola de menos, ¡qué bonito es esto!, le decía a su compañero señalándola. ¡Con qué gusto la compraría!, y frases como ésta se le escapaban a cada cosa nueva que le llamaba algo la atención: todo lo deseaba tener y algunas, en efecto, las tenía, pues acababa por comprarlas.

Su compañero era de condición muy distinta, por no decir contraria. Eso sí, se deleitaba viendo cosas curiosas; pero, más que viéndolas, gozaba con repetir constantemente: Ninguna de esas cosas necesito; por esto sólo me considero feliz; se pasa mejor la vida con menos necesidades; como que Dios es el más feliz de todos, porque de nada necesita.

¿A quién de estos dos ancianos envidiaríamos? ¿Quién discurría mejor?

F. L., Congr.

León apresado.

El soberbio león acaba de ser muerto y deja en la selva a la leona y al cachorro. Poco tiempo después, el leoncito arde en deseos de recorrer el mundo; pero su madre le reprende: —Mira, hijo mío, fuera de estas soledades que forman tu imperio, encontrarás, entre otros peligros, al más temible, al más cruel de tus enemigos, al que te hizo huérfano, ¡al hombre!

Mas el leoncito, creyéndose bravo, se fué a probar fortuna.

El primer día encuentra un buey.

—¿Eres tú el hombre?, le dice.

—No, le contesta el buey. Ese de quien me hablas es mi amo; él me unce al arado, y si mi marcha le parece lenta, me pincha las carnes y me hace andar listo.

Al día siguiente encuentra un caballo mordiendo un freno.

—¿Eres tú el hombre, pregunta al caballo.

—No, contesta éste: soy su servidor; cuando no corro como él desea, me clava en los ijares unas ruedecitas llenas de pinchos.

Algún tiempo después descubre un animal inmenso. Este debe ser, se dice.

—¿Eres tú el hombre, no es verdad?

—Te equivocas, responde el animal, soy el elefante; y ese cuyo nombre acabas de pronunciar, es mi amo y señor; yo le llevo sobre mis lomos cuando viaja, o sale a la caza del tigre.

De pronto oye unos golpes sordos y a intervalos iguales, salidos del fondo de la selva. Intérnase en ella y ve un roble medio cortado y próximo a caer. Se dirige al roble y le pregunta:

—¿Eres tú el hombre?

—¿Qué dices? el hombre es ese que está ahí y acaba de cortarme y a cuyos golpes muero.

Al verle el león al hombre tan débil y de tan pequeñas proporciones, deja caer estas desdeñosas palabras:

—¿Y eres tú ese de quien mi madre me hizo tan terrible pintura? ¿Y uno de los tuyos fué quien se atrevió matar a mi padre? ¿Eres tú de quien me aconsejaban que huyese?

—Sí, yo soy, contestó tranquilamente el leñador.

—Pero, desgraciado, ¡si eres la imagen de la debilidad!

El hombre, sin dignarse responder, hizo un corte profundo en el roble que acababa de echar por tierra, y luego, volviéndose al león, le dice:

—¿Tan débil te parece que soy? Mira ese roble que, veinte veces más alto que yo, se alzaba derecho y orgulloso; ahí le tienes por el suelo. Ya ves lo que puede mi brazo. Ni son tan sólo mis flojos músculos lo que únicamente puedo oponer a tu fuerza: la idea, el pensamiento, el cálculo, me hacen dueño de ti. ¿Dudas aún? Pues bien, mete tu pata en esta hendidura, si te atreves, añadió mostrando el corte que había hecho en el tronco y mantenía abierto con el hacha.

Al oir "si te atreves", el leoncito metió la pata sin vacilar. El leñador, entonces, retiró el hacha y la fiera quedó apresada.

Y con poder tanto, ¡qué poco puede el hombre, que un mal pensamiento a veces le echa por tierra, y cae mucho más fácilmente cuando se pone, como este leoncillo inexperto, en la ocasión y echa como él bravatas!

F. L., Congr.



Núm. 139.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Febrero de 1925

¿Desde cuándo soy peor?

Pepe era un muchachito suelto y simpático, de 13 años, a quien sus padres, creyendo hacerle un gran favor, jueves y domingos, porque se portaba bien, lo llevaban al cine. No parecía sino que querían sus papás que en el cine aprendiera a portarse mal. Pero Pepe era recto y juicioso, y discurría muy de otro modo: estaba asqueado de los enredos más o menos torpes que veía.

Terminó el curso y, como listo que era, sacó notas brillantísimas; sus papás, no hay que decir, estaban locos de alegría. Su padre, especialmente se gozaba que Pepe salía a él, pues había hecho brillantemente su carrera, y le ofreció un premio, el que él quisiera. Pepe, después de haberlo pensado, le dijo a su papá:

—Pues, mire papá; que no me lleve más a ningún cine.

El papá quedó hecho una pieza ante tal contestación.

—Y eso ¿por qué?

—Porque mire, papá; en el cine se aprenden cosas malas, y yo ahora no soy tan bueno, ni con mucho, como antes; además, en la Congregación nos repiten que hay que tener mucho cuidado de no manchar el alma, porque podemos morir; y yo tengo mierdo a Dios; así que no me lleve más al cine.

Su papá, admirado de lo bien que discurría su hijo, no volvió a tentarle ni consintió que ninguno de su casa sin enterarse de si era buena la película, pisara más el cine.

L. A., Congr.

El mejor consuelo.

Se cuenta o cuenta el P. Dorelli, de la Compañía de Jesús, misionero del Tonquín, que al pasar de una Misión a otra, tuvo noticia de que una pobre joven cristiana, medio muerta, que empezaba a corromperse, estaba tendida en un extremo de la selva junto al camino; había sido llevada allí por sus padres idólatras y despiadados, y abandonada para que muriese antes; pues esta es la costumbre de muchos paganos en las enfermedades molestas e incurables.

El Padre la buscó y la encontró. Tan pronto como ella le vió, con el crucifijo sobre el pecho, volvió del todo en sí y llenóse de alegría; pero el Misionero al verla se llenó de horror: tan lívida estaba, tan desfigurada y hasta gusanienta; el hedor que despedía aquel vivo cadáver, apestaba. Pero el Padre venciendo la repugnancia de la naturaleza, y sentándose a su lado, la confesó primero y después, queriéndola consolar y animar: "¿Deseas curarte? la dijo.

Y ella contestó: "O curar, o morir, o padecer así. Yo deseo sólo el placer de Dios; además no sé, pero me parece que sana no tendría esta consolación que tengo enferma, cuando pienso que cuanto más padezco, tanto más me parezco a mi Jesús crucificado." Al decir estas palabras, se echó a llorar sin poder contenerse.

El Padre, entonces, tratando de consolarla, le habló del premio eterno con que Dios pagaría sus padecimientos.

Pero ella conteniendo el llanto: "No lloro de aflicción, respondió, sino de consuelo."

Está probadísimo que no hay mayor alivio en todas las penas y dolores, que pensar en lo que Cristo padeció por nosotros.

J. B. M., Congr.

Un valiente apóstol

El R. P. Crawley, de la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, el apóstol iniciador e infatigable de la entronización del Corazón de Jesús en los hogares, cuenta el siguiente caso en que él mismo intervino.

Preparaba en cierta ocasión un niño para la primera Comunión. Era Carlos tan piadoso y angelical, se daba tan entera cuenta de la grandeza del don de que iba a participar, que no pudo menos de venir la víspera del día feliz de su primera Comunión para hablar con su Director espiritual:

Universidad de Deusto
Biblioteca

—Padre, ¿cómo podré mostrar mi gratitud al Niño Jesús por la infinita gracia que me va a conceder al entregarse totalmente a mí en la Sagrada Comunión? ¿Qué puedo ofrecer a Jesús Sacramentado?

—Hijo mío, replicó el P. Mateo, ante todo debes prometerle vivir una vida digna del Huesped divino que va a venir a tu pecho, y no hallarás medio mejor para vivir santamente que recibir cada día a Jesús Sacramentado; si este ofrecimiento te exige sacrificios, mejor, así agradarás más a Jesús.

En segundo lugar, debes trabajar por llevar a otros niños a la Sagrada Mesa.

—Oh, sí, Padre, yo procuraré hacer eso de mil amores pero... bien sabe usted quién es mi padre. (Era éste un gran enemigo de la Iglesia).

—No importa respondió el P. Mateo, cumple lo que te he encomendado y alcanzarás la conversión de tu padre.

Desde el día feliz de su primera Comunión, Carlos cumplió fielmente el propósito que el mismo Jesús Sacramentado le inspirara. Mas he aquí que dentro de algún tiempo, advirtiendo el irreligioso padre de nuestro angelito la piedad de su hijo, llamóle un día y le dijo:

—Carlos, hijo mío, no puedo tolerar por más tiempo que reces tanto, te confieses y frecuentes diariamente la iglesia. Mira, yo soy un hombre honrado, de honor, y no tengo necesidad de rezar ni de confesarme. Lamento sobremanera mi primera idea de colocarte en el Colegio de los Padres; puedes hoy mismo despedirte de tus antiguos profesores, porque es el último día que vuelves a ese Colegio.

Aquella misma tarde, Carlos, con los ojos arrasados en lágrimas, llamaba en la habitación del P. Mateo:

—Padre, le dijo gimiendo, tengo que despedirme de ustedes; ya sabe usted quién es mi padre, me va a colocar en un Colegio laico; Padre, no sé qué va a ser de mí en el porvenir...

—Hijo mío, le respondió su Director espiritual con tiernas palabras, no faltarás a lo que has prometido a Jesús, ¿no es verdad? Pues bien, sólo te aconsejo que permanezcas fiel a lo prometido y que renueves a Jesús una vez más la promesa de comulgar con la mayor frecuencia posible. Dios te exige sacrificios y por eso tus Comuniones serán de mayor mérito; para no desfallecer pídele a Jesús cuando le tengas dentro de tu pecho, que te infunda valor y constancia para ser siempre fiel. Ya que vas a ingresar en un Colegio laico, el Sagrado Corazón de Jesús te brinda una ocasión para ser su misionero, te invita a ser apóstol de la Eucaristía; por tanto tú has de trabajar por llevar a El cuantos puedas de tus nuevos compañeros.

Fué matriculado, en efecto, el fervoroso niño en un Colegio dirigido por enemigos de la Iglesia. Carlos sin olvidarse de su propósito empezó en seguida su apostolado. A los ocho días se presentó triunfante al P. Mateo llevándole, como fruto de su primera conquista, a dos de sus compañeros para que el Padre los preparase a la primera Comunión; a la semana siguiente fué acompañado de una nueva conquista y así continuó en adelante. ¿Sabéis cuántos niños ganó para Cristo Sacramentado entre sus compañeros del Colegio laico? *¡Ochenta y cinco niños!* Con suaves e ingeniosos artificios se insinuaba nuestro pequeño Apóstol en el ánimo de sus compañeros, hasta que lograba convencer a los bien dispuestos, que lo mejor que podían hacer era hablar con el P. Mateo para que les preparara a la primera Comunión.

De esta suerte solía presentarse al Padre frecuentemente con tres o cuatro reclutas, que desde aquel día habían de ser otros tantos cruzados de la Sagrada Eucaristía; pues una vez que el P. Mateo les enseñaba el Catecismo y las oraciones, les preparaba para la Confesión y les invitaba a llegarse diariamente al banquete del manjar divino.

¿Qué era entretanto del valiente Carlos, cómo se arreglaba para no faltar a la palabra empeñada a su amado Jesús de recibirle cada día? Se levantaba muy temprano para poder asistir puntualmente a las clases a las ocho menos cuarto; había encomendado a la sirvienta que le llevara presto el desayuno a su cuarto. Ella, en efecto, antes de que Carlos se levantase, le llevaba el desayuno de té, bizcochos y rebanadas de pan con mantequilla. Al instante dejaba Carlos el lecho, se arreglaba con toda diligencia, lanzaba el té por la ventana, guardaba los bizcochos y el pan en el bolsillo y bajaba las escaleras callandito para no ser advertido. El P. Mateo le esperaba en la iglesia para darle en cuanto llegaba, la Sagrada Comunión. Con modestia de ángel y aire de guerrero se acercaba a recibir el pan de los fuertes, se recogía luego en uno de los repliegues del altar para que no le vieran y hablaba a su gusto con Nuestro Señor; después de algunos momentos de profunda adoración, salía camino del Colegio, mientras continuaba la acción de gracias por el trayecto. Como había preparado sus lecciones desde la víspera, empleaba todavía un rato en el Colegio en coloquios con su amado Jesús, cuando allá en su mesa, con el rostro escondido entre las manos, se le creía repasando sus lecciones. Al terminar la clase tomaba el desayuno y siempre alegre y de buen humor, poníase a jugar con sus buenos amigos, teniendo siempre puesta la mira en su conquista de almas para Jesús Sacramentado.

Conquistaba almas, en efecto, nuestro improvisado misionero pero siempre a precio del propio sacrificio. No contento con esto, practicaba muchas mortificaciones y se atrevió a pedir al P. Mateo que le permitiera ayunar los tres últimos días de la semana santa; el Padre sólo le permitía lo que podía hacer prudentemente, a menos que advirtiera señales inequívocas de la dirección del Espíritu Santo en aquella tierna alma. Todos los viernes a la noche, hacía Carlos la hora santa de rodillas, ante una imagen del Sagrado Corazón.

—¿Qué le dices a Jesús cuando oras? le preguntó el P. Mateo cierto día.

—Que yo le amo mucho y que quiero que todos le amen.

—¿Y qué más?

—No más, Padre, no me canso de repetir lo mismo, y le digo al Señor que como prueba de mi amor quiero velar con El aquella hora.

Pasó el tiempo. Un día vino Carlos corriendo y dijo a su querido Director que su padre estaba enfermo de gravedad; el P. Mateo le consoló con estas palabras:

—Tú amas a Jesús y has ganado almas para El; ten confianza de que has salvado también la de tu padre. Mañana iré a verle, añadió el P. Mateo, dile que en nombre del Sagrado Corazón iré a visitarle.

Carlos pasó toda aquella noche en oración, postrado ante la imagen del Corazón Divino. Cuando al día siguiente se presentó el P. Mateo en la casa del enfermo:

—Entre, Reverendo Padre; ¡oh! cuán bueno es Dios. El desea perdonarme yo quiero, por tanto, hacer una Confesión general.

Tal fué el saludo que recibió el Padre de aquel hombre hasta entonces enemigo de Dios. Dió gracias al Señor por la buena disposición del enfermo, oyó luego la Confesión general y la hizo con profunda humildad y dolorosa contricción, y le trajo, a petición suya, la Sagrada Comunión. El arrepentido padre de Carlos consagró su hogar al Divino Corazón de Jesús, y al cabo de diez días de heroica paciencia murió con manifiesto sentimiento de santa resignación en la voluntad de Dios.

Poco tiempo después se hallaba de nuevo el P. Mateo en la misma casa y a la cabecera de otro moribundo. Carlos se hallaba a la muerte. Había cumplido en su temprana edad su misión de heroico apostolado y le quería ya el Señor junto a sí, para ceñirle rica corona por su sacrificada generosidad en buscarle amadores de la Sagrada Eucaristía.

Su paso de este mundo de miserias al cielo, su verdadera patria, no debía llamarse muerte, pues aquel cuerpecito sin vida estaba tan lindo que parecía sumido en profundo éxtasis.

Este hecho es auténtico y debe animarnos a aprovecharnos, como Carlos de la frecuencia de la Sagrada Comunión para que tengamos este mismo celo de sacrificarnos por otros y salvarlos.

G. O. C., Congr.

Viaje aprovechado

En un vagón de primera está un joven sentado ya, leyendo un periódico, cuando entra un amigo.

—Qué tal José? le dice éste.

—Muy bien. Cuánto tiempo sin vernos. Qué tal andas? ¿qué vida haces?

—Hombre, muy buena; por la tarde al café y hablando de deportes, se nos pasa el tiempo. De vez en cuando a cazar, otros días de excursión; en fin, lo pasamos lo mejor que podemos. Y tú, ¿qué tal andas?

—Yo, otro tanto: siempre distraído, nunca ocioso.

—¡Cómo! si no tienes amigos en ese pueblo; si sólo hay aldeanos y el cura, no te gusta ir a la iglesia, no hay cafés, no sabes cazar. Cómo te puedes arreglar para no estar aburrido?

—Pues, trabajo en mi huerta; cuando me canso rezo el Rosario o hago una visita al Santísimo....

—Pero, chico, chico, ¡cómo has cambiado! Si hace un par de años no querías ni pasar por delante de una iglesia.

—Es que hay que prevenirse, no hay que confiar en lo que dicen algunos que no hay infierno; porque si lo hay..., y además ya sabes que hombre prevenido vale por cien.

—Deja eso para las mujeres. Cada cosa en su tiempo. Ahora a vivir bien; y después de morir, allá nos arreglaremos. Lo mejor es preocuparse de lo presente.

—Dejémonos ya de discusiones y cojamos los equipajes, pues antes de dos minutos llegamos a la estación, y el tren en esa estación se para muy poco.

—Ya estás con prisas. Ya verás cómo yo, sin prevenirme tanto como tú, bajo antes.

El tren detiene su marcha para entrar en la estación. José que ya estaba en la portezuela salta del tren, y mientras su compañero está recogiendo las maletas, silba la locomotora; aquel quiere bajar pero en su atolondramiento se le cae el equipaje y mientras lo recoge, el convoy toma demasiada velocidad y tiene que resignarse a pagar el suplemento hasta la próxima estación, y además la vuelta, sin poder llegar a una reunión importantísima a la cual estaba citado.

Escarmentado a la vuelta, mucho tiempo antes de llegar el tren a la estación donde había de apearse, se colocó con su equipaje junto a la portezuela de salida.

Un cuarto de hora después se le vió entrar en una iglesia, y, al cabo de media hora salir de ella. Al quedarse sólo hasta la estación próxima y en su obligada vuelta, tuvo un momento de reflexión y se propuso vivir en adelante prevenido; y así había ya preparado la maleta, por si acaso tenía pronto que apearse en la estación de la muerte.

I. A. A., Congr.

Con el pecado se lleva...

Vivía un labrador tan irritado contra su vecino, a quien dió en llamar mago, que no podía verle, como se dice, ni en pintura; y todo por la sinrazón de ser las cabras del otro más gordas que las suyas. Se figuraba que por la noche, secretamente, con hechizos y medicinas que aquel usaba, pasaban al rebaño del otro todo el cebo y la grasa que le faltaba al suyo.

Otro enemigo, y este verdadero, tenía nuestro campesino: una desahogada zorra solía pasearse, con el gusto que es de suponer, por los frutos maduros de sus vides, dándose unos banquetes en que tomaban parte pasiva alguna que otra descuidada gallina.

Mas cata aquí, que un día, al intentar la zorra coger una hermosa gallina, de que se estaba ya relamiendo, cae en una de las redes que la tenía puesta el campesino. Este, alegre con su presa, dice para su capote: "Bien, bien, estoy afortunado; te las cobro a ti, ladrona, y de paso al vecino."

Y como lo pensó, lo hizo: envuelve con estopa la peluda cola de la zorra, la empapa toda en petróleo, le da fuego y la suelta al punto por el abierto campo de su envidiado vecino. Pero Dios aguardaba aquel momento: y la zorra, como si tuviera entendimiento y quisiera vengarse del que tan bárbaramente la había tratado, salta la valla de espinos y corre

Universidad de Deusto
Biblioteca

por entre el mies del campesino que la había lanzado. Este a ver su cosecha incendiada por su propia culpa y maldad echa a correr detrás de la zorra, tirándose de los pelos y llorando. Era ya tarde: recibía su merecido castigo.

¡A qué extremos lleva la envidia! ¡qué males causa al mismo que la abriga en su pecho! ¡qué mala compañera es! La caridad, por el contrario, ¡qué dulce es y cuánto consuela!

P. del C., Congr.

Tremendo castigo.

Entre los muchos impíos que han pretendido acabar con la Religión católica, sabido es que uno de los más tristemente célebres fué Voltaire, padre del moderno libertinaje. Le parecía estar tan seguro de que iba a dar el golpe mortal al catolicismo, que no dudó de escribir a su amigo D'Alembert estas sacrílegas palabras: "¡Buen papel hará Dios dentro de 20 años!" La carta está fechada en 25 de Febrero de 1758. Y ¿qué sucedió? Una triste casualidad, como dicen los incrédulos o un terrible castigo de Dios, como decimos nosotros:

Según está probado, el mismo día en que se cumplía el plazo de 20 años y en que se prometía Voltaire haber ya matado la religión, el mismo día 25 de Febrero de 1778 el miserable burlador y calumniador de la Iglesia se vió burlado y atacado de doble vómito que le causó la más desastrosa muerte, con tal horripilante agonía, que ni sus amigos ni los médicos tuvieron ánimo para presenciarla: y expiró víctima también de la desesperación, pronunciando estas palabras: "Muero abandonado de Dios y de los hombres."

¡Lástima no se hubiese podido sacar una fotografía, y mejor una película, de tan tremendo y merecido castigo, y les sirviera de viva lección a los que actualmente tienen también metido en la cabeza la manía de acabar con la Religión! De Dios nadie se ríe.

L. Z., Congr.

Castillo abandonado

Alzábase hace mucho tiempo no lejos del pueblo donde estudié, un majestuoso Castillo, cuyas torrecillas desafiaban el furor de los vientos y hacían temblar al enemigo más feroz. Lamiendo los toscos peñascales de sus cimientos, corría cristalino un arroyuelo, enrojecido muchas veces por la sangre de héroes valerosos, defensores del enérgico señor de aquella fortaleza.

Resbalaron los años, y hastiados los nuevos señores del Castillo de aquel continuo guerrear, transmitido como por herencia de padres a hijos, partiéronse a lejanas tierras. Mas antes, como era natural, cerraron y sellaron todas las puertas del Castillo. Y aquel baluarte, inexpugnable en otros tiempos, indefenso ahora contra el pillaje de salteadores desalmados, solitario cual roca perdida en medio de la inmensa llanura de los mares, cubierto con espesa nieve durante gran parte del invierno, requemado por los rayos de sol en el verano, azotado frecuentemente por recios huracanes, balancéose en una de estas sacudidas y se derrumbó con estrépito formidable, con sus artísticas almenas y con cuanto de histórico contenía. Hoy, la verde hiedra abriga sus fríos restos.

Mas, es el caso, que hace muy pocos años, vinieron de lejanas tierras los descendientes de los primeros defensores del Castillo, asegurando, con documentos irrecusables, ser ellos los verdaderos y únicos amos de aquella Casa Señorial, y mostrando a todos las llaves del antiguo portalón.

Y ¡cuál no sería su sorpresa al ver por tierra aquellos muros, que cobijaron un día a sus antepasados y a cuya sombra venían ellos mismos a vivir!

¿Sabéis en qué he pensado cuantas veces he pasado cerca de estas tristes ruinas? En el castillo de mi alma, cuyo legítimo señor es la voluntad. Si ésta es firme y custodia, cual despierto centinela, las puertas de nuestros sentidos nuestro castillo se mantendrá en pie; pero, si la voluntad es débil y perezosa, y sale del castillo para buscar pasatiempos y diversiones, aun cuando conserve la llave de la conciencia, de nada le servirá, el castillo vendrá a tierra.

No hay que ser descuidado, hay que estar reparando las averías del tiempo y de las pasioncillas que acabarán con las fuerzas de nuestra alma, que debe ser como una fortaleza bien guardada.

E. L. M., Congr.

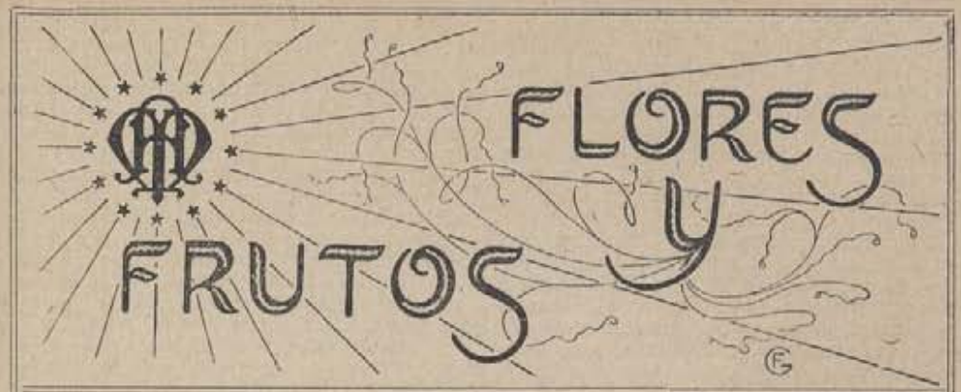
Cosas que me ocurren.

Siempre que oigo hablar de las misiones, o leo los trabajos que pasan los misioneros por salvar las almas: en África con tantísimo calor y con tan pocos medios de defensa y en cambio en Alaska, con temperaturas tan bajas, me digo: Estos sí que aman a Jesucristo y trabajan por conquistar el reino de los cielos: Y nosotros ¡qué hacemos! Si no vamos al cine y venimos a la Congregación a oir misa y comulgar, nos tenemos ya por héroes: y pensar que lo que los misioneros quieren alcanzar con tantos trabajos, el cielo, queremos alcanzarlo nosotros sin molestarnos; eso es demasiado cómodo; eso no vale.

Oí una vez, no hace mucho, que en una revista protestante de misiones, un pastor protestante de China echaba la culpa de que no se conviertan los chinos a la religión cristiana y, especialmente, a las señoras y señoritas, por sus escotes y trajes inmodestos: y me digo yo, pues si viniera a nuestras ciudades y viera cómo andan muchas por los paseos, y aun se atreven a ir a la iglesia y a comulgar, ¡qué diría!

¡Qué cuenta tendrán que dar muchas a Dios, por haber escandalizado aun en la iglesia!

C. K., Congr.



Núm. 140.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Marzo de 1925

Habla un alpinista.

Cansados de la tarea del curso, determinamos reparar nuestras fuerzas, organizando excursiones a las cumbres de altas montañas, para espaciar desde allí nuestra vista y respirar el oxígeno puro y vivificante de aquellas alturas. Aquel día, el coloso, cuya cabeza habíamos de pisar, era el Oiz, que levanta orgulloso su frente a 1.041 metros sobre el nivel del mar.

Bien equipados, como diestros alpinistas avezados a semejantes hazañas, antes de que el sol nos tostara con sus ardientes rayos y aprovechando la frescura matinal, emprendimos la ascensión con todo entusiasmo.

Nuestra táctica es sencilla: "Los ojos en la cumbre", esa es la meta; por lo tanto, nada de paisajes, ni fuentes, ni sombras, ni pájaros. De todo esto habíamos de gozar en la cima o a la bajada.

La distancia que nuestros ojos salvaban en un instante, tardamos en recorrerla, a pie, más de dos horas y media. Resbalando aquí, trepando allá, bordeando más arriba y colgándonos audazmente de ramas y peñas, quedaron premiados nuestros esfuerzos con un panorama encantador. Al Norte, la ría de Guernica, retorciéndose como una culebra, corría a desembocar en el Cantábrico, que allí a lo lejos, aparecía majestuoso y enviaba a nuestras sudorosas frentes sus finas y refrescantes brisas.

Aquí y allí, en las hondonadas y laderas de los montes, surgían pueblos y caseríos, y en medio de ellos, como centinela que vela diligente por su defensa, levantaba su torre la iglesia.

En ella, quizás sólo, pero muy contento entre gente tan sencilla y de costumbres tan puras, vivía Jesús Sacramentado.

A Este y Oeste, una cadena no interrumpida de montañas limitaba el horizonte, y al Sur, con su cabeza envuelta en nieblas como en un turbante, se erguía, sombrío y misterioso, Amboto, dejándonos ver por uno de sus extremos el Santuario de Urquiola. Lo que gozamos con día tan espléndido y con panorama tan encantador, no es para escrito. Por eso fueron muy íntimas las visitas que desde aquellas alturas hicimos a los Sagrarios y muy fervoroso el "Te-Deum" que a todo pulmón cantamos a Dios, de cuya grandeza nos hablaban las ingentes moles de las montañas y la rompiente del mar que allá a lo lejos brillaba como una cascada de plata.

Bien oxigenados nuestros pulmones con el purísimo aire, y empapado nuestro espíritu de agradecimiento a Dios, emprendimos la bajada.

Nuevos paisajes, ocultos a la subida, desplegaban su hermosura atrayente a nuestros ojos.

Pero, sobre todo, nos llamó la atención una fuente de agua purísima y abundante, que, apenas nacida en la roca, se veía condenada a caminar por un estrecho cauce, para lanzarse en seguida, espumosa y rugiente, por un férreo tubo y mover una central: correr mansa de nuevo por un canal, para de nuevo derrumbarse protestando y rugiendo de furia. Hasta ¡cuatro veces! abusaban los hombres de aquellas aguas, y robándolas su libertad y torturándolas sin piedad, las obligaban a ser instrumento de la industria.

Cansados, dimos por fin con nuestros huesos en el pórtico de la iglesia de Garay. No bien nos habíamos sentado, cuando apareció un anciano sacerdote, de bondadosa cara, que, apoyado en un bastón, iba a buscar en el sol el calor que la helada vejez le negaba.

—Buenos días, señor cura, le saludamos cortesmente.

—Muy buenos nos dé Dios, replicó con benévola sonrisa. De excursión ¿verdad? Oh, cuando yo era joven, subía con la ligereza de un ciervo todos estos montes. No hay en ellos rincón que mis pies no hayan pisado. ¡Cuántas veces, aun en pleno invierno, y en medio de los rayos de la tempestad, he llevado el Viático por esos vericuetos! Ahora, en cambio... apenas si puedo tenerme en pie.

—Escabrosos son estos montes, le dije, y requieren bríos juveniles.

—Esto es nada, contestó el anciano, comparado con lo de hace 40 años: entonces apenas si había sendas. Cada uno tenía que abrirse camino y muchas veces había que echar mano

Universidad de Deusto
Biblioteca

del Iguazú. Tan densa y crecida era la vegetación.

—Pero, sin duda, repuse, también sería mucho más bella. La naturaleza, en sus brotes espontáneos, es gran creadora de belleza. Ahí tiene, sin ir más lejos: toda esa agua aprisionada prosaicamente en los canales, pierde su encanto. Derrumbándose desde su nacimiento al profundo, tendríamos una idea más o menos exacta del Niágara o Tequendama.

Sonrióse el anciano de mi salida romántica y para suavizar un poco su respuesta,

—No es usted, me dijo, el único que así piensa; a más de uno he oído hablar de la misma manera. Pero si usted fuera por todos estos caseríos y preguntase la historia del aprisionado torrente, bendeciría la hora en que Dios inspiró al hombre la idea de hacer estos saltos. Los arrebatos de ese torrente eran la pesadilla continua de estos labradores; porque unas veces, les inundaba los campos; otras, les arrasaba las mieses, y vez hubo ¡tremenda noche aquella! que puso en serio peligro las vidas de los habitantes de aquellos cuatro caseríos. Ahora, en cambio, a nadie perjudica; nos da alumbrado, ayuda a la industria y todos gozamos de su utilidad.

—Tiene usted mucha razón, le dije, que son muy distintas las cosas vistas en la realidad y soñadas un día de excursión. ¡Cuánto mejor está así encauzada esa agua, que no libre y sin freno!

—Retrato exacto, respondió el sacerdote, de lo que pasa con las pasiones. Sueltas, sin freno, son una preocupación constante para el individuo y la sociedad; guiadas por la razón, sometidas al deber, son fuente de innumerables bienes. ¡Jóvenes! dominad vuestras pasiones, si queréis ser útiles para los demás.

Estas fueron sus últimas palabras, y despidiéndose atento, penetró sonriente en la iglesia. Tras él nos fuimos y a sus plegarias unimos las nuestras para pedir al Divino Maestro energías con que imponernos a nuestras pasiones.

¡Qué excursión tan provechosa aquella! ¡Qué lección tan bien dada la del sacerdote!

S. I. J., Congr.

Habla un escarmentado.

Domingo y llovía; y sabido es que nada hay tan molesto a los estudiantes como la lluvia dominguera.

No tenía ganas de quedarme en casa; presentía que no me iba a divertir mucho. Miraba desde un balcón el triste aspecto del día y pensaba la manera de pasar bien aquella tarde.

Aunque con buenos instintos y decidida voluntad de llegar a ser hombre hecho y derecho, por no haber sido educado muy religiosamente, desconocía el consuelo y bienestar que la religión produce, y buscaba otra tranquilidad que no la encontraba en ninguna parte.

No me ocurrió otra cosa que irme al cine, como lo hacía siempre que hacía mal tiempo.

Creí aquella tarde haberme divertido; y con todo regresaba a casa abatido y con no sé qué cara, que sorprendió a mis padres: mi conciencia no estaba tranquila, y me determiné a probar el camino opuesto.

Pensé dirigirme al colegio próximo de Padres Jesuítas; conocía allí a uno por haberme confesado algún día con él; éste, por el modo de contestar y preguntar resuelto y cariñoso, atrajo mi atención. Me fuí a él, le abrí enteramente mi conciencia; le dije cómo no me llenaban las diversiones peligrosas, etc., etc.

—Si, como tú mismo dices, esos espectáculos y pensamientos no pueden aprovecharte, en adelante vas a frecuentar más los Santos Sacramentos, a ponerte bajo la protección de la Virgen Santísima, entrando en su Congregación; allí encontrarás también diversiones propias de tu edad que te satisfagan, amigos que te animen a ser mejor.

No hay que decir que hice resueltamente lo que el Padre me aconsejó; no volví a pisar espectáculo cerrado, ni bueno ni malo; ahora me parece sentir lo que antes no entendía cuando oía hablar a hombres maduros y muy aprovechados en sus negocios, y en el principal de educar bien a sus hijos; sin ellos, decían, vivíamos antes felices, sin esta fiebre que levantan estos espectáculos de movimiento y esta traslación de costumbres que maldita falta nos hace, ni siquiera conocerlas.

Bastante más feliz soy ahora subiendo a los montes, yendo a la Congregación, entreteniéndome allí con amigos dignos, leyendo buenos libros, etc., etc.; yo mismo, aunque no me lo dijeran mis padres, que están de mí muy satisfechos, siento que valgo más cada día.

U. J., Congr.

Cuál es el mejor testigo.

En uno de nuestros presidios, se encontraba purgando condena perpetua por delito de homicidio, un joven, cuyo nombre no recuerdo, pero sí sus señas: era fuerte como el león en el luchar, ligero como el gamo en el correr, habilidoso como el zorro que tan diestramente burla a sus compañeros de rapiña y con frecuencia al hombre, y astuto como la serpiente que engañó a nuestra primera madre.

Un día, abusando de sus excelentes cualidades, supo burlar la vigilancia de sus guardianes y después, correr rápido como el viento en alas de la ansiada libertad, sin que pudiesen darle alcance ni las piernas de los soldados, ni las balas de sus fusiles.

Era un día del mes de Septiembre: nos encontrábamos en la animada plaza del pueblo costero más bonito de Vizcaya, a donde nuestro hombre había ido a refugiarse; el mercado que semanalmente se verificaba allí, estaba extraordinariamente animado; el bullicio era notable, todos pregonaban sus mercancías: marchaban unos presurosos con su carga al sitio que desde muy temprano habían acotado para vender sus productos; otros, más despacio, iban revisando los puestos hasta encontrar lo que pudiera convenirles, y no faltaban tampoco curiosos que se entretenían observando aquel tan pintoresco cuadro.

El día llegaba a su fin: poco a poco la plaza había ido perdiendo su animación hasta hallarse en ella sólo alguno que otro aldeano cargando su carro o caballería de los cestos vacíos, cuyas frutas y verduras había trocado en dinero, que había de satisfacer sus necesidades en el invierno. Por allí se encontraba nuestro fugado presidiario, escuchando con interés una conversación que a pocos pasos suyos tenía lugar entre dos aldeanos.

—Hola Martinchu, ¿por dónde has andado que no te he visto el pelo?

—No he parado un momento; estoy terminando de recoger los cestos y voy a marcharme en seguida al pueblo.

—Y ¿qué tal, has vendido bien tus cosas?

—Sí, como pocas veces; a pocas como ésta, me hago rico; figúrate: he tenido buena cosecha y el precio ha sido hoy muy bueno.

—Pero, ¿por qué andas tan tarde, no ves que alguno te puede robar?

—¡Robarme a mí! Eso sí que no; si alguno se arrima con esta intención, al primer golpe que le plante no le quedan ganas de volver a por otro.

Y así debía ser, porque el que hablaba era un joven fuerte como las encinas de su tierra.

El presidiario se fué a la taberna, jugó y bebió con sus compañeros, y cuando supuso que el aldeano se hallaba distante como unos tres cuartos de hora de camino, saca el reloj y dice:

—Vaya, chicos, son las siete; yo voy a ver si se espabila esta cabeza, porque este vino me ha trastornado algo.

Y saliendo de la taberna se dirige por un atajo con veloz carrera, sólo comparable con la del avestruz perseguida por el cazador en el desierto; alcanza al aldeano, que cantando se dirige a su pueblo; sin que él le vea le da una certera cuchillada por la espalda, le roba y echa el cadáver por el barranco y deja que los bueyes con el carro sigan su camino. Sin perder un instante, vuélvese al pueblo con tanta rapidez como de él había venido; llega a la taberna tranquilo, vuelve a sacar el reloj y dice:

—Pero, chicos, ya es hora de marchar a cenar, son las 7 y 25.

Había sido tal su ligereza que en 25 minutos acababa de hacer el recorrido de hora y media.

Pronto se descubrió el crimen; pero no al criminal. No faltó quien sospechase de nuestro hombre; pero él probó con testigos que a las 7 se encontraba en la taberna y a las 7 y 25 volvía a ella; sin que sospechase nadie, y menos después de las pruebas que los más ligeros jóvenes del pueblo hicieron: sin que nadie pudiera en 25 minutos recorrer dos veces el camino de 3 cuartos de hora. Así que no se le pudo condenar por faltar pruebas para ello.

Pero Dios, al concedernos el precioso don de la libertad, que nos diferencia de las bestias, nos ha dado también un testigo de nuestras acciones, que nos acusa en el momento que hemos abusado de ella.

La conciencia de aquel hombre le atormentaba cruelmente haciéndole ver a cada instante a su víctima asesinada, que pedía justicia a Dios, el más terrible de los jueces. Ni aun en la cama le dejaba tranquilo. Sufría horribles pesadillas.

Una noche, mientras dormía cerca de otro, soñó que se encontraba delante del Juez, y que el aldeano muerto le acusaba echándole en cara su crimen. El gritaba: "Sí, sí, yo he sido; pero déjame en paz no me sigas atormentando. Yo fuí el que te maté por robarte el dinero, que tengo escondido en la bodega de mi casa. Anda, vete, cógelo allí; pero déjame, no me persigas."

Al día siguiente fué delatado al Juez, registraron la bodega y allí encontraron el dinero del aldeano. Fué juzgado y condenado a muerte; pero un indulto le salvó la vida, que tuvo que pasar en el presidio, donde andaba, cargado de cadenas, tan ágil como si no le estorbaran.

¡Qué clara se ve la justicia de Dios! Oigamos a tiempo la voz de la conciencia que clama para que no hagamos lo que ella nos advierte.

C. E., Congr.

La mejor herencia.

Había sido coronada nuestra buena conducta con una excursión a un pueblo de la montaña vecina; el cual, ni por sus casas, ni por sus calles, y mucho menos por sus chalets y lujosos palacios, llamaba la atención de los que con juveniles ojos le mirábamos. Aquellas casas, hechas de toscos adobes y revocadas con arcilla y paja, ofrecían un aspecto miserable para quien las contemplaba. Sus calles empedradas a trechos, a trechos enlodadas a causa de los aguaceros invernales y el pisar de sus transeuntes, nada agradable ofrecían.

Pero sus moradores eran otra cosa: rústicos y sencillos como sus casas, vestían unos elástica amarilla de burda lana, pantalón de sayal amarrado con una pretina de cuero, y unos rústicos chapines en los pies; otros sustituían la elástica con un chaleco de paño negro muy raído que dejaba al descubierto las mangas de la camisa nada limpia, y menos hacia sus puños.

¡Quién diría de estos típicos personajes que debajo de aquella agrietada corteza se ocultaba la madera finísima de un alma de fe de diamante y de corazón de oro que ofrece con cariño y sin melindres de lo poco o mucho que tienen con liberalidad y aun con despilfarro...!

Bien lo experimentamos nosotros; pues, acercándose con jovial semblante uno de aquellos simpáticos paisanos, nos brindó generosamente con su mesa: "pa comer de lo que haiga, y beber de lo que rindió este año el majuelo de aquella loma que mira cara al sol."

Aceptamos tan buena voluntad, pues lo necesitábamos; y por callejones y encrucijadas, llegamos a su casucha. Al cruzar el dintel de la gastada puerta, se ceban ansiosos mis ojos en un viejo y cuadrado pergamino, destacando en el centro estas para mí siempre consoladoras palabras: "Ave María Purísima". Y no estaba allí de cumplimiento aquella hermosa salutación: que su mismo dueño al cruzar el oscuro portal la paladeaba con ternura, repitiendo las mismas palabras: "Ave María Purísima, Ave María Purísima."

Pronto supimos la historia del rugoso pergamino. Porque heredado de sus padres, y estos a su vez de sus abuelos, lo conservaban como riquísima y tradicional herencia de sus antepasados. Herencia santa que les traía a la memoria un cúmulo de recuerdos tan piadosos como legítimos; tradición de un amor nunca desmentido a la Virgen, que enlaza con indisoluble nudo el respeto a una herencia patriarcal

Universidad de Deusto
Biblioteca

que fué siempre, según su dueño confesó, el escudo y el blasón más apreciado que de sus padres recibieran.

C. D. R., Congr.

"Es bello, pero no me ama."

La B. Mariana de Jesús, puesta una vez en oración delante del Divino Sacramento, oraba mirando al Tabernáculo. Este, como todo el altar, era una obra tan bella por el arte, como rica por la materia; y así como nosotros gozamos al ver honrada a una persona amada, así gozaba ella viendo aquel primor de arte, destinado a glorificar a Jesús escondido. Un día, mirándolo más fijamente: "Señor,—exclamó con candorosa alegría,—¡qué bello es este Tabernáculo donde estáis!"

Jesús, con la voz interior que habla a los Santos: "Sí, respondió; el Tabernáculo es bello, pero no me ama."

Con esto quiso enseñar a aquella alma y a las nuestras, que por magnífico que sea el culto externo que demos a Dios, es como sin vida si le falta la belleza y el esplendor del culto interno, que es el amor.

J. B. M., Congr.

Sabio ignorante e ignorante sabio.

—¿Sabe, Padre, que me vienen tentaciones de repicar con el puño cerrado sobre la calva del médico mayor del Hospital?

—Pero, ¿por qué motivo está tan enemistada con él?, preguntó el Capellán a la Enfermera, que así le hablaba.

—Porque mientras hacía esta mañana su visita oficial en el pabellón de los niños, tuvo el poco gusto de mostrar su talento superior, pero de viejo mundano, por supuesto, como él es: al pasar delante de ese chico paralítico que tan bien ha aprendido de usted a ofrecer a Dios sus obras y sufrimientos diarios, no va y le dirige, como una oración perpetua, estas palabras frías como su falsa religión: "*Más valía que te hubieras muerto, o, mejor dicho, mejor sería que nunca hubieras nacido.*" Yo no me pude contener entonces y le solté esta fresca: "*Mire, Doctor, ese chiquillo sabe más de Dios y de la vida eterna, que usted y que todos los médicos como usted; ya ve si merece vivir.*"

Acercóse luego el Capellán a la cama del chico paralítico de doce años de edad, quien le recibió con la sonrisa en los labios.

—¿Qué has estado haciendo esta mañana?, le preguntó.

—Reírme, Padre, del médico mayor, porque le oí decir que más valía que me hubiera muerto o que nunca hubiera nacido; me pareció un viejo muy tonto al decir que mejor fuera no llegar a tener la dicha de ser feliz para siempre con nuestro Señor en el cielo, y eso solamente porque sufro mucho. Se ve que no sabe que mis sufrimientos son los que me hacen agradable a Dios y, a su vez, me mueven a amarle, puesto que son una astillita de su Cruz, que debo llevar juntamente con El; ya en el cielo no tendré que llevarla, ¿no es así, Padre?

Al decir ésto sonreía mostrando en su semblante el profundo conocimiento que de las cosas espirituales tenía, sin haberlo aprendido en los libros. Miróle el Capellán complacido, le bendijo, y se retiró pensando cómo la Enfermera tenía razón al decir que aquel enfermito sabía más de Dios y de la vida eterna que todos los médicos como ese del Hospital. Aquel niño paralítico vive en continua unión con Dios y pasa su vida en dulce resignación y tranquila felicidad.

¡Cuán diferentemente juzga de lo que llamamos males el espíritu del mundo y el espíritu de Dios! No hay duda; los sufrimientos nos allegan a Dios y nos hacen ver que Dios está más cerca de nosotros y nos ama más.

G. O. C., Congr.

¡Vaya unos salvajes!

Un misionero llegó a la apartada región de Groenlandia, que no había podido visitar desde hacía tres años. Apenas fué anunciada su visita, cuando en sesenta leguas a la redonda se levantaron las tribus como un sólo hombre yendo a esperarle en una vasta llanura cubierta todavía por el cieno líquido y glacial, que dejaron los innumerables témpanos de hielo derretido.

Los jefes se presentaron delante de él y le dijeron:

—Padre, hemos venido a la gran plegaria. Todos los cristianos están aquí desde hace dos días. Apresúrate, pues, a llegar al altar y danos el Pan que hace dichosos.

—Hijos míos, respondió el misionero; aguardad, al menos, que reconcilie con el Gran Espíritu a aquellos de vosotros que hayan tenido la desgracia de ofenderle durante estos tres años.

—¡Ofenderle!, exclamó un anciano; pero, ¿cómo es posible? En tu país, ¿se dejaría con vida al que fuera infiel a su Dios, después de recibirlo en la Sagrada Eucaristía?

Instruyóles el misionero acerca de este punto, y empezó luego el Sacrificio de la misa.

Al leer el Evangelio, se oyó un estrepitoso ruido de armas, efecto de la actitud amenazadora con que las disponían en contra del enemigo que intentase arrancarles la fe de Cristo.

Imposible es de describir el espectáculo angélico de la Comunión de aquellos fervorosos salvajes.

El gozo, propio del que saborea la mayor de las dulzuras celestiales, lo sentían todos. Mucho tiempo después de haber acabado los divinos Misterios, seguían todos como extasiados de rodillas sobre el suelo duro y glacial. Fué necesario interrumpirles el gozo que disfrutaban, recordándoles las obligaciones que reclamaban su asistencia. Les parecía que entonces volvían del cielo, y bien se conocía en sus rostros cuánto habían gozado con el Huesped Divino que nuevamente acababan de recibir.

A. M., Congr.



Núm. 141.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Abril de 1925

Comprometida apuesta.

Vivía un matrimonio tan feliz y se entendían tan bien, que todo lo que hacía el marido, la mujer lo consideraba tan perfecto, que no había quien le igualara en todo el mundo; y así, siempre estaba contenta con cualquier cosa que emprendiera él. Junto a la cabaña tenían bastante tierra de labor y cien duritos contantes y sonantes en el fondo de un baúl, y en el establo dos vacas.

Un día dijo Guillermo a su mujer:

—¿Sabes una cosa? Me parece que debemos llevar una de las vacas a la feria, para venderla; no sé para qué necesitamos más de una vaca. Vendiéndola, quedará solamente una vaca que cuidar, y nos basta.

A su mujer le parece que Guillermo tiene razón, y éste va a la ciudad con una de las vacas. Pero la suerte, no sé si mala o buena, quiso que no encontrara comprador.

—¡Bueno, bueno; no importa!, dice Guillermo para sí. En el peor de los casos tendré que volver a casa con la vaca; establo y pasto me sobra, y la vuelta no es más larga que la ida.

Diciendo ésto, emprende tranquilamente el viaje de regreso. Cuando había caminado un buen rato, encuentra a un hombre con un caballo que iba a vender.

—Buenas tardes, le saluda Guillermo.

—Buenas tardes y salud, contesta el hombre. ¿Quién le ha traído por estos caminos?

—¡Oh!, dice Guillermo. Fuí a la ciudad para vender la vaca; pero como no había comprador, la tengo que llevar a casa de nuevo.

—Si tú opinas como yo, propone el otro, cambiaremos. Tú te llevarás mi caballo y yo tu vaca.

—¡Cómo no!, dijo Guillermo a quien le pareció mejor tener un caballo que una vaca; y hacen el cambio.

Un poco más tarde, da con otro hombre que iba llevando un cerdito muy gordo. Pensando que sería mejor tener un buen cerdo que un regular caballo, entra en tratos y se queda con el cerdito.

Un rato después, encuentra un paisano con una cabra. Entonces le parece mejor tener una cabra que un cerdo y le cambia.

Camino adelante, topa con otro que trae una oveja y gustándole más la oveja que su cabra, a las pocas palabras queda hecho el trato.

Luego encuentra a un hombre con un ganso, y cambia la oveja por el ganso; y después de caminar un rato más, se cruza con otro que tenía un gallo, y cambia con él también, pues piensa de esta manera: No hay duda, es mejor tener un gallo que un ganso.

Sigue su camino hasta el atardecer, y entonces comienza a sentir un apetito formidable. Vende el gallo por unas pesetas y compra algo que comer, pues piensa Guillermo: Siempre es mejor no perecer de hambre que tener un gallo.

Llega, por fin, a la cabaña del vecino más cercano, y entra allí para charlar con él un ratito.

Le pregunta el vecino: ¿Cómo te fué en la ciudad?

—Así, así, nada más. No podré justamente alabar mi suerte, pero tampoco puedo quejarme.

Luego le contó toda la historia, desde el principio hasta el fin.

—¡Ah!, dice el vecino cuando había terminado de contar. ¡Lo que te va a pasar cuando lo sepa tu mujer! ¡Dios te ampare! ¡Ni por broma quisiera yo hallarme ahora en tu pellejo!

—¡Bueno!, dijo Guillermo muy tranquilo, peor me parece hubiera podido sucederme. Sin embargo, mal hecho o no, tengo una mujer tan buena, que nunca tiene una palabra de reproche a cualquier cosa que yo haga.

—¡Sí!, dice el vecino, eso lo dices tú; pero no seré yo quien te crea.

—¿Quieres apostar a que no se disgusta?, le dice Guillermo; tengo en casa cien duros en el fondo del baúl. ¿Te animarás tú a poner otros cien duros contra los míos?

—¡Cómo no!

Y queda hecha la apuesta; así, al oscurecer se van los dos a casa de Guillermo. Este entra

Universidad de Deusto
Biblioteca

y sigue a su mujer, mientras el vecino se queda fuera para escucharlo todo.

—Buenas noches.

—Buenas noches, contesta ella. ¡Ah! ¿eres tú? Gracias a Dios que estás ya de vuelta.

—Sí, dijo Guillermo; aquí me tienes.

—¿Qué tal te fué en la ciudad?

—¡Oh! regular nada más, contesta Guillermo. El negocio no es como para jactarse que digamos. Cuando llegué a la ciudad, no había nadie que quisiera comprar la vaca, así que la cambié por un caballo

—¿Por un caballo?, dijo la mujer. ¡Bien hecho! Te lo agradezco de todo corazón. Somos gente algo acomodada, y no hay motivo para que no podamos ir en coche a la iglesia, lo mismo que otros; y si queremos tener un caballo, ¿quién nos impide usarlo? Así que, pón el caballo en el establo cuanto antes.

—¡Ah!, dijo Guillermo; pero la cosa es que, después de todo, no tengo el caballo, pues camino adelante lo cambié por un cerdito.

—¡Qué bien hiciste!, justamente lo que yo hubiera hecho. ¡Mil gracias! Ahora podré tener jamón en casa, cuando los vecinos vengan a visitarnos. ¿Para qué queríamos caballo? La gente hubiera dicho que nos habíamos vuelto tan orgullosos que no podíamos ir a pie hasta la iglesia. ¡Sal, hombre, a meter el cerdito en el corral!

—Pero tampoco lo tengo, pues más tarde lo cambié por una cabra.

—¡Magnífico!, dijo la mujer, ¡qué bien sabes manejarlo todo! Reflexionando bien, ¿qué haríamos con un cerdo? La gente nos hubiera mirado, diciendo: "¡esos devoran todo lo que tienen!" ¡No! Ahora tengo una cabra y tendré leche y queso además. ¡Pronto, hombre, pon la cabra en el establo!

—Pero es que también la cambié, y me dieron una oveja en su lugar.

—¡No digas!, gritó la mujer; tú haces todo para complacerme; justamente como si yo hubiera estado contigo. ¿Para qué sirve una cabra? Si la tuviera, perdería la mitad del tiempo subiendo a los cerros para buscarla. ¡No! Si tenemos una oveja, tendré lana, tejidos y carne fresca en casa. ¡Sal, hombre, a poner la oveja en el establo!

—¡Caramba, mujer! que tampoco la tengo, pues luego la cambié por un ganso.

—¡Gracias de todo corazón! ¿Qué haría yo con una oveja? No tengo rueca, ni carda, ni me gustaría cardar o coser vestidos. Podemos comprar la ropa en adelante, como lo hemos hecho siempre. Pero ahora comeré asado de ganso, que tanto me gusta, y además, tendré plumas para rellenar mi almohada. ¡Vamos, hombre, encierra el ganso!

—¡Ah!, dijo Guillermo. Si lo tuviera... Pero es que más adelante lo cambié por un gallo.

—¡Pero, muy bien! ¡Cómo piensas tú en todo! Justamente, yo también hubiera hecho otro tanto. ¡Un gallo! ¡Fíjate! ¡Pues es tan bueno como un reloj con cuerda para ocho días! Cada mañana, a las cuatro, empieza a cantar, y así nos levantaremos a tiempo. ¿Para qué quería yo el ganso? No sé cómo se debe asarlo; y en cuanto a la almohada, la rellenaré de algodón. ¡Pronto, pon el gallo en el gallinero!

—Sin embrago, a pesar de todo, no me quedé con el gallo, dijo Guillermo; pues cuando llegué un poco más adelante, me entró un apetito feroz, y tuve que vender el gallo por unas pesetas, para comprar algo que comer y no morirme de hambre.

—¡Gracias a Dios que lo hiciste! todo lo que tú hagas está de acuerdo conmigo. ¿Qué haríamos con el gallo? Somos gente libre, ya lo creo, y podemos quedarnos acostados por la mañana hasta la hora que nos dé la gana. Doy gracias al cielo porque te tengo de vuelta sano y salvo. ¡Tú haces todo tan bien, que no me importa gallo, ni ganso, ni cerdo, ni caballo!

Entonces Guillermo abrió la puerta y dijo: Abra, vecino, ¿qué me dices?

El vecino, aunque de mala gana, tuvo que pagar los cien duros.

¡Cuánto más se consigue, en la mayoría de los casos, con la mansedumbre que con la ira y enojo! Sobre todo en los malos sucesos, cuando ya no tienen remedio, con echar a otro la culpa, aunque la tenga, ¿qué se saca? Agravar más el mal que nos aqueja.

F. L., Congr.

Tremendo apuro.

Gilberto, honrado obrero, formaba parte de una brigada de cinco hombres, ocupados en sondar un pozo. Estaban ya a veinte metros de profundidad; tenían abiertos dos agujeros de mina que debían cargar de pólvora y prenderlos fuego para seguir ahondando el pozo.

Le tocó encender las mechas a Gilberto. Llegado el momento, sus camaradas se metieron en la caja que debía sacarlos a la superficie antes de la explosión. Uno de ellos, por fatal equivocación, cree ver a su lado a Gilberto y grita: ¡Ahí!, señal de subida. La caja se eleva y deja en el fondo del pozo al minero junto a las mechas encendidas. Cuando se aperciben de su error, quieren con peligro de su vida repararlo, dan el grito de bajada: ¡Reapar! Pero lo oye Gilberto y grita con toda la fuerza de sus pulmones: ¡Ahí! y la caja prosigue su marcha ascensional. Entonces Gilberto, al ver que se acaba la mecha, hace la señal de la cruz, se echa con la cara contra el suelo, y se cubre la cabeza con las manos.

La explosión se produce, y los obreros bajan desesperanzados, creyendo dar con el amigo hecho pedazos; remueven la tierra y le hallan magullado, pero sin herida grave, lo que tenía algo de milagro. El heroico minero no había querido jugar la vida de sus camaradas con la probabilidad de salvarse que le ofrecían.

El juez del lugar quiso ver al valiente para felicitarle; le preguntó si se había dado cuenta exacta de lo que le había pasado.

—¡Ah!, sí, respondió él; veía las mechas encendidas sin poder llegarme a ellas para apagarlas; comprendí que estaba perdido; pero no quise que muriesen mis compañeros.

—¿Y en qué pensabas aguardando la explosión?

—Pedía al Señor, con toda mi alma, que me librase y atendió mi súplica.

¡Cuánto puede la oración!

L. M. B., Congr.

En otro apuro.

Corría el año 1242, y las victoriosas hordas de los tártaros, a las órdenes de Beta, su jefe, invadieron las fronteras de Moravia, después de haber devastado la Silesia.

Wenceslao I, rey de Bohemia, había confiado la defensa del margraviato de Moravia al noble Varoslav de Stresberg; y éste, a la cabeza de 8.000 bohemios, a los cuales se juntaron 4.000 combatientes de la nobleza morava, ocupó la villa de Olmutz, decidido a combatir en ella hasta la muerte.

Muy pronto Olmutz fué cercada en todas direcciones por un ejército numeroso; y los bárbaros, para atemorizar a los sitiados, arrastraban hasta las murallas las cabezas de las víctimas, que inmolaban en todas partes. Consiguieron lo contrario: al ver aquella inhumanidad, sintieron mayor valor los defensores de Olmutz, que ardían en deseos de vengar a sus hermanos. Pero Varoslav juzgó prudente moderar la indignación de sus soldados y esperar ocasión favorable para caer sobre los sitiadores.

No tardó en presentarse: los tártaros, viendo la aparente inacción de los sitiados, tomáronla por cobardía y se abandonaron a la molicie. Varoslav, cuando les vió vagar separados y en diversos sentidos para proporcionarse víveres y reunir un gran botín, creyó llegada la oportunidad.

La empresa, no obstante, era arriesgada, y Varoslav quiso asegurar la protección del cielo. El día de San Juan Bautista, aquel valiente guerrero se trasladó con sus tropas a la iglesia de Corpus Christi; y allí purificó su alma con una ferviente confesión y recibió además el Cuerpo del Señor. Capitanes y soldados siguieron el ejemplo de su jefe; y Varoslav, viéndoles alimentados con el Pan de los fuertes, les dirigió elocuentes palabras, recordando a sus valientes guerreros lo que debían a la patria, a su santa fe y a la Iglesia católica. Después dió las órdenes para que todo estuviese dispuesto para la noche próxima. Llegada la media noche, sonó la señal convenida, y Varoslav con sus soldados se puso en marcha.

El número de los tártaros no les espantaba: iban a combatir en nombre del Señor, ¿qué digo? el Señor de los ejércitos acompañaba personalmente a los guerreros cristianos.

En efecto: la víspera, cuando el ejército alineado alrededor del altar, recibió el Pan de los Angeles, quedaron en el copón cinco Hostias consagradas. Varoslav se acordó del Arca de la Alianza, que, conforme a las órdenes de Dios, precedía a los israelitas en el combate, y quiso llevar consigo a la batalla aquella sagrada prenda de victoria, más poderosa que el Tabernáculo del Antiguo Testamento, y procuró de que las santas Hostias, cuidadosamente encerradas en un precioso cofrecito, fuesen conducidas a la cabeza de los combatientes por un sacerdote montado a caballo.

Comenzó la lucha. Seguros de la victoria los soldados de Varoslav, se precipitaron sobre los centinelas tártaros y los pasaron a cuchillo; degollaron las avanzadas enemigas que se habían entregado a un profundo sueño, e invadieron el campamento mismo de los tártaros, quienes entregados a la embriaguez, sólo advirtieron la presencia de Varoslav cuando la carnicería era espantosa.

Aturdido y sobresaltado Beta por los gritos de alarma, quiso restablecer el orden y aprestarse a la defensa; mas por todas partes tropezaba con cadáveres de los suyos y muy pronto cedió a los formidables golpes de Varoslav, con quien luchó cuerpo a cuerpo. Hubo, durante muchas horas, una terrible carnicería en aquella multitud de tártaros.

Por fin Varoslav contuvo a sus fatigados soldados. La muerte había causado muchas bajas, pero Olmutz y la Moravia se habían salvado; porque los tártaros, aterrados con sus pérdidas, habían huído hasta ganar la Hungría, donde acampaban otras hordas salvajes.

Y sucedió, al regresar a Olmutz aquellos victoriosos batallones, que las sacrosantas Hostias aparecieron rodeadas de una aureola resplandeciente, de color de sangre, como para dar público testimonio de que Cristo se había puesto de parte de los valientes guerreros, y por ellos había combatido contra los enemigos de su nombre.

¡Cuán hermosa lección la de Varoslav! ¡Cómo nos enseña a acudir con confianza a Jesucristo Sacramentado! ¿A quién hemos de temer si en nuestros pechos encerramos diariamente al Pan de los fuertes?

J. B. M., Congr.

Otro apuro más.

Si el caso anterior nos muestra la virtud del Sacramento de la Eucaristía, dignamente recibido, no es menos notable este otro caso que sucedió en Asís el 1250, pues en él vence de los feroces y anticristianos guerreros, no un ejército de valientes, bajo el nombre de Varoslav, sino una comunidad de vírgenes regidas por Santa Clara.

El emperador Federico II, tristemente célebre por sus sentimientos hostiles a la Iglesia católica, desoló el país de Spoleto, perteneciente a los Estados Pontificios, pasándolo todo a sangre y fuego. Asalariados sarracenos le ayudaban en tan criminal empresa. No hay que decir que se ensañaban especialmente contra las iglesias, conventos y todo lo más santo y sagrado.

Habiendo sitiado aquellas hordas sanguinarias la ciudad de Asís, vieron el convento de San Damián contiguo a las murallas y determinaron penetrar en él, deseosos de ejecutar en él, dentro de su sagrado recinto, los crímenes más infames.

Estaban ya los musulmanes a punto de subir las murallas, cuando Santa Clara, sabedora del peligro que les amenazaba, se hizo trasladar de la enfermería, donde estaba enferma, a la puerta del convento; ordenó que fuera llevada allí mismo la custodia con el Santísimo Sacramento.

A la vista de los enemigos del nombre de Cristo que iban a dar el asalto, se postró la Santa delante del Señor y derramando abundantes lágrimas, le rogó diciendo: "¡Habéis, ¡oh, Señor!, de entregar en manos de estos bárbaros a tantas siervas que eluque en vuestro amor y santo servicio?... Protegedlas, os

Universidad de Deusto
Biblioteca

lo único, ahora que yo no las puedo defender. En aquel momento le pareció oir una voz que salía del Copón donde estaba encerrado el Señor: "Las protegeré siempre." Al punto se sintieron los enemigos sobrecogidos de espantoso terror, y bajando precipitadamente de las murallas huyeron a la desbandada.

A nosotros también, sobre todo si comulgamos con frecuencia cuando vengan las tentaciones y nos acordamos de Jesús, nos dirá dentro del alma, y lo sentiremos, como oyendo a Jesús que nos dice: "Yo te protegeré siempre, yo te protegeré siempre."

J. B. M., Congr.

Correspondencia abierta.

Un veterano comprometido.

Estamos de tal manera ocupados, que apenas nos queda tiempo para respirar, pues entre las clases, las Conferencias de San Vicente, la Catequesis, etc., se nos va el tiempo que es un primor.

Como le dije, en Navidades, teníamos el propósito de fundar una Catequesis en uno de los barrios extremos de Madrid, en Vallecas, y desde que vinimos nos pusimos a trabajar para que los propósitos se convirtieran en realidades. Al segundo domingo después de esas vacaciones, ya empezábamos a poner en marcha lo que al principio de este curso nos parecían sueños. La tenemos en un colegio de monjas, que está en un sitio muy céntrico del barrio, las cuales nos lo han cedido muy gustosas, dándonos, además, toda clase de facilidades. El primer día nos pasó una cosa muy famosa, y es, que anunciamos la primera clase para el último domingo de Enero y el capellán de las monjas se encargó de hacer propaganda; nosotros, por nuestra parte, también la hicimos entre nuestros pobres, con objeto de que sus hijos se hiciesen a ella; efectivamente, después de la misa de once (para entonces habíamos fijado el comienzo), nos sentamos los seis catequistas en espera de la "turba multa" que esperábamos viniera; llegaron las doce menos veinte, las doce menos cuarto, las doce... y ni un chiquillo para muestra; entonces, con toda la solemnidad que el numeroso auditorio requería, tuvimos que levantar la sesión. A nosotros, que lo tomamos a guasa, nos dió motivo para una porción de chirigotas; pero al señor capellán le sentó extraordinariamente mal y todo se volvía decirnos que no nos desanimemos, que al siguiente domingo nos vendrían más, etc., etc., por lo que nosotros sacamos en consecuencia que el pobre señor se quedó algo azorado por suponer que él tenía casi por completo la culpa de aquello.

Al domingo siguiente, después de activar la propaganda, tuvimos ocho niños; y ya, desde entonces, han subido nada menos que a unos cuarenta, que nos los repartimos entre siete catequistas. Como ven ustedes, la tal catequesis es mucho mayor de lo que nosotros soñábamos, pues casi todos los domingos viene algún nuevo; así que para fin de temporada es fácil que lleguemos a los sesenta; pues estamos esperando que nos presten una maquinita de proyecciones, lo que seguramente atraerá mucho a los niños del barrio y con ellos, después, a sus padres.

Ahora estamos trabajando en una cosa más dificultosa, es decir, en unas conferencias para ya mayores; lo estupendo del caso es que nosotros ya teníamos en proyecto ésto, pero ahora ellos (los obreros) son los que nos lo han pedido, así que no nos podemos negar; la mayor dificultad es el encontrar local; ya una vez esto resuelto, lo que (D. m.) esperamos sea en breve, daremos comienzo a esta segunda parte del programa, bastante más seria que la primera. El otro día, hablando con ellos, nos dijeron que *en Dios casi creían, pero que en todo lo demás, ni soñar*; como ve usted, es un auditorio de alivio; el primer día lee usted que nos han abierto la cabeza de una pedrada al salir de una de estas charlas.

P. A., Congr.

Otro veterano triunfante.

Aunque había hecho una especie de propósito de escribir algo para el simpático FLORES Y FRUTOS, no lo he podido cumplir por no tener *ideas madres* para llevarlo a cabo.

A pesar del tiempo, todavía funciona la pluma, como quizá lo haya visto en el almanaque de la Semana Católica, con la firma S. A. L.

Durante el curso será algo difícil; pero, no importa, mándeme alguna idea y Dios dirá; ahora veo lo que vale acostumbrarse a escribir, para el público; no deje de recomendarlo a los de la Junta, que tienen que escribir para FLORES Y FRUTOS.

Ahora le voy a dar cuenta de lo que hacemos por aquí: estamos construyendo (digo estamos, porque a mí me han elegido de la Comisión constructora) una biblioteca parroquial circulante, que pensamos inaugurar este mes. Asistirá el señor Obispo, etc., etc. En cuanto acabemos con esto, empezaremos una campaña antiprotestante, ya que los *frescos* de ellos han construído una capilla y escuelas al lado de la Concepción, en frente de casa. Como todavía no ha empezado a funcionar, queremos adelantarnos. Después... ya veremos lo que se hace, que nunca faltan quehaceres al que quiere trabajar.

Estuve por Carnaval en Chamartín haciendo Ejercicios, como el año pasado; y fué realmente, como dice nuestro actual Director, el P. Castañar, tanda de valientes por el orden y silencio.

S. A. L., Congr.

FLORES Y FRUTOS

Núm. 142.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Mayo de 1925

Sorpresa notable.

Un momento, un segundo, unas décimas de segundo, y ¡qué atroz y desgarrador espectáculo!: un trueno subterráneo despertó a los habitantes de Mesina. No habían aún abierto los ojos, cuando el estruendo de torres desplomadas, de techos hundidos, de muros que se abrían; y, más que todo, cuando los ecos de mil ayes y lamentos de muerte, anunciaron a la ciudad blasfema que había llegado la hora de la justicia divina. Hubiéramos podido ver allí, como fantasmas nocturnos, a la luz del incendio, en sus vestidos de cama, cruzar las calles y saltar sobre los escombros, a multitud de desventurados. De ellos, unos heridos, caían desfallecidos en medio del camino; otros, al pasar por cerca de paredes aún vacilantes, eran sepultados bajo sus ruinas; a muchos les cortaban la carrera hendiduras abiertas en la tierra, que los sorbían, o las llamas que los rodeaban. ¡Cerca de doscientas mil víctimas en unos pocos instantes!...

El día anterior, esa misma ciudad se levantaba vestida de fiesta. Días antes, un periódico blasfemo se había mofado de Dios: remedando los gozos que se suelen cantar en las Novenas de los Santos, había publicado algunas estrofas en las que pedía al Niño Jesús, cuya Navidad se acercaba, manifestase su poder enviándoles un terremoto.

Llegó la Noche-buena y pasados los primeros días de Navidades, cuando la matanza de los inocentes pone ya algunos tintes de tristeza en el cuadro espléndido del Nacimiento (Diciembre de 1905), descargó el golpe de justicia sobre la ciudad blasfema.

Estamos ya al amanecer de ese día tristísimo para los isleños sicilianos. El sol, al despuntar, sólo pudo alumbrar tristemente las ruinas y escombros que escondían tantos cadáveres bajo ellos sepultados. Los sobrevivientes empezaron a remover los montones de piedra para extraer a los heridos y muertos. No es mi intento pintaros tantos y tan tristes espectáculos como entonces tuvieron lugar. Sólo voy a narraros un hecho que, como todos los referentes a nuestra Madre Inmaculada, está impregnado de amor y de misericordia. Desde que por vez primera lo oí, se grabó profundamente en mi memoria y corazón, y no puedo jamás recordarlo sin sentirme vivamente conmovido.

Unos cuantos de los sobrevivientes y de las personas llegadas de fuera, estaban dados a la tarea de levantar escombros, sobre todo donde había indicios de algún ser humano. Un grupo de éstos, rendidos por la fatiga, abatidos por la tristeza, descorazonados por la vista de tantas miserias, había interrumpido por algunos instantes su trabajo en busca de reparadores alientos.

De repente un eco lejano; algo así como los dejos de un lamento, vino a herir sus oídos. Todos a una, como movidos por una misma corriente a que estuvieran sujetos, se levantaron y empuñaron sus herramientas. Espontáneamente también, lleváronse una mano al oído y sin exigir silencio, que lo había sepulcral, se pusieron a escuchar atentamente.

El ruido se repitió... Era una voz humana... ¡No había duda! Algún desgraciado que, debajo de todas las ruinas, demandaba auxilio! Al instante empezaron las excavaciones, alentados, esta vez, por la esperanza. A medida que removían las piedras y separaban los escombros, la voz se hacía cada vez más perceptible. ¿Eran lamentos? ¿Eran gritos de desesperación o de confianza? Alguna vida conservada extraordinariamente tenía que ser, cuando no había bastado tanta mole para ahogarla bajo su peso.

Ya estaban los obreros cerca de la víctima, y entonces oyeron con toda claridad, constantemente repetido, el más dulce de los nombres, después del de Jesús, el nombre de María. Los salvadores, ansiosos de saber quién era aquel a quien iban a librar de la muerte, empezaron a hacerle mil preguntas, pero a todas ellas sólo respondía la voz... ¡María! ¡María! Y a los ecos de los golpes de las azadas y barras, respondía asimismo la voz: ¡María! ¡María!

Llegaron por fin al sitio anhelado y ¿sabéis a quién encontraron? No era, no, un congre-

Universidad de Deusto
Biblioteca

gante; tampoco era un ser humano, era... un agraciado animalito, un papagayo, al que sus amos habían enseñado a repetir el nombre bendito de María. Encerrado en una débil jaula, no había recibido daño alguno, no obstante de estar rodeado de escombros, y al nombre de María, debió el no perecer de hambre.

¡Cuán salvador es, pues, el nombre de María! Repitámosle con confianza y ternura, repitámosle cada día y a cada momento y ese nombre dulcísimo será nuestro amparo y salvación.

Hace muchos años que me contaron este caso, y nunca puedo olvidarlo, y cuando me veo en un apuro cualquiera invoco con fe el nombre de María.

T. J. G., Congr.

Otro devoto animalito.

Leyendo la vida de San Francisco de Asís, se admira el imperio que tuvo sobre los animales y aves del cielo, y se reconoce ser uno de los muchos dones que le fueron otorgados por su insigne santidad y heroicas virtudes.

Refiere San Buenaventura que, estando San Francisco de Asís en el convento de Nuestra Señora de los Angeles, como regalo de una persona piadosa, recibió una ovejita, que conservó viva por mucho tiempo, pues era grande la complacencia que sentía al ver en ella la imagen de la mansedumbre.

Extrañando la ovejita la nueva casa, no cesaba de dar balidos; fuése a ella el Santo, y con su acostumbrada sencillez le mandó que no le distrajese con sus balidos y atendiese a las alabanzas que los religiosos tributaban a Dios. El animal, como si hubiese entendido al siervo de Dios, observaba con fidelidad su mandato; y, tan pronto como oía el canto de sus divinas alabanzas en el coro, si estaba balando se callaba; y cuando se metía por la puerta del jardín en la Capilla, quedábase inmóvil en un rinconcito sin distraer a nadie.

Mayor prodigio era verla cómo durante el Santo Sacrificio de la Misa, al tiempo de levantar el sacerdote la Sagrada Hostia, la ovejita, sin ser enseñada de nadie, se ponía de pie e hincaba sus rodillas en señal de reverencia a su Señor.

Casos como éstos confunden no poco a los muchos que ni en el Alzar, que representa a Jesús levantado a la Cruz por nuestra salvación, quieren doblegar su rodilla.

J. B. M., Congr.

Afortunado leñador.

No hace muchos años estaba un párroco descansando de noche, cuando oyó como una voz que le llamaba y decía: "Vete luego a esta montaña más alta y administra el Viático a un hombre que se va a morir pronto." El párroco se levantó inmediatamente, tomó el santo Viático y montando a caballo partió en compañía del sacristán.

Despuntaba ya la aurora cuando llegó a la ladera del monte indicado; encuentra allí a un viejo leñador y le pregunta:

—¿Hay algún enfermo en vuestra familia?

—A Dios gracias, ninguno que yo sepa.

Le suplica el párroco que pregunte por las casas de aquellos campos más cercanos y el buscado enfermo no aparece. No sabe ya el párroco cómo explicarse lo ocurrido. Estaba ya determinado a volver las riendas camino de su parroquia, cuando el viejo leñador le salió al paso:

—Señor cura, ya que lleváis el Santísimo Sacramento y yo, por mis achaques, no puedo ir a mi lejana parroquia, descansad un poco en esta capillita, me confesaré, y como estoy en ayunas, podré comulgar.

—Muy bien, respondió el párroco, y cumplió los deseos del anciano.

Volvió a ponerse en marcha, y no se había aún alejado doscientos metros, cuando corrió a su encuentro un joven que gritaba: ¡Señor cura, señor cura, véngase presto, que a mi padre le ha dado un ataque!

En efecto: llega a la casa y encuentra al anciano agonizando, pero con el rostro alegre y sereno. Al ver al sacerdote, exclamó:

—El ángel de la guarda os ha enviado. Por mi fuisteis llamado la noche pasada. Estaba yo próximo a morir y no lo sabía. Siempre tuve especial devoción al Santísimo Sacramento, y, como temía ser víctima de un ataque, rogaba al Señor no me dejara morir sin recibir el Santo Viático. ¡Bendito sea Dios que escuchó mi humilde plegaria!

Dichas estas y parecidas palabras con que mostraba sus sentimientos de la más acendrada piedad, con la paz del justo, el viejo leñador, asistido de su propio párroco, entregó su alma a Dios.

Oraciones como éstas, nunca son desoídas.

A. M., Congr.

Un sabio, amigo nuestro.

Cuéntase que el insigne inventor del pararrayos, Franklin, gustaba en sus ratos de expansión rodearse de pequeñuelos; se acordaba que él también lo había sido y que nunca fué más feliz y más puro; y aprovechaba los ratos en que dejaba el estudio, para instruirles con sus sabias máximas y consejos; y al ver el bien que les hacía y lo bien que le atendían, le cobraban cada día más afecto.

Más que su buen entendimiento, el cariño que les tenía le sujería medios y modos para tenerles contentos, y gustaba de hacerles entender la grandeza del Todopoderoso; ¡con qué atractivos colores les pintaba y describía la hermosura de Dios al hacerles examinar las preciosas flores que los mismos niños solían regalarle!

En una de estas infantiles reuniones, uno de los pequeñuelos, como abstraído en lo que estaba oyendo de la magnificencia de Dios, le dirigió de pronto esta pregunta:

—Y, ¿dónde está Dios?, que yo nunca le he visto y quisiera conocerle.

El ilustre anciano, acostumbrado a estas preguntas imprevistas, se sonrió benévolamente, y señalándole por toda respuesta con el índice el brillante astro que esparcía sus vivificantes rayos, "mira al sol", le dijo.

El niño lo intentó, y tapándose en seguida el rostro con ambas manos, contestó:

—No puedo, me ciega la luz.

—Pues, ¡cómo quieres ver a Dios!, replicó el sabio, si no puedes mirar una de sus obras cara a cara. ¿No ves cuán impotentes son tus ojos? ¿Sabéis quiénes han podido ver algo de Dios? Los grandes Santos; nosotros, más indignos que ellos, ¡cómo vamos a poder contemplarlo! Con otros ojos mejores le veremos en el cielo; ahora con la razón y la fe le descubrimos algo.

Así acostumbraba a hablar con los niños aquel sabio, y con ello probaba más su sabiduría, como también su cristiandad.

L. B., Congr.

Balas rasas.

Así se titulaban las preguntas que nos pasaron a casa estas vacaciones de Semana Santa, o mejor dicho, balas rasas debían ser nuestras respuestas secas, en las que la razón de peso, la ironía y la agudeza se mezclasen para formar lo que había de dejar atravesado y sin réplica al que hiciera oficio de demonio y nos tentase.

En cuanto llegaron a nuestras casas las tales preguntas, principiamos a poner en apretura todo nuestro ingenio, a buscar las razones más fuertes y fabricar con ellas las balas que nos pedían. ¡Me río yo de las balas que no pueden atravesar más que cuerpos! Estas nuestras son de las que llegan al alma y la pasan de parte a parte. Pero les falta lo más principal, la pólvora, esa ironía y agudeza que las hace ir veloces y herir de muerte. Pero ¡qué le vamos a hacer!, por estas tierras nos ha hecho Dios más reflexivos que graciosos; no ha querido darnos el cielo azul de Andalucía.

Vamos a ver algunas de las balas rasas que fabricamos.

Primeramente se nos pedía una respuesta para el compañero que en tono de guasa nos preguntase para qué sirve la Congregación, y uno muy serio le dice *para aprender a ser hombres*. Otro, un poco enfadado, *por lo menos para enseñarte a hablar a ti y a otros como tú que no ven más allá de sus narices*. En cambio, este otro, que parecía estar sentado sobre un gran tomo de lógica, le aguardaba tranquilo para ponerle en seguida fuera de combate con el siguiente dilema: *O no sabes, o sabes para qué sirve la Congregación. Si no sabes, eres un estúpido por burlarte de lo que ignoras. Y si sabes, mereces peor calificativo por reírte de lo que tanto bien hace.*

A continuación nos preguntaban: ¿qué respuesta daríamos al que dijese que la Iglesia es buena para las mujeres, que los hombres no necesitan tanto de Dios? Y uno contestaba: *¿Sabes quiénes son los que no necesitan de religión? Los animalitos; porque no tienen razón ni porvenir eterno.* ¡No le decía nada!

Otros, con más agudeza: *Justamente porque no van a la Iglesia los hombres se están haciendo mujeres; y las mujeres, porque van, se están haciendo hombres.* Y lo peor es que no es juego de palabras, sino realidad.

A la misma pregunta contestaba otro: *Dios nos ha dado a los hombres los mismos mandamientos que a las mujeres*; bala de mucho plomo, pero sin "pólvora", sin gracia.

A continuación se nos pedía respuesta para el que nos dijese "que no hay que molestarse; hay que pasar la vida lo mejor posible."

Justamente como los perros que buscan el sitio más cómodo para echarse; y aun éstos muchas veces nos ganan, pues son más agradecidos y serviciales que los hombres; y otro decía: *Si de animalito es la vida, de animalito será también la muerte.*

La cuarta bala que nos mandaban preparar era para el que se atreviese a decir delante nuestro un chiste feo. Aquí sí que hubo balas ofensivas, desde la mala cara, el silencio, la media vuelta, hasta la bofetada; porque no hay mayor insulto que atreverse a decirle a una persona decente un chiste de esos y a tenerle a él también por indecente.

Otra bala debía atravesar al que nos ofreciese una novela de dudoso autor. Uno le atacaba diciendo: *Envenénate tú si quieres*; y otro: *Yo no como setas sin saber si son buenas: cómelas tú si te empeñas...*

También las fabricamos especiales para el que quisiera llevarnos donde nadie nos vea, o cierra la puerta de modo que no puedan sorprendernos; uno le lanzaba esta: *Tapa bien todas las grietas, porque Dios es rapaz de robarnos el secreto*; y otro: *Si vamos a hacer alguna cosa buena, ¿por qué ocultarnos?; y si vamos a hacer algo malo, ¿para qué hacerlo? ¿no nos ve Dios?*

Otras fabricamos para nuestro uso exclusivo que, disparadas, rebotan contra nosotros mismos, como cuando dejamos la Misa y Comunión diaria, con el pretexto de que "no tenemos tiempo para estudiar". Contra ésto, argumenta uno: *¿Estudias todo el día?—No.—¿Descansas?—Sí.—Pues emplea parte de ese descanso en venir todos los días a la Congregación, este paseo te despejará la cabeza y Dios te ayudará más si oyes misa y comulgas y así le honras al ser tú tan honrado.*

Otro, en cambio, se lanzaba hacia sí la bala que él mismo había fabricado, y con sinceridad y nobleza se dice así mismo: *Como esto me toca a mí, bajo la cabeza y callo.*

Bien se puede llamar balas a estas respuestas, que se diferencian mucho a las usadas en la guerra: aquellas las lanza el odio y matan, éstas las envía la caridad y dan vida.

C. E., Congr.

Antes morir...

Sobre dos briosos corceles árabes, dos viajeros se dirigían en una mañana del mes de Mayo a Stambul, emporio del Asia durante mucho tiempo.

De repente, los ojos del más joven se apartaron de la mágica perspectiva del paisaje, fijándose en un jardín cerca del camino. Aquel jardín estaba lleno de rosas; pero no era esto lo que había cautivado su atención: era que en el centro había una planta de tulipanes, con cuatro flores abiertas, de una belleza extraordinaria, que en aquel país, donde tanto les

Universidad de Deusto
Biblioteca

pudan las flores, no sería fácil encontrar otras semejantes.

—En esa flor, dijo, se ha mostrado bien espléndida la naturaleza. Mira, Ibraim, qué corolas, qué pétalos; parece imposible que se encierre tal tesoro semejante en el cercado de esta casita pobre y solitaria.

—Es verdad que nunca he visto una flor tan bella, y, qué oportunidad, mañana es la fiesta de los tulipanes.

—Saca tu cimitarra y arranca la planta de raíz,—le fué ordenado con voz imperiosa.

Ibraim hubiera ejecutado esta orden si el cercado no hubiera sido tan alto, pero siendo esto imposible, descendieron la cuestecita y entraron en la cabaña. En ella no había más que un jovencito, que, después de darles la bienvenida, les ofreció frutas.

—Quiero, dijo el joven con ademán imperioso, la planta de tulipanes que crece en tu jardín.

—Conozco los deberes de la hospitalidad y, sin embargo, no puedo satisfacer vuestros deseos.

—Si no quieres darla, véndela, pide el précio que quieras, dijo haciendo un esfuerzo para contener su cólera. Es para el mismo Sultán.

—No tiene precio: los afectos no se venden.

—El Sultán puede hacer lo que quiera.

—Menos atentar a la justicia.

El joven se turbó al oir hablar así; sus altivos ojos se fijaron en el suelo. Ibraim acudió en su socorro.

—Mira que te ruega quien puede obtenerlo por la fuerza. ¿Consientes al fin?

Ibraim se abalanzó hacia la puerta del cercado, mas el niño se colocó rápido delante de él, diciendo con voz enérgica:

—Antes me arrebatarás la vida.

—Y ¿por qué tanto empeño en conservar esa flor?

—Soy huérfano y estoy solo en el mundo. Cuando al morir el día la brisa parece suspirar entre sus hojas, me figuro que oigo las voces de los que ahora duermen en la tumba...; y en la aurora, cuando encuentro sus pétalos llenos de rocío, me imagino que son sus lágrimas que lloran mi pobreza y abandono. Esa planta la compró mi padre a un sabio armenio, y siempre tenía puestos sus ojos en ella; la amaba con delirio. Mi padre se murió. Mi madre quiso seguirle, y le siguió... Las horas que precedieron a su muerte las pasó llorando sobre esta querida planta. Al reclinar su cabeza moribunda, me dijo: "Sea para ti esta planta el símbolo de la virtud; y júrame que no te separarás de ella jamás." Murió. ¿Os parece que debo venderosla, cuando ambos me la legaron como precioso emblema?

Ambos viajeros se sintieron conmovidos.

—Que Dios te guarde, dijo el más joven, y saliendo de la estancia se abalanzó sobre el caballo y se alejó al galope.

La virtud de la pureza es como este tulipán: antes morir que perderla. Este debe ser el mayor afecto de nuestra alma. La Santísima Virgen nos dará fuerza para conservarla, como legado suyo, de la Purísima, de la más pura entre todas las criaturas.

No permita que la perdamos jamás.

R. S., Congr.

Más cerca del cielo.

En un pueblo de la provincia de Murcia vivía una leprosa con su marido, ya anciano, y con un hijo y una hija; ésta les ayudaba en todo y les hacía la vida más llevadera.

Por habilillas y quejas de uno del pueblo, que vivía bien lejos de esta desgraciada familia, llegó a hacerse su estancia, hasta entonces tranquila, desagradable, hasta el punto de tener que ausentarse del pueblo; y como se puede entender, entonces comenzaron los mayores infortunios de esta familia, que, al ser expulsada del pueblo, en ninguna parte les querían recibir.

Pusieron más que nunca su confianza en Dios, y en un vallecito apartado de todo pueblo, compusieron como pudieron una choza; la hija solía ir pidiendo de puerta en puerta por los caseríos de los alrededores el sustento.

Pero vino un día de tempestad y el viento se llevó primero el techo y después las paredes de la miserable choza; el padre, sin poder sobrevivir a tantos infortunios, murió en breve.

Cuando peor parecían que estaban, volvió el hijo, que había estado trabajando lejos en una cantera, y les trajo la noticia de lo que había oído de Fontilles.

—Madre, le dijo, prepárese para marchar, que yo le llevaré a un sitio que dicen está muy cerca del cielo.

No tuvo que preparar nada, pues nada tenía. Después de penoso viaje, llegó y pidió más con lágrimas que con palabras, que le abriesen las puertas del Sanatorio. Se las abrieron con sumo agrado de todos, y más cuando enfermos y enfermeros oyeron lo que había sufrido y la paciencia con que todo lo había soportado.

No sabía salir de la Capilla; ni acababa nunca de dar gracias a Dios al encontrarse en aquella antesala del cielo; pues así lo sienten no sólo los resignados enfermos, sino aun los visitantes: allí se respira algo que no se percibe ni en los jardines ni con los aromas más regalados; hay algo allí de cielo que conforta y alegra el corazón sobremanera; el que no lo crea, que vaya y lo vea. No está la felicidad ni en las riquezas ni en las diversiones y comodidades; es algo celestial lo que tiene que llenarnos.

J. N., Congr.

Correspondencia abierta.

Este año ha venido aquí a la misma casa donde estoy, un chico de Las Arenas, que, cuando vivió en Bilbao, acudía a la Congregación y usted ya conoce; pues bien, hace días me invitó a que rezara el Rosario con él en su cuarto. Acepté su invitación con gusto, pues ya estaba, por desgracia, perdiendo la costumbre de rezarlo todos los días. No se puede, Padre, figurar la satisfacción que siento todos los días después de rezarlo, sobre todo los primeros días que lo rezamos. A esta devoción atribuyo yo que en los estudios ande este año mejor que el año pasado.

Por nada de este mundo quiero perder esta devoción; ahora entiendo lo provechosa que es.

T. J., Congr.



Núm. 143.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Junio de 1925

Otro Estanislao más en el cielo

Buena prueba de pujante vida da la planta que, llevada a otro clima muy distinto, vuelve a arraigar, y se llena a su tiempo de verdor y de flores, tan lucidamente como antes de ser trasplantada; y mayor prueba dicen que es si el segundo año sigue tan frondosa y fructífera como el primero. Pues bien, por esta prueba pasó nuestro joven José María Mateos y Soroa, cuando, tierno aún en la Congregación, le fué preciso trasladarse con su familia a Madrid. Y de lo bien que allí arraigó, de la lozanía que conservó, es buena prueba la treintena de cartas con las que, durante los tres años de su estancia en la Corte, sostuvo su comunicación con nuestro Padre.

Pero antes veamos cómo brotó esta planta por primera vez, a su ingreso a los 8 años, en esta Congregación. Su historial, como el de todos nosotros, queda archivado en los cuadernos de la diaria asistencia, donde consta también la parte activa que año tras año tomamos en los concursos, catequesis, etc., etc.; allí se puede ver que casi siempre fué de los puntuales y constantes, a pesar de tener que vencer los reparos que le oponían en su casa, por su delicada salud, y más en invierno, ante el madrugoncito que supone estar a las 7 y media en la iglesia.

Sus tempranos frutos.

Para los cinco años sabía ya la Doctrina Cristiana; y no tenía catorce cuando ya la enseñaba en las Catequesis de la Congregación; e influyó tanto su ejemplo en su hermano menor, que éste, con sólo diez años, le acompañaba en la Catequesis de Erandio, y enseñaba a los pequeñitos las oraciones y les repetía la explicación del domingo anterior. Con él iba también todas las mañanas a comulgar, en aquel pueblo donde no había misa de Congregación ni más niños que comulgaran a diario. Así contribuyó a que en su hermanito se fuera fomentando la vocación que le animó a irse a la Escuela apostólica de Javier, donde persevera con grandes esperanzas.

Entre los muchos dulces recuerdos que deja en la familia, contaban este caso: tenía cinco años cuando le explicaba su tía cómo sacrificando sus gustos era más provechosa y de más mérito la limosna. "*¿Cómo haré yo limosna, pensó él, si no tengo dinero?; pues, sencillamente, no tomaré el postre, lo guardaré y se lo daré al primer pobre chiquitito que encuentre*; y así lo hizo.

Le ayudó mucho a educarse bien el ser hermano mayor y el modito delicado que tenía de hacerles a sus hermanos las advertencias que juzgaba conveniente: el mayor argumento para animarles a andar derechos, era hacerles comprender lo que sentirían sus papás cuando se enteraran de su falta. Se ve que para su delicadeza no había móvil más poderoso, y que los castigos para él tenían poco valor.

Su arraigo en la nueva Congregación.

Apenas llegado a Madrid, escribía: *ya sé ir y volver solo a la Congregación, a la calle de la Flor. A mis hermanos les he dado escritas las oraciones que ahí rezábamos con usted, para que las recen después de comulgar.*

Recuerda su hermanito que, para no llegar tarde a la Congregación, le hacía correr cogido de su mano; y cómo no le gustaba, aun cuando hacía más calor en Madrid, gastar el menor escote, *eso no está bien*, solía decir, *en un congregante de la Virgen.*

A sus hermanas, otro tanto; jamás quería verlas con escotes ni faldas cortas.

Se previene, como se ve, a principio de curso, para no faltar ni un día a la Misa y la Comunión, y escribe: *En Madrid empieza ya el frío, y en su medida crecerá la pereza, y con ella querrá detenerme el diablo, pero le voy a dar pasaporte; tengo sobre la cabecera de mi cama el cuadrito, que por correo me mandó usted, de la Virgen de los Dolores con el Ecce-Homo;*

Universidad de Deusto
Biblioteca

pequeños me animaré a levantarme, y por mucho frío que haga, me vestiré en tres segundos.

Poco después daba esta grata noticia: *Anteanoche me nombró el P. Oliver Vicetelador, y me ha dado la medalla plateada que distingue a los de la Junta. Ahora el Padre se servirá más de mí, y estoy deseando de ayudarle y valer así más.*

Pasado el verano, cuando se suspenden en Madrid los actos de la Congregación, escribía impaciente: *Ignacio y yo sentimos mucho el no poder ir a la Congregación, y deseamos que cuanto antes se reanude; quisiéramos hoy mismo recibir el aviso de que podemos ir.*

En otra carta se desahogaba así: *Padre, aquí estamos muy contentos, puesto que tenemos lo que vale más, la tranquilidad de conciencia; y no es extraña, pues todos los días oímos la Santa Misa y comulgamos en ella.*

Por lo que cuentan los que le trataron íntimamente, tanto en Madrid como aquí, en todo se echaba de ver que estaba identificado con el espíritu de verdadero congregante. Allí y aquí no faltaba a acto alguno, y en la Congregación podían encontrarle cuando no estaba en las clases o en su casa; y no eran los juegos los que más le atraían: aficionado a la lectura, pasaba largos ratos tan provechosamente entretenido, que sabía dar cuenta de cuanto leía.

Sus maduros frutos.

Cuando aún tenía 12 años, demostraba lo que hoy es tan raro, su agradecimiento y amor al deber: *No tengo aquí más amigos que los congregantes. Mucho desearía ir por la tarde a la Congregación a jugar un poco, pero antes es papá; por él me da Dios cuanto tengo, por él me mantiene; de manera que yo tengo que ayudarle cuanto pueda.* Y así era, le ayudaba, sobre todo cuando faltaba algún dependiente, escribiendo cartas a máquina, copiándolas, y con cuanto se le ofrecía a su alcance; y cuando salía de viaje, él era como los ojos y las manos de su padre, en todo estaba y todo lo advertía.

Con ayudarle cuanto podía a su padre, tomaba con no menor empeño la carrera de Comercio, que estaba ya terminando; según lo atestiguan las matrículas de honor y sobresalientes que con alguna frecuencia llevaba.

Para contestar a un Concurso, nos mandaron impresa una historia, que teníamos que leerla con atención. A la pregunta: ¿Por qué no sabe de cuentas quien hace cuentas sin Dios? contestaba lo que todos los días está enseñándonos la experiencia: *porque sin la ayuda de Dios nada puede salirnos bien.*

Y a este propósito, recuerdan haberle oído repetir en ocasiones de sentirse alguna contrariedad en la familia: *Cuando Dios lo quiere, por algo será.* Y que así lo sentía se echaba de ver por lo tranquilamente que llevaba los sufrimientos propios; que no dejó de experimentar en los 16 años que duró su paso por este valle de lágrimas.

Sus expansiones y delicadezas.

En este ambiente estaba educado, como se ve en las contestaciones que daba a estas otras preguntas, que iban acompañadas de un grabado representando un condenado:

¿De qué sirven al condenado las lágrimas? —*De mayor tormento.*

¿Cuándo están mejor que nunca empleadas la tristeza y las lágrimas?—*Cuando se ha cometido un pecado.*

¿A quién tendrá que echar la culpa el condenado de estar eternamente en el infierno?—*A sí mismo, que se dejó arrastrar por el mal amigo o la pasión.*

¿Qué querría sufrir un condenado si pudiese salir del infierno, para no exponerse a caer en él?—*Todos los males imaginables.*

¿Cómo llega uno a cometer los primeros pecados mortales?—*No haciendo caso de los veniales y dejándose llevar de las malas compañías.*

Y en otros concursos demostraba también sus sentimientos nobles y generosos:

¿Por qué, como San Jerónimo, no podemos nosotros negarle nada a Jesús?—*Porque él nos lo ha dado todo, y hasta ha muerto por nosotros.*

¿Con qué pensamiento podré fácilmente hacer un acto de perfecta contrición?—*Con el pensamiento de Jesús crucificado, que se hizo hombre para poder sufrir y así salvarnos.*

Para animarme a trabajar y a sacrificar algo de mis pagas en favor de los infieles, ¿qué pensamiento puede ser muy eficaz?—*Que Cristo no murió sólo por mí, sino que murió por todos los hombres.*

Volvamos a sus cartas y veremos cómo los ejemplos de los Santos, leídos y oídos quedaban grabados en su ánimo. Escribe: *El día de San Estanislao tuvimos Misa mayor y una bonita plática sobre nuestro Santo; nos hizo ver cómo se distinguió por su notable amor a la Virgen y por su delicadeza en la pureza, hasta el punto de desmayarse cuando oía alguna cosa menos honesta; también se me grabó lo que nos dijo de su energía, que ni separado de sus padres, y en casa de un hereje, ni con pistolearle su hermano, accedía a ir a sus diversiones y a complacerle cuando no debía.*

Que estos ejemplos le quedaron grabados no sólo en la memoria, sino también en la voluntad, se notaba en la firmeza con que venció cuantas tentaciones tuvo de entrar en cines y espectáculos algo peligrosos. Ni aquí ni en Madrid, vió nadie que los pisara.

Visitó con su padre, en uno de sus viajes, la Catedral de Segovia, y, con admirar y describir a su modo aquella obra de arte y majestad, se fija en lo más esencial, y dice así: *Como antes le decía, oímos Misa y yo comulgué. Pero ¡qué vergüenza! no comulgó conmigo más que una niña. ¡Lástima de Catedral tan inmensa y tan poco aprovechada! Y es ciudad tenida por muy cristiana! A mí me dió más tristeza por recordar el contraste de esas comuniones diarias de 300 y 400 jóvenes. Y ¿cuántos le parece a usted que estaban con nosotros oyendo misa? Pues no éramos más que seis en toda la Catedral; el monaguillo, más que ayudar a misa, parecía estar sentado en un banco tomando el sol, y allí la sombra.*

Que sentía en sí un alma nada vulgar, lo acredita esta otra carta, y lo demostraba también en su ordinaria conversación:

La Catedral de Avila es muy bonita; lo que más me gustó es el coro y su trascoro, que parece representa lo mismo que el de Toledo. Al ver estos días estos monumentos, quedé admirado; aunque el goce que siento, al ver obras tan colosales, se junta la tristeza de pensar cómo han decaído los ánimos y la religión. Ni sé cómo no nos tapamos la cara de vergüenza viendo que nuestros antepasados, mucho más pobres y con menos medios, hicieron lo que vemos; y nosotros, nada, no pensamos más que en ganar dinero y vivir cómodamente..

Hay que hacer algo que nos acredite como a nuestros antepasados; si no, dirán nuestros nietos que los del siglo XX ni fueron católicos ni valieron para nada.

Acabamos de ver en estos pocos rasgos los frutos que daba ya nuestro compañero, cuando inesperadamente fué trasplantado al cielo. Allí los estará dando abundantes y sabrosos; allí rogará también por todos los que aquí le quisimos bien.

A. M., Congr.

Escenas para películas.

Será difícil llamar la atención en Londres entre los 5 o 6 millones de habitantes. ¿Quién lo duda? Pues la llamó, y en toda Inglaterra, y hasta en los Estados Unidos, el jesuíta Padre Bernardo Vaughan. Murió durante mi estancia en Londres. Por aquellos días en todas partes se hablaba del famoso orador, que llamaba la atención y atraía predicando lo mismo al pueblo (al estilo inglés) en las calles y plazas, como a la gente ilustrada en iglesias y salones.

Pero lo más curioso, y sobre todo provechoso, es la manera singularmente cristiana, con que, según se complacía en contarla el P. Vaughan, les educó su madre. Esta señora, como veremos dignísima, no recuerdo bien si era española o descendiente de españoles; desde luego su familia era una de las más aristocráticas de Inglaterra.

Generosidad bien pagada.

Contaba su hijo lo que había visto y oído a su madre: todos los días, durante veinte años, una hora, de 5 a 6 de la tarde, se estaba delante del Santísimo pidiendo al Señor que todos, (no uno o dos), todos sus hijos, fueran religiosos o sacerdotes. *Porque*, decía, *todo lo he recibido del Señor, todo le tengo que devolver a El. Y ¿qué cosa mejor tengo para entregarle y devolverle que mis hijos?* Y de hecho, todas sus cinco hijas entraron monjas; y de sus ocho hijos, seis fueron sacerdotes; y los otros dos estuvieron por algún tiempo probando su vocación en los Seminarios. De sus hijos, uno fué Cardenal-Arzobispo de Westminster, otro Arzobispo y otro Obispo.

Pidiéndole sus hijos un día al salir de caza, que rogase a Dios tuviesen un buen día, contestó sonriendo: "Jamás pido favores temporales para mis hijos."

Y el P. Bernardo solía decir que estimaban en más su bendición que sus caricias.

Gustando ya el cielo.

Nos hablaba del cielo como si lo viera, y nos lo hacía ver y sentir tanto, que lo amábamos más que a nuestra propia casa. Otro tanto con los Santos, leyéndonos lo más escogido de sus vidas, hasta que los queríamos como a nuestros mejores amigos.

De niña aprendió nuestra madre a pintar, tocar y cantar, y nuestro mayor placer era ponernos a su alrededor para escucharla; ella misma acompañaba con el arpa, sus cantos e himnos, cuya letra nos hablaba también del cielo; y cuando más entusiasmados nos veía, solía detenerse y decirnos: "esto no es nada, es ruido, comparado con la arrebatadora música de los cielos."

Cuando entraba en la sala de los niños, éstos corrían a porfía a ver quién era el primero en besarle reverentemente la mano. Después se sentaba ella en el suelo con todos sus hijos alrededor; tomaba ella entonces su crucifijo y medallas y se las daba a besar y venerar.

De vez en cuando tomaba su reloj y poniéndoselo al oído, solía decirles: "¿Oís ese tictac del reloj? Pues así se nos pasa la vida. Cuando nuestro corazón no lata ya, es señal de que Dios no le ha vuelto a dar cuerda y que nos quiere llevar con El a nuestra casa solariega por toda la dichosa eternidad."

Mañana y tarde, continúa el P. Bernardo, nos arrodillábamos juntos en torno suyo, para decir con ella nuestras oraciones infantiles. Después, dos en los brazos y los demás siguiéndola, nos llevaba a la capilla, donde en las grandes fiestas nos permitía besar el paño del altar o el altar mismo. Solía decirnos, que allí, en el tabernáculo, vivía uno que nos amaba mucho más que ella; que allí estaba siempre; que le fuésemos a visitar.

Le gustaban mucho las flores; pero se enojaría, si acertaban a poner las mejores en su alcoba, y no en la capilla. Ella misma solía hacernos ramilletes, para que los pusiéramos en el altar de nuestra salita o ante la estatua de la Santísima Virgen.

Otras mejores flores.

Miraba como deber suyo venir a nuestra sala y enseñarnos ella misma las prácticas piadosas; mientras, interrumpía a los mayores sus lecciones, con lo que volvían éstos a recordar lo que cuando más niños habían oído.

De lo que nunca se cansaba de hablarles era de la Sagrada Pasión y muerte del Señor. *Mirad esas cinco llagas*, nos decía, *¿cuántas penas no sufrió y cuánta sangre no derramó! ¡Y todo por vosotros! Por mucho que viváis no dejéis nunca de amar estas preciosas heridas más que otra cosa alguna de la tierra. Si alguna vez ofendéis a Dios y os volvéis malos, será por haberos olvidado de cuánto le costasteis.*

Como la madre era el padre.

Nuestro padre nos enseñaba prácticas de lo más provechosas: hacía que asistiésemos entre los niños del pueblo a los catecismos, que se tenían en la capilla todos los domingos. Y el capellán tenía especial encargo de mostrarse

Universidad de Deusto
Biblioteca



Núm. 144.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Julio de 1925

Un valiente Misionero.

Cuánto desearía yo contentaros y contaros maravillosas hazañas. Os figuráis que los Misioneros son algo que no son los demás hombres, y así es. Yo siempre estoy satisfechísimo de haber sido escogido por Dios para carrera tan sublime; eso que en esta isla me faltan hazañas que hacer y que contar; no os imagináis lo pequeña que es: no sé si pasan de siete kilómetros de larga y gran parte de ella no tiene ni uno de ancha: los habitantes, poco más o menos, son unos 630; y con eso ya podéis discurrir qué empresas serán éstas las mías. Aquí no hay más gente buena que la que se ha convertido; los demás son protestantes engañados miserablemente por cuatro jefes que los tienen comprometidos.

Mi mayor hazaña.

Tengo para mí que la mayor hazaña, y aquí casi la única para el Misionero es hacerse a una isla tan pequeña, sin vida ninguna y casi sin comunicación de ninguna clase. En un vapor americano nos visitó el año pasado, un médico que hablaba bastante bien el castellano; se maravillaba de esta mi vida, y me dijo: "Yo no duraba aquí ni tres meses". Le enseñé entonces las caras risueñas de los hombres que le habían seguido por el camino hasta casa, como a algo portentoso y nuevo, y le dije: "Tampoco yo pudiera estar aquí, si no fuera por esta gente; con ella todo se me hace fácil". Los pastores protestantes tampoco viven aquí, sino en Truk, donde llega el vapor Tokyo, y hay pan, luz eléctrica, médico, etc.; aquí no hay nada de eso, como tampoco juegos y diversiones de ninguna clase, ni más amigo que el que dejó el cielo por nosotros, ni lo podemos encontrar mejor.

El porqué de la hazaña.

Con tan buen amigo como tengo en el Sagrario, no me cuesta nada todo esto; y si tuviera una sombra de tristeza algún día, ¿sabéis cómo se me quitaría en seguida? pues con sólo pensar que, si yo estoy aquí contento, Jesucristo el día del Juicio podrá gloriarse de que este indigno soldado suyo estuvo por El, donde no aguantó un siervo de satanás. Con ésto no dura aquí ninguna tentación; porque poca gracia puede hacerle este recuerdo. Así que ya lo sabéis mi mayor hazaña, es estar satisfecho en esta insuleja, donde los naturales viven tan contentos siempre, sin comer más que unos cocos y unos tubérculos que se crían en lugares muy pantanosos, por estar la tierra más baja que el mar y filtrarse por todas partes muchísima agua.

Nuestros apurillos.

Para nosotros los víveres tienen que traernos desde Tokyo en unos vapores que hacen el recorrido hasta Marshall; pero, como no vienen hasta aquí si no en embarcaciones pequeñas, que a veces no llegan a tiempo, nos pasamos nuestros apurillos; así hace varios días nos vimos en peligro de no poder decir misa por falta de harina; nos la habían mandado de Truk, en algún bote de esos arriesgados que se lanzan por estos mares a probar ventura; y, les pasa a veces lo que a los aventureros, que la pagan. Además tropezamos con otra no pequeña dificultad, con la dificultad de no conservarse muchos alimentos por el calor y la humedad. Aunque nos han mandado y hemos sembrado semillas de todas clases; pero si llegan a nacer, al poco tiempo mueren, como para quitarnos toda esperanza de conseguir algo por nuestra industria. Esto es lo más negrillo de la isla; fuera de ésto, aquí no hay sufrimientos, porque la gente es sumamente sencilla, muy buena, atenta y alegre; no se puede ponderar suficientemente la alegría de esta gente.

Costosa capilla.

Tenemos funciones muy bonitas en la iglesia que ellos mismos la han hecho gratis,

severo con nosotros siempre que no respondiésemos bien.

Le gustaba que diéscmos a otros niños menesterosos algo de lo nuestro, y no solamente los juguetes inútiles; y nada le agradaba tanto como vernos ir con nuestra madre cargados de cosas para repartirlas a los pobres.

Cuando algunos criticaban a nuestros padres por llevarnos a donde podíamos coger cosa peor que un catarro, solían decir que *la enfermedad era muy poca cosa para pagar lo mucho que se merece con el ejercicio de caridad cristiana y Dios cuidará de nosotros tanto cuanto nos descuidáramos por su amor.*

¡Qué bien cumplieron estos padres con su principal deber, y qué bien se lo pagó el Señor, honrando a esta noble familia más que todo lo que el mundo puede levantar con sus vanos honores y riquezas!

C. G-I., Congr.

Parada en seco.

Con el fin de sacar algunos planos agronómicos, se presentó en un pueblo una comisión de la que formaba parte cierto ingeniero que alardeaba de irreligiosidad.

Se hospedó la citada comisión en casa de la familia más acomodada del pueblo, en la que había un chico de unos diez o doce años, tan listo como bueno.

Al día siguiente de su llegada, el ingeniero empezó a burlarse de todo lo que era Religión, llenando de consternación a la familia, y en especial al chico.

Al cabo de ocho días, concluyó el ingeniero su trabajo, que él lo creía maravilloso, y lo enseñaba a la familia con aire de triunfo. Cuando estaba entusiasmado explicándoles, resonó una carcajada a un lado del salón. Todos se volvieron hacia el sitio donde había salido la carcajada y vieron al chico que, señalando los planos que tenía el ingeniero en una mano, no cesaba de reirse.

—¿Sabremos de qué te ríes?, le preguntó su padre.

El pequeño continuó riéndose y señalando los planos. El ingeniero apenas podía contener la ira y, sin poder dominarse del todo, le preguntó con tono seco:

—¿Qué has notado en mis planos que te causa tanta gracia?

El chico, haciendo esfuerzos para dominar la risa, le contesta:

—¡Está tan mal...! Esas rayas tan rectas, esas curvas tan mal hechas... ¡Vaya, vaya!, exclamó dirigiéndose a los amigos del ingeniero, no sé por qué admiran esas figuras.

El ingeniero, que veía poner en ridículo sus trabajos y esto por un muchacho ignorante, no pudo más y exclamó:

—¿Sabes topografía, muchacho?

—¡Nada!, contestó sonriendo.

—¿Y dibujo?

—Tampoco.

—¿Y has visto algún plano?

—Son los primeros.

—Me admira entonces tu risa, y parece tonto y ridículo burlarse uno de lo que no entiende.

Irguióse entonces el pequeño, y altivo y majestuoso preguntó:

—¿Conoce a fondo la religión católica? ¿Sabe usted ni siquiera el catecismo?

—¡No!

—¡Pues, entonces, caballero, ha estado usted también soberanamente tonto y ridículo cuando los días pasados se burló de lo que no entiende.

No hay que decir que el ingeniero quedó corrido y avergonzado, y adelantó la marcha, sin atreverse en adelante a hablar mal de lo que no entendía.

J. L. O., Congr.

Otro modo de parar.

Un joven obrero, educado por sus padres protestantes en tiempos en que estos herejes con mayor empeño querían extenderse por toda Francia, fué creciendo en odio a la verdadera religión. Desde que entró en el taller trató de inculcar a sus amigos sus deseos de exterminar a sus mayores enemigos, los que entendía eran la defensa de su perseguida religión.

En sus reuniones trataba de ver cómo podía salirles al paso y exterminar si pudiera a todos los católicos, y abrir camino más y más ancho a los protestantes; tan metida tenía su falsa religión. Así pasaban los días como las aguas corrientes de río en tiempo turbonado, tropezando acá y allá hasta romper todo dique.

Un día, en que hubo bebido con sus amigos lo suficiente para calentarse más los ánimos, decidieron asesinar al que tenían por mayor enemigo de su religión, al Duque de Guisa, el mejor y más decidido defensor de los católicos. Iban a echar a suertes para ver a quién le tocaba matar al Duque; pero el joven de quien os hablo, sitiéndose animado, dijo: No hay que echar a suertes, aquí estoy yo.

No guardaron tan bien el secreto que no se trasluciera, y llegara a oídos del Duque. Este, sin inmutarse, mandó venir al asesino.

Al ser llevado el joven a presencia del Duque, y al preguntarle éste si tenía algo personal contra él,

—No, nada tengo de que quejarme, contestó con arrogancia el joven obrero.

—Pues, entonces, ¿quién te ha inducido a cometer este crimen?

—Mi amor a mi religión, a quien quería librarla de su mayor y peor enemigo.

—Está bien; tú mismo vas a juzgar ahora qué religión es la verdadera, si la tuya que te incita al asesinato, o la mía que me manda perdonar al que ha jurado quitarme la vida. Estás en mis manos, y yo te perdono. Ahora, dime, ¿qué religión es la verdadera, la tuya o la mía?

El joven, que había ido insensiblemente suavizando su feroz mirada, con la cabeza inclinada dijo con toda su alma: —Perdonadme, señor Duque, vuestra religión es la verdadera; me habéis vencido.

No hay que decir que desde aquel día, aquel joven, que de bastante buena fe había luchado tan ciegamente por el protestantismo, con la luz que ahora le iluminó descubrió su error, y abrazó la única verdadera religión que manda perdonar tan generosamente.

J. P., Congr.

y con sacrificios y penalidades sin cuento, trayendo los corales desde lejos descalzos sobre camino también de coral que les pinchaban los pies, como os lo podéis imaginar; y los traían sobre el hombro desnudo sin que hubiera modo de evitar la molestia que les causaba sobre la misma piel.

Instrumento encantado.

Ya os figuraréis la admiración de esta gente al ver un gramófono: todo era mirarlo por todas partes, para ver por dónde salía la voz y dónde estaba el cantor: "Está dentro decían y miraban por la persiana a ver si podían ver algo: más se admiraban aún cuando oían alguna marcha tocada por una banda: "Cómo podrán estar ahí tantos tocando" y se admiraban de la intelectualidad europea. Pero como sabéis la dificultad del gramófono está en la monotonía, si uno no cuenta con alguna variedad de discos, y ésto en esta tierra es tan difícil de evitar; sin embargo hemos dado con un medio y es el de exponerlo pocas veces. Los chicos al día siguiente estaban imitando a los músicos ingleses, de manera tan admirable que en un primer movimiento me asomé a la ventana para ver si habían traído alguno nuevo! Son listísimos como ellos solos, y de una memoria felicísima.

La mayor diversión.

De los chiquitos estos, poco os puedo decir; en donde son de veras habilidosos es en el mar: nadan de una manera maravillosa: si los viérais tendríais uno de los entretenimientos más curiosos que habéis presenciado; nadan debajo del agua como los peces, riñen, juegan, se exponen a todo lo que puede decirse; son una maravilla y cuanto más pequeños parece que lo hacen mejor; por supuesto que con los gritos que pegan parece todo un ejército, y a lo mejor no son más que tres o cuatro; hay niños que no saben hablar y ya nadan solos, tan sin peligro que desde que vinimos hasta ahora no hemos sabido que uno solo haya tenido el menor contratiempo. Hace poco tiempo oía desde mi cuarto a una criaturilla que lloraba y no tan cerca de casa: salí a ver dónde estaba, y no daba con ella; no se la veía por ningún lado; la voz parecía que venía del mar, donde no se veía más que una mujer; pues con ella estaba la criatura, que según su madre, estaba enferma; para todas las enfermedades entra esta gente en el mar.

Si queréis ensayar un método de aprender a nadar, no tenéis más que echar al agua una tabla y colocaros en un extremo de ella; no se hunde, podéis hacer lo que queráis; os podéis echar encima, ponerla de un lado o como queráis; todo se puede con la tabla; y a los pocos días abandonarla confiando sólo en vuestra habilidad.

Otro día os contaré más cosas; bien lo merecéis por lo que os interesáis por éstas y otras Misiones

Martín Espinal, S. J.

Otro tan valiente.

Es curioso el modo cómo se internó el P. Juan de Ugarte entre los indios de California: Entró el P. Ugarte con dos empeños igualmente difíciles de conseguir: el primero, de enseñar y doctrinar a los indios, obligándoles blandamente a asistir todos los días a misa, al rosario y a la doctrina, quitándoles la afición a sus hechiceros y embusteros sacerdotes y el apego a sus supersticiones envejecidas; el segundo, acostumbrarlos a cultivar la tierra y cuidar de los ganados, formando hombres de unas bestias salvajes, hechas a vivir en ocio perpetuo buscando su comida por los bosques, como brutos.

Por la mañana, dicha la misa, a que les obligaba a asistir, repetidas las oraciones de la doctrina y dado el desayuno, a los que habían de trabajar, los conducía o a la fábrica de la iglesia y casas para sus indios, o al desmonte de las tierras para el cultivo, o a hacer presas para el riego, o a abrir hoyas para plantar árboles frutales y cepas, o a mover y disponer la tierra para recibir las semillas.

Cómo enseñaba.

En estas labores no sólo era el P. Ugarte maestro y sobrestante de las obras, sino carpintero, albañil y peón de todos los oficios, pues de todos debía llevar el trabajo principal; porque ni movidos del ejemplo y de los regalillos acababan de sacudir la pereza y desidia arraigada en las médulas y no dieran paso si no vieran al Padre trabajar más que todos. Así, él era el primero a traer la piedra, a pisar el barro, a mezclar la arena, a cortar y desnudar las maderas, a sacar la tierra y colocar los materiales. Del mismo modo, sudaba y afanaba en los demás trabajos, ya con el hacha cortando la espesura, ya con el azadón cabando la tierra, ya con la barra hendiendo peñascos; ya disponiendo, ya llevando el riego, ya conduciendo al pasto y al agua las bestias.

Baile singularísimo.

Aun a los niños, dice el Padre, era menester engañar para acostumbrarlos a algún trabajo. Y apostaba el Padre con ellos a quien más presto arrancaba la maleza, y ofrecía premios a quien sacase más tierra. Basta decir que para formar los adobes, haciéndose niño con los niños los convidaba a jugar con tierra y bailar sobre el lodo. Descalzábase el Padre y entraba a pisarlo; entraban también con él los muchachos, empezaba la danza, saltaban y bailaban sobre el lodo, cantaban los muchachos y con ellos cantaba el Padre, estando contentísimos, saltando a competencia y batiendo y pisando el lodo por varias partes hasta el tiempo de la merienda Así pudo disponer la iglesia y las habitaciones para él y los indios.

Otro baile al aire.

Por la tarde los conducía el Padre a rezar el rosario, después del cual les explicaba la doctrina, dándoles en premio nuevo regalo de comida. Al principio estaban inquietos todo el tiempo de la doctrina, recibiendo con risa y burla cuanto el Padre decía, hablando entre sí y prorrumpiendo muchas veces en grandes carcajadas. Sufriólo el Padre, riñóles después, y, como nada bastase para tenerlos atentos, parecióle hacer un día alguna fuerte demostración, para sujetarlos por miedo. Estaba cerca de él un indio muy apreciado de valiente, y que presumiendo de esta ventaja, única que entre ellos merece estimación, se atrevía a descomponerse más que los otros. El Padre Ugarte, que era robusto y de grandes fuerzas, cuando estaba el indio en la mayor fuerza de su risa, haciendo señas de burla a los demás, le tomó por los cabellos y levantándole en el aire, le mimbreó en él a uno y otro lado así pendiente por tres o cuatro veces. Esto bastó para que huyesen todos despavoridos; pero recogiéronse poco a poco, y el Padre logró que estuviesen en adelante con atención. Mas averiguando, que la causa de su algazara, eran las faltas que él cometía en las voces y pronunciación de su lengua, procuró poner más cuidado para instruirse en uno y otro, tomando por maestros a los niños; pues supo que los mayores, sobre resistirse, le engañaban enseñándole mal, para burlarse después. Ni aun así, lograba animarles al trabajo, por la rudeza brutal de aquellos infelices. Ponderóles en una ocasión con cuanta fuerza pudo el fuego y las penas del infierno. El fruto fué, que después les oyó decir en sus corrillos que mejor tierra era el infierno que la suya, pues no había falta de leña, sino mucha lumbre para calentarse y que era mejor dejar su tierra e irse allá. El desconsuelo y desmayo que causa tanta torpeza es indecible; pero todo lo vence el trabajo y la constancia de un hombre aplicado y laborioso que se afana por la gloria de Dios.

¡Quién pudiera imitarle y valer tanto como este P. Ugarte! No quiero quedarme con sólo deseos; quiero sufrir algo y rogar por los Misioneros que aunque sufren mucho, están muy consolados.

A. A., Congr.

Desastrosa lucha.

Había nada menos que 25 chiquillos en la banda de los "Gigantes", dispuestos a batirse a pedradas con los 20 poco más o menos, que formaban la de los "Zancudos" del vecino pueblo. Había establecido en él un francés, un pequeño local de cine, destinado a entretener, como decía, a los chicos de la aldea, trayendo para ello películas nada menos que de Polo y demás caterva, ilustradas con secretas y belicosas bandas.

Los padres, que no se habían visto en otra semejante, creyendo hacer un bien a sus hijos los mandaban a entretenerse con aquellas tan divertidas películas, sin darse cuenta que con el pecado habían de llevar su penitencia.

Imitando, pues, aquellas batallas de pólvora, que salían en la pantalla, los chicos del pueblo lograron armar las suyas a pedradas.

Un día tuvieron un encuentro formidable, a causa de que los "Gigantes" habían tenido el atrevimiento de insultar a Perico, niño de 12 años, más travieso que siete, hijo del zapatero de la esquina y jefe de los "Zancudos" por añadidura.

Furiosos éstos al ver insultado a su jefe, decidieron aquella misma tarde humillar a aquella su soberbia. ¡Qué demonio!, decían, les tenemos que vencer.

Pero no contaron con la huéspeda. Enterados los "Gigantes" de sus preparativos, les salieron al encuentro con sus blusas repletas de piedras, trabándose una terrible guerra de pedradas.

El hijo del zapatero, viendo que sus compañeros flaqueaban, quiso mostrar su valor a los "Zancudos"; y en efecto, lanzando piedras con furor, se adelantó demasiado, y una piedra, del grupo contrario, dándole en medio de la frente, le derribó sin sentido.

En aquel momento todas las piedras vinieron al suelo.

Llevároule a su casa con la mayor celeridad que pudieron. Costó mucho a sus padres devolverle el sentido; pues la pedrada había sido tan formidable, y, a pesar de los esfuerzos del médico, el infeliz Perico falleció, pidiendo perdón de su pecado.

No hay que decir que aquella noche nadie fué al cine y los padres cuidaron de que sus hijos no volvieran a pisarlo; y tan buena campaña hicieron que tuvo que cerrarse la tal escuela de pillería e incultura, cuando no de cosa peor.

P. C., Congr.

Por un alma.

Terminado delante del Sagrario el rezo del oficio divino, se entregaba al descanso en su pobre lecho, ya bien entrada la noche, un operario de la casa que tenían los PP. Jesuítas en Fernando Póo. El trabajo de aquel día en visitar e instruir a los pobres de la ciudad y caseríos vecinos había sido extraordinario, y no podía valerse de sueño y de cansancio.—No llevaba una hora dormido, cuando despierta sobresaltado: en su interior sentía una voz singular que parecía decirle: "Allá en la selva hay un alma que necesita de tu ayuda para pasar a la eternidad".—"Será un sueño, una pesadilla", se dijo el Padre. Al poco rato, otro despertar y otro como aviso, tan apremiante como el primero; hasta que a la tercera le pareció al Misionero que sería resistir al Espíritu Santo el no ponerse luego en camino, siguiendo aquella inspiración vehemente que le impulsaba y que no podía ser sino del cielo. Levantóse al punto, fuése a la iglesia, guardó en una cajita de plata el Santísimo Sacramento, se lo suspendió al pecho, y, hecha la señal de la cruz, confiado en Dios, se lanzó al bosque poco conocido para él, y sin vereda que seguir, sin punto fijo a donde dirigirse.

La tempestad, que desde el anochecer venía preparándose, hacía más pavorosa toda-

Universidad de Deusto
Biblioteca

vía la oscuridad de la noche rasgada de cuando en cuando por la luz de los relámpagos que mostraban a cada paso peñascos y barrancos y troncos atravesados cortando el camino que dejaba libre lo espeso de la maleza.

Agarrándose a las matas y ramas de los árboles para no despeñarse ni hundirse en el fango de aquel terreno pantanoso, iba el Padre Misionero cayendo y levantando, empapado en agua y sudor, sangrando de manos y piernas.

Hubo un momento en que no pudo más: dos leguas largas llevaba recorridas, y aquello no se acababa, la selva parecía interminable; el pensamiento de que la voz aquella debía de ser un sueño le asaltaba con gran viveza: "y, aunque fuera verdad, ¿no sería mejor, decía, aguardar la luz del día para continuar la marcha? ¿a qué andar toda la noche perdido con peligro de la vida, inseguro de dar con lo que buscas?"

Decidido a esperar, dejóse caer al pie de un árbol corpulento para defenderse envuelto en su manteo de la fuerza de la lluvia.—En esto oye una voz clara: "¡Levántate, cobarde! que parecía salir de la espesura del bosque. Mira a todas partes y a nadie ve. Sin esperar a más se levanta y encomendándose al Señor que llevaba consigo se resuelve a cualquier sacrificio por salvar un alma.

A la primera luz de la mañana siguiente, moría bautizado por el Padre un niñito que vivía con su madre a la salida del bosque en una pobre cabaña.

Tanto estimaba el Señor la salvación de aquella alma y el que subiese al cielo que así había querido que se sacrificara el Padre por buscarle y por administrarle el bautismo.

Este Misionero escogido por Dios, era el P. Nicolás Rodríguez, de la Compañía de Jesús, sucesor de San Pedro Claver en la heroicidad de sus virtudes y su caridad con los pobres, que después misionó en Colombia y murió en la misma casa y el mismo día que San Pedro Claver.

Hace algo más de un año que se viene promoviendo en Roma la causa de su canonización.

R. L., Congr.

Correspondencia abierta.

Salvado del infierno.

Yo pensaba estar en París más tiempo pero tuve que salir de allí raudo y veloz cual un cohete

París hasta las ocho de la noche es muy bonito, y muy hermoso, y muy elegante; pero desde esa hora es una acreditada sucursal de Pedro Botero; pero, gracias a Dios y a su Santa Madre, he salido más limpio, si cabe, de lo que entré.

Estuve a las puertas de un teatro, de buena fama, o mejor dicho de no mala fama, puesto en fila, con la entrada (27 francos) tomada ya. Y a medida que avanzaba la fila una fila interminable, me di cuenta de que aquello podía ser malo; y al manifestar mis dudas a mis compañeros, éstos me dijeron que "no sea tonto"; que si la cosa era mala, que no tenía facha de serlo, nos saldríamos en cuanto asomase la oreja... Pero yo, que no quería ni siquiera ponerme en peligro no me convencía con esas razones. La fila avanzaba, y casi estábamos dentro, cuando, a pesar de las llamadas de mis compañeros, de las risas burlonas de la gente rompí la fila y di media vuelta, marchándome fuera. Poco tiempo después los mismos "sin mala fe" —que no lo pongo en duda, y ellos luego lo probaron—me dijeron que había hecho muy bien en no entrar, que aquello era el infierno.

Londres en cambio, me da la impresión de ciudad más seria. ¡Qué diferencia entre aquello y la Catedral de Westminsster, donde todas las mañanas voy a comulgar y a oír misa!

F. M. C., Congr.

Bicicleta bien aprovechada.

Hemos recibido la hojita con el examen tan propio de vacaciones y con las oraciones que ahí rezamos, incluso esa tan valiente que tiene indulgencia plenaria: Oh Cristo Jesús, os reconozco por Rey universal, etc...

Por la mañana nos levantamos a las 7 y si la misa del pueblo es antes, cojo mi bicicleta y con uno de mis hermanos en la barra bajamos a Estella que está a 3 kilómetros.

Por la tarde a eso de las 4 y media rezamos el Rosario y hacemos el mes del Corazón de Jesús; el resto del tiempo lo pasamos jugando; aunque también estudiamos una hora por la mañana y otra por la tarde.

J. E. A., Congr.

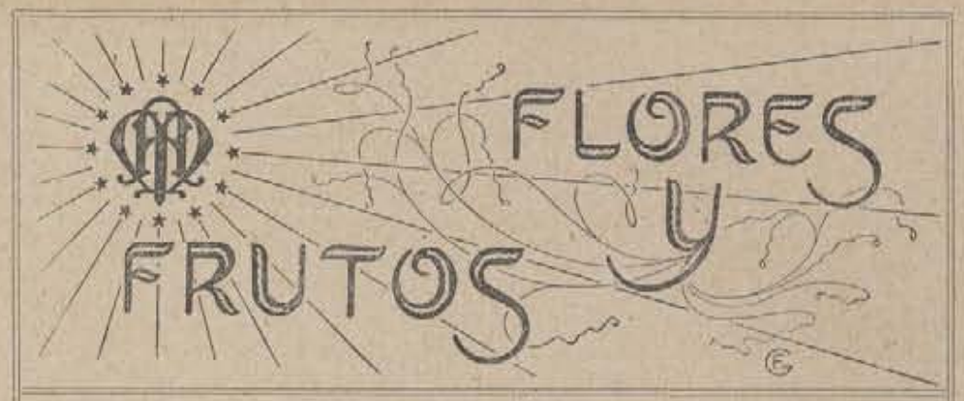
En el destierro.

El mes de Mayo se nos ha pasado sin darnos cuenta ¡qué diferencia del que ahí celebrábamos! ¡Si viera el vacío que sentimos! Ni misa, ni comunión diaria, ni cánticos. No estamos en nuestro lugar, que es la Congregación.

El domingo pasado hubo un mitin católico en los terrenos del colegio; asistieron casi 15.000 personas; presidió el Sr. Obispo y habló al final.

Todos le pusieron a Herriot de vuelta y media. Esta vez los católicos aquí se han mostrado valientes.

J. O., Congr.



Núm. 145.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Agosto de 1925

Al cielo en automóvil.

(Histórico)

—¿A qué hora salimos, Raúl?

—A las ocho, me contestó sin dejar de correr tras el balón, que parecía su mayor enemigo, según lo maltrataba cuando se ponía a su alcance. Y así era: no tenía otro enemigo, porque su carácter alegre y cariñoso a todos encantaba. Era un corazón tan bueno...

A las ocho en punto esperaban a los congregantes tres autos magníficos. Ya estamos en marcha; pronto salimos de la ciudad y empezamos a correr—¿qué digo correr!—empezamos a volar entre campos verdes como esmeraldas. Jamás me olvido de aquella mañana; iba yo en el segundo auto; el primero, un soberbio "Hispano", se nos había adelantado un buen trecho para evitarnos la molestia del polvo, e íbamos nosotros recogiendo las voces de alegría que dejaban nuestros compañeros suspendidas en el aire. Bien se conocía que allá iba Raúl, que donde él estaba, no había de entrar la tristeza. Cerraba la marcha nuestro P. Director con los más formales. ¡Qué alegre me parecía entonces la vida!

Unas horas más tarde, ¡qué tristes volvíamos por aquel mismo sitio! Y era que no volvíamos todos; o mejor, volvíamos todos, pero no todos vivos.

Allá a lo lejos parecía cerrarnos el camino un bosque de verdura. Vimos que el "Hispano" se acercaba a él sin temor; de pronto nos pareció que doblaba casi en ángulo recto y se lanzaba por medio del bosque. Era una curva peligrosa. A los pocos minutos pasábamos también nosotros bajo la sombra de los primeros robles. Nos preparábamos a dominar la curva que se iba abriendo a nuestros ojos, cuando apareció junto a un roble el "Hispano" con la caja destrozada. ¡Pobre Raúl! Iba a la derecha y sacaba la cabeza para ver si les seguíamos, cuando fallando la rueda de adelante, vino a dar en el tronco del árbol, destrozándose el cráneo. Allí estaba con su traje blanco, recostado sobre la hierba y sostenido por sus amigos. Inclinaba sobre el pecho su frente ensangrentada y parecía respirar angustiado. De allí a poco nada se oía. Por allí había pasado la muerte, segando en flor una vida.

La Comunión de aquella mañana le había servido de Viático. "Jesucristo nos ama", había él escrito en la primera hoja de un cuaderno de apuntes. Al leer aquella frase, comprendí que decía verdad. Jesucristo le amaba, y por eso le trasplantó a otra tierra, de aires más puros y más pura alegría; no fuera a agostarse en medio de los peligros que a él más que a otros aguardaban.

D. B., Congr.

Medio infalible para ser valiente.

Era ya noche cerrada cuando las tropas, después de una forzada marcha, descansaban acampadas en la ladera de una montaña. Napoleón, a pesar de las molestias del camino, se paseaba como de costumbre contemplando el silencioso y oscuro panorama que presentaban las improvisadas tiendas de sus soldados.

En medio de las densas tinieblas de la noche, divisa la luz que sale de una tienda. Manda acercarse a ella a su ayudante, y por él se entera de que es la de un capitán, que, sin tener cuenta al cansancio, estaba cumpliendo, mientras los demás dormían, con sus deberes de cristiano; y arrodillado delante de un cuadrito de la Virgen, pasaba con sus dedos las cuentas de un rosario.

Al día siguiente, el bélico clarín despertó muy de madrugada a todos los soldados, y al punto, después de rápidas órdenes, aparecieron ordenados a la luz del alba los poco descansados escuadrones.

La lucha que se preparaba era decisiva. El eco del cañón resonaba a poco en lo alto de

Universidad de Deusto
Biblioteca

la montaña y el grito de "¡Enemigos!" reanimaba al ejército entero.

Aunque todos lucharon valerosamente, una figura absorbió en el combate la atención del Emperador: era precisamente la del capitán cuya tienda de campaña había estado iluminada durante la noche. Arrojo, valentía, destreza, sangre fría, todo parecía brillar aquel día en la frente del capitán; ni las balas del enemigo, ni los gritos de los que caían a su lado, ni el furor del enemigo, le arredraban.

Terminó favorablemente para las huestes napoleónicas aquel horrible combate; y en cuanto se repone del todo el orden, llama impaciente Napoleón al mencionado capitán, y, sin poder contener su admiración, le pregunta:

—¿Cómo has luchado con tanto denuedo y serenidad?

Con la misma con que había peleado, le contesta:

—Emperador, sepa que yo no temo más que a Dios.

Agradó tanto al Emperador aquel comportamiento del capitán, que al día siguiente le premió con el más honroso título, con el de Mariscal.

Ya sabemos, y lo vemos ahora una vez más confirmado: el medio de no temer a nadie, ni a la muerte, es ser muy devotos de la Virgen y por medio de ella no temer a nadie más que a Dios.

L. M. E., Congr.

Desafío ocurrente.

Estábamos la otra tarde en el jardín después de un paseo en bicicleta, cuando le ocurre a mi amigo desafiarme a quién tiene mejor olfato. Le vendo los ojos y le acerco una flor, y después otra y otra, hasta seis. Esta vez se equivocó: le presenté un pensamiento.

—Y ésta, ¿qué flor es?, le dije.

—Una rosa, me contestó.

¿Qué había ocurrido para confundir dos flores tan distintas por su especial aroma? Con picardía corté un pensamiento que había crecido junto a una rosa.

—Y ¿no sacas ninguna enseñanza de esta confusión?

—Pues, sí, que eso mismo pasa con dos amigos que aunque tengan distinta educación natural e inclinaciones, de tal manera se hacen uno, que llegan a confundirse; y lo peor es que el bueno poco suele temer del malo y si todo lo contrario.

J. I. Congr.

Otro juicio de Salomón.

Un rico comerciante, recién vuelto de la República Argentina, se estableció en una ciudad de España, falleciendo al poco tiempo de su llegada.

Su hijo único, que residía aún en América y a quien nadie conocía en la ciudad, al saber la noticia vino para heredar la fortuna de su padre.

En aquellos mismos días se presentaron también otros dos jóvenes de la misma edad pretendiendo ser cada uno de ellos el hijo del difunto comerciante.

Para resolver el litigio que se había tramitado, el juez ordenó que se trajera al Tribunal un retrato del comerciante fallecido, y marcando con un lápiz azul un pequeño círculo en el lado del corazón, hízolos colocar a cierta distancia y dándoles una pistola les dijo:

—Aquel de vosotros que haga blanco en el centro del círculo que he señalado, será declarado el verdadero hijo y obtendrá la herencia.

El primero disparó, dando junto al blanco; el segundo se acercó aún más; pero el tercero palideció, se echó a temblar y arrojando el arma exclamó alterado y turbado:

—¡No, yo no puedo tirar contra el retrato de mi padre!

—Noble joven—repuso el juez—, tú eres el hijo verdadero y, por lo tanto, el heredero legítimo; los otros dos que con tanto aplomo y serenidad han tirado, no son más que unos impostores, porque ningún hijo es capaz de atravesar el corazón de su padre, aunque sólo sea en efigie.

R. E., Congr.

Cómo discurre este pequeño.

Pepe era un muchacho de catorce años simpático y dotado de bondad natural muy atractiva: los papás de Pepe, como mundanos que eran, tenían la poco cristiana, o mejor dicho, pésima costumbre de dar bailes en casa, como ellos decían para introducir a los hijos en sociedad. Pero Pepe discurría de otro modo; le daban en rostro todos esas diversiones, en las que, aunque pequeño, veía algo no bueno, y huía de ellas.

Cierto día por celebrarse no sé qué fiesta, el baile que dieron los papás de Pepe fué más suntuoso que de ordinario. Se le buscó a Pepe por toda la casa, mas no le encontraron, había ido al colegio a divertirse con sus compañeros. Uno de ellos al ver que se demoraba más que de lo ordinario en los juegos le dijo:

—Pero, Pepe, ¿cómo vas tan tarde a casa?

—Como hay baile, y a mí no me gustan esas diversiones... Son muy peligrosas para el alma.

L. A., Congr.

El canario de Santa Teresita.

Sor Teresa del Niño Jesús, la simpática santita que fué canonizada el 17 de este mes de mayo, cuenta ella misma esta preciosa anécdota que puede servirnos de lección: "Tenía yo entre mis pájaros—dice la Santa—un canario que cantaba admirablemente, y también un pardillo, al cual había criado desde su salida del nido, prodigándole particulares cuidados.

Este pobrecito prisionero, privado de las lecciones de música de sus padres y no oyendo desde la mañana a la noche más que los alegres trinos del canario, quiso imitarle un día. ¡Difícil empeño para un pardillo! Era curioso ver los esfuerzos del pobrecillo, cuya dulce voz tan mal se acomodaba a las vibrantes notas de su maestro. Lo consiguió sin embargo, con gran sorpresa mía, y su canto llegó a ser enteramente igual al del canario". Hasta aquí Santa Teresita.

Creo que no hace falta insistir en la moraleja, que brota del ejemplo tan vibrante como los hermosos trinos del canario. ¿Quién no comprende, en efecto, que debiéramos tener el alma pura como el plumaje de oro del canario, y con nuestras conversaciones templar las desentonadas palabras de algún destemplado compañero? pero más prudente es no ponernos a riesgo de perder esas inestimables cualidades, y evitar la compañía de pardillos que pronto son conocidos por sus palabras desentonadas.

G. O. C., Congr.

Nuevo modo de dar lecciones.

Cuéntase que cierto literato recibió un día la visita de un amigo suyo, que se preciaba de filósofo.

Comenzó el filósofo a hablar con su amigo el literato, dándose aires de librepensador: "La religión católica, decía, es muy buena, no se puede negar; pero, ¿para qué su práctica?, ¿para qué el culto exterior? ¿para qué las ceremonias de la Iglesia? Dios es espíritu, no necesita de cosas materiales. Como si Dios fuera más honrado porque le quemen incienso, enciendan velas o hagan genuflexiones."

Empezó a cansar al literato tanto disparate, y con el silencio, que muchas veces es más elocuente que todas las palabras y discursos, se dispuso a darle una buena lección.

Haciendo caso omiso de lo que su compañero decía, y sin responderle palabra, quítase la levita, quédase en mangas de camisa, arréglase luego el cabello, y empieza a limpiarse las botas. Terminado que hubo esta operación, empieza a pasearse por su habitación cantando entre dientes y sin hacer caso alguno de su amigo.

Indígnase éste al ver aquella desatención de su amigo y levántase airado y le dice:

—¿Qué es eso, amigo? ¿De esa manera te portas con un amigo que ha venido a visitarte? No tienes ni idea de lo que es la educación.

—Dispénsa, amigo mío; pero he creído superfluo el tributarte culto exterior, dado el respeto interior que te profeso.

¡Qué poca cabeza tienen algunas personas!

J. V., Congr.

Correspondencia abierta.

Feliz idea.

¿Sabe, Padre, lo que a mi amigo y a mí nos ocurrió cuando a principios de mes recibimos los papelitos para repartir: *¡A comulgar! Mañana, primer Viernes de mes?* pues nos pareció que debíamos pedirle a usted hojitas que hablasen de la devoción de los Nueve primeros Viernes de mes, ¡para que nadie quedara en este pueblo sin aprovecharse de tan hermosa promesa!

Hasta hablamos con el señor Párroco y le dijimos lo que nos había ocurrido. Le pareció todo muy bien, y nos animó mucho y nos prometió hablar al pueblo desde el púlpito. ¡Hay que ver lo bueno que es este Párroco!

Lo que es de ésta, creo que triunfamos, y en este pueblo todo el mundo sabrá cómo pueden asegurar lo que, como usted nos dice, más peligro corre y más cuenta nos tiene asegurar, nuestra eterna salvación.

Mándenos pronto las hojitas para que dos días antes del Viernes nos pongamos a repartirlas.

Ya le contaré después lo que hemos hecho y el resultado.

Con quienes más queremos trabajar es con los jóvenes y niños.

A. M., Congr.

De músicos mayores.

Aquí hemos estado enseñando unos cánticos para el día de la Virgen del Carmen, pues en esta capilla tienen su imagen; celebraremos la fiesta cantando en la misa mayor, y por la tarde tendremos Rosario con el Señor Expuesto.

P. C., Congr.

Haciendo de maestros.

Todos estamos muy bien y muy contentos; para que a mis hermanitos no se les olvide lo poco que saben, les damos nosotros un ratito de lección de catecismo, lectura y escritura.

Lo que no nos gusta es bañarnos en el mar; papá nos amenaza con que no nos va a dejar andar en el bote mientras no aprendamos a nadar; todos los años decimos que el año que viene, y nunca llega el año.

R. B., Congr.

Sin ser un santo

...Por lo demás, mi vida es buena; no vayamos a decir que soy un santo (ni bastante menos), pero... vamos, frecuento los Santos Sacramentos; y estos días voy a la novena de Nuestra Señora del Carmen. Son las seis; en cuanto termino esta carta, meriendo y después a jugar al foot-ball a un pueblo vecino, que es donde se celebra el Carmen (según expresión de los de aquí), y cuando tocan a la novena, a eso de las ocho, dejamos el pelotón y a la novena.

R. S., Congr.

De cobarde a valiente.

Con un sí es no es de rubor y vergüenza, le escribo esta carta, Padre. No es para menos la cosa. ¡Como que tengo que confesarle mi gran debilidad! La culpa, claro está, la tiene este mi carácter tantico remolón y con sus puntas de perezoso...

En los primeros días de mi veraneo fui cumplidor fiel de la obligación que como buen congregante tengo de oír misa y comulgar diariamente. Mas luego, el diablejo de la pereza decíame todas las mañanitas: mira, no seas tonto, las vacaciones se han hecho para descansar... para dormir... para jugar... ¡la iglesia está

Universidad de Deusto
Biblioteca

mos pecos!... y tienes que madrugar mucho...; así, sin descanso, ni sueño suficiente tendrás... Y ¡catapún! caí de bruces, Padre, no sé cuántas veces, en la malhadada tentación!

Mas, por dicha mía, recibí muy oportunamente la hojita que me mandó usted con el FLORES Y FRUTOS de Julio; y, créame, Padre, me llené de vergüenza; ¡congregante y dejarme dormir y no asistir como debo a la misa y comulgar!; y a las siete menos cuarto todas las mañanas estoy camino de la iglesia, que dista bastante; y no sólo yo, sino que he conseguido que me acompañen cuatro amiguitos de la aldea muy buenos, que comulgan conmigo diariamente: ¡y pienso conquistar más! ¿Qué le parece de mi hazaña, Padre?

D. R., Congr.

El mejor modo de viajar.

Teníamos preparada una excursión a un pueblo bastante lejos de aquí; pero no sé qué avería tuvo el auto que nos iba a llevar; con todo, no nos acobardamos por tan poca cosa y montamos en un carromato que nos ofreció un buen hombre. Yo creí que aquel viaje nos iba a sentar como una paliza, pero con las ganas que teníamos de llegar, fuimos la mar de alegres y satisfechos sin darnos cuenta de que íbamos en un "sleeping-tabla" de lo más rústico, tanto, que cada bache era un golpe. Uno de nosotros se encargó de animar también al cochero, que era tan gordo como pacífico, para que él animase a los pencos, que buena falta les hacía; no parecía sino que iban en ayunas y no podían con el carretón. Le calentamos al cochero con una bota de Valdepeñas y... ¡vaya si se animaron los pencos!

Al sentir aquel contraste, de lo incómodo del tal viaje y de lo alegres que íbamos, le ocurrió a mi hermano que otro tanto debiéramos hacer nosotros cuando estudiamos o tenemos que fastidiarnos con algo que nos mandan; acordarnos del fin del viaje de esta vida, del cielo y de lo bien que lo vamos a pasar allá.

A. M., Congr.

Mi amigo, en el bolsillo.

Y sigo aquí con mi devoción de hace años, de llevar un Crucifijo en el bolsillo del chaleco: y cuando me veo en peligro o tentación, ya se sabe, meto la mano al bolsillo, aprieto fuerte el Crucifijo, le digo un par de cosas y El me da fuerzas para salir de todo bien. ¡Para que vea que gasto buenos amigos consejeros!

A., M. M., Congr.

Vida sosegada y pacífica.

Nos levantamos de 8 a 8 y media para ir a misa de nueve, procurando estar en ella con la mayor atención, siguiendo para ello el devocionario popular del R. P. Vilariño.

Luego pasamos el resto de la mañana subiendo a algún monte, jugando a la pelota, leyendo la vida de algún santo y estudiando lo que hemos aprendido durante el curso, para no olvidarlo.

A la tarde salimos de paseo con mamá a merendar al campo.

Al volver, que suelen ser las 7 y media u 8, rezamos el Rosario en familia, acostándonos próximamente a las nueve; jamás nos olvidamos de encomendarnos a la Virgen, de la cual tantos favores recibimos.

J. M. L., Congr.

Un templado.

Como veo por una carta que anda usted malito de tiempo, le perdono que no me haya contestado antes, pero no estaba dispuesto a perdonarle. Respecto a la comunión, sí, como usted dice, es cuestión de empeño, me empeñaré, y eso de que yo le tengo engañado a usted... Yo no soy capaz de engañar a un Padre como usted.

F. L., Congr.

Uno que está en todo.

Aquí todos bien; la catequesis cada día aumenta y se hace todo el bien que se puede, dando cosas a los niños y animándolos. Esto es una verdadera obra misional.

La costumbre de la Santa Misa y Comunión diaria, no se pierde; y siento que el día en que por algún descuido o tener que ir de viaje, no la oigo, me falta algo, un vacío que no se puede llenar hasta que al día siguiente comulgo.

Casi todos los días vamos de caza; tenemos en casa tres urracas, un gavilán, etc.; esto es un parque zoológico, pero así se distrae uno y no piensa en otras cosas.

J. U., Congr.

Devotos excursionistas.

La otra semana salimos para Lourdes; nos gustó mucho, sobre todo la imagen de la Virgen de Lourdes, que es muy devota; después de pasar allí dos días, volvimos a casa muy contentos. Mucho pedimos a la Virgen, para que nos ayude a ser muy buenos.

J. M. A., Congr.

Uno que va adelante.

Ya recibí la hojita que me envió de examen de vacaciones; lo hago, como usted nos indicó, durante la misa, ya veo que en algunas flaqueo, pero cada vez menos.

Estos días he aprendido a ayudar a misa, y, aunque no sé muy bien, todos los días ayudo al señor Párroco.

J. J. A., Congr.

Misa en la playa.

El día de San Antonio fuimos a misa a la capilla que hay en la playa cerca de aquí; como es pequeña y va mucha gente, porque hay por aquí mucha devoción al Santo, ponen un altar en la playa; vi algunas mujeres que venían descalzas desde Bermeo, cumpliendo su promesa.

Después de la misa hubo sermón en vascuence, que yo no entendí nada, pero como mi mamá entiende, me lo explicó.

E. V., Congr.



Núm. 146.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Setiembre de 1925

Un ambicioso.

Era, lo que se dice, un joven de brillante porvenir. Todo aquello con que la naturaleza puede dotar a un hombre: memoria, simpatía, talento, voluntad, él lo poseía.

Aprendía lo que se le antojaba, recordaba todo cuanto había aprendido y sabía luego utilizar estos conocimientos.

La gente decía al verle: "Ese hará su camino en esta vida." Porque, lo que es, ¡si aquel no triunfaba!...

No ignoraba su talento; quizá lo conocía demasiado.

El se había imaginado haber nacido para algo grande, para acometer una de esas magnas empresas que sólo están reservadas a los hombres excepcionales. El era uno de ellos.

Tenía sed de gloria, de popularidad...

Pero, ¿de qué modo había de conseguirla? Esta era la cuestión que le atormentaba.

A veces pensaba en ser un segundo Pasteur, un sabio, un bienhechor de la humanidad.

Ya se imaginaba en un laboratorio, rodeado de alambiques, retortas y redomas, descubriendo el remedio de la lepra, el cáncer, la tuberculosis...

Pensaba en la humanidad agradecida, enalteciendo su memoria, levantándole monumentos...

Y ante una visión tan fantástica, ante un espectáculo tan grandioso, exclamaba entusiasmado:

—¡Yo seré algo grande, muy grande!

Otras veces soñaba con la gloria de un Alejandro, de un César, de un Napoleón.

Y pensaba: ¡Yo seré soldado!

Veía desfilar ante él un ejército que le aclamaba, un mundo que le envidiaba. Contemplaba, de antemano, sus futuras conquistas, los pueblos subyugados, aceptando su soberanía...

¿No podía ser esto una realidad? ¿Qué hace falta para vencer? ¡Audacia, valor, temeridad! ¿Acaso él no las tenía? Napoleón, en sus tiempos de estudiante, cuando aún era un muchacho, ¿estaba en mejores condiciones?

Y él, alucinado, estudiaba, estudiaba con ardor. Todo le parecía poco. Con avidez leía y repasaba los escritos de los grandes generales, astrónomos, químicos, jurisconsultos...

Hasta que un día un libro, insignificante al parecer, cayó en sus manos. Por un momento pensó en rechazarlo con desdén. Luego cambió de opinión.

—Tengo que leerlo, se dijo; es preciso que yo conozca todo, que yo me entere de todo cuanto se haya escrito.

Y comenzó a leerlo. Era un trabajo sobre la Santa Misa, unos comentarios sobre la liturgia.

Desde las primeras páginas su lectura le sorprendió. Era una materia nueva, desconocida, mejor quizá, olvidada...

El autor, muy versado en Teología, le descubría maravillas insospechadas. Durante la Misa el cielo y la tierra se confunden y el milagro más estupendo que vieron los siglos, tiene lugar.

¡Y pensar que él, como tantos otros, asistía a la Misa sin darse cuenta de ello!

Leía, leía con avidez aquellas páginas que le desconcertaban.

Una Misa vale más que cien batallas de Napoleón; una Misa beneficia más a la humanidad que todos los descubrimientos de los sabios, que todas las obras de los genios.

Aquello le aturdía, le deslumbraba, del mismo modo que los ojos de un hombre que ha mirado fijamente al sol, ya no pueden distinguir las cosas corporales...

Siguió leyendo aquel libro que tanto le interesaba y cuando lo terminó, una vez cerrado, lo guardó cuidadosamente en su biblioteca.

—Se me pasará, exclamó, como tantas otras emociones.

Y de nuevo se entregó al estudio y a otras ocupaciones de más positivo rendimiento.

Cosa extraña. El tiempo corría y aquella idea seguía atormentándolo.

El sueño, tantas veces acariciado, de ser un guerrero, un sabio, un matemático, ya no saciaba su espíritu inquieto.

—La gloria es cosa bella, se decía, pero pasa pronto, como el humo... Napoleón, en su grandiosa tumba de los Inválidos, no es ya más que

un esqueleto... Pero, ¿y la ciencia, la medicina, el mejoramiento de la sociedad?

La respuesta no se hacía esperar.

—Hay algo que beneficia más a la humanidad, algo más bello y hermoso todavía. El conseguir que entre mis manos un trozo de pan se convierta en Dios; el absolver a los pecadores arrepentidos devolviendo la calma a las conciencias; el ganar almas para el cielo, arrebatándolas de las garras del demonio; el asistir a los enfermos repartiendo consuelos a los que sufren, alentando a quienes desfallecen; el sacrificarse por Aquel que dió su vida por salvarnos; el asegurar mi salvación y una gloria incomparable, perfecta, durante toda una eternidad... ¿Puede haber algo más grandioso, un poderío más inmenso que el de un sacerdote?

Y arrebatado ante aquella visión, exclamó decidido:

—Yo quiero ser algo grande, muy grande... ¡Seré sacerdote!

¿Habéis reparado alguna vez, al pasar por las calles, en un viejo sacerdote de cabellos blancos y ademán humilde que camina lentamente mientras sus labios modulan una breve oración?

Pasa desapercibido entre la gente que cruza velozmente de un lado para otro.

Y, sin embargo, ese hombre es feliz porque ha realizado el sueño dorado de su juventud.

Hace tiempo que es más que rey, y aun más que emperador... es sacerdote.

F. M.ª C., Congr.

El chocolate comunista.

Voy a contarle una aventura que me pasó y que podía llamarse "El chocolate comunista".

Habiendo perdido un tren directo para Charleroi, tuve qu hacer un grande rodeo, aprovechando la ventaja que hay aquí de viajar con el mismo billete, sin recargo, con no salir de la estación. A medio día llegué a Namur; un minuto después de llegar, el tren se llenó de obreros. Iba aburrido, después de cuatro horas de silencio, y se me movía la lengua. En el más correcto francés que encontré le pregunté a mi vecino qué estación era aquella, qué industria había allí, etc., etc., y si había socialistas.

—¡Qué cosas tiene usted, Monsieur l'Abbe, aquí todos son socialistas!

—Pues yo iría con gusto a ese pueblo, porque también soy socialista, le dije.

—¡Monsieur l'Abbe, ¡¡Socialiste!!

Y ésto bastó para que los diez obreros que iban en el departamento me rodearan.

—Sí, señores, yo soy socialista, pero no como ustedes, que no saben lo que es éso; ¿quién me puede decir qué cosa es ser socialista?

Nadie respondía; al fin, uno dijo:

—Es quitar el dinero a los ricos.

—¿Luego son ladrones ustedes? Yo no lo creo; si lo son, díganmelo para bajarme del tren.

Entre risas y alborotos y diciendo mil disparates en francés, les dije cómo éso era irracional, pues suponiendo que se quitara el dinero a los ricos, ¿qué sería de las fábricas?

A la respuesta de que se nombraría una junta de obreros, les retorcí el argumento y les dije que, si ellos fueran los de la junta, seguramente que no viajarían a las doce para ir a trabajar, ni se levantarían a las cinco, y comerían bien.

Al responderme que éso desde luego,

—Pues, entonces, ustedes serían los ricos y otros vendrían a quitarles el dinero...

Con ésto que yo llamo "sociología culinaria", nos divertimos mucho. Cuando vieron que no podían responderme, salta uno y me dice si no tenía miedo de que me mataran.

—¿Miedo de ustedes? ¿No saben que llevo un arma defensiva mejor que un revólver?

—Enséñela, Monsieur l'Abbe Socialiste.

—Ahora mismo, y sepan que ni todos ustedes juntos me podrán hacer nada si no lo quiere este Señor, y les mostré un Crucifijo que llevo debajo de la sotana; éste es mi defensa; con él no tengo miedo a nadie y estoy seguro; yo les doy más miedo a todos ustedes, que ustedes a mí.

No sólo no se rieron, sino que hasta hubo uno que se quitó el sombrero.

—¿Y qué piensa usted de los comunistas?

—Que son otros engañados como los socialistas.

—Pues también somos comunistas.

—Tanto mejor para mí; ustedes me han visto bajar del tren de Bruselas tomar éste; ya es la una y no he comido, y como soy comunista también, voy a tener un banquete sin pagar nada, con la comida que llevan ustedes en esos paquetes.

Mi salida les hizo reir y como entonces llegábamos a Chatelineau, a donde ellos iban, se despidieron de mí entre apretones de manos y palmadas en los hombros. Ya estaba para partir el tren, cuando sube uno de aquellos y con la mayor franqueza me da un paquetito con un apretón de manos: Eran unos pasteles con un chocolate.

Bravo por mis comunistas y socialistas que me divirtieron, me dieron de comer y no me mataron.

H. M. A., Congr.

"Me lo mató Dios".

—Mira, allí va don Felipe.

—¿Don Felipe dices?

—Sí, don Felipe, el que salvó a mi hijo de aquella pulmonía.

—¡Ah, sí, qué listo es ese hombre! Buena cabeza, buena cabeza.

—Y, sin embargo, ya ves, nunca va a misa, ni se arrima a la iglesia para nada; parece mentira, siendo tan listo, que no sepa lo que es bueno.

—Por eso precisamente, porque lo sabe no va a esos sitios. El mismo nos ha dicho muchas veces que la religión tiene misterios que uno no puede comprender, y por eso la fe rebaja la inteligencia del hombre, y también nos dice que el progreso de Inglaterra, de Alemania y de Francia se debe a que no hacen caso de esas tonterías.

Así hablaban dos campesinos, antes igualmente honrados, trabajadores y cristianos, cualidades que en el segundo iban desapareciendo por el trato y las conversaciones con don Felipe.

Este, que como nos han dicho los campesinos, era la persona encargada del cuidado de la salud del pueblo, tenía una falta, y era la de creerse demasiado médico, con sabiduría bastante, para vencer toda clase de enfermedades por rebeldes que fuesen; y todo esto por sí sólo sin contar con Dios para nada. Y a pesar de no creer en Dios, como él decía, era la persona que más se preocupaba de Dios. En cualquier sitio se ponía a gruñir contra la religión, contra la Iglesia y contra sus ministros.

Pero Dios se encargó de hacerle ver la vaciedad de sus sinrazones ateas.

El, que es más que padre, había hecho que el sol de la felicidad inundase con su luz de bienestar y dicha el hogar de aquel Doctor: tenía una esposa y un hijo que, más que dos seres de la tierra, parecían dos ángeles del cielo. Mas un día surgieron negros nubarrones en el horizonte; aquel niño, aquel angelito enfermó y el sol que llenaba de felicidad la casita blanca de don Felipe, dejó de alumbrar. Daba pena ver a aquellos desgraciados padres postrados con dolor a los pies de la camita del hijo querido, que moría abrasado por la fiebre, sin que la mucha ciencia, que don Felipe creía poseer, fuese capaz para combatirla. Entonces, éste levantó los ojos al cielo; pero esta vez no fué para gruñir contra Dios, sino para dirigirle una súplica y una promesa: ¡Dios mío! cura a mi hijo!... No lo hagas por mí, que soy un pecador, sino por el niño y su madre, que son dos ángeles. Si me escuchas, te prometo confesar y comulgar el día de Pascua. Y Dios, que no quiere la muerte del pecador, aprovecha esta circunstancia para volverle a su gracia tornando a ser el padrazo de siempre. Poco después desaparecía la fiebre y para la Pascua de Resurrección, que estaba próxima, se hallaba el niño completamente restablecido y en condiciones de acompañar a su padre a la iglesia para que éste cumpliese lo prometido.

En aquella casa reinaba ya indescriptible alegría, no sólo por la pronta curación del enfermo, sino también porque desde entonces toda la familia sería cristiana.

Era la mañana del día de Pascua, de un hermoso día de primavera; suavísimo viento cargado del perfume de las flores mezclaba su murmullo al susurrar de las fuentes y al repiqueteo de mil trinadores pajarillos; los botones de las flores en capullo estallaban al beso del sol de primavera. Parecía que la naturaleza entera se alegraba al ver el triunfo de su Creador.

El niño se despertó pronto y acercándose a la cama de don Felipe le llamó: Papá, vamos a comulgar. El padre depositó un beso en la frente del niño y se levantó, vistióse con presteza y se dirigió a la iglesia para cumplir su promesa; pero en el camino le asaltó una idea: ¿Qué dirán de mí al verme ahora ir a la iglesia? ¿Qué dirán? ¿Qué dirán? Y el "qué dirán" venció a sus buenos propósitos y al pasar por un puesto de churros dejó a su hijo y compró algunos. Al verle su hijito comer, se turbó tanto que no reparó en un carro de pan que por allí pasaba; fué atropellado y herido gravemente; y más tarde moría.

A un amigo que le dijo por qué no denunciaba al carretero, le contestó resueltamente don Felipe:

—No me lo mató el panadero, me lo mató Dios.

Con Dios no se juega.

C. E., Congr.

Correspondencia abierta.

Buen consuelo.

Voy casi todos los días a comulgar y ayudar la misa a mi tío a las siete y media, y los viernes al Monasterio de Santo Toribio, saliendo a las siete, y llego arriba a las ocho menos cuarto, pues hay que tomarlo con calma, porque está lejos (dos kilómetros y medio) y es todo subida y cae el sol sobre las espaldas que es un gusto. Arriba oigo dos misas, una rezada y la otra mayor; además, adoro la Cruz; pues de paso les he de decir que los liebañiegos y los que no lo somos, tenemos la honra de tener aquí el brazo izquierdo de la Cruz en que murió nuestro Señor.

A principios de verano me hice cofrade de la Santísima Cruz, pero la pena es que no tengo edad suficiente para llevar el palio, desde donde está, que es el camarín, hasta el altar mayor; pero me consuelo con que de mayor podré llevarlo.

I. M.ª A., Congr.

Un satisfecho.

Este año acude mayor número de congregantes a misa; y tanto es así, que hace pocos días nos llamó el señor Coadjutor y nos felicitó "por el buen ejemplo que estamos dando en el pueblo con nuestra admirable devoción y comportamiento", son sus palabras.

A. B., Congr.

Otro satisfecho.

Estamos dando este año tan buen ejemplo, que cuando nos ven, hemos oído que dicen: "Esos son congregantes".

Hace dos días que tuvimos aquí fiestas, y las hemos pasado santamente, sin asistir a ningún espectáculo algo malo; por eso no hemos dejado de divertirnos mucho.

J. M. O., Congr.

Peregrino romano.

Después de visitar a la Inmaculada en Lourdes, pasamos por Tolouse, Marsella, Niza y Génova para admirar la hermosura de estos pueblos. Llegamos a Roma en caravana sin más contratiempo que el de venir desde Génova sentaditos en las maletas, por obra y gracia de una troupe de yankis, que acapararon para ellos solos tres coches: aparte de esa penitencia y el de llegar a Roma y lavarnos dejando el agua como sucursal del Mar Negro, no ocurrió nada de particular.

Hemos tenido audiencia pública y después privada con el Santo Padre; antes de ayer fui-

Universidad de Deusto
Biblioteca

mos a las catacumbas de San Calixto, oímos misa, ayudándola yo con un frío de rechupete; baste decirle que el aliento salía tan vaporoso como en pleno invierno; fuimos luego a desayunar allí mismo, a la salida de las catacumbas, donde nos sirvieron un agua de castañas, vulgar caricatura de chocolate, que hizo que no sólo el P. Pedro ayunara, como víspera de San Ignacio, sino que tuvo otros cuatro imitadores. Algo después vimos las catacumbas de Sebastiano, donde un frater, con más labia que Castelar quiso demostrar que aquellas catacumbas eran más importantes que las Basílicas de San Pedro y la de San Pablo, pues si bien reposan allí los cuerpos de estos Apóstoles, por separado en casa del Signore Sebastiano estuvieron los dos.

I. A., Congr.

Buen amiguito.

Tengo un amigo que me sirve de mucho; ¡cuánto le debo!, lo tengo en la cartera; es una crucecita de la que no separo nunca.

El rosario lo rezamos en familia; hemos logrado hacer que algunos amigos frecuenten más la Santa Misa y la Comunión.

Hemos hecho muchas excursiones a San Pedro, ermita muy bonita, de donde se divisa un panorama ideal.

Todavía me acuerdo de una carta suya del año pasado que nos decía que era mucho suponer que fuésemos formales. Yo creo que sí; usted dirá.

Ya recibimos el *Flores y Frutos* con aquellos papeles; ya hicimos propaganda. Ese primer Viernes nadie quedó sin comulgar por olvido, pues a tiempo repartimos los papelitos.

J. M. A., Congr.

Cumplidor de su promesa.

En los exámenes, como sabrá, salí victorioso, gracias a la ayuda prestada por la Virgen, y en reconocimiento hice promesa de ir siete veces a San Juan de Gastelugache; ya llevo tres, y mañana, si Dios quiere, iré la cuarta.

V. V., Congr.

Paseando hace mucho bien.

Acabo de recibir *Flores y Frutos* y, las hojitas de los nueve primeros viernes de mes y ya las he repartido por todos los caseríos. Estoy seguro que harán mucho bien, pues muchos de estos aldeanos no lo practicaban porque no estaban enterados.

P. O., Congr.

Solo y bien acompañado.

El día 12 tuvieron aquí su fiesta los Luises, y asistí a ella; sigo la costumbre de nuestra Congregación: comulgo a diario, con ser el único en este pueblo. Nunca como en estos meses me hago cargo de lo que vale la Congregación, pues estando en ella se aparta uno mejor de todos los peligros, sin dejar de pasar el verano muy divertido.

E. M., Congr.

Ensayando a otros.

El día de San Ignacio lo pasamos muy bien; a la mañana fuimos todos los bilbaínos a honrar a San Ignacio; tuvimos misa y comunión; los días anteriores estuvimos enseñando la marcha de San Ignacio; la cantamos después en la misa y a la tarde tuvimos un refresco.

P. C., Congr.

Consoladoras esperanzas.

Sigo visitando nuevos parques, curiosidades, confiterías... ¡todo lo que tiene Londres de notable! Claro que sigo comulgando todos los días. El otro día me levanté más tarde; fuí a la Catedral; no encontré ningún sacerdote. Cogí un taxis, y me presenté en la iglesia de los jesuítas; esperé un poco y luego pude comulgar.

El otro día visitaron Westminster, la Catedral católica, más de mil policías católicos. Tuvieron, presididos por el Lord Alcalde, que también es católico, una función religiosa. ¡Qué hermoso es ésto! Ya recordará usted que en Círculo de Estudios de la Congregación se dijo una vez, entre otras noticias edificantes, que el Ministro del Interior protestante había pronunciado un discurso enalteciendo a estos policías.

Me parece que para antes de cincuenta años no quedará aquí en Inglaterra una sola secta. Todos se convertirán a juzgar por los progresos que hace en estas tierras nuestra religión. Porque aquí se estudia mucho la religión, y cualquier inglés, católico o protestante, sabe más de la Inquisición que un español. ¡Qué triste es ésto! Es un tema que se debiera tratar en el Círculo de Estudios el próximo año, pues el que un católico no sepa contestar a una objeción tan sencilla es desconsolador.

F. M. C., Congr.

Buen encuentro.

El sábado, a las 3, fuí a la estación a tirar unas cartas y en aquel momento llegó el tren mixto; en él iba un sacerdote, a quien saludé sin conocer; me preguntó cómo me llamaba, en dónde estudiaba y si había aprobado; y al decirle que aprobé todas las asignaturas, me dijo si iba a preparar alguna en el verano; al decirle que no, me dijo que qué me pasaba al principio de curso; le contesté que me costaba mucho empezar a estudiar. Pues bien, me dijo, lleva buena vida porque si no te pasará como con los estudios, que el que se acostumbra a la mala vida le es muy difícil morir bien; y sin más que despedirse, se fué con el tren.

Aquella reflexión que me hizo no se me olvida tan pronto.

M. M., Congr.



Núm. 147.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Octubre de 1925

Nuestras excursiones eucarísticas

LIMPIAS, COLINDRES Y SANTOÑA

Ir a Treto y Santoña era en nosotros una aspiración vieja, que ya dejó de serlo para convertirse en realidad, siendo ésta superior a cuanto nosotros habíamos soñado.

Simpatía en los pueblos visitados, amabilidad y agasajo en las autoridades y familias conocidas, incomparable belleza en sus paisajes y un derroche de alegría por nuestra parte he aquí el resumen de la excursión.

¿Alegría? ¿Por qué no, si habíamos comulgado los 130 excursionistas antes de salir? Lo extraño y paradógico sería que comulgando diariamente no estuviésemos contentos. La alegría sana y santa es nuestra característica.

Montamos en el tren que sale de la estación de Santander a las 7,40, y en dos coches especiales, donde nos fué dado el desayuno, emprendimos la marcha para Limpias, donde dedicamos un Vía-Crucis a Jesús Crucificado tan vivamente representado en aquella escultural obra de arte, donde aparece afeado y maltratado, pero a la vez más majestuoso, más Dios y sobre todo, más amoroso.

Por un atajo nos encaminamos luego a Colindres, y entonces aprendimos prácticamente el conocido refrán: "No hay atajo sin trabajo"; sin embargo, la hermosura y variedad del paisaje compensó con creces los sudores que hubimos de pasar para caminar por aquel fangoso y enrevesado sendero.

Llegados a Colindres fuimos sorprendidos por la vista de un pueblo limpio, bonito y hasta elegante, verdadera honra de las autoridades que lo rigen; pero el hambre que llevábamos no nos daba lugar para embelesamientos. Comimos en asientos dispuestos en un cuadrado destinado a juego de bolos, de cuyo centro salían en todas direcciones platos de paella que, en unión de los fiambres que traíamos, restauraron nuestras fuerzas. Cuando hubimos terminado, el señor alcalde, que ya al entrar en el pueblo nos había saludado amablemente, nos invitó a ver el Ayuntamiento y las escuelas, quedando encantados de la visita.

Ya había llegado el momento cumbre de la excursión: el paseo por el mar para ver Santoña. Embarcados en dos lanchas gasolineras, acompañados de dos cajas de galletas que el señor alcalde nos regaló, recorrimos aquellas pintorescas costas hasta llegar a Santoña, cuyo presidio vimos desde fuera. ¡Cuánto nos hubiera gustado visitarlo! ¡Qué provecho moral hubiéramos sacado; pero su reglamento lo prohibía y no quisimos insistir!

En el regreso rezamos, sobre aquellas mansas aguas, a nuestra Madre del Cielo, el rosario. Desembarcamos en Treto, donde montamos en nuestros dos coches especiales y, ¡a Bilbao!; quedándonos todavía fuerzas para reir, cantar y derrochar alegría a pesar del trabajo del atajo y del recorrido Bilbao-Limpias-Colindres-Santoña-Treto.

Fué un día inolvidable; pero la diversión pasó. Sólo queda en nuestro corazón inextinguible recuerdo de agradecimiento para aquellas autoridades y para aquellas familias que con tanto cariño nos acogieron.

LLODIO

Partimos de Bilbao en el rápido del Norte, tempranito a las 6,25; y aunque el día se mostraba serio y envuelto en grisácea capa, poco después, movida por el viento, se rasgaba ésta, y a ratos nos cubría y a ratos dejaba ver entre sus girones, el cielo de azul puro desde donde el sol nos enviaba sus rayos vivificantes.

En Llodio fuimos recibidos con cohetes, volteo de campanas y manifiesta alegría de amigos, familias y conocidos; todos con grandes deseos de hacernos pasar un día agradable, como lo consiguieron.

En el hermoso pórtico de la iglesia parroquial esperamos hasta las ocho, hora de la misa; en ella comulgamos los 85 excursionistas acompañados de muchas personas que a este acto concurrieron. Entonamos algunos cánticos a la Virgen y nuestro pequeño coro interpretó otros en la comunión; todo ésto juntamente con la fervorosa plática

Universidad de Deusto
Biblioteca

del P. Bernardo Olabarrieta, constituyó el primero y más simpático acto del día.

Despachado nuestro desayuno en largas mesas colocadas en el jardín de la familia de un congregante, nos dirigimos a un paseo situado a lo largo del río Nervión, donde nos entrenamos para las pruebas atléticas que por la tarde habíamos de realizar: y mientras, unos pescaban en el río con la mano, y otros hacían regatas, no precisamente de traineras, ni aun siquiera de botes; que para hacerlas nos bastaron un buen fajo de juncos amarrados que nos mantuvieran a flote, un palo largo que servía de timón y remo, y poco miedo a mojarse. Luego vimos las pruebas de novillos para la elección de los que habían de lidiarse el día de San Roque y seguidamente convertimos la plaza en campo de foot-ball. ¡Qué profanación para este deporte! Si nos ven los ingleses son muy capaces de lynchearnos.

Tanto ejercicio, abrió nuestro apetito que fué satisfecho en el espléndido comedor que para el desayuno habíamos tenido, con los fiambres que traíamos y las frutas, paella y entremeses que la amable familia de nuestro compañero congregante Manolo Nogueira había preparado.

Más tarde tomamos parte en la procesión, que para trasladar la imagen de San Roque, organizóse; rezamos el rosario a nuestra Madre del cielo y después de despedirnos de Ella con un cántico, tornamos al paseo convertido por nosotros en campo de atletismo.

Después de la merienda emprendimos el camino de regreso a pie hasta Areta, donde subimos a un amplio coche del tren rápido que tiene su llegada a Bilbao a las ocho de la noche.

ABADIANO Y DURANGO

Los fuegos artificiales de la víspera y el consiguiente retraso en acostarse, y sumado a ésto, o mejor restado, el madrugón que suponía tener que ir a un extremo de Bilbao para coger el tren de las 6,40, todo contribuyó a que los valientes nos redujésemos a 72.

Otra valentía tuvimos que llevar a cabo al llegar a Durango para acortar el tiempo o la distancia; pues en 25 minutos teníamos que presentarnos en Abadiano para la misa de 8. Y en este caso, ¡cuánto mejor si hubiéramos corrido menos! pues la misa más concurrida del pueblo, que es la que buscamos nosotros, era la de las 9: en ella hubieran oído la plática y nos hubieran visto comulgar todos aquellos buenos campesinos. Y ya que de Bilbao, como dicen, les va mucho malo, que se aprovechen de estos buenos ejemplos.

Allí nos sobró lo que en algunas, aun aldeas, nos ha faltado, leche con que confortar nuestro desfallecido estómago.

En Abadiano demostró cada cual su afición predilecta: unos pescando, otros en variadas carreras, otros subiendo a los montes, etc. etc.

A las doce estábamos volviendo a Durango, donde en amplio cobertizo nos esperaba nuevo refuerzo; con él pudimos aprovecharnos a nuestro gusto de los frontones y campos, que tienen allí los aspirantes al Sacerdocio.

Interrumpimos nuestros juegos con el Rosario y bendición del Santísimo; con ella salimos más alegres y con ella llegamos a nuestras casas después de pasar un día, como todos éstos, felicísimo.

P. P., Congr.

Ejemplar castigo.

Era don Pedro el cacique del pueblo, hombre que se las daba de incrédulo y anticristiano y que capitaneaba el partido liberal. Iba una mañana al pueblo cercano a arreglar o enredar no sé qué asunto de elecciones; le acompañaban su esposa e hijas; estas últimas iban a pie y el cacique a caballo. Al llegar a un puente que llaman "El Puente de hierro" iba a adelantarse y a espolear al caballo, cuando su señora le dijo:—Hasta la vuelta si Dios quiere.

—Y aunque El no lo quiera—contestó el cacique.

—¡Jesús!... contestaron todas a un tiempo, y se volvieron camino de su casa.

Después de arreglar o, como decía, enredar el negocio de las elecciones a su gusto, volvía a su casa. Le salió al encuentro un criado.

Le preguntó el cacique por su familia, y empezó en seguida a hablar con ardor del partido que capitaneaba. Llegaron sin darse cuenta al lugar donde se había despedido por la mañana de los suyos y donde prometió volver aunque Dios no quisiera. En aquel momento acertó a pasar delante del caballo una enorme rata, de un lado al otro del puente. Se espantó tanto el caballo del cacique que, en uno de los brincos salió el cacique despedido y fué a dar con la cabeza en los hierros del puente quedando destrozado.

Tan sin consuelo quedó aquella desgraciada familia que, determinó dejar el pueblo. Los vecinos viendo aquel tan ejemplar castigo colocaron en el mismo sitio, una lápida con una inscripción que dice: ¡SI DIOS QUIERE!

J. E., Congr.

Lección al vuelo.

En un pueblo costero se reunían con frecuencia, en amistosa tertulia, varias familias conocidas, y en ella tomaba algunas veces parte el señor Párroco del pueblo.

Cierto día en que, como de costumbre, estaban todos reunidos, no sé de qué manera introdujeron una conversación con su consiguiente murmuración. El señor Párroco, con suma delicadeza, desvió la conversación de manera que apenas lo notaron.

A pesar de esta diligencia, el cambio no pasó sin que cierta señora se diese plena cuenta de todo; y así, cuando todos se marcharon y quedó ella sola con el Párroco, como de pasada le dijo:

—Yo he oído muchas veces hablar a ustedes en contra de la murmuración, y, en verdad, yo no sé qué falta pueda haber en esto.

El sacerdote, como quien no quiere la cosa, le dijo:

—¿Me promete usted hacer lo que yo le mande?

—Le prometo.

—Tome su bolsita, llénela de plumas y dé una vuelta por toda la ciudad, y vaya echándolas durante el trayecto, y cuando haya acabado, vuelva otra vez a estar conmigo.

La señora, con gran asombro y con no poca dificultad, le prometió hacerlo y lo hizo.

Esparcido que hubo la última pluma, volvió a ver al Párroco. Este le dijo:

—Está muy bien lo que usted ha hecho; pero es preciso que vuelva otra vez por los sitios que ha pasado, y que recoja las plumas que ha esparcido.

—Eso es imposible, Padre, imposible, respondió ella; yo arrojé las plumas al acaso, a lo largo del camino, y el viento las habrá ya esparcido en todas direcciones.

—Pues bien, dijo el sacerdote, así son las murmuraciones, como esas plumas que no puede usted recoger porque el viento las ha dispersado.

La murmuración cae en un sinnúmero de oídos y corazones, muchos de ellos desconocidos para usted. ¡Cuántos de sus oyentes las esparcirán por todos lados! ¡Recójalas usted si puede!

J. V., Congr.

Moncho.

Era una hermosa mañana de verano; acompañando a un benemérito misionero, entré en la regia finca de los señores... Al llegar al jardín, hábilmente arreglado, nos encontramos con el benjamín de la casa Moncho. Es este un cubanito, de unos diez años; su pura y tersa frente, su inocente mirada, su risa franca y candorosa, nos rebelaron bien pronto la candidez y pureza de su alma.

Al saludo que el P. Misionero le dirigió, respondió Moncho: Bien venido sea usted. Papá le está ya esperando pues hace unos días supimos que había venido usted de China

—¿Estáis todos buenos?

—A Dios gracias, sí, señor.

Conducidos por tan amable guía, entramos en la sala de visitas: a poco vinieron los padres de Moncho. Se saludaron y no tardó la mamá en hablar de su hijito y en contarle al P. Misionero su feliz y provechosa ocurrencia, de hacía pocos días.

Un anochecer, al llegar del colegio, vino como de costumbre a saludarme y me encontró preparándome... pues estaba convidada a un baile de familia, al verme casi preparada del todo sorprendido me preguntó:

—A dónde vas, mamachu.

—A casa de las de Itubiri.

—No vayas mamachu; eso es muy malo.

—Pero ¿quién te lo ha dicho, hijito?

—En el colegio nos dijeron que los bailes son muy malos.

—¿Es que en el colegio te han hablado de mí?

—No, mamá: pero éso es malo, y abrazándose a mi cuello, sin fijarse en que me estropeaba el traje seguía diciéndome: no vayas, mamachu que eso es malo.

Créame, Padre, que la actitud del niño y sus palabras, me dieron mucho que pensar y no tuve más remedio que prometerle que no iría y no fuí.—Se ve, señora, que tiene usted otro angel de la guarda en su hijo Moncho. -Es usted feliz; siga usted oyéndole.

Al tomar el tren-tranvía que había de conducirnos a la ciudad, me decía el veterano misionero: ¡Ah, si muchas mamás tuvieran hijos como Moncho!

L. A., Congr.

Repentina vuelta.

Enrique, que había tenido esmerada educación cristiana, desacreditaba de mayor con su conducta la doctrina que aprendió de sus padres. La santa Misa y la frecuencia de sacramentos se habían borrado de su memoria y no pensaba más que en divertirse; no había por dónde cogerle.

Al ir de paseo una tarde en que calentaba mucho el sol, se acercó al pórtico de una Iglesia para descansar de las fatigas del camino, cuando los campesinos, después de sus labores, se acercaban a la iglesia.

Le llamó la atención tanta concurrencia y decidió entrar para ver qué fiestas celebraban aquellos fervorosos campesinos. La iglesia estaba dedicada a la Santísima Virgen y, era aquel día víspera de la Ascensión de María. Cuando Enrique entró en la Iglesia y vió a la Santísima Virgen rodeada de luces y de flores, sintió sobre su pecho un fuerte latido del corazón. Pero era largo el camino del vicio para que a la primera llamada se echara atrás su viciado corazón.—Poco después subió al púlpito un anciano y respetable sacerdote. Habló del respeto que debemos a Dios y por consiguiente a María como Madre del Verbo, con voz tan conmovida que penetraba hasta lo más fuerte del corazón. Enrique sintió esta vez más fuerte la voz de la gracia que llamaba por segunda vez; pero ni por esas se rindió.

Cuando el sacerdote bajó del púlpito, Enrique le siguió con la vista, por ver si cumplía propias enseñanzas. Este al pasar por delante del Santísimo inclinóse respetuosamente la cabeza y las dos rodillas en tierra y oró breves momentos. Esta fué la tercera vez que la gracia llamó a su corazón. Cuando termino la reserva fué llamado el sacerdote al confesionario. Allí le esperaba Enrique, que se echó a los pies del ministro de Dios y alcanzó la absolución de sus culpas. Hoy es un fervoroso católico. Una genuflexión bien hecha le había devuelto al buen camino.

C. P., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Correspondencia abierta.

La mejor manera de acordarse de uno.

Nuestra primera excursión fué a Limpias. Desde Laredo fuimos a pie, oimos la santa Misa; rezamos el rosario entero; una parte la ofrecí por usted y por todos mis amigos de esa Congregación.

I. G., Congr.

Desengañado a tiempo.

Ya estamos, como usted ve sin verano; sólo nos quedan unos veinte días. Aunque aquí nos divertimos mucho, casi estoy deseando que llegue el invierno, y se pase también; pues a mí me parece que cuando tenga 18 años, es cuando me voy a divertir. Aunque me estoy también figurando que cuando llegue a esa edad me parecerá una tontería lo que ahora me gusta, y que preferiré los veranos de ahora...

Ya tendremos más tiempo de hablar en esa.

V. M.ª M., Congr.

Un fino congregante.

Me apena el no haber estado yo ahí cuando ese señor Obispo dió la comunión a los congregantes y habló en el Salón. Yo hubiera sido el primero en levantarme entre los que querían ir a China; como que no hay cosa mejor que salvarse y salvar a otros. Si estuviésemos en el caso de los pobres chinitos, nos sabría muy bien que los cristianos se acordasen de nosotros y trabajasen por salvarnos.

J. U., Congr.

Otro tan fino como el de antes.

¡Qué contento estoy! Dentro de 8 días tendré el gusto de saludarle; y antes quiero cumplir como buen congregante, escribiéndole una vez más; y debía haberlo hecho dos veces por mes, pero ¡si viera los apuros que paso para hacerlo! A papá todo le parece mal y no hago más que emborronar papel; y siempre dice lo mismo: ¡No sé cuándo vas a aprender!

El día de San Ignacio estuvimos en Loyola. Yo nunca había estado allí; me queda un recuerdo tan grato que nunca olvidaré. ¡Qué hermoso es todo aquello!

Salimos de Zumárraga a la seis de la mañana, para poder comulgar en Loyola. Oímos misa en la Santa Casa, en la Capilla donde nació San Ignacio; la dijo el Obispo de Jaca, que nos dió la comunión.

Fuimos después a la Basílica a coger sitio y nos dimos una sentada de tres horas; pero a mí se me pasaron sin sentir, porque nunca había visto cosa igual. ¡Qué Misa mas hermosa! y el sermón fué una maravilla; a pesar de durar tres horas, me supo a poco. Vimos después la procesión con un sol expléndido; allí ví a bastantes antiguos congregantes con sotana.

E. M., Congr.

Dos casos providenciales.

Volvía yo un día de una de mis cristiandades cuando me llaman a una casa de cristianos. ¿Qué pasaba allí? que un viejecito de 80 años quería a todo trance hacerse cristiano.

Le pregunté la causa de tales deseos; y me contestó que soñaba hace unos días que subía por una escala muy alta que llegaba hasta el cielo; abajo todo era un mar de fuego. Al llegar a la parte superior me encontré, decía, con un Padre de barbas que me detuvo diciendo: no puedes entrar en el cielo porque no estás bautizado. En esto me desperté. Quiero cuanto antes recibir el bautismo. Yo creo en un solo Dios y en la religión que predica el Padre.

Como yo no tenía tiempo les encargué a los de la familia que lo instruyeran en las cosas más necesarias para el santo bautismo; al poco tiempo enfermó, y fué mi catequista el que con el agua del bautismo le abrió las puertas eternales.

También fué providencial el bautismo de una niñita: volvíamos de Wuhu a mediados de Enero, después de hechos los Ejercicios. Como no pudiéramos parar de frío en la barca, saltamos el P. Latasa y un servidor a tierra para ir andando junto al canal por el dique de tierra que hay a lo largo de él, y sacudir así el frío que nos molestaba. De camino hicimos nuestra oración; íbamos después hablando de la suerte de estos infelices paganos, cuando advertimos junto a unas casitas un grupo de comadres que rodeaban y curioseaban no sabíamos qué cosa. Casi seguro, nos dijimos, a que es una niña abandonada. ¡Qué ocasión para hacer una excelente obra de misericordia! me acerqué a un viejo del campo a quien llamé con los títulos más honoríficos que pude, y le rogué que nos hiciera el favor de acompañarnos a aquel grupo.

¡Ah! me dijo: el Padre quiere hacer una buena obra.

Claro que sí, le repliqué: ¡cómo sabe el viejo amo de la casa, el viejo maestro, que los Padres son buenos!

Fuimos al grupo y nos encontramos que, envuelta en un montón de harapos, aparecía la cabecita de una pobre niña abandonada. Les pedí que me dejaran hacer con ella una obra buena, a lo que todos asintieron.

Mandé que me trajeran una taza con agua, y mojé la diminuta frente al tiempo que llamaba aquel diminuto ser, tan despreciable para los chinos, con el dulcísimo nombre de MARIA.

Primitivo Sancet, S. J.



Núm. 148.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Noviembre de 1925

Un Jesuíta minero.

A principios del año pasado se presentó en la cuenca minera del Rhur un obrero pidiendo trabajo. Fué preguntando por varias partes, pero en todas le ponían dificultades por falta de documentación. Al fin cayó en gracia a un contratista y quedó ajustado para trabajar en una de las minas de la zona. Desde este mómento sus compañeros le llamaban Pablo. Le tocó trabajar precisamente en una de las minas que peor fama tenían; aunque eran de nombre todos protestantes, eran en realidad judíos, socialistas, comunistas, bolcheviques de todo género y traza, revolucionarios, ateos, etc., etc.

Al principio le pusieron a arrastrar vagonetas y pocos días después ya le bajaron a las galerías; ésto era lo que él deseaba, alternar con los de arriba y abajo; pasar charlando con ellos, mientras esperaban los ascensores o descansaban del trabajo; y como en estos tiempos hablaban de tantas cosas, así sociales como políticas y mucho de religión, él tomaba parte en las conversaciones y pronto cayeron en la cuenta que aquel minero de facha más fina y delicada, que sabía tanto, debía ser un rico venido a menos o un seminarista, etc. El se hacía el desentendido y trabajaba con toda su alma.

Se hizo de los sindicatos; los domingos asistía a los bars donde bebían y jugaban los mineros, iba a los clubs y círculos donde tomó parte en las discusiones defendiendo la Religión Católica y el sindicato cristiano. Ya tenía muchos amigos y le temían otros al disputar, porque siempre los dejaba sin palabra. A fuerza de aplicación llegó a lo sumo del arte minero, a que le declarasen maestro picador con cuatro compañeros. Aunque a él le querían, con todo, por su falta de costumbre, aunque hacía esfuerzos no podía trabajar como los otros, y alguna vez le decían: Pablo, tienes que trabajar más porque si no contigo ganamos menos. Y allí estaba nuestro Pablo con pantalones de foot-ball picando carbón a la luz de su lámpara.

Por la noche se iba al próximo Asilo de las monjas, donde rezaba su Oficio Divino, cenaba bien porque llegaba muerto de fatiga. Por la mañana, a puerta cerrada, decía su misa.

Muchas veces los compañeros le habían preguntado por su historia pasada, pues se les hacía muy interesante y simpático.

Después de varios meses creyó llegado el momento de descubrirse y dejar el trabajo, y se aprovechó de haber caído enfermo por el excesivo trabajo.

Efectivamente, un día abrasado por la fiebre, se sentó sobre un montón de carbón y dijo que no podía más porque estaba muy mal; se le acercaron los compañeros y entonces les dijo: me habéis preguntado muchas veces quién soy y como ya no volveré a trabajar os lo voy a descubrir: yo soy sacerdote y soy Jesuíta, el Padre Jungblutt. He querido pasar esta temporada entre vosotros como minero para conoceros íntimamente, pues Dios me llama para que consagre toda mi vida a salvar a los mineros: repartios mi jornal de esta semana y después que sane, ya nos veremos.

Los mineros quedaron estupefactos: hombre, Pablo, dispensa que alguna vez no te tratásemos tan bien: quién nos había de decir... etc., etc.

La noticia corrió bien pronto por aquel mundo de mineros. "Aquel minero tan guapo, tan simpático, que hablaba tan bien, es un Jesuíta que se va a dedicar a los mineros".

Al poco tiempo apareció restablecido y estableció los planes de su obra. Lleva ya un año y los resultados son admirables. Los antiguos amigos le llaman "el compañero Pablo" y él dice siempre "nosotros los mineros". Ha logrado colocar en cada mina un grupo de obreros católicos, que defienden valientemente la Religión. Con su elocuente palabra dirige los más duros ataques al Comunismo y Socialismo ante millares de obreros que le escuchan subyugados.

M. R., Congr.

Universidad de Deusto
BibliotecaDeusto

Horribles sacrificios.

Cierto día salieron de paseo los niños de una de las misiones de Africa con el P. Misionero; después de unas horas de camino, se internaron en un bosque; pronto divisaron a lo lejos una choza, que llamó extraordinariamente su atención por lo rara: estaba construída mitad madera, y mitad paja, pintada de varios colores, que al chocar con la luz, que a pesar de los árboles entraba, le daba aspecto fantástico.

Picados de curiosidad aceleraron el paso, y por las rendijas se atrevieron a examinar el interior; mas pronto retrocedieron con el horror y el espanto reflejados en sus rostros. ¿Qué había sucedido? Dentro de la choza estaban esparcidos los restos de un hombre: la cabeza estaba junta con los pies; las manos arrancadas del cuerpo, estaban clavadas en la tierra. El corazón y los intestinos ante el ídolo en una bandeja. Era un sacrificio al dios.

Horrorizados con este espectáculo, volvieron enseguida a la casa misión. Hicieron alto en la mitad del camino para descansar a la sombra de un árbol, y pronto llegaron a sus oídos voces y gritos salvajes; no estaban aún repuestos del susto, cuando vieron un grupo de salvajes que se acercaban corriendo y saltando. Los fetichistas con campanillas cosidas a su escasísimo traje iban a la vanguardia, y corrían y gritaban como si les persiguiese un demonio. Iban arrastrando a un pobre niño, atado de pies y manos, para degollarlo como al que acabamos de ver. Pronto como era natural expiró la inocente víctima, que atado como estaba la colgaron de un árbol delante del dios.

¡Pobres paganos, qué falta tienen de que les alumbre la luz de la fe! En nuestras manos está; con nuestras oraciones y pequeños sacrificios podemos ser misioneros desde aquí.

J. V., Congr.

El mejor amparo.

La madrugada está espléndida; al resplandor de la naciente claridad que se difunde por el rosado oriente, van desapareciendo las últimas estrellas, y poco a poco las cimas de los montes, dorándose con los primeros rayos de sol oculto aún, iluminan a su vez con sus reflejos los valles y los bosques, el mar y las huertas de cierto pueblecillo de la costa Cantábrica.

En su puerto, el ir y venir de los marineros cargados de sus cestos y remos, el desatracar de las lanchas de sus puestos de amarre, para llenarse al poco tiempo de aparejos, cebo redes, y luego de 12 o 15 robustos mocetones que, saltando por encima de los bancos, se van colocando en sus respectivos sitios, y ajustan los remos en los toletes y miran hacia el muelle para despedirse de sus madres y esposas, nos dan bien a conocer que, después de más 15 días de forzoso descanso, pueden por fin los pescadores, salir por primera vez a la costera del atún...

Y las lanchas al impulso de los robustos brazos de aquellos valientes van desfilando, lentamente, una tras otra, por la boca del puerto hasta que, ya a la altura de la isla que las defiende, pueden izar las velas que se hinchan al soplo del matinal "terralsito".

Ligeramente inclinadas, se deslizan sin ruido sobre la superficie de las aguas con un ligero balanceo. Las gaviotas, ya levantándose sobre las lanchas, ya siguiendo su estela al ras de las olas, parecen querer desafiar con sus graciosos vuelos, a aquellos enormes pájaros de alas inmovibles; y luego, dejándolas en su ruta, vuelven otra vez a su interrumpida tarea de pescar con su pico y sus ágiles uñas los peces que se asoman a la superficie del mar, y alegres, dando los más estridentes gritos.

A la popa del San Julián, mientras los otros marineros estaban ocupados en sostener los aparejos, hablaban en su pintoresco lenguaje Antolín, a la sazón desocupado ya de su tarea de arreglar la cangreja al viento, y Pedro, el fornido patrón de la bonitera que agarrado a la caña del timón dirigía e inspeccionaba al mismo tiempo la pesca:

—Los de Coruña, Pedro buena "pesca" dise que han tenido pues.

—Sí, respondió éste chupando dos veces de cierta pipa descomunal que contendría lo menos medio cuarterón de tabaco bien atacado, sin desamparar por eso la caña. Mala no les ha tocado como a nosotros; diesisiete días allá, con el mano sobre mano; y afuera una marejada, que casi, si salir de casa no sabíamos tampoco; llueve, llueve todo el día.

—Los atunes contentos ya estarán holgando tanto tiempo.

—Ya les daremos holgantza, si el tiempo no se cambia. Bello, bello está la mar; pero no sé, el viento de allá se viene y volver puede hacer al N. O. y entonces...

—Galerna entonces y recoger velas y utzera...

—Y pesca otra ves pierdes...

Prosiguieron ellos la conversación mientras los demás marineros sacaban del agua, a pesar de sus violentos esfuerzos, ahora un atún, luego otro, al poco tiempo, dos casi a la vez, a ambas bandas; y así siguieron durante toda aquella mañana hasta llegar casi a treinta "granos"... una pesca milagrosa.

Pero hacia las dos y media de la tarde, el horizonte del N. O. empezó a encapotarse. Frecuentes ráfagas de viento rizaban la antes tranquila superficie del mar dejando las huellas de manchas alargadas de color más verdoso que el resto de las aguas, y la atmósfera, antes templada, se refrescó considerablemente.

Y el patrón del San Julián, mirando al cielo, se dijo para su encerado chaquetón: Si no viene hoy galernaso... milagro va a ser grande; Machichaco no se ve tampoco; a casa será mejor volver.

Y pasando del pensamiento a la obra, dijo a los suyos con semblante preocupado y arrugando, como en las grandes ocasiones, el entrecejo: El temporal va a venir cusima y hay que marchar cuando más pronto.

A los otros no les pareció que la cosa iba tan adelante; tanto más, que la vuelta significaba la pérdida de una pesca tan buena y de la consiguiente "partija"; y así le respondió él que estaba junto al palo, a estribor, cuyo aparejo parecía estar imantado según picaban en él los atunes: Eso, patrón, una saparrada nada más es, no tiene cuidado; ¿por eso dejar vamos hacer la ocasión, o qué? Si, repuso entre dientes Pedro, mucho decir, no tiene cuidao, y luego cuando la lancha, sirrin serrán, se anda... y tener que bajar velas y... entonces, entonces... si hubiéramos salido antes...

Pero al fin, como los demás asentían a lo que dijo el del aparejo, condescendió; pero harto sabía él, que pronto se pondría la cosa fea.

Y así sucedió; ya las demás lanchas que andaban por allí cerca tomaban rumbo hacia el puerto.

Pero era tarde. Antes de media hora el temporal se desencadenaba con violencia indiscriptible. Inmensas olas coronadas de hirviente espuma caían sobre las boniteras con fragor espantoso zarandeándolas en todas direcciones, ¿qué podían los esfuerzos de los hombres ante aquella terrible manifestación de la grandeza de Dios?

En medio de la oscuridad y del estruendo de la mar se oían los gemidos y voces de aquellos desgraciados: "Ay nere ama maitia", "Ay nere umeak" "Gure Jaungoikoa, parkatu egiozu guri".

Invocaban otros a la Virgen Santísima, ofreciéndole voto de acudir a sus santuario con las velas y remos de sus lanchas.

También la San Julián se encontraba en crítica situación. Pedro agarrado a la caña procuraba esquivar los golpes de las olas con rápidas viradas. Tenía descubierta la cabeza a pesar de la lluvia y movía sus labios rezando. Pensaba en el pequeñín que dejara en casa con su madre, ¿volvería a verlos en este mundo?

Una enorme ola se alzaba a su izquierda A duras penas consiguió el hábil patrón poner la lancha en la dirección contraria para evitar el golpe de costado, pero la violenta sacudida que hubo de experimentar, removió de tal manera el mástil que era ya imposible sostener en él vela alguna. Mandó pues, arriarla; pero esto mismo era su perdición, porque desde aquel momento la dirección era imposible. Efectivamente, al poco rato, la bonitera presentaba su costado a las olas.

Y ya solamente un milagro era capaz de **salvarla.**

La fe de Pedro era de esas que podían trasladar los montes.

En ese momento en que todos consideraban la muerte inevitable estaba él con una tranquiladad admirable. "Mejor,—había dicho cuando se oyó el crujido del palo,—ahora, patrona será la Virgen. Y no es que él no comprendiera mejor que nadie lo terrible de la situación, es que se había acostumbrado a tratar a la Virgen Santísima como a su madre y, estando en los brazos de la madre, pensaba, ¿qué mal me puede venir?

Sin duda que Ella le protegía, porque llevaba ya más de cuatro horas luchando con el mar en aquella forma. Llegaban impetuosas las olas, y la lancha al recibirlas iba levantándose, levantándose, se inclinaba de costado hacia el abismo, parecía que iba a volcarse al llegar a la cresta... y pasaba la ola sin hacer daño a la indefensa nave sostenida sin duda con fuerza invisible; cada golpe de mar superado, arrancaba de los pechos de aquellos honrados marineros afectos de agradecimiento a su Protectora.

Al cabo, cerrada ya la noche, empezaban a distinguirse las luces del puerto. Al mismo tiempo vieron sobre la superficie del mar las tres luces de posición de un vaporcito que avanzaba hacia ellos. Estaban salvados. Todos los ojos se llenaron de lágrimas de ternura y de amor a la Virgen de Begoña.

Remolcados por el vaporcito atravesaron la boca del puerto y atracaron al muelle.

No es para narrarse la tiernísima escena que allí tuvo lugar. Las madres y los hermanos abrazaban a los de la lancha que venían calados hasta los huesos, rendidos de cansancio y con las ropas casi destrozadas por completo, pero al fin sanos y salvos. Otras dos boniteras se encontraban abandonadas en el mar; sólo una volvió.

Cuando Pedro saltó al muelle se encontró con la buena de Josefa Antoni su mujer, que, después de dejar al pequeño dormido en casa, se había lanzado a la calle, había corrido al puerto a ver si, entre las lanchas que llegaban, estaba la de Pedro, y al no encontrarla subió a la atalaya, en donde con otras mujeres, había permanecido casi toda la noche, a pesar del furioso aguacero que caía, tratando de penetrar las espesas tinieblas que cubrían la mar. ¡Qué temores, qué angustias no pasó durante todo aquel tiempo: pero al fin le tenía en sus brazos, ya el hijito de sus entrañas no carecería del sustento que le daba su padre...

Poco tiempo después, del techo de la ermita de la Virgen que estaba en la atalaya, pendía un barco más, una hermosa bonitera tallada por el mismo Pedro; tenía las velas extendidas y en la proa, pintado de color amarillo el nombre "San Julián".

Era el exvoto del agradecido patrón a su Salvadora, o mejor, una prenda más del amor mutuo entre la Madre y el hijo.

Como este valiente Pedro quiero también yo acudir siempre al amparo de la Santísima Virgen.

M. A., Congr.

Lo que aconsejaba una gallina.

Junto a una blanca casita de labradores y desde una cestita llena de hierba, entre la que acababa de poner su cotidiano huevo, toda una señora gallina despedía a sus pollitos hasta la noche, mientras que con la patita derecha se secaba algunas lagrimillas, efecto de la aflicción que le causaba el ver

a sus nidos expuestos por primera vez a los peligros del mundo.

"Tened cuidado, les decía una y otra vez, que no sabéis distinguir los buenos de los malos amigos: no os entretengáis mucho con ningún extraño y no falteis ninguna noche de volver a casa para decirme con quién os habéis tropezado para que os diga qué norma es menester que sigáis con ese tal". Cuando aquella primera noche volvieron los pollitos a su nido, apenas si se daban cuenta de puro asustados, de dónde se hallaban.—Hemos visto—decían—un animal muy grande de uñas largas y puntiagudas y de horribles melenas que lanzaba espantosos rugidos.

¿Y tenéis tanto miedo de ése? Debe de ser por las trazas el león, pero ¡ca! no creáis que es tan fiero como le pintan.

El segundo día ni siquiera esperaron a que anocheciese; aún serían las 4 de la tarde cuando llegaron volando a más no poder.—Madre, madre,—gimoteaban— que ahí cerca de la casita blanca debe de haber una fiera de las más voraces, ni siquiera nos hemos atrevido a mirarla; pero lanzaba unos chillidos breves y agudos y...

—¡Vaya, vaya!, seguramente será el perro de nuestro amo, es terrible ¡sí! mas en cuanto os vea comenzará a ladrar y os dará tiempo de huir.

Por fin un día llegaron rebosando contento y les faltó tiempo para lanzarse al cesto de su madre piando alegremente y exclamando: Ahora sí que hemos encontrado un buen amigo. Verá usted. En cuanto nos vió vino corriendo hacia nosotros, nos saludó con mucha finura, nos preguntó con el mayor interés por toda la familia y después de habernos acompañado a pasear por todo el valle, no quiso entrar a saludar a usted; pero nos hizo prometer que mañana habíamos de dar otro paseo juntos.

—Basta, basta, hijos míos, de éste sí que tenéis que temer, les interrumpió la gallina.

—Pero ¿por qué si nos ha tratado con tanta afabilidad y mansedumbre?

—¿Por qué? ¿no véis que esa es la raposa que se ha mostrado tan afable sólo para engañaros y cuando estéis más desprevenidos lanzarse sobre vosotros?

¡Qué bien conocía esta gallina quienes eran los mayores enemigos de sus hijos!

Los que se nos hacen más simpáticos, son a veces los que más debemos temer. Cuando nos tienen ganada la voluntad, y parece que nos hacen más confianza, es cuando pueden dañarnos más. ¡Mucho cuidado!

A. P., Congr.

Correspondencia abierta.

Próximo al sacerdocio.

Se pasan los años sin sentir, todavía parece que fué ayer cuando andaba por ahí correteando y alborotando, como usted bien se acordará y sin embargo, hoy es el día que escribo a usted ordenado ya de Menores y por lo tanto "clérigo de la Santa Iglesia". El Señor me conceda gracia, salud y fuerzas para rematar y coronar lo que tan felizmente he comenzado.

E. B., Congr.

¡Qué bien nos quiere!

Esta mañana hemos dado, con la gracia de Dios, fin a los Santos Ejercicios; y en ellos, uno de los propósitos que he hecho, ha sido trabajar, cuanto mis débiles y pobres fuerzas pueden, en pro de esa amada Congregación; así pues como fruto práctico de este propósito le envío este articulito para "Flores y Frutos", que he podido acomodar a este tiempo, en que los congregantes empiezan las tareas del curso. No dejo un solo día de pedir por esa Congregación, para que aumente en número y en espíritu; y, sobre todo, para que entre esos buenos Congregantes brote y fructifique la semilla de las vocaciones al Sacerdocio; pues considerando cómo estamos nosotros en este "palomar" del cielo, y cómo están ellos en médio de los pantanos del mundo, en los que casi es imposible no mancharse, y, lo que vale más, cuál es el fin de nuestra carrera y cuál es el de la de ellos, el pedir para ellos esta gracia es la mejor manera de amarles. Ya sé que sólo en Durango están preparándose unos 20 Congregantes para el Sacerdocio.

J. V., Congr.

De enhorabuena.

Tengo ya que comunicarle que me han elegido los Congregantes Secretario de la Congregación de San Luis, y hoy Presidente de la Academia Mariana; noticia que supongo le alegrará.

J. M. B., Congr.

Buen veraneo y mejores deseos.

Este es el mejor verano que he pasado. Como buen Congregante me doy todas las mañanas un pascito de casi un kilómetro para ir y otro para volver de la Iglesia más próxima. Varios días lo he recorrido a todo llover y con un frío que parecía de Enero; y créame ni siquiera me constipé.

Casi todo el día lo paso pescando, o haciendo alguna excursión con buenísimos amigos. Con todo, no sabe usted las ganas tan grandes que tengo que se pase este veraneo, y pueda volver a reunirme en la Misa de siete y media con mis amigos y a jugar por las noches en el Salón.

Aquí rezamos el rosario, unas veces paseando, otras en la Iglesia y las más en casa, y jamás me acuesto sin rezarlo.

Al ir a la Iglesia me parece que me empujan; así voy de corriendo, y allí estoy rezando hasta que llega mi familia, que es la hora en que sale la misa que yo ayudo.

R. R. O., Congr.

La mejor manera de empezar la mañana y la peor de comenzar el curso.

Ya he empezado mis clases; como las tengo por la tarde, puedo ir a comulgar todos los días y así con esos ánimos, aprovecho mejor la mañana para estudiar.

Hemos empezado el curso con tres días de vacaciones. Esto está muy animado con grandes iluminaciones por la noche.

R. I., Congr.



Núm. 149.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Diciembre de 1925

Triunfo de la humildad.

¡Oye, zanturróo, ya me las pagarás luego! decía un muchacho de unos quince años, fuerte, con el carrillo y el ojo izquierdo hinchados, sin duda de los golpes recibidos en una de las tantas peleas con que acostumbran a divertirse los rapaces callejeros. Así amenazaba a un hermoso niño de doce primaveras, que, atento a las explicaciones del maestro, ni se dió cuenta de las palabras de su discípulo. Este niño, de rasgados ojos azules, por los que asomaba su alma blanca y pura, alegre como alborada de primavera, era por su constancia en el estudio el primero de la clase y al mismo tiempo, más que el amigo, el ejemplo vivo de todos sus condiscípulos.

Al son de la campanilla indicadora de la salida, los alumnos, como movidos por un resorte, cerraron los libros, y como pajarillos escapados de aprisionadora jaula, corriendo a cual más, llegaron á la estrecha puerta pugnando por salir todos al mismo tiempo y apresiándose a organizar los consiguientes juegos. El agresivo muchacho, que amenazó a nuestro Enrique, no se quedó con sus amigos que extrañados le vieron correr calle arriba, y... pronto desapareció.

La casa de Enrique dejábase ver desde la escuela por hallarse situada en un pequeño montículo que dominaba a la ciudad. Esta rodeada de un pequeño, pero bien cuidado, jardín; para llegar a ella, preciso era atravesar las antiguas y pendientes calles de la vieja ciudad.

Enlazado cariñosamente con su amigo de la misma edad, dirigíase Enrique lentamente para su casa, comentando las explicaciones recibidas en aquel día; cuando llegaron a una casa recién construída, se separó de su acompañante y apresurando el paso fuése directamente a la suya. No había dado veinte pasos, cuando un tremendo bofetón, seguido de una risa sarcástica, le detuvo: ¡Chúpate esa, cobarde, vete a engañar al maestro con esas hipocresías! y siguiendo a sus crueles instintos, quiso descargar en la espalda del inocente niño furiosos golpes envenenados por la envidia.

El rostro del niño tiñóse de vivo carmín y al impulso de su sangre caldeada, hirguióse rápidamente y, dando tres pasos atrás, se abalanzó sobre su contrario para responder a su injusta provocación; mas encontrándose sus ojos con una imagen de la Virgen en la pared de la casa de enfrente, detiene su ira con gran esfuerzo y torna su aspecto guerrero en otro dulce y sereno; dirige una tierna y amorosísima mirada a su Madre; dominase por completo y comprende que era el mejor regalo que en aquellos momentos podía ofrecerle. Da un paso adelante, se arrodilla ante el rapaz, y, con gran humildad, le dice: ¡Perdóname, querido amigo, fué sólo un momento de irresistible acaloramiento; no te ofenderé jamás!

Tal sentimiento imprimió a sus palabras que el muchacho, confundido por aquel hermoso rasgo de dominio de sí, propio solamente de los corazones nobles, sintió que su alma por vez primera se enternecía y sus ojos, inundados de lágrimas, no cesaban de admirar a su condiscípulo, que, arrodillado a sus pies, suplicábale el perdón... por sus bondades... y doblando sus rodillas se abrazaron tiernamente y sus lágrimas unidas fueron el testimonio de su sincera y eterna amistad.

La transformación de este muchacho, que no hubiera podido hacer la fuerza, lo hizo la humildad. Seamos siempre humildes para que Dios tenga misericordia de nosotros.

L. G. C., Congr.

Esto es discurrir.

Luisito era el encanto de la casa. Alegre y juguetón, con aquellos sus ojos grandes y hermosos, espejo de su alma pura, infundía el contento y bienestar en casa de sus padres.

Su padre, protestante furibundo y hombre austero de carácter, solía, sin embargo, cogerlo y sentarlo sobre sus rodillas y así escuchaba embelesado al niño, que sin haber apenas cumplido los nueve años hablaba sin parar, con aquella su boca parlera, de cuanto se le ocurría.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Un día, con candor e ingenuidad, le decía: Papá, en casa de mis amigos he visto un Crucifijo. ¿Por qué no lo tenemos nosotros?

El rostro del padre se puso lívido de ira.

—¿Cómo? Pero ¿es que tú vas a ser "papista"? ¿Es que vas a traicionar a la Religión de tus padres? No quiero crucifijos, que son objeto de "papistas" que adoran las imágenes de madera y de metal.

Entonces el chico, acercándose más y más a su padre, y con esa sencillez y verdad que presta la inocencia, le dijo: ¿No me decías tú que Jesús había muerto también por nosotros? Pues por eso quiero yo tener mi Crucifijo, como lo tienen los católicos.

Estaba yo esta tarde solito en mi cuarto de juego, había roto y descabezado tres soldados de plomo y estaba cansado de jugar. Yo quería verte para divertirme contigo, y tú te hallabas lejos de mí. Me dirigí a la sala, descolgué tu retrato, lo puse sobre mi corazón y abrazándolo pensaba en ti, en lo mucho que trabajas para que yo sea feliz y esté contento. Papá, cuando yo pido y quiero el Crucifijo, no es para besar aquella madera y aquel metal, sino para abrazar y besar lo que representan, es decir, al buen Dios que murió por nosotros.

El padre no sabía qué decir. Abrazó a su hijo sin pronunciar palabra. Desde el día siguiente Luis vió en su cuarto un grande y hermoso Crucifijo. Antes de acostarse juntaba sus manecitas y de rodillas ante él oraba por sus papás y por sus necesidades. El Señor bendijo aquella oración infantil; años después, se convertían todos al Catolicismo.

¿Habrá algún congregante que vaya a descansar por la noche sin haber saludado al Crucifijo? No seamos ingratos.

E. B., Congr.

"Una manzana más."

En un humilde pueblecillo de Asturias, alegre y risueño, como lo son todos los de aquella región, vivía un anciano y honrado labrador, quien, a pesar de ser muy anciano y vivir solo, considerábase feliz.

Habitaba una casa pequeña y extremadamente vieja, que adosado tenía un terreno de reducidas proporciones, donde siempre se le veía trabajando; pero tan alegre como si aquéllo fuera para él la mejor de las diversiones.

Y como era muy bondadoso, todos le apreciaban y se gozaban en tenerle por amigo y compañero.

No había pobre que llamara a su puerta y no fuese socorrido con pequeñas sumas, que, muchas veces podría haber empleado en proporcinarse algunos gustillos; cada vez que ésto hacía, se le oía repetir: "Esta es otra manzana que tiro por encima de la tapia."

La primera vez que le oí le pregunté cuál era el sentido de aquellas palabras, y me dijo:

"Un día llamé a mi huerta a algunos niños y les di permiso para comer cuantas frutas quisieran, prohibiéndoles únicamente el guardarlas en los bolsillos. Mientras todos estaban comiendo observé que uno de ellos arrojó varias manzanas por encima de la tapia, con el fin de recogerlas a la salida. Y esta picardía me sirvió a mí de lección; yo me dije: lo que le ha ocurrido a este niño en mi huerta, sucede a los hombres en la vida. Disfrutamos de los bienes de este mundo sin llevarnos nada con nosotros al salir de él; pero lo que damos a los pobres, y todas nuestras buenas obras, son como otras tantas manzanas que arrojamos por encima de la tapia para encontrarlo en la eternidad; ahora siempre me acuerdo de este caso y me animo mucho a hacer buenas obras y a echar manzanas por encima de la tapia."

L. G., Congr.

La oración del grumete.

A los pocos días de salir de Nueva York un gran velero, se vió envuelto por un furioso vendaval. Cuando éste había alcanzado su máxima intensidad, advirtió el capitán que en el extremo del palo mayor se habían enredado varias cuerdas y que aquel nudo era preciso soltar inmediatamente.

Hace llamar al grumete y le dice:

—Tienes que subir a desenredar aquellas cuerdas.

El grumete entra corriendo en el camarote y sale de él en menos de un minuto.

Mira al palo, mira al mar alborotado, y se lanza decidido a la tan movida escalerilla de cuerda; trepa por ella valientemente.

El muchacho se ve zarandeado por el viento, que parece querer entregar al mar una víctima más. La marinería y los pasajeros, agarrados al pie del palo, exclaman: —¡Pobrecito! ¡No bajará vivo! ¡El viento podrá más que sus débiles fuerzas; y ansiosos esperan el final de aquella más que valentía.

Pero, a pesar del huracán, el muchacho llega a lo alto del palo, y desenreda el nudo.

Al bajar es aclamado con entusiasmo por todos. El capitán le pregunta:

—Dime, ¿qué hiciste cuando entraste en el camarote antes de subir al palo?

—Capitán, responde el muchacho, he pedido a la Santísima Virgen que me tienda su manto y no me abandone en tan gran peligro. Mi madre me enseñó a acudir a la Santísima Virgen en todos los peligros de alma y cuerpo, y me va muy bien.

J. N., Congr.

La mayor verdad inverosímil.

El era un joven de nobilísima familia, ilustre por su linaje y mucho más aún por las bellísimas cualidades de que estaba adornado; caritativo con los pobres, paño de lágrimas de los que lloraban y sufrían, era amado y respetado en el pueblo, que le bendecía a su paso.

Tenía sus amigos, y junto con ellos salió una tarde a gozar de los encantos de la naturaleza y bendecir a Dios, autor de tales maravillas. No eran aquellos amigos, todos dignos de nuestro joven y ya cerca de la noche, en uno de esos arrebatos juveniles, cometieron un crimen que había de consternar y cubrir de luto el lugar. La justicia intervino en el asunto; nuestro joven supo tomar tan bien sus medidas, supo su generosidad hallar tales medios, que vino a resultar del proceso él solo culpado y sus compañeros libres. Nadie creía que él fuese el criminal; pero la letra del proceso obligó a los jueces a declarar contra él la pena de muerte.

El pueblo silencioso se reunía alrededor del cadalso para contemplar aquel extraño espectáculo. El verdugo ascendía paso a paso las gradas del suplicio pesaroso de tener que cumplir con aquella obligación; al ir a coger en sus manos el hacha fatal, cae de súbito en tierra atacado de aguda enfermedad. El pueblo clama: ¡Milagro, milagro!, pidiendo a voces la absolución del reo.

De pronto se destaca una figura de entre las filas del pueblo, se acerca a los jueces y se ofrece a suplir al verdugo; era uno de los criminales, librado por la generosidad del valiente joven. Aquel malvado, ante la execración del pueblo, cumplió lo que había prometido.

¿Qué os parece del hecho? Pues es rigurosamente histórico: Jesucristo es el joven generoso, nosotros los criminales librados por él de una muerte cierta y que, ingratos a su beneficio, no cesamos de injuriarle y aun a veces, si pudiéramos, le mataríamos con nuestros pecados.

El, sin embargo, nos espera. ¿Donde? Ya lo sabemos, en el Sagrario.

E. B., Congr.

"¡No me encuentre pelado!"

Era por el tiempo, en que los animales hablaban y hacían vida común y social, algo así como la de los hombres. Iris, el ave pregonera, anunció por toda la tierra que un concurso de aves iba a celebrarse en breve en el monte Olimpo. Pronto se vió éste lleno de aves de todas clases y colores, que se preparaban para llevarse la palma; sacudíanse unas las alas, peinábanse otras el copete, y algunas hasta llegaron a arreglase la cresta. Pero el pobrecito grajo, como era tan feo, no tuvo más remedio que acomodarse aquí una pluma de una, allí un plumoncillo de otra, engalanándose así con los adornos de todos los demás, para ocultar su fealdad.

Y vestido con estos atavíos, y vendiendo soberbia se acercó al concurso. El presidente del tribunal se admiró al ver al grajo tan hermoso, y hubiera sin duda inclinado la victoria en su favor, si el mochuelo no hubiera confundido al ladrón viendo plumas suyas sobre ajenas espaldas. Pero para entonces ya la tórtola lo estaba desplumando, y lo mismo hacían la negra corneja, y el melodioso ruiseñor, que vieron al grajo vanamente enloquecido con robada hermosura. Quedó el pobre grajo al descubierto hecho la risa de todos.

¡A cuántos jóvenes infelices pasa lo que al grajo! Hacen sus carreras merced a recomendaciones y otros medios todavía peores, sin molestarse en estudiar ellos nada, y cuando llega el momento de pesar lo que valen para emplearlos en provecho de la sociedad, se ve que ellos no tienen nada propio. Pues ¡a estudiar y trabajar desde jóvenes!

J. A., Congr.

Cómo discurre un negrito.

—¿A quién quieres tú más: a tu papá o a tu mamá? preguntaba un párroco a un negrito.

—A mi mamá.

—¿A tu mamá? ¿Y por qué?

—Porque también ella me quiere a mí más.

—Y ¿en qué conoces tú que te quiere más?

—En que cuando mi papá me ve enredar en la vía del tren, no me dice nada; pero, si me ve mi mamá, coge una vara y me da una zurra.

Entendía este negrito el refrán: "quien bien te quiere te hará llorar". ¡Cuántos que no son negritos discurren menos!

¡Vaya un sermoncito!

El hecho pasó en los Estados Unidos. Acababan de estar en el pueblo dando misión, unos Padres Jesuitas. Entre los que se habían resistido a la gracia de Dios, se contaba un pobre anciano, que llevaba muchos años sin confesarse.

Mas, hete aquí, que a los pocos días se presentó nuestro hombre en la iglesia pidiendo confesión.

¿Qué había pasado? El mismo se lo refirió al señor Cura después de comulgar.

—El mejor sermón le dijo, que he oído en mi vida, me lo echó la semana pasada mi nietecita, y eso que no tiene más que cinco años.

"—Abuelito, me dijo, usted no tiene título para el cielo; y, si muriese, se iría al infierno, y yo no podría verle nunca jamás.

—¿Por qué, le pregunté yo, por qué no tengo título?

—Lo ha perdido, contestó ella, porque usted tiene sesenta años y no va nunca a Misa ni a comulgar. Pero, abuelito, usted lo puede volver a ganar. Yo sé la manera: le dice usted a Dios que se arrepiente, y después se va usted a la rejilla del confesionario, y se lo dice todo al sacerdote, y cuando se muera, yo le podré ver en el cielo."

—Tan eficaz ha sido el sermón, que ya estoy bien con Dios, tranquilo y camino del cielo.

P. O., Congr.

Otra leccioncita.

He aquí cómo discurría una ratita al ver a lo lejos una ratonera: Esta es la máquina mortífera, de la cual me hablaba tanto mi padre; no la tocaré, no soy tan tonta; me contentaré únicamente con verla cómo está hecha, es bueno saber de todo un poco.

No discurría mal; pero imprudente, se dirige hacia el artefacto; da vueltas alrededor, lo examina; se fija en el pedazo de queso.

Universidad de Deusto
Biblioteca

que el extremo de un hilo sostenía; el olfatillo le decía muy alto que debía ser muy rico. Seducida muy pronto por sus atractivos se dice: quisiera yo verle un poco más de cerca: pero, para ésto sería preciso entrar en la máquina, y mi padre me lo tenía prohibido.

¿Pero por qué? Si yo no toco nada, qué mal puedo hacerme. Con este propósito entra sigilosamente; se aproxima al queso, que cada vez le atrae más; sin atreverse a tocarlo, se limita a olerlo. La tentación se vuelve cada vez más fuerte; clava suavemente el diente; hace caer la puerta, y la infeliz se encuentra presa; ella, que había prometido no tocar nunca la máquina traidora!

Lo que a esta ratita del cuento, sucede a muchísimos jóvenes; confían en sus propias fuerzas, se ponen en la ocasión; y una vez en ella ya no tienen alma para resistir a la tentación y caen en el pecado. No hay otro medio ni remedio, para no caer: hay que huir a tiempo de la ocasión.

R. G., Congr.

Por un cerrojo.

Donde yo viví en el campo había una granja con un portillo, que daba al monte, y que por falta de un miserable cerrojo, casi siempre estaba abierto.

Cuando los de casa pasaban por allí, lo cerraban; mas, como no tenía con qué sujetarse, era lo ordinario que anduviese golpeando, ya cerrado, ya abierto.

En esta forma no era extraño que se perdiesen los pollos gallinas y gallos que por él salían.

Mas un día se le ocurrió escaparse por él a un hermoso cerdo y correr por el bosque. Y tras el cerdo se fué corriendo toda la casa: el jardinero, la cocinera y la lechera, que vivía cerca de allí.

El jardinero, que fué el primero en notar la falta del cerdo, se retorció un pie al pisar en falso; lo que le obligó a no salir de casa en quince días.

La cocinera, al volver de su excursión, se encontró con que se le habían caído y quemado unas ropas, que había dejado secando.

Y en cuanto a la lechera, con la precipitación, se le olvidó de atar las patas de una vaca aviesa; y en el entretanto, la vaca dió unas coces a un potro, rompiéndole una pata.

El tiempo perdido por el jardinero (sin contar para nada sus dolores), vendría a valer unos veinte duros, que con otros muchos que valdría el potro y algunos las ropas, forman un total respetable de duros.

Es decir, que la falta de un miserable cerrojo, que apenas llegaría a costar tres cuartos, condujo a la pérdida de muchos duros; además de una serie de disgustos, calamidades y alborotos.

E. S., Congr.

Correspondencia abierta.

Buen argumento de película.

Ayer noche nos llevaron los profesores a ver una película que trataba de un joven que quería ser sacerdote y su madre no le dejaba (cosa que pasa a menudo). Le hicieron casar, y fué toda la vida un desgraciado, que acabó por suicidarse.

Usted seguirá como siempre con su numeroso rebaño. Luego recibirá usted el fruto de su trabajo; lo que otros, con sus millones y lujo, no podrán recoger. Ha acertado usted con la mejor vida.

J. A., Congr.

Atinado observador.

Dispénseme si he tardado tanto en escribirle; pero, si quería decirle algo, tenía que observar, y para ésto hacía falta tiempo.

Los primeros días todos parecían buenas personas; ahora, la mayor parte me parecen malas. Aquí tenemos desde el estudiante 4.º y 5.º de Medicina, que se las echa de ateo, hasta los que reniegan de ustedes y de la Religión, sin conocer ni a unos ni a otra. ¡Me dan lástima! Todos dicen: ¡Viva la libertad! pero sin apellidos, como dice Claravana, si buena, mala o pésima.

Y ahora vamos a mi personilla. ¿A que acierto lo que pensaba usted de mí? Primera semana: Luis no me escribe. Segunda semana: ¡pobre Luis! te veo caído y no te atreves a escribirme. Tercera semana, un poco amoscado: no podía valer para nada, no tenía constancia en venir a Misa, ¿qué iba a hacer allí, más que perderse?

Pues, no, señor: Luis no se ha perdido; he estado con el Padre que usted me recomendó y con el Director de la Congregación de San Estanislao. Voy a oir los domingos, Misa y comulgar a la calle de la Flor; los demás días me contento con rezar en mi cuarto. Mándeme una estampa de la Virgen, pues no sé dónde está.

L. L., Congr.

Aunque apartado de la Congregación, sigue trabajando.

Hace unos días tuvimos la dicha de recibir al Ilmo. Sr. Obispo de esta Diócesis de Cuenca, que vino para hacer la visita pastoral y confirmar a casi todo el pueblo, pues hacía muchos años que no habían visto estas gentes cumplir esta misión, tan necesaria aquí donde los hombres rudos e ignorantes no salen de la rutina, ni van a Misa, y juran a más jurar, y consideran la religión como buena para las viejas.

Fué recibido triunfalmente en la estación por todas las autoridades, y los niños del pueblo; pusieron arcos por donde el ilustre Prelado debía pasar y a continuación, ofició y nos dió la comunión, confirmando después; yo lo estaba en la Parroquia de ésa desde muy pequeño.

Todo el pueblo comulgó y fué muy conmovedor para mí ver a todos los hombres como corderos dirigirse hacia el altar, y escuchar las palabras que nos dirigió el señor Obispo.

Una suculenta comida coronó la fiesta. A nosotros nos felicitó por el éxito de la Catequesis deseando que siguiéramos así, dando en el pueblo tan buen ejemplo.

J. U., Congr.



Núm. 150 —Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Enero de 1926

Otro Congregante más en el cielo

Nació Ignacio en Bilbao el 20 de Agosto de 1904; desde los dos años preocupó seriamente a sus papás, los señores Marqueses de Tola de Gaytán, su salud quebradiza; y cuando contaba sólo 5 años de edad, habiendo ido a Roma a pasar el invierno de 1909, padeció una enfermedad que le duró más de dos meses. Corría entonces por Roma la fama de los prodigios obrados por Su Santidad el Papa, Pío X, y una vez convalecido el niño de su dolencia, resolvieron sus cristianos padres llevárselo para que el niño recibiera su bendición. Ha estado oculto hasta ahora este episodio de la vida de Ignacito; oid cómo lo cuenta su papá: "La audiencia nos "fué concedida con carácter de privada. Le "hicimos historia de los males que aquejaban "a nuestro hijo y con viva fe le pedimos nos "concediera la salud y le bendijera. El Santo "Padre, fijándose detenidamente en el niño, y "con su mano apoyada en la cabeza de Ignacio, "le dijo: *Figlio mio, tu sarai buono*, y le dió "la bendición. Grande fué la impresión que nos "causó aquella *indirecta* contestación a nuestro "ruego." Hasta aquí el señor Marqués.

No pidió Pío X a Dios N. S. la salud para el cuerpo enfermizo del niño; pidió para su alma la santidad y no sólo la pidió, sino que parece se la concedió de manos de Dios. ¿Queréis verlo? Como no quiero poner nada de mi cosecha, voy a ceñirme a entresacar de un montón de cartas que tengo a la vista algunos datos interesantes que parecen probar lo que digo y nos servirán de paso para completar el retrato de este insigne congregante; fijaos en algunos detalles.

"Desde niño fué nota característica suya, la "exactitud y puntualidad en el cumplimiento de "sus devociones y prácticas de piedad."

"Al levantarse de la cama cogía el devocio"nario y rezaba las oraciones de la mañana con "los actos de la fe, esperanza y caridad y otras "devociones que él tenía."

"Nunca salía de su habitación sin tomar agua "bendita, postrarse de rodillas y rezar un Ave "María."

"Nunca salía de casa sin besar los pies de la "Virgen Milagrosa que se venera en la entrada "de nuestra habitación y sin santiguarse."

"Jamás dejaba el Rosario y, si no lo rezaba "en familia, era costumbre en él reunirse con "el servicio y, postrado de rodillas, dirigirlo "con toda devoción."

"Muchas veces, estando conmigo (son pala"bras de su íntimo amigo, José Ramón Amé"zola), hemos rezado al dar la hora un Ave "María a la Virgen y el *Bendita sea la hora*... "y siempre por iniciativa suya; durante el ve"rano, cuando salíamos de paseo, hacíamos una "visita a Jesús Sacramentado, si no diariamente, "sí muy amenudo."

"Acostumbraba confesarse todos los jueves "y acudía a la iglesia a una hora fija indefec"tiblemente, tanto que al ordenar sus ocupa"ciones o entretenimientos para la tarde de ese "día, lo supeditaba todo al acto y hora de su "confesión."

La devoción, pues, que es la savia del alma de todo buen Congregante, era como la vida de Ignacio. ¿Qué extraño que fuera "jovial y alegre" y que cuando estaba bien de salud "llenara la casa con sus risas y alegres bromas"? Para la alegría verdadera nada hay como la paz y pureza de conciencia. Y cuán exquisitamente cuidadoso se mostró de huir de todo aquello que la pudiera empañar. Ved algunos detalles para que admiréis la hermosura de su alma.

El verano de 1918 (tenía 14 años) cayó gravemente enfermo; se confesó largamente y después de recibir la Sagrada Comunión, dirigiéndose a su madre, le dijo textualmente: "Mamá, "he pedido a Dios N. S. que si he de cometer "un pecado mortal, me lleve antes al cielo."

Allá van otros dos matices brillantes del alma de nuestro Ignacio, que servirán por sí solos para hacer resaltar el amor que atesoraba

Universidad de Deusto
Biblioteca

en su limpísimo corazón a la angélica virtud de la pureza; dos datos que como perlas hermosísimas recojo de unos apuntes de su padre, el señor Marqués. "Jamás acudía a los estudios. El invierno pasado (contaba Ignacio 20 "años) le llevé a ver una película que venía "precedida de gran fama por lo artística y "moral, y al regresar a casa me dijo: la verdad, "que el cine es muy peligroso; no me ha gustado nada. Y no volvió más."

"Era apasionado por la lectura, que era su "afición favorita; sin embargo, nunca leía libro "alguno sin antes preguntar al confesor, y tratándose de revistas, aguardaba siempre a que "alguno de nosotros diera el visto bueno, antes "de verlas él, y lo hacía siempre absolutamente."

Esto se llama cumplir al pie de la letra las enseñanzas que en la Congregación nos han dado siempre.

Lo era a pesar de que su endeble constitución física le impedía acudir como él quería a muchos actos de la Congregación.

Tengo delante de los ojos una tarjeta escrita por él, niño de 10 años, al P. Director, en la que le da cuenta de la vida de ángel que llevaba en Elorrio; otra de su cristiano papá en la que anuncia al mismo Padre el envío de un giro de 38 pesetas recolectadas por Ignacio para las Misiones en un Hotel del valle de Azpeitia; y sobre todo tenemos vosotros y yo nuestro propio testimonio, pues a pesar de verle necesariamente alejado con frecuencia de nuestras reuniones por su delicadísima salud, le elegíamos como miembro de nuestra Junta directiva.

Los que le conocimos y tratamos podemos hablar de la sencillez y finura de su trato, de la limpieza de sus conversaciones, de la firmeza férrea de sus propósitos, lo mismo en sus estudios que en sus esparcimientos; y hay que advertir que hablamos de un joven cuya vida estuvo sembrada más de espinas que de rosas; pues si es verdad que brotó como riquísimo florón en el seno de una casa señorial, rodeado de cuanto la ambición humana podía apetecer, también lo es que esas apetecidas circunstancias suelen engendrar en naturalezas enfermas como la de Ignacio caracteres agrios, descontentadizos, adustos, sin más norma que la propia voluntad, es decir, todo lo contrario de lo que en Ignacio siempre admiraron todos.

Un joven así tenía que ser por fuerza bienquisto de Jesús, de María Santísima, de sus padres y amigos. No es pues de admirar que su madre la señora Marquesa escriba: "...al "amor que toda la vida tuvo a la Virgen San"tísima atribuyo yo la muerte tan santa que ha "tenido"; ni es de admirar que su padre el se"ñor Marqués, exclame: "ahora que le hemos "visto morir como un santo, premio de su an"gelical vida, vemos confirmada aquella memo"rable bendición de S. S. Pío X, prueba inequí"voca de su predestinación"; ni es de admirar que el señor Melo, Excmo. e Ilmo. Arzobispo de Valencia, que como Padre le quería, acudiera en persona a Elorrio a recibir los restos mortales del joven angelical, como quien recibe una reliquia que había sido hasta entonces vivificada por el alma de un santo.

Honra de nuestra Congregación es el joven humilde y obediente que al recibir de sus padres alguna levísima amonestación por motivos ligerísimos, baja humilde la cabeza y responde con emoción: "no, papá, no volveré a disgustarte." Gloria de nuestra Congregación es el joven de cuyos labios moribundos caen estas frases de oro que recogerían sin duda delicadamente los ángeles: "No lloréis que estoy "contentísimo, pues me voy al cielo. ¡Qué dulce "qué hermoso morir! Que no me den más in"yecciones ni me mullan las almohadas que "quiero sufrir por Jesús." Gloria y honra y timbre de nobleza nuestra es que de Ignacio, nuestro hermano, pudiera decir su antiguo confesor valientemente estas palabras: "Ignacito está en "el cielo; si yo admitiera de ello la menor duda, "haría horrible injuria al amor que Jesús tiene "a los jóvenes castos y puros."

Finalmente, santo orgullo nuestro es y será siempre, que el amigo que más profunda e íntimamente le conoció y le amó, alma gemela de la de Ignacio, pudiera escribir de él con el corazón en la mano lo siguiente: "Como amigo "puedo decir que para mí ha sido un hermano "cariñoso, un consejero, un compañero en el "que he encontrado tantas cosas como a mí "me faltaban. El ha sido el único con el que "me he llegado a compenetrar. La unión que "hemos tenido nos ha servido para separarnos "de donde debíamos separarnos, para resistir "mejor a las pasiones, para huir de muchas di"versiones y atracciones del mundo y, en fin, "para servir a Dios lo mejor posible durante "nuestra juventud."

"Esta unión hizo que nuestros criterios fue"ran firmes, y hoy le pido a él que desde el "cielo me siga ayudando en los caminos de mi "vida y que me conceda Dios una muerte tan "santa y tan dulce como la suya y allá en el "cielo nos podamos unir eternamente."

R. L., Congr.

De Alemania al Cielo.

Hallábame yo en la capital de Baviera terminando un trabajo científico, cuando supe a fines del pasado Setiembre que los señores Marqueses de Tola iban a llevar a aquella ciudad a su primogénito Ignacio para una operación de dudoso y difícil éxito.

Vi por primera vez al enfermo cuando se hallaba en su cama de la clínica, y por eso no sé si era alto o bajo, ágil o torpe de movimientos; sólo sé que tenía un alma muy hermosa encerrada en una ruina de organismo, y que los 21 años que llevaba de vida lo habían sido de sufrimientos y también de virtudes.

De virtudes también... Criado en una atmósfera aristocrática, hechos sus estudios casi siempre con profesores privados, y aislado por sus frecuentes dolencias del choque social y del compañerismo, tenían sus virtudes algo de flor de invernadero, y eran por lo mismo más propias de víctima selecta que de hombre de acción: pureza y piedad de conciencia, delicadeza de sentimientos que delataban en el joven al caballero de cuerpo entero, concentración y valor ante el sufrimiento. Jamás dejó durante su vida de rezar la Plisima u oficio parvo de la Virgen, temblaba ante el sólo nombre de impureza como si fuera el demonio mismo, y me repitió varias veces, que aunque no se atrevía a pedir a Dios más dolores, se sentía familiarizado y tranquilo con los que Dios le enviaba: lo único que muchas veces le daba pena en Elorrio era que por su mala salud no podían gozar sus hermanitos y sus padres tanto como él quisiera...

Para la Congregación de los Estanislaos de Bilbao reservaba también un recuerdo cariñoso, aunque un sí es no es mezclado del malestar que siempre producía en su organismo enfermizo todo esfuerzo de actividad. Más de una vez me recordó los apuros que se pasaba al recolectar limosnas para las misiones y al presentar al P. Director lo colectado, sobre todo si no pasaba de *perras*. Pero a pesar de los sustos, comprendía muy bien que le convenían aquellos brotes de apostolado, y me encargó se los inculcara a su hermano Josechu si alguna vez le veía en Bilbao.

He dicho que Ignacio se había familiarizado con el dolor. Es verdad: hasta empezaba a reconciliarse con la idea de la muerte. El mismo decía a sus papás al hacer con ellos el viaje a Munich, que no él, sino su cadáver les acompañaría a la vuelta. Sin embargo, eran ráfagas pasajeras, no convicción, y aun a veces las mencionaba para adivinar en la respuesta los presentimientos de aquel con quien hablaba.

A su alrededor se confiaba en que la operación saldría bien, en que para Navidades podría trasladarse al cálido clima de Roma que él tenía bien conocido y saboreado, en que durante la primavera de 1926 el amable jardín de Elorrio, donde había pasado los mejores años de su vida, acabaría de darle las fuerzas que necesitaba para gozar del porvenir que le sonreía coronado de bienestar, de cariño, de la inmaculada tradición y los blasones de su familia. Era un panorama demasiado sonrosado para que un joven de su edad no lo tuviera por seguro, a poco que se le alimentara la esperanza. Y, en efecto, Ignacio abría a él sus pulmones... sus pobres pulmones que apenas podían ya respirar libremente.

Porque esa era la terrible realidad. El marquesito no estaba tuberculoso: me lo aseguraron muchas veces en la clínica; pero el acceso de infección que se le había formado entre el corazón y los pulmones, había horadado las paredes de éstos, y desde meses atrás los estaba inficionando al verter en ellos el pus que producía.

Larga y mortificante fué la espera a la operación. Primero porque el médico hizo una larga ausencia de 20 días, luego porque temía del resultado, pasaron cerca de dos meses de demora, en que la cama, el clima, la novedad de la alimentación y del régimen, debilitaron tristemente al enfermo. En el lecho hacía su acostumbrada vida de piedad: se confesaba de ocho en ocho días, comulgaba con gran consuelo dos o tres veces por semana, e iba poco a poco impregnándose en el significado de la hermosa oración "Tomad, Señor, y recibid", que "ambos solíamos rezar de penitencia, como preparación al doloroso trance que deseábamos y temíamos a la vez. Solía ser para mí un verdadero problema el hallar en aquella alma pura materia de absolución.

Por fin llegó el 10 de Noviembre, día de la operación. Por una serie de circunstancias propias de aquella clínica, me hallé yo hasta el anochecer de la víspera en el mismo falso optimismo que los padres del enfermo. Por fin me quitaron la venda, y desde entonces me fué necesario intervenir más directamente en la obra de filigrana de la gracia.

No me fué difícil administrarle la Santa Unción, porque a la primera alusión lejana que le hice, me atajó diciendo que su abuelito materno (don Martín Garmendia) repetía siempre que la Unción convenía recibirla muy a tiempo, en parte también para que obrara su efecto de dar salud al enfermo si así convenía. Así era de cristiano el ambiente en que se había criado y que tan dulces flores y frutos empezaba a dar ahora.

Recibió, pues, la Extrema Unción con gran serenidad y consuelo, pero sin que, ni aun por eso, se convenciera de la vecindad de la muerte. Bastante más se le abrieron los ojos en las dos horas de charla con que procuré entretenerle hasta que le llevaron a la mesa de operaciones. Entonces hizo las primeras oblaciones de su vida, pero mezcladas aún con la ilusión de las Navidades en Roma y la primavera en Elorrio. Fué el comienzo de una delicada lucha interior que le duró desde aquel día, que fué jueves, hasta el domingo, víspera de su muerte. Por un lado le atraía irse al cielo; por otro, el bello porvenir, no de placeres en que no pensaba su espíritu selecto, sino de cariño y bienestar que le sonreía en el dorado rincón de Elorrio. Su excitación nerviosa y la extrema debilidad, en que se hallaba hicieron más ineritoria y larga la lucha.

La operación en sí misma, que fué sólo de reconocimiento, no había salido mal, pero había descubierto lo crítico de la situación. El foco infeccioso se hallaba muy desarrollado, y para preparar su extirpación en otra nueva cura, determinaron los médicos pararle un pulmón, haciéndole durante unos días respirar únicamente con el restante. El peligro, fácil de prever más que de evitar, estaba en que de resultas se congestionara éste; que es efectivamente lo que sucedió.

El domingo 22, a las cuatro de la tarde, me avisó por teléfono una de las hermanitas, que él mismo me llamaba. Volé a su lado. En cuanto me tuvo junto a sí, me cogió la mano con gran emoción, y me dijo ahogándose como se hallaba: "Padre, me muero; ahora sí que

Universidad de Deusto
Biblioteca

me muero. Quiero morirme, no quiero vivir más. Quiero estar con Jesús. Tomad, Señor, y recibid...”

La gracia había triunfado completamente, y desde aquel momento no pensó ya en la tierra, sino en hacer actos de amor de Dios con una finura y delicadeza admirables. Cuando le decía al oído: “Jesús mío, esperanza mía, qué dulce es morir contigo”, abría sus manos lívidas, e iniciando un movimiento de brazos que parecía el abrirse de alas angélicas, repetía elevados dulcemente los ojos. “Pronto, pronto, Jesús; te quiero mucho, mucho”. Al arreglarle su mamá la almohada, añadió: “Qué bien así; pero demasiado cómodo. Jesús no tenía almohada en la cruz”.

Juntamente conservaba la buena memoria y hasta el buen humor. Me dijo una vez, aludiendo al examen de doctorado alemán que tenía que dar yo a los pocos días: “Padre, ofrezco los dolores por su examen”. “No pienses en eso, tontín, le dije conmovido; piensa en que te vas al cielo en primerísima”. El: “En rápido sí, pero apenas en los topes”.

En sus deseos de estar con Jesús, hubo un momento en que se turbó un poco, por la misma viveza con que sentía aproximarse la realidad de verle: no es que temiera por sus faltas, sino que le impresionaba el pensar cómo sería Jesús, con qué cara le recibiría, qué habría él de decirle... No olvidaré jamás los besos que estampaba al crucifijo de su primera Comunión y a una imagen pequeña de la Virgen de Lourdes, que junto con el rosario tenía siempre entre los dedos.

He dicho antes que Ignacio no pensaba ya en la tierra, y no es del todo exacto. Pensó mucho en ella aquella noche, no para desearla, ni aun para dolerse del atardecer definitivo, sino para consolar a los que habían de sentir su ausencia, y agradecer con ternura de hijo, de amigo y de caballero (porque lo era de pies a cabeza), a todos los que le habían amado. Sería profanación entrar en los secretos dulcísimos de familia que se encierran en el recuerdo lúcido, nominal, minucioso, que tuvo para todos y cada uno de sus hermanitos, de sus tíos y primos, del Excmo. señor Arzobispo de Valencia y de la familia de los Amézolas, a quienes amaba entrañablemente, de la criada que con cariño y abnegación heroica le había acompañado desde la infancia y se hallaba también entonces a su cabecera. Para todos tuvo una súplica de perdón por las propias faltas, una encomienda cariñosa, un regalito sacado de sus libros, estampas o crucifijos. Hasta de los pormenores del entierro se ocupó con sus papás. Les agradecía hicieran el gasto de hacer embalsamar y transportar el cadáver para poder enterrarlo en su amable retiro de Elorrio; pero no quería que los funerales fueran suntuosos, porque no olieran a orgullo; tampoco pobres, sino dignos y modestos.

Una de las últimas veces que me llamó aquella noche, me dijo: “Padre, ¿ya me moriré bien?” Dudando del sentido de la pregunta, respondí: “¿Cómo no vas a morir bien, si te estás muriendo de amor de Dios?” Caló que no le había comprendido y replicó, aunque con dificultad por el ahogo: “No es eso. Digo, si estaré bien muerto”. Ya alguna vez me había indicado antes el temor que tenía de que lo enterraran vivo, y aun para ese pormenor tuvo entonces lucidez.

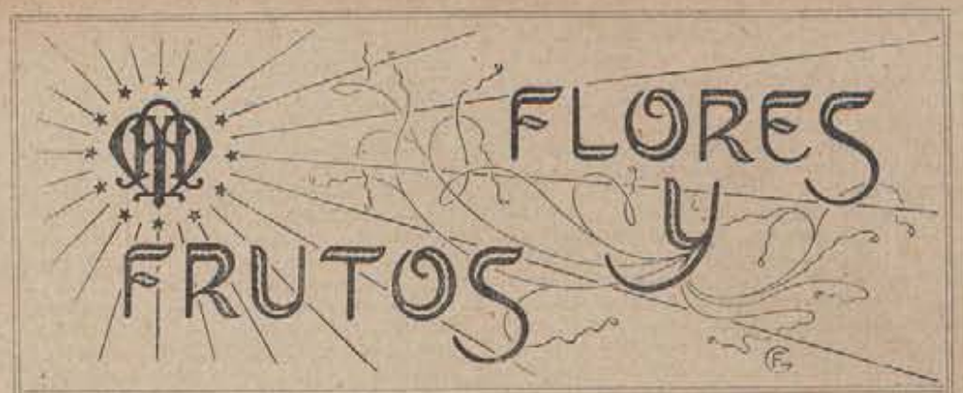
Tampoco se le pasaba lo que sucedía a su alrededor en el cuarto, y eso para pensar en los demás, no en sí. Como sintiese frío por ser helada la noche, pedí un abrigo, y me trajeron el que él usaba. Estábamos retirados de la cama en que el enfermo en sus ahogos parece no podría advertir lo que pasaba: pronto salí de mi error, al oirle decir a su mamá: “¡Qué frío pasa por mí el Padre! ¿Cómo le agradeceremos?” Poco después hizo venir al Padre Cólogan, jesuita andaluz que le había hecho cariñosas visitas, y se despidió de él, prometiéndole pedir por sus trabajos científicos desde el cielo.

La ternura de todos estos sentimientos y de los que derrochó en alentar y consolar a sus papás, duraron toda la noche del 22 al 23 y las primeras horas del 23. A pesar de la ignorancia del castellano, no dejaron de advertirlas las Hermanas y los médicos, aun los protestantes, alguno de los cuales me consta estaba profundamente conmovido.

Hacia las once del 23 comenzó a subir la fiebre y a bajar proporcionalmente la lucidez del enfermito. Al mediodía tuvo dos horas de pleno delirio, y el sueño artificial que le produjo una inyección que para calmarle le pusieron, fué el preámbulo del último dulcísimo sueño. Sin volver en sí, expiró plácidamente a las cinco y cinco de la tarde, rodeado de sus papás, del que esto escribe conmovido aún al recordarlo, y de una media docena de Hermanitas de la Caridad, casi todas las que durante la enfermedad le habían cuidado: con las manos juntas y murmurando plegarias germanas, habían ido acercándose al lecho para ver morir, como me decía una de ellas, al San Luis español.

Hubo entonces dulces lágrimas, pero acompañadas de una oración que raras veces resuena en esa hora de los martirios familiares, aunque en aquella ocasión era en realidad la más apropiada: el “Te Deum laudamus”. Los señores Marqueses de Tola, en un rasgo admirable de piedad cristiana, me hicieron rezarlo en voz alta ante el cadáver aún caliente del primogénito querido. Jamás me han parecido los versículos del gran himno triunfal más solemnes y más dulces. Las Hermanitas, que con ser íntimamente piadosas no hubieran sabido aconsejar aquel acto, cayeron de rodillas, acompañando con ojos muy abiertos la escena edificante. Después del Te Deum recé en voz alta con ellas un Ave María en alemán, que más que una plegaria por el difunto, me sonaba a mí a una acción de gracias de la clínica helada del Norte al católico hogar español y a los Kostkas de Bilbao, que hacían reverdecer y madurar en la lejana Munich tales flores y frutos.

PEDRO LETURIA, S. J.



Núm. 151.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Febrero de 1926

Lo que puede una madre.

Tin-tan, tin-tan, tin-tan, tiu-tan... ton, ton, ton, ton, tonun...

Y tras el reloj de la torre se deja oir el ansiadísimo repique de salida del colegio. Momentos después los tránsitos y escaleras resonaban bajo el taconeo estrepitoso de una turba de colegiales que, desembocando por la portería, desaparecían bien pronto en alegres grupos, por las arenosas calles o entre los árboles del parque. A un auto, llegado momentos antes de las cinco, sube un colegial que se pierde entre los brazos de su padre, mientras el vehículo, a su vez, se pierde entre una nube de polvo.

Escena semejante se realizaba cada tarde. Pero dejemos pasar unos dos o tres meses para sorprender una variedad con que aparecía rota esta monótona distribución. El auto, que parecía conectado eléctricamente con el reloj de la torre o la campana del colegio para llegar precisamente cuando iban a salir los colegiales, empezó a adelantar su llegada y bien pronto esperaba en frente de la portería, media, una hora y aun a veces más.

Entretanto, un caballero alto, delgado, de fino perfil, retorcido bigote y rostro un sí es no es atezado, a causa de los excesivos calores tropicales, bajaba del auto y tras una ligera venia al Hermano portero, como en demanda de permiso, penetraba en el colegio y empezaba a pasearse por sus amplios y severos corredores.

Como ésto no lo hizo uno, ni dos días, sino que parecía lo había ya convertido en distribución favorita, la curiosidad empezó a picar a los Padres del colegio. ¿Qué significaba ésto en don Abraham?

Y cierto que ése en don Abraham era sorprendente. Indiferente en religión, enemigo gratuito de los religiosos, que ningún mal le habían hecho, y que ni le conocían, ni él los conocía, y judío, por más señas, tenía a su hijo en el colegio de jesuítas sólo por compromisos sociales. Desde que los Padres de la Compañía abrieron sus aulas en aquella ciudad, las llenó la aristocracia de la juventud. Era punto menos que de buen tono entre los padres de familia el poder decir: “mi hijo es discípulo de los jesuítas”. la madre de Neyib—que así se llamaba el hijo de don Abraham—señora piadosa si las había y mártir por la conducta irreligiosa de su esposo, que desgarraba su alma más que un agudo puñal, supo aprovechar toda la fuerza que le prestaba esta circunstancia para arrancarle el consentimiento de que su hijo se matriculase en el colegio de los jesuítas.

Razón tenían los Padres para estar admirados.

El P. Rector del colegio (hoy ilustre Prelado) se arriesgó a indagar la causa de esta novedad. Un día, mientras don Abraham se paseaba como de costumbre con las manos cruzadas por detrás y sosteniendo en ellas una flexible caña, y un cigarro en la boca, se le acercó, y después de los acostumbrados saludos, prosiguió:

—Demasiada molestia me parece, don Abraham, la que se toma usted en venir todos los días por su hijo y esperar tanto tiempo. Bastaría que enviase un chofer de confianza, que la piedad y ejemplar conducta de Neyib dan prendas de que nada hay que temer de él.

—Mil gracias, Padre, pero le hago saber que vengo no tanto por él como por mí mismo.

—No le comprendo, don Abraham.

—Me explicaré, Padre. Supongo que no le será desconocida la causa por qué mi hijo tiene el honor de ser discípulo de ustedes. Todos los días, desde que empezó el colegio, vengo por él. Al principio esperaba fuera. Un día, no sé si a impulsos de una curiosidad (e ingenuamente se lo confieso, Padre) no muy benévola hacia ustedes, o más bien impelido por otra fuerza que ignoro, me atreví a pisar el interior de este colegio. Encontrarme dentro y empezar a respirar una atmósfera espiritual, desconocida para mí, que me oxigenaba el alma y me saturaba de paz, todo fué uno. Y eso que sentí el primer día, lo experimento siempre. Gozo en estar aquí. Me parece que respiro un aire de santidad. En una palabra, que no vengo tanto por Neyib, como por tomar un baño espiritual.

—Si es así, don Abraham—le respondió el Padre Rector—, no sólo antes del fin de clases,

Universidad de Deusto
Biblioteca

sus todos los días y cualquier hora del día, tiene franca las puertas del colegio y, en él, a su disposición las dependencias todas, desde la Capilla, donde habita el Amo, hasta el aposento del último de sus servidores, que tiene el gusto de estrecharle a usted la mano.

El ruido de las filas que se acercaban a la portería, obligó al P. Rector a apresurar la despedida.

¿Sería la curiosidad o sería más bien una fuerza misteriosa, como lo sospechaba don Abraham, la causa de sus entradas al colegio? Esto último, sin duda alguna. De los labios de la madre de Neyib subían sin cesar al trono del Corazón de Jesús fervientes súplicas por la conversión de su esposo.

Fácil es, pues, de adivinar el gozo que la inundaría cuando en la primera entrevista que tuvo con el P. Rector le refirió éste lo acaecido con don Abraham. Una fuente de lágrimas fué el tributo de agradecimiento que rindió ante el altar del Corazón de Jesús.

Entretanto, el curso avanzaba y el día de San Luis, señalado para la primera comunión, se echaba encima. Entre los colegiales, que no la habían hecho aún, era el mayorcito Neyib. Ni era ésto extraño, pues sus dos hermanas mayores que él y alumnas de unas religiosas, tampoco se habían acercado a la sagrada Mesa, impedidas por su padre.

Este recuerdo torturaba con temores el corazón de la cristiana madre. El P. Rector, sin embargo, la consoló y tomó a su cuenta la obtención del permiso.

No tenía necesidad de mandar llamar a don Abraham. Este no omitía por nada su baño espiritual.

—Don Abraham—le dijo un día—, la fiesta de San Luis, Patrono de la juventud, se acerca y es menester comenzar a pensar en...

—¿En qué, Padre?

—En la primera comunión de Neyib.

Hubo un momento de silencio, pero de verdadero silencio; no de aparente silencio exterior, sino de estallidos de alma y de angustiosas luchas internas. Si don Abraham no respondió al punto que sí, fué que cierta natural vergüenza —tal vez ante lo que había hecho con sus hijos—pesó sobre sus labios.

Una mirada elocuentemente interrogativa del P. Rector bastó para desplegarlos.

—Cuando quiera—respondió—y como quiera. Dispóngalo todo S. R. y comuníqueme sus órdenes.

Ese día la victoria estaba conseguida. La primera comunión de sus hijas se imponía necesariamente.

Llegó el día de San Luis y una feliz tropa de niños, acompañada de sus felicísimos padres, hermanos y compañeros se acercaron por vez primera al banquete eucarístico. Entre ellos iba Neyib ostentando blanquísimo lazo de seda y en medio de sus dos hermanitas que perfumaban el ambiente con el aroma de los azahares que, en artística guirnalda, sujetaban a su cabeza un riquísimo almaizar, regalo de su padre. Este se hallaba presenciando el conmovedor acto. Las oraciones de sus tres hijos y de su piadosa esposa estaban labrando, sin que él lo supiera, la obra de su conversión.

Días después de la fiesta de San Luis, al encontrarse con el P. Rector, le dice: —Padre, quisiera pedirle un favor.

¿Cuál era este? Nada menos que la entronización del Corazón de Jesús en su propio hogar. Su piadosa esposa suspiraba sin cesar por este día, el día del triunfo total de la gracia en el alma de don Abraham.

Una fervorosa confesión la víspera, entronizó de antemano al Corazón dulcísimo de Jesús en el corazón de aquel padre, que, al día siguiente, lo iba a entronizar solemnemente en su hogar. Más aún: convertido no sólo en católico ferviente, sino también en apóstol, inició don Abraham la conversión de un hermano suyo imbuído en la idea que él acababa de abjurar.

Ante la imagen benditísima del Corazón de Jesús, colocada en lujoso trono, podía repetir la cristiana madre de Neyib: Señor, eres fiel a tus promesas. No ceses de reinar en mi hogar.

T. J. G., Congr.

Lo que puede otra madre.

Coriolano, joven valiente, capitán romano, resentido con su ingrata patria, abandonó su servicio y puso a disposición de otro pueblo su valor y su espada. Declarado enemigo de Roma, juró perderla, y, muy pronto, a la cabeza de un formidable ejército, marchó contra ella, sembrando a su paso la desolación y la muerte por los campos y pueblos. A su vista cunde el pánico por toda la ciudad; casi todos los habitantes corren a los templos para implorar el auxilio del cielo, pero esto no detiene al intrépido vencedor. Se le envía una embajada implorando la paz, pero se muestra inflexible. Se hace salir con gran pompa a los sacerdotes y pontífices vestidos con sus ornamentos y llevando en sus manos las estatuas de los dioses patrios, esperando que aplacará la cólera lo más respetable que hay en todos los pueblos; mas Coriolano continúa firme en su propósito: ha jurado vengarse y cumplirá su palabra.

En tan crítica situación, le ocurrió a un anciano enviarle a Veturia, su madre, que aceptó en seguida la encomienda.

Apenas la divisa Coriolano, se abre paso entre la multitud y se va hacia ella para abrazarla. Pero su madre le rechaza, diciendo:

—Antes de recibir tu abrazo, quiero saber si voy a abrazar a un hijo agradecido o ingrato; si soy tu madre o tu esclava. ¡Oh, hijo mío! ¡Oh, hijo mío! ¿Acaso mi vida se ha prolongado tanto sólo para verte sucesivamente partir como desterrado y regresar como enemigo? ¿Cómo has podido ser cruel y arrasar el país donde viste la luz del día? ¿No ha podido calmarse tu cólera con la vista del país natal? ¿Al fijar tus miradas en Roma, no te has dicho: allí están los seres más queridos, una madre que me idolatra? ¡Qué desgraciada soy! ¡Tú te verías libre si yo no hubiese sido madre! ¡Oh, hijo mío! la última gracia que te pido es que nos libres de nuestros males. ¿Me lo negarás?

El altivo capitán, al escuchar estas palabras, se enternece y las lágrimas corren de sus ojos; y se arroja al cuello de su madre, diciendo: —¡Oh, madre mía, me habéis vencido y Roma está salvada!

De modo semejante defiende y defenderá María delante de su Hijo nuestra causa; a sus ruegos, Jesús nos perdona y se olvida de nuestras ofensas. Acudamos siempre a nuestra Madre con muchísima confianza, y mayor cuando nos veamos cercados de tentaciones.

A. M., Congr.

Lo que puede San José.

Son muy conocidas la sencillez y la confianza con que las Hermanitas de los Pobres suelen acudir a San José, y la atención con que este Santo Patrono les atiende. Y este entrecambio de confianza y beneficios no es precisamente de otros tiempos, es de ahora, de todos los días. Así lo atestiguan estos hechos del todo recientes.

Hace poco la Hermana cocinera de la gran casa que tienen en Bilbao, carecía de jabón para limpiar a su gusto el suelo de su cocina. Pidióselo a la buena Madre, como allí acostumbran a llamar a la Madre Superiora. No habiéndolo encontrado en la casa, la Hermana obtuvo permiso para colgar de una devota escultura de San José una carta rogándole le socorriera en aquella necesidad.

La buena Madre se avino a ello, y poco después colgaba de la imagen el escrito de la Hermana.

No habían transcurrido dos horas, cuando suena la campanilla: un carro del regimiento estaba en la puerta. Uno de los soldados entregó a la portera una carta; con ella se fué a la Superiora. La firmaba un capitán del regimiento:

"Reverendá Madre Superiora de las Hermanitas de los Pobres: Por encargo de un fabricante de jabón, le hacemos entrega de esas 12 cajas. Nos las mandó equivocadamente, pues contiene mucha potasa para poder utilizarla en el lavado de ropa, y el fabricante nos encarga que se las entreguemos a ustedes, que ya tendrán dónde emplear ese jabón."

Acabó de leer la Superiora la carta sin sobrecogerse por aquella extraordinaria coincidencia; así las tiene acostumbrado su bendito Patrono, que tan oportunamente permitió aquella equivocación del fabricante, y tan pronto complació a la sencilla Hermana cocinera.

Otro caso le ocurrió poco después a la misma Hermana: Con motivo de no sé qué fiesta le ocurrió pedir a la Superiora un cerdito, para tostarlo y repartírselo entre sus ancianos y la Comunidad. No lo tenía en casa y le pareció a la Superiora mucho gasto. Insistió la Hermana y obtuvo permiso para colgarle a su Santo una figurita que representase su deseo.

En su apresuramiento le rompió el rabo.

San José no tardó tampoco esta vez en atender a los ruegos de la religiosa, pues poco después llegaba una mujer con un cerdito bien vivo y bien atado para que no pudiera removerse; pero sin rabo.

Ahora hemos empezado los Siete Domingos: honrémosle también nosotros al Santo bendito con nuestra confianza; que El nos oirá como sabe hacerlo a quien le invoca.

J. A. A., Congr.

Los melocotones.

Un honrado labrador trajo un día de la ciudad cinco hermosos melocotones, los mejorcitos que pudo encontrar en la plaza.

Sus hijos jamás habían visto semejante fruta, así es que todo eran ojos; no se cansaban de contemplarla haciéndoseles la boca agua.

Al llegar la hora de la merienda, el padre los repartió entre sus cuatro hijos y la madre.

A la noche, cuando los cuatro niños se retiraron a la alcoba para dormir, les preguntó el padre:

—Vamos a ver, chicos, ¿qué tal os han sabido los melocotones?

—De rechupete, querido padre, respondió el mayor. Es una fruta de primera, con un sabor agridulce ¡tan agradable al paladar!... Yo me he guardado el hueso para plantarlo y obtener así un árbol que me produzca muchos melocotones.

—¡Bravo!, respondió el padre, eso se llama ser previsor para el futuro, como conviene a un labrador.

—También yo me he comido el mío con mucho gusto, saltó la vocecita un poco chillona del más pequeñito, y además he tirado el hueso y madre me ha dado la mitad de su melocotón. ¡Qué gusto más dulce tenía!

—No has sido muy prudente que digamos, le dijo el padre, pero al fin has obrado como niño. Ya tendrás tiempo y ocasión en tu vida para aprender prudencia.

Tras éste, tomó la palabra el segundo de los hijos, y dijo así:

—Yo he recogido el hueso que arrojó mi hermanito, le he roto con una piedra y me he comido lo que tenía dentro, que era muy bueno, como una nuez. Después he vendido mi melocotón y he sacado con él tanto dinero que cuando vaya a la ciudad tengo para comprar una docena.

El padre meneó la cabeza y dijo:

—Algo de prudente ya tiene tu conducta, pero ni es propia de un niño ni dice bien con la sencillez y candor que pide tu edad. ¡Líbrete Dios de ser comerciante!

—Y ¿tú, Edmundo?, preguntó el padre.

Sencillo y candoroso como era Edmundo, respondió:

—Yo he llevado mi melocotón al hijo de nuestro vecino, al enfermo Luisito, que está en la cama con fiebre. No quería recibirlo, y así, se lo dejé encima de la cama y me marché.

Cuando hubo terminado el tercero, dijo el padre:

—Ahora, decidme: ¿quién ha hecho mejor uso del melocotón?

—¡Edmundo!, gritaron todos a una.

Edmundo, empero, callaba, y la madre, acercándose, le dió un abrazo mientras ocultaba una lágrima en sus ojos.

A. I., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Un loco que habla cuerdo.

Un caballero muy celoso, que acostumbraba visitar la cárcel, tenía permiso para hablar con los presidiarios y reunirlos a todos en una salita.

Su gran autoridad, y más la virtud que en él se notaba, hacía que todos le escuchasen con mucho respeto y atención. Solamente se disgustaban cuando se alborotaba un detenido, medio loco, que con sus gestos y tonterías hacía reir a los demás. Por esta razón, recluyeron al pobre loco en una celda próxima a la salita donde acostumbraba el caballero a platicarles.

Un día, al caballero le ocurrió hablarles con viveza de la gravedad y lo vergonzoso de la calumnia, y lo difícil y necesario que es restituir la fama a la persona calumniada. Estaban todos muy atentos, cuando de repente el loco, que le oía todo desde su celda, se levanta gateando como puede a la alta ventanilla de su celda, y agarrándose a los hierros da un grito y manda callar al caballero. Asustados todos, miraron arriba y vieron al pobre loco que accionando grotescamente y con voz potente, exclama:

—Compañeros, ¿hasta cuándo vais a estar boquiabiertos ante ese necio que no sabe lo que habla? Venid a mí, que soy el manantial de la verdad. Ese os dice: Restituid la fama; es necesario para salvaros. Yo os digo: No calumniéis, no calumniéis, y os aborraréis el restituir la fama.

Más cuerdamente hablan a veces los locos que los sabios.

A. P., Congr.

Cómo se transforma un pueblo.

De las buenas amistades se valía el Santo Cura de Ars para extender la comunión diaria.

Un joven piadoso seguía la costumbre de su pueblo y no solía comulgar más que las grandes festividades. Fué en cierta ocasión a confesarse con el Santo. Este, después de haberle confesado, le dijo que comulgase cada quince días. El joven cumplió el encargo, a pesar de lo que le costaba ir contra la costumbre.

Algún tiempo después volvió a confesarse con el mismo sacerdote, quien le dijo que comulgase todas las semanas.

—Pero si en mi pueblo no hay esa costumbre, le replicó; y todos me señalan con el dedo porque comulgo cada quince días...

—Si no hay esa costumbre, respondió el piadoso sacerdote, introducidla vosotros. ¿No tenéis algunos amigos buenos?

—Sí, contestó el joven, tengo varios, mucho mejores que yo.

—Entonces, llevadles a comulgar con vos todas las semanas.

No tardó mucho en volver el joven, esta vez acompañado de otros dos, dispuestos a comulgar todas las semanas. Poco después, cuando volvió a confesarse de nuevo con el Santo, eran quince los que acompañaban al joven, todos ellos dispuestos a comulgar dos o tres veces por semana.

Meses después, el pueblo en que vivía el piadoso joven estaba transformado: todos los días un numeroso grupo acudía a la Sagrada Mesa. Con sólo este cambio, se hizo tanto bien en el pueblo, que el mismo cura Párroco fué a Ars para dar gracias al sacerdote que tanto bien había hecho en su parroquia, con haber extendido esta santa costumbre de la comunión diaria.

J. A. A., Congr.

Joven héroe de hoy.

Un jovencito de 14 años, que llevaba la insignia de la Juventud Católica Mejicana, es brutalmente asaltado por un comunista en una calle de la ciudad de Morelia, y apostrofado así:

—¿Qué llevas ahí?

—La insignia de la Juventud Católica Mejicana.

—¿No sabes que la ley prohibe llevar toda insignia religiosa? ¡Fuera esa señal! si no, ya sabes, ¡a la cárcel inmediatamente!

—Yo no me quito mi insignia.

Sin más, pasando de las palabras a las obras, el brutal antirreligioso arrastra al valiente chico a una farmacia y de allí, por teléfono, pide auxilio a la policía.

Acuden los agentes y ordenan al católico que entregue aquella insignia.

—Yo soy católico y lo seré hasta la muerte, y ustedes ni nadie profanarán mi insignia.

En esto, con ademán decidido, lleva su insignia a la boca y se la traga. Ante tal decisión y valentía, desfilaron avergonzados sus adversarios.

N. I., Congr.

Algo más que cuento.

No puedo olvidar esta tabulita que parece que no dice nada, y dice mucho.

En tiempos muy remotos, un hombre se marchó de su país para viajar y ver el mundo. Después de mucho caminar, y no sabiendo cómo ganarse la vida, se encontró con un burro que también se había marchado de su establo para ver si encontraba algún medio de comer sin recibir los palos que le daba su antiguo amo, que no debía ser de la sociedad moderna de protectores de animales.

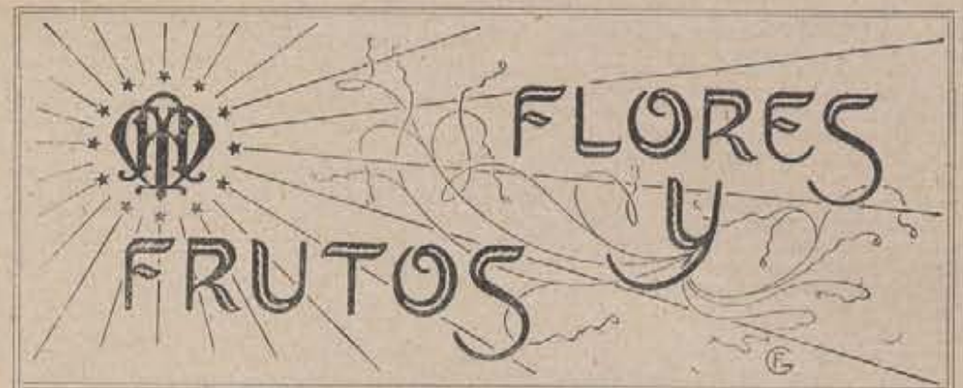
En aquel encuentro le ocurrió a nuestro buen hombre que podrían llamar la atención el burro y él asociándose ambos y enseñándose mutuamente sus respectivas habilidades.

Decidido a ello, cogió al pollino por una de las orejas y se lo llevó consigo. Convinieron los dos asociados en enseñarse el uno al otro lo que cada cual sabía. Y sucedió que a las pocas semanas el hombre aprendió admirablemente a rebuznar, a andar a cuatro patas y a dar coces; pero el burro nunca pudo aprender a hablar, a andar en dos pies, ni ninguna de las cosas que su consocio quiso enseñarle, quedando ambos como dos perfectos burros.

Y recuerdo que terminaba la fábula diciendo que lo malo es lo que más fácilmente se aprende, mientras lo bueno es muy difícil de aprender.

Esto otro no añadía, y lo añado yo: lo mismo sucede al que se junta con un mal amigo, que aprende todo lo malo que tiene su compañero; mientras que éste queda tan malo como antes, sin aprender nada de lo bueno que tiene su amigo.

I. A. A., Congr.



Núm. 152.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Marzo de 1926

Todos a San José.

Recuerdo todavía como si fuese hoy, cómo en aquella noche obscura y cerrada, como la boca de un lobo, la lluvia caía a torrentes, el viento silbaba fuertemente y arrastraba en pos de sí casi todo cuanto se oponía a su paso. Penetré en mi habitación con ánimo de acostarme, y antes me dirigí al balcón para examinar si estaba bien cerrado; no fuera que a media noche se abriera con el ímpetu del viento, y me proporcionara una levantada poco agradable.

Y ¡cuál no sería mi asombro al ver a través de los cristales la parte baja del marco de la ventana, llena por completo de pajarillos! Quedé atónito unos momentos, sin explicarme la causa de este fenómeno; pero no tarde en dar con la solución. Estaba haciendo los siete Domingos de San José, y para honrar mejor a tan glorioso Patriarca tenía costumbre de dejarle el domingo una luz encendida. Como la noche era tan cerrada y la calle estaba tan obscura, resaltaba más, en medio de las tinieblas la luz que de mi cuarto salía; los pobres pajarillos andaban revoloteando por la calle, muertos de frío, ciegos y desorientados por la obscuridad tropezando con todo; cuando en medio de estas tinieblas, divisaron esta pequeña luz, a ella se acogieron como a puerto seguro.

Sin querer dije para mis adentros, ¡qué hermosa lección, nos dan estos pajarillos! Como ellos andamos también nosotros ciegos y desorientados en medio de los peligros que por doquier nos rodean. Acudamos especialmente durante este mes y más en su novena a este bondadoso Patriarca; así conseguiremos no perecer en medio de estas tinieblas.

L. V., Congr.

Piedrecitas maravillosas.

El joven Florián, criado de un buhonero, había contraído la fea costumbre de beber mucho aguardiente, lo que le acarreó una enfermedad peligrosa.

—Si no renuncias a este vicio, le dijo el médico, morirás miserablemente, porque el aguardiente es un veneno para la juventud.

—No puedo prescindir de él, respondió el muchacho; estoy demasiado acostumbrado. Me sería imposible vivir sin beber todos los días una botella de estas: ni una gota menos.

—Si es así, pensaré otro medio para curarte, replicó el doctor.

Al día siguiente el doctor le llevó una caja llena de piedrecitas, diciéndole:

—Pon cada día una de estas píldoras en la botella; pero sin sacar las que están dentro. Por este medio, el aguardiente no te será tan nocivo.

El enfermo creyó de buena fe que las piedras tenían la propiedad de privar al aguardiente de sus malas cualidades, y no dejó de seguir escrupulosamente la orden del médico. Añadiendo cada día una piedra más, bebía diariamente algo menos, y cuando se encontró con la botella llena de piedras, se halló curado de tan funesto vicio y muy mejorado de salud.

Agradecido por este favor a su médico, fué a visitarle y pedirle más píldoras de aquella clase, que quitasen sus malas propiedades al aguardiente, para dárselas a varios de sus amigos que también tenían esta perniciosa costumbre. El doctor le explicó entonces lo ocurrido con estas palabras:

—Amigo mío, las píldoras que yo te di no eran más que unas piedras ordinarias, sin ninguna propiedad especial sobre el aguardiente; pero, a medida que la botella se iba llenando de piedras, ibas bebiendo cada día menos, aunque insensiblemente; hasta que al final te has visto libre de tu vicio y de tu enfermedad. Los vicios se curan fácilmente siguiendo los consejos de personas competentes.

Por esto conviene tanto el acudir en las dudas y peligros con entera confianza a un confesor o persona prudente y seguir fielmente sus consejos, que aunque a veces otra cosa parezca, pueden remediar fácilmente muchos males.

J. R. M., Congr.

Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

Por contar las lentejas.

Había en una ciudad un hombre muy rico, pero que vivía con mucha mezquindad. Sólo comía lentejas porque era el alimento más barato y más nutritivo, según él decía. Además, para no consumir más que las estrictamente necesarias para no morir de hambre, las contaba diariamente antes de echarlas al puchero.

Pero sucedió que mientras estaba entretenido en contar las lentejas, descuidaba otros asuntos hasta el punto de sufrir grandes pérdidas, puesto que, aprovechando estas circunstancias, su criada le robaba grandes cantidades de dinero y de trigo.

Aunque había sido muy rico, murió en la miseria, y solía decir frecuentemente en su vejez: Quien malgasta el tiempo en pequeñeces, tendrá que lamentarlo muchas veces.

Y ¡a cuántos ocurre lo mismo! Mientras están entretenidos en las pequeñeces y placeres de este mundo, el demonio les está quitando la gracia, y a la hora de la muerte, pudiendo haber tenido muchos grados de gloria, tienen que lamentarse por haber malgastado su vida en tonterías. Dejemos, pues, a un lado estas pequeñeces terrenas; atendamos a lo que ha de durar siempre.

J. R. M., Congr.

"Chocheces de viejos".

Era una hermosa tarde de verano. Varios amigos se dirigían alegres y optimistas al puerto, pues se proponían dar un paseíto en gasolino, y pescar algún sabroso chipirón con qué hacer más sabrosa la cena de aquella noche.

Había en el puerto varios marinos, viejos, enjutos y curtidos en las luchas de la mar, los cuales apenas vieron el proyecto de nuestros jóvenes, se acercaron a ellos, y cariñosa, pero a la vez, tristemente, con esa tristeza propia del que ha aprendido después de larga experiencia, les dijeron:—"Chicos, mala tarde tenéis para pescar."

—No lo creáu, respondió uno de ellos, el cielo está despejado, y el mar parece una balsa de aceite. Pocas tardes encontraremos como ésta.

—Fijaos bien, añadió uno de aquellos pescadores, en aquella nubecilla negra que empieza a aparecer en el orizonte, y en esta pequeña brisa, que empieza a soplar por el Oeste.

—Chocheces de viejo, respondieron por lo bajo nuestros protagonistas, chocheces de viejos, que en todo ven peligros, y que en una pequeña mancha negra, se figuran ver una nube portadora de tempestad.

Y sin hacer caso de los paternales y desinteresados consejos, de aquellos honrados marinos, soltaron las amarras y contentos y esperanzados salieron del puerto.

Los marinos les vieron alejarse, y los miraron por última vez, con una mirada triste, portadora más cierta de la tempestad, que la nube negra del orizonte, y la brisa del Oeste.

El terrible presagio de aquellos desinteresados pescadores, no se hizo esperar. Pasados unos momentos, sopló el huracán, se levantaron las olas, obscurecióse el cielo, y la gasolinera de nuestros jóvenes comenzó a luchar con la tempestad. Al sentir éstos la cercanía de la muerte, acordáronse de los desinteresados consejos, que en el puerto les dieran, y quisieron volver a él. Pero desgraciadamente era ya demasiado tarde; sus esfuerzos para librarse de la tempestad, eran casi inútiles. Se encontraban rodeados de montañas enormes de agua, que los cerraban por todas partes el paso.

Pasados unos días aparecieron en la playa cuatro cadáveres. Uno de los que los recogieron era el pescador, que les había visto partir. Mientras los colocaba en la caja mortuoria, se le oía repetir "Chocheces de viejo, chocheces de viejo."

Esta historieta, es siempre antigua, y siempre nueva. ¡Cuántos jóvenes piensan que, son chocheces de viejo, lo que son consejos desinteresados, hijos de la experiencia; por más que les aconsejan que no vayan a ciertos sitios, a ciertos espectáculos, no hacen caso, y cuando se quieren dar cuenta están ya encadenados, y con la muerte en el alma.

L. V., Congr.

Ocurrente comparación.

Se nos mandaba discurrir en estos pasados Carnavales y contestar a preguntas impresas, que, como tenemos por costumbre, nos envían no sólo a los que estamos en Bilbao, sino aun a los ausentes.

¿Por qué la Comunión frecuente es tan buen medio para reformar las costumbres?

Y contestaba un Congregante desde Madrid con esta linda comparación: "Cojamos un poco de arena húmeda. Mientras dure la humedad, no la desparramará el viento por mucho que sople, pesa mucho y está muy unida; dejadla que se seque y quedará a merced de cualquier vientecillo. Pues léase ahora, en vez de arena, flaqueza humana; en vez de vientos, pasiones, malas compañías, cines...; en vez de agua, gracia de Dios; ya está todo. Como la misma fuente de la gracia está en la Comunión cuanto más cerca estemos, cuanto más la frecuentemos, más firmes estaremos". Es evidente.

L. L., Congr.

De Dios nadie se ríe.

En el pueblo en que viví antes de venir a Bilbao, había un individuo de buena posición, con la pésima costumbre de jurar por el Santísimo Sacramento, con la siguiente frase: Sin comunión muera, si no es verdad lo que digo.

Supe luego que poco tiempo después de mi partida cayó enfermo de gravedad y la familia creyó oportuno llamar al sacerdote para que le exhortase a bien morir.

Acudió en seguida el párroco y le hizo las preguntas ordinarias, a las que el enfermo contestó bien; le preguntó después si quería recibir al Santísimo Sacramento.

—Sí, traédmelo en seguida.

Pronto estuvo de vuelta el sacerdote con la Sagrada Forma. Se disponía a dársela cuando notó que en aquel momento se le cerraban los labios al enfermo; el sacerdote le animó a que hiciera esfuerzos para abrir los labios, pero por más fuerzas que hizo le fué imposible conseguirlo.

Todos los presentes que conocían la diabólica costumbre de aquel infeliz blasfemo quedaron atónitos al ver tan a las claras la mano de Dios vengadora. Mejoró algo el enfermo; pero pasados unos días empeoró y la familia corrió otra vez a avisar al sacerdote; éste al principio no quiso volver acordándose de lo acaecido anteriormente; pero al fin accedió y volvió.

Llegado a la casa y después de hacerle las preguntas, el sacerdote se dispuso a darle la Sagrada Comunión, pero volvió a suceder lo que antes, se le cerraron los labios, y esta vez fué para no abrirlos jamás.

A las pocas horas moría el infeliz, que en algún tiempo tuvo la boca abierta para los juramentos y ahora cerrada a su Salvador.

Lo de siempre, de Dios nadie se ríe.

Que de nuestra boca salgan siempre palabras de alabanza al Santísimo Sacramento.

A. Z., Congr.

Lección bien dada.

Juan, Pablo y Antonio eran tres amigos que se entendían muy bien. Hubo una temporada en que Pablo se aficionó a la lectura de libros no del todo decentes; notáronlo sus dos amigos, y a menudo le reprendían amistosamente por esta mala costumbre. "No os apuréis por éso, les dijo un día Pablo, yo olvido en seguida todo lo que he leído."

No satisfizo esta respuesta a Juan, y para convencer de una vez a su amigo le preguntó: Pablo, ¿te acuerdas qué comimos el domingo pasado en casa de Antonio?

Pablo sorprendido, no sabía qué responder y dijo, que no se acordaba.

¿Y qué comimos el martes? le interrogó de nuevo Juan.

Tampoco, respondió Pablo.

Está bien, dijo Juan, con esa satisfacción íntima del que ha conseguido ya lo que deseaba, no te acuerdas de lo que comistes el martes, y menos de lo del domingo; y sin embargo, esas comidas te alimentaron.

Comprendiendo Pablo la lección, abrazó a su buen amigo, y desde entonces renunció por completo a las lecturas.

Sin acordarnos y sin siquiera darnos cuenta de lo que vamos leyendo u oyendo, van quedando en el alma ideas que, sobre todo si se repiten, van formando nuestro modo de pensar y obrar.

Si los papás tuvieran más cuenta con lo que ellos mismos leen y dejan en manos de sus hijos, de otro modo pensarían y juzgarían y educarían.

R. E., Congr.

El Radio-goniómetro.

¿Quién no conoce hasta en sus menores detalles todos los incidentes acaecidos en el vuelo allende el Atlántico, realizado por nuestros bravos compatriotas?

La mayor de las garantías del éxito era, como lo han reconocido cuantos tienen fe el haber emprendido el viaje después de ponerse en manos de Dios y de nuestra Madre, allá en Palos, pocas horas antes de hender el aire; pero la garantía de orden material, que más confianza daba a los aviadores, era el radio-goniómetro, ese aparato maravilloso, verdadera brújula electro-magnética les dá la dirección.

Ese aparato, que se funda en la propiedad directriz de las antenas de cuadro, que dan su señal con intensidad máxima cuando están orientadas en el sentido de la estación que las transmite, fué el que condujo, como de la mano, al avión en su primera etapa, pues la enorme cantidad de nubes ocultaba completamente las islas Canarias y fué el que señalaba con regularidad la dirección de la isla de Fernando Noronha, que, por medio de su estación radio-faro, indicaba al "Plus Ultra" el rumbo elegido para llegar a América.

Dios tiene otro potentísimo radio-goniómetro que son sus mandamientos, inspiraciones y movimientos de la Gracia. El nos está indicando el rumbo que debemos seguir para llegar a la Eternidad feliz. ¿Acaso no es el alma humana un aparato radio-goniométrico, que nos marca esas señales, emitidas por la Divina Omnipotencia y que cuanto mejor orientada está, más claramente las recibe?

Pues a no desorientarnos y así llegaremos a pesar de las tinieblas de esta noche obscura por que atravesamos, a la América eterna.

S. A. L., Congr.

¿De qué color soy yo?

Con el fin de hacer amena y a la vez educativa nuestra estancia en el tristón pueblecito de nuestro veraneo, situado en el fondo de risueño valle pirinaico, varios amigos y yo procurábamos muchas tardes acompañarnos del maestro del pueblo, hombre experto y habilidoso, que con su grata conversación y curiosas experiencias con lo que encontrábamos en el campo, nos hacía amenas sus plácidas enseñanzas, que en el aula nos hubieran aburrido, y muchas de ellas ni las hubiéramos podido comprender.

Los días de gran calor, en que a ciertas horas de la tarde podíamos pasear por el campo, nos reuníamos en su casa y, como buen educador, no se cansaba, siempre estaba complaciente a nuestras insinuaciones, y hasta nos entretenía en su pobre gabinete de estudio con algunas sen-

Universidad de Deusto
Biblioteca

cillas pruebas de física y química que nos agradaban mucho.

Unas de estas tardes calurosas, nos enseñó un aparatito de su construcción, con el cual iba a demostrarnos la ley de los vasos communicantes. Este se componía sencillamente de dos botellas de vidrio blanco con un pequeño orificio a un lado de su fondo; aquellos envases se communicaban por medio de gomas que se unían mediante tapones especiales.

Cuando con más curiosidad contemplábamos aquel rudimentario artefacto, nos dijo el maestro: —Vamos a hacer una prueba con el aparato. Al efecto, aquel buen señor fué vertiendo agua con cuidado por la boca de una de las botellas. Al momento vimos cómo pasando por aquellos estrechos conductos, se llenaban de agua por igual las dos botellas.

No hizo ésto solo: vació en una de ellas no sé qué materia colorante. Era de ver qué nubes azuladas se formaban y se cruzaban y confundían y avanzaban tanto, que prontó llegaron a pasar por el tubo y a teñir de azul más pálido y más bonito el agua de la otra botella. Nos cansábamos de ver aquella transcoloración, cuando, con la naturalidad de siempre, nos aplicó el bueno del maestro aquel cambio tan curioso de color que acabábamos de ver a lo que nos sucede con los compañeros. La amistad, nos dijo, es como este tubo de comunicación: hasta que no nos une, cada uno es lo que es, blanco, negro, amarillo, conforme al tinte, a la educación que le han dado y a lo que él se ha moldado; pero, se pone en comunicación con un amigo, y toma en seguida el color del compañero; hasta tal punto, que basta ver de qué color es éste, para saber cómo es su amigo o cómo lo será al poco tiempo.

¿Quién querrá colorearse de negro?

F. G. B., Congr.

Cómo discurría un viajero.

Viajaba un día con mi papá por los ferrocarriles del Norte: el tren iba completamente ahorrotado de gente: en nuestro coche iba, por lo que después vimos, un joven médico, el cual empezó a barbarizar contra los curas. Mi papá callaba; de pronto se levanta y se va al pasillo, donde conversaba un tio mío con otros viajeros. Le hace entrar y sentarse, y le pregunta por su señora, mi tía Elisa: ¿Qué tal Elisa?

—Nada, hombre, que cayó en manos de un médico bruto, como todos los médicos. Nuestro joven frunció el ceño. Claro no estudian, continuó mi tío, y después al primero que pescan lo asesinan... Lo que hizo con mi Elisa... y encima te cobran un ojo de la cara... —Sí, chico; lo peor es que todos son iguales...

Ya nuestro joven saltó: "caballeros, me están ustedes insultando...

—¿Insultándole?

—Sí, señor: por un médico bruto, no va usted a deducir que todos seamos brutos y ladrones...

—Pues apliquese el cuento señorito..., le dijo mi papá sonriente: de un cura que usted dice que es malo, no va usted a deducir, como ha dicho usted antes, que todos son unos tales y unos cuáles...

El señorito se calló, mientras los demás del vagón se sonreían.

L. A., Congr.

Cómo discurría otro viajero.

Ya habían agotado su conversación, después de dos horas de camino, los dos caballeros que iban conmigo, cuando repararon en un letrero o aviso, junto a la manilla de la puerta; decía así: **"No dejéis que los niños jueguen con las cerraduras."**

Alabaron el discreto aviso, y lo comentaron recordando accidentes más o menos desgraciados oídos, y alguno presenciado por uno de los interlocutores. A punto estuvo, según él, de ser de lo más trágico; pues tropezó un niño, que no podía estar quieto, con la portezuela que estaba mal cerrada, y antes de que nadie se apercibiera estaba el niño en la vía.

Advertirlo su madre y lanzarse a la abierta portezuela, fué obra de un momento; aunque no tan instantáneo, que no pudieran contenerla dos caballeros que estaban junto a la puerta. Al toque de alarma paró el tren; pero no tan pronto que no ofreciera gran peligro la vida del niño por la sangre que había perdido y que costó contener. Se notaba que el caballero al contarlo estaba aún impresionado con su recuerdo. Por su conversación se veía que era muy sensato; pues de todo sacaba algún provecho.

¿Por qué, decía él, no pondrá la autoridad en las puertas de los locales de los espectáculos, de los cines, etc., algún gran letrero que avise del peligro que hay en entrar por aquellas puertas sobre todo para jóvenes y niños?

Para que no puedan dañarse en el cuerpo, tanto cuidado; y para la moralidad y vida y formación del alma, ninguno. Así vamos a tener una juventud degenerada, impresionable, sin alientos para nada provechoso.

Llegamos a Miranda cuando acababa de hacer estas reflexiones nuestro segundo acompañante, y paróse nuestro coche frente por frente de un anuncio fijado en la pared de la estación y por cierto bien llamativo: "Novelas del Caballero Audaz" y a continuación con letras bien claras anunciadas algunas con títulos tan provocativos, que no se pueden escribir ni pronunciar.

No quería creer lo que sus ojos veían, y menos cuando se acordaba de que ya no está en manos extranjeras la línea del Norte sino en poder de gente buena del país. ¡Qué habría aquí, nos decía para permitir esta pública y descarada noticia de lo más corruptor e infernal! ¿Quién entiende ésto?

Siguió sus comentarios, tan oportunos como discretos; propios de un cristiano, no a la moderna sino a la antigua y única manera de apreciar la moralidad.

Sentí tener que despedirme de él pues en poco tiempo aprendí a pensar mejor las cosas de lo que antes pensaba.

P. G., Congr.



Núm. 153.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Abril de 1926

Cómo se volvió loco.

Don Francisco había puesto toda su alma en la educación de sus tres hijos, Andrés, Antonio y Luis.

Convencido don Francisco de que la felicidad y el porvenir de los hijos dependía, no tanto de la cultura científica, como de la educación de la voluntad, del carácter; además de ponerles bajo la dirección de notables profesores, y de sujetarles al método educativo del más renombrado colegio, quiso él mismo, con su voluntad de hierro, contribuir a la formación de sus pequeñuelos.

En lo que más hacía hincapié, era en que sus hijos tuvieran decisión en el obrar. "Reflexionad, les repetía, cuando queráis acometer una obra por sencilla que sea; que para eso tenéis la inteligencia; pero, una vez en el camino y seguros de que aquél y no otro es el verdadero para llegar al fin, no retrocedáis jamás."

El resultado de los trabajos de don Francisco fué, al menos en la edad infantil de sus hijos, satisfactorio.

Para grabarles en el corazón mejor las enseñanzas morales, hacía uso de cuentos e historias, que oían atentos, casi sin respirar, para no perder una frase. Los niños recordaban constantemente los sugestivos relatos, y hasta sabían ya aplicarse la moraleja.

Pero, así como los arbolitos tiernos, aunque crezcan rectos, si no se tiene cuidado de ponerles firme y rígido apoyo, se tuercen a veces con los fuertes vientos; así el corazón de los jóvenes pierde fácilmente su poca firmeza, expuesto a los serios embates de la vida.

Tanto Andrés y Luis como Antonio, frecuentaban la sociedad heterogénea en la casa de un amigo de su padre, en la que se veían bamboleados por vientos contrarios.

El viento que menos podían resistir era el del "qué dirán".

—Bueno es que se tema al "qué dirán" cuando se trata de cometer una acción mala, les repetía su padre; pero cuando se obra bien, tenedlo por el más pernicioso de los temores.

Lo malo era que, con obrar bien de ordinario, las murmuraciones de los otros jóvenes con los que se unían, empezaban a debilitar a aquellos caracteres, tan bien formados en un principio.

—Andrés, dijo a éste su hermano en cierta ocasión, ¿qué tal has pasado la tarde?

—Así, así, contestó.

—¿Y tú, Antonio?

—¡Yo, la verdad, bastante disgustado! Me molestan esas frecuentes reuniones en casa de don Serapio. Si hubieras visto qué manera de reirse la de Tonito y Manolo cuando, hablando de costumbres cristianas, les dije que no nos acostábamos una sola noche sin antes haber rezado el santo Rosario.

El padre sorprendió esta conversación, y se apercibió del peligro que corrían sus hijos.

La casualidad, o mejor la Providencia, vino en su ayuda: Una tarde fué con ellos a visitar un manicomio, que distaba poco. En una de las salas encontráronse con un loco, empuñando un palo a manera de pincel, trazando rasgos en el muro, y después, con un trapo, pretendía borrar las líneas trazadas. Y así pasaba la vida.

Como el director leyese en los ojos de los tres jóvenes una mirada inquisitiva, les contó el origen de aquella locura.

—Este loco, dijo el director, fué un famoso pintor. Tenía motivos para ello; asistió a las más célebres academias, le dirigieron los más renombrados artistas, etc., etc.

Sus cuadros fueron, y son, muy celebrados, y obtuvo de ellos importantes reconocimientos; con seguridad que hubiera alcanzado fama mundial si hubiera tenido carácter.

Don Francisco miró significativamente a sus hijos al oir estas palabras.

—Cometió la torpeza, continuó el director, de dejarse arrastrar por los críticos; y ¡si hubieran sido buenos críticos! Verán ustedes cómo acabó por quedarse loco: Después de pintar un cuadro hermoso, lo expuso en el comercio más céntrico, y detrás se puso él, para oir cuanto de su cuadro comentasen los transeuntes.

Oyó a uno que dijo: "¡Qué nariz tan desproporcionada la de la figura del centro!"; y a

Universidad de Deusto
Biblioteca

otro: "No me gusta el tono del fondo". Dicho y hecho, por la noche el pobre pintor reformaba la nariz y cambiaba el fondo, y vuelta a exponerlo, y a oir las observaciones durante el día y a hacer correcciones por la noche. Al cabo de una semana no oyó más frase que esta: "Esto no es un cuadro, es un mamarracho", y realmente lo era.

Salió de su escondite el pintor, cargó con su cuadro y se encerró en su estudio. Y allí continuaría hoy dando pinceladas en él, si al cabo de dos días no hubiesen notado los vecinos que el pintor se había vuelto loco.

¡Para que uno haga caso del mundo y del "qué dirán"!

J. E. I., Congr.

"Dios nos coja confesados".

El día no podía presentarse mejor: había un sol magnífico, sin hacer mucho calor.

Por la mañana sostuvieron Luis y Carlos este diálogo:

—¿Qué hay, Luis? ¿De dónde vienes?

—¡Hombre, de dónde voy a venir! de misa.

—Y ¿qué piensas hacer esta tarde?

—Iré a la Congregación; tenemos conferencias muy entretenidas e instructivas y se divierte uno mucho.

—¿Quieres venir conmigo?

—¿A dónde vas?

—A un bailecito que hay en las afueras.

—¡Por Dios, Carlos! ¿No sabes lo que nos dicen los Hermanos en el Colegio, que en esos sitios se ofende mucho a Dios?

—Pero luego te confiesas, y como si nada hubiera pasado. ¿Vienes?

—¡Qué barbaridad estás diciendo!

—Pero, ¿no sabes que lo que nos dicen en el Colegio son pamplinas?

—¡Que sean! Prefiero hacer caso a esas pamplinas antes que a ti.

—Pero, ¡si no nos dicen más que para meternos miedo!

—Bueno, chico; yo voy a casa, que todavía no he desayunado.

—Adiós.

—Adiós.

Y cada cual se fué por su lado.

A la mañana siguiente, Luis fué a misa como todos los días y comulgó; después, al Colegio; buscó a Carlos, preguntó por él, mas nadie le había visto.

A la salida del Colegio, al pasar por cerca de la casa de Carlos, me enteré con asombro de que Carlos había llegado por la noche más tarde a casa y bastante excitado se acostó sin cenar, pues se sentía mal; perdió en seguida la cabeza y sin volver en sí dejó de existir aquella misma noche, ¡y sin confesión!

Sus pobres padres no sabían aún dónde había estado aquella tarde. Me cuidé yo de no decírselo por no aumentarles la pena. Ya hacía bastante tiempo que había dejado de asistir a la Congregación, y andaba con compañeros peor que sospechosos.

¡Así se empieza y así se acaba!

R. E., Congr.

Pura farsa.

En una cama de un hospital de Boston, sin un pariente, sin un amigo, yacía un joven italiano, de cuna católica, pero que a la sazón había renegado del catolicismo, pasándose, por cuestión de intereses, a la bandera del protestantismo. Fué uno de los que tomaron parte bastante activa en el asalto al Convento de Mount-Benedit, de las Madres Ursulinas. Tenía la fiebre amarilla y esperaba, o mejor, se temía a que una mañana su enfermero avisara: "el número 102 ha muerto".

A veces sentía deseos de rezar acordándose de su infancia, pero parecía alzarse entre el cielo y él un muro y oir que le decían: "Huiste de tu casa... de la verdadera Iglesia... Renegado...".

Fuese casualidad o providencia, el caso es que se hallaba entre dos católicos, a los cuales todos los días visitaba un sacerdote, que pasaba por delante de él sin decirle una palabra, pues en aquel hospital les estaba prohibido hablar a no ser pedidos por el enfermo.

—¿Y mi pastor?, se decía. ¿Por qué no se le ve nunca? Quiero que venga. Y pidió le llamaran.

A los tres días vino, y parándose a bastante distancia de la cama, le dijo:

—Buen hombre, me habéis mandado llamar; aquí estoy. Este piadoso deseo hace honor a vuestra fe; todos no hacen otro tanto; y para no darle más molestia, he traído todo lo necesario. Pero ya comprenderéis que vuestra enfermedad es en extremo contagiosa... ¿De qué os serviría que me sucediese alguna desgracia, no siendo ésto de tanta necesidad? Tened fe, pero una fe viva; la vista y memoria de la Santa Cena os procurará las mismas ventajas que si la comieseis. Dice el Señor en Mateo, que "con la fe se trasladan las montañas". ¿Cuánto más fácil será trasladar a vos los efectos de este pan? ¿No es lo mismo hacer conmemoración del Salvador con mirar este pan que con tomarlo? La fe es la que salva y no las obras.

Y sacó una caja de plata, la abrió y mostró lo que él llamaba el pan y el cáliz del Nuevo Testamento, la cerró, hizo una reverencia y se fué.

Después de ésto, el enfermo sintió aún más vivamente la necesidad de algún consuelo religioso, y enojado como estaba con su ministro, al volver a ver pasar el sacerdote católico, le llamó; el legítimo representante de Cristo consiguió fácilmente volverle a la luz verdadera por medio de una sincera y dolorosa confesión, sin miedo alguno a la fiebre amarilla. ¡No tenía mujer e hijos!

Al cabo de algunos días, la mejoría se inició, quedando aquel joven italiano completamente curado de cuerpo y alma.

Y no paró ahí la cosa; pues habiendo salido del hospital, se encontró con el pastor que iba con su esposa a un lado y su hija a otro. Le conoció en seguida, se le acercó y con fingida cortesía le saludó y le dijo:

—Perdonad, señor ministro; ¿no me conocéis?

—Señor, vuestra fisonomía no me es desconocida; pero no puedo decir precisamente quién sois.

—¿No es usted el que me vió en el hospital con la fiebre amarilla y tuvo la bondad de llevarme la Santa Cena?

—Sí, yo soy; aunque como vemos a tanta gente... nuestro ministerio nos conduce a tantas casas...

—Pues bien, perdonad si me tomo la libertad...; tened esta pequeñez en señal de gratitud.

Y al decir ésto sacó su monedero y con mucha cachaza se puso a buscar una libra esterlina. Al ministro se le iban los ojos.

—No, señor, no os incomodéis; es nuestro deber y no exigimos retribución.

—No, si no es más que demostración de mi gratitud.

Le alargó la moneda, y el ministro tendió la mano; mas el muy cuco la retiró luego, la hizo relucir a sus ojos y mirándole con aire socarrón, le dijo:

—Tenga fe; pero una fe viva. Sólo vería, hará el mismo efecto.

El ministro se acordó, aunque tarde, de la Santa Cena administrada por medio de la fe.

¡Cuánta farsa gastan esos pobres y ciegos protestantes!

R. S. M., Congr.

La avaricia rompe...

Se narra, no sé si será más que cuento, que hace muchos años existía en Nueva York un tan gran millonario, que ignoraba el dinero que poseía.

Cierto día, quiso probar hasta dónde llegaba la codicia de un dependiente suyo. Llamóle una mañana a su despacho y le dijo, con la calma propia de los americanos:

—Mira, en esta mesa tienes un millón de duros en monedas de plata. Te regalo todo ese dinero si eres capaz de contármelo para mañana a esta misma hora. ¿Aceptas?

—Acepto, respondió el empleado, lanzando una codiciosa mirada a aquel rico caudal que comenzaba a cegarle el corazón.

El millonario salió de su despacho y dejó solo a su empleado. Este, con loco frenesí, comenzó su tarea reuniendo montones y más montones de dinero. "Hoy ya tendré trabajo para rato, se dijo, pero después... ¡ah, después!... seré feliz." Y elevando una vez más su vista en el tentador caudal, siguió el recuento con la velocidad de una máquina.

Dieron las doce del mediodía, sintió hambre, pero siguió contando. Púsose el sol y las sombras de la noche invadieron la tierra; un sirviente le trajo una lámpara, mas el empleado apenas se dió cuenta y siguió contando, contando sin parar...

Llegó la misma hora de la noche, tuvo sueño y cansancio, mas él, luchando contra ambos, siguió la labor con sus casi heladas extremidades de los dedos. Así le cogió la luz del nuevo día, que hizo palidecer el resplandor de la lámpara.

Horas después, cuando nuestro empleado se hallaba en la plenitud de su frenesí, veía delante a su amo, que, sonriendo, con las mayores muestras de compasión, le decía cogiéndole las manos:

—Basta, está dando la hora.

El infeliz empleado no había acabado su tarea; abrió los ojos como si quisieran saltársele de las órbitas, y cayó como muerto, con el rostro espantosamente contraído. Asustóse el millonario; acudió al poco un médico; se repuso algo, pero quedó como alelado. Su ambición le había perdido.

Una pequeña reflexión le hubiera bastado para comprender la imposibilidad de su tarea.

P. del C., Congr.

Brutal apuesta.

Tozudo y porfiador, como ningún otro, era Ponciano.

No sé si por su estatura colosal y formas hercúleas, o por qué, se creía el hombre sin igual, y, como en estos casos ocurre, ninguno de sus compañeros podía contradecirle en lo más mínimo; cuanto él hablara o hiciera, debía merecer la aprobación de los demás, so pena de exponerse a probar sus ingratas caricias.

Ni los muchos y tamaños disgustos que se acarreaba, ni las constantes represiones que recibía de un hermano suyo, parecían hacer mella en aquella cabeza de piedra berroqueña.

Cierto día, al volver de su cotidiana tarea de varias horas, con un apetito devorador, encontróse camino de su casa con su amigo, bastante parecido a él en el carácter.

Detuviéronse a hablar y poco tiempo llevaban de conversación cuando, como era de esperar de aquel temperamento rivalizado por el de su compañero, se entabló entre ambos animada disputa sobre si Ponciano era capaz, en aquella ocasión, de comerse de cualquier forma que estuvieran condimentados ocho kilos de carne en un sola comida, sin bebida, cuya duración no excediera de una hora.

La discusión fué tomando alarmantes proporciones, puesto que cuantas razones aducía Ponciano para hacer ver al amigo su capacidad estomacal, se estrellaban contra el ¡pruébamelo! de su rival.

Tanto excitó a aquel borrego esta prueba de desconfianza de su compañero, que, no viendo otro modo para convencerle de que podría ejecutar ésta y otras pruebas más brutas, sin el menor menoscabo de su persona, se decidió a demostrárselo inmediatamente y de manera palpable; y, a tal fin, se dirigieron a un hotel de pequeña importancia, que existía no muy lejos del lugar en que se encontraban.

Dispuestos en su mesa, dieron cuenta al propietario del establecimiento del objeto de su visita. Este, después de haberles escuchado y cobrado anticipadamente sus servicios, decidió cumplir sus deseos; pero antes les previno que para él no existían responsabilidades, o sea, que les facilitaría ocho kilos de carne de cualquier clase, sin derecho a reclamaciones de ningún género; a lo que ambos se conformaron.

Universidad de Deusto
Biblioteca

sin duda, compadecido el hotelero de aquel mirlo y no queriendo valerse de sus derechos para amargar desde un principio la estancia de su víctima, los primeros platos que sirvió no fueron del todo despreciables; aunque, de vez en cuando, entremetiera en ellos manjares que no todos los estómagos están dispuestos a recibir.

De éstos y de otros que vinieron después, pudo nuestro *héroe* ir dando cuenta con relativa facilidad, ya que su apetito todavía se lo permitía; pero, poco después y cuando se fué acabando lo poco bueno que debían tener en la cocina se dió cuenta de la torpeza cometida.

Y lo vió más claro cuando su estómago estaba a punto de reventar; pero su natural orgullo no le permitía abandonar aquella bárbara prueba. ¿Qué dirían de él el hotelero y la servidumbre, ya enterada de todo, si le veían marchar humillado? ¿Qué murmurarían su compañero y los demás a quienes éste lo contara? ¡Imposible!, se dijo, cueste lo que cueste, permaneceré firme hasta terminar; debo salir triunfando.

Su ansia de victoria parecía abrirle el apetito e infundirle más ganas de comer, que, por cierto, bien las necesitaba.

De esta suerte, y a viva fuerza, consiguió no comer, engullir cinco kilos de carne, teniendo en cuenta que casi toda, a excepción de los dos primeros kilos, por su mal estado, no los hubiera comido en otra ocasión que no fuera de extrema necesidad.

Comenzaba con un plato del sexto kilo, cuando fué atacado de fuertes escalofríos, y sudoroso y desencajado, sufrió un desvanecimiento y fué a dar con su cuerpo en el suelo.

Este fué el final de aquella peor que brutal comida y principio de los padecimientos que, a consecuencia de la misma, le sobrevinieron y acabaron pronto con su vida.

Desesperado y salvado

Aunque su rentita no era como para poder hacer largas limosnas, tenía, no obstante, un medio muy ingenioso para sacar de ella el mayor provecho posible. Consistía su industria en comprar ciertas hojitas de propaganda católica, algunos periódicos y no pocos folletitos cortos, que iba dejando caer como al descuido en la vuelta de las calles, en las puertas de los cafés, tabernas, en las tiendas que buenamente podía, en las escaleras de la casa, etc.; en una palabra, nuestro joven iba haciendo bien por doquiera que pasaba.

Una noche, al pasar por cierta plaza, deja como olvidado sobre un banco un folletito y sigue su camino tan satisfecho.

Allá a lo lejos, por un estrecho callejón, pasa un trabajador; su pobre alma, llena de ideas anarquistas con la lectura continuada de infames periódicos, había acabado por perder la fe; y poco a poco también la esperanza, que es lo último que se pierde. Desalentado después de haber perdido jugando jornales y más jornales, sale esa noche de la taberna determinado, nada menos, que a arrojarse de cabeza por un puente.

Y con este horrible pensamiento, atraviesa varias callejas, y con aquella enorme tensión de ánimo, siéntase un ratito en uno de los bancos de la plaza, iluminada por el único farol que la hace menos sombría.

A poco de sentarse, divisa el folletito sobre el banco; sin saber lo que hace comienza a leerlo no sin cierta repugnancia, porque se dió en seguida cuenta que era un libro clerical. El caso es que el tal folletito comenzó a hablar con su alma y a decirle: "Cuando estés afligido, piensa bien aquellas palabras del libro de la *Imitación de Cristo*: Hijo, no te quebranten los trabajos ni te abatan del todo las tribulaciones; sino que mis promesas te consuelen. Espera un poco y verás qué pronto pasan los males. No es cosa de poco momento el ganar o perder el reino de Dios."

El obrero sin fe abrió unos ojos como los del puente del que se iba a arrojar. Aquellas palabras le hablaban al alma, tanto que siguió leyendo, y al fin reanimaron tanto su abatido espíritu, que se olvidó de su resolución; se levantó y fué a su casa. Sin poder conciliar el sueño; se fué al amanecer a la iglesia más próxima y acordándose de sus buenos tiempos y de las enseñanzas de su niñez, llamó al confesor y consiguió la tranquilidad que de su alma había estado por mucho tiempo tan apartada.

¿Quién la ha encontrado nunca apartada de Dios y de la Santísima Virgen?

L. B., Congr.

¿Cuándo fué más grande Eneas?

Cuando los griegos tomaron a Troya, compadecidos del mal estado en que quedaban los troyanos, publicaron un edicto en el que se autorizaba a los vencidos para llevar, cuando saliesen de la ciudad, aquello que más apreciaran.

Apenas se enteraron de ésto los sitiados, fueron todos a recoger sus riquezas para sacarlas cuando saliesen de la ciudad destruída. Llegó el plazo, y todos los troyanos iban saliendo llevando cada cual aquello que más apreciaba.

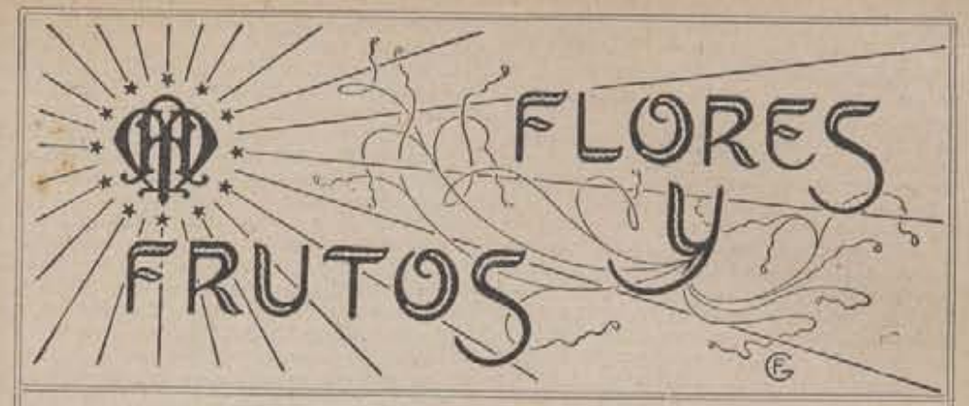
Eneas, distinguido jefe de los vencidos, que había luchado heroicamente en el memorable sitio, salió llevando a los dioses a quienes desde los primeros años de su infancia había adorado.

Admirados los griegos de aquel acto de generosidad, le permitieron volver a entrar en su casa para sacar lo que más quisiese, y ¡cuál no sería su admiración al ver que salía Eneas llevando a su padre, que a causa de su avanzada edad no podía valerse de sus pies!

Es verdaderamente admirable este ejemplo de generosidad y de amor a sus dioses y a su padre, que nos da este pagano; deja todas sus riquezas por amor a aquellos a quienes cree sus dioses y por su padre.

Y a nosotros, ¿nos parecerá mucho privarnos de algún recreíllo y hasta protestamos cuando no nos lo conceden!

J. A. A., Congr.



Núm. 154.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Mayo de 1926

Otro Estanislao más en el cielo

Lo de menos valer en José Ignacio Uribe y Guimón, con serlo tanto como se verá, era su temperamento de artista. Oíd este lamento de un vecino suyo, que tiene sus delicias en el teclado de su órgano, y con ser hombre prestigioso en su carrera y padre de familia, se expresa en estos términos:

"¡José Ignacio, amiguito mío!... que apenas oías los severos acordes de un coral de Franck corrías a mi habitación para quedar estático e inadvertido hasta la terminación de la obra. ¡Cómo asomaba a tus labios el espíritu de artista en los comentarios que te sugería esta música, digna de indulgencias, según conveníamos!

"Quedó sin satisfacer la deuda que con tu temperamento, intensamente musical, tenía contraída. Sin embargo, a mí se me antoja que también ahora estás cerca silencioso, pero atento; y con honda emoción, te dedico estas líneas. Vístelas tú con el espléndido ropaje del Aria de Bach, que tan bien sentía tu violín, y mi pobre lamento tendrá toda la fuerza expresiva que quisiera darle.

"—Dígale que muero, pero iré al Cielo, me trasladó la Esperancina que te asistía. Yo abrigo la humana seguridad de que tu vaticinio se ha cumplido íntegramente. Mucho se ha perdido con tu desaparición de este mundo, pero ¡feliz tú! y afortunados los cristianos padres de tal hijo. *José Trueba.*"



Y ¿quién era José Ignacio? Al exterior, un chico como la mayoría de los chicos, alegre, juguetón e ingenuo. Pero ya veis que, por de pronto, tenía un sello de distinción: alma de artista. Su carácter era un encanto: ¡qué suavidad! ¡qué dulzura! ¡qué viveza en sus movimientos! ¡qué transparencia en sus ojos! Algo dice, pero mucho más oculta, el grabado que tenéis delante.

Alguien, juguetonamente, le llamaba *empecatado*. Instintivamente abría sus grandes y penetrantes ojos, y ésta era la mejor refutación de aquel cariñoso disparate.

Era una delicia salir con él de paseo, porque, aunque tan niño, sentía intensamente el placer de las bellezas naturales, luz, sonidos y colores, y recogía en su alma los himnos de alabanza que las criaturas lanzan al Criador.

En su última enfermedad, contábale su padre lo que acababa de ver en su viaje por Castilla, y le interrumpió diciendo: "¿Sabes lo que digo yo, papá? ¡Qué hermoso será el cielo que Dios hizo para gozar, cuando este mundo, que es un valle de lágrimas, es tan

Universidad de Deusto
Biblioteca

precioso!" Frase, como se ve, más que de chico.

Feliz padre el que logró fomentar en su hijo este delicado gusto, haciéndole admirar a la continua las naturales bellezas del país nativo; tan eficazmente, que nunca tuvo ese calenturiento afán de rebuscados y escabrosos argumentos de películas, tan frecuente hoy en niños y jóvenes.

En sus 12 años ni le ocurría siquiera la idea de cine, donde, por referencia, sabía que todo es amaneramiento y ficción. Así se educó, mientras tantísimos otros, en el cine, se deseducan.

Alma escogida, contestó en un concurso que abrazaría la muerte antes que cometer un solo pecado venial; y como ocasiones de pecado enumeró los cines, bares, teatros, etc., y el andar con malos amigos.

Su afición predilecta era el violín. Pero para él lo primero era lo primero: el servir a Dios. Y por ésto, a pesar de las ilusiones que podía abrigar, estaba dispuesto a dejarlo todo. "Todavía tienes que tocar el violín", le dijeron los de casa para animarle en su enfermedad.

"—No sé, papá... el violín, ¡quiá! ¿Sabes lo que digo? que cuando sea mayor, si tengo que ir a dar conciertos por ahí fuera, acaso sería peor para mi alma.

—No, replicó su padre, tú tocarás el violín para que tú y nosotros disfrutemos."

Este rasgo tiene valor inapreciable, si se advierte que desde los cuatro o cinco años la música le sacaba de quicio, y corría al piano apenas oía dos notas, y luego mostró para el divino arte dotes extraordinarias.

Contribuyó mucho con su violín a endulzarnos más las veladas estas pasadas Navidades; siempre estaba entonado y a punto para complacernos.

La afabilidad extraordinaria de carácter con que Dios le había dotado, tuvo nuevo realce con la virtud. No faltó, en efecto, quien quisiera sacarle, como decimos, de sus casillas; pero en vano: sabía ganar cediendo.

Con sus compañeros se excedía a sí mismo en generosidad; todo le parecía poco para obsequiarles cuando iban a su casa, y más a los que le visitaron estando ya enfermo.

Era precioso oír a un primo suyo decir llorando: "Lloro porque era mi amigo, el único; mejor, imposible."

Aunque alguna vez, como niño, molestara algo a la señorita que le educaba, sabía finamente compensarle contestándola en esta y en parecidas formas: "¡Si es para que gane usted más cielo!"

Y a su mismo padre estando ya enfermo:

"—Papá, ¡qué bueno eres!

—Pues, mira, hijo, tengo ahora pena de haberte castigado algunas veces.

—Pero, tú, ¿qué ibas a hacer, si era por mi bien?"

Y este corazón, puesto por Dios en medio de familia tan piadosa, reflejaba su bondad en cuantas ocasiones se le presentaron, aunque fuera a costa de alguna privación y sacrificio; y varias veces dijo a su hermana: "Mira ese pobre; dale limosna, en vez de comprarme algo."

El día en que su hermana salió de casa, sin despedirse de él, para entrar religiosa, se le encontró de rodillas en su cuarto ante una estampa de San Estanislao, que le había dejado de recuerdo, y llorando decía: "Siquiera, si hubiese perdido el tren..." Pero para no aumentar la pena de sus padres, volvió sonriente a alegrarles hasta que, sin poder contenerlas, volvían las lágrimas a sus ojos; y él a su cuarto a ocultarlas y a lavarse. Y así entró y salió varias veces, luchando valiente.

Cuando le parecía ver a su padre preocupado tomaba el violín, y con encantadora amabilidad le decía: "Papá, ¿qué quieres que toque?" Y sabía poner en sus notas todo el cariño de su corazón; ese cariño del niño que comienza a darse cuenta que un padre merece ser consolado. "¡Qué contento estoy con papá; no podría vivir sin él!" Y en otra ocasión: "Que venga mamá. ¡Qué gusto; no sabes lo contento que estoy, porque no puedes figurarte lo que la quiero!"

No pudieron sus padres acompañarle en el Sanatorio todos los días de su enfermedad, pues ambos cayeron sucesivamente en cama. Entonces, José Ignacio, que cada día preguntaba por ellos estando sanos, supo vivir sin papá y sin mamá; y ni una sola vez los llamó ni quiso que vinieran hasta hallarse perfectamente bien. "¡Pobre mamá! Dile que no se levante; que si viene, no le doy un beso. Que no vengan por lo menos en ocho días. Decid a papá y a mamá que estoy muy contento. Que comulgo todos los días."

Cuando pedía algo a su hermana, añadía con mucha suavidad un "si te parece", lleno de condescendencia. Fué notable que el día en que se dió cuenta perfecta del peligro de próxima muerte, y pidió en seguida viniera su confesor a visitarle, añadió espontáneamente: "Que venga el Padre, si no le sirve de molestia."

Este aroma de bondad y piedad filial queda en su casa como grato recuerdo, y el perfume de pureza es aliento para todos sus amigos. Y si éstos, por ser todos buenos congregantes, y vivir en el mismo ambiente, nada extraordinario notaron en él, José Ignacio sabía hacer buen aprecio de lo que vale este tesoro. Bien nos lo dirá una preciosa victoria que alcanzó huyendo, que es como se ganan estas batallas de la castidad: para no enlodarse, huir del fango. Acercósele una vez un condiscípulo del Instituto, que llevaba el mismo camino, y juntóse al grupo que con José Ignacio volvía de clase. Pero, al poco, el recién llegado destapó su corazón, dejando salir por la boca hediondez de malas palabras; y José Ignacio, sin vacilar, porque era resuelto, invitó a sus amigos a seguirle en otra dirección: "Acompañadme; voy a ver a papá al escritorio", y dejó plantado al desgraciado acompañante; y así cumplía el propósito de sus ejercicios el año 1922, de "huir, como de la peste, de los malos amigos."

Amaba a la Santísima Virgen con tierna devoción. "Su mayor gozo en el Colegio de los HH. Maristas era el sábado oír a su profesor hablar de María." Le llevaron al Sanatorio un ramo de flores, que pusieron en el altar de la Virgen; y como separaran una flor, trayéndole la más bonita para él, respondió: "Mal hecho: Para la Virgen las más bonitas, y a mí la más fea."

A la Congregación perteneció desde los 7 años, en que hizo la primera comunión, y al poco contestaba en un concurso: "Lo más terrible del infierno sería para mí estar eternamente aborreciendo a Dios y a la Virgen." Y no es extraño, pues él, que no podía vivir separado de sus papá y mamá, comprendía algo de lo horrible que será estar en el infierno aborreciendo por siempre a María, nuestra buenísima Madre.

A la Misa diaria de la Congregación no le era fácil acudir por su delicada salud, pero cuando asistía era notable el fervor con que comulgaba. Bien se vió, cuando estuvo enfermo, que siempre lo había hecho con verdadero deseo espiritual de comunicarse con Jesucristo.

"Me alegro, decía, de estar en el Sanatorio, porque allí podré comulgar más fácilmente. Yo quiero comulgar todos los días." Y así lo hizo, incluso el de su muerte. Y ¡cómo edificaba a cuantos le rodeaban por su recogimiento y por la atención que ponía en las oraciones, que antes y después le leían!

Al principio de su enfermedad, estando aún en su casa, preguntó: "¿Es grave lo que tengo?"

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque quisiera comulgar y recibir los Sacramentos."

Y así se hizo. Se daba cuenta de que Dios no nos avisa la hora de la muerte ni el momento; y extendía él mismo los brazos a Jesús buscándole en los últimos Sacramentos, para decirle, como le dijo: "Como Tú quieras y cuando Tú quieras: estoy dispuesto a todo."

Después de recibir el Viático y la Extrema-Unción, mandó salir a su hermana. Le preguntó su padre:

"—¿Por qué dices a tu hermana que salga?

—Porque quiero estar solo con Dios y contigo."

Como mostrara gran alegría, su padre le dijo:

"—¡Qué contento estás ahora!"; y él, levantando su mano y sonriente, contestó:

—Es que yo ya he cumplido."

Nada tiene de extraño esta conducta, para los que conocían su piedad y el empeño especial que ponía en la clase de Religión del Colegio, y cómo le gustaba hablar de cosas piadosas con su padre en los paseos, lo mismo que en casa.

En el lecho de muerte se acordaba mucho de su Colegio y de sus profesores, y decía a uno de éstos ingenuamente: "Me da mucha rabia cuando a una persona, sobre todo mayor, oigo que habla mal de los religiosos."

Su delicadeza de conciencia la declaraba él mismo por escrito, sin darse cuenta, cuando contestaba a distintas preguntas de un concurso: "Debo preferir la muerte a un solo pecado venial: como prefirió la libertad aquel soldado que, por escaparse, se rompió una pierna", y "No importa lo de fuera; lo que quiero es tener elegante el alma." "Me he de vencer en aquellos defectos que son como raíces de pecados grandes; pues si se deja pasar el agua por el agujero de una presa, se hará cada vez más grande; así es que, si no cerramos el agujero de nuestro principal defecto, se hará cada vez mayor."

Por eso, al verse enfermo y en peligro de muerte, exclama: "Si el vivir fuese para ofender a Dios, prefiero morirme."

Una vez, en el Sanatorio, decía: "Prefiero morirme, porque nunca tendré más seguro el cielo." Y antes de la operación: "Hoy me muero."

"—Y tú, ¿qué quieres?

—Yo, ir al cielo.

Al señor capellán, que le animaba: "¡Si todavía vas a saltar de la cama!", contestó prontamente:

"—Sí, de un salto hasta el cielo."

No fueron éstos meros deseos de última hora. Ya antes, al oír el piano, solía decir: "Eso es imitando los truenos; eso tan suave parece de niños. En el cielo se tocará lo que se quiere."

A José Ignacio le preguntaban un día: ¿en qué piensas? —"Estoy pensando en qué sitio más hermoso me espera en el cielo. Pero, por otra parte, me ocurre cómo pueden ser felices los que están en el último grado! ¿No desearán subir a otros grados superiores?"

—¿Acaso deseas tú ponerte los pantalones de tu padre?.

—Entonces, ¿por qué Santa Teresa decía que por ganar un solo grado de gloria quisiera vivir sufriendo desde el principio hasta el fin del mundo?

—Eso lo decía cuando estaba aquí en la tierra, donde podía merecer más gracia y mayor gloria."

También pensaba mucho en el Purgatorio.

"—Lola, dime la verdad ¿estoy grave?

—Sí, querido.

—¿Me voy a morir ahora?

—Eso no se sabe.

—Pero tú, ¿qué crees? dime la verdad.

—Ya sabes que nunca te miento: pues bien, yo creo que te vas al cielo. ¿Estás contento?

—Sí, pero preferiría vivir, porque aún no he hecho nada por Dios.

—No te importe, ya has sufrido con paciencia lo que El ha querido, y El sabe bien lo que se hace. Si vivieras, puede ser que no fueras bueno, y ahora, que tienes tan seguro el cielo, te hace un favor con llevarte.

—Bueno. Ahora que me lo has dicho, prefiero consultar algunas cosas, si puede venir, con el Padre confesor."

Cuando salió el Padre, dijo a su hermana:

"—Gracias, Lola, me has hecho un favor con decirme que me voy a morir, porque así tendré menos Purgatorio."

Con esta disposición de ánimo, ¡qué gratísima sorpresa la suya cuando su tío Ignacio vino a poner el colmo a sus deseos: "Mira, José Ignacio, te traigo una cosa que te va a gustar mucho; aquí tienes: es un diploma de inscripción en la Obra Seráfica de Misas, y la participación en las oraciones y penitencias de los PP. Capuchinos y la promesa de que los novicios comulgarán por ti en la Misa que he encargado." El consuelo que con esto sintió no tenía límites; no pensó en otra cosa en todo el día; a cuantos le visitaban, explicaba el diploma, que lo puso en la pared, delante de la vista, para tenerlo siempre presente. No sabía

Universidad de Deusto
Biblioteca

cómo agradecérselo a su tío, y maravillado de que al salir se le ofreciera a hacer cualquier otra cosa por él, contestó ingenuamente: "Pero ¿qué más puede usted hacer que lo que usted ha hecho por mí?"

Tranquilísimo con la promesa de estos sufragios, de que le librarían del temido Purgatorio, no pensó más que en hacerlo todo lo mejor posible, y humilde y agradecido exclamaba: "¡Qué amables son todos conmigo! ¡Parece mentira que se queden hasta de noche a cuidarme!"

Al presentarle el Crucifijo, buscaba los pies para besárselos.

"—¿Por qué besas sólo los pies?

—Porque no soy digno."

Y cuando iban a hacerle una dolorosa cura y temía el dolor:

"—No hay derecho, decía, soy un enfermo muy malo."

Y como el médico, muy edificado, le respondiera:

"—Eres de los pocos valientes que hay", contestó:

"—Usted me dice eso, pero no lo piensa."

Y volviéndose a Cristo: "—No me importa que me hagan daño... más sufrió Jesucristo por nuestros pecados." Así cumplió el encargo de su hermana religiosa: "Sabrás sonreir y dar alegría a todos los que están a tu alrededor." Todos admiraron su entereza y cómo, para que nadie sufriera por él, disimulaba sus dolores. Le dijo su confesor que Dios le daría paciencia conforme sus sufrimientos. "Si éstos te pesan como cinco kilos, te dará paciencia como cinco: si te pesan como diez, como diez, y si como cien, Dios te la aumentará como cien." Y así, como de cien kilos, se la pedía el pobre al Señor, aun en el delirio de la fiebre.

Al decirle: "—¡Con qué paciencia sufres!", contestó:

"—¿De qué me serviría sufrir sin paciencia? Así hago méritos. Todavía puedo sufrir más si Dios lo quiere."

Del crisol sale el oro purificado y de la tribulación el alma del justo. Oro purísimo es la perfecta conformidad con la voluntad divina. Y cuando ésta es más dolorosa y repugnante a nuestra naturaleza, más grato es a Dios el sacrificio.

El día que consumó su vida, preguntaron a José Ignacio después de la comunión: "¿Qué le has pedido a Jesús?"—"Que se haga su voluntad." Esta fué siempre su conformidad. "Sanar o no, como Dios quiera": salir bien de su enfermedad "si me conviene".

Recomendáronle mucho esta píldora contra sus dolores: que repitiese mucho "Hágase tu voluntad"; y la tomaba y la repetía en todos los momentos.

Esta escena o diálogo, como se ve, no tiene precio:

"—Mamá, ¿crees que me curaré?

—Creo que sí.

—Y tú, mamá, ¿qué quieres?

—¿Yo? ¡qué he de querer: tenerte conmigo!

—Pues yo quiero lo que Dios quiera. Y en actitud suplicante añadió: Mamá, quiere también tú lo que Dios quiera.

—Pues yo también quiero lo que Dios quiera.

—Gracias, mamá."

Es la intención en nuestras buenas obras como el metal de que las hacemos. José Ignacio enriquecía sus actos de conformidad y paciencia con intenciones de oro.

—¡Cuánto sufres!—"No importa; más cielo." Y en otras ocasiones repetía: "Yo también soy misionero, porque ofrezco mis sufrimientos por los pecadores." Tampoco se olvidaba de los infieles, quien tuvo para ellos este recuerdo, que fué su testamento:

"—¿Quieres hacer alguna limosna?

—Cinco duros de los míos para los chinitos."

Ofrecía también con frecuencia sus dolores por sus hermanos, por sus primos...

Su hermana religiosa le escribió una preciosa carta, en la que le hablaba de cosas espirituales relacionadas con su grave estado. Se le leyó y dijo:

"—A Concha, cuando le escribáis, le decís que he agradecido mucho su carta y el que se acuerde de pedir por mí; que comulgo todos los días y que, cuando vaya al cielo, pediré por ella."

Un mes duró su última enfermedad. Casi continuos y a veces muy agudos sus padecimientos: la angustia de la opresión continua del pecho, la dificultad en el respirar, sobre todo desde que falló un pulmón: los sobresaltos de una operación y las punciones y curas dolorosas, le dieron ocasión de mostrar temple de mártir. Es que padecía unido a Jesucristo. Había sabido encontrar en el Crucifijo la mina de su conformidad y de su paciencia.

Y con tal perfección que, cuando más arreciaban los dolores, repetía:

"—¡Qué bueno sois, Dios mío! Dios mío y yo de Dios. Dios mío, Padre mío, acuérdate de mí en la hora de la muerte. Madre de mi corazón, sed mi salvación."

Así, en medio de crueles dolores, decía: "Esto no vale nada, para lo que padeció Jesucristo por mí." Y mirándole en la Cruz, repetía: "Este es mi compañero de sufrimientos; sólo que sufrió más que yo y resignadamente."

En los momentos de grandes fatigas, cuando la respiración era muy agitada y los dolores agudos, no cesaba de decir jaculatorias e invocaciones al compás de la respiración: "Ma... dre... mi... a..., Dios... mío..., sál... va... me..."

Y aun en sueños seguía en sus invocaciones, y hubo ocasión en que soñaba en el cielo, sonriéndose angélicamente.

Ante el temor de nuevos dolores, reclamaba a veces la naturaleza y pedía el pobre a los médicos que procuraran no hacerle daño. Mas luego, sobreponiéndose la gracia, decía: "¡Qué bobo soy en preocuparme de estas tonterías! ¡Qué importa que me hagan daño, acordándome de lo que sufrió Jesucristo por nuestros pecados! Cada vez que pienso en lo mucho que padeció Jesús en la Cruz, no sufro."

Toda su vida se resume en aquella candorosa expresión con que decía a Dios: "¡Padre mío, no sabes cuánto te quiero!"

¡Afortunado José Ignacio!

¡Con qué júbilo te habrás lanzado en los brazos de este Padre celestial, a quien tanto amabas, allí donde, como dice San Agustín, "amaremos y cantaremos"!

A. S., Congr.



Núm. 155.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Junio de 1926

¡El primer bofetón...!

Ya llevaban en Viena casi un año, viviendo en casa del luterano; y así como herían los sentimientos de Estanislao los desórdenes y la disolución de costumbres de su hermano y sus compañeros, hería también en lo más vivo a Pablo la vida santa y ajustada de su hermano menor: reprensión tácita y continua de sus vicios.

Determinó por esto "civilizarle" y enseñarle las leyes propias de un caballero que ha de alternar con la alta clase de la sociedad. Hacía tiempo que hervía el rencor en su pecho y estaba a punto de estallar de un día para otro. La primera manifestación fué el prohibirle ir a la iglesia sin su permiso.

Pronto iba a presentársele la ocasión deseada. Un día estaban a la mesa los jóvenes polacos que vivían en la misma casa que los Kostkas. A consecuencia de haber apurado quizás demasiado las copas, fué subiendo de color la conversación y las burlas sobre la piedad de Estanislao. Encendiéronse las mejillas de éste por el rubor y, sin poder valer, cayó a tierra desmayado. Suceso tan inesperado acabó de exasperar a Pablo, y juró acabar con tales escrúpulos y aprensiones.

La Congregación Mariana de Viena celebraba su Comunión general de mes justamente en una solemnidad de la Santísima Virgen, y se iba a dar al acto más esplendor del acostumbrado. Estanislao creyó imposible su ausencia. No cabía en sí de gozo, que lo reflejaban sus rasgados ojos. Disponíase a salir con el compañero que le había señalado su ayo, cuando al acercarse a la puerta se encontró con Pablo, a quien el mismísimo demonio debía haberle hecho madrugar más de lo ordinario. Con mal humor y peor tono se opuso a que saliese de casa para ir a la función.

Estanislao repuso que ya lo sabía el ayo y que aquel día, además, tenían Comunión general.

—He dicho que hoy no se va, rugió Pablo, mientras lanzaba una mirada de hiena sobre su angelical hermano.

Este no se arredró; le preguntó la causa que tenía para impedirle la asistencia y si le necesitaba para alguna cosa.

Tan sensata pregunta y ofrecimiento acabó de encender la ira de Pablo y descargó sobre la inocente mejilla de su hermano tan tremendo golpe, que le hizo buscar apoyo en el que le acompañaba, para no rodar por el suelo.

¡Era el primer bofetón que Estanislao recibía en su vida!

A pesar del empeño y el furor de Pablo en no permitirle la asistencia, Estanislao se deslizó de entre sus manos y corrió a la iglesia de la Compañía para fortalecerse con el Pan de los Angeles.

Aquel día empezaba su calvario, que había de prolongarse por más de un año entre afrentas y crueldades.

Así amaba los actos de la Congregación, y todo sufrimiento le parecía poco por no faltar a ninguno.

I. D., Congr.

Concurso de valientes.

Una de las rosas que ofrecimos a nuestra Madre a principios del mes de Mayo, fué el tomar parte en un concurso. Por cierto que esa rosa debía tener sus espinas, pues muchos no se atrevieron a cogerla para dársela a la Santísima Virgen, por miedo a molestarse. ¡Cobardes!

En la primera pregunta del concurso se nos pedía dijésemos "*Qué obsequio es más agradable a la Santísima Virgen en este mes suyo y en todos los meses del año.*" Había que escoger entre todas las flores la más hermosa, y muchos en seguida la encontramos en el "*levantarse sin pereza para ir a oir misa y a comulgar, empezando así bien el día.*" Y la verdad que es rosa bien hermosa; pero, claro está, con las espinas que presenta la pereza por delante; de éstas no hemos hecho caso, y casi trescientos

Universidad de Deusto
Biblioteca

libro de la Virgen acudíamos con constancia todos las mañanas a las siete y media a ofrecer esta flor tan hermosa.

Después se nos preguntaba: "*En qué palabra o frase corta pueden compendiarse todos los obsequios que podemos hacer a la Santísima Virgen.*"

Esto nos trajo en seguida a la memoria lo que contestó un congregante de siete años al contar en la mesa, cuando estaba cenando, los obsequios que había hecho aquel día, y él, con fácil memoria, iba enumerándolos: —Cuando he salido de casa no tenía ganas de cerrar la puerta, pero la cerré; y bajé las escaleras despacio, sin saltar; al llegar a la calle, he encontrado un pellejo de naranja en la acera y lo retiré; cuando me contestó mi hermana, me callé; le guardé el caramelo que me dieron... y así hasta diez o más obsequios. Y al ser preguntado: —Y todos esos ¿en qué palabra se comprenden o se suman?, él respondió:—En *fastidiarse.*

Así contestamos muchos, y otros con frases análogas, como "*Vencerse a sí mismo*", "*Sacrificio*", etc.

En la tercera pregunta se nos decía: "*¿Por qué me educa tanto la devoción a la Santísima Virgen?*" Fueron premiados los que como éste contestamos: "*Porque la devoción es afecto y amor, y con éstos no cuesta sacrificarse y así se robustece la voluntad, se le hace más firme, más constante, más hombruna, más educado.*"

Nos preguntaban también: "*¿Por qué es tan gran verdad el refrán: Más hace el que quiere que el que puede?*" A ésta contestábamos: "*El chico que puede y no quiere, es como vasija sin fondo que para nada sirve por muy preciosos líquidos que en ella se viertan. Por el contrario, el que quiere de veras, aunque no pueda entonces, no se desalienta, es constante y lo consigue.*"

En la quinta se nos preguntaba: "*¿De quién se dice con propiedad que hace el borrego?*" La mayoría contestó esto: "*De los que se dejan llevar por amigotes y repiten las palabrotas que ellos dicen; o se dejan arrastrar a espectáculos y juegos que, sin ser malos, les quitan las ganas de ser buenos y les alontan.*"

La última pregunta nos decía: "*Este año, en que se cumple el segundo centenario en que fueron declarados santos San Luis y nuestro patrono San Estanislao, ¿cómo podríamos festejarles: 1.º la Congregación en actos públicos, y 2.º el congregante en particular?*"

En contestación a la primera parte de esta pregunta fueron muchos los anteproyectos presentados, y entre ellos los siguientes: Una peregrinación a Loyola, juntamente con otras Congregaciones, como punto céntrico, donde se honraría al mismo tiempo al Padre de estos Santos, San Ignacio. Extender y popularizar la vida de San Estanislao, seguida de las vidas y muertes edificantes publicadas en FLORES Y FRUTOS, como seguidores animosos de nuestro Patrono. Un triduo solemne a San Estanislao. Hacer veladas en honor de los dos Santos y cuadros vivos de los hechos más salientes de sus vidas, como el de la Comunión traída en manos de ángeles a San Estanislao. Leer sus historias, ilustrando la lectura con proyecciones. Un certamen en que hablen los congregantes de las virtudes de los Santos. Procurar que los maestros, en sus escuelas, o sacerdotes, les hablen de estos Santos, como Patronos que son de la juventud. Hacer propaganda para formar nuevas Congregaciones. Excursiones eucarísticas... Y no sé cuántas proposiciones más que se estudiarán para realizar las que podamos y festejar cuanto podamos a nuestro Santo.

La segunda parte de esta pregunta nos decía cómo podría honrarles el congregante en privado. A ésto contestaba uno: "*Haciendo mejor que de ordinario sus obras, como son las oraciones, mayor prontitud en levantarse, en estudiar, etc. Procurar que otros chicos buenos sean congregantes y esforzarse por llevar a los que ahora lo son a la misa y comunión diaria, evitar que tengan malas compañías y que lean novelas y vayan al cine.*"

Otro congregante contestaba: "*Consagrarse a la Virgen con voto de pureza temporal y renovarlo, con permiso del confesor, como lo hizo San Estanislao.*"

Otro, al ver cómo nuestro Patrono, con su paciencia y humildad fué levantado al cielo por los puntapiés de su hermano, contestaba: "*No enfadarse, sino alegrarse, cuando los hermanos mayores le peguen o le hagan rabiar, para parecerse en algo a San Estanislao.*"

Este ha sido nuestro concurso de Mayo, y éstas algunas de las contestaciones y éstos los ánimos que tenemos.

¡Que nos los confirme nuestro Patrono!

C. E., Congr.

El entierro del tío Andrés.

—El entierro ha de ser de lo mejor; ¿qué menos ha de ser para mi padre, que fué en un tiempo concejal del pueblo y zapatero del barrio mayor?

—Razón tienes, Pepillo. No merece menos una persona tan distinguida como tu padre. Un entierro en que repiquen las campanas como cuando se muere algún príncipe, y que el órgano toque como cuando viene el obispo, y después que todo el pueblo vaya a verlo. Eso es lo que tienes que hacer.

—¡Ah! y yo haré comprender a todo el pueblo que no soy hijo de un cualquiera, ni que mi padre lo es de un hijo desagradecido. ¡Qué bueno era! ¡cuántos santos habrá en los altares que lo sean menos!

—A fe mía, que si fuera por mí, le canonizaba ahora mismo.

Entre éstas y otras, llegaron a la casa del párroco. Media docena de aldabonazos anunciaron su llegada. Precipitada y refunfuñando bajó la ama de casa:

—Ni para sustos se gana en esta casa. Ya pueden llamar otro día con más moderación. ¡Semejantes mal educados!

—Señora, fíjese con quién habla: nada menos que con el hijo del tío Andrés, que murió anoche. Trate conforme es debido a quien se debe y como se debe. ¿El señor Cura?

—Está rezando... no está en casa.

—Bueno. ¿Se le puede o no ver? Mire que venimos a tratar de un entierro de primera.

Al oír ésto, la faz de la ama se transforma repentinamente.

—Pasen, pasen. Voy a llamarle.

A poco entra el señor Cura y, tras los saludos de costumbre, les acomoda en su despacho.

—Bueno, y ¿qué se les ofrece, señores? Según tengo entendido se trata de un entierro.

—Sí señor, se ha muerto mi padre, el apreciable, honrado y esclarecido tío Andrés.

—Bien, y ¿qué clase de entierro quieren que se le haga?, porque ya sabrán que los hay de tres clases, a los que podemos añadir otra cuarta, de caridad.

—¿De caridad?... ni pensarlo. ¡Qué se diría en el pueblo, que a una persona tan distinguida se le haga entierro de caridad!

—Pues, entonces, ¿qué clase quieren?

—La mejor, con iluminaciones, campanas, órgano, etc., que usted estará enterado de eso mejor que yo.

—Pues, por lo que veo, lo quieren de primera clase.

—Y eso, ¿cuánto costará?

—Unas 300 pesetas, poco más o menos.

—¡Señor! ¿a dónde va? ¡Trescientas pesetas! ¡Me llevan a la cárcel por no poder pagar!

—La segunda clase es más barata, pero más modesta y vendrá a costar unas 100 pesetas.

—¡Señor Párroco, tampoco es eso, que había de quebrar el bolsillo para dos años!

—Entonces, ¿quieren ustedes el de tercera, que cuesta unas 50 pesetas?

—¿Y no hay otro más barato, y que iríamos pagando en su día?

—Sí, señor, hay otro más barato, casi de balde.

—Eso, eso es lo que conviene; ¡qué bueno es usted, Padre Cura! Que Dios le guarde. Vámonos; hasta entonces, Padre. Haga lo que pueda para que salga el entierro lo más lujoso.

—Bueno, ¿y su nombre?

—Pepillo Morcillo, para servir a usted.

Se hizo el entierro de caridad, con un sólo cura y sin gala, como propio de estos entierros.

—No se pudo hacer más. ¡Como son tan interesados los curas!...

Así lo comentaba el hijo, después de haberle hecho todo de balde.

E. M., Congr.

¿Quién quita las penas?

Hace ya algún tiempo, un Prelado conversaba con el Papa y le confiaba, con la sencillez de un hijo, las graves penas y cuidados con que había tropezado en el ejercicio de su ministerio pastoral.

El Papa le escuchaba con atención, profundamente conmovido; y luego que acabó de hablar el Obispo, cogió un cuadrito que tenía sobre su escritorio: era una pequeña y miserable imagen en estampa, rodeada por un borde sencillísimo, sin adorno alguno; en ella estaba representado Jesús en el acto de calmar la tempestad desde la barca; allí estaban los apóstoles amedrentados, que tendían las manos hacia El. Esta popular imagen la distribuyeron largamente entre los fieles durante los trabajosos años del Pontificado de Benedicto XV.

Su Santidad Pío XI se la mostró al señor Obispo y le dijo:

—Veis, Monseñor, esta imagen. La encontré aquí la primera vez que puse mi pie en esta sala después de mi elevación al Pontificado. Mi mente estaba entonces llena de tristes preocupaciones por el formidable peso que la Providencia Divina, en sus inescrutables designios, había querido imponer a mis pobres espaldas.

Entré en esta sala, me acerqué a la mesa y encima vi, como abandonada por una casualidad, esta pequeña y pobre imagen. La tomé y la miré. Jesús, de pie sobre la nave, en medio de la tempestad, levantaba sus manos hacia el cielo e imponía la calma a las rugientes olas.

No me hizo falta más respuesta a las preocupaciones que me asediaban y aprensiones que llenaban mi ánimo. Me pareció que en aquel momento me repetía el Divino Maestro la reprensión dirigida a los apóstoles: "¡Hombres de poca fe!, ¿por qué habéis dudado?"

Dí gracias al Señor desde el fondo de mi corazón y sentí que se llenaba mi ánimo de confianza tranquila y serena. Desde aquel momento, no ha dejado de alentarme esta pequeña imagen que sigue velando sobre todos los actos de mi Pontificado.

Así hablaba Pío XI a aquel Prelado angustiado, y nos habla a todos sus hijos para que pongamos toda nuestra confianza en el único que puede, de todos los casos más difíciles, sacarnos airosos y con grandes provechos.

R. G., Congr.

Buen modo de acostumbrarme.

La entrada de mi abuelita, cuando volvía del Rosario, en el patio de casa donde jugábamos sus nietos, era señal consabida para la inmediata suspensión de nuestros juegos y carreras, para ver quién la abrazaba el primero.

Cierto día, una vez terminadas estas demostraciones de cariño, el menor de mis hermanitos, candoroso y preguntón como todos los pequeños, dijo a la abuela:

—Abuelita, ¿cómo es que puedes estar en la iglesia tantas horas todos los días, si yo en seguida me aburro?

La abuela, queriendo satisfacer la curiosidad de su nieto y darle al mismo tiempo una lección, le habló de esta manera:

—Cuando yo era muy pequeña me contaron el siguiente caso: Había por estos pueblos un hombre que solía llevar sobre sus espaldas un buey, para mostrar al público su fuerza extraordinaria; tanto, que todos le admiraban y hasta le daban de vez en cuando algunas buenas propinas.

Algunas personas le preguntaron cómo había podido llegar a poseer una fuerza tan extraordinaria, a lo que respondió: Desde que este buey hubo nacido, me acostumbré a llevarlo todos los días algunas horas sobre mis espaldas,

Universidad de Deusto
Biblioteca

...culolo por el patio de mi casa. Y así, aunque cada día aumentaba el peso del animal, crecían también mis fuerzas de una manera proporcional, y ahora me es muy fácil el sostenerlo.

No sé si éste es cuento o verdad, añadió la abuela, pero lo que sé es que explica maravillosamente cómo se puede acostumbrar a llevar las mayores cargas. Cuando niña, solía estar muy poco tiempo en la iglesia, pero me fuí acostumbrando a estar cada día un minuto más que el día anterior, y ahora puedo estar fácilmente muchas horas ante el altar.

Y si vosotros queréis llegar a hacer algo extraordinario, debéis ir acostumbrándoos desde pequeños a hacer bien lo ordinario y haciendo cada día algo más y mejor que el anterior, de mayores apenas os costará el ser hombres de mucho provecho.

J. R. M., Congr.

La mirada de una madre

Un joven de Coblenza, abandonando la familia y la piedad, llegó a hacerse tan impío que fué encerrado en la cárcel por graves delitos. Su infeliz madre, sola en el mundo, no cesaba de llorar tan horrenda desgracia, sin que el desnaturalizado hijo manifestara señal alguna de arrepentimiento.

Habiendo enfermado la pobre madre, pidió permiso al director de la prisión para que su hijo pudiera ir a verla, aunque fuese por breves instantes.

Acompañado de guardias, fué conducido el prisionero a presencia de su madre, ya moribunda. No podía ya la madre articular palabra, y con mirada tristísima le habló al corazón más elocuentemente que con discursos.

Vuelto a la cárcel el joven, no pudo borrar de su mente aquella tan silenciosa como elocuente mirada; y tantas vueltas dió en su imaginación aquella escena, que acabó por conmoverse; lloró sus culpas y se arrepintió sinceramente.

Obtenida la libertad, pidió y obtuvo ingresar en una Orden religiosa y hacerse misionero.

El mismo ha contado repetidas veces desde el púlpito este episodio para edificación del público.

¿No nos acordaremos de nuestra Madre, la Santísima Virgen, que nos mira con severidad mezclada de amor, cuando estamos a punto de consentir en alguna tentación?

R. G., Congr.

¡Que no se fijan los niños!

Ramón es un muchacho muy vivaracho, de rasgados ojos e inquieto cuerpo de goma, y ocurrente en sus dichos. A Ramón se le espera en casa, a su salida del colegio, con verdadera impaciencia: es el benjamín; sus papás le profesan un tierno cariño. Mary, su hermana, cuatro años más que él, no es ningún modelo de modestia: su ocupación parece que no es otra que la de copiar los modelos de modas, por atrevidas y descocadas que éstas sean.

Al atardecer de un día de invierno, al llegar Ramón a casa, se encontró con que su mamá y hermana venían, como de costumbre, del cine. Mary venía muy inmodesta; Ramón, en cambio, envuelto en su gabán y bufanda, pues hacía un frío más que regular. Luego de haber saludado a su mamá, se dirigió a su hermana y la dijo:

—Oye, Mary, ¿por qué te vistes así?

—¡Ja, ja, ja!

—¿Qué te dice ése? preguntó mamá.

—Que haber por qué me visto así...

—Es replicó Ramón, que hace un frío tremendo; y, además, eso debe de ser malo, porque en el colegio, cuando hay una postal trajeada así como tú, la rompen...

Y luego dirán que los niños no caen en la cuenta.

K. A., Congr.

¡Que no discurren los niños!

Albertito, con toda la gracia y la frescura de sus siete años, había hecho aquella mañana su Primera Comunión.

Al salir de la iglesia, con aquella su modestia y candor con que parecía perfumar el aire, se encontró con el sacerdote que le había preparado para tan dichoso día.

Este, al verle, señalándole el pequeño Crucifijo de plata que llevaba sobre su pecho, le dice acariciándole la cabecita:

—A ver, Albertito, si sabes decirme la diferencia que hay entre el Jesús a quien acabas de recibir y el Jesús de tu Crucifijo.

—¡Padre!, le responde sin vacilar mirando su Crucifijo... este Jesús lo veo y no está aquí; el otro no lo veo, pero... (posando sus manecitas sobre su pecho) ¡está aquí!

Y luego dirán muchos padres que a los siete años los niños no saben lo que reciben cuando comulgan. A veces saben más y desde luego reciben al Señor con más pureza que los mayores.

I. D., Congr.



Núm. 156.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Julio de 1926

El escudo de los Kostkas.

Es curioso; está formado por una herradura y tres cruces doradas en campo rojo; una de estas sobre la herradura y las otras dos en los flancos inferiores del escudo. Os explicaré ahora cómo fué formándose: Uno de los primeros ascendientes de esta ilustre familia era general del ejército polaco, cuando aún estaban éstos en las sombras de la gentilidad. Preparaba éste una expedición contra los rusos, cuando se le ocurrió al general defender del hielo las pezuñas de los caballos por medio de herraduras, que nadie hasta entonces conocía en aquellos países. El resultado fué tan satisfactorio, que los rusos después de un reñido combate sobre el desnudo hielo, y sin saber a qué atribuir la resistencia de los caballos polacos, tuvieron que huir derrotados y deshechos. Hazaña que le valió de su Rey adoptar por armas una herradura invertida en campo azul.

Su sucesor inmediato fué el primero de los Kostkas que, juntamente con el Rey de Polonia Miguel, abrazó el Catolicismo en Gnesna, y añadió por mandato del mismo una cruz de oro a su escudo.

Desde entonces los Kostkas se distinguieron por su adhesión al Cristianismo; tanto que vástago de esta familia fué el primer Obispo polaco.

En 1034 modificaron sus armas, dando a la herradura la posición ordinaria reteniendo la cruz y cambiando el campo azul en rojo.

Otro hecho añadió nuevos timbres a la ya esclarecida nobleza de sus antepasados: Un miembro de esta casa se encontró cierto día en una expedición de guerra con enemigos del nombre cristiano. Aunque no eran muchos en número, eran sin embargo los suficientes para que un individuo aislado no se atreviera a acometerlos. Llegaron a oídos del piadoso y valiente soldado las blasfemias que aquellos miserables proferían contra el nombre del Señor; y, aunque estaba algo apartado de sus compañeros de armas, no pudo contener su indignación y se arrojó sobre ellos como un rayo. Para cuando reaccionaron y se dieron cuenta de la sorpresa y le cercaron amenazándole con la muerte, ya habían mordido el polvo varios de aquellos paganos. Sin intimidarse por la apretada situación en que se veía, no daba descanso a su espada, como león que cercado por los cazadores no ceja en su defensa; hasta que dándose cuenta los suyos del peligro en que su compañero se veía, corrieron a socorrerle.

Desde entonces y como premio de tan valeroso encuentro el escudo de los Kostkas ostenta dos cruces más, en la forma que he dicho al principio.

Si, pues, entre los antepasados de San Estanislao, no hubo cobardes, que tampoco los haya entre sus sucesores, que son los Congregantes, y al oír una blasfemia la reprendan con libertad y valentía.

R. G., Cong.

Todo un caballero.

Don Jacinto era un señor acaudalado poseedor en las afueras de la ciudad de una soberbia finca en la que vivía con su numerosa familia: era uno de esos que ahora llaman católicos a la moderna, poco piadoso y bastante mundano, gracias sobre todo a su esposa doña Irene, que lo era en grado sumo. Con frecuencia se veía la "Villa Asunción" rodeada de autos mientras sus dueños se entretenían bailando en una de las innumerables fiestas que en aquella casa se daban.

Uno de los hijos de don Jacinto, Ramón, era condiscípulo mío en el colegio de San José. Ramón era uno de los mejores alumnos, tanto por su conducta como por su aplicación y aprovechamiento: pero ciego aficionado del cine y del baile, a los que continuamente asistía muchas veces acompañado de su mamá.

Don Jacinto tropezó con un alma buena, un alto empleado de la Banca, don Rafael, quien se captó por completo la confianza de don Jacinto. Don Rafael, como católico práctico y piadoso que era, empezó pronto a in-

Universidad de Deusto
Biblioteca

tuvo en el ánimo de don Jacinto. Por fin durante la Semana Santa hizo don Jacinto los Santos Ejercicios y se sintió feliz, y esa felicidad se la quiso comunicar a su familia.

II

Ya no eran tan frecuentes los bailes en "Villa Asunción" ni las fiestas en sus jardines: don Jacinto frecuentaba los Sacramentos, se había metido en todas las obras de celo, y aun las favorecía con sus nada despreciables riquezas.

Mi amiguito Ramón tampoco frecuentaba los cines; su papá no se lo permitía, y en cambio había entrado en la Congregación.

A algunos señores que extrañaban el modo de obrar de don Jacinto pronto les satisfizo éste con su hablar franco y alegre: Mira, hijo, vete por Loyola, haz los Ejercicios, y lo probable es que cambies como yo.

—Pero, chico, y ¿vas a meter a tus hijos religiosos?

—Eso ellos lo verán: Mi hijo mayor me ayuda bien en los negocios: a mis hijas por ahora tampoco les da por ahí; en adelante, alguna que otra reunión familiar en casa; pero nada de bailes, ni cines peligrosos para la moralidad, ni vestidos a la moda; éso se acabó.

—Lo dicho que las metes monjas.

Nada de eso, amiguito; sino mirar por mi alma y por las de ellos: obligación gravísima que antes ignoraba y ahora he comprendido.

—De modo ¿que convencido?

—Convencidísimo, amigo mío; y lo dicho, si usted va por Loyola, seremos dos los convencidos.

C. K., Congr.

Lo que hace la vanidad.

Cursaba en un colegio, un muchacho llamado César muy envanecido hasta de su nombre. Era hijo del ricachón del pueblo, que dedicado a robar a todo el que podía y por todos los modos, hasta el punto de no preocuparse de la primera educación de su hijo. César tan sólo aprendió a creerse superior a los demás muchachos, enorgullecido por las riquezas y el lujo de su casa. En cualquier disputa, o al verse corregido, su más fina expresión era: "Aquí no hay más que pobretones".—Era, en fin, tan grosero como soberbio.

Recitaba un día su condiscípulo Clemente, los versos del P. Isla que dicen:

"Pero el mismo Pompeyo fué vencido
De César su rival esclarecido".

—"¿Qué dices tú, de César?"—gritó éste todo alborotado.

—Este César no eres tú—, contestó con modo Clemente.

—"Pues es que de mi nombre nadie se ríe" replicó el soberbio. Y, sin esperar contestación, derribó a cachetes al inofensivo Clemente. Ya iba a pisotearle cuando llegó un profesor a contenerle: mas César el verse sujetado, empezó a morder rabiosamente al mismo profesor.

A los gritos acuden otros profesores; le reprenden; el soberbio les contesta con insultos y amenazas. Le encierran a la fuerza y allí ciego de cólera vomita las más inmundas maldiciones; enfureciéndose, hasta el punto de tirarse por la ventana al patio, y al caer, se rompe un brazo y se saca un ojo.

Cinco meses duró su cura entre agudísimos dolores. Sus compañeros se condolieron de la desgracia, pero no por eso dejaron de apellidarle "César el tuerto". Humillado y vuelto en sí sufrió estas burlas con resignación y cuando veía en algún compañero suyo asomar el orgullo le decía, enseñándole su ojo: "Mira lo que por mi soberbia merecí".

J. G., Congr.

Cogido en su misma red.

Un joven, que había pasado los mejores años de su vida en una remota aldea, partió a una ciudad donde logró colocarse en una tienda. Desgraciadamente, aunque al principio fué piadoso, las malas amistades lograron pervertirle y empeoraron su conducta hasta el extremo de que su patrón le hubo de despedir.

Enterados sus padres de esta desgracia le mandaron volver a su pueblo; cumplió el joven lo ordenado, pero una vez en la aldea su madre observó que, contra lo que solía hacer antes de ir a la ciudad, su hijo no oía misa los domingos.

Un domingo le dijo: Ignacio, ¿no vienes conmigo a Misa?

¡Quiá!... no lo crea usted, le contestó. Mire madre: yo he viajado más que usted, he estado varios meses en la ciudad, y he aprendido cosas que los que no han salido nunca de las aldeas no las suelen saber.

¿De modo que después de andar por el mundo no se puede creer en Dios?

No madre, eso no; pero ¿ para qué vamos a estar rezando y viviendo como unos beatos? Mire madre: me sucederá lo que me tiene que suceder, y por lo tanto sobra el estar molestando a Dios.

Calló la madre, y muy tristemente se fué a la iglesia a rezar por su desgraciado hijo, el cual se quedó en casa tan satisfecho.

Llegó la hora de comer, e Ignacio, que tenía un buen apetito, fué a la cocina para reclamar su ración.

Hijo mío, le dice su madre, tus lecciones me han ilustrado, y así he podido pensar de esta manera: ¿por qué voy a trabajar por tí? Si has de comer ya comerás, y si no ¿para qué me voy a molestar?

Comprendió el joven la lección y abrazando a su madre le pidió perdón, diciéndole: Desde mañana los dos iremos juntos a misa.

Al oír esta declaración, nacida de un corazón arrepentido, su madre le sacó la sopa, diciéndole: Mira, hijo mío, lo que pueden los compañeros, que con un razonamiento tan absurdo te han echado a perder. ¡Y qué tonto has sido por no haber preguntado a un confesor!

Apliquémosnos el cuento.

R. T., Congr.

¡Pobre Gabriel!

¡Pobre Gabriel! Era hijo de una pobre viuda; cuando yo le conocí tenía ocho años; había llegado el invierno y en aquel temporal de nieves, le mandó una mañana su madre a buscar alguna leña al bosque vecino.

La mañana estaba fría, el suelo habíase vestido de una ligera capa de nieve que el viento había ido haciendo más densa en los rincones. Gabriel llegó al bosque casi aterido de frío: tenía que ir quitando la nieve para dar con las ramitas caídas y recogerlas. El pensamiento de su querida madre le animaba y daba calor y movimiento a sus helados miembros.

Cuando hubo juntado su hacecillo, átolo y se lo echó al hombro; ¡pensaba en el gozo de su madre al verle llegar con aquella carga!

En una plazoleta antes de pasar la carretera que le separaba de su pobre casucha, jugaban unos rapaces de las vecinas alquerías, tirándose bolas de nieve desde los naturales parapetos que les ofrecían los gruesos troncos de los árboles.

Quiso nuestro Gabriel pasar de largo, pero parte por curiosidad, parte por haberle invitado al juego uno de sus colegas, detúvose; impacientóse luego y más tarde cogía él, dejada su carga en el suelo, unos cuantos de aquellos proyectiles y arrojábalos a sus convecinos. Mas uno de ellos, el que le había invitado, no había perdido de vista el hacecillo y poco a poco tomó sus bien medidas posiciones y apoderose de él...

¡Qué triste quedó Gabriel, cuando no lo encontró y se acordó de su madre!...

¿No nos pasa a nosotros otro tanto con el demonio? Llevamos contentos y gozosos nuestros pobres sacrificios y privaciones, y por curiosidad o por hacer caso del amiguito nos detenemos, y cuando queremos acordarnos de nuestro hacecillo..., se lo ha llevado el demonio. ¡Y si sólo fuera esto! muchas veces nos damos a nosotros mismos para que nos lleve.

P. del C., Congr.

"El que sobra aquí es usted"

Este es un hotel de muy buena fama, y con razón: sus amos son personas muy decentes.

Sucedió un día que un viajero pidió habitación. Al entrar en el cuarto que se le señalaba, al colocar las maletas, vió al examinarlo que, sobre la cabecera de la cama, pendía la dulce imagen de un Crucifijo que amorosamente moría por nosotros. Miróla desdeñoso el viajante y, volviéndose al amo, le dijo con altiva mirada: "Eso ya está mandado retirar...

Quedó parado en seco el amo del hotel; mas reponiéndose en breve le respondió: ¿Eso mandado retirar?... Quien está mandado retirar es usted, caballero. Busque usted otro hotel. Porque yo no le doy cuarto en el mío.

Y el viajero no tuvo más remedio que irse a donde no encontrara a Cristo.

J. A. B., Congr.

¿San Estanislao deportista?

Un viaje, una gira, un circuito...; ¡oh! ¡Palabras mágicas que en los periódicos y en las reuniones, en la casa y en la calle se leen y se comentan con fruición en nuestros días! ¿Quién no se ha entretenido con las peripecias de la "Tour de France" en "bici", de la vuelta al País Vasco? ¡Ser campeones! Es la manía de nuestro siglo, ser campeones, batir un record en modo, en auto, en bici, a pie, a patadas, a puñetazos...

Esta mañana y entusiasmado con las cosas, se me ha acercado un chiquitín congregante de inflados mofletes y robustas pernetas, y, ¿"fué deportista San Estanislao"?, me pregunta. "Vaya que sí" le he respondido", y de los ases. ¿Quieres saberlo? Te lo contaré mañana mismo en "FLORES Y FRUTOS"; y el pequeño Uxcudun se fué tras un pelotón de goma maciza que rodaba por el patio.

Que San Estanislao fué un gran deportista, no cabe duda, pero un deporte de Cristo, de ley, que hace uso de sus fuerzas para cumplir la voluntad divina, que santifica sus fatigas con la fragancia de sus puras intenciones. Un viaje de Viena a Roma, y a pie, y por malos caminos y en el siglo XVI, realizado por un muchacho criado con todas las comodidades de la nobleza polaca ¿no es razón suficiente esta para el título de deportista?

II. Entrenándose.

Las fatigas corporales que este viaje implicaba para nuestro Santo Patrono, con ser grandes eran muy pequeñas si se comparan con las dificultades del espíritu que tuvo que superar su animoso corazón: este viaje significaba para él el adiós al mundo, a la querida Polonia, a sus amigos, a sus padres, y además la indignación de todos los suyos; y ¿podía todo esto realizarse sin un severo entrenamiento en el ejercicio de todas las virtudes?

Desde el día del "Primer bofetón" hasta la mañana en que dejó para siempre a Viena ¡qué pesares no sufrió el angelico joven de parte de su hermano Pablo, de su ayo Bilinski, de su primo! Burlas, reprensiones, afrentas, golpes que le dejaban mal herido y digno de lástima, prohibiciones para los actos del culto de la congregación, durante dos años consecutivos, lejos del amor de la casa paterna... ¿No son estos actos dignos de un atleta de Cristo, de un congregante de la Virgen? ¡Así se entrenaba San Estanislao para el día de la lucha!

Mas los malos tratos surtieron su efecto, le enervaron las fuerzas de su cuerpo, la palidez del lirio se apoderó de su angelical rostro y cruel enfermedad le puso al borde del sepulcro. ¡Estanislao se sentía morir y se dispuso para la partida!

La casa del luterano Kimbercher que había presenciado el martirio de Estanislao, fué en aquella ocasión testigo de las maravillas obradas por el Señor con su siervo, del triunfo del nombre de Jesús contra el

demonio que trató de ahogar al Santo, de la Comunión servida por los Angeles y Santa Bárbara, de la aparición de la Santísima Virgen, del idilio de amor entre el Niño Jesús y San Estanislao, de su vocación milagrosa a la Compañía de Jesús. "Acuérdate, le dijo, la Virgen Santísima, acuérdate de entrar cuanto antes en la Compañía de mi Hijo".

III. Preparando el viaje.

Ya estaba nuestro pequeño atleta en disposición para la lucha: robustecido con el ejercicio de todas la virtudes, consolado por Dios nuestro Señor con tantos milagros ¿qué combate le podría presentar el infierno del que no triunfase y saliese campeón? Expone su conciencia y proyectos al confesor, pide le admita en la Compañía al P. Provincial P. Lorenzo Maggio, declara sus deseos al Cardenal Comendador, legado de S. S. Pio V, pero... tropieza siempre con la valla para él infranqueable de la negativa de sus padres, condición requerida para su admisión entre los hijos de Ignacio.

¿Qué hacer? ¿No era voluntad expresa y manifiesta de Dios su vocación a la Compañía? Acude por fin, como a último refugio humano, al P. Francisco Antonio, predicador de la Emperatriz María, y éste, consultado el negocio con Dios, le aconseja vaya a Roma y le da cartas comendaticias para los PP. Pedro Canisio y Francisco de Borja. ¡Tres personas, hoy canonizadas intervienen en el negocio, San Estanislao, San Pedro Canisio y San Francisco de Borja.

IV. El viaje.

¡Ya estaba consolado, ya había llegado el día de la gran prueba! No es necesario ponderar las penalidades y los sacrificios de tan largo camino, ellos se dejan adivinar por sí solos. Vestido con un humilde sayal de peregrino, abandonó un día San Estanislao su mansión de la plaza de Kicmarch, se dirigió a la iglesia de la Compañía, se confesó deshecho en lágrimas, recibió en su pecho al Panis viatorum, al Manjar de los caminantes, dijo adiós a sus queridos Padres de la Compañía y... comenzó su camino. ¡Qué contraste! Nuestros mañaneros deportistas emprenden sus excursiones ¡cuántas veces! sin comunión ni misas aun en días festivos...

Bien pronto le echaron de menos en Viena, aprestaron sus caballos y corrieron la ciudad y los campos tras Estanislao que huía del mundo y se acercaba a la antesala del cielo, a la religión: el Espíritu de Dios le cobijaba y gracias a una continuada serie de providencias divinas, pudo huir de la persecución de los suyos, llegar a la ciudad Augusta, pasar por tierra de herejes sano y salvo en el cuerpo y consolado en su alma, llegar a Dilinga, abrazar a su Padre querido, San Pedro Canisio, y continuar luego su peregrinación hasta la ciudad santa de Roma. En este viaje y en templo luterano recibió Estanislao por segunda vez la Sagrada Eucaristía de mano de los ángeles con seráficos ardores de devoción y ternura. Jesús fué su fortaleza, María la estrella de la ruta... ¿cómo no iba a salir vencedor del combate nuestro atleta?

¡Queridos compañeros! ¿Queremos terminar felizmente la peregrinación de la vida? Amemos a Jesús y a María, no moriremos sin los Santos Sacramentos, y con Jesús y María... ¡se va tan seguro a la eternidad.

J. L., Congr.

¿Quién hace de araña?

En la familia de las arañas, encuéntrase la agelena que teje una tela muy amplia y densa en sentido horizontal, apoyada sobre la hierba o sobre las plantas de poca altura. Es como un ancho manto que invita a reposar en él a los insectitos incautos y oculta las intenciones de la araña que, vigilante aunque escondida, permanece atenta a lo que acontezca en sus dominios. Apenas se posa en el tal manto un descuidado bichito, se encuentra entre las patas de la voraz araña.

Así también el demonio teje esa ancha tela en cines, novelas, playas y romerías, etc., como invitando a los jóvenes incautos a que caigan en esa sucia red de la impureza. Desgraciados.

J. E., Congr.

Correspondencia abierta.

No empieza mal.

Nada más levantarme, a las 8, voy a misa con mamá. He comulgado todos los días menos uno, en el que pudo la pereza más que yo; pues, como estuvimos a pasar el día en el Pinar y volvimos tarde, la mañana después estuve en la cama mucho tiempo.

También me acordé mucho el día 24 de la procesión, que me figuro habrán tenido ahí como todos los años; y, si bien he sentido no estar en esa para poder ir con la Congregación no por eso he dejado de acompañar al Sagrado Corazón; pues también aquí, Padre, hemos tenido grandes fiestas: el 24, era el tercer aniversario en que esta población entronizó al divino Corazón; y fué colocado en la cúpula de la catedral donde el señor Arzobispo dijo la misa en la misma torre, sobre unos andamios adornados con flores y colgaduras.

Por la tarde iba a salir la procesión; y fué una pena no se llevase a cabo; media hora antes empezó una tormenta y no pudo salir la Sagrada Imagen; y solo con el Santísimo tuvimos la procesión por dentro de la catedral llevando el señor Arzobispo la custodia; y a pesar de lo grande que es la catedral, estaba llena de gente y no se podía dar un paso; el acto resultó precioso, nos dieron la bendición con el Santísimo y luego que lo reservaron, todo el mundo puesto en pie cantó al Corazón de Jesús; pues en esta población le son muy devotos.

L. L. S., Congr.



Núm. 157.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Agosto de 1926

Lo que puede la Virgen.

El día 16 de julio de 1680, jugaban en la anteiglesia de Berango, junto a una calera a la que poco antes se le había dado fuego, los tres hermanos Gregorio, Pedro y Clemente Soparda. Gregorio, que tenía entonces trece años, subió a la cima de dicha calera, inadvertido del evidente riesgo que corría. Como era natural, apenas puso los pies en la calera, se encontró completamente hundido en ella; estaba el horno encendido y la cal casi a punto; por lo que, al caer, le fué muy fácil el llegar hasta el fondo, donde con más vivacidad ardía el fuego; además, gran cantidad de piedras que había a su alrededor, en la calera, cayó tras él.

Vieron sus hermanos lo sucedido, uno de ellos corrió llorando y publicando su desgracia, mientras el menor, de seis años, se quedó junto al horno, llorando la muerte de su hermano y rogando a la Virgen de Begoña le conservase la vida; cansado de gemir y llorar, se retiró a su casa. Sin embargo, por lo turbados y medrosos que estaban, no dieron la noticia a su padre hasta después de pasar cinco horas.

Perdida la esperanza de hallar con vida a su hijo, reunió a más de cien vecinos para celebrar las exequias y el entierro con alguna partecita del cuerpo, si por ventura hallaran algo.

Juntáronse los vecinos y empezaron a trabajar con todo su entusiasmo para deshacer la calera y apartar las piedras, hasta que entre las dos y las tres de la mañana del día siguiente llegaron casi al fondo y oyeron que les decía el muchacho: "¡Con cuidado, que estoy vivo y con mucho ánimo!"

Quedaron estupefactos los presentes con aquel suceso, no pudiendo proseguir su obra en un rato largo; él mismo les daba aliento desde su encierro, y así, llevando hasta el fin lo comenzado, movieron las últimas piedras, que eran bastante crecidas; éstas formaban una especie de urna, donde libre de todo peligro había estado el muchacho desde las tres de la tarde del día anterior, hasta entonces, que eran las tres de la mañana. Y lo más sorprendente del caso fué que el fuego había quemado completamente su vestido, pues lo mismo era tocarlo que caerse a pedazos, mientras el chico no tenía quemadura alguna.

Fué llevado Gregorio a casa de sus padres, donde en presencia de muchos vecinos relató el caso. Al hundirse en la calera, acudió a la Santísima Virgen; él la prometió antes, si salvaba su vida, mandar decir una Misa. Añadió que mientras estuvo en aquel ardiente horno, tan sólo sintió un poco de sed.

Varios días después fué con su padre a Begoña para hacer celebrar la Misa prometida, e hizo voto de ocuparse en el resto de su vida en servicio y culto de la Santísima Virgen en todo cuanto pudiese.

La calera en que cayó este niño, ¿no representa los muchos peligros en que inadvertidamente podemos caer y en donde nos puede consumir el fuego de las pasiones? Las piedras que cayeron sobre él son algo así como el peso que nos impide salir de estos peligros; tales como el qué dirán, las burlas de los amigos, la pereza, etc., etc. Entre estos peligros tenemos que vivir. Roguemos a la Virgen, que nos impedirá perecer en ellos.

J. A. A., Congr.

El Cancerbero.

Entre las fantásticas historias de los griegos y los romanos, se encuentra la que narra Virgilio en su Eneida.

Eneas, conducido por un guía, quiere llegar a los Campos Elíseos, donde se encuentra su padre Anquises.

En efecto, después de bajar por una cueva subterránea con cien puertas y otras tantas grietas, y de andar llenos de pavor muchas horas y largas jornadas, llegaron al lago Stigio, que atraviesan en la barcaza del desaliñado y severo Caronte. En la opuesta orilla se descubre una cueva que da paso a los Campos Elíseos, el cielo de los antiguos. Pero en la entrada, haciendo de guarda, se halla

Universidad de Deusto
Biblioteca

el Cancerbero, perro que apenas se puede imaginar. ¡Qué monstruo tan horrible! Eneas, que con su audacia y valentía había puesto en fuga a tantos ejércitos helenos, tiembla y un sudor frío se apodera de su cuerpo.

El Cancerbero tiene ocho bocas, sus ojos son puro fuego, sobre su cabeza en vez de cabellera, ondean cien serpientes que, hambrientas, abren y cierran sus bocas a una con el perro. Al ver el monstruo a los desconocidos, haciendo un esfuerzo se encabrita, se le hincha el cuello y las cien víboras, irritadas, lanzan agudos silbidos. ¿Qué hacer? Retrocedió, y haciendo una torta amasada con miel y adormideras, la arroja al monstruo que se la traga, antes de que llegase a tierra, abriendo desmesuradamente la boca.

A los pocos momentos, extendiendo sus descomunales miembros, yacía sumido en un profundo sueño, con lo que nuestro héroe pasó felizmente a los Campos Elíseos, donde con gran contento encontró a su padre.

Ahora bien, ¿quién es el Cancerbero que nos impide el camino del cielo, que nos tiende los halagos del pecado como furiosas serpientes? Todos lo sabéis: el demonio, que, ahora, en vacaciones, ataca con más furor que nunca a los jóvenes. Pero también podemos reducirle a la impotencia con el Pan celestial que en la Sagrada Mesa se recibe; a su vista, el enemigo común enmudece y está como dormido, sin fuerzas para atacarnos. Si sabemos aprovecharnos de este Pan de ángeles, podremos resistir todos los ataques del enemigo. Aprovechémosle comulgando todos los días.

J. M. B., Congr.

Valiente en los exámenes.

Era uno de los primeros en su clase y el primero sin disputa en vencer los respetos humanos y practicar con valentía su religión.

De sus tres examinadores el mejor era un indiferente en materia de religión y el peor un pronunciado masón.

Tiza en mano, había ya llenado medio tablero resolviendo un complicado problema, cuando a través de las ventanas abiertas de par en par, oyóse el sonido acompasado de la campanilla que por momentos se acercaba a la universidad.

No había duda, era el paso del Viático que empezaba a atravesar aquella calle.

Paróse un instante el joven. Hubo un momento de vacilación, de lucha entre sus convicciones religiosas que le impulsaban a adorar a su Dios y el temor de excitar las iras de aquellos tres, que por ser enemigos de Dios, se declararían también suyos. Pero, acostumbrado ya a vencer los respetos humanos, la indecisión duró poco: deja la tiza, y con voz resuelta y humilde, dice dirigiéndose a los catedráticos: "Permítaánme los señores examinadores que cumpla con un deber de conciencia. Está pasando junto a nuestra aula el Santísimo Sacramento". Y diciendo y haciendo, se pone de rodillas junto a la ventana y adora con profundo recogimiento a su Dios, sin caer en la cuenta de lo que pasaba a su alrededor. Cuando el sonido de la campanilla empezó a apagarse y sus ojos perdieron de vista al sacerdote que entraba en la próxima bocacalle, el joven se levanta para proseguir su interrumpida tarea, pero ve con admiración a sus tres examinadores de pie descubiertos y respetando con religioso silencio la fé y el valor de su examinado. "Bien, ¡es usted un hombre!" le dice el presidente al sentarse. Ahora prosiga usted su brillante demostración".

La terminó con lucimiento y obtuvo con justicia matrícula de honor.

M. G., Congr.

Un loco muy loco.

Acontecía una y muchas veces a un cierto individuo pasarse horas y horas a la vera del mar, sentado en una peña mojada, pescando y más pescando. Pasaban por allí los veraneantes repetidas veces; al verle siempre con el cesto vacío le preguntaban:

—¿Que? ¿No se pesca?

—Y mucho que sí, les contestaba el pescador. Ya llevo más de treinta y dos peces; sólo que como soy de la Sociedad protectora de animales, en seguida que los pesco los boto al agua.

Se rieron los veraneantes y creyeron que era una broma, pero cuando vieron que echaba al agua un soberbio pez que acababa de pescar, quedaron convencidos y pensaron también que antes de tres días estaría el buen hombre en el manicomio.

No faltan chicos que durante el curso son muy buenos, oyen Misa y comulgan a diario; pero cuando llegan las vacaciones... hacen lo del pescador del cuento: echan por la borda todas las prácticas piadosas y se convierten casi en gentiles, perdiendo el fruto que a costa de trabajos han logrado recoger durante el curso.

¡Si estarán locos!

A. C., Congr.

Las monas.

Estos animales cuadrumanos, que tienen tanta afición y habilidad para remedar los actos ajenos, abundan de una manera asombrosa en algunos bosques de América del Sur.

Los principales enemigos de estos agilísimos animales son los indios, que no pudiendo cogerles muchas veces por la fuerza, se valen de ingeniosas artimañas.

Una vez perseguía un indio a varios monos, que no teniendo deseos de caer en sus manos se subieron a un copudo y gigantesco árbol. Cansado de esperar el indio se marchó, volviendo al poco rato andando penosamente y al parecer mortalmente herido. Al llegar a la base del árbol fingióse muerto y cayó pesadamente.

Las monas que le observaban desde su refugio, esperaron un rato para cerciorarse de que estaba realmente muerto. Por fin una de ellas, la más atrevida, bajó del árbol y se puso a rondar el supuesto cadáver, haciendo muecas e imitando las convulsiones que habían visto hacer al indio.

Animadas por su ejemplo las demás, fueron deslizándose y saltando de rama en rama bajaron todas poniéndose a saltar y jugar alrededor del inmóvil cazador.

El jaleo, que iba aumentando, fué interrumpido bruscamente por la resurrección inesperada del fingido muerto, que hizo cadáveres a gran número de monas, mientras a las demás, aunque tenían cuatro manos, no les sobraba ninguna para ponerse a salvo.

Y esto que sucedió con las monas sucede también y frecuentemente con las personas. ¡Cuántos chicos y mayores por seguir a un compañero más atrevido se meten en peligros de donde no pueden salir!

E. M., Congr.

Auque no me vean...

Siendo un ilustre prelado predicador de la Corte, ocurrió que un día la capilla estaba desierta a la hora del oficio. Al entrar Luis XIV manifestó su sorpresa, y preguntó cuál era la causa de aquella desanimación, pues estaba acostumbrado a ver llena de magnates la capilla.

Es mía la culpa—contestó el Prelado—; pues les he hecho creer que Vuestra Majestad no vendría hoy a la iglesia, a fin de que podáis ver quiénes son, entre los cortesanos, los que vienen a la capilla para adorar a Dios y los que vienen para que les vea el Rey.

Que no pase otro tanto con algunos en vacaciones: cuando están aquí no faltan; y fuera de aquí, donde se figuran que nadie les ve, no van a oír Misa y a comulgar diariamente. Los tales poco valen interiormente: no basta que les vea Dios. ¡Pobrecitos!

I. I., Congr.

Barbas salvadoras.

Juanito con una cara más alegre que unas pascuas, mira silencioso a su amado Padre chino, que le va a contar una historia con una buena aplicación.

Cierto monje en Palestina fué hecho prisionero por los sarracenos, así relata la historia, y le encerraron en una torre esperando de un momento a otro la muerte segura que le amagaba.

En esta torre hallábase un ventanucho y debajo de él había un lecho de piedra, sobre el que se había de estrellar necesariamente el monje en el momento que intentase saltar fuera. No tenía cuerda alguna de qué valerse para bajar, pero en cambio era dueño de una hermosa barba y de una cabeza sana para poder discurrir. Arráncase entonces los hilos de su barba, átalos unos a otros, y los va dejando caer ventana abajo hasta tocar al suelo.

Sus amigos, que allá abajo rondaban, atan a uno de ellos un hilo, que el monje sube cautelosamente a lo alto de la torre donde estaba encerrado; al hilo atan aquellos un bramante; al bramante una cuerda, y a la cuerda una soga. Recoge entonces presuroso el monje prisionero la soga que poco a poco va subiendo e introduciendo en la prisión. Dentro de su calabozo ata la soga fuertemente a una ventana, y deslizándose pausadamente, llega al suelo, logrando por este extraño artificio huir de la muerte y verse libre.

Yo creo que hay en el mundo de los infieles almas que pueden salvarse de la misma manera que se salvó este monje. Vosotros, que sois amantes de los chinitos, con vuestra Ave María que rezáis por las misiones, tendéis un cabello; cabello al que Dios Nuestro Señor atará un hilito de gracia, que puede ser el medio de que se ha de valer Jesucristo para poner en camino de salvación a algún infiel.

R. E., Congr.

Dos casos providenciales

Con motivo del descarrilamiento acontecido en Las Planas el día Jueves Santo, ocurrieron estos dos casos verdaderamente asombrosos.

En Barcelona se ha tenido este descarrilamiento como un castigo del cielo, porque la gente iba a divertirse y no santamente.

Una joven empleada en un taller, tuvo que pedir permiso para comulgar aquel día, aunque sabía que le descontaban el jornal. Comulgó, y por la tarde, aunque tenía pensado acudir a la romería, reflexionó y dijo: ¿Está bien comulgar por la mañana y bailar por la tarde; y eso en Jueves Santo?... No, yo no voy. No contenta con ésto, quiso disuadir a sus amigas que no acudieran a aquella peligrosa diversión. Tres imitaron su ejemplo, y otras tres, llamándolas tontas, beatas y cosas por el estilo, se despidieron de la joven y de sus amigas, las cuales fueron a visitar los Monumentos.

Aquella misma noche se enteraron del descarrilamiento, y no cesaron de dar gracias a Dios por haberles librado de una muerte casi segura. Las otras tres habían muerto.

Dos Marías del Sagrario, que habían venido a un pueblecito para acompañar al Señor, pensaban tomar el tren que descarriló, pero lo perdieron, y muy a su pesar, por unos minutos. Pronto conocieron que fué el Señor el que había intervenido y les había salvado.

Estos ejemplitos nos enseñan cómo Dios anda por medio y defiende a los que le sirven.

A. A., Congr.

Correspondencia abierta.

Desde Chicago.

Anoche llegamos a Chicago después de un viaje estupendo. Me he hecho amigo de personas buenísimas y distinguidísimas; nada menos que del Cardenal Bonzano, Legado de Su Santidad, del Cardenal Dubois, del Primado de España y de los señores Obispos de Calahorra y Orihuela; todos ellos son muy simpáticos;

Universidad de Deusto
Biblioteca

parecían conocidos de toda la vida. El Cardenal Reig es cariñoso como un abuelito; el Cardenal Dubois me dijo que yo también seré Cardenal, y como un señor tan respetable no puede faltar a la verdad, es seguro que voy a ser Cardenal. ¡Menudo respeto me tendrán los demás congregantes!

He ayudado a Misa y comulgado en París, en el "Aquitania", en New-York, en Chicago, etcétera, etc. Aquí hay muchísimos congresistas. En New-York hicieron al Cardenal Legado un recibimiento como no se ha visto nunca. Chicago está también muy adornado y se conoce que hay muchos católicos de todo el mundo. Este Hotel, que tiene más de 40 pisos, 3.460 habitaciones con sus baños y 2.400 empleados, está todo ocupado; anoche hubo más de mil viajeros a los que no pudieron recibir. Otro día le escribiré más cosas del Congreso Eucarístico.

R. B., Congr.

Cohetes y más cohetes.

La víspera del día de San Juan trajeron muchos cohetes, y para las cinco de la tarde ya estaban echándolos; a la aurora del día siguiente todos seguían echando cohetes, y no sé qué parecía aquello. Hubo misa mayor con sermón y hasta vinieron cuatro sacerdotes forasteros; acto seguido fué la procesión del Corazón de Jesús por todo el pueblo, en el que se pusieron cuatro arcos muy bonitos en diferentes calles. Cuando llegó la procesión a la iglesia, colocaron al Sagrado Corazón en medio de ella y se le adoró.

No hay que decir que comulgamos y oímos misa todos los días. Aunque corremos mucho por estos altos que son pintorescos, para las siete y media estamos en casa; esperamos a las cabras que vienen del monte, cenamos y a la cama.

G. V., Congr.

Hay tiempo para todo.

Aquí hacemos la vida de siempre: tenemos Misa diaria a las ocho y media, y en la comunión del sacerdote comulgamos todos. Los domingos vienen todos los hombres a oír misa y luego se van a trabajar; tienen permiso para ello. Después de desayunar estudiamos hasta las once y media; a esta hora vamos todos a dar una vuelta hasta las doce, hora en que llega el profesor, hasta la una; desde entonces tengo tiempo libre para divertirme. No por eso dejamos de rezar el Rosario todos los días reunidos en la capilla a toque de campana.

Estamos aprendiendo a guiar el auto; ya podemos ir solos conduciendo por todas partes, hasta por el soto. Vamos también a dar lecciones de montar a caballo.

G. E., Congr.

Como leones.

Padre, ya se habrá enterado por el periódico del incendio ocurrido ayer en los RR. PP. Trinitarios; este suceso es aquí el plato del día. ¡Padre! ¡si nos hubiera visto usted trabajando como leones sacando sillas y otros trastos!

Ahora vienen los Padres del convento a celebrar la misa a la parroquia; así es que tenemos misas a todas horas; yo suelo ir a misa y comulgar a la de nueve.

J. S., Congr.

¿Cómo se aleja el cine?

Diversiones peligrosas, hay una: el cine; pero no hay función nada más que los domingos, hace calor y cuesta caro; si a ésto añadimos el amor a la Santísima Virgen, podrá calcular lo alejado que estoy de ese peligro.

F. C., Congr.

Entre apuros voy adelante.

Siguiendo sus consejos, me he confesado, medio en francés, dos veces con un sacerdote, según me han dicho, extraordinariamente virtuoso; me confesé muy bien, pues como él conocía mi condición de no saber francés, me habló muy despacio, y así conseguí cogerle casi todo lo que me dijo.

También, siguiendo sus consejos, no he dejado la misa y comunión ningún día; mejor dicho, uno: pues fué la misa a las cinco, porque teníamos excursión y salía el tren a las seis y no conseguí despertarme. Aquí las excursiones son bastante aburridas, pues no saben organizar nada; dicen: "tal día a tal sitio" y no saben ni dónde se puede comer; y nos pasó esta vez que tuvimos que revolver todo el pueblo para encontrar un sitio donde comer, y al fin lo encontramos, pero bastante poco decente.

Salgo bastante en bicicleta, si bien no puedo ir muy lejos, pues dos veces que he intentado las dos me he perdido; pasé las de Caín para volver, porque tenía que orientarme yo mismo y preguntaba de cualquier manera, y la mitad de las veces no me entendían lo que les preguntaba. Gracias a Dios, ya llegué las dos veces, aunque después de no pocos apuros.

J. J. A., Congr.

Desde Barcelona.

¡Ay, Padre! ¡Cuántas dificultades para comulgar en esta abrasada villa, y cuántas las desdichas que se pasan los días en que uno se queda sin recibir el verdadero alimento!

En fin, todo sea por Dios; pero cada vez que consigo comulgar me dan ganas de hacerlo ocho y diez veces el mismo día ¡¡para desquitarme!!

Oigo misa en los Dominicos, que es una iglesia muy bonita.

Procuro divertirme aquí en los sitios que no son peligrosos, como el parque de fieras, donde hay muchas atracciones; también suelo ir a la montaña del Tibidabo, donde hay una capillita preciosa, y se dice que encima se edificará la catedral.

He visto muchas procesiones; el día del Corpus, sobre todo, hubo una muy lucida.

J. R., Congr.

Agradecido Marianista.

Ahora puedo decir que la Santísima Virgen me ha amado demasiado. Recuerde, Padre, aquellos tiempos del Instituto, ¡qué ciego! ¡qué ingrato fuí!, Pues ahora María Santísima me llama su hijo y me convida a entrar en una Congregación en que por voto se constituye mio Hijo de María. Pero, Padre, si no hubiera cargado con aquella ovejita descarriada y no la hubiera llevado al redil, ¿me encontraría aquí ahora? No, seguramente. Pida a la Virgen Santísima que persevere.

J. O., Congr.



Núm. 158.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Setiembre de 1926

Antes morir que pecar.

—¡Mar *picao!*, dijo el bañero a la criada del Hotel que había salido a recibir el encargo. Hay algo de oleaje y resaca; pero con un poco de cuidado y no alejarse de la cuerda, se puede bañar con toda tranquilidad.

Pronto quedaron enterados los huéspedes del Hotel del estado del mar, pues la sirvienta les fué comunicando el aviso del bañero, a fin de que los que deseasen tomar el baño antes del desayuno pudiesen hacerlo. Entre ellos encontramos a un matrimonio relativamente joven, con un niño de trece años, por nombre Estanislao, y dos niñas menores, ambas de diez.

Había venido a veranear durante unos días y acostumbraban ir a la playa muy temprano; allí la madre se complacía en ver a sus hijos entretenerse con la arena de la playa.

Don Carlos, que así se llamaba el jefe de la familia, dejó aquel día ir a la playa a su esposa e hijos, y él, solo, encaminóse a una de las calles más céntricas de la ciudad. Caminaba ensimismado, revolviendo en su mente una idea satánica... ¡Su Estanislao era demasiado devoto!... ¿Por qué le permitiría el continuar siendo congregante de la Virgen?... ¡Tenía que poner remedio a aquel exceso! Tanta oración, tanto comulgar, y, sobre todo, ¿qué le importaba al chiquillo que las vestidos de sus hermanitas fuesen muy cortos? ¿Qué mal podían hacer unas niñas angelicales por llevar el vestido más arriba de las rodillas?...

Así discurría el infeliz, sin darse cuenta en su obcecación que el acostumbrar a las niñas a ir medio vestidas es obligarlas a perder el pudor antes de saber lo que es el pecado.

Mientras tanto, una escena muy diferente se había realizado en la playa.

A pesar del estado algo alborotado del mar, madre e hijos habían entrado en el baño, llevando al lado el bañero y permaneciendo a corta distancia de la cuerda, que les servía de ayuda cuando la fuerza y el empuje de las olas, después de reventadas, querían arrastrarles en su retroceso mar adentro. Estanislao, sin soltar la cuerda, se había internado hasta donde el agua le cubría el pecho, cuando un grito de horror se escapó de los labios de su madre. ¡Ya era tarde! Una ola enorme se desplomaba sobre el cuerpo de su hijo; momentos después, quedaba al descubierto la cuerda, pero Estanislao había desaparecido. El bañero, viejo marino, se arrojó al agua al instante, pero otra ola, como furiosa de que le quisiera quitar la presa, lanzándole a la orilla lo dejó sin sentido. Entonces apareció a distancia el cuerpecito de Estanislao, se mantuvo un momento a la vista y volvió a ocultarse para siempre en el abismo del mar.

El bañero, vuelto en sí, y con la ayuda de otro que había acudido a los gritos, a duras penas pudo contener a la madre que pugnaba por desasirse de ellos y lanzarse al mar en busca de su hijo; las dos pequeñas, aturdidas al ver que su hermano no volvía, no acertaban ni a llorar.

Aquel mismo día, al anochecer, y en una de las habitaciones del Hotel, un hombre, sentado en una silla con los codos en las rodillas y la frente en las palmas de las manos, levantaba de vez en cuando la cabeza. Sobre la mesa tiene unos papeles rojos, entradas de Teatro para él, para su esposa y para Estanislao: la función anunciada era indecente y obscena; quería quitar toda clase de escrúpulos a su Estanislao. Dios, sin embargo, se le había adelantado. Junto a esas entradas, como contrastando con aquellos papeles de infierno, estaba una hoja blanca con estas sentidas palabras: "¡Oh, María! ¡Madre mía Inmaculada! por vuestra pureza os pido conservéis puro mi espíritu; pero si alguna vez me viereis en la tentación o en peligro de mancharlo, enviadme mil muertes antes que el hálito infernal empañe mi alma. Vuestro hijo, *Estanislao*", todo escrito de su puño y letra.

Algunos días más tarde, don Carlos se acercaba al Tribunal de la Penitencia. El también había sido congregante mariano, pero muchos años hacía ya que, engolfado en las vanidades y frivolidades del mundo, no se acordaba de Dios ni de la Religión, a pesar de la piedad de su esposa. El papel en que su hijo pedía a la Santísima Virgen morir antes que pecar, le había

Universidad de Deusto
Biblioteca

vuelven a sí. Si el abismo del mar había tragado a su Estanislao, él había estado a punto de ser tragado por el abismo del infierno. Su hijo había sido su tabla de salvación; la Virgen Santísima había salvado a padre y a hijo y a sus hijas, que empezaron a vestir decentemente.

Defender nuestra pureza es nuestro principal deber; después defender la de nuestros prójimos. ¡Congregantes: no permitamos en nuestras familias modas indecentes!

R. G., Congr.

El águila y el cabritillo.

Un día de agosto, como hacía mucho calor para ir de paseo, me llevó mi padre a ver un museo de Historia Natural. Apenas tocamos el timbre, nos abrió la puerta el encargado de enseñarlo, y con él comenzamos a recorrer las hermosas estanterías, cargadas de pájaros y animales de muchas clases.

Fuera de los estantes estaba una leona, traída de Africa, con sus ojos chispeantes y la cola levantada, y una serpiente de varios metros, enroscada en un árbol y con la boca abierta; yo, que entonces era más pequeño, les tenía miedo por su aspecto terrible, hasta que el que nos enseñaba aquello tocó con su mano los dos animales y me animó a que yo también los tocase.

Allí vimos un lobo, dos jabalíes, buitres, águilas, pavos reales; pero nada me llamó tanto la atención como un águila, de uñas agudas y pico encorvado, que tenía cogido un cabritillo por el cuello y le estaba desgarrando.

El acompañante, al verme mirando durante algún rato al águila voraz, me dijo: ¿Sabes la historia de esa águila y de ese cabritillo? Estaba una vez un pastor guardando su rebaño en un pueblecillo de Castilla la Vieja, cuando vió que las cabras venían corriendo hacia él; y mirando con atención vió que esa águila, agarrada al cabrito, daba aletazos queriendo llevarle por los aires; fué allá, y con su cayado la mató; luego, un hombre de aquel pueblo nos los envió para que, después de disecarlos, los pusiéramos en el museo.

Cuando salimos de allí al anochecer y fuimos a tomar el fresco, se puso algo serio mi padre y me dice: Ya sabes, hijo; que no te pase a ti lo de aquel cabritillo, porque alrededor de los jóvenes vuelan muchas águilas, que son los amigos malos, para desgarraros y quitaros la vida del alma; para evitarlo hay que vivir siempre junto al cayado de tu confesor; él matará o alejará de ti todas esas águilas, esos malos amigos.

V. M. A., Congr.

La cieguecita.

Una piadosa joven tuvo la desgracia de perder la vista. Sorprendió a su párroco un día entregándole 18 monedas de oro de 50 pesetas cada una, para las Misiones. El sacerdote, muy admirado, le pregunta:

—Pero, ¿cómo, tú, pobrecita y ciega, te has arreglado para ahorrar tanto dinero?

—No crea, no soy tan pobre; la misma ceguera me hace más rica, pues tengo menos necesidades. Si tuviese perfecta la vista, no podría ofrecerle estas 18 monedas: me ocupo en hacer cestas para ganarme la vida; y desde que estoy ciega puedo trabajar en la oscuridad, lo mismo que en pleno día. Las demás niñas tienen que gastar durante el invierno muchas de esas monedas en luz a fin de poder trabajar. Además, gastan en ropas y en adornos y en diversiones, de todo lo cual no puedo aprovecharme ni tengo ningún deseo; así que me parece que lo que doy es muy poco.

¡Qué bien discurría esta cieguecita! ¡Cuánto ganaría delante de Dios!

J. A. A., Congr.

¡Un Ave-María...!

Había llegado a oídos de un misionero, que en aquel pueblo donde predicaba, vivía un hombre, tan alejado de la Iglesia, que ponía todo su empeño en impedir a los demás el que asistieran a la misión.

—Lo verá, Padre, desde el pulpito, le dijeron; suele andar tirando de la chaqueta, dando empellones y molestando a todo el mundo, a fin de que no atiendan, si es que antes no logra hacer que no vayan.

El Padre preparóse por si se daba el caso, y se dirigió a la plaza donde iba a tener lugar el sermón, pues por falta de sitio no se tenía en la iglesia.

No bien se hubo persignado, cuando, recorriendo la vista por su auditorio, se fijó en un individuo que a las claras incitaba a varios a abandonar la plaza, agarrándoles de la ropa. Levantó la voz el predicador, y comenzó así su discurso:

—Amadísimos hermanos míos: vamos a empezar nuestra misión rezando antes un Ave-María a Nuestra Señora por el alma de un pecador empedernido que hay en esta plaza. "Dios te salve, María....".

El pueblo respondió a coro: "Santa María...".

El aludido, temiendo fuera delatado más aún, puso pies en polvorosa dejando en paz a la gente y al misionero.

Dos días después era llamado el mismo religioso para asistir a un moribundo: acababa de llegar del pueblo contiguo, y al bajar del caballo a la puerta de su casa, un mal paso que dió hizo que fuera a chocar contra el caballo; y una navaja que a medio cerrar traía en el bolsillo, se le había clavado en el pecho, poniéndole a las puertas de la muerte.

Entró el Padre en el aposento del desgraciado y reconoció en seguida en el que agonizaba al intrigante mancebo de quien acabamos de hablar. Entonces, y en presencia de muchos testigos que había mandado llamar para que certificaran el caso,

—¡Gracias, Padre, le dijo todo conmovido, por el Ave-María que anteayer rezó por mí! Merced a ella y a la devoción que, aunque miserable, siempre he conservado hacia la Santísima Virgen, ésta me ha concedido el tiempo necesario para no morir sin Sacramentos. Cuente, Padre, cuente esta misericordia de María Santísima para conmigo a todo el pueblo, para que nadie siga mis pasos y sirva de escarmiento a todos los que se apartan de la Iglesia. Padre, confiésame.

R. G., Congr.

Un castigo.

El día 22 de junio de 1915, en un pueblo de Mallorca, que no hay para qué mencionarlo, sucedió el siguiente hecho:

Un hombre, que tenía un trozo de tierra arrendada, con un molino, se impacientaba y se desesperaba porque no llovía, y la poca agua que llevaba el río no podía aprovecharla por tener roto el molino, y el tiempo iba pasando y el desgraciado, con poquísima fe, desesperando.

Era, además, herrero del pueblo y se disponía a arreglar su molino metido en un pozo que tenía unos veinte palmos de agua. Su mujer procuraba calmar la furia de aquel pobre hombre, y viendo que el cielo empezaba a nublarse y amenazaba lluvia, le dijo:

—No te enfades; supón que empieza a llover y que puedas sembrar.

—¿Y cómo no cae un rayo que nos mate a todos y no nos caen cuarenta palmos de agua encima?, contestó él enfurecido.

Apenas hubose echado esta maldición, cuando cayó un rayo terrible, seguido de un fuerte trueno.

Los hombres que con él trabajaban en el pozo quedaron atemorizados. Pasados los primeros momentos de confusión, y reunidos todos fuera del molino, sólo estaba ausente el dueño.

Después de mucho buscar vieron a parte del traje del pobre hombre flotando en el agua del pozo. Con el rayo cayó un gran golpe de agua que subió el nivel del pozo a cuarenta palmos, dificultando así el trabajo que habían emprendido aquellos hombres buscando al desaparecido.

Después de dos horas de esfuerzos, sacaron con unas cuerdas el cuerpo del por tantos conceptos desgraciado hombre.

Su maldición le había caído encima: un rayo y cuarenta palmos de agua.

B. C., Congr.

Otro castigo.

El 5 de mayo del año pasado causó honda sensación la muerte de mister George Whale, presidente de la Asociación de la Prensa Racionalista, ocurrida en trágicas circunstancias, durante la celebración de un banquete.

Al fin de la comida que daba la Prensa Racionalista, hablaba mister George Whale. Atacó vivamente a la Religión y declaró irónicamente: "Atraigamos al gran número de vuestros conciudadanos, que quieren formar en las filas de la Iglesia. Suman menos de la séptima parte de nuestra población, y, sin embargo, tienen la desfachatez de pretender que son ellos lo más escogido de la nación. Comamos y bebamos, porque mañana moriremos.

Al pronunciar estas palabras, mister George Whale se desplomó y quedó muerto súbitamente.

De Dios nadie se ríe.

J. A. A., Congr.

Correspondencia abierta.

Otra carta de Chicago.

Le escribo a usted desde el "Mauritania", en el que vamos hacia Europa.

Estoy muy contento, pero tengo ganas de llegar a casa. El Congreso de Chicago ha sido muy hermoso; el último día, el de la procesión en Mundelein, hubo una desorganización muy grande. Le voy a contar lo que pasó.

Teníamos billete para Mundelein y quisimos ir en el tren de las ocho menos cuatro. Fuimos a esa hora a la estación, donde había una cola de unos 60 metros y la fila no era de dos en dos personas, sino de diez en fondo. Llegamos a la cola a las ocho. Después de andar algo más de la mitad del espacio que nos separaba de la taquilla y de estar cincuenta minutos en la cola, nos dijeron que no iban más trenes hasta las cinco de la tarde. Todos se marcharon con mucha pena. Nosotros fuimos a otra estación y en ésta no nos valían los billetes, pero nos dejaron entrar; cogimos un tren que nos llevó a la estación de antes. Empezó el tren a andar y al principio muy bien; pero a los 10 ó 15 kilómetros de Mundelein se paró: como habían salido trenes cada dos minutos, se formó una bola y tuvimos que esperar mucho rato, y no pocos se bajaron del tren. Nos paramos cerca de la estación, y desde allí vimos parte de la procesión. Pues bien, desde que salimos del Hotel hasta que llegamos a Mundelein, un recorrido que se puede hacer en hora y media, tardamos cerca de cinco horas.

Tengo tomadas muchas notas del Congreso para las conferencias, y como hemos sacado muchas fotografías, si quiere aprovecharlas para las conferencias con proyecciones, me escribe a Oudárroa el tamaño del clichè.

R. B., Congr.

Uno que empieza a valer.

Me dispensará que no le haya escrito antes; así ahora tendré más que decirle.

Aquí yo hago todo: yo me limpio los zapatos, yo me preparo la ropa, etc. No tengo que decir a nadie "dame esto, dame lo otro", yo me lo hago todo.

Voy todos los días a comulgar; la iglesia no está lejos, y, además, como voy en bicicleta, en cinco minutos ya estoy allí.

Tengo tres amigos. No tenga cuidado: uno está estudiando para cura, otro estudiaba como éste, pero se puso enfermo y lo tuvo que dejar, y el otro no ha estudiado ni estudia, pero va a estudiar en el mismo sitio del primero; de modo que tengo buena compañía.

Los primeros días los pasaba muy triste; la mitad del día me pasaba llorando, pero ahora no.

J. R. R., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

El mismo de antes.

Los días de fiesta van muchos más, pero los monaguillos (que suelen ser cinco o seis) no hacen nada más que reirse, pegarse, hablar, etcétera, durante toda la misa, y muchas veces el cura se tiene que volver para decirles que callen.

El otro día, en la misa mayor, el cura despachó a dos jóvenes por no llevar mangas, y se quedaron sin oír misa. ¡Así me gusta!

Aquí todavía hay *inocentes* que piensan que después de morir se vuelve a nacer.

La señorita les dice que cuando hayan visto un hombre o una mujer que ha muerto hace 40 ó 50 años, creerá eso; y a continuación les pregunta si ellos han visto alguna vez un hombre muerto hace 40 años, y ellos tienen que decir que no.

J. R. R., Congr.

¡Vaya un valiente!

Con los chicos de aquí apenas hablo; el otro día llevé a uno a hacer una visita a la iglesia de los PP. Franciscanos. Cuando yo empecé a rezar en voz alta, salió corriendo como una flecha y no pude conseguir que entrase otra vez, ni que dijese por qué se escapó.

R. R., Congr.

El enemigo del chico.

Nuestras diversiones son inocentes por completo, pues no hacemos más que correr y jugar; el cine, que es el mayor enemigo de los chicos, aquí no existe. Le ruego que me mande por correo unas hojas con el examen cotidiano y también alguna hojita de obsequios a la Virgen.

Con estos días de calor continuado, los aldeanos han hecho una procesión desde un monte llamado Bizcargui; allí hay una capillita con un antiguo crucifijo; lo llevaron hasta la iglesia del pueblo donde están haciendo una novena para que les llueva; y dentro de nueve días, si llueve, lo vuelven a llevar, y si no, lo dejan en la parroquia hasta que llueva.

J. M. P., Congr.

Buena abuelita.

Oigo misa de ocho y media todos los días, en la que comulgo y rezo el Rosario, y por la tarde, diariamente, hago una visita, como lo prometí si me aprobaban.

Me porto lo mejor que puedo, pues cuando vine me dijo mi abuelita: "mira, lo que se siembra se recoge, y tal como tú te portes, se portarán contigo; y aunque no fuera más que por egoísmo, hay que portarse bien." Bueno, yo no necesitaba de esta máxima para portarme bien, pues soy, como usted sabe, un buen muchacho, aunque esté mal que yo lo diga.

M. M. Congr.

Escarmentado un poco tarde.

Pero ahora no crea que ha sido la causa de mi retraso el trabajo que me cuesta el escribir, sino las consecuencias de mi desaplicación durante el curso, pues me tengo que pasar casi todo el día con los libros en la mano, fastidiándome a mí mismo y a los demás, para aprovechar y sacar el fruto en este corto tiempo, ya que no estudié durante el curso. ¡Cuán arrepentido estoy de mi poca reflexión! ¡Cuán diferente pasa para mí este verano que los anteriores! Casi todas las diversiones y distracciones, de que antes gozaba, se han aguado.

Mas no se figure que con verme tan atado a la obligación no tengo mis ratos de asueto, ¡vaya que sí!; las tardes son los tiempos señalados para ellos; según como estudie y de las lecciones, salgo antes o después. Cuando lo hago bien, me sé desquitar de las largas horas de estudio, no pasando un momento en el mismo sitio: el monte o el río son ordinariamente los puntos de paseo; mas también hay juegos en los que paso largos ratos, y son la pelota y los bolos.

La vida que hago como congregante es exactamente igual que años anteriores. No me gusta madrugar mucho, sobre todo ahora que no tengo prisa por las clases; me levanto a las siete y media para poder acudir a misa de ocho, en el Noviciado que aquí tienen las Religiosas de la Merced.

M. E., Congr.

Observa y se aprovecha de todo.

Hay aquí dos capillitas que están a diez minutos próximamente de casa; y el paseo, cuando se va y viene a la iglesia, resulta mucho más agradable que el estarse en la cama. No sabe usted lo bien que me ha venido el devocionario que por su indicación compré. Con él sigo toda la misa muy bien y no me distraigo ni un instante. También guardo el examen que nos dió usted, y lo tengo metido en el libro de misa.

He encontrado en este barrio de chalets amigos congregantes de aquí y a un chico que está interno en el colegio de Bilbao y a quien yo ya conocía.

Otra noticia tengo que darle, y es que he estado en Loyola. Realmente aquello es precioso, y la vista de ello superó a todo lo que me habían contado. Vimos la casa de San Ignacio, de la cual no puedo decir qué me gustó más, pues es difícil; la iglesia es una verdadera preciosidad, toda ella de mármol.

El Padre de esta Congregación me ha gustado mucho; me enseñó todos los locales; en una pieza tiene su despacho, la biblioteca y el salón ¡pobre Padre! Se entra por la iglesia y se comunica con el patio; éste ya tiene puerta de salida a la calle. El patio es más pequeño que ése y no tiene parte cubierta.

R. Y., Congr.

Este la entiende.

Desde que he venido, hace hoy un mes justo que vine, he dejado de comulgar dos días, en los cuales la pereza me venció.

¡Qué bien se pasa el verano estando en gracia de Dios! Nunca se aburre uno; siempre hay algo que hacer. Si algunas veces siento que se me echa encima el aburrimiento, me voy a la parroquia y rezo el Rosario.

Estoy encantado con el devocionario del Padre Vilariño.

J. M., Congr.



Núm. 159.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Octubre de 1926

Otro Congregante más en el cielo

Si pudieran nuestros ojos penetrar a través de la espesa nube que nos separa del porvenir, ¡cómo cambiaríamos de modo de pensar! Vivimos al día, y aun las esperanzas que nos parecen más firmes y seductoras las cimentamos en el plano mezquino de la hora presente limitada y fugaz, para levantar muchas veces un edificio que vemos derrumbarse al menor soplo cuando tal vez nos parecía indestructible. Y todo porque somos **miopes**, y porque nuestra mirada no tiene potencia para atravesar esa nube que se interpone entre nuestros designios y los inescrutables y amorosos de Dios nuestro Señor. Y digo amorosos, aunque nuestro corazón empapado en sutil egoismo llore y sangre, porque si somos incapaces de medir la infinita longitud de la mirada de Dios, lo somos asimismo de pesar el amor de Padre de su infinito Corazón.



Flores de esperanza

¿Quién no piensa en esas consideraciones o en otras parecidas, al ver que no está ya junto a nosotros en la tierra nuestro querido congregante Enrique Barrena Villachica? A los 14 años y un día ha cambiado la tierra por el cielo. Le sonreía la vida y la juventud en cuyos umbrales entraba con pie seguro; brillaban su frente y sus limpios ojos con la luz de una inteligencia clara y penetrante, superior a sus años; latía seguro su corazón modelado magistralmente por los delicados dedos de una mano de madre que, si se fué al cielo antes que el hijo, supo primero dejar impresa en las manos y corazón paternales la virtud cristianamente educadora que ella poseía; al frente de sus cinco hermanitos que le seguían en edad comenzaba a guiarles con sus ejemplos y a transmitirles los frutos de educación cristiana que él había ido atesorando, y jugaba con ellos y paseaba entretenido con el que en pos de él venía, niño de 10 años, sin echar de menos otras amistades y juegos tan apetecidos por los demás niños de su edad. ¿No es esto extraordinario en nuestros días? Seguramente que sí. Imposible era que esas bellísimas cualidades de un niño de 14 años no atrajeran hacia sí las miradas de muchos; y así fué, en efecto.

Si Enrique y su familia pasaban este año la temporada de vacaciones en la bonita villa de Elorrio, se debía exclusivamente al empeño de un amigo de su padre que había puesto los ojos en nuestro congregante para amigo y confidente modelo de un hijo suyo. ¿Qué extraño que su padre se sintiera acariciado por las esperanzas más risueñas y alentadoras? ¿Qué extraño que en Elorrio le felicitasen a porfía cuantos al observar a Enrique veían en aquella cara y en aquellos modales la formalidad y seriedad características de personas maduras y prudentes?

Universidad de Deusto
Biblioteca

Fruto sazonado

La noticia llevó tristeza cristiana a los corazones de cuantos le conocían. Así es: somos hombres y sentimos dolor en las desgracias que el Señor nos envía, siempre para nuestro bien, Jesucristo y la Virgen Santísima experimentaron también esas desgarraduras del alma. Las esperanzas humanas que fundadamente se cifraban para el porvenir risueño de Enrique y de los suyos las cortó en flor un accidente imprevisto. Las circunstancias particulares son lo de menos. El hecho es que a Enrique le trasplantó Dios al cielo antes de que se contaminara con la porquería de la tierra su alma hermosísima, como si le hubiera encontrado ya maduro, en sus breves años, para vivir junto a su madre que le había precedido en el viaje. Aquella mañana, como las otras, había recibido en su pecho a Jesucristo Sacramentado, y lleno de consuelo se había encontrado en casa al volver de la iglesia con la carta que el Padre le acababa de escribir y le causó tal alegría que no acertaba casi a leerla. Iba a salir al encuentro de su padre que llegaba de Durango. Era feliz. ¡Su Padre del cielo le miraba también y salía a su encuentro para hacerle más feliz aún. ¡Y se lo llevó! El corazón siente pena porque se ve privado de la presencia visible del que fué nuestro querido congregante; y sobre todo, hay un corazón de padre, herido profundamente con la pérdida de Enrique; pero por fortuna, ese corazón es verdaderamente cristiano y sabe muy bien dónde encontrar lenitivo a su dolor.

Datos elocuentes

Enrique, como lo hemos dicho antes, fué modelo de aplicación y formalidad aun en sus diversiones. Los Hermanos del Colegio de Santiago Apóstol donde él estudiaba afirman que a su inteligencia esclarecida se juntaba su firme voluntad inclinada al bien en todo momento. El estudio era para él, deber sagrado que cumplía con toda exactitud; bien lo probaba su atención durante las explicaciones y su actitud siempre digna y reverente. Sus notas semanales y los hermosos resultados obtenidos en los exámenes, su comportamiento excelente y su carácter afable, aunque algo tímido, le hacían apreciable a todos.

Admirábase un día la religiosa que enseñaba a su hermanita de lo bien aprendida que llevaba su lección de francés, y le preguntó si alguien se la había explicado antes. Mi hermano—contestó ella. Pero... sabe francés! —No; lo está ahora aprendiendo y él me ha hecho caer en la cuenta de cosas que no entendía.

Tampoco perdía el tiempo al ir al Colegio en compañía de su hermanito; iba repasándole la lección y explicándosela a su modo; que, sin duda, es el mejor el que emplean los que se diferencian menos en edad.

Lo que más resaltaba en nuestro Enrique—dice un compañero de estudios suyo—era, después de su religiosidad, su humildad; jamás daba importancia a sus buenos actos y a sus notas siempre brillantísimas, hasta el punto de que cuando le preguntaban por ellas contestaba con un gesto de humildad e indiferencia: "He salido bien"; siendo así que sus notas eran todas sobresalientes y Matrículas de Honor y se extendía su capacidad intelectual lo mismo al Comercio que a la Música y al Dibujo.

Todo esto nos revela un espíritu equilibrado y formal, demasiado serio tal vez para los años de Enrique. Verdad es que, por desgracia, no es fácil dar con muchos caracteres parecidos al suyo; pero es que Enrique sabía distinguir: una cosa era estudiar para ser hombre de provecho, que era aspiración suya arraigadísima en él; y otra divertirse honestamente a sus debidos tiempos. Por eso, como dice un Profesor suyo que le conocía bien, "Donde se encontraba Enrique, había en los juegos animación y entusiasmo por ganar; pero nunca se le vió altercar ni disputar; por educación y por temperamento, cedía siempre a trueque de no alterar la paz y la buena armonía". "Sus conversaciones—dice un amigo suyo—eran las propias de nuestra edad: unas veces de deportes, especialmente de la pelota a la que se había aficionado mucho, y otras de su Congregación; ¡cuántas veces me empujó para que ingresase yo en ella!"

Hablando con el cielo

Su espíritu de piedad, bebido en el regazo materno, se traslucía en toda su persona; las oraciones de clase antes de las lecciones; el recuerdo de la presencia de Dios a las horas y medias horas; el rezo cotidiano del Rosario y las visitas al Santísimo durante los recreos, le servían para mantener la vida sobrenatural muy intensamente, y de digna preparación para recibir el Sacramento del Altar.

Era un encanto—decían los Hermanos—verle seguir la explicación del Catecismo y el afán que sentía por adquirir una ilustración más que ordinaria de los misterios y verdades de nuestra Santa Religión. Si de alguna cosa dudaba o no lo comprendía bien, pedía con mucho respeto y deferencia alguna aclaración, conformándose con lo que se le decía, ya que la confianza ilimitada que tenía en sus Profesores nunca sufrió menoscabo.

Su amor al Sagrado Corazón de Jesús, su devoción filial a María Santísima y al glorioso Patriarca San José, los ha dejado consignados en unas notas sumamente piadosas; y que señalan claramente sus grandes anhelos de perfección y su celo apostólico.

En el mes de Marzo de 1924 después de haber practicado con singular fervor los siete domingos de San José, al empezar la novena preparatoria a su festividad escribió a este glorioso Santo la carta siguiente:

"Bilbao, 12 de Marzo de 1924.

Querido San José: Puesto que confío en tí y creo que me concederás lo que te pido en esta carta, te pido: primero y ante todo la gracia importantísima de vivir y morir santamente. Segundo, que primero Yo, y segundo toda la sociedad: principalmente la Congregación, el Colegio, y mis padres vivamos en gracia de Dios y después nos juntemos en la gloria todos. Tercero, que tantos niños infieles como hay en el mundo universo se conviertan al Cristianismo para que puedan participar ellos de la gloria. Cuarto, pido por mis hermanos y principalmente por mis padres la salvación. Quinto, como yo soy estudiante y quiero sacar del estudio mi provecho el día de mañana, concédeme Bendito San José las buenas notas de mis estudios para contento mío, para agradar a mis padres que tanto se sacrifican por mí y tercero para contento del Hermano Profesor que a él debo mucho. Sexto, pido por el Hermano Profesor, por el Padre de la Congregación y por ésta en conjunto, por el Colegio, por la Comunidad del Colegio de Santiago Apóstol y por todo el mundo en fin.

Tu devoto que te ama y te quiere

Enrique Barrena."

Es lástima que se haya extraviado una cartita en la que tenía un conjunto de máximas que por propia cuenta había glosado: máximas entresacadas de los pensamientos oídos en la exhortación diaria que se da en las Clases de las Escuelas Cristianas después de la oración de la mañana y en la Misa diaria de la Congregación.

Entre sus papeles se ha encontrado una carta dirigida a la Santísima Virgen, y es como sigue:

Carta a Nuestra Señora la Virgen María.

"Bilbao, 21 de Mayo de 1925.

Querida Madre: Puesto que sé que por tí comunica tu divino Hijo las gracias a los hombres, te pido las siguientes cosas espirituales y temporales, las segundas si me convienen:

Primero.—Que no pierda la pureza y sea puro hasta la hora de la muerte.

Segundo.—Lo mismo que lo primero pero para mis padres y bienhechores.

Tercero.—Ruego que mis hermanos, padre y toda mi familia sean buenos.

Cuarto.—Ruego por mis Profesores que me enseñan la religión y por la Congregación y el Colegio.

Quinto.—Para que se conviertan tantas almas infieles y os doy gracias por haber cuidado de mí.

Sexto.—Para que salga bien en los exámenes, si me conviene, y para dar buen contento a mis padres y el día de mañana sea un hombre de provecho, y si he estudiado durante el curso.

Séptimo.—Pido riqueza y bienestar para mis padres y que gobiernen bien la casa.

Octavo.—En general para que todos los hombres de la tierra estén unidos a tí y pido en especial por mis amigos.

Noveno.—Pido para que mi madre se halle gozando de Dios en el cielo.

Tu devoto hijo que te ama

Enrique Barrena."

Quien con esta confianza y sencillez filial hablaba con el cielo, bien se ve que había de recibir a manos llenas gracias que le prepararan el alma para las luchas que aun en sus cortos años tendría que sostener a fin de no dejarse llevar de la corriente de frivolidad peligrosísima que arrastra a tantos niños de su edad, en los albores mismos de la juventud. Después de leer esas espontáneas cartitas, cuajadas de peticiones valiosas, se comprenderán sin dificultad estas líneas escritas por un Profesor de Enrique: "No gustaba de lecturas frívolas ni de ciertos papeluchos ilustrados que con tanta frecuencia se encuentran en manos de los jovencitos; porque solía decir con su habitual sencillez que lo menos que con ellos se puede perder es el tiempo, cosa que según los ingleses vale oro, y según los cristianos, la vida eterna."

Del mismo Hermano Profesor, son estas otras líneas que nos ponen de manifiesto cómo trabajaba por adquirir prácticamente, con el ejercicio constante, lo que con tanta insistencia pedía en sus cartas infantiles. "Muchísimo provecho sacaba—dice—de la Confesión semanal y de los consejos de su director espiritual. A partir de la primera comunión, siempre tuvo confesor fijo con el cual regularmente arreglaba los casos de su conciencia. Las resoluciones que formaba en los santos ejercicios de principio de curso, las solía escribir en un papelito con el fin de repasarlas de vez en cuando para suplir con este artificio los olvidos e infracciones."

La misma formalidad de su carácter le predisponía sin duda admirablemente a recibir en su alma este rocío de la piedad sencilla y fuerte que es el arma más segura para templar el corazón del joven.

En la antesala del cielo

Así podemos llamar a la Congregación con toda verdad, al ver la tranquilidad, dulzura y angelical sosiego con que nos abandonan los que, dejando las miserias de este valle de lágrimas, vuelan con los Angeles a la casa de Dios y a la patria felicísima de la gloria.

Triste es siempre el luto de una muerte en el seno de la familia; pero si algo hay que ilumine esa tristeza es, como la experiencia nos dice, el sello purísimo de congregante en la frente limpia del jovencito que cambia la tierra por el cielo.

Hemos visto a muchos que, al leer las relacioncitas que dedicamos a la memoria de nuestros congregantes fallecidos, se emocionan hasta derramar lágrimas y se preguntan admirados si será verdad lo que de los mismos se consigna en estas páginas. Pues es la purísima verdad. Basta para convencerse de ello recordar que, siendo ordinariamente la muerte como ha sido la vida, la muerte del buen congregante ha de ser preciosa en el acatamiento de Dios y también a los ojos de los hombres.

Enrique fué y será siempre para nuestra Congregación un nuevo timbre de gloria. Su espíritu encajaba en ella admirablemente y sin esfuerzo ninguno.

Se conservan cartas suyas de hace varios años en las que sin pretenderlo transparenta

Universidad de Deusto
Biblioteca

su alma; tanto más, cuanto que solía escribirlo sin intervención de mano ajena, aunque haciendo primero su correspondiente borrador.

Hace varios veranos escribía estas líneas que demuestran el empeño que tenía aun en época de vacaciones, de seguir practicando lo que en el seno de la Congregación había aprendido: "... Por las mañanas nos levantamos antes de las ocho; y, con estar lejos la parroquia de Amurrio, vamos a Misa de ocho y media; recibimos la sagrada Comunión y rezamos las oraciones que usted nos enseña en ésa, etc., etc."

Vivía su madre, cuando a los nueve años sufrió una pulmonía complicada con pleuresía. Quedó naturalmente maltrecho; pero consiguió con muchos cuidados reponerse pronto. No había pasado aún mucho tiempo, cuando pensó su padre que podía reanudar su asistencia a la Misa temprana de la Congregación.

Esta resolución costó algo a su buena madre, pero la experiencia demostró palpablemente lo acertado de ella, pues Enrique siguió mejorando de cuerpo y lo que vale inmensamente más, ganando muchísimo en el alma.

La estima en que tenía a su Congregación se vió siempre por el afán que demostraba de que en ella se alistaran sus mejores amigos; no podía manifestarles mejor lo mucho que les quería. Ser congregante era para él su mejor gala.

Las contestaciones que daba a las preguntas de los Concursos demuestran lo mismo. Vamos a entresacar algunas.

¿Qué respondería a un compañero que, con tono de guasa, me preguntara para qué sirve la Congregación?—Que las Congregaciones sirven para educarse de manera que sirva uno de bien en la sociedad y para vencer las tentaciones con el amparo de la Virgen.

¿Qué diría al que quisiera llevarme donde nadie nos vea, o cierra la puerta de modo que no puedan sorprendernos?—Yo le diría que "Arriba está quien para abajo ve."

¿Qué se les debe responder a los congregantes que dejan la Misa y Comunión diarias con la excusa de que no tienen tiempo bastante en todo el día para estudiar, sobre todo al fin de curso?—Que la mejor asignatura de la tierra es la salvación del alma, y ésto se consigue por medio de la comunión diaria.

¿Cuál es la principal razón que nos debe mover para interesarnos por las Misiones—El salvar almas.

¿Cómo suelen empezar a perderse algunos congregantes?—No haciendo caso de los consejos del Padre y andando con malas compañías.

Cuál es el mejor medio para vivir santamente?—Recibir cada día a Jesús Sacramentado.

¿Cómo consiguió Carlos que su padre se convirtiera?—Rogando por él en la Sagrada Comunión.

¿A qué precio conquistó muchas almas?—Conquistaba almas a precio de su propio sacrificio.

Si un padre quisiera hacerle a su hijo irrespetuoso y desahogado, ¿qué podría permitirle, qué aconsejarle, para salir con su intento?—Permitirle que vaya a todos los espectáculos que manchan el alma y darle libertad para estar con malas compañías.

¿Cuál suele ser el medio más eficaz para ganar para Dios un alma perdida?—La oración y después los sacrificios.

No es extraño que quien así siente del beneficio de la Congregación y de sus máximas y ejercicios cotidianos, tuviera el alma siempre dispuesta para recibir las influencias de la gracia y los consejos de los que le gobernaban.

Prueba de ello será su última carta de 31 de Agosto de este año. Gustosísimos reproduciríamos al fotograbado sus cuatro páginas, si hubiera aquí espacio suficiente; podrían así apreciar todos en la reproducción, su suelta y bien formada letra y su correcta redacción y ortografía. Acreditaría todo ello muchísimo a sus profesores, los Hermanos del Colegio de Santiago Apóstol.

Da cuenta en ella de su vida; del pueblo de Elorrio, tan limpio y bonito, como él dice; de los alrededores y de las fiestas que estaban preparando; de la horita de estudio y de todo lo que creía podía interesarnos. "Me levanto, dice, a las siete y media; hasta ahora solíamos ir a la fuente de agua sulfurosa; tomábamos dos vasitos y a casa, para desayunar; después oíamos Misa de nueve".

No tuvo que esperar a que el Padre le animara por carta a que siguiera comulgando todos los días; le bastó recibir "Flores y Frutos" de Agosto y leer los trozos de las cartas de otros congregantes.

Observó su padre que se distraía algo en la Misa, y le aconsejó que llevara el devocionario; desde entonces lo usó, y confesaba que leyéndolo se le hacía el tiempo cortísimo.

Este era Enrique; abierto siempre y dispuestísimo a recibir admirablemente cualquiera insinuación por pequeña que fuera, obediente exactísimo, piadoso y humilde, amante de su Congregación, cumplidor de sus deberes, listo, formal, esmeradamente educado, y prudente con la prudencia que aun en los albores de la adolescencia comunica la virtud y la gracia de Jesucristo que como rocío cae constantemente en las almas que se enamoran de El y le reciben diariamente.

Que desde el cielo nos alcance la gracia de imitarle.

H. I.



Núm. 160.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Noviembre de 1926

Una gran duda.

Querido Tomás: Cuando de pequeño iba a la escuela, claramente me dijo el maestro que yo no había nacido para los libros. Pero, por un fenómeno muy corriente en la vida, yo me empeñé en que los libros eran mi elemento, poco más o menos como el agua para el pez. Ni me contenté con ésto: me metí a filósofo.

No sé si por tener razón mi maestro, o por ser ésta, de la filosofía, empresa superior a mis fuerzas, es lo cierto que ando siempre con mi cabeza llena de dudas y hecha un ovillo. Y ésto, ¿qué quiere decir? ¿cómo se explica?; esos son los problemas que absorben mi seso y mis ratos de ocio.

"¿Qué es el hombre?", pregunto. "El hombre es el rey de la creación", me responden. A ti te parecerá esto cosa clara, ¿verdad? Pues, mira, hablándote con franqueza, yo no lo entiendo; y te voy a explicar la razón de mi ignorancia.

Soy muy aficionado a cazar, y para poder ejercitarme durante el invierno, he ido a Bilbao a comprarme unos borceguíes. ¡Un primor! material de primera, suela como de acero, hechura muy airosa; he soltado los siete duros que por ellos me han pedido, con mucha satisfacción.

Con mi mercancía debajo del brazo entro en el tren, y por esa curiosidad tan general en los filósofos, yo me callo, pero sigo las conversaciones que oigo en mi alrededor.

—¿A dónde vas, Juan?, pregunta uno.

—Pues, a casa, le responde el otro.

—Qué, ¿hemos estado de negocios?

—Poca cosa; alguna comprilla que otra. Lo de este bulto es para Andrés. Me ha costado cinco duros; pero con ello puedo sacarme unas pesetas. Si tú me ayudas...

—Ya sabes, Juan, que, en lo que pueda, con mucho gusto.

—Pues, mira, yo le diré a Andrés que esto del bulto ha sido un poco caro, que delante de ti he tenido que soltar por ello diez duros como diez soles.

—¡Hombre! eso, sin más ni más...

—Sin más ni más, no, replica Juan: a ti te doy un duro y... santas Pascuas.

—¡Vamos! así ya cambia algo la decoración; no me parece mal.

Entretanto llega el tren a la estación de mi término. Adiós, señores; feliz viaje. Cierro la portezuela y a casa.

Cuando me veo solo en el cuarto, se levanta furiosa mi manía filosófica. Una de dos, me digo: o fallan las matemáticas o esto es un misterio.

Los borceguíes se venden por 35 pesetas.

Los hombres se venden por 5 pesetas; luego el rey de la creación tiene conciencia de que vale menos que un par de borceguíes. Esta es mi primera duda.

Después de darle mil vueltas y revueltas, no la he resuelto; pero, en fin, para no volverme loco, he cambiado un poco el aspecto del tema. "El rey de la creación, digo para mis adentros, tiene muy poca estima de sí; pero el príncipe heredero, o sea, los jóvenes, ya sabrán apreciarse mejor."

Comienzo a indagar, y ¡oh, fatalidad! resulta que el príncipe heredero se vende por 0,50 ptas.

Esto no puede ser así, me digo. Vamos a ver si la ley se cumple en los principitos. Mis investigaciones vienen a aplanarme.

Un principito, un jovencito de 10 a 12 años, se vende por no dar un pequeño disgusto a su mal amigo: otro principito se vende por un poco de curiosidad en el cine: otro, por un respeto humano.

Y las conclusiones que saco son las siguientes:

1.°) El rey de la creación, los hombres, se estiman a sí mismos en menos que un par de borceguíes.

2.°) El príncipe heredero de la creación, los jóvenes, piensan que valen menos qué un par de alpargatas.

3.°) Los principitos, muchos jovencitos de 10 a 12 años, valen menos que un fantasma, porque el ¿qué dirán? es un fantasma.

Ya sabes que entre las obras de misericordia está la de "enseñar al que no sabe".

Querido Tomás: yo, ésto, no lo entiendo; explícamelo.

S. I. J., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Los niños no se fijan.

I

Si conocierais a Pepín Alegría, no os extrañaría lo que os voy a contar: Pepín es un muchacho espigadillo, de solos nueve años; es rubio, de ojos azules; su interior, a juzgar por la inocencia que se trasluce en todo su modo de ser, por su mirada candorosa, y franca risa, debe ser muy hermoso. Pepín tiene una hermanita algo mayor que él, Marichu; en lo físico y en lo moral, es como su hermano.

Suele decirse que, para decir verdades, los niños y los locos; y en este caso Pepín dijo una de esas verdades de a puño, que, por lo mismo, a más de uno, como sucedió a la mamá de Pepín y a Marichu, le disgustará.

II

Pepín era un verdadero entusiasta de la causa misional, y se pasó la tarde, como muy frecuentemente lo hacía, curioseando revistas de misiones en el colegio en que se educaba. Y al anochecer volvía a la suntuosa quinta en la que vivía con sus papás y hermanos; y alguna idea se le debió clavar en su imaginación al curiosear las revistas, porque al entrar en casa, y luego que hubo saludado a su mamá, lo primero que le dijo fué:

—Oye, mamá; en el colegio vi una revista, con retratos de indias salvajes vestidas como Marichu...

—Eso no se dice, Pepín...

—¿Es malo, o qué? Pues aquellas indias se visten así, y son salvajes...

—Te he dicho que eso no se dice...

Pepín no quedó satisfecho de la solución y se fué a hablar con Marichu.

—¡Oye, Richu!

—¿Qué quieres, Pepín?

—Dije una cosa a mamá y ¡se enfadó más!...

—Pues ¿qué le has dicho?

—Díjele que en el colegio vi una revista ilustrada, con indias salvajes vestidas como tú...

—¡Hombre, muchas gracias!

—¿También tú te enfadas?

—No, que me voy a reir oyendo de tus labios esa flor...

—Pues, entonces, ¿para qué te vistes así? ¡no te vistas!...

Tenía razón Pepín: hay mamás que permiten vestir o visten a sus hijas de un modo muy parecido o peor que el que usan las salvajes por falta de medios, imitanlas en el vestir y no quieren que se les tenga por salvajes.

Hay que atenerse a las consecuencias...

C. L., Congr.

Dos ladrones escandalizados.

Hay un cuento popular griego que indica la importancia que daban los pueblos ortodoxos del Oriente a la observancia del ayuno; si bien en nuestros días la fidelidad a las prácticas religiosas, tanto en éste como en otros puntos, está en grave decadencia en el Oriente.

Este caso aconteció en las áridas montañas del Peloponeso y en primavera. Dos ladrones, buenos cristianos (?), recorrían sus dominios en busca de alguna buena presa, cuando se dieron cuenta de que más abajo de ellos un pastor descendía tras su rebaño hacia un arroyo cercano. Iba sólo con sus perros: el negocio se presentaba redondo.

—En un instante, se dicen ellos, seremos dueños de un centenar de hermosas y gordas ovejas.

Se le acercan a paso de lobo, y una vez a tiro de fusil, se oyen dos disparos: ¡Pum! ¡Pum!

El pobre pastor, sin saber de dónde le viene la muerte, cae sin vida sobre su rostro. El rebaño, espantado, se precipita hacia un barranco, los perros, cumpliendo su obligación, corren tras las ovejas, mientras los dos bandidos descienden con toda tranquilidad al lugar donde se halla su víctima.

Las dos balas habían ido perfectamente dirigidas a su blanco; una sola habría bastado, si bien con la derrochada no serían muchas las hazañas realizables. Pronto se dan a despojar al pastor, aunque sin gran esperanza de encontrar una fortuna, pero... quizás... ¿quién sabe?...

Con todo, en los bolsillos del miserable logran hacer un hallazgo: son algunas piezas insignificantes de metal... por lo que no dejan de quejarse de que no llevara los bolsillos mejor provistos.

De repente, uno de ellos se detiene contemplando en sus manos algo que se asemeja, sin duda alguna, a restos de queso, primitivamente blanco...

—¡Santo Dios! ¡perdonadle! ¡oh, desgraciado!...

—¿Qué ocurre? ¿qué has encontrado?, pregunta el compañero.

—Ten, hermano, mira, mira ésto, ¿no es un pedazo de queso?

—Así es, y ¿qué?

—¿Qué? ¡Tú también! ¿has olvidado que estamos en Cuaresma? (Recuérdese que el ayuno prohibe a los orientales los lacticinios durante toda la Cuaresma).

—En Cuaresma, es cierto... y este miserable pastor tenía queso en su bolsillo; por consiguiente, ¡¡habrá comido de él!!

—¡Evidentemente! ¡Por eso admiremos la providencia de Dios, que le ha hecho caer a nuestros tiros!

¡Recuérdese la moraleja de la fábula!...

R. C., Congr.

Nuestras excursiones eucarísticas

Santurce.

Un paseo por el puerto exterior en el mes de Julio, es agradabilísimo; y mucho más acompañando a la Santísima Virgen del Carmen, como venimos haciéndolo desde que se estableció esta marítima procesión, tan pintoresca como devota. No ya a hombros, sino al impulso de distinguidos remeros, sobre su propia lancha, que le está consagrada como altar flotante, avanza la sagrada imagen rodeada de lucido clero.

A su lado, cantándola, flotamos también nosotros en un gran remolcador.

Este es, de ordinario, el primer paseo de verano, y de tal suerte nos bendice la Santísima Virgen en ese día, que es nuestro mejor seguro de accidentes.

Oña.

Bien empezamos a probarlo en nuestro inolvidable paseo a Oña. Allí tienen los Padres de la Compañía, aunque rústica por lo apartada y rodeada de gigantescas peñas, una Universidad, con toda clase de gabinetes, hasta los más modernos de experimentación en biología, a cargo del P. Laburu y del no menos notable Padre Menchaca.

Lástima que las seis horas no dieran de sí más que para enterarse a la ligera de tanta ciencia y experiencia y hasta del arte que en monumentos antiguos allí se encierra.

Limpias y Santoña.

En todo punto distinto, aunque no en lo agradable, fué el paseo medio marítimo que dimos a Santoña.

Saludamos al Santo Cristo de Limpias con un devoto Vía Crucis, y nos embarcamos en seguida en tres gasolineros para Santoña.

Después de comer nos abrieron las puertas de otra Universidad, muy distinta de la anterior: del Penal de Santoña.

No vimos, después de recorrer las clases y talleres, más que a algunos pocos alumnos internos; pues, como domingo, estaban casi todos en una sala esperando a su banda de música que alegrara algo aquel su forzado retiro.

Dima.

Otro domingo nos vió casi todo el pueblo comulgar en la misa más concurrida; y pudieron habernos visto entrar provistos de velas y linternas en las famosas cuevas de Balzola.

Ceberio.

A los quince días comulgábamos en Castillo-Elejabeitia; y poco después, repuestas las fuerzas, nos sentíamos alpinistas; tanto, que no paramos hasta Ceberio-Gana, que está, como lo dice su nombre, a considerable altura.

Orduña.

Con la visita a la Virgen de la Antigua en Orduña, cerramos la temporada de verano. Tan sencilla se presentó allí aquella veneranda imagen y tan a la mano, que más que a invocarla se prestaba a conversar con quien tan a lo vivo está allí presentada y venerada. Parecía que ella misma, al acercarnos a comulgar, nos ponía en la boca el Pan del Cielo.

Como la lluvia no nos permitió escalar la Peña, pasamos agradabilísimamente la mañana visitando aquellos gabinetes donde no en páginas, sino al vivo, se aprende la Historia Natural, la Física, la Química, etc., etc.

Aprovechamos el buen tiempo de la tarde para jugar un gran partido en uno de aquellos campos de foot-ball de los colegiales.

Y con esta visita a la Santísima Virgen, cerramos el curso de nuestros paseos eucarísticos.

P. P., Congr.

Una buena lección.

Iban de viaje, en el mismo departamento de un coche, un abogado y un jovencito; éste, al pasar frente a una iglesia, quitándose el sombrero, se santiguó.

—Sin duda, amigo, eres muy devoto, le dijo el abogado sonriéndose.

—Sí, señor, contestó el niño; así me han enseñada hacer en casa y en el colegio.

—¡Ah, ya! ¿y qué te enseñan ahora?

—Ahora nos explican los misterios; estamos en la primera parte.

—¡Ah! ¡los misterios!... ya he olvidado tales cosas, como te sucederá a ti dentro de pocos años...

—No, caballero; jamás olvidaré los misterios de la Santísima Trinidad, de la Encarnación y de la Redención.

—¿La Trinidad?...

—Sí, señor: un sólo Dios en tres personas.

—Pero, ¡cómo comprendes tú eso, amiguito!

—Tres cosas hay que considerar: saber, creer y comprender. Yo sé y creo; pero no comprendo; esto último sólo lo conseguiré en el cielo.

—Todo lo que me refieres son tonterías; yo sólo creo lo que comprendo.

—¡Oh, caballero! ya que usted sólo cree lo que comprende, dígame ¿por qué su dedo se movía cuando hablaba?

—Porque mi voluntad imprime un movimiento al nervio que corresponde al dedo.

—Pero, ¿de qué manera se hace que su voluntad influya en el nervio?

El abogado se pone a pensar.

—¿Comprende usted cómo?

—¡Oh, sí que lo comprendo!

—Pues bien; ya que usted lo comprende, dígame ¿por qué usted queriendo mueve el dedo y no mueve la oreja?

El abogado, viéndose apurado, a falta de argumento, balbuceó:

—Déjame tranquilo, amiguito, eres demasiado joven para darme a mí lecciones...

Creen estos enfatuados, a cualquier atrevido las mayores tonterías, cumpliéndose en ellos lo que dijo un gran genio: "Que la superstición ocupa el lugar que deja vacío la fe."

R. E., Congr.

Otra buena lección.

Hablando un pastor protestante con un niño católico que iba a hacer la primera Comunión, le preguntó:

—Pero, ¿crees que en la Hostia, que vas a recibir, está Cristo en cuerpo y en alma?

—Ciertamente que lo creo.

—Dime, ¿sabes el Padrenuestro?

—A ver, recítalo.

—Hace mucho que lo sé.

—Padre nuestro, que estás en los cielos...

—Basta. ¿Qué quiere decir que está en los cielos, si has dicho antes que está en la Hostia?

El niño quedóse un momento pensando y luego dijo:

—¿Quiere usted hacerme el favor de recitar el Credo?

Universidad de Deusto
Biblioteca

—Con mucho gusto: Creo en Dios Padre Todopoderoso...

—Basta. ¿Qué quiere decir Todopoderoso?

—Que Dios puede hacer todo lo que quiere.

—Pues si es así, muy bien puede estar en los cielos y en la Hostia consagrada. ¿No le parece a usted eso?

Pronto corrió la voz de haber sido reducido al silencio el pastor protestante por un niño, y fué tal la rechifla, que tuvo que marcharse con la música a otra parte.

R. E., Congr.

El Portillo amargo.

Parece imposible que pasara antiguamente un camino carretero por aquel sitio, cubierto ahora de pinos, de carrascos y de maleza; cuando en verano da allí el sol, no hay ser viviente que pueda resistir el ambiente caldeado de la cuesta, encerrada entre abruptos peñascos; y en invierno es el rincón donde los vientos amontonan la nieve en enormes cantidades.

Los carreteros habíanle llamado "El portillo amargo", no sólo por la dificultad con que lograban vencer la cuesta, sino porque era el lugar preferido de los ladrones, dueños de todos aquellos escondrijos. Junto al camino estaban varias cruces pequeñas, que recordaban otras tantas muertes de infelices caídos en manos de salteadores.

Una tarde de otoño, habíanse recogido ya los de la cuadrilla a una cueva, un poco separada del camino, cuando el vigía, apostado a su entrada, vió a lo lejos un carro; entró en seguida en la cueva para dar cuenta de ello a sus compañeros, y tomando sus armas, asomáronse al boquete de su agreste vivienda. Pero ¡cuál no sería su desencanto, cuando vieron que, al lado de las mulas, venían, con sus armas al hombro, doce aldeanos de la vecina aldea, dispuestos a luchar con ellos! No atreviéndose a atacarles por ser tantos sus contrarios, agazapáronse detrás de la maleza para saciar sus ojos con la vista de aquella presa que se les escapaba, echando maldiciones por la mala suerte de aquel día.

Como al carretero le salvó la vida el ir acompañado de otros hombres decididos a defenderle, así a nosotros nos librará de muchos peligros el unirnos mucho todos los congregantes; sobre todo, cuando veamos a alguno en peligro de caer o empezando a amistarse con algún mal amigo. Si no le sacamos de esa mala compañía, para poco somos.

V. M. A., Congr.

Un ídolo singular.

Un pagano tenía en su casa un ídolo, al que adoraba todos los días con el más profundo respeto y al que ofrecía numerosos sacrificios. Esto le hacía mantener la esperanza de que el ídolo agradecido le había de colmar de riquezas, pudiendo con ellas pasar felizmente los días de su vejez.

Entretanto como el pretendido dios se mostraba inexorable, el pobre hombre iba bajando de la pobreza a la indigencia, y de ésta a la miseria.

Furioso un día de ver defraudadas sus esperanzas por tan largo tiempo, agarró una no pequeña tranca, y descargándola sobre su ídolo lo hizo rodar por el suelo hecho añicos. Al mismo tiempo que los pedazos del ídolo cayeron infinidad de monedas de plata y oro que habían sido encerradas en sus entrañas para mayor seguridad.

Alegre por ello el pagano no pudo contener esta exclamación:

—Mientras le he honrado ni el más pequeño beneficios he recibido de él; sólo los malos tratamientos le han obligado a abandonar sus tesoros!

¡Cuántos desgraciados ricos mientras viven no hacen nada por los pobres; acumulan riquezas para que se rían de ellos los que las heredan.

R. G., Congr.

¡Sea lo que Dios quiera!

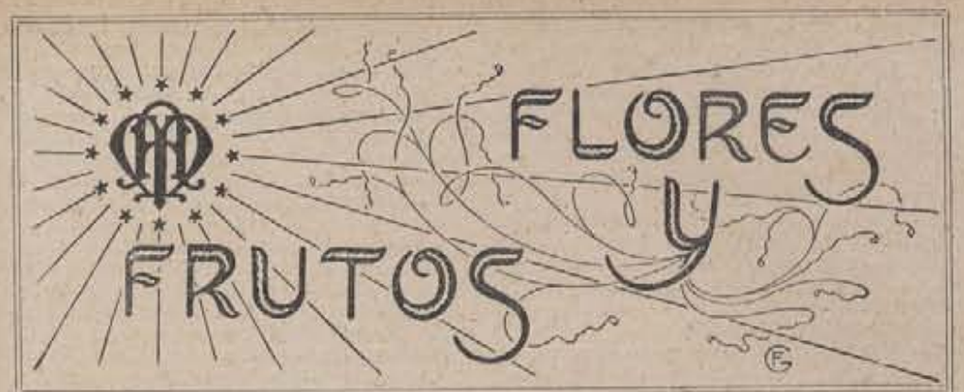
En Mayo de 1897 aconteció en las cercanías de Oddesa (Rusia) el siguiente suceso: Un guarda agujas tenía encomendado, el dirigir en un cambio de agujas cada tren por la dirección conveniente.

Un día su hijito de apenas cuatro años se hallaba jugando junto a la vía, y quiso la casualidad que el niño se cayese sobre rail al tiempo que se acercaba un tren a gran velocidad y que por aquellos raíles fuese justamente por donde debía dirigirse aquel tren. El tiempo no permitía salvar a su hijito pequeño; sólo dirigiendo el tren por otra vía hubiese sido posible salvarle; pero entonces el choque hubiese sido imposible de evitar, y el número de víctimas, dada la velocidad, hubiese sido enorme.

Ante esta lucha de deberes él, fiel a su servicio, no vaciló un momento y exclamando con voz ronca ¡SEA LO QUE DIOS QUIERA!, dirigió el tren por la vía que debía ir sobre el cuerpo del infeliz muchacho. El tren pasó, pero quiso Dios que el niño diese media vuelta pasando el tren junto a él sin hacerle nada. El guarda agujas no se atrevía a mirar por miedo de encontrarse con el cuerpo de aquel niño hecho pedazos pero ¡cuál fué su sorpresa al ver que el niño estaba completamente sano y que asustado se levantaba! El padre se puso de rodillas después de coger en sus brazos al niño, y dió gracias a Dios por haber dejado sano a su hijo.

La Dirección de la Compañía, cuando supo aquel noble acto, mejoró considerablemente el empleo de aquel hombre, que fué siempre considerado por todos.

R. E., Congr.



Núm. 161.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Diciembre de 1926

Don Calixto el...

I

Don Calixto era un... no me atrevo a decir lo que era; vosotros lo diréis al conocer algo de su vida y milagros.

Todo el día se lo pasaba limpiando sus joyas, que eran muchas, de esta manera singular: limpiaba con mucho esmero el metal, pero la piedra preciosa engastada en el oro la dejaba mugrienta y llena de polvo. A sus criados los vestía como a príncipes; en cambio sus hijas parecían unas gitanas, unas mendigas. ¡Tan pobre y rotamente vestían! El desdén más irritante lo reservaba para su señora, y si ésta hablaba resentida, palo; con las personas desconocidas y de menos valer, todo era dulzura, almíbar, riquísima miel.

Los que veían este proceder de don Calixto, decían que era un hombre descentrado, un bicho raro; y los que llaman a las cosas con sus nombres propios, decían, lo que de seguro estaréis diciendo vosotros, que don Calixto era un gran loco.

Para rarezas y locuras, el siglo en que vivimos, el siglo XX. Se han formado muchas sociedades tomando por modelo a don Calixto el loco: sus locuras son el ideal a que aspiran. ¿Os parece raro? ¿no tenéis noticia de esas sociedades? Seguid leyendo y veréis si miento.

Todos los hombres tenemos una joya preciosa encerrada en un metal no tan precioso, ni mucho menos: el alma engastada en el cuerpo. Pues bien, ha entrado la moda de limpiar mucho el cuerpo y dejar sucia el alma. Cuando yo leo el nombre de "Sport-Club", muchas veces lo traduzco así: "Ahí está el sistema de don Calixto: a limpiar el metal bajo y a dejar sucia la piedra preciosa." Sigamos adelante.

El cuerpo es el criado, el alma es la hija predilecta. Pues ¡dale con las rarezas! a adornar al criado, a gastar por él y con él dinero, tiempo y salud; y la hija predilecta ¡Dios mío! hecha un harapo, un guiñapo que da asco mirarla; ni un céntimo se gasta por ella, ni un minuto se reserva para mirar por su estado.

Con el cuerpo, que es inferior en calidad, muchos miramientos; ¡qué tratamiento tan inicuo al alma, a la reina de casa!

II

Hablando el otro día sobre este tema con un compañero mío y al manifestarle las ideas de que hoy se fomenta mucho, *demasiado*, el sport del cuerpo, aun a costa del *sport* del alma,

—Lo que yo veo es, me dijo, que tú eres enemigo del deportismo.

—¡Vil calumnia!, le repliqué con viveza, y para que viese que no había en mí semejante enemistad, grité a todo pulmón: ¡Viva el deporte!

Pero claro está que no acepté, ni mucho menos, algunas de las razones que en defensa del deportismo aducía.

—Los dedicados al sport, como deportistas, prescinden del alma, me decía.

—Pues muy mal hecho, le repuse. Porque en todos nuestros juegos y acciones, ante todo y sobre todo, es la cuestión del alma, y cuando se atraviesan intereses encontrados entre el sport y la moral, no se puede prescindir; de cabeza hay que seguir el imperativo de la moral; no hay más remedio.

—Concedido, me respondió; pero el sport nunca suscita intereses opuestos a los de la moral cristiana. ¿Dónde consta esa supuesta oposición?

—Claro está que éso no consta en el reglamento, le dije, pero, amigo, los hechos cantan; y muy ciego ha de ser quien no vea que el deportismo es causa del abandono de muchos deberes religiosos.

—El deportismo, no, me replicó caliente mi interlocutor; será el abuso del deportismo.

—Muy bien, compañero, contra el abuso hablo, contra ese frenesí que ha entrado en la juventud y que para muchos parece que ha suprimido la obligación de oír misa y otros deberes religiosos. Y para que veas que hablo contra el abuso, mi lema en este punto particular es el siguiente: *Mens sana in corpore sano*: Alma sana en cuerpo sano. Cuerpo sano, sí, sano como una manzana, fuerte como un roble, pero también... alma *sana* con ideales nobles, *fuerte* con exuberante

Universidad de Deusto
Biblioteca

vanidad. Toda sanidad del cuerpo a expensas de la sanidad del alma, es mala, irracional. ¡Vaya con las aspiraciones de algunos! Tener más fuerzas que un buey, más acometividad en sus puños que un toro en sus astas, más resistencia y velocidad que un caballo. ¡Por Dios! apuntemos más alto. Tanta civilización y tanta ilustración para venir a envidiar... los músculos de un buey?

El hombre es tanto más hombre cuanto su nivel intelectual sea mayor, y sobre todo cuanto su elevación moral sobrenatural sea más considerable. Por aquí se debe empezar, ésta es la base imprescindible. Si a esto se añade la educación física, mejor que mejor.

Así que lo primero más importante, es *la educación moral cristiana*. Después, *la educación intelectual*. Por último, *la educación física*.

Limpiemos, enhorabuena, el oro de nuestro cuerpo, pero no descuidemos la joya de nuestra alma; adornemos al criado, pero no abandonemos a la hija; atendamos a los de fuera, pero nunca con detrimento y a expensas de la reina de casa.

Me dirás que es muy distinta la moda, y que aunque imitemos a don Calixto no nos llamarán locos.

Pero éso no quita, como ves, el que lo seamos en realidad, y por desgracia, locos de remate. Así que, en conclusión:

Cuerpo sano, sí; pero, sobre todo, alma sana

S. I. J., Congr.

Duelo a muerte.

Lo que a continuación va escrito es un hecho histórico que tuvo lugar en una nación extranjera, cuyo nombre omito por no hacer al caso. Parece cosa de risa, y éslo en verdad, pudiendo servir de consejo a quienes titubeen al elegir armas para sus desafíos.

Es el caso que un pastor protestante y un personaje influyente se desafiaron a un combate singular.—El predicador, Bowmann de nombre, alto y robusto, no escatimaba los más crueles improperios a aquel individuo, que a diario le interrumpía en sus discursos públicos. Sintióse éste herido en su honor y envió con toda finura una tarjetita con el reto al mal hablado pastor. Quedó por parte de éste aceptado el duelo y reservado el derecho de escoger armas.

Horas más tarde se comunicaban las escogidas: buena cantidad de gruesas patatas irlandesas, distribuídas a medias entre las dos potencias beligerantes, habían de ser lanzadas alternativamente sobre el contendiente y a quince pasos de distancia.

Enfurecido el retador por la nueva injuria protestó con mayor fiereza que cortesía, pero ante la amenaza de ser denunciado públicamente como bellaco se vió en la precisión de callarse y resignarse.

Llegados el día y la hora convenidos no fué escasa la concurrencia que a tan nunca visto y jamás oido espectáculo se halló presente.

La primera patata fué lanzada por el vigoroso puño de Bowman: el golpe hirió de lleno al adversario y deshizo al tubérculo no sé si en cien o en mil pedazos. Los espectadores prorrumpieron en un aullido de alegría, que hizo se pusieran en tensión y se crisparan los miembros todos del provocador, pues, siendo conocida su alta dignidad, la humillación subía de punto; al impulso pues de aquellos, en los que concentró su rabia, su furia y su soberbia disparó su patata, tan furiosa y ciegamente que erró el golpe.

Otro proyectil lanzado por el pastor tuvo el mismo éxito que el primero, y una nueva mancha amarillenta vino a adornar al aporreado caballero. Cinco veces se repitió la función. A la sexta le dió de lleno en el rostro, y le aturdió la cabeza de tal modo que perdiendo la noción del equilibrio se vió en la fatal necesidad de medir el suelo con sus espaldas.

No escatimaron los espectadores las befas y pullas al vencido, y entre ellas fué llevado a su casa donde pudiera reparar y curar los efectos de tan reñida lucha.

Según documentos auténticos, que no se hallan en ningún archivo, se sabe que desde entonces desapareció el duelo de aquel pueblo.

¡Cuantas veces el tomar las cosas por el lado alegre y hasta cómico, evita lo que de otro modo no se pudiera evitar! No las cojamos por donde queman, que siempre seremos nosotros los que nos quememos.

R. G., Congr.

Hermosa respuesta.

Preguntado uno de los oficiales del ejército francés, que se negaron a ejecutar las órdenes de expulsión de las religiosas, por qué no había imitado la conducta de algunos de sus compañeros que, aunque con gran repugnancia, habían obedecido a sus superiores, contestó:

—¿Cómo podía hacerlo, si había comulgado aquella mañana?

Hermosa respuesta que debería hacer enrojecer de vergüenza a muchos católicos, aun, a los que practican las obras piadosas. ¡Cuántas veces deberían decir al pecado y al mundo que los solicitan: ¿Cómo he de hacer si he comulgado esta mañana?

I. E., Congr.

Los malos amigos.

Rafael era un joven inteligente, poseedor de una inmensa fortuna y de costumbres purísimas: huérfano de padre y madre, era dócil y obediente a sus tutores.

Ya iba a terminar su carrera de abogado cuando tropezó con un antiguo compañero de colegio, joven cretino; uno de esos jóvenes ricos, viles, llenos de vicios; infames que no se contentan con serlo sino que han de hacer malos a otros: un escandaloso de los hoy tan en boga, celebrados por sus amigos; pero de los que Nuestro Señor Jesucristo decía que les fuera mejor que, atada una piedra de molino al cuello, fueran arrojados en medio del mar.

Rafael, desde que comenzó a frecuentar el trato con aquel amigote, ya no era el de antes: abandonó la frecuencia de Sacramentos, se hizo amigo de bailes y derrochador de su inmensa fortuna. No le faltaron voces amigas que le avisaran se apartase del mal camino emprendido, pero fué inútil.

Fué una tarde de invierno: Rafael, ebrio de alegría se las prometía felices y salió a divertirse montado en una motocicleta; no se habría apartado un kilómetro de la ciudad en que vivía, cuando en una falsa maniobra fué a chocar con una columna de las que servían de adorno en la ciudad, quedando allí mismo estrellado.

Triste y desgraciado fin, que nunca puedo apartar de mi mente cuando visito el cementerio donde reposan sus restos: y todo... por un mal amigo. Al cual, habiéndole dicho, cómo había pervertido así a Rafael, tuvo la osadía de decir, que él se tenía la culpa... que hubiera tomado sus medidas.

Para que se vea hasta dónde llega el amor de esos malvados amigos.

K. C., Congr.

El P. Damián.

...He asistido a una conferencia, que ha dado un sacerdote, amigo de mi papá, en el círculo del S. C. sobre el Apóstol de los leprosos, R. P. Damián, y he resuelto ser lo más caritativo que pueda con mis prójimos, sobre todo con los pobres... Fué este gran misionero paisano de S. J. Berchmans y desde los 24 años de edad comenzó a evangelizar en el archipiélago de Sandwich, curando y consolando a los leprosos de aquellas islas. Murió leproso, víctima de la caridad, pues trabajaba con todo el celo que podía, sin preocuparse del contagio, que al fin le sobrevino. Una de las cosas que más procuraba inculcar a los enfermos de que cuidaba, era la devoción a la Virgen a quien amaba tiernamente.

Yo por ahora no tengo fuerzas para imitarle en sus trabajos tan repugnantes y tan costosos; pero puedo imitarle en ser devoto ferviente de María, propagando como él su devoción.

I. M. C., Congr.

A propósito de...

Erase que se era un señor que vivía en el año 1840 y que comprendiendo que por efecto de sus achaques no tardaría mucho en morir, reunió a sus tres hijos: José, Luis y Pedro; y mostrándoles un haz, en el que habría 15 ó 20 varillas, ofreció al que las rompiera una buena suma.

José, el mayor, confió en su fuerza para romperlas; pero por más esfuerzos que hizo, no logró sino doblarlas ligeramente.

Siguióle Luis, que tenía fama de tener los dedos más fuertes de todo el pueblo, cogió el haz por arriba, por abajo, por el medio, con una mano, con la otra; pero ¡quiá! no hizo otra cosa más que magullarse los dedos.

Por último, Pedro, que era más listo que sus hermanos, soltó el haz, y una por una fué rompiendo las varillas hasta que no quedó una sana.

Pero no hace falta ir a tiempos tan remotos; en la actualidad reemplazando las varillas por los congregantes; y José, Luis y Pedro por un solo ser, el demonio, tendremos el mismo caso que acabo de explicar. Me expresaré: En las escuelas y academias, y principalmente en el Instituto, hay congregantes en muy crecido número (las varillas). Alrededor de esta juventud hay un demonio (Luis, José, Pedro) que se obstina en perder a los congregantes allí estudiantes, por medio de los malos ejemplos de los más atrevidos. Mientras los congregantes permanecen unidos, no hay demonio que pueda perderles, porque por efecto de la unión que hay entre ellos, ni siquiera permiten la existencia de malos ejemplos. Pero cuando, por descuido de algunos congregantes, el demonio logra disolver la unión. ¡Ay entonces!, los malos estudiantes se hacen los amos, y no hay poder que los resista; son entonces atrevidísimos.

Vivamos siempre muy unidos; que no puedan cogernos uno por uno.

J. C., Congr.

Un hijo consecuente.

En las Memorias, que del P. Juan H. Pollen ha escrito su hermano, dice que al terminar aquél sus estudios, su madre consiguió para él un buen destino en las oficinas del Estado.

Todo estaba ya dispuesto para que tomara posesión de su cargo, cuando sobresaltó a sus padres con la noticia de que quería hacerse religioso.

Como es muy natural, le fué preguntada la causa que le había movido a concebir semejante proyecto.

Su respuesta fué traer todas las cartas que su madre le había escrito durante su vida de estudiante y ponerlas sobre su falda.

Sintió ésta entonces grandísima sorpresa ante tal acción, cual no la había sentido nunca, y no pudo menos de expresárselo así a su hijo.

—Siempre me dijo usted en ellas, respondió éste, que primero pensase en Dios y en la vida eterna, antes que fijar mi atención en el mundo y en la vida presente.

Esto mismo nos repite con muchísima frecuencia la Virgen Santísima: seamos consecuentes con ella, ya que nos profesamos como hijos suyos.

I. M., Congr.

El incendio más dañoso.

En un pueblo, que visitamos en una de nuestras excursiones de verano, había sucedido pocos días antes de llegar nosotros una desgracia lamentable.

Una viejecita había ido a traer leña a un pinar donde estaban recogiendo la resina; al mediodía, quiso preparar su comida, y prendió fuego a unas ramas que había amontonado. Estaban muy cerca del fuego dos barriles, llenos de resina, que los obreros habían dejado a la vera del camino para llevarlos a la fábrica al atardecer: cuando hete aquí, que el fuego, como atraído por un material tan bien preparado para recibir su espíritu abrasador, como la resina, alargó sus llamas hasta uno de los barriles, que tenían su cuello tapado con ramas

Universidad de Deusto
Biblioteca

de pino: al darse cuenta de ello la viejecita, volcó el barril con intento de apagar el fuego; aquél fué rodando y esparciendo toda la resina, que comunicó el fuego a varios árboles. Corrió la vieja al pueblo para anunciar el incendio, y cuando los aldeanos, talando algunos pinos con sus hachas, lograron encerrar el fuego dentro de un círculo reducido, se habían quemado ya 5.000 pinos, con la pérdida de dinero que eso supone.

Y me decía yo al saber eso: ¿No estamos nosotros viendo incendios semejantes a éste, y aun mucho peores, todos los días? ¿No hacen más daño tantas y tantas revistas, llenas de incentivos para pecar, que se esparraman cada día en tantas ciudades y pueblos? Y sobre todo, ¡cuánto más valen las almas que los árboles!

V. M. A., Congr.

Caso muy reciente.

Un congregante hallábase en la cama, aquejado por un doloroso "antrax" que le había salido en el cuello y le producía dolores horribles. Como si ésto fuera poco, una aguda erisipela le brotó en seguida en la cabeza. Con todo ésto, los dolores y la calentura aumentaron considerablemente.

Los médicos temían una pronta meningitis, pues a consecuencia del "antrax" y de la erisipela el pus que había comenzado a formarse dentro de la cabeza aumentaba por momentos; con lo cual el desenlace no se haría esperar. El único remedio que ellos encontraban era abrirle la cabeza para extraerle el pus que allí se formara, y evitar así la meningitis.

El estado del enfermo no parecía poder resistir operación tan dolorosa, por lo cual su familia acudió con devoción y confianza a la que es Mediadora de todas las gracias, para que, sin necesidad alguna de operación, obtuviera de su Poderoso Hijo la salud del enfermo.

El auxilio de tan bondadosa Madre no se hizo esperar: a las cuatro horas de empezada la Novena vinieron los médicos a hacerle la operación; y ¡cuál no sería su asombro al examinar al enfermo y ver que el pus de la cabeza había desaparecido, que la calentura había bajado y que el enfermo estaba en franca mejoría!

El resultado fué que no hubo necesidad de operación, que era tan delicada que se temía causara la muerte al enfermo.

Ejemplos como éste los vemos repetidos en nuestros días con frecuencia; y si nosotros no los experimentamos, es porque no acudimos a Ella con la debida confianza. Aprendamos de este ejemplo, acaecido pocos días ha, a poner en manos de Nuestra Madre todas nuestras necesidades.

J. A., Congr.

Un valiente de verdad.

Era el año 1825; destruído el poder militar de España y estrechamente asediado el Callao por los vencedores, se hallaba en el castillo el Padre Marielux acompañando al brigadier Rodil. Este, después de nueve meses de sitio, llegó a descubrir una conspiración contra su persona, a causa de la escasez de víveres y el desaliento reinante.

Al recibir la noticia de que a las nueve de la noche había de estallar la furiosa revolución, mandó detener a los comprometidos, de cuya lengua no arrancó ni la menor revelación. El brigadier firmó la condenación a muerte de los procesados y mandó llamar al capellán.

—Capellán, dijo al P. Marcilux, son las seis: en tres horas confiese a esos insurrectos.

Eran las nueve y los condenados no se hallaban en este mundo.

Una vez ejecutados, no encontrándose Rodil del todo tranquilo, llama al capellán y a solas le pregunta:

—Padre, ¿podrá decirme lo que esos malvados le han dicho sobre sus planes y elementos de que disponían cuando se han confesado? En nombre del Rey le exijo que me lo diga.

—Mi general, me pide un imposible. No puedo revelar el secreto del penitente.

Se encendió el rostro del militar y exclamó:

—Fraile, me lo dices o te fusilo.

Marielux, imperturbable:

—Si Dios quiere mi martirio, cúmplase en mi su deseo.

—¿Con que no revelarás lo que te digo?, mugió el tirano. Capitán, venga un pelotón con los fusiles; y tú, fraile, de rodillas.

Llegaron al punto los soldados y a la voz de "carguen" y "apunten" le intimó por última vez a la revelación del secreto.

—En nombre de Dios, rehuso hablaros, respondió el religioso con acento débil, pero tranquilo.

—¡Fuego!, gritó entonces Rodil, y el Padre Marielux, ilustre mártir de la Religión y del deber, cayó traspasado por las balas.

J. B. M., Congr.

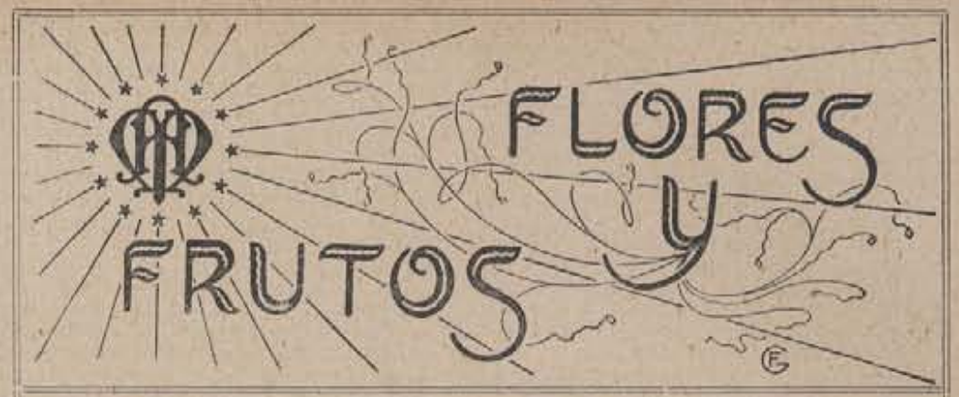
Mejor que amuleto.

Cuenta la Odisea que al volver Ulises a su patria, tuvieron que nadar hasta una isla pues el barco había naufragado. Allí residía la maga Circe que según fama entre los griegos, convertía a los hombres en puercos. Al penetrar Ulises y sus compañeros al interior, fueron a parar a una gruta espaciosa que era la morada de la maga.

Esta les recibió muy bien, pero con sus malas artes, a las que nadie podía resistir, pronto los convirtió en inmundos animales. Solo Ulises resistió a la maga, pues en su camino, Júpiter, le había inspirado cogiese unas hierbecillas que llevándolas siempre consigo le harían invulnerable a toda clase de encantamientos.

Y al leer esto se me ocurría a mí: Cómo aquellos desdichados sucumbieron ante los conjuros de Circe, así también nosotros sucumbimos muchas veces ante una pasión que nos rebaja a la calidad de los más inmundos animales; pero así como Ulises tenía un amuleto, nosotros también lo tenemos, pero no es amuleto, es poderosísimo auxiliar, la devoción a Nuestra Madre del Cielo, con la cual venceremos a todos nuestros enemigos.

A. M., Congr.



Núm. 162.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Enero de 1927

Otro Estanislao más en el cielo

José María Gutiérrez Luco está representado ahí en el día de su primera Comunión. Desde entonces hasta el 13 de este mes, en que cumplía casi trece años, aquellos sus ojos se habían agrandado y rasgado y eran tan limpios y transparentes, que parecían hechos no para recibir en su retina las imágenes de los objetos que miraba, sino para hermosearlos con la luz que salía desde el fondo de su alma a través de sus pupilas claras, como si estuvieran iluminados ya con la serena y vivificadora lumbre de los ojos de Dios.

¡Oh, qué santa envidia sienten nuestras almas al ver ya seguro a nuestro ejemplar e inocente José María! ¡Qué Navidades las suyas! ¡Bendito él, que unido a los ángeles repetirá lleno de alegría, como uno de ellos, el canto celestial que en las cercanías de Belén entonaron en la primera Noche-Buena que en la tierra se celebró: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad"!



* * *

Acababa de hacer los Santos Ejercicios; ¡qué bien se ha preparado para irse al cielo! ¡Si parece que lo estaba presintiendo! Ved, si no, cómo respondía a algunas de las preguntas que durante estos hermosos días se nos suelen hacer.

"¿Cuál es la espada que todos tenemos sobre la cabeza?"

—*La muerte.*

"¿Qué haremos para que no nos mate?"

—*Prevenirnos.*

"El que muere en gracia de Dios, ¿se muere de veras?"

—*No, Padre.*

"¿Sabes cuándo vas a morirte?"

—*No, Padre.*

"¿Qué deberás hacer si no eres tonto?"

—*Prevenirme.*

Y la verdad es que puso de su parte cuanto estaba en su mano, para conservar siempre la limpieza no manchada de sus 13 años.

Niño aún, candoroso e inocente, quería, desde los albores de su vida, asegurar ya la entrada franca en el cielo; era que en su alma se adelantaba a los años la estima verdadera de lo que es Dios para los bienaventurados.

Salta a cada paso en las respuestas presentadas por él en los concursos esta idea: "¿Qué es lo más terrible del infierno?"

—*La privación de la presencia de Dios.*

No parece sino que temblaba al pensar que un día pudiera llegar a hacerse indigno de ver la cara de Dios; de ahí brotaba en él el exquisito cuidado con que guardaba su tesoro.

"¿Cuál es—le preguntaron un día—el vestido con que querrás presentarte el día del juicio?"

—*El de la inocencia,* respondió con candor.

La misma idea, manifestada de otro modo más práctico, la encontramos consignada por los miembros mismos de su familia. "Su gran ilu-"sión, dicen, fué hacer los Nueve primeros "Viernes. Los empezó en Noviembre del año "pasado y sin duda la Virgen Santísima, que "conocía su próximo fin y quería quedase ese

Universidad de Deusto
Biblioteca

consuelo a su familia, fué la que hizo que en cierta ocasión no los perdiese. Era el primer "Viernes del mes de Mayo; se disponía a to"mar tranquilamente su chocolate, sin que re"motamente se acordara en qué día estábamos, "cuando entró su hermana y le dijo: "José "Mari; los Viernes..." No esperó más; dejó "el desayuno en la mesa y se escapó a la Ca"pilla de los PP. Escolapios, diciendo: "Ya que "no tengo tiempo para oir Misa, comulgaré "antes de entrar a clase"; y así lo hizo.

"Cuando terminó los nueve Viernes, lleno "de alegría, dijo a su mamá: "¡Qué contento "estoy!—¿Por qué?—Porque he terminado los "Viernes y sé que no moriré sin Sacramentos."

Efectivamente; él no sabía cuándo ni cómo ni dónde iba a morir; ignoraba hasta los peligros a los que se hubiera visto expuesto, de vivir mucho; pero sabía que los peligros existían, y viviera mucho o poco, quiso prevenirse para el último momento; muchos "intelectuales", muchos "sabios", como a sí mismos se llaman, desearían la prudencia virginal de este ángel de 13 años.

Y murió, como lo había deseado, después de recibir con gran piedad todos los Sacramentos, y llevando al cuello el escapulario del Carmen y la medalla de Congregante. Decía que quería presentarse a Jesucristo con el vestido de la inocencia, y al morir puso su alma limpísima en las manos buenas de Dios.

* * *

Su muerte no fué sino el reflejo fiel de su vida. Vivir prevenido, parece que era ley de sus acciones y para ello se alejó siempre de todo aquello que pudiera empañar de algún modo el espejo claro de su inocencia; sus condiscípulos y más íntimos amigos lo proclamaban de mil maneras.

Jamás le vieron entrar en ningún cine; y es que, como él mismo decía, el cine es una diversión en que "se entra alegre y se sale triste". Y el bueno de José Mari no quería estar triste nunca porque era alegre de carácter y juguetón con sus amigos. En sus juegos buscaba siempre el ejercicio corporal y el esparcimiento del alma; por eso le gustaba mucho el "foot-ball".

Buscaba siempre la compañía de los buenos y no le gustaba estar solo, porque temía al demonio, a quien llamaba "el gitano del alma", con el cual no quería trato de ninguna clase "para que no le robara". Tenía la risa siempre a flor de labios, y al preguntrale en una ocasión cuál era el secreto para reir siempre, respondió con toda sencillez: "*no ofender a Dios*". Temía a Dios y también a las penas eternas de los condenados, pero no le arredraba, como a tantos otros, pensar con frecuencia en el infierno, y solía decir, con cierta pena, que los que tienen miedo de pensar en el infierno "*son tontos*!"

* * *

Un niño tan profunda y serenamente piadoso, por fuerza tenía que ser simpático a todos y bueno con aquellos con quienes tuviera que tratar, aunque le costara algo; porque era máxima suya (y era un niño) "que aquí nos tenemos que sacrificar para luego gozar eternamente".

Solía llegar algo tarde a casa al mediodía, al volver del Colegio, y preguntándole sus padres cómo se retrasaba tanto, contestaba: "porque acompaño a mi amigo hasta su casa (es de advertir que su amigo era muy grueso).—Y ¿por qué no te había de acompañar él a ti algún día?—Como él es tan *gordito*, es más natural que le acompañe yo, que no él a mí."

En su casa buscaba la compañía de su hermanita pequeña, con preferencia a la de sus hermanos mayores.

Su más íntimo amigo escribe que "era de un carácter que a nadie ofendía, porque era muy condescendiente, y con todos se portaba muy bien... ¡Era un buenazo!... Puedo asegurar que yo no le he notado ningún defecto, bajo ningún punto de vista."

* * *

A todo ésto se añadía la estima que hacia de los estudios y de la Congregación. Estudiaba en el Colegio de los RR. PP. Escolapios. "En él era querido de sus profesores por su "docilidad y su aplicación al estudio; en casi "todas las asignaturas que cursaba obtuvo la "calificación de Sobresaliente. ¡Con qué ale"gría presentó a sus papás la Matrícula de "Honor, tan deseada por él!" Para sus condiscípulos era modelo de estudiantes. "Para mí, "dice uno de ellos, era el mejor de la clase... "Sabía mucho en todas las asignaturas; en La"tín y en Algebra ocupaba el segundo puesto. "¡Cómo sentía perder los primeros puestos! "Una vez en Geografía bajó en una clase casi "hasta la mitad y se echó a llorar; pero al "día siguiente los recuperó de nuevo."

En sus estudios ponía siempre en práctica las enseñanzas que recibía en la Congregación. Había que ser bueno para que los estudios lo fueran también y decía que no obraban bien los estudiantes que, sobre todo al fin de curso, dejaban la Misa y la Comunión por estudiar. Palabras suyas son estas: "Lo mejor es comulgar; que, después de haber comulgado, la misma Virgen Santísima nos ayudará para estudiar mejor."

En cierta ocasión le preguntaron qué respondería a un compañero que, con tono de guasa, le dijera para qué sirve la Congregación; y él respondió estas palabras: "Para amar a Dios, para alejarse de los peligros y conservar así el alma limpia, para formar hombres de mucha valía y apreciar la Comunión diaria." No es, pues, de extrañar que quien tan alta idea tenía de los fines de la Congregación, dijera que "todo Congregante debía preferir ir a la Congregación aunque tuviera que pagar mucho dinero para ello antes que a un cine de balde."

Este era José María Gutiérrez, flor de pureza angelical que se nos ha ido al cielo para celebrar allí las Navidades felices que para él van a ser eternas. "Hemos perdido—dice uno "de sus buenos amigos—un excelente condis"cípulo y Congregante todos los que hemos te"nido la dicha de tratarle en la Congregación "y de convivir con él en el Colegio. Gran ami"go, buen alumno y buen estudiante era José "María; y por eso se conoce que la Virgen "Santísima, de quien era gran devoto, lo ha "querido para sí, cuando aún la pureza de su "alma estaba limpia de pecado; los que le co"nocíamos podemos afirmarlo. Nunca vimos en "él descontento en nuestros juegos; siempre "fué bueno, condescendiente para con todos, afa"ble, estudioso y digno de que su memoria no "se olvide ni aparte de nosotros.

"Ya que tanto le quisimos en vida, tengamos "para él una oración, seguros de que tampoco "él se olvidará en el cielo de pedir a nuestra "Madre Santísima por nosotros, para que nos "libre de todo lo malo que el mundo nos ofrece."

"Cuando cayó enfermo—nos comunican sus "papás—escribió a San José una esquelita que "decía: "San José, cúrame pronto, *José Ma"ría.*" y la colocó en los brazos de una imagen "del Santo que tenía en su aposento. Al morir "José María, la Hermana que le asistió reco"gió la esquelita y después de leerla exclamó: "Hijo mío, ya estás curado y salvo en el cielo."

"Quiera Dios—añade otro de sus amigos—"concedernos la misma dicha; y que el buen "José María pida al Señor por nosotros, para "que nos libre de todo pecado y no le demos "motivo de que se averguence arriba de haber "sido nuestro amigo y compañero."

Nosotros, al darnos cuenta de todo ésto, no podemos menos de pensar que el alma de José Mari, formando parte de los coros angélicos, canta ya eternamente el *Gloria in excelsis Deo* con júbilo y alegría que no se extingue y con pureza virginal que no se marchita.

L. M., Congr.

Héroes de nuestros días.

Hace tres años murió en Alaska el P. Federico Ruppert, fervoroso misionero jesuíta, unos días antes del Nacimiento del Niño-Dios. Su historia, tan enlazada con los niños y la Natividad de N. S. J. C., no creo que disiene en estas páginas, ya que por otra parte no se puede leer sin lágrimas en los ojos.

El 21 de Diciembre de 1923, oyeron los huerfanitos de Hot Springs (en la península de Lenard, junto al estrecho de Bering), los ladridos de unos perros que acababan de llegar al Colegio. No eran aún las nueve de la mañana: por lo que el sol, que en aquellas latitudes, durante los ocho meses de invierno, sólo se deja ver de 10 de la mañana a 1 de la tarde, no alumbraba aún la helada región.

Acudió el H. Jesuíta para averiguar quién llegaba y ¡cuál no sería su sorpresa al reconocer a los perros, del P. Ruppert, que llegaban jadeantes con el correaje en desorden y destrozado! Los pobres huérfanos, hijos de los mineros blancos de Capo Home recogidos allí por la caridad del misionero, desde que la grippe había arrebatado a sus padres, no pudieron menos de sobresaltarse ante la enigmática nueva. ¿Dónde quedaba el Padre? Acaba de pasar con ellos, los benjamines de la misión, dos meses aproximadamente, y hecho allí los Ejercicios Espirituales de año: desde mediados de Octubre, cuando la navegación se interrumpe, los ríos se cubren de una gruesa capa de hielo y las noches se van gradualmente alargando, habían gozado de sus cuidados paternales, y no hacía aún dos días que se habían despedido de él, sin sospechar que le despedían para siempre.

Muy pronto quedaron organizadas varias partidas de muchachos, que salieron en distintas direcciones, siguiendo los más la que les guiaba el lazareto del Padre, a algunas millas de distancia.

¿Qué había sucedido?

Al llegar el P. Ruppert al lazareto de vuelta del Orfanotrofio de Hot Springs, se encontró con un regalo de dos cajas de fruta y dulces, que algunos días antes le habían llegado. Al verlas se acordó de los niños que acababa de dejar, hijos de su corazón por serlo del de Jesucristo: mas para que llegaran a tiempo y éstos las pudieran saborear en las próximas fiestas del Niño Jesús, no dudó en llevárselas él en persona. Así, desafiando al temporal, volvió el trineo en dirección opuesta y se encaminó a sus huerfanitos.

Había recorrido ya unas ocho millas. Trotaban los perros y a su impulso se deslizaba suavemente el trineo por la llanura de nieve, en la que no percibía el más leve ruido, fuera de la esquilita del perro-guía. Quiso entonces la divina Providencia, que de un bosque cercano saliese una manada de renos. Despertóse con ésto el instinto salvaje de los perros, y olvidados de su obligación, arremetieron furiosos contra los rengíferos. El trineo, que apenas mide 50 cms. de anchura en la parte inferior volcó, como era de suponer, y, dejando al Padre sobre la helada superficie de nieve, se alejó dando tumbros, arrastrado por la loca carrera de los perros.

El P. Ruppert se incorporó: la temperatura, de unos 30 a 40 grados bajo cero; se le imponía el movimiento como una necesidad; y, bien cubierto por una ligera piel felposa de joven reno, se lanzó tras su vehículo. Como muy pronto perseguidores y perseguidos se internaron en la enmarañada maleza de la selva, comprendió el Padre, que si los seguía se exponía con certeza a perecer de hambre y frío perdido en la espesura; por esto determinó dirigir su carrera al orfanotrofio, ya no muy distante a su parecer: toda vez que el único medio de salvación estaba en correr y correr siempre, en lucha perpetua contra el traidor sueño que arteramente suele apoderarse de la víctima y no tardaría en experimentar.

El frío activó la reacción interior de su cuerpo, al tiempo que empezó a sentir en su garganta el vivo tormento de la sed: tanto más vivo cuanto que aquella misma nieve que pisaba parecía invitarle a saciarla: cosa que le sería fatal, pues lejos de apagarla la aumentaría, decaerían sus fuerzas y estaría perdido.

El frío continuó recrudeciendose, el sueño que ya había empezado a molestarle fué aumentándose, sus pies desprovistos de barajones comenzaban a convertirse en hielo y la circulación de la sangre fué haciéndose cada vez más difícil, hasta que el Padre encomendándose de todo corazón a la Reina de las Misiones y a su Santísimo Hijo, recogió con sus entumecidas manos unos juncos, y, hecha la señal de la

Universidad de Deusto
Biblioteca

Redención sobre su frente, se tendió sobre ellos. No tardó en dormirse profundamente; algunos momentos después su cuerpo quedaba convertido en "monolito" de hielo.

¡Así mueren los siervos de Cristo!!

Dos días más tarde el Hermano jesuíta, que había salido en su busca, lo encontró como lo acabamos de describir, en sus labios se dibujaba aún una dulce y suave sonrisa, la sonrisa de los bienaventurados.

Junto a su cabeza, con las riendas y correaje rotos, guardando el cadáver, estaba Niük, el perro delantero, el fiel amigo del solitario misionero: había vuelto después de la lucha con los renos, y había logrado desasirse del trineo. Al acercarse el Jesuíta, conocido para él, se echó mansamente a sus pies, como si le confiara el tesoro que hasta entonces había custodiado con fidelidad, contra cualquier asalto de las fieras del bosque.

Un acto de caridad más que maternal para sus huerfanitos le había costado la vida.

¡Congregantes! Luchemos contra el egoismo materialista de nuestros días y la fría filantropía de los que aman al prójimo para sacar partido de él. Oigamos a nuestro Divino Rey que nos dice: "¡En esto conocerá el mundo que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros!"

M. V., Congr.

Alegres navidades.

Se lo oí contar a un sacerdote, que en la guerra europea estuvo de capellán en las tropas italianas.

Los alemanes tenían sus trincheras muy cerca de las de los italianos, y bastaba sacar un poco de la trinchera el menor objeto, para que al momento lo hiciera pedazos una lluvia de balas enemigas.

Llegó la noche del 24 de Diciembre, y con ella la paz, aunque por breves horas, a aquellos combatientes. Entre las tinieblas de la noche, uno de los italianos más valiente, se arriesgó a salir de la trinchera, se acercó al campo enemigo, y gritó con toda la fuerza de sus pulmones, de modo que le oyeran los alemanes: ¡Nochebuena! ¡Nochebuena! Fué como la voz del ángel que anunció la buena nueva a los pastores; porque en seguida, dejando los alemanes sus armas, y cogiendo guitarras, bandurrias y otros instrumentos que nunca faltaban aun en sitios tan peligrosos, corrieron a juntarse con sus enemigos.

¡Y qué alegría tan desusada sentían en sus pechos aquellos guerreros, a quienes el niño de Belén convertía entonces de enemigos en hermanos!

Sentados unos y otros en grupos sobre rústicos asientos ya que no podían obsequiarse con otra cosa, entonaban los aires de sus lejados pueblos; y alemanes e italianos procuraban endulzar con cantos la noche, que tan alegremente habían pasado tantas veces en su tierra.

Que también sobre nosotros ejerza su influjo mágico el niño de Belén.

V. M. A., Congr.

"Haz bien"...

M. Hill, hombre rico y acaudalado, tenía la rareza de no hacer beneficio alguno, sino cuando sabía que sus obras de caridad habían de ser vistas y alabadas de los hombres.

Un día salió al atardecer de la ciudad, cabalgando en un magnífico corcel. Era una tarde fría de invierno, y su tristeza venía a ser recargada por la oscuridad que comenzaba ya a envolver la tierra.

A la orilla del arroyo, medio ateridos sus cuerpos por el cierzo que azotaba sus carnes cubiertas por rotos y desgarrados harapos, encontró a una madre con dos hijos pequeños. Había pretendido entrar en la villa, pero a pesar de todas sus instancias los guardias la habían despachado. La miseria, creciente de día en día, y la afluencia de pobres cada vez más considerable habían movido a las autoridades a tomar la decisión de no permitir la entrada en la ciudad, a todo el que no perteneciese a aquel distrito.

—¡Ah! Señor! gritó la pobre mujer levantando suplicante sus manos heladas: hemos sido rechazados en esa ciudad, proporcionadme por piedad un albergue: no me dejéis a mí y a estos mis pobres hijitos morir de frío esta noche a la intemperie.

El espectáculo de la miseria de aquella mujer y de aquellos desgraciados niños que tiritaban de frío, conmovió el corazón de M. Hill. Le hubiera sido fácil conseguir que fueran admitidos en la villa, pero se dijo a sí mismo: "¿Qué recompensa recibirás por haber socorrido a estos miserables? No me parece que habrá una sola persona que pueda reconocer mi mérito y recompensarlo."

Arrojó una moneda de plata a aquella pobre mujer, picó espuelas a su caballo, y no volvió a inquietarse de aquella pobre gente.

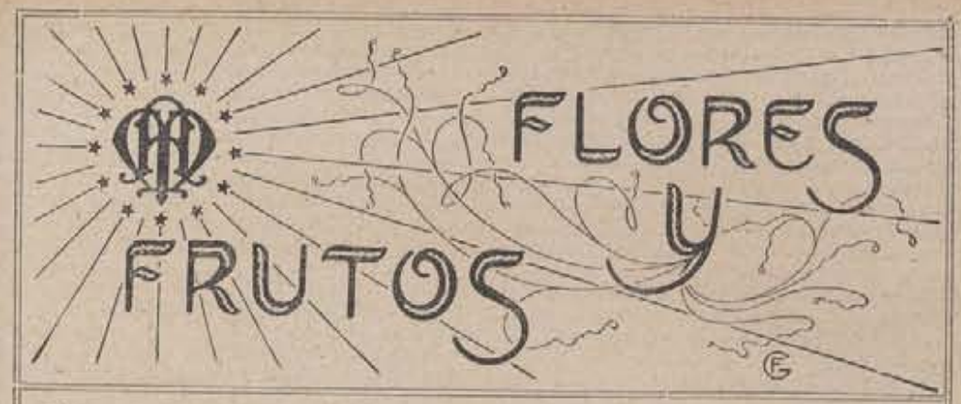
A la mañana siguiente, algo más lejos del sitio donde tuvo lugar la anterior escena, sobre el camino y cubiertos por la nieve, se encontraron tres cadáveres: eran el de aquella pobre madre, abrazada en el estertor de la agonía a los tiernecitos cuerpos de sus infortunados hijos. El desfallecimiento de que estaban poseídos les había impedido llegar a un pueblo próximo: cerró la noche, y una nevada abundante que sobrevino acabó de agotarles y sucumbieron al hambre y al frío.

Se procedió a las informaciones para averiguar quién era tan infortunada mujer, y cuál no sería el pesar, el desconsuelo y el arrepentimiento de M. Hill cuando supo que aquella madre desventurada a la que de tan cruel manera había él dejado morir con sus hijitos, era... ¡¡su propia hermana!!

La extrema necesidad a que se veía reducida, la obligó a ponerse en camino para implorar socorro a las puertas de su hermano, y murió víctima de la ambición de éste. Fué tanto el dolor de él, que nunca más durante los últimos años de su vida supo encontrar alegría o placer en cosa alguna.

¡Qué bien se puede poner aquí, como conclusión de lo dicho, el refrán castellano que dice: *Haz bien y no mires a quién*!

R. G., Congr.



Núm. 163.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Febrero de 1927

Nuestro viaje a Roma.

Nos había llamado el Papa y con ésto 28 valientes, desafiando la nieve pertinaz que recubría las calles de Bilbao, salimos el 26 muy de mañana, no sin antes haber comulgado todos, camino de la Ciudad Eterna. De los Ferrocarriles Vascongados al tren eléctrico de la frontera, y de éste a un espléndido coche de segunda del tren francés, y ya estamos tranquilos hasta Génova. No era cosa de perder otra Misa y otra Comunión; sabíamos y sabemos que cuando se quiere hay siempre tiempo para atender al alma; y fué la única Comunión que perdimos.

Las molestias del viaje pasaron por entero inadvertidas para nosotros; la alegría de la buena conciencia se traducía en ocurrencias singulares que nos entretuvieron a maravilla, y el coche, reservado para nosotros, nos daba facilidad, sin molestar a nadie, para jugar casi como en un patio de recreo; y aunque lo vigilaban todo los fascistas, nada tuvieron que advertirnos.

Las bellezas incomparables del paisaje de la "Costa Azul", la fértil planicie que se extiende en Italia a todo lo largo de la orilla del Mediterráneo, las ciudades de Génova con su puerto tan concurrido, Pisa con su torre inclinada, Specia con sus barcos de guerra, Carrara con sus canteras de mármol, todo ello, visto al paso veloz del ferrocarril eléctrico, nos servía de esparcimiento cuando nos cansábamos de hablar y de jugar.

El 28 por la noche, a las 8 y cuarto, llegamos a la estación de "Termini"; llovía copiosamente; seis "taxis" nos trasladan rápidamente al Hotel Metropole, confortable y moderno, frente por frente al Colegio Germánico, donde habitaban nuestros tres inseparables y abnegados acompañantes. Con ellos comenzamos el día 29 nuestras visitas en la Ciudad del Papa; y claro está que la primera de todas fué, como siempre, para nuestro Amo y Señor en la hermosa iglesia de San Ignacio; a las 8 y media celebró el Cardenal Merry del Val misa de Comunión general para los peregrinos de habla española, en el hermoso altar que es a la vez sepulcro de San Luis Gonzaga. Para que la fiesta fuese completa, el día antes había sido llevada la preciosa reliquia en tren especial desde Castellón, su ciudad natal, y recibida en Roma y escoltada por imponente cortejo de automóviles hasta la iglesia de San Ignacio. Junto a su altar nos colocamos y pudimos contemplarla a nuestro gusto y devoción.

La Comunión fué nutrida; cantó varios motetes el Coro del Colegio Español y nosotros cantamos el Himno Eucarístico Nacional.

El tiempo era verdaderamente espléndido, y lo fué todos los días, y después de desayunar en el Hotel, amabilísimamente acompañados del Hermano Oteiza, emprendimos la visita a los monumentos de la Ciudad, empezando por la iglesia de San Andrés del Quirinal, que guarda los restos preciosos de Nuestro Patrono San Estanislao de Kostka; oramos breves momentos ante su sepulcro, penetramos con santo respeto en la estancia donde murió el Santo, besamos con emoción la hermosa estatua yacente que representa su muerte o su tránsito, y allí quedaron nuestros corazones y los de todos los Congregantes; pasamos de aquí a Santa María la Mayor, una de las cuatro grandes Basílicas de Roma, admirablemente situada en la cumbre del Esquilino y llena para nosotros de dulces recuerdos. Reyes y grandes de España han contribuído poderosamente a su embellecimiento; nuestro rey es Canónigo honorario de ella, y allí se guardan reliquias insignes como el Santo pesebre del Señor, en cuya capilla dijo su primera Misa San Ignacio de Loyola el día de Navidad de 1538; aquel hermoso artesonado de la iglesia se doró con el primer oro que nos llegó de América.

Muy cerca de Santa María la Mayor está la iglesia de San Práxedes, donde admiramos un mosaico antiquísimo y nos postramos ante la Columna de la Flagelación del Señor.

La tarde bien aprovechada nos dió espacio para visitar la hermosísima Basílica de San Pablo, edificada sobre la tumba del Apóstol de las gentes. No es para descrita su magnificencia; nuestra vista se espaciaba encontrando siempre algo que admirar: en los mosaicos del suelo, en el precioso artesonado, en aquellas enormes 80

Universidad de Deusto
Biblioteca

columnas que la dividen en 5 amplias naves, en los medallones de los Papas, en las estatuas, en el claustro del Monasterio que a su lado se eleva y extiende.

Pasamos después al Coliseo ante aquella imponente mole medio arruinada, se agolpaban a nuestra mente recuerdos de la barbarie de los 60000 espectadores que lo llenaban, de juegos bárbaros de gladiadores, de flores de mártires que allí dieron su vida por Cristo; y con todo esto nos sentíamos más fuertes y dispuestos a seguir siendo buenos.

Vimos también el Foro Romano, las ruinas de aquella Roma pagana que intentó ahogar a la Iglesia de Jesucristo; allí están los arcos de triunfo, las columnas de aquellos grandes templos paganos de Saturno, de Castor y Polux, más arriba está también el Capitolio donde subían los triunfadores romanos.

Pero lo principal para nosotros en Roma eran la persona del Papa y las fiestas de San Luis. El día 30 por la mañana, a las 8, nos hallábamos en la Sala de las Beatificaciones oyendo la Misa que el Sumo Pontífice nos dijo; el acto transcurrió con el respeto que pedía el augusto Sacrificio, cantando cada nación en su propia lengua cantos diversos; pero el entusiasmo se desbordó cuando, acabada la Misa, se dirigió el Papa por medio de nosotros a sus habitaciones particulares. El grito unánime de "¡Viva el Papa!" resonaba en diversos idiomas, pero siempre con el mismo entusiasmo. Aquella mañana no salimos del Vaticano: comulgamos en la Capilla del Sacramento en la Basílica de San Pedro; admiramos sus proporciones colosales, sus altares, sus mosaicos preciosos, sus suntuosos sepulcros; ascendimos á la terraza de la Basílica y a lo alto de la cúpula: a nuestros pies estaba Roma entera con sus grandes monumentos.

A la una de la tarde fué la audiencia del Papa, uno de los actos más hermosos del Centenario. Los peregrinos estábamos colocados en salas diferentes y el Santo Padre iba pasando por todas ellas dando a besar el anillo pastoral. Nosotros, como éramos sin duda los benjamines de la Peregrinación, estábamos colocados en la sala principal. El Papa pasaba muy despacio, hablando con amor y cariño a algunos de nosotros y poniendo afectuosamente su mano sobre nuestras cabezas. Al terminar la revista de las Congregaciones, una avalancha inmensa de jóvenes invadió la sala en que nosotros estábamos: era que allí mismo nos iba a hablar nuestro Padre. ¿Cuántos seríamos? En conjunto pasábamos de 3.000; los españoles estábamos bien representados con cerca de 600; solamente nos superaban los italianos de fuera de Roma, que eran 730; alemanes, 330; austriacos, 344; bávaros, 200; polacos, 280; franceses, 150; norteamericanos, 110; belgas, 40; mejicanos, 28; peruanos, 10; etcétera, etc.

Y comenzó el Papa saludando a todos con palabras que le salían de lo íntimo del corazón, expresando el gozo intenso que sentía al ver tanto joven reunido de tan distintos países. Saludó en especial a los mejicanos, llamándolos "hijos de mártires, mártires ellos mismos que estaban llenando de gloria a la Iglesia". Nos habló luego de la virtud, de la pureza y castidad, exhortándonos a guardar esa virtud con vigilancia, oración, con la humildad, con obras de caridad para con nuestros hermanos, proponiéndonos al fin el ejemplo de San Luis. Al salir el Papa se renovaron las aclamaciones de la mañana con crecido entusiasmo.

Digna corona de día tan hermoso fué el Via-Crucis que en el Coliseo tuvimos los españoles después de anochecido. Seríamos unos 300, todos con velas encendidas paseando la Cruz, cantando cánticos de penitencia, oyendo las palabras ardientes que nos dirigió el P. Bergés, Director de la Congregación de Barcelona. Fué un espectáculo conmovedor.

Era la mañana del día 31. Una inmensa multitud llenaba la nave central y el crucero de la gran Basílica de San Pedro. La entrada del Papa, llevado en silla gestatoria fué extraordinariamente entusiasta; nosotros estábamos en la parte derecha del Crucero y desde allí pudimos contemplar y aplaudir y vitorear al Papa en su carrera verdaderamente triunfal hasta el altar donde se celebró la Misa. El Pontífice al llegar al altar, después de dar la bendición, abrió amoroso sus brazos como para abrazarnos; la ovación seguía imponente hasta que comenzó el Santo Sacrificio. Decían los que residían en Roma que no recordaban tan gran entusiasmo hacía mucho tiempo; no es extraño, pues éramos casi todos jóvenes y jóvenes marianos.

Aquella tarde visitamos las Catacumbas de San Calixto, amablemente dirigidos por un Hermano trapense; allí nos contaron historias de héroes, el martirio de Sixto II, Santa Cecilia, etc. Leíamos aquellas inscripciones tan hermosas, besábamos aquella tierra bendita, tocábamos aquellas tumbas de miles y miles de mártires. Cerca de las Catacumbas nos enseñaron ornamentos, hechos de la misma forma y con los mismos grabados y relieves que los que usaban en los primeros tiempos de la Iglesia según aparece en las pinturas de las Catacumbas.

Este mismo día 31 se hizo por la tarde la presentación de los albums, donde estaban los nombres de todos los congregantes del mundo en 30 grandes volúmenes en todas las lenguas europeas, china, japonesa, malabar y sánscrita. El volumen correspondiente a España estaba encabezado por el Príncipe de Asturias. Asistimos, como último día del año, al solemne Te Deum en la Iglesia de San Ignacio cuya fachada estaba hermosamente iluminada.

Los días 1 y 2 los aprovechamos para ver lo que nos faltaba de la ciudad; el día primero del nuevo año comulgamos y oímos la Misa junto al sepulcro de San Estanislao en la iglesia de San Andrés del Quirinal; y al día siguiente tuvimos el consuelo de comulgar también en la estancia donde vivió y murió San Ignacio de Loyola, estancia llena de recuerdos dulcísimos de tantos Santos como por allí pasaron.

Tan bien acompañados, como siempre, vimos San Juan de Letrán que encierra el cuerpo de León XIII, San Pedro in vinculis que conserva las cadenas de San Pedro, la hermosa basílica de San Lorenzo donde está la hermosísima capilla-sepulcro de Pío IX, Santa Croce de Jerusalén, donde adoramos dos trozos y un clavo de la Santa Cruz del Señor; allí leímos parte del título que Pilatos mandó poner en ella, y otros mil monumentos que es imposible citar.

No dejamos de visitar los grandes jardines de Roma; y así, aprovechando la visita que hicimos a Santa Cecilia en su misma casa, tan admirablemente conservada y tan ricamente decorada, subimos a las cumbres lozanas del Janículo y nos paseamos a nuestro gusto por aquellos hermosos paseos; y el último día recorrimos a nuestro sabor las preciosidades del Pincio, sus bien cuidados jardines, su lago con el templo de Esculapio, el dios de la Salud, su jardín zoológico, donde nos expansionamos en grande.

Y con esto se nos acababan los cinco días tan bien aprovechados sin el más mínimo percance habiendo visto de cerca y recibido varias veces la Bendición del Papa; oído las palabras alentadoras que nos dirigió el P. General de la Compañía en la audiencia que nos concedió; habiendo contribuido con nuestra presencia, en lo que podíamos, a la brillantez de las fiestas, alentando con nuestros aplausos a aquellos jóvenes Congregantes que nos prepararon una bonita velada en el Colegio Pío-Latino.

El día 2 a las ocho de la noche dejamos Roma, y emprendimos, con el corazón henchido de emociones, el viaje de regreso, que resultó tan alegre y animado como el anterior. Hicimos noche en Marsella y Lourdes, donde cantamos y rezamos a nuestra Madre pidiéndola que no deje de mirar por nuestra Congregación: bebimos agua de aquella fuente milagrosa, después de haber oído misa y comulgado en la basílica.

Nuestro Amo y Señor, siempre tan bueno para con nosotros, nos había visiblemente protegido; el día 5, conforme se lo habíamos pedido, nos devolvía a nuestros padres, sanos y salvos en el cuerpo y más robustecidos en la fe; gracias, pues, a El en primer lugar y gracias también a los PP. Mario Ciáurriz y Pedro Basterra y H. Oteiza, nuestros ángeles tutelares en Roma; lo mismo que a la Agencia Cafranga de San Sebastián, que no se pudo portar mejor con nosotros, con la que se puede viajar tranquilamente por todo el mundo.

E. B., Congr.

Auxilium christianorum.

Era el 22 de Agosto de 1922, del puerto de Narvic, en Noruega, iba a salir una expedición para la pesca del bacalao. El capitán católico, práctico y ferviente había encargado una misa en una capillita próxima, a la que asistiría él con toda su tripulación.

No todos sus marineros pensaban como él y sobre todo un tal Jhon. Este, aunque educado cristianamente por su madre, habíase pervertido por las malas compañías, y habíase olvidado de todos los consejos de su madre, menos de uno. Aquella le había dicho al morir: Hijo mío, no te dejo fortuna, pero te queda una Madre en el cielo, acuérdate de ella y acuérdate también que protege a aquellos que se le encomiendan.

Jhon, en recuerdo de su madre, cumplía este consejo, y así todas las noches, aunque no con devoción recitaba, cuando iba a acostarse, esta jaculatoria aprendida en su niñez: "Oh María, Madre de Dios; acuérdate que eres Madre mía".

Cuando el cristiano capitán les manifestó su propósito de que oyera toda la tripulación una misa en la capilla de la Virgen, Jhon protestó diciendo que, mejor hubiera hecho en darles a ellos el dinero que tenía para comprar rhon, que dario al cura.

Por fin, convencido por sus compañeros, se decidió a ir a la misa, pero se quedó al lado de la puerta. Había terminado de sumir el sacerdote, cuando, sin causa aparente, se derrumba la parte trasera de la capilla, enterrando a nuestro Jhon en sus ruinas. Este al principio quedó atontado y cuando pudo gritar, ya sus compañeros, sin notar su ausencia se habían marchado a dar la noticia al pueblo.

Jhon grita y se cansa de gritar; espera y se cansa de esperar; quiere abrirse camino para salir de su prisión; pero se rompe uñas y manos sin conseguir nada; cuando he aquí que se acuerda de la Santísima Virgen, a la cual estaba dedicada aquella capilla y, sintiendo renacer en sí la fé de su juventud se encomienda a la Madre de Dios y al mismo tiempo Madre nuestra y se queda dormido.

Sueña, y en su sueño ve una mujer hermosa, cual ninguna otra, vestida con una túnica blanca cual la nieve y coronada su cabeza con doce estrellas más brillantes que el mismo sol y que tomándole de la mano, le saca de su tumba y le devuelve a la realidad.

Pero esto era demasiada belleza para ser verdad y así es despertado en su prisión, por los golpes de azada que descargaba alguien sobre las ruinas. Viendo cerca su salvación, grita con todas las fuerzas de sus pulmones, pidiendo socorro, y cuál no sería su gozo cuando ve que alguien contesta a sus gritos y excava apresuradamente en el sitio en que él se encontraba.

Al poco Jhon está libre y entonces le relatan sus salvadores, cómo habían ido a cavar las ruinas. Había en la puerta de la capilla, una imagen de la Virgen del Perpetuo Socorro, tenida en gran veneración por los pueblos de los alrededores y a la que, suponiéndola entre las ruinas, habían ido a buscar. Ya desesperaban de encontrarla y se iban a retirar cuando oyeron el grito que Jhon dió pidiendo socorro, y de esta forma pudieron salvarle.

A. M. N., Congr.

Saint Guenolé

...El guía calló a este punto, y el viajero conmovido por la relación se acercó a la cruz: la observó durante unos momentos con curiosidad mezclada de respeto, y luego arrodillándose rezó una oración por las desgraciadas víctimas.

Para contemplar lo que significa debemos retroceder algunos años y recordar que nos encontramos en un peñasco del Cabo de Saint Guenolé (Finisterre).

Varias personas habían subido a aquel peñasco con intención de pasar un buen día de campo: la brisa refrigerante, la mar arrulladora, el sol espléndido les hacía presagiar una no menos alegre fiesta. Distraídos por sus juegos y entretenimientos se encontraban, cuando de la tranquila planicie de agua y al mismo pie de la roca surgió formidable, repentina, impo-

Universidad de Deusto
Biblioteca

puente una inmensa ola, que levantándose con ímpetu sobre el peñasco, vino a desplomarse sobre él con toda la fuerza de una catarata. El cielo bajo el turbión se oscureció entonces para aquellos desgraciados: como no habían presentido ni el más pequeño indicio, no tuvieron tiempo de ponerse a salvo.

Cuando la ola se retiró rugiendo al abismo del mar, sólo un hombre quedaba sobre el mojado peñón, y él tendido en tierra y perdido el sentido. Al recobrarlo se dió cuenta de la catástrofe que acababa de suceder: sus cinco compañeros habían sido tragados por la ola. Sólo él se había salvado. Levantó las manos al cielo e invocó a la "Estrella del mar" que con singular cuidado le había salvado la vida.

El viajero, celoso sacerdote, a quien hemos acompañado a visitar la cruz que en aquel sitio se levanta en memoria de este suceso, dijo en voz algo conmovida a su compañero:

—"Así es el mundo: tranquilo, feliz por la superficie, pero dentro rugen olas muy fieras de pasiones y de lujuria. Se levantan de improviso y anegan para siempre en el cieno a los incautos que se han dejado fascinar de su esplendor. El ser devoto de la Santísima Virgen es la mejor salvaguardia para no ser arrastrados".

¡Y a veces qué mal o qué poco comprenden ésto aun muchos que forman en las filas de las Congregaciones Marianas!

¡Congregantes!! ¡Alerta!!!

M. V., Congr.

Correspondencia abierta.

¡Qué madres más distintas!

Ayer nos habló el P. Pablo Bezanilla, natural de aquí de Santander, y nos inculcó una vez más lo que tanto nos repite V.: que tengamos sumo cuidado con los malos amigos y las diversiones peligrosas.

Como era el día en que nuestra Madre la Iglesia celebra la festividad de los Santos Inocentes, se aprovechó de la liturgia del día para hacernos las reflexiones indicadas. Comenzó contándonos el precioso Evangelio del día, donde aún parece que se ve correr la sangre de aquellos dichosos niños, sacrificados al perseguir al Niño Jesús; y parece que se escuchan y oyen, todavía, los gritos desgarradores de las infelices madres. ¡Pobrecitas! No les valieron sus lágrimas y suspiros, para ablandar a los sicarios de Herodes, y arrebatarles sus prendas queridas! Pero al menos ellas hicieron lo que estaba de su parte.

Por el contrario; ¡cuántas madres hay que ven a sus hijos perder la flor de la inocencia, que vale mil veces más que la vida, y no se preocupan de arrebatarles de las manos de estos *herodes* sanguinarios, que se llaman: cines, conversaciones malas, y amigos despreocupados, etc., etc.

A mí me conmovió mucho la aplicación, y resolví escribírsela a V. aunque no me ha salido tan bien como la dijo el Padre.

Al llegar a casa se lo conté a mamá, para que siguiera cuidándome y me defendiera siempre de los peligros del alma sobre todo. Mi hermana me quiso por la tarde llevar al teatro: yo le dije que me diera el dinero; me lo dió me escabullí y no me encontró. Ahí le envío las cinco pesetas, para los chinos; pues ésto es lo que gusta al Niño del Pesebre.

I. L., Congr.

Propagandistas de misiones.

He puesto en práctica el modo que V. nos propuso de pasar bien estas vacaciones de Navidad, secundado por mi amigo Conrado; estamos revolviendo todo el pueblo, a fin de que no quede nadie que no haya oído que hay aún tantos paganos sin bautizar. A los niños de aquí les impresiona mucho lo del infanticidio y atienden mucho cuando les contamos que las mismas madres los matan y arrojan al río...

Los señores maestros nos han ayudado mucho, y hemos fundado la Santa Infancia que no conocían. Ahora mismo voy a escribir al P. Zameza, pidiéndole hojas de propaganda. Pienso además mandarle dentro de unos cuantos días lo que hemos recogido en metálico, que no es poco: más las 40 suscripciones que acabamos de hacer a los "Nuevos Cruzados"... Si todos los Koskas de nuestra querida Congregación hicieran esto me parece que se podría conseguir mucho.

I. M. C., Congr.

Nuestro Rey.

...En la fiesta que en nuestro pueblo celebramos, de Cristo Rey, conforme a los deseos del Papa, predicó con unción y fuego el P. José M.ª Serrano. Resultó muy hermosa, y muy parecida a la del Corazón de Jesús: las calles estaban alfombradas con ginojo y romero, en los balcones lucían colgaduras, como en las grandes procesiones, y de ellos bajaban en abundancia las últimas flores del año, pues a los dos días, se ajaban todas por la helada regular que cayó por la noche.

Al final de la procesión hubo multitud de vivas, en la puerta de la Iglesia, a Cristo Rey, a la Virgen, a las autoridades etc., etc. No sé por qué, me acordé en aquel momento de V. y de que habrían tal vez ido con V. todos mis compañeros a la procesión de Bilbao: y sin reflexionar apenas, se me escapó un viva sonoro a Cristo "Rey de los Congregantes". Por lo inesperado y vibrante fué acogido con cariño y respondido con entusiasmo sincero.

G. B., Congr.



Núm. 164.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Marzo de 1927

1.—"Tengo el motor dentro".

No hace muchos días tuve un sueño, que para este título viene como anillo al dedo.

Soñé que me encontraba en el precioso valle de Orduña. Por el férreo camino, que atrevidos ingenieros trazaron para salvar la sierra, subía una locomotora arrastrando en pos de sí una fila interminable de vagones; pero tan velozmente, que causaba admiración, y parecía que la subida no era en realidad sino bajada. Eso sí, la máquina era un monstruo de hierro en cuyas formas exteriores se adivinaba debía tener una potencia extraordinaria. Mas, en parte de la cuesta y no de las más pendientes veo que el tren va disminuyendo su velocidad, la respiración del monstruo de hierro se hace cada vez más fatigosa y al fin se para. ¿Qué había ocurrido?—Pues nada, que el imprudente maquinista no había tenido cuidado de aprovisionarse de agua y ahora sufría su olvido. Avanzar era imposible y abandonar el tren en la pendiente sin el freno a vapor era exponerse a una catástrofe, pues los frenos de mano eran insuficientes.

De esta triste situación vino a sacarle un aldeano que por allí trabajaba. Y enterado de la causa de la detención le propuso ir con la máquina a tomar agua en una fuente, que junto a la vía se hallaba más arriba, utilizando al efecto dos parejas de bueyes que perezosamente araban el campo.

Era de ver el espectáculo tan ridículo que se ofrecía; unos bueyes, que apenas tenían la altura de la rueda de la máquina, tener que arrastrarla por no moverse ella, la que poco antes se lanzaba veloz cuesta arriba.

Al querer reírme hice algún movimiento y desperté; pero aquel extraño sueño aun despierto siguió preocupándome. ¡Qué cosa tan tonta seguía pensando, ver aquellos bueyes aun en sueños arrastrando a una locomotora potente y ligera!... De este pensamiento vino a sacarme mi mamá, que entrando en mi habitación me dice: Pero hijo mío ¡que calma tienes!... ¿no ves que vas a llegar tarde a misa? ¡Qué siempre haya que empujarte para que te muevas! Para vestir, empujarte; para comer, empujarte; para estudiar, empujarte y siempre empujándote. ¿Cuándo te vas a mover por ti mismo?... El recuerdo de la locomotora arrastrada por los bueyes volvió enseguida a mi memoria y me avergoncé entonces de ser también yo motor arrastrado.

Vestíme con presteza y aunque cuando terminé eran ya las siete y veinte, utilizando mis ligeras piernas, pude llegar pronto a la misa de la Congregación. Hice una comunión de las mejores que recuerdo, o lo que es igual aprovisioné mi motor de la esencia más fina y potente para que no me pasara más lo que a la máquina del sueño.

Aquella semana me porté admirablemente en el colegio, y una noche me dice mi mamá: "Veo con gusto que has cambiado; ya no hay que empujarte. Hoy me he encontrado con uno de tus profesores y me ha dicho, que, si sigues así, sacarás muy buenas notas. Con que a ver si estudias para que te den cinco sobresalientes.

Como si me hubiesen pegado una bofetada, me resultó aquello de estudiar para sacar cinco sobresalientes.

"Mire mamá,—le dije,—*Tengo el motor dentro* y ese motor no se mueve con sobresalientes ni empujones; lo he pensado bien, me han hecho pensar en la Congregación, se mueve por el *deber y por agradar a Dios*".

Un amoroso abrazo, escogido de entre los buenos que saben dar las madres, premió aquella manifestación del empeño que tengo en no dejarme mover por *motores de fuera*.

C. E., Congr.

2.—"Tengo el motor dentro".

¿Venís mañana a Archanda? Decía Pedro a sus amigos y condiscípulos en el pasillo de la escuela.

—Mejor sería ir al frontón, por que hay un partido fenomenal, dijo Pablo.

No; repuso Santiago.—Yo no pierdo la película del Trueba.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Mateo la del Olimpia, añadió Mateo.

Chicos, si vierais ¡qué bien está el Ideal! Yo allí voy dijo otro. Y así por el estilo, cada cual iba exponiendo el lugar preferido para su diversión, según sus gustos.

Y observé que todos aquellos que no pensaban más que en divertirse, tenían cara de aburridos: muy serios, pálidos, ojerosos, fumando sendos cigarros y escupiendo por el colmillo. Tendrían todos alrededor de 15 años. Unos estudiaban Comercio oficial, otros libre, otros bachillerato, la generalidad... nada, aunque figuraban en la matrícula y asistían—no siempre—, a las clases respectivas.

La discusión se generalizaba. No se ponían de acuerdo en la diversión que habían de elegir para pasar la tarde.

Por último llegaron a la conclusión de ir a Archanda, para lo que se citaron en el funicular para salir a las tres, y bajarían a las ocho y media; darían una vuelta por la Gran Vía, y a cenar, para ir después al match de boxeo, pues se anunciaba sensacional encuentro de Stone con Souris, en el esperaban gozar una "burrada".

Algo fuera del grupo había dos jóvenes de la misma edad que los anteriores; José-Mari e Ignacio, de color sonrosado, alegre y viva expresión, fuego en la mirada y fortaleza en el cuerpo; todo parecía delatar la fortaleza de alma y tranquilidad de sus conciencias. Con los libros bajo el brazo, jugaban y reían, esperando la hora de entrar en clase.

—¿Qué, vosotros no venís a Archanda?, dijo Pedro; venid los dos, veréis qué juerga pasamos.

—Yo, por mí, no voy; dijo José-Mari.

—Ni yo tampoco, añadió Ignacio.

—Claro! déjalos que no vengan, mejor; éstos son unos empollones, chupa-cirios, que tienen miedo de que se entere el Padre de la Congregación.

—¡Que? dijo José-Mari un poco airado...

—Nada, hombre, nada, dejadlo.

—Oye José-Mari, dijo Pedro, cómo te atreves a contestar así a Mateo? Pues, chico, si te da una bofetada no se te ve. No ves que es del Club Deportivo y es un *hacha* boxeando. Pues de buena te has librado. Si se llega a dar cuenta, ya le estoy viendo que te aplasta. Bueno, y por qué no vienes?

—Pues porque tengo que preparar las lecciones del lunes y tengo que asistir a una conferencia de Misiones en la Congregación.

Déjale, repuso agria y brutalmente Mateo. Ya os he dicho que es un empollón y un chupa cirios... Y además que si le preguntan el lunes y no se sabe la lección, va a perder la nota que tiene.

No había concluído de hablar, cuando una bofetada terrible dió con el guapo en tierra. José-Mari, tranquilo, como si no hubiera hecho nada, esperó que se levantara. Los compañeros no salían de su asombro, temiendo que el terrible boxeador se levantara y le pulverizara. Este se levantó y escupiendo una grosera interjección, se lanzó sobre José-Mari que le recibió con otro y otros varios puñetazos que dieron con él en tierra, chorreando sangre de las narices y llorando ¡quién lo dijera, como un niño de cinco años.

Como no se levantaba, José-Mari se acercó le levantó y le pidió que le perdonase, pues no había querido causarle tanto daño y le disculpó de que hubiera sido injusto insultándole por no haber consentido en acompañarles en su expedición. Después le limpió la sangre con su pañuelo y le ayudó a lavarse en una fuente inmediata.

Los compañeros no salían de su asombro. Aquel muchacho sencillo, estudioso, alegre, devoto, que no hacía gimnasia, que no boxeaba había puesto como un guiñapo al terror de la pandilla.

—Oye chico, le dijo asombrado uno, no creí que eras capaz de eso; y todo porque te ha dicho que no ibas, porque tenías miedo de que te riñera el Padre.

—Ya sabéis, dijo entonces con naturalidad José-Mari que si estudio y no quiero ir a esos sitios, es porque así me lo manda Dios, y no por la nota o porque me riña nadie; esos son motores externos y no me gustan, ni los quiero, el motor lo llevo dentro; tengo temor de Dios y me rio de otros temores

Así es uno valiente siempre.

J. M. F., Congr.

3.—"Tengo el motor dentro".

En Baquio sucedió el hecho que a continuación voy a referir.

Una mañana, a eso de las seis y media, un pescador montaba en su barquichuela; era mañana de verano, en que el sol, como refrescado por la brisa marina, venía a alumbrar sin herir a la naturaleza. El pescador monta en su barca, y después, remando tranquilamente, al compás de un cantar que va entonando, se va alejando de la playa.

Por fin vímosle pararse y echar al agua sus aparejos de pesca. Dos horas llevaba ya pescando, cuando a eso de las ocho y media comenzó a descender de los montes una espesa niebla que pronto envolvió a la barca y a toda la mar; después, un fuerte viento, y el mar, que hasta entonces había estado tranquilo, comenzó a levantar grandes olas; y veíamos a la barca levantarse en la cresta de una ola y caer después, como sepultada en el abismo. En los rostros de todos los circunstantes, que sin poder hacer nada veían desde la playa aquel triste espectáculo, se pintaba al vivo la ansiedad; todos teníamos fijos los ojos en aquella barca; hasta que la niebla la envolvió y no la distinguimos. De nuevo vímosla aparecer; pero ¡oh dolor!, esta vez estaba junto a una roca, pronta a ser estrellada contra ella.

Otra vez desapareció. ¿Qué habría sucedido? Al empezar a pescar, el buen hombre lanzó al agua el áncora, sin darse cuenta de que el nudo, que, unía con el áncora a la cuerda, estaba flojo; y es de suponer lo que había sucedido: cuando más tranquilo estaba pescando, se vió rodeado de niebla, al mismo tiempo que una fuerte ola sacudiendo a la barca, deshacía el nudo del áncora.

Pero sigamos a la barca. De nuevo aparece ante nuestros ojos y desgraciadamente tan cerca de la roca, que ya estaba a punto de ser estrellada, cuando una salvadora idea cruzó por

la mente de aquel desgraciado pescador, al notar el viento fuerte que por encima de la roca venía. Dirigió su vista a la vela y su pecho se reanimó; desplególa rápidamente, y aprovechando el fuerte viento logró alejarse de ella. Dos horas después, arrostrando nuevos peligros, llegó a la playa, donde una hija suya que impaciente le esperaba le recibió en sus brazos.

Esto mismo nos sucede a nosotros: que, si no tenemos arraigado el temor de Dios, cuando un compañerito nos viene invitando a algún espectáculo peligroso, cedemos fácilmente y nos dejamos arrastrar. ¡Que no se nos suelte el áncora. Pero, mirad; si se suelta, tenéis la vela. Y ¿qué vela es ésta? Es la devoción más tierna que en la tierra existe: el amor a la Santísima Virgen. Ella ha de ser para nosotros lo que la vela fué para este marino: desplegad esta vela y seréis salvos. Este ha de ser el "motor" que mueva todos nuestros pasos y nos aleje de los peligros: el deseo de dar gusto a nuestra Madre salvadora.

I. I., Congr.

4.—"Tengo el motor dentro".

Dos filas de muchachos se hallaban, la una en frente de la otra, empujando de un lado para otro a cierto joven atontado, que era lanzado ahora a un lado y después a otro, como una pelota.

¡Qué efecto más ridículo causaba aquel muchacho, que era la mofa de todos!

Yo me decía: si ese muchacho tuviese valor y dijese: "a mí nadie me mueve; yo me muevo cuando quiero y debo", no sería la burla de sus compañeros.

Así, pues, nos ocurre muchas veces. Viene un amigo y nos dice: "vámonos al cine", y allá voy a lo tonto, moviéndome sólo cuando me empujan. Así no quiero ser: yo tengo frenos, que son el temor de Dios, y tengo motor, que es el deseo de agradar a mi madre, la Santísima Virgen; así, y sólo así, llegaré a ser el día de mañana un hombre de valer.

M. E., Congr.

5.—"Tengo el motor dentro".

Un labrador cultivaba sus tierras con mucho esmero y les hacía dar todo el fruto posible, que vendido después en el mercado le proporcionaba pingüe ganancia. Un día iba al mercado, cuando le encontró a un amigo suyo, también labrador, y que llevaba el mismo rumbo.

Llegaron al pueblo donde se establecía el mercado y vendieron sus mercancías. Volvían alegres y retozones a sus casas, cuando uno de ellos le dice al otro:

—Este camino es muy largo; vamos por esta estrada.

—Todo lo que quieras; pero ya sabes tú que ese camino es muy frecuentado por los ladrones, le contestó el otro.

—No tengas miedo; todo eso son tonterías. Vamos por acá.

El otro no tuvo la suficiente valentía para decir un *no* varonil, y le siguió. Apenas se habían internado por aquellos caminos, e iban contando sus ganancias de aquel día, cuando de detrás de unas encinas salen dos hombres de aspecto feroz, que les dicen:

—Si no queréis pasarlo mal, entregadnos todo el dinero que lleváis encima

Ellos protestan, pero son atados a un árbol y desposeídos de todo lo que de algún valor llevaban sobre sí.

¡Cuántos jóvenes y no jóvenes, lo mismo ahora que antes, por no tener motor o ánimo para decir un *no* a un compañero, van al cine o a otros sitios donde les roban lo mejorcito que tienen: la gracia!

A. M., Congr.

6.—"Tengo el motor dentro".

"En cierto puerto del Cantábrico se había desencadenado una horrorosa tormenta; las olas batían con fuerza el muelle cubriendo con su espuma al faro. Cuando mayor era la furia del temporal, llegó un buque de vela que trataba de ganar el puerto, y como era una temeridad llevar las velas desplegadas, pues el viento estaba desencadenado, el capitán mandó arriarlas; pero el buque quedó entonces a merced de las olas; y sin más fuerza motriz para avanzar, fue arrastrado contra las rocas en las que encalló quedando destrozado en pocos minutos. Al poco rato apareció en lontananza un buque a todo vapor, y por más que las olas se estrellaban contra las bordas, haciéndole cabecear, la enorme fuerza de la máquina, comunicada a la hélice, venció al viento y el buque consiguió entrar en el puerto y salvarse de la tormenta. Vimos al primer barco por no tener fuerza propia, por depender del viento su marcha estrellarse, en tanto que el segundo contra la fuerza del viento y de la corriente entrar seguro en el puerto.

A poco que nos fijemos vemos que así como hay dos clases de barcos, con fuerza propia y sin ella, hay también dos clases de jóvenes; jóvenes sin fuerza propia, sin voluntad, cuyas acciones dependen de lo que les digan sus amigos. Si les dicen "vamos a tal o cual cine" "lee ésta o la otra novela", por más que el timón (en este caso la conciencia) procura rectificar el rumbo, es vencido por la fuerza de dichos amigos, y el joven va de cabeza al acantilado al cine. Los otros jóvenes son aquellos que tienen gran firmeza de voluntad y aunque les empujan los amigos temen solamente a Dios y se ríen de las risitas burlonas y les dejan burlados.

F. P., Congr.

7.—"Tengo el motor dentro".

Había en un pueblo un grupo de niños que era conocido por sus pillerías continuadas: no iban a la escuela ni a la catequesis de la Parroquia; frecuentaban en cambio el cine; y además tenían una malísima cualidad, la de arrastrar con ellos a los otros niños.

Iban un día a hacer alguna de las suyas, cuando se encontraron con un niño de su edad, pero completamente distinto de ellos; al cual, como lo hacían siempre con los que encontraban

Universidad de Deusto
Biblioteca

de el camino, quisieron llevarle con ellos; pero él se les negó.

Intentaron entonces convencerle, diciéndole que no le vería nadie, ni se enterarían sus padres, ni el Párroco.

El se negó rotundamente, pues, como sabéis, les dijo, nos ve Dios.

Como redoblaran ellos sus esfuerzos les contestó, al comprender que no entendían el argumento que les había puesto de que Dios les veía, señalándoles un borrico que pasaba por allí empujado y azotado por su amo:

¿Creéis que soy como ese borriquillo que necesita que le empujen y peguen para andar? ¿de modo que por que no nos vea nadie voy a acompañaros en vuestras picardías? no señor; yo "tengo el motor dentro" y diciendo ésto se marchó, dejándoles avergonzados ante esta hermosa respuesta.

J. E., Congr.

8.—"Tengo el motor dentro".

Varias comparaciones me han ocurrido; y desde luego la del borrego que no sirve más que para seguir al que va por delante, y despreciar así al que se deja llevar de sus compañeros al cine, aun cuando comprende que no debe de ir.

Pero más gráfica y más ridícula me ha parecido la comparación de ese congregante sin voluntad fija, como con el oso del húngaro que vi, no hace mucho, frente a la Universidad, al otro lado de la ría.

Nos reunimos allí varios chicos a su alrededor, y esperando el húngaro que nos sacaría algunas perrillas, tiró al oso de la cuerda con que le tenía atado a la argolla de su hocico, y éste se puso sobre dos pies, pronto a obedecer en todo a su amo.

"¡Baila, baila!", le dijo éste con voz desentonada, al mismo tiempo que tocaba una más destemplada pandereta.

Era de verle al oso moviéndose pesadamente sobre sus dos patas dando vueltas alrededor de la cuerda, como si quisiera bailar.

Mis compañeros se reían; a mí más bien me daba compasión; como también me la dan los chicos y grandes que no saben andar más que al paso de un mal compañero y se van donde ellos van, sin motor alguno dentro más que para hacer el ridículo.

J. M. B., Congr.

9.—"Tengo el motor dentro".

En aquellos tiempos cuando los griegos estaban en guerra con los persas, el gobernador de Atenas se dirigía en auxilio de una ciudad sitiada. Al subir un monte pasó por casualidad el gobernador junto a un grupo formado por los voluntarios; no tuvo límites su asombro cuando vió que un grupo de soldados empujaban a uno que por sus trazas debía estar tan cansado que ni empujado por sus compañeros podía arrastrar los pies. Al ver ésto el gobernador preguntó a uno de los de allí presentes: ¿qué es lo que hacéis arrastrando así a ese hombre?

El interrogado contestó: Se ve que este hombre no debe estar acostumbrado a los sufrimientos de la guerra; tanto que nos ha dicho: Yo no puedo más. Yo me quedo aquí. Nos ha dado compasión y le hemos venido empujando unas veces unos y otras veces otros...

Basta, dijo el gobernador, ya que no sirve para la guerra, que se vuelva y se quede con las mujeres y los niños. Aunque se compadecieron nuevamente de él, no pudieron contener la risa.

Así pasa a los chicos que no están acostumbrados a vencerse y tienen el motor por fuera. Sus padres tienen que estar repitiéndoles siempre "vete a misa, haz esto"; irán a misa, harán eso, porque lo empujan; si no, no lo hacen.

Y como no están acostumbrados para la guerra de fuera, de los malos amigos, menos lo estarán contra la carne; y serán siempre en la sociedad como chiquillos que no tienen resistencia alguna.

M. O., Congr.

10.—"Tengo el motor dentro".

Había entre los muchachos, aquella tarde, dos diversos pareceres: unos querían ir a la playa y pasar allí la tarde, jugando y pescando entre las rocas, mientras que otros recordando advertencias de sus padres opinaban que más seguro era quedarse en el pueblo.

No duró mucho las discusión, porque el primer grupo sólo esperaba la conquista de Miguel para encaminarse a la playa.

No fueron necesarias muchas razones para convencerle, y el irresoluto Miguel se dejó arrastrar por ellos.

Llegados que fueron a la playa, se descalzaron y dejando la ropa sobre la arena, se lanzaron a las rocas para coger mojojones, lapas y otros moluscos adheridos a ellas.

Estando en esta tarea, vieron cómo tres grandes gabarras eran arrastradas por un pequeño remolcador que las llevaba donde quería.

Sabes que es ridículo, observó uno de ellos, que a esas gabarras, cinco veces mayores que el vaporcito, las lleve éste a donde quiera; que tengan que ser arrastradas; dejadas solas a dónde irían? Seguramente encallarían en la arena o darían contra esas rocas, según las llevara la corriente; y valen tan poco "por no tener motor dentro"

La tal reflexión nada más que apuntada fué bastante para que Miguel tomara la parte que le correspondía y se la aplicara a sí mismo y comprendiera que no debiera estar allí sino en el puerto, como se lo había dicho su conciencia.

Estando en estos pensamientos, ¡zas! un resbalón y el bueno de Miguel que cae al agua.

Y cuando temblóroso por la impresión del agua fría salía del mar, recibió una carcajada de sus amigos por todo consuelo.

Enfadado con ellos y consigo mismo, tuvo que emprender sólo el camino de su casa tratando de esquivar el encuentro con sus otros amigos.

Pero de nada le valió le volver por una calle escondida; pues pronto dió con ellos, que aunque compasivos no dejaron de reirse del remojón.

El epílogo tuvo lugar en su casa donde su madre le reprendió por haber hecho el "borrego".

J. N., Congr.



Núm. 165.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Abril de 1927

Juguete que enseña.

Se trata de uno de esos juguetes, conocidos en China hace siglos, que por llevar en su base algo esférica un peso mayor que el del resto del cuerpo siempre queda en pié. Su figura es la de un anciano. Una niña juega con él; le acuesta sobre una diminuta cama cubriéndole con la colcha, pero apenas suelta la mano, el anciano se levanta arrojando su envoltura. Lo deja caer sobre el suelo, y aunque caiga de cabeza, se pone derecho sobre sus pies.

Se empeña en hacerle morder el polvo y sujetarlo a la tierra, pero el muñeco siempre de pié. No bien tiene libertad su peso interior le impulsa a la posición natural.

Viva imagen del hombre y del joven que procede por principios internos, no por el qué dirán, porque me ven o porque me gusta.

Lleva en su interior una idea: la de cumplir el deber cueste lo que cueste, una convinción que todo lo de esta vida pasa y no vale nada comparado con lo eterno, un peso que le mantiene siempre de pié que es la gracia de Dios en quien confía y el propósito de reventar antes que pecar.

A este tal ya puede venirle mi amigo a cubrirle con la oscuridad del cine o con la soledad del cuarto, que no cederá; o un perseguidor como Calles a amenazarle con burlas cárceles o muerte si sigue practicando su religión, que como los mártires de Méjico se levantará con más decisión a profesarla ante todos gritando "Viva Cristo Rey".

Y si alguna vez llega a morder el polvo por, el pecado sus principios internos le harán levantarse inmediatamente por la penitencia.

N. I., Congr.

¿Dónde hay que llevar el motor?

Siendo pequeño solía divertirme mucho con un vehículo singular. Una caja con cuatro ruedas, una cuerda de la que tiraban mis compañeros y allí iba yo, calle arriba y calle abajo, más horondo que un multimillonario en su Lincoln. Pero, el día que faltaban mis amigos, no había paseo en "carroza", porque... no había quien tirase. Y lo peor era, que si a mis compañeros se les ocurría ir por donde a mí no me gustaba, no había más remedio que seguir su tracción.

Cuando ví por primera vez un auto, avanzando majestuoso por medio de la calle, sin qué nadie tirase de una cuerda, pregunté inmediatamente "¿dónde están los que tiran?

No hacen falta, me dijeron; dentro tiene un motor que obedece al chófer y suple muy ventajosamente a todo otro medio de tracción.

Una idea feliz relampagueó entonces en mi mente. Comprar un motor,ponerlo a mi "carroza" y así aunque faltasen mis amigos, nunca dejaría mi paseo diario. Porque eso de estar sometido a los caprichos de ajena servidumbre es insoportable.

Claro, ésto no me fué posible; pero sí el reflexionar y fijarme en algunos compañeros y ver que tienen mucho parecido con mi antiguo carro. Cuando están solos no pueden moverse, porque no tienen motor; si están con compañeros, van a un lado y otro, pero nunca guiados por una convicción, sino arrastrados por la voluntad ajena.

¡Vamos al Rosario!, Clemente, le dicen los amigos, y con este tirón, como mi carrito, Clemente va al Rosario.

¡Vamos al Cine! Clemente, y allí va, porque el tirón se lo han dado para ir al Cine.

A ¿dónde va Clemente? A donde le tira la gente. Por qué? Porque no tiene dentro un motor.

S. I. J., Congr.

Marca del motor.

Si ahora me preguntáis de qué marca ha de ser el motor, yo os hablaré del mío, que me está dando un gran resultado.

En los Ejercicios de San Ignacio, se hacen

Universidad de Deusto
Biblioteca

...preguntitas, capaces de conmover un corazón de piedra.

I) ¿Qué he hecho por Cristo?
II) ¿Qué hago por Cristo?
III) ¿Qué debo hacer por Cristo?

Consideradas estas preguntitas a la boca del infierno, que merecí, o al pie del Calvario, donde muere mi Redentor por mí, son de una eficacia incontrastable.

No os quiero engañar: vamos a hacer una prueba con este motor:

Un amigo os convida al Cine. Ya está dado el tirón y el que no tiene motor, al Cine se va. Pero si usáis mi motor, lo primero que se os ocurre es ésto: "Yo tengo una gran deuda de gratitud con Jesús: Él me ha salvado del infierno, y me ha enseñado el camino del cielo".

¿Qué debo hacer por Cristo? Ir al Cine donde se le pisotea y abofetea? Y el motor trepida y resiste a la invitación del amigo, y no se contenta con no ir al Cine, sino que arrastra a los compañeros a otro sitio más decente y santo.

El "¿qué debo hacer por Cristo?" es, señores, un motor inmejorable.

S. I. J., Congr.

La lección de una araña.

Roberto Bruce, rey de Escocia, fué hecho prisionero por sus enemigos los ingleses, privado de su trono y condenado a larga cautividad. Había puesto en práctica ya no pocos medios y ardides con el fin de recobrar su trono; pero todos habían dado por fruto la desilusión más desesperada del desgraciado monarca.

Un día, desde el camastro de paja en que se había echado para entretener sus desengaños, a la escasa luz que los barrotes de un ventanucho permitían entrar en el calabozo, pudo contemplar una escena que le robó la atención primero y le animó después. Colgada de un largo y finísimo hilo que descendía de una de las vigas del techo, una araña forcejeaba por prenderlo al muro de la prisión, a fin de que fuera como soporte de la delicada tela que había de urdir después. Varias veces se había lanzado ya contra la pared, más la perfecta inmovilidad del ambiente en el que ni una brizna de aire se sentía, anulaba aquellos esfuerzos.

El rey examinó con atención el trabajo pertinaz del animalito, contó sus frustrados intentos y pensó para sus adentros:

Cuánto me parezco a esa pobre araña! Seis veces ha querido adherirse a la pared y otras tantas le han fallado las fuerzas. Seis veces he pretendido recuperar el poder y la corona, y aún estoy en el principio. Esa araña y yo corremos la misma suerte.

A este punto llegaba en su discurso, cuando la araña haciendo un último y desesperado esfuerzo alcanzó a la pared. El rey, cual si una fuerza superior le hubiera conmovido, saltó del lecho e irguiéndose:

—¡Buen Dios! exclamó. Era la séptima vez que lo procuraba y lo ha conseguido. ¿Quién me asegura que a mí me sucederá lo contrario? Animo, pues y valor: haré la última tentativa!

La hizo. Bruce recobró la libertad, y después de una brillantísima victoria obtenida de sus enemigos, pudo verse de nuevo al frente de su amado reino de Escocia.

¡Cuántas veces la constancia de un animalejo es para nosotros objeto de confusión, pues por no vencernos un poco volvemos atrás en nuestros propósitos! Sólo en la meta está puesta la corona; el que hasta el fin persevere, será coronado.

R. G., Congr.

¿Quién quiere lustre?

Voy a contaros una historia. Se la oí referir a un señor a quien vosotros y yo conocemos, congregante por más señas y si queréis otro detalle, sabed que su nombre empieza con F. Será...?

Viajaba este señor, en cierta ocasión por Oriente y al llegar a Port-Said dice, que le llamó mucho la atención cómo aquel puerto y toda su ciudad estaban plagados de pobres limpiabotas ambulantes, sucios y desharrapados, que pululaban por todas partes y acosaban a los transeuntes, a las puertas de los cafés, lo mismo que en los parques públicos y en los andenes de las estaciones y por todos lados y a todas horas les ofrecían sus humildes servicios.—"¿Lustre, caballero?..."

Como advirtiese nuestro hombre que los zapatos de todos ellos estaban por lo común harto necesitados de betún y de cepillo, atrevióse a decir a uno de ellos que, cómo es que ofrecía brillo a los demás, si era a él al que más falta le hacía... y el pobre "limpia" no sabiendo qué responder y comprendiendo que tenía sobrada razón se retiró muy corrido.

Yo también, queridos congregantes, voy a ofreceros ahora a todos en todas partes y a todas horas, como los chicos de Port-Said, "brillo" no para los zapatos, porque no es lustre de betún y trapo; sino el brillo de la pureza y de la gracia "para el alma", poniendo a continuación "un consejito" muy hermoso que me dieron y que todos debíamos aprender de memoria y tenerle siempre grabado en el corazón; dice así: "Si quieres hacerte hombre de valer, aficiónate a libros buenos, y más aún a los serios. De novelas o muy poco o nada; te quitarán las ganas de estudiar y además te harán por lo general impuro; muy pocas son las del todo decentes. Aplica lo mismo en su tanto a revistas y revistillas... Un joven holgazán, aunque sea de buen natural, muy fácilmente cae en tentaciones impuras. En cambio un joven estudioso, aunque tenga muchas pasiones, tiene mucho andado para vencerlas: es de carácter más vigoroso y cuenta con más ayuda de Dios."

Aquí tienes el "lustre superior" que en el título os ofrecía, más, para que no me suceda a mí lo que al limpiabotas del cuento, yo os prometo, que procuraré guardar este aviso toda mi vida y pediré para ello gracia especial a nuestra Madre la Virgen María.

...Y, ahora, vuelvo a vocear: Quien quiere lustre...?

E. J., Congr.

Sin freno y sin motor...

Joaquinito sí que estaba contento con los juguetes que le habían regalado; tenía allí todo lo que un niño juguetón podía desear: pelotas, carros, canicas, automóviles, aeroplanos, pelotones, etc., etc.

En los primeros días no acertaba a separarse de ellos. Todo era cogerlos, armarlos, tirarlos y hacer el mayor ruido posible.

Pasada la primera impresión, no le parecieron tan bonitos. Ya se cansaba de tener que menearlos y deseaba que aquel coche tan hermoso tuviese un motor que le hiciese andar, sin tener él que arrastrarlo.

Se puso a cavilar y halló la solución: nada más sencillo que coger el automóvil dotado de potente motor y engancharle al coche.

Como lo pensó lo hizo; y una vez unidos, no tuvo más, que dar cuerda al auto y soltarlos para que ambos corriesen por el suelo.

Palmoteó de alegría creyendo que tenía también resuelta la misma dificultad con su gran carro: y quieras que no, ató el carro a la cola del perro y... otra explosión de alegría.

Pero todavía le quedaba otro artefacto que poner en movimiento: el aeroplano. El coche y el carro eran ligeros y con ruedas, dejándose por ello arrastrar fácilmente; pero no así el aeroplano, que, en cuanto le dejaba en el aire, que parecía ser su elemento, caía pesadamente a tierra.

Lo tiró subiéndose sobre la mesa, para ver cuánto volaba; pero en cuanto se le acababa la escasa resistencia que a las alas ofrecía el aire, volvía a caer.

Entonces le hice yo reflexionar a Joaquinito lo que, a veces, ni los mayores caemos en la cuenta: que cuando no hay motor dentro, pronto se para todo, aunque tenga aletas y ruedas, y parezca uno muy bien educado; las apariencias engañan. Mucho temor en Dios como freno y mucho amor a la Virgen hacen falta para andar en este mundo y no pararse o despeñarse.

J. N., Congr.

A propósito de violetas.

Todos los años las veo crecer en el jardín de mi casa, al comenzar el mes de Marzo; y levantándose sobre las hojas, aún lacias y raquíticas, llenan ya con su perfume el ambiente. Mas luego comienzan también a desarrollarse las hojas, y poco a poco van ocultando bajo su verde tapiz las violetas, que antes se mostraban tan ufanas.

Y siempre me emociona el ver ésto, porque me recuerda la historia de un amigo mío ya difunto.

Se llamaba José, y había llegado a los trece años delgado, como es delgado el tallo de una violeta; pero, como ella, poseía también una esencia de virtud encantadora, que perfumaba todas sus acciones; hasta que una dolorosa enfermedad le llevó al cielo y le ocultó de mi vista.

Ya reconozco que no podemos todos ser como él era, pero podemos imitarle en una cosa que él guardaba con sumo cuidado, desde que en un mes de Mayo se lo había prometido a la Virgen: "en no ver ninguna revista en que suelen aparecer figuras indecentes, y en luchar con brío hasta hacer desterrar de su casa y de entre sus amigos todas las revistas de esa calaña".

V. M. A., Congr.

Un pequeño héroe.

Un misionero presentaba al Sumo Pontífice León XIII, algunos negritos, uno de los cuales tenía un pie cortado.

—¿Qué has hecho? le pregunta sonriendo el Pontífice. ¿Has tenido poco juicio, verdad?

Pero el niño responde con noble orgullo:

—¡Santidad! no es juicio lo que me ha faltado. Quisieron obligarme a renunciar a la fé cristiana; me opuse enérgicamente a ello. Y en castigo me fué cortado el pie.

El Papa quiso oir la historia del pequeño héroe y después llorando de emoción, lo estrechó contra su pecho diciendo:

—¡Tengo la gran felicidad de abrazar a un mártir!

Nadie se meterá a hacernos renunciar a la fé, ahora por lo menos, pero muchos, muchos, se afanarán por arrancarnos la virtud angélica, la pureza: malos compañeros, espectáculos peligrosos, vestidos indecentes, etc., etc...

¡¡Que muera antes el cuerpo, que el alma por el pecado mortal!!!

M. V., Congr.

La rosita de oro.

M. Heinhold, pobre desde su nacimiento, había llegado a hacerse considerablemente rico, lo que le proporcionaba una ancianidad feliz y respetable: no faltaron personas que atribuyeron al uso de un medio especial y desconocido, el haber venido a tal estado de prosperidad.

El más joven de sus nietecitos, Néstor, que había escuchado esta clase de discursos, dijo un día a su abuelo:

—Abuelito, enséñame el medio de llegar a ser feliz.

—Con mucho gusto, hijo mío, repuso Heinhold. ¿Ves esta rosita que tengo en mis manos? Los pétalos y las hojas que la rodean son del oro más fino. Si la llevas constantemente sobre tu pecho y no olvidas lo que te voy a decir, llegarás ciertamente a ser feliz.

—Muy bien! gritó gozosísimo Néstor:

Universidad de Deusto
Biblioteca

dime qué hay que hacer, y no lo olvidaré jamás.

El abuelo respondió:

—Primero, no te pondrás esta rosita nunca antes de haber rezado la oración de la mañana, ni te desprenderás de ella jamás sin haber hecho con devoción la plegaria antes de acostarte.

Segundo, no debes permanecer nunca ocioso, mientras lleves esta florecita sobre tu pecho.

Tercero, los vestidos lujosos, las alhajas costosas, el acicalarse demasiado no dicen bien con esta rosita.

Cuarto, por la noche no te quitarás esta flor sin haber hecho antes algún beneficio o un acto de caridad con tus semejantes; si lo has omitido, lo puedes hacer aún aquella misma noche, o a la mañana siguiente lo más tarde.

Quinto, no alimentarás en tu corazón, sobre el que llevarás esta rosa delicada, pensamiento alguno que no oses, sin avergonzarte, descubrir a tu Director.

Repite diariamente estas cinco cosas con los cinco dedos de la mano, observalas, y la pequeña rosa hará tu felicidad."

¿No es verdad, que sin la rosita de oro podemos también nosotros conseguir esa felicidad guardando esos "cinco consejitos?"

M. V., Congr.

La locura de mi amigo.

Cómodamente arrellenados en un autocar, subían a uno de los montes de Suiza, diez jóvenes con la intención de respirar el aire puro de las alturas y contemplar las bellezas que Dios ha derramado pródigamente por aquellos montes y valles. A medida que el coche iba venciendo la áspera pendiente, el panorama se iba ampliando; pero el trepidar violento del motor, algo así como la respiración fatigosa de un pulmón sano, apenas si les permitía cambiar impresiones. ¡Tan ensordecedor era el ruido! La cuesta iba creciendo, disminuía la velocidad y por fin el auto paró. Los esfuerzos del chófer porque arrancara, fueron inútiles. Bajó, examinó, miró el depósito de gasolina; todo normal, pero el coche, quieto.

En esto bajaba vertiginosamente del monte otro auto, y al verlos detenidos, quiso prestarles su ayuda ¿Qué pasa? preguntó a Luis el otro chófer.

—Pues, no sé; todo parece que está normal.

—Vamos a ver, dijo Ignacio; mas al poco tiempo. ¡Camarada! exclama. Esto no puede ser: la cuesta es fuerte, la carga muy pesada, y el motor no puede con tanto.

—Pues, ¿qué hago? repuso Luis.

—Aligerar el coche, replicó Ignacio, y cogiendo de nuevo el volante, comenzó a rodar rápidamente cuesta abajo.

Luis que tenía una buena dosis de loco, pronto echó sus cálculos. Lo que aquí más pesa es el motor; así que ¡fuera con él! y al punto, cogiendo la llave inglesa, suelta los tornillos, ladea el motor a un rincón de la carretera, y ¡adelante! Pero, apenas suelta los frenos, la fuerza de gravedad, vence al coche, retrocede violentamente hasta chocar en una revuelta con un pretil que lo rompe, cayendo coche con viajeros al abismo. Todos se destrozaron, y el motor a un lado de la carretera, era testigo mudo de la locura de aquellos hombres...

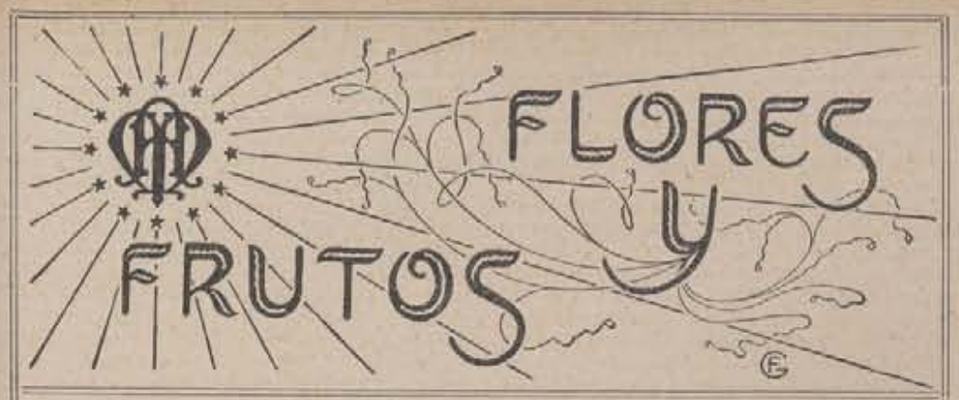
Inverosímil se os hará ésto; pero seguid leyendo y yo os garantizo que reformaréis vuestro juicio.

Las sociedades iban subiendo al ideal de su prosperidad. Dura se les iba haciendo la cuesta; las convulsiones internas avisaban que aquel estado no podía continuar, y vino una "pane". Miraron el coche, vieron que la carga era excesiva y para aligerar el peso, quitaron el motor, arrancaron y arrinconaron las ideas religiosas, que son el principio propulsor y represor en el hombre. Y comenzaron a andar y al poco tiempo... Rusia cae en el caos del comunismo... Italia se convierte en una jaula de fieras... Francia sigue al borde, y algo más que al borde, del abismo...

Ante el peligro, todos se han convencido de que es menester conservar el motor, de que sin motor no es posible progresar. A esa triste experiencia obedece la reacción general religiosa, la insistencia en los principios religiosos de orden superior, el fomento de ideales espirituales. Y con mucha razón; porque sin motor no se avanza, y cuanto el motor sea más poderoso el avance es más seguro. Sin la religión al abismo; cuanto la religión sea más **conocida**, más **sentida**, más **practicada**, el progreso y el bienestar será mayor.

Pero lo que pasa a las sociedades, pasa también a los individuos, o por mejor decir, la sociedad siente en sí ese malestar porque los individuos que la integran, se lo causan. Es menester, por lo tanto, que todos y cada uno de nosotros tenga su motor; nunca se nos ocurra quitar el motor.

S. L. J., Congr.



Núm. 166.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Mayo de 1927

"Hoy no he hecho raya"

Un día me hablaba mi papá con su lenguaje que solo saben hablarlo los buenos padres; la energía inquebrantable en las palabras y el amor intenso en el corazón.

—Mira hijo mío; me han dicho que estudias muy poco y esto no lo puedo tolerar, que así no se forman los hombres que después van a valer.

—Sí papá, pero son tan difíciles las lecciones...

Nunca te mandarán una cosa que no puedas hacer.

—Sí, pero...

—No hay *pero* que valga, al principio de curso estudiabas, y ahora por qué no?... Hay que ser constante y si lo que haces te cuesta, mejor, así valdrás más. Escucha lo que te voy a contar.

Había un pintor en Grecia que fué el más célebre no solo de su nación sino de todo el mundo antiguo; se llamaba Apeles.

Atendía tan bién los consejos que le daban sus maestros y se aplicó tanto, que bien pronto llegó a aventajarles y su fama se extendió de tal modo que Filipo, rey de Macedonia le llamó a su corte, donde hizo amistad con el príncipe Alejandro, y al subir éste al trono quedó Apeles convertido en el pintor imperial y fué el único a quien autorizó para hacer sus retratos. El retrato de Alejandro en actitud de Júpiter tonante es una de sus más maravillosas obras, hasta el punto de que el emperador decía que había dos Alejandros, uno el hijo de Filipo y otro el pintado por Apeles. Tenía tal habilidad que las figuras que pintaba parecían salirse del lienzo. Se cuenta que hasta las avecillas querían posarse en las pinturas y picaban las frutas como si fueran verdaderas; en un retrato ecuestre de Alejandro, el caballo que montaba aparecía tan lleno de vida, que en su presencia los caballos relinchaban.

Apeles era tan modesto como gran artista, y atendía siempre las observaciones que se le hacían sobre sus obras. No conoció la envidia, al contrario animaba a los artistas que valían, como lo prueba el hecho de que gracias a él, Protógenes, pintor de los más grandes de su época, llegó a gozar de la mayor celebridad y fortuna.

Al llegar a este punto hizo mi papá un momento de silencio y prosiguió.

¿Sabes tú cómo Apeles llegó a ser tan famosísimo pintor?

—No papá.

Pues no dejando pasar día sin ejercitarse en la pintura. Aunque tuviera otros negocios se decía: "Hoy no he trazado raya" y al punto se disponía a pintar aunque no fuera más que un poco.

¿Te has fijado bien? Si quieres que no te cueste el estudio no dejes ningún día de estudiar. Si quieres ser hombre de valer, no dejes ningun día de echar una raya de vencimiento y mortificación.

Cuando me quedé solo hice estos propósitos: He de ser humilde como Apeles y a fulano que le tengo un sí es, no es de envidia le voy a hacer todos los favores que pueda; y voy a ser muy constante. Todos los días voy a echar una raya en el lienzo de mi alma fijándome en el retrato de mi hermano San Estanislao; a ver si llego a parecerme a él para que cuando vaya al cielo diga mi Madre la Santísima Virgen "tengo dos hijos gemelos; uno el santito de Polonia y otro éste que ha venido ahora."

C. E., Cong.

Repicando las campanas

—¿A qué hora se tocan hoy las campanas, Enrique?

—A las seis, contestó el aludido sin volver la cabeza, al tiempo que daba un buen boleo a la pelota, que entonces era lo único que le preocupaba.

De buena presencia, simpático, Enrique es el reyezuelo de la sacristía. El se da cuenta de esta especie de superioridad y quiere conservarla; por eso hoy, al tocar las enormes campanas de la torre delante de dos de sus compañeros, nuevos en el oficio, que le contemplan entre admi-

Universidad de Deusto
Biblioteca

rados y medrosos, hace alarde de su destreza. Todo iba viento en popa y ya estaban para comenzar el segundo toque, cuando a la invitación de Enrique se dispusieron a ayudarle los nuevos compañeros, mientras él se colocaba frente a la campana. Lo había hecho ya tantas veces que ni siquiera se acordó pudiera correr el menor riesgo.

Pronto empezó a dejarse oir el sonido del bronce: distraído un momento el pobre Enrique al contemplar a sus amigos, sintióse de pronto lanzado violentamente a tierra; quiso levantarse, pero un nuevo y más fuerte golpe en la cabeza le lanzó a un lado, yendo a dar contra un saliente del muro de la torre, donde aún le alcanzó la cabeza de la campana, oprimiéndole el tierno cráneo contra la dura piedra... Fué no más que un instante angustioso.

—¡Virgen Santísima! ¡Madre mía!, exclamó casi instintivamente.

Y no hubo más. Enrique, sin saber cómo, se vió caído en el suelo, libre ya de la campana que le hubiera, sin una protección especial de la Santísima Virgen, irremisiblemente destrozado el cráneo; de ello da testimonio la gran cicatriz que como sello de esta providencia aún conserva.

¡Qué tranquilidad tan grande no ha de darnos el ver con qué cuidado vela nuestra buena Madre para librarnos de todos los peligros, aun materiales, y con qué confianza no hemos de ponernos en sus manos en todos nuestros actos!

E. P., Congr.

Un valiente

Manuel Castro, jovencito que pronto iba a cumplir los 16 años, estudiaba ya sexto año de bachiller con aprovechamiento y era congregante de San Estanislao de Kostka.

En aquella Congregación, como en todas, les enseñaba el Padre Director en sus pláticas los peligros del mundo y en una de las cosas que hacía más hincapié era en los respetos humanos. Manuel era muy dócil y seguía con gusto las indicaciones del Padre y así llevaba en su interior impreso el desprecio a los respetos humanos, pero no lo bastante.

Terminó el curso y como en los años anteriores sacó las mejores notas, y habló con sus padres acerca de la carrera que iba a seguir. Como ya desde pequeño había mostrado mucha afición a ser militar, se decidió a que fuera a una academia para hacer el preparatorio de Infantería. Con este motivo tuvo que salir de su casa y dejar la Congregación.

Ya en Madrid empezó a andar con compañeros que no habían tenido la suerte de ir a una Congregación donde le enseñasen a sentir lo que vale la religión. Con frasecitas picantes y burlonas consiguieron que fuera descuidando sus prácticas religiosas y perdió el espíritu cristiano por unos malos amigos.

Terminada la carrera, fué a Marruecos y empezó a dar muestras de gran valor frente al enemigo y en una acción muy empeñada cayó, con varios soldados, prisionero. Allá, en el aduar donde los moros tenían su campamento, empezó para ellos un período de sufrimientos y privaciones, horrible.

Los moros, junto con varios prófugos y desertores, les querían obligar a que repararan unas ametralladoras que tenían algunos desperfectos; y aquellos valientes sufrieron muchos tormentos por no querer traicionar a su patria.

Uno tras otro fueron muriendo sus compañeros, y nuestro joven, que en el cautiverio había recordado las enseñanzas de la Congregación, fué modelo de valentía y resignación, ayudando a bien morir a sus compañeros y dando ejemplo de verdadero cristiano mientras esperaba la muerte o el rescate.

Por fin llegó esto último y con ello la recompensa al valor de que había dado pruebas. Cuando volvió a la península, oía misa todos los días, como cuando era congregante. En el cautiverio perdió el miedo a los respetos humanos, y cuando alguno le decía que sus antiguos compañeros le criticaban por ir a misa todos los días, le contestaba:

—Que se rían cuanto quieran.

Hoy este joven es un pundonoroso militar, que no se avergüenza de ayudar a misa cuando puede, ni de arrodillarse delante del altar de la Santísima Virgen, en quien tiene puesta su confianza.

J. M. F., Congr.

Jugar con una fiera

Muellemente arrellenado en su butaca, esperando se acercara la hora del almuerzo, leía el Barón con avidez un libro que acababa de dedicarle un amigo, mientras las espirales de humo de su cigarro ascendían silenciosas para desvanecerse en el ambiente de la habitación.

Nadie se hallaba en su compañía, a no ser que como tal tengáis la presencia de una bestia: un hermoso tigre africano, comprado por el Barón cuando aún acababa de nacer y al que había dado tan esmerada educación y trocado de tal suerte su condición, que, suelto como andaba, no era capaz de hacer daño alguno.

Enfrascado en la amena e interesante lectura, sintió que el tigre, al que tenía recostado en la alfombra y a su izquierda, y al que poco hacía había estado atusando el sedoso pelo, le oprimía con tenacidad entre sus dientes el dedo medio de su mano izquierda.

Como quien no espera una catástrofe miró al animal y una corriente de frío glacial recorrió todo su cuerpo: ¡en los ojos del tigre de las selvas fulguraba siniestro el instinto de la fiera! Sin hacer el más ligero movimiento, con la mano libre que le temblaba ante el peligro, abrió el cajón de su mesa-escritorio, sacó un pequeño revólver y descargó a bocajarro sobre el animal dos disparos que lo hirieron de muerte.

¿Qué había pasado? Al enredar con la fiera se había hecho, sin darse cuenta, un ligero rasguño en el dedo: la sangre que por él salió bastó para despertar por primera y última vez el instinto salvaje de la fiera domesticada.

El acercarse a ciertos amiguitos, porque *yo no tengo peligro de que me perviertan*; el asistir a ciertos cines, porque *a mí no me hacen impresión esas cosas*; el leer ciertos libros, novelas, folletos, porque *a mí se me olvida pronto lo que he leído*, etc., etc., son otras tantas fieras domesticadas que tarde o temprano nos harán

saber lo que son y, entonces, si no tenemos a mano el remedio, nuestra alma se verá desgarrada por el pecado mortal y sucumbirá.

La devoción a la Santísima Virgen será el arma con que frustremos tan terrible drama para nuestra alma.

¡Ay del que no la tenga!

A. O., Congr.

Leyenda consoladora

Contaba una vez una viejecita a sus nietecillos la siguiente antigua leyenda de profundo sentido místico, que pone de manifiesto cómo la Santísima Virgen es Madre de Misericordia.

Salió un día Cristo Nuestro Señor, a las puertas del cielo, y llamando a San Pedro le dijo: ¿Cómo es, Pedro, que están entrando tantas almas en el cielo, a pesar de ser el camino áspero y muy estrecha la puerta?

—Señor, contestó humildemente San Pedro; es verdad que yo soy el portero; pero os aseguro que no soy yo siempre quien abre las puertas a tanta gente.

—¡Cómo es eso! ¿¿Con que descuidas tu oficio?!

—Es vuestra madre, Señor, quien abre las puertas.

—Pero... ¿no te encargué yo de hacer justicia?

—Es cierto Señor, que me disteis las llaves de la justicia; pero disteis a vuestra Madre las llaves de la Misericordia.

¡Cuánta verdad encierra esta leyenda tan sencilla como expresiva!

A. S. R., Cong.

"Faltan Madres"

Así contestó a un famoso Emperador una Dama de la Corte en cierta ocasión en que, según se cuenta, Napoleón I conversaba con Madame Campán sobre las cosas de su tiempo. Comenzó éste a expresarse con acritud respecto de los diferentes métodos educativos que habían prevalecido en Francia; y desdeñando, como tenía por norma, de todo lo antiguo, exclamó con más énfasis que verdad: "Todos los antiguos sistemas de educación son de ningún valer". La Dama calló al oir esto y siguió escuchando al atrevido Monarca, quien tenía muy a gala decir en todas las cuestiones la última palabra y parecíale tan fácil resolver acertadamente las cuestiones religiosas y sociales, como ganar batallas dando cargas de caballería. Al poco tiempo sintiéndose por lo visto muy orondo del sistema de educación que él había sustituido en Francia a los antiguos, preguntó con aire de satisfacción: —"¿Qué falta hoy en Francia para que los jóvenes puedan salir bien educados?"—

Entonces respondió al punto con viveza Madame Campán:

—"Una sola cosa falta".—

—"¿Qué es?—inquirió atajándola Napoleón

Y la Dama de la Corte dijo con resolución:

—"*Faltan madres.*"—

A esta respuesta inesperada y profunda el Emperador, casi desconcertado, quedóse pensativo y un minuto después exclamó: "Tenéis razón: he ahí todo un sistema de educación: formar madres que eduquen bien a sus hijos"...

También podríamos nosotros, según creo, aprovecharnos de esta hermosa lección, pues aun por aquí faltan ya por desgracia, madres, que para que los jóvenes puedan salir bien educados, los aparten a tiempo de las malas compañías y de las lecturas peligrosas; y los enseñen, por el contrario, a ser buenos cristianos y a regirse no por caprichitos y gustos, sino por principios religiosos, como lo hacen las buenas madres que llevan a sus hijos allí donde se los enseña a ser hombres y a "llevar dentro el motor".

Vamos a pedir todos a *la mejor madre del mundo, a la Madre de Dios*, en el mes de las flores, que suscite muchas madres buenas y muchos hijos también buenos y obedientes.

E. I., Cong.

Valientes y cobardes

Santiago era hijo del pobre Pedro, labrador que sacaba de la venta de los productos de su pequeño huerto para sustentarse él y su familia.

En el mismo pueblo de este cristiano padre, vivía un señor, propietario de la mayor parte de las tierras de aquel lugar. Tenía también un hijo, Manuel, de la misma edad que Santiago. Pero se diferenciaba completamente de aquel, pues hacía alarde de sus sentimientos antirreligiosos.

Todo se desarrollaba normalmente, cuando estalló la gran guerra. Los dos jóvenes dejaron sus familias y su pueblo para pelear por la patria.

Cierto día, la compañía en que ambos estaban se vió cercada por numerosas fuerzas enemigas. La situación se iba haciendo cada vez más desesperada y el capitán ordenó a los soldados que se reunieran y les dijo que no había más remedio que rendirse, a no ser que alguno intentase ir, bajo el fuego enemigo, a pedir auxilio al campamento más próximo. Esto hizo, a pesar del peligro que corrían sus vidas, sonreir a muchos pues parecía punto menos que imposible; mas Santiago, avanzando un paso, dijo:

—Capitán, yo procuraré pasar las líneas enemigas y traer los auxilios suficientes para libertaros.

El capitán le contestó:

—¿No temes que te maten?

—Dios no lo querrá, contestó Santiago, y si lo quisiera, estoy en su gracia y nada tengo que temer.

Entonces se le dió a Santiago el permiso para llevar a cabo su temeraria acción y esperó a que llegase la noche para realizarla. Entre tanto, algunos de sus compañeros se burlaban de él y especialmente su convecino Manuel. Nuestro héroe no se asustaba por esto.

Llegó al fin la noche y con ella arreció el ataque enemigo. Santiago, haciendo la señal de la cruz, y apretando contra su pecho el escapulario de la Virgen del Carmen que siempre llevaba consigo, salta las alambradas del campamento, se interna en el campo enemigo y andando bajo una nube de balas pasa por entre las fuerzas enemigas, corre a través del campo

Universidad de Deusto
Biblioteca

al cabo de algunas horas vuelve a sus amigos. La Santísima Virgen había protegido su hazaña. Mientras tanto, los sitiados se defendían apuradamente; y Manuel, como gran cobarde, se esconde dentro de una de las tiendas de campaña creyendo que allí no le alcanzaría la muerte, mas una bala perdida le da en el corazón y queda muerto en el acto.

Las tropas libertadoras ponen en fuga a los enemigos. Santiago, recompensado como merecía, se retira a su pueblo, donde vivió feliz con sus padres.

Ahora una comparación. En estos dos jóvenes tan diferentes parecen estar retratadas dos clases de congregantes. Los primeros, como el Santiago de nuestro cuento, no titubean ante el peligro, entonces crecen y no temen las burlas.

Pero los otros están pendientes del "qué dirán" cuando se trata de hacer ver que son verdaderos congregantes. ¡Pobrecitos!

R. Y., Congr.

Lo que puede San José

Me lo refirió un Padre Jesuita que misionaba durante muchos años en la India entre las clases del pueblo más abandonadas.

Atravesaba cierta tarde por una extensa selva. La tempestad le había sorprendido mientras se dirigía a un pueblo inmediato y cabalgaba ansioso por encontrar alguna cueva o choza donde se pudiese albergar unos instantes, mientras duraba la tormenta.

Era uno de los primeros días de Marzo y el misionero se encomendó con fervor al patrocinio de San José. Al poco tiempo divisaba, algo separada del camino, una cabaña de paja, que apenas si podía resistir a la borrasca. El Padre quedó a la puerta para recitar el breviario, cuando le pareció oir una voz que le llamaba ansiosamente. Volvió la vista: en un rincón de la choza aparecía confusamente un bulto de carne podrida y pestilente, cubierto apenas por sucios harapos y confundidos entre un montón de helechos y hojas de árboles.

—Padre, me muero, me muero.

Creyó el sacerdote que sería doblemente desgraciado por ser pagano, enfermo, abandonado allá por sus parientes.

—Quieres ser cristiano, para después ir al cielo, ¿verdad?, le preguntó.

—No, Padre; ya soy cristiano; quiero confesarme; yo se lo he pedido a San José y sin duda él os envía.

El misionero le miró estupefacto. Oyó en confesión a aquella preciosa alma, puesta bajo la tutela de San José, a quien el Santo había conservado entre los paganos pura y limpia de todo pecado mortal; y al acabar le rogó que le contase su vida.

—Padre, me bautizaron hace muchos años; mis padres eran paganos. En el bautismo me pusieron por nombre José, y desde aquel día lo primero que hacía todas las mañanas al despertarme era encomendarme muy fervorosamente a mi Patrono. Al poco tiempo murieron mis padres; y unos parientes de mi madre me llevaron a su casa. Pero ellos eran también paganos y me maltrataban mucho porque no tomaba parte en sus supersticiones diciéndome que yo tenía irritados contra toda la familia a los espíritus y que por eso no llovía y se habían de perder aquel año todas sus cosechas.

Una mañana elevé a San José una plegaria más ferviente, y huí de entre aquellos paganos. Yo no sabía cuál era el camino de mi pueblo; mas le rogué a mi Patrono que me guiase allá pronto y sin mal alguno, y a los dos días me encontraba otra vez junto a la iglesia de mi aldea. Una prima de mi madre, cristiana y con dos hijos, me retuvo a su lado para que les ayudase en las faenas del campo.

Aquella buena mujer murió hace algún tiempo; antes de morir pidió a sus hijos que no me echasen de su casa, y así lo hicieron durante algunos meses. Pero al cabo de medio año comenzaron a agrietárseme las piernas, en las que aparecieron unas llagas asquerosas que continuamente manaban podre. Mis parientes creyeron durante los primeros días que eran unas heridas pasajeras y hasta me ayudaban con cierto cariño a curar mis llagas.

Mas, cierta mañana, al convencerse de que era principio de verdadera lepra, me trajeron a la selva para abandonarme en esta cabaña, asegurándome que volverían todos los días con mi comida. Pero pasaron un día y dos y ninguno se acercó para traerme el sustento. Conocí entonces que hasta mis parientes me habían abandonado. Acudí a San José con más fervor que nunca; en él sólo esperaba ya, y me arrastré como pude hasta la orilla del río; no tenía instrumento alguno con que poder pescar y me senté triste, aunque siempre confiado en mi Patrono, sobre una roca. Al poco tiempo me pareció sentir junto a mis pies algo que se movía; bajé la vista: un pez bastante grande forcejeaba en vano por desenredarse de entre las ramas de una planta marina que crecía a orillas del río. Alegre y reconocido, alargué mi mano. Pues bien, desde aquel día, en cuanto salgo de mi cabaña en busca de sustento, ya me tiene preparado San José algo con qué poder alimentarme. Pero en vano estos dos últimos días procuraba arrastrarme para salir de mi choza; conocí que me moría y como último favor pedí a San José que ya que nunca me había abandonado, no me desamparase tampoco ahora. Sin duda, Padre, que él os ha traído por este camino.

El misionero, cada vez más admirado, no sabía qué decir a aquel corazón tan sencillo y confiado.

—¿No te da pena el morir?—le preguntó como por decir algo.

—Padre, ¿cómo me ha de entristecer eso, si San José jamás ha dejado de oir mi plegaria y ahora me ha de llevar al cielo seguramente.

A los pocos días moría dulcemente aquel feliz leproso, animado por al confianza tan grande que en su Patrono tenía.

¡Qué alegres y confiados viviríamos y moriríamos también nosotros si cada día y en todos los trances apurados acudiésemos llenos de confianza a San José!

¡Acordémonos de este leproso abandonado!

A. P., Congr.



Núm. 187.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Junio de 1927

"Kannitverstan"...

Llegó un día a Amsterdam, espaciosa y magnífica ciudad comercial de Holanda, un obrero alemán.

Le llamó ante todo la atención una hermosa y espléndida casa, cual no había visto en todo su largo viaje, y paróse a examinar con atención aquel soberbio edificio cuyas elevadas ventanas eran mayores que la puerta de la casa de su padre. Decidióse, por último, a interrogar a un transeunte:

—Señor mío, ¿podríais decirme cómo se llama el hombre que habita esta casa?

—*Kannitverstan*, respondió el preguntado, que ocupado en negocios importantes, siguió su camino.

Dicha expresión es una palabra holandesa, compuesta por tres vocablos, que traducidos al romance equivalen a: *No os entiendo*. El obrero alemán, que nunca había escuchado tal palabra, se imaginó ser el nombre del rico propietario a quien pertenecía el edificio. —Pues tiene que ser muy rico ese señor Kannitverstan, dijo para sus adentros al tiempo que echaba a andar.

Al cabo de algunas horas llegó a la ribera del mar, en donde se encontraban infinidad de bajeles. Le atrajo especialmente la atención una enorme embarcación que acababa de llegar de las Indias Orientales. Vió acumulados a lo largo del puerto muchos fardos y cajas, sin contar las que entonces mismo se estaban descargando: al otro lado de los muelles se perdía la vista entre una multitud de toneles de azúcar, café, arroz, pimienta, etc.

Luego que se dió cuenta de todo, preguntó a un obrero, que llevaba un fardo sobre sus espaldas, cómo se llamaba el dichoso propietario de aquel navío.

—*Kannitverstan*, fué la respuesta.

—¡Ah!, se dijo entonces nuestro viajero; no tiene nada de extraño: de allí le viene toda su fortuna. ¡A quien el mar trae tales riquezas, bien puede construirse tan magníficos palacios!

Mas no tardó en entristecerse al sentirse tan pobre al lado de quien en tanta abundancia lo poseía todo.—¡Plegue a Dios que no tenga para mi necesidad lo que a este señor Kannitverstan le sobra!

Mohíno se volvía, ocupado en estos pensamientos, cuando al doblar la esquina de una calle, se presentó a sus ojos un inmenso cortejo fúnebre. Cuatro caballos, con gualdrapas de terciopelo negro, arrastraban el coche fúnebre, cubierto con ricos paños mortuorios, y marchaban a un paso triste y lento, cual si se diesen cuenta de que llevaban a un muerto al lugar de su descanso. Larga escolta de amigos y conocidos seguía al difunto, de dos en dos, con trajes negros y en profundo silencio. En la lejanía se dejaba oir el débil tañido de una campanita solitaria.

En tales circunstancias, un sentimiento de compasión, como el que experimenta todo hombre en caso semejante, se apoderó de nuestro viajero. Detúvose piadosamente y con el sombrero en la mano esperó a que pasara el cortejo; después, dirigiéndose al último de la fila le tiró suavemente de la capa y luego de rogarle humildemente perdonara su indiscreción, le preguntó:

—Sin duda que será uno de vuestros mejores amigos, por quien doblá la campana, el que va en ese ataud, y al que seguís tan triste y abatido!...

—¡*Kannitverstan*!, escuchó aún por toda respuesta.

A estas palabras, gruesas lágrimas se deslizaron por los ojos del obrero, en cuyo corazón se encontraron dos afectos: de compasiva lástima el uno y de profundo consuelo el otro.

—¡Pobre Kannitverstan!, exclamó; ¡que aún le sobrevivan tan grandes riquezas! Mi pobreza, en cambio, me asegura un morir tranquilo si vivo honradamente. Mientras que ¡quién sabe lo que habrá sido de este tan acaudalado señor!

Absorto en estos pensamientos, acompañó al difunto hasta el cementerio y vió descender a su última mansión al pretendido Kannitverstan.

Esto, que no es más que un cuento, es con harta frecuencia una realidad en la vida: ¡Cuántas miserias no se cubren con manto de riqueza, que tanto atrae al hombre!

T. A., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Un héroe de pocos años

Cuando la noticia de la declaración de guerra, que Rusia acababa de hacer a la heroica Polonia, llegó al vallecito regado por el Warta, ya hacía varios días que luchaban los invasores con la resistencia abnegada de los polacos.

Alarmóse la gente que poblaba el valle, más que por el temor de perder lo poco que tenían, por el de tener que habérselas con aquellos cismáticos: quienes pretendían arrancarles la veneranda fe de Cristo que habían mamado, por la cual estaban dispuestos a dar su misma vida.

A orillas del río pastoreaba un inocente niño, de 12 años, el escaso rebaño de su padre, cuando hizo su repentina aparición en aquel sitio un destacamento de rusos, que iba a sorprender un grupo de aldeanos armados en guerra.

Stasio, que así se llamaba el pequeño, no se inmutó ante aquellos que eran los verdugos de su patria, y respondió sin vacilar a cuantas preguntas le dirigieron.

—Haz la señal de la cruz, le dijeron, y veremos si eres buen servidor del Czar, o un polaco rebelde y católico maldito.

Se le pedía una profesión de fe, y el niño no se negó a darla: elevó a la altura de la frente su manecita, miró con gozo y cariño al cielo, y tocó sucesivamente su frente, su pecho, el hombro izquierdo primero y por fin el derecho.

Una explosión de gritos, de risas y de injurias fué la respuesta a este acto de fe.

—¡Haxlo como ordena el Czar! ¿No sabes que el hombro derecho se toca el primero?

—No quiero dejar de hacerlo como mi madre me lo ha enseñado y lo hacen todos los católicos.

—El Czar lo manda y obedecerás, si no quieres morir en nuestras manos.

—Obedece, le repitió con dulzura el jefe de la partida; es una tontería lo que se te pide. Si lo haces, te daré estas monedas para que compres un buen traje para ti y un collar para tu madre.

—¡Renegar de la fe por dinero... jamás!!

—¡O haces la señal de la cruz o te ahorcamos en ese árbol! dijo uno de aquellos bárbaros, irritado por la firmeza del niño.

—No lo haré, replicó Stasio.

Uno de los soldados sacó de su equipo una cuerda: hiciéronle un nudo corredizo en un extremo, sujetaron el otro a la rama de una encina, y el esparto rodeó el cuello de Stasio.

El niño lanzó una mirada de despedida al campanario de su aldea, y otra de adiós a su madre, que quedaba en ella.

—Aún es tiempo, le dijeron: Obedece y te salvarás.

Stasio hizo la señal de la cruz como lo había aprendido de su madre. Al instante fué levantado entre injurias y blasfemias.

Su frente pura empezó a palidecer y tornarse lívida: sus labios, antes de color de rosa, comenzaron a ennegrecerse...

—Obedece y te salvarás, le gritaron.

Pero él, sacando fuerzas de flaqueza, cruzó sus dos manos sobre el pecho, como protesta de su fe.

Entonces, uno de aquellos salvajes, para prolongar el tormento de Stasio, gritó:

—¡Al río! ¡que muera en la corriente helada!

Cortaron la cuerda y el niño cayó al suelo casi exánime.

Volvieron a intimarle cumpliera su mandato y volvieron a morder sus labios de vergüenza y rabia al verse de nuevo vencidos por un chiquillo moribundo.

A golpe de hachas y bayonetas, abrieron un gran boquete en la tersa superficie de hielo que ocultaba la corriente del río. Ataron una cuerda a la cintura del niño, y lo introdujeron en las aguas heladas.

—No os obedeceré jamás, dijo entonces Stasio; ¡haced de mí lo que queráis!...

Cortóse la cuerda, y el cuerpo del mártir fué arrastrado por la oscura corriente en precipitado remolino.

Hay que pedir a Dios ese temple de ánimo.

M. de N., Congr.

Otro héroe más.

Un joven armenio de 11 años fué capturado por los turcos, quienes procuraron, por todos los medios, hacerle apostatar de las doctrinas de Cristo.

El, sin embargo, firme siempre en la fe que había aprendido de sus padres, respondía con enérgicas negativas.

Le amenazaron con cortarle una mano:

—¡Hela aquí!, dijo el intrépido niño. Cumplid vuestro oficio.

Y aquellos salvajes que debían tener corazón de fiera, se la cortaron al momento. Luego le dijeron:

—Y ahora, si no quieres perder también la otra, hazte musulmán como nosotros.

—Si esto exigís, replicó el pequeño, aquí la tenéis. ¡Cortádmela también!

Creían los verdugos que haciendo esto vendría a tierra la entereza y valentía del niño, y así lo hicieron; pero se engañaron: el héroe siguió en su fe, fuerte e inconmovible como antes.

—¡Pues te cortaremos la cabeza!, gritaron aquellos monstruos.

El joven, con la sonrisa de un ángel en los labios, inclinó con gracia su cuello y continuó:

—Cortadla si queréis. ¡Jamás he de renunciar a Cristo!

La cabeza del niño rodó de un golpe por el suelo: su alma de mártir voló como cándida paloma al trono de Dios.

M. de N., Congr.

Otro héroe más reciente.

La Iglesia mejicana, que gime hoy bajo dura opresión, sabe hacer resaltar su acendrada fe entre aureolas de martirios y sacrificios de héroes. El siguiente hecho, aunque quizá conocido ya por muchos, es una prueba de lo que acabamos de decir.

Cerca de Guadalajara (Méjico) fué sorprendido en fragante delito, por los agentes del Presidente, un niño de doce años.

Su crimen no era otro que repartir hojitas de propaganda, en que se animaba a los católicos a hacer y proseguir el "boycott" contra el Estado. A pesar de los halagos y amenazas, el niño se negó rotundamente a declarar la persona que le había dado las hojas, así como el sitio en que se habían impreso.

Creyeron los soldados que a los golpes y azotes cedería la criatura, por lo que empezaron a maltratarle con crueldad. El niño enjugó una lágrima que la fuerza del dolor trajo a sus ojos y el silencio más tenaz y más heroico fué toda su respuesta.

Esperaron aquellas hienas a que llegara su madre trayendo la comidita para aquel ángel; y ante ella, sin compasión ni piedad, empezaron de nuevo a golpear al niño.

Entonces se vió una escena que si indica a dónde llega el valor de un niño, dice también y muy alto hasta dónde puede extenderse el heroismo de una madre. Entre los gritos entrecortados del pequeño, se dejaron oir los angustiosos de la que le había dado el ser, que le decía:

—¡No digas, hijo, no digas!

La escena se repitió varias veces, hasta que, viéndose los soldados vencidos por un niño y una mujer, cortaron los brazos a aquél, en castigo de haberlos empleado en defensa de los derechos de Cristo y de su Iglesia.

M. de N., Congr.

La lección más dura.

I

¡Qué bueno era Pepito!

A través de sus lindos ojos garzos parecía transparentarse la inocencia toda de su pura alma.

Amaba a Jesús, el amigo de los niños inocentes, ardientemente, pero con un amor candoroso, tierno y efusivo; le quería mucho, mucho, y no pensaba más que en recibirlo a diario en la sagrada comunión para hablar con Jesusito, como él decía.

Pepito tenía 10 años, y aquel Señor bondadoso que pasó por la tierra haciendo bien, que tanto ama a los inocentes, para que aquella inocencia no se ajara, para que no se marchitase aquella limpia azucena, la trasplantó al cielo.

Corría el mes de Agosto de 1921 y Pepito sintióse enfermo...

Pronto el médico de cabecera se dió por vencido y se declaró impotente ante las traidoras fiebres que consumían al niño.

Los papás de Pepito estaban inconsolables; sólo él veía con gozo que llegaba el momento de unirse para siempre con Jesús.

El 15 de Agosto se temió el fatal desenlace; y aquel día, al recibir a Jesucristo, fueron tales las ternuras que a Jesús le dijo Pepito, que todos, incluso el médico, algo apartado de las prácticas religiosas, lloraban. Al siguiente día, el alma limpia y pura de Pepito volaba al cielo.

II

Aconteció en su última enfermedad el hecho que vamos a relatar, y lo hemos sabido por boca de su mismo papá; prueba bien a las claras, y con más eficacia que lo pudieran hacer muchos sermones, que en el vestir o desvestir se ha pasado de la raya.

Pepito no tenía más que 10 años, y como hemos podido observar, recibía una esmerada educación en casa, completada luego con la que le daban los religiosos. A pesar de ser sus papás tan cristianos, algo observó en ellos que no le gustaba. Es el caso que cierto día, poco antes de morir, llamó a su papá aparte:

—Papá, tengo que decirte una cosa.

—Tú dirás, hijo; respondió el papá algo extrañado.

—Papá, ¿por qué lleva mamá unas sayas tan cortas?...

—¡Hombre!... ahora todo el mundo viste así: además, no las lleva tan cortas...

—Pues, papá, no debías permitir que mi mamá anduviera así: ése a mí no me gusta...

Papá, ante esta insistencia tan razonable, no supo qué contestar y cambió de conversación. Tan pronto como vió a su esposa, le contó el diálogo y le mandó resueltamente no seguir esas modas, que con tanta razón disgustaban hasta a su inocente niño.

C. L., Congr.

Castigo de otro género.

Tiempo hace que en un baile de Corte el rey Alberto de Bélgica notó que una dama tenía un escote excesivamente exagerado. Con una señal llamó el soberano al mariscal de corte y le dijo algunas palabras. Al instante se le vió al alto funcionario dirigirse a la dama y ofrecerle el brazo.

Estaba ella maravillada del gran honor que se le hacía, cuando oyó que la decía el mariscal:

—Señora, Su Majestad ha notado que vuestra ropa interior debe estar descosida, y me ha encargado acompañarla a las cámaras de palacio, donde le será arreglada al instante.

Y sin haber tenido tiempo de responder, la señora se encontró instalada en un automóvil, que a gran velocidad la volvió a su palacio...

Si esto se hiciera en nuestros días, creo no habría automóviles suficientes para tantas descocadas madamas...

R. G., Congr.

Respeta y es respetado.

Un joven manifestó a su confesor que comía carne los días prohibidos por la Iglesia, porque en su casa así lo hacían. Le contestó el confesor que cuando le presentasen carne los días de vigilia, él resueltamente dijese que no podía comerla porque la Iglesia lo prohibe.

El viernes siguiente, como los demás de Cuaresma, presentaron en la mesa un plato de carne, que el joven no quiso comer, alegando la prohibición de la Iglesia y diciendo que le bastaba un pedazo de pan.

Su padre lo tomó a mal y le encerró en un cuarto sin que probase bocado; pero su independencia en el cumplimiento del deber ganó a su madre, que, terminada la comida, le llevó a escondidas manjares de abstinencia. Pero el joven no los aceptó, prefiriendo obedecer a su padre, que le castigaba a no comer.

Su madre quedó conmovida y contó a su marido lo ocurrido para que viese los buenos sentimientos de su hijo. Días después se confesaba el matrimonio, y no sirvieron más comida de carne los días de vigilia.

Este acto resuelto del hijo salvó a toda la familia.

I. D. P., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Soy libre con mi motor

Guardaba ya lápiz y cartera ante la inutilidad de mis esfuerzos por dar con un asunto algo interesante, cuando un estridente silbido de una locomotora y una voz destemplada y vinosa de un patán, me obligaron a darme una palmadita en la frente, diciendo: ¡Tate! ya está!

Delante de mí, un carretero vociferaba y apaleaba a sus mulas, que no podían sacar el carro, muy cargado por cierto, del bache en que se había hundido una de sus ruedas. Entonces mismo, a alguna distancia del lugar en que me hallaba, se deslizaba a todo vapor por sus rieles una máquina de tren.

—¡Pobre carro!, pensé en mi interior. Cuántos rodeos, vueltas y revueltas tienes que dar para llegar a tu fin: siempre arrastrado por quienes, si te hundes alguna vez en el fango, no, te sacan del atolladero y te abandonan en mitad de tu derrota. Lento y pesado siempre, sólo a negocios de poca monta puedes dar vida, y el día en que no valgas para trajinar, únicamente para el fuego servirán tus astillas.

La locomotora, en cambio, impulsada por el vapor que bulle en sus entrañas, no conoce obstáculos ni dificultades; si es una montaña la que le obstruye el paso, tiene su túnel; si un río caudaloso o un valle deprimido, tiene sus puentes de hierro y sus terraplenes y sus viaductos: llega pronto, más segura y más derecha a su fin, desarrollándose a su sombra y con su apoyo las empresas más grandes. Cuando está inútil para seguir sirviendo, su hierro pasa a formar parte de otras máquinas que lleven la vida y la energía a otras regiones.

Sólo choca porque ha ido por donde no debía y sólo descarrila por haber querido ir por donde no podía: mientras tú, carro, no tropiezas con nadie, porque a todo te acomodas, buscas lo más fácil y con tal de conseguir lo que pretendes, te importa un bledo lo que te rodea. A aquélla, un ser racional y experto dirige; a ti, seres irracionales: pareces más libre, pero, en realidad, están más sujeto y...

—¡Vaya un saludo!, exclamé ante un formidable golpe en la espalda, que, "con el mayor cariño", me acababa de dar un compañero.

—¿Que haces?

—Nada. Pensaba en un articulejo que traigo entre manos, y tú has roto el hilo de mi discurso en lo más interesante.

—¿Cómo lo titulas?

—"Soy libre con mi motor".

—Explica, explica: que eso me parece un poco oscuro.

—Verás. Hay jóvenes de ligero carácter: que no sirven para sí mismos, sino que otros, pervertidos de ordinario, los gobiernan. Buscan lo más fácil y deleitoso, y no hay dificultad que no rodeen por no afrontarla con valor.

No ven el peligro, hundiéndose en el fango y en el precipicio, sin caer en la cuenta de ello. Sus ideales no llegan a merecer semejante nombre, pues son de lo más rastrero que imaginar se puede. Se creen libres porque no tienen rieles que los contengan; más, a la verdad, no hay peor sujeción que la suya.

G. M., Congr.

El perro del collar de plata

Cuando era niño pasaba unos días muy alegres de verano en una aldea pintoresca, cuyo recuerdo no se borra de mi memoria. La vía férrea corría muy cerca de mi casa, serpeando por el valle como temiendo meterse en el monte. El tren, a su paso, cautivaba mi atención en gran manera. Mis delicias eran esperarlo y ver cómo a lo lejos, por una revuelta de la vía, asomaba su cabeza de metal con su gran melena de humo.

Una mañana de verano, sonriente y silenciosa, me acerqué, según mi costumbre, a la vía. Por uno de sus caminitos laterales, y por la parte opuesta a la que yo ocupaba vi venir un perro de lanas, en cuyo pescuezo relucía un hermoso collar. El perro me era desconocido, a pesar de que yo conocía a todos los del pueblo; su andar era lento, su mirada extraviada, su cola lacia. Yo estaba solo, pero no tuve miedo: aquel collar tan reluciente me cautivaba. El chucho se me acercó hasta quedar, solos los rieles por medio... Entonces sentí un impulso desconocido; me temblaron las piernas y eché a correr a casa.

Poco después corría la noticia de que un perro de aquellas señas había huido rabioso de un pueblo vecino y se ofrecía una cantidad de dinero al que recobrase su collar de plata.

Me olvidé de lo ocurrido. Ha transcurrido algún tiempo y recapacitando sobre aquello me han venido varias reflexiones. Mi Angel Custodio entonces, como tantas otras veces, tuvo conmigo muy especial providencia... Hay algunos que parecen amigos, que se acercan muy quedito, que fascinan con el brillo de sus atractivos, que ofrecen mucho... y ¡están contagiados!...

De todas las ocurrencias de la vida podemos sacar muchos provechos. En eso se conocen los listos y los tontos.

D. F. N., Congr.

La mejor manera de vencer.

El general prusiano Pfuel era acérrimo enemigo del duelo. Un alférez dijo a sus compañeros que le haría batirse con él. Para lograrlo, un día que se encontró con el general, le dijo:

—¿Sois el general Pfuel?

—El mismo, le respondió.

Entonces el alférez dijo levantando la voz:

—Tengo que comunicarle que sois un imbécil.

El general se sonrió y le dijo:

—Es verdad; ya lo sabía; gracias por la noticia. Y siguió tranquilo.

Todos los presentes admiraron al general, mientras el espadachín se retiraba avergonzado. El que para cumplir su deber no hace caso de lo que dicen otros, hace que estos digan elogios de él.

J. A. A., Congr.



Núm. 168.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Julio de 1927

Feliz encuentro

—¡Eres tú, Ricardo! ¡Quién pensaba poderte encontrar después de tantos años de ausencia! Y ¡lo que son las cosas! hace unos días, sin saber como ni por qué, me preguntaba a mí mismo, ¿qué habrá sido de él? ¿dónde se encontrará?

—Pues aquí me tienes, bien cerca de ti, y te contaré mi vida, en la que tanto he luchado y padecido. Mírame bien, y mi aspecto te demostrará, que mi batallar ha sido intensísimo.

—La verdad es que te encuentro avejetado, representando varios años más que yo, a pesar de que somos de la misma edad.

—Tú eres dos meses más viejo, pero yo he sufrido privaciones de cuerpo y amarguras en el alma, y las huellas salen al exterior.

—Me dejas encogido el corazón. Hoy espero tener el gusto de que me acompañarás a la mesa y allí charlaremos y recordaremos nuestra infancia. Mira, si te parece, nos encaminamos ya hacia mi casa, donde conocerás a mi esposa y mis hijos.

* * *

—¡Chico! no sabes los deseos que tenía de que terminara la comida para estar a solas contigo y desahogarme y dar suelta a las lágrimas, al contemplar el cuadro tan hermoso que presentaba tu familia; tu mujer, tus hijos, todos tan cariñosos, tan obedientes, tan cristianos. Mira, Francisco, aquel momento en que tu hijo mayor bendecía la mesa, me trajo tantos recuerdos, que no pude seguramente ocultar...

—Ya observé la impresión que ésto te produjo.

—Créeme que he rezado como pocas veces.

—Ni por un momento lo podía dudar.

—No, Francisco, tenías motivo para dudarlo, y te convencerás cuando te cuente mi vida.

¿Te acuerdas, Francisco? Tú y yo éramos los íntimos en la Congregación; los dos acudíamos todos los días; pero tú siempre me parecías mejor que yo, sin que yo fuese malo... ¡Cuánto me acuerdo de aquel Padre, flaco y alto! Me parece que lo estoy viendo y oyendo, ¡qué buenos consejos nos daba!; la pena es que entonces no lo comprendíamos como ahora; no cesaba de repetirnos que tuviéramos cuidado de no ir a espectáculos y sitios peligrosos. ¡Cómo recalcaba ésto y qué razón tenía! Pero un día, ¿te acuerdas?, un vecino mío me invitó a ver una película, que estaba llamando mucho la atención. Te lo dije a ti, como te lo decía todo. Mas tú, al verme dudar, me contestaste estas palabras, que no he podido olvidar nunca: "mira, esa película será muy bonita; mas ya has oído al Padre, hablando de ella, que no debemos ir *porque disgustamos a Dios y nos exponemos a perder el alma; y antes de perder el alma dejo yo todo lo del mundo.* Recordaba estas palabras perfectamente, y no fuí al cine.

Pero mi vecino insistió y habló a mi pobre madre, la que no vió ningún inconveniente en que fuera. De nuevo te invité otro día y nuevamente insististe en tu argumentación.

Aquella tarde del domingo no fuí contigo, como de costumbre, a la Congregación. Mi vecino me llevó al cine, donde, a pesar de la novedad, no estaba tranquilo, y aquella noche varias veces desperté sobresaltado, pesaroso de lo que había hecho. Me levanté temprano, me confesé y comulgué como siempre, prometiendo no reincidir.

Pero fuí débil. Mi vecino no me dejaba, quería ser mi amigo único; venía a mi casa y agradaba a mi madre.

Un domingo, como siempre, viniste a buscarme; pero por indicación de mi vecino nos marchamos antes para no ir contigo. Ya no frecuentaba la Congregación y tú, comprendiendo que rehuía tu compañía, no me llamabas.

—No fué eso. Era que el Padre, al observar que faltabas, me preguntó por ti, y como yo le dije la verdad de tu conducta, me aconsejó dejase tu amistad. Y le obedecí ciegamente.

—¡No sabes lo que ganaste con ello! ¡Qué fácil es ponerse en la pendiente y qué difícil no rodar por ella! Y yo rodé hasta el final. El cine era para mí artículo de necesidad; pero él sólo no me satisfacía plenamente, y se en-

Universidad de Deusto
Biblioteca

vecina a mi vecino de buscarme otras diversiones, mientras yo, con el dinero que sacaba a mi madre, pagaba el gasto de los dos. Esto un día y otro, hasta que me atreví a coger a mi madre el dinero que me negaba porque le asustaban ya mis gastos. Fué ésta la primera vez, pero no la última; porque en el plan de vida que llevaba necesitaba mucho dinero. Mi pobre madre, asustada, quiso poner freno y remedio. Ya era tarde. Había dado más de lo debido al acelerador, y era difícil detener el vehículo. ¡Y mira el contraste! Yo, que fuí débil para rechazar al enemigo, fuí muy fuerte para no abandonarlo. Mi madre sufría al ver que yo, único hijo, seguía una vida desordenada, y sin duda estos sufrimientos aceleraron su muerte.

Sólo en el mundo, con el dinero que heredé de mi madre, rodeado de muchos amigos, seguí mi mala vida, hasta que vi cómo se alejaban de mí en la medida en que mi capital terminaba. Entonces abrí los ojos; pero era tarde; ¡tanto me había atontado! Y aquí me tienes ahora, sin ilusiones, sin vida, dedicado a lo que sale para ganar el pan de cada día. ¡He sido y soy, por mi culpa, muy desgraciado!...

Veo que mis palabras te han hecho impresión.

—Pienso lo fácil que es desviarse del camino verdadero en este mundo. Tú y yo caminábamos juntos por la misma senda; pero en un cruce tomaste ruta distinta, ¡y hay que ver a qué lugares te ha conducido!

—Así es. Y ¿qué me dices de tu vida, Francisco?

—Me encuentras en el mismo camino que me dejaste, aunque un poco más lejos, pues desde entonces algo hemos andado. Continué en la Congregación; por cierto que el Padre, temiendo por mí cuando vió el resultado tuyo, me dijo que buscase un *confesor fijo*, como así lo hice, ¡y no sabes bien de cuánto me ha servido en la lucha de esta vida! A él acudía siempre; más particularmente en los momentos difíciles y angustiosos; y siempre, siempre, Ricardo, encontré un consuelo, un consejo sano, que aceptado sin reserva me produjo muchísimo bien.

Cuando fuí mayor pasé a los Luises, y más tarde entré de lleno en la vida de trabajo, pues, como sabes, mi madre no era rica y además éramos cinco hermanos.

—¡No da, no, la riqueza, la felicidad!

—La tranquilidad de conciencia es la felicidad que no se agota, y para ésto es necesario no flaquear nunca ante nadie. Mi lema, que me ha acompañado siempre y me ha librado de infinidad de peligros, ha sido este: "*Primero, salvar el alma*". Y cuando he visto que por ir a determinado sitio o seguir a un amigo, aunque me ayudara en mis negocios, podría peligrar mi alma, no he vacilado en negar mi asistencia a aquel lugar y deshacerme en seguida de aquel aparente interés y seguir postrándome ante la Santísima Virgen pidiéndola su protección. Y ¡qué satisfacción sentía al ganar una de esas batallas!

Era ya mayor cuando mi madre, teniendo a su lado sus cinco hijos, bendiciéndonos, entregó tranquila y satisfecha su alma al Señor. Poco después me casé, y tuve la fortuna de ver aumentado mi hogar con los cinco angelitos que has visto y que son mi encanto y mi ilusión. Las amarguras y disgustos y penas de la vida, todo ello queda compensado con los cariños e ilusiones que proporciona la verdadera vida familiar. Para mí no hay más vida, ni más amigos, ni más diversiones, que mi mujer y mis hijos, y créeme que mis mejores ratos los paso en su compañía, instruyéndoles, refiriéndoles un cuento, oyéndoles sus inocentes preguntas. Y cifro toda mi felicidad en que mis hijos sean prolongación de mi ser, continuadores de mi vida. Los dos mayores ya van a la Congregación, como nosotros dos íbamos, y estoy satisfecho, orgulloso con ellos... ¿Lloras, Ricardo?

La esposa de Francisco entra con el servicio del café, y ve a Ricardo llorando.

—¿Le ocurre algo al señor, Francisco?

—No, señora. Es que me doy cuenta de que aún tengo corazón, después de que tanto tiempo estuvo seco y duro.

* * *

A la mañana siguiente, los dos hijos mayores de Francisco llegaron a casa después de la misa de la Congregación y dijeron a su padre:

—¡Papá! Hemos visto a tu amigo en misa, que ha ido a confesarse, y al salir del confesionario lloraba como un niño. **G. S., Congr.**

Un compañerito de verano

Cuentan de Leonardo Vinci, aquél celebérrimo pintor italiano, autor de tantos inmortales cuadros, entre ellos el de la Cena, que ocupado en el diseño de este último, todos los personajes le salían bien menos dos, Jesús y Judas, justamente aquellos a los que él quería dar más realce; y no acertaba a dar con facciones que le parecieran propias.

Estaba, pensando qué expresión dar al rostro del Divino Salvador, cuando cansado de tanto cavilar, decidió salir a pasear, para despejar la cabeza y para ver si encontraba en algún rostro las facciones que él deseaba copiar. Iba caminando cabizbajo, cuando alzó la cabeza y vió delante de sí a un joven que creyó ser su ideal. En el rostro de aquel joven se veían pintadas la mansedumbre, la inocencia, la pureza, el candor, en fin, todas las virtudes que puede tener un joven modelo. Acercóse a él Leonardo y le dijo: ¿Me haría el favor de decir si se quiere prestar de modelo para un cuadro que deseo pintar?—No tengo ningún inconveniente, si no es más que eso—respondió el joven.

Vinci trazó de las facciones de aquél joven un rostro que se aproximó cuanto pudo al del Divino Maestro. Completado este personaje, sólo le faltaba el de Judas; pero Vinci aprovechando las vacaciones veraniegas se retiró a descansar.

Terminado el verano, Vinci se puso de nuevo a continuar el cuadro. Dijose a sí mismo: A ver si tengo tan buena suerte como el año pasado; cuando me encontré con aquel joven que me sirvió de modelo, a ver si encuentro otro modelo para pintar a Judas; y diciendo esto, salió a la calle.

No había dado cien pasos cuando tropezó con un bulto tendido, informe y mal oliente, ¡un joven medio embriagado!, con toda la cara casi cubierta de espuma, manchada de vino, con los pelos enmarañados; en fin el tipo de la perfidia y de la malicia, el tipo del hombre dominado por las pasiones. De aquella cara pretendió sacar la cara de Judas. Allí mismo empezó a trazar sus rasgos, cuando ¡cuál no sería el espanto de Vinci, al ver que aquel joven era el mismo que le había servido de modelo para pintar el Cordero Divino! Entonces aquel joven, al notar que le estaba delineando el rostro, le confesó avergonzado la causa de su perdición: una mala compañía que había tenido durante el verano. **J. M. B., Congr.**

1.—¿Qué mejor motor?

Se cuenta de Enrique IV en la jornada de Ivry, que al ver a su vanguardia replegarse y algunos dispuestos a huir les gritó con toda su alma:

¡Volved la cabeza; y si no queréis combatir, al menos vedme morir! Y se lanzó entonces al frente de las tropas y éstas, como sugestionadas, le siguieron y consiguieron la victoria.

Eso y mucho más nos dice y hace Jesucristo y más cuando estamos a punto de ceder a la tentación. Por eso es tan bueno llevar consigo un crucifijo y no dejarlo ni de noche. Si lo apretamos en la mano cuando viene la tentación oiremos que nos dice: Por tí morí y tú ¿vas a echarte atrás y a consentir?!

Este pensamiento me ha de servir de freno y de motor. **M. V., Congr.**

2.—¿Qué mejor motor?

En una ocasión cercaban los Zuavos una plaza. El oficial que los mandaba propuso á los granaderos una suma considerable para quien primero izase una bandera al otro lado del foso, expuesto al fuego de los enemigos. Ninguno respondió a la pregunta.

Como el general, admirado, les reprochase:

—Todos nos hubiéramos ofrecido, dijo uno de aquellos bravos, si no se hubiera puesto nuestra acción a precio de dinero.

Así quiere Jesús a los suyos, y especialmente a sus Congregantes.

Estamos en este mundo tan sólo para servir a Dios y éste debe ser nuestro primer motor.

M. V., Congr.

¡Vaya unos maestros!

—Oye, oye, me chilló mi hermanillo, un pequeño de 6 años, ha habido una carta para tí; y debe ser de fuera porque el sello no es como los de aquí.

—Verdaderamente, le repuse, es de nuestro tío el misionero; te la voy a leer; y después de los consiguientes renglones de saludo me decía:

"Lo más chocante en esta misión de salvajes ha sido la recepción que me hizo el jefe (el más salvaje de todos). Después de prometerme su sumisión y la de su tribu se me encara y dice: Mira tú, aquí estamos todos conformes con todo lo del Catolicismo menos con las ceremonias exteriores; yo opino que durante la misa, en vez de estar callando todos, cada uno que cante una cosa diferente, y cuando se acabe, todos a rascarse la tripa, y pegar fuertes golpes en el suelo, en señal de satisfacción, aunque tú estés en la parte más interesante, ¿no te parece?

Figúrate tú, seguía diciendo el misionero, el efecto que a mí me hizo aquella paparruchada; buen trabajo me costó convencerle de que los que habían ordenado las ceremonias estaban mejor enterados que él, para haberlas impuesto; y aunque lo conseguí, no se quedó el muy satisfecho".

—Pues tiene razón ese salvaje, atajó mi hermanillo, así se le agradaría más al Señor, porque metiendo tanto ruido...

—Calla, le dije, pero eres tú quién, un pequeñuelo sin juicio para saber más que quienes han establecido dichas ceremonias? Y sin darle tiempo a contestarme alguna otra majadería salí a la calle en dirección del Colegio.

Mis pensamientos eran sobre lo que decía la carta, y la contestación de mi hermanillo; me iba riendo interiormente del jefe y del niño, quienes querían mandar que se hiciesen ceremonias de las que el salvaje ni mi hermano entendían nada.

Como todavía era pronto, entré en una Iglesia a rezar una Estación, y como al salir viera que estaba el Santísimo expuesto, hice la genuflexión doble, al mismo tiempo que un joven hizo un garabato, que igual podía haberse arrascado la rodilla.

Al salir se me encaró y dijo:—Pero oye, ¿tú también eres beato y anticuario? el arrodillarse con las dos rodillas ya hace tiempo que desapareció; por que la raya de los pantalones...; además en representación...

—Oiga, le atajé, Vd. que en su vida ha estudiado las ceremonias eclesiásticas, ni sabe una palabra de todo esto, ¿me va a dar a mí lecciones, a mí que gracias a Dios, me he instruído muy bien, mucho mejor que Vd.?

Y dejándole con la boca abierta me fuí tranquilamente al Colegio. Un pensamiento me vino a la cabeza: El salvaje con su salvajismo; el niño con su desconocimiento; *el aleluntado* con su modernismo; ¿cuál de los tres tenía más derecho a decir algo sobre mi doble genuflexión.....?

Decididamente; había encontrado otro de quien reirme. **J. del C., Cong.**

Correspondencia abierta

Al despedirme de usted me fuí para el Arenal, donde me estaba esperando el auto que me iba a conducir a esta mansión, donde se respira el aire puro de las costas cantábricas. Después de despedirme con un tierno adiós de todos los amigos que me estaban llorando en el Arenal, me coloqué en el lugar que me correspondía en el auto, y entonces aquel monstruo rompió nuestro silencio marchando a paso lento, hasta llegar al paseo del Corregidor; desde allí se lanzó en desenfrenada carrera,

Universidad de Deusto
Biblioteca

llegando por fin a Guernica. Reposó por unos momentos, renovó la carrera y llegó a Elanchove. Entonces fué ella: abrazos, golpecitos en la espalda, trompicones, etc., etc.; logre escaparme para ir a cumplir una de las principales obligaciones del día, cual era cenar. Fuí después de cenar a dar una vueltilla, en la que se repitieron los saludos de rigor, y ya a las diez estuve en disposición de rezar el Rosario y meterme en la cama. Esta mañana, a las seis y media, a levantarse para ir a misa; pero me volví a ir a la cama; me levanté por segunda vez a las siete y media; fuí a misa de ocho, comulgando en ella; y luego de misa, a discurrir qué le podría decir a usted, pues mi musa estaba dormida. Mañana, como fiesta de San Pedro, misa mayor, y luego, aurresku de honor, y como ya me estoy agotando, le pido un favor y es que me perdone lo mal escrita que está la carta y lo tonto que soy.

T. C., Congr.

Uno que tranquiliza.

En este momento recibo su cariñosa tarjeta. Esté tranquilo, Padre, todos los días voy a misa de ocho, o bien a San Agustín, o bien a San Fermín, y comulgo todos los días; además, durante el día visito a un Santo Cristo que hay muy hermoso en la Catedral, al cual mi mamá, como es ella de aquí, le tiene mucha devoción; y me cuenta que cuando ella era joven, todos los viernes sus papás le ponían lámpara y decían una misa.

Así que no se apure, pues lo hago todo como cuando estoy en casa. **C. O., Congr.**

Un precavido.

Llegué a ésta sin novedad, y en seguida fuí a visitar al P. Superior, que estuvo muy cariñoso conmigo; me nombró segundo organista.

Voy a misa todos los días, y comulgo. He visto dos procesiones, pero no me han gustado tanto como creía. Lo que sí me entusiasma es la Catedral: es una verdadera maravilla.

No tengo ningún amigo: como no conozco a nadie, tengo reparo en hacer amistades; pero lo paso bien con mis hermanitos.

A. E., Congr.

Uno que atiende a los consejos.

¿Que me he olvidado de V. y de los compañeros de la Congregación? No por cierto; se pasan ahí ratos muy buenos para olvidarlos tan pronto: lo que ha ocurrido ha sido, que entre saludar a éste y al otro se me ha ido el santo al cielo; pero todo pasa en este mundo, y ya estoy rabiando por verle a V. y a los compañeros.

De aquí no tengo aún noticias que comunicarle más, que ya he cumplido lo que V. me dijo: les he explicado y seguiré explicándoles las lecturas que V. me dió a los chicos de ésta; han quedado entusiasmados.

Creo no conoce V. ésto; estoy cierto que le gustaría; y mis papás me encargan le ruegue se venga a pasar unos días, los que V. pueda, a ésta; sin duda, le agradará esta montaña de Navarra. **L. G., Congr.**

Uno que dejó este mundo.

Todos los días, sin excepción alguna oigo la Santa Misa y recibo en mi indignísimo pecho a mi hermanito Jesús.

Como madrugo, después de comer echo una siestita y a continuación voy a la Iglesia a hablar fraternalmente con el dulce Prisionero de la Eucaristía, mi amado Jesús.

Y otra vez a por el caballito, y al campo para recoger florecillas y llevároselas a mi Madre, la Virgen de Lourdes, de la cual tengo una pequeña imagen.

Para que vea V. que no dejo la Comunión por nada de este mundo, le voy a referir lo que nos ocurrió al venir de Salas a Burgos.

El auto de la línea salió a las 6 de la mañana; así que a las 5 y cuarto ya estaba vistiéndome; y al ir a la cocina a lavarme, me encuentro con un hermoso tazón de café con leche sobre la mesa; esta buena gente creía que no iba a comulgar aquel día, por llegar a Burgos a las 11 y media.

Pues bien, a pesar del frío que hacía que convidaba a tomar aquel humeante desayuno, pensé que podría con un esfuercillo comulgar a la llegada a Burgos. Acudí a la Santísima Virgen y me resolví a dejar intacto el desayuno.

Y no me costó mucho el sacrificio pues me dormí, pues estaba rendido del día anterior; y de esta forma sin casi darme cuenta llegué a Burgos, y en la Catedral, en la Capilla del Santo Cristo, tuve la dicha de oir la Santa Misa y dar morada en mi corazón al Rey de los Reyes.

El otro día estuve en la Cartuja, y uno de los Hermanos me fué enseñando y explicando todo minuciosamente. Al llegar a la Capilla, donde está la estatua de San Bruno, me quedé largo rato contemplándola, pues tiene una cara tan expresiva que parece estar vivo.

E. S., Congr.

Estamos mejor aquí.

Por ahora voy comulgando todos los días, aunque no sé si son uno o dos que me he quedado en la cama en estos veinte días.

Con ser hoy primer Viernes de mes, ¡qué poca gente ha comulgado!; se ve que estamos en Francia. Me acordé de los papelitos que repartimos nosotros ahí la víspera de esos días. Aun los de fiesta ¡qué poca gente se ve en la iglesia!

J. A. A., Congr.

Quiere estar aquí y allí.

No me olvido de los ratos que pasaba tan alegres en la Congregación; aunque aquí los paso muy bien.

Ayer, después del rosario, que lo tenemos todos los días en la iglesia, cayeron varios rayos: uno partió un árbol aquí cerquita; el otro cayó en el teléfono de la estación; la que allí estaba se desmayó.

¡Cuánto sentí no estar en la inauguración del Monumento! Por supuesto, todos los días tomo la Comunión.

J. M., Congr.



Núm. 169.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Agosto de 1927

Las islas de los galápagos

Una pobre viuda se encontró un día en una fonda con García Moreno y allí le expuso el triste estado a que le había reducido un estafador miserable, que la había robado todo su peculio.

Para educar a sus hijos había tenido que vender una pequeña propiedad en mil pesos, que el comprador le había prometido pagar en un mes, pero exigiéndole el recibo. Pasado el mes, como no le entregase el dinero, lo había reclamado, y el comprador, por toda respuesta, le había presentado el papel debidamente legalizado, y mandado ponerla inmediatamente en la calle.

Al escuchar este relato, de cuya sinceridad no podía dudarse, García Moreno no pudo contener un movimiento de indignación; pero reponiéndose al punto, andivo revolviendo en su cabeza de qué medios se podía valer para obligar al redomado pillastre a vomitar el dinero robado. La justicia estaba evidentemente lastimada; pero la legalidad nada podía hacer para curar la llaga. Habiendo hecho comparecer ante sí al estafador, le preguntó si era cierto que había comprado la propiedad de una pobre viuda. Al oir su respuesta afirmativa, añadió en tono maternal:

—Esta mujer tiene necesidad de dinero, y se lamenta de que la hagáis esperar demasiado la suma que la debéis.

El atrevido ladrón juró por todos los santos que había pagado la deuda y que tenía de ella recibo en toda regla. García Moreno esperaba esta protesta.

—Amigo mío, dijo él fingiéndose sorprendido, he hecho mal en sospechar de vuestra lealtad, y os debo una reparación. Hace mucho tiempo que ando buscando un hombre honrado de vuestra especie para un nuevo empleo que voy a crear: os nombro gobernador de las islas de los Galápagos; y como no conviene que un gran dignatario viaje sin escolta, dos agentes os acompañarán a vuestro domicilio, donde haréis inmediatamente vuestros preparativos de viaje.

Dicho esto, le despidió lanzándole una mirada terrible. Más muerto que vivo se retiró éste, pensando en las islas de los Galápagos, en aquellas rocas perdidas en medio de los mares, y en las cuales, más abandonado que Robinsón, no hallaría otros vivientes que culebras y bestias feroces. En su desesperación, hizo llamar a la viuda, le entregó su dinero y le suplicó de rodillas que obtuviese la revocación de la fatal sentencia.

La buena mujer refirió al presidente cómo el belluco había reconocido su delito y pagado su deuda, y pedía gracia de no ir a la isla de los Galápagos.

—Yo lo había nombrado gobernador, dijo García Moreno sonriendo; mas, ya que tiene tan poco apego a las dignidades, anunciadle que admito su dimisión.

¡Cuán cobardes y miserables suelen ser los que con tanta frialdad estafan a los pobrecitos, robándoles sus haciendas!

A. B., Congr.

"Tengo el motor dentro"

"...¡Plaf! ¡plaf! ¡plaf! tres detonaciones, el automóvil anda unos metros más, impelido por la inercia, y luego se para. El mecánico baja presuroso; son ya las cinco y media y a las seis tiene que llegar al pueblo; para colmo de desgracias están en la peor cuesta del recorrido. Después de un minucioso examen advierte que la válvula de escape de los gases no funciona bien, dejando un pequeño agujero por donde poco a poco, pero continuamente, se va escapando el gas necesario al motor.

—No tendrá importancia, se dice para sí, con dos litros más de gasolina produce gas más que suficiente aunque haya escape.

Confiado en esta suposición, empuña el volante y pone al coche en marcha: ¡vano empeño! el automóvil marcha otros cuarenta metros más y vuelve a pararse. El chofer no sabe ya lo que hacer..."

Al llegar aquí cierro el libro en que estaba leyendo; lo demás ya no me interesa: he hallado la comparación mía con el automóvil.

Examinemos primero el recorrido: nues-

Universidad de Deusto
Biblioteca

mecánico del cuento está subiendo una cuesta: ¿y nosotros? el cielo está muy alto y es necesario siempre ir cuesta arriba! y ¡vaya si son pendientes las cuestecitas, eh?

Vamos ahora con el motor: ¿por qué se paró el vehículo? Pues sencillamente porque no se entendió el motor, que funcionaba mal con la válvula, y dejaba un espacio por donde el gas siempre rápido se precipitaba malográndose así la fuerza motriz. Y vamos con la preguntita: ¿y nosotros? pues nosotros somos idénticos al automóvil: tenemos un motor; si la válvula funciona perfectamente, guarda todos los buenos consejos, al par que está herméticamente cerrada para palabras y conversaciones no recomendables. Mas si queda un espacio en la válvula, al parecer pequeño al principio, pero lo suficientemente grande para que por él se nos vaya nuestro gas, los buenos consejos, las buenas recomendaciones; al par también que por él se nos mete el demonio por medio de malas conversaciones o formas parecidas, inútil será que nuestros directores espirituales se esfuercen en darnos esa gasolina: la dejaremos perder.

J. del C., Congr.

Véncete y vencerás

Los leprosos eran tenidos en la Edad Media, por símbolo de Jesucristo, por lo cual eran objeto de más solícitos cuidados, que los atacados de otras enfermedades; pero sin embargo, su condición era muy triste: estaban excluidos de toda sociedad humana, aislados y sujetos por mandatos severos.

Como otras ciudades, tenía Asís su hospital de leprosos no lejos de la ciudad: a medio camino, aproximadamente, entre Asís y la Porciúncula.

Francisco, en sus caminatas por las tierras comarcanas, había pasado por allí muchas veces, pero la sola vista del hospital habíale llenado de horror siempre.

No dejaba de socorrer a los leprosos, con tal de que fuera otra la mano que les diera su limosna. Especialmente, cuando soplaba el viento del lado del hospital, y el insulso y repugnante hedor característico de la lepra, salía al camino, atravesábalo Francisco presto, torciendo el semblante y tapándose las narices con los dedos. En esto estaba su mayor debilidad y aquí había de alcanzar el mayor triunfo.

Una vez cuando invocaba al Señor, según costumbre, aconteció que le fué dada respuesta. Así decía:—Francisco, si quieres descubrir mi voluntad, has de aborrecer y despreciar cuanto hasta ahora has apetecido sensualmente. Y cuando hayas comenzado a hacerlo, todo lo que antes te era grato, se te cambiará en intolerable y lo que antes detestabas, será para ti gran dulzura y alegría inmensa.

En estas palabras se le mostraba la senda por donde debía marchar. Y he aquí un día, en el cual, al ser arrancado de sus meditaciones por una brusca sacudida del caballo, descubrió en el camino, diez pasos más adelante, un leproso fácil de ser reconocido por su traje. Alborotóse a su vista Francisco, y su primera intención fué volver grupas y huir de allí con tanta presteza como pudiera. Mas las palabras que había oído sonar en su interior, se le mostraron claras de repente: "Aquello de que antes te espantabas, se trocará, en suavidad y alegría para ti." ¿Qué cosa en el mundo le había horrorizado más que los leprosos? Aquél era el momento de mostrar su propósito de someterse a la voluntad de Dios.

Con poderoso imperio sobre sí, descabalgó, Francisco, acercóse al leproso cuyas narices y labios roídos por el mal, despedían terrible hediondez de podre; depositó su limosna en la consumida mano que alargaba el enfermo y luego lleno de náuseas, inclinóse rápido y besó los dedos empuñados de úlceras y llagas.

Cuando montó de nuevo a caballo, apenas alcanzaba como había sido aquello, estaba emocionadísimo; batía su corazón contra el pecho e ignoraba por dónde iba. Nacían en su alma fuentes de dulzura y dicha que emanaban más y más hinchiendo su corazón de gozo.

Al otro día recorrió Francisco por su libre voluntad aquél camino que tanta repugnancia le había producido antes. Llegado a la puerta de la leprosería llamó y entró cuando le abrieron. De las celdas, como de hormigueros, salieron una multitud de leprosos con sus semblantes semicarcomidos, ciegos e hinchados los ojos, pies deformes, podridos brazos, manos sin dedos. Y la siniestra tropa se apiñó en torno del joven mercader, el cual bien contra su propósito hubo un momento en que asqueado por el hedor de tantos desgraciados, tuvo que cubrirse el rostro para no caer desvanecido. Repúsose pronto, y sacando la nutrida bolsa que había llevado consigo, comenzó a repartir socorros. En cada una de las espantables manos que se tendían para recoger sus dádivas, como en la del leproso de la víspera, fué estampando un beso de sus labios.

Ganó así Francisco el más alto triunfo que pueden alcanzar los hombres; la victoria sobre sí mismo. Era desde ahora su propio Señor y no su esclavo como la mayor parte de nosotros.

L. M. B., Congr.

Correspondencia abierta

Este la entiende.

¡Aquí sí que siento yo la falta de la Congregación! Por lo menos en Algorta y en otros sitios hay bastante gente que va a Misa y a comulgar, y en general son todos buenos, pero aquí... Cuando vinimos, lo primero que hicimos fué preguntar a qué hora era la Misa, pero nadie nos contestaba; decían que algunos días había Misa a las siete, otros a las seis, otros a otra hora, pero que nadie sabía.

Fuimos a casa del señor cura a preguntar a qué hora celebraba y nos dijo que como nadie iba a Misa, celebraba cuando le convenía; pero nos dijo que si íbamos a ir todos los días, celebraría a las seis y media. Ya ve usted que es un poco pronto, pero, sin embargo, voy todos los días.

Los tres o cuatro primeros días fui yo solo a Misa, y como no hay siquiera un monaguillo, yo soy el monaguillo. Pero después de cinco o seis días ya no fui yo solo, sino que fueron dos o tres mujeres y cada día iba alguno más y además comulgaban.

Los domingos van todos a Misa porque celebra a las nueve; lo demás yo creo que si celebrara a las seis y media no iba nadie.

El primer domingo fuimos a comulgar los que habíamos ido los días anteriores, pero ayer fuimos diez a comulgar y espero que dentro de poco irá casi todo el pueblo.

No se puede usted formar una idea de lo contento que estoy con mi obra.

No tengo más amigos que el señor cura y la Vida de Nuestro Señor Jesucristo; porque aquí no se puede uno fiar de nadie. Hay algunos que se tienen por muy católicos y a los siete años bailan como si tuvieran veinte, y no empiezan a estudiar el catecismo hasta los nueve años, y hacen la primera Comunión a los 12.

A pesar de que sólo tengo dos amigos, me divierto mucho más que esos que son amigos de todo el mundo.

G. S., Congr.

Se aprovecha de todo.

Sigo las costumbres de otros años: voy a Misa de ocho y media y comulgo; después desayuno y me pongo a estudiar hasta las once y cuarto; salgo después a dar unas vueltas en bicicleta, y cuando vuelvo a casa rezamos el Rosario.

Ya sé que estuvieron ustedes en Ondárroa a la vuelta de Loyola, y que les gustó mucho la excursión y que los aeroplanos que vieron evolucionar muy bajos sobre la playa también gustó muchísimo a todos.

La peregrinación del domingo siguiente al que estuvieron ustedes aquí, resultó estupenda; hubo un gentío enorme; no se puede imaginar: todas las fondas, restaurants, cafés, etc., abotargados de gente; aunque la mayoría comió en las campas, no pudiron dar a basto. De las funciones y de todas las demás cosas, no le escribo, pues ya lo sabrá por la Prensa.

J. L. M., Congr.

Le aprovecharon los ejercicios.

Esta vez, como ve, soy más diligente en escribirle; todo no va a ser pereza.

Le voy a decir ahora cómo paso el día. Por la mañana voy a Misa con mi hermano todos los días (y ya sabe lo que dista la iglesia), cuando no es a las ocho, a las ocho y media; todavía no he dejado ningún día; y claro está, comulgamos también todos los días.

Con nuestro ejemplo, un amigo de aquí ha empezado a ir a comulgar; y tiene intención de seguir yendo todos los días.

Pero tenemos otro amigo que, aunque es chico bueno, no le gusta mucho la iglesia ni nada de lo que con ella reza; pero entre todos nosotros ya le estamos abriendo un poco los ojos a la verdadera luz, pues casi no tiene la menor idea de esta luz; yo creo que en unos días ya le habremos conquistado.

Después de desayunar estoy en casa toda la mañana, o por lo menos hasta las once y media, estudiando, haciendo algunos apuntes, etc., etc. Y no crea que no hago más para el alma: a la mañana llevo a Misa el devocionario del Padre Vilariño y el librito *Comunión Diaria*, con ayuda de los cuales hago todas mis oraciones del modo que creo mejor para agradar a Dios. Durante el día leo un buen rato la Vida de Nuestro Señor Jesucristo, y procuro quedarme en la cabeza con todo lo que allí dice.

Después de los Ejercicios de Loyola estoy muy animado, pero sobre todo para la Misa y Comunión diarias; y no tengo la menor pereza, sino todo lo contrario.

Por medio de mi hermano podía mandarme ese librito que se titula *Afectos y Consideraciones*, del P. Salazar, que tenían en Loyola; pues leí una buena parte de él y me gusta mucho, y además tiene unas meditaciones muy bonitas.

Se ha retrasado esta carta y voy a decir algo más sobre el asunto de ese chico, pues ayer volvimos a hablar con él. Nos dijo, después de preguntarle nosotros a ver cuánto tiempo hacía que no había comulgado, que hace cinco años poco más o menos; y yo le dije: "Bueno, antes de veinte días tienes que confesarte y comulgar". Y él me dijo: "Pero ¿cómo voy a poder confesarme bien después de tanto tiempo sin prepararme mucho antes? Le dije que yo tengo un devocionario muy bueno con un examen para poder ir haciéndolo; y hoy mismo se lo voy a dejar. Le dije también que para mayor facilidad (siguiendo los consejos que a mí me dieron en Ejercicios) podía ir apuntando en un papel los pecados que tenga. El quedó conforme, y me dijo que sí, que hoy mismo le deje el devocionario.

Y lo que voy a hacer ahora es ver si puedo conseguir que comulgue el día de San Ignacio, ya que está próximo y además es un día como pocos, para esas cosas.

Ya le contaré en otra carta el resultado que obtenga de mi trabajo con ese chico; espero que muy bueno.

F. R., Congr.

Observador de antigüedades.

Aquí, en Teruel, hace pocos días hemos tenido un solemne quinario en conmemoración del séptimo centenario de la muerte de San Francisco de Asís; y para que se entere le mando adjunto el programa de fiestas. Asistí los cinco días a los sermones del R. P. Luis Urbano, Dominico valenciano.

Fuí también el último día a la procesión que salía desde el templo de los Padres Franciscanos hasta la iglesia Catedral.

Esta capital es antiquísima; por serlo tanto, es una joya. Esta es una de las capitales españolas de más valor artístico, porque tiene edificios de la época de la dominación árabe, entre ellos la muralla y el acueducto. Cuenta con muchos y muy hermosos templos; entre ellos las célebres torres de San Martín y San Salvador; aquélla, como la de Pisa, inclinada desde su construcción. Se cuenta que en la época de la dominación francesa sirvieron de atalaya; el mismo objeto tuvieron durante la guerra carlista.

El Seminario de esta capital es hermosísimo y su templo es tan magnífico que ha servido de modelo para construir otros; según tengo entendido, uno en Madrid.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Como edificio moderno figura la escalinata que salva la distancia que hay desde la estación del ferrocarril hasta el paseo del Ovalo, en el centro de la población.

La vida que hago aquí se desliza muy tranquilamente; voy a Misa todas las mañanas. Por la tarde suelo ir a San Blas, pueblecito que dista 6 kilometros de Teruel y de donde viene toda la energía eléctrica que surte la fábrica. El sitio es muy pintoresco, casi una isla.

J. T., Congr.

Oportuno guaté.

Tengo unos amigos muy buenos, aunque no estoy mucho con ellos; pues cuando viene papá estoy siempre con él. Cuando no está, mi están mis compañeros, ando siempre solo; pues más vale andar solo que mal acompañado. Y lo comprobé el día pasado: se nos juntó un chico de un pueblo cercano, venido de Madrid; y de repente empezó a oler su conversación bastante mal; y nosotros nos mirábamos sorprendidos. Yo, que por casualidad tenía un poco de guaté, lo saqué y me lo puse en los oídos. Los otros, al verme, comprendieron y le hicieron callar al otro. Cuando nos separamos, me dieron las gracias.

F. L., Congr.

Hermoso rasgo.

Accediendo a la petición que me dirige en la carta, le referiré un hecho que nuestra la grandeza de nuestra Religión:

El día de la festividad de San Fernando, rey de España, se celebró en la capilla del Palacio Arzobispal un conmovedór acto, en el que se procedió al Bautismo, Confirmación y Comunión de un moríto islamita, recogido en Beni-Ulieee por el regimiento de San Marcial, en agosto de 1914 y que se encuentra en Burgos desde abril de 1925.

Dicen que habiendo oído hablar de la Religión cristiana, al morir sus padres, se presentó en el campamento español diciendo que quería "ser de España".

El Excmo. Señor Arzobispo derramó las aguas regeneradoras sobre la cabeza del morito, y se le puso por nombre José María Marcial y Burgos.

También administró la Sagrada Comunión al nuevo cristiano y a sus padrinos; tuvo una sentidísima plática y terminó tan grata fiesta con la bendición episcopal.

¡Hermosa Religión la del Crucificado, que tiende las razas y no distingue a los unos de los otros!

A. E., Congr.

¡Buena satisfacción!

Ya he leído el gran triunfo que hemos tenido los católicos colocando en Bilbao, en el lugar más público y céntrico, a cuarenta metros de altura, al Sagrado Corazón. ¡Si viera con qué satisfacción leí lo que decían los periódicos!

Aquel mismo día asistí a una procesión por los jardines de los PP. Paules, por donde muy contentos pasamos al Santísimo Sacramento.

L. B., Congr.

Buenos hermanitos.

A la tarde dedicamos un rato al estudio y al atardecer vamos a paseo por las afueras, cogiendo siempre algún camino para ir a la iglesia a rezar el Santo Rosario; después vamos a casa, cenamos, hacemos nuestras oraciones y rezamos al Angel de la Guarda por nuestro hermano, que está en Francia y después nos dormimos en paz y en gracia de Dios.

F. S., Congs.

Escribe lo que siente.

Desde hace ya bastante tiempo que estaba por escribirle, pero me lo ha impedido el que estoy mal, pues tengo el brazo izquierdo roto y anteayer me lo enyesaron.

La cosa fué así: Fuimos al lugar que aquí llaman "El Relleno" a entrenarnos al foot-ball, y después de largo rato, se me ocurrió jugar con un caballo; Vicente quiso montarse y como no tenía silla ni nada, fuí a llevarle al lado de mi pretil y me tropecé y me caí poniendo la mano debajo, y así es que...

El domingo hubo una bonita procesión misional: todos ellos vestidos de chinos, pieles-rojas, turcos, indios, etc.

El día 30 jugamos dos partidos de foot-ball (bueno, yo no jugué) contra los de los Hermanos de aquí: el primero ganamos por uno a cero y el segundo perdimos por tres a uno. También hemos ido al castillo en ruinas de Astondo, y al bajar fuimos a pasear en bote, cosa que casi siempre hacemos, embarrancando varias veces, pues estaba la marea muy baja.

Los primeros días ya fuí a misa y comulgué, pero ahora... ya sabe: dentro de poco voy otra vez a empezar a ir, porque el médico me ha dicho que pronto ya no habrá cuidado.

¡Ah! Ya no me acordaba. El sábado hubo una función misional en el "Casino Aurrerá", resultando muy bonita la fiesta. Entre otras cosas del programa se encontraban unas conferencias de Misiones y una zarzuela titulada "Estrella, o la cristiana cautiva", en que se veían escenas de la India; al final hubo rifa. Todo esto y la procesión estuvo a cargo de los socios de "La Propagación de la Fe".

J. R. B., Congr.

Oportuno recuerdo.

Ya dirá que tardo en escribirle y la verdad es que no puedo disculparme de no haberle escrito antes. El motivo que me hace coger la pluma, la verdad, no es tan laudable; pero se lo voy a confesar. Me he acordado del cuaderno aquel, en el que usted lleva apuntada nuestra historia, la asistencia a Misa y demás actos de Congregación; los concursos y hasta las cartas que le escribimos los que estamos fuera de Bilbao. Quiero tener mi historia bien limpia.

Por aquí lo pasamos muy bien. Vamos a Misa y comulgamos diariamente todos los congregantes. Solemos ir todas las tardes al monte, y por cierto que el otro día, a mucha distancia del pueblo, nos cogió un chaparrón soberano, llegando a casa hechos unas sopas; fué una ducha inesperada.

J. M., Congr.



Núm. 170.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Setiembre de 1927

Un Juan Lanas

Estaba el Barón de Heiffeld trabajando en su despacho, cuando un criado, vestido de elegante librea, penetró en la habitación para anunciarle que en la antesala había un joven que quería con insistencia hablarle. El Barón dijo que entrase y al instante el visitante, tras de grandes saludos y reverencias, atravesó la puerta. Era joven, de buen porte, bien vestido y en su solapa se veía una medalla ganada por él en cierto torneo literario. Antes de empezar a hablar, repitió sus saludos de tal forma, que el Barón, cansado de tanta cortesía, le rogó que expusiera pronto el objeto de su visita.

—Mi hermano, dijo el visitante, tenía un pequeño terreno cerca del río, pero para llevar las aguas de éste para regar el campo de mi hermano, era necesario que pasaran por la huerta vecina. Ahora bien, el propietario de ésta dice que él no lo consentirá, y a este propósito ha entablado el pleito. ¡Cuánto le agradecería a usted que se digne inclinar a nuestro favor a los jueces que fallen la causa!

El Barón, después de prometerle que haría lo que estuviera de su parte, le despidió; cuando he aquí que al salir nuestro joven del palacio se encontró con un antiguo amigo y juntos se fueron a pasear. Al poco pasaron por delante de una iglesia, descubrióse con respeto, mientras Juan nuestro protagonista, que bien pudiera apellidarse Lanas, se sonrió de lo que él llamaba beaterías.

—Dispénsame que te lo diga, Juan, pero con esa risita me estás demostrando que tienes menos seso que un grillo; porque ¿qué dirías tú de un hombre que por ganarse la voluntad de un noble, se pusiera a mal con el emperador?

—Pues, sencillamente, que estaba loco.

—Pues, mira, así obras tú; te conozco bien; harás, según me has dicho, cualquier cosa para que el Barón te ayude en el pleito, y no eres capaz de saludar al Rey de reyes, que sólo con quererlo puede sacarte de todos los apuros.

A. M., Congr.

El motor lo llevo dentro

Esta historia parecerá cuento y no lo es, parecerá imposible y ¿quién sabe a cuántos les habrá ocurrido!

Erase que se era un chico muy listo (en cuanto a estudios), pero que tenía un feo defecto cual era, el dejarse llevar por los amigos, como un borrego sigue al que lleva el cencerro.

Aún así, nuestro amigo, era un jovencito piadoso y obediente, y habíase conservado puro; hasta que un día, ¡día aciago!, habiéndole encontrado uno de esos amigos, de los cuales dijo Nuestro Señor que es preferible que les atasen una piedra de molino al cuello y les precipitasen al fondo del mar, un amigo que le incitó a ir juntos a un espectáculo maravilloso, soberbio, del que hablaba todo le mundo con agrado.

José, que así se llamaba, el de nuestra historia, y me parece que le estoy viendo, a pesar de creer que era una escandalosa necedad el ir a tal espectáculo, le siguió por no contradecirle.

No es necesario añadir que el tal sitio era un cine de los de peor especie, y donde entrar y ver cosas malas es todo uno; y así no es de extrañar que José pidiese a su amigo le sacara de aquella putrefacta y viciada atmósfera.

Pero el amigo, acostumbrado a éstas y otras cosas, le contestó con una irónica sonrisa, y él, vencido por el respeto humano, se quedó.

Varios domingos salió José con su amigo y al fin y a la postre acabó por entender lo que no entendía, aunque lo veía, y hubo de perder su inocencia, llegando él también a ser un descarriado de la senda del bien.

Cuidémonos mucho de ese falso amigo que es nuestro peor enemigo, pues nos roba la pureza del alma y la tranquilidad de conciencia que son el mayor tesoro que tenerse puede.

Señores míos, tengamos como norma y práctica tener el "motor dentro", hacer todo guiados por la sana y recta conciencia y no por el "qué dirán" que es el cencerro al que sólo siguen los tontos y cobardes.

J. J. P., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

¡Fuera los religiosos...!

La escena se desarrolla en España hace algunos años. Un diputado de la extrema izquierda sentado ante su mesa de trabajo, redacta las cuartillas, que leídas al día siguiente en la Cámara han de provocar inmediatamente la expulsión de los religiosos. ¡Vaya unos apretones de manos que le iban a dar sus correligionarios!

En un fogoso discurso ponía a los frailes que no había por dónde cogerlos. ¡Pobrecillos! Al fin, decía él, bien merecido se lo tienen por hipócritas, por vagos y por no se cuántas cosas más. Se creerán ellos que en pleno siglo XX, vamos a tolerar que con sus rancias y viejas ideas embauquen a las gentes llenándolas de temores supersticiosos, para sacarles después los cuartos y darse una vida de príncipes! ¡Vamos a dejar a esas monjas que se pasen místicamente la vida sin hacer nada!—Enseguida!—Todos de patitas en la calle!—Y el bueno del diputado satisfecho de sí mismo levantóse de la mesa para acostarse.

A poco dormía, y no precisamente con el sueño del justo; pero, sí con el sueño del que está seguro del triunfo. Preocupado su entendimiento con el discurso, aún en sueños se le presentó la Cámara. Estaba rebosante; él acababa de pronunciar su discurso que había sido un triunfo; la expulsión de los religiosos no se haría esperar. Salió a la calle y en efecto por todos lados no se veía más que frailes y monjas que tomaban el tren en dirección a la frontera.

Pero aquí vino una dificultad: ¿Quién se encargaba de los niños que en innumerables asilos cuidaban aquellas holgazanas monjas? ¿Quién se iba a poner en los hospitales en sustitución de las Hermanas de la Caridad? ¿Quién en los sanatorios de tuberculosos y tullidos? Se pensó en colocar en su lugar enfermeras seglares. Pero no se encontraban y las pocas que a este penoso trabajo se ofrecían, como no lo hacían por Dios ni mucho menos, después de cobrar buenas pagas, de lo que menos se ocupaban era del bienestar del enfermo.

A todo esto, miles de niños que recibían educación en las escuelas gratuitas de Hermanos de la Doctrina, viéndolas cerradas, se dispersaron, y uniéndose a un sinnúmero de ancianos y enfermos, antes solícitamente atendidos por Hermanas de la Caridad, desembocaron por las calles de la ciudad en resignada manifestación. Mas lo grave del caso fué que el obrero se enteró de que los religiosos que daban educación gratis a sus hijos, las monjas que venían a asistirles a sus mismas casas cuando estaban enfermos, que esas mismas que con tanta solicitud atendían a sus padres ya ancianos en los asilos, partían para la frontera, se amotinó y lanzándose a la vía impidió a todo trance la salida del convoy donde iban los religiosos.

Aquello iba poniéndose feo. La población entera estaba de parte de los religiosos. Entonces nuestro diputado, acompañado de otros varios, presentóse a las turbas con ánimo de arreglarlo pacíficamente. En una florida arenga comenzó a exponerles lo conveniente que era para la libertad y el progreso la desaparición de los religiosos; mas una lluvia de silbidos seguidos de varias piedras le impidió terminar. El pueblo se arremolinó a su alrededor, y el pobre creyó llegada su última hora. Cerró los ojos, mas al querer volver a abrirlos se encontró con la agradable sorpresa de que todo había sido un sueño.

Mas aquel sueño podía muy bien convertirse en una realidad. Entonces empezó a dudar si los frailes serían tan holgazanes como se los había pintado; y dicen que aquel día, en la sesión del Congreso, se leyó una tarjeta de un diputado de la extrema izquierda excusándose de no poder pronunciar el discurso que tenía anunciado, por encontrarse indispuesto.

S. M., Congr.

Correspondencia abierta

Cátedra improvisada.

Le diré que me encuentro hecho un catedrático de Religión; como no encontrara sitio más adecuado, pedí permiso a mi papá, y en los coches que están en la estación reuno a mis amiguitos los domingos; allí les explico el catecismo, los artículos de *Flores y Frutos* y las lecturas que recibo de esa; y ya no tienen pereza en acompañarme a comulgar; uno de ellos se ha empeñado en ir religioso, o mejor dicho, se marchó ayer a cerca de Burgos, a los Redentoristas.

L. G., Congr.

Pintoresca excursión.

Muchas han sido las correrías que hemos hecho por todos estos contornos; pero, en honor a la verdad, la mejor y más bonita fué la que hicimos a Gauteguiz de Arteaga, pueblo formado por un grupo de casas, que son amparadas por la masa altiva y severa del esbelto castillo. Después de delicioso y fluvial viaje a lo largo de los meandros de la ría de Mundaca, a cuyos lados se encuentran terrenos fértiles arrancados al mar, y de una parada graciosísima en medio de la ría, por falta de gasolina, a la cual hubo que suplir el esfuerzo de los tripulantes, llegamos a los pies del almenado castillo de sabor medioeval, con sus lóbregos y obscuros calabozos y sus estrechas aspilleras; por él me parecía ver el rostro fiero de un guerrero que, armado de arco y flechas y defendido por casco y coraza, nos daba escolta en nombre de su señor.

M. E., Congr.

Se acuerda de los avisitos.

Voy siempre a misa con mi devocionario, con el cual la oigo sin distraerme un momento. Los amigos que tengo este año son buenos, mejores que los del pasado, y casi todos madrileños; pues los de aquí no me hacen mucha gracia. Esta mañana he ido a visitar al Padre de la Congregación, pero me dijeron que estaba fuera y que no volvería hasta dentro de unos días.

En casa me dicen que no me mueva tanto, pero yo creo que estar parado, como usted nos dijo en cierta ocasión, no nos es conveniente.

R. Y., Congr.

Curiosidades valencianas.

También aquí hay Congregación de San Luis Gonzaga y mi hermano y yo somos congregantes. Aquí hacen unas procesiones muy bonitas y a cada Santo acompañan los de su Cofradía, llevando unos trajes muy extraños; la Virgen del Carmen lleva a su alrededor, con uniforme de marinos, tanto los hombres que la llevan ,como varios niños. Todas las procesiones son de noche y resultan muy bonitas.

J. L. P., Congr.

Curiosidades vasco-francesas.

Como usted sabe, desde el mes de Junio estoy en este pueblecito de los Bajos Pirineos, donde todo el mundo habla vascuence, aunque también mucho francés.

La misa de los domingos aquí es muy emocionante, pues la canta el pueblo: cantan las mujeres y responden los hombres; en la iglesia, los hombres están completamente separados de las mujeres; éstas quedan en la parte de abajo y los hombres en una especie de coros de madera que rodean la iglesia por la parte anterior; estos coros son tres superpuestos.

E. O. U., Congr.

La civilización francesa.

El otro día me ocurrió un caso parecido al que sale en *Flores y Frutos*.

Estábamos en la terraza de la casa, cuando el padre del chico que está aquí para reponerse sacó una caja de cigarillos y se los ofreció a la mademoiselle que tiene la casa; ésta tomó uno y le dió las gracias; en seguida el señor le ofreció a su hijo mayor, que tiene 20 años, y a su hijo pequeño, que tiene 16, y también se los ofreció a otro que tiene 15; los tres cogieron cada uno su cigarrillo y empezaron a fumar. A mí también me lo ofreció el señor; pero yo le dije que no fumaba, que no tenía todavía edad para fumar. Después, el de 16 años me dijo que yo era un *cero* para fumar y para...; pero yo le atajé y le dije que sí; que, gracias a Dios, era un *cero* para los vicios.

G. G., Congr.

Estos, ya son mejores franceses.

Llegamos a Lourdes a las ocho y media, en vez de llegar a las siete. Atrasadillos andan los franceses. Lo primero que hicimos después de descansar un poco, fué ir a la gruta a dar gracias por el buen viaje y después visitamos la ciudad; a la tarde hubo gran procesión, a la que asistimos. Al día siguiente por la tarde hubo otra más solemne que duró dos horas; después de cenar se organizó otra enorme; todos con velas y la Basílica toda iluminada; todo ello hacía un efecto portentoso; al terminarse la procesión, entramos en la iglesia; con sermones y cánticos, llegaron las doce de la noche; hubo misa con comunión general. A la una nos acostamos; y a la mañana siguiente me levanté muy temprano, pues salíamos de excursión para los Pirineos.

Hasta ahora no comulgaba todos los días, pues algunos no me despertaban temprano para misa; pero desde ahora me han prometido despertarme temprano y todos los días estoy aprendiendo a ayudar a misa, pues empecé antes y lo dejé. En las ocasiones peligrosas siempre empleo el procedimiento que usted nos enseñó: de mirar hacia arriba, que es lo mejor.

F. A., Congr.

Entre bárbaros.

Salimos de Bilbao a las 3,40 de la tarde. Un señor canónigo entró en el mismo departamento y entabló conversación con nosotros y nos contó algo de los sucesos de Méjico. Nos dijo que tiene una prima religiosa que le escribía, no como religiosa, sino como si fuera señorita de compañía, por miedo de que su carta cayese en manos de aquellas fieras. Al empezar a contar algo, repite: "por aquí se dice esto..."

Entre otras muchas cosas que nos contó, dijo que una vez fueron a revisar un convento; pero lo tenían arreglado en forma tal, que no se conociese lo que era; taparon los altares con mantones de Manila y escondieron los santos, menos un San José que se les había olvidado. Pero una señora muy lista que estaba allí, le quitó la vara. Empezaron aquellos bárbaros a revisar el convento y no encontraron nada. Al llegar donde estaba San José, dijo uno de ellos: "Este es un santo". A lo que contestó esta señora: "¡Si que conoce usted bien los santos! ¿no ve usted cómo tiene las manos como para bailar?". Y convencidos dijo uno de ellos: "Es verdad".

También nos contó que en una ocasión hicieron prisioneros a 50 padres de familia, y los condenaron a muerte. Lo supo otro padre y quería llevarles el Viático, pero tenía miedo de que le hicieran prisionero. Se lo dijo a otra persona que se llamaba lo mismo que uno de los presos, para que les llevase las 50 sagradas formas guardadas en un relicario para darles el Viático. Se fué a la cárcel, preguntó por el padre que él conocía; le enseñó lo que llevaba. El preso le dijo que venía muy bien para uno que se estaba muriendo, pues aún no sabían que estaban condenados a muerte. Después de mucho hablar, le dijo que eran para ellos. Al entender que estaban condenados a muerte, le dió un desmayo; pero pronto se repuso; a todos los demás les pasó lo mismo. Al día siguiente mataron sólo a 10; uno de ellos murió crucificado, repitiendo: ¡Viva Cristo Rey!

M. E., Congr.

Si será devoto?

Como a mi llegada a este pueblo me enteré de la fiesta de las Marías de los Sagrarios, decidí aplazar el escribirle hasta después de pasada esta función, para darle cuenta de ella.

El jueves a las 9 tuvimos Hora Santa; exposición del Santísimo, Estación, santo Rosario, sermón y reserva; predicó un P. Redentorista, que, sin grandes vuelos oratorios, dijo grandes verdades. El día siguiente hubo comunión ge-

Universidad de Deusto
Biblioteca



Núm. 171.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Octubre de 1927

Los deseos del niño...

Con ocasión del centenario del nacimiento de nuestro gran paisano, el Beato Valentín Berrio-Ochoa, oí hace poco a un Padre jesuita una encantadora anécdota referente al Beato.

Fuése a Loyola el año 1853, a los 26 de su edad, para obtener del Provincial de los jesuítas su admisión en la Compañía. Era Provincial el P. Antonio Morey, quien con su acostumbrada afabilidad recibió al virtuoso joven Berrio-Ochoa.

"—Padre—le dijo—, vengo a consultar mi vocación con vuestra reverencia: hace tiempo que deseo ser jesuíta."

La sinceridad que se trasparentaba en estas palabras, produjo en el Provincial plena certeza de la vocación de Valentín, quien prosiguió diciendo:

—"Y sentiría grandísima alegría, si se me enviara a misiones de infieles."

—¿De modo que su vocación es para misionero?—le repuso el Padre.

—Sí, ese es el motivo principal que me ha impulsado a ser religioso.

—Pues con gran pena mía, debo decirle que ahora precisamente es la época en que no podemos atender a las misiones, porque, ya sabe usted, nos han expulsado tantas veces de nuestras casas, que aun en España apenas podemos subsistir.

Y después de una breve pausa, añadió: Dígame usted, ¿ha sentido acaso alguna vez vocación para alguna otra Orden religiosa?

Algo sorprendido de la pregunta, contestóle Berrio-Ochoa que, siendo monaguillo de un Convento de Dominicos de su pueblo, Elurrio, había tenido deseos de ser dominico, pero que no habían pasado de meros deseos de niño.

—Justamente—le contestó el Provincial—los Dominicos tienen ahora misiones; y ¿quién sabe si Dios le ha dado vocación de misionero para que sea usted dominico? Haga usted los ejercicios espirituales, y veremos lo que Dios le inspira.

La pregunta del P. Morey había sido una inspiración del cielo, pues en los ejercicios que hizo en Loyola, en julio de 1853, sintió que Dios le llamaba para ilustrar y honrar la Orden de los Dominicos: y el joven Berrio-Ochoa, animoso por haber conocido el oficio para el que Dios le quería, se presentó en el Colegio de los Dominicos de Ocaña, el 26 de octubre del mismo año.

Y ya sabéis, después de algunos años, fué martirizado en Tonkín, siendo Obispo de una misión.

Que también sirva para nosotros la pregunta del P. Morey, pues Dios suele dar a muchos niños los mismos deseos que dió a Valentín Berrio-Ochoa; y esos deseos, llevados a cabo, le hicieron tan gran Santo.

V. M. A., Congr.

García Moreno y los pobres.

Lleno su espíritu de la más tierna solicitud por los pobres enfermos, solía prodigarles sus cuidados más tiernos, consagrando al alivio de sus miserias una parte de su sueldo.

Cuando por primera vez fué elegido Presidente del Ecuador, su señora, doña Rosa Ascasubi, le hizo observar que un presidente no podía dispensarse, al tomar posesión de su cargo, de dar un banquete oficial a sus ministros, al Cuerpo Diplomático y a otros personajes de distinción. Pero él le contestó que su humilde fortuna no le permitía semejante lujo. En cuanto a su sueldo, dejaba una parte al Estado, más pobre que él, y la otra destinaba a obras de caridad.

La noble dama repuso que ella se encargaba de los gastos, y le entregó quinientos pesos, recomendándole que hiciese las cosas en grande.

Provisto García Moreno de una bolsa tan repleta, se dirigió al hospital con su ayudante; remedió las más apremiantes necesida-

---

Arriba a las 8. A las 10 hubo solemne misa mayor con exposición de Su Divina Majestad, que así quedó hasta las 10, final de la Hora Santa, en la que predicó el mismo Padre, y en la que pegó muchísimo a esas familias que antes de entronizar a Jesús en sus pechos lo entronizan en las habitaciones.

J. A. S., Congr.

Como los jibiones y caracoles.

Me levanto a las 8 y media y oigo misa de 9; comulgo todos los días y leo el examen después de la Comunión.

Desayuno y me pongo un rato a estudiar; pero me entra una pereza enorme y soy bastante holgazán. En seguida echo a correr al bote, donde estoy a remojo como un jibión y al sol después como los caracoles. Venimos algunos días a comer tarde y mamá nos castiga sin postre.

A la tarde vamos a la Unión a jugar al foothall hasta la hora de venir a casa; cenamos a las 9 y nos vamos a la cama después de rezar.

L. M. O., Congr.

¡Vaya un contraste!

Acabo de recibir una carta de un Padre jesuíta, misionero entre los pobres salvajes en el norte de Méjico; por ella verá que este Padre tiene más suerte que los otros que viven en la capital entre los tenidos por civilizados. Dice así:

"En medio de este desbarajuste, cuya orilla aún no se ve, y que trae consigo tantas penas, entre otras el aislamiento de los amigos, es consolador saber que los que viven lejos como tú, no te olvidas de nosotros.

De los nueve misioneros que estábamos esparcidos en las cinco residencias, sólo hemos quedado dos. Separados por larguísima distancia y con un territorio vastísimo que recorrer; así ya puedes imaginarte nuestros trabajos. La parte que a mí me corresponde, apenas podría ser atendida por tres, y ahora casi la mitad está abandonada.

El Señor me da fuerzas para que a mi edad (60 años) me sienta con bríos de joven y aún pueda recorrer largas distancias a pie y a caballo por entre cañadas y precipicios.

De los compañeros, yo soy el que menos ha sufrido. Como ya tengo mucho tiempo aquí en la sierra, todos me conocen y muchos me quieren; de aquí que aun los que por su cargo oficial, llevando a la práctica las leyes que son a todas luces injustas, pudieran dañarme, me consideran y aun me dan muestras de aprecio."

J. O., Congr.

Satisfecho, y con razón.

Con mucha satisfacción le voy a decir que el chico aquel en cuestión, por fin ya comulgó; lo hizo el día San Ignacio. Como usted ve, mejor día no pudo elegir. Al fin, gracias a Dios, mi trabajo dió un fruto. Ya le dí también el Catecismo y el Devocionario que usted me dió el día que estuve en Bilbao: los guardó con mucho gusto y creo que se aprovechará de su contenido.

F. R., Congr.

La mejor propaganda, el ejemplo.

Por aquí hay muchos chicos que cuando hablamos de la Congregación, unos nos echan en cara el levantarnos tan temprano; pero nosotros les tenemos compasión y les exponemos lo bueno de la Congregación; otros dicen que se harán congregantes, pues van a misa casi todos los días.

Cuando nos avisaron de que usted venía, todos los congregantes salimos a la estación, y, al ver que no venía, nos llevamos buen disgusto; no supimos hasta después, que estaba lloviendo en Bilbao.

J. A., Congr.

Empieza su apostolado en Francia.

Este sábado, como todos, nos recordó el cura que teníamos que confesarnos. Aquí hay dos chicos mayores que no se confesaban; fuí donde ellos, les hablé y les animé a confesarse; uno se confesó cuando me confesé yo; el otro me dijo que hacía ya cinco meses que no había confesado ni comulgado, que el sábado siguiente se confesaría en otra iglesia, pues no le gustaba confesarse con curas conocidos. Ya le animaré más, hasta que se confiese y comulgue; el primero sigue muy formal.

Esta mañana he recibido su carta con *Flores y Frutos*.

J. A., Congr.

Continúa su apostolado en Francia.

Sigo por aquí, haciendo todo el bien que puedo con mi ejemplo: pues he de advertirle que desde que llegué hasta hoy no he faltado ningún día a misa, ni a comulgar; y observo, con gran asombro mío, el aumento de comuniones que hay los días de fiesta.

Papá también, cuando vino, se quedó muy admirado al ver tantas comuniones en un pueblo como es éste, tan pequeño.

Le hago saber que el día de San Ignacio tuvimos una hermosa fiesta: por la mañana dos misas, una de comunión y otra misa mayor; en ambas misas se cantó la marcha de San Ignacio. Luego, por la tarde, hubo bendición con el Santísimo.

Y el día de la Virgen de Begoña, le aseguro que hicimos casi mejor fiesta que en Begoña; pues ahí, con romerías, lo arreglan casi todo, mientras que aquí ,con motivo de que se celebrase la primera comunión, tuvimos gran fiesta, como el día de San Ignacio; además procesión, que pasó por todo el pueblo y a la que acudieron casi todos sus habitantes.

G. S., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

de aquellos enfermos, y dispuso para ellos una magnífica comida. A la vuelta, su esposa le preguntó si tenía bastante dinero:

—Pense—contestó riéndose—que una buena comida les vendría mejor a los enfermos que a los diplomáticos, y he llevado el dinero al hospital, donde me han asegurado que por mucho menos que quinientos pesos tendrían todos un magnífico banquete.

Cuán del agrado sean estos actos del Corazón dulcísimo de nuestro Salvador, lo deduciremos por lo mucho que le protegió, hasta hacerle mártir: murió a manos de los masones, que le esperaban un Primer Viernes de mes, al salir de la Catedral, después de comulgar.

B. O., Congr.

Buena contestación

En uno de los primeros días de curso se permitió un catedrático (no era aquí en Bilbao) durante la explicación hablar mal de la religión.

Un alumno de cuerpo endeble y enfermizo, pero de alma pura y robusta pide con respeto permiso para hacer algunas observaciones sobre las ideas expuestas por parecerle contrarias a la verdad.—"Aquí no se admite discusión de las doctrinas que yo expongo" responde airado el maestro.

Entonces el joven defensor de la religión sin inmutarse, pero con energía y firmeza, contesta:

"Pues conste aquí delante de todos que todo eso que ha dicho el señor Catedrático contra la religión es falso como estoy dispuesto a probárselo cuando guste."

Dicho esto se sentó.

El anticlerical confuso y airado preguntó por el nombre de su joven retador, y, no halló mejor modo de salir del apuro que expulsarlo de la clase.

Aquel mismo día, junto con las calurosas felicitaciones de la mayoría de sus condiscípulos recibía las invitaciones de otros dos centros de enseñanza que se disputaban la honra de contar entre sus alumnos a tan valiente defensor de su religión.

N. I., Cong.

Nuestras excursiones eucarísticas

OÑA

Este año, con más afán aún que el pasado, comenzamos las excursiones por la de Oña.

Comulgamos, claro está, antes de salir; así íbamos tranquilos y seguros de que nada desagradable nos aguardaba.

Acogidos con singular simpatía por aquellos buenos Padres en su tan antiguo como restaurado monasterio benedictino, no nos dimos reposo por verlo todo. Y, con ser la segunda vez que algunos recorríamos aquellos claustros y dependencias, todo nos interesaba muchísimo.

Allí los aficionados a la física pasamos un gran rato ante las preciosas experiencias con el aire líquido y la electricidad; los biólogos, entre tanto, circularon de microscopio en microscopio; los naturalistas admiraron en el museo toda clase de animales, desde el diminuto insecto hasta los más grandes reptiles, desde el pajarillo hasta las más temibles rapaces; y algunos tan admirablemente dispuestos, que nos daban a conocer sus bellezas particulares y hasta sus instintos; como aquella águila en actitud de sacar los ojos a una cabra; obras, algunas de ellas, de artista que supo con entrañas de estopa y vestidura natural, volver a la vida a aquellos animales.

¿Queréis ver la Biblioteca?—se nos preguntó—. Sí, vamos a verla; y después de haber andado un poco abrieron una puerta. Admiración y asombro se vió en los rostros de todos. Uno fingió desmayarse. Señor, exclamó, ¡con lo que me cuesta aprender un libro! Pues si quisieras saber todo lo que hay aquí, le contestó el Padre que nos acompañaba, tendrías que aprender cerca de 100.000 libros.

Cuando hube recorrido con la vista aquellas paredes, o mejor, interminables hileras de libros, miré al cielo y pensé: dentro de unos años, todo esto será para nosotros más fácil que leer un cuento. En el cielo comprenderemos todo sin discurrir.

Las seis o siete horas que allí pasamos nos parecieron un momento.

Antes de salir, rezamos el rosario, para dar gracias a esa Madre que tan bien nos cuida; y luego de habernos provisto abundantemente de cerezas, montamos en nuestro amplio auto y nos despedimos de aquellos simpáticos Padres.

Y luego, a correr por nuevas tierras. Por Pancorbo y Vitoria, llegamos felizmente a Bilbao, después de 258 kilómetros de recorrido.

C. E., Congr.

ELORRIO

En el Centenario del nacimiento del Beato Valentín Berrio-Ochoa, natural era que visitásemos su Sepulcro. Y allí nos encontrábamos tempranito para comulgar y pedirle aquel temple de alma, aquel valor para ser tan generosos como él hasta dar nuestra vida, a imitación también de algunos jóvenes mexicanos, sí, como a ellos, se nos ofrece la ocasión de sacrificarnos por Cristo Rey.

Visitamos, después de desayunar, la casa donde hace 100 años vió la luz aquel niño, hoy en los altares.

En la plaza admiramos la esbeltez de aquella iglesia y la típica casa de Ayuntamiento con sus cristianas inscripciones: **"En casa del que jura no faltará desventura"** y **"De toda palabra ociosa darás cuenta rigurosa"**. Sobre ellas campea la imagen repujada del Sagrado Corazón entronizado en el pueblo. Al darme cuenta de todo aquello un escalofrío recorre mi cuerpo y, sin querer, los labios se abren: ¡Reina, Jesús mío, reina... Señor, que te amen!

Luego nos dirigimos al cementerio para rezar un responso ante los restos de nuestro querido hermano, el Marquesito de Tola, cuya vida y muerte ejemplarísima admiramos en un "Flores y Frutos" de hace dos años. Los señores Marqueses nos acompañaron y agradecieron mucho aquella piadosa visita.

Nos sobró tiempo después para correr, jugar y lucir nuestras habilidades gimnásticas en improvisados trapecios, todo lo cual abre considerablemente nuestro apetito. Allá en las afueras del pueblo, en un pintoresco sitio, admirablemente resguardado del sol por sombríos árboles, dimos principio y fin a la paella, a nuestras provisiones, a un cesto de peras, y, por último, a dos enormes cajas de riquísimos canutillos con que nos obsequió la amabilidad de la familia de Maruri. Para hacer la digestión está visto que hay distintos modos: unos descansando tranquilamente a la sombra; otros echándose a pasear por el monte; los más jugando con un carro, improvisado vehículo, que no subía solo. Son las tres y media y hemos prometido asistir a las cuatro a una procesión con que el pueblo honraba en ese día a San Luis y a San Estanislao.

Con algunas peripecias, llegamos a Bilbao un poco más tarde de lo previsto.

C. E., Congr.

BAQUIO

Como teníamos pensado, nos quedamos en el camino, en Munguía, para comulgar y oír misa delante del pueblo. Con esta ocasión escuchó aquella buena gente en su propia lengua verdades que se le aplicaban bien a sus necesidades.

Despachado nuestro improvisado desayuno, tomamos el auto, y volvimos a parar en el camino; la sombra de la campa de Larrauri nos invitaba, y no en valde éramos dueños, aunque provisionalmente, de un auto.

Llegamos por fin a Baquio y nos adueñamos de la playa, aunque no de las olas, que nos hacían retroceder con alguna mojadura cuando menos lo pensábamos.

Comimos en una sombrita y nos apresiamos para ir a San Juan de Gastelugache. Todo aquel camino resultó de lo más pintoresco, especialmente aquel avanzar en el mar sobre peñascos que se prestan como camino para la inmensa peña donde se asienta el Santuario.

En él penden muchos exvotos, muestra del agradecimiento de aquellas sencillas gentes.

Allí rezamos el rosario y descansamos un rato.

La vuelta a casa fué feliz, como todas las nuestras.

C. E., Congr.

EIBAR

Por lo improvisada que fué esta excursión, no pudo ser tan eucarística; comulgamos antes de salir; ni fué en domingo, por la gran concurrencia que había los días de fiesta, con motivo de la Exposición de armas e industria que hay en aquel activo pueblo.

Pudimos tranquilamente recorrer todas aquellas dependencias y admirar las más antiguas armas junto a las más modernas. Se veía que habían valido más que nosotros los que manejaban aquellos pesadísimos arcabuces y con ellos a cuestas caminaban; no como nosotros, en tren y en auto, sino por caminos que eran como el que tuvimos después que apechugar para subir a la Virgen de Arrate. Allí descansamos, respirando el purísimo aire de aquellas alturas. Y gracias a que encontramos un buen borrico que nos subiera parte de la impedimenta; otra nos la subimos nosotros, sin armaduras, en mangas de camisa. Después de comer en aquellas mesas que desafían los mayores temporales, de inmensas losas con sus correspondientes asientos, saludamos, con el mejor de los saludos, a la Virgen, con el rosario.

Bajamos con su protección por aquel camino de cabras sin el menor contratiempo; nos paramos en el Colegio de Durango, donde volvieron a aprovisionarnos de fruta, etc., etc., y llegamos a casa con la alegría que no dejan otras diversiones.

C. E., Congr.

SANTURCE

Fué la única excursión de este año en tren, inaugurando la nueva línea de Portugalete a Santurce. Temprano llegamos al Patronato, que así se llama aquel edificio, que se hace agradable antes de verlo por dentro; es benéfico por excelencia, pues allí las Hermanas de la Caridad educan cristianamente a jovencitos, que, de otro modo, quedarían abandonados. Puede estar satisfecha la distinguida señora, fundadora y sostenedora de aquella preciosa obra.

¡Con qué gusto aquellos niños cantaron sus motetes durante la misa y la Comunión!

Allí las religiosas se desvivieron por servirnos y parecía que, en sus manos, las cafeteras llenaban nuestros vasos y no se agotaban.

Ni nos explicábamos tampoco cómo estuvo condimentada aquella paella, a quien, sedientos y todo, con muy poca y tardía agua, le hicimos los honores que su compostura merecía.

Antes de este paseo admiramos, en todo el sentido de la palabra, otro Asilo, o mejor, reformatorio no de almas, sino de cuerpos deformes, que con alguna operación son integrados o vueltos a su debida posición.

¡Con qué amor a su obra nos lo enseñaba todo el H. Director de San Juan de Dios! Sceun expresión suya, al hacernos fijar en detalles prácticos, cada clavo ocupaba su sitio; se veía que todo estaba allí dirigido por la misma experiencia. Ante todo, campeaba la limpieza, tan difícil de sostener entre pequeños.

¡Es lástima que esta obra tan original y tan benéfica no sea más conocida! ¡Qué dinero tan bien gastado, aunque no sirviera más que de modelo! Lo podría ser aun en el extranjero; todo lo más moderno, en aparatos ortopédicos, en radiografía, etc., etc., está allí a la vista y en movimiento.

Si a todo se añade allí el cultivo del alma de los niños por aquellos ejemplares Hermanos de San Juan de Dios, se podrá una hacer alguna idea, como la sacamos nosotros, de tan benéficiosa obra.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Después de subir y bajar muchos de nosotros a Serantes y de jugar con las olas, regresamos a nuestras casas, con impresiones en el alma tan saludable, como el aire y la expansión de aquel día tan feliz.

C. E., Congr.

CASTRO

A pesar del mal tiempo, que desalentó a no pocos, fuimos en buen número, para que no nos faltara animación y alegría, que a nuestra edad, ni a ninguna, debemos hacerla depender del tiempo.

Gracias a un pinchazo, que en aquel momento nos pareció muy inoportuno, llegamos a oir la Santa Misa y a comulgar, sin molestar a nadie; pues en la misa anterior estuvo llena la capilla. Con todo, no nos faltaron testigos a quienes edificar, ni música ni iluminación, que nos ayudara a pensar en el cielo.

Las nubes, algo bajas, nos aconsejaron que utilizáramos el gran comedor de limpísimo mármol, que aquellos edificantes PP. del Corazón de María nos ofrecieron. También utilizamos, después del desayuno y la comida, los patios y el doble frontón y no menos la playa y las peñas, que con su móvil arena y con su firmeza, nos invitaban a no estar quietos ni un momento.

Algunos midieron sus habilidades futbolísticas con jóvenes del pueblo, mayores que ellos, y salieron, como lo preveíamos, honrosamente vencidos.

Después de ver el tan abrupto como imponente acantilado de las rocas, donde se asienta la antiquísima parroquia, entramos en ella y asistimos a la corta y jugosa función que celebran todos los domingos delante de Jesús Sacramentado. Nos despedimos de El y de la gente de Castro; conservamos, sobre todo de algunos, excelentes recuerdos.

F. G., Congr.

Correspondencia abierta.

De peripecias.

El otro día fuimos a pasear en la bicicleta y todo nos salió mal; primeramente nos cayó un chaparrón que parecía que echaban agua con manga; nos pusimos como sopas. Después mi amigo tuvo un pinchazo y nos faltaban 35 kilómetros para llegar a Burdeos; y para rematar la fiesta, un buen hombre se nos viene a toda velocidad con su moto; va a coger una curva, y como estaba mojada la carretera, pierde el equilibrio; el pobre que sale dando volteretas por el aire y cae, y no se puede levantar. Saltamos de la bicicleta y le ayudamos; tenía las narices hechas polvo y al parecer un hombro roto, pues se quejaba mucho; pasa un automóvil, le hacemos parar y le traen a Burdeos; después no sé lo que le pasó.

A. G., Congr.

¡Pobre Francia y pobre Méjico.

Le mando una estampa que nos dió el señor cura el 15 de agosto y nos rogó que rezáramos todos los días la oración que está detrás para obtener sacerdotes para Francia, que tienen mucha necesidad.

Ya he recibido las "Flores y Frutos" y los "Mártires Mejicanos" y le digo con toda sinceridad: ¡Padre, casi me hicieron llorar; se los dí a leer a José Marí y se los traduje a las señoras, que lo encontraron horroso!

J. R. R., Congr.

Eso es visitar Lourdes.

Hace unos días fuí con papá a visitar a mi hermano; y, como yo tenía muchos deseos de conocer a Lourdes, me llevó papá. Me quedé entusiasmado de ver lo precioso y lo hermoso que era todo aquello; pero, lo que causó en mí mayor impresión, fué la Gruta bendita, con aquella imagen de la Virgen que a mí me parecía verdadera. Yo estaba allí y creía que hablaba con la Virgen; que me encontraba cerca, muy cerca del cielo.

Ví enfermos peregrinos, de dos peregrinaciones, rezando ante la Virgen y comulgando. Me admiró uno que iba sonriendo a recibir al Señor.

Visitamos las dos iglesias, preciosísimas, y subimos al Calvario; me encantaba; pero, a pesar de todo, lo que más me atraía fué la Gruta, donde sin darnos cuenta nos encontrábamos casi todo el día. Continuamos el viaje hasta el pueblo de mi hermano, donde me sentí muy contento por estar con él; él también se alegró mucho.

F. J. S., Congr.

Noche bien empleada.

Tuvimos aquí una Vigilia extraordinaria de la Adoración Nocturna para pedir por la canonización del Beato Berrio-Ochoa; pues sólo le falta un milagro.

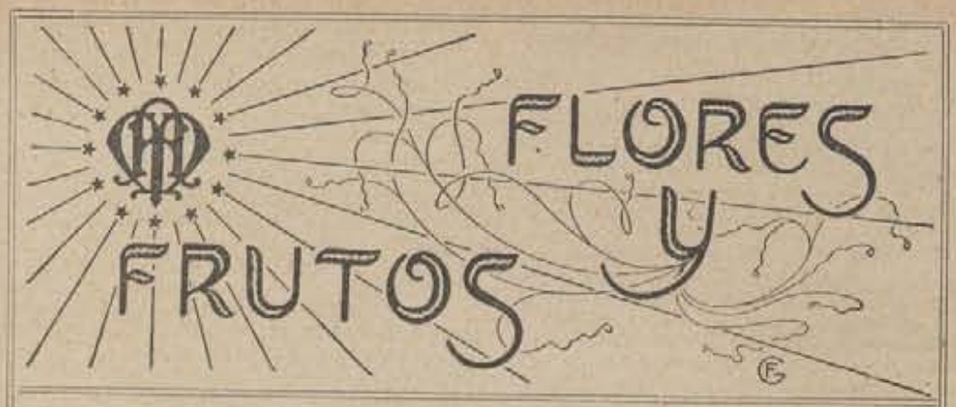
Empezó la Vigilia a las diez y media de la noche, haciendo la salida de la iglesia de Santa Ana, desde donde los Adoradores de Alava y Guipúzcoa y otras muchas personas se dirigieron a la parroquia cantando el Santo Trisagio. En la parroquia, después de expuesto el Santísimo predicó el señor Arzobispo de Valencia, quien, juntamente con el Obispo de Málaga, presidió todas las ceremonias de la Vigilia. Habló el señor Arzobispo muy bien y elocuentemente, como también el señor Obispo.

La santa misa se celebró a las cuatro de la mañana y nos dieron la comunión.

Después salió la procesión con el Santísimo por las principales calles, que estaban de aspecto bonitísimo: de una a otra acera había colgadas miles de banderitas que representaban Corazones, al Beato, etc.; colgaban en los balcones, farolillos, que yo creo pasarían de 1.500; al pasar el Santísimo por las calles, daban la bendición a los ciegos y cojos, etc., para que se avivara la fe.

¡Qué pena que no estuviera usted aquí aquel día!

J. L. M., Congr.



Núm. 172.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Noviembre de 1927

Quien mal te quiere te mimará.

El terrible tirano de Siracusa, Dionisio, había concebido un odio muy grande contra su yerno, Dión, y he aquí cómo pensó satisfacerlo.

Como tuviese en su corte al hijo de Dión, ordenó que la satisficiesen hasta los más insignificantes caprichos, y prohibió vigilar en lo más mínimo su conducta. Le pareció al niño amor y benevolencia y pronto se acomodó a aquel tratamiento. ¡Pobrecito!; aquella su alma, antes pura y limpia, quedó convertida en un pudridero de todos los vicios. Por añadidura, se alababa su libertinaje y hasta se le empujaba a toda clase de excesos. Se imaginó que le estaba todo permitido: insultar a unos; desobedecer a otros; tratar a todo el mundo como a sus criados. Su único cuidado era satisfacer todas sus veleidades.

Cuando Dionisio le vió todo lo perdido y vicioso que quería, se lo envió a su padre, quien no tardó en ver que se había hecho de su hijo un animal salvaje. Lloró amargamente aquella desgracia y se apresuró a ponerle en manos de prudentes y experimentados ayos.

No se dejó piedra por mover para reformar su carácter y hacerle cambiar de conducta. Pero el infortunado joven resistió a todo y antes de corregirse prefirió suicidarse, arrojándose de una ventana de su palacio.

Así quieren los padres a los hijos que miman; en vez de educarles les deseducan buscando disculpas para que en nada se molesten.

S. A. Congr.

"Antes morir que pecar".

Algo así como planta vigorosa y pujante, resguardada por los muros y tejado de la casa misión de la atmósfera sofocante del paganismo, crecía Eugenio, niño de diez años, ojos grandes y vivos, frente de ángel y voz dulcísima. Su madre, encallecida en la infidelidad, le arrancó de aquel vergel y quiso obligarle a que, con su frente purísima en la tierra, quemara incienso a los dioses.

—No, jamás adoraré a otro que al verdadero Dios; ¡moriré antes que ofenderle, antes que pecar!

—¡Cómo que no!... Al instante te postras de rodillas y tomas el incienso en la mano.

—No hay más que un Dios, repetía Eugenio con su vocecita de plata.

Pero la madre, revestida de furor satánico, cogióle del brazo y le golpeó fuertemente contra la mesa donde estaban colocadas, aquellas ridículas figuras de los dioses.

—¡Madre, antes morir que pecar!... ¡antes morir que pecar!...

—¡Calla! si no quieres que te estrelle contra el suelo.

Y aquella furia seguía maltratando y maldiciendo a su hijo, hasta que sus manos se vieron humedecidas con la sangre del inocente. En un ligero descuido de su madre, Eugenio desbízose de sus brazos se puso en dos saltos fuera de la cabaña y corrió a ocultarse en la espesura.

A la hora en que se internó en lo más cerrado del bosque, las sombras de la noche avanzaban lentamente y conquistaban hasta las alturas de los montes. Cuando ya nada se veía y las fieras comenzaban a rugir en la maleza, tuvo mucho miedo, pero mayor lo había pasado cuando su madre quiso obligarle a apostatar.

Tres días después, en lo más espeso de la selva, recostado en un duro peñasco, hallaron a Eugenio; le tocaron, pero el frío cubría su frente. ¡Estaba yerto!...

Con la cabeza inclinada sobre el pecho y los labios entreabiertos, parecía repetir todavía:

—¡Morir antes que pecar!...

La inocencia y la gracia de Dios hemos de conservar, aunque sea quien sea quien atente contra ellas.

M. U., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Desgracia que hace meditar.

Sucedió hace muy poco y ya se ha ocupado de ello la prensa americana.

Durante la travesía de un trasatlántico español que se dirigía a Montevideo, en el que iba a bordo un sabio y virtuoso religioso, cayó al mar uno de los hombres que constituían la dotación del barco.

—¡Hombre al agua! ¡Hombre al agua!, gritábase en todas direcciones, mientras el buque paraba su marcha y su capitán daba órdenes de virar en redondo y trazar círculos alrededor del sitio en que se creía estar la víctima.

¡Momento indescriptible aquel! Apiñados sobre cubierta tripulación y pasajeros y repartidos cuantos iban a bordo en todas direcciones, mil ojos escrutadores, muchos ayudados de lentes y prismáticos, buscaban, entre las olas que se sucedían, un bultito que les delatase el cuerpo del desdichado marinero... y nadie lograba divisarlo. Pasó media, una hora, hora y media, el barco había girado varias veces en vano y el capitán vióse obligado a ordenar que se continuase la marcha.

Imaginaos la mortal angustia de aquel hombre que quizá muy cerca de allí, luchando con las olas, presenciaba las vueltas que daba el buque en su busca sin encontrarlo. Siguió éste su ruta y, cuando en la inmensidad del océano quedaba aquel hombre completamente solo, aquel religioso se decía:

"Señor: grande habrá sido la angustia de ese desdichado durante el tiempo en que el vapor anduvo en torno suyo sin encontrarlo; pero Señor, ¡cómo habrá sido esa angustia, a qué punto de estremecimiento habrá llegado, cuando ha visto, si lo vió, que el buque se alejaba poco a poco y lo dejaba en el mar sin esperanza de nada! ¡de nada!"

Pocos días después contaba, conmovido aún, desde el púlpito este ejemplo terrible para dar idea de la espantosa realidad del alma apartada de Dios y desposeída para siempre de su presencia, cuando por causa del pecado se condena eternamente, y el numeroso auditorio que le escuchaba meditaba serlamente esta verdad.

¿No podrá hacernos también a nosotros meditar este hecho histórico reciente que tanto nos enseña?...

E. I. P., Congr.

El remedio en las pepitas.

Oía yo un día con atención y curiosidad una acalorada discusión. Varios distinguidos caballeros trataban del remedio al repugnante cáncer que roe las entrañas de la sociedad.

Convenían en que la mayoría estaba contagiada; pero discrepaban en el remedio que tal dolencia necesitaba. Un filósofo, que entornados los ojos, parecía extasiado, era el único que no metía baza en el asunto.

—Tú ¿qué dices? le preguntaron. Sacó entonces de un cesto que por allí estaba una manzana podrida y colocándola ante los ojos de sus compañeros, les dijo:

—Esta manzana representa nuestra nación. ¿Qué haremos con ella?

—Una manzana en tal estado, dijo uno de los presentes, no sirve sino para echarla a la basura.

—No tal, replicó el filósofo. Las pepitas están sanas. Sembradlas y de la manzana podrida nacerán manzanos sanos y robustos. Eduquemos a los niños que aún no son malos y formemos una nueva generación de sanas ideas y de buenas costumbres.

Por eso decía Jesucristo, atrayéndoles a los niños: "Dejadles que vengan a mí y no se lo impidáis"; porque en sus ojillos inquietos y juguetones, en su frente candorosa y en su inocente enredar, veía el alma aún no manchada por el pecado, y en ella al ciudadano de la patria celestial, cuyos ángeles ven la cara de Dios en el cielo. Por esto ¡ay de aquel que escandalice a un pequeñuelo. Más le valiera que atándole una piedra enorme al cuello fuera arrojado al profundo del mar!

M. C., Congr.

Un piloto intransigente.

Cuéntase que un día el yate *Hohenzollern* entraba en un puerto de Noruega, llamado Bergen. El kaiser Guillermo II, impaciente por la marcha lentísima de la embarcación, tocó él mismo la campana para apresurar la marcha; pero cuál no sería su sorpresa al oír al piloto Hans Olsen, un viejo noruego, que precipitándose al teléfono gritó a los mecánicos:

—¡Despacio! ¡no hagáis caso a la campana!

El kaiser miró de arriba abajo al atrevido piloto que se tomaba la libertad de hablar así en su presencia y en contra de su mandato.

—¡Piloto! ¿usted quiere ir a prisión?

—Aunque tenga que ir a prisión, señor, no he de dejar mi puesto, contestó el anciano piloto. La embarcación está bajo mi dirección y responsabilidad; y nadie, ni el mismo emperador, tiene que darme aquí órdenes.

La oficialidad presente se miraba silenciosa, pues todos sabían muy bien que el piloto tenía a su favor todos los reglamentos militares, pero ¡dar en cara a un emperador!... ¿Qué iba a pasar? El emperador, enojado, abandona el puente y deja que el piloto dirija el yate a su antojo.

Al día siguiente, pasado el mal humor, el kaiser dió una condecoración al anciano marinero y le nombró piloto oficial en las aguas de Noruega.

Una vez más se ve aquí que el firme cumplimiento del deber es objeto de la admiración y estima, aun de aquellos a quienes molesta; y más cuando el cumplirlo supone una valentía.

J. G., Congr.

Sin Dios nadie vive.

El filósofo Sintemis pensó que si el hombre no fuese educado en las creencias religiosas, no encontraría en sí el menor indicio de la divinidad. Propúsose, pues, llevar a cabo un experimento. Encontró a un niño, exento de toda educación religiosa; se lo llevó a una posesión rústica, le aisló como a un anacoreta, le dejó vagar por el palacio, por su jardín y por las risueñas campiñas comarcanas; puso un especial empeño en que no oyera a nadie que le hablara de Dios, ni viera figura ni grabado que de lejos le apuntara idea alguna. Su único maestro era la naturaleza. Así transcurrieron algunos años.

Una mañana, muy temprano, el filósofo paseaba por el frondoso bosque inmediato al palacio, cuando vió al muchacho bajar al jardín.

¿A dónde irá tan temprano ese jovencito?, se dijo el filósofo. Y ocultándose tras un macizo de arbustos, observó al muchacho prosternado sobre la hierba, saludando al sol naciente.

—¡Oh, sol! ¡qué hermoso eres! Y ¡cuán espléndido te hizo el Creador! ¡Oh, sol! ¿ves tú al Creador de todo el Universo? Si lo ves, dile que yo le quiero mucho; dile que yo también quiero conocerle. Si lo ves, estampa en su eterna frente este beso que te mando desde aquí.

Adelantándose entonces el filósofo, exclamó:

—¿Quién te ha dicho que hay un Creador en el cielo?

—Este sol que ningún hombre ha podido poner allá arriba. Somos todos demasiado pequeños para el sol. Me lo dice también este corazón mío.

Todo nos da a conocer la existencia de Dios. Es imposible negarle.

J. G., Congr.

Locura de un filósofo.

Se cuenta de un filósofo griego, que con el propósito de que los hombres le tuviesen por dios, se arrojó al cráter del Etna; pretendía que, al no encontrarle más en la tierra, creyesen todos que había sido arrebatado al cielo.

Mas sucedió que entre los peñascos arrojados al poco tiempo por el volcán aparecieron sus vestidos. No hay que decir que lejos de tenerle por dios, le contaron entre los locos.

En menor escala, cuántos hay parecidos y presumidos como éste; el deseo de ser tenidos por notables, les hace caer en el ridículo.

P. A., Congr.

Un extraño centinela.

No hace mucho llegó a Pamplona el hijo de un labrador a hacer su servicio militar.

El cura de la Catedral notó, con agradable sorpresa, que un soldado todos los días, entre la una y tres de la tarde, se colocaba inmóvil y derecho como una columna, delante de la reja del coro. El buen sacerdote, intrigado y receloso ante este extraño modo de proceder, aprovechó la visita de un capitán amigo que fué a verle a la Catedral.

Una vez en la Sacristía, le explicó lo que pasaba. Acaba, dijo, de dar la una y le aseguro que el soldado está ya en la iglesia.

Efectivamente, allí estaba nuestro soldado. Al verlo exclamó el capitán: "¡Si es mi ordenanza!"... Se llegó a él y con voz baja le dice: ¿Qué haces tú aquí?

—Mi capitán, estoy haciendo dos horas de centinela a nuestro buen Dios. Se me quema la sangre al ver lo que pasa en el mundo; por todas partes hay centinelas, y yo me he dicho: Dios es incomparablemente mayor que todos los capitanes generales, y ¡no tiene ni un sólo centinela!; y resolví hacerle la guardia cuando estuviese libre y nunca la hice con más gusto.

¡Qué bonita lección la de este soldado!

M. O., Congr.

Ya soy misionero.

Ya soy misionero, les decía yo esta tarde a mis dos amiguitos Ramón y Gabriel, y una explosión de risa fue la respuesta de mi declaración.

—Sí, ya tienes trazas; ellos tan buenos, tan así, tan de caramelo y tú... ¡valiente trasto!

—Pues sí, chicos, yo soy misionero, lo veréis: yo me siento en mi mesa de estudio y...

—Sí, y de repente te plantas en Pekín a echar un sermón en chino.

—No, no lo toméis a broma, que es en serio.

—Vamos a ver cómo puede ser eso.

—Veréis: Yo me pongo a estudiar geografía, por ejemplo, y no me entra la lección, porque no la entiendo o porque no me molesto en entenderla, y ya, aburrido, voy a mandar los libros a paseo, cuando en aquel momento me acuerdo de que hay millones y millones que no conocen a Jesús y muchos misioneros que sufren por ver que tantos pobrecitos no le conocen ni le aman; y al recordar ésto me decido a coger los libros y mirando al crucifijo que tengo delante le digo: Voy a estudiar para que aquellos desgraciados te conozcan y te amen; dadme ahora tu gracia para para estudiar; y me pongo a pensar con más ímpetu y ganas que antes en lo que me dice el libro. Al poco rato la lección está aprendida; soy más hombre, porque me he vencido; y, lo que es mejor, mi sacrificio vale para que el Señor se apiade de aquel por quien yo me he sacrificado.

C. E., Cong.

Los colores de la virtud.

Diógenes, el que, como sabéis, en pleno día buscaba con una linterna un hombre en una plaza llena de ellos, estaba un día en medio de un grupo de admiradores suyos.

Un jovencito, de elegante presentación y bella figura, se adelantó, y al hablar se sirvió de una expresión que hizo enrojecer a otro joven de su misma edad, que estaba junto a él.

Observándolo Diógenes dijo a éste:

—¡Animo, hijo mío!, esos que te han salido al rostro son los colores de la virtud.

Y luego, dirigiéndose al desleuguado, le dijo:

—¿No os da vergüenza llevar un pedazo de basura en un estuche de marfil?

¡Cuántas veces un rostro atractivo oculta un alma asquerosa! Huyamos como de la peste de esta clase de personas, que se conocen pronto en su lenguaje y son muy peligrosas para nuestra inocencia.

M. V., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Correspondencia abierta.

Completando su obra.

Ya vi al troxito de mi carta última en "Flores y Frutos"; y se me olvidó de decirle a usted que yo estaba haciendo la novena a San Ignacio, que la terminé el día de su fiesta, y le pedía que comulgase aquel chico; y así fué: el Santo me concedió lo que le pedía.

Ya se va acercando el tiempo de los estudios; el tiempo de ir todos los días a las siete y media de la mañana a la Congregación; así que, al medio mes que me queda habrá que sacarle bien el jugo.

F. R., Congr.

Carta recibida con retraso.

Cuando llegué lo primero que hice fué dar gracias a Dios; enseguida saludé a los amigos de los años anteriores, que me estaban esperando en la plaza.

Todos los días me levanto a las siete y media para ir a comulgar: Aquí los chicos comulgan de mes en mes, o más tarde. Un día un chico me preguntó a ver por qué después de comulgar me ponía las manos en la cara. Yo le dije que era para no distraerme y para pedirle a Dios nuestro Señor las gracias que necesitaba, porque El, que es tan bueno, todo lo que se le pide nos concede.

Aquí también hay algunos chicos que haciéndose de hombres dicen palabras groseras y feas; pero, a fuerza de reprenderles, parece que se van cambiando. Yo tengo amigos muy buenos que son de los colegios de Bilbao que van a comulgar todos los días.

Las fiestas de Santa Marina las hemos pasado muy divertidas. Todos los días había misa mayor a las diez; los domingos sermón, pero, como es en euskera, los veraneantes estamos con la boca abierta.

J. B., Cong.

Celoso sacerdote.

Ayer en la misa mayor hubo un incidente digno de contarlo.

A causa del Concierto se suprimieron las "Vísperas" y el cura anunció antes de la misa que la bendición del Santo Sacramento la haría a continuación de la misa. Pues bien, apenas termina ésta, la mitad de la gente empieza a marcharse; entonces el señor cura se vuelve al pueblo y dice: "Hermanos míos, ¡tanta prisa tenéis que no podéis esperar a la bendición y hacerle un ratito compañía a Jesús,! y toda la gente se volvió a su sitio.

Este señor cura es de temple; el año pasado despachó a dos señoritas de misa mayor por llevar mangas cortas.

J. R. R., Congr.

"Eso pasa también en Méjico".

En una de las excursiones que hicimos en verano, subimos una tarde al célebre y poético santuario de San Juan de Gastelugatze. Es una atrevida península que no se deja dominar, sino haciendo penitencia; y digo haciendo penitencia, porque hay que subir unas 200 escaleras blancas, a cuyos lados se levantan las cruces de un Vía-Crucis, que convidan a hacerlo. Antes de meternos en el santuario, tocamos aquella campana que va a mezclar sus notas con las otras desentonadas de las olas, que se rompen allá abajo. Entramos en aquella silenciosa iglesia, en cuyas bóvedas han colgado como exvotos, preciosos vaporcillos, pies y brazos de cera, de cojos y tullidos remediados. Hay también cuadros que adornan sus paredes. Uno de éstos nos hizo muchísima impresión, el barco a medio hundirse, y las barquillas repletas de gente; tanto que no cabiendo uno más en las barquillas, los que quedaban sobre las aguas se agarraban a sus costados poniéndola en peligro de hundirse, hasta el punto de verse obligados los de la barca a cortarles las manos con unos machetes.

¡Qué horror! Bajamos comentándolo.

Eso pasa también en Méjico, me dijo mi amigo que seguía emocionado con el recuerdo del cuadro; porque también en Méjico tratan de separar con machetes y con los medios más injustos a los católicos de la barquilla de San Pedro, única donde podemos vernos libres del naufragio, a que estamos siempre expuestos.

Roguemos, pues, por Méjico.

P I., Congr.

Nuevo triunfo eucarístico.

Créame, no le he escrito, porque no tengo inspiración, ni sé expresarme como yo quisiera.

El día 16 tuvimos una hermosa procesión a las nueve y media de la noche, como principio de la fiesta de las Espigas, a la que acudí y estuve hasta las once, hora en que empezaba la vigilia.

A las dos y media de la mañana me levanté, para acudir a la misa mayor, que se celebró a las tres, con asistencia de gran número de adoradores y representaciones de la provincia, con treinta estandartes de otros tantos pueblos, y el de aquí en masa; y todos se acercaron a la Sagrada Mesa a recibir el Pan de los Angeles. ¡Qué acto más brillante! ver tanta gente comulgando.

A las cinco tuvimos procesión por las calles del pueblo, engalanado con colgaduras, guirnaldas e iluminaciones. En la Plaza Mayor, colocaron un hermoso altar, donde nos dieron la bendición con el Santísimo y se cantó el Himno Eucarístico. En fin que el 17 hay que marcarlo con piedra blanca, en los anales de este pueblo; le mando un recordatorio de este gran día, sobre todo para mí.

E. M., Cong.

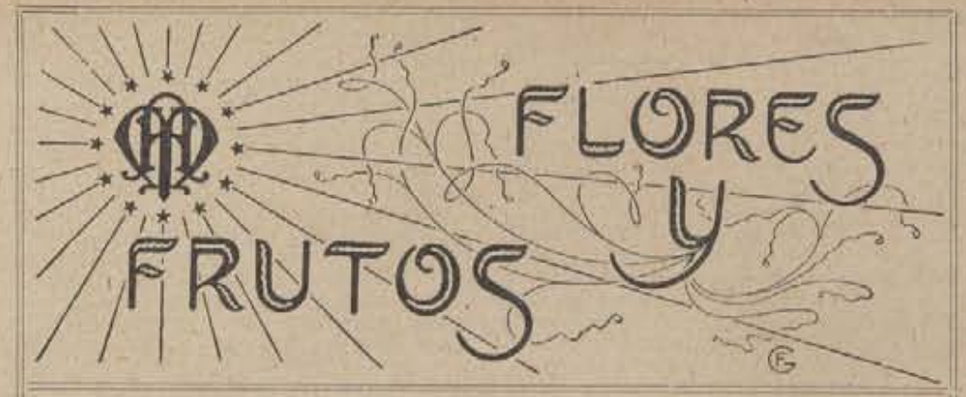
Sabe arreglárselas.

Yo llevo un género de vida, a mi parecer, bueno; me divierto en sitios de poco peligro como son los toros; voy a la montaña con mis tíos y a la playa a buenas horas.

Comulgo amenudo en los Dominicos que están cerca de casa.

Aquí en Barcelona, Padre, me molesta que, cuando voy a confesar, me empiecen a preguntar en catalán ¡Cómo se conoce que no estoy en Bilbao! pero ahora ya he encontrado un confesor que resulta ser de por ahí y que tiene aquí familia.

J. R., Congr.



Núm. 173.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Diciembre de 1927

Un valiente de veras

Ningún partido de foot-ball ha excitado más interés que el que va a haber el domingo. ¡Qué jugadores! ¡Qué portero! ¡Qué expectación...! ¡¡Estupendo...!! Ninguno habrá habido como éste... ¡Qué tarde vamos a pasar! Si hiciera mal tiempo, ¡qué rabia!

Estos y parecidos discursos, que fácilmente se pueden imaginar, hacía un compañero mío de clase ante la perspectiva de un encuentro de campeonato que tenía sumo interés en contemplar.

Algo antes de terminar la clase, noté que miraba con atención y seguía sin perder el alba al profesor en sus explicaciones, y su seriedad, comparada con la cara de distraído que hasta entonces había mostrado, me llamó la atención. Quise hablarle después de clase, pero no pude, pues me tuve que detener en el colegio.

El día siguiente fué domingo y asistió, con toda puntualidad, a los actos de la Congregación; pero entonces no me acordé yo del incidente de la víspera.

Sin embargo, como el lunes se me juntara en el camino al ir a clase, sin querer me vino a la memoria la escena del sábado.

—¡Qué distraído estuviste el otro día en clase!, le dije.

—Es verdad, me contestó, y empezó por contarme lo que me ha servido de entrada a este artículo.

—¿Y cómo es que estabas tan atento al fin?

—Porque al darme cuenta de que estaba distraído me pesó mucho y me acordé de lo que hablamos el otro día, de que un joven cuyo único ideal sea vivir bien y gozar es como un águila sin alas; y que un hombre sin carácter y sin otros ideales que éstos mezquinos y deleznables es un desgraciado a quien se debe tener lástima, y determiné imponerme un castigo que me sirviera para formar mi carácter y elevar mis ideales.

—¿Y cuál fué?

—Pues, no ir al partido, a pesar de que me gustaba muchísimo y tenía ya el dinero para la entrada y de venirme a buscar dos amigos que viven junto a mi casa.

—¡Muy bien hecho!

—Y en vez de eso fuí a visitar a un enfermo pobre que conozco, y le dejé todo el dinero que llevaba...

En esto habíamos llegado al colegio y tuvimos que cortar la conversación.

¿No os parece que si hiciéramos todos algunos actos de estos seríamos congregantes de la Virgen de primerísima? ¿Y por qué no hemos de dar ese gusto a nuestra Santísima Madre?

A. J., Congr.

Otro más valiente

Querido Paco: No sé si sabrás una cosa que hizo tu Patrono Francisco Javier; a mí siempre me ha parecido algo hermoso y valiente, y te lo voy a contar, ya que el 3 de diciembre es la fiesta del Santo.

Francisco Javier era, cuando joven, muy ágil; bien lo mostraba en sus juegos con sus compañeros estudiantes de Sangüesa, y principalmente cuando en las principales fiestas salía a bailar el aurreku y otros bailes regionales. Nunca debió perder esta agilidad, pues un torpe no hubiera podido hacer las excursiones que él hizo en las Misiones, como cuando en Japón, para poder entrar en una ciudad, fué corriendo detrás de unos que iban a caballo, cargado con unos hatos de aquellos japoneses y, además, por medio de unos campos cubiertos de nieve.

Aunque él fué siempre muy bueno, se hizo mejor cuando Ignacio de Loyola le enseñó el camino de la santidad; entonces quiso castigar un poco su cuerpo, porque cuando joven se había preciado mucho de su agilidad.

Y una vez, cuando iba a ir, en 1536, de Paris a Venecia con unos compañeros suyos, se ató fuertemente los muslos con unos cordeles que tenían nudos y, andando, an-

Universidad de Deusto
Biblioteca

cando, los cordeles se le fueron introduciendo en la carne, hasta que no pudiendo ya caminar, manifestó a sus compañeros lo que tenía.

Llamaron éstos inmediatamente a un médico, quien dijo que, sin hacer una dolorosa operación, no se podían sacar los nudos. Aquella noche todos pidieron mucho por la vida de Francisco, quien, a la mañana siguiente, se encontró curado milagrosamente y pudo seguir su camino con los demás.

¿Te ha gustado, Paco? Aunque nosotros no hagamos tanto como eso, podemos hacer algo con permiso de nuestro confesor. Eso de contentarse con rezar tres Ave Marías de penitencia, ¿no te parece muy poco? Unos pellizcos bien dados cuando viene la tentación, un repelón, o dejar de tomar una cosa que te guste, ¿no te parece mejor?

Tu querido amigo.

V. M. A., Congr.

Al pie de un abismo

El hecho que voy a referir me sucedió este verano hallándome en un pueblecito guipuzcoano con ocasión de pasar unos días en casa de ciertos parientes. Salí de excursión una tarde con cuatro compañeros en dirección a unas cuevas que a hora y media del pueblo se encontraban.

Llegados allá, y después de haber descansado un rato, nos dimos a recorrer la cueva por dentro, admirando con las bujías que a prevención llevábamos las magníficas estalactitas graciosamente suspendidas de la bóveda y las no menos airosas estalagmitas que, uniendo el suelo con el techo, semejaban cristalinas columnas de encantado palacio.

Contemplando acá y acullá las grandezas del Señor, me separé de mis amigos y fuí a dar con mi persona a un estrecho y oscuro boquerón, por el que, temerario, no dudé en internarme. Pocos pasos había dado, distraído en mirar el techo y paredes que me circundaban, pues a medida que se iba estrechando el pasadizo era más inminente el peligro de que algunos de aquellos prediscos colgantes hiciera alguna caricia poco agradable a mi cabeza, cuando, tras ligero parpadeo, la vela que llevaba se negó a seguir alumbrando mi camino. Lo más obvio era que volviese sobre mis pasos; pero si bien me molestaba ya el enrarecimiento del aire, no me detuve, y, aunque con más cuidado, seguí avanzando. Un ruido que oí en aquel momento a dos metros de donde me hallaba me llenó de espanto, y me detuvo.

Si alguna vez al ver el remanso de un río os ha ocurrido arrojar en él una piedra para cerioraros de si es o no profundo, y habéis escuchado el ruido que al chocar con el agua produce, podréis comprender la causa que me detuvo. Una piedra que por casualidad, o por mejor decir, por Providencia del Señor, se había desprendido de la bóveda, me había descubierto en plena oscuridad el hondo abismo a que incauto caminaba, pues ante mí se abría un pozo de varios metros de profundidad, cuya agua no me preocupé entonces de averiguar de dónde venía o por dónde salía.

Una voz que a este punto me dieron mis compañeros hízome salir del espanto que me había sobrecogido y di gracias a la Santísima Virgen porque no había permitido que allí acabara uno de sus Congregantes. ¡Bendita sea!

¡Cuántas veces no se verifica ésto en nosotros mismos! Atraídos por un deleite, por un placer, por cualquier tontería, a veces nos internamos sin darnos cuenta por malos senderos, por caminos tenebrosos... dentro de los cuales pronto se nos apaga la luz de la gracia y quedamos solos y desamparados, con terrible peligro de hundirnos para siempre en el abismo, si un avisito oportuno de María Santísima no nos descubre el peligro que nos amenaza.

Amémosla mucho, que Ella nos ayudará y seámosle muy agradecidos. Pero... ¡temblemos! si voluntariamente nos ponemos a riesgo de perdernos.

M. V., Congr.

Yo, como papá

—Oye, cuando seamos mayores, tú harás como mamá y yo como papá, decía un niño a su hermanita.

Oyó la madre estas palabras y preguntó al pequeño qué cálculos estaban haciendo para el porvenir.

—Mi hermanita, respondió, ha de rezar, oir misa, confesarse y comulgar como mamá, y yo he de ser como papá, que no hace nada de eso.

La pobre madre, con el corazón traspasado de dolor, toma al niño por la mano, lo lleva al escritorio de su marido y le manda que repita ante su papá lo que le acaba de decir.

Así lo hizo la criaturita, sin saber que estaba dando una terrible lección a su padre.

Oyóle éste inmóvil y quedó durante algunos momentos pensativo y callado; luego, sollozando de emoción, le estrechó contra su pecho y le dijo:

—Sí, querido hijito; cuando seas mayor imitarás a tu papá: de hoy en adelante tu padre va a rezar, oir misa, confesarse y comulgar, lo mismo que tu mamá.

Así lo dijo y así lo cumplió.

T. R., Congr.

Digo lo que siento

En el piso frente al mío vive un muchacho de mi edad, con quien paso muchos ratos, pues es buen chico.

Su madre le cuida, me parece a mí que con exceso, porque se está preocupando de su salud y de que nada padezca y esté bueno y guapote. Hay que tener presente que no tiene padre el muchacho y es la única compañía de su madre.

Si la madre nota en su hijo algo anormal, aunque no tenga importancia de ninguna clase, pues no siempre tenemos el mismo apetito ni las mismas ganas de jugar, inmediatamente le somete a régimen, le acuesta y llama al médico, quien siempre le dice lo mismo: que no es nada.

El chico muchas veces ha mostrado a su madre deseos de ingresar en la Congregación para ir en mi compañía. Pero su madre le disuade porque tiene que hacerle levantar tan temprano, dice ella, para ir a misa.

Un día intervine cerca de su madre por indicación de su hijo, y solicité le consintiera ingresar en la Congregación. Ella, muy cariñosa, me dijo:

—No puede ser, y lo siento, porque yo también quisiera que fuera congregante, pero se me enfermará si le mando a misa tan temprano.

—No crea usted—le contesté—; cuesta un poco hasta acostumbrarse, y vea usted que muchos somos los que vamos, sin que por eso enfermemos.

—No, no—me replicó—; tengo que cuidarle mucho para que su cuerpo no enferme.

Al oir esto me acordé de que lo más importante es salvar el alma, y con todo respeto le dije:

—Usted, señora, se preocupa mucho del cuerpo, y hace usted muy bien; pero se olvida de lo más importante, y es el prevenirse contra las enfermedades del alma; el cuerpo, más tarde o más temprano, aquí ha de quedar, mientras el alma es eterna, y si la perdemos lo hemos perdido todo para siempre.

F. J. S., Congr.

Un ridículo de tantos

Graciano se creía, a pesar de tener voz atronadora, un cantor digno hasta de admiración. Sin devoción alguna, hacía de primer bajo del coro: ignoraba que los cánticos sagrados, siendo, como lo son, una de las más bellas expresiones de la oración, deben ser pronunciados con los sentimientos de respeto y piedad que convienen al sacrosanto lugar en que se ejecutan.

Con ser enteramente ridículo, no pensaba sino en que le admirase todo el mundo cuando cantaba en la iglesia. Sus mismas contorsiones, sus gestos, sus posturas teatrales, su boca, desmesuradamente abierta y torcida, completaban el ridículo, aunque ya, acostumbrados a ese espectáculo los habitantes del pueblo, ni siquiera le prestaban atención.

Un día entró por casualidad en la iglesia durante la celebración de las vísperas una mujer extraña a aquel pueblo, y en cuanto empezó a oir al cantor, le escuchó con atención; pero, de repente, principió a llorar.

Notóla en seguida Graciano, y persuadido de que lloraba de emoción por causa de su voz melodiosa, comenzó a forzar el tono de una manera sin manera, lanzando, no ya gritos, sino verdaderos rugidos; y es el caso que cuanto más fuerte cantaba, más lloraba la mujer.

Terminado que hubo el oficio, nuestro

músico, halagado en su estúpida vanidad, quiso saborear lo que él conceptuaba triunfo indiscutible. Se fué, pues, a toda prisa a la plazuela, en donde la gente, después de salir de la iglesia, solía hacer sus comentarios a las noticias del día, y bien pronto tropezó con aquella mujer extraña.

Se dirigió a ella y, saludándola muy amable, la preguntó en voz alta, para que todo el mundo se apercibiera, por qué había llorado tanto al oirle cantar.

—¡Ah, mi buen señor!—contestó suspirando la mujer—. Ya se conoce que ignora usted la desgracia que me ha ocurrido. Yo tenía un borriquito, que era mi único consuelo. El otro día salió al monte y los lobos, lanzándose sobre él, le devoraron. Pues bien, mientras que usted cantaba temblaba de emoción, pues le aseguro a usted que me parecía escuchar los lamentos de mi borriquito.

No es necesario añadir que el pobre cantor se quedó atolondrado, y enrojecido de vergüenza. Entre las carcajadas burlonas de todo el pueblo, se marchó a su casa.

Así acaban todos los que se figuran que han nacido para lucirse. Si se dieran cuenta del ridículo que hacen, no andarían por ese camino tan descubierto y lleno de precipicios.

No nos fiemos de nosotros mismos y seamos de ese número.

F. A., Congr.

Ma-Kuang

Sucedió que un día jugaba Ma-Kuang con otros compañeros mayores que él cerca de un gran tonel lleno de agua. Les habían avisado que no se acercasen a la boca del tonel; pero la curiosidad pudo más que la obediencia, y a punto estuvo de pagar con la muerte uno de aquellos atrevidos: trepó por los aros del tonel, se asomó tanto para ver si había algún pez, que perdió el equilibrio y cayó al agua. Siguióse un momento de terror; los niños corrieron espantados hacia sus casas. Ma-Kuang, empero, no se movió; él no abandonaría a su compañero en aquel peligroso trance. ¿Qué podía hacer aquel pequeño en tales circunstancias? Lo que no hubiera ocurrido a muchos mayores que él, le ocurre a él: echa mano de una larga y afilada piedra que la ve algo apartada, levántala en sus hombros y golpea con toda su fuerza una madera algo rota del tonel, hasta que la rompió del todo, y se escapó el agua y logró así salvar a su amigo.

Ma-Kuang llegó a ser un gran hombre, aventajado estudiante y uno de los tres mejores historiadores chinos. Fué autor de muchas obras filosóficas y literarias, y después de su muerte se le dedicó, al estilo chino, una lápida en el templo de Confucio.

Ma-Kuang quería obtener el mayor fruto de la vida, y para llegar a ser grande en este mundo hizo lo que los santos hacen para serlo en el cielo: tenía de almohada un trozo de madera, para que así, al menor movimiento, se despertase, y recordara su ideal y

que debía hacer para alcanzarlo. Se convenció de que, antes de llevar a cabo alguna empresa heroica para esta vida o la otra, debemos poner en práctica esta sentencia: "Conócete a ti mismo, véncete a ti mismo".

Qué cristiano tan ejemplar hubiese sido este valiente chino si hubiese conocido, como nosotros, a Cristo y pertenecido a una Congregación donde se enseña el ideal del amor de Dios y de la Virgen.

P. S., Congr.

Curiosa conversión

Un negrito kabileño, de seis años, alumno de los Misioneros, va a visitar a su abuelito, ferviente musulmán.

—¿Conque tú vas a la misa de los Padres?

—Sí, responde el negrito tímidamente.

—¿Y qué haces en la capilla?

—Pues rezar, abuelito.

—¡Ah! ¿Conque ya sabes rezar? Vamos a ver cómo lo haces.

Y el chiquitín, poniéndose muy serio, se quita la gorra, cruza los brazos, baja los ojos y reza lenta y devotamente el Padre Nuestro y el Ave María.

Sorprendido de la sencillez con que el nietecuelo había hecho aquel acto de religión, y movido por la belleza de aquellas fórmulas sagradas, el anciano, con los ojos humedecidos por las lágrimas, estrecha sin decir palabra al negrito contra su corazón.

Dos días después, él, el patriarca de la tribu, va a presentarse ante el misionero, y, ganado para Cristo por la piedad de un niño, se coloca humildemente en las filas de los catecúmenos, y poco después se convierte la tribu entera.

A. M., Congr.

Cuadro triste

Me contaba un amigo mío que vivió algunos años en Roma, que en cierto paseo público de aquella capital del mundo católico, apareció una mujer andrajosa y con los cabellos desgreñados, con un gran cuadro al lado. El cuadro representaba una actriz muy elegante; el fondo era un grandioso escenario: aquella mujer andrajosa, con los cabellos desgreñados, no hacía más que dirigir una mirada triste al cuadro y romper luego a llorar: la actriz de ayer muy elegante que tenía por fondo un grandioso escenario, era la andrajosa de hoy, la de los cabellos desgreñados, que no encontraba otro medio de ganar dinero que haciendo mover a lástima a los que pasaban por el paseo público.

Que nosotros, después de haber pasado los primeros años de nuestra juventud puros y sanos en la congregación, no tengamos que lamentarnos también el día de mañana de una situación y de un estado moral muy desgraciado. Que seamos siempre congregantes en el alma.

P. I., Congr.

Jugando con un tigre

Después del pecado original, gran parte de los animales que antes eran amigos del hombre, se volvieron en sus más crueles enemigos. Ni han faltado personas que han hecho lo posible por ver de domesticar y volver a su amistad a algunos de ellos. Tal fué un tigrófilo del siglo pasado, que con gran pasmo de los que lo veían, se entretenía—claro está que por sacar dinero—en meter su melenuda cabeza en la boca del tigre. El fenómeno, tan curioso como peligroso, se repitió muchas veces; pero he aquí que un día al retirar su cabeza de las fauces de la fiera, se le enredan unos cuantos cabellos entre los colmillos de ésta, quien al cerrar la boca hizo pedazos la cabeza del domesticador.

Cuántas veces oímos decir al que se mete en cines y otros sitios peligrosos: "Si no me ha pasado nada; no he visto nada malo." Eso mismo decía el infortunado y fanfarrón domador hasta el día fatal.

P. I., Congr.

¡Qué cortitos somos!

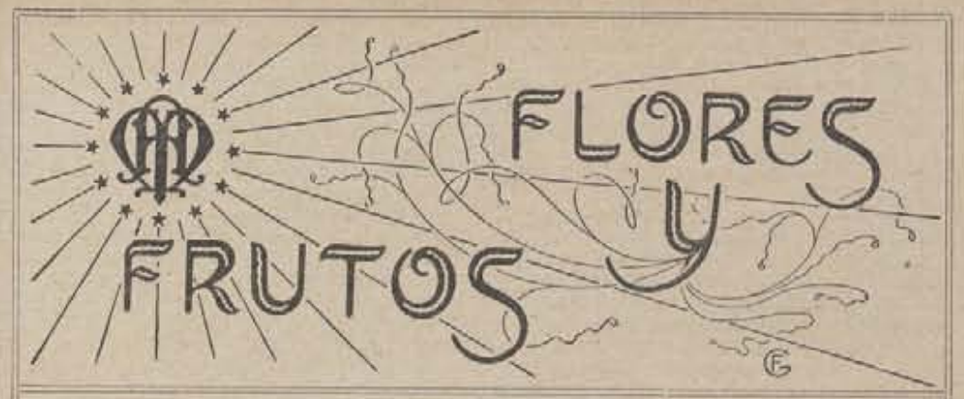
Un comerciante volvía a su casa de la feria, a caballo. Llevaba atada a su espalda una maleta con grandes sumas de dinero. Como llovía con violencia, nuestro viajero quedó en poco tiempo calado hasta los huesos. Esto le disgustó mucho y se empezó a quejar de Dios, que le dió tan mal tiempo para el viaje.

Pasaba entonces junto a una arboleda, cuando, al volver la vista a aquel paraje tan ameno, vió con horror que un bandido le estaba apuntando con un fusil. La sangre se le heló en las venas y se creyó perdido. Pero un ruidito casi imperceptible le vino a indicar que el tiro había fallado, pues el agua había humedecido la pólvora e impedido el disparo. Al instante picó espuelas a su caballo y se alejó de lugar tan peligroso, mientras decía entre dientes:

—¡Cuán insensato he sido en quejarme del mal tiempo y no considerarlo como voluntad de Dios! Si el aire hubiera estado seco y el cielo sereno, mis hijos esperarían ahora en vano mi regreso. La lluvia, que me hacía murmurar, me ha salvado la vida.

Cuándo acabaremos de entender que todo lo que Dios nos envía está sabiamente ordenado, aunque no lo pueda comprender nuestro corto entendimiento.

M. Y., Congr.



Núm. 174.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Enero de 1928

En Navidad.

—Pachico, tráenos musgo para adornar el Nacimiento; pero pronto, hoy mismo, que faltan pocos días para Navidad.

Los dos señoritos de casa, Manolo y Concha, le tienen casi marcado al pobre criado, porque cada vez que le ven no hacen más que repetirle lo mismo.

Por fin, la víspera de Navidad, han acabado de poner el Nacimiento, fuera de algunos adornos que Concha no acierta a dejar a su gusto. Nada de lo que ha podido llegar a sus manos han desperdiciado los dos pequeños artistas, amaestrados por la experiencia de otros años, para preparar un buen hospedaje al pobrecito niño de Belén. Ellos mismos han recorrido las tiendas donde se venden figuras para Nacimientos; han escogido las nuevas que han aparecido este año, o han vuelto a comprar otras para sustituir a las que rompieron el pasado, y han andado unos días en santa porfía, colocando en artístico orden, pastores y ovejas, chozas y rediles, riachuelos y puentes.

—¿Sabes lo que se me ocurre, Manolo? Que aquella casita judía, que tú has puesto, es lo mejor del Nacimiento, ¿verdad? Pero ya verás cómo gusta más a mamá esta cunita que yo he puesto. ¿Cómo no? Si, así estarían las pajitas cuando Jesús estuvo reclinado sobre ellas en el pesebre de Belén.

—No, Concha, eso no, sino otra cosa que gustará más a Jesús y también a mamá. Mira, así como Jesús no podía dormir en la cueva de Belén porque no tenía cama, así habrá muchos niños que tampoco tienen camita: y ¡cuánto frío tendrán esta noche muchos de esos pobrecitos! ¿Quieres que esta noche tengamos a uno de ellos en nuestra casa?

—Sí, sí.

Y fueron los dos corriendo a proponérselo a mamá.

—Mamá, queremos hacer una cosa que le gustará mucho a usted.

—Pero ¿cómo sabéis que me gustará?

—Esta noche queremos traer un niñito pobre, para obsequiarle como si fuera el niño Jesús. Ya mandaremos nosotros a Pachico que vaya y nos traiga un chiquitín de esos pobrecitos. ¿Le gusta, mamá?

Al momento obtuvieron su permiso los caritativos niños, y ellos mismos prepararon la cunita en la que dormiría el huésped. Aquella noche no se acostaron hasta que, fatigados ya de tanto cantar ante el nacimiento y de tanto hacer caricias al niño, que les había venido en nombre de Jesús, no pudieron resistir más al sueño.

Al día siguiente, después de haber vestido muy bien al pobrecito y de haber dado a la madre del niño una buena limosna, les despidieron con cariño; y quedaron tan contentos de su buena obra, que propusieron volver a hacerla en la siguiente Navidad.

V. M. A., Congr.

Bonita acción.

¡Qué bueno era Enrique! Podía servir de modelo, y como tal le considerábamos todos los que con él formábamos grupo en la Congregación. Fiel cumplidor de sus deberes religiosos, entusiasta catequista, buen estudiante, simpático y alegre, era queridísimo de todos sus amigos y profesores.

Entre sus bellas cualidades sobresalía una que era como el fundamento de todas las demás, su piedad firmísima y su valor para ostentarla y para estar muy lejos de todo lo que significase peligro, y con su singular modito sabía alejar de él a sus compañeros.

Fuera de sus devociones y de sus estudios, sólo una pasioncilla le dominaba: el foot-ball. Buen jugador, de los mejores de su equipo, procuraba no perder un partido, siempre que alguna obligación no se lo impidiera.

Calculad el gusto con que vería lucir un espléndido sol el día en que iba a decidirse la final del campeonato entre los dos equipos más populares de la región.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

había obtenido de su padre el permiso y el dinero necesario para asistir al partido, y más contento que unas pascuas y más alegre que unas castañuelas, se dirigía a sacar su entrada, cuando se encontró con un amigo a quien hacía algún tiempo aconsejaba no siguiese por la mala senda emprendida.

—¿Qué haces?—le preguntó al verle esconder un libro.

—Nada—respondió el otro, tratando de ocultarlo. No le valió la negativa, pues Enrique pudo ver que se trataba de uno de tantos libros infames que destrozan en pocos momentos la inocencia de los niños.

Trató de convencerle que debía romper aquel mal libro, enemigo suyo; y como el otro se resistiese tenazmente, Enrique tuvo un rasgo heroico: se lo compró con parte del dinero de la entrada, y cuando fué suyo lo hizo pedazos ante los ojos del asombrado vendedor, arrojándolo después a una alcantarilla. Ya no pudo ir al partido, y con todo quedó lo más contento. Lo daba por bien empleado, por haber evitado que aquella alma cometiese un pecado. Sólo le quedó el temor de que con aquel dinero podría comprarse otro novelucho tan malo como el primero. Pero a mí, se decía, no se me ha ocurrido ni podía entonces hacer cosa mejor, pues él era más fuerte que yo, y estoy tranquilo y satisfecho.

Y bien lo podía estar.

M. G. L., Congr.

Temple de acero

Una tarde, cuando ya el sol había dejado de alumbrar la blanca casita de las abnegadas misioneras de Mariapuram (Travancor), llegó a los oídos de éstas un ruido extraño, procedente de la parte de su escuela, que las inquietó no poco. Al ir a ver de qué se trataba, hallaron tendida sobre un banco, cuan larga era, a una niñita de 13 años, Ana María, que apenas hacía un año había recibido el bautismo.

La reprendieron severamente por no haber vuelto a su casa; mas, como ésta se hallase muy lejos y la hora era ya bastante avanzada, le permitieron pasar la noche en la escuela. La pobre niña escuchó callada la reprensión y aceptó agradecida el hospedaje.

Pero a la mañana siguiente, ante las insistentes preguntas de las Hermanas, tuvo Ana María que confesar el porqué de aquella acción. Oigamos lo que contó: el día anterior sus coterráneos se preparaban a hacer una oblación al ídolo en los alrededores de su casa; y a su pobre madre, que pensaba ya en convertirse, le habían prometido una buena parte de la oblación. Esta la había aceptado sin escrúpulo, con la excusa de que no estando aún bautizada no podía hacerle daño; y por eso mismo había dicho a su hija que aquel día no había podido proporcionarse arroz y en consecuencia que ella también tendría que comer de lo ofrecido al ídolo.

—Y yo, prosiguió Ana María, para no ceder a la tentación del hambre me alejé de casa y no quise volver a ella ayer por la tarde.

La cristiana niña prefirió pasar un día sin comer y una noche sin dormir antes que sustentarse con alimentos ofrecidos al diablo. ¿No es ésto edificante y heróico para un alma tan tiernecita, que sólo hacía un año había conocido a Cristo?

Cualquier sacrificio es pequeño por conservar la gracia y la pureza; aunque fuera necesario romper con todos los amigos, rompamos enhorabuena.

M. V., Congr.

Cambio de fortunas.

Era un anochecer del año 1790. La nieve caía en menudos copos, el cierzo helado barría las calles de Madrid.

Alguna que otra persona se veía transitar con paso rápido, arropada en grueso abrigo para protegerse del frío, sin darse cuenta de que un muchacho acurrucado en un ángulo de Puente Nuevo imploraba en vano, con voz lastimera, la caridad de los transeuntes.

Pero, de repente, aparece un joven enfundado en una rica capa que, parándose delante de él, le dice compadecido: —¡Pobre niño! Al mismo tiempo pone con disimulo en la mano del muchacho una moneda, y se aleja con paso rápido.

¡Cuál no sería el asombro del niño al ver entre sus deditos fríos una moneda de oro! Echa a correr tras su caritativo protector, y, tomándole de la mano, le dice:

—Señor, usted se ha equivocado; me ha dado usted una pieza de oro.

—Guárdala para ti, querido, que tan bien te has portado.

—Gracias, señor, mil gracias; pero yo le ruego que me diga su nombre.

—¡Hombre! ¿Y cómo te llamas tú?

—Pedrito, para servir a usted.

—Pues bien, Pedrito, acepta, por añadidura, un apretón de manos del marqués de Ercilla.

Más de veinte años después de esta aventura, una tarde que el marqués reflexionaba con dolor sobre la fortuna que le habían hecho perder con una calumnia, oye llamar a su puerta.

—¿Es al señor marqués de Ercilla, le dijo el visitante, a quien tengo el honor de hablar?

—Sí, señor. ¿En qué le puedo servir?

—Me considero feliz al traer esta tarde a usted 400.000 francos que le debo.

El marqués, extrañado y sorprendido, no podía comprender cómo le podría venir tal ofrenda.

—Señor marqués, ¿se acuerda usted de aquel pobre muchacho, al que dió usted en el Puente Nuevo una moneda de oro?

—Espere... sí... sí... ya me acuerdo... Pedrito...

—Aquella moneda de oro, señor marqués, fué el punto de partida de mi gran fortuna, dice el reconocido joven.

A partir de este día, los dos hombres fueron inseparables amigos, y cuando dió en un hotel una comida a todos sus amigos, Pedrito ocupó el puesto de honor a la derecha del marqués.

Hagamos bien, que Dios nos lo recompensará.

J. G., Congr.

Elocuente sermón

Cuéntase que el piadoso rey de Aragón, Alfonso, habiéndose enterado con gran disgusto suyo de que los pajes, que vivían con él en el palacio, no hacían oración ni antes ni después de la comida, se propuso darles una buena lección.

Invitó a comer con él a todos sus servidores; obsequio que fué acogido por todos con grandes muestras de agradecimiento.

Llegó el día señalado y sentáronse a la mesa con el Rey, los servidores invitados.

Cuando he aquí que en lo mejor del banquete se abre la puerta del comedor y entra un mendigo lleno de harapos y sucio, y sin mediar palabra se sienta a comer groseramente.

Los pajes indignados no sabían cómo el Rey consentía la presencia de aquel grosero mendigo.

Al ver que nada decía el rey, no se atrevieron a decirle ni palabra.

Terminada la comida, el mendigo, después de haber comido cuanto quiso y como quiso, en medio del mayor asombro marchó como hubo venido, sin decir a nadie una palabra.

Cuando se hubo marchado el mendigo, el Rey sonriente les preguntó:

—¿Qué os ha parecido ese hombre?

—No hemos visto persona más grosera, respondieron todos.

El Rey entonces cambiando de semblante les dijo:

—Pues cuánto más groseros sois vosotros, que no dáis gracias a Dios, que diariamente os está dando el alimento necesario.

El Monarca con esta lección dejó a los servidores completamente corridos; y comprendieron bien la lección y en adelante nunca dejaron de rezar antes y después de las comidas.

J. G., Congr.

¡¡La herradura!!

Un hombre encontró una herradura en medio de un camino.

—He aquí la fortuna que viene a mí, murmuró.

Y dando gracias a la providencia, la recogió, y, llegándose a su casa, la clavó en la puerta.

Viendo esto un vecino, preguntóle, admirado, por qué hacía tal cosa.

—Para impedir que nada malo entre por esta puerta.

Echóse a reir el vecino y preguntó de nuevo:

—Y ¿qué tiene que ver la suerte con una herradura? Me parece que para guardar una puerta nada hay mejor que una buena trauca, un buen perro y una buena escopeta...

Por toda contestación, el hombre de la herradura se encogió de hombros, sin prestar mayor atención a la risa ni a la observación del vecino.

Aquella misma noche asaltó el lobo el corral y despedazó media docena de ovejas.

Al día siguiente dábase el hombre a todos los diablos, contemplando tamaño desaguisado, cuando acertó a pasar su vecino.

—Pues, ¿y la herradura?, preguntó mitad compadecido, mitad guasón.

—¿La herradura? ¿Pues? ¿Acaso entró el lobo por la puerta? ¿No ves que ha saltado por las bardas del corral? ¡Oh! lo que es por la puerta, juro a Dios que no hubiera entrado...

El vecino, reventando de risa, volvió las espaldas.

La noche siguiente penetraron los ladrones en la vivienda del hombre de la herradura; al amanecer, vió éste que le habían vaciado el arca donde guardaba su dinero. Atraído por sus lamentos, acudió el vecino.

—¿Y la herradura?, preguntó como la víspera.

—¿La herradura? Mira tú si ha guardado bien la puerta que ha obligado a los ladrones a que entren por la ventana. ¡Claro! ¡como qué por la puerta no hubieran podido!...

El vecino corrió a meterse en su casa, sin poder contenerse de risa.

Al atardecer, el cielo se puso como boca de lobo, los truenos retumbaban cada vez más cercanos, y todo hacía prever que una furiosa tempestad se venía encima. A la media noche, un rayo cayó en la casa del hombre de la herradura y se declaró un incendio.

Entre los vecinos que se apresuraron a prestar auxilio se hallaba el de enfrente, que trabajó como nadie para sofocar el fuego. Cuando los demás se hubieron alejado y quedaron solos los dos amigos, éste preguntó al desastrado:

—Y bien, ¿y la herradura?

—¿La herradura?... ¡Como si el rayo hubiese entrado por la puerta! Ya ves que tuvo que entrar por la chimenea. ¡Lo que es por la puerta... bien guardada está!

Entonces, sí, el vecino soltó tan prolongada carcajada, que es muy posible que a estas horas se esté riendo todavía.

Fijaos bien: cuanto menos se crea en lo que nos enseña la religión, en mayores tonterías se cree.

A. G. I., Congr.

Cuidado con los traidores.

Tristísima fué la noche de la destrucción de Troya. Por todas partes lamentos y horror: por todas partes la muerte con innumerables formas.

Eneas, héroe troyano, dice al grupo de los suyos: "Troyanos, corazones fortísimos, ya-

Universidad de Deusto
Biblioteca

...a acudir en socorro de nuestra ciudad inculpada; muramos, pues, en medio de la pelea."

El primer enemigo que encuentran es Androgeo, acompañado de soldados griegos, quien, en la oscuridad de la noche, creyendo que eran de los suyos los de Eneas, les reprende diciendo: "Daos prisa, compañeros. ¿Cómo habéis tardado tanto?"

Conociendo por la respuesta de los troyanos que había tropezado con gente enemiga, retrocedió espantado, como el que pisa una culebra escondida entre la hierba.

Eneas se precipita sobre ellos y los mata a todos; y otro de sus compañeros propone disfrazarse con las armas de los griegos. Avanzan así vestidos, mezclados con los griegos, que, engañados por las vestiduras de los troyanos, son muertos por ellos.

No te fíes de las apariencias, sino de los hechos; pues bajo cara simpática se esconde a veces el compañero perverso. Si alguna vez descubres en alguno hechos menos santos, huye de él como quien, sin saberlo, ha pisado una culebra.

J. M. A., Congr.

Hay otra gangrena.

Una de las cosas que más gusto da a mi madre, cuando veraneamos en un pueblecito, es ver cómo aprendemos a dar limosna a los pobres mendigos que se acercan a nuestra casa.

Dimos una vez limosna a un hombre, que tenía amputada una pierna, y, como en agradecimiento, comenzó el bueno de él a contarnos la historia de su pierna. Trabajaba en una fábrica de hacer tejas y se distinguía entre todos por sus fuerzas hercúleas y su elevada estatura. Mas un día, al llevar una carga se le cayó una teja, que vino a darle en los dedos de un pie; para asegurar toda la pierna fué necesario que le cortaran los dedos magullados.

Después de algún tiempo de mejoría, comenzó a dolerle de nuevo la pierna, y, llevado al hospital, se la cortaron por cerca de la rodilla. Volvieron los dolores; le operaron, y esta vez le dejaron sólo medio muslo.

A nosotros nos sucede lo mismo en otro orden de cosas: nos desentendemos de un mal amigo, y al poco tiempo viene otro; lo cortamos, separándonos de él, y no tarda en allegarse otro; y así tenemos que portarnos para que esa gangrena no se apodere de nuestra alma.

V. M. A., Congr.

Azucenas ensangrentadas

"Días pasados (escriben desde Méjico) al cojer la policía a una joven y llevarla prisionera a los inmundos sótanos de la Inspección de Policía, en alguno de los cuales los prisioneros están con agua hasta media pierna, se encontró al entrar en ellos, con un jovencito de unos quince años de edad, clavado en la pared y que acababa de morir, y fué tal su impresión que cayó desmayada..."

¿No os parece que este jovencito pudiera haber obedecido a los policías, pues, como nadie le veía, nadie se hubiera enterado? ¡¡Esto es tener el motor dentro!!!

* * *

Un niño, por ser católico y no avergonzarse de portarse como tal, fué colgado por unos soldados, de los dedos pulgares, destrozándoselos por completo. El tormento era horroroso y el pobrecillo ya no podía soportarlo más, cuando dijo:

—Bájenme, que tengo que decirles una cosa.

Lo bajaron, sacudió las manos, desprendiéndosele los pedazos de carne, y volvió a decir:

—Ahora, súbanme de los otros dos dedos.

Lo colgaron y lo fusilaron.

Pidamos al Niño Jesús esta fortaleza para confesar la fé, por duros que sean los sacrificios que esto traiga consigo.

Cuánto menos nos pide a nosotros y no se lo damos, ni aun dándosenos en la Comunión todos los días.

N. V., Congr.

El verdadero amor

Los padres de Carlitos eran ricos comerciantes, que seguían trabajando con el mismo ahinco y entusiasmo que en su juventud, a fin de aumentar la ya buena fortuna que habían de dejar a su único hijo. Tanto era el amor paternal, que no descansaban ni los momentos necesarios para reposo.

—Mira, Luis, dijo un domingo la madre a su esposo, voy a llevar esta tarde a Carlitos al cine.

—¿Sí?

—Como es la primera vez que va y, como debe ser muy graciosa la película le llevaré para que se ría...

—Sí, pero habrá seguramente algo que no sea del todo bueno; como ya lo sabes, todas llevan algo malo, y a Carlitos...

—¡El pobre! Si tiene solo seis años... ¿Vamos! ¿Nos acompañas?

—Siento decirte que no lo haré, ni permitiré que vayas...

María casi comenzó a llorar.

—Pero, no te pongas así María... ¿qué dirías si en este mismo momento desheredase a Carlitos y diera nuestra fortuna a cualquiera?

—¡No digas esas cosas, ni en broma! Serías un mal padre...

—También sería mal padre, un padre infame, si permitiera que robasen a mi hijo la inocencia que es la principal fortuna, la herencia de Dios, que debemos procurar que la conserve por encima de todo...

Escenas como ésta se repiten todos los días: pero contestaciones como la de este sesudo padre son desgraciadamente raras.

F. M. C., Congr.



Núm. 175.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Febrero de 1928

Horrible realidad.

No hace mucho que la lectura del naufragio del trasatlántico "Princesa Mafalda" causó en mí gran impresión, considerando que un buque tan grande, en tan poco tiempo, pudiera desaparecer bajo las aguas.

El solo pensar en aquel cambio brutal de decoración, o mejor dicho, de realidad (pues muchos pasajeros estaban entonces mismo desahogando sus pasiones en el baile), al encontrarse en un instante advertidos por el ruido del choque del buque con las rocas y el perder el equilibrio y el caerse de muchos en la repentina parada del buque; el solo pensar, digo, que todos aquellos tenían que echarse al mar para salvarse, me dió cuando lo leí, y ahora que lo pienso, escalofrío.

La impresión fué aún mayor al leer la confusión de los pasajeros en tan críticos momentos, las ansias de tomar asiento en uno de aquellos débiles botes cargados de personas, las angustias de quienes al zozobrar por exceso de pasajeros se encontraban a merced de las olas suspirando para hallar una tabla por pequeña que fuera, esperando salvar su vida agarrándose a ella. Mujeres, hombres y niños, todos con la idea única de salvar la vida.

Pero lo que me causaba mayor espanto fué lo que leí, que tiburones enormes, olfateando de lejos carne humana, se acercaban al lugar de la catástrofe dispuestos a tragarse aquellas pobres víctimas que demandaban auxilio. Muchos, a Dios gracias, lo hallaron con la presencia de otros buques que recogieron a la mayoría de los náufragos. Cuando éstos se vieron a salvo sobre la cubierta del buque, aunque salvados, se creían todavía en peligro y más al ver cómo aquellos tiburones hacían presa y descuartizaban a aquellos pobrecitos que fueron sus compañeros de viaje hasta aquel momento.

* * *

Al despertarme, a la mañana siguiente, volviendo mi pensamiento al naufragio, pensé que también nosotros somos pasajeros de este gran buque denominado "Mundo". A bordo de él nos encontramos expuestos siempre a sufrir un accidente, y, sin embargo, al ver que desaparecen compañeros nuestros que va tragándolos la muerte, ¡qué tranquilos nos encontramos!

Para evitar los probables naufragios en el mar verdadero, los técnicos estudian y publican cartas marinas señalando en ellas los peligros, rectificadas con las menores variaciones que se van descubriendo.

Y en este otro mar donde nosotros navegamos van también apareciendo bajos y arrecifes, con los nuevos cines y en los amigos improvisados que procuran aparecer buenos y se hacen así más peligrosos. No nos creamos seguros; seamos desconfiados.

G. S., Congr.

El miope

Iba un miope, o corto de vista, calle arriba, anda que te anda, cuando se fija en el poste de un farol que había en la acera de enfrente, y ve un gran letrero que él, dada su cortedad, no puede leer.

Le excita su curiosidad; pero vence la tentación, y sigue sin detenerse. De pronto, se encuentra con el poste siguiente, sobre el cual aparecía el mismo letrero. No se resigna esta vez a pasarlo por alto, se acerca hasta que llega al mismo pie, pero ni así lo podía descifrar. Resuelto a ello, empieza a subir por el poste, y cuando ya lo tenía delante de las narices, lee: **"Recién pintado"**.

Se desliza a toda prisa, se mira... y se encuentra como podéis figuraros.

¿Os satisface el cuento? Vengamos ahora a la realidad: Si no queréis veros embadurnados, no os dejéis llevar de la curiosidad con los cartelitos, a veces bien escandalosos, de las películas, con las portaditas de las revistas, novelas, etc., etc.

J. J. P., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

¡Ejemplos arrastran...!

El caso se desarrolló en la fonda de una estación. Acababan de llegar dos trenes y los viajeros, aprovechando la hora de espera que tenían a su disposición, se distribuyeron por distintos sitios para cumplir con la obligación que todos tenemos, triste es decirlo, de dar sustento a este nuestro cuerpo pecador.

Entre los viajeros que van a tomar asiento en la fonda, hubierais visto una señora enlutada, de porte elegante y señoril, que llevaba de la mano a un precioso niño de nueve años, llamado José Angel.

Iban acomodándose los recién venidos por las mesas del elegante comedor y pululaban por la sala camareros y camareras. José Angel y su mamá, pues no era otra la señora que le acompañaba, antes de tomar asiento se santiguaron devotamente y rezaron algunas oraciones; pero al ver el niño que los demás se sentaban sin acordarse de Aquel que les sustenta, preguntó asombrado a su madre:

—Mamá, ¿por qué no se reza en esta casa?

Un anciano que estaba próximo y que había oído las palabras del niño, repuso con bondad:

—Hijo mío, reza tú solo, como acostumbras a hacerlo en tu casa.

El niño entonces comenzó a rezar en voz alta, y muy devotamente, su oración del mediodía. Primero el anciano, luego algunos otros huéspedes y por fin todos los asistentes se levantaron y asociaron su oración a la de José Angel, porque hay en los labios de un niño que ora algo a lo que no puede resistir ningún hombre de corazón.

Cuántas obras de apostolado, "pequeñitas" a los ojos de los hombres, pero grandes, muy grandes a los ojos de Dios podemos hacer los Congregantes sólo con no avergonzarnos de parecer lo que somos y menospreciar siempre el terrible fantasma del qué dirán. Dirán que eres lo que debes ser y que te guías por principios y motivos más altos que todos esos niños cobardes del montón.

M. V., Congr

Dos casos opuestos, que enseñan lo mismo.

—¿Eres tú la azucena? preguntaba un ciegueito a un lirio que tenía en sus manos. ¡Desprendes una fragancia tan exquisita!

—Yo no soy la azucena, soy un lirio; pero nací y me desarrollé junto a un plantel de azucenas.

—¿Cómo se llama esta flor que huele tan mal?, preguntaba un niño a su madre con un jazmín en la mano.

—Se llama jazmín; como sabes, los jazmines tienen un aroma muy fino y delicado; pero el que tú tienes en la mano, como ha estado junto a aquella basura, ha perdido su fragancia.

Del joven que no exhale aromas de virtud y de pureza, se puede asegurar que se junta más a malas que a buenas compañías; de las malas ¿qué provecho sacará?

M. de N., Congr.

"Yo no sé guiar"

Era una vez un niño llamado Juan, al que su padre prometió llevar de paseo si sacaba buenas notas.

Llegado que hubo el tiempo de los exámenes, Juanito sacó unas notas brillantes y su padre le llevó en coche. Yendo de paseo le dice:

—Oye, Juanito, cualquier cosa que me pidas y esté en mi mano el dártela, pídela y te la daré.

Juanito, lleno de gozo, dijo:

—Papá, me contento con que me dejes ir guiando el coche.

Su padre, viendo que no había inconveniente, se lo concedió. En esto, en un camino estrecho y a cuyo lado había un precipicio, se encontraron con un auto. Juanito dejó las riendas y se las entregó a su padre, diciéndole:

—Papá, por aquí no cabemos bien, y yo no sé guiar lo bastante para poder pasar.

El padre cogió las riendas y así pasaron.

Este carro, ¿no te parece, lector, que representa la vida? Juanito somos nosotros mismos, y el padre, nuestro confesor; el auto que viene son las tentaciones. Entonces hagamos nosotros lo que el Juanito del cuento: dejarlo todo en manos de nuestro Padre confesor.

J. I., Congr.

Raro sermón.

Hace ya bastantes años, un lego de la Orden de San Francisco que, alforja al hombro, recorría los polvorientos caminos de pueblo en pueblo implorando la caridad, vio una aldea y hacia ella se dirigió, pensando en hacerles oír un sermoncito, pues supuso que hasta aquel pueblecito apartado no llegaría ningún predicador.

A tal efecto se subió sobre una piedra y, atrayendo a los campesinos que por allí trabajaban, empezó a hablar: "Hermanos míos: haced todo lo malo y huid de todo lo bueno..." No se le oyeron más palabras, pues se alborotaron los campesinos, queriendo apedrearle, impidiéndolo la presencia del alcalde, el cual prometió castigar con mano dura tal barbaridad.

El alcalde empezó por mandar aviso al Padre Prior de la Orden para saber su opinión acerca del lego. El Padre Prior, en cuanto tuvo noticia, partió para dicho pueblo y, una vez en él, se puso al habla con el lego.

Al día siguiente prometió hablar en público. Tal era la curiosidad que, una hora antes de la anunciada, todo el pueblo estaba reunido alrededor de la piedra que servía de púlpito improvisado. Subió el Padre Prior, y un silencio sepulcral se extendió por todos los oyentes, ávidos de oír sus autorizadas palabras. El Padre Prior empezó diciendo:

"Hermanos míos: no penséis ni por un momento que vengo a desdecir las palabras del lego; antes bien, vengo a reafirmarlas y a que le restituyáis su perdida fama".

Al oír tales palabras alborotóse de nuevo el pueblo; pero la curiosidad por una parte y el respeto que se debía a persona como era el Padre Prior, les calmó algo y siguieron escuchando con gran atención.

"Sí, continuó el Padre; **haced todo lo malo y huid de todo lo bueno,** ha dicho el lego, y lo digo, afirmo y repito yo. Malo es para el mundo hacer oración; malo ir a misa; malo obedecer a los padres y superiores; malo confesar y comulgar. En una palabra, malo es obedecer los mandamientos. No importa que todo esto sea malo; haced vosotros todas estas cosas malas y yo os prometo que nunca os pesará y que hallaréis vuestro premio en la otra vida.

Por el contrario, bueno es para el mundo embriagarse; bueno, no trabajar; bueno, entregarse a toda clase de placeres; bueno, no confesar ni comulgar. ¡Huid de estas cosas buenas aparentemente para el mundo! ¡Huid y no las escuchéis, porque si alguno de vosotros no me hace caso, enormes y eternos castigos le esperan en la otra vida!

Además, si Dios es infinitamente bueno y misericordioso para los que obedecen sus mandamientos, también es justo castigador para los que se apartan del buen camino y no quieren volver a él.

Así entendida, comprendieron perfectamente los campesinos la lección y se apresuraron a pedir perdón al lego, el cual, como buen cristiano, no se lo negó.

J. M. P., Congr.

¡Fuera miedos!

Era en un arriesgado avance de las tropas españolas durante la última campaña de Africa. Al abrigo de un largo saliente que formaba la ladera del monte se adelantaban a tomar mejores posiciones para apoderarse de una plaza fuerte ocupada por los moros, quienes dominaban la parte más alta del monte.

Una bala disparada por los moros vino a dar a una mula que llevaba unas cajas con granadas; al sentir ésta la desagradable caricia de la bala, se encabritó y tiró las cajas por el suelo, en parte que caía al alcance de las balas.

—¿Quién quiere traer a este otro lado las cajas?—dijo el capitán.

Ninguno contestó.

Entonces ordenó él: —Tú y tú; traed las cajas.

Se adelantaron los dos; uno de ellos no pasó la raya del sitio de peligro; pero el otro, sin miedo a las balas que le silbaban al oído, cogió las cajas y debajo del brazo se las trajo al capitán, entre la admiración de sus compañeros.

En una de las cajas vió después la señal que había hecho una bala, que vino a dar en ella cuando la traía debajo del brazo.

A otras balitas tenemos miedo nosotros: a una risita, a una palabrita de desprecio o de compasión fingida, cuando no nos prestamos a ir a donde los compañeritos nos quieren arrastrar. Fiémonos en esos casos, y siempre, de Dios y de la Santísima Virgen, que saldremos sin herida alguna de esas balitas con tal que obedezcamos ciegamente a lo que nos está mandado.

V. M. A., Congr.

La Comunión a las tres de la tarde.

Una joven fué a confesarse a una iglesia de Nueva York pidiendo luego al sacerdote le diera pronto la Sagrada Comunión. Eran las tres de la tarde.

¿Está Vd. todavía en ayunas? le preguntó extrañado el confesor. Sí padre; soy una pobre muchacha; mis patrones son protestantes, viven a varias millas de aquí y no me dejan ir a la iglesia el domingo... He obtenido permiso para venir a la ciudad, he tenido que caminar toda la noche hasta ahora que he llegado y he podido confesarme. Como debo volver pronto, desearía comulgar en seguida.

Este ejemplo nos confunde, y más cuando estamos buscando cualquier pretexto para no comulgar, aun en vacaciones.

F. A., Congr.

¿De cuál de los dos?

Son las primeras horas de la mañana. El tranvía va lleno de gente que se dirige a sus establecimientos, oficinas, talleres, etc., a trabajar. En una de las paradas del coche sube a él un muchachito de buena presencia, bien peinadito y mejor trajeado; sus ojos tienen cierta expresión de timidez pudorosa.

Un joven, bastante locuaz, que va sentado en el interior le llama y pregunta:

—¿A dónde vas a estas horas? ¿Al Colegio?

—No; a la Congregación, a oír Misa y comulgar.

—¡A oír Misa y comulgar! corea el primero con desvergüenza. Cuándo tendrás un buen compañero que te enseñe que eso se está quedando ya para los curas...

El niño mira a todos lados asustado y no acierta a decir palabra.

El tranvía se detiene de nuevo. Entra otro niño de la misma edad que el anterior; su rostro respira inocencia. Es congregante. Al ver a su compañero se le acerca, y el joven de antes la emprende de nuevo con el recién llegado.

—También tú irás a Misa, ¿no?

—Sí, señor—contesta con decisión y en voz alta.

—Pero no sabes que eso pasó ya de moda...

—Oiga usted, que parece tan listo—repone el chico, levantando la voz cuanto puede, ¿a que no sabe si metió Noé burros en el arca, cuando lo del diluvio?

Universidad de Deusto
Biblioteca

Hombre... claro que metió, lo demás ahora no los habría.

—Preguntaba... porque como nos encontramos ahora en todas partes con individuos de esa familia!...

Al decir esto estaban ya los dos congregantes en la plataforma, dejando al entrometido en el más soberano de los ridículos, entre las risas de todos los que iban en el tranvía.

—¡Boquita de ángel—murmuró una viejecita que allí iba—y cómo has confundido a ese demonio!

¿De cuál de los dos eres tú, joven que esto lees? De los que no se atreven a defender su fe y su conciencia?

M. V., Congr.

La lamparita.

Pasaba un protestante con un hijito suyo por delante de un templo católico, una de esas suntuosas catedrales góticas cuyo interior y exterior tanto dicen al alma del cristiano.

Encantado el niño de la magnificencia del edificio, pidió a su padre que le dejase entrar a verlo por dentro, quien no pudo menos de acceder a la petición.

Muchas cosas llamaron la atención del pequeñuelo, pero en especial atrajo sus miradas la lamparita que ardía delante del Sagrario.

—¿Qué es eso, papá? preguntó el niño.

—Eso es una lamparita.

—¿Y por qué está ahí?

—Porque en el Sagrario, que es aquella casita que ves, está Jesús.

No mucho después entraron en una iglesia protestante: los ojuelos del niño recorrían todos los rincones del templo, sin lograr encontrar una lamparita como la que había visto en la iglesia católica. Como no la hallara por ninguna parte, preguntó con ingenuidad a su padre:

—¿En dónde está la lamparita, papá?

—Aquí no hay lamparita, hijo.

—¿Y por qué no la hay?

—Porque aquí no está Jesús...

—¡Ah!... entonces **yo quiero ir donde está Jesús!**

Salida tan inesperada e inocente dejó pensativo al protestante papá, que no supo qué contestar.

Este pobre niño, con tan buenos deseos de encontrar a Jesús, no tiene quien le guíe. Nosotros ya sabemos dónde está, y a cada paso podemos hacerle una visita. Aprovechémonos.

M. V., Congr.

Sueño misional.

...De repente me encontré rodeado por una nube de hombres de distintas naciones, que se pegaban materialmente a mí, fundiéndonos todos en una masa que, desde el otro extremo a nosotros, parecía un inmenso campo sembrado de cabezas de todas castas y colores.

Según oí en una conversación detrás de mí, nos habían llevado a todos a una extensión más grande que España, ocupada por todos los hombres, hasta el punto de no haber ni un metro cuadrado de superficie libre. Poco después apareció sobre nuestras cabezas un enviado, que en pocas palabras nos dijo: "Su majestad el rey Puedelotodo ha dispuesto que cuantos estáis aquí presentes seais clasificados en dos grupos: unos en pequeño número, que escogidos por el mismo rey y con muy poco trabajo lograrán alcanzar un puesto en una colonia con toda clase de dichas; los restantes tendrán que trabajar mucho y sufrir grandes penalidades para acabar en otra colonia, en la que no tendrán momento alguno de sosiego."

El terrible pánico que esta noticia produjo entre nosotros no es para descrito.

¿Seré yo, nos preguntábamos todos, uno de los elegidos? ¿O seré de los reprobados? Pronto íbamos a salir de dudas. No tardó en aparecer su majestad el rey Puedelotodo, acompañado de su séquito, y al poco tiempo de pasar revista a todos, comenzó a descender; nuestros corazones parecían querer romper sus paredes por la fuerza con que latían; su majestad revoloteó sobre mí y los que a mi alrededor estaban dos o tres veces, al cabo de las cuales me cogió, elevándome con él y llevándome a un sitio apartado; mi alegría era tan grande como grande era la desesperación de los que tenía al lado; en el lugar en que estaba, había algunos pocos, muy pocos relativamente, que habían tenido la misma suerte que yo; y, cosa rara, casi todos ellos eran blancos y españoles. Se nos dijo que si queríamos salvar a los restantes era necesario trabajar y mortificarnos un poco, en vez de gozar durante todo el tiempo; los más se quedaron tranquilamente, sin ocuparse de eso, y los que algo hicimos lo hicimos a disgusto, de mala gana... Al llegar a este punto me desperté de la pesadilla y, pensando, comprobé que aquel sueño era una realidad bien patente; que somos ingratos en alto grado.

¿Qué méritos teníamos para que la Virgen Santísima nos haya escogido haciéndonos nacer en España y no en África, Asia u Oceanía?

¿Nos cuesta mucho cooperar a la salvación de los no elegidos?

¿Cooperamos?

Y al responder con verdad a estas tres preguntas, no podemos menos de bajar la cabeza y exclamar: ¡Qué desagradecido he sido hasta ahora! ¡De aquí en adelante ya me acordaré de mis pobres hermanitos los infieles y sacrificaré mis gustillos por ellos.

J. del C., Congr.



Núm. 176.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Marzo de 1928

Polvitos de oro de México

En Méjico, después del martirio del Padre Pro, S.J., y compañeros, prendieron a una niña de pocos años de edad porque repartía hojas de propaganda de la Liga de Defensa Religiosa; la cual falleció, recibidos de contrabando los Santos Sacramentos, de pulmonía en los sótanos de la Inspección de policía. Murió heróicamente, rebosando de alegría y repitiendo que era indignísima de aquella gracia tan singular, de morir presa por Jesucristo.

En una ciudad de Méjico, en Guadalajara, consultaba hace poco una madre angustiada a un Padre jesuita:

—Mis hijos se han empeñado en repartir hojas de propaganda católica y han estado presos por este motivo. El menor tiene ocho años solamente: salió ayer de la cárcel y está empeñado en repartir más hojas; no quiero impedírselo porque se trata de hacer algo por la libertad de la Iglesia, pero ¿le parece a usted prudente que le deje yo, temiendo como temo que en la cárcel le pongan entre gente malvada que le haga perder la inocencia?

—Como el bien que se seguiría de repartir las hojas, respondió el Padre, no había de ser grande, pues no es una acción colectiva; y por otra parte el daño del niño es probable y grande, no se lo permita.

Leed lo que sigue y aplicaros a cada uno lo que os convenga

Ante los cadáveres de los hermanos Pro, martirizados el 23 de noviembre pasado, desfilaron muchísimas personas, deseosas de ver aquellos sagrados despojos.

Entre aquéllas se vió a una señora de la buena sociedad que llevaba de la mano a un hijito suyo, de diez años de edad, y le decía con toda la vehemencia de su alma:

—Hijito mío, fíjate en estos mártires; por eso te he traído, para que se te grabe bien en el corazón lo que estás viendo, para que, cuando tú seas mayor, sepas dar tu vida por defender la fe de Cristo y morir como ellos, inocente y con gran valor...

Estos polvitos, o hechos recientes, son de mayor valor que el oro que nos vino de Méjico.

M. V., Congr.

"Si no fuese cristiano..."

Después de haber librado un encarnizado combate los turcos y los cruzados, descansaban éstos en un lugar próximo al del campo de batalla; cuando de pronto sale de entre la maleza un soldado turco; se acerca al capitán, le insulta descaradamente, y, no contento con esto, le da una bofetada.

El capitán, herido en su amor propio y en su honor militar, ciego de ira, le agarra por el cuello, le echa al suelo y mientras le sujeta con una mano, con la otra saca su espada y se dispone a atravesar el corazón de aquel insolente turco. Los soldados, formando coro alrededor de ambos contrincantes, gritan al capitán animándole para que le mate; pero éste reflexiona un momento y, soltando al turco, dice:

—Lo haría si no fuese cristiano.

Con frases parecidas debemos contestar nosotros cuando el demonio nos tiente, y por un mal amigo te diga: "Mira, no vayas hoy a la Congregación, que allí te vas a aburrir; ven al cine, que echan una película muy bonita y muy buena." Contéstale tú: "Lo haría si no fuese congregante; pero como lo soy, y como quiero cobijarme bajo el manto de mi Madre la Santísima Virgen, no voy."

M. M. D., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

"Si no hubiera comulgado..."

Un general español se encontraba en lo más recio de la batalla.

Silbaban las balas y caían heridos y muertos muchos soldados de una y otra parte.

—Mi general, le dijo uno de los ayudantes; no se ponga tan al descubierto, que le van a matar.

—No importa, contestó con tranquilidad: Si no hubiera comulgado.

Para que tengas ese mismo ánimo contra las balas que no son otra cosa las tentaciones, comulga todos los días. Verás cómo eres valiente y te ves defendido de todo respetillo humano y otras mil tentaciones que se vayan presentando.

P. S. M., Congr.

Hay baches en el aire

No hace mucho aún ocurrió sobre el Océano Pacífico un accidente que pudiera haber sido catastrófico. Un aviador de fama lo atravesaba a bastante altura, cuando una columna de aire enrarecido que encontró hizo perder a su aparato la estabilidad y le obligó a dar una vuelta de campana; en ésta cayeron al mar no pocos objetos que iban sueltos; entre ellos las cartas marinas, herramientas, aparatos, etc. Con esto se halló el aviador no sólo desorientado, más aún, sin medios para poderse orientar. Tuvo que amarar como pudo en el primer islote que divisó.

Si aun en el mismo aire hay tropiezos, por las distintas densidades o temperaturas, cuánto mayores y más frecuentes desgraciados encuentros experimentamos en tierra; en estos caminos y calles no sabe uno dónde poner, no digo los pies, pero ni los ojos, con prolongarse el carnaval durante todo el año.

M. V., Congr.

Cómo perdió la fe

Hace muy pocos años, en un establecimiento no muy lejano de mi casa, tuvo lugar el siguiente diálogo entre el dependiente y el hijo del amo del establecimiento.

Aquel, llamado Juan, rayaba en los 20 años de su edad; y con la lectura asidua de "El Liberal", había llegado a persuadirse de que ya no le hacía falta ir a la iglesia y menos oír misa los domingos y días de fiesta.

Un domingo en que, siguiendo su mala costumbre, no había puesto los pies en la iglesia, quiso desengañarle de su error José, el hijo del dueño del establecimiento, que aquel año había acabado el bachillerato con gran éxito.

—Juan, ¿cómo no has querido ir a misa hoy que es domingo?

El, sin dejar de hacer un paquete que tenía entre manos, le contestó con una mirada indiferente y burlona.

—Pero, Juan: si no vas a oír misa, te vas a condenar, y allá te las habrás con el diablo en el infierno, por no querer hacer ahora una cosa tan fácil.

Juan siguió en su sonrisa irónica, como quien estaba persuadido de que pronto convencería de poco acertado al que de ese modo le hablaba.

—Pero, señor José, le dijo Juan fingiendo en sus palabras una sinceridad que no tenía: ¿no dicen ustedes que Dios es para con los hombres como una madre? Y ¿usted cree que una madre condenaría a un hijo al infierno para siempre?

Con esta respuesta tan inesperada quedó José un poco pensativo; pero pronto vió por dónde flaqueaba el sofisma, y le contestó con calma:

—Juan, seguramente que has aprendido esas ternezas en tu periódico favorito; pero fíate del tal que escribe esos articulejos, que, como te dice una cosa, te calla otra tan importante o más que esa.

—Y ¿cuál es esa otra cosa?

—Pues que Dios es para con los hombres como madre, y más que madre; pero que, además, es juez que no se olvida de lo que él nos ha mandado guardar: ¿lo oyes? y ya ves, un juez puede y debe castigar a los que faltan a la ley.

Juan no había leído esto seguido en aquel periodicucho, y, a pesar de ser una verdad que cuando pequeño había oído tantas veces, se le había olvidado o hacía como que se le había olvidado.

No sé si después de esto se habrá corregido; y si no, peor para él.

Leyendo "El Liberal" un día y otro, perdió el pobre la fe.

V. M. A., Congr.

Un diálogo histórico

Un día, en los primeros años del siglo pasado, dos personajes augustos sostenían animada conversación en una de las habitaciones del castillo de Fontainebleau. Eran Pío VII, Pontífice de la Iglesia Católica y Rey, prisionero en Francia, despojado de sus Estados, y el Emperador, de ejércitos invencibles que paseaba triunfantes sus banderas por Europa, Napoleón I.

El Emperador, excitado por la entereza y energía de aquel anciano hierme, en el que no veía sino a un rey derrotado, desató su lengua en blasfemias horrendas contra lo más santo de nuestra fe.

El Papa, entonces, irguióse herido y con la majestad de Vicario de Cristo pronunció estas palabras:

—¡Emperador!... ¡callad!... El antiguo Dios vive aún y ha de abatiros, cuando la medida estuviere llena.

De allí a doce años, el Águila vencida había encogido sus alas y había ido a caer en la desierta roca de Santa Elena, perdida en medio del Océano.

Sentados en unas peñas, a cuyo pie se deshacen las encrespadas olas, están dos hombres: el uno es un anciano, cuya mirada se pierde en el mar; el otro, su compañero de infortunio, que fué en tiempos mejores criado suyo.

—Joven, dice Napoleón al paje testigo de la terrible escena de Fontainebleau entre el Papa prisionero y su perseguidor; joven, ¿te acuerdas acaso de Pío VII, de su predicción, de su palabra aterradora?...

—De todo me acuerdo perfectamente. "¡El viejo Dios vive aún y ha de abatiros!..."

—El Papa no fué falso profeta amigo mío. ¡Mi cetro no fué quebrado por los hombres, sino por el mismo Dios!...

Una ola enorme avanzó entonces de parte del mar y vino a estrellarse con ímpetu al pie del peñasco en que se hallaban los dos desterrados; el choque fué espantoso, la ola se deshizo en millones de minúsculas gotitas de agua que, empujadas por la brisa, fueron a humedecer el rostro de Napoleón; el peñasco, sin embargo, pareció despreciar con su inmovilidad la furia pasajera de la ola, como queriendo decir al Emperador que él y sus soldados no habían sido sino otra ola más que fué a estrellarse y deshacerse contra la roca inconmovible de Pedro.

Lo mismo sucederá a los modernos y futuros perseguidores de la Iglesia de Jesucristo. ¡Católicos mexicanos, esperad! ¡La resurrección se acerca!

M. V., Congr.

En defensa de la Santísima Virgen

Predicaba un pastor luterano en una de las Misiones del Líbano, región habitada por cismáticos y católicos; y como en el sermón atacase a la Santísima Virgen, un niño maronita que le oía, dirigiéndose al predicador, lanzó contra la madre de éste las más grandes injurias.

Indignado el pastor le dijo:

—¡Insolente! ¿Por qué ultrajas a mi madre, a quien no conoces?

—Y ¿por qué, infame blasfemo, insultas a la mía sin conocerla?, replicó el niño encolerizado. La Virgen María, añadió, es mi madre, como lo es de Jesús. ¿Pensáis, pues, honrar a Cristo injuriando a su Madre?

Los oyentes aplaudieron entusiasmados al pequeño y valeroso defensor de la Santísima Virgen. Con este incidente, el pastor dió por terminado su sermón y huyó de aquel lugar, donde tan contraproducente había resultado su predicación.

Este niño sentía amor a la Virgen Santísima, como a su cariñosa madre. ¡Que todos la amemos y la defendamos con valentía!

M. A., Congr.

Animales sin transformar

Vamos a asistir a los últimos momentos de Darwin, el padre del evolucionismo: es un cuadro impresionante, que nos lo cuenta un testigo ocular.

Sentado en su lecho, apoyado en varias almohadas, y, al lado de una ventana, contemplaba Darwin un bellísimo panorama de puesta de sol y leía... la Sagrada Biblia.

"Hizo alusión, refiere el testigo aludido, a las erróneas opiniones manifestadas por algunas personas acerca de la historia de la creación y su grandeza, y luego al modo cómo deben entenderse los dos primeros capítulos del Génesis.

"Dió muestras de estar profundamente angustiado, sus dedos se contrajeron nerviosamente y en su semblante percibí una expresión de agonía cuando dijo:

"—¡Era yo muy joven, con ideas aún sin formar! Me hacía preguntas, dudando siempre de todo; y con asombro mío, tales ideas empezaron a propagarse como el fuego en un fastro de pólvora.

"¡Pobre Darwin! En estas pocas palabras está el alma de la tragedia: *¡¡Era yo muy joven entonces y mis ideas no estaban aún formadas!!*

"Dirigióse en seguida a la persona que le visitaba y le dijo:

"—Hágame el obsequio de reunir aquí a los empleados, inquilinos y vecinos, para predicarles a Cristo."

Ahora quieren de nuevo resucitar el darwinismo, volver a hacernos creer que no somos más que animales transformados; y lo que van a conseguir, sobre todo con las nuevas costumbres, es que seamos animales sin transformar.

M. V., Congr.

Así se educa bien

Luis y Francisco, jóvenes de la misma edad, contaban ambos sus quince primaveras; compañeros desde la infancia, habían ingresado juntos en la Congregación de María Inmaculada, lejos de aquí. Sus familias, ni pobres ni ricas, merced a un trabajo constante y honrado, vivían desahogadamente.

Los padres de Luis, piadosos cristianos, educaban a su hijito con tanto cuidado, que habían conseguido que conservara pura e inmaculada su inocencia; los de Francisco no se preocupaban mucho de él, y pervertidos jóvenes que se le habían hecho amigos le robaron su mejor tesoro.

—No te juntes con esos chicos, le decía su madre a Francisco; pero éste se encogía de hombros.

Así las cosas, entraron en la Congregación...

Un sábado por la noche, Francisco, mal acompañado, encontró a Luis y le dijo:

—¿Vienes al cine?

—¡No voy al cine!, contestó aquél y apresuró el paso.

El siguiente domingo Luis y otros congregantes encontraron a Francisco:

—¿Vienes a la Congregación? le dijo Luis.

—No puedo, pues tengo una cosa urgente que hacer, repuso aquel mal amigo.

Pocos días después, sin haber cumplido aún medio año en ella, Francisco era despedido de la Congregación: era una viborilla que levantaba ya la cabeza. Desde entonces Luis se apartó de él...

Años más tarde visitaba Luis con dos niños la cárcel del pueblo en que estaba vera-

Universidad de Deusto
Biblioteca



Núm. 177.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Abril de 1928

Joven de muchas esperanzas

Conocí a un congregante que, así como se distinguía en el Instituto por su aplicación y brillantes calificaciones, sobresalía también entre sus compañeros de Congregación por su fervor y por su celo en cumplir en todas ocasiones y en todos sus actos con su deber.

Entre otras cosas, recuerdo la satisfacción y la alegría con que me contaba un día una de sus hazañas apostólicas.

"Paseaba un día, me decía, por una de las calles más céntricas, cuando advertí que ante el escaparate de una librería, de no muy buena fama, había varios niños que con avidez contemplaban el muestrario.

Acerquéme a averiguar la causa de la admiración de aquellas criaturas y no quiero decirte lo que vi, porque a mí mismo me encendió el rostro la vergüenza. Por casualidad, o mejor, por providencia, pasaba por allí un guardia municipal y le llamé.

—Mande usted retirar esas porquerías, le dije, un sí es no es colérico.

—Eso no me incumbe, me respondió el guardia.

—Y si yo rompo este cristal y deshago esos mamarrachos inmundos, ¿qué hará usted?

—¡Detenerle!

—¡¡Pues deténgame!! Y, dicho y hecho; aparté los niños que me miraban entre temerosos y asombrados, hice añicos el cristal y con mis propias manos fuí rompiendo cuanto en ellas cayó.

Y mientras, el policía, agarrándome del brazo, me decía. —¡Sígame!, yo dije a los niños:

Eso no se mira; con eso hay que hacer lo que he hecho yo. Amad vuestra inocencia.

La gente que me conocía me miraba extrañada al verme con aquella compañía; pero yo hice en mi interior el siguiente ofrecimiento:

—Señor, si por este acto y por esta vergüenza que por Vos he aceptado, consigo que aquellos niños amen y estimen en lo que deben su inocencia, no quiero más premio, Dios mío!

—No fué grande la multa que pagué; pero fué inmenso el gustazo de haber hecho lo que hice; eso no me lo quita nadie. Te confieso que hacía mucho tiempo no había sentido satisfacción, bienestar y alegría como la que sentí entonces.

Y, en verdad, que no hay en este mundo cosa que más llene nuestra alma que hacer lo que Dios quiere.

M. V., Congr.

Cuánto enseña un perrito

Mi amigo Francisco y yo paseábamos no hace mucho por una carretera; iba contándome lo poco que le costaba a él estudiar y obedecer; y que, aunque en casa le tenían muy sujeto, él estaba más contento que pudiera estarlo si gozara de la mayor libertad.

Como a mí no me pasaba lo mismo y estaba renegando siempre que tenía que estudiar y siempre que no me dejasen hacer lo que me daba la gana, sospeché que lo que me decía era exageración o rareza suya. Francisco, por mi silencio, comprendió que le daba poco crédito; yo, la verdad, no entendía cómo puede uno estar mucho mejor obedeciendo con buena voluntad que haciéndolo, como yo lo hacía, malhumorado y con protestas.

Andando, andando nos encontramos con un hombre que llevaba un perrito con una cadena; el perrito seguía alegremente a su dueño y dejaba que la cadena estuviese floja.

—¿Ves ese perro?, me dijo Francisco. Ese hace lo mismo que yo. Está sujeto y tiene que ir a donde le llevan, y va sin necesidad de que le tiren de la cadena, y así ni nota que está atado. Yo, cuando tengo que hacer algo que me cuesta, lo hago sin que nadie me diga nada, y así voy sin sentir molestia alguna.

Este perro me dió que pensar; y fué para mí lección bien entendida y hasta sentida; tanto que yo que tengo habilidad para pintar, he

Universidad de Deusto
Biblioteca

nciado; en ella se encuentra con un joven, demacrado, la barba crecida y en la más completa suciedad y abandono. Al mismo tiempo que repugnancia sintió compasión por aquel miserable. Ya le iba a preguntar por su vida, cuando el presidiario, lanzando al visitante una mirada de rabia, se echó sobre las húmedas pajas que le servían de lecho, y allí ocultó su rostro avergonzado. Francisco había reconocido a Luis. El carcelero les cuenta después las tristes hazañas de aquel desgraciado y les reveló también su nombre.

Al salir de aquel lugar de desdichas, Luis se dirige a una fuente con los dos niños, en cuya imaginación se había grabado hondamente aquel cuadro de tanta miseria: toma un vaso que llevaban y llenándolo de agua se lo da al más pequeño de los dos.

—Echa el agua al suelo, le dice, pero fíjate bien en dónde cae.

El niño va arrojando poco a poco el agua contenida en el vaso, viendo cómo desaparece sin dejar más rastro que humedecer un poco la tierra.

—Ahora, le dice muy serio, recógela y llena el vaso como estaba.

En los rostros de los dos niños se dibujó picaresca sonrisa como de quien se da cuenta que se quiere bromear con ellos.

—¿Os reís? les interrumpió Luis; pues no es cosa para reírse. Lo que pasa en este caso con el agua pasa con la inocencia: si la derramáis una vez, si la perdéis, no la volveréis a recobrar nunca, y poco a poco los vicios os traerán a donde han traído a aquel infeliz que tanto os ha llamado la atención y conmovido.

Y les cuenta la historia de Francisco, y así les educa y sigue educando a sus hijos para apartarles del cine y de los malos amigos.

M. V., Congr.

Lo increíble

Un hombre poderosísimo determina hacerse una suntuosa casa, la mejor de toda su tierra, para lo cual hace llamar de países remotos al mejor arquitecto que se conoce, y reúne inmensas riquezas de oro, plata y demás metales preciosos: trae las mejores maderas que se conocen, gran cantidad de caoba, tanto para su comedor, sus cuadros y sus habitaciones, como para el artesonado del techo; en fin, manda traer muchísimo mármol y piedra buenísima, y no contento con esto, hace venir a muchos inteligentes obreros, que le ejecuten pronto y bien el proyecto del soberbio y magnífico edificio.

Se termina la obra, queda un edificio colosal, adornado de oro y plata, de vidrios biselados y valiosas maderas; mas... los cimientos; ¿sabeis de qué los hizo? De débil arena. Y así que, cuando a los pocos meses una gran tempestad invadió aquellos contornos y las tierras se cubrieron con aquella impetuosísima agua, al chocar esta fuerte corriente contra el muro de arena los deshizo por completo, y con los cimientos se desplomó el soberbio edificio.

Esto, que parece increíble, pasa al que no tiene en su corazón ideas arraigadas desde su niñez: al menor empuje de un mal amigo se deja arrastrar, porque sus cimientos son como de arena y no resisten la corriente de ligereza y vanidad que hoy lo invade todo.

F. O., Congr.

Lo bien aprendido tarde se olvida

Como acostumbrada a hacerlo todas las noches, estaba una familia después de cenar rezando el Santo Rosario, cuando a poco de empezar se presentó un hombre de improviso en medio de la habitación. No hay que decir que todos se quedaron asustados.

—No se asusten—les dijo—. Estaba escondido para robarles cuando todos estuvieran acostados; pero lo mismo fue oirles empezar el Santo Rosario, al punto me vino a la memoria el recuerdo de mi niñez, cuando yo también lo rezaba todas las noches con mi madre; no he podido soportar más a mi conciencia y delante de ustedes quiero pedir perdón a mi amantísima Madre y prometerle cambiar de vida; y les suplico que me dejen rezar el Rosario en su compañía.

Conmovida la familia le consintió y dió gracias a la Virgen por haberles salvado de aquel peligro y al mismo tiempo de haber devuelto al buen camino al que iba ya tan descarriado.

J. M. C., Congr.

Sin botas, pero con pies

Un estudiante llamado Sockmann, que más tarde fué muy conocido como profesor de lengua arábiga, en cierta ocasión se encontró tan falto de recursos que no tenía ni para comprarse unas botas. A menudo podía vérsele por la calle descalzo. El pobre estudiante se afligía y apesadumbraba con su miseria, y pensaba muchas veces que no había en el mundo un hombre más desgraciado que él.

Un día en que andaba muy preocupado con tales ideas, vió por la calle a un hombre al que faltaban los dos pies. El cuadro de aquél inválido le causó profunda impresión y se dijo: "Me creía el más infeliz y ahora veo que hay otro mucho peor; que no es pequeña fortuna tener los dos pies sanos. Es verdad que yo ando descalzo, pero este pobre hombre... ¿qué no daría él por tener pies, aunque tuviese que andar sin botas?"

A partir de aquel día no se sintió tan afligido el estudiante de tener que andar descalzo.

Cosa semejante nos ocurre a nosotros, que a veces estamos tristes porque no hemos satisfecho el más pequeño capricho y no nos acordamos que hay muchos millones de infieles los cuales carecen de pies. Pero en este caso el mal, tiene remedio y nosotros se los podemos proporcionar. ¿Cómo? En primer lugar con nuestras oraciones y comuniones frecuentes y después con nuestras limosnas.

R. Y., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

hecho un dibujito del tal perro con la cadena floja, O aire de contento, que lo llevo siempre en el libro de estudio y me animo a imitarle.

Y lo que son las cosas, en este pensamiento y propósito me afirmó otro perro; pero ¡de qué modo más distinto!; el pobre can no quería ir por donde su amo lo llevaba, iba casi arrastrado. Hasta ahora, dije yo para mí, me he parecido yo a este perrillo que da compasión.

Puedo asegurarte, Francisco, que fué un paseo bien aprovechado; no me olvidaré nunca de los dos perritos. La cadena la llevo siempre floja, ahora obedezco con gusto y soy feliz.

J. A. A., Congr.

¿Y el hombre...?

Asistía yo hace pocos meses todavía a un examen de primeras letras y Catecismo en un pueblo, y en él pude escuchar el siguiente disparate científico, que encierra en sí una verdad moral muy grande.

Después de una serie de preguntas sobre los tres reinos de la naturaleza, mineral, vegetal y animal, en que quedaron patentizadas las dotes de memoria y entendimiento de los niños, rapaces, de siete a diez años, que se examinaban, les hizo el maestro la siguiente pregunta:

—Y el hombre, ¿a qué reino pertenece?

Y un niño, que por su cara más parecía un angelito escapado de un cuadro de la Inmaculada de Murillo, respondió con aire de triunfo:

—¡Al reino de los cielos!

¿No os parece verdadera la respuesta?

M. de N., Congr.

¡Vaya ganga!

Cuenta la tradición que en los tiempos del Rey moro ocurrió en Sevilla el siguiente risible y chusco suceso.

Había sentado sus reales un platero en una de las angostas callejas, en la parte de la ciudad, junto a las murallas.

Falaz y engañador aquel sevillano, quería buscar un modo de pegársela a sus parroquianos... y lo consiguió. Llevaba dos años consumiendo en ensayos su tiempo, su dinero, su juicio y buena parte de su caudal, hasta que dió por fin con la treta que buscaba. ¿Sabéis cuál fué? ¡Burlar a sus clientes vendiéndoles por plata el oro primorosamente plateado!

Más pura y más brillante que el oro es la inocencia de nuestras almas y... ¡cuántas veces, no con plata, sino con basuras mal olientes la recubrimos, ajando su esplendor! Al oro se le puede volver el brillo; pero una vez que se pierde la inocencia no se recobra ya más. Anémosla mucho y pidamos a la Santísima Virgen nos la conserve.

M. V., Congr.

¡Qué bien con un cencerro!

Era un congregante, de los sin motor, el cual tenía dos amigos que si no eran malos, tampoco eran recomendables.

Como consecuencia de la falta de motor hacia el pobrecito, llamado Antonio, lo que querían sus amigotes, hasta el punto de salir despachado de la Congregación.

Los amigos de Antonio le llevaban muy a menudo al cine, y, como no tenía ni motor ni freno, se dejaba arrastrar.

En cierta ocasión, hablando con un antiguo amigo suyo que era buen congregante, le decía: No te figures que se ven en el cine cosas tan malas como para despachar a uno de la Congregación; te voy a contar la última película que ví; el argumento era sencillo. Dos hijos, protagonistas de la película, maltrataban a su padre, a fin de que éste les diera dinero para el juego; y su padre, anciano y sin poder defenderse, hubo de acceder a dichas peticiones y les dió el dinero bien contra su voluntad. Como ves no es ninguna cosa del otro mundo.

—Pues ¡si te parece poco—le replicó el amigo—el maltratar a los padres! ¡Qué brutalidad!... Lo que te pasa es que a fuerza de ver cosas peores, te parecen buenas, aun películas tan malas como ésta.

¡Cuántas veces, cuando te veía con aquellos *amigotes* siguiéndoles con la mirada baja, me decía: ¡Pobre Antonio!, le llevan como a un borrego; sólo le falta que le aten una soga al cuello y le pongan un cencerro!

Mi cariñosa reflexión le debió hacer entender el triste papel que estaba haciendo, pues no volví a verle con aquellos compañeros.

J. M. P., Congr.

El talismán

Un padre anciano ya, con tres hijos, poseía un talismán y aseguraba que el que lo poseyese sería completamente feliz, con la única condición de que fuese virtuoso.

El padre en cuestión no era rico, pero sí prudente y listo, y no teniendo qué dejar a sus hijos en herencia, salvo algunos pequeños ahorrillos, llamó a un joyero para que, con parte de su dinero, fruto de sus sudores y privaciones, le hiciera dos joyas idénticas a aquella que pasaba por talismán.

Cuando las tuvo hechas, las entregó a sus hijos, diciéndoles: —Dos son falsos, pero no olvidéis que ni aun el dueño del verdadero puede ser feliz si no practica constantemente la virtud.

Los hijos recibieron con muchísima gratitud aquel regalo que su padre les hacía y siguieron su consejo al pie de la letra, y claro está que fueron completamente felices.

El único talismán consistía en la **constante práctica de la virtud.**

Seamos virtuosos y seremos felices.

J. G., Congr.

Ilustre ejemplo

En un día de Corpus, tras largas y penosas jornadas, llegaba a Madrid el glorioso emperador Carlos V.

Eran las tres de la tarde cuando se apeaba del caballo y entraba a descansar en su palacio; y no para descansar, sino para cambiarse de traje y presidir en seguida la procesión.

Con este fin había soportado los ardientes rayos de un sol de primavera, que aquellos días estaba sofocante.

Cuando ya se dirigía a rendir acatamiento público a Jesús en la Encaristía, como alguno de los caballeros que le seguían le hiciese la observación de que podía ser perjudicial para su salud asistir a aquel acto, descubierto después de las fatigas del viaje, el emperador, tan poderoso y valiente como cristiano, contestó con estas breves palabras que demostraban bien su ánimo:

—Pierde cuidado, que a ningún católico le hace daño ni el sol de Corpus ni el frío de Navidad.

Por conservar la salud, ¡cuántas dificultades no vencemos y, en cambio, cuántas prácticas de piedad omitimos! Sólo tememos perder cuando le damos a Dios algo, siendo así como es que El nos lo da todo.

F. A., Congr.

¿Dónde están los bichitos?

Oía el otro día referir un caso curioso: A un buen señor, que entraba con frecuencia en la iglesia, nadie le veía tomar agua bendita. Si alguna vez salía con otro de la iglesia, sin que nadie le preguntara, explicaba su prevención contra esta cristiana práctica:

—Mire usted, repetía, yo nunca tomo agua bendita; ése es uno de los medios por los que se propaga el cáncer.

Aunque algunos recibían con extrañeza aquella su afirmación, muchos se daban por convencidos en seguida; tanto, que en adelante simulaban que la tomaban, pero no la tocaban.

Pues bien, lo curioso del caso es que ese buen señor murió precisamente de cáncer.

Y algo así le ocurrió a un elegante, que sentía la misma aprensión: su remilgada delicadeza le hacía entrever a los microbios bañándose, precisamente, en el agua-benditera; ni la tocaba.

Por algún otro medio se introdujeron pronto esos bichitos en su organismo; pues en lo mejor de su edad acabaron pronto con él en un Sanatorio de Suiza.

¡Cuántos de esos reparos, que muchos padres e hijos tienen por cuidar de la salud, en esto acaban! En cambio, no hacen caso ninguno de vicios ocultos, y no tan ocultos, que abren la puerta a esos bichitos que traen las enfermedades y la misma muerte.

¡Ojalá la experiencia de todos los días no fuera tan brutalmente elocuente!

F. G., Congr.

Joven aprovechado

En el pueblo al que solemos ir a veranear hablé algunas veces con un niño, del que ya no podré olvidarme. De familia pobre, tenía que ayudar a su padre en casa, en la medida de sus fuerzas, bien pequeñas por cierto. Ocupado en ella se veía imposibilitado de ir a la escuela, lo que equivalía a carecer de toda instrucción. Entre tanto la frecuentaba una hermana suya, y, según él me dijo, cuando ésta hubiera aprendido bastante, él iría a su vez a la escuela. Esto, como se ve, supone buena voluntad de aprender, pero difícilmente se haría después al estudio.

Entre tanto, había ya cumplido los siete años; y no sólo no sabía leer, lo cual al fin y al cabo para nuestro principal negocio del alma poco importa, sino, lo que es peor, no había hecho aún la primera Comunión, y apenas había oído hablar de Jesucristo, pues no tenía madre que se lo hubiese enseñado; creía que Dios era unas estatuas que él había visto en la parroquia, y justamente distinguía entre el cielo y el infierno; éste era para él una caldera y aquél ese azul que vemos sobre nosotros.

Un congregante que me acompañaba y yo le instruímos lo que pudimos y le encaminamos al Catecismo de la parroquia.

Desde entonces, al ver el gran contraste que hay entre esos niños medio abandonados, que, por desgracia, tanto abundan, y nosotros, que tantos medios tenemos de conocer a Jesucristo y amarle cada vez más, procuro oír con redoblada atención las explicaciones del Catecismo los domingos, para poder yo explicarles a los niños en nuestras Catequesis de la Congregación.

E. J., Congr.

Las apariencias engañan

La ciudad de Troya era sitiada por los griegos; pero éstos, a pesar de sus esfuerzos para apoderarse de ella, no lo conseguían. Así transcurrieron diez años, y llegó un día en que los griegos, después de incendiar su campamento, se embarcaron y partieron en dirección a su patria.

En la playa dejaron un enorme caballo de madera. Advertidos de ello los troyanos, lo introdujeron en la ciudad como trofeo de la victoria alcanzada. Pero dentro del caballo estaban ocultos los más valientes guerreros de Grecia, y durante la noche, mientras los troyanos festejaban alegremente la victoria, salieron de su escondrijo y abrieron las puertas de la ciudad. Regresaron entonces las huestes griegas que habían simulado retirarse; y por el boquerón inmenso que abrieron los mismos troyanos en sus murallas para introducir el fantástico caballo, entraron en la ciudad de Troya y la pasaron a cuchillo.

Aquí termina la narración del gran poema

Universidad de Deusto
Biblioteca

de Homero, del cual podemos hacer una comparación. También nosotros resistimos como los troyanos los embates del enemigo. Pero éste nos deja una novela, por ejemplo, en cuyo aspecto exterior parece que no hay nada malo, y cuando menos lo esperamos surge de ella un peligro peor tal vez que el que acabó con la ciudad de Troya. Otro tanto nos puede suceder con los prospectos de pared y de mano con que se anuncian las películas.

Prevengámonos y no nos dejemos engañar nunca por las apariencias.

R. Y., Congr.

Sabiduría estrellada

Al acabar el curso volvía Genaro de la Universidad a casa de sus padres muy orgulloso de su ciencia y haciendo grandes alardes de los errores que habían llenado su cabeza ligera.

Su madre, doña Luisa, señora piadosa y muy prudente, al ver tanta fatuidad y desvío en su hijo querido, quiso darle una provechosa lección:

—Vamos a ver, Genaro, tú que eres un sabelotodo, dime: ¿quién existió primero, el huevo o la gallina?

—El huevo, contestó él precipitadamente, porque todos sus polluelos salen del huevo.

—Te engañas, hijo, puesto que el huevo sale de la gallina y tuvo que existir antes que él.

—Es verdad, madre; primero la gallina.

—Pero fíjate bien que no hay gallina que no venga de un huevo.

Genaro, avergonzado, no supo que contestar ante este enigma y doña Fabiana entonces le dijo: "Mira hijo, con toda tu ciencia inflada, si no crees en Dios creador, siempre serás un pedante y un ridículo; primero existió la gallina, puesto que el huevo no puede existir sin gallina, mas la primera gallina fué creada por Dios."

Escarmentado, Genaro, en adelante tenía buen cuidado de lo que hablaba. Comprendió que su sabiduría se estrellaba antes que un huevo.

E. J. P., Congr.

Tertulias aprovechadas

En una tertulia preguntaba un buen vecino a su párroco, tenido por santo en aquella pequeña aldea.

—¿Cómo es que se meten los jóvenes en el camino del mal con tanta naturalidad, que parece lo hacen sin darse cuenta?

El párroco, con esa santa calma, propia solamente de los que tienen muy tranquila la conciencia, acomodándose en la silla, le dió esta sencilla y verdadera explicación:

—¿Pues no va a ser así, desgraciadamente? El camino del bien es cuesta arriba, camino lleno de estorbos y zarzales, y hay que molestarse para subir por él. Por el contrario, el camino del mal es cuesta abajo, aunque no tan liso y llano como lo quisieran los que lo siguen. Pero, como no se fijan más que en lo que les agrada, se echan por esa pendiente. Al principio bajan poco a poco: las faltas son pequeñas, y entonces, como llevan poca velocidad, hay remedio, se les puede detener; pero si no hay mano de buen padre o madre que les detenga, a medida que van avanzando en la pendiente van adquiriendo mayor velocidad; y cuando están próximos a llegar al fin de la pendiente, llevan tanta velocidad que no hay quien pueda evitar la pérdida de la honra, de la hacienda y, muchas veces, de la vida.

El resto de la conversación que sostuvieron en esta tertulia no nos interesa: lo que sí nos interesa es aprender bien y a tiempo esta lección; y si alguno ha tenido la desgracia de empezar a descender por esa pendiente y le gustan los cines y los compañeros atrevidos, que se detenga en seguida; que invoque a su Madre, la Virgen Santísima; y Ella le tenderá su mano y le ayudará a salir de esa fatal pendiente.

R. E., Congr.

Cómo pagan los hombres

Me ocurre un hecho rigurosamente histórico, sucedido en las montañas de Navarra.

Subía un pastor por una intrincada vereda de peñascosa sierra, en cuya cumbre había dejado a su fiel mastín guardando su rebaño.

Dobló un repecho y al detenerse junto a una encina para tomar aliento, la sangre se le heló en las venas: dos de sus ovejas yacían en el camino, sin vida, con sus vellones ensangrentados. Oprimió su formidable garrote entre sus manos y se lanzó peñasco arriba con fiereza, yendo a tropezar entre los jarales con otra de sus ovejas, muerta también.

Un enorme perrazo, su mastín, se lanzó en aquel momento a su encuentro, manifestando con sus gestos alegría: sendas heridas cruzaban su cuerpo y su fatiga daba idea de su cansancio. El pastor, con las manos crispadas por la rabia, levantó su tranca y descargó terrible golpe sobre el cráneo del animal, que cayó sin vida.

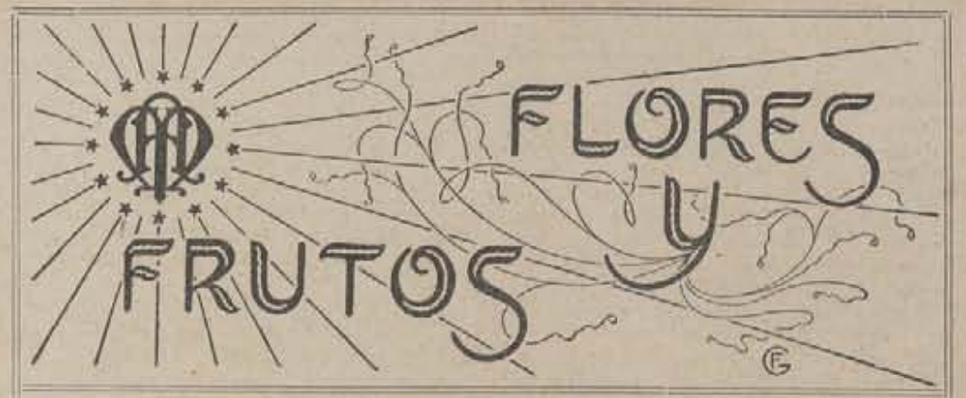
—¡Tienes tu merecido! rugió más bien que dijo el pastor, que sin detenerse se dirigió a la chavola en que guardaba su rebaño. Pero ¡qué espectáculo se ofreció a su vista! ¡Dos lobos, desangrados y exánimes, estaban tendidos delante del refugio!

Si este perro no se hubiera portado como debía, el rebaño se hubiera visto deshecho y aun él mismo hubiera perecido.

Si el pastor se equivocó al creerle remiso en el cumplimiento de su deber, no le pasa lo mismo a Dios, que sabe apreciar los quilates de nuestros sacrificios en las acciones más menudas, insignificantes e inadvertidas, ¡cuánto más en las mayores y de importancia!

Hagamos lo que debemos hacer; ¡qué bien viviremos si vivimos bien; de lo contrario, mal en esta vida y peor en la otra.

M. V., Congr.



Núm. 178.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Mayo de 1928

¡Vaya una madre!

Hallábame en cierta ciudad, cuyo nombre callo, en compañía de un amigo, en cuya casa me hospedaba. Uno de los días en que tomamos un tranvía para recorrer las partes dignas de verse de la dicha urbe, me llamó la atención mi acompañante hacia un joven correcto y grave que cruzaba la acera.

—¿Lo ves?—me dijo—. Pues ninguno de los dos somos dignos de pisar el polvo que él pisa.

Incrédulo y malicioso a la par, tomé a chacota la observación.

—No te rías—añadió muy serio—, pues por lo que te voy a referir al llegar a nuestro término, tú mismo te vas a quedar pasmado.

Largo se me hizo el corto trayecto que nos faltaba, dada la curiosidad que en mí se había excitado; pero al fin nos apeamos, y, sin preámbulos, comenzó mi interlocutor:

—Conocí a ese muchacho hará unos cuatro años, y puedo asegurarte, por lo mucho que le he tratado, que a los diecinueve que ahora cuenta conserva aún la pureza y la inocencia más completas. ¡Es angelical! Es rico y huérfano desde los ocho años, y le ha tocado además un tutor que nadie sabe si pisa la iglesia.

—¿Y cómo se conserva tan puro?

—Escucha. Su madre era una señora cristianísima, y lo educó muy bien, eso sí. Al morir le llamó a su lado, y dándole una crucecita y una medalla de la Inmaculada, le dijo: "Hijo mío, conserva y defiende tu inocencia y tu fe". Y luego, agarrándole con sus descarnados brazos, le oprimía contra su seno, mientras entre lágrimas le decía: "¡No peques! ¡No peques! ¡No peques!". Y fué tal su emoción al decir estas palabras, que sin soltarle aún de sus brazos, expiró.

Tan profundamente se le grabó esta escena, tanta impresión le hicieron estas palabras y tanto amor comenzó a cobrar a la Santísima Virgen, su segunda madre, digo, su mejor madre, que huye del pecado lo mismo que nosotros del mayor enemigo. Es activo y trabajador, piadoso y caritativo; pero ¡desgraciado de aquel que en su presencia se atreva a ofender a Dios o a la Virgen!

Un día iba en un tranvía, en el que algunos jóvenes empezaron a poner su lengua en la Pureza Inmaculada de nuestra Madre: el primero que tal hizo era un muchacho alto y formido; en cuanto le oyó, sin parar mientes en que era más fuerte que él, y que iba, además, acompañado, saltó sobre él con la rapidez de un tigre y le propinó un par de bofetadas. El miserable le cogió por el pescuezo y lo lanzó contra uno de los asientos, a tiempo que uno de la secreta intervenía en la escena. El mismo, te advierto, es quien me ha contado todo esto. "Si se hubiera atrevido a seguir insultando a la Virgen—me decía al acabar de relatarme lo anterior—, hubiera saltado por encima del policía y le hubiera arrancado la lengua". ¿Crees tú ahora que un joven de tales sentimientos es capaz de cometer un pecado? ¡Imposible! El ofender a Dios es de cobardes.

¡Ojalá fueran muchos los jóvenes a quienes se les pueda señalar con el dedo y decir: "¡Ese es un joven modelo!". ¿Somos de esos? Nada da tanta valentía como la pureza, ni tanta cobardía como la impureza. ¡Qué buen mes es éste para ofrecérsela a la Santísima Virgen, y, entendiéndose con su confesor, asegurar con voto temporal este tesoro, el más precioso que tenemos.

M. V., Congr.

¡Cuánto vale la Salve!

Aún no habían sonado en el reloj de la vieja iglesia las siete de la noche, y ya estaba tan oscuro como si fueran las diez. Era un día de agosto, de esos días calurosos, sofocantes, abrasadores, en que no se puede caminar a causa del fuerte bochorno, y, cosa rara, en la playa se sentía más aún este calor que en el resto del pueblo, debido sin duda a que la suave y dulce brisa, que nunca falta en estos pueblos

Universidad de Deusto
Biblioteca

marinos, aquel día, por razón del bochorno, había desaparecido.

Tanto y tan intenso calor produjo, como siempre suele ocurrir, un cambio atmosférico: alrededor de las cinco de la tarde aparecieron unas nubecillas blancas, allá a lo lejos, en el mar; un débil viento dió en los sudorosos rostros de los marinos, que, terminado su trabajo, se echaron en la playa, para dar un poco de descanso a sus cuerpos. Pronto el viento fué arreciando, y las blancas nubecillas que antes se veían se convirtieron paulatinamente en densos nubarrones, que, arrastrados por el ya poderoso viento, poco tardaron en cubrir al sol y extender un manto fúnebre sobre la tierra.

El mar, poco ha tranquilo, comenzó a embravecerse, rompiendo con gran estruendo sobre las rocas.

Andrés, viejo marino, que bajo un toldo de lona charlaba alegremente conmigo, al oir el clamor del viento y ver extenderse las tinieblas sobre la tierra, palideció y ahogó la palabra que ya a medias había salido de sus labios. No pude comprender tan inusitado cambio en su semblante. El mismo, al observar mi admiración, se encargó de explicarme su terror.

"Era—comenzó diciendo—allá en el año 1885, el 15 de abril, fecha que nunca olvidaré; yo entonces tenía veintiún años y había embarcado como grumete en el "Cartagena", barco de vela de 500 toneladas. Teníamos un patrón blasfemo en extremo, que si alguna vez nos veía hacer la señal de la cruz en algún peligro, se sonreía y nos decía: "Como los niños; ya sois hombres y no habéis de creer en niñerías". Y siempre añadía algún epíteto de su elegante léxico. Llegó el día de la fecha y una fuerte galerna nos cogió a la altura de Santander, unas ocho millas mar adentro. El barco saltaba sobre las olas bailando, como cáscara de nuez; el timón ya estaba roto, y las velas, que no pudimos bajar, hechas jirones por el viento. Ya nos veíamos todos ahogados, y en tal cruel instante nuestro recuerdo se remontó a nuestra Madre querida la Santísima Virgen de Begoña. Todos le rezamos devotamente una Salve y le prometimos una misa en Begoña si nos salvaba, excepto el capitán y el timonel, que se reían de nosotros y se habían colocado un salvavidas cada uno, los únicos que teníamos. Apenas terminada la oración, una enorme ola levanta la nave a los aires y la baja repentinamente, siendo lanzados todos al mar. Cada cual trató de salvarse a su manera, nadando para coger algún madero a que asirse y soportar más tiempo la tormenta. Dos horas largas llevábamos así, cuando vimos un barco; le hicimos señas, se acercó y nos recogió a todos. Hecho el recuento, vemos que faltan el patrón y el timonel, y estando buscándoles, ¡horror!, encontramos al patrón con los pies por encima el agua y la cabeza abajo, pues al caer se le bajó el salvavidas, dejándolo en tal posición y siendo causa de su muerte. El timonel no apareció y aún no sabemos que fué de él."

Lo que vale una Salve bien rezada.

J. M. P., Congr.

Escenas de heroísmo

A mediados de diciembre del año pasado, unos 600 soldados del Gobierno llegaban a Villa Hidalgo (Méx.) Los 100 del Ejército Libertador no podían hacer frente y se retiraron. El general ordenó el saqueo.

En el Hospital había quedado enfermo uno de los libertadores. Tan luego como los federales se dieron cuenta de esto, van, lo sacan tirándole de los cabellos, lo desnudan y arrastrándolo por las calles lo llevan hasta la plaza, y aun allí anduvieron dando vueltas con él alrededor de ésta; lo martirizaron queriendo arrancarle un ¡viva Calles! delante de toda la gente, pero él sólo respondía:

—¡Viva Cristo Rey! ¡Viva la Virgen de Guadalupe!

Un momento antes de morir, aún se le veía mover los labios, como pronunciando el ¡¡Viva Cristo Rey!! que tanto indigna a los federales. Su último movimiento fué llevarse una mano al corazón apuntando con la otra al cielo. ¡Un verdadero mártir!

Las tropas federales dieron muerte, después de terribles sufrimientos, a un muchacho de Cotija (Michoacán), llamado Antonio Ibarra. Primero le quitaron los puentes de oro que tenía en la dentadura y después, a golpes, se lo llevaron a la plaza para ahorcarlo. Habló por espacio de diez minutos y hasta sus enemigos se conmovieron. El general le ofreció 2.000 pesos para que se rindiera, mas Antonio contestó que él:

—Vivía y moría por Cristo Rey y que prefería morir mil veces, antes que rendirse ante los enemigos de su Dios, y gritó: ¡Viva Cristo Rey!

Se indignaron tanto los contrarios con esta respuesta, que le dieron un culatazo en la boca y le rompieron los dientes. Pero él volvió a gritar con todas sus fuerzas:

—¡Viva Cristo Rey!

En seguida le echaron la soga al cuello y lo colgaron. Todavía antes de expirar metió los dedos entre la soga y el cuello para poder gritar: ¡Viva Cristo Rey!, y murió.

Momentos antes había perdonado a sus verdugos.

Como a las doce horas entregaron el cadáver a su familia y la madre del héroe dijo a los soldados, que, así como su hijo les había perdonado antes de morir, así también ella les perdonaba lo que acababan de hacer con su querido Antonio y que ofrecía a Dios por el bien de la Iglesia y la salvación de la patria, no solo la sangre de Antonio, sino también la de sus otros tres hijos que andaban levantados en armas.

No basta admirar. Si queremos tener el ánimo tan templado como éstos, no lo conseguiremos en los cines, ni en las novelas, ni con los compañeros atrevidos; lo templaremos y lo templamos con la comunión diaria y con vencernos ahora en dificultades pequeñas y en las molestias, que se nos ofrecen con frecuencia.

V. C. R., Congr.

Diálogo auténtico

Tomás de la Mora, joven estudiante en el Seminario de Colima (México), de 16 años de edad, fué hecho prisionero el 5 de agosto de 1927, en los momentos que jugaba con sus hermanitos, por una escolta de soldados. La madre de Tomás, al darse cuenta, daba gritos de angustia, pero el mismo Tomás le dijo:

"No te aflijas, madre, y si no nos vemos en esta vida nos veremos en la otra. Dame tu bendición". Se hincó de rodillas; recibió la bendición de su madre, que quedó deshecha en llanto, y caminó en medio de la escolta, a la presencia del señor Rodríguez, jefe de armas. Ya en presencia de éste, fué interrogado:

Jefe.—¿Ya es usted de esos valientes y bravucones rebeldes y aún tiene leche en los labios?

Reo.—Si fuera valiente y bravo, anduviera con mis hermanos luchando por Dios; pero como soy cobarde, desde aquí los ayudo, porque tengo para mí que todos los cristianos estamos obligados a librar a la Santa Iglesia de la esclavitud en que la tienen los tiranos, y reclamar su libertad los que aún tenemos leche en los labios y los que ya tienen barbas debajo de ellos.

Disgustado el jefe, ordenó que fuera brutalmente golpeado. Salió Tomás con la cara hinchada y amoratada por los golpes. Ya de nuevo en presencia del jefe, siguió éste su interrogatorio:

Jefe.—Te daré libertad si prometes no comunicarte más con esos fanáticos.

Reo.—Me comunicaré en seguida nuevamente y les contaré lo que me pasa, porque no puedo vivir ocioso cuando mi madre llora.

Jefe.—Lleven a colgar a ese fanático: salga una escolta.

Reo.—La tardanza me molesta.

Salió el reo al patíbulo, y al pasar por el llamado "Zalate de Juárez", dijo: Este es el lugar de ignominia; aquí cuélgueme, para que se trueque en bendición el lugar de maldición. El jefe de la escolta dispuso que se le colgara en frente del Zalate. Ya en el lugar, un soldado se acercó a echarle la soga al cuello.

Tomás le dijo.—¡No me toque, desgraciado! ¡Me mancha!

El soldado.—¿Por qué?

Reo.—Porque ustedes son soldados del demonio, y nosotros de Cristo Rey. Déme la soga. La tomó, se la echó al cuello y siguió diciendo: Ustedes se han puesto a pelear contra Dios, y a Dios no le vencen, porque Dios es el Triunfador.

El jefe de la escolta dice.—¿Tiene que pedir alguna gracia o arreglar algún negocio? (Formalidad que se sigue antes de un ajusticiamiento.)

Reo.—Ningún negocio me queda por arreglar en esta vida: todo lo tengo listo para la marcha. Ante Dios tengo muchos asuntos que arreglar: primero, pedir a Dios que quite la venda que ciega a ustedes; segundo, pedir por mis afligidos padres, y tercero, pedir por la Iglesia y por mi Patria.

Jefe (con sorna).—¿Para tí no pides o no tienes que pedir?

Reo.—Nada pido para mí: Cristo tiene méritos adelantados para salvar a millones, y sé que El me salvará, porque soy de los suyos y muero por El. ¡¡QUE VIVA CRISTO REY Y LA VIRGEN SANTISIMA DE GUADALUPE!!

El jefe ordenó que tiraran de la soga, y Tomás quedó suspendido, volando en pocos momentos su bella alma al cielo.

A. V., Congr.

Una fuente que da vida

En todas las épocas, los hombres han procurado hallar algún medio para conseguir la inmortalidad.

Cuentan, no sé si será verdad, que cuando el descubrimiento de América por Cristóbal Colón, Juan Ponce de León, uno de los que le acompañaban oyó decir que en tierra situada al Norte de la Isla de Cuba, había una fuente, cuyas aguas tenían la propiedad de inmortalizar al hombre que las bebiese.

Ponce de León, equipó una nave y con ella hizo rumbo a dicha tierra, y desembarcó en la península, a la que dió el nombre de Florida, por haber arribado allí el día de Pascua.

Pero, por más exploraciones que hizo, no pudo dar con dicha fuente.

¡Cuanto mejor estamos nosotros, que sin necesidad de equipar naves ni hacer exploraciones a lejanas tierras a buscar la fuente que nos dé la vida eterna; la tenemos a la puerta de casa con acudir diariamente a recibir en la Comunión el Cuerpo Sacratísimo de Jesús, fuente de vida eterna.

P. A., Congr.

Atinada respuesta

En el palacio de una célebre condesa solía formarse una tertulia, compuesta por personas de la alta sociedad.

En cierta ocasión fué presentado en ella un afamado filósofo, y habiendo versado la conversación acerca de la religión, dijo: "Yo soy el único en este palacio que no cree ni adora a Dios".

La condesa, ofendida por aquellas palabras, dichas con tanta altivez como descortesía, respondió: "Está usted en un error, caballero; no es usted el único que no cree ni adora a Dios en este palacio".

—¿Quiénes son los que como yo piensan?—replicó con júbilo el filósofo.

—Pues todos los perros y caballos que están en las caballerizas.

—¿De modo que se me compara con los animales?—responde iracundo el filósofo.

—No, señor—replica con énfasis la condesa—; porque ellos, aunque tienen la desgracia de no conocer a Dios, no tiene la desfachatez de vanagloriarse de ello.

Puede comprenderse la cara que pondría el señor filósofo ante esa contestación, más filosófica que todas sus doctrinas.

J. M. P., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Dos hermosos detalles

El primero se refiere al ingeniero señor Luis Segura Vilchis. Era éste un buen amigo de Humberto Pro, compañero suyo de trabajos y excelente católico. Ignorante su madre de su fusilamiento, llegaba a las puertas de la Inspección de Policía para hacer llegar los alimentos a su hijo, cuando éste acababa de caer acribillado a balazos. Entonces aquella heroica madre, cuando le preguntaron si perdonaba al general Cruz la muerte de su hijo, contestó:

—*¡Quisiera besar las manos que han abierto a mi hijo las puertas del cielo!*

Otro detalle no menos conmovedor que el anterior, se refiere al obrerito, fusilado en cuarto lugar. Se llamaba Juan Antonio Tirado Arias.

He aquí lo que sus padres dijeron a la Comisión de las Damas Católicas que se encargaron de su entierro:

—"Este es el primer disgusto que nos da nuestro hijo. Siempre había sido obediente y sumiso. Solo cuando empezó a ocuparse en repartir los boletines de la Liga de Defensa Religiosa, nos desobedeció.

Cuando le dije:

—"Piensa, hijo, que puedes comprometerte", me respondió:

—"¡Qué dichoso sería si Dios me permitiera ofrecer mi vida por El!"

Y el Señor le concedió esta gracia.

Ejemplos tan hermosos no necesitan comentarios.

V. C. R., Congr.

Dios te ve; témele

Son dos casos, que nos muestran cuánto debemos acordarnos de la presencia de Dios para no ofenderle. Los dos son históricos y trágicos.

El primero es el famoso abordaje de los dos vapores *Helvetia y Empress of Britain*. La enorme confusión que produjo el terrible choque se vió aumentada por el pánico que cundió entre los viajeros al darse cuenta de que los navíos se hundían. Sin embargo, en medio de aquella barahunda en que los náufragos solamente atendían a su propia conservación, un inglés, impertérrito, aprovechó aquel horroroso espectáculo para impresionar una película, que sirvió después para depurar responsabilidades; y así se pudo saber quiénes habían sido cobardes y quienes héroes; los que habían abandonado su puesto y los que manteniéndose en él habían cumplido con su deber.

—El otro caso se desarrolló en un barranco formado por dos altos montes, en cuyo fondo rugía un caudaloso río. Un hombre, que parecía haber estado en acecho en la cumbre, bajó al barranco y se agazapó tras una pequeña pared que había junto al camino. No tardó en aparecer un señor, que avanzó sin saber el peligro que le amenazaba. Al llegar frente al escondite del que le aguardaba, un disparo de revólver le hizo caer al suelo. Salta entonces de su escondite el malhechor y al ver que vive aún su víctima, la remata de otro tiro, le ata una piedra al cuello y le arroja al río. Después de esto se arregla los vestidos y parte de aquel lugar, imaginándose que nadie ha visto su crimen.

Días más tarde es llamado a los tribunales: su conciencia le da un golpecito, pero le parece pueril dar entrada al miedo, ya que nadie le vió. Se le acusa de homicidio, mas niega rotundamente su culpa. Entonces se cierran las ventanas, se corre la pantalla y se proyecta ¡su crimen!!

Un empleado de una casa de películas que por casualidad se hallaba en aquel paraje y al que había llamado la atención los extraños preparativos del malhechor, había cinematografiado el delito.

Tenemos que nos vean los hombres, y de Dios, que está presente y ve nuestros actos y nos puede castigar eternamente, parece que nos olvidamos. ¡Qué ceguedad!

M. E., Congr.

Cogido en sus redes

En un largo viaje a caballo un hombre acaudalado perdió su bolsa, donde llevaba bien contadas cien monedas de oro, que vino a encontrar un pobre labrador.

Apenas se da cuenta el rico de lo ocurrido, hace anunciar en periódicos que gratificará con 20 de aquellas monedas a la persona que le devuelva la bolsa perdida.

Tanto se divulga la noticia que no tarda en llegar a oídos del afortunado labrador, que era tan pobre como honrado. No duda ni un solo momento en devolverla a su dueño. Al que le quiere disuadir que devuelva la bolsa, le dice: No, no, prefiero veinte monedas con justicia que no cien contra derecho. Toma el camino de la ciudad y se dirige a casa del ricachón. Este que se había hecho rico engañando, o lo que es lo mismo, robando, en cuanto le pide el pobre labrador el dinero prometido, se encara con el honrado labrador y le dice: Cómo no tienes vergüenza de exigirme gratificación, después de haber robado la piedra preciosa que se hallaba entre las monedas.

Triste y acongojado se dirige el labrador a su casa. No se conforma, y se determina a llevarle a los Tribunales y exigirle ante los jueces el dinero tan públicamente prometido y así lo hace. Después de largo interrogatorio, pronuncia el juez la siguiente sentencia:

Este hombre rico afirma por su honor que la bolsa, además del oro, contenía una piedra de gran valor. No hay razón para dudar de sus palabras. El pobre, en cambio, atestigua por lo más sagrado que no había nada que se pareciese a una piedra; ahora bien, como éste, por la devolución del oro, tiene bien probada su honradez, debemos prestar crédito a lo que dice, y no nos queda otro medio, al ver que los dos dicen la verdad, que asegurar que esta bolsa no es la que el rico perdió; así pues, el pobre podrá poseerla mientras no le sea reclamada por su verdadero dueño.

¡Cuántas veces, aun en esta mísera vida, confunde y abate Dios al avaro y al astuto y y da el triunfo al honrado!

A. E., Congr.



Núm. 179.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Junio de 1928

Aventura de un Piel roja

Era Chiprak el mocetón más valiente de la tribu.

La caza era su arte, toda su ilusión... Cuando allí, en el monte, sonaban los gritos de alegría, y el búfalo codiciado revolviase acorralado por las lanzas y los perros, Chiprak era el primero en saltar sobre los lomos de la fiera, y al sólo golpe de su tomahawk (martillo doble), derribaba la presa como herida por el rayo. También su flecha certera alcanzaba casi siempre al reno en su veloz huida; pero su caza favorita era la de los osos grises... ¡Cuántas veces en la lucha cuerpo a cuerpo, su lanza y martillo realizaban verdaderos prodigios de arrojo y maestría...

Chiprak era bueno... Verdad es que, a pesar de las prohibiciones de los suyos, en sus correrías por las tribus paganas, solía tomar parte en las danzas al sol y a los ídolos; pero no era por malicia... era más bien debido a su genio bullicioso y temperamento siempre alegre. Por otra parte, cada vez frecuentaba menos tales fiestas y seguía los consejos del "Ropa negra" (del misionero), a quien profesaba verdadero cariño filial...

Hoy, sin embargo, no trae Chiprak su buen humor habitual; trae su mano vendada, y, aunque trata de disimularlo, le debe preocupar más de lo que quisiera.

—¿Qué es eso, Chiprak?—le dicen sus amigos—. ¿Tu mano venidada...?

—Sí; el zarpazo de aquel maldito oso dura todavía...

—¿No dijiste que no era nada..., que ya se pasaría como otras veces?

—Sí; pero la herida, que no era pequeña, se ha hecho mayor y... está molestando demasiado...

—¡Mira!—le dice uno de ellos en voz baja— Ya sabes que el shuman de la cueva suele curar estas cosas muy bien...

—¡Ca, hombre!—responde Chiprak— ¿No sabes tú que el "Ropa Negra" nos tiene prohibido el consultarlo? Y con razón... Con tambores y sonajeros, pipas y bolsos de monedas, no es posible que cure nada..., aunque él sea hechicero o diablo... Lo que sí estoy pensando es en irme donde ese médico extranjero, porque aunque es de Lutero y no quiere a la Virgen, dice de él "Ropa Negra" que entiende mucho y cura pronto... De todas maneras, volveré por la mañana. No dejéis de esperarme...

Como lo pensó, lo hizo. Montó en su yegua blanca, picó espuelas y..., a los pocos minutos, las blancas plumas del gorro de Chiprak perdíanle de vista entre los bosques, camino de la Residencia Protestante...

—Es más de lo que te parece, muchacho...; la infección corre y tu mano peligra... Solamente una delicada y continua cura de tres días, aquí, en el dispensario, podría tal vez atajarla...

—¡Imposible!—replica el indio—. No puede ser... Mañana es Primer Viernes...

—¿Y qué que sea Primer Viernes...?

—Nada, que en este día toda mi tribu se traslada a la Misión Católica, donde el "Ropa Negra" celebra gran fiesta y nos reparte la Santa Comunión.

Al observar la escéptica sonrisa del protestante, el joven indio armóse de su ruda elocuencia, y con mezcla de rabia y entusiasmo le hizo oír, quieras que no, la descripción de la fiesta:

—¡Ni una sola tribu de nuestras Montañas Rocosas faltará mañana en la Misión del Padre "Ropa Negra"..., aquel anciano bueno que gastó sus fuerzas juveniles por estos montes, buscando nuestras almas!... Alrededor de su casa plantamos nuestras tiendas de piel de búfalo... Allí, mientras él celebra el sacrificio, le hacen guardia los caciques viejos con sus lanzas y escudos, sus mantos de piel y de plumas y sus mejores adornos, de armiño unos, otros de púas de puerco-espín y garras de osos, pintados sus rostros con ocre y piedra blanca, según la usanza... Allí no hay danzas al sol ni a los ídolos; y al atardecer, la vuelta a nuestro monte es

Universidad de Deusto
Biblioteca

amenazada con hermosas canciones que "¡Sopa Negra" nos ha enseñado para alabar a la Virgen María...

—¡Bien, bien, amigo mío!—atajó el europeo—. Por esta vez tendrás que quedar sin asistir a la fiesta... Después de dos días sería ya tarde y tendría que cortarte la mano...

—¿Qué importa...!—responde el indio con mucha calma—. Chiprak no faltará un solo Primer Viernes de mes... Y sin decir una palabra más, volvió las espaldas y tomó su yegua blanca... Asistió a la fiesta, comulgó con gran devoción. A los dos días se presentaba de nuevo ante el médico...

—¡No te lo dije yo, mentecato...! Ahora son tres los dedos que es preciso cortar en seguida...

—Está bien—respondió el joven imperturbable—; vayan enhorabuena los tres dedos; pero conste que Chiprak no faltó un solo Primer Viernes de mes por miedo a tres dedos...

C. E., Congr.

Mártir a los 8 años

Mucho heroísmo derrocharon los chinos cristianos en la sangrienta persecución de los Boxers de 1900. Un ejemplo tan sólo presento hoy a vuestra consideración: lo cuenta el Padre Lebbe, religioso lazarista.

Es un chino pequeñín, de ocho años de edad. Atado a un poste para que no tuviera más remedio que contemplar el suplicio y oír el estertor de la agonía de los seres más queridos, había visto caer entre horribles y bárbaros tormentos a su padre, su madre y sus siete hermanos y hermanas. Terminada esta ejecución, los verdugos se acercaron al niño, pálido, desfigurado y profundamente conmovido, y le dijeron:

—Has visto lo que se gana confesando a Jesús. Ese Jesús ni se ha interesado por ellos, ni vino a salvarlos. Pues, bien, si no quieres apostatar, serás tratado diez veces peor que tus padres y hermanos; pero si accedes a nuestros consejos y te vuelves verdadero chino, adorador de los dioses del Imperio, recibirás el título de mandarín y nuestro jefe te adoptará por hijo.

—¿Y qué debo hacer para eso?—pregunta el niño.

Llenos de júbilo, creyendo asegurado el triunfo, le respondieron los Boxers:

—Muy poco. Una cosa muy sencilla: tomar unos granitos de incienso en la pagoda y quemarlos delante de Buda.

—Por lo demás—le dijo uno de ellos, más humano que sus compañeros—, en tu corazón puedes creer lo que quieras.

—Pues, entonces, llevadme allá—contestó.

Entusiasmados los Boxers, lo desatan y lo llevan en procesión a la pagoda. Todos los paganos de la aldea estaban satisfechísimos con este desenlace que salvaría la vida del niño, pues ya estaban hartos de ver correr sangre.

Rodeado de Boxers, espada en mano, el niño católico está ya en la pagoda. Uno de los circunstantes echa mano de una piedrecita de incienso, la enciende y se la presenta a la criatura. Allá está la estatua de Buda; el niño toma el incienso, y, ante los concurrentes, mudos y atentos, lo arroja contra la cara del ídolo, y volviéndose a los soldados, les dice:

—¡Yo quiero ir con papá y mamá!

La multitud estalla en una carcajada estrepitosa. Desilusionados, vencidos por la firmeza de un niño, los Boxers se enfurecen con las risas de los espectadores.

—Bueno; pero no hemos de llevarte por el camino más corto.

En aquellas alturas, los inhumanos verdugos crucifican al pobrecito en una de las puertas de la pagoda. Serían entonces las tres de la tarde, y el pequeño mártir perseveró inquebrantable en su fe, en medio de tan cruel suplicio, hasta muy avanzada la noche. Los mismos paganos se compadecían de él, pero no se atrevían a ayudarle. El generoso niño no profirió ni una palabra contra sus verdugos y oró sin cesar durante su larga agonía. La única queja que asomó a sus labios fué la de Jesucristo Nuestro Señor crucificado:

—¡¡Tengo sed!!

Suplicaba a los presentes que le diesen de beber, mas cuando alguno quería acercarse al mártir, un soldado le amenazaba furioso con su lanza. Y así perseveró, sin desfallecer, hasta el último latido de su magnánimo pecho.

Otra fe que la de este heroico niño es la de tantos que, no ante la muerte, sino ante una sonrisita o una palabrita, no se atreven a confesar a Jesucristo. ¡¡No seamos del número!!

M. de N., Congr.

Otro, mártir a los 12

La siguiente relación está tomada de una carta venida del mismo teatro de los acontecimientos y fechada el 24 de febrero de este año:

El niño José Sánchez del Río, que andaba con un grupo de libertadores, fué hecho prisionero el día 5 de febrero. Llevado a la presencia del general Guerrero, e increpado duramente por éste, José dijo:

—Me han cogido porque se me acabó el parqué, pero no me he rendido.

El día 6 del mismo mes fué conducido al pueblo vecino, juntamente con otro compañerito suyo. Cuando algunos que le visitaron en la prisión le preguntaron qué había hecho, contestó:

—¡Pelear por la fe!

Su compañero se resistía a tomar alimento, impresionado por la próxima ejecución, pues los dos habían sido condenados ya a muerte. José le animó, le hizo sentarse a la mesa y luego continuó animándole a morir. A las cinco y media de la tarde, los soldados sacaron al compañero de José para ahorcarlo. Este valiente soldado de Cristo, seguido de su fiel amigo, llegado al pie del árbol donde habían de colgar su cuerpo, hizo la señal de la cruz, levantó sus ojos al cielo y dijo:

—¡Ya estoy dispuesto!

Fué luego colgado; lo tuvieron quince minutos y después fué trasladado al cementerio, creyéndolo cadáver (no podemos dar más detalles), pero se sabe que vive.

José presenció la ejecución de su compañerito tranquilo, sin intimidarse. Su padre, afligido sobremanera, trató, haciendo esfuerzos inauditos, de comprar su rescate, pues el general cabecilla pedía cinco mil pesos por la vida del niño. José, al saber lo que pretendía su padre, le envió a decir que no diera ni un solo centavo por él.

A las seis de la tarde lo llevaron al Cuartel del Refugio; a las siete de la noche escribía a una tía suya y decía textualmente:

"Muy querida tía: Estoy sentenciado a muerte. A las ocho y media llegará el momento que tanto he deseado. Te doy las gracias por todos los favores que me hiciste tú y Magdalena. No me encuentro capaz de escribir a mi mamá; tú sí me haces el favor la escribes... Cristo vive, Cristo reina, Cristo impera. ¡Viva Cristo Rey y Santa María de Guadalupe!

José Sánchez del Río, que murió en defensa de su fe. No dejen de venir... ¡Adios!"

Este niño héroe y mártir glorioso, fué fusilado a las once y media de la noche, dando el más alto ejemplo de valor cristiano, mucho más admirable en su tierna edad. Las últimas palabras que pronunció para volar al cielo y al recibir la descarga fueron:

¡Viva Cristo Rey!

V. C. R., Congr.

Dura prueba

No hace mucho oí contar la conversión maravillosa de un noble protestante inglés.

Visitaba éste una Cartuja en compañía de su abad, y, al pasar por uno de los claustros, el religioso mostró al caballero algunos de aquellos monjes que paseaban en silencio.

—¿Ve usted aquel anciano aún vigoroso que se nos acerca? Es un valiente militar que ha ingresado hace poco en la Orden, en cumplimiento de un voto que hizo en la guerra. Dicho esto en voz baja, levantó el abad la voz para que le oyera el monje y dijo: ¿Veis ese religioso? Es un desertor de la última guerra que ha venido al convento huyendo de la justicia.

El espíritu de caballero que aún vivía en el monje hizo que cambiara de color; pero pronto se repuso y, apretando contra su pecho el Crucifijo, se arrodilló a los pies de su abad, le besó la mano y se retiró en silencio.

Maravillado el inglés, exclamó:

—La verdad, que la Religión que, al sentirse herido en lo más vivo, da tal valor, es la verdadera.

Pocos meses más tarde, aquel observador protestante abjuraba su falsa secta e ingresaba en la Iglesia Católica.

¡Cuánto vale el buen ejemplo! Mucho más que los discursos.

E. P., Congr.

Un valiente bien premiado

Un sábado, por la tarde, Girard, el incrédulo millonario de Filadelfia, ordenó a todos sus obreros que fuesen a la mañana siguiente a los muelles, para descargar un vapor que acababa de llegar.

—Señor Girard, no puedo trabajar en domingo; respondió tranquilamente un joven empleado.

—¿Conoce usted nuestros reglamentos?

—Los conozco, sí, señor; y sé también que debo sustentar a mi madre, mas no puedo trabajar en domingo.

Y el joven fué despedido. Durante tres semanas estuvo sin empleo, hasta que un día un banquero preguntó a Girard si acaso conocía una persona digna y de toda confianza para desempeñar el delicado oficio y de graves responsabilidades de tesorero del nuevo Banco. Sin titubear un instante el millonario indicó al joven que había dejado sin trabajo.

—Mas, preguntó el banquero maravillado, ¿no es por ventura el que usted despidió hace poco?

—El es, precisamente. Despedíle porque no quiso trabajar en domingo; pero oiga, mi caro amigo, un joven capaz de perder su empleo por escrúpulo de conciencia, no dejará de ser un tesorero de toda confianza.

Y el generoso joven fué inmediatamente nombrado tesorero del Banco.

Así paga Dios a los que le temen y le quieren!

V. M., Congr.

Pintor desengañado

Un célebre pintor de la antigüedad quiso hacer un día el más perfecto y hermoso cuadro que imaginarse pudiera. Había llegado ya a ser famoso y sobresalía en su arte; pero pretendiendo en esta circunstancia sobrepujar todo lo que había hecho anteriormente, formó el proyecto de pintar un lienzo en que no se pudiera hallar el menor defecto.

Hízolo así, y terminado que hubo el trabajo, siguiendo la máxima de que ninguno es buen juez en su propia causa, expuso el cuadro al público y rogó a los espectadores le dijesen su parecer, y marcasen con greda, que allí colocó para el efecto, los defectos todos que echasen de ver.

Cada uno señaló lo que a él le parecía defectuoso; y al volver por la tarde el pintor para retirar su obra, vió, no sin gran extrañeza suya, que casi todos los rasgos de la cara y todos los pliegues de la vestimenta habían sido desaprobados; sin embargo, conocedor de sus propias fuerzas, tuvo ánimo para hacer una segunda prueba.

A la mañana siguiente expuso de nuevo su obra a los ojos del público y rogó a los espectadores le indicaran con greda, como el día precedente, las partes del cuadro que más les agradaban. Cuando a la tarde fué a examinarlo, vió que el público había aprobado todos los rasgos.

Comprendió con esto a las claras, que lo que a unos agrada, desagrada a otros.

Por lo tanto, quien se fía del juicio humano y no atiende a agradar a Dios, pierde el tiempo miserablemente: a Dios se le da gusto, con guardar sus mandamientos; pero a todos los hombres de ningún modo se les puede agradar; quien lo pretenda conseguir, sueña despierto.

M. V., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Con una víbora

En cierta ciudad, cuyo nombre no hace al caso, existía uno de esos hombres de procedencia india, el cual con sus mañas y artes, se dedicaba a domesticar culebras venenosas.

Cierto día en que estaba en una plaza pública, mostrando sus habilidades a los transeúntes, entre otras muchas cosas que hizo, fué el meterse una culebra por el pecho, haciendo ver al público que nada le podría suceder, pues estaba admirablemente domesticada. Fatal ocurrencia. La culebra estaba admirablemente domesticada, pero no se acordó su dueño que con todas sus artes y habilidades no había podido arrancar de ella el veneno que aún lo conservaba como mortífera arma, para acabar con la vida de aquel que la alimentaba. Un agudo grito del domesticador que arrojaba lejos de sí a la culebra, dió a entender al público, que éste había sido víctima de la cruel víbora que él había domesticado.

La tal víbora es imagen viva de nuestras pasiones; éstas, vencidas alguna vez, pero no desarraigadas por entero, levantan la cabeza, sobre todo cuando nos ponemos en la ocasión, en el cine, en la compañía de algún amigo atrevido, etc., etc.

J. L., Congr.

Castigos ejemplares

Habiendo sido nombrado presidente de la República del Ecuador don Gabriel García Moreno, todo su afán desde los primeros momentos fué ahogar, en sangre si fuera preciso, los motines e insurrecciones militares que contra el nuevo presidente se tramaban, pues no todos veían bien las reformas que intentaba García Moreno en todos los Ministerios, donde había mucha gente que robaba el sueldo sin trabajar, ni era del gusto de muchos la entrada en el país de los religiosos.

Ocurrió por entonces que el general Ayarza, veterano de la Independencia, que vivía en Quito, ufano con su título y acostumbrado a los motines, reunió en torno suyo un grupo de descontentos para urdir una trama contra la autoridad. El presidente prende al revolucionario y lo lleva a un cuartel, en donde, como a un simple soldado, le hace dar un paso de baquetas.

—¡Fusiladme!—exclama el general Ayarza lívido de coraje—. ¡No se apalea a un general, a un veterano de la Independencia!

—No debe desperdiciarse pólvora para fusilar á un traidor—fué la contestación del inmutable García Moreno, para el cual no había grados ni jerarquías sociales en cuanto de traiciones se tratase.

J. P., Congr.

¿Sabe Vd. el catecismo?

Una de las principales obras de García Moreno durante su presidencia, fué la reforma de las carreras, bajo base religiosa. A tal fin reformó los cuarteles, en los cuales puso sacerdotes castrenses, que daban clases a los soldados, enseñándoles a leer y escribir, además de los sagrados ministerios. Reformó también la carrera de la magistratura, para dar buenos jueces y magistrados al país. Acerca de esta reforma se cuenta un caso curioso que pone de relieve la importancia dada por aquel gran presidente a los conocimientos religiosos.

En cierta ocasión, que presidía él mismo el Tribunal examinador del Doctorado, vió a un aspirante que contestaba muy bien a todas las preguntas del Tribunal: "Conoce usted perfectamente el decreto—le dijo García Moreno—; pero ¿sabe usted también el catecismo?". Y dirigió varias preguntas del mismo al aspirante, el cual quedó mudo. "Caballero—le dijo entonces con gravedad—, sois doctor, pero no ejerceréis vuestra profesión hasta que no hayáis aprendido la doctrina cristiana. Un magistrado, para administrar justicia, debe conocer ante todo la ley de Dios". Y le obligó a ir unos cuantos días al convento de Franciscanos a aprender lo que no sabía.

J. P., Congr.

Eso es educar

Cuando niño García Moreno, se dice que era tímido y pusilánime en extremo; las tormentas, la oscuridad y, sobre todo, los muertos, le helaban la sangre en las venas; mas el temple firme de su padre supo desvanecer aquellas pusilanimidades, preparándole y educándole de modo que supiera despreciar los vanos temores con que a veces se presentan las grandes empresas y nos impiden llevarlas a cabo.

Un día en que rugía el huracán, García Gómez encerró a su hijo, Gabriel, loco de terror, y lo dejó solo, a la intemperie, en un balcón, para que se acostumbrase a los bramidos de la tormenta y al estampido del trueno.

En otra ocasión yacía un cadáver en una sala solitaria. La noche era oscura y sólo unos fúnebres cirios rodeaban al muerto e iluminaban la triste habitación. Entonces, obedeciendo una orden terminante de su padre, tuvo que ir allí, pálido y desencajado de miedo, a encender una bujía en las velas del difunto.

Esta educación, junto a la instrucción sobre la historia del cristianismo y de las verdaderas virtudes, acabaron por formar aquella alma que más tarde no había de temer a nadie y lucharía hasta derramar la última gota de sangre por la causa más legítima: la del reinado social de Cristo.

P. J., Congr.



Núm. 180.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Julio de 1928

Acto heroico

Era el P. Antonio un celoso misionero que en 25 años consiguió la conversión de algunos miles de almas a la luz de nuestra verdadera Religión.

En cierta ocasión era perseguido por el jefe de una tribu india, sin más delito que ser contrario a sus supercherías, y se había refugiado en una mísera cabaña, situada en un bosque, de prodigiosa fertilidad, pues se hallaba surcado por un caudaloso río.

Estaba conversando amigablemente con el propietario de la cabaña, convertido por él al Cristianismo, cuando llega a sus oídos un ruido extraño; va el compañero del Padre hacia el lugar de donde procedía, y no tarda en aparecer de nuevo a su lado, aunque con marcado aire de contrariedad. Le advierte al Padre que en la otra orilla del río se encuentra un grupo de indios que vienen sin duda alguna en su persecución. Le anima a huir, pues uno de ellos ha sido arrojado de su caballo contra una roca, y está agonizando y esto le da tiempo para que pueda ponerse en salvo.

Inmediatamente llénase el corazón del misionero de una alegría sobrenatural y extraña; es que se le presenta ocasión de salvar un alma, aunque con riesgo de su vida. Pero ¿qué importa, se dice a sí mismo; acaso Jesucristo no derramó su sangre, mil veces más preciosa que la mía, por la salvación de mi alma? Con esta reflexión se animó el Padre a atravesar el río, sirviéndose de un puente construído con cañas indias. Grande fué el contento de sus enemigos que desesperaban de hallarle y se les venía a las manos; le dejaron acercarse al moribundo, a quien con maternal cariño le recuesta la cabeza sobre sus propios brazos, pronuncia a sus oídos palabras de consuelo, que a los pocos momentos dan por resultado el bautismo y salvación de aquella afortunada alma.

Han pasado 15 días, en una de las aldeas inmediatas al bosque, donde tuvo lugar este acto de heroicidad, obsérvase gran bullicio; columnas de humo interrumpidas por grandes llamaradas, elévanse a las nubes hasta confundirse con ellas; óyense gritos, con que aquellos salvajes dan a conocer su contento. Cesa de repente el griterío y aparece en la plaza la grotesca figura de un hombre con su cuerpo adornado por las más ridículas aunque valiosas chucherías; inclínanse todo los circunstantes, al mismo tiempo que este hombre, jefe de la tribu, cruza sus sanguinarios ojos, exaltados por continuas borracheras, con los del P. Antonio, que permanece atado a un tosco poste, próximo a una gran hoguera.

Avanzaban poco a poco las llamas hacia el invicto P. Antonio, que axfisiado no tardó en desplomarse. Poco después su alma coronada por la palma del martirio, iba a descansar y a gozar, como lo manifestaba bien a las claras aquel contento con que sufría y que tan desconcertados dejó a sus mismos atormentadores.

¡Y quién diría que hizo el Padre a aquellos desgraciados mayor bien muriendo que viviendo! Así fué, pues desde aquel día se notó no sé qué transformación y deseo de instruirse en la religión de aquel que habían visto morir con tanta entereza y alegría.

Así también nosotros, sufriendo, venceremos.

A. P., Congr.

Un ramo para el altar de la Virgen

Cuéntase de García Moreno este rasgo de celo, muy digno de ser conocido e imitado.

Tenía en la ciudad de Quito un amigo a quien apreciaba mucho, porque siempre le hablaba con las manos dispuestas y las arcas abiertas para fomentar todas las buenas obras del heroico Presidente del Ecuador. Oía Mi-

Universidad de Deusto
Biblioteca

en todas las fiestas, frecuentaba iglesias, hacía muchas limosnas; pero vivía siempre alejado de los Sacramentos.

Dióle García Moreno varios asaltos para llevarle a confesar y comulgar, pero no obtenía sino vagas promesas, que nunca se realizaban. En ocasión de celebrar el mes de mayo, resolvió hacer nuevas tentativas el Presidente, fiando el éxito a la intervención amorosa de la Virgen.

—Te advierto—le dijo un día García Moreno—que para fines de este mes de mayo, he ofrecido a Nuestra Señora llevarle como obsequio del mes de las flores un ramo que sea de verdadero precio; y cuento contigo para cumplir mi promesa.

—Podéis contar—le contestó el amigo—; ya sabéis que mi bolsa está siempre a vuestra disposición.

—Aceptado; pero no se trata de dinero, sino de otra cosa superior. He prometido a Nuestra Madre Santísima que te había de llevar conmigo a comulgar el último día de este mes; ya ves que sin ti no puedo llevar a la Virgen mi ramito de flores.

El amigo titubeó, y dijo:

—Eso, por ahora... Ya pensaremos cómo lo vamos a hacer. Un acto de tanta importancia pide mucha preparación.

—Alguna, sí, desde luego—le contestó García Moreno—; mas para eso te prevengo con algunos días de anticipación: digo que cuento contigo para el último día de este mes.

El amigo se retiró, no menos herido en su alma que edificado de la solicitud que mostraba el Presidente por su conversión a Dios.

El día 31 de mayo los fieles vieron, con inmenso regocijo, unidos en la Sagrada Mesa al Presidente y al amigo.

Entre los congregantes, ¿no hay ninguno que pueda llevar a los altares de la Virgen un ramito de flores semejantes?

L. C., Congr.

Atenerse a las consecuencias

El hecho es muy reciente. Un espléndido día de verano venía completamente lleno un tranvía eléctrico. Entre los viajeros viene un antiguo misionero de infieles. Un caballero bien trajeado y de voz potente comienza a despotricar contra las escandalosas modas: ¿el motivo?, una señora, que viene en uno de los departamentos del eléctrico: el misionero, embebido en la lectura de un libro, no se ocupa poco ni mucho de las diatribas del buen señor y ésto no le parece bien al tal señor, porque dirigiéndose al religioso le pide su parecer sobre el asunto. El religioso misionero de infieles le respondió con voz suave: "Señor, a mí eso no me llama la atención, pues he vivido muchos años entre salvajes y aquellos también andan casi desnudos".

No es para dicha la mirada que lanzó la "tal señora" al verse tratada con aquella verdad.

L. A., Congr.

Por lo menos eso

Un labrador que vivía en el pueblo donde yo veraneo, tenía un campo con muchos y hermosos árboles que le daban mucha ganancia; pero entre ellos había una encina vieja y hueca, que no daba fruto, por lo cual el labrador se dijo: ¿Para qué quiero esta encina que no me da bellotas?; ya es vieja, y me dará por lo menos leña; y diciendo esto, cogió un hacha y se dirigió al huerto con intención de cortar la vieja encina.

Llegado que hubo allí, se preparó para cortarla, y cuando dió el primer hachazo, como estaba hueca, hizo un gran boquete. ¡Cuál no sería su asombro al ver que de allí salía un prolongado zumbido y poco después algunas abejas, y observando algo más encontró en el interior de aquella encina despreciable panales de dulcísima miel!

Pocos frutos das, tú joven, con ser joven; poco te mortificas, verdad; para poco vales. Con todo, ama a la Sma. Virgen; dile que por Ella te vas a privar de alguna diversión peligrosa; de alguna compañía sospechosa; dile que nunca dejarás de rezarle por lo menos tres Ave Marías. Así cuando te corten como a la encina, cuando venga la muerte, encontrarán en ti algo que te haga valer, algo que te salve.

M. M., Congr.

Terrible lucha

La Mitología griega nos cuenta la épica lucha entre Hércules y Anteo.

El gigante Anteo, que era hijo de la Tierra, recibía sus fuerzas de ella y cada vez que caía al suelo se levantaba con mayor vigor.

Reinaba en Libia y obligaba a luchar con él a todo extranjero que cruzara su reino. Hércules, de paso para el Atlas, a donde se dirigía con el propósito de apoderarse de las manzanas del jardín de las Hespéridas, atravesaba la Libia, cuando se vió forzado por Anteo a pelear con él.

Terrible fué la primera acometida de aquellos dos formidables atletas. Se agarraron cuerpo a cuerpo y oprimidos entre sus brazos y puestos todos sus músculos en tensión, forcejearon con todo su cuerpo inundado de sudor, hasta que haciendo Hércules un sobrehumano esfuerzo logró derribar a tierra a Anteo.

Parecía que éste había quedado anonadado; pero se le vió incorporarse al momento y levantarse con viveza y vigor dispuesto a recomenzar la lucha.

Hércules, creyéndose ya vencedor, le dijo: Desiste de pelear conmigo. Te he demostrado que soy más fuerte.

No, contestóle Anteo; volvamos a combatir, que he de vencerte.

La segunda embestida fué aún más impetuosa y tremenda que la primera; pero también en ésta Hércules, con otro arranque de vigor, echó por tierra a su enemigo, el cual, aunque humillado y deshecho, no tardó en levantarse y arremeter fortalecido contra Hércules, que por tercera vez lo arrojó a tierra.

Anteo, sin embargo, volvió a levantarse rápidamente y dirigirse retador hacia su adversario; el cual nuevamente le previno: "Te he vencido por tercera vez. Renuncia a pelear conmigo".

No renuncio, replicó Anteo; ya ves que mis fuerzas no han decaído; he de combatir contigo, he de cansarte, vencerte y darte muerte.

Dicho lo cual se abalanzó contra Hércules.

Este, habiendo notado que su adversario, cada vez que tocaba la tierra cobraba nuevas fuerzas, adelantándose, le cogió por el cuerpo con sus poderosos brazos, le suspendió en el aire y le ciñó en tan formidable abrazo que Anteo, aunque al principio quiso pataleando tocar la tierra, no habiéndolo conseguido, quedó privado de respiración, su lengua se tiñó de sangre, tuvo un estremecimiento convulsivo y quedó inmóvil, con sus miembros inertes.

Aunque había expirado, lo sostuvo Hércules en el aire, no fuera que tocara la tierra y reviviera.

Esta es la historia de todos los hombres. Todos nos vemos forzados a luchar contra nuestro cuerpo; hay como dos hombres en nosotros.

Si en esta continua lucha le dejamos al cuerpo tocar la tierra; es decir, mirar lo que no conviene mirar, oir, complacerse, etc., etcétera, con lo que es bajo y sucio, estamos vencidos y muertos.

El mirar siempre arriba en las tentaciones, en las luchas, es magnífico remedio.

M. E., Congr.

¿Quién es más mono?

Cuentan los viajeros, que allá en las regiones del Africa Central, existe una especie de monos en tanto grado golosos que son víctimas de su misma glotonería. He aquí la artimaña de que los negros habitantes de esas regiones se sirven para cazarlos.

El maíz es el manjar predilecto de los golosos cuadrumanos, y bien saben los indios lo que tienen que hacer para que el estúpido animal caiga en el "garlito". En una vasija de barro, de cuello largo y estrecho, depositan un puñado de maíz, dejando la vasija como abandonada al pie de los árboles en que se refugian los monos. Estos al oler la golosina, bajan y ¡zas!, meten la mano en el cacharro, se apoderan del maíz y cuando ya se relamen de gusto, notan que no pueden sacar la mano si no abandonan la golosina, pues si el cuello de la vasija permite la entrada de la mano abierta, no es lo suficiente ancho para que se pueda sacar el puño cerrado. Y el mono antes que abandonar su presa prefiere quedar aprisionado, y caer en manos del hombre.

Pero no se crea que esta estupidez es exclusiva del mono, no; hay otro animal que teniendo inteligencia se deja cazar de la misma forma: el hombre.

El hombre al olor de una golosina, en busca de un placer, entra en el cine. Bien sabe él, que frecuentar este lugar y conservar la pureza es imposible, pero antes de abandonar ese placer, antes de dejar de recrearse con lo que le ponen ante los ojos, prefiere dejar su pureza y su alma en las garras del demonio.

¡Y luego nos reímos de la estupidez de ciertos monos!

A. M., Congr.

Anverso y reverso

Federico era muy goloso. Cierto día se vió en posesión de una peseta, y después de mucho pensar en qué invertirla, decidió gastarla en bombones. La noche siguiente tenía un dolor de vientre tal, que renegaba y gritaba de lo lindo por lo que su mamá llamó al médico; éste le recetó unas pastillas, las cuales tenían un sabor infernal, por lo cual le advirtió que después del sello tomase un dulce a fin de quitar el mal gusto de aquél. Cuando Federico se vió con el sello en una mano y el dulce en otra, no lo pensó bien, se comió el dulce, y luego... tuvo que tragarse el sello, con lo cual el mal gusto le duró en castigo a su golosina todo el día.

¡Cuánto de esto pasa en la vida, aun a personas mayores, por no haberse acostumbrado bien de pequeños; queremos primero lo dulce sin pensar que lo agradable es lo que daña y lo desagradable lo que conviene! De ahí se sigue indigestión segura, desazosiego, debilidad, anemia aun al mismo cuerpo, que no se mortifica.

F. P., Congr.

Un pequeño héroe

Un misionero presentaba al Sumo Pontífice León XIII, algunos negritos, uno de los cuales tenía un pie cortado.

—¿Qué has hecho?, le pregunta sonriendo el Pontífice. ¿Has tenido poco juicio, verdad?

Pero el niño responde con noble orgullo:

—¡Santidad!, no es juicio lo que me ha faltado. Quisieron obligarme a renunciar a la fe cristiana; me opuse enérgicamente a ello. Y en castigo me fué cortado el pie.

El Papa quiso oir la historia del pequeño héroe y después, llorando de emoción, le estrechó contra su pecho diciendo:

—¡Tengo la gran felicidad de abrazar a un mártir!

Por ahora nadie se meterá a hacernos renunciar a la fé; pero muchos, muchos, se afanarán por arrancarnos la virtud angélica, la pureza y más en vacaciones; malos compañeros, espectáculos peligrosos, vestidos a lo desnudo, etc., etc.

¡Que muera antes el cuerpo que el alma por el pecado mortal!

M. V., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Rasgos de respeto

Hallándose de paso en Quito, García Moreno, un pobre Capuchino fué a visitarlo y se llegó a él con el sombrero en la mano.

—Cúbrase, Padre, le dijo el Presidente, descubriéndose él mismo.

—Un pobre fraile, le contestó, no puede cubrirse delante del Presidente de la República.

—Padre, repuso García Moreno, poniéndole el sombrero en la cabeza, ¿qué es un jefe del Ecuador, en presencia de un sacerdote del Altísimo?

Y escuchó con profundo respeto al humilde hijo de San Francisco.

Vaya otro caso que prácticamente nos enseña ese mismo respeto al religioso.

El superior de una Orden religiosa en Quito, para evitar que anduviera cada semana un cuarto de hora de camino, se ofreció a enviarle su confesor:

—Padre, le respondió; el pecador es quien tiene que ir a buscar al juez: que el juez no ha de andar buscando al pecador.

B. A., Congr.

¡Vaya un valor!

El 19 de junio de 1862, un batallón de Arboleda, que en Colombia peleaba por la buena causa contra Mosquera, en una de sus evoluciones hubo de penetrar en terrenos del Ecuador. García Moreno, molestado al ver de aquel modo, sin previa autorización, violado su territorio, manda preparar el Ejército y quiere él mismo ir a la cabeza a castigar aquella falta. Mas unos días antes se había ocasionado una herida profunda en la pierna, la cual le impedía montar a caballo. A pesar del cuidado de los facultativos, la herida se enconó de tal manera que aquellos prescribieron al herido reposo absoluto durante largo tiempo. García Moreno propuso a los facultativos que le cauterizasen la herida, pero la operación pareció tan peligrosa a los médicos, que rehusaron aceptarla. García Moreno no se inmutó: mandó calentar al rojo un hierro y se lo aplicó él mismo sobre la llaga viva, con tanta serenidad como si se tratase de otra persona. Sin cicatrizarse la herida salvaba a caballo la distancia que le separaba de las fronteras. ¡Vaya un valor!

J. M. P., Congr.

Correspondencia abierta

Procesión en parte por el aire.

El día 30 de mayo fuí al Cerro de los Angeles, para asistir a la Misa de Comunión del señor Cardenal Primado. ¡Qué espectáculo tan emocionante cuando empezaron a evolucionar los aeroplanos durante la procesión, arrojando grandes cantidades de flores al Santísimo, y volando tan cerca de nuestras cabezas, que parecía les podíamos tocar con las manos: fué una fiesta devotísima!

I. A., Congr.

El mejor pararrayos.

El día 31 del mes pasado apareció espléndido, con un hermoso sol; pero el cielo varió de aspecto a eso de las nueve de la noche del mismo día. Estalla a esa hora una horrorosa tormenta con agua, truenos y frecuentes rayos; llegando a su mayor violencia a las diez y media, precisamente cuando, después de cenar, nos disponíamos a rezar el Santo Rosario, que no lo dejamos de rezar en familia ni un solo día.

Un estruendo, seguido de un temblor de la casa nos dejó atónitos a todos; era un rayo que había caído en la misma casa.

Aunque no hubo desgracia alguna, hizo bastante daño; chocó primeramente contra la pared, que le opuso resistencia, y abrió un agujero en ella, que es donde, a nuestro parecer, produjo un ruido como el de un arma de fuego, pero mucho más intenso. Como no pudo penetrar por la pared, fué a parar a un punto más débil, al balcón del camarote, por donde se introdujo, quemando un buen trozo de éste; de ahí pasó a la sala que está en el piso más bajo. Tanto en el balcón mencionado como en la sala, hizo destrozos. De la sala pasó al almacén, quemó el arco de la puerta y se fué a tierra, levantando una losa del almacén.

Yo no me apuré mucho, pues creo que estoy en gracia y comulgo diariamente.

Ya recibí Flores y Frutos.

C. B., Congr.

Catequista de catequistas.

Cumpliendo con lo que me aconseja usted en su carta, le diré que explico la Doctrina a los niños, que la saben bastante bien, aunque de carretilla; pues son muy pequeños.

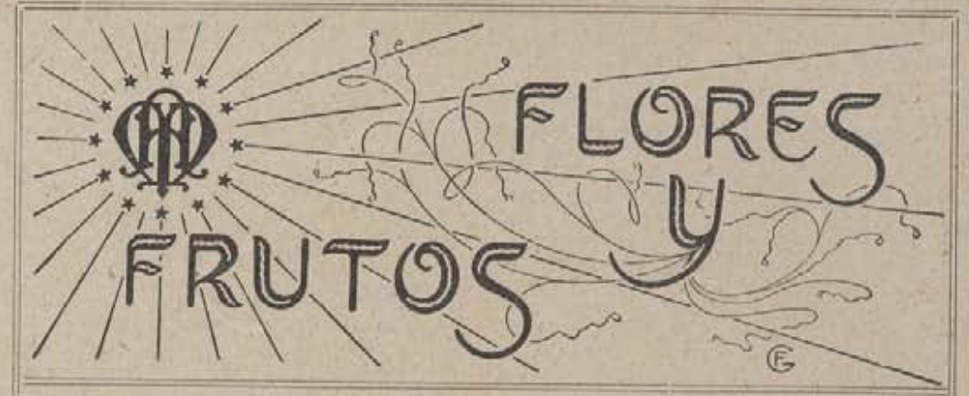
Sepa que he sido designado para nombrar entre los mayorcitos, catequistas. Hemos tenido oposiciones a catequistas; las han tomado con muchísimo interés. Les he calificado a mi manera.

C. B., Congr.

Este la entiende.

Este año tengo distintos amigos que el pasado; pues me he enterado que no son buenos, que dicen algunas palabras feas, y no he vuelto a arrimarme más a ellos.

A. U., Congr.



Núm. 181.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Agosto de 1928

El copo de nieve en verano

Una tarde oscura y fría de invierno, encapotado el cielo con grisáceo manto de nubes, me entretuve en contemplar a través del cristal de mi ventana el silencioso caer de la nevada. Abajo, charcos mal olientes de inmundo lodo, y arriba blanquísimos e inmaculados copos que, juguetones, balanceándose en la atmósfera como ligerísimas plumas a merced del viento, iban a posarse suavemente sin ruido ni golpe en el sucio fangal de la calle.

Y ¡qué tristes tragedias las que en pocos momentos contemplé aquella tarde! No bien tocaba tierra el copito de nieve, perdía por efecto del calor que irradiaba el suelo, su bellísima forma para convertirse en una gota de agua que iba a fundirse con el agua sucia recogida entre el barro.

Recuerdo que me vino entonces, sin querer, a la memoria un compañero mío de Congregación. Joven simpático, trabajador y fervoroso, tenía sobre todas las demás virtudes que le adornaban, la especialísima de conservar puro e inocente su cuerpo y su alma. Pero ¡ay! tuvo la desgracia de que se le juntaran en vacaciones ciertos amigos, cuya licencia y desenfreno le hicieron vacilar un poco al principio; mas no tardó en hacerse esta reflexión:

—"No tengo peligro. ¡Ellos conmigo serán lo que deben ser!"

¡Pobrecillo!, nunca lo hubiera dicho. Empezó por acomodarse un poco; siguió después aflojando más la cuerda y, finalmente, perdida la inocencia y la piedad, cometido el primer pecado, se convirtió en uno de tantos jóvenes desvergonzados, sin Dios ni ley, cuyo fin es la perdición eterna. Y todo esto en unos meses de vacaciones!

¡Acordémonos del copito de nieve, y escarmentemos en cabeza ajena.

M. V., Congr.

¡Fuera dientes!

Ignacito había visto muchas veces a sus compañeros de escuela recibir de manos del Misionero el cuerpo de Jesucristo, y se sentía triste, porque no le daba también a él la pastillita blanca que daba a sus amiguitos. Su mamá, muy buena cristiana, aunque se alegraba de que abrigara en su pequeño corazón deseos de recibir a Jesús, le decía que cuando cumpliera siete años, le llevaría al Padre misionero para que le preparara para la primera comunión.

Iba Ignacito un sábado a la escuela, que estaba junto a la Iglesia, y vió en el pórtico al sacerdote rezando el rosario; sin levantar sus ojos, acercósele tímidamente. Comprendió el Misionero en la mirada del niño que algo deseaba y le preguntó con amor: ¿Qué quieres, niño?

No se atrevía Ignacito a hablar, aturdido por hallarse sólo delante del Misionero de larga barba; y mientras con un dedo de su mano izquierda apretaba el labio inferior, y con la derecha estrujaba su blusita, le contestó: Quisiera que también a mí me dieras lo que das a mis amiguitos en la misa.

—¿Pero no ves, Ignacito, que eres muy pequeño, y tienes todavía los dientes de leche? Le hizo una caricia y le dejó marchar, y prosiguió su interrumpido rosario. No lo había aún acabado de rezar, cuando volvió de nuevo a hablarle el niño. Traía su boquita manchada de sangre, que procuraba limpiar con sus manos. Allá cerca, detrás de la tapia, se había sacado a golpes algunos de sus menudos dientes, para que el Padre no pudiera echarle en cara que era demasiado niño para comulgar; y más animoso que la vez primera, le dijo: Padre, ya no tengo dientes de leche; ya no soy demasiado pequeño para recibir a Jesús.

El sacerdote, al ver acto tan valiente, no pudo contener las lágrimas, y fué con el chinito a decir a su mamá que podría recibir su pri-

Universidad de Deusto
Biblioteca

mera comunión al día siguiente. Ignacito, vestidito de blanco, recibió el primero entre sus compañeros en la blanca hostia, al Amigo de los niños como Ignacito.

V. M. A., Congr.

Cogido en sus mismas redes

En cierta ocasión se encontró un hereje con un joven de quince años, bien instruído en nuestra santa religión. El malvado quiso probar que en Jesucristo no existía más que una sola naturaleza, y para tratar de probárselo, hizo que se metiese en una herrería que había allí al paso. Tomó dos pedazos de hierro, los metió en el fuego y, ya incandescentes, los juntó, haciendo de los dos uno. —Ves—dijo al joven—, estos pedazos de hierro están tan unidos que no se puede decir que hay dos, sino uno; pues lo mismo pasa con las dos naturalezas que componen la persona única de Jesucristo; están unidas de tal manera que se confunden en una y no se puede decir que haya dos.

—Muy bien—respondió el joven—; y si tuviéramos aquí ahora una barra de oro y otra de hierro, e hiciéramos la misma operación, de modo que formasen una sola barra, ¿podría usted afirmarme que toda ella es de oro o toda de hierro? Pues aunque usted lo afirmara, habría allí oro y habría allí hierro, aunque a la vista el oro hubiese desaparecido. Esto es indiscutible. En lo que sí consiento con usted es en que no hay más que una barra. Otro tanto sucede con las naturalezas de Jesucristo, perfectamente distintas, aunque esté como oculta la divinidad en una sola persona, divina. ¿Está usted?

Confundido el desgraciado hereje, no tuvo qué contestar.

Si no aprendemos bien el catecismo y gustamos de leer algún libro que nos lo explique, ¡cuántas veces nos veremos confundidos!

P. M., Congr.

El verdadero domador

Había una vez un monje que se quejaba todas las noches de las fatigas del día.

—¿Cuál es, pues, la causa de vuestras quejas?—le preguntó un día su Abad—. ¿Qué trabajo tan duro tenéis que tanto os cansa?

—¡Ay! Es un trabajo al que no bastarían mis fuerzas si Dios no me ayudase mucho: tengo dos halcones que vigilar, dos liebres que retener, dos gavilanes que adiestrar, un dragón que vencer, un león que combatir y un enfermo que cuidar.

—¡Qué cosas más raras me cuenta usted!

—No es tan raro, mi respetable Abad; es muy cierto. Los dos halcones son mis ojos, que tengo que guardar con cuidado para que no se fijen en lo que no deben; las dos liebres son mis pies, que tengo que retener para que no vayan por la senda del mal; los dos gavilanes son mis manos, que tengo que adiestrar al trabajo; el dragón es mi lengua, que tengo que vencer constantemente; el león, es mi corazón, al que tengo que combatir perpetuamente; y el enfermo es mi cuerpo, que tan pronto tiene sed como hambre, frío como calor, y que exige siempre algún cuidado.

Si un monje siente tantas dificultades, ¡cuántas más sentiremos nosotros en medio del mundo!

Con que ¡¡a ser gran domador!!

J. L., Congr.

Doble valor

Un teniente del regimiento de Dragones se distinguió por su heroísmo en el combate de la plaza de Verdún.

Al día siguiente fué citado en la orden por su valor. El general mandó formar a la tropa, y quitándose una de sus cruces, se la puso al joven oficial.

—¿Estáis satisfecho?—preguntó el general.

—Sí, mi general—contestó—. Aunque no merecía tanto.

—Esa distinción, ¿os honra más que cualquier otro distintivo?

—Perdonad, mi general; lo que más me honra—dijo el oficial desabrochándose la guerrera—es este crucifijo, que me colgó al cuello mi anciana madre cuando partí para el frente; sin él no hubiera tenido el valor que tuve.

El general, emocionado, le abrazó.

J. L., Congr.

¡Cuánto hay que hacer!

Un Padre Misionero, cautivo durante largo tiempo en África, logró al fin escaparse. En su fuga atravesó un día un campo en que, de trecho en trecho aparecían gruesas estacas clavadas en tierra, y a cada una de ellas, parecía haber algo atado. Picado de la curiosidad se acercó a examinar qué podría ser aquello; y vió aterrado, atado en cada estaca, un pobre esclavo de los prisioneros hechos días antes en la vecina tribú.

Entre ellos encontró algunos que estaban aún luchando con la muerte, mientras que otros habían ya sucumbido y eran presa de los buitres.

Era el sacrificio al dios Shango.

¡Qué necesidad hay de misioneros que vayan a deshacer estas tinieblas en que viven sumergidos tantos millares de almas, y les ayudemos con nuestras oraciones y limosnas!

J. V., Congr.

De las garras del león, al Cielo

Un misionero del África fué un día invitado a visitar un pueblo cercano. Para llegar a él subió río arriba con varios remeros. Quisieron éstos quedarse a dormir en la orilla, pero los que habitaban aquellas orillas les previnieron de la vecindad de un león, y de las desgracias

por él causadas; y les hicieron, por fin, ir a dormir en unas chozas escondidas entre rocas.

A media noche, gritos de espanto despiertan a todos: "El león ha entrado y se ha llevado a Makiza."

Cuando acudió el misionero, estaban todos subidos en los tejados. "Vamos a buscarle", dice animoso el Padre; pero nadie le sigue. Por fin, viendo al misionero decidido, se animaron y le acompañaron.

Dispararon unos tiros para alejar al león, y armados de sus fusiles y con faroles para alumbrar el camino, avanzaron poco a poco, mirando a todas partes. Al fin, después de mucho andar, hallaron un bulto; era el cuerpo de Makiza, sin conocimiento y con dos heridas mortales. Al oír el disparo y los gritos, el león, sin duda amedrentado, había huído dejando allí su presa.

Llevaron el herido a casa, y le hicieron recobrar el conocimiento. El Padre le instruyó en las verdades necesarias de la religión, en el misterio de la Santísima Trinidad, en Jesucristo, en la justicia y misericordia de Dios, le confesó, bautizó y al poco tiempo aquel pobre negro entraba en el cielo.

Después de esto, procuraron conciliar el sueño; pero al poco rato nuevos gritos volvieron a despertarles: "Ha entrado el león, y se ha llevado el cadáver de Makiza." Afortunadamente la noticia no era verdadera; pero la fiera andaba rondando la casa, empujando las paredes y pugnando por entrar. Al fin, la luz de la mañana ahuyentó al león.

Llevaron el cadáver a su pueblo, y al día siguiente vinieron los parientes a dar las gracias al Misionero: "Porque tú, decían, has arrancado el cuerpo de nuestro hijo de las garras del león."

Verdaderamente arrancó el cadáver de las garras del león; pero, sobre todo, arrancó su alma de las garras del león infernal. ¡Cuántas almas salvarían los misioneros si nosotros les ayudamos con nuestras oraciones!

J. V., Congr.

¡Vaya unos pimientos!

Vivíamos el verano pasado en una pequeña aldea enclavada en las estribaciones del macizo montañoso del Gorbea, donde quedábamos como incomunicados, todo el tiempo que allí duraba nuestra estancia, del resto de la provincia por aquellos elevados picos.

Yo no sé qué de particular tenía aquello para nosotros; si sería la tranquilidad del campo, o la libertad que allí gozábamos, o el carácter sumamente amable de aquellos caseros tan cristianos. Lo cierto es que aquello nos atraía; y allí acudíamos todos los veranos a recobrar nuevas energías con que empezar el curso.

En cuanto llegábamos, ya estaban obsequiándonos: uno decía que nos iba a mandar una docenita de huevos, el otro que un chico nos traería unos repollitos, éste que fuésemos a comer higos a su huerta, aquél que nos enviaría el primer chacolí. Y figuraos, yo estaba encantado, me metía por todas las huertas y nadie me decía nada; y si me decían algo era para que cogiese más peras y más manzanas, etcétera, etcétera.

Uno de estos caseros tenía en su huerta los mejores pimientos que allí había; y mi madre le dijo que nos mandase algunos de aquellos hermosos ejemplares. Y nos contestó: Ya lo creo, estoy deseando servirles en algo.

Pero pasó un día y otro día y los pimientos no llegaban.

Por fin, cuando ya nos íbamos a marchar, nos trajo media docena de ellos; pero ¡cuál sería nuestra sorpresa al ver que estaban todos ellos casi comidos por los gusanos! Mi madre, como era natural, se disgustó y se los devolvió, pues no nos servían para nada.

¡Cuántas mamás y papás hay como este aldeano! Cuando se les echa a perder el hijo y no pueden con él, entonces se lo quieren dar a Dios, cuando les estorba. ¡Bien merecido lo tienen!

J. M., Congr.

Correspondencia abierta

Un valiente, aunque pequeño.

Perdóneme haya tardado tanto en escribirle; pero me daba apuro de que no iba a saber hacerlo bien, y por eso me ponía y lo dejaba.

Por las mañanas voy a misa de siete y media, con papá, a San Bartolomé, que así se llama la iglesia de los PP. Jesuítas, que está cerca de nuestra casa.

A esa hora van también muchos congregantes de aquí.

Algunos días he ido con papá, o con algún empleado de casa, a Recajo, el campo de aviación; y me gusta, porque los oficiales aviadores nos enseñan todo lo de los aparatos y me explican lo que es cada una de las cosas, y también me quisieron subir en aeroplano; pero papá no me dió permiso. Ellos vuelan todas las mañanas sobre Logroño, y algunas veces tan bajos, que casi tocan los tejados. Cuando papá tiene que ir al Aeródromo, o manda algún empleado, estoy deseando que me dé permiso para ir yo con él, pues me gusta mucho.

V. M. L., Congr.

"Ecole libre" de primera.

Recibí su tarjeta con el FLORES Y FRUTOS; me llevé un alegrón de marca mayor, pero cuando leí aquello de "Ecole libre, etc... ", me he apresurado a contestarle en seguida, para que vea en qué "Ecole libre" estoy. Le diré que los maestros de estas escuelas se levantan a las cinco de la mañana, rezan sus oraciones, a las seis van a Misa y comulgan; antes y después de cada comida rezan algo, y por la tarde asisten a una función religiosa, como que son ellos religiosos de la Orden de los Hermanos de la Mennais. Eso de "libre" indica que sus colegios no siguen la norma de los del Gobierno, y si es que le disgusta tanto, en las señas no ponga "Ecole libre", que la carta lo mismo llegará.

Como ve, la Misa con la Comunión y el Rosario, no peligran en manera alguna.

De lo que dice de ese periódico francés, cuyo nombre no he podido descifrar, no lo leo;

Universidad de Deusto
Biblioteca

pues el único que entra en este colegio es "La Croix", y ni ése siquiera leo.

Con quien ando es con los Hermanos, y así no tengo el peligro de aprender franchuterías, como usted dice. De paso le digo que nos hemos reído no poco de sus temores.

I. M., Congr.

Excursionista en Navarra.

El domingo pasado hicimos una excursión a Huarte, un pueblecito que dista de aquí siete u ocho kilómetros, saliendo a pie a las ocho y media de la mañana, después de oír Misa en la Residencia.

En Huarte fué nuestra primera visita a la iglesia, donde se venera la imagen de la Virgen de la Blanca, en la que todos los congregantes cantamos.

Después, en la arboleda situada en la orilla del río, comimos; intentamos echar un globo, que se nos quemó al inflarlo.

A las dos y media o tres salimos de este lugar para dar la vuelta al Miravalles, un monte que tiene en su parte más alta una Cruz.

De allí fuimos a Burlada; acampamos en la orilla del río para merendar, y jugamos un gran rato. Después, caminico de Pamplona, a donde llegamos con toda felicidad. Entramos en la iglesia para dar gracias por haber hecho la excursión sin accidentes.

A. U., Congr.

Joven que nos honra.

Al fin hemos cumplido nuestro deseo: hemos pasado ocho buenísimos días en Lourdes, la ciudad de la Santísima Virgen. Hemos asistido al baño de los enfermos en el agua bendita de la Gruta, mientras afuera todos rezan para obtener la curación; a la procesión del Santísimo cuando cada enfermo recibe la bendición del Médico eternal; a la procesión de los faroles cuando, todo iluminado, no se oye otro suspiro que el ¡Ave, ave, ave, María!

A la presencia de tales espectáculos no se sabe si uno se encuentra ya en el cielo o pisa todavía la tierra.

En la cueva bendita recé por usted y por su Congregación, para que todos amen mucho a nuestra bendita Madre.

Hará cosa de un mes, el Canónigo, mi profesor de Historia y Geografía, me dijo, mirándome con compasión: "Los niños y estudiantes españoles son por lo general perezosos".

No hay que decir que me puse todo colorado y avergonzado. Con mi aplicación le estoy demostrando que todos no son así.

Los domingos y los jueves enseño el catecismo a los pobres niños españoles de Bouscat, con otro español, hermano del Padre López, misionero de Wuhú.

C. A., Congr.

Un dormilón diligente.

Creo que ya sabrá usted que estoy en casa de mis tíos y primos; es una familia muy buena.

Como ya saben que allí iba a Misa todos los días, me llaman temprano y voy a Misa. Excuso decirle que yo les agradezco mucho ésto, porque como soy algo dormilón, si no me llamaran, muchos días se me escaparía la Misa; así que esté usted tranquilo, Padre.

C. O., Congr.

Este no se aburre.

El domingo pasado hubo una fiesta en la muy bonita iglesia: la bendición de una estatua de Santa Teresita de Jesús; la ha regalado una señorita de aquí, que hizo promesa de que, si su madre salía bien de una operación, daría una estatua de Santa Teresita a la parroquia.

Hubo mucha gente; vinieron de Burdeos un Canónigo y un Sacerdote. Yo estuve en la primera Misa; comulgué y luego volví a Misa Mayor, que era en la que se bendecía la estatua.

Ahora sólo tengo un amigo, él estudiante de Cura, pero como se examina el 27 de éste, nos vemos muy poco.

Yo, como le dije, estoy preparando dos asignaturas de Bachiller, para septiembre; y gracias a eso; porque si no me aburriría soberanamente.

Por las tardes suelo ir a la iglesia con el catecismo explicado del Padre Arcos, S. J., que me dió usted hace dos años; estoy una media hora y me vuelvo tranquilamente.

Aquí cada año va menos gente a Misa los días de labor; solemos estar cuatro o cinco: dos o tres Hermanas de la Caridad, una señora y yo.

J. R. R., Congr.

Madrugan como los pájaros.

Por las mañanas solemos ir a Misa de las seis, que es la única que hay.

Desde el próximo domingo empieza el señor Cura a decir la misa a las tres de la mañana, pero nosotros no nos desanimamos por eso: estamos, como los pájaros, deseando que amanezca para ir a correrla.

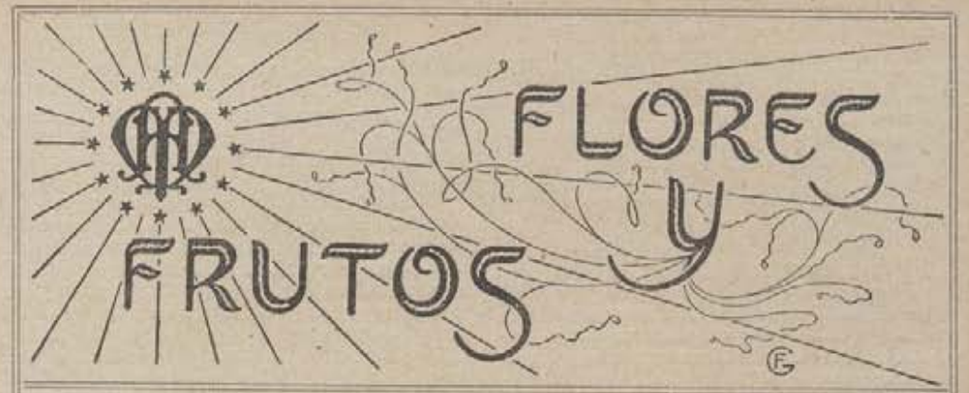
El día San Juan leyó el señor Cura en misa la licencia que el Obispo de esta diócesis da a los labradores de trabajar los domingos y días festivos, a excepción de las fiestas de San Pedro, Santiago y de la Asunción de la Virgen.

J. C. B., Congr.

Catequista modelo.

Uno de estos días empiezo a dar clase para enseñar a leer a un chico de los que en los pueblos llaman *pinches*, o sea que están sirviendo en casas de labranza para cuidar ganados y de otros menesteres, no saben ni la a, y tiene catorce años. Es digno de compasión y la tengo de él, pues tiene gran interés, y me dice que él sabría mucho catecismo si supiese leer como los demás chicos que van a la escuela. Ha hecho la Primera Comunión hace algunos meses, y no sabe más que el Señor mío Jesucristo, el Padrenuestro, Credo y Salve, y eso porque yo, poniendo todo mi empeño, he conseguido que aprenda, pues hasta ahora nadie le había hecho caso.

C. B., Congr.



Núm. 182.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Setiembre de 1928

¡¡Vaya un encuentro!!

Sucedió este hecho a principios de este año y en el Africa Oriental. Volvían a la casamisión, dos Hermanos Legos, misioneros de la Consolata, guiando un autocamión cargado de materiales de construcción.

Era al caer de la tarde, cuando dejadas ya a la espalda las estepas, el automóvil empezaba a remontar una colina. Sin poder antes darse cuenta, ni poder ahora volver atrás, pues hubiera aumentado el peligro, vieron ante sí los religiosos, atónitos y aterrados, siete hermosos leones echados a la larga en medio del camino.

Era forzoso seguir adelante y arrostrar el peligro, poniéndose en las manos de la Santísima Virgen. La aparición del auto hizo a las fieras levantar la cabeza, pero no abandonaron su puesto. Sólo cuando faltaban algunos metros de distancia, e intrigados por la extraña forma del aparato y el ruido del motor, los felinos abrieron calle, aunque tan estrecha que apenas podía el auto pasar sin rozarlos. De repente una leona, en vez de hacerse a un lado, comienza a avanzar en el mismo sentido del camión, obligando al chófer a disminuir la velocidad, pues a cada paso la bestia se paraba y volvía hacia atrás su cabeza como si admirara la audacia de aquella nueva fiera que se había atrevido a turbar su descanso.

Por fin se apartó la leona del camino y el camión, como si instantáneamente se hubiera sentido libre de cadenas que le aprisionaran, arrancó a toda velocidad, sin ceremonias ni cortesías.

¿Os imagináis lo que hubiera ocurrido si el motor del camión se hubiera parado cuando éste estaba en medio de los leones? Pues ¿qué no le ocurrirá al joven si en medio de los peligros y tentaciones deja parar el motor de la devoción a la Sma. Virgen? ¡Se lucía! En el menor peligro, sobre todo de la pureza, invocaré a mi Madre.

R. A. G., Congr.

¡Este es valiente!

No me acuerdo si fué a fines de febrero o primeros de marzo de 1925, pero sí puedo asegurar que ocurrió en Albania, en un pueblecito llamado Ibak.

Vivía allí con su madre un niño cristiano; a su sombra y cuidado se deslizaba la niñez de éste, alegre y risueña. Pero un día le faltó este sostén: murió la madre y el niño fué prohijado por un tío suyo, mahometano.

El niño siguió, a pesar del cambio, ejercitando sus prácticas cristianas con exacta fidelidad; sin que hicieran mella en su ánimo las reprensiones y castigos de su impío tío.

Un día tuvo éste una inspiración diabólica: le hizo ventajosísimas proposiciones si apostataba de su religión y abrazaba la mahometana; pero el niño no cedió. Desde entonces fué frecuentemente hasta acoceado por su inhumano tío; no se contaban los bofetones. Aquel trato tan bárbaro fué consumiendo la vida del héroe cristiano.

—¡Madre mía!, exclamaba el niño en su soledad levantando en alto sus bracitos cubiertos de golpes y cardenales, ¡sed mi sostén y fortaleza!

El tierno niño arrastraba ya una vida lánguida y enfermiza; su rostro había perdido el color sano y rojizo: sus labios languidecían...

Llegó por fin el día en que su tío intentó el último ataque: tomó en sus manos un Crucifijo y lo dió a su sobrino, mandándole lo escupiese. Este lo tomó en sus manos y estampando en sus llagas un ardiente y amoroso beso, exclamó:

—¡Jesús, para Vos mi alma, mi corazón y mi vida!

Ya no pudo más el malvado mahometano y cargando un revólver descargó dos tiros sobre la sien del bienaventurado niño, que cayó al suelo abrazado a su cruz y esmaltándola con su sangre.

Dió de pronto unos leves suspiros, besó

Universidad de Deusto Biblioteca

por última vez la cruz y en medio de una bocanada de sangre expiraba aquel niño, leve y tierno por sus formas, pero robusto por su entereza de mártir y por su fortaleza de admirable atleta de la fé de Cristo.

Quién como él, ¿verdad?

Entonces, ¿por qué te pones tan fácilmente en peligro de pecar gravemente?

R. A. G., Congr.

La herocidad de Codro

Entre los Dorios que moraban en el Peloponeso y los Atenienses, existían viejas enemistades, que acabaron por encender la guerra entre ambos pueblos. Los Dorios la prepararon devastando los campos del enemigo y tomando la ciudad de Atenas, de donde recibían el nombre de Atenienses.

Ya antes de comenzar, habían los mismos Dorios consultado al oráculo de Delfos, sobre el éxito de la guerra. Los legados que fueron enviados al efecto al templo de Apolo, volvieron con la noticia de que sería vencedor aquel pueblo cuyo rey fuera muerto por los enemigos.

Tan pronto como se supo esto por los jefes del ejército, dijeron inmediatamente a los soldados que no matasen al rey de los Atenienses en la batalla, ya que de ello dependía el buen éxito de aquella guerra.

Este rey, que se llamaba Codro, era varón, como lo veremos, valeroso; al cual había sido también anunciada la respuesta del oráculo. Desde el mismo momento en que le fué notificada, no pensó más que en librar a su querida patria del peligro de la guerra y preparar con su muerte la victoria de los Atenienses.

El ejército enemigo había levantado sus campamentos en Atica, desde donde pensaban comenzar el ataque; y allí determinó dirigirse aquel valiente rey, cambiando antes sus regias vestiduras por otras destrozadas, y se dirigió hacia los Dorios, cargado con un haz de leña, como si fuese un esclavo. Una vez de haber llegado al campamento, quiso con palabras y obras excitar contra sí la ira de los soldados; y al efecto, dió muerte a uno de ellos. Visto lo cual por los otros compañeros, se lanzaron furiosos sobre él y le despedazaron.

Con esta muerte voluntaria, Codro libertó a la República de los Atenienses de un grave peligro; pues cuando éstos pidieron a los Dorios el cadáver del rey, recordaron la respuesta del oráculo y desesperaron de la victoria, y sin derramar más sangre que la de aquel héroe, volvieron de Atica al Peloponeso.

Al oír este ejemplo nos acordamos de Jesús. ¡Cuánto más hizo por nosotros! Para salvarnos le hubiera bastado cualquier ofrecimiento a su Eterno Padre, y para demostrarnos más su amor, hizo, lo que nunca le pagaremos lo bastante, aunque todo en nosotros fuera amor y sacrificio.

Y ¡qué le damos! Muchas veces no queremos mortificarnos en nada ni para recibirle a El mismo en la Comunión.

A. M., Congr.

Castigo de un blasfemo

Habiendo roto los calvinistas las relaciones con Luis XIII de Francia, decidieron hacer también la guerra contra las colonias francesas del Canadá con el fin de apoderarse del comercio de pieles que estas colonias sostenían con Europa.

Uno tras otro fueron cayendo los fuertes franceses en poder del almirante Kerkt, acérrimo secuaz de Calvino, que iba al frente de una flota compuesta de 18 navíos. Quebec fué el que le opuso más resistencia: el hambre, sin embargo, y la falta de municiones le obligaron a capitular.

Una de las condiciones con que lo hizo fué la de permitirse tanto a los misioneros, jesuítas y franciscanos, como a los colonos franceses, el regreso a su patria.

A fines de julio de 1629 se encontraban ya todos reunidos en Tadoussac, dispuestos a partir. Estaba allí, además del almirante, el vicealmirante Jacobo Miguel, cuyo satánico odio a los jesuítas era bien conocido. Encarándose éste con el Padre Brebeuf (jesuíta que luego fué martirizado en 1649, y recientemente beatificado), le preguntó qué era lo que había venido a hacer al Canadá.

—"He venido a procurar la conversión de los indios", respondió con entereza el misionero.

—"¿De veras?, contestó Miguel. Decid más bien que habéis venido a despojar a los indios de sus pieles de castor, que no a salvar sus almas, como falsamente decís."

La injuria no podía quedar sin réplica por parte del Padre, y allí, en presencia de todos, le dió un solemne mentís.

La ira ya ciega del calvinista acabó de exasperarse. Levantándose de su asiento fuera de sí y furioso, exclamó: "Si no me contuviera el respeto que debo a mi almirante, hubierais sentido la fuerza de mi mano en vuestro despreciable rostro..." y continuó lanzando maldiciones y blasfemias contra Dios Nuestro Señor y San Ignacio, y añadió: "Sí; que me ahorquen si dejo pasar el día de mañana sin dar una bofetada a este jesuíta".

Al día siguiente, sin embargo, convidado por sus amigos a ahogar la cólera con vino, se excedió tanto en la bebida, que perdió el conocimiento, y dos días después murió sin haberlo recobrado.

Se le hicieron funerales y fué sepultado en Tadoussac.

Tres años más tarde, el Padre Le Jeune, de vuelta de Francia, se detuvo un día ante la tumba del renegado, y dos salvajes que se le acercaron, le explicaron lo que se había hecho del cuerpo de aquel miserable. "No está aquí, le dijeron, lo desenterraron, lo ahorcaron según sus imprecaciones, y luego lo arrojaron a los perros."

Más tarde o más temprano, el que la hace la paga. Con estos ejemplos aumenta en mí muchísimo el temor salvador de Dios.

R. G., Congr.

Médico de alma y cuerpo

Recamier, médico de reyes y de fama mundial, era tan buen cristiano como sabio.

Al terminar un día sus oraciones, que solía hacer en familia, añadió tres Ave Marías por la conversión de un enfermo a quien visitaba, obstinado en rechazar los Santos Sacramentos. Al terminar, fuera casual o providencialmente, saltó la cuerda de su reloj dando un chirrido tan agudo que, alarmado uno de los presentes—¿Qué sucede?—exclamó.

—Es el demonio que huye—contestó alegremente el doctor.

Al visitar a su enfermo a la mañana siguiente, lo encuentra sentado en un sillón, animadísimo, mientras exclamaba al verle entrar: Acérquese, acérquese, doctor, soy feliz desde que hice las paces con Aquel su Gran Amigo. Abráceme usted.

Recamier pide datos. El mismo enfermo, le dicen, pidió los Sacramentos, rompiendo con la obstinación antigua; con ellos llegaron la satisfacción, el bienestar, la mejoría...

Pero nueva providencia del Señor: a los pocos minutos, presente aún Recamier, el enfermo, con la sonrisa de agradecimiento en los labios, dió un suspiro, y con él su alma, ya limpia, voló a su Criador.

Admirado el doctor de tan extraordinario y nuevo caso, pregunta la hora en que el enfermo pidió al sacerdote.

A las nueve y media—le respondieron.

Saca el reloj, le mira y exclama vivamente: Gracias, Madre mía, Vos le habéis salvado. Era la hora en que al terminar las tres Ave Marías por el enfermo, se había roto el reloj, que estaba aún parado.

Así premia la Virgen a los que en Ella ponen su confianza.

E. P., Congr.

Correspondencia abierta

Así se contesta.

Estaba yo jugando con mi amigo, que es un chico muy bueno, cuando se nos acercó otro no muy recomendable, de quien era condiscípulo mi amigo. Las primeras palabras que nos soltó fueron: ¡Qué hay, curillas!

Para servirle a usted, estamos, señor marqués, le contestó mi amigo; y así siguió la conversación hablando de cosas de deportes.

Pero, como dice el refrán, "El pez siempre tiende al agua", y nuestro "pegote" empezó a decir que los curas eran *esto*, que los curas eran lo *otro;* y hasta nos dijo, que él conocía a muchos curas malos, y que todos eran malos.

Yo me dispuse a contestarle y le dije: Pues mira, yo conozco a una familia, en la que el padre es ladrón, borracho y otras cosas por el estilo; y en consecuencia, según tu teoría, aunque yo no conozco a los hijos, ni a la madre, te aseguro que son más pillos que el padre, y su esposa mucho más, su suegra no tiene comparación. En resumen, si en una familia un miembro sale malo, toda la familia es mala, ¿no es eso?

El pobre, con la cabeza agachada, movía las piedritas con la punta de los pies; pero yo quería urgirle más y le dije: Cómo se comprende que fuera verdad que todos los curas son malos, como tú dices, cuando son tantos los que dejan su familia para ser martirizados en Méjico, asesinados en China, muertos por una serpiente en el Indostán, leprosos por la caridad en Madagascar, y de otros mil modos que te podía citar?

Entonces agachó las orejas y se marchó lleno de vergüenza; y nosotros seguimos nuestra conversación, sin miedo de que nos viniese a decir más sandeces. Yo estoy muy bien de salud de alma y cuerpo.

M. O., Congr.

Aún hay almas buenas.

En esta pequeña aldea de 200 habitantes, tenemos a nuestra mayor bienhechora, que, no contenta con enviar a la Escuela Apostólica 1.000 y 2.000 francos todos los meses, ha querido recibirnos ahora en su propia casa. Para nosotros esta señora es la Providencia visible. Toda la aldea le pertenece y casi todos los habitantes son criados suyos. Ha hecho construir una gran iglesia, que es la parroquia. El Padre Director hace ahora, durante las vacaciones, de párroco. Aquí no hay más misas que cuando un Padre o un sacerdote está de paso.

Aunque estamos en Francia, vemos con sorpresa y agrado que esta gente tiene aún fe; asisten muchos a las funciones de iglesia.

Hemos hecho varias novenas para obtener vocaciones; pero ¡qué pocas hay! Ahora tan solo somos 14 apostólicos, cuando antes había 70 y 80.

C. A., Congr.

Costumbres francesas.

El primer viernes creía yo que la iglesia estaría llena, pero cual fué mi sorpresa al ver que sólo comulgamos cinco. No hubo misa, pues el cura salió en bicicleta para otro pueblo. Los domingos hay misa cantada a las diez, en la cual pasan una bandeja y se echa dinero; luego bendicen unas galletas, y cada uno coge una, se santigua y luego se la come.

L. S., Congr.

Agradecido y aprovechado.

Recibí su carta y también la novela, que me gustó mucho, y por la cual le doy muchas gracias. En casa la han leído todos y voy a prestarla a mis amigos para que la lean y ver si se animan a hacerse misioneros, que a mí me ha dado mucho ánimo.

El otro día salvamos a un pobre náufrago; estábamos paseando en bote cuando oímos los gritos de socorro, y allá fuimos, y entre mis compañeros y yo le sacamos.

R. A., Congr.

¿Por qué no seré yo como éste?

Después de comer suelo leer la *Imitación de Cristo.* Por lo general, vuelvo muy pronto a casa, a las ocho y media. Figúrese usted ¡qué sacrificio cuando ningún amigo se retira has-

Universidad de Deusto
Biblioteca

ta mucho más tarde! Los amigos que tengo son buenos.

Respecto al catecismo, lo repaso y hago repasar a todos mis hermanos, que van conmigo a misa todos los días.

C. A., Congr.

¿¡Fregonas en la iglesia!?

Recibí su carta con el FLORES Y FRUTOS y una estampa del Padre Pró, que le agradezco infinitamente.

El cura de aquí sigue como de costumbre: el domingo pasado despachó a tres chicas de la iglesia, por no llevar mangas. ¡Cuidado que son tercas!

J. R. R., Congr.

Robo sacrílego.

El día 30 de julio, por la noche, entraron ladrones en esta iglesia de Arcachon, por la puerta de la Sacristía; forzaron la cerraja, entraron en la Sacristía, se llevaron una caja llena de copones, cálices, custodias, etc..

Encontraron en la Sacristía todas las llaves y abrieron todas las cajas de hierro de limosnas, y las que no abrieron con las llaves las forzaron. Tiraron el Tabernáculo y las Sagradas Formas por el suelo. Robaron todo el dinero que encontraron y hasta una bicicleta de un sacerdote que estaba en la Sacristía.

Los copones, custodias, cálices y Sagradas Formas han sido, en parte, encontrados en la carretera caídos, y no sé si habrán robado algunos brillantes de la custodia. Si no robaron la gran caja en la cual está casi todo el dinero de la iglesia, fué porque no la vieron.

Se marcharon en automóvil, pero ninguno de los que viven por allí cerca de la iglesia les vieron. Solamente una mujer sintió ruido, como el de un automóvil.

Cuál sería el asombro del señor párroco y del sacristán al encontrar la puerta de la Sacristía abierta; y los libros de la iglesia y todos los ornamentos por el suelo, y al darse cuenta de la falta de los copones, de las cajas de limosnas, abiertas y rotas.

Se comprende que el robo fué muy premeditado y por lo mismo, más culpable. ¡Cuánto infame y desgraciado!

M. E., Congr.,

Este año es reverso.

Lo más notable de estas fiestas es la *Batalla de Flores*, que tiene mucha fama; tanto que el año pasado vinieron en más de mil autos a verla; pero este año es el reverso, pues aquí hay tifus, y lo han exagerado tanto que ha habido gente que al pasar en sus autos han cerrado las ventanillas y hasta bajado las cortinillas y ni respiraban al pasar; ha habido 120 casos y siete muertos. La playa es enorme, tiene cinco kilómetros y es muy ancha; pero este año está muy poco animada.

E. A., Congr.

Dios este año les azota.

Como le dice mi primo, este pueblo está completamente desolado; pero esté sin cuidado, pues nosotros estamos seguros, vivimos fuera del pueblo, y, además, nos dieron tres inyecciones contra el tifus; por lo que pasamos los primeros días con fiebre.

El pueblo está muy atrasado, tanto material como espiritualmente, pues llegaron hasta a expulsar de él a las monjas. No está mal que Dios ahora les azote.

R. V., Congr.

Estudia y repica campanas.

Tengo que estudiar mucho; a ver si apruebo en septiembre; así que le suplico, Padre, pida mucho a la Santísima Virgen por mí. Por las tardes vamos a la playa o me quedo jugando a la pelota, y cuando hay que tocar campanas, y, sobre todo, si es repique general, allí estamos varios amigos muy contentos. Tengo buenos amigos.

Y. A., Congr.

Costumbres antiguas.

El día pasado asistí a una procesión muy bonita: salimos a las ocho y media por un monte muy grande desde Sopelana hasta Urdúliz. La ermita pertenece a los dos pueblos; y primero se celebró la misa de Sopelana, y no entró nadie de Urdúliz; después entraron sólo los de Urdúliz.

Cada pueblo se colocó en el monte en el lugar que le correspondía, y en unas mesas muy grandes sirvió el Ayuntamiento a los que fuimos a la procesión, galletas y vino blanco con limonada.

E. B., Congr.

Bonito sitio de verano.

Ya estoy en Lourdes, donde voy a pasar todo el verano. Esto es de lo más hermoso que he visto; enfermos llenos de fé, milagrosamente curados. Aunque tenga usted muchas tarjetas de Lourdes, le mando esa.

Por la mañana, voy todos los días a oir misa y comulgar en la gruta; desayuno, y me voy a pascar un poco, hasta la hora de comer. Después escribo algo, preparo algunas lecciones, etc., y voy al monte; y, cuando acabo de cenar voy a ver la procesión de las antorchas.

No se olvide de mandarme FLORES Y FRUTOS de este mes.

I. M., Congr.

Este ¡qué bien lo ha aprovechado!

Ya he sabido que algunos no le han escrito todavía, y ni dado gracias por el librito que nos mandó.

Le aseguro, Padre, que yo, como nos indicó, lo he leído y releído despacio, y he anotado, en el impreso, lo que más me ha impresionado.

Ahora comprendo cómo los misioneros están tan contentos en sus Misiones, y que no se encuentren bien cuando vuelven a Europa en medio de estas comodidades; claro está como ya han experimentado lo dulce que es Dios para los que lo dejan todo por El, todo esto les parece desabrido.

F. G., Congr.



Núm. 183.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Octubre de 1928

"Bego oña—quieto aquí"

Allá, en aquellos tiempos en que los musulmanes asolaban España, un pastorcito que guardaba los pocos animales que constituían la hacienda de su familia, notó que de las robustas ramas, cubiertas de hojas, de una encina, salía una luz intensísima, que envolvía al árbol y sus alrededores en una claridad deslumbrante.

Acercóse para ver qué cosa podía producir aquella luz, y vió que ésta emanaba de una imagen representando a una señora de rostro bello, con hermosura celestial y que llevaba en su regazo a un niño precioso.

Al principio nuestro pastorcito creyó estar soñando; pero, al convencerse de que lo que antes creía sueño era una consoladora realidad, corre al pueblo; y se esparce en seguida la voz de que en el encinal de Artagan, se ha aparecido, llevando a su hijo en los brazos, la Madre de Dios.

Todos, así hombres como mujeres, corrieron a ver a la milagrosa imagen y decidieron edificar en su honor un pequeño templo, donde venerarla y amarla; pero como el sitio en que la imagen había sido hallada, era muy escaboroso, decidieron construir la iglesia un poco más arriba, y cerca del camino a donde sería más fácil acarrear los materiales.

En efecto, allí los reunieron; pero al día siguiente, cuando quisieron comenzar las obras, se encontraron con que habían desaparecido y se hallaban debajo de la encina en que la Virgen se había manifestado. Volvieron a llevar los materiales al camino, pero éstos, transportados por una fuerza divina, se hallaron a los pies de la Celestial Princesa.

Y cuál no sería la sorpresa de los creyentes labriegos cuando al ir a trasladarlos por segunda vez y con ellos la imagen, oyeron que les decía en su milenaria lengua: "Bego oña", quieto aquí. Entonces conocieron que la voluntad de la Virgen era que se le edificara el templo en el mismo sitio en que se hallaba, y que ésta había sido la causa del traslado de los materiales.

Edificada en aquel lugar una pequeña ermita, más tarde fué sustituida por un amplio templo, que habiéndose destruído fué sustituído por el actual, a principios del siglo XVI.

Este santuario que ha tomado el nombre de las palabras que la Virgen pronunció, es el mismo que dominando desde su altura Bilbao y Vizcaya entera, nos protege visiblemente: es el Santuario de Begoña y la imagen que contiene, y que es aquella imagen milagrosa hallada por el feliz pastorcillo en el encinal de Artagan, es la Virgen de Begoña, que ha merecido por su manifiesta protección a los hijos de este religioso suelo ser nombrada Patrona de Vizcaya.

E. M., Congr.

Ejemplo que templa

Un joven católico armenio, de 22 años, vivía en la ciudad de Constantinopla, el año 1710. Este joven, por una torpe apuesta que hizo con sus compañeros de estudio en el juego, se embriagaba por primera vez en su vida. Sus malvados compañeros aprovecharon el estado de embriaguez de nuestro joven para obligarle a dar su nombre a la religión de Mahoma.

Cuando cesó el atontamiento, y los sentidos volvieron a su ordinario estado, se sintió movido de un profundo arrepentimiento; pero inútil, porque la idea de haber profesado seguir a Mahoma y la turbación que ésto le producía, le impidió imponerse a sí mismo y volver atrás.

La pena y el remordimiento de acción tan infame le atormentaron durante dos me-

Universidad de Deusto
Biblioteca

ses. Por fin, no pudiendo resistir más tanta angustia, determinó acudir al misionero católico y pedirle humildemente remedio. Así lo hizo, y el misionero, habiendo examinado al joven, le aconsejó que fuese a otro sitio donde libremente pudiese hacer vida de católico. No satisfizo al joven esta resolución porque con ella no conseguía reparar el escándalo dado, pues gran parte de Constantinopla había sido testigo de su apostasía; quería ahora que toda ella fuese testigo de su penitencia; creía un deber suyo dejar la vestimenta turca, para que, mirado desde entonces como desertor del mahometismo, le diesen la muerte; solo así creía que quedaría convenientemente reparado el pasado escándalo.

A pesar de que el misionero le proponía otros medios más suaves para la reparación, persistió él en su dictamen. Se confesó y recibió la Sagrada Comunión de manos del Padre, y, fortalecido de esta manera, salió de casa del misionero con el mismo traje de armenio que había traído. De allí se encaminó directamente a una plaza, en la que solían concurrir los comerciantes. Contó a los católicos armenios, que allí vendían su resolución, y les pidió que por favor le perdonasen lo que les debía. Consoladísimos al ver el triunfo de la gracia en aquella alma, no sólo le perdonaron, sino que se comprometieron a pagar algunas otras deudas que tenía contraídas con no-católicos.

Los comerciantes turcos que le conocían, unos por razón de amistad, otros por compasión, emplearon toda clase de argumentos para convencerlo a renunciar a su deseo, o, por lo menos, a ocultarlo.

El joven les respondía con resolución noble y varonil que el mayor bien que podía desear era dar su vida por la religión que había tenido la desgracia de abandonar.

Pasaron entonces algunos soldados por aquel lugar y al oír estas palabras, le dieron cinco palos en la cabeza y le arrastraron a la cárcel. Entró en ella transportado de alegría, lo cual llenó de admiración a los encarcelados. Comenzó de rodillas a hacer oración y prosiguió así hasta la noche.

A la mañana siguiente varios turcos le visitaron y renovaron sus promesas y amenazas para hacerle cambiar de resolución; pero nada sacaron en limpio. En vista de esto, el guarda de la cárcel le hizo llevar a la presencia del gran visir.

Este ministro, enternecido por la juventud y amable aspecto del joven, le ofreció, si mudaba sus sentimientos, algunos empleos con buena pensión. Nuestro joven despreció sus ofertas; le dijo que su favor y los bienes que le prometía no le librarían de las penas eternas que consigue todo el que muere fuera de la Iglesia católica.

El visir tomó entonces tono de imperio y le amenazó con la muerte si no cedía.

Esta es la única gracia que yo le pido, respondió el joven, y la corona de más gloria con que me pueden coronar en este mundo.

El ministro mandó entonces que le cortasen la cabeza y fué conducido al lugar del suplicio.

Iba camino del suplicio, cuando tropezó con el gran sultán que entonces precisamente salía de su palacio. Cruzó unas palabras con el jefe de la guardia que conducía a nuestro joven armenio. Tras breves instantes se acercaron los dos al preso y el gran sultán le hizo, en nombre del Príncipe, más halagüeñas promesas que las que antes había recibido del visir.

Otra vez confesó valientemente a Jesucristo en presencia del Sultán, y cargado de cadenas como estaba, sacó su rosario y fué rezándolo durante el trayecto.

Llegó por fin a la gran puerta del palacio, lugar designado para el suplicio. Se hincó allí de rodillas, hizo la señal de la cruz y, volviendo sus ojos al cielo sin mostrar la menor emoción, recibió un solo golpe, que separó el tallo de la flor, la cabeza del cuerpo del mártir.

Como era costumbre, su cuerpo quedó en el camino, a la vista de los transeuntes; y los católicos fueron a rendirle honores de mártir y les fué permitido, por algo de dinero, recoger su sangre en esponjas.

La muerte, lejos de desfigurar su aspecto, le dejó más hermoso, lo cual sorprendió a los turcos.

Como en semejantes ocasiones sucedía, debía quedar por tres días en el camino, pero los mercaderes de Argura, sus compatriotas, compraron el permiso para retirarlo, y al segundo día le condujeron en triunfo al cementerio. La gran muchedumbre de gente que le acompañaba, se esforzaba y querían a porfía besarle los pies y tocar varios objetos en el santo cuerpo. Su cabeza se conservó secretamente para conducirla después a Argura.

S. M., Congr.

¡Cuántas monas hay como esta!

Se cuenta que caminaba en cierta ocasión por la opulenta Atenas un mono viejo y chato; detúvose al pasar ante una estatua de Minerva, labrada preciosamente, cual nunca salió de las manos de un artífice.

Quedóse el mono delante de aquella estatua como quien ve visiones, con la boca abierta. Después de estar así un rato, como formando el juicio de la escultura, lanzó una necia carcajada y exclamó: "¡Qué fealdad más horrible la de esta escultura, pues nada tiene de mona!".

Valiente salida, me diréis; pero decidme: ¿no es esto lo que con la misma sinrazón de este mono suelen deciros muchas veces esos amigotes que frecuentan cines y teatros, al oíros hablar de Misa y Comunión? ¿Acaso te diviertes algo en Misa? Yo nada me divierto.

I. I., Congr.

Honradez bien honrada

En 1728. Tcing-Tai pasaba de la provincia china de Chensi a Mong-Tsing para comprar en mejores condiciones lo que requería su negocio. Llevaba consigo una bolsa con ciento cincuenta onzas de plata, cuando, sin darse cuenta, al pasar por un mal camino de la montaña Song-Kia, dejó caer la bolsa.

A la mañana siguiente, Chi-Jeon, humilde labrador y vecino del pueblo, que hacía el mismo camino para ir a labrar sus tierras, encontró la bolsa. La recogió, pero, muy ajeno a toda avaricia, determinó ponerla cuanto antes en manos de su dueño. Todo el día le buscó con diligencia, y no hay que olvidar que esto suponía en Chi-Jeon un gran sacrificio, puesto que vivía sólo del campo. Con todo, gustosísimo, mermó su ganancia, con tal de consolar al desgraciado que perdió su dinero. Mas todo en vano; nadie reclamó el hallazgo.

Chi-Jeon, entrada ya la noche, volvió a su casa, mostró a su mujer la bolsa y le contó lo sucedido. Ella, que había oído en silencio el relato, dijo con resolución: Mira, ya sabes que ni la bolsa ni el dinero quedarán en nuestra casa, porque no son nuestros; más vale que vivamos en la miseria que gozar de bienes ajenos. Muy bien has hecho en buscar al dueño todo el día, y mañana hazlo de nuevo y entrégale lo que es suyo.

Tcing-Tai por su parte había llegado al fin de su viaje. Lleno de espanto se apercibió que por ningún lado aparecía la bolsa. Inútil era ya salir a buscarla, porque ignoraba dónde pudiera habérsele caído. Una idea le vino a la mente y al instante la puso en ejecución. No había periódicos y mandó fijar en todas las puertas y en los carromatos de la ciudad anuncios que pusiesen en conocimiento de todos lo sucedido; prometía repartir con el donante la cantidad perdida.

Llegó a oídos de Chi-Jeon este aviso, y sin dilación se encaminó al jefe de su pueblo, y le dijo: Yo he hallado una bolsa, si quieres puedes decir al viajero de Chen-si que venga a mi casa, porque quiero enterarme si es efectivamente suya, y lo sabré si contesta exactamente a mis preguntas. Unas horas después se presentaba Tcing-Tai en la casa del labrador. Preguntó éste por las señas de la bolsa, su cubierta, forma, color, el dinero que contenía, etc., etc. Las respuestas de Tcing-Tai demostraron que era el dueño de la bolsa, por lo cual Chi-Jeon se la puso en las manos.

Tcing-Tai lleno de alegría, abrió la bolsa, metió la mano y sacó unas cuantas onzas, que lanzó a los pies de Chi-Jeon, diciendo: Puse en el anuncio que repartiría este dinero con quien me lo devolviese, y deseo ser fiel a mi palabra; por consiguiente, repartamos entre los dos. De ninguna manera, dijo Chi-Jeon, yo no tengo absolutamente ningún derecho sobre este dinero; es suyo, y a mí nada me pertenece.

Entonces Tcing-Tai, sin hacer caso de la negativa, contó ochenta y cinco onzas y las ofreció de nuevo a Chi-Jeon, que las rehusó con decisión. Instó una y otra vez aquél para que las tomase, pero inútil. Esta escena tenía lugar frente a la pobre casucha de Chi-Jeon, y fueron muchos los vecinos testigos de esta admirable contienda.

Por fin, viendo Tcing-Tai que Chi-Jeon no se avenía a recibir las 85 onzas que le ofrecía, y queriendo por otra parte mostrarse agradecido, tomó otro rumbo en el negocio: Hizo dos montoncitos: en uno puso las 85 onzas, y en el otro, las 65 restantes. Mira, le dijo, quiero hablarte claro: estas 85 onzas me las ha prestado un amigo para mi negocio, pero estas 65 son completamente mías, por lo cual te ruego que las tomes sin recelo.

No, dijo una vez más Chi-Jeon, el mismo derecho tengo sobre las 65 que sobre las 85; llévatelas, son tuyas.

Admirados los que presenciaban la contienda y regalados con aquel perfume que despedía tan singular acto de virtud, corrieron al gobernador de la villa a contarle lo sucedido. Satisfecho éste de que entre su gente se hubiera descubierto tal acción, mandó llamar testigos, se informó de la realidad del hecho y, habiéndolo escrito, se lo presentó al virrey de la provincia de Ho-Han. El virrey sin más, envió a Chi-Jeon cincuenta onzas de plata en recompensa de su virtud y de la de su esposa. Y juntamente con esto un cartel que mandaba fuese colocado en la casa de estos desinteresados labradores; en él se leían estas palabras: **Marido y mujer ilustres por su desinterés y sinceridad.** Mandó además al tesorero general de la provincia que consignase el hecho en grandes papelones y los enviase por todas partes para que se fijaran en las puertas de las casas y en otros puntos concurridos de las ciudades y pueblos de toda la provincia, y se animase así al pueblo a seguir el camino de la virtud. Por fin, también encargó al gobernador de Bong-Sing que levantase un monumento de piedra junto a la casa de Chi-Jeon, y en él grabara este hecho, cuyo recuerdo debía inmortalizarse.

Y aun pasó más adelante el virrey, pues no cesó de volver y revolver hasta que hizo que llegara a oídos del Emperador, quien lleno de alegría se aprovechó de esta ocasión para exhortar a todo el imperio a la reforma de costumbres; la instrucción, escrita de su propia mano, fué enviada por su orden a todas las provincias, juntamente con un memorial del virrey, por el cual Chi-Jeon quedaba constituido mandarín honorario de séptimo orden. Desde entonces le es lícito llevar hábito y bonete y le pasaban mensualmente doscientas onzas de plata.

Se ve que son raros estos casos allá donde no conocen aún a Cristo. Aquí, gracias a los resplandores de la doctrina de Cristo, son frecuentes hechos como éste; y apenas si le damos importancia.

S. T., Cong.

Universidad de Deusto
Biblioteca

La muerte del cocodrilo dios

En un pequeño lago del Africa Central tenía su morada un enorme cocodrilo adorado como Dios por los negros.

Todos los días, en la orilla del lago, depositaban éstos la comida del dios: una gallina, un perro, un águila, etc.

Salió un día el misionero con su perro junto al lago y, habiéndose apartado un poco, observó que el animal no volvía. Retrocedió y vió con tristeza un charco de sangre y la mitad del cuerpo del perro en la orilla.

El cocodrilo, pensando que era aquel su desayuno, se lo había devorado.

Vuelto a casa, contó el triste suceso al criado, que amaba mucho al perro. Este resolvió vengarle. Coge la escopeta, e internándose en el bosque, logra matar un águila. Haciéndose después con una fuerte cadena y un inmenso anzuelo, clava en él el cuerpo del ave; y, atando la cadena a una gigantesca palmera, se ocultó a pocos metros del lago para ver el suceso.

A la hora acostumbrada, el cocodrilo salió a buscar su comida; vióla como siempre preparada en la orilla y con toda naturalidad se metió en la boca el águila con el anzuelo.

Dada la dureza interior de su boca, no sintió nada hasta el momento de pasar el bocado se metió en la boca el águila y con ella el anzuelo.

Retrocedió al lago buscando alivio; más, al ponerse tirante la cadena, el anzuelo se clavó más. Avanzó entonces furioso, tragándose la cadena; más todo en vano; al cabo de muchos esfuerzos con que pretendió también tirar la palmera, hubo de desangrase y morir a los pocos días.

¡Pobres indios, que adoran tales dioses! Sacrifiquémonos por ellos.

A. B., Congr.

El arma que más ayuda

Era la época aquella en que la santidad y el heroísmo tejían con sus hilos de oro la parte más gloriosa de nuestra historia española. Sobre las aguas del Atlántico y a vista de la costa cubana navegaba un bergantín que, en medio de una furiosa tempestad, abandonó a la desgracia a un puñado de valientes conquistadores. Muchos lograron ganar tierra sembrada de toda clase de infortunios: ciénagas inmensas, calores excesivos, insectos, sobre molestos, nocivos. Cuarenta días anduvieron así los náufragos sin otro abrigo que la sombra de los árboles. Pero una fuerza sobrehumana alentaba aquellos cuerpos agobiados de trabajo: el amor a la gloria y, sobre todo, su confianza en el cielo.

El principal de ellos llevaba consigo una imagen de la Virgen que, desde su primera salida de España, muchos años hacía, le acompañaba a todas partes. A esta imagen de su Madre y valedora hace un voto de, si los sacaba con vida de aquellos peligros, edificarle una capilla en el primer pueblo indígena que los acogiesen. Pocas horas después de hecho el voto topan con un cacique que los lleva a su ranchería, los colma de cuidados y provee de víveres.

Pronto los indígenas vieron alzarse en medio de sus chozas una capilla a la Virgen del conquistador. Este les enseñó oraciones con que cada día la honrasen y prosiguió su marcha transido de dolor por dejar su alma y su corazón en aquella imagen de su Madre benditísima. Quien así amaba a la Virgen y quien tanta confianza ponía en ella, era Alonso de Ojeda, compañero insigne de Colón. Impulsado por aquel su amor a la Sma. Virgen, hicieron aquellos esfuerzos tan colosales; y aquí estoy yo para imitarles.

T. J. G., Congr.

Correspondencia abierta

Constante y edificante.

Hemos visitado varios pueblos; si le digo los nombres, se echa a reir. Aunque he andado de pueblo en pueblo, no he dejado un día de oir misa y comulgar.

Un día estaba en la Catedral oyendo misa, y se me acerca un canónigo (se ve que no están acostumbrados a ver chicos comulgando) y me pregunta de dónde era; yo le digo que de Bilbao; sin más me enseñó la Sala Capitular, el Coro y el Claustro y me explicó la vida del Santo.

Empieza ahora a apretar el frío, sobre todo a las mañanas, pero no por eso dejo de ir a la Iglesia y comulgar.

V. L., Congr.

Ingénuo.

Ya recibí el libro y todos los impresos que usted me ha mandado y también ha llegado "Los Nuevos Cruzados".

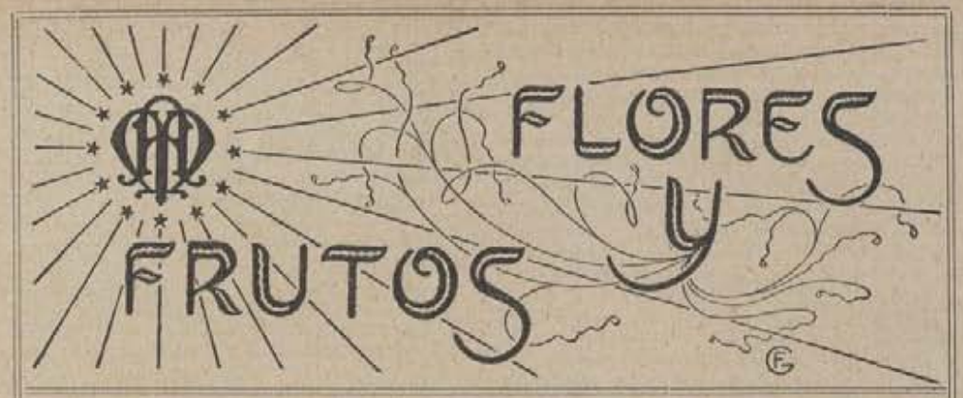
Leí mi cartita publicada en "Flores y Frutos".

Estoy deseando ir a Bilbao para acudir a la Congregación y ver las proyecciones y las comedias, y para ir todos los días a misa a las siete y media.

Aquí todos los días damos la lección; y, cuando no la damos, papá nos castiga sin postre y además al día siguiente tenemos que dar dos lecciones; y si pasamos dos días sin darla, al día siguiente tres lecciones.

Aquí tenemos una casa muy grande y un jaro muy hermoso, un columpio, una bicicleta, un triciclo, dos goitiberas y un juego de ranas, así que lo pasamos muy bien. ¡Cuánto me alegraría que viniera usted por aquí!, está muy cerquita de Bilbao, y mis papás me dicen que le invite a usted.

E. B., Congr.



Núm. 184.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Noviembre de 1928

¡¡Pobre violinista!!

En la bohardilla de una casa cercana a la mía, vive un matrimonio de jornaleros. Con el honrado trabajo del padre apenas si pueden sostener a sus cinco hijos; la madre le ayuda también, gana su jornal de interina en las casas; trabaja con afán, con la esperanza de que pronto el hijo mayor les ayudará, porque el maestro les ha dicho que es muy dispuesto para todo.

Pocas comodidades tienen en su casa, y en las largas noches de invierno el chico, cuando recoge una perra, en vez de darla a sus padres, se guarece en el *cine*. Allí encuentra el calorcito que en casa le falta, pero también encuentra, sin darse cuenta, su desgracia.

Ya tiene catorce años; ya ha salido de la escuela; entra en la oficina de un delineante, pues su disposición para el dibujo es extraordinaria. Crece su afición al *cine*, hasta el día en que nota que la vista se le turba; empieza a sentir agudos dolores, y no puede dedicarse a su profesión.

Sus padres, alarmados, le llevan donde un especialista; éste, después de varios meses de curas dolorosas, le dice a sus padres: "Noticia muy triste tengo que comunicarles: su hijo se queda ciego y otra cosa más triste aún, y es que su alma está también cegada. He podido observar que ha perdido la fe. Y ¿saben ustedes dónde ha adquirido estas dos tan terribles cegueras?; en esos malditos *cines* que son desdicha de nuestra juventud; en ellos se adquieren enfermedades terribles como la meningitis, alteraciones nerviosas de pésimas consecuencias, y lo que es peor, salen de ellos con el alma destrozada.

Inconsolables lloraban los pobres padres, pero el oculista, valeroso cristiano, para consolarles les habló en estos términos: Ya que no tiene remedio la ceguera del cuerpo, procuren en seguida poner en cura la del alma; pónganle en manos de un confesor que le vaya arrancando poco a poco las cataratas que en ella se le han formado.

¿Queréis conocer al chico de mi historia? Le veréis en los días de buen tiempo en los paseos y calles tocando el violín, esperando a la limosnita que le puedan dar las personas caritativas. En su cara se nota una tranquila alegría; es que su alma ya ve, y ha encontrado este modo de ayudar a sus pobres padres.

Y habrá aún padres que dicen quieren a sus hijos y les permiten ir al cine!!

Y ¿quién se va a fiar ya de títulos ni de empresas, cuando hace poco, aquí, en Bilbao, que es donde (dicen) se dan menos malas películas, se animaba al público a ver una con el nombre de *El Angel de la calle*, y el modo de vivir de aquel *ángel* era el más infame y bajo que hay y ha habido de ganarse la vida?

Al que después de estos engaños manifiestos deje engañarse, como seguirán dejándose muchos, no hay cómo calificarles.

J. M. A. E., Congr.

Curioso origen de un santuario

Corría la edad media monótona y tranquila en una vieja ciudad castellana, en cuyas inmediaciones se eleva un suave y no muy extenso montículo, donde sucedió lo que voy a referir.

Tenía la costumbre de pastorear allí sus rebaños un sencillo y piadoso hombre conocido en toda la comarca por su especial devoción para con la Santísima Virgen, a quien respetuosamente él solía llamar siempre con el nombre de Nuestra Señora.

Todas las mañanas, al apuntar el alba, pudiéramos haber oído salmodiar la áspera voz de nuestro pastor, que saludaba a Nuestra Señora entonando la Salve, y tras ella recitaba un Credo al Niño Dios, con otras sencillas oraciones y tonadas que él sabía, y con las cuales entretenía santamente sus ocios pastoriles.

Un caluroso día del mes de junio, a media tarde, encapotóse el cielo y rápida como la luz se avecinaba una recia tempestad. El pastor empezó a recoger sus ganados, pero la tor-

Universidad de Deusto
Biblioteca

menta se echó encima y al vivo fulgor de los relámpagos sucedía sin interrupción el fragor estrepitoso de los prolongados y fuertes truenos acompañados de copioso vendaval de agua y piedra.

En tan angustiada situación, Pedro, que así se llamaba el buen rústico, no perdió un momento su habitual serenidad y presencia de ánimo. Invocó con ilimitada confianza, una y otra vez a Nuestra Señora y sabía muy bien que Ella no le podía faltar. Así fué, en efecto, mas el modo cómo le favoreció fué por extremo asombroso...

Cuando más arreciaba la tormenta, Pedro se arrodilló y se disponía a encomendarse de nuevo a María y rezar el acto de contrición: cuando lo hubo acabado, alzó los ojos bañados en confiadas lágrimas y quedó asombrado... La nube plomiza que vomitaba rayos y piedra se había rasgado y en un girón resplandeciente aparecía, hermosa más que el sol, Nuestra Señora, la amada de Pedro, con su Divino Niño en los brazos, vestida de Reina y con un cetro en las manos y otro más pequeño en las de su Hijo. El pastor admirado cruzó sus brazos sobre el pecho en aptitud de adorar, hizo una profunda reverencia y se escapó de sus labios una sola frase: *Son Soles*.

Hoy se alza majestuoso sobre el altozano del monte donde esto sucedió, el Santuario de Nuestra Señora de Sonsoles, donde se multiplican sin cesar los favores que hace a sus invocadores la Santísima Virgen. ¡Qué verdadera es aquella feliz sentencia de San Bernardo: "Jamás se ha oído decir que alguien recurriera a María y haya sido desamparado".

E. J. P., Congr.

Alentadores ejemplos

Otros dos hechos de fines del año pasado.

En San Juan de Jalisco aprehendieron los federales, mientras trabajaba, a Anselmo Padilla, como católico ferviente y propagandista que era. Quieren obligarle a gritar ¡Viva Calles!, pero él no cesa de confesar a ¡Cristo Rey!

Entonces le sierran la nariz; le arrancan después la carne de las mandíbulas y le desuellan por último los pies. Después le mandan andar.

En el camino cae y los federales se marchan dejando abandonado el cadáver del heroico mártir de Cristo Rey.

—Don Tomás Serna, de Jacona, se dirigía a Villa Hidalgo con una carga de leña; se encuentra con los soldados del Gobierno, quienes pretenden sacarle por la fuerza un ¡Viva Calles!, pero él contesta:

—No, señores, yo no puedo decir eso. ¡Que viva Cristo Rey!!

Sin aguardar más le dieron un machetazo que le separó la cabeza del cuerpo.

¿Y ante estos ejemplos, no nos atreveremos luego a contestar al amiguito: No, yo no puedo ir a ese sitio, no puedo ver leer ese libro, no puedo hacer eso, porque eso me lleva al pecado ¡y pecar, jamás! ¡Antes morir!!?

V. C. R., Congr.

Cómo se salvó Roma

El año 507 antes de Jesucristo, estaba la ciudad de Roma cercada por los Etruscos.

Estando Roma en tal aprieto, se ofreció el valeroso joven Mucio a salvar, con un golpe atrevido y audaz, a su patria del vergonzoso cerco del enemigo. A este efecto, mientras dormitaban en el campo enemigo los soldados encargados de la custodia, se introdujo Mucio silenciosamente en el campamento etrusco.

Al día siguiente, entre una numerosa turba de soldados, presentábase ante el rey, quien, acompañado de un caballero, cuyas galas eran tan preciosas como las del mismo rey, conversaba con él.

Grande fué la duda del valiente joven romano cuando vió a los dos personajes con galas tan preciosas. ¿Cuál de los dos era Porsena? Preguntar era una imprudencia, puesto que sería declararse; volverse atrás, sería poco menos que imposible. Entonces el joven romano avanza unos pasos, desenvaina rápidamente su espada y, lanzándose como un rayo sobre el que le parece ser el rey, se la hunde en el pecho, dejándole sin vida.

Aprovechando la estupefacción de los soldados, pretende huir, llevando ante su cuerpo la espada ensangrentada, cuya acerada punta le abría paso entre la turba de etruscos, mas al fin vino a caer en manos de los sicarios reales, y llevado ante su tribunal.

Allí, más que temeroso, temido, dice a Porsena: "Soy ciudadano romano y quise matarte a ti, mi enemigo; pero no creas que temo a la muerte; ahora tengo tanto valor como el que tuve para hacer esa muerte; porque es propio de un romano hacer y padecer cosas grandes. Mas guárdate, Porsena, porque la muerte te acecha lo mismo en tu cámara que en tu trono. La juventud romana te declara esta guerra. No temas ejércitos o batallas; tú solo te las entenderás con cada uno de ellos".

Atemorizado el Rey por el peligro que corría, manda que el joven romano sea rodeado de fuego, al que sería arrojado al instante, si no declaraba sin rodeos qué clase de asechanzas le ponían los romanos. "Mira, responde, mira qué vil es el cuerpo para el romano que ansía una gloria inmortal", y extendiendo su diestra, la introdujo en el fuego preparado para su muerte.

Atónito el Rey al ver que el joven romano estaba como enajenado del dolor, salta de su silla, y manda retirarle del fuego y le dice:

"Vete, vete en paz, que has hecho contra ti cosas más crueles que contra mí. Yo mismo rendiría homenaje a tu valor, si lo hubieras realizado por mi patria".

Entonces responde el joven romano: "Gracias te doy, oh Rey, por este beneficio, que me dejas libre, has de saber que estamos conjurados para asesinarte treinta príncipes de la juventud romana. A mí me cayó en suerte venir el primero; los demás, muerto yo, hubieran seguido mis pasos".

Los legados de Porsena acompañaron a Mucio hasta Roma, donde fué conocido desde entonces con el nombre de Escévola por su diestra cortada. Poco tiempo después, temeroso Porsena de morir a manos de un joven romano, levantaba el campamento, después de firmar condiciones de paz con el pueblo romano.

Ese mismo desprecio que el joven romano tenía de su cuerpo, debemos tenerlo cuando debemos de hacer alguna obra buena, y no acobardarnos por un simple "qué dirán".

P. del C., Congr.

La caridad ¡qué buena madre!

En la habitación más retirada de toda la casa, estaba Josechu, hijo de una rica familia, postrado en cama con una enfermedad contagiosa; separado por lo mismo de su padre, de sus hermanitos y hasta de las atenciones y cariñosos cuidados de su madre. El no lo sabía, ni advertía lo que pasaba por su alrededor; estaba casi sin conocimiento, con su frente y todo el rostro como de fuego, por efecto de la fiebre. Entreabría de cuando en cuando sus ojos, y a veces respondía sin saber casi lo que decía a las preguntas que se le dirigían. No se movía, si no era alguna rara vez sofocado por el calor o excitado por el malestar.

Junto a él, y sin dejarle un momento, compartía las molestias de su enfermedad, una religiosa, que haciendo entonces las veces de madre, le atendía como si lo fuera. No tenía otro quehacer, pero éste, sí, lo cumplía día y noche a maravilla: por el niño dirigía al cielo sus preces de obligación y devoción.

En ocasión en que José, ardiente como una brasa, descubría sus brazos y dejaba escapar de sus labios voces que no se entendían, como pidiendo alivio, la religiosa puso su fresca mano sobre la frente del niño, que pareció reanimarse. Este llamó instintivamente a su madre, y advirtió con sorpresa que no era su madre, era una religiosa a quien él no conocía. Aumentaba su admiración cuantas veces se fijaban sus ojos en la religiosa; creía que no había en el mundo quien quisiese y pudiese hacer las veces de su madre; tanto que creyóse engañado, y exclamó: ¿Dónde se ha escondido mi madre? ¿Es que no quiere estar conmigo? La religiosa procuraba sosegarle y darle a entender como podía que no era cierto lo que aquel angelito de seis años, no cumplidos, decía. No entendía cómo debía estar separado de su madre y hermanos por el peligro de contagio; y entre lloros y abrazos a la que tan bien sabía hacer de madre, exclamó: "Hasta ahora creía que nadie me quería más que mi madre".

¡Qué hermosa es la caridad que hace a tantos padres y madres de los pobres y enfermos!

F. L., Congr.

¡Víbora domesticada!

Estábamos paseando dos amigos y departiendo amigablemente, cuando acertó a pasar junto a nosotros un cortejo fúnebre. Por curiosidad se le ocurrió a mi amigo preguntar a uno de los transeúntes quién era el difunto, y el interpelado nos contó, más detalladamente de lo que pensáramos, la historia del desdichado.

El difunto que ustedes han visto pasar era un hombre muy conocido en la ciudad; se ganaba la vida domesticando culebras y toda clase de reptiles.

—Pero... ¿y no le picaba ninguno?—le interrumpí impaciente con la curiosidad.

—Déjeme terminar—me contestó, y siguió su narración.

—Entre las culebras que domesticó había una que le tomó tal cariño el difunto, que muchas veces era de verle por las calles y plazas con la susodicha culebra enroscada al cuello, a manera de bufanda, y hasta se contaba que le daba la comida en el hueco de su mano, con peligro evidente de que le picase y envenenase.

Y así sucedió: un día, en que la tenía en sus manos acariciándola y prodigándola toda clase de cuidados, la culebra, contra su costumbre, irguió su cabeza y se abalanzó contra el cuello del confiado domador, que murió a las pocas horas.

Sin más explicaciones siguió al acompañamiento con un afectuoso "muchas gracias" de nuestra parte.

—Oye, dije yo a mi amigo, a quien había impresionado vivamente la narración, ¿no te parece que esa es historia de todos los días en otro orden de cosas? ¿Qué otra cosa es la pasión, vencida alguna vez, pero no desarraigada por completo, si no una víbora domesticada, que no ha perdido el veneno y pica el día menos pensado al que la alimenta?

Casi todo el resto del camino lo pasamos comentando el hecho con variadas reflexiones. ¡Cuánto me ayuda a mí este buen amigo!

F. A., Congr.

Nuestras excursiones eucarísticas

OÑA

El día de San Luis, cuando estábamos la mayoría descargados del peso de los exámenes, nos empaquetamos en un gran auto, camino de Oña; nos habíamos asegurado antes contra todo accidente, con el mejor seguro, como lo hacemos siempre, comulgando y oyendo la Santa Misa.

A pesar de no haber llegado a Oña nuestro aviso de víspera, todo nos salió a pedir de boca, tanto que se nos pasó el día, gracias a las atenciones de aquellos simpáticos Padres, agradabilísimo. Con experimentos de química, y, sobre todo, de óptica, curiosísimos, nos entretuvimos un buen rato.

Aunque no pudimos, como era nuestro deseo, tomar parte en la función de la tarde, con que a su Patrono San Luis honraron los HH. Estudiantes en aquel Colegio Máximo, tuvimos,

Universidad de Deusto
Biblioteca

antes de salir, bendición con el Santísimo, precedido del Santo Rosario y cánticos.

La vuelta, por distinto camino, fué tan alegre como la ida.

GALDACANO

Este día un tranvía eléctrico nos puso al pie de la colina, donde se asienta la iglesia. Comulgamos en ella, en misa bastante concurrida por aquella buena gente.

Aunque las fuentes estaban secas, Dios nos deparó por medio de una buena alma, otra fuente, de leche, con la que quedaron satisfechos los más sedientos; y lo que es más: con hacer por aquellos días grandes calores, nos proporcionó el Señor, en la subida a Santa Marina, agua menudita, que parecía no tener otro objeto que refrescar el sudor y aliviar la cuesta. Llovió más recio cuando nos encontrábamos en un improvisado comedor cubierto, donde comimos tranquilamente.

A poco de acabada la comida, ya estaba el campo seco; y nosotros, como no podemos estar quietos y menos en el campo, organizamos distintos juegos, y no paramos hasta llegar a Begoña por toda la cresta de aquellos montes.

Allí le saludamos a la Santísima Virgen con lo que tanto le gusta, con el rosario, y a casita para volver a verla algunos días más tarde en

ARANZAZU

El día 2 de septiembre estaban citadas en aquel Santuario las Congregaciones Marianas de esta región, y no faltamos a la cita. Antes de salir comulgamos y oímos misa aquí; y pudimos así dejar entrar en el Santuario a otros que no la habían oído; pues estaba llena de jóvenes aquella muy capaz iglesia.

Saludamos antes a nuestra Madre y al poco salimos en nuestro autobús a buscar una fuente, a cuyo alrededor comimos.

Desde allí contemplamos a alguna distancia una peligrosa vuelta de la carretera, y nos daba miedo ver bajar por ella, con mucha precaución, a multitud de autos de todas clases y tamaños, rebosantes de jóvenes sobre cubierta.

No tardamos en seguirles y encontrarles en Oñate, donde pudimos desplegarnos todos en larga procesión; lo que arriba hubiera sido imposible hacer en aquel desfiladero, donde está encajonado el Santuario.

En aquella hermosa iglesia cantamos y oímos una arenga con que salimos más animados a hacer profesión pública de nuestro carácter de hijos predilectos de la Santísima Virgen.

Con una parada bien aprovechada en el Colegio de Durango, donde quedamos invitados para otro día de campo, nos volvimos satisfechísimos a nuestras casas.

DURANGO

Allí, en la portería del Colegio, nos esperaban todos los estudiantes en dos filas; y para testimoniar su regocijo nos acogieron con entusiastas aplausos y con un discursito de bienvenida.

Algo también les movería las manos, al aplaudirnos, la vacación que con motivo de nuestra visita les había concedido el P. Rector, que también estaba allí presente.

La merecían, pues cuando todos estábamos de vacaciones, llevaban ellos un mes de curso, con haber salido de sus estudios, otro mes más tarde, a fines de junio. Y así tiene que ser; pues, además del latín, la mayoría de ellos preparan las asignaturas del bachiller elemental.

Hubo de todo: cantos escogidos de la tierra, partido de pelota, de foot-ball, paseo, pesca de cangrejos y remojones, etc., etc.

Cominos a la sombra del Colegio, bajo la bóveda celeste, con la alegría propia de días de campo.

Lo de más precio nos lo dieron en la despedida, con una bendición, casi solemne, del Santísimo; aunque antes de salir de Bilbao nos dieron más; le recibimos al Señor, como todos los días, en nuestros pechos.

Suerte como la nuestra, no sé si hay otra: nos divertimos, nos educamos, nos enriquecemos como nadie creo puede hacerlo mejor.

J. C., Congr.

Correspondencia abierta

El primer vuelo.

Nunca creí que había de encontrar tantos peligros al salir de casa para seguir la carrera. Por todas partes encuentro amigos malos que al principio parecen buenos.

Creí que exageraba usted cuando nos hablaba en el salón, que para prevenirnos abultaba usted los peligros.

Ha de saber que lo que nos decía, poco se asemejaba a lo que ahora he visto.

Verdad que con la comunión diaria se encuentra uno bien defendido y dispuesto a hacer el bien que pueda a otros pobrecitos.

R. E., Congr.

Otro animoso.

He ido dos días a las corridas; ya en la segunda encontré que el espectáculo se prolongaba con el salvaje boxeo. No quise presenciarlo, y como ya no podía retirarme, me protegí con la hermosa ala de mi sombrero, y no vi pegar un solo puñetazo; en este espectáculo quiero mantenerme inmaculado.

Excuso decir que la Misa y Comunión no la dejo ningún día; estamos en la iglesia una docena de viejas y yo; me ven y se admiran. ¡Qué pena, Padre, qué pena que se admiren.

Si vuelvo dentro de dos meses, organizaré una cruzada del "buen hablar", ayudado del alcalde, a quien conozco, del juez, del Clero y de la Juventud Católica.

Venían dándose muchos escándalos en un teatro y para evitarlos, un buen católico lo compró y la Juventud Católica se encarga de dar buenos espectáculos eligiendo las obras; y aun en éstas, suprimen las frases inconvenientes.

C. E., Congr.



Núm. 185.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Diciembre de 1928

Lance sobre el abismo

En el camino que conduce de Sogamoso a los Llanos de Casanares, hay un trecho que se llama **El paso de las barras.**

Nos inclinamos a creer que tal vez en parte alguna pueda hallarse punto más inaccesible a las plantas humanas. En la roca viva, cortada a tajo, por cuyo pie corre profundísimo un río, descolgándose de la cumbre, los trabajadores asidos por rejos, fueron enterrando barrotes de hierro alineados horizontalmente en extensión de varios kilómetros, y sobre esas barras se colocaron durmientes de madera, cubiertos con ramas y cascajo.

Tiene de ancho aquel pasadizo de la vida a la muerte lo indispensable para que quepa una persona montada, por lo cual los viajeros acostumbran enviar con anticipación un hombre que, tocando el cuerno, anuncie que por el paso viene gente: no sea que otras, en dirección contraria, se encuentren con aquéllas en punto donde ni se pueden revolver las bestias, ni caben paralelamente dos tan sólo.

Cuando llega este caso, la lucha que allí se traba decide en pocos minutos de la vida de uno de los dos, pues siempre pasa o el mejor montado o el más atrevido, no quedando más recurso al contrario que descender con su bestia hasta el abismo, precipitado violentamente desde la altura.

Por este que llamaremos camino, venía hacia Labranzagrande, en enero de 1888, un señor cuyo nombre no tenemos autorización de publicar, cuando en una de las revueltas alcanzó a divisar corpulento novillo, que separado de su partida de ganado llanero, regresaba en dirección contraria a la del héroe de nuestra historia. Sabido es que tales novillos en desbandada son fieras más temibles que el tigre de las pampas o que el boa de los esteros.

Casi inmóvil por el susto quedó nuestro viajero. Volverse era imposible; hacerse a un lado, no había cómo; seguir era caminar a la muerte más segura. Volaban entretanto los segundos, y en carrera suelta se aproximaba la fiera con los cuernos levantados en alto.

Escalofrío involuntario entumecía los miembros de la próxima víctima. Gritó, pero sus voces, resonando de peña en peña, no hallaron respuesta y fueron a apagarse en los últimos confines, como el adiós tristísimo de un moribundo.

En un momento pasaron por su memoria los seres queridos del hogar, las faltas de su vida y los temores por su suerte futura. Ni tiempo le quedaba para prepararse a morir.

En medio de tan horrible espanto, una sonrisa se dibujó en sus labios y un rayo de esperanza en su mirada: acababa de recordar los tiempos en que, muy niño, junto a una mujer que se llamó su madre, de rodillas y con las manos juntas, había implorado en los risueños días de su primera edad a la Virgen sin mancha, Consuelo de afligidos y Refugio de pecadores.

Una plegaria, ferviente como el ¡ay! de un náufrago, confiada como el amor de un niño que, próximo a rodar, se agarra al cuello de su madre, brotó de sus labios y de entre aquellos picos se remontó temblorosa hasta los cielos. En aquel momento vino a la mente del viajero felicísima idea. Sin perder tiempo y haciendo prodigios de agilidad, se desmontó para realizarla.

Quítase la chaqueta, forrada, como es costumbre en aquellas regiones, en tela roja; corre hasta la primera revuelta; toma aquélla por las puntas superiores, saltándosele casi el corazón del pecho, y puesta su confianza en María, colocados los pies uno separado del otro, en actitud de sacar un lance, aguarda a la terrible fiera, que acaba de avistar el rojo pendón, que al provocar sus iras, le impide contemplar el abismo.

El colérico animal agita nerviosamente la cola; luego la extiende como un látigo, se lanza contra el obstáculo que divisa, baila en el vacío y, dando botes, cual débil hoja

Universidad de Deusto
Biblioteca

arrastrada por el huracán, llega hasta el fondo y abre su sepulcro en las aguas, que al saltar, erizadas de espuma, brillan como surtidor de diamantes.

El viajero, así salvado, se postró nuevamente de rodillas, dió rendidas gracias a su Bienhechora y, montando otra vez donde el camino le permitió hacerlo, prosiguió su viaje.

Más estrecha, sin comparación, y rodeada de mayores peligros, es la senda que conduce a los cielos; pero si en ella, al embestirnos los enemigos del alma, invocamos también a María, estaremos seguros de llegar salvos.

F. G., Congr.

Interesante bautismo

—¡Miansú! Mañana vamos por pesca para el Padre. Tú también vendrás, ¿verdad?

—Si me dejan mis padres... ya sabes que como son...

—Anda, te vienes sin decirles nada, como otras veces, y aquí nos juntamos todos.

—Bueno... sí... ya procuraré. ¡Es tan bueno el Misionero y nos ama tanto! Vendré.

—Están ya preparadas las redes y la piragua; así que mañana, antes que el sol haya asomado por las crestas del monte de las palmeras, dorando las cumbres del Himalaya, partiremos entonando la canción del pescador.

Así discurría el grupo de alegres niños, cuando, abriéndose una puertecita que daba al jardín, se dejó ver en el dintel la venerable figura del Misionero.

—¡El Padre, el Padre!—gritaron todos, abalanzándose hacia él como una bandada de pájaros.

—¡Padre—dijo, alzando la voz, Miansú—; hoy he sabido muy bien el catecismo! ¿Cuándo voy a ser cristiano como éstos?

Una lágrima se dejó correr por las mejillas del anciano.

—Hijo mío—le dijo disimulando lo más que pudo—: pronto, pronto. Pero deja ahora eso, que la noche os está quitando el día y es hora de retirarte.

Miansú era un niño como de diez años, de rostro de cielo y siempre sonriente, pero, sobre todo, juicioso y formal, y de un corazón de oro que atraía a todos hacia sí, como atrae la concha para ver la perla que se esconde en ella. Se estaba educando entre los cristianos en un Colegio de la India.

Pero, como los lirios del campo y deseoso de la virtud, iba acarreando consigo muchas ideas religiosas y llevaba una vida muy por encima de la de los otros niños paganos.

En las visitas de su familia pedía incesantemente hacerse cristiano. Inútiles fueron todos sus ruegos para sacar fuego de aquel pedernal endurecido.

—Madre, "yo quiero ser cristiano"—le decía un día sollozando—. ¡El Blanco es tan bueno y nos dice unas cosas tan hermosas...!

—Imposible. No te he dicho que tienes que perder la casta y quedarás abandonado?

—No importa. El Misionero es un Padre para los católicos y él me recogerá.

Era una espléndida mañana del mes de junio.

Los niños se divertían alegremente en el patio del Colegio, cuando uno de los mayorcitos echó en falta a Miansú.

—¿Dónde está Miansú?—dijo a un compañero—. Hoy no ha bajado a jugar. ¿Qué le habrá pasado?

—Se habrá dormido quizá.

—No sé... Ayer estaba delicado... Lo peor es que el Padre está fuera.

—¿Y tardará mucho en venir?

—Hace unas dos horas que ha salido a dar el Viático a un moribundo. Me dijo volvería hoy antes que el sol cayese.

—No importa. Y animándose mutuamente se lanzaron por la escalera arriba.

No se oye nada. ¿Qué le había pasado? Si estará enfermo.

—¡Miansú!—gritó Kandal— No se oye nada.

—Aquí debe estar.

Y entre tímidos y valientes entraron cautelosamente en el aposento.

Miansú estaba gravemente enfermo. Había perdido el conocimiento y su existencia parecía acabarse por momentos. Una idea luminosa se les ocurrió entonces. Vamos a bautizarle, se dijeron entrambos; y, sin más, toma Kandal un poco de agua en la palma de la mano y la derrama sobre la cabeza del enfermo, pronunciando las palabras del ritual: "Yo te bautizo en el nombre...".

Han pasado varios días, y Miansú se ha restablecido; lleno de alegría sigue la misma distribución que los cristianos.

Meses más tarde, comulga ya todos los días. Y cuando en su pecho de Angel recibe al Niño Dios, le pide ardientemente por la conversión de sus padres.

Dios oyó sus súplicas, y, poco después, toda la familia era cristiana, colmándola el Señor de bendiciones.

A. M. L., Congr.

El tremedal

Un grito infantil desgarrador turbó la tranquila paz del valle, mientras un espanto mortal se dibujaba en los rostros, hasta entonces alegres, de un grupo de niños que jugaban en la verde pradera.

—No vayáis al valle del tremedal; los que allá van, no vuelven. No os acerquéis al sitio donde está la tembladera... escucharon al salir del pueblo.

—¡Vamos!—dijo uno más temerario.

—Yo no voy; he oído contar cosas terribles del pantano... y el otro día, además, desaparecieron seis ovejas—dijo otro que abandonó decidido al atrevido grupo.

—Marchemos—repuso el primero—; jugaremos sin acercarnos al tremedal. Y, allí, al borde de la sima de lodo, pasaron la tarde del día a que me refiero.

Un empujón involuntario había lanzado al pobre niño al tremedal: la fangosa superficie del pantano retembló, como si se alegrara por la nueva víctima, y comenzó a abrir sus asquerosas fauces.

El niño forcejeó, entre gritos y titánicos esfuerzos, por desprenderse de aquellos brazos fangosos, que, cual tentáculos de un pulpo, se agarraban más cuanto más se removía. Y le ahogaban al mismo tiempo que le hundían, sin poderle valer nadie, en el pútrido fangal del pantano.

Petrificados por el terror, sus compañeros de juego le vieron luchar entre la vida y la muerte; vieron desaparecer poco a poco su cuerpo; cubrir su rostro pálido cual la azucena, llegar hasta su frente la ola de barro y cerrarse otra vez sobre el desgraciado la maloliente costra del tremedal. Una burbuja de gas carbónico reventó en aquel momento en el sitio por el que se había ocultado el infeliz.

La calma volvió al valle, y cuando las sombras de la noche se extendieron por el ambiente, el pantano traidor parecía dormir aguardando tranquilo nueva víctima.

El caso es terrible, es verdad, pero histórico. Si queréis una aplicación moral, acordaos de las malas lecturas, los malos amigos, los malos cines; si caéis una vez en ellos sólo un milagro de la gracia puede salvaros.

Si somos devotos de la Virgen, ella se encargará de hacernos ver el peligro a tiempo y nos dará fuerzas para apartarnos de él. ¡Agarrémonos al manto de nuestra Madre!

M. V., Congr.

¿Quién es el capitán y quién el maquinista?

Antón es maquinista naval, celoso cumplidor de su obligación; atiende con solícito cuidado a la máquina del buque que conduce la tripulación y la carga de uno a otro puerto. La limpia, la examina diariamente, y no sólo corrige sus defectos, sino que la engrasa convenientemente, y ni un sólo día deja de reconocerla; antes de emprender cualquier viaje, el examen es más escrupuloso, para tener seguridad de su buen funcionamiento.

El capitán le llama y le pregunta: —Antón, ¿está bien la máquina?, porque mañana, tempranito, salimos. ¿Ya hay bastante carbón?

—Todo está pronto, capitán.

Sale a la mar y avanza millas con su rumbo fijo.

El maquinista cuida de la máquina a todas horas del día, lo mismo que el capitán del rumbo.

Así andan varios días. El maquinista ha observado algo irregular en la máquina. La reconoce en seguida y encuentra una pequeña avería que queda inmediatamente reparada.

Ya está satisfecho el maquinista; satisfacción que nubla en seguida un ruido extraño. Vuelve a reconocer, da con la causa y, alarmado al verse sin medios de cambiar un pistón que está a medio romper, se va al puente. —Capitán—le dice—, tendremos que arribar al primer puerto: un pistón va a fallar y podemos quedarnos pronto a merced de las olas y de las corrientes que arrastren al buque.

El capitán baja a la máquina, se entera bien del caso y, resignado al ver que es triste realidad la avería, precursora de otra mayor, cambia de rumbo; entra en el primer puerto, repara la falta y sigue tranquilo su curso primero.

Ahora párate un poco y piensa: tú eres el maquinista, que tienes que vigilar mucho, que en ti hay averías más frecuentes que en la máquina de un buque, que si no las compones en seguida te expones a quedarte a merced de las olas de tus pasiones; que éstas, lejos de empujarte al puerto, te echarán contra las rocas de las amistades y diversiones escandalosas, y que allí destrozarán tu alma. Cuidado con el examen de esa tu máquina, siquiera al acostarte.

Y ¿ya sabes quién es el capitán?

Quién va a ser si no tu confesor.

Déjale que te enderece, que te dé rumbo fijo, que te aparte de aquellas rocas, que te tome cuenta de la máquina, del carbón, etcétera, etc.

Vive prevenido. No dejes la Comunión a poder ser diaria.

G. S., Congr.

Padre e hijo, mártires

Don Luis Betanzos, acaudalado católico mejicano, estaba preso por la defensa de Cristo Rey. Deseaba fortalecer su alma con la Sagrada Comunión, y viendo, por entre las rejas de la prisión, que se acercaba a los muros de ella una mujer, antigua sirvienta suya, escribió en un papelito lo siguiente:

"Pido por caridad y por amor de Dios la Sagrada Comunión."

Y lo tiró afuera para que la mujer lo recogiese.

El hijo de don Luis, niño de ocho años, iba a hacer la Primera Comunión en un salón de una casa particular en la que debía celebrar el señor Obispo; pero antes pide el niño con insistencia y con muchas lágrimas al Prelado le permita cumplir la última voluntad de su padre, llevándole la Santa Comunión.

Las súplicas del niño enternecieron al Prelado; así que, después que recibió el niño a Jesús Sacramentado en su pecho, el conmovido señor Obispo coloca en un lienzo de seda otra Sagrada Forma, dobla el lienzo, lo deposita en una pequeña bolsa y la esconde en el pecho del niño.

Este, corre a la cárcel y pide permiso para dar el último abrazo a su papá. Concédeselo el director-jefe, pero primero le dice:

—"¡Espera, tengo que *desinfectarte*!".

Y diciendo esto, le inyecta una fuerte dosis de veneno activo. Siente el niño el pinchazo, conoce lo que podía ser, corre al calabozo y, sacando la Sagrada Hostia, dice a su papá:

340

Universidad de Deusto
Biblioteca

—¡Pronto, pronto, no se haga tarde; hoy he hecho la Primera Comunión y pienso será también la última."

Don Luis, grandemente conmovido, reza con su hijo el acto de contrición y recibe de su mano el Pan de los fuertes; luego estrecha con ternura al pequeño héroe, que temblando de una manera extraña, dice balbuciendo:

—"Me muero... hasta luego... papá..."

En efecto, cerró sus ojitos y su alma, limpia y pura, voló al cielo.

Pidamos a la Virgen, nuestra Madre, que nos conceda ser apóstoles de la Eucaristía, y trabajemos cuanto podamos por merecer tal nombre. No dejemos nunca la Comunión diaria, que ella es el único medio de vencer.

M. A., Congr.

La esquila de la vaca

Era Fermín un jovencito aldeano que todos los días llevaba al prado las vacas de su casa.

Cada vaca tenía al cuello una esquila; pero la más hermosa vaca era la que lucía la más sonora esquila.

Acertó a pasar por el bosque un forastero y dijo a Fermín:

—¡He aquí una hermosa esquila! ¿Cuánto puede haberte costado, buen mocito?

—Tres pesetas—contestó Fermín.

—¿Sólo tres pesetas?—exclamó el forastero—. Si me vendes esa hermosa esquila, te daré bien gustoso seis pesetas.

—¡Convenido!—concluyó Fermín alegremente—. Y soltando la esquila, se la dió al forastero, que puso en las manos del chicuelo seis relucientes monedas de plata.

El forastero se alejó.

El niño, todo gozoso, se dió a contar una y otra vez las atractivas pesetas...

En esto, la vaca aquella, se fué poco a poco alejando; pero como ya no llevaba esquila, el niño no sabía por qué parte del bosque andaba.

Entretanto, el forastero, que se había quedado escondido tras un matorral, echó una soga al cuello de la vaca y se la llevó...

Entonces advirtió Fermín que había sido engañado por un ladrón.

Fermín volvió a su casa con los ojos bañados en lágrimas y contó a su familia la gran desgracia.

—¡Ah!—exclamaba—. ¿Cómo había yo de imaginarme que el ladrón me pagase tan generosamente la esquila para robarme la vaca?

El padre contestó:

—Ya ves lo caro que nos ha costado tu engaño.

No te fíes demasiado ni del conocido; ¡cuánto menos del que no sabes quién es!

F. G., Congr.

Rasgos marianos

Hallábase un día García Moreno en medio de obreros irlandeses, a quienes había traído de Estados Unidos, para establecer una sierra mecánica. Después de examinar su trabajo, hizo servirles a sus expensas una comida campestre; concluída la cual, interrogó a sus convidados acerca de las costumbres religiosas de su país, y les preguntó si sabían los cánticos de la Santísima Virgen. Los buenos irlandeses se pusieron a cantar con entusiasmo.

—Decidme — preguntó el Presidente—, ¿queréis mucho en vuestro país a la Virgen María?

—¡Oh! ¡la queremos con todo nuestro corazón!

—Pues, bien, hijos míos, pongámonos de rodillas y recemos el rosario para que perseveréis en amarla y en servir a Dios.

Y todos juntos, arrodillados en torno del Presidente, con lágrimas en los ojos, rezaron piadosamente el rosario.

Cierto profesor de Botánica descubrió una flor no clasificada aún en la flora del Ecuador, y le pidió permiso para bautizarla con el nombre de **Tacsonia García-Moreno.**

—Si quiere usted darme gusto—le contestó el presidente—, dejad a un lado mi pobre personalidad: si la flor es rara, bonita y desconocida en el Ecuador, haced homenaje de vuestro descubrimiento a la Flor del Cielo; llamadla **Tacsonia María.**

Así amaba a su Madre celestial este modelo de congregante, García Moreno.

T. P., Congr.

Correspondencia abierta

La mejor diversión.

No conozco aún Madrid, y ya he improvisado yo aquí mi escuelita: todos los días empleo media hora en enseñar a leer y escribir al niño de mi patrona, que es algo anormal; a éste se han allegado seis chiquillos más; y por lo que voy viendo aprenden más en mi media hora que en las seis de la escuela, con el natural regocijo de las madres.

Claro está, les hago leer la Historia Sagrada, enseñándoles a darse cuenta de lo que leen y metiéndoles de vez en cuando las píldoritas correspondientes; con ese libro y con las explicaciones que yo me saco de la cabeza y mis cuentos, lo pasamos ellos y yo estupendamente en todos sentidos.

J. del C., Congr.



Núm. 186.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Enero de 1929

Manos que no dais ¿qué esperáis?

Nevaba. Junto a las metálicas puertas del soberbio palacio que acababan de abrirse, y arrebujados sus ateridos miembros con cuatro míseros pingajos, una mujer con un niño en los brazos, aguarda, tiritando de frío y de hambre. Salió, por fin, el marqués, y un lacayo se adelantó para abrirle la portezuela del auto.

La mendiga se interpuso:

—¡Una limosna, señor, por esta criaturita, que nos morimos de hambre!

—Trabajar para comer, haragana, repuso el elegante marqués.

—¡Por vuestra madre, señor, por el Niño-Dios que va a nacer esta noche, una limosna!!...

La portezuela se cerró bruscamente y el automóvil partió...

La noche se echó encima, oscura y fría. Los potentes faros eléctricos del coche iluminaban el paisaje nevado y la doble hilera de árboles, que bordeaban la carretera, semejaban, cubiertas sus desnudas ramas por la nieve, encantada procesión de blanquísimos fantasmas. El silencio, solamente interrumpido por el aullar de los lobos y el correr del automóvil, envolvía la sierra. El marqués, al calor de su magnífico abrigo de pieles, se había dormido en el interior del coche.

El frío arreciaba.

De repente, el auto patinó; se asomó a la boca del abismo, y cayó, destrozándose en las peñas de la oscura barranca...

Cuando el marqués volvió en sí, el frío empezaba a entumecer sus miembros: la sangre derramada por sus heridas había enrojecido la nieve. Estaba sólo. Hizo un esfuerzo supremo por orientarse y la huella dejada por el auto en la nieve de la pendiente, le indicó el camino.

—Intentaré subir, murmuró. Si alguno pasa, me recogerá!...

Jadeante, destrozada la ropa y desangrado logró por fin arrastrarse hasta el borde del camino real. Los focos de un automóvil, que se acercaba, iluminaron aquel sitio. El desgraciado quiso gritar y no pudo; pretendió levantarse y cayó hundido en la nieve. El auto pasó veloz junto a su lado, sin apercibirse de él. Poco después todo quedaba sumido de nuevo en el silencio, que el aullar de los lobos interrumpía con frecuencia.

A lo lejos unas voces argentinas entonaban ya el canto de media-noche: *Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad.*

Acordémonos de los pobres en estos días de Reyes para que el Niñito de Belén nos bendiga. ¡Cuántos hay que no tienen qué comer mientras desperdiciamos nosotros, en tonterías, el dinero! No olvidemos que Dios nuestro Señor castiga la avaricia.

M. V., Congr.

¡Qué buen plato!

Un comerciante había invitado a sus amigos a comer en su casa de campo. Quería—les dijo—regalaros con lampreas, pescados de mar muy estimados. Muchos manjares habían pasado ya por la mesa, cuando se les sirvió un plato cubierto, en el cual esperaban los convidados ver las lampreas. Al descubrirlo, se encontraron sorprendidos: en vez de pescados, aparecieron algunas monedas de oro.

Díjoles entonces el comerciante:

—Amigos míos los pescados que os prometí cuestan este año tres veces más de lo que yo creía. Las lampreas se venden a cinco duros pieza. Ahora bien: yo me he acordado que hay en el pueblo un pobre jornalero enfermo, cuyos hijos no tienen qué comer. El dinero que costaría un plato de lampreas bastaría para alimentar esa familia medio año. Si persistís en comer esos pescados, los compraré y os serán servidos sin perder momento. Si, por el contrario, consentís en que enviemos su precio a esa desgraciada familia, os haré servir excelentes pescados de río que costarán mucho menos.

Todos los convidados, no sólo aprobaron la caritativa proposición de su huésped, sino que

Universidad de Deusto
Biblioteca

cada uno de ellos añadió un billete de cinco duros a las monedas que había en el plato. Todos satisfechísimos y el pobre jornalero quedó a cubierto de la miseria más de un año.

¿Quién ganó más; los que de buen grado cedieron aquel gusto y añadieron aquella limosna, o la favorecida familia obrera?

J. L. D., Congr.

Como yo, elegido entre millares

Cierto día, hallábase Napoleón preocupado a las márgenes del Danubio. El río se hallaba en una de sus famosas crecidas y el ejército enemigo acampaba en las márgenes opuestas, desde donde era estrechamente vigilado por las avanzadas enemigas. Napoleón necesitaba conocer el plan y la estrategia meditada por el ejército contrario para madurar su plan; pero no hallaba medio de conseguirlo, sino enviando a uno de sus hombres que, salvando la vigilancia enemiga, se enterase de sus proyectos.

Para llevar a cabo su idea fijóse en un joven general de su guardia imperial. Llamóle y le manifestó su deseo. El general se retiró a su tienda atónito, despavorido. Se trataba de una cuestión tan delicada, que el menor descuido le arrebataría la vida; así que decidió desechar razonablemente la proposición del Emperador.

Iba a poner en práctica su pensamiento, cuando una idea terrible le hizo cambiar al instante de parecer: "El Emperador, pensó, tiene en su guardia imperial cincuenta mil hombres, y entre tantos se ha fijado en mí. El Emperador tiene en su ejército ciento cincuenta mil hombres y entre tantos sólo ha puesto sus ojos en mí!! Iré, iré", dijo. Y se apresto a cumplir la voluntad de su Emperador.

Piénsalo bien y verás que nada menos que Jesucristo ha puesto sus ojos en ti para que le ayudes en sus proyectos de conquistar el mundo y ¿no le seguirás, sabiendo que ha dejado a millones y millones por escogerte a ti?

P. del C., Congr.

Cascada peligrosa y provechosa

En las cercanías de un pueblo del Alto Aragón había una gran cascada, causa de numerosas inundaciones en invierno; y, por el contrario, en verano se hallaba completamente seca; con esto y con los grandes calores del verano, la agricultura de aquel pueblo estaba poco menos que arruinada.

Los vecinos resolvieron construir un pantano que, impidiendo las inundaciones en invierno, les proporcionase el agua necesaria para los riegos durante el estío.

Lo primero que se les ocurrió hacer fué levantar un muro que desviase la corriente para poder trabajar en seco, aun cuando el río trajese mucha agua. Aprovechándose de la sequía del verano, levantaron un fuerte muro al mismo pie de la misma cascada, que era el orgullo de sus constructores por su tamaño y solidez.

Llegada la época de las lluvias, el río comenzó a crecer y a arrastrar consigo troncos y piedras, despeñándose por la vertiente con terrible ímpetu; hasta que a los pocos días adquirió tal fuerza que derribó el muro e impidió que siguiesen los trabajos.

Los pobres vecinos no se atrevían a reconstruirlo, temerosos de que se desplomase de nuevo, cuando he aquí que del pueblo vecino llegó un anciano, a quien contaron la triste historia.

El anciano les contestó: ¿Pero cómo queríais detener la corriente cuando tenía más fuerza? Si en vez de construir el muro al pie de la cascada, la hubieseis levantado antes de que el agua adquiera su fuerza con la caída, no se os hubiera derribado.

Al verano siguiente, acordándose del consejo del anciano, levantaron el muro antes de que el río llegase a la cascada y pudieron construir fácilmente el proyectado pantano. A los pocos años la agricultura de aquel pueblo había mejorado tan notablemente que llegó a ser uno de los principales de su región.

Todos nosotros poseemos una fuerza enorme que, dejándola ir por donde quiera, nos causa espantosos perjuicios hasta en el mismo cuerpo, y bien encauzada nos puede servir de grandísimo provecho.

¿Quién puede encauzar esa gran fuerza que tenemos mejor que un buen confesor? ¡Cuánto podemos valer si tenemos la suerte de dar con uno que se interese mucho por nosotros y si seguimos con constancia sus consejos!

J. A. A., Congr.

Lo que enseña un charlatán

No ha mucho tiempo, paseaba yo ocioso por una calle cuando llamaron mi atención las palabras pronunciadas por un "culto" charlatán; poco más o menos, fueron éstas:

"...¿Han visto ustedes, señoras y señores, alguna vez Nueva York o Roma?, no ¿verdad?, pues yo sí. Por cierto que en Roma vi a un famoso aeronauta que estuvo a punto de perecer debido a que el día en que subió estaba la atmósfera en malas condiciones. Y ¿por qué creen ustedes que no pereció? Pues porque tenía una excelente base de sustentación en el aire... Yo que he visto Londres y Nueva York puedo dar fe de que los rascacielos existen, y de que por furiosos temporales que haya, los rascacielos no se derrumban ni sufren alteración; ¿por qué?, porque parten de una excelente y sólida base. Pues bien, señoras y señores, si queréis conservar lo más precioso que tenéis, la vida, partid de una sólida base; pues así seréis inatacables por las enfermedades; y ¿cómo lograr esa base?, pues tomando lo"

No me interesaba ya el producto que se tratara, pero en mi pensamiento resonaban transformadas algunas palabras del charlatán: "...si quieres lograr lo más precioso, la salvación eterna, echa en esta vida una sólida base; y ¿cuál?, pues el conocimiento exacto y continuo recuerdo de lo que más te puede guiar a tu fin, de las verdades eternas, de la muerte, del juicio, del infierno y de la gloria.

J. del C., Congr.

¡No soltéis la cuerda!

Se cuenta que, en la época gloriosa en que los artistas italianos daban al mundo sus mejores obras maestras, había en Roma un joven pintor que, ansioso de conocer los tesoros artísticos que encerraban las Catacumbas, resolvió introducirse secretamente en los obscuros pasadizos de lo que fué cuna de nuestra Fé.

En efecto, pocos días más tarde, entró en los subterráneos cementerios, llevando en una mano una antorcha y en la otra un cordel, cuyo extremo había atado a la entrada, a fin de poder salir fácilmente en el caso de que se perdiera.

Al cabo de largo rato y cuando más distraído estaba contemplando aquellos sombríos recintos, dejó caer de sus manos la cuerda que llevaba consigo, y sin darse cuenta, se fué internando más y más por los numerosos pasillos; de suerte que, cuando notó que la antorcha se le apagaba y quiso salir al exterior, vió con horror que la cuerda que había de servirle de guía, se le había perdido, y que, por lo tanto, estaba condenado a morir de hambre y sed en aquel obscuro laberinto de corredores, en el que había tenido la imprudencia de meterse.

Días más tarde, unos visitantes que acababan de realizar una visita a las Catacumbas, dieron la noticia del hallazgo de un cadáver en uno de los corredores; y más tarde se pudo averiguar que aquel cadáver era el del desgraciado pintor, que una semana antes se había extraviado en aquellos lugares.

Todos, especialmente los jóvenes, tenemos que pasar por un laberinto de tentaciones a cual más fuertes; si no soltamos nunca el cordel salvador de una acendrada devoción a la Virgen, podremos encontrar salida pronta; mas si llegamos a perder esta devoción, al apagarse la antorcha de nuestra vida caeremos en el infierno para toda la eternidad.

R. I., Congr.

¡Pobre faisán!

Cierto propietario tenía un hermoso gallinero, en el que pasaban su vida considerable número de bien cebadas gallinas y esbeltos gallos. Un día le regalaron un hermoso faisán, y por no disponer de otro lugar más acomodado, lo llevó al gallinero.

Al punto comenzaron entre los moradores de éste, los comentarios sobre el recién venido; admiraban los gallos lo majestuoso de su porte y lo regio de su andar; comentaban las gallinas lo variado de sus plumas y los lindos contrastes que formaban los colores de éstas; y los pollitos se recogían bajo las alas de su madre, temiendo se los llevase consigo el nuevo huésped, lejos de las protectoras y maternales alas.

La admiración general siguió en aumento, hasta la hora de la comida; aquí fué donde tuvieron término las admiraciones al fascinador faisán. Sucedió que al ir las gallinas y gallos a comer lo que su dueño les daba, el faisán se mezcló entre ellas, y comía lo que ellas, y como ellas.

Al punto comenzaron los comentarios en todo el gallinero: ¿para ésto tanto aparato exterior, si por dentro es como todas nosotras?

Esto mismo se puede decir de los hombres que tienen los mismos gustos y placeres que los animales. Se alimentan de lo mismo que las bestias y son como ellas. El hombre que se distingue de los animales es el que no sólo se alimenta de pan, sino de la palabra de Dios y de la frecuente comunión.

S. T., Congr.

¡Cuidado con el barro!

Érase un chico guapetón, que estando en vísperas de cumplir los doce años, le dijo su mamá: Mira, Paquito, como mañana vas a estrenar traje, ten cuidado de portarte en todo como un hombrecito; no juegues al pelotón, pues ya sabes que se le va la raya al pantalón y queda lleno de manchas, con lo cual resultas una calamidad en vez de un hombrecito.

Llega el día deseado y Paquito se pone el traje nuevo; y, claro está, para mamá no hay otro jovencito más guapo que él. Sale a la calle, y ¡qué formalito va! ve que están barriendo la calle y se retira; le dicen sus amigos que juegue y él dice que no.

Pero he aquí que un día en que llevaba su trajecito, le da por jugar a las cuatro esquinas. Total, decía él, por unas arruguitas que le salgan no se estropeará.

Llega a casa y mamá al verlo le dice: Mira Paquito que ya no me gustas; ya has empezado a no cuidar tu traje y se te va a estropear.

Mas Paquito sale a la calle; y, claro, acostumbrado a ir con sus amigos, vuelve a jugar al pelotón. Total, decía él, por un poco de polvo que se coja; ya lo cepillaré al llegar a casa, y, además, como no voy a ir donde haya pozos.

Mas contra lo previsto, se escapa el pelotón, corre mi buen Paquito por él, y ¡oh desgracia!, se tropieza y ¡cataplúm!, al pozo. ¡Pobre Paquito!, cómo lloraba; ¡tardío arrepentimiento!

Y no hay que decir, al llegar a casa, mamá se enfada, hay sus lloriqueos y todo termina con llevar el traje a la tintorería, de la cual vuelve como si nada le hubiese ocurrido. Desde entonces, nunca más desobedeció mi buen Paquito, y aquel flamante traje no pisó más la tintorería.

Y una vez leído este cuento os digo: Vosotros también tenéis un traje nuevo; no os diré que sea precioso, pero sí preciosísimo; y éste ya sabéis cuál es: la pureza. Cuando nosotros hicimos la primera comunión, y las comuniones siguientes, os dijo y os dice la Virgen: Mira, hijito, desde hoy eres dueño de este trajecito; pero cuida de no mancharlo nunca, que jamás se te estropee, y para esto nos dice, no vayas nunca por donde hay polvo ni barro, pues puedes mancharlo; y si algún amigo te dice, ven al cine, le dirás: tengo mi traje limpio, y en

Universidad de Deusto
Biblioteca

ese sitio hay mucho barro. Pero si alguna vez lo ensucias, haz lo que hizo Paquito; vete al tintorero, al confesor, y que te limpie bien.

K. T., Congr.

Curioso polvillo

Era una tarde de vacaciones de verano. El sol calentaba de firme; pero nosotros, sin detenernos a enjugar el sudor que corría por nuestra frente, corríamos de aquí para allá, saltando aquí una zanja, tropezando más allá, tras alguna preciosa mariposa, que con sus vuelos de flor en flor, parecía puesta allí por Dios para hacernos correr.

Y no fué poco lo que corrimos y sudamos hasta conseguir por fin nuestro intento.

Cuando más ensimismados estábamos contemplando al lindo insecto, se nos escapa de entre las manos y va a posarse en unas matas que allí, junto a nosotros, se hallaba. Todos esperábamos verle recomenzar el vuelo, pero, que si quieres; el diminuto animal, apenas intentaba emprender el vuelo, caía a tierra sin poder hacer otra cosa sino arrastrarse.

Luego supimos la razón de por qué la desgraciada mariposa no podía ya volar; había dejado entre nuestras manos el polvillo que cubre sus alas, polvillo que no es sino diminutas escamas, sin las cuales no puede sostenerse en el aire.

Así también, nuestras almas son mariposillas que se levantan hasta el cielo, si el precioso polvo de la pureza cubre sus alas; mas ¡ay! si lo pierden se arrastrarán por el lodo, de pecado en pecado.

E. M., Congr.

Improvisada lección en un tranvía

Iba yo el día pasado en un tranvía de nuestra rica y laboriosa villa, y esta vez me tocó hacer mis ensayos de propagandista con un señor de bigotes largos y ojos chiquitos, que con sus continuas críticas de todo lo que veía, bien manifestaba no pertenecer a la típica raza de estas tierras, de poco hablar y mucho obrar.

Yo había procurado varias veces satisfacer a sus caprichosas preguntas, cuando en una de estas, al pasar el tranvía por delante de una iglesia, vimos que dos congregantes, amigos míos, al pasar también por delante de ella, se quitaban la gorra para saludar a Jesús Sacramentado.

Se me vuelve el hombre y me dice:

Pero ¿también aquí siguen con esas niñerías? Yo creía que eso se quedaba solamente para los aldeanos de algún pueblo perdido en las montañas. Y, vamos a ver, ¿por qué se han de quitar la gorra delante de la iglesia, y no delante de esa casa, en frente de la que pasan ahora?

No sabía yo si contestar o no a aquella intempestiva réplica, porque me parecía que era meterme a predicador, estando la plataforma llena. Pero ya que él se había atrevido a ridiculizar aquella buena acción, me atreví también a defenderla; y le dije de la mejor manera que pude:

Permítame usted, pero no sé yo por qué ha de llamar niñería al saludo que se hace a un amigo o a un señor conocido y querido, eso lo pide la cortesía, no sólo en las aldeas, sino también en las ciudades. ¿No sabe usted quién está en la iglesia? ¡Cuánto más que ese saludo se merece Jesús Sacramentado!!

Me miraron los demás como aprobando mi vidente; y el locuaz ya no se atrevió a poner tacha en lo tocante a prácticas religiosas.

V. M. A., Congr.

Entre tigres

...El misionero, que había interrumpido su narración, continuó:

De repente el indio me gritó:

—Padre, ¿trae el revólver?

—¿Traes tú el puñal?

—Sí, Padre, mírelo. Y lo hizo brillar al claror de la luna.

—Pues, también yo traigo el revólver.

Al mismo tiempo, sujetaba con mi diestra un magnífico revólver, mientras apretaba con mi mano izquierda el Rosario y las riendas del caballo.

—En esta parte, prosiguió el indio ya confiado, merodean muchos tigres...

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, y le dije:

—Saturnino, ¿sabes el Ave María?

—Sí, Padre...

—Entonces recémosla juntos para que la Virgen nos salve de todo peligro.

Rezamos: nuestros caballos caminaban iluminados por la luna, mientras el viento mecía quejumbrosamente los árboles de la selva. Avanzábamos con cautela, dispuestos a todo y preparados a prevenir cualquier ataque.

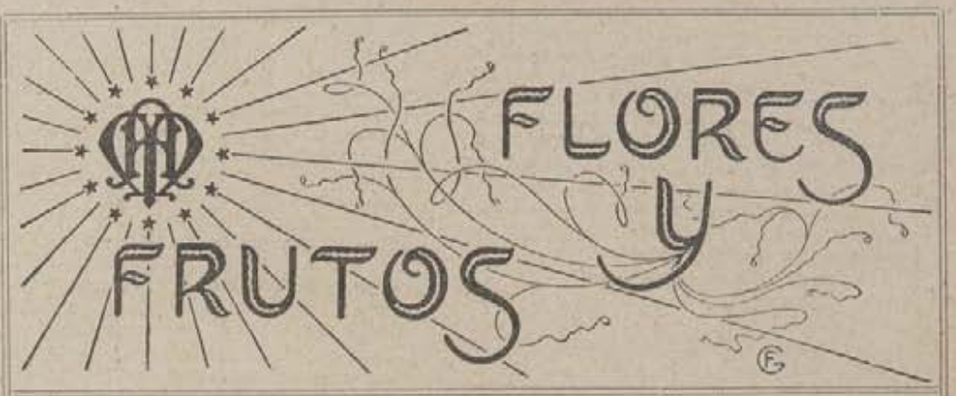
Al poco rato, el indio se paró; me coloqué a su lado, y él, gesticulando, me empezó a hablar precipitadamente en su idioma, al mismo tiempo que señalaba un punto de la selva, a mi derecha. Comprendí que quería indicarme algo... Miré en aquella dirección y vi resplandecer en la oscuridad dos lucecitas amplias, dilatadas, fosforescentes... No comprendí entonces que se tratase del tigre, pero lo entendió mi caballo, que se lanzó desbocado a través de fangales. Volví la vista atrás, y vi a la luz de la luna una sombra que a grandes saltos venía tras nosotros.

—¡Virgen Santa! ¡El tigre! ¡Salvadnos!!

Solté las riendas del caballo y encogí mi cuerpo en la silla. ¿Cuánto duró aquella desatentada carrera? No lo sé. Recuerdo sólo que después de haber cruzado cierto paraje oí un rugido espantoso y el caer de un cuerpo pesado... Los dos nos habíamos salvado.

Así hemos de huir de cuanto pueda poner en peligro la inocencia; que mucho más que la vida del cuerpo, vale la gracia, que es la vida del alma.

M. V., Congr.



Núm. 187.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Febrero de 1929

El loco de los imposibles

En un poyo de piedra, al pie de un árbol corpulento del huerto del manicomio, se sienta un hombre encorvado: lleva barba y cabellos muy crecidos y descuidados, y un miserable saco sujeto por una cuerda a la cintura cubre su macilento y esquelético ser. Si le encontraran en lugar despoblado, le tomarían por el ermitaño más penitente del mundo; aunque la expresión idiota de su rostro y la carcajada histérica que de cuando en cuando parece escapar de su pecho cavernoso, elatan su estado. Con una gruesa cuerda de esparto en una mano y en la otra un palillo de dientes, pasa los días enteros sentado en el mismo sitio. ¿Y qué es lo que hace? Pues está empeñado en enhebrar la soga en el palillo, que se le antoja ser aguja.

Cuando el estado del tiempo le impide salir a la huerta, traza con un carbón en la primera pared que encuentra, círculos y cuadrados, combinándolos de todas las formas imaginables, como si pretendiera hallar la solución a la *cuadratura del círculo*. Es el loco de los imposibles.

Su historia es muy triste: Pocos años antes era por todos conocido y respetado con su título de marqués. Tenía un hijo y una hija, ambos de más de quince años de edad, cuando su esposa pasó a mejor vida.

La muy buena educación social y religiosa que había dado a sus hijos, produjo en ellos tanto asco de la farsa del mundo, que decidieron entregarse por completo a Dios en algún Instituto religioso.

Un día José Luis, que así se llamaba el chico, se presentó ante su padre a pedirle licencia para ingresar en una Orden Religiosa y Misionera. El marqués quedó al pronto atónito y estupefacto. ¡El, que idolatraba a su hijo...! ¿Religioso...? Y repetía esta palabra, como si quisiera ahondar más la herida, que al escucharla en tales labios, se había abierto en su corazón.

—¡Religioso...! ¡Imposible! Antes tendrás que enhebrar una aguja de bordar con una soga.

¡Imposible! ¡Imposible!

A esta negativa siguieron viajes de distracción, intervención en importantes negocios, prohibición de ir a iglesia alguna; pero lo que el marqués no logró en tres años, lo consiguieron en pocos días los malos compañeros.

No tuvo, sin embargo, el marqués, mucho tiempo para regocijarse con la mudanza de su hijo.

Una noche el hijo, después de haber perdido en el juego casi toda la hacienda de su padre, huyó de la ciudad, no sin antes dejar a éste, sobre una mesita de mármol, una tarjeta con estas lacónicas palabras:

"¡Enhebra una aguja con una soga!

Tu hijo."

El furor que se apoderó de aquel desdichado, cuando supo por los acreedores el por qué de la tarjeta y de la desaparición de su hijo, no conoció límites. Hirió de gravedad a uno de los que reclamaban la deuda de su hijo, y hubiera hecho otro tanto con los demás, si no se defendieran con valor.

Pocos días después, a pesar de su título, que le servía ahora de deshonra, era encerrado en la cárcel.

Su hija, que había quedado sola y casi sin recursos, moría al poco tiempo consumida de tristeza e inanición en el miserable cuchitril que habitaba.

El desgraciado marqués, que desde el día de su prisión llevaba clavada en la frente como un hierro ardiendo, la frase de su hijo "Enhebra una aguja con una soga", al saber el fallecimiento de su querida hijita, acabó de perder la razón y creyó haber hallado la solución de lo imposible.

¡Qué lección para muchos padres y para muchos hijos! Cuando Dios Nuestro Señor pide lo que es suyo, temblemos de negárselo.

M. de N., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

¡Qué lección nos da una alfombra!

Con el Algebra delante, pero con la atención a cien mil leguas del lugar en que me hallaba, estaba cierta tarde de vacaciones, con más ganas de escapar a jugar al fútbol que de meterme tanto logaritmo y tanto cálculo en la cabeza. De pronto mi vista, que cual mariposilla vagaba por la estancia, se posó en la labor que mi hermana, sentada en el otro extremo de la habitación, llevaba a cabo: una alfombra de lana de variados colores. Después de contemplar buen rato su trabajo, le dije:

—No comprendo cómo puedes hacer eso.

—Pues muy fácil. Mira ¿Ves este hilo rojo?

—Sí.

—Pues bien, le sujetas con este dedo, entrecruzando estos dos hilos que están aquí y haciendo un nudo. Luego, coges estos otros hilos, los entrecruzas entre sí, luego con los otros y haces más aquí...

—Otro nudo. Pero a todo esto, estoy tan en ayunas como cuando me has empezado a explicar ese lío de cruces y nudos sin fin.

—No, hombre. Pero ¡si es muy fácil!

—Sí; para ti será todo lo fácil que tú quieras; pero para mí es más difícil que este latoso problema, que me está sacando de quicio.

De pronto llegó en su tarea a un punto crítico. Los nudos y los cruzamientos se multiplicaron de tal forma, que no pude menos de exclamar, al contemplar el burdo y feo tejido que había resultado:

—La verdad es, que eso no está muy bonito que se diga.

—No metas la pata. ¿No comprendes que lo estás viendo al revés?—me contestó, al mismo tiempo que daba vuelta a la alfombra.

Entonces se ofreció a mi vista todo lo contrario de lo que me había figurado. Los nudos y cruzamientos se convirtieron, como por encanto, en lindas combinaciones de colores, superando a todas en belleza, aquella que a mí me parecía la más burda y fea. Dejó mi hermana su trabajo encima de una silla y se marchó, dando por terminada su tarea.

Yo continuaba con el Algebra delante, que, abierta de par en par, reclamaba mi atención, que estaba en otra parte. La imagen de la alfombra se había fijado en mi imaginación, y no la abandonaba tan fácilmente. De pronto ocurrióseme esta comparación:

La alfombra se me figuraba imagen de la Divina Voluntad. Los nudos y demás fealdades y asperezas son las penas y amarguras que a Dios place enviarnos y que a nosotros nos parecen tan feas y extemporáneas; pero que, en realidad, no son sino preciosas combinaciones, tanto más preciosas cuanto más burdas y feas se nos figuran; mas, si como el artista que hace la alfombra, sufrimos todos estos nudos y fealdades de la vida con paciencia y fijándonos no en lo feo, sino en la bella realidad, ¡cuán llevaderas y ligeras se nos harán las penas que tanto abundan en este "valle de lágrimas"!

E. M., Congr.

Aunque no me acuerde

Un pobre hombre era muy aficionado a la lectura de libros frívolos.

Cierto día le reprendió su esposa por esta mala costumbre.

—No te inquietes por eso, contestó; ¿qué mal crees tú que me pueden hacer? Yo me olvido al poco tiempo de haberlos leído.

—Papá, le dijo su hija, que parecía distraída y estaba escuchando la conversación; ¿qué comimos el domingo pasado?

El padre, sorprendido, no sabía qué responder, y concluyó con decir que no se acordaba.

—Bien está, exclamó la hija, no os acordáis, y, sin embargo, esa comida os alimentó.

Esta sencilla réplica hizo sonreír al padre.

Abrazó a su hija, y desde entonces renunció a toda clase de lecturas frívolas y perniciosas.

Tal vez también a ti, el que esto lees, se te olvida el argumento pornográfico de tal novela o película, mas examinándote verás que esta lectura (aunque olvidada), debilita tu piedad y vas cambiando de modo de pensar, y te gusta lo que antes te parecía muy malo. Pero tienes un remedio: imita a aquel padre en su promesa, y renuncia, como él, a las lecturas frívolas y obscenas, y lo que es peor, esos otros novelones de malísimo gusto y peor educación como se ven a diario en los cines.

F. A., Congr.

Lo que enseña un "chavalín"

En una de las catequesis que la Congregación regenta, y cuyo nombre no hace al caso, una de las mañanas que allí fuimos los catequistas a instruir a los pequeños, al mismo tiempo que pasamos un rato entretenidísimo (aunque algunos crean que esto del "entretenidísimo" sea un cuento), presencié el hecho que ahora voy a contar.

El domingo anterior había llegado uno nuevo a mi grupo, que aunque mayor (once años quizás) no se había enterado aún de lo que es el Catecismo y tenía muy presente lo que el día primero de su venida le había tocado, dos o tres juguetes buenos. Apenas me vió salió a mi encuentro todo alborozado gritando: ¡El catequista! ¡El catequista! ¿Traes hoy juguetes bonitos?

A lo que el "chavea" de mi título, pequeño y chatillo, qué atiende cuando le llaman *Negrín*, aunque no es ese su nombre, encarándose solemnemente, le contesta: pero oye, tú, ¿a la Catequesis a qué vienes, a por los regalos o *pa* aprender las cosas de Dios...?

Y en la salida de aquel pequeñuelo, que entonces me hizo sonreír orgulloso, vi y sigo viendo una lección para los que buscan a veces en la Congregación sus conveniencias y entretenimiento, descuidando a segundo término la verdadera formación e instrucción.

Con frecuencia e impensadamente suena en mis oídos aquella vocecita: ...¿vienes *pa* los juguetes o *pa* lo de Dios...?

J. del C., Congr.

El pararrayos

Al llegar a mi pueblo aparece ya de lejos un lindo chalet estilo vasco, como engastado en la verde fronda de plátanos, acacias, castaños de indias y pinos que le rodean. El rojo chillón de su tejado se destaca sobre el fondo verde-oscuro de la arboleda.

Habitábalo, hasta hace poco, un señor con más que síntomas de neurastenia, del que voy a referir un solo rasgo.

Visitábale un día un distinguido arquitecto; el mismo dueño le guiaba a través de la finca, mostrándole ufano y satisfecho los hermosos y sombríos rincones de la posesión, a propósito para descansar de los cuidados de los negocios.

En uno de los claros del bosque detiénese el arquitecto a contemplar el chalet que de allí maravillosamente se percibe. Al fijar su atención en el magnífico pararrayos de puntas de platino que coronaba la construcción, hace un gesto de extrañeza:

—Pero..., se atrevió a preguntar, ¿no tiene ese pararrayos cable que le ponga en comunicación con la tierra?

—¿Cable?... ¿Para qué?, repuso el dueño; lo que luce es esa esbelta barra que está sobre el tejado...

Ridícula respuesta ¿verdad?

Cuántos hay así, que lo que quieren es aparecer como congregantes y les falta lo principal, el deseo de agradar en todo a la Santísima Virgen y un buen confesor...: que sean como el cable del pararrayos que nos une a tierra firme, en la que, sin causarnos el menor mal, pierden su eficacia las tentaciones y ataques del enemigo, por fuertes y terribles que sean.

M. V., Congr.

Ridiculez

El célebre Combalot predicaba un día en Lyon. Acababa de exponer con viveza y claridad las pruebas de la existencia de Dios, y, en una conclusión enérgica, había atacado a los audaces sacrílegos que padecen la locura de rebelarse contra su Criador.

El Padre, agitado y sudoroso, desciende del púlpito. Al llegar a los últimos escalones, se detiene, se golpea la frente y vuelve a subir, como si fuera a empezar un nuevo sermón. No fué muy largo.

—Lioneses, dijo: desde vuestra ciudad se ve el monte Blanco. Pues bien, las ratas no se lo comerán...

El público quedó maravillado con aquella aseveración tan ridícula. Una conspiración de ratas que jurara arrasar el monte Blanco.

Pero no lo será nunca tanto como ese puñado de ateos que atacan a Dios y que se han prometido destruirlo. ¡Pobres ratas, que quieren arrasar una montaña, infinitamente más grande que el monte Blanco de los Alpes!

J. E., Congr.

¡Qué procesión!

Nos remontaremos a aquellos tiempos en que, capitaneados por el infame Lutero, gente como él lanzaba ante los pueblos el grito de rebelión contra la Iglesia Católica, y animados de diabólicas intenciones promovían guerras sangrientas bajo el falso pretexto de Reforma.

Negando unas verdades e inventando mil calumnias, sembraban el desconcierto en religión y en todo orden de cosas.

Sin embargo, no todos se dormían, ni todos se dejaban envolver en aquellas sombras de muerte, en que los protestantes pretendían sepultar a los ignorantes y sencillos. Muchos pueblos, católicos en el fondo de su corazón, se gloriaban de hacer público alarde de la religión y de la fe legada de sus mayores.

Era el día solemne del Corpus. En uno de estos pueblos se dejaba ver desde el amanecer desacostumbrado movimiento y agitación de la gente. La alegría franca y el entusiasmo santo de quien va a tomar parte en algo solemne y de orden sobrenatural, se retrataba en los rostros de hombres y mujeres, chicos y grandes; ostentaban sus trajes mejores de las grandes fiestas.

En diversos puntos de las calles, los más a propósito, y aun fuera de la población, se veían erigidos sencillos, pero artísticos altares; y los vecinos se esmeraban a porfía en engalanar, con los más preciosos tapices y colchas que poseían, los balcones y ventanas de sus habitaciones.

En el reloj de la torre sonaron las diez de la mañana, y la agitación y regocijo era cada vez mayor. Media hora más tarde el majestuoso volteo de las campanas y salva de cohetes anunciaron que el Dios de la Eucaristía iba a recorrer en paso triunfal las calles y las afueras de la población. En efecto; la multitud, compuesta de toda clase de gente, comenzó a salir pausada y ordenadamente de la iglesia. Rompía la marcha una bulliciosa turba de niños, precedidos de monaguillos, con sus ciriales y la cruz alzada. Seguían, en dos filas, los jóvenes y los hombres con velas en las manos; detrás, el coro de los músicos, y caballeros, los más dignos del pueblo, con grandes hachas, escoltaban de cerca al Señor, que en rica custodia era llevado en alto por el señor Párroco, anciano venerable, querido de sus feligreses como su padre y pastor. Por último, cerraban esta devota y sencilla comitiva las mujeres, que pasaban entre sus dedos las cuentas del rosario.

En las afueras del pueblo la procesión debía pasar por un camino, colindante con el bosque de un bárbaro hugonote. Detrás de unos árboles y a calculada distancia, se puso éste, armado, a espiar atentamente el paso del sacerdote portador del Señor Sacramentado.

Llegó, en efecto, la procesión, y pasaba de largo por delante del bosque, cuando varios que rodeaban al sacerdote vieron, asombrados, al hereje apuntar hacia el viril... Al momento, un fornido y bizarro cristiano da un salto y corre a interponerse entre el impío y

Universidad de Deusto
Biblioteca

el Santísimo Sacramento. No pudo impedir el disparo; la traidora bala derribó al heroico mártir a los pies del pastor. Aunque herido mortalmente, aún le restaban algunos momentos de vida y no había que menospreciarlos.

El venerable sacerdote, reponiéndose al punto del susto, saca con mano temblorosa del ostensorio la Sagrada Hostia, se inclina y la deposita en la boca del héroe moribundo, y, con paternal afecto y sin poder contener las lágrimas, le dice estas entrecortadas palabras: "¡Hijo mío!... Tú eres digno de recibir antes de morir el cuerpo del Señor ¡Vaya si lo eres!". Y el mártir de la Eucaristía expira a los pocos momentos de recibir aquel solemnísimo Viático.

Emocionadísimos todos los presentes, vuelven al templo ordenados como han salido. Y, si bien llevan la Custodia vacía, va en su lugar el mártir de la Eucaristía llevado por varios caballeros, que se disputan aquel honor.

A. C., Congr.

Excursión alpínica y caso curioso

¡Al Gorbea! ¡Qué magnífico día nos concedió el Señor! Ni una nube y el aire seco y transparente para contemplar las lejanías. De Ceánuri hasta el refugio de la Diputación, tres horas y media de ascensión penosa en una fresca mañana de verano. Nuestra ilusión luchaba en duelo a muerte con la ardua aspereza del subir.

El camino de la vida, pensaba yo, es camino que, en cuesta, sube a lo alto de la montaña.

¡A subir! El aire es allí más puro y fresco; los panoramas más abiertos; el ambiente dominador; ¡a subir! Llenos de ilusiones empezamos; pero cuando llegamos al refugio, muchos, casi todos, estaban vencidos por la penosa ascensión. Nadie dió el grito de a tumbarse; pero lo hicimos espontáneamente todos. Descansar un momento bien, pero para tomar aliento y dar el último empujón. Sólo dos (éramos veinte) nos pusimos a los pocos momentos en pie y dimos el grito de ¡aupa, a la cumbre! Y nadie nos siguió. La comida, que humeaba ya, despedía tal olor y tan descansada era la postura horizontal, que sólo dos subimos hasta la cruz, que allí arriba abre sus brazos dominando todo el país vasco.

Allí girábamos en torno, dominándolo todo. El Amboto, aquel Amboto que tantas veces mirábamos humillados desde Abadiano, altísimo, trono defendido por la reina de las brujas; a aquella vieja de Amboto, le vimos entonces como un anciano encorvado, allá abajo, como si fuera a caer inerte ya en su tumba. ¡Miserable Amboto!

Cuando bajamos al refugio nos juzgamos ambos los dos héroes únicos de la jornada. Nadie nos disputó la hazaña. Una desilusión nos esperaba a la vuelta.

Cuesta abajo corríamos a sabor. Media hora después del refugio de Rotaeche, encontramos un grupo de muchachas que subían a hacer allí noche para escalar a la mañana siguiente la cumbre. No era grande su hazaña. En ese plan, todos los que bajábamos hubiéramos llegado hasta la cruz. Lo curioso fué que, detrás de ellas, con una maleta al hombro, donde iban las cosas de todas, ascendía un anciano. Era un viejo pastor. No tenía en su boca ni un diente ni una muela. ¡Eh, buen viejo!, le pregunté: ¿Quién le ha robado los dientes? ¿O los ha perdido? "No los he perdido, me dijo; el que me los dió me los quitó, y también a otros se los quitará". ¿Cuántos años tenía? ¡89! Con 89 años y la maleta a cuestas subía hasta la cumbre. Las hayas y los seculares enebros de gruesos troncos le miraban admirados y removían sus ramas como aplaudiéndole. Y hasta un acebo se había empinado sobre el tronco de una haya seca, podrida, echando allí en alto sus raíces para contemplarle a sabor.

J. M. C., Congr.

¡Vaya una rosita!

M. Heinhold, pobre desde su nacimiento, había llegado a hacerse considerablemente rico. Muchos creían que con algún medio oculto había llegado a tanta prosperidad.

Oyó esto uno de sus nietecitos, llamado Néstor, y tan pronto como le vió a su abuelo, le preguntó:

—Abuelito, enséñeme el modo de llegar a ser rico.

—Con mucho gusto, hijo mío. ¿Ves esta rosita que tengo en mis manos? Los pétalos y las hojas que la rodean son del oro más fino. Si la llevas constantemente sobre tu pecho y no olvidas lo que te voy a decir, llegarás ciertamente a ser feliz.

—Muy bien, gritó gozosísimo Néstor; dígame qué hay que hacer, que no lo olvidaré jamás.

El abuelo respondió:

—Primero, no te pondrás esta rosita nunca antes de haber rezado la oración de la mañana, ni te desprenderás de ella jamás sin haber hecho con devoción otra plegaria antes de acostarte.

Segundo, no debes permanecer nunca ocioso, mientras lleves esta florecita sobre tu pecho.

Tercero, los vestidos lujosos, las alhajas costosas, el acicalarse demasiado no dicen bien con esta rosita.

Cuarto, por la noche no te quitarás esta flor sin haber hecho antes algún beneficio o un acto de caridad con tus semejantes; si lo has omitido, lo puedes hacer aún aquella misma noche, o a la mañana siguiente lo más tarde; aunque no sea más que rezando algo por los que están en pecado mortal.

Quinto, no alimentarás en tu corazón, sobre el que llevarás esta delicada rosa, pensamiento alguno que no te atrevas a descubrir a tu Director.

Repite diariamente estas cinco cosas con los cinco dedos de la mano, obsérvalas, y la pequeña rosa hará tu felicidad.

¿No es verdad, que sin la rosita de oro podemos también nosotros conseguir esa felicidad guardando esos *cinco consejitos*?

M. V., Congr.



Núm. 188.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Marzo de 1929

¡¡¡Pobrecito!!!

Estamos en una de las principales casas del Ensanche de Bilbao; en una habitación interior se mece en la cama, impaciente por levantarse, un niño de diez a doce años.

Es Fernandito, el pequeñín de la casa; su mamá, doña Dolores, se acerca y le dice con un tono de ligera amonestación:

—Son las siete menos cuarto, ¿a dónde vas tan pronto?

—Mamá; la misa es a las siete y media, pero como...

—¿Qué hablas de misa con un tiempo como el de hoy y el catarro que tú tienes?

—Pero mamá, si es jueves, y el Padre nos ha encarecido que vayamos.

Su padre, don Fernando, interviene.

—Déjalo que vaya; el catarro casi le ha desaparecido y...

—¡He dicho que no, y no! Fernandito no saldrá en todo el día de casa. ¡Pobrecito, con el catarro que tiene...!

Son las ocho de la noche del mismo día en que Fernandito no ha ido a Misa. Doña Dolores dirige la palabra a su chiquitín:

—Ponte el traje nuevo y los zapatos marrones.

—¿Para qué, mamá?

—Vamos al teatro.

—¿Con el catarro que tengo?

—Ya apenas tienes

—Pero..., no tengo ganas.

—Claro; y vas a dejar mal a José Ramón, Julio, Paquito, Mario..., y otros muchos que te están esperando.

Por fin, aunque con desagrado, Fernandito va al teatro; su mamá le convence con un "ya te taparás bien con el abrigo".

Claro es que en el teatro no ven nada bueno.

A la vuelta, Fernandito empieza a toser, y como en tono de réplica, le dice a su mamá:

—¿Ves, mamá? Ya estoy tosiendo.

Pero ésta le responde:

—Eso no es nada.

Los días han pasado; Fernandito está peor; se le ha complicado el catarro, le ha venido la pulmonía.

A pesar de todas las consultas de médicos, Fernandito muere...

Y su madre, aun sabiéndolo, no quiere achacar su muerte a la noche del teatro, sino que todavía defiende que su Fernandito ha muerto porque... sí.

¡¡¡Pobrecita!!!

J. del C., Congr.

¿"Eso es bailar"?

Era Alberto un muchacho vivaracho, y pronto empezó a atraerle el brillo de lo que llaman gran sociedad; oía hablar de bailes (pues en su tierra no se bailaba en público) y quiso aprender a bailar. Se fué a su padre y le dijo: "Papá, quiero aprender a bailar".

Un seco "está bien" le dió por toda respuesta. Mas, héte aquí, que otro día en que menos lo esperaba: "Vamos, le dijo, te voy a enseñar lo que es bailar", y tomándole por compañero de paseo, le condujo calle abajo hasta detenerse frente a un salón visible en su interior a los transeúntes a través de sus grandes lunas.

No oía Alberto sonido de música ninguna, con ser tranquila la calle; pero allí dentro veía que hombres y mujeres, medio vestidas, se movían de un lado para otro, a veces reposada, a veces precipitadamente.

Extrañeza primero, risa luego, después grande repugnancia de aquella mezcla y movimientos, que él no se explicaba, fueron los efectos que sintió su alma. ¿Estarán éstos locos? ¿Es eso bailar? Y hastiado, por fin preguntó a su padre: ¿Papá, es esto bailar?

"Sí, hijo, le contestó, eso es bailar".

Universidad de Deusto
Biblioteca

"¡Cuantas gracias tengo que darle a mi padre, repetía Alberto años después, pues aquella lección, por lo que en otros he visto, me ha sido tan provechosa para mi alma como para mi salud y para librarme de mil peligros, donde otros han perecido."

Y más hoy, con los bailecitos que se estilan, ninguno que sepa respetar y quiera ser respetado puede meterse en semejantes danzas.

L. A., Congr.

Si no a las buenas, a las malas

Aún recuerdo, y han pasado muchos años, a la hermanita de seis años de un buen congregante, con su carita tan de ángel, que pudiera Murillo haberla tomado por modelo.

Pero a aquel ángel le había cabido en suerte una madre desentonada en cuestión de vestidos y un padre peor entonado en ese y otros puntos.

Supe que su hermanito, de trece años, todos los días pedía a la Santísima Virgen, con todas las veras de su alma cándida y limpia, o que su madre vistiese a su hermanita más decentemente, o que muriese antes de perder la inocencia bautismal.

¡Cuánto había tenido que estudiar y mortificarse y trabajar para preparar el examen de segundo año de bachillerato!. Todos aquellos sacrificios los daba por bien empleados para recabar de la Virgen la gracia deseada.

Un día estaban en el jardín del chalet en que vivían, madre e hijo. Este, ufano y orgulloso por las brillantes notas que había obtenido dos días antes, y aquella no menos satisfecha por la honra que de su hijo le redundaba.

—Mamá, ¿qué premio piensas darme?, interrogó Angelito, mientras con sus lindos zapatitos removía nerviosamente las piedrezuelas del jardín.

—Pide lo que quieras, hijo; te lo compraré por mucho que cueste. Ha dicho tu papá que mereces un buen premio, y yo quiero que sea bueno de verdad.

—Mamá, ¿me prometes darme lo que te pida?

—Angelito—repuso ella mientras le apretaba contra su corazón—; te he dicho que sí. ¿Por qué insistes?

—Es que...

—Dilo sin miedo. Se hará lo que quieras.

—Entonces, mamá, lo único que te pido es... que vistas con más decencia a Marichu.

La señora se quedó *de una pieza;* aquella era una *salida de tono.* ¡Qué entendía su hijo de modas! Los colores le habían subido al rostro e inmutado; se repuso, y malhumorada le replicó:

—No, eso es un imposible. ¡Si querrás que vaya como una aldeana y que no se le vean sino la cara y las manos! Mira, pide otra cosa; esa no puede ser.

—Mamá, contestó Angel, es que así mi hermana no será buena y escandalizará...

—Déjate de historias...

—Pero es que la Virgen se la llevará al cielo, porque yo se lo pido todos los días.

—¡Pues no faltaba más que eso! ¡Atrevido! ¡Si me vendrás a dar lecciones! ¡Te he dicho que no me hables más de eso!

—Es que después...

—Nada, ni una palabra más. ¡Habráse visto con este congregantillo!...

Pocos días después un automóvil se detenía a la puerta del jardín. Dos caballeros bajaron del coche: detrás se apeó la sirvienta de la casa con cara de haber llorado mucho.

La señora, entre sorprendida y asustada, se levantó del asiento y salió apresurada a su encuentro.

Uno de los caballeros la detuvo:

—¡Mi hija!, gritó ella, clavando sus ojos en la criada, que, algo retirada, había comenzado a sollozar.

Procuraron calmarla, pero fué inútil. Pronto quedó enterada de lo ocurrido.

En un descuido de la sirvienta, un tranvía había atropellado a la niña, cortándole las dos piernas. Para cuando fué trasladada a la clínica más cercana, su alma pura e inocente había volado con los ángeles al cielo.

Angelito sintió ganas de llorar, pero se acordó que él mismo había pedido a la Virgen aquella gracia y su alma elevó al cielo una oración de agradecimiento. Aunque con gran dolor suyo, la Virgen le había oído; se creyó premiado.

Toda madre que es cristiana, jamás transige con modas que escandalicen, como son estas actuales, y más en las niñas y en los niños.

R. G., Congr.

Unos animalitos

La vida del campo me atrae con fuerza irresistible; siento pasión sincera por ella. Esos inmensos panoramas donde ha depositado Dios tanta poesía, tanta belleza, reflejo pálido de la suya, ejercen sobre mí influencia incontrastable. Me hallaba un día tan guapamente bajo la sombra de robustas y corpulentas encinas. A mis pies se desarrollaban dos escenas diversas totalmente. A lo lejos cruzaban el azulado mar multitud de botes y barquitos de recreo, y en las orillas alzábanse airosas quintas de recreo en número considerable.

Por otra parte, cerca, muy cerquita de mí, unos diez o quince puercos hinchaban su vientre con el dulce fruto de la encina; desde lo alto de la misma el porquerizo vareaba la bellota, pero los animalitos, empujándose los unos a los otros, ocupados en comer y gruñir, jamás levantaban la vista para ver quién era su bienhechor

Confieso que me hizo impresión la escena. La miré y remiré, y entre cuadros tan diversos encontré un pequeño parecido.

Las riquezas son las bellotas de los acomodados de este mundo; y los ingratos hombres no se cuidan de alzar la vista para ver quién ha sido y es el bienhechor que las puso en sus manos. ¡Así las emplean muchos, al estilo de estos animalitos; debieran dar compasión y no envidia!

E. B., Congr.

Los tres tarsicios

Era el verano de 1923. En una pintoresca villa, cerca de Petrogrado, podían verse aún las huellas de la revolución del 17: el orfanotrofio deshabitado y sombrío, la iglesia cerrada y solitaria. Sucedió, poco después, relativa tranquilidad, sin que por eso hubiera vuelto a renacer la vida religiosa. La proximidad a la frontera de Finlandia, movió a las autoridades a acomodar en esta villa una guarnición; y, dada la escasez de viviendas y su mal estado, echaron el ojo a la iglesia y al asilo, y decidieron transformarlos en barracas para los soldados. Aquella estaba cerrada y atrancada, así que era necesario forzar las puertas.

La víspera del día señalado, sentados en el café de la villa, discuten unos cuantos rojos la manera de entrar en la iglesia. No lejos de ellos, sin que lo advirtieran, seguían toda la conversación, sin perder tilde, tres niños católicos.

Al oír tales cosas y recordar los dulces días en que sus madres les enseñaban a arrodillarse ante el altar, repitiéndoles: ¡Jesús vive aquí!, creyeron que la casa de Jesús iba a ser profanada; no sabían ellos que, al cerrarla, se habían llevado al Divino Prisionero. Por esto determinaron hacer cuanto pudieran por defender y proteger a Jesús.

Supieron que las puertas serían violentadas a las primeras horas del día siguiente y decidieron velar desde la media noche. Los tres valientes y la hermana de uno de ellos, por no ser menos, se las arreglaron para escalar la iglesia por una ventana que daba al jardín de una casa vecina y había quedado abierta. Así velaron como bravos en torno de las gradas del altar, sin reparar en la debilidad de su edad ante un puñado de soldados rojos bien armados.

Era muy de mañana, cuando oyeron pisadas hacia la puerta, ruidos de armas y golpes de herramientas.

—¡Ellos son!—se dijeron los niños—. A los pocos golpes cedió la puerta. Al entrar los soldados, sorprendióles la vista de la infantil escolta, firme y en formación, y con brusco lenguaje les intimaron se retiraran.

—¡Ea, largo de aquí!

—¡Esta es la casa de Jesús!—respondieron ellos—. ¡Y no permitiremos insultéis a Jesús ni profanéis su casa! ¡De aquí no nos movemos!

Los soldados, medio beodos, comenzaron a hacer fuego sobre los niños, y dos de ellos cayeron en seguida, bañados en su inocente sangre. De nuevo ordenaron los soldados a los otros dos niños se retiraran; su única respuesta fué escudar el altar con su cuerpo.

Pocos minutos después cayó herido de muerte el tercer héroe. Desangrándose, casi moribundo, pero sonriente, sacaron al niño de la iglesia.

—Hemos defendido a Jesús: ellos no se atrevían a tocarlo—le decía a su madre cuando le llevaron a casa—. ¡Qué satisfacción sentía al haber puesto su valor al servicio de Jesús contra los perversos ataques de aquellos bandidos.

Unas horas más tarde moría el niño, pero vivió lo suficiente para decir que había visto a Jesús que, de pie en las gradas del altar, con rostro sonriente y esplendor que deslumbraba, tendía las manos en ademán de bendecir los cadáveres de los niños que dieron sus vidas para defender su tabernáculo.

Los soldados lo vieron también; otro rostro tendría para ellos cuando huyeron llenos de espanto de la iglesia, expresando con gritos su terror. Y el niño murió radiante de alegría, diciendo:

—¡Hemos protegido a Jesús!

A. A., Congr.

Eso es portarse bien

Se cuenta de Napoleón, que una noche salió de su palacio con el objeto de vigilar a los centinelas; lo que acostumbraba hacer a menudo.

Después de haber vigilado a algunos guardias, se dirigió hacia el polvorín, ante cuya puerta hacía la guardia el soldado de turno; éste, al ver venir a aquel desconocido hacia él, le echó el alto.

El emperador, sin hacer caso al "quién vive", siguió avanzando hacia el centinela; mas éste, como tenía la orden de disparar al que no respondiese a las tres llamadas, aunque conoció a Napoleón, se vió obligado a decirle:

—Responda V. M. al alto, si no, haré fuego.

El emperador, entre admirado y temeroso, respondió, y siguió su camino algo despechado contra el centinela.

Al día siguiente, una vez pasado su mal humor, recompensó al soldado que, cumpliendo con su deber, amenazó con la muerte a su emperador.

Aunque algunas veces no pueda complacer, siempre es estimado el que cumple con su deber. El cobarde, el que no lo cumple, por ser complaciente, siempre es desestimado.

R. I., Congr.

Cuantas más bravatas, peor

No hace aún medio siglo que había en una imprenta de Lieja un aprendiz, encargado de colocar los cuadernillos de los libros entre dos grandes rodillos giratorios, para que éstos los comprimieran fuertemente.

No corría peligro alguno, pues sosteniendo los cuadernillos por un extremo, presentaba el otro a los rodillos, que se encargaban de hacerlos pasar adelante. Pero como el peligro atrae a los jóvenes, el aprendiz se entretenía metiendo las puntas de los dedos entre los rodillos, y retirándolos en el momento en que iba a ser cogido.

Habiendo hecho esta operación varias veces, llegó a tener tal seguridad de sí mismo, que un día llamó a varios compañeros del taller, para hacer aquella experiencia delante de ellos. Como algunos le hiciesen ver el peligro que corría, les contestó envalentonado: "¡Ca! ¡Veréis qué gusto da este roce...! Lo estoy haciendo a todas horas, y no me pasa nada".

¡Pero aquel roce no fué cosa de gusto! Se descuidó un momento; no tuvo tiempo de sacar los dedos; fueron éstos cogidos entre los dos rodillos, que siguieron triturando huesos y músculos. Gritaba el infeliz; pero la máquina seguía inexorable.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Cuando llegó el ingeniero y desmontó los rodillos, vió con horror que sobre cada uno de ellos se extendía en una ancha lámina sangrienta la mano triturada del aprendiz.

El caso es horrible; pero nos hace ver que nadie puede estar seguro si se pone, sobre todo voluntariamente, en peligro. Tú que dices: "¡Qué bien se está en el cine, qué bonita es esta novela, o qué simpáticos son aquellos amigos!". Y más si añades: "Hasta ahora no me ha pasado nada por haber ido al cine, leído aquellas novelas, o no haberme separado de tales amigos, etc.", acuérdate del aprendiz de esta historia, y que tarde o temprano caerás en la tentación, por haberte puesto en el peligro.

¡Cuantas más bravatas eches, peor!

J. A. A., Congr.

Cómo se bautiza

El catequista de un misionero de China encontró en la calle a un pagano con una niñita moribunda. Resuelto le detiene y le dice:

—Esta niña va a morir; la bautizaré y esto le traerá la felicidad.

—No, replicó el pagano, yo no soy cristiano y no quiero que la pequeña lo sea. Además, sé que vuestro bautismo mata a los niños.

—¿Que mata a los niños? ¡Vamos! Amigo mío, se ve que no sabes lo que es nuestro bautismo. Te enseñaré ahora mismo cómo se hace: Mira, se toma a un niño como éste..., se derrama agua de esta manera sobre su cabeza, diciendo: *María, yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.* ¡Bien! ¿Es esto matar a un niño?

—En verdad, que no, contesta el pagano.

—Quieres, entonces, que le bautice?

—¡Oh!, por si acaso, no, nunca...

—Pues ¡vete en paz!

Y el catequista se marcha, riéndose en su interior; pues, como tuvo intención de bautizarla, el bautismo había sido administrado en regla. La pequeña murió y tuvo su puesto en el cielo. ¡Feliz encuentro y ocurrencia!

M. N., Congr.

El apostolado cómodo

Ocurrió el hecho que aquí refiero, durante la terrible hambre que azotó el norte de China en 1920.

Se organizaron muchos comités de socorro, que distribuían subsidios en dinero y en especie, valiéndose de mandarines y notables, en unión con los misioneros extranjeros, católicos y protestantes. La intervención de estos últimos había sido impuesta como condición imprescindible por los comités internacionales. ¿Se obtuvo con esto más honradez e imparcialidad en las distribuciones? En todo caso, los católicos consiguieron ser mejor conocidos, más apreciados y penetraron hasta entre gente que odiaba la religión católica.

En una ciudad, pues, de esta región hambrienta dos misioneros, uno católico y otro protestante, perfectamente de acuerdo entre sí, ayudaban al comité local. Para dar las gracias a sus benévolos ayudantes, el mandarín les ofreció un banquete; en él los dos misioneros ocuparon el puesto de honor; todo se deslizó en medio de la más íntima cordialidad.

Al terminar la comida, queriendo el pastor mostrar su amabilidad, expresó su esperanza de que volvieran a reunirse los tres, en verano, durante la canícula, en la playa de *Pei-ta-hene*.

A tal proposición del pastor, el mandarín sonrió dulcemente; luego, señalando al misionero católico, dijo: No podremos, porque en verano, aun durante la canícula, ni el Padre ni yo abandonamos nuestro puesto para ir a orilla del mar.

El pastor no insistió y se sonrojó algún tanto.

Aun los chinos nos dan ejemplo de sacrificio y de constancia. Sólo así se llegan a hacer obras de verdadero valor.

M. N., Congr.

Donde las dan las toman

El señor Blas era uno de esos tíos de pueblo, católico práctico, perfecto conocedor del catecismo y asiduo lector de "La Lectura Popular", el simpático periódico de don Adolfo Clavarana, capaz en su inmenso sentido común y charla pintoresca de dejarle corrido al intelectual más audaz.

Uno de éstos llegó a Quintanilla la Vieja; éste era Lucio, el hijo del boticario, hecho ya médico, con bastante ciencia y más presunción; para algo había él vivido en Madrid...

Es el caso que tiempo le faltó a Lucio, descreído e inmoral—que estas dos cosas suelen ir juntas, como que de ordinario la primera es efecto de la segunda—para hablar en las tertulias contra el venerable señor Cura y la religión que él practicaba y predicaba. Pero tampoco tardó mucho en llegar a oídos de Blas la conducta de Lucio...

Por aquellos días se le murió a Lucio el primer cliente que le habían confiado, un niño, hijo del secretario.

Fué una noche de invierno, y los dos adversarios se hicieron encontradizos en la tertulia. Lucio, dándose importancia, despotricaba contra el clero, mientras le oían embobados algunos patanes—que ante los tales hacen esos señores gala de su erudición.

Mas el señor Blas, ya caliente, le interrumpió con el siguiente raciocinio: "Mira, médico, eso que tú dices, será verdad, o no lo será, no lo sabemos; lo que sí sabemos es que lo que dices de nuestro señor Cura, es mentira; y que te cuidarás muy bien de hablar así delante de mí, si no quieres saber qué peso tiene este garrote... Porque eso que tú dices, es como si yo dijera: lo que a ti te han dado en Madrid, no es título de médico, sino patente de asesino; que al primero que has cuidado, lo has matado".

Lucio se quedó sin palabra, y corrido; y los patanes admirados de lo mucho que sabía el señor Blas.

Es lo que por desgracia hoy muchas veces sucede, que teniendo ellos el tejado de vidrio, se empeñan en arrojar lodo contra la Santa Iglesia. Defendámosla como buenos hijos.

L. A., Congr.



Núm. 189.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Abril de 1929

¡Pobre perro!

El domingo por la mañana, y después de haber oído misa y comulgado, decidimos unos cuantos amigos ir a pasar el día al monte, para respirar aire puro, tan poco abundante entre estas calles.

Y no nos contentamos con el ejercicio que supone el llegar a la cumbre; en ella hicimos toda clase de ejercicios para despejar nuestra inteligencia y robustecer los músculos.

Cuando no sabíamos ya qué hacer, atrajeron nuestra atención unas detonaciones de fusil y nos dirijimos hacia el lugar de donde procedían.

El causante de todos los disparos era un cazador que, como nosotros, había salido muy de mañana, para pasar el día en el monte. Cuando nosotros llegamos estaba su perro siguiendo a una liebre, a la que pudo darla alcance gracias a sus ligeras piernas y a su mayor resistencia. Como estaba bien acostumbrado, con dos sacudidas la mató y sin estropearla nada.

Llegó el perro jadeante, meneando la cola en señal de satisfacción y fijando su mirada en el cazador. Este, sin hacerle caso, agarra la liebre por las orejas y le grita: ¡Suelta, suelta!... y sin hacerle fiesta alguna al pobre perro, la echó en su morral.

El perro, sin reparar en este desagradecimiento, siguió con todo empeño a otra liebre que levantó para dar gusto a su amo, recibiendo siempre el mismo premio, y al final le dió a roer un hueso.

Al volver para casa comentamos el caso. ¡Pobre perro!—le decía yo a mi amigo—¡cómo hace el "primo"! No está bien que después de tanto trabajo reciba premio tan insignificante.

Pues mira—me replicó mi amigo—: Si pensamos bien, vemos que a muchos ricos sucede exactamente lo mismo que al perro: ponen todo su afán en conseguir más y más riquezas; y cuando les parece que les llega la hora de disfrutar de aquel caudal y trabajo, les grita la Muerte: ¡Suelta, suelta! Y no tienen más remedio que soltar la presa fruto de sus esfuerzos, para que otros se aprovechen de ella y se rían de sus desvelos y trabajos.

Ocupémonos, ante todo, en buscar bienes más preciosos que la Muerte envidiosa no pueda arrebatarnos. Obremos bien y por dar gusto a Dios, que es el mejor pagador.

G. S., Congr.

Magnífico pensamiento

Luis, de joven, recibió excelente educación religiosa; pero, como siempre, las malas compañías y su afición a las diversiones peligrosas, o francamente malas, le desviaron del todo. Claro está que en el fondo le quedaba algo de aquella excelente educación y de la piedad que tuvo de niño; pero su voluntad, como es natural, se fué debilitando con tanta recaída.

En sus ratos serenos, a pesar de su fatuidad, reconocía que no era dueño de sí mismo y le llevaban por donde querían. El mismo me contó cómo un día, desahogándose con su confesor, a quien le manifestó su gran debilidad, le respondió éste: Mira, hijo, ya que comprendes que no tienes fuerzas para levantarte y enmendarte, me vas a hacer siquiera un obsequio. Siempre que oigas dar la hora en algún reloj, te vas a acordar de estas palabras: *¡Cristo en la cruz, y yo aquí!*, y dentro de tres o cuatro días vienes a verme, y a decirme cómo has cumplido mi encargo.

Bien, Padre—le contesté—; procuraré hacerlo, y vendré a verle; y continuó su relación: Ya habían dado las seis. Arrastrado yo por mis amigos, me metí al cine. La película, como casi todas las que hoy se dan, era francamente inmoral, y yo seguía con interés creciente todas las escenas de aquella maloliente trama; no me acordaba para nada de todos los consejos que me había dado mi confesor y seguía absorto las peripecias de la cinta, cuando, al oír que uno de mis amigos decía: Ya son las siete, me vino

a la cabeza aquel pensamiento: "¡Cristo en la cruz y yo aquí! ¡Cristo sufriendo por mí, y yo aquí ofendiéndole!" ¡Ah, si no me hubiesen visto mis amigos, qué pronto hubiese salido del cine! Pero el respeto humano me dominaba y a regañadientes seguí sin moverme.

Comenzaron a hablarme mis amigos; continuó la película y distraído ya de aquel pensamiento, reíme enfrascándome en las porquerías de aquel novelón en cinta y en los comentarios de mis amigos. Al salir del cine daban las ocho, y al momento me acordé: "¡Cristo en la cruz y yo aquí, ofendiéndole con mi conversación y ayudando a mis amigos!, pero no supe separarme de ellos.

Aquella noche, al acostarme, me vino de nuevo el pensamiento que me perseguía: "¡Cristo sufriendo en la Cruz, siendo inocente, y yo aquí, tumbado regaloname en la cama, después de haberle ofendido tantas veces durante el día!" Aquellos pecados me oprimían y me ahogaban; pero el sueño cerró mis ojos, y por la mañana no volví a acordarme más de aquella frase tan significativa, hasta que oí sonar el reloj de la calle, y me volvió al punto aquel pensamiento: "¡Cristo en la cruz y yo aquí!". Estaba solo; aunque leyendo una novelucha que me habían prestado; allí no tenía amigos que me atasen, y cobrando entonces confianza cerré el libro y lo rompí en mil pedazos.

Aquella tarde me arrastraron también mis amigos; pero ya la película no me hacía gracia, ni me interesaba la conversación de mis amigos; aquel pensamiento terrible no me dejaba sosegar. Y ya de noche, en la cama, aquellas palabras me zumbaban en los oídos y no podía dormir, haciéndome ver mi vileza y cobardía al dejarme llevar por amigos, a quienes ya despreciaba; daba vueltas y más vueltas en la cama, deseando que llegase la mañana para arreglar mis cuentas con Dios y cambiar de vida, para acabar con aquella pesadilla que agobiaba mi conciencia.

Muy de mañana me hubieran podido ver a los pies de mi confesor, que, maravillado en parte por el feliz cambio que había notado, no dejaba de dar gracias a Dios.

Cuando aquella tarde me llamaron mis amigos por teléfono, se quedaron atónitos y perplejos al oírme: "¡Chicos, voy a cambiar de vida; no me esperéis más! Tan enérgica y valientemente se lo dije que no supieron qué contestar, ni me molestaron más. Rotas así las cadenas más duras que me aprisionaban, pude, yendo de la mano de mi confesor, llegar a ser lo que, gracias a Dios, soy ahora, respetado y querido de todos.

¡Si a mí también se me pegase este pensamiento! Si cuando tengo pereza para levantarme temprano para ir a misa me acordase: "¡Cristo sufrió en la cruz por mí, y yo me quedaré ahora en la cama!" Y si siempre que me tienten los amigos o me cueste hacer alguna cosa tuviese presente esta idea: "¡Cristo en la cruz y yo aquí!", seguramente que cumpliría mucho mejor mis deberes.

J. A. A., Congr.

Cómo se pescó este tiburón

¡Qué valientes eran aquellos bravos pescadores que tripulaban la hermosa lancha de "Chucherías"! Y ¡qué valiente su patrón, que daba nombre a la lancha, cuando sabía vencer las grandes tormentas y entrar en el puerto vencedor de las olas y tempestades!

Aún era joven cuando yo le conocí, y ya la fama de sus hazañas en el mar le habían ganado la simpatía de todo el pueblo; en él veía el digno representante de sus gloriosos antepasados.

Un día nos trajo una grata sorpresa.

Estábamos jugando al balón varios amigos, cuando pasó corriendo en dirección al puerto, Miguel, el hijo del señor alcalde. "¿Venís?" "¿A dónde?" "Al puerto. Me acaban de decir que "Chucherías" ha cogido un tiburón". "¿De veras?" "Sí, hombre, sí; unos pescadores acaban de decírselo al señor secretario."

En un dos por tres estábamos todos en el puerto.

¡Cosa admirable! Allí suspendido de un armatoste de madera, estaba un hermoso tiburón. Daba miedo ver aquellos dientes triangulares y afilados, más bien anchos, con sus bordes finamente dentellados, y su monstruoso cuerpo de casi diez metros de largo.

Metiendo la cabeza entre los curiosos, pude llegar hasta cerca del tiburón, quedando admirado ante tanta grandeza.

A mi lado estaba un viejo marino que, retirado del oficio por haber hecho su capitalito, dejaba escapar una lágrima de recuerdos, a la vez que de admiración, por los héroes de su pueblo.

Ansioso de conocer el instrumento de pesca de tiburón tan grande, le pregunté. Pero grande fué mi admiración cuando en vez de mostrarme un instrumento especial para cazarlo, me dijo, adivinando mi admiración, con dulce sonrisa: No te admires, hijo mío, por lo que te voy a decir, aunque te parezca inverosímil. Se llama "jaquetón" el más grande de los actuales tiburones; generalmente vive en los mares cálidos y templados y aunque es también verdad que suele vivir en mar libre, no dejan de frecuentar bastante las costas ibéricas. Se alimentan generalmente de animales marinos, y, sobre todo, de peces pequeños. ¡Aquí está su perdición!, porque persiguiendo al pescado pequeño, se encuentran con las redes tendidas por los pescadores, arrastrándolas por la fuerza del empuje. Esto es lo fatal para el tiburón, porque ese obstáculo que te parece tan pequeño, es poderosísimo para retenerlo. La flexibilidad de la red, cede ante el empuje del tiburón, que queda encerrado en medio de esa bolsa que forma la red. Difícil es ya que pueda escapar, porque en las mejores condiciones, el retroceder podría dejarlo en libertad; pero eso no es nada fácil, porque al intentarlo se le enredan las redes en sus aletas y al ser remolcado se adapta a sus lados.

Viéndose prisionero, trabaja el pez por salir y se revuelve y agita en todos los sentidos, no consiguiendo sino envolverse más y más en las mallas que con más fuerza lo ligan. En vano desarrolla ya todas sus energías; sus esfuerzos son inútiles, pero tan intensos y porfiados que llegan a producir el agotamiento absoluto del titán, que al fin muere. No dudo que si estuviera aquí nuestro gran "Chucherías" y le preguntásemos cómo lo ha cazado, nos diría lo mismo. Cuando yo era joven cazamos algunos y aún me acuerdo de aquel primero que pescamos siendo yo de diez y siete años...

Aquí el anciano marino cerró sus ojos, sin duda embriagado por el dulce recuerdo de sus proezas en el mar... Yo también cerré los míos admirado y sobrecogido: "¡Qué libre es el hombre, cuando su conciencia le deja caminar por la inmensidad de los dones de Dios y qué miserablemente muere, cuando comienza a enredarse en las mallas del pecado...!

P. del C., Congr.

Vale más un reloj que el alma

Como éramos amigos desde pequeños y de la misma edad, nuestros padres dispusieron, y nosotros contentos recibimos la noticia, de que juntos haríamos la primera Comunión.

Después de comulgar, el Padre que nos preparaba nos dirigió una plática que aún no la he olvidado. "Habéis recibido al mismo Jesús, nos dijo, guardadle bien, no le perdáis, así salvaréis vuestra alma". Y salimos de la iglesia gozosos, dispuestos a no perderlo nunca.

A mi amigo le regalaron sus padres un reloj muy bonito y muy bueno, según parecía, aconsejándole mucho que lo cuidase bien para que no lo perdiera, advirtiéndole que debía abstenerse de llevarlo a lugares peligrosos.

La recomendación era cumplida con escrupulosidad. Antes de salir los días festivos de paseo, trazábamos nuestro plan, y si la ruta era por el monte o lugares solitarios, mi amigo dejaba cuidadosamente en casa el reloj

"Me pueden robar o lo puedo perder"—me decía—, y al objetarle que lo precisábamos para saber la hora de nuestro regreso, me contestaba que ya la calcularíamos. "Llevarlo, no, porque tal vez se me pierda."

Un domingo por la tarde observé que mi amigo no traía su reloj. "¡Cómo así!, le dije, si no vamos lejos? Es que hoy mis padres me han permitido ir al cine, hay una película muy interesante, y me han recomendado que no lleve el reloj, por la mucha gente que irá; allí, entretenido, me lo pueden robar o lo puedo perder.

Mucho te preocupas por tu reloj, le dije, y haces bien; pero veo que no tienes el mismo cuidado de guardar tu alma. Estás dispuesto a ir al cine, y lo único que te interesa es tu reloj, porque allí prevees aglomeración, y, en cambio, no temes el extravío que puede sufrir tu alma.

Descuida, amigo. El reloj, al estar distraído, no lo podré cuidar; pero el alma, ¿quién ha de intentar arrebatármela?

¡Qué cándido eres, amigo! Si se deslizara un ratero a tu lado, aprovecharía el momento de tu descuido para meter la mano en tu bolsillo, y seguramente no te darías cuenta, hasta que quisieras saber la hora o cuando regresaras a tu casa, y para que esto no te ocurra no llevas reloj. Pues lo mismito te puede ocurrir cuando estás siguiendo con interés la marcha del suceso registrado en la película, y no te das cuenta de que el diablo se ha colocado junto a ti y suavemente va impresionando en tu alma aquellos crímenes, aquellas pasiones que en la pantalla se proyectan. Saldrás de allí sin darte cuenta de lo que en tu interior ha sucedido; pero al encontrarte solo, recordarás aquellas imágenes, pensarás en lo que significa y fácilmente consentirás y perderás lo que vale más que el mundo entero. Y mi amigo, sin hacer caso a mis reflexiones, entró en el cine, y yo, compadeciéndole, quedé fuera.

G. S., Congr.

La familia es como un libro

Dicen que todos tienen su manía; y yo, para no ser una excepción, también tenía la mía; eran los libros, algo raro en un chico. Manía que, bien encauzada, da tan buenos resultados, como los da malos de otra forma. Pues bien, entre los ejemplares que formaban mi pequeña biblioteca, existían algunos que me habían regalado quienes conocían mi chifladura; contaban de vida aquellos ejemplares bastante más de 100 años.

Una tarde calurosa de verano, en que no sabía qué hacer, hallábame sentado junto a mis compañeros, los libros; cuando para pasar el tiempo, me puse a examinar un tomo publicado hace 150 años y encuadernado magníficamente. Después de examinar su impresión y su encuadernación, hecha podríamos decir "a prueba de estudiantes", cogí otro libro que junto a mí tenía en la mesa; era un libro de texto, que pocos días antes me había costado sus 20 pesetas y que ya estaba, a pesar de lo bien que los trato, todo desencuadernado; nada valía la cubierta y no estaba cosido, sino hilvanado, a pesar del exagerado precio; se deshacía entre las manos del que lo cogía.

Y comparando un tomo con el otro, me vino a la mente la siguiente comparación, que vais a oír:

El libro antiguo, bien encuadernado, me parecía ser como esas familias *a la antigua* (que todavía queda alguna), en que todos sus miembros están unidos, de tal forma que es casi imposible separarlos, como las hojas de aquel libro, y bien resguardados bajo las fuertes pastas de la autoridad paterna.

En cambio, el otro libro, bien pudiera compararse a las familias *a la moderna*, o si os gusta más, *a la moda*, en que cada hija o hijo, padre y madre tiran para distinto lado. Y ocurre también como en los libros, que una vez desencuadernados las últimas hojas aparecen donde debieran estar las primeras; es decir, que los hijos mandan en casa.

Gracias a Dios, en mi familia no ocurre nunca eso.

E. M., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

El ateo ante una lucecita

Un jovencito, educado por maestros irreligiosos, llegó a ser como ellos, ateo; y a pesar del empeño que puso su cristiano padre, nadie era capaz de arrancarle su desconfianza y a sacarle de dudas.

En su conversación se le oía decir, entre otras cosas: Sí, si viéramos a Dios, podríamos creer en El; pero no viéndole, ¿cómo vamos a afirmar y estar seguros de su existencia?

Sucedió que saliendo de viaje con su padre, fatigados del camino, se echaron en tierra a descansar en el bosque y se durmieron. Cuando despertaron era ya la noche cerrada; se pusieron a caminar, mas pronto las tinieblas de la noche hicieron que se extraviasen. Entonces el joven descubrió a lo lejos una lucecita y dijo a su padre: Ya estamos salvados. A lo que replicó el padre: ¿Por qué te alegras de esa manera a la vista de esa luz?

¡Ah, le respondió el hijo, es que donde hay esa luz habita alguien; allí podremos recogernos y pasar esta noche.

Discurres bien, hijo mío. Mira ahora hacia arriba; ¿no ves tantas luces, tan brillantes y tan hermosas? ¿Qué te dicen? ¿No estará allí Dios dispuesto a guiarte? El resplandor de una simple lucecita ha sido causa de que creas que allí habita alguien; y los resplandores de tantos miles de astros, ¿no te indican que hay un ser que los creó, que no puede ser otro que Dios?

El hijo no supo qué contestar a ésto y anduvo algún tiempo pensativo; hasta que movido por la gracia de Dios y por esta sencilla, pero evidente reflexión, comprendió que sin Dios no se explica nada.

Esto nos muestra la locura de los ateos que no quieren reconocer a Dios en las grandes maravillas del universo, y reconocen al hombre en la menor de sus obras.

R. I., Congr.

Mis observaciones

Estaba un día mirando cómo unas mariposas vestidas de bellísimos colores: unas con sus alas guarnecidas de barras rojas sobre fondo granate, y otras de vivo azul con circulitos negros, desenrollaban su trompita y la hundían en el fondo de las corolas, para chupar su néctar, revoloteando alegres y tranquilas alrededor de un hermoso árbol lleno de flores.

Pude observar cómo una, más atrevida que sus compañeras, se posó en las hojas y fué depositando unos huevecillos rodeados de una cubierta de seda.

Yo volvía todos los días, un poco por curiosidad, y otro, aunque menos, por ilustrarme, a ver los huevecillos, hasta que me encontré que ya no estaban, y en su lugar había unas feísimas y diminutas orugas, muchísimas en número.

Otras tantas debieron depositar las otras mariposas; pues a los pocos días, al volver a ver aquel árbol, que perfumaba ayer el ambiente con sus flores, lo encontré con el follaje marchito y sus flores ajadas.

Fuí a contárselo al jardinero, y éste, después de examinarlo, me hizo ver un agujero, donde se escondían las causantes del mal; las orugas, que yo con tanto cariño había ido a ver todos los días, habían roído el tronco de modo que la savia no circulaba.

¡Qué pena! Eso mismo pasa con algunos de nosotros: somos como los árboles, alrededor de los cuales vuelan los malos amigos, que al principio nos parecen tan buenos y agradables; pronto aparecen los huevecillos, que son sus conversaciones licenciosas, que no tardan en aicarse más, y nos llevan a ver películas, y nos dan noveluchas que secan toda la savia y la vida, con la pérdida de la pureza.

J. I., Congr.

¡Qué bien escarmentó!

Era a fines de julio; la misa se celebraba en Anibatamistsangana. Mucho antes de que comenzara, he aquí que se presentó el viejo Pablo. Una hora larga le había costado el viaje, y con un frío tal, que movía a compasión el verle, tiritando, mal cubierto y con los pies desnudos y agrietados por la escarcha.

—Pero ¿cómo tan de mañana?—le preguntó el Padre—; mira, aún no ha salido el sol por aquel pueblo cercano.

—Padre, Pablo no se guía por el sol, y mucho menos cuando se trata de poder visitar a Dios; tenía muchísimo miedo de perder la misa y la Comunión.

—Bien hombre, bien, gozarás de Dios; pero vete, mientras llega la hora, a calentarte en aquella hoguera.

Se acercó y con el calorcillo y con la necesidad de descanso, llegó, poco a poco, a dormirse tan profundamente, que, al despertarse y dirigirse a la iglesia, el Padre recitaba el último Evangelio.

¡Qué dolor para el pobre anciano! Cayó de rodillas delante del sacerdote, llorando como si fuera un gran pecador, y diciendo: Padre, ¡qué desgraciado soy! ¡Oh! ¿No podría celebrar una nueva misa para darme la santa comunión?

Desde este día no ha vuelto Pablo a arrimarse al calorcillo de la hoguera; viene a misa más tempranito que antes y si necesita descanso, se va a la iglesia, a la sombra del altar, por miedo de no perder la comunión.

Aprendamos de este relato que, si algún día dejamos de venir a la Congregación, debemos sentirlo como este buen Pablo, que por nada quería perder la sagrada Comunión.

J. M., Congr.

IMP. Y ENC. "LA EDITORIAL VIZCAINA"



Núm. 190.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Mayo de 1929

Curioso examen

Conocí yo a una madre entera, de voluntad recta y firme; para afirmar decía *sí*, y para negar *no*, sin más rodeos ni ambajes.

En cambio, el hijo, que ha quedado en este mundo era todo lo contrario... ¡Vaya un hijo! Por lo falso se le podía llamar cualquier cosa. Para afirmar o para negar, en vez de pronunciar *sí* o *no*, como Cristo nos enseña, echaba por su boca cuarenta mil palabras; y con todo no decía ni una que pudiera ser creída.

Pero antes de morir su buena madre se empeñó en quitarle esa inclinación a la mentira y mirad cómo lo consiguió.

Era la víspera del cumpleaños del hijo; estaba alborozado pensando en los regalos que iba a recibir y no sé si por esa alegría que sentía o por qué, el caso es que en aquel día salieron de su boca más embustes que en ningún otro.

Por la tarde salió su madre de compras; y él supuso que iría a comprar algo de su gusto con que obsequiarle; y así fué, y corrió al balcón para ver qué camino tomaba. La vió llegar a una carpintería, hablar con el dueño que a la puerta estaba, entrar a continuación en una ferretería y salir al poco rato con un paquetito, ir luego a la iglesia, salir después de un cuarto de hora y volver en seguida a casa con el paquetito, que guardó cuidadosamente en un armario.

Quedó desconsolado, pensando que ni en casa del carpintero, ni en la ferretería habría nada que le agradara.

Al día siguiente, después de felicitarle, le entrega dos paquetes diciéndole: éstos son mis obsequios este año.

En uno, por la forma que tenía, creyó encontrar un libro de cuentos, y corriendo lo desenvolvió; pero ¡cuál fué su sorpresa al encontrar tan sólo una madera lisa. Abrió el otro y más sorprendido aún, encontró unos clavos. Le miró a su madre sin saber qué pensar ni qué decirla; y ella, adoptando aquella postura firme que le hacía temblar, le dice: "No te admires, hijo mío; dentro de unos años sabrás lo que valen esta tabla y esos clavos. Desde ahora mismo, por cada mentira que digas, fijarás aquí un clavo, y cuando estén todos metidos, me lo dices.

Con sus clavos y tabla bajo el brazo, marchó muy mohino a su cuarto, y por la noche le dice su madre. ¿Has hecho lo que te dije? Como no lo había hecho, cogió en seguida un martillo, y pin, pon, pin, pon, puso doce clavos, quedó asustado y entonces empezó a comprender lo mentiroso que era. Al día siguiente puso más cuidado y clavó ocho; otro día cinco, luego tres, y así hasta que llegó el día en que sólo clavaba uno; pero siempre se le escapaba alguna mentirilla y al fin puso todos los clavos. Fué a su madre y presentándole la tabla le dice. "No tengo más clavos". Entonces ella le dijo: "Ahora vas a ir quitándolos uno a uno, según te sientes tentado a decir una mentira y venzas la tentación. Pero si vuelves a ser vencido por la mentira, vuelves a ponerlos; y cuando los hayas quitado todos me das la tabla y te ganarás mi premio. Puso mucho empeño, y al poco tiempo presentaba a su madre la tabla sin clavos.

Ella abrazándole con ese cariño que saben tener las madres, le dice: "Ves, hijo mío, ya has quitado todos los clavos, ya no mientes, pero fíjate en esa tabla, no está tan lisa como el día que salió de la carpintería; quitas los clavos, pero dejas agujeros; aunque son pecados veniales y los confesaste según me dices, pero, si no haces aquí penitencia, te queda en el purgatorio la tarea de tapar con sufrimientos esos huecos tan feos. Empieza desde ahora a mortificarte en el juego, en la comida, en el estudio, y verás como apareces sin agujeros, bien sólido.

Pocas madres hay como ésta.

C. E., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Por un descuido

¡Qué satisfecho y orgulloso se encuentra el jardinero al ver sus afanes y desvelos premiados en aquel campo donde florecen ya sus rosales con tan delicadas tonalidades que ni los más diestros pintores pueden imitarlas! Ni encuentran en su paleta la blancura que se llegue a la de aquellos sus jazmines, símbolo acabado de la pureza del alma; ni hay artista que traslade al lienzo aquellos pensamientos, que al mirarlos nos invitan a tenerlos nobles y levantados.

Allí ve el jardinero premiada con creces su labor de todo el año; como que todo el año cuidó con afán de la tierra, sembró en época oportuna, separó las malas yerbas que quitaran valor a sus flores.

Sigue su pensamiento reconcentrado en su jardín, se ocupa de los cambios atmosféricos y prevé hasta los probables perjuicios que pueden ocurrir a sus plantas.

Una mañanita, como de costumbre, fué nuestro jardinero a cortar flores para el ramo que le habían pedido con que obsequiar a la Virgen.

Ya desde lejos no le pareció aquel jardín el suyo; sin llegar a él se dió cuenta de la desgracia ocurrida. Casi todas las flores estaban tronchadas por pisadas de animales. Desconsolado contempló el jardinero aquellos tallos y flores, antes erguidos y airosos, y ahora confundidos y envueltos en la tierra sucia. Tuvo el descuido de dejar abierta la puerta y entraron unas vacas en el jardín y lo destrozaron todo.

Y nosotros que estamos en la primavera de la vida, acudimos todas las mañanas temprano a nuestro querido jardín de la Congregación a cortar flores para el ramo que a diario ofrecemos a la Santísima Virgen: flores de humildad y respeto, flores de pureza, flores de caridad, que cultivamos con cuidado en nuestro corazón. No nos descuidemos de dejar la puerta abierta de nuestros ojos y oídos, y nos encontremos, una mala mañana o una noche, con que todo lo han pisoteado nuestras bajas pasiones.

¡No tengamos, como el jardinero, que llorar amargamente!

G. S., Congr.

Vanidosa señorona

Una señora, que tenía más dinero que buen sentido, era muy aficionada a las joyas. Su vanidad llegaba hasta el punto de que cuando iba al campo a inspeccionar sus fincas, se adornaba con los mejores collares, anillos, pendientes y brazaletes, que representaban un gran valor; quería dar así a sus colonos gran idea de sus riquezas.

Un molinero expresó un día su admiración cuando vió el precioso y diminuto reloj de oro que la señora de las joyas llevaba prendido de su lujoso abrigo de pieles. Aquella admiración le agradó no poco, y para aumentar el asombro de aquel campesino descubrió el soberbio collar de brillantes y esmeraldas que llevaba algo tapado. El molinero se quedó asustado contemplando aquellas piedras, y al fin dijo:

—Son muy hermosas y... hasta me atrevo a decir que valen mucho dinero, ¿no es cierto?

—En efecto, son muy caras, observó la señora. ¿Cuánto creéis que me han costado?

—A mí, señora, me es imposible el calcularlo.

—Pues sepa usted que valen más de seis mil duros.

—Y ¿a qué uso destináis esas piedras, señora?

—Oh, sólo sirven para llevarlas como adorno.

—Y ¿no os producen nada, señora?

—No, absolutamente nada.

—Entonces, replicó el molinero, prefiero las dos grandes piedras de mi molino, que me cuestan 200 duros y me producen 400 pesetas cada año; además no tengo que temer que vengan a robármelas.

La señora, confusa ante el razonamiento de aquel hombre rústico, que así le pone de manifiesto la vulgaridad de sus ideas, empleó toda su elocuencia para demostrar que es permitido a los ricos invertir crecidas sumas en adornos para su persona; pero no logró convencer al molinero, el cual, en su ignorancia, no podía comprender que haya seres que gasten tanto dinero en objetos inútiles, en vez de invertirlos en empresas provechosas o en hacer caridades.

R. E., Congr.

Así se protesta

Saliendo seis jovencitos de doce a trece años del Colegio del Sagrado Corazón de Hermanos Maristas de un pueblo que me sé y siguiendo la vía que conduce hacia la feria o las barracas, se pararon delante de una casetita de "tiro al blanco" con intención de gastarse algún dinerillo.

El patrono estaba arreglando la escopeta; de súbito, porque la faena no le iba bien, vomitó una blasfemia de las más virulentas; los niños se miraron y todos a una pronunciaron un fuerte "Alabado sea Dios".

Como el hombre no se enmendó, le repitieron tres o cuatro veces la jaculatoria, al mismo tiempo que su dependiente le advierte: "¿No oye usted lo que le dicen esos chicos? No blasfeme y la faena le saldrá mejor."

El patrono, avergonzado, calló; pero entonces salió su esposa, y con boca peor que infierno, prorrumpe: "¡Ahora que tú has terminado, empiezo yo...!" Los niños, sin desfallecer, continuaron gritando: "¡Alabado sea Dios!", hasta que uno dijo: "Chicos, no gastéis vuestro dinero en este sitio de tanta suciedad (y yo hubiese añadido de tanta desvergüenza); "¡vámonos!" Así lo hicieron, dejándolos avergonzados delante del público que se había aglomerado.

J. L. D., Congr.

Apariencias engañan

Divirtiéndose unos muchachos en un campo, vieron por primera vez un castaño cargado de fruta. Chicos, dijo uno de ellos, ¿no véis qué manzanas más hermosas cuelgan de las ramas? ¡A mí me da en el corazón que es algo muy rico! ¿Queréis que cojamos algunas para ver qué tal son?

¡Sí, sí!, dijeron todos a una; todos se lanzaron al árbol. Comienza el ataque: unos se esfuerzan por trepar al árbol y otros quieren tirarlas a pedradas, y consiguen tirar unas cuantas. No hacen más que tocarlas cuando sacuden los dedos diciendo: ¡Cáspita, cómo pinchan! Seguramente que no valen para nada; y sin más pruebas se marcharon de allí.

Uno de ellos, más sufrido que los demás, levanta con cuidado uno de aquellos capullos llenos de espinas; lo vuelve y revuelve entre las manos y consigue romper la erizada capa que cubre el fruto, no sin haber recibido antes unos cuantos pinchazos. Lleno de alegría llama a sus compañeros: ¡Venid! ¡Venid!, que lo que tiene es muy rico. Al oír esto, sus compañeros corren, y después de cerciorarse de lo que su compañero les dice, vuelven a atacar al castaño para robarle sus frutos. ¡Cuánto, dicen, hubiéramos perdido si hubiéramos temido las espinas que nos presentaba el capullo de estas castañas!

Lo mismo nos sucede a nosotros: no queremos ir a clase; no nos fijamos más que en lo duro que nos resulta; creemos que es ocupación que no vale para nada; pero si tenemos constancia, como el muchacho del cuento, veremos que nos acostumbramos poco a poco, hasta encontrar que no nos cuesta tanto y comprender que, después de acabada la carrera, llegamos a ser hombres de provecho.

J. M. G., Congr.

Un buen rapaz

Era Mariano un rapaz, de apenas nueve años, vivo, despierto, alegre y juguetón: esto no le impedía acudir todos los domingos a la Catequesis, atendiendo con sumo interés a las explicaciones que allí se daban, porque se le había metido bien en la cabeza aquel cuento del barquero y sabía que así como el que ha caído al mar le importa poco saber muchas otras cosas, si no sabe nadar, así a todos los hombres les importa poco tener mucho dinero y mucha ciencia, si no saben Catecismo.

Y Mariano no iba solo, sino que siempre llevaba a muchos de sus compañeros, y después de haber atendido como ninguno a la explicación del catequista, repetía todos sus ejemplos y comparaciones en la primera ocasión que se le presentaba.

Era un domingo espléndido, y Mariano volvía a su casa después del Catecismo. En ella estaba su padre con un vecino suyo llamado Matías, que se las echaba de científico y le daba por hablar de Religión, sin entender de ella un palote.

Llega Mariano, radiante de satisfacción, y le preguntó su padre:

—¿De dónde vienes tan contento?

—De la Catequesis—respondió el niño.

—¡Caramba!—interrumpe Matías viendo que se le presentaba una ocasión magnífica de lucir sus vastos conocimientos teológicos y hacer callar a aquel niño, que aún no le llegaba a la cintura—. ¿Y allí que os han dicho?

—Pues nos han hablado del misterio de la Santísima Trinidad, de...

—¡Bien, hombre! ¿Conque la Santísima Trinidad, eh? Eso, con los caramelos que os hayan dado después, ya pasa; pero, si no, no. ¡A quién se le ocurre decir que tres dioses es igual a uno! ¡Cada disparate que se les ocurre enseñar!

—No son disparates; es un misterio, y no se puede entender. Ya sabe usted que yendo San Agustín por una playa...

—¡Qué San Agustín, ni qué bobadas! Tres dioses no pueden ser igual a uno solo.

—Mire, padre, córteme un círculo de papel, y le explicaré a don Matías lo que nos han dicho en el Catecismo.

Matías, al ver la resolución del muchacho, no se encontraba tan valiente como antes; pero, por hacer algo, siguió diciendo disparates y sandeces.

Llega el padre con un círculo de papel blanco, y traza Mariano desde el centro tres radios, que divide al círculo en tres partes iguales. Entonces, ocultando dos de estas partes con las manos y mostrándole a Matías la tercera, le dice:

—Eso que ve usted entre estos dos radios, no cabe duda que es un pedazo de papel, ¿no es verdad?

Mariano dejó a la vista otro sector, ocultando los otros dos.

—Esto otro que está entre estos otros radios también es un pedazo de papel.

—Efectivamente—contestó Matías completamente desorientado.

Mariano dejó ver el tercer sector, diciendo:

—Esto es otro pedazo de papel. Ya ve usted, hemos contado tres pedazos de papel, y entre los tres no forman más que un solo pedazo de papel, que es el círculo entero. Aquí tiene usted: el Padre igual al Hijo, igual al Espíritu Santo, sin que el Padre sea el Hijo, ni éste el Espíritu Santo. Estos tres sectores son cada uno un pedazo de papel, pero están tan íntimamente unidos que nos forman un solo pedazo de papel. Pues algo así: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son Dios, cada uno de ellos, pero están unidos entre sí de tal manera, que entre los tres no son más que un solo Dios verdadero.

Y Matías, completamente corrido por haber sido dejado en ridículo por un niño, se marchó sin saber qué contestar.

J. A. A., Congr.

Cómo discurre mi amigo

Oíd lo que me aconteció con un compañero, quien, a pesar de sus grandes esfuerzos, no lograba convencerme que debemos evitar las malas compañías.

Paseábamos solos los dos durante el verano junto a un caudaloso río. Hacía un calor sofocante y se bañaba a sus orillas un joven, que nos quería demostrar con sus piruetas su arte natatorio. En una de sus elegancias se fué alejando de la orilla lo bastante para que le cubriese; le faltó suelo en que apoyar sus pies y comenzó, presa de gran terror, a pedirnos auxilio. Mi amigo no sabía nadar, y yo, encomendándome a la Virgen, me arrojé al río para salvarle. Pero lo hice con tan mala suerte que al acercarme a aquel infeliz, me cogió de uno de mis pies y no quería soltarme; el miedo le hacía más fuerte y yo no hallaba medio de desasirme de aquel joven; me daba por perdido, cuando en uno de mis movimientos di con mi codo en la cabeza de aquel joven y se quedó sin

Universidad de Deusto
Biblioteca

sentido, pude entonces maniobrar sin embarazo y le saqué sano y salvo a la orilla.

Al verme me decían todos: ¡De buena te has librado!

—¿Volverás a lanzarte para salvar a otros?

—Sí, pero con gran cuidado.

—¡Pero, si no te has ahogado!

—Y ¿qué importa? Podía haberme ahogado.

—Muy bien, me contestó, y aprovechándose de mi escarmiento (pues es amigo de mucho seso y que me quiere bien), cuida mucho, me dice, todavía no has caído en pecado, a pesar de tus malos compañeros.

—Verdaderamente tiene razón.

R. R., Congr.

Fácil es deshilar

Me encontraba yo este verano en lo más intrincado de la Geología, intentando armonizar en lo posible los pesos específicos con las durezas y los nombres raros. Esto, unido a una temperatura verdaderamente sofocante y a una murga de ciegos que pasaba por debajo de mi ventana, me incitaban al sueño de tal manera que... que no lo pude remediar y quedé dormido.

¿Cuánto tiempo permanecí en este letargo? ¿cinco minutos, quince? No lo sé; pero lo que sí sé es que cuando desperté se ofreció a mis ojos un espectáculo poco consolador para mi madre, que llegaba entonces y fué quien me despertó.

En la habitación vecina, de la que únicamente me separaba una puerta abierta, antes de dormirme, mi madre trabajaba en una complicadísima labor, en la que había puesto mucho cariño y tenía verdadero interés en terminarla; pues bien, había ocupado su lugar, cuando se marchó mi madre, mi hermanita, la más revoltosa, a mi juicio, de todas las hermanas que pueden existir en este mundo; se había sentado tranquilamente y no encontró mejor diversión que deshilar la penosísima labor con tal velocidad, que antes de darse cuenta ella misma, sólo quedaba el recuerdo y el hilo de seda amontonado y revuelto.

Cuando después reflexioné sobre la trastada de mi hermanita, se me ocurrió una de esas ideas buenas que se me ocurren a mí de tarde en tarde.

Y a muchos pasa otro tanto con la pureza. Pues tengo oído que hay muchos niños que empiezan por faltas pequeñas de modestia consigo mismo o con otros; así continúan sin gran malicia, hasta que se van deshilando del todo los pobrecitos.

Toda vigilancia es poca con el servicio, con los compañeritos y a veces con los mismos hermanitos.

J. I., Congr.

Todavía soy joven...

Hace poco fuí con un amigo congregante a un pueblo vecino, y, como conocidos que somos del párroco de dicha anteiglesia, le fuimos a visitar. Nos invitó a tomar algo, y mientras merendábamos en su compañía, nos contó lo que le había pasado a un descreído hacía poco tiempo.

Un día de estos pasados de cuaresma, en que predicaban en la iglesia sobre las verdades eternas, hablaba el Padre que siempre había que estar preparado para la muerte. Un joven acertó a pasar por allí en bicicleta y entró en la iglesia; sentado en un banco se reía de lo que decía el predicador, sin reflexionar que la muerte no respeta ni admite demora cuando llama a la puerta de cualquiera, lo mismo del más poderoso potentado que del mendigo más miserable.

Al salir a la plaza del pueblo se reunió con un grupo de aldeanos y empezó a murmurar de lo que había oído. En vano le dijeron y le demostraron que nuestras vidas están pendientes de un hilo, que Dios lo sostiene, que como El nos trajo al mundo cuando quiso, nos puede llevar y destruir cuando mejor le parezca.

De todo se reía y decía: "Todavía no ha llegado mi hora, soy joven y fuerte y pienso vivir todavía muchos años."

Con esta y otras frases parecidas se retiró para tomar su bicicleta y volverse a casa. No tardamos en enterarnos, nos decía el señor párroco, que tuvo una caída, sin lesión alguna aparente, y sólo por precaución le llevaron a la Casa de Socorro. Antes de llegar, dijo se sentía mal y se desmayó. Al tomarle el pulso el médico, no pudo hacer más que certificar su defunción.

¡Qué poco somos y qué ilusiones nos hacemos, y más los jóvenes, con llegar tan pocos a viejos!

I. M. P., Congr.

¡Perrerías!

Leí hace poco en un libro una graciosa observación de la que me parece que se puede sacar provechosa lección.

Refiérese, a propósito de lo que en los perros puede el instinto de imitación, que cuando un perro amaestrado lleva entre sus dientes, de la tienda a casa, una cestilla con longanizas o con carnes o cosa así, si por ventura se le acercan otros perros pretendiendo coger la mercancía a su custodia confiada, la defiende valerosamente, y dejando en el suelo su cestito, se vuelve rápido y a mordiscos pone en fuga a sus invasores.

Pero, fijaros bien, si llega a suceder la desgracia que uno de los perros vuelque la cestilla y, caídas las viandas, se lancen todos los demás a cogerlas, entonces el perro portador, hasta entonces fiel a su deber, olvídase de su misión y procura como cualquiera otro aprovecharse de la rica provisión.

Yo creo que no estaría de más que los jóvenes vayamos prevenidos contra ese malvado contagio del mal ejemplo que produce el instinto de imitación; ya que es hoy tan frecuente, entre muchos de nuestra edad, este modo perruno de discurrir, que como el perrito de la cesta, si resisten a las primeras de cambio, pronto, muy pronto, ceden al malvado ejemplo de los otros animalitos y resulta que se convierten en uno de tantos.

¿A ver quién discurre más y mejores modos de defender el cesto?

E. J. P., Congr.



Núm. 191.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Junio de 1929



Estatua profanada

Este grabado está sacado de una fotografía de una de tantas imágenes del Sagrado Corazón, profanadas hace poco en China aun después de la guerra. Pues aun ahora, multitud de soldados acostumbrados a vivir del saqueo durante la guerra, al ser licenciados, no han hallado mejor oficio para seguir viviendo que el dedicarse a la rapiña.

Bandas de cincuenta y más ladrones (es historia de todos los días), se presentan en poblaciones más o menos numerosas, asesinan a todo el que se les opone, saquean todo lo que encuentran a su paso, profanan iglesias e imágenes, injurian y maltratan a los misioneros y hacen todo género de barbaridades.

Reciente está aún el caso de la fuerte indemnización que el Gobierno chino ha ofrecido a la Iglesia por el asesinato de un misionero francés; indemnización que ha sido rechazada para que no hagan creer a aquellos pobres paganos que negocia la Iglesia con la sangre de sus misioneros.

Pero no se crea que por estos obstáculos, ni aun por otros mucho mayores, piensen tan siquiera nuestros misioneros en abandonar sus puestos. "Sea lo que Dios quiera; escribe hace poco un Padre misionero: dispuesto estoy a perecer aquí hasta morir. Me podrán quitar la casa y si quieren, la vida; pero con esto no harán otra cosa que cumplir el anhelo de toda mi vida, que es dar mi vida por Jesucristo."

Y otro Padre, antes de ser martirizado, escribe: "Por amor a Dios y a mis cristianos, me han metido en la cárcel estos desgraciados. La primera noche fuí azotado dos veces con cincuenta azotes... No le dé pena, Padre mío, que así me estaba preparando para el martirio. Ruego al Padre que avise a los cristianos que pidan por mí para que Dios me dé fortaleza. Si muero, los veré en el paraíso y gozaré de la eterna felicidad."

Esta conducta, seguida por nuestros misioneros católicos, en contraposición con la de los pastores protestantes, que han huído y no han vuelto a su puesto, ha sido la causa de la conversión de muchos paganos.

Como decía, este grabado que tenéis aquí presente representa la estatua del Sagrado Corazón que destrozaron esos feroces bandidos; quisieron borrar la imagen de aquella Bondad infinita que dijo a Santa María Margarita de Alacoque: "He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres"; pero al borrarle la cara y cortarle el brazo, no se daban cuenta de lo que hacían.

¡Cuánto peor se portan muchos cristianos que, si no pueden borrarle el rostro a la imagen material, se lo borran a la imagen espiritual que del Señor tienen en su alma, y no pueden soportar ver esa figura tan amorosa de Jesús, ni pensar que corresponden con tanta bajeza e ingratitud al que tantos favores les ha hecho y está haciendo; al que pudiendo, sin decir una sola palabra, con sólo quererlo, precipitarles en los infiernos, no obstante les habla palabras de amor y les ofrece medios a cual más fáciles, para gozar de El eternamente, sobre todo por medio de esta devoción dulcísima a su Sagrado Corazón.

No seamos nosotros del número de estos desgraciados que quisieran poderle borrar la cara y no ruborizarse de su comportamiento. No tengamos nunca que avergonzarnos de conducta

Universidad de Deusto
Biblioteca

como era. Todo lo contrario, no contentos con que Jesús reine en nuestros corazones, trabajemos por todos los medios posibles para que su reinado sustituya al de Satanás, en todos los de nuestros parientes, amigos y enemigos.

E. M., Congr.

Un mono atrevido

Vivía antiguamente en Roma una familia portuguesa, compuesta del padre, don Manuel, de la madre, doña María y de un niño de pocos meses.

Hallábase ausente de su casa don Manuel, cuando un día, mientras comía su esposa, un mendigo llamó a la puerta. Salióle a recibir doña María, dejando, mientras tanto, solo en la habitación al niño dormido en su cuna.

Entonces, aprovechándose de su ausencia, un mono que don Manuel había traído de Goa, va a la cuna del niño, trepa por ella, cógele envuelto en su sabanita y sale corriendo de la habitación.

Embebida en sus quehaceres la madre, nada advirtió de las maniobras del mono; y, aunque le extrañó el profundo silencio que se hizo en la calle, no procuró averiguar su causa.

El mono, con el niño debajo del brazo, paseábase en aquel momento por el alero del tejado, ante los espantados ojos de los transeuntes, que no sé atrevían a gritar, temerosos de que, "sustado el animal con sus gritos, soltase su presa y estrellase al niño contra la calle. De pronto, una mueca de alegría anima el rostro del mono; párase, coge con sus peludas manos los extremos de la sábana, y suspendiendo al niño fuera del tejado, comienza a balancearlo. Y doña María no se había dado cuenta aún de nada.

Los aterrados espectadores de aquella escena no se atrevían a gritar y, por otra parte, el niño iba a caer de un momento a otro. Una inspiración cruzó por la mente de los que contemplaban aquella aterradora escena: todos cayeron de rodillas y un Ave María, ferviente y confiada, resonó en el espacio, cual grito que el náufrago lanza llamando a su madre, antes de hundirse bajo las enfurecidas olas.

El mono desde lo alto, miraba extrañado, y apenas pronunciaron la última palabra de la salutación Angélica, cuando cogiendo otra vez al niño bajo el brazo, se alejó poco a poco y entró en la casa.

Un suspiro de satisfacción brotó de todos los pechos y a él siguieron vivas entusiastas a la Reina del cielo, que de manera tan visible había acudido a su llamamiento. El niño estaba salvado; el mismo mono lo llevó a su cuna.

Aun hoy en Roma, podréis ver en lo alto de una casa, no lejana de la iglesia de San Luis de los Portugueses, un cuadro de la Virgen y ante él una luz que brilla constantemente. Es un recuerdo de aquel memorable día. Aficionémonos al Ave María. En la menor de las tentaciones sepamos rezarla con devoción, sabiendo que después de Dios, no hay quien nos pueda sacar victoriosos de todos los peligros de cuerpo y alma como está nuestra Madre.

A. M., Congr.

Terrible guerra

Rotas todas las relaciones diplomáticas entre dos naciones, están en camino de una guerra.

Una de ellas, la más lista, se prepara comprando y haciendo armas y municiones; construyendo acorazados, fortificando los puertos y barcos con potentes cañones, prepara su ejército y procura la ayuda de otras naciones.

En cambio, la otra, como si estuviese en el período de mayor paz internacional, vende su escuadra a otra nación, da licencia a sus soldados, en una palabra: quiere vencer sin molestarse.

Esto parece absurdo. ¿Cómo va a combatir y vencer?

Pues mira, ni más ni menos, eso nos pasa a los jóvenes de hoy; sin duda ninguna tienen que pasar por una terrible guerra que nos prepara el mundo—los malos amigos—, que son los peores enemigos.

Desde pequeños debemos estar preparados, sacando provecho de la Congregación y pedir sin cesar ayuda a nuestra Madre Santísima, para que no nos falte la gracia de Dios, ni sus auxilios; de otro modo vamos camino de sucumbir, como la mayoría de los jóvenes de hoy en día.

¿No parece esto verdadero? ¿Cómo vamos a combatir y salir victoriosos de las tentaciones, amigotes, etc...? Vamos, pues, a prepararnos y llenarnos de amor a la Santísima Virgen y santo temor de Dios.

J. M. G., Congr.

¡Cuánto enseña una pared!

Una tarde del mes de octubre paseaba con mi amigo Manolo por los alrededores de unos solares, donde había varias casas en construcción; soplaba el viento sur como pocas veces lo he sentido más fuerte.

Estábamos dando vueltas a uno de los solares, cuando nos detuvimos los dos, contemplando los vaivenes que una tapia daba a merced del viento. Era una tapia de esas provisionales que habían levantado los obreros, colocando un ladrillo sobre otro, con muy poco mortero.

Era de ver cómo al soplar una ráfaga fuerte, cimbreaba la tapia, se encorvaba y parecía desplomarse. En parte de la tapia se habían soltado los ladrillos inferiores, sosteniéndose en un equilibrio tan inestable, que parecía mentira no cayesen.

Manolo y yo contemplábamos con creciente interés aquellos vaivenes de la tapia, diciendo: ¡Ahora cae! ¡Todavía no! Comenzó de nuevo a mugir el viento y la tapia a moverse de una parte a otra. "Lo que es de ésta sí que cae", nos decíamos.

En efecto, algunos ladrillos de la parte superior del muro, que se sostenían casi de milagro, no pudieron resistir el empuje del viento y cayeron al suelo. Vino otra racha más fuerte; las oscilaciones de la pared eran cada vez mayores, hasta que el viento, en un último esfuerzo, vino a derribar casi toda la pared. Ya no quedaba en pie más que la mitad inferior de la tapia, y en algunos sitios ni eso.

Nos acercamos más a la tapia para verla de cerca, y dije a mi amigo:

—¡Claro que tenía que caer! Apenas estaban unidos los ladrillos; no podían ofrecer resistencia; cada cual tenía que ir a donde le empujasen.

Manolo asintió, y yo volví a tomar la palabra.

—¡Oye! ¿Sabes que se me ocurre una cosa? ¿A qué te parece se puede comparar esta tapia?

—Hombre; no sé a qué quieres referirte.

—Pues muy claro: esta tapia se puede comparar a la Congregación, que no tenga sus miembros bien unidos entre sí.

—Mira cómo esa otra tapia, en que los ladrillos están bien unidos con mortero, no hay viento que pueda con ella. ¡Como tampoco con los congregantes que en vacaciones se unen bien en los pueblos a donde van a veranear, y andan siempre juntos; por nada se separan y menos cuando hay fiestas, cuando soplan los vientos de las tentaciones más fuertes. ¡Qué gusto da verles siempre juntos ya desde la mañana en misa, donde les una la mejor de las soldaduras.

—Discurres muy bien; pero a mí me parece que los congregantes no nos ayudamos todo lo que debiamos, me contestó Manolo, que no es de los que se dejan ganar fácilmente. Y esta pared me confirma en otra idea que, precisamente hoy, nos ha indicado el Padre.

—Pues yo no me acuerdo de qué puede ser.

Entonces Manolo, tomando el mismo aire de importancia que había yo tomado antes, me dice:

—¿A que no te has fijado qué ladrillos han caído?

—¡No me voy a fijar! Estos que están en el suelo.

—¡Naturalmente! Pero yo no te digo eso; fíjate mejor y observarás que han caído los ladrillos que estaban más altos. ¿No ves cómo los que estaban abajo han quedado firmes casi todos?

—¡Tienes razón! Pero no veo qué puedes sacar de eso.

—Pues una comparación muy sencilla. En esta pared, como en todas, los ladrillos que primero caen son los más altos, y además, son los que se estropean más en la caída. Y en la Congregación, como en todas partes, los que primero y con más facilidad caen, son los que están más altos, es decir, aquellos que se creen ya mayorcitos, que todos los demás son pequeños, que saben y entienden menos que ellos, etc.; que quieren estar arriba. En cambio, los humildes, los que no están enfatuados, caen con mucha más dificultad, y si caen no se estropean como los orgullosos, que caen de alto, y ni en el suelo, ni rotos, ni cuando se sienten ya golfos, creen que son unos seres inútiles y despreciables.

—¿Sabes que tienes mucha razón?, exclamé entusiasmándome involuntariamente, y que esta pared nos ha dado a nosotros buena lección, que servirá a todos los congregantes.

Con que, señores: La unión es base de la fuerza; si todos los congregantes estamos bien unidos, y más en vacaciones, valdremos mucho, podremos hacer mucho más bien del que hacemos. Y el que se crea que vale mucho y que los demás valen poco, está muy alto; mucho peligro tiene de caer y destrozarse en la caída. ¡Que se baje pronto los humos!

J. A. A., Congr.

Un pedante confundido

Era en una academia, afortunadamente no de esta tierra. Un profesor, con "humos" de intelectual y hechos de perfecto necio, explicaba a sus alumnos la parte aquella de la Ética que trata de los deberes del hombre para con Dios.

—No hace falta ir a la iglesia, les decía, ni rezar, ni darse golpes de pecho, ni arrodillarse. Todo eso es tontería; Dios no necesita de esas exterioridades; a Dios le basta con que le rindamos culto en nuestro interior...

Iba a continuar, cuando uno de los estudiantes, que se hallaba casi en primera fila, se pone de pie, se quita la chaqueta, y, de un salto, se sienta en la mesa más próxima al profesor y apoya los pies en la de enfrente.

—Pero, ¿se piensa usted que está en una plaza de toros?—exclama el profesor indignado ante semejante atrevimiento—. Guarde el respeto debido a la clase, o de lo contrario, le expulso.

—Señor profesor, contesta con mucha calma el alumno, no se enoje usted; pues no solamente no creo que me hallo en una plaza de toros, sino que guardo en mi interior un respeto profundo hacia usted y hacia mis condiscípulos.

—Todo lo que quiera, pero usted comprenderá que ésas no son muestras de respeto.

—¡Ah! ¡Muy bien! Pues entonces, si para la clase hace falta esa educación, esa compostura exterior que usted dice, ¿por qué razón no es necesaria para con Dios, que está por encima de todas las clases y de todos los hombres?

El pedante profesor, confundido, no encontró mejor remedio que cambiar de tema.

A. M., Congr.

¡Valiente y huye!

Te parece el título extraño, ¿verdad? Sí, a mí antes también me parecía, hasta que un día mi amigo me enseñó lo contrario; ahora entiendo que es héroe el que sabe, en ocasiones, huir.

Aquella tarde estábamos rendidos; habíamos jugado un competido partido de fútbol; él solo había metido cinco goals. Era y es un valiente en el fútbol y contra el fútbol. Me explicaré. Cuando tenía que estudiar no había partido que le arrastrara, y para cualquier empresa buena, él era el iniciador y el que animaba a todos.

—¿Quieres que nos sentemos aquí a descansar, le digo yo.

—No, vamos a aquella otra parte del campo, donde hay hormigas-leones; recogeremos alguna para la colección.

Tenía por regla no estar ocioso, y así hasta el descanso aprovechaba.

—Mirad, nos dice, sigamos un sendero de hormigas, y seguramente encontraremos alguna trampa de hormiga-león; ésta vive a costa de todo bicho que se asoma a su fosa, o mejor, al cono o embudo que hace en arena muy movediza. Antes de cavar el agujero, ha hecho el animal un reconocimiento del terreno, ha escogido para ello algún sendero de hormigas; allí caba su fosa, que la recubre de arenilla muy ligera.

Pronto nos encontramos un sendero de hor-

Universidad de Deusto
Biblioteca

migas y no tardamos en dar con una pequeña cavidad a modo de embudo. No esperamos mucho y se nos ofreció ocasión de asistir a una lucha curiosísima. La hormiga-león estaba en el fondo cubierta de arena; sólo tenía fuera las mandíbulas, y había calculado tan perfectamente la pendiente del pequeño cráter, que cualquier insecto que se acercara al borde, resbalaba hasta encontrarse con su misma boca.

Siguiendo descuidada su sendero, vemos que llega una hormiga, sube la trinchera, avanza y rueda hasta dar con las mandíbulas de la hormiga-león. La hormiga no se da por vencida; se defiende; pero se ve al punto arrollada y sepultada en la arena; aplastada allí y aturdida, es atacada de nuevo y comida por la hormiga-león.

Esperamos allí pacientemente hasta que la vimos salir sacando, después de bien chupada, a su víctima; la lleva lejos de su trampa, sin duda, para no prevenir a otras que seguirán cayendo en aquel resbaladizo embudo.

Mientras nos hallábamos absortos en este espectáculo, llegan otros compañeros que nos invitan a ir con ellos de paseo; aceptamos y nos llevan, sin darnos cuenta, a una romería; nos instan allí a que bailemos. Mi amigo da media vuelta y dice: "yo me marcho, no me gustan romerías", y dándome un codazo añade: "ahí está la hormiga-león, que nos quiere cazar, vámonos". Yo le sigo; pero el otro compañero se queda con ellos; y les oímos: "esos kostkas siempre tan beatos". Mi amigo vuelve a darme con el codo y observa: "chico, nos quieren aturdir; nosotros no caemos en esa fosa".

Entonces mismo los dos hicimos el propósito de ir siempre juntos durante el verano y no unirnos a nadie que no fuese congregante.

Aquella tarde empecé yo a comprender cómo puede uno ser valiente huyendo.

C. E., Congr.

¿Entre quiénes estás?

Un día espléndido de este verano, me encontraba solo, pues mis amigos habían ido de excursión a un monte, al que mis padres creyeron conveniente que no fuera. No sabiendo lo que hacer, fuí de paseo por la carretera, contemplando las casitas que había a uno y otro lado; una de ellas tenía un pequeño gallinero, con unos polluelos pequeñitos, que andaban jugando y picando cerca de su madre; se paseaba también allí un gallo, y algunas otras aves; me detuve un momento a verlos, y continué mi paseo.

No muy lejos encontré, en una praderita, unos polluelos que no tenían madre; a pocos pasos había una campa con unos árboles, a la sombra de los cuales me senté a descansar. De pronto, veo al milano que se echa sobre los polluelos como una flecha, coge a dos con sus garras, y se los lleva. ¡Qué lástima me dió de aquellos infelices; si hubieran tenido una madre y un gallo que les hubiese avisado, ni uno hubiera dejado de correr a su madre a asegurarse, dije yo para mis adentros.

Emprendo la vuelta, pues el apetito me decía que era hora de merendar, y al pasar frente al gallinero vi otro milano que estaba sobre él, a poca altura; el gallo que lo ve, avisa a los polluelos, éstos empezaron a correr a donde su madre. Pero ¡cuál fué mi sorpresa al ver que uno de ellos se planta en medio del gallinero como diciendo, me basto yo solo! El milano que lo ve, se arroja sobre él, remonta el vuelo y adiós polluelo.

¿No piensas tú que aquel polluelo, que era un grandísimo tonto, que si cayó en manos del milano fué porque quiso, pues estaba prevenido y tenía una madre donde cobijarse, como lo hicieron los demás?

Reflexiono un poco y pronto me doy cuenta de que eso mismo ocurre en el mundo: esos milanos son el mundo, el demonio y la carne; la madre de los polluelos que los cobija bajo sus alas, es nuestra Santísima Virgen que nos cobija bajo su manto con sumo cariño y seguridad; el gallo que los avisa del peligro, nuestro confesor, la Congregación. Que caigan bajo el poder de estos milanos los infieles, que no tienen ni madre (pues no la conocen) ni nadie que los prevenga contra los peligros, es natural; ayudémoslos nosotros con las oraciones y dinero. Que los que tenemos Madre y tantos avisos busquemos desde el principio de vacaciones el manto de la Virgen Santísima, es también muy natural; pero lo que es incomprensible que oyendo todo lo que oímos, avisándonos como nos avisan contra los peligros, nos quedamos, como el tonto del polluelo, en garras de un mal amigo desde el principio del verano.

Yo dividiría a los hombres en tres grupos:

Primero, desgraciados; segundo, listos, y tercero, tontos.

Antes de escribir esta historieta se la he contado a un compañero, para probarle, y le he preguntado: ¿Tú entre quiénes estás?, y me responde: Hasta ahora he estado entre los terceros; pero el tal cuentecito me ha convencido; desde hoy estaré entre los segundos.

Si a cualquier compañero contáis ésto; si tiene un poco de sentido común, creo que será de los listos, aumentando así los verdaderos hijos de la Virgen Santísima.

E. A., Congr.



Núm. 192.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Julio de 1929

Un buen retrato

Erase una vez un señor inmensamente rico, que abundaba en todo lo que pudiera desear aun el más ambicioso, pues poseía varios palacios magníficos, dos o tres quintas de recreo donde pasar el verano, varios automóviles de carrera, de paseo... en fin, todo. Todos le tenían por un hombre el más feliz que pudiera darse y enviadaban su suerte.

Pues bien, he aquí que un día se le presenta un pobre mendigo, de esos que, ¡pobrecitos!, tantos se ven, y le pide por caridad una limosna. Cuál no sería la sorpresa de éste cuando por toda respuesta le dice que le acompañe. Le sigue entre temeroso y asombrado, y al poco rato llegan ante el suntuoso palacio del rico. Si las primeras palabras le habían sorprendido, las que ahora oye le dejan verdaderamente atónito; porque de buenas a primeras le dice que le quiere regalar parte de sus riquezas y que... hasta de vivir tan pobremente, que desde aquel día tendría, qué sé yo cuántas cosas, porque fueron muchas las que entonces mismo le dió.

Ya os podéis imaginar la actitud del pobre mendigo, reía, lloraba de alegría y hasta le hubiera abrazado si no fuera por el respeto que le inspiraba.

Comenzó éste desde aquel día a disfrutar de las no soñadas riquezas, pero... ¿qué queréis? el agradecimiento en el pobre infeliz fué muy pasajero. Al poco tiempo ni se acordaba de su bienhechor; y aun llegó el caso en que bien pudo darse éste por ofendido, pues el ingrato por no descubrir su humilde origen negó que hubiera recibido de aquél cosa alguna.

Así pasó algún tiempo, cuando he aquí, que volviendo de divertirse como solía, se encontró en la misma puerta de su palacio, al bajar de su automóvil ¿con quién creéis?... con su mismo bienhechor, que con muy humilde aspecto, muy pobre le pedía por caridad una limosna. Estaba en la miseria por un revés de fortuna.

Abriéronse los ojos del ex-mendigo, le dió un vuelvo el corazón y se arrojó a sus pies, pidiéndole perdón y ofreciéndole cuanto poseía.

Pobres, muy pobres éramos todos nosotros; pero caímos en gracia con Dios Nuestro Señor y nos llenó de sus infinitos dones, nos dió todo, hasta su mismo divino Hijo. Hoy, cuando, tal vez, nos hemos olvidado de El y hasta le hemos ofendido, se nos manifiesta con el Corazón herido de amor y pidiendo como mendigo que le queramos mucho ¿No nos arrojaremos a sus pies y le entregaremos todo lo que somos y tenemos?

M. U., Congr.

La barraca de Simón

Se cuenta que Napoleón deseaba construir un palacio destinado a sus hijos; y en el sitio en que él se había fijado y le gustaba, se hallaba la barraca de un zapatero llamado Simón. No era más que una miserable choza, cuyo valor no se elevaría a 300 francos. Los arquitectos vinieron en nombre del emperador y ofrecieron al zapatero 1.000 francos por su casucha.

—Señores, les contestó, yo no quisiera abandonar mi casa, pero si me decido a venderla no será por menos de 20.000 francos.

—¡Cómo! ¡20.000 francos!... ¡Si no vale ni 300!

—Señores, esa es la cantidad, soy el amo al fin y al cabo.

Los arquitectos vinieron algún tiempo más tarde con la suma pedida. Simón la rehusó.

—No, señores, yo quiero 40.000 francos.

—¿Cree usted, buen hombre, que vamos a pagarle esta casucha cien veces más de lo que vale?

—Ya les he dicho que no estoy dispuesto a dejarla inútilmente. Así es que me quedo con ella.

Un mes más tarde consintieron en pagarle lo exigido; pero nuestro zapatero, animado por el buen éxito de su maniobra, elevó la suma a 50.000 francos. El buen hombre se creía ya rico con una nueva subida, que, indudablemente, sería aceptada.

366
Universidad de Deusto
Biblioteca

Mientras tanto estalló la guerra contra Rusia. El Emperador, ocupado en su formidable expedición, no se acordó más de construir palacios; le urgía más cañones y mulos con que arrastrarlos.

Simón, viendo que los arquitectos no volvían, fué donde ellos y les dijo que aceptaba la venta por 40.000 francos..., por 20.000 francos..., por 10.000 francos...

—No la queremos a ningún precio—respondieron los arquitectos—; se ha abandonado el proyecto. Puede usted dar por retirada nuestra oferta.

El desgraciado zapatero marchó crujiendo de rabia los dientes; al poco, apremiado por la miseria, se vió precisado a vender su barraca por 150 francos. Devorado por la pena, empleó ese dinero en vino y murió miserablemente.

¿Y no nos ocurre con frecuencia algo parecido? ¿No le ponemos cada día a Dios mayores dificultades? Y eso que cuanto más días nos da El de vida, más le debemos y más agradecidos y humildes debiéramos ser. No se vaya a cansar y a dejarnos sin nada, nos quite la vida que El nos sostiene y paremos en la mayor miseria, que es la condenación eterna.

J. G., Congr.

¡Vaya Bugatti!

Conocí yo en cierta ocasión a un joven de unos 18 años que, ¡como tantos otros, por desgracia!, engañado en doctrinas falsas, negaba a Dios y otras verdades, afirmando que no era un niño aún para creer en aquellas inverosimilitudes.

Este muchacho no era malo de por sí; tuvo profesores ateos, o que aparentaban serlo, y poco a poco infiltraron en el alma del joven aquellas mentiras, cubiertas con esa falsa capa de que la razón tiene que explicarlo todo hasta el origen del mundo; éste, según ellos, se había formado él solo por diversas evoluciones, etcétera, etc. Historias chinas, que diríamos nosotros.

Por lo demás, el joven era muy tratable y pronto se me hizo simpático, por lo cual me dediqué con todo mi ardor a hacerle ver el error en que se encontraba su mente.

Paseábamos un hermoso día del mes de mayo por la ancha carretera que conduce a la playa; charlábamos alegremente de sucesos sin importancia, cuando oímos un ruido estridente, acompañado de un fuerte bocinazo.

Nos separamos a la cuneta para dar paso al vehículo que se acercaba: era un hermoso auto azulado, tipo torpedo. Mi amigo quedóse admirando aquella maravilla de la mecánica y exclamó: "¡Vaya Bugatti! ¡No hay otro auto como ése! ¡Si serán listos los ingenieros de esa fábrica!".

Y, sin más, nos metimos a hablar de autos. Al poco tiempo vemos un hermoso chalet, de esos suntuosos edificios que en las cercanías de las playas levantan los adinerados. "¡Eso es casa!—dice mi amigo—. Se nota en seguida que es un buen arquitecto el que la ha construido". Para admirar mejor aquella obra de arte damos la vuelta al edificio, y detrás de él vemos un espectáculo encantador: un gran jardín con toda clase de flores, árboles, plantas, combinados de las formas más caprichosas. "¡Qué encantador! —vuelve a exclamar mi amigo—. No hace esto un jardinero cualquiera".

Por fin llegamos a la playa; eran las seis de la tarde; el sol se ponía en aquel momento en un paisaje encantador; a los lados, altos montes cubiertos de hermosos pinos; delante, el horizonte, permitiendo ver por la salida del golfo, las azules y blanquecinas olas, que, al reflejo de los rayos moribundos, ofrecían distintos tonos.

Entonces fuí yo quien le hablé y le dije: "Por el camino has visto cosas maravillosas y has alabado a sus autores. Dime ahora: ¿puede existir todo este paisaje que contemplamos, el sol, los montes cubiertos de hermosos árboles, el mar, el firmamento, todo, en fin, todo el mundo, sin que exista un Sumo Autor de ello? ¿Cómo habrá personas que no alaben a este gran constructor y no tienen bastantes palabras para ponderar las habilidades del hombre?".

Por el momento, nada contestó mi amigo; pero bajó la vista y de sus ojos salieron dos gruesas lágrimas, al tiempo que me estrechaba la mano, diciéndome: "¡Gracias! ¡No sabes el favor que me has hecho!".

J. M., Congr.

Pinto

—Pinto ¡Toma! ¡Toma aquí! ¡A echar!

Y aquí nos viene nuestro buen Pinto, hermoso perro, a decir verdad, a recibir la probable reprimenda que su amo le iba a dar, y no precisamente en palabras, sino en golpes; pero entonces, pese a su buen olfato y a su aire contrito, no era más que para sacarlo de casa en compañía de su amo.

Tomó don Gregorio, que así se llamaba su dueño, el zurrón y la escopeta, y a paso moderado, en buena paz y compañía se alejaron ambos del pueblo.

Subían los dos por una empinada cuesta, ágil y contento el perro, y furioso y medio derretido don Gregorio, pues, además del terrible calor que hacía, llevaban andando ya una hora sin cobrar pieza alguna.

—Vamos hombre—se decía a sí mismo desesperado don Gregorio—mira que tener que gastarme de nuevo diez pesetas para hacerle creer a mi mujer que he matado una liebre.

Pero he aquí que de repente se nos para Pinto unos pasos más adelante olfateando su probable presa.

—Vamos a ver si no me las gasto, murmuró entre dientes don Gregorio.

Afortunadamente, no las tuvo que gastar, pues viendo Pinto que unas matas se movían, de una manera violenta se lanzó sobre ellas, y aunque la liebre consiguió escapar, no por esto se desanimó el perro; salió detrás de ella como una exhalación. Ya estaba nuestro cazador dándose a los demonios, maldiciendo de todo corazón a aquel inútil perro, cuando vió, con no poca satisfacción, que éste, reuniendo las fuerzas que le quedaban, dió un prodigioso salto sobre ella, consiguiendo cogerla.

Ya venía Pinto con su presa en los dientes a donde su amo estaba, meneando la cola de puro contento, pero he aquí que su amo, sin dignarse siquiera dirigirle una mirada, cogió la liebre, la metió en el zurrón y siguió adelante seguido de su perro con el rabo entre piernas y el corazón lleno de tristeza ¡pobre perro! ante aquella ingratitud.

A su modo son comparables a Pinto muchos hombres, a quienes el mundo les dice: Si quieres que te estimen, corre tras los honores y las riquezas y no descanses hasta conseguirlas. Y ¡cuán pocos son los que los alcanzan! Y aun éstos favorecidos de la fortuna, si no han tenido intención de agradar a Dios, se encuentran, sobre todo a la muerte, sin riquezas y sin mérito alguno para la vida eterna. ¡Pobrecitos!

J. G., Congr.

Dos buenas ocurrencias

El año 1792, el Beato Andrés Huberto Fournet, párroco de Maille (Francia), era desterrado por negarse a jurar la Constitución civil del Clero, impuesta por la Revolución. No le permitió el corazón estar mucho tiempo separado de su parroquia y de sus hijos. De España volvió en seguida a su patria, llena de peligros, que hicieron de su vida un continuo calvario. Contaré aquí dos casos:

Hallábase, disfrazado de arriero y con un sombrero de anchas alas que le cubría medio rostro, junto al fuego de la casa de una familia católica, cuando improvisadamente se presentan dos gendarmes en su busca. La buena mujer que con él se hallaba, al ver el aprieto en que estaba su párroco, dióle un solemne bofetón, al mismo tiempo que le dijo malhumorada:

—Arriba, maltrabajador; deja sitio a estos señores y vete a dar de beber a los animales.

Ante tal conducta nada sospecharon los gendarmes, y después de inútiles pesquisas se marcharon de la casa. La buena mujer, una vez conjurado el peligro, se arrojó a los pies del párroco, pidiéndole perdón toda compungida y llorosa.

* * *

Otra vez se hallaba el Beato Andrés en La Puye, con la familia Merle, cuando volvieron a presentarse en su busca los gendarmes. La dueña, que los divisó, hizo acostar al buen Padre, le cubrió la cabeza con un lienzo blanco, encendió un cirio y se puso a orar como si el cuerpo yacente de un difunto se hallase presente. La estratagema resultó y el Beato quedó libre.

Y, después de ver estos casos, ¿quién se atreverá a negar la existencia de una Providencia infinita, que vela por nosotros para que podamos cumplir la misión que a cada cual nos ha sido confiada?

A. M., Congr.

Teme, si no perdonas

En tiempos de los Emperadores Diocleciano y Maximiano, vivían en Roma dos cristianos, tan amigos, que siempre andaban y vivían juntos. Llegó el día en que se rompió aquella amistad: empezaron a discutir sobre un asunto y acabaron por reñir y por no quererse ver más. Al cabo de algún tiempo uno de ellos pensó que aquella enemistad no era propia de cristianos, y se arrepintió y pidió perdón al otro. Le contestó el otro sacudidamente, que él no perdonaba las injurias.

Sucedió que los gentiles se enteraron de que eran cristianos y les acusaron a las autoridades. Les preguntaron si eran cristianos; ellos confesaron con valentía su fe. Sin más sinrazón les condenaron a cortarles la cabeza.

Se iba a cumplir la sentencia y estaban los dos orando, cuando el arrepentido volvió a pedirle al otro perdón:

—Vamos a morir por nuestra fe, le dice; perdóname, pues yo te perdono de corazón.

—Pues yo no te perdono.

Cayó al suelo la cabeza del arrepentido, y tocaba el turno al otro, y cuando ya estaba para cumplirse la sentencia permitió Dios que el demonio le tentase en castigo de su mal corazón por no querer perdonar. El demonio le decía que por qué dejaba este mundo con las riquezas que le daban los gentiles, y él consintió en la tentación y renegó la Fe de Jesucristo, y al cabo de unos años murió en el gentilismo y se condenó, mientras que el arrepentido descansa en la Gloria.

De este hecho podemos sacar importantes lecciones para saber perdonar las injurias de nuestro prójimo y no ser tan duros de corazón, que ya hemos visto cómo castigó Dios al que no quería perdonar a su prójimo. Luego pedid al Señor que nosotros perdonemos a nuestro prójimo y no seamos de los que no quieren perdonar. Así sea.

F. B., Congr.

El charlatán

En la población en la que por razón de estudios me encontraba hace poco, observé todos los jueves el caso siguiente:

En un ángulo de la plaza, y subido sobre un pequeño Ford, un hombre empieza a dar gritos y campanillazos, hasta que la gente se le acerca.

Una vez la gente reunida, comienza su peroración: "Señores... soy el hombre más asombroso de la tierra. ¿Ven... ven ustedes esta manta? Pues esta manta, que cuesta por esas tiendas a 10 pesetas, yo la doy a 5. ¿Ven este reloj de 84 quilates? Pues esto, que cuesta 45 pesetas en cualquier tienda, lo doy yo a 7,50..., y así por el estilo".

La gente, en un principio, le oye como si oyese llover, y hace comentarios como el siguiente: Si creerá que vamos a picar; o este parecido: Si creerá que nos va a engañar metiéndonos gato por liebre.

Mas estos incautos, que así hablan, se quedan allí, sigue el charlatán gritando y poniendo

Universidad de Deusto
Biblioteca

pueblos... y al fin pican como besugos en el anzuelo.

¿Y no conocéis vosotros a muchos que cuando los tienta el diablo dicen como aquéllos: ¡si creerá que vamos a picar!? Pero como siguen, a pesar de eso, en el peligro, al fin caen.

No seamos nosotros de ésos y sepamos huir de las ocasiones.

K. T., Congr.

Correspondencia abierta

¡Qué bien empieza su veraneo!

Recibí FLORES y FRUTOS y también los papelitos que anunciaban la fiesta del Sagrado Corazón. Como me parecieron un poco pequeños, hice yo un cartel, en el cual se leía mejor; los papelitos fuí a colocarlos en el pueblo vecino; y los pegué como usted nos indicó, en los sitios más visibles; y tuve suerte, porque ese día había mucha gente, como que había feria. Sepa que por poco me imponen una multa; ni se me ocurrió que hubiese que pedir permiso; la verdad, Padre, que hay gente rara.

Voy al pueblo a comulgar, no como me dijo usted, en bicicleta, sino en el carro que suele traernos los comestibles; pero lo malo es que unos días sale a las 7 de la mañana y otros a las 10.

Le ruego me mande uno de esos impresos que tiene usted de las carreras que se pueden seguir con uno y otro bachillerato.

Estudio una hora cada día y voy, también, a la escuela de barriada que está dirigida por una señorita muy piadosa que ha transformado a los chicos de la escuela; pues de la bajísima nota que tuvo la escuela hace dos años (clasificaron a los chicos de salvajes), ha tenido este año uno de los primeros premios, y les ha inculcado tan bien la piedad, que cada vez que entran y salen de la clase rezan sus oraciones, cosa que no se hace en otros sitios.

Una vez fuí a comer con ellos en el campo, por ser el santo de la maestra; pues bien, antes de comer se arrodillaron chicos y chicas y, dirigidos por una de ellas, rezamos algunas oraciones. La maestra está deseando entronizar el Sagrado Corazón.

He observado (y no me ha gustado tanto) el que no rezan el rosario todos los días; solamente los sábados; ya podrían quererle algo más a la Santísima Virgen: yo le rezo todos los días; y sólo uno en que tenía mucho sueño me dormí rezándolo.

R. A., Congr.

Misiones entre fieles.

Hay aquí en la obra de esta casa varios españoles trabajando. Uno de ellos, que hace piedras artificiales, y es de Avila, tiene aquí su mujer con dos hijos, es propietario de una casita con su huerta y hace ya 12 años que está en Burdeos. Le exhorté algo y le dije que no se olvidara de su patria; me dijo que no. Le pregunté si volvería de nuevo a España y bajó la cabeza. Malo, dije yo para mí: aquí es propietario de su casita, trabaja bien, le pagan mejor y no habrá medio de arrancarle. Pero se ha conservado bueno; al empezar los recreos rezamos una corta oración, para divertirnos como es debido; pues bien, él se descubre, deja su pala y espera que hayamos acabado de rezar para continuar trabajando.

Es un verdadero apostolado el que hay que hacer entre estos pobres españoles.

Si cuando acabo los estudios no me envían a China, yo quisiera consagrarme a este apostolado entre los emigrantes españoles. Entre los que emigran hay buenos cristianos; pero al poco tiempo, el respeto humano los aplasta y no tienen ni fuerza para entrar en la iglesia.

¡Es una verdadera pena! En el Sur de Francia hay millares y millares de españoles. Los que nacen aquí, no van más que dos veces a la iglesia (y muchos ni eso), una para ser bautizados, y la otra para casarse.

Al ir un día de paseo, a varios kilómetros de Roquecourbe, entramos en la iglesia; el cura, anciano de 76 años, vino a saludarnos. Como éramos bastantes, nos siguieron unos chiquillos y entraron con nosotros en la iglesia, más que por piedad por curiosidad. Cuando íbamos a salir encontramos un jovencito de 13 ó 14 años, que por su cara se conocía que era español. El Padre que venía con nosotros le habló en español; pues bien, el párroco que conocía a sus padres hacía 15 años no los había visto nunca en la iglesia, ni siquiera al niño.

¿Y ve usted qué vergüenza que se abandonen tanto? ¡Pobrecitos!

C. A., Congr.

Buen pueblo para veranear.

Estoy en este pueblo pequeño de Navarra tan católico que cuando hay misa (no la hay todos los días), todos: hombres, mujeres y niños, ninguno falta a ella, y ¡hay que ver el ejemplo que dan jóvenes y viejos! todos cantan al Sagrado Corazón con tal fe, que me quedo pensando que, si todos fueran como éstos, qué bien estaría el mundo; ¡hay que ver con qué alma y fe cantan! da gusto verles. Aquí, aunque no fuera congregante, iría todos los días a misa y comulgaría; y a la noche lo mismo: a las 10 hay rosario todos los días y acude todo el pueblo como un alma. Estos pueblos desconocidos, tengo para mí, son los que más honran al Sagrado Corazón.

Yo me levanto a las 9, comulgo, y a casa a desayunar; luego, con un amigo de casa, voy al monte y a comer a la una. Después de comer echo una buena siesta, y luego vamos a pescar cangrejos o a jugar a la pelota a mano, y después de cenar a rezar el rosario a la iglesia y a descansar.

Como verá usted estoy pasándome un verano, que no lo merezco ni en pintura.

S. M., Congr.

Un pequeñín, propagandista.

Suelo ir a comulgar todos los días a la iglesia de los Padres Paúles; aquí comulga poca gente.

Recibí FLORES Y FRUTOS y también los papelitos que anunciaban la fiesta del S. Corazón, que los puse en los postes. Este viernes muchos celebraron fiesta; no sé si debido a los papeles que puse, pues la gente preguntaba si era día de obligación.

P. M. I., Congr.



Núm. 193.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Agosto de 1929

¡Pobre Francisco!

Volvía yo a Bilbao, después de haber obtenido en Valladolid el pomposo título de Bachiller Universitario de Ciencias. Al llegar a casa me vi en un momento rodeado de todos los que me esperaban con impaciencia por verme de nuevo y felicitarme. Allí estaba mi madre preguntando a un tiempo mil cosas, para saber qué tal lo había pasado y cómo me había portado durante mi corta ausencia. Allí estaba también mi hermano, Juan, que estudia segundo, que me miraba como si fuese ya catedrático. Hasta Pepito, a quien días antes le había dejado sabiendo ya sostenerse contra la pared, acudió presuroso agarrado de la mano por mi hermana Elena, que se tenía firme sobre sus pies.

No creía que en tan poco tiempo hubiese dominado mi hermanito el difícil arte (para los niños pequeños) de saber andar. Por ésto, asombrado, dije a mi hermana:

—Pero ¡cómo! ¿Ya ha aprendido a andar Pepito?

—¡Claro que sí!—me contestó ella muy ufana—. ¿No ves cómo ha venido hasta aquí?

Hubiera querido ver confirmada la habilidad de mi hermano; pero, ni poniéndole un caramelo en una silla muy cerquita, ni sosteniéndole al principio, para que empezara a andar, daba un paso en firme. ¡Ojalá no lo hubiera hecho! Apenas dió dos o tres pasos, perdió el equilibrio y cayó de bruces al suelo. A sus gritos acudió mi madre presurosa y se lo llevó para lavarle, pues arrojaba abundante sangre por las narices.

También había venido Elena, la causante indirecta de aquel desastre, con la que me encaré, diciéndola:

—Pero ¿no decías tú ayer que Pepito sabía andar ya?

Entonces ella me contestó: Es que sí sabe andar, pero sólo cuando se le lleva de la mano.

—¿Y a ése llamas tú saber andar? Yo creía que se decía que uno sabe andar cuando no necesita que le lleven.

Este suceso no sólo me valió una buena bronca por mi imprudencia, sino que me hizo acordar de Francisco, mi compañero de Colegio, que había ido conmigo para examinarse a Valladolid.

Francisco era un chico a quien todos le tenían por bueno. Y lo era, pero... porque le apretaban y sostenían en casa y en el Colegio; porque yo había notado, aunque sin conceder la importancia que esto tiene, que se distraía a menudo en la clase si no le miraba el profesor, y que si faltaba el Padre o no le urgía bastante, dejaba con facilidad la Misa de la Congregación. En una palabra: no sabía andar solo.

Necesitaba quien le ayudase, y yo le ofrecí mi compañía para sostenernos mutuamente en Valladolid. Pero él, que en primer lugar prefería quedarse en la cama a ir a Misa y comulgar conmigo, prefirió también la compañía de unos amigos más desvergonzados, creyendo que podía andar sin ayuda ajena.

Pero estaba muy equivocado; de modo que cuando tres días más tarde fuí a verle, aquél no era el Paco que salió de Bilbao. Sobre la mesa, en el lugar que antes ocupaba una devota estampa de la Virgen, había una revista escandalosa que él estaba ojeando. Le reprendí porque no me quería acompañar a Misa, pero vi pronto que ya no me convenía su compañía, y le dejé apenado. Había visto que Paco se había hecho un perdido.

¡Pobre amigo! No se había vencido en las tentaciones pequeñas, cuando le vigilaban, y, naturalmente, menos se venció en las mayores cuando tuvo un poco de libertad. ¡No sabía andar y quería andar solo! Y, lo que es peor, prefería andar con los que le empujaban para que cayese, y por sitios muy resbaladizos, como cines, romerías nocturnas, etc. Y cayó, ¡no va a caer!

I. L., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Cómo puedo ser apóstol

Luis y Pepito eran dos hermanitos ejemplares. Bien pronto se les distinguía entre todos sus compañeros por su formalidad, su condescendencia con todos y su particular devoción a la Santísima Virgen. Su mayor ilusión era quién de los dos lograba reunir para el fin de cada mes mayor cantidad de dinero en la lucha de las misiones y quién repartía mayor número de hojitas de misiones y otras propagandas.

Un día en la explicación de catecismo, les habló el señor cura acerca de la palabra de Dios y sobre la importancia de las buenas lecturas, comparándolas a la buena semilla que cae en tierra fértil. Y al fin vino a decirles que las hojitas de propaganda y los buenos folletitos, eran como las semillas de los vegetales, que con su admirable providencia las hizo Dios tan menudas y portátiles para que los vientos, los riachuelos, los pájaros y los insectos las pudiesen transportar a diversas partes donde germinaran y se desarrollasen.

Luis, que era el mayorcito de los dos, se prendó de aquella comparación. Tuvo una feliz idea, y al punto se la comunicó a Pepito.

Verdad era que ellos hacían germinar en los corazones la semilla de muchas hojitas, de todas las que podían. Pero aún podían más. El señor cura les había dicho que las semillas llevadas por el viento germinaban en muchas partes. Pues bien; ¿no podrían también ellos, como el viento, esparcir las hojitas y dejarlas caer como al acaso en las calles y en los caminos?

A Pepito agradó sobremanera la ocurrencia de su hermano, y ambos, muy contentos, determinaron proponérsela a su madre y pedirla mayor número de hojitas.

Así lo hicieron, en efecto; y la buena madre, loca de alegría por ver a sus dos chiquitines, a quienes se esmeraba en educar en el santo temor de Dios, tan solícitos e ingeniosos para el bien, accedió gustosa a su deseo y les confirmó en el buen propósito que habían concebido. Al punto Luis y Pepito se dieron prisa a ponerlo por obra y bien pronto pudieron ver los frutos de su infantil apostolado.

Un albañil entregado a las malas lecturas, peores amigos y pésimas costumbres, llevaba una vida desastrosa con escándalo de muchos. Un día en que, jugando con sus compañeros, había tenido con ellos una acalorada disputa a causa de una mala partida que le hicieron, al volver a casa halló a su niña deletreando unas hojitas, que ella decía haberlas encontrado en el camino. El hombre sintió como cierta curiosidad de saber lo que decían; mejor dicho, una inspiración de la gracia que le impulsaba a leerlas; y, en efecto, las leyó. Pues bien, desde aquel momento su corazón comenzó a ser otro, a volverse a Dios y labrar su conversión, que acabaron de coronar unas santas Misiones.

Aquellas hojitas eran las buenas semillas que, esparcidas por Luis y Pepito, las había llevado el Espíritu de Dios a las manos de aquel infeliz albañil y producido en su corazón el fruto de la conversión. ¡Feliz semilla que tales frutos produce y felices los que la esparcen!

T. H., Congr.

El más sufrido, más agradecido

En una mísera buhardilla vivían pobrísimamente, no hace mucho, marido y mujer. El, aunque extenuado, ciego e imposibilitado para dar un paso sin lazarillo; tenía, sin embargo, muy abiertos los ojos del alma para ver la muchedumbre de padecimientos de Cristo, y llevaba con gran resignación su ceguera. Su mujer, laboriosa y caritativa hasta el extremo, cuidaba de él con el mayor cariño, y le aliviaba cuanto podía con su continua laboriosidad.

Un día, estos dos ancianitos, en una de esas rifas de los asilos, se vieron en posesión de un corpulento cerdo; don en verdad no despreciable para ellos si se tiene en cuenta su indigencia.

Satisfecha, imaginábase la mujer el pingüe capital que le iba a rendir tan grasosa prenda, cuando su cieguecito le llama la atención y le dice:

—Mira, María, ¿no te parece que, aunque vendamos nuestro premio y nos adueñemos de su precio, no seremos ni más ricos ni más pobres?

—Pero ¿qué me quieres decir con éso?—replica ella.

—Que he pensado darlo a los pobrecitos leprosos de Fontilles.

Después de titubear un poco:

—Convenido—respondió—. Mas dime, Francisco, ¿qué te ha movido a privarte de esta pingüe ganancia?

—El pensar, María, que yo, aunque estoy ciego y enfermo, vivo en sociedad, mientras que aquéllos, llenos de úlceras y llagas, que van pudriendo poco a poco sus carnes, se encuentran en la más horrible soledad, alejados de todos los hombres.

De él gozaron los leprositos, mientras los ángeles en el cielo escribían con tinta de oro tan grande generosidad.

M. A., Congr.

Ratimba

¿No conocéis a Ratimba?...

Allá en un rincón de Madagascar, defendido del sol abrasador por una multitud de copudos árboles, pero al mismo tiempo asediado sin tregua por el venenoso germen de mil enfermedades que traidoras se acogen en el fango de sus enormes charcas corrompidas, no ha muchos años vivía un matrimonio indígena. Pero un gran terremoto hizo que esta familia pagana abandonara aquella región y se retirara muy cerca de una de las cristiandades católicas; habían llevado consigo un hijito que aún no contaba más que pocos meses.

Creció Ratimba, que éste era el nombre del niño, en ambiente cristiano. Los Padres Misioneros tomaron a su cargo darle cumplida educación, y así, después de tantas generaciones de antepasados suyos, que vivieron sin conocer a Dios, Ratimba se hizo fervoroso católico. De su especial predilección era el trato con Jesús y solía emplear grandes ratos arrodillado ante el Sagrario, pidiendo la conversión de sus pobres padres.

Pero he aquí que un día, el niño, que apenas contaba nueve años, debía prevenirse, con harto dolor, para emprender rápidamente el viaje de regreso a la antigua región de sus padres. ¡Pobre Ratimba! Su vida era vivir con Jesús, y ahora debía marcharse lejos, muy lejos de El, donde ni se le conocía, ni se le amaba, ni había un solo sacerdote. —¡Adios, Jesucristo!—le dijo al despedirse, y echándole un beso lleno de amor, se alejó sollozando.

La oración vespertina.

Todas las tardes, cuando ya rendidos por el cansancio de la jornada, aquella familia malgache disponía de algún refugio donde hacer alto la próxima noche... cuando ya a lo lejos comenzaba a dar el chacal sus tristes aullidos, y cerca, muy cerca, se escuchaban los bruscos ruidos de las matas y enramadas imprevistamente removidas por recelosas alimañas, que la presencia de aquellos extraños atrajera... entonces el buen Ratimba, apartado unos pasos de sus padres se arrodillaba para orar. El sol ya se había retirado y sobre la tierra se echaba majestuosamente el manto negro de las tinieblas cuando Ratimba, humildemente postrado y con sus manecitas juntas elevadas al cielo, oraba en esta sencilla y sublime forma:

"Padre nuestro que estás en los cielos. Que te amen mis padres de la tierra."

En un rincón del bosque.

Y llegaron por fin al antiguo paraje donde la familia tenía sus posesiones. Allí, cerca de un gran río, había una casita medio derruida, que era lo que aún quedaba de su vieja morada. Después de reconstruida pasaron a habitar en ella, y en el jardín de la misma, mientras el padre trabajaba en la heredad y la madre arreglaba la vivienda, Ratimba recogía las flores más hermosas para Jesús. Allí arrodillado fijaba sus ojos en el cielo como buscando a su Amigo; ya no podía hacerle compañía en el Sagrario.

Allí entretenía sus ocios arreglando su altarcito, donde colocaba su medalla de la "Milagrosa", que era la joya por él más apreciada. Después, cuando su madre terminaba sus labores, se acogía en sus brazos y con el cariño del mejor hijo, le hablaba de Jesús y de María. —¡Mamá! ¿Cuándo iremos a la misión para que te hagas católica?

¡Pobre Ratimba!

Pero un día el candoroso niño ni salió a su jardín para mirar al cielo, ni se entretuvo en recoger las flores. Yacía su madre querida postrada en cama sin apenas poder respirar, con los ojos inyectados dolorosamente por extraña congestión. Miraba a Ratimba y le abrazaba llena de angustia. ¡Ay! Pronto debería abandonar para siempre al hijo de sus entrañas.

Ratimba lloraba: —¡Mamá! Espera a que vayamos a donde los sacerdotes blancos para que te hagan católica.—Pero el traidor veneno que inadvertidamente tomara, seguía acelerando los pasos de la madre hacia la eternidad.

El padre desolado, se abandonaba a su pena en un rincón del aposento, sin poder ofrecer a sus dos seres más queridos consuelo de ninguna clase. Por fin el niño, como inspirado por celestial luz, volvió a abrazarse con su madre y la dijo: —¿Verdad que quieres hacerte como yo amiga de Jesús? No puedes hablar, pero Dios nos ve y sabe lo que pensamos. Mi mejor amigo no podrá menos de ayudarte, pues eres mi madre. Mientras esto decía, rodeaba su cuello con el cordón que llevaba la medalla de María. La moribunda acercó a ella sus labios, y cuando el jovencito vió a sus dos madres estrechadas en unción tan amorosa, ya la enferma entregaba su espíritu en manos de su creador.

¡Y Ratimba pensaba!

Aún ante el caliente cadáver de su madre recordaba el niño lo que en cierta ocasión le manifestó un misionero. "Muchas madres católicas no suelen permitir a sus hijos hacerse misioneros. Muchos niños católicos son llamados por Dios y sienten deseos de hacerse religiosos para trabajar con los infieles, pero prefieren quedarse con las comodidades que el mundo les brinda." —¡No puede ser!—se decía Ratimba—¡No pueden ser tan crueles los blancos! Y volvía el huérfano a abrazarse con su madre muerta, consolándose con el pensamiento de que si los blancos supieran cuánto los necesitaban los infieles, se apresurarían a venir en su socorro. ¡Mueren tantísimos sin tener un sacerdote que los encamine al cielo, ni aun siquiera un Ratimba que les hable de Dios!

J. M. M., Congr.

Ante un escaparate

Iba yo el otro día por una de esas calles donde se encuentran algunas tiendas de juguetes; y en dirección opuesta a la mía venían madre e hijo: ella hablaba dulcemente con su hijo; él movía su inquieto cuerpecito como de goma, y parecía interesarse más por los escaparates que por su madre. De pronto, no pudiendo contenerse, da media vuelta y se pega a un escaparate. Estaba yo viendo y oyendo los gritos y amenazas de su madre y los pescozones que iban a llover sobre el niño, cuando héte aquí que la veo seguir su camino y esconderse en un portal, cuando vió que su hijo no se movía del escaparate.

Mas, cuando mi admiración subió de punto, fué al ver que aquel niño, insensible antes a las voces de su madre, apenas advirtió su desaparición, corrió en su busca lleno de congoja y ansiedad. No tardó la madre en hacérsele encontradizo y recibirle en sus brazos.

Yo, lo confieso, me quedé todo suspenso, y apenas recapacité un momento: "¿No te parece—dije a mi compañero—que esto es un vivo modelo de lo que hacemos con Dios? Le queremos como el niño a su madre; pero distraídos a veces con tonterías, no le hacemos caso".

—En parte tienes razón; pero no somos tan listos como el niño; no le buscamos a Dios con ese afán y deseo. Somos más tontitos. Si buscásemos a Dios en todo, ¡qué bien nos iría!

I. I., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Correspondencia abierta

En Lourdes.

Como me he hecho brancarier, tengo muchas ocasiones de ver casos de devoción extraordinarios.

Ayer, cuando estaba yo con otros brancardieres llevando a los enfermos al hospital, una pobre italiana, que acababa de llegar, rompe a llorar y nos hace comprender que quiere ir a la Gruta. Me encargo yo de llevarla en un cochecito. Cuando llegamos allí, me dice que quiere entrar a la Gruta (y apenas podía casi andar); supuse que si se lo negaba empezaría otra vez con sus lloros; la cojo de un brazo y apoyándose en un bastón, medio arrastrándose, pasamos alrededor de la Gruta. Como ya no podía andar sino con mucha fatiga, la dejo sentada a la salida de la verja que cierra la Gruta y voy a buscar su coche.

De allí la llevo a la iglesia del Rosario, donde también quiere entrar; baja como puede del coche, y a rezar a la iglesia; pero cuando salimos veo a otro brancardier que se lleva nuestro coche; dejo sentada a mi italiana y a correr en busca del coche.

La buena mujer, contenta ya con lo que ha visto, se deja conducir al hospital, y en el camino me ofrece una moneda de plata italiana. Si hubiese sido otra cosa que dinero, la hubiese aceptado como recuerdo de la fe que revelaba esta pobre mujer. Como insistiese en que yo le tomase el dinero, le dije que se lo diese de mi parte a la Virgen.

Lo que no me gusta es que aquí, aparte de los almacenes católicos y algunos otros, no cierran sus tiendas el domingo, y es porque como este día es el que más compradores pueden tener, pues las peregrinaciones tienen un día por lo menos, que es el domingo; piensan que se van a arruinar por dejar de ganar algunos francos, que tampoco los perderían si cerrasen todas las tiendas este día. Da pena que en la ciudad preferida de la Virgen pasen estas cosas y den tales ejemplos.

Al examen de vacaciones y a las oraciones que tenemos la costumbre de recitar en la Congregación, no dejaré de echarle una buena ojeada todos los días en Misa. Estos días han sido las fiestas de Lourdes, y no he salido sino con los Hermanos. Podía haber salido solo, pues me dejan en completa libertad, pero les he dicho que prefiero ir con ellos; pero al fin y al cabo ha habido cosas que a ellos les han asombrado y que a mí no me han gustado, sencillamente, por asquerosas.

I. M., Congr.

En el aire.

Recordará usted que el día de mi despedida quedé en escribirle contando lo que usted sabe; pero no lo pude hacer: comencé, pero como no sabía continuar, se me acabó la paciencia y lo dejé.

Pero Dios, queriendo premiar mi buena voluntad, hizo que a mí me pasara un suceso para poderselo mandar a usted.

Estando una tarde calurosa jugando al football con mi hermano pequeño, ya después de estar cansados de jugar se me ocurrió subir a un árbol ciruelo a coger unas ciruelas para refrescar la boca, y como las más hermosas estaban en la punta, subí por ellas, y cuando estaba ya arriba y había comido unas cuantas, al ir a coger una un poco distante de mí, resbalé y caí en el espacio, y acordándome de la Virgen, pronuncié estas palabras: "María, sálvame". Y en efecto, la oración llegó al cielo, y la Virgen me alcanzó la gracia pedida, pues me quedé colgado de las últimas ramas del ciruelo, de donde con la ayuda de mi hermano pude bajar al suelo, y después de repararme del susto, allí mismo me puse de rodillas y di gracias a la Virgen del favor que me acababa de alcanzar. Pensaba después lo mucho más que nos ayudará la Virgen cuando la invocamos en las tentaciones de malos amigos y malos pensamientos.

I. A., Congr.

Sigue de catequista.

A un primo pequeñito, que ha venido a casa y se va a quedar todo el verano, le enseño las oraciones y el catecismo; así no pierdo la costumbre de ser catequista como en Bilbao.

Aquí tengo muchos amigos que son todos congregantes.

J. L. D., Congr.

Un indio en bicicleta.

Aquí me tiene usted, en este pueblecito de Alava, hecho un indio, en plena naturaleza, dedicándome a buscar nidos y pescar cangrejos en el pequeño río Omecillo, afluente del Ebro, cuyas aguas mueven las turbinas de nuestra fábrica.

También me dedico, por la tarde, a andar en bicicleta, y por la noche, a rezar.

Los paseos los doy por la carretera de Bilbao a Pancorbo, propiedad que es de la Diputación de Vizcaya y que está cuidada como una pista.

M. R. R., Congr.

Noticiero.

La consagración del señor Obispo de Zamora, don Manuel Arce, revistió gran solemnidad; a ella asistieron el señor Nuncio de Su Santidad y los señores Obispos de Vitoria y Pamplona.

A la tarde fué la procesión que presidió el nuevo Obispo y a la que asistió casi todo Pamplona.

La víspera de San Pedro, siguiendo la costumbre aquí establecida, salió la Sociedad de "Los Amigos del Arte". Está compuesta por músicos; ese día salen a las doce de la noche y están recorriendo la ciudad hasta las seis de la madrugada.

El día de San Pedro se celebró el homenaje a la vejez; fué un acto muy emocionante, en el que se pronunciaron varios discursos.

Durante este acto llegó la noticia oficial de que habían aparecido los aviadores y la gente prorrumpió en aplausos y vivas y las Bandas ejecutaron la Marcha Real; después del acto, los niños de las Escuelas y las autoridades desfilaron ante los ancianos.

A. U., Congr.



Núm. 194.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Setiembre de 1929

Tiene algún parecido

Era aquella noche una de tantas que aquel hombre pasaba fuera de su casa, del calorcito de su hogar; parecía a esas alimañas que duermen de día y se mueven cuando el sol no alumbra: la luz les estorba para obrar a sus anchas. Aquella noche la había pasado ante el tapete verde de una mesa de juego. Poco a poco, primero, y mucho a mucho, después, fué perdiéndolo todo.

—¿No tienes más que jugar?—le preguntó con insaciable avaricia quien le había desposeído de todo. Y el jugador registra los bolsillos y la memoria para encontrar algo.

Todo lo había perdido, y ya fuera de sí, echó mano a su pistola, y disparándola, dejó mal herido al que le había despojado de su hacienda.

Al ruido pronto acude gente; huye tan corriendo como lo permiten sus piernas; ya le van a dar alcance; pero una puerta abierta providencialmente va a salvarle: es la de la casa de su amigo, el mejor amigo que había tenido y a quien tantos favores debía. Sube, llama, le despierta y cuenta lo que ha hecho. Entonces, aquel hombre bueno, que sentía las desgracias de su amigo como si fuesen propias, llorando como un niño abraza al jugador y le dice:

—No puedo esconderte; dices que te han visto entrar y vendrán a buscarte; pero... voy a hacer lo más que puedo hacer por ti: Soy rico y solo en el mundo; toma esta llave, en ese arca encontrarás cuanto te haga falta; dame tus vestidos y ponte los míos, para que cuando vengan a buscarte me lleven a mí.

Fuera de sí quedó el jugador al oírle hablar de aquel modo: ¡arruinado y en la cárcel y de repente rico y libre!

—¡Qué vas a hacer por mí! No, no, amigo mío; deja que yo muera en la cárcel; no merezco que hagas eso por mí.

Para entonces, la Policía llama ya a la puerta.

—Vamos pronto; dame tu traje.

Se lo cambian.

Un tierno abrazo fué la despedida; el hombre bueno marcha a la cárcel, quedando el otro escondido y aturdido de tanta generosidad.

Aquel buen amigo fué condenado a cadena perpetua y conducido a un presidio.

Pasaron los años, y aunque por mucho tiempo se acordaba el jugador del sacrificio de su amigo, la pasión le venció: volvió a jugar, volvió a perder y otra vez llegó a ser el hombre pobre y miserable; tanto más miserable cuanto que no se acordaba de su amigo, ni había ido a visitarle al presidio, que estaba muy cerca.

Esta tan triste historia la contaba el mismo presidiario a quien quería oírla; ¿y os parece que se arrepentía de lo que había hecho por su amigo? De ninguna manera; tan en ello estaba, que repetía:

—Si otra vez tuviera que hacer por él para salvarle lo que aquella noche hice, lo haría con gusto; sólo siento que me haya olvidado tan pronto, que no se acuerde de mí una sola vez ni me visite.

Y al decir esto, se reflejaba en su cara su alma llena de infinita tristeza.

Este amigo tan bueno habrá o no existido, no lo sé; pero sé que hay otro amigo mejor aún y con un corazón más generoso. Es el Corazón de Jesús; su cárcel, el Sagrario; allí está sujeto a cadena perpetua de amor. Aquel jugador fué Adán, que perdió todas las riquezas que tenía, y su pobreza pasó a la familia, a nosotros; hasta que vino Cristo, el mejor amigo que hemos tenido, se vistió con nuestros vestidos de carne, pagó a la Divina Justicia lo que debíamos, nos da los Sacramentos, la llave de los tesoros del Cielo, y realiza la más grande locura de amor que se ha visto, condenándose a cadena perpetua en el Sagrario, para estar entre nosotros, y todo por el hombre ingrato, que no ha de acordarse más de ese amigo tan bueno, ni le visita.

Jesús, que te conozcan, que te amen, que no te dejen abandonado en el Sagrario.

¿Eres tú de los que le abandonan, de los que no le visitan en todo el día?

C. R., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Caso edificante

Se preparaba un grupo de niños para la primera Comunión; eran hijos de obreros y algunos de ellos de padres no tan piadosos como debieran serlo todos los padres de familia. El día feliz en que habían de recibir al Señor por vez primera se iba acercando y había que librar una gran batalla.

Celia, niña buena y fervorosa, debía comunicar a su padre que ella también iba a hacer la primera Comunión y pedirle permiso, ya que, pensar en que éste la acompañara era pensar en lo humanamente imposible.

Sin embargo, había que dar el paso decisivo. Era la víspera de San Estanislao; Celia se había convenido con su hermano Víctor, y ambos encomendáronse mucho a la Virgen por medio del Santo Joven, en cuya fiesta querían comulgar. Su padre había vuelto del trabajo y la niña le rondaba y acariciaba aquella tarde más que otras veces, como un gatito zalamero y juguetón.

Pero llegó la hora de la cena y Celia no había dicho nada todavía a su arisco padre, temerosa de una repulsa.

Mientras tomaban su modesto alimento, la niña hizo señas a su hermano, y Víctor, aprovechando un silencio de sus padres, dijo sencillamente: —Padre, ¿ya sabe que mañana va a hacer Celia su primera Comunión?

El padre calló, frunció el ceño y respondió poco después.—¡La Comunión! ¡La Comunión! Beaterías. No la hace falta para nada comulgar.

Víctor se sintió herido en lo más vivo de su hermosa alma, pues comulgaba todos los días, sin que su padre lo supiera, desde que, por asistir al Catecismo, había tenido la felicidad de recibir a Jesús-Hostia, y con serenidad humilde, pero llena de certeza, repuso: A usted, padre, no le hará falta comulgar; pero es necesario para que el alma viva en gracia, como es necesario comer para que el cuerpo tenga fuerzas y no desfallezca.

El padre miró a Víctor con ojos de terror, y sin decir palabra dió sobre la mesa un fuerte golpe. Intervino aquí la madre para evitar un choque y Celia y Víctor, poco después, en silencio, se retiraban a acostar por indicación de su madre...

A la mañana siguiente Celia, que ya estaba despierta para las cinco, sintió a su padre que se preparaba a ir al trabajo y, acurrucadita entre sábanas, esperó sin hacer el menor ruido y se puso a rezar Avemarías. Apenas su padre había cerrado tras de sí la puerta cuando saltó Celia de la cama, y vistiéndose su mejor delantalito, pobre, pero limpio, pidió a su madre un beso, que asomó a sus labios mientras dos lágrimas empañaban sus ojos. No podía acompañarla, pues debía llevar el almuerzo a su marido al túnel que estaban abriendo y si faltaba, éste se alborotaría.

Celia corrió a la Iglesia rebosando de alegría; no habían dado aún las seis y la misa de comunión no empezaba hasta las ocho.

Cuando llegada la hora bajaron a recibir a los demás niños, Celia refirió a sus maestros todo lo acaecido, y al preguntarla qué había hecho allí desde las seis, contestó: "Pues oír misas para poder comulgar mejor." Y Celia comulgó y comulgaron otros niños y Víctor, su hermano, los cuales, desde entonces, no han dejado de recibir ni un sólo día a Jesus Sacramentado.

E. J. P., Congr.

Raro encuentro

Paseando un día por el monte, buscaba minerales y encontré uno de precioso color; al día siguiente preguntamos al profesor qué mineral era aquél que habíamos encontrado, y nos dijo que era una piedra preciosa que se llama turmalina. Poco después nos empezó a enumerar sus caracteres, diciéndonos que la propiedad más importante de esta piedra preciosa es que cuando se conserva fría atrae principalmente a la ceniza y también a otras substancias no muy nobles; pero, por el contrario, si se le calienta, repele todas las substancias que se le habían adherido. Es de advertir que en este mineral existen las dos clases de corrientes eléctricas, positiva en un extremo y negativa en el otro, pero si se calientan, se invierten las dos corrientes.

Esta explicación me hizo a mí pensar que en el corazón humano sucede lo mismo que en este mineral, porque si está frío para con Dios, atrae a todas las cosas bajas y mundanas de poco valor; pero, por el contrario, si el amor de Dios lo mantiene caldeado y encendido, desprecia los placeres y deleites que le ofrece el mundo y pronto se libra de estos apetitos materiales.

C. T., Congr.

Cuánto enseña un caramelo

Tengo una abuela cuyo mayor placer es contarnos, no ya cuentos inverosímiles y fantásticos, sino ejemplitos e historias interesantísimos que nos educan, al mismo tiempo que nos entretienen. Y tengo a mi hermano, Antonio, muy aficionado a escucharlos, con prodigiosa memoria que recuerda los detalles más insignificantes de las historias. Pero, a pesar de que recuerda tan bien todos los ejemplos, nunca se acuerda de las enseñanzas prácticas que de ellos se deducen y se queda así con lo de menos importancia deja lo más sustancial y provechoso.

Hablé de esto con mi abuela, que tiene talento y experiencia, y me dió esta bonita idea para corregir a Antonio. Compré un paquete de caramelos, y habiendo comido unos cuantos, volví a poner en el paquete los papeles huecos, de tal forma que parecía estaban llenos.

Llamé a Antonio, y abriendo el paquete, comí un caramelo en su presencia, para que él me pidiera otro, como lo hizo al momento. Entonces, abriendo de nuevo el paquete, le dí uno de los papeles huecos; lo abrió y no puso muy buena cara cuando vió lo que tenía dentro. Me eché a reir y le ofrecí otro de los papeles, que aceptó creyendo que no estaría como el de antes; cuando vió que le había engañado por segunda vez, se puso muy serio, y yo, como si quisiera consolarle, volví a darle otros dos papeles. Cuando se vió de nuevo engañado, se enfadó muy de veras; y yo, que precisamente deseaba ésto, le dí, para congraciarme con él, un puñadito de caramelos, y una vez que quedó apaciguado, le dije:

—Mira, Antonio: si te he hecho ésto, no ha sido para hacerte enfadar; he querido enseñarte que si no te conformas tú sólo con los papeles, que no son sino la cubierta de los caramelos que vienen dentro, cuando se trata de los ejemplos, te conformas sólo con el cuento y no te fijas en la moraleja; te quedas con la cubierta y dejas el caramelo que viene dentro, y así no sacas ningún provecho.

J. S., Congr.

Enredando

En mi colección de Historia Natural tenía un gran copo de seda como producto que es del gusano del mismo nombre, y lo guardaba con mucho cuidado para que nadie lo tocase, pues se deshacía entre las manos en finísimos hilos que apenas se veían.

Cuando el sol le iluminaba parecía que estaba formado de finísimos rayos de luz. Una tarde, estando contemplándolo, entró en la habitación mi amigo José Mari, buen chico, pero revoltoso, a quien en seguida le llamó la atención aquella maravilla, y no contento sólo con verlo, empezó a tocarlo y a querer ver en su interior el secreto de su belleza; pero con cosa tan delicada como era, no se podía andar así, y el hermoso copo de seda empezó a deshacerse y ensuciarse, llevándose el viento sus finas hebras.

Al fijarme en lo que estaba haciendo, me dió ganas de darle un bofetón, pero pensé que más provecho sacaría de otro modo y le puse la siguiente comparación:

Este copo de seda es como la pureza, que con la gracia santificante brilla hermosa a los ojos de Dios y de la Santísima Virgen, que es su Madre; pero que si te descuidas en conservarla, vendrá el demonio, y al verla tan hermosa sentirá envidia. ¡Lástima que no me entiendas mejor lo que te estoy diciendo y no te apartes de quien pueda tocarte y deshacerte!

J. E., Congr.

Buenas ocurrencias

Era una tarde de verano. Aburrido, habíame asomado a la ventana para ver si llegaba mi amigo Luis y salir con él a dar un paseo, cuando gruesas gotas comenzaron a caer. Siguióse un chaparrón copioso, y al poco rato, y aun antes de terminar de llover, asomó por entre nubes el sol. Más preciosas que nunca me parecieron entonces las gotas que caían; brillaban a la luz de los rayos solares y hasta parecía que bajaban contentas, chocándose las unas con las otras. No pude contenerme, alargué la mano y en ella cayó una gruesa gota, limpia, brillante, parecía una perla.

Me puse a pensar, y qué cosas se le ocurren a uno cuando se toma el trabajo de reflexionar; las gotas que caían me semejaban almas, que brillan mientras Dios las ilumina, pero que cuando se apartan de Él les pasa lo que a las gotas que caen en la tierra, que se confunden con el barro sucio; y que la gota en mi mano era como el alma que no se aparta de la presencia de Dios y se aprovecha de los sostenes que encuentra a su disposición para no caer y mancharse con el barro sucio del pecado.

Más libres que esta gota que estaba en mi mano parecían todas aquellas que no habían encontrado quien las detuviese en su camino. También a nosotros nos parecen muy libres y alegres aquellos que se dejan arrastrar por la fuerza de gravedad de sus pasiones, que les arrastra hacia la tierra y no paran hasta verles confundidos con el lodo.

Apliquemos el cuento. Jesús nos presenta su divino Corazón, alumbrando como el sol; dejémonos iluminar, no nos apartemos de su presencia, no despreciemos el sostén de la Comunión diaria que nos ofrece para que no nos caigamos; hagamos esfuerzos para no abandonarla, y nunca, nadie podrá arrastrarnos al pecado.

M. U., Congr.

Lo mismo que el escultor

Yendo un día de paseo con uno de mis amigos por las calles del pueblo, cuando pasamos junto al taller de un viejo escultor amigo, nos vió y nos invitó a entrar y contemplar la obra que traía entre manos.

Desde la puerta vimos ya una gran piedra de mármol, en la cual se notaban groseramente delineadas las facciones de un hombre. Nos sentamos tranquilamente para ver cómo iba nuestro amigo haciendo saltar pedacitos de mármol, con lo que las líneas se iban marcando y definiendo el rostro de aquel hombre indefinido. Cuando íbamos ya a despedirle a nuestro amigo, nos invitó a volver al taller al día siguiente y seguir los perfiles de la estatua.

Los días siguientes me fuí yo solo al taller; mi amigo, viéndole trabajar, se aburría; yo fuí constante, hasta que ví terminado aquel busto.

El domingo siguiente fuí con mi amigo a las afueras del pueblo, y a la vuelta nos encontramos al viejo escultor; con él seguimos charlando de cosas indiferentes, hasta que la conversación recayó sobre la estatua.

Por las reflexiones que nos hizo, se comprendía que muchas veces se las había hecho él a sí mismo, y que le habían aprovechado.

Somos los hombres como aquel mármol que visteis el día pasado, al que tuve que irle quitando pedacito a pedacito con mucho cuidado para conseguir darle la forma del busto. Si nosotros no lo tenemos mayor para quitar primero los defectos grandes que tenemos, y después los otros más menudos, nos quedaremos algo así como aquel pedazo de mármol, que apenas se distinguía si tenía la forma de hombre.

J. P., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

¡Qué bien me va!

El ejército romano que, a las órdenes de Marco Aurelio, hacía la guerra a los sármatas, se halló en una ocasión metido en las áridas montañas de Bohemia y envuelto por los bárbaros, muy superiores en número. Sucedía esto en pleno verano y en medio de un calor sofocante, acrecentado por la absoluta carencia de agua; de suerte que los romanos corrían el riesgo de morir de sed.

Viéndose en trance tan apurado, una de las legiones que estaba formada por soldados cristianos, se dirigió a Dios con fervientes oraciones, pidiendo que les socorriese. No había pasado mucho tiempo cuando el cielo se cubrió de nubes y una lluvia abundantísima cayó al campamento de los romanos; éstos se apresuraron a recoger aquella agua providencial en sus cascos, y bebieron abundantemente ellos y sus caballos.

Los sármatas creyeron este momento favorable para atacarlos, y viéndoles ocupados en satisfacer su ardiente sed, se prepararon a precipitarse sobre ellos; pero el cielo, bondadoso para los romanos, hizo caer sobre sus enemigos espantoso granizo mezclado de rayos, que desordenó sus escuadrones, mientras las tropas de Marco Aurelio eran rociadas por lluvia dulce y bienhechora. Este prodigio, alcanzado por la oración, hizo a los romanos vencedores.

Lo propio nos sucede a nosotros con nuestras malas inclinaciones; no tenemos mejor recurso que la oración poderosísima para vencerlas. Y bien claro lo había dicho N. S. Jesucristo: "Velad y orad para que no caigáis en la tentación".

Cuando yo me siento tentado, siempre miro arriba, y cuando algo me ocurre que me agrada, también miro arriba. Me he acostumbrado y no me cuesta nada y ¡qué bien me va!

R. I., Congr.

Correspondencia abierta

Este es animoso

Voy todos los días a misa y a comulgar, pero no crea que tenemos la misma facilidad que ahí, pues como todos los curas de estos pueblos se van a Lourdes, he estado obligado varias veces a andar diez kilómetros para oír misa y comulgar; menos mal que con la bicicleta se va en seguida. Además hay mucha irregularidad en las horas, pues mientras unas veces vuelvo de misa y todavía duermen todos en casa, otras no tengo tiempo para desayunar.

La mayor parte de los días le llevo a misa a un chico, muy bueno, pero que no solía oírla.

No dejo tampoco la costumbre que tenía de hacer una visita todas las tardes, y como tengo tiempo, la hago larguita, charlo un buen rato con Jesús.

Tengo que luchar muy a menudo, casi todos los días, con el respeto humano, pues muchos se ríen de mí porque voy a misa todos los días y me llaman todo lo que se les ocurre; pero me tienen sin cuidado.

En este pueblo hay una iglesia protestante, pero los protestantes no valen ni un perrochico; son protestantes porque les es más cómodo.

G. S., Congr.

No hay mala tierra para el buen ejemplo

Hay una pobre familia de españoles, que son ya como los franceses, no se acuerdan de los principios religiosos, y están asustados porque saben que comulgamos todos los días; algo ya parece que nuestro ejemplo les mueve; alguno de ellos comulga algún domingo.

Recibo FLORES Y FRUTOS y los *Nuevos Cruzados* y los dejo para que los lean estos pobres españoles.

F. J. S., Congr.

Visita a puerta cerrada

Si no hubiera un convento de Bernardas, los domingos tendría que levantarme a las cuatro para oír misa. No la dejo de oír ningún día, ni dejo la Comunión. Por la tarde, cuando no está abierta la iglesia, rezo tranquilamente la Estación en la misma puerta.

G. M., Congr.

Misionero en ciernes

El P. Director me envió a la Residencia de los Jesuítas, donde estaba el Obispo misionero con una carta para uno de los antiguos alumnos que están en la Misión. Pero yo, en vez de dar la carta al Hermano, quise ir a su cuarto y Monseñor me recibió con mucho cariño.

Allí le hablé como si hablara con Nuestro Señor, y sin darme cuenta le decía, *sí, Padre*, como si no fuera un señor Obispo. El, aunque sabía que yo no iré a su misión de Nankín, (si Dios quiere iré a Wuhu), me habló con mucho cariño. Y para probarme su amistad me dió una estampa de Nuestra Señora de China, y del otro lado sus insignias, y en ella escribió él mismo las palabras que S. S. el Papa le había dicho hacía pocos días: "Adelante, avanzando siempre, siempre mejorando". Como esa estampa no hay en casa quien la tenga igual, y yo la guardo como una reliquia; ya se la enseñaré. Luego me dió un paquete de otras estampas para los Padres Apostólicos; le envío una.

Antes de marcharme, Monseñor me bendijo y me estrechó fuertemente la mano.

Yo salí de aquel cuarto más contento que el más feliz hombre del mundo; pues ya creo que sabe que resuena una voz desde mi más lejana infancia en el fondo de mi corazón: "Vete a salvar infieles".

A. C., Congr.

¿Dónde recobró éste sus fuerzas?

Como usted verá, Padre, hago una vida bastante buena y también propago la idea de las misiones y enseño el catecismo a algunos niños. Padre, no sabe usted bien lo contento que estoy por haber asistido a Loyola aquellos cuatro días; qué bien se entienden aquellas verdades tan grandes, cuyos efectos se sienten, sobre todo ahora, durante el verano.

T. C., Congr.

FLORES Y FRUTOS

Núm. 195.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Octubre de 1929

Ríete del mundo entero

¡Qué algazara reinaba en los pasillos; dentro de diez minutos les darían la última papeleta y serían ya bachilleres, gracias a la bondad a toda prueba de don Ruperto, que año tras año, con gran contento de todos, firmaba los aprobados de la última papeleta. Mientras tanto en los corrillos se discutía a gritos y se hacían proyectos más o menos descabellados; se ofrecían cigarros con visible ostentación (para algunos su primer cigarro oficial) a compañeros y bedeles; ya eran todos unos hombres. En un grupo que podríamos llamar de moderados, seudocultos, se encontraba un muchacho de agradable aspecto que llevaba a ratos la voz cantante con su poquillo de petulancia; él iba a ser arquitecto; con sus facultades y un poco que le ayudase la Santísima Virgen, conseguiría triunfar de los difíciles estudios que le esperaban. Sonó una campanilla, y todos los grupos convergieron hacia el bedel, que, con las papeletas en alto, pugnaba por buscar un banco desde el cual pudiese repartirlas; los aprobados dudosos se acogían con una serie de voces; pronto quedó desierto el pasillo, poco ha tan bullicioso.

Antonio, que así se llamaba nuestro hombre, se dirigió a la iglesia, se arrodilló ante una imagen de la Virgen y le dió gracias por el feliz término de sus estudios.

* * *

Reza Antonio todos los días el rosario y no dejes la comunión, le repetía su madre por última vez, ya con el pie en el estribo. Un silbido y el tren partió. Antonio iba a quedar solo en Madrid por primera vez en su vida. Y ya llevaba quince días solo, y no le había pasado nada. Exageraciones del Padre, temores vanos de su mamá; en Madrid no se comen a nadie.

¡Qué agradable y ocurrente era Federico! pensaba Antonio. Verdad que era algo despreocupado en materia religiosa, pero buen muchacho; ¿por qué no ir con él, si hay tiempo para todo?

Aquella tarde había pasado un buen rato en el café; verdad que sus compañeros soltaban frases crudas; ¡bah!, pero éso no es pecado, y además entre hombres ¡qué tiene que ver!

Seguía el curso y nuestro hombre se desmoronaba pensando que crecía, y como si el ser hombre fuese lo mismo que dejarse llevar de pasioncillas y pasiones. Antonio, como vemos, empezó por el café, donde al principio se sostuvo. Pronto, al golpear las fichas en la mesa, repitió las mismas procacidades que sus compañeros; pues esto viste, y sólo dejan de decirlas los tontos y los beatos.

Un sábado que le fué a buscar Federico, le encontró leyendo FLORES Y FRUTOS; ver nuestra revistilla y sonreírse con aire de superioridad, fué todo uno. Antonio, por no ser menos, contestó que la leía por pasar el tiempo, y convinieron al fin en ir a un cine peligroso, del que salieron algo tarde. Antonio, con lo que allí vió, no se atrevió la mañana siguiente a comulgar, ni fué tampoco a misa; la primera que perdía. Y como para caer no hay nada como el empezar a resbalar y ésto se repitió varias veces, Antonio se fué enfriando, y por fin dejó su director espiritual, convencido de que él se bastaba; pronto presentó el mismo aspecto desconsolador de tantos jóvenes que, en la cara y en la mirada, se les nota que están marchitos en flor.

Joven, que acabas tu bachillerato, ten en cuenta cuando tengas que salir de casa que tu mayor enemigo será el respeto humano; aprende a vencerlo desde ahora; ríete del mundo entero; que si no, todos se reirán de ti y acabarás por inspirar compasión.

T. U., Congr.

Y ¡cómo no son peores!

Un domingo, mi padre me llevó de paseo por un barrio obrero. En todas las puertas de las casas se hallaban chicos y chicas, jugando unos pegándose otros, llorando aquellos pequeñitos que reclamaban la ayuda de sus hermanitos mayores, que, sin hacerles caso, jugaban por su cuenta.

¡Qué pena me dieron aquellos niños en el arro-

Universidad de Deusto
Biblioteca

yo, en la sombra de su madre o de una persona mayor que les cuidase! Nadie: ellos solos con sus juegos, sus feas palabras y oyendo las conversaciones atrevidas de los mayores.

Le pregunté a mi padre:

—Y ¿dónde estarán los padres de estos niños? ¿quiénes les enseñan a estos pobrecitos?

—No conoces aún, porque eres joven, las tragedias de muchas de esas familias.

Me acuerdo que un día me condujeron a la casa de un obrero. Era domingo y muy de mañana: toda la familia estaba reunida en un cuartucho, de techo bajo, con pavimento de ladrillo, tan pequeño, que me costó trabajo encontrar sitio donde ponerme en tan reducida y ocupada habitación. A un lado del hogar, el padre, en mangas de camisa, fumaba en su ennegrecida pipa; al otro, una pobre abuela, enteramente encorvada, mojaba su pan en una taza de café negro que tenía sobre sus rodillas; en medio delante de una mesa de sucio pino y entre los restos de un almuerzo, empezado por unos y que otros debían acabar, la hermana mayor, de prisa, remendaba unos vestidillos; en un rincón, como los tres niños con que pintan a San Nicolás, una niñita y dos chiquitos chapoteaban con pies y manos en el agua de una cubeta, mientras que la madre, a fuerza de brazos, los lavaba y los peinaba. Se los vistió a escape, el padre les encargó que fuesen buenos, y los envió a la calle, porque allí, en aquel reducido cuartucho, estorbaban.

Yo no vi lo demás; pero no creo engañarme diciendo que después de la frugal comida serían enviados a la calle otra vez, de donde no volverían a entrar hasta la hora de la cena, que después se les acostaría allí todos juntos, y que al día siguiente volverían a repetir la misma vida de calle y abandono.

Volvimos de nuestro paseo, cené, me acosté y no pude sustraerme de pensar aquella noche en esos chicos de la calle que crecen y se educan como plantas silvestres, sin jardinero que las riegue y pode a su tiempo.

¿Qué será de esos chicos—me decía yo—cuando sean mayores, si en su infancia no han tenido quien les enseñe ese pequeñito libro, el Catecismo? ¿Serán ellos exclusivamente culpables, si ignoran la ley de Dios, si desconocen los mandamientos, si no cumplen los deberes religiosos?

A los 15 años vuelvo a encontrar al joven de las calles. ¿Es éste aquel mismo niño? ¡En qué ha venido a parar, Dios mío!

Derrengado, sucio, andrajoso, con las manos en los bolsillos, con la vista apagada, la voz avinagrada, la sonrisa truhanesca, haragán, insolente, fumando colillas, ardiendo en el fuego de todas las concupiscencias rebelde a toda autoridad y a toda obediencia, deseoso de todo desorden y de todo pillaje, espera la hora de tomar parte en el festín del rico, y mientras tanto arrastra su miseria por todas las degradaciones y por todos los fangos...

¿Qué mano fatal ha tocado a ese niño? No ha tenido una mano cariñosa que le ha recogido, que le ha educado, le ha enseñado la verdad y, a falta de esa mano, aquel niño se ha trocado en un desgraciado.

Y nosotros, que, por la misericordia de Dios, hemos recibido una educación tan sólida y esmerada, ¿no estamos obligados a hacer algo por esos pobres niños?

Y ahora que los domingos tenemos tiempo de sobra, ¿no podríamos reunir a unos cuantos de esos niños para enseñarles el Catecismo?

¡Qué responsabilidad tan grande para nosotros si pudiendo no lo hacemos!

G. S., Congr.

¿Quién más ingrato?

Uno de los pocos días buenos del mes de agosto de este año, íbamos un amigo y yo de paseo en bicicleta. Al poco de salir del pueblo: "Oye, me dice mi amigo, me parece que viene alguien detrás de nosotros"; y vemos que es un joven, montado en bicicleta, de unos treinta años, y muy fuerte, que pretendía pasarnos y dejarnos chiquitos; nosotros le dejamos que nos pasara tranquilamente; él, después de mirarnos como con desprecio, se aleja y se pierde de nuestra vista.

Seguimos nuestro camino, y de pronto apercibimos a lo lejos, a un lado de la carretera, a un hombre con una bicicleta; al llegarnos a él, vemos que es aquel joven que orgulloso nos había pasado hacía poco; le preguntamos qué es lo que le pasa, y nos dice que el tornillo de unión de la cadena se le había perdido y por lo tanto no podía seguir su camino; le proporcionamos otro que por casualidad le vino bien, para arreglar la cadena y poder seguir. Pues bien, sin decirnos una palabra ni darnos las gracias, se va a dos pasos de nosotros y se pone a descansar. También nosotros nos sentamos un rato. Notamos que estaba húmedo el terreno, subimos un poco y dimos con una fuente que distaba algo de allí. Estando bebiendo vemos que un joven de unos quince años coge los dos paquetitos que teníamos en las bicicletas y se fuga, viéndolo todo el joven a quien antes sacamos de aquel apuro.

Le gritamos desde allí: Cógele, que nos ha robado; aquellos paquetes eran nuestras suculentas meriendas; pero el joven ni se movió para coger a aquel pillastre; montó en su bicicleta, sin llamarle para nada la atención, y casi juntos continuaron su camino.

Al ver todo esto me dice mi compañero: ¿Qué te parece el comportamiento de ese joven? Después de ayudarle como le ayudamos (pues sin nosotros allí se queda), no solamente no nos agradece, sino que se va con quien nos acaba de robar. ¿Conoces mayor ingratitud?

Yo le respondí: Sí, la conozco: mucho más ingratos somos los hombres; nos figuramos que no necesitamos de nadie y al primer apuro acudimos a Dios o a nuestra Madre la Virgen Santísima; nos ayudan con mucho gusto, y, en vez de agradecérselo, al poco rato no les hacemos más caso, y nos acompañamos con sus mayores enemigos, que son también los nuestros, los malos amigos y las malas diversiones.

E. A., Congr.

Excursiones eucarísticas

CADAGUA

En dos coches corridos salimos de Bilbao por el ferrocarril de La Robla; algo tarde era, y tuvimos que fortalecernos antes con los desayunos venidos uno del cielo y otro de la tierra. Ya me entienden ustedes.

Con el correr de los coches por las faldas de los montes que van subiendo con el nivel del río y con la vista de aquellos alargados y frescos valles, nos parecieron pocos minutos aquellas dos horas y cuarto.

No tuvimos que andar mucho para dar con las cuevas donde nace el Cadagua, casi seco otros años por este tiempo, y en cambio este año saltando bullicioso entre aquellas variadísimas cascadas.

Antes nos ganamos aquel ameno descanso y la comida con la subida al monte que nos dió vistas a los valles de Losa y Mena.

Sin peripecias dignas de mención esperamos a que engancharan nuestros coches al tren que nos puso en Bilbao a las siete y media.

URDÚLIZ-BUTRÓN

Lástima que no hubiera sido domingo para tener de testigos a todos los jovencitos de aquella floreciente catequesis; les hubiéramos animado con nuestro ejemplo a comulgar con más frecuencia.

Para salvar después la distancia de tres kilómetros hasta Butrón, nos pareció mejor alargarla y subir antes a unas peñas donde se asienta una antigua ermita. Llegamos por fin a la vista del encantador castillo, y casi a su sombra, viendo correr aquel lindo riachuelo, descansamos y de otra manera más positiva recobramos fuerzas.

Con ellas llegamos, siguiendo a lo largo de la ría, a Plencia, y de allí, rezando el Santo Rosario, a casa; digo mal, como no podíamos hacer ninguna visita al Santísimo durante el día, al bajarnos de la estación entramos en la iglesia de San Nicolás y rezamos una estación, y así dimos fin a día tan feliz.

PLENCIA-GORLIZ

No creímos que íbamos a tener tantos testigos en Plencia: casi todo el pueblo nos vió comulgar en la misa de nueve.

Salimos un poco a las afueras, donde, a la sombra de una capilla de la Santísima Virgen, tomamos fuerzas para subir al monte que nos ponía más en posesión de la espléndida vista de aquella extensa playa de Górliz y del mar inmenso. Allí encontramos fuente de agua fresquísima.

¿Quién subiría tan alto el agua que de aquella fuente manaba? Hubo quien lo explicó de modo peregrino: al dar, decía, media vuelta la tierra aquella montaña quedaba hacia abajo y entonces se llenaba aquel manantial. Si no estuviera la fuerza de gravedad por medio, no era tan mala explicación. Más poderoso es Dios, que tiene por bomba al mismo sol que levanta las aguas del mar y al mismo tiempo las destila, y tiene por caballos a los vientos y a las nubes por continente y contenido. Algo más nos costó subir nuestras provisiones con suponer tan poco peso.

Bajamos a la playa, no sin hacer alto y refrescarsos y llenarnos los bolsillos de fruta, regalada. ¡Que se lo pague Dios! que nosotros no sabemos pagar ciertas finezas.

Con un paseo a pie no enjuto por la playa de Górliz, o mejor dicho, con la visita al Santísimo hecha en San Nicolás, al llegar a Bilbao, quedó el paseo campestre-marino terminado.

VILLARO

Quedamos en nuestra despedida de Villaro en que volveríamos a verles cuando sintiesen los campos gran sequía: dos veces intentamos visitarles otros años, y no pudimos por lo recio de la lluvia; esta vez, a pesar del tiempo cerrado en aguas, nos lanzamos al campo.

Con todo, Dios como siempre, nos bendijo, y pasamos un día de primera; así suelen serlo todos, pues los empezamos dando el buen ejemplo de comulgar en la misa más concurrida; les hicimos saber, sobre todo con nuestro ejemplo, que con ese Pan del cielo desayunamos todos los días, que no hay otro mejor para hacer que crezca y se fortalezca más el alma, ni que más contribuya también para que esté más fuerte el cuerpo. Este también sale ganando al salir de entre-calles y entre-pisos, de este amontonamiento de población.

Visitamos un Asilo montado a la moderna, asistimos a los ensayos de los espatadanzaris, y antes desayunamos con más solemnidad que la acostumbrada, y con otra mayor comimos una paella de pollo hilado con acompañamiento de chistularis. Así no nos costó nada ponerle al mal tiempo buena cara y pasar muy alegremente la mañana.

La tarde rivalizó en alegría: inesperadamente nos encontramos en Durango con los corredores de la Vuelta al País Vasco. Nos dieron después la bendición con el Santísimo, rezamos el Rosario, corrimos unos en el patio del Colegio tras un pelotón, cuando otros hacían rebotar la pelota; merendamos y, tan alegres volvimos, que al llegar a nuestro Salón no pudimos contenernos: bailamos el aurresku y la espatadanza y hasta tuvimos corrida de toros sin peligro de cornadas.

¡Qué días más alegres nos da Dios!

GUERNICA-PEDERNALES

No conseguimos tener en Guernica, en misa de nueve, el auditorio y los testigos que más queríamos; pero muchas fueron las personas que les comunicarían a aquellos jóvenes cómo nosotros habíamos comulgado en la parroquia, como lo hacemos aquí un día y otro, hace casi veinte años.

Curioseamos después lo más notable que hay en aquel culto pueblo, y sobre las ruedas de nuestro gran autobús, nos trasladamos a Pedernales; allí nos fuimos derechos a la Colo-

Universidad de Deusto
Biblioteca

nia, que tiene abierta todo el año la Caja de Ahorros Municipal de Bilbao. La llaman por otro nombre Preventorio; porque en magníficos pabellones, sobre extensísima playa, se fortalecen unos 100 jovencitos, gratuitamente durante uno y dos meses, y hasta uno y dos años, conforme a la salud del necesitado jovencito.

Recorrimos las dependencias, conformes en todo a las últimas exigencias de la higiene.

Lo más curioso está en la planta baja del edificio, en la playa que llaman de invierno; allí, cuando el sol está escondido detrás de nieblas o de nubes (lo que por aquí ocurre con harta frecuencia), en reflectores eléctricos de nueva invención brillan rayos ultravioladós, que suplen en parte la influencia de los solares sobre los cuerpecitos de aquellos niños.

Pero lo que más vale, es el mayor cuidado que tienen de sus almas, tanto aquel digno capellán como las buenísimas religiosas que están al frente de aquella tan benéfica institución.

Fuimos allí obsequiados, de modo que conservamos el más grato recuerdo y honda gratitud.

Por la tarde, en la isla de Chacharramendi, vimos desaparecer la playa, y pudimos dar sobre ella un paseo en gasolino y rodear toda aquella improvisada y deliciosa bahía. Antes y después, en aquellas peñas lucimos nuestro buen humor y ligereza.

Teníamos proyectado acabar el día de la Natividad de la Virgen rezando el rosario en Begoña; pero el tiempo que, como nosotros no paramos, tampoco él para, nos obligó a comunicarnos con nuestra Madre en plena marcha, sin más aparato que nuestro amor hacia Ella.

Poco nos pide la Virgen Santísima para lo muchísimo que constantemente nos está dando; el que no sacrifique algunos gustos por Ella muy tonto es.

F. G., Congr.

El mejor reconstituyente

Vi morir a tres clases de congregantes. De la primera era un militar que después de haberse portado con santo entusiasmo en la lucha por su patria, llegado el momento de vencer o morir, agarróse enérgicamente a la medalla de la Inmaculada que pendía de su pecho y exclamó: "Vale más que la metralla—Vale más que un buen cañón—Llevar en el corazón—Esta bendita medalla". En seguida, mientras un cuerpo ensangrentado caía al suelo apretando la medalla de la Virgen, su alma pura, mariana, alma de buen congregante, subía al cielo en los brazos de tan buena Madre.

Otro congregante conocí, niño candoroso y angelical, que puesto en dos días a las puertas de la muerte, mientras sus padres desconsolados lloraban junto a él tan violento golpe les dijo lleno de paz: "Yo quiero que me traiga el Viático el Director de la Congregación; ponedme ahí un cuadro de la Virgen y dadme mi medalla, que me voy al cielo". A los pocos días gran grupo de congregantes le acompañábamos silenciosos y emocionados al camposanto; aquel congregante, candoroso y angelical, que había muerto cantando a María, suavizando así la profunda tristeza de sus padres.

He visto también a otros congregantes que, cuando estaban mimados por la fortuna, por la frescura de su edad y por los halagos del mundo, se sintieron llamados a la vida religiosa. ¡Esta sí que es muerte edificante! Ellos mismos se cerraban con mano vigorosa las puertas de los goces de la vida con la triple llave de los votos religiosos. Con muchos de ellos he hablado. Todos parece que se sienten confortados con el recuerdo de la Congregación, con la vista de la medalla. "Yo he luchado mucho, me decía uno de éstos, pero un lazo a esta bendita medalla me ha dado siempre la victoria".

J. M. M., Congr.

Correspondencia abierta

¡Costumbres que se van!

¡Si viera, Padre, cómo los domingos de feria, que es cuando se reúne más gente, al sonar las doce todos se descubren y empiezan a rezar el Angelus! Una vez estaba en la barbería y de pronto veo que los oficiales dejan de trabajar y empiezan a rezar el Angelus con todos los que allí estábamos reunidos.

Voy a misa de nueve todos los días y después paso toda la mañana detrás de los insectos; espero hacer una lucida colección de mariposas, que llevaré al Colegio.

V. L., Congr.

Con buenos propósitos.

Yo estoy bien, pues procuro comulgar cuando puedo, pues veo cada vez más claro que la comunión da muchísimas más fuerzas para resistir las tentaciones. También me dirijo a nuestra Madre. Porqué, con tan buena directora, ¿quién naufragará? El otro día estuve a ver lo que no pude ver cuando la Congregación vino por aquí de excursión: el nacimiento del río Cadagua.

Estoy deseando ir a ver a Bilbao, porque por aquí, con las obras y obreros, ha venido gente muy mala. Si tiene algo que mandarme, mande lo que quiera, pues se lo haré con mucho gusto. Sé que me mandará ir todas las mañanas a nuestra misa, y esté seguro que no faltaré, por la cuenta que me tiene.

M. O., Congr.

Otro animoso.

Me encontré el otro día con un congregante que, por no haber escrito carta en vacaciones, decía no se atrevía a presentarse, y tanto reparo tenía que estaba casi tentado a no ir a la Congregación.

Yo quedé muy contento, pues le hablé de modo que se animó, y me prometió que lo primero que haría al volver a ésa, sería ir a ver al Padre, seguro de que le recibiría muy afablemente.

J. O., Congr.

FLORES Y FRUTOS

Núm. 196.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Noviembre de 1929

¡Vaya un cuentecito!

Se cuenta que, viéndose un buen padre de familia en edad en que comenzaba a notar que la vida se le terminaba con rapidez, quiso antes reunir en su derredor a los hijos que habían ido a ganar la vida a una región que distaba varias jornadas de la que él vivía, y para lograrlo les escribió una carta que poco más o menos decía así:

"Hijos míos: Por las noticias que de vosotros he tenido, he sabido que habéis aprovechado el tiempo, educándoos sabiamente y logrando muy buena posición, lo que me causa gran alegría. Con todo, para que mi júbilo sea completo, desearía que lo que me resta de vida lo pasarais junto a mí; no os lo mando; me agradaría, eso sí. Para el que viniera tengo preparado un precioso tesoro que calma las exigencias del más ambicioso de este mundo. Aquí os espero."

Jacobo, Samuel y Benjamín (que así se llamaban los hijos) a la vista del escrito, obraron de muy distinta manera.

Jacobo, el primogénito, pensando que sería tontería el moverse del sitio en que se hallaba tan ricamente, optó por no molestarse; el dinero, como a tantos, le había secado el corazón, y no atendió a su padre.

Samuel, el segundo, parte porque realmente le quería a su padre, parte por el premio ofrecido, se aventuró por el camino. Cuando caminaba se encontró con un aldeano que se le hizo muy simpático y que le preguntó:

—¿Dónde vas, joven?

—Voy a casa de mi padre, que es anciano y quiere que vayamos para hacerle compañía estos últimos años de su vida.

—Bien me parece; pero mira; si quieres llegar antes, entra conmigo por este camino de debajo del monte y guiándote yo ahorrarás mucho tiempo.

Hízolo así Samuel, pero ocurrió que, llegados a la mitad del camino, y cuando él ya se empezaba a molestar un poco por el trabajo que se había tomado, dió un traspiés y el paquete que llevaba con las velas para iluminar el camino de la galería, se le escapó de las manos, yendo a parar al fondo de uno de los precipios que les rodeaban, y quedóse con la única vela que llevaba en la mano.

—¡Desgraciado! le dijo el aldeano, ¿cómo las has dejado caer?

—Fué un descuido; pero, ¿no tenemos suficiente con la que nos queda?

—Nos va a faltar; pero si tienes tú algo combustible lo podremos solucionar.

—No tengo más que los pergaminos en que constan mis posesiones fruto de mis años de trabajo; no los desperdicio de manera tan tonta.

—Hombre; verdaderamente que es triste tener que destruirlos todos, pero ten en cuenta que te juegas la vida, y además, que tu padre te ha prometido un tesoro...

—¡He dicho que no!

En vano trató el guía de disuadir a Samuel de su plan; hasta que, vista la imposibilidad de conseguirlo, le abandonó. Poco rato después, como era natural, pisaba Samuel en piso falso y desaparecía del mundo de los vivos.

El menor de los hermanos, Benjamín, a quien más aún que el premio ofrecido impulsaba el dar gusto a su padre para ir a morar en su compañía, tomó el mismo camino que su hermano había seguido días antes, y al llegar al sitio del encuentro hallóse con el mismo guía y se reprodujo escena análoga a la anterior. Siguió, pues, con el guía por la cueva que acortaba el camino y, al poco rato que llevaban caminando, dió igualmente un traspiés, quedándose con sólo una luz para el resto del camino.

—No es suficiente esa vela, dijo el guía.

—Pues no se apure usted, porque yo en pergaminos escriturados tengo lo suficiente para poder alumbrar hasta el final, por largo que sea el camino.

—Pero, hijo, ¿vas a destruir en un momento esa cantidad de dinero que tanta fortuna representa y tantos sudores te habrá costado? ¿Es que no lo sientes el destruirlo?

—Sí lo siento; sí, señor; pero, antes es el cumplir la voluntad de mi padre, a quien todo

Universidad de Deusto
Biblioteca

lo que tengo debo. Considere, además, que mi padre me ha ofrecido un premio mucho mejor si cumplo lo que él nos ha rogado.

Y afirman las crónicas que aquél corazón generoso llegó, disfrutó y fué feliz con su padre.

He aquí un cuento de los que a mi abuela le gustaba leernos cuando nos agrupábamos en torno suyo para distraernos. Hoy, llegado a mis manos por casualidad y a pesar de su extremada infantilidad, no puedo por menos de encontrar que tiene dentro de sí doctrina fundamentalísima: hay que obedecer a Dios, que es nuestro Padre y nos quiere infinitamente más que todos los padres juntos de la tierra; hay que estar siempre dispuestos a servirle donde quiera y como quiera, no vacilando en quemar, si hiciere falta, todo cuanto nos pueda impedir el servirle. Se lo merece también el premio infinitamente superior a todos los millones de este engañoso mundo.

J. de C., Congr.

Borriquito de mis pensamientos

Luis, que contaba ocho años, era de genio vivo, juguetón, alegre, pero dócil y muy observador; aquella mañana estaba más inquieto que nunca; no era extraño, llegaba la época en que más se divertía, el verano.

—Oye, mamá, ¿mañana nos marchamos?

—Sí, hijo mío.

—¿Pero, de seguro? de seguro?

—Sí, mañana, si Dios quiere, nos marchamos.

—¡Ah, qué bien! Oye, mamá, ¿me dejarás bajar a la playa?

—Sí, querido.

—¡Qué bien! Jugaré con los amiguitos del pueblo, haremos en la arena cuanto se nos ocurra.

Mira, hijo mío, ahora no es oportuno pensar en juegos, porque en la iglesia seguirás pensando en lo mismo, y a la puerta siempre hay que bajarse del borriquito de los pensamientos.

—Mamá, ¿qué es eso de borriquito de los pensamientos?

—Verás: hace muchos años, cuando ni los automóviles se habían inventado, ni los ferrocarriles abundaban como ahora, tu abuelo vivía en el pueblo y si alguna vez tenía necesidad de ir a la capital vecina a consultar al médico o al abogado, montaba en su borriquito, pero al llegar a la casa del señor a quien iba a visitar, se apeaba y lo dejaba atado a la reja de la ventana; entraba, y al salir, lo desataba y volvía a montar en él. ¿Qué te parece si hubiera entrado en casa del señor montado en burro?

—Ja, ja, ja, entrar en casa el abuelito montado en un burro; eso no lo hubiera hecho ni el hombre peor educado.

—Y ¿tú quieres ser mal educado?

—No, mamá, pero yo no hago eso.

—Sí, tú entras en la iglesia pensando en veraneo, en juegos, en fútbol, en carreras, en diversiones y eso es entrar en la casa de Dios montado en el burro de los pensamientos.

—Es verdad, mamá, me distraigo mucho.

—Pues haz siempre lo que hacía San Bernardo. Este era un monje que tenía muchas cosas en qué pensar, porque como era él quien mandaba en los demás monjes, siempre tenía algún negocio que resolver; pero al entrar al coro se fijaba que venía montado en el borriquito de sus pensamientos y que llegaba a la casa de Dios y así decía él: "Borriquito de mis pensamientos, quédate a la puerta que yo voy a hablar a mi Señor". Y ahora, hijo mío, también llegamos nosotros a la iglesia, dile tú a tu borriquito eso, que yo también se lo voy a decir al mío.

Entraron en la iglesia y yo no sé qué pasaría entre Luisito y el buen Jesús, que al salir le dice aquel a su madre: "Mamá, ¿no te parece mejor que en vez de apearse a la puerta de la iglesia del borriquito de los pensamientos no nos montásemos en él, y al despertar pensar en Jesús, y en el camino seguiésemos pensando en El para así comulgar mejor?

Aquella madre nada pudo contestar a su hijo; santa emoción oprimía su garganta mientras allí, dentro del pecho, el buen Jesús inundaba aquellas dos almas de un goce celestial intenso.

Aprende la lección de este niño.

C. E., Congr.

Esta sí que es devoción

Hace muy pocos años que, cortando las dulces esperanzas que su carrera, brillantemente comenzada, le brindaba, un fervoroso congregante retiróse al seminario, decidido a formarse buen apóstol de Cristo. Porque se dijo? ¡Cuántas almas sólo podrán salvarse si yo voy a buscarlas!

Pero ¡ay! que tenía dieciocho años y el mundo se le presentaba muy halagüeño... Un domingo, retirado en su aposento las primeras horas de la tarde, comenzaba a flaquear seducido por el ruido de la ciudad, la algazara de sus amigos, que se dirigían a sus diversiones, y por tantas mentiras como el demonio sabe presentar cubiertas de vistosos colores. Ya llegó un momento en que se dió por vencido. Nervioso, arrojó contra el suelo el libro que tenía en sus manos y dijo: "Yo también tengo derecho a divertirme".

Mas, bête aquí que, cuando pensaba salir y hacer público su propósito, vió que desprendida del libro que tan mal tratara, quedaba en el suelo una devotísima imagen de la Purísima Concepción. Le estaba mirando; porque las estampas de la Virgen tienen un don especial de saber mirar con vida y eficacia.

La mirada de la Madre penetró en el corazón del hijo. Era una estampa que le había entregado su madre moribunda. Se agachó a cogerla. A los pies de la Virgen aparecían escritas por la mano temblorosa de su difunta madre estas palabras: "Hijo mío: hazlo por mí, que soy tu madre". Estas palabras resonaron en el corazón del joven como si entonces mismo la suavísima voz de la Reina de los ángeles realmente las pronunciara. Postróse de rodillas, y rompiendo en sincerísimo llanto, exclamó nuestro congregante: "¡Sí, Madre mía; por ti lo haré!".

Actualmente, en muy lejanas tierras, sé que hay un misionero, verdadero esclavo de María, que trabaja en medio de heroicos sacrificios por la conquista del mundo infiel. Cuando se le habla de la Virgen, suele decir: "¡¡Qué sería de nosotros si no tuviéramos a María!!". Y cuando los dolores suben tanto de punto que el cuerpo se quiere resistir, saca su ya vieja estampa de la Purísima, y besándola, exclama: "¡Sí, Virgen María! Por ti lo sufriré todo, porque eres mi Madre". Este es nuestro seminarista.

Haced vosotros la prueba. Decid a vuestras madres de la tierra que, consagrándoos a la Madre del Cielo, os dediquen una estampa con esta inscripción: "Hijo mío: hazlo por mí, que soy tu madre". Y después, cuando llegue la hora de la tentación, del sacrificio, mirad a vuestra Virgencita y escuchad las palabras que por mediación de vuestras madres de la tierra os dirige: "Hazlo por mí, que soy tu Madre". ¡Cuántas cosas haremos por María!

J. M. M., Congr.

Dos madres

En el siglo XVIII mataron injustamente a un consejero real por delitos falsos que él no pudo rechazar. Sobrevivióronle su infortunada esposa y un pobrecito huérfano de pocos meses. La desconsolada viuda, que, ciertamente, conocía la inocencia de su esposo, con todo esmero trabajó en la religiosa educación de su hijito, con el noble ideal de que pudiese el día de mañana volver por la honra de su calumniado padre.

Pasó mucho tiempo, y llegó un día en que presentóse un hombre al Parlamento, exigiendo que se revisara un proceso muy antiguo, el injusto proceso que terminó con la vida de su mismo padre. La gente se conmueve. Fueron de lo más emocionante los discursos del hijo fiel abogando por su padre, a quien no conoció, por que ellos se lo mataron.

Había en país lejano otra buenísima madre que después del fallecimiento de su santo esposo, vivía humildemente en compañía de su hijo amado.

Sucedió que, vilmente traicionado por uno de sus amigos, fué aquel candoroso hijo entregado a la justicia y condenado ilegalmente a la más bochornosa muerte como malhechor; aquel buenísimo Jesús que sólo había pasado por el mundo derramando gracias.

Quedó sola la Dolorosa Madre de Dios. No protesta, no reclama. No pertenecía esto al pudor de aquella recatadísima Virgen. Pero dióle Dios en adopción, y como manda especial de su testamento, muchos nuevos hijos. Entre ellos, con delicadísimo cariño, nos contamos nosotros, los congregantes. Somos hermanos del Inocente Jesús e hijos de la Madre pobre e Inmaculada.

Aún es tiempo de volver por su honra. Delante de ese mismo mundo que contempló frío e impasible el sacrílego deicidio cometido con nuestro Jesús y con nuestra Madre, ¿quedaremos con los brazos cruzados sin hacer nada?

J. M. M., Congr.

Historia que parece cuento

Por los claustros del convento resbalaron, graves, lentas, sonoras, las últimas notas del órgano. Después todo quedó en silencio; la paz augusta, el sosiego solemne reinaba en la santa casa.

Monjes y novicios se habían retirado a sus celdas para la meditación; solamente allá, frente a la capilla del Cristo, oíase repercutir de cuando en cuando la tosecilla seca de un monje que, arrodillado, musitaba oraciones con fervor edificante. Era el Hermano Eugenio. No podía ser otro. El más atento cumplidor de los preceptos de la Orden. Todos le idolatraban. Los novicios no podían pasar un día sin que el Hermano Eugenio fuera al jardín a conversar un rato con ellos. Si algún monje caía enfermo, el Hermano Eugenio no se apartaba de su lado y se desvivía por atenderle y cuidarle. En las prácticas religiosas, si cupiese la exageración, podríamos decir que el Hermano Eugenio era exagerado en su cumplimiento.

Y ¿por qué este fervor del Hermano Eugenio? ¿Quién era? ¿Qué había hecho antes de encerrarse en el convento? Estas preguntas se hacían los novicios, sin que ninguno de ellos pudiera responderse a ellas. En sus cabecitas anidaban no muy buenos pensamientos, cuando se referían a la vida mundana del fervoroso religioso. Y no iban desencaminados los maliciosillos novicios.

El Hermano Eugenio, que ahora oraba contrito ante el altar había sido gran pecador. Era hijo de unos duques muy ricos. Desde muy joven quedó huérfano, y había heredado el carácter díscolo y apasionado de su padre.

Independiente y millonario, joven y por tanto sin experiencia, muy pronto cayó en las garras del monstruo que llaman "mundo", que, por halagar nuestras pasiones, todos le rendimos tributo conforme a nuestra posición.

Para librarse del tedio que muy pronto empezó a abrumarle de la eterna nostalgia que le abrasaba el alma, emprendió largos viajes. ¡Soñaría con encontrar en lejanas tierras la ansiada felicidad!

Y, como golondrina errante, viajó de puerto en puerto, de ciudad en ciudad, posándose en todos los paquebots que surcan los azulados mares.

Y tomó parte en la caza del tigre en los bosques sagrados de la India, y penetró audaz en los desiertos africanos cabalgando en erguido camello, y subió a las cumbres más altas, y contempló los paisajes más sublimes.

Después de recorrer medio mundo había regresado triste..., desengañado, a descansar en su magnífico castillo, rodeado de parques y jardines. Ni le faltaban jóvenes que le entretenían con músicas y juegos.

Pero, a pesar de todas las fiestas, el duquesito se aburría soberanamente.

Fué pasando el tiempo.

La vida se le hizo insoportable y ante aquel vacío que sentía su alma, acabó de comprender que en el mundo no hay felicidad.

Le ocurrió un día entrar en el convento, que

Universidad de Deusto
Biblioteca

estaba en las afueras de su pueblo, y las voces repetidas del canto del oficio divino le llenaron el alma. Volvió otro y otro día, y acabó por resolverse y a pedir le admitieran en aquella Comunidad, que, alejada del mundo, sintió era feliz.

Hubo sus dificultades para admitirle; le probaron antes mucho, y al ver su constancia, le admitieron.

Ya no suspiró por nada más; al pie del Sagrario encontró lo que el mundo tan caro y tan falsamente le había prometido.

J. M.ª D., Congr.

¿Qué mejor padre?

Cierto día habíamos salido mi amigo y yo a pasear por las afueras del pueblo, cuando acertó a pasar a nuestro lado un respetable anciano. Su atenta y amable contestación al saludo de mi amigo excitó mi curiosidad, y, así que hubo pasado, le pregunté a mi amigo por él.

—¿Ese? Es gran bienhechor del pueblo—me contestó mi amigo—. Yo creí que ya sabrías algo de ese sujeto; es el señor más respetado del pueblo y sus alrededores.

—¡Ah, sí! Es ese el "Padre de los pobres", ¿no es eso? Sí, ya he oído algo; pero cuenta cuenta, que no estoy bien enterado del caso.

—Este pueblo—me contesta mi amigo—siempre se había distinguido por la dejadez de sus habitantes en cuestión de aseo personal. Se cuenta que hace muchos años se desencadenó un hambre tan grande en esta provincia, que no pudo menos de afectar a este pueblo atrozmente. Entonces fué cuando una mano bienhechora supo sacar al pueblo del general abandono en que había caído. Esa mano fué la de don José, quien, con generoso desprendimiento, hizo llamar al panadero del pueblo y le encargó cociese todos los días el pan suficiente para alimentar al pueblo; que lo recibió gratis de mano del administrador de don José.

Solamente exigió don José una condición: la de ir a pedir el pan a su casa con el vestido limpio.

¡Es de suponer cómo se pondría el pueblo! Con condición tan fácil de cumplir, ¿quién se moriría de hambre?

Se dió el caso de un pobre andrajoso que vivía en casa medio derruida a las afueras, que, previeyendo que podría don José pasar por su cuchitril, lo limpió y arregló de forma que quedó, si no vistoso, sí limpio y aseado. Luego, habiendo limpiado bien su andrajoso traje, se presentó al señor. Este, que ya de antiguo le conocía, se admiró de verlo tan pobre como aseado, y le regaló un flamante traje, constituyéndose en adelante en su decidido favorecedor.

Pasado algún tiempo conoció su sensatez y le dió morada en su palacio y le constituyó segundo administrador de sus riquezas.

Con razón se le llama "Padre del pueblo".

Cuando mi amigo terminó su narración, nos hallábamos a la puerta de una hermosa capilla de las afueras del pueblo. Entramos. La imagen del Crucificado, muerto por todos y comprando con su sangre nuestra vida, me recordó al "Padre del pueblo"; debajo se hallaba el Sagrario, la morada del Señor que alimenta a todos, que exige sólo la limpieza del alma para darnos la vida. ¿Qué mejor padre?

P. del C., Congr.

Triste fruto

Pepito tenía 14 años y era un muchacho excelente; pero tenía unos papás muy a la moderna y de los que, por desgracia, abundan; papás para quienes el cuidado de la educación de sus hijos se reduce a bien poco: a enviarlos a un colegio de religiosos; encargándose ellos, por lo demás, con su conducta, sus conversaciones y sus máximas, de deshacer la educación que en el colegio recibía.

Y resultó que Pepito, el simpático Pepito, que era en el colegio un niño modelo, dejó de serlo — aun empezó a sacar malas notas, primero en conducta que, por desgracia, poco impresionaron en casa, y luego, luego en aprovechamiento, de modo que al paso que iba, en la repartición de premios que se avecinaba, no iba a triunfar como en años anteriores. Y don Félix comenzó a preocuparse: veía que su Pepito, de seguir así, no sería el muchacho estudioso que él esperaba, sino un perfecto majadero. Pero la que estaba inconsolable, ante la perspectiva de que su hijo no iba a sacar premios en la solemne distribución final, era doña Angeles; y dispuesta a enterarse de la verdad, se entrevistó con el P. Director del Colegio.

—¿Qué sucede con mi Pepito?

—Pues que se porta mal y ha habido que bajarle las notas; además no estudia y, claro, en las clases ha quedado atrás...

—¡Dios mío! No me lo explico...

—Muy sencillo... El niño, según me dicen, frecuenta los cines.

—Sí, pero conmigo, o con su papá.

—Pero ya sabe usted las cosas que allí se ven... Además he oído que va a reuniones, bailes...

—Sí, pero de sociedad, y, naturalmente, con sus papás...

—Pero como allí no estará con sus papás, sino con otros y otras..., ahí tiene usted la explicación de todo: ¿cómo quiere usted, doña Angeles, que un niño de 14 años, metido en ese ambiente, estudie y se porte bien?

—¡Ay, qué contrariedad!

—Además le tendremos que despedir de la Congregación; porque la Congregación en nuestros colegios se compone de los niños mejores, como lo era Pepito al principiar el curso...; mas ahora, portándose así, imposible.

—¡Qué disgusto, P. Rector!...

—Si se enmendara...

Pero los papás de Pepito eran de esos que meten, quieras que no, a sus hijos en todos los peligros y quieren luego que sean buenos y se porten bien. Aun comulgando todos los días les cuesta ser buenos, ¡cuánto más...

K. C., Congr.



Núm. 197.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Diciembre de 1929

Felipillo

¿Que le pasa a Felipillo?... El bufón más alegre de la corte de nuestro buen rey el Piadoso; el más dicharachero, el preferido del Monarca; el que siempre canta y nunca deja de reir.

¿Por qué esta tarde en que luce en el cielo magnífico la luz cristalina de la primavera, está triste Felipillo?

¿Quizá ha sufrido algún desaire en la corte?

¿Quizá otro bufón ha hecho chistes mejores que los suyos?

¿Quizá ha enojado al rey con su charla impertinente?

¡No! Felipillo no se enfada por eso. Ha sufrido mil desaires, ha escuchado chistes mejores que los suyos y ha soportado los enojos del Monarca, pero nada ha conseguido turbar su alma.

Entonces, ¿por qué huye del bullicio de la corte? ¿Por qué pegado al lapislázuli del surtidor grande se entretiene melancólico escuchando el susurrar del agua diamantina, mientras se oye a lo lejos el rumor de sedas desplegadas y músicas cadenciosas?... ¿Por qué no ríe como otras tardes? Es que Felipillo tiene un secreto; secreto grande que llena su alma demasiado pequeña. Es que esta tarde, yendo de paseo con su señor le ha obligado a entrar en una ermita de Nuestra Señora y allí la Imagen de la Virgen le ha mostrado un niño pequeñito que tenía en sus brazos y, enseñándole unas heridas que tenía en las manos y en los pies, le ha dicho a Felipillo: Mira, ¿ves las llagas, cómo manan sangre abundante? ¿Ves quién las tiene? Pues es mi Hijo, es el Hijo de Dios, es el propio Dios! Y ¿sabes quién se las ha hecho? Pues se las has hecho tú con tu vida de escándalo, de frivolidad, de desdén. Pero aún es tiempo. El es muy bueno y te perdona. Y Felipillo ha llorado lágrimas como las que sólo se lloran por la Virgen, ha sentido el peso de su vida inútil y escandalosa, y ahora contrito llora; llora y medita.

De repente se escucha a lo lejos el tañido de una campana. Es la Iglesia de la ciudad que toca al Angelus. Felipillo incousciente se arrodilla y quiere rezar; ¿pero cómo? Una angustia indefinible llena su alma. ¡No sabe rezar! Lo aprendió de pequeño, pero se le ha olvidado. Entonces escucha una voz que dice: "Santa María Madre de Dios..." Y Felipillo, derramando raudales de lágrimas, lágrimas de arrepentimiento, repite reverente: "Santa María Madre de Dios".

J. M. D., Congr.

Dónde está el mayor consuelo

Leemos en la vida de San Fernando, rey de España, que en el año 1332, un marino de Sevilla, que había hecho sufrir grandes pérdidas a los portugueses, con los cuales en aquel entonces tenía guerra, al fin fué hecho prisionero y encerrado en un hediondo calabozo en Lisboa.

Súpolo su mujer y corre a la capilla de San Fernando e invoca al Santo rey con confiadas súplicas, y le promete celebrar treinta misas y dar como limosna un gran pan, una medida de vino y un cirio.

El día que se dijo la primera misa, sin que él supiera nada de ésto, fué sorprendido por una mano misteriosa que le dejó un cirio encendido en la oscura prisión del triste marino, que estaba casi muerto de hambre, y le ponía al mismo tiempo delante de él un pan y una medida de vino.

¡Cómo quedaría de asombrado y consolado! Repuesto de su susto, hizo la señal de la cruz sobre sí y sobre los alimentos y los tomó. Al día siguiente se repitió la misma misteriosa y consoladora escena y así durante toda aquella semana.

Al octavo día el carcelero llegó allí a tiempo en que el cirio estaba aún encendido y presentes también el pan y el vino. Asombrado, se figuró que su prisionero había conseguido aquellas provisiones por arte de hechicería y le amenazó si se negaba a decirle la verdad.

Inútil será atormentarme, respondió el marino; pienso no ocultarle nada. Hace ocho días

Universidad de Deusto
Biblioteca

que mano misteriosa me coloca delante un cirio y esa misma cantidad de pan y vino que ahí veis.

—¿Quién se los trae? ¿De dónde vienen?

—No lo puedo adivinar.

El carcelero, tan pronto como pudo, hizo llegar al rey la noticia de lo ocurrido. Este mandó que le llevaran a su presencia al prisionero. Llegado ante el rey le mira con cariño y le dice: Si me juras que me dices la verdad y que no te escapas, te permito salir, para ver si averiguas qué mano es ésa, que te ha hecho tanto favor.

El marino se comprometió y pasó a España. Llegó a Sevilla y se fué derecho a casa. En cuanto llegó contó a su mujer todo lo ocurrido y juntos fueron a la capilla de San Fernando para dar gracias a su poderoso intercesor. El marino descansó algunos días y después volvió a Portugal. Explicó al rey lo que había pasado y el rey le perdonó la vida y le dió completa libertad.

De la autenticidad de este hecho no salgo yo garante; pero sí de que la misa consuela y saca de otra peor prisión, más triste y dolorosa, del Purgatorio a los que por ellos se ofrece, y aun a los vivos nos acarrea muchísimas bendiciones.

J. D., Congr.

El final de un partido

Recién salidos de Misa, y sin apenas tiempo para desayunar, nos dirigimos, unos cuantos amigos, hacia el campo de fútbol, para afrontar un desafío que unos atrevidillos nos habían hecho. A las diez empezó el partido; mis compañeros y yo bajamos al campo dispuestos a vencer. Sabíamos la calidad del contricante, pero esto, lejos de abatirnos, nos dió más ánimo para salir airosos.

Empezó el partido; a los veinte minutos, tras largas y penosas jugadas, pudimos meter el primer tanto; pero fueron tales los brios, que los contrarios tomaron, que al final del primer tiempo lograron meter un tanto y con él quedamos a la par. La caseta creo que nos rehizo, pues en el segundo tiempo dominamos con relativa facilidad, logrando tres tantos más, mientras ellos solo uno.

Acabado el partido, allí fueron los vivas y la alegría más desbordante que se ha visto... Yo quería alegrarme y no podía; miraba casi con envidia a mis compañeros; no podía quitar de mi este pensamiento que me entristecía: ¿Ya le gustará al Corazón de Jesús que yo haga esto? En verdad, casi me parecía que no, y hasta me doy cuenta de que el capitán del equipo se fija en mí, se me acerca y me dice: Oye, Manolo, pero ¿qué te pasa?

Yo no sabía qué decirle, o mejor dicho, no me atrevía a decírselo; pero me insistió tanto, y con tanto cariño y confianza, que se lo dije.

—Mira, Manolo, me contestó, algo de eso me pasaba a mí antes; pero, qué quieres que te diga; ahora, en vez de tener escrúpulos, lo que hago es ofrecérselo a El mismo, para desagraviarle, y jugar con más ganas.

—Pero hombre, si...

—Sí, hombre, sí; mira, yo, cuando voy a jugar al fútbol o a otra cosa, me acuerdo de Jesucristo cuando tenía nuestra edad. ¿Acaso El no jugaba? Pues ¿por qué no hemos de jugar como El jugaba y de la manera que El jugaba?

—¿Sabes que tienes razón?...

—Pues claro está; mira lo que me dijo mi Padre Espiritual, cuando dejé de jugar por miedo: "Mira, Emilio, es mejor que te diviertas más, pero lo vás a hacer a lo Jesús, ¿oyes?", y me contó un pasaje del Evangelio en el que, Jesús mismo recuerda a los fariseos los juegos de los niños en las plazas, para confundirlos... ¿No es verdad, que Jesús se fija en los juegos de los niños? ¿Y quién ha dicho que le desagradan?...

No sé como pagar a tan buen amigo esta advertencia que me hizo; sólo sé que me puse alegre, me junté con mis alegres amigos, y si he de ser franco, no creo que a alegría me ganase nadie.

No quiero olvidar la lección, y por eso, he propuesto ofrecer al Señor todos mis juegos y diversiones, acordándome de El, como lo hace mi amigo Emilio.

P. A., Congr.

El morrito la distingue

Me acuerdo que un día magnífico de verano, subíamos un grupo de amigos a uno de los montes cercanos, bien empinado por cierto; y después de la fatiga del camino nos sentamos en la cima, junto a la cruz que allí hay, disfrutando del bienestar que se siente al contemplar una grande extensión de terreno, sobre todo si es tan variada como la que desde allí se divisaba. Teníamos a los pies nuestro pueblecito, más pequeño entonces al verlo de tan lejos, pero que con todo nos parecía mayor que los que le rodean, porque éstos apenas se distinguían.

Algunas ovejas dispersas por las laderas rocosas del monte, comenzaban a reunirse a los silbidos del pastor que las quería recoger ya al abrigo del redil; también a nosotros nos llegaban sus silbidos para anunciarnos que era hora de comenzar a bajar; pronto nos iba a dar el sol su acostumbrado adiós.

En esto vemos que un hombre se nos acerca, se asoma por las hendiduras de las rocas, mira por todos lados y se aleja por fin un poco para volver de nuevo hacia nosotros; sin duda buscaba algo. Vamos a él y le preguntamos qué buscaba y si le podíamos ayudar en algo. Casi sin hacerse cargo de nuestra presencia, empezó a hablar como consigo mismo: Si... ya hace tres días... y lo que es por aquí... como no esté allí... no sé dónde estará...

Pero, ¿qué busca?, le preguntamos; y volviéndose como contrariado de vernos allá, nos dice:

Una pobre oveja, que hace tres días que no la veo... y venga a buscarla por todas partes y nada... no la encuentro.

Nosotros, que habíamos estado mirando cómo se reunían allí cerca bastantes ovejas, le señalamos alguna que seguía paciendo algo separada de las demás. ¿Será aquella?, le dijimos.

—No.

—¿Y aquella otra?

—Tampoco; la mía tiene el morro negro y es algo más alta que esa; esa es la de otro, nos dijo.

Todas nos parecían a nosotros que cumplían con estos detalles, porque, más o menos oscuro, era casi igual el morro de todas ellas, y en cuanto al tamaño...

No pasó mucho tiempo, cuando oímos la voz alegre del pastor, que gritó: ¡Ahí está, ahí está! En efecto, nos asomamos a una roca y vimos en un sitio bien en cuesta y peligroso la deseada oveja, que con un "bece" muy lastimero, nos quería dar a entender lo mal que allí estaba. Mientras nos poníamos a pensar que en nada se diferenciaba de las otras ovejas, salta el pastor, baja, se descuelga y cuando ya la iba a coger se le marcha casi de las manos y se le para junto a una mata, más expuesta todavía que antes; llámala el pastor con un silbido, se acerca despacito y la toma por fin en los brazos y la acaricia y la trae a donde estábamos, contento y satisfecho; tanto lo estaba, que nos dió todos los detalles posibles acerca de la oveja. cuánto tiempo tenía, como se le había perdido esta vez y otras antes y no sé cuántas cosas más; entonces notamos lo que el pastor nos había dado como señal: tenía el morro negro, pero ¿quién se fija en un detalle así? En cambio nos fijamos en otro detalle: nos acordamos de la parábola del Buen Pastor que un día nos explicó el Padre. Allí dice Jesucristo que, como el pastor, sale El también a buscar las almas que se le pierden, y cuando las encuentra las toma y las acaricia y se alegra por ello mucho. Así que, si nos perdemos como aquella oveja por tres días y quizás por más tiempo, dejémonos coger cuando nos venga a buscar y no huyamos con nuevas faltas, que nos perdonará y aun se alegrará mucho de nuestra vuelta, porque tiene un corazón muy compasivo. Confiemos en El.

M. U., Congr.

Quiero ser valiente como éste

Casimiro, hijo del rey polaco del mismo nombre, desde su más tierna niñez se atrajo las miradas de todo el mundo por su perfecta pureza de costumbres y por su vida austera. Llevaba siempre un ropaje sencillo, dormía a menudo en el suelo y pasaba rezando parte de las frías noches de Polonia; y alguna noche fría le sorprendieron hincado de rodillas en el umbral de apartada iglesia adorando a Jesús en el Santísimo Sacramento.

A la Santísima Virgen la quería con la ternura de un hijo amantísimo. Compuso un himno: "Cantad y anunciad cada día las alabanzas de la Reina del Cielo", que es espontánea efusión de su amor hacia la Virgen de las vírgenes.

Casimiro vivía puro como un ángel, mortificado como un ermitaño. Cuando una vez un joven de nobilísima familia le quiso inducir suavemente a una acción mala, resonó en tono firme su respuesta: "Antes quiero morir que perder lo que más estimo, la gracia."

Murió a la edad de veinticinco años, como mueren los santos. Ciento veinte años después hallaron el cuerpo de Casimiro completamente fresco; hasta los vestidos estaban como nuevos, aunque la humedad de la bóveda sepulcral hubiera debido naturalmente apresurar la destrucción.

Con frecuencia ha honrado Dios de esta manera a los que se han señalado en esta, la reina de las virtudes; y si así glorifica Dios a la carne, que en vida ha sido la vencida, ¡qué gloria dará al alma que aquí ha triunfado de la carne! Calcula tú.

Combate, pues, tú combate con alma. Defiende, valiente, sus entradas, sobre todo tus ojos, pues por ellos es por donde suele entrar el enemigo; y te vencerá y te hará su esclavo. Intrépido ante el menor ataque, hazle retroceder con tu grito de guerra: "¡Antes quiero morir que perder mi pureza! La Virgen purísima está conmigo."

C. E., Congr.

Curiosidad china

Mis queridos congregantes:

Al leer, por mi obligación, la correspondencia de mis alumnos del Seminario menor de Nieg-Kouotu, me encontré con esta carta que escribía a su papá, un pequeño de unos trece años de edad.

La traduje y os la envío para que gustéis de los encantos de la devoción a la Santísima Virgen que brotan tan ingenuos en ese estilo netamente chino, que exhala aroma de crisantemos.

Carmelo Elorduy, S. J., Misionero de Wu-hú.

A los pies de usted, mi gran Señor, respetuosamente le escribo.

De rodillas he leído y releído sus venerandas exhortaciones.

La tela para hacer los pantalones, con todo lo demás, helo ya recibido. No se preocupe mi Señor.

Una de las cosas a que me exhorta es a que haga ofrecimiento de mi persona a la Santísima Virgen.

Al leerlo me he sentido profundamente feliz; pues veo en esa exhortución el corazón bondadoso de mi Señor como el Océano, profundo y ancho sin riberas.

También me exhorta a que tenga cuidado de mi salud. Reverente obedezco también a su voluntad, como también a su deseo, de que me dé a la pintura y a la música; ni hasta ahora los había abandonado.

También iré poco a poco ensayándome en hablar bien, atendiendo cómo hablan los Padres (misioneros) y los profesores, como mi Señor me exhorta.

También me alegró mucho lo que me decía de hacer vestidos nuevos.

Se puede esperar a que en las vacaciones de verano vuelva a casa, entre tanto puedo ir tirando con los viejos.

Si quiere me puede enviar algunas piastras para vacaciones de Año-Nuevo.

Respetuosamente le he escrito esta breve car-

Universidad de Deusto
Biblioteca

Reverentemente hago el K'o-teon *(es el saludo a los padres y grandes personajes, poniéndose de rodillas o inclinándose hasta dar con la frente en el suelo)*, y le deseo la paz en la abundancia de las riquezas.

Le envío un cuadro que he pintado.

El hijo mayor, *Tchang-Keng.*

La canción del literato chino
de luengas barbas y curva cintura.

Cualquier día que obres el bien, aunque la felicidad no te visite, la desdicha se aleja.

Obras el mal; aunque la desdicha no te visite, la felicidad se te aleja.

El hombre que obra el bien es como la vegetación de un jardín primaveral, no se la ve crecer, pero cada día es más exuberante.

El hombre que obra el mal es como la piedra de amolar, no se echa de ver que se deteriora, pero cada día se va desgastando.

En las perpetuas nieves

Allí, en un rincón de la pobre cabaña, que malamente le defiende del helado viento de perpetuas nieves, está el viejo sacerdote recubierto de pieles el cuerpo y casi oculta su venerada cara entre algunos mechones plateados que escapan de entre su apretado gorro, juntamente con la luenga barba que cae hasta su pecho. Sus miradas son de las que penetran y fascinan; sonrien y, sin embargo, dejan como profundas huellas de un dolor sobrehumano. Es la mirada del padre, que después de clavarse angustiosa en el cadáver de algún hijo querido que la muerte le acaba de arrancar, tiene que cobrar nueva alegría y vida al encontrarse con los otros hijos de sus entrañas que le acompañan a llevar aquella soledad de tan intenso sufrimiento. Sus manos forradas pasaban devotamente las avemarías del santo rosario.

Cuando en ésto, oye en el aposento vecino la señal convenida. La caña se movió dos veces. Espero anheloso. Al cabo volvió a moverse: una, dos, siete veces, y paró.

El viejo sacerdote sonrie y besando el rosario, exclama: "Gracias, Madre, que me acercas ya alguno de tus necesitados hijos como te pedía."

Es que las señales anuncian, bajo secreta consigna la llegada de un cristiano. Cruza el anciano el obscuro pasadizo, tuerce a la izquierda y dirigiéndose a la puerta de madera, atrancada cuidadosamente, aplica el oído.

En seguida, de fuera murmuran estas palabras: "Alabado sea Jesucristo en el Santísimo Sacramento", y el anciano, abriendo gozoso los cerrojos, contesta: "y alabada sea su Madre Inmaculada."

Entra el forastero, y aunque es la vez primera que llega a tan solitaria habitación, se adelanta sin titubear hacia la sala que antes ocupaba el santo sacerdote. Este, cerrada cuidadosamente la puerta, vuelve presto a su lugar.

Examinemos un momento al recién llegado. Es alto, de aspecto muy digno, de hablar extranjero. Su barba, de color castaño, le cae sobre el pecho. Por lo demás, todo recubierto de pieles, sólo deja ver sus miradas inteligentes y nobles. El sacerdote, confiado plenamente de la buena fé del misterioso personaje, le habla: "Hijo mío, ¿qué traes a la casa del Señor. En este rincón que ves allí, tras de esas ramas, está en la Hostia Consagrada Jesucristo mirándonos. ¡Qué su Sagrado Corazón nos fortalezca!" Arrodíllase el forastero y hace profunda adoración. Después levantándose indica al sacerdote que desea confesarse. Terminada su reconciliación, el santo sacerdote le dice: Mira, hijo. La fe que llevas en tu pecho has de conservarla para defenderla en esta tierra desventurada, si hace falta, con grandes sacrificios y con el martirio. El destino final de los cristianos es la muerte por Cristo. Que El nos bendiga y que su Sagrado Corazón obre aquí las maravillas que prodigó en las catacumbas con los primitivos cristianos. Y eleva sus manos consagradas y pronuncia la fórmula sublime de la absolución. Terminaron. El forastero pidióle permiso para orar un momento. Después, dirigiéndose al anciano ministro del Señor le dice: "Yo soy Delegado del Romano Pontífice con encargo especial de buscarle y hablarle en su nombre.

Al momento el anciano sacerdote cae de rodillas y con los brazos en cruz y los ojos bañados en lágrimas da gracias al Señor. Después quiere besar los pies al misterioso personaje. Este se lo impide, pero le dá, lleno de majestad, la bendición de la Iglesia, y en seguida añade el forastero: Y ahora, querido ministro, prepárese, que, en nombre y obediencia de nuestro Santo Padre, voy a consagrarle Obispo. Ha de ser usted el apóstol generoso que pastoree por estas montañas tan arriesgadas, los rebaños de nuestro Sumo Capitan. Con las facultades especialísimas que llevaba le consagró allí mismo Obispo.

No hace aún mucho tiempo que este suceso lo han presenciado aquellas mismas pobres paredes, que siguen siendo testigos del heroico apostolado de este nuevo Obispo, gloria de nuestra Iglesia. Delante de aquel extraño personaje que recubierto de pieles hace pocos días atravesaba ocultamente los territorios asolados de Rusia para llevar la paz del Señor a sus hijuelos, hace pocos días, yo mismo me arrodillaba aquí para recibir su bendición pastoral.

J. M. de M., Congr.



Núm. 193.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Enero de 1930

Este la entendió

Juanito era un joven educado por su madre muy cristianamente; como era pobre, no tenia otra herencia que dejar a su hijo más que esa cristiana educación; y procuró meterle en su alma lo más adentro que pudo su devoción muy tierna a la Santísima Virgen.

Ya desde muy pequeño le solía repetir: Mira, Juanito, yo soy tu madre aquí, en la tierra; pero tienes otra madre en el cielo, que es la Santísima Virgen, que puede más que yo y te ama más que yo; Ella tiene cuidado de tu cuerpo y, sobre todo, de tu alma, y a Ella tienes que amarla y tenerla por madre ahora, y más cuando seas mayor. Clávate en la frente, es decir, en el pensamiento, esta verdad: La Madre de Dios es mi madre.

Y tantas veces le repitió que la Madre de Dios era su madre y se le metió tan hondamente en su alma esta verdad, que desde entonces la amó y la tomó como madre para toda su vida.

Y Juanito creció, y hecho ya a esos pensamientos y a esos afectos hacia la Santísima Virgen, le ocurría que, si los hijos de los reyes se honran tanto de que sus padres sean reyes, ¡cuánto más honrado debo estar yo, decía él, de tener por madre a la que es Madre de Dios!

Y le levantaba tanto este pensamiento que se ofendía si algún compañerito le decía alguna palabra menos decente, o le invitaba a espectáculo algo peligroso. Y una tarde de fiesta, de mal tiempo, a un amiguito que fué a tentarle para llevarle al cine, le contestó: Si fueses tú hijo de un rey, que vistiese como le correspondía trajes lujosos, ¿te parece que te pondrías a jugar con barro sucio y mancharías tus vestidos, o te irías con los golfos de la calle haciendo travesuras? ¿No es verdad que no estaría bien eso?

Pues ¿cómo quieres que vaya yo a esos sitios donde hay tanta porquería, siendo, como es, mi madre y también tuya, la Santísima Virgen? ¿No ves que es mucha deshonra para Ella tener tales hijos, y para ti y para mí teniendo tal Madre?

Y así Juanito vencía todas las tentaciones que le venían; y llegó con tan nobles pensamientos a ser hombre muy valiente; supo vencerse a sí mismo y a otros.

Como lo ves, no es tan difícil el camino: aficiónate más y más a la Santísima Virgen; Ella es tu Madre.

G. V., Congr.

El poder del Ave-María

José Recamier, el célebre médico de grandes y de señores, de príncipes y de reyes, cuya reputación era europea, fué tan buen cristiano como sabio. Cuando la medicina le parecía impotente, se dirigía a Aquél que todo lo cura, y tomaba por intercesora a la Virgen.

Una noche, al terminar sus oraciones, que generalmente hacía en familia, anunció que iban a rezar tres "Ave Marías" para que se convirtiese a Dios un enfermo que tenía en peligro de muerte.

Terminada la oración, levantóse el doctor, apoyándose en el brazo de un sillón cerca del cual se había arrodillado; pero al levantarse chocó su reloj contra uno de los ángulos del mueble, y fuera efecto del choque, fuera pura coincidencia, el muelle real del reloj se rompió y las ruedas saltaron, dando un chillido tan agudo, que uno de los que estaban presentes exclamó:

—¿Qué es eso?

—Es el diablo que se escapa—repuso el religioso médico.

A la mañana siguiente, a las seis, levantóse Mr. Recamier y fué precipitadamente a la calle de Bac a saber el estado de la persona por la cual había rezado.

Todo el mundo estaba alegre en la casa; la madre del enfermo da gracias a Mr. Recamier, la esposa le estrecha la mano con efusión. El

Universidad de Deusto
Biblioteca

enfermo se había hecho sentar en un sillón, y apenas ve al médico exclama:

—¡Acérquese usted, doctor, acérquese usted! Soy feliz desde que me he reconciliado con Aquel a quien usted ama tanto. Abráceme usted.

El médico obedece y se sienta cerca del enfermo. Allí le dan los detalles de la conversión. El mismo Federico llamó al sacerdote; el mismo Federico, después de confesarse, pidió el Viático y la Extremaunción.

El doctor da la enhorabuena a Federico, le refiere que ha hecho rezar a mucha gente por él: nuevos sentimientos de alegría y nuevos abrazos.

Cinco minutos después, el recién convertido se detiene en medio de una sonrisa, para dar un gran suspiro, y queda yerto. Aquel suspiro fué el último. Federico estaba muerto.

Las desgraciadas mujeres, madre y esposa, pasan de la alegría a las lágrimas, de la dicha a la desesperación. Pero Mr. Recamier, enseñándoles la estatuita de la Virgen, colocada recientemente en el cuarto:

—¡Valor, señores!—exclama—; acudid a la Santísima Virgen y recordar con confianza todo lo que por ustedes ha hecho. Vuestro pobre Federico estaba perdido e irrevocablemente condenado a morir hacia tiempo.

La Santísima Virgen lo ha hecho vivir casi de milagro, para que pudiera prepararse para la muerte. Federico rechazaba los Sacramentos, la Santísima Virgen se los ha hecho desear y pedirlos. A propósito: ¿a qué hora pidió el sacerdote?—dijo Mr. Recamier para cambiar la conversación y distraer a las señoras, llevando sus pensamientos a una idea consoladora.

—Anoche a las nueve y media—le respondieron.

Al oír esto, Mr. Recamier saca su reloj, le mira y exclama vivamente:

—¡A las nueve y media! Precisamente a las nueve y media terminamos las *Ave Marías* por la conversión de Federico. Lo sé porque el muelle de mi reloj se rompió en ese momento y ya veis que el reloj marca las nueve y veinticinco minutos. ¡Oh, rogad a la Santísima Virgen, señoras mías, rogadle con fervor y estad seguras de que se os dará toda la fuerza que necesitáis en tan cruel momento!

F. E., Congr.

¡Cuánto enseña un poco de arena!

—Madre, preguntaba mi hermanito a mamá, ¿qué es eso de la eternidad?

—Mira, hijo mío, cuando vuelvas de la playa me vas a traer el balde lleno de arena y entonces te lo diré.

Trajo el niño el balde lleno de arena y volvió a rogar a su madre que le dijese lo que era la eternidad.

—Bien, hijo mío, coge de ahí un puñado de arena; ponlo encima de este papel blanco. A ver si tienes paciencia para contar todos los granos de arena que hay sobre el papel.

—Muy fácil, ya verá, mamá, cómo los cuento en seguida.

Y el niño se pone a contar con ardor; separa grupitos de diez, conforme se lo indicó su hermano mayor; y cuando cuenta ya diez montoncitos los junta en uno, y lo deja aparte; ya tiene cien. Vuelve a contar hasta tener siete montoncitos. Ya no le sufre más su paciencia y los amontona todos; no son más que 700. ¡Qué desilusión! ¡Qué montón tan pequeño aquel, comparado con lo que queda aún por contar sobre el papel! ¡Parece que no ha disminuído nada con los setecientos granos que se le ha quitado!

Le anima su madre y sigue contando y logra separar hasta dos mil; y con todo aquel trabajo no ha conseguido contar más que una partecita pequeña de aquel puñado de arena, y desalentado dice a su madre: ¡Quién tiene paciencia para contar todo éso!

—Pues bien, le replica su madre, cuántos montoncitos como éstos habrá aquí?

—Qué sé yo; lo menos mil.

—Ahora no sabes tú cuántos son 2.000 montones de 100.

—Espere que ponga seguidos los ceros. Cinco ceros y un dos delante, doscientos mil.

—Muy bien. Tú querías saber lo que es la eternidad; pues mira: cuando pasen todos esos años y los de los puñaditos que hay en este balde; y, mira bien lo que te digo, cuando pasen tantos años como granitos hay en esta playa y en todas las del mundo, entonces, piénsalo bien, la eternidad estará empezando.

—¡Qué barbaridad! ¡Cuándo van a pasar tantos años, cuando a mí se me hace tan largo un cuarto de hora de clase!

—Pues ya ves si tiene importancia que desde ahora seas bueno y obediente y no te expongas a ir al infierno para no salir de allí ni después de esos millones de millones de años, que no podemos contar.

—Ahora ya sé algo de lo que es la eternidad. ¡Cualquiera se expone a caer en el infierno.

R. E., Congr.

Otro niño mártir

Bajo el reinado de Alejandro II de Rusia, que tuvo tan desastrosa muerte, unos soldados moscovitas recorrían la campiña para maltratar, por orden superior, las poblaciones católicas. Llegados a un bosque, vieron a un niño de doce años que estaba recogiendo leña. Le cogieron y le preguntaron con ruda fiereza:

—¿Cuál es tu religión?

—Soy católico—contestóles el muchacho sin perder la serenidad.

Los soldados le mandaron entonces santiguarse. El niño obedeció, haciendo la cruz a la manera católica; esto es, llevando la mano desde el hombro izquierdo al derecho y no del derecho al izquierdo, como lo hacen los cismáticos rusos.

Los soldados pretendieron obligarle a santiguarse como los rusos cismáticos; pero no pudieron conseguirlo, a pesar de que no escasearon las promesas, ruegos y hasta amenazas.

En vista de tan rotunda negativa, el jefe le condenó a ser fusilado. Para el efecto le arrimaron a una haya, le sujetaron al árbol, retrocedieron los soldados un poco, cargaron los fusiles con mucho aparato, y apuntaron a la inocente víctima, esperando se les mandara hacer fuego. El niño, pálido, lívido, pero resuelto, fijó sus ojos en el cielo y se puso a orar esperando el momento supremo.

El jefe, con el objeto de prolongar el suplicio, mandó bajar los fusiles, y dijo al mártir:

—¡Mal perro!, tú no vales lo que cuesta la pólvora y las balas que se iban a gastar, pero voy a ahorcarte si persistes en tu rebeldía a nuestro emperador.

El niño con el valor que infunde la gracia, se encogió de hombros y por toda respuestas se santiguó otra vez como enseña la verdadera Iglesia.

Visto esto, lo llevan a una copuda encina, le ponen al cuello una soga con un nudo corredizo y... ya sólo falta suspenderlo, para lo cual víctima y verdugos sólo esperan la voz de mando.

El jefe pregunta de nuevo al mártir si quiere santiguarse como los rusos, y el niño responde con un signo negativo.

Entonces el emisario del emperador dice:

—Es lástima gastar una cuerda nueva con este miserable, y ordena echarle al agua para que se ahogue.

Bajan al niño de la encina y lo conducen a un estanque helado. Abren un agujero en el hielo, desnudan al mártir, y en esta disposición le sumergen de manera que sólo saque la cabeza, para prolongar el tormento.

Los soldados se le acercan para gozarse en sus tormentos. El jefe de la pandilla le pregunta por última vez si quiere santiguarse como los rusos, y apenas el mártir contesta que no, cuando impotente el hielo para sostener el peso de los que se gozaban en el tormento del santo niño, se rompe, sumergiéndose en el fondo del estanque la mayor parte de los soldados con su jefe, los cuales acabaron allí su vida de muy distinta manera que su víctima.

Con la palma de la corona del martirio sube el niño al cielo; los otros bajan al infierno para ocupar el sitio reservado a los perseguidoses de Cristo.

J. A., Congr.

Lo único que vale

Estando a la muerte uno de los principales generales de Luis XIV, el rey, que en reconocimiento de sus gloriosos servicios, le distinguía con particular aprecio, le hizo llevar el bastón de mariscal de Francia. El general, tomando con mano temblorosa la insignia que se le ofrecía, exclamó: "Muy hermosa eres, pero en el país a donde voy, me serás inútil."

En seguida la dejó y tomó un crucifijo que cubrió de besos.

En el trance del tiempo a la eternidad las riquezas y honores apenas sirven más que de inquietud.

En la hora de la muerte lo único que vale son las obras buenas y los actos de virtud. Esta es la única moneda con que se compra el cielo.

T. B., Congr.

¡Buen jefe de bomberos!

En el pueblo vecino al mío se declaró un violento incendio que, empujado por el viento, amenazó destruir todo. Acudieron presurosos los bomberos al lugar del siniestro, con el escaso material que tenían a su disposición.

¡Qué desventura más sensible cuando se encuentran que la única bomba que tenían estaba inutilizada y roñosa, a causa del abandono. El incendio, conforme se había temido, causa enormes destrozos. El alcalde increpa duramente al jefe de los bomberos. Viéndose éste sin disculpa, cargado con toda aquella inmensa responsabilidad, le dice: "No se apure usted, señor alcalde, que ya no pasará más esto; estése seguro que la víspera de cada incendio engrasaremos bien todas las máquinas y las pondremos en disposición de servir".

¡A quién se le ocurre decir tal tontería, me diréis todos; ¡cómo va a saber él cuándo se van a declarar los incendios!

Pues no sé si no son más tontos los que con tanta frecuencia repiten: "Pse, ahora somos jóvenes; por lo tanto, a divertirse. ¿Para qué hacer exámenes de conciencia? ¿Para qué hacer ninguna penitencia? Allá cuando seamos viejos, entonces nos prepararemos para comparecer ante Dios."

Sin acostumbrarse ahora a hacer el acto de perfecta contrición, lo vamos a hacer en aquel trance apurado! No hay que ser tan idiota o más que aquel jefe de bomberos.

E. A., Congr.

El águila y el ciervo

¿A que ave suelen llamar reina de las aves?

El águila es un ave mayor que nuestras gallinas. Tiene el pico corvo, las uñas largas y una fuerza tal en las garras, que arrebata un cabrito, un cordero y hasta un niño y se los lleva por el aire, para luego comérselos.

¿Conocéis el ciervo? El ciervo es del tamaño de un novillo ordinario. Tiene los cuernos largos y ramificados y corre con tanta velocidad que parece que tiene alas en las patas.

Ahora que conocéis el águila y el ciervo, quiero contaros una historia muy singular.

El águila, que vive en los montes, como el ciervo, ve a éste alguna vez pastando tranquilamente en alguna verde pradera. Entonces le vienen ganas de darle caza para devorarlo. Mas, ¿cómo? Volar directamente sobre él sería inútil, porque la ve en el aire y huye. ¿Seguirle? Imposible; porque corre con tanta velocidad que no podría darle alcance. ¿Cómo lograr su intento? Su instinto le sugiere la siguiente astucia.

Cuando lo ve a lo largo de un sendero, el águila baja a cierta distancia en la proximidad del mismo sendero, se revuelca en el polvo para cargar de él sus plumas y después se esconde detrás de una piedra o de una mata.

Cuando el ciervo se acerca, el águila da un salto, se coloca sobre los cuernos del ciervo y sacude las alas.

El ciervo emprende la fuga llevando al águila consigo, pero el polvo que le arroja a los

Universidad de Deusto
Biblioteca

los le ciega, no le deja ver los obstáculos y en el primero que encuentra, tropieza y cae. Entonces el águila se desprende de los cuernos, se arroja sobre el pobre ciervo y hace de él una buena merienda. ¡Pobre animal! Os da compasión, ¿verdad?

Y, sin embargo, esto mismo pasa en el orden espiritual con muchos de vosotros.—¿Cómo? Escuchad.

Vosotros sois los pobres cervatillos que vivís en los prados de este mundo y el águila infernal, el demonio, está siempre a vuestro lado, afanoso de arrebataros el alma con la pérdida de la gracia de Dios. ¿Qué hace para conseguirlo? Se vale también de la astucia.

Os estimulará a juntaros con jóvenes escandalosos en palabras y obras, a frecuentar lugares peligrosos, os pondrán en la mano (valiéndose, por supuesto, de algún compañero), un libro o periódico malo y cuando os ve en este peligro, os asaltará con una fuerte tentación. Y la tentación, unida al peligro, ciega, como al pobre ciervo el polvo, y os hará pecar con el deseo, palabra u obra. Así perdéis la gracia de Dios y el demonio se apodera de vuestra alma.

Y el sitio peligroso donde te esperan es el baile el teatro, el cine, la compañía de personas de otro sexo, ciertas tarjetas, ciertas novelas y curiosidades, que son otros tantos matorrales, en que se esconde el demonio para dar muerte a jóvenes incautos o inexpertos. Huid de ellos.

C. R., Congr.

¡Hay trampa!

Era en una taberna de Nápoles. Una multitud de hombres se agolpaba sobre una mesa. Todos silenciosos escuchaban lo que uno, subido en una silla, les decía: tan pronto como hubo acabado, todos comenzaron a comentar en voz baja la propuesta de aquel singular personaje, que apostaba, a quien quisiera y la cantidad que quisieran, que haría el punto de seis con otros tantos dados que tenía en su cubilete. Nadie aceptaba el reto y ya el retador se retiraba cuando le salió al paso un joven apuesto y bien trazado.

—Acepto la apuesta, le dice.

—¿Conocéis las condiciones?

—Las conozco.

—Y ¿apostáis?

—Treinta ducados.

Asombrados quedaron los circunstantes de la temeridad de aquel joven que exponía al azar semejante cantidad. Mientras tanto el retador prepara sus dados, los mete en su cubilete, lo sacude y lo vuelca sobre la mesa. Caen los dados y todas las cabezas se aproximan como movidas por un resorte, y cuentan:

—Uno, dos, tres... seis.

El joven ha perdido sus treinta ducados, pero, no obstante, en lugar de retirarse, arriesga cinco ducados más. Se repite la suerte y vuelve a perder. Apuesta otros cinco y los pierde igualmente. Vuelve a repetirse la suerte y vuelve a perder. Y así hasta seis veces.

Entonces airado, se levanta, arremete contra su contrario y soltando un ¡voto a...! le intima a enseñarle los dados, pues sospecha que tienen trampa. Todos apoyan la pretensión del vencido y, a pesar de la resistencia de su dueño, los dados son examinados y resulta que tienen trampa.

Esta historia les contaba el abate Galiani a un grupo de ateos del siglo XVII, entre los cuales se encontraba el tristemente célebre Diderot, y añadía: Filósofos, cuando considero el orden de la naturaleza, sus evoluciones siempre constantes en medio de tanta variedad; en la sucesión de los días y las noches con tanta regularidad, lo mismo que los pasos de la primavera al verano, etc., etc., como lo vemos, que se repite sin cesar, a pesar de millones de millones de probabilidades de perturbaciones y hasta de destrucción, no puedo menos de exclamar: *No hay duda, en la naturaleza hay trampa.*

Esta salida original y sublime hizo enmudecer a todos aquellos filosofastros que se reían antes de la Divina Providencia.

A. M., Congr.

Cazador cazado

En la capital y en sus alrededores hay extraordinaria animación y gran movimiento de tropas antes y después que el inicuo tirano se hubo ceñido la regia corona, asesinando al rey Arlequinón y desterrando a su heredero; pero nunca logró estar tranquilo: sus enemigos trabajaban cuanto podían; y tanto avanzaban, que el tirano comprendió, como sagaz que era, que no podría oponerse con las armas y se mostró dispuesto a recibir al heredero que había desterrado.

Los emisarios enviados desde la capital habían dado la feliz noticia al heredero, y éste se dispuso a partir.

Pero el astuto tirano no se resignaba a desprenderse de la usurpada corona, y de noche y de día pensaba, cavilaba y discurría cómo podría asegurarla. Sabía que el príncipe era muy aficionado a la caza, y preparó un lazo, para con él cazarlo.

Partió el príncipe acompañado de sus servidores y se dirigió por el camino más corto hacia la capital. Llevaban andadas unas jornadas cuando el príncipe descubrió en el borde de un bosque un ciervo, que emprendió una desesperada fuga, escondiéndose en la espesura.

El inexperto príncipe no puede resistir al deseo de cazarlo y, sin hacer caso a las prudentes observaciones de sus acompañantes, se lanza hacia el bosque; se interna cada vez más hasta que queda solo.

Esto era lo que desea el tirano; y cuando está lejos de los soldados que defienden el camino, y bien internado en el bosque, le rodea completamente, se apodera de él y le condena a muerte. Cumplida la cruel sentencia, entra en la capital el tirano entre sus numerosos partidarios, ante el tremendo desengaño de los partidarios del llorado príncipe.

¡A cuántos jóvenes les pasa otro tanto: Siguen sin experiencia sus gustos y de paso en paso se internan en el vicio, creyéndose valientes! ¡Qué manera más miserable de engañarse!

J. A. A., Congr.



Núm. 199.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Febrero de 1930

Pillo con... suerte

Parece mentira lo que os voy a contar hoy; pero es verdad; lo vi yo: y no hace muchos años, y tiene sobre todo mucha miga! Sucedió en un pueblo de Navarra, cerca de los Pirineos, que un señor, don Francisco, tenía muchas tierras y ganados, con lo que llegó a juntar un capital más que regular.

Pero no todos eran como el señor Francisco, pues así se le llamaba; y entre otros muchos se contaba Blas, que apenas si le llegaba lo que ganaba para comer y cigarros.

Don Francisco, que era bueno porque sí, le tomó por criado suyo, y como le pagaba bien, Blas juntó unos cuantos dineros; y, lo que es la ambición, se le antojó que tenía que ir a las Américas y ganarse un buen capital. Bueno: no paró hasta sacar el pasaporte a don Francisco, y con lo poco ahorrado llegó a Buenos Aires.

Suelen decir que todos los pillos tienen suerte, y Blas, que no era ningún San Luis, se metió de criado, compró algunas ovejas, se dió al contrabando, y después de 15 años se halló con 20.000 duros.

A Blas, al creerse rico, le faltó tiempo para volver a su pueblo y gozar de su capital ganado no tan secundum Deum. Yo creo que si el séptimo mandamiento pudiese hablar, ya diría algo contra Blas. La cosa fué que mientras Blas estaba en la Argentina, quebró el Banco en que estaban los dineros de don Francisco, y de la noche a la mañana, se encontró, como dicen, con los bolsillos planchados, sin un cuarto. El pobre tuvo que vender la casa y lo que le quedaba para ir pagando algunas deudas que había contraído.

Llegó Blas al pueblo con rico traje y sombrero elegante, y nadie podía creer que fuera el criado de don Francisco. Como el mejor caballero en el mundo es "Don Dinero", al poco tiempo se le llamaba don Blas, pues alternaba con el boticario, el médico, el maestro, con todos menos con el párroco.

Fué un día Francisco, el antiguo don Francisco, a casa del que había sido su criado, don Blas, y le pidió mil pesetas *prestadas*... ¿Y sabéis que hizo Blas?: pues lo más bonitamente que pudo le dijo que... que... que no se las quería dar.

¡Vamos! ¿qué os parece de este villano? ¿qué le haríais vosotros? ¡Cuidado con hablar en seguida! Que nos cogemos los dedos en la puerta: Don Francisco es el Sagrado Corazón de Jesús; nos ha criado, educado, alimentado con su cuerpo, nos ha redimido con su Pasión y Muerte, etc., etc.; y ahora se presenta, llorando, con el Corazón fuera del pecho, pidiendo a sus hijos consuelo, reparación; y buenamente (con harto mal nuestro) le decimos que no... ¡Comulgar a menudo! ¡no ir allá...! En fin, que lo de don Francisco y Blas se repite con frecuencia con el Sagrado Corazón. Esta es la reparación: ser buenos por los que no quieren serlo; comulgar por los que no comulgan; hacer bien por los que hacen mal. ¿Os gustó la historia? Pues otro día hemos de oir cosas más tristes que hacen con el Señor.

A. P., Congr.

¡Qué envidia me da!

Eran las ocho de la mañana. Don Gervasio, frotándose las manos por el fresquito que hacía, dirigía sus pasos al Instituto donde daba la clase de religión. De alta talla y de umbrosas cejas, de no pequeña nariz y de cano y algo escaso cabello, llamaba la atención en el claustro de profesores por su madureza en el hablar y por su tan sonora voz, capaz de hacerse oir por todo el ámbito del Instituto, aunque la artillería de la plaza estuviera maniobrando en su alrededor.

Pero no por eso se me hizo simpático cuando le vi por vez primera. Invitado por un compañero mío, entré un día en la clase. No se hizo esperar mucho nuestro bueno de don Gervasio. Uno de los bedeles abrió la puerta, quitó los polvos a la tribuna y al sillón, y, después de dirigirnos varias reconvenciones para que guardásemos

Universidad de Deusto
Biblioteca

orden, salió, tieso, delgadito, balanceándose ligeramente sobre sus torcidos pies. Al poco rato llegó el catedrático, anunciándonos su llegada: dos sonoros y prolongados estornudos, que causaron en nosotros la impresión que causa en el militar el sonido del clarín y el redoblar del tambor. Nos pusimos en guardia, y para cuando aquél traspasó la estrecha puerta, estábamos todos más serios que los cariátides que sostienen el largo balcón del Instituto. Sentóse en el sillón y pasó la lista. Notando que sobraba alguno en clase, levantó sus gafas, y recorriendo con su vista todo el ámbito de la clase, clavó en mí sus ojos.

—¡Hola! Un nuevo oyente tenemos. ¿Vendrá todos los días? Le puedo apuntar en la lista, si quiere...

—No, gracias, le respondí levantándome. He venido hoy invitado por este mi amigo y atraído por la fama de su doctrina y elocuencia.

—Vamos, es merced suya, que yo de mi cosecha poco tengo, dijo. Se caló las gafas y preguntó la lección.

Después empezó la explicación de un punto, que iba a traer cola, como dicen, sobre todo para mi amigo Jenaro. Tenía éste noble corazón, delicados sentimientos y finos modales, y, arrastrado por el ejemplo de su virtuosa madre, Jenaro se veía impelido a la virtud. Le agradaba sobremanera el trato con los religiosos y sacerdotes, gracias a lo cual se veía libre de la influencia malsana de las diversas piñas o cuadrillas del Instituto. Los condiscípulos le llamaban el "beato", y don Gervasio, cautivado de su carácter, le miraba como a hijo.

El día que asistí a la lección de don Gervasio, habló éste del principal mandamiento de Dios, del amor a Dios y al prójimo. Dejando la primera parte, se alargó sobremanera en la segunda y empezó a hablar de las misiones. Yo escuchaba embobado; creía oír a un gran misionólogo, a un erudito y sabio sacerdote.

Sin embargo, esta plática hizo bostezar repetidas veces a casi todos los oyentes. Hubo alguno que se entregó por completo al dulce sueño, teniéndole que despertar por lo fuerte de la respiración. Otros pintaron monigotes, y alguno, más atrevido, pintó a don Gervasio en el nicho de un altar, en postura poco elegante. Gracias a Dios que al bedel se le ocurrió tocar para salir de las aulas. Con esto se animaron todos, y el pobre don Gervasio, enjugando el sudor con el pañuelo, viendo el triste espectáculo que ha poco le ofrecía la vista de sus oyentes gimió, y mirando con triste mirada, como un Jeremías que contempla las ruinas de Jerusalén, dijo: "Qui habeat aures audiendi, audeat". ¡¡Pobrecitos!! Se os predica y no hacéis caso, pero ya llegará día en que os acordéis de don Gervasio.

Pero si don Gervasio se hubiera fijado entonces en su Jenaro querido, hubiera visto que silenciosas lágrimas resbalaban de sus ojos.

¡Qué alegre está la mañana! El sol ha vencido la oscuridad de la noche, y como atleta victorioso, vencidos los obstáculos, se lanza a recorrer su carrera; la Naturaleza, al ser azotada por los rayos solares, revive y despliega su tapizado manto; el riachuelo, serpeando por tan vistoso tapiz, deja escapar suave murmullo que alegra al cansado caminante.

Descuella entre el inmenso bosque que le rodea el airoso convento. Su afilada torre rasga los aires y alegra con el dulce tañido de sus bronces a toda la comarca.

Mientras nos hemos acercado al convento ha pasado bastante tiempo. La gente empieza a transitar por la calle, y de la puerta del convento salen dos frailes.

Acerquémosnos con curiosidad a ellos. ¡Cuál sería nuestra sorpresa al reconocer bajo uno de aquellos burdos hábitos a mi antiguo compañero de juventud! Nos saludamos, pero la entrevista fué muy corta, por la prisa de Jenaro, o Fray Jenaro, como le llamaba el otro religioso; a ambos les llamaba la campana. Le pregunté si podría verme con él de nuevo en el convento. Me dijo las horas de visita y nos despedimos.

Daban las 10 en la airosa torre cuando impaciente toqué en la puerta del convento. Un Hermano lego, de luengas barbas, de mirar tranquilo, encorvado ligeramente, con las gafas más distantes de la frente que de la punta de la nariz, me saluda con la consabida frase: *¿Qué trae usted?*

—¿Podrá bajar, Fray Jenaro, a la portería?, le dije, después de devolverle los saludos.

—Voy a avisar al Prior.

No fué muy larga la visita, pero sí lo suficiente para contarme su vida desde que nos separamos, cuando niños.

Luis, siguiendo el impulso de Dios y los consejos de su confesor, había realizado la gran obra de ingresar en aquella Orden. Feliz y alegre vivía con los humildes hábitos. Ahora deseaba y había conseguido la dicha de ir a misionar a los salvajes de África.

—¿Te acuerdas de la plática de don Gervasio? Su blanquecino cutis se había sonrosado con el vigor de la juventud, su rubia barba pequeña, pero bien cuidada, le prestaba energía y dignidad. Tan solo soñaba en sus negros, y deseaba que se acercase el día en que con el crucifijo al pecho recorriese anhelante los desiertos, y las selvas africanas.

Para terminar, confesaré que, desde aquella visita, ando yo sin poder sosegar, no queriendo hablar con Dios ni con los que le representan. Me parece oír su voz dentro de mí; a la que yo trato de hacerme el sordo, eso que preveo que si no la escucho voy a ser un desgraciado toda mi vida. ¡Qué envidia me da mi amigo Jenaro! ¡Ese sí que es feliz! ¡No puedo quitarle del pensamiento!

G. V., Congr.

¡De buena se libró!

Vivía hace ya pocos años en un pueblecito una pobre viuda, que no poseía sino la choza en la que vivía con su hijito de siete años, y su cabra.

Cada día solía este niño llevar la cabrilla al campo, mientras la madre se quedaba preparando su frugal comida o hilando al mismo tiempo que cantaba. Cuando he aquí que una tarde de verano, la cabra llega a casa sola. ¡Qué inquietud, qué ansiedades para la pobre madre!...

Todos los peligros imaginables se le presentaban a la vez: tal vez los lobos... o algún abismo y los mil accidentes que se le ocurren a las madres que quieren mucho y temen por aquel que no acaba de llegar.

Salió al punto en busca de su hijo y recorre a toda prisa los caminos que él solía frecuentar; le llama la pobre deshaciéndose en lágrimas y repite su nombre tan querido para ella.

Se hacía ya de noche, cuando por fin oye un gemido; se deja guiar por él y llega a un precipicio: allá estaba su hijo, pero no lograba verle, porque ya, apenas había luz.

Confesó después que queriendo coger una flor que estaba en el mismo borde, se había resbalado y caído, hasta que una rama de un árbol le recogió unos metros del borde del precipicio; allí se había quedado recostado, pero corría gran peligro de caerse.

¿Qué haría la pobre madre si no podía por sí misma salvarle? Y por otra parte, ¿cómo ir en busca de alguno, si todos los caseríos estaban lejos? Y, además, si se marchaba, quizás llegaría el niño a dormirse y entonces caería sin remedio. Su amor de madre le aguzó el ingenio. Pensó que lo que importaba era impedir que se durmiera; porque si resistía hasta la mañana siguiente, llegarían tempranito los segadores y le ayudarían a sacarlo. Sin más, se arrodilla en el mismo borde del abismo, y habiendo recomendado a su hijo que cante con ella, se pone a repetir uno tras otro los cantos que solía entonar mientras hilaba.

Temblaba de terror la pobrecita viuda, mientras rogaba a Dios y a la Santísima Virgen, y otro tanto hacía el niño recostado entre ramas. Este, casi dormido y cansado de cantar, apenas pronunciaba; llegaba a callarse por completo; entonces su madre le rogaba afligida y le pedía angustiada: "¡Hijo mío, por Dios no te duermas! ¡Canta, canta! Y comenzaba de nuevo.

Pasó en fin la noche; llegaron los segadores. Por medio de una cuerda bajó uno de ellos, cogió al niño y ayudado de los que quedaban arriba, pudo la madre, llena de alegría, abrazar a su hijo.

¡Qué inspirada estuvo esta madre! y ¡cuánto le alentarían las mismas canciones con que invocaban a la Virgen! ¡Con qué afecto las repetían!

Si nosotros tembláramos ante los peligros del alma como nos asustamos ante los del cuerpo, ya nos cuidaríamos más de no acercarnos tanto a cines y paseos, donde tantos están hundidos.

A. P., Congr.

¡Vaya unos juguetes!

Por cartas que recibimos de Misioneros Carolinos, conocemos las costumbres de aquellos bondadosos isleños.

El mismo clima les convida a pasarse, sobre todo a los niños, en el agua la mitad de la vida; son medio peces; aunque no tanto que no tengan sus embarcaciones más o menos primitivas. No les hace falta astillero; ellos mismos las fabrican ya desde niños.

A dos de éstos les trajo su padre dos troncos como juguetes, para que hicieran dos botecitos.

Uno de ellos no quiso molestarse en preparlo (era el consentido de sus padres); y ¿qué hacía? Echaba a rodar su tronco al mar, y con aquella su habilidad casi innata, se ponía a caballo sobre él y se dejaba llevar de la corriente, sin alejarse de la playa; claro está que a cualquier movimiento, el agua le daba media vuelta al tronco, y, a pesar de su rara agilidad y de revolverse en sentido contrario al del que el tronco giraba, se encontraba con frecuencia el muchacho nadando; así un día y otro día.

Hasta que una mala mañana se alejó tanto, y tantas veces se vió forzado a desmontarse y a montarse, que, exhausto de fuerzas, no pudo volver a la playa y, sin que nadie lo advirtiera, se ahogó.

Su hermanito era completamente distinto; sobre él habían cargado muchos quehaceres de la casa, lo mismo en la pesca que en la busca de ramas para hacer el fuego, y en la limpieza; estaba acostumbrado al trabajo.

Así que, apenas se encontró dueño del tronco antes de echarlo al mar, tomóse la molestia, durante muchos días, de ahuecarlo bien, hasta hacer de él un barquito bien estable.

Daba gusto y pena, al mismo tiempo, verle con qué afán y con cuánto trabajo iba, valiéndose de un cuchillejo, sacando pedacitos y pedacitos de madera; y cómo crecía la dificultad cuando se encontraba con algún nudo, más duro aún que su mal cuchillejo.

Cuando le creyó terminado, arrastró de mañana su tronquito al mar y se embarcó en él tranquilamente. Con dos palos, a modo de remos, lo manejaba a maravilla; y, sin separarse mucho de la orilla, se divertía con tanta o más tranquilidad que cuando jugaba en tierra.

Aquel otro hermanito impaciente ¡qué poco pudo disfrutar y con cuánto peligro y con qué fin tan triste! No quiso vaciar su tronquito, y en el agua y aun en tierra, todo era dar vueltas y dejarse llevar de todos los caprichos; estaba como su tronquito, relleno de sí mismo y aquella cabeza daba más vueltas que el mismo tronco en el agua.

¡Que no me eduquen a mí así!

Y ¿no ves qué buena aplicación tiene esta narración para ti y para mí, que estamos tan rellenitos de amor propio y tan inquietos? ¿No ves cómo una palabrita y, a veces, una sonrisa en que nos parece que nos dan a entender algún desprecio nuestro, en seguida nos hace dar vueltas al pensamiento y llega a veces hasta ahogarnos de tristeza?

En cambio, si nos vaciamos de nosotros mismos poquito a poco, veremos lo tonto que somos; y aunque vengan olas de desprecio, quedaremos siempre firmes y nada inquietos.

No hay como ser humilde para tener tranquilidad. ¿No te parece?

J. T., Congr.

Un valiente

Se lee en la preciosísima biografía del Padre Guillermo Doyle, jesuita irlandés, fallecido hace muy pocos años, después de una vida llena de sacrificios y virtudes, que en la última etapa de su vida fué destinado por la Divina Providencia al campo de batalla para dirigir las

Universidad de Deusto
Biblioteca

manos de los soldados irlandeses en la guerra europea, de tan triste memoria.

En una ocasión tenía que salvar gran distancia, que le separaba del grueso del Ejército. Tomó su bicicleta y emprendió la marcha. Pero ¿cómo seguir? El campo por donde tenía que pasar estaba barrido sin interrupción por los morteros alemanes. Pero no se resignaba a dejar a sus soldados sin el billete necesario para la eternidad. Llevaba el Padre consigo el mejor de los relicarios, conteniendo Formas consagradas que había de dar a sus soldados.

Oigamos ahora lo que dice el Padre Guillermo ante aquella indecisión. Estas o parecidas palabras son las suyas. No pudiendo resistir a la fuerza que Jesús hacía dentro de mi corazón, le dije: Voy, Jesús, sé que no permitirás que yo perezca y Tú quedes abandonado; y dió con todas sus fuerzas a los pedales; y ¡oh, milagro!, como él mismo dice, cuando me acerco donde más arreciaba el bombardeo, cesa éste de repente, para comenzar de nuevo una vez que hube sorteado el peligro.

En una de sus cartas, dice el Padre que no atribuyamos este hecho a su valentía ni mucho menos, sino a la virtud y gracia de éste sacramento que llevaba consigo.

Si ésto hace Jesús Sacramentado por la salud del cuerpo, ¿qué no hará en los peligros del alma? Nosotros nos alimentamos diariamente con este Pan de Angeles, y ¡qué dicha la nuestra!, muchas veces nos vemos rodeados de peligros y tentaciones, pues entonces dirijámonos a Jesús, con quien nos hemos estrechado aquella mañana, y digámosle: Estoy con Jesús, ¿a quién temeré?

E. A., Congr.

Otro valiente

En el drama de la guerra de Crimea hubo, entre otros mil, este episodio conmovedor. En el asalto de Sebastopol, sobre montones de cadáveres y en medio de aquel lago de sangre, descollaba un hombre de hierro que agitaba vigoroso su espada y en delirio sublime de entusiasmo guerrero continuaba mandando a los que no eran más que cadáveres. La atmósfera de fuego y de humo, que le envolvía, daba a la visión aspecto casi sobrenatural. Era un coronel que impávido y sereno y tranquilo escalaba él solo los muros de la plaza sitiada.

El general, admirado de tanto heroísmo, le mandó llamar, y tendiéndole los brazos, le dijo:

—¿Cómo habéis podido conservar sangre fría en medio de tantos horrores?

—Mi general, contestó sencillamente el coronel, es que he comulgado esta mañana.

F. G., Congr.

El camino del cielo

Muchos dicen: ¿y cómo seguiremos el camino del cielo, si no sabemos, ni conocemos la senda por la que se pueda ir?

Para que podáis responderles, os voy a contar lo que nos ocurría este verano, en el pueblo del Norte de España donde tenía yo a mi familia y donde había ido a pasar las vacaciones.

Hay allí un monte cubierto de árboles, con tal vegetación y tan exuberante que, a pesar de la gente que en él entraba para encontrar sombra en el verano, ni había ninguna senda ni camino practicable: como si no la pisaran, se cubría en seguida de verdura. En su interior se encuentra la fuente de la Gloria; así la llaman por el agua fresquísima y cristalina que de ella mana.

Nosotros, los congregantes que allí estábamos, para poder ir a la fuente a menudo y sin necesidad de guía, la primera vez que fuimos hicimos marcas en los árboles del camino, y así, guiándonos por ellas, íbamos y volvíamos sin extraviarnos para saborear aquella agua tan apetecida.

Pues bien, a ese monte, tan espeso, me ocurre a mí, que se le parece mucho nuestra vida en la tierra: en ella no hay camino para ir al cielo. Tenemos que guiarnos como para llegar a aquella fuente con las señales de los árboles; para ir al trono de la Gloria, nos podemos guiar por las huellas de la Pasión de Cristo y por las que nos han dejado los Santos que le han imitado; ellos nos han marcado señales bien claras, no en los árboles, si no en sí mismos, con la penitencia y vencimiento de todo sus gustos y repugnancias. Si no queremos vencernos y seguirles, estamos perdidos; no hay otro camino; para ir al infierno, como para perderse en un bosque, hay sinnúmero!

A. U., Congr.

Lógica marina

Un marinero que ya había hecho muchos viajes por mar, se ajustó a bordo de un barco que iba y venía a China; este viaje era más largo que ninguno de los que hasta entonces había hecho. Un amigo suyo trataba de disuadirle abultándole los peligros y aconsejándole que se quedara en tierra.

—Tonterías, replicó el marinero; no me hables de peligros; no hay más en el mar que en tierra. Y si no, dime: ¿qué fué tu padre?

—Marinero.

—¿Y dónde murió?

—Pereció en un naufragio.

—¿Y tu abuelo?

—Cayó al agua y se ahogó.

—¿Y cómo murió tu bisabuelo?

—Pereció en un buque que se estrelló contra unas rocas.

—Y, entonces, ¿no piensas tú que eres muy temerario en ir a la mar y arriesgar tu vida donde tantos de tu familia han perecido?

—Deja que yo te pregunte a mi vez, dijo el marinero: ¿en dónde murió tu padre?

—En la cama.

—¿Y tu abuelo?

—En la cama también.

—Y, entonces, ¿no piensas que eres muy temerario en ir a la cama, donde tantos de tu familia han perecido?

Convengamos en que Dios protege a sus criaturas, cuando le quieren y le sirven, tanto en mar como en tierra, y que castiga al que intenta sublevarse contra El en cualquier ocasión.

L. M. E., Congr.



Núm. 200.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Marzo de 1930

¿Por qué temer?

Ocurrió en el año 1916, durante la Guerra Europea. Marchaba un regimiento francés de Infantería en busca de otro regimiento alemán, con objeto de darle alcance e impedirle que se internase en territorio francés. Caminaron a marchas forzadas durante todo el día, sin haber descansado más que una hora para comer, y se sentían los soldados rendidos. Se les echó la noche encima y el coronel ordenó acampar en un valle poblado de árboles que allí había, con objeto de no ser vistos por el enemigo en caso de que pasase por allí cerca.

Como temían el coronel y demás oficiales que el enemigo no estuviese lejos, ordenó poner centinelas en la pequeña colina que había cerca del valle, y desde la que se divisaba grande extensión; dichos centinelas serían relevados al cabo de cuatro horas, y tenían orden del que hacía de jefe de disparar su fusil en cuanto viesen alguna luz o señal sospechosa. Llevaban ya una hora vigilando y no habían sentido nada que les pudiese alarmar; mas de pronto les pareció ver una luz a 30 ó 40 metros; acercóse uno de ellos a gatas y con el fusil dispuesto a disparar y al llegar cerca de la luz vió a un pobre aldeano, que había ido al pueblo vecino a vender el producto de su trabajo, y volvía montado en su borrico y con el farolillo en la mano, que le alumbraba el camino. Le echó el alto, y después de cerciorarse de que no era espía, ni persona sospechosa, le advirtió que se quedase allí a pasar la noche, pues si le veían los soldados, que no estaban lejos, le dispararían tomándole por enemigo. Hízolo así el aldeano, y dejando a un lado el farol, se puso a tantear el terreno donde descansar aquella noche.

Mientras tanto, los soldados, rendidos de cansancio, se habían sentado e iban durmiéndose poco a poco. Cuando estaban ya medio dormidos, uno de ellos oyó un ruido como de pasos, y vió entre sueños una luz; pero confiando en que sería el aldeano, se durmió del todo.

Ocurrió que el aldeano había ya apagado su farol y se había tumbado a dormir; y el ruido de pasos era producido por los alemanes, que se acercaban, y la luz era la de la linterna que llevaban éstos para ver el camino. Llegaron los alemanes al valle, y aun cuando los centinelas despertaron y dieron la voz de alarma, ya era tarde: el bosque estaba rodeado por el enemigo, tanto que los franceses no pudieron hacer nada y todos fueron muertos por el fuego de las ametralladoras alemanas.

Lo mismo nos puede ocurrir a nosotros si no estamos muy prevenidos y nos dejamos llevar de descuidos, como del sueño estos soldados; éstos nos conducirán a otros mayores y nos encontraremos rodeados por los vicios.

L. P., Congr.

Curiosa caza

Te voy a contar la caza del elefante. Quizás creas, al leer esto, que copio algún pasaje de Julio Verne; no, por el contrario, es labor de estos tiempos y de todos los días.

Ya sabes que la India es, en unión del Africa, tierra fértil para la cría de estos verdaderos monstruos, de estas fieras, que se pasean por la selva con la misma tranquilidad que Pedro por su casa, sin temor a ninguna otra alimaña; pues el león y el tigre, los dos caciques del bosque, se ven muy mal en la lucha con este enorme paquidermo.

Pues bien, hete aquí, como me contó un misionero, el asuntillo de esta narración.

Vamos a seguir a los cazadores de elefantes en caravana, guiados por el más perito en dirección a la selva. Ya han llegado a la selva donde saben habitan. No te parezca que van a sacar redes, ni tirar flechas, ni lanzas. ¿Qué conseguirían con esas armas? Dios le ha dado al hombre, tan inferior en fuerzas, modo de sobreponerse a los animales más fieros. Allí, en su entendimiento, encontró buena maña y ardid. En efecto, nuestros cazadores observan, y ven que las piernas de los elefantes no tienen el

Universidad de Deusto
Biblioteca

luego que las de los demás animales, que, con casi la misma facilidad, se levantan como se acuestan; no, las suyas carecen de esa facultad.

Convienen entre sí los cazadores y dicen: Si cae, no puede levantarse; así que es preciso hacerle caer. ¿Cómo?... ¿Quién echa en tierra aquella mole sostenida por tamañas columnas?

Continúan observándole; y le ven después internarse más en el bosque y dirigirse a un tronco robusto y allí recostarse sobre él y quedarse dormido. Ahí está la solución, dice uno de ellos. Los cazadores se fijan en el árbol; vuelven al día siguiente con una sierra; calculan, lo que es dificilísimo de acertar, cuánto deben serrar del tronco, para que no se rompa hasta que esté del todo recostado.

En efecto, el elefante, impulsado por la fuerza de la costumbre, al atardecer, va a su tronco; se recuesta; el tronco cruje un poco; no cae, pero no se da cuenta del peligro, y, cansado, se apoya del todo, y el peso de la enorme masa vence y cae al suelo acompañado del árbol.

Los cazadores han cobrado su presa, celebran su victoria, ya es suyo.

¡A cuántos le pasa otro tanto! Confiados en que pueden apoyarse en aquel amigo, se ven, cuando menos lo piensan, no sólo sin apoyo, sino empujados por él a diversiones peligrosas y caídos miserablemente. Cuando se vive entre tantos peligros ¡qué bueno es ser algo desconfiado!

J. M. E., Congr.

Tres pesetas que valen por tres millones

Me lo contó el mismo Padre a quien ocurrió el caso. Era en la sacristía de una población del Norte, que no es Bilbao. Acababa el Padre de explicar el Evangelio, que se leía en la misa de aquel domingo, cuando le anuncian que el tío Pachuco (así se llama este pordiosero muy conocido de todos) quería hablarle.

Salió nuestro Padre con aire sonriente, y saludándole al pobre con muy buenas palabras le dice: "Mire usted: ésto es todo lo que hoy puedo ofrecerle, como ve, poco más que buenas palabras; pues ya sabe usted que yo soy tan pobre como usted mismo y sólo puedo darle algún dinero cuando alguna alma buena me lo entrega a mí para que lo reparta".

—¡Oh, no!—respondió el anciano—; Dios le pague su buen corazón; pero hoy no le pido dinero. Soy yo quien vengo a dárselo. Y (al mismo tiempo ofrecía al Padre en el hueco de su mano huesuda y temblorosa hasta tres pesetas en calderilla), añadiendo ante la admiración de éste: Para las Misiones, Padre, son para las Misiones.

—Bien, hombre, pero ésto no puede ser; ¡si usted es el que más lo necesita! ¡De ninguna manera!

—Padre, yo soy muy pobre, usted bien lo sabe; vivo de la limosna que cada día me dan, y hay veces en que recojo poco, muy poco, lo suficiente para no morirme de hambre; pero, mire, esta vez no me ocurre así; Dios, que es tan bueno, me ha dado lo que necesito para toda una semana y además estas tres pesetas. Porque, Padre, con cinco perras que les dé, me admiten a dormir en aquel camaranchón (ya sabe usted dónde); otras cinco me cuesta la comida; así que todo lo que pase de las siete pesetas, me sobra, y hoy tengo diez. Bien me vendrían para comprarme una bufanda, porque a las mañanicas paso un poco de frío; pero, Padre, esos pobres chinos de quien hablaba usted en la iglesia me han dado mucha lástima. ¡Ah, yo nunca había oído tales cosas!—añadió conmovido—. Que haya tantos que no sean cristianos como nosotros y que quieran serlo, y llamen a los Padres, y los Padres no puedan atenderlos. ¡Pobrecillos! Más vale que se hagan cristianos, aunque el tío Pachuco pase un poco de frío.

No hubo modo de persuadirle de que conservara sus perrillas para comprarse la bufanda, y así hubo el Padre de poner fin a la porfía aceptando tan hermosa oferta.

"Son tres pesetas que valen por tres millones —me decía el Padre con emoción—. ¡Qué lluvia de gracias no habrá derramado Dios nuestro Señor, por los méritos de este sacrificio, en las almas de los infieles! Y ya ve usted, el pobre hombre movióse a esta generosa acción por unas cuantas frases que dije sobre las Misiones en mi explicación del Evangelio.

¡Qué excusa tendremos nosotros, que tan bien conocemos lo que a Dios nuestro Señor agrada esta obra, si no hacemos con oraciones y pequeños sacrificios siquiera lo que hizo este pobrecito!

S. M., Congr.

Interesante carta

En esta hermosísima carta de un misionero jesuita en la India, he leído, entre otras edificantes noticias, éstas, que a continuación transcribo.

"Esta misión se ha dividido en dos diócesis. La nueva se ha formado en la célebre misión de Chota-Nagpore, que tanta gloria está dando a Dios por el número de conversiones que hay al año. Estas comenzaron en 1885, gracias al enérgico impulso del P. Lievens, S. J.; en ese tiempo apenas había un católico y hoy cuenta con 224.606, y estos últimos años ha habido unas 10.000 conversiones anuales; y ¡cuántas más se podrían obtener si hubiese gente para instruirles!, pues muchas veces vienen caravanas de 400 á 500, reunidos de varios pueblecitos lejanos, a la casa del misionero pidiendo ser instruídos en nuestra Santa Religión, pues dicen: "*Hemos oído que ustedes son los que enseñan el camino de la eterna salvación y también nosotros queremos unirnos a vuestra religión para salvarnos*". Es verdaderamente consolador ver cómo el Señor bendice a esta misión..."

"Los que en estos reinos gobiernan son los reyezuelos naturales de aquí, que nosotros llamamos *Rachas*; éstos tienen grandes poderes. Todos ellos son hindús o mahometanos que no pueden ver a nuestra Religión; ahora temen, a vista de tantas conversiones como se verifican al año, perder su poder; porque en pocos años todos sus vasallos se unirán al gremio de la Iglesia católica."

"Uno de estos reyezuelos comenzó hace algún tiempo a perseguir a los católicos, tanto que hizo algunas matanzas que fueron verdaderos martirios. Entonces el señor Arzobispo acudió al Gobierno inglés, quien le castigó severamente por sus injusticias...

Cercano al sitio donde estoy no ha entrado todavía ningún sacerdote católico a trabajar entre los indígenas, y tampoco quiere el señor Obispo que empiecen por la sencilla razón de que no hay misioneros para abarcarlo todo."

Creedme, las lágrimas se me cayeron al leer principalmente estas palabras: "No hay misioneros para abarcarlo todo". Caravanas de 400 y 500 que van a casa del misionero pidiendo ser instruídos por falta de misioneros. Los misioneros, como muchas veces he leído en las revistas de misiones, trabajan todo lo que pueden y aun más de lo que les permiten sus fuerzas, y, sin embargo, no pueden atender a todos. Y yo ¿por qué no he de ayudarles? He ido a los pies de la Santísima Virgen y con muchas lágrimas le he pedido la gracia de ser misionero.

¿Y no te pasa a ti otro tanto? ¿No querrás ser misionero para salvar tantas almas? Aunque sin duda es muy grande, yo espero conseguir esta gracia; y mientras tanto os prometo, Madre querida, no dejar ningún día de ir a Misa y a comulgar y ofrecer la Comunión y la Misa por las Misiones y para que yo sea misionero.

M. G., Congr.

Las mamás

No hace aún muchos días me encontré con Luis, mi amigo y congregante, a eso de las cinco de la tarde de un día de invierno.

—Pero, chico, hube de decirle al verle tan ensimismado, ¿qué te pasa?

—Nada, que acabo de reñir con mi mamá y hermanas.

—¡Caramba!

—Nada, chico, empeñadas en que las acompañe al cine... y todos los días lo mismo: "Luis, que no sirves para vivir en sociedad, que así no vas a valer para nada...

—¡Hombre! ¿Por no ir al cine, no vas a valer para nada? En mi casa nadie va a los cines, ni falta que hace...

—Pues en casa dicen de vosotros que sois una partida de sosos...

—Nada, les das las gracias de mi parte... y les dices que precisamente por eso hacemos vida de familia, que somos felices; y nuestros negocios van admirablemente; y a todo esto, ¿qué dice tu papá?

—Pues que no soy ya niño, y que haga lo que mejor me parezca...

—Menos mal.

Y Luis, que es un joven consciente, rico e inteligente, resiste varonilmente como debe hacer todo joven que se precie de serlo. Y yo me decía para mí: Pensar que la mamá y hermanas de Luis frecuentan los Sacramentos, y ven con toda frescura tanta porquería como se les presenta en el cine.

Cuentan de doña Blanca de Castilla, madre de S. Luis, rey de Francia, que con frecuencia solía decir a su hijo entre transportes de cariño acendrado: "Hijo mío, Luis; ya sabes cuánto te quiero; pues preferiría verte muerto a mis pies, que manchada tu alma con un pecado mortal". Hermoso deseo que han manifestado a sus hijos muchas madres dignas de este nombre.

¡Cuán al contrario obran otras mamás que, llamándose cristianas, frecuentando los Sacramentos, dan muestras de haber perdido no sólo el sentido cristiano, sino aun el sentido común, cuando permiten y aun incitan a sus hijos a meterse en mil peligros de los que rarísimas veces sale el alma sin algún grave pecado...

K. C., Congr.

Lo que enseña un tapiz

Iba yo una tarde de paseo con mi amigo, cuando pasamos delante de una tienda, en la que ponía con grandes letras "Gran Tapicería Turca". Como yo era aficionado al arte me quedé a ver los preciosos tapices que había en el escaparate. Mi amigo, que conocía al encargado de la tienda, me dijo si quería pasar con él a ver otros mejores que aquellos. Pasé con él al almacén, donde vimos estupendas obras de arte que me encantaron. Al llegar a un rincón del almacén vi un gran paquete de tapices, levanté por curiosidad una punta del primero que había y quedé asombrado de la hermosura de aquél; como estaban atados no pude ver más que la cabeza de un precioso caballo, tan bien pintada que me quedé asombrado; mi afición al dibujo y mi curiosidad despertaron en mí vivo interés por ver aquel tapiz, pero como era tarde, no pudo complacerme el encargado de la tienda.

Una semana después pasé por delante del mismo comercio, donde había mucha gente apiñada; esperé y conseguí llegar hasta el escaparate; y cual no sería mi asombro al ver allí ya desplegado el tapiz que había despertado en mí tanto interés; sólo se oían entre la gente exclamaciones de admiración hacia aquella obra de arte que representaba una escena del Quijote tan al vivo y con tan preciosos colores, que parecía como si fuesen a moverse las figuras en él representadas.

Me quedé allí más de media hora con la boca abierta viendo aquella preciosidad. ¡Qué obra de arte!, decía la gente, y con razón.

Cuando me encontré solito en mi cuarto me vino el recuerdo de aquel precioso tapiz, que días antes, con sólo descubrir una esquinita, previ que debía ser precioso; y dije para mis adentros: Algo así nos pasa con los misterios de nuestra fe: con sólo descubrir un poco con la luz de la fe el misterio de Dios hecho niño y hombre por nosotros, quedamos prendados de tanta hermosura y de tanto amor.

¡Qué será cuando en el cielo se nos despliegue este misterio y veamos toda la verdad y todo el amor que en él ahora se encubre! ¡Lástima que con el pensamiento en la Vida y Pasión de Cristo no desenvolvamos más este misterio; cuánto más felices seríamos! No desearíamos ver y pensar en otras cosas de aquí abajo; y mucho menos si nos apartan de Dios.

L. P., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

¡Vaya un cieguecito!

El año 1873 en Imerina (Tananarivo), nacía de una familia malgache aquel niñito que, más tarde, había de llegar a ser Pedro el catequista. ¡Pobrecito! A los pocos días de su nacimiento, a consecuencia de una enfermedad, quedaba nuestro héroe completamente ciego. En vano atisbaba su madre el nido de su hijito para arrancarle con su mirada las dulces sonrisas con las que los pequeños rinden sus primeros tributos de agradecimiento. —¿Qué espíritu dañino habrá tomado asiento en nuestra criatura?, se preguntaban los padres. Por último, como única solución, decidieron presentarse en la choza del viejo hechicero. No muy lejos de la propia tenía levantada una tienda en la que el adivino consultaba a los espíritus en medio de muecas y ceremonias horripilantes y repartía a los ignorantes pobladores del lugar los precavedores brebajes que componía con sus ocultas ciencias. Cuando llegaron, Bitaba, este era el nombre de aquel brujo, asentado en cuclillas, junto a unos rescoldos, examinaba detenidamente el chispotroteo que a veces saltaba de entre las moribundas brasas, y después, mirando hacia los cielos y elevadas las manos exclamaba: "Aitza, Aitda, Aitta remmu". Maravillados y llenos de supersticioso respeto contemplaban los padres estas ceremonias, sin atreverse a adelantar ni un paso más y sin tampoco decidirse a retirarse a su cabaña. Pero el viejo Bitaba ya los había notado. Irguióse como una pantera enfurecida porque habían venido aquellos importunos a turbar su conversación con "los espíritus del fuego" y amenazólos con mil maldiciones que entremezclaba de incoherentes frases. Mas, después apaciguóse de repente y exclamó: "No está bien que yo, saludador de las eternas regiones, me turbe por tan poca cosa; antes por el contrario, voy a complaceros en lo que de mí deseáis. Ya sé que venís a averiguar, por mediación de mi ciencia, los auspicios de vuestro nacido. Escuchad mi voz. El espíritu del mal que engendra todos los males morará junto con él y todas las maldiciones pesarán sobre sus protectores. El dios del fuego exige una nueva víctima", dijo. Y después de guardar la gallina que le regalaban sus parroquianos, comenzó a vociferar y espamodearse de modo que los esposos huyeron despavoridos.

¡Pobre cieguecito! En un rincón de la choza la supersticiosa madre alentaba el fuego criminal donde nuestro malgache, abrasado, terminaría el corto número de sus días. Su padre lo tenía entre los brazos para atarlo a la estaca en la que se le arrojaría a las llamas. El cieguecito comenzó a llorar tristemente, mientras sus ojos perdidos se movían, como automáticamente, en todas direcciones. Aquellos gemidos eran un puñal que taladraba los corazones de los desgraciados padres, que amaban, pero cuya superstición traspasaba toda medida. Y el padre levantó en alto el inocente cuerpecito que había quedado violentamente sujeto a la estaca..., pero el ángel de Isaac velaba sobre el futuro apóstol. Pasó cerca de ellos un cristiano de la familia y a fuerza de súplicas pudo arrancar al cieguecito del inminente peligro. Dios guarda a los suyos.

Vivió nuestro cieguecito. Se bautizó con el nombre de Pedro. Hasta su mayor edad no tuvo otro oficio que el de preparar los montones de arroz. Más tarde entabló amistad con el misionero. Se ejercitó en diversos oficios y, por fin, pasó a llenar el papel por excelencia a que Dios le había destinado. Todas las gentes se disputaban la amistad de Pedro el ciego. Era el gran catequista. Tenía algo del espíritu apostólico de S. Pedro y de S. Juan hablando de Jesús. Era entusiasta de las eternas verdades. Conducido por un pequeño malgache, visitaba los lugares más distantes de la misión, repartiendo paz a los espíritus, ideales a los corazones, salud a los enfermos. Desde 1895 hasta 1923 supo practicar el oficio más grande de este mundo y el que llena el testamento de Jesús, que al morir nos mandó: "Id y predicad a todas las gentes". Y murió por fin venerado por todos como un santo.

¡Cómo supo convertir aquella vida, tan triste de suyo, de ciego, en la más alegre de apóstol! ¡Cómo le consolaría el Señor al ver cómo le bendecía con conversiones sus diarias pláticas!

En mi mano está tener consuelos de éstos, si aprovecho las ocasiones de hacer bien a otros.

J. M. de M., Congr.

¡Pobre conejo!

"La sangre es necesaria para la vida; corre por todo el cuerpo, lo vivifica, reparte por él todas las sustancias nutritivas; la sangre es una parte esencial de la vida"—Así se explicaba mi profesor desde su cátedra—. "Voy a darles una prueba":

Toma en sus manos un conejito, le abre una arteria, la sangre comienza a fluir, aplica a la arteria un tubito de goma y por él la sangre se va a parar a un depósito previamente dispuesto, sin aire y a la temperatura del animal. El pobre conejo cesa en sus movimientos, cierra los ojos, para la respiración, el corazón deja de latir; en fin, el conejo parece que está muerto.

El doctor, sin perder tiempo, pues empezaba ya a enfriarse, va introduciendo cuidadosamente la sangre en la arteria; el corazón comienza a latir, se reanuda la respiración, abre los ojos y se mueve inquieto. Cuando el profesor volvió a atar la arteria, el conejito escapó saltando. La sangre le había devuelto la vida.

Pues algo así pasa en el alma: la gracia es su vida, la vida es imposible sin la gracia, su muerte es el pecado. Pero en esa alma en pecado introduzcamos de nuevo la gracia y el alma volverá a vivir. ¿Quién es, quién ha de introducir la gracia en el alma? ¿Quién es el médico? ¿No es Jesús, a quien representa el sacerdote?

Ya sabes que los conejitos son los animales destinados a terribles experiencias. No haga contigo de conejo algún compañero, que te quite la vida del alma y te enseñe a pecar. Debes ser muy desconfiado y saber correr de esas matadoras manos.

J. A., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

FLORES Y FRUTOS

Núm. 201.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Abril de 1930

Conformándonos en todo con los vehementes deseos del Romano Pontífice, Pío XI, llenamos todo este número con relaciones sobre la desgraciada Rusia, que, por querer deshacerse de todo espíritu cristiano, se ha despojado, como verán en estos relatos, hasta de los sentimientos que pocas veces faltan a las mismas fieras.

Quiere nuestro Santo Padre que pidamos mucho por pueblo tan desgraciado. ¡Salvador del mundo! ¡Salvad a Rusia!

¡Vaya un paraíso rojo!

Un obrero revolucionario, por más señas, te va a relatar en qué consiste el paraíso rojo. Se llama Leonidas S..., que en el año de 1905, estaba empleado en el ferrocarril del Wladicáucaso. Dicho ferroviario fué quien condujo un tren lleno de obreros amotinados que se dirigían a Rostor del Don, para ayudar al levantamiento que en el año de 1905 se había producido en dicha ciudad.

Así, pues, había participado en la revolución de 1905, y desde ese momento, fué uno de los más seguros servidores que en Rusia tuvo el partido revolucionario.

Más tarde se le destituyó de su empleo de ferroviario, bajo el pretexto de que había formado parte, en 1905, del partido de los socialdemócratas, llamados en Rusia los "Menchevikes". Estuvo bastante tiempo sin trabajo, hasta que al fin, lo encontró en el servicio de aguas de Rostor. Con todo lo que ganaba no le bastaba para alimentar a su familia y se vió obligado a ir de puerta en puerta para encontrar algún trabajo suplementario como trastejador o plomero.

Es de saber que este obrero, a costa de grandes ahorros, había llegado a reunir un capitalito y habitaba en una cómoda casita situada junto a la estación, próxima a su puesto de trabajo.

Han pasado veinte años escasos y aquel, que antes vivía con tanta comodidad y desahogo, ahora que en Rusia domina el poder obrero habita una reducida buhardilla situada en los arrabales, en la que reina tan espantosa miseria que, para poder comer en vajilla, se ven precisados a comer uno tras otro, pues no tienen más que un solo plato. Antes de la revolución, ese obrero estaba bien vestido; hoy anda cubierto de harapos, teniendo que hacerse el mismo para sí y para los suyos los vestidos, y acepta, llorando de gratitud los sacos vacíos de harina que una persona caritativa le da de limosna. Sólo una vez a la semana puede tomar carne, en la miserable mesa, sentados en tres desvencijadas sillas y en la paupérrima cama que completa el mobiliario. Hasta sus hijos carecen de un vaso de leche y sus escasos recursos no le permiten más que una sopa, que mejor pudiera llamarse agua caliente.

Y esto que he dicho de este obrero lo podría decir de muchos otros, como por ejemplo, de un serrador que, habiendo estado empleado por espacio de 20 años en una de las más importantes fábricas, fué expulsado sin ninguna clase de consideraciones, por haber pertenecido al bando de los "Menchevikes", viéndose obligado a ir de casa en casa en busca de ocupación.

Muchas otras cosas podría decir en las que se manifiesta el grado de extrema miseria a que ha llegado este individuo, y como él, tantos otros.

¡Lástima que no vean estas miserias las delegaciones obreras que a veces van del extranjero.

320317

Procuran ocultárselas y sólo les enseñan lo que les conviene de su organización y todo el odio que encierran contra todo lo que suponga orden y religión.

No, el comunismo no ha producido en Rusia, y digase lo mismo, en cualquier otra parte que haya querido implantarse, otra cosa que calamidades y desgracias.

¡Roguemos por Rusia, para que el Señor se compadezca de nuestros hermanos que sufren, sin conocer que la verdadera libertad, igualdad y fraternidad, está en el que nos mandó que todos nos amásemos como hermanos! ¡Roguemos por Rusia!

J. L., Congr.

¡Qué dos niños!

Era un anochecer del mes de enero; del cielo cubierto de densas nubes comenzaron a caer los primeros copos de nieve; el viento frío, penetrante y sutil hacía aligerar el paso de los poquísimos transeúntes que caminaban por las calles de Varsovia.

Si nos hubiéramos encontrado entonces en una de las Avenidas de esta ciudad, no hubiéramos podido menos de fijarnos en dos pobres niños, de 10 á 12 años, que sin más abrigo que una camisa y una chaquetilla que dejaba penetrar el aire por sus numerosos agujeros, con unos calzones cortos y unas botas que no defendían sus pies de la humedad, caminaban todo lo deprisa que les permitían sus entumecidos miembros. Iban con el cuello de la chaqueta subido y las manos hundidas en los bolsillos, y con la nariz, las orejas y los labios terriblemente amoratados por el frío, que les hacía temblar y castañetear los dientes.

Si compadecidos de su miseria hubiéramos ido a hablar con ellos, nos hubieran dicho que iban a pedir limosna a la puerta de algunas casas, pues con estar ya anocheciendo no habían probado bocado, y que luego se acostarían juntos en un montón de basura que había en las afueras, encontrando allí el calor que en otras partes les faltaba.

Estos desgraciados niños eran dos hermanos, Patricio y Luis, y si les hubiéramos seguido de lejos, bien pronto hubiéramos visto que al llegar a un cruce de calles, Patricio tomaba la calle de la derecha y Luis la de la izquierda, para ir pidiendo de casa en casa, y volver a juntarse en la plaza en que estaban citados.

Sigue cayendo la nieve, y la oscuridad es cada vez mayor; Patricio se dirige al portal de una casa en el preciso momento en que sale una señora, la cual viendo al niño calados las ropas, las lágrimas en los ojos y temblando por el frío y la fiebre, que empieza a apoderarse de él, se compadece y le invita a entrar en su propia casa.

Una vez en ella le da vestiditos secos, le sirve una buena cena y ella misma le prepara cama y cuarto bien caliente; después que Patricio hubo terminado de cenar, le conduce ella misma al cuarto que le tiene preparado, rogándole con mucho cariño e insistencia que le pida todo lo que necesite o quiera; pero Patricio tiene mucho sueño, y nada tiene que pedir, porque después de haber cenado tan bien, ¿qué otra cosa podía desear sino una cama como aquella, que le estaba esperando?

¡Egoista! Tenía a su hermano esperándole en la plaza y le iba a dejar dormir al aire libre, sin haber probado un pedazo de pan, y no le suplica a tan generosa señora que reciba también a su hermano!

Al amanecer de la jornada siguiente, la ciudad está cubierta de nieve; los encargados de la limpieza encuentran en un montón de basuras el cadáver de un niño muerto de inanición y de frío. Aquel pobre niño era Luis, y el causante de su muerte... su hermano Patricio.

¿Te parece mentira que haya egoistas tan grandes; y muchísimos? ¿Y no ves tú también las miserias que sufren tus hermanos los niños rusos? Y por ventura, ¿sacrificas por ellos algo de lo que a ti te sobra? ¿Pides por ellos al que sabes que pidiéndole de veras te lo concede todo? ¿No ves que el mismo Jesús, que, sin que siquiera tú le hayas pedido, te ha colmado de beneficios, y quiere y te manda por medio de su Vicario en la tierra, que le pidas por aquellos hermanos tuyos?

No seas egoista, mira todo lo que te sobra. ¡Cuántas comodidades tienes, cuánto te quiere Jesús, que te ha puesto en país tan bueno, que todos los días te espera para que le recibas, y mira, por otra parte, las miserias que sufren esos hermanos tuyos, los niños rusos, y después mírate en el espejo de Patricio. Te parece que se portó muy mal, ¿verdad? Pues no hagas que el mismo Jesús y su Madre formen de ti la misma lamentable opinión.

F. G., Congr.

Este salió bien librado

Le conocí personalmente y tuve el consuelo de oír de sus labios su trágica historia. Era ya entrado en años, miembro de una aristocrática familia del sur de Rusia. Dedicado a la pintura y al turismo, había visitado en jira artística casi toda Europa y gran parte de España, de la que conserva gratos recuerdos.

Sorprendióle en su ciudad natal la revolución bolchevique. No hallándose seguro en su casa, mientras rodaban las cabezas de innumerables amigos y compañeros suyos, decidió retirarse al campo a una modesta quinta que poseía en una aldea cercana. Su hermana, con quien hasta entonces había vivido, se quedó en la ciudad para tenerle al tanto de lo que ocurriese.

De repente, un día, vió su casa y jardín cercados de los emisarios soviéticos, mientras dos de ellos, atravesando el jardín, llamaban a la puerta.

Ya os podéis figurar lo que después sucedió. Le prendieron, le echaron en la cárcel, donde encontró a muchos conocidos, gente de la aristocracia; médicos, abogados, oficiales, etc., unos condenados ya a muerte, otros esperando la sentencia. Cada día desaparecían 5, 8 ó 10 de los prisioneros, fusilados por los rojos. Por fin le llegaba también su turno: fué condenado; pero fué diferida la ejecución por algunos días.

Intervinieron unos judíos, que con promesa de librarle, le sacaron muchos miles de rublos, que los guardaba bien escondidos su hermana.

Se acerba ya el día de su muerte. Tranquilo y resignado la esperaba él, consolado con las esperanzas que le daba su fe en Cristo y en la otra vida. De improviso óyese detonaciones y explosiones, silbidos de obuses y estrépito de edificios que se derrumban. Los prisioneros creyeron llegada ya su última hora.

Pero pasado el primer espanto, observaron que todos los soviets que guardaban la prisión habían huído y que marinos ingleses, que habían iniciado desde los barcos de guerra el bombardeo, perseguían a los rojos por las afueras de la ciudad.

Después de libertar a todos los prisioneros e invitar a cuantos quisieran a trasladarse en sus barcos a tierras más hospitalarias, abandonaron la ciudad, y nuestro pintor, a bordo de un acorazado, agradecido a la providencia de Dios, tomaba puerto en Salónica y de allí se trasladó a París, donde comenzó a tratar con un Padre jesuita. Después de un año de íntimas conversaciones con él, persuadido de la verdad del catolicismo, abjuró el cisma, a pesar de las amenazas de los cismáticos, y poco después se sintió movido a imitar la vida del que le había convertido y pidió ser admitido en la Compañía de Jesús. Terminado su noviciado, le enviaron a Lyón. Allí edificaba no poco ver a un señor de más de 50 años asistir a las clases para aprender la Sagrada Teología con otros que eran como niños comparados con él.

Así se prepara con esperanzas de poder volver a trabajar en su desdichada tierra y convertirla a Cristo.

¡Qué agradecido está, y lo estará, por haberle librado el Señor de aquella cárcel, donde tantos otros encontraron la muerte.

J. N., Congr.

Habla un Cónsul

Al llegar a Persianoskaia (Rusia), cuenta un cónsul europeo, hallé que la localidad estaba en manos de una tropa de 23 niños de la colonia infantil soviética de Novotcherkaussk. Estos 23 niños, educados por los soviets sin religión y sin moral, acaban de formar una cuadrilla de bandidos. Armados de fusiles, revólveres y cuchillos, lo primero que hicieron fué apoderarse de las autoridades del Establecimiento. Una vez apresadas éstas, echaron mano de todos los muebles de la casa, los cargaron en carros y los trasportaron al bazar, donde los vendieron en pública subasta.

Después de cinco días, en que gobernaron como unos tiranuelos, cometiendo toda clase de robos y brutalidades, el Gobierno Soviet les envió una delegación para persuadirles que hiciesen la paz. Ellos se negaron a ello y despacharon de malos modos a los enviados, que estuvieron a punto de perder la vida a manos de aquellos apaches. El Gobierno no tuvo más remedio que enviar un destacamento militar con cañones y ametralladoras. Cercaron éstos la casa donde se habían refugiado los niños bandidos, y por fin se apoderaron de ella por asalto, desarmando a aquellos apaches.

¿Creéis que castigaron a aquellos niños malhechores? Al contrario. Precisamente éstos, que son capaces de todos los crímenes, son los más aptos para hacer de espías y policía de los soviets. Por eso les dan unas cuantas instrucciones para que todo su instinto perverso lo dirijan contra las personas honradas, contra los burgueses, y pronto serán los mejores agentes policíacos del comunismo.

Este es el fruto de la educación sin Dios y sin moral cristiana. Demos gracias a Dios, que nos ha hecho nacer en una nación donde el amor de Dios y del prójimo y la guarda de los Mandamientos se nos inculcan ya desde el uso de razón.

A. I., Congr.

¡Qué viaje y qué suerte!

Era el hijo del director de una de las minas de oro de Siberia. Su padre, viendo su peligro y el de su hijo le dió un buen abrigo de pieles y los pocos rublos que tenía en el bolsillo y le aconsejó que huyera y se salvara.

Poco después caía el padre en manos de los bolcheviques para ser pronto fusilado.

El hijo, de 16 años, logró llegar a Moscú, y se refugió en la Embajada lituana, pues descendía, por su madre, de lituanos. Un día, mientras se paseaba con un agregado de la Embajada, le abordaron dos agentes soviéticos. —¿Es usted fulano de Tal y Tal? (su nombre).

—Sí, lo soy.

—Pues tenemos orden de que nos siga.

Llevároníe a la cárcel y a los pocos días le notificaron la sentencia de deportación a Siberia.

Iba nuestro joven en el interminable transiberiano contemplando las llanuras nevadas y pensando en su triste porvenir de trabajos forzados en aquella tierra tan inhospitalaria, cuando dirigiéndose al soldado que le guardaba le dice: —Déjeme usted suicidarme; pues cualquier muerte será mejor que la vida que me espera." Y calculando bien el salto, se tira del tren sobre la espesa nieve, se hace el muerto mientras pasa el tren y luego, enteramente ileso, gana a pie el pueblo más cercano. La cabaña de un antiguo militar, a quien contó sus desgracias, le sirvió de abrigo unos días, y decidido se lanzó a peregrinar de pueblo en pueblo, hasta ganar la frontera turca.

Entre mil peripecias y penalidades logró por fin su deseo y apenas pisó tierra turca, expuso su caso al primer agente turco de la frontera y consiguió ser enviado a Constantinopla.

Viendo allí un barco que iba a zarpar para Marsella se arregló para meterse oculto entre el carbón, consiguiendo así llegar a Francia. Se dirigió a Lyón.

Para ganarse la vida, trabajaba como peón en obras públicas y dormía debajo de un puente, cuando fué descubierto por un Padre Jesuita que se ocupa allí de los rusos emigrados. Este Padre, profesor de la Universidad, ha logrado ya convertir a varios cismáticos, sobre todo jóvenes; pide limosna y ha pagado a varios la carrera en la Universidad. Algunos se han hecho sacerdotes y trabajan ahora por la conversión de sus paisanos emigrados.

Nuestro joven, a los seis meses de estudiar, era el primero de su clase. Pronto se convirtió

Universidad de Deusto
Biblioteca

también al oír las explicaciones de la religión católica que les hacía el Padre.

Luego mostró su inclinación por la ingeniería. Facilitáronle estos estudios y una vez adquirido con brillantez el título, consiguió una buena colocación, primero en Francia y luego otra mejor en Lituania como ingeniero del Gobierno. Hoy sigue siendo muy buen católico y muy agradecido al Padre que le protegió y convirtió. Sus frecuentes cartas son modelo de delicadísimos sentimientos, muy propios del alma rusa.

N. I., Congr.

Habla un obrero ruso

Va a hablarnos un obrero que trabajó en la fábrica de tabaco "Asmolov", llamada después "Rosa Lusemburgo": Gano 58 rublos (unas 180 pesetas) mensuales; pero, cuando voy a cobrar, me presentan una extensa lista que reduce muchísimo mi jornal, pues me obligan a contribuir con un buen tanto por ciento a la Unión profesional; pagar medio rublo para el Aviokhim", Sociedad para desarrollar y consolidar la defensa química y aérea de la U. R. S. S. Además, me quitan 40 kopeks para el "Mopr", socorro rojo internacional; otro tanto para los huelguistas ingleses; lo mismo para el sostén del comité de las fábricas, etc., etc. En total, el jornal que me queda después de todas estas sangrías viene a ser de unos 40 rublos.

Si intento protestar y les digo que nada tengo que ver con el "Aviokhim" y con los huelguistas extranjeros, me despachan de la fábrica, que es lo mismo que dejarme sin pan y sin vestido, y me pondrían preso.

Esto les pasó a tres compañeros míos, les despidieron y la célula comunista de la fábrica, que es la institución más autócrata, se negó por completo a darles trabajo.

Y no hay otro remedio que callar y contentarse con los 40 rublos supervivientes. Con esto nada se puede comprar. Los precios se han triplicado y a menudo quintuplicado.

Antes de que llegaran los comunistas al poder, ganaba yo 65 rublos y cobraba hasta el último céntimo. Era la edad de oro. Una libra de pan blanco costaba 3 kopeks, hoy cuesta 10 y 11, y el pan negro, 6. La manteca, que entonces se pagaba a 20 kopeks la libra, hoy cuesta un rublo. El coste de los vestidos está por las nubes.

Entonces, ¿cómo puedo vivir con solo 40 rublos de sueldo? No hay vida más endemoniada que la que llevamos los obreros en Rusia. ¡Que se vaya a paseo este insoportable poder obrero, bajo el cual está agonizando el obrero ruso! ¡Y aún se atreven a decir los comunistas que trabajan para el obrero!

Cuando empezó la revolución, porque nos necesitaban, nos prometían y decían: "Todo será para vosotros; viviréis en los palacios de los burgueses". ¡Ya se ha visto! ¡Vaya palacios que tenemos hoy! Antes de la revolución pagaba por mi habitación diez rublos mensuales; hoy pago ocho rublos, pero además me exigen 5, 6 y aun 10 rublos para el agua, y para la canalización, o sea que me resulta dos veces más cara que antes.

Pues la situación de este obrero es relativamente buena. Tomemos por ejemplo a otro, a un simple peón, que gana 18 rublos mensuales, lo que no le basta ni siquiera para comprar pan. No va a maldecir del tal poder obrero, que le obliga a él y a su familia a morirse de hambre. En resumen: que el mayor borrón del régimen soviético, es la desesperada situación en que ha puesto a la clase obrera en Rusia.

J. L., Congr.

Pobre niño

A las diez llegamos a Samara y nos dirigimos en busca de una fonda donde pasar la noche. Después de mucho preguntar dimos con un barbudo policía, que nos indicó un hotel a propósito para nuestro descanso.

Sentado en el dintel de la puerta se hallaba un niño; está hecho uno ovillo; su cara nada indica; el pelo en mechones, que en otro tiempo serían cuidados con diligencia, caen sobre sus apagados ojos; una prenda que bien pudo ser pantalón, pendiente de sus hombros por un tirante cruzado, es toda su indumentaria. Mi acompañante le da una fuerte sacudida; el niño se extremece. "¡Una limosna!", murmura.

¿De dónde eres?, le preguntamos; mas sólo responde: ¡Madre! ¿Quieres venir con nosotros? Parece reanimarse y dice: ¡Sí! ¡sí!

Le introducimos, pues, con nosotros, aunque no muy a gusto del hotelero, y le instalamos en nuestra habitación; le arropamos con nuestras mantas de viaje y le damos algún alimento. Con esto parece reanimarse, y nosotros, curiosos, le acosamos a preguntas.

—¿Cómo te llamas?—Carlos.—¿De dónde eres?—De Oremburgo.—¿Tienes padres?—No.—¿Pues cómo has venido a parar a este estado?—Salí con mi pobre madre de Oremburgo; estaba enferma y murió al salir de la ciudad, recomendándome que no dejase de rezar. Yo no había pedido jamás limosna; pero no me quedó otro remedio; di con otros compañeros que me enseñaron sus malas costumbres; pero yo no quería andar con ellos y al fin conseguí dejarlos.

Les diré cómo pasé año y medio: por la noche me escondía en la estación, detrás de un armario. No podía acostarme, porque el soldado de guardia hubiera visto mis pies. Así me acostumbré a dormir de pie, apoyado contra el muro. Un compañero descubrió mi guarida y nos instalamos juntos en ella. Otro tercero quiso imitarnos; pero le dijimos: Es imposible, no hay sitio; si te quedas aquí, nos descubren; busca otro armario.

Mi compañero me persuadió de que nos fuéramos a Moscou. Yo me acordé que tenía un tío en Moscou que pintaba cuadros; mi madre me había hablado de él, y nos pusimos en camino. En una estación, al arrancar el tren, el conductor descubrió a mi compañero y le hizo bajar; el pobre cayó bajo las ruedas y quedó partido en dos.

Sigue la carta-diario; pero lo demás no hace tanto al caso. Al acabar de leerla sólo tuvo una idea: ¡Salvador del mundo! ¡Salva a Rusia!

J. E. L., Congr.

FLORES Y FRUTOS

Núm. 202.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Mayo de 1930

Otro Congregante más en el cielo

Creo que si a todos los que bien conocimos a Manolo González Ledesma, tanto en la Escuela de Ingenieros, donde cursaba ya el primer año, como en la Congregación, de la que era vicesecretario, nos hubieran preguntado en qué coche llevarían sus mortales restos, todos hubiéramos escogido, a pesar de sus 17 años y de la libertad de que disfrutó, coche blanco, propio de los que no han perdido la inocencia.



No sé qué de singular encerraba el carácter de Manolo, que con ser tan serio, era tan fácil en amoldarse a pequeños y mayores. Con su timidez habitual, ¡cómo se hacía querer de todos!; en la Catequesis se hacía niño, pues sólo así se consigue ser querido y respetado por ellos; hasta el punto de ser, el sevillano, como ellos le llamaban, el preferido entre todos los catequistas; y entre sus compañeros ¡qué cosas contaban de su paciencia para repetirles las lecciones, acompañarles en los trabajos y resolverles las dudas; y tan simpático era a sus condiscípulos, que todos asistieron a sus funerales y conducción; y no contentos con esta demostración de aprecio y de cariño, le dieron otra mayor, y poco frecuente, costeando otros funerales, depositando algunos bulas de difuntos sobre su cadáver y mandando celebrar algunas misas; como lo hicieron también los congregantes, recogiendo limosna para más de treinta misas. Uno de sus condiscípulos, en nombre de un grupo de amigos, dice en su carta de pésame: "Siempre recordaremos con pena en el corazón su trato afable y cariñoso, dispuesto siempre a poner al servicio de los demás, la ciencia que él, como más estudioso, había adquirido."

Desde niño supieron inspirarle sus padres la devoción a la Santísima Virgen, y ¡qué bien se le pegó! Especialmente en el mes de mayo la obsequiaba, dándole gusto y arremetiendo con lo que le costaba y dejando muchas veces lo que le gustaba. No apartaba de su lado, en el estudio, la imagen de la Santísima Virgen, como tampoco la de su padre. ¡Qué juntos suelen andar esos dos amores y cuando se va el uno, qué pronto desaparece el otro!

A los 7 años hizo la primera Comunión; y, sobre todo desde que entró en la Congregación, no dejó de recibirla ni una mañana; y tal era su modestia al acercarse a comulgar, que, lo mismo ahora que cuando era pequeño, a todos cuantos le veían edificaba. También se distinguió por su puntualidad; y era tal su ánimo y el influjo de su buen ejemplo, que alentaba con él a sus dos hermanos que le adoraban de tal suerte ya estaban saltando de la cama, y antes de las siete y media esperaban a la entrada en la iglesia para oír la misa, la plática y recibir

Universidad de Deusto Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

la Comunión: eso un día y otro día; y así varios años. ¡Qué de extraño tiene que, cuando iba a pasar algún día con sus tíos en Vitoria, no dejase una mañana la comunión, como tampoco en Castro, donde veraneaba!

Su veraneo.

En el verano de hace tres años escribía desde Castro:

"El tiempo lo tengo distribuído en la forma siguiente: a las ocho voy a misa y comulgo, después de desayunar dibujo hasta las once, hora en que voy a la playa, a bañarme, y también algunas veces a pescar quisquillas. Por la tarde doy clase de francés, de tres a cuatro, y salgo después en bicicleta a los pueblecitos de los alrededores, hasta las ocho y media que traduzco un poco de francés."

Como vemos, se daba maña para aprovechar el verano y cumplir fielmente, aun separado de la Congregación, tan bien como en tiempo de curso, sus deberes de Congregante; y, como lo testifican sus padres, nunca tuvieron que servirse con él de castigo alguno; tan perfectamente estaba educado. ¡Qué suerte la suya, la de haber caminado siempre tan derechito al cielo!

Recuerdan también con gran consuelo sus padres con qué empeño les pedía Manolo permiso para ir a Loyola a hacer cuatro días de Ejercicios, a pesar de restarlos de sus vacaciones de verano en Castro; y se comprendía que aquel silencio y recogimiento, lejos de serle molesto, le resultaba gustoso, por lo mucho que se alegraba cuando le daban permiso. Y como fué tres veranos seguidos, así hubiera continuando yendo a Loyola, de no haber recogido ya en el cielo el fruto de aquellas meditaciones y propósitos con que de allí salía pertrechado para todo el año.

Por cierto que el último verano ocurrió un incidente revelador de lo arraigado de su deseo. Veraneaba en Castro y de allí le acompañaba su madre a Bilbao, donde pensaba reunirse con sus compañeros de Congregación para hacer el viaje reunidos. Por una falsa interpretación de horario llegó a Bilbao momentos después de haber salido el tren en que iban sus amigos y Manolo pidió y obtuvo de su buena madre que siguiese en el coche hasta Loyola, donde muy gozoso esperó a sus amigos y compañeros, que fueron dando una vuelta por Zumárraga.

Sus gastos.

A pesar de gozar, apartado de sus padres, de toda la libertad, y de tener consigo el elemento peor para un joven, abundante dinero, algunos meses los únicos capítulos de gastos se reducían a la cuenta de su hospedaje y de la Academia donde daba clase particular. Y tan alejado estaba de cines que en ocasión en que su padre le quiso llevar un día, él, sin duda por eludir al compromiso, le dijo: "Ya sabes, papá, que no me gusta; si te da lo mismo, iremos al teatro, si tú conoces la función y es de risa."

Su delicadeza.

Y en el cuaderno que tenía en su cartera, con notas que tomaba en clase y con problemas, en una hoja rubricada con su firma decía: "desde el 3 de febrero ni un cine, ni un paseo, ni un solo rezo dejado". Después un V.º B.º, firmado cada ocho o diez días, parece revelar un severo examen de conciencia en relación con la promesa hecha.

En ocasión en que, mal informada su madre, le escribió y le dió sanos consejos y cariñoso reproche, éste le dolió al pobre, tanto más cuanto que no era fundado; y entonces fué cuando escribió a su madre diciéndole que tenía hecha promesa, de acuerdo con su confesor, de no ir al cine en este año; y su delicadeza quedó patente al contestar que lo que más le había dolido fué el que hubiesen podido dudar de él y dejar de tener en él confianza.

El amigo más íntimo que tenía Manolo, su confesor, recuerda lo que no hace mucho le decía: Estoy persuadido, Padre, que hoy no se puede ser bueno con los espectáculos que se dan: ¿me permite hacer voto de no ir a cines ni a teatros?

Aunque le admiré, dice su confesor, le dije que lo hiciese como promesa de fidelidad, como hijo de María Inmaculada. Y recuerda también que la primera vez que tuvo que ir a Sevilla a visitar a sus padres le preguntó: Y si en Sevilla mis padres me invitan a ir al cine o algún espectáculo, ¿qué haré? Le dije que si podía eludir buenamente, eludiese, y si no podía, fuese con ellos, que sus padres no le habían de llevar a sitios inconvenientes. Esta promesa o voto creo lo renovó el día 2 de febrero del presente año. Y ello está de acuerdo con la nota íntima hallada en su cartera, después de muerto.

Se veía su sincero deseo de ser bueno, y mostraba la entereza de su carácter en este otro detalle. Cuando por ausencia suya o del confesor, u otras causas, no se había podido confesar con él, en la próxima confesión le decía las cositas que había tenido en aquel intervalo y se acusaba de ellas, para que le conociese mejor.

Su actividad.

Toda la mañana del domingo la tenía ocupada en obras de celo: A las siete y media se le veía recogiendo asistencias en la puerta de entrada de los congregantes; desayunaba y volvía luego para tomar el tranvía —¿a dónde?— a Deusto, a la Catequesis. Quería de verdad a los niños, tanto que en las cartas a sus padres y a sus hermanos, ausentes en Sevilla, siempre les pedía algo para *sus niños;* los niños lo reconocían y se lo pagaban también con verdadero cariño.

Después de su estancia en Sevilla, estas últimas Navidades llevaba a sus niños todo un arsenal de tarjetas, medallas y otros objetos que le habían regalado en los locales de la Exposición Ibero-Americana, a la que tenía libre entrada, y cuyos pabellones de máquinas y aviación no se cansaba de visitar.

Volvía de la catequesis a la Congregación y ya le esperaban sus compañeros de las Conferencias de San Vicente de Paúl, en las que ingresó por propio impulso, pues sus padres nada sabían; allí asistía a la Junta, y, terminada ésta, hacía con su compañero las visitas a los pobres. Para él no había ni aun la música inocente a donde otros de sus amigos asistían.

¡Gustaba tanto de estas visitas a sus pobres! Ni aun el último domingo de su vida, a pesar de encontrarse muy débil y desentonado, las quería dejar! Tuvo que ceder, sin embargo, al cariño de sus compañeros que se lo impidieron, viéndole de tan mal semblante y tan debilitado.

Su exactitud.

Comía sólo en su cuarto porque no quería tener roces con nadie ni exponerse a conversaciones inconvenientes. La dueña de la casa donde se hospedaba, no recuerda haberle oído ni una queja por las deficiencias en el servicio; y le observó que bendecía arrodillado la mesa, y también arrodillado daba gracias. Jamás llegó a casa más tarde de las nueve; y no llegaba antes porque solía, al salir de la Congregación, acompañar hasta sus casas a sus amigos—que lo eran otros miembros de la Junta—; con ellos sus conversaciones versaban casi siempre sobre la misma Congregación.

Su aplicación.

En el estudio era asiduo en extremo y nunca se quejaba por tener que acudir a clase, etc., cosa tan corriente entre estudiantes; al contrario, animaba y ayudaba a sus condiscípulos, aclarándoles sus dudas, satisfaciendo a sus preguntas con la mayor naturalidad y despejo, porque al constante estudio unía un buen talento y un alma muy pura para reflejarse en ella claramente las verdades que se le proponían. No buscaba distracciones, y menos de las que manchan o turban el alma; nada de extraño que en el estudio pusiera toda su alma y fuera tenido por el primero de la clase.

Si tuvo en este punto alguna falta fué la de pasar algo la raya de la prudencia; pues, viviendo fuera de su familia, no tenía nadie que estuviese en casa sobre él y le advirtiese que no le convenía prolongar tanto el estudio; hasta en vacaciones, como hemos visto, estudiaba sus buenos ratos.

Con la misma intensidad que a sus asignaturas, se aplicaba a preparar y tomar parte activa en los temas que se le señalaban y tenía que explicar o defender en el Círculo de estudios.

Su valentía, rayana casi en temeridad, le hacía creer que no era de importancia la enfermedad que le llevó al sepulcro, y seguía preparando los exámenes de antes de la Semana Santa; y con tanto más empeño cuanto que esperaba ir a pasar esos días con sus padres a Sevilla; y tenía de ellos licencia para hacer el trayecto Madrid-Sevilla en avión, por ser la única cosa que les había pedido, el único capricho que tenía hacía algún tiempo. ¡Qué poco se figuraba él que pocos días antes, sin necesidad de avión, iba a volar al cielo!

Cuando no tenía que preparar alguna clase y le sobraba tiempo, se le veía con frecuencia en la biblioteca de la Congregación. Allí se encontraba a gusto entre aquellos buenos amigos, los buenos libros. De la revista "Ibérica", que trata de las aplicaciones de las ciencias modernas, se enteraba despacio, y, tan bien las tenía conocidas, que él era el encargado, a fin de año, de escoger los números más útiles y entretenidos para coleccionarlos y encuadernarlos.

A su padre se le quedó muy grabada la última despedida de Manolo, cuando por San José vino este año desde Sevilla, sin otro propósito que el de pasar un par de días con su hijo.

Tuvo que anticipar unas horas la vuelta y salir de Bilbao a media tarde, en vez de salir por la noche: al saberlo Manolo le dijo: "Mira, papá, si no te molesta, yo te despido a las tres, y así no pierdo la clase de dibujo, porque sólo es un ratito el que puedo estar a solas contigo, ya que en seguida vendrán tus amigos a despedirte..."

Su humildad.

Tenía el pudor de la virtud, procurando siempre quedar en la penumbra, así en las comedias y en las veladas y conferencias con proyecciones; él hacía de oculto apuntador y de mecánico; aun el último domingo estuvo todavía junto al aparato de proyecciones que solía manejar; y para que tomara otro papel de algún lucimiento había que urgirle; siempre le encontraban sus amigos dispuesto a suplir a cualquiera, aunque se lo suplicaran a última hora.

Su serenidad.

No admiró poco a cuantos le vimos lo tranquilo que estuvo al recibir los últimos Sacramentos, su semblante era tan natural como si se tratase de que otro los recibiera; y él mismo, para consolar a su madre, que llegó aquella misma noche, le decía cómo había notado alguna turbación en los que le asistían siendo así que él recibió el Viático con la mayor serenidad, como una comunión de tantas.

Nada de particular tiene ésto, dada su ejemplar vida. Su amigo más querido y compañero fraternal, hablando de él, escribía a sus padres: "Creo que se encontraba en unas condiciones tan buenas para recibir la muerte, que es fácil nunca se le hubiesen presentado mejores; y ha de constituir para nosotros un motivo hasta de satisfacción, el pensar que no se le ha escapado una ocasión tan magnífica como esta para resolver el más importante de los problemas que todos tenemos pendiente."

Cómo discurría.

El mismo nos descubre, sin darse cuenta, lo sanamente que discurría: estamparemos aquí algunas de sus respuestas a los concursos, con que nos hacen discurrir y fijar más las ideas:

Describió el Padre que dió los Ejercicios hace tres años, una bandada de palomas mensajeras, puestas en libertar a miles de kilómetros de su palomar, e hizo ver con viveza, cómo algunas pobrecitas, se remontaban algo, pero luego se extraviaban, unas por atrevidas, otras por aturdidas y otras por seguir a unas o a otras, terminando su vida perseguidas por los cazadores.

Estas representan, contestaba Manolo, *a los jóvenes que desoyendo la voz de Dios, que les habla por medio de sus padres y educadores, se dejan llevar de sus bajas pasiones y caen en manos de malos amigos que acaban con su dinero, su salud y su vida.*

Recordó el mismo Padre en Ejercicios el ejemplo de entereza de San Juan Crisóstomo, que no temió jamás ni al Emperador, ni a fuer-

Universidad de Deusto
Biblioteca

ni alguna armada, ni al destierro, ni a la misma muerte; y a la pregunta ¿cuál fué el único temor de este Santo? *El de pecar*, contestaba; *eso le hacía temblar y vivir lejos de peligros y tentaciones.*

Y a otra pregunta, ¿por qué no dejaré yo unos días de tener confesor fijo? contestaba: *Porque es el mejor consejero y el que me puede ayudar a pasar sin caídas el peligroso puente de la juventud.* Y no sólo lo escribía, sino que lo cumplía, como lo hemos visto.

¿Por qué, le preguntaban en otro concurso, se llama con toda propiedad escándalo al cine de hoy en día? Contesta: *Porque se cumple en todo la definición del escándalo, porque sus hechos incitan a otros a obrar mal.*

También se retrató, sin darse cuenta, al contestar que la mejor herencia que podría dejar un padre a su hijo *era hacerles comprender que la única felicidad está en la práctica constante de la virtud.*

Y dejó ver también su ánimo, que no tenía malicia que ocultar, al contestar a la pregunta: ¿Cuándo obramos acertadamente en nuestros trabajos? *Cuando éstos y los sacrificios todos se los ofrecemos a Dios que todo lo ve, y sabe apreciar justamente el valor de nuestras acciones.*

Y, como sin quererlo, revela la fineza de su alma al contestar que el mejor freno en esta cuesta abajo de las pasiones es *el amor a Jesucristo.* ¡Como un angelito vivió! Con una vida constante de virtud y laboriosidad. Tan bueno fué que Dios le llamó a sí y cuantos le conocimos creemos firmemente que está en el cielo recibiendo el premio de su ejemplar vida.

Su salvación.

Particularmente su padre está tan convencido de ello que en su primera carta, a un muy querido amigo que acompañó a Manolo en su última enfermedad, expresa así la singularísima providencia que Dios usó con él para consolarle: "Cuando ya me dejaron sólo, a media noche, me acosté y mirando su retrato me iba tranquilizando. Llegó la mañana y me fuí a la primera misa de la parroquia; me metí en la capilla bautismal, al extremo de la iglesia, para llorar con libertad, y cuando estaba en la más honda congoja que he tenido en mi vida, pidiéndole al Señor con toda el alma me hiciera saber dónde estaba, para, si por desgracia tenía que estar en el Purgatorio, hacer cuanto posible fuera por sacarle, y pedirle a Dios que echara sobre mí lo que él tuviera que pagar, oí, clara y distintamente a un sacerdote que estaba leyendo una Meditación (y a quien ni antes, ni después volví a entender lo que decía) estas palabras: "Hoy serás conmigo en el Paraíso", y en el acto me entró una tranquilidad tan grande que a mí no me cabe duda de que fué Dios quien me hizo saber, por este medio, que está en el cielo. Y es tal la seguridad que tengo, que con todo mi inmenso cariño hacia él, con ser él mi orgullo y mi ilusión, estoy tan tranquilo y tan conforme, que yo soy el primer admirado de ello.

Contándole ésto a mi esposa, me dijo que también a ella, la noche de la muerte, le venían algunas veces congojas de angustia y de protesta contra aquella pena tan grande, pero que le bastaba besar el cadáver de nuestro hijito, para sentir un gran consuelo, y tranquilizarse, cuando, humanamente pensando, debía ser lo contrario."

Y con ser, como era este hijo para su padre, su ilusión, su orgullo y su mayor cariño, dice así en otra carta: "Yo comprendo que la muerte ha sido para él un gran premio; y tan convencido estoy, que a su madre le decía el otro día, que si de mí dependiera volverle a la vida, no lo haría, porque, frente a mi inmenso cariño estaban los riesgos de toda clase que podía correr con respecto a esta vida y a la otra; pero también hay que reconocer que es muy dura para nosotros tamaña pérdida". Esto es sentir en cristiano y encontrar consuelo donde únicamente se halla, sobre todo en estos casos.

Admiración.

Ni aun los amigos que más le trataron se daban exacta cuenta de lo que Manolo valía; tanto que algunos, al leer esta relación, antes de mandarla a la imprenta, quedaban admirados de lo bien que había sabido encubrir sus, hoy en día tan raras prendas, de actividad y sacrificio.

La verdadera situación puede decirse resumida en un telegrama recibido por su padre el día del entierro de Manolito. Dice así: Vengo dejar cementerio feliz Manolo; compadezco desventurados padres.



Núm. 203 —Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Junio de 1930

Nuestra cartelera

No van a ser sólo Bancos y Comercios los que, anuncian sus valores y sus géneros en carteleras más o menos elegantes y llamativas. Tenemos también la nuestra, colgada a buena altura y bien iluminada a la entrada del Salón. Y si quieren saber lo que anunciamos, y queremos que nos compren los que entran o se asoman al Salón; ésta es nuestra mercancía, y así la anunciamos:

Jesús te espera, ya sabes dónde.
Nació en un portal, trabajó en un taller, y murió en una cruz.
La Madre de Dios es mi madre.

Y al salir encontrarás estas otras:

La gran mentira: "estoy solo".
La gran máxima: "sufrir sin hacer sufrir".
Dime con quién andas y te diré quién eres.
A Dios temo y a nadie más.

Dime ahora si hay algo mejor que anunciar, algo con que se pueda ganar más. Como ves, así nos previenen contra todo engaño; y nos ponen delante lo que debemos hacer para llegar a ser felices, como se puede ser feliz en esta tierra de pasiones, de engaños, de pérdidas y ganancias.

¡Que se nos metan bien estas sentencias en el alma y seremos dichosos nosotros y lo serán también los que con nosotros viven! ¿No es verdad?

F. G., Congr.

Barbarie inaudita

Desde que los Soviets han desterrado de su Gobierno a Dios, ha desaparecido de entre ellos no sólo el amor a sus semejantes, sino aun los últimos vestigios de humanidad.

Una de sus máximas es ésta: "Los ancianos son mercancía inútil; hay que deshacerse de ella cuanto antes". Y en efecto, en cuanto llegaron al Poder, les faltó tiempo para deshacerse de ellos con una crueldad premeditada. Vaya un ejemplo de muestra contado por un testigo de vista, que ha podido escapar de aquel infierno comunista.

Me hallaba yo en la Región del Don, dice, cerca de la desembocadura de este río, cuando los rojos se apoderaron de ella.

En el Asilo de Ancianos Desamparados, de la capital, se hallaban varios centenares de ancianitos albergados allí por la caridad cristiana.

Vieron los comunistas que el Asilo era un edificio bastante amplio y le echaron el ojo para cuartel rojo. Pero ¿y qué hacer de aquellos pobres ancianitos? El comunismo, que no conoce para nada el precepto de Jesucristo: "Amaos los unos a los otros", halló pronto la solución. Mandó reunir a los ancianos en el patio del edificio y sin consideración alguna, con la mayor sangre fría y diabólico cinismo, les fusilaron a todos. Desalojado así el edificio, instalaron allí a sus partidarios.

Semejantes procedimientos tan inhumanos se repitieron en todas las ciudades de la Rusia Soviética.

J. A., Congr.

¡Dos billetes perdidos!

En un pueblo norteño acababan de instalarse las tradicionales barracas. No muy lejos del pueblo vivían Santiago y Andrés, dos hermanitos de sentimientos muy buenos, de 11 y 12 años, respectivamente.

El día de apertura de las barracas consiguen el permiso de sus papás para ir a verlas, a divertirse y comprar algo que les sea útil. Sus padres han sido casi demasiado buenos, como que han llegado a regalarles a cada uno un billete de 25 pesetas. Figuraos el gozo que experimentarían aquellos dos muchachos al verse

Universidad de Deusto
Biblioteca

una en posesión de tal cantidad. Después de las gracias y de despedirse, encaminan sus pasos hacia la feria.

Ya llevaban un cuarto de hora caminando, cuando encontraron a una pobre vieja, que con la vista ansiosa y penosamente encorvada hacia el suelo, examinaba los alrededores con suma atención.

—¿Ha perdido usted alguna cosa?—preguntaron cortésmente los muchachos; pues habían aprendido de sus padres a respetar y aliviar a los ancianos.

—Sí, pequeños—contestóles la viejecita—; se me han extraviado dos billetes de 25 pesetas, que es el producto de la venta que he hecho en la feria; y desgraciadamente no tengo más que eso para vivir, hasta la semana siguiente; los tenía cuvueltos cuidadosamente en mi pañuelo, y mientras iba caminando, entró en mi ojo un mosquito y no podía ver; en seguida saqué mi pañuelo para secarme el ojo que me lloraba, con tan mala fortuna, que en aquel mismo momento el fuerte viento que soplaba me los llevó, sin poder vèr dónde cayeron. Hace ya más de una hora que los estoy buscando; pero hasta ahora no hé podido encontrarlos, y no podré volver a mi casa hasta dar con ellos. ¡Pobre de mí, si no los encuentro!

Los niños comprendieron el trance en que estaba la anciana y le dicen: "Nosotros le ayudamos a buscarlos"; y se ponen a la obra, removiendo las hojas, separando el ramaje, etcétera, y así un buen cuarto de hora, al cabo del cual Santiago exclama con alegría: "¡Aquí está uno!", y enseña triunfalmente el billete.

Algunos minutos más tarde, salta Andrés con la misma exclamación, sacando a relucir, a su vez, el otro billete.

La pobre anciana, al ver que sus billetes han sido encontrados, se echa a llorar de gozo y a abrazarles, diciéndoles: "¡Me habéis salvado! ¿Cómo os pagaré el servicio que me habéis prestado? Así como Dios os ha dado esa juventud y esos ojos tan buenos, así os recompensará vuestra caridad". Y se alejó después de haberles colmado de bendiciones.

Cuando quedan solitos los dos hermanos se miran el uno al otro y el mayor dice: "Andrés, ya no tengo ganas de ir a la feria; puedes ir tú solo". Pero Andrés, con gran sorpresa de su hermano, le manifiesta los mismos deseos.

Entonces comprenden lo que cada uno, reservadamente, había hecho: habían entregado sus billetes a la pobre anciana. Los dos no pueden contenerse de alegría, y vuelven a su casa henchidos de gozo sus puros corazones.

Llegados a casa, cuentan a sus padres lo que había ocurrido.

¡Cuánto más contentos quedaron con la aprobación y los besos de sus padres, que con todas las diversiones y con todo lo que hubieran podido comprar y disfrutar en la feria.

Haz tú la prueba, y verás cómo cuando te vences y haces algo que te cueste, quedas mucho más contento que cuando haces tu gusto y te diviertes.

R. K., Congr.

Un boticario «vivales»

Pues, señor; en un pueblecito industrioso del Norte de España, vivía no ha mucho un boticario, que viendo a los habitantes tan fuertes en su mayoría, que apenas acudían a él para demandarle medicamentos, después de mucho discurrir veréis cómo se las arregló para embolsarse unas pesetas con comodidad, aunque con algún cargo de conciencia.

La época de Navidad se acercaba a pasos agigantados, y como en aquel pueblo los estómagos funcionaban demasiado bien, comenzaron los dos que tenían tienda de comestibles (Julián y Francisco) a hacer sus pedidos de grandes cantidades de turrón, mazapanes pastas y demás golosinas de la época.

Don Fulgencio, que así se llamaba nuestro farmacéutico, aprovechando la no muy buena amistad que le unía a los dos comerciantes rivales, se dedicaba incesantemente a lanzarles uno contra otro sobre cuál de los dos lograría vender más kilos de confituras; y tal maña se dió y tanto calentó los cascos ora a Julián, ora a Paco, que logró que ambos, en el paroxismo de la rivalidad, se apostaran una fuerte cantidad de dinero y la hourilla de ver quién sabía mejor vender, que casi suponía tanto como lo apostado en metálico.

El boticario se felicitaba a sí mismo por lo hábil que era, y no descuidaba un momento en su tan bien comenzada tarea, y en forma de confidente amistoso les aconsejaba por separado de esta manera:

—Mira, Paco, o mira, Julián (según con cuál de los dos hablara), tú sabes que te aprecio más que al otro, y por eso te digo lo que vas a oir, que es un consejo de buen amigo: ¿quieres achicarle vendiendo el doble que él? Pues conténtate con ganar en cada kilo de turrón dos reales, en vez de una peseta, y como así lo podrás vender más barato no vas a tener manos para atender a tanto comprador.

El uno y el otro se avinieron a tan poderosas razones, y sacrificando en parte sus intereses, bajaron considerablemente sus precios.

A todo esto llegan los días de compra y el pueblo en masa, animado por la baratura de los precios, se atiborra materialmente de toda clase de dulces. ¡Hacía años que no se daba gusto al estómago tan económicamente...! Y como cada día que pasaba los precios descendían más, no hubo ruta en el pueblo que no procurara aprovecharse de tan extraordinaria ganga.

Llega por fin el día de rendir cuentas y aparecen los dos rivales con las orejas gachas; pues, si bien habían vendido ambos más kilos que ningún año, las ganancias no corrían parejas con las ventas.

Ambos fueron a contarle sus cuitas a uno de los principales señores del pueblo; este buen señor, una vez que les hubo oído explicarse, soltando una sonora carcajada, mezcla de guasa y de compasión, les habla de esta manera:

—¡Ah, grandísimos necios...! Con que os habéis dejado engatusar por el vivales de don Fulgencio, ¿eh? Bien empleado os está. Pero, escuchad: ni tú, Paco, ni tú, Julián, habéis salido ganando nada por mucha cantidad que hayáis vendido. Aquí el único que ha ganado ha sido el boticario, que no ha dado a basto a despachar aceite de ricino y toda clase de purgantes, para curar los empachos producidos por vuestra magnificencia en la baratura de los precios de todas las golosinas...

Y ¡cuántos bobos hay como éstos, que quieren competir no en ser, sino en aparecer más hombres! Y ¿cómo, de qué manera? Pues en echar por su boca una palabra más fea, o un comentario más sucio, o una acción más atrevida; y siempre, desde luego, en favor de un tercero, de alguno más atrevido, que se ríe de ellos. ¿No te dan pena esos jovencitos que se las echan de hombres, y se figuran que lo son por tener un cigarro en la boca y echar por ella palabrotas?

J. del C., Congr.

Comprometida lucha

Triste era la tarde. Densa niebla coronaba los montes, que poco a poco se deslizaba hacia la llanura. El sol enrojecía, con sus postreros rayos, las puntas de los árboles y la ladera del monte, tras el cual pronto se iba a ocultar; las aves silenciosas saltaban de rama en rama. El más completo silencio reinaba en la comarca, interrumpido por el débil murmullo de las aguas, por el monótono susurrar de las hojas y por el lánguido chillido de las fieras que despedían a Febo. La naturaleza toda estaba sumida en ese letargo precursor de la tempestad.

Allá, entre la espesura del bosque, se veía el vivo fulgor del fuego y la espiral de humo que, lamiendo y abrazándose a los árboles, subía poco a poco. Junto al fuego y en frente de una pajiza cabaña, estaban sentados un venerable misionero y tres vigorosos cristianos; tres fusiles estaban arrimados a los árboles, levantados los gatillos y la bala en el cañón. Los tres jóvenes miraban con frecuencia alrededor y acariciaban con sus duras manos los mangos de sus cuchillos. ¿Qué iba a suceder? ¿Serían tres traidores que querían matar al viejo e indefenso misionero? O ¿esperaban algún asalto de enemigos o de fieras?

Acerquémonos un poco. El misionero levanta su blanca cabeza y mira con los ojos arrasados en lágrimas a sus compañeros. Quiere hablar, pero no puede. Su corazón late con acelerado ímpetu, las lágrimas corren por sus mejillas. Al verle llorar se levanta Jesús, el menos joven, y empuñando el fusil: "Padre, dice, te quieren matar los de la tribu enemiga, pero antes han de pasar por encima de nuestros cadáveres.

Y tú, Luis, prosiguió dirigiéndose al más joven, en cuyo rostro aún se veía la candidez de la inocencia, coge tu fusil y sube a ese árbol y atisba cuantos movimientos notes en el bosque."

Obedece Luis y se encarama con presteza a lo alto del árbol. El Padre quiere disuadir a los jóvenes de sus intentos de defensa, pero es imposible. Apagan el fuego y se retiran a la cabaña.

II

El sol va hundiéndose en el horizonte; las tinieblas se extienden por el bosque; desaparecen las altas siluetas de los árboles y montes. Sólo el oído recoge el suave resbalar del arroyo y el murmullo de las hojas. El Padre, apoyado en la entrada de la cabaña, está embargado por tristes y profundos pensamientos. Dos de los jóvenes velan junto a él, tumbados en la yerba, inquietos los ojos, comprimen aun la respiración, la lengua muda y las manos en el fusil. De pronto notan movimiento cerca de ellos, se levantan y examinan el sitio. No es nada; un ave nocturna al pasar había golpeado con sus alas las hojas de una rama. Así pasan una hora larga, sin más percance. En vista de esto decidieron dormir, quedando en vela uno de los jóvenes. ¡Pobrecitos! No sabían lo que les esperaba!

Mientras tanto, la luna brilla en la azulada altura e ilumina, con sus tristes rayos, la naturaleza toda; aparecen de nuevo las siluetas gigantescas de los árboles, que semejan en sus balances rítmicos, penitentes sectarios de Mahoma que rezan sus oraciones. Por oculto sendero se adelanta sigilosamente un indio, con escrutadora mirada lo examina todo; al menor ruido se esconde, para proseguir después veloz el camino hacia el valle. Párase delante de espeso matorral, sube a él y desde aquella madriguera tiende la vista a su alrededor. Por fin tropiezan sus ojos con algo para él muy deseado, pues una sonrisa diabólica se dibuja en su rostro al ver al Padre y a los jóvenes dormidos. Baja veloz del árbol, y sin darse cuenta que otros ojos le miran, retroce veloz por la senda y desaparece en el bosque. Luis, que estaba en vela, le ha visto; llama a sus compañeros y éstos se preparan por lo que pueda suceder.

No han pasado dos horas, cuando pequeños grupos entran por diversos sitios. Los ven los jóvenes; se encaraman en los tres más copudos árboles y se disponen a la defensa. El disparo del fusil saca al Padre de su oración y comprende que están encima los enemigos; ora por ellos y por sus tres jóvenes. Los tiros, pocos, pero certeros, hacen retroceder al enemigo, mas el jefe de ellos los anima con diabólicas razones; y a pesar de los esfuerzos de los jóvenes, los indios van ganando terreno; una flecha vino a clavarse encima de la cabeza de Luis y el sombrero voló atravesado por ella. Mas advirtieron nuestros héroes que las flechas, más que en los árboles se clavan en la cabaña, donde estaba el Padre. Bajan veloces de sus atalayas y corren al Padre y se encierran y hacen fuertes en la cabaña. Los indios aprovechan esta maniobra para colocarse en sitios más cercanos.

Uno de ellos, feroz y corpulento, salta hacia la cabaña, levanta su lanza y cuando se dispone a lanzarla contra el Padre, que sale a pedir la paz, cae atravesado por el certero tiro de Paco. Cae el infeliz, acude el Padre a socorrerle, le habla unas palabras, empapa de agua su pañuelo y se dispone a bautizar a su enemigo.

Las flechas cesan por el momento, pero se reanudan al ver salir a los tres jóvenes a defender al indefenso Padre. Los indios los acosan con una manada de furiosos perros. Aunque

Universidad de Deusto
Biblioteca

el Padre quiere que cesen sus defensores, es ya tarde; los tres caen bajo los repetidos golpes de las lanzas, después de haber ensangrentado sus cuchillos en la sangre de los traidores.

Los indios se lanzan contra el Padre, le maltratan, le arrojan por el suelo, pisotean todo cuanto había en la cabaña, y dejando a los tres jóvenes como muertos, huyen con cuanto pueden llevar a sus escondrijos. El griterío infernal disminuye a medida que se alejan; tan sólo se oye el chisporroteo de las llamas de la cabaña. A al luz de éstas y de la luna, que sigue declinando, como si no quisiera iluminar tan triste espectáculo se ven los cuerpos de los tres jóvenes; junto a ellos el del recién bautizado, y tendidos sobre la maleza, algunos indios que cayeron a los tiros de los jóvenes.

Pronto sucedió a la luz de la luna la de la aurora; las llamas se apaciguaron por completo. En el cuerpo de Luis se nota algún movimiento, está vivo, y a pesar de las heridas y de la sangre derramada, conserva algunas fuerzas. Incorpórase lentamente, mira a su derredor y llora al ver a sus compañeros muertos. Un ruido algo prolongado, como de persona que se abre paso por la maleza, viene a inquietarle; hácese el muerto y espera. Una niña aparece entre la maleza, llevando un cestito; de sus ojos caen lágrimas, en su rostro se dibuja el terror. Al verla Luis, se levanta, y ella acude solícita en su socorro; era una niña cristiana que se había dado a conocer como tal al Padre, cuando le vió en la cárcel. Impulsada por las amonestaciones de aquél, venía a socorrer a los jóvenes. Gracias a sus cuidados recobra muy pronto buena parte de sus fuerzas y Luis entabla con ella conversación y se cerciora del punto donde está el Padre y de los pensamientos de los indios. Retira como puede los cuerpos de sus compañeros, recoge los fusiles y las balas que sobraban, monta en un caballo que allí estaba y poco a poco llega a su pueblo.

Triste fué la acogida. Los vecinos, al verle tan maltratado y tan solo, caen en la cuenta de lo sucedido, reunen consejo y determinan, cueste lo que cueste, librar a su querido Padre.

III

Al día siguiente, al declinar de la tarde, sale del pueblo nutrido grupo de gentes; una nube de polvo les cubre y el fulgor repentino que de cuando en cuando sale del grupo, denuncia las armas. Se internan veloces por el bosque, y para el anochecer están en el lugar de la lucha. Llegan y tan sólo encuentran los sombreros y fusiles destrozados, y por más pesquisas que hacen, no pueden dar con los cuerpos de los muertos.

Se dividen en dos grupos y Luis se pone al frente de uno de ellos. Tienen que ir bordeando el pueblo a colocarse a la parte contraria de donde estaban, mientras el otro, compuesto de los más ágiles jinetes, se pone a la vista de los enemigos, para atraerlos hacia el bosque; mientras tanto el grupo de Luis se apoderaría del Padre y cerraría la retirada de los enemigos. De pronto una enorme llamarada ofuscó sus ojos; páranse todos y ven en la plaza del pueblo gran fogata; a su luz contemplan al Padre al lado de un poste. Los indios bailan en su torno, hacen muecas y le presentan las cabezas de sus compañeros. Comprenden, por su actitud, que el Padre está en oración. Mas el canto de "ku-ku", repetido en el bosque, le hace caer en la cuenta de lo que proyectan sus queridos hijos; bien conocía el canto, no se podía engañar.

Llama como puede a la niña, y ésta, después de cambiar breves palabras con él, parte sin ser notada hacia el bosque. Podemos suponer qué recado lleva. El Padre les prohibe matar a nadie.

El canto de "ku-ku" se va cada momento acercando y repitiendo con más frecuencia. De pronto una gritería espantosa sale de un lado de la plaza: eran los hábiles jinetes, que querían atraer hacia sí a los enemigos. Corrieron veloces éstos a las armas y cobraron ánimo al ver el poco número de los asaltantes. Retroceden éstos al ataque de aquéllos y hacen como que huyen. Envalentónanse los del pueblo y juran no dejar ni uno vivo; en su persecución se internan en el bosque.

Luis ve venir la hora: pica su bruto y con el menor ruido posible entra por la parte contraria en el pueblo. Huyen las mujeres y niños a su presencia. Se acerca Luis al Padre, corta las ligaduras, lo pone en un caballo, recoge los cuerpos y las cabezas de sus compañeros y, a galope tendido, van a cerrar la retirada a sus enemigos. Pronto caen en la cuenta éstos de la trampa y se desparraman por el bosque. Se unen entonces los dos grupos, apresan algunos enemigos y gozosos y alegres vuelven a su pueblo, cumpliendo así la promesa que habían hecho de salvar a su querido Padre. Llora éste de gozo y da gracias a Dios por el beneficio, aunque triste, por no haber sido digno, como él después decía, de la corona del martirio. Si grande es la alegría de los vencedores, grande también es el gozo de todos los del pueblo. A todos da gracias el Padre, mezclando sus palabras con conmovedoras lágrimas. Les suplica que traten como a hermanos a los prisioneros. Aunque costándoles un poco, obedécenle tan bien, que los prisioneros encuentran en aquel pueblo otros padres y hermanos, más cariñosos aún que los de su mismo pueblo. Instrúyelos el Padre en el catecismo, cólmales de regalos y cariños y, bautizados, los manda de nuevo al pueblo. Así paga aquel Padre con dones, cuanto mal le habían hecho.

Dios quiso premiar estos trabajos: con las noticias que llevan a su pueblo estos prisioneros, conmuévense hondamente los corazones de sus paisanos, hasta el punto de sentirse movidos por la gracia y convertirse a Cristo. Unense los dos pueblos tan íntimamente, que olvidados de los anteriores rencores, se aman como hermanos, se prestan ayuda en las necesidades y, por fin, vienen a habitar juntos. El Padre murió anciano venerable bendiciendo a todos, y Luis quedó como jefe de aquel pueblo.

M. O., Congr.



Núm. 204.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Julio de 1930

¡Alerta, alerta!

Estábamos ya impacientes por que zarpara nuestro barco, que lanzaba espesa columna de humo negro. Nos reunimos más de un centenar a bordo con el propósito de pasar a Inglaterra.

El tiempo no estaba muy apacible; pues al frío intenso que se sentía se juntaba la neblina que nos envolvía y parecía empeñada en dar al traste con nuestro buen humor, ya en el mismo puerto.

Zarpamos precedidos por otro barco de mayor calado; y, según conjeturamos, a poco rato nos había de seguir un tercero de cabotaje que en aquel momento levaba ya anclas.

No había pasado una hora, cuando obligados por la incesante y tenaz lluvia, tuvimos que retirarnos de cubierta, pues estábamos sin defensa. No paró aquí todo; a los pocos momentos comenzó nuestro barco a pitar una y otra vez; mientras en los cortos intervalos llegaban a nuestros oídos casi imperceptibles los sonidos de las sirenas de otros barcos.

Subimos a cubierta movidos por la curiosidad; pero no pudimos ver nada, ni siquiera unos a otros con estar a pocos pasos. De tal modo se había cerrado la niebla, que ante la imposibilidad de distinguirse, daban los barcos continuas señales para evitar el tropezarse, y avanzaban guiados, más por la experiencia de sus pilotos que por lo que se veía.

Oímos en esto la sirena del barco que nos precedía, pero mucho más fuerte que las veces anteriores; y al punto advertimos que el nuestro disminuía la velocidad y redoblaba sus incesantes pitidos hasta hacerlos casi continuos.

No permanecimos largo rato sobre cubierta; pues entre la lluvia menuda que nos calaba ya y el estar tan cerca de la atronadora sirena, nos resultaba demasiada cara la curiosidad de observar las maniobras.

Nos pusimos bajo cubierta comentándolo todo.

A uno le ocurrió que algo así nos sucede cuando acabado el curso salimos a vacaciones; porque entre los amigos, las excursiones, la playa y los demás entretenimientos, se forma alrededor nuestro una niebla, en la que, alejados como estamos del puerto de la Congregación, no nos queda más recurso que dar frecuentes "pitidos", o sean, invocaciones a la Santísima Virgen y a Nuestro Señor Jesucristo, sobre todo en la diaria Sagrada Comunión; este es el único remedio; de otro modo, pronto chocaremos con algún mal amigo que nos hunda.

J. A., Congr.

Kitibo

Kitibo.—Pues yo me voy...
Ruaj.—¿A dónde?
Kitibo.—Con el misionero de las barbas blancas.
Ruaj.—¿Ya te deja tu padre?
Kitibo.—Si no, me escaparé.
Ruaj.—Si te coge, te azota.
Kitibo.—No me cogerá. El extranjero de las barbas me ha dicho que estaré muy bien con otros chicos que tiene en casa; me ha dado este vestidito; pero me ha dicho que le diga a mi padre para que me deje ir con él, que estaré muy bien.
Ruaj.—A mí me azotó el otro día porque le dije que quería ser cristiano, y me encerró, y me dijo que si volvía a intentarlo me iba a dejar sin comer una semana.
Kitibo.—Pues yo he de ir; he de ir aunque mi padre no me deje.

Así estuvieron los dos niños deliberando un buen rato sobre el modo de escaparse de casa; jugaron después un poco, y se fueron a sus chozas a dormir, pues era ya de noche.

Kitibo quiso decir a su padre su deseo de ser cristiano, y, no se atrevió. ¡Pobrecito! Su

Universidad de Deusto
Biblioteca

padre era mahometano y furioso enemigo de los católicos, y más del misionero. ¡Bueno se iba a poner cuando Kitibo le dijese que quería ser cristiano e ir a Alganda (como a cinco kilómetros de la capital) y vivir con el extranjero de las barbas blancas!

Se fué a dormir; pero antes de acostarse, escondidito en un rincón de la choza, sin que nadie lo notase, repitió esta oración que le enseñó el misionero: Virgen María: ¡tú eres mi Madre! yo te quiero mucho, mucho: quiero ser cristiano... y el padre no me deja... ¡Madre mía, que me deje, que me deje, que me deje acrio!

En vano quiso el niño dormir. Pensaba cómo tendría que decírselo a su padre a la mañana siguiente... Se acordaba del misionero, de lo que le había dicho... y no cesaba de repetir... ¡Madre mía, que me deje ir...!

A la mañana siguiente, tan pronto como sintió que su padre se había levantado, Kitibo corrió a él con el vestidito en la mano y después de saludarle le dijo: Mira que vestido me han regalado.

—¿Quién?

—El extranjero de las barbas blancas.

—Un gesto de ira asomó en el rostro del mahometano, y no pudiendo contener la cólera le dijo: ¿Cuándo estuviste con él? ¿qué te dijo? dímelo pronto, que si no te mato...

Tembló Kitibo de pies a cabeza, y acordándose del misionero, se acordó también de la Virgen y dijo en su interior: ¡Madre, que me deje!

—¿A qué esperas a decírmelo? prosiguió el furioso padre que parecía un energúmeno ¿querrás que te azote para que me lo digas?

—No, dijo Kitibo... ayer por la mañana estuvo el misionero y me dió a mí este vestidito, y me dijo que te pidiera permiso para ir con él... que se está muy bien y que hay muchos chicos...

—¡Eso te dijo el misionero! refunfuñó el mahometano... ¡cristiano! antes me comerán vivo, que dejarte ser cristiano.

Como insistiese el niño en querer ir, le azotó terriblemente; y temiendo que se le escapase, lo llevó muy lejos del pueblo, a una familia algo pariente, también mahometanos, y allí le dejó para que no se acordase más de hacerse cristiano.

Pero, no; Kitibo, a pesar de los malos ejemplos que le daban sus tíos, que tanto suelen arrastrar a los niños, y por más que quisieron halagarle y distraerle, no consiguieron nada. Todas las noches al acostarse solía repetir: ¡Madre mía, quiero ser cristiano; que me deje mi padre serlo, que me deje, que me deje ir. ¡Madre mía! otra cosa... si se convirtiese el padre ¡qué bien...!

Así pasó un año. El misionero al volver al pueblo de Kitibo, preguntó por él; y al enterarse de la escena, se conmovió. ¡Pobre angelito! dijo, si yo hubiese previsto la tal escena, no le hubiera mandado pedir el permiso. ¡Virgen María! ¡Cuídalo bien bajo tu manto! ¡Sagrado Corazón de Jesús, no te olvides de Kitibo!

Preguntó por el mártir pequeñito y no le supieron dar razón de él. ¿Qué había sucedido?

El padre de Kitibo había enfermado muy gravemente y estando para morir, llamó a su hijito, a quien quería abrazar antes de expirar. Llegó Kitibo, tan rubio y hermoso como siempre; y lo primero que dijo en cuanto vió a su padre tendido y ya moribundo fué esto: Padre, ¡te mueres! ¿y no te vas a hacer cristiano?

El lobo de hace un año lloraba, y sollozaba amargamente... era ya cordero... abrazó a su hijo, muy conmovido y le dijo: ¡Kitibo mío! llama al de las barbas blancas, vete a buscarle, que me quiero bautizar...

Kitibo corrió, o casi voló al pueblo, abrazó al misionero que no podía contener el gozo, dió gracias a Jesús y a María y corrió a la choza... En el camino, Kitibo le contó su historia y los dos lloraban emocionados... Llega el misionero; el lobo ya hecho cordero le pide perdón; el misionero le pidió la razón de tal mudanza, a lo que respondió: Desde el día que azoté a mi hijito no he tenido un instante feliz. Padre, bautíceme.

Le preparó lo mejor que pudo en aquellas circunstancias y cayó el agua regeneradora sobre su cabeza... y murió contento... feliz...

El misionero recogió a Kitibo, lo llevó consigo al Colegio y lo tuvo dos meses con los catecúmenos instruyéndole mejor en nuestra religión. Lo bautizó; hizo la Primera Comunión y hoy está estudiando gramática en el Seminario menor; tan bueno, tan puro como un ángel, tan aplicado que es uno de los primeros de clase; y tan feliz y alegre, que es el encanto del misionero y la alegría de sus compañeros.

G. G., Congr.

¡Qué dos muertes!

Dicen de Calderón de la Barca, célebre dramaturgo y piadoso sacerdote que tanta gloria dió a España, que entregó su alma a Dios sobre su mesa de estudio cuando estaba componiendo un "Auto Sacramental"; una de esas composiciones literario-religiosas, cuyo argumento está sacado de algún pasaje de la Santa Biblia, y eran representados en las grandes solemnidades, de ordinario en las iglesias. Y, justamente, la que entonces traía entre manos era sobre el amor de Jesús en el Augusto Sacramento de la Eucaristía. Sólo este dato nos basta para que podamos piadosamente pensar qué alentado volaría su alma a gozar de Dios.

¿Qué me diréis de este otro caso que no ha mucho tiempo tuve la desgracia de ver y aún me tiene lleno de espanto?

Pasaba yo por una de estas calles, cuando me detuve atraído por los gritos de una compacta muchedumbre. Picado por la curiosidad, dirijo hacia allí mis pasos, y tras grandes empujones, logro ponerme en primera fila. Pronto vi con horror cómo era sacado de debajo de un tranvía un individuo que se revolvía en el estertor de la agonía, dando ya las últimas boqueadas; sus encrespadas manos retorcían uno de esos diarios portavoces del infierno.

Acomodáronle en un automóvil; pero ya había dejado de existir. Cuando el desgraciado pasaba de una acera a la otra, entregado a la lectura de aquel periódico, le atropelló el tranvía.

La vista de aquel desgraciado me llenó de terror, más por su alma que por su cuerpo. Espontáneamente brotaron de mi corazón estas palabras: "Ten misericordia de él, Jesús mío". ¿Habrá podido pedir perdón a Dios?, fué el primer pensamiento que me vino a la mente. Ya aquel día no pude borrar de mi memoria aquel triste suceso que a donde quiera que iba me perseguía; luego me asaltó otro que no puedo dejar de trasladarlo al papel:

¿Ya sabes cómo, seguramente, no te cojerá la muerte en tan deplorable o parecida circunstancia? Pues no cogiendo en la mano un periódico malo, ni yendo a sitio alguno peligroso.

F. A., Congr

Maestro en el aire

Un niño de 10 años, tan ligero como atolondrado, se paseaba un día en un inmenso y hermoso parque que su padre acababa de comprar. Después de haberlo recorrido varias veces, y examinado minuciosamente, no sabía qué hacer y empezó a aburrirse; de pronto vió, en uno de los extremos del parque, a un corzo que estaba comiendo los brotes de un arbusto; dió un fuerte grito para asustarlo, pero quedó sorprendido al oir el grito idéntico al suyo, que salía del bosque vecino.

Quiso parecer valiente, y, sobreponiéndose al miedo que sentía, gritó con todos sus pulmones:

—¿Quién está ahí?

—¿Quién está ahí?, respondió en el mismo tono la voz misteriosa.

Al oir estas palabras, el muchacho se encoleriza pensando que alguien se estaba burlando de él; dirige multitud de injurias a esta voz misteriosa, que, claro está, no era sino el eco de la suya; pero el niño, ignorante de este fenómeno, queda completamente aturdido, al oir que la voz le responde con asombrosa fidelidad la sarta de injurias que él le va dirigiendo: ¡Tonto!, ¡bruto!, ¡necio!, ¡insolente!, ¡grosero!, ¡malvado!, ¡imbécil!

Cuando agotó todo su vocabulario, corre asustado a la casa de campo en que estaba su padre y le dice:

—No sé qué muchacho, insolente y grosero, escondido en el bosque del parque, me ha contestado las injurias más ofensivas.

El padre, que había visto y oído todo, dijo a su hijo:

—Hijo mío, ven conmigo y veamos si ese impertinente se muestra conmigo tan grosero; si así fuese, le encontraremos y le castigaremos severamente.

Cuando llegan al lugar en que había ocurrido lo dicho, el padre exclama:

—Buenos días.

—Buenos días.

—¿Está usted bien?

—¿Usted bien?

—Muy bien, gracias a Dios.

—A Dios.

El asombro del joven no tiene límites. Entonces el padre le explica lo que es el eco, diciéndole que las voces se reflejaban en la espesura del bosque vecino y volvían a sus oídos. —Ya comprendes ahora, le dice, por qué te ha contestado a ti grosera y a mí cortésmente.

Del mismo modo lo que recibimos del Señor, no son sino el reflejo de nuestras obras: si queremos recibir bienes, tendremos que obrar bien, y si obramos mal, en males se reflejarán nuestras obras.

E. A., Congr.

Mártires rusos

La persecución antirreligiosa rusa data ya de muy antiguo y ha producido numerosos mártires.

En la noche del Domingo de Ramos del año 1923, fueron condenados a muerte en Leningrado el Arzobispo católico de esta población, Monseñor Cieplak, y sus diez sacerdotes, entre los que se contaba el Vicario general, Budkievich.

Aunque sus asesinos excusaban su crimen con razones políticas, la verdadera y única causa era el odio a la religión, como se ve claramente en las preguntas que les hicieron el Procurador del Estado, Krylenko, y el Juez, Gelkin:

"¿Habéis enseñado el catecismo?"—Sí, respondieron".—"¿Tenéis intención de continuar enseñándolo?"—"No pensamos variar de conducta". Entonces se leyó la ley bolchevista, que tiene por criminales a los que enseñan el catecismo a los menores de 18 años. Les acusaron, así mismo, de haber dicho la santa Misa, y según Krylenko, una genuflexión delante del Santísimo podía considerarse como una excitación a los fanáticos niños de la parroquia para atacar a los soldados del Gobierno.

Después de leerles la sentencia, el Arzobispo, anciano de 70 años, débil y consumido, habló rechazando los cargos que se le hacían. Su dignidad y mesura impuso un respetuoso silencio a aquella chusma de soldados rojos, de ateos y de estudiantes corrompidos. Cuando se levantó a hablar monseñor Budkievich, a pesar de estar ya condenados a muerte, fué interrumpido y burlado por el Abogado del Gobierno.

De nada sirvieron sus excusas. El Arzobispo y el Vicario general no se inquietaron por eso. Sus semblantes expresaban la interna satisfacción de sus almas, que anhelaban el morir por Jesucristo. El anciano Príncipe de la Iglesia abrazó a su defensor, anciano también, de larga barba, que no era católico, sino miembro de la Iglesia ortodoxa. El Abogado se lanzó a su cuello y rompió a llorar amargamente. Después abrazó el Arzobispo a cada uno de sus sacerdotes. Soldados rojos, bien armados, se encargaron de su escolta. Poco después era bárbaramente fusilado Budkievich.

Monseñor Cieplak tuvo sin embargo, el sentimiento de no recibir el mismo deseado premio, que tan próximo parecía estar. Condenado,

Universidad de Deusto
Biblioteca

por cambio, a larga prisión, fué por fin expulsado y cargado de tantos sufrimientos, vino a morir pocos años después en Estados Unidos.

S. M., Congr.

Hacerse el sordo

Una tarde estaba revolviendo una biblioteca vieja y encontré en el fondo de un estante un libro muy viejo, todo arrugado, tan lleno de polvo como poco consultado. Lo cogí y vi que le faltaban las primeras hojas, no pudiendo por lo tanto averiguar su autor ni la fecha de su edición que parecía ser remota.

Hojeando aquel vetusto libro pude ver que se trataba de un libro piadoso, en el que se combatían los vicios de los hombres. Comencé a leer un capítulo y me topé con esta comparación de la que me pareció se podría sacar algún provecho; y he querido copiarla al pie de la letra:

"Cuentan que el áspid tiene tal pasión por la música, que, en cuanto oyé tocar algún instrumento músico, se deja arrastrar por el sonido; y así algunos aprovechándose de esta circunstancia para cazarlos, suelen tocar una especie de flauta para que el áspid salga de su madriguera y caiga en el lazo; pero Dios le ha dotado de una, como si dijéramos, fuerza de voluntad extraordinaria, y cuando oye música, conoce que le preparan algún lazo, y se tapa los oídos, no con las patas, porque no las tiene, sino poniendo un oído en tierra y tapándose el otro con la cola, y así sordo voluntario se salva. ¿Pues, por qué..."

Y no ponía más el libro porque le faltaban varias páginas, pero no es difícil adivinar lo que seguiría.

¿Por qué no hacemos nosotros eso mismo, y cuando algún amiguito nos invita a ir a un sitio inconveniente y nos lo pinta de color de rosa con frases como esta: "No, si allí no hay nada malo; ya verás"; entonces por qué no nos tapamos los oídos y echamos a correr en dirección contraria?

D. I., Congr.

Ante una joyería

Mi amigo Luis tenía tal apego al trabajo, que no se separaba de la joyería que su padre poseía.

Un día de los pocos que yo tengo libre, acerté a pasar por la calle en que mi amigo tiene la joyería; me vió y me llamó e invitó a que entrara a su tienda para enseñarme una que él llamaba joya, y era un trozo de roca en cuyas hendiduras brillaba un objeto que él me dijo era un diamante. Yo, al ver aquello, hice un gesto de desconfianza; ¿aquello era una joya? Mi gesto no pasó desapercibido a mi amigo que me dijo: "Ven mañana a esta hora y verás cómo ha cambiado esta piedra".

En efecto, al día siguiente, por no desairar a mi amigo, fuí a su tienda y vi a su padre que con mucho cuidado y sin distraerse, estaba frotando con su mismo polvo el diamante que el día anterior me había enseñado su hijo metido en la roca.

Yo, que desconocía la dureza del diamante, le pregunté por qué no frotaba el diamante con un hierro, para que así fuese menor el gasto; pero él me contestó, que, como el diamante es el objeto más duro que se conoce, no se puede pulimentar más que con su mismo polvo.

Otro día después, al salir yo del colegio y según iba a casa, ví en el escaparate de mi amigo un diamante bien pulimentado que brillaba intensamente: era aquella piedra que tiempo antes había visto pulimentar a su padre.

A la noche, una vez que me hube acostado, me acordé del diamante, y se me ocurrió esta idea: Así como el diamante, para brillar, tiene que pulimentarse con polvo de sí mismo, así nosotros, si queremos hacer algún bien en la sociedad tenemos que acostumbrarnos antes al roce con los compañeros y mortificarnos no poco y humillarnos al pensar en nuestros defectos, para que así soportemos los de los demás y seamos con todos muy amables.

J. M., Congr.

Correspondencia abierta

Párrafos sueltos.

Ya tengo mucho cuidado con lo que tanto nos han advertido este curso a propósito de "Pilatillos" de no hacerse amigo de cualquiera, sin antes conocerle bien.

F. N., Congr.

La Comunión y la Misa, como ya lo sabe usted, no las dejo por nada.

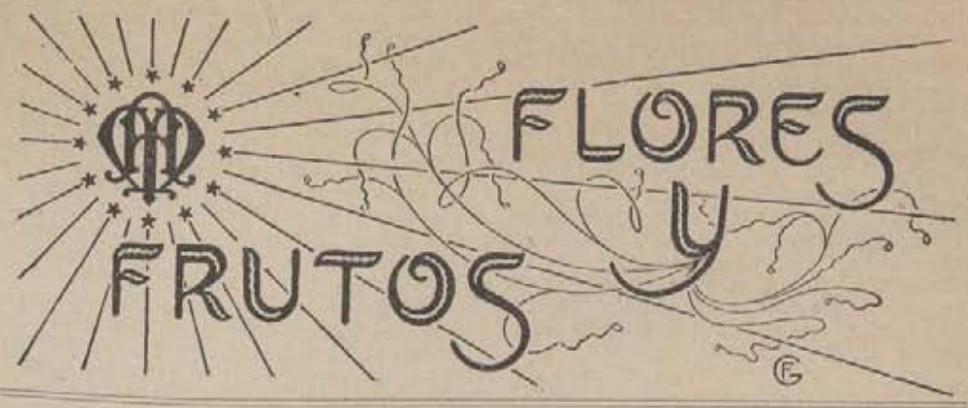
Allí me encuentro con otros congregantes; y después de desayunar volvemos a vernos en la playa.

A. Z., Congr.

Aunque he hecho ya algunas excursiones a Tolosa y Hendaya, pero siempre con la Misa y Comunión a diario.

Vi el otro día a un biplano y tirarse a un parachutista desde 700 metros de altura a la isla de Santa Clara.

A. M., Congr.



Núm. 205.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Agosto de 1930

Muerte desastrosa

El hecho que voy a narraros ocurrió no ha mucho tiempo en tierras muy lejanas de España. Puntualmente me lo refirió un testigo presencial. Es como sigue: Don Abundio era el cacique socialista de su pueblo; un pueblo de sencillos y laboriosos habitantes, tendido en un valle floreciente y risueño, que ostenta orgulloso la galanura de sus campos en perpetuo verdor, la lozanía exuberante de sus sembradíos henchidos de promesas, las empinadas crestas de sus montañas que escalan el cielo eternamente azul...

En este cuadro de luz y de vida había caído un manchón negro y sombrío, como nube de tempestad: don Abundio. Entre la gente obrera del pueblo comenzó don Abundio a propagar ciertas doctrinas que llevaban a las conciencias, antes serenas, porque eran del todo cristianas, la intranquilidad y el desasosiego, el resquemor y el odio, la envidia y el deseo de venganza.

¡Todos iguales! gritaba don Abundio, ¡abajo los ricos! Y don Abundio... ¡se hizo rico! Los obreros, engañados con el brillo fascinador y relampagueante de promesas que jamás se realizaban, le sirvieron de peldaño para encaramarse a las alturas de la fortuna y de la riqueza.

Más aún: don Abundio fundó un periódico, un papelucho infame en el que, con palabras huecas, altisonantes e incendiarias, se defendían los fueros de la libertad ultrajada, los derechos del pueblo soberano, el igualitarismo de las masas sociales, la legitimidad de la revolución, etc., etc. Don Abundio y su periódico se mofaban de las cosas santas, ridiculizaban la otra vida y las penas del infierno, injuriaban a la Iglesia, al Papa y a los sacerdotes, atacaban a la Religión y se reían de los dogmas de la fe.

Tanto y tan asqueroso veneno acabó por corroer las almas de muchos incautos, sobre todo de jóvenes obreros, mal avenidos con la pobreza que no deshonra y con el trabajo que dignifica, a quienes don Abundio ofrecía mentirosamente un futuro halagüeño de bienestar y placer...

Don Abundio colmó, por fin, la medida de sus anhelos y ambiciones: ¡llegó a ser diputado! Los suyos, los socialistas y los liberales, regaláronle un acta para que fuera a sentar sus reales en una curul del Congreso; desde puesto tan eminente derramaría a manos llenas al mundo de los menesterosos, de los débiles, de los oprimidos los bienes y las comodidades que sólo las ideas redentoras del socialismo pueden proporcionar a la humanidad doliente.

Nuestro don Abundio, hinchado de orgullo y soberbia, altanero y protector púsose en camino hacia la capital, jinete en magnífico alazán, pues no había ferrocarril a través del inmenso rosario de cordilleras que debía recorrer.

La tercera jornada de su viaje era temible: durante un día entero tenía que cabalgar por un valle en que un sol de fuego pone en peligro la vida del caminante. Don Abundio despreciaba los peligros; con sonrisa sardónica burlábase de los ardientes rayos del sol, que seguramente no harían mella en su recia contextura. Llegó el mediodía. El sol enviaba al valle sus rayos más poderosos: semejaban saetazos de fuego que oradaban el rostro y requemaban la piel. De repente don Abundio se sintió mal: la cabeza le ardía como un volcán, las sienes sentíalas oprimidas como por dos tenazas de hierro candente, los ojos se le revolvían en las órbitas despidiendo llamaradas... por todas partes no veía más que fuego: el sol había hecho presa en don Abundio. Ayudado por su peón se apeó del caballo, y tambaleándose fué conducido a una miserable choza.

Tendido en el suelo, abrasado de dolores, se revolcaba furiosamente lanzando, como un energúmeno, gritos espantosos y barbotando palabras horrendas. El desgraciado se sentía morir... Sin embargo, ni una palabra de

Universidad de Deusto
Biblioteca

arrepentimiento de sus muchos y enormes pecados salía de sus resecos labios, ni un signo pidiendo perdón al Dios de la infinita misericordia. Todo lo contrario: rechinando los dientes y retorciendo los puños maldecía de Dios desesperada y rabiosamente, de aquel Dios bueno y amable que tantas aldabadas había dado a las puertas de su corazón empedernido para que se convirtiera.

Así murió don Abundio: impenitente, abandonado de Dios y de los hombres, como mueren la mayor parte de los perseguidores de la Iglesia.

Espantoso castigo... y terrible lección para los que en vida se ríen de Dios, porque ese mismo Dios, manso, humilde, amigo de perdonar, pero también justiciero, puede reírse de ellos en la hora suprema de la muerte.

D. R., Congr.

Cómo se cierran las iglesias en Rusia

Fritz había terminado su tarea. Puso los aperos de labor en el carro y aguijoneando al caballo abandonó el campo. Pronto se le juntó Yovska, su mujer, con un hato de leña en las espaldas.

Al entrar en el pueblecito formando abigarrado grupo con sus convecinos, labradores tan pobres y tan harapientos como ellos, encontráronse con un fuerte destacamento de "sus" soldados, de los soldados del ejército rojo, que bien armados, con elegantes y cómodos uniformes, ostentando en sus cascos la vistosa estrella soviética les invitan a entrar en la iglesia.

Una vez en ella, un delegado del Gobierno Soviet súbese sobre un banco. Con voz de trueno les advierte que sólo saldrán de allí si acceden a pedir el cierre de la iglesia. Por supuesto, apoya sus palabras con algunos oscuros sofismas y buena porción de claras amenazas.

Oyese sordo cuchicheo que recorre aquel grupo de aldeanos, y a poco resuenan cientos de voces negándose a tan infame propuesta. Entonces los soldados montan guardia y dejan pasar una tras otra las horas de la noche; esperan que el temor y el cansancio obren en sus ánimos.

Yovska—dijo Fritz—los niños esperan ansiosamente nuestra vuelta ¿qué será de ellos? —No te apures—contesta la mujer —Dios se apiadará de su inocencia. Lo mismo piensan todas las otras madres a quienes como a Yovska esperan también sus hijuelos temblando de miedo y de frío en los hogares desiertos. Cuantas veces se les propone de nuevo el mismo modo de librarse de aquel enfadoso cautiverio, otras tantas lo rechazan.

Al fin con la mañana llega la libertad. Basta que cuatro infelices de los allí encerrados firmen el documento para que el poco escrupuloso delegado se dé por satisfecho. Esto no impide el que en los periódicos bolchevistas aparezca así la noticia del nuevo "triunfo" alcanzado: "A petición de los labradores de Kioba, reunidos en Asamblea, el Gobierno ha concedido que se cierre la iglesia. Sus campanas se desmontarán y enviarán a las fábricas nacionales para ser fundidas y convertidas en cañones."

Inútil fué que después se firmara una protesta unánime de todos (incluso los cuatro seducidos) contra tal disposición. El único resultado obtenido es que Fritz y su mujer, con otros muchos de los más significados en el movimiento, tengan que abandonar el país y refugiarse en Alemania.

Casos como éste se repiten todos los días, pero a pesar de ello sigue leyéndose en el "Yzuestia", el "Beboinik" y otros periódicos rusos que, si el Gobierno cierra cientos de iglesias, se ve forzado a ello por la voluntad unánime del pueblo.

Estas iglesias, unas se destruyen hasta los cimientos como el Monasterio Simonou de Moscou, cuya demolición dió buen quehacer a la dinamita durante ocho días, otras se convierten en clubs y konsomols, otras en talleres o cines públicos.

Y ¡ay de aquel que tenga el heroísmo de protestar! Aunque se trata de una "República de obreros" y él sea el mayor "proletario" que se conoce, será expulsado del trabajo, se le negará el pan para sus hijos y será declarado enemigo de los obreros y antirevolucionario.

He aquí cómo trabajan los soviets por arrancar la idea de Dios del corazón del creyente pueblo ruso.

Sigamos pidiendo por este tan desgraciado pueblo.

M. A., Congr.

Como la vida...

De regreso de Caparrapi un recién ordenado sacerdote se hospedó en la bellísima finca llamada "El Paso del Rejo", propiedad de su amigo. Allí encontró algo que no esperaba: al pasar por un corredor y volver la mirada hacia una de las piezas de la casa, vió en una cama a un anciano cuyo solo aspecto le invita a hacerle una visita.

Era el padre de su amigo, todo un patriarca de ciento tres años de edad, cuya santidad de vida borbotaba por sus ojos, hermoseaba sus blancos cabellos y daba a sus palabras atractivo singular y fuerza irresistible. Le sorprendió también el que leyera todavía sin anteojos.

Traban conversación; y le cuenta cómo hasta un año antes, él concurría a todas las faenas de la hacienda, y precisamente en una trilla había sufrido el porrazo que le tenía en la cama.

Le manifestó que él acostumbraba a confesarse con la mayor frecuencia posible, y que aprovechaba su paso para suplicarle el favor de administrarle este sacramento.

Le confesó y no se impresionó poco al considerar que el sacerdocio da autoridad suficiente para perdonar los pecados a cualquiera, aunque medie, como en el presente caso, tan grande diferencia de edad: ¡un joven sacerdote perdonando a un anciano de ciento tres años!

Concluida la confesión y dados al paciente los consejos que creyó oportunos, iba a retirarse, cuando vió un ataúd frente a la cama.

—¿Y ésto para quién es?—preguntó al anciano.

—Es el mío: hace muchos años que lo miro desde mi cama y me alegra el pensamiento de que pronto dejaré el destierro de este mundo y veré a Dios.

—¿Y no le impresiona el pensamiento de la muerte?

—¿Por qué? he procurado ser buen cristiano; no he hecho mal a nadie: ¡es tan grande la misericordia divina! ¡se ven tantas miserias en la tierra! ¿no es el cielo nuestra patria?

—Dele usted muchas gracias a Dios, le dijo, que le concede tanta tranquilidad de conciencia, y persevere hasta el fin en tales sentimientos. Siga viviendo en los brazos de la Bondad Divina, en ellos morirá.

—Dios le pague su visita y sus frases de aliento a este pobre anciano.

—Puesto que probablemente ya no volveremos a vernos en la tierra, acuérdese en el cielo de este joven sacerdote; ruegue a Dios por sus obras, pídale que salve muchas almas, que siga haciendo bien por todas partes y por todos los medios; que nunca desfallezca en su servicio y que a la hora de la muerte merezca en recompensa un abrazo de Dios.

Cubriéronse de lágrimas los ojos del anciano y del joven sacerdote. Acababan de conocerse y ya se despedían para siempre.

Aún para vivir largos años ¡cuánto ayuda la buena vida!

F. G., Congr.

Viejecita feliz

Acababa de llegar el señor párroco a su casa cural después de larguísima correría para confesar a un enfermo, cuando se le presentó un hombre, llamado Eustasio, el cual venía a llamarle para otra confesión a mucha distancia en el campo.

—¿Quién es el enfermo?

—Es la viejecita Presentación.

—¿Y qué tiene la viejecita?

—Está tísica.

—¿Está muy grave?

—La dejé hilando en la puerta del caserío.

—Entonces no es de urgencia.

—Eso creo también yo, pero se le ha metido la idea de confesarse e hizo que viniera a llamarle.

—¡Vuélvase usted y dígale que mañana, de paso para San Gil, a donde tengo que ir, la confesaré!

Se había ido el hombre, cuando el señor cura siente repentina intranquilidad, que no podía desechar; figurábasele que la tal mujer podía morirse sin confesión por su negligencia en ir cuando ella le pedía. Estaba dudando lo que hacer, cuando pasan por allí unos amigos y le invitan a dar un paseo a su chalet, situado en el camino que conduce a la casa de la ancianita. Resuelto el sacerdote a no demorar la confesión, acepta aquella invitación, y al pasar por el caserío de la enferma, ve a ésta sentada junto al quicio de la puerta.

Se le acerca, la interroga detenidamente y oye la confesión, que la mujer la hace de rodillas.

Después, como se dificultaba poder volver, le administra la Extremaunción y se despide.

La mujer le ruega que le encomiende el alma, y el párroco lo hace, aunque no ve síntoma alguno de estar próxima la agonía.

Monta de nuevo en el coche con los que con él habían venido de paseo, e iban a dos kilómetros de distancia cuando Eustasio, el mismo que había ido a llamar al señor cura, viene a todo correr y les avisa que la ancianita acaba de morir.

Entonces dice a sus acompañantes el sacerdote:

Ha conseguido esa viejecita, aunque no parecierá cercano su fin y cuando yo no quería venir por temor de perder mi viaje, la gracia de morir con los últimos sacramentos; ha sido la recompensa que Dios ha dado a su alma por la pureza de su vida; sepan ustedes que yo no encontré materia de absolución al confesarla.

La muerte no es sino el eco de la vida: como se ha vivido, se muere.

H. H., Congr.

¡Vaya un listo!

Ya sabéis, que allá por el siglo XVI, cuando reinaba en España Carlos I, hubo en la ciudad italiana de Pavía, una sangrienta batalla entre españoles y franceses, en la cual, nuestros soldados consiguieron retirarse vencedores, aunque con gran número de heridos.

Entre estos últimos se contaba Francisco, que habiendo combatido valerosamente, había recibido un arcabuzazo en una pierna. El enfermero, que recorría las tiendas, se fijó en el gesto de dolor del valiente soldado, y viéndole sangre en la ropa, le preguntó si estaba herido. Francisco le contestó que no, que estaba sólo fatigado a consecuencia del ardor de la pelea, y que la sangre era de un caballo herido que le había manchado. El enfermero insistió, viéndole pálido y demudado, pero el soldado le volvió a responder que no estaba herido.

Pero, ¡Francisco era tonto! diréis. ¿Qué objeto tenía en negar que le habían dado un arcabuzazo, si se lo iban a curar?

No lo sé. Lo que os puedo asegurar es, que muchas veces estuvo nuestro soldado a punto de declarar su dolencia, y otras tantas se la calló. Y, ¡naturalmente! la bala que tenía dentro de la herida no tardó en surtir su efecto, y Francisco murió al día siguiente.

Pero no os he contado ésto para que os

Universidad de Deusto
Biblioteca

compadezcáis del pobre soldado, sino para que saquéis esta consecuencia provechosa; porque, así como aquél tenía una herida que le hubieran podido curar si la hubiera descubierto, así nosotros recibimos muchas veces heridas peores, con muchas faltas y pecados; y tan fáciles de curar, que el que se queda con ellas, es tonto ¡mucho más tonto que Francisco! No sabes lo importantísimo que es tener franqueza con el confesor, que es el mejor médico; a él le dices todo lo que tienes, sin callar nada; no sea que las balitas de los vicios, si no las extraes a tiempo, te quiten la vida del alma, como al otro le quitaron la del cuerpo. ¿Cuál es peor? Que no te pase en vacaciones tan gran desventura.

J. G., Congr.

Cómo vuelve la agilidad

Trabajando varios albañiles en el revoque de la pared de un edificio en construcción a la altura de un segundo piso, uno de ellos, bastante joven, cayó del andamio y tuvo la desgracia de fracturarse el cúbito del brazo derecho.

El médico, encargado de su curación, colocó cuidadosamente los huesos en su lugar y dispuso un perfecto apósito. La curación exigía la más completa inacción del brazo, y por tanto del antebrazo.

Durante dos meses le veía yo con el brazo doblado a la altura del pecho y pendiente del cuello, pasearse alrededor de la construcción, de la que se había caído.

Pasado este tiempo el médico levantó el apósito y certificó la perfecta soldadura del hueso; pero el pobre albañil tan inmóvil tenía el brazo, que quedó amargamente extrañado. El médico, a quien volvió a ver, le tranquilizó. No se apure, le dice, el ejercicio devolverá al brazo su pasado movimiento y en poco tiempo quedará en condiciones de continuar su trabajo, y así fué; a los ocho días ya estaba trabajando.

¡Cuántos hay que se desaniman por haber dejado algunos días de estudiar o de venir por las mañanas a la Misa temprano; hasta el punto de no querer seguir los estudios ni volver a la Congregación! Otros son más listos y cuando ven que sus compañeros se les han adelantado, lejos de desalentarse, son constantes y llegan a alcanzarlos.

J. de A., Congr.

¡Vaya generosidad!

Hace poco tiempo se contaba este caso en una Asamblea general de las Conferencias de San Vicente de Paul:

Una mujer pobrísima venía frecuentemente a hablar con su confesor. Este admirado no se cansaba de escucharla; tal era la fe y la elevación de pensamientos y sentimientos que acerca de Dios y de su providencia expresaba con la mayor naturalidad.

—¿Y cómo se arregla usted para vivir, le preguntó un día, tan animada entre tanta miseria?

—Padre, muy bien.

—Pero, ¿cuánto gana usted al día?

—Gano de diez a quince perras llevando algunas cargas.

—Bien, ¿y qué come?

—Lo que puedo, Padre.

—¿Qué es lo que puede comer?

—Padre, sólo pan.

—Pero con diez o quince perras ¿no puede usted comer algo más que pan? ¿Qué hace con el dinero que le sobra?

—¡Ah! Padre, veo tantas miserias cerquita de mí y gentes tan desgraciadas que no puedo resistir, y les ayudo.

Y como este caso hay muchos entre los pobres.

Si los que mucho tienen se compadecieran en esa forma ¡cuánto más consolados vivirían y cuántas miserias quedarían remediadas!

J. G., Congr.

Correspondencia abierta

Párrafos sueltos.

Llegué a ésta y al día siguiente fuimos a misa. Ahora hay sacerdote nuevo y, como ha venido otro de Madrid que suele pasar el verano en compañía de su familia, tenemos dos misas, una a las siete y media y otra a las ocho; nosotros vamos a la de siete y media generalmente, pero si algún día se nos hace tarde vamos a la de ocho.

Aquí hay Rosario todas las noches a las ocho y media, y vamos dejando nuestros quehaceres, que a esa hora suele ser el de jugar al foot-ball; suele ir bastante gente; aunque la iglesia está lejos, nosotros vamos al Rosario con el lema siguiente: "Nos dan Dios y la Virgen todo el día para divertirnos, justo es que les dediquemos, aunque poco, unos diez minutos para el rezo del Santo Rosario".

M. M., Congr.

Acabo de recibir el examen de vacaciones para llevarlo en el Devocionario y repasarlo en la Misa. Me figuro cuando lo leo que me está usted hablando a la oreja.

Siempre rezo las oraciones que las sé de memoria.

J. E., Congr.

Quiere creerme, Padre, que me da pena ver lo solo que está el Señor en el Sagrario mientras la gente llena las playas, sin saber agradecerlas a quien se las da. Como yo no quiero ser desagradecido y tengo tiempo sobrado, me he propuesto no dejar un solo día de visitar al Señor y a la Santísima Virgen.

Un día llegué tarde y encontré la puerta de la iglesia cerrada; pero hice la visita desde la puerta; charlé después con un pobre que allí estaba y le di limosna. No sé por qué, pero me parecía que era el mismo Jesús a quien hablaba y socorría. Así, Padre, que estoy que reviento de alegría.

C. E., Congr.



Núm. 206.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Setiembre de 1930

¿Quién es el más listo?

Hay en cierta parte de Aragón un pintoresco valle, por cuyo fondo corre juguetón arroyuelo, hermoseándolo todo y fertilizando los campos que a su vera siembran de trigo aquellos industriosos campesinos. Tres molinos hay escalonados en la orilla a los cuales llevan los labradores sus cosechas para volverlas separadas en dos porciones de harina y salvado; la una para comer el pan hasta la otra cosecha; la otra para engordar los animales que pían y gruñen en sus corrales.

Pero aquel año ¡qué tristes están los pobres molineros! Y tienen su razón, pues sólo escasos hilitos de agua bajan por entre los guijarros del antes bullicioso río; y con eso ¿cómo se va a mover la pesada piedra del molino?

Río arriba sube poco a poco el tío Tasio, animando a su bestia cargada con cuatro sacos de trigo; ya llega al primer molino; a su puerta, mano sobre mano, se halla Juan, su dueño.

—¿Qué hay, señor Juan, no se muele?

—¿Dónde has visto tú que se pueda moler con esta sequía que tenemos? El alma si que se muele de pensar en el río tan rico que tuvimos el año pasado. Echabas el agua por el canal y la rueda se movía que daba gusto.

—¿Entonces, qué, no muele?

—Nada, Tasio, nada, no puede ser! Si fuese como el año pasado!

El tío Tasio siguió adelante dejando al señor Juan pensativo en las aguas que pasaron y que no habían de volver a bajar. Poco después llegaba al segundo molino, en donde, como en el primero, tampoco se oía el caer del agua ni el rodar de la piedra; también su dueño, el señor Antón, se hallaba sentado a la puerta, mano sobre mano, contemplando su rueda parada y los secos guijarros del río.

—A la paz de Dios, señor Antón, ¿no se muele?

—Por ahora nada, tío Tasio, pero ya moleremos cuando vengan las lluvias del invierno; verás entonces qué bullicioso viene el río.

—Sí, pero para entonces ya nos hemos muerto de hambre, ahora me hacía falta a mí.

—Pues, ya ve que no hay agua.

—Bien, pues voy más arriba a ver si el señor Santiago puede.

—Es inútil; aquél menos que yo, porque está más alto y a él no le baja este torrente que desemboca aquí cerca, pero en fin, si tienes ganas de andar vete; yo en el invierno ya podré, ahora no.

El tío Tasio atizó su mula y dejó al señor Antón pensando en las aguas que iban a bajar. Al poco rato daba con el tercer molino, y aunque también estaba parado, el señor Santiago no estaba ocioso a la puerta, mano sobre mano; allí, en mitad del cauce, transportaba piedras de un lado al otro, haciendo más honda una parte, subiendo la otra y levantando por otro sitio un pequeño dique.

—¿Qué es eso, señor Santiago, ha cambiado usted de oficio?

—Sí, ahora hacemos de peón, no hay más remedio; poca agua baja, pero si la deja uno escapar es peor; por eso estoy haciendo aquí un embalse para recoger todo el agua que antes se escapaba hilito a hilito por muchos sitios, y cuando esté lleno abriré la compuerta del canal y toda el agua que baje por el río pasará por la rueda y la moverá.

—Así me gusta, hombre, aprovechar las cosas como se pueda. Entonces le voy a dejar aquí este poco trigo.

—Sí déjalo y vuélvete al otro sábado, que ya estará molido.

Así lo hizo el tío Tasio con gran alegría.

A la vuelta iba pensando en la habilidad de aquel hombre que hasta de la poca agua sabía aprovecharse, y se reía de lo tontos que eran sus compañeros, que no molían nada a pesar de tener más agua que él.

Como pasaba el tío Tasio a lo largo del río, ofreciendo a los molineros trabajo y ganancia, pasa el Señor a lo largo de la vida ofreciéndonos trabajos con que podamos ganar más Cielo. Ahora que muchos los desprecian, diciendo unos que eso estaba bien cuando eran niños; y otros replican que ya pensarán en el Cielo cuando sean viejos; muy pocos son los que

Universidad de Deusto
Biblioteca

saben aprovecharse bien de todas las cosas. De lo presente, del estudio, de la obediencia, etcétera. ¿Por qué no eres de éstos y te dispones por la mañana a servir a Dios, ofreciéndole todas tus obras y ya has echado por buen canal todo cuanto hagas durante el día, aun tus juegos, que es como el tiempo de sequía.

F. de T., Congr.

Antes muerto,...

Veloces pasaban los días para Juanito y para su madre doña Catalina. En su finca, rodeada de altos álamos, cobijada bajo la sombra de manzanos y perales, y acariciada por la brisa impregnada de suaves perfumes, pasaban felices días. doña Catalina procurando cuidar, con cuantos cuidados le suministraba su amor de madre, a su hijo, y éste poniendo todo empeño en satisfacer los gustos de su madre.

El día que los vi arreciaba el calor; y allá, sentados en la verde grama, se entretenían jugando con el magnífico perro, guarda fiel de la casa. En sus ventanas trinaba el ruiseñor en la jaula, compitiendo con sus melodiosos gorjeos, con los pájaros que revoloteaban libres en las ramas.

De pronto se levantaron madre e hijo y seguidos del perro, se dirigieron a la puerta de la granja. Allá a lo lejos, en la carretera, se veía venir un coche tirado por dos caballos. Pronto se acercó, y los caballos se pararon al golpe de las bridas. Saltó el cochero para abrir la portezuela del coche. Un joven, de unos 17 años, salió de él, y corriendo se abalanzó a los brazos de doña Catalina. Era Luis, el hijo mayor, la delicia de sus padres y el encanto de la casa, de alto talle, delgado, pálido; se escapaba de su rostro una dulce sonrisa, y sus ojos azules formaban lindo contraste con la rubia cabellera. Llevaba en sus manos las notas y los premios del colegio. Feliz, con la felicidad de un alma inocente, rebosaba candor.

Pero ¡pobre! Días muy aciagos le esperaban. Un compañero había sembrado en él y había hecho germinar el brote de la vocación religiosa y era ésto acicate que en medio de su tranquilidad le inquietaba y nubarrón que cubría el diáfano horizonte de su conciencia. Estaba resuelto, sí, a llevar a término su vocación: pero tenía que vencer el muro de la ternura de su madre, contra el cual muchos se han estrellado.

Mas un día el rostro de la madre, descubrió algún cambio en su interior. Luis, después de haber pasado alegre toda la mañana con su hermano Juanito, pescando en el arroyuelo próximo, venía gozoso al mediodía al chalet. Saludó a su madre. Esta le recibió con dulzura y alargándole una carta, ¿la conoces?, le dijo. Luis clavó su mirada en el sobre, fijóse en su madre, y su rostro se cubrió de encendida púrpura.

Era carta de su amigo; pues quedaron al despedirse en que se escribirían mutuamente, y en aquella carta, le hablaba de su vocación y le animaba a la lucha. Luis, al terminarla, no sabía dónde fijar su vista. La cobardía oprimía su corazón y no se atrevió a hablar palabra. Pero doña Catalina, que ya conocía el contenido de la carta se enfureció, llamando con cuantos apelativos le venían a la lengua al amigo de Luis, que se atrevía a dar tales consejos.

Tú ¡religioso!, le increpó, pues no faltaba más. Habráse visto hombre tan deslenguado y tan sin entrañas como ese tu amigo? No, no, tú no vales para religioso. Si no tienes ni salud, ni fuerzas y además en el mundo te puedes salvar; pues no faltaba más, antes te quisiera ver muerto...

Y aquí doña Catalina calló, pues las lágrimas le cortaron las palabras, y abrazó con tierno abrazo a su hijo.

Luis sostuvo algunas razones; pero era imposible. Cada razón que aducía, sólo servía para encender más y más el ánimo de su madre. Acobardado con ésto, cesó en su demanda, para su desgracia. Era el primer paso que daba hacia la ruina.

Repetidas veces pidió a su madre que le dejase ir religioso; pero lo hacía con tal cobardía, que más parecía hacerlo, para salvar su responsabilidad, que para urgir a su mamá.

Al terminar las vacaciones, habían desaparecido de Luis todos sus ánimos; y al responder a las cartas de su amigo, lo hacía con tales generalidades, que pronto echó de ver aquél, el cambio de Luis.

Para más asegurarse la madre del cambio de ideas de su hijo, lo mandó a otro colegio, dirigido por profesores láicos.

Y aquí viene ya otra escena muy distinta. El curso siguiente hubiéramos podido ver a Luis en el patio del Instituto, altito, delgado, puestos en desorden los cabellos, sucia la chaqueta, los zapatos rotos y mostrando en su mirada la sombra del vicio; y hubiéramos también podido ver a uno de sus compañeros, que dándole un soberano golpe en sus espaldas; le decía: Vamos, vamos a la tasca del 33. De saber lo que aquella invitación encerraba, hubiéramos quedado espantados.

¡No, no quería creer, que aquél fuese Luis, el hijo de doña Catalina. Le vi desaparecer veloz por el ancho portalón, seguido de un cuadrilla de estudiantes, que acostumbraba a comer y beber a cuenta de otros.

Excitada con lo anterior mi curiosidad, quise cerciorarme. Me acerqué al bedel; ¡cuál fué mi tristeza, al quedar asegurado de mis sospechas! Era, sí, era Luis y se estaba cumpliendo el deseo de su madre.

Cuando más tarde se vió en la Universidad, cercado de un enjambre de estudiantes, que como sanguijuelas se pegaron a los bolsillos de Luis, se vió otra vez arrastrado por el ejemplo de sus compañeros. En la ocasión presente cursaba el segundo año y contaba 25 años de edad y 5 de vida universitaria. Le seguí con curiosidad una mañana y vi a un grupo de estudiantes que rodeaba a Luis. En efecto, en el 33 gritaban todos y vitoreaban a Luis, porque pagaba lo que otros bebían, y él, inducido por sus compañeros, estaba en medio de sus entusiastas compañeros, bebiendo a más y mejor. ¡Pobrecito!

Y doña Catalina? Loca, por decirlo así, y desesperada, por las noticias que de su hijo Luis, le venían; se maldecía a sí misma por haber sido la causa de la ruina de su hijo. Letra por letra se estaba cumpliendo su deseo, y veía acelerarse un fin trágico, que ya le era casi imposible evitar.

Un día recibió una carta. No la pudo leer por lo mal escrita; tan sólo entendió que Luis estaba grave, que le llamaba y nada más.

¿Qué había pasado? Lo que cualquiera ve venir: Una de las tardes, Luis, al echar las manos al bolsillo para pagar, vió que no tenía dinero. Pidió auxilio a sus compañeros, pero éstos no tuvieron otra respuesta que la de dejarle solo. Luis quiso huir; mas al intentarlo, cayó herido por una silla que el tabernero le lanzó. Fué llevado a la casa de la patrona donde se hospedaba. Desde allí escribió con temblorosa mano la carta a doña Catalina. Para cuando ésta llegó, Luis era cadáver.

Al verlo su madre, tendido en su lecho, vió cumplido su deseo. Si no lo veía religioso, lo veía muerto.

Si fuese un caso solamente; ¡pero son tantos más o menos parecidos!

J. M., Congr.

El infierno en Rusia

Aún están en la memoria de muchos, los excesos satánicos de las mismas autoridades rusas con motivo de las festividades de Navidad. No hicieron más que secundar la acción de los círculos ateos para borrar del alma del pueblo la conmemoración del nacimiento de Cristo Jesús.

No se contentaron con las multas pecuniarias impuestas por sólo haber puesto el árbol de Navidad, ni con la clausura policíaca de muchas iglesias en aquella noche santa, sino que 660 iglesias fueron saqueadas sacrílegamente sólo en la Rusia central y en las regiones del Volga y montes Urales.

Para formarse una idea de lo que sería aquello, basta recordar los carteloues policromados representando el aniquilamiento del Dios de los cristianos, con lo cual se pensó convertir el día después de Navidad "en día de los funerales de la religión". La quema de las imágenes de los santos, fué la orden del día, alcanzando a muchos millares las que fueron profanadas en las vías públicas.

Pero en donde se llegó al colmo de la furia satánica fué en Moscou. Una nutrida manifestación de ateos salió de la "Plaza Roja" en dirección a la Catedral; llegados allí se pronunció un discurso que terminó con la quema de las imágenes todas que habían requisado por la ciudad. De vuelta, y por las principales calles, se improvisaron mitines en los cuales se pronunciaban las más horribles blasfemias contra Dios y la religión.

A fin de mejor conseguir el diabólico intento de borrar todo sentimiento religioso en el alma del pueblo, ocurrióseles a los bolcheviques imbuir en las ideas comunistas a las nuevas generaciones.

La enormidad desmoralizadora de las organizaciones soviéticas la pone de manifiesto la misma Prensa soviética cuando dice, que la causa del decaimiento no es otra que la indisciplina, la inmoralidad.

Al darse cuenta los directores de los sindicatos soviéticos que no cogían tanto fruto de ateísmo como esperaban, a pesar de los horrores que sumariamente dejamos apuntados, intensificaron por todos los medios la obra satánica de propaganda antirreligiosa, valiéndose para ello del cine, de bibliotecas y aun del asedio por el hambre; pues a ello equivale la decisión de expulsar del sindicato a cuantos tomen parte en cualquier función religiosa; solamente por eso les quitan el vale para el pan. Caso es este como veréis que no tiene otro calificativo que el de furor satánico: y el plebiscito propuesto por la Liga de Sindicatos de Moscou, en el cual se tenía que responder a la pregunta: "¿Por Dios, o contra Dios?".

Y para que no se tuviera duda en la respuesta, encabezaba la hoja de votación esta advertencia: "Quien se declare por Dios, es un traidor al Estado proletario de los soviets." Y ser traidor al Estado de los soviets ya se sabe lo que importa.

Es consolador, en medio de todo esto, que a pesar de tener que hacer constar en la cédula de votación el nombre y apellido, señas de la fábrica donde trabaja y del domicilio particular, una cuarta parte de los obreros de Moscou tuvieron el valor y ánimo de declararse por Dios.

¡Nunca faltan valientes!; les ayudaremos con nuestras oraciones; y vencerán.

R. T., Congr.

¡Cuidado con la charca!

Alberto era muchacho bueno y cariñoso, aunque algo desobediente. Un día de vacaciones fué a coger grillos con sus amigos; corrieron por el monte y llegaron a las cercanías de una gran charca, peligrosa por el cieno que la cubría. Justamente en el borde de la charca había una ranita verde muy mona. Alberto la veía muy bien desde arriba, con su graciosísima postura, sentadita sobre las patas traseras, con aquellos ojos tan redonditos, muy tranquila; cantando sin observar que la veían. ¡Qué a gusto la cogería si estuviese más cerca! Pero su mamá le tenía prohibido acercarse a aquel lugar... Aunque, mirándolo bien, ¿quién le iba a ir con el cuento? Total era cosa de un momento. Y sin pensarlo más, empezó a bajar por la pendiente húmeda y resbaladiza, hasta que puso el pie en una piedra, al borde de la charca. Todo lo hizo muy calladito, de modo que la rana, ni se dió cuenta de la presencia del niño que extendía su mano para cogerla, pero... cuando la creía segura, con un hábil saltito se le escapó de entre los dedos y le hizo perder el equilibrio y caer de bruces en el fango.

Cuando quiso incorporarse, se encontró con el barro hasta las rodillas y sin poder salir del cenagal. Con un grito de espanto, llamó a sus amigos que jugaban por el monte sin saber nada de los apuros de Alberto. Acudieron corriendo a la orilla y... ¡qué horror! el cenagal se tragaba al fiiño por momentos. Los chiquillos se miraron aterrados y rompieron a llorar, como si no tuvieran otra cosa que hacer, hasta que el travieso Juanito, dando una palmada, les dijo: "Esperad un poco, que yo le voy a salvar", y escapó a todo correr hasta

Universidad de Deusto
Biblioteca

tenía pacía un manso borriquito atado a un árbol, soltó la larga cuerda que le sujetaba y volvió velozmente a la orilla.

Durante ese poco tiempo ¡cuánto sufrió Alberto, viendo con espanto aquel lodo blando y oscuro del que en vano intentaba librarse. ¡Y con qué angustia llamaba a su Madre del cielo, que era quien podía salvarle...! ¡Pobrecito! ¿Veis qué fácil es caer? ¡Todo por una desobediencia y por obrar con tanta ligereza!

Pero ya el valiente Juanito con su larga cuerda llega a la orilla, y con mucho tino y destreza (guiaba su mano inexperta el Angel de su Guarda), lanzó uno de los cabos junto al pobre Alberto, que lo agarró con todas sus fuerzas; entonces los tres amigos tirando del otro cabo empezaron a sacarle del fango, pero ¡qué despacio! Como que eran muy pocas sus fuerzas de niños para tal hazaña, y ya empezaban a desesperar, cuando de nuevo Juanito, que como veis era espabilado de veras, echó a correr, trajo el borrico y, atándole la cuerda, se montó de un salto en el lomo y... ¡buena pesca!, según andaba, salía Alberto del cenagal, chorreando fango por todo su cuerpo.

Me parece inútil deciros que fué aquella una provechosa lección para todos los que lo supieron.

¡Cuántos males trae la desobediencia!

L. A. S., Congr.

¡Un gran incendio!

Estábamos comiendo hace unos días, cuando de pronto oímos que una casa, muy cerca de la nuestra, estaba ardiendo. No me pude contener; y, sin más, me salí para ver lo ocurrido. Efectivamente, por encima del tejado de la casa vecina salía espeso humo; y de allí a poco, ayudadas por el viento, gruesas llamas, cuya sola vista me llenaron de espanto. Corrí, curioso de ver y saber más, hacia la casa, y según me acercaba pude distinguir las maniobras de los bomberos, de los que vivían en la desgraciada casa y de mucha gente que se amontonaba alrededor.

Tiraban por las ventanas sillas y colchones y mil cosas más, que quedaban en confuso desorden, si no quemadas rotas, o muy estropeadas.

En aquel mismo momento se desploma el tejado, y quitado este obstáculo, se agrandan las llamas que se levantan como sobre terreno conquistado, cebándose en cuanto queda a su alcance. Casi nada falta a un hombre para que quede debajo de una viga, que a poco de pasar él se desgaja toda entera. No había transcurrido una hora, cuando ya aquella casa no era sino cuatro medias paredes que encerraban un gran montón de escombros y cenizas.

¡Qué enorme destrozo! Aquellas vigas que de una parte a la otra de la casa habían sostenido el tejado, no eran ya sino unos pequeños troncos medio quemados.

Me acordé de lo pequeñas que se hacen las cruces y malos tragos cuando se los quema con mucho amor de Cristo y de la Virgen. No os habéis fijado en la Cruz que Cristo lleva encima en su Corazón; así se apareció a Santa Margarita María de Alacoque; las llamas de su amor la han casi consumido.

J. N., Congr.

Correspondencia abierta

Párrafos sueltos.

Ya sabe usted que este pueblo no está muy bien en el punto de la moral; y por eso yo he comprendido que con el ejemplo puedo hacer algo; en la misa hago el oficio de monaguillo, al mediodía toco el "Angelus" lo mismo que a la noche, y he conseguido que un amigo venga conmigo a rezar el rosario.

Le he dicho que para oír la Santa Misa hay muchas dificultades, pero habrá muchas más la semana próxima, porque el señor Cura de nuestro pueblo se va a otro, y no tendré misa más que en un pueblo distante 6 kilómetros, pero con la bicicleta podré ir todos los días.

F. X. S., Congr.

—oo—

El examen diario de vacaciones que me mandó no lo necesitaba; tenía el del año pasado, pero me ha venido bastante bien, pues ya lo tenía algo estropeado.

La gente de la casa donde vivo es muy buena y muy religiosa; no falta en ninguna puerta, lo mismo de fuera que de dentro, alguna imagen, ya sea del Sagrado Corazón ya de la Santísima Virgen, y solamente en mi cuarto, aunque es muy pequeño, hay seis imágenes religiosas.

De la gente del pueblo no hay nadie que deje de ir los domingos por la tarde al rosario, lo mismo hombres que mujeres, y no van los días de labor porque tienen que trabajar.

Hoy haré propaganda de los papelitos que me mandó usted, pues mañana es primer viernes de mes.

J. M. O., Congr.

—oo—

Por la tarde vienen a casa mis amigos, que son los hijos del señor Maestro, unos chicos muy buenos que oyen misa y comulgan todos los días.

En este pueblo hay muchos chicos, pero a nosotros no nos dejan estar más que con éstos.

Hacemos circo y teatro de lo que veíamos en las funciones de la Congregación.

R. B., Congr.

—oo—

La misa es a las seis y media y suelo oír diariamente dos misas, o una y media, pues la comunión dan al final de la primera misa y me quedo siempre a la segunda para dar gracias.

En cuanto llegué, lo primero que hice fué mirar a las paredes de mi cuarto, y al ver la imagen de la Virgen, me alegré muchísimo.

En cuanto a peligros espirituales no tengo ninguno, pues suelo salir con el señor de esta casa y otros chicos pequeños de edad.

Reciba muchos recuerdos de su hijo que no olvida, ni a usted ni a sus consejos, mucho menos a la Santísima Virgen María.

L. B. V., Congr.



Núm. 207.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Octubre de 1930

El mejor guía

Hacía unos días que Juan había terminado el Bachillerato; su porte modesto, sereno, varonil, y su corazón sencillo y recto, hacían de su trato un verdadero tesoro. Aunque su carácter era alegre y expansivo, desde hacía algunos meses Juan se mostraba algo preocupado. Y lo estaba en efecto; el porvenir se presentaba ante sus ojos como incógnita que tenía que despejar. ¿A quién confiaré yo este problema?, se preguntaba; ¿quién me guiará en tan importante cuestión?

Revolviendo en su mente estas preocupaciones, se alejó Juan de su casa un día de agosto, con ánimo de sentarse a leer a la sombra de un árbol. La tarde caía y los últimos resplandores del sol brillaban sobre las rojizas tejas de la casa. Juan contemplaba el paisaje mientras caminaba lentamente como abstraído en sus pensamientos. De pronto espesas y encrespadas nubes cubrieron el cielo; el viento sopló con violencia, removiendo las ramas de los árboles y gruesas gotas de agua cayeron a su alrededor. El joven vaciló un momento ante aquel repentino cambio; pero embebido en sus pensamientos siguió su paseo.

Despacio, con el libro bajo el brazo, dirigida al suelo la vista, anduvo durante algún rato sin darse cuenta del camino que llevaba. Fuerte trueno, que el eco repitió roncamente en la lejanía, vino a sacarle de su abstracción. Recapacitó, y quiso saber dónde estaba; pero en vano... Salí de casa hace poco, se decía; tomé el camino del río...; pero no reconozco este lugar...; ¿a dónde me llevará este sendero?

Volveré—pensó en su interior—, y se disponía hacerlo cuando oyó una voz que le llamaba: ¡Juan! ¡Juan! ¡Ven acá...!

Rápidamente volvió la cabeza, miró, pero no vió a nadie.

Me he engañado a mí mismo—murmuró—; y quiso seguir. Pero de nuevo, con más claridad, oyó que le decían: Ven acá, ven acá.

Fuerte viento soplaba y la lluvia parecía inminente; Juan, sin embargo, avanzó hacia donde le parecía oír la voz; pero en breve halló su camino cortado por un abismo. Levantó entonces los ojos y vió, no a mucha distancia, un hermosísimo jardín lleno de flores.

A este lado del abismo, las sombras de la noche descendían rápidamente. Juan, todo turbado, bordeaba el abismo en busca de paso; medio oculto por el ramaje y las tinieblas, vió al fin un tronco atravesado en forma de puente, y sin vacilar se dirigió a él. Fué a poner en él su pie para intentar el paso, cuando un ronco bramido salido del precipicio, hizo temblar todo su ser. Miró hacia abajo y vió con hondo espanto, en lo más negro y profundo del abismo, el penetrante brillar de unos ojos de fiera. Temblooroso y jadeante Juan retrocedió lanzando a la vez agudo grito, tan sólo respondido por el eco. De este lado las tinieblas envolvían todas las cosas; pero a lo lejos aún se veía el jardín lleno de flores y claridad primaveral.

Transcurrió un rato. Apoyado el joven contra un árbol, no acababa de salir de su espanto. Al fin, como quien sale de un doloroso sueño, se incorporó lanzando gritos cual si con ellos quisiera aliviar el misterio del silencio y la soledad. En el fondo de su corazón no cesaba de oír el timbre sonoro y poderoso de aquella voz insistente: Ven acá, ven acá...!

Su alma ardía ya en intensos deseos de pasar a aquel desconocido y maravilloso vergel que su vista ansiosa inquiría por entre las ramas de los árboles. De repente su corazón palpitó con violencia, y agitando las manos gritó: ¡aquí! ¡aquí!

Había descubierto al otro lado y no a mucha distancia de donde él estaba, una señora que, con sonrisa amable y serena gravedad, venía hacia él; con paso seguro y firme atravesó el abismo sobre el peligroso puente de madera y llegó bondadosa a Juan. Este la saludó con cortesía y le suplicó: Señora, ¿no podría yo pasar hasta ese jardín? ¡Este puente es tan estrecho y las fieras tan amenazadoras!

Pasarás juntamente conmigo, respondió la mujer; pero si no quieres caer en el abismo, has de darme cuantas cosas tienes contigo. Sin mi

Universidad de Deusto
Biblioteca

cierro nadie pasa a ese vergel y muchos han perecido tristemente por no seguir mis instrucciones.

Oyendo esto Juan sacó de sus bolsillos lo que tenía y lo puso en manos de su salvadora.

—Sólo tengo este libro y este dinero...

—¿No tienes más?

Vaciló el joven y al fin, con algún temor, sacó de su pecho una cartera y la dió también.

—Ahora sígueme y, si el rugido de las fieras te asustare, llámame en tu ayuda diciendo: "¡Sálvame!"

Juan obedeció; mas a los pocos pasos, sintiendo el vértigo del precipicio, desconfiado, no quiso pedir auxilio y retrocedió horrorizado.

Su guía volvió con él hasta la orilla.

—¿Me has dado todo, Juan?—preguntó al joven.

—Todo—murmuró éste.

—¿Por qué desconfías? Aún te falta darme la confianza. Sígueme de nuevo, según te he dicho antes, y pasarás seguro.

Un tanto animado Juan con la benevolencia de su guía, le prometió esta vez seguirla. Y empezaron a pasar. A los pocos pasos resonaron los temerosos gritos de: ¡Sálvame! ¡Sálvame!, y una mano cariñosa y blanda acudió en ayuda del débil y necesitado joven.

La emoción y el temor traían agitado su corazón; las fieras le amenazaban rugiendo; a lo lejos el jardín dorado con sus encantos le sostenía, y sus labios murmuraban continuamente: ¡Sálvame! ¡Sálvame!

Por fin su pie pisó tierra; su pecho palpitaba con entusiasmo; y, no pudiendo contener la emoción que le dominaba, quiso correr hacia el ansiado término.

En aquel instante Juan despertó. Estaba sentado bajo un árbol a orillas del río; a su lado estaba el libro entreabierto y en el horizonte, tras el perfil azulado de las montañas se acababa de ocultar el sol. ¡Todo había sido un sueño!

Juan y yo nos conocimos en el colegio y nos profesamos desde entonces verdadera amistad. El es hoy un sencillo y humilde religioso que consagra todas las fuerzas de su juventud al estudio, con la mejor de las esperanzas, la de llegar a ser celoso apóstol en el vasto campo de misiones.

Una tarde, paseándonos en el claustro, oí de sus labios el relato que os acabo de referir. Yo le había interrogado sobre la historia de su vocación. Después pregunté: ¿y qué relación tiene ese sueño con tu resolución de abandonar el mundo?

Te explicaré, prosiguió; yo entonces sólo comprendí lo suficiente para aprovecharme de él; después, con mis frecuentes reflexiones, le he dado una interpretación que me agrada. Es una imagen de lo que llamamos Esclavitud mariana, o entrega total al servicio de la Virgen. El instintivo deseo de felicidad que llevamos dentro de nosotros, es la voz que continuamente nos llama mostrándonos el jardín de las verdades y eternas delicias. El puente es la vida, el camino por donde los hombres vamos a la eternidad, todo lleno de enemigos, peligros y asechanzas.

Como guía en este difícil paso, se presenta amorosa y dulce la Virgen María. Dáme cuanto tienes—nos dice con amor a los jóvenes—, dáme tu entendimiento, tu corazón, tus habilidades todas, y yo te haré vencedor en todas las dificultades.

Eso hice yo—prosiguió Juan con alegría—; en aquellas dudas sobre mi porvenir, me puse todo en manos de la Virgen, le dí toda mi voluntad; y no solamente recibí de tan cariñosa Madre aliento y entusiasmo, sino también el inestimable tesoro de la vocación religiosa; y por ella espero llegar a ser activo trabajador en la tan ardua como consoladora tarea de evangelizar a los infelices negros africanos.

Juan hablaba con entusiasmo; las palabras le salían del corazón; el mío palpitaba vivamente lleno de santa envidia al oír a mi fervoroso compañero.

Habla a los jóvenes, insistió después; háblales de María...; que se consagren a Ella y serán felices.

A lo lejos se oyó el resonar de una campana... Juan y yo nos despedimos rápidamente; y al alejarse, volviendo la cabeza, me repitió: ¡Háblales de María...!

E. A., Congr.

¡Agua, agua!

Contándome uno de mis amigos las cosas que le habían sucedido en Francia, relatóme lo que había visto en un Hospital.

Hallábase echado sobre una cama un pobre hombre acosado por ardientes calenturas que le daban una sed espantosa; pedía agua, pero era imposible dársela porque sobrevendría otro mal peor.

Agua, agua, gritaba cada vez más el enfermo; que me ahogo, que me muero de sed.

Mandó el médico colocar en el cuarto del enfermo paños mojados y vasos llenos de agua para ver si se calmaba algo la sed con la evaporación; pero los gritos eran todavía mayores. Que lleven eso, que me da más sed; quiero beber agua.

Con una pequeña esponja le iban refrescando la cara, y luego se la pasaban por los labios; pero todo era inútil. Pusiéronle sobre los labios un vaso con un fondito de agua y, agarrándolo fuertemente, se la bebió.

Los gritos no cesaban y acercándosele el doctor le dijo: no comprende usted que no se le puede dar agua; pues de lo contrario moriría.

El enfermo, todo alborotado, le contestó: Doctor, doctor, usted me martiriza; si mi sed la tengo interiormente, para qué me pone sobre mis labios esa esponja, que cada vez me da más sed.

El amigo que me contó ésto, dijo que le impresionó de tal manera, que se le vino a la memoria las pasiones que abrasan y ahogan al hombre y cuanto más caso se les hace es peor.

Desde aquél día procuró deshacerse de ellas; y cada vez que le venían tentaciones, se acordaba de lo que había visto. Se acercó más a los Sacramentos, a la confesión y comunión, que con su gracia quitan la sed de las pasiones.

C. P. N., Congr.

Fué la Vírgen

Estábamos en tierra de moros y un día después del rancho, nos pusimos unos cuantos de buen humor. Confieso que yo había bebido algo y estaba un poco alegre; pero uno de mis compañeros estaba completamente bebido; ya la habían tomado con él y no cesaban de dirigirle bromas más o menos pesadas. Enfadóse al fin y me insultó; yo levanté la mano y le dí una guantada. Mi compañero, ciego por la ira y por el vino, me desafió; salimos al campo, y una vez allí me acometió sin tino; yo, que no quería hacerle daño, me contenté con darle un golpe en la cabeza y dejarle tendido, creyendo que quedaría dormido.

Pero llegó la hora de la lista y mi compañero no aparecía. No faltó quien contó nuestro desafío. Fueron allí a buscarle y encontraron a mi compañero horriblemente degollado.

En cortísimo tiempo se me formó Consejo de guerra, y se me condenó a ser fusilado.

Yo, sin más apoyo que mi escapulario de la Virgen, acudí a Ella y Ella me sirvió de apoyo. Le pedí una buena muerte y que diese paciencia a mi madre y la hiciese comprender mi inocencia.

¡Cuál no sería mi sorpresa cuando, a la mañana siguiente, en la que debía ser fusilado, unos compañeros míos cogieron una partida de ocho moros en los alrededores del campo, donde mi compañero había sido degollado. Registrados los moros, se le encontró una medalla de plata que solía llevar el degollado. Se les prometió la libertad si confesaban la verdad, y al fin resultó que el moro de la medalla se declaró asesino de mi pobre compañero.

Ya libre, dí gracias a la Virgen, a cuya Congregación pertenecí de pequeño; lo tengo por cierto y puedo asegurar que únicamente a Ella le debo mi vida y lo que es más mi honor y, sobre todo, el haber tenido en todo el proceso la conciencia tranquila y el ánimo esforzado.

A. H., Congr.

Quiero ver a mi Madre

Como suele ocurrir en muchas misiones, no habiendo podido encontrar un celoso misionero lugar a propósito para fabricar la capilla, tuvo que recurrir a la generosidad de uno de los cristianos, quien le cedió una habitación para este fin. Ingenióse el Padre para suplir de la mejor manera que pudo la falta de los adornos y elementos necesarios de toda capilla, poniendo todo su empeño en arreglar dignamente un pequeño altar, destinado a la Santísima Virgen. En él colocó una bella imagen de Nuestra Señora de los Dolores.

Entre los hijos de aquel fervoroso cristiano había uno, el menor, que, a pesar de sus seis años, apenas vió la imagen de la Santísima Virgen, cuando se sintió lleno de amor hacia esta su buena Madre. Cada día estaba largos ratos contemplando la "cara de su mamá", como él decía, y cuando le preguntaban qué hacía durante tanto tiempo, respondía ingenuamente: "Quiero estar con mi mamá".

A tanto llegó su celo y su amor, que a todos los que iban de visita, los tomaba de la mano, y sin decir palabra los conducía al "cuarto de la Virgen"; allí les decía: "mira a mamá".

Pero la cristiandad iba aumentando, y ya la capilla era incapaz para contener a todos los fieles y neófitos, por lo que el misionero se vió forzado a tomar una sala más espaciosa que le había ofrecido otro cristiano.

Llegó el día en que había de realizarse el cambio: en el cuarto que había servido de capilla se hallaba el niñito, mudo, triste, mirando con lágrimas a su Madre que le iba a dejar.

Los sucesos que poco tiempo después tuvieron lugar, demostraron claramente que si la Santísima Virgen había dejado aquella habitación por otra, no había, sin embargo, olvidado a aquel tan querido hijo. El buen chico todo el resto de aquel día lo pasó triste y apesadumbrado, como si hubiera perdido algo que le gustara mucho, y sin lo cual no supiera estar contento.

Llegada la noche, nuestro Luis, no pudiendo apartar el pensamiento de la Santísima Virgen, comenzó a exclamar llorando: "Quiero ver a mi mamá..., quiero ver a mi mamá". Mientras repetía tan tiernas palabras le cogió el sueño...

¿Qué pasó a la mañana siguiente? Luis ya no existía: había abierto sus grandes ojos en otro mundo donde había siempre de contemplar la gloria de su "Mamá del cielo".

V. M., Congr.

Mal arreglo con mentiras

Hace de esto ya bastantes años, que, jugando yo con mis hermanitos, tiré un busto de porcelana de gran valor, y, naturalmente, al caerse y dirigir mi vista al suelo, no vi al busto, sino el sinnúmero de... pedazos.

¿En qué pararía aquello?

Pronto se encargó el diablo de arreglármelo: me trajo la idea con la que pudiera disculparme ante mis padres.

Como estaba solo con mis dos hermanos menores y nadie más había en casa, ¿qué cosa más fácil que, o amenazarles para que nada dijesen, o, mucho mejor, prometerles alguna cosilla de su agrado para que me ayudasen a pasar la fábula que había pensado decirles a mis padres? Les diría que estábamos en el despacho viendo unos libros, cuando oímos hacia la sala gran ruido, como de algo que se cae y se rompe; corrimos, abrimos la puerta y vimos salir corriendo al gato y dentro de la sala encontramos el busto hecho pedazos. Sin duda alguna (cosa muy natural) que el gato, enredando, había tirado el busto.

No me fué difícil conquistar a mis hermanos y con ésto quedé algo tranquilo.

La primera en llegar a casa fué la abuela; entonces respiré más a gusto; contar la fábula y creérsela, sería todo lo mismo; luego ella sería la encargada de dar la noticia a mis padres y así saldría todo como una seda.

Pero no fué así, sino que, conociendo mi abuela las picardías nuestras más de lo que yo

Universidad de Deusto
Biblioteca

me figuraba, nos contó, a fin de que no aumentásemos la falta con la mentira y procuráramos tener siempre la conciencia tranquila, nos contó, digo, el siguiente ejemplo:

Había un rey en la antigüedad, que al saber que uno de sus vasallos había cometido un crimen, le impuso por condena el andar todo el tiempo que le restase de vida con su víctima a cuestas, convirtiéndose de este modo la víctima en verdugo.

Algo parecido les ocurre a los hombres con su conciencia. Muchos, cuando cometen una falta quieren quedar tranquilos con que no les han visto (los hombres, que Dios siempre nos ve); y les parece que quedará impune su delito; y muchas veces lo aumentan con la mentira; pero su conciencia, que es la ofendida, les recuerda hasta que no deshagan lo mal hecho; ni de noche les deja descansar. La mejor almohada para dormir es la conciencia tranquila. ¿No es verdad?

F. B., Congr.

¡Vaya un susto!

No muy lejos, en un pueblo de los Pirineos, ocurrió el suceso que os voy a referir.

Necesitando una familia de labradores leña para alimentar el fuego, se fué el padre al monte cercano a cortarla. Para ir al monte había que atravesar un río por un puente de madera.

Estaba ya nuestro hombre en el monte, cuando se levanta gran tormenta, seguida de tan fuerte aguacero que el río casi sale de su cauce, y con su poderosa corriente arrastra la mayor parte del puente, quedando sólo un tablón que estaba bien empotrado en las orillas.

Pasada la tempestad vuelve ya de noche el pobre labrador a su choza, precedido de su cargado borriquillo, y llega a la orilla sin preocuparse de si había o no padecido algo el puente con aquella crecida; y como nada observa en la oscuridad de la noche, el borriquillo pasa el puente por el único tablón que allí quedaba; el labrador fué en su seguimiento imperturbable.

Al poco rato llegan a su caserío; sus compañeros al verle le preguntan: Pero ¿por dónde has pasado el río?

Pues, por dónde voy a pasarlo, por el puente.

Al insistir que cómo podía ser así, si se lo había llevado el río, él respetía con toda naturalidad, que lo había pasado por el puente.

Insisten el uno y el otro, y para zanjar la disputa se van a ver el puente. Encienden unas teas y van al río. Llegados, ven el tablón que había quedado.

Mira, le dicen, por dónde has pasado.

Aquella vista le causó tanto asombro al pobre labrador, que al contemplar el peligro en que había estado, le da un ataque y el infeliz queda muerto en el acto.

Pues otro tanto nos debiera pasar, si al salir de una barraca o del cine nos diéramos cuenta del gran peligro que había corrido la vida, no temporal sino eterna, de nuestra alma, al ver las escenas que a diario se ofrecen tanto en el público como en la pantalla.

M. M. D., Congr.

Uno, dos, tres....

En la Vida del P. Doyle, jesuita, capellán en el Ejército inglés en la gran guerra y mártir de su ministerio, se lee que él se valía del ejemplo que a continuación ponemos, cuando el cansancio, el calor, el polvo y todos los enemigos le asediaban y parecía desfallecer.

Erase un ermitaño que vivía en árido desierto, solo y entregado a la más austera penitencia, pasaba casi todo el día en trato continuo con Dios. Para apagar la sed, que muchos días se hacía sentir ardiente en tan árido y seco lugar, tenía que salvar gran distancia hasta la más próxima fuente.

Un día, en que llegó más rendido que otros a la fuente, se sentó junto a ella; lo que hasta entonces nunca había hecho. Se entretuvo viendo correr aquella cristalina agua, la miró largo rato, siguiendo con su vista el serpenteado surco que iba abriendo en la cálida arena hasta perderse de vista. Emprendió la vuelta, pero algo nuevo llevaba dentro de sí, que él no comprendía.

Al día siguiente, al rayar el alba, amaneció en extremo caluroso y se encaminó hacia la fuente. Llegado que hubo se sentó; el camino se le había hecho más largo que nunca, y quería pasar un rato distraído pues allí donde él habitaba no tenía distracción alguna. La vuelta la hizo muy molestado, debido sin duda a que el camino, a medida que avanzaba, se le hacía más largo, y más dada su mala gana.

Amaneció el día siguiente y tuvo también que emprender el camino de la fuente. A la ida fué revolviendo en su interior cómo podría disminuir tan largo y molesto viaje. El único remedio era trasladar su choza más cerca de la fuente. Llegó, llenó el cántaro y al emprender la vuelta, pensando que ya en días sucesivos no se fatigaría, oye una voz detrás de sí que empieza a contar: uno, dos, tres..., y así continuó contando hasta que se detiene un momento, y la voz también cesa; anda de nuevo y la voz como la primera vez: sesenta y dos, sesenta y tres...

Movido como por un resorte, se da cuenta de todo al no ver a nadie, y de rodillas, cual otro San Pablo, pregunta, al reconocer a Dios en aquel contar de sus pasos: ¿Señor, qué queréis de mí?

A lo que le responde: "Soy el Angel del Señor, y voy contando y apuntando todos tus pasos para que consten en el libro de tu vida.

Comprendió la lección; se arrepintió y humilló; y cuentan las historias que trasladó su choza dos leguas más lejos de la fuente.

Este contar del Angel: uno, dos, tres..., estaba siempre resonando en los oídos del P. Doyle; así se animaba él mismo y nos podemos animar nosotros al pensar que Dios lleva buena cuenta hasta de los pasos que damos cuando en algo nos mortificamos.

Hagámoslo todo por Dios, que no hay mejor contador ni pagador.

E. A., Congr.



Núm. 208.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Noviembre de 1930

Prodigiosa curación

El sacerdote Carlos Alberto Ferrero de Cavallerleone, representante de la Iglesia Oriental en la Sagrada Congregación, presenta esta relación, de la que fué testigo ocular:

En el Asilo de San José, Vía Nomentana, 341, estaba hacía algunos días enferma, a causa de una tuberculosis cerebral, una joven religiosa de 26 años, Sor Ana María de la Virgen de Lourdes. Habíale atacado la enfermedad a los ojos, dejándola completamente ciega; érale también de todo punto imposible mover la cabeza y las piernas; conservaba íntegra la razón.

El médico que la asistía declaró que su estado era del todo desesperado, pues ni un solo caso de semejante enfermedad se registraba en los anales médicos que se hubiera curado. Su ceguera no tenía remedio.

El martes, día 12, fuéronle administrados los Santos Sacramentos; la mañana del 13, Sor Ana María, que aún no había hecho la profesión solemne, emitió los votos perpetuos en vista de la posibilidad de pronto y fatal desenlace.

Hacia las nueve de la mañana del día 15, fiesta de la Asunción, confirmó el médico el inminente peligro y la inutilidad de la ciencia humana para conjurarlo. Poco después de las diez, Sor Ana María notó que una fresca mano acariciaba su frente calenturienta; creyó ella (pues aún no veía), que la Hermana que la asistía la había tocado; mas como ésta le afirmase que no se le había acercado, quejóse de que se valían de su ceguera para engañarla. Al poco rato entregábase Sor Ana al sueño.

Minutos antes de las tres, Sor Ana se despertaba al nuevo toque de una mano que pasaba sobre su frente y distinguía perfectamente la radiante figura de nuestra Señora, vestida de azul celeste y ceñida la cabeza de estrellas, algo elevada sobre la cabecera de su lecho. Sor Ana María, inmóvil y ciega hasta entonces, saltó del lecho y gritó a la enfermera que la cuidaba: "¡He visto a la Virgen! ¡Qué preciosa es! ¡La estoy viendo! ¡Estoy curada!"

Y era cierto: la fiebre había desaparecido y Sor Ana había recobrado juntamente con la vista toda su agilidad.

La emoción que se sintió en todo el Asilo no es para describirla: Hermanas y niños hallábanse poseídos de un gran sentimiento de ternura y reconocimiento hacia la bondadosa Madre de Dios. Poco después llegaba el sacerdote que asistía a la enferma; al oír gritar creyó que acababa de entregar su alma a Dios, y sorprendido y regocijado entonó el Magnificat, que repitieron Sor Ana y todas las Hermanas.

No mucho después llegaba el médico, enterado ya de la improvisada curación; no pudo menos de confirmarla, a pesar de que era contraria a todas las leyes naturales. Después de la visita médica Sor Ana María bajó a la capilla a dar gracias a Nuestro Señor y a su Santísima Madre.

El hecho de que la Virgen hubiera escogido el día de su Asunción para dispensar este tan señalado favor, fué causa de doble regocijo y alegría.

Termina Cavallerleone diciendo: Sor Ana María ha reanudado la vida ordinaria cual si jamás hubiese estado enferma, dedicándose al cuidado de los huérfanitos con el cariño de la mejor de las madres.

Esta narración acabamos de traducirla de *L'Osservatore Romano* del 16 de agosto de este año.

A la Santísima Virgen no se le agota ni se le agotará nunca el poder.

G. A., Congr.

"Todas mis cosas conmigo"

Sucedía lo que voy a contarte en Grecia, pero no en la moderna, sino en la antigua, la Grecia del arte, de la Filosofía, de los dioses y de las Olimpiadas; y, es sujeto de la tal historia, un poeta, cuyo nombre no sé si te sonará: se llama Simónides.

Este poeta, se ganaba la vida, como tantos

Universidad de Deusto
Biblioteca

ofte componiendo versos, pues detrás de la voluntad de sus oyentes siempre se procuraba ricos dones. En fin, sucedió que se hizo rico. Y, estando en una de sus correrías, muy lejos de su isla natal, quiso volver a ella, y para ésto tuvo que embarcarse.

Embarcóse, y, no llevaría muchas horas navegando, cuando el mar cambió de aspecto; de tranquilo y sosegado, se tornó en agitado y revuelto; los remos, que hasta entonces gobernaban la nave, cedieron su impulso al temporal, cuyas olas tan pronto la levantaban a una altura extraordinaria, como le hundían en una depresión enorme. Las olas castigaban fuertemente las maderas del frágil barco. Por fin el agua abre una vía y el barco comienza a hundirse poco a poco. El naufragio se veía venir inevitablemente. En aquellos momentos unos se arrojan al agua con sus familiares, otros con sus ricos bagajes. Simónides, que no llevaba más compañero que su cuerpo, se arroja al mar agarrado a un madero.

Quiénes se hundían por la desesperación, quiénes por el peso de sus arcas, los menos arrojaban todo menos el dinero y seguían nadando; Simónides, sereno, nadaba también. Alguno le preguntó: "Y tú, no coges nada de lo tuyo?"

El le responde: "Todas mis cosas están conmigo", y nadie le entendió.

Iba encalmando poco a poco y las aguas, más benignas ya, empujan a los náufragos a la playa más próxima.

Allí, cierto rico, dado al estudio, que admiraba a Simónides por sus versos, le acogió; le dió vestidos, dinero, comida y criados. Luego, cuando Simónides recorría la isla, acompañado de sus esclavos, arrastrando por el suelo rica túnica, como viese a sus compañeros, que en una mano llevaban la tabla de náufragos y extendían la otra para pedir limosna, exclamó: "Ya os dije que todas mis cosas estaban conmigo". Y su cosa era su arte.

Y ahora va la moraleja: ¿Por qué se salvó Simónides del temporal y de la miseria? Porque su riqueza, tras no pesar, era verdadera. Pues bien, si nosotros, que estamos en un mar de constante galerna, que es este mundo, nos enriquecemos no con dinero, que más bien que ayudarnos nos estorba, sino de mucho amor de Dios, que es la verdadera riqueza llegaremos fácilmente al puerto de donde partimos.

J. M. E., Congr.

¡Vaya contrabandista!

Por cuestión de higiene, o de lo que ustedes quieran, hubo prohibición absoluta de introducir corderos, vivos o muertos, en cierto Estado... ¡Y eso que los habitantes de aquel Estado se morían por comer una chuleta de cordero! Lo prohibido sabe siempre mejor.

Un campesino se presenta a la frontera con un saco atado.

—¿Qué lleva ahí?

—Un perro. Lo he encerrado porque si ve el camino, se escapa en seguida para volver a casa del amo que me lo ha vendido.

— No importa, abra el saco.

—El perro se escapará.

—Y a mí ¿qué?

El campesino desata el saco, el perro huye como un comunista ante la cruz, y el labrador, volando detrás del perro.

Al cabo de una hora vuelve el campesino con su saco a cuestas.

—¿Lo ha cogido?, pregunta el de la aduana.

—Sí; por su culpa vengo hecho una sopa de sudor.

—Puede pasar.

El campesino pasó, pero esta vez en lugar del perro traía un cordero, (el cual tuvo la delicadeza de no balar en el momento crítico). Y gracias a este ardid, pudo el campesino introducir la mercancía prohibida.

El demonio suele seguir con nosotros el mismo procedimiento.

La conciencia, como buena aduanera, no deja entrar el mal en nuestras almas. Entonces el demonio, como aquel campesino, esconde el mal en un libro elegante, en una carita simpática, y bajo este hermoso disfraz, lo dejamos pasar sin darnos cuenta.

R. T., Congr.

¡Se rompió!

Era yo íntimo de Luis, mi fiel amigo. Una tarde en que me llevó a jugar a su casa, mostróme sobre el hogar un hermoso jarrón de porcelana, sobre el cual, grabado a punzón, me hizo admirar un cuadro que representaba a un lobo haciendo presa en indefenso corderillo.

Gustóme el grupo, y arrastrado por la curiosidad, eché mano de él para más a mi gusto contemplarlo. Y... admirando estaba aquella mirada fiera del voraz lobo, cuando ¡desmañado de mí! se me fué de entre las manos el artístico jarrón de frágil barro que, hecho pedazos, quedó a nuestros pies.

Supo mi buen amigo interceder por mí ante su padre, quien a nuestras súplicas me perdonó el descuido, pero a condición de que al día siguiente mi amigo y yo llevásemos el destrozado mueble a un alfarero conocido en el pueblo por sus virtudes no menos que por sus múltiples habilidades en el oficio, y averiguásemos de él si aquellos restos tenían compostura.

Avisado y prevenido el bueno del alfarero por el piadoso padre de mi amigo, recibiónos al día siguiente con paternal bondad, y recuerdo que abrí yo el corazón a la esperanza cuando sentado el alfarero en su torno de trabajo vi su diestra mano manejar a su placer el barro informe y, en menos que se dice, hacerlo pasar de uno en otro, por diversos útiles de mesa y cocina, pisándolo bien y volviendo al torno cada vez.

Hicímosle entonces presente nuestros anhelos y esperanzas, mostrándole al propio tiempo los destrozados efectos de mi descuido. Examinó despacio el alfarero aquellos restos y sin decir palabra, pisando una vez más el dócil barro y volviéndolo a colocar en el misterioso torno, a poco hizo de allí brotar un precioso jarrón, de todo en todo parecido en sus líneas y tamaño al que hecho pedazos traía yo bien guardado con la infantil esperanza de que lo compusiera.

Saltando de gozo, recuerdo que exclamé: ¡Admirable! y ahora, por favor, compónganos este jarrón, que más fácil le será componerlo que hacerlo de nuevo; y tengo mucho interés en devolverlo compuesto, pues no es mío, lo rompí sin querer, por un descuido.

—Eso no es posible, criatura de Dios, me contestó. El barro, como véis, antes de pasar por el horno puede cambiar de forma cuantas veces queráis, como lo habéis visto; pero una vez cocido al calor del horno, queda para siempre con su forma definitiva; ni el más hábil alfarero lo podrá ya transformar.

Desesperanzados volvimos a casa de mi amigo a dar cuenta, con tristeza, del fracaso de nuestra embajada, contando a su padre cuanto vimos y oímos en casa del alfarero.

—Mirad, hijos, nos dijo entonces el cristiano caballero: no tengáis pena del jarrón, que poco vale y bien sabía yo que no tenía compostura. Pero mirad: todos los hombres estamos hechos de ese mismo barro de la tierra, modelados por Dios. Cuantas veces en la vida se deforma por el pecado, fácil arreglo tiene; llevadlo al Tribunal de la penitencia y allí, a los pies del confesor, humillad ese barro, que en menos tiempo que el del alfarero volverá a tomar la imagen y semejanza de Dios, cuyos hijos somos. Pero, notadlo bien; una vez que el hombre sale de esta vida, al calor de la existencia futura, se endurece para siempre; y si roto y quebrado le sorprende la muerte, quebrado y roto quedará para siempre; ya el Ministro de Dios nada podrá hacer por componerlo.

D. B., Congr.

Un Santo valiente

Acaban de canonizar al Cardenal Roberto Belarmino de la Compañía de Jesús. El que ahora es santo fué también niño y niño fogoso y resuelto. Para que veáis lo valiente que era, voy a contaros lo que le sucedió cuando no tenía más que quince años.

Se educaba Roberto en un Colegio fundado hacía poco en su ciudad natal de Montepulciano. Pero el Colegio tenía sus enemigos. Un día que iba por la calle oyó a un grupo de hombres que decía: "Deja que los alumnos de esos españoles intrusos (así llamaban a sus maestros) tengan un desafío público con los nuestros y se verá lo mal que les enseñan."

Roberto no era un joven cobarde; al contrario, era un verdadero italiano y corría por sus venas la sangre ardiente del soldado. Para un espíritu tan noble y leal como el suyo, la frase que había oído sonaba como un grito de combate. Va a toda prisa al Palacio de la Señoría, y pide se arregle todo cuanto antes para el certamen. Al punto se puso a escribir epigramas contra sus enemigos. La gente de aquel siglo (el siglo XVI) se volvía loca por los epigramas, y los que salían de la pluma de Roberto le agradaban sobremanera.

Llegó el día del certamen; se hallaban presentes todas las personas cultas de la ciudad, haciendo unos de jueces y otros de espectadores; había también gran número de advenedizos, que sólo venían, porque habían oído que iba a haber un desafío, y no sabían si sería el duelo a espada, u otra cosa más inofensiva.

Roberto abrió el fuego contra sus adversarios con una composición en verso, que resultó valiente y provocadora. Siguió un discurso latino del estilo de los de Cicerón contra Catilina, y por fin les hirió de nuevo con otro epigrama.

Llegó el turno a los contrarios; mas pronto echaron de ver los jueces que no tenían nada que decir o que, si lo tenían, se les había ido de la memoria a impulso de la elocuencia de Roberto. Se retiraron sin más; y los padres y madres de familia fueron en seguida al Colegio de Roberto a pedir un número para sus hijos.

Tú también debes honrar y defender a tu Colegio y a la Congregación, y más con tu ejemplo que con palabras.

J. B., Congr.

Hasta luego... Hasta nunca

Luis era un chiquillo angelical; no parecía sino que tenía en pequeño las virtudes de aquel joven de alma gigante y tocayo suyo: San Luis. Congregante, y como tal, amante de la Virgen, la quería como a madre y como a madre le pedía un día y otro día la golosina que él deseaba más que su propia vida, y era la conversión de su padre. Asimismo era alegre, juguetón y hermoso, como lo son todos los chicos.

Pero ya ni el brillar de sus ojos, ni la lozanía de su rostro, ni la frescura de sus cabellos se ven en su cabecita, que, doblada sobre su delgado cuello, dejaba descansar sobre la cama: Luis estaba enfermo, pero enfermo de veras.

La amarillez de la muerte se va extendiendo sobre su cuerpo, y, como con el pie en el estribo, quiere despedirse de sus padres, y los llama.

Viene su madre; toma él entre sus manos las de ella y con la voz entrecortada por la agonía, divisando el cielo, le dice:

—A-diós, ma-má, hasta luc-go. El rostro de su madre se baña en lágrimas.

Entonces su papá, que no puede comprender cómo el Dios, en quien él no cree, pueda llevarse a su Luis, lo cubre desesperadamente a besos. Luis clava en él sus ojos vidriosos:

—A-diós, papá, hasta, y esforzando la voz continúa, hasta nunca. Ni una flecha de tenso arco hubiera podido herirle más el corazón.

Y Luis, triste porque su padre no cree, y alegre porque se va al cielo, cierra los ojos y va a presentarse a su Madre la Santísima Virgen, no sin dejar la firma en una angelical sonrisa dibujada en sus labios. Era ya dichoso eternamente.

Aquella noche sus padres no cenaron... porque no pudieron.

Sus hermanitos, inconscientes, juegan; la madre hace que cose y llora; el padre pasa la vista nerviosamente por las líneas de un libro, sin darse cuenta de lo que lee, y también llora...

Al fin los niños se retiran a la cama y quedan en el comedor ambos esposos.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Callan. Era un silencio elocuente e interminable. De repente un ruido.

—Es él, Marta, interrumpe el esposo.

Y Marta, inspirada dice: —No sueñes Pedro; ya sabes lo que te ha dicho: "Papá, hasta nunca".

—¿Eso dijo? ¡Ah, sí! ¡Es verdad! Hasta nunca... ¡Qué horrible es ésto para el corazón de un padre que tanto ha amado a su hijo!...

Luego media hora de bramidos mal contenidos y después silencio.

—Oye, Marta, pregunta al fin, y ¿por qué a tí te ha dicho hasta luego?

Y Marta, que esperaba la pregunta, levantándose y poniendo fuego en sus palabras, exclama: —Yo amaba a Luis con delirio; Dios me lo ha llevado, pero la fe me dice: "Espera, ya lo verás algún día". En cambio tú...

—Basta, harto sufro yo para que me digas eso. ¡Luis, hijo mío! ¡Quiero volver a verte! Ruega a Dios por tu padre para que se salve.

Luego se acostaron.

A la mañana siguiente, don Pedro y doña Marta ofrecían una misa y comulgaban juntos en su parroquia.

Luis había rogado.

La Virgen le había oído.

J. M. E., Congr.

Geografía ambulante

Allá rueda el sudexpreso del Norte, a través de los campos, que quisieran también huir de los calores centrales y acercarse al agua fresca de las playas.

El pequeño Juanín, de quien don Carlos pretende hacer un hombre muy cabal, no cesa de hacerle preguntas:

—¿Qué río es éste, papá?—gritó el niño, algunas horas ya después de la partida.

—¿Qué has hecho de tus geografías, Juanín? Es el famoso Ebro, que pasará ante el trono de la Pilarica.

—Le voy a echar un beso, para que se lo lleve a la Virgen. Y después de haberlo hecho añadió: ¿Y aquél otro río, que vimos hace mucho rato?

—Aquel—volvió a contestar don Carlos—era el Duero, el que vió las hazañas del Cid.

—Entonces, ¿todos los ríos tienen su nombre propio?

—Sí, Juanín.

—¿Y su historia?

—También.

—¡A que no! Mira: aquel pequeñuco, que baja arrastrándose por entre los espinos, seguramente no tendrá ni historia, ni nombre.

—No diga usted eso, señorito—terció Sebastián el criado, que hasta ahora nada se atreviera a decir—. Aquel es el río de mi pueblo: se llama Criapájaros y tiene una leyenda *mucho* bonita, pues me contaba mi agüela que la Virgen y también San José y el Niño...

Y relató la tradición piadosa hasta el fin.

—Ya lo ves, hijo mío—añadió el caballero—. Los ríos, mientras corren, tienen sus nombres propios, sea Ducro, Tajo, Amazonas o Criapeces; y todos tienen sus historias. Son como los hombres que, mientras viven, tienen nombre, sea don Juan, sea don Pedro, sea Octavio Emperador, sea Colás limpiabotas; y todos tienen su historia buena o mala.

—Pues es verdad...—dijo Juanín, y se quedó pensativo.

El tren avanza, avanza... llega a la ciudad veraniega y Juanín se olvida de seguir pensando.

—¿Te has bañado, Juanín? ¿Qué tal te probó?

—Muy bien, papá; pero he notado que el agua del mar es muy amarga, muy amarga. ¿Y cómo puede serlo, si entran en él tanto ríos de agua dulce?

—¿Recuerdas que te dije ayer que los hombres, cuando viven, son como los ríos?

—Sí, papá.

—Pues lo que ahora me cuentas te prueba que también son como los ríos, cuando mueren. Los ríos ayer eran Amazonas, Tajo, Duero y corrían mucho; hoy han entrado en el mar y se han convertido en un montón de aguas amargas; pues los hombres ayer eran Rey, Capitán, Mendigo; hoy entran en la muerte y se convierten en un montón de ceniza, sin nombre ni memoria.

—Pues es verdad...—repite Juanín y vuelve a pensar.

—Pero mira, hijito—termina don Carlos, dándole un beso—, esas aguas del mar, cuando el sol brilla sobre ellas, se levantan al cielo; también nuestras cenizas, cuando Jesús aparezca sobre las nubes, se levantarán llenas de nueva vida y de hermosura hacia sus amables brazos.

M. A., Congr.

El fuego, el agua y el honor

Conociéronse en un viaje el agua y el fuego y quisieron buscar otro amigo para que les acompañase.

Salieron juntos y encontraron en el camino a otro elemento: era el honor. Le pararon y hablaron unos momentos con él y acabaron por decirle si quería ser su amigo. El honor contestó que sí.

El fuego nunca está quieto y el agua siempre está en movimiento.

Un día antes de salir de viaje, convinieron en determinar la señal para encontrarse por si se perdían.

Yo, dijo el fuego, por si me separo de vuestro lado, mirad hacia lo alto y dirigiros a donde veáis humo que allí estoy yo.

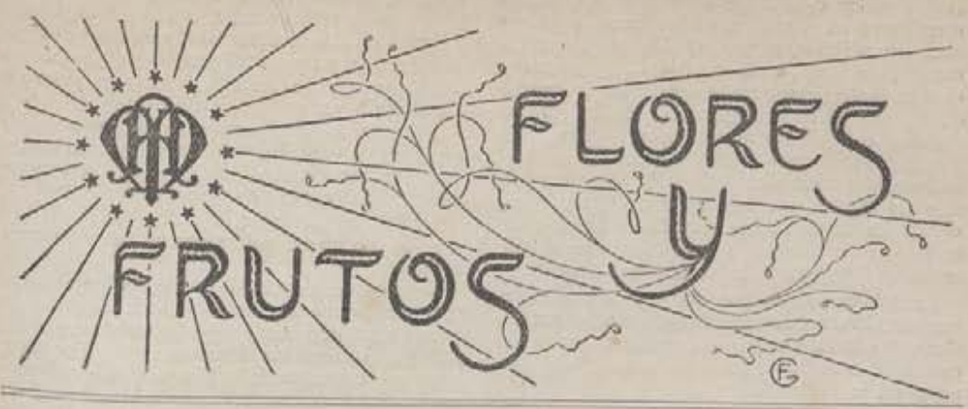
Si a mí me sucede lo mismo, replicó el agua, me encontraréis allí donde esté la tierra húmeda, la hierba muy verde y crecida, y junto a los cañaverales, etc.

De vosotros depende mi perdición, habló el honor; porque si no me agarráis fuertemente, si me abandonáis o me descuidáis un momento, no me volveréis a encontrar; por algo dice el refrán:

"Honor perdido, adiós persona".

Otro tanto pasa con la salvación del alma; si la perdéis, la encontraréis ¿sabéis dónde?, en el infierno.

C. P. N., Congr.



Núm. 209.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Diciembre de 1930

Gerardo Arbeo y Olejua

Otro Congregante más en el Cielo

Desagradables fueron para cuantos tuvimos la dicha de ser amigos de Gerardo los últimos días del pasado Noviembre: un antrax cruel había hecho presa en el cuerpo de nuestro amigo, y estrechaba entre sus garras aquella vida tan querida. Varios días luchó con la muerte, hasta que al fin sucumbió, segado en flor en la primavera de sus días.

Desde que tuvimos noticia de su enfermedad, fuimos siguiendo paso a paso sus alternativas hasta que el pasado domingo, a media tarde, la noticia llegó a la Congregación y al Colegio, y de allí se extendió a todos nuestros hogares como reguero de pólvora. ¡Gerardo ha muerto! ¡Gerardo ha muerto!; ésta era la única noticia que la tarde del domingo llenaba el ambiente de la Congregación, del Colegio, de nuestros hogares, y, sobre todo, de los corazones de los que fuimos sus amigos.



¡Gerardo ha muerto! Noticia que encerraba para muchos de nosotros un manantial de tristeza: Gerardo, aquel fiel compañero, aquel condiscípulo querido, el confidente íntimo, el amigo verdadero de todos nosotros, ha muerto para siempre.

Pero al mismo tiempo que tristes, por qué no decirlo, estábamos también de enhorabuena. Junto al cadáver, aún caliente, de Gerardo, uno de los allí presentes había dicho: "Gerardo está ya en el Cielo; recémosle todos para que él nos obtenga la resignación y conformidad que en estos momentos nos es necesaria". "Gerardo está ya en el cielo"; ésta misma frase repetían cuantos le conocían, al enterarse de su partida de la tierra; hemos perdido a un amigo excelente; pero tenemos ya un abogado más delante de Dios. Su Padre espiritual, el Director de la Congregación, todos sus superiores confirmaban esta misma aseveración. Tenemos, pues, motivo para estar de enhorabuena; él, que tan cariñoso, amable y simpático era cuando vivía entre nosotros, aumentará sus delicadezas desde el cielo, y sus amigos y la Congregación entera, sentiremos el fruto de su intercesión.

Su sólida piedad.

La virtud de Gerardo no fué una virtud extraordinaria, si por extraordinario entendemos el hacer cosas desacostumbradas y difíciles de imitar. No, su virtud fué no menos admirable que sencilla: su encanto peculiar consistió en saber elevar a gran perfección las obligaciones ordinarias de un joven de su edad, de un Congregante modelo. Fué un modelo de Congregantes por su piedad; un dechado perfecto de estudiante por su aplicación y constancia en el estudio, y por su conducta ejemplar; y un amigo verdadero en el sentido más propio de la palabra, por la preciosa corona de cualidades que reunía, y que hacía de la amistad lo que debe ser: un lazo que une y cristaliza los corazones de los amigos en un solo corazón, y en un solo ideal en el camino de la virtud.

Congregante modelo.

En efecto, Gerardo fué un modelo de Congregantes. Sabido es que la Congregación es una escuela del espíritu. En ella aprendemos la di-

Universidad de Deusto
Biblioteca

fácil y dulce ciencia de la virtud, nos vamos ejercitando en el manejo de las armas para ponerla en práctica, y nos enseñan a sortear los escollos en que pueda naufragar. ¡Cuántos y qué hermosos ejemplos tenemos, de lo mucho que aprovechó en esta escuela, y de los muchos frutos que supo aportar a su alma! Testigo fiel y argumento irrefutable es el libro de asistencia de la Congregación de cuán contados han sido los días en que dejó de ir a Misa y a comulgar en los ocho años que ha sido Congregante, y de su constancia y puntualidad en acudir todos los domingos a las veladas de la noche.

Recuerdan sus amigos que una noche salieron con Gerardo, después de merendar, a pasear. Gerardo quería ir a la Congregación cuando los demás se empeñaban en ir de paseo. "Ven con nosotros, le dijeron".

No, yo voy a la Congregación, fué la respuesta de nuestro amigo.

Sus compañeros le urgían más: Anda, no seas bebé, ven con nosotros. Ven a pasear, ¡cuánto mejor que ir a la Congregación! Y no contentos con quererle hacer que no fuese a la Congregación, comenzaron a insultarle.

"Yo voy, había sido la respuesta de Gerardo, a la Congregación". Y así lo hizo, pasando por encima de los respectos humanos y sacrificándose por participar más de la Congregación.

Conserva el P. Director gran parte de las cartas que él escribió desde Orduña, donde solía pasar el verano con su familia; por ellas vemos cómo, aun cuando vivía fuera de Bilbao y del ambiente de la Congregación, su conducta era siempre la misma. "Voy, escribe en una de sus cartas, todos los días a Misa y comulgo; a las tardes hago casi siempre una visita a la Virgen de la Antigua; y a las noches voy al Rosario a la Parroquia; no tengo más amigos que mis hermanos y algunos otros, todos Congregantes.

Nunca a no estar legítimamente impedido, dejó de asistir a la Catequesis de los domingos, en la que con tanto cariño trataba a los niños, que siempre fué uno de los catequistas preferidos.

Y no se crea que era su piedad rutinaria y sin fondo. Los concursos, que periódicamente hacemos en la Congregación, son como un termómetro que acusa el calor interno de la vida de nuestras almas; y en uno de los concursos, que quedan archivados en la Congregación, hecho por él cuando contaba sólo trece años, hemos encontrado la respuesta a una de las preguntas, que son todo un programa y norma de vida para la juventud: ¿Qué tres cosas debemos grabar profundamente todos los jóvenes en el corazón?

Primera, contestaba él: gran temor a Dios. Segunda: profundo desprecio del respeto humano. Tercera: devoción sincera y confianza filial en la Santísima Virgen.

Después de su muerte se ha encontrado en su cartera un retrato suyo, y en su parte posterior había él escrito de su puño y letra estas tres jaculatorias: ¡Jesús mío, llévame siempre dentro de tu Corazón! ¡Virgen María, Madre mía, llévame siempre en tus brazos y no me dejes pecar! ¡Jesús mío, de todo mi corazón yo me uno a Vos! Con ésto, sin quererlo, al dorso del retrato de su cara perfiló la imagen de su alma, para que su retrato fuera entero y completo.

Jamás pisaba el cine. Una vez, sin embargo, le dijo a su mamá: "Mamá, mira, yo todavía nunca he visto el cine sonoro, ¿me dejas ir algún día a ver qué tal es eso?

Su mamá le dió el permiso y fué con sus amigos a verlo; y, preguntado después por un amigo lo que le había parecido el cine sonoro, respondió: Psch... bastante regular.

—¿Piensas volver algún día?

—No, no pienso volver nunca, fué su franca respuesta.

Estando en Loyola, a donde fué para hacer con todo fervor los Santos Ejercicios, como un amigo suyo, nervioso y ligerillo, hablase por demás, se le acercó cariñosamente y le dijo: Oye, ¿por qué hablas tanto? ¡Qué mal te estás portando! Para eso mejor que te hubieses quedado en casa. Anda,¡ pórtate mejor, hombre! Con tanto cariño le dijo estas palabras, que cambió de conducta.

Estudiante ejemplar.

Tuvo las virtudes propias del estudiante, constante aplicación en el estudio y conducta ejemplar. Hace cuatro años fundóse en el Colegio de Nuestra Señora de Begoña la Congregación de la Inmaculada y San Luis Gonzaga, que vino a ser la selección de los que en el Colegio más se distinguían por su piedad y por su rectitud. Gerardo, que desde su Primera Comunión venía perteneciendo a la Congregación de San Estanislao, fué de los primeros en ser admitido; formó parte de ella como miembro de la Junta Directiva, a la que siempre siguió perteneciendo. Este año el próximo día de la Inmaculada iba a ser nombrado Prefecto, con general contento de todos los Congregantes. Sin duda que en el cielo habrá sido ya distinguido con mayor honor, y en ese día pedirá más especialmente por toda la Congregación.

Sus notas semanales de conducta nunca, en los seis años de su permanencia en el Colegio, bajaron de la clasificación de muy buenas; la mayor parte de las semanas no eran susceptibles de mejora; los números, con su muda elocuencia, hacen en este caso de él elocuentísimo encomio.

Todos sus superiores están acordes en afirmar que nunca recibieron de él el menor disgusto; a casi todos hemos oído asegurar que nunca tuvieron que castigarle. Todas estas excelentes cualidades, unidas a un talento nada vulgar, profundo y seguro, junto con una serena tranquilidad y dominio en la exposición, avaloradas con gran constancia y tesón, completaban al estudiante, honrado con justicia con los primeros puestos de la clase.

Amigo verdadero.

Al tratar de esta materia, el corazón sí que se ensancha de veras. ¡Cuántos bienes nos trajo la amistad de Gerardo! Verdaderamente que amistades como estas en la tierra son un encanto del cielo. El carácter dulce de nuestro amigo, además de hacerle sumamente querido de todos, tenía el don singularísimo de hacer amable la virtud, y de excitar en todos vivos deseos de imitarle. Aquella su habitual afabilidad, tan natural en él en medio de su carácter naturalmente serio, aquella voluntad entera dispuesta siempre a servir a sus amigos en todo, aquella prudencia exquisita y dominio de sí tan impropio de su edad, hacían de él nuestro fiel consejero; todas estas bellísimas prendas engastadas en su corazón de oro hacían de él un como modelo de verdadero amigo.

¡Cuántas veces le elegimos como árbitro y juez en nuestras discusiones, y en nuestras dudas! Su carácter, naturalmente serio, sabía teñirse de alegría, siempre que las circunstancias y la amistad lo reclamaban. En su presencia la virtud nos parecía más suave, y el respeto humano, que podría estorbarla, perdía todo su vigor y fortaleza.

Iba él un día de paseo con sus amigos, y pasó por delante de ellos un sacerdote con el Santo Viático. Vamos a acompañarle, dijo Gerardo a los que con él iban. Todos le siguieron, hasta que el sacerdote regresó a la Parroquia.

No hace aún mucho tiempo, íbamos un día de paseo con él en bicicleta, y acertamos a pasar por delante del Camposanto de Derio. Nuestro amigo bajó de la bicicleta, se descubrió y nos invitó a orar por nuestros hermanos difuntos.

¡Quién le iba a decir a él, entonces tan fuerte y robusto, que dentro de algunos días, habríamos de volver sus amigos a rezar por él!

Otro día, cuenta uno de sus mejores amigos, íbamos de paseo y se nos ocurrió subir a Begoña; allí, después de rezarle y hacerle una visita a la Virgen, bajaron y fueron a visitar el Cementerio que cae de paso. Después de contemplar varias tumbas, Gerardo se acercó a su amigo y le dijo: ¡Y pensar que todos tenemos que venir aquí a parar! La verdad es que, si lo pensamos bien nos meteríamos religiosos. Verdad que sí, le contestamos.

Y cuántos hechos como éste podríamos contar. Un día iba Gerardo de paseo, como solía acostumbrar, por el lado de Indauchu, y vió una familia pobre. Gerardo tenía en su bolsillo tres pesetas, que eran todos sus ahorrillos, y sacándolas se acercó cariñosamente, y se las dió a la pobre familia.

Su muerte.

Al Divino Jardinero le gusta trasplantar las plantas más delicadas, para que adornen y aromaticen los Jardines Celestiales. Así me figuro yo a Jesús que pasó poco ha por nuestra clase, y, alagado por las exquisitas virtudes de nuestro amigo, no pudo menos de sentirse atraído por ellas. Cortaré esta azucena purísima, se diría, y la trasplantaré al cielo antes que se marchite, allí adornará mis vergeles.

Sabido es que el dolor es el crisol en que la virtud se purifica y adquiere quilates de más subido valor; por eso, sin duda, Jesús, para más hermosear su alma, quiso enviarle los crueles dolores de su última enfermedad.

Fué al principio un grano insignificante que poco a poco fué creciendo; la calentura era elevada y constante, y las curas dolorosísimas. Sin embargo, él, olvidado de sí, se preocupaban más por los que por él sufrían.

—Mamá, decía una noche en que su madre le velaba, mamá, acuéstate; que has sufrido mucho hoy, y estarás cansada; acuéstate que yo estoy ya bien.

Y a uno de sus amigos, que fué a visitarle dos días antes de su muerte, le decía:

—¿Qué tal estáis todos los de clase? Me acuerdo mucho de vosotros. ¡Cuánto voy a pedir en el Cielo por todos los condiscípulos!

A los ocho días de caer enfermo, hubo necesidad de operarle; dos días de terrible lucha se siguieron a la operación, en que tan pronto nos sentíamos ilusionados, abrigando las mayores esperanzas, como desconsolados y deshecha toda nuestra confianza.

Dejémosle hablar a su madre después de algo respuesta de su profundo dolor:

—Como la fiebre fué siempre muy alta, y yo, por temor a molestarle, le hablaba solo lo preciso, pocos datos puedo dar. Unicamente el sábado por la noche, al ver que se agravaba y ante el temor de que no llegara a las seis de la mañana, hora en que se había dispuesto darle la comunión con los demás enfermos del Sanatorio, le dije: Hijo mío, ¿quieres que te demos el Viático ahora mismo, sin necesidad de esperar a las seis?

—Sí, mamá, que me traigan cuanto antes, porque yo ya no me voy a curar: la Virgen me va a llevar al cielo.

—Y ¿por qué dices eso?

—Pues, porque yo conozco que me voy al cielo.

—Y ¿vas muy contento?

—Mucho, mamá; voy a estar con la Santísima Virgen, que la quiero mucho.

—Pero si ya te vas a curar; ya verás, te llevaremos a casa y te pondrás bien.

—No, yo no me pondré bien; yo me voy al cielo, y rogaré mucho por ti y por papá y mis hermanos, cuando yo vaya al cielo.

En seguida llamó a su confesor, el P. Maruri, para reconciliarse y consolarse con él.

Y a las once de la noche tanto se agravó que hubo necesidad de administrarle el Viático y la Santa Unción. Desde entonces no pensó sino en volar al cielo y en despegarse por entero de este mundo. —¡Padre, me muero!, le repetía, ¡Padre, me muero!; ya no quiero vivir más; quiero irme al cielo. Después de haber dado gracias con el Padre, estuvo un ratito largo hablando con su Madre, la Virgen. Oh Señora mía, oh, Madre mía, le decía el Padre, y él, después de repetir con toda su alma estas oraciones, comenzó a cantar estos hermosos cantos que en la Congregación tantas veces hemos entonado:

Sálvame, Virgen María,
sálvame, Madre de amor,
que tan sólo en Ti confía
este pobre pecador.

El Padre le presentaba la medalla de la Congregación, que él tenía colgada de su cuello, y que tanto la había honrado durante su vida con su conducta ejemplar; y él, estrechándola entre sus manos, depositaba en ella unos besos vehementísimos, en que ponía toda su alma y todo su corazón; aquel corazón que ya tampoco había de palpitar en este mundo.

—¿Quieres ser como éste?, le decía el Padre mostrándole el reverso de la medalla, en que estaba la imagen de San Luis, ¿quieres ser como éste?

Universidad de Deusto
Biblioteca

Y él, señalando el cielo con el dedo y alzando hacia él aquella su mirada angelical, nunca empañada con el polvo del mundo, respondía: "Sí, Padre, sí, pero en el Cielo."

—Y ¿en este mundo?, insistió el Padre.

—También... si Dios me da vida; contestó Gerardo.

Recibidos los Santos Sacramentos como un ángel, solo pensó en consolar a sus padres y hermanos, y en su cercano vuelo a la Patria.

—Mamá, decía, mamá, me voy al Cielo; ha venido la Virgen a buscarme; ya no quiero vivir, sino irme al Cielo.

En la madrugada del domingo tanto se agravó, que sus padres creyeron no duraría sino unas horas y determinaron llevarlo de la Clínica a su casa para que muriera allí.

Un poco se reanimó al encontrarse de nuevo en su cama, en medio de todos los suyos.

A las ocho de la mañana volvió el P. Maruri a visitarle, y el pobre Gerardo no sabía cómo expresarle su agradecimiento por lo mucho que por él había hecho. Padre, le decía, Padre, esta tarde tiene usted que venir a merendar con nosotros; pida, Padre, todo lo que quiera, que todo se lo daremos.

Pero estos momentos de lucidez duraron poco; a las cinco de la tarde del domingo, 30 de Noviembre, sin la menor inquietud, a los quince años de edad, rodeado de su confesor, de todos sus familiares y de buen número de amigos, que hasta el último momento quisimos demostrarle nuestro profundo cariño, el alma de nuestro amigo voló a la Patria, pura, como había salido de las manos del Creador, sin haber empañado el brillo de su inocencia con tanta niebla y miseria como hay en este mundo.

Al día siguiente fuimos sus condiscípulos a ver su cadáver; era el último recuerdo que le habíamos de dedicar. Sin dar la menor señal de descomposición, amortajado con la sotana de la Compañía de Jesús, faja y roquete al cuello la medalla de la Congregación, y estrechando entre sus yertas manos un Crucifijo, parecía de veras ser el San Luis del Cielo que él tanto había deseado. Ante su cadáver rezamos poniendo el corazón en nuestros labios.

A pesar de haber sido en lunes, y de no haber podido anunciarse debidamente por falta de periódicos, le acompañó muchedumbre como pocas veces se ve en Bilbao.

Detrás de la Cruz íbamos los doscientos colegiales de Indauchu; todos menos los más chiquitines, con nuestros Profesores y Superiores. La gente al vernos pasar preguntaba: ¿Es una procesión? No, no era una procesión; pero podíamos decir muy alto: llevamos a nuestro amigo en triunfo; su alma ha sido ya coronada y nosotros estamos de enhorabuena, porque contamos con un abogado más en el Cielo.

¡Bienaventurados los que mueren en el Señor!

L. M. y J. J. J., Congrs.



Núm. 210.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Enero de 1931

Curiosísima procesión

He aquí un hecho que se cuenta en la biografía del famoso misionero P. Tarín, que demuestra el respeto que tiene el frío a las gargantas y pulmones de los que dejan la cama por honrar a Dios.

Una de las armas favoritas de aquel Apóstol del Corazón de Jesús en sus misiones, era el Rosario de la Aurora. Todavía a oscuras, a eso de las tres y media o cuatro de la madrugada, salían de alguna ermita o iglesia largas filas de niños y mayores con farolillos y antorchas en las manos, rezando acompasadamente los misterios del Santo Rosario.

Aquel murmullo solemne de las Ave Marías, entreveradas de cánticos y saetas, producía fuerte impresión en los que desde la cama lo oían, despertando en los pecadores dulces recuerdos de otro tiempo mejor. ¡Cuántas veces el éxito del sermón de la tarde se debía a la saludable preparación que habían infundido las misteriosas hileras de luces que avanzaban entre las últimas tinieblas de la noche, disipadas poco a poco por los indecisos arreboles matinales!

Como el Padre había palpado los frutos de aquel devotísimo ejercicio, nunca quiso omitirlo, aunque a veces hubo de luchar con grandes dificultades.

Una de estas ocasiones fué la de la misión de Ubeda. La gente se negó a salir; los padres pusieron el veto a la gente menuda, porque, decían, era una imprudencia exponerlos al frío de tan tempranas horas; que eso lo podía resistir el misionero, hecho, al parecer, de hierro y que creía a los demás tan fuertes como él; pero que el común de los mortales se exponía a una pulmonía o a algo así.

El Padre Tarín, acostumbrado a vencer esa clase de reparos, se propuso sacar el Rosario, dando una buena lección a aquellos prudentísimos ubetenses.

Fuése al Asilo de las Hermanas de la Caridad y llamó a la Madre Superiora.

—Madre, vengo a pedirle un favor en nombre de Dios, espero que no me lo negará.

—Si está en mi mano, cuéntelo por hecho; bien sabe usted, Padre Tarín, que estamos dispuestas a ayudarle en sus trabajos por el bien de este pueblo.

—Dios se lo pague. El favor que le pido es que me deje por tres días a sus viejecitos para sacar con ellos el Rosario de la Aurora.

—Pero... ¿A qué hora va usted a sacarlo? preguntó la Superiora alarmada.

—A las tres y media de la mañana, contestó imperturbable el Padre Tarín.

—¡Por Dios, Padre! ¡A las tres y media! ¿Quiere usted acabar con todos ellos?

—Tenga usted confianza, no pasará nada.

—Vea Padre, que la mitad de ellos están asmáticos; van a coger por lo menos dos o tres pulmonías cada uno.

—Yo respondo que no le traerán al Asilo ni un mal constipado.

Cuenta el biógrafo del gran misionero, que la Madre, con el espíritu de fe que la virtud del Padre infundía en su alma, le dejó a los cuarenta y tantos asilados, cuyos años de vida, empalmados los unos con los otros, hubieran llegado probablemente hasta hacer que alguno se mojase en las aguas del diluvio.

Al día siguiente era de ver la procesión de aquellos ancianitos, que con voz temblona y cascada entonaban las coplas del Rosario mientras los jóvenes se estaban bien arropados entre sábanas y mantas.

Al tercer día podía ya el Padre devolver a la Madre Superiora sus viejos. No le hacían ya falta. El pueblo en masa esperaba en la iglesia a las tres la salida del Rosario.

Pero ¿qué era aquello? Otra vez venían los ancianos del Asilo. No había podido la Madre convencerles de que se quedasen en casa.

¿Y de catarros y pulmonías? Pues resulta que los buenos viejitos, no sólo no habían cogido un mal constipado, sino que durante aquellos tres días, decían ellos, hasta habían ganado en voz.

De donde se deduce lo bien que cuida Dios de los que madrugan un poquillo por El.

Y estos viejos asmáticos se levantaban para las tres y media; a nosotros no nos piden más que estar a las siete y media. Cuatro horas más tarde que ellos. ¡No da vergüenza!

M. A., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

El misionero de papel

Todavía no llevaba don Juan un año en la parroquia, y ya se lamentaba amargamente de no haber logrado transformarla.

Era un pueblo pequeño pero próspero, junto a la vía férrea, con su gran fábrica de azúcar, con sus campos de productiva remolacha.

Vida fácil, bolsillos llenos, almas indiferentes. Así era el aprisco espiritual de don Juan.

Y él quería convertirlo en un lugar muy grande y a la vez muy íntimo, de corazones generosos, cristianos, fuertes.

Sí, sí; que les fuera con estas filosofías a aquellos jornaleros bien comidos, a aquellos tenderos ricos y aburguesados, a aquellos labradores maliciosos, a aquel travieso grupo de obreros y obreras de la fábrica.

Mas él amaba con pasión a su parroquia, aunque fría, y se daba a ella con toda la optimista energía de su espíritu, y quería regenerarla no sólo con su ejemplo, sino con su labor infatigable y hasta con el dolor del sacrificio.

Y llegó la cuaresma, la primera cuaresma en que él estaba allí..., y fué pasando sin que apenas dos docenas de almas cumpliesen con el precepto pascual.

¡Oh, qué desolación!... ¡Imposible remover la indiferencia de aquella gente ingrata!... ¡Si se atreviera a traer un misionero!... Acaso fuera un sensacional acontecimiento el de su aparición.

Pero ¿dónde encontrar recursos para ello?

Claro está que a falta del varón apostólico soñado, podría hacerlo él. Mas ¿vendrá el pueblo a la iglesia parroquial?... Y las buenas almas que fuesen a escucharle ¿no se cansarían de una voz tan oída?

¡Si yo pudiera traer un orador de gran fama! —repetía impaciente don Juan.

* * *

Le germinó la idea una mañana al encontrarse con el cartero en medio de la calle Mayor.

Llevaba éste una brazada de periódicos, y en ellos vió la mirada del párroco, de repente inspirado, algo en que jamás puso atención.

Allí estaba el obstáculo, allí la idea mala y venenosa... ¡El enemigo!

Todos los días entraba, pueblo adentro, parapetado en las frágiles hojas, destilando ponzoña, difundiendo el error, robusteciendo posiciones falsas.

El mal diario se deslizaba por todos los hogares, y se adueñaba de corazones y de ideas.

¡Allí estaba el enemigo!... ¿Cómo no lo vió antes?...

¡Sus y a él! Iba a ser una ruda batalla, una lucha de las que sólo pensar en ellas, hace decir a muchos: ¿Para qué exponerme a ser herido y derrotado?... El contrario es fuerte, irresistible, irreducible... Hay cosas imposibles de vencer... Ni tocarlas siquiera...

Mas el cura se animó más y más.

¿Que es difícil arrancar a cada uno su diario? ¡A ver quién puede más!

Y organizó su plan.

Era preciso que si en el pueblo entraban cien, doscientos periódicos, *El Sol*, *La Voz* y *El Liberal*, penetrasen cien, doscientos buenos.

Ellos iban a ser el mejor misionero, el prodigioso salvador de la parroquia.

¿Cómo seguir consintiendo que las personas decentes y naturalmente honradas se nutriesen de la peor doctrina? ¿Cómo no trabajar contra el inexplicable fenómeno de que los sensatos, los inteligentes, los formales, pasaran por todas las falsas informaciones y por bromas de dudoso gusto?

Mas ¿cómo organizar la batalla? ¿Dinero?... Ni soñarlo.

¿Apoyo?... ¡Oh, qué idea!:

Era de su vieja casera, de la Rita, a la que muchas veces oyó decir este proverbio que ella inventó, sin duda: "La voluntad de Dios se inclina de ordinario ante el deseo de las hijas de Eva".

* * *

Una tarde penetró don Juan en una casa resuelto a comenzar.

—¡Felices, señora Genoveva!

—¡Adelante, don Juan!

—Un momento... He oído no sé qué de una catástrofe y vengo a pedir a usted el favor de que me preste su diario para adquirir más detalles.

—¡Cuánto lo siento!... Se lo ha llevado mi marido y ya no volverá hasta la noche.

—No, si no quería el de su marido; yo quería el de usted.

La mujer dió un paso hacia atrás, estupefacta y sin atinar a comprender.

—Pero si yo no tengo...

—¡Cómo!... ¿No le gusta enterarse de las catástrofes, de lo que sucede en la capital, de las buenas obras que se hacen, de las buenas cosas que se dicen?... ¿Usted no lee nunca un diario?

—¡Claro que lo leo! ¡Tengo el de mi marido!

—¿Cuál es?

—*El Sol*.

—¡Cielo santo! ¿Un periódico malo, anticatólico, medio anarquista, que insulta a las mujeres cristianas y persigue a los sacerdotes?... ¿Usted lee eso?...

—No tengo otros papeles...—murmuró la señora Genoveva, avergonzada.

—Pues eso es lo que le estoy diciendo, criatura de Dios que tenga un periódico suyo, un buen periódico, digno, cristiano, informado, ameno, que pueda leerlo sin avergonzarse; que pueda ponerlo en todas las manos, que no envenene el alma de sus hijos y de sus criados... ¿Eh? ¿Qué le parece a usted?

—Que acaso tenga usted mucha razón, don Juan.

* * *

Fué un éxito la propaganda feminista del buen párroco.

A los pocos días, todos los maridos estaban asombrados de que sus mitades quisieran tener cada una su diario.

Ellas les contestaban:

—Tú tienes el tuyo.

Y ante argumento tan simplista y breve, enmudecían ellos, se allanaban al deseo mujeril y hacían la nueva suscripción.

¿Qué ventolera de leer es ésta?—se preguntaba, caviloso, más de un hombre; pero la causa...

Hasta que una noche rogaba la mujer a su marido:

—Si quisieras dejarme tu diario y tú leer el mío...

Y él cedía, y sin darse cuenta de ello, tomaba su ración de verdad, se propinaba un sutil contraveneno, algo que le hacía sospechar de la cacareada honradez y fiera independencia de *El Sol*.

La mujer entretanto, como quien no hace nada, atizaba el fogón con el diario malo. Y si él exasperado le gritaba: —¡Mujer! ¿Está eso bien?, ella, humilde, confesaba su descuido:

—¡Ay, perdona!... Tuve necesidad de él...

Mas fatalmente llegaba el momento victorioso para la buena causa, en que el marido se alegrase íntimamente de aquel auto de fe.

Era vieja sentencia de la Rita: "La voluntad de Dios se inclina..."

Y don Juan daba gracias al cielo porque su misionero se quedó para siempre en el pueblo.

A. M. M., Congr.

Historias divinas

Onésimo era un pobre esclavo de un rico propietario de Colosos. Un día encontró ocasión de escapar, y, después de robar a su señor, huyó de la ciudad.

Rodando por el mundo, de una parte a otra, llegó a Roma donde su buena suerte le llevó a la cárcel en que se hallaba un preso por demás notable. Era un judío menudo de cuerpo, débil de complexión, pero de alma robusta y fogosa palabra. Encadenado y todo como estaba, no cesaba de hablar a cuantos querían oírle, y sus discursos ejercían tal fascinación, que siempre que sus carceleros lo permitían, hombres de toda clase llenaban la estancia durante horas y horas, sin dejar de escucharle.

A Onésimo llamóle la atención, sobre todo, el tema de sus discursos. Nunca hablaba sino de un hombre a quien llamaba Jesús; y de él decía cosas tan hermosas que era imposible oírle mucho tiempo sin entusiasmarse del todo de su persona y de su doctrina. Así le ocurrió a él, y tanto que una tarde no pudo resistir más y, quedándose el último cuando todos hubieron salido, acercóse al preso y le dijo: "No me marcharé sin que me hayas admitido en tu escuela. Yo quiero ser discípulo de Jesús."

Presentóse, sin embargo, una dificultad gravísima. El anciano exigía como condición la vuelta a su amo, de cuya casa había escapado, y Onésimo, juzgando por lo que otros señores hacían con sus esclavos en tales circunstancias, temía que con la libertad le fuera quitada la vida.

"¿Quién es tu amo?"—preguntóle aquél.

—"Filemón de Colosos"—respondió Onésimo. Al oír este nombre brillaron con alegría los ojos del santo viejo, y con visible emoción exclamó: "Demos gracias a Dios, hijo mío; podrás volver con toda tranquilidad. Filemón es cristiano y los cristianos no podemos tomar venganza alguna de los que nos han agraviado."

Bautizóse, pues el neófito y Pablo, que no era otro quien con él hablaba, tuvo la atención delicadísima de escribir de su puño y letra, allá entre las estrecheces de la prisión, una preciosa carta llena del perfume suavísimo del amor a Cristo, en la que recomienda a Filemón al que antes fué su esclavo y ahora es su hermano por la gracia de Cristo, para que le perdone y le reciba con la misma caridad con que recibiría a Pablo en persona.

"Pablo el preso por amor de Cristo Jesús —comienza diciendo—, y Timoteo su hermano, al amado Filemón coadjutor nuestro, y a la carísima hermana Appia, su esposa. Gracia y paz a vosotros de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo."

Y para que Filemón notara bien el cariño con que lo hacía, añade: "Yo, Pablo, te lo he escrito todo de mi puño"; y acaba el santo apóstol con tiernas frases de despedida, empapadas también de la verdadera caridad cristiana.

Onésimo, en efecto, se presentó en Colosos y no sólo no fué castigado por su amo, sino que mereció más tarde la dignidad de Obispo en Berea y la mayor aún de mártir de la fe.

Pues bien, de ahí se desprende una consecuencia y es la caridad extraordinaria que debemos tener con los demás, ya que todos somos hermanos en nuestro Señor Jesucristo. Onésimo había perjudicado a Filemón con su partida, pero no por eso Filemón le iba a recibir mal, sino antes al contrario, y es que Filemón sabía lo que de Pablo había aprendido y Pablo del Maestro: "Haced bien a los que mal os hagan". De suerte que cuando el hermano, o el compañero, o el amigo nos hacen alguna trastada, ya sabemos nuestra conducta: buscar la primera ocasión para hacerle un favor.

A. M., Congr.

¡Salvador del mundo! ¡Salva a Rusia!

De cómo están los pobrecitos rusos, sin religión, sin Dios, sin familia, como animalitos, vamos a hablar en este articulito.

Sirva de ejemplo lo que divulgaba el periódico "Vetchernaia Moskwa" el 27 de diciembre de 1929, acerca de una gran oficina establecida en la ciudad de Gorlowka; notaron los elementos más destacados del ateísmo el poco entusiasmo que demostraban los obreros y más especialmente las obreras de aquella ciudad en la destrucción de las imágenes y en la perpetración de otros nefandos crímenes, y para sacudir esa inacción instituyeron un concurso con premios para el que demostrara más celo. Las amenazas (prudentemente lo calla el periódico soviético) no faltaron contra los que se mostraron algún tanto remisos. Con tales medidas el concurso dió el resultado apetecido, pues las imágenes se quemaron a montones. ¡El premio fué adjudicado a una mujer y a su hijo de doce años! ¡Qué horror!

En septiembre del año 1929, se redujo la semana a cinco días, para no dejar huella del día consagrado al Señor.

En las calles públicas no es raro ver un grupo

Universidad de Deusto
Biblioteca

de niños: uno de ellos lleva una gran jarra en sus manos repleta de aguardiente; bebe y da de beber a los demás. En sus rostros no aparecen las señales del niño, sino del adulto, con huellas manifiestas de todos los vicios. Y la verdad, a cada paso se quejan los padres de que los niños educados en las escuelas comunistas son desobedientes, dados a la embriaguez, rompen cuanto encuentran a mano, e iracundos y atrevidos amenazan con la navaja (Rabotchaia Gazeta, 15 de abril de 1929).

Y ciertamente si el Omnipotente y Misericordiosísimo Señor no pone un dique a las arrasadoras olas de la impiedad, en breve no quedará rastro de Religión en aquellas dilatadísimas regiones.

¡Pobrecitos rusos!

J. M. B., Congr.

¡Vaya un perrazo!

Horrorosa noche de invierno. Llovía a todo llover, era viento tan frío y tajante que entumecía las carnes. Con todo, don Bosco no desistió de su empeño. El caso urgía; tenía que llevar los últimos auxilios a un enfermo que moría, víctima de traidora enfermedad, allá lejos, muy lejos, en las afueras del pueblo.

Sus familiares dado lo espantoso de la noche, intentaron retenerle en casa; pero inútilmente. Embozóse en el mantco y se echó a la calle.

Mas el enemigo no duerme; alguien le acechaba. En efecto, al doblar una esquina, de pronto, cubiertos sus rostros con un antifaz y con sendos garrotes en las manos, los bandidos se le echaron encima. Don Bosco estaba completamente desarmado; su única arma era el santo crucifijo, que nunca olvidaba. Era, por tanto, de todo punto imposible defenderse; el siervo de Dios se dispuso a morir. En esto, cuando los enmascarados fueron a descargar tremendos garrotazos sobre su venerable cabeza, he aquí que, sin saber cómo ni de dónde, llegó un enorme perrazo: era el "Gris", el favorito de Don Bosco aquel que tantas veces le libraba de los peligros más inminentes. Inmediatamente se abalanzó sobre los bandidos; su bocaza tremenda, como de león rabioso, fué a clavarse en el brazo de uno de ellos. El desgraciado lanzó un rugido de dolor penetrante, agudísimo.

El corazón de don Bosco no pudo sufrir aquella escena; hizo una señal al "Gris" y en el acto el perro leal obedeció y soltó su presa. No esperaron a más los bandidos; inmediatamente emprendieron la fuga. El santo sacerdote siguió su ruta libre de cuidado alguno.

Tampoco nos falta a nosotros defensa; no será un perrazo; pero no nos faltará nunca el Angel de la guarda a quien debemos invocar como al mejor compañero y defensor.

M. A., Congr.

¡Qué tres cajas!

Llegaba la fiesta de Navidad, la simpática fiesta del Dios Niño, y todos los colegiales de San Fructuoso se disponían a escribir a sus respectivas familias en demanda de los tan codiciados dulces de Navidad. Largas listas de objetos pedidos acompañaban a las cartas, pero entre todas, la más larga era la de Luisillo. Estaba nuestro amiguito acostumbrado a satisfacer sus más pequeños caprichos y, ¡cómo iba a dejar de hacerlo en aquellos días tan señalados!

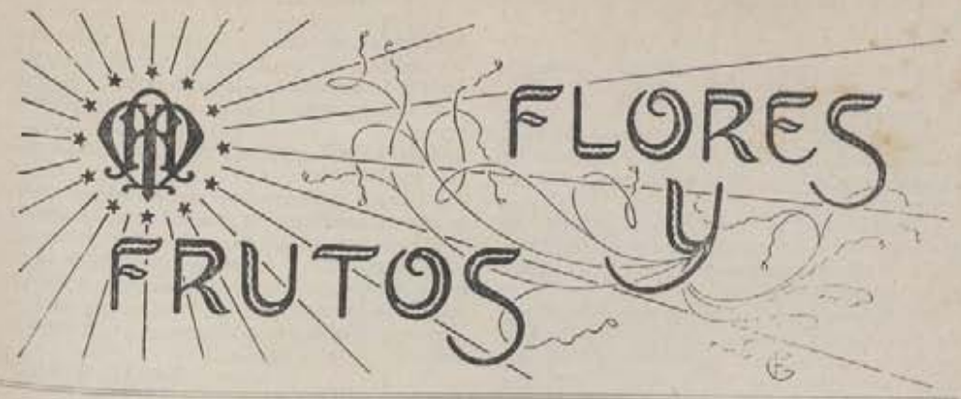
Su madre, que era muy buena cristiana y muy amante de su familia, contra lo que hoy en la práctica se acostumbra, contestó a Luisito prometiéndole todos los objetos pedidos, a los que ella añadiría tres más de su elección.

Llegó por fin el día de recibir las cajas; entregóse la suya a Luisito y con ella voló a su cuarto; con ansiedad febril rompió cintas, papeles y todo cuanto le impedía ver el contenido de aquellos atrayentes paquetes. Llegado que hubo al fondo de la caja encontró otras tres cajitas primorosamente precintadas con lacitos de colores. Era evidentemente el regalo de su mamá, pues todo lo que él había pedido lo había visto ya. Abrió la primera cajita, y ante los ojos estupefactos de Luis, que no comprendía el por qué de aquel regalo, apareció un primoroso espejo rodeado de un marquito lindamente incrustado de marfil y al pie del espejo un letrero que en hermosas letras góticas decía: LO QUE HOY ERES. Una ola de orgullo pasó entonces por su rubia cabecita al contemplar toda la dignidad y hermosura varonil que en el espejo se retrataba. Guardólo y abrió la segunda cajita; y ¡cuál no sería su asombro y espanto al encontrar dentro de ella un hediondo y mal oliente cráneo, que a su pie ostentaba esta inscripción en letras rojas y negras: LO QUE MAÑANA SERAS! Hondamente impresionado tomó la tercera cajita, que envuelta en raso azul celeste se le brindaba tentadora; abrióla y ante sus ojos apareció una primorosa imagen de María Inmaculada; de la purísima María, tal como la concibió el inmortal Murillo, derramando raudales de pureza y como extasiada ante su Divino Creador, llena de bondad y mansedumbre, y al pie de la imagen otro letrero LO QUE HOY Y LO QUE MAÑANA DEBES DE SER.

Arrodillóse Luis ante la imagen bendita y lloró lágrimas a raudales. Levantóse de repente y fué al cuarto del P. Rector, a quien pidió que todos aquellos dulces que de su casa acababan de mandarle los distribuyese entre los niños que no los tuvieran.

Era que Luis había comprendido la lección de su virtuosa madre y sabía aprovecharse de ella.

J. M.ª D., Congr.



Núm. 211.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Febrero de 1931

Estupenda lección

La escena trágica se desarrolla en Sumatra. La cuenta un anciano Padre Misionero.

Es la hora de más calor. De un grupo de árboles, donde se guarece contra el sol una casita de troncos de madera se levanta un clamor: "¡Una serpiente! ¡Una serpiente!"

Margarita, sobresaltada, corre a la ventana, y al ver un grupo de cazadores blancos y negros que se acercan a la casa, baja inmediatamente.

—Caza magnífica!, le grita Kurt, su marido, ven a verla.

—¡Qué horror, Kurt! Yo nunca he visto semejante culebrón.

—Es una especie muy rara; de su piel sacaremos muchas pesetas.

—¿Pero está verdaderamente muerta?, pregunta Margarita temblando. No la veo ninguna herida.

—Yo mismo la acabé con mi bastón. Trae aquí a la pequeña para que vea la magnífica caza.

—Déja en paz a la pequeña, le contesta la madre. Es muy nerviosa la pobrecita; bien sabes que tiene horror a las culebras...

—Razón de más para que les pierda el miedo. Viviendo aquí, a dos pasos de estas selvas vírgenes, hay que aprender a dominar los nervios. Tráela.

—¡Déjala, por favor, Kurt!

—Ya sabes que no me gustan súplicas ni lloriqueos. Tráela.

La mujer, obligada a ceder al marido autoritario y violento, se retira, volviendo poco después con la pequeña.

—Buenas tardes, papá, grita alegre Mientje, que aún nada sabe del monstruo.

—Buenas tardes, querida. ¿Te has portado bien?

—Sí, papá.

—Pues para premiarte, te quiero enseñar una cosa que te agradará mucho.

Y tomando de la mano a la niña que tiene seis años, la lleva a donde está la horrible serpiente.

—Papá papá... exclama la pequeña aterrorizada.

La madre interviene: —¿Ves cómo tiene miedo?

—Calla, tonta!, grita Kurt. No te hace nada; la serpiente está muerta.

—Mamá, mamá, grita la niña excitadísima, agarrándose a los vestidos de su madre.

Kurt la agarra, pero Mientje, fuera de sí por el miedo, le muerde la mano.

—¡Ah, tigrecilla!, grita el hombre furioso. Te enseñaré yo a obedecer! Te voy a encerrar con la serpiente y así te acostumbrarás a mirarla de cerca.

A una orden suya, los criados negros arrastran la serpiente a un sótano oscuro; Kurt los sigue, trayendo a remolque a Mientje, sordo a sus gritos desgarradores y a las súplicas de su esposa.

La puerta del sótano se cierra detrás de la pequeña, que queda sola con el asqueroso réptil. El hombre, impasible, cierra con llave, mientras dentro se oyen gritos que partirían las piedras.

—¡Mamá! ¡Mamá!...

El corazón de la pobre madre está para estallar; pero demasiado conoce a su marido para suplicarle inútilmente. Más bien procura consolar a la niña:

—No llores, no grites, hija. Si callas, papá te abrirá.

Mientje no oye razones y redobla sus gritos desesperados.

—Vamos a comer, dice Kurt fríamente. Cuando haya dejado de gritar, le abriré. Es menester que nuestra hija se haga valiente, ¿entiendes?

Un grito horrible, desgarrador, suena en el sótano; luego silencio...

—Kurt, la niña ya no llora, dice la madre, a quien al grito de la hija le hirió el corazón un atroz presentimiento.

El padre se quedó un rato escuchando.

—Bien, entonces voy a abrirle. Así se educa a los hijos en Alemania. Por fin Mientje ha aprendido a ser valiente.

Los dos se acercan al sótano.

Universidad de Deusto
Biblioteca

¡Hija, ya viene papá a abrirte!, grita la madre.

Silencio.

La llave da vuelta en la cerradura, la puerta se abre.

¡Horror!

La niña está tendida en el suelo, sin vida, con el rostro lívido e hinchado, mientras la gigantesca serpiente enrosca el corpezuelo en sus terribles espiras...

¿Quien puede dominar un sentimiento de horror al leer este episodio espantoso, cuya verdad está autenticada por el testimonio de un anciano misionero?

Por desgracia hay muchos padres como Kurt: los padres que exponen a sus hijos al peligro de perder su propia alma, enviándolos a los cines, donde casi peor que las inmorales películas, son las costumbres atrevidísimas en el público. Así quieren muchos padres a sus hijos.

J. R., Congr.

¿Queréis saber lo que es el comunismo?

Troski, el famoso jefe de la revolución rusa, fué a Kieuw, a propagar y consolidar el ideal bolchevista.

Allí soltó uno de sus discos: que el comunismo había salvado a Rusia, que había liberado a los obreros, que había traído la libertad al trabajador.

Cuando hubo terminado su perorata, manifiesta al público que, si había algún contradictor, hablara, pues la cultura de los soviets permitía exponer el pensamiento contrario.

Un obrero llamado Effmoff pidió la palabra...

El público sintió el escalofrío del miedo. El pueblo ruso tiene más miedo a los soviets que a los cosacos, ¡que ya es tener miedo!

—Que suba a la tribuna, dijo Troski.

Effmoff subió a la tribuna.

Llevaba un bastón en la mano.

—¡Camaradas!, dijo. Fijaos en este bastón. El va a contaros la historia de la revolución rusa.

El público aguzó el oído.

—¿Veis el puño del bastón. Es puño de hierro. Antes de la revolución el país estaba gobernado por los aristócratas que están representados por este puño.

El auditorio miraba fijamente al puño, incluso Troski, que no perdía sílaba.

—Bajo de este puño está la parte media del bastón la caña, que representa a nosotros los obreros, los que trabajamos. Los aristócratas nos tenían bajo el puño.

Troski inició un aplauso y todos aplaudieron.

—Debajo del puño y de la caña del bastón está la contera que también es de hierro. El puño está arriba. La contera son los presidiarios, los ladrones, los vividores; la parte media, la caña, somos los obreros, los campesinos...

Effmoff calló, y con mucha solemnidad levantó el bastón.

—Señores, mirad la revolución.

Y volvió el bastón poniendo el puño para abajo y la contera arriba, en la mano.

—Señores, la revolución está hecha.

Los aristócratas están ya abajo; los presidiarios, los anarquistas y los vividores, están arriba en alto. ¿Y vosotros, los obreros, los trabajadores? ¡Vosotros no habéis cambiado de sitio! Antes os oprimía el puño; ahora os oprime la contera...

Troski rugió como un tigre; no estaba para oir verdades.

Effmoff, el obrero ruso, que habló en nombre y con la confianza de una libertad concedida, fué aquel mismo día pasado por las armas.

¡Qué gráfica y verdadera expresión de la revolución da esa vuelta del bastón! A eso se reduce la libertad prometida, a la más vergonzosa opresión de los malhechores y sinvergüenzas.

A. H., Congr.

¡¡¡Por ir mal vestido!!!

Perico es un chico muy bueno, y de muy buena familia; no es de extrañar que vaya elegantemente vestido y que sus compañeros se precien de acompañarle. Perico se acerca al grupo de cinco jóvenes que son sus amigos, y les dice: ¿Qué tal, chicos? ¿Qué os parece? ¿Vamos a dar una vuelta por el paseo en el "Packard"? Estará a estas horas animadísimo.

Los cinco amigos, como un solo hombre, van a colocarse en el "Packard".

¡Qué bien conduce Perico! Y ¡¡qué huecos van los amigos!! ¡¡Como unos pavos!!

Han pasado cinco años.

Perico ha estado ausente durante este tiempo, en un pueblo de Castilla. ¿Causa? Muy corriente. Su padre ha tenido mala suerte en unos negocios, y se ha quedado en la calle.

Perico no es ahora aquél de hace cinco años. Va mal vestido, y sus trajes son algo viejos, pasados de moda.

Perico se acerca a sus amigos, los cuales, uno por uno alegando disculpas y tonterías le dejan solo.

¿Por qué? Ya te lo figuras, lector. Claro, como no está ya tan bien vestido. ¡¡Por no ir bien vestido!!

Así somos los hombres: por cosa tan sin razón despreciamos a nuestros semejantes, a los mismos que antes apreciábamos.

Perico, entristecido, vuelve a su casa, que es algo así como una portería, en comparación con aquel palacio que antes tenía. Va despacio y cabizbajo; y al pasar delante de una iglesia su corazón entristecido le anima a entrar. Allá en el fondo de la iglesia, delante de un altar de la Sagrada Familia, está el pobre Perico, rezando y consolándose con el ejemplo de aquel Niño Dios tan pobre como él.

¿Qué es lo que aprecia el mundo, se dice: el maniquí bien vestido; desde ahora voy a tratar de valer mucho por dentro; de ser cada día más humilde, más sufrido y trabajador. Ya está visto lo tonto que es el mundo, lo que él aprecia lo más exterior que tiene el hombre. Así lo cumplió y terminó con muchos trabajos y privaciones su carrera de abogado y fué después buscado y consultado.

J. M. B., Congr.

¡Pobre Salustiano!

La señá Juliana era aldeana rica, pero a la vez que rica, era trabajadora. En su comercio de telas siempre tenía que hacer algo, y si no lo tenía, lo buscaba. Puede decirse que no paraba en todo el día.

Pero su marido el tío Salustiano, no era menos trabajador; aunque éste nunca paraba en casa. Su plan para la semana era éste: el lunes y martes iba a Arnedo; el miércoles a Quel, el jueves a Calahorra, y el viernes, sábado y domingo los pasaba con su familia. Siempre vendiendo y siempre caminando con sus dos machos carretera adelante; llevaba consigo las mercancías, como el caracol lleva su casa, y vendía en los mercados de todos los pueblos comarcanos. Era feliz con su trabajo.

Salió una vez a vender, como salía otras muchas. Pero ésta... no todas son de color de rosa, no le salió tan bien la partida. Te contaré lo que le pasó.

Llegó a un pueblo, entró en la posada y se aposentó; cogió a continuación los animales y se dirigió a la plaza. Eran las diez de la mañana. La gente merodeaba los puestos que ya empezaban a colocarse, y poco a poco se iba animando aquello. Nuestro Salustiano se colocó en el lugar que acostumbraba, extendió su mercancía como lo hacía otras veces, y contribuyó a la algarada mercantil con los gritos, voces y reclamos que acostumbran a dar los tenderos en estos mercados. Las corridas y saltos de los chiquillos que olfateaban por todos los sitios; los gritos de las mujeres, a quienes todo parece caro; el paseo de los hombres que, no teniendo nada que hacer, se regalaban con las miradas de los objetos, y con el transitar de todos...; era un mercado...

Las doce y media. La gente del pueblo se retira a comer, y los tenderos, y entre ellos Salustiano, con menos género y más dinero, recogen sus trastos y se cobijan en la casa de todos: en la posada. Satisfecho comía Salustiano. No parecía sino que había hecho una buena venta, y en efecto, así era.

* * *

Había terminado su excursión semanal y por las polvorientas carreteras de Castilla marchaba nuestro buen comerciante canturreando canciones populares, cuando de repente... dos hombres le salen al camino.

—¡Alto!

—¿Qué queréis?

—El dinero que llevas, replicaron.

—No llevo nada casualmente, mintió Salustiano.

—¿Cómo que no llevas, si eres el que más vendes por todos estos alrededores?

—Sí, pero he tenido que pagar algunas cuentas aquí en el pueblo de al lado.

En esto, viendo que no conseguían nada por las buenas, le mandan bajar de su macho y le atan a un olivo de los que por allí abundan. Reiteran éstos su petición y sus amenazas y aquél sus negativas y sus excusas.

Desparraman la carga por el suelo, por ver si allí lo tenía escondido, y no sin que uno de ellos quisiera pincharle con su cuchillo, a lo que se opuso el otro, y, desesperados, le abandonan. Los tenía bien escondidos. El Salustiano, tan movido, hablador e inquieto del mercado, está ahora callado e inmóvil. ¡Pobrecito!

Más muerto que vivo, se desata como puede, arroja las piezas de tela sobre el lomo de sus bestias y se arroja él también, echando la cabeza sobre los brazos y los brazos sobre el cuello de su animal. ¡Pobre Salustiano!

Los machos, que sabían de memoria el camino, de tanto recorrerlo, con paso grave y solemne porque sabían que llevaban un cadáver, atravesando pueblos, ríos, vericuetos y atajos, le llevan a su casa. De figurarse es el cuadro desconsolador que ocurriría a su llegada. Al fin Salustiano, con el cuerpo ennegrecido por la sangre recogida, muere en su casa.

Más tarde se pudo averiguar que aquellos dos malvados eran hijos de la mesonera, donde se había hospedado. Pero buen castigo llevaron. El uno murió días después ahogado y el otro víctima de un terrible tifus.

Es completamente histórico.

Dos consecuencias: primera, que Dios tiene palo; nadie se ríe de El; y segunda, que esta misma firmeza que tuvo el tal comerciante negando a aquellos ladrones, has de tener tú cuando algún compañero malo te tiente. Teme al palo de Dios, y si le temes de veras no temerás a los amigos; aunque procurarás estar lejos de ellos.

J. M. E., Congr.

El que la hace...

El emperador Valente, apenas sentado en el trono, con objeto de favorecer a los arrianos, dió en perseguir a los cristianos y mandó cerrar todos sus templos. Era esto por el tiempo que los bárbaros venidos del Norte, arrojaban contra el maltrecho imperio romano, sus hordas que, a sangre y fuego, iban asolando cuanto encontraban a su paso, y que no pararían hasta derrocar el carcomido coloso.

Acosado por el enemigo, el emperador reunió sus tropas y aprestóse apresuradamente a la defensa.

Caminaba el ejército romano al encuentro de sus enemigos, cuando el ermitaño Isacio, varón de Dios, salió, inspirado por el Divino Espíritu, al paso de Valente; y, encarándose con él, díjole en voz lo suficientemente alta para que pudiesen oírla cuantos le rodeaban:

—Emperador, manda abrir las iglesias de los católicos que tú cerraste, y volverás con victoria; si así no lo haces, morirás.

Ningún caso hizo el emperador del aviso, pues sin duda creyó que Isacio era un mentecato.

Repitió valiente éste el aviso al siguiente día, con el mismo resultado. Al tercer día, Isacio, al saber que el emperador comenzaba a preocuparse, le repitió el aviso; pero éste, aconsejado por sus cortesanos, que eran arrianos, mandó que arrojasen a Isacio a una sima. Sacado ileso de ella por manos de los ángeles, aún tuvo valor el ermitaño para presentarse ante el emperador y amenazarle con la muerte, si no abría las iglesias católicas. El emperador enojado man-

Universidad de Deusto
Biblioteca

do a sus soldados prendiesen al valiente ermitaño.

Continuó la marcha Valente al mando de su ejército, el cual, aunque peleó con denuedo y bravura, fué derrotado por las hordas bárbaras. Valente, en la huida, se ocultó en una choza.

Los enemigos descubrieron su escondite y dieron fuego a la cabaña, muriendo abrasado el desgraciado emperador.

Así se cumplieron las últimas palabras que Isacio había dicho a Valente: Anda, vé, desdichado emperador; y, si tú volvieses de la guerra, ten por cierto que no ha hablado por mi boca Dios. Presentarás batalla al enemigo; mas no pudiendo contrarrestar su ímpetu, flaquearás, huirás y, cayendo en sus manos, morirás por fin abrasado de repentino incendio.

Antes, ahora y siempre de Dios nadie se ríe.

A. M., Congr.

¿Por qué no seré como éste?

¡Ignacio! ¡Qué buen chico era Ignacio! Bástete saber que todos los chicos del Colegio, donde él estaba de interno, se disputaban por ser su amigo. Y, en verdad que lo merecía. Estaban en recreo, y todos iban a consultar con Ignacio; dudaban de algo, el consejo se lo pedían a Ignacio; en fin, que Ignacio se había ganado la voluntad de todos y ninguno de sus amigos tocaba tecla sin pedir parecer al "amigo de todos", que así le llamaban.

—¿Quieres que te diga su secreto? Pues escucha: Ignacio era muy bueno.

Pero me dirás: Tendría ocho o diez años, y, a esa edad...

—Te equivocas; tenía quince, aunque no lo parecía; si no sigue oyéndome; y verás ¡qué rasgo más angelical!

Era ya la hora de acostarse. Todos los colegiales iban a sus camarillas; Ignacio, algo más retrasado que sus compañeros, entró en su aposento.

Minuto tras minuto, pasa una hora.

El Padre que vigila de puntillas, por no despertar a nadie, recorre los aposentos. Llega al de Ignacio y con mucha precaución se asoma. La luz encendida. Ignacio sin desnudarse y de rodillas junto a la cama.

—¿Qué te pasa, querido? ¿Por qué no te acuestas?

—Me falta una cosa.

—¡Una cosa! ¿Por qué no me la has pedido antes?

—Temí molestarle, dice Ignacio.

—Pero dime, ¿qué te falta para no acostarte?

—El escapulario.

—Bien, querido, en un momento te lo traigo.

El Padre, edificado, va a su cuarto, vuelve y se lo entrega.

—Hasta mañana, le dice.

—Si Dios quiere, replica Ignacio.

Nuestro amiguito se mete en la cama, se acomoda y cierra los ojos ¡Qué modestito! A la luz de la luna, cuyos rayos dejaba pasar la ventana entreabierta se veían dos brazos cruzados sobre el pecho.

Llegó la mañana y bajaron todos a su hora a la capilla. Mas Ignacio... no se le veía. Al fin, extrañados por la falta de su amigo, tan puntual siempre, deciden ir a su cuarto. Llaman y nadie responde. Entra y ¡qué dulzura!: los brazos cruzados, la boca entreabierta, y una agradable sonrisa ilumina todo el rostro. Este era el cuerpo; que el alma... el alma había volado al Cielo.

La Santísima Virgen le pagó aquel su tierno amor con llevarle unos años antes al Cielo; Ignacio no era flor de esta tierra y la Divina Jardinera la trasplantó.

Tres cosas debiera llevar consigo el que ama a la Virgen y quiere asegurar su Salvación: el Rosario, Crucifijo y el escapulario.

J. M. E., Congr.

¡Qué tonto he sido!

Era un caluroso y despejado día de estío. Estábamos distrayéndonos en el monte, cuando, después de haber pasado un rato divertido, atravesamos por un lugar algo peligroso. Al pasar vimos con sorpresa que uno de los del grupo, por una imprudencia que cometió para alcanzar un racimo de moras, pisó en falso y cayó sobre unas malezas, y a pesar de haberse herido, se revolvía para llegar a las moras, que estaban un poco más lejos. Naturalmente, cuanto más se revolvía, más se hería. Pero luego quiso salir y se encontró en mala postura; al ver que no se apoyaba en firme, y que iba a caer más abajo, empezó a pedirnos ayuda y nosotros se la prestamos. A costa de grandes esfuerzos conseguimos sacarle de aquel apuro.

Después de salir, él mismo se daba cuenta de lo que había hecho y nos decía de corazón en medio de sus dolores: "¡Qué tonto he sido! ¡Parece mentira que me haya lastimado así para conseguir tan solo unas tristes moras!" Entonces me dije para mí: "¡Qué tontos somos la mayoría de las veces que vamos al cine y a otras diversiones, hiriéndonos el alma por solo encontrar un pequeño placer, perdiendo así la pureza, que es más apreciable que toda diversión.

J. S., Congr.



Núm. 212.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Marzo de 1931

Peces voladores

Estamos en el mar de la India, cruzado hace siglos por nuestro gran apóstol San Francisco de Javier.

Mientras desde la popa de nuestro gigante trasatlántico, me lo figuraba en su frágil galera, ansiando llegar a la India de sus ensueños, y le repetía yo, lleno de emoción y consuelo:

Pide a Dios desde el Cielo,
Apóstol del Japón,
Que nos abrase el celo
Que ardió en tu corazón.

Mientras pensaba en el ansia de padecer por Cristo y en la confianza en Dios, y en oración altísima de nuestro Santo Patrono, vi salir del agua bandadas de pajaritos (a lo menos así lo pensé al principio), que después de volar unos segundos, casi rasando el agua, parecían posarse en ella y desaparecían.

Luego salió uno junto a nuestro barco, largo como de dos palmos y de aletas estrechas, pero tan largas como su cuerpo. Por lo cercano le pude observar bien, y vi que se sumergió con toda naturalidad en el agua.

Otros y otros fueron saliendo del agua, y después de un vuelo a veces tortuoso, de ordinario recto, desaparecían en el líquido elemento. Eran los peces voladores, tan comunes en estos mares.

Supongo que saldrán afuera, para correr más, ya que el aire les ofrece menor resistencia, y tal vez también para desorientar a sus perseguidores, que no pudiendo salir fuera del agua, les pierden de vista, escapando así del peligro de muerte que les amenazaba.

Y no sé por qué asociación de ideas, se me fué el pensamiento a mis queridos congregantes de Bilbao, y pensé que también a ellos les persiguen otros compañeros que los quieren hacer pasto del demonio, por el pecado.

Si no es el mismo demonio, por medio de los malos pensamientos, es el mundo por sus cines, revistas y diversiones peligrosas.

Pero el congregante debe ser como un pez volador, que con los pensamientos sobrenaturales y con las verdades eternas se levanta a un ambiente más elevado, donde deja burlados a sus perseguidores, y con las alas de la devoción a la Virgen y a la Sagrada Comunión, se reviste de fuerza que le hace superior a todos sus enemigos.

N. I., S. J.

Otro Misionero

Vamos a copiar el parrafito de esta carta, algo atrasada, que nos llegó de China. Me ha gustado tanto, que quiero dárosla a saborear:

"Pudimos este año arreglar un pequeño monumento para colocar en él a Nuestro Señor y exponerlo a la adoración de estos neófitos. ¡Qué diferencia, si se consideran estas pobrecitas cortinas que lo componían y los pocos adoradores que lo frecuentaban, con lo lucidos que están los Monumentos por esa tierra y los muchos adoradores que los visitan!

Los niños y niñas de las escuelas velaron por turno durante el día. Entrada la noche, continuaron velando los catequistas y criados, y un servidor se reservó la media noche, de 12 a 4, para hacer compañía a Jesús Sacramentado.

A pesar de esta pobreza, ¡qué consuelo se siente, si se considera que esto sucede en medio de este pueblo infiel e idólatra que nos rodea!; porque así como una flor no se aprecia tanto en plena primavera, por ser tanta la multitud que adornan los jardines y tapizan los campos; así esta misma flor, ¡cuánto no alegraría nuestra vista y nos encantaría, si la viésemos aparecer en medio del helado invierno!; pues esa flor es este nuestro Monumento, tan poco visitado en medio de este mundo infiel. ¡Cuánto nos alegra y ensancha el corazón! Gracias a Jesús Sacramentado, nunca nos falta compañía, ni la puede haber mejor.

J. A., S. J.

Universidad de Deusto
Biblioteca

La caridad

Paseando cierto caballero muy virtuoso por las afueras de una población, encontró junto a un bosque, tendido en el suelo y lleno de sangre, a un desgraciado, que, al parecer, se había quitado la vida. Inclinándose sobre él, vió que aún vivía, e inmediatamente, ayudado por su criado, lo subió en su caballo y lo llevó a su casa. Le prodigó allí toda suerte de cuidados, trajo un médico y consiguió hacerle recobrar el conocimiento. El herido miró a su alrededor con gran estupor, y al ver al caballero, que se hallaba junto a la cama, hizo un gesto de sorpresa y de dolor profundo. Su bienhechor, mirándole sonriente, le reprochó su conducta y le prometió proporcionarle un empleo si se curaba.

Pero la herida que se había hecho el infeliz era grave, y viendo él su fin próximo, dió a entender que quería hablar a solas con el caballero que tan caritativamente se había portado con él. Cuando quedaron solos, después de agradecerle su noble proceder, como quitándose un gran peso de encima, el herido dijo a su bienhechor:

"Si usted supiera quién soy yo, no me trataría de este modo."

El caballero callaba, y el herido, con voz entrecortada, siguió:

"Yo soy el infame que asesinó a su amado padre."

El caballero, reteniendo a duras penas el dolor que le producía aquel recuerdo, respondió:

"Tranquilícese, hermano; eso ya lo sabía yo antes de que usted me lo dijera."

En este hermoso ejemplo veis lo que es la caridad cristiana. Y si supiéramos lo que merecemos cuando perdonamos, y más, cuando hacemos bien al que nos ha hecho mal, ya seríamos de corazón más ancho, a imitación de Cristo.

P. C., Congr.

Ejemplo que avergüenza

Cruda guerra sostenían los ejércitos romanos y cartagineses, y ambos habían logrado hacer multitud de prisioneros. Entre los cautivos romanos que se hallaban en Cartago, uno de los principales era Régulo, noble romano de gran influencia en la urbe romana.

Los cartagineses deseaban obtener de Roma el cambio de los prisioneros; pero, ¿cómo llevarían a cabo las negociaciones, si toda relación amistosa entre dos ciudades rivales se hacía imposible por el odio que las enfrentaba? Mucho debieron discutir los cartagineses sobre el medio que habían de seguir para alcanzar lo deseado, antes de comunicar su plan a Régulo. Este había de ir a su patria en calidad de embajador, para negociar con el Senado romano el cambio de prisioneros.

En efecto, un día, después de que hubieron los cartagineses hecho jurar a Régulo, ante los dioses, que había de volver a Cartago, una vez efectuadas las negociaciones, el valiente militar se alejó del continente africano, en una nave cartaginesa. Libre podía considerarse cuando desembarcó en territorio italiano, pues la única cadena que le unía a su cautiverio era el juramento que había prestado antes de marchar; pero Régulo no se consideraba libre.

Entrado en Roma, su primera visita fué para el Senado, que ya le esperaba, para recibir su embajada, y, ante el asombro de todos los presentes, después de manifestar Régulo el deseo de los cartagineses, añadió que, a juicio suyo, Roma no debía acceder a las pretensiones de los enemigos, para quienes este cambio resultaba ventajoso; y tales razones adujo, que el Senado falló el asunto como él deseaba.

Terminada la embajada, Régulo debía volver a Cartago.

Bien sabía él que el resultado de sus negociaciones había de costarle la vida; pero resistiendo a las súplicas de sus familiares y amigos, y con el corazón partido de dolor, pues no ignoraba que no había de volver a ver a su patria, partió en la nave que le había traído a Italia y regresó a Cartago.

Al enterarse el Senado cartaginés del resultado de las negociaciones y de la parte que en él había tenido Régulo, decretó que fuese martirizado de la manera más cruel que sus verdugos pudiesen inventar.

Esta es la historia de Régulo, historia que a muchos cristianos había de avergonzar, si comparasen su proceder con el del valiente guerrero romano. Él prefiere la muerte a faltar al juramento que había hecho a sus falsos dioses; y nosotros, no ante la muerte, sino ante la menor molestia faltamos una y mil veces al juramento que prestamos en el bautismo a Dios infinitamente poderoso y justo. Nada, por otra parte, habían hecho por Régulo sus dioses; por los cristianos el Suyo se ha hecho hombre y ha muerto muerte de cruz.

Consideraciones son éstas que nos debían animar a sufrir los más atroces tormentos, por nuestro Dios y Padre.

A. M., Congr.

El libro que más sirve

Visitaba a un señor que estaba reponiéndose de una enfermedad, y yo, que soy de pocas palabras, le dejé hablar; a él no le costaba.

Me contó que había estado en América. "Salí, me dijo, siendo joven para hacer un viaje; me llegó la noche y, para mayor desventura, ni luna ni estrellas querían alumbrarme; no encontré en mi camino paraje o posada donde descansar y recogerme; lo único que percibí a mi lado eran amenazadores abismos, que luego se hacían más temibles porque el camino se cortaba, dejándome a la ventura por entre las malezas de la Sierra. ¡Qué pena, qué temores se apoderaron de mi corazón! ¡Con qué afecto y empeño hubiera preguntado, si allí encontrara un amigo, que me indicara el sendero más recto y seguro!

Tanto susto experimenté aquella noche que me descompuse: sentí un dolor agudísimo; si hubiera habido por allí algún médico, hubiera volado a verle. La mañana siguiente me encontré mejor y continué el camino; me encomendé al ángel de la guarda, y llegué a mi destino."

Este tal amigo había sufrido mucho, como hemos visto, y experimentado, y quería que me aprovechase yo de sus reflexiones. "Mira, me dijo, mientras estamos en este mundo, todos somos viajeros; en el camino por que atravesamos este valle de lágrimas hay abismos y peligros; nuestro enemigo, el demonio, nos persigue y atormenta de mil modos, y con sus acometidas hiere a veces nuestra alma hasta ponerla en peligro de muerte eterna. Y nos incita a cometer pecados mortales".

¿No ha de ser conveniente que también nosotros nos preguntemos cuál es el verdadero camino a la eternidad feliz, y qué medios hemos de emplear para no dejarnos engañar de falsos amigos; y, en fin, cuáles son las medicinas que curan las enfermedades de nuestra alma y el médico que pueda devolvernos la salud, perdonándonos los pecados?

Sobre todas estas cuestiones nos da el catecismo sapientísimas y seguras respuestas.

J. M., Congr.

¡Se hundió!

Tenía yo un amigo íntimo. ¡Cuánto nos queríamos! De carácter un poco débil, pero de hermoso corazón, era un buen congregante y no faltaba nunca a la Misa diaria, a la Catequesis ni a las veladas del salón. Pero... pasó el tiempo, su familia se fué de aquí y no volví a verle hasta que nos encontramos en el mismo regimiento cumpliendo el servicio militar.

Era el día de nuestra Patrona, y con noble y cristiano espíritu, había dispuesto el Coronel que se celebrase en el patio del cuartel la Misa de campaña, en la que se daría la Comunión a los soldados.

Bien preparadito iba yo para tan solemne acto, y os aseguro que ofrecía nuestra tropa golpe de vista deslumbrador; sobre todo cuando el sacerdote elevó a Dios... ¡qué momento! los soldados, con la frente inclinada, y las notas marciales y solemnes de la marcha real; hasta el sol extendía sus brillantes rayos, para que viesen a su Criador sobre aquella sencilla ara, ofreciéndose a su eterno Padre por nosotros. ¡Cuánto se ama a Dios en estos momentos! Yo ansiaba recibirle en mi corazón cuando la enérgica voz del Coronel se deja oír: "Los que deseen comulgar, acérquense al altar; los que no quieran hacerlo, pueden apartarse a este otro lado".

Ordenadamente nos fuimos acercando a recibir el Pan de los fuertes, y cuando volvía a mi puesto llevando a Dios en el corazón, no sé cómo se me fueron los ojos al rincón del patio y vi a los pocos soldados que no querían nada con Jesús. Pero lo que me llenó de espanto fué el ver que uno de ellos era "él". ¡Con cuánto dolor pedí al Señor por aquella alma que así le despreciaba...!

Procuré después hablar con él; pues había yo notado que rehuía mi trato; ahora comprendía la causa; con todo, a pesar de su cuidado para evitar encontrarme, le pesqué aquella tarde y charlamos largo rato. Charlé yo, diría mejor, pues él se limitaba a escucharme con fría cortesía, como si todos aquellos recuerdos no irían con él; y le conté mi vida en los tiempos que no nos habíamos visto, tan unida de más jóvenes a nuestra amada Congregación. "¡Con añadirte, le dije, que no he dejado ni un día la Comunión...!". Terminé preguntándole por su propia vida; ¿querréis creerlo? se me quedó mirando muy serio, y con fría indiferencia me dijo: "Hace tiempo que no creo en esas niñerías; son cuentos que inventan para tenernos sujetos".

¡Pobre amigo mío! Cuando pase esa borrascosa edad en la que se creen los jóvenes poco menos que dioses, ya vendrá a mandamiento. Si antes no le aprieta Dios con alguna enfermedad u otra desgracia.

L. M., Congr.

Cómo me enseñó mi abuelo

¡Cuánto me acuerdo todavía de mi abuelo, que, sin ser maestro, sabía enseñarnos, como no sé si lo harán mejor los que lo son; pues se valía de cuentos, que es lo único que entienden y a lo único a que atienden los niños.

No sé por qué, pero de este cuento no me puedo olvidar.

Nos contó de un Rey llamado Arturo, rico y poderoso, que se encaprichó de una perla, la más preciosa de todas las entonces conocidas.

Mandó a su tesorero con varios criados, que diesen con el judío de la perla y, costase lo que costase, la compraran.

Entonces, que no había apenas caminos, tardaron casi doce meses hasta que pudieron dar con la deseada ciudad.

Una tarde, cuando el sol retiraba sus estandartes de oro, para dejar el puesto a los plateados de la luna, divisaron desde lejos la ciudad. Llamaron a sus puertas, y, guiados por un caballero, llegaron a la casa del poseedor de la joya.

El Mayordomo del Rey Arturo le expuso el objeto de su venida; entonces el rico judío se retiró; al poco reapareció trayendo un estuche, labrado con primor, y casi cerrado:

"He aquí, dijo, la piedra preciosa mejor del mundo."

Apenas había luz en la sala; y el Mayordomo, sin fijarse en nada, fiándose de la pre-

Universidad de Deusto
Biblioteca

cosa caja, entregó el oro que pedía el dueño de la joya. Tomó el estuche y emprendió la vuelta a su reino.

El Rey Arturo les esperaba con impaciencia, y por eso se alegró muchísimo cuando les vió venir.

Mandó a un artífice que incrustase la piedra en la diadema que había de ostentar su hija durante los desposorios; pero ¡cuál fué su indignación, al oír de labios del artista que aquello no era perla, que era un cristal!

Exasperado el Rey, manda apresar al Mayordomo y hácele decapitar al instante por haberse dejado engañar tan miserablemente...

—Abuelito—interrumpió aquí Manolo—: fué judío el que vendió la perla falsa por verdadera, ¿no es verdad?

—Bien pudo ser. Pero ¿verdad que fué muy imprudente y necio el Mayordomo que compró la perla sin luz, y sin examinar si le metían gato por liebre?

Pues más mentecatos somos nosotros, cuando no por oro, sino por nuestra alma compramos lo primero que nos dan.

Aquél, dando su tesoro, recibió un vidrio: nosotros, dando el alma, de valor infinito, ¿querremos recibir no un vidrio, ni siquiera un gustillo, sino el remordimiento, la intranquilidad y, por fin, la muerte?

Alerta, que si el judío fué listo, el demonio lo es más, y quiere engañarnos con perlas falsas.

Cuando nos tiente la pasión, miremos a los ojos de María, nuestra Madre, y con la luz que irradian, distinguiremos lo falso de lo verdadero, y no nos dejaremos perder.

C. O., Congr.

¡Cualquiera se fía de palabras!

A Luis XIV, como a todo potentado, no le faltaban cortesanos siempre dispuestos a alabar sus obras. Tuvo una temporada la humorada de querer hacer versos, y a dos nobles que se distinguían en la poesía les suplicó que le enseñaran la manera de componer.

Una mañana se sintió el Rey inspirado, y dedicó un buen rato a componer un madrigal. Apenas lo hubo terminado, recibió al Capitán General, con quien le urgía tratar un asunto, y, aprovechando la ocasión, el Rey, le dijo:

—General, acabo de leer este madrigal; leedlo y decidme si habéis encontrado alguno tan impertinente como éste. Como sabéis que desde hace algún tiempo me gustan los versos, me los traen de toda clase."

El General, después de haberlos leído ligeramente, le dijo al Rey:

—Vuestra Majestad lo ha juzgado, a mi modo de ver, atinadamente. Creo que es el más ridículo madrigal que jamás he leído."

El Rey entonces echó a reir y le dijo:

—¿No es verdad que el que ha hecho esto es bien fatuo?

—No hay modo de darle otro nombre.

—Pues bien, le replicó el Rey, sabed que yo he sido el que lo he hecho.

—Señor, ¡qué engaño! Devuélvamelo Su Majestad, que lo he leído muy ligeramente!

—No, General: los primeros sentimientos son los más naturales.

No fiaros nunca de los juicios del mundo, porque, así como si este Mariscal hubiera sabido desde un principio que los versos eran del Rey, los hubiera juzgado de muy distinta manera; así juzga el mundo: los actos del poderoso son ensalzados y los del humilde, aunque sean muchas veces mejores, vituperados.

L. S. M., Congr.

Un prodigio eucarístico más

La persecución se recrudecía contra la Iglesia Católica, en Polonia Rusa, y muchas eran las iglesias cuya clausura ordenaba de improviso el gobierno. Entre ellas estaba la de Nziedrica, en Lituania.

Fué tal el apuro de los guardias para cumplir su triste misión, que el cura no tuvo tiempo de retirar del tabernáculo el Santísimo Sacramento.

En esta iglesia, en adelante desierta, Nuestro Señor quedó, pues, solo; prisionero en su estrecha morada.

Cuarenta años pasaron, y durante todo este tiempo ni una sola vez se abrieron las puertas de la iglesia. Las intemperies de las estaciones no tardaron en hacer agujeros en el techo, ayudando así el deseo del Gobierno, que era la destrucción de la iglesia.

Pero los fieles no olvidaron nunca que Jesús estaba allí: taparon con paja las hendiduras del techo para impedir que la lluvia cayera sobre el altar.

En fin, pasada la guerra europea, dieron a la Iglesia una sombra de libertad. Algunas iglesias fueron entonces devueltas al culto, y entre otras, ésta de que hablo.

Los gendarmes volvieron a abrir la puerta, cerrada desde hacía unos cuarenta años.

Fué gran día de fiesta para toda la aldea. El clero, seguido de una innumerable multitud de fieles, penetró en la pobre iglesia en ruinas.

Se abrió el tabernáculo para libertar al divino Prisionero de cuarenta años por si acaso ni el tiempo ni la humedad habían hecho desaparecer las santas especies; y así fué por gran milagro de Dios; el sacerdote, habiendo examinado el copón, se encontró con las santas Hostias blancas y frescas como si hubiesen sido consagradas la víspera.

Este evidente prodigio tenía por testigo a todo el pueblo.

F. G., Congr.



Núm. 213.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Abril de 1931

La Jauja soviética

Entre los cuentos que suelen decir a los niños es muy curioso el de Jauja: ..."los puentes son de manteca, los ríos de leche, las casas de chocolate; y, escucha bien, los adoquines de las calles de caramelo." ¡Qué felices, cómo nos relamíamos los labios de gusto pensando en la manteca, la leche, el chocolate y el caramelo!

Hace unos años contaban este cuento en Rusia, mejor dicho, lo vociferaban: "...esos automóviles que ruedan por nuestras calles llevando a los burgueses son vuestros, esos palacios que se alzan en nuestras plazas son vuestros, ese Gobierno tiránico que os acogota es vuestro." Y los obreros inocentes, a quienes prometían los automóviles, los palacios y el poder, aplaudían a rabiar, como nosotros de niños nos relamíamos...

Sonó la revolución.

Los automóviles y el poder no lo tienen los obreros, pero los palacios... los palacios tampoco. Si no, lee.

Dice "Der Kampf" (revista alemana): "Cerca de la estación de Kazausky he visto habitaciones de obreros, donde en un sótano dormían de 10 á 12 hombres, los unos al lado de los otros, sin camas. Excepto una tabla, no había ningún mueble."

Los datos de empadronamiento delatan que en 1926 el 28 por 100 de los obreros industriales y el 43 por 100 de los mineros disponían de menos de tres metros cúbicos por persona; y desde entonces el amontonamiento ha sido mayor.

Dice "Pravda": "Grandes dormitorios llenos, casi sin intervalo entre las camas, sin mesas ni taburetes, no son bastantes para todos. Toda la vida se hace en la cama: allí se duerme o se está sentado con las piernas dobladas. También allí se come la empanada después de haber sacado un pedazo de pan con una sardina de debajo de la almohada. En ella se juega a las cartas, y se remiendan los vestidos." ¡Qué vida de familia!

Toda la Prensa soviética está llena de descripciones y lamentaciones semejantes, confirmadas por los testigos extranjeros.

¡El paraíso ruso!

¿Será pura coincidencia que donde no está Cristo no está la felicidad?

San Pedro, una vez que Jesús les dijo a los Apóstoles que si querían se marchasen, dijo: Señor ¿adónde iremos fuera de Ti? Pues mira, Stalín, Lenín y otros no terminados en ín, como Trosky que no son San Pedro, la han encontrado.

Ruega por Rusia.

P. T., Congr.

Por glotón...

El tío Juan era, según opinión atinadísima de sus convecinos, el tío más bruto de su pueblo. Y la tía Nicolasa, su cara consorte, la más habladora y pendenciera de su barrio, según murmuraban las mujerucas en sus interminables cuchicheos mientras hacían calceta sentadas en rueda, tomando el sol a la entrada de las corraladas. Aunque, si hemos de dar crédito al buen don Nicanor, venerable y santo párroco del lugar, la *señá* Nicolasa tenía una *miaja* más de talento que su Juan.

A éste le gustaba comer mucho y beber más. Frecuentaba a diario las tabernas... para *iluminar* su embotado cerebro con los rayos esplendorosos de "El Sol" y para *escuchar* las cadencias y armonías emotivas de "La Voz". La iglesia no la pisaba nunca porque, como afirmaba nuestro Juan, la sombra le hacía daño, y la garganta algo cascada del señor párroco le ponía los nervios en alta tensión.

Y un día tanto se desmandó en una comilona con sus amigotes de taberna... que le acometió un fiero cólico, que le retorció el cuerpo como un sarmiento ardiendo hecho dolores.

Asustada y afligida la tía Nicolasa, corrió en busca de don Fulgencio, el amable y experimentado médico de aquellos contornos. ¡Que se me muere mi Juan! ¡Pronto, don Fulgencio, vaya su merced a recetarle algún remedio eficaz!

El pacientísimo don Fulgencio, que, con su bondad inagotable, se había conquistado los corazones de todos aquellos sencillos aldeanos, se presentó rápidamente en la habitación en que yacía el infortunado Juan.

—¡Vamos, Juan, ¿qué te ha sucedido; qué es lo que te duele?

—¡Ah! ¡Esto es horrible, don Fulgencio, horrible: tengo dolores espantosos en todo el cuerpo...! ¡Me siento morir!

—¡Venga ese pulso!... A ver, esa lengua...! Toquemos la frente...!

La tía Nicolasa interroga al médico con sus ojos espantados y llenos de lágrimas...

—¡Phs...! No hay que apurarse. ¡Se ve que el hartazgo ha sido fenomenal! Pero... nada, no es cosa de cuidado. Adminístrele usted dos vasos de Agua de Carabaña... y asunto concluido.

El tío Juan abre su pecho a la esperanza...

La tía Nicolasa tiene una misteriosa entrevista con una vecina...

Pasan tres horas... cinco horas..., y el pobre Juan está peor, muchísimo peor; ahora se muere sin remedio. Los dolores le hacen mugir como un toro y rechinar los dientes como una hiena en furia. Suda copiosamente. Un frío glacial se le cuela por todos los poros del cuerpo, y un tembleque espasmódico le bailotea por los cuatro costados de su recio organismo.

La tía Nicolasa, hecha un mar de desolación, vuela de nuevo a casa de don Fulgencio en demanda de auxilio. También se llega a la Parroquia para enterar del triste suceso a don Nicanor, quien precisamente acaba de bajar del púlpito de rezar el Santo Rosario...

Ya están los tres delante del presunto moribundo: don Nicanor con el Ritual de Preces en la mano; don Fulgencio examinando el resultado del termómetro, a la luz de la ventana; y la *señá* Nicolasa... con el alma en un continuado suspiro. Oigamos el diálogo:

D. Fulgencio: ¡Este hombre tiene un calenturón formidable!

D. Nicanor: ¿Peligra tal vez su vida?

Nicolasa: ¡Se me muere, D. Fulgencio, se me muere! El pobrico de mi vida no escapa de esta!

D. Fulgencio: ¡Vamos, que no me lo explico... Pero... ¿ya dirte a Juan los dos vasos de Carabaña?

Nicolasa: No, don Fulgencio, no se los dí; mi vecina, la tía Rita, me dijo que eso de la Carabaña no daba resultado...

D. Fulgencio: ¡Por vida de la tía Rita! Y ¿qué le propinaste a Juan?

Nicolasa: Pues un brebaje que me recetó la tía Rita. Una fritada de guindillas riojanas picantes, salpicadas de ajo con ronchas de pepino crudo, y revueltas en harina de linaza...

Al oír esta sarta de enormidades, don Nicanor y don Fulgencio se llevaron atónitos y espantados las manos a la cabeza, y exclamaron al mismo tiempo: ¡Qué atrocidad! ¡Pronto!... ¡El agua de Carabaña!, gritó el médico, poniendo en su voz un acento de imperioso mandato. ¡Todavía podemos salvarle!

El mismo don Fulgencio le hizo beber al dolorido y quebrantado tío Juan, uno tras otro, los dos vasos del agua salvadora.

Mientras tanto el cariñoso señor Párroco amonestaba dulcemente al tío Juan: ya ves a qué peligros de perder la vida te han llevado tus demasías en el comer y en el beber. Mucho cuidado, hijo mío, pues Dios Nuestro Señor te puede castigar con mano dura si no enderezas tus pasos por el buen camino. Mira: has estado en trance de morir por haber tomado torpemente un brebaje horrible en vez de la medicina que te recomendó el bueno y sabio don Fulgencio. Lo mismo te está sucediendo con las muchas enfermedades de tu alma: que no quieres curarlas con el *único remedio* que Dios nos ha dado: la Confesión. Estás muy alejado de Dios y de sus Mandamientos; y, en cambio, estás muy metidito en las tabernas echando a perder tu vida, y atestando tu cabeza de las malas ideas que a precio baratísimo te venden "EL SOL", "EL LIBERAL", "LA VOZ" y demás papelluchos que comercian con las conciencias de los incautos...

El tío Juan, anegado en llanto y arrepentido de corazón, prometió a su buen Párroco una seria enmienda, y allí mismo hizo una fervorosa y larga confesión de sus pecados.

A los pocos días, en el pueblo no se hablaba de otra cosa: ¡El tío Juan había cumplido con Pascua!

D. R., Congr.

Triste contrato

Vivía Gumizo, de niño, en la oscura aldea que le vió nacer. Sus padres eran los ricos de ella y tenían allí una hermosa casa, la mejor del pueblo, con jardín alrededor. Los demás chicos de la vecindad solían acercarse a los jardines para divertirse y gozar a sus anchas con Gumizo. Ciertamente se divertían, pero era mucho lo que, en medio de todo, tenían que aguantar, para hacerlo.

Gumizo era muy caprichoso y amigo de salir siempre con la suya. Estaban cerca de su casa, y era dueño de los juguetes, y esto le facultaba a su parecer para atropellar los derechos de los demás.

Así pasó los doce primeros años de su vida; al fin de los cuales, sus padres le enviaron a la próxima ciudad, para que estudiara y se hiciera, por de pronto, bachiller.

Allí estaba en casa de unos tíos, y acudía a las clases del Instituto. Gozaba allí también y se divertía; pero en otra forma: la vigilancia que sobre él se ejercía era poca y la burlaba con facilidad. Iba a cuantos cines podía, fumaba, hablaba mal, se las echaba de listo..., pero estudiar... no estudiaba. Y como fruto de su holganza, solía llevar, naturalmente, al pueblo una colección de calabazas. En aquella cabeza tan vacía entraban ideas de todas clases, menos las científicas. Los pocos principios de religión fueron poquito a poco evaporándose. Luego dejó aun la misa de los domingos, hasta perderlo casi todo, incluso la vergüenza.

Le quedaba un fondo de temor de Dios; pero tan servil, que no tenía ninguna consistencia. A lo único que temía era al infierno.

Si yo supiera—se decía—cuándo he de morir, entonces sí que gozaría.

El diablo, que le seguía apretando más y más, le dió por fin un tremendo asalto.

¿Por qué temes?—le dijo—; tres días antes de tu muerte, prometo avisarte; haz libremente cuanto quieras.

Gumizo entonces no se paró en barras. Se dió a toda clase de pecados, y su vida era un perfecto caos, como dejado ya de la mano de Dios.

Pronto se sintió enfermo; creía que la muerte estaba más lejos; pero el demonio le dijo un día: Vengo a cumplir mi palabra. Dentro de tres días morirás.

Contristóse Gumizo sobremanera. Para distraerse de la que él creía pesadilla, mandó llamar a su lado a los amigos.

Vino también un sacerdote y allí se encontraban todos reunidos. De vez en cuando, el sacerdote le hablaba directa o indirectamente, del arrepentimiento; pero a Gumizo le causaban estos puntos un adormecimiento que no le dejaba atender. Apenas cambiaba la conversación a asuntos mundanos, se despejaba como si no estuviese enfermo.

Llegaban para él los últimos momentos, y sin señal alguna de arrepentimiento, iba entrándose por las puertas de la eternidad, a pagar los insensatos goces, que en virtud del contrato con el demonio disfrutó sin temor ninguno.

Murió desesperado, como lastimoso remate del fatal contrato con Satanás, que recibió el alma que se le ofreció en vida.

F. C., Congr.

El gladiador

En la antigua Roma, en tiempo de aquellos sanguinarios Emperadores, había esclavos, a los cuales se les obligaba a luchar en el circo, con un gladio o puñal, contra los leones. A estos esclavos se les llamaba gladiadores.

Pues, bien; cuentan que había un gladiador muy diestro en el manejo de las armas, el cual nunca salía a la arena sin llevar, además de su gladio o puñal, una pequeña redecilla, la cual la llevaba cuidadosamente envuelta en el brazo.

Aparecía el león, y entonces el gladiador, con mucho tiento, desenvolvía la red y se iba acercando al león, el cual, al ver al hombre indefenso, se abalanzab sobre él; mas, como antes de llegar al hombre tenía que pasar por la red, se enredaba en ella y entonces era muerto sin compasión.

Preguntando cierto día el Emperador a aquel hombre por qué no se atrevía a presentarse al león sin más arma que el gladio, le respondió:

"Señor: si yo me presentase ante el león con el gladio descubierto, seguramente el león desconfiaría de mí, y haciéndose fuerte ante el peligro, tendría yo que huir; pero al ver la red, considerándome indefenso y viendo que el obstáculo es muy ligero, se abalanza, se enreda en él y me deja libre en mis movimientos."

Pues, bien; ahora que se acerca el verano me ha parecido bien recordaros esto.

Porque como el demonio es muy listo y sabe muy bien las historias de Roma y otras muchas, nunca se os presenta con un pecado gordo, sino con redecillas de amistades, paseos, fiestas y cosas por el estilo.

Así que mucho ojo, y desconfiando siempre de estas redecillas, seguid el consejo del confesor.

K. T., Congr.

El mejor regalo

Aun de lejos se le conocía a don Julián: su apostura clásica, era la del hombre satisfecho, con las manos atrás, como uno que tiene todos sus asuntos en buena marcha, sus hijos colocados, su casa bien cuidada y a su mujer, doña Rita, con tiempo de sobra para largas tertulias sin salir de su casa.

Acababa doña Rita de comprar la *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, del Padre Vilariño. La tomó don Julián y se puso a curioscarla, haciendo tiempo, esperando que su señora saliera de la visita que no acababa de despedir; ya de pie y con la puerta abierta, prolongan todavía un cuarto de hora la charla.

Pero a don Julián no le molestó nada aquella prolongada visita y despedida, a pesar de haber convenido con doña Rita en ir a ver la comedia de aquella noche, muy ponderada.

Ya me perdonarás, le dice doña Rita a su esposo; me ha entretenido esta vecina contándome su viaje a Sevilla, y casi se nos ha pasado la hora de ir al teatro.

¡Qué teatro!, le replica su marido; estoy aquí entretenidísimo. Me he puesto a leer la *Vida de Nuestro Señor Jesucristo* y te aseguro que no puedo dejarla de las manos. ¡Qué lástima no haberla conocido antes! ¡Qué feliz fué la idea que tuvo el Padre Vilariño al escribirla y tú al comprarla! Hasta que la termine no sosiego. Está como empapada en no sé qué placidez y qué dulzura y, sobre todo, se siente tan viva la verdad relatada en aquellas páginas que ni hace falta tener fe para verse cautivado.

Y es el caso que a don Julián, desde que se puso a leer esta *Vida*, le interesa muy poco el teatro, y menos el estúpido cine. Se ha hecho propagandista de la *Vida de Nuestro Señor Jesucristo* y a todo regalo que quiere hacer le acompaña un ejemplar de tan precioso libro.

¿Por qué no he de hacer yo lo mismo? ¿Hay mayor favor que el hacerle a su amigo más cristiano que conozca y ame más a Cristo?

J. F., Congr.

Universidad de Deusto Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

Ojos sin luz

Disponíame a abandonar aquel delicioso rincón del paseo público, cuando vi venir a cinco algo más que niños con sus carpetas debajo del brazo. Se acercaban por el pequeño laberinto que forman los jardines; y uno de ellos, echando a correr, gritó: "el que llegue el último al banco, la paga." En un dos por tres llegó el primero. Turbado por mi inesperada presencia retrocedió como avergonzado; pero al ver llegar a los demás y tocar sin ningún reparo el banco, para no ser el último, se adelantó y lo tocó también. Cupo la suerte de llegar el último a un gordote, que llegó jadeante y haciendo mil aspavientos, con la cara que parecía un tomate. Otro flaquito sacó de su bolsillo un pañuelo y vendó los ojos de "el gordo", y comenzó el juego. Llovían sobre sus anchas espaldas golpes, palmadas, estirones; y él, con las manos extendidas, procuraba coger al primero que se pusiese a su alcance.

En una de éstas, notó que alguien le tiraba; se volvió rápidamente y se lanzó allá y dió, no con algún compañero, sino con las narices en un árbol, que recibió impasible su cariñoso abrazo, y con él terminó aquel juego y se fueron a sus casas.

Yo también me dirigí hacia la mía con la cabeza llena de esos pensamientos que trae consigo el dulce y grato recuerdo de la niñez.

Sentado después en la butaca, revoloteaban alrededor de mi cabeza mil y mil pensamientos, que, enlazándose unos a otros, como los eslabones de una cadena, me llevaron a varias consideraciones sobre el infantil juego que acababa de presenciar. Uno fué el que prevaleció y se quedó grabado en mi mente de una manera extraña. Los hombres somos como los niños en el juego de la gallinita ciega.

Estamos vendados con una red, hecha de pasiones, que nos pone el diablo en los ojos para que no veamos al que nos pega; recibimos una palmada de honra y echamos la mano para cogerla, y no encontramos sino aire. Nos dan otra de riquezas, y encontramos un zarzal de espinas, cuidados, temores, pleitos, envidias, sobresaltos. Otra de deleite, y ¡cuántos, por desgracia, echan aquí las manos! Y ¿qué encuentran? Deshonra, infamia, enfermedades, celos, ingratitudes y hasta la prematura muerte.

Esto es lo que estamos viendo y algunos experimentando todos los días. ¿Qué hacer? Fuera la venda y mucho cuidado, que no todo lo que reluce es oro; hay que examinar lo que nos prometen las pasiones; no nos encontremos engañados.

C. O., Congr.

Al que no quiere caldo...

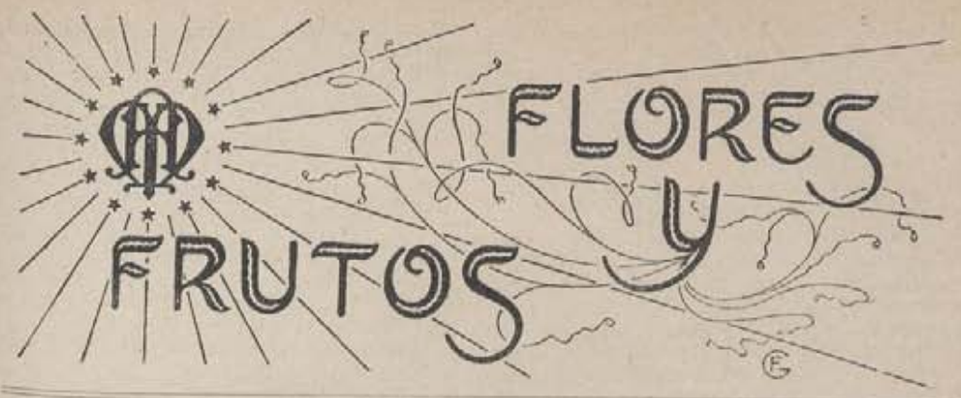
Era el año 1572, cuando España dominaba en Bélgica y Holanda. Los caminos que salían de Lovaina estaban atestados de gente que huía ante las tropas calvinistas de Guillermo de Orange: eran éstas escuadrones de herejes que se ensañaban, sobre todo, en los sacerdotes y religiosos. Ya sabemos por la Historia en qué paró aquella insurrección. Llegó poco después el Duque de Alba con sus Tercios y recuperó cuanto habían conquistado los protestantes.

Pero el susto se lo llevaron todos. Ved un detalle de aquella huida. En una casa religiosa se veía un hombre de unos treinta años que se preparaba a huir cortándose el pelo al rape para que no se conociese la corona de sacerdote. Poco después, vestido de paisano, salía de casa con un compañero. Echaron a andar por la calle y a poco salían al campo por una de las puertas de la ciudad. El primer día resistió el sacerdote bastante bien la caminata; pero al segundo y tercero las piernas no le obedecían. Fué entonces cuando al caer de la tarde, rendido y extenuado, se echó a un lado del camino, a pesar del peligro que corría de ser alcanzado por los herejes. "De morir, morir acostado", debió pensar para sí. De pronto se oye el galopar de caballos que se acercan. No era la caballería del Príncipe de Orange; era uno de esos carruajes que nosotros nunca hemos visto; pero que recuerdan aún nuestros abuelos: era una diligencia cubierta de polvo y rechinando de vieja. El cochero paró al ver a aquellos hombres que parecían heridos. "Es un sacerdote agotado de cansancio", le dijo el compañero. "Que suba; para los sacerdotes nunca falta sitio en mi diligencia", respondió el cochero.

Restalló el látigo y la pesada diligencia arrancó dando tumbos por los baches del camino. Poco después la conversación se animaba en el interior del vehículo. Un labrador honrado decía bajando la voz y señalando con disimulo al mayoral: "Es un católico excelente. Los protestantes se le han atravesado. Antes oía una misa diaria; pero desde que los herejes comenzaron a negarla oye cada día dos y ayuda cuanto puede a los sacerdotes perseguidos."

No se puede negar que es una manera nueva de cumplirse el refrán: "Al que no quiere caldo, taza y media." Es lo mismo que en otra forma nos dicen siempre que hacemos Ejercicios: "Hay que hacer todo lo contrario de lo que nos sugiere el enemigo." Y conste que el cuento no es cuento; es historia: el sacerdote joven y pálido está hoy en los altares y se llama San Roberto Belarmino.

D. B., Congr.



Núm. 214.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Mayo de 1931

Secreto para ser valiente

¿Nos hemos de conformar con hacer todos los años lo mismo? ¿No dicen que el espíritu de nuestro siglo es de progreso? La verdad; si nuestros abuelos resucitasen quedarían asombrados al ver todos los adelantos modernos.

Pues nosotros, congregantes e hijos de la Virgen, hemos de progresar; nos ejercitaremos especialmente este año en la virtud que más nos cueste.

Llevamos ya casi un año hablando en la lectura espiritual de las noches, de la humildad. Y ¿qué cosa mejor os parece que podríamos ofrecer a la Virgen en este mes de las flores?

Cuando el Arcángel San Gabriel se le presenta con aquella embajada tan gloriosa: "Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo", ¿que responde la humilde doncella? "Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra". ¡Oh! respuesta admirable y respuesta poderosa; porque si Dios con otra igual, fiat, hágase, sacó de la nada la luz, los cielos y la tierra; con esta palabra de María Dios se hizo igual a uno de nosotros, y la Virgen quedó desde entonces hecha Madre de Dios. ¿Qué título más grande se le puede dar a una criatura? Y al mismo tiempo, qué humildad en la Virgen: "aquí está la esclava del Señor."

Persuádete; no hay otro camino para llegar a la verdadera grandeza y valentía que éste de la humildad. Ofrécele a la Santísima Virgen ser más respetuoso, más callado, más sufrido: se entiende, cuando no se trate de dar gusto a algún mal compañero, que sea atrevido, como hoy lo son tantos, hasta con sus mismos padres. El humilde confía en Dios, y no hay nadie más valiente que el que desconfía de sí mismo y se fía de Dios apoyado en El, ¿a quién temerás? ¡Cómo puedes temer que te abandone, si tú te reconoces necesitado y pides su ayuda y en El pones toda tu confianza!

G. S., Congr.

Un valiente

Valiente como pocos fué García Moreno, el animoso presidente del Ecuador, el primero que consagró su nación al Deífico Corazón de Jesús, asesinado en odio a la Religión y a la Patria el 6 de agosto de 1875; era devotísimo de Nuestra Señora, cuya medalla y escapulario siempre llevaba consigo. Con el deseo de ser hijo más obligado y afectuoso de la que él llamaba su Madre del Cielo, quiso entrar en la Congregación Mariana que en Quito dirigían los Jesuítas, y pidió ser alistado en el grupo de los obreros, asistiendo regularmente a las Juntas, a las reuniones generales y demás ejercicios, feliz y orgulloso de ostentar la medalla de María en medio de sus queridos jornaleros, orgullosos a su vez de tener en su seno al presidente de la República.

Hallábase un día inspeccionando una sierra mecánica que por orden del Gobierno habían establecido unos trabajadores irlandeses. Examinó la obra y luego les pagó un almuerzo campestre. De sobremesa, interrogó a sus convidados acerca de las costumbres religiosas de su tierra y les preguntó si sabían cánticos en honor de la Santísima Virgen. Los buenos irlandeses se pusieron a cantar con entusiasmo. Decidme, queréis mucho en vuestra tierra a la Virgen María?, preguntó el presidente.—¡Oh!, la queremos con todo nuestro corazón.—Pues bien, hijos míos, pongámonos de rodillas y recemos el rosario para que perseveréis en amar y servir a Dios. Y todos juntos, arrodillados en torno del presidente, con lágrimas en los ojos, rezaron piadosamente el santo rosario.

Durante el mes de mayo asistía todas las tardes a la función del mes de María en la iglesia de la Compañía, y siempre se presentaba con un ramo de frescas flores, que entregaba personalmente al sacristán para su Madre del Cielo, y no contento con ésto, traía con frecuencia una banda militar para que, situada en el atrio del templo, alegrase con sus acordes a los devotos de la Virgen.

Queriendo el célebre botánico P. Luis Lodiro dar el nombre del presidente a una flor todavía

Universidad de Deusto
Biblioteca

ría catalogada, García Moreno se opuso y supuso la catalogara con el nombre de la criatura más hermosa, y así se hizo, llamándose la flor Faxonia Mariae.

J. M. E., Congr.

Otro valiente

Casi todas las noches del invierno de 1522, poco después del toque de oraciones, un hombre desconocido, de traje azul, estaba puesto de hinojos en la parroquia de San Ildefonso de Sevilla, ante el altar de Nuestra Señora del Coral, su Patrona, y oraba con devoción fervorosísima. Las personas que a tales horas acudían a orar en la misma iglesia, se había fijado vivamente en él, llamándoles la atención su tranquila y serena mirada, su noble semblante y sus maneras distinguidas. Aquel hombre desapareció: nadie volvió a verle: y por más que la curiosidad de unos, excitaba con sus preguntas la de los otros acerca de su paradero, nadie supo nada. El hombre aquel era un arcano: un misterio que sólo Dios podía saber.

Al cabo de tres años, una noche, a la misma hora, el hombre desconocido estaba allí otra vez, en traje de penitente, con la cabeza baja y una vela encendida en la mano, cantando alabanzas a la Virgen y depositando flores, conchas y corales ante el altar de Nuestra Señora del Coral. Era el famoso navegante Sebastián Elcano, que en su Nao "Victoria" acababa de dar la vuelta alrededor del mundo el primero de todos, y venía a cumplir la promesa de traer a la poderosa Madre de Dios flores, conchas y corales de todos los países de la tierra, si lo sacaba con bien de sus largas y arriesgadas navegaciones. Las mismas gentes, al reconocerle, llenas del más grande y religioso entusiasmo, le abrazaban y vitoreaban felicitándole por tan grande y portentosa hazaña. Entonces, el intrépido y arrojado navegante, exclamó: "¡Con María nada es imposible! ¡Sin María todo se malogra!"

J. M. E., Congr.

Pobres marinos

Tomamos parte algunos Congregantes en la hermosísima obra del "Apostolado del Mar". No contamos con un gran centro, porque hace poco que se fundó en Bilbao; pero en Erandio pudimos inaugurar uno bastante decente, para recoger a los marinos que pueden desembarcar.

Con los socios, personas ya mayores, visitamos los barcos los viernes y sábados por la tarde; y, después de estar un ratito hablando con los marinos, los llevamos al centro y les obsequiamos con proyecciones de puertos y de Catecismo; les leemos algún artículo de Clavarana, y para terminar, les damos café.

Los domingos vamos a buscarlos y les llevamos a Misa y se inscriben en el Apostolado del Mar.

Da pena ver los cuartos en que duermen. En una cabina bien pequeña hay ocho camas y dos mesas, en donde descansan y comen malamente, y algunas veces ni siquiera pueden dormir, por los golpes de mar que les hacen perder por completo el sueño.

Un viernes, que fuimos a buscarles, estaban comiendo y entablamos conversación con ellos. Al poco rato nos pregunta uno:

—¿Hay curas en el Centro?

—No, pero nosotros les hablamos de Dios, de la Virgen, de la Confesión, etc.

—Bueno, pues conmigo no cuenten: donde se habla de esas cosas, yo no entro.

—Pero, ¿no cree usted en Dios?

—Pero hombre: todavía se puede convencer usted.

—Le digo que no.

Entonces nos volvimos a los demás y les preguntamos si alguno de ellos se disponía a venir y nos contesta el mismo con que habíamos hablado:

—Si nos dieran solo café sin ninguna otra explicación, iría.

—No solo el cuerpo es el que va a comer, hombre.

—Cómo que no.

—Y el alma, ¿para quién la deja usted?

—Qué alma ni que ocho cuartos; mi único descontento es no tener otro plato delante así que acabe este.

—Bueno, señor, si usted se empeña, quédese, que nosotros no le obligamos a venir.

—Ya iré yo, nos dijo uno de los que allí estaban. Yo también, nos dijeron otros.

—Bueno, bueno; hasta mañana a las seis, que les vendremos a buscar.

Salimos de allí directamente a otro barco, comentando lo del marino del plato.

Mientras tanto llegamos a él, les dimos unas cuantas invitaciones a los marinos y les explicamos lo que era el Apostolado del Mar.

Uno de ellos nos dice:

—Yo no sé si Dios existe o no me quiso hacer caso cuando yo estuve necesitado.

—Yo también, nos dijo otro.

—¿Por qué dice usted eso?, le preguntamos nosotros.

—Porque tuve un hijo de 18 años buenísimo, y tan católico, que le teníamos descontento si al entrar en casa no pronunciábamos "Ave María Purísima".

—No, hombre, no; es que se me puso el hijo muy malo y le pedía al Señor que no me lo llevase; no me hizo caso, me lo llevó.

—Pero, si el chico era tan bueno, no sé de qué se queja usted.

—Figúrese usted si sería bueno que una hora antes de morir mandó descolgar todos los cuadros de la casa, y que, juntamente con sus estampas, se los pusiéramos sobre su cama. Poco después moría con todas ellas abrazadas.

—¡Qué mayor gloria que la de tener un hijo gozando de Dios en el Cielo!

—Sí, pero pudo gozar más aquí, y después allí.

Le contamos el caso de aquella madre que le pedía a Dios la vida de su hijo; y, como muriese, desesperada dió la vuelta al cuadro del Cristo que tenía en frente de la cama del hijo, y vió al respaldo a su hijo que subía al cadalso.

El hombre quedó conmovido y prometió ir al Centro no sólo para pasar un buen rato, sino para que le hablásemos de esas cosas.

No os podéis figurar la pena que da ver a esa pobre gente que no se acuerda de Dios: llegan al puerto, y su único afán es la taberna.

Nos escribía el sacerdote del Centro de Barcelona y nos decía que de los barcos suelen salir siempre con la cabeza baja de tristeza; tal es el estado de degradación de la mayoría de los marineros.

C. P., Congr.

¡Vaya un susto!

Sí; todavía experimento un escalofrío casi de muerte, al recordarlo.

Era el atardecer de un calurosísimo domingo de agosto del año pasado. Mi amigo Joaquín y yo, después de haber coronado uno de los montes más altos de la provincia, volvíamos al pueblo de partida.

El día era pesado y bochornoso; de pronto surge un ventarrón de mar, y el cielo se encapota de negros nubarrones. Apretamos el paso... A los pocos minutos un horroroso estampido inaugura toda una sesión de truenos y relámpagos, tras los cuales cae una verdadera manga de agua.

No teniendo dónde guarecernos, caminamos sin cesar, cuando, de repente, nos percatamos ¡cuál no sería nuestro asombro! de que al estrecho puente, por donde habíamos de cruzar el río, la fuerza de las aguas acababan de llevárselo.

¿Qué hacer? El río no era hondo y sabíamos nadar...; pero ¡vaya corriente! ¿Podríamos atravesarlo con fortuna?

¡Es preciso pasar al otro lado—dije—, que no nos mojaremos más de lo que estamos; si hacemos un vigoroso esfuerzo, llegaremos al lado opuesto!

Pero Joaquín, mi amigo, mayor que yo y más experimentado, me miró con cara de extrañeza.

—Chico, me dijo, ¡qué poco entiendes de estas cosas! ¿No sabes lo que ante todo debe hacerse en estas ocasiones?

Yo permanecí mudo. El rápido vibrar de un rayo acrecentó mi temor. —Pues ¿qué hacemos?, le dije.

—Es necesario entrar por aquella parte de la orilla por donde suelen vadear los aldeanos de estas tierras con sus carros de bueyes.

Entonces yo, sin atender a más averiguaciones, repuse precipitadamente: —¡Mira, por aquí por aquí; mira las ruedas marcadas! ¡Por aquí ha debido de entrar algún carro.

—La cuestión no es entrar, repuso mi amigo; la cuestión es salir con fortuna a la orilla opuesta.

Pero yo, atolondradamente, me había adentrado ya en las aguas.

Mi amigo exclamó a todo gritar: —Pero ¡te has vuelto loco! ¡Espera un momento! ¿Has mirado por dónde salir? ¡Mira las huellas de los carros! ¡Atiende por dónde se salvaron!

Pero la misma corriente me impulsaba al centro del cauce. Un golpe de agua me detiene en un punto... y vacilo. ¡María Santísima, sálvame!

—¡Mira por dónde se salvaron...!, resonó en mis oídos. ¡María, sálvame!, balbucí casi inconscientemente...

¿Fué una aparición? ¿Fué imaginación o alucinación? ¿Fué un súbito resplandor, que alumbró aquel terrible espectáculo, aquel pavoroso instante? Creí ver en el punto más próximo de la opuesta orilla un resplandor instantáneo, maravilloso, celestial. Ven a Mí... y te salvarás. ¡Ven, sígueme!; y súbitamente me sentí lleno de serenidad y energía. Hice un esfuerzo supremo... y estaba a salvo.

¡Qué locura aquella la mía! ¡Meterme en tan grande peligro sin atender ni fijarme en el modo de salir de él! ¡Sin considerar antes cómo se salvaron los que anteriormente se vieron en tales peligros!

¡Cuántas veces, desde aquella memorable ocasión, me he repetido en momentos de peligro, sobre todo en peligros espirituales, aquellas palabras, que todos debiéramos grabar a fuego en nuestros corazones: ¡Atiende por dónde se salvaron los que antes que tú estuvieron en ocasión de perecer! A las que yo no puedo menos de unir este otro pensamiento: ¡Atiende, acude a María!, que invocándola no te pierdes y siéndote propicia llegas al puerto de tu salvación.

J. M. A., Congr.

La temible balanza

En una de nuestras crónicas antiguas se alaba, con razón, a San Muño de Hinojosa, como señor piadoso con los buenos y justiciero con los malos.

Cuéntase allí que cierto día se le acercó uno de los colonos de sus tierras, y, con más humos de los que convenía a un vasallo delante de su señor, le dijo:

—Sabed, Don Muño, que os traigo quejas de vuestro mayordomo, porque mientras yo trabajo con todas mis fuerzas en las heredades, él no me da los dineros que necesito para llevar adelante mi familia.

El buen caballero de Hinojosa tenía sus recelos de que aquel labrador fuese ambicioso y pretendiese no sólo mantener bien su casa, sino también enriquecerse para gozar más de lo que sería lícito. Quiso, pues, probarle y le respondió:

—Mira: yo sé que trabajas mucho en mis tierras, y quiero que nada falte ni a tu mujer ni a tus hijos. Ven conmigo y piensa entretanto lo que necesitas para mantenerlos cada semana.

Diciendo así, le condujo a una habitación en la cual había una balanza. En uno de los platillos, de doble fondo, sin que el hombre lo notase, puso Don Muño una pesa de cien libras, y después la ocultó, colocando por delante una pantalla a modo de platillo.

—Ahora—le dijo—, de este montón de pesas que hay en el suelo, pon sobre este platillo levantado el número de libras que te parece necesitas cada semana para tu familia. Yo te aseguro que podrás poner las suficientes sin que el platillo baje. Yo te daré todo ese peso en trigo; pero si, dejándote llevar de la ambición,

Universidad de Deusto
Biblioteca

tenes tanto peso que haga bajar a la balanza como un rayo, entonces recibirás mi castigo.

Nuestro hombre puso con cierto respeto la primera libra; añadió otras... llegó a veinte. Como vió que la balanza seguía inmóvil, de veinte subió a cincuenta... Sus ojos empezaron a brillar.

Don Muño le miraba con tristeza. El colono echó más hierro..., llegó a ochenta; creyó que el otro platillo estaría clavado, pues no se movía; soñó en hacerse rico de pronto; y tomando una pesa enorme de siete arrobas la arrojó sobre todas las demás. ¡Todo se vino abajo con estrépito!, y el señor de Hinojosa llamó a tres criados:

—¡Azotadle—exclamó—, echadle fuera!

Al leer este relato me ocurre comparar estos pesos al juicio de Dios.

El platillo de la misericordia está descubierto porque es manifiesto que nos sufre; el otro de la justicia está oculto; no sabemos hasta cuándo nos va a sufrir.

Pero es lo cierto que Dios tiene ya contada cantidad de gracias y de avisos por parte de El y por la nuestra de pecados; que por eso dijo Dios: "Pondré el juicio como el peso". ¿Cuánto? No lo sabemos. ¡Infeliz para siempre el que llene su medida! Le entregarán a los demonios, que le arrojarán a las tinieblas de fuera. ¡Infeliz para siempre!

M. S., Congr.

Curiosa protesta

En el departamento de una oficina, dos hombres conversan animadamente; el uno es fuerte, alto, de rostro severo, pero se le encuentra al mirarle no sé qué de simpático. El otro es un joven al parecer vivo y parlero.

—Oiga, don Antonio, ¿qué tal sigue su señora, después de la última enfermedad que pasó?

—Está ahora admirablemente; pero, nada, en cuanto se levantó de la cama, cogió el diario, y, como siempre a ver la "Cartelera"; y vuelve la cantinela de todos los días: "Oye, Antonio, hoy vamos a tal cine; fíjate que es sonora y hablada en español"; y ésto hasta que llega la hora de cenar, un día y otro... Para cuando vaya ya me estará esperando; y gracias a que no tengo hijos, porque de lo contrario, viendo tal ejemplo no sé qué sería de ellos.

—Tiene usted razón, don Antonio; precisamente en mi casa, en uno de los pisos, hay una familia, cuya madre no creo deje un día que no vaya a uno o a otro salón y no lleve consigo a toda su numerosa prole; pero, le digo a usted que en aquella casa no reina la paz; todos los días se oyen riñas, jaleos y todo lo que puede haber.

—Yo, en cuanto llegue tranquilamente a casa, la encontraré la mar de peripuesta. El saludo te lo puedes figurar: "Bueno, vamos, que es tarde". Yo me opongo, y ella se pone terca y reniega; y, para decírtelo francamente, me ablando y cedo.

Vamos dice ella, que es en español.

Como si quiere ser en polaco; la voz detrás de la pantalla sale tan gangosa que hiere mis oídos; y al poco tiempo mis ventanas comienzan a cerrarse, como los niños al ron ron de la niñera; y, como mi cabeza no tiene brazos en qué descansar, empieza a moverse de arriba a abajo y de un lado a otro; y ¡claro! mi esposa, que se pone nerviosa, me dice que le pongo en vergüenza, y no falta espectador que se indigna porque le molesto, etc., etc. Cuando no tenga sueño ya sé cómo dormirme; me voy al cine; allí Morfeo me acogerá plácidamente en sus brazos.

Y no creas que por ésto ella se arrepiente; se le borra en seguida la impresión del bochorno que le hice pasar, y a ver la cartelera del cine y a tentarme de nuevo.

—Sí, usted es así; pero y los que no se duermen y van por no disgustar a su amiguito y se dejan allí llevar de la curiosidad y siguen el argumento, ¿no te parece que abrirán los ojos y por ellos entrará en su alma aquellos argumentos empapados en vicios y llegarán así a discurrir y sentir como degenerados?

—¡Evidente!

E. A., Congr.



Núm. 215.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Junio de 1931

Curioso llamamiento

Son las doce de una noche primaveral tachonada de estrellas. El teatro había estado concurridísimo. Todos salen empujándose con una alegría puramente exterior, con esa expresión del que se halla satisfecho después de haber condescendido con su gusto.

Sólo un joven de regular estatura y buena presencia salía mohíno y asqueado. Caminaba como quien piensa cosas tristes y sentóse en uno de los bancos esparcidos como al acaso en los paseos de la ciudad. Se inclinó apoyando sus codos sobre sus rodillas y entre sus manos ocultó el rostro mientras seguía pensando en aquello que le sumergía en un pozo de zozobras, de temores, de tristezas.

De cuando en cuando sólo el paso de la brisa por las ramas de las acacias turbaba suavemente el recogimiento de aquella noche.

El alma del joven luchaba contra una voz interior, contra un sentimiento íntimo que desde pequeño le había impulsado a entrar en religión.

El mundo no sabe dar al espíritu más que frutos podridos, se decía; no me extraña que tantos jóvenes pierdan la flor más preciosa que yo tanto estimo: la pureza. ¡Bien claro lo he visto esta noche en ese... drama...! ¡Oh, Jesús, Jesús...! ¿Qué me diría mi madre, que me enseñó a amarte?... Yo te seguiría, buen Maestro...; pero ¿quién sabe si todo es una ilusión...? Calló; sus ojos quedaron fijos en la quietud del cielo estrellado y se le escapó un suspiro del pecho, y añadió: ¡Si supiera que mi vocación es cierta!

La campana de la Cartuja llamaba con apacible son a los frailes invitándoles a alabar a Dios. Sus ecos, en la noche, traspasaban más fácilmente montículos, prados y bosques y llegaban envueltos en una calma inefable a los oídos del angustiado Jorge. De pronto se levanta, y casi sin darse cuenta, dirige sus pasos lentamente a la Cartuja, mientras parece estar absorto y atendiendo tan sólo a los débiles ecos de aquella armoniosa campanita, que le parecía repetir: ven... ven... ven... ven... Atravesó el bosque, subió el repecho... y se encontró en Miraflores. Iba a llamar; mas de nuevo contrarios pensamientos le asaltaron y quiso volverse. Un gran temblor estremeció su cuerpo. El silencio más completo volvió a reinar, turbado a veces por el silbido del viento ocasionado al rozar con los muros del monasterio, mientras Jorge sostenía el último combate en su alma. Al fin, venció. Llamó a la puerta... Al cabo de un rato largo, un fraile abrió la portada del monasterio.

—Padre—decía poco después Jorge al Padre Prior—, el mundo es un infame y da a beber en copas de oro el veneno de los malos deseos, con que muchos jóvenes sucumben. Lo acabo de ver en el teatro. De hoy más yo serviré al Señor en este claustro y le pediré que salve a esas almas pobrecitas que sucumben cada día... y pediré por las que, sordas a sus voces, no le quieren obedecer.

S. M., Congr.

Un héroe párvulo

¿Sabes el martirio de los jovencitos de Uganda? Pues te voy a contar el de uno de ellos. Era éste un niño de unos diez años, hijo de Maukkajjanda, primer verdugo del rey Mwanga. Los misioneros, que eran los heroicos Padres Blancos, hicieron un número considerable de neófitos a costa de penalidades inauditas. Pero el año 1882, tuvieron que alejarse de la misión por la cruda persecución que contra ellos y sus cristianos levantó el Rey Mwtesa.

Afortunadamente para la causa del gran Rey Jesucristo, murió el rey negro; y su hijo Mwanga, que le sucedió en el trono, y había querido antes hacerse cristiano, mandó llamar de nuevo a los Padres Blanco.

Comenzó a reflorecer la misión, pero Mwanga cambió de sentimientos y movió de nuevo una cruda persecución. Poco a poco se iban sucediendo los martirios.

Un día era llevado a la hoguera un grupo de cristianos: entre ellos estaba el niño de que te

Universidad de Deusto
Biblioteca

table. Al verle su padre, el verdugo Mankkajanda, le dice con voz conmovida. —¿Eres cristiano?

—Sí, padre mío.

—¡Oh...! ¡Oh!... Vete a casa; simula al menos apostasía; no obligues a tu padre a matarte.

—No, soy cristiano y Jesús me ha fortalecido con su Sagrado Cuerpo: no tengo miedo a nada.

Colérico su padre, le agarra de un brazo y le dice: —Apostata; vete a casa; obedece.

—No, padre, hazte tú cristiano.

—¿Estás loco? Te he dicho que apostates o sabrás quién es tu padre.

—No puedo obedecerte: mi Dios me manda obedecer a mis padres, mas sólo en lo que no haya ofensa suya.

—Pues te haré renegar por fuerza.

Dicho y hecho. Su padre, dejando en la hoguera a las demás víctimas, ensañó toda su ira y maldad en su hijo.

Mas de los labios del niño, sólo salían estas palabras: "Jesús, muero por Ti; en pago salva a mi padre; sufro mucho por Ti, recíbeme pronto"...

Y entre los más acerbos dolores, expiró.

Amaba a sus padres; pero más amó a Dios.

S. M., Congr.

¡Juanín cobarde!

El P. Lemóniz volvía de predicar. Una lluvia pertinaz empezó a caer, y él apretó el paso. ¡Llego al convento como una sopa!, se decía, y ofrecía aquellas molestias por la conversión de los pecadores.

Felizmente, a la primera revuelta del camino vió un carromato, y bendijo a Dios que le deparaba aquel magnífico auto para no mojarse. Pero... ah! ¡Si es Juanín! Y, ¡quién le pide un favor! Tiene fama de blasfemo; hace más de veinte años que no se confiesa, huye de las sotanas como el diablo de la Cruz.

El P. Lemóniz apretó más el paso, y ya dejaba atrás al carromato, cuando la voz de Juanín le detuvo: aquel corazón duro se sintió conmovido.

—Monte en mi carro, Padre, que la lluvia le va a calar hasta los huesos.

No tuvo que repetir la invitación... El Padre Lemóniz tiene ganas de coger a Juanín a solas. El primero en hablar fué el carretero:

—A mí siempre me ha gustado hacer un favor. Porque..., mire usted, yo soy bueno. Tengo fama de malo. El cura de mi pueblo siempre está con que no voy a Misa...

El Padre le atajó bruscamente: —Y tú no vas a Misa... ¡y haces bien: porque no te obliga!

Juanín se echó para atrás sorprendido.

—Vamos a ver, insistió el Padre: ¿a que si no vas es porque no puedes?...

—Pues claro. Lo que le digo yo al cura: está uno siempre ocupado con los chicos..., con las mulas..., con el carro...

—Pero, a lo mejor te pasas media horita el domingo en la taberna...

—¡Cuerno, media hora nada más!..., y también dos.

El Padre soltó una sonora carcajada, y le dijo: —Pues mira, Juan, desde ahora tienes grave obligación de oír Misa los días de precepto. Quitas media hora de las dos que estás en la taberna; cumples con Dios... y todavía te queda hora y media para estar con los amigos.

—Apuesto, dijo Juanín, a que es usted el Padre más listo del Convento!

Es fama que Juanín comenzó desde entonces a ser fiel a Dios, porque quiso: y... ¡¡querer es poder!!

Cada uno puede preguntarse a sí mismo:

¿Oigo Misa todos los días? ¿Asisto con puntualidad a los actos de la Congregación? ¿Tengo para no hacerlo las mismas excusas que Juanín?

¡Es de cobardes disfrazar un *no quiero*, con un tímido *no puedo!*

G. S. C., Congr.

De mi pasado veraneo

Descansaba de las fatigas escolares con mi familia en un pueblo de la costa. Los días transcurrían más veloces de lo que queríamos y se acercaba el fin de tan anhelado veraneo.

Para despedida de tan alegres días dispusimos hacer una pequeña excursión en barca.

Trazamos, pues, el itinerario, pensando comer en Lezo, visitar su famoso Santuario y volver tranquilamente por la tarde a casa.

Llegó el tan suspirado día; después de oír Misa, comulgar y escuchar consejitos de nuestras respectivas madres, bajamos los tres amigos al puerto.

—¡Qué día más estupendo!, decía Andrés.

—Pero consultemos antes de salir; no nos dejemos guiar por las apariencias, que yo no quiero llevarme ningún susto, repuso Joaquín.

Preguntamos por el tiempo a un marino viejo y seguimos su parecer.

El buen hombre, a pesar de ver el horizonte tan despejado y estar la brisa tan sosegada y agradable, no las tenía todas consigo, y después de mirar en todas direcciones, haciendo mil visages con la cara, dijo: Pa mí, que lo mejor sería quedarse en tierra, pues me temo que esta tarde ponga el cielo cara fea.

—Ya, ya—exclamó Blas, que estaba sentado junto a su amigo, el marino, y había sido cochero y después portero de casa principal. Tú siempre lo mismo: parece mentira que con un día tan claro y un sol que abrasa, tengas miedo. No teman ustedes, añadió; éste tiene más miedo al agua que yo mismo, eso que en mi vida me he visto en ella. Salgan sin miedo y que disfruten mucho.

Nosotros, que no deseábamos oír otra cosa, nos metimos en la lancha y cantando riendo y jugando, salimos del puerto, y sin separarnos mucho de la costa, llegamos felizmente a Lezo; hicimos una visita al Santo Cristo; y, después de comer, vuelta a casa.

Como teníamos toda la tarde libre, nos internamos mar adentro, pasando amenamente el tiempo.

Pronto el viento comenzó a silvar sobre nuestras cabezas y a remover el agua; temimos y dirigimos la proa al puerto, pero la barca iba más despacio de lo que quisiéramos, y la tormenta se nos acercaba a pasos mayores.

Aumentaban el viento y las olas; poco costó a una de ellas, dada nuestra escasa pericia en el manejo del timón, dar vuelta a la barca y nos encontramos, naturalmente, sin más apoyo que el agua. Nos encomendamos a la Santísima Virgen, y no nos faltó su ayuda; pues una barca de pescadores, que venía huyendo de la tormenta, nos recogió y nos llevó hasta el puerto, empapados hasta los huesos y escarmentados para no seguir en adelante el consejo de ningún ignorante en cosas del mar.

Llegamos a casa, y, mientras mi madre con el susto y cariño que es de suponer, me preparaba otros vestidos, reflexioné sobre las muchas veces que nos dejamos engañar tontamente: un compañero que, ni ha pensado nunca en lo que vale nuestra alma, nos dice que vayamos al cine, al teatro, a tal sitio, que leamos esta o aquella novela, que no tienen nada de malo..., y nosotros nos dejamos engañar exponiéndonos a graves naufragios entre las hojas de las novelas y las figuras de la pantalla, etc. ¡Cuánto mejor en esos casos atender y seguir el parecer y consejo del marino viejo, del padre espiritual, que sabe y ve que tras una aparente bonanza se oculta la tempesta que preparan las pasiones.

C. O., Congr.

Sin farol

"Pronto nos veremos", dijo Miguel con los ojos inyectados en sangre.

"Cuando quieras", le respondió éste con sonrisa burlona.

Esto sucedía en el pueblo donde veraneo. Miguel y Pedro eran dos labradores que se habían jurado odio a muerte. La causa de la maldita enemistad, eran unas tierras a orillas del río; ninguno de ellos se hubiera hecho rico con poseerlas.

¡A estas horas a la taberna, Pedro!, le decía aquella noche su mujer María, al verle salir bien entrada la noche; ¿no ves que el río va crecido y es peligroso pasar por el puente de madera en la oscuridad de la noche? Lleva siquiera este farol.

—No lo necesito; y lo apagó de un soplo.

—¿Y si te encuentras con...?

—Para éso tengo mis puños...

La puerta rechinó tras Pedro, que salía por el zaguán. Al otro lado del río estaba la mayor parte de las casas del pueblo. Quiso acortar y tiró hacia la derecha; allí estaba el mal puente de madera que preocupaba a su mujer. El mismo lo había hecho, y creía que era capaz de pasarlo dormido.

María quedó con el oído pegado a la rendija de la puerta de la casa. No sabía por qué; pero quedaba intranquila. De pronto se oye un grito apagado; más tarde un ruido sordo, como de un fardo que cae al agua; después unos pasos que se alejan; después... nada. Miguel y Pedro se había encontrado más pronto de lo que pensaba éste último. Un empujón a favor de las tinieblas y Pedro cayó al río, con tan mala suerte que se dió un golpe en la cabeza y quedó sin sentido. Cuando pudieron sacarle, estaba ahogado.

Al saber este hecho me acordé de tantos hombres y jóvenes que no quieren oír las reflexiones de otros; ellos lo saben todo; no se quieren valer de la ayuda y de la luz que les ofrecen y así les luce el pelo.

D. B., Congr.

Un Cajero

Una mañana, antes de abrir el Banco al público, el director llamó a su despacho a don José y le preguntó:

—Don José, ¿usted podría llevar la Caja?

—Sí, señor.

—Muy bien. Me acaban de telefonear que a don Pablo, el cajero, le ha ocurrido un accidente que le impide venir hoy; como usted es el empleado más antiguo he pensado encargarlo provisionalmente de la Caja.

—Estoy a sus órdenes, señor, sabré corresponder al honor que me hace.

—Ahora mismo, tome las llaves de la Caja; sírvase pasar arqueo antes de abrir la ventanilla; al cobrar y al pagar no se olvide de anotar todas las partidas.

Don José, orgulloso de la confianza que merecía a sus superiores, hizo lo ordenado por el director y como si en toda su vida no hubiera hecho otra cosa, despachó a los que estaban aguardando.

A la hora de hacer el balance diario, salieron las cuentas exactas.

La ausencia del cajero en propiedad se prolongaba y don José seguía en su cargo; pero al final del tercer día, al hacer el cotidiano balance, notó una grave equivocación. Ese día fué de muchísimas operaciones; había movilizado miles de miles de pesetas; cobrando y pagando letras, cheques, talones y facturas; y sobraban diez mil pesetas.

Don José, camino de su casa, iba pensando: ¿Si me habré descuidado de apuntar alguna partida? ¿Si las habré dado de menos a alguien que ha venido a cobrar? Quizás serían reclamadas al día siguiente, y si no...

Llegó por fin la hora de cerrar y nadie reclamó nada.

Cogió diez billetes de mil pesetas y se los metió en el bolsillo; ¡jamás había poseído suma de tanta importancia.

Se dirigió a su casa, nada dijo a su mujer, esperaría el día de Pascua.

Al día siguiente, a la hora de costumbre, se encaminó muy pensativo a su trabajo. Al pasar frente al portal de una iglesia le sacó de su abstracción una voz infantil que decía:

—Una limosna por el amor de Dios.

Volvió la vista y contempló un hermoso niño,

Universidad de Deusto
Biblioteca

casi desnudo, como de unos siete años; sacó una moneda y se la dió.

—Dios le pague la caridad.

Don José, continuó su camino; al doblar la esquina sintió que le tocaban; volvióse y al ver al mismo niño, exclamó incomodado:

¿Otra vez?

—Perdone, caballero, contestó con humildad el niño; usted me ha dado una pieza de dos pesetas por una de diez céntimos.

Don José iba a recibirla y cambiarla por la de cobre, mas mudando de parecer, dijo:

—Sí, niño, lo sé. Puedes quedarte con ella.

—Gracias, rogaré al Niño Jesús por usted.

Aquel rasgo de honradez del infante abandonado y pordiosero le mostró el camino del deber. Apresuró el paso y al llegar al Banco entregó al Director las diez mil pesetas.

—Don José, es usted el hombre que me hacía falta. Esa cantidad la puse yo para probar su honradez. Desde ahora queda usted nombrado cajero en propiedad. Desde hoy cobrará el doble sueldo.

Aquel día, terminada su tarea, se encaminó a su casa muy contento.

En la calle buscó al niño pordiosero para recompensarle por el ejemplo dado. El niño había desaparecido; penetró en el templo con la esperanza de encontrarlo, tampoco estaba.

Pero allá, en el fondo, elevándose sobre las gradas del altar, la imagen del Niño Jesús hermoso como un querubín, parecía decir, como el niño pordiosero:

—Yo ruego por ti...

Don José cayó de rodillas y murmuró:

—Gracias, Señor, por haberme señalado el camino del deber.

R. S., Congr.

Otro Cajero

Girard, el millonario incrédulo de Filadelfia, ordenó a sus dependientes que trabajaran el domingo.

—Señor, yo no puedo, dijo un jovencito.

—Muchacho, ¿conoces nuestros reglamentos?

—Sí, los conozco y sé que he de mantener a mi madre; mas no puedo trabajar los domingos.

Tres semanas quedó el joven sin trabajo.

Un banquero pidió a Girard un hombre de confianza, y el millonario señaló al joven despachado.

—No lo habéis licenciado?

—Sí, porque no quiso trabajar un domingo. Mas un joven de tal conciencia es el único que puede ser cajero de confianza.

R. S., Congr.

Después de una excursión

Volvíamos al pueblo, donde pasamos el último verano, cuatro amigos, sudorosos y agitados de una excursión en bicicleta. Las dejamos apoyadas la una con la otra para que no cayesen y nos sentamos junto al río a usar del reposo, que bien ganado lo teníamos. La corriente era impetuosa; el agua alguna vez saliendo de su cauce, avanzó hacia nosotros y nos hizo retirar más y más. Arrastraba piedras, ramas de árboles y maderas desgajadas. Lo contemplamos y marchamos a dejar las bicicletas.

¡Qué pocas veces se ve llorar a un hombre! Suelen decir que eso es de niños y de mujeres. Seis u ocho hombres fuertes, con los brazos desnudos y las manos rudas y callosas, ocultaban con ellas su cabeza. Y de vez en cuando, destapándola, hablaban y decían:

—Siquiera, yo, he tenido suerte. Precisamente el otro día fuí "a sardinas", a la altura de Ondárroa, y allí me deje la barca y me vine en el auto del panadero.

—Tú, sí—añadía otro—, pero, ¿nosotros?

Y decía un tercero: —Haberlas amarrado bien y no os las hubiera llevado la corriente.

—Claro, claro, pero, ¿quién lo iba a decir?, si está siempre el río tan tranquilo.

Pero lo que más pena me dió fué uno que dijo:

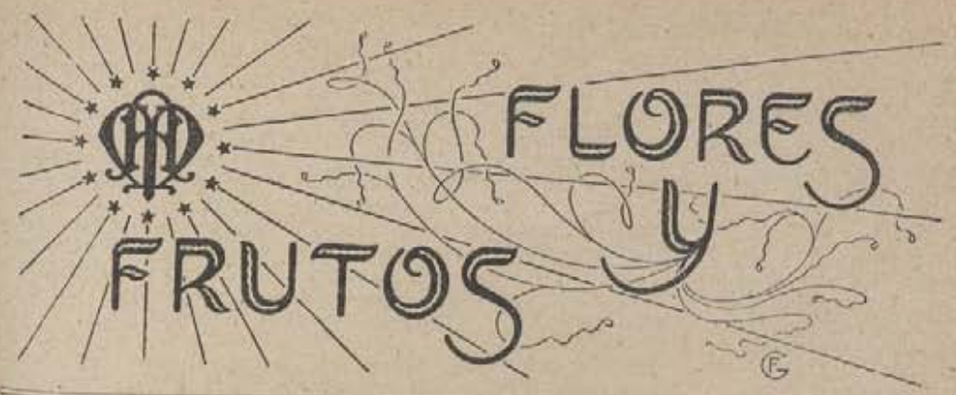
—Vosotros, menos mal; yo llena tenía la lancha de chicotes; allí abajo está aún anegada de agua y hecha astillas. ¡Que se la lleve el diablo! ¡Pobre Lucas!, exclamaba para sí mismo, pues Lucas se llamaba.

Si la barca de Lucas hubiera estado bien amarrada no se la hubiera llevado la corriente del río.

El mundo es un río de corriente impetuosa; si no nos agarramos bien, fácilmente nos hundiremos.

¿Sabes cuáles son los mejores agarraderos? La comunión diaria, la devoción a la Santísima Virgen y el sacrificio.

P. T., Congr.



Núm. 216.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Julio de 1931

¡¡Qué lástima!!

Era un día espléndido. Hacia las dos de una tarde de Agosto, calurosa y sofocante, como todas las tardes africanas, el Padre que regentaba la misión, tomó su breviario y se encaminó hacia las afueras de la ciudad.

Atravesó los suburbios, y por los arenales del Nilo, salpicados de oasis, llegó al pequeño poblado negro. Junto a la iglesia diminuta, construída de nipas y hojarasca, le aguardaban ya unos veinte negritos. Verle y echar a correr todo fué uno.

Los pequeñines le besan las manos con efusión. El Padre los bendice uno por uno y los introduce en la iglesia. Rezan un "Ave María" y se disponen a tomar asiento en los pobres banquillos de madera. Van a dar su lección de catecismo al Blanco (como ellos con cariño le llaman).

Pero uno de ellos, Liara un negrito de ojos vivos y cutis reluciente, pero de alma blanca y pura como la nieve, se adelanta hacia el Padre y le dice al oído:

—¿Sabes, Blanco, que falta Niko? Hoy no le hemos visto en toda la mañana.

—¿De veras, Liara?

—De veras, Blanco; no ha venido al catecismo.

—Bien; le esperaremos un rato.

Y en tanto que llega Niko, entretiene él a los niños, refiriéndoles hechos evangélicos. Al poco entra Niko. Pero no viene solo. Le acompaña otro muchacho. Es una conquista para el Misionero.

—Buenos días, Blanco, le dice, mira lo que te traigo, y al mismo tiempo señalaba a su acompañante. Es un amiguito mío que quiere ser cristiano. Hace muchos años, casi desde que nació, está al servicio de un brujo muy malo, que le maltrata mucho... Mas para que le puedas bautizar es preciso que antes le compres. Es condición indispensable...

Al oír esta última frase, el Misionero, entristecido, se lleva las manos al pecho; palpa los bolsillos y... ¡oh desdicha!, los halla vacíos: ni un céntimo. No puede comprarle. Dos lágrimas amarguísimas ruedan por sus mejillas. Dios mío, exclama, una ovejuela menos para tu rebaño, ¡qué dolor!, y tener que dejarle que se vaya; que se descarríe; que se pierda tal vez...

Los europeos sus paisanos, casi le olvidaron hace tiempo; se acuerdan poco de él; le envían muy escasas limosnas.

Al contemplar, amado congregante, estas pobres líneas, reflejo de una triste realidad, ¿no se conmoverá tu corazón y ahorrarás lo que malgastas en chucherías, para hacer una limosnita por las Misiones?

J. L., Congr.

La blasfemia

Era una tarde del mes de mayo. Por la calle Mayor de Toledo y en dirección a la Plaza Mayor subía un carro cargado de yeso y arrastrado por dos mulas y un borriquillo. El peso de dicho carro debía ser enorme, a juzgar por los esfuerzos que las caballerías hacían. Al llegar a la esquina de la calle Imperial el carro se detuvo como si le hubieran clavado en el suelo.

Era una pendiente muy violenta la que tenía que salvar y las mulas y el borriquillo no eran tan poderosos que lograran arrancar de aquel sitio la mole inmensa de sacos que el vehículo contenía. El carretero, hombre que por su musculatura parecía un Hércules, empezó a increpar al ganado, acompañando a las palabras poco cultas, sendos latigazos. El carro inmóvil, hacía crecer por grados la desesperación del carretero. Nuevas increpaciones y nueva lluvia de palos sobre los infelices animales. El borriquillo hacía enormes esfuerzos por subir la cuesta y parecía que su vientre iba a estallar en mil pedazos. ¡Tal era su fatiga y su cansancio!

¡Qué compasión! ¡Pobre animal!, decían unas mujeres que pasaban por allí. ¿No le dará lástima a ese hombre sin corazón? Entre tanto se había formado un grupo imponente de curiosos, interesados en ver la solución de aquel repugnante espectáculo. Los tres animales anhe-

Universidad de Deusto
Biblioteca

latía, se estremecían con los malos tratamientos del carretero. Nuevos esfuerzos por parte de aquéllos y nuevos castigos por parte de éste. De repente se oyeron dos horrendas blasfemias y un golpe terrible descargado sobre la cerviz del débil borriquillo, que vaciló y cayó desplomado. La indignación del público no tenía límites. "¡Que baile! ¡Que baile!", decían unos chiquillos. ¡Que enganchen al carretero en el carro!, decían otros. ¡Ave María Purísima! ¡Qué mala lengua tiene ese tío! ¡Aún debía de haber Inquisición para estos bribones y blasfemos!, exclamó un caballero de edad avanzada.

Estos y análogos improperios se lanzaban contra aquel sacrílego desventurado que profanaba el santo nombre de Dios con escandaloso cinismo; pero como "de Dios nadie se ríe", al día siguiente aquel sacrílego carretero moría aplastado por su propio carro.

L. M. E., Congr.

Las máquinas paradas

He aquí una historia completamente auténtica, y que me fué contada por uno de los mismos protagonistas.

El hecho tuvo lugar hace dos años, en una de las más ricas y florecientes ciudades españolas. Es el protagonista un señor de unos 65 años de edad, muy bien acomodado, que vivía en un hermoso chalet en compañía de sus dos únicos hijos. Su esposa murió a los pocos años de casados, dejando la casa sumida en la más profunda tristeza sólo interrumpida de vez en cuando por los juegos y diversiones infantiles de los dos niños, que, como tales, no se daban cuenta de su desgracia. Nuestro héroe quiso satisfacer todos los deseos expresados por su mujer, y era el principal entre ellos la educación de sus hijos, que hizo promesa en momentos muy angustiosos para él, dejando así tranquila a la que pocas horas después era juzgada por el Señor.

Veamos cómo cumplió lo prometido. Pasaron los primeros años del colegio, estudiando juntos los dos hermanos, pues no llegaba a dos años la diferencia de edad que se llevaban. Juntos hicieron también el ingreso en el Instituto y juntos cursaron, año tras año, todos los que comprende el Bachillerato siendo ambos jóvenes modelos de aplicación y de virtud.

Su padre, no olvidando aquella promesa, no escatimó ni un sólo céntimo en la educación de sus hijos. Fueron enviados al extranjero, donde el primero cursó la carrera de ingeniero químico y el otro se dió a los estudios y trabajos financieros que le permitirían, con el tiempo, llegar a ser banquero de gran fama. Así, al mismo tiempo que estudiaban la carrera, dominaban perfectamente dos lenguas extrañas además de la natal.

Grande, muy grande, era el consuelo que experimentaba aquel padre, cuyos hijos terminarían muy pronto la carrera y podrían empezar a ganarse la vida con su trabajo. Pero todas las alegrías terrenas, por puras y buenas que sean, son pasajeras... Un día el anciano padre se hallaba gravemente enfermo: todo era tristeza en aquella casa: los criados, participantes en cuanto podían del dolor de su señor, estaban apenados; no hablaban más que lo necesario. Las incesantes visitas, primero del médico de casa y luego de los más famosos de toda la ciudad llenaban de misterios la casa. Después de las numerosas visitas al enfermo, su única respuesta a las preguntas de los que impacientes aguardaban en el pasillo era un movimiento de cabeza de muy mal augurio.

Una mañanita, a ruegos suyos, fué fortificado con el Santo Viático, y aquel mismo día llegaron del extranjero sus hijos, que emprendieron el viaje en cuanto las lacónicas líneas del telegrama les anunciaron la gravedad. Los abrazó con cariño y entre lágrimas les confesó claramente que iba a morir, y pues ya había arreglado su conciencia, no quería dejar desarregladas las cosas terrenas para que no fuesen objeto de disgustos y confusiones. Mandó llamar al notario, mas como tardaba bastante en venir, incorporándose en la cama cuanto se lo permitían sus fuerzas, y con voz entrecortada, dijo:

—Hijos míos, ya sabéis que me muero; voy a hacer compañía a vuestra madre, que se fué hace veinte años, pero muero satisfecho porque he vivido cristianamente y además porque os veo hechos dos hombres perfectos cumpliendo mi palabra de "educar bien a mis hijos". Y dirigiendo la mirada al ingeniero, le dijo: ¿qué dirías tú de una máquina montada con todos los adelantos del progreso humano, con todas sus ruedas y engranajes completamente engrasados, que con un esfuerzo insignificante se pudiera poner en movimiento y rindiera grandes beneficios; ¿qué dirías si por negligencia del jefe o de su dueño se dejase abandonada a la intemperie? Aquella grasa que antes hacía más suaves y casi imperceptibles todos los roces, al contacto con el polvo formaría una pasta que no haría más que entorpecer; toda la madera se humedecería, el hierro se roñaría, y en una palabra aquella máquina tan admirable, se convertiría en un estorbo.

Los dos hijos contestaron afirmativamente, aunque sin comprender a qué vendría todo aquello.

Comprendiéndolo así el padre prosiguió: Vosotros sois dos máquinas completamente nuevas y capaces de un rendimiento incalculable, que vais a reemplazar a una ya vieja y gastada por los años, que soy yo.

Después de un momento de silencio y como violentando su indecisión, continuó: Yo tengo ahora aproximadamente unos cuatro millones de pesetas, y no teniendo más herederos, os correspondería a dos millones a cada uno.

—Justo y cabal dijo el financiero, que hasta entonces no había dicho una palabra, y al 6 por 100 producirían unas...

—Eso, le dijo su padre, te produciría una renta que te permitiría vivir sin trabajar ¿no es eso?

—Naturalmente, porque con 120.000 pesetas al año...

Entonces el padre en tono severo dijo: —De manera, que yo me he estado sacrificando toda la vida, construyendo estas dos máquinas, que, a mi juicio, son inmejorables, y me voy a exponer a que se queden improductivas con gran daño para ellas y aun para la sociedad?

De repente un criado anunció la llegada del Notario.

—Que pase, le dijo, y a presencia de sus dos hijos tan queridos redactó el testamento de la siguiente manera: "Dejo toda mi fortuna, que asciende a unos cuatro millones de pesetas, para obras de caridad y beneficencia, encargando su administración al señor...", que no quiero dejar máquinas paradas en este mundo.

Unos días después expiraba santamente. Que el Señor le haya acogido en su seno.

G. S., Congr.

El arma del diablo

"¡Si yo fuera el diablo!"

Con estas palabras comenzó su sermón hace poco un excelente párroco.

Al oir tal suposición, los fieles quedaron asombrados

Si yo fuera el diablo—continuó diciendo el cura párroco—, ¿procuraría que no oyerais Misa el domingo? No digo que no lo haría. ¿Os pondría en vías de jurar en vano, de robar, de embriagaros, de vivir como bestias? Tampoco digo que no lo haría.

Y así prosiguió el celoso párroco enumerando los principales medios de que el enemigo de nuestras almas se vale para perderlas.

Pero todo esto—añadió—lo haría yo de una vez, dando la mejor batalla a los ángeles de vuestra guarda.

El auditorio anhelaba saber lo que haría su excelente cura párroco si él fuera el diablo.

Por fin dijo el venerado párroco estas palabras:

Si yo fuera el diablo os suscribiría a un mal periódico, y en un mes habría hecho más trabajo infernal que en veinte años por otros medios."

Este párroco conocía bien lo que pasaba

El mayor enemigo del alma y la mejor arma del diablo es la mala Prensa.

L. H., Congr.

La muerte de Riego

Era el general Riego de ilustre familia asturiana; pero a causa de sus andanzas revolucionarias, llegó un día en que, no habiendo podido huir, fué condenado a muerte.

Entonces el infeliz general pensó en la otra vida. Puesto en capilla, su corazón tembló no tanto por el miedo a su próxima ejecución cuanto por la estrecha cuenta que había de dar a Dios. Manifestó deseos de que fuese a confesarlo un Padre Dominico del Colegio de Santo Tomás, de Madrid, y "si puede ser, añadió, quiero que sea de Asturias". Postróse Riego a los pies del Padre San Vicente y confesó todas sus faltas con tanta sinceridad, angustia y dolor, que el Padre rompió a llorar y le dijo: "Dime, hijo mío, ¿qué has hecho para merecer este favor del cielo? ¿Qué gracia tan extraordinaria es ésta que así mueve tu corazón?" Entonces Riego contestó: "Padre, mi vida entera es un tejido de iniquidades; pero si a obra alguna mía debo atribuir el que Dios se compadezca de mi alma, esto sólo recuerdo: cuando niño, mi santa madre me llevaba todos los días a la capilla del Rosario de la iglesia de Santo Domingo de Oviedo, y allí, de rodillas, rezábamos juntos el Rosario a la Virgen.

Murió mi madre, y desde entonces bien como recuerdo de cariño a la autora de mis días, bien como resto de devoción a la Virgen, jamás dejé un sólo día de rezar el santo Rosario."

—¡Basta, hijo mío, basta!, exclamó enternecido el confesor, estrechando a Riego entre sus brazos. La Virgen te ha salvado. ¡Oh! Dale gracias y ten ánimo. No temas dejar este mundo engañador; un momento de prueba y te unirás a tu madre en el Paraíso. Al otro día, el general Riego estrechando un crucifijo contra su corazón y entregándole al Padre San Vicente un pañuelo como recuerdo, rendía su alma al Creador. La justicia humana cumplía su obra y la misericordia divina terminaba la suya.

M. H., Congr.

¡Fuego! ¡Fuego!

Hace pocos años, en una ciudad de Irlanda, se incendió un almacén, con tal fuerza, que a los pocos momentos se lo vió envuelto por las llamas. Las personas que en él vivían, aunque apenas tuvieron tiempo para salvar sus vidas, con todo quisieron poner en salvo lo que tenía algún valor.

En esto un grito de horror salió de entre la muchedumbre: un niño de diez años, con el rostro pálido y los ojos desencajados apareció en una de las ventanas, esforzándose por romper la reja.

¡Auxilio! ¡Auxilio!, gritaba el pobrecito lleno de angustia, viendo que el fuego le iba a abrasar irremisiblemente.

Las escaleras están ardiendo; el tejado va a desplomarse de un momento a otro. ¡Dios ayude al pobre niño! ¡Pronto acabarán sus sufrimientos!, decían unos hombres mientras sujetaban a un vecino valiente, que quería a todo trance salvar la vida del niño a costa de la suya.

Logró nuestro héroe desasirse de ellos, y corrió por el fuego en busca del niño.

Se hace un silencio sepulcral en la muchedumbre. El hombre coge entre sus brazos al niño, y entre atronadores vivas de alegría, atraviesa las llamas y salva al niño; a los pocos momentos se oye el estruendo del tejado que se desplomaba.

¡Hermosa acción, digna de toda alabanza! Pero después de todo, ¿que hizo?

Salvó la vida de un niño; le dió unos pocos años más de vida, pero de vida perecedera, llena de calamidades y miserias. ¿Mas el salvar un alma, no es sacarla de las eternas llamas del infierno y abrirle las puertas del cielo, de la mansión de la felicidad eterna?

J. L. G., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

El único amarradero

Hace poco tiempo ocurrió un trágico suceso. En vista del buen tiempo, salió un padre con dos hijos, de tres y siete años, a dar un paseo en un bote que le prestó un amigo. Antes de embarcarse notaron que el río llevaba bastante corriente; pero viendo que el bote era bueno y que tenía fuertes amarras, que podía echar a tierra, decidióse la salida.

Después de haber recorrido varios cientos de metros, observó que aumentaba la corriente, pero no hizo caso, confiando en su valor.

Pero llegó un momento en que, cansado, no pudo dominar el bote arrastrado por el ímpetu del río y fué a hacer uso de las amarras; mas ¿cómo, dónde anudarlas? Las orillas eran matorrales, y no había amarraderos fijos para contener el impulso del bote. En este trance vió que se acercaba el bote vertiginosamente a una presa, donde el agua caía con mucha fuerza y gran ruido.

Abrazados fuertemente, se precipitaron en la cascada.

Cuando pudo darse cuenta de su situación logró ganar la orilla tras grandes esfuerzos, pero, no viendo a sus hijos y sin poder resistir tamaña pérdida, se arrojó al agua para encontrarlos.

A pesar de sus esfuerzos, fué vencido por la corriente. Gracias a Dios que le pudieron sacar casi asfixiado dos jóvenes que pasaban por allí.

Después de varias horas, recobró el conocimiento; pero no pudo sopórtar la desgracia que le afligía.

Se decía: ¡Para que me sirvieron las amarras, si no tenía amarradero!

Algo de eso pasa con las mismas virtudes; son como excelentes amarras, el amarradero fijo y seguro es la humildad.

E. A., Congr.

Constantes como las olas

Me encontraba cierto día con mis amigos contemplando desde lugar seguro las olas del Cantábrico, que se rompían con fuerza irresistible contra las rocas. Estas desafiaban impasibles su furia, y aquéllas volvían con nuevo ímpetu para convertirse en espuma una y mil veces.

Ante aquel soberbio espectáculo, admirábamos unánimes el poder del mar, y yo, pensando más despacio, no tardé en darme cuenta de que hasta el agua nos puede dar ejemplo.

Así se lo advertí a mis amigos diciéndoles: ¿Os parece que tendría tanta fuerza el mar, si después de lanzarse varias veces sobre las rocas, renunciase a la lucha y se retirara, desconfiando de derribarlas. La fuerza del mar consiste en lanzarse incesantemente sobre los obstáculos, y sólo así disgrega y desmenuza las peñas, forma las playas y carcome las costas.

Mis amigos me escucharon, y reconocieron que valdríamos mucho más, si fuéramos constantes en nuestros buenos propósitos, no retrocediendo por insuperables que parezcan los obstáculos.

A. E., Congr.

El más grande es el más...

Hace poco tiempo oí relatar a un sacerdote este ejemplo de humildad de S. S. Pío X. Era todavía Obispo de Mantua cuando un día, entrando en la Sacristía de San Pedro, en ocasión de hallarse en Roma con motivo del 50 aniversario del Sacerdocio del Papa León XIII, vió a un Canónigo ya revestido para salir a celebrar, que esperaba al acólito que le acompañase. Entonces el Obispo se brindó a acompañarle, pero el Canónigo no quería acceder a ello, pareciéndole función impropia de tan alta jerarquía.

Respondióle el Obispo: No tema; recuerdo perfectamente cómo se ayuda a Misa; vamos al altar. El Canónigo no tuvo más remedio que aceptar y aquel día tuvo que celebrar ayudado por el Obispo de Mantua.

Este y otros rasgos de humildad del Santo Obispo no quedaron sin recompensa, y 15 años después era nombrado Papa por el Cónclave. En estos últimos años se ha introducido su causa de beatificación. Aquí se cumplió la frase de Jesucristo: El que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado.

J. A. D., Congr.

Todo pasa

Entre uno de los reyes del antiguo Egipto, más célebres, cita la Historia a Sesostris, que gobernó en aquel país 1.400 años antes de Jesucristo.

Preparó una vez cierta empresa guerrera para someter parte del Africa Central; para ello formó un poderoso ejército de más de un millón de soldados.

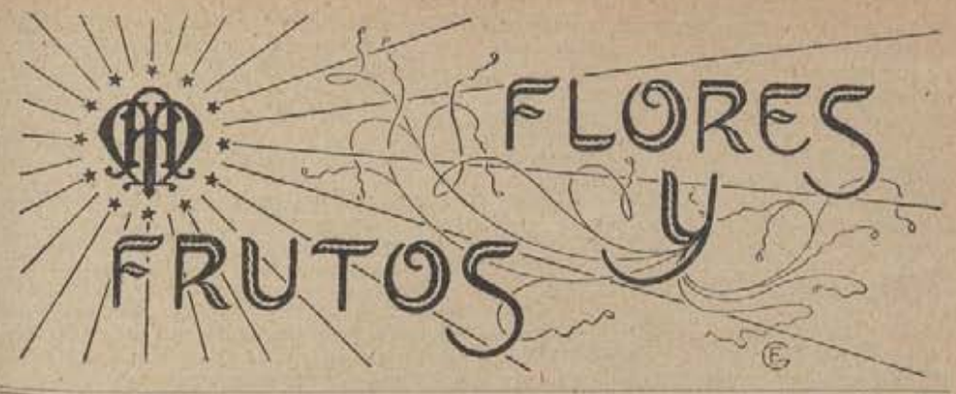
Cuando volvió a su país, victorioso después de haber humillado a más de 15 reyes, iban éstos tirando de su carroza real, que era de oro macizo.

Uno de éstos, volvía incesantemente la cabeza a una de las ruedas, lo cual intrigó mucho a Sesostris, que le preguntó, a ver qué motivo le hacía mirar tan fijamente a la rueda; y el vencido le contestó estas solemnes palabras, que están llenas de verdad, y que todos debíamos de llevarlas grabadas en el corazón:

Es grande maravilla ver, Señor, cómo la parte más alta de la rueda, pasa en seguida a ser la más baja.

Y con semejantes palabras, quiso darnos a entender aquel rey vencido, con qué celeridad se desvanecen las ilusiones y grandezas de esta vida; lo que hoy anda en lo más bajo mañana andará en lo más alto. Honor, poder riquezas, son cosas que acaban y dejan más triste el alma, como lo han puesto de manifiesto, no há mucho los horrores de la gran guerra en la cual muchos perdieron sus riquezas, y muchos soberanos sus tronos.

J. L. M., Congr.



Núm. 217.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Agosto de 1931

Cristo Rey

Era el año 1848 y atravesaba París los famosos días de Junio entre el derrumbamiento de la Monarquía de Luis Felipe y la resurrección de la República.

En medio del confuso clamoreo, que las pasiones políticas, sociales y religiosas, cuya violencia, o más bien, cuyo vértigo todo lo envolvía y atropellaba, instituciones, tradiciones, leyes, usos y costumbres, moría el famoso Chateaubriant y decía besando el Crucifijo, mientras allá fuera retumbaba el cañón: "¡Pobre sociedad moderna! A cada momento cambias de soberano y aún no entiendes que sólo te puede salvar Cristo: Vedle aquí, este es mi rey".

¿No os parece esto verdad? ¿Queréis, pues, que El nos salve? Haced primero que reine en vuestros corazones, y veréis cómo sobre el polvo de las ruinas, que de día en día se amontonan a nuestro alrededor, se levantará pujante el trono del reinado de Cristo Rey.

C. O., Congr.

Calla y se convence

Con este caso que ocurrió a un amigo mío, te probaré cómo si muchos atacan a la religión es porque no la conocen ni mucho ni poco.

Hallábame tomando café con nuestro representante en Vigo, cuando se nos acerca un amigo suyo, respetable caballero ya de edad. En el curso de la conversación que ambos sostienen, fíjase el caballero en el dije del reloj de mi representante, que lleva el lema de Jaungoikoa eta Lagizara; al preguntarle qué significa aquello y obtener la debida respuesta, con aire de conmiseración le manifiesta su extrañeza de que un hombre de estos tiempos creyese en esas "bobadas de los curas", desatándose en inventivas y vulgaridades sobre la superstición, etc.

Después de terminar su rancio discurso, se vuelve a mí, dando por supuesta mi conformidad con sus teorías. Cuando oyc que yo se las niego rotundamente, sorprendido y hasta indignado, me abruma con los tópicos de rigor, que escucho pacientemente; y como para coronar su supuesto triunfo, lleno de ironía, me dice que le explique qué era "eso del cielo" de que tanto oía hablar a las monjitas que cuidaban a su esposa enferma.

Le contesto lo que se me ocurre, y para resumir le refiero el siguiente hecho acaecido en Burgos, días antes, durante mi estancia en la ciudad castellana.

Celebrábase allí una Exposición de Arte retrospectivo sumamente visitada, sobre todo por turistas y artistas extranjeros. Como lo más notable de ella exhibíase un maravilloso cuadro representando a Nuestro Señor crucificado.

Durante varios días se vió ante él, absorto y como arrobado, a un extranjero, al grado de que llegó en una ocasión a volverse hasta ocho veces desde la puerta hacia el cuadro cuando ya se retiraba, como si una fuerza magnética le atrajese hacia el objeto que embargaba su alma de artista.

Este hecho rigurosamente cierto prueba, le decía yo, que el alma humana tiene inextinguible sed, entre otras cosas, de la belleza; porque si una partícula de ella, como en aquel caso era el cuadro, tenía suspensa y embelesada el alma de aquel hombre, ¿qué no sentirá el alma en el cielo, donde está, no una partícula de belleza, sino la Belleza suma, plena y absoluta?

No recuerdo las palabras ni la forma en que le expresé ese concepto: el hecho es que aquel buen señor, que ante todo era hombre sincero, se quedó suspenso y mudo durante un rato, pasado el cual, y en tono bien distinto que al principio, comenzó a hacerme una infinidad de preguntas, que revelaban en él una ignorancia completa en materia religiosa; para explicarme la cual me dijo que a los 12 años le mandaron sus padres a Buenos Aires, donde nadie le habló de religión ni él se ocupó de otra cosa que de ganar dinero.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Finalmente, y como despedida, me apretó fuertemente la mano y me dijo, hondamente emocionado, que jamás olvidaría nuestra conversación de aquella tarde, que le había abierto un mundo completamente nuevo para él.

¡Cuánta ignorancia y qué poco cuidamos de remediarla! No estaríamos tan desanimados y arrollados por cuatro atrevidos.

F. N., Congr.

Pues iba... a comulgar

Hace unos dos años llamaba a la puerta de Loyola un joven caserito pidiendo por favor que fuese algún sacerdote a dar los últimos Sacramentos a su anciano padre. Era éste verdadero ejemplar de nuestros campesinos: sobrio, trabajador, fuerte; y a pesar de sus setenta años, ni un solo día dejaba de levantarse antes que el sol, para bregar en el campo hasta el caer de la tarde, en que volvía a casa con la azada al hombro y el corazón satisfecho.

Pero como al fin el hombre de algo tiene que morir, se le había formado una úlcera en el estómago y él mismo comprendió que aquello era grave. Por eso hemos visto a su hijo bajar a Loyola a pedir para su padre los auxilios de nuestra Religión.

Era el 15 de Enero; todo el valle aparecía blanco por la nieve que venía cayendo hacía varios días; y al abandonar la carretera para seguir por monte el camino que conducía al lejano caserío, Martín y el Padre que le seguía llevando el Amor de los Amores se hundían hasta las rodillas en la nieve.

No habrían caminado media hora, cuando vieron venir un hombre envuelto en varias mantas y montado en un burro. El joven exclamó con estupor: ¡Por fin salió con la suya! y luego dijo al religioso: Padre, ahí viene.

—¿Quién?—preguntó el sacerdote en voz baja.

—Mi padre, ese es mi padre, que quería venir él mismo a Loyola para no molestarles a ustedes. Decía que como había tanta nieve, le sería muy difícil la subida. Cuando yo salí de casa quedaron disputando: él, que había de ir, y los demás, que no; y por fin habrá convencido a todos.

Apenas dijo estas palabras llegó el anciano; quiso apearse, mas el Padre no se lo permitió. —¿A dónde vas así?—le preguntó.

Y el honrado casero contestó ingenuamente: —¡Pues iba... a comulgar!

—¡Hombre de Dios! Vamos, vamos a casa.

—Por el camino le fué preparando para la comunión. Al llegar recibió los Santos Sacramentos, y, acostándose, quedó tranquilo y gozoso. —Ahora—decía mirando un cuadro de la Sagrada Familia que tenía delante—yo tendré todos los cuentos con éstos.

¡Qué buen hombre!

Y así, a los dos días, murió con una muerte tan serena, como había sido su vida.

¡Qué vergüenza para nosotros! El, a las cinco de la mañana, nevando, moribundo y a una hora de camino, va a recibir a Jesús Sacramentado; y nosotros, ¿qué de disculpas, qué de vueltas en la cama por no ir a Misa y a comulgar!

C. O., Congr.

Lección en la playa

Aunque a los poetas gusta decir que "cualquier tiempo pasado fué mejor", ocurre, sin embargo, que no pocos pasados tiempos dejan bastante que desear. Mas una cosa tiene de bueno todo lo pasado, y es que sirve de maestro al porvenir. ¡Otro gallo cantara a un amigo mío si se hubiera acordado a tiempo de una enseñanza que recibió hace veinte años! El caso es el siguiente:

Veraneaba él en un pueblecito del litoral norteño, y jugando una tarde en la playa vió esas tablas que se forman de arena muy menuda y muy lavadas por las olas. Se puso sobre una de ellas descalzo; el mar, que había acarreado aquellos granos de oro, le refrescaba los pies y le ofrecía el bellísimo espectáculo de la puesta del sol, con sus mil reflejos sobre las ondas, con sus canoas y balandros, sus bañistas y gaviotas. ¡Todo era triunfo y regocijo! De pronto nuestro muchacho se cae, se moja todo, resbala hacia el mar, y si un bañero no le sostiene y levanta, lo pasara mal.

Repuesto del susto, hablaba con su padre.

—¿Qué me ha pasado, papá?—preguntaba el pequeño—. ¿Es que el mar ha crecido?

—No, sino que sutilmente te quitó la arena de debajo de los pies para que cayeras y te ahogaras. Mira, querido, el que pone demasiado los pies en el oro, se arriesga a encontrarse sin apoyo. El que sólo piensa en hacer dinero y en él confía, no se cuida de aumentar el valor personal. El mundo es como el mar: te ofrece apoyo de arena movediza, te baña los pies, te presenta a los ojos diversiones de toda clase; pero cuando más desprevenido estás, el mismo mundo que va gastándote la hacienda, te derriba, te desprecia, quisiera ahogarte en la infelicidad.

M. A., Congr.

Un turbulento barbas

En un vagón de la Compañía del Norte iban un religioso, un señor entrado en años, un chico relativamente joven y otras personas que no hacen al caso.

Al principio reinó el silencio, pero la monotonía del viaje hizo trabar conversación a muchos viajeros que para nada se conocían, y el señor entrado en años y el chico relativamente joven comenzaron sus pláticas.

Hablando, hablando, vinieron a tratar de los jesuítas, y el viejo, mesándose la barba nerviosamente, decía: "Son los perros rabiosos de la sociedad, la carcoma que roe el orden social, sobre el cual imponen su tiranoyugo después de derruído", y otras frases tan ridículas y redondas que atropelladamente y a voz en grito rodaban de su boca.

El joven esperaba. Había sido educado en un colegio de jesuítas. Sabía del pie que cojean los anticlericales, y, como tenía la razón, reposada y suavemente le preguntó: —Pero, ¿usted los conoce?

Medio derrotado el viejo barbudo por la forma de preguntárselo y por la pregunta, encolerizóse más, y siguiendo su tono oratorio, añadió:

—¿Qué diría usted si hablase de vacunas sin entender lo que es medicina, si hablase de arquitectura sin conocer siquiera lo que es una perpendicular? Así es que esa pregunta me tacha de majadero, y eso es cosa que no permito.

—Tan sólo una pregunta: ¿qué traje llevan?

—¡Psché! Se la contesto tan sólo por deferencia. ¿quién no conoce a esos del baberito?

La carcajada de los viajeros, que seguían paso a paso la disputa, fué unísona; el pobre anticlerical no sabía qué hacer, pero el sensato joven siguió:

—Pues mire, aquel religioso que va rezando en aquella esquina es un jesuíta, y hasta que usted no llegue a General de los jesuítas y les mande poner el baberito, no lo llevarán—. Y con esto apuntaba a una figura digna y humilde que entendía más de libertad y de respeto que aquel "turbulento barbas". El jesuíta saludó con una leve sonrisa al joven católico.

Supo aprovechar el "señor entrado en años y en insensateces" la primera estación, y el sol que entraba radiante por las ventanillas no volvió a alumbrar sus barbas en aquel departamento.

Como éste hay muchos; es su carácter distintivo, la ignorancia.

¡Ah! que no se me olvide: sabe que aquel famoso señor tenía los bolsillos repletos de literatura periodística monosilábica: "El Sol", "La Voz", etc...; por eso estaba tan bien informado.

Y el hecho es histórico.

P. T., Congr.

El testamento de Tonio

Si entrases un día en casa de los señores Sepúlveda, lo primero que llamaría tu atención entre los muebles del recibidor, sería una cajita de madera, que, suspendida de un clavo, destaca notablemente del fuerte azul con que está empapelado. Encima de ella hay un letrerito que dice: "Tonio a las misiones".

¿Te parece misterioso? Pues escucha, que te lo contaré como sus padres me lo contaron.

Antonio Sepúlveda era un angelote de diez años, colegial del externado de San Ignacio, amantísimo de las misiones. El colegio de San Ignacio estaba lejos de su casa, y sus padres, para que no tuviese que volver a merendar, le daban un real, con el que compraba merienda en una tienda cercana al colegio.

Pero Tonio murió y ya no necesitaba merendar. Pero es el caso que un día antes de irse al cielo, dijo a sus padres: "Mirad, papá y mamá, me voy al cielo, pero os voy a dejar unos niños a quienes deis mi merienda. Echaréis el real que me dábais en la cajita que está en el recibidor. ¿Queréis?". Sus padres le abrazaron tiernamente; y hoy día, a la hora de la merienda, con un recuerdo a Tonio depositan los señores Sepúlveda veinticinco céntimos en la hucha de misiones.

Como ves, Tonio sigue merendando desde el cielo.

¡Qué filita de chinitos estarán por su merienda merendando de aquella otra mejor en el cielo! ¿eh?

P. T., Congr.

¡Dos veces horrible!

Contándome un amigo mío, magistrado, y excuso decirte que era persona seria y de hablar reposado; contándome, digo, los males de la enseñanza atea, púsome por ejemplo uno de los casos más lúgubres que habían pasado por su tribunal.

Era un matrimonio joven, educado a la moderna: ella desviviase por los trajes vaporosos y las novelas sentimentales; él jugaba hasta las botas en el garito.

Tenían un hijo de doce años, Pepito, que cursaba el segundo de Bachillerato.

Una de tantas tardes en que a Pepito se le ocurrió dejar las clases con tres cominitones de carrera, cosa que para ellos era el pan nuestro de cada día, emprendieron su caminata hacia el muelle viejo para evitar el encuentro de alguno que los delatase.

Encaramados en lo alto de inmenso peñasco, que casi cortado a pico iba a dar por un lado a la escollera del muelle, preguntó Pepito: —Paco, ¿a qué jugaremos?

—A las cartas, que aquí traigo la baraja.

—¡Al monte, a jugar al monte!

Y acto continuo comenzó la timba.

—¡Tramposo!—gritó Pepito, que comenzaba a perder—, ¡Me has visto las cartas!

—El tramposo eres tú—dijo Paco soltando la carcajada—. Anda, que vas a salir más ladrón que tu padre.

Esto, que en boca de Pablo quiso ser broma, fué un chispazo que acabó de hacer reventar el volcán de ira que ya estaba ardiendo en el alma de Pepito.

—Mi padre no es ladrón, ¿lo oyes? El ladrón es el tuyo, que roba en la Aduana.

—Pepe, cállate; mira que te voy a sacudir el polvo.

Pepe insistió; vinieron a las manos, y los otros dos compañeros tomaron una determinación honrosa: la de marcharse.

Pepito, que no llevaba tampoco en la lucha la ventaja, tuvo una idea satánica: fingió huir a lo más alto del peñasco; siguióle Paco, y cuando ya estaban en el borde del mismo abismo, hizo frente a su rival, dióle un fuerte empellón, y tras un grito angustioso, cayó el cuerpo de Paquito contra las escolleras del muelle.

Pepito, al ver desde arriba el charco de

Universidad de Deusto
Biblioteca

sangre que enrojecía las espumas de las olas que llegaban a batir las rocas de la playa, alcanzó todo lo grande de su crimen y la transcendencia que había de tener, delatado, al fin, por sus dos compañeros. Bajó del peñón, se encaminó a su casa, pálido, pero afectando una serenidad estoica.

—Mamita, dame un beso—dijo a su madre, que estaba acabándose de arreglar para el paseo.

—¿Vienes de clase?—le preguntó su mamá.

—Sí, mamita; dame otro beso. ¡Si vieras cuánto te quiero!—Y se abrazó a su madre con un afecto convulsivo, febril.

—Quita, loco, que me vas a desarreglar el sombrero.

—¿Quieres darme la novela que estabas leyendo?

—No, hijo mío, vete a la alameda y déjate de leer ahora.

—Es que quiero concluir un capítulo.

—¡Jesús, qué pesadez! Toma la llave del gabinete de papá, que allí está sobre una silla.

El muchacho no quería otra cosa. Besó a su madre seis o siete veces, y echó a correr como un gamo al despacho.

A los diez minutos, una fuerte detonación que salió del gabinete hizo a la dama dar un salto en su diván; corrió a la sala y dió un grito como una loca.

Revolcándose en el estertor de la agonía estaba su Pepito, el hijo único que Dios le había dado y que ella tan mal había sabido cuidar.

Sobre la mesa había dejado una carta dando cuenta de todo. El revólver sabía muy bien el chico dónde lo guardaba su padre.

—Dos datos—me dijo el magistrado al contarme este verídico hecho—, dos datos me hicieron caer en la cuenta del mal consejero que le impulsó al suicidio. El uno era, las frases de la carta que él escribió; estaban calcadas sobre las de una carta que escribía el protagonista de la novela antes de suicidarse. La segunda, que dos días antes un profesor del Instituto, a propósito... o despropósito, había estado haciendo en la clase un elogio sobre el duelo y el suicidio.

—¡Cómo me imaginé yo—dijo el serio magistrado—al ver que en la lápida del cementerio le habían puesto: "Murió víctima de un arranque de pundonor!".

—Pobre—dije para mis adentros—, ya tengo explicado el enigma de aquel raro epitafio: le habían arrancado la poca fe con que sus padres le habían educado, juntamente con los mimos.

¿Quién querrá que le eduquen así?

A. R., Congr.

Correspondencia abierta

Habilidoso.

A pesar de los pesares, de distar el pueblo donde había misa (en el nuestro no la había) y de ser a hora poco fija, la hemos oído casi todos los días y comulgado.

Para hacer una visita a las tardes tenemos que pedir la llave al sacristán; pues, a pesar de ser un pueblo que todavía guarda bastante bien las costumbres religiosas, a nadie se le ocurre ir por la tarde a hacer una visita a Nuestro Señor, que permanece por nosotros todo el día en el sagrario; así que cuando yo medito un poco acerca de esto, me parece que se puede cambiar la ritma de Becquer, que dice: "¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!", por otra que diga: "¡Dios mío, que solo te dejamos los vivos!".

No crea usted que no hacemos más que jugar; me parece que si sólo hiciéramos eso, estaríamos aburridos soberanamente; así que todos los días, antes de desayunar, hacemos un poco de gimnasia, y luego de desayunar estudiamos cosa de una hora por la mañana; una vez que acabamos de estudiar, vamos a correr al monte hasta la hora de comer; después de comer y descansar, estudiamos un rato bueno el catecismo del P. Vilariño, y otra vez a correr hasta que vamos todos a hacer la Visita y rezar el Rosario.

Así es que todos estamos tan contentos.

Había pensado vender el "Adelante" todos los domingos a la salida de Misa en diferentes pueblos, pero esta gente, como es labradora y tiene mucho trabajo en esta época, no lee nada; así que he visto que no es posible.

F. S., Congr.

Catequista hasta en Francia.

¡Qué poco entretenido es este pueblo! Pero he encontrado modo de pasar agradablemente un rato más que el de la Misa, de la Comunión y la Visita por la tarde. ¿Sabe usted cuál es? Pues, muy sencillo: tengo en esta casa una niña que está preparándose para hacer la primera Comunión; como el señor Cura les manda lección para estudiar en casa, yo la hago estudiar, la explico, la tomo la lección, y todos los días nos trae un "Tres bien", que también me acredita a mí. Y paso un rato muy entretenido: repite ella a su modo la explicación y le aclaro yo algún punto que no entiende. Me hago la idea de que estoy entre los niños de la Catequesis de Deusto. Quisiera que algún día se ausentase el señor Cura y me encargase de la Catequesis. Aun aquí en Francia creo que me las arreglaría bien.

G. S., Congr.

Con toda naturalidad.

Como es aquí la Misa a las ocho, me figuro que estoy en la Congregación; no he faltado ni un solo día (no hago nada de extraordinario); y, naturalmente, tampoco dejo la Comunión.

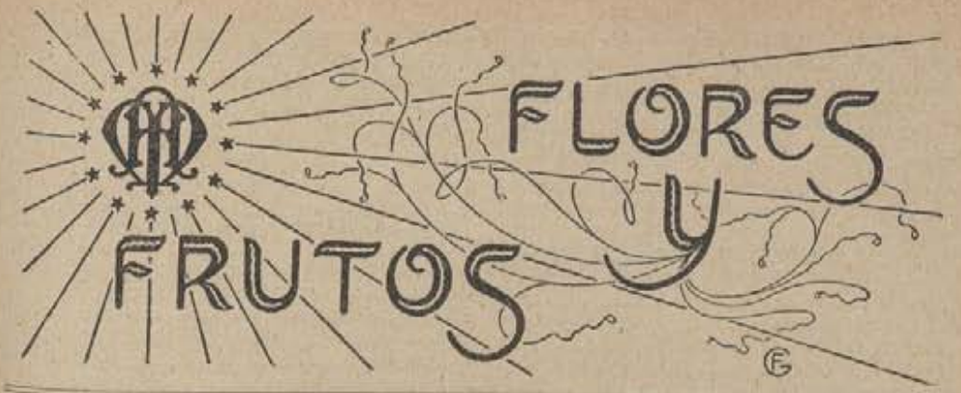
E. A., Congr.

¿Qué haré con los ojos?

Comulgo casi todos los días; y no en todos porque alguna vez que voy a la playa tropiezo con cosas que no deben verse; y sin confesar no me parece poder comulgar.

La verdad, si no vamos con los ojos cerrados, yo no sé cómo vamos a ir.

G. E., Congr.



Núm. 216.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Setiembre de 1931

Somos payos

Estaba animadísima la feria. Un gitano se acerca a un vendedor de mulos y entabla con él el siguiente diálogo.

—Buenas, compadre. ¿Tiene usted vendido ese mulico castaño?

—No he tenido ocasión.

—¿Cuánto quiere usted sacar por él?

—Cuarenta duros, para terminar de una vez.

—¡Mucho es, mucho!

—Pues no lo largo por menos, que si quiere usted cosa buena, el mi mulo está ahí.

—Bueno, compadre, yo no se lo compraré; pero puedo hacer que se lo compren.

—Lo mismo tiene.

—En cuanto que venga con un payo por aquí, me pide usted noventa y cinco duros, y lo que nos dé nos lo repartimos a mitades.

—Conformes.

—Pero no lo suelte, compadre, hasta que yo diga cachipé; entonces le da.

Y vase el gitano a recorrer el ferial en busca de un payo, a quien encajar aquel mulico que tan pingües ganancias le traerá.

Una vez encontrado uno que desea un mulo, le va llevando el gitano, poco a poco, hacia donde está su compadre, mientras que por el camino va quitando méritos a los que a su paso encuentran; por fin llegan, y como si nunca se hubiesen visto, el gitano exclama:

—¡Hermoso mulico! ¿Cuánto quiere por él?

—Noventa y cinco duros.

—Guapico es, pero...

—Nada de peros; como el mi mulo no le hay.

—Sí, sí, bueno es, pero, compadre, repare usted en el precio.

—Noventa y dos me daban antes por él y no quise darlo.

Aquí el gitano coge de un brazo al payo, mudo espectador del diálogo, y le dice en voz baja:

—Hermoso mulico es, y no es caro, no; que fíjese que duro y mansico es.

—Pues ala.

—Como él no encontrará usted otro para las labores.

—Cómprelo y si rebaja algo para usted, más cinco duros que yo le daré.

—Ochenta duros da el señor por el mulico, ¿hace?

—No puedo, que es mucho bueno.

—Mucho bueno es, mucho bueno; pero, cachipé, ya puede darle usted.

Y al conjuro de estas palabras, ablándase el tratante y afloja el mulo mientras el otro paga.

El vendedor sacó sus cuarenta duros; el gitano otros cuarenta, más quince con la rebaja, más cinco de gratificación, total sesenta duros.

Y el payo pagó noventa y cinco por lo que pudo sacar en cuarenta.

Ante este caso se me ocurre considear los innumerables payos que hay. Vamos por la feria del mundo como verdaderos payos y el demonio, que es el peor gitano, se aprovecha de ello

Nos presenta la mercancía del mal que son los pecados capitales y nos ensalza sus buenas cualidades.

Aquel placer.

Aquella mala acción...

Aquel mal pensamiento...

Aquel orgullo...

Aquella falta a la Congregación.

Y nosotros, como payos auténticos, caemos en el engaño, entregando en cambio de lo que nos ofrece la tentación, la salvación de nuestra alma.

Somos payos.

J. D., Congr.

Oportunísimo pensamiento

Si pudiésemos, decía el gran Donoso Cortés en pleno Parlamento, penetrar en los secretos de Dios y de la Historia, quedaríamos asombrados al ver los prodigiosos efectos de la oración aun en los humanos acontecimientos. Creo yo que si una sola hora hubiese, en que la tierra no elevase al cielo alguna plegaria, que aquel día y aquella hora serían quizás el último día y la última hora del mundo.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Y luego dirán esos malvados que para qué sirven los religiosos y las almas buenas y para qué sirven los conventos y los hogares cristianos, donde se reza en familia...

Hoy son más que nunca aplicables estas frases de nuestro gran pensador.

C. O., Congr.

¡Qué castigo y qué perdón!

No sé yo a quién he oído contar este caso interesante; sólo sé que me lo contó persona de mucha autoridad, que tiene el caso mucha miga, y que a mí me anima mucho.

Se trata de San Paulino, Obispo de Nola, gran amigo y bienhechor de los pobres.

Cierto día se le acercó un mendigo a pedir limosna. Llevaba la mano derecha seca y descarnada, y San Paulino, que gustaba mucho de consolar, además de socorrer materialmente, le preguntó con todo cariño la causa de su mal. Era tan bodadoso el Obispo, que en seguida despertaba confianza en el corazón de sus hijos, y así el mendigo, no dudó en confiarle la historia de sus pesares.

"Señor, dijo dando un suspiro, los pecados de mi juventud son la causa de mi vejez desgraciada. Hijo de padres acomodados, tuve la desdicha de perder, ya en la niñez, a mi virtuoso padre. Sin esta salvaguardia, mi juventud fué un continuo derroche de la hacienda paterna, hasta que me vi reducido a la miseria. En tan lastimoso estado quedé, que no tuve otro recurso que acudir al amparo materno, pero siempre con las mismas ansias de libertinaje. Mi madre se negó a darme sus últimos ahorros, y entonces, llevado de ira diabólica, con esta mano criminal, tuve la osadía de pegar a mi madre. Nunca lo hubiera hecho. Al día siguiente, Jueves Santo, me acerqué a la Sagrada Mesa con esta mala disposición, y apenas había recibido la Hostia santa, en esta mano (entonces se recibía primero la Sagrada Comunión en la mano) se me quedó seca en medio de horribles dolores. Desde entonces, en la miseria, ando errante y sin sosiego por el mundo."

Con profunda pena le dijo el Obispo: "Hijo mío, grandes son tus pecados; pero arrepiéntete, y te serán perdonados."

"Padre mío, ¿de tanto sirve el arrepentimiento? Mi mayor anhelo es que Dios me perdone. Por este perdón haré cualquier sacrificio con gusto."

Entonces el bondadoso San Paulino le impuso como penitencia: venir por siete años durante las horas de misa a la puerta de una Iglesia, descalzo y mostrando a los fieles su mano seca para que oraseu por él a Dios.

Con tan buen ánimo la cumplió que el Obispo le perdonó cuatro años.

Al terminar su penitencia, San Paulino le dió la absolución y la Sagrada Comunión. Apenas el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo tocó al desgraciado, atravesó su mano una como descarga eléctrica e inmediatamente quedó sana.

¿No es verdad que tiene miga el caso? Porque así castiga Dios los pecados del hijo ingrato que no respeta a sus padres, así castiga, sobre todo el pecado de sacrilegio en el que recibe a Dios con malas disposiciones y así perdona al que, arrepentido, comulga fervorosamente.

P. del C., Congr.

Agua que abrasa

Me lo contó un misionero que no ha mucho regresara de las misiones de Fernando Póo, donde tuvo varias ocasiones de tratar con el más atrevido explorador del continente negro.

Dos grupos de beduinos, hijos de tribus distintas, se encontraron frente a frente en aquellas inmensidades con sus armas en las manos y una sed abrasadora en las entrañas.

Se veía correr un hilito de agua que, brotando de entre unas palmeras, era sorbida por la arena a los pocos pasos.

Pues bien, las dos caravanas opuestas clavaron los ojos brillantes en aquel escuálido manantial, se acercaron, se miraron en seguida una a otra y no necesitaron más para odiarse. ¡El agua no bastaba para las dos!

—¡Es nuestra!—rugieron los de un bando.

—¡Nuestra!—bramaron los del otro.

No duró más su discusión hablada; saltaron unos sobre otros, disparos, cuchilladas, alaridos, maldiciones vinieron en pos de ella.

Luchaban, se mordían, se mataban lo mismo que leones contra tigres, y todo sobre la pobre fuentecilla, que todavía les parecía el sueño dorado, el premio compensador de sus fatigas tras el codiciado triunfo...

Al cabo los de una tribu empezaron a ceder; alguno que otro, al sentirse arrojado del agua, se mataba a sí mismo y quedaba tumbado, con las fauces abiertas y disformes, como el cráter de un volcán apagado...

Los vencedores les persiguieron algunos pasos; volvieron con mayor avidez a donde esperaban hallar el fresco manantial, más precioso para ellos que su misma vida, pero ¡oh desesperación! sólo había allí coágulos de sangre y arena, inmundicias, cadáveres.

El hilito de agua, roto en la pelea, se había perdido.

"Entonces—contaba al misionero el explorador que lo presenció—yo vi cómo aquellos infelices africanos se arrojaban al suelo, mordisqueaban el arenal, gemían, se arrancaban los ojos, causándome esta escena un horrible pánico y desgarramiento de corazón.

"Y, sobre todo, porque en el montecillo donde nosotros habíamos acampado, no muy lejos de ellos, tenían un pozo de agua potable..."

* * *

Los beduinos se mataron por unas gotas de agua rastrera, y ni siquiera lograron mojar sus labios.

¡No busques por los suelos de la ciudad moderna lo que jamás te dará: la fuente en que sacies esa sed que llevas en el alma, sed de amor infinito!

M. S., Congr.

Rodríguín

¡Pobre Rodriguín! Le conocí en mi catecismo, lejos de aquí, en un pueblaco de la Montaña. ¡Qué bueno era, y qué sonrisa más bendita la que subía a sus pequeñitos labios, cuando le preguntaba yo en secciones la lección de Catecismo.

¡Pobre Rodriguín! Muy encogido de hombros, con uno de ellos más elevado, deforme también en las piernas, que apenas le podían sostener, era la imagen de la adversidad.

Con mucha frecuencia, la debilidad de su cuerpo le obligaba a guardar cama. Pero el día en que se encontraba en disposición de estar de pie, allí bajaba por las tortuosas veredas que separaban su casita de la capilla de Santiagues. No quería faltar al catecismo, porque nunca había faltado y porque... iba a hacer la primera comunión.

Tenía siete años, y era el que más sabía de su sección, el más bueno de todos y... el único que sabía mortificarse.

Era la víspera del día último del curso catequístico, en el que nos despedíamos solemnemente.

"De manera que ya sabéis, les dije, mañanita temprano levantarse alegres y ligeros como los pajaritos; lavarse con cuidado de no tragar nada de agua, y después, en seguida y puntuales a misa, que será a las siete, ¿habéis oído?"

Al día siguiente, cuando llegamos a la capilla, ya estaba Rodriguín esperando. Eran las seis.

"Hola, Rodriguín, ¡Qué puntual!"

Y él, mirando al bello horizonte azul, como solía cuando le preguntaba cosas que le hacían pensar un poquito, me dijo:

"Hace rato que he venido. No podía estar quieto en la cama, pensando que dentro de poco iba a venir el Niño Jesús a darme un abrazo. ¿Verdad que El me curará?" Y siguió mirando hacia el horizonte azul y bello.

¡Pobre Rodriguín! Jesús le concedió la verdadera salud. Al mes justito de su primera comunión moría de repente, víctima de su débil complexión. ¡Con qué gusto le habrá abrazado eternamente Jesús-Niño y le habrá premiado su buena voluntad y su amor.

P. del C., Congr.

Había un valiente

¡Que si son valientes!...

Un misionero pasó poco ha por la tribuna de nuestro salón: humilde, animoso, valiente, jesuita. Y como lo más propio que se le ocurrió contarnos su vocación a las misiones. Verás qué curioso. Le ocurrió ir a Burgos con motivo de las fiestas centenarias de aquella Catedral. Se celebraron con inusitada solemnidad, tomando parte el Rey y los personajes más linajudos. Había también una tómbola para ayuda de tan augustiosos gastos. Se fué una tarde a ella. Tomó un número, el 254. Esperó, y fué premiado. Le daban un libro; él pensaba que sería algún recuerdo de las fiestas con ilustraciones de las magníficas torres, arcadas, rosetas, esculturas, etc., de la Catedral, pero eran los "Ejercicios de San Ignacio de Loyola". Tomó el libro, lo llevó a casa y lo dejó en la biblioteca hasta que tuviese humor y tiempo.

Un día, Providencia divina, pensó en abrirlo. El libro, indiferente en un principio, luego se le hizo agradable y después le atraía. Tuvo la ocurrencia de marcar con lápiz azul los párrafos que más le gustaban para volver a leerlos. Al fin de la lectura el libro estaba casi todo marcado. Tenía que leerlo de nuevo. Y lo leyó.

El rayo divino, salido de la pluma de San Ignacio, hirió el corazón de nuestro joven y dió en pensar que si aquello leído le dejaba el alma tan contenta, meditado había de producir mejores frutos. Hizo Ejercicios y oyendo la voz de Dios vistió la sotana. Así fué sacerdote.

¿Y misionero?—Había que preguntárselo a la Santísima Virgen. Ella le salvó la vida en el mundo en dos distintas ocasiones que nos contó: Cuando tomaba unas peligrosas medidas en un puente altísimo, pues hubiese caído inevitablemente, a no haber interpretado mal el que llevaba la cinta de medir, una orden que dió; y en otra ocasión en que tenía el brazo metido en la garganta de una polea; si lo hubiese sacado un poco más tarde, hubiera perdido el brazo, y quizá más, porque la polea empezó a girar al momento. Estos dos hechos el Padre atribuía a la bondad de la Santísima Virgen, en quien acostumbraba a encomendarse cuando empezaba a trabajar.

Era ya sacerdote y misionero.

—¿Y qué piensa hacer en China?

—Mis ideales son tres: Jesucristo, la Santísima Virgen y el Martirio. Por ahora—decía—todo lo que vengo pidiendo a la Virgen me lo va concediendo, de modo que yo espero que me concederá también la gracia de ser mártir.

Y el Padre decía todo esto con suma sencillez, como si se tratase de una cosa cualquiera.

—¿Se cambiaría usted por alguien?

No nos respondió con palabras. Una ingenua sonrisa, que iluminó su rostro, nos quiso preguntar si estábamos locos para decirle aquello.

Como ves, amigo mío, ejemplos no nos faltan. Todavía no se han acabado los valientes en este mundo. Que es más fácil, más cómodo y más agradable ser poco sacrificado, ya lo sé yo; pero que la escuela de Cristo enseña el sacrificio no lo dudes. Recuerda que nació en un portal, trabajó en un taller y murió en una cruz.

P. T., Congr.

De buena se libró

Vivía un joven riquísimo en medio del gran mundo, lejos de su madre, en casa de unos parientes.

Tenía a mano muchas diversiones peligrosas; de éstas la principal era el baile, al cual sentía no pequeña afición.

¡Cuántas veces el pobrecito, después de venir de las fiestas mundanas, quería conciliar el sueño, y no lo podía lograr!

Universidad de Deusto
Biblioteca

A veces, sin que pudiera averiguar el por qué, lloraba como un niño y sentía allá, en lo más íntimo del corazón un vacío tan grande, tan amargo! No creáis que estaba perdido; era puro porque tenía amor a la Virgen y la invocaba. Pero ¡es el mundo tan malo!

Dos desventurados que se decían sus amigos se pusieron de acuerdo para perderle. Sabían que sólo engañándole conseguirían su malvado propósito y ¿cómo hacerlo sin que él lo sospechara? Urdieron un plan diabólico, pero quiso Dios que una buena Señora, amiga de su familia, lo oyera y contara a un tío de nuestro joven momentos antes de que lo pusieran por obra; el buen señor, sin decir la causa a su sobrino, le impidió ir al baile donde acudían aquellos malvados.

Dos años después, la Virgen le daba la más grande prueba de amor arrancándole del mundo para hacerle Religioso. Cuando emocionado daba el último abrazo a su madre, ésta, llena de dolor por su partida, pero alegre por ver que Dios le escogía para sí, le relató el peligro en que estuvo, terminando con estas palabras: "Hijo, aquel día era el octavo de una novena que hacía yo a la Santísima Virgen para que te conservaras puro."

¡Jóvenes, pedid a la Virgen que os guarde intacta vuestra pureza! ¡Madres, rogad a María que conserve puros vuestros hijos!

D. R., Congr.

Cojo y todo...

Allá por el año de 1870 era testigo el mundo de los trágicos sucesos de la encarnizada guerra franco-prusiana. Uno de los hombres que más se distinguían entre los jefes del ejército francés era el general Sonis, cristiano fervoroso y práctico, no menos que aguerrido soldado dispuesto siempre al sacrificio en tratándose de la causa de Dios y de su patria que no son incompatibles las dos cosas.

A consecuencia de las heridas sufridas en uno de los duros encuentros tenidos con el enemigo, hubo de sufrir este excelente cristiano la amputación de la pierna izquierda, generosa oblación que hizo lleno de resignación al Señor, mientras decía sonriéndose aquella su frase tan favorita: "El cuerpo no es nada".

En cambio era tan grande su amor y su devoción a Jesucristo Sacramentado, que, pocos días después, sin estar aún bien curado de su amputada pierna—mientras otros muchos, con pretextos o sin ellos, o quizá por cobardía y por humanos respetos se abstenían de hacerlo—, él se creía obligado a ir con una pierna de palo y sostenido además por un amigo, que le llevaba del brazo, en la procesión del Santísimo Sacramento, cómo lo hizo con la admiración de todos los buenos que en aquello veían tanto que imitar.

¡Qué buenos amigos ha tenido siempre el Señor Sacramentado!

E. J., Congr.

Correspondencia abierta

Un templado.

Hay aquí una Asociación de señores dirigida por un buenísimo diputado, que se dedica, entre otras cosas, a vender el "¡Adelante!" Tiene salones para los obreros católicos, etc.; se llama "Hermandad Alavesa".

Nosotros, los congregantes, en seguida nos apuntamos para venderlo; y el siguiente domingo fuimos a la Iglesia de San Pedro, donde vendimos 120 entre los dos. Aquí la venta del "¡Adelante!" se multiplica extraordinariamente, pues sólo los de la Hermandad vende 2.000 ejemplares. Primeramente no dejaban gritar por las calles, sólo ofrecerlo so pretexto de que se alborotaba en las calles; y ahora, al contrario, no dejan ofrecer, dejan gritar, porque los profesionales se quejaron de que vendían poco.

A pesar de eso, los vendedores de "Mundo Obrero", "La Bandera Roja", "La Traca", "El Crisol", etc., los anuncian con toda clase de gritos y añaden muchas cosas ajenas al título del periódico, cuando nosotros sólo podemos decir "¡Adelante!"; ni siquiera "semanario católico". Sin embargo, hemos tomado una pequeña venganza, pues desde las siete estamos ya gritando por todas las calles: "¡Adelante!", "¡Adelante!", "¡Adelante!"; tanto que todos volvimos roncos a casa.

Pero tanto grito, tanta carrera, calle arriba, tantas impertinencias que se oyen, tuvieron su premio: secretamente, la Hermandad Alavesa organizó una excursión al Santuario de Aranzazu, saliéndonos el viaje a poco menos de 0,50 pesetas, es decir regalado.

A las seis de la mañana oímos misa en San Miguel. Por todos los pueblos íbamos gritando desde el autobús: ¡Viva el "¡Adelante!", ¡Viva Cristo Rey!, ¡Viva el Cardenal Primado! (por cierto que uno de nosotros, muy entusiasmado, gritó: ¡Viva el Cardenal Cisneros!) ¡Viva Nuestro Prelado!, ¡Viva España Católica!, etc. Una vez en Aránzazu, empezamos, después de una visita a la Virgen, la ascensión del Aitzgori (1.400 metros), y de treinta que salimos, llegamos cuatro arriba, yo entre ellos. En Urbia, a mitad de camino, se quedaron los demás, donde comieron en el refugio de allí. Desde Aitzgori se veía toda una gran llanura donde aparecían los pueblos que habíamos dejado atrás. A la vuelta del monte, fuimos al Santuario, donde rezamos el Rosario, y vimos la Iglesia, que me gustó mucho. Hasta llegar a Vitoria continuaron los vivas, gritos, cantos, etc.; actualmente estamos planeando otra excursión al Gorbea, llegando hasta la Cruz.

A. G., Congr.



Núm. 219.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Octubre de 1931

Visita curiosa y aprovechada.

Hace ya algunos años, no sé cómo, fue invitado mi padre, por un conocido pintor de fama mundial, a visitar su estudio y su soberbio Museo particular.

Era en verano, en un pueblecito risueño de la costa guipuzcoana.

Yo iba acompañando a mi padre, satisfecho, pensando cómo había de contar a mis amigos la visita y el efecto maravilloso que me habían de producir aquellos cuadros de firmas tan notables. Era necesario fijarse bien y estar al tanto de los comentarios...

Era por la tarde, una tarde limpia y serena. Cuando nos acercamos a la magnífica posesión veraniega del gran artista, ya éste nos esperaba a la puerta, sonriente y afectuoso, como un buen amigo: alto y corpulento, de unos 40 años, coronada su cabeza con una gran calva sin disimulos, bien satinada, que quedó al aire libre al quitarse su amplia boina para saludarnos.

Cambiamos nuestras primeras impresiones, salieron también a nuestro encuentro su señora y sus hijos, merendamos en un rincón del jardín, junto a una fuente que parecía de juguete, y... fuimos por fin al Museo.

Era éste un pabellón especial, aunque comunicado con el "chalet" que habitaba la familia. El pintor observaba a mi padre, como queriendo sorprender sus primeras impresiones. Crugieron varias armaduras y se abrieron varias puertas. Estábamos ya en medio de aquella soberbia exposición de joyas artísticas.

Luz espléndida, decoración exquisita, buen gusto. Nos fuimos acercando y examinando los cuadros, uno por uno, detenidamente. Cada uno despertaba una historia curiosa en la imaginación del artista, que la contaba con una viva satisfacción al verse entendido por mi padre, gran aficionado a la pintura desde su juventud. Varios "Grecos" auténticos de inestimable valor; Goya, Zurbarán, Van Dyck, Rubens... y una buena serie de artistas modernos.

Con qué entusiasmo guardaba aquel hombre singular su tesoro artístico: sentía íntimamente su valor! ¿Qué sucedería, me preguntaba yo, si ahora viniese aquí un bárbaro y desgarrase a puñaladas uno de estos valiosos lienzos?... ¡No quiero ni pensarlo! En cambio, comete el hombre un pecado grave... ¡ha desgarrado bárbaramente la hermosura incomparable de su alma! ¡Y no lo siente! ¡Dios mío, no permitas que te ofenda jamás!

Y cuando al salir de aquel recinto se abrían y cerraban de nuevo las puertas y crugían las cerraduras, sentí pena al ver con qué poco cuidado e interés guardamos este gran tesoro de nuestra alma, nuestro verdadero y único tesoro; e hice un firme propósito de cerrar bien estas puertas de mis ojos y oídos, que si están descuidadas y siempre abiertas, ¡qué fácil es que por ellas se me entre mi ruina!

Quiero, sí, guardar bien y conservar para siempre mi gran tesoro, la hermosura eterna de mi alma!

A. M.ª M., Congr.

Ahora no... más adelante.

Hijo de padres muy cristianos y educado en un colegio de religiosos, había crecido Antonio como crecen los lirios en el campo. Su rostro agraciado y su sonrisa de ángel ponían de manifiesto la pureza de aquella alma, no manchada aún por culpa grave. Así creció y así vivió, hasta el día en que, niño aún, vistió por vez primera el tan soñado uniforme militar.

Lejos del cuidado de los suyos, rodeado por todas partes de peligros y asechanzas del demonio y arrastrado por el ejemplo de las malas compañías, manchó la blanca vestidura de su alma para ser en poco tiempo uno de tantos.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Así vivía cuando yo le conocí. La fe no estaba perdida, pero allá dormía en el fondo de su alma, sin fuerzas para echarle en cara su mal comportamiento. Las cartas de su madre y las palabras de un compañero suyo, oficial como él y que con él compartía la dura vida de campaña, traían alguna vez a su memoria el recuerdo de tiempos mejores, y parecía que, rompiendo con la ya inveterada costumbre, cambiaría de vida, arrancando de sí los malos hábitos. Pero no era así; su débil voluntad, acostumbrada a dejarse vencer, no tenía fuerzas para quedar vencedora en aquellas luchas que se levantaban en su alma. Ahora, no—decía—; más adelante. Cuando ascienda a capitán haré una buena confesión, me casaré y... borrón y cuenta nueva. Yo quiero ser persona decente, pero... más adelante..., cuando ascienda, cuando ascienda.

Ascendió, salió de Marruecos y marchó a España para poner en práctica—así decía él—sus buenos propósitos. Pero a los cuatro o cinco días, una operación militar, efectuada en el territorio africano, dejaba sin oficiales a una bandera del Tercio, y nuestro Antonio fué destinado otra vez con toda urgencia al ejército de operaciones.

Se incorpora a su bandera, toma el mando de una compañía en pleno campo de operaciones, sale a luchar con su gente y a los pocos momentos de combate cae en tierra para no levantarse más. Una bala enemiga, clavada en medio de la frente, había dejado sin vida en un instante al que se había prometido días felices de paz en un hogar por él fundado. El "más adelante" con que contaba no le fué concedido, y, sin haber puesto en práctica sus propósitos de enmienda y arrepentimiento, compareció ante el tribunal de Dios para escuchar la sentencia que habrá de durar eternamente.

Su cuerpo, envuelto en la bandera de la Patria y con los honores del héroe, fué guardado en artístico sepulcro. Su nombre figura entre los que dieron gloriosamente su vida por la Patria. Los hombres le honraron como valiente, pero ¿cómo lo habrá juzgado Dios? ¿Acaso juzga Dios del mismo modo que los hombres?

J. P. L., Congr.

Imitadores que nos ganan.

Hice el viaje aquí en una barca de vela, acompañado del Padre misionero de esta región. Es muy simpático y muy querido de cristianos y paganos. Tuvimos viento favorable hasta cerca del fin, en que vinimos a remo. Esto fué nuestra salvación, pues llegamos en cinco horas; casi una y media menos de lo que suelen emplear de ordinario. A mitad de camino, dos horas después de pasar nosotros, los labradores, desesperados por la inundación, que les acababa de destruir las cosechas, se lanzaron al asalto de las siete barcas que pasaron, desbalijándolas y llevándose cuanto encontraron útil. Como veis, Dios tiene providencia de sus misioneros!

La inundación era y es verdaderamente imponente. Por ambos lados, kilómetros y más kilómetros de agua en que sólo se ven las copas de los árboles y los tejados de las casas, y así los 50 kilómetros tierra adentro.

¡Qué bien nos vendrían este año unos miles o millones de pesetas para socorrer a tantos desgraciados que han quedado sin nada! Algunos, desesperados, se han arrojado al río; otros se han dado a robar y matar a los que tienen algo. Ya han cogido los soldados de aquí a más de 15, y a casi todos los han fusilado en seguida.

Llegados a Fanchang, me encuentro con una ciudad amurallada. Pero el riachuelo, desbordado, había llegado a las murallas y entraba por todas sus puertas, inundando casi todas las calles. Hubiéramos tenido que ir con el agua hasta la cintura a no ser por la amabilidad de unos estudiantes paganos, amigos del P. Misionero, que andaban divirtiéndose en un gran balde o cubo de madera; al vernos nos lo ofrecieron para que en él atravesásemos las calles inundadas, y ellos mismos, en traje de baño, lo empujaban.

Ya veis en qué góndolas nos paseamos los misioneros. Pero ¡qué bien nos prepara Dios todas las cosas!

Llegados a la pobre casita del misionero, visitamos la iglesia sin Amo por ausencia del misionero. Desde el día siguiente por la mañanita ya tenemos con nosotros a nuestro mejor amigo. Pronto fueron llegando los cristianos a saludar a los Padres y los niños de la vecindad cristianos y paganos, que son muy amigos del misionero; éstos ya se han hecho también amigos míos y apenas me dejan solo un momento. Ahora mismo los he tenido que despachar para poder continuar esta carta, pero me están esperando en el patio de la escuela para salir de paseo a cazar mariposas.

Sabed que también estos chicos comulgan todos los días, aun teniendo que venir con agua hasta las rodillas o más, o en esas góndolas de que os hablaba antes y que varios visitan entre día al Santísimo, unas veces conmigo, otras solos, a veces llevando consigo a algún pagano. Se confiesan conmigo una o varias veces por semana. Aquí ya confieso todos los días a grandes y pequeños. No es difícil, pues no hay que preguntarles nada.

Anteayer, acompañado de tres chicos, subí a un monte bastante alto. La vista era grandiosa: al pie, la ciudad con sus murallas, inundada en sus tres cuartas partes; a lo lejos, sólo sobresalían del agua las montañas, todo lo demás está inundado, y ya llevamos así quince días y el agua no tiene trazas de bajar. El mismo día de nuestra venida pudimos observar el rompimiento de varios diques con el ruido sordo del agua que se precipitaba por los campos; luego rompió o sobrepasó los que quedaban.

Así que son de temer para el invierno los horrores del hambre.

N. I., S. J.

¿Quiéres valer mucho?

Ramón y Vicente eran las dos figuras más salientes del colegio; y a pesar de ser dos polos opuestos, eran íntimos amigos. Ramón, alto, guapo, bien formado, de conducta intachable; siempre iba a la cabeza de todos por su buen comportamiento. Vicente llevaba en la mirada un no sé qué especial, que iba delatando un alma grande; pero con ser bueno, como lo era, nunca le dió por seguir la vida fervorosa de su amigo Ramón. El quería ser más bien el rey del balón y de la pelota; para formar equipos no tenía precio.

Es el 7 de Diciembre. De pronto se oye en el salón de estudio una palmada, todos levantan la cabeza, y el Padre, que está vigilando, dice: "Todos los que quieran confesarse pueden subir a la capilla". Había que obsequiar a la Virgen Inmaculada con una confesión fervorosa y con una comunión al día siguiente más fervorosa todavía.

Vicente, sin saber qué partido tomar, empieza a mirar a todas partes. Una idea luminosa, como suelen ser las suyas en semejantes ocasiones, le saca de su perplejidad. Tira de papel y escribe la siguiente esquela para su amigo Ramón, a quien consulta en semejantes apuros: "Telegrama: No sé qué hacer; espero tu consejo. Vicente". Y aprovechando el barullo de los que se levantan, la transmite sin dificultad mayor a su destinatario. Este coge al vuelo todo el alcance de la consulta, y responde sin pérdida de tiempo: "Telegrama: Haz lo que no te guste. Ramón".

Vicente lee asombrado la respuesta de su consejero y se dice apretando los labios: pues lo que me fastidia es ir ahora a la capilla, cuando estaba pensando ir al patio a dar patadas al balón; pero amigo... y, sin más, se levanta y marcha a la capilla.

A la media hora baja Vicente de la capilla más contento que nunca. Se ha confesado y ha hecho propósito de hacer aquel día todo lo que no le guste, conforme al consejo de Ramón. Salieron a recreo, y Vicente juega con el entusiasmo de siempre, pero sin enfadarse con sus compañeros, y, terminado el partido, charla con varios con quienes hacía tiempo que no hablaba, porque no le gustaban.

Cuando se acuesta aquella noche no sabe lo que le pasa; siente un placer inusitado, distinto del gozo que experimentaba los días que había triunfado en el balón.

Terminado felizmente aquel curso, hizo Vicente Ejercicios espirituales, y el último día le dijo al P. Director que estaba decidido a entrar en la Compañía. El Padre le probó mucho, aunque le constase que era todo un carácter.

Entró en el noviciado y después de no pocos años, cuando Vicente terminaba sus estudios de Filosofía en la Compañía, se presentó al P. Provincial y le suplicó con toda su alma le mandase a las misiones de infieles, y apoyó su decisión en una razón que conmovió al superior.

"Mire, Padre, decía, a mí me gustaría más quedarme en España, ser un brillante profesor, escribir libros que llamasen la atención; pero, y aunque no me gusta, por hacer la voluntad de Dios me ofrezco a ser misionero".

Hace poco leí en una revista la noticia de la muerte de este heroico misionero. Murió lo mismo que San Francisco Javier, solo, pero feliz, porque había sido fiel a aquella voz que le decía: "HAZ LO QUE NO TE GUSTA".

Así Dios Nuestro Señor premia con gracias abundantísimas los sacrificios que se hacen, aunque sean pequeños.

G. S. C., Congr.

¡En qué pararía aquel hijo!

El día pasado, casi al amanecer, subía la cuesta de Miraflores, de vuelta a Bilbao. Al llegar a un rótulo triangular que avisa a los automovilistas la proximidad de las escuelas, vi a un anciano que, todo agachado, iba también cuesta arriba empujando un carrito pintado de verde, lleno de parches y remiendos de madera. En cada bache daba un tropezón, y los caramelos, chupetes, higos y pastelillos que viajaban en los departamentos del carrito bailaban continuamente.

Iba mirándole casi distraído, cuando una rotura del asfalto hizo dar un brinco al desvencijado armatroste, que a poco más se desencuaderna y da con el viejecito en tierra. Como entonces precisamente pasaba junto a él, le dije:

—¡Caramba! Ya puede usted dar gracias a Dios que no le ha pasado nada.

—Así es—me respondió—; ya ve usted, con setenta y dos años no se pueden hacer muchos volatines; ya las fuerzas se le van a uno.

—¡Pobre señor! Con setenta y dos años tener que estar trabajando. ¿No tiene usted familia?

—Un hijo tengo: ¡que no le hubiera conocido! El me trajo aquí. Yo he trabajado toda la vida en Gallarta; el hijo me trajo, pero a los ocho meses me pegó y me echó de casa. Y aquí tengo que ganarme la vida con esto.

Como no quería ahondar mucho en aquellas miserias que me inspiraban compasión, salté a otra cosa y le pregunté:

—Bueno, y... ¿ha vendido mucho?

—Algo ha sido, pero no gran cosa. Además, vea usted: para ganar diez céntimos tengo que vender diez pasteles de éstos. Y me mostraba una docena o docena y media de ellos que tenía en una caja.

Casi se me saltaron las lágrimas. Por muchos que le compraran no ganaría aquel pobre ancianito ni una peseta al día.

Saqué del bolsillo la peseta que me quedaba y se la dí: Hágase cuenta que ha vendido unos cuantos pasteles más—le dije.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Me miró agradecido: Que Dios se lo pague con mucho cielo.

Lo único que sentía en aquel momento era no tener 25 pesetas. ¡Cuánto no hubiera gozado diciéndole: Alégrese, abuelito; esta noche va a haber buena cena y buen trago de vino, y aún le sobrará para unos días!

Sentía no ser mayor y tener dinero, para poder hacer dichosos a algunos pobrecitos.

Como iba haciéndose tarde, alargué el paso y dejé atrás al carrito, que seguía tropezando en cada bache, bailando continuamente los chupetes y pastelillos.

Cuando quedé solo, pensé en aquel desgraciado hijo que así abandonó a su pobre padre. ¿Qué habrá sido de él? En esta vida castiga Dios esos pecados. ¡Desgraciado!

M. A., Congr.

Pintor y charlatán

Cuéntase de un pintor no muy honrado, que, presentando en la feria varios cuadros de aspecto atractivo, los pregonaba a voces de esta manera:

—Llegaos a mirar aquí al más gallardo príncipe que por el mundo ha pasado. Aquí está el más eximio de los guerreros. Aquí tenéis representado aquel triunfo que glorificó al emperador. Contemplad en este otro lienzo el más pintoresco país de la tierra: aquí una ciudad rica en placeres; más allá el campo; más allá la playa y el mar...

Vendía el charlatán sus cuadros, pagábanle en buenas monedas y con ellas alimentaba su hambre de gustos y diversiones.

Mas harto cuidado tenía de levantar pronto el campamento, pues si permanecía en una misma población varios días, pudiera ocurrir que sus compradores engañados, le pidieran cuentas, al ver que los colores palidecían o se borraban, cuando el sol daba sobre ellos tres días seguidos.

Hete aquí que nuestro artista bohemio se encontró con un amigo de antaño, que le quería de veras, y le preguntó, después de abrazarle:

—¿Y qué es de tu vida?

—Pues mira: con unas pinturas especiales compongo cuadros de mucha apariencia, con los que gano para gozar en grande de la vida. Si luego los cuadros se reducen a un trapo sucio, ¿a mí qué?

—¿Y qué pinturas son esas?

—Unas que sirven a maravilla para simular mantos reales y coronas, caras lindas, cielos brillantes, campos y riquezas... Pongo sobre todo ello unas sombras, con las que lo hago parecer verdadero y durable, y... ¡a disfrutar!

—Pues mira, tú disfrutas de cosas semejantes a las que pintas, o sea de dinero, honras y placeres, ¿no es cierto?

—Eso es.

—Y ¿no te has parado a pensar que todo eso es también como pintura, que se borra con el sol, el sol del día de la muerte; y que el demonio te pone por encima unas sombras, cuando te insinúa que eso de morir está muy lejos? Pues mira, se irán las sombras, se esfumarán las pinturas y de todos tus pasatiempos te quedará entre las manos un trapo manchado, que sólo valdrá para arrojarlo al fuego.

—¿Sabes, amigo—dijo el pintor un tanto preocupado—que acaso sea eso verdad? Nadie me ha hablado hasta ahora como tú.

—Piénsalo despacio, querido, que cuando la muerte encuentre manchado el cuadro de tu vida, no te dejará tiempo para retocarlo.

—Es cierto, pero... Decía el artista; y bajando la cabeza, quedó silencioso. Al levantar la mirada, vió sus engañadoras imágenes; ofuscado por lo que representaban, no quiso mirar a la verdad de su alma; y despidiéndose rápidamente de su amigo, volvió a gritar para vender:

—¡Mirad aquí al caballero más bizarro! ¡Al rey más feliz!

—Y al pintor más desgraciado, dijo su amigo, por lo bajo, alejándose con pena...

M. A., Congr.

La pobreza en la riqueza

Un periódico americano tuvo la humorada de enviar un investigador a los personajes más opulentos de su país para estudiar las ventajas de su riqueza.

M. Pullman declaró que para considerarse rico se debía poseer, cuando menos, diez millones de duros; pero que tal posesión no elimina las inquietudes y disgustos anejos a la vida.

M. Mackay, dueño de la mina de oro de California, "Bonanza", se sorprendió mucho de que pudiera creerse que la felicidad tiene algo que ver con la riqueza. Era bastante feliz; pero bastante menos desde que era rico.

M. Rochefeller, llamado el Rey del Petróleo, a quien se suponían unos 160 millones de duros, decía que las riquezas avivan la sed de poseer y que amarga todos los placeres el pensamiento incesante de aumentar y consolidar la fortuna y el temor de perderla.

Y por más testimonios que pongamos, los hombres seguirán siendo ambiciosos.

¡Pobres ricos y pobres pobres!

J. A., Congr.



Núm. 220.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Noviembre de 1931

¡Estos son valientes!

Volvía una tarde el Padre Julio después de haber visitado a un enfermo de una aldea lejana, cuando a las puertas de su casa se encontró con una mujer, madre de dos chiquitines, Bernardo y Bernardino.

"Ya sabéis, Padre, cuán honrada me sentía hace dos años de poder mandar al colegio a mis dos hijos. Me dieron esperanzas de que se les recibiría gratis; sin embargo, como el colegio no es muy rico, se me pidió que contribuyese a sus gastos con una peseta por cada uno al mes. Con gran pena mía me vi obligada a retirar a mis dos hijos del colegio.

¿Dónde los iba yo a mandar?

Me fué necesario enviarles a una escuela oficial gratuita. Escogí la de Ambobina, menos numerosa que las otras, y muy cercana a la iglesia del Sagrado Corazón.

No he tenido que arrepentirme de ello, por lo menos hasta ahora, porque mis dos hijos se han convertido en fervientes apóstoles en la misma escuela laica.

Por la mañana oyen misa y muchos días comulgan. Fortalecidos con la comunión, van a la escuela, y como a veces llegan un poco tarde, el maestro enfadado les grita: "¿Cómo habéis llegado tan tarde? ¿De dónde venís?"

Y Bernardo, sin respeto humano, responde delante de toda la escuela: "Venimos de haber oído misa y de haber comulgado."

"¡La Misa! ¡La Comunión! ¿Qué vais a hacer en la misa?"

—Vamos a rogar a Dios.

—Sí, a Dios, a Dios! Desde luego, sino hay Dios.

—Sí—responde Bernardo—, hay un Dios, y bien lo veréis cuando estéis en el infierno.

Bernardino y algunos compañeros gritan a coro a los oídos del maestro:

—Sí, hay un Dios.

—¡Bien está, basta, callaos!—clama el maestro.

Si por casualidad tiene éste la desgracia de dejar escapar de sus labios sandeces semejantes, Bernardo, Bernardino y sus amigos protestan con la misma energía, tanto que el maestro ha tomado el partido de callarse.

Mas hay aún otra cosa mejor: con sus libros de clase nunca dejan de llevar mis hijos su catecismo y su libro de misa; como las clases oficiales no se tienen más que por la mañana y descansan los niños con un buen rato de recreo en la mitad del tiempo, Bernardo toma su catecismo, va a sentarse en la parte alta del patio y convoca a sus compañeros. Ellos corren y se agrupan en su derredor; algunas veces en número hasta de 50 y a las propias barbas del maestro, mi hijo les enseña el catecismo y las oraciones.

Yo estoy alegre y ufana de mis hijos y me parece que Dios ha permitido que yo no pueda mantenerles en el colegio, a fin de que sean ya, de pequeños, apóstoles en esas tristes escuelas sin Dios.

¿No será gran dicha para nuestras madres el día del juicio al ver que hemos sido apóstoles en enseñar buenas costumbres a nuestros amigos, en estos tiempos, cuando el demonio tiene tantos apóstoles para enseñar el mal?

A. E., Congr.

¿Con quién me quedo?

En medio medio de Madrid, ocupaban la misma pieza un valiente cordobés y un porteño, mitad ruso, mitad judío.

El cordobés es católico que aprecia su religión como el mayor honor, y que cuando pasa delante de una iglesia siente orgullo noble de descubrir su cabeza ante el Jefe que queda allí oculto.

El porteño se cree con espíritu más libre, porque no es capaz de acometer ninguno de los actos de valentía que nota en el cordobés.

Una noche, estando el porteño ya en el cuarto, llega el cordobés, y después de dar las buenas noches a su compañero, busca en el ropero un librito negro, pone en la silla

Universidad de Deusto
Biblioteca

un pequeño crucifijo y se arrodilla; hace el examen para la confesión del día siguiente. El porteño celebra con una risita el acto de su vecino y le pregunta qué hace; a lo que el cordobés, tranquilamente, responde: "Espere un momento; no me interrumpa, porque estoy ocupado".

Esta seca frase y sobre todo la expresión del rostro contiene al valiente y deja al católico proseguir su examen en silencio durante diez minutos, al cabo de los cuales, santiguándose muy pausadamente, se levanta y se dirige al compañero: "Ya estoy desocupado; ¿qué deseaba?".

Y con burlona sonrisita le pregunta el porteño: "¿Se va a confesar?".

"Tengo dos respuestas para usted: la primera es que sí: mañana me voy a confesar, como lo hago con frecuencia; y la segunda es que ¿a usted qué le importa?". Marcando con tal energía las últimas palabras y con tanta determinación, que el otro amaina velas y le parece mejor no seguir, porque, quién sabe si el cordobés tiene uñas.

Y en otra ocasión, a otro que al entrar en su cuarto se rió de que encima de la mesilla de noche tuviera un crucifijo y una imagen de la Virgen, le responde terminantemente: "Mire, si quiere francamente seguir con mi amistad, haga el favor de no reirse de nada de lo que vea en mi cuarto, sobre todo de lo que ve sobre esa mesa: ahí, junto al retrato de mi madre, está la imagen de Cristo y de la Virgen: a nadie consiento por mi vida que los nombre con desprecio.

¿Por qué no vas a imitar a este valiente? De los cobardes todos se ríen.

J. G., Congr.

¡Bonito recurso!

Corría el último mes de curso en el Instituto.

¡Carape y que si era duro el trance para Francisquillo!; como no había abusado del estudio, no tenía más remedio que acogerse a su ingenio, que no era poco. Pero no había que temer; lo tenía fino, y en otras tan gordas como ésta ya se había visto.

Por otra parte, era el idolillo de los estudiantes. Tú le oirías cacarear y dirías que era un gallo, mayar y dirías que un gato, y aunque no hubiese un perro por allí, diríais que lo había oyendo lo bien que lo imitaba Francisquillo. Y no era esto sólo, sino que hizo pasar más de cuatro sustos a muchos estudiantes, cuando formando corrillo estaban hablando de un tercero y aparecía Francisquillo por una esquina imitando su voz.

No cabía duda que éste iba a ser su recurso en los exámenes.

Cuando se celebraban fué llamado. No ocultaba su miedo, porque no podía. Tras un tímido "servidor de usted", se presentó al tribunal. Bajo la silla donde estaba sentado, se veían unas diminutas piernecillas que vibraban rápidamente, y es que el miedo se le escapaba por las piernas. Le indicaron una lección y empezó a decir lo que de ella sabía. ¿Con su voz? Ya, ya... Con la del hijo del profesor, que a la sazón era condiscípulo suyo aquel año.

Tú verías al profesor cambiar de aspecto inconscientemente, ayudarle de continuo, animarle a que tuviese calma en todo, como si examinase a su propio hijo. Sencillamente que aprobó, y es que el ingenio de Francisquillo lo merecía.

Me parece que a ti y a mí ya nos interesa **"engañar"** a Dios Nuestro Señor. Oye, y ¿qué te parece emplcando la voz de su Santísimo Hijo Jesucristo?—Exito seguro—. Pues a rezar el Padrenuestro, que es la voz de Jesús, y a rezarlo como El lo rezaría a su Eterno Padre.

P. T., Congr.

¡Cuánto vale una madre!

Imagínate en tiempos de la República Romana al Senado de Roma, lleno de senadores vestidos con amplias togas que se atan por los hombros, ceñidos con espada, calzados con sandalias y con la cabeza descubierta. Se sientan en lujosos sillones de mármol y esperan la venida de los cónsules, la autoridad primera de Roma.

Los verías llegar a los dos, vestidos con brillantes togas de púrpura, rodeados de una corte de doce lictores que llevan las varas consulares. Los senadores todos se levantaban en señal de respeto, y aquéllos, después de corresponder con una inclinación de cabeza, se sientan en los sillones presidenciales tallados en marfil.

La cuestión que se discute es movida. Se trata de los derechos de los plebeyos, que, acosados por los patricios, mantenían con ellos frecuentes luchas sociales. El Senado Romano, compuesto de patricios, les concedía sus derechos con cuentagotas; pero ahora, merced a las reiteradas instancias de los tribunos, representantes del pueblo en el Senado Romano, no tiene otro remedio que ceder, y más aún, consiguieron el destierro de Cayo Marcio, el que más dificultades había puesto para la concesión.

Era este joven noble muy valiente; se había distinguido en la toma de la ciudad de Corioles; desde entonces le llamaban Coriolano. Roma le tenía como uno de sus preciados tesoros. Pero al mismo tiempo que noble, como romano, era de corazón altivo, no le gustaba verse despreciado. Así que, viéndose obligado a abandonar a Roma por la fuerza, concibió una idea que jamás debió adoptar, y era la de pedir un ejército a uno de los pueblos enemigos de Roma y dirigirse contra su patria. Y así lo hizo.

En efecto; eran los volscos sumamente aguerridos, enemigos de Roma hasta la muerte, que buscaban ocasión para declararle la guerra. La acogida que hicieron a Coriolano fué cordialísima.

Marchaba éste al mando de un poderoso grueso de volscos armados de lanzas y escudos, arcos y flechas. Iban a la conquista de Roma; y, si Roma quería mucho a Coriolano como amigo, como enemigo le temía de veras. Al recordar el ardor con que ascendía por los muros de Corioles, sentía verdadero pánico.

Los romanos, que no temblaban ante el ejército de un extranjero, temblaban ante el ejército mandado por Cayo Marcio. Los senadores, nerviosos, no sabían qué hacer. Mandan una Comisión para disuadirle de su intento y no consigue fruto. Envían a los pontífices flámines y augures, revestidos de sus ornamentos sagrados, y, aunque respetuoso con ellos, no consiguieron la paz.

Les ocurre un último recurso:

Las matronas romanas, acompañadas de Valeria, su esposa; Veturia, su madre, y sus tiernos hijos, se presentan llorando ante el terrible caudillo. Entonces Coriolano, sosteniendo feroz lucha consigo mismo, le dice: "Has vencido, madre, y a mí me has echado a perder". Coriolano, al devolver a los volscos su ejército, murió en sus manos; pero Roma se salvó por el poder de una madre.

Las madres son omnipotentes. Así es, que deduce lo que será la Virgen para nosotros: omnipotente también. Yo añadiría una letanía a las del Rosario:

¡Virgen, Madre mía!
Pide lo que quieras.

Porque, ¿quién se atreve a negárselo? Menos su Hijo con ser Dios, bondad infinita.

P. T., Congr.

Sin que nadie lo sepa...

No hace mucho que en Valencia, en una de esas rifas que se celebran en los asilos, fué agraciado un pobre ciego con un corpulento animalito de los que llevan la vista baja.

Los hijos del ciego se habían ido casando y fundando sus nidos propios; por eso el anciano quedaba solo con su mujer, que cuidaba de él y le servía de ojos, de manos y de consuelo.

—¡Micaela!—decíale él, en cuanto supo que tenía en sus manos el nutritivo animal con todo lo que lleva aprovechable desde el rabo hasta el hocico—; Micaela, ¿nos lo podremos comer entre tú y yo?

—¡Quita de ahí, Mateo!—respondió ella contentísima—. No quiero que nos saquen al día siguiente de casa con los pies palante, de resultas del atracón.

—Pues, chica—le dijo él, aunque ella pasaba de los sesenta—, opinas como yo. Y además te diré una cosa que seguramente también se te ocurre a ti: y es que, aunque lo vendamos, no hemos de ser ni más pobres, ni más ricos.

—Bien dicho.

—Pues ¿sabes lo que pienso? Que se lo podíamos mandar así, todo enterito, a los leprosos de Fontilles, pa que vean que hay quien se acuerda de ellos, probecitos de Dios.

—¡Hombre con este Mateo!—exclamó Micaela no del todo convencida—. ¿Y por qué ha de ser todo entero y a Fontilles?

—Pues, mira: ciego y todo, yo vivo en mi casa, y te tengo a ti, que me cuidas tan bien, y a mis hijos, que me traen de cuando en vez los nietos pa que les bese...; pero aquellos infelices... ¡na, Micaela! ¡Ni un beso pueden dar a sus hijos que vayan a verles!

Micaela quedó tan convencida que saltaron a sus ojos dos lagrimones de compasión hacia aquellos desgraciados.

—¡Y por primera vez en su vida se alegró de que su esposo fuera ciego, para que no los pudiera ver!

Pero el ángel de la guarda vió aquellos lagrimones de Micaela, vió el corazonazo de Mateo, sonrió, y sin que nadie del mundo se enterara, apuntó en su libro con letras de oro aquella obra de verdadera caridad...

M. S., Congr.

Nunca seas Caín

Pues es el caso que el Capitán don Diego de Orguz, un día que para él amaneció con mala estrella, huía de los indios, que le perseguían lanzando horribles alaridos, gesticulando como demonios y agitando al aire los unos sus tremebundas macanas o quebrantacráneos y los otros sus flechas envenenadas.

Era en la isla de Cuba, en la estación canicular.

Don Diego, desarmado, vencido, roto, habíase internado entre unos manglares, creyendo poderse ocultar entre ellos...

—¡Tal vez aquí no me verán y pasarán de largo esas furias!—; así exclamaba el fugitivo, volviendo a la vez los ojos hacia atrás, donde sus compañeros quedaban muertos, pues los pocos que escaparon con vida tuvieron que huir por donde Dios les dió a entender: entre ellos su hermano...

—¿Qué habrá sido de él?—. Apenas se hizo esta pregunta nuestro buen capitán, cuando lanzó un grito, se tambaleó, asióse de una rama que se dobló a su peso y al momento empezóse a hundir...

Había pisado en uno de los tremendales de la isla, cuya superficie, cubierta de verdín, disimula el lodo blando y pegajoso que guarda en su seno, con la muerte dentro de él, para los infelices viajeros que se acerquen allí.

—¡Dios me valga!—gritó el cristiano viejo—; y sin soltar la débil caña volvía los ojos espantados a su alrededor, buscando un socorro que no se atrevía a esperar en aquellos lugares, o temiendo tal vez que de un momento a otro aparecieran sus fieros perseguidores, cuya griteria no cesaba...

De pronto—¡gloria a Dios!—no los indios, sino su mismo hermano vió el Capitán

que venía, y galopando además veloz en un buen caballo...

¡Martín, hermano mío, ayúdame!—gritó el caído.

Martín se acercó, y aunque la pluma se resiste a describir aquella escena, debe dar testimonio de la verdad.

Martín, pues, díjole estas textuales palabras:

—Perdonad, hermano, que el trance no consiente sino que cada cual mire por sí—; y después, suponiendo que moría sin remedio, le quitó la gorra para reclamar él la herencia paterna por falta del hermano mayor...

* * *

Y viene la segunda parte, que es más breve, pero también más justa que la primera:

Los indios pasaron de largo por el pantano aquel: el capitán fué después recogido y salvado; en cambio, Martín fué alcanzado por una flecha ¡y murió entre ardores insoportables, causados por el veneno escondido mañosamente en su punta endurecida a fuego lento!

En sus convulsiones agónicas, apretaba con las uñas aquella gorra que sólo le servía como testigo implacable de su maldita ambición...

¡Ya desde los principios del mundo Dios castiga severamente a los Caínes!

M. A. R., Congr.

Contrastes de la vida

Era una de esas preciosas mañanas de junio en que lo apacible del tiempo y lo pintoresco de la naturaleza llenan de paz y alegría al corazón cuando no hay remordimientos de conciencia.

No de otra suerte latía mi corazón, niño aún de doce años, al dirigirme aquel día presuroso a la iglesia para oír la santa misa y comulgar, como tenía de costumbre hacerlo diariamente.

Mas, ¡oh dolor!, aún no había andado unos 200 pasos desde que dejé el portal de mi casa, cuando me encuentro con un espectáculo que no pude contemplarlo sin derramar algunas lágrimas.

Un pobre hombre desarrapado, de rostro amoratado por el vino, maltrataba a su esposa, que le reconvenía para que se retirase a su casa.

Un niño de pocos meses traía en el brazo aquella mujer, y no pocos golpes escapados iban a caer sobre el cuerpecito de la infeliz criatura, cuyas lágrimas y sollozos no eran bastante para mover a piedad a su desdichado padre, al paso que arrancaba lágrimas de dolor a todos los circunstantes.

Otra niña de cuatro años se agarraba fuertemente a las faldas de su madre, como comprendiendo que allí estaba su refugio.

Este era uno de tantos casos en que el alcohol, obrando sobre el vicioso, le hace perder el juicio y endurece el corazón de tal manera que se atropella lo más sagrado y delicado, cual es la paz de la familia.

La pena que recibí entonces fué muy grande, pero asimismo fué motivo para que en la comunión de aquel día, al tener a Jesús en mi pecho, me llenase de confusión y agradecimiento, porque yo podía haber sido uno de aquellos pobres niños y, sin embargo, por su inefable Providencia tengo padres que no los merezco.

R. A., Congr.

Echale por la ventana

Preguntaban un día a un santo anciano, tan pacífico, que aunque le llenaran de injurias y le echaran piedras, no se impacientaba nunca:

—Explicadnos, ¿cómo es eso, que os vemos siempre manso como un cordero y sereno como el cielo azul?

—¡Ah!—contestó el buen anciano—, es que hasta hace algún tiempo éramos dos; trabamos pelea... y conseguí echar al otro por la ventana; y he quedado solo en mi casa.

También vosotros, amigos míos, necesitáis echar al hombre iracundo, envidioso, soberbio, por la ventana; es decir, venceros cuando os viene algún pensamiento de vanidad, de envidia o de venganza; de modo que, aunque os cueste humillaros, pedís perdón, habláis siempre bien de los demás, y así en otros casos. Y será tanta la paz de que disfrutaréis, cuando ya no sintáis en vuestro corazón aquellas explosiones de ira, envidia o soberbia que sentíais, que os parecerá que sois otro, que no tenéis ya enemigo, que lo habéis echado de casa.

¿Para qué vas a perder la paz de tu alma? Todo el oro del mundo no vale lo que vale una onza de paz.

E. C., Congr.



Núm. 221.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Diciembre de 1931

Como éste seré yo

Fué un día caluroso de verano cuando, al pasar por la plazoleta, vi unos niños, algo crecidos, que jugaban a la pelota en el pórtico de la iglesia. Uno de ellos me llamó la atención por el entusiasmo que ponía en el juego, y no pude menos de exclamar: —¡Qué feliz es!

Según estaba distraído contemplándoles cómo jugaban, empezó a sonar la campana de la iglesia dando las siete, seguido de una llamada que advertía a los fieles que iba a empezar el rezo del Santo Rosario.

En esto vi que el niño, que me había llamado la atención, para de jugar y dice a sus amiguitos:

—¡Bueno! ¡adiós! seguir vosotros jugando.

—¿A dónde vas?—le pregunta uno.

A lo cual le respondió Fernando, que así se llamaba: —A rezar el Rosario a la Santísima Virgen.

—Anda, le replica otro, ¿y por eso vas a dejar de jugar?

—¡Sí! le contesta Fernandito, que, a pesar de ser niño, tenía tan templada voluntad que para sí la quisieran muchos hombres. Y sin hacer caso de las burlas que pudieran sobrevenirle de sus compañeritos, empezó a andar con dirección al templo.

Dijo entonces uno de aquellos: —¡Qué beaturrón es ese!—. Otro lo celebra con una sonrisa muy picaresca.

Mientras, nuestro hombrecito, que ya se había distanciado algo, se vuelve y dice:

—¡Qué! ¿No viene ninguno?

Los otros, que no esperaban tal cosa, se miran los unos a los otros como asustados, hasta que por fin dice uno: —Espera, Fernando, que yo te acompaño.—Y yo, dice otro a la vez—. Y echan a correr hacia donde él estaba.

Sólo queda uno que no les acompaña; es el que acababa de mofarse de él, llamándole beaturrón.

Al verle Fernando que estaba vacilando, va y le dice: —Vamos, Ramón, ven tú también con nosotros.

Ante aquella invitación tan noble, no sabe qué oponer, y dice, moviendo la cabeza: —Bueno, yo también voy.

Unos momentos les seguí con la mirada hasta que desapareció el último detrás de las grandes puertas de la iglesia.

Dos conclusiones me vinieron a la mente: Cómo por haber vencido aquel niño los respetos humanos, quedó ensalzado delante de sus compañeros, y sobre todo, delante de la Santísima Virgen; y el bien tan grande que se puede hacer con animar a otros con el ejemplo, v. g., para hacer una visita al Santísimo, para ofrecerse a ser catequista, para visitar a los pobres y darles una limosna, etcétera, etc.

¿Y por qué muchas veces no lo hacemos? —Pues, por miedo a un burlita de algún tonto, más cobarde que yo.

L. G., Congr.

Como este otro, no

Pablo estudiaba conmigo en el colegio y era muy bueno y aplicado; obtenía siempre los mejores puestos; era con todo algo tímido para confesar su fe cuando hablaba con otros jóvenes no tan buenos como él.

Tuvimos que salir del colegio por haber acabado los estudios que allí se daban, e ingresamos en una escuela oficial. Pablo, desde los primeros días, se alejó de nuestra compañía y fué a juntarse con otros que no tuvieron educación religiosa. En sus corrillos hablaban de cosas pecaminosas, y Pablo, aunque las oía con disgusto, ni se atrevía a mandarles callar, ni quería separarse de su compañía.

Así pasaban los días y pasó un mes, y Pablo ya no sólo no oía con disgusto aquellas conversaciones, sino que coreaba las risas de sus compañeros.

Como Pablo pertenecía a una familia muy rica y solía tener dinero, tenía muchos ami-

Universidad de Deusto
Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

le invitaban al teatro y al cine, y también a bailes y a otras diversiones menos honestas; y, claro está, siempre era Pablo el que pagaba todo.

Como el pecado de impureza no entra solo en el alma, le gustaba ya la bebida y el juego, que acabaron por trastornarle por completo su organismo.

En clase ya no era de los primeros, ni mucho menos; nunca sabía las lecciones y se pasaba el tiempo leyendo las novelas más inmorales.

Con esta vida, es natural que olvidara todo lo que sabía de bueno y aprendiera todo lo malo; de manera que tanto se había ya hundido en el fango, que le era muy difícil salir de él.

Naturalmente, perdió la salud del cuerpo y enfermó de muerte.

Sus padres llamaron al que fué antes su confesor; pero Pablo no tenía ganas de confesarse, mejor dicho, no tenía valor.

Llegó el Padre, y Pablo le dijo que era inútil, que no conseguiría nada.

El Padre trató de ayudarle y convencerle para que hiciese una buena confesión, pero él contestó: —No puedo, Padre: ¿no lo ve usted?

El Padre sentía en el alma ver aquella oveja, que él había guiado desde los 8 a los 15 años, ahora tan descarriada y a punto de caer en el infierno; pidió luz a Dios, y con el mayor amor que pudo reflejar en sus ojos, le miró y le dijo: "Repíteme que no puedes", y le enseñó una imagen de la Santísima Virgen. Mucho trabajo le costó al Padre, pero al fin consiguió que el joven se arrepintiera, hiciera una buena confesión y recibiera el Viático. Murió poco después tranquilamente.

Para que a nosotros no nos ocurra lo mismo, aprendamos desde ahora a ser valientes, a dar la cara por Cristo, aunque nos cuesten sonrisitas o bofetadas. Quien más nos animará es el buen confesor. ¡Cuánto más caro le costó á éste y a todos los jóvenes su cobardía!

F. X. S., Congr.

El mundo por un agujero

Era Antón simpático muchacho, alegre, juguetón, siempre risueño: vivía en una de las próximas aldeas de Bilbao.

Pasados los primeros años de su infancia, fué a la escuela, donde, desde pequeño, se distinguió más que por su talento, por la constancia en el cumplimiento de su deber.

A los 14 años entró de pinche en una oficina importante de Bilbao, cuyo negocio alcanzó rápidamente gran preponderancia.

¡Con qué alegría le entregó a su madre las primeras pesetas que ganó, gracias a su trabajo!

Y ésta, a su vez, ¡qué consuelo más grande experimentó al ver que su hijo le prestaba ya algún recurso material, pues apenas si le bastaba el sueldo de su marido para cubrir las más apremiantes necesidades de sus cuatro pequeñuelos!...

A fuerza de trabajo, fué poco a poco ganándose el afecto de sus superiores, y 20 años después, ocupaba uno de los cargos de más confianza. Aun entonces, a pesar de tener un sueldo respetable, vivía; y sobre todo vestía, tan humildemente como antes.

Como el negocio iba viento en popa, pensaron establecer una Sucursal en Londres. Nadie tan bien como Antón podía ponerse al frente de ella, ya por su profundo conocimiento del negocio, como por la gran confianza que a todos inspiraba. Y como se pensó se hizo.

Pasaron varios años, durante los cuales Antón remediaba las necesidades de su familia, enviando sumas considerables, pues gracias a su honradez y asiduo trabajo, logró obtener una posición desahogada.

Grandes eran los elogios que de él hacían cuantos le trataban; sus parientes se consideraban honrados cuando recibían alguna carta suya, pues se lo figuraban como un poderoso magnate.

Un día, su madre empezó a hacer correr la noticia de que su hijo, su Antón, vendría a verles dentro de poco y pasaría un mes en su compañía.

No se hizo esperar mucho, pues en menos de quince días se presentó en su casa, llenándola de grandísima alegría.

Grande fué el desengaño que recibió Antón de los mismos que tanto le adulaban por carta; ahora le daban la espalda y procuraban escaparse de él, limitándose a saludarle casi como a un desconocido.

Y ¿cuál era la razón? ¿Por qué aquellos que tenían a gala ser sus amigos, ahora procuraban deshacerse de él? Pues, sencillamente, porque nuestro Antón nos vino, sin dar ninguna muestra de lo que era, humildemente vestido.

Terminados aquellos felices días de vacaciones, se despidió de los suyos, prometiéndoles otra visita el año siguiente.

Han pasado ya 20 años desde que fué a Londres, y en tanto tiempo no había pasado ni una vez las fiestas de Navidad junto a sus padres y hermanos y sentía vehementes deseos de pasarlas aquel año; quería recordar aquellas escenas de su niñez y de su juventud. ¡Qué días más hermosos pasó cuando era joven! No se le borraba, no se le podía borrar de su imaginación aquella alegría que reinaba en todo el pueblo en estos días. En todas las casas, por pobres que fueran, se hacía algo especial para conmemorar el Nacimiento del Niño-Dios, y si se le preguntaba a toda la gente el por qué de su alegría, todos, niños y viejos, respondían: "Porque hoy es Noche Buena". Pues, bien, todas estas emociones las recordaba con fruición y quería volverlas a experimentar.

El día 24 de Diciembre de aquel año, a primera hora de la mañana, llegaba nuestro Antón a su casa natal, donde le esperaban con los brazos abiertos su madre y su padre, juntamente con sus hermanos. Pero esta vez, proponiéndose dar una lección a todos sus vecinos, no nos vino como antes; vino tan elegantemente vestido como pudiera vestir el caballero más acomodado. Y ¡cómo cambia el mundo! Aquellos que años antes le despreciaron, ahora se desviven por agasajarle, haciéndole mil pamplinas, queriendo todos llevarle a comer a su casa, etc., etc. Las primeras personalidades del pueblo mandaron preparar en el mejor hotel de Bilbao un gran banquete, al que asistiría, por lo menos, un representante de todas las familias de la aldea en que vivían.

En cuanto empezaron a comer: "Sabed, les dijo, me está ocurriendo una idea peregrina, pero que tiene su fundamento: quisiera que este mi traje pudiese comer; porque más que en mí os habéis fijado en el traje que llevo; hace pocos años, yo era el mismo que soy este año, y entonces apenas me saludásteis".

Este, como veis, conocía el mundo, en el que todo es falsedad.

G. S., Congr.

¡Verdad que no lo somos!

Había ido yo a proponer cierto negocio de propaganda católica a una de las principales familias de la ciudad; y, mientras me hacían esperar en una antesala, cuyos ventanales daban al jardín, pensaba yo para mi chaleco: "¿Me recibirán con entusiasmo o con frialdad?".

La espera se prolongaba; y varias frases que les oí sirvieron de contestación a mi pregunta.

Como ellos y ellas hablaban alto, no tenía más remedio que oír; y si ellos y ellas no tuvieron reparo en publicar sus dichos, tampoco yo lo debo tener; no diré sus nombres.

La hija mayor. (Estaba en el hall, dando pedacitos de jamón en dulce a un perrito muy feo); llamó un pobre, le pidió limosna, y ella contestó: ¡Perdone, aquí no tengo nada suelto!

El señor de la casa. (A su hijo, que le pedía dinero): ¡Este Eduardito siempre se sale con la suya! ¡Toma, toma para ese dichoso "cinema", pero no me pidas más!

La señora. (Al lacayo, que llegaba de la calle): ¿Dónde has estado, Tomás? ¿Cómo has tardado tanto? ¡De seguro que habrás estado entretenido con algo inconveniente! Para las seis y media hay que estar en casita. Que no se repita, ¿estamos?

Todo en aquella casa era por ese estilo. Cuando el hijo volvía a las diez de la noche, nadie le decía nada.

Volví a mirar al jardín y noté una cosa rara: había una fuente en medio de él, y junto a ella varios tiestos ricos y artísticos, cuyas flores estaban raquíticas y lacias; en cambio, las otras plantas del jardín recibían el agua fresca y crecían llenas de vida y vigor.

Se me ocurrió comparar a los hijos de aquella familia con las plantas secas de los ricos en artísticos tiestos, y a sus dependientes y criados con las plantas del campo. A éstos les preguntan qué hacen, en qué gastan, dónde han estado; y, en cambio, la formación moral de los que son su propia sangre queda marchitada, se muere poco a poco, tan pronto como les sacan del colegio...

Para mi propaganda, hoy tan urgente, no saqué nada: son malos tiempos; hoy todo cuesta tanto...

El jamón para el perro, dije yo para mí, y el cine para deseducar al hijo.

Salí con un amargor de aquella casa, muy conocida de mi familia.

¿Con qué derecho, decía yo para mis adentros, van a quejarse estos padres de que nos maltraten a los católicos?

Por razón de católicos no merecemos ser tan mal tratados; pues no somos católicos más que de nombre. Triste realidad.

M. S., Congr.

"Si no fuera por tu madre..."

Yo tengo un amigo que se llama Jacinto.

Jacinto es algo voluntarioso; y he dicho algo, y nada más, porque la verdad es que yo estoy muy contento con mi amigo; pocos le ganan a noble y servicial; y la culpa de que casi siempre quiera salirse con la suya se debe a que ha sido el ojito derecho de su padre: es listo, tiene muchas habilidades, no se le ha negado nada... Entendido, ¿verdad?

Un día de Septiembre me invitó a dar un paseo marítimo en el "San Joaquín", uno de los barcos mercantes de que su padre es el armador y accionista principal.

El fin de nuestro viaje era Manchester; y tanto Jacinto como yo sentíamos grande curiosidad por ver Inglaterra, nada menos que Inglaterra... ¿Sabes tú lo que es Inglaterra?

Pero héte aquí que en la travesía del canal de la Mancha se nos echa encima una niebla tan pesada que no nos veíamos sobre cubierta a seis pasos; y eran inútiles los más potentes focos de luz.

Don Roque, el capitán del "San Joaquín", hombre de pocas palabras, pero de mucho genio, mandó que se abriera el escape de la sirena, para que no cesara de sonar hasta que saliéramos de aquel peligro, pues como allí abundaban los barcos, el único medio de evitar una catástrofe era pitar de firme.

Llegó la hora de la siesta, y a mi buen Jacinto le daban mil patadas en entrambos oídos los roncos sirenazos.

Se levanta decidido de su hamaca, echa a andar, tropieza con un barril, se irrita más, toma la escalerilla, llega al grumete que estaba al cuidado del aparato alborotador, le tira de las orejas y le arranca de allí.

—¡Te vas a divertir a las ferias de tu pueblo, flautista de no sé qué!

Con la violencia del movimiento que hizo el muchacho, una de las piezas de la sirena se dislocó y oprimió de tal manera el tampón de cierre, que después no se podía abrir, ni silbaba ya más.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Jacinto, en cuanto cesó el bramido del barco, volvió a su interrumpido descanso; el grumete quedó temblando, presintiendo los verdaderos bramidos de su capitán; éste, al notar el silencio, dijo: "¡Hum!".

Yo todavía lo ignoraba todo, y el barco seguía su curso entre las olas y la niebla.

Tras unos cuantos minutos, un ruido formidable—el ruido de un choque en toda regla—que se sintió a estribor y una convulsión de todo el navío, hizo que aquél despertara, que éste temblara más, que el otro echara un taco, que yo echara a correr, sin saber a dónde, y que todos gritaran despavoridos.

El caso era que un mercante inglés había abordado al nuestro, poco más o menos lo mismo que en tiempos de don Juan de Austria se lanzaban las arponadas galeras contra los costados de las enemigas.

En resumidas cuentas, que el susto y el disgusto, el gasto y la detención, y el tener que regresar a toda prisa sin pisar arena inglesa, fueron las consecuencias de no haber querido aguantar los sirenazos del pacífico "San Joaquín".

Cuando el barco arribaba a España, malparado y a remolque, alguien oyó decir al capitán:

"Ese Jacinto ya estaría ahora entre los dientes de algún besugo, si no fuera porque es hijo de quien es."

Oye ahora, mientras Jacinto desembarca, y no se lo digas a nadie: El Canal de la Mancha son tus pasiones; la niebla y los barcos de alrededor son los mil peligros que te rodean de cines, lecturas y amigos; estás lejos de la Congregación, del Padre espiritual... ¿qué hay que hacer?

Sólo un remedio... ¡Fuerte a la sirena! Es decir, ¡fuerte a la oración! Porque si por evitar una pequeña molestia, dejas tus prácticas piadosas..., cuando menos lo esperes vendrá el terrible choque.

Y después... ¡si no caes al fondo del mar, es porque tu Madre, tu Madre la Virgen Santísima, te quiere mucho y te cuida siempre!

M. S., Congr.

¡Que nos ganen los Chinos!

Desde principios del año chino estoy dando clase de inglés a los chicos mayores de la escuela. Lo han tomado con mucho entusiasmo, pero les cuesta bastante, pues tienen que empezar por conocer las letras europeas. Al olor del inglés han venido varios paganos, que asisten con todos a la misa y rosario y a la explicación del catecismo. Creo que pronto se harán cristianos.

¡Si viérais qué cariñosos y simpáticos son estos chicos! Iba a decir que casi tanto como los de ahí. En lo que sí os ganan es en lo pacíficos y fáciles de contentar. Con una taza de arroz por la mañana y otra al mediodía junto con algunas hierbas y otra tercera por la noche, están contentos. Para merendar les basta una taza de te.

En la iglesia se pasan una hora rezando de rodillas, y están tan contentos y formales (aunque no faltan quienes, o por poca fe o por ser aún paganos, enredan un poco).

En el recreo, cuando hay balón, van todos tras él sin guardar sus puestos; pero los días en que no lo hay, o cuando llueve, arman pronto sus juegos chinos en el patio, o en la misma clase, sin alborotar, se pasan muy contentos sus ratos de diversión. Y no vayáis a creer que tienen mucho recreo: un cuarto de hora a media mañana y media hora a media tarde, más el recreo del mediodía. Apenas he visto a dos enfadarse y reñir entre sí.

Cuando voy al patio en seguida me rodean para hacerme mil preguntas, o decirme las palabras inglesas que han aprendido, o enseñarme palabras y frases chinas.

Ayer vino uno a mi cuarto a confesarse de mentirijillas (así me preparo para entender después las confesiones verdaderas). Luego me dijo que quería ser sacerdote, pero que sus padres, cristianos nuevos, no le dejan. Encomendadle vosotros, porque es muy bueno.

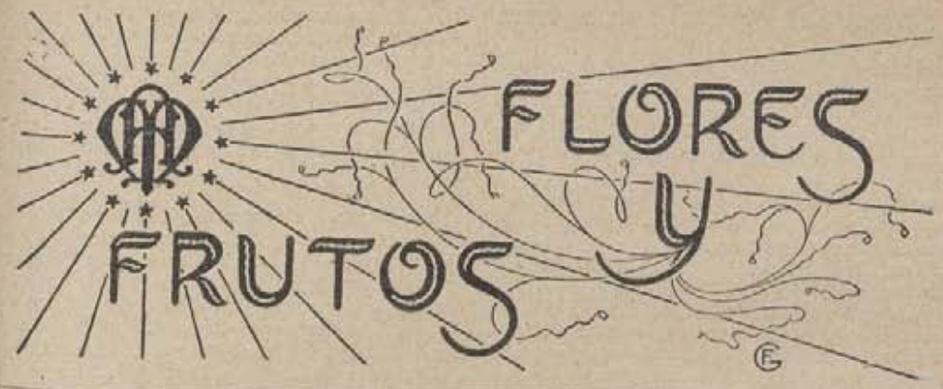
Ya veis que también aquí hay gente muy buena y se puede hacer fruto. Si tuvieran la instrucción y los medios de por ahí, ¡cuántos serían de veras cristianos y aun apóstoles!

Se me olvidaba describiros su cama: unas tablas con un poco de paja les hasta. Allí extienden su **peigu**, especie de colchón, y se envuelven en él, y... tan contentos... de un tirón hasta las seis.

Ahora os voy a contar una de sus santas hazañas. Un día, en un campo de las afueras de la ciudad, ven unos cuantos chicos de la escuela a un niño abandonado y junto a él a una mujer, tal vez su madre. Se acercan, ven que está moribundo y quieren bautizarle; pero la mujer no les deja, les maldice y les quiere pegar.

Vienen a la escuela y cuentan a sus compañeros y al Padre lo que pasa, y con el permiso de éste vuelve un grupo mayor al lugar del infanticidio, con intención de entretener o hacer rabiar unos a la mujer, mientras otro, por detrás y a gatas y sin ser sentido, se acerca al niño y le bautiza. Todo les resultó a pedir de boca. El niño aún vivía. ¡Con qué satisfacción volvieron a contárselo al misionero y qué alegres estuvieron todos aquel día!

N. I., S. J.



Núm. 222.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Enero de 1932

Minas de pan

¡Vaya con Gabriel, y cómo sabe enfadarse! Quien le hubiera visto ayer, tan guapote con sus doce años y tan feliz con una manzana para merendar, y le viera hoy con los ojos echando chispas y los dientes apretados de rabia, diría de seguro: "¡Pero éste es aquél?"

Pues sí que es el mismo, y razón sobrada que tiene para indignarse tanto.

Su hermanita está convaleciente, su pobre madre quiere alimentarla con pan blanco, agua de manantial y manjares exquisitos; pero como los tiempos van tan malos, se ha visto obligado a mandar a su chico que vaya y pida algunas cosas a la tía Cristina, de buen corazón, pero de mal genio.

Gabriel cumplió su encargo con mucha gracia; y volvía ya con una torta recién hecha, en una mano, y un cántaro de agua en la otra, pensando cómo podría conseguirse un taleguito de trigo para mañana, pues la tía Cristina le había dicho al despedirle:

—Hijo, lo mejorcito del horno te llevas hoy. Pero otra vez, me traes siquiera un poco de trigo, que a mí nadie me lo da de balde.

En esto ve un pobre al borde del camino, y, lleno de compasión, dejando el cántaro en el suelo, se acerca a darle un zoquete.

—¡Tome, y que Dios le ampare!

Así estaba diciendo el muchacho, cuando sintió detrás de sí un estrépito alarmante y estas palabrotas:

—¡Siempre con Dios! Pues ¡toma!, y que Dios te convierta en panes esos pedazos de barro.

¿Qué había sido?

El señorito Quinti—que así le decían las gentes sencillas de aquel barrio, y había llegado de Madrid poco antes con humos de capitán general para dirigir no sé qué obras de saneamiento—el señorito Quinti, que venía detrás de Gabriel y al oirle "Dios le ampare", se irritó, descargó un bastonazo sobre el inofensivo cántaro y lo hizo añicos.

El mendigo se asustó, el señorito siguió adelante, los cascos quedaron temblando en el suelo, el agua se derramó en seguida y Gabriel, ora mirando al cántaro deshecho, ora al Quinti aquél, apretaba los ojos para que no se le saltaran las lágrimas, y decía sin palabras:

—"¡Si yo fuera más grande!"

Al otro día pasaba por allí nuestro mozo con aspecto de hombre preocupado: a su hermanita le había probado muy bien la torta de ayer; pero hoy no tenía ni un grano de trigo con que engañar a la tía Cristina, para que le diera otra.

Al pasar, miró hacia las reliquias de su malparada botija, y—¡JESUS, qué es esto!—una expresión de alegría inmensa iluminó todo su rostro.

Sobre cada trozo del cacharro había montoncitos de granos limpios, gruesos, bien ordenados... ¡Era trigo de lo mejor!

Mi hombre los recogió en su pañuelo, corrió a casa de la tía Cristina, y ¡pequeñito alegrón y sorpresa que dió a su madre y a su hermana, cuando se les presentó a la vuelta con un hermosísimo pan!

La cosa no tenía misterios: el cántaro se había quebrado encima de un hormiguero, y los ahorradores animalitos, al sentir la inundación, sacaron a toda prisa sus provisiones para que se secaran al sol...

Cuando Gabriel cayó en la cuenta de ello, preguntó al señor Cura si podría explotar su invento, y él le respondió:

—Sí, hijo mío: cuando os haga falta en casa, pueden echar agua en otros hormigueros, porque Dios hizo el trigo, el agua y las hormigas para el hombre, así como hizo al hombre para Dios.

Desde entonces no faltó el pan a la hermanita de Gabriel; y cuando él, ya mayor, contaba este caso, añadía al terminar:

—¡Sólo quisiera coger yo ahora al señorito Quinti, y decirle: Ya ve usted qué guapamente convierte Dios los cascos de un botijo en una mina de pan...!

M. A. R., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Hasta los perros enseñan

Entre los copudos árboles que sombrean un vallecito de la isla de Madagascar, se divisa a lo lejos, como una isla en alta mar, un tejado pajizo que cubre una iglesita pobre, pero limpia y bien arreglada, levantada por la solicitud y trabajos del P. Van Spreeken, que cobija al calor del Sagrario, como una gallina a sus polluelos, a todos los cristianos que acuden diseminados por el bosque; allí enseña el Padre el catecismo a sus niños catecúmenos.

Un día, en que la temperatura de la isla ha subido a 60°, entra sigilosamente a media mañana en la iglesia, cuando ésta se halla desierta, un niño de 12 años: tiene su rostro algo demacrado, chispean sus ojos en su moreno rostro y los lleva fijamente clavados en el Sagrario, como si viese realmente a su íntimo amigo Jesús; avanza con paso algo vacilante, sube las gradas del presbiterio, se arrodilla, junta sus manos sobre el pecho y, después de un largo coloquio con su Divino Compañero, vacilan sus rodillas y se deja caer sobre la alfombra que está junto al altar, y acurrucado, tiritando por la fiebre, se queda silencioso como un niño en los brazos de su madre.

El Padre, fatigado y sudoroso por el calor y el cansancio, vuelve de llevar la Extrema-Unción y preparar a bien morir a una anciana, cristiana antigua del lugar; se encamina hacia la iglesia y se llega al Sagrario para comunicar al Divino Misionero el feliz éxito de sus trabajos, y... ¡oh sorpresa!...

—¿Qué haces ahí, Juanito?

—Déjeme morir aquí, Padre.

—¿Estás enfermo? Te cuidaré en mi casa.

—Padre, mi perrito, cuando sintió que se iba a morir, se acurrucó a mis pies para agradecerme hasta su muerte el cariño que le tenía, y yo no quiero que mi perrito me haya amado a mí más que lo que yo amo a Jesús.

Enterneciése el Padre, se sonrió con una sonrisa de sorpresa, admiración y consuelo, y corrieron dos gruesas lágrimas por sus mejillas.

¿Somos nosotros tan agradecidos a Jesús como lo fué Juanito?

G. R., Congr.

El jardín del desengaño

Un buen hombre, muy estimado de sus paisanos, cifraba sus ilusiones en un pequeño jardín que poseía. El lo cultivaba con sus propias manos. Veíanse allí las flores más bellas, junto a las frutas más exquisitas; no crecían por parte alguna las hierbas que tanto afean los jardines: tan bien cuidado lo tenía.

Pena grande fué para él tener que abandonarlo cuando hubo de ausentarse de su patria por algunos años.

Para cuidar su jardín, pensó en un vecino que estaba algo necesitado. Cierto que no tenía fama de muy trabajador, pero, en cambio, hacía con él una obra de caridad.

Después de recomendarle una y mil veces que le cuidara bien el jardín y de convenir en el precio de su trabajo, se ausentó de su país.

Durante su larga ausencia, el buen hombre suspiraba de continuo por su patria y por su querido jardincito, y en todas sus cartas recomendaba al jardinero que se lo tuviera bien cuidado.

Llegó el día del regreso y, ya en el pueblo, apresuróse a ver el jardín de sus ilusiones. ¡Vaya desengaño! Estaba completamente inculto, abandonado. Aquel tapizado de flores, en otro tiempo tan hermoso, ocultábase bajo la crecida hierba; por los andadores no se podía pasar; los árboles, con sus escasos y raquíticos frutos, indicaban a las claras el descuido que se había tenido en su cultivo.

Irritado, llamó al jardinero, y con aspereza, le dijo:

—¡Mal hombre! ¿Este es el cuidado que has tenido de mi jardín? ¡Completamente abandonado.

—Mire lo que dice—le respondió—. Lejos de abandonar su jardín, se lo he cuidado diligentemente.

—¿En qué se conoce que lo hayas cuidado? Ni flores, ni frutos: todo lleno de hierba.

—Pues yo, de nada tengo la culpa. Echesela usted al mismo jardín, que tendrá mala tierra; que yo bien lo he cuidado y bien lo he respetado, sin tocar ni una planta y sin consentir que nadie entrara en él. Ahí tiene usted su jardín tal como usted me lo entregó.

Así entendía este bribón de jardinero el cuidado del jardín: harlo todo al acaso.

Nunca debemos ser como este jardinero; si dejamos a nuestro jardín, nuestro cuerpo, hacer lo que quiera, nos inducirá a los peligros y tentaciones que con capa de placeres nos prepara el demonio por medio del mundo.

L. M. E., Congr.

¡Sin crucifijo las escuelas!

Con motivo de las disposiciones dadas para que se quiten todos los crucifijos de las escuelas públicas, han ocurrido algunos hechos, muy edificantes.

Uno de tantos alcaldes de estos días manda a toda prisa ejecutar la orden y envía a un maestro, recién nombrado de la izquierda, que quite el crucifijo de la escuela.

Sin pérdida de tiempo se presenta en la escuela; descuelga el crucifijo, y, cuando entre el estupor de la maestra y el consiguiente miedo de las alumnas, se dispone a salir con El de la sala, de repente una de ellas se rehace y exclama: Dejadnos dar un beso al Crucifijo, a sus pies hemos aprendido todo lo que sabemos.

El hombre le mira con cara sañuda y feroz, pero al fin se lo da, acompañando a la acción horrible blasfemia.

Después de haberle ella besado una y mil veces, lo besan todas las niñas de la escuela, y momentos después fué depositado el crucifijo en un carro de mano entre chanzas y blasfemias...

Las niñas quedan tristes y llorosas, como si la muerte aletease por la clase. Entre tanto, la maestra rompe el silencio y exclama con honda pena: Ya no puedo deciros que el Crucifijo os mira, y os ve y os habla.

Entonces mismo una niña, llorando, se levanta y balbucea: No siga, doña María; compraremos entre nosotras un crucifijo y nadie nos lo podrá quitar por ser nuestro, muy nuestro; cada una lo tendrá un día en su pupitre y lo podrá llevar a casa.

Sí, sí contestan todas aquellas voces infantiles.

Al salir las niñas se van derechas donde el señor Párroco y le dicen que a cambio de los vales del catecismo les compre un crucifijo.

El párroco, enternecido al ver la fe y la pena de las niñas, exclama: quedaros con los vales, que ya os lo traeré yo esta misma tarde.

De vuelta a la escuela pendía del cuello de una de las niñas un hermoso Santo Cristo, el Santo Cristo de la Escuela.

Al día siguiente, por indicación de la maestra, rogaban las niñas a Dios por aquel pobre pecador que les había arrebatado el Crucifijo; había muerto repentinamente.

Este hecho es rigurosamente histórico.

Hay fe y hay providencia.

J. L. H., Congr.

¿El cuadro más precioso?

Un caballero tenía en su poder tan precioso cuadro, que era la admiración de todos; lo consideraban como inestimable. Acudían gentes de todas las partes del mundo a su casa para verlo.

Llegóse uno de aquellos días un hombre sospechoso; mostró deseos de ver la famosa obra maestra. En un descuido le dejan solo en el salón; y al verse allí sin testigos, saca un cuchillo de su bolsillo y rompe la obra en varios pedazos.

No hay que decir lo que sintió el dueño; montó en cólera, porque hubiera preferido perder toda su fortuna antes que el cuadro.

La destrucción de esa magnífica obra fué bien pronto conocida en todo el mundo; todos hablaban con indignación; se ocupaban de ello los diarios del mundo; abominaban al malhechor por acto tan vandálico. Su autor fué castigado a veinte años de cárcel y merecía más.

Y ese cuadro, como ves, no era más que obra de la mano del hombre; nosotros en cambio tenemos en nuestra alma la imagen esculpida por la mano de Dios, retrato del mismo Dios; como que al crearla dijo: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza". ¿Hay cuadro más precioso?

Y, sin embargo, hacen muchísimo mayor maleficio y más abominable que aquel villano los que inducen a otros a pecar. ¿No te parece?

Huye de los que quieran contarte cosas que tu comprendas que disgustan a la Virgen.

A. U., Congr.

Este no se avergüenza

Un niño cristiano, había oído decir al Misionero: "*Sobre todo, no os avergoncéis jamás de vuestra fe*".

Estas palabras le habían impresionado grandemente. Fué luego a pasar algunos días a su tribu y al regreso, durante la clase de catecismo, el Misionero le ve caerse desmayado. Lo lleva en seguida a su cabaña y se da cuenta de que el niño tenía el vestidito empapado en sangre.

No me riñas, Padre, dijo el pequeño al volver en sí. Yo te contaré lo que me ha pasado. Tú nos habías recomendado no avergonzarnos de nuestra fe. Pues bien, en mi tribu, era yo el único cristiano; todos los paganos llevaban al cuello grandes amuletos que demostraban cómo ellos eran hijos del diablo. Mientras que yo, para hacer ver que era cristiano, sólo llevaba una cruz pequeñita.

Pero un día me la quitaron y en castigo de llevarla, me azotaron hasta que les prometiera no llevar nunca más cruces sobre mi pecho... Yo les dije: Antes moriré que prometer eso.

Y cuando se cansaron de azotarme, sin que nadie me viera, con un cuchillo me hice una gran cruz en el pecho. He perdido mucha sangre, pero, Padre, basta que yo me descubra el pecho, para que todos sepan que soy cristiano.

Algo así debemos de ser; y no como hoy día, que por la menor incomodidad no nos atrevemos a descubrirnos, como cristianos, delante de una Iglesia, y a veces hasta nos dejamos arrastrar por malos amigos, por no atrevernos a contrariarles, cuando tratan de hacernos ir por malos caminos.

L. M. E., Congr.

Por atrevidos

En Roma existen estrechas galerías subterráneas de varias leguas de longitud que se extienden y se cruzan en todas direcciones; estas galerías son las catacumbas.

En estos lugares, los primeros cristianos, en el tiempo de las persecuciones, se escondían para rezar a Dios, y aun hoy día vénse las capillitas en que oraban. Tenían que hacerlo así porque no les estaba permitido celebrar sus festividades públicamente.

En nuestros días, son muy visitadas por gentes de todos los países, que las recorren, pero siempre van acompañados de un guía que les dirige convenientemente para no perderse en el laberinto que constituyen y que está sumido en la mayor oscuridad. El guía les ilumina con una antorcha.

Un día, unos estudiantes se hicieron la ilusión, porque habían estado otra vez en ellas, que ya sabían salir, y cometieron la temeridad de penetrar en ella sin guía y sin hilo conductor. ¡Entraron, pero no salieron jamás! Se hicieron pesquisas para encontrarlos, pero resultaron infructuosas. Se cree que, habiéndose quedado a oscuras, por haberse terminado su antorcha, no pudieron encontrar el camino, de forma que ellos

Universidad de Deusto
Biblioteca

murieron de hambre y el subterráneo fué su tumba.

Lo mismo ocurre en la vida; la luz divina brilla en el corazón de los hombres que creen en Dios y les muestra el camino del cielo, en medio de las tinieblas del mundo corrompido, pero esta luz se extingue con las malas costumbres. El vicioso se encuentra entonces como el hombre que marcha en la noche oscura, en medio de tinieblas profundas y no ve su camino; se separa de él y cae en un precipicio: si no llama a Dios en su ayuda, fácilmente se desesperará, no acertará a volver a Dios y se perderá para siempre.

A. U., Congr.

Quien reza bien, vive bien

Fué del siglo XI el sabio Laufraue; se dedicó exclusivamente a las ciencias humanas, en las que había adquirido gran reputación; en cambio había olvidado completamente la práctica de la religión.

Un día, al dirigirse a Roma, atravesaba un bosque, cuando salen a su paso unos ladrones que, no contentos con despojarle de todo lo que llevaba, véndanle los ojos, y, atándole las manos detrás, le dejan apartado del camino.

Quejándose de su suerte le sorprende la noche. En tan triste situación, reconcentrándose en sí mismo, quiso pedir ayuda a Dios, pero como había abandonado sus prácticas religiosas, no sabía cómo rogarle. Al fin comenzó a decir: "Señor, he empleado mi estudio solamente en estas cosas de la tierra, y mi espíritu no sabe ahora cómo rogaros. Libradme de este peligro; con vuestra ayuda arreglaré totalmente mi vida, dedicándome a vuestro servicio."

Al amanecer oye pasar a unos viajeros, empieza a gritar, hasta que llegan a socorrerle. Se aproximan, le desatan y acompañan.

Laufraue, fiel a su promesa hecha en su plegaria, se retira a la Abadía de Bec, donde comienza su vida religiosa.

Habréis podido observar, por este relato, la eficacia de la oración. Decid como Laufraue y como en tiempo los apóstoles: "Señor, enséñame a orar."

Quien reza bien, vive bien, dice San Agustín; rogad con fervor, que todo lo demás le seguirá por añadidura.

A. U., Congr.

Los pobres dan ejemplo

Vivía en un pueblo apartado de Francia, una pobre viuda con un solo hijo, llamado Juan, el cual, por decirlo así, era el sostén de la casa.

Trabajaba Juan en un pequeño taller de carpintería, en el cual era muy querido por lo muy trabajador.

La buena mujer, del jornal que le traía su hijo, sacrificaba una pequeña cantidad a favor de los pobrecitos niños abandonados, a los misioneros que por tantas molestias y necesidades tienen que pasar, pues sentía un gran amor hacia las misiones.

A causa de la escasez de trabajo en la carpintería, su hijo perdió el empleo. Y no tuvo más remedio que ir a navegar, para poder ayudar a su pobre madre.

Esta pobre viuda, que apenas tuvo para lo más necesario, durante la ausencia de su hijo Juan ¿sabéis lo que hizo cuando volvió éste de navegar? Una de las primeras cosas que hizo fué dar un duro a las misiones.

Ahora decidme si no fué generosidad la de esta pobre madre que confunde al egoísmo rastrero de otros tiempos.

Nos parece muy bien que Dios nos siga dando todo lo que somos y tenemos, y nosotros no será justo que le demos a El algo de lo que malgastamos?

J. Z., Congr.

Lo contrario es cobardía

Con ocasión de celebrarse el Centenario de Calderon de la Barca, se reunieron, no recuerdo dónde, varios prohombres literatos y filósofos, entre ellos Menéndez Pelayo. Al llegar la hora de los brindis, la mayoría de los presentes, siguiendo la moda, los pronunciaron en tonos anticatólicos. Le tocó hablar a Menéndez Pelayo, y a pesar de serle el ambiente completamente hostil, sin miedo a lo que podrían decir o pensar de él aquella caterva de impíos, brindó con estas palabras:

"Brindo por la Iglesia Católica con cuyo espíritu se nutrieron esos autores que admiramos. Calderon de la Barca, Lope de Vega; sin él sus obras no hubieran sido ni seguirían siendo tan admiradas."

Y en otra ocasión, al comenzar su discurso de entrada en la Academia de la Lengua, delante de toda la concurrencia, se santiguó pausadamente.

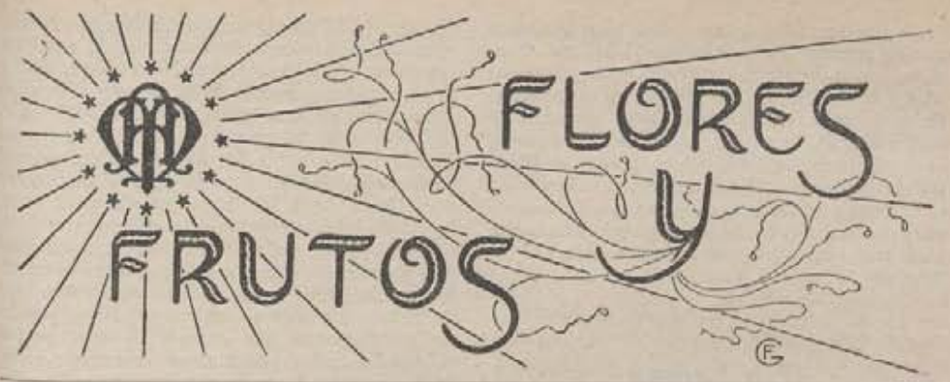
Y ¿sabéis lo que entre el revuelto de los libros y papeles de su mesa de trabajo se solía encontrar? El rosario...

¿Quién se atreverá a decir que Menéndez Pelayo fué un obscurantista, cuando todos convienen en decir que ha sido el mayor crítico de la historia y de la literatura de los tiempos modernos?

Imitemos a este hombre, tan célebre como valiente, cuando se nos presenten ocasiones.

¡Cuántos son los que se las echan de valientes, cuando se avergüenzan de manifestar sus creencias; justamente cuando son cobardes!

F. G., Congr.



Núm. 223.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Febrero de 1932

Historia contemporánea

En una casucha de una aldea de Francia vivía hace cosa de cincuenta años un hombre de oscura traza, educado a la moderna; y cuatro puertas más abajo, también en casa humilde, otra familia, de la que era jefe un aldeano formado en los principios más recios de la religión de Cristo.

Aquél tenía un hijo. (¡Lástima de niño tan inteligente y hermoso en manos de tal padre!) Cuando le hubo llegado la edad de aprender las primeras letras, lo mandó a la escuela. Daba gusto entrar en ella por lo limpia, blanquita y alegre; por sus amplios ventanales entraba el sol radiante que animaba al trabajo a aquellos muchachuelos, entonces atados a sus pizarras y a sus pupitres, y luego traviesos y saltarines cuando salían al recreo a los jardincillos de la escuela.

Pero ¡qué pena! Dos cosas le faltaban: una, que en sus blancas paredes no veías al amigo de los niños, al Crucifijo; y otra, no se sentía la virtud del maestro cristiano, que en las dificultades del estudio dijese: Mira, niño, estudia por contentar al Niño Jesús; y que, al aplicarle la mano para darle el castigo, le reprendiese con amor: "Querido, el Niño Jesús, si hubiera ido a la escuela no se hubiera portado como tú ahora."

Pues bien, aquel iba a ser el laboratorio donde Santiaguito, que así se llamaba el hijo de aquel laico, se iba a formar, o, mejor dicho, a deformar.

Como era inteligente, aprendía pronto y hasta escribía sin faltas los dictados, con ser aún un niño.

Jamás le hablaron, porque la escuela era laica, que los padres representan a Dios y que Dios manda que les obedezcamos y respetemos; y así, él, que era listillo, deducía que a los padres entonces se les debe amar cuando nos cuidan y nos dan muchas cosas; de donde resultaba que si los padres no les daban esas muestras de cariño, no tenían derecho a la obediencia de éstos. Así discurría él por faltarle la base de todo respeto.

¡Respeto al prójimo y a los bienes del prójimo!, les repetía su maestro; y toda la razón que les daba era: que si todos nos robásemos unos a otros, no podríamos vivir.

Pero decía el vivo de Santiago: si uno es más listo que los otros, él se aprovecha y sale ganando.

Todas las explicaciones del maestro terminaban con las palabras: LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD, que a él le sonaban a hueco, porque no las entendía; en lugar de la máxima de Cristo que nos encomienda: AMOR, AMOR, AMOR.

Y Santiago salió de la escuela; era mayorcete, podía empezar a ganar; era el hijo de un obrero que no le podía dar estudios.

¡Trabajar! Sí, ¿para qué? ¡Cuántos viven sin trabajar...! y al fin para nunca dejar de ser pobres, y para terminar en una fosa donde todo se acaba. Al pobrecito no le habían enseñado que Jesús vino primero al mundo a ser pobre carpintero, a ser perseguido y a morir en una cruz por salvarnos.

En la taberna de la plaza del pueblo podríamos encontrarle a Santiago con la piernas estiradas cuanto podía, sentado en el borde de un banco de madera, frente a medio vaso de negrote vino, con la gorra metida hasta los ojos, una mano en el bolsillo del pantalón y la otra sujetando una repugnante colilla de cigarro.

Más de cuatro veces le encontró su padre en la taberna, pues era tan vicioso como él, y tuvo que echarle de ella a empellones.

Las pocas fuerzas que al desgraciado padre quedaban alimentaron al pobre Santiago, que no valía más que para alimentar sus vicios. Su madre murió apesadumbrada por los disgustos, y su padre, enfermo, lleno de achaques, acabó en la cama del mísero y triste hospital de aquella aldea, porque Santiago no le sirvió de apoyo con que sostener tranquilo los años de su vejez.

Sin los auxilios de la religión, sin el beso alentador del hijo amado, como muere un perro en una encrucijada, así moría el padre en la dura cama del hospital de su pueblo. Con el pecado llevó la penitencia por haber educado a su hijo sin los principios de la religión cristiana, alejado de la benéfica sombra del crucifijo.

Universidad de Deusto
Biblioteca

¿No te acuerdas de aquel otro niño que vivía cuatro puertas más abajo que Santiago? Pues mira, ese es Francisco, aldeano, trabajador, católico de los de antaño. Mírale en el portalón de su caserío rodeado de su hijos y gozoso al verlos alegres, sanotes y juguetones. Pues mira, es el más feliz de los hombres, porque su libertad se la dan los Mandamientos de Dios y de la Iglesia; a nadie tiene envidia; porque lo suyo es igualmente de los demás, y porque a todos los tiene como hermanos según la frase de Cristo: "Amaos los unos a los otros."

J. M. E., Congr.

Tío Lucas

El tío Lucas era un "tragacuras". Y por añadidura era el amo y señor de su pueblo natal.

Vayamos al caso. Alzabas la vista desde el pueblo y no veías más que viñas, prados y sembrados; ¿de quién? De quién iban a ser: de tío Lucas. La aguzabas un poco más y veías unos hombres trabajando con la azada, con la pala, con la laya, con el arado. ¿Quiénes? Los del pueblo de tío Lucas. Y si apretabas un poco las cejas para ver mejor, ¿sabes a quién veías? Al tío Lucas que, apoyado en su cachaba de espino, recorría los sembrados masculland aquí palabrotas, lanzando allí blasfemias y gruñendo por todas partes. Tío Lucas era todo un perfecto demócrata... porque *amaba al pueblo*, que eso y no otra cosa significan demos-kratos, palabras griegas.

El sol se ocultaba, los labradores recogían sus herramientas, iban a sus casucas, se arreglaban un poquillo y se encaminaban a la taberna.

¡Oh la taberna, sacro templo y digna morada de mi héroe don Lucas!

Tío Lucas presidía. Sobre unas largas mesas, toscamente labradas, descansaba una multitud de vasos de los de mucho cristal y poca cabida, y sobre unas banquetas posaban los admiradores de tío Lucas. Allí, en la taberna, se discutía, y desde la taberna se gobernaban los asuntos del pueblo. Se vociferaba y gritaba, lenguaje propio del tugurio tabernario; se bebía vino en abundancia, y luego, en el calor de la discusión, y bajo la inspiración del vino, se asestaban furiosos vasazos sobre la mesa, tales, que yo te aseguro que así como ofendían de palabra al pobrecito cura, don Tristán, le diesen aquellos vasazos en la cabeza, lo desnucaban. Porque es cualidad propia de los demócratas como tío Lucas (que no se me negará que *amaba al pueblo*), el tener odio a los curas. Y entre el entusiasmo de los gritos y la armonía del choque de los vasos, casi se elevaban todos del suelo con mesa y todo, impulsados por una fuerza magnética, resultado del éxtasis que les producía el suponer que, quizá algún día, don Tristán, el cura, descansaría en sus fauces. Pero no llegaba a tanto, porque el pueblo amaba al cura, y el cura amaba al pueblo.

Y así pasaban tardes y tardes después del trabajo.

Del mismo pueblo era también Paco Retoño. Marchó de pequeño con sus padres a América, recorrió mundo y aprendió muchas cosas buenas y malas, pero menos de éstas que de aquéllas, como verás si lees. Su pueblo le esperaba, y llegó, con dos palmos más de altura y diez años encima de los que tenía cuando le vió salir.

Y fué a la taberna, que era el Ateneo del pueblo. El oía a tío Lucas y a sus cofrades y se devanaba los sesos; veía pelar al cura y se ponía fuera de sí. Hasta que un día saltó de su banqueta, impuso silencio, y les dijo:

—Oíd, que si oís a Lucas, que no es del pueblo, más debéis oírme a mí, que entre vosotros he nacido. ¿Qué os parece de un hombre que ha jurado con todo su corazón servir al pueblo sin pedirle jornal, que educa a los niños de los pobres sin exigir soldada, que, sin tener nada, dá la limosna que recibe al pobre que se lo pide, que en tiempos de epidemia abandona su morada para ir a consolar y curar a los apestados, que en las guerras corre a las avanzadas a socorrer a los heridos y en la paz se sepulta en las bibliotecas por el estudio y se deshace en caridad por el pueblo, porque es todo amor? ¿Qué os parece?

—¿Quién es ese?—pregunta don Lucas.

—Los curas, los frailes y don Tristán, a quienes condenáis.

El zafarrancho que se armó fué mayúsculo. De Toñete no sé nada, pero no creo que saldría por su pie de la taberna.

Y en medio de aquella tempestad, con la calma de la tranquila conciencia por entre las tinieblas de la noche, que ya iba avanzada, caminaba una figura negra, con un bulto sobre los hombros. La figura, don Tristán, y el bulto, un colchón que llevaba a una pobre mujercilla enferma que vivía allá arriba, en la colina.

¡Don Tristán sí que era demócrata!

P. I., Congr.

Huye!... huye!

Cuando pienso en la actitud de muchos católicos y en la conducta de muchos jóvenes y niños, se me viene a la memoria un cuento que alguna vez oí contar. Decía así el cuentista:

Un día de primavera, sin nubes en el cielo, sin pesadez en el ambiente, entré a la aldea donde veraneaba. Algo insólito encontré en ella que me llamó la atención. Grupos de personas hablaban y accionaban con agitación, al tiempo que dirigían sus miradas cautelosas hacia una encrucijada. Los jóvenes, con los bríos propios de su edad, mostraban en su gesto y sus palabras una inquietud irresoluta; pero, sobre todo, veía que niños a todo correr cruzaban las calles, pálidos, con los ojos desmesuradamente abiertos, los cabellos desarreglados, y los brazos en un desesperado balanceo, como para ayudar más a los pies en la vertiginosa carrera.

Pero ¿qué pasa, chiquilicuatro?, le pregunto a uno que pasa por mi lado rápido como una flecha.

¡El gigante!, me responde sin detenerse, y desaparece en seguida al entrar por la puerta de su casa. La respuesta del niño excitó más mi curiosidad, y sin resistir más tiempo me acerco a un grupo de personas que discuten acaloradamente y pregunto por la causa de aquel movimiento y zozobra.

Pues nada, me dicen, acaba de llegar a esta aldea un hombre de fuerza extraordinaria; se planta en la mitad de la plaza, y dando un enorme resoplido derriba las torres de la iglesia, levanta varios tejados de las casas, y causa muchos daños en la población. Al saber ésto la autoridad envía gente armada; mas él, inmóvil, con sólo el resoplar de su boca, deja tendidos en el suelo a cuantos quieren prenderlo. Y ahora todos huimos, todos corremos, todos nos escondemos, procurando escapar de su vista y de su aliento mortal.

Este es uno de tantos cuentos; es verdad. Pero hay una realidad mucho mayor que la fantasía de esta historieta. El aire de una palabra deshonesta, de un juramento falso, de una murmuración grave, de una maldición, quita la vida a tantas almas; el aliento pestífero del mal amigo, de la conversación indecente, de la reunión inmoral, echa por tierra la torre de tus ideales puros y de tus ambiciones más nobles. ¿Cómo no huyes? ¿Cómo no corres? ¿Cómo no te pones bajo el manto de tu Madre, la del cielo, que te defenderá de todos estos peligros demasiado reales por desgracia?

R. G., Congr.

«Acordaos...»

A un joven de 17 años le aconteció una vez que sintió una fuerte tentación, hasta entonces nueva para él. Pensaba que no estaba en gracia de Dios, y que en la primera ocasión peligrosa había de caer en pecado. Con esto andaba desalentado, creyéndose del todo rechazado por Dios. En nada encontraba gusto alguno; y el pensar que jamás sería de los elegidos de Dios le llegó a aterrar hasta el punto de perder la salud e imposibilitarse con esto para comer y dormir. Con todo, ¡nunca dejó de orar!

Por fin la hora del consuelo llegó, gracias a María. Volviendo un día del Colegio, entró el joven en una iglesia y se encaminó al altar de la Virgen. Allí encontró, a los pies de la imagen, un cuadrito en que estaba escrita la preciosa oración de: "Acordaos, oh piadosísima Virgen", que todos nosotros conocemos. Lo cogió lleno de confianza, recitó la oración con los ojos bañados en lágrimas, y una vez acabada, sintió el joven un estremecimiento en todo su cuerpo, y como si se viera libre de un gran peso que le oprimía.

Volvió a su alma la paz perdida, y con ella la salud a su cuerpo. Desde entonces creció en su pecho el amor que siempre conservó a su Madre, la Virgen María.

Este joven es San Francisco de Sales, que seguramente no hubiera llegado al supremo honor de los altares, si en aquella ocasión no hubiera acudido a implorar el socorro de la Santísima Virgen.

¡Nadie se salva sin la oración y sin la mediación de la Santísima Virgen!

G. M., Congr.

¡Qué cobardes...!

Sentados junto a un velador en un café de Madrid, dos jóvenes, casi dos hombres, hablaban de religión con mucha timidez y mucho respecto humano; trataban de la Santísima Virgen y de sus favores.

Los dos creían en ellos, pero se tenían demasiado miedo uno a otro para dar a entender que los aceptaban plenamente.

Al fin uno se aventuró y dijo: Sin embargo suceden coincidencias. Un día me invitaron a visitar un pinar que distaba algunos kilómetros de Valladolid. Era necesario ir a caballo. Yo no sabía montar y, por añadidura, pusieron a mi disposición un penco alto como una jirafa, sin bridas ni más aparejo que un ramal atado a su hocico.

Comenzamos nuestro paseo, y al poco tiempo se le ocurre a aquella bestia dar señales de impaciencia con el consiguiente sobresalto mío. Me tranquilizaron diciendo que aquello no tenía importancia; se trataba de unas cuantas picaduras de moscas. Al pobre animal no debían dejarle en paz aquellos bichos, porque sus aspavientos se multiplicaban. De pronto un tábano le pica y mi caballo dió tan gran salto, que me hizo perder los estribos y la dirección y él se lanzó a galope tendido fuera del bosque, atravesando rastrojos y sendas.

Apretando los lomos del animal y agarrándome a sus crines, sostuve y aguanté la primera arrancada; pero aquello se prolongaba; comencé a balancearme de un lado a otro y, lo que fué peor, a inclinarme hacia delante.

Ví con terror que con aquella velocidad, y, desde la altura que tenía el caballejo, que entonces me pareció la torre Eifel, iba a encontrarme debajo de sus patas y romperme la cabeza.

Efectivamente, perdí el equilibrio; ya no podía sostenerme, y cuando me iba a caer, me acordé de la Virgen Santísima, cuya estampa tengo siempre delante cuando estudio, y dije en alta voz: ¡Madre mía, sálvame!, y en el mismo instante, como si alguien hubiese puesto un freno en la boca del caballo y cogídole de las riendas, se paró y no tuve que hacer sino deslizarme y quedar en pie a su lado. Es histórico.

—"¡Qué cosa!", contestó su interlocutor, y, animado por la confidencia, tiró él también del cajón de sus recuerdos y me dijo:

—"Me hallaba en París, bien olvidado y bien lejos por cierto de Dios, cuando al atravesar uno de los boulevards, me confié demasiado, y me alcanzó un gran autobús.

Oí un grito de horror de los circunstantes; el auto me hizo dar una voltereta en el aire y cuando estaba así, suspendido, dije: "¡Virgen María!", y salí completamente ileso."

—"¡Qué coincidencia!", dijo el que escuchaba, sin atreverse a añadir otro comentario.

—"Sí. ¡Son cosas realmente raras!", repitió el otro con el mismo miedo.

—¡Qué cobardes y qué ingratos!, les dijo a los dos una voz en el fondo de sus conciencias.

A. M., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

¡Aquí no hay nadie!

Una gran urbe norteamericana posee un templo protestante digno de verse por la magnificencia de su arquitectura. En cierta ocasión entró a visitarlo un católico. Como al entrar se quitara el sombrero le dijo el ministro protestante que le acompañaba: "Señor, póngase usted el sombrero, pues aquí no hay nadie."

¡Qué gran verdad dijo el pobre ministro, sin pretenderlo! *Aquí no hay nadie*. Así era: no había sagrario, no había copón, no había Formas, no había Amo en aquella casa. No estaba Jesucristo, no estaba Dios... *¡¡no había nadie!!* Podía el católico cubrirse sin temor a la irreverencia.

Para gran dicha y consuelo nuestro no sucede lo mismo en nuestros templos católicos. Aquí siempre, lo mismo de día que de noche, ya esté el templo rebosante de fieles, ya solitario, siempre, siempre hay *alguien*: Dios Sacramentado, escondidito en aquella su dorada prisión de amor, esperando con paciencia infinita la visita de las almas para alargarles, con su mano invisible, su gracia, la limosna del perdón, o el regalo de un consuelo.

En los templos protestantes, vacíos del Dios Sacramentado, se siente frialdad en el alma. Son como cuerpo sin vida, como cielo sin sol, como navío sin gobernalle.

En nuestras iglesias, llenas de la presencia real y personal del Dios hecho Hostia, siente el alma el dulce calor del amor divino que la unge con las suavidades de la esperanza en otra vida felicísima y eterna. Siempre está Dios viviendo sacramentalmente en los sagrarios de nuestros templos. ¡No le dejemos solo!

A. L., Congr.

La moneda fea

Era una tarde de julio. El sol doraba con sus últimos rayos las tranquilas ondas del Río Azul. En la azotea de la casa de los misioneros, dos Padres, de larga barba, conversaban amigablemente. El más anciano preguntaba con tono insinuante a su compañero:

—Padre, ¿sería indiscreción querer saber cómo Dios nuestro Señor le llamó a la Compañía de Jesús?

—De ninguna manera; muchos me han hecho ya esa pregunta. ¿Creerá V. que Dios no puede llamar también a los de familia rica y dedicadas a grandes negocios?

—Los llama; pero son muchos quizá, los que no responden a su primer llamamiento y echan a perder los planes de Dios.

—Quizás tenga usted razón. Allí va mi historia, por complacerle y por si sirve para provecho de alguno.

Pues bien, a mi padre le gustaban los paseos largos por el campo; un día, cuando volvíamos hacia el auto que nos esperaba, tropecé con una piedra y la lance fuera de la carretera de un certero puntapié; mi padre se había quedado mirando la piedra, cuando llegué donde estaba y me miró muy grave y me dijo:

—Luisito, a ver si traes esa piedra; creo que tiene algo de particular.

Yo no tenía ganas, cansado como estaba; pero vi no sé qué en el rostro de mi padre y no me atreví a replicar. Bajé por la piedra, destrozándome el vestido en las zarzas, lo que me costaba mucho; era muy presumido. Al fin hallé la piedra y luego se la entregué a mi padre. Este la limpió y resultó que aquel barro feo ocultaba un tesoro: una moneda de oro, antigua.

—Esta moneda es tuya, dijo mi padre, pero como no te serviría para nada te la compro en veinticinco duros. Y me los entregó.

Yo, aquel día, al volver a casa, iba lo más contento en el coche, soñando con lo que haría con aquel dinero. ¡Cuándo había sido yo tan rico! ¡Pero no sabía lo que el Señor me tenía preparado!

Llegamos a casa y nos dice el portero. "Ahí hay un Padre jesuita que quiere verle." Yo no conocía a los jesuitas y mi padre me llevó consigo a la sala de visitas, donde raras veces entraba.

El Padre aquel era un misionero, que había venido por enfermo, y, ya repuesto, ansiaba volver cuanto antes a vivir entre sus chinos. Un amigo de mi padre le había dado una tarjeta y venía a ver si podíamos ayudarle a la construcción de su parroquia. A mi padre le gustó la idea y se retiró al despacho a firmar un talón y yo me quedé solo con el misionero.

Entonces, al contarme despacio sus necesidades, sentí yo mi corazón conmoverse; pero, por otra parte los *bats* y las *raquetas* que había decidido comprar, me atraían; al fin eché mano al bolsillo como para sacar algo, pero no me decidí; en eso llega mi padre, le da al misionero cinco mil pesetas y nos despedimos, pidiéndole nos encomendase al Señor. Su oración fué eficaz: a los quince días le mandaba en un giro las ciento veinticinco pesetas y a los dos meses hacía los Ejercicios y me decidía a hacerme jesuita.

—Y todo eso por haber sido fiel a la indicación de su padre de que bajase a recoger la piedra fea, estando cansado.

¡Cuántas veces perdemos inapreciables tesoros por despreciar los sacrificios, porque se nos presenta con duras y repulsivas apariencias.

—Así es, Padre; por eso yo siempre que me acuerdo de aquel suceso renuevo con firmeza el propósito de no negarme a ningún sacrificio...

La noche había cerrado ya y los ángeles desde el cielo contemplaban complacidos a aquellos dos veteranos de Jesús, que se retiraban a gozar de un merecido sueño.

¡Ojalá nosotros tampoco despreciemos ningún sacrificio; no nos dejemos engañar por la apariencia, dentro de ese barro se encierran monedas de oro. ¡El sacrificio es el oro con que se compra la dicha temporal y eterna!

M. C., Congr.



Núm. 224.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Marzo de 1932

Como éste hacen falta hoy

Un propietario abisinio tenía un negro, notable por su piedad, al que trataba en general con dulzura.

Su dueño, viendo que era el modelo de la virtud de la comarca, le agradaba ver la conducta ejemplar de su esclavo, y hacía pasar su piedad por un milagro.

Un día que el propietario había recibido varias visitas, recae la conversación, como muchas veces, sobre el negro; el propietario se extiende en elogios sobre el negro.

—La Religión—dice—ha conquistado este mozo y se sostiene firmemente animado.

Estas palabras hicieron sonreír a uno de los visitantes.

—¿Qué ilusión es la vuestra?—le replica. Yo me comprometo a arrancar, en menos de media hora, del alma de su negro al Dios que, como usted dice, tanto honra.

El dueño rechaza esta suposición y termina por aceptar el desafío.

Se hizo venir al pobre negro; nuestros dos campeones le proponen una fórmula de adjuración, llena de errores y blasfemias; si no la profería sería herido de golpes hasta la muerte.

El cristiano negro, reprimiendo el sobresalto que esta nueva le produjo, exclama con su calma ordinaria: —¡Oh, no! ¡Yo pediré a Dios que me ayude! ¡Jesucristo murió por mí!

La prueba comienza, y el negro, fatigado por los golpes de sus verdugos, no tarda en perder el conocimiento. Al volver en sí, le hicieron nuevas instancias para determinarle a renegar de su fe. Pero el valiente, todo ensangrentado y casi sin aliento, dirige sobre sus verdugos miradas suplicantes, y exclama: —¡El Señor sea bendecido! No: Jesucristo murió por mí; yo moriré por Jesucristo.

El que había apostado exige que la prueba se lleve hasta el fin, hasta verle morir en medio de tormentos.

El insensato le vió morir y perdió su inhumana apuesta.

Mirémonos en la cara de este negro, hermano y modelo nuestro y pensemos si estamos como él dispuestos a sufrir, algo siquiera, por la defensa de nuestra fe.

Hoy ¡qué pocos son los valientes!

J. I. L., Congr.

Otros negros valientes

¿Tú no sueles pedir por las Misiones, por la conversión de los infieles? Pues sabe que debes hacerlo. No hace muchos años naufragó en el Congo, en el río Hassai, el vapor "El Rey de los belgas". El accidente costó la vida a cuatro europeos y a cuarenta congoleses. El valor de los negros católicos por defenderse de la muerte, fué admirable; y, cuando ya todo recurso humano de salvación se hizo imposible, se pusieron en oración y murieron con el rosario en la mano.

Tanto conmovió este espectáculo a un blanco protestante, que escapó del naufragio, que en llegando a un puerto cercano abjuró los errores protestantes y se convirtió a nuestra fe.

Así es y así será que uno de los principales medios de evangelización consiste en el buen ejemplo de los fervorosos católicos; como el de estos pobrecitos negros, que tan cristianamente perecieron.

A. M., Congr.

Cómo defenderse

Hace muchos, muchos años, un rey dió a un súbdito suyo un castillo situado en fronteras enemigas, el cual castillo encerraba riquísimo tesoro, que el monarca apreciaba mucho.

—Cúidamelo bien—dice—y mira de cerrar puertas y ventanas cuando asome algún peligro.

El castellano cumple al pie de la letra lo que el rey le ha encargado. Tiene abiertas las ventanas para que entren el sol y el aire, y las puertas para que le traigan víveres y municiones con que sostener y poder servir a su Señor.

Algunas veces suena por fuera un grito de guerra, y aparecen las montañas que circundan al castillo coronadas de soldados enemigos; brilla

Universidad de Deusto
Biblioteca

un fogonazo, truena un cañón, luego otro y otro. Se ve que el enemigo intenta asaltar la fortaleza. Inmediatamente cierra el castellano puertas y ventanas, que son de hierro y muy grueso, y las bombas y las balas se estrellan contra ellas. ¡Ay del pobre castellano si las dejara abiertas! Entrarían las bombas, reventaría dentro la metralla y sembrarían la desolación y la muerte.

¿Quieres saber quién es el rey y su súbdito y el castillo con sus puertas y ventanas y el tesoro que encierra y el enemigo que quería robarlo?

Pues mira: el rey es Dios y el súbdito tú, y a ti te ha mandado guardar un castillo, que es tu alma, que encierra un riquísimo tesoro, la Gracia. Las puertas y ventanas de ese castillo son tus ojitos y tus oídos, por donde el alma se asoma y recibe vida con que servir a Dios.

Pero suenan gritos de guerra, los enemigos del alma lanzan la metralla que, a veces es una desnudez, una estampa fea del kiosko, una palabrita del amigote, un cartel del cine.

Cierra pronto tus ojos y tus oídos y vete al teléfono de la oración, llama a tu Señor y dile que te envíe socorros; y no tengas miedo, aunque truene toda la artillería y acometan fieros enemigos: al hallar puertas y ventanas cerradas, no conseguirán hacerte daño.

Pero, ¡Ay de ti si te descuidas y tienes abiertos de par en par los ojos, oídos, etc.! Entrará en tu alma la metralla, estallará dentro la pasión y dejará tu alma en ruinas. El enemigo te habrá deshecho el riquísimo tesoro de la gracia.

C. R., Congr.

Ejemplo oportuno

Se cuenta de un mozo, que, como oyese un sermón de Cuaresma en una Misión que daban en su pueblo, se dejó decir: "Vaya comedia que nos traen. No haya miedo que me cojan, por más jubileos que traigan para la muerte; yo no trato ahora de morirme; harto se hace en vivir con tantas cargas." Eso dijo el desatinado mozo. Pero ved las trazas de la Divina Misericordia. Dispuso que los Misioneros saliesen al anochecer, convidando de parte de Jesucristo, que es el alivio verdadero de todos los pecadores trabajados y oprimidos con el peso de las culpas.

Exhortaban los Misionero a la confesión y contrición con estas y semejantes sentencias: Pecador, alerta, alerta, que tu muerte está muy cerca. Confiesa lo que has callado, no sea que amanezcas condenado...

Saetas fueron éstas que hirieron, por más que huía, el corazón de aquel mozo; mas no acabando de resolverse a llegar a confesarse, se volvió a su casa: llegó la hora de acostarse, y apenas se había transportado un poco, cuando despertó turbado, y despertando a su hermano, le dijo: —¿No oyes? ¿No oyes?

—No oigo nada, respondió; duerme no te inquietes.

—¿Cómo puedo sosegar?, respondió él; ¿no oyes a los buenos Padres que van diciendo: Confiesa lo que has callado, no sea que amanezcas condenado?

Era ya la media noche, y a la verdad no se oía voz alguna en la calle, y los Padres estaban recogidos; pero el Espíritu Santo había impreso de tal suerte aquellas voces en aquel corazón, que le duraban los ecos aun en el sueño; y no pudiendo resistirse más, saltó de la cama, vistióse, y sin que pudiera detenerlo su hermano siquiera hasta la mañana, salió a toda prisa en busca de los Padres de la Misión. No halló persona en la calle; caminó a la posada de los Padres; llamó a la puerta y despertó al amo de la casa.

Este le respondió que no era aquella hora de inquietar a los Padres, que madrugaban, y los podría hablar por la mañana temprano.

Pero, ¡qué bueno es Dios! El, que despertó al doliente, despertó también a los médicos: oyendo el ruido los Padres, salieron gustosos a tomar el mejor descanso que buscaban, que era el bien de las almas, perdidas por la culpa. Oyóle uno de ellos con caridad; se confesó aquella noche de lo que pudo acordarse y del pecado que hacía once años que callaba.

No hay que decir que quedó con indecible consuelo, aliviado de aquella carga, que tanto tiempo le tenía oprimido, y sumamente agradecido a Dios, que lo había esperado hasta aquella hora, habiendo estado ya a punto de morir en una enfermedad y resuelto él a no confesarse, aunque veía a las claras su condenación.

A la mañana se reconcilió, recibió la Comunión con tan distinta disposición y gozo que cuando la recibía sacrílegamente en todos los once años.

¿Y qué pensáis que sucedió? No pasaron diez horas, y le sobrevino un accidente mortal, que de repente le arrancó el alma, la cual dió en manos de su Criador, rogando a su Confesor contase a todos este tan elocuente ejemplo de la bondad de Dios, y del patrocinio de María Santísima, a quien él reconocía todo su bien, porque siempre guardaba viva entre sus miserias una centellita de su devoción; siempre le rezaba tres Avemarías antes de acostarse.

J. L., Congr.

O cambias de nombre o...

En la antigüedad un joven de ilustre nombre se alista en la milicia de su país. El día de combate, acometido de súbito temor en lo más arduo de la lucha, abandona las armas y huye. El capitán, apercibiéndose de su huida, corre tras él, lo coge del brazo y, deteniéndole, le increpa de esta forma: O cambias de nombre o cambias de conducta.

Al oír estas palabras el tímido soldado se rehace, corre al enemigo, y con su bravura contribuye a la victoria de los suyos y entra a saco en el campo enemigo.

Y tú ¿no eres cristiano; no llevas un nombre ilustre; no estás alistado en la más honrosa milicia, la milicia de Jesucristo?

Bien podemos decirnos a nosotros mismos: Si eres cobarde cuando viene la pasión a tentarte: O cambias de nombre o cambias de conducta.

J. S., Congr.

Horrible escarmiento

Hace algunos años, en unos Carnavales, sucedió en Barcelona, entre diez y diez y media de la noche, cuando el paseo de Gracia, plaza de Cataluña, la Rambla y calles afluentes se hallaban invadidas por compacta muchedumbre, ávida de contemplar y curiosear los espectáculos y expansiones carnavalescas, un accidente en la Rambla de Canaletas, que aterrorizó a cuantas personas sensatas lo presenciaron.

Lo sucedido fué lo siguiente:

Varios jóvenes enmascarados y ataviados con churrigueresco disfraces, tuvieron la sacrílega y canallesca humorada de remedar a los ministros del Señor, fingiendo religiosa comitiva en actitud de conducir el Santo Viático.

Algunas de las máscaras llevaban teas encendidas y en el centro de la endiablada comparsa, cuatro de ellos eran portadores de unas parihuelas, en las cuales aparecía, haciéndose el enfermo, uno de los zulús: ¡el que iba a recibir... los Santos Sacramentos!

De pronto, el paciente de mentirilla se siente enfermo de verdad; se le conduce a la farmacia del señor Balasch, que estaba próxima; a los pocos instantes era cadáver.

Así castigó este nefando sacrilegio la mano de Dios, con toda su grandeza, con todo su poder y con toda su justicia.

El acto que se realizaba, intentando burlar y escarnecer uno de los misterios más augustos y solemnes de la Iglesia Católica, acto llevado a cabo en una noche de carnaval, en el centro de una población sinceramente católica, y ante numerosa concurrencia; no ha quedado impune.

I. G., Congr.

¡Madre, dame agua!

Describíame con viveza mi amigo José María aquella escena de sangre y de horrores bajo el sol africano; y aun entonces, después de pasados diez años, se espantaban sus ojos al recordarla.

"Mi alférez, un simpático joven recién salido de la Academia, se volvió loco, ante la magnitud de aquella catástrofe... Corría de aquí para allá, gritando, con un revólver en una mano y un cornetín en la otra... ¡Pobrecillo! Cuando yo caí herido, pasó varias veces sobre mí, pisándome... No sé cómo terminó...; todos fueron cayendo o retirándose del fortín; y cuando la noche descendió sobre moros y cristianos quedé solo y desangrándome entre compañeros muertos...

"Dos días estuve así... ¡Dos días! Esto se dice pronto; pero mira; ni al enemigo mayor, ni al hombre más perverso se le pueden desear dos días como aquellos, entre aquel olor, bajo aquel sol de fuego, con aquella sed...

"Sí; sobre todo aquella sed... Yo abría la boca rabiosamente; yo quería morder el cañón del fusil, sólo porque estaba frío; yo me abrasaba por dentro y por fuera...

"La misma vehemencia de la fiebre forjó en mi fantasía una ilusión inolvidable: Me pareció que aquel lugar de tragedia se transformaba en un prado ameno; en vez de los estrépitos de la guerra, sentí el resbalar de una fuente y ví... ví a mi misma madre, que se me acercaba llena de piedad y gracia entre la penumbra de la noche, trayéndome agua fresquísima en el hueco de sus manos... Pero, ¡qué angustia de muerte! Se detuvo a tres pasos de mí... no me tocaba los labios...

"¡Y allí la veía yo, siempre sonriente, siempre amable, pero ¡ay!, siempre inmóvil!...

Quise hablar, y no pude; extender la mano, y no me obedecía..., cuando logré lanzar así como un grito desesperado salido del mismo corazón: ¡Madre!

Al punto ella desapareció y yo volví a verme solo en el suelo enemigo... Mi misma voz me había despertado y vuelto a la realidad...

¡Cuánto sufrí, Dios mío!"

Mi pobre José Mari temblaba, y todavía no se había atrevido a contar a su madre aquel amargo episodio...

¡Madre!, digo yo también, cuando me veo en esta batalla del mundo, entre tantos crímenes y adversarios, entre tantos peligros de perdición.

—¡Madre! ¡Sólo Tú, sólo Tú, Madre mía del cielo, me puedes traer el agua de la Vida que necesito para no morir! ¡Madre, Virgen María!

M. S., Congr.

Pagados con la mejor moneda

El hecho sucedió en China en 1900. Durante la persecución *Boxers*, muchos cristianos, temerosos de ser apresados, determinaron huir a los montes.

Llegados a una aldea pidieron hospitalidad, sin percatarse de si la pedían a cristianos o paganos. Paganos eran en efecto, pero dotados de virtudes naturales; así que no solamente los acogieron sino que se brindaron a mantenerlos mientras fuera necesario.

Pronto llegaron los *Boxers;* preguntaron a la primera autoridad, si había cristianos en el pueblo. Bien conocieron los aldeanos que su negativa sería un peligro para ellos tanto como para sus huéspedes.

Valiéndose del disimulo, característico de los chinos, exclamaron con mucha ingenuidad: —¡Y cómo queréis que vengan los cristianos a refugiarse entre los devotos seguidores de Confucio!

Entre tanto urdieron una estratagema de infalible resultado. Prepararon un convite con licores embriagadores. Los *Boxers* picaron; se dejaron tratar bien, apuraron las copas y se marcharon, olvidados del asunto que por allí los había llevado; ni figurarse que aquellos que les agasajaron, y más siendo paganos, habían de ocultar a los cristianos.

No debía quedar sin premio aquella admirable caridad de los buenos montañeses. Quince años más tarde acudían en masa al misionero católico para ser instruídos en la religión. Sus primeros maestros fueron algunos de aquellos cristianos acogidos en la persecución. Dios no se deja vencer en generosidad.

R. R., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

¡Contra la Virgen!

Compacto grupo de fieles iba escoltando la imagen de la Santísima Virgen, que era llevada hasta la estación de aquel lugar. El celoso Párroco había alcanzado de los Padres Carmelitas de un pueblo vecino, que se la prestaran para una novena solemne que quería celebrar; y después de haber sido muy honrada durante aquellos días, fué llevada en triunfo por los buenos campesinos, que veían con lástima que les abandonara.

Pues bien, una procesión tan devota como pacífica, exasperó la rabia de un desgraciado obrero que trabajaba entonces en un horno de cal; éste al ver pasar el piadoso cortejo, lanzó esta blasfemia contra la Madre de Dios: ¡Ojalá le despedazaran las manos y los pies...!

Pues queréis creer que aquel mismo día, su maldición se volvió contra él? Una enorme piedra que se desprendió aplastó al infeliz, y le arrojó a los pies de su Juez.

¡Cuantos desgraciados blasfeman sin saber lo que dicen; y cuantos otros, en cambio, sabiéndolo! Unos y otros injurian gravemente a Dios y a su Santísima Madre. Pidamos para que desaparezca este vicio horrible, que tanta infamia causa al mismo pueblo donde se oyen.

J. R., Congr.

Lo que no veo en mí....

El duquesito de Borgoña era muy colérico. Se irritaba contra sus educadores, contra los criados y hasta contra las cosas inanimadas, rompiendo cuantos relojes y pequeños objetos encontraba a su mano. En un momento de nerviosismo, llegó hasta insultar a su profesor, el admirable Fenelón, el cual, a fuerza de moderación y tacto, consiguió domar su carácter impetuoso.

Un día que el duque había pegado a su criado, se detuvo después a mirar los instrumentos de un obrero que trabajaba en su habitación. El obrero, a quien Fenelón había instruído, fingió impacientarse y dijo al príncipe en forma grosera que pasara adelante y le dejara trabajar.

El príncipe se enfadó.

Pero el obrero, furioso, le grita: —Retiraos; cuando monto en cólera no reconozco a nadie.

El duquesito corrió a Fenelón contándole que habían introducido en palacio al hombre peor del mundo.

—Es un buen obrero, replicó el obispo; no tiene más que un defecto y es dejarse dominar muy a menudo por la cólera.

—¡Cómo!, le contestó el príncipe, ¿no es un mal hombre el que así me ha maltraiado?

—Escucha, contestó Fenelón, lo llamáis malo porque os amenazó en un momento en que le entreteníais de su trabajo; pues ¿cómo llamaréis a un príncipe que azota a su ayuda de cámara en el mismo momento en que éste le está prestando sus servicios?

El duque se corrigió tan perfectamente que más tarde podía ser citado como modelo de bondad y de condescendencia hacia los demás.

No podéis hacer nada tan agradable a Dios, ni consolador para vuestros padres y para vuestros educadores, ni más útil para vosotros mismos, como el combatir sin cesar vuestros defectos hasta vencerlos; de este modo os quitáis en la juventud las espinas y estorbos con que tropezáis en el camino de la vida. Creedme, no hay otro modo de ser feliz en este mundo: fastidiarse ahora de joven para no ser un desgraciado toda la vida.

M. A., Congr.

Los mejores apóstoles

Antes de empezar una misión, San Vicente Ferrer en Rennes, hizo levantar en la plaza principal de la ciudad un trono a la Santísima Virgen. ¿Y a quién os parece que reunía a su alrededor? Salía por calles y plazas a buscar niños; les reunía y, después de dirigidas algunas plegarias en común a la Reina de los cielos y entonados algunos cantos, los enviaba, como otros tantos apóstoles, a conquistar las almas de sus parientes y amigos. Se sabe que de todos los habitantes de aquella ciudad, no hubo uno que se resistiera a la gracia y ésto, en gran parte, se obtuvo por la cooperación de los niños.

También San Vicente de Paúl usaba de este medio en sus misiones para convertir las almas. A los sacerdotes de su Congregación solía hacer esta recomendación: "Roguemos mucho, hagamos rogar a otros, y, sobre todo, a los niños."

Ahora más que nunca deben ser los niños de las catequesis los portadores de las verdades que de otro modo no llegarías a oídos de sus padres, y los que deben rogar a Dios para que se apiade de nosotros.

J. M. L., Congr.



Núm. 225.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Abril de 1932

¡Cuánto habla un crucifijo!

En un pueblo de una misión del Asia vivía un cerrajero que no solamente resistía a la gracia de Dios, sino que, por vivir cerca de la iglesia, cuando el misionero dirigía la palabra a sus cristianos, empezaba a martillar con fuerza para impedir que le oyesen.

Cayóse un día al suelo un crucifijo, al cual el misionero tenía mucho cariño y devoción; y se le estropeó un brazo. Se acordó entonces el misionero del cerrajero, por haber oído decir que era muy hábil trabajando, y presuroso se fué a su casa.

El cerrajero al verle entrar puso mala cara, pero al enterarse del motivo de su visita, aunque con mala gana, le prometió hacerlo lo mejor posible.

Por la mañana, al tiempo en que el misionero dirigía la palabra a sus cristianos, no se oyeron los golpes del martillo; al anochecer el misionero vió con extrañeza que el cerrajero entraba en la iglesia como acobardado.

Cuando el misionero acabó la función de la iglesia, se encontró en la sacristía con el cerrajero. —Padre—le dijo—, tome su crucifijo y confiéseme, que estoy arrepentido de lo que he hecho; le pido perdón.

El misionero turbóse, pues no comprendía cómo en un día un hombre de instintos tan perversos se presentase tan humilde y arrepentido. Le preguntó que le explicase la razón de aquel cambio que había experimentado.

El cerrajero, todo emocionado, le dijo:

—Mire, Padre, tan pronto como tuve el crucifijo en las manos, empecé a temblar; me pareció que me hablaba y me reprendía por mi vergonzosa conducta y aquí me tiene, Padre, dispuesto a bautizarme para limpiarme de todos mis pecados; estoy dispuesto a llevar una vida ejemplar y sacrificada para merecer ser perdonado de Dios.

¡Cuánto habla un crucifijo! Por algo los masones lo quieren desterrar.

J. L. G., Congr.

¿Quién tiene más mérito?

¡Qué hombre más forzudo! Es una exclamación muy corriente, que sale de cualquier pecho en esas luchas y carreras pedestres, partidos balompédicos y en toda clase de deportes y ejercicios de fuerza.

Pero tengo para mí que hay fuerza muy superior a la muscular. Este ejemplo os lo aclarará.

El hecho pasó en un día festivo, a eso de las tres y media de la tarde.

Iba un grupo de chicos jóvenes de 15 a 17 años, aproximadamente.

—¿A dónde iremos?—dijo uno.

—Yo a cualquier parte—contestó otro.

—A mí me da igual—dijo un tercero.

—Como está el día lluvioso—siguió hablando el primero—, ¿os parece que vayamos al cine?

—Bueno, vamos—contestaron a coro todos.

Pero no todos; uno de ellos, que no se movió de donde estaba, les dijo:

—Bueno... ya podéis ir... hasta luego. ¡¡Yo no voy al cine!!...

—Oye, Juan—le replicó uno—, pero con el día tan malo que está, ¿a dónde vas a ir?

—Hombre... pues ya veré.

Al oir esto, que no quería ir al cine, se echaron a reir.

—Que se quede solo; nosotros nos vamos.

Y se marcharon, dejando a Juanito solo.

—Ahora ¿a dónde iré?—se preguntó a sí mismo—; ¿a qué dudar? Me voy a la Congregación.

Aquel día tuvieron Bendición. ¡Con qué fervor, con qué alegría asistió aquel día a la Bendición! nunca la había sentido mayor que la que experimentó al salir aquella noche de la Congregación; le parecía recordar la satisfacción que tuvo el día de su primera Comunión, tan lleno tenía el corazón de gozo. Era que Dios le pagaba al contado el sacrificio que se había impuesto no yendo al cine.

Seguramente que aquellos amigos de Juan saldrían del cine con el alma manchada o por lo menos con muy malos pensamientos en el corazón.

Ahora decid vosotros: ¿qué tiene más mérito, si tener fuerza de voluntad o tener fuerza muscular?

Universidad de Deusto
Biblioteca

El nacer fuertes o débiles sólo corresponde a Dios Nuestro Señor, sin que los hombres puedan hacer nada en pro o en contra; y en cambio la voluntad es tan fuerte como quiera cada uno de nosotros.

Para llegar a tener una voluntad de hierro (como vulgarmente se dice), hay que empezar por vencerse uno a sí mismo en cosas pequeñas, y terminará como terminaron aquellos Santos, San Estanislao, Santo Tomás de Aquino, San Luis Gonzaga y otros muchos, con tanta fuerza y ánimo, que tentaciones que hacen caer a grandes hombres, a ellos ni les movían lo más mínimo.

J. G., Congr.

Seamos Catequistas

Había en un pueblo de Extremadura un jovencito de unos 17 años, que por desgracia no había estudiado el Catecismo, pues en el pueblo no había Catequesis y en la escuela apenas si se lo habían enseñado.

Pero si no tenían Catequesis, no les faltaba un cine, malo como lo son la inmensa mayoría.

Este jovencito, por supuesto, no dejaba de ver ni una sola de las perversas películas que por aquel cine pasaban; y como no tenía fundamento de Catecismo ni de temor de Dios, se hundía más y más, juntamente con los malos amigos y no pudo menos de resultar lo que resultó, un criminal.

Naturalmente, se le ocurrió al muchacho probar aquella vida que llevaban los personajes del cine; se escapó de la casa paterna junto con uno de aquellos sus amigos. Marcharon a Madrid y empezaron por el oficio de golfos, robando en esta tienda, en aquel mercado, a un señorito, etc., etc.

Pero todo esto era poco para nuestros protagonistas; habían visto más, y ese más también era preciso hacerlo. Se metieron a ladrones, en regla o sin regla; para que veáis claramente a dónde conduce el cine juntamente con la falta de Catecismo.

Realizaron cuatro o cinco hazañas, pasando desapercibidos a la Policía; pero pronto cayeron, como ratón en ratonera.

Sucedió que entraron en casa de un señor muy rico, y robaron todo lo que pudieron; pero al salir los vió el portero, avisó a la Policía y cayeron en la red.

Para su mayor desgracia se escaparon de la cárcel y como pudieron se marcharon a Valencia.

Allí nuestros dos extremeños dieron el golpe: prepararon, armados convenientemente, el asalto a uno de los chalets que la capital levantina tiene en sus alrededores.

A eso de las doce de la noche, a la luz de la luna, pudiéramos haberles visto saltar de entre unas matas, abrir una ventana y enfocar con una linterna la habitación. Pero en la casa estaba el amo, y al ir nuestro muchacho a abrir la caja de caudales, se encontró con que detrás de él estaba el amo de la casa, que al oír algún ruido venía a ver lo que pasaba.

¡Qué horror! aquel joven sacó una pistola y disparó contra el que vió detrás de sí, y lo mató.

Lo que siguió lo podéis suponer, pues a los dos meses de este hecho se leía en los periódicos la sentencia del juez condenando a nuestro protagonista a la pena capital.

Pero ahora pensemos un poquito; que ya os dais cuenta de cómo ese muchacho llegó a criminal. Aprendió demasiado bien lo que el cine le enseñó, y no aprendió el Catecismo.

Consecuencia lógica: Nosotros, que tenemos la gran dicha de saber el Catecismo, de estar educados tan cristianamente, debemos (y hoy más que nunca) de extender el Catecismo por todas partes que podamos, y para ello los que somos catequistas debemos cumplir con nuestro encargo lo mejor que podamos; los que todavía no lo sois debéis estudiarlo con ahinco y pedirle todos los días a Dios la gracia de ser buenos catequistas y tratar de alejar del cine a chicos y grandes.

V. F., Congr.

En Irala-barri

Tan ocupados están los misioneros en Cuaresma, que ¿quién se acuerda de dar Ejercicios Espirituales a los niños de las escuelas sin Dios?...

Jesucristo se acuerda, y para una cosa tan seria ha elegido en Bilbao a unos cuantos jóvenes. Yo he tenido la suerte de ser uno de ellos, tocándome misionar a los niños de mi Catecismo de Iralabarri.

Aprovechamos para ello las vacaciones de Semana Santa. Un paseo por el barrio el día anterior, con los bolsillos llenos de caramelos para repartirlos y el corazón repleto de amor a los niños, es propaganda suficiente para que todos acudan a los Ejercicios.

—Eh, chicos, ya sabéis: mañana, pasado mañana y al otro tenéis que venir al Catecismo, por la mañana a las 10 y por la tarde a las 3. Oiréis unas explicaciones muy bonitas y habrá concursos y premios para los que mejor contesten. Los pequeñitos que no vengan; sólo los que habéis hecho ya la primera Comunión y los que la vais a hacer el lunes de Pascua. Cada uno de vosotros que avise a su vecino y todos mañana en la Catequesis a las 10.

Al día siguiente la concurrencia es buena y el novel misionero comienza sus Ejercicios con un entusiasmo loco. ¡Salvar almas!... ¡Ser misionero de Jesucristo! ¡Qué cosa más grande!...

Pero todo entusiasmo hace falta. Es una cosa tan seria los Ejercicios Espirituales!... ¡Son los niños tan juguetones!... ¿Cómo sujetarlos y hacer que estén atentos?... Así lo he conseguido: explicaciones, pocas; ejemplos, muchos; y todo con mucha viveza y a fuerza de gastar nervios.

He aquí la labor que se ha hecho:

Mañana del día primero.—Plática.—Preparatoria y fin del hombre.

Instrucción.—Qué es pecar y Sacramento de la Penitencia en general.

Tarde.—Plática.—Lo que vale el alma.

Instrucción.—El examen de conciencia.

Mañana del día segundo.—Plática.—El pecado.

Instrucción.—Contrición de corazón.

Tarde.—Plática.—El infierno.

Instrucción.—Propósito de la enmienda, confesión y satisfacción.

Mañana del día tercero.—Plática.—El Hijo pródigo.

Instrucción.—Sacramento de la Comunión.

Tarde.—Preparación para la confesión y a continuación confesiones.

Para hablarles tenía delante unos esquemas hechos de antemano valiéndome de los Ejercicios Espirituales del P. Sancho, de los del P. Negro y de lo que recordaba de otros Ejercicios que yo había hecho antes.

Entre cada plática e instrucción había un cuarto de hora de recreo, y siempre comenzábamos los Ejercicios cantando el "Sálvame, Virgen María..." y alguna de sus estrofas.

Tanto por la mañana como por la tarde repartía concursos a los niños que ya saben escribir. Consistían en diez o doce preguntas sobre los temas desarrollados. Estos concursos se multicopiaban en cuartillas por medio de gelatina. Los niños los han hecho con verdadero entusiasmo y algunos han contestado con mucho acierto.

Además de esta labor general, los niños de la primera Comunión tenían otras dos instrucciones acerca de la Eucaristía.

El fruto ha sido espléndido. El lunes de Pascua hicieron la primera Comunión 18 niños, y en total comulgaron 150 entre niños y niñas.

Por la tarde hicieron la renovación de las promesas del Bautismo.

Ahora, para conservar el espíritu que han adquirido, comulgan todos los domingos y los primeros viernes de mes en la Misa especial que para ellos se tiene a las 8 de la mañana.

Como remache final, he vuelto a insistir en las preguntas hechas en los concursos y premiado con libros y juguetes a los que tomaron parte en todos y mejor los hicieron.

Estoy satisfechísimo, porque veía con mis propios ojos cómo la gracia de Dios inundaba las almas de mis niños.

—¿Estás contento?—le preguntaba a un angelito que acababa de confesarse para hacer al día siguiente su primera Comunión.

—Sí, estoy muy contento, ya no tengo ningún pecado; mañana voy a recibir al Niño Jesús en mi pecho. ¡Qué gusto!...—me decía con la cara llena de la alegría más pura.

—¿Qué le vas a pedir al Niño Jesús mañana?

—Le pediré antes morir que pecar.

—Y para mí ¿no le pedirás nada?

—Sí, para usted le pediré que le haga un santo.

Al día siguiente tuve la inmensa dicha de comulgar rodeado de más de cien de aquellos niños y estar junto a aquel angelito, dándome cuenta con gran emoción cuando aquel niño hacía aquellas peticiones:

"Antes morir que pecar."

"A mi catequista hazle santo."

La oración de aquel niño ha sido premio sobrado de mis trabajos.

C. E., Congr.

En Astrabudúa

El Miércoles Santo por la mañana fuimos por la línea de Las Arenas a Axpe; subimos por la carretera detrás de las canteras a Astrabudúa seis congregantes, para avisar a los niños que a las cuatro de la tarde iban a empezar los Ejercicios. Los 10 niños a quienes pudimos ver y hablar, se convierten al día siguiente en 120 chiquillos, que nos salen a esperar a la estación, armando una gritería espantosa; rodeados de ellos emprendimos la marcha por el pueblo y en él entramos como en procesión, saludando cariñosamente a diestra y siniestra, pues ya nos hemos hecho populares. En la campa, que está junto a la ermita, nos están esperando 50 más. Entramos en la ermita, y ¡ya nos costó poner en orden aquella multitud de chiquillos!; pero por fin conseguimos hacerles callar y empezamos los Ejercicios.

Empecé hablándoles de la muerte; y había que ver a aquellos chiquillos que antes no podían estar quietos ni callando, cómo atienden ahora, y con qué afán escuchan lo que se les dice. Pero sobre todo lo que más mella les hace son los ejemplos de las muertes repentinas; y, al ir yo apuntándoles a uno y a otro con el dedo, y preguntándoles a cada uno, si a ellos no les podía pasar lo mismo, veía que algunos pasaban verdaderos apuros y no acertaban a contestar de puro asustados que estaban. Y sin duda, lo que más les impresiona a los chicos es que el que les habla sienta lo que les dice; y tanto les impresiona que a varios vimos con sus pañuelos, y a los que no lo tenían, con sus manitas en los ojos.

En la segunda plática se les habló del pecado, del horror que hay que tener al cine, donde se cometen pecados y se aprende a cometerlos. Pues bien, cuando les estaba hablando de lo malo que es el cine y que no se debe ir, me pregunta uno: —¿A las películas de vaqueros tampoco se puede ir? Al contestarles que, si querían aprender a matar sus almas y a matar las de los otros, ya podían ir, me contesta otro: —No, aunque sea de vaqueros no iré.

Y ¡hay que tener en cuenta el sacrificio que hacen estos chicos al dejar de ir al cine!; pues los domingos a la tarde no saben a dónde ir, y, claro, allá se van los pobrecitos.

Y tan adentro se les metió que, por un solo pecado mortal cometido en el cine, se fué un chico al infierno, que, al volver, todos no hacían más que decirnos: —Aunque me den dinero en casa, no iré más al cine; porque, si entonces me muero... Toda esta impresión quedó remachada al contarles cómo hace pocos años murieron 42 niños en un cine en el mismo Bilbao.

Al siguiente día se les habló del infierno; fué lo que más impresión les hizo; estaba toda la capilla medio a oscuras. Cuando les pinté a lo vivo, con el mayor sentimiento que pude el infierno, como si estuviésemos viendo allí mismo un gran pozo abierto en medio de la ermita, y como si estuviésemos oyendo los gritos de los condenados, bramando allí por toda la eternidad; al pintarles, digo, los padecimientos que tienen en el

infierno, algunos se notaba que sentían escalofríos, y lo mismo cuando les expliqué lo que dice el reloj que hay a la puerta del infierno: NUNCA, JAMAS. Y para hacerles ver con más viveza, moví la lámpara que estaba sobre mi cabeza, como si fuese un péndulo, y les repetí: Nunca... jamás... Les hizo, digo, tanta impresión y se les quedaron tan grabadas esas palabras, que después algunos me repetían a la letra todo lo que yo les había dicho.

El Viernes Santo les hablé de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, y les llevé un Crucifijo grande; les dije que no echasen la culpa a los judíos, que crucificaron a Jesús; que ellos lo crucifican siempre que van al cine, y cometen o se exponen a cometer pecados mortales. Esto les entró tan en el alma, que después todos nos iban diciendo que a ver si, cuando ahora le crucificaban de nuevo, le hacen daño a Jesús. Al responderles yo que sí, me decían: —Pues ya no vamos más al cine, porque yo no quiero crucificar otra vez a Cristo Nuestro Señor.

Así procuramos meterles el horror al pecado y el amor a Cristo Nuestro Señor, que si ahora no padece, padeció entonces al ver nuestras ingratitudes y desprecios.

El sábado les preparé para hacer una buena Confesión, y el domingo tuvimos una Comunión general hermosísima: comulgaron unos ochenta pequeños de los ciento cincuenta de aquella Catequesis.

Es una hermosura ver que en un pueblo en el que antes no comulgaba nadie, ahora comulgan de ochenta a cien personas.

Para que no se aburriesen, entre plática y plática, les sacábamos a jugar a la campa que hay al lado de la ermita. Habrán venido unos ciento cincuenta por término medio; y todos se portaron admirablemente, y con tanta atención estuvieron, que supimos cómo todo lo habían contado en sus casas. Esto también nos consuela a nosotros muchísimo.

Está visto que para que los chicos le atiendan a uno con afán, hay que prepararse y ponerles las cosas claritas, y hablarles en su estilo como si fuese para cada uno de ellos y apuntarles con el dedo: así atienden más; y mucho más si uno siente lo que les dice; de otro modo, no les puede hablar con verdad y con calor.

En fin, que los catequistas tengan gran ánimo, que con la Catequesis se puede hacer y se hace un bien inmenso. Animarse a ser catequistas, y catequistas **de veras**.

E. L., Congr.

En Galdácano

El Miércoles Santo salíamos de Bilbao con dirección a Galdácano en el autobús de las 8,40, con objeto de hacer propaganda para los Ejercicios que habíamos de celebrar los días siguientes.

Después de pedir permiso al señor párroco, empezamos nuestra propaganda, acompañados de algunos niños de la Catequesis, a los cuales repartimos caramelos, para que continuasen la labor, pues pronto nos llegó la hora de volver.

El jueves, al llegar, nos encontramos con unos 80 niños: no habían hecho la propaganda debida.

Como el domingo anterior se les explicó "El fin del hombre" y queríamos que se les grabase bien el alma, éste volvió a ser tema de la primera Plática, juntamente con "El pecado".

Después de un cuarto de hora de distracción se les habló sobre "La muerte", y como consecuencia de ésta "El juicio" con las dos sentencias.

El día de Viernes Santo las Pláticas versaron: sobre "El infierno" la primera, y la segunda sobre lo mucho que costó a Dios nuestra alma, es decir, sobre "La Pasión". Fueron sin duda alguna los dos temas que más impresionaron a los 100 niños allí reunidos.

El día de Sábado Santo nos encontramos con que los niños estaban en los Santos Oficios, y decidimos perder el autobús de vuelta; y hasta que acabaron, aprovechamos el tiempo avisando a los niños que encontramos por el pueblo.

Terminaron los Oficios y empezamos nuestras Pláticas con mayor concurrencia que nunca; pues casi se encontraban allí todos los niños de la Catequesis. Las dos Pláticas versaron sobre "La Confesión". En la primera se les hizo ver cómo habíamos merecido el infierno y cuál era el medio de librarnos de él.

Por la tarde, y a la hora convenida con el señor Párroco, se les preparó a confesarse bien.

Como habíamos perdido el autobús de vuelta, nos decidimos a hacer los 12 kilómetros a pie. ¡Qué contentos volvíamos hablando del fruto tan hermoso que se puede sacar de una Catequesis.

El domingo la mayoría de los niños se acercaban, en la misa de ocho, a recibir a Jesús en sus pechos. ¡Qué espectáculo tan hermoso! ¡Cuánto gozamos!

F. X. S., Congr.

Narraciones parecidas se han hecho o podían haberse escrito sobre los Triduos dados en las Catequesis del barrio de Indauchu, Recaldeberri, Ribera de Deusto, Las Carreras y San Fuentes; pero tendríamos que repetir y alargarnos demasiado.

Sentimos que no hay mejor espuela que, a nosotros mismos, nos excite tanto a formarnos hombres como este empeño en que tenemos de ser abnegados catequistas.

Estamos deseando que lleguen los sábados por la noche; tenemos nuestra preparación en común, los casi 100 catequistas, y nos alentamos unos a otros, para ir el domingo, si es preciso, madrugando más o dejando cualquier sport, a partir el pan de la doctrina, endulzado con caramelos y con cariño, a centenares de niños; estos pobrecitos, de otro modo, de cristianos, sólo tendrían el bautismo.

J. A. D., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

FLORES Y FRUTOS

Núm. 226.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Mayo de 1932

¡Qué tres Ave Marías!

Uno de los prodigios más interesantes que se han publicado acerca del poder de las tres Ave Marías, es el ocurrido hace 5 años en Bengala, según lo refiere un misionero.

No recuerdo el nombre del joven y valiente militar indio, teniente de una Compañía de Cipayos en Bengala. Educado entre europeos desaprensivos, vivía como ellos, sin religión alguna; aunque conocía y amaba a la Iglesia católica a vuelta de muchas conversaciones con los misioneros y con su jefe, convertido ya, y a quien profesaba cariño que rayaba en adoración.

Este buen oficial le arrancó una vez la promesa de rezar diariamente tres Ave Marías a la Madre de Dios, y todas las noches cumplía su promesa el bravo indio con exactitud militar.

Comenzaba la aurora a blanquear las altas cimas de la montaña—escribe el misionero—cuando abrí la ligera puerta de tela de mi tienda: señal convenida a la que todos los días acudía el jefe para ayudarme a decir la Santa Misa y recibir el Pan de los fuertes.

Aquella mañanita el piadoso capitán no viene solo: el teniente indio le acompaña; y sin darme tiempo para expresar mi asombro, se echa a mis pies pidiéndome que le haga hijo de María y por lo tanto hijo también de la Iglesia.

¿Cómo se explica este milagro de la gracia? Escucha la narración del mismo oficial:

Después de nuestra entrevista de anoche, me retiré a casa, tan cansado, que se me olvidó rezar las tres Ave Marías; tan pronto como me eché sobre mi lecho de campaña, quedé profundamente dormido.

A eso de la una me despertó de improviso una fuerte sacudida. Todo asustado me incorporo en la cama y miro alrededor ayudado de mi linterna; pero nada de particular observo; y aunque debiera haberme levantado para examinar más de cerca las cosas, como embobado por el sueño, no pensaba más que en volver a él. Cuando iba a dejar caer la cabeza sobre la almohada, me vino al pensamiento la promesa de las tres Ave Marías, y me remordió la conciencia de no haberlas rezado al acostarme. Sacudí entonces el sueño, salté de la cama y me arrodillé para rezarlas; pero no lo llegué a hacer, porque fijando la vista en la almohada, vi que por debajo de ella asomaba la cabeza una gruesa serpiente con la boca abierta y flechando la lengua. Por la horrible cresta que coronaba su cabeza conocí que era una cobra capella, especie de las más venenosas, cuya mordedura es siempre mortal. Sin aliento vi que lentamente iba desplegando sobre mi lecho sus largas y disformes roscas. Quedéme como hipnotizado de horror en los primeros momentos; pero antes que el reptil llegara al suelo, ya había yo agarrado mi florete y de un terrible golpe le quebranté el espinazo, y de otro le troncé la cabeza, que se levantaba ya silbando.

Al verme entonces salvo de tan grave peligro y comprendiendo que debía mi salvación a la Madre de Dios, caí de rodillas y juré abrazar la religión de su Santísimo Hijo.

Algún tiempo tardé en informarme bien de la religión verdadera; pero al fin lució la aurora del dichoso día, en que en mi tienda-capilla, adornada de flores, sin otro testigo que mi jefe amado, bañaron mi frente las aguas bautismales. A la pregunta del ritual: ¿cual es tu nombre?, respondí: Carlos María. Carlos se llamaba mi capitán.

¡Qué bien paga la Santísima Virgen nuestros más pequeños esfuerzos! ¿Me acostaré y me levantaré sin rezarle tres Ave Marías? No lo quiera Dios ni su Santísima Madre.

J. L. M., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Mira qué buena vida

Vamos a oír a una muchachita india, alumna de la Casa Cruz de Lago, que nos va a dar buenas lecciones.

La casa en que vivió ya no existe; fué destruída en aquel terrible fuego hace pocos años.

Su nombre fué Isabel Ross. Era nieta de un famoso jefe indio; me la trajo su padre, Abraham Ross, para que la admitiesen en el internado; y al mismo tiempo que su instrucción, alcanzó la gracia del bautismo y tanto celo que pronto se trocó en intrépida misionerita.

Cuando llegó el verano, el tiempo de vacaciones, volvió a su pueblo.

Cada mañana, tan pronto como se levantaba, su primer pensamiento era la oración; y con estas o semejantes palabras le recordaba a su padre, que dormía junto a su cuarto, esta obligación con Dios: Papachu querido, ésta es la hora en que rezamos en el colegio al Espíritu Santo; y durante el día en distintas ocasiones, como cuando la campana de la Misión tocaba el Angelus, ella se arrodillaba, hacía el signo de la cruz y pedía a Dios en voz alta por sus padres, sintiéndose contenta y feliz.

Se entretenía muchos ratos enseñando el Catecismo a sus hermanitas y les hablaba de Dios. Hablaba también a Dios de ellas. Era algo así como sembradora de la divina palabra en el campo de las almas.

Volvió al colegio acabadas las vacaciones; pero antes de separarse de su padre, le insinuó: —Papachu querido, quiero pedirte un gran favor.

—¿Qué necesitas, hija mía?

—Te pido que reces como yo, deseo que te hagas católico.

—Pues has de saber que en ello pienso muchas veces al día; antes de mucho tiempo te hablaré en Salgo de ese asunto.

Y antes de pasar tres meses, Abraham Ross llamó al Padre misionero:

—Hombre de oración (así le llamó), te hago saber que deseo abrazar la religión de mi pequeña Isabel. Su piedad y buen ejemplo me han tocado el corazón. Me da vergüenza verla rezar con tanto fervor al Espíritu Santo y no saberlo yo hacer. Padre, deseo conocer su religión.

Desde ese día comenzó su instrucción. Aprendió las lecciones con creciente interés.

Pronto llegó la Noche Buena, tiempo a propósito para la oración nocturna, de que tanto gustan los indios. Durante la Misa del Gallo nuestro neófito se conmovió tanto que derramó muchas lágrimas al ver a su inocente hija vestida de blanco avanzar hacia el altar para recibir la Comunión.

Pocos días más tarde fué bautizado. De pie junto a él estaba nuestra misionerita; su carita radiaba celestial alegría. Salió un momento y volvimos a verla: entraba con su madre y sus dos hermanitas; luego llegó su tío con su mujer y sus dos hijos; poco más tarde, una de sus tías.

Nueve almas se pusieron en manos de Dios: dos familias se convirtieron; éstas fueron las conquistas de nuestra misionerita a pesar de su corta edad.

Pero, no hay corona sin cruz; todas las obras de Dios son selladas y señaladas con sufrimientos y dolor; como que ahora estamos para sufrir y trabajar; y en cambio la eternidad es para descansar y gozar.

El 9 de agosto de 1918 nuestro amigo Abraham Ross fué muerto por un rayo durante la noche, cuando dormía al pie de un abeto.

Un año más tarde volvía de vacaciones la valiente Isabel con cara tan triste, pálida y delgada, que daba mucho que temer.

Al verse ya sin fuerzas, mandó llamar al misionero:

—Padre—le dijo—, ahora rezad conmigo.

Todos cayeron de rodillas. Le aplicó la Indulgencia Plenaria de la hora de la muerte.

Pero, aun en el último momento de su vida quiso ser misionera. Se acordó de un tío suyo que le había prometido hacerse cristiano. ¿Cumpliría su palabra?

—Padre en Cristo—le dice al misionero—, bautice a mi tío aquí, ahora mismo.

—No, ahora no, debe primero instruirse.

—Padre, bautízale ahora; mi deseo es verle bautizado.

Su tío, que estaba allí presente, se le acercó:

—Sobrinita—le dice—, me bautizaré como lo deseas; pero no ahora, no estoy aún preparado.

—Ya estoy contenta; que me traigan ahora el traje blanco y la banda azul de mi bendita Madre. Quiero morir revestida de su librea.

Cumplimos sus deseos y rezamos el Rosario.

El fin se acercaba. "Voy a Jesús, estoy cansada... No puedo respirar ya... No os olvidéis de mi tío...".

Quedóse silenciosa... y para siempre. El dedo de Dios habíala tocado; se durmió para siempre.

E. L., Congr.

Todo a su gusto

Conocí yo a un campesino cuyas heredades producían siempre más que las de los otros vecinos de su pueblo.

Uno de éstos, intrigado de tanta y tan continuada bonanza, le preguntó: —¿Cómo te las arreglas para que tus campos den más que los nuestros?

—No sé por qué será; lo que sé es que yo dispongo a mi gusto de las lluvias y del mismo sol.

Su vecino quedó más sorprendido aún que lo que ya estaba y le apremió para que se explicase más.

—Pues sencillamente; yo no quiero otro tiempo que el que Dios me da, y como siempre hace el tiempo que Dios quiere, resulta que siempre tengo el tiempo a mi gusto. Esta conformidad, como comprendes, le agrada mucho a Dios, y me da cosechas tan abundantes tal como lo estáis viendo. Haced vosotros otro tanto y experimentaréis lo mismo.

¿A ver si encontráis remedio mejor que éste, más universal y más práctico? Para todo sirve, para las enfermedades y para la misma muerte. Repite muchas veces: Hágase, Señor, tu voluntad, y verás qué tranquilidad y qué contento sientes siempre.

J. H., Congr.

¿En cuál embarcarías?

En Liverpool se hallaban anclados dos trasatlánticos. Uno de ellos, hermosísimo, con todos los adelantos, modernas invenciones y comodidades: lujosos camarotes, piscina donde zambullirse, buena cocina, salón de baile radiante de luz, alegre orquesta y 20 millas a la hora... en 5 días de Europa a América. El otro era un modesto buque, sin lujos ni comodidades, sin salón de baile y con cocina suficiente para saciar las necesidades. La misma travesía tardará 7 días.

Uno de esos lobos de mar que toda su vida la han pasado entre el agua y las embarcaciones, ha examinado detenidamente las dos, y ha dicho a cuantos han querido oírle: "El primer buque, no cabe duda, fascina y atrae, y quitará pasaje al segundo, si a los ignorantes pasajeros no hay quien les advierta del enorme peligro que tienen en navegar en él; sus chapas, bien pintadas de blanco unas y otras de verde, son tan sencillas que con la mayor facilidad puede hacerse una vía de agua y hundirse. El otro no tiene peligro alguno; no es muy cómodo, no tiene atractivos, pero es tranquilo y seguro; llegará a su destino aunque tarde un poco más".

Tú, que has oído a este marino y sabes que es práctico en el asunto y que no sólo no quiere engañarte, sino que desea decirte la verdad y prevenirte del naufragio, ¿en cuál de los dos buques te embarcarías?

Van llegando al muelle los pasajeros, y de cada 100 (aun cuando aquel marino no deja de llamarles la atención), unos 80 no le hacen caso y entran en el trasatlántico vistoso; sólo unos 20, temiendo que fuese verdad lo que el marino decía, se dirigen al buque modesto.

A las ocho de la noche zarpan los dos buques. El primero parece una lluvia de luces que marcha sobre las tranquilas aguas, agitadas únicamente por el ruido de la música y bailoteo de los pasajeros. Del otro sólo se distinguen unas cuantas luces, y, hasta el muelle, llega el eco de la oración dirigida por los viajeros al comenzar la marcha.

Ya van lejos los dos buques. El primero se ha adelantado al segundo. En éste se hallan ya descansando sus pasajeros, mientras que en aquél se oye el descorche de botellas de champagne, la música y el baile que continúa sin cesar.

Son cerca de las 12 de la noche, cuando el piloto, que se hallaba en el puente del trasatlántico, observa en el buque algo muy extraño; en seguida llama al Capitán, que conviene con el piloto en que al buque se le ha abierto una vía de agua que le pone en peligro inminente de hundirse. Se toman medidas; pero ¿quién contiene aquel entrar del agua por la plancha rota? El pasaje, loco de temor, sube a cubierta del buque, grita y corre de un lado a otro en busca de salvavidas; pero el buque, inundado, a pesar de llamar insistentemente con su telegrafía, es tragado por el mar; ni los pocos que pudieron flotar se salvaron.

Al cabo de un buen rato pasa por el mismo lugar el otro buque que salió a la misma hora que el primero. Sólo vió el piloto (y lo recordaba luego) a enormes tiburones. Siguió su camino y sin novedad alguna llegó al puerto del destino; allí se enteraron los tranquilos pasajeros que el lujoso buque había naufragado y desaparecido el pasaje.

Todos los días parten para el puerto final de la vida numerosos buques; ¿en cuál quieres embarcarte para tener seguridad de llegar?

¡Cómo se engañan los hombres! El lujo y la fastuosidad, las diversiones y placeres, les seducen y emboban tanto, que no reparan en la pérdida de la salud, de la vida del cuerpo, y, lo que es aún peor, de la del alma.

F. X. S., Congr.

¡Que no está muerto!

Cuéntase que en América los osos cazan a los monos y que, cuando los cogen, los matan y devoran. Por eso cuando un mono percibe un oso, huye. Pero ¿a dónde pensáis que huye el mono?, porque el oso corre tanto como él. Se sube a un árbol, trepa hasta la copa, porque conoce que el oso es muy pesado para seguirle hasta allí, y entonces ¿qué sucede? Cuando llega el oso al pie del árbol, mira hacia arriba, y viendo al mono fuera de su alcance, se acuesta cerca y se hace el muerto.

El mono se alegra de ver a su enemigo echado por tierra sin dar señales de vida. Sabe que el oso muerto no puede morder, y se decide, baja del árbol, se acerca a su enemigo; continúa éste haciéndose el muerto, le contempla a su gusto con los ojos casi cerrados y, de repente, el muerto resucita; de un salto coge al mono entre sus patas y le ahoga.

¡Adiós libertad! ¡adiós vida!

Muchos pequeños y aun mayores acostumbran a discurrir como este mono y dicen: Puedo ahora ir con tal compañero, es bueno; puedo ir a tal fiesta, estoy seguro de mí; para mí esa tentación ha muerto.

Pues bien, no, no está más muerta que ese oso. Está muerta hasta que bajamos y nos ponemos en contacto. Entonces, de repente, la tentación resucita y avasalla al imprudente con más fuerza que nunca. Sus ojos, sus oídos, todos sus sentidos son cautivados por ella, y caen en la muerte del pecado.

J. F., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Fué por lana.....

No hace mucho leí este curioso diálogo:

Entre las personas que iban en el tranvía de París a Ivry, se encontraban un señor, que representaba tener de treinta a treinta y cinco años, y un sacerdote de parecida edad.

Aquél, que en su conversación con un amigo, declaró ser comerciante en vinos, molestado sin duda ante la vista de la sotana, empezó a criticar agriamente al Papa y al clero, causantes, según él decía, de la guerra última mundial. El sacerdote le replicó con tales razones, que él, desconcertado, desvió la conversación y atacó a la persona.

—Dígame, señor cura, ¿cómo a su edad y con su aparente robustez, no se encuentra usted en las trincheras? Tan patriota como pretende ser el clero, ¿qué hace usted aquí?

—Y usted, no menos robusto ni joven que yo, ¿qué hace frente a mí?

—Yo he sido eximido del servicio militar por padecer del corazón.

—Pues ahora va a usted a ver por qué no me hallo en las trincheras, y levantando la sotana, le enseñó la pierna derecha cubierta de un vendaje.

—¿Y qué supone una herida semejante para un patriota como usted? Eso no le impediría prestar sus servicios en el frente.

—Basta ya de ataques insidiosos—replicó con viveza el sacerdote—, y desabotonándose algo la sotana, dejó ver la cruz de la Legión de Honor y la cruz de la Guerra, que ostentaba en su pecho.

Los circunstantes, que habían escuchado con marcada simpatía hacia el sacerdote sus réplicas contundentes y oportunas, le aplaudieron con entusiasmo, mientras el comerciante en vinos, avergonzado, mandó parar y bajó del tranvía coreado por las burlonas risitas de sus compañeros de viaje.

¡Si con hablar se arreglara el mundo! Con sufrir y callar y trabajar y amar al prójimo. Así, y no de otro modo. **J. S., Congr.**

Ella lo sentirá más

Lloró doña Amalia..., lloró mucho, como tiene que llorar toda madre cuando contempla el cadáver del hijo mayor, asesinado por la espalda... ¡El hijo mozo, guapo, pleno de vigor y de ideales, que al caer con el grito de ¡Viva Cristo Rey! en los labios era como una flor escogida por el divino Jardinero para el altar de la Morenita de Guadalupe.

Lloró la señora; pero siempre fué dueña de su cristianísimo corazón; por eso, se dejó arrancar de allí, y abrazó con más intensidad que nunca con Pepín, su hijo menor, no tanto para consolarse con él, cuanto para imprimirle con un beso ardiente todo el valor y nobleza del hijo muerto, que a ella le parecía habían vuelto a su seno maternal.

Pepín recibió como hijo bueno el depósito que su madre le confiaba; y a manera de intereses, le devolvía exquisitas muestras de cariño filial en el trato de todos los días, con las que iba suavizando el amargor de la pasada tragedia.

¡Qué cabal en todo salió el hijo de doña Amalia, y qué claro y amable se le hacía a ésta el camino de la vida, cuando se lo iluminaban los ojos de su Pepín!

* * *

Yo tuve la dicha de tenerle por amigo: su conversación y gusto artístico; su virtud robusta y generosos entusiasmos por todo lo grande me atraían. Con él y con Andrés Vallejo por tercer compañero, pasé una de las vacaciones que me es más grato recordar.

Varios años habían ya transcurrido desde que mataron al hermano de Pepín; y como cierto día nos ponderaran a Vallejo y a mí una obra teatral de no sé qué Compañía, decidimos asistir a ella por la noche e invitar a Pepín, nuestro inseparable tercero.

Partí yo en su busca, y con toda clase de argumentos quise obligarle a venir con nosotros a la fiesta nocturna, mas todo fué en vano, pues él, antes de mi llegada, habíase propuesto no acudir a ella.

Díjele al fin, empleando el recurso más poderoso, a mi parecer:

—Si Andrés se entera que no vienes, ha de sentirlo mucho.

Y Pepín me respondió:

—Más lo ha de sentir mi madre, si se entera que voy...

* * *

También yo tengo un Hermano mayor, a quien mataron clavado en una cruz. Tengo una Madre Santa... Si mi Madre se entera de que esta tarde pienso ir a tal sitio, a tal otro, ¿lo sentirá tal vez? ¡Oh, Madre, por mi Hermano muerto, te digo que no iré! **I. I., Cong.**

Engañado que desengaña

Durante su juventud San Nilo, se dejó seducir por el atractivo del mundo, que, asociado a las malas compañías, le arrastraron por el mal camino. Pero la mano de Dios le detuvo, y con tanta eficacia le animó, que, muy arrepentido, se retiró al desierto para consagrarse a Dios.

En el camino encuentra a un sarraceno, el cual bruscamente le pregunta quién era, de dónde venía y a dónde iba.

—Voy a consagrarme a Dios—responde el joven convertido.

—Tú eres aún muy joven—le dice el infiel—; debieras esperar a la vejez.

—¡A la vejez!—replica Nilo—. Si tú estuvieses destinado a servir al príncipe, ¿esperarías a que la edad agotara tus fuerzas para consagrarte a su servicio?

—No, sin duda—repuso el sarraceno.

—Pues ¿por qué quieres que yo haga con el Rey del Universo lo que tú no quisieras hacer con un príncipe terreno?

Quedó corrido el sarraceno.

No te pase a ti lo mismo; y aunque no lo digas de palabra, dígas de obra, portándote a lo sarraceno, que queramos dar a Dios lo viejo e inútil. Y, además, ¿sabes tú si llegarás a viejo? A no discurrir prácticamente tan rematadamente mal. **R. T., Congr.**



Núm. 227.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Junio de 1932

¡Dos pecados mortales!

La catequesis empezaba en aquella parroquia a las nueve y cuarto de la mañana. A las diez oían misa aquellos centenares de niños que formaban secciones; al frente de todas estaba el joven José Marí, que les explicaba la doctrina cristiana...

Todo el empeño de aquellos catequistas era, sobre todo, que los muchachos no perdieran la santa misa... José Marí, aquella mañana, iba de corro en corro, prodigando a unos y a otros alguna palabra de aliento. Llegó a una sección, y el joven que estaba al frente de unos quince muchachos de doce años para arriba, presentándole a uno que pasaba de los trece, le dice:

—Este es el menos puntual de todos. Viene un domingo sí y cinco domingos no. Y lo peor es que tampoco oye misa casi ningún domingo. ¡Es muy malo!

—Pues tampoco su padre y su hermano van a misa, y, sin embargo, son muy buenos señoritos: así contestó aquel poco educado de trece años, encarándose con José Marí.

Era una triste verdad. José Marí se mordía los labios, y un encarnado vivísimo le asomaba a las mejillas...

Pero no quedó olvidada la brutal acometida de aquel mozalbete audaz. Mira lo que ocurrió:

Aquel domingo, a la hora de comer, José Marí apareció triste a la mesa. No lo podía ocultar: había llorado. El padre le miró y se calló...

Comían todos: José Marí quiso llevar la cuchara a la boca y la dejó caer de nuevo sobre el plato... Una lágrima corrió de sus ojos.

—Hijo mío—le preguntó el padre—, ¿qué tienes? ¿por qué lloras?...

—Por nada.

Y otra vez quiso arrimar la cuchara a la boca, y... lo mismo que la primera vez. No pudo comer: las lágrimas no se contenían...

—Hijo mío—insistió de nuevo el padre—, ¿qué tienes? dilo... ¿estás enfermo?

—Papá—replicó—, si no tengo nada...

El padre se calló...

José Marí se secó las lágrimas, y haciendo un esfuerzo extraordinario, quiso comer... Pero el dolor era demasiado grande y un estallido se escapó de la garganta y nuevas lágrimas se precipitaron por su hermoso rostro.

Entonces el padre no pudo más.

—Mira, hijo mío—le dijo con amorosa firmeza—, o nos dices lo que tienes, o aquí no come nadie... ¿Por qué lloras?

—Papá—contestó el jovencito—, ya que quieres que te lo diga, te lo diré: Lloro porque hoy se han cometido en casa dos pecados mortales...

—¿Dos pecados mortales?—exclamó el padre, que tenía un fondo de cristiano honrado y había educado cristianamente a sus nueve hijos—; ¿dos pecados mortales? ¿quién?

—Papá, tú, uno, porque no has oído misa, y mamá, otro, porque tampoco la ha oído...

—Calla...—exclamó el padre levantándose precipitadamente de la mesa—; son las doce y media, aún tenemos tiempo de llegar a misa de una...

Y me decía él mismo, cuando me lo contaba casi llorando: —Jamás, jamás me han clavado una puñalada que me haya llegado más adentro del alma. Desde aquel día no hay peligro que falte jamás a misa... La sombra de mi hijo se alzaría delante de mí y me quitaría la paz y la vida...

¡Cómo se fijan los hijos y cómo aman a sus padres cuando están bien educados!

R. S., Congr.

¡Qué amigos más distintos!

En la escuela forjaron su amistad y en ella y fuera de ella manifestaban con rasgos vigorosos su personalidad diferente. Juan era sumiso, obediente y bueno. Pedro, díscolo,

Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

rebelde y listo. Por esa rara atracción, que se verifica en los temperamentos como en las electricidades de nombre contrario, Pedro y Juan hicieron pacto inquebrantable de amistad, que se demostraban mutuamente en todas las ocasiones.

Pedro era violento e iracundo, mientras que Juan mostrábase suave, pacífico y contemporizador.

El primero, allá en el verano, cuando el sol caminaba hacia su ocaso, se erigía en capitán o cabecilla de la partida de granujillas que se dedicaban a saquear los árboles frutales de las riberas del río. El segundo dirigía los juegos pacíficos y ponía siempre paz entre los que reñían.

El correr del tiempo impuso radicales diferencias en aquellas dos vidas que habían de discurrir por caminos opuestos, no obstante hallarse unidas por la espiritualidad de una mutua simpatía.

Juan supo captarse la protección del párroco del pueblo por la bondad y dulzura de su carácter. El venerable anciano le costeó los estudios de la carrera eclesiástica y tuvo la satisfacción de verlo volver a su lado ordenado de sacerdote.

Juan, amable a todos los del pueblo, cantó misa en la vieja iglesia aldeana, que aquel día se rejuveneció echando a vuelo con alegría maternal las campanas que tanto había manejado el nuevo ministro del Señor, cuando de chico subía los días de fiesta a la torre.

Una noche el joven cura oyó que llamaban con fuertes aldabonazos en la rústica puerta de su humilde casa. Abrió sin tardar y se encontró frente a frente con Pedro, a quien no había vuelto a ver hacía ya mucho tiempo, pero de quien sabía que era un exaltado obrero de ideas revolucionarias.

—Pero, ¡tú eres Pedro!—le dijo el cura con emoción al verle.

—Sí, yo soy—le contestó su amigo—. Necesito hablar a solas contigo.

—Pasa, que mi puerta no está cerrada nunca para el prójimo.

En el modesto despachito del cura, sentados junto a una mesa cargada de libros, Pedro fué el primero en romper el silencio:

—Ya conoces mi vida. Estoy perseguido por la policía y tengo que ausentarme de aquí, dejando sola y sin amparo a mi madre.

—Ves ahí el primer fatal resultado de tu mala cabeza—contestó el cura con tono benévolo.

—El destino manda—contestó Pedro con ceño adusto—. Pero he venido para pedirte un favor: que no abandones a mi madre...

—Pedro—contestó el cura suspirando—, ya hace años que perdí a la mía, tú lo sabes. La pobre no ha podido oír mi primera misa, lo que era su mayor deseo... Pues bien, por ella y por nuestra antigua amistad, dile a tu madre que cuando quiera puede venir a esta casa a hacer las veces de la que me dejó para siempre.

Y aquellos dos hombres, unidos años antes por una amistad sincera y entonces separados por los abismos de sus opuestas doctrinas, se abrazaron estrechamente.

Después de dar a su amigo un postrer apretón de manos, se alejó Pedro por la calle desierta, en cuyo silencio sonaron sus pasos durante unos segundos, mientras que Juan, trazando el signo de la cruz, comenzó a rezar en su breviario.

De Pedro no volvió a saberse nada por el pueblo. Nadie supo su íntimo dolor... Sin embargo, alguien nos ha contado que una noche volvió Pedro al sitio que la vió nacer con el ansia de abrazar a su madre y de despedirse de ella, pues iba a emigrar a lejanas tierras.

En el tranquilo pueblecito todo estaba igual. Allá en el fondo de la calleja solitaria la casita del cura levantaba su fachada apacible. Por una ventana salió un rayo de luz. Allí se acercó Pedro con el corazón anhelante y miró adentro. Vió a su madre que, con cierto temblor en las manos sarmentosas, repasaba unas medias.

Juan, su amigo, leía atento sobre la mesa del limpio comedor. De pronto levantó la cabeza y, dirigiéndose a la anciana, dijo:

—Ya es tarde... ¿Por qué no se retira usted a descansar, **madre**?

Esta palabra trastornó por completo a Pedro... Rápidamente pensó que él, que había dejado de cumplir sus deberes de hijo, no tenía derecho a interrumpir la vida de aquellos seres unidos por el amor maternal.

Y se separó de allí, huyendo a campo traviesa, llevando escondido en su corazón un punzante remordimiento...

Lo que se saca de andar por malos caminos, con malos compañeros. ¡Pobrecitos!

A. A., Congr.

No tengais mal genio

Cuéntase de aquel gran Rey de España, Felipe II, que a pesar de tener su secretario particular, nunca le cargaba con el trabajo de escribir toda la correspondencia, sino que casi toda la escribía él mismo, aliviando cuanto podía la labor del secretario.

A altas horas de la noche acabaron ambos una vez de escribir la correspondencia, y al ir Felipe II a recoger las cartas, vió que la dirección de una todavía no se había secado. Mandó al secretario que la secase. Este, que no veía ya de sueño, tomó el tintero en vez de la salvadera y lo vertió todo sobre la carta. Felipe II, en lugar de enfadarse, conservó su serenidad y le dijo tranquilo, aunque algo severamente: "Mira, éste es el tintero y ésta la salvadera"; y sin decir más, volvió de nuevo a escribir toda aquella larga carta.

Aquí tenemos un buen ejemplo; procuremos imitarle nosotros, conservando la serenidad en las cosas que sucedan contra nuestros gustos, para que evitemos sinsabores a los demás y a nosotros mismos.

L. M., Congr.

Del cuento a la realidad

—Ven acá, Paquillo, que ya has corrido bastante; siéntate a mi lado, mientras llega la hora de comer, y en pago de las muchas leyendas que yo te solía contar, léeme hoy alguna en ese libro de tradiciones orientales.

El muchacho se avino a complacer a su abuela; abrió el libro al azar y leyó un título: **"El sacrificio del príncipe"**.

—Es una preciosa narración—díjole la venerable dama, acariciándole con los ojos.

Su Paquillo, conservando aún cierto tonillo de escuela, leyó así:

"Erase un príncipe de Damasco llamado Abubeker, fidelísimo con Dios y con los hombres; tenía un caballo negro, muy negro, y amábale con pasión por su valor y gentileza.

Una tarde, el príncipe mismo lavaba su corcel junto a un estanque del palacio, diciéndole entre alagos y palmaditas:

—Eres más fiel que la luna al sol, más veloz que la flecha, y si fueras blanco como la nieve, en vez de ser negro como las sombras, serías más bello que la misma primavera.

El animal le miraba satisfecho, como si comprendiera sus piropos y le diera las gracias.

En esto el Muezin de la torre llamó a la oración vespertina, mas el príncipe no lo advirtió recreado con aquella ocupación.

Cuando las últimas luces del día huyeron al Occidente, Abubeker recordó que no había rezado aquella tarde, y lleno de confusión, postróse de rodillas y dijo así:

—¡Miserable de mí, Señor, que te he olvidado a ti, por atender a mi caballo! ¡Perdóname este amor desordenado y recibe este sacrificio como prenda de mi arrepentimiento!

Se levanta en seguida, toma su lanza de guerra, viene al precioso caballo, le apunta y se la clava rápido en el mismo pecho.

El animal le miró despavorido, tembló y cayó sin vida. Abubeker se retiró a sus aposentos, y llegada la noche tomóle un sueño apacible, durante el cual se le apareció el Señor del cielo y de la tierra, que le dijo estas gratísimas palabras:

—Tu sacrificio me complace y lo acepto, mas quiero mostrarte que nadie me gana en generosidad. Escucha, Abubeker.

Y el príncipe escuchó el sonoro relinchar de un caballo, cuyas vibraciones hiciéronle despertar. Asomóse a un ventanal, y vió que desde el jardín y rebosando vida le miraba su caballo, ¡su caballo, más arrogante que un califa, más veloz que la flecha y ahora, además, blanco, blanco como la nieve y bello como el sol!"

—Ya ves, Paquillo—dijo la abuela cuando el muchacho terminó de leer—, ya ves cuánto agrada a Dios la fidelidad en la oración y los sacrificios generosos.

Al mismo tiempo los papás de Paquillo tenían en el despacho una pequeña pelotera:

—Me darás un disgusto, y muy grande, si tomas parte en esa explotación—le decía ella—. Estoy convencida de que no es negocio limpio.

—¿Tú que sabes, Mercedes? Ya tengo escrita la carta y no me gusta volverme atrás en mis obras.

—Algún día te pesará.

—Creo que no.

—En fin, siquiera por hoy no mandes esa carta: mañana lo habrás pensado mejor.

—Te complazco en esto; pero mañana pensaré lo mismo que hoy.

Poco después la joven madre decía bajito a su pequeño:

—Esta tarde, Paco, en vez de jugar hasta el "angelus", ¿querrás subir a la ermita de la Antigua y rezar tres Ave Marías con mucho fervor, por una intención importantísima de mamá?

—Sí, mamá, sí, ya iré—respondióle aquel gorrioncete de doce años—; y fueron todos al comedor, y hablaron del tiempo, de los pescadores y qué sé yo de qué más...

Al anochecer volvía Adolfo, el esposo de Mercedes, a casa; y advirtiendo luz en el cuarto de su primogénito, le chocó que no metiera ruido, entró de puntillas y... ¡quedó pasmado ante el cuadro que vió!:

Su Paquillo estaba arrodillado ante la Virgen de la cabecera, y a pocos pasos veíase desinflado, arrugado y deshecho su precioso balón de reglamento, atravesados cuero y goma por el cuchillo mayor de la cocina.

—Muchacho, ¿qué es eso?—preguntóle con cariño.

—Pues yo...—dijo Paco volviéndose y mostrando los lagrimones de sus ojos—, yo... por jugar, me olvidé de ir a rezar ante la Virgen por una intención importantísima de mamá... y por eso ahora le he ofrecido el sacrificio del balón... —Y los suspiros impidieron seguir.

—¡Hijo mío!—exclamó Adolfo—; le dió un beso en la frente y tuvo que salir de prisa para que el muchacho no le viera los ojos apretados por la emoción.

En seguida tomó la carta de su despacho, buscó a Mercedes, y enseñándosela y empezándola a romper ante ella, le dijo:

—Mercedes, mira: tu Paquito te ha conseguido de la Virgen lo que quería.

—¡Gracias, Adolfo, gracias!—le dijo ella con efusión—; y poco después abrazaba a su amadísimo rapaz, diciéndole:

—Siempre que necesites algo, pídeselo a la Virgen, ofrécele un pequeño regalo, y Ella te dará el ciento por uno!...

Al otro día, para que la leyenda del príncipe oriental quedara completa, el niño encontró al despertarse un magnífico balón a los pies de su cama.

Adolfo había salido aquella misma noche a comprar el mejor de toda la ciudad para su Paquillo, ¡su Paquillo, que valía un Perú!

¡Qué bien aprendió éste la lección del cuento y la puso en práctica!

D. M. A., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

¡Vaya un querer!

Antonio, que pertenecía a rica familia, terminaba en Madrid su educación, conservándose puro como por milagro.

Fue el primero de su curso por su aplicación al estudio; y esto precisamente le hizo sobresalir también a todos en virtud; sus condiscípulos, lo mismo que sus profesores, le apreciaban, mejor diré, le querían mucho. De carácter abierto y sólidamente piadoso, comulgaba casi todos los días, sin dejar por eso de sobresalir en los juegos.

Desde largo tiempo tenía fijo en su mente y en su corazón el propósito de consagrarse a Dios, entrando en Religión.

A su padre, que se hallaba en América, le escribió pidiéndole que bendijera su propósito.

A vuelta de correo llegó el mismo padre. Presentóse de improviso en el colegio, donde tan brillantemente estaba acabando sus estudios su hijo, que contaba a la sazón 17 años. Mandóle llamar, llevóle inmediatamente consigo y declaró que jamás le daría el consentimiento que le había pedido.

Comenzó entonces una persecución astuta contra su hijo. Su padre le arrastraba de un espectáculo a otro, de uno a otro baile; quería a toda costa hacerle olvidar todo buen pensamiento. Este mal padre exigió a su hijo que tomara los hábitos de los más mundanos.

No obstante, seis meses después no estaba aún tomada la fortaleza.

—¿Ves esta habitación?—decía a un amigo suyo—; pues es testigo de muchísimas lágrimas. Esta misma noche, al volver del baile y hasta que ha sido de día, no he hecho más que llorar y rezar delante de este cuadro de la Santísima Virgen. Este incesante luchar me asesina. No sé si podré resistirlo mucho tiempo.

Efectivamente; el miserable padre alcanzó bochornosa victoria: puesto el hijo en el camino de la perdición, fué tan adelante, que no hubo medio de detenerle. Acabó la vida, hastiado de gozar, suicidándose a los 22 años.

¡Cómo se engañan los pobres padres! Creen que si no se oponen a la voluntad de Dios cuando les llama a vida más perfecta, no son padres; lo que resultan a veces es ser asesinos de la vida del alma y a veces hasta de la del cuerpo de sus hijos. ¡Con Dios no se juega!

J. L. M., Congr.

Dos miradas

—Capitán, en los valles que se extienden tras aquellos montes encontraréis el forrage que necesitan nuestros caballos.

Así dijo Federico II a uno de sus oficiales, cierto día en el que parecían menos intensas las hostilidades de la guerra.

Las indicaciones del Rey de Prusia no admitían réplica, y sobre todo cuando bajaban envueltas en no sé qué miradas de fuego.

—Señor, al momento—dijo el capitán—; y subyugado por el poder de aquellos ojos, partió con varias acemilas hacia donde le indicaba el Rey.

Galopaban los jinetes sin apresuramientos por el valle. Parecía que el ángel de la paz se había sentado a la entrada de aquel pintoresco rinconcito, para impedir que penetrara en él la sangre que corrió por Europa en aquella guerra llamada de los siete años.

Nuestro capitán halló una ermita en el camino, y en ella un solitario que vivía con su Dios.

—Buscamos alimento para la caballería del Rey—le gritó el capitán—; ¿dónde lo encontraremos pronto y bueno?

—Yo os guiaré, señores—respondió el anciano—; y echó a andar ante ellos.

—La verdad es que este anacoreta ha encontrado el medio de vivir sin trabajar, a cuenta de estos labradores que cada Pascua le traerán sus diezmos y primicias como unos doctrinos, y le dejarán entrar en sus huertas, y llevarse lo que quiera...

Así iba pensando el capitán prusiano, cuando se les presentó atractivo un campo de cebada madura ya, a la vuelta de un recodo.

—¡Magnífico!—gritó el militar haciendo ademán de meterse por él.

—¡Quietos!—exclamó el monje—; todavía debemos andar un poco más.

Y clavó una mirada tan imperiosa en el capitán, que éste olvidó la de Federico II y obedeció en silencio, sin poder resistir el poder de aquellos ojos.

Un cuarto de hora después llegaron a otra pieza, que invitaba también con el dorado color de sus espigas.

—Aquí podéis abasteceros—díceles el ermitaño—. Y en breve tiempo los soldados echan pie a tierra, recorren el campo con sus hoces, hacen gavillas y vuelven a cabalgar.

—Pero, señor mío—preguntó el jefe al monje cuando regresaban—, ¿la cebada del primer campo no era tan buena o mejor que la del segundo? ¿Por qué, pues, nos ha hecho alargar el camino en balde?

—Capitán—repuso el varón de Dios—: la cebada del primer campo no era mía: en cambio, ésta, sí; pues yo mismo la he sembrado y cuidado con mil fatigas.

Pasmado quedó el prusiano ante aquella delicadeza de conciencia, a que él no estaba acostumbrado. Y entonces comprendió por qué la mirada del viejo le había impresionado más que la del propio Federico II.

¡El poder de la santidad se impone al de todos los imperios del mundo!

Si quieres valer mucho, trata de imitar a los Santos.

M. A. R., Congr.



Núm. 228.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Julio de 1932

Contrastes finos

Leí, hace poco, en una hojita de propaganda misional, el siguiente caso, que se amolda muy bien con las circunstancia en que estamos.

En un pueblecito veraniego de las Encartaciones, estaba dando una misión, un Padre Misionero, y un día, después de haber acabado el ejercicio de la tarde, le llaman para que vaya a visitar a la señora más importante de la región, que habitaba en señorial mansión, muy conocida por su lujo y magnificencia.

Como en el sermón de aquella tarde había hablado el Misionero de las necesidades en que se encuentran los héroes que trabajan por extender el cristianismo en las dilatadas regiones de las Misiones, creyó el buen Padre que se trataría de alguna limosna que aquella señora quería darle en privado.

Llegó a la mansión señorial y fué pasado a un saloncito, en el que la elegancia y el gusto artístico andaban a la par.

Entabla conversación con la dueña de la casa y el Padre, después de mucho hablar, pregunta: —Pertenecerán ustedes a la Sociedad Deportiva.

—Sí, Padre, como sabe, es la moda...

—¿Irán ustedes al cine y al teatro...?

—Sí, Padre, así se mata el tiempo...

—¿Tendrán ustedes automóvil moderno?

—Sí, Padre, dos, los últimos modelos.

—Los gastos serán tremendos.

—Para algo sirve el dinero.

—Pues entonces voy a proponerle si podría usted costear un cáliz, que costará unas 80 pesetas, o si no, un portaviáticos, que costará unas 35.

—¡Qué dice, Padre, 80 y 35 pesetas en estos tiempos! Yo le he llamado para conocerle personalmente y entregarle 5 pesetas de parte de mi hija Luisa, otras 5 de María Begoña y añado yo otras 5 de mi parte.

Se despidieron y, al bajar por las escaleras, una muchacha sale a la puerta, y le entrega un sobre y le dice, un poco avergonzada: —Padre, le doy 50 pesetas de mis ahorrillos; cuando tenga más ya se las mandaré.

Estos contrastes son muy frecuentes: ¡el egoísmo es tan fino a veces en los ricos!; y en cambio ¡es tan frecuente la generosidad en el pobre!

E. L., Congr.

¿Para qué sirven los curas?

No hace mucho se encontraron solos en un mismo departamento del tren un señor y un obrero.

En una de las estaciones, esperando la llegada del tren, se hallaba un sacerdote, a cuya vista el señor, después de exclamar ¿para que sirven éstos? vomitó toda suerte de injurias contra los curas.

El obrero calló; pero apenas se había puesto en marcha el tren, le dice al caballero:

—Ved, señor, ¡qué parajes tan desiertos! Aquí las estaciones están muy distantes unas de otras. ¿No os parece, señor, que es buena ocasión ésta para estrangularos y apoderarme de cuanto lleváis? Arrojaba después vuestro cuerpo por las ventanillas... y nadie sabría nada.

—¿Y qué sacarías con matarme para robar?—le responde el caballero—: apenas si llevo unas pesetas encima.

—Perdonad, señor, que os diga que no es cierto. Esta mañana estuvisteis en casa del banquero Smith. Habéis cobrado 30.000 pesetas que lleváis en vuestra cartera. Estaba yo entonces allí. No os he perdido de vista. Yo soy mucho más fuerte que usted y...

Y como el caballero comenzase a palidecer intensamente, el obrero le dice:

—No, no tenga miedo, señor. Yo he sido educado por uno de esos curas de quienes preguntaba usted antes que para qué servían, y entre otras muchas cosas me han enseñado que debo amar a Dios y respetar al prójimo. Vea usted para qué sirven.

C. P., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

¡Cuánto ayuda Dios!

Un pueblo, vivamente iluminado por el arrebol, se destacaba en el valle. El silencio y la paz eran únicamente interrumpidos por el cantar de algún labrador que se retiraba, o por el mugido de algún doméstico bisonte.

En el extremo del pueblo se veía una casa de diferente conformación que las demás: era la del Padre Misionero, que en aquel momento estaba ocupado en sus rezos.

De pronto es interrumpido por un indígena que entra como una tromba en su habitación. —Padre—le dice—, parta para nuestro vecino pueblo; Juan, el carpintero, se halla gravísimo.

Inmediatamente el Padre, tomando lo necesario para estos casos, sale a coger el autobús.

Poco después caminaba en un coche viejo y deteriorado, que había frecuentemente cambiado de dueños.

El enfermo a quien tenía que asistir era una oveja descarriada, por lo que su presencia era más necesaria. De pronto, un farol, el único que tenía y era de aceite, quedó apagado por la falta de combustible. La noche era ya oscura; ¿qué hacer? El avance era peligroso: podía tener un choque con alguno de los carros que frecuentaban el camino.

Pero, ¿y el enfermo?

El misionero no duda y da orden de avance. El chofer, conocedor del camino, continúa sin ninguna novedad.

Mas cuando sólo les faltan 2 kilómetros para el término de su viaje, el temido choque es triste realidad, y lo fué con tanta violencia, que el Misionero queda poco menos que sepultado entre astillas y piezas rotas y con gran dolor en una pierna. Aun entonces lo que más le preocupa es su enfermo, a quien no puede ir a ponerle bien con Dios y abrirle el cielo.

Al fin, los que iban en el carro causante del choque, logran sacar al Misionero de aquel estado, pero con una pierna rota.

Con todo, sin acordarse de sí, el Misionero, en un arranque de los suyos, por librar a aquella alma de las garras de Satán, suplica le lleven en el carro, que también está averiado, y no descansa; recorre como puede la distancia, cayendo aquí, descansando allá, arrastrándose fatigoso. Finalmente llega a la casa de Juan y lo encuentra todavía vivo; logra que muera cristianamente, entre sus brazos. Salvada ya aquella alma, se rinde, agotado, a la fatiga, y ofrece todos sus dolores a Jesús por la salvación de aquella alma.

Este heroísmo sólo se encuentra en la religión del que murió por nosotros en la Cruz. Hoy más que nunca hacen falta héroes, sacrificados por el prójimo.

¡Cómo ayuda y endulza el Señor a los que por El y por el bien de las almas se sacrifican!

S. Z., Congr.

No se asusta por poco

Estamos en plena estación de lluvias en nuestra Guinea. No es ésta la época de las grandes tempestades, que se desencadenan con espantoso acompañamiento de truenos, mugiendo en los gigantescos árboles de la selva, destechando las casas y transformando en breves instantes los senderos en arroyos.

Ahora le toca a la lluvia. Muchos días apenas se digna el sol regocijarnos con una pálida sonrisa, siempre velado por espesas nubes, que ruedan casi pegando al suelo.

¡Y esto dura semanas! Los torrentes crecen e inundan el valle.

Este es el caso de nuestro Boryé. El domingo no vino a Misa, y toda la gente de este pueblo preguntaba por ellos. ¿Qué les habrá pasado?

¡Cómo van a venir, si el camino está cortado; desbordado el torrente es imposible pasar; la corriente es muy fuerte y arrastraría al imprudente nadador que se arriesgara a atravesarlo!

—¿Y tú?—pregunto yo entonces a un neófito de quince abriles, que se sentaba a mi derecha.

—¡Bah! Para nosotros no es lo mismo.

—¿Qué? ¿No tenéis vosotros también que pasar por el agua?

—Sí, en muchos sitios; pero no nos llega más que hasta las espaldas. Padre, por tan poca cosa no habíamos de faltar a Misa el domingo.

Esta respuesta me dió sin señal alguna de jactancia, como si se tratara de una cosa natural.

Cuando sepáis que el pueblo donde vivía se hallaba a 15 kilómetros de la Misión, admiraréis conmigo la admirable fe de estos nuevos cristianos. ¡Qué lecciones nos dan a los católicos de estas tierras, que se creen dispensados de asistir a Misa o porque el sol calienta mucho, o la lluvia es recia, o la iglesia está un poco lejos!

J. L. M., Congr.

El pintor moribundo

Hallábase gravemente enfermo un anciano pintor, y le fueron administrados los últimos sacramentos. Era costumbre en la época que esto pasaba que un monaguillo, con incensario, precediera al sacerdote.

Habiendo visto el niño que durante las ceremonias se le había apagado el incensario, salió de la habitación a procurarse fuego, dejándolo cerca de la cama.

Sacó entonces el moribundo pintor su desfallecida mano, y tomando un carbón, trazó en la pared la imagen del Señor.

Al volver el monaguillo, contempló absorto al viejo pintor, y cuando concluyó, exclamó arrebatado:

—¡Yo quiero saber también pintarlo!

—Hijo mío, replicó el anciano, si quieres saber pintarlo, haz de modo que siempre viva en tu corazón.

La historia ha olvidado el nombre del viejo pintor; el niño era Murillo.

C. E., Congr.

¡Sin saber latín!

Cuando Leyde era lo que ahora algo dan a entender sus colosales ruinas, cuando en aquellas aulas o salones, que ahora están como vistas en un plano, se sostenían empeñadas disputas sobre cuestiones difíciles de Teología y Filosofía, se veía asistir como oyente, con constancia que extrañaba sobremanera, a un zapatero remendón.

Más de una vez le preguntaron si sabía algo de latín, pues en latín eran las disputas.

—No—contestaba él—, ni trato tampoco de aprenderlo.

—¿Por qué viene, pues, tan a menudo a este acto, donde sólo se habla en latín?

—Es que gozo en juzgar de los lances de la discusión.

—Y ¿cómo juzga sin saber lo que dicen?

—Como que tengo un medio seguro para saber quién lleva la razón.

—¿Y cuál es?

—Muy sencillo: Cuando noto en el semblante de alguno de los disputantes que se enfada y monta en cólera, juzgo que le faltan las razones.

—¿Y si los dos gritan?

—Pues al que menos grita y conserva más serenidad, a ese acostumbro a darle la razón; y lo bueno es que después pregunto quién ha salido vencedor, y siempre acierto. No sabe lo que gozo con eso.

No discurría mal el remendón. Por eso gritan tanto en calles y mitines las gentes de hoy en día. La razón está tan suelta, tan sin razón. Y ¡cómo se turban los pobrecitos ante un hombre sereno y aplomado!

J. J. A., Congr.

Qué buen cazador es San José

La pesca de otoño no bastaba y la caza del día, con la cual se cuenta siempre como último recurso, había sido todo el invierno infructuosa.

Las reservas, naturalmente, iban acabándose, y 100 huérfanos, 10 Hermanas y los Padres Misioneros y Hermanos empezaban ya a sentir los primeros apretos del hambre.

Una tarde, el Padre Superior de la Misión fuese al refertorio, donde encontró a los pequeñuelos comiendo los últimos pedazos de pescado salado. Aparentando severidad, les dice: "Hijos míos, si estamos en la miseria, no es por culpa de las Hermanas, que no han podido sacrificarse por vosotros más de lo que han hecho. ¡La culpa es vuestra!

Creyeron algunos que se les echaba en cara el comer demasiado y rompen a lloriquear.

—No es eso, responde el Padre Superior. Estoy enfadado, sí, muy enfadado con vosotros, porque no rezáis a San José con bastante fervor. Eso es lo que quería deciros.

Al oír esta explicación, todos los niños se levantan y prometen rezar con todas sus fuerzas.

La Hermana Superiora, encargada de fijar el número de renos, exige 100; ni uno menos.

—Pues bien, hijos míos, de rodillas.

Y comienzan otra novena para recabar de San José los 100 renos. Víveres había para sólo dos días.

El Padre llama a los cazadores ajustados por la misión y les dice:

—Enganchad al punto los perros y partid.

Encogiéronse de hombros los salvajes y le dicen: —Tú sabes muy bien, Padre, que no hay caza ninguna, que es inútil.

—Os he dicho que partáis y... a traedme los 100 renos sin que falte ni uno. Los necesitamos a todo trance. Se los hemos pedido a San José y es favor que nos debe. El os los pondrá delante.

No habrían andado dos días, distancia relativamente corta para aquellos países, cuando delante de ellos ven desembocar en el lago un ejército innumerable de renos, procedentes del Este contra todas sus costumbres seguidas, según memoria de los indios, por dichos animales.

Asombráronse los cazadores al contemplar tan inesperadamente y en aquellos parajes aquella manada de caribues tan grande como nunca la habían visto mayor. No tardan en volver de su estupor, y tomando posiciones adecuadas, proceden a la matanza de la manada, que huye despavorida. Un reno, y a veces dos, caen a cada disparo de sus carabinas.

Puestos los indios a contar las piezas, hallaron 103. Justamente era la hora precisa en que los Hermanos y sus huerfanitos, reunidos en la capilla para la novena, suplicaban a San José con férvida oración les enviara pronto los 100 caribúes sin que faltara uno.

El Padre Duport, al contar este favor de San José, concluye con esta advertencia: Cuando quiera que tengáis o toméis ocasión de hablar sobre el poder y bondad de San José, no dejéis de contar este ejemplo porque estoy convencido por la experiencia, que El es quien nos sostiene y con largueza nos procura cuanto necesitamos para nuestro sustento, en este vasto desierto helado. A menudo hemos acudido a El en nuestras empresas y debo confesar, para su gloria, que siempre hemos sido escuchados.

J. de E., Congr.

¡Vivan los chiquillos!

No te aburrirías si una mañana dominguera, tempranito, a las nueve, después de calentar el cuerpo con la reconfortante taza de café con leche, nos siguieses los pasos a mí y a unos cuantos amigos míos; mejor dicho, si se los siguieses al autobús en que muelle-

Universidad de Deusto
Biblioteca

fuente nos dirigimos a uno de los catecismos de las afueras que sostiene la Congregación. Somos unos catequistas grandes y otros catequistas chicos, pero todos grandes catequistas, porque a diario recibimos lecciones particulares y directas del que inventó la Doctrina Cristiana, de Cristo Nuestro Señor, cuando del altar, donde se sacrifica en la Misa, viene a aposentarse en nuestro pecho.

El jolgorio, la alegría, el buen humor, todo lo que sea patrimonio de una alma sana, tiene su asiento en el autobús donde nosotros nos sentamos. ¡Y hay caramelos! ¡No podían faltar! El jefe nos va dando uno a uno los cucuruchos de la preciada golosina, y luego nosotros al detalle, entregamos nuestra perra o dos o más perras. Y, entretanto, las chanzas de unos, las gracias de otros, las candideces de unos terceros, etc., hacen que la carcajada no sea interrumpida.

Y al fin llegamos...

La gente que viajaba con nosotros, y que con nosotros ríe, fija en nosotros su vista; nos ve marchar con pena; querría que siguiésemos hasta donde cada uno se va a apear, porque sabe que se marcha la "alegría del autobús".

¿Y nosotros? Nosotros ya estamos rodeados de chiquillos, buscando cada uno al "suyo", a su catequista, mientras se hacen promesas de caramelos y se reparten muestras de cariño, porque... hace una semana, toda una semana que no nos hemos visto.

Y ¡Viva Jesús Catequista! que nos da tan buenas lecciones, que nos quieren tanto a los niños, que se nos hace tan corto el catecismo, tan larga la semana que separa dos domingos, tan escasos los caramelos y tan hermosa la mañana del domingo!

Oyeme ahora una preguntita: ¿Por qué te parece que vamos tan contentos en el autobús?

—Yo te lo diré: Porque somos los apóstoles de Cristo, porque Jesús, a las mañanitas, nos dice a la oreja que lo hacemos muy bien y que está contento con nosotros porque **somos buenos y queremos hacer buenos a los demás**, que es lo mejor que hay en este mundo. ¿Qué duda cabe?

Di que Jesús se pasa de bueno: porque viendo a nuestros chiquillos, que, aunque feos, sucios y vestidos de blusillas, tienen un alma que salvar y que es fácil que nosotros se la salvemos, nos da contento y hartura.

P. T., Congr.

En el barrio Indauchu

La propaganda la hicimos el día anterior, los mismos catequistas, que recorrimos el barrio de Indauchu con varios paquetes de caramelos.

El jueves, a las 10 y media de la mañana, empezaron los Ejercicios con una plática preparatoria, seguida de otra sobre el "Fin del hombre".

A la tarde les hablamos sobre el examen de conciencia y contrición.

El viernes, en la Plática de la mañana se les habló sobre "El pecado y Pasión de N. S. Jesucristo"; y a la tarde, otra instrucción sobre la integridad de la confesión.

El día 26, la Plática de la mañana versó sobre "La muerte.—El infierno", y a fin de que por la tarde pudieran confesarse los niños, tuvo lugar, tras un rato de descanso, la instrucción, que fué sobre "El Sacramento de la Eucaristía".

El día 27 comulgaron la mayor parte de los niños y niñas de la Catequesis en la capilla del Carmen del barrio de Indauchu.

J. A. D., Congr.

En San Fuentes

En la zona minera de Vizcaya hay un pueblecito integrado por unas 120 familias, conocido con el nombre de San Fuentes.

Pero en la última Semana Santa hicimos apenas si llegan a 50 las que son algo cristianas. ¿Cómo conseguir que el pueblo de San Fuentes, hoy perteneciente al demonio, lo arranquemos de sus fuertes garras y lo hagamos de Dios?: haciendo que los niños y niñas de ese pueblo, que más tarde lo constituirán, aprendan el Catecismo; para eso, pues, se ha fundado ahí una Catequesis.

Pero en esta Semana Santa hemos hecho una labor especial. Sacrificándonos un poquito, a eso de las diez de la mañana nos íbamos a San Fuentes y les dábamos a esos niños una especie de Ejercicios Espirituales. Con este medio hemos conseguido que tengan un gran aborrecimiento al pecado, y amen más a Jesucristo que tanto amó a los niños. Y así el Jueves, Viernes y Sábado Santo. ¡A cuánto bien contribuyó la señora que nos prestó su coche!

Y he ahí que nosotros, que nunca creímos servir para estas cosas, solamente queriendo y pidiéndoselo incesantemente al Señor, hemos servido. Es para que nos animemos todos los que algo queremos a Cristo, a quien tanto odian los masones de estos y de todos los tiempos.

Generalmente valemos más de lo que nosotros pensamos.

V. F., Cong.



Núm. 229.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Agosto de 1932

Mejor beber que vivir

Hace poco más de cuatro siglos, cuando España borbotaba de grandeza y de amor a la religión y era por las dos cosas tenida como nación grande y respetada en todo el mundo, ocurrió un hecho, grandemente aleccionador, que nos dice hasta dónde puede llegar el hombre acosado por la necesidad.

La isla, actualmente llamada Zerbi y entonces isla de los Gelves, a treinta leguas de Trípoli, fué testigo de las hazañas de los españoles. El Cardenal Cisneros, que supo manejar con igual presteza la pluma en sus obras inmortales como en las batallas la espada, y que sentía en su alma con igual fuerza el sentimiento de Religión y el de la Patria (porque las dos cosas se pueden tener al mismo tiempo), dirigía brillantemente las huestes españolas y había coronado el continente africano con una serie de colonias que se llamaban Orán, Bujía, Trípoli. Pero ¡héte aquí! que una piedrecilla se iba a interponer en el camino de su gloria: ésta era la isla de los Gelves.

Era llana, arenosa, falta de agua y cubierta de bosque alto. Desembarcaron en ella las tropas españolas, acaudilladas por el conde de Pedro Navarro y don García de Toledo, no llevando, por imprevisión o confianza excesiva, ninguna provisión de agua; de suerte que al atravesar aquellos arenales, bajo un sol canicular, los soldados caían abrasados de sed y sin encontrar enemigos. Hallábanse éstos ocultos en un bosque, a cuya entrada había un pozo, y cuando los nuestros se lanzaron desordenadamente a él en busca de agua, se vieron acometidos por los terribles piratas, que tenían su centro en los Gelves.

Tan sedientos estaban los españoles, que muchos se dejaron matar, **prefiriendo beber a vivir**, habiendo quedado sobre el campo de batalla más de 2.000 cadáveres, entre ellos el de don García de Toledo.

¡Quién iba a decir a aquellos soldados que ávidamente bebían el agua que la sangre de su cuerpo herido por las flechas de su enemigo se había de mezclar con el agua del pozo! Y ¡qué pensarás tú de aquél que, viendo cómo caían el de su derecha y el de su izquierda, seguía blandamente bebiendo, saciando su apetito, sin pensar en la muerte que amenazadora pasaba junta a él!

Pues igual nos ocurre a nosotros cuando pecamos, que temerarios seguimos gozando de nuestro apetito sin pensar que Dios nos puede mandar la muerte.

P. T., Congr.

¡Cuánto puede esta Madre!

Aquel joven condesito era el orgullo y la esperanza de sus padres. Su educación estaba abrillantada con los sentimientos más delicados que había sabido inculcarle su piadosa madre valiéndose de la devoción a la Virgen Santísima, cuyo escapulario llevaba siempre consigo. Le llevaba con frecuencia ante el altar de la Purísima, y le enseñaba a invocarla con el dulce nombre de Madre. Así fué, que el amor de esta Madre del cielo y de su madre en la tierra crecieron juntas con el corazón del niño, unidas y enlazadas como dos anillos inseparables.

Pero la madre no pudo resistir ni a sus deseos de lucir su hijito en bailes de niños, que los creía inocentes, ni a las ganas de divertirse, que encendió en el niño; éste perdió luego, por ese portillo abierto, todo el afecto a la Santísima Virgen y a su misma madre que con la leche había ingerido.

Pasada la niñez con la inocencia en su alma, llegó la hora de separarse de su madre para ir agregado a una Embajada de una Corte extranjera.

Su madre, que le había empujado tan de niño al mundo, no previó lo que le esperaba: a aquel jovencito no le había enseñado su madre a sufrir ni a vencerse; trastornaron en cambio su cabeza la lisonja y el ocio.

Empezaron las dudas sobre lo que de niño había aprendido y fueron marchitándose y cayendo, como hojas en otoño, al soplo de las pasiones, las verdades que acarició de niño.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Sólo guarda ya en su corazón el recuerdo de su madre y el recuerdo de María, pero muy en el fondo del alma; recuerdo que le hacía arrodillarse antes de acostarse, y rezar tres Avemarías a la Virgen Santísima. Repetía también: No me dejes, Madre mía, casi sin darse cuenta y con pena amarga y angustia tristísima, procedentes de su primera educación de niño.

¡Era el remordimiento!

Mas, al día siguiente volvía a sus devaneos y a meterse en el cieno, sin fuerzas para poder dar un paso adelante.

Un día marchó de caza, acompañado con un amigo infame que le había acabado de perder. Sorprendióles en el campo una tempestad horrible y hubieron de guarecerse en una venta. Acostóse el compañero, rendido por el cansancio; el condesito le imitó, después de rezar con más vergüenza que nunca, su cotidiana oración a la Virgen.

Parecióle a poco que veía entre sueños el tribunal terrible con que Jesucristo ya no hace de padre, sino de juez. Un alma acababa de ser condenada: la de su amigo.

Vió entonces cómo iba la suya empujada por la conciencia al pie del tribunal supremo.

Vió también a su madre que, postrada ante el Juez Divino, pedía misericordia para el hijo de sus entrañas.

Arroja Luzbel presuroso en la balanza eterna los innumerables pecados del condesito; el platillo baja rápidamente y con él su alma, hacia el abismo. Los ángeles se cubrieron el rostro con las alas; la madre lanzó un gemido de angustia; Luzbel un grito de triunfo. El alma estaba perdida.

Apareció entonces María con doce estrellas por corona y la plateada luna a sus plantas. Postróse al lado de su Hijo divino en ademán de súplica, y colocó en el fondo del opuesto platillo las tres Avemarías rezadas por el condesito. Mas no por esto cedió el platillo fatal de las maldades, y siguió con persistencia horrible inclinado hacia el abismo. Tomó entonces María Santísima las lágrimas que derramaba la condesa; las puso en el platillo de las buenas obras; mas éste permanecía bajo e inmóvil. Los ángeles gimieron de nuevo, la infeliz madre se cubrió el rostro con las manos, perdida ya toda esperanza.

Vuelve entonces María al Juez Divino sus ojos purísimos y dos lágrimas que de ellos se desprendieron fueron a unirse en el platillo salvador con el llanto de la madre y con la oración del hijo. La balanza cedió al punto. Las lágrimas de la Santísima Virgen salvaron el alma del hijo extraviado.

Un trueno horrible, y despierta el condesito; queda tan impresionado que no puede descifrar aquel sueño que le parece realidad; el caso es que empezó a reflexionar y ver lo extraviado que andaba y a pedir gracia al Señor, pues se sentía sin fuerza; volvió al buen camino, costándole no poco adquirir buenas costumbres. Lo primero que hizo fué apartarse de sus malos amigos, confesarse y seguir dirigiéndose con el mismo confesor, quien le quería como a hijo.

J. L. G., Congr.

¿Quién es más feliz?

Conocí a mi amigo Antonio cuando tenía 11 años. Ambos éramos de la misma edad, estudiábamos en la misma clase y nos queríamos mucho, porque, además de ser buenos, teníamos los mismos gustos.

Cuando los Domingos nos daban en casa algunas perrillas, guardábamos siempre una parte en otro bolsillo con el objeto de no gastarla y depositarla a la salida de la Congregación en la bolsa, donde casi todos dejaban algo para las Misiones.

Según íbamos creciendo recibíamos mayor cantidad, y observé que mi amigo, a medida que recibía más, guardaba menos. Como tenía mucha confianza con él, le hice un día esta observación, a lo que me contestó que antes era niño y no necesitaba gastar; que ahora era joven, y no le bastaba lo que le daban, y le parecía gran sacrificio dar algo a las Misiones.

Pasaron 5 años, y ya no éramos amigos como antes, ni mucho menos, nos veíamos pocas veces y casi nunca nos parábamos a hablar. Hace pocos días le encontré en una de las principales calles. ¡Qué cambiado estaba desde que éramos tan íntimos! el niño travieso se había convertido en joven elegante, que parecía estar más a propósito para colocarle en un escaparate de exposición, que para estudiar seriamente. Nos paramos a hablar y me dijo que estaba aburridísimo y sin una peseta en el bolsillo y sin que yo le preguntase más me dijo que con lo que le daban no tenía para aperitivos, cafés, meriendas, teatros y cines, cigarros y todavía algo más. Y con todo esto el hombre estaba aburridísimo. Me despedí de él compadeciéndole y dándome a mí mismo la enhorabuena por haber sido constante, sin faltar un día a misa y a la Congregación.

Muchos otros jóvenes como yo hacían lo mismo, tenían dinero para ellos y para las Misiones.

Muchas veces pienso en lo mucho que con ese dinerillo que a veces desperdiciamos podemos hacer, y me anima no poco lo que tengo bien grabado en el alma: "Quien salva un alma, salva la suya". Y hasta en este mundo, ¿quién es más feliz?

J. L. G., Congr.

Nos dan lecciones

Escribe no hace mucho un misionero, que apenas puede ver a sus cristianos más que de tres en tres años por la gran extensión que está a su cargo, un rasgo de fe muy notable:

"En mi última visita toqué a la puerta de una familia cristiana; me sale la mujer, me reconoce, se llena de alegría al verme y llama a todos, que no estaban lejos, porque la casa es muy pequeña.

Noté en seguida algo extraño en la cara de aquella madre de familia; aquella alegría primera se nubló en seguida; alguna pena había en aquella alma que se traslucía en el semblante. A mi mirada compasiva, no se pudo contener.

—Padre, exclama sollozando: mi marido, a quien el médico le encuentra muy mal, no quiere ni hacer el acto de contrición, con habérselo yo insinuado varias veces; hasta le he preguntado por qué no lo hacía y no me ha contestado.

—Vamos a verle, interrumpe el Padre.

Al aparecer el Padre no pudo contenerse de gozo. —Bendito sea, bien venido. Ya sabía que habría de venir.

Llenáronse de gozo los dos al verse: el Padre, por ver a un cristiano fervoroso, y Juan, por haber venido su consuelo.

—Pero, Juan, ¿es verdad lo que éstos dicen?

—No les haga caso, Padre; lo que pasa es que yo les dije a éstos que no quería hacer el acto de contrición porque usted nos dijo que teníamos que tener una gran confianza en la Santísima Virgen; la tenía y estaba seguro de que tendría que cumplir lo que le pidiésemos; y como yo le he pedido siempre que no tenía que morir sin estar usted a mi lado, me parecía que mostraba más confianza si le esperaba a usted para confesarme.

Quedóse el misionero admirado al ver la fe, aunque a su modo, que tenía aquel chino en la Santísima Virgen. ¡Que ella le guarde en toda esta vida y por su fe les conduzca a la morada celestial!

J. L. M., Congr.

Cómo subir mejor la cuesta

Después de haberme examinado de la última asignatura y en vista del buen resultado que en todas había obtenido, pensé pasar las vacaciones sin preparar nada para Septiembre: guardé los libros, quise coger la bicicleta para desde el primer día salir a pasear con los amigos; pero en cuanto la cogí noté que estaba muy sucia y torpe; tenía mucho polvo en la cadena y además estaba falta de grasa en los juegos de bolas; entonces me acordé de que en el último paseo hacía mucho tiempo se me pinchó y necesitaba arreglarla.

Quité las capas para arreglar el pinchazo y me di cuenta de lo averiadas que estaban. Comprendí que los neumáticos estaban casi inservibles; me puse a limpiar el polvo que tenía y a engrasar los juegos de bolas y salí en seguida a comprar las capas y neumáticos.

En este trabajo ocupé el primer día de vacaciones.

Los demás amigos no hicieron esto; no quisieron perder ni un solo día ni tomarse el trabajo de ponerse a limpiar y arreglar, cosa que es bastante desagradable y molesta.

Pero, al día siguiente, cuando salimos de paseo, pronto les demostré que mi trabajo no había sido inútil; en la primera cuesta les dejé bastante atrás a mis compañeros. A algunos les costó un trabajo tremendo subirla; además de lo torpe que tenían las bicicletas, a más de uno se le pinchó y no pudieron seguirme.

Idéntico, o mejor todavía, que con la bicicleta hice con el alma, con otros 29 compañeros que nos retiramos a Ejercicios. Allí la limpiamos cuidadosamente, quitamos de ella todo lo inservible que sólo valía para estorbo.

¡Cuántos no los hicieron por pereza y por no querer pasar cuatro días de algún sacrificio! Y ¡cómo se nota ahora lo suave que marchan unos y lo torpe de otros! Y ¡cuántas caídas nos ahorramos, dedicando aquel tiempo a dar fuerzas al alma y cuántos menos pinchazos tenemos con capas nuevas que con viejas antes!

F. X. S., Congr.

Vaya de cuento

El gran rey Assan era famoso por su valor en la guerra. El palacio en que habitaba era amplio, rico y elegante.

En un ángulo de este jardín había un pequeño campo en el que tenía su casita una pobre viuda.

Un día el rey tuvo capricho de poseer aquel pedazo de tierra.

Yo no venderé jamás la tierra de mis padres—repuso la pobre mujer a la propuesta de compra. Por más que el ministro insistió, ella mostróse impasible a los ruegos y a las amenazas.

A los pocos días se presentó el ministro acompañado de muchos hombres que se apoderaron del campo y comenzaron a levantar una capillita.

La viuda fué a quejarse de ese despojo ante el cadí, que era un hombre entendido y bueno. El cadí la escuchó, y pareciéndole el caso grave, después de meditar, dijo que le llevaran un gran saco vacío y su borriquillo, y se dirigió hacia la Corte de Assan.

Tres veces se prosternó ante el rey y después le pidió permiso para llenar de tierra el saco que traía; y cuando estuvo lleno se volvió ante Assan y le dijo:

—Príncipe, para que la gracia sea completa, ayúdame a cargar el saco sobre el borrico, que yo solo no puedo.

—Sea como tú deseas—dijo complaciente el príncipe; y puso manos a la obra, pero después de algunos esfuerzos, dijo: —Mi viejo cadí, llama en ayuda a mis servidores, porque para mis fuerzas el saco pesa demasiado.

—¡Ah, príncipe!—repuso el cadí—. Si este saco que contiene tan pequeña parte del terreno que usurpaste a una pobre viuda, te ha parecido excesiva carga para tus fuerzas, ¿cómo podrías presentarte mañana ante el fallo de la justicia eterna, cargado con el peso de toda esta propiedad que tú usurpaste para satisfacer un vano capricho?

Assan quedó impresionado ante la ingeniosa lección del cadí, y en medio del atónito silencio de los cortesanos ordenó al ministro que devolviera a la viuda lo que era suyo, con buena indemnización encima.

Assan se contentó en lo sucesivo con lo que era suyo. No ambicionó nada más, y dicen que vivió feliz.

El no ambicionar es lo que nos da paz al alma; de otro modo, ¿cómo se llena el vacío que la ambición abre? De ningún modo.

J. S., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

¡Cuánto más indios!

Los misioneros del Norte de Canadá no vacilan en considerar a la tribu los Costados de Perro como la más católica del Norte.

Todas las campañas hurdidas por la herejía han abortado por completo. Allí no arraigaron ni las "malas hierbas" que Lutero se quejaba, al hablar de los apóstatas, que el Papa le echaba "al escardar su huerto"; prueba evidente de que los indios poseen una fe robusta; no como ahora tenemos aquí.

El Obispo anglicano Bompas, cuyos alardes de celo, hay que reconocerlo, no fueron superados ni igualados quizá por nadie, creyó en una ocasión haberse ganado para su secta a uno de aquellos que seguía infiel y polígamo obstinado, y le dijo:

—He sabido que el sacerdote no quiere rezar por ti. Vente conmigo, que yo te recibiré. Mientras tanto ahí tienes una gorra.

—Guarda tu gorra, perro inglés; cuando quiera una me la compraré con mis pieles. Mas sábete que no ha sido el Padre quien me ha desechado, sino yo que no he querido portarme bien. Y para mostrarte que la religión católica es la verdadera voy a obedecerle al Padre desde hoy.

Dicho y hecho: despidió al punto sus mujeres ilegítimas, se bautizó y vivió vida cristiana y edificante.

Muchos, al tener ocasión de pasar por aquella misión, se fijaban bien cómo, aun en su vida errante, observan las enseñanzas y preceptos de la Iglesia: siguen con sus cánticos, rosario, hasta su plática hecha por el jefe o el más anciano, su comunión espiritual de la Víctima inmolada lejos de allí; aquellas ceremonias se desenvuelven dentro de una piedad, digna de los monjes del desierto.

Los indios observan escrupulosamente el descanso dominical; tanto que tienen como falta el disparar el fusil el día del Señor, a menos que se hallen en extrema necesidad. Jamás omitirán las oraciones de la mañana y de la noche.

La fidelidad de los Costados de Perro a estas devociones pasmó a un joven protestante, laureado de las Universidades inglesas, a quien la especialidad de sus estudios condujo a aquellas regiones; tanto que en su libro se expresaba así:

"Los Costados de Perro observan estrictamente las prácticas de la Iglesia Católica. Ni una sola vez han comido en mi presencia durante los dos meses que llevo entre ellos, sin haber terminado con la acción de gracias en común. A continuación tenían alguna diversión cuando estaban en el campamento. Cuando viajaban rezaban sus oraciones antes de comenzar la jornada. Hacían gala de una fe sobrehumana, permaneciendo arrodillados sobre la nieve del páramo, para orar, dando diente con diente, y desgranar las cuentas del rosario con los dedos medio helados."

Estos tenían el ánimo caliente y animado, aunque el cuerpo estaba helado; nosotros todo lo contrario: que no nos moleste nadie, y menos para oír misa y aun para rezar el rosario.

¡Cuánto más indios somos!

J. de E. Congr.

Correspondencia abierta

Buena ocurrencia.

Frente a la iglesia de Erandio hay un Asilo de ancianos al cuidado de las religiosas de la Compasión. Estuvimos a visitar a los ancianitos el otro día, y se nos ocurrió que, entre los cuatro hermanos, con un poco de nuestros ahorros, podíamos suscribirles a "La Hormiga de Oro", para que se entretengan los viejecitos.

E. A., Congr.

El rosario en la playa.

¿Querrá usted saber lo que hago aquí en este pueblecito?

Pues mire: por la mañana vamos todos los días a misa, pero no siempre la oímos; pues ocurre que a veces el sacerdote celebra la misa, sin avisar, media hora antes o media hora después; con todo le pedimos que nos dé la comunión y comulgamos.

Ahora estamos haciendo la novena de la Virgen del Carmen; pero, va poca gente porque, como es la época de cortar la hierba y hace mal tiempo, están expuestos a que, si no aprovechan el poco buen tiempo que les hace, se les pierda.

Por la tarde, en seguida de comer, rezamos todos en familia el rosario; y, si vamos a la playa a comer, lo rezamos allí con otra familia que va con nosotros.

En este pueblo hay catequesis todos los jueves y domingos; y está a cargo de los maestros y maestras. Por esto, cuando nosotros fuimos a enseñar el catecismo, no nos encargaron más que dos o tres pequeñuelos a cada uno; pero, ahora ya ni eso, pues los niños están de vacaciones.

G. G., Congr.

Uno que no para.

Lo primero que hacemos es levantarnos a las 7 1/2 para ir a misa de 8, y luego vamos a la casa del lechero a divertirnos con las vacas; y estos días, como hace bastante bueno, llevan la hierba seca a sus casas; y a nosotros nos dejan ir arriba de los carros, y luego les ayudamos a meter la hierba en el pajar.

J. L. G., Congr.

Esto es práctico.

Antes no comprendía, como voy comprendiendo ahora, lo que veo y casi lo toco: no creía, y menos en este pueblo, que hubiese niños que no sabían ni el Padre nuestro; y los hay.

¡Me dió una pena y al mismo tiempo ganas de estudiar muy bien el catecismo para poder ya desde ahora explicárselo a otros!

Ya me sé la mitad de lo que usted nos ha señalado de lección para vacaciones, y pienso repasármelo bien para poder llevar más que un aprobadillo.

Me parece que le estoy viendo a V., donde varias veces le he visto, en ese cuarto del Colegio de Santiago Apóstol. Ya sé que pronto le veré en el nuevo local. Antes volveré a escribirle.

P. de A., Congr.



Núm. 230 —Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Setiembre de 1932

¡Vaya ejemplito!

Vamos a seguir los pasos de Paul, jovencito de 15 años que pasaba el verano en Kürstein, a unos 80 kilómetros de Berlín.

Había recibido de sus padres una educación cristiana esmeradísima. Estos, no queriendo que se malograse su labor, escogieron el mejor colegio de Berlín, dirigido, ocultamente, por religiosos, que sabían educar con su ejemplo más que con sus pláticas.

Como estímulo para los alumnos tenían una Congregación de la Santísima Virgen, y de éstos, se escogían los más sacrificados para instruir y educar, también con su ejemplo, a los niños de los barrios bajos de Berlín; de esta manera sacaban del fango de miseria e inmoralidad a los niños pobres. Además tenían Conferencias de pobres a quienes socorrían en cuanto podían.

Todas estas obras y sacrificios para Paul se debían terminar en cuanto fuese a veranear a Kürstein; pues ningún amigo iba a veranear al mismo sitio. Pero nuestro Paul no se arredraba por eso; antes al contrario, cogió ánimos para proseguir su campaña de congregante.

El empezó reuniendo a grupos de niños, que engrosaban rápidamente. Se arreglaba para mezclar el Catecismo en los juegos; les hacía pasar ratos divertidísimos. Además les compraba juguetes y premios al que supiera mejor las lecciones explicadas por él.

Cada día más satisfecho y animado, distribuía hojas de propaganda entre los obreros, en su mayoría comunistas y socialdemócratas; y lo hacía con tal cariño y tal inocencia, que se captaba la amistad de todos; tanto que al día siguiente les preguntaba si les parecían bien las hojas, y si alguno le decía que no la había leído se iba hasta su casa leyéndosela, y a la vez llevando algún caramelo a sus hijos. Como una cosa trae otra, se animó a introducir la obra de J. O. C. y A. O. C., (Juventud Obrera Católica y Asociación Obrera Católica), llegando a fundar ámbas Asociaciones.

Con aquella su labor constante, que le servía de consuelo grandísimo, bajo las órdenes del párroco y con los consejos de su padre, contribuyó mucho a que aquel pueblo se transformara poco a poco de pagano en católico.

Como vemos este fué congregante de verdad. A eso estamos obligados, a transformar el pueblo donde vivimos, sobre todo, con nuestro ejemplo.

M. G., Congr.

Lo que ví en Lourdes

Son las tres de la tarde del 16 de agosto de 1932.

Una sección de exploradores belgas ha acordonado la hermosa explanada que hay delante de la Basílica de Nuestra Señora, para impedir que los allí presentes pasásemos al centro de dicha explanada, sitio exclusivamente reservado para los enfermos y sus asistentes.

Por uno de los extremos de la plaza van trayendo a los enfermos: a unos los traen en carricoches pequeños, arrastrados por los camilleros; a otros en camillas, por estar impedidos para andar; y ¡qué enfermedades hay! Infelices contrahechos, alguno sin piernas, un jorobado tan deformado, que tenía la cabeza entre las rodillas; multitud de ciegos, sordos, y sobre todo, impedidos de andar.

Una vez colocados en la explanada, sale Jesús Sacramentado, bajo el palio de la Basílica, hacia la Gruta de las apariciones, que es el lugar donde se forma la procesión, que, después de recorrer los paseos que hay delante de la Basílica, llega a la explanada, y allí dan la bendición a cada uno de los enfermos con el Santísimo.

En tanto que llega su Divina Majestad, enfermos y todos los allí presentes rezamos el rosario y algunas invocaciones a Nuestra Señora, para que concediese la salud a todos aquellos infelices; era un espectáculo verdaderamente conmovedor.

Universidad de Deusto
Biblioteca

De pronto, dos camilleros retiran hacia un extremo de la explanada una camilla, en la cual iba una pobre niña impedida; una vez retirada en un extremo de la explanada, varios camilleros se colocan alrededor para impedirle que salte al suelo; pero, no lo consiguen: al cabo de un rato de forcejeo salta la niña al suelo y la que poco antes estaba impedida marcha por su propio pie apoyada en el brazo de un camillero hacia la gruta de las Apariciones.

Claro está que yo no puedo decir que esto sea un milagro, hasta que la Iglesia lo haya comprobado, según los trámites que son necesarios para ello; pero, lo que hasta ahora puedo decir es que se trata de un hecho extraordinario, que nos conmovió a todos los que lo presenciamos, y vimos volver la camilla vacía hacia el sitio en que antes estaba.

J. L. B., Congr.

«Porque no me convenía...»

Un hall elegante y hasta tapices de buen gusto acreditan la casa de don Luis, joven ingeniero que casi no hace media docena de años que salió de la Escuela y ya vé su despacho atestado de consultas.

Pero bien lo merece todo: es trabajador, inteligente y hasta simpático; pero una falta tiene, que... ya la sabrás luego.

En aquel hall, hundido en un huequisimo sillón, está don Paco, también compañero suyo de estudios, pero ni su cabeza ni su fortuna le acompañaron en su camino tan fielmente como a aquél; y claro es, no llegó a tanto.

En una cualidad le pasaba, y quizá la más estimable: tenía en el corazón piedad sólida y su mente conocimiento claro de las verdades de nuestra religión.

Se abre la puerta del despacho. Don Luis y uno de sus amigotes, chotean las últimas frases de una conversación en la que a cuestiones de ingeniería acompañaba una serie de disparates en materia de creencias. Hubieras escuchado esta despedida del joven ingeniero:

—Si tan seguro estuviera de esos números, como de que no hay Dios...

Rieron la gracia, cambiaron saludos, marchó uno escaleras abajo, cerró el otro la puerta e iba a dar la vuelta para dirigirse a su despacho cuando se topó de narices con don Paco, que, afortunadamente, saliera del recibidor.

—¿Por aquí tú, Paquito?—pues con tal familiaridad se trataban.

—Ya ves, querido: recogiendo de tus labios la última barbaridad que has dicho en tu vida.

Paso a paso se dirigían al despacho; don Paco se acomodó en una butaca y don Luis en su sillón de trabajo.

—Mira, de una vez y para siempre, los argumentos esos de que el mundo no se ha hecho solo, del orden que guardan las estrellas y de la armonía del orden social, me los sé de memoria; son una cosa que estaba bien a los 14 o 16 años, cuando en el colegio los estudiamos juntos, pero son ya armas un poco roñadas para luchar con los postulados científicos modernos.

—Será verdad lo que tú dices pero yo no he aprendido otros, y me bastan para vivir tranquilamente.

—Bueno, déjame tomar unas notas de este señor que acaba de retirarse; ya hablaremos.

Don Paco tomó en sus manos, para pasar el rato un precioso elefantito de marfil que sobre la mesa hacía oficio de pisapapeles. Lo examina por los cuatro costados, lo mira, lo vuelve a mirar y no se cansa de contemplarlo. Entretanto, don Luis, retirando la pluma del papel le dice sonriéndose:

—Por lo visto te gusta la fierecilla.

—Ya lo creo; es una obra ideal.

—También el escultor a quien se lo encargué...

—Pero, cómo ¿escultor?...

—Sí, el escultor que lo hizo.

—¡Ah! ¿Pero esto lo ha hecho alguno?

—Tú estás loco; ¿crees acaso que haya alguna cosa que se haya hecho sola?...

—Sí, el mundo...

—Bueno, el mundo...—murmuró un poco escamado. Dejemos el asunto aparte. Ven al laboratorio para que te enseñe un aparato que acabo de inventar.

El aparato era curiosísimo; por de pronto, una gran caja pintada interiormente de negro y en el fondo una serie de bombillas de colores, que al dar a un motorcito iban de tres en tres adelantándose unas a otras, siguiendo su ruta fija, como si una mano fuese escribiendo aquellas letras: era un anuncio luminoso.

Cuando don Paco veía que su amigo echaba a andar el motorcito y que aquellas diminutas luces, pasándose unas a otras rasgaban aquel velo de obscuridad con su escritura luminosa, y que, al acabar con su cometido, volvían por debajo de nuevo a comenzarlo y que así lo hacían muchas y muchas veces, quedóse con la boca abierta.

—¿Qué te parece el anuncito?

—Magnífico; pero, lo que más me admira es que unas bombillas no choquen entre sí al moverse.

—Chico has dado en el clavo. Si tú supieras los cálculos que he tenido que hacer: que si el peso de las bombillas, el rozamiento, la velocidad... un verdadero caos.

—Mucho me extraña—forzaba por disimular don Paco.

—Hombre, con eso me ofendes, contestó alterado el ingeniero.

—Pues no te des por ofendido; pues yo conozco un aparato muy parecido, y mucho mayor, y además inventado mucho antes que el tuyo.

—Tú dirás.

—Echa por la noche una mirada al cielo, y dime qué hacen esas *bombillas* que se llaman estrellas, millones de veces mayores que la Tierra, que caminan por los espacios con velocidades vertiginosas, de distintos tamaños, tan abundantes como las arenas de los desiertos y del mar, que hacen su recorrido desde que existieron en un principio sin chocar unas con otras, describiendo las mismas órbitas y tardando siempre intervalos iguales de tiempo.

—Bueno, ya veo por dónde vienes—dice don Luis, comprendiendo el peso apiastante de las razones de su amigo, que si eran las mismas que oyó de joven en el colegio, no por eso eran menos verdaderas.—Tomemos los sombreros y vamos a despejar la cabeza.

Y se fueron. Hablaron de otras cosas.

Al despedirse aquella tarde, don Paco decía a su amigo con mucho cariño, pegándole unos golpecitos en la espalda, aquel hecho del cura de Ars, que llevaba al confesionario a quienes venían a discutir con él, y que una vez confesados, no tenían nada que porfiarle.

Y pasó el tiempo.

Don Paco depositó la semilla en el corazón de don Luis, que la gracia divina hizo germinar.

Cuando después de días, el ingenioso ingeniero, era visitado por su amigo y después de hablar de proyectos, hablaron de la cuestión batallona, dijo don Luis estas textuales palabras:

—Decía que no había Dios sencillamente porque no me convenía que hubiese. Cada vez me acuerdo más de aquella frase que en un arranque de sinceridad dijo un incrédulo: "De noche y a solas, todos creemos en Dios".

Tenía los ojos cerrados pero no porque se los cegase la luz de ese sol que tanto alumbra, con cuya luz, si todos nos alumbrásemos, puede ser que no tendríamos que lamentar tantas crisis de trabajo, tanta hambre y tantas calamidades.

P. T., Congr.

La petaca

Un general, y hace de esto muchos años, había convidado a comer a los oficiales de su regimiento.

Durante la comida todos admiraron la petaca de oro que el general había dejado junto al cubierto y que bien pronto pasó de mano en mano para apreciar tan acabada obra de arte.

A los postres quiso el general ofrecer un cigarro: busca su petaca y no la encuentra. Todos los oficiales se levantan espontáneamente y piden se haga un registro; pero uno de ellos, un pobre teniente, se muestra turbado y le saltan los colores al rostro.

El general notó el apuro, y dijo entre sí: "Este es el culpable". Pero mirando por el prestigio del cuerpo y por el porvenir de aquel militar a cuya familia estimaba, interrumpe las protestas generales, diciendo con cierta sonrisa:

—Todos los que aquí estamos, somos personas de honor; no puedo sospechar de nadie... La petaca debe haber rodado debajo de algún mueble... Después la buscarán los criados...

Y enseguida se esforzó por distraer la atención general, usando de todos los recursos de su buen humor. Por desgracia, casi todos habían advertido la turbación del teniente. La frialdad que se estableció alrededor, y algunas miradas de desprecio, le señalaban como culpable.

La sobremesa fué triste, pesada; todos sentían un involuntario desconcierto. Los convidados se retiraron temprano.

¿Quién podrá pintar la angustia del joven, que veía cortarse su carrera con aquel desgraciado incidente? Y ¿cómo descubrir la aguda emoción que experimentó al día siguiente, cuando le anunciaron que el general le llamaba?

Se presentó temblando. ¿Qué reproche le espera? ¿Se le irá a exigir su dimisión?

El general se apresura a salir a su encuentro, le estrecha la mano con efusión, y le dice:

—Mucho siento lo ocurrido ayer; y me es tanto más doloroso cuanto que la petaca ha sido encontrada por mi ordenanza en el faldón de mi casaca, donde había caído por una abertura del bolsillo. Mas ahora que ninguna sospecha puede recaer sobre la conducta de usted, ¿quiere decirme, amigo, el motivo de la repugnancia mostrada ayer cuando sus camaradas propusieron el examen respectivo de los bolsillos?

El joven tuvo un momento de indecisión; en seguida levantó la frente, y dijo con franqueza:

—General, mis padres son pobres, bien lo sabe usted; han hecho grandes sacrificios por mi educación, y justo es que a mi vez haga yo algo por ellos. Cada mes les entrego la mitad de mi sueldo, y para que el resto baste a mis necesidades, me veo en el caso de comer como puedo. Pues bien. Ayer, al recibir su atenta invitación, acababa de comprar mi modesta comida: un pedazo de pan y una salchicha que guardaba en mi bolsillo, cuando aconteció lo de la petaca. Puede usted comprender mi confusión al pensar en las chanzas y bromas que se hubieran seguido al descubrirse mis provisiones...

—Amigo mío, es usted un excelente hijo, replicó el general. Cuente con mi ayuda. Entre tanto sírvase aceptar un lugar en mi mesa, donde cada día estará preparado un cubierto. Nadie conocerá la confianza que usted me acaba de hacer; pero todo el mundo sabrá que yo le estimo como hombre de honor. Y... en cuanto a la petaca, permítame que se la ofrezca como prenda de distinción y aprecio...

Por supuesto, el general se apresuró a hacer saber a sus convidados dónde había aparecido su petaca guarnecida de oro; y no contó el otro detalle que no menos honraba al teniente que tan sacrificada vida llevaba por sostener a sus padres.

La honradez a la larga, siempre sale triunfante; por el contrario, la desfachatez (hoy tan en moda), siempre lleva consigo su castigo y afrenta.

J. S., Congr.

¿Qué es lo que haces, timonel?

¡Qué calor tan sofocante hacía aquel día! Parecía que el sol, que durante lo que llevábamos de verano, no quiso calentar, descargaba de golpe toda la fuerza de sus rayos. La gente, que siempre mira el modo de pasar mejor el tiempo, había afluido a la playa. Para mí, el es-

Universidad de Deusto
Biblioteca

espectáculo más entretenido era ver a los numerosos chiquillos que alegremente se divertían jugando con las olas, riéndose estrepitosamente, cuando alguna, más grande que las otras, hacía caer al agua a alguno que se descuidaba.

En espacioso bote embarcábamos siete jóvenes, que para librarnos del calor creímos que la mejor solución sería salir de paseo y luego bañarnos desde el bote. Como el mar estaba en calma pudimos salir del Abra y una vez allí, nos detuvimos a contemplar el hermoso paisaje que se divisaba, admirando las bellezas con que Dios quiso dotar al País Vasco, dándonos así una pequeñísima idea de la grandeza del Creador, que cosas tan hermosas había creado. Como estábamos en traje de baño y además había brisa, no sentíamos más el calor, y así que el sol, que a los que estaban en tierra les molestaba, a nosotros nos agradaba y nos parecía imposible que hubiera gente que se quejase del calor y desease la lluvia.

Una vez que llegamos frente a una playita, nos bañamos, y acabado el baño que tan a gusto tomamos, emprendimos el regreso al puerto, notando la velocidad con que nuestro bote surcaba el agua. Los seis remos entraban y salían del agua al mismo tiempo, y hacían que la lancha pasase por encima de las suaves ondulaciones, como si tuviera alas.

Todos elogiábamos el bote, y disimuladamente la destreza de cada uno de los seis remeros, sin acordarnos para nada del que llevaba el timón; pues todos creíamos que remábamos tan bien, que no necesitábamos timón y que por lo tanto el que a esto se dedicaba no hacía absolutamente nada.

Cuando anduvimos bastante, notamos que la velocidad disminuía y atribuyéndolo a que estábamos cansados y no hacíamos tanta fuerza como antes, volvimos a remar más fuerte que anteriormente, y a pesar de eso, el bote no llegó alcanzar aquella velocidad. Al ver que algo pasaba, pues nuestros esfuerzos no rendían lo que antes, empezamos a preguntarnos la causa y nos dimos cuenta de que el que llevaba el timón lo había abandonado para fijarse detenidamente en dos gaviotas, extraviadas sin duda, que se habían posado sobre una peña.

—Oye, tú—le dijimos. ¿Estás dormido? Piensas en Babia?

—No; nada de eso—nos contestó, con mucha razón—. Cuando corríamos mucho nadie se acordaba de mí ni del esfuerzo que hacía para igualar las fuerzas; ahora os acordáis cuando véis que no vamos derechos ni aprovechamos los esfuerzos.

Entonces fué cuando uno que era sin duda el más listo, y sabía aprovechar las ocasiones nos hizo ver cómo lo que el timón es en la nave, es el catecismo bien sentido, o sea, la educación religiosa en el hombre; y por eso el catequista, lo que debe ante todo es educar al niño que más tarde será hombre. Enderezarle, corregirle con mucho cariño y antes prepararse uno muy bien para poder explicarles con claridad y a su alcance; eso debe hacer el timonel, el catequista.

F. X. S., Congr.

Correspondencia abierta

¡Qué pena que se pierdan!

¿Quiere que le cuente las costumbres de estos pueblos? Es edificante la que tienen en los partidos de pelota. Los domingos, especialmente son muy concurridos de aldeanos y villanos, y hoy en día concurren también jóvenes poco recomendables. Pues con todo, cuando suenan las doce en el campanario, todos, lo mismo los jugadores que los concurrentes, se descubren y, con silencio sepulcral, como si estuviesen en el templo, contestan al Angelus que lo reza el señor párroco; a continuación se reanuda el partido.

Lo que me ha llamado muchísimo la atención es que gente "modernizada" y aun jóvenes perdidos se dobleguen tan respetuosos ante estas costumbres, que ojalá no hubieran ya pasado. Lo que hace el medio ambiente, tan sano todavía en estos pueblos.

E. G., Congr.

Este da buen ejemplo.

Como vengo para poco tiempo, no me deja esta buena familia escribir en español. Creo que me van a obligar a estornudar en francés.

En este pueblo, aunque no hay apenas misas, se puede ir todos los días a comulgar; pero, ¡qué pena! la mayoría de los días se encuentra la iglesia vacía.

Hay una escasez terrible de sacerdotes. La iglesia está de aquí a 5 kilómetros, y tengo que ir en bicicleta; así y todo, yo voy todos los días a misa y a comulgar.

F. H. S., Congr.

Salgo más contento.

De once a doce voy con el señor cura a la doctrina. ¡Qué bien les enseña! Todo con preguntas, para tenerlos más atentos. Las preguntas difíciles para ellos me las hace a mí y ellos las oyen y las repiten, y me pregunta también el significado de algunas palabras difíciles para ellos de comprender. Se las explico lo mejor que puedo; les cuenta después un hecho de la Historia Sagrada.

J. M. C., Congr.

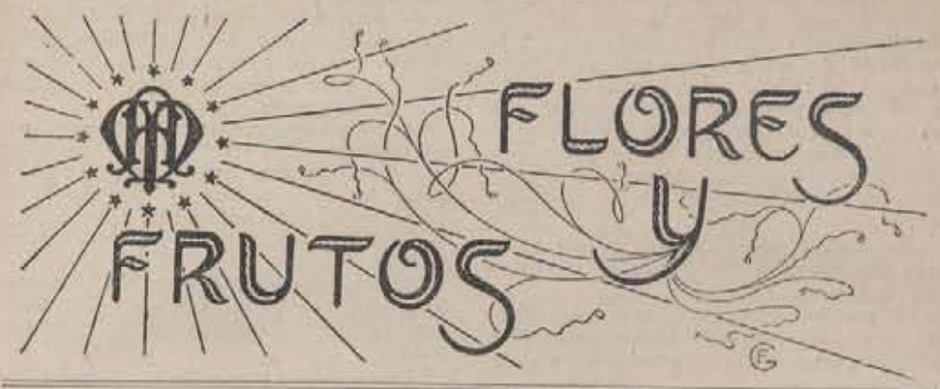
Lo hago con más gusto.

No me olvido ningún día de estudiar una hora el Catecismo explicado. Además, me han encargado las Hermanas que les enseñe el Catecismo explicado a los de la Colonia Vasca, cosa que hago con mucho gusto.

También les leo todos los días a las Hermanas el Año Cristiano, que contiene las vidas de los Santos, correspondientes al día.

Ya ve que estoy y puedo estar tranquilo; pues, como usted nos lo ha repetido, salvemos lo que le gusta (y más ahora) que todos seamos catequistas activos y que estemos dispuestos a dar, al volver de vacaciones, el examen de todo lo que nos señaló al empezar el verano.

C. A., Congr.



Núm. 231.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Octubre de 1932

¡Este es muy buen amigo!

Tú eres curioso, y yo expansivo. ¿Quiéres saber cómo llegué a corregirme de una mala costumbre. Si a ti no te hace falta saberlo, a otros por tu medio les vendrá bien. Oyeme.

De vuelta de mi veraneo por La Rioja, venía en el tren aburrido y soñoliento, cuando me fijo que en la redecilla hay un folleto. Me levanto, lo tomo entre mis manos y me encuentro con que trata nada menos que del infierno. Al principio dudé: si será uno de tantos librejos como corren por ahí que se ríen de todo lo más sagrado y alaban lo más indigno.

Leo el título y me tranquilizo: "El dogma del infierno, probado con hechos de las Historias Sagrada y profana".

Me meto en el "Prólogo que debe leerse" y me hago cargo de que es un librito al alcance del pueblo, bien argumentado y ameno, al mismo tiempo que serio, como lo pide la materia.

Pasé adelante y, antes de llegar a Bilbao, ya me lo había leído todo, llevado de la curiosidad, casi sin fijarme en lo que leía.

Lo metí al bolsillo y se vino a convivir conmigo.

Al día siguiente, después de leer el periódico, volví a encontrarme con él, y como lloviznaba y no convidaba a salir de casa, sin darme cuenta me encontré con aquel amigo que volvía a hacerme tan grata compañía como me la hizo en el tren; me era ya conocido y le agradecía que, sin casi haberle hecho caso, me hubiese hecho mucho provecho.

Esta segunda lectura fué más atenta y reposada, y por lo tanto más asimilada. Tanto que pude contarle a mi amigo muchos capítulos, los más salientes. Al contarle, como digo, comprendí que no había aprendido del todo bien la lección y determiné leerlo más despacio por tercera vez. Ahora lo he saboreado bien y hecho mío; tanto que con aquella verdad, muy bien probada y explicada, me parece que podría reirme de todas las burlitas, por picarescas que fuesen, y de todas las invitaciones, por seductoras que me las pintasen.

Chico, eso de que estoy ciertísimo de que hay infierno, de que es eterno, de que todo lo más terrible que hay aquí que padecer es como pintura comparado con la que allí se sufre, y, sobre todo, eso de que al acabar de entrar en un sitio escandaloso y de pecar, te puede coger la fría mano de la muerte y llevarte para siempre a aquellos fuegos sempiternos; chico, eso es para no tener miedo a nadie más que al pecado. ¿Estamos?

Y te diré más, que, después de saboreada y asimilada aquella lectura, me parecen insulsas y tontas todas las que antes me gustaban, de bandidos y cosas no tan buenas; ahora hasta me daría vergüenza que me viesen leyendo esas boberías.

Yo te daría ese librito; pero no quiero separarme de tan buen amigo. Si quieres otro, lo encontrarás en algunas librerías; ya te he dicho cómo se llama y cuesta bien poco; para más señas te diré que está editado en El Apostolado de la Prensa, S. A., Madrid—Velázquez, 28. Mandas en sellos 30 céntimos dentro del sobre con tus señas y lo tendrás en seguida.

Como te digo, con sólo esa lectura reposada, he quitado una mala costumbre y sé decirme con energía ¡**ESO, NO**!

J. T., Congr.

¡¡Al derroche!!

Pues, señor; recuerdo que hace años, al visitar yo las barracas (en los tiempos en que las personas decentes podían ir a las barracas), vi un puesto, que pomposamente se titulaba "El Derroche de la Sidra", con bastantes personas alrededor, y me agregué curioso a ver en qué consistía aquel derroche.

Pronto comprendí de lo que se trataba: Era ni más ni menos que una de tantas martingalas para sacar los dineros a los incautos que se

Universidad de Deusto
Biblioteca

acercaban. Consistía el juego en tirar un anillo de madera de unos 10 cm. de diámetro desde una distancia de 3 metros, y conseguir hacerlo pasar de arriba a abajo, circundando a una botella de sidra colocada verticalmente y a un cuadrado (que servía de base a la botella) cuya diagonal no bajaría mucho de los 9 cm.; de suerte que la proporción de ganancias, entre el dueño del puesto que *regalaba* la botella de sidra y el inocente jugador que compraba algunas anillas, era netamente favorable al primero, pues las probabilidades del segundo eran harto escasas.

No obstante, nunca faltaban quienes quisieran beneficiarse de "El Derroche" y solía estar aquello muy entretenido.

Me acerqué, como digo, y pronto pude observar que el barraquero se parecía mucho en lo charlatán a los demás barraqueros. De continuo gritaba:

—"¡Eso no! ¡Así se pierde! No basta colocar el anillo alrededor de la botella, sino que tiene que rodear también al cuadrado de abajo. ¡Eso no! ¡Así se pierde...!".

Volvía otro incauto a probar suerte y el barraquero repetía:

—"¡Eso no! ¡Así no se gana! ¡Así se pierde!

Una vez tan sólo en el largo rato que permanecí allí le oí gritar:

—"¡Eso sí! ¡Así se gana! Este señor ha colocado el anillo en su sitio. ¡Eso sí! ¡Así se gana!".

Marché un poco aburrido. A mí me parece que al cabo de un rato de no hacer nada de provecho, la inteligencia discurre con más seriedad que en otras ocasiones. De una manera vaga me iban resonando las palabras del charlatán: "¡Eso no! ¡Eso no! ¡Eso sí...!" y por no sé qué extraña asociación de ideas pensé:

"¡Beneficiosa costumbre la de aprender a decir ¡eso no! cuando un peligro nos acecha! Esos peligros que cortados de esa manera rápida no son temibles, pero que de otra forma no se sabe dónde se va a parar...".

Pues, sí, jovencitos; que se os conozca en todos los sitios, cuando os presenten algo verde y de sabor picante, por valientes porque sabéis decir con energía **¡ESO, NO!**

J. del C., Congr.

Historia trágica

Juntos siempre fueron los dos, juntos terminaron las primeras letras, juntos empezarían la vida de Instituto.

¡El curso nuevo! Es decir, nuevos libros, nuevos horizontes, nuevos colegas, y a veces, nuevos y temibles enemigos: lo que hacen los otros, lo que a veces dicen profesores...; los que acompañan en las clases, lo que atrae en las calles... ¡Todos son enemigos de los estudiantes que van jovencitos a los centros oficiales modernos!

Algunos jovencitos, y no pocos, estaban bien prevenidos; con armas seguras contra tantos enemigos y enemigas. Cierto día de Septiembre se encontraron los inseparables Víctor y Ramón con un amigo de sus padres, de esos que, como veréis, meditan bien en la pasión de Cristo; les hizo sentar un rato, que fué bien aprovechado.

"Mirad: os voy a pintar un cuadro en la imaginación; estad atentos para que se os graben bien todos sus perfiles y colores.

"Es un pretorio romano: soldadotes del imperio sentados aquí y allá; verdugos de músculos incansables preparan látigos espinosos; en el centro una columna baja con una argolla de hierro; luz de media mañana; un Señor, hermosísimo y santísimo atado a la columna: se llama Jesús de Nazaret.

"Afuera, viéndolo todo, un pueblo alborotado, desagradecido; entre la gente, una Señora Purísima, traspasada de dolor: es la Madre del Nazareno.

"Pero el cuadro tiene vida: Los hombres descargan latigazos sobre las espaldas del Señor; éstas se enrojecen, se parten, sangran... el dolor es indecible; vienen otros sayones de refresco con varas flexibles y penetrantes; le golpean, le cruzan espaldas y pecho, le vuelven a golpear.

"Los soldados ríen, Jesús calla, su Madre le mira... En esto llega un centurión: ¡Bárbaros —dice a los hombres—, ¿queréis matarlo aquí mismo?

"Y suelta las cuerdas de la columna y Jesús cae desfallecido sobre su propia sangre; nota que está casi desnudo; se arrastra hacia sus vestidos... sus ojos apacibles tienen lágrimas...

"Este es el cuadro: ahora dime tú, Ramón: si estuvieras allí, ¿se te ocurriría acercarte a Jesús y darle un empellón para que no pudiera tomar su túnica?

—¡Oh, eso, no!—exclamó el muchacho conmovido.

—¡Eso no, eso no!—añadió aquel más que caballero—. Mirad, queridos: acercarse a Jesús azotado, darle un empellón, pisotearle... eso y más hace un pecador cuando le ofende. Si os viéreis en malas ocasiones, considerad que Jesús está allí, ensangrentado a vuestros pies, y huid diciendo de corazón: ¡Eso, no!

Pasaron días. Víctor y Ramón estaban juntos en la alameda; un tercer estudiante se les acerca; charla con ellos, y les propone asistir a cierta diversión ilícita.

A Ramón le parece muy agradable...

—Vamos, que nadie lo sabrá...—les decía el estudiante—; pero Víctor exclamó rápidamente: ¡Eso no!

Oídas estas palabras, Ramón recuerda al punto el cuadro de aquel caballero; se avergüenza de sí mismo, se arrepiente de su deseo... No asistieron a aquel lugar.

Meses después, Ramón estaba solo. ¿A qué contar pormenores? Se vió en un gran peligro, no tuvo valor para decir ¡Eso no! al mal compañero que le invitaba, y cayó... Fué el principio de una serie de prevaricaciones; se desalentó; dejó la Congregación; siguió rodando cuesta abajo; proporcionó horas amargas a su madre, no sacó adelante su carrera. ¡Pobre Ramón! ¡El simpático muchacho de ayer es hoy un perdido!

En cambio Víctor conservó en su memoria y en su corazón aquella bendita frase; y cuando algún atrevido se le presentaba con inconveniencias en palabras o gestos, le paraba los pies con un enérgico y rotundo: ¡Eso, no!

Y ¡qué querido y respetado era de todos Víctor!

Cierta noche Ramón estaba con cuatro amigos, gente de conciencia encallecida, jugando a la banca en un garito.

Uno de ellos lo ganaba todo, y sonreía satisfecho... Los otros tres y Ramón perdían y se abrasaban por dentro.

Al salir ocultamente, uno de los liquidados dijo a sus compañeros de infortunio:

—¡Nos ha vaciado ese ladrón, y aún ha tenido la desfachatez de burlarse de nosotros con sus chistes! Su casa está lejos; cuando vaya, le asaltamos, le despojamos y, si resiste, lo arrojamos al rompeolas.

Ramón tembló.

Eso no, dijo débilmente; y al decir esta frase, al momento, surgió en su mente el cuadro aquel... le pareció ver a Jesús, agonizante a sus pies, ensangrentado... Todo fué muy breve: sus camaradas le arrastraron, él no tuvo valor para resistir, les siguió y... se vió envuelto en un crimen repugnante...

Los cuatro cayeron en poder de la justicia y fueron encarcelados.

Víctor lo supo en seguida y corrió a visitar a su infeliz amigo.

Le encontró hablando consigo mismo, y repitiendo como un demente:

—¡Eso no! ¡Eso no! ¡Eso no!

Víctor lo comprendió todo, y dijo para sí:

—Ya es tarde, mi pobre Ramón... Y después levantó al Señor su corazón agradecido, añadiendo:

—¡Oh Cristo, Rey mío, gracias! Yo también estaría aquí si Tú no me hubieras enseñado a decir con toda mi alma delante de cualquier maldad:

¡ESO, NO!

T. R. C., Congr.

¡¡Vaya revistillas!!

Ocurre muy a menudo que en las casas habitadas por familias católicas, se encuentran periódicos y revistas, y aun libros, cuya presencia en dichos lugares no está justificada.

Pues bien, por una de esas casualidades, en el domicilio de una conocida familia *católica*, se encontraban no una, sino varias revistitas que se llaman gráficas, y mejor sería llamarlas pornográficas.

Uno de los hijos de dicha familia, de 14 años de edad, se hallaba en su habitación estudiando sus lecciones; pero, no debía de tener muchas ganas de ello, pues a los pocos minutos dejó a un lado sus libros de estudio, y se puso a revisar una de esas revistitas, de que antes he hecho mención; era *Crónica*, y aunque con bastante temor, se puso a leerla, y más que nada, a contemplar las asquerosas fotografías que en dicha revista, al igual que en otras de su mismo estilo, suelen aparecer.

No tuvo este pobrecillo joven el valor que hemos de tener nosotros, cuando se nos presente el caso, de vencer nuestra curiosidad para no faltar a la ley de Dios; no lanzó con energía y a tiempo nuestro valiente ¡Eso, no!

Y no paró aquí la cosa. Así fué como empezó dicho joven a caer en el precipicio de la inmundicia moral, en que tantos se encuentran ya; y de seguro hubiera llegado hasta el fondo, de no sentirse ayudado por un amigo suyo, que le amaba de veras.

Veamos cómo sucedió:

Se encontraba nuestro joven con sus compañeros de estudios en un corrillo hablando de todo, cuando he aquí que uno (nuestro joven), quiso meter en la conversación cosas que ofenden a Dios en lo más delicado, en el sexto mandamiento; pero, uno de los allí presentes, dándose cuenta de la inmundicia, de la injuria que le hacían a Dios y a él, no queriendo que sus compañeros ofendieran a ese Dios tan bueno, que nos ha amado tanto, hasta el punto de dar su vida por nosotros; levantó la voz con energía: "¡Eso, no!, porque nos mancha, ¿crees tú acaso que somos cerditos, y que al igual que ellos deseamos revolcarnos en la inmundicia de la carne, dejándonos arrastrar por tan vil pasión? ¡Eso nos degrada; somos hombres y no bestias!

Ante semejante frenazo no pudieron menos de parar, y el mismo joven, que tal conversación quiso meter, arrepentido de su acción, le dijo luego al oído a su valiente compañero: "¡Perdóname! Te felicito por tu valentía; te aseguro que desde hoy, no he de tolerar conversación alguna fea. A tiempo soltaré un **¡ESO, NO!**

D. D., Congr.

Correspondencia interceptada

Querido Jorge: No sé lo que tienen las cartas, y más cuando me comunico contigo, que me franqueo mucho más que de palabra.

Aunque me punzas con tu pluma y a veces me sacas sangre, comprendo que me hieres porque me quieres de veras; ¡bastante más que los que me halagan recordándome que juego muy bien de delantero.

Han pasado ya dos meses desde que nos separamos. Ahí ¡qué bien! apenas teníamos tentaciones; aquí en cambio, si al principio no tuve muchas, ahora aumentan notablemente cada día.

Ya me habían advertido que en la mayoría de los cafetines o bares, o como quieras llamarles, había muchos peligros; que la araña no estaba a la vista, que estaba dentro. Un día me descuidé, y, efectivamente, al poco de entrar en uno de ellos, salió una joven muy mal vestida y de vergüenza menos provista; la pintura de su cara, propia sólo de esta gentecita, también le vendía y hacía despreciable. Pues, ¿quieres creer que, aunque al principio me causó repugnancia, (por no ser menos que otros), me atreví a conversar algo con ella? Al día siguiente volví; y más conversación, y, claro está, algo picante.

Universidad de Deusto
Biblioteca

gracias a que, al encontrarme solo en casa, reflexioné y me acordé de lo que tú habías oído a tu hermano y me lo habías repetido: que es, sin comparación, mucho menor ofensa la que uno recibe si le escupen a la cara y hasta si le patean, que si se atreven a sacar delante de uno una conversación fea.

He pensado mucho sobre el caso que te acabo de contar, y espero tener fuerza de voluntad para no meterme más en cafetín alguno. Te lo promete tu affmo. amigo,

ANTONIO.

Querido Antonio: Como bien dices, resultas más trancote cuando escribes que cuando conversas; y también tienes razón al decir que te pinzo un poco, y a veces un mucho, y que todo es por tu bien; algo así como el médico cuando da una inyección. Y eso es lo que yo pretendía y ahora me propongo, aprovechándome de un preparado especial que aquí componen, ya sabes dónde.

El pinchazo procuraré que sea suavecito. No haré más que recordarte lo que tú y yo hemos oído repetir aquí, tanto que lo debiéramos tener ya en la sangre.

Y antes de darte la inyección te frotaré un poco con alcohol; te felicitaré por haberte apartado a tiempo de aquella araña que, aunque, como dices, te repugnó tanto en un principio, algo empezó a interesarte. Por Dios, no vuelvas a pisar cafetín ni cine alguno, donde sabes salen con frecuencia arañas que pueden sacarte, desde la pantalla o más de cerca, todo el jugo y frescura de tu alma. Haz propósito firme, firmísimo, de no traspasar una de esas puertas o agujeros infames, aunque a veces por de fuera no lo parezcan. No perderás nada, ni con los compañeros que se metan y te dejen solo; para sus adentros (aunque con la boca te digan cualquier tontería) confesarán: "éste no sirve para borrego, no se deja arrastrar; vale más que todos nosotros juntos."

Volvamos ahora a ver de qué está compuesto el preparado que quiero inyectarte: Una porción, la mayor, de temor de Dios, que te ve siempre, siempre; que puede quitarte la vida que El únicamente sostiene que puede echarte al instante de pecar al infierno para de allí no salir nunca, nunca. Otra porción buena de amor a Jesucristo, que, siendo Dios, se hizo hombre, hermano tuyo, como bien lo sabes, y por salvarte a ti murió en la cruz. Otra de amor también a la Virgen, que sabes es Madre de Dios y madre tuya; la que mejor que esta otra madre, a quien de niño acudías cuando alguno te molestaba, debes ir en las tentaciones, invocándola con confianza. Y ya sabes lo que tenemos que pedirle por la mañana, por la noche y a todas horas: horror, asco al pecado impuro y a locales y compañeros, en donde y con quienes podamos mancharnos.

Con la tal inyección que circule bien por la sangre, ¿no crees que puedes darte por tan seguro y sano, que no tengas que temer contagio alguno para tu alma?

Y créeme que, como a mí me ha probado muy bien este pensamiento, a ti también te probará, y acuérdate también de cómo los mismos golfos, mejor o peor vestidos, califican y se califican a sí mismos cuando se dejan llevar de la pasión fea. Ya sabes que tiene varios nombres el animal de vista baja. Pues no se dan otros ellos a sí mismos. Somos unos... les he oído llamarse muchas veces cuando hacen o hablan de algo feo.

Conque vete pensando hasta dónde bajan y lo pronto y lo fácilmente que se hunden. ¡Ojo!, querido Antonio.

Yo constantemente le estoy pidiendo a la Virgen, mi Madre, que a la menor tentación impura conteste: "¡Eso, no!, eso, no!; ¡eso me da asco!" Esta formulita encierra, como ves, todos los componentes de la inyección que acabo de analizarte; y lo verás mejor, si la repites en los momentos en que te sientas con esa fiebre maligna, con cualquier pensamiento, cualquiera invitación, aunque no sea más que sospechoso el local o la representación que te propongan.

Como verás una vez más, sirvo de practicante. ¡Que te aproveche este ¡ESO, NO!

Tu amigo JORGE.

¡A punto de matarle!

¡Cómo me traería Dios a tan buen punto para salvar la vida, no del cuerpo, sino del alma de un niño!

No acierto a decir por qué, pero es el caso que al ver a cuatro chicos que se hallaban con otro, más pequeño, como bromeándose de él, entendí de qué se trataba.

Me acerqué al grupo y, efectivamente, aunque algo turbados con mi presencia, continuaron su chanza, que, efectivamente, resultaba matona. Siguió uno de ellos contándole y comentándole el argumento de una película de un viejo verde y sucio. El casi niño les oía sin sospechar aún la malicia que encerraba.

La verdad, no pude contenerme; les di un frenazo de efecto casi trágico: Cambié de aspecto y les dije indignado: ¡Vaya broma con un inocente! ¡Cómo! no valéis para más que para llevar a vuestro revolcadero a ese niño...? Ya correré yo la voz de quiénes sois y para qué valéis.

Quedaron temblando, y al cabo de un rato, uno tras otro volvieron pidiéndome perdón.

Con ese motivo les afeé su conducta y les animé a que en adelante fueran también ellos los que se opusieran con firmeza a cualquier conversación fea. Les di una bonita estampa de la Virgen que me habían regalado hacía pocos días para que la llevaran en el bolsillo. Me prometieron llevarla siempre en la cartera y en ella la metieron. Ella mejor que nadie nos enseña y alienta a decir un ¡ESO, NO! con valentía.

No puedo apartar el pensamiento de lo infame que es el enseñarle a otro a pecar y más si es a un niño. Ya lo dijo Nuestro Señor Jesucristo que más le valiera que al tal le atasen una rueda de molino al cuello y le echaran al mar.

A. C., Congr.



Núm. 232.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Noviembre de 1932

Voy a imitar a éste

Aún no había llegado mi amigo para salir de paseo, Tomé un libro que estaba leyendo y esperé.

Ya me hallaba en el último capítulo, cuando llamó mi compañero. Su saludo fué: ¿qué estás leyendo?

—La vida de García Moreno, ¿la conoces?

—No, pero he oído algún rasgo suyo y tenía ganas de conocerle mejor.

—Pues mira, ya tenemos tema para el paseo de hoy. ¿Dónde vamos?

—Si te parece, como es sábado iremos a visitar a la Virgen en Begoña.

—¡Encantado!

—Ya estamos andando y tú tienes la palabra.

—¿Sabes lo que más me ha admirado en la educación de García Moreno?: el temple de acero que le supo dar su padre, convirtiéndolo de un niño tímido e indeciso, en el hombre audaz que no reconoce peligros.

Rugía un día el huracán; ¿sabes lo que hizo su padre?; encerrarle a su hijo, loco de terror, y dejarle solo, a la intemperie, en un balcón, para que se acostumbrase a los bramidos de la tormenta y al estampido del trueno.

Supo su padre otro día que un cadáver yacía en una habitación solitaria. La noche era oscura, y sólo fúnebres cirios iluminaban la triste escena. El niño, por una orden terminante de su padre, tuvo que ir, pálido y desencajado de miedo, a encender una de las velas junto al difunto.

Si sacaban a la mesa alguna cosa que no le gustaba comer, era precisamente aquello lo que debía comer; y si no, no probaba otra cosa. Sus cristianísimos padres le animaban a que se negase a sí mismo muchos gustos; y por la noche le pedían cuenta de los vencimientos que, por obsequiar a la Virgen, había hecho. De esta forma el antes tímido y pusilánime niño iba cobrando virilidad, y con el negarse a sí mismo, adquiría fuerzas para saber contestar con un "*eso no*" a cualquier atrevido.

—Magnífica forma de educar, me interrumpió mi amigo; es la única para formar hombres. Lo contrario de lo que hacen casi todas las mamás, que a fuerza de mimos crían un "nene grande" lleno de caprichos, que se convierten en vicios, sin valer para nada más que para darse gusto, es decir, para estorbo.

—En esto Gabriel quedó huérfano de padre y vió tronchadas las vivísimas esperanzas que tenía de ilustrarse en el estudio. Pero, eso no importa, con su confianza en Dios y su voluntad de hierro, Gabriel consiguió ir a estudiar a la Universidad de Quito.

—Oye, y ¿cómo se las arregló para conservarse puro en aquella capital en medio de tanto joven corrompido y lejos de su madre?

—De una manera muy sencilla: aplicación tenaz al estudio y Comunión frecuente. En el estudio ocupaba casi todo el tiempo para no dejar al enemigo resquicio donde meterse. Con la Comunión y el amor a la Virgen, que le inculcó su madre, fortalecía su ya bien templada alma, para negarse a sí mismo y tener a raya a los demás, bastándole un ¡"*eso no*"! para que el más desvergonzado callase en su presencia. Por eso, Gabriel tenía las amistades de todos y aun el respeto de sus enemigos.

Llegaba su entusiasmo por el estudio al extremo que vas a ver.

A la noche, cuando todo el mundo se entregaba al sueño, velaba él a la luz de una pobre lámpara, encorvado sobre el libro, hasta que al fin, rendido de fatiga, quitaba de la cama mantas y colchón y vestido se acostaba sobre las tablas, para no dormir más tiempo que el que se había prefijado. Muy temprano volvía a sus queridos libros, y si, a pesar suyo, se le cerraban los ojos, se lavaba la cara o permanecía con los pies metidos en agua fría para despejar la cabeza.

Gracias a su constancia en el trabajo y a su intransigencia para lo malo, todos fijaron sus

Universidad de Deusto
Biblioteca

nuradas en García Moreno. Llegó a ser alcalde de Quito, Rector de la Universidad, y hasta General en jefe del ejército; pues, llegado el caso, sabía montar a caballo, manejar la espada y cargar al frente de sus soldados contra los revolucionarios, para llevar la tranquilidad a su patria.

El pueblo, entusiasmado, le eligió para senador, y no tardó en llegar a ocupar la Presidencia de la República, para la cual fué reelegido otras dos veces.

Ahora vas a ver el valor de Gabriel García Moreno como hombre público en unos cuantos rasgos.

Un batallón de la vecina República de Colombia había tenido una refriega contra la guarnición ecuatoriana. Inmediatamente dió orden de movilizar el ejército. Era menester toda su energía para tomar una resolución semejante, pues unos días antes, dirigiendo las obras de un camino, se había hecho una profunda herida en una pierna. La llaga se enconó de tal manera, que los médicos prescribieron al enfermo absoluto reposo y en aquel momento el Presidente quería montar a caballo y ganar a todo trance la frontera del norte. Propuso a los facultativos que le cauterizasen la llaga; pero la operación pareció tan peligrosa a los médicos que rehusaron aceptar la responsabilidad. Impaciente García Moreno, con tantas vacilaciones, toma por sí mismo un hierro candente y lo aplica sobre la llaga viva, con tal serenidad como si se tratase de otro. Tres días después hacía a caballo las jornadas que le separaban de la frontera.

Aquel hombre valiente practicaba el "*eso no*" consigo mismo aun en la cumbre del poder. Trataba a su cuerpo como a una bestia de carga, destinada a ejecutar las órdenes del alma.

En estas penosas excursiones se contentaba por todo alimento con un poco de galleta, chocolate y algunos sorbos de café puro. Rara vez probaba el vino, jamás daba ni aceptaba un banquete. "Un jefe de Estado, decía, debe vivir para trabajar y no para engordar". Las más de las veces prefería el duro suelo o una silla para dormir, a la cama, pues, como él decía, "es preciso no hacer al cuerpo a malas costumbres".

Hablando de estas cosas con mi amigo llegamos a la cima de la colina de Artagan donde la Virgen tiene su trono. Íbamos comentando los dos cómo se ha acabado la raza de los hombres de temple, porque cuando jóvenes ni les acostumbraron sus padres a la contradicción, ni les enseñaron a negarse, ni tuvieron valor, por tanto, para parar los pies con un "*eso no*" al atrevido o desvergonzado sin pudor.

Entramos al fin en la Basílica de Begoña. De rodillas ante la Virgen le dijimos: "Madre mía, ya que no hay hombres, haznos a nosotros hombres de veras, de voluntad firme". Pronto me pareció oir la respuesta allá *en* lo íntimo del alma: Ya os lo dijo mi Hijo que "el que quiera venir en pos de Mí, *niéguese a sí mismo*, tome su cruz y sígame".

¿Quieres saber el secreto para ser hombre de temple, que sirva para regir a otros el día de mañana? ¡Negarse, negarse, negarse! Saber decirse a sí mismo, y cuando haga falta también a otros, con valentía ¡**ESO, NO**!

C. E., Congr.

Mañas y marañas

Seis años largos hemos convivido con profesores, buenos unos, regulares otros y algunos también malos, por desgracia. A pesar de nuestra corta edad, hemos podido ver que las tres armas que usaban para combatir a la Religión eran: el ridículo, las ideas erróneas y la calumnia.

Y claro es, contra el ridículo empleábamos el ridículo. Por ejemplo:

Un señor laico, famoso por sus extravagantes ideas filosóficas, pasaba aquellos días por Bilbao. Un profesor, de la misma condición religiosa del visitante, comentaba su paso por la villa.

"Este señor es un verdadero santo", decía a sus alumnos.

—Tiene usted razón, le contesta una muchacha; "verdadero santo, bajado del cielo a patatazos".

Como la contestación había partido de una señorita, una risa fingida cortó, por parte del profesor, el incidente.

En otra ocasión un profesor de historia, (ésto no pasó en Bilbao), trataba de demostrar a sus alumnos que, para la fundación de la Iglesia Católica, no se necesitaba ningún Dios; puesto que las circunstancias habían sido tales que todo favorecía la propagación de la nueva religión.

—Es verdad cuanto dice, comenta un discípulo. Yo poseo la receta para fundar una religión universal: Me dejo crucificar por mis enemigos, resucito al tercer día, y asunto arreglado.

Una señora profesora en Normal de Maestras, de población cercana a Bilbao, perora ante sus discípulas:

—No hay duda de ninguna clase. El hombre, como se ha demostrado (esto lo decía ella), no ha sido creado por Dios, estos son cuentos de hadas. El hombre no es ni más ni menos que un mero descendiente del mono, un mono perfeccionado.

—Señora, puede ser que usted tenga razón en lo que se refiere a su ascendencia. No nos interesa su genealogía. Pero de la mía y de la de mis compañeras puedo decirle que no es tal y que no contamos entre nuestros abuelos a ningún cranguntán, contestó una valiente muchacha.

Otra de las armas que utilizan decíamos que era la calumnia.

El profesor del primer curso, todos los años, sin dejar uno, y no hay exageración (y de esto, como de otros muchos casos, pueden dar razón los muchos jóvenes que han pasado por su clase) al explicar la hipocresía, siempre la aclaraba a sus alumnos con el siguiente caso:

—Véis una procesión; en el centro de ella, entre dos filas de cirios, un viejo con gran escapulario y revestido de gran seriedad, camina llevando en sus manos el pendón de la cofradía. Pues ese señor, que lleva el pendón y que a la mañana se pasa dos horas en la Iglesia dándose golpes de pecho, es el mismo que roba en su comercio cuanto puede.

A estas calumniosas alusiones, la mejor contestación es mostrarse los alumnos católicos, profundamente creyentes y piadosos.

Recuerdo que un día de media fiesta, el profesor en cuestión nos reunió para explicarnos algunas cosillas de la asignatura; la clase, por ser el día que era, podía considerarse como voluntaria.

A las once y cuarto de la mañana, desde el aula en que nos hallábamos, pudimos oir con claridad el sonido de la campana que, en una iglesia próxima, anunciaba la misa de once y media. Varias jóvenes que se hallaban en clase al oír la campana, levantáronse, recogieron sus papeles, cubrieron sus cabezas con la mantilla, que a previsión llevaban, y dirigiéndose al profesor le dicen:

—Don Fulano, nosotras tenemos que marcharnos, pues es media fiesta, y aún no hemos oído misa.

Al profesor no le agradó la razón, pero, en vista de la valentía con que le habían hablado, no contestó y ellas marcharon a la iglesia.

En otro centro de enseñanza.

Un día un joven, que se distinguía entre sus condiscípulos por su piedad, fué a clase sin tener preparadas las lecciones como hubiera debido. El profesor lo notó y, con ánimo de criticar su piedad, le dice:

—Señor X, ¿cómo es que no se ha preparado la lección y ha ido hoy a misa? ¿No sabe usted que es antes la obligación que la devoción, y que, por lo tanto, antes es el preparar las asignaturas que el ir a misa?

—Sí, señor; pero no es por la devoción por lo que he dejado hoy de estudiar la lección; pues tiempo suficiente tuve por la tarde para prepararla; la culpa es mía. Puedo hacer ambas cosas perfectamente.

Otro profesor tenía por costumbre aprovechar cuantas ocasiones se presentaran para desacreditar la enseñanza que daban las Ordenes religiosas.

Varios alumnos se propusieron dar a entender al desaprensivo maestro que aquellas prédicas estaban de más; y para ello, cuando el profesor se dedicaba a explicar su asignatura le escuchaban con la máxima atención; en cambio, cuando derivaba la explicación al consabido tema de desacreditar a las Ordenes religiosas, se hacían los distraídos, de modo que el profesor lo observara.

Una y otra vez se repitieron las distracciones, hasta que el profesor cayó en la cuenta y pensó:

¡Toma! esta gente únicamente se me distrae cuando hablo de ésto, ¿por qué será? Pronto encontró la solución, y para que no se volviera a repetir la muda, pero elocuente, lección, de allí en adelante jamás tocó semejante tema ante sus alumnos.

Buen método también para evitar extralimitaciones en los profesores es el siguiente que he visto utilizar con buen éxito.

Cuando el profesor aventura en clase alguna idea sospechosa, al salir del aula se formaban junto a la puerta dos o tres corrillos.

Allí se discutía, se protestaba, sin cuidarse de bajar la voz, para que les oyera el profesor; y así un día y otro.

Ninguna idea menos católica podía incluir el profesor en su explicación, si no quería que se discutiese y protestase en público.

Un día el profesor, después de explicar cierta tesis herética, pareció no querer darle refutación. Un discípulo decidido se levantó:

—¿Podría darnos la refutación?

El profesor se quedó cortado.

—Es el tema ya muy largo.

—No es obstáculo; más largo es el tema anterior; puede muy bien alargar el presente.

Estos son los medios de que un estudiante católico se vale para defender su religión en clase.

Con el buen profesor el estudiante católico es el mejor, el más atento, el más estudioso; con el enemigo de la religión también el mejor, el más atento, el más estudioso; pero también el más decidido, el más valiente.

Aquí acabamos de ver muchas marañas, maneras y mañas para soltar un oportuno ¡**ESO, NO**!

A. M., Congr.

¡Manos arriba!

El pobre Francisco, obrero tan trabajador, como buen padre de familia, ha agotado todos los recursos. Lleva ya dos meses largos desde que fué despedido de la factoría. Las pocas perrillas que el pobre, a fuerza de trabajar en horas extraordinarias, había conseguido reunir así como se han agotado también, la generosidad de los vecinos, porque estas circunstancias a todos van midiendo con el mismo rasero, con el de la miseria; una sola cosa no ha perdido: la esperanza, y ésta también se le va consumiendo poco a poco.

Una mañana, que otro tiempo pasara trabajando en un taller, juega con sus hijitos, a los cuales el hambre va marcando con el estigma de la tristeza. A uno de los más chicos tiene en sus rodillas y sostiene con una mano, mientras con la otra revuelve en un viejo baúl, cartas, documentos y papeles antiguos. Entre ellos ve un carnet de socio afiliado al sindicalismo. Una ráfaga de luz pasa por sus ojos, y por su mente una idea. Deja inmediatamente al niño, échase al hombro la chaqueta y encamínase a la secretaría del partido para que tengan realidad y cumplimiento las promesas tantas veces cacareadas.

Es la secretaría sindicalista.

—Mi situación es desesperada—dice—; no tengo pan para mis hijos; ¿cómo puede ayudarme la organización?

—De esta manera—le dice el secretario del Sindicato, alargándole una pistola.

—No; yo quiero ganarme la vida trabajando. Pero no como pistolero; para eso no sirvo.

—¿Que no sirves? ¿No tienes que comer; te dan un arma para que defiendas tus derechos, ¿y no vales?

A continuación le dirige una sarta de insul-

Universidad de Deusto
Biblioteca

tol. Y el obrero coje la pistola, baja la cabeza y marcha.

Han pasado tres días. La Junta directiva del Sindicato, hace en un reservado de un café el balance de cuentas de la semana. La puerta se abre violentamente, y un individuo se les encara y grita:

—¡Manos arriba!

Y encañonándoles una pistola, reclama toda la plata y billetes, se la echa al bolsillo y desaparece. Es aquel buen padre de familia.

Había aprendido bien la lección.

Inmediatamente el secretario denuncia el hecho, y al poco tiempo la Guardia civil se hace cargo del ladrón. El pobre obrero siguió unos consejos cuando fué a demandar socorro y encuentra el presidio.

¡Pobres hijos, que antes, aunque sin trabajo tenían padre, y que ahora no lo tendrán por lo menos en un tiempo! Pero sobre todo ¡pobre obrero! que no supo en el momento de la tribulación dirigir una mirada a Cristo, porque no le conocía. Y ¡quién sabe si Jesús no le hubiese hecho caso!—¿No fué también obrero y no sabía de penas y amarguras?

Es hora de que nos convezcamos que mientras las enseñanzas de Jesucristo sobre el amor de los hombres entre sí, no penetren en las organizaciones de los hombres, no habrá más remedio para sus heridas que la pólvora y la desgracia.

J. L., Congr.

¡Qué fácil es disparatar!

Erase al atardecer de un caluroso día de verano. Un confortable transatlántico, con rumbo a Venezuela, surcaba con su airosa quilla el inmenso mar, dejando tras de sí plateada estela y columna de humo que se esfumaba en el límpido azul.

El fresco viento reinante hizo que los moradores de aquella casa flotante subiesen a cubierta.

En un numeroso grupo de tripulantes estaban varios Misioneros, que en aquel momento conversaban animadamente. De pronto, un caballero, protestante, queriendo con gran descaro poner en ridículo a los Padres, dijo encarándose bruscamente con ellos: "Yo no puedo comprender ese misterio, que ustedes los católicos defienden, de la Inmaculada Concepción; para mí es el mayor de los absurdos".

Estas frases llamaron la atención de los del grupo, con satisfacción del protestante, que se figuró haberse ya captado las simpatías del auditorio.

Entonces, un Padre, con gran serenidad, le interrogó:

—¿Usted cree que Dios produjo de la nada el cielo, la tierra, el mar y demás astros y seres?

—Sí, señor—fué la pronta respuesta del protestante.

—Pues si Dios—continuó el Padre—hizo estas tan magníficas obras, ¿por qué no pudo hacer también ese milagro de la Inmaculada Concepción?

Un murmullo de aprobación siguió a esta sencilla reflexión, haciendo que, avergonzado y cabizbajo, se retirase el protestante del grupo, entre las risitas de los espectadores.

Ama a la Inmaculada en su Concepción; Ella te hará también a ti, como a tantos, fresco y puro; Ella te hará valiente.

S. Z., Congr.

Ingeniosa corrección

Al terminar el curso pasado, mi amigo y yo, determinamos trabajar cuanto pudiéramos por quitar una palabreja, que en todo momento salía de la sucia boca de unos condiscípulos nuestros.

No nos dió poco que pensar y hablar a mi amigo y a mí antes de separarnos para ir a veranear.- Y aun en la aldea me venía muchas veces el pensamiento, sin encontrar modo de desterrar tan fea palabreja.

Al volver del veraneo nos reunimos de nuevo y nos recordamos mutuamente el compromiso que cerramos al despedirnos.

Jugando un día a la pelota, nos ocurrió comprar una y dejarla para que todos jugasen con ella.

Atendimos a que saliera la infame palabreja.

No tardó en salir, ni yo en recoger la pelota.

Al preguntar todos con la mirada el por qué no les dejaba jugar, yo me encaré y les dije: Con esta pelota nadie juega si se repite esa palabra tan fea que acaba de oírse aquí. Convenido, y siguió el juego. Pero al cabo de algunos minutos estaba otra vez sonando la palabreja en los oídos de todos. Vuelto a parar el juego; esta vez no me miraron a mí, le miraron con cierta indignación al que la había pronunciado.

Ya teníamos ganado el pleito.

Así fué, todos estaban ya alerta, y cuando volvió a sonar no tuve que protestar, todos protestaron y no sonó más.

¡Ahí tienes otro modo de soltar el **ESO, NO!**

R. S., Congr.

Hónrale a tiempo

Julio Jamin fué célebre físico de Francia, muy versado en electricidad, autor de varios inventos; casi de nuestra época.

En el salón de visitas de su casa tenía un hermoso crucifijo, el cual ocupaba el lugar de honor.

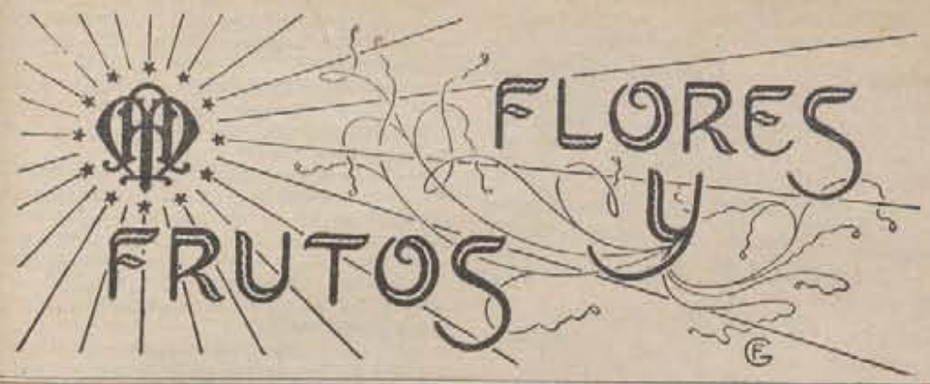
En una ocasión recibió la visita de un amigo, que con sonrisa despectiva, indicando el crucifijo, le dijo:

—¿Y eso qué es?

—Esto —respondió gravemente Jamin— es Aquél que un día me deberá juzgar, y no quiero que cuando yo esté próximo a morir, tenga que pedírselo a la portera de la casa. Aquí lo quiero tener bien honrado.

Noble respuesta, que hizo meditar seriamente al indiscreto amigo.

J. L., Congr.



Núm. 233.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Diciembre de 1932

En la gran charca

No sabían cómo consolarse los padres de Pablo cuando pensaban que su hijo había ya terminado el bachillerato y tenía que trasladarse a Madrid, a la gran charca, como la llamó hace años un gran escritor. No tenían allí parientes y debía hospedarse en casa de patrona. Encontraron sus padres a una de su pueblo, mujer honrada, que se comprometió a cuidar de su Pablo.

Los consejos de sus cristianos padres le señalaron a Pablo los escollos de que tenía que alejarse; y llevaba, lo que valía mucho más que todos los consejos, el temor de Dios muy profundo y el amor de hijo a la Santísima Virgen, que le habían desde niño infiltrado en el alma. Todo le iba a hacer falta.

Ya en Madrid tuvo cuidado de elegir amigos y la suerte loca de encontrarse con dos buenos, con quienes salía de paseo los domingos.

Trabó también amistad con Lauro, estudiante, que se hospedaba en su misma casa.

Le invitó éste una noche a salir para refrescar la cabeza. Pasaron junto a un bar, que, como muchos, algo ocultaba, y Lauro le animó a entrar en aquel mal oliente infierno.

Pablo, como solía en todas las tentaciones, se encomendó a la Virgen.

Justamente llegó a la puerta, en aquel momento de lucha, otro estudiante, amigo de Lauro, que le ayudó en su propósito de hacer entrar a Pablo.

"¡No sabes, tonto, lo bien que aquí lo pasamos!", le decían, y tomándole del brazo le empujaban hacia dentro.

Pablo, viendo que a las buenas no entendían, les amenazó con el puño, y les soltó un taco, un ¡Eso, no! tan enérgico que tuvieron que dejarle ir en paz por su camino.

Corrió pronto la voz de que Pablo no se dejaba doblegar, y desde entonces nadie se atrevió a molestarle; al contrario, le miraban con respeto.

¡Qué fácil es decir en son de desprecio que la devoción a la Santísima Virgen no sirve para nada! Lo dicen los que nada de eso saben ni lo han experimentado: ¡Buenos testigos!

Pues más te diré, que si Pablo hizo muy buena carrera y no pisó un bar, ni cosa parecida, fué debido además de su devoción a la Virgen, que te digo, a la Comunión frecuente, con que solía fortalecer casi todos los días su alma.

N. S., Congr.

Su secreto y mío

Luis Ostende vivía en Lieja, donde formaba parte de una Asociación dedicada principalmente a favorecer las Misiones del Congo y enseñaba también la doctrina a los pobrecitos que tenía a mano.

Era Luis uno de los más sacrificados y respetuosos; él dirigía o casi dirigía las catequesis; él escribía artículos de propaganda, no sabía separarse de aquellos sus jóvenes obreros; era, en fin, hijo fervoroso y puro de la Virgen Santísima.

Con todo, también se divertía cuando tenía tiempo (cosa que le ocurría pocas veces), jugaba con sus amigos y hasta en ésto demostraba ser hijo verdadero de la Santísima Virgen, pues nunca consentía el menor chiste indecoroso.

El cine era para él algo así como un dragón infernal, que con sus punzantes garras arrebata almas que las lleva a Satanás.

Era el primero en el estudio, etc., y os voy a decir por qué conseguía todo ésto.

Aunque no es un secreto, la mayoría de nosotros, amados amigos míos, no sé si lo habéis oído: Luis Ostende era joven tan completo porque todo lo hacía a mayor gloria de Dios. Ahí estaba su secreto.

Ya lo sabes; si quieres llegar a valer mucho, no busques que te aprecien por el bien que haces; verás cómo el Señor, a quien sirves y quieres dar gloria, te da la mano y con ella constancia y gran contento, como no lo experimenta nadie mayor. Créemelo.

M. G., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Para que me dejes en paz...

I

Decían de ella que era de buen corazón, prudente, sensible; pero... algo débil de carácter.

Le faltaba, pues, una de las cualidades más preciosas en las madres viudas: la energía necesaria para suplir la falta del padre en la educación de los hijos.

Y ella, doña Matilde Villares, solamente tenía uno, Alfredito, su ojito derecho, su dicha, su esperanza.

El se lo sabía, y el muy picaruelo sacaba partido de ello:

—Mamá, quiero tal cosa. Mamá, tal otra. Mamá, iré a tal sitio? Mamá, he invitado para esta tarde a mi amigo, Fulanito de Tal.

Ella pasaba por todo... ¡Cómo se lo iba a negar, si él pedía con aquella gracia de no sé qué, y además siempre pedía cosas lícitas?

Pero un día no fué así: Alfredo le pidió un permiso que ella no quería conceder. Insistió el mimado joven:

—Que no, Alfredito; que me darás un gran disgusto, si fomentas esa amistad.

—Pues mayor me lo darás tú a mí, si te empeñas en que la rompamos así, de repente...

Y tantas cosas dijo a su madre, que ésta exclamó al fin:

—Bueno, hijo, bueno; por hoy puedes ir, siquiera para que me dejes en paz...

La puerta estaba franqueada. Alfredo, según iba creciendo, tenía cada vez menor resistencia que vencer, pues su mamá le permitía todo, siquiera para que *él la dejara en paz.*

II

¿Hasta dónde llegó? Lo he sabido hace poco por un sacerdote joven, que recién salido del seminario, fué como párroco a un pueblecito de la Sierra.

Allí, en el jardín de la casa más rica, ansiaba por respirar el aire del campo un joven, de hermosa presencia, pero herido traidoramente en el pecho por una tisis galopante. Era nuestro conocido Alfredo.

Su madre, deshecha de dolor, no apartaba los ojos de él...

El nuevo párroco les visitó, procuró adquirir confianza con el hijo y con la madre.

Pronto advirtió que la cruel enfermedad del joven Alfredo tenía como causa una vida pasada en excesos desenfrenados.

Supo por el médico que el desenlace podría llegar inesperadamente, y quiso poner al joven en paz con Dios.

Fué, pues, una mañana a la quinta de doña Matilde, y la encontró muy apenada: su hijo había pasado mal aquella noche.

El párroco le expuso su deseo, y ella le impidió entrar en el aposento de su hijo.

—De ningún amanera, don Jorge; lo que a mi hijo conviene es reposo; ahora está bastante tranquilo y...

—Por eso mismo, señora: ahora es la ocasión propicia; luego quizá sea tarde.

—No, no, que se asustará...

Y don Jorge tuvo que volverse a casa.

Aquella misma tarde, le llamaron a toda prisa de parte de doña Matilde: corrió allá el celoso pastor de almas: Alfredo estaba acabándose. Le habló nuevamente de Sacramentos, mas el joven le contestó:

—Ahora no estoy para eso—. Y le dió la espalda.

Ante tal respuesta, doña Matilde sintió que se le partía el corazón.

—Hijo...—empezó a decir casi a gritos—. ¡Hijo, yo no quiero que te pierdas para siempre!

Alfredo callaba, el sacerdote procuraba atender a ambos, era una tragedia desgarradora, en la que doña Matilde tomaba la parte más activa.

—¡Alfredo mío, confiésate por caridad!

Así volvió a suplicar la desolada madre, sin obtener respuesta.

—¡Mira, hijo mío—llegó a decir—: más que tu misma muerte, sentiré que te mueras sin confesión!... ¡Alfredo, Alfredo, oye a tu madre!

—¡Bueno, bueno! dijo el enfermo débilmente—, me confesaré *siquiera para que me dejes en paz...*

Y se confesó; Dios sabe cómo; y cuando el sacerdote le estaba dando la absolución, dejó de vivir...

¡Infeliz doña Matilde! Se volvía loca de dolor, cuando recordaba lo que hizo, y ningún pensamiento la podía *dejar en paz...*

Ante este hecho, que es totalmente histórico, bendigo la energía de nuestros padres, de nuestros directores y maestros, que nos niegan ciertos permisos y diversiones, aunque se los pidamos cien veces *y no les dejemos en paz.*

P. D. V., Congr.

¡Cuánta víbora!

El sol desciende cada vez más pesado sobre la campiña; rústicos perfumes se dilatan por toda ella; el ambiente parece de cristal. Juanín, cansado ya de coger grillos, se siente allí muy bien, tiéndese sobre el verde césped, entorna los ojos y las armonías de un lejano grillo le tienen encantado... Sueña ya con la jaulita en su ventana, con el animalito de color de cobre dorado, con las sopas de vino... De pronto siente un picorcito en la pierna; extiende la mano, creyendo sería un moscardón, pero... una sacudida eléctrica agitó todo su cuerpo, sintió frío de muerte bajo aquel sol canicular: ¡una víbora le había clavado su lengua fina y venenosa!

¡Ay!... ¡Perico!—pudo gritar al fin, con acento desgarrador, mientras el reptil huía velozmente, traidoramente.

Acércasele su hermano: le ve pálido, le ve la pequeña herida ensangrentada, y su cariño le hace adivinar que algo grave había pasado allí.

—Vamos a casa—le dice—, vamos a casa: mamá te curará...

Y agarrados de la mano echan a andar... Se olvidaron de los grillos, sólo quieren llegar pronto...

Perico nota que la mano de Juanín tiembla, que sus miradas se extravían, que su frente se empaña:

—¡Corre, corre!—le dice, casi llorando él también—. ¡Mira, ya estamos cerca, ya sale mamá por la verja del jardín!...

Juanín recobra nueva vida al verla y lanza el único grito de que era capaz entonces:

—¡¡Mamá!!

La señora, al oír aquel acento desgarrado, sintió que el corazón le daba un vuelco, corrió a su hijito, le preguntó: ¿qué te pasa, Juanín? y le recibió en sus brazos... ¡Eran brazos de madre: el niño estaba salvado!

Víboras escondidas en los prados donde jugamos, en los libros que leemos, en los amiguitos que nos invitan a ésta o aquella diversión, qué terrible es vuestro veneno!

Cuando estamos más entretenidos, cuando nos parece ser más felices, entonces nos mordéis!

Sólo un remedio nos queda, si no queremos morir para siempre: levantar los ojos al cielo y gritar a nuestra Madre Santísima, con todas las fuerzas que proporciona el dolor:

—¡Oh Madre mía! ¡Oh Esperanza mía!

J. B. L., Congr.

Triste sucedido

Os voy a contar un caso que ha ocurrido hace muy poco en un hospital no muy lejano.

Fácil os será a todos figuraros una sala de medicina, amplia, bien iluminada, limpia y blanca como las de todos los hospitales de las Hermanas de la Caridad. En ella yacían, con más o menos miserias morales y físicas, cincuenta hombres dolientes. ¡Cuántos de ellos desearían volver a cobrar su lozanía y vigor tan a destiempo tristemente marchitado, para poder decir a sus antiguos camaradas de taller, de sindicato, de tertulia, y... quizás, de pillaje, que van por mal camino, que los tienen engañados; que los religiosos y sacerdotes son otra cosa muy distinta de lo que les pintaban los charlatanes asalariados de ciertos partidos.

Sin embargo no pensaba del todo así un esqueleto de hombre que se revolvía ya en los primeros amagos de una lenta y cruel agonía que le había de llevar al otro mundo. Vendría a tener unos treinta años. Una monjita, llorando a lágrima viva, le atendía y cuidaba con cariño de verdadera madre. Un santo capellán, también profundamente emocionado, le sugería ideas de la eternidad, del infierno, de la gloria, de Dios...

Pero el obrero no quería confesarse. ¡Pobrecito obrero, tan envenenado en el cuerpo y en el alma por las doctrinas del infierno! A sus pies una mujer, un diablo, de rostro agresivo y repugnante, su esposa, si así se le puede llamar, le alentaba con frases soeces y groseras a persistir en su negativa y a morir sin confesión. Cierto que para contemplar tan horrendas escenas hemos tenido que vivir en el siglo XX. Si cuando los obreros ríen y festejan la osadía de algunas mujerzuelas de la chusma comunista, viesen que aun su muerte la habían de celebrar con la misma osadía y descomedimiento, no habría uno solo que no las maldijera.

El tiempo pasaba, la situación se empeoraba, de un momento a otro el pobrecillo debía presentarse ante el tribunal de Dios.

Entonces vino a cambiar el aspecto de la escena un obrero, antiguo amigo del que moría, y camarada del partido y de pecados.

No faltó una mirada de simpatía en el rostro del agonizante ante aquella visita inesperada. ¡Era tan agradable encontrarse, siquiera con uno de los suyos, cuando todos le habían abandonado! Y más cuando la presencia de su mujer le era más bien un suplicio.

El recién llegado cogió una mano del enfermo y, arrodillado junto a la cama, comenzó a hablarle con gran secreto. Al poco rato hablaban en voz alta, y aun el enfermo, como sacando fuerzas de flaqueza para la lucha final, respondía con monosílabos y con la expresión de su rostro.

—Que te mueres; que te vas al infierno; confiésate con este sacerdote.

Todos callaban; aun la mujer había enmudecido al oír estas palabras de aquel recién llegado.

—Mira, que yo no te quiero engañar; que Dios es Dios y con estos ojos le hemos de ver. Tanta miseria, tanto desasosiego y tormento como hemos pasado en esta vida, y con todo te vas a ir al infierno para siempre. ¡Mani, hazme caso, no me faltes esta vez; confiésate!

Un silencio desgarrador se había extendido por toda la sala. El capellán no quitaba los ojos del enfermo por ver si percibía la menor señal de contrición. La religiosa lloraba y suplicaba al Señor, arrodillada junto a la cama. La mujer se revolvía como una víbora sin atreverse a hablar, dominada completamente por el recién llegado. Los enfermos, impresionados, atendían al desenlace de la tragedia. Algunos, incorporados en sus lechos, tenían sus ojos clavados en los del moribundo.

Este entreabrió sus labios, y cuando todos esperaban escuchar sus voces de dolor, dijo, débilmente, pero con una amargura que penetró a todos como un puñal.

—Amigo, qué chasco te vas a llevar cuando mueras, si te encuentras con que todo eso de Dios es una farsa.

Y el obrero apóstol, como electrizado por una inspiración de lo alto, exclamó con fogosa voz:

—Mani! tú sí que vas a llevarte chasco cuando te encuentres cara a cara con Jesucristo.

Fueron palabras de salvación... El enfermo abrió enormemente los ojos, miró a su amigo, miró al sacerdote y extendió hacia éste sus brazos. Pero ya las fuerzas le faltaban. La muerte batía sus alas frías sobre la cama del infeliz. Un último esfuerzo. —¡¡Perdón!!—dijo—y quedó muerto en tanto que la absolución sacramental descendía sobre su alma.

La mujer había desaparecido de la escena.

En el fondo de la sala varias voces de timbre bronco, aunque debilitado, se dejaron oír. "¡Confesión! amigo, que venga el Padre". Eran los compañeros del muerto, que se habían convertido ante las frases elocuentes y férreas del obrero apóstol.

Al día siguiente gran número de trabajadores acompañaban al cementerio, en procesión cívica, el cadáver de Mani. Pero Mani ya no era de ellos. Una mujer de aspecto feroz, un diablo, de rostro agresivo y repugnante, la recién en-

Universidad de Deusto
Biblioteca

cundida, caminaba en medio de todos llevando desplegada la bandera roja. Así lloran a sus muertos. Quizás todavía tenga la mísera que presenciar la muerte de muchos en las mismas circunstancias. Pero cuando ella muera, ¿se atreverá alguno a acercarse a su lecho de dolor para sugerirle una jaculatoria de arrepentimiento?

Con Dios, ¿quién juega?

J. G. de M., Congr.

Pobres buitres

Era una mañana clara. En el cielo azul profundo no aparecía la más leve nubecilla. Enormes moles de piedra se levantaban a uno y otro lado del angosto valle. De lo alto de aquellos picachos salen volando estendidas sus enormes alas uno, dos, tres, hasta una docena de buitres. Aquel día, en vez de remontarse y hacerse casi invisibles en su vuelo concéntrico, se dirigieron todos hacia un lugar determinado.

Unos días antes, en un despeñadero había sido abandonada por unos pastores una yegua enferma. Acababa de morir. El penetrante olfato de los buitres pronto descubrió la presa. Se prometían con su cadáver un banquete delicioso. Allí dirigieron certeros su vuelo. Llegados al sitio, después de describir ancho círculo sobre la presa, se lanzaron sobre ella e hincaron sus corvos y fuertes picos en aquella masa de carne.

Entretanto la gente menuda del pueblo, conocedores de las costumbres de los buitres, los siguieron hasta llegar a verlos de cerca.

Pronto se vieron las voraces aves acosadas por los palos y piedras de la chiquillería. Había que escapar de lo que les amenazaba. Despliegan sus enormes alas, baten con ellas pesadamente el aire, dan un salto; pero sus cuerpos caen en tierra. Aquellos animales acostumbrados a levantarse sobre las más altas nubes, no pueden despegarse del suelo; tan llenos están de aquellas podridas carnes que les impide remontar el vuelo, dejándolos a disposición de los muchachos, que quieren divertirse a su costa.

Esto me trae a la memoria a un joven que fué invitado a una reunión, donde le prometieron que se divertiría muchísimo; le decían que ya no era un chiquillo para asustarse por poca cosa. A esto se añadía que el tiempo era malo. Además le aseguraban que era aquello muy divertido y el no ir era descortesía.

Se deja arrastrar y acude a la reunión.

La conversación era alegre y de vez en cuando un poco de pimienta. No había que ser tontos, al fin y al cabo ya eran hombres. La pimienta era cada vez más concentrada. Aquello ya olía a podrido.

Sació su apetito con los inmundos manjares que la reunión le brindaba.

Al saber del caso de este muchacho, me acordé de los buitres. A él también le había arrastrado el olor a carne podrida del cafetín. El también sentía su alma pesada y entregada a sus pasiones por aquel inmundo alimento. Si no se hubiera dejado arrastrar por la invitación, habría evitado la caída.

Pero cuán difícil es al que cede un poco a la pasión, no acabar de ser vencido por ella. Fácil es evitar el resbaladero; pero muy difícil, prácticamente imposible, pararse una vez entrado en él y no sentirse desanimado y sin fuerzas.

J. S., Congr.

¡A mí, ¿qué?!

¿Conocéis la trágica muerte que hubo D. Pedro I, a quien dieron, los unos, el dictado de "Cruel", y el de "Justiciero" los otros? Así lo creo, pero permitidme, sin embargo, que os la recuerde por un momento y a grandes rasgos:

Encuéntrase D. Pedro y su hermano D. Enrique de Trastamara—su "mortal enemigo", como D. Pedro le llamó—en la tienda de Beltrán Dugesclin. Disputan, se acaloran. Luchan, forcejean y ambos hermanos caen al suelo. D. Pedro se ha colocado sobre D. Enrique y suyas son todas las probabilidades de triunfo.

Dugesclin entonces, pronunciando su célebre frase: "Ni quito ni pongo rey, pero ayudo a mi señor", coloca a D. Enrique sobre su hermano. Presto aprovecha aquél su ventajosa posición, y alzando la fina daga con su mano fratricida, la hunde en el pecho de su infortunado hermano.

Así nos lo cuenta la Historia.

Apliquemos ahora ésto al fin de este artículo.

Decidme: ¿qué es lo que hacemos cuando algún trabajo o sacrificio se nos presenta para defender la religión? No respondemos molestados: *"¡A mí, ¿qué? Eso ni me va ni me viene"*. ¿Qué hacemos sino parodiar la célebre frase de Dugesclin, *ayudar* con nuestra indiferencia a los enemigos de la religión?...

Y el resultado, a la vista lo tenéis: con tal útil apoyo, casi sin resistencia sería, se han colocado ellos sobre nosotros, que ostentamos la religión de Cristo, han blandido, como aquél hermano fratricida, el puñal de su odio y...

Pero no; a tiempo estamos de evitarlo... ¿Cómo? Haciendo todo aquello que antes mirábamos con gesto de despreocupación e indiferencia: mostrándonos cristianos en todas partes; tomando con muchísimo empeño el estudio del catecismo y sacrificándonos porque otros lo aprendan.

B. de O., Congr.

FLORES Y FRUTOS

Núm. 231.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Enero de 1933

Otro Estanislao más en el Cielo



Fué necesario que un accidente cortase de modo imprevisto la vida de José María Orná y San Martín a los 16 años, para que se pudiera conocer, si no en su plenitud, sí, al menos, de manera aproximada el valor de aquella vida que rápidamente acababa de desaparecer.

El mejor cimiento.

La vida cristiana de José María estaba sólidamente fundada; es evidente que había meditado honda y profundamente las verdades eternas, ordenadas por el genio espiritual de San Ignacio de Loyola. Con cariño y con mimedad había ido recogiendo aquello que de alguna manera rozaba con estas verdades; y así se encontraron en su cartera, o cuaderno de notas, hojitas "Rayos de Sol" que trataban de ellas; y se nota una especial predilección por la meditación del Principio y fundamento. Dos aspectos encierra esta verdad: el fin del hombre y el fin de las criaturas, y sobre estos dos fines conservó entre sus apuntes las dos meditaciones publicadas en la colección de "Rayos de Sol".

Su espíritu fino, delicado, con delicadeza espiritual, había tenido la satisfacción de llevar su diario, de recoger en la cartera, donde anotaba a vuela pluma, sus impresiones del día, la marcha o notas de sus estudios, los sitios de sus recreos, y otras confidencias más íntimas, como por ejemplo, los nombres de sus mejores amigos; había tenido, digo, la satisfacción de transcribir en ella, con su delicado tacto espiritual, tres poesías—una octava y dos sonetos—: la octava era aquella de Lope de Vega, que comienza así:

"Yo, ¿para qué nací? Para salvarme"

¡Qué hondo debió de pensar en ésto José María! Sobre todo debió de grabar mucho en su alma juvenil aquel:

"que tengo de morir es infalible:
dejar de ver a Dios y condenarme
triste essa será, pero posible."
.....

El mejor adorno.

Todavía nos queda sobre el mismo asunto, otro dato de gran valor. A la vista tengo el "Breviario manual del cristiano", del P. Ascondo, devocionario de José María, que usaba su padre, a quien se lo pidió con instancia y que él usaba de modo ordinario para sus devocio-

Universidad de Deusto
Biblioteca

nes particulares, y que, como se verá, lo usó aquel mismo día de su muerte. Tres registros encontraron en él: Una estampa de Jesucristo crucificado en las partes que tratan de la Comunión; otra del Sagrado Corazón en la misa del día, Inmaculada Concepción, y el tercero una hojita titulada "Examinate todos los días" en la gráfica "Ferrocarriles de Ultratumba" y meditación "Del fin del hombre".

Anotemos también el siguiente testimonio, que denota su subida espiritual: No se daban cuenta de que les escuchaban: dialogaba con su primito al tiempo de desayunar, después de haber comulgado. "No sabes, le decía José María, qué cosita siento aquí (señalando el corazón) cuando comulgo."

Arraigada así su vida espiritual, tuvo ésta que dar sus naturales frutos. Pero, asunto es éste que pertenece a lo interno del corazón y nadie mejor puede hablar de ello que quien, por la necesidad de su cargo, tuvo que entrar en él, con el respeto con que se entra en todo lo que trasciende a cosa divina y santa. Voy a copiar sus propias palabras en carta que escribe consolando a sus padres:

El mejor testigo.

"A José Marí le conocí yo cuando era pequeñito en los tres meses que estuve de suplente del P. Espiritual en Indauchu, hace 4 ó 5 años. Me acuerdo del gozo que tenía al vestirse de cardenalillo para las funciones, y de la alegría con que volvía por las noches del Colegio.

En los Ejercicios que el P. Garamendi les dió tan fructuosamente, hizo confesión general de su vida toda, espontáneamente, con suma sinceridad y exactitud, y, para gloria de Dios y de su Hijo y de la Santísima Virgen que le preservó, puedo decirles con plena seguridad, para consuelo de usted y de su esposa, que José Marí conservaba pura y sin mancha alguna grave la estola de su inocencia bautismal. Asimismo me lo ratificó él mismo cuando al día siguiente de los Ejercicios vino espontáneamente a mi cuarto a desabrochar más patentemente aún su corazón angelical. En fuerza del hábito y costumbre le costaba muy poco conservar su pureza.

La peligrosa edad de la pubertad la pasó casi sin sentir.

Un verano un amigo suyo le quiso instruir en algo inconveniente; pero no le hizo caso alguno y le dejó en seguida.

Les quería a ustedes muchísimo; pero, a pesar de todo, tenía resuelto abandonarles este curso, al terminarle, ingresando en la Compañía.

Noté que la devoción a la Virgen era en él profundísima, al darle una estampa de Ella. A este deseo de dar gusto a la Santísima Virgen, y a la Comunión atribuía la conservación de su pureza, que estaba dispuesto a no perderla por cosa de este mundo. Yo le animé a ello mucho, recordándole que el tiempo peor se le había pasado sin tropiezo, y que la mayor dote que podía llevar a la Compañía, a imitación de los santos jóvenes San Luis, San Estanislao y San Juan Berchmans, eran una intacta pureza, unos buenos estudios y una buena docilidad completa en las manos de Dios y de los Superiores. Recuerdo que al examinar la vocación y los fundamentos de ella, le hallé purísimo; no sabía apenas nada de lo que en materia de pureza un joven de su edad gradualmente debe ir aprendiendo, no de sus compañeros, sino de su confesor."

Serio y alegre.

Como complemento de su fisonomía moral, magistralmente trazada en los párrafos transcritos, se ha de añadir que esta intensidad en la vida espiritual no destruyó ni melancolizó su carácter jovial y placentero. Era alegre como los demás. Tenía sus diversiones (pero no el cine, al cual nunca asistió), a las que asistía con espíritu abierto y regocijado.

Su primer ingreso en la Congregación lo tuvo en la que funcionaba en el Colegio de Indauchu. Y "ningún año, dice uno, dejó de ser de la Junta". Cerrado el Colegio por causas ya conocidas, pasó a la de Bilbao, y la primera vez que hubo nombramiento de Junta, ya estuvo en ella.

Son muchos los testimonios que tengo ya recogidos sobre su fervorosa vida de congregante, su fidelidad a la asistencia, igual a su constancia, su afabilidad con los compañeros, su comunión diaria, su amor a la obra, su cooperación prestada a todos los trabajos organizados para recreación de sus asociados, propaganda de sus ideas, etc. Entresacaré al azar; ellos valdrán al mismo tiempo como aclaración y confirmación de su vida espiritual. "De comunión diaria, aun en verano, se había acostumbrado a madrugar y le costaba mucho no hacerlo, aun cuando por estar acatarrado se lo mandaban sus padres.

Divertido y sacrificado.

En Santurce, en verano, ninguna tarde faltaba al Rosario en la iglesia, ni a la Hora Santa. Gustaba mucho de ayudar a misa; su conciencia delicadísima (apenas encontraba de qué acusarse) se traslucía en su rostro y en la alegría continuada que reflejaba. No es extraño que todos le tratasen con tanto afecto; aquella su sencillez y aquel rostro siempre risueño bien se lo merecía.

En el mismo juego se traslucía su delicadeza, dejando jugar a otros a la menor muestra que diesen en desear ser los primeros. Con lo que no se avino nunca fué con que alguno se atreviera a soltar algún chiste menos decente en su presencia; se hubiera creído, y con razón, ofendido en lo más vivo de su delicada alma.

Sus compañeros inseparables eran un crucifijo que lo llevaba en el bolsillo del pantalón y no tan pequeño, de unos 10 centímetros, y la medalla de la Congregación, que la llevaba suelta junto a su pecho, en el bolsillo superior del chaleco.

¡Con qué gusto tomaba parte en todo lo que en la Congregación podía colaborar!; se le traslucía en la alegría de su rostro; era tanta que alegraba a cuantos le veían.

Le había propuesto su primo que fuera a Santurce a pasar las Navidades con él, y la razón que tuvo para negárselo fué el que tenía que trabajar en la Congregación; se consideraba a ello más obligado por ser de la Junta; ya estaba preparándose para hacer su debut en la primera comedia, y tenía ya aprendido su papel.

Sabía muy bien desprenderse de aquellos que le podían impedir el cumplimiento de su obligación. "Íbamos él y otros compañeros, dice un colegial, en dirección del Salón de la Congregación, con el fin de asistir a la Junta semanal, cuando uno de aquellos que le acompañaba, le invitó a que fuese con él a hacer no sé qué cosa o recado. No, de ninguna manera, respondió; con mucho gusto lo haría en otra ocasión, pero tengo que ir a trabajar a la Congregación.

Cómo le educaron.

En detalles como éste se ve cómo le educaron: Su madre, cuando era niño, le tomaba como acompañante cuando iba a hacer alguna limosna, y tiempo después le mandaba solo a hacerla. Ya crecidito, acompañaba a su padre a hacer las visitas a los pobres socorridos por las Conferencias de San Vicente de Paúl.

Pero donde se distinguió aún más fué en el gusto con que tomaba la enseñanza del catecismo. Aun en el verano no faltaba a la parroquia, en Santurce, los tres días a la semana que tenían catequesis.

Cómo se educó.

Pocas obras tomo sobre sí José Marí con tanto calor y cariño como ésta. Y, sin embargo, no hay que negar que su desempeño, si ha de ser perfecto y exquisito, como perfecto y exquisito fué el de José Marí, lleva consigo un no escaso número de pequeños y aun grandes sacrificios y mortificaciones. La constancia en acudir primero a la preparación de la catequesis los sábados por la tarde, tras los trabajos de las clases; después al acto mismo del catecismo por la mañana con buen o mal tiempo, en mejor o peor estado psicológico o físico; el preparar día tras día, antes de entregarse al descanso y reposo, las materias que iba a explicar al día siguiente, dibujar gráficos, etc., el tenerse necesariamente que privar, si se ha de ser fiel, de las múltiples diversiones y atractivos que tienen lugar ordinariamente los días de catequesis; por último, el trato con niños, tan poco esmerados en su educación, con sus mil impertinencias infantiles y naturales, con su atención tan loca e irreductible, que obliga a redoblar la tensión del catequista para poderles dominar; cosas son capaces de probar la paciencia y valor de cualquiera y tronchar por completo una vocación catequística si no tiene delante miras sobrenaturales y divinas. Las de José María debían estar muy bien fijas y bien claras; era muy constante a la asistencia del catecismo; no faltó sino una vez en todo el curso, y ello por causa debidamente justificada, lo afirma uno de sus compañeros. Y otro: "aun en el verano no faltaba a la parroquia los tres días a la semana que tenían catequesis. Otro tercero: "Estaba dispuesto en todo momento a sacrificarse para la mejor organización del catecismo; explicaba a los niños con mucho cariño, así les hacía sentir lo que él sentía, y muy agradable y corto el tiempo que con ellos trataba."

Para orientar al catequista en aquello que ha de explicar al día siguiente a su auditorio, se tiene la víspera una como conferencia, llamada "preparación de catequistas". A esta reunión acudió con la misma constancia José Marí. Después, en su casa, antes de acostarse, amplificaba en un gran papel el gráfico que había copiado, con lo que aclaraba y fijaba la explicación que acababa de oír para trasmitirla a los niños.

No contento con trabajar él, animó a varios condiscípulos para que se prestasen y preparasen a ser catequistas.

Por el empeño con que, como decimos, tomaba la catequesis y por los conocimientos que tenía la familia en el pueblo de Las Carreras, fué nombrado jefe del grupo catequístico de aquel punto. Al encontrarse al frente, con esta responsabilidad, se animó más, y con su ejemplo alentó a los catequistas, sus subalternos. Consiguió limosnas para poder premiar mejor la constancia y aplicación de los niños.

Cómo le pagaron.

¿Cómo respondieron los niños a sus trabajos, a aquel "ir cargado de caramelos", con cuyo sabor y atractivo cautivaba la atención inquieta y bulliciosa de los pequeñuelos? Aquellos niños le querían entrañablemente, habían depositado en él, con candorosa inocencia, toda su infantil confianza, llegando a tomarle como uno de los suyos, llamándole José Marí a secas, sin acordarse para nada de la diferente posición social que separaba a él y a ellos."

Debía ser muy conocida esta bondad de José Marí, pues un hombre antes poco clerical le escribía así a su padre. "De lo más hondo de nuestro corazón, decía la carta, sale el dolor que nos apena, pues su desgracia de ahora, recuerda la nuestra de hace 10 años: el día 23 del corriente mes (Diciembre), que fué arrollado por un tren un hijo de 15 años: son días tristes que no se olvidan.

Por eso nos apena mucho su desgracia, pues siendo como era el joven José María modelo de cariño y de bondad para el pobre, se olvidaba de su posición y nunca dejó de dirigir su palabra por muy desgraciado que uno fuera; por eso es más grande su pérdida.

Dios de a sus padres fuerzas para soportar tal desgracia. Dios, que es grande y misericordioso, le tendrá escogido en su seno."

Su vocación.

Hemos indicado más arriba que José María Oraá pensaba ingresar en la Compañía. "Les quería a ustedes muchísimo; pero, a pesar de todo, tenía resuelto abandonarles este curso, ingresando en la Compañía". Es consolador volver sobre este tema. Su vocación parece la proyección a través del tiempo de la vocación de San Estanislao o de San Luis. Vivió puro como ángel humanado u hombre angelizado para ser luego trasplantado a la vida religiosa, que con razón y acierto se ha llamado "la antesala del Cielo".

Pero esta vocación que en circunstancias normales no deja de ser heroica, propia de almas nobles (como que lleva consigo la separación de su familia, padres, hermanos... y esta vida de familia la vivía José María intensamente), en las actuales presenta más acentuados estos aspectos. En época de disolución, la Compañía se ha visto precisada a trasladar sus jóvenes al

Universidad de Deusto
Biblioteca

extranjero, para poder atender a su formación espiritual y cultural, ya que la Patria le cerraba las posibilidades de hacerlo. Con esto la separación es más dolorosa y profunda. Se rompe, sin saber hasta cuando, toda esperanza de volver a ver a los seres queridos. Con todo, él estaba decidido; había meditado y sin arredrarse tenía resuelto a abandonar a sus padres e... curso, al terminarle, ingresando en la Compañía.

Algo hay sobre este asunto, y lo voy a poner por entero: se podrá ver con ello el origen y desarrollo de su vocación y su bien cimentado fundamento.

"La primera noticia que tenemos es por su hermanito, uno de los pocos a quien él había depositado su secreto. Y prueba de su pureza era aquel gustar de tratar con jóvenes menores que él y aquel acompañarse con su hermanito, de 11 años, y aquella comunicación con él hasta de los secretos más íntimos; como cuando en el verano último le hizo saber, al preguntarle qué carrera iba a estudiar al siguiente año, le confió, bajo secreto, que quería ser de la Compañía de Jesús; y tan bien le guardó el secreto que a nadie se lo comunicó hasta después de partido de este mundo."

"La idea de la vocación, continúa su P. Espiritual, había apuntado en él hacía ya dos años; pero aún no la había madurado del todo. Este año, en los Ejercicios que le dicho, se resolvió plenamente; y al día siguiente, en aquella conversación larga que tuvo en mi cuarto, me lo dijo claramente. Yo le dije que lo pensase y le expuse la gravedad del caso. Cuantas veces me vino a visitar se confirmaba en lo mismo y me decía que sus padres, como eran muy buenos, no le impedirían poco ni mucho la realización de su intento. Quedó en escribirme a Roma y así lo hizo en la tarjeta de que antes hice mención, donde afirma que el asunto de que me había iba muy bien, esto es, que seguía resuelto a entrar en la Compañía. Tenía para ello cualidades más que suficientes de talento, de bellísimo carácter y de espíritu ferviente, puro y apostólico. Me refería que le gustaba extraordinariamente la Congregación, tomaba muy a pechos todo lo que con ella se relacionaba, especialmente las Catequesis. Yo le indiqué que en ellas preludiaría muy bien el apostolado que luego, en más amplio campo, ejecutaría en la Compañía."

Dios no permitió, en sus inescrutables juicios, que realizase su designio; pero el sacrificio estaba hecho, y él lo recibiría en olor de suavidad.

Su último y solemne día.

Poco a poco nos hemos ido acercando al fin. Como día de la Inmaculada, Patrona de la Congregación, a la que él pertenecía, quiso sin duda esmerarse de manera especial en su obsequio. Había precedido la Novena en el Colegio, celebrada dentro de los límites de sus posibilidades con el mayor fervor y ornato; a falta de éste se creció aquél de modo intenso y conmovedor. Comulgó aquel día como de ordinario acostumbraba a hacerlo; a su misa primera añadió otra como obsequio especial a "su Virgencita". El resto del día lo pasó parte en una conferencia tenida por el Director del Colegio de San Antonio en el Hotel Carlton, y más tarde asistió al partido celebrado en San Mamés, su diversión favorita.

Antes de salir de casa a las 6 y media, como sabía que tenían que estar los congregantes en el Salón-Capilla para honrar también de noche en su fiesta a su Madre Inmaculada, pidió permiso por teléfono al mismo Padre. Este, al ver que trataba de hacer una obra de caridad, acompañando a su primito al Colegio, le permitió. Así muy tranquilo podía estar al saber, como lo sabía, que iba haciendo la voluntad de Dios.

Al pasar el autobús por La Salve se cruzó con un niño, cuando llevaba mucha velocidad; al no poder parar de repente hizo un gran viraje.

En esta sacudida violenta su primo y yo, había un compañero suyo, nos agarramos como pudimos; pero él, que, según creo, se hallaba pagando, no tuvo tiempo de hacerlo y fué despedido con gran violencia contra el suelo. Su primo y yo nos bajamos juntamente con los demás que iban en el auto y le cogimos para meterle en el coche, lo mismo que al niño, al que había pegado con la aleta en la frente, y les llevaron a los dos a la Casa de Socorro de Elorrieta.

Una vez en la Casa de Socorro, los médicos de turno podían atestiguar como cierto que padecía una fuerte conmoción cerebral, efecto del golpe contra el suelo, y como dudoso, pero muy probable, la fractura de la base del cráneo. Su pronóstico fué poco tranquilizador. Trasladado a su casa con el mayor lujo de precauciones posibles, apenas si recobró el conocimiento el escaso tiempo que en ella permaneció con vida. La solicitud de sus padres y de los médicos que le asistieron—alguno de ellos su pariente—se estrelló contra la imposibilidad más absoluta. A primeras horas de la mañana entró en una especie de sueño, o quizás más exacto, de amodorramiento, preludio del desenlace; en ese mismo estado dejó de existir para siempre a las 4 y media de la madrugada del día 9 de Diciembre. Todavía resonaban en el cielo los últimos ecos de la gran fiesta de la Inmaculada, y un nuevo ángel entraba a formar parte de la corte pura que rodea a la Reina de las Vírgenes. Apenas pudo hablar una palabra. En su inconsciencia llegó a pronunciar únicamente dos veces la frase "Dios mío, Dios mío".

Tiene la familia su panteón en Las Carreras. Fué allí trasladado su cadáver; allí, donde él había sido catequista. Nunca hubieran creído sus pequeñuelos que iban a recibir de manera tan triste a su "José María". Ante su tumba dirían lo que dijeron más tarde a sus padres: "No volveremos a encontrar un catequista como él".



Núm. 235.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Febrero de 1933

Lo que vale una hojita

Su nombre, Ignacio María; su edad, la del joven cuando termina de ser niño; su corazón, de oro.

Mil noches contempló las lágrimas y ruegos con que su madre pedía a Dios la conversión de su padre, un librero de lo más despreocupado.

Cierto día en que éste se hallaba casi desesperado por el fracaso de sus negocios, la buena señora puso entre sus cartas un *Rayo de sol*, el titulado "Por qué confío en el Sagrado Corazón de Jesús"; el hombre lo leyó, quedó profundamente impresionado y comenzó a luchar consigo mismo...

Al fin llegó un día feliz para aquella casa; el librero se rindió al amor y a la verdad, y es hoy un fervoroso editor católico.

¡Y la aurora de tanta felicidad fué la simple lectura de una hojita! Por eso, nuestro Ignacio María, robustecido en aquellas escenas de llanto y de consuelo, pone ahora gran empeño en propagar por aquí y por allí papeles y revistas... ¡Rayitos por acaso llevarán la luz a un alma ciega o dolorida!

* * *

—¡Feliz veraneo, Luisillo! Mira, llévate como recuerdo mío esta colección de postales, que son copias de cuadros famosos.

Así dijo Ignacio María a su inseparable Luis Alfaro, el último día de aquel curso.

Luis Alfaro, un poco loquillo, pero excelente muchacho; tenía gran confianza y amistad con Ignacio María; pero hoy, con el alegrón de verse ante cuatro meses de vacaciones y sin preocupaciones de exámenes, estaba más irreflexivo que nunca; por eso leyendo el título de la colección que le presentaba su amigo, *Escenas del Evangelio*, dióle una manotada, diciéndole:

—¡Anda, hombre! Lo que tú quieres es hacer propaganda del negocio de tu padre.

Ignacio Marí sintió que se le retorcía el corazón: toda su hidalga sangre hirvió dentro de él, mordióse los labios, apretó los puños, sintió ímpetus de... qué sé yo... de cualquier disparate; pero logró vencerse, y guardando con disimulo las postales y aparentando algún quehacer, se retiró del recreo...

¡Pobrecillo! El quería de veras a Luis... "¡y que me haya contestado así!..."

Su cariño le inspiró el perdón, y su celo, fecundo en ideas, le inspiró una ocurrencia oportunísima. Sube al salón de estudio, elige una de las postales, escribe algo en el dorso, y la coloca sobre unos libros amenos que Luis tenía preparados sobre la mesa...

—Siquiera que se lleve algo...—dice retirándose sin ser visto de nadie.

* * *

Divertido transcurría el veraneo para Luis: playa, amigos, excursiones y... ¡mucho quehacer para el ángel de su guarda, empeñado en conservarle libre en medio de tantos lazos escondidos!

Era la víspera de la Anunciación: le habían invitado a salir tempranito de casa al día siguiente, con propósito de oír misa en cualquier pueblecito del camino, mas con riesgo inminente de quedarse sin ella.

Con impaciencia, pues, aguardaba en su casa que amainase algo el calor de la tarde, para trasladarse a la de sus amigos, pasear con ellos y ultimar los preparativos de la caza.

Su carácter aventurero sentíase atraído con ímpetu hacia ella; un placer rebosante le poseía cuando consideraba las bellísimas palomas derribadas a sus pies; mas por otra parte, el temor de perder la misa y algunas confusas sospechas sobre la moralidad de los demás invitados le decían a voces que no fuese, le traían angustiado.

Tomó nervioso un libro de los suyos para distraerse... lo abrió, fué a leer, y encontráronse sus ojos con una imagen de Jesús Nazareno, que le miraba piadosamente... sintió en su alma una conmoción inexplicable... la postal representaba el encuentro del Señor con el joven

rico, al que miró y amó: Siempre había atraído y agradado mucho a Luis este pasaje evangélico. Volvió la estampa: tenía algunas líneas de letra conocida, y las leyó: "Nunca te olvides de tu amigo, y, sobre todo, nunca te olvides de El. del Amigo de los dos. *Ignacio María.*"

Aquel fué el golpe de gracia. Se levanta, dirígese al teléfono, y aunque su corazón protestaba, llamó a casa de sus compañeros y dice rápidamente al criado que sale al aparato:

"Dígales que esta tarde no me esperen, que mañana tampoco puedo salir temprano. Nada más." Y cortó la comunicación.

Pasó Luis con su familia el día de la Asunción, sintiendo durante todo él grande paz y alegría, "dulce premio del deber cumplido".

Al atardecer, impensadamente, llegaron los autos de los excursionistas... la terrible nueva se propagó veloz: Manolo, el más jovial, el más dichoso de los veraneantes, venía herido de muerte... uno de sus camaradas, jugando, le había atravesado las sienes de un tiro...

Aterrado queda Luis, al oírlo; y más cuando se entera de que Manolo no venía herido de muerte, sino muerto ya, y más aún cuando les oye decir que aquel día por la mañana *no habían podido* oír misa... Cuando ve el cadáver de aquel joven, gallardo ayer, afeado hoy y descompuesto, siente tal impresión en su ánimo que interrumpe el veraneo, vuela a la capital; y cuando se abraza a su Ignacio María y le cuenta lo sucedido, le dice con amor y sinceridad:

—Gracias, gracias... Si no fuera por tu bendita postal, acaso estaría *yo donde él estará* ahora...

* * *

Ignacio María se alegró intensamente por el amigo salvado, bendijo a Dios, y prosiguió con más entusiasmo que nunca *sembrando* por aquí y por allá granitos de verdad, rayos de luz...

S. L. G., Congr.

Valiente que arrolla

Era un sábado de cuaresma. Paseábamos por una de las calles más concurridas, terminada nuestra clase en el Instituto, cuando se nos acercan unos desarrapados mozalbetes que nos alargaron unas hojas. Curiosos las tomamos y las leímos al momento. Inmensa fué nuestra sorpresa al ver que trataba nada menos que de un anuncio de ciertas conferencias doctrinales en una capilla protestante.

Yo me fijé en Mariano; brillaban sus ojos de indignación, su rostro todo quedó demudado. Supuse que sería cosa de momento. Pero de repente exclama:

—¿Conferencias doctrinales y en una capilla evangélica? Pues iré, vaya que si iré.

—Pero ¿qué dices?—le respondí—. ¿Nosotros asistir a conferencias protestantes?

—Por eso, precisamente; porque somos católicos, hemos de ir allá!

—Mira—le repliqué yo—; como no te expliques más, vamos a creer cualquier cosa...

—¿Es que nosotros, jóvenes católicos, congregantes, vamos a permitir que se enseñe al pueblo cualquier disparate, que se le envenene con gravísimos errores? No, jamás. Mañana, solo o acompañado, asistiré a esa conferencia y veremos quién sale mejor parado, si ese pastor o esta ovejuela.

Callamos un momento medio asombrados por decisión tan audaz. Mariano nos atraía a Antonio y a mí, no sólo por su talento —era el primero en clase—sino por su temple de alma viril y constante, y sobre todo, por su sólida virtud. Sin decírnoslo nunca, le considerábamos como el jefe de aquel triunvirato, que nació en las amistades del colegio y que se iba fortificando en varias obras de propaganda social tramadas por los tres.

En seguida, con una mirada, nos entendimos y decidimos seguirle

—Mira—le dijo Antonio, de musculatura atlética—, tú le metes en el saco al pastor; ya me encargaré yo de defenderte contra el primero que se presente delante...

Al día siguiente nos reunimos en el sitio convenido y bien pronto llegamos a la capilla.

—¿Es aquí donde se dan las conferencias doctrinales?—preguntamos.

—Pasen ustedes, nos responde la voz grave del pastor protestante, que en sus ojos mostraba la alegría de nuestra venida. ¡Estudiantes en la capilla protestante! Allí no iban más que obreros desarrapados, alucinados por el brillo de algunas monedas. ¡Qué caza se le presenta! No conocía nuestras intenciones...

Entramos. ¡Qué aspecto más miserable ofrecía aquella capilla! Mal iluminados por una débil bombilla, se dejaban ver una veintena de obreras con sus rapazuelos y otra treintena de obreros.

Nos colocan en el fondo del salón y empieza a hablar el orador. Mejor dicho, empieza a divagar entre mil vulgaridades. Nada de dificultades serias contra el catolicismo o argumentos en pro del Protestantismo. ¡Lo de siempre: no hacía más que repetir las burdas calumnias que corren por ahí desde Lutero hasta nuestros días!

Mariano centelleaba. Temíamos que no pudiera esperar. Por fin acaba el conferenciante y pide la palabra nuestro amigo. Contento se la concede, no sin decir antes "que se veía muy honrado con la presencia de tales jóvenes, que mis doctrinas habían llegado hasta las aulas del Instituto y Universidad."

Varias veces había oído yo perorar a Mariano. Pero nunca le vi tan sublime como aquel día. "Vosotros—dijo al fin conmovidísimo a aquellas pobres almas—sois católicos, no protestantes; venís aquí por lo que os dan. Pero siquiera, tened compasión de esos niñitos que lleváis en vuestros brazos. ¡No queráis ser responsables de su eterna desdicha! ¡No queráis que Dios os tenga que decir: Mujer, mujer, ¿qué has hecho de la sangre de tu hijo?"

No pudo seguir... Ni hacía falta: los hombres bajan la cabeza, las mujeres comienzan a llorar, el Pastor se despide como puede. Tomamos los domicilios a aquellas pobres gentes.

Al día siguiente comenzamos, no una conferencia doctrinal, sino una especie de conferencias de San Vicente Paúl para aquellos obreros. Les visitamos en sus casas. Todos vuelven al redil de la Iglesia.

¡Lo que hace un joven valiente! En una charla íntima pregunté a mis amigos cómo se las compuso para lograr tal éxito, y me contestó: La víspera del día en que fuimos allá, asistí al Vía Crucis de mi parroquia, luego estuve hasta las once de la noche estudiando los argumentos del protestantismo y su refutación; llegada la mañana comulgué, pedí consejo al párroco y... Dios se encargó de todo lo demás.

¡Bien por Mariano! Oración, más sacrificio, más trabajo, más obediencia, igual a triunfo seguro!

No es tiempo de dormirse, mi queridísimo compañero. El mundo se corrompe y de nosotros, de nuestra sangre nueva, tiene que venir su restauración. ¿No puedes hablar o estudiar o trabajar como Mariano? Reza; eso lo podrás siempre. No quieras que Dios te tenga que decir: "¡Hijito mío: que ¿no has hecho nada por la salvación de los hombres?"

I. M. A., Congr.

Un valiente más

Los sectarios pueden más que los católicos... los malos son más valientes que los buenos... la piedad hace mujeres de los hombres... Con tales frases os han atormentado los oídos, y acaso más de una vez.

Pero, ¿quién las dice y cómo las prueba?

Que los malos son más valientes... Eso sólo tiene derecho a decirlo quien sepa qué es el *verdadero* valor, y sepa distinguirlo del frenético arrebato de unos pobrecillos, que han sido puestos en montón por un criminal listo y oculto, para que se cuardezcan mutuamente con sus miradas y ejecuten mil barbaridades, persuadidos de que nadie les ha de castigar.

Que los católicos son cobardes... ¡mentira! Lo que ocurre es que a los católicos se les pide mucho, que algunos son poco generosos; pero en verdad que a veces os hallaréis con quienes den a su Señor todo lo que tienen... y más aún.

Reciente es el caso; en nuestra patria ha ocurrido; muchos nombres y pormenores puedo citar de él; pero bastan los siguientes:

A una de las viejas ciudades provincianas llegaron también las modernísimas brisas del progreso, de la cultura, de la libertad; y en consecuencia, dispuso la autoridad local el derribo de varias cruces erigidas en la vía pública, símbolos de la piedad y del gusto artístico de sus mayores.

Una muchedumbre engañada con algunas monedas realizan tal hazaña. Los católicos de la ciudad despiertan, siéntense heridos; hay manifestaciones, protestas, multas, unión de los buenos, entusiasmos por la Santa Cruz...

Al terminar aquella memorable jornada, hallábase un grupo de obreros junto a una de las cruces derribadas.

En esto ven que pasa por allí don Ricardo, caballero chapado a la antigua, padre de muchos hijos, católico de verdad.

—¡Eh, tú, Mamerto—grita uno de aquellos a su camarada—, no pises la cruz, que viene el sacristán!

—Pues que llegue a limpiarla si se atreve—responde el Mamerto, también a voces y sacudiendo su cigarro.

Se contagia su atrevimiento, y todos ellos, mirando de reojo a don Ricardo, comenzaron a decir chirigotas y a pisotear la santa reliquia, pensando que le acobardarían y le harían escabullirse por alguna callejuela.

¡Oh, los valientes! Pero... les sale mal la cuenta: don Ricardo, hondamente impresionado, pero muy sereno, se adelanta hacia el grupo, lo cruza sin vacilar, acércase a la cruz caída, se descubre y dice con voz sonora y pausada:

—"Ante la ofensa, el desagravio"; y poniéndose de rodillas, besa la cruz...

Aquel grupo de conquistadores a la moderna se calla de repente, le hace sitio y contempla toda su acción, sobrecogido de no sé qué respeto...

¡Y así tenía que ser! Dios mismo es la espada y el escudo de los que dan la cara por El; y por eso es invencible el valor de los verdaderos católicos, porque confían en El: Si Dios con nosotros, ¿quién contra nosotros?

M. R. A., Congr.

¡Vete, que haces falta!

Tenía Juana trece años, cuando un día de verano, acalorada aún por la carrera que venía de dar con sus amigas, entró sola en la huerta de su padre y permaneció un rato de pie mirando hacia la iglesia.

Estaban dando las doce. Rezó el Angelus, y apenas lo había terminado, cuando se sintió llamar por su nombre. En medio de un resplandor, que no era el del sol, sino de una viveza mucho mayor, distinguió a un ángel de una majestad soberana y al mismo tiempo muy dulce. Una legión de ángeles, de menor apariencia, resplandecían y se movían entre los rayos del primero.

—Juana, Juana, dijo éste, sé buena y piadosa! ¡Ama mucho a Dios! ¡Frecuenta la iglesia!

Púsose ella de rodillas. Pero todo había desaparecido. ¿Qué deseaba aquel personaje celestial al hablarle así? Juana comenzó a entenderlo desde entonces. Sentía que por su medio se llevarían a efecto grandes cosas y que Dios se lo avisaba y pedía su asentimiento. Dios suele manifestarnos su voluntad cuando quiere algo de nosotros.

A nadie dijo nada, sino *es* a su confesor, de lo que había visto y oído. Continuó trabajando como siempre y siguió siendo tan sencilla como antes. Pero su determinación de ser toda de Dios se iba corroborando de día en día. La visión se repitió. Aquel ángel más poderoso que se le apareció primero, le dijo: "Yo soy Miguel, protector de Francia", y Juana le hizo una profunda reverencia, recordando la devoción que las buenas gentes tenían por el arcángel y la iglesia de Moucel, a donde ella acudía para rezarle. Miguel era el victorioso, el que comunica su fuerza a los ejércitos que le invocan. Y prometió a la niña que *el* país se salvaría, que Dios suscitaría de entre el pueblo un ser escogido que libraría a todos.

—Dime su nombre, repuso Juana. Que conozca yo al que nos traerá la paz.

Universidad de Deusto Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

Eres tú, hija de Dios, contentó el arcángel. *¡Vete, que haces falta!*

¡Pero, si no soy más que una chiquilla! ¡No sé ni jota de nada; ni montar a caballo, ni lo que es una guerra!

No comprendía cómo pudiera ser escogida siendo una aldeanilla, ignorante y tan joven.

Pero Dios no busca ciencia, ni riquezas, ni renombre cuando trata de elegir algún instrumento para sus fines.

Juana se dejó guiar, obedeció a la inspiración de Dios y salvó a Francia, ante la admiración del mundo que la contempló entonces al frente de los ejércitos y hoy la venera en los altares.

Tú también, amigo, estás llamado a ser un ferviente y activo defensor de las ideas católicas, tan combatidas hoy; quizá se te ha presentado alguna vez el ideal de una vida consagrada a Dios; tal vez la vocación de misionero te cautivó un día. No esperes un ángel; *¡vete, que haces falta!* Esta es la voz de Dios.

M. L. U., Congr.

¡A la bayoneta!

Era el tal muchacho, de unos quince años; travieso, es verdad, pero valiente y decidido cuando se trataba de salir al campo

El hecho ocurrió en la zona africana, donde las bellotas son muy sabrosísimas, a las que nuestro cornetilla era muy aficionado.

Decídese un día, sale de las trincheras e interna se en el bosque en busca de su codiciado fruto con el ánimo de llenar sus bolsillos. Estaba encaramado alegremente en un árbol cuando ve aparecer, no muy lejos del lugar donde él se encontraba una patrulla de marroquíes que encaminaba sus pasos hacia el árbol donde él estaba. ¡Cuál no sería su asombro al ver que estos fanáticos musulmanes se disponían a descansar a muy poca distancia de su árbol, con peligro de ser descubierto a poco que miraran hacia arriba.

Jamás pasó más miedo nuestro cornetilla que en esta ocasión; sabía que si caía en sus manos después de atormentarle terminarían cortándole la cabeza. En estas consideraciones estaba, cuando se le ocurrió una idea; la idea salvadora.

Sabía, por haberlo visto él mismo otras veces, que los moros eran valientes, pero que no podían resistir a la bayoneta. El tal toque era tan conocido y tan temido de los moros, que lo mismo era oír las primeras notas de él, que huir como exhalaciones, sin atender a razones ni a imposiciones de sus jefes. Animado con este pensamiento entonó briosamente el toque de ataque a la bayoneta. Los moros que lo oyen, creen que un batallón se les echa encima y emprenden precipitada fuga y dejan todo cuanto llevaban consigo.

Era de oír nuestro cornetín con qué viveza y alegría contaba la desaparición de aquella gentecilla. Se descargó de las bellotas y se llenó de los más rico entre lo que habían dejado abandonado.

Sabes tú cuál es el toque al que huyen los mismos demonios? Recuérdalo: Invoca el nombre de Jesús, acuérdate de su Madre y Madre tuya, y verás cómo se deshace la tentación.

E. G., Congr.

Un pedante confundido

Esto sucedió en una Academia, afortunadamente lejos de esta tierra. Un profesor, con humos de intelectual, explicaba a sus alumnos la parte aquella de la ética que trata de los deberes del hombre para con Dios.

—No hace falta ir a la Iglesia, les decía, ni rezar, ni darse golpes de pecho, ni arrodillarse. Todo eso es tontería; Dios no necesita de esas interioridades; a Dios le basta con que le rindamos culto en nuestro interior...

Iba a continuar, cuando uno de los estudiantes, que se sentaba en el segundo banco, se pone de pie, se quita la chaqueta, avanza y se sienta en la primera mesa, dando la espalda al profesor y apoyando los pies en la segunda mesa.

—Pero ¿piensa usted que está en una plaza de toros?—exclama el profesor indignado ante semejante atrevimiento— Guarde el respeto debido a la clase, o le expulso para no volver más.

—Señor profesor—contesta con mucha calma el alumno—, no se enoje usted; ¿cómo voy a figurarme que estoy en la plaza de toros! sepa que guardo en mi interior un respeto profundo hacia usted y hacia mis condiscípulos.

—Todo lo que usted quiera; pero comprenderá que esa postura no es muestra de respeto.

—¡Magnífico! Conque para estar en clase hace falta educación y compostura exterior, como usted dice, y no han de ser necesarias muestras de respeto para con Dios, que está por encima de todas las clases y de todos los hombres?

El profesor, confundido, no encontró mejor remedio que cambiar de tema.

E. M., Congr.

Pescando y filosofando

Sucedió esto el verano pasado, allá por el mes de Agosto. Estaba yo con mis primos pescando en el embarcadero, esperando que los pececillos picasen y observando los movimientos de éstos. Me fijo que al echar el anzuelo los peces huyen en todas direcciones; luego van aproximándose al anzuelo cada vez más, vuelven a huir, vuelven a aproximarse, hasta que uno se decide a picar y allí queda preso mientras los demás vuelven a marcharse.

Pero no escarmientan en cabeza ajena; vuelven como antes y algún otro lo paga caro.

Al ver esto, se me ocurrió que los hombres hacen igual con las pasiones y vicios: primero huyen, luego se acercan varias veces y por fin caen y mueren; pero con la diferencia de que los peces pierden la vida del cuerpo y los hombres las de sus almas.

Y con tantos casos como ocurren de éstos, no escarmentamos. ¿Seguiremos picando en un gustito de nada, para ser más tontos que los peces? ¿qué me dan y qué doy?

A. G., Congr.



Núm. 236.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Marzo de 1933

Cueste lo que costare

Le conozco de verle pasar todos los días, camino de la granja en que trabaja desde pequeño:

Sanote, fornido, limpio de todo rastro vicioso, es Manolo, con sus veintiún años, un ejemplar genuino de la raza y la gloria de sus padres.

—Mañana empiezo el servicio militar—me dijo un día.

—¡Pobre Manolo!—le respondí, estrechándole la diestra—. Cueste lo que costare, consérvate como hasta aquí... Tendrás que sufrir mucho.

—No tengo miedo—me respondió sonriéndose. Y desabrochándose la chaqueta, me mostró un hermoso Crucifijo que llevaba por dentro: —Mira: llevo conmigo a mi Dios: ¡no tengo miedo!

* * *

¡Y verdaderamente que no tuvo miedo! Su hermosa presencia y sus gracias atrajéronle muchos soldados y no soldados, que pretendían su amistad; pero él, con una grandeza de ánimo y una independencia admirable, rechazaba de plano a todos los que le buscaban para el mal.

Logró ser respetado de los mismos jefes: Un domingo el suboficial le prohibió salir por la mañana. Manolo se fué al Teniente Coronel:

—Con su permiso, mi Coronel—exclamó saludando—; el Suboficial me impide ir a Misa, y deseo que usted me lo conceda.

—No seas terco, muchacho. Si te han dicho que no, déjalo estar. ¿A qué tanto empeño de ir a Misa?

Aquí Manolo se creció: miró serenamente a su jefe, apretó su Cristo contra el pecho, después bajó los ojos y dijo muy despacio:

—**¡Es mi deber!**

El militar quedó vencido ante tal energía, y al punto le respondió:

¡Ah, pues entonces ni una palabra más! Anda, y cumple con tu deber: ESO, SÍ!

¡Y Manolo cumplió su deber, y cumplió el servicio militar, incontaminado, querido de todos, honrado de grandes y chicos!

Ante el hombre firme, ante el joven fiel al deber, que juró cumplir por su Dios, todas las puertas se abren, todos los obstáculos se rinden!

¿Es mi deber? Pues ESO, SÍ, cueste lo que costare!

S. C. J., Congr.

¡Iré, Señor!

Un capitán de Napoleón nos ofreció esta página emocionante de su diario íntimo:

"Habíamos puesto cerco a la ciudad enemiga.

Entrarla por la parte del sur era casi imposible, pues un anchuroso río le servía de foso natural.

Por los otros costados abundaban centinelas y parapetos... Si lograban detenernos un par de días, estábamos perdidos, pues sabíamos que llegaría pronto un ejército a socorrerles.

El Emperador nos reunió en su tienda a unos cuantos oficiales.

Jamás olvidaré la expresión de su semblante: el sol, que estaba declinando, parecía haber dejado todo su fuego en aquellos ojos:

Puso la mano izquierda en la barbilla, llevó atrás la derecha, paseó por nosotros sus miradas y al fin nos dijo:

—¡Mañana hemos de estar dentro!

Todos sentimos que nuestros corazones se aceleraban. El añadió:

—En cuanto anochezca, uno de vosotros, atravesando el río a nado, llegará al rinconcito aquel del sur, dónde no hay más que un centinela: lo cogerá preso, me lo traerá, y con las cosas que le haremos descubrir, la ciudad será nuestra.

Universidad de Deusto
Biblioteca

¡Plan magnífico... el único para la victoria, pero exigía un héroe!

El escalofrío de lo sublime nos tenía mudos...

—Ahora—añadió Napoleón—¿a quién preguntaré si quiere ir? Y volvió a mirarnos uno por uno...

Sus ojos se pararon en mí: Los sostuve con los míos, pero creo que temblé.

—Capitán—me preguntó—, ¿irás tú?

El río, la noche, el centinela, la lucha, la muerte o la victoria... todo se agolpó en mi fantasía rapidísimamente, cruelmente!

Napoleón seguía mirándome. Se me acercó y añadió:

—¿No querrás que tu Emperador te deba una victoria?

—¡ESO, SÍ!—exclamé electrizado—. Y al punto desaparecieron de mi mente el río, la muerte, la noche... ¡Sólo veía entonces que entre miles y miles mi señor se había fijado en mí y que él esperaba quedar contento de mí!...

—¡Iré!"

Y el capitán cumplió su palabra: fué y triunfó y el Emperador le debió una victoria. ¡Lo que vale un acto firme de la voluntad! ¡Un SÍ dicho de todo corazón!

* * *

Nuestro Rey, Nuestro Jesucristo Rey, es mil veces más amable que todos los Emperadores del mundo:

"Al otro lado del mar—nos dice—tengo ciudades enteras que conquistar para mi Padre, para el cielo. Entre miles y miles de jóvenes, me fijo en ti, mi buen Estanislao, para que me des esta victoria... con tus sacrificios, con tu ayuda a las obras misioneras, con tus plegarias... ¿No querrás que tu Jesús te deba la salvación de muchas almas?

—¡ESO, SÍ!

—Pues entonces, si me hace falta un voluntario para extender mi Reino pacífico...?

—Iré, Señor!

I. A. M., Congr.

Éste la entendió

—¿Quieres subir descalzo a ese monte alto y lleno de piedras y espinas?

—Hombre, eso...

—En la cumbre de ese monte está el castillo de la felicidad, de la felicidad que nunca se acaba: ¿no quieres ser feliz?

—¡ESO, SÍ!

—Pues no hay más remedio: para ser feliz, es preciso subir al monte aquél, cueste lo que costare... pero, ven conmigo; y sin que nadie se entere, yo te enseñaré un camino por el cual llegarás hasta arriba sin sentir apenas el cansancio. Mientras llegamos, amigo mío, oye esta preciosa historia:

"Erase un muchacho, cuyo padre, leal servidor del Papa Pío IX, había muerto prematuramente, cuando empezaban a florecer las esperanzas que su valor, su nobleza y su grandeza de alma hicieron concebir.

El bondadoso Pontífice, sabiendo que apenas había dejado capital ninguno, hizo venir al huérfano para bendecirle y darle algún socorro.

Después de consolarle y animarle como padre piadosísimo, le lleva a su mesa y abre un cajoncito en el cual resplandecía buena cantidad de monedas de oro.

"Tú mismo, querido niño—le dice—, coge cuantas puedas con tus manecitas.

El pequeño—ojos alegres y claros por donde relucía la inocencia de su alma—, animado por tanta bondad, mira a Pío IX, le sonríe y le responde:

"Santo Padre, coged Vos, que tenéis las manos mayores."

Preciosa joya de **confianza filial**, ¿no es cierto? Pues mira: ya hemos llegado al caminito que yo te quería mostrar. Es este mismo precisamente: la confianza.

¿Te entusiasman las grandes victorias y las grandes humillaciones, los triunfos y los martirios, que obtuvieron los héroes, los santos, los soles de la humanidad?

Pues ellos cogieron todo eso no con sus pequeñitas manos, sino con las grandes manos de Dios...

¿Quieres tú también poseer las cosas sublimes, las coronas, el cielo?

—ESO, SÍ...

—Pues confía, confía mucho en tu Rey Jesucristo, el más hermoso y amable... Cuando se presenten ante tus ojos, las dificultades, los sufrimientos que rodean el monte del deber, pregúntate a ti mismo: ¿Puedo yo hacer ESO? Y llama a tu Jesús, y verás cómo respondes:

—Yo solo, no; pero con Jesucristo, SÍ!

Pues arriba, siempre arriba por el camino de la confianza hasta conseguir la felicidad suprema. ¿Sacrificarás, si es preciso, diversiones, lecturas, dinero, amistades...?

—Yo solo..., no; pero yo, con mi Rey Jesucristo, SÍ!

M. G. A., Congr.

La serpiente más traidora

Es una cristiandad en la inmensa China: sonríe la tarde de Mayo: una campanita humilde llama a los cristianos para que vengan a ofrecer las flores del Rosario a la Madre celestial.

El Padre misionero sube al coro y siéntase ante un minúsculo armonium, rodeado de siete rapazuelos, que desean lanzar al aire sus voces de tiples, siempre alegres.

Aprieta los pedales: no le obedecen; oprime las teclas: no sale ninguna melodía; se extraña, se esfuerza... pero, nada! Aquel instrumento suena menos que si fuese un acordeón descompuesto.

El Padre se levanta y empieza a desarmarlo: los chiquillos curiosean; la gente de la iglesia no sabe qué ocurre en el coro, ni por qué no empieza la función.

—¿Qué podrá ser?—pregúntase el Padre—, y abre la caja de resonancia...

—¡Ajuiii! ¡Una culebra!—gritan los tiples retirándose.

Así era: un asqueroso reptil, gris, taimado, se había metido en el tubo del fuelle y asomaba no más la cabecita con su lengua envenenada...

—¡Serenidad, hijos!—exclamó el misionero—: volvió a colocar la tapa del armonium y se lo hizo sacar fuera.

Y allí, los pequeños, con mucha precaución y a pedradas, descabezaron al bicho traidor, y limpiaron el tubo.

—¿Qué hacéis?—les preguntó un cristiano que pasaba.

—Matar la culebra que nos impedía las melodías gratas a la Virgen.

—¡ESO, SÍ!—les dijo el buen hombre, y entró en la iglesia.

* * *

Hay una culebra traidora que entra con suavidad, hace su nido en el corazón, chupa la sangre y cuesta mucho, mucho, arrojarla fuera.

—¡Es el respeto humano! qué dirán si comulgo... qué dirán si trato mucho con el Padre espiritual... qué dirán si no voy a tal sitio... con tales amigos... qué dirán si cumplo mis deberes de buen congregante...

¡Maldita serpiente! ¡Cuántas armonías gratísimas a nuestros padres, a la Virgen María, a Jesús... nos quiere robar!

¡A matarla! ¿Sabéis con qué piedras? Con un rotundo ESO, NO! y con un valiente ESO, SÍ!

¿Me propones lo ilícito, lo venenoso, lo que corrompe, aunque aparezca agradable y sonriente por fuera?

Pues ESO, NO!

¿Me invitas a cumplir una obligación, que me honra, que me conserva puro y amigo de Jesús, que me hará fuerte y digno, aunque me cueste trabajos y sangre del corazón?

Pues ESO, SÍ!

J. N. L., Congr.

Este sí que fué valiente

Hace pocos días, día de invierno, mi amigo me propuso que faltásemos a clase y fuéramos a jugar al billar a un café que no está lejos del Instituto. No quise aceptar la propuesta, y le añadí con libertad que si fuese, perdería el tiempo y el dinero y engañaría a mis padres; y no contento con esto, al ver que recibía bien mi advertencia, le conté el ejemplo siguiente, que hacía pocos días lo había leído en una revista.

Hallábase encerrado en la cárcel el Beato Tomás Moro, gran Canciller de Inglaterra, por el solo delito de no querer obedecer los decretos impíos de Enrique VIII, contrarios a las Leyes de la Iglesia.

—¡No, eso no!; decía Tomás, no lo haré jamás.

—Pues permanecerás en esos cepos, le decían sus amigos, perderás tus puestos, tus riquezas, tu mujer, tus hijos, la misma vida.

—¡Qué!, respondía a esto Tomás, piérdalo todo enhorabuena, con tal que yo no pierda a Dios.

Viendo el Rey que nadie convencía al preso, envió a su mujer a la cárcel para conquistar aquel corazón tan fuerte.

Preséntase ella al efecto, con el semblante lleno de tristeza, descompuesto el cabello, derramando abundantes lágrimas y con sus dos hijitos en sus brazos; se le acerca y le dice: ¡Hasta cuándo, Tomás, tendrás valor para ver a tu esposa y a tus hijos en tan deplorable estado! ¿Consentirás en que estemos sin rentas, sin pan y sin albergue? ¡Ten piedad de ti, y de mí y de tus tiernos hijitos! Consiente, te ruego; con un acto de condescendencia remedias tus males y los nuestros! ¡Hijos míos! arrojaos a los pies de vuestro padre, preguntadle si os quiere ver morir de hambre!

Tomás, que no tenía el corazón de bronce, se enterneció, y conteniendo la emoción, le dice: ¡Dime, Luisa, ¿qué ventajas vamos a conseguir, dando yo gusto al soberano y disgustando a Dios? ¿Por cuánto tiempo disfrutaremos las honras, riquezas y valimento del Rey? ¿Acaso veinte años? quieres que sean treinta? ¿Y por veinte o treinta años de vida en honra y comodidades, he de ofender yo a mi Dios? ¿He de perder su amistad? ¿He de renunciar a una eterna felicidad que me promete en el cielo? ¿No es locura, Luisa, proponerme partidos tan desiguales? Piérdalo yo todo, y perdámoslo todo, para hallarlo todo en la eternidad?"

Como a mí se me había grabado bien este ejemplo tan heroico, se lo referí, se conoce, con sentimiento; tanto que mi amigo quedó conmovido y me prometió no faltar más a sus obligaciones; y ahora, cuando alguno de sus antiguos amigos le invita a cualquier diversión peligrosa, les dice con valor y sin vergüenza: ¡ESO, NO!; y piensa para sus adentros: pierda todas las diversiones, con tal que no pierda a Dios.

I. G., Congr.

¡Cómo conoció a su madre!

Es una leyenda antigua que os voy a referir con toda su ingenuidad porque sé que ha de agradaros:

"Adolfo llegó a ser primer Visir del Califa; los generales del ejército le obedecían, los palacios de Damasco le invitaban a sus fiestas, las gentes del pueblo le amaban; el Califa mismo le trataba como a un hermano y le decía:

"Tú eres el primero después de mí en todos mis reinos."

Pero a pesar de sus triunfos y riquezas, Adolfo no era feliz... El recordaba un pueblecito, unos compañeros de la infancia, una madre... sí, sobre todo una madre, cuyo rostro se había borrado ya de su memoria, pues cuando tenía cinco años, unos saltimbanquis le robaron de su hogar.

Después se hizo soldado, salvó la vida al hijo del Califa y le hicieron generalísimo de las tropas. Lo merecía por su grandeza de alma y excelentes prendas..., pero ¡cuántas veces, al re-

Universidad de Deusto
Biblioteca

...ser vencedor en su caballo blanco, se le escapó una lágrima recordando el bien que no tenía!

—¡Yo he de encontrar a mi madre!—se dijo por fin, de todo corazón; y habiendo sabido por un criado viejo que su pueblo natal se llamaba Sando y estaba a orillas del mar, lejos, muy lejos, preparó carrozas, guerreros, tesoros y se dirigió hacia allá...

* * *

Los moradores del lugar abrieron unos ojos tamaños, cuando vieron que se les entraba por las puertas un ejército tan lucido.

Y su admiración llegó al colmo, cuando oyeron el bando que echaron por las cuatro esquinas cuatro gallardos trompeteros:

"Nuestro señor, el gran Visir del Califa, fué robado de este pueblo cuando tenía cinco años, dejando aquí a su madre; hoy viene a traerle su amor y sus honores; pero como no la conoce, le suplica que si vive se quiera presentar a su hijo Adolfo, si ha muerto, quien sepa algo de ella, acérquese a decirlo..."

Aquella misma tarde se presentaron tres mujeres diciendo: ¡Yo soy la madre del joven Adolfo!

Este quedó perplejo al ver a las tres; pero pronto su talento le sugirió una prueba para conocer a la verdadera madre.

—Venid conmigo, señoras. Y subió a una torre, desde donde se veían sus ejércitos que descansaban en la campiña. —Desde aquí—añadió Adolfo—dad una voz cada una, y yo conoceré cual es la voz de mi madre.

—¡Qué rico eres...!—gritó la primera, contemplando los batallones.

—Esta, no!—pensó Adolfo, y se apartó de ella.

—¡Qué hermoso eres...!—exclamó la segunda, mirando su gallardía.

—Esta tampoco—dijose el príncipe, y la dejó.

—¡¡Hijo mío!!—le llamó la tercera, rompiendo a llorar.

—ESTA, SI!!—respondió Adolfo, y cayó en sus brazos. Aquella voz le había llegado al corazón; era la voz inconfundible, la única bendita, la voz de su madre..."

* * *

No es verdad que hoy también a nosotros nos gritan de una parte, *¡Riquezas!*: de otra, *¡Hermosura!*: de otra, *¡Placeres!*... ¡No les hagamos caso, nos quieren engañar y perder!

Solamente cuando nuestra Madre Inmaculada nos diga: *¡Hijo mío,* sé me fiel, guárdate casto, ama a Jesús, trabaja por El en la catequesis... respondamos: Esta sí que me quiere, Esta sí que es mi Madre, ESTA SI! ¡Yo le amaré también, sí, sí!

P. J. J., Congr.

«Id y abrasad»

(Carta abierta)

Para que nos animemos más, viendo que muchos jóvenes de hoy no se preocupan solamente de gozarla y pasarlo bien, voy a transcribir esta carta que ayer mismo e impensadamente recibí de mi mejor amigo:

"Mi querido Pepe: Vengo a confiarte un pensamiento que me trae encendido y no me deja sosegar desde que leí, hace pocos días, estas palabras del gran misionero, del Apóstol oriental, Francisco Javier:

Muchas veces me mueven pensamientos de ir a los estudios de esas partes, dando voces como hombre que tiene perdido el juicio, diciendo, a los que tienen más letras que voluntad para disponerse a fructificar con ellas, ¿cuántas ánimas dejan de ir a la gloria y van al infierno por la negligencia de ellos!...

¡Oh, mi buen amigo! Esta idea penetró en mi corazón como una espada: la he meditado, la he rumiado, no la he podido separar de mí: ¿Con que se pierden *por nuestra negligencia?*... Y al repetirme esta pregunta, un deseo vehemente me cautivó, un ideal me atrajo: *¡Yo no he de tomar parte en esa negligencia!*

¡Ideales!... ¿Quién no los tiene? Pero ante este ideal hermoso, grande, único, se disipan todos los demás. ¿Has pensado contigo mismo cuán bello es?...

Lo que ocurre es que somos de corazón poco noble, cristianos a medias y sin grandes arrestos, ya que ante la bandera desplegada de Cristo, con sus anhelos de la conversión de todo el mundo, pasamos a su lado sin dignarnos siquiera levantar los ojos para mirarla. ¡Al fin y al cabo, como si no tuviera que ver nada con nosotros, y nos importaran mucho más ideales meramente humanos, sean literarios, sean atléticos...!

Vas a decir, querido Pepe, que soy demasiado extremista; como si las artes y los deportes dijeran mal en jóvenes rebosantes de salud y de alegría.

No, no es que yo repruebe todo eso: bien está la cultura y excelente es la depuración y fortificación de las razas viriles. Pero fijar en eso la última meta, y no aspirar a nada más elevado y espiritualista, ni es cristiano, ni menos propio de quienes se precian de llevar en su corazón una chispa de fuego divino. Y mucho menos todavía en las presentes circunstancias, en que se está librando una lucha terrible entre la luz y las tinieblas; entre los seguidores del verdadero y sumo Capitán, Cristo Jesús, y los secuaces de Satanás. En estos momentos de combate, Jesucristo necesita soldados valientes y aguerridos; jóvenes llenos de virilidad espiritual, cuyo corazón vibre al unísono con las grandes ideas redentoras de Jesús; almas grandes formadas en el yunque de la prueba y del sacrificio, modeladas según sus enseñanzas y que respiren, sientan, amen y trabajen en Cristo y sólo para Cristo...

Perdona, querido Pepe, estos desahogos de amigo. Solamente deseo al comunicártelos, que también en tu corazón fulgure la llama de este bellísimo ideal: "Si miles y miles se condenan para siempre por nuestra negligencia, *¿que no se condenen por la negligencia mía!*

¡Arda en nuestras almas este fuego de Cristo, y El nos inspirará mil medios e industrias para salvar las almas!

Quiera el Señor que así sea; quiera el Señor convertirnos en otros dos apóstoles como Javier!

Tu amigo en El,

S. F., Congr.



Núm. 237.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Abril de 1933

¿Una trampa?—¡No!

Con tal de que nadie se entere y de sacar tajada, nos parece la cosa más justa y más lucrativa el saber cómo hoy engañaremos a éste, o mañana se la pegaremos al otro.

"Hay que mirar por la casa y por el bolsillo!" Así se dice, y con ésto cualquier trapacería queda justificada y convertida en negocio redondo.

En lugar de sonreír a esas sentencias de filosofía envenenada, venid conmigo al hogar de un cristiano viejo, donde admiraréis un ejemplo de sinceridad, y veréis cómo lo recompensa el Padre que está en los cielos.

Es el señor Francisco el padre feliz de seis rapaces sanos y juguetones. En la noche del 31 de diciembre, aguardan impacientes sus regalitos de noche vieja; mas este año, además de los juguetes, el cielo les ofrece lagrimitas y miradas de un nuevo hermanito.

Todo son felicitaciones en la casa; y cuando el señor Francisco va a cumplir las diligencias para inscribir al recién nacido, un amigo le dice en secreto:

—Oye, declara que tu Benjamín ha nacido el 1 de Enero; así oficialmente aparecerá teniendo un año menos, lo cual siempre es una gran ventaja, para triunfar el día de mañana en los concursos, colocaciones, exámenes...

El honrado padre responde indignado:

—¡Jamás! Yo no consentiré que el primer acto en la vida de un hijo mío sea una trampa.

Y el acta de nacimiento queda fechada el día 31 de diciembre...

* * *

Pasan años. Llega el 1914 y se declara la gran guerra. El jesuita Padre Brandmaison tiene cautivado a lo más escogido de París, con sus estudios, sus escritos, su trato, su santidad. Cientos de amigos suyos, sacerdotes, religiosos y padres de familia, se ven obligados a dejarlo todo para tomar las armas. El en cambio puede seguir trabajando en paz, porque precisamente el año pasado cumplió la edad de la licencia absoluta. Si la cumpliera en éste tendría también que ir a las trincheras.

¡Dios premió la fidelidad de su padre, el señor Francisco!

Y Dios premiará también la nuestra, si siempre que se nos propone una mentira, una falsificación u otra cosa peor, tenemos agallas para decir al tentador:

—¡Eso? ¡No!

P. C. O., Congr.

A consolar llaman

Era la buhardilla de un obrero parado. Tres habitaciones, de negruzcas paredes, juntamente con una cocina diminuta y fría, la constituían. La garra cruel de la miseria, del hambre, se había introducido en este cuchitril, dejando, como huella vengativa, tres rostros demacrados por la falta de alimento, de tres niñitos, que haciéndose conscientes por instinto, de la terrible necesidad que sufren, están silenciosos, mirando con tristeza a los copos de nieve que el viento deposita en la ventana, como queriendo con su blancura alegrar sus pálidos rostros.

Una vela con su titilante luz ilumina la habitación, proyectando sobre la húmeda pared siniestras sombras de los pocos y destartalados muebles que en ella están, y allí, en un ángulo, se ve a los padres, que ocultan tristones sus caras con sus callosas manos. Es la Nochebuena, y esa familia obrera no tiene qué llevarse a la boca, con qué acallar el hambre que a voces les pide pan.

El mayor de los niños se lo pide y el padre, sin poderse contener y sollozando, sale de la habitación y se dirige a la escalera.

Ah! En otras casas no habitaba la tristeza que él tenía! Otros podían alegrarse ante una comida reconfortante, ante el calor del hogar, ante una dulce esperanza; mas él nada poseía, nadie le esperaba; su porvenir era negro, muy negro.

Baja la escalera, absorto en tristes pensamientos, sin fijarse apenas en el movimiento y risas

Universidad de Deusto
Biblioteca

que en todas las puertas se notaba. Ya en la calle ¿a dónde irá? ¿Quién podría consolar su destrozado corazón?

Echó a andar al acaso, sobre la blanca manta de nieve, así como un autómata recorrió varias calles. Una ruda batalla se trababa en su interior; la idea del suicidio se había fijado pertinaz en su mente. Ella era la única que podría poner fin a tantas desdichas. ¿No se habían otros suicidado antes de él? ¿No les había alabado la sociedad por su valor? ¿A qué temer? Era sólo un momento de dolor; ¿y no lo estaba soportando semanas enteras?

Al fin la fe iluminó su tenebroso espíritu, y como impelido por interior fuerza, entró en una iglesia y se postró ante el Sagrario, derramando copiosas lágrimas. Perdón, Dios mío—decía—, ¡que he tenido la cobardía de pensar en el suicidio como único remedio de mi dolor olvidándome de Vos! ¡Que he tenido la cobardía de querer dejar desamparados a mi esposa y a mis hijos!

Después de desahogar su corazón de esta manera, salió del templo con sus llagas ya aliviadas; y así confortado el ánimo se dirigió con pasos acelerados a su humilde morada.

Un congregante vivía en la misma casa que el obrero. Conocía su miseria, y su compasivo corazón se desgarraba al oír los comentarios que hacían los vecinos y lo poco o nada que le ayudaban. Por casualidad, o, mejor dicho, por especial providencia de Dios, se asomó a la puerta en el momento en que bajaba el pobre obrero. Su compasiva alma leyó en aquel rostro demacrado todos sus sufrimientos. Rápido, se dirigió a su bondadosa madre; le pintó con tan vivos colores la miseria de aquel obrero, que ambos maduraron un plan para socorrer a aquel infeliz.

No había comenzado nuestro obrero a subir los primeros escalones, cuando ya aquel buen congregante le abordaba con sonriente cara.

—¿Qué tal, Antonio? ¿Cómo es que haciendo tanto frío ha salido usted a la calle?

Ante tal pregunta, las facciones de Antonio se colorearon débilmente: —La necesidad de buscar trabajo—contestó con voz algo apagada, aunque serena, al ver delante a aquel joven que a menudo le socorría con alguna cosita.

—Nada, nada, usted se viene ahora mismo con su mujer y los pequeños a mi casa a pasar la Nochebuena.

Antonio intentó rehusarlo, mas el congregante le urgió con tantas razones y con tanto cariño que el obrero no tuvo otro remedio que obedecer.

¡Con qué alegría subió de dos en dos escalones a su buhardilla aquel buen obrero para dar a su familia el notición! Al oírle, los niños palmoteaban, los padres lloraban de alegría, que se aumentó al bajar a la habitación del congregante y verse sentados todos en la misma mesa. ¡Qué pocas Nochebuenas tan felices como ésta! ¡Cómo consuelan las almas generosas! Los egoístas, ¡para qué sirven!

P. de Z., Congr.

El rato más feliz

Bastaba ver sus ojos clarísimos y nobles para convencerse de que José Miguel jamás había pasado una pena grave, un mal rato, un momento de esos que dejan ciertas sombras en las miradas del joven...

Llega la tarde de un día de vacación, coge su bicicleta y cantando y bromeando se dispone a salir:

—¿A dónde vas, José-Miguel?

—A pasar la tarde lo mejor que pueda.

—¿Quieres entrar de paso a visitar a un Señor...?

—Hombre..., eso de visitas y cumplimientos no me gusta nada.

—Es un Señor que no exige cumplimientos, que te quiere mucho y que si le visitas, te dejará contento para toda la tarde.

—Pues entonces, ¡ESO, SI!

—Tú que eres listo, ya has adivinado quién es y dónde vive; en el Sagrario de todas las iglesias; y así cuando pases por una que esté abierta, entras, te arrodillas en un rinconcito, junto a El y dile: Señor, aquí está José Miguel, que viene a visitarte y a decirte que quiere pasar la tarde lo mejor que pueda...

Yo le solía ver: llegaba encendido, triunfante en su *bici*, se apeaba ante la iglesia de Amorebieta, dejaba el vehículo a la puerta, entraba y muy cerca del Sagrario, hacía su visita fervorosa, íntima, breve...

—Nunca he sentido felicidad más grande que allí, me dijo un día. Cuando salgo y monto en la *bici* y echo a correr, me parece todo más hermoso, el campo más alegre, el sol más brillante, los hombres más buenos... Me siento lleno de paz, me siento querido de JESUS, me siento seguro para toda la tarde... Cuando deseo hacer mucho bien a un amigo, le pregunto:

—¿Quieres pasar la tarde bien, bien de veras?

—¡ESO, SI!

—Pues mira, lo primero de todo, una visita a JESUS: Vas y le dices: "Señor, al menos este ratito, no estarás solo..." Verás cómo no te pesa, verás cómo sales de lo más alegre. Haz la prueba.

M. R. N., Congr.

El uniforme del padre

Más que hermano mayor, parecía Antonio la hermana y aun la madre cariñosa de su Juanillo.

Su padre, el noble coronel Sánchez de León, les había llevado al Africa, para que desde niños se entusiasmaran con las armas y siguieran la carrera militar.

Soñaba el buen señor que el día de mañana podría pasear, ya retirado y lleno de gloria, en medio de dos generales, hijos suyos...

Pero... en el ataque de aquella noche triste, el coronel de León cayó mortalmente herido, defendiendo la fortaleza donde estaban sus pequeños. ¡Era demasiado valiente para llegar a buena vejez!

Vencidos los moros, fué recogido por su tropa. —Me muero!—exclamó—. ¡Mis hijos!..., traedme mis hijos!...

Vinieron amedrentados Antonio y Juanillo: El padre les cogió de las manos, les miró profundamente, y al fin les dijo:

—Los dos no podréis estudiar... Yo no os dejo dinero... Uno tendrá que sacrificarse por el otro...

Antonio sintió que su padre, al decir esto, le apretaba la mano con más fuerza, y se dijo de todo corazón:

—Yo me sacrificaré por mi hermano!

Besando un Santo Cristo murió el buen militar; y Antonio se decidió a cumplir su palabra. En cuanto regresaron a España, pidió y logró ser colocado en una oficina... ¡De esta manera podría proveer dignamente a los estudios de Juanillo, admitido ya en la Academia de Artillería.

Cuando Antonio le veía tan bizarro y feliz con su uniforme, sentía una pena allá dentro... ¡También él quisiera llegar a general!, pero pronto su alma nobilísima vencía ese sentimiento y sonreía y animaba a su hermano, diciéndole:

—¡Tú honrarás la memoria de nuestro padre! Yo, en cambio, sería un militar del montón...

Y el corazón se le estrujaba dentro, sin que lo notase nadie...

Pasan los años: Juanillo ha terminado su carrera; y cuando va a ocupar su plaza, Antonio le ofrece un uniforme que guardaba con cariño y respeto.

Juan lo mira; y aunque el traje está nuevo, hace un mohín de desprecio, diciéndole:

—Está anticuado...

Antonio se crece al oírle, sus ojos se iluminan, su voz tiembla y le pregunta despacio:

—Juan, ¿no quieres ponerte el uniforme de nuestro padre que murió por salvarnos?

—¡Oh! ¡ESO, SI!—exclama el joven militar rápidamente. Y toma el traje, lo besa, y cae en los brazos que le tiende su hermano con íntima efusión...

Los soldados noveles somos nosotros, mi querido jovencito; nuestro Padre, que murió por salvarnos, Cristo Jesús; su uniforme, que a muchos parece anticuado, la guarda de los diez mandamientos; los enemigos, moros y no moros... innumerables!

¿Qué? ¿No querrás abrazarte bien a tu uniforme ante el mundo entero?

Por *amor de tu Padre*, crucificado por darte el cielo, ¿no querrás ser piadoso, caritativo y casto?

—¡Oh! ¡ESO, SI!

Bien respondiste, ¡noble corazón! Obra según tu respuesta y jamás te pesará.

V. C. R., Congr.

¡Por Él... sí!

En una cama del hospital reposa tranquilamente un joven: anoche le trajeron mal herido, y pasados los efectos de la primera cura, parece hallarse mejor.

La luz penetra indecisa a través de las persianas entreabiertas... Amanece... De pronto, a la puerta del gran salón de enfermos, unas palabras entrecortadas rompen el silencio, y momentos después, de puntillas y conteniendo el aliento, entra una mujer... Su rostro pálido y lloroso nos dice que es la madre del herido, que le han dado la noticia sin prepararla y que viene a verle muerta de dolor.

—¡Duerme!...—le dice por lo bajo la Hermanita.

—Esperaré, esperaré que despierte. Así responde la madre y siéntase a la cabecera de la cama, y besa la frente de su hijo...

—No se apure, buena señora—volvió a vibrar la voz de la monjita, nuncio de caridad y de consuelo—. El médico, en cuanto lo vió, dijo que la cosa es leve.

—Dios la oiga, Hermana—replicó la madre; y después, arreglando el cabello de su hijo: Qué chico éste, Señor! Con ese carácter de fuego que tiene, siempre me está diciendo el corazón que algo grave le ha de pasar algún día...

Tranquilizándose un poco, sacó su rosario y las cuentas benditas empezaron a resbalar por sus dedos, mientras sus labios deshojaban la flor de una ferviente plegaria.

—Calla, infame!—empezó a gritar en sueños el enfermo—. Tú, cristiano... Tú, ayer congregante... hoy entre esos... hoy blasfemando...? Calla! Viva Cristo Rey! ¡Ay, ¿qué me has hecho? ¡Sangre!... No importa: aunque me mates... Viva Cristo Rey!

La escena real del día anterior se repetía en la mente delirante del joven.

"Regina martyrum". Acababa de decir la madre en su oración. Las voces entrecortadas de su hijo le revelaron la causa de la herida... No fué en una riña, en un juego, en un cine, sino por defender la gloria de su Señor ante unos desalmados.

La madre sintió en su alma la efusión de gozo celestial: sin poder contenerse se levantó, rodeó con sus manos aquella cabeza vendada; la cubrió de lágrimas y de besos encendidos:

—ESO, SI, hijo mío de mi alma! Si es por Jesucristo, lucha, trabaja, muere...!

Y en un esfuerzo de su corazón nobilísimo:

—Por El, solo por El, sí, sí...!

B. M. C., Congr.

El Cristo de las batallas

¡Bien le llamaban los que le llamaban *Polvorilla!* Polvorilla era nuestro Santiago, pero una Polvorilla cuyas llamaradas estaban llenas de gracia, de ingenuidad, de nobleza.

Sale de la escuela, sube de tres en tres las escaleras, corre a los brazos de su madre, y después del consabido "Ave María Purísima", estampa un beso en su frente y vuelve a bajar las escaleras de cuatro en cuatro.

—Ven aca, Polvorilla—le preguntaba un día la buena señora—, ¿dónde has estado esta tarde?

—He ido con Juanito a la Ermita del Cristo de las Batallas.

—Muy bien, hijo. Pero a que tú no sabes por qué le llaman de las Batallas al Cristo aquel. ¡Claro que no lo sabes! Mientras llega tu padre, te lo voy a contar: Hace muchos años vinieron los moros por estos pueblos y mataron muchísima gente. Cuando se acercaron al nuestro, un noble caballero, que tenía cinco hijos mancebos,

Universidad de Deusto
Biblioteca

os dijo: "Muchachos, hay que pelear como buenos cristianos; los moros son muchos, pero con la ayuda de Dios, les venceremos. Vamos, pues, a postrarnos ante el Cristo de la Ermita para suplicarle que nos ayude". Echaron a andar hacia allá, y todos los mozos del pueblo que les veían ir, les siguieron.

En cuanto llegaron, se postraron en tierra, y uno de ellos exclamó de todo corazón:

—Señor, todos los que aquí estamos nos consagramos a Ti; guárdanos Tú como cosa y posesión tuya para siempre...

¡Y ya lo creo que el Señor les guardó! Al día siguiente se dió la batalla contra los moros y ni uno solo de los que se habían consagrado al Cristo murió ni quedó herido! ¡Todos volvieron triunfantes a darle las gracias! Desde entonces se le llamó el Cristo de las Batallas, y cuando nuestros jóvenes se van a la guerra, se ofrecen a El y ninguno muere... Todos los que han tenido que ir a Marruecos, han vuelto sanos gracias a El...

—Mamá, cuando yo tenga que ir a la guerra me consagraré también a El.

—¡Ay, querido! Sin necesidad de ir al Africa, encontrarás muchos moros por ahí. ¿Quisieras triunfar de todos ellos?

—ESO, SI.

—Pues mira, te vas un día a la Ermita, te ofreces al Cristo de las Batallas, y verás cómo no hay moro que pueda contra ti.

La noticia conmovió todo el pueblo.

Unos malvados, entrando en la Iglesia, se habían atrevido a forzar el Santo Tabernáculo y desparramar las Formas consagradas, para robar los copones... ¡Horrible! ¡Dios perdone a los sacrílegos!

Los corazones nobles lloraron y se indignaron santamente; y entre ellos, nuestro Polvorilla estaba fuera de sí.

—Es verdad—se decía—lo que me contó mi madre: también aquí hay moros peores que los de Africa...!

Y sin consultarlo con nadie, callando, callandito, subió hacia la Ermita cuando atardecía ya... ¡Quería consagrarse al Cristo de las Batallas!

—Señor, aquí está tu Santiago—le dijo, arrodillándose—. Yo me ofrezco a Ti. Tú harás que no me maten cuando luche por Ti...

Su oración era música grata al Divino Crucificado; mas sintiendo ruido a la puerta, corrió a esconderse a la sacristía.

Entran dos desalmados, los mismos que robaron en la Parroquia, y empiezan a despojar la devota Ermita. Santiaguillo estaba ardiendo. Ve que uno se acerca al Santo Crucifijo, que le golpea con los dedos cerrados, que le burla, y... no puede contenerse:

—¡Atrás, infame!, grita con toda su alma.

Los dos ladrones, poseídos de terror—¡es la cobardía del crimen!—echan a correr, abandonando sus robos y descubriéndose a sí mismos, con su turbación y palidez.

El *Polvorilla* se volvió a postrar ante la bendita Imagen:

—Señor, esta ha sido mi primera batalla contra los moros de hoy, y no me han matado porque me ofrecí a Ti: gracias, Señor, gracias!

Moros y ladrones nos rodean por todas partes... ¿Queréis triunfar?

¡ESO, SI!

¡Pues consagraos al Corazón Sacratísimo de Cristo, al Rey de las Batallas!

A. M. C., Congr.

¡Qué dos cuentas!

Un niño de 10 años oyó un día una conversación relativa a algunas cuentas que habían llegado a su casa y que era preciso pagar. Entonces concibió la idea de presentar él también a su mamá la cuenta de los servicios que había prestado desde hacía algún tiempo.

Al mediodía, al sentarse a la mesa, la madre encontró en su plato esta sorprendente cuenta:

MAMA DEBE A SU HIJO

Por haber ido a buscar leche seis veces	0,50
Por haber ido a buscar pan varias veces	0,50
Por haber hecho varios mandados	0,20
Por haber sido siempre un buen chico ...	0,20
Total	1,40

La madre tomó la cuenta y no dijo nada.

Por la tarde, en el momento en que el chico se sentaba a la mesa, encontró en el plato la cuenta con el importe que había reclamado.

Muy satisfecho se guardaba el dinero, cuando vió otra cuenta que decía:

MI BURN HIJO DEBE A SU MADRE

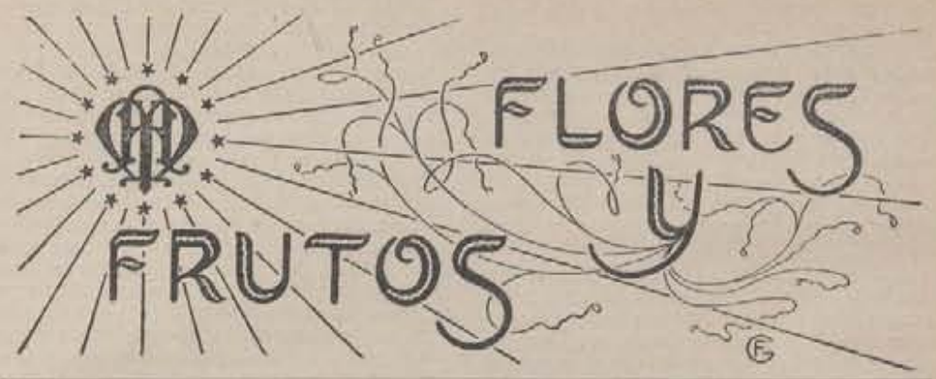
Por 10 años felices pasados en la casa	Nada
Por 10 años de alimentos	"
Por los cuidados durante su enfermedad	"
Por haber sido durante 10 años una buena madre	"
Total	Nada

Cuando el chico leyó esta cuenta, no menos sorprendente, se quedó confuso. Con los ojos llenos de lágrimas y los labios temblorosos de emoción, corrió hacia su madre y se arrojó en sus brazos.

—Querida mamá, dijo devolviéndole el dinero; te pido perdón por lo que he hecho. Mamá no debe nada a su hijo. Comprendo que nunca te podré pagar lo que te debo. Ahora haré de muy buena gana todo lo que tú quieras sin pensar jamás en retribución.

Más de una vez he pensado yo, al ver lo que se afana y se preocupa mi madre, sobre todo con mis hermanitos, todo lo que habrá sufrido por mí para que llegara a tener la salud y las fuerzas que tengo. Después de Dios a nadie le debemos tanto como a nuestra madre. Amor con obediencia y amor se paga.

A. D., Congr.



Núm. 238.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Mayo de 1933

¿Cuál es el puerto más próximo?

Son las diez de una apacible noche de Enero. un magnífico bergantín va a lanzarse por vez primera a la mar. En el salón se celebra un baile de gran lujo, presidido por el capitán y a él asisten personas de las principales familias del lugar.

Han transcurrido sin novedad dos horas; el reloj de las estrellas señala media noche... rostros de los tripulantes reflejan ya el astio que en sus almas engendra el goce prolongado de las falsas dichas mundanas.

Al poco, en los movimientos rítmicos del buque se nota algo anormal; los tripulantes interrogan con sus miradas al capitán; éste conferencia con los pilotos, hasta que al fin es descubierto que se ha desprendido una plancha del casco y por el boquete, de considerable tamaño, entra el agua a grandes borbotones.

Los atribulados viajeros huyen de un lado para otro de la estancia. ¿Cuál es el puerto más cercano? ¿Habremos de morir aquí?, son las preguntas que únicamente se oyen en boca de los tripulantes. El agua va subiendo y dominando todas las estancias del buque; las máquinas son impotentes para dominar el barco cargado de agua, y apenas si lo mueven algunos metros.

Entretanto los gobernantes del buque parecen deliberar; el alboroto en el salón se hace ensordecedor; las mujeres, agarrándose de los cabellos y dando gritos de desesperación, huyen de un lado para otro. Los hombres pretenden tranquilizar a sus esposas, hasta que, contagiados, pasean de una parte a otra con los ojos inyectados en sangre; más parecen locos que personas normales.

En esto, los ojos del capitán parecen cobrar nuevo brillo, sus músculos nuevo vigor, su rostro una agradable expresión y, dirigiendo su palabra a la alterada tripulación, se expresa en estos términos: "No es hora esta de desesperar, sino de luchar con brío; aprestad vuestro brazo los hombres. Impulsados por el huracán, hemos sido conducidos hacia la costa y estamos a poca distancia del puerto más próximo".

Imposible describir los gritos y las expresiones de alegría que en los viajeros produjeron estas breves palabras del capitán. Las mujeres le agobiaban a preguntas; los hombres, dispuestos a dar sus brazos, se ponen a las órdenes de los pilotos y marineros; y todos, en fin, consiguen, gracias al común esfuerzo, ser recogidos por un barco inspector de la costa.

De no haber deliberado y arriesgado su vida hubiesen sido para estas horas pasto de los formidables tiburones que en bandadas rodeaban el barco.

Es este mundo, mar mucho más agitado que lo que pueda estar en un día de horrible tempestad el mar material. También aquí hay muchos buques expuestos a zozobrar de un momento a otro. Son nuestras almas. ¿Cuál es el puerto más próximo? "La devoción a la Santísima Virgen". Animo, pues, y ahora, sobre todo en el mes de Mayo, a luchar a brazo partido hasta conseguir que estrechándonos contra su pecho nos llame con toda verdad: "Hijos míos, hermanos de mi mismo Hijo".

A. de A., Congr.

La mejor siembra

Son los mismos congregantes catequistas los que santifican la Semana Santa dando Ejercicios Espirituales a los niños de sus catequesis.

En este año se han tenido en Irala, García Rivero, Alonsótegui, Lamiaco, Retuerto, San Fuentes, Sodupe, Ortuella, Las Carreras y Galdácano.

Escogidos, entre los jefes de catequistas, los que en cada pueblo han de dirigir los Ejercicios, se les prepara en particular, al fin de la Cuaresma. Se anuncia entonces en los catecismos que el Jueves Santo han de comenzar los Ejercicios para niños mayores de nueve años, durante tres días; la preparación más inmediata la hace el celo ingenioso de los directores.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Los domingos antes comenzamos a animar a los mayorcitos para que acudiesen y arrastrasen a otros menos decididos.

El Miércoles Santo por la tarde fuimos casi todos a visitar al señor cura y a hacer más propaganda. Al día siguiente tuvimos alegre sorpresa al ver las campas, junto a las iglesias, atestadas de chiquillos, que nos esperaban ansiosos, fruto en parte de la propaganda de casa en casa; y aun en estos tiempos no faltó catequista que fué tocando una campanilla por su pueblo y avisando cuando empezaban los Ejercicios.

De este pueblo volviamos el domingo de Ramos para tomar el tren, cuando vimos que elementos izquierdistas estaban repartiendo a los niños periódicos y novelas inmundas; llamamos a nuestros niños, les cogimos todo lo que les dieron, y armamos una fogata. Al revolver las brasas quedaba allí todavía una hoja sin quemarse; se leía en ella: "La novela ideal"

Entonces les pregunté a los niños: ¿A que no sabéis para qué es "ideal" esta novela?... (Calladitos todos)... ¿Nadie lo sabe?... Al que lo sepa le doy un caramelo.

—Para irse al infierno, salta un pequeñín.

—Muy bien—le dije yo—. ¿Ya sabéis lo que es el infierno y lo que allí se sufre?

—No.

—Pues yo os lo diré, si venís a los Ejercicios.

Clave del éxito son estas observaciones: que se lleve muy bien preparada la materia, no mucha, pero bien asimilada; que haya abundantes y sugestivos ejemplos; que se explique con viveza; que se sienta lo que se dice; y, sobre todo, que se encomiende a Dios el asunto.

Llegó el Jueves Santo; apenas quedaban niños en los pueblos que no estuvieran a la cita.

Los gritos que hay que dar, los nervios que hay que contener y lo que hay que violentarse, no es para escrito, cuando se lucha con inquietos chiquillos que no tienen más educación que la poca que reciben en sus casas, donde paran poco, y lo mucho que se deseducan en la calle, donde juegan tanto tiempo... ¡Todo sea por Dios!

Cuando impuesto el silencio, habla el catequista y oyen cómo murió aquel niño, cómo se condenó aquel otro, cómo paseando en el infierno se encontraron dos amiguitos, que en el mundo más les valiera no haberlo sido; cómo San Juan Crisóstomo lo único que temía era el pecado; cómo respiraba Jesús fatigosamente en la Cruz, porque sabía que muchos niños de *aquel* pueblo (hay que concretar mucho) no iban a hacerle caso; entonces se podría oír el aleteo de una mosca. Y es que en el alma del niño bullanguero está el angelito con su alma aún de cielo.

Y repito; vamos experimentando lo que teníamos aprendido en los libros, que la atención de los niños se consigue, no con castigos, sino explicando la doctrina con numerosos ejemplos y comparaciones y haciéndoles preguntas de cuando en cuando.

El Viernes Santo, al hablarles de la muerte, me di cuenta de lo difícil que es hacer pensar a los chicos sobre esta verdad. Creen los pobres que sólo se mueren los viejos, y a pesar de que ellos tienen juegos peligrosísimos, no se dan cuenta del peligro que corren; y a fuerza de ejemplos de muertes de niños se logra que se fijen en la conveniencia de estar bien preparados para recibir a este huésped.

Por la tarde, al relatarles la Pasión del gran amigo de los niños, lográbamos que éstos, aun los más brutitos, se impresionaran de gran manera; y no faltaban algunos que agacharan la cabeza para que no les viesen llorar.

Son sin duda las meditaciones del infierno y de la eternidad las que más les impresionan.

Al terminar una de las pláticas me la repetía un chiquitín con estas palabras: "el hombre es como un auto: la Pasión de Jesucristo le sirve de motor para amarle y la muerte y el infierno de freno para no ofenderle".

¡Cómo escuchaban los ejemplos y comparaciones y las historias! Sobre todo cuando les hablábamos del horror al pecado y de lo que sufrió nuestro Redentor: parecían indicarme con sus miradas la gran sentencia que yo procuré grabar en sus corazones: "Antes morir que pecar".

Está visto que el secreto para que los niños atiendan es *amarles*. Si les amamos de veras, lo haremos todo casi sin darnos cuenta, con alegría, con amor y podremos conquistarnos fácilmente el corazón del niño.

Después de prepararles para la confesión y hecho el examen, salían de to en to a confesarse; mientras los demás se quedaban en el Salón o Sacristía, repasando lo que les dijimos aquellos tres días de Ejercicios.

Este resumen no lo hacía el catequista, lo hacían los propios chicos, algunos admirablemente bien. Cuando acabaron las confesiones, los chicos no cabían de alegría, tanto que nos la contagiaron a los catequistas, que estábamos como abobados al verles tan contentos.

Cuando nos dirigíamos al tranvía, (en una de estas catequesis que dista más de un kilómetro de la iglesia), nos acompañaron unos 40 chicos que nos hicieron ver, con su charla alegre y franca, que si nosotros les queríamos a ellos, también ellos nos amaban.

El domingo tuvimos alegría inmensa al ver aquellos niños, ¡los predilectos de Jesús!, que se acercaban a recibir a su amiguito en sus corazones puros.

¿Qué le decían a Jesús? ¿Le pedían por los catequistas? Qué gozo tuve al presenciar aquel magnífico espectáculo; Jesús me pagaba con creces el pequeño trabajo que me había impuesto los días en que conmemoramos su Pasión.

Y no poca parte tienen en este provecho los concursos.

¡Dichosos concursos; con qué gusto y con qué prontitud los hacían! Pasaba, por el barrio una hora después de dar las explicaciones, y ya tenía yo dos de ellos en el bolsillo: dos muchachos, a mi paso, volaron a casa a recogerlos. Solamente eso merecía capítulo aparte; la gracia de algunas contestaciones, la inteligencia que mostraban otras, su corazoncito puro y delicado que revelaban unas terceras; todas ellas con sus faltas de ortografía e ingenuidad nos daban, cuando lo corregíamos, no poco qué reír y qué pensar.

¿Y el fruto? El fruto lo demostraban las caras que sacaban los niños después de confesarse el sábado y el número de comuniones del domingo. "A la verdad, cuenta un catequista y como él lo decían todos los demás, para mí era el rato más excelente, cuando sentado en un banco de la capilla vigilaba a los niños, y contemplaba aquella sencillez y preocupación retratada en sus caritas al confesarse."

Y cómo sentimos en nosotros mismos que el mejor medio de asegurar nuestra salvación es dedicarse con todo ahinco a salvar las almas de estos niños, casi abandonados; si al mismo tiempo nos hemos enseñado a nosotros mismos a mortificarnos y a sacrificarnos por Jesucristo, satisfechos podemos estar. ¿Habría algo más noble y levantado que hacer en esta miserable vida?

¡¡Qué bien nos ha pagado Dios nuestro trabajo!!

P. T., Congr.

El tesoro de Marcos

Solemos presentar en estas narraciones cuadros actuales y cercanos, cuadros vivos de la realidad que nos rodea.

El que hoy os ofrezco es actualísimo, es de ayer, aunque viene de muy lejos:

Aparece ante nuestros ojos el jardincito de una leprosería en China, con sus innumerables casitas blancas, que allí levantó y mantiene la caridad y el sacrificio cristiano.

Un joven fuerte y hermoso visita los leprosos que toman el sol; les habla, les cura con cariño, les consuela... Es Marcos Vang, cristiano fervoroso, que hace años fué curado aquí mismo y no quiso marcharse; se quedó para servir a los enfermos, para hacerles soportable la vida, para hablarles de Dios...

Acompañado de la Madre Superiora y seguido de algunos criados, cierto gran personaje chino va visitando el establecimiento.

Al pasar por el jardín, se fija en Marcos, se acerca a él y le ve limpiando las purulentas llagas de un enfermo, cuyo hedor echaba para atrás... y el joven sonreía, daba golpecitos de cariño en la llagada pierna del leproso y le contaba un cuento al lavársela.

El visitante le miraba pasmado; aquello le parecía absurdo.

Al notar su extrañeza, dícele la Religiosa: —Sepa, señor, que lo hace todos los días; y siempre con esa cara de Pascua... Vale más que oro nuestro buen Marcos.

Entonces el chino, mirando al joven con la veneración que nos causa lo sublime, le pregunta:

—Muchacho, *¿de dónde* sacas tú alegría y ánimo para vivir entre esta gente podrida?

Marcos le responde: —Comulgo todos los días...

—¡Comulgar! ¿Qué es eso?—exclamó el pagano dirigiéndose a la Monjita—. Y ella, mientras se retiraban por el jardín, le empezó a hablar de Jesucristo y de las cosas heroicas que uno hace cuando le ama de verdad...

—¡Comulgar! ¿Qué es eso?— El personaje chino no sabía lo que es *eso*.

Y tú, ¿lo sabes?

Comulgar es recibir al Maestro Santo, al Amigo Amable, unirse con El, transformarse en El. Comulgar es recordar cuánto nos quiere; comulgar es poseer una prenda de la Gloria; comulgar es lo más sublime que puede hacer un hombre sobre la tierra... ¡Comulgar es hacerse más que hombre, ángel, Dios!

—Dime, mi querido amigo: ¿Quieres tú participar de tanta grandeza?

—¡Oh, ESO, SI!

Pues comulga lo más que puedas, todas las semanas, todos los días; cuanto más, mejor. Y en cuanto se te presente una tentación, la vencerás si exclamas con energía: Hoy he comulgado, mañana he de comulgar: ¡Apártate, tentador!

Y en cambio, si se te ofrece un deber que cumplir, lo abrazarás diciendo:

—Eso es difícil, eso es un sacrificio para mi corazón, eso me cuesta mucho; pero con eso me preparo para comulgar... Pues entonces: ¡ESO, SI!

Y así fortalecido y alegre, llenarás los días de tu vida con acciones elevadas, heroicas como las del noble Marcos Vag, el jovencito chino que pasa la vida curando las asquerosidades de los leprosos, trabajando mucho: y siempre contento, porque comulga muy bien todos los días...

S. T. A., Congr.

Tirando bien del carro

Fernando es, a juicio de todos, el mejor chico de la clase, el más apreciado de sus profesores y compañeros; siempre alegre y de buen temple, se hace querer de cuantos le rodean.

En más de una ocasión le ha revelado a su mejor amigo Pepe la causa de su alegría y jovialidad. Me siento tan feliz, le decía, "tirando bien del carro".

Esta frase, que puede parecer muy vulgar, expresa bien la causa de aquel su tan buen humor.

"Tirar bien del carro", decía, es cumplir a conciencia sus obligaciones de estudiante, de catequista, de congregante.

Sobre todo, esto de sentirse catequista es lo que más le agrada; pues tiene bien grabada la idea de que "el que salva un alma, salva la suya".

Con esta idea fija está siempre contentísimo. ¡Conquistar almas para Cristo; salvarlas!

Y mirar cómo saca sus cuentas; se dice a sí mismo: Si yo salvo un alma, gozaré de dos cielos, el mío y el del salvado por mí. Si salvo dos, de tres; si veinte, de veintiún cielos, etcétera, etcétera. Ya podía estar contento Fernando tirando del carro de la gloria de Dios y con tantos cielos en perspectiva.

Mirad lo que hoy le ha pasado: Volvía de clase con sus compañeros, cuando en un puesto de periódicos ha visto una revista con una portada escandalosa; se ha parado y le ha preguntado con mucha calma a la vendedora: ¿cuánto vale esta indecencia?

Al notar el tono decidido del joven, la vendedora contesta temerosa: 30 céntimos.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Fernando coge la revista y sin mirarla la hace trizas y la arroja violentamente al suelo, y después de lanzar una mirada aplastante a la vendedora, les dice con calma: "vámonos de aquí".

La vendedora queda confundida. Y el caso es que desde entonces no se ha visto en ese puesto una revista indecente...

Y me contaba Fernando que aquel día, al hacer su visita diaria al Santísimo y examinar su conciencia, le pareció oir una voz interna que le decía: ¡Qué bien tiras del carro de mi gloria! ¡¡¡ESO, SI!!!

P. B., Congr.

Este lo entendía

Cierta Duquesa de Francia deseaba que un hijo suyo fuera Obispo; pero el mozo valía más para tomar su caballo y salir de caza que para ceñir la mitra y gobernar una diócesis.

Firme en su empeño la madre, quiso buscarse una recomendación para la Reina, y dirigióse en su carroza al conventito del Padre Vicente de Paúl, famoso ya en todo el Reino por su prestigio y santidad.

—Os suplico, Padre Vicente, que habléis a la Reina de mi hijo...

—Pues qué, señora Duquesa, ¿le ha ocurrido algo?

—No, no; es que quiero le hagan Obispo.

—¿Obispo?... ¿Vuestro hijo!

Y San Vicente de Paúl la miraba pasmado...

—¡Mi hijo, sí! ¿No le conocéis?

Demasiado le conocía el Santo: así que procuró serenarse y le daba mil razones para disuadirla.

—El Episcopado trae responsabilidad inmensa ante Dios; vuestro hijo es aún muy joven; se necesita mucha prudencia: mejor será dejarlo por ahora...

La dama se irritó; levantóse, arrojó la silla; y ante la mansedumbre del viejo, bramó como una fierecilla enjaulada: le puso las manos en el rostro, le mesó la barba, le hirió con sus uñas, le tiró por tierra...

El Hermano portero acudió al ruido...

—¡Jesús me valga!, exclamó estupefacto, y no sabía qué hacer, a quién acudir.

—Venga, Hermano: ayúdeme a levantarme —le dijo el Padre Vicente—; y cuando la dómina se marchó renegando, añadió el buen viejo, limpiándose con el pañuelo la sangre de los arañazos:

—*¡Lo que puede el amor de una madre!*

¡Eso es excusar... lo inexcusable!

Cuando tú veas u oigas cualquier falta de otro, ¿no podrás decir algo parecido, o excusar la intención, o al menos dejar a sólo Dios el juzgar a tu hermano?

¡Cómo se suele hablar!:

—¿Fulano de tal? Sí; muy honrado, de muy buen fondo, pero...

Y tras este *pero*, el mordisco en la honra, el arañazo cobarde y hasta la puñalada a traición. ¡Qué cosas se dicen en muchas reuniones hablando de los ausentes, cuando son enemigos y hasta cuando son amigos!

¿Quién eres tú para juzgar a tu hermano? ¿Te parece que su falta no tiene excusa? Pues oye este suceso histórico para que veas cómo los corazones grandes saben excusar hasta los pecados más patentes, dejando *sólo* a Dios el papel de juez supremo, ya que *sólo El conoce nuestras intenciones* y sólo El tiene la potestad de juzgarnos.

—ESO, SI...

—Pues considera tú mismo lo mucho que ganarás, si así lo haces: "No juzguéis, y no seréis juzgados", dice Nuestro Señor Jesucristo.

S. F. M., Congr.

¿Quién enseñaría a las abejas?

En una Academia de Matemáticas, en Alemania, se planteó el siguiente problema: ¿Quién en las mismas condiciones haría mayor número de celdas, de modo que, sin dejar entre ellas hueco alguno, ofreciesen al mismo tiempo la máxima resistencia, y emplearan en ello la menor cantidad de material posible?

Días después, los que se creían más sabios trajeron las contestaciones. Algunos no habían podido sacarlo; otros no se habían fijado en algunas de las cláusulas y lo tenían mal; solamente uno parecía haber acertado con la solución, que casi coincidía con las celdillas que fabrican las abejas; éste decía que se equivocaban en uno de los ángulos que debiera tener dos grados menos de inclinación.

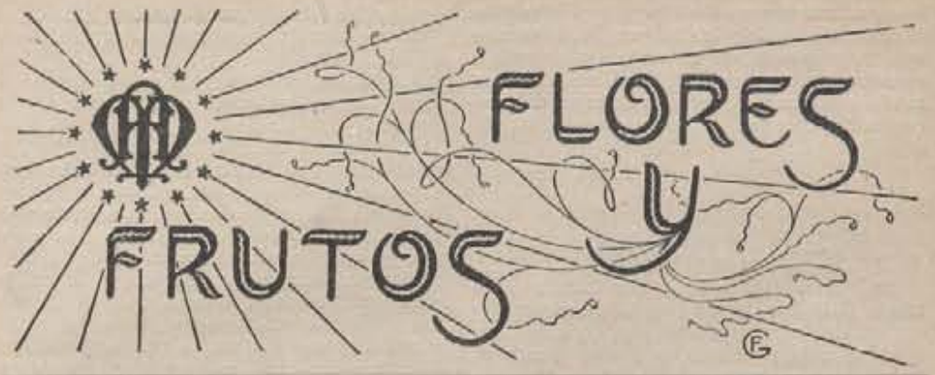
La cosa quedó así, cuando poco tiempo después, en aguas de Noruega se perdió un barco de guerra alemán. Le procesaron al capitán por no haber hecho bien el cálculo que le aseguraba la posición geográfica del buque respecto al bajo donde había encallado.

El capitán, para defenderse, volvió a hacer delante del tribunal los cálculos que había hecho en el mar; los jueces vieron que estaban bien, conforme a la tabla de logaritmos que él había usado. Mirándolo más despacio, se apercibieron que había en aquellas tablas un error; con lo que el capitán quedó justificado y libre de toda responsabilidad. El tal proceso despertó general curiosidad, y más cuando se dieron cuenta de dónde provenía el error.

Pues bien, justamente aquel rabio que había presentado su rectificación sobre la inclinación de uno de los ángulos de las celdillas de las abejas, cayó entonces en la cuenta de que se había servido de las mismas tablas de logaritmos. Se rectificó e hizo ver con que maravilloso instinto construyen las abejas sus panales, con tal exactitud en la inclinación de los ángulos que ni muestras matemáticas más sublimes resuelven mejor el delicado problema.

Ahora bien, a estas abejas ¿quién les habrá enseñado matemáticas sublimes? ¿No te parece que tiene que ser el mismo que les ha dado el poder fabricar del jugo de las flores la miel que depositan en las ingeniosas celdas fabricadas sabiamente por ellas?

J. L. B., Congr.



Núm. 239.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Junio de 1933

Terrible y oportuna lucha

Iba un Misionero por lo más espeso de un bosque, cuando apercibe a lo lejos a una serpiente boa de gran tamaño colgada de un árbol.

El buen Padre retrocede unos pasos, con la esperanza de huir de la serpiente y volver a su choza.

Pero en el momento de ir a retroceder, una idea le asalta: si vuelve a su cabaña, va a llegar muy tarde al poblado indígena, en el que, por ser día festivo, había de celebrar el Santo Sacrificio de la Misa.

Con esta idea fija en su mente, cree lo más conveniente dar un pequeño rodeo; pero no se ha dado cuenta de que un feroz tigre va siguiéndole los pasos. Al dar media vuelta, descubre al animal.

El Misionero en aquel momento cree llegada su última hora, y agarrando el Santo Cristo que siempre llevaba colgando del pecho, se encomienda a la Santísima Virgen: lleno de confianza en su protección, avanza hasta pasar por cerca del terrible reptil, el cual, atento ya al tigre, ni se da cuenta del Misionero.

No había andado veinte metros, cuando oye unos aullidos espantosos, que en el primer momento le hicieron temblar. Vuelve la vista atrás, y un espectáculo feroz se ofrece a su vista; el tigre que le seguía los pasos había caído en poder de la boa, que, enroscada en su cuerpo, le asfixiaba por momentos; el tigre hacía esfuerzos extremos, pero ya difícilmente podría escapar de la terrible serpiente.

El Misionero siguió andando a paso aceleradísimo hasta llegar al próximo poblado, a donde llega fatigado y sobresaltado, contando lo que le había sucedido y cómo la Santísima Virgen se había valido de aquel encuentro feroz para salvarle la vida.

Al oírle al Misionero, el poblado entero salc con él a arrodillarse todos al pie del Sagrario, sobre el cual estaba la estatua de la Santísima Virgen, ¡con qué emoción y agradecimiento rezan todos el Santo Rosario!

No sólo en Mayo; siempre que estemos en peligro de alma y cuerpo, debemos acordarnos de Jesús y de su Madre Santísima. ¿Quién puede y quién nos quiere tanto como ellos?

R. T., Congr.

El mejor contento

En Tolouse se juntaron tres jóvenes y decidieron dedicar los domingos al cuidado de los pobres ancianos que no pudieran hallar entrada en los hospitales. Mientras los demás amigos aprovechaban los domingos para pasear y frecuentar diversiones, a menudo peligrosas para el cuerpo y el espíritu, aquellos tres jóvenes practicaban con ánimo abnegado tan excelente obra de misericordia.

El ejemplo cundió con celeridad y no tardaron en verse otros jóvenes en distintas ciudades con los mismos propósitos realizados.

Algún tiempo más tarde llegaron a 800 los jóvenes que se entregaban a semejantes actos de misericordia. En vez de gastar su dinero en tonterías, preferían atender con él a las necesidades de ancianos pobres, a los que cuidaban con mucho cariño. Y además del bien y comodidad de los cuerpos de aquellos desamparados del mundo, se ingeniaban maneras para procurarles la salvación de sus almas. Ninguno de los ancianos a ellos confiados moría sin recibir los Santos Sacramentos.

Dos veces al mes se reunían aquellos jóvenes para tratar entre sí lo que habían visto y el bien que ellos mismos habían experimentado en sus almas. Los que estaban

Universidad de Deusto
Biblioteca

cansados y desalentados, se reanimaban en aquellas reuniones.

Esto mismo lo estamos practicando los que pertenecemos a las Conferencias de San Vicente de Paúl; y no es poco el provecho que experimentamos al visitar y animar a nuestras pobres familias. ¡Ojalá nos imitasen muchos jóvenes! ¡Qué lejos estarían de querer hartarse de porquerías, como el hijo pródigo!

J. L. G., Congr.

Parar a tiempo

Cualquiera que hubiese conocido a Fernando Balbuena, al instante hubiera quedado convertido en íntimo amigo suyo; simpático como él solo y dotado de grandes cualidades naturales, poseía voluntad de hierro; como que había tenido la gran fortuna de tener padres tan celosos cumplidores de su deber, que habían conseguido hacer de su Fernando un hijo modelo...

Ya se sabía, en todos los trabajos de la Congregación se le hallaba activísimo, especialmente en las catequesis: y era queridísimo de todos sus compañeros, y buscado y adorado de sus catequizados.

Paseaba un día por una de las calles del pueblo, donde se hallaba pasando una temporada, cuando percibió a lo lejos un grupo de amigos suyos; cariñoso se fué hacia ellos, y ¡cuál no fué su asombro al notar que en su conversación introducían palabras de muy mal gusto y... hasta una blasfemia.

Oirla y enfurecerse es todo uno; en aquel momento gustoso hubiese dado dos bofetadas al blasfemo, pero se contiene y con aire sereno le hace una serie de preguntas, a las que el blasfemo no sabe qué contestar; arrepentido le pide perdón y le promete enmendarse de su vicio.

¡Cuántos blasfemos y cuántas personas tenemos a nuestro alrededor que no saben hablar de otra cosa sino de suciedades, y pronuncian palabras malsonantes y hasta blasfemas!

Cortemos esas conversaciones, que tanto mal hacen, y animemos a nuestros compañeros a que hagan lo mismo.

G. O., Congr.

Precioso bastón

Cierta vez recibió el Papa Pío IX a un Obispo de América muy anciano. Como el Obispo se presentara en la antecámara papal con un bastón, le rogó el mayordomo que hiciese el favor de dejarlo allí, pues así era la costumbre.

Negóse a ello el Obispo, diciendo: "Soy muy anciano ya para andar sin bastón".

Cuando llegó a presencia del Papa, le ofreció el bastón y le rogó que tuviese a bien aceptarlo.

El Papa cortésmente se lo devolvió, diciendo que era muy pesado y que además no quería privar a un anciano de su apoyo habitual.

Sonrióse el Obispo y replicó: "Ruego a Vuestra Santidad que quiera arrancar el puño del bastón".

Hízolo así el Papa y pudo ver dentro de aquel bastón tan sencillo un lingote de oro macizo.

Entonces el Obispo dirigióse al Papa y le dijo: "¡Santidad! este lingote de oro es un obsequio de mis diocesanos hecho a Vuestra Santidad. La vaina donde estaba contenido, me la llevaré como recuerdo de esta visita que yo ansiaba tanto hacerla".

Si aquel bastón tan sencillo y de ningún valor exteriormente encerraba en su interior tan valioso tesoro, ¿por qué razón con nuestras obras no ocurrirá lo mismo? pues aunque parezcan obras ordinarias y sin importancia exteriormente, pueden ocultar y ocultan tesoro incalculable de riqueza si se hacen por amor de Dios.

J. R. A., Congr.

¡Pobre Tobi!

¡Qué agradable estaba aquella noche! Decididamente, convidaba a salir. Llamé a "Tobi", mi buen perro policía, inseparable compañero mío en mis ratos de ocio, y al poco rato disfrutábamos los dos de las delicias de una noche primaveral. Millares de estrellas brillaban como diamantes suspendidas en el azul del cielo, que casi lo plateaban.

"polvo de estrellas que al pasar levanta
del Criador la poderosa planta...",

Y saliendo entre todas, rutilante y magnífica, se nos mostraba la luna...

En esto, noto que "Tobi"—que se había separado algún tanto de mí—comienza a ladrar furiosamente, como queriendo alcanzar algo que no podía; acudo donde él y le veo en la orilla de un estanque del modo que he dicho; pero ¿a qué ladraría de ese modo? Asomo mi vista al estanque y veo... De pronto "Tobi", que no paraba en sus gritos, da un salto furioso al agua, lanzándose tras lo que él creía ser la luna, y no era sino un falaz y engañador reflejo, que había pretendido coger, y vuelve, claro está, sin ella y hecho una lástima por el lodo que le había salpicado y hundido.

Como en aquel estado no podía continuar paseando, y se sentía refrescar el viento, decidí volver a casa.

Pero antes de llegar a ella, en el camino, pensando en lo que había ocurrido a mi perro, saqué esta enseñanza:

—Como mi "Tobi"—pensé yo—¡cuántos jóvenes de ahora se lanzan tras otros reflejos que ellos creen ser de plata (llámense "cines" u otras frivolidades), y no son sino fango que manchen sus almas cuando los van a buscar...

B. O., Congr.

¿Quién dice lo contrario?

Luis María, que estudiaba en el extranjero, volvía presuroso a Sevilla, enterado por un telegrama de que iban a operar a su padre.

Entre la mucha gente que ocupaba aquel departamento, al empezar a andar el tren, levantó la voz un joven, como para desafiar a todos los presentes, y a modo de comienzo, preguntó: —¿No es verdad que hablo con afectos al nuevo régimen?

Asintieron, esta vez por miedo a que se alborotara el joven y ocurriese alguna delación. Con este paso dado, le pareció tener el camino libre para desfogarse.

Lo primero hizo saber a sus oyentes su historia, vulgar en extremo: —En otros tiempos, y más que todo por borreguismo, fuí monárquico; más tarde me hice republicano y no me fué mal; hoy soy comunista y me va a pedir de boca. ¿Quién se atreve a hablar contra el comunismo?

A estas invectivas todos callaban. Nada más deseaba; apoyándose en aquella cobardía del auditorio, habló contra todo lo que se puede hablar, mordiendo lo mismo al jefe del Estado que al policía y al cura de aldea, lo mismo que al Prelado venerable... Cuando el discurseante, al fin de cada parrafito, paseaba la mirada por el incauto auditorio, pidiendo su aprobación, mi amigo Luis optaba por bajar la vista, haciéndose el desentendido. Muchas veces tuvo que tragar saliba, y otras tantas estuvo a punto de estallar, pero se contuvo.

Mas aquel tribuno barato llegó al culmen de su tontera, cuando, dirigiéndose a todos con más osadía, quiso arrancarles su asentimiento en punto más capital: —¡Dios no existe!—profirió; y estaban ya todos poco menos que asintiendo con su silencio, cuando nuestro amigo replicó con energía: ¡Mayor disparate!

La escena con sólo aquella desaprobación cambió de aspecto: el antes petulante joven se turbó; los viajeros respiraron y mostraron alegrarse, y nuestro Luis prosiguió con mayor vehemencia:

—¡Dios existe! ¿Quién dice lo contrario? ¿y en qué fundamentos se apoya usted para hacer esa afirmación y sentirse ateo? ¿Cuáles son sus estudios, que con su ciencia le hayan decidido a tamaña negación?

—No le hacen falta estudios ni pamplinas al que lee todos los días los periódicos mejor escritos.

—¿Y unos papeluchos, dirigidos por gente pagada para calumniar, son el apoyo de esa negación? Ahora me dirijo a ustedes—dijo mirando a los presentes—y les suplico decidan a quién se debe antes atender: a un asiduo lector de desacreditados papeles, o a un estudiante que en el extranjero, en Universidad de fama mundial, bajo la dirección de profesorado competente y teniendo a mano riquísima biblioteca, sigue una carrera de Leyes. Y ya se figurarán que hubiera seguido callado, como empecé, de no haber mediado tamaña blasfemia. Comprenderán que no lo digo por mi honra, sino sólo por la de Aquel cuya causa defiendo. ¿Acaso todavía es usted capaz de blasfemar de esa manera? Dios existe, y el que diga que no, es porque le estorba a su soberbia. ¿Es que usted tiene pruebas en contra?

—No son necesarias pruebas, mientras ustedes no demuestren lo contrario—dijo el apabullado paladín, queriendo rehabilitarse.

—¡Toma! ¡Qué posición tan cómoda! Pero no tengo inconveniente; todos ustedes serán testigos. Si no, díganme: ¿Sería creíble que un hombre, dotado de inteligencia superior, con todos los recursos más modernos de la Química y de la Física, fabricase a otro hombre con su admirable organismo, haciendo al mismo tiempo surgir de él la vida con sus funciones tan complicadas? Pues si esto es tan absurdo, ¿qué me diréis de la formación y funcionamiento de infinitos vivientes, desde las plantas inferiores hasta los animales más complicados como es la simple mosca con sus múltiples ojos? ¿No es verdad que no acertáis a concebir que sea todo ello creación del hombre, provisto de inteligencia oscura y de menguado poder? Pues ¿qué si os digo, y éste es el punto crítico, que todo ese conjunto de maravillas lo hizo "nadie"? ¿No es esto lo que afirman los otros...?—dijo dirigiéndose a su adversario.

—No decimos eso—contestó el apurado interlocutor—; decimos que eso se hizo a sí mismo, que es cosa muy distinta.

—¿Cómo? No veo la gran distinción. ¿Acaso no es lo mismo decir que una cosa la hizo "nadie", que decir se hizo a sí misma, siendo así que todavía no es? ¿Dónde está el autor, si usted mismo asegura que fuera de la cosa por existir, no hay alguien que la determine? Lo único que hay es la nada, "nadie", el dios de los ateos, solución no ya pueril y blasfema, sino científicamente indigna, contradictoria, absurda.

Todos, con la mirada, pedían respuesta al joven comunista; pero éste, abrumado por lógica tan contundente, no sabía dónde fijar los ojos. La risa brotaba poco a poco de los asistentes, confirmando el triunfo de la fe y desdeñando al descreído.

Así las cosas, el tren, ajeno a los sucesos que ocurrían en su seno, cual atleta que llega jadeante a la meta, disminuyendo paulatinamente sus respiraciones, paró en Córdoba. Allí subieron unos cuantos amigos de Luis, y le invitaron a pasar a otro coche: él aceptó; mas, de pronto, por un impulso del corazón, sintió que debía antes despedirse amigablemente de su derrotado contendiente. Sin más tardar, así lo hizo, y por cierto con palabras tales, que fueron el broche de oro de tan valiente e inútable actuación:

—¡Que Dios le ayude en sus negocios! no me olvidaré de encomendarle en mis oraciones. ¡Adiós!—. Y apretó la mano trémula de su contendiente, quien no supo decir palabra, reflejando en sus ojos un movimiento interno de sumisión.

Universidad de Deusto
Biblioteca

no dudar que con este acto de caridad cristiana quedó el otro convencido de la existencia de Dios, que a tales obras mueve a sus criaturas, si es que la argumentación anterior no le había impresionado y convencido.

R. M., Congr.

¿Cómo ganaré más?

Se cuenta (no sé si será verdad) que al regresar Luis XI, Rey de Francia, de una cacería, quiso entrar en un caserío por donde acertó a pasar. Al ver un cesto con hermosas coles, dijo el Rey lo mucho que le agradaba aquella tan vulgar hortaliza.

Al poco de esta visita se fijó el aldeano en una col hermosísima; la cortó y envolvió lo mejor que pudo, y se fué con ella a palacio, para ofrecérsela al Rey, pensando proporcionarle un gran placer. Acertó, pues gustó mucho el Rey de aquel obsequio, y regaló al campesino muy ricamente, dándole 100 luises de oro.

Un cortesano, viendo cómo el Rey recompensaba regalo de tan poca monta, se propuso hacer él también un obsequio a Monarca tan liberal. Díjose para sus adentros: "Si por una col el Rey ha dado a este campesino 100 monedas de oro, si le ofrezco mi precioso caballo no será mezquino el provecho que pueda reportarme".

Aceptó el Rey muy gustoso el presente y mandó entregar al cortesano un paquete muy bien sellado con los sellos reales.

Abrióle el interesado con gran prisa y curiosidad, y halló dentro la col del campesino.

Tan pronto como pudo fuese al palacio y dijo al Rey con muy buenas palabras, que como premio a su generosidad había recibido una col muy bien envuelta y sellada con los sellos reales, y que él creía que todo ello era o un error o una burla hecha por gente villana, sin contar con la voluntad del Rey.

Este se sonrió y contestóle: "No hay aquí error ni burla; la col que te he enviado creo que es el premio que te corresponde, pues, como sabes, la tal col me costó 100 luises de oro". El Rey, adivinando las intenciones de aquel ambicioso, dejóle burlado y corrido.

De manera parecida a la de éste Rey, que no tenía en cuenta la magnitud de los presentes que le hacían, sino la intención con que eran hechos, nos tratará Jesucristo al juzgarnos. Un vaso de agua fresca que demos a algún sediento pensando darlo al mismo Jesucristo, será ricamente recompensado por Dios.

En cambio, si en nuestros trabajos y limosnas buscamos la satisfacción de nuestro amor propio, el que nos tengan por generosos y sacrificados, nos contentamos con muy miserable recompensa, que no merece ni una col.

V. M. de L., Congr.

La caza del elefante

Entre los diversos procedimientos usados por los salvajes para cazar al elefante, existe uno que me llamó extraordinariamente la atención, no por su originalidad, sino por la enseñanza práctica que de él podemos obtener.

Consiste en cavar unos fosos profundos y al mismo tiempo de gran extensión y taparlos después cuidadosamente con tierra y follaje, sostenido por palos verticales y cañas de escasa consistencia.

La tierra extraída es llevada lejos, y por los alrededores del foso no queda ningún vestigio de éste, para que no recele el animal.

La principal dificultad estriba en lograr que el elefante pase por los lugares donde se han construído estas trampas. Para vencer esta dificultad los fosos se construyen en lugares frecuentados por los animales, y no habiendo otro remedio hacen huir al elefante por medio de gritos y fuegos, apostándose ellos en sitios estratégicos para no permitir un cambio de ruta.

Entonces es cuando el confiado animal pisa con todo su peso aquel débil suelo, y rompiendo las cañas y palos que lo sostenían, cae pesadamente en el fondo de la fosa.

Una vez allí, a pesar de los mauditos esfuerzos que hace para escapar, le es imposible la huida; y, por más que se encabrita, se revuelve y mueve furiosamente su temida trompa, no logra salir de aquella trampa.

Los cazadores entonces le hieren con picas, si desean cogerle muerto, o le dejan gastar sus colosales fuerzas; le atan después fácilmente por medio de lazos y le sacan vivo de aquel hoyo en que por torpeza cayó.

Y ¡cuántas veces pisamos nosotros en falso como el elefante! Y ¡qué triste que seamos los hombres menos precavidos que los animales! Si se descuidasen los cazadores en dejar en el suelo algún rastro que denotara la menor alteración del terreno, el elefante, prudente como pocos animales, no daría un paso y se desviaría en seguida.

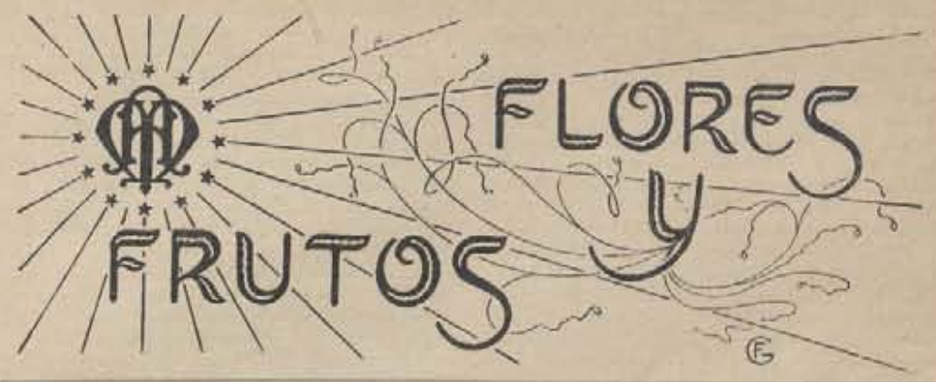
Pero no así los jóvenes y no jóvenes; en cuanto cae en sus manos una revista o novela desconocida (aunque sepan que es peligrosa), la hojean rápidamente, creyéndose con fuerzas suficientes para dejarla en el momento en que encuentren algo inconveniente. Y ocurre que, una vez abiertas, tropiezan con los grabados y pasan las páginas hasta que las hojean todas.

Otro tanto les ocurre con las películas: aun estando plenamente convencidos de la inmoralidad de casi todos los films, son tan **valientes**, que no son capaces de resistir una indicación o invitación de un atrevido.

Hay que convencerse de que conviene conocer el terreno que se pisa, ya que sabemos lo que nos acechan los enemigos. Desconfía de tus fuerzas y prudencia, pues de ambas careces.

R. P. A., Congr.

LA EDITORIAL VIZCAINA



Núm. 240.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Julio de 1933

Una curación milagrosa del nuevo Beato P. Pignatelli

Uno de los errores más crasos de la moderna incredulidad es la negación radical de todos los milagros. La Santa Iglesia tiene en contra una respuesta decisiva y contundente. Cada una de las canonizaciones y beatificaciones exige respectivamente dos milagros. Y como apenas hay año en que no se celebren varias de estas, resulta que los milagros están a la orden del día. Por supuesto que estos milagros deben ser tan claros y evidentes que, a la menor duda que ofrezcan de su existencia, son irremisiblemente rechazados. Ahí están, para poder comprobarlo, las causas del B. Dom Bosco y la del V. Padre Claret y otras recientes.

Como una demostración palmaria de que existen milagros, aun en los tiempos recientes, vamos a insertar el que ha servido para la beatificación del P. Pignatelli. Quien nos envía la relación, ha hablado en Roma con la misma persona en la cual se ha obrado el milagro, y para mayor aquilatamiento, también con uno de los cuatro médicos que reconocieron a la curada, a raíz del suceso.

La persona curada se llama María Berta Guiu. Es y ha sido criada de servicio en Barcelona, aunque ella es natural de Granollers: actualmente cuenta 33 años. De condición siempre enfermiza, no podía realizar ningún esfuerzo sin que quedase inútil para el desempeño de su oficio. Anteriormente había sestado operada de apendicitis supurante y aguda: en el mismo año hubo de repetirse la operación. Por Septiembre de 1929 cayó enferma de suma gravedad, como que, además de una colitis pertinaz, padecía una tuberculosis intestinal tan fuerte que el médico, al reconocerla, la solía decir: Mire usted, estoy palpando el pus en su vientre. Al poco tiempo la tuberculosis invadió los pulmones, produciéndole grandes cavernas en ellos. Para colmo de males le salió por todo el cuerpo una feroz urticaria, con grandes ronchas negras, especialmente en los brazos y en las manos. Finalmente, por la larga estancia en la cama, se le abrieron llagas en las espaldas y en las piernas. Nada extraño que la fiebre, siempre muy elevada, en los 15 últimos días subiera a 40 grados, y en la noche del milagro llegara, cosa excepcional, hasta 43,7 décimas. Téngase, además, en cuenta, que había tenido *siete vómitos de sangre* y que arrojaba cuanto alimento se le diera. Como consecuencia de todo esto, los médicos habían desahuciado a la enferma y ésta, recibidos todos los Santos Sacramentos y rezada la recomendación del alma, estaba aguardando de un momento a otro la muerte.

El P. Guiu, S. J., confesor de la moribunda, la sugirió la idea de que se debía encomendar al P. Pignatelli, pidiendo por su medio, al Señor, la curación. Al principio más bien se mostró reacia, diciendo que, hastiada, como estaba, de la vida, más bien prefería morir, añadiendo cándidamente que mal se podía encomendar a un santo a quien ni de nombre conocía. Sin embargo, cediendo a la indicación del Padre, comenzó, ayudada por las religiosas que le asistían en la clínica, una novena al P. Pignatelli. En los tres primeros días, ninguna mejoría experimentó, pero al cuarto, al decir aquellas palabras "y la gracia especial que te pedimos en esta novena", sintió un fuerte estremecimiento y se quedó ciega. Al poco rato recobró la vista y se halló perfectamente sana: los dolores, las molestias, las heridas, todo había desaparecido instantáneamente. Esto sucedía el 21 de Noviembre de 1929, a las ocho y cuarto de la noche. La curada pretendió levantarse, pero las prudentes religiosas estuvieron muy lejos de consentírselo, creyendo que se trataba de un caso de delirio, o de alguna crisis aparente de la enfermedad; pero como aquella pidiera insistentemente de comer, accedieron según les había ordenado el médico, dándole una rebanada de pan y postre de melocotón, que la curada comió con excelente apetito y sin la menor dificultad de su estómago, que antes nada podía retener. De nuevo a las diez de la noche la curada insistía que ella se encontraba buena y que debía levantarse; pero las religiosas, sin darla crédito,

Universidad de Deusto
Biblioteca

por lo que pudiera ocurrir, la ataron a la cama con un amplio cinturón. A la misma hora y a nuevo requerimiento, la trajeron más alimento, esto es, dos rebanadas de pan y otras tantas rajas de merluza: pronto desapareció todo. Poco después se le tomó la temperatura, que resultó ser de 38 grados. A las cuatro de la mañana despertó del tranquilo sueño y pidió nuevamente de comer: se le dió café con yemas de huevo. Al despertar a las ocho de la mañana, tomó el suculento desayuno siguiente: tres rebanadas de pan, tortilla a la francesa, carne, butifarra catalana, etcétera. Ni por esas la permitieron las religiosas que se levantara, hasta que lo ordenara el médico, el cual vino a las once de la mañana, y después de reconocerla con la detención que el caso lo exigía, la halló completamente sana. A pesar de eso, estimó prudente estar en observación, obligando a la curada a continuar en la cama hasta el lunes siguiente. Ese día fué reconocida y radiografiada cuidadosamente por cuatro médicos, declarando contestes que no existía el menor rastro de la pasada enfermedad: uno de ellos, que era descreído, se convirtió. Lo propio aconteció a otra mujer descreída también, que había conocido a la enferma.

Desde entonces María Berta sigue sirviendo sin haberse resentido poco ni mucho de sus antiguos males, y eso que por otras causas ha padecido dos catarros fuertes con algún principio de pulmonía. El aspecto que presenta es de excelente salud y la alegría que refleja su semblante no es de enferma. Agradecida al nuevo Beato, cuenta con suma sencillez la curación del mismo obtenida, y en los días de fiesta, cuando está libre de servicio, se dedica a enseñar el catecismo a las niñas. Como rasgo que sirve para conocer el temple de su ánimo, no dejaré de consignar que, hace poco, al ir por las calles de Barcelona, oyó que un joven profería una blasfemia: ella inmediatamente dijo una alabanza de Dios. Como el deslenguado joven repitiera la blasfemia, ella, sin poderse contener, se abalanzó hacia el joven y le asestó tan recio hofetón que, sangrando, le echó al suelo. La policía la detuvo en el acto, pero al poco rato la dejó libre.

J. N. G., S. J.

¡Ah, eso no!

No hace mucho leía yo el siguiente caso:

Era el tiempo en que la orgullosa Roma quería tener a sus plantas a todas las naciones del universo conocido.

Por entonces acababa de apoderarse de Atenas, donde residían los grandes pensadores, que con sus disertaciones y enseñanzas en el foro asombraban a la multitud rebosante que los aclamaba.

Uno de estos grandes filósofos, Hermógenes, estaba en su regia mansión en una de las colinas que circundan la ciudad.

Se hallaba en un aposento magníficamente adornado, no con escudos y armas guerreras, sino con tapices que representaban algunas sentencias que su mente había creado. Estaba vestido con túnica y manto de púrpura, sentado ante una mesa en la que había un montón de pergaminos escritos unos y otros todavía en blanco, y en su mano una pluma de ave.

Discurría en aquellos momentos sobre una máxima filosófica, cuando se movió la cortina bordada en oro que conducía al vestíbulo del edificio y apareció un etiope vestido con túnica blanca como la nieve y con una cadena de oro a la cintura, todo lo cual ofrecía un extraño contraste. Extendió el brazo hacia delante y con voz reposada dijo: Los dioses os conserven. Lucio Cátulo, delegado del actual gobernador de Roma, Sapricio, quiere hablaros; y haciendo otra reverencia separó la cortina y dió paso a un arrogante romano, aun en la flor de la edad. Iba ricamente vestido con túnica recogida, coraza, yelmo y al cinto espada corta.

Mientras Hermógenes se levantaba lentamente, el romano avanzó hasta el centro de la habitación. El filósofo le señaló una silla ricamente tallada y él se sentó en la que poco ha ocupaba.

—Venía—comenzó diciendo el romano—a hacerte una oferta de parte de mi señor Sapricio. Se trata de inaugurar una escuela de filosofía y oratoria para los hijos de los nobles romanos. Turquino ha sido designado para la cátedra de oratoria; ¿querrías tú aceptar la de filosofía?

—De mil amores—respondió el griego—. ¿Cómo no desear trasladarme a la poderosa Roma, gozando del favor del gran Sapricio?

—Tienes razón que te sobra ¡oh! Hermógenes!; además morarás en magníficos palacios, con deliciosos jardines, bellos estanques; descansarás entre mullidos cojines y pieles de leopardo y pantera...

—Sería locura no aceptar con tan halagüeñas ofertas!—dijo Hermógenes.

—La única obligación que tendrás, si así puede llamarse a cosa tan seductora, es asistir a los múltiples y opíparos banquetes a los que asistirán las mujeres más hermosas de Roma y acompañar a Sapricio en el juego de los dados, para el que se te facilitará todo el dinero que te sea preciso.

Al oir estas últimas ofertas, pareció que toda la sangre que corría por las nobles venas de Hermógenes se le subía al cerebro, y levantándose indignado y colérico, dijo:

—¡Ah, eso no! Yo había aceptado con la condición de explicar la filosofía y dedicarme con comodidad a mis estudios; pero, desde el momento que me proponéis cosas pecaminosas y sensuales, renuncio solemnemente a todo; y decid a Sapricio que ningún griego, que se precie de serlo, aceptará tal propuesta. Y, dando la espalda al avergonzado romano, se fué dejando a Lucio hecho un mar de confusiones.

¡¡Ah, compañeros, cuánto valdríamos y seríamos respetados, si así procediésemos!!

Y tú que lees este ejemplo de un pagano piensa en lo que te obliga tu calidad de cristiano; y, cuando estés en un grupo de amigos y comiencen a hablar de cosas inconvenientes, alza tu voz potente y vibrante, y di: ESO, NO; yo sería vuestro amigo, pero, desde el momento en que habláis de esa manera, rompo nuestra mutua amistad. Y haz otro tanto cuando te ofrezcan una novela o te conviden al cine: ESO, NO.

¡¡Ah que fuerza tan arrolladora adquirirá tu alma con tales victorias!! ¿Habrá quien nos venza? ¿Habrá quien con sus ponzoñosos dardos consiga manchar nuestra alma?

P. L., Congr.

Por eso mismo

Es a la puerta de la Universidad, en una ciudad no lejana.

El coco de los exámenes está tan lejos que a nadie le causa miedo todavía.

Un grupo de mayorcetes—los libros bajo el sobaco, el cigarrillo furtivo en la izquierda y aires de conquistadores—conversan de algo que más quisieran quedarse mudos a decirlo ante su madre o sus hermanitos pequeños...

Rafael se acerca hacia ellos, acompañado por su fiel amigo Germán. Rafael es uno de esos capullos de sangre y fuego que se abren a la vida llenos de vigor y que dan frutos de heroísmo o de crimen, según sean sus primeros pasos... "¡Ay de aquellos que escandalizan a uno de estos: Más les valiera ser arrojados al mar con una piedra atada al cuello!"

Germán es la misma bondad inofensiva: quiere mucho a Rafael, le admira, hace todo lo que le ve hacer, y a todo le dice que sí.

Los dos son congregantes: hace pocos días Rafael fué elegido presidente; Germán, satisfechísimo de tener un amigo en tales alturas, está dispuesto a no dejarle a sol ni a sombra y a cooperar con él en las muchas obras que trama el nuevo cabeza de la Congregación, todo fuego, todo generosidad y valentía.

—Tú tendrás que dar muchas batallas en esta vida. Le había dicho su Director espiritual.

—Pues las daré, respondió Rafaelillo, como diciendo: *Vivir sin luchar es una miseria.*

Llegaron los dos al grupo estudiantil: los que conocían cómo me las gastaba Rafael, cesaron en su charla; pero no faltó un atrevido que le preguntara sonriendo:

—Tú ¿eres hombre?

—Sí, ¿qué pasa?, le respondió mustio mozo galleando también.

—¿Has estado en tal sitio?

—No! Fué la respuesta; un *no* seco, lanzado a la cara del procaz.

Este se mordió los labios; pero no queriendo aparecer vencido, volvióse a sus camaradas y dijo, mirándole de soslayo:

—Ya lo decía yo: allí sólo van los hombres... ¡Tú no eres hombre!

¡Te engañas miserablemente!—exclamó Rafael noblemente indignado. Y miró a Germán, que no se apartaba de él; comprendió su gran responsabilidad como presidente de la Congregación: comprendió que aquella era *una de las luchas* que le aguardaban y añadió creciéndose por momentos:

—¡Te engañas, sí! Por eso mismo, porque soy hombre no voy allá. Cada cual lleva consigo parte de bestia y parte de ángel; los hombres verdaderos hacen que la bestia obedezca al ángel; en cambio algunos que yo me sé, dícense hombres y son unos entes disparatados; son esclavos de sus caprichos, son como ese figurón que está a la puerta del circo y que representa un caballo montado encima de su jinete. ¡Germán, vamos! Tú y yo, gracias a Dios, tenemos el caballo bajo los pies: ahora mismo nos marchamos a clase, porque nos da la real gana. ¡Que éstos vayan, si quieren, debajo de su caballo!

Y serenos, y triunfadores, dejando a todos avergonzados, empezaron a subir las escaleras de la Universidad, mientras Germán le decía por lo bajo:

—Rafaelillo, tú serás algo grande!

El grupo de estudiantes se disolvió en silencio: ¡se les había acabado la conversación!, y cada uno marchó por su lado...

¿Qué, solamente los malos tienen derecho a gritar?

¡Cuántas inocencias conservadas, cuántos remordimientos ahorrados, si en cada una de esas reuniones saltase un Rafaelillo, un joven valiente de verdad, que confunda al más pintado con sólo poner los puntos sobre las ies!

L. M., Congr.

Hoy más valiente que nunca

Era Juan María de carácter más bien serio, pero de trato muy afable, noblote y amigo de dar la razón al que la tenía.

Estudió el bachillerato en un colegio dirigido por religiosos y ocupó los primeros puestos de la clase.

Una vez terminado el bachillerato, se retiró a hacer 4 días de Ejercicios, de los cuales salió muy animado a vencer cuantos obstáculos se le pusieran delante; hizo propósitos firmes de no dejarse arrastrar por ningún atrevido.

Para poder seguir su carrera, tuvo que ausentarse de casa y marcharse a la Universidad, donde es tan difícil vivir sin caer en la impureza, y más manejando dinero! Allí se reúnen los jóvenes abandonados a sus pasiones y la mayoría sin freno alguno.

Enseguida empiezan a tomar amistad con uno; que si un libro, una lección o cualquier otra cosa; se ofrecen un cigarrito, después una copita, luego una revista gráfica, una novela; luego te vienen a buscar los domingos para ir al cine o al teatro, una y otra tarde; y del cine o del teatro, se pasa a otras cosas; ya está el jovencito en el cieno sin saber cómo salir de él; no se atreve a decirle al amigo que no; y sigue y sigue, hasta que por fin, gasta el dinero a sus padres inútilmente, o mejor dicho, arruinando su salud.

Pero mi Juan María se mantuvo tan firme y animoso que arrastró a no pocos jóvenes a la Congregación de la Santísima Virgen y a tomar parte en catequesis y veladas; así se salvó sin caer en la charca.

Comulgaba con mucha frecuencia y llevaba en su cartera una postal preciosa de la Virgen.

Estudiaba ya su último año de carrera, cuando le sucedió un hecho que demuestra su valentía.

El claustro de profesores obligó a asistir a clase el día del Corpus.

Tan pronto como se enteraron, se reunieron los estudiantes católicos, y mi amigo Juan María se puso al frente, declarando guardar fiesta, como hasta entonces se venía haciendo.

Mi amigo, con sus compañeros, llegaron tempranito a la Universidad, para animar a los demás a que guardasen fiesta. Llega y pasa la hora de entrada. La calle de la Universidad es estre-

Universidad de Deusto
Biblioteca

ría para tanto joven y la gente se detiene al ver aquel enjambre de estudiantes.

Por fin sale a la puerta un catedrático, que gozaba de fama anticlerical, con un cuaderno y un lapicero en actitud de anotar a los alumnos de su curso que no quieren entrar. Ya podéis figuraros lo que tiene que oír. Todo terminó con un grito: ¡Viva Cristo Rey!, contestado con un empuje como salido de todos aquellos corazones que se ponen en contacto con Cristo muchas mañanas, que no temen más que a Dios y respetan a todo el que le respete.

Al día siguiente Juan María era llamado a dar la lección; pero como las preparaba todos los días, se llevó chasco el tal profesor.

Acabó su carrera con notas brillantísimas y es estimado por todos, jóvenes y no jóvenes.

¿Quieres ser valiente y llegar a sobresalir en tu carrera? Aprende a ser sacrificado, arremete con lo que te cueste, deja muchas veces la parte grata y defiende siempre a la religión, que Dios te lo pagará aquí mismo con creces.

G. P., Congr.

A los valientes

¿No te enteraste de lo que les sucedió a unos muchachos que fueron a ver las cataratas del Niágara?

Es el caso, que cinco jóvenes extranjeros que se encontraban en Norteamérica, deseando apreciar por sí mismos la grandeza de las cataratas del Niágara, tomaron una mañana de Agosto el tren, que en cuatro horas les dejó a las orillas del gran río; allí alquilaron un gasolino que se encargó de aproximarles más a las cataratas. Iban acercándose más y más, cuando he aquí que un fuerte torrente, producido por una tromba de agua caída en un pueblo vecino, que ellos no habían podido apreciar, arrastró la débil embarcación y en una falsa maniobra zozobró; nuestros cinco muchachos fueron arrastrados a lo largo del río, cayendo cuatro de ellos por las cataratas abajo.

El quinto, más listo y esforzado que los otros, consigue agarrarse a tiempo a una roca que sobresalía algo; y después de fuerte lucha con la corriente, vence y logra subirse a la roca, y allí salvarse; mientras los otros pobrecillos, aturdidos, no vieron la roca y perecieron.

Ahora viene lo más interesante para ti.

¡Qué corriente es la que a ti te está arrastrando todos los días? Aquel compañero que te dice que vayas con él a sitios peligrosos, como son hoy algunos lugares de las playas, te enseña retratos, revistas, pinturas, etc., etc., que bien sabes tú que no debes mirar; y te habla de... ¡qué cosas!, y se ríe, o burla de ti, cuando te niegas a complacerle.

Pero, no te asustes: que tú, como aquél otro, también te puedes salvar; haz lo que él hizo. Agárrate a una roca. Y no la hay más firme ni fácil de escalar que la Santísima Virgen. Y le vas a pedir incesantemente que no permita que seas arrastrado tú por la corriente del mal amigo, que ha arrastrado a tantos jóvenes sanotes y buenos, como tú lo eres ahora. Los pobrecitos no se agarraron de veras a la Virgen, no la obsequiaron, no la llamaron con el corazón en las tentaciones; por eso perecieron.

D. D., Congr.

Una miradita a Rusia

Tuve la dicha de conocer a un obispo lituano, consagrado a los 32 años secretamente por orden del Papa y cogido prisionero en la Rusia Blanca al volver de una visita pastoral. Condenado a trabajos forzados, primero como cargador de muelle y después como peón en la construcción de un camino; fué desterrado en Siberia, a 60 bajo cero de temperatura, y convivió en un cuarto de 5 metros por 8 con 26 sacerdotes.

Es algo impresionante ver a este confesor de Cristo que ha perdido un oído y que ha estado diciendo Misa con sólo la estola y de rodillas en una bohardilla, tan baja que no podía, aun siendo él bajo, estar de pie. Algunas veces de noche iban a decir Misa a un bosque. El Papa le venera. Se llama Boleslao Slókan, muy modesto. Cinco años y medio pasó en estos trabajos y en peligro de muerte.

Actualmente está viviendo en el colegio ruso; pero no puede volver a Rusia. Dice que no quedan allí apenas sacerdotes católicos; pues los que había han sido o muertos o deportados.

J. N., Congr.

Correspondencia abierta

Buen comienzo y buenos propósitos.

Me levanto a las siete y media para ir a Misa de ocho a un Convento de Monjas aquí cerca, y algunas veces la ayudo; después de comulgar doy gracias y regreso a casa para las nueve; desayuno, leo y estudio hasta las diez y media; a las once salgo a dar una vuelta en bicicleta o a jugar a la pelota, hasta la una.

Después de comer, todos en casa leemos los "Puntos de Catecismo", que me sirven para ir estudiando la lección marcada; no quiero dejar de estudiarla ni un día; así podré repasarla bien.

De ordinario no salgo hasta después de merendar; algunas veces voy a casa de un amigo, otras viene él y solemos jugar hasta las siete y media; a esa hora vamos a rezar el Santo Rosario y la Estación a Jesús Sacramentado, regresando a casa para las ocho y media; en seguida ceno, y para las nueve y media, a dormir.

E. M. G., Congr.

Este es prevenido.

Hace pocos días llegó a ésta Juanito, y con lo que me dijo que le había oído a usted, me puse a estudiar de firme. Ya tengo estudiadas las 12 Promesas y 4 páginas de la Pasión, que alterno para variar con los "Puntos de Catecismo".

Todos los días me toma la lección mi mamá, y por nada me perdona la media hora de estudio.

La verdad, no quisiera dejar de ser congregante por nada de este mundo, y comprendo que tiene usted razón para enfadarse, si no tomamos con empeño el estudio que nos ha mandado para vacaciones, y más en estos tiempos de persecución.

J. R., Congr.



Núm. 241.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Agosto de 1933

A las fauces de la fiera

Hace algunos meses, mi buen amigo Emilio Aronga, hijo de cierto cónsul americano en nuestra patria, regresó a la suya.

Poco después de llegar y en un viaje a orillas del gigantesco río Magdalena, recibió una impresión terrible que nunca olvidará.

Para que él mismo nos la cuente, voy a transcribir algunos párrafos de su última carta, espontánea y sincera:

"Yo me sentía feliz: ¡ahí es nada! Volver del colegio a casita, a pasar los días de Navidad, los más dulces del año tanto ahí, como acá, como en el Polo.

"Iba recordando las Navidades que pasé a vuestro lado, en esa bendita tierra, y repasando en mi memoria todas vuestras caras...

"Paralelo a la vía férrea, aunque a más bajo nivel, se deslizaba el río: sus aguas azuladas y frescas son un tesoro para todos los hombres, fieras y árboles de estas comarcas, pues ya sabes que aquí el tiempo de Navidad ocurre en pleno verano: ni en Diciembre conocemos vuestra linda nieve, adorno de los pintorescos *belenes*...

"De pronto: ¡un caimán!, exclamó un viajero desde la ventanilla, señalando la ribera y distrayéndome de mis recuerdos.

"Me fijé y lo vi: estaba sesteando al sol: inmenso animalote, de color de barro, feísimo y con dos sierras de dientes en las formidables mandíbulas... bostezaba, y producía escalofríos.

"El tren todo lo pasaba por alto, todo lo despreciaba veloz. Yo seguí mirando hacia el Magdalena, y vi otro caimán, también adormecido, digeriendo la caza de ayer y preparándose para la de hoy.

"Kilómetros y kilómetros resbalaban a nuestros pies; ya no se veían más de los gigantescos reptiles. Miré hacia adelante, lejos, y vi dos muchachitos que jugaban a la orilla, en un yerbín delicioso: no paraban un momento; saltaban, se cogían, se escapaban, corrían... Estaban preparados para bañarse, acercábanse al agua, hacían ademán de echarse, más se alejaban de ella rápidamente, como dejándola burlada.

"El tren seguía su férreo camino, situado a varios metros de altura sobre ellos; ellos felices con su pradera, su río y su juventud, no le hacían gran caso. En esto... Un latigazo de terror cayó sobre mí: vi un caimán enorme, oculto entre las lianas y juncos de la ribera, atento a las alegres voces de los niños, esperando que se pusieran a su alcance...

"Ellos nada veían... seguían jugueteando... De repente, el mayorcito, fijándose en el tren, cercano ya, y como queriendo ofrecer a los viajeros un espectáculo de destreza natatoria, dió un empujón al pequeño y lo arrojó al agua.

"¡Oh! La horrible bestia se avalanzó a él, lo apresó por el vientre con sus molares, lo agitó furiosa y triunfalmente...

"A pesar del estrépito metálico del tren, llegó hasta mis oídos un alarido indefinible, un grito desgarrador, un ¡ay! de agonía... ¡No se si lo lanzó la víctima del caimán o el jovencito que quedaba en tierra, paralizado de espanto!

"Yo creí desfallecer y tirité bajo aquel sol de fuego: el tren seguía acelerado, orillas del majestuoso Magdalena, camino de mi hogar... Ya el pobre niño destrozado quedó muy atrás... muy atrás... Después me enteré de que ambos eran hermanos y que el mayor se volvió loco, al ver que había arrojado su hermanito a la muerte..."

Así me escribe mi buen Emilio; y hoy veo en nuestras costas a padres y hermanos mayores, que llevan a sus pequeños a playas escandalosas y los arrojan dentro, a la boca envenenada del maldito caimán que pronto les robará la vida de la gracia.

¡Y no se vuelven locos de remordimientos y de espanto!

Es porque *no saben lo que hacen.*

S. M. I., Congr.

Dos casos terribles

Este primero me lo ha contado un comandante del ejército, que conoce bastante al desgraciado protagonista del suceso. Oigámosle:

"El día pasado se presentó en el Hospital un pobre albañil que, mostrando una mano ulcerada a la Hermanita de turno, le rogó que le curara, pues aquella herida le hacía padecer ho-

Universidad de Deusto
Biblioteca

rrilmente. La Hermana, viendo el mal cariz que tenía la herida tenía, convenció al obrero de que la acompañara entonces mismo donde el médico por si acaso fuese algo de importancia. Apenas llegados en presencia del doctor, el parecer de éste no pudo ser más pesimista.

—Amigo—le dijo—, usted ya es un hombre y se le puede decir la verdad; es preciso cortar inmediatamente esa mano. Dejarlo de hacer un día o días sería exponerse a tener que cortar el brazo entero.

—Pero esto no es posible, doctor—contestó el obrero—. Soy albañil y si me corta usted la mano me moriré de hambre por no poder trabajar. Vea—añadió con voz sollozante—, vea si hay algún otro procedimiento de curarlo.

—Mucho me alegraría de que así fuera, pero contra la presencia inequívoca de la gangrena, no hay otro procedimiento que el de la amputación.

—¡Qué desgraciado soy!—musitó el pobre hombre llorando como un niño; y para enjugar las lágrimas que le caían en abundancia sacó del bolsillo la otra mano, que hasta entonces la había tenido metida en él.

El doctor y la Hermanita a un tiempo, no pudieron contener un grito de terror: ¡la otra mano estaba igualmente seca y habría que cortarla de la misma manera que la anterior!

El desgraciado perdió el conocimiento al saberlo y cuando volvió en sí, en medio de una escena penosísima para todos, contó cómo el día de la quema de los conventos, él, en el Colegio de Maravillas (Cuatro Caminos), se entretuvo en cortar las manos a una preciosa estatua de San José."

Este otro, bien doloroso también, le ha sucedido a un hijo de la portera de mi casa.

Era un muchacho de 18 a 20 años aproximadamente, alto más que bajo, guapote y que, aunque pertenecía a la Juventud Católica de la Parroquia, tuvo la desgracia de juntarse con amigos que le habían estropeado por completo, no quedándole nada ya de las buenas costumbres que de pequeño aprendió.

Desde el cuarto en que yo estudio le solía oír con demasiada frecuencia insolentarse contra su madre hasta incluso pegarla y blasfemar y maltratar a sus hermanitas porque rezaban.

El día de la quema de los conventos, también intervino como incendiario, y al poco tiempo de ésto, cayó enfermo.

Visitado por el médico, éste diagnosticó un tumor blanco tuberculoso a la altura de la cadera, imposible de operar y sin remedio alguno.

Ha pasado veintitantos días sin tomar alimento alguno, y justamente el día que yo marché, murió él. Las noches últimas que nos quedamos a estudiar mis amigos y yo, tuvimos que cerrar la ventana, pues aunque su habitación estaba lejos de la mía, los gritos que daba nos llegaban hasta aquí impidiéndonos trabajar.

Sin embargo, parece que Dios ha tenido compasión de él por lo que fué de niño cuando pertenecía a la Juventud Católica; le ha dado tiempo para recibir los Santos Sacramentos. En el entierro, fué su féretro cubierto por la bandera de la Inmaculada.

Ella le haya acogido en su seno.

J. del C., Congr.

De estudiante a apóstol

Agustín de Cardaveraz era un alumno del Colegio que la Compañía de Jesús tenía en San Sebastián; allí entre el calor de su familia y la religiosa educación que recibía de los hijos de San Ignacio, no le fué difícil conservar la blancura inmaculada de su alma.

Pero esta vida es de prueba: a la bonanza sigue la tempestad, porque Dios Padre amoroso, ordena para nuestro bien, que después de una formación esmerada, en la que nuestras almas se instruyen y se arman, venga la lucha, en la que podamos mostrar el temple de nuestros corazones, y demos mucha gloria a nuestro Rey Jesucristo. También para Agustín llegó ese día: y no fué una prueba rara y extraordinaria, sino la que comúnmente casi todos los jóvenes experimentan.

Terminó los estudios del colegio y debió continuarlos en Pamplona y Valladolid, cursando la filosofía y el derecho, respectivamente. Joven, pues, de 15 años tenía que vérselas solo, sin los rodrigones que enderezaron su vida: la familia y los Jesuítas.

Pero no se desanimó por eso: buscó un buen confesor que dirigiese su espíritu; y sin respetos humanos, convencido de que sólo es hombre grande el que ajusta su vida a sus ideas y mucho más si estas son las inmortales del cristianismo, las únicas que trascienden más allá de la tumba; no tenía ningún reparo, antes mucho gusto en que sus compañeros advirtiesen su piedad, su devoción y la integridad de sus costumbres.

Si alguna vez entre ellos surgía alguna conversación menos conveniente, bastaba la llegada de Agustín para que inmediatamente cambiasen de tema. Agustín se había impuesto: por su conducta, siempre intachable y recta, les infundía respecto, y por la amabilidad de su carácter; así que sus compañeros no querían contristarle.

Pero como Dios conocía bien el temple de su alma, permitió que la prueba fuese más fuerte, y fué una violenta tentación contra la virtud que él más amaba: la castidad. Para vencerla durmió en el suelo seis noches consecutivas usando como almohada un ladrillo. Mas no contento con esto, quiso derrotar para siempre al enemigo, haciendo para ello, con permiso de su confesor, voto de castidad y ciñéndose al cuerpo una cadena, que no se quitó en seis meses.

Pero sus bríos juveniles no debieron padecer mucho, pues era Agustín el mejor pelotarí entre todos los estudiantes que frecuentaban las aulas y claustros de la Universidad.

El alimento cuotidiano de su alma era la devoción a la Virgen Santísima, a quien todos los días rezaba el Rosario; y el Pan de los fuertes, el Cuerpo de Cristo.

La vida pura y fervorosa en un joven, aun a los ojos de los hombres, es estimable; pero mucho más debe serlo a los de Dios. Así debió ser la de Agustín, pues fué elegido por Dios instrumento principal de una gran empresa.

A principios del siglo XVII, en un humilde convento del centro de Francia, revelaba Dios al mundo los tesoros de amor y misericordia que encierra su Corazón y prometía que, por medio de la devoción a ese Corazón, el mundo, ya decrépito y senescente, reviviría y volvería a su Dios. Pero un siglo más tarde los mensajeros de la buena nueva no habían aún atravesado los Pirineos. Fué Agustín de Cardaveraz, admitido ya en la Compañía de Jesús, el primero que en la Península conoció aquel divino tesoro. Convencido de que esta devoción era la gran palanca que se necesitaba para remover el mundo y traerlo a Jesucristo, la abrazó con gozo y fué su más decidido propagador. Por su encendida palabra surgieron apóstoles que predicaron la buena nueva en diversos puntos de España, y él consagró su vida a predicarla en las cuatro Provincias vascas.

Si nosotros nos conservamos puros y no tenemos respetos humanos en practicar nuestro catolicismo ¿no nos llamará también, quizás, el Señor a esas grandes empresas de que depende la salvación eterna de tantas almas?...

A. de B., Congr.

¿Vuela más alto que nosotros?

Leyendo en el "Siglo de las Misiones" el artículo "Diario de un niño judío", me he quedado perplejo, a la vez que gratamente impresionado. ¡Qué sentimientos tan delicados y altos en un muchacho judío! El, de padres anticatólicos, no sabía que Jesús era Dios; pero cuando su institutriz le enseñó cuán bueno era Jesús, cómo era el verdadero Dios y cómo Israel, su patria, le había rechazado y puesto en la Cruz; su corazón de israelita se conmovió hondamente, se entristeció por la maldad de su pueblo y empezó a amar a aquel Jesús, a quien tanto odiaban sus compatriotas. Después no sólo le amaba él, quería que todo Israel le amase como él le amaba; "si yo pudiera hacer algo para reparar aquel gran pecado. Dime, Jesús—le decía—, ¿qué tengo yo que hacer para que todo Israel te ame?"

"He estado dando vueltas a este pensamiento. Cuando sea mayor les haré ver la verdad... Para eso me haré sacerdote. Como Tú, sufriré y daré mi vida para salvarlos. Si yo hago eso, si yo, también israelita, os amo, ¿verdad que no abandonaréis a Israel? Pienso constantemente en esta idea, y esta mañana he prometido formalmente hacerlo así. Una promesa es una cosa muy seria, sobre todo cuando se habla con Dios; y cuanto más pienso en mi promesa soy más feliz y estoy más decidido a cumplirla."

"Mis amigos de la playa son "Exploradores". Yo hubiera querido ser como ellos, pero John me ha dicho: "—No; tú no puedes ser como nosotros; tú eres judío...— El grado más hermoso entre ellos es el de "guía". No puedo ser explorador; está bien; pero más tarde seré guía y luz de Israel; seré sacerdote... Eso es mucho más hermoso".

"El evangelio que leía esta mañana me ha gustado mucho. Era el evangelio del buen Pastor. Mademoiselle me ha dicho que las ovejas eran las almas. Había una frase que se me ha grabado, y en la cual he estado luego pensando mucho tiempo. "Aún hay otras ovejas que no son de este redil. También a estas las tengo que traer". He pensado que Jesús hablaba de tantos pobres judíos que están separados de El, y cuando pensaba en eso esta mañana, oía una voz interior que me decía: "¡Tú serás sacerdote... tú les salvarás!"

"Ante el temor de no alcanzar esa inmensa gracia del sacerdocio le dije a Jesús: De no ser sacerdote quisiera ser un ángel. Llévame contigo al cielo, pues mi único deseo es amarte siempre, pero si me das a escoger, más quiero ser sacerdote." ¡Es tan hermoso sufrir contigo y salvar almas! Mientras que si me llevas enseguida, sería, es verdad, muy feliz en el cielo, pero no hubiera hecho nada para probarte que te amo."

Son pensamientos, en verdad, nobles y conmovedores... pero al principio dije, que al leerlos quedé perplejo y podía haber añadido... avergonzado... El joven israelita ve que sus hermanos aborrecen a Jesús, y anhela sufrir por ellos, ser sacerdote, salvarles, traerlos al divino Nazareno. Nosotros vemos que nuestra patria, que parecía amar a Jesús, hoy blasfema de El, le rechaza, le odia, y... ¡nos quedamos impasibles! ¡no queremos sufrir nada! ¡Qué vergüenza!

A. de B., Congr.

Uno de tantos Jorges

Jorge, abogado católico, de noble familia de Holanda, deseaba ardientemente conseguir un destino en las oficinas del Estado. Entrevistóse a este fin con el ministro holandés Mudderman, que pasaba por protestante intransigente, y le suplicó interpusiera toda su influencia para que se le diera la colocación suspirada.

El ministro preguntó al abogado cuál era su religión, y éste, pensando congraciarse con el protestante, respondió:

—Yo soy católico, pero créame, no le doy la menor importancia a las cosas de la religión.

—¿Ah, sí? replicó el ministro sin poder contener su indignación. Entonces, dispense; aquí no hay sitio para usted. Porque cuando a un hombre le tiene sin cuidado su religión, mal podrá ser servidor concienzudo del Estado.

Y mientras Madderman fué ministro, no hubo modo de que Jorge obtuviera plaza en el ministerio.

¡Así me gusta!

I. M., Congr.

Correspondencia abierta

Pocos se divertirán tanto y tan bien.

Aquí en este pueblo creo que me porto mejor que en Bilbao, y se lo voy a probar: por la mañana me levanto a las cinco y media para ir a misa de seis, a la que ayudo siempre. Pero el cura de este pueblo se fué de viaje hace una semana, y ahora tengo que ir a misa de cinco y media, a diez kilómetros de aquí; la ayudo y comulgo todos los días, y cuando llego de vuelta desayuno, ¡un apetito! Estudio de ocho a nueve un poco, y hasta las doce me paseo con algunos amigos; algunas veces solemos jugar al ping-pong; y cuando jugamos a ésto, cómo me acuerdo de la Congregación, de aquel rincón, tan juntito a Dios y a la Virgen.

Universidad de Deusto
Biblioteca

En aquella casa, donde suelo ir a jugar casi todos los días, hay también una capillita, y antes de empezar a jugar, digo para mí: "voy a hacer lo que hago en Bilbao, no hay que perder la costumbre"; y voy a la capilla y estoy hablando con la Virgen y le pido mucho por la Congregación; estoy allí diez o quince minutos, y después me voy a jugar más alegre que nadie. A las doce voy a tocar el Angelus y después voy a comer, con un apetito, como si hubiera estado trabajando todo el día.

Después de comer, de dos a tres, estudio el libro de la Pasión, que ya me lo sé todo al pie de la letra. Ahora sólo me falta por estudiar los Puntos de Catecismo; después de estudiarlo, daré algunos repasos a todo y cuando vaya a Bilbao, ya verá ¡qué bien voy a saberlo todo! Después me voy a pasear un poco en bicicleta, hasta las siete; a las siete les enseño un poco el catecismo a cinco chicos; les propuse si querían que les enseñe el catecismo, como Gustavo, y ellos me dijeron que sí, y les llevo a mi cuarto y allí les enseño hasta las ocho menos cuarto y después voy a hacer una visita a Jesús Sacramentado. A las ocho toco el Angelus, y a cenar; cuando acabamos de cenar nos quedamos hablando un poco, rezamos el Rosario todos; enseguida vamos a dormir, que por la mañana hay que levantarse muy temprano.

El día de San Pedro fuimos en una peregrinación a Verdelais. Aquello fué muy bonito; fuimos en quince autobuses. Lo más emocionante de todo fué el Calvario, donde hicimos el Vía-Crucis. Yo nunca había visto una cosa como aquella.

El día de San Ignacio voy a ir en una peregrinación a Lourdes; ya pediré mucho por toda la Congregación y por todas las catequesis.

J. A. S., Congr.

Rasgos curiosos.

El día del Carmen fué una verdadera manifestación pública de fe; hubo dos solemnes Misas: en la primera hicieron la primera Comunión muchísimas niñas y niños, y en la segunda, que fué cantada por los jóvenes de la Juventud Católica de este pueblo, predicó admirablemente un Padre Franciscano.

Resultó, como le decía antes, una manifestación: asistieron todos los hombres del pueblo; allí echaba uno alguna ojeada y se quedaba extrañado, porque se tropezaba con las caras de comunistas, socialistas, etc., etc., que en su vida han pisado la Iglesia; allí los teníamos lo más devotos. Por la tarde los chicos sacaron por el pueblo la Virgen del Carmen en solemne Procesión. Usted dirá que qué contrasentido, pero como el pueblo es tan pequeño y hay que verlo todo, fuimos a dar unas vueltas por la romería; pero la verdad, como no nos gustó, nos fuimos enseguida a casa y allí acabamos el día alegremente.

Está el pueblo, a pesar de las romerías y baile que hay todos los domingos, completamente cambiado; pues, el día Viernes Santo se inauguró la Juventud Católica de ambos sexos, que tiene en sus filas a la mayor parte de los mozos del pueblo y que va haciendo mucho bien. Nosotros, y los demás veraneantes, nos hemos alistado también y hemos asistido a una de las Juntas generales, en la que se habló de ir a un pueblo de al lado, a la inauguración de la bandera de la Juventud de ese pueblo, a la que vamos a asistir en una representación en carros.

Ahora vamos a proporcionarnos un pequeño local donde poder celebrar nuestras sesiones; hasta ahora lo hacíamos en la sacristía de la Iglesia.

En el nuevo local se pondrán juegos para que los jóvenes vayan a la Asociación en lugar de ir a beber a la taberna; también vamos a formar un círculo de conferencias acerca de la Religión para que se empapen bien en esta materia; y por fin habrá también cuadro artístico teatral, football y el juego de bolos.

Se me olvidaba decirle, que estos días una señora veraneante, con sus hijos y todos nosotros, nos hemos dedicado a entronizar el Sagrado Corazón en todas las casas del pueblo. Hemos visto cuadros conmovedores; en ocasiones no podíamos menos de romper a llorar. ¡En qué cabañas viven algunos! enclavadas en la falda del monte, y muy apartados del pueblo. ¡En qué miseria viven los pobres labriegos y en qué abandono!

Hoy hemos ido a una cabaña donde no había ni un solo cristal; los pequeños estaban descalzos y casi sin ropas, no tenían casi que comer, sin sillas, con tres camas para nueve personas; y, para colmo de desgracias, con una pobrecita anciana, que desde que tenía 64 años, y ahora tiene 74, padece parálisis infantil en las piernas. ¡Ninguno de sus hijos quería tener en casa a la que les dió la vida, y estos pobres la llevaron a la suya! ¡Es una lástima cómo se encuentra esta pobre mujer y esta familia! Qué se va a hacer!

Viendo estos cuadros dan ganas de mortificarse; porque no nos damos cuenta, pero nosotros vivimos veraneando en un continuo vicio, comiendo caprichos, cuando hay otros que no tienen ni para pan.

G. G., Congr.

Cómo se pone en contacto con Dios.

Después de oir misa y comulgar y, se entiende, desayunar, estudio media hora las lecciones que usted nos marcó en los "Puntos de Catecismo"; y sobre las diez me bajo al río a pescar, llevándome siempre conmigo el libro de la Pasión; ya tengo estudiadas ocho páginas.

Como en el pueblo no hay sacristán, me he ofrecido a suplir la falta de éste; todos los días, por las mañanas, tengo que tocar a misa, y a las doce, el Angelus. ¡Si viera usted qué contento agarro las cuerdas de las campanas y me pongo a tocar durante un buen rato; pienso que aquel toque es el que los labradores están esperando para rezar e ir a comer y a descansar un buen rato.

El otro día hubo un bautizo y le ayudé al señor cura; y si viera usted con qué alegría le respondía; me sentía más cristiano y como más cerca de Dios y de la Virgen; les pido todos los días que me den fuerzas para ser más valiente, y así vencer mejor todos los obstáculos que se me pongan en mi camino para el cielo.

A. B., Congr.



Núm. 242.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Septiembre de 1933

¿Valentía o cobardía?

Varias veces en las catequesis somos molestados por algunos jóvenes izquierdistas, que gozan entorpeciendo la labor educativa que se inculca en el alma de los niños de los diversos pueblos en que tenemos organizadas las catequesis. Llamo labor educativa a la enseñanza del catecismo, porque en realidad se debe a esta enseñanza gran parte de la educación universal. Uno de los casos que ocurren de anticlericalismo, en algunas de nuestras catequesis, fué el que os voy a describir.

Un domingo en que estábamos hacia la mitad de la clase de catecismo, advertí que unas niñas se dirigían a la puerta de la iglesia y retrocedían unos pasos como asustadas, cosa que me llamó la atención, y fuí presuroso a ver lo que ocurría; al asomarme a la puerta ví un grupo de unos seis jóvenes, cuya edad oscilaba entre los 17 y 25 años, juntamente con un rapazuelo de unos 12, el cual era animado por los del grupo para que molestara a los de la catequesis. Yo, al darme cuenta de aquello y para evitarlo, cerré las puertas interiores, que son de madera sencilla y sin ninguna resistencia; el chiquillo aquel, envalentonado por la presencia de aquel grupo que celebraba sus bravatas, fué y con todas sus energías pegó dos patadas en la puerta; yo, que estaba detrás de la misma, la abrí de golpe y me quedé mirándole fijamente, sin llegar a conseguir que el pequeño aquel se sonrojara ni siquiera ligeramente.

Uno de los del grupo, que debía ser el que más influencia ejercía sobre los demás por cierto aire que se daba, se me plantó delante y con un tono muy altanero me dijo: "¡Oye, tú! ¿Has dicho que le vas a pegar a éste?". Yo le repliqué: "¡No he dicho tal cosa!". Y se dió media vuelta.

El rapazuelo de 12 años, dándose cierto tono de suficiencia, va y me dice: "Hay que dejar la puerta abierta, porque si no la derribo a patadas"; y a continuación exclamó: "La mar; éstos, que vienen aquí a mandar!".

Figuraos vosotros qué idea tienen muchos de lo que es la Doctrina Cristiana; en vez de reconocer que se les va a hacer un bien, nos dicen que vamos a mandar. Así pagan algunos a los catequistas, con la misma moneda con que pagaron los judíos, "el pueblo escogido", a nuestro Salvador en el Calvario: "MAL POR BIEN". Pero, volviendo a lo de antes, os diré que no tuve más remedio que dejar la puerta abierta, para que no se indignara aquel mocosuelo y evitar que se le subiera la sangre a la cabeza.

Cuando al marchar en el tren recordaba el pequeño incidente, que no llegó a tener ninguna importancia, gracias a Dios, pensaba qué consuelo más grande habría de tener si pudiera atraer al rapazuelo aquel al catecismo, a que aprendiera el CAMINO DEL CIELO. También pensé pausadamente en la cobardía de aquel grupo, que tras del abuso cometido por ellos, encima se sentían ofendidos.

Y vamos a razones: ¿Por qué quieren perseguirnos?

Responderé yo de su parte: Unas veces, no lo saben; ¡porque sí!, sin saber el porqué; y otras, porque la Religión Católica castiga sus vicios. Como todos los perseguidores de la Iglesia, siguen las inspiraciones del demonio. ¡DESGRACIADOS! ¡PERSIGUEN A SU JUEZ ETERNO!

Al recordar estas líneas, diremos al igual que Nuestro Señor Jesucristo cuando estuvo pendiente de la Cruz: "¡¡Perdónalos, porque no saben lo que hacen!!".

Esto a los catequistas no debe desanimar, porque todo lo que haga un catequista lo debe hacer por Dios y por la Santísima Virgen.

J. G., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Yugo suave y carga ligera

El otro día, estando estudiando la Pasión, debajo de un árbol, a la orilla del río que pasa por el pueblo (pues ya le dije cómo iba a estudiarlo todas las mañanas al campo), me encontró el señor Párroco, que al verme con un libro en la mano, me preguntó qué leía.

Yo le expliqué cómo en la Congregación nos habían mandado estudiar a la letra la Pasión de N. S. J. C., y él entonces me dijo:

—¿Por qué crees tú que tienen tanto interés en la Congregación para que estudiéis y conozcáis bien a Nuestro Señor?

Yo le di varias razones, que, aunque buenas, no eran las que él deseaba, y entonces:

—Mira, me dice, nuestro adorable Salvador, cuando estaba en la tierra, nos dijo que si queríamos salvarnos no teníamos otro camino que el de imitarle. Así como yo he obrado, les decía a los Apóstoles, vosotros también debéis obrar. El que quiera salvarse que tome su cruz y que me siga, es decir, que me imite. Y como nosotros, para obrar como obraba N. S. e imitarle, debemos conocer lo que él hizo y dijo, por eso no tenemos otro remedio que estudiar su vida y de una manera especial la parte principal de ella, que es la Pasión y Muerte.

Veréis qué dulce se os hace su estudio y cómo se cumple aquello de que "mi yugo es suave y mi carga ligera".

A. M., Congr.

Esperanzas de antiguo congregante

Antes al Sagrado Corazón; ahora voy a dar un sablazo a la Santísima Virgen. Tengo un pueblecito a 6 kilómetros de Fanchang en que ya todas las familias son cristianas; aún no tiene iglesia ni dinero para hacerla. Hace poco les visité, dije la misa en casa de uno de ellos, y luego les propuse construir una especie de ermita a la Santísima Virgen en una colina que domina toda aquella región. Sería de estilo chino, especie de octógono, con un altar donde decir misa y una hermosa imagen de la Santísima Virgen que no tengo. Allí acudirían ellos en sus necesidades, y nuestra Madre amable hará milagros y luego irán en peregrinación los cristianos de Fanchang y por la intercesión omnipotente de María se convertirán los pueblos vecinos. He aquí mi idea y mis propósitos. Para llevarlos a cabo modestamente creo que me bastarían unas 300 pesetas además de la imagen.

Hoy, día de la Virgen de la Estrada, he ofrecida la Santa Misa a esta intención y por los amantes de María que querrán contribuir a esta santa empresa. Antes, la esperanza en el Hijo no me salió fallida; ahora espero que la Madre no será menos generosa, y así, a pesar del déficit no pequeño en mis cuentas, confiado en Ella me voy a lanzar a la empresa.

N. I., S. J.

El mejor agradecimiento

Hacia el año 1798 las llamas devoraron la ciudad de Frankemberg en el Erzgebirge.

A causa del siniestro, un encuadernador, que habitaba en ella, perdió todo lo que poseía. Era doblemente desgraciado, porque ya ocho años antes, viviendo en la ciudad de Gera, otro incendio le redujo a la mayor necesidad.

Sentóse desesperado a la vera de un camino, con la cabeza entre las manos y sus dos hijos, llorando amargamente. Acertaron a pasar por aquel lugar dos colegas de Theuitz y, conmovidos por el caso, tomó cada uno de ellos un niño del atribulado padre, y acompañáronle a casa de un encuadernador con ánimo de que le ayudara a ganar el sustento. Aquel industrial, al ver a aquel infortunado, le recibió en su taller sin titubear y con ánimo generoso, y aun añadió lo siguiente: "Nosotros tenemos sobrados motivos para dar gracias a Dios, que nos libra de los azotes y nos procura buena salud y más prosperidad de la que merecemos. Voy a serle agradecido; y creo que la mejor manera de demostrarlo es socorrer a usted; pues sé que es la manera que me ofrece Dios de pagarle tanta deuda".

Este era cristiano de veras; no pensaba en sí mismo solamente; sabía ser agradecido a Dios compadeciéndose de la necesidad ajena.

J. Z., Congr.

Al celo no hay imposibles

Era un pueblo donde la gente, como consecuencia de haber oído falsas doctrinas, iba dejando de asistir a la iglesia, y a sus hijos les prohibían asistir al catecismo. El señor cura, hombre entregado por completo a Dios, no podía contener las lágrimas al contemplar por las mañanas en el templo tan sólo a unas cuatro o cinco mujeres, ningún hombre; y lo que más le dolía era no ver allí a ningún niño.

Trabajó cuanto pudo por arrancarles de su corazón las falsas doctrinas; pero, por más que les repetía que todo eso era mentira y que iban camino de su condenación eterna, no le hacían caso; antes al contrario, le dirigían toda clase de insultos, y él los recibía con toda paciencia y sufría todo por ver si conseguía mover sus corazones hacia el bien; y lo peor de todo era que no tenía quien le ayudase, pues los jóvenes del pueblo no le hacían caso cuando les pedía que le ayudasen en su labor.

Un día llegó al pueblo un joven ingeniero que estaba muy bien formado y era muy aficionado a comulgar y a oír misa a diario; un día que fué a misa se sorprendió al ver la poca asistencia de fieles y decidió esperar a que saliese el señor cura, pues tenía interés por saber el motivo de tan poca asistencia a la misa. Cuando vió salir al señor cura fué a su encuentro, le saludo cortésmente y le dijo que si le permitía le acompañaría a su casa. El señor cura se lo agradeció y aceptó muy gustoso la invitación. Durante el camino el ingeniero le refirió la impresión que le produjo el ver tan pocas almas en el templo, y el señor cura le explicó cuál era el motivo, lo mucho que él había trabajado, el poco caso que le habían hecho los jóvenes cuando les pidió ayuda, y por último, las afrentas que había recibido; pero sobre todo, lo que más pena le daba era ver que los niños iban camino de perderse; y al llegar aquí el pobre cura no pudo contener las lágrimas.

El joven ingeniero escuchó atentamente las palabras del señor cura y quedóse un poco pensativo. De repente se dirigió al señor cura y le dijo: no se apure usted ni se aflija de ese modo, pues ahora tiene usted en mi persona una ayuda para salvar a su pueblo de las garras del demonio. Al oír esto, la tristeza del señor cura se trocó en alegría, y abrazando al joven ingeniero, le dijo: veo que tienes buen corazón, pero veo muy difícil la empresa que nos proponemos hacer, pues ya conoces cómo pagaron mis trabajos para conseguir apartarles del mal camino. El ingeniero le dijo que no se apurase y ya vería cómo entre los dos y poniendo la empresa en manos de Dios, al fin triunfarían.

Con esto se animó el afligido sacerdote y se decidió a emprender la batalla. Lo primero que hicieron fué organizar un triduo en honor del Sagrado Corazón de Jesús para alcanzar de su amante corazón fuerzas y éxito para su empresa; después del triduo comenzaron a poner en ejecución su plan de acción; iban de casa en casa animando a las familias a que dejasen el camino que llevaban y metiéndoles por los ojos las virtudes de la religión cristiana; si por ejemplo había alguna familia que necesitaba ropa o comida, procuraban dársela, diciéndoles que a ellos no se lo agradeciesen, sino a Dios, que por mediación suya se lo llevaba; al principio la gente se les resistía, pero no desmayaron por eso, sino que siguieron trabajando cada vez con más energía, y poco a poco el corazón de aquellos desgraciados se iba ablandando y empezaban a ir a misa, aunque no todos los días. El señor cura y el ingeniero, al ver que la obra iba dando su fruto, redoblaron su trabajo y empezaron a trabajar con los niños, fundando catequesis, y para comenzar la propaganda iban a las casas donde había niños y a sus padres les explicaban el bien que allí recibirían, las cosas tan buenas que iban a aprender, etc., diciéndoles que mandasen a sus hijos. En efecto, los padres, al ver los favores que ellos habían recibido del señor cura y del ingeniero, mandaron a sus hijos al catecismo y allí, entre el cura y el joven ingeniero, explicaban el catecismo a los niños. ¡Con qué cariño lo harían pensando que en sus manos estaba la salvación de tantas almas!

Un mes más tarde el fruto del trabajo aumentaba, pues ya la gente iba casi a diario a misa y comulgaba bastante a menudo; como final de la campaña se organizó una comunión general, a la que asistió el pueblo en masa con gran devoción y comulgaron casi todos. El celoso pastor no cabía en sí de gozo cuando daba la Sagrada comunión al ver con qué fervor se acercaban a recibirla. Luego les echó una plática explicándoles cómo habían caído en el engaño, el poco caso que le hicieron cuando les había querido atraer al buen camino, el peligro en que habían puesto las almas de sus hijos, los insultos que le habían proferido, etc., pero que todo esto lo olvidaba al ver el cuadro tan conmovedor y hermoso que el Señor le ofrecía ahora. La gente, durante la plática, no pudo contener las lágrimas, y él mismo, al final, lloraba de alegría al ver a su pueblo salvado de las garras del demonio y daba gracias al Señor por su triunfo.

El ingeniero, al contemplar tan hermoso cuadro, no pudo menos de exclamar: "¡Cuán grande es el Corazón de Jesús que tanto ama a los hombres!" Al despedirse del señor cura, no supo éste cómo agradecerle el bien que había hecho, y el joven le dijo: sólo os pido un favor; que pidáis al Señor que me conserve en su gracia y amistad durante toda mi vida.

J. L. G., Congr.

El orgullo

Durante un curso que daba en París el abate Gautier para jóvenes, el hijo de un modesto obrero, en un arrebato de orgullo, se mostró humillado de la profesión de su padre.

El abate Gautier no dijo nada en aquellos momentos; pero más tarde llamó al jovencito para que subiese al tablero a dar la lección, y durante el desarrollo de la misma le mandó analizar la siguiente frase: "El que se avergüenza de sus padres, se expone también a avergonzarse algún día de sí mismo". El joven comprendió bien la lección que le había dado el abate, e instantáneamente bajó la cabeza con los ojos arrasados en lágrimas sin poder pronunciar palabra.

El análisis de tan bella frase había producido el efecto apetecido.

El que desprecia o se avergüenza de sus padres es un malvado; atestiguad y confirmad siempre a vuestros padres y mayores el amor y cariño que les profesáis.

M. G., Congr.

Correspondencia abierta

Vacaciones bien aprovechadas.

Yo por aquí me divierto mucho, pues lo paso muy bien, respirando el aire fresco del mar que se extiende anchuroso delante de la galería de nuestra casa. Que no hay cosa más hermosa que el mar, y eso de estar comiendo en la galería y ver el mar y los balandros de vela y los vapores que surcan el mar constantemente; y más bonito aún de noche, cuando hay luna, pues parece un cuadro pintado e invita a la poesía, pues puede estar uno contemplando unas horas sin cansarse.

A este pueblo, que aunque pequeño es muy divertido, constantemente llegan turistas franceses y españoles, pues tiene fama de ser el más pintoresco de toda la costa.

I. Z., Congr.

Vamos progresando.

Tengo que decirle que con mucha pena del Cura Párroco y de los feligreses, estos "buenos" señores se han apoderado ya a la fuerza de la llave del Cementerio, y desde aquel momento el Cementerio se convirtió en municipal, y además hay que añadir que el terreno del Cementerio era de un particular que lo cedió al señor Cura en 1875.

A excepción de este tan bochornoso acto de fuerza, no ha habido en este pueblo más anormalidades.

Estos días está entre nosotros un joven que ha estado encarcelado; nos ha dado dos conferencias a la Juventud Católica; se ha revelado como un buen cristiano y un buen orador.

Los temas sobre los que habló fueron: en la primera, quién es Dios y la blasfemia, y en la segunda, qué es el hombre y para qué está en el mundo. Son temas que los desarrolló admirablemente. Hay que advertir que sólo tiene este joven veinte años.

G. G., Congr.

¡Qué bueno es Jesús!

Me dice usted que le cuente lo que le digo a Jesús por las mañanas. Le digo que me haga muy bueno, porque tengo un genio... pero confío mucho en que me corregiré; le digo que le quiero de verdad; pido por sus intenciones, por mis padres, etc., y por la conversión de los pecadores. Hago todos los días la visita al Santísimo, y pocas veces consigo arrastrar a otros, no sé si será porque yo no sé animarles como debo; y ahora que me doy cuenta de eso, voy a pedir desde mañana (día de la Virgen Santísima) en la comunión esa gracia: la de saber atraer a otros a Jesús.

J. C. E., Congr.

Un buen congregante.

Desde hoy, que ha empezado la novena de la Virgen de Begoña, oigo Misa todos los días, la ayudo y comulgo en la ermita de Andra Mari; antes, excepto los domingos, que oía en la parroquia de San Juan, la oía en la ermita de San Antón y también la ayudaba y comulgaba.

A las cuatro, mis hermanas y yo solemos tener catequesis; nosotros somos catequistas.

Y por fin, a las ocho y cuarto, al toque de oraciones, asistimos en la ermita de San Antón al santo Rosario.

También suelo estudiar todos los días, durante media hora, los "Puntos de Catecismo" que usted me dió, pues la Pasión ya la sé.

A. G. C., Congr.

Los ejemplos atraen.

Estamos pasando un verano muy bueno, sin dejar de oír Misa y comulgar todos los días, y después procuramos divertirnos lo mejor posible. Mamá nos dice que como aquí no podemos ser catequistas, que lo seamos con el ejemplo, y así lo hacemos, procurando estar en la iglesia con devoción y portándonos como chicos buenos y educados.

R. B., Congr.

Amigo fiel.

¡Qué consuelo tan grande encuentra uno en esos libritos cuando se encuentra en la tribulación y que tantas veces desdeñamos cuando estamos sanos por cualquier periodicucho que, sin ser malo, nos entretiene más!

Y ¡qué ingratos y egoístas somos! Yo le confieso sinceramente en descargo de mi conciencia y con los colores de la vergüenza en la cara, que probablemente no hubiese tenido paciencia para leerlo antes de caer enfermo, y ahora que lo estoy, lo busco con ansia para encontrar en él las dulzuras de nuestra Santa Religión, reconociendo en Dios Nuestro Señor la justicia de estas tribulaciones y volviendo humildes y avergonzados los ojos hacia Aquel que todo lo puede remediar y a quien tanto ofendemos.

J. L. S., Congr.

Junto a La Antigua.

Por aquí todos bien, a Dios gracias; espero que estén ustedes lo mismo.

A la Misa de 8 nos llevamos a medio pueblo de chiquillos, a lo cual contribuyen mucho otros congregantes, y también solemos comulgar.

También solemos hacer propaganda religiosa por los pueblos yendo en bicicleta.

J. y J., Congr.

Catequistas celosos.

Los Puntos me los sé bastante bien, y la Pasión todavía no me la sé toda. Todos los domingos hay catequesis en esa Congregación; no falto nunca; la señora en cuya casa estoy da también catecismo a los chicos. No falto los primeros viernes, y los papelitos de primer viernes "¡a comulgar!" me suelen servir, porque muchos no se acuerdan y yo les enseño eso y les explico lo que significa. Cuando vuelva a Bilbao, haré lo que han hecho ya algunos congregantes: daré el examen por partes y así será más fácil el prepararlo.

E. A., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

FLORES Y FRUTOS

Núm. 243.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Octubre de 1933

¿Por qué está tan frío?

Cuando yo tenía tres años **y medio**—así gusta decir a los niños—fuí el mínimo actor de una escena cuyo recuerdo me conmueve todavía.

Se me ha olvidado todo lo que pasó antes, todo lo que hice después; sólo aquel momento no se me puede olvidar:

Papá había muerto; yo no sabía lo que es morirse y me entretenía jugando con un automóvil de cuerda. Solamente noté que se oían muchos timbrazos y que entraban en casa muchas personas.

No sé quién me tomó del brazo y me dijo:

—Ven a decir adiós a papá.

Me condujo al aposento donde él estaba, y levantándome a la altura de su lecho, me dijo:

—Dale un beso.

Yo no me fijé ni en el traje de papá, ni en cómo tenía las manos... Me incliné sobre su frente y se la besé como todas las noches.

Cuando me dejaron en el suelo, corrí a mi madre y le dije:

—Mamá, **¿por qué está tan frío?**

Ella me miró con sus ojos grandes, llorosos, encendidos... me abrazó con todo su amor, me cubrió de besos...

¡Y sentí tanto calor, tanto gusto, que me olvidé del frío de la frente de papá.

* * *

Mi madre—¡bendita sea!—se desvive por educarme bien, por tenerme lo más cerca posible de Dios, de la Virgen Inmaculada; para que yo no sienta la falta de papá, ella me quiere con dos corazones... ¡Bendita sea mi cristianísima madre!

Ayer, un compañero mío de clase, cuando salíamos para casa, estaba llorando en un rincón.

—¿Qué tienes, Juanito? ¿Por qué lloras?

No me lo quería descubrir. Insistí y me lo dijo muy bajo:

—Porque **papá y mamá se han separado.**

Sentí tanta impresión y tanta pena, que no le supe decir una palabra de consuelo.

¡Pobre Juanito! ¿A qué brazos se echará para olvidar el frío de su papá, el frío de su mamá?

¡Y pensar que por esos mundos hay ya muchísimos Juanitos como él...!

¡Qué tesoro más grande son unos padres cristianos! ¡Mucho debemos a Dios por ello!

J. J., Congr.

Historia curiosa y animosa

Yo soy un veterano de la Congregación, yo he conocido los comienzos de esa Comunión diaria, cuyos frutos se ven ahora palpablemente, y os voy a decir cómo se hizo esa obra admirable de la Comunión diaria, que ahora lleva a su práctica a cientos de congregantes, y cuyo ejemplo es la admiración y el estímulo de muchas otras Congregaciones. ¡Cuánto bien hace esa Comunión diaria! Pero veréis cómo nació.

Nosotros... nosotros mismos la hicimos hace 18 años, y al poder decir, nosotros, recordamos la parte que tomé en aquellos comienzos memorables; creedme que me siento orgulloso y satisfecho, porque veo la obra grandiosa, veo el fruto sazonadísimo, y puedo decir "nosotros".

Era ya conocido el deseo del Pontífice Pío X, el Santo Papa de la Comunión diaria, como le llamamos, el Papa que porque tuvo un corazón muy grande, supo comprender el gran amor de Jesucristo al dársenos bajo la forma de Pan a nosotros, que a nada que meditemos hemos de reconocer que somos despreciables cucarachas.

Los deseos del Papa son para nuestra Congregación, revolución y desvelo continuo para que se conozcan por todas partes y se cumplan también de buena gana, a poder ser, por todos los ámbitos del mundo.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Había que empezar con la Comunión diaria. Esta práctica resultaba entonces inusitada. Había personas muy seriotas que creían y afirmaban que era muy grande la Majestad de Dios para recibirle en Comunión todos los días, como si la institución misma del Sacramento no demostrase que el amor de Dios ha acortado esa distancia. Cuando Dios quiso esconderse en forma de Pan para nosotros y se rebajó a eso por amor, ¿va a querer ahora que, por respeto a su inconmensurable Dignidad, lo dejemos una temporada y nos acerquemos a El sólo de tarde en tarde? No; eso no es lógico de ningún modo.

Nos reunimos unos pocos, poquísimos, menos de una docena. Empezó la cosa con mucho entusiasmo, y había que vernos salir a ocupar un par de bancos en la Residencia, tan poquitos, pero tan animados, con esa unión que da la comunidad de ideales, sobre todo cuando son tan grandes. Oímos nuestra Misa y comulgamos. El Padre nos hablaba.

Hay que hacer más. Hay que moverse; y fortalecidos con el Pan que habéis recibido, hay que propagar con verdadero entusiasmo la Comunión diaria. Buscad cada uno un compañero, un amigo que se comprometa a venir con nosotros; buscadlo por todos los rincones y no paréis hasta que deis con él, en el Colegio, en la calle, en vuestra misma casa... y salimos.

—Tú, Perico... ¿Tú vas a traer alguno?

—Yo no sé... José Luis no querrá.

—A Rodríguez... A Rodríguez cualquiera le mueve.

—Pues yo sí que le traigo. A Ortiz, a Gómez o a Larrañaga; yo me traigo un amigo mañana, aunque sea arrastrando.

—Pues yo también le hablaré a Aldecoa a ver si quiere, aunque yo creo que se dormirá. ¡Hace tanto frío por las mañanas!

—Pues habla a tres o cuatro, ¡hombre!, y así, si te fallan unos, siempre vendrá alguno...

Y nos desplegamos animosos a buscar cada cual alguno. Hubo quien quiso llevar seis, y le fallaron los seis. Pero, en general, todos llevamos alguno, y el grupo quedó casi duplicado en un par de días.

Y entonces surgió una organización que podríamos llamar de guerrillas. Cada incondicional tenía que mantener la constancia de los que había traído. Animarles, primero con su ejemplo, y después con el estímulo.

—Vamos, chicos, a ver si mañana está nuestro grupo completo. Hoy ha faltado Urrutia. ¡Caramba con él! Nos ha ganado el grupo de Félix y el de Luis, que han estado completos. Nos han dado una lección. ¡Ese Urrutia! Y el dormilón Urrutia oía avergonzado la reprimenda de los amigos en la primera ocasión.

—¿Pero en serio habéis ido todos?

—Claro que sí, menos tú, gandul.

Y Urrutia sentía la responsabilidad de la excepción, e iba al día siguiente.

El éxito de la organización hizo que se perfeccionase. Se hicieron unos carnets con la lista de cada grupo, hasta diez, y se nombraron seriamente los capitanes, que llevaban las cuentas de las faltas de sus agrupados y trabajaban con el mayor celo por la constancia de los que acudían.

Yo tuve también mi carnet. Recuerdo que mi grupo era bueno, pero había un rebelde...

Quedó anotado en seguida, lleno de consolador optimismo: Enrique Ortuño.

—Yo acudiré—decía—sin dejar un solo día, desde el lunes. Desde el lunes, como un clavo.

—¡Qué desde el lunes!—le repliqué indignado—¡desde mañana mismo! Estamos en miércoles y son cuatro faltas que nos van a estropear el carnet. Los compañeros protestarán.

—Desde mañana. Desde mañana.

Ortuño hizo alguna resistencia; pero al fin prometió solemnemente acudir al día siguiente.

Efectivamente, al día siguiente, como un clavo, el compañero Ortuño se quedó en la cama.

En cuanto pude fuí a su propia casa, cumpliendo con mi deber de capitán.

—¿Está el señorito Enrique?

Estaba el señorito.

—¿Qué hay, tú?

—¿Cómo que qué hay? Que prometiste venir por la mañana y no has venido. Todos menos Echene, que está enfermo, hemos ido.

—Tú sólo has llegado a fastidiarla.

—Pues chico, mira, yo pensaba ir y dije que me llamaran y no me han llamado, y claro es que me he dormido. ¡Es tan temprano la Misa! Si fuese siquiera a las 10.

—¡Atiza!

Otra vez prometió Ortuño acudir como un clavo, y otra vez se quedó como un clavo en la cama. ¡Uy qué calamidad de hombre!

Nuevamente me fuí a su casa, y esta vez me recibió su mamá muy atenta.

—Sí, ahora saldrá, se está vistiendo. Vendrá usted para lo de la Misa, ¿no? Como es tan temprano, ¡el pobre!, siente frío; pero ya irá, ya irá de vez en cuando.

No me gustó la señora, que me pareció llevaba gran parte de la culpa de las faltas de su hijo.

—No, pues él se ha comprometido para todos los días, porque, precisamente, lo que nos proponemos establecer y organizar es eso, la Comunión diaria, aconsejada por el Papa... Diaria, y, claro está, dejaría de ser diaria si fuese sólo de vez en cuando.

En aquel momento estaba Enrique un poco confuso por mi nueva decidida presencia.

—¡Nada!, o renuncias a ser de los buenos congregantes, o te comprometes a venir con formalidad y constancia.

—No, renunciar no—me replicó Enrique Ortuño sinceramente—: Ya iré... mañana, como un clavo...

Su madre le excusó y después añadió lánguidamente:

—¡Debieran ustedes de poner al principio menos días! Sobre todo el invierno.

Como aquella señora hubo y hay todavía iguales y mucho peores. ¡Ay si supiesen ellas el mal que hacen!

Ortuño vino algunos días, pero faltó también muchos, y cada vez que faltaba iba yo a su casa a averiguar la razón de la falta.

Su madre le disculpaba siempre y siempre tenía las mismas consideraciones.

Todos los días... Es demasiado, ¿no? Siquiera el invierno deberían de poner menos días.

Ortuño, en cambio, prometía siempre: Mañana como un clavo.

Y poco a poco fueron disminuyendo las faltas. El simpático Ortuño tenía en su casa dos enemigos que vencer: el calorcillo de la cama y la consideración de su madre.

Este fué mi grupo y muy parecidos los de los demás: al que resultaba más constante se le daba un premio, un premio cuyo valor consistía en la satisfacción de un triunfo como aquel, luchando por una causa tan excelente como es la causa de Dios.

Así surgió esta Comunión diaria. Se multiplicaron los grupos, y se formó este núcleo formidable que hoy acude a edificar a todo Bilbao con su presencia.

¡Cuánto puede la constancia, y cuánto educa la voluntad esta diaria labor de vencimiento, este continuo domeñar el animal instinto!

Acordaos mucho de este nacer de la Comunión diaria en la Congregación. Ved lo que se puede hacer con el decidido celo de cada cual. Pensad en el fruto formidable que puede conseguir uno solo, trabajando con verdadero tesón y constancia.

A Ortuño, al final, no se le pegaban las sábanas. Era fuerte ya. Y muchos llegaron a ser, con su fortaleza, unos colosos de virtud.

A. M. M., Congr.

..... taza y media

¡Qué contraste! Acababa de ver en una playa una mujer con un traje de baño muy poco modesto, y al apartar la mirada de aquella dirección, vi a un joven de unos veintidós años, que entraba en aquel momento en el agua con intención de bañarse, con dos escapularios que le caían por el pecho y por la espalda, cosa que me llamó grandemente la atención. Era el primer joven que veía así en público con varios escapularios. Me quedé mirándole fijamente y advertí que era un antiguo congregante, que había sido muy amigo mío.

Le llamé y después de saludarle le dije: "¡Oye! ¿No te avergüenzas de llevar esos dos escapularios? ¿No ves que en toda la playa casi nadie lleva nada y los que más a lo sumo una medallita o un escapulario, y no dos como tú?". (Esto se lo dije tratándole un poco, para ver por dónde salía). A lo que me contestó; "Mira, Juanito, te diré el motivo por el que llevo estos dos escapularios.

Yo antes usaba una medallita-escapulario, muy bonita, que estaba bendecida por un sacerdote y que valía por los escapularios del Carmen y de la Inmaculada, y un día, al bañarme, me dijo a gritos desde un chinchorrito uno que se las pasaba de "culto y modernista: "¡Que estamos en el siglo XX!".

Yo, sin darle importancia, le dije: ¿En serio que estamos en el siglo XX? Pues no se te conoce mucho, y no haciéndole más caso, me fuí a bañar. Al otro día ya no llevaba yo la medalla; quise vencer un poco el respeto humano, poniéndome un escapulario de Nuestra Señora del Carmen.

Llevaba ya una semanita el escapulario, cuando se me ocurrió ir a bañarme, y me tocó oír al vuelo un ligero comentario; una chica le decía a su amiga muy callandito, pero no tanto como para que yo no le oyera: "Fíjate el beaturrín ese con escapulario, como las beatas". La otra lo celebró con una carcajada.

Yo, con calma y serenidad propias del que obra bien, me di la vuelta y les abordé diciéndoles: "Se han equivocado ustedes, jóvenes; como las beatas, no; será como los beatos".

Como comprenderás, se quedaron de un aire, sonrojándose de una manera... que es seguro que no volverán a meter más la patita.

Después de esta pequeña escaramuza, me fuí a casa y lo primero que hice fué coger este otro escapulario de la Inmaculada, y me lo puse juntamente con el del Carmen; y así me ves, unas veces provocando la risita de los "cultos" y otras siendo la admiración de los amigos.

Y te advierto que cuando salí a bañarme la primera vez, me daba, ¡vaya que si me daba!, cierto respetillo. ¡¡Salir a bañarme con dos escapularios!! Pues quieres creer que hoy es el día que me parece la cosa más natural; si miran, que miren.

Aún tengo en la memoria muy fresca aquella gran frase de Jesucristo: "Aquel que se avergüence de mí, también me avergonzaré yo de él". Y como no queremos que nuestro Salvador se avergüence nunca de nosotros, debemos procurar no avergonzarnos jamás de El.

Desde hoy le pediré a Jesús en la Comunión que me haga como este antiguo congregante. Porque, la verdad, estamos viendo que hay muchos que no se avergüenzan de hablar conversaciones impuras y se avergüenzan si les echan en cara que van a misa.

Y éstos, por tales conversaciones deshonestas, se creen **más hombres.**

¡¡Pobres!! ¡Vaya hombradas!; o mejor dicho, ¡vaya animaladas!

J. G., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Esta madre quiere a su hijo y ¡qué satisfecho está éste!

Lo mismo que usted nos decía que estudiásemos la lección, nos dice nuestra madre a mi hermanito y a mí; y no se conforma con esto solo, sino que nos hace que la demos cada día y no nos saca la cena hasta que se la demos.

Hace cuatro días me invitaron unos primos a dar un paseo en bote y se me olvidó estudiar, y a la hora de cenar me presenté tan tranquilo, sin acordarme de que no había ganado la cena.

Mi madre me dijo: ¿la lección, Juanito? Yo, poniéndome colorado, le repliqué: mañana te daré doble: pero no me valió y tuve que ponerme a estudiar, en aquel mismo momento, hasta que me aprendí la media página, y pude de este modo cenar; si no, me hubiera tocado ayunar.

Así es que ahora, después de volver de misa y desayunar, lo primero que hago es estudiar la lección, no sea que se me vaya la Congregación de las manos.

Después de estudiar voy a pescar caracolillos y carramarros o a darme un buen paseo por el monte.

Por la tarde, después de comer, me llevo el libro de "Puntos de Catecismo" y voy estudiando un poco por el camino, como sin darme cuenta; ya casi me sé la lección que mandó.

También le he dado unos vistazos a lo correspondiente del "repaso".

Casi todos los días voy a rezar el Rosario, y animo a mis compañeros a entrar conmigo.

Voy comprendiendo que aunque es pequeño el libro de la Pasión que usted nos dió, no hay otro que anime tanto a sufrir y a trabajar.

¡Qué grande, aunque pequeñito, es el libro de la Pasión!

¡Cómo se emociona uno al darse un poco cuenta de lo que padeció Jesús por nosotros!

R. M., Congr.

Un bandido convertido

Era el Conde don Pedro un hombre brutal, que tan sólo se ocupaba en acumular riquezas por medio del saqueo y del bandidaje. Poseía un hermoso castillo en la región Norte de Francia, que al mismo tiempo de ser su mansión, era su guarida cuando se veía acosado por los soldados del Gobierno.

Profesaba odio mortal a todo eclesiástico. Cierta noche tormentosa en la cual andaba de correrías, hallábase su hermana en su salón del castillo esperando a que le anunciasen la llegada de su hermano, cuando penetra en él un criado anunciando que dos religiosos solicitaban alojamiento por aquella noche. Después de mucho pensar sobre el compromiso en que le ponían, ordena que sean colocados ocultamente en el pajar.

No tarda en llegar su hermano. A poco de comenzar la cena, su hermana no puede reprimir el llanto, y acosada por las preguntas de su hermano, acaba por relatarle todo. Entonces él, ordena que suban los religiosos con el propósito de reirse de ellos. Pero de tal manera supieron los religiosos llevar la conversación, que al fin de la cena el señor queda prendado de ellos y no quiere que vuelvan al pajar; aunque ellos tan humildemente se lo piden, que vuelven a acostarse en él.

Al amanecer les despiertan fuertes voces que les llaman; se levantan y se enteran de que el señor se había puesto gravísimo y quería confesarse. Le ayudan a bien morir y le preguntan por qué había merecido el gran favor de recibir los Sacramentos, a lo cual contestó: "Jamás me he acostado sin rezar tres Ave Marías a la Virgen, costumbre que me inculcó mi madre".

G. I., Congr.

Este la entiende

El primer día que llegué, recorrí el pueblo en busca de chicos para la catequesis; sólo pude hacerme con cuatro, pues algunos, aunque pequeños, ya les ayudan a sus padres en las faenas del campo. Pero no me desanimé; me enteré de los ratos que tenían libres; les llamé y animé y pude hacerme el grupo mayor hasta llegar al de 11 chicos, habiéndose hecho mis compañeros inseparables.

Los primeros días les daba catecismo a unos a una hora, a otros a otra, en fin, como podía, hasta que se terminaron las faenas. Desde ese día, todas las mañanas, sobre las diez, venían a buscarme, y todos juntos nos bajamos a una arboleda que hay a un kilómetro del pueblo: allí nos sentamos en la hierba y empiezo a explicarles la vida de Jesucristo y a enseñarles las oraciones.

¡Ay, Padre! ¡Si viera usted qué tristeza el primer día! Había mayorcitos que no sabían ni el Padre Nuestro.

Aquel día me fuí a la Iglesia y le pedí más que nunca a nuestra Madre la Virgen Santísima me ayudara para que aquellos sus hijos comprendieran que hay un Dios a quien todo le debemos y supieran orarle.

Quince días después volvía nuevamente ante la Virgen; pero aquel día no era yo solo: fueron conmigo todos aquellos que la Virgen me había dado para enseñarles, y todos de rodillas rezamos el Santo Rosario; dimos gracias a la Santísima Virgen y después a casa.

Ahora más que nunca, Padre, me acuerdo de sus palabras: no hay obra que más agrade al Señor que el que seamos buenos catequistas; y en cuanto llegue a esa me dedicaré por completo al Catecismo, sin pensar para nada en otras diversiones; veo que no hay ocupación que alegre más.

A. B., Congr.

FLORES Y FRUTOS

Núm. 244.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Noviembre de 1933

¡Qué médico más listo!

Hacía tiempo que Enrique daba muestra de no encontrarse bien; apenas comía, le faltaban las fuerzas y su estado llegó a ser deplorable. Sus padres, justamente alarmados, habíanle llevado a que le reconocieran los más afamados médicos de la capital; pero ninguno pudo hallar la causa del mal que le aquejaba.

Llegó por entonces a la capital un afamado doctor, tan lleno de virtudes como de conocimientos científicos. En cuanto los padres de Enrique se enteraron de su llegada, no dudaron un momento en llevar a su hijo a su presencia, a ver si tan afamado doctor lograba lo que los otros no habían conseguido.

Extraño es el caso—dijo el doctor después de haber sometido a Enrique a un detenido reconocimiento—. Me dicen ustedes que el estado de este joven es el de la inapetencia casi absoluta y faltas de energía, como a primera vista se puede apreciar, y, la verdad, yo no veo ciertamente el por qué, ya que su organismo se encuentra en perfecto estado, al parecer...

Esto dijo el doctor; pero su verdadero criterio lo tenía formado y lo guardaba para sí, e inmediatamente iba a ponerlo en práctica.

—De todos modos, ya que de existir alguna lesión me temo que ésta se halle en el pecho, y pueda tratarse de algún conato de cáncer, quiero someterle a una sencilla operación de reconocimiento que no ofrece el menor cuidado. Pero, aun así—agregó—, no estaría de más que su hijo dispusiera el alma por lo que pudiera ocurrir...

Y al decir ésto, dirigió una significativa mirada a Enrique.

A la mañana siguiente, muy temprano, cuando apenas nadie transitaba por las calles, salía Enrique de su casa, con el rostro aún más decaído que de ordinario y denotando que llevaba alguna seria preocupación. Dirigía sus pasos a la que era Residencia de los PP. Jesuítas a cumplir el encargo que la tarde anterior el doctor le había dado. Si bien en los primeros momentos le produjo gran apuro la perspectiva de que le pudiera ocurrir algo desagradable al día siguiente, señalado para su operación, le hizo resignarse, primeramente, y animarse decididamente, después, a disponer su alma, haciendo una confesión general de toda su vida.

Ni la operación fué precisa, ni hubo en adelante que someterle a más consultas médicas. Enrique, desde el día de su confesión, fué otro por completo: comía con gran apetito, mostrábase alegre y locuaz; su ánimo, en una palabra, parecía haber resucitado dentro de su cuerpo.

El doctor había dado con su verdadero mal.

El cáncer de Enrique, como el de tantos otros jóvenes, era de esos que sólo se cura en el confesonario y teniendo frecuentes consultas y comunicaciones con *su* confesor. Subrayo el "*su*", porque cambiándolo, poco se suele adelantar.

Lo había todo previsto aquel doctor, que era muy religioso; con hablarle de operación y meterle miedo, sabía que se confesaría bien y saldría de aquella mala costumbre.

B. de O., Congr.

El mejor vino para quién?

No sé de qué Rey se trata, ni nos importa; el caso es que en una de sus excursiones por Andalucía llegó a un pueblo que tenía fama por sus vinos; y vinos buenos eran, como podéis suponer, los que le sirvieron al Rey.

Convidado el Rey a comer en casa de uno de los principales señores del pueblo, después de la comida, cuando ya sacaron los postres, llegaron los vinos más escogidos; todos ellos eran néctares deliciosos.

Estaban sentados a la mesa con el Rey los amos de la casa, gente bien educada y fina, pero sin las cortesías y adobes de la nobleza. Como es natural, gozaban siempre que el Rey elogiaba alguno de los manjares; y más aún cuando mostraba satisfacción y agrado de los vinos. Querían

Universidad de Deusto
Biblioteca

mostrar que en toda la tierra habitada no había vinos mejores que los de Andalucía. Pues bien, la alabanza rayó en admiración cuando presentaron en la mesa un vinito que parecía oro derretido, que difundía en el ambiente tan suave aroma de uva y cuando lo llevaron a los labios tal sabor y gracia que llenaba todo el ser de noble calorcito y hasta la imaginación y la inteligencia se avivaban. Hasta el mismo Rey parecía sentirse más sabio y más noble, y otro tanto sus gentiles hombres.

Mucho lo alabó su Majestad y dijo al amo en cuanto lo probó:

—¡Bravo!, no creo haber bebido otro mejor en mi vida.

Esponjóse el dueño; sonrióse satisfecha la dueña. Paladearon cerrando los ojos cada uno de los comensales.

Entonces, sonriéndose un poco el señor de la casa y del vino, dijo:

—Pues, señor... aún tengo otro mejor, que no puedo sacarlo.

Miráronse picarescamente los cortesanos, pensando en la piña de aquel buen hombre, que así se desculpaba ante el Monarca. Y el mismo Rey, manifestando lo que todos sentían, y pensando con razón que no se le presentaría mejor ocasión de servir el mejor vino, le dijo:

—¿Pues para cuándo lo guardas? ¿Esperas mejor ocasión?

—Sí, señor—respondió el buen hombre—, ese vino se guarda para Dios. Es el vino que doy sólo para misas, que se convierte en la sangre de Cristo.

Calló un momento el Rey... y los nobles se miraron silenciosos y asombrados. El aleteo de lo sublime se sentía pasar por el medio de la sala.

Bien entendía aquél cristiano el respeto y amor de Jesucristo.

Tu corazón es también un vaso de oro que contiene dulcísimos vinos de afectos.

Dad afectos de amor a vuestros padres, amigos y hasta enemigos; pero el mejor vino, el más delicado, los más sublimes afectos, guárdalos para tu Salvador, que es nuestro primer Rey, superior a todos los Reyes de la tierra.

J. L. B., Congr.

Por fin cayó el tigre

Contaba un Padre misionero de la India que en uno de los pueblos de su cristiandad encontraban por la mañana, apenas salía el sol, alguno de los animales que empleaban para el laboreo de sus tierras, o para el uso doméstico, muerto en medio de un gran charco de sangre; y así un día y otro, sin lograr averiguar quién podría ser el autor de tales atropellos.

Un día por fin lograron ver al tan terrible personaje; era un enorme tigre, por cuyos ojos parecía que salían rayos de fuego y de una agilidad pasmosa. En cuanto lo divisaron esperaron a que se acercase a su presa, y apenas puso sus garras en ella, empezaron a caer sobre él copiosa lluvia de flechas, pero, como si estuviese protegido por algún dios, logró escapar con su presa, dando grandes saltos como si hubiese recibido un chorro de agua.

Los naturales de la aldea estaban disgustadísimos y apenados, pues poco a poco les iba dejando sin ganados con que cultivar sus campos y poder proporcionar alimento a sus hijos; y no digamos nada lo que sufría el pobre misionero al ver que a sus hijos les empezaba a faltar el alimento y que el hambre avanzaba a pasos agigantados; constantemente pedía a Dios para que se apiadase de ellos.

El tigre no paró hasta que hubo comido todos los animales del poblado, y no quedando satisfecho, se dedicó a atacar a las personas. De noche, cuando estaban dormidas, se introducía en sus cabañas y cogía al primero que encontraba y, llevándole hasta el interior de la selva, lo despedazaba, dejando como resto un montón de huesos con algo de carne.

Los habitantes de la aldea, al levantarse a la mañana siguiente y notar la falta de alguno de ellos, acudían al bosque, para ver si encontraban algún resto, y al encontrarse con sus despojos, lanzaban gritos desgarradores y los familiares de la víctima se desencadenaban en el más profundo llanto; volvían al poblado y le daban cuenta de lo ocurrido y le repetían al misionero que pidiese al Dios de los blancos por la salvación de su cristiandad. El misionero, al oír lo ocurrido, no podía contener el llanto y les consolaba y alentaba: "Hijos míos, no desesperéis, que el Dios de los blancos pronto nos librará de tan terrible enemigo; no dejéis de rezarle, que pronto llegará el día de la victoria". Con esto los negros se marchaban algo más tranquilos; y para ver si lograban cazar al tigre, colocaron varias trampas. Cuando llegaba la noche, ni un alma se movía en la aldea; todos estaban atentos para observar la llegada de la fiera, que, como en noches anteriores, seguía haciendo su presa; y así una noche y otra, sin que valiesen las trampas, ni flechazos, ni correrías, ni fogatas ,... hicieron por el bosque los habitantes de la aldea para lograr cazarla o alejarla.

El ánimo del pueblo llegó a tal extremo que, desesperado por las pérdidas causadas por la fiera y al ver que no conseguía nada el misionero con sus oraciones, determinaron hacerle salir del poblado y, formando una gran manifestación, se dirigieron a su cabaña.

El misionero, al oír los gritos que daban, salió a su encuentro y quiso calmarles; pero el pueblo estaba tan cegado de ira, que no le hizo caso, y poco menos que arrastrándole le sacaron del poblado.

El misionero, al ver que todos sus recursos eran inútiles, se acordó del Sagrado Corazón y dijo al pueblo: —Os pido una gracia.

—¿Cuál es?—preguntó el pueblo.

—Que hagamos un triduo al Corazón de Jesús, y si al fin de él el tigre no ha sido cazado, podéis hacer conmigo lo que queráis.

En efecto, el pueblo empezó con gran devoción el solemne triduo, y al tercer día, cuando acudieron a las trampas, vieron con gran alegría que el tigre estaba en una de ellas y por más botes que daba no podía salir de ella. Locos de alegría, cogieron al misionero, lo pasearon por la aldea en medio de una gran griteria, con que, a su modo, bendecían y ensalzaban al Sagrado Corazón de Jesús, que les había salvado.

¡Corazón de Jesús, en ti confío!

J. L. G., Cong.

¡Tonto! ¿Y a mí qué?

En un elegante salón del gran mundo se presentó el autor de aquel libro infame, pagado por el oro judío; y dirigiéndose a un joven de grandes prendas, quiere estrecharle la mano para saludarle.

El mancebo se aparta de él con asco, diciendo:

—¡Yo no toco la mano que abofetea a mi Dios!

* * *

En un tranvía cierto fulano que adorna su solapa con una efigie nada menos que de Satanás, se mofa de un joven universitario que ostenta sobre la suya una pequeña cruz.

El estudiante, al fin, harto de oírle, le dijo gallardamente:

—Señor mío: es costumbre llevar en relicarios el retrato de un ser querido, de la madre, del padre... Yo llevo aquí el de mi Padre, Cristo Rey, crucificado por los hombres; y estoy viendo que usted lleva también ahí el retrato no sé si de su padre de usted. Enhorabuena, por no dársela mala.

El fulano se bajó en la primera parada del tranvía.

* * *

Otro joven llevaba también sobre su pecho la imagen del Redentor del mundo.

Pasó ante un café: varias risitas de los ociosos que ocupaban las mesas, varios chistes insulsos. —¡A que se azora!—dijeron.

Pero el muchacho les miró impertérrito, les saludó y les dijo, achicándoles con su santa valentía:

—Caballeros, no hay que pasmarse, pues no hago nada más que obedecer a las nuevas leyes. Ellas dicen: **¡Fuera el Crucifijo!** Muy bien; **antes** llevaba el mío **dentro, ahora** lo llevaré **fuera.**

* * *

Vamos a ver el reverso. Miradle a este otro jovencito:

Hace cuatro años parecía un angelote viviente, arrancado de un cuadro de Murillo; hoy, metido en la vida moderna, vaga de aquí para allá como trompa de muchacho: Teatros, juegos, diversiones, escándalos nocturnos... Todo está dispuesto a tragárselo, con tal de impedir que sus camaradas se rían de él.

—¿Vienes, Rafaelillo?

—¿A dónde vais?

—A tal sitio...

—Hombre... allí...

—¡Anda! ¡No seas tonto!

Y Rafael sabe que hace mal, siente los aldabonazos de su conciencia, no quisiera oír, pero...se deja llevar.

—¡Hay que ser valiente!—exclama para animarse.

¡Y es un cobarde, un pobrecillo que entrega su salud, su dinero, su honor, su alma... todo... todo por evitar que le llamen tonto! y se deja arrastrar al cine y a otras partes...

Pues mira, cuando las grandes empresas de la Iglesia o de la sociedad necesiten jóvenes de temple y de talento, ¿acudirán a éste o a alguno de los primeros?

¡No hace falta responder!

Nosotros empezamos ahora la vida de Instituto, de Colegio, de compañeros nuevos, de juventud moderna. ¿Seremos Rafaelillos, capaces de traicionar lo más santo, porque a un pelagatos cualquiera se le ocurra llamarnos tontos?

¿Verdad que tampoco hace falta responder? ¡No!

Con que, vengan enemigos y que se me presenten ocasiones. ¡Hay que dar cara y pecho, como verdaderos soldados de Cristo Rey y de su Madre Inmaculada!

R. M. B., Congr.

Curioso aprovechado

Estuve no hace mucho en una de las iglesias de esta villa, asistiendo a la despedida de los misioneros que iban a lejanas tierras a hacer que conozcan y amen a Nuestro Señor Jesucristo millones de infieles que aún viven en las tinieblas del paganismo.

Iluminada la iglesia como en las grandes solemnidades, y a los acordes majestuosos del órgano, salieron al presbiterio aquellos valientes jóvenes, entre los que reconocí a dos antiguos congregantes de mi misma Congregación. ¡Cómo me enorgullecí entonces de pertenecer a la Congregación y cómo me animé a trabajar bien en nuestras catequesis, que son como la escuela donde aprenderemos a ser apóstoles de N. S. Jesucristo!

En el sermón trataron de cómo aquellos, verdaderos soldados de Cristo, lo dejaban todo—placeres mundanos, amigos, hasta su familia—para trabajar por la mayor gloria de Dios. Me fijé bien en el rostro de los nuevos misioneros y vi que estaban alegres, serenos, como si aquello que estaban oyendo les fuese agradable y placentero. Y en verdad que lo era.

Yo al principio lo creía imposible; pero luego, reflexionando un momento, dije para

Universidad de Deusto
Biblioteca

adentros: "No me debe extrañar que a estos hombres, llenos ya del espíritu de Dios, no les importe dejar todo lo que tengan en este mundo de agradable por seguir el modo de vivir con el que Jesucristo arrancó las almas de manos del demonio y las llevó al seno de la Iglesia que El fundó.

Una vez que hubo acabado el sermón y la bendición, llegó el momento en el que los misioneros daban a besar al público su Crucifijo; vi que muchas señoras, al besarlo, lloraban, y también yo lloré, pero era de alegría, al pensar en lo que aquellos misioneros significaban: más almas que serían libertadas del infierno y llevadas a la felicidad eterna del cielo.

Cuando salí de la iglesia iba pensando que nosotros también podemos desde ahora ser misioneros, sin ir tan lejos ni dejar nuestra familia, y sin luchar con tantos peligros como a veces tienen que salvar los misioneros. ¿Cómo? Siendo buenos catequistas, con nuestras oraciones, propagando revistas de misiones, sacrificando los domingos alguna perrilla para sostener en las escuelas a tantos millares de niños infieles.

J. L. G., Congr.

Caro le costó al alcalde

El alcalde de cierto pueblo estaba ya molestado de oír el continuo repique de las campanas de la parroquia.

Un día, enfurecido, fué donde el párroco y le dijo:

—Queda prohibido desde este momento tocar las campanas en este pueblo.

El párroco se calló y el alcalde se marchó contento, como si hubiera hecho una cosa maravillosa.

No creáis que las campanas de este pueblo sólo eran para el culto, sino también para cuando había fuego.

Sucedió que un día se distrajo la cocinera del alcalde, dejando un bidón de gasolina al lado del fuego y se inflamó la gasolina y empezó a arder, quemándose la cocinera y el armario y la mesa de la cocina y parte del pasillo.

Cuando el alcalde supo que su casa estaba ardiendo, fué enseguida a donde el párroco y le dijo:

—Señor párroco, toque por favor las campanas a fuego, que se está quemando mi casa.

—No puedo tocar las campanas, porque cuando usted me dijo que no se tocasen, al día siguiente mandé que las sujetasen bien y quitasen los badajos para que no subiesen los chiquillos y tocasen.

Mientras tanto, la casa del alcalde se quemó.

Reflexionó después sobre lo mal que había hecho en mandar que no tocasen las campanas, se fué a la iglesia, se confesó, al día siguiente comulgó, se convirtió y murió en gracia de Dios.

A. de L., Congr

Un niño le convirtió

Si alguno de vosotros se asomase a las estaciones de los trenes que llevan a las catequesis, o al punto de partida del autobús que lleva a la parte de las minas a los congregantes catequistas, se asombraría de la alegría que llevan: alegría reflejada en los gestos, en las risas, en las palabras, en todo; y en seguida se sentiría animado por ese entusiasmo sublime, cual es el de llevar a tanto infeliz niño el Pan de la Doctrina.

Estas consideraciones me hacía yo el otro día cuando escuché el relato de un catequista, que vino a confirmarme más y más en mis ideas y que yo las voy a transcribir.

"Era yo—decía—uno de esos que ni siendo bueno ni malo, tenía algo más de lo primero que de lo segundo, y que, aunque iba a la catequesis, no sentía ni ese entusiasmo al ir, ni esa alegría al volver, que veía yo en mis compañeros; iba entre ellos como avergonzado. Y si te he de decir la verdad—me dijo—, la única razón por la que asistía yo a la catequesis era por pasarme una buena mañana de campo y aprovecharme algo de los caramelos que compraba y a veces no pagaba. Mas te diré, apenas si dejaba un día de ir al cine. Ya comprenderás qué poca autoridad sentía delante de aquellos niños para enseñarles el camino del cielo.

De esta manera iba yo los domingos a la catequesis, cuando un día, uno de los niños a quienes enseñaba yo el catecismo, al hablarle de los peligros del cine, me contestó que él iba porque me había visto a mí en el cine. Aquella observación y reproche del niño me llegó al alma, y aquel mismo día, delante del Señor, prometí ser otro y enseñar con el ejemplo; y cambié de vida.

¡Con qué cariño me acerco ahora a los niños, que por el cine y el mal compañero, se vuelven de inocentes y sencillos en maliciosos y duros de corazón. Y, claro está, ahora no puedo contenerme de alegría, siendo la admiración de mis compañeros."

Hasta aquí vuestro compañero que os dice lo que siente: cómo son estos goces puros los que más alegran y engrandecen.

Piensa un poco en esto y no dejes ir por el mal camino a esos niños que pone Dios en tus manos y que puedes convertirlos tú en los hombres fuertes del mañana y en defensores de la Religión.

Promete ser buen catequista; tómalo con empeño y desde el primer día no dejes de acudir a tiempo y asistir a la preparación de los sábados, y verás cómo te sientes transformado en otro, capaz de sobrellevar con ánimo todas las dificultades que encuentres en tu camino y alentar a tus compañeros a que te sigan.

Sólo así serás verdadero apóstol, como debe ser hoy, más que nunca, todo cristiano de verdad.

G. O., Congr.



Núm. 245.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Diciembre de 1933

¡¡¡Cuántos padres como Alfredo!!!

I

"Aquí lo importante es pasarlo bien". Este fué el lema de Alfredo en su juventud, y lo sigue siendo después que se casó.

No faltan en su casa ninguna de las mil comodidades que ofrece la vida moderna. Sabe dónde se presentan los espectáculos más artísticos y las diversiones más refinadas; todo lo procura ver, oír, saborear... Tiene el dinero que quiere; goza mucho.

Cuando contempla a su hijo único—el simpático Fernando, que ha entrado ya en los catorce abriles—, sueña que pronto lo verá con su carrera de ingeniero terminada en plena juventud, que las muchachas del gran mundo se lo querrán rifar, que todos le aplaudirán y admirarán, y que él, Alfredo, el papá feliz de tal príncipe, seguirá de triunfo en triunfo, gozará sin fin...

Solía llevarle al cine, para hacerle alegre la vida: "¡Pobrecillo!, harto le hacen estudiar en el Colegio durante la semana. Que el domingo siquiera lo pase bien a mi lado."

Y Fernando acudía con su papá al lujoso salón, lo veía todo, se fijaba en todo.

Regresaban cierta noche de fiesta, silenciosos los dos y arrellenados en el fondo de su automóvil: las imágenes lúcidas, vivientes, pegajosas, que habían visto en la pantalla, perseveraban danzando y riendo en sus fantasías. De pronto el muchacho dijo a su padre:

—Oye, papá; yo quisiera preguntarte una cosa, pero...

—Pero, ¿qué?

—Que no me atrevo.

—¿Tan poca confianza conmigo? Anda, dime qué es ello.

—Pues... es preguntarte si tú quisieras que yo hiciese lo que hacían *aquellos* y *aquellas*...

Alfredo quedó cortado: con más fuerza se reprodujeron en su mente las escenas pasadas: aquellas palabras de sirena engañadora, aquellas miradas de esclavo, aquellos besos criminales, aquellas manos infamadas... y entre todo *eso*, su hijo, casi un niño todavía, puesto allí por él mismo... Le contestó torpemente, como quien quiere excusarse y no lo sabe hacer:

—¡Qué cosas tienes, Fernando! Nosotros no vamos al cine para hacer lo que hacen aquellos... Nosotros vamos... para ver paisajes, escenas interesantes; para oír la música... De todo lo demás no hagas caso. Ya vas siendo mayor; conviene que estés curado de espantos...

Y no se dijeron más. El auto paró a la puerta de casa.

II

Acostumbrado a una vida de sentidos y de emociones fuertes, Alfredo dejó pasar como una de tantas la impresión que aquella pregunta le causó.

Siguió disfrutando de los espectáculos más artísticos y de las diversiones más delicadas. Siguió invitando a su hijo, y se alegró (¡mentecato!) al notar que el joven acudía ya sin reparos y sin preguntarle nada.

Pasaron algunos meses. Una tarde abrileña, fué a buscarle en el jardín, y le preguntó complaciente y solícito:

—¿Vienes, Fernando?

—No.

—¿Pues?

Y el hijo con toda frialdad:

—Porque contigo me aburro. Luego vendrán mis amigos a buscarme.

Alfredo sintió el latigazo en la cara. Aquel fué el principio de su calvario.

III

Hoy Fernando ha cumplido ya los veintidós años, y aún no ha logrado ingresar en la Academia.

Se le ve con amigos y con amigas, traído y llevado aquí y allá, sin voluntad propia, sin salud, sin hermosura... Es *uno de tantos*: ¡él! el destinado a poseer tantos títulos y triunfos y puestos encumbrados... ¡sueños tontos de un

Universidad de Deusto
Biblioteca

pone más tonto todavía! (Es el mejor calificativo para no hacerle injuria).

Alfredo ha sabido lo que es llorar y sufrir y suplicar sin conseguir nada. Más de cuatro veces se ha mordido los labios de dolor y de vergüenza. Ya no se le ve en ninguna diversión, ya reniega de todos los cines, pero ya es tarde.

B. A., Congr.

Cómo llegó a ser héroe

En un pueblo cercano al de Briasé, en la Vendée, existen todavía las ruinas de una cruz, a cuyos pies, en tiempo de la Revolución francesa, se derramó la sangre de un mártir.

En un combate de los heroicos vendeanos contra los feroces soldados de la Convención, cayó en manos de éstos un joven llamado Zacarías, a quien lo llevaron enseguida al pie de la cruz para fusilarle.

El vendeano echa una ojeada a la humilde casa paterna, situada en medio de la campiña. Al recordar a los suyos rueda una lágrima por sus mejillas, y ahogado por el dolor, deja escapar esta exclamación.

—¡Pobre padre mío!

—¿Vive tu padre?—le preguntó un sargento.

—Es ya muy anciano y mi muerte causará la suya.

Ante la emoción del joven el sargento se sonríe burlonamente.

—Oye, le dice, si quieres vivirás, y vivirá también tu padre.

Zacarías, extrañado, le dirige una mirada interrogadora.

—Sí, vivirás si quieres hacer lo que te mande.

El joven, que nunca ha temblado a la hora del combate, se estremece, y sus ojos se dirigen instintivamente hacia el hogar paterno.

—¿A qué precio me devolverías a mi padre?

—Toma esta hacha y derriba esa cruz.

En un arranque repentino, el joven aldeano se dirige hacia el signo de redención, y exclama:

—¡Venga el hacha!

Los otros vendeanos murmuraron sordamente, llamándole traidor, cobarde, desertor, mientras los soldados se abandonaban al gozo de su triunfo inesperado; pero el animoso joven, firme y erguido al pie de la cruz y empuñando febrilmente el arma que le han dado para consumar el sacrilegio, grita con entonación vigorosa:

—Esta cruz es la que bendice nuestros campos y nuestros hogares; al pie de ella se han hincado mis rodillas muchas veces. ¡Y queréis que la derribe! ¿Quién de vosotros quiere poner en ella su mano sacrílega?

Y blandiendo el hacha con furor, arremete contra los soldados, sorprendidos ante aquel inesperado ataque.

Repuestos de su sorpresa, cargan sobre él. Animado de fuerza sobrehumana, logra tenerles a raya algunos momentos, hasta que, rodeado de un círculo de bayonetas y viendo que va a sucumbir, se abraza a la cruz. No le hieren, sin embargo, porque en su rabia diabólica quieren obtener de su víctima otra satisfacción mayor que la muerte.

—¡La cruz a tierra o mueres!, chillan.

—¡La cruz arriba, la cruz es la vida!, exclama el vendeano.

—¡Derríbala o mueres!, repiten, hiriéndole con las bayonetas.

—¡Moriré abrazado a ella! ¡Así adornará mi tumba!

La sangre del joven vendeano enrojeció el árbol de la vida, y su última mirada fué para la cruz. Enterráronle al pie de ella, y sobre su tumba se lee:

"Aquí reposa Zacarías, el Héroe de la Cruz".

Has admirado a este mártir, a este heroico vendeano. ¿Crees tú que antes, en su vida se dejaba dominar por sus pasiones? ¡Qué va! La única manera de hacer lo que hizo este valiente es estando íntimamente unido con Jesús; hacía todos los días el Vía Crucis y de allí sacaba ánimos para vencerse y vencer a sus enemigos que le tentaban. Comulgaba también con frecuencia y comulgaba bien; le pedía a Jesús ser siempre verdadero cristiano.

J. M. de G., Congr.

Habla un universitario

Hallábame en uno de los pasillos de la Universidad, charlando y discutiendo de la lección del día con un grupo de compañeros.

De pronto uno de ellos, dió un frenazo a la conversación y la echó por otro camino. Empezó a decir unas cosas, con las que se veía estaba bastante familiarizado...

Pronto comprendí que aquel era camino escabroso, que iba cuesta abajo y que no terminaría en nada bueno. Con calma, como si no me diera cuenta de su lenguaje, volví al tema anterior; y so pretexto de aclarar un teorema, abrí mi libro mostrando ante los ojos de todos una estampa de la Inmaculada de Murillo. ¡La Inmaculada bendita de nuestra Congregación, que jamás faltará en ninguno de mis libros!

Grande fué la impresión que les produjo ver ante sí y en aquellos momentos el retrato de la más Pura de todas las Vírgenes...

Todos callaron: el joven atrevido no sabía dónde poner sus miradas. A mí entonces algún ángel bueno me inspiró una idea feliz. Dirigiéndome a uno de ellos, al que me parecía el más cautivado por la hermosura del cuadrito, le dije:

—¿Qué? ¿Te gusta esta postal? Pues si conocieses la interesante historia que tiene escrita al dorso...

Enseguida le picó la curiosidad y me dijo, alargando la mano:

—A ver, a ver...

Era lo que yo quería: se la ofrecí, y mientras él leía atentamente lo que detrás de ella escribió un joven fresquísimo, los dos que estaban a su lado se empinaban sobre sus hombros para leerla también.

Como era natural, una vez vista y leída por los primeros, la dulcísima Imagen pasó de mano en mano, y vi con gran satisfacción que la leían y quedaban pensativos. Más aún: algunos, envalentonados con mi ejemplo, me pidieron que se la regalase. Yo, que no deseaba otra cosa, les prometí traerles al día siguiente una para cada uno, pero bajo la promesa formal de llevarlas en sus respectivos libros, cosa que logré en tres de ellos, con los cuales más tarde me unió una buena amistad.

De otro sé que aquella estampa de la Purísima sirvió para reemplazar en su cartera y cerca de su corazón a otra que en lugar de inspirar los afectos castos y nobles de nuestra Madre Inmaculada, inspiraba otros... rastreros y portadores de muerte.

Estoy seguro que estas estampas han producido su fruto. ¡Glorificada sea por ello Nuestra Reina y Madre de misericordia, que se vale de tantos medios para salvar del infierno a sus hijos pecadores!

Ahora se me ocurre preguntar: Habiendo tantos excelentes jóvenes en el Instituto, Escuela de Comercio y Colegios, ¿no ha de haber quienes se animen a ostentar la estampa en sus libros y hacer el oficio de ángel donde no falta quienes hagan el de demonio?

¡Qué bello apostolado, qué agradable a la Virgen y cuánto lo bendecirá Ella misma! Y mucho más, si antes de empezarlo se lo encomendamos a Ella en una visita fervorosa.

Con que, manos a la obra. No hace falta más que un poquito de valor, y pensar que el que quiere a la Sma. Virgen no tiene valor, es un absurdo.

J. M. O., Congr.

La mano herida

He recibido una carta preciosa de un amigo mío muy querido, estudiante en un Instituto de Navarra.

Después de leída, sentí en mi alma un no sé qué... Una nostalgia, una aspiración, un ideal; pero en vez de contaros lo que yo sentí, os copiaré sus mismos párrafos, y veréis cómo también lo sentís vosotros, puesto que tenéis corazón:

"...si me vieras ahora, dirías: ¿qué tendrá ése en la mano?; y yo te contestaría con la cabeza bien alta: es la insignia de que soy católico.

El día de las elecciones, a las once y media, venía yo a casa y al pasar por la plaza en que vivo, oí una blasfemia, y yo grité en alta voz, para que todos lo oyeran, un "Alabado sea Dios".

El blasfemo se tiró contra mí como el lobo contra el cordero, y con una navaja me la metió en la mitad de la mano para recordarme que por el mismo sitio le clavaron el clavo a Nuestro Señor Jesucristo. ¡Qué gloria la mía poder sufrir un poco por Nuestro Señor y por defender su nombre y el de su Santísima Madre la Virgen, a quien me encomiendo todos los días con el rezo del santo rosario! ¡Qué gozo experimento al rezar esa sublime oración!"

Me cuenta también cómo distribuye las horas del día:

"Por la mañana me levanto a las siete y media; a las ocho voy a la iglesia hasta las ocho y tres cuartos, desayuno, y a las nueve me voy al Instituto, y a la una voy a comer, y luego voy a dar un paseo hasta las tres, y a las tres me voy a estudiar hasta las seis y media, y luego meriendo. Solía ir a pasear, pero desde hace días, en vez de ir a pasear, voy a enseñar a los jóvenes, ya sea a leer, ya a escribir, etc. Más me gustaba salir a recrearme, pero ofrezco esa mortificación por las Misiones y a enseñar al que no sabe, y me parece que con eso gano mucho más que paseando.

Todos los días rezo por la conversión de las almas y ofrezco algunos sacrificios para que el misionero les ponga tan a las claras las cosas, que a la fuerza tengan que conocer y amar a aquel Señor que las ha criado y por ellas se hizo hombre y murió en la cruz."

El último parrafito me hace mucha gracia: "Conque hasta otro día, pues me llaman por teléfono para que vaya a dar clase a mis alumnos de 20 años."

¿Qué es eso, rapaz? ¿Conque tú eres profesor de discípulos que son cinco años mayores que tú? ¿De dónde sacas tu autoridad sobre ellos, de dónde sacas fidelidad para cumplir esa distribución del día, y generosidad para sacrificarte por las misiones, y, sobre todo, de dónde sacaste heroísmo el domingo aquel para dar la cara por CRISTO Rey, y hasta la misma sangre de tus venas? Tú mismo me das la respuesta, mi buen amigo, en estas otras frases de tu carta:

"Todos los días ofrezco la Misa y la Comunión y las obras buenas y trabajos por la misma intención..."

¡Comulgas todos los días! Esa es la fuente del heroísmo y de la grandeza de alma y de todo lo noble y lo santo que un joven puede sentir realizar.

P. M., Congr.

Congregante en las avanzadas

Por la llegada de sus dos congregantes, jóvenes misioneros, he tenido noticias de V. y de esos inolvidables jóvenes. Bendito sea Dios que así bendice sus trabajos, escogiendo de entre esos jóvenes selectos, sus apóstoles cortesanos.

Aquí estamos nosotros plantando este árbol de la Iglesia que ahí tantos frutos ha producido y producirá. Poco a poco va echando raíces y ya brotan las flores precursoras de no lejanos frutos.

Ya hace más de año y medio que empecé a ser misionero de este distrito de Fauchang, tan grande como media Vizcaya.

Llevo ya administrados cerca de 500 bautismos, de los cuales me consta de más de 50 (entre párvulos o adultos bautizados a la hora de la muerte), que están ya gozando de Dios y pidiendo por mí. Esto ya es consolador.

Pues ahora vea mi incipiente congregación y su primera excursión eucarística.

Son 9 mis congregantes o cruzados, con su capitán o presidente. Vienen cada día a Misa. Los jueves y domingos sacan su hermosa bandera y tienen su platiquilla de preparación o

Universidad de Deusto
Biblioteca

ción de gracias por la Comunión. Los domingos, después de la bendición del Santísimo; hay junta, en la que entregan los obsequios espirituales de la semana, y dos perrillas para los fondos de la Congregación con que comprar juegos, preparar excursiones, etc.

En esta junta se les entrega nueva papeleta de obsequios, se trata de defectos que corregir, compañeros que enfervorizar, paganos que conquistar, etc. Luego, a jugar. Hasta ahora no tenemos más que un Ping-pong, una pelota de goma y un Asalto.

Hace dos semanas, aprovechando el buen tiempo de Septiembre, tuvimos nuestra primera excursión, a 10 kilómetros de distancia, a un hermoso monte, desde donde se domina casi todo mi distrito. A la falda de ese monte, entre frondosos árboles, hay un pueblecito de 10 casas, todo él pagano. Pues bien, como fruto de nuestra excursión abrigamos fundadas esperanzas de que muy pronto todo él será cristiano. ¿Cómo así? Aquel día, después de oír misa y comulgar, salieron muy alegres mis Cruzados en el único auto o coche que puede recorrer estos caminos de 1 metro de anchura, que es el de San Francisco. Poco después salí yo con mi catequista en el auto del misionero, que es la mula, por si a la vuelta hacía falta auxiliar a algún cansado. En el camino tomamos té y unas perrillas de churros.

Cantando himnos religiosos y jugando y saltando barrancos, llegamos al pie de la montaña. El jefe de aquel pueblecito, a quien ya antes habíamos anunciado nuestra visita y dado libros de religión, nos esperaba a la entrada del pueblo. En su casa nos tenía preparada agua para lavarnos, té y pasteles chinos. Aceptamos sus obsequios, descansamos un poco y, guiados por él mismo, subimos la escarpadísima pendiente agarrándonos a hierbas y matas para no resbalar y caer. Ya en la cima descansamos, gozamos del espléndido paisaje y hablamos algo de nuestra santa religión. Yo tomé datos para mi comenzado mapa de Fauchang.

Después de la bajada, en que más de uno hubo de andar a cuatro patas, el Sr. Tchang, que así se llamaba nuestro amable guía y hospedador, nos invitó a comer en su casa. Allí se remitió casi todo el pueblo a ver cómo come un europeo y oír lo que dice.

Aprovechamos esta coyuntura para hablar de religión no solamente el misionero y el catequista, sino también mis Cruzados, uno de los cuales probó con argumentos y comparaciones muy gráficas la existencia de Dios; otro, la falsedad de los ídolos, etc., etc. La voz atiplada de mis improvisados catequistas y la convicción con que exponían sus doctrinas redoblaban el interés y agrado de los oyentes.

Por fin, después de tres horas de hablar de religión, de resolver sus dudas y contestar a sus preguntas, dimos algunas chucherías a los niños del pueblo y nos despedimos de aquella buena gente.

A los pocos días venía el Sr. Tchang, con toda su familia, a apuntarse como catecúmeno; su mujer y sus hijos ya están en la escuela aprendiendo la doctrina.

Otros dos del pueblo han seguido su ejemplo, y los demás dicen que, puesto que el Sr. Tchang, hombre tan honrado y sincero y fervoroso budista, ha dejado los ídolos por el Dios del cielo, es señal de que ha visto la verdad de nuestra religión y así ellos también quieren estudiar la doctrina y hacerse cristianos.

A la vuelta hicimos alto en un bosque para rezar el Santo Rosario.

Ya ve, Padre, el fruto de nuestra primera excursión, no tan concurrida y amena como las de esos inolvidables Kostkas, pero no menos alegre y fructuosa. De los chicos que me acompañaron y mejor hablaron, el uno quiere ser sacerdote y espero mandarle el año que viene al seminario, el otro desea dedicarse en cuerpo y alma a la conversión de sus compatriotas, pero no se siente con fuerzas para el sacerdocio.

Veremos si el Señor me manda unas 100 pesetas durante tres años para pagarle la carrera de catequista. Por ahora le tengo en mi escuela con menos gastos. Su familia es muy pobre, y hasta vestido le he tenido que dar este año.

A mis Cruzadas les ha entrado envidia. También ellas, que son 10, quieren hacer su excursión y ésta será de veras eucarística, pues pensamos ir de madrugada a un pueblo distante 6 kilómetros y allí decir Misa en una casa cristiana y ellas comulgar y cantar, etc. A ver si nos sale tan alegre y fructuosa como la de los niños.

Mis dos escuelas están abiertas desde el 1.º de Septiembre con 17 niños y 19 niñas, casi todos cristianos o catecúmenos. El sistema de vales me va dando resultado, sobre todo al ver las pelotas, lapiceros, etc., que podrán comprar con ellos y al oír las muchas cosas buenas y bonitas que me van a mandar mis amigos de España. Les he dicho que hasta relojes habrá. El otro día me vinieron 4 paganos a preguntarme si podrán también ellos venir a la doctrina cuando salen de su escuela y ganar así vales. Les he dicho que esperen dos semanas, pues mañana tengo que salir a visitar las cristiandades.

Si fuéramos dos Padres y tuviéramos 100 pesetas para premios creo que se nos vendrían todos los chicos de la ciudad.

N. I., S. J.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

FLORES Y FRUTOS

Núm. 246.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Enero de 1934

Cómo encontró la paz

I

Era imposible escucharle y no sentirse entusiasmado por él, encendido en sus mismos afectos, deseoso de hacer lo que él insinuara.

Ojos negros de potente mirar, color de sano montañés, bigotillo incipiente, corazón de oro y de fuego: eso era José Mari por fuera. ¿Por dentro? Sólo el ángel de su guarda sabe lo que valía; baste decir que su cuerpo de dieciséis años era el estuche de su alma noble y limpia como en el día de su primera comunión.

Por eso sus miradas, sus palabras, sus deseos eran irresistibles: atraía e infundía respeto; alegraba y hacía pensar.

Cuatro rasgos nos lo darán a conocer mejor:

Había ido con varios compañeros a un pueblecito en campaña catequística: trabajaron bien; volvían entrada ya la noche, rendidos de aquella su actividad.

En una buena casa del camino les invitaron a tomar algo:

—Gracias—dijo José Mari, disimulando el apetito y la sed que sentía—, no tomo nada, porque espero poder comulgar. Y eran ya más de las diez de la mañana.

Otro día, en tiempo de ferias, se plantó ante un puesto de biblias herejes. Cuando veía algunos incautos acercarse y mirar los libros seductores, les decía en voz alta: ¡Eh, caballero, no se deje engañar, que esas obras son protestantes!

El librero vió que iba a la bancarrota, y tomó la defensa.

—¡Voto a tal, chiquillo! La Santa Biblia lo mismo es para católicos que para protestantes.

—¡Falso!—respondió el joven con vigor—. Esas biblias de usted fueron traducidas por un desgraciado que salió de su convento y huyó a Francia para darse a la buena vida y poder casarse allá. ¿Cómo van a ser lo mismo que las hechas por hombres santos y aprobadas por la Iglesia?

Aquel día el protestante nada vendió; y a los tres o cuatro, desarmó su barracón y se marchó de la feria.

Incomparable muchacho: en medio de todos sus triunfos permanecía sereno, afable, soñando siempre hacer grandes cosas por su Dios y por la sociedad, en plan guerrero y triunfal.

—Si continúa así, será el día de mañana un adalid de la acción católica—dijo de él uno de sus profesores.

Mas... llegó el tiempo de partir a la Universidad.

Besos y lágrimas de la madre, consejos del padre, despedidas, la estación, el viaje, los nuevos camaradas, la ciudad inmensa, la gran charca...

II

Ha pasado un mes escaso: mirad esos dos jovencitos que ya de noche, salen de un cine y van a escuchar música moderna en un salón...

El uno habla mucho; el otro no tanto. ¡Cómo! ¿No era éste José Mari?

El mismo: esperemos que salga, pues aunque tarde mucho, él merece que le acompañemos...

Ya aparecen los dos en el marco iluminado de la puerta: no hablan; el amigo se despide deprisa; José Mari responde a medias, y empieza a andar...

—José Mari, ¿qué has hecho? Así le grita de repente su conciencia; y él, no acostumbrado a tales reproches, tanto más terribles cuanto más íntimos, comienza a turbarse.

Siente necesidad de aire fresco, de quietud, de un no se qué...

Sale hacia las afueras: el parque de la gran ciudad está solitario: el rumor de los surtidores semeja ladridos de perros; las estrellas parecen mirarle acusadoras...

José Mari, inquieto, pásase la mano por la frente, va de aquí para allá, deja escapar frases entrecortadas:

—¡Maldita la hora en que accedí a salir con él! ¡Oh, si yo pudiera volver el tiempo atrás! Y el muy tunante me dijo que íbamos a divertirnos, a pasar una buena tarde... ¿Eso es divertirse? ¡Tonto yo, que le creí!

Universidad de Deusto
Biblioteca

dió la vuelta, y recorrió el mismo camino.

—¿Pero qué es esto que pasa por mí?—murmuraba—. Parece que un reptil venenoso me está mordiendo el alma, y no me deja sosegar... ¡Pobre muchacho! Era su noble conciencia que le daba voces por haber condescendido con el mal amigo.

No se atrevía a levantar las miradas hacia el cielo: todo se entenebrecía cada vez más a su alrededor; todo le angustiaba horriblemente. Cerca a la cascada del parque, una preciosa imitación de las gigantescas del Niágara, con sus abismos y rocas en el fondo, puntiagudas, espantables...

Satanás sabía que aquel joven le había dado mucha guerra; y al verle ahora temblando y dudando así, quiere triunfar de él completamente y le sugiere un pensamiento cobarde, espantoso, infernal.

"Todo lo has perdido: ya no eres el que eras; ya no valdrás para lo que valías: acaba con tanta amargura: mira que ese abismo profundo te invita al último viaje..."

El rostro de nuestro amigo se cubre de sudor helado, retiemblan sus dientes, palidece.

—¡Oh, jamás he sufrido como ahora!—exclamó—. Pero Dios le amaba mucho para dejarle perecer... Tin, tan; tin, tan... así vibra no lejos del parque una apacible campanita.

José Marí se serena algo... recuerda que ya era nuevo día, y se pregunta:

—¿Qué fiesta es hoy?—Y sigue:—: Ah, es el domingo de CRISTO REY. Hoy hace un año hablé a los chavalitos de mi catecismo de la confesión; les ponderé cuánta paz siente el alma después de hacerla bien...

El ángel bueno le trae este recuerdo, y su corazón lo recibe como el peregrino recibe un vaso de agua.

Tin, tan; tin, tan... seguía diciendo el anuncio triunfal de la gran fiesta.

—¡Oh CRISTO REY! ¿a qué aguardo? Y diciendo así, dirígese al punto en pos del bendito campanario.

Estaba salvado.

III

Cuando sale del templo le parece el día más claro, el aire más puro, los hombres más amables, sus entusiasmos mayores; ¡JESUS le había abrazado bondadosamente, íntimamente; le había dicho: Hijuelo, vete en paz!

Jamás le volvieron a ver con aquel amigo perverso; y cuando en los catecismos hablaba de la confesión, saltaban las lágrimas a sus ojos:

—¡Qué bueno es JESUS, queridos!—decía a sus *peques*—. ¡Sólo El, sólo El puede dar aquella paz, aquella paz y alegría de cielo...! ¡Bendita sea la santa confesión!

M. A. R., Congr.

De aventura en aventura

Esto que vas a leer ha ocurrido no hace muchos años: los protagonistas son un Príncipe de la casa Imperial alemana y un Padre jesuita. Tú, querido lector, vas a sacar las consecuencias que creas convenientes, aunque no tengas edad para discurrir mucho.

Alberto estaba cansado de las pamemas de la corte, donde las hay como en pocas partes y muy aburridas. El dinero le sobraba para mayor aburrimiento, hasta tanto que empezó a soñar despierto en aventuras salvajes.

El pobre Alberto, para fin de fiestas, había perdido la fe que recibió en sus primeros tiempos; la había dejado enredada y desgarrada entre las hojas de un libró racionalista volteriano.

No tardó en encontrarse bien acompañado en medio de selvas vírgenes, machete en mano, cazando jaguares, durmiendo al aire libre, poco menos que buscando la muerte violenta, porque, como él mismo decía al Padre, el suicidio a sangre fría no lo encontraba ni pundonoroso ni valiente.

Hacía no pocos alardes de su falta de fe; llegaba hasta g'oriarse de no creer en Dios y respondía con una sonrisa a las palabras del Padre:

—¡Oh, Reverendo Padre, más allá de la muerte que busco no espero hallar más que polvo, ceniza y nada.

Aunque con algunos cambios de decoración, habían pasado varios años, el Príncipe se había separado del pueblecito del Padre en busca de tigres, y más aún en busca de esa muerte violenta que no encontraba por ningún lado.

Una tarde en que el Padre rezaba devotamente su rosario, por la espesa alameda de caobos que sombreaban su casita aparece Alberto, como siempre, con la sonrisa en los labios, el rifle a la espalda y el machete a la cintura.

Después de un fuerte abrazo de amigo, el Príncipe dijo estas palabras, mientras descolgaba su rifle para sentarse en el tronco de un árbol cortado:

—Padre, ya tengo fe, estoy contento.

—¡Cómo! A ver, cuente, repuso el Padre con gran alegría.

— Mire, Padre, siguió nuestro Príncipe, limpiándose el sudor del camino; yo me interné, como de costumbre, en el bosque, en busca de aventuras que me trajesen la muerte. He luchado cuerpo a cuerpo con no sé cuántos tigres; pero esta lucha no era para mí tan temible, porque me creo más diestro que ellos. En cambio, una noche en que me encontré solo con tres pumas hambrientos que me embistieron, vi cerca esa muerte que buscaba, y sentí lo que otros llaman miedo.

—Pero ¿los venció?

—Uno tras otro cayeron rodando a mis pies y el miedo huyó de mi espíritu. Otra noche me perdí en el bosque y tuve que quedarme en la espesura; oía el rugido de las fieras que, oliendo mi carne, asediaban el árbol en que me hallaba subido. Pensé entonces en mi madre y tuve intención de acudir al Dios de ustedes; pero la noche pasó y con la noche el miedo y con el miedo la sombra de la fe. Pero el mes pasado Dios quiso apiadarse de mí burlándose casualmente de mi soberbia.

—Vamos, que ya le ha visto las orejas al lobo.

—Y muy de cerca. Navegaba yo por el río Napo dentro de una piragua muy pequeña. A un lado y a otro de la orilla me esperaba el caimán, pero no les temía. El rugido imponente de una cascada que el río formaba a una media legua de allí me hizo conocer que la muerte se hallaba muy cerca y que estaba ya encima, y me lancé corriente abajo para abrazarme con ella. A poco divisé la inmensa catarata por donde el río se precipitaba en el abismo, formando una espesa humareda blanca y fría; cuando me arrepentí, ya no era tiempo. La piragua era arrastrada con una fuerza increíble. Me acordé de mi madre, de sus plegarias, de su fe ardiente y miré al cielo. La piragua se hundió en el torbellino junto conmigo, y los dos rodamos al fondo.

Llamé a Dios confundido, como un pigmeo que se arrepiente de haberle retado: "Dios verdadero de mi madre, ten piedad de mí".

La piragua, que había quedado sepultando mi cuerpo, recibió un fuerte empellón del agua y me vi sobre ella; sobre ella, que, tranquila y serena, se deslizaba ya corriente abajo sin peligro ninguno.

—¿Y sigues creyendo?

—Claro que sí. Sólo le ruego, Padre, que si encuentra por ahí algún ateo, lo meta en una piragua y lo lance por una cascada, a ver si cree o no.

—A mí me parece que sí creerá, respondió el Padre.

J. R. de A., Congr.

¿Por qué se salvó Pedro?

Acaba de hacer Pedrito el Bachillerato, y sus padres le han enviado a Madrid a estudiar en la Facultad de Medicina. Es joven entero; la misa y comunión diaria han formado su carácter y férrea voluntad. Con todo, sus padres tienen mucho miedo; comprenden los peligros a que está expuesto su Pedrito.

Oye, Pedro, ¿vienes esta noche al cine? Mañana es fiesta, no hay que estudiar. Esta es la frase de todos los sábados al salir de clase y en la casa de huéspedes donde habita.

Pero Pedro ha conseguido hasta hoy, librarse de estas y otras tentaciones, en que se ve envuelto; conoce los peligros a que se expone saliendo de noche, e inmediatamente se encomienda a su Madre; su recuerdo le da las fuerzas para dar un rotundo ESO, NO.

Sus amigos se ríen de él, le dicen que está engañado, que ya no es chiquillo, que puede ir y hacer lo que quiera.

Uno de estos sábados vuelven sus amigos a la carga. No seas tonta, que no seas niño, te divertirás mucho.

Pedro duda; pero pronto, pidiendo a la Santísima Virgen fuerzas, contesta que NO, que tiene que hacer el examen de la semana, para confesarse al día siguiente, ya que hoy se le había hecho tarde; pero sus amigos (o mejor dicho, enemigos), le dicen que el domingo a la mañana tendrá tiempo para todo eso; que no piense tanto en confesiones y rezos, porque va a parecer un fraile; estas burlas repetidas le hacen mella y se olvida de invocar a su Santísima Madre.

Vamos, hombre, vamos, verás qué contento estarás después. Pedro ya no duda, se prepara y todos juntos bajan la escalera; Pedro va el último, cabizbajo, con el abrigo tirado sobre los hombros y el sombrero hacia detrás.

Al llegar al portal, ve a sus amigos apartarse a un lado, para dejar paso al Santo Viático. Pedro, al ver al sacerdote con Nuestro Señor Jesucristo en los brazos, se acuerda de aquellos consejos de su madre y de los de su confesor, y venciéndose, sigue a su Señor escaleras arriba; entra en el cuarto del enfermo, se impresiona de aquellas tristes y dulces ceremonias y acompaña después al sacerdote hasta la misma Iglesia; una vez en ella, pide al sacerdote que le oiga en Confesión.

¡Qué alegría sintió después! Volvió a su casa y se acostó.

A la mañana siguiente le preguntaron sus amigos dónde se había quedado por la noche, que no le vieron desde que llegaron al portal.

Pedro, con sencillez y valentía, les explicó todo; y la gran alegría que sintió después de confesado, es imposible que la hubiera sentido mayor si hubiese ido con ellos.

Y vosotros, decidme la verdad, ¿ya estáis alegres? Ellos bajaron la cabeza por toda contestación; como que aquella mísera alegría se había convertido en remordimiento.

¡Cuántas veces le había repetido a Pedro su misma madre que obsequiase especialmente los sábados a la Sma. Virgen; se acordaba de los peligros que esos días tienen en tanta abundancia los jóvenes! ¡Cuánto le quiso a Pedro la Virgen! Y a ti también te quiere.

A. I., Congr.

Él tuvo la culpa!...

I

Esto es histórico.

Amanecía sobre Moscú un día de junio clarísimo, digno de ser sevillano.

El señor Bungallof, uno de los pocos que todavía se podían decir acomodados, gracias a ciertos negocios que gestionó a espaldas del soviet moscovita, escribe una carta cifrada, la cierra cuidadosamente, y llama a su hijo:

—Iván, llévamela al correo.

Sale el muchacho protestando entre dientes. Es alto, fino, de buen parecer. En el fondo de sus ojos muy azules se han pintado mil veces las escenas atrayentes de los cines infantiles. Los cines que los camaradas comunitas emplean como un triunfo envidiable y mueven a la imitación las rebeldías de los hijos contra sus padres, las hazañas de corrompidos y corrompidas de quince años, los maridos que traicionan a sus esposas, las esposas que se buscan otros maridos...

Todos estos cuadros rebullen cada noche en la imaginación de Iván, pues el señor Bungallof, metido en sus negocios, o no puede o no quiere preocuparse de si son buenos o malos los lugares que frecuenta su hijo.

Universidad de Deusto
Biblioteca

II

Sin acordarse de la carta, Iván fué a buscar a sus amigos. Pasó la mañana con ellos y regresó a casa al mediodía. Su padre, al verse desobedecido, le reprendió y le mandó que llevase la carta antes de comer.

Iván salió sin decir una palabra, pero en vez de ir a Correos, fué a la Comisaría de la Guardia roja, y dijo a un inspector:

—Mi padre ha escrito esta carta para el extranjero.

—A ver, a ver...

La carta fué abierta; cuatro policías salieron hacia la casa de Bungalloí, y el joven Iván fué tratado de héroe y de modelo de comunistas libres.

III

El ciudadano Bungalloí fué preso y fusilado en juicio sumarísimo: ¡le habían descubierto en aquella carta el delito de que intentaba salir de Rusia con su mujer, su hijo y algunos dineros.

La madre de Iván llora día y noche; y cuando se entera de que su propio hijo fué el denunciante, cree morir de dolor.

—Has matado a tu padre, has matado a tu padre... le dice desolada.

—El tuvo la culpa, le responde el joven friamente. Y después, con un cinismo que repugna:

—No llores, mamá; ya encontrarás otro marido.

Lo hacían así en el cine: le parecía ya lo más natural.

¡Pobre señora! Su hijo la privó de su esposo, y el cine—(ahora lo comprende)—le había robado su hijo.

Y todavía habrá padres que por desentenderse de sus hijos o como premio les animan a ir al cine.

D. M., Congr.

Este levanta bandera

¡Qué pena me causó, al pasar por una calle en la que se encontraba uno de los cines peores, ver multitud de chiquillos que en avalancha salían de aquel antro, donde tantos chicos y jóvenes han perdido la inocencia, donde tantos habrán cometido su primer pecado y, lo que es peor, primer eslabón de una larga cadena, que les tiene sometidos bajo el poder, peor que el del mismo Satanás.

Guiado por mi amor a los chicos, quedé contemplando tristemente aquel grupo numeroso, que durante dos horas había estado presenciando inconveniencias.

Aquellos chicos, a pesar de que acababan de divertirse (?), no tenían ese gesto alegre que les es propio y que es la causa de ese atractivo que tienen; en su rostro faltaba esa mirada risueña propia de su edad, y muchas de aquellas cabezas iban inclinadas, como avergonzadas de lo que habían visto y sentido; y casi todos ellos, en consonancia, llevaban las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

Al verles desfilar delante de mí les iba comparando con los chicos de mi catequesis. En éstos todo es expansión, alegría y risas propias de chicos, ni sombra de sonrisa maliciosa, encubridora como en aquellos de la conversación que sostienen, a propósito de lo que acaban de ver, etcétera.

Corrían algunos calle abajo, cuando uno tropezó con un pellejo de plátano, cayendo impetuosamente al suelo.

Ninguno de los que con él iban le ayudaron a levantarse. Me dirigí hacia él y pude ver la herida bastante grande en la pierna, de la que manaba abundante sangre.

Le ayudé a levantarse, y, como para darme las gracias, soltó una palabra sucia. Mientras se quejaba le vendé la herida con mi pañuelo. Aún no había terminado esta operación cuando de su boca salió una horrorosa blasfemia. La sangre me hervía y me daban ganas de darle una bofetada; pero me contuve, y como si no me hubiera molestado, le pregunté con cariño: ¿Por qué dices eso?, y, sin esperar respuesta, le di un caramelo, de los que me sobraban de la catequesis de la mañana.

Aquel caramelo le puso muy contento y, aprovechando la ocasión, le dije: Dime, ¿por qué siendo Dios tan bueno, hablas tan mal de El? Después de una breve pausa le pregunté dónde vivía para acompañarle a casa.

A pesar de servirle yo de apoyo, andaba con dificultad y esto hizo que el camino fuese mucho más largo, es decir, que tardaremos más. De varias preguntas que le hice, deduje que casi nada sabía de nuestra religión.

Había ido unos tres meses a la catequesis, pero no quiso seguir. Le pregunté la causa y me contestó con estas palabras: "¿Para qué iba a ir, si el catequista faltaba casi siempre?"

No saben muchos catequistas el daño que hacen con sus faltas. Preferible es que no se apunten a que su asistencia no sea constante. Durante los años que llevo dirigiendo una catequesis me he dado perfectísima cuenta de que la causa primordial de que en un grupo falten chicos, es que el catequista falta a menudo.

Impresionado por las palabras que aquel chico me dijo, seguí un rato sin prestarle atención; él entonces, sin que yo le preguntase, empezó a contarme la película que acaba de ver. A la primera reflexión que le hice para hacerle ver que no debía ir al cine, me contestó: "Aunque yo no quisiera ir, no me quedaría otro remedio, porque no tengo donde ir".

He aquí otro extremo que pueden abarcar los catequistas que tengan un poco de entusiasmo, ya que en la mayoría de los pueblos existen cines más o menos malos, y los chicos van a ellos porque no tienen otro sitio.

Si sacrificando diversiones, football, etc., hiciéseis lo que hacemos no pocos, entretener a estos chicos, con proyecciones, obras de teatro, etc., ¿no creéis que harías mucho bien a tantos niños como Dios pone en vuestras manos?

E. P., Congr.

FLORES Y FRUTOS

Núm. 247.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Febrero de 1934

Respetar las conciencias

¿Sabéis dónde ocurrió? ¿No? Bueno, pues no os lo digo, pero yo fuí testigo del suceso.

En una calle muy céntrica de... y cuando estaba más concurrida. Tranvías, autos, gentes... Un hombre, por ceder la acera a los que van en dirección contraria, se desvía al arroyo: en el mismo momento, un auto que venía detrás y en el que no había podido fijarse, pasa rozándole con los guardabarros.

El hombre crispa los puños y enfurecido lanza una blasfemia contra Dios y una maldición contra esos ricos que provocan al pobre.

Los que pasan junto a él se hacen los desentendidos, como si la sucia boca del blasfemo hubiera proferido las palabras más inofensivas.

Sin embargo, un joven que había oído su inmunda exclamación, encendido de dolor y de asco, plantóse ante el malhablado y gritando a los oídos del desgraciado, para que le oyera bien la gente, exclamó:

—¡Alabado sea Dios! ¡En el metro cuadrado de tierra que ocupe yo, Dios ha de ser alabado, ensalzado y glorificado! ¡Viva Cristo Rey!...

Una señora que pasaba por su lado, apresuró el paso diciendo:

—¡Qué imprudente! A lo mejor ese hombre va armado y...

Un caballero, con más traza de usurero que de católico, murmuró entre dientes:

—Chiquillo! Ganas de dar importancia a las cosas.

Unas señoritas, que llevaban unos elegantes Cristos al pecho:

—¡Qué cursi! ¡Habrá sido alumno de los jesuítas!

Mientras el blasfemo se escurre entre los transeuntes, un señor interpela al decidido joven:

—¡Hay que respetar las conciencias, joven!

—Por eso mismo he dicho y volveré a decir lo que usted ha oído. Si no, dígame; hay que respetar la conciencia, ¿de quién? ¿La de ese sinvergüenza? Entonces... yo tendré que oír en silencio cuanta inmundicias quiera ese decir contra la Iglesia, *que es mi Madre*, y contra Dios, *que es mi Padre*, etc... ¿La mía? Entonces que no se nos insulte a los católicos blasfemando a nuestra cara de lo que es más sagrado para nosotros. ¿La de los dos? Pues que el mismo respeto que yo le debo a él, que tenga él para conmigo...

—Bueno, bueno, pero no hay que ser exagerado... y como Pilatos, que dejó a Cristo con la palabra en la boca, el señor aquel siguió su camino y... no hubo más.

R. de M., Congr.

El despertar más triste

Marchábamos a una velocidad vertiginosa. Habíamos salido de la estación de Hendaya envueltos en las escasas luces del crepúsculo vespertino y acariciados por las húmedas y frías ráfagas de una lluvia desapacible y tenaz.

No sé cuánto tiempo hacía que había cerrado la noche. En el interior del departamento, a media luz, dormitaba yo inquieto, pues no podía conciliar el sueño.

Frente a mí dos señores parecían dormir sin preocupaciones. Uno de ellos lucía unos espantables bigotes, que daban a su rostro un no sé qué de terrible y que quitaban las ganas de meterse con él. Junto a ellos, una señora elegante, que viajaba sola, dormía sosegadamente. Otra mujer de pueblo, con un niño, cuyos pies casi se me metían en los bolsillos, dormían a mi lado.

El exprés volaba. Había momentos, a veces prolongados, en que se dejaba de percibir el tractrac, trac-trac de las ruedas al pasar sobre las junturas de los rieles: sólo se oía una especie de gemido prolongado que semejaba salir de la garganta encendida del monstruo de hierro y que hería la solemne y tranquila serenidad de la llanura entregada al descanso e iluminada a ratos por la luz soñadora de la luna que descendía mansamente a través de nieblas y girones de nubes. La lluvia había quedado atrás.

Así fueron pasando las horas. Gradualmente el paisaje fué de nuevo adquiriendo detalles, a medida que el cielo perdía en oscuridad. Ama-

Universidad de Deusto
Biblioteca

necía para nosotros equivalía a llegar a nuestro término: París.

Poco a poco, con las primeras luces del día, iban desperezándose los viajeros, y comenzaban a hacerse la rudimentaria "toilette" que permite el viaje en ferrocarril. El hombre de los bigotes había bostezado tres o cuatro veces. El chiquillo que dormía junto a mí, veía ahora con la nariz pegada a los cristales del pasillo el desfile de casas, árboles, personas y animales, vagando entre la neblina del amanecer.

El tren se bebía los pocos kilómetros que nos separaban ya de París. ¿Qué significaba la llegada a la capital de Francia para la señora elegante que nos acompañaba? No lo sé ni lo sabré jamás. El hecho es que empezó a llorar amargamente. Todos la contemplamos en silencio. El señor de los bigotes le dijo unas palabras a media voz que no cortaron su congoja. ¿Lloraba por lo que acababa de abandonar o por lo que iba a encontrar en la gran urbe?

Momentos después penetrábamos en un dédalo de vías y construcciones, y el convoy desaparecía bajo tierra para detenerse en Quai-d'Orsay. Allí yo me preocupé de mí y de mis cosas, pues no había tiempo que perder. El episodio de aquella madrugada se diluía para mí ante la inmensa ciudad...

Así viajamos hacia la eternidad... ¡dormidos! Algunos despiertan a tiempo y lloran de arrepentimiento por lo que dejan tras sí, su mala vida. Otros lloran de rabia, también por lo que dejan atrás, riquezas, honores, placeres, etc.... y tiemblan por lo que van a encontrar, la desgracia eterna... Otros llegan dormidos hasta la misma estación y ¡qué desagradable es despertar cuando menos se piensa y tener que salir precipitadamente del tren de la vida sin tiempo de arreglar sus cosas, ni de ascarse...

R. de B., Congr.

¡No hay cosa más...!

No hay cosa más pequeña que una *gota de agua*: sin embargo puede causar espantosas inundaciones.

Ni hay cosa más ligera que el *viento*. El es el padre de los huracanes y que barre y destroza cuanto halla a su paso.

Ni hay cosa más insignificante que un *pinchazo de alfiler* y puede dar la muerte por el tétanos o el cáncer.

Ni hay cosa más menuda que una *chispa* que puede provocar voraces incendios.

Ni hay cosa más rápida que *una palabra que se lleva el aire*, pero que puede desencadenar una guerra.

Ni hay cosa más imperceptible que una *sonrisa*, que puede alimentar un odio o una pasión.

Ni hay cosa más despreciable que el *cuerpo*. Y no se piensa más que en él, ni se ocupa más que de él, ni se vive sino por él.

Ni hay aquí abajo cosa más importante que un *alma*: y es la única cosa que muchísimos descuidan.... y sin embargo, para ella, juntamente con el cuerpo, existe una eternidad!

R. de M., Congr.

Ocurrencia de loco

Vivían cerca del manicomio, muy cerca, y, rara manía, no había una sola tarde en que los dos, el abuelo y el nietecito, no hiciesen una visita a aquellos infelices alienados. Todas las tardes se juntaban en las galerías del establecimiento, el niño, el loco y el viejo, los tres que, al decir de la gente, cuentan las verdades.

Ya se sabía, y así que, cuando cualquiera del pueblo los cruzaba en el camino, a la pregunta: "¿a dónde va el abuelito?", contestaba el viejo. "Ya sabes, hijo, a ver a nuestros amiguitos".

Agarrada a la tiernecita mano del niño de pocos años iba la huesuda del viejo, y juntos entraban por aquellas puertas que separaban a los pobrecitos privados de la razón.

Nunca veían nada nuevo, siempre las mismas caras, siempre las mismas locuras, siempre las mismas galerías, y, por ser todo lo mismo, ocurrió aquel día que también el mismo loco de siempre repetía lo que acostumbraba a hacer y no carecía de gracia: Su cuarto estaba lleno de cuerdas y de pequeños guijarros; con ambas cosas hacía plomadas. Había sido en sus buenos tiempos habilidoso albañil y no quería perder, por la falta de ejercicio, la mejor de sus habilidades: el manejo de la plomada.

Con una de ellas, todos los días y a la misma hora recorría las celdas, una por una; los compañeros locos, no sé por qué especial respeto, le dejaban maniobrar. Y no era los tabiques los que reconocía: Poníase erguido y manejando un instrumento, observaba si la punta de la nariz estaba en la misma vertical que las puntas de los pies, y después de la operación, que, por suerte o por desgracia, nunca quedaba a su gusto, exclamaba doloroso: "¡no, éste no vale!". Así lo hacía con otro, y otro, y así todos los días, y, a pesar de eso, ningún loco se resistió a la prueba por ver... por ver si valían.

Cuando aquella tarde del cuento, nuestro amigo loco había recorrido todos los departamentos y volvía a su celda, vió a nieto y abuelo, y, cosa rara, lo que ningún día había hecho, aquel día quiso ponerlo en práctica: quiso probar su plomada en los personajes. Muy a gusto suyo lo hubiera hecho si su vigilante no se hubiera puesto por medio. Pero el chiquillo lo estaba deseando y se le puso delante: —A mí, a mí...

No esperó más el loco y preparó la cuerda, realizó la medición, y, feliz coincidencia, resultó en el niño lo tantas veces ansiado por el loco.

Reía y palmoteaba el niño, lloraba el viejo, no porque el caso le produjera disgusto, sino por la triste gracia de aquel desvariado cerebro que, gozando poco antes del uso de su razón, se veía perseguido tan sin sentido por aquella idea fija.

Los visitantes salieron del manicomio. Caminaban al caserío; era ya el atardecer, y para aquellos dos cuerpos débiles, el uno por defecto y el otro por exceso, estaba próxima la hora del descanso.

Si los hubiéramos seguido hasta la puerta, hubiéramos podido oír de labios del viejo: "Nietecito mío, si quieres valer, para cuando seas mayor, tú también como el loco, tienes que tener tu plomada: con ella notarás si las cosas que haces son buenas o malas. Hijo, si se ajustan a la plomada son cosas buenas y si no, son cosas malas.

—¿Qué plomada abuelito?

—Ten presente esta sentencia: ¿Esto que voy a hacer me vale para el cielo? No, pues no vale para nada: sí, pues adelante, aunque me cueste hacerlo.

De esta misma plomada se servía San Estanislao: "No he nacido para las cosas de este mundo sino para las del cielo". Y ésta o aquella otra parecida utilizaba San Luis: "Qué me vale ésto para la eternidad?"

P. T. Congr.

¡Qué envidia!

Cómo celebran los católicos belgas la fiesta de Cristo Rey

Era el sábado víspera del gran día. Había precedido una semana de estudios sobre propaganda de la acción social católica de la juventud.

Como final de la semana dedicada al ideal, nada mejor que hacer patente a todo el mundo el entusiasmo que les bullía en el pecho y lanzarse a la calle para proclamar a la faz del mundo su amor y adhesión inquebrantable a Jesucristo. Así lo hicieron con la organización y orden que les caracteriza.

A eso de las ocho de la noche se reunían en la mayor iglesia de Lieja los numerosos miembros de las diversas asociaciones en que se encuentran sabiamente incluída todas las clases sociales de la juventud. Después de una breve función religiosa comenzó el desfile que tenía por objeto, además de ser una brillante manifestación de la piedad de los jóvenes de Lieja, el trasladar de la iglesia de Santiago al Colegio de los Jesuítas una hermosa imagen de Cristo Rey Crucificado, coronado con corona real en lugar de la corona de espinas.

Empezó el desfile. Detrás de la Banda de música, que habría la marcha, venían los scouts católicos, con sus vistosos uniformes y su aire marcial, llevando casi todos en sus manos las llameantes antorchas que tanto contribuían a dar un tinte de romántica poesía a la manifestación.

Nutridísimos grupos de familias católica habían salido a contribuir con su presencia al explendor de la fiesta y se agrupaban a todo lo largo del trayecto.

Lo vistoso del espectáculo estaba todavía realzado con la impresión que producían los alegres cantos que entonaban valientemente cada una de las diversas asociaciones.

Allí estaban los Estudiantes Católicos, la Juventud Católica Obrera, la Juventud Católica Agrícola, la Juventud Universitaria Católica, la Juventud de los patronos..., en fin, toda la gama de jóvenes que agrupa bajo su estandarte la magnífica asociación de la A. C. J. B. (Asociación Católica de la Juventud Belga).

Pero el epíritu es uno, y un mismo ideal los vivifica y enardece a todos: CRISTO.

Los grupos iban pasando en correcta formación de cuatro en fondo, y todos lanzaban, de vez en cuando, tres veces repetido el valiente grito de: ¡Viva Cristo Rey!...

El conjunto resultaba verdaderamente apoteósico. Eran ya casi las diez de la noche; llegados al gran patio del Colegio pusieron de pie la imagen, siempre sostenida por los jóvenes. Hubo una arenga final, un canto en cuyas notas vibraban los efluvios de amor de todos los corazones que tomaban parte en la fiesta, y para terminar, el triple grito, pero inúnime esta vez y avasallador, penetrante y conmovedor, de esos que llegan hasta el fondo mismo del alma... Las antorchas despedían un vivo resplandor, elevando sus llamas hacia el cielo sereno; los jóvenes inmóviles con los ojos fijos en la imagen y el alma toda puesta a sus pies, con el corazón enchido de entusiasmo juvenil, de amor sublime y vivificador para su ideal, para Jesucristo, el único capaz de saciar ansias infinitas y sed de generosidades...

Después de esta preparación, bien podía decirse que El reinaba verdaderamente en los corazones de aquellos dos mil jóvenes católicos belgas, cuando al entrar en sus pechos al día siguiente los encontrara todos llenos de sincero y ardiente amor hacia El y hacia sus almas...

Y entretanto yo pensaba: ¡Cuándo será el día en que aquí podamos ver cosas parecidas a ésta, y mayores aún, mucho mayores aún!...

H. A., Congr.

¡Pocas madres como ésta!

He visitado a la madre de dos antiguos congregantes que nos despidieron para entrar en la Compañía de Jesús, y ahora estudian en Bélgica.

Cuando los vi partir, sonrientes y animosos, no pude sospechar que llevaban en su alma, vivo y palpitante todavía, el abrazo de una madre que se quedaba sola... Hoy la señora me lo ha contado todo, y en ninguna conversación he sentido como en ésta la impresión de lo sublime entre palabras sencillísimas:

"Quedé viuda cuando el mayor, Joaquín, tenía tres años, y el pequeño once meses. Todos los días me levantaba tempranito, los dejaba bien arropados y hacía una escapada a comulgar. Después trabajaba con mis manos para que nada les faltase.

En cuanto hicieron la Primera Comunión, pedí que me los admitieran en la Congregación de San Estanislao. Más de una vez me costó pequeños sermoncitos el hacerles acudir puntuales; y no faltó una persona que se decía amiga y que me dijo: "¿A qué tanto empeño en enviarlos a la Iglesia? Allí no les darán de comer." Otros en cambio me causaron pena por el lado opuesto: "Lo que tú pretendes, enviando tus niños a esos Padres, es sacar alguna tajada..."

"Yo callaba y lo sufría todo por mis hijos. Todo me parecía poco, porque ellos salían muy buenos y muy listos. Cuando Joaquín cumplió los 12 años, me dijo que quería ser jesuíta: yo

Universidad de Deusto
Biblioteca

no ya pase sus iniciales en su ropa y le acompañe al Seminario menor.

"Venía él a pasar las vacaciones en casa, y cada verano me parecía más virtuoso, más amable. Cuando se acercaba el tiempo de su partida al noviciado, el pequeño me dijo un día que también él quería entrar en la Compañía de Jesús. Yo no lloré delante de él: le preparé la ropa, y también le envié al Seminario.

"El último verano que pasaron los dos conmigo, salí un día de casa con Joaquín. No puedo olvidar aquella conversación: habíamos hecho una visita en la Iglesia, y me dijo al regresar:

"—Amachu, yo veo que tú vas a quedarte muy sola, y además que tendrás que trabajar para vivir. Cuando yo te pedí permiso para ir a Loyola, creí que Miguel se quedaría contigo; pero ahora, ya que él también quiere marchar, yo me quedaré en casa y trabajaré para que tú no trabajes... él será jesuíta...

"Yo le respondí: Gracias, Joaquín, pero, dime francamente: tú dónde quieres más, ¿en casa con la madre o en la Compañía de Jesús?

"El me dijo casi llorando: —En la Compañía de Jesús..."

"—Pues ya irás, Joaquín; y no te apures por mí: ya puedo trabajar: Jesús también ya dijo que no venía a ser servido, sino a servir..."

"El se quedó callado, pero yo ya le noté que se quedaba muy contento."

En los ojos de la cristianísima madre aparecieron dos lágrimas... y me mostraba la fotografía de sus dos hijos:

—Cuando supe que se iban a Bélgica, fuí corriendo a Loyola, y ya llegué a tiempo para sacarles este retrato... Mi consuelo más grande es cuando me escriben una carta... tres veces también ya suelo leerla...

Al acordarme ahora de aquellos dos antiguos congregantes, que partieron al destierro tan alegres y decididos por ser fieles a su Señor Jesucristo, me parece que ya he dado con la secreta fuente de su virtud: su santa madre.

¡Oh, si todas las madres cristianas supiesen *cuánto* depende de ellas que su hijo, el día de mañana, sea un héroe o un miserable!

J. A., Congr.

Desde San Sebastián

Con verdadera ilusión cojo la pluma para escribiros. Lo hago desde San Sebastián, a donde me he trasladado este año con mi familia. Durante las fiestas de Navidad, el recuerdo de las gratas veladas que celebrábamos en la Congregación, hizo que se avivara más vuestro recuerdo y el deseo de estar entre vosotros, y ya que no puedo tener un rato de charla oral, ahí van estas letras que suplirán esa falta y os contarán más impresiones de por acá.

Apenado un poco por dejar mis antiguas amistades, la impresión que recibí de San Sebastián al llegar, fué buena y mala. Buena por su aspecto exterior, pues en realidad es un encanto de población, un capricho de belleza en cuya formación han intervenido el arte y delicado gusto de los hombres y una naturaleza privilegiada.

Mala por el ambiente de ligereza y frivolidad; de atractivos y fomentos de las pasiones en que hierve toda la población el verano, con músicas y fiestas diarias, concursos, carreras, regatas a cada paso. Y aquella playa... convertida en exposición pública de cínicas inmoralidades, me hizo dudar de los que se educan ante ella, y me dió miedo la idea de experimentar este invierno lo triste que es vivir con muchos... y encontrarse solo.

Pero pasó el verano, vinieron los vientos de Otoño, que fueron levantando la basura, esparciéndola por aquí y por allá, y del fondo del montón como de tierra abonada ví que brotaban plantas naturales e indígenas con tallo fino y espigado que al abrirse reflejaban fragancias de azucena y de pureza.

Efectivamente, al empezar el curso me encontré en el colegio y en una asociación de jóvenes que quiere ser congregación, con unos chicos excelentes, de familias cristianísimas, que son cuidados y se cuidan con esmero del ambiente malsano de la población.

Por no publicar detalles, que podrían herir su modestia, os diré que hay chicos que, viviendo en San Sebastián, en todo el verano no pisan la playa y otros que aunque la pisan y se bañan, para las diez de la mañana ya están de vuelta en casa. ¡Y lo que me gustaría bañarme a las horas de más calor!, me decía uno.

Ahora hemos empezado a trabajar un poco en obras de apostolado, y así los domingos y jueves van varios grupos haciendo propaganda misional de casa en casa y son muchos los chicos que se quedan con ganas de hacer lo mismo por falta de material.

También hemos empezado los domingos a tener catequesis, que aquí son por la tarde y suponen el sacrificio del partido de fútbol; sin embargo (g. a D.), el número de pretendientes supera al de los destinos que por ahora se pueden dar.

Quiero terminar, por no alargarme demasiado y dejar tela cortada para otra vez. Pero al despedirme de vosotros, os pido un favor que no dudo me lo haréis, y es que durante las bendiciones con el Santísimo que tenéis los domingos en el Salón, pidáis al Señor para que la Congregación de aquí se arraigue, se desarrolle y de los frutos que puede dar en esta tierra tan bien dispuesta.

Amigo vuestro y Congregante,

J. M.ª E., Congr.



Núm. 248.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Marzo de 1934

¡Cuánto más Tú!

Pocos meses después de la muerte de mi madre, un buen amigo me invitó a recorrer algunos paisajes pintorescos del Sur de Francia para distraerme de aquel inmenso dolor.

Una mañana de otoño, silenciosa y vestida de niebla, nos acercábamos a Dax en su automóvil.

Los pinos innumerables de las Landas, con las bases heridas por las piquetas de los resineros y con las puntas levantadas a lo más alto, me parecían exhalar una queja y demandar un consuelo.

La quietud del ambiente me sugería pensamientos de paz, acompañados siempre con el recuerdo de mi madre queridísima, que ya no venía conmigo.

Llegados a Dax, subimos a la Catedral y buscamos el altar del Sagrario para decir dos cositas al **Amo del pueblo.**

Después de visitarle y pedirle por los que teníamos en el corazón, descendíamos hacia la salida principal, y al cruzar la nave del Evangelio vimos, enclavadas en la pared, dos grandes lápidas de mármol blanco con letras de oro.

—¿Qué es esto? Y leí: HIJOS DE DAX MUERTOS POR LA PATRIA. 1914-1918. Debajo veíanse tres largas columnas de nombres... No me fijé en ninguno: eran tantos... ¡Pobres soldaditos, muertos o desaparecidos en la gran guerra! ¿Quién se acordará ya de vosotros? ¡Dios os dé el eterno descanso!

Mi amigo continuó su camino hacia la puerta; yo estaba aún ante el monumento de los soldados, y noté que llegaba allí una mujercita, vestida de negro y con un sencillo tocado en la cabeza. Era la única mujer que yo veía sin sombrerete en las iglesias de Francia: atrajo mi atención, y me retiré un poquito para ver lo que hacía.

Vino decidida a las placas de los soldados muertos: llegó a la primera, la dejó atrás y se acercó a la segunda.

Sin vacilar un momento, clavó la vista en uno de sus nombres, y con un pañuelo negro que traía en la mano y que desdobló cuidadosamente, empezó a limpiarlo despacito, despacito...

El nombre aquel estaba grabado en una de las partes más bajas de la placa; por eso la mujer tenía que inclinarse sobre él—un poco nada más—como sobre la cuna de un pequeñín dormido.

Me conmovió tanto que no pude aguardar a que terminara su obra:

—¡Es imposible que no sea la madre de él!—me dije—. Y acercándome y sin ningún saludo, le pregunté:

—¿Es su hijo?

—¡Oh, sí, sí!—respondió en seguida—¡mi hijo!... ¡éste! Y con el índice me señalaba un nombre que leí en silencio: JULES SANDRES.

Ella temió que yo no viese bien, que confundiese con otro aquel nombre idolatrado, inconfundible para ella; y agachándose un poco más, tapó con la mano derecha el nombre de arriba, con la izquierda el de abajo, y su voz, herida de ternura, me repitió:

—¡Este es mi hijo!

Mis ojos no se apartaban de allí, y sobre el mármol frío veían destacarse aquellas letras limpias, vivientes, únicas en toda la lápida: JULES SANDRES.

¡Y creía yo que ya nadie se acordaba de ellos! Amor de madre, ¿quién te podrá medir? Grande eres, como los abismos del mar.

—¿Y usted viene aquí a rezar por él?—pude preguntarle.

—Sí, todos los días vengo a rezar por él... ¡todos los días!

Así me contestó, poniendo toda el alma en sus palabras, como si quisiera que los ecos de tanta fidelidad llegasen hasta el campo desierto, donde cayera su guapo mozo, para nunca más volver a sus brazos...

Las lágrimas le empañaron los ojos, dobló

pañuelo negro y con sus pasos menuditos se dirigió hacia el altar del Sagrario.

Quedé en pie ante el monumento de la guerra y volví a fijarme en el nombre de Jules Sandres: Me parecía que ni había muerto, ni había marchado a las trincheras, ni le faltaba nada: ¡tenía madre!

* * *

—¡Vamos, chico! ¿qué haces ahí plantado? me preguntó mi amigo, volviendo desde la puerta—. Le seguí despacio, y al pasar junto a un altar de Nuestra Señora, me dijo:

—Mira qué hermoso cuadro de MARIA, Reina de los corazones.

Yo lo miré, y una sola palabra salió de mi corazón: que otros la canten y celebren como Emperatriz de todo lo creado, medianera de todas las gracias, corredentora de la Humanidad, Vírgen de Vírgenes... Yo no sé cantar tales grandezas, yo sólo tengo una palabra para entenderme en seguida con Ella: la palabra que aquel día salió de mi corazón: ¡Madre! ¡Madre mía dulcísima, si las madres de la tierra aman tanto, cuánto me amarás Tú!

M. A., Congr.

Respetar las conciencias

¿Sabéis dónde ocurrió? ¿No? Bueno, pues no os lo digo, pero yo fui testigo del suceso.

En una calle muy céntrica de... y cuando estaba más concurrida. Tranvías, autos, gentes... Un hombre, por ceder la acera a los que van en dirección contraria, se desvía al arroyo: en el mismo momento, un auto que venía detrás y en el que no había podido fijarse, pasa rozándole con los guardabarros.

El hombre crispa los puños y enfurecido lanza una blasfemia contra Dios y una maldición contra esos ricos que provocan al pobre.

Los que pasan junto a él se hacen los desentendidos, como si la sucia boca del blasfemo hubiera proferido las palabras más inofensivas.

Sin embargo, un joven que había oído su inmunda exclamación, encendido de dolor y de asco, plantóse ante el malhablado y gritando a los oídos del desgraciado, para que le oyera bien la gente, exclamó:

—¡Alabado sea Dios! ¡En el metro cuadrado de tierra que ocupe yo, Dios ha de ser alabado, ensalzado y glorificado! ¡Viva Cristo Rey!...

Una señora que pasaba por su lado, apresuró el paso diciendo:

—¡Qué imprudente! A lo mejor ese hombre va armado y...

Un caballero, con más traza de usurero que de católico, murmuró entre dientes:

—¡Chiquillo! Ganas de dar importancia a las cosas.

Unas señoritas, que llevaban unos elegantes Cristos al pecho:

—¡Qué cursi! ¡Habrá sido alumno de los jesuitas!

Mientras el blasfemo se escurre entre los transeuntes, un señor interpela al decidido joven:

—¡Hay que respetar las conciencias, joven!

—Por eso mismo he dicho y volveré a decir lo que usted ha oído. Si no, dígame; hay que respetar la conciencia, ¿de quién? ¿La de ese sinvergüenza? Entonces... yo tendré que oír en silencio cuantas inmundicias quiera ese decir contra la Iglesia, *que es mi Madre*, y contra Dios, *que es mi Padre*, etc... ¿La mía? Entonces que no se nos insulte a los católicos blasfemando a nuestra cara de lo que es más sagrado para nosotros. ¿La de los dos? Pues que el mismo respeto que yo le debo a él, que tenga él para conmigo...

—Bueno, bueno, pero no hay que ser exagerado... y como Pilatos, que dejó a Cristo con la palabra en la boca, el señor aquel siguió su camino... y no hubo más.

R. de M., Congr.

La llave de los tesoros

—¿Quieres venir conmigo? Voy a visitar a la mujer del carabinero, que está muy malita.

Así me preguntó un sacerdote joven y muy fervoroso, que pasaba algunos días del reposo veraniego, en el mismo pueblecito que yo.

—De mil amores, le respondí, porque había oído decir que junto a la cama de un moribundo se aprende más que en la letra muerta de muchos libros.

Llegados allí, nos encontramos con el marido a la puerta, robusto, setentón, de pelo gris, mirar impertérrito, bigotes abundantes. ¡Todo un carabinero retirado! Nos condujo a la habitación más amplia, o, mejor dicho, a la única de la vivienda: un gran rectángulo de suelo limpio y mucha luz.

En un extremo tenía el fogón, y era cocina; en otro una mesita, y era comedor; en otro un gran reloj de pared, y era sala; en otro veíase el lecho de la enferma... Me pareció muy apagada, muy poquita cosa: tosía de cuando en cuando y pedía que le cerrasen las ventanas para que no la molestase el sol.

Decía algunas jaculatorias y miraba a un cuadro de MARIA que tenía ante sí.

—Ya ve, Manuela—le dijo el sacerdote—: esta mañana nuestro buen Dios, el piadoso JESUS, ha venido a esta casa cuando usted menos lo esperaba, para visitarle, para entrar en su corazón... ¿No está contenta?

—Oh, sí, señor: muy contenta. Yo habré tenido mis cosas, mi mal genio algunas veces, pero ningún domingo he faltado a Misa, nunca he dejado la Confesión y la Comunión frecuente...

Qué consuelo sentí al oírle estas palabras. Se me quitó el miedo que me inspiraba la muerte. Mi amigo entonces, para que ella no se cansase, se volvió al hombre y le dijo:

—Ya puede usted consolarse santamente, al ver a su esposa tan feliz en esta hora por la vida cristiana que ha llevado siempre.

El marido callaba, y Manuela volvió a exclamar con esfuerzo y como deseando que sus palabras se adentrasen en el corazón del carabinero:

—Sí... siempre... y eso es **lo único** que me alegra en estos momentos: haber ido a la Iglesia, haber rezado...

—¡Hermoso consuelo! ¡Es el único que nunca falla! Y usted, buen hombre, irá también a la iglesia, ¿no?

—¿Yo a la iglesia? Nunca, ni pienso ir jamás.

Y se nos quedó mirando como quien ha dicho una gracia.

Un escalofrío de compasión y de pena circuló por nuestros miembros: enmudecimos todos... Durante varios segundos sólo se oyeron en aquel aposento los suspiros de la agonizante y el tic-tac del severo reloj... Era la vida que concluía, era la eternidad que se anunciaba. ¿Qué mejor sermón para el impío? Y, sin embargo, allí perseveraba él ante nosotros, de pie, inconmovible, marmóreo, casi sonriente...

—Y ¿por qué no irá jamás a la iglesia, que es la casa de nuestro Padre?

—Porque no.

Quiso persuadirle el sacerdote, pero nada logró: a todo le respondía, encogiéndose de hombros: —No iré jamás, porque no.

Dios mío, ¿no sería más fácil convertir a un caníbal del Africa o a un pecador enviciado que a este pedazo de roca viva?

* * *

Regresábamos al pueblo silenciosos, preocupados con una idea. Me atreví a romper el silencio y dije a mi amigo:

—¿Es posible hacer que ese infeliz vuelva al buen camino y no se condene?

—Sí; mas para ello hace falta poseer la llave de los tesoros de Dios: tesoros de sabiduría, de gracia, de bondad... Esta llave es la Devoción verdadera al Corazón de JESUCRISTO. ¡Oh, sí; yo convertiría a ese hijo pródigo, si yo fuese amigo íntimo del Corazón de JESUS! Es promesa del mismo Señor que no fallará.

¡Cuánto me impresionaron estas expresiones! Desde entonces, cuando voy a la Capilla, digo ante el Sagrario: Señor, yo quiero ser devoto verdadero de tu Corazón... No sé lo que es eso; pero ¡lo quiero! ¡lo quiero para traerte muchas almas! ¡Dámelo Tú, Señor!

V. S., Congr.

Saltimbanqui y apóstol

Vamos a Italia, al Piamonte, a la patria de dom Bosco, y veamos su ansia de apostolado con el siguiente caso: Dom Bosco (esto era cuando tenía unos 8 años), había tenido un sueño en el cual le habían quedado grabadas estas palabras: "Con dulzura y caridad te los harás amigos".

Ya ha aprendido el Catecismo y sabe, además, hacer juegos de prestidigitación, y con sólo estos conocimientos se propone dar una representación en el prado de su casa.

Lleva además una cuerda, naipes y una caja de doble fondo que él mismo se la ha fabricado. Avisa a los de su pueblo y a nadie más, pues, como él decía, "no quiero trabajar más que para los de mi pueblo, aunque tal vez me fuera mejor ir a trabajar para los de otros pueblos, pues como decía el Señor, en el Evangelio: "Nadie es profeta en su tierra"...; y a propósito..., ¿habéis ido a Misa esta mañana?, era aquel día domingo.

Claro que hemos ido, responden los muchachos, mientras que los mayores se muestran como indignados por la pregunta. ¡Cómo no vamos a ir! Y, en efecto, era raro que no fuesen en el Piamonte a Misa los domingos y días de precepto.

El ya se figuraba que habían ido a Misa; pero también se figuraba que ninguno habría entendido el sermón y les dice:

—Al que me diga que he cambiado algo del sermón de esta mañana le doy un juego de hochas. Todos se quedan pasmados diciendo: ¡Cómo este pastor, que ni ha hecho la primera comunión, puede decirnos todo el sermón!

Termina el sermón y comienzan los experimentos. Los hace tan bien que ellos mismos dicen que no lo hace mejor un saltimbanqui de oficio. Sus adivinaciones con los naipes de las edades de las viejas, los dados mágicos que nunca fallan, etc., etc.

Y antes de terminar sus prestidigitaciones, les dice: Ahora viene lo más importante; pero los que quieran verlo tienen que rezar el Rosario conmigo ahora, y todos se quedan; luego termina sus juegos más selectos.

Su hermano, que le ha visto, le dice indignado al verle entreteniendo así al pueblo:

—¡Imbécil! Se han reído de ti.

—No me importa, le contesta serenamente, les he entretenido honestamente, no han blasfemado, han oído el sermón y han rezado el rosario.

¿No le podremos imitar en algo? Algunos ya lo hacen. ¿Por qué no eres tú uno de ellos?

L. M., Congr.

Dios castiga sin palo

Este relato es enteramente histórico.

Hacia el fin del siglo XVI un buscador de diamantes al servicio de una compañía inglesa dedicada a la explotación de los yacimientos de la ciudad de Golconde, halló un diamante cuyo peso era de 73 quilates.

En vez de remitir la piedra a sus patronos, este sujeto decidió guardársela, y como al fin del trabajo eran todos sometidos a un cacheo extremadamente riguroso, se hizo una cortada en el lado izquierdo de la chaqueta y escondió la piedra.

Algunos días después creyó mejor revelar el secreto de su hallazgo a uno de sus camaradas, un tal Turner, con cuya ayuda podría negociar el diamante. En efecto, aquella misma noche se dirigió a la cabaña de su compañero. Turner al verle a aquellas horas quedó extrañado y corrió a su encuentro.

—¿Qué te trae a estas horas?, preguntó.

—Un asunto de importancia, y confiado en tu

Universidad de Deusto
Biblioteca

amistad y bajo tu palabra voy a confiarte un secreto.

—Explícate, pues estás picando mi curiosidad; prométo no decir a nadie una sola palabra de ese negocio.

—De acuerdo... He hallado este diamante hace unos días; como bien lo puedes ver, es hermoso y creo necesaria tu ayuda para negociarlo.

Turner tomó el diamante, y se quedó extasiado mirándole.

—¡Con ésto somos millonarios!—exclamó—. Vuelve a tu cabaña sin ser visto, y mañana obraremos.

Con estas palabras se separaron.

Minutos después de haber marchado su compañero, Turner, cautivo ya de la codicia de ser el único poseedor del diamante, se dirigió en silencio a la cabaña de su amigo, y cuando éste dormía, le asesinó cobardemente y huyó protegido por las sombras de la noche.

Al día siguiente, como ninguno de los dos acudiese al trabajo, fueron a sus cabañas a saber la causa. Turner había desaparecido y el otro yacía asesinado.

Como es natural, se acusó a Turner y fué activamente buscado por la policía, que no conocía la causa de aquel crimen. Por último lo encontraron y fué arrestado, pero Turner procuró salvar el diamante y lo tragó, mas presa de horribles dolores falleció una hora después.

Se creyó que se había envenenado y se le hizo la autopsia para conocer la clase de veneno que había empleado.

En las vísceras del muerto, el médico halló el diamante. Este se lo apropió a su vez y después de dos años lo vendió al rico negociante inglés Henry Mekoll, por una suma mucho menor al valor de la joya.

Este mandó engastar la piedra en una diadema que se la regaló más tarde a una artista célebre; pero ésta al volver de la India a Inglaterra desapareció misteriosamente y con ella la joya, de la cual no se ha vuelto a hablar hasta el año 1849, que fué ofrecida a un Lord de Londres por un individuo de nacionalidad francesa y de condición humilde.

Este individuo pareció sospechoso y fué denunciado; pero cuando la policía se presentó en el hotel en que se hospedaba, le encontró asesinado en su propia cama, y el diamante había desaparecido.

Tres años más tarde, se encontró el diamante en una joyería de Amsterdam. Allí, en 1870, lo vendió a un Archiduque de la casa Habsbourg y cuyos descendientes le han conservado hasta estos días, en que el Archiduque José de Habsbourg lo ha vendido al Sindicato de anticuarios de Londres por dos millones y medio de francos.

No pases por alto esta historia; piensa un poco en los males sin cuento que trae consigo la avaricia; ya sabes que por poco se empieza; no quieras quitar ni cinco céntimos.

A. I., Congr.

¡Fuego!

Encontrar una luz que a muchos pueda iluminar y esconderla para sí propio, es egoísmo.

Yo he hallado una luz bellísima, amable: no quiero ser egoísta: aquí la tenéis. Es la carta que un "peque" como cualquiera de nosotros (no pasa de los trece años) escribe desde el Colegio a sus amigos los congregantes. Ha oído hablar de las Misiones, ha visto horizontes nuevos ante sus ojos, ha deseado mostrarlos a los que ama:

"Inolvidables amigos y apreciadísimos hermanos en Cristo Jesús: Un impulso y un deseo ardiente de mi corazón me obliga a escribiros estas líneas que os ruego escuchéis atenta y benignamente. Quisiera poderos expresar tal como siento mis deseos.

Ante todo os diré que os escribo para haceros un favor o, mejor, si así puede decirse, para pedíroslo al mismo tiempo. "Bienaventurados —dice Jesús—, son los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia". Y además, dice no sé qué santo: "Quien salva el alma de un hermano suyo asegura la salvación de la suya propia."

Pues bien. Por esta misma causa voy a haceros un ruego, voy a pediros un favor; pero que os aprovechará muchísimo y contribuirá en mucho a la salvación de nuestra alma. He aquí lo que os pido. No pasar ningún día sin rezar aunque sean tres Avemarías, para salvar las almas de los infelices paganos y además dar una limosna semanal de 5 céntimos para la "Santa Infancia". Esto puede aprovecharos muchísimo y os aprovechará, en efecto.

Además el dulcísimo Jesús recibirá estos obsequios complacido y sonriente y os dará un beso dulce, dulcísimo y resonante y os abrazará, cariñoso, sonriente... amoroso, como el amigo más íntimo... ¡Ah! ¡No neguéis este consuelo a los desgraciados pequeñuelos paganos!... ¡No desechéis este dulcísimo y cariñoso beso de Jesús!... ¿Verdad que cumpliréis mis deseos?... ¡Oh, sí! ¡Sed misioneros!... Practicando bien estas pequeñas obras de caridad. ¡Sed misioneros!...

Y en fin para formar vuestro espíritu en un ambiente de amor a las almas y a Jesús, leed cada mes esa hermosísima revista misional que recibís en la Congregación. Leedla con atención, con gusto...

¡Os lo agradecerá muchísimo vuestro Jesús!

Os lo pide vuestro íntimo amigo que jamás os ha olvidado ni olvidará, y que os abraza cariñosamente, J. F., Congr."

Jesucristo dijo que había venido al mundo a meter fuego de amor a las almas que se pierden para siempre...

¡Dichosos los hombres que se preocupan de meter este fuego en los demás!

¡Oh, quién fuera uno de ellos!

P. M., Congr.



Núm. 249.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Abril de 1934

Mozo de café y apóstol

Era el amanecer de un día del mes de diciembre del pasado año. Por una de las anchas calles de la ciudad de Limoges avanzaba con paso tembloroso un joven envuelto en una manta. Un farol de mortecina llama pendía en la puerta de un gran edificio de esta calle, delante de la cual el joven se detuvo. La rutilante llama del farol alumbraba el gran rótulo que, formando un semicírculo sobre la puerta, decía: "Clínica de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana". Tiró el joven del cordón de la campanilla y al poco rato una Hermana vestida de blanco abrió la puerta y preguntó a la Hermana con voz casi apagada: "¿Hay en esta casa alojamiento para un pobre enfermo?"

"En la casa de Dios, dijo la Hermana con dulzura y cerrando la puerta, no hay diferencia entre pobres y ricos; a todos recibimos con igual amor y caridad". Agradeció el joven a la Hermana tan bondadosa oferta y le contó lo que le ocurría y quién era.

Al oír la Hermana que era un mozo del café Imperial, no pudo evitar un gesto de extrañeza; pero disimulándolo, condujo al recién llegado a una de las habitaciones destinadas para los enfermos y después fué a dar cuenta a la Superiora de lo que ocurría.

Esta cuanto antes pudo mandó reunir la consulta de médicos para que examinaran al paciente. No duró mucho tiempo ésta; pero pronto convinieron todos en que el caso era grave y si querían salvar la vida del joven era preciso extraerle el riñón izquierdo.

Asustóse la Superiora al oír el dictamen unánime de los doctores y dirigióse primero al Sagrario y luego al cuarto del paciente.

Hablóle un rato y al fin, con muchos rodeos, le fué dando cuenta de lo que habían diagnosticado los médicos. Asombrada quedó, al ver que el dolorido rostro del joven no se inmutaba con la noticia, y atribuyéndolo al dolor que sufría, le dijo: "Creo que sería conveniente que se confe..." y no acabó la palabra.

El joven, notando el apuro de la Hermana, le dijo: "Cómo, ¿sólo confesarme? Yo soy católico y quiero que se me administre el Viático y la Extremaunción; pues si Dios quiere que me muera, preparado estoy y quiero morir como católico."

Grande fué la sorpresa que estas palabras produjeron a la Hermana; pero, aún fué mayor su gozo al ver aquel tan raro ejemplo de conformidad con la voluntad de Dios. Una vez cumplidos sus deseos y puesto en la mesa de operaciones, advirtióle uno de los médicos, cómo teniendo el corazón tan débil no podrían darle cloroformo, y que le pondrían algunas inyecciones que amortiguarían su dolor.

A esta advertencia el joven respondió: "Nada de inyecciones, quiero sufrir lo que sea necesario en reparación de mis pecados. Jesús sufrió tanto sin merecerlo y yo ahora ¿evitaré el sufrimiento?"

Los médicos, atónitos, comenzaron la operación que duró casi una hora. El joven sufrió con heroica paciencia tan cruel carnicería sin quejarse ni dar la menor muestra de sufrimiento. Después de tan dura como peligrosa operación, el joven fué mejorando y ahora se encuentra en plena convalecencia.

Intrigadas las Hermanas determinaron averiguar quién era tan edificante joven, que seguía comulgando diariamente. Al cabo de no muchas pesquisas, supieron que era, en efecto, mozo del café Imperial, como él les había dicho; pero que en medio de sus ocupaciones era un verdadero apóstol. Pues siendo este café uno de los peores de la ciudad, solía él cambiar, a escondidas de su amo, los periódicos malos y revistas obscenas que en las mesas del café veía por otros buenos y católicos que él con su dinero compraba. Y tanto trabajaba en pro de la religión, que era tenido por un apóstol en aquella ciudad. ¡Cuánto puede un joven enamorado de Jesucristo, aun en la corrompida atmósfera de un café!

I. M. A., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Corazón metalizado

Entre los judíos y judaizantes de Rotterdam, don Malaquías Van der Lunder es el comerciante más afortunado en cuadros, sedas, tapices...

Dueño de unos soberbios almacenes, sitos en la calle Picota, a pesar de sus años, trabaja como un negro. Su vida es para la tienda. No se le ve en más lugares que en los almacenes, donde pasa el día, desde la mañana tempranito, hasta bien entrada la noche. Para él no hay fiestas; todos los días son de trabajo.

No se contenta con ser el mayor tendero de Rotterdam, sino que extiende su radio de acción por toda Holanda. En lo referente al pago de facturas es exactísimo: no da un céntimo sin antes cerciorarse bien.

Una tarde, cuando Van der Lunder estaba en plena faena, le dió un ataque fuerte. Sin perder un minuto avisan al médico; éste acude volando y comprende que su estado es grave. Con grandes esfuerzos logran reanimarlo, y con todo género de precauciones lo trasladan a casa.

El doctor, reconocido íntegramente el enfermo, confirmó la gravedad del caso. Malaquías es de naturaleza recia, pero se agota por momentos; se halla gastado de tanto trabajar.

Por la noche, el aspecto exterior del enfermo, más que de hombre, es de cadáver; ya no conoce, ha perdido la poca vista que le quedaba; el corazón, a pesar de las inyecciones que le aplican, cada vez late más irregularmente, los pulmones tampoco responden y de los esfuerzos que hace para respirar, está sudoroso... tose, su voz es gangosa y apagada... se agrava sobre manera.

La familia rodea al enfermo. Todos están tristes... Reina en la habitación un silencio sepulcral. Malaquías quiere hablar. Haciendo un esfuerzo, logra incorporarse un poco sobre el lecho, y con voz ahogada, pero con firmeza, pregunta débilmente: Rebeca, ¿estás ahí? Ella responde dulcemente: sí, aquí estoy. Van der Lunder mueve un poco los ojos y dice: Efraín, ¿estás ahí?: Sí, padre, ¿quieres algo? Lo mismo vuelve a preguntar a Samuel, el benjamín de la casa: Sí, papá, estoy aquí. Entonces Malaquías hace un brusco movimiento de todo el cuerpo, mueve los ojos, agita los brazos y, señalando un punto imaginario de la habitación, exclama con voz lastimosa: Pues, entonces... ¿quién está en la tienda?... Y dicho esto, dejóse caer y dando un gran resoplido a modo de suspiro, entregó el alma...

Yo quedé asombrado, al conocer aquel hecho histórico, que nunca se borrará de mi mente.

Malaquías Van der Lunder estaba tan apegado a las cosas y riquezas materiales, que en el mismo instante de la muerte—aun viendo que no podía llevar consigo absolutamente nada de este mundo—sin embargo, pregunta por sus almacenes, que eran su negocio, su capital, sus riquezas.

Nosotros, que por la gracia de Dios, somos cristianos, y queremos ser de los finos, tenemos que meditar sobre el único negocio de esta vida: la salvación de nuestra alma, y pensar que, ciertamente, todo lo demás, familia, honores, riquezas, tenemos que dejarlo—queramos o no—aquí abajo, en el mundo; pues como dice muy bien el dicho popular:

"...porque al fin de la jornada,
aquel que se salva, sabe,
y el que no, no sabe nada."

A. D., Congr.

Delicadeza de negrito

Tengo ante mis ojos una carta venida del corazón de África; nos trae un relato más luminoso que el mismo sol tropical: *una corazonada negra* capaz de deslumbrar nuestros corazoncitos blancos y encendernos en deseos de hacer algo por los misioneros de Jesús: aceptar aquel sacrificio... renunciar a aquella diversión... dar esta limosna... por ellos, por los apóstoles. He aquí la relación:

"...sentí que la fiebre me ataba al lecho aquella mañana—escribe el misionero—; avisé a mi criadito, y pronto se corrió, por todas las chozas de mis negros, que el Padre estaba malo.

Los rapazuelos de la escuela, siempre juguetones y bullangueros, quedáronse quietecitos y melancólicos al oírlo...

Les está prohibido entrar en mi habitación; pero uno de ellos rompe la consigna, y pian, pianito, se escurre hasta la cama del enfermo; llega, se acerca, se alza de puntillas, me mira con unos ojos tamaños, y al fin me pregunta algo cohibido:

—Padre, ¿te vas a morir?

—No, hijo mío; mañana, Dios mediante, ya estaré bueno.

—¿Te falta alguna cosa?

—Sí, querido; me falta agua limpia; tengo una sed abrasadora...

—Yo te la traeré; y callandito se aleja...

¡Agua limpia! En la aldehuela no hay más que un torrente turbio y escaso en el que apenas se puede lavar.

El negrito no acude a él; coge un par de botellas y empieza a caminar hacia el monte que surgía tras un inmenso arenal.

Anda que te anda, bajo un sol de fuego, descalzo y con las botellas bien sujetas para que no se le caigan...

Mediada la tarde, llega al manantial buscado, donde el agua cristalina le alivió de la fatiga pasada. Se arrodilla, llena con gran contento sus botellas y emprende el regreso.

Era ya de noche cuando yo le vi entrar en mi aposento, con los ojos radiantes y el rostro sudoroso.

—Padre—me dijo con toda sencillez—, aquí tienes el agua limpia.

No sé si se pura emoción ante tal delicadeza, se me quitó la fiebre.

—Pero, chiquillo, ¡cómo te has expuesto a tantos peligros por mí!

—Padre, porque tú me has hecho hijo del buen Dios!...

¡Sublime! El muchachito negro apreciaba ya lo más fino de la Teología...

Nosotros seguramente sabremos más que él; y sabemos que nuestros misioneros y apóstoles tienen sed; les falta lo que a nosotros acaso nos sobra; pero, sobre todo, tienen sed de oraciones, de sacrificios, por la salvación de las almas.

—Padre, yo te los traeré; yo sacrificaré desde ahora mis gustillos, no me dejaré ganar de ese negrito.

M. E., Congr.

¡Cuánto ven dos ojos limpios!

Sinternnis había estudiado mucho y había meditado más. Los filósofos de su tiempo le atormentaban los oídos, diciéndole que un hombre jamás puede llegar a conocer que existe un Dios creador y poderoso, si otros hombres no se lo dicen...

Sinternnis halló un día en su camino un huerfanito de año y medio, recogido por caridad:

—Este niño me sacará de dudas, se dijo el sabio. Y lo tomó bajo su custodia y lo hizo llevar a su parque: un parque alemán, con el poético claro oscuro de sus rincones y una torre en su centro.

Allí colocó a su protegido y cuidó de que nada le faltase.

Crecía el niño robusto y bueno. Ningún ser humano se acercaba a él, fuera del experimentador. Este le enseñó a pronunciar y a escribir las palabras; después extendió ante los ojos de su mente las ciencias naturales, la botánica sobre todo, ya que el fecundo verdor de aquellos campos era la más clara respuesta a todas las preguntas sobre la vida y la muerte.

Se apagaban los días uno en pos de otro: el pequeño en todo se fijaba, todo lo retenía, pero jamás oyó una palabra de la idea de Dios, ni siquiera un nombre que la pudiese suscitar...

Llegó un amanecer de belleza inefable por la suavidad de sus colores, por el derroche de sus encantos... El sol ascendente era un casco de guerrero bruñido y marcial, que asomaba tras los montes lejanos. Sinternnis notó que su pequeñuelo había madrugado más que él, y bajó al jardín a buscarlo.

Miró por aquí y por allá, lo divisó en un extremo arrodillado frente al sol, y se le acercó de puntillas, apagando la respiración y el ruido de sus pasos sobre las piedrecillas del sendero. ¿Habré dado con la anhelada solución de mi duda?

En efecto: el niño, creyéndose solo, decía al astro rey con amable candor:

—Eres muy bello, sol. Si tú tienes un Hacedor como yo lo tengo y como lo tienen todas las plantas de este jardín, también El será muy hermoso y muy bueno. Salúdale de mi parte, dile que aquí tiene un niño que le ama y que le adora porque ha creado cosas tan bellas...

Y llevándose a la boca los cinco dedos de la mano derecha, los besó, soltándolos después a modo de rosa, cuyo perfume se extiende suavemente, mientras le decía sincero: Dale este beso en mi nombre.

Sinternnis adoró al Altísimo hondamente emocionado, abrazó al pequeño y pudo escribir a sus compañeros incrédulos: "El hombre que no ha embotado su razón en los vicios, conoce por las cosas creadas que existe un Creador. Vosotros decís que no podéis conocerlo... ¿Os atreveréis a probar que tenéis los ojos más limpios que este niño de mi torre?

J. A., Congr.

¿Por qué fué más célebre?

Aun los niños en las escuelas conocen la personalidad de Volta, el descubridor de la corriente electrolítica.

Había nacido el célebre físico en la ciudad de Como el 18 de febrero de 1745.

Ya en 1774 era profesor del Instituto en su ciudad natal y allí siguió hasta que, cuatro años más tarde, empezó a regentar su cátedra en la Universidad de Pavía, donde estuvo 41 años.

A más de uno chocarán los datos que voy a dar sobre su piedad y fe cristianas; pero no por ello dejan de ser históricos.

Se distinguió, sobre todo, por su devoción para con la Madre de Dios. En el atrio o portal de su casa, desde muy niño hasta su vejez, tenía la costumbre de saludar a una imagen de la Virgen, a la que solía adornar con flores, y delante de la cual encendía una lamparita los sábados. A los doce años ingresó en un colegio de la Compañía de Jesús. Siempre era el primero en clase y en la piedad. Allí dió su nombre a la Congregación Mariana.

Cuando en 1777 se encontraba por Suiza, organizó una peregrinación al celebérrimo Santuario de Nuestra Señora de Einsiedeln.

A su hermano Luis escribió estas palabras desde París en 1801 : "Di a esos mis hijos que no se olviden de rezar por mí un Avemaría, como yo no me olvido de hacerlo por ellos." Lo que más dice a este respecto es el dato de que siempre rezaba el Rosario aun en los viajes. Así es como fué aprendiendo la humildad y las otras virtudes de María.

Aquel gran profesor no se avergonzaba de explicar la doctrina cristiana a los muchachos en la parroquia donde fué bautizado, y a veces se le veía confundido con la gente ruda oyendo la explicación que hacía el Sr. Párroco.

Iba a misa todos los días y por la tarde visitaba al Santísimo Sacramento; con frecuencia se acercaba al tribunal de la Penitencia y a la Comunión.

Un día, al encontrarse con un sacerdote que llevaba el Santo Viático a un enfermo, al ver que iba poco acompañado, se unió a ellos; no se avergonzaba de arrodillarse ante Dios aun andando en medio de profesores y alumnos.

Muchas veces se le vió rezar ante un Crucifijo en la iglesia. A todas estas manifestaciones de piedad unía un sincero amor a los pobres. También se distinguió siempre por su acendrado amor al Papa.

Vida tan santa había de acabar con buen fin; así fué, en efecto; abrazado al crucifijo se le vió rezar con fervor, y los circunstantes le oyeron aquellas palabras que había aprendido del más grande de los Maestros para la hora suprema: "*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.*"

La fe le enalteció, como enaltece a todos.

J. A., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Tan feliz como yo...

Te lo contaré brevemente. Era cuando aún en Loyola vivían aquellos simpáticos novicios que solíamos ver de paseo por las orillas del Urola, y que hace algunos años, cuando salieron a la escalinata para recibir una peregrinación de Luises, con aquella serenidad de sus caras, con aquel no sé qué de ángeles, hicieron exclamar a una joven que los vió por vez primera: *¡Estos... éstos sí que son Luises!*

Tenía yo por aquel entonces un amigo muy querido, que me despidió cuando menos lo esperaba y entró en el noviciado... A los siete meses, una tarde de Mayo, fuí a visitarle. Lo encontré más cariñoso que nunca; salimos a la huerta, me llevó hasta una bellísima imagen de la Virgen, rodeada de flores, me contó mil cosas, me hizo reír...

Majestuosas, amables, sonaron las campanadas de las cinco en el reloj de la Basílica... Calló de pronto mi novicio y me dijo insinuante:

—Tenemos costumbre de rezar un Avemaría al dar la hora: ¿quieres...?

—Sí, sí...

Y rezamos juntos la dulcísima plegaria a la Madre. Un pajarillo nos hacía coro desde los cipreses del gracioso cementerio. Creo que nunca he rezado un Avemaría con más gusto, ni más conmovido.

—Ya me tengo que ir, le dije. Me acompañó a la puerta, siempre sonriente, siempre amable.

Nos abrazamos en la portería, y acercando sus labios a mis oídos, me dijo así como quien confía un secreto:

—Adiós, Pepe; que seas tan feliz como yo...

Ya el tren eléctrico me alejaba de Loyola, y todavía resonaba en mis oídos aquella frase sinceríma: *Que seas tan feliz como yo...*

Desde entonces, cuántas veces en medio de mis estudios, de mis diversiones, o de mis aburrimientos, me ha parecido ver a mi amigo inolvidable, al novicio siempre sonriente, que mientras suenan las campanas y cantan los pajarillos, reza su Avemaría ante la Virgen de la huerta, y después me dice muy quedo: *Que seas tan feliz como yo...*

¡No lo podía olvidar! Y cuanto más amargado sentía mi corazón, cuanto más lejos me veía de la felicidad verdadera, tanto más claramente percibía aquella frase bendita: *...tan feliz como yo...*

Por fin me dije un día: ¿Y por qué no he de ser tan feliz como él?

Saqué la imagen de la Virgen que llevo en mi cartera y le recé un Avemaría lo mismo que en la huerta de Loyola, pidiéndole que me hiciese tan feliz como mi amigo.

Ahora, el bueno de Pepe, el que nos ha referido este hecho, *tal como ocurrió*, está ya en el noviciado. Allí se encontró con su antiguo amigo, allí le dije un día: Ya se ha cumplido tu deseo, ya soy *tan feliz como tú...*

J. A., Congr.

Aguinaldo...
y más que aguinaldo

Hoy os regalo otro *rayo de luz*, generosa, noble...

Es el trozo de una carta que me envía aquel fervoroso "peque" de que os hablé el mes pasado, que dejó la Congregación para ingresar en un Colegio:

"...te prometí enviarte una copia de la carta que envié al Padre Jesús Martínez Balirach, Misionero en Anking, China, al hacerle el "aguinaldo". Pues bien, ahí la tienes:

"Rdo. Padre: Acabo de leer una hoja de "Propaganda Misional" en que se expone y se aconseja el "Aguinaldo del Misionero. Apenas he terminado la lectura he cogido la pluma y he comenzado a escribir con ardor esta carta.

Muchas veces he sentido vivísimos deseos de poder vivir con estas almas generosas y llenas de celo que lo abandonan todo para salvar las almas de los infelices paganos, que se hallan sumidas en las tinieblas del error y de la ignorancia. ¡Oh, sí! ¡Quién pudiera ser misionero... (Le hablo con la mayor confianza y franqueza, con la confianza del hijo que habla a su padre).

Pues bien, le repito, que al leer aquella hoja no pude resistir a un fuerte impulso del corazón que me incitaba el escribir una carta a algún misionero para hacerle un hermoso aguinaldo. Y entre una lista interminable de misioneros le he escogido a Vd., por su hermoso y dulcísimo nombre—Jesús—y además por vivir en una misión de las más extensas y al mismo tiempo más necesitada de misioneros... Y, ya que no puedo personalmente, por lo menos con mis oraciones y mortificaciones, ¡seré misionero!...

He aquí lo que haré por Vd. (todo el año): Ofreceré a Jesús para el P. "Jesús" muchas mortificaciones (cada día), 1 ó 2 visitas al Santísimo Sacramento, el Santo Rosario y un cierto número de "Salves". Además ofreceré regularmente mi Comunión y Misa diarias con la misma intención de ayudarle en sus trabajos apostólicos!... ¡Cuánto deseo que Dios oiga mis oraciones y acepte amoroso mis pequeños y humildes ofrecimientos!... J. F., Congr."

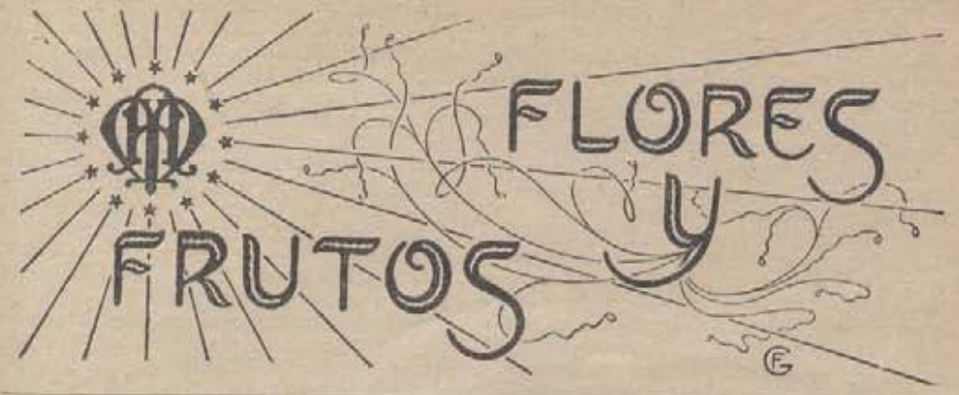
Y leída la carta de mi querido amigo, se me ocurrió esta pregunta:

¿Qué hará el misionero después de pasar sus ojos por estas líneas?

Acudirá al Sagrario de su Capillita, el retiro amadísimo del apóstol, se postrará ante él emocionado; y aunque aquel día todo le hubiere salido mal, dirá sinceramente: ¡Señor mío y Dios mío, gracias!

P. M., Congr.

«LA EDITORIAL VIZCAINA»



Núm. 250.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Mayo de 1934

La santidad de un portero

El día 1.° de Marzo, en una de esas grandiosas ceremonias vaticanas, el Papa aprobaba el Decreto para proceder a la canonización de un humilde portero de un convento de Capuchinos alemanes. Un pobre lego, desconocido hasta hace poco, había vivido cuarenta y tres años en su portería, sirviendo a Dios y a los hombres con ese espíritu humilde que engrandece las más pequeñas acciones humanas.

Juan Birndorfer Niedermayer nació en 1818 en Parghau, pequeña villa de Baviera. Sus padres eran labradores, y labrador fué él en sus primeros años. Era el noveno de diez hermanos. A los catorce años quedó huérfano. Como era laborioso y perseverante, aumentó la herencia paterna, y a los treinta años tenía una regular fortuna.

Entonces fué cuando empezó a pensar: ¿para qué sirve todo esto?

Honrado y devoto había sido siempre. Ahora su devoción y su trato con Dios le hacían ver de otro modo muy distinto el empleo y el valor de la vida y de las riquezas; y se decidió a emplear una y otras de muy distinta manera: se desprende de todo en beneficio de los pobres, y llama a la puerta del convento de Altötting, para que los Padres Capuchinos lo admitan como Hermano lego. Tres años después, el día de San Francisco del año 1854, hacía sus votos, y para olvidarse de su hacienda y de su vida pasada, se despoja hasta de su nombre y toma el de Conrado.

Los Padres, al verlo tan servicial y tan bueno, le encomiendan la portería del convento de Altötting. Como aquí hay un famoso santuario, multitud de turistas y peregrinos de la Europa central acuden a visitarlo, y nuestro portero empieza a practicar con ellos las virtudes cardinales de una manera asombrosa. Su caridad filial para con Dios se expansionaba y enriquecía con la exquisita delicadeza con que trataba a tanta clase de personas; y la misma sufrida y delicada labor desde la mañana hasta la noche, un año y otro año, durante cuarenta y tres años, consolando a los tristes, dando limosna a los pobres, buenos consejos a los que de ellos veía necesitados; en fin, una vida de pequeños sacrificios, de menudas observancias, de paciencia incansable, de trabajo continuo, desde los treinta y cuatro hasta los setenta y seis. Esta fidelidad al cuotidiano deber, santificada con la cristiana caridad y la inalterable mansedumbre del Hermano Conrado, ha arrancado de los labios de Pío XI uno de los más hermosos discursos de los pronunciados este año en actos similares.

Un día, agotado el cuerpo del santo portero por el continuo esfuerzo, por su avanzada edad y sus penitencias, sube renqueando a la celda del Padre Guardián y le dice, humildemente: "¡Padre, ahora no puedo más!". Se mete en la cama; tres días después recibe con suma piedad los Santos Sacramentos y se muere en la paz del Señor.

Mucha gente había conocido y tratado al simpático lego de Altötting. Todos se hacían lenguas de su amabilidad, de su mansedumbre, de su caridad, de su prudencia y espíritu servicial. Lo que más llamaba la atención eran aquellos consejos, especie de sermones particulares, que él sabía dar a tiempo a devotos indiscretos, a turistas frívolos, a escépticos elegantes, a pobres afligidos y a desgraciados culpables.

Su portería se transformó en un campo de apostolado especialísimo, que constituye su originalidad; y esto mismo sucedió después de su muerte. Su recuerdo, su invocación, han hecho muchos milagros de esta índole, como si después de muerto continuase su misión característica.

La guerra interrumpió su proceso de beatificación; Pío XI se interesó por ella en 1924; en 1930 fué beatificado, y ahora, pronto, tendrá lugar la canonización.

Esta forma especial de santidad, decía el

Universidad de Deusto
Biblioteca

Papa después de leerse el decreto, es una de las grandes lecciones que necesitan nuestros tiempos. La castidad, la templanza, la humildad, que es verdad y justicia; la sumisión a la voluntad de Dios que se manifiestan en la lealtad al propio deber, son las grandes lecciones de este humilde portero. La santidad, es decir, la excelencia moral, no es privilegio de las clases educadas: aun las más humildes tienen abierto el camino a las grandezas de la santidad.

El Pontífice pensaba también en el modelo de los porteros, que en las grandes ciudades son una multitud: pero en especial en el de todos los que desempeñan cargos y ocupaciones modestas, a fin de que sepan que no es la nobleza del oficio u ocupación lo que da a la vida humana su mérito sobrenatural, sino en el modo de cumplirlos, y en el espíritu que en ellos se pone.

G. R., Congr.

Otro portero, muy conocido

La lectura de los párrafos que preceden, ha hecho surgir espontánea e irresistiblemente en nuestra memoria el recuerdo de otro varón virtuosísimo, de un Hermano jesuíta a quien por dicha nuestra conocimos en la portería de la Universidad de Deusto.

Diríase que en las líneas anteriormente estampadas se ha querido dejar intencionadamente dibujado el retrato de aquel inolvidable Hermano Garate, de santa memoria para todos cuantos frecuentamos aquella Universidad.

Es sobremanera sorprendente la semejanza que existe entre el Santo portero del convento de Capuchinos de Altötting y el Hermano Francisco Garate, de la Compañía de Jesús.

Ambos fueron oriundos de modestas familias de labradores y ambos abandonaron al mundo para servir a Dios en la vida religiosa, escogiendo también uno y otro el humilde estado de Hermanos legos. Ambos se ocuparon en el oficio de porteros, desempeñándolo por el largo espacio de más de cuarenta años, y lo que les da mayor mérito, ambos supieron santificarse en él.

Como el Hermano Conrado se esmeró el Hermano Garate en el cumplimiento fidelísimo de los deberes de su oficio: se distinguió como aquél en la práctica de todas las virtudes, y de un modo particular de la virtud de la caridad, siempre delicadísima e igual para todos, de la humildad, de la mansedumbre y de la paciencia.

Concurridísima era, como se deja entender, la portería de la Universidad; muchísimas las atenciones que pesaban sobre el portero: el Hermano Garate acudía a todo y lo admirable es que en medio de tanta distracción nada perdía de aquel su habitual recogimiento, de aquella continua modestia, que eran reflejos elocuentes de la intensa vida interior del ejemplarísimo portero.

El Hermano Conrado y el Hermano Garate se asemejaron también en la muerte. Porque al igual que el portero capuchino, el portero jesuíta sólo se rindió cuando ya no pudo más. "Padre, me siento mal y me voy a retirar", dijo el Hermano Garate una tarde a su Superior. Y tan mal estaba, que a la mañana siguiente dejaba de existir después de haber recibido el Santo Viático, después de haber suplicado él mismo que se le diera la Santa Unción porque "no habría tiempo", como él decía y así ocurrió, pues le sobrevino la muerte momentos después de haberse realizado sus deseos.

Murió el Hermano Francisco Garate, dejando en pos de sí un aroma de santidad reconocida y pregonada por cuantos le conocieron y trataron. Vimos a algún caballero besar con veneración la frente del cadáver del humilde Coadjutor de la Compañía de Jesús; vimos a muchas personas que tocaban sus rosarios y otros objetos al cuerpo del Santo Hermano, como unánimemente le apellidaban; vimos el afán con que pedían alguna reliquia suya y la rapidez con que se hubieron de distribuir los trocitos en que se dividió una sotana que había usado.

Si esta forma especial de santidad es, como dice S. S. Pío XI, una de las grandes lecciones que necesitan nuestros tiempos, no hay duda de que el Hermano Garate supo enseñarnos de manera admirable esa lección.

¿Querrá Dios que alguna vez la Verdad infalible de la Iglesia confirme la opinión que de la santidad del Hermano Garate tenemos formada? No lo sabemos; pero pidámoselo al Señor y trabajemos por conseguirlo aportando cuantas noticias referentes a sus virtudes podamos recoger. Son muchos los que más o menos trataron con él y le admiraron. A todos ellos rogamos que refresquen sus recuerdos y nos remitan todos aquellos datos que juzguen puedan contribuir a que Dios sea glorificado en la santidad de su fiel siervo Francisco Garate, de la Compañía de Jesús.

J. P. A., Congr.

¡Todos!

Lo que a veces los periódicos callan o no pueden decir, lo sabemos por una carta o por un confidente.

No hace muchos días pude charlar con un amigo mío que estudia en Alemania; y tales cosas me dijo de la situación del Catolicismo en aquel país, que me costaba creerle... Persecución inminente contra la Iglesia, expulsión de alguna Orden religiosa, luchas... qué sé yo las tempestades de que él veía cargado el horizonte del porvenir. Como resumen y compendio de todo, me decía que para algunos católicos de por allá, el Anticristo está en Alemania: no quería hablar más claro...

Y para probarme que verdaderamente **hay algo**, y que los leales vasallos de Cristo Rey no se cruzan de brazos ante las amenazas del enemigo, me contó este bellísimo hecho, al cual se halló presente.

"Celebraban los jóvenes congregantes la fiesta de San Anselmo en la ciudad de X... Todos los años en tal día tenían la costumbre de renovar su consagración a la Virgen, su promesa de ser fieles a los deberes de la Congregación.

Este año, reunidos ya todos y en profundo silencio, levantóse el presidente y dijo emocionado: **"Esperad un momento: Por las presentes circunstancias, el acto que hoy vamos a hacer, significa que estamos dispuestos para el martirio. No es cosa de juego. Por lo tanto, que ahora cada uno piense en la presencia de Dios si se siente con ánimos para dar la vida por El. Y después, el que se atreva, que renueve su consagración, y el que no, que se retire en paz."**

Calló; todos se recogieron a pensar, cállados, inmóviles...

Llegó el momento: se levantó el presidente, y tras él ¡todos!, todos dieron un paso adelante, todos renovaron su consagración, ¡todos se sentían con ánimos para el martirio!

¡Oh, la Iglesia Católica de Alemania sufrirá persecución, se vestirá de luto, dará su sangre... pero no morirá! Mientras haya mártires, la Iglesia vivirá; y mientras haya jóvenes que se consagran a la Virgen, habrá mártires!

M. A., Congr.

El mejor apoyo

"Transcurría el mes de enero del año 1868 —nos cuenta un misionero del Japón—, cuando en una de mis correrías apostólicas por tierras del Sol Naciente, llegué a Nangasaki, una de las más célebres ciudades del Japón, y en la que tantos invictos campeones de la fe derramaron su sangre, 100 años después de la llegada de Javier a esta bendita tierra.

Aunque a mi llegada a esta ciudad aún no había descargado la última tormenta, ya se veían en el cielo negros nubarrones que amenazaban nuevamente al Japón con otra no menos cruel persecución que las de los tiempos de los Emperadores Taikosama e Hildetata.

En esta ciudad había unos 3.800 cristianos, ovejas sin pastor, que ya empezaban a sufrir las primeras descargas de la tormenta. Gran consuelo sintieron al verme entre ellos y no menor fué el mío, al poder consolar a aquellos pobres cristianos, muchos de los cuales eran descendientes de los antiguos mártires, y mártires ellos mismos, pues ya habían, algunos de ellos, derramado parte de su sangre por la causa de Cristo.

Varios jóvenes de las principales familias cristianas habían sido encarcelados y atormentados con diversos suplicios. Uno de ellos, por nombre Pablo, joven de 20 años, congregante de María y ángel por su pureza (la cual la había conservado gracias a la tierna devoción que había profesado siempre a nuestra Madre la Virgen María, como me lo dijo poco antes de morir y después de haberse confesado de toda su vida), después de dos meses largos de sufrimientos había sido enviado a esta ciudad, casi moribundo. Al enterarse de mi llegada mandó llamarme, pues quería recibir los Santos Sacramentos.

Al entrar en su mísero aposento no pude menos de horrorizarme al verle. Las heridas sangrientas y profundas manaban aún sangre. Las piernas trituradas y aplastadas por la presión de enormes vigas. Al verme entrar exclamó lleno de alegría, levantando los ojos al cielo: "Gracias, Dios mío".

A pesar de los muchos dolores que padecía, sonreía, oraba y hasta me daba valor en la cura que le hice. Al preguntarle yo el porqué de su alegría, "Jesús sufrió mucho más por mí", me dijo con dulzura, y sus ojos brillaban de alegría.

Terminada la cura le administré los Santos Sacramentos, y abrazando el crucifijo y la medalla de congregante que le había puesto al cuello, inclinó la cabeza sobre el duro tronco que le servía de almohada, y con la sonrisa en los labios durmió el sueño de los justos aquel lirio purísimo del jardín de la Virgen.

¡Qué ejemplo tan hermoso para nosotros; y qué estímulo para sufrir con alegría las pequeñas molestias que trae consigo el cumplir con fidelidad nuestras obligaciones pasando por encima de los malos ejemplos que constantemente vemos.

I. M.ª A., Congr.

La mejor recomendación

En el cuarto de una casa de los barrios bajos de Madrid se encuentra una madre moribunda, y a su lado, al pie de la cama, su hijo, muchacho robusto y alto, que aparenta tener diez y siete años.

En la habitación hay silencio sepulcral, interrumpido de vez en cuando por quejidos de la moribunda. Al cabo de dos horas de silencio, le dice a su hijo: "Me muero con la conciencia tranquila; la pena que tengo es la de dejarte solo; si necesitas algo recurre a la Virgen con confianza y cariño; que es muy buena". Dicho esto, expiró.

Juan, en los primeros meses que siguieron a la muerte de su madre, cumplió como ésta le dijera; pero luego se contagió de las ideas modernistas, olvidándose de toda clase de prácticas religiosas, y después de andar en mitines y huelgas, fué expulsado de la fábrica donde trabajaba. Entró después en otra; y volvió a meterse en enredos parecidos a los anteriores y fué despachado. Fué enredándose más y más con otros compañeros, hasta ser condenado a trabajos forzados para varios años, por tomar parte en un complot político.

Han pasado quince años. Un hombre pálido, delgado y mal vestido pasea por las calles de Madrid. De repente este hombre, en el que nadie reconocería al antiguo Juan, se emociona y corre a estrechar la mano de un

Universidad de Deusto
Biblioteca

amigo de la infancia; vuelve sus pasos en dirección contraria, le saluda afectuosamente, y después de contarse mutuamente lo que les había pasado en los años que no se habían visto, Luis, que así se llamaba su amigo, le dijo: "Esto te ha pasado porque perdiste la confianza y cariño con tu Madre, María Santísima; te aseguro que yo a Ella se lo debo todo".

—No sé por qué dices eso, contestó Juan; en lo que a mí me ha pasado, ¿qué ha tenido que ver la Virgen ni nadie?

—Sí, hombre, sí, le replica Luis; cuando tú confiabas y amabas a la Virgen, te iba bien, y ahora que te has olvidado de Ella, te va mal. Y además ya sabes que la influencia de la Virgen se ha visto en todos los que la invocan con confianza.

Juan, visiblemente emocionado, dijo:—¿Sabes que me convences y coincides con lo que me dijo mi madre al morir? ¡Qué tonto he sido; voy a volver atrás y a confiar de veras en la Virgen!

Poco tiempo después, Juan no tenía el menor respeto humano y con su honradez acrisolada llegó a ocupar un cargo importante en una fábrica.

Fué agradecido, y bajo el amparo de la Santísima Virgen conservó su honradez hasta la muerte.

¡Quién no le querrá a la Virgen Santísima!

J. L. de B., Congr.

El peor asesino

El famoso poeta Francisco Grillparser, fallecido en Viena en 1872, a los 81 años, fué hijo de un abogado. En su juventud demostraba gran afición a leer vidas de Santos no olvidando ninguno de sus deberes religiosos. En su misma casa levantó un pequeño altar ante el cual rezaba devotamente. Su institutriz quedó un día con los ojos llenos de lágrimas viendo piedad tan desusada en un jovencito.

Empezó éste sus estudios de bachiller y fué por aquel tiempo que una mudanza muy profunda operóse en su ánimo. El padre sentaba cierto día a su mesa unos antiguos amigos de la casa. Después de la comida, reuniéronse solamente los caballeros en un saloncito de fumar, y entre cigarro y copas, p'aticaban muy a su sabor. Y con la curiosidad de rapazuelo, el muchacho fuése junto a la puerta, y estuvo quedito, escuchando la conversación.

El padre de Grillparser, en aquel mismo instante levantaba su copa y decía: "¡A vuestra salud, amigos! Ningún cuidado ensombrece nuestra alegría de hoy. Hay que gozar de la vida mientras quede una gota en el vaso. ¡Quién sabe si en el otro mundo gozaremos tanto!"

Y uno de los comensales añadió:

"¡Quién sabe si hay otra vida después de ésta!"

Al oír estas palabras el niño sintióse como herido por un rayo; abandonó su escondrijo lleno de pesadumbre y con el corazón angustiado. Sentía en su inteligencia muy otras ideas, y la duda fría penetraba en su alma y la destemplaba. ¡Pobrecito! Así lo declaró más tarde él mismo:

"En aquel instante comenzó para mí el período más triste de mi vida. ¡Qué triste continuó desde aquel instante mi vida. Sentí una desgana para todo lo que fuera sacrificio. Lo que antes me alentaba, al pensar en la otra vida, ahora se volvió para mí desilusión y desaliento. Antes, casi sin darme cuenta, acudía a Dios; le daba gracias por todo y le pedía su favor y ayuda. Así vivió y así murió. Se diferenció de sus compañeros en que no combatió la religión, ni se jactó de impiedad.

¡Cuántas y cuán grandes son las desdichas que en el hijo produce y fomenta el escándalo, y más si el que lo pone delante es el mismo padre.

J. Z., Congr.

¿El mayor corrosivo?

La escena ocurría un domingo en los alrededores de la iglesia más concurrida.

Dos señoras trataban con el dueño de una tienda, situada cerca de la iglesia, de conseguir que no abriese los domingos y días festivos.

—Tienen ustedes mucha razón—dijo el amo—de que así debía ser; pero ¿saben ustedes quién es en gran parte la causa de que tengamos abierto el establecimiento? Pues son las mismas personas buenas.

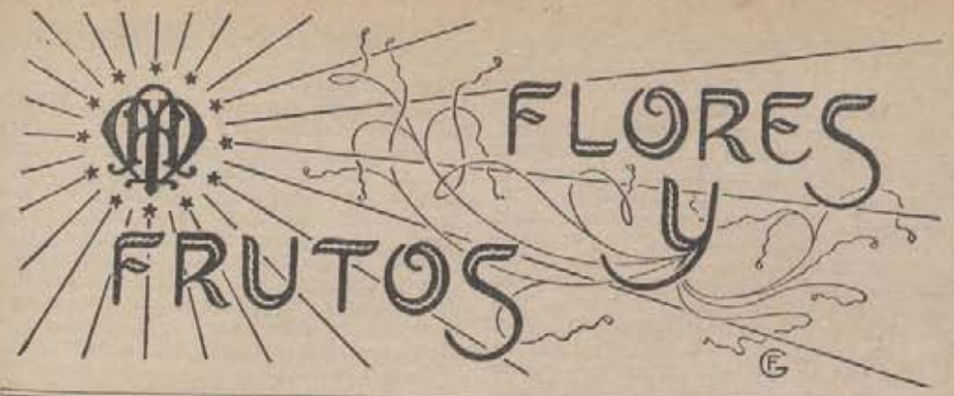
—Cómo—dijeron las señoras.

—Si no lo creen háganme ustedes el favor de esperar un momento y se convencerán de lo que digo.

Efectivamente; a poco se acabó la Misa y, no sólo aquella tienda, sino también las inmediatas se llenaron de gente que, al salir de la iglesia, iban a hacer sus compras, cumpliéndose los augurios del tendero y el mal ejemplo de aquellas personas que venían de cumplir un precepto (quién sabe cómo) y daban ocasión a que otros faltasen a la otra parte del mandamiento que prohibe trabajar o hacer trabajar los días festivos.

El mal ejemplo es corrosivo; hace más daño que un vendaval.

E. P., Congr.



Núm. 251.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Junio de 1934

Cazador de caimanes

Son las nueve de la noche. El cielo está empolvado de estrellas, la brisa tibia y húmeda balancea suavemente la cima de las palmeras que se perfilan con limpidez en el cielo luminoso.

Salgo de mi pobre capilla de Siboti, donde algunos penitentes acaban de rezar sus oraciones y me encuentro con un grupo de cristianos que me están aguardando en la puerta.

"Padre, mañana es fiesta y no tenemos carne."

"Padre, en el río hay muchos caimanes; ¿no quieres ir a matarnos algunos?"

"Padre, la piragua está preparada; Luis y Roberto te acompañarán, y ya sabes que no tienen miedo."

"Padre, mira la piel de nuestro vientre; está toda arrugada, y nuestra boca llena de agua al pensar en la carne del caimán."

Y toda esa gente me da prisa, me empuja, me suplica.

El caso es que me encuentro cansado. He andado cuarenta kilómetros durante el día. Apenas he llegado me he sentado en el confesonario y mañana, día de fiesta, será ruda la labor del misionero.

Pero, ¿quién es capaz de negar nada a esas dulces miradas de ojos de perro fiel, con que se vuelven suplicantes hacia mí?

Algunos minutos después salgo de mi choza con el fusil en la mano y una lámpara en la otra.

Salimos de la aldea: Roberto, mi catequista y Luis me siguen.

Atención..., despacito... Mis remeros, de pie, en popa, sumergen sus varas sin ruido. Con un gesto señalo dos brasas en el río, hacia adelante, dos ojos que, por su separación, indican una buena pieza.

El monstruo no se mueve... Avanzamos silenciosamente. A pocos pasos le hago un disparo que le hiere en el ojo, y al sentirse herido, se revuelve sobre el agua, da unos saltos fantásticos con su largo corpachón de lo menos cinco metros de largo, cuya cola azota las raíces y troncha ramas tan gruesas como el brazo.

Otro tiro al flanco... el caimán se precipita hacia el agua. Pero nuestra piragua le cierra el paso. Herido el saurio intenta en vano saltar por encima de ella para sumergirse en aguas profundas. Un hachazo en la nuca da fin a sus sacudidas.

Pero es preciso cargarlo en nuestra barca y no es negocio tan fácil: son, por lo menos, doscientos o trescientos kilos de peso. La necesidad aguza el ingenio. Llenamos la barca de agua y cuando está flotando entre dos aguas, la ponemos bajo el caimán y con un ligero empuje flota en la barca y ya está resuelto el problema. Vaciamos la piragua con unos cuantos golpes de achicador y no tardamos en dejar en la orilla nuestro botín.

A por otro.

Una cabeza monstruosa sale del agua en medio del río. Avanzamos sin hacer ruido y a bocajarro le albergo toda la descarga en la nuca. Sin un estremecimiento siquiera el monstruo se va a pique.

—Aguarda, Padre, vas a ver, me grita Roberto; y se lanza al río de cabeza.

—Ya lo tengo, dice, y con un brioso empuje saca una parte de la cola del saurio.

Los tiros se suceden y la caza se amontona. Es hora de volver.

Viramos hacia la orilla y nos dirigimos a la aldea.

Me siento lleno de gozo por la afortunada caza y estoy pensando en el delirio de mis cristianos cuando vean mañana toda esa carne; me complazco y digo para mis adentros: ¡qué bien voy a cebar a no pocos irreductibles paganos; ahora me entregarán sus hijos como catecúmenos!

Esto pensaba cuando de repente Roberto lanza un grito. ¡Padre, cuidado! ¡el caimán grande se despierta! Me vuelvo con toda rapidez, y en buena hora. El más grueso de los saurios, aplastando con su masa los cadáveres de sus congéneres se dirige hacia mí agitando sus mandíbulas. Roberto, con gran valentía, se ha montado sobre él e intenta contenerle; Luis lo tenía de la cola con todas sus fuerzas. Y entonces comienza una lucha épica. A golpes de azuela intento romperle el cráneo. Golpeo con toda mi alma y él resiste como un demonio. El ojo vaciado le molesta. La estrechez de la piragua le

Universidad de Deusto
Biblioteca

impide volverse para morder a mis remeros, pero intenta dar saltos desordenados, y oleadas de agua van llenando nuestra barca. El caimán cae al fin inerte. Estamos a salvo.

Roberto tiene los muslos desollados por la piel rugosa del animal que ha tratado de retener entre sus piernas; Luis ha recibido un coletazo que le ha medio tronzado el brazo; pero los dos se ríen a carcajada limpia viendo que al fin el saurio ha sido vencido. Llegamos a la aldea y una multitud nos aguarda en el desembarcadero. Han oído los tiros de fusil y las carcajadas y saben que ya contamos con carne. Hombres, mujeres y niños están allí con antorchas de paja. ¡Qué recepción, amigos míos! Los caimanes son llevados a hombros de los más fornidos y quieren hacer otro tanto con el cazador y me cuesta Dios y ayuda el contener su entusiasmo.

¡Pobres gentes que se contentan tanto cuando pueden añadir una ración de carne a su frugal comida de arroz y de aceite de palma!

Me mostraron una gratitud que me conmovió hondamente; los viejos irreductibles me entregaban sus hijos para que los instruyese, y con tan buena gana, que yo decía entre mí: en Europa suelen decir que si San Pablo viniese al mundo se haría periodista; por estas tierras, sin descuidar lo demás, el gran Apóstol se haría cazador de caimanes.

Acordémonos de los millones de infieles que no conocen todavía a Jesucristo y procuremos dar los domingos parte de nuestros ahorros a las misiones, para que los pobres misioneros consigan más almas para Nuestro Señor Jesucristo.

J. L. G., Congr.

El pintor de la Inmaculada

El sacristán de una de las Parroquias de Sevilla va agitando su llavero por las anchurosas naves, para que salgan los devotos fieles y cerrar las puertas. Allí, en un rincón, en el fondo de una capilla, reza un cristiano.

—¿No habéis oído, buen hombre?—le interpela el gruñón sacristán—; voy a cerrar la iglesia... largaos de aquí.

—Dejadme rezar un poquito más—respondió humildemente el devoto, que hacia desfilar entre sus dedos las cuentas de su Rosario.

—¿Hasta cuándo?—replicó impaciente el sacristán.

—Mirad—exclamó como fuera de sí el buen hombre, señalando un cuadro grande que destacaba en el centro del altar y que representaba el descendimiento de la cruz de Nuestro Señor—; dejadme quedar aquí velándolo hasta que lo sepulten.

¡Aquel hombre era el gran Murillo!... ¡Aquel lienzo lo habían pintado sus maravillosos pinceles!

¿Quién dió a sus pinceles aquella inspiración verdaderamente celestial? Sin duda alguna, aquella su comunicación con Dios por medio de la oración.

¡Cuánto más listos que nosotros eran y son los que se comunican con la fuente de toda la sabiduría! ¡A imitarles!

R. de M., Congr.

Ante el frío cadáver

De esto hace pocos meses.

Yo lo vi. Había muerto. Derramé unas lágrimas sobre el cadáver y se evaporaron. Sólo las oraciones que enviaba al cielo las recogía Dios. De entonces tengo muchos recuerdos. Y de las monjitas... de esos ángeles de carne y hueso que en vida tratan al enfermo como a "otros Jesucristos", esperan su muerte porque es el momento en que las almas se abrazan a Jesucristo y le velan muerto rezando por Jesucristo... de esas también tengo recuerdos. Ojalá esta flor te la hubiera dado antes a oler, para que el tiempo no hubiera mitigado su fragancia.

Contaba la monjita...

Yo le visitaba. El hombre era descreído, de esos que allá, en el bajo fondo de su corazón, conservan sus creencias, las que una madre cuidadosa fué cultivando con exquisito amor día por día, y que al paso de los tiempos se tronzaron, aquí una y allí otra, en el escollo de la lejanía del hogar querido, del mal amigo, de la Universidad.

Era listo, y no le iba tan mal en política cuando en el mitin que en aquella villa se celebraba figuraba su nombre como el de uno de los oradores.

¡Lástima que no era la orientación de aquel mitin como la tuya y la mía! La Iglesia, las Ordenes religiosas, las leyes laicas, eran el blanco donde se habían de clavar una serie de esos párrafos mitinescos, donde no se sabe qué admirar más, si la estupidez de la masa que los aplaude o el atrevimiento del orador improvisado que los dice. Porque es costumbre que improvisación, falta de cultura e irreligiosidad se junten en una misma persona.

Ya acudía la gente al mitin; ya se llenaban las calles de todo lujo de precauciones; ya repasaban nerviosamente los oradores las notas de lo que iban a decir... si algo anormal no ocurriera habría comenzado ya. De los tres oradores faltaba uno. No cabía duda que una causa de importancia le retenía en otro lugar.

* * *

La buena anciana en un sillón, pálida, con un sudor frío que le bañaba el rostro. Gente a su lado; a sus pies su hijo, el orador...; un timbrazo que anuncia al médico; peligro, verdadero peligro; nuevo vómito de sangre; irresolución... no hay remedio, hay que ir. Suena la puerta como cuando uno se marcha. Sí, había ido el hijo en persona... ¿a dónde? ¿al mitin? No, a la Iglesia, a por el párroco para que viniera con los Sacramentos. Una laica ovación ni producía alivio a su madre ni dejaba tranquila su conciencia; una oración... la recogía Dios y una hostia sacrosanta sobre un pecho mortecino daba tranquilidad a la madre fervorosa y al hijo apiadado.

Y así, mientras rodaban de las bocas de los compañeros laicos los párrafos llenos de latiguillo contra nuestra Santa Madre, el forzado ausente doblaba su cabeza a los golpes que daba el acólito a su campanilla, cuando el Pan del Cielo se ponía en la lengua de una mujer que pronto iba a ser trasplantada de esta tierra.

Aquí terminaba la narración de la Hermana, mucho más sencillamente que como yo te la he contado. Hablaba la monjita con esa claridad de las almas sencillas y puras como las tocas blancas entre las que esconden su cabeza cariñosa.

Cuando terminó la Hermana eché una mirada al cuerpo yerto ya, en cuya presencia estábamos, la monjita que velaba y yo hijo del difunto.

—Tiene razón, Hermanita, por eso estoy contento yo; bien sé que, cuando Dios Nuestro Señor nos invita a beber la copa del dolor, no hay tónico que deje más tranquilo al que se va y al que se queda que recibir los Auxilios Espirituales.

Y después... volvió a rezar la monjita sobre el frío cadáver.

P. T., Congr.

¡Muerto... pero sin pecado!

I

Ojos grandes, de noble mirar, y alma más noble todavía: su nombre, Hernando; su edad, entre los catorce y los dieciséis años; su campo de apostolado, unos cuantos chavales de la catequesis. Todos le querían y con razón: era noblote.

Este espíritu de lucha y sedición, que penetra por todas partes, conmovió también a nuestro Hernando; le encendió la sangre juvenil, le hizo soñar que el día de mañana había de ser un campeón de la libertad, un defensor de los oprimidos, un héroe... Parecíale unas veces que sólo viviría hasta los veinte años: cuatro le bastarían para consumar su misión en la tierra; otras, en cambio, se sentía lleno de vigor y se convencía de que aún le faltaba mucho camino que andar por el mundo y mucho que trabajar por sus altos ideales...

Ante no sé qué tienda pasaba cierto día, y vió en el escaparate una gran navaja de 3,95, que lo mismo podía ser de Albacete que de Calatorao. Le gustó: le gustó por lo grande, por lo ancha, por lo barata. Y sobre todo, porque le pareció de perlas para llevarla en el bolsillo: "Sí, señor: hay que ser valientes, que si sólo los malos han de llevar armas, nos hacen fosfatina ignominiosamente... Pues ¿qué? ¿los caballeros antiguos, el mismo San Luis, no llevaban su espada al cinto?

Y entró y la compró.

Y solía decir después a sus más íntimos, mostrándoles su tajante y abriéndola con un ruido de carraca de Viernes Santo: "A mí me pegarán un tiro en la primera revolución; yo caeré gritando ¡Viva Cristo Rey!, pero antes de caer, yo con esta navaja, dejaré fuera de combate a un bribón por lo menos."

II

Hernando explicaba a sus *peques* qué es el pecado mortal, con ejemplos, con imágenes, con toda viveza. Lo comparaba al veneno, a la culebra, a la flor podrida... Ellos le oían atentos, sentían asco hacia una cosa tan horrible.

—Oye, pregunta a un rapaz de siete años, si a ti te ofreciesen un automóvil que anda solo, con tal de que hicieses un pecado mortal, ¿qué responderías?

—Que no.

—¿Y si te ofreciesen un palacio...?

—Que tampoco.

—¿Y si te dieran mil azotes...?

—¡Menos!

—¿Y si te mataran...?

—Muerto..., pero sin pecado.

Estas palabras dichas con la sinceridad de un héroe por aquella criatura, produjeron honda impresión en el corazón del joven catequista... Regresaba con sus compañeros, todos alegres, con la dulce alegría del deber cumplido. En el bolsillo llevaba la navaja de la que tanto solía gloriarse ante ellos, pero aquel día no la abrió con estrépito, no les dijo que antes de caer muerto la teñiría en la sangre de algún bribón. Iba pensativo: No se le borraban de la memoria las palabras de su niño: *¡Muerto, pero sin pecado!*

III

No sé cuándo ni cómo se decidió: lo cierto es que pasando junto a la ría con su amigo Jaime, sacó su albaceteña, la abrió con toda solemnidad, la cogió por la punta del mango, la hizo describir un círculo en el aire, y ¡zas! la arrojó al agua. La navaja cayó de punta, penetró en silencio, se hundió, desapareció... Jaime quedó atónito: sabía cuánto le gustaba a su amigo aquella prenda... ¡O le ha dado la venada—se decía—o ha querido hacer un sacrificio grande!

—Pero, hombre—le preguntó tras unos momentos—, ¿no decías tú que había que tener la sangre más caliente, y echar por tierra a todos los bribones que nos rodean antes de que ellos acaben con nosotros?

—Bah..., respondió mi hombre, procurando sonreír, procurando que su amigo no le notase lo que se estaba venciendo allá dentro: ¡Oh, qué bellísimos son a los ojos del Señor esos sacrificios, que sólo El conoce!

—¿Ya se acabaron tus bríos?—insistió Jaime, dándole broma—. ¿Y si ahora crece la persecución y te vienen a matar...?

—*Muerto, pero sin pecado*, contestó Hernando con sencillez admirable. Su amigo no supo qué decirle...

¡Bellísima frase! Ella sola te puede hacer santo, si la cumples. ¿Hay algo que te encanta y te cautiva el corazón como a Hernando la navaja, algo que te pueda llevar a hacer lo que Dios no quiere, lo que tú mismo llorarías haber hecho con lágrimas inútiles ya?... Pues, ¡valor, amigo!, arrójalo como él, al río, lejos, pronto... Y si te cuesta mucho, y si crees que te ha de quedar el corazón sangrando y si crees que el sacrificio te ha de quitar la vida... ¡oh, amigo mío querido: *muerto, pero sin pecado!*

C. J., Congr.

No te tejes engañar

Conocí a un chico llamado Félix, obediente y estudioso como pocos en la clase de D. Angel; mas tenía una flaqueza: era excesivamente débil de carácter y por ello se veía casi siempre dominado por sus amigos, por carecer de voluntad propia en sus actos.

El buen maestro, que sentía gran simpatía hacia Félix, llevóle una tarde de paseo por las

Universidad de Deusto
Biblioteca

fueras de la ciudad. Y cuando juzgó oportuno dijole D. Angel:

—Amigo mío, ¿quieres que te cuente un cuento?

—¡Oh, sí; si es de los bonitos... sí!

—Allá va, pues. Era Juan, joven de 20 años, dueño de magníficos campos de regadío y tan trabajador que en muchas de las faenas confundíase con los trabajadores. Ni que decir tiene el cariño y respeto de los obreros hacia el bondadoso Juan. Mas sucedió que un cambio brusco operóse en su ánimo. Sólo de tarde en tarde daba un vistazo por los viñedos y siempre lo hacía presuroso y preocupado: había simpatizado con un tal Ricardo, de su misma edad, aparentemente bueno y fino, con quien trabó tan íntima amistad, que sus heredades ya no le interesaban; se dió a disfrutar, pasear y gastar, y así hubiese seguido si no se hubiese visto envuelto en un negocio ruinoso de Ricardo, y además en un proceso.

Gracias a que pudo probar su honradez y buena fe, salió libre del proceso; pero no del negocio, por lo que tuvo que vender algunas de sus fincas.

Ricardo fué condenado a varios años de presidio y a Juan le faltó poco para perder su reputación y toda su hacienda.

Félix le interrumpió y dijo: ¡Qué granuja fué Ricardo!

—Tienes razón, Felichín. Ya sabes que mayor mal es perder la pureza que la hacienda y un compañero lleva, por lo general, a la pérdida de lo más precioso que tenemos y nos quedamos con lo más bajo y vil, que nos iguala a los animales.

Las palabras de D. Angel quedaron tan grabadas en la mente de Félix, que desde entonces, sin ser hosco, sólo consideró como amigos verdaderos a los que por su virtud y lealtad se hicieron dignos de su amistad.

Necesitamos tener algún amigo; como que estamos creados por Dios para el trato con nuestros semejantes; pero nunca te olvides que no conviene entregar el corazón al primero que nos seduzca y acaricie.

J. Z., Congr.

Por tres avemarías

El lugar en que se desarrolló la escena era Larache. Era el tiempo en que la guerra con los moros de Abd-El-Krim había llegado a aquella espantosa suma de muertos y heridos. De los cuerpos de los heridos se ocupaban los médicos que a retaguardia llevaban sus coches de ambulancia esperando el resultado de las batallas, pero de sus almas se ocupaban los heroicos capellanes que corrían entre el fragor de la lucha a consolar a los heridos, a llevar el medio de alcanzar la gracia a los moribundos que yacían en el campo de la lucha.

Uno de estos capellanes me contó el siguiente sucedido:

Estábamos preparándonos en Larache para la acción del día que iba a tener lugar en el Valle de Mukluss. Los soldados comentaban incidentes de la jornada anterior y los capellanes confesaban a todos los soldados antes de la celebración de la Misa de Campaña, durante la cual iban a comulgar los que así lo deseasen.

Se me presentó a mí un joven andaluz que me dijo que había asistido a mil batallas durante dos años y medio; añadió que quería confesarse, pero no sabía hacer el examen.

—¿Cuánto tiempo hace que te confesaste?

—Pue, dende la primera comunión.

—Pero ¿no sabes que si estás sin confesarte tanto tiempo, con el peligro que hay en la guerra, puedes ir al infierno para siempre, que la muerte te puede llegar en cualquier batalla?

—Zí zeñor, ya se que la *cierta* (la muerte) me pue pillar, pero no m'había acordao nunca de confesarme, pero no sé por qué, ze m'ha metío en la cabesa que tengo que jaserlo y mie Vd., aquí estoy. Yo siempre he creío lo que uztedes dicen, pero no m'acordao.

—¿Y no rezabas?

—¡Ah!, ezo zí, dende q'estuve en el colegio de las Monjitas me dieron er día de la comunión esta medayita y que la rezase tres Avemarías siempre, y que conste que nunca ze m'ha escapao el rezarlas.

Este joven se confesó muy arrepentido y después me agradeció mucho el bien que le había hecho.

Una hora después el batallón de regulares empezaba la operación, que era, por lo demás, muy difícil. De una y otra parte granizadas de balas cruzaban el espacio produciendo estragos.

De pronto a unos cien metros veo a un soldado caer víctima de las balas, que queda exánime cual si hubiese muerto. Gazapeando me arrastré hasta él, le llamo y no contesta; la muerte se había anticipado; recé por él parapetándome en su cuerpo para que las balas no me hiriesen y después levanté la cabeza del herido para ver quién era.

Asombrado me quedé al ver que era el andaluz que una hora antes había confesado; su mano apretaba la medallita de la Virgen, que me había enseñado; mis ojos se anegaron de lágrimas de satisfacción por haber salvado su alma. Yo cerré aquellos ojos que me miraban como agradeciéndome el bien que le había hecho. Cargué con él y lo llevé al campamento donde certificaron su defunción.

¿A quién, sino a la Virgen, se puede atribuir aquella mi intervención tan oportuna y más aquel su ánimo decidido a arreglar sus abandonadas cuentas?

M. G., Congr.

FLORES Y FRUTOS

Núm. 252.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Julio de 1934

¡Qué bien discurría!

Un eclesiástico que visitaba una ambulancia fué conducido cerca de un soldado cuya vida parecía un prodigio. Su cuerpo estaba horrorosamente mutilado. El sacerdote se acerca al lecho y ve un hombre en cuya fisonomía se refleja apacible calma.

—Me han dicho, amigo mío, que usted está gravemente herido y que sufre mucho, dijo el sacerdote al enfermo.

—Sírvase levantar la manta que me abriga, señor Capellán—contestó sonriendo el enfermo.

El sacerdote la levanta y se estremece de impresión al ver su robusto pecho al cual faltan los brazos.

—¡Ah!, continuó el enfermo, no se asuste usted; tenga a bien descubrirme un poco los pies.

El sacerdote, con mano temblorosa, la levanta y ve que al enfermo, desde las rodillas abajo, le faltan ambas piernas.

—¡Ah!, pobrecito, exclamó el Capellán, le compadezco.

—No me compadezca usted, señor, felicíteme más bien. Al mismo estado en que me ve ahora reducido por la guerra, pocos días antes del combate y con mis propias manos, redujo yo una imagen sagrada de Nuestro Redentor. Marchaba con mis camaradas a la batalla, cuando al extremo de un camino encontramos un Crucifijo.

Cada uno de mis compañeros quiso echárselas de valiente, pronunciando palabras sarcásticas y blasfemias. Yo quise aventajarlos en impiedad y sacando mi sable, eché por tierra los brazos del Crucifijo; pero como todavía no se desprendiera de la cruz, en la que estaba sostenido por los clavos de los pies, le corté las piernas y cayó...

Nos alejamos y no volví a pensar más en aquel Cristo hasta el momento en que una metralla, que silbó a mi alrededor, me recordó la iglesia del pueblo en que nací, el anciano párroco que me enseñaba el Catecismo y el cementerio en que, cuando niño, iba a orar por mi madre.

Entonces, conociendo toda la enormidad de mi crimen, tuve miedo de la muerte y rogué a Dios que me castigase sin piedad en esta vida con tal que me concediese misericordia en la otra.

He sido escuchado. Como había tratado a la imagen de Nuestro Salvador he sido tratado, y mientras mayores sean mis padecimientos mayor será mi consuelo, porque el Señor no me escuchará a medias; si me castiga duramente, es porque quiere perdonarme.

¡Qué bien discurría este pobrecito, lo mismo que el listísimo San Agustín, que le decía a Dios: "Aquí quema, aquí corta, aquí no me perdones con tal que me perdones en la eternidad."

R. de M. Congr.

El remedio de la tontitis

Miércoles y verano por añadidura, fuimos a la Plaza Nueva a tomar el fresco a las ocho de la noche, oyendo al mismo tiempo la charanga del Hospicio Granadino que ejecutaba sin compasión las poco escogidas piezas de su repertorio; con ellas recreaba a los no muy exigentes oídos del público de todas clases, desde las criadas de servicio hasta las señoritas y señoritos de la clase media granadina.

Rafael y yo, no teníamos (ni ahora tampoco) pretensiones de "*clase*" y paseábamos los dos solos; pero Rafael estaba aquella noche más triste que de costumbre: tenía el hipocondrio filosófico (tontitis triste, de Trouseau, como yo le decía para hacerle rabiar), y no había medio de hacerle desechar, como se dice, el habla fuera del cuerpo.

—¿Quieres que vayamos a la Alhambra?—díjome al cabo de un rato de silencio.

Maldita la gracia que me hizo la proposición, porque la Alhambra estaba desierta a aquellas horas; pero por no armar una discusión en medio de la Plaza, accedí al deseo de mi amigo. Además, yo quería mucho a Rafael y procuraba darle gusto en todo lo que lícitamente podía. Porque Rafael no era mal muchacho, naturalmente hablando. Era complaciente, afectuoso, servicial y sencillo, pero... (Este pero, merece párrafo aparte).

Rafael, hay que decirlo claro, no tenía creencias religiosas. Los frecuentes viajes por el extranjero, el trato con hombres descreídos, la lectura de libros impíos y románticos, a los que

Universidad de Deusto
Biblioteca

muy aficionado, y, sobre todo, el haber salido cuando aun era muy mío del regazo de su madre, excelente señora cristiana que vivía en un pueblo de las montañas de Santander, eran circunstancias que a mi entender habían dado lugar a que mi amigo perdiera su fe.

Esto me daba a mí mucha pena, y procuraba, por cuantos medios estaban a mi alcance, volver a Rafael a la fe de sus primeros años; y aunque hasta la fecha, en que sucedió lo que voy narrando, no había conseguido nada, no por eso desistía de mi propósito. Creía que Rafael no era malo en el fondo y pedía a Dios que ya por un camino, ya por otro, me deparara medio para realizar mi deseo.

Después que dimos algunas vueltas por los magníficos bosques de la Alhambra, fuimos a parar a la explanada conocida con el nombre de Campo de los Mártires. Allí la decoración cambiaba por completo. Rafael y yo nos apoyamos sobre el pretil que limita la explanada y permanecimos absortos durante largo rato ante el maravilloso paisaje.

—¡Qué hermoso es esto! ¿No es verdad, Rafael?—díjele de pronto.

—¡Mucho!—me dijo Rafael lanzando un suspiro que parecía esconder una pena. Espectáculo así es de las pocas cosas que tienen el poder suficiente de mitigar mis tristezas y de encender en mi alma ese fuego sagrado que la ponen en relación con lo infinito...

—¿Infinito?... ¡Atiza!—le contesté escamado al oír aquella frase hueca por completo de idea. ¿Y qué entiendes tú por lo infinito? ¿La idea? ¿Lo absoluto?

—¡La verdad es que esta vida es insoportable! —respondió Rafael desentendiéndose de mi contestación—. ¡Sentir en el corazón esta ansia macabable de felicidad y no encontrar más que amarguras! ¡Oh! ¡Esto es atroz!

—¡Mucho!—le contesté con acento melodramático. Y después, me puse a cantar esta coplilla:

¡Lástima le tengo a aquel
que tiene el agua en los labios
y no la quiere beber.

—Esa copla no termina así—replicó Rafael entendiendo la indirecta—; la terminación es, "y no la puede beber".

—Sí, así es; pero mira tú qué cosa tan rara. Hay cierta agua, necesaria para la vida, que la puede beber todo el mundo; para conseguir beberla, basta con quererlo de veras. Así es que, no habiendo nadie que no *pueda* beberla, y siendo absolutamente necesaria para la vida, hay que tenerle lástima a quien *no la quiere beber*.

—Déjate de bromas—contestó mi amigo con tristeza.

—No; si no son bromas. Ya sabes tú que cuando tratamos de estas cosas hablo yo siempre de veras.

—Bueno, pues no tengo ganas de discutir esta noche. ¡Tengo una pena que me ahoga! Y al pronunciar estas palabras vi que se dilataba su pecho, temblaban sus labios y que sus ojos se llenaban de lágrimas...

Entonces me contó la causa de su pesar. ¡Pobre Rafael! Realmente tenía motivo aquella noche para estar triste! Había recibido aquel día una carta en la que le participaban que su buena madre se encontraba enferma, y aunque la carta añadía que no estaba de cuidado, Rafael temía fatal desenlace, dada la avanzada edad de su madre.

—¡Ay, Rafaelillo!—díjele entonces echando una mano a su cuello y queriendo hablarle al alma—. Si tú quisieras beber esa agua de vida de que te he hablado antes, no fuera tanta tu amargura. Mira—proseguí, señalando con el brazo izquierdo la iglesia de Nuestra Señora de las Angustias—. Allí tenemos a la mejor de las Madres que nos ama entrañablemente a pesar de nuestra ingratitud; lo puede todo con Dios. Ven conmigo esta noche a pedirla la salud de tu madre, que Ella es la salud de los enfermos y el consuelo de los afligidos, y devolverá a tu madre la salud y a tu alma la alegría. ¿Qué pierdes con venir?

—No digo que perdiera nada...—contestó vacilando.

—Pero en cambio ganarías mucho.

Rafael apoyó los codos en el pretil y hundió la frente entre las manos sin responderme.

—¡No puedo!—contestó al fin desesperado—. No creo, y como no creo, no quiero representar una ridícula farsa a mis propios ojos.

—¡Ingrato!—le dije con pena—. Ya que tú no quieres hacerlo, yo rogaré por tu propia madre... y por ti; pero guárdate mucho de seguir rechazando, como lo vienes haciendo, las inspiraciones del cielo; si no, llegará el día en que se acabe para ti la misericordia y empiece la justicia... y ¡ay de ti, desdichado, el día en que esto sucediera!

Un cuarto de hora después me dirigía, solo, hacia la Carrera del Genil, para hacer mi visita diaria a la Patrona de Granada. Inútil creo añadir que no me olvidé de cumplir la promesa que había hecho a mi amigo.

No sé por qué me había levantado de buen humor aquella mañana. Hallábame ocupado en la intrincada, y para mí importantísima, operación de hacerme en la corbata un complicado lazo, cuando sentí que abrían sin ceremonia de ningún genero la puerta de mi alcoba y penetraba en la estancia Rafael, a quien no pude ver desde la noche relatada, a pesar de haber ido algunos días a buscarle. Rafael venía trémulo, agitado, con el sombrero hacia atrás, y traía en la mano derecha una carta, cuyo sobre se veía abierto por uno de sus lados.

—¿Qué te pasa?—le pregunté al verle entrar de aquella manera— ¿Te ocurre alguna desgracia? ¿Está peor tu madre?

—Oye—me replicó sin contestar a mi pregunta—, ¿no fué el miércoles pasado el último día que nos vimos?

—Espérate... espérate—le contesté recordando. Fué fué... ¡el miércoles! ¡Justo y cabal! ¡Como que estuvimos aquella noche en la Plaza Nueva oyendo la música.

—De modo que fué el día 15, ¿no es eso?

—Eso es, el 15.

—¿Estás seguro?

—¡Segurísimo! ¡Ay! No se me olvidará ese día mientras viva, porque en él me dieron un sablazo de cinco duros que no espero volverlos a ver en este valle de lágrimas y de ingleses! ¡Qué lástima de mis cinco duros! ¡Tan hermosos, tan relucientes! ¡Ya no podré llamarlos míos! ¡Ya no...!

—Y dime—prosiguió Rafael interrumpiéndome la elegía a los cinco duros—. ¿Te acuerdas qué hora era cuando nos separamos en la Puerta Real para dirigirnos, tú a la iglesia y yo a mi casa?

—Eran... eran las nueve menos algunos minutos. ¡Como que dieron el toque de ánimas apenas entré en la iglesia y lo tocan siempre a las nueve! Por cierto que no las pude rezar—proseguí mirando a Rafael—porque en aquel momento estaba haciendo por una madre lo que su propio hijo no quiso hacer por ella...

Rafael bajó la cabeza, comenzó a llorar y se arrojó a mis brazos.

—Pero criatura... ¿qué es eso? ¿Qué te pasa? —le pregunté asustado—. ¿Ha muerto tu madre?

—No... no es eso...—me contestó—. Lee esta carta.

Cogí la carta, que era de la madre de Rafael. Uno de los párrafos decía así:

"Tan mal he estado, que creí no volverte a ver, hijo de mi alma. El día 15 amanecí tan grave que los médicos aseguraban mi muerte; pero a las nueve de la noche experimenté de súbito tal ánimo, que no parecía que hubiese estado enferma. Hasta los médicos, asombrados, atribuyeron el caso a milagro. Sin duda algún alma buena rogó por mí a Dios en aquella hora y esa alma buena nadie pudo ser sino tú; porque ¿quién sino un hijo ha de rogar por su madre?"

Al terminar la lectura me acerqué sin saber qué decirle a Rafael, para no aumentar su dolor.

—¡Soy un infame! ¡Un mal hijo! ¡No merezco que Dios ni mi madre me perdonen!—murmuró al fin.

—Quizá tú no lo merezcas, pero tu madre nada sabe de esto, y Dios que lo sabe, te perdonará al ver tu arrepentimiento.

—Y ¿qué quieres que haga ahora para desagraviar a Dios, a quien tanto he ofendido?

—¡Ahora venirte conmigo a hacer una visita!

—¡Por Dios! ¡Pídeme cualquier otra cosa! ¡Mira que no estoy para visitas!

—¿No quieres venir conmigo a dar gracias a la Virgen por haber devuelto la salud a tu madre? ¿No quieres hacer esa visita?

—¡Oh, esa sí! ¡esa sí!—contestó Rafael levantándose, en medio de su llanto...

Entonces yo conmovido me arrojé a sus brazos llorando los dos como niños. Aquel abrazo selló eternamente mi amistad con Rafael.

Desde aquel día, la Patrona de Granada tuvo un visitante diario más. Rafael, quien ocho días después de esta escena, recibió conmigo la Sagrada Comunión después de confesarnos. Y según me aseguró al salir del templo y yo vi después, al pie de aquel altar dejó para siempre su melancolía, el hipocondrio filosófico (tontitis triste, de Trousseau).

M. G., Congr.

Los más valientes

Hacia fines del siglo pasado contaba la marina francesa con un prestigioso almirante, muy señalado por sus firmes y arraigadas convicciones católicas: Mr. Petit Thouart, que si era exacto en la observancia y aplicación de las leyes de la Marina, lo era mucho más en el del cumplimiento de sus obligaciones religiosas.

Frecuentemente se le veía marchar al templo con su uniforme de oficial, y postrarse allí humildemente ante el confesor, acercándose luego a la Sagrada Mesa con sencillez y entereza verdaderamente cristianos.

Por desgracia, como en estos tiempos ocurre, no podía faltar quien criticara la piedad de Mr. Thouart, juzgando que no era conveniente, o al menos necesario, que llevase el uniforme cuando iba a cumplir sus deberes de cristiano.

¿Sabéis lo que respondió a uno que se atrevió a indicarle lo que decían de él?

"Cuando yo tengo que presentarme delante de mis jefes, voy siempre con este uniforme, y mi principal Jefe, es Dios."

Si tuviésemos nosotros también presente, que Dios es nuestro primer Jefe, que es nuestro Soberano, ciertamente no se hallarían ni podrían hallarse entre los mortales, ni un sólo átomo de ese imbécil respeto humano, cuya estupidez y cobardía todos comprenderían y detestarían.

L. R. E., Congr.

¡Cómo es la «caridad cristiana»!

—¡Qué colinetón!—exclama Juanito. Dos hermanitos están ante el escaparate de una confitería. Es una tarde muy fría de Navidad.

Llevan un rato mirando al "colinetón", con la cara pegadita al cristal, empañándolo con su cálido aliento. Justamente un coche de lujo se para frente a la puerta de la confitería y desciende un niño de unos diez años y una señora con abrigo de pieles, su madre.

Entran en la tienda y ¡cuál no sería el asombro de aquellos dos rapazuelos, al ver que la dependienta asoma medio cuerpo en el escaparate y toma la colineta que tanto les había llamado la atención!

—¡Mira!, la colineta se la lleva esa señora que ha entrado con ese chaval.

—Sí.

Y los dos van a admirar a aquella señora de la colineta.

A una señal de ésta, entra el chófer en la tienda y carga con la colineta metiéndola en el auto.

Cuando salen de la tienda oyen que Juanito dice a su hermano:

—¡Quién pudiera meter, aunque sólo fuera una vez, la mano en ese pastelón y sacarla llena de menjurje!

El niño rico se les queda mirando de hito en hito. Nunca había oído cosa semejante.

—¿Por qué dicen eso, mamá?

—Porque son pobrecitos y sus padres nunca les habrán comprado cosas tan ricas.

—Hoy que es mi santo, ¿quieres que vengan esos dos niños a casa, a celebrarlo? Me dan mucha pena... Mira, mamá, cómo enseñan el pecho por los rotos de la camisa.

—Bueno, Ignacito. ¡Niños! ¿Queréis comer de esta colineta?

—Si no tenéis prisa para ir a vuestra casa,

Universidad de Deusto
Biblioteca

podéis montar en el automóvil y veniros con nosotros.

El corazón les saltaba de alegría... nunca habían montado en automóvil.

—¡Qué bien se va!

La señora todo corazón, los mira complacida; es caritativa y acostumbra a visitar a los enfermos.

Llegaron ante la puerta de casa. Rápidamente el chófer suelta el volante y abre la puerta; apéanse los niños, sintiendo en el alma que el viaje haya sido tan corto.

Llévanles a una gran sala donde estaba el Nacimiento, y allí mismo empezó la merienda.

—¡Mirad!, les decía el niño de la casa: Aquel es el niño Jesús.

A los otros les era imposible contestar por tener la boca llena de pastel.

De pronto una nubecilla obscureció la felicidad de Juanito. Túrbase de tal manera que la señora alarmada le pregunta.

—¿Te sientes mal?

—¡No es nada! Me estaba ahora acordando de mi madre que no ha comido hoy y... yo me estoy aquí "hinchando". Si ustedes me dejasen llevarle un pedazo de colineta se pondría más contenta...

—¡Sí, hijo sí! Y no sólo éso; yo iré con vosotros en el automóvil a tu casa y nos acompañará mi hijo Ignacio, así se acostumbrará a ser caritativo. Subieron a la humilde buhardilla y al entrar en la habitación vieron una mujer pálida, muy demacrada, que casi no podía tenerse en pie.

A la pobre, al ver a sus dos hijos con aquella señora, se le animan un poco los ojos.

—¿Qué le pasa a usted buena mujer?

—¡Señora! Llevo cinco días comiendo un poco de pan, para que estos dos angelitos no sepan lo que es hambre. Trabajaba todo lo que podía; un día en una casa, otro en otra. Hasta ahora, gracias a Dios, nunca nos faltaba algo que comer. Pero el Señor quiso que esta pierna se me inflamara, de modo que me impide trabajar.

—¡No se apure usted! Desde hoy pasará usted con sus dos hijos a servir en mi casa y no les faltará nada.

La pobre mujer quiere besar las manos de la bondadosa señora, pero ésta, tan caritativa como humilde, no se lo permite; y le da un par de besos con más cariño aún que el que empleaba al besar a su hijo.

La felicidad reinó en aquellas dos familias, unidas en la caridad de Cristo.

Los dos hermanitos pobres tuvieron desde aquel día un hermano más.

J. G., Congr.

Correspondencia abierta

Uno que empieza bien el verano.

En la misa de 8 brillan por su ausencia los jóvenes y, entre hombres, sólo alguno que otro pescador, medio imposibilitado, hace acto de presencia, con bastantes mujeres. Que no vengan diciendo, como decían, el día del Sagrado Corazón: ¡cuánta gente ha habido en la procesión! ¡Qué fe hay en este pueblo! Aun entonces todos iban hablando durante la travesía. En un día como éste se llenan las calles; en cambio, durante el resto del año, aun muchos compañeros, que yo tengo como buenos, no son capaces de ir a misa; pero, ¡para qué me meteré yo con otros!

Ahora me meteré conmigo: le confesaré que los primeros días, al ver que sólo comulgaban mujeres, yo, que me creía fuerte contra los respetos humanos, me dejé vencer de ellos; ahora ya los voy aniquilando.

Un día sí y otro no, voy al locutorio a oír a la tía unas cuantas veces "que seas bueno". Voy también a la playa y allí solemos jugar al pelotón hasta que nos tuesta el sol y después un pequeño baño. Por ahora no ha llegado esa gente de capital, tan descarada; así es que se puede, sin ningún peligro y sin temor de escándalo, pasearse por la playa. Desgraciadamente ya cambiará y habrá que replegarse y jamás ir a mala hora.

Vuelvo a casa a la una y media, con un apetito como para devorar un buey. Después de un rato de sobremesa, le tiento un poco al perro, haciéndole saltar para coger un poco de pan; al poco dejo el perro y cojo el libro, hasta eso de las cinco, y voy a la bolera; allí me encuentro a todos los despreocupados jugando a los bolos, y al anochecer paseamos un poco por las alamedas, contándonos nuestra vida y milagros respectivos del invierno; lo que usted nos sermonea, etc., etc.; no se enfade, Padre. Después, a cenar a las nueve, rezo el Santo Rosario y a la camita hasta otro nuevo día que nos dé Dios.

No me acordé de traer de esa los "Puntos de Catecismo"; pero aquí los tiene mi tía monja, y me he salvado.

Las visitas al Santísimo ya hago algunas veces aunque no todos los días; procuraré ser más puntual.

H. G., Congr.

¡Qué dos amigos!

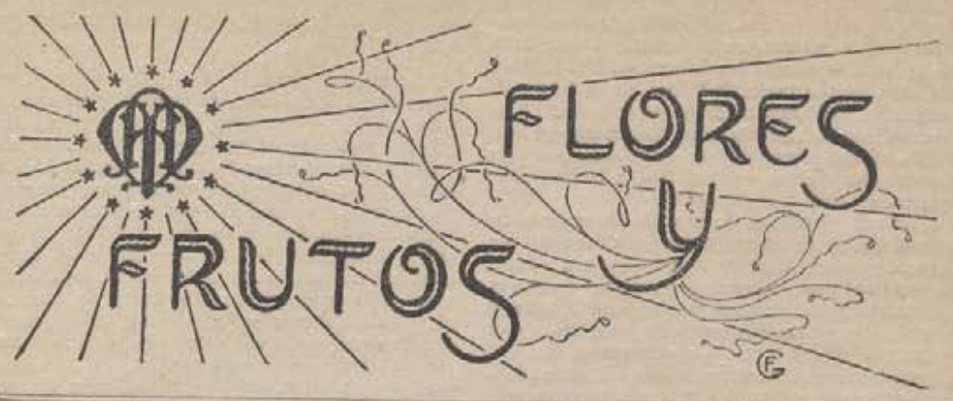
Hace diez días que hemos llegado y casi me parecen diez años. Aquel aire bendito que se respiraba en Bilbao con la compañía de tan buenos amigos no lo tenemos aquí. Sin embargo, ya sabe que Ignacio y yo hacemos buenas migas, y malo será que entre los dos no consigamos pasar bien el verano; bien, se entiende divertidos y sin hacernos "malas personas", aunque basta con decirlo esto, porque ya sé que es imposible divertirse y ser malo.

El otro día fuimos de excursión a una aldea que está a ocho kilómetros de distancia, en bicicleta. A Ignacio se le pinchó la rueda, pero al fin llegamos y tuvimos el gusto de secarnos el sudor ante una imagen muy morenita de una Virgen que se venera allí. Nos gustó tanto, que hemos hecho el propósito de ir a charlar un parrafito con Ella todos los sábados.

A mí se me olvidó traer los libros de Catecismo; pero, como Ignacio tiene mejor memoria que yo, estudiaré con los suyos las páginas consabidas. A las nueve y media de la mañana, después que hemos oído misa, comulgado y desayunado, nos juntamos para tomarnos la lección unos días en casa de él y otros en la mía.

Nada más, hasta otra que le escribiré el mes que viene.

P. T., Congr.



Núm. 253.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Agosto de 1934

Modo de evitar planchas

Volviendo D. Bosco en cierta ocasión de Pistoya a Turín, se encontró con un viajero que sin conocerle, empezó a hablar mal de él. Aquel mal hablado comenzó por decir que D. Bosco era hombre avaro, que sacaba el dinero engañando a ricos y a pobres; y más le dijo: Dispense, señor, ¿conoce usted a D. Bosco? ¡Figúrese si le conozco!, le contestó el Santo; soy turinés y le he visto muchas veces; sin embargo, no creo que D. Bosco tenga tanto dinero, como usted dice.

—¿Me quiere usted desmentir? D. Bosco es muy listo; lo que quiere es enriquecer a su familia, que ha comprado ya muchas posesiones.

—Yo no sé, replicó D. Bosco, que tenga en Castelnuovo posesión alguna.

—Sí, señor, le contestó el difamador; sus hermanos se han hecho inmensamente ricos.

—Perdone usted, buen señor, dijo el Santo; D. Bosco no ha tenido más que un hermano.

—Como quiera que sea, contestó el otro; el hecho es que el hermano de D. Bosco antes era un pobre labrador y ahora tiene carroza y caballos.

—Yo le digo a usted que el hermano de Don Bosco murió hace ya veinte años.

—Sea como quiera, no me negará usted que le conozco muy bien.

—Pues bien, si usted quiere enterarse por sí mismo, le dijo el Santo, vaya a Castelnuovo y verá que D. Bosco tiene sólo dos sobrinos que cultivan su pequeña heredad y nada más.

—Luego ¿usted me dá por mentiroso?

—¡Oh, no! Solamente digo que no está usted bien enterado.

Y continuaron así hablando por algún tiempo; cuando he aquí que en una de las estaciones sube al vagón un amigo de D. Bosco, el cual, viendo a éste, exclama sonriente: ¡Oh, D. Bosco!, y empezaron a hablar.

Los viajeros que habían escuchado atentamente la anterior conversación, no pueden contenerse y se echan a reír; el calumniador, todo confuso, empieza a excusarse, mas D. Bosco le dice:

—Permítame que le de un consejito: no hablemos mal de nadie; no sacamos provecho alguno. Cuando no podemos hablar bien mejor es callarse.

Tomemos ese consejito que es de primera.

G. O., Congr.

Ante 50.000 niños

Era el día 1.º de Mayo.

Cuando llegó Dollfuss, el famoso canciller católico, al Stadium de Viena, los niños le recibieron con un regocijo increíble, agitando gozosos las banderas; subió Dollfuss a la tribuna y habló. He aquí algunas frases de su cristianísimo discurso:

"¡Queridos niños y niñas, amada juventud austriaca!

Yo os saludo con todo el afecto de mi corazón, pues sois vosotros el mayor tesoro que posee nuestra querida Austria. Vuestra presencia nos da a los hombres que en este tiempo llevamos una tan pesada responsabilidad por bien del pueblo, ánimo y fortaleza para trabajar con todo empeño para llevar a feliz término la gran obra de la construcción de Austria, pese a todas las dificultades.

Queridos niños y niñas, en esta solemne hora quisiera deciros dos palabras para que las guardéis firmemente en vuestro corazón, vosotros, la juventud, nuestro tesoro, nuestra alegría, nuestro orgullo, nuestra esperanza!

Sed buenos, niños de corazón limpio, *de alma pura y temerosa de Dios*. Tened amor, gratitud y obediencia *a vuestros padres*, que por vuestra causa han tomado tantos cuidados y tanto han tenido que sufrir.

Sed agradecidos *a vuestros maestros*, que tanto os aman y quieren hacer de vosotros jóvenes que el día de mañana sean ciudadanos útiles para la patria. Los padres y los maestros trabajan a una para procuraros una juventud florida. Guardadles agradecimiento y amor. *El tiempo que perdáis ahora, jamás lo podréis recobrar*: vosotros no queráis ser más tarde

Universidad de Deusto
Biblioteca

cos para la patria, sino ciudadanos útiles y dignos.

Debéis estar fuertemente unidos, aunque vuestros padres pertenezcan a distintas clases de la sociedad... que sobre las diferencias de apellidos, de edad, de profesión, de bienes, de fortuna o de educación, debemos todos de estar unidos. Este sentimiento de fraternidad debe empezar ya desde la misma juventud, pues todos nosotros queremos vivir felices en la patria, a la cual debe pertenecer todo nuestro amor...

¡Amada juventud austriaca! Os saludo de nuevo del fondo de mi alma; de nuevo os doy gracias por esta hora de alegría. Cuando volváis a vuestra casa saludad a vuestros padres y contadles cuán hermosa ha sido esta fiesta y decidles que vosotros estábais presentes en el momento de colocarse la primera piedra del nuevo hogar austriaco, cuyo más hermoso adorno y cuya más estimada gloria sois vosotros, mis amados niños y niñas. Que Dios os bendiga y os proteja.

¡Viva Austria!"

El entusiasmo de los niños fué monumental, sobre todo durante estas últimas palabras: los niños, puestos de pie, agitaban briosos sus banderas, las miles de banderas que formaban un maravilloso espectáculo, y terminaron entonando valientes y llenos de legítimo orgullo el himno nacional.

Terminado este artículo, oigo que han asesinado a Dollfuss, y quedo pasmado... ¡Y nosotros creíamos que su vida era ahora imprescindible para el bien de la Iglesia Católica! Verdaderamente que los planes de Dios son distintos que los planes de los hombres.

Y que en todo momento es necesario estar bien dispuesto para el paso de la eternidad.

Y que los hijos de las tinieblas y las logias infernales no dejan de trabajar contra los hijos de la luz... Pero, ¡DIOS NO MUERE!

F. X. I., Congr.

¡Qué bien se portó la Virgen!

Era la madrugada del día de la Asunción de 1,568. En una humilde celda del noviciado de la Compañía de Jesús, en San Andrés del Quirinal en Roma, rodeado de toda la Comunidad, que absorta le contemplaba, moría, mejor dicho, nacía a mejor vida, un joven, casi niño (aún no había cumplido 19 años), apretando contra su pecho el Crucifijo y el Rosario y sonriendo amoroso a la Reina del Cielo, que, acompañada de ángeles, venía a llevarse consigo al Paraíso, el alma de su hijo amado. Era Estanislao de Kostka.

Pocos días antes se hallaba en perfecta salud y nadie creía que en sus anuncios de cercana muerte se encerraba una profecía. En el pecho de Estanislao se encerraba secreto anhelo: deseaba ir al cielo para celebrar allí la fiesta de la Asunción y Coronación de la Santísima Virgen: era la gran fiesta de su Madre. ¡Cómo podría un buen hijo no suspirar por pasar aquel día en compañía de su Madre! ¡Cómo no desear unirse en ese día a los coros de bienaventurados para alabar y glorificar a Dios en aquella Criatura excelsa!

El 10 de agosto, Estanislao, junto con los demás novicios, comulgaba devotamente. En su pecho iba oculta la carta que a su Madre dirigía y que decía así:

"Serenísima Reina de los cielos, madre y señora mía. Yo, indigno hijo vuestro, postrado de todo corazón a vuestros pies, os doy cuantas gracias puedo, todas las que os dan todas las criaturas por las mercedes que siempre me habéis hecho, y os pido humildemente y suplico que, sin mirar mi indignidad, sino vuestra piedad y benevolencia, abreviéis los plazos de mi destierro y me saquéis de esta miserable vida, otorgándome el que asista a la fiesta, dentro de cinco días, que celebra esa Corte de vuestra gloriosísima Asunción; así cesarán mis ofensas y comenzaré con amor a serviros, resignándome por todo en vuestra voluntad, que es la misma que la de vuestro Santísimo Hijo. Fecha en este destierro, hoy víspera de San Lorenzo mártir, por cuya mano os la envío.

ESTANISLAO.

De vuestra Magestad siervo indignísimo de llamarme vuestro hijo."

La petición del hijo fué favorablemente despachada por la madre. El día 10 transcurrió sin novedad. Al atardecer una pequeña calentura obligó al Hno. Kostka a acostarse. La enfermedad parecía no tener ninguna importancia. Los médicos creyeron poder asegurar que no corría peligro alguno la vida del enfermo. El, sin embargo, afirmaba y repetía que aquella era su última enfermedad y que de ella moriría y pronto.

El día 14 pidió le llevasen el Viático, y al ver que los superiores dudaban en acceder a su petición, pues no veían gravedad, volvió a pedirlo con grandes instancias, alegando que apenas saldría de aquel día. Un desvanecimiento que sufrió, del cual apenas pudieron hacerle volver en sí, convenció a todos de la verdad de las palabras del santo joven.

A mediodía toda la Comunidad acompañaba al Santísimo a la celda del Hermano Kostka, que, a petición suya, tendido sobre un colchón en tierra, recibió con extraordinario fervor los Sacramentos. La tarde pasó en amorosos coloquios.

Al comenzar el día tan suspirado, clavó los ojos hacia una parte del aposento y sonriendo gozoso a la Virgen Santísima, que se le aparecía, expiró, sin congojas ni fatigas, pronunciando los nombres sacrosantos de Jesús y de María.

La conmoción que en Roma causó la muerte del Santo novicio fué tal que el Cardenal Francisco de Toledo, que allí se hallaba, exclamó: Rara cosa es que la muerte de un mancebo polaco conmueva tanto a Roma, que así acudan a venerarle muerto, cuando de nosotros no sabemos qué será en nuestra muerte.

Con cuánta razón pudo exclamar años más tarde San Francisco de Sales refiriéndose, entre otras, a la muerte de San Estanislao: "¡Oh Dios! ¡Qué dichosa es la muerte! ¡Qué dulce la amorosa saeta que hiriéndonos de esta llaga incurable del Divino Amor, nos deja para siempre enfermos de un abatimiento de corazón tan penetrante, que en fin para en la muerte!"

A. M., Congr.

Entre las "barracas"

El siguiente caso más bien parece haber ocurrido a un joven de 18 años de profunda formación religiosa, que no a un niño de diez.

A veces pensamos que todos los sermones, todas las exhortaciones que les hacen los maestros buenos o malos a los niños de 6 a 10 años, caen en saco roto.

Este caso prueba lo contrario.

Estaba un niño de los pequeños jugando en la calle a santos (de cajas de cerillas) juntamente con otro, no tan bueno y bastante mayorcito que él, cuando acertó a pasar por allí un muchacho amigo de ellos, que iba a un recado a una casa muy cercana a las "barracas".

Este, por no ir solo, les invitó a que le acompañasen, y los otros dos, complacientes, no viendo en ello inconveniente alguno, le acompañaron.

Terminado el recado, al ir a volver a casa, al oír las músicas, volvieron la cabeza y vieron los "tiovivos": fuerza casi irresistible les metió hasta el centro de las mismas barracas.

Fíjate, mamá, le contaba después a su madre, ¡qué tentación! estar tan cerca de los "tiovivos" y no ir a verlos... Así que nos fuimos los tres de cabeza.

Al niño del recado, le habían dado una propina en la casa y con gesto de generosidad, les convidó a los otros dos a entrar en una "barraca".

El mayor de los dos aceptó, encantado, la desinteresada invitación; pero no así el pequeñín que les dijo: Yo aquí os espero, no tengo ganas de entrar. ¡Con qué gusto hubiera también entrado!; pero él, cuerdamente, se había hecho la siguiente pregunta: ¿Será buena esta "barraca"?

A su padre le había oído decir: Yo no he entrado en ninguna "barraca" y no os puedo asegurar si son buenas o son malas. Lo mejor es que no vayáis, y así, huyendo, no hay peligro de equivocarse.

Habían pasado ya diez minutos esperándoles fuera, cuando empezó a adueñarse de él el aburrimiento; y sin esperar más tiempo se fué caminito de su casa.

No había andado trescientos metros, cuando se da cuenta de que se ha perdido. No se apura, y a unos jóvenes que pasaban por allí les aborda: ¿Me harían el favor de decir por dónde se va a la Gran Vía?; desde allí ya llegaré yo a casa.

¡Sí, hombre, sí!, sin favor, le contestaron con aire familiar, como si le conocieran de toda la vida; le acompañan y le hacen mil preguntas, a las que él contestaba lo más tranquilo.

Una vez llegados a la Gran Vía, se despiden de nuestro hombrecito muy afectuosamente, y él les da las gracias.

Al enterarme de este caso, reflexiono, sin casi darme cuenta: ¡Vaya el pequeño éste, que empieza a vencer la curiosidad desde niño!, ya se puede esperar que el día de mañana llegue a ser todo un hombre de los raros hoy.

Mucha ventaja nos lleva a los que vamos a cines, o leemos novelas, sin saber antes si son buenas o malas.

Verdaderamente, este niño nos avergüenza y nos da lecciones de cordura y buen sentido.

J. G., Congr.

¡Doce horas en un horno!

El día 15 del presente mes de agosto acostumbramos en esta tierra a honrar de manera especial a nuestra Madre querida de Begoña.

Con este motivo no estará de más que recordemos un hecho realmente milagroso realizado por esta vigilante Madre en favor de sus hijos, para que así se aumente y fortifique nuestra confianza en Ella.

Era el 16 de julio de 1680, y en la anteiglesia de Berango, Gregorio de Soparda, niño de 13 años, jugaba con tres hermanos suyos menores junto a una calera que poco antes había sido encendida. En su juego lanzaron al aire una naranja, con tan mala fortuna que la fruta cayó sobre la calera y allí quedó sin volver a las manos de los niños.

Gregorio, sin darse cuenta del peligro que corría y sólo preocupado de recobrar su naranja, se aventuró a subir a la cima de la calera. Apenas hubo en ella puesto los pies, la cubierta cedió y Gregorio, sin que nadie pudiese socorrerle, cayó al interior del horno, siguiéndole en su caída gran cantidad de piedras de las que formaban las paredes. Debajo de éstas y de la cal, en el lugar en que el fuego era más vivo, quedó sepultado.

Sus dos hermanos, visto lo ocurrido, echáronse a llorar y quedándose el más pequeño, Clemente, de seis años, en el lugar del siniestro, marchó el mayor, Pedro, a dar la noticia al pueblo, mas temeroso de darla a sus padres, éstos no llegaron a enterarse de lo sucedido hasta pasadas cinco horas.

Perdida toda esperanza de poder hallar con vida al pobre niño, el padre acudió a los vecinos para derruir la calera y ver de extraer los restos que quedasen de su hijo, si no es que todo él había sido consumido por el fuego.

Ya la demolición tocaba a su fin, cuando entre dos y tres de la madrugada, oyeron una voz que salía de entre los escombros y que les decía: ¡Cuidado! Que estoy vivo y con mucho ánimo.

Asombrados de que aún viviese el que ellos consideraban como ciertamente difunto y animados por la voz que no cesaba de hablarles, siguieron su tarea; por fin encontraron al niño en una concavidad que a manera de urna formaban las piedras que sobre él cayeran. Las llamas no habían hecho presa en su cuerpo, aunque sí en sus vestidos, que habían quedado abrasados.

Llevado a casa contó Gregorio ante todo el pueblo, que, admirado del suceso se había reunido, cómo había sucedido la desgracia y cómo la Santísima Virgen de Begoña, a quien había invocado en su caída, ofreciéndole mandar decir una misa en su honor, le había librado no sólo de una muerte cierta, sino aun de todo padecimiento, pues durante las doce horas que en el interior del horno estuvo tan sólo había sentido una pequeña sed.

Pasados pocos días, Gregorio, con sus padres subía al santuario de la Madre de Dios de Begoña para cumplir la promesa. El mismo Gregorio, años después, cuando el P. Granda escribía su historia, le narró con todo detalle lo sucedido.

El poder de la Virgen no ha disminuido de entonces acá y como libró de las llamas el cuerpo de su devoto, si nosotros con fe de cristianos y confianza de hijos le pedimos que nos libre del

Universidad de Deusto
Biblioteca

cuerdo de nuestras pasiones y nos ayude a conservarnos puros y limpios, no dudemos que nos lo conseguirá.

A. M., Congr.

No saben lo que dicen

Fue sin duda alguna la Divina Providencia la que dirigió mis pasos hasta aquel lugar, en el que oí una conversación que me sorprendió sobremanera.

Un joven que se las echaba de saberlo todo, estaba enseñando toda su filosofía barata a otros dos, que le oían con la boca abierta.

Entre muchos de los disparates que decía, dijo que él era ateo.

Yo que me había quedado escuchando un rato, y tenía cierta confianza con él, le pregunté de improviso:

—Oye, ¿ya sabes tú lo que quiere decir ateo? Y me contestó: —Hombre, pues... los curas, los frailes y toda esa trinca.

Me reí un poco de la respuesta, y con cierto aire de superioridad, le expliqué en dos palabras lo que significa ateo, logrando desconcertarle un tanto.

Una vez que terminé mi breve explicación, por decir algo y dándose un aire de gran señor, me replicó: —¡Hombre! Pues yo no creo en Dios.

Tú me dices que no crees en Dios; pues no te lo puedo creer y si no respóndeme:

—¿Quién hace girar a la tierra, en un movimiento tan uniforme? ¿Quién ha señalado a los planetas la ruta a seguir, sin salirse de su curso? ¿Quién hizo el primer ser viviente? Porque una materia muerta no puede dar vida a nada.

Ante estas preguntas, viéndose cogido y sin saber qué decir, dijo que él no era ateo... del todo.

¡Cuántas veces se os presentarán a vosotros casos como éste!, y aunque somos jovencitos podemos salir triunfantes, si es que estudiamos los "Puntos de Catecismo" del Padre Vilariño.

La mayoría de los que atacan a la Religión Católica, atacan una cosa que no la conocen.

Es lo mismo que uno que se empeñase en conducir un automóvil sin saber manejar el volante. ¿Qué le pasaría?...

Se caería por un precipicio, o se estrellaría contra una pared.

Eso les ha pasado a todos los perseguidores de la Iglesia y a todos los que se decían... ATEOS.

F. O., Congr.

Correspondencia abierta

Quiere ganar la palma de sincero.

Nada bueno tenía que contarle hasta ahora, pues si mal aprovechado dejaba el invierno, peor parados los veranos. Nada de lo que he visto que los otros Congregantes cuentan en sus cartas, hacía yo; ni iba a misa por las mañanas, ni, por lo tanto, comulgaba. Y, desde luego, que los "Puntos de Catecismo"... ni abrirlos y llenos de polvo. ¡Cómo había de estudiarlos si apenas miraba tampoco la asignatura que suele quedarme para Septiembre.

Pues ahora, asómbrense, Padres (y esto que les voy a contar no se lo cuento por ufanarme, sino porque ya les he dicho que hoy estoy terriblemente sincero), ¡asómbrense!, les decía. Hoy este congregante, y, por lo tanto, hijo predilecto de María, va todas las mañanas a Misa y comulga en ella lo más fervorosamente con el libro que ustedes nos dieron, y no se le olvida devolverle por las tardes a Jesús Sacramentado su visita de la mañana. Por otra parte, ya no pienso sólo sacar el aprobado en la asignatura que me dejaron para Setiembre, sino que estudio, tan bien o mejor, todos los días los "Puntos de Catecismo" y leo otro poco la "Vida de Nuestro Señor Jesucristo" del Padre Vilariño; así pienso sacar, contando, desde luego, con la ayuda de Dios, el otro aprobado de mucha más importancia: el que Jesucristo, Juez, da en la hora de la muerte a los que cumplieron sus mandamentos; esto es lo que hago ahora, Padres, y aquello lo que hacía antes.

¿Se han asombrado? Sin duda, y preguntarán la causa de este cambio tan radical. Pues se lo voy a decir ahora mismo: ya saben quién pasa conmigo los veranos en este pueblecito; es un congregante ejemplar... y más aún, no solamente él es así, sino que quiere que los demás compañeros sean como él, y con su atractivo y buen modo lo consigue. Le tengo envidia. De mí también se preocupaba mucho, aunque, desgraciadamente, nada conseguía; hasta que con su constancia y paciencia, acabó de conquistarme y ha hecho de mí, en buena hora, lo que ha querido, hacerme feliz, que antes no lo era.

A. Z., Congr.

¿No es éste el mejor contento?

Después de oír misa y comulgar y de dar al cuerpo lo suyo, le ayudo al señor Cura en sus quehaceres, principalmente en la huerta; y así se pasa la mañana. Por la tarde, a las cuatro, hora en que salen los chicos de la escuela y suben a la Iglesia, el señor Cura les explica el Catecismo; ahora me he encargado de hacerlo yo, con el fin de que descanse, que bien lo merece. Para la explicación me valgo del Catecismo dialogado de D. Daniel Llorente; he empezado explicándoles lo que es la blasfemia. Si viera usted ¡qué alegría siento esas tardes! Nunca me he sentido más dichoso. ¡Qué bonito es hablar de Dios y de la Virgen!

Estoy muy contento, pues aquí se puede hacer mucho provecho.

A. B., Congr.

Uno «tranquilo de espíritu».

En cuanto a mis amigos, aquí, gracias a Dios, son muy buenos y no hacen caer en tentaciones, aunque algunas veces dicen alguna palabra fea; y se les dice, y ya se consigue; y yo siento que mi espíritu está muy tranquilo.

Cuando me dieron el aviso de que había en Correos una carta para mí, me puse muy contento, creyendo que sería de algún amigo, pero cuando supe que era de usted, me puse el doble más contento, esperando que mandaría alguna estampa y me daría consejos; y resultó que además de estampa, me mandaba un libro, lo que yo no esperaba, el cual creo que me va a servir de mucho para comulgar bien.

A. M.ª de E., Congr.



Núm. 254.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Setiembre de 1934

Dos milagros

Quejábase a principios de este siglo un autor de que habiendo hecho tantos milagros nuestra Virgen querida de Begoña, sin embargo, tan poca fuese la publicidad que a ellos se había dado.

Para divulgar estos hechos que tan conocidos debían de sernos, vamos a relatar brevemente dos verdaderos acontecimientos en que Dios de Begoña hacia sus hijos en Bilbao, patente se ha visto el amor de la Madre de Ambos sucedieron el 8 de septiembre.

Era el año de 1051. Una inmensa avenida de aguas anegaba por completo la Villa de Bilbao. Por las calles, intransitables por la inundación, se veían embarcaciones de diversos tamaños que se dedicaban al salvamento de personas y cosas. Todas las iglesias de Bilbao viéronse inundadas; en el claustro de la iglesia de Santiago aún hoy día puede verse a varios metros de altura una inscripción que señala el nivel que en aquella ocasión alcanzó el agua.

Viendo el pueblo que la crecida sin cesar aumentaba y cuán grande riesgo corrían sus vidas y haciendas, decidieron pedir socorro al cielo, ya que ellos buenamente nada podían hacer para luchar contra la inundación.

El día 8, en la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora, todo el vecindario bilbaíno, agobiado por la desgracia, acudía al Santuario de Begoña y, por primera vez registrada en la historia, sacaron la Imagen veneranda de su camarín; formóse devota procesión, y encaminándose por las Calzadas, se dirigieron a Bilbao.

Habían llegado a la altura del Convento de la Cruz, cuando, según bajaba la Santa Imagen, las aguas comenzaron a retirarse de tal manera, que, al poco tiempo, ya habían vuelto al cauce del río, cesando el peligro.

El Ayuntamiento de la Villa, reconociendo el manifiesto favor que la Madre de Dios de Begoña había concedido a Bilbao, en reunión celebrada el 16 de abril de 1652, decretó: que de aquí en adelante, perpetuamente, el día 8 de septiembre de cada año, con la mayor devoción y solemnidad, por esta dicha Villa y sus vecinos se haga una gran procesión general que pase por las calles que acostumbra la del día de Corpus Christi, en acción de gracias y conmemoración de la inundación y peligro en que esta dicha Villa y sus vecinos se vieron el día 8 de septiembre del año próximo pasado, para que Dios N. S. sea servido de librarles de semejantes peligros y para que esté permanente en la memoria de los venideros. Asimismo en el dicho día haya sermón en la iglesia mayor de Santiago y se le encargue al predicador haga recuerdo de dicha inundación y trabajos, para que con mayor afecto y devoción pidan a Dios y a su Madre les guarde y les dé gracia para servirle.

Pasaron dos siglos. No fué ya el agua, sino el cólera morbo el que hizo presa en la Villa de Bilbao durante el año 1855. El número de apestados fué tal que, a pesar de que las personas eclesiásticas de Bilbao eran numerosas, no sin dificultad podían socorrer a todos en sus necesidades espirituales. Varios fueron los sacerdotes que contrajeron la terrible enfermedad y a consecuencia de ella murieron.

El día 8 de septiembre, aniversario del otro favor especialísimo que acabamos de narrar, se organizó una rogativa solemne. "La Santa Imagen—escribe el presbítero Echevarría, que obtuvo estos datos del predicador de aquel día memorable—, fué sacada de Begoña y paseada procesionalmente por la Villa, volviendo por la Ribera y Zabalbide al Santuario.

Cuando la rogativa llegó de regreso a Begoña era ya noche cerrada; la multitud no cabía en el templo y un sacerdote bilbaíno, don Cosme Damián de Larraudo, que más tarde ingresó en la Compañía de Jesús, predicó al aire libre sobre púlpito colocado en uno de los árboles de la campa del Santuario. El cuadro era imponente, según testigos

Universidad de Deusto
Biblioteca

prisenciales; después de los fuertes aguaceros que habían caído por la mañana, el cielo estaba sereno y las estrellas tachonaban el firmamento.

Más de cuatro mil cirios ardían en las manos de los piadosos romeros; pasaban de diez mil las personas que, allí congregadas, escuchaban con los sentimientos, que puede suponerse, al orador sagrado, vivamente conmovido por su afectuosa devoción a la Virgen y por las angustias del vecindario bilbaíno...

La noche que siguió inmediatamente a la rogativa fué una de las más terribles de aquel período, tristísimo en los anales de Bilbao: tal vez, la noche en que hubo mayor número de defunciones; pero en los días siguientes **no hubo ni un solo caso nuevo**, y la cruel enfermedad desapareció rápidamente, sin llevar al sepulcro más que a varios de los anteriormente atacados". Hasta aquí Echevarría.

En la Basílica de Begoña, a la altura del altar mayor, en la nave lateral de la Epístola, cuelga actualmente del muro un cuadro de gran tamaño. Representa la Imagen de la Virgen de Begoña, llevada en andas y rodeada por el clero; al fondo el Santuario. Es una escena de aquella jornada memorable, que el agradecimiento hizo pintar para que los venideros recuerden el señalado favor de la Virgen de Begoña a la Villa de Bilbao.

A. M., Congr.

Lo que más quería

Es Santiago uno de esos chicos alegres y juguetones que, por la inocencia y candor que rebosa todo su ser, se ganan las simpatías de cuanta gente trata con ellos.

Tiene tan sólo diez años. Rubio, mofletudo, siempre sonriente, está interno en un Colegio que dirigen los Padres de la Compañía.

Es la alegría y al mismo tiempo la edificación de sus compañeros, por su buen humor, fresco y espontáneo, y por su piedad angelical. Ama con delirio a la Santísima Virgen, "mi amadísima Madre", como la llama; y tiene también ganas, muchas ganas de ser su congregante, de poder lucir en su pecho la medalla de la Congregación. ¡Cuántas veces ha pedido al P. Espiritual que le haga congregante!

Pero es el caso que nuestro Santi, dado su carácter siempre alegre y juguetón, es muy travieso, enreda en estudio, habla en filas y tiene que estar castigado con alguna frecuencia. Y como para ser congregante se necesita sacar buenas notas en conducta, por eso Santi no puede ser del número dichoso de los que se pueden llamar congregantes de María.

—Padre—decía a su Padre Espiritual, una de las muchas veces que iba a su cuarto, siempre con la misma petición;—Padre, hágame congregante y yo le prometo que ya me portaré siempre bien.

—No puede ser, hijo—le respondía el bondadoso Padre—; mientras no te corrijas, no puede ser. ¿No ves que la Santísima Virgen quiere que sus congregantes sean muy, muy formales?

Y el pobre Santi volvió al estudio, triste sí, pero no desalentado.

Llegó el mes de marzo y Santiago hizo un propósito firme, invencible: Esta semana no tengo que hablar ni una sola palabra, para poder ser así congregante de la Virgen. Y consiguió del Padre Espiritual que si una semana sacaba buenas notas, le haría congregante, pero en secreto, que llevase la medalla escondida, no por fuera; pero que si seguía portándose bien, le haría congregante de veras.

Lleno de gozo Santi, voló a su Padre Inspector y le dijo que se fijase en él aquella semana, pues se iba a portar bien. El Padre Inspector se sonrió y le prometió que así lo haría. ¡Cuál no sería el asombro del buen Padre cuando vió que Santi no habló "casi nada" en toda la semana y que no le tuvo que castigar ni una sola vez!

Le puso la mejor nota en conducta para animarle, y Santi entró saltando de gozo en el cuarto del Padre Espiritual, con las notas en la mano. ¡Había triunfado! Sus sudores se había pasado para no hablar, pero gracias a las frecuentes miradas a la estampa de la Inmaculada que tenía encima de la carpeta, había podido resistir a "casi todas" las tentaciones de hablar.

El Padre Espiritual le entregó la cinta azul, pero con la condición de que no la enseñase a nadie, y le animó a seguir portándose bien, para ser congregante del todo.

¡Qué contento salió Santi del cuarto del Padre Espiritual! ¡Ya era congregante! ¡Pero eso de no decírselo a nadie!

Fué a estudio y no podía parar quieto. ¡Qué feliz era! Cuando más entusiasmado estaba dando saltos en el asiento y no dejando estudiar a su compañero, le sorprendió la voz del Padre Inspector, que le mandaba ponerse de rodillas. Santi cayó en la cuenta de que se había portado mal.

Al salir a recreo, el Padre Inspector se le acerca: Pero, Santi, ¿otra vez nos hemos empezado a portar mal?

—Padre—le respondió Santi con las lágrimas en los ojos—, es que no podía; y al decir esto, desabrocha su chaqueta y enseña al Padre Inspector su medalla de congregante. Es que me habían hecho congregante, aunque no podía decírselo a nadie, y por eso estaba tan contento.

El Padre Inspector se conmovió. Al día siguiente, el Padre Espiritual llamó a Santi y le hizo congregante de veras, con licencia para llevar la medalla por fuera y para decir a todos que ya era de verdad congregante de la Virgen.

E. M.ª de L., Congr.

Rápido cambio de decoración

Después de haber pasado la mañana del domingo alegremente con sus amigos, volvía Alberto a su casa en el mismo momento en que pasaba el Párroco con el Santo Viático. Se dirigía a la casa de un pobre hombre a quien poco antes se le habían abierto los ojos a la verdad, engañado, como tantos, con la doctrina atea socialista.

Alberto, con uno de sus amigos, sin respeto a nadie ni a nada y desoyendo las repetidas voces que les dirigía un caballero, no se descubrió y llegó a pronunciar palabras soeces, tanto contra el sacerdote como contra los que le acompañaban.

Pasada esta escena se despidieron los dos amigos y Alberto penetró en casa, no sin advertir cierta nerviosidad y movimiento desusado en los de casa. Se fija en su mujer, que estaba en la cama, tan descompuesta con un ataque al corazón, que parecía estar en la agonía. Al punto manda aviso al médico; llega éste y encuentra a Emilia, que así se llamaba, con el pulso y el corazón casi parado.

Alberto, todo turbado sale en seguida a buscar al sacerdote. Llega, penetra en la sacristía y se encuentra con el mismo sacerdote a quien poco antes había públicamente insultado. Todo avergonzado y con voz baja le dice:

—Don Juan, por favor, acuda a mi casa que va a morir mi mujer, y no quiero que lo haga como un perro.

El sacerdote, compadecido, le acompañó enseguida y encontró a Emilia en la agonía; le administró al punto los Santos Sacramentos y poco después murió cristianamente.

Quedó allí, desde entonces, tan cambiado, que a él mismo le parecía que no era él, que era otro; no quería ni recordar lo que antes había sido; cómo se había dejado arrastrar tan miserablemente por amigotes sin educación y sin respeto a nadie, ni a sí mismos; no les quería ver ni de lejos; la taberna le parecía la habitación más inmunda del pueblo. Sus hijos eran todo su consuelo, y más, por parecerse muchísimo a su esposa, que descansaba ya libre de penas en el cielo.

Para que una vez más nos demos cuenta de lo que valen los sentimientos religiosos; con ellos había educado su madre a Alberto de pequeño y, aun extraviado, los conservaba ocultos en su alma.

M. de B., Congr.

Agárrate a la Virgen

No hace muchos días, oí de labios de un caballero, que conmigo pasa los veranos en este pueblecito costero, esta historia, de la que fué testigo y que sin duda os impresionará vivamente:

La ermita dedicada a honrar a la Virgen del Carmen se encontraba en la cima de un pequeño monte, a cuyos pies se habían acogido las familias de los pescadores, levantando allí sus hogares como para que la Virgen dejase caer sobre ellos sus bendiciones.

Por el sendero que unía el pueblecito con la ermita, bajaba aquella tarde un reguero interminable de gente. Era el 16 de julio, y todo el pueblo, de costumbres cristianas y devotísimo de su Madre del Carmen, había acudido a la solemne función religiosa que la Hermandad de los Pescadores ofrecía, según costumbre tradicional, a su Patrona, la Reina del Carmelo.

Mezclados entre aquella multitud de gente, la mayoría pescadora o artesana, salvo algunos veraneantes que por aquellos años íbamos a aquel pueblo, bajábamos de la ermita Alberto y yo. El, no muy alegre; pero yo, alegre por los dos. No me faltaba motivo: había conseguido el fruto de largas oraciones a la Estrella de los Mares: que Alberto (joven que tuvo la inmensa desgracia de nacer en familia poco cristiana, y precipitado por la fea corriente por que caen la mayoría de los jóvenes) se impusiera el santo escapulario del Carmen.

* * *

Cuando se oyeron los gritos de socorro, yo corrí, como todo el mundo, hacia el lado derecho de la playa, que era de donde los gritos venían. Era aquel lugar el llamado de "la resaca", por ser ésta muy frecuente en sus aguas, y por ello nadie dudaba que aquellos gritos presagiaban desgracia segura. Sin embargo, cuando llegamos nada se podía decir aún. Había, sí, un hombre en peligro de ahogarse, pero nadie podía saber si los trabajos de salvamento que se estaban realizando tendrían éxito, o si, por el contrario, se había llegado demasiado tarde. En los rostros de todos los presentes se dibujaba una expresión trágica, mezcla de ansiedad y espanto. Todos los ojos estaban fijos en aquella barquichuela que había salido a la busca del hombre arrastrado por la resaca. De pronto, bastante mar adentro se vieron alzarse dos brazos y hundirse en seguida en el agua. El desgraciado luchaba desesperadamente con la muerte, que quería hundirle en el fondo de las aguas... Los remos de la lancha, cortando velozmente las aguas, la dirigieron hacia aquel lugar. Pero, de momento, no vimos más: todos los rostros se volvieron hacia una pobre mujer, que, como loca, se metía entre la gente dando gritos de desesperación y asegurando que aquel a quien se intentaba salvar era su hijo... ¡Y yo reconocí a aquella mujer! Entonces, el desgraciado que luchaba a muerte con las aguas, si éstas ya no le habían vencido.... era Alberto! Sentí que mi alma se destrozaba; ahora os explicaré por qué:

Aquel día se había cumplido exactamente un año desde que Alberto se impusiera el escapulario del Carmen; como de costumbre, aquella tarde se había celebrado en el Carmelo la solemne función religiosa organizada por la Hermandad de Pescadores. Por la mañana, yo había querido que Alberto me acompañase, pero él se había negado ro-

Universidad de Deusto
Biblioteca

tunadamente, alegando que hacía mucho calor y que aquella tarde tenía proyectada con varios de sus amigotes una excursión en lancha por el mar. Yo había intentado disuadirle con todos mis esfuerzos y razones, pero fueron inútiles. Entonces, como supremo recurso, le dije:

—Aunque no sea más que por agradecer a la Virgen, que por llevar su escapulario te libró aquella vez de perecer ahogado, yo creo que debieras ahora acompañarme.

Pero él, lejos de atender a mis razones, me dió una contestación digna de Satanás, que no me atrevo a transcribir, y arrancándose con furor el santo escapulario, lo arrojó al suelo con rabia lejos de sí. Acto seguido fué a buscar a los amigos con los que habría de hacer a la tarde su proyectada excursión por el mar. Yo cogí el escapulario, lo besé con todas mis fuerzas y... temí alguna desgracia para Alberto.

* * *

No hay que contar los esfuerzos realizados por salvar a mi desgraciado amigo: baste decir que todos ellos fueron inútiles: llegó la lancha al lugar en donde pocos momentos antes se habían visto alzarse los brazos de Alberto, y no halló nada... Al poco tiempo se vió cerca de aquel sitio que un cuerpo flotaba sobre las aguas. Llegó allí la lancha, y en ella metieron el cadáver. Cuando lo trajeron a la playa, echado sobre la arena y terriblemente deformado, se vió claramente que estaba sin vida.

Y, lo que es mucho más triste, vi también que sobre su pecho no lucía el santo escapulario de la Virgen del Carmen, Estrella de los Mares...

B. de O., Congr.

Correspondencia abierta

¡Qué tristeza da este espectáculo!

Cuando en la misa de 6 (en España las 5), única misa los días laborables, me acercaba a recibir el Santísimo Cuerpo de Cristo y me veía solo, ¡cómo me acordaba de la Congregación y echaba en falta aquellas dos largas filas de congregantes que acuden ahí a fortalecer su alma entre tantos peligros que nos rodean hoy a los jóvenes!

Y al fijarme en la gran capacidad de esta antigua iglesia, que quizás hace años Jesús era más visitado y recibido; pero, desde que la herejía luterana separó a tantas almas de la verdadera iglesia, ¡qué olvidado se encontraba el buen Jesús!

Y el domingo el espectáculo fué más desolador: bastantes mujeres, pocos niños, escasos jóvenes y casi ningún hombre asistían al Santo Sacrificio.

Y veo que todos convienen en que los hombres, con ser honradotes, no pisan la iglesia por respeto humano, porque no les tengan por beatos. Y, por eso mismo, tengo empeño en que me vean y voy cerca del altar y siempre con el devocionario abierto en las manos. Me parece lo más tonto estar con miedo a lo que otros puedan pensar de mí.

X. S., Congr.

¡Con un hermano así...!

De 9 y cuarto a 10 lo paso muy bien, poniéndoles lección, explicándoles, corrigiéndoles, etc., a los tres hermanos, y hasta la pequeñita tiene un rato de deletreo conmigo.

Además, para ejercicio de lectura y dictado me sirvo de "El Siglo de las Misiones" y de algún bonito cuento de "La Hormiga de oro" o de "La Estrella del Mar".

Para que vea cómo comprenden lo que leen y oyen, no tengo más que decirle, que, estando mi hermanita de 12 años oyendo leer el tormidable artículo del P. José Julio: "Aunque me quede loco" de este mes de Agosto de "El Siglo de las Misiones", vi que se le saltaban las lágrimas.

F. S., Congr.

«¿Quién es Jesucristo?—¡Soo, buey!».

Aquí hay cinco hermanos, hijos del casero. El mayor, *Nino* (Marcelino), sabe algo de Catecismo... *Tín* (Quintín) tiene 7 años; aún no ha hecho la primera Comunión. Le he instruído algo en el Catecismo; fíjese cómo le di una lección de Doctrina:

—¡¡Arre, buey!! —Oye, Tín, ¿sabes quién es Jesucristo? —¿Yo? No. —Pues Jesucristo es Dios. —¡¡Soo, buey!! Por dónde vas... — que se hizo hombre por redimirnos y darnos ejemplo... —¡¡Soo!! —...y le mataron unos hombres muy malos. —¿Por qué? —Porque no le querían y eran muy malos. —¿Y él se dejó? ¡¡Arre!! —Sí, porque tenía que ser así para salvarte a ti del demonio. —Pues si yo estoy allí, ¡menuda pedrada que se ganan!...

Y así todos los días les suelo enseñar algo de Catecismo. *Ton* tiene 5 años. Este se ha quedado muy impresionado y me suele decir con su media lengua: —Yo no quito *nara* a mi *mare*, para ser bueno *y ir a fielo;* porque si no, voy a *infeno*...

He hablado de "El Siglo de las Misiones" al señor Cura y se ha suscrito con mucho gusto. Espero que también se suscribirá a "Propaganda Misional", para repartir cada mes esas hojitas tan interesantes a los niños de la catequesis...

A. de la I., Congr.

Hasta un gendarme.

Aquí van más a vísperas que a misa los domingos. Pero sobre todo en toda esta región el día de la Asunción las vísperas fueron solemnísimas. Las presidió un señor Obispo.

Hubo a continuación procesión con una imagen de la Virgen; cantaba todo el pueblo, más de 200 solos hombres en dos filas; y el que más cantaba, sabe Padre ¿quién era? Asústese, un gendarme. A cualquier hora vemos en España a un policía cantando en una procesión.

Presidido por el señor Obispo y el Párroco, alma de todo, hubo un partido a cesta, como los que tengo oído a mi padre que había ahí; los seis eran campeones de otros años.

J. C., Congr.



Núm. 255.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Octubre de 1934

¿Qué quiso más que su vida?

De regreso de una de las visitas a su cristiandad, el P. Tomás, acompañado de su pequeña caravana, hace alto y se dispone a preparar lo necesario para pasar la noche: extiéndense las tiendas de campaña, se ponen a la vista las provisiones y se adereza la cena. Acabada ésta, algunos de la comitiva se dirigen a buscar leña para las hogueras que han de encender, recurso único si quieren verse libres de los asaltos de las fieras. Cuan he aquí que un muchacho, con resuelto ademán, se presenta al Padre y le dice:

—Padre, tengo que decirle una cosa.

—¿Qué quieres, Miguel?

—Oye: en el lugar donde ayer pasamos la noche me dejé olvidado mi rosario y quiero ir ahora a buscarlo.

—¡Cómo!, respondió el P. Tomás, ¿y te atreverás a recorrer una distancia de 30 kilómetros; siendo así que a duras penas hemos logrado recorrerlo en todo un día? ¿Te has olvidado de que todo este territorio está plagado de animales salvajes? ¿Y vas a tener valor para ir ahora tú solito? Yo te lo aseguro, Miguel; no merece la pena de emprender ese viaje; al llegar a casa yo te regalaré otro rosario.

—Pero, Padre, responde Miguel, el rosario que se me ha perdido es el mismo que me dieron el día de mi bautismo, y yo lo quiero conservar conmigo aunque me cueste cualquier sacrificio.

—Acuérdate, Miguel, que aún nos queda para mañana larga y penosa caminata.

—Sí, Padre, pero no puedo olvidarme de mi rosario. Volveré muy cansado, mas no me importa. Con tal de poder nuevamente hablar a mi Madre, teniendo en mis manos mi rosario; si hay peligros en el camino, mi Señora y mi Angel custodio sabrán librarme de ellos.

Fué preciso dejarlo marchar.

Al fin vino la noche. El misionero, no pudiendo apartar el pensamiento de Miguel, coge en sus manos unos binóculos y comienza a examinar el lejano horizonte con la esperanza de descubrir la silueta de su negrito.

Todo en vano. Cayeron las tinieblas de la noche, y Miguel no aparecía. Entonces el Padre congrega en torno suyo a los otros compañeros, les hace rezar el Angelus y después todos añaden un Padre Nuestro y un Ave María, para que Dios libre a Miguel de todo peligro, y se lo devuelva. Poco después, fatigado y sudoroso, pero lleno de alegría, aparece Miguel, llevando al cuello su Rosario. Pasados breves momentos de reposo, Miguel contó la historia de su viaje.

—Padre, dice, todo me ha salido muy bien, ni he tenido en el camino ningún encuentro con las fieras; pero cuando estaba ya cerca del lugar en donde ayer hicimos noche, me encontré frente a frente con unas hienas que se estaban disputando entre sí los huesos del antílope que matamos, que nos sirvió de cena. Pero ¿crees tú que me espanté mucho? Lo verás. Apenas topé con estos animalitos, empecé a agitar alrededor de sus hocicos un grueso y anudado látigo que llevaba. Y ¡habráse visto, Padre! Oyeron las hienas el látigo y echaron a correr a todo escape en distintas direcciones. Entonces fuí yo corriendo a aquel sitio: allí estaba mi rosario. Es verdad que estoy un poco cansado, Padre; pero estoy contentísimo de mi viaje; ya he recuperado lo que más quería.

También los negritos del Africa aman a la Virgen y saben apreciar su rosario. No me dejaré ganar de ellos, que tienen mucha menos instrucción que yo.

J. A., Congr.

¡Listo era Pedrito!

Sí que lo era en verdad este monaguillo. He dicho que era monaguillo, pero propiamente no era tal, pues veraneaba en un pueblecito de Guipúzcoa y gustaba de ejercer cuotidianamente el oficio de los Angeles.

Tenía el buen Párroco una huerta. Aunque no muy grande era lo suficiente para defenderse y sacar alguna ayudita con la fruta que recogía, ya que el gobierno sectario le había quitado la retribución: retribución que, como es sabido, era suya en justicia, a cambio de los bienes que

Universidad de Deusto
Biblioteca

la república anterior les usurpó y que gobiernos posteriores reconocieron la injusticia.

Cierto día llama el párroco a su presencia a Pedrito y le dice:

—Oye, Pedrito, a ti no puedo pagarte el servicio que tú me haces con dinero; pero en cambio vas a ir a la huerta y puedes comerte allí toda la fruta que quieras.

Alégrase Pedrito, y le da las gracias y se dirige a la huerta. Al entrar se encuentra con un peral que le alarga sus tentadores frutos. En un periquete sube a la parte más alta; aquellas peras cree que serán las más sabrosas.

Entra poco después el cura párroco y ¿cuál no sería su sorpresa al ver a su amiguito que, en vez de comerse el sabroso fruto, los está echando por encima de la tapia.

Le manda bajar y le dice un poco enfadado.

—¿Por qué desprecias de ese modo el obsequio que acabo de hacerte? Si no te gusta, déjalo en el árbol y no la eches.

Pedrito, un poco turbado y con la mirada baja le contesta.

—Señor cura, yo no desperdicio la fruta.

—¿Cómo es posible eso, si yo mismo te he visto echarla por encima de la tapia!

—La echaba, señor cura, porque, si ahora la como, no tendré luego nada, y en cambio, si ahora la echo al otro lado de la tapia, podré después recogerla y me durará más.

—No discurres mal, Pedrito. Haz lo mismo con tus obras buenas. No te contentes con que te alaben y con sacar buenas notas al fin de curso. Haz todas tus obras, como lo hacías con las peras; échalas por encima de la tapia de este mundo, trata de agradar con ellas a Dios, y nunca tengas miedo a los hombres. Lo que ahora te mortifiques, eso vas a encontrar y vas a gozar de ello en el cielo. Y verás como a la hora de la muerte dirás satisfechísimo:

Pasajero fué el penar
y eterno será el gozar.

Por el contrario, los que se hacen de listos y son tontos de remate, tendrán que decir:

Momentáneo fué el placer
sin fin será el padecer

J. C., Congr.

Caso un tanto raro

En un pueblecito de los alrededores, al atardecer de un domingo de verano, después de asistir a la función de la parroquia, los pacíficos moradores van reuniéndose en grupos a la puerta de la Iglesia y marchan a dar un paseíto antes de retirarse a sus casas. Casi está sola la plaza; sólo un grupito de mozalbetes, que habían dejado de ser niños y apenas eran jóvenes, aparece por una de las calles que a la iglesia desembocan y un jovencito de su edad, desconocido, se les acerca; su traza es bastante decente; por sus vestidos se ve, a pesar de lo gastados que están, ser de buena familia, pues le asientan muy bien. Lo raro del caso es que queda como admirado al ver el edificio grande y pesado que se le presenta a la vista. Sin reparo se dirige al grupo e interroga al que le parece más espabilado:

—Oye, y ¿qué salón es éste?

Queda sorprendido el interrogado. Jamás se le hubiera ocurrido a él que pudiese haber alguien que ignorase que aquel edificio era la iglesia.

—Que ¿qué salón es éste?, le responde. Pues ¡¡qué va a ser!!, la iglesia. Pero a pesar de lo clara que es su contestación, el recién venido no parece enterarse de lo que aquello significa.

—¡¡Sí, hombre, sí!! La iglesia. ¡No saber lo que es la iglesia!

Su levantar de hombros indica la ignorancia y aumenta el asombro del grupo, que se ha dado cuenta de la pregunta.

Entonces Ignacio, el primeramente interrogado, al ver tamaña ignorancia juzga que mejor será hablarle a solas que ante todo el grupo, y lo lleva consigo de paseo.

—Mira, esa iglesia es la Casa de Dios. Si quieres podemos verla por dentro; y entran en la iglesia, y, después de haber curioseado lo que en ella hay, salen por la puerta de la Sacristía. Vuelve a explayarse a su gusto y, entre preguntas y respuestas, le va indicando Ignacio, que así se llamaba nuestro protagonista, las principales verdades de nuestra Religión.

Este, como el que escucha una historia nunca oída, le sigue con mucha atención y al parecer con grandes deseos de instruírse. Ya le ha hablado Ignacio de Dios, de Jesucristo y de la Virgen, cuando le ataja y le dice:

—Chico, ya me alegro de saber todo ésto. Yo creí que esas cosas de Dios, de la Virgen... eran para engañar a los chicos; pero ahora veo que no es así. Y dime: aquellas casetitas pequeñas que hemos visto en la iglesia, ¿para qué son?

—Aquellas casetitas son los confesonarios y sirven para que se confiese la gente; y le explica lo que es la confesión y cómo en ella Dios perdona los pecados, y el pecador queda tranquilo y contentísimo.

Al oír ésto y al presentir que él quedaría también tranquilo si se confesase, le invita a Ignacio a volver los pasos hacia la iglesia para ponerse al habla con el Sr. Párroco. Vuelven, entran, y, al no encontrarle, se citan para el día siguiente.

De muchas otras cosas hablaron aquella tarde los dos nuevos amigos, de la Comunión, del Infierno, de la Muerte, etc. El pobre Luis, que no era malo, pero, como se ve, ignorantísimo, manifiesta a cada paso su sincero deseo de ser en adelante más formal y decidido.

"No quiero yo morir como un perro", dice, y con eso se despiden.

Al día siguiente Ignacio le presenta al Párroco. Este le instruye lo mejor que puede en poco tiempo; le confiesa y promete prepararle muy bien para que haga pronto la Primera Comunión.

Y ¿como se explica tanta ignorancia? Pues sencillamente, es el resultado de que sus padres vivan, como viven, divorciados; así, separados, ninguno se ocupa de educar a sus hijos. Pobrecitos.

Pero, ni aun así se explica tamaña ignorancia.

J. G., Congr.

La manta

Un padre casó a su hijo y le dió toda su fortuna. Quedóse a vivir el padre con los recién casados, y así pasaron dos años, al cabo de los cuales nació un hijo de aquel matrimonio.

Fueron luego sucediéndose los años, uno tras otro, hasta catorce. El abuelo, enfermizo, no podía andar sino apoyado en su bastón; sus achaques le valieron al pobre la aversión de su nuera, impaciente y orgullosa, que repetía a su marido:

—Yo me voy a morir si tu padre continúa viviendo con nosotros; no puedo sufrirle por más tiempo.

El marido va a encontrar a su padre y le dice:

—Padre; salíos de casa. Ya os hemos mantenido por espacio de doce años o más. Idos a donde queráis.

—Hijo, no me eches de casa; soy viejo, estoy enfermo y nadie me querrá. Por el poco tiempo que para vivir me queda, no me hagas esta afrenta. Me contento con que me des un poco de paja para descansar y un rincón para tenderme.

—No es posible. Idos. Mi mujer lo quiere.

—Que Dios te bendiga, hijo mío. Me voy porque así lo quieres, pero al menos dame una manta para abrigarme, pues voy muerto de frío.

El marido llamó a su hijito.

—Baja al establo, le dijo, y dale a tu abuelo una manta de los caballos con que pueda abrigarse.

El niño bajó al establo con su abuelo, escogió la mejor manta de los caballos, la mayor y la menos vieja, la plegó por la mitad, y haciendo que su abuelo sostuviera una punta, comenzó a cortarla en dos, sin hacer caso de lo que el anciano le decía.

—¿Qué has hecho, niño?, le dijo el abuelo. Tu padre quería que me la dieses entera. Voy a quejarme a él.

—Haced lo que gustéis, contestó el muchacho.

El viejo sale del establo, y buscando a su hijo, le dice:

—Tu hijo no ha cumplido tu orden. No me ha dado más que la mitad de una manta.

—Dásela por entero, le dice el padre al muchacho.

—No por cierto, contestó el chico. La otra mitad la guardo para dártela cuando yo sea mayor y te arroje de casa.

El padre, al oír ésto, llama al abuelo, que ya se marchaba.

—Volved, volved, padre mío, le dijo. Os hago dueño y señor de mi casa... No comeré yo un pedazo de carne, sin que vos no hayáis comido otro. Tendréis buen aposento, buen fuego y vestidos como los que yo llevo.

Nada hay que añadir a esta singular historia; la enseñanza surge por sí sola, ni es menester recalcarla. Lo que sí puede hacerse es extenderla a otro campo que el de los padres y los hijos. Porque si dice un refrán popular que "de tal palo, tal astilla", también hay otros que dicen "haz bien y no mires a quién", y "no la hagas y no la temas". Si te portas hoy bien con tus padres, mañana se portarán bien contigo tus hijos; y asimismo, si tú te portas bien con tus amigos, haciéndoles todo el bien que puedas, ellos se portarán del mismo modo contigo. Pero, aunque así no sea siempre, no importa. Que Dios sabrá portarse contigo mucho mejor que lo sabrían ellos.

B. de O., Congr.

¡Vaya fabulita!

¡Quién no ha leído una fábula! ¡Quién no recuerda esos libros que de chiquitos nos suelen regalar, en los que el perro y la zorra y el lobo y el cordero, y hasta el pobrecito burro, nos hablan de sus cosas y de sus hechos! Pero en las fábulas no sólo hablan los animales, sino también los árboles y aun los minerales. Suelta, pues, las cadenas a esta imaginación, que Dios te ha dado, y lee esta fábula que Dios, para bien y regocijo tuyo, me ha inspirado.

Érase una magnífica pluma, la que yacía comodona en la mesa de trabajo de un gran dibujante. Era, cual no se ha visto, fina y alargada, su punto, diríamos sus pies, de oro brillante y su cuerpo de un marfil tan blanco que parecía nieve. Y era, además, de admirar, marcaba tan fino que al pasar sobre el papel dejaba un rito de tinta que apenas se divisaba.

Y érase también un artista bueno, tan bueno como buena la pluma; pero con menos vanidad y orgullo que aquélla. Cuando aquel gran hombre la tomaba en sus manos, la pluma se retorcía de gozo, y cuando, levantando la tapa del tintero, le bañaba sus dorados pies en aquel líquido negro que llaman tinta, era de ver qué hermosura de trazos y de líneas, qué siluetas tan graciosas, qué dibujos tan inspirados, qué sinnúmero de delicadas curvas y rectas brotaban de aquella pluma.

El dibujante triunfaba; cada día eran más celebrados sus dibujos y la pluma no quería ser ajena a aquellos triunfos. Un día el artista contemplaba con entusiasmo una obra recién salida de sus manos y la envidiosa pluma se atrevió a romper el silencio con esta admiración:

¡Hermoso me ha salido ese dibujo, ¿no?!

—Sí por cierto, estoy contento, respondió el dibujante.

—Di que *debemos* de estar *contentos*.

—Debemos ¿por qué?

—Porque el dibujo lo hemos hecho entre tú y yo, y más yo que tú; porque yo he sido la que con la punta de mis pies he ido llenando de tinta el papel hasta hacer éso que tanto nos admira.

—Cállate, orgullosa.

—Cállate tú, mal dibujante; con otra pluma que no hubiera sido yo, hubieras dibujado un mamarracho.

—Si no te hubiera tomado en mis manos, tú sola no hubieras podido hacer nada.

—¿Nada?, ahora verás.

La pluma parlanchina iba a levantarse para mojar su punta en el tintero, iba... Pero al levantarse, qué esfuerzos, qué forcejeos consigo mismo. Y seguía echando bravatas sobre su poder, y seguía buscando fuerzas para ponerse derecha; pero nada. Una carcajada del artista cubrió de vergüenza a la pobrecita pluma, y entre tanto ésta no tuvo mejor ocurrencia que esconderse debajo de la escribanía. Quiso así

Universidad de Deusto
Biblioteca

echar con la obscuridad un velo sobre su fracaso.

Fíjate bien. El hombre es como la pluma, que por sus propias fuerzas no puede nada. Eso sí, si Dios, el gran artista, la toma en sus manos, hará con nosotros prodigios de santidad; pero si le deja solo, si no lo toma en sus manos... y sólo toma en sus manos a los humildes, que saben que sin Dios no pueden nada.

Cunque humildes y laboriosos y pendientes de Dios para que haga con nosotros maravillas.

P. T., Congr.

Historia de un realito

Juanito tenía diez años. Y diez años son muchos. Cuando los cumplió, plantóse un domingo a su madre y le dijo con voz melosa: "Mamá, ya tengo diez años y me sigues dando la misma paga. Me acuerdo que papá me tiene contado, que cuando tenía 10 años le daban un realito de paga, como a mí me dáis, pero ¡con lo que han cambiado los tiempos...! Y ¡lo caras que están las cosas...!

—Eso ¿qué quiere decir?—le dice su madre.

—Quiere decir, que si me queréis subir a dos realitos...

—Hola, hola-, ya lo pensaremos; veremos el domingo que viene.

Aquella semana fué muy larga para Juanito, que un día y otro iba cavilando. ¿En qué se ocuparían aquellos pensamientos? Y al fin llegó el domingo. Nunca tan esperado.

Juanito extendió la mano, como de costumbre, después de comer, confiadamente, o al menos bastante confiadamente... ¿Lo habrían ya pensado?

Sobre su blanca mano cayó una monedita de real, redonda, blanca, casi tan blanca que parecía una peseta... y sobre aquella, otra también de a real, tan redonda, tan blanca, y hasta con agujero y todo.

Pero su madre, era madre generosa, y, sobre todo, madre educadora, y supo aprovechar esta ocasión a maravilla.

—Juanito, le dijo, hoy tienes ya paga como los hombres; espero que te portes también como un hombrecito. Con ese dinero haz lo que te plazca, gasta como quieras, pero cuidado con gastar ese segundo realito, que vale mucho más que el primero. Antes, de tu realito, ¿no echabas parte a la cajita de las Misiones en el Colegio? Ahora te queda libre ese otro...

—Sí, mamá, ese otro lo echaré en la cajita mañana mismo, delante de mis amigos para animarles.

—No, mañana no; lo dejas para el lunes siguiente, le insinuó su madre.

—Bien.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo, sí, palabra de hombrecito, dijo con gracia aquel simpático Juanito.

El segundo realito quedó sin compañero en el bolsillo izquierdo del pantalón, para tener menos tentaciones, pues nunca metía allí la mano; sino al derecho, como se lo habían recomendado el mismo domingo. Y como la palabra estaba dada, palabra de hombrecito, había que cumplirla a rajatabla.

Pasaron los tres primeros días de la semana, sin que su oficio de tesorero le diera mayor preocupación. Pero, a medida que se iba dando cuenta nuestro buen Juan, que tenía la administración de aquel capitalito, le iban entrando ganas de darle destino definitivo. Y entre tanto, en el fondo de aquel bolsillo yacía aquella moneda, no sin que una mano amiga le sacara de vez en cuando de su oscuridad para ver la luz del sol, respirar un poco aire y gozar de las caricias que con dedos y ojos le hacía nuestro muchachito de 10 años.

El jueves se pasó menos mal; el viernes y el sábado fueron las verdaderas batallas.

Viernes, día de calor: ver a aquel hombre con su carrito que casi da gritos con los letreros: "¡*Valencianos son los mejores!*" Hacía un calor terrible, y Juan echó mano al bolsillo con aire de hombrecito, fué hacia el carro, casi le mandó parar; pero no, que es dinero de las Misiones.

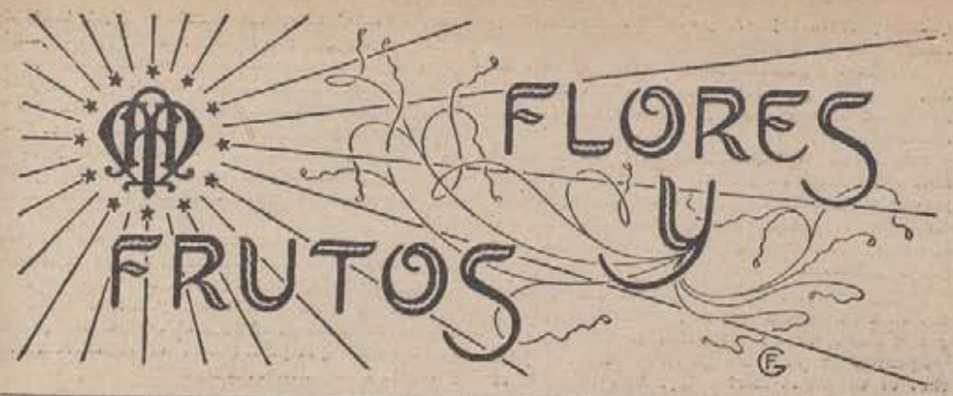
El sábado, si cabe, peor todavía; la tragedia del heladero casi estuvo por consumarse tres veces, una.. hasta le mandó parar. Pero no; era ya hombrecito.

Cuando el sol alumbró el día del domingo, nuestro amigo Juan estaba radiante de alegría; todavía conservaba en su poder, la espada iba a decir, el realito, cien veces casi víctima agonizante — cien veces vencedor; y cuando a la noche, después de la velada del Colegio, su compañero le ofrece la bolsa al pregón de: "Una limosnita para las Misiones", Juan, casi con gesto arrogante, echa mano al bolsillo, la coge con su mano cerrada, la mete hasta el fondo de la bolsa, echa un suspiro contenido y eleva los ojos al cielo. ¿Cuánto vale aquel realito? ¡Cuántos caramelos que no había tomado! ¡Cuántos "Valencianos" que aquellos días abrasadores no se habían posado en su lengua! ¡Cuántos buenos ejemplos ha dado a sus amigos!

Imitad el ejemplo.

Juan es más que hombrecito; va a valer para hombre, sabe ya contenerse.

P. T., Congr.



Núm. 256.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Noviembre de 1934.

Otros sí; yo, no

Escondido entre los más abruptos peñascos había un pueblo rico en trigos y pastos. ¡Bien satisfechos pudieran estar sus honrados habitantes, trabajadores todos ellos, fuertes como las robustas encinas que crecían en las laderas; sanos de cuerpo y alma, como el aire que en aquellas montañas respiraban.

También el tío Tomás parece que debiera estarlo: tenía campos fértiles, no le faltaba ganado; y si no tenía juventud que derrochar, en su medio siglo de vida aún le quedaba buen caudal de energías; no las había desbaratado con vicios, como alguno que otro convecino. Acompañado de su hijo único, robusto también, cargaba con las herramientas del trabajo y... ¡al campo! a ganar con el sudor de su frente el honrado pan de cada día.

Felices serían si no tuvieran más penas que soportar. Como vivían en sitio tan retirado, no llegaba allí ni la acción de la Guardia civil, y a veces bandadas de desalmados campaban a sus anchas, sin que bastaran para corregirles algunos escarmientos que les habían dado.

Algunas angustias pasaron éstos. ¡Qué honrados labradores!

Un día llegó la noticia de que a poco más de una legua se hallaban los foragidos, y comenzaron a forjarse planes para darles su merecido.

Tío Tomás se despepitaba en la plaza del pueblo diciendo a todos que acudiesen como un solo hombre, que no había que escatimar sacrificios, que no se podía soportar aquella amenaza constante, que había que hacer sonado escarmiento para que no se atreviesen a asomarse más por allí.

Todos pensaban: el tío Tomás va a ser el héroe de la jornada.

Poco después se escabulló de la multitud el tío Tomás y se fué a su casa. Al poco el pánico cundió por el pueblo; jóvenes y viejos se dirigieron a casa de Tomás.

—¡Tío Tomás!—gritaron a una—, y Tomás no asomaba; al fin, abre media ventana y aparece Tomás.

—¿Qué queréis?

—¡Que bajes! ¡Ya están encima!

—Y a mí ¡qué me queréis con éso!

—¿Pues no decías hace poco que había que darles un escarmiento?

—¿Pero no sabéis que debajo de esta blusa hay un hombre de más de 60 años.

—Pues ¡que baje tu hijo!—replicaron.

—¿Mi hijo? ¡Pobre hijo mío!

—Pues si no—dijo uno—, paga los gastos que ocasionen.

—Los gastos, los gastos; ¡pobre de mí!—se decía sin saber qué decir el pobre Tomás.

En esto un tropel de gente desconocida, de terrible aspecto, avanza ya por la carretera, se echa encima de los pobres hombres que dialogaban con Tomás. No hay que decir que la primera en experimentar los rigores del saqueo fué la casa del desgraciado Tomás.

Así sucede que nos lamentamos inconsolables del triunfo de la impiedad y del laicismo; y, cuando se trata de poner los medios, todos se sienten incapaces de colaborar, por un medio o por otro. Triste responsabilidad la del que escucha la voz de conciencia y no acude a su llamamiento. No seamos nosotros de éstos. Acudamos al puesto que Dios nos ofrece en la batalla. Nuestros sitios de ataque están en los catecismos.

P. T., Congr.

¡Qué suerte la suya!

¡Qué bueno es Ignacito, el pequeño huérfano del horfanotrofio de Simbaki! Su pelo encrespado, su tez negra, brillante, sus ojos vivarachos y alegres, en ellos se refleja todo el candor e inocencia de su alma infantil; y aquella confianza y respeto que tiene al Padre, a quien ama con delirio, le hacen simpático y amable a todo el que trata con él.

Cuelgan de su pecho, el rosario y la medalla de la Virgen, que el Padre le ha regalado en premio de su buen comportamiento durante el curso. ¡Con qué amor estampa Ignacito besos sonoros en aquella medalla, que representa a su Madre, a su verdadera Madre, la única que le

queda, pues la suya la perdió siendo aún muy niño.

Su padre, pagano, deseoso de desprenderse de aquel estorbo (Ignacito contaba a la muerte de su madre un año escaso), lo entregó al Padre Misionero.

Fue creciendo aquel feliz niño en el orfanotrofio, en medio de aquel ambiente de piedad, y pronto llegó a ser uno de los mas queridos, tanto por su piedad filial y amor entrañable a la Virgen Santísima, cuanto por su carácter alegre y juguetón.

Tranquilo vivía allí, cuando un día le avisa el Padre Misionero que su padre está muy mal, que le llama, quiere verle antes de morir.

Ignacito se pone enseguida en camino, y al cabo de un día de andar, llega a la choza de su padre, rogando incesantemente por su conversión. Yacía el pobre hombre en una estera, tiritando por el ardor de la fiebre, pero con un semblante en el que Ignacito descubrió que su padre estaba muy contento.

En efecto, el cielo había oído las oraciones de su hijito; su padre había sido bautizado el día anterior por el Padre, que por entonces estaba haciendo la visita de aquel pueblo, y además, se había confesado y comulgado

¡Qué grande alegría siente Ignacito y qué besos de agradecimiento estampa en su medalla de la Virgen!

Tres días pasa a la cabecera de su padre, cuidándole y aliviándole en sus dolores, hasta que, su padre, como recién bautizado sube al cielo.

Vertiendo dulces lágrimas de consuelo, acompaña Ignacito a la sepultura al cadáver de su padre y emprende el camino de regreso al orfanotrofio.

El sol africano, lanza rayos abrasadores. El pobre Ignacito camina penosamente bajo aquellos rayos fulgurantes. Le abrasa la sed, su lengua está reseca y su cabeza arde febril.

Muchas veces le han venido ganas, muchas ganas, al pasar por los pueblos, de comprar algún coco para mitigar su sed, con el dinero que para ello le había dado el Padre Misionero; pero otras tantas veces ha preferido mortificarse, ofreciendo aquel su sacrificio a la Santísima Virgen, "para que el Padre sea más santo y para que mis hermanos, los negros, se conviertan".

Pero Ignacito ya no puede más; su cabeza le daba vueltas, la sed le devoraba, ya apenas puede caminar... Sin embargo dirige una mirada ferviente a su medalla de la Virgen, estampa en élla un beso en el que pone toda su alma y murmura: ¡Madre mía, no puedo más!

Hace un esfuerzo y llega. Era el atardecer. En la capilla del orfanotrofio, suavemente iluminada por las tenues luces del sol poniente reza el rosario el Padre. Ve que avanza, arrastrándose con gran esfuerzo, una sombra, que extenuada y sin fuerzas se deja caer ante el altar de la Virgen.

El Padre se acerca solícito... y reconoce a su Ignacito, que agotado, todo encendido, se ha tendido ante el altar de la Virgen; en su mano tiene el dinero que cinco días antes le había dado para que en el camino pudiese comprar algo para apagar la sed.

—Ignacio, hijo mío—le dice cariñoso el Padre, tomándole en sus brazos—, ¡que cansado estás, hijo! ¿Por que no has comprado algo para beber en el camino? ¿No has tenido sed?

—¡Oh, sí, Padre, mucha, mucha!—le responde Ignacito entreabriendo los ojos y sonriendose penosamente; pero lo he querido ofrecer a la Virgen para que tú seas muy santo y para que mis hermanos los negros se salven... Me ha costado mucho, pero todo lo he sufrido contento...

Dos lágrimas silenciosas rodaron suavemente por las mejillas del Misionero, al ver la heroicidad de su pequeño Ignacio...

Y tú, que no sientes sed y menos hambre, ¿no serás capaz de mortificarte y dar tus perrillas los domingos para que se salven tantos niños y tantas almas abandonadas?

E. M. Z., Congr.

Lucha en el aire

Al comienzo de la guerra europea dos aviones alemanes perseguían a un inglés. Dada la altura a que volaban y la serenidad del aire, se les podía seguir admirablemente a simple vista desde tierra.

La lucha entablada por los pilotos de las dos naciones enemigas fue, como se deja suponer, de lo mas interesante. Hubo momento en el que parecía terminado el combate aéreo con la perdida del inglés. Pero en estas ocasiones salía, por donde menos se esperaba, el atrevido aviador, y, ora tendía a escaparse huyendo velozmente, ora atacaba a la desesperada a sus dos adversarios.

Llevaban ya media hora de lucha cuando, de repente, el aeroplano inglés descendió vertiginosamente. No lejos de allí existía un campo de aviación, perteneciente a los alemanes, como todo aquel territorio de los alrededores. A él bajó mientras sus enemigos seguían volando tranquilamente.

Ya en tierra vióse saltar del aparato a un joven y dirigirse hacia un hangar, colocado en el extremo del campo. Cinco oficiales alemanes que estaban guardando el campo, apenas vieron al extranjero abandonar su avión, montaron al punto a caballo y se encaminaron a su encuentro. Llegaron al hangar, cuando el joven aviador inglés (no pasaba de los dieciocho años) iba hacia el avión con una lata de petróleo para prenderle fuego. Ante la actitud del joven, los jinetes pusieron pie en tierra y le detuvieron por el brazo. ¿Qué pretendía hacer?

Escaso el motor de gasolina y en poder de sus enemigos, prefería quemar su aparato, haciéndose así odioso a los alemanes, a entregarlo faltando con esto al mandato de su capitán.

Pero lejos de sulfurar los ánimos de sus contrarios, éstos reconocieron su extraordinario valor y lealtad a la patria y le ofrecieron varios cigarros, que no quiso aceptar.

¿No le has prometido tú a tu Madre, la Santísima Virgen, no andar jamás con malos amigos, aunque se presenten atractivos? Pues, a serle fiel, que nada le agrada tanto.

L. B. J., Congr.

¡Cómo recuperó la fe!

Alberto estaba cansado de las pamemas de la Corte, donde las hay como en pocas partes y muy aburridas. El dinero le sobraba para mayor aburrimiento, hasta tanto que empezó a soñar despierto en aventuras salvajes.

Le había caído la mayor desgracia, había perdido la fe que recibió en sus primeros tiempos; la había dejado enredada y desgarrada entre las hojas de un libro racionalista volteriano.

No tardó en encontrarse bien acompañado en medio de selvas vírgenes, machete en mano, cazando jaguares, durmiendo al aire libre, poco menos que buscando la muerte violenta, porque, como el mismo solía decir, el suicidio a sangre fría no lo encontraba ni pundonoroso ni valiente.

Hacía no pocos alardes de su falta de fe; llegaba hasta gloriarse de no creer en Dios y respondía con una sonrisita a las palabras del Padre Misionero, con quien no podía menos de tratar:

—Oh, Reverendo Padre, más allá de la muerte que busco, no espero hallar mas que polvo, ceniza y nada.

Con muchas idas y vueltas a aquel pueblecito, habían pasado varios años.

Una tarde en que el Padre rezaba devotamente su rosario por la espesa alameda de caobos que sombreaban su casita, aparece Alberto, como siempre, con la sonrisita en los labios, el rifle en la espalda y el machete en la cintura.

Se saludaron afectuosamente y el príncipe le dijo al Padre estas palabras, mientras descolgaba su rifle para sentarse en el tronco de un árbol cortado:

—Padre, ya tengo fe, estoy contento.

—Cómo; a ver, cuenta, repuso el Padre con gran alegría.

—Mire, Padre, siguió nuestro príncipe, limpiándose el sudor del camino; yo me interné, como de costumbre, en el bosque, en busca de aventuras que me trajesen la muerte. He luchado cuerpo a cuerpo con no sé cuantos tigres; pero esta lucha no era para mí tan temible, porque me creo más diestro que ellos. En cambio, una noche, en que me encontré sólo con tres pumas hambrientos que me embistieron, vi cerca la muerte que buscaba, y sentí lo que los otros llaman miedo.

—Pero ¿los venció?

—Una tras otra cayeron rodando a mis pies y el miedo huyó de mi espíritu. Otra noche me perdí en el bosque y tuve que quedarme en la espesura; oía el rugido de las fieras que, oliendo mi carne, asediaba el árbol en que me hallaba subido. Pensé entonces en mi madre y tuve intención de acudir al Dios de ustedes; pero la noche pasó y con la noche el miedo y con el miedo la sombra de la fe. Pero el mes pasado Dios quiso apiadarse de mí burlándose casualmente de mi soberbia.

—Vamos, que ya le ha visto las orejas al lobo.

—Y muy cerca. Navegaba yo por el río Napo dentro de una piragua muy pequeña. A un lado y a otro de la orilla me esperaba el caimán, pero no le temía. El ruido imponente de una cascada que el río formaba a una media legua de allí me hizo conocer que la muerte se hallaba muy cerca y que estaba ya encima, y me lancé corriendo abajo para abrazarme con ella. A poco divisé la inmensa catarata por donde el río se precipitaba en el abismo, formando una espesa humareda blanca y fría; cuando me arrepentí, ya no era tiempo. La piragua era arrastrada con fuerza increíble. Me acordé de mi madre, de sus plegarias, de su fe ardiente, miré al cielo. La piragua se hundió en el torbellino junto conmigo, y los dos rodamos al abismo.

Llame a Dios, confundido como un pigmeo, que se arrepiente de haberle retado: "Dios verdadero de mi madre, ten piedad de mí".

La piragua que había quedado sepultando mi cuerpo, recibió un fuerte empellón del agua y me vi sobre ella; sobre ella, que tranquila y serena, se deslizaba ya corriente abajo, sin peligro ninguno.

—Y ¿sigues creyendo?

—Claro que sí. Sólo le ruego, Padre, que si encuentra por ahí algún ateo, lo meta en una piragua y lo lance por una cascada, a ver si cree o no.

Cuántos ateos de esta clase andan por ahí, a quienes el respeto humano y la libertad mal entendida retraen del cumplimiento de sus deberes. Se creen valientes y son los más cobardes.

J. G., Congr.

Cierra las ventanas

Una mañana de verano de 1596, dos marineros, llamados Javier de Arratia y Dietino de Alsasua, cargaban sus respectivos buques de cal viva, con el fin de transportarlo a otro punto distante unas 8 millas. Y ello fué grave imprudencia, dado el mal estado de los buques, viejos ya, y con algunas rendijas en el casco por donde entraba siempre un poco de agua.

Durante el viaje, el agua que iba penetrando encendió la cal viva, que se extendió rápidamente por la cubierta y los marineros murieron en aquel hervidero atrozmente quemados; los huesos quedaron cual si aquellos hombres hubiesen sido abrasados por el fuego.

Tal desventura no hubiera sucedido si hubiesen reparado en el peligro que representaban aquellas rendijas al parecer insignificantes.

Como en estos buques andan las cosas en los hombres. Si no atienden a la importancia que tiene el mirar, las impresiones peligrosas se filtran por las rendijas de los ojos, encienden las pasiones y todo lo que haya de bueno queda destruído, y deshecho aquel espíritu irremisiblemente. Por eso dice la Sagrada Escritura que la muerte nos entra por las ventanas, que aquí son nuestros ojos.

Por la poca modestia de los ojos se puede perder la vida del alma. Tú, congregante, hijo de María, cierra las ventanas de los sentidos.

J. Z., Congr.

Universidad de Deusto Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

Confesión provechosa

Terminado el verano me encuentro con mi íntimo amigo con quien, después de tres meses de separación, tenía muchas ganas de verme. Durante largo rato estuvimos contándonos historias del verano y riéndonos de lo ocurrido a uno y otro, hasta que mi amigo, poniéndose serio, me hace la siguiente confidencia, la cual os la cuento por la mucha enseñanza que contiene.

"Ya sabes, me dice, que, a pesar de mis 17 años y de las muchas luchas que he tenido, conservo aún intacta mi pureza; pues bien, por haber salido victorioso de tantos combates, me hice demasiado confiado en mí mismo; no me di cuenta de que sólo nada valía.

Ya te he dicho varias veces que, en el pueblo donde paso el verano, no he encontrado amigos, lo suficientemente buenos que merezcan serlo de un buen congregante. Pues, aun dándome cuenta de esto, me hice con varios amigos, con los que trabé estrecha amistad y fui perdiendo poco a poco el miedo que antes tenía a palabritas y hasta a palabrotas, a las que fui acostumbrándome, hasta repetirlas sin reparo alguno. Poco a poco me fui enfriando y, claro está, cada día se me iba haciendo más difícil el ser bueno.

Caí enfermo y permitió el Señor que, cuando más abatido me encontraba, me presentase el demonio una tentación terrible, como nunca la había tenido. Quise reaccionar y me sentí falto de fuerzas; estaba a punto de ceder, cuando dirigí la mirada a la tarjeta de la Inmaculada y suplicante pedí a la amorosísima Madre que no se olvidase de su hijo; al instante me sentí reanimado y, auxiliado de la Virgen, se deshizo la tentación."

Calló mi amigo, pero su rostro hablaba y mostraba el horror que le causaba el pensar de que por imprudencia en las compañías y por propia soberbia, tan cerca estuvo de perder la más preciada joya de un joven: la pureza.

La vida está llena de peligros; este curso, como los pasados, será pródigo en tentaciones. Indudablemente que solos no podemos resistir a las tentaciones, y los que en los Centros Oficiales estudian, no tendrán ni cuadro de la Virgen, ni Crucifijo, a quienes acudir en demanda de fuerzas; llevemos en nuestros libros una estampa de la Inmaculada para llamarle "Madre" cuando el demonio pretenda enredarnos en sus lazos.

E. C., Congr.

Salvada por el Rosario

Hace poco oí contar este ejemplo, y, me puedes creer, desde entonces rezo con más fervor el Rosario.

Un Misionero tenía en China a su cargo un territorio muy grande. Este Misionero fué avisado una mañana de que un chico se estaba muriendo. El y su ayudante montaron rápidamente en las mulas, único medio de locomoción y se pusieron en camino, sin guía y con instrucciones poco precisas. Al llegar a un cruce de caminos tuvieron que parar para ojear las instrucciones; no estaban claras para aquel punto del camino. Se resolvieron a invocar a la Virgen y a echar a cara y cruz.

Tomaron el camino de la derecha que les había tocado en suerte, y después de mucho andar, vieron que se les terminaba el camino. Volvían ya entristecidos, cuando al poco oyeron unos gemidos; se acercaron y encontraron a una mujer moribunda; sostenía en sus manos el Santo Rosario. Inmediatamente el Misionero le dijo quién era, y ella manifestó que nunca, desde que le enseñaron a rezar, había omitido el Santo Rosario y que aquella gracia soberana de poder confesarse entonces, en los últimos momentos de su vida la había obtenido de la Santísima Virgen. Asistieron a su muerte y volvieron maravillados, contentos, convencidos de la eficacia maravillosa que tiene el Santo Rosario.

No dejéis nunca de rezarlo.

R. C., Congr.

Lo que puede una carta

No podemos darnos cuenta de lo mucho que podemos hacer, aun sin haber terminado los estudios, y a larguísima distancia.

Mira lo que vale una carta; nos confiesa un Misionero que estaba pasando días tristes por parecerle que su labor no daba frutos, ni aun deshaciéndose por hacer favores a aquellos infieles, especialmente a los niños; ni aun así le abrían las puertas.

Cuando revolvía una mañana, delante del Sagrario, pensamientos tristes, oye que alguien toca a la puerta, sale y se encuentra con una carta, cuya letra no conoce. La abre y se entera que hay un joven que se interesa por él y le ofrece sacrificios, sobre todo los domingos, en su catequesis, se priva de golosinas, y lo que vale más, le encomienda en sus comuniones diarias y en sus oraciones, para que aquellos sus infieles se conviertan.

Lee aquella carta y siente su corazón no sólo aliviado sino animoso para seguir trabajando sin desfallecer; piensa que Jesús está con él, y que hay otros que se interesan también muchísimo por sus infieles.

Mira ahora lo que otro Misionero contesta al recibir la carta de otro joven: "Al volver después de una semana de ausencia encuentro que el número de alumnos en la escuela de oraciones ha llegado a 46, que las alumnas en la escuela de niñas son 30, que han venido estos días a dar su nombre a la religión 6 nuevas familias.

Después de recibir estas gratas impresiones, abro su carta y encuentro en ella la explicación del movimiento hacia la religión. Vd. y otros bienhechores de ahí con sus oraciones atraen gracias especiales para que la luz de la fe se abra paso en medio de las tinieblas del paganismo.

Siga ayudando con su entusiasmo y sus oraciones a los misioneros en la gran obra de la evangelización de los gentiles y el Señor derramará cada día con más abundancia sobre su alma dones celestiales."

B. O., Congr.



Núm. 258.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Enero de 1935

Esto es valor

Es un recuerdo de la Gran Guerra: un rayo de luz generosa y clarísima que se elevó hasta el cielo de entre aquellas sombras de rencores mortales:

El ejército enemigo, a tambor batiente y anunciando terribles represalias, penetra en la ciudad vencida.

Bajo el ropón de la niebla gris, que cubre calles y casas, los aterrorizados habitantes oyen el pregón que hace dar el General vencedor:

"Todos los varones de esta población deberán estar reunidos en la plaza principal al sonar las doce del mediodía, o de lo contrario será incendiada la ciudad en el término de media hora..."

Llegado el momento señalado y llenos de honda ansiedad, van confluyendo de todas las bocacalles los hombres que aún pueden andar por sus pies... Caminan en silencio y con los ojos bajos... Llegados a la plaza, una pregunta tiembla en los labios de todos: ¿Qué nos harán?

Pero pronto la voz imperiosa de un militar les da la respuesta:

—¡Sean diezmados! Y al punto los soldados vencedores empiezan a ejecutar la sentencia:

—**Uno, dos, tres, cuatro**...—les va contando un sargento con potente voz—, **cinco... nueve, diez!** Y el ciudadano a quien corresponde este número es llevado a un grupo trágico... el grupo de los que han de ser fusilados!

—**Uno, dos, tres... diez!**—seguía retumbando la voz del oficial: y quedaba señalada una nueva víctima!...

En el extremo de la fila, un hombre de hermosa presencia espera temblando al sargento, que avanza ya por allí: **Uno, dos, tres**...—el hombre se conmueve, se encoge, se atrasa; quisiera ser invisible: es un padre de familia—: **siete, ocho**...—el infeliz lanza un alarido desgarrador: ha visto más que el sargento: se ha visto bajo el número de la muerte...! En efecto: ...**nueve, diez!**—dice el militar, señalándole fríamente con el dedo.

Preso de un pavor indecible, el desgraciado padre mira a todas partes con los ojos desencajados, ansioso de una salvación que no se atreve a esperar de nadie; después esconde la cara entre las manos, gimiendo lastimeramente: ¡Mis hijos... mis hijos!, y no acertaba a decir otra cosa.

¿Qué le podían hacer los que le rodeaban? Harto tenía cada cual con lo suyo... Pero de pronto, un sacerdote de noble continente, mirada limpia y sonrisa paternal, se le acerca y le dice acariciándole: "No llores más, hijo mío: no temas por tus hijuelos y tu esposa: tendrán padre, tendrán alegría, pues yo moriré gustoso por ti: JESUCRISTO me espera, me sonríe, me llama... ¡Adiós, hijo! Espero que serás muy bueno, muy buen cristiano, y que en el cielo nos volveremos a unir para siempre!". Y tomándole de la mano, le retira y él se queda en su lugar.

En cuanto el jefe encargado de diezmar la ciudad se enteró de este hecho, corre al sacerdote, le saluda emocionado, le besa la mano y, dejándol libre, exclama ante todos: "Yo no mato a los héroes".

Aquel sacerdote era un jesuita... Vive aún y emplea su vida en trabajar por los jóvenes y los obreros, hasta que llegue el momento en que Dios le acepte el sacrificio de sus días en alguna otra ocasión de exquisita caridad.

¡Sublime virtud, santo y seña de los cristianos! Tal vez, querido amigo mío, hemos soñado practicarla algún día en grado tan excelso, hasta la consumación, hasta el sacrificio por los que amamos... y después, llegan las pequeñitas caridades de cada día y nos olvidamos de perdonar las injurias, de no murmurar, de no envidiar al que sobresale, de unirnos y trabajar como hermanos en las empresas de JESUCRISTO Rey. Sólo así nos sobrepondremos a la revolución y al egoísmo reinante.

J. B. A., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

¿Conoces a éste...?

Era en un pueblecito de Murcia, durante el año 1901. En una alquería del campo vivía un huertano viejo con el hijo mayor. Como no es preciso publicar sus nombres verdaderos, llamaré Vicente al padre y Roque al mozo.

Casó éste con una buena muchacha del lugar y firmó un arreglo con su padre para continuar viviendo en la casa; pero—¡pícaros dineros!—decíase entre los vecinos que ni el padre ni el hijo estaban contentos, que a los cinco meses del matrimonio salían a trepetera diaria, que aquello terminaría como las cuestiones entre dos pueblos vecinos: a estacazos...

Mire por dónde el Roque, cuando su padre volvió una tarde de cobrar ciertos piquillos que le debían, ni le pidió una parte, ni le puso mala cara.

Y los días siguientes, lo mismo. Se mostraba afable y servicial; parecía otro hombre. Su padre se sentía dichoso viendo que la paz volvía a su casa, donde ya no se oía una voz más alta que otra. ¡Infeliz! No penetraba en el corazón de su hijo: aquella calma era el recogerse de la hiena para dar el zarpazo más seguro...

Un turista que recorría la huerta murciana, llegó también al pueblo de nuestros hombres y preguntó dónde podría sorprender los más lindos paisajes para su colección de fotografías.

—Mire, señor—le dijo el cabo de la Guardia civil—: siguiendo río abajo, llegará a un prado que es de lo mejor de toda la provincia, sobre todo ahora en primavera. A la izquierda tiene una montaña altísima, con rocas en la falda, nidos de águilas; y a la derecha, los álamos del río. Sitio apacible y solitario. Cuando cae el sol, tiene unos juegos de luces, que se estaría uno hasta la noche si no fuera por su deber...

—Mil gracias, señor cabo. Y hacia el prado poético se encaminó el visitante con la máquina colgada del hombro izquierdo.

Llegó al lugar señalado; iba contemplándolo todo, admirándolo todo... Impresionó varias placas, escaló las rocas, despreció los peligros. Sobre una de las más altas estaba preparando la última fotografía, cuando al bajar los ojos hacia una hondonada que se abría a sus pies, sintió que un escalofrío sacudía sus miembros.

—¡Jesús, un hombre muerto...!

Su corazón fuerte recobró la serenidad; vió que no podía bajar hasta él y se le ocurrió una idea que le pareció oportuna y la realizó inmediatamente:

Preparó su máquina fotográfica, enfocó el rostro del cadáver y tomó su retrato.

Volvió a casa y reveló en silencio aquella placa terrorífica. Mientras, por el pueblo empezaba a correr la noticia de que el señor Vicente había aparecido muerto entre las rocas, el excursionista llevó el retrato al señor alcalde y se lo regaló, por si tal vez les pudiese servir para hallar al matador.

Alguna persona dijo al alcalde que tal vez Roque... que siempre solía estar disgustado en casa... Pero esto no pasaba de un rumor, y ¿cómo acusar a un hijo de haber asesinado a su padre sin pruebas ciertas?

Por si acaso, el buen alcalde habló de esto con el cabo de los guardias, y éste le dijo: "Déme ese retrato, que yo averiguaré lo que haya de cierto".

Y pasados algunos días, conversando una vez con Roque, sacó de pronto el retrato, se lo puso ante los ojos y le preguntó mirándole fijamente al rostro: —**¿Conoces a éste?**

¡Oh! El desventurado mozo lanzó un grito y cayó en tierra horrorizado. Cuando recobró el sentido, dos guardias le sujetaban y allí mismo confesó que él había empujado a su padre por las rocas abajo... ¡Y luego, al ver el rostro del muerto, todo su crimen revivió en su memoria y le derribó en tierra!

Así ocurrirá en el día del juicio al que hoy vive mal. Dios le dará una luz clarísima; con esa luz le iluminará toda el alma con todas sus impurezas y negruras y le preguntará severo: —¿Conoces a éste? ¿Conoces esta alma que yo te dí, blanca y destinada a una felicidad eterna, y que tú has manchado horriblemente?—. Y entonces el pecador lanzará un aullido y se hundirá desesperado en el infierno. Allí será el llanto y el crugir de dientes.

V. C. R., Congr.

Un beso, un caballero y un leproso

Un joven de agradable figura camina a caballo. Si de hermosa línea es el caballo y elegante su trotar, no lo es menos el joven que sostiene sus bridas; y si es hermosa su figura, más hermosa es su alma, de oro puro.

Camina... camina lentamente, ojos al cielo y al paisaje, lentamente, como para admirarlo mejor.

De improviso una voz lastimera se deja oír:

—Apiádate de mí, que soy un desdichado.

El jinete vuelve la vista hacia el lugar de donde sale la voz, y quédase mudo de asombro y horror a un tiempo.

En el borde del camino yace un hombre de rostro mancillado y desfigurado por la lepra. Causa horror. Francisco vuelve la cabeza al otro lado, como movido por una repulsión instintiva, y casi pica al caballo para que arrecie la marcha.

Pero la voz del pobre leproso, aún más implorante vuelve a oírse:

—Apiádate de mí, Francisco Bernardón; tú eres muy grato a Dios, invócale y pídele misericordia para mí.

Entonces, Francisco, arrepentido de su involuntario movimiento de repugnancia, salta ágil del caballo, se acerca a él y, abrazándole estrechamente, a pesar de la resistencia del infeliz leproso, pone sus labios sobre su rostro llagado.

Entonces sucedió algo insólito, admirable. Al suave contacto de aquel beso purísimo, la faz repulsiva de aquel pobre tórnase sana, desaparece hasta la menor señal de la horrible dolencia padecida. Su voz álzase gozosa para rendir gracias a Dios y a Francisco, mientras el virtuoso hijo de Bernardón, huyendo de las alabanzas, como los mundanos de los desprecios y de la cruz, salta ágil al caballo y galopa sobre la risueña campiña.

Allá a lo lejos, en Asís, y más lejos aún, en Perusa, las campanas tañen entonando con sus lenguas de bronce un himno solemne a lo que vale el sacrificio.

Cuando te llamen por las mañanas para ir a Misa y Comulgar, tendrás, como en la historia relatada, un primer movimiento de repugnancia; véncelo como hizo San Francisco y vete a recibir el beso de Jesucristo, que te quitará la lepra de las malas costumbres.

F. P., Congr.

El miura

Sitio del suceso: en una iglesia de Sevilla, en el barrio de Triana, famoso por sus toreros y por su gran devoción a su Virgencita; como es día de fiesta, a las tres de la tarde hay Catequesis, ya que a esa hora el sol quema en la calle y en la iglesia hace un relativo fresco.

Hay mucha animación, haciendo de catequistas los chicos más listos del barrio. Fijémonos en aquel grupo de ocho niños, que absortos miran al catequista, que por las apariencias debe estar dando clase de toreo. Al fin y al cabo es un método buenísimo para enseñar el Catecismo en Andalucía, el referirse a un hecho de toros, para sacar una consecuencia santa o para fijar una verdad; es por el ambiente taurómaco. Oigamos la explicación:

—Atención, nenes: hoy os explicaré el demonio, cómo es por fuera y por dentro, que hay que conocer las tramas del bichito y... cállate, Frascuelito, que te voy a mandar de castigo una horita al sol de las tres.

Pues bueno; el diablo es un Miura; eso es, un Miura y de los más sabios; él, sabe hacerse el inocente y embobar al torero; hacerse el buenazo, embriagarlo de dominio, hacer arrancar del mundo ovaciones sin cuénto y, cuando más entusiasmado y más loco de valor y de arrojo está el torero, lo engarza de manera que no se le suelte de los cuernos, hasta enviarlo al aire; lo coge otra vez y lo deja para el "**requiescat in pace**". ¿No habéis entendido?

Todos: —¡Sí!

—Bueno, pues el demonio es el Miura que nos atonta con las cosas de este mundo; el que hace que los malos amigos nos aplaudan para animarnos a cometer más disparates, y cuando nos tiene atontados—fíjate bien, Frascuelito, que te entretienes mirando a las musarañas—, cuando nos tiene bien atontados, nos engarza con sus cuernos y nos trata como quiere y nos desespera y nos mata para siempre.

Todos han quedado tristes y dicen que nunca han de pecar, y el catequista, después de breve pausa, les pregunta:

—Amiguitos, ¿a dónde llevan al torero cuando le coge el toro?

Todos: —Pues, a la enfermería.

—Así sucede; lo llevan a la enfermería; pero los hay que tienen cogidas leves y graves. Y ¿sabéis quién es el que va al lado del torero cuando lo llevan herido? ¿El público que lo aplaude? ¿El toro?

Todos: —¡No, no!

—¿Pues quién?

Todos: —Su madre.

—Eso es, su madre, que con el corazón desgarrado de dolor, va donde el médico y le dice con la voz hecha un nudo en la garganta: ¡Sálvemelo, sálvemelo! ¡Es mi hijo!

Así nosotros, cuando somos cogidos por el Miura del demonio, nos viene nuestra Madre, y ¿quién es nuestra Madre?

Frascuelito: —La del torero.

—No, hombre, no; si ya digo que estás en las Batuecas: es la Virgen, Madre de todos nosotros y de todo el mundo, que va con los ojos arrasados en lágrimas a donde el médico, que es JESUCRISTO, a que nos cure, a que nos salve y nos deje sin pecados; esas son las cogidas del demonio y cuidado con que os pille la muerte en una de ellas; que entonces no hay madre que valga, pues no hay remedio; que hay cogidas de Miuras que dejan sin conocimiento y se muere sin volverle a uno el sentido.

Y la cura del médico ¿para qué es? ¿para hacer daño o para quitar el mal?

Todos: —Para quitar el daño.

—Así también aquí, la cura de la confesión nos quita el daño del pecado.

Así tienen que explicarse en Andalucía los catequistas; y aquí también aprovechándonos de los juegos y costumbres de los niños.

M. G., Congr.

El crucifijo del puerto

En un pueblecito de la Normandía existía, hasta hace algunos años, un gran crucifijo de piedra, construido por sus habitantes y colocado sobre un montículo a la entrada misma del puerto.

Según la tradición, cuantas veces se hallaba en peligro de muerte un marino del pueblo, víctima de la tempestad, otras tantas el crucifijo del puerto se revestía de un resplandor, que solía ser advertido por algún familiar del pobre náufrago. La última vez que sucedió el milagro fué el año 1786.

En el mes de mayo de dicho año salieron las lanchas pesqueras del pueblo hacia alta mar. Como es costumbre, pasaron varios días entre el cielo y el agua, sin divisar tierra. Al cumplirse precisamente una semana, después de haber llenado de pescado las pequeñas embarcaciones, sorprendió a los pobres marinos una terrible tempestad. Estos no tu-

Universidad de Deusto
Biblioteca

ceron tiempo para evitar el golpe del mar; sólo por milagro lograron ganar tierra casi todos, después de varias horas de lucha.

Una lancha había quedado rezagada y sus diez tripulantes fueron con el tiempo arrojados al agua, viéndose así desprovistos de todo auxilio humano. ¿Perecerían? Pequeña era la esperanza de su salvación, pues no disponían de medio alguno para defenderse del mar. Sin embargo, todos se acordaban del gran crucifijo de Saint-Maur (así se llamaba el pueblo) y todos se figuraban ver a sus familiares junto al venerando Cristo. No se engañaban.

Las olas del mar rompían también furiosas en el acantilado de la costa; todo el pueblo, previendo el terrible peligro en el que se encontrarían sus hijos, rodeaba la devota estatua del Cristo agonizante, consuelo y salvación de los que en El esperaban.

Este no tardó mucho tiempo en cubrirse de resplandor; fueron muchos los que lo vieron, pues eran diez los que, juguetes de la tempestad, iban a morir de un momento a otro.

Entonces, una voz, salida de muchos pechos, levanta hacia el Cristo una plegaria, una súplica formidable, acompañada por el ruido ensordecedor de las olas que se estrellaban en las rocas y por el fuerte viento que venía del mar.

Las lágrimas de tantas mujeres y niños tan inocentes le conmovieron al Señor. El resplandor desapareció, el mar poco a poco se calmó y ninguno de los marinos perdió su vida en la tempestad. Y cuando éstos volvieron a sus hogares, todos confesaron que la figura del Cristo había sido vista por ellos en los momentos de mayor peligro.

Desde este día, la tosca estatua de piedra que se levantaba a la entrada del puerto, no volvió a cubrirse del resplandor. No ha muchos años, algunos malvados, consentidos, la quitaron de aquel lugar en odio al mismo Cristo Jesús. Ahora, aunque no existe la estatua, su recuerdo está muy vivo entre la mayor parte de los habitantes del pueblo.

L. B., Congr.

Rasgos sueltos

El gran coronel Petain recibió un día carta del Ministerio que decía así: "Mi coronel: He sabido que varios oficiales, violando el reglamento, asisten a misa vestidos de uniforme. Sírvase notificarme quiénes son dichos oficiales".

Y el señor Petain, alejando de sí todo respeto humano, le contestó de esta magnífica manera: "Mi general: Es verdad que varios de mis oficiales asisten a misa vestidos de uniforme, entre ellos el coronel; pero por colocarme siempre en la primera fila, ignoro quiénes son".

En una reunión, cierto Prelado decía a un sabio astrónomo: —Otros astrónomos se han elevado hasta las nubes; vos, por el contrario, hasta los astros. Por ello sois digno de toda alabanza.

—Monseñor—dijo el sabio—, eso no es nada en comparación de lo que quiero subir; y para lograrlo sepa que estoy meditando en una empresa mucho más importante.

Los presentes quedaron asombrados. ¿Será posible—decían—que logre su intento? ¿Si será algún nuevo descubrimiento?

—Os lo aseguro—dijo Le Verrier con noble sentimiento—. Ansío llegar al mismo cielo, por lo que espero que V. E., para facilitarme dicha empresa, me tendrá presente en sus oraciones.

Dos casos bien distintos y, sin embargo, los dos muestran un gran corazón y un mismo sentimiento.

Que han nacido, no para estar a merced del oleaje del mundo, sino para cumplir en todos sus actos la voluntad del Señor.

Por eso el insigne coronel y el ilustre astrónomo no titubearon en dar respuestas tan terminantes y categóricas.

Gran lección para nosotros, que siempre estamos pensando en el ¿qué dirán?

Lo que nos tiene que importar es lo que dirá Cristo. La humanidad que piense y diga lo que quiera y como quiera. ¡Sirvo a Dios y no a los hombres!

J. Z., Congr.

Los truenos bienhechores

No voy a meterme a explicar su causa, pues de todos es conocida; pero, si voy a fijarme en un hecho poco conocido, en su aplicación y en el cual se ve de una manera palpable la providencia de Dios para con nosotros.

Las granizadas suelen acaecer generalmente en días tormentosos; el agua que debía caer en forma de lluvia, al pasar por capas de aire frías, se congela, y entonces es cuando sobreviene el pedrisco, que destruye cosechas, estropea árboles y causa un sinnúmero de perjuicios.

Para combatir esta terrible plaga, en las grandes granjas estadounidenses poseen pequeños cañoncitos detonadores, o bien cohetes granífugos; la explosión violenta conmociona a las nubes, y la granizada que parecía inminente se resuelve en benéfica lluvia. .

Pues bien, Dios ha puesto en las mismas nubes un formidable cañón, el trueno; sin él, ¡cuántas cosechas no se hubieran perdido!

Benjamín Franklin, el inventor del para-rrayos en los tiempos de la independencia norteamericana, cuando oía tronar daba gracias a Dios, porque no destruía los campos de la naciente República americana.

Confía, como decimos antes, más cada día en la Providencia, que, aunque no lo entendamos, vela siempre por nosotros.

B. R., Congr.



Núm. 259.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Febrero de 1935

"Ese idiota seré yo"

Era poco antes de la Gran Guerra, en la Universidad de Turín. Comienza la clase y el profesor, ateo, dice a sus discípulos:

—Voy a probaros que no hay Dios. Las pruebas serán tan aplastantes, que si al fin del curso queda todavía entre vosotros uno que crea en Dios, ese será un idiota.

Silencio general entre los jóvenes que escuchaban el insolente reto. En esto, uno se pone en pie, demandando permiso para hablar.

—¿Qué ocurre?—pregunta el profesor.

—Solamente deciros—responde una voz angelical—que ese idiota seré yo.

Aplauso cerrado de todos los alumnos. Aquel muchacho se llamaba Adolfo Ferrero.

No habían pasado tres años, y el 19 de junio de 1917, Adolfo moría como un héroe en el campo de batalla, frente al enemigo.

¿Quieres llegar a valer algo, a ser héroe, a ser santo?

Ten valor para confesar tu fe y para proclamarte católico delante del mundo entero.

V. C. R., Congr.

El imán de D. Bosco

Don Bosco, en medio de sus niños, es la amabilidad misma en persona: nunca le falta una palabra de ánimo llena de bondad y aliento.

Muchas veces en el patio, rodeado de sus niños, a la vez que daba un aviso a un jovencito, se volvía de repente a otro diciendo en voz baja: ¿Has estudiado?

Sucedía que si alguno se acercaba a besarle la mano, cogiéndole la suya le decía: "Tú, vete a jugar"; y continuaba hablando con los que le rodeaban; y luego, volviéndose al primero, le decía: —¿Qué hacéis aquí? Vete pronto...

—Pero si usted no me deja.

Y él, sonriendo, seguía teniéndole de la mano y hablando con los otros; luego, dirigiéndose a él de nuevo, le repetía callandito: —¿Todavía estás aquí? Vete ya... anda.

El jovencito sonreía también y el buen Padre le dejaba en libertad para que continuara jugando.

Esta industria de Don Bosco terminaba generalmente con una palabra confidencial, que los alumnos llamaban: "la palabrita al oído"; palabra que era como una espada de dos filos que penetraba en lo más escondido del corazón de sus niños. Causaba admiración al ver los cambios que esa palabra producía en los niños. Unos se ponían a llorar; otros se retiraban pensativos; algunos le daban las gracias y seguían jugando; otros iban a visitar a Jesús Sacramentado, y, finalmente, había quien, como dominado por una idea grande, no sabía cómo separarse de él.

Un jovencito de segunda enseñanza hallábase un día jugando con sus compañeros, al lado de Don Bosco; el buen muchacho estaba inquieto, manifestando deseos de hablarle. Don Bosco, que le observó le dijo: —Tú quisieras decirme algo, ¿verdad?

—Sí, señor; usted lo ha adivinado. Don Bosco, yo no quisiera que los demás lo oyeran; y retirándose con Don Bosco le dijo en voz baja:

—Quisiera hacerle un regalo que le agradaría muchísimo.

—¿Y qué regalo es ése?

—Vea usted, Don Bosco—le dijo, señalándose a sí mismo—: quisiera regalarle mi persona, para que de hoy en adelante haga usted lo que quiera conmigo y me tenga siempre en su compañía.

—Verdaderamente—respondió Don Bosco—, no podías ofrecerme un regalo más grato que éste. Lo acepto, pero no para mí, sino para ofrecerte y consagrarte al Señor.

La palabra de Don Bosco era como dardo que, penetrando en el corazón de los niños, les obligaba a abandonar la senda del mal y a seguir siempre por el buen camino, transformándolos en almas queridísimas de Jesús y María.

G. O., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

La campanita del puerto

Era el año 1754. En un pueblecito de las costas de Bretaña, puerto de pescadores, de esos pescadores bretones, arriesgados marinos, que pasan las tres cuartas partes de su vida flotando en sus goletas y bergantines y rodean los bancos de Terranova, al otro lado del Atlántico, para pescar el bacalao. Son sin cuento las tempestades que sufren, rodeados además de peligrosos ice-bergs, a veces ocultos, que ponen en constante peligro sus vidas y con un frío que helaba hasta el aliento.

Era la época en que los barcos pesqueros regresaban a sus puntos de partida, después de haber permanecido varios meses sin tocar tierra. Algunos barcos se habían adelantado y regresado, llevando buena carga que rápidamente era descargada y transportada a las ciudades del interior.

El último de los buques llegados anunció que el "Mary-Ana", único que faltaba, entraría en el puerto al anochecer del día siguiente.

En una de las casitas que están encima del puerto, viven una madre con tres hijos suyos. Su padre navega en el "Mary-Ana" y llegará al día siguiente, según han dicho los marineros del "Virgen de Bretaña".

Al anochecer, cuando la campana del puerto toca a la oración, la madre reúne sus hijos delante de la imagen de la Virgen del puerto y reza con ellos para que su padre llegue sano y salvo. Terminada la oración, la familia se retira a descansar.

Cuando amaneció, el tiempo, que el día anterior se mostraba espléndido, había cambiado por completo. El viento del Noroeste levantaba masas de agua que se estrellaban contra el rompeolas y, saltando los seis metros de altura que tenía, iban a caer en forma de cascada en el interior del puerto. Durante todo el día la campana del puerto no cesó de tocar, pidiendo al cielo clemencia para aquellos desdichados que a esa hora estarían luchando contra el viento y las olas.

Los pescadores, reunidos en la atalaya, escudriñaban el mar con la esperanza de distinguir, sacudido por las olas, el casco del "Mary-Ana".

Mientras tanto, en el interior de la casita, la madre, con sus tres hijos, rezaba y lloraba sin descanso. Los pequeños de vez en cuando levantaban una rodilla y descansaban un momento, bajándola otra vez ante la mirada de su madre. A las doce, mientras estaban comiendo, sonó la campana del puerto tocando el Angelus. ¡Hijos míos!—dijo la madre a sus hijos—, ¡hijos míos!, ¡rezad por vuestro padre! No sabéis cuánto valor tienen vuestras oraciones ante los ojos de la Virgen Santísima. Y los cuatro rezaron el Angelus como no se había rezado nunca en aquella casa.

Oyó la Virgen las súplicas de sus hijos: eran las cuatro de la tarde cuando el torrero del faro del muelle, asomándose a la barandilla del faro, gritó: "¡Velas al Noroeste!". En efecto, el torrero había visto bien. Allá en el horizonte, en dirección Noroeste, se veían unas velas. Al cabo de un cuarto de hora distinguíase perfectamente el casco del "Mary-Ana", que, empujado por el vendabal, se acercaba al puerto dando tumbos. Distinguíase a los hombres en cubierta, agarrados fuertemente para resistir el empuje de las olas, que barrían la cubierta de proa a popa. Media hora después de su aparición, el "Mary-Ana" entraba en el puerto en medio de los gritos de alegría de los pescadores y del tin-tin de la campana, que, repicando con más velocidad, parecía sonar más alegre que de costumbre.

Figuraos las escenas de alegría entre los pescadores; figuraos el contento de la madre al abrazar a su esposo, y el del padre al ver a sus hijos.

Dirigiéronse a su casa y allá la madre contó a su marido las angustias pasadas, y contemplando todos la imagen de la Virgen del Puerto, exclamó: "¡Ella, Ella es la que nos ha devuelto la alegría! ¡Hijos míos! ¡Démosle gracias! Y aquella noche se rezó en Bretaña un rosario como no se había rezado nunca.

J. R. de A., Congr.

Y, si los curas tienen razón...?

¡Deusto! Se abre la portezuela del vagón y entra un obrero joven, de unos diecisiete años. Lleva la cestita con la comida debajo del brazo. De uno de los bolsillos de su chaqueta azul asoma "El Socialista".

Viene a colocarse enfrente de mí. Mientras saca del bolsillo el periódico y se sienta, dice, dirigiéndonos una mirada: —¡Buenos días!.

—¡Santos y buenos nos los dé Dios!—le contesta una vieja lechera que se sienta a mi derecha.

El obrero, mientras despliega su periódico, lanzando por encima de él una mirada a la pobre vieja, exclama con desprecio —¡Dios! ¡Psé! ¡Cosas de curas!...

La vieja no se atrevió a defenderse. Aquello me pareció una cobardía, y metiéndome yo también con el obrero, le disparé con toda malicia esta pregunta: —¿Y si los curas tienen razón?

Parece que mi interlocutor no esperaba otra cosa. —¿Razón?—dijo, mirándome con fijeza. Y luego, con tono de vencedor, mientras plegaba su periódico, me replicó: ¿Quieres discutir? Como ves, soy un obrero; pero soy de los redimidos, y no de los que aún están secuestrados por los curas. ¡A mí ya nadie me engaña! ¡A ver, empieza! ¡Niego rotundamente que existe Dios! ¿Quién le ha visto? ¿Dónde está? ¡Déjate de mojigangas! ¡Yo no creo más que lo que veo!

Las últimas palabras del obrero me sonaron a blasfemia y boté en el asiento. Quise, ante todo, reparar aquella negación de Dios y exclamé con toda mi alma: —¡Existe Dios! ¡Sí, existe, aunque a algunos les duela! ¡Recojo tu reto, y aunque tu posición de negarlo todo es muy cómoda, ahí te espero!

El joven, que se vió respondido con resolución, no supo qué decirme. Y yo, sin dejarle tiempo para reponerse, continué:

—¿Ves este vagón? ¿Ves estas vías por donde rodamos y esa máquina que nos arrastra? Pues, mira: ¡nadie las hizo!

—¿Eh?

—Lo dicho: ¡no las hizo nadie!

—Vamos, vamos. ¿Cómo quieres que esto, que es un prodigio de las manos del obrero, un progreso y una maravilla...?

—Mira, déjate de discursos y de maravillas. ¡Este tren no lo hizo nadie!... Y si no, dime: ¿lo has visto tú hacer? ¿Viste tú cómo unían estos hierros, ensamblaban las tablas y encajaban los ejes? ¿No? Pues, entonces, ¿por qué lo crees? ¡Tú sólo crees lo que ves!

—Es que veo el tren aunque no veo al que lo hizo... y como el tren no se puede hacer "solo"... Porque sí, sin hacerlos nadie, hubieran estado hechos los trenes, nuestros abuelos hubieran sido unos melones, cuando andaban a pie o en una tartana de mala muerte leguas y más leguas...

—O sea que tú dices que el tren no se puede hacer "solo"... y que hay alguien que lo ha hecho. ¡Oye! y esos montes de hierro, de donde sacáis el material para construir las máquinas... y esos bosques, de donde sacáis la madera para hacer los vagones... y ese mar que ahora empezamos a ver, cuya agua, en grandísimas cantidades, se evapora, se condensa, forma las nubes y se deshace en lluvia y da el agua para las calderas... ¿quién los ha hecho? ¡Vamos, hombre, sé consecuente! Ahora también ves las cosas y ves que son bastante más estupendas que todas las que el progreso, a fuerza de secarse el cerebelo discurriendo, ha podido inventar. ¡Ves las cosas! No ves al que las hizo; pero tiene que haber alguno, ¿verdad? Y ahora, dime: ¿qué hombre hay en el mundo que sea capaz de hacer, no digo el mar, ni los bosques, ni las minas de hierro; pero ni siquiera la hierbecita más pequeña? Tú, que te jactas de progreso, mira: hay sabios y más sabios que aún están boquiabiertos ante el microscopio, sin siquiera llegar a entender lo que ven... Conque fíjate a ver si serán capaces de hacer una cosa tan magnífica como todo el mundo, los que ni siquiera pueden entender lo que está hecho hace muchos miles de años. Y ahora te pregunto: Si el hombre no ha hecho el mundo y el mundo no pudo hacerse "solo", ¿quién lo ha hecho? Pues **ese que lo hizo, ese es Dios...** Conque ya ves, los curas tienen razón al decir que Dios existe.

Noté que mis palabras habían impresionado al pobre chico... Al bajar del tren le tendí la mano y sentí que me la apretó con efusión, mientras me decía por lo bajo estas palabras:

—¡Muchas gracias! ¡Tienes razón! ¡Estamos engañados!

¡Y tan engañados! Y como éste, ¿cuántos?

J. I., Congr.

El primer cigarro

Lo que voy a contar le pasó hace algunos años a un amigo mío. A él mismo se lo acabo de oír.

Tenía 12 años. El fumar le parecía la mayor hazaña para un chico de su edad, la escala por la que subiría al castillo de la virilidad, de la libertad, de la gloria...

Las dificultades para alcanzar su empresa eran extraordinarias. La primera era su padre, un hombre muy poco amigo de tonterías, alto, fuerte, grueso, de cara bonachona, pero seria. Yo le conozco muy bien, pues le suelo ver todas las tardes cuando sale a dar su paseíto vespertino.

La segunda dificultad era su madre, una señora pequeña, nerviosa, espontánea, muy vigilante y cuidadosa de su Enrique.

La tercera, la última y casi la peor, era su criada, una criada algo amajamada y seca, pero más lista que el hambre.

A pesar de todo, un día se decidió a presentar batalla.

Un compañero, a escondidas y mientras los dos volvían del colegio, le prestó un cigarro. Sólo le hacía falta ya la mecha para que aquella bomba estallara: una infeliz cerilla. Y después... ¡Ah! después... después buscaría un sitio escondido y allí fumaría, fumaría ¡como un hombre!, con una mano en el bolsillo del pantalón y echando humo por la boca... y envuelto en sus espirales se sentiría fuerte, valiente, libre...

Por de pronto y mientras esperaba ocasión propicia para adquirir la codiciada cerilla, buscó un lugar a propósito donde esconder su cigarro. Después de mucho pensarlo, vió que el más seguro era el bolsillo del pantalón, y allí lo colocó, lo más arrinconado que pudo.

El cigarro debió de aburrirse bastante, porque la codiciada cerilla no apareció en muchos días, custodiadas por la avispada sirvienta.

Me figuro que alguno de mis lectores ya estará pensando en el fin probable de esta narración. Y creerá que el cuento acaba con que la mamá de nuestro Enrique le descubre el cigarro, y el primer cigarro del chico pasa a ser su primera azotaina.

Aunque así suele ocurrir, a Enrique no le pasó nada de eso. El hecho es verdadero y no quiero desfigurarlo.

Enrique logró la cerilla, buscó un escondite, fumó su cigarro, se sintió hombre... y después se sintió arrepentido, muy arrepentido...

¿Le gustaría aquello a su madre? Y lo que peor era: ¿le gustaría aquello a su padre?

Se pasó unos apuros terribles. Fué a su padre. Nada más verle, se puso anaranjado... colorado... rojo... Tragó mucha saliva. Por fin se lo dijo.

—Mira, Enrique—le aseguró su padre muy serio—: ya ves que yo nunca fumo. Tú puedes hacer lo que quieras... pero el cigarro me parece una tontería; no consigues nada y pierdes mucho.

Mejor lección no se la ha llevado mi ami-

Universidad de Deusto
Biblioteca

en toda su vida. Sus sueños se desvanecieron, y desde entonces todo aquello le parecía lo que a su padre: una tontería.

Realmente, muchas veces creemos que el fumar es algo, y no es nada; unas veces un gusto inútil; otras, una costumbre perjudicial; otras, un vicio; casi siempre, una tontería.

Y el primer cigarro, el comienzo de una serie de tonterías.

G. S., Congr.

Hay que probar de todo

En los tiempos que corremos está muy de moda la frase de "Hay que probar de todo, hay que saberlo todo".

Nada más absurdo.

Si vosotros vais a una farmacia, no se os ocurrirá probar todos los medicamentos que encontréis, y haréis muy bien; podrían perjudicaros, aunque son de farmacia.

Aplicad lo dicho a la moral y tendréis exactamente lo mismo; y, mucho ojos, una de las fuentes de conocimiento más peligrosa es precisamente las malas lecturas.

Helmuth Deierle, un muchacho de 18 años, estudiaba bachillerato y era tenido por sus profesores como alumno aprovechado e inteligente, en grado sumo, y de conducta intachable.

Cierta vez este joven leyó un libro de Nietzsche, en el que se glorifica el suicidio, y el hecho fué que el infeliz se disparó un tiro, estando en Viena, a primeros de febrero de 1925.

Apareció muerto teniendo el libro fatal abierto en la página en que más se alababa el suicidio; él mismo había subrayado y tenía además una señal para encontrar la página.

Este caso bien elocuentemente nos demuestra cómo muchas gentes hallan su perdición en las malas lecturas. Los padres y los educadores obran muy cuerdamente al procurar que los jóvenes se libren de la influencia tan corruptora como encierran las malas lecturas.

C. J., Congr.

Comerciante, 100 por 100

Esperan la hora de entrar a clase un grupo de estudiantes y charlan en el pasillo de la Universidad.

No tienen, en aquellos momentos, más preocupación que formar el programa para mañana, domingo. Las ocupaciones buenas y las indiferentes están descartadas del programa; únicamente pueden entrar las diversiones perniciosas. De las bocas de aquellos jóvenes salen los nombres de los locales más vergonzosos de la ciudad.

Separado del grupo, Manolo, el alumno más brillante de clase, repasa unos problemas.

Uno del grupo le interroga: —¡Manolo! ¿vienes mañana con nosotros?

Manolo se acerca y pregunta: —¿A dónde vais?

—Nos vamos a divertir en grande. Pensamos ir al Edén.

—¿No sabéis que un hombre que tiene un poco de vergüenza no puede pisar un local como éste que mencionáis?

Los del grupo prorrumpen en carcajadas y dicen burlonamente:

—¡Es verdad! ¡Es pecado!

—¿No te deja el Padre espiritual?

—¿Tendrás que ir al rosario?, etc., etc...

La voz del bedel, que llama a clase, pone fin a la chanza.

El profesor dicta varios problemas. Los alumnos miran a Manolo, implorando ayuda.

Manolo los lee detenidamente, piensa y se pone a trabajar. Al cabo de media hora ha resuelto los tres problemas. Le queda otra media hora, que dedica a hacer copias, y luego ingenia mil modos para repartir las copias entre quienes poco antes tanto se rieron de él.

Al salir del aula la alegría es general. Nadie entendía un solo problema y todos han resuelto los tres. Los compañeros rodean a Manolo y le agradecen su fino compañerismo. Recuerdan con vergüenza la escena anterior y uno de ellos, el que más se distinguió en la burla, le dice:

—Oye, Manolo, perdona lo de antes y, mira, haz el favor de decirme por qué no quieres venir mañana con nosotros.

Sencillamente—responde el aludido—; tengo un espíritu totalmente comercial. Antes de hacer una cosa, pienso primero sin con ello gano o pierdo. Vosotros me invitáis a que vaya mañana a divertirme, y yo digo: vamos a ver, Manolo: ese capital que tan generosamente te fué concedido y tantas batallas te ha costado conservarlo, ¿a qué interés lo vas a colocar? ¿al 5 ó al 6 por 100? Examino la calidad del banquero y deduzco que no voy a cobrar el 5 ni el 6, sino que el Banco va a hacer quiebra y lo voy a perder todo. En estas condiciones, amigos míos, no hay quien coloque su capital y, por consiguiente, Manolo no va mañana con vosotros.

—¿Y cuál es ese capital de que hablas?

—Discurre un poco... ¿No aciertas? "Ese capital es la gracia".

Los compañeros admiran la contestación y admiran sobre todo el aplomo y la frescura de Manolo; pero no tienen suficiente voluntad para ser como él, comerciantes del 100 por 100.

P. A., Congr.

FLORES Y FRUTOS

Núm. 260.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Marzo de 1935

Cuadro al vivo

Era un domingo por la mañana del mes de Enero.

Los socios de las Conferencias de San Vicente de Paúl—en cuyas filas figura el que esto escribe—, después de su reunión semanal en el Gymnasium, salen camino de Recaldeberri a visitar y llevar el consuelo espiritual y material a sus pobres.

La mañana está lluviosa y sopla fuerte viento.

Llegados a Recaldeberri, se hace el reparto de bonos, revistas y caramelos para los pequeñuelos. Por calle pendiente baja el agua sin encauzar; llegamos como a unas cuadras o bodegas; el caballero, a quien por primera vez acompaño, me dice: "Aquí vive uno de nuestros visitados; verás ¡qué miseria la de esta gente!"

En efecto, el caballero llama con el puño del bastón en una puerta de madera medio rota. Al punto sale una pobre mujer, seguida de cinco chiquillos. Después de saludarla, pasamos a su única habitación, por una especie de pasillo, recubierto de tablas de madera, para no pisar tierra mojada.

Son las doce y media de la mañana y tienen encendida la luz; miro a mi alrededor y no veo ni ventana, ni agujero por donde entre ni luz ni aire. La poca ventilación y claridad entra por la puerta de la calle.

No refiere la pobre mujer sus calamidades: cómo su marido está sin trabajo hace más de un año; que tienen cinco hijos, uno de ellos, un angelito de dos años, murió y subió al Cielo dos semanas después de nuestra visita. ¡Gracias a estas benditas Conferencias vivimos—exclama, agradecida—pues de lo contrario, no sé lo que sería de nosotros y moriríamos de hambre!

Con motivo de una pregunta que le hacemos, nos cuenta la historia de aquella choza.

—Miren ustedes—comienza diciendo la pobre mujer—, aquí tenían las cuadras de unos cuantos cerditos. Resultaba que por la excesiva humedad, falta de aire, malas condiciones higiénicas... los animalitos cogían con mucha facilidad reumas y otras enfermedades, de cuyas resultas morían. El dueño del rebaño, en vista de esta contrariedad, lo trasladó a otro lugar más seco e higiénico. Puso estos tabiques de madera que ustedes ven, blanqueó las paredes y lo arrendó por habitaciones. Como era pequeña la renta—sigue diciéndonos—y mi marido apenas ganaba, no nos quedó más remedio que venir a vivir aquí.

—Hace poco tiempo—continúa la infeliz—vinieron los encargados del servicio de higiene del Ayuntamiento y desahuciaron estas viviendas; ¡pero dónde vamos nosotros!—exclama, asomándole las lágrimas a los ojos—...; apenas tenemos para comer; y no podemos salir a la calle por falta de ropas, y si ésto fuese un mes, dos, tres..., pero comprendan ustedes, llevamos casi dos años en esta situación, sin esperanzas de mejora.

Este relato—que si no lo hubiese visto no lo creería—me impresionó mucho.

Después de hechas las visitas a los otros pobres, regresamos al centro de la población.

Al encontrarme en mi casa, con la mesa puesta, todo en su sitio..., me acuerdo de lo que acabo de oír y ver.

Ciertamente—se deduce de este cuadro—lo desagradecidos que somos. ¿Por qué no estaré obligado a vivir entre tanta miseria como aquella sufrida familia? Estos humildes sentimientos cristianos los debo a las Conferencias de San Vicente de Paúl, que nos enseña a practicar la verdadera caridad cristiana, que, juntamente con la catequesis, podrán reformar esta Sociedad tan desquiciada.

A. D., Congr.

Aprende a responder

Voy a narrar dos hechos que, cortados por un patrón parecido, nos muestran a las claras la mejor manera de responder; no con palabras, con hechos.

Un joven estudiante en París, ha dejado entibiarse el ardor de su fe. Con los estudios se va olvidando de Dios, cuando he aquí que un día, discutiendo con unos amigos sobre cuestiones religiosas, toma el partido de Dios, según le dicta su noble carácter. En la discusión, uno de los

Universidad de Deusto
Biblioteca

amigos, para hacerle callar, le suelta este argumento, a su parecer decisivo:

—Tú que defiendes a la Iglesia, ¿cuánto tiempo hace que no te has confesado?

Calla un instante maestro joven, conociendo la razón que los contrarios tienen; pero pronto se repone:

—Tu argumento—contesta—perderá toda su fuerza desde mañana mismo. Mañana me confesaré.

Hay tal tono de firmeza en su voz, que todos callan. Y al día siguiente el joven se confiesa, iniciando un rotundo cambio de vida. Ese joven se llama García Moreno.

Otro caso paralelo. Ocurre también en París por el mes de mayo de 1833.

Un grupo de estudiantes tiene unas conferencias históricas sobre Religión. En una de ellas un impío ataca a la Iglesia. Se levanta a defenderla un joven católico, pero el atacante le interrumpe:

—Todo eso que dices es verdad; pero es antiguo. La Iglesia actual está muerta.

El defensor expone entonces magistralmente las obras de la Iglesia actual: orfanotrofios, hospitales, asilos, misiones...

—Sí, sí, muy bien, le contesta el otro, pero vamos a ver. Vosotros que os llamáis creyentes, ¿qué obras de caridad hacéis?

Callan humillados los defensores, y al salir de la reunión van decididos a dar cumplida respuesta.

La respuesta la dan, fundando las Conferencias de San Vicente de Paúl, exponente magnífico de caridad cristiana, que es igual en todos los tiempos. Aquel defensor se llama Federico Ozanam.

Ahí tenéis bien a las claras, lo repito, cómo se responde mejor: con obras, no con palabras. Que por algo dice el refrán certero: "Obras son amores, que no buenas razones".

E. M., Congr.

Sacrificio bien pagado

Para ser franco, debo deciros que a mí el ir al catecismo, me costaba mucho, un verdadero sacrificio. Solíamos tenerlo precisamente en la tarde del domingo, a la hora del partido... tantos sacrificios como domingos; pero a pesar de todo, creo que en aquel curso no falté ni un solo domingo a mi puesto de catequista... Más aún, ponía empeño en poner la cara más alegre ante los niños, y ciertamente que pasé con ellos unos ratos muy agradables; pero mi mayor felicidad era al volver a casa los domingos por la noche, pues me parecía que el Sagrado Corazón de Jesús, que teníamos a la puerta, me decía: Muy bien, estoy contento de ti, adelante.

Pero cierto domingo de Mayo—nunca olvido aquel día—el sacrificio que se me presentó fué algo serio... Habíamos organizado una excursión a Begoña con los niños de nuestra sección: el domingo anterior les dijimos que cada uno llevase de casa un tenedor y un plato para la comida en el campo. No sé cómo se complicaron las cosas: lo cierto es que yo me encontré con toda la fila de chiquillos—cada uno con su tenedor y su plato, metiendo un ruido que parecían un batallón a tambor batiente—subiendo con ellos hacia Begoña y procurando ponerles orden... Podéis suponeros la vergüenza que me pasé y los colores que iban apareciendo en mi cara... Me vió un compañero del Instituto, y me preguntó si me había metido maestro de escuela. Bueno, aquello era como para meterse en un portal!

Yo iba, pues, bastante avergonzado; pero me acordé de que estábamos en Mayo y se lo ofrecí todo a la Virgen Santísima y seguí adelante... Me hizo mucha fuerza una frase que había oído al Padre varias veces: Si no vencéis el respeto humano, no valdréis para nada. Y me empeñé en vencerlo.

Y ¡qué bien me ha pagado el Señor aquellos pequeños sacrificios hechos por sus niños! Al año siguiente de esta peregrinación memorable, entré en la santa Compañía de Jesús, y ahora es posible que me destinen a las Misiones de infieles. Con nada podía la Santísima Virgen pagarme mejor.

M. A., Congr.

Baratito ganó el cielo

Entre mis discípulos del catecismo había uno de 10 años que era un verdadero ángel.

Tenía no sé qué enfermedad al corazón; su mamá le decía que no madrugase; pero allí le teníamos todos los días, siempre de los primeros, siempre sonriente, ¡y su casa distaba hora y cuarto de la iglesia donde teníamos el catecismo!

A mí me llamaba mucho la atención, y su madre solía decirme que le castigase, si hiciera falta; pero nunca merecía castigo, sino alabanzas.

Cierta mañana, mientras estábamos en la explicación del catecismo, comenzó a llover a torrentes como acostumbra en mi tierra. Terminamos nosotros, pero el agua llevaba traza de no terminar... Entonces advertí que mi pequeño héroe, al salir de la iglesia, se quitó su capa, se la puso a un niño pobre, y sin darle tiempo a que se la devolviese, echó a correr hacia su casa...

Aquel día yo les había hablado de la caridad; les había dicho las palabras de Jesús: "Todo lo que hacéis a un pobrecito por Mí, lo hacéis conmigo". Sentí un gran consuelo, al ver que mis pobres palabras no habían caído en tierra estéril. Pero...

A los pocos días murió aquel niño. Se le agravó el padecimiento al corazón, según decían los médicos; se lo llevó el buen Jesús, antes de que un mal amigo le robase la bellísima inocencia que adornaba su alma, según decíamos a su madre para consolarla. Y ella decía que sí, que en medio de su pena, tenía el gran gozo de tener un hijo, un ángel en el cielo, que estaba muy contenta, que bendita sea la voluntad de Dios.

Yo también siento un gozo muy hondo al pensar que uno de mis niños del catecismo me está pagando desde allá arriba lo poquito que pude hacer por él.

A. M., Congr.

Otra ganga

Cierto domingo, cuando ya estábamos para terminar, se nos presentó una jovencita de unos quince años, que se detuvo tímidamente en la puerta, como quien quiere entrar y no se atreve...

—Pase, pase si quiere, le dijimos. Y le invitamos a ponerse en la sección de las mayores.

Al terminar el último canto, según iban saliendo, la nueva oyente se me acercó y me dijo:

—Muchas gracias. He pasado un buen rato. ¿Vendré también el domingo que viene?

—Sí, sí, como quiera...

Desde entonces vino con frecuencia. La pobre nos descubrió que era de una familia muy abandonada, que ni siquiera había hecho la primera Comunión.

La animamos, la preparamos, y señalamos el día de la Inmaculada para que se acercase al altar por vez primera. Con el fin de ahorrarle la vergüenza de ir con las pequeñitas que hacían su primera Comunión aquel día, le dijimos que se acercase entre las Hijas de María. Ella lo hizo así, y estaba contentísima. —¿Cómo se te ocurrió entrar en el catecismo aquel domingo?, le preguntó una de sus amigas.

Y respondió: —Yo pasaba por allí, y de pronto sentí un deseo muy vivo de entrar a ver qué había allí dentro...

¡Fué la misericordia de Dios que le llamaba! Enseguida cayó enferma gravísima, la condujeron al Hospital, allí recibió el Viático ¡la segunda Comunión!, y murió apaciblemente.

A. M., Congr.

Dialogando la Conciencia y la Pereza

Trrr... Trrr... Son las siete.

Acabo de oír entre sueños el sonido del despertador. Hay que levantarse para ir a Misa, pero, la verdad... Trrr... Trrr... ¡Demonio de despertador! No se le ocurrirá callarse. Trrr... Trrr... Con este repique no hay modo de dormir (1). Y entonces se inicia dentro de mí este diálogo:

P.—Cierto que no se puede dormir; pero se puede uno quedar despierto en la cama. Con el frío que debe hacer fuera, no es apetecible el levantarse.

C.—¿Que hace frío? Pues no tienes más que vestirte más aprisa e ir corriendo por la calle y así te calentarás.

P.—Sí, pero al fin y al cabo, ¿qué vas a perder con no ir a Misa?

C.—Pues vas a perder nada menos que a Jesús. ¿Te parece que no tiene importancia?

P.—Todavía te queda una hora de cama. Mira; el despertador ya ha callado. Vuelve a dormir.

C.—Mira que es Dios quien te está llamando.

P.—¡Qué caliente está la cama!

C.—Son ya las siete y diez minutos. Si no te vistes pronto no llegas.

P.—¡10 minutos más! ¡Por favor!

C.—Levántate al instante.

Al fin me he decidido. Me visto aprisa y salgo corriendo. Llego a Misa, justamente cuando sale el sacerdote al altar.

Y esta escena se repite un día y otro. Y un día y otro, y algunas mañanas, llegó tarde a Misa. Veo por fin que es imposible seguir así, y tomo una resolución decisiva.

He hecho lo que aquel célebre Padre decía con frase gráfica:

He cogido a uno de los dos que había dentro de mí y le he tirado por la ventana.

Yo también he cogido a la Pereza y la he arrojado como se arroja un trasto inútil y dañino. ¡Y si supierais qué bien me va desde entonces...! Ya no dialoga más conmigo; le mando callar a la primera palabra, y más por las mañanas.

T. L., Congr.

(1) Todas estas reflexiones me las hago con la cabeza entre las sábanas.

¡Cómo oye Jésús a los niños!

Era la fiesta de la Inmaculada. El patio de la casita del misionero parecía una colmena cuando la acaricia el sol de primavera y se halla cargado el aire que la rodea de un perfume de nardo. Son los niños que van a hacer su primera comunión.

Sólo Vinkna y Rayappa están un poco tristes en un ángulo del patio. El misionero les había dejado para otra vez a causa de su corta edad, a pesar de que respondieron bien al examen de catecismo.

Empieza la Misa: Allí todo es oración y recogimiento. Al tiempo de la comunión, como en vuelo de palomas, van los pequeñuelos a posarse al borde del vaso eucarístico. ¡Grato encuentro del alma pura con el Autor de la pureza!

Entre el flotar de las ondas musicales y alleluyas de la acción de gracias termina el Sacrificio Santísimo...

El banquete estaba preparado para festejar a los niños... Hay dos puestos vacíos... Vinkna y Rayappa... En ninguna parte se los encuentra... El misionero empuja la cortina y entra en la capilla. Delante del Tabernáculo Vinkna y Rayappa derraman su corazón ante Jesús:

—Jesusito, estamos tristes y, sin embargo, te amamos.

—Jesusito, te amamos mucho, y puesto que tú también nos amas, ven a nuestro corazón.

—Sí, ven el domingo que viene.

—Jesusito, haz que el Padre consienta en ello.

—Sí, y también Sinhadri, el catequista.

El misionero dominó su emoción y como si nada hubiera oído se puso ante ellos: —¡Qué bien...! Se os está buscando por todas partes y vosotros...

—Queremos hacer nuestra primera comunión...

Universidad de Deusto
Biblioteca

Buen modo de prepararos con una desobediencia...

Así lo hemos dicho a Jesús.

El domingo siguiente la capilla del misionero estaba como el cielo No era la fiesta de la Inmaculada, pero sí la de los lirios inmaculados: Vinkna y Rayappa.

Los dos tenían esa blancura inviolada de las flores que acaban de abrirse y ostentan en sus cálices las gotas de rocío como diamantes.

Aquellos "dos lirios" se inclinaron, y el que escoge su manjar entre los lirios descansó en sus corazones.

Jesús vino a ellos, y con El vino la felicidad. Vinkna y Rayappa ya no están tristes.

S. M. M., Congr.

A tiempo escarmentó

Son las diez de la noche. Se oye el murmullo de una plegaria, en la cocina de una humilde casa: una mujer está rezando y dos lagrimones le resbalan por las mejillas. Dos angelitos, un niño y una niña, de 9 y 7 años, respectivamente, son los que con sus voces angelicales corean el rezo del Santo Rosario.

El niño se queda mirando a su madre y no contesta.

—¿Por qué no rezas, hijo mío?

—¿Por qué lloras tú? Y el pobre niño, presintiendo que algo ocurre, rompe a llorar. ¡Ha notado algo raro en su madre!

—¡Calla, Juanito, calla! ¿No ves? ¡Sólo han sido unas lágrimas!

Terminada la letanía, la madre acuesta a sus hijos... mientras tanto su marido está emborrachándose con varios malos amigos, en la taberna próxima.

—¡Dios mío! ¿A qué hora volverá hoy? ¿Cuándo dejará esas malas compañías? "Si hace falta, dar mi vida para que él se salve, tómala, Señor".

De pronto se oye el ruido producido por unos pies al arrastrarlos por los peldaños de la escalera. Es Juanón que llega a casa.

Breves momentos se perciben las pisadas... De repente se siente un fuerte ruido, producido por el choque de un cuerpo contra los peldaños de la escalera.

La mujer sale rápidamente y ve un cuadro que la deja anonadada.

Su marido yace en el suelo, sin conocimiento, y tiene una gran brecha en la frente, por la que sale abundante sangre.

El niño al ruido despierta, caliendo a ver lo que ocurre y se encuentra con su madre, que arrastra a duras penas a su padre, que está completamente embriagado. La madre, con una seña imperativa, manda a su hijo a la cama.

El susto que recibe el pobre niño no es para describirlo; llorando muy bajito vuelve a su cama y a pesar de sus nueve años, comprende entonces por qué lloraba su madre. En toda la noche no puede Juanito dormir, pero ha rezado mucho a la Santísima Virgen para que su padre no se condene.

La mártir del hogar ya tiene quien le acompañe en el sufrimiento... Han pasado tres meses y la carroza de la Funeraria se lleva el cuerpo del infortunado "Juanón", que ha muerto alcoholizado.

Antes de morir ha dado un último consejo a su hijo.

"¡Juanito! Nunca te emborraches ni des disgustos a tu madre".

Perdón pido a todos y en particular a vosotros tres, que sois los más perjudicados.

Han pasado 14 años. Juanito es todo un hombre; está empleado en una gran casa y gana un buen sueldo.

Los compañeros de Juan proponen a éste que les acompañe a una cena que han encargado para el domingo.

—Verás lo que nos vamos a divertir. Muchos quedaremos completamente borrachos.

Juan pierde el color, se ha acordado de la escena de aquella noche horrible y del último consejo de su padre. —"¡Juanito! ¡Nunca te emborraches ni des disgustos a tu madre!

—¡Cómo! ¿Borrachos habéis dicho? ¿Un día de santificación como es el domingo, queréis que yo lo mude en día de juerga?

¡Nunca! ¡Jamás haré llorar a mi madre!

Juan marcha a casa y al entrar, su madre nota que viene un poco demudado.

—¿Qué te pasa, hijo mío?

—Nada, que querían que fuera a una cena, en la cual se emborracharían casi todos...

—¿Y qué les has contestado?

—¡Que no!

—¡Bien hecho!

Es la noche del domingo. Son las nueve y media. Juan llega a casa y acto seguido empiezan a rezar el santo Rosario; lo mismo que 14 años antes, la madre y los dos hijos... entre tanto los otros compañeros están emborrachándose, ofendiendo a Dios y a su Santísima Madre.

A la mañana siguiente los periódicos dan una mala noticia.

"Joven muerto a cuchilladas"...

Al volver Juan aquel día de la oficina, viene triste, y dice a su madre. La cena de ayer terminó con la muerte de un compañero nuestro.

La madre, horrorizada, abraza a su hijo, y los dos corazones unificados recuerdan aquel drama... (también a causa del abuso de la bebida) que en 14 años no han podido olvidarlo.

J. G., Congr.



Núm. 262.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Mayo de 1935

La esencia búlgara de rosas

Leí no hace mucho, en una revista, que el presidente del Consejo Municipal de París había visitado el célebre valle de las Rosas en Bulgaria. Allí admiró ese cultivo poético, al mismo tiempo que industrial, en el que los campesinos se dedican a la recolección de rosas espléndidas, cuyo perfume embalsama el ambiente en varios kilómetros a la redonda.

Las rosas son todas de un tipo único: color rosado, teñidas de amarillo en el centro. Es la flor que suministra el perfume más suave y duradero de todo el mundo; la célebre esencia búlgara de rosas, cuyo precio sobrepuja al del oro.

El tiempo de la recolección sólo dura tres o cuatro semanas. Durante este corto período los campesinos tienen que levantarse con toda su familia mucho antes de la aurora para que los rayos del sol no evaporen ni una mínima parte de la codiciada esencia.

Siguiendo el ejemplo de estos laboriosos campesinos me he dedicado a cultivar flores espléndidas, durante el pasado mes de Mayo, de las que he podido saborear sus frutos sazonados ya en los pasados exámenes.

Todas las mañanas de Mayo me levantaba temprano y antes que el sol evaporase ni uno solo de mis pensamientos, corría a la iglesia a oír la santa Misa y a postrarme a los pies de la Santísima Virgen.

Flor de todas las virtudes y árbol de todas las gracias, la Virgen Nuestra Señora, nos suministra perfume muchísimo más suave y duradero que el de la célebre esencia búlgara de rosas.

Fortalecida mi alma con la Sagrada Eucaristía y embalsamado mi corazón con el delicado aroma de la devoción a la Virgen, estudiaré durante el día con más ahínco, y todo lo que de lejos huela a impureza lo rechazaré como lo más inmundo.

J. V., Congr.

Terrible pesadilla

Ya hace tiempo. Era después de cenar. Mi hermanito tenía a esas horas una tendencia irresistible al sueño. Con los últimos restos de postre daba las primeras cabezaditas que ya un poco repetidas, se traducían en un posarse blandamente sobre el mantel con la cabeza entre los brazos. Cuántas veces mi madre tomaba a aquel angelito, cansado como estaba de las muchas correrías del día y de las poquitas letras que entonces comenzaba a aprender, y lo dejaba en la cama con la delicadeza que se deja una joya en su estuche.

Y así terminaba en el lecho lo que comenzó a dormir en la mesa.

La poquita luz que entraba por el balcón dejaba ver, al reflejarse sobre su rostro, una cara de ángel y unos bucles de oro.

Aquella noche se conoce que no le había sentado tan bien la cena, porque, si a la media hora hubiésemos entrado en el cuarto, hubiéramos podido ver que era víctima de una terrible pesadilla.

Con los brazos apretaba la colcha de la cama como si forcejease con alguien; tenía la frente llena de arrugas; varias veces se corrió de un lado a otro de la cama, como huyendo. Se mordía los labios como si quisiera hablar. Por fin se oyó un grito, que se repitió: ¡Mamá, mamá!

Tranquilamente hablábamos al calor del hogar, mientras se consumían unos trozos de leña, y la verdad que nos sorprendió la llamada. Mi madre, un poco sobresaltada, acudió al punto.

La cama de mi hermanito se había convertido en un verdadero campo de Agramante, sin que entre aquellas ropas, tan cuidadosamente colocadas por mi madre, fuera posible ver orden ni concierto. Mi pobre hermano estaba furiosísimamente agarrado a la inofensiva almohada, que recibía cruelísimos puñetazos, sin que por eso mi hermano dejara de pronunciar el grito de guerra: ¡Mamá, mamá!

Mi madre, ya tranquila, lo tomó en sus brazos y cosa maravillosa, al calor de los mismos y al chasquido de un beso, que dejó abandonado en la mejilla del pequeño, se abrieron sus ojos y apa-

Universidad de Deusto
Biblioteca

reció una sonrisa en sus labios, mientras echándose sus brazos al cuello le decía como después de una gran pelea: Mamá, si tú no vienes, no sé lo que me hubiera pasado.

La imagen es perfecta para algo que es de nuestros días. Si no fueran más que pesadillas las que nos persiguen... Un torbellino de pensamientos impuros, acariciados con el halago de la pasión, nos está sitiando de continuo. El que espera el triunfo de sus propias fuerzas vive en un engaño. En esta lucha, más que en ninguna, es preciso la ayuda y ninguna mejor que la de la Virgen para estas cosas realmente omnipotente.

Al hecho de levantar los ojos al cielo y decir "María", Madre nuestra cariñosa, desaparecen las tentaciones, como se disipa la niebla a la salida del sol, como huían las pesadillas de mi hermanito al beso cariñoso de mi madre.

P. T., Congr.

Este lo entiende

Como me lo contaron te lo cuento. Comenzaba así: Nos hallamos ante el célebre monte Calvario. En él, el Redentor del mundo, clavado en la cruz de tus pecados. Rodeándole, entre otros, unos malvados que se mofan y le insultan. Por otro lado, Cristo ha recibido tus azotes, tus clavos y espinas, que le han hecho derramar su sangre divina. Como consecuencia de ello, su santa faz está desfigurada... no parece hombre... el pobrecito abre sus ojos tan sólo a ratos... es que ya no puede más.

Al pie de la cruz, presenciando este impresionante cuadro, está María, su Madre. ¡Y cómo sufre!: los padecimientos de su divino Hijo, los padece también Ella.

Jesús, advirtiendo la amorosa presencia de su Madre, exprimió como pudo la sangre de los párpados, y abriéndolos, los enclavó en los de la Madre. Seguidamente, señalando con la cabeza a San Juan, la dijo: **"Mujer, he ahí a tu hijo"**; y señalando a María, dijo a San Juan: **"He ahí a tu madre"**.

Hasta aquí lo narrado. Ahora deduzco:

Con este maravilloso y sublime acto, la Madre de Dios nos adoptó a todos por hijos suyos. ¡Y qué buena Madre tenemos! ¡Cuánto nos ama! ¡Siempre preparada a abrir la fuente inagotable de gracias y favores! ¿Y no acudirás a Ella?

La Virgen ruega que te acuerdes, por lo menos, en dos ocasiones:

1.ª Que al levantarte y acostarte le reces tres Avemarías.

2.ª Que cuando te veas en algún peligro o tentación, acudas a Ella en la seguridad de que tu verdadera Madre evitará la caída.

Si así lo haces, Jesús abrirá su Corazón para que la Virgen deposite en él el tuyo, a fin de que nadie, ni conversaciones, ni cines, te arrastren al pecado impuro.

Te advierto que he puesto en práctica el ruego de la Virgen, y si supieras qué bien me va, seguramente harías otro tanto.

¿No quieres hacer la prueba?

J. Z., Congr.

Lo más seguro

Se lee en la historia de D. Sancho, Rey de Navarra, que hallándose en Alfaro, y en presencia del Arzobispo de Toledo y de los Obispos de Calahorra, Plasencia, Osma y Tuy y de varios dignatarios eclesiásticos, le fueron a visitar, fingiendo sumisión, D. Lope de Haro y su yerno D. Juan. Mas al ir a besarle éstos la mano, como les pidiera el Rey juramento de fidelidad y, en prenda de ella, la entrega al punto de sus castillos, no sólo se negaron a ello, sino que, después de proferir graves injurias contra el Rey, sacaron sus espadas y atentaron contra él y sus cortesanos. Pero muerto D. Lope a mano de éstos, y perseguido espada en mano por el mismo monarca, D. Juan huyó y se acogió al aposento de la Reina. Ella se puso delante de él para ampararle, y pudo tanto con sus ruegos y lágrimas, que le libró de la muerte.

¡Cuántas veces, en nuestra ciega soberbia, lejos de rendirnos humildemente ante nuestro Rey y Dios, Jesús, agradeciéndole tantos beneficios como nos ha hecho, le hemos ofendido y hemos atentado contra su misma divinidad! Y ¡cuántas veces, la Reina de los cielos y Madre nuestra, por las tres Avemarías diarias, se ha interpuesto ante la Justicia divina, dispuesta a descargar sobre nosotros y nos ha alcanzado plazo para arrepentirnos y la gracia del perdón y vida con una nueva confesión!

Si os habéis hecho dignos de la justicia de Jesús, acudid a María; Ella os salvará.

F. E., Congr.

Dos recortes de cartas

"... sobre todo, lo que más alegría me causó, fué el encontrarme con tu Virgencita, con **mi Virgencita**, que ahora es de los dos, a la que debes tantísimos favores, y en especial el singularísimo de haberte llevado y mantenido en la Compañía, en cuyo seno te sientes tan feliz... Yo, por mi parte, te agradezco en el alma esa prueba de sincero cariño; te prometo hacer todo lo posible por tener siempre contenta a nuestra querida Virgencita.

Todos los días, al dirigirme a Ella en mis oraciones, no dejo de pedir por tus necesidades, y al hacerlo así, me parece sentir que escucha solícita mi pobre súplica, dándome a entender que nunca nos ha de faltar su amante protección... Te repito las gracias por tu obsequio, el mejor que has podido hacerme...

(20-11-1934)".

"... pues todas las noches, al dar gracias a nuestra dulce Virgencita, no dejo ni una sola de pedir por ti..., a quien tengo que agradecer el verme amparado por esta Madre amantísima, todo dulzura y bondad. Siguiendo tus consejos, colocada sobre la mesa, es Ella quien preside mi estudio; me ayuda, anima y alienta, nunca me desampara. Es mi Madre cariñosísima; con su dulce mirada

me anima a proseguir sin desmayo en la lucha; mi Maestrita buena y querida que me ayuda a formar mi voluntad en el estudio. A ella acudo con amor y confiado cuando el enemigo me tienta a abandonar el trabajo y distraerme; porque debo decirte que peco de voluntad débil, aunque estos últimos tiempos, gracias a Ella, he mejorado muchísimo. Me consuela cuando estoy triste, participa también de mis alegrías y, en una palabra, es mi Ideal, en quien espero, confío y amo. Por Ella espero que su amado Hijo, mi Jesús, se apiade de mí... Perdóname este ratito de expansión que he tenido contigo...

(3-4-1935)".

Por qué confío tanto

Imagínate a un hombre, bueno, honrado, sin tacha, cubierto de miserias; hazle además responsable de todos los crímenes y males sucedidos; y bajo este aspecto tan repulsivo, preséntaselo a su padre, hombre inmensamente rico y poderoso; tanto que no hay otro personaje más influyente en la tierra.

Este padre ama inmensamente a su hijo; es hijo único y le ama como a sí mismo; es su único consuelo.

¡Qué indignación! ¡Qué furor el suyo!: ¡Su hijo, su querido hijo, convertido en un retablo de miserias! Ni el padre le conocía; no parecía sino que le habían echado encima lodo e inmundicia como para con ello sepultarle.

¡¡Ah!! ¡Caro iba él a hacer pagar a los que así le habían desfigurado!: Comienza a dar órdenes a sus criados: —¡¡Pronto!—clama imperiosamente—; ¿quiénes han sido? que me los traigan; quiero vengar esta ofensa que me ha sido inferida a mí mismo en la persona de este mi querido hijo.

Mas ¿qué pasa?... Una señora, todo dulzura y bondad, vestida modestamente, se acerca a aquel hombre; empieza a limpiarle y a curar sus heridas, y le deja del todo limpio. ¡¡Ay!! ¡Cómo cambia ahora la escena! Aquel padre se suaviza, abraza a su hijo, lo olvida todo, como si lo pasado hubiese sido puro sueño; su brazo ya no se extiende vengativo y lo coloca ahora cariñosamente sobre la cabeza de su hijo.

* * *

Decidme: ¿no es cierto que esto es un vivo retrato de...? (¿ya lo sabes?).

¿No han sido tus pecados y los míos, los que pusieron a Jesús en estado tan lastimoso, que cuando Pilatos lo enseñó al pueblo, tuvo que decirle: "He aquí el hombre"? ¡¡Ni figura de hombre tenía!!

¿Ya sabéis también quién fué la Señora que con su finísimo amor consoló a su hijo cuando más sufría y alivió cuanto pudo aquel desamparo y aquellas afrentas y sufriendo como nadie cumplió el oficio de corredentora?

¿Piensas tú por ventura que los sufrimientos de María no formaron parte de la obra de la redención?

Así fué; María aplacó la ira de Dios; gracias a Ella, si has tenido la desgracia de pecar... no estás donde merecías.

Piensa esto y dime si después no sentirás asco enorme al pecado y sobre todo al pecado impuro.

J. B., Congr.

Apostolado de la tortilla

El celo es ingenioso. Recuerdo haber leído un caso pintoresco de acción y apostolado católicos. Erase un viajante de paños. Su forma de vida no le permitía dedicarse a un amplio apostolado católico, pero se ingenió en uno muy acomodado a sus circunstancias y que él llamaba con gracia "el Apostolado de la tortilla". En efecto, todos los días de abstinencia acudía a la fonda más concurrida y allí, con decisión y sin vergüenza, pedía su tortilla, diciendo que aquel día no comía carne porque así lo mandaba la Santa Madre Iglesia. Aquella valentía animaba a muchos a seguir su ejemplo.

¿Cómo poder enumerar todas las formas de acción católica?

A. C., Congr.

Quiero ser sacerdote

A la sombra del baobab, Mapuyi sueña con los ojos absortos, sumidos en la lejanía. Se le pasan así las horas, los días enteros. ¿En qué piensa este recio muchachote negro?

La Hermanita blanca le pregunta:

—Mapuyi, ¿en qué piensas?

El se le queda mirando indeciso; por fin responde: —Quiero ser sacerdote.

Sor Inocencia sabe bien que éso no es un fugaz capricho; y observa que desde aquel día, Mapuyi es el más puntual.

Mas, ¡ay!, las ilusiones no se realizan tan fácilmente. Un día, Mapuyi tuvo que abandonar la escuela.

—Ahora, seguramente, me llevarán al Seminario, pensaba.

Pero el Seminario no tiene ya becas, ni la madre de Mapuyi, viuda y pobre, dispone de las sesenta libras esterlinas que hacían falta para su pensión...

¿Dónde encontrarlas?

No muy lejos había una granja. Hacía falta un pastor. No era lo que más podía halagar a Mapuyi; pero no había otra cosa. Se ajustó y calculó cuánto tiempo de ahorro necesitaría para poder entrar en el Seminario.

Una tarde la fatiga y la sed le tenían postrado bajo el árbol, único de aquella planicie, donde pacía su ganado. La sequía se prolongaba mucho. Y él, distraído, había volcado la provisión de agua de su cantimplora.

Le sacó de su abstracción un antílope, que se acercaba; un pobre antílope flaco y lacio, consumido de hambre y de sed; sus ojos embotados se hundían en las órbitas sanguinolentas; de las fauces entreabiertas pendía una lengua reseca; sus narices se dilataban anhelando un soplo de brisa.

¡Qué contraste con aquel altivo y gracioso animal de otro tiempo, esbelta la testa, el aire grácil y la carrera agilísima!

Universidad de Deusto
Biblioteca

—Dios mío—dijo Mapuyi—. ¡Pobre bestia! ¿Qué ha hecho para merecer esa triste suerte? ¡Qué bien le sentaría una lluvia!

El antílope, abrasado por la sed y el bochorno, arrastraba penosamente su cuerpo hacia el árbol en que se resguardaba Mapuyi, el único de la llanura. Pero al llegar más cerca, advirtió que había un hombre; se detuvo y sacudió, como desesperanzado, lentamente la cabeza.

Pablo adivinó por qué el animal no osaba avanzar, cogió su sombrero, se levantó, y marchaba murmurando:

—Acércate sin miedo, animalito de Dios. Yo esta tarde tendré agua; pero tú, ¿cuándo la tendrás?

Caía la tarde. Mapuyi con la cabeza como un horno y el cuerpo rendido y deshecho del calor y peso de la jornada, recogió su ganado y emprendió el regreso hacia la granja.

Una brisa húmeda anunció las cercanías de un pantano, y la grey, acuciada por la sequía, corrió alborotada a saciar su sed. ¡Agua, agua, agua!, parecían gritar con sus relinchos y balidos.

Su mala fortuna hizo que la alborotada aparición del rebaño espantara un bando de palomas torcaces, que reposaba en los árboles del margen.

Y Mapuyi escuchó la voz agria del hijo del granjero, que le gritaba:

—Estúpido, cafre, ¿no ves que has espantado la caza que tenía ya al alcance de mi fusil?

Se quedó de una pieza. Y de su estupor le sacaron los empujones bruscos del cazador, que lo arrojaba de su servicio.

Mapuyi se fué meditando:

—Yo pido a Dios que envíe la lluvia para todos, aun para las bestias. Todo el Kalabari la implora, menos mi amo, que con la sequía tiene a la mano las pobres palomas, que se mueren de sed.

Aquella noche la pasó Mapuyi en descampado. Y en su febril insomnio veía el antílope angustiado y laco, y a las palomas abatidas sobre la charca...

¿Qué haré?, se decía. Iré a las minas de oro de Yohannesburg, y allí, donde tantos encontraron la muerte del alma, ahorraré penique tras penique para lograr un día la gozosa gloria de llegar a sacerdote.

Han pasado tres años: Mapuyi terminó su contrato en la mina de oro, y ahora echa una mirada a su pasado en aquel subterráneo casi infernal. Los cabellos se le erizan al recordar el calor tórrido, la atmósfera pesada de los pozos, el aire corrompido que le roían los pulmones, las conversaciones endiabladas, la humedad penetrante, las paredes viscosas, el agobiante vapor que le empapaba todo. Añádase a todo esto la trepitación estrepitosa de la perforadora para meter los cartuchos de dinamita, los malos tratos de los negreros inhumanos, la bestialidad de tantos compañeros embrutecidos por el alcohol y los más sucios placeres...

Pero todo se acabó: fatigas, seducciones, peligros, tiranías...

Y Mapuyi posee ya sesenta libras, fruto de sudoroso trabajo.

Se fué a Mariannhill. Allí se presenta demudado y trémulo en el locutorio. Llega el Padre y sin preámbulos: Padre, le dice, quiero ser sacerdote. Me dijeron que hacían falta sesenta libras; aquí las tiene. Me han costado tres años; he aguantado el hambre, la fatiga, los insultos; he trabajado como un forzado; pero, ya soy dichoso.

El Padre le escucha con emoción profunda. ¡Qué hermosa vocación!

Pero qué pena le dá al reparar en el rostro ceniciento de Mapuyi, y en su respiración corta y penosa.

—Habrá que consultar al médico, le dice.

El doctor confirmó los temores del Padre. No había afrontado impunemente el infierno de la mina. Una tisis incurable se agarraba a su pecho y destrozaba sus pulmones.

¡Cómo le cuesta al Padre dar a Mapuyi la terrible noticia! Comienza con insinuaciones... Pero el enfermo lo adivina al punto. Se echa a temblar. Con la mano sobre la boca ahoga un hondo sollozo.

—¡Ya me lo temía, Padre! La tos me ahogaba por la noche, ¡qué sudores fríos!, ¡me lo temía!; pero aún no he perdido la esperanza.

—Mapuyi, hijo mío, nadie sabe lo que Dios te tiene preparado. Guarda tu dinero, compra un terrenito junto a la Misión; te haremos una casita aquí, cerca de nosotros, y podrás llevar vida reposada y confortante.

—No, Padre, no he trabajado para eso tres años en las minas. Yo quería ser sacerdote, y para eso ahorré mis sesenta libras. ¡Ah! ¡Si las hubiera tenido hace tres años!

—Padre, ¿no habrá algún negro que esté en mi caso? Toma este dinero para él. Yo ya no lo necesito. Que él ocupe mi plaza. Yo me vuelvo a las minas; que muera aquí o allá, nada me importa. Y, en cambio, si yo vivo algunos años, colmaré mis ilusiones; en vez de un sacerdote, Dios me concederá que sean dos los que lleguen al altar.

Y Mapuyi, el cafre bueno, ha vuelto a las minas de Yohannesburg. Han pasado meses. Su mirada es más apagada, su aspecto más demacrado, su respiración más corta y fatigosa. De día en día se siente morir.

—¡Oh, Dios mío—dice con fervor—, que todavía me faltan cinco libras! ¡Detened al ángel de la muerte! ¡Señor, que con cinco libras más yo podré tener mi segundo sacerdote!...

A. T., Misionero.

¡Cómo me avergüenza a mí este relato, a mí que estoy pensando todo el día en estudiar y molestarme lo menos posible y en divertirme a todas horas.

J. M., Congr.

FLORES Y FRUTOS

Núm. 263.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Junio de 1935

¡Hace falta...!

A la entrada del instituto y a la salida de la iglesia; en los cines, en las playas, en los escaparates; y hasta por las plazas y los montes, se deberían hoy poner grandes carteles sonoros y luminosos que anunciasen día y noche:

¡HACE FALTA UN VALIENTE!

Así es, amigos míos: basta salir a la calle en nuestras ciudades, basta conocer, aunque sólo sea por referencias, el mundo en que vivimos, que **es un mundo en estado de pecado mortal**, para concluir que la valentía es el estado obligatorio de la simple virtud.

¡Oh! Bendita sea la bondad de nuestro Dios, que para mi consuelo y para consuelo de los que son como yo, inspiró a su Apóstol esta página dulcísima y le mandó que la escribiera entre las visiones de su Apocalipsis:

Era una vida vulgar, encariñada, como tantas de ahora, con las comodidades y dineros de acá abajo. "Soy rico—decía—y acaudalado, y de nadie tengo necesidad".

Al punto le respondió el Señor por medio de su enviado:

—"Eres mísero y miserable y pobre y ciego y desnudo. Conozco tus obras: no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueses caliente o frío! Mas porque eres tibio y ni frío ni caliente, estoy para arrojarte de mi boca..."

¡Arrojarlo como se arroja lo que repugna! Pero sigamos leyendo. A este mismo, al ángel de la Iglesia de Laodicea, añade el Señor:

—"Te invito a comprar de mí el oro probado con el fuego para que te enriquezcas de verdad... **Yo reprendo y castigo a los que amo.** Estimúlate y haz penitencia. Mira que yo estoy a la puerta y llamo. Si alguno oyere mi voz y me abriere la puerta, entraré a él y cenaré con él y él conmigo. Al que venciere, le haré sentarse en mi Trono, lo mismo que yo vencí y me senté con mi Padre en el Trono de El..."

¿Qué te pide a cambio de tantas riquezas? **"Oye mi voz, ábreme la puerta".** Si hubiera un camino rápido y seguro para oír la voz de Jesucristo que está llamando y para abrirle la puerta del propio corazón antes de que pase de largo, ¿no es verdad que tú emplearías en seguida ese medio para transformarte, para elevarte, para llegar a ser valiente, héroe...?

Existe ese medio, está más cerca de lo que te imaginas... Unos lo han llamado **tesoro escondido**; otros **máquina de santidad**: "es una máquina en que entra un tunante y sale un santo"; otros **abismo de toda suerte de bienes; esfuerzo del amor de Dios** que quiere favorecer a los hombres de estos últimos siglos: **redención amorosa**... Ya habrás comprendido que este tesoro infito es... la verdadera devoción al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo.

¿Y cómo empezaré a ser verdadero devoto del Corazón Sagrado de Jesucristo?, se te ocurrirá preguntarme.

El Obispo de Málaga enseña un modo fácil y fecundo para empezar:

"Aunque nada sientas—dice—, repite con frecuencia esas palabras benditas: Corazón de Jesús... Sagrado Corazón de Jesús... Corazón de mi Señor Jesucristo... hazme perfectísimo amador y apóstol de tu Corazón amable, de tu Corazón santo..."

Di estas palabras primero con los labios, ya descenderán al Corazón. Luego pregunta, lee, ora, visítale en el Sagrario...

Amigo mío querido: ¡hace falta un valiente!

¿Y tú?

Tú serás invencible si te haces valiente según el Corazón de Jesús, porque **cuanto más** confíes en El, **tanto más** le obligarás a que te ayude, a que te santifique, a que ponga a tu disposición todos sus tesoros, que son los tesoros de Dios.

V. C. R., Congr.

La salvación de Luis

Estamos en un centro minero del Estado de Zacatecas (Méjico). La sirena de la fábrica anuncia que ha terminado el trabajo del día. Cogió cada obrero su chaqueta y

Universidad de Deusto
Biblioteca

comenzó a moverse alegre aquel río de hombres por la carretera hacia sus casas. En este momento se oyen gritos pidiendo socorro. Corre la gente hacia donde salen las voces:

—¿Qué pasa?—preguntan—; y pronto suenan varias frases entrecortadas:

—¡Luis, el albañil, ha caído de ese andamiaje y se ha roto las dos piernas, y medio rota tiene también la cabeza!

—¡Corred, llamad al médico!

—Yo voy a traer al Cura.

—A su madre, que es viuda y con sólo este hijo, ¿quién se encarga de comunicar esta desgracia?

Su madre era una cristiana excelente y como tal educó al joven. Este, de muchacho, ayudaba las misas de su iglesia: era un hijo obediente y cariñoso; pero, después, el influjo de malos amigos, cines y periódicos venenosos, casi acabaron con su fe.

Llegó el médico, reconoció al herido, que de cuándo en cuándo lanzaba quejidos débiles, y mandó conducirlo al hospital.

Una vez allí, llegó la pobre madre desconsolada y dando gritos:

—¡Hijo mío, hijo mío, mi única esperanza!

Quiere abrazarle, pero el doctor se lo impide diciendo:

—Señora, no le toque, porque le va a causar mucho dolor. Conviene ya llamar al señor Cura, porque su hijo dentro de una hora dejará de existir.

Contesta la madre:

—Señor doctor, mi hijo tiene que sufrir mucho todavía esta noche. El señor Cura está fuera, mañana vendrá a decir la misa, y mi hijo no morirá hasta confesarse, porque de joven hizo los nueve primeros viernes.

—¡Que se nos va por momentos, señora!, insistió el médico.

La dolorida madre quedó junto a la cabecera de su hijo y pasó la noche rezando rosario tras rosario... ¡y la fe y la esperanza de aquella madre dejaron fallidos los cálculos del doctor!

A su ejemplo, el herido parecía cobrar fuerzas y procuraba rezar...

Así pasó aquella larga y amarga noche. Sonrió la mañana llena de consuelo para madre e hijo: llega el señor Cura, prepara a Luis con toda tranquilidad, y el joven dulcemente, como quien descansa después de mucho sufrir, entrega su alma a su Criador.

Su buena madre, en parte con el alma desgarrada por esta pérdida y en parte llena de gozo por el dichoso fin del hijo, no cesaba de decir: ¿No había de morir santamente, si había hecho los nueve primeros viernes del Corazón de Jesús?

Este hecho es rigurosamente histórico, relatado por un testigo presencial, y son tantos los casos parecidos, que en el "Mensajero" de 1929 se habla de un libro entero compuesto para referirlos...

¡Qué verdadera es la invocación de la Iglesia! ¡Corazón de Jesús, esperanza de los que mueren en Ti!

¡Y qué fiel es el Señor en cumplir sus promesas: **Los que comulguen nueve primeros viernes de mes seguidos, no morirán en mi desgracia!**

F. B., Congr.

Tremendo contraste

En una humilde casita vive un religioso víctima de una enfermedad que no tiene remedio: la enfermedad de tener muchos años.

Un día se sintió peor que de costumbre: pensó que se moría y ¿sabéis que hizo? Se levantó de la cama, se vistió como pudo y pian, pianito, fué a la capillita.

Allí se arrodilló ante el Sagrario, cerca de su Jesús, a quien siempre había procurado tener contento... allí estaba hablando con El, como con un amigo íntimo... Pasó tiempo, y los de casa cayeron en la cuenta de que el buen anciano no estaba en su lecho... ¡oh, qué le habrá pasado?

Le buscan... ¡está en la capilla!

—¿Qué hace aquí, Tomás?

Y él responde con toda sencillez:

—Me ha parecido que iba a morirme ya; y he venido a morir cerca de Jesús...

Así, con una sonrisa de alegría en los labios... Es que para los amigos de Jesús, morir no es más que salir de la cárcel y volar al descanso, a la felicidad, al gozo sin fin...

En cambio...

Este caso nos lo cuenta un misionero joven de China, condiscípulo mío, que en 1933 partió a la misión de Wuhu:

Un bonzo lleno de fanatismo y de soberbia quiso hacerse famoso, quiso que todas las gentes venideras se acordasen de su nombre y le elevasen altares. Anunció que en honor del dios Buda, había ofrecido consumirse quemado vivo en un pebetero.

El pebetero hace allí el oficio de nuestros incensarios, pero es muchísimo mayor: Tiene el aspecto de un gran caldero de bronce, sostenido por tres patas. Entre éstas y por debajo del caldero se pone el fuego, y dentro de él se echan los perfumes, que cuando se calientan producen humo oloroso

Pues bien: nuestro bonzo fijó el día y la hora de su ceremonia, invitó gente, preparó todo.

Llegado el momento, se mostraba con mucha valentía: mandó que le atasen de pies y manos; le ataron, quedó hecho un saco, y ¡zas! al caldero con él. Encendieron el fuego por debajo, y se sentaron alrededor.

Al principio, nada... allí dentro se estaba bien: pero poco a poco, aquello empezó a calentarse, a calentarse... el infeliz bonzo comenzó a caer en la cuenta de que es cosa horrible y espantosa abrasarse vivo; entra en razón, baja de su soberbia, ya no quiere sacrificarse a Buda, y pide que le saquen.

Pero... los de fuera no le hacen caso. El bonzo grita... grita que ya no quiere hacerse famoso, grita que no puede resistir... grita que le saquen... que le saquen por piedad...

Los de fuera no le hacen caso...

Y el fuego crece más cada vez... Y el bronce se pone rusiente... y el bonzo, dentro del caldero infernal, lanza alaridos, se tira contra los bordes, se muerde, se desespera, se abrasa...

Los de fuera empiezan a gritar y a cantar para ahogar sus gritos de desesperación, para que no se le oiga...

Y él blasfema contra Dios y contra los hombres... y así muere, achicharrado, atormentado. Aquí en infierno, ¿y después?

¿Qué os dice este contraste? El que ha servido durante su vida a Jesús fielmente, cuando le llega la última hora, va a la capilla, a morir junto a su Amigo bueno, junto a su amadísimo Señor y Padre Jesús... va a recibir sus abrazos. En cambio, el que ha servido a los ídolos... ¡infierno y desesperación aquí... desesperación e infierno después, para siempre...!

Y no sólo los chinos paganos sirven a los ídolos. También sirven a los ídolos en nuestras tierras los que se dejan quemar de pasiones bajas, los que pecan contra el Señor Dios suyo...

¿Y vosotros? ¡Vosotros sois los amigos de Jesús, los amigos de Jesús para siempre!

J. J. M., Congr.

De Corazón a corazón

Cierto día estaba Juan el Bautista con dos de sus discípulos. Y viendo a Jesús que pasaba, dice: —He ahí el Cordero de Dios.

Sus dos discípulos le oyeron hablar así, y al momento siguieron a Jesús.

Vuélvese Jesús un poquito hacia atrás, y al ver que ellos le venían siguiendo, les dice:

—¿Qué buscáis?

Ellos le respondieron:

—Rabbi (que quiere decir Maestro), ¿dónde habitas?

Les dice: —Venid y ved.

Vinieron y vieron dónde habitaba, y con El permanecieron todo aquel día. Era así como la hora décima...

¡Qué página, amigo mío, qué página del cielo! ¿Sabes quién la escribió? Uno de aquellos dos discípulos que siguieron a Jesús, y le preguntaron: **Maestro, ¿dónde vives?**

Y la escribió cuando era ya un viejecito de casi cien años de edad, cuando habían pasado setenta inviernos desde aquella escena. Pero... ¡qué bien se acuerda de todos los pormenores! **Era la hora décima**, dice con una delicadeza conmovedora.

Al sentirle que venía por detrás, Jesús le había preguntado: **¿Qué buscas?** Como si dijera: ¿Buscas dinero, honores, placeres...?

Pero él—joven puro, joven de ojos limpios—**miró a Jesús**, y ya no pudo querer ninguna otra cosa: Maestro, ¿dónde vives tú? Como si respondiera: No busco dinero, ni honores, ni placeres... Te busco a Ti, Maestro bueno: quiero **estar contigo**, vivir contigo.

Y le dice Jesús: Ven y mira...

Y aquel joven se quedó con Jesús todo el día—¡quién pudiera escuchar aquella conversación!—y desde entonces vivió con El siempre, y fué **el discípulo a quien amaba Jesús**, el evangelista y apóstol San Juan.

¡Dichoso día y feliz hora para el discípulo amado, que después de haber reclinado su frente en el pecho del Señor y después de haber padecido el tormento del aceite hirviendo por El, y después de tantos años, no puede olvidarse de aquel instante... ¡su primer encuentro con Jesús!

Al entrar a veces en la iglesia a media tarde, cuando dentro no hay casi nadie y fuera se oye el ruido de los automóviles y el bullicio de la gente alegre, he recordado aquella dulcísima y amable escena del Evangelio: —Maestro, ¿dónde vives? —Venid y ved...

¿No es más humillante un Sagrario completamente solo, que aquella casita pobre de las márgenes del Jordán?

Sí... pero también ante el Sagrario más pobre, se saborea la presencia del que es amable sobre todo amor. Una visita al caer la tarde, una visita de amigo, una visita para decirle algo, aunque no reces nada, una visita para estar con El y contarle tus cosas... y entonces se le siente como se siente el sol, al ponerse a él en los días de invierno, se le siente en el fondo del alma, con una intimidad de amigo... de Corazón a corazón.

"Si quieres agradarme mucho—dijo el mismo Jesús a un alma muy santa—, si quieres agradarme mucho, confía mucho en Mí; si quieres agradarme más, confía más en Mí, y si quieres agradarme infinito, confía infinito en Mí... nunca confiarás bastante... Yo amo mucho a los hombres..."

Tus palabras son más dulces que la miel, ¡oh Maestro bueno, Maestro mío!: Yo quiero estar contigo para decirte que puedes contar conmigo en todas tus empresas; para decirte que este mes de Junio he de fomentar en Ti una confianza absoluta: Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío; para decirte que te quiero con toda mi alma, y decírtelo sinceramente, sencillamente, varonilmente. Yo quiero estar contigo... Maestro, ¿dónde vives?

M. de I., Congr.

Quién fuera tan valiente

Aquella mañana Groschowitz (Silesia Alemana) estaba de luto. Sus calles eran murmullos de sollozos; las mujeres medio alocadas iban al lugar del suceso, anhelantes de noticias. Una vez más, el grisú, explotando en las minas de hulla hacia víctimas de su explosión a los obreros, todos católicos, de aquel pueblecito alemán.

Vayamos al lugar del suceso. ¡Qué hormiguero humano es éste, que va hacia las bocas de las minas! Niños que no se dan cuenta de la desgracia; mayores que, herméticos, no contestan a nuestras preguntas suponiendo que somos familiares de los desgraciados mineros; las legiones católicas de socorro, que están admirablemente organizadas y los grupos de salvamento de los "nazis", llegan ya ante la boca de la mina siniestrada.

Un hombre quiere entrar y no le dejan; llora y dice que quiere salvar a sus hijos queridos (es el sacerdote del Sindicato Católico); se llama Hugo Schweinfurt. Consigue que le permitan hablar al Director de la mina y corre hacia

Universidad de Deusto
Biblioteca

Dirección; tras breve conferencia, le dicen que no se logran ponerse en comunicación con los obreros, le llamarán por teléfono, y mientras se va a su parroquia a impetrar delante del Santísimo la salvación de sus hijos queridos.

Un día ha pasado y sigue al pie del Sagrario, hasta que una mano se posa en su hombro; se vuelve y oye a un niño que le dice que le llaman por teléfono, que vaya pronto a la mina, que han abierto con una excavadora un agujero de medio metro, por donde pueden comunicarse con los obreros.

Radiante de alegría abre el Sagrario y en la cajita, que ya consigo tenía, encierra varias Sagradas Formas, corre llevando el Santísimo a la mina; todos se arrodillan a su paso.

En la mina todos le esperan; los "nazis" le saludan respetuosos, y todos, hasta los protestantes se emocionan al contemplar el heroísmo del Padre católico. Bajan los ascensores hasta el lugar del siniestro, se oyen golpes de picos, tierra de carbón que cede ante las excavadoras; se para todo a la llegada del Padre que empieza a andar entre los escombros en el lugar de la catástrofe, donde el aire insano agota los pulmones. ¿Llegará tarde?...

Ya se arrastra por la abertura de quince metros hecha con la excavadora, llevando colgada del cuello la cajita con el Santísimo; con las manos trata de remover los bloques de carbón que interceptan su paso. Les oye hablar y emocionado: Ya os llega, ¡hijos, hijos!, ya os llega. Los obreros, aun sin verle le han conocido en la voz y lloran de alegría; algunos están mal heridos; otros sólo tienen rasguños; todos sienten síntomas de asfixia. Avanza, se encuentra ya entre ellos dichosísimo; les dice lo que les trae y les da la Comunión y llorando dan gracias a Dios por tanto favor.

Detrás del Padre llegan los salvamentos, con balas de oxígeno, abren sus espitas y al poco tiempo se respira buen aire; todos están alegres; los heridos son transportados con cuidado y el Padre sale con la conciencia del deber cumplido. Todos besan aquella mano salvadora a su paso; pero él se desliza como puede y no ansia otra dicha que la de retirarse a su capillita a dar gracias al Señor, a quien él le debía el buen éxito de su arriesgado salvamento.

M. G., Congr.

¿Qué haría ahora?

El gran doctor San Ambrosio, obispo de Milán, encontró un día en la puerta de la iglesia una mujer, vestida con tanta vanidad como poca modestia, que iba a entrar en el templo.

—¿A dónde váis?—preguntóla el Santo.

—Voy a hacer oración—contestó ella.

—¿Y váis a entrar en la iglesia de esa manera?... No digáis que acudís a hacer oración; vale más que digáis voy a procurar hacer el oficio del demonio y a escandalizar a los fieles. Aun cuando os vestís escogéis el color que más se parece a la carne, en medias y pecheros. Y con tono de mayor indignación le dice:

—¡Marchad de aquí! Id a vuestra casa a llorar vuestros pecados.

L. P., Congr.

Madre de temple

¿No has visto, amigo mío, la esquela mortuoria de uno de los mártires mejicanos, fusilado por los perseguidores de la Religión?

Fué repartida secretamente entre los familiares y amigos, y yo he visto una copia: ¡oh qué madre, qué madre! Pero, ¿a qué describirte el efecto que me produjo su lectura? Aquí la tienes para que la leas, para que la medites despacio:

El jueves, 19 de los corrientes,
dió heroicamente su vida por nuestra Religión
el joven
SALVADOR GUTIERREZ MORA,
a los 22 años de edad.
Su madre tiene el honor de comunicároslo.
Tulcuya, Mayo, 1927.

El que perdiere su vida por mi causa, la volverá a encontrar. (Mat. X, 39).

¡Madre de temple, madre cristiana! Muere el hijo fusilado en el vigor de su juventud, y ella tiene el honor de comunicarlo a sus amigos. ¿Cómo se explica esto? Sólo tiene una explicación y aquella madre la conocía bien: Esta vida es un paso, es un breve tiempo de prueba; y el que se deja arrebatar esta vida, cuando llega el caso de defender los derechos de su Rey y Señor Jesucristo, la encontrará convertida en vida inmortal...

Por eso, la madre mejicana tiene el honor de comunicaros que su hijo ha dado la vida por Cristo Rey.

M. A. R., Congr.

Sacristán predicador

Refiere el caso el escritor Allemand fundador de la Obra de la Juventud de Marsella.

Un protestante le había expuesto sus dudas contra el catolicismo.

—Vuestra doctrina sobre la Eucaristía es hermosa, pero ¿la cree de verdad el pueblo?

Y el protestante no acababa de convencerse.

Un día, después de una misa, entró en una iglesia y se colocó detrás de una columna y se dijo:

—Vamos a ver lo que hace este sacristán cuando esté solo. Un sacristán es un hombre del pueblo, metido en la iglesia.

Al poco rato aparece éste. Evidentemente creía que estaba solo. No obstante, cada vez que pasaba ante el Santísimo hacía la genuflexión y muy devotamente.

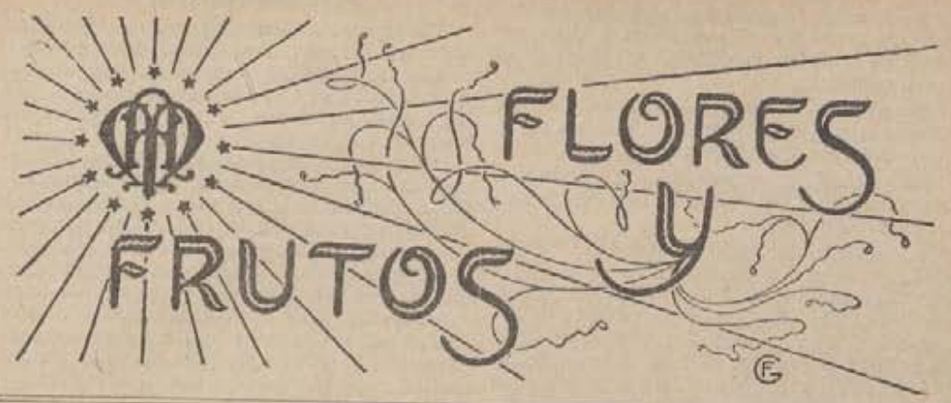
Esto conmovió al protestante.

Se fué a ver a su interlocutor Allemand y le dijo:

—Más que todas vuestras razones ha podido en mí el ejemplo de un hombre humilde que practica vuestra fe. Le contó el caso y se dedicó a estudiar a fondo la Religión Católica, y por fin la abrazó.

Sermón como éste lo podemos dar todos los fieles.

J. L., Congr.



Núm. 265.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Agosto de 1935

Recordando heróica muerte

El día 2 de Julio de 1921 murió en el Hospital militar de Larache, a consecuencia de la herida recibida el 10 de Mayo último en el combate de Beni-Gorfet, don Manuel Igual Cuarental, natural de Barcelona.

Educado por los PP. Jesuítas de Sarriá, se decidió por la carrera de las armas, y al salir oficial, después de brillantes estudios en Toledo, fué destinado a Cazadores en el batallón de Alba de Tormes, y a los pocos meses al regimiento de Alcántara, pidiendo voluntariamente en Septiembre de aquel año ser destinado al sitio de más peligro, como son las fuerzas regulares de Africa.

El día 10 de aquel mes de Mayo atacaron varios grupos de moros la posición de Beni-Gorfet, distribuyéndose de tal manera las fuerzas enemigas, que encerraron a nuestros soldados en un triángulo de fuego, y en el fragor de la lucha una bala enemiga atravesó el muslo izquierdo de nuestro oficial.

Recogido por los sanitarios, fué trasladado en camilla a un camión militar, que lo trasportó con todas las precauciones al Hospital de Larache.

Viéndose acostado en la cama tuvo el presentimiento de la muerte, y desde aquel momento no pensó más que en prepararse para morir santamente y en pedir a Dios resignación para su madre amadísima.

El mismo redactó los telegramas comunicándoles su estado; telegramas que al recibirse llevaron a su padre al lado del oficial herido.

Cuando entró éste en el Hospital de Larache, a las siete de la mañana, él ordenó al sanitario quitara inmediatamente los vendajes para mostrarle la herida, que le había ocasionado ya en días anteriores temperaturas de 39 a 40 grados; pero, que en aquellos momentos no alcanzaba más que a 38.

«Aprovecharé tu visita, le dijo a su padre, para recibir los Santos Sacramentos; y desde luego pued s llamar a nuestro Capellán.»

Resistióse el Capitán, asesorado por los médicos, a acceder a su devoción, para evitar depresión al herido, pero insistió el héroe, diciendo que entendía en su estado más que los doctores, «pues siento la inspiración divina de mi muerte, y me estremece la idea de que fuese yo el primer individuo de mi familia que muriese sin recibir los Santos Sacramentos.»

Sus compañeros capitanes Alendoza y Sanz y el teniente Santamaría le recordaban su vida santa en el campamento y su intrepidez rezando todos los días el santo Rosario entre los moros y acercándose frecuentemente a la sagrada Comunión, y les contestaba: que no hizo más que cumplir con un mandato de su madre e imitar a los verdaderos soldados cristianos.

No pudiendo resistir los argumentos de sus jefes eclesiásticos y militares éstos apelaron a la circunstancia agravante de los vómitos que le producía la escepticemia, y repuso lleno de confianza: «Dejadme comulgar... os lo pide el caballero que muere por su patria... Obligales, padre mío... ¡Te lo pido por mi madre!»

Hizo confesión general de toda su vida, y mientras esperaba el santo Viático, pidió le fueran leídos los principales capítulos de la Pasión de Cristo, y, al entrar el Santísimo Sacramento, iluminóse de luz radiante todo su semblante, y antes de rezar en latín el «Domine non sum dignus», unió sus manos sobre el pecho y, ligeramente incorporado sobre los almohadones, dijo en alta voz: «Dios mío, hasta hoy he sido un hombre ruin y miserable: sea alabada tu misericordia, por que con mis terribles sufrimientos me enseñas la única sabiduría, la sabiduría del dolor, que revela los caminos de la muerte santa»; y, como si estuviera en éxtasis, abrió sus labios, comulgó, y permaneció largo rato en conmovedora adoración.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Con la sonrisa en los labios, suplicó la santa Unción, rogando al Capellán rezara pausadamente las exhortaciones y oraciones para que pudiera meditarlas y contestarlas personalmente.

Aquella escena destrozó el corazón de sus compañeros y dirigiéndose, él a su padre, le dijo: «Retírate... ¿por qué lloras?

Me siento feliz, amigos míos..., y contrasta la amargura de vuestras lágrimas con la dulzura del bien morir».

Y cogiendo la mano del teniente Santamaría, compañero herido en el combate, y apretándosela cariñosamente, le dijo: «Amigo del alma, les dices a mis compañeros de armas que el valor donde se acredita, más que en la línea de fuego, es ante la realidad de la muerte próxima, que te abre la puerta para comparecer a juicio en el Tribunal de Dios.

Les dices que si rezaba el Rosario, si confesaba y comulgaba, que si me apartaba del vicio y del pecado, era preparándome para morir dulcemente y tranquilo. Dios recogió mis deseos; pensaba haber cambiado el uniforme por la sotana de San Ignacio, pero es tan bueno Dios Nuestro Señor, que me concede la gracia de morir como buen cristiano entre los fragores de la campaña, rodeado de cristianos y moros infieles...»; y besándole con efusión las manos, se despidió de todos ellos.

Pidiendo un último favor a su padre. «No llores más, querido padre..., puedes estar seguro de que no siento ningún dolor; precisamente lo único que puede hacerme sufrir por Cristo, es no refrigerar mi sed abrasadora, y yo te suplico me dejes sufrir con Cristo en su agonía... aleja de mí el agua y no mojes mas mis labios; concédeme este tormento, porque mi agonía será inefablemente dulce...»

Se miraban todos atónitos, sin comprender aquel heroismo cristiano; y serenamente prosiguió: «Vosotros confiáis con el sable en vuestra mano; nada inspira más confianza y valor que este Cristo que sostengo con mis trémulas manos, que he procurado guardar siempre su Imagen en mi corazón.»

Durante las veinticuatro horas siguientes continuó plácido y contento, aguantando el martirio de la sed, hasta que sintió la aproximación de la muerte, y para aquella hora aguardó la recomendación del alma. «Háblame padre mío...» Y contestó diciendo: «Ya he perdido el sentido del oído»; y, mirando a todas partes prosiguió: «Ya no veo nada; llamad al Capellán para que venga y celebre la Misa de agonía», la que quiso oír devotamente, pero iba paralizándose su cerebro, y en el preciso momento de terminar el santo Sacrificio, el médico dejó de percibir los latidos de aquel corazón cuya sangre había escrito tan gloriosa página en la historia del Ejército y en la historia gloriosa del Catolicismo.

J. P., Congr.

Fanfarronadas

Un vaporcito efectuaba no ha muchos años la travesía Havre-New York. Viajaban, entre otros pasajeros, algunos sacerdotes y el desgraciado Volney, tan tristemente célebre por su rabioso ateismo. Vamos a seguirle un poco de cerca:

El mar se halla en completa calma. El vapor deslízase por las aguas veloz y con absoluta normalidad. Pero en cubierta no reina tanta tranquilidad. Es que Volney aprovecha toda oportunidad, y en discusión acalorada, sostenida con varios pasajeros, niega la existencia de Dios. Nadie se da por convencido y se prolonga la disputa. Distraídos no advierten que el mar se agita, que el oleaje aumenta, y se desencadena horrible temporal. El capitán casi pierde la serenidad y previene a los pasajeros del peligro inminente. Los pasajeros muestran ya el grado máximo de alarma; muchos ya se han confesado y otros se disponen a imitarles.

Y ¿Volney?—me preguntaréis—el que hace poco se mofaba tan sarcásticamente de la religión, ¿qué hace? ¿en qué piensa? ¿dónde está? Está en proa, y su semblante refleja el abatimiento y compunción de su espíritu. Su lucha interior es otra tempestad no sé si más horrenda. Tan decaído está su ánimo, que no pudiendo soportarlo por más tiempo, acude a uno de los sacerdotes, y le pide un rosario y que le oigan en confesión. ¡¡Qué conmovedor resultó este acto!!

Mucho duró la confesión, y entre tanto, aunque paulatinamente, el peligro fué desapareciendo; y los ánimos también sosegándose.

Fué entonces, cuando varios pasajeros, dirigiéndose a Volney, le preguntaron: Pero, ¿no llega más allá su ateismo?—Y Volney, confesó sinceramente: Una cosa es la teoría y otra la práctica; el fondo del alma es cristiano y aparece en los apuros.

Se ve que la idea de Dios la tenemos tan bien clavada en el corazón, que no existe fuerza alguna que la pueda arrancar. Sienten que les estorba y no tienen fuerza y franqueza para confesarlo.

J. Z., Congr.

Respuesta merecída

Méjico es una de las naciones que han tenido la desgracia de ser invadida por la propaganda comunista; y como dondequiera que estos señores dominen, el orden, la paz y prosperidad brillan por su ausencia, de Méjico se reciben a cada paso noticias de revueltas, asesinatos, violencias, hambres, mala educación... La persecución a cuanto huela a religión es también algo que no ha de faltar dondequiera que haya un discípulo de Lenín.

En Méjico esta persecución va tomando proporciones enormes, y las vidas que va costando son ya numerosas.

Pero los católicos saben responder, luchan con valentía. Una anécdota nos pondrá de manifiesto el valor de los católicos y el modo cómo tienen que habérselas frente a los representantes del Gobierno.

Se trata de una exposición en que tuvo el Gobierno la sacrílega ocurrencia de exhibir un cuadro de Cristo N. S. con cabeza de burro. El cuadro estaba custodiado. Pues bien; independientemente unos de otros, llegaron a donde estaba el cuadro un grupo de señoritas y otro de estudiantes con la hermosa idea de romperlo inmediatamente. Un encontronazo con los policías. Dos paraguazos al cuadro, y asunto concluído. Después arrestaron a varias de las señoritas y también de los jóvenes. Al ser amonestada una de ellas por el jefe de la policía, diciéndole que no fuera fanática, que el cuadro no pasaba de ser una representación simbólica y ultramodernista de la humildad y mansedumbre de Cristo, emblemadas en aquella cabeza de asno, le respondió con mucho genio la señorita: «Bueno. Y ¿por qué no pinta Vd. a su madre con cabeza de burra?»

¿Qué os parece? Valiente, ¿no? Pues aprendamos a responder a quien nos solicite al mal. Si se puede a buenas, bien. Si no contentos con eso, le atraemos a nuestro buen sentir, mejor que mejor. Pero si es necesario romper con él aunque sea de mala forma... por todo hay que pasar; antes que permitir un ultraje a Dios Nuestro Señor.

G. V., Congr.

Treinta y siete cartuchos

Méjico entero arde en una persecución religiosa. Los enemigos de Cristo que ayer se llamaron Lenín y hace poco se llamaron Calles no dejan de desatar su saña contra la Barca de San Pedro, pero hoy como ayer, tras de la Barca de Pedro, está el *no prevalecerán* de Jesús. Mas no quiso hacerlo El solo, sin nuestras oraciones y sacrificios. Ahí va un caso.

En los países beligerantes de la gran guerra europea los niños han vivido y parece que siguen viviendo un espíritu eminentemente militar y guerrero. Uno de sus juegos predilectos es el de soldados con cartucheras de cartón, sables de madera, gorros de papel y fusiles de palo.

Los niños de los Cristeros de Méjico con diversidad de motivos, ambiente más noble, armas más eficaces, viven también el ambiente de persecución religiosa. Tiran besos al Niño Jesús, mientras le piden «un cartucho para los Cristeros». A las mortificaciones las llaman también *cartuchos*. «¿Cuántas cosas buenas has hecho por la Iglesia de Dios?» preguntaba una madre a su pequeñito. Y éste respondió con toda intrepidez; «Treinta y siete cartuchos».

Y no hay duda que alcanzarán victoria; con sangre, quizás, pero victoria. La oración y el sacrificio son armas contra las que ni trincheras, ni blindaje, ni caretas antiasfixiantes pueden oponerse.

¿No nos animaremos a ayudar con estas mismas armas a nuestros hermanos los católicos Mejicanos?

G. V., Congr.

El Elefanguito

Elefanguito equivalía para Patricio Francisco, chiquitín de pocos años, inquieto como el que más, a elefantito. Entre los juguetes que el cariño de sus padres le había regalado, ninguno mereció el amor que tuvo a su Elefanguito. La mayor prueba de cariño que daba a los amiguitos con quienes jugaba, era dejarles por algunos momentos su tesoro. Jamás se le ocurrió abrirle parte alguna para enterarse de lo que tenía por dentro...

Cierto día Patricio Francisco estaba muy pensativo. Aquella mañana había oído hablar de una cosa que se llamaba China a un Sacerdote de larga barba. Recordaba que al ponerse obscuro el salón apareció en la pared un cuadro grande... dos perros muy feos se comían a un niño vivo chiquito, muy chiquito. El Padre de la barba había dicho que eran niños abandonados por sus padres, que era necesario hacer un sacrificio para salvarlos. Su madre le había dicho que hacer un sacrificio equivalía dejar para los pobres chinitos algo que costara mucho... En este *mucho* estaba el problema que quería él resolver: veía cosa fácil dejar la merienda, regalar todos sus juguetes para salvar a los chinitos... pero privarse de su Elefanguito... y no había remedio, hacer un sacrificio equivalía a dejar algo que costara, y a él solo le costaba dejar su Elefanguito. Por fin se decidió: cogió el Elefanguito y apretándolo contra su pecho se fué a la habitación de su madre, y sin esperar pregunta ni respuesta le dió el Elefanguito querido casi sollozando: «Para... para los chinitos»... Pocos momentos después su madre fué a felicitarle por el hermoso acto que había hecho, pero, se detuvo a la puerta de su cuarto... muchos juguetes yacían desparramados por el suelo... el chiquitín recostada su cabeza en el respaldo de una butaca lloraba silenciosamente...

Han pasado muchos años. Patricio Francisco es Misionero en China, recorre en el lomo de su mula ciudades y aldeas en busca de almas. Su mano ha abierto las puertas del cielo a muchas almas. Desde las lejanas playas de su patria, María, su hermana predilecta, le envía muchas prendas de vestir para los chinitos, sin padres, hechas por sus propias manos. La buena madre de Patricio Francisco le ve llena de alegría desde el cielo, y casi todos los días recibe las bendiciones de algunas almitas que revolotean a su alrededor convertidas en preciosos angelitos, porque fué madre generosa y heróica que sacrificó el amor de su hijo, por la salvación de los chinos... El Padre Patricio Francisco solo quiere salvar almas para Jesu-

Universidad de Deusto
Biblioteca

cristo. Recuerda muy a menudo el sacrificio que hizo de su Elefanguito en favor de los chinitos abandonados, y su alma agradece al Señor porque le inspiró, siendo un niño, el sacrificio que le puso en contacto por primera vez con el pobre mundo pagano...

D. R., Congr.

Valor verdadero

Esta vez nos dieron el ejemplo las mujeres de temple más que varonil, intrépidas representantes del Catolicismo tan combatido por todas partes.

Era en Méjico, donde tanto sufre hace años la Religión del verdadero Dios, en la última fiesta de Cristo Rey

Estaban los católicos en una reunión clandestina y hablaba un famoso orador de algunos escarnios que estaba sufriendo entonces el pueblo mejicano. «No hay hombres, decía, no hay hombres en Méjico. Ahí está nuestra catedral profanada, y en lo alto de la misma, la bandera roja y negra del comunismo, como insulto a todos nosotros.»

Al oir esto tres señoritas, se apartaron del local. Se fueron a la catedral, burlaron a la policía, se subieron a la cornisa y arrebataron la bandera. Todavía llegaron a tiempo a la reunión católica para decir con entereza: «Si no hay hombres en Méjico, por lo menos hay mujeres capaces de cumplir con su deber.» Y arrojaron al público la bandera.

Y, reflexiono: ¡Cuántas veces el orador sagrado, el confesor o el Padre Espiritual nos descubre el peligro, nos hace caer en la cuenta del dominio que el enemigo tiene en nuestra alma, nos avisa de lo que significa leer tal novela, acudir a tal espectáculo; y sin embargo, no tenemos valor para huir del peligro, para rasgar el infame librejo, para romper dignamente con el amigo un tanto libre! ¡Y andaremos por ahí echándonoslos de hombres de pelo en pecho! ¡Y nos enfurecaremos con quien se atreva a llamarnos «gallinas»! ¿Es que hemos perdido la verdadera noción del valor?

G. V., Congr.

Curiosa manera de educar

Rogaron una vez a Licurgo que pronunciara un discurso sobre las ventajas de la educación, con el objeto de que el pueblo, influído por su respetada voz, se dedicara a enseñar a sus hijos las reglas de la buena moral.

Accedió el sabio en ello, mas pidió un año de plazo. ¿No improvisaba él en dos minutos arengas que conmovían las masas? Convinieron en concederle la prórroga que él deseaba.

Pasado el año se presentó Licurgo en la plaza pública, donde el pueblo esperaba ansioso. Llegó llevando dos perros y dos liebres. Sin decir palabra soltó una liebre y enseguida un perro. Este se lanzó sobre el pobre animalito y lo mató, devorando sus entrañas aún palpitantes

Luego dió libertad a la otra liebre y al segundo perro. Mas no hizo el buen can lo que su compañero, sino que se acercó a la liebre, le prodigó mil caricias, y se puso a jugar con ella como si fuese su mejor amigo.

Entonces Licurgo, volviéndose al pueblo, le dijo:

«He aquí los efectos de la educación. He pasado un año educando este perro y enseñándole a que no haga daño a las liebres. El otro no ha sido educado; por eso no obedece sino a instintos brutales».

«Igual al primer perro, el hombre sin educación se deja arrastrar sólo por sus pasiones, y devorará a todo lo que se oponga a ellas. Escoged, pues, y ved qué queréis que sean vuestros hijos».

J. G., Congr.

Correspondencia abierta

Buen paseo y buen monaguillo

Ya me tiene aquí otra vez... Los chicos del casero tan buenos y alegres como el año pasado. Aprovecho que su madre me encarga tomarles la lección para darles algo de catecismo. Ayer bajé al pueblo para comulgar, pues era primer viernes de mes. ¡Qué paseito de tres o cuatro kilómetros más bien empleados! Desayunamos en casa del señor Cura, y luego otros cuatro kilómetros de vuelta con más fuerzas corporales y espirituales.

El monaguillo que tiene 12 años, y es nuestro carterillo, se va en Septiembre a Valencia de don Juan con los Agustinos ¡Qué dicha tener una vocación tan temprana y decidida! Sin más que pedirle, que no me olvide ante el Amigo Bueno, le despido hasta pronto.

J. G., Congr.

¿Dónde encuentra éste su contento?

Usted sabe lo alegre y alborotado que soy. Bueno, pues a veces aquí estoy triste y sin ganas de divertirme.

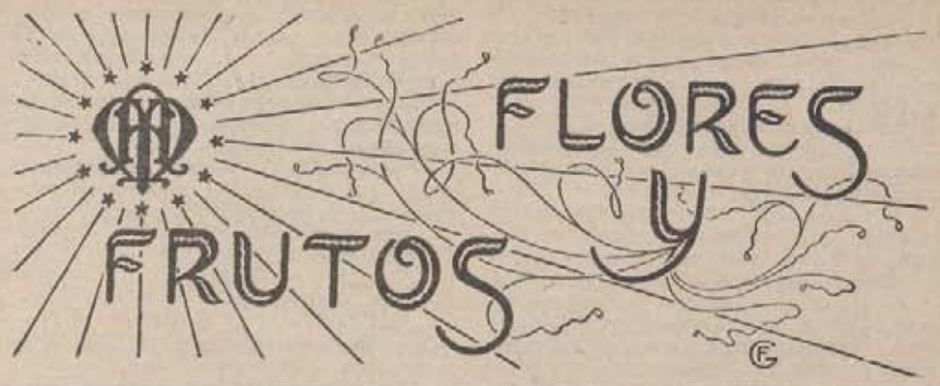
¿Por qué?

Porque veo a tanto veraneante que no se preocupa más que de divertirse y pasar el rato alegremente; y siempre que voy durante el día a visitar al Santísimo, encuentro la Iglesia completamente sola; y me da envidia ¿sabe qué? la lamparita del Sagrario que hace siempre compañía al Señor.

A veces encuentro la puerta de la Iglesia cerrada, porque como no viene nadie durante el día ¿para qué va a estar abierta?

Esto mismo me empuja para comulgar a diario; por lo menos yo quiero ser un buen amigo de Jesús. Esto me da un contento que no lo encuentro en ninguna otra cosa.

C. P. L., Congr.



Núm. 266.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Septiembre de 1935

El mejor puente

Era el año 1914, en los comienzos de la Guerra europea. El ejército alemán avanzaba por Bélgica con una velocidad increible, derrotando a los enemigos que le salían al paso, los cuales, a pesar de su heroismo, sucumbían ante la mejor preparación y organización con que contaban los alemanes.

Se encontraban estos cerca de Lieja y amenazaban con tomar la ciudad y el potentísimo fuerte que en sus inmediaciones se encuentra.

Los belgas y franceses, interesadísimos en impedir el avance, intentaron vanamente contenerlos, ante el empuje arrollador de los invasores. Para defender su retirada volaron el puente de ferrocarril que llegaba a Lieja; así retrasaban en lo posible el avance, y daban tiempo a que llegasen refuerzos.

Porque en la guerra no basta con ganar batallas; hay que trasportar municiones, víveres, cañones, soldados, etc. y pensaron que, cortando el ferrocarril, los alemanes tendrían que detenerse todo el tiempo necesario para reconstruir el puente.

¡Cuál no sería su asombro al comprobar que a las pocas horas estaba colocado un nuevo puente y los alemanes continuaban avanzando como si nada hubiera pasado!

La solución es muy sencilla; el Estado Mayor alemán había estudiado el caso antes de que comenzase la guerra. Había previsto que aquel puente les podía ser volado y que era necesario montar otro en el menor tiempo posible. En consecuencia, hicieron construir un puente como el que les haría falta; lo tenían en pedazos escondido en un pueblecito cerca de la frontera belga. Así que les bastó unas pocas horas para montarlo y evitar un retraso en su avance, que pudiera haberles perjudicado extraordinariamente.

Nosotros sabemos también que nos vamos a encontrar en la vida con muchos ríos que pasar, muy peligrosos para nuestra alma.

Pero también sabemos que con un buen puente pueden atravesarse todos los ríos por profundos y arrebatados que sean.

Y ¿qué mejor puente vamos a encontrar que la devoción a la Virgen Santísima, el amor a nuestra Madre?

Desde jóvenes comencemos a prevenirnos y a armar este puente para pasar por encima de los peligros; que de seguro nos esperan; imitemos a los generales alemanes, que lo tenían todo previsto.

¡A empezar a amar de veras a Nuestra Madre, sin esperar a mañana!

F. L., Congr.

Otro puente mejor

Ignacio entra en la vida sonriente. Entra por la puerta grande y la vida le parece radiante, esplendorosa. Nada le falta de cuanto puede desear la ilusión de un joven: fortuna, familia, talento...

Acaba de terminar el Bachillerato y después de algunas, muy pocas, vacilaciones, ha decidido ya su carrera.

Será ingeniero, hará maravillas mecánicas, construirá puentes asombrosos... La carrera le aparece como la cumbre de la gloria a que puede aspirar el que tiene 16 años y un corazón capaz de cualquiera cosa.

Pero un día, una voz amiga le dice en una conversación íntima:

—Qué piensas estudiar?

—Ingeniero, ya lo sabes.

—Pues dime, tú que sueñas con construir puentes gigantescos ¿no te gustaría construir puentes que lleguen al cielo? (aludiendo a lo que realiza el Sacerdote cuando da la absolución). Pídele a Dios esa gracia. Sonríe el aludido, como aquel a quien dicen una frase ingeniosa y nada más.

¿Pero quién es capaz de decir en dónde se encuentra la gracia de Dios?

La frase final: «Pídele a Dios esa gracia»,

se ha apoderado de su alma como una obsesión, como un mandato avasallador.

Pero quiere pedir esa gracia, porque tiene miedo de que se la concedan y por eso resiste, resiste... No le es posible resistir mucho tiempo.

Echando sus cuentas, dice para sí:

—Bah, al fin y al cabo ¿qué voy a perder? Si me da Dios esa gracia con ella vendrá la alegría al alcanzarla.

Y empieza a pedir. Al principio debilmente, sin deseo, poco a poco la oración va creciendo en interés, mientras la gracia de Dios con un martilleo irresistible, va clavando el deseo cada vez más adentro, profundamente, para que no se desarraigue. Un día, por fin, su oración es escuchada. La voz del Maestro, clara y dulce se ha dejado oir:

«Sígueme.»

Ignacio siente lo que debió experimentar San Mateo, cuando en un día azul, sentado frente al puerto mientras cobraba las contribuciones, sintió que dos ojos dulces y autoritarios se clavaron en él un instante, y oyó la misma voz que Ignacio que le decía la misma palabra, una, solo una, para que le oyese mejor:

«Sígueme»

Y al igual que San Mateo, dejando todas las cosas, fortuna, familia, esperanzas..., ha seguido la voz que le llamaba.

Pero mayor es la recompensa que lo que ha dejado, pues ha recibido el ciento por uno, en alegria sincera, en familia, en casas...

«Tú, pídele a Dios esa gracia».

¿Quién es capaz de decir en dónde se encuentra la gracia de Dios?

L. G., Congr.

Gracioso medio de curación

Cuenta así el doctor Franz una de sus curaciones más sorprendentes llevada a cabo en una noble señora.

Hace diez años, (tenía ella entonces diecisiete), era una graciosa niña, colmada de bienestar y de lujo por el amor paternal.

Poco a poco empezó a palidecer, a ponerse triste, lánguida; llamada la ciencia facultativa, concluyó, como concluye siempre que no entiende nada, que aquello *era nervioso*.

Llamado por el padre, que me rogó, anegado en lágrimas, que fuese a salvar a su hija, fuí introducido en un delicioso aposento, cubierto de finos tapices, lleno de todo lo que puede soñar la imaginación de una joven.

La pobre niña, pálida como una estatua de cera, estaba tendida en un canapé, con los ojos medio cerrados, inclinada la cabeza, indiferente a todo, aun al alegre rayo del sol que le sonreía por entre la ventana entreabierta.

Alargóme la mano; confieso que quedé profundamente conmovido al ver cómo aquella niña se dejaba morir, sin queja, sin sentimiento, sin dolor, a los diecisiete años, ella que era tan feliz, tan rica, tan amada.

Adiviné la enfermedad. Sí, señor, aquella paloma perecía en su jaula de oro porque era *demasiado dichosa*.

Faltaba alimento a su alma, luces a su inteligencia. Se moría *porque no tenía un obstáculo que vencer, por falta de trabajo*. Se consumía lentamente, *no se veía útil para nada, ni podía dedicarse al servicio de los demás*.

Todas las almas privilegiadas son así. Las almas vulgares se arrojan a la sensualidad y al egoismo... No padecen.

—Señorita,—le dije,—¿puede arreglarse un tocado que le permita ir por todas partes y que esté terminado en cinco minutos?

—¿Para qué, doctor?

—Para salir conmigo

—¿Con Ud ? ¿A dónde?

—Este es mi secreto.

—¡Ah!

La curiosidad la estaba ya reanimando. Para decidirla, le dije en voz baja:

—*Va en ello la vida de su padre de Ud.*

—Salí, arrastrando al padre, que me miraba de hito en hito.

—Pero ¿qué trata Ud. de hacer?

—Cállese. Para salvarla, necesito llevármela conmigo dos horas cada mañana.

—Pero si no querrá; se ha negado en absoluto a dar paseos.

—Mire; aquí tiene la respuesta.

En aquel momento, efectivamente, entraba Jenny.

Subimos al coche y la conduje *a casa de mis pobres*.

Le aseguro a Ud que en aquella casa de mis pobres encontró muchas cosas que le interesaron, que la conmovieron, que la hicieron vivir. ¡Noble generosa joven, cuán bien había adivinado yo su corazón!

En la primera casa donde nos detuvimos, hube de ayudarla a subir hasta el quinto piso; subió sola en la segunda casa; en la tercera se me adelantó.

Sus mejillas, antes siempre pálidas, estaban ahora como el carmín y cuando los pequeñuelos de aquellas casas le besaban la mano, cuando las pobrecitas madres le daban las *gracias*, lloraba de felicidad. Veíase renacer la vida en su alma

Así pasaron algunas horas.

—Volvámonos a casa—le dije.

—¿Tan pronto?—me contestó.—Entonces *hasta mañana, ¿no es verdad Doctor?*

—*Sí, señorita, hasta mañana.*

Toda aquella tarde la pasó revolviendo la ropa blanca y separando de ella la que podía dar a los pobres; en la comida, su padre lloraba de alegría mirando a su hija; estaba salvada por la *caridad y por la ocupación*.

Hacer el bién es causa hasta de la salud corporal.

J. L., Congr.

De la morfina a la eternidad

Aquella vez el médico llegó jadeante.

Aunque eso era, al fin y al cabo, lo que le daba de comer, estaba ya harto de ocultar aquél cadáver, de aplicar las orejas a los salientes huesos de las costillas para comprobar —lo que saltaba a la vista—que los pulmones estaban deshechos, y que el joven Edmundo no tenía vida más que para veinticuatro horas.

Así, hoy se decide a no disfrazar nada de la verdad.

El médico se pone los guantes en medio de toda la familia... y ya en el salón dice. Si ustedes se proponen que se confiese... ha llegado la ocasión.

—¡Oh! ¡todavía no! ¡Eso le mataría!, exclama la esposa.

—Como ustedes quieran... Se lo digo porque creo un deber advertírselo.

—Perfectamente, doctor, y nos quedamos tristemente reconocidos...

—Tengo el gusto de saludarles...

—¿Cuándo volverá usted, doctor?

—No volveré más si no me llaman...

—¡Qué! ¿Está tan mal?

—Lo repito... está peor que mal.

—Y el médico se va; pero al pasar de la puerta, encendiendo su cigarro, repite la palabra de la esposa: ¡Eso le mataría! El médico se encoge de hombros con un gesto de suprema compasión.

Un cuarto de hora después la esposa se aproxima.

—¿Qué tal, Edmundo?

—¡.....!

—¡Es natural que no te sientas mejor... hace un tiempo atroz... llueve enteramente hielo, las paredes rezuman humedad...

En aquel momento el enfermo se tira hacia atrás en un acceso de crisis.

—¡Eso no es nada, hombre!

—Pero en resumidas cuentas ¿Estoy en peligro?

—¿En peligro? ¡No digas tales horrores! Nos destrozas el corazón con tus fantasías... El médico te ha encontrado mejor que ayer... ¿En peligro? ¡Te has vuelto loco! ¡Lo que vamos es a prepararte la maleta para que te vayas a Cannes!...

Las dos de la tarde: todo el mundo está en la mesa.

Juanita hermana de Edmundo, de diez años, ha venido a comerse el postre a su lado. Ambos se hallan enteramente solos, sintiendose el enfermo más tranquilo viendo ante sí esa plácida figura de niña, que ignorando las comedias de la vida, le mira con sus grandes ojos apenados, llenos de una compasión que no piensa en ocultar.

—La pequeña come un racimo de uvas.

—¿Quiéres darme una uva Juanita?

Y mientras con sus deditos le hace engullir el racimo grano a grano.

—Oye Juanita... Yo soy buen cristiano, y no quisiera marcharme como un perro... ¿No es verdad que estoy muy malito?...

—.....

—Respóndeme Juanita.

Y la pequeña le abraza llorando.

—¡Pues sí que lo estás!

—Todo el mundo lo dice ¿verdad?

—Sí—murmura la niña que no sabe mentir.

—Me muero, ¿no es verdad?

—¡Quizá hoy! Papá lo ha dicho hace un momento.

—¡Ya me lo recelaba! ¡Siempre la misma comedia! ¡Me creen cobarde!

Y pensando no en la muerte, sino el peligro sobrenatural que corre, Edmundo palidece, sus ojos parecen agrandarse más, sus manos no cesan de arañar la sobrecama, y todo se mueve a su alrededor.

Juanita sale espantada.

—¡Un ataque!... ¡Un ataque a mi hermano!

La familia en masa se precipita en la alcoba.

El enfermo se repone enseguida de su pequeño desvanecimiento, y le dan una inyección de morfina triplicando la dosis.

Y en este ser en quien se perfila la sombra de la muerte que avanza, ocurre un fenómeno extraño... El alma, advertida de la alarmante noticia ha reaccionado de repente y pide a toda costa un sacerdote; pero el cuerpo, amodorrado por la morfina, no obedece a su voz, y esa alma, consciente de la suprema partida que se juega, acecha ansiosamente el primer instante en que, pasado la acción del narcótico, pueda ejecutar su voluntad.

—¡El ataque le vuelve!—exclama una especie de doncella, que se jacta con el nombre de enfermera.

Esta palabra ¡le vuelve! enloquece a todo el mundo, y se le pone una segunda inyección y una tercera.

Y el alma se da cuenta de la espantosa situación.

Ve que el cuerpo bebe la muerte insensiblemente, sin sufrimiento, y que se duerme del todo sin pensar en el alma que aun encierra, viva como un ser palpitante aún que se encerrara en una tumba.

A veces uno de esos inconscientes se inclina sobre él.

—¿Edmundo? ¿sufres?

Y haciendo esfuerzos espantosos para sacudir la paralisis de sus miembros, el alma del desgraciado quiere gritar.

—¡De eso se trata! ¡Un sacerdote, por piedad!

Juanita sin saberlo traduce su pensamiento.

—¿Por qué no viene el señor Cura?

—¡Quieres callarte! exclama el padre... habla más bajo. ¡Un sacerdote! ¿Quieres matar a tu hermano?

—De ningún modo. Después de todo si él hubiera querido un sacerdote. *¡¡¡Lo hubiera pedido!!!...*

P. E., Congr.

El Avemaría detrás de una puerta

El caso sucedió hace ya muchos años, pero muy bien pudiera haber sucedido en los actuales.

A la salida de la clase se forman los clásicos corrillos que, comentan en tono alegre las incidencias de la clase.

Javier, uno de los mejores alumnos, discute con otro un problema que ha sido planteado, sin encontrar la solución.

Mientras tanto en otro grupo hablan de co-

Universidad de Deusto
Biblioteca

sas capaces de hacer cambiar los colores de la cara al mismo espíritu de la desvergüenza, y andándose la conversación, uno saca del bolsillo una postal que parece salida del mismo infierno.

Entre bromas y carcajadas, se adelanta y planta la postal pegada en un tablero y el coro de amigos prorrumpe en una carcajada, inmensa, sonora, que hace volver la cabeza a Javier que resuelto el problema, estaba leyendo un periódico.

Al punto comprende Javier el motivo de la carcajada y una oleada de indignación le sube al rostro, revelando su alma, ultrajada lo que más estima: en su pureza.

¡Pero ay! Que poco valemos los hombres. Javier ve bien claro su deber; su conciencia se lo muestra. Aquella postal no puede seguir allí victoriosa.

—Y que voy a hacer—reflexiona Javier—¿rompería delante de todos? no puede ser, no me atrevo. Entonces le parece ver un rostro triste, el rostro de la Virgen que le dice: Hijo, ¿consentirás ese ultraje a la pureza, a mi honor por tanto?

Javier se resiste, espantado ante su deber:

—Pero Madre, no puede ser, no me pidas imposibles. ¿No ves cuantos están? No puedo Madre, no puedo.

El rostro de la Virgen se entristece mas aún:

—¿Consentirás, tú, mi hijo, ese ultraje a mi honor?.

Javier no puede ya más. Le parece que todos le miran. Quiere cojer el periódico, pero le bailan las letras.

Forzado por la angustia se levanta y se mete detras de una puerta.

Y allí a solas con Dios y su Madre, hace rápido la señal de la Cruz, reza el Avemaría más fervorosa de su vida.

Y entonces...

Rápido, decidido sale de allí. Olvidados de la postal, que sigue allí diabólicamente obstinada, los demás están hablando de otra cosa.

Javier se dirige rápido al tablero, arranca la postal y mira. Ninguno se ha fijado, puede romperla impunemente.

Pero Javier no es el de antes. Aquella Avemaría ha obrado prodigios.

Con la postal en la mano, se dirige al grupo que la plantó y pregunta con decisión.

—¿Quién ha puesto esto en el tablero?

—Yo, ¿qué pasa? - responde uno con seguridad al verse rodeado de amigos.

Pero Javier le interrumpe, enérgico, restallante.

—Nada más que decirte, que es una desvergüenza y por el honor de mi pureza, no lo tolero.

Y uniendo a la palabra la obra, rasga en pedazos la postal.

Después se retira, tranquilo, serenamente, sin jactancia.

El bedel da dos palmadas llamando a clase. Se disuelven los corrillos y a poco no se oye más que la voz del profesor:

Si X fuera positiva...

Ahora me váis a permitir que me haga esta pregunta: ¿De dónde sacó Javier aquella resolución?

Bien facil es la respuesta. Del Avemaría rezada detrás de la puerta. Del favor de la Virgen. Porque os voy a decir la verdad. El que pretende ser valiente, sin contar con la Virgen, no es más que un solemne cobarde. El secreto de la valentía, os lo voy a revelar: Saber acudir a tiempo a la Virgen reconociendo que nosotros nada valemos.

E. M., Congr.

Correspondencia abierta

¡Qué cuadrilla de buenos amigos!

Precisamente me quejaba, en la última carta que le dirigí, de la falta de amigos, de esos buenos amigos que tenía en la Congregación de Bilbao y que aquí brillan por su ausencia, cuando recibo un impreso de ese Centro en el que se me ofrece toda una cuadrilla de buenos amigos.

Y créame Vd., más que buenos, inmejorables; como que son las vidas de los Santos que Vd. nos ofrece con ese impreso.

Uno a uno voy a ir leyendo esos diez libros que se ponen a mi alcance y voy a hacer que mis hermanos también los lean.

De este modo no echaré tanto en falta los buenos amigos de Bilbao, pues otros mucho mejores han venido a sustituirlos

S. A. V., Congr.

¡Qué bien se prepara!

Sabe V., me ocurría que así como los deportistas antes de actuar en público se preparan, de parecido modo tengo que aprovechar el verano, para cuando llegue octubre para actuar.

Para ello ¡cuántas luces me ha dado mi querida revista «Luz en las tinieblas»!. Me presenté al Sr. Cura pidiéndole me aceptase como catequista; pero no pudo ser, estaban también en vacaciones; lo sentí mucho.

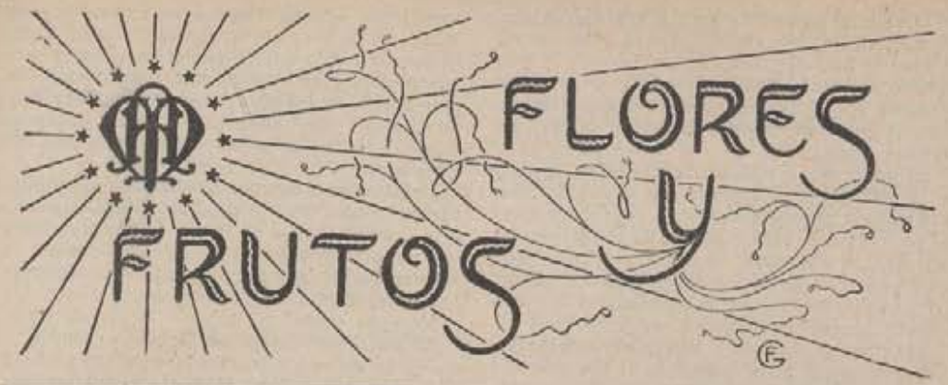
Ya sé yo ahora cómo prepararme: Voy a estudiar a fondo la vida del Señor para conocerle y comprender lo mucho que nos ha amado y así poder luego transmitir a los chicos lo que ahora trato de concentrar en mí.

F. S. A., Congr.

¡Vaya si la entiende!

Yo estoy muy bien; aunque como V. supondrá las tentaciones son muchas, pero lo que me ayuda mucho es el método que nos enseña la relación que trae la tarjeta de la Inmaculada, tan conocida: de echar mano a la medalla e implorar el socorro de la Virgen, esté lo mismo de pie que acostado.

E. R., Congr.



Núm. 267.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Octubre de 1935

Caso prodigioso

Hace menos de treinta años. En un pueblecito de Alava se celebraban con grandes regocijos populares la víspera de la Inmaculada Concepción. ¿Por qué a aquella inmensa hoguera que a las ocho en punto de la noche comenzaba a arder en medio de la plaza del pueblo la llamaba la *marcha de la Inmaculada*? No lo sabemos. El hecho es que la fogata hacía las delicias de la gente menuda y no menos de los mayores.

El año a que me refiero se distinguió por un hecho extraordinario. Se dió fuego a la leña y ramas hacinadas, que comenzaron a arder con llamaradas rojizas e inquietas, cuyos resplandores se reflejaban en los rostros alegres y sencillos de los campesinos.

Sin embargo, después de haberse quemado la mitad del montón, el fuego pareció no avanzar. Como si un cuchillo invisible hubiera partido en dos pedazos la inmensa hoguera, había ardido ya una mitad y la segunda no ardía. No pocos, entre ellos el que refiere este hecho, agarraron tizones encendidos y empzaron a introducirlos en la parte que no se quemaba. Todo inútil; como si obedeciera a una consigna, la leña de aquella parte no quería arder.

Una joven, que llevaba uno de estos tizones, al querer meterlo entre la leña rebelde dió un tropezón con un bulto escondido entre los bojes de la hoguera y cayó al suelo.

Se levantó a la joven, que no había sufrido daño y se recogió asimismo el bulto. En aquel momento la hoguera recobró nueva vida, pues aquella parte que se había mantenido incombustible, comenzó a ser pasto del fuego.

Mientras tanto un escalofrío sobrenatural recorría las almas de los presentes, que a gritos prorrumpieron en una sola exclamación: "¡Milagro!" Examinado el bulto sospechoso se había encontrado en él dos cartuchos de dinamita!!! ¿Qué hubiera pasado si hubieran hecho explosión, habiendo tanta gente alrededor?

Pero ¿cómo iban a explotar si era la fiesta de Ella, nuestra Madre, la que se celebraba?

Amémosla con cariño de hijos. Ella nos ayudará y nos protegerá.

M. V., Congr.

Cuéntame un cuento

—¡Gusta, cuéntame un cuento!

Tal era la petición que con más frecuencia me solía hacer, hace unos años, mi hermanito José Ignacio.

—¡Gusta, un cuento!

Y Gusta, su hermano mayor, repetía una y otra vez el siguiente cuento.

Era una vez un pastorcito que vivía en el monte con sus ovejas... ¡pobre pastorcito! Se llamaba como tú, José Ignacio; pero el pobre pastorcito no tenía papá ni mamá; vivía solo en el monte. Solo con sus corderitos.

Tenía una flauta que él mismo había hecho con una rama de árbol; a este pastorcito le gustaba mucho tocar la flauta...; se sentaba en el tronco de un árbol..., tocaba la flauta y todos los corderitos venían corriendo al lado de su pastorcito y le oían tocar la flauta porque a los corderos les gusta mucho la música de los pastores.

¡Qué bonitos eran aquellos corderitos! Eran blancos, blancos, blancos, con un lazo rojo en el pescuezo...; además los corderitos son muy buenos; no muerden ni ladran, sólo hacen bee, bee, y son muy amigos de los niños.

Un día... ¡pobres corderitos! Era en invierno; todo el día había estado nevando; todo el monte estaba muy blanco, muy blanco, como la lana de los corderos. Pero ¡cuánto frío hacía! Además no habían comido nada en todo el día, porque la hierba estaba cubierta por la nieve; por eso iban a donde estaba el pastorcito y le decían bece, bece...

El pobre José Ignacio tenía mucho frío; además no tenía guantes ni bufanda como tú tienes; y tampoco tenía cama blanda y calentita como la tuya. ¿Sabes dónde dormía? En una choza llena de agujeros, por donde entraba el agua y el viento. El tenía que dormir en el suelo, encima de unas pajas.

Aquella noche, antes de dormir, le rezó de rodillas a la Virgen y al Angel de la Guarda, como tú sueles hacer: "Angel de la Guarda, dulce compañía, no me desampares, ni de noche ni de día, no me dejes solo, que me perdería..." y enseguida se quedó dormido el pastorcito.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Dormía el pastorcito, soñaba, parece que son-aba...; de repente, buuu... buuu..., las pobres ovejas se han despertado, beee, beee...; el pastorcito se asoma a la ventana y ve... dos luces grandes, muy grandes, que se acercaban, buuu... Era el lobo que venía a comer todos los corderitos, buuu...

El pastorcito le reza al Angel de la Guarda y va, y el ángel se le aparece con unas alas blancas como la nieve del monte; le coge de la mano al pastorcito, le saca fuera de la choza y entre los dos, con una azada, empiezan a hacer un pozo muy grande. Y como los ángeles pueden mucho, en un volco hicieron un agujero mayor que una casa, y luego se subieron a un árbol.

El lobo se acercaba; las pobres ovejas tenían mucho miedo; el pastorcito le agarraba del vestido al Angel de la Guarda.

Buuuu, buuu... ya estaba cerca, muy cerca; pero como venía muy corriendo, no vió el agujero y ¡cataplún!, se cayó de cabeza.

Entonces el Angel y el pastorcito van y bajan del árbol y le empiezan a echar piedras al lobo que no podía salir del pozo. Plin, plan, plin, plan, ale! que se fastidie el lobo, plin, plan, plin, plan; una piedra le pegó en una pata, otra en los dientes, en un ojo... el lobo estaba sangrando; va el ángel y le pega en la mitad mitad de la cabeza y ¡cataplún...! se cayó muerto.

Y va y le sacaron del pozo y al día siguiente lo metieron en el puchero y el pastor, con otros pastores, le comieron al lobo.

Y antes de que dijera "colorín, colorado", mi pobre hermanito, que había estado pendiente de mi palabra todo el tiempo, me decía secándose con la mano dos gruesos lagrimones: "Gusta, otra vez", y Gusta repetía otra vez la misma historia, con los mismos detalles, con las mismas palabras con que he procurado trasladarla hoy al papel.

¡Gusta, un cuento!

G., S. J.

Carta de unos niños a S. S. Pío XI

Hace tres años, por agosto de 1932, cincuenta y cinco niños coptos, recién bautizados escribieron al Sumo Pontífice Pío XI las siguientes líneas, que traduzco del latín:

"Santísimo Padre:

Nosotros somos cuarenta y cinco chicos y diez chicas.

El año pasado los Padres Jesuitas hicieron una escuela en nuestra aldea y hace dos días nos bautizaron a todos; otros chicos se quedaron sin bautizar; pero a nosotros, sí nos bautizaron, por eso estamos muy contentos, porque somos hijos tuyos.

Ayer hicimos la Primera Comunión, estábamos contentísimos y rezamos mucho por nuestro Gran Padre de Roma.

Santidad: nuestro misionero nos dijo que tú habías escrito a todos los hombres y que les mandabas rezar mucho y hacer penitencia, porque hay hombres malos que quieren que los chicos coptos no hagan la Primera Comunión, ni que recen a la Virgen. Y nos dijo que estabas muy triste; y nosotros no queremos que estés triste; le dijimos que queríamos escribirte una carta y nos dijo que sí, que te escribamos porque tú eres muy bueno y que eres como Jesús, muy amigo de los chicos coptos. También nosotros somos muy amigos de nuestro Padre de Roma y vamos a rezar mucho para que no estés triste.

Nosotros te queremos mucho; si nos mandaras un retrato tuyo lo pondríamos en la escuela y nos acordaríamos de ti y a los demás chicos que no están bautizados les diríamos que ese es nuestro padre muy bueno, porque nos quiere a los chicos coptos.

No estés triste"...

Al leer estas líneas tan llenas de candor, a través de las cuales aparece la amable figura del misionero, ¿no se acordaría el Sumo Pontífice de aquellas no menos amables palabras del Amigo de los niños: "Dejad que los niños se acerquen a mí"?

G., S. J.

A punto de morir

Fuego vivo de amor a Jesucristo llevaba en su pecho el Padre Franco.

Todos los misioneros lo llevan, pero el nuestro lo tenía que llevar de un modo especial, porque especial también fué su vocación misionera.

El caso fué, que en medio del Noviciado le cogió una traidora pulmonía, le dieron los Sacramentos, le despidieron sus Hermanos, tocaron la campana de agonizantes.

Aquello era muy serio: "Señor, ¿cómo me voy a presentar yo delante de Ti, sin haber hecho nada por Ti...?" Esta pregunta se le ocurrió cuando tuvo a Jesús en su pecho, y con tanta claridad, con tanta fuerza, que se dijo de todo corazón: Hermano Franco, si te levantas de esta cama, vas a pedir a tus Superiores que te envíen a China más que a paso, para hacer algo, siquiera algo por Jesús.

Y salió de aquella y hoy le tenemos en China bregando valerosamente contra las dificultades de la lengua, del carácter, de la soledad...

Era el día de la Inmaculada de hace unos cinco años. Nuestro Padre Franco inauguraba sus ministerios entre los indígenas. ¡Hasta se había aprendido de memoria, a fuerza de sudores, un sermoncito en chino! Un sermoncito en chino... Esto se dice pronto, pero quien quiera saber lo que cuesta, pregúnteselo al Padre Franco o a los muchos Padres Francos, que para ser misioneros allá, están aprendiéndose cinco mil y pico garabatos, todos distintos.

Preparado estaba ya el misionero para salir al altar, con bastantes fieles en la capillita, cuando se corre esta voz que a todos hace temblar: *¡Los rojos! ¡Viene un pelotón de soldados rojos!*

El Padre, obedeciendo a las órdenes que tenía, recoge todos los objetos sagrados, se disfraza, despide a sus ovejuelas y huye hacia la montaña... ¡Adiós Misa Mayor, procesión, cánticos y sermoncito en chino...!

—Aquí, Padre Franco!—le gritó su criadito interrumpiéndole en sus meditaciones—. Aquí tiene su casa el cristiano José Fou, oculto entre los árboles con una buena bodega para que te puedas esconder.

—Vamos allá, respondió el misionero, refrenando las protestas de su corazón contrariado, haciendo actos de paciencia, y consolándose con esta consideración: El Señor se encargará de convertirlo todo en mayor bien.

¡Y si que se encargo! Como que toda la fuga del Padre Franco la venía disponiendo su amable Providencia para ejercitar una delicadeza de Amigo bueno con un agonizante...

—Padre, ¡qué bien has llegado!—le dijo el cristiano Fou apenas le vió—. Tenemos malito al abuelo, desde hace días... ¿Quieres verle y consolarle?

Entró el misionero, reconoció al enfermo, le halló gravísimo, le confesó y le dejó a las puertas del cielo: Tan a las puertas, que a las pocas horas cesó de vivir sobre la tierra...

—*Comulgaba los primeros viernes...*—le dijo entre lágrimas la hija mayor.

Y el Padre Franco, lleno de celestial consuelo, dijo:

—¡Bendito seas, Señor! Tú has ordenado todas mis peripecias, para que este devoto tuyo tuviera un sacerdote, al tiempo de morir. ¡Qué bien cumples tus promesas, Corazón de mi JESUS!

M. A. R., Congr.

¿Volaría al cielo...?

Me encontraba en una ciudad muy lejos de Bilbao.

Allí asistía a todos los actos de la Congregación y el Padre Director me contaba como uno de sus congregantes. Llegué a intimar mucho con él.

Es domingo por la mañana. Manolito no ha venido a Misa. Apenas salimos de la iglesia me llama el Padre. "¿Quieres venir conmigo?" —¿Dónde? —Tu amigo Manolo ha sido sometido a una delicada operación en la clínica del doctor X.

—Me avisan por teléfono que se halla gravísimo.

Entramos de nuevo en la iglesia; el Padre lleva la estola bajo el manteo; se acerca al Sagrario, y tomando una Sagrada Forma la coloca, con mucha reverencia en un coponcito que pone dentro de una bolsa de seda colgada del cuello.

Los dos íbamos de prisa y pudimos alcanzar el tranvía. Me senté junto al Padre con la caja de los Santos Oleos sobre las rodillas.

Lloviznaba. Las pocas personas que iban allí cambiaban de vez en cuando algunas palabras. Nosotros guardábamos silencio. Yo, pensativo, veía pasar a través de la ventanilla una estrafalaria procesión de paraguas por las aceras. Al arreciar la lluvia las gotas comenzaron a repicar en los cristales.

—Aquí es, exclama el Padre.

Precisamente el tranvía nos dejó a la misma puerta de la clínica. Bajamos.

¡Din..., din! El portero que aparece.

—Señor cura... Pase usted. En el número 24. Sí, sí... Hace poco volví a llamar por teléfono. Creí que no le habían avisado a usted.

Una puerta que se abre cuidadosamente. En un butacón estaba sentada una señora que yo desconocía. Era tía de Manolo. En torno a una cama muy blanca, la mamá de mi amigo, su hermanita y el doctor. La señora del butacón, al vernos entrar, comenzó a mascullar algunas frases entre dientes.

¡Ah, señor cura!, se atrevió a decir la señora poniéndose de pie muy nerviosa, seguramente que su presencia le anticipará la muerte al niño...

La mamá del enfermo comenzó también a sollozar. Le suplico, Padre, unos días todavía de espera... Somos gente religiosa y le pedimos una oración por la salud de Manolito. Ahora está tranquilo; pero si llega a darse cuenta de que le hemos llamado a usted...

El doctor era del mismo parecer. De ninguna manera permitiría que se le hablase al niño en aquellas circunstancias. Mañana le avisaremos si es que se pone peor...

Con los ojos arrasados en lágrimas e indignados de la comedia que se nos había hecho representar, tomamos la dirección de la puerta, mientras que la mamá de Manolo sigue suspirando y hablando sola.

—En fin. Hemos hecho lo que hemos podido, me dijo el Padre al volver a casa. Encomendémosle a Dios. ¡Pobre Manolo! No faltaba más que esto.

Han pasado tres días. La salud de Manolo sigue empeorando. Hoy el Padre ha ido de nuevo a visitarle. Le han llamado con toda urgencia. Entró y según me dijo después, encontró al enfermo tendido en la cama blanca, frío, rígido. Manolo era ya cadáver. Y murió sin recibir los últimos Sacramentos.

Un escalofrío sacudió todo mi cuerpo al enterarme de la triste noticia. Entonces hice propósito firme de no dejar jamás la comunión frecuente. Y cuando me halle enfermo, pedirle con insistencia a mi familia, no me oculten jamás, por un amor mal entendido, la gravedad de mi estado. Llevo clavada en mi mente, como una obsesión, la desgracia de mi amigo.

Congregante y murió sin Sacramentos.

¿Volaría al cielo...?

J. V., Congr.

En brazos de un pulpo

Pocos sitios estarán tan aislados del resto del mundo como las dos islas de los "Jardines", en pleno Pacífico, a quinientas millas de las Marianas y de cuya existencia sólo dan fe los Misioneros que se aventuran a cruzar en endebles y anticuados faluchos cada dos años, para reavivar la fe cristiana de sus habitantes y curarles los padecimientos del cuerpo y ganarse así el alma.

Era un invierno, y el Monzón, así se llaman allí las corrientes de aire, traía sus lluvias abundantes que ablandaban y saciaban la sed de la tierra, endurecida bajo los rayos del sol.

Aunque el pueblo está cercano al mar, sus habitantes viven de la agricultura, y al atardecer todos se reunen en la plazoleta a recordar con los catequistas las enseñanzas del Padre europeo, a quien esperan con impaciencia.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Ahora discuten sobre la devoción de las tres Avemarías, recuerdan lo que les contaba el Padre.

En la puerta de la choza de Guguan discuten él y su hijo Mang; el chico pide permiso para ir a la playa a ver si viene el europeo. El padre le concede el permiso; pero le dice que no se meta al agua que hay pulpos grandes y peligrosos.

A la mañana siguiente Mang se dirige a la playa; la brisa marina hincha sus pulmones y alegra su cara. Es que ha visto tortugas y le gusta jugar; ya está montado en una; le ha atado una cuerda al cuello y la ha pasado por su boca abierta. La tortuga quiere vengarse y se dirige al agua; es lo que quiere Mang, pues sabe que con la boca abierta la tortuga no se meterá en el fondo del agua y él se dará un buen paseo.

Ya lleva una hora pascando cuando se da cuenta de que el falucho del Padre llega bordeando la costa hacia la playa; se entusiasma y agita sus manos, pues sabe que el Padre con el ojo, (así llama al catalejo), todo lo alcanza; quiere dirigir la tortuga, pero el vaivén de las olas le hace perder el equilibrio, y cae al agua, y la tortuga, al verse libre, se lanza al fondo del mar. ¡Que situación! ¿Aguantará hasta que se acerque el barco?

El Padre se ha dado cuenta y maniobra rápidamente, hacia el lugar; pero, algo se agita en las aguas, algo mueve múltiples apéndices recubiertos de orificios que soplan el agua: es un pulpo; Mang conoce que es terrible si le coge; pide auxilio, llora, nada rápido; pero el pulpo le sigue; ya falta poco y le fallan los brazos, su débil cabeza no puede soportar tan terrible trance y, después de lanzar un ¡Virgen María, sálvame!, se desmaya y se sumerge en el agua a merced del monstruo.

—¿Dónde estoy? ¡Ah!, ¿eres tú, Padre blanco? No me des más del agua que despierta; ¿y el pulpo, dónde está?

—Nada, Mang, todo pasó, mi fiel criadito te sacó del agua y el pulpo lo ahuyenté con mi rifle, ahora el susto no existe; vete a llamar a la aldea a todos los cristianos y confía; que tu padre Guguan no sabrá nada, que se preparen los enfermos y que vengan cuatro hombres a transportar los útiles y medicinas.

—Bien, Padre ahora corro como el viento.

Mang corre a la aldea y por el camino va rezando a la Virgen por el favor concedido.

¿No es verdad que si pedimos a Ella en las tentaciones nos salvará también?

M. G., Congr.

Educación sin religión

El Vizconde Weal, al visitar la prisión del Monte San Miguel, se distraía dibujando algunos detalles del interior; vacilaba en trazar una línea de perspectiva, cuando un joven detenido, guapo mozo, se acercó a él y de un trazo rectificó el dibujo:

—¿Qué? ¿Usted sabe dibujar?—le preguntó el Vizconde.

—Sí, señor. ¡Ah, el talento, la instrucción! Todo me dió, pero no se me dió más que esto y, nada de religión, por eso me véis aquí.

Pues ese joven que, condenado a quince años de trabajos, escuchó con calma la sentencia, pidió un momento de silencio, y exclamó: "No tengo que perdonar a mis jueces; su sentencia es justa; ni a los guardias; hicieron bien en prenderme. Pero hay en este recinto un hombre a quien no puedo perdonar. Este hombre, vedlo ahí, es mi padre: educóme sin religión, y por culpa de él me siento en este banco."

¿Qué os parece? ¿No os parece que, con la enseñanza de religión, muchos jóvenes que se vuelven malos y acaban mal, hubieran sido tan buenos y felices como tú? La base de la verdadera felicidad es la instrucción religiosa.

A. M., Congr.

¿Qué me importa...?

En uno de nuestros pueblecitos del campo tuve ocasión de conocerle.

Era un muchacho de buena presencia, algo pálido, de conversación entretenida y de unas miradas transparentes y suaves, como las de un niño.

En un caserío del monte vivía solo con su madre. Y vivía para su madre, viuda desde hacía varios años. Y ella vivía para él: los dos trabajaban juntos en el campo, los dos descansaban juntos y rezaban juntos.

Cuando llegaba el domingo, la buena mujer como le veía ya mayor y tan formal, le decía que fuese a pasar la tarde con sus amigos, que ella quedaría cuidando la casa.

El chico bajaba al pueblo, se reunía con sus compañeros, iba con ellos a las romerías domingueras de los alrededores.

En las primeras conversaciones tenidas con él, me pareció descubrir en el joven del caserío un alma noble, escogida, sensible a la santidad.

Y me pareció que las tales romerías no eran precisamente el sitio donde mejor se conservaría y que era necesario las dejase para siempre. Le pregunté, pues, por qué acudía a ellas; y en mi pregunta puse un acento que era como decirle: no vayas más. El me contestó:

—Yo no voy por mí. Voy por los amigos. Ellos, medio en broma, medio en serio, me llaman "el ángel"; hacen lo que yo les digo y cuando estoy entre ellos, no se atreven a hacer nada malo, vuelven a casa pronto y me oyen lo que les hablo de la Religión. En cambio, si yo faltara, no se contendrían y ofenderían a Dios: lo sé por experiencia. Mucho más me gustaría quedarme, pues cuando vuelvo al caserío cada tarde, me fatigo tanto que casi todo el lunes tengo que estar en la cama: padezco del pecho... Pero, ¿qué me importa sufrir ahora y morirme pronto, si consigo evitar un pecado...?

Y lo decía sonriendo... No supe qué responderle, y le miré como se mira a un santo.

Al volver a mi casa ya de noche, seguía vibrando en mis oídos aquella frase capaz de hacer un héroe de cualquier joven: ¿qué me importa sufrir, con tal de evitar un pecado...?

M. A. R., Congr.

FLORES Y FRUTOS

Núm. 268.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Noviembre de 1935

¿Cómo prosperaré?

Hojeando un libro, en los ratos de ocio, he dado con el siguiente sucedido, que te le voy a transcribir tal y como está.

Klainepp, cristiano ejemplar, era dueño de una importante casa de comercio en Valkenburg. Tenía colocados en la misma, gran número de empleados y obreros; tratábales a unos y a otros con dulzura, con bondad, sin egoísmos; en una palabra, como a hijos suyos. Además, en cuanto notaba en alguno cualidades especiales de suficiencia y entereza, le elevaba a mayor cargo, haciéndole partícipe de los beneficios. Naturalmente, todos sus empleados le estimaban y le querían cual si fuera su verdadero padre.

Un día, se presentó a Klainepp un joven llamado Juan Verguier, conocido suyo, quien suplicó le colocase de empleado, ya que la situación de su familia, era por demás angustiosa, pues hacía poco su padre había fallecido.

Dicho señor, todo bondad y cariño, accedió muy gustoso.

—Desde mañana—le dijo—serás el ayudante del contador.

—Gracias—contestó Verguier.

Concluida la visita, Juan, henchido de alegría y risueñas esperanzas, va presuroso a su casa y les comunica la grata nueva. ¡Qué júbilo reinó desde ese instante en aquella familia!

Verguier trabaja durante algún tiempo como ayudante del contador. Y después, por fallecimiento de éste, le asciende su amo a contador. ¡Cómo había prosperado!

Mas ¡ay! Juan Verguier tenía una pasión que le dominaba, que de pequeño no supo cortarla de raíz. Sentíase inclinado excesivamente a lo ajeno.

Así, pues, en la primera ocasión que se le presenta quita cierta cantidad de dinero. Pero, lo que son las cosas; lo nota un empleado, que lo comunicó inmediatamente a la Dirección.

Enterado Klainepp, va a él y le dice:

—Desde que te admití hasta hoy, te he concedido gracias y favores; pero desde este momento, quedas despedido. No pienses, por lo tanto, *prosperar* en mi casa.

* * *

El relato que antecede es exacto reflejo de tu conducta para con el corazón que más te quiere. El Corazón de Jesús te ha dado cuanto eres y tienes. El te ha hecho prosperar, y cuando se propone centuplicar esa prosperidad, tú le robas sus divinas gracias y favores, y lo bueno que tiene entre manos te lo atribuyes a ti; esa buena educación que te han dado y ese talento, esa salud, frescura, agilidad. Si le robas todo eso creyendo que es tuyo, no es extraño que no te dé más y no derrame sobre tu alma innumerables gracias.

¿Quieres prosperar delante de Dios y de los hombres? Sé humilde. Verás cómo así no te encontrarás un día como este joven infiel después de tantos favores recibidos.

J. Z., Congr.

Con su pan se lo...

Después de mucho tiempo que no le veía, hace unos días me encontré con Antonio. Antonio es muy simpático, muy rico y muy mundano, que casi siempre van juntas estas tres cosas. El se tiene por muy buen católico, porque oye su misa los domingos, comulga de vez en cuando, pero no pierde fiesta, por mundana que sea. Fué congregante; ya no lo es, ni puede serlo quien así viva.

Al encontrarme el saludo que me dirigió fué:

—Chico, ayer estuve en un baile.

Yo respondí al ataque:

—Bien; ¿y de qué te sirve *eso* para la eternidad?

—De nada, chico; tienes razón...

—Pues ¿no te parece que ese debe ser el metro con el que los católicos debemos medir nuestras acciones?

—Así es la verdad... Hacía tiempo que no había oído hablar así.

Universidad de Deusto
Biblioteca

—Y ahora, ¿qué haces?

—Voy a la Universidad, pero me voy al extranjero.

—¡Mucho ojo, que tú tienes muchos peligros! eres simpático y rico, y no te faltarán amigos mientras tengas dinero; aunque después te abandonen, cuando te vean sin dinero, sin honra, sin salud y destrozada el alma; que esto último es lo que menos les interesa a los malos amigos y es el preciado tesoro que tenemos que salvar; porque, si no, por muy rico y feliz que hayas sido, según el mundo, serás un desgraciado...

—Tienes razón, chico. Lo malo es que no tengo afición al estudio.

—Otro peligro... ¿y cómo quieres tener afición al estudio, metido como estás en esa vida de cines, bailes, etc.?

A esto me respondió con un dejo de tristeza amarga, que me llegó hasta el fondo del alma:

—Mira, Carlos, tú eres feliz; tú tienes padres católicos de verdad... a mí me han educado mal, muy mal; debieran haberme educado en un ambiente de más seriedad, sin tanta vida de sociedad... y lo peor es que ya no tengo voluntad, no puedo reaccionar...

—Sí, hombre; vuelve a la frecuencia de Sacramentos, apártate de esos Clubs; serás feliz, tienes carácter para ello...

Realmente esto último le dije para consolarle; pero, ¡es tan difícil que reaccione un mundano, que deje esa vida, y viva como un fervoroso católico!

¡Y pensar que la causante de la desgracia de Antonio es su propia madre! y la tal madre se tiene por católica, frecuenta los Sacramentos, y con todo ha metido a su hijo en esta vida de mundo, de la que no se puede deshacer.

¡Terrible cuenta la que tendrán que dar a Dios muchas madres por haber metido a sus hijos en cines, playas, etc., etc.!

C. T., Congr.

Catequista antes de ser bautizado

Un día del año 1912 se entablaba el siguiente diálogo entre el Padre Pezzoni, misionero de Hyderabad, y un maestro de escuela.

Suami (Padre).—¿Quién eres? ¿De dónde vienes?

—Suami, ¿no te acuerdas de Rangaya, aquél que tenía la escuela en Kesarapully y que convirtió al cristianismo todo el pueblo?

—¡Ah, sí!

—Mira, Suami: al principio, José, el catequista, no tenía más empleo que enseñar las oraciones y el catecismo a los convertidos. La escuela la tenía yo; pero después que se la has dado a él, yo me he quedado sin trabajo.

—Y deseas un empleo.

—Mira, Suami: yo no pretendo que revoques las órdenes que diste; pero debes saber que cerca de Kesarapully está la aldea de Agianipudi, cuyos habitantes he convertido al catolicismo. Si te parece bien, yo seré su catequista. Te aseguro que los he de instruir muy bien.

—Pero, si tú no has recibido el bautismo, ¿cómo quieres estar instruído para cumplir el compromiso?

—Mira, Suami, yo me he aprendido todo el catecismo y hasta sé muy bien cómo se responde a las dificultades de los protestantes. Examíname y verás.

En efecto, dió su examen altamente satisfactorio.

—Y ahora—continuó el maestro—¿me darás el bautismo y el pueblo de Agianipudi para que lo catequice?

—Mucho me satisfacen, hijo, tu instrucción y tus buenas disposiciones; pero me parece un poco prematuro el concederte lo que pides. Vuélvete a Kesarapully, y que complete José tu instrucción y dentro de un mes veré si puedo acceder a sus deseos.

Rangaya se fué muy consolado.

Pasado el mes, fué el Padre Pezzoni a Kesarapully, y encontrándole bien dispuesto, le bautizó y le confió el tan deseado cargo.

¡Bien merecido lo tenía, porque aquel mismo día en que recibió el bautismo pudo ofrecer al Padre otro tercer pueblo que, instruído por él, deseaba abrazar la Religión Católica!

Este ejemplo debe llenarnos de verdadero celo y amor nuestro cargo de catequista. ¡De él depende la salvación de tantos niños!

R. G., Congr.

¡Mayor perfidia!

En París hay una secta a la que sus mismos asociados llaman *satánica*. Juran, en lo que cabe, desprestigiar los misterios más sagrados de los católicos, especialmente el Sacramento de la Eucaristía.

En cierta ocasión, en una iglesia de París llamó la atención a uno de los sacerdotes que repartían el pan eucarístico, la actitud inusitada de una joven después de comulgar.

Conducida a la sacristía, e interrogada, se dedujo de sus embrolladas declaraciones que estaba comprometida con dos individuos de esta famosa secta para suministrarles Formas consagradas al vil precio de 40 francos por cada Forma.

Estando al acecho se llegaron a desenmascarar a 17 personas que se dedicaban a comerciar con el cuerpo de N. S. Jesucristo.

Estas Hostias, envueltas en pañuelos o en papeles, eran entregadas inmediatamente en los antros señalados de antemano.

Los jefes y sus secuaces empeñaban su alma con sus potencias a Satanás, declarando y firmando con su sangre este criminal compromiso.

Las Sagradas Formas eran renovadas cada mes, arrojando a los perros las Formas tan sacrílegamente profanadas.

Y tú, que lees lo que hacen los enemigos de Cristo por ofenderle, ¿no harás algo por consolarle? Acércate a El en la Comunión con mayor cariño cada día.

Y ¡cómo te corresponderá ese Corazón, que tan bien sabe pagar estos amorosos desagravios!

E. A., Congr.

Servicio obligatorio

En Rusia celebran de cuando en cuando lo que llaman "marchas sobre Moscú". Van los pobres campesinos, en montón, obligados, y golpeados si es preciso, a visitar el sepulcro de Lenin (¡pobres rusos, rechazan a Jesús, Hijo de Dios, y adoran un ídolo, maldecido por su padre!). Van, pues, allá, en formación marcial, y gritando de cuando en cuando: "¡No hay Dios! ¡No hay Dios!"

Dicen que el efecto de este sistema es horrendo. Primero lo gritan sin sentirlo, pero después, entre el contagio de unos con otros, el calor de la marcha, el pensamiento de Lenin, y qué sé yo, los gritos son cada vez más fuertes, más diabólicos. Uno que haya hecho esa *peregrinación*, difícilmente quita de su recuerdo el grito blasfemo: "¡No hay Dios, no hay Dios!"

En México los niños de una escuela eran obligados a comenzar las clases gritando seis veces: "¡No hay Dios, Dios no existe, Dios no existirá!"

¡Pobres niños! Ellos, con tal de gritar y meter barullo están contentos; pero la idea infame les queda grabada en el alma...

Pues bien: para hacer todo lo contrario, ¿no se nos ha de ocurrir a nosotros algo? ¿Algún grito al comenzar los catecismos? Que lo gritasen todos, que lo gritasen fuerte, que lo gritasen seis veces, que no se les olvide nunca... Por ejemplo: "¡Viva Cristo Rey!".

No estaría de más. Ello serviría de una parte, para desagraviar al Niño Jesús de esos otros gritos de los niños rusos y mejicanos; de otra parte, para hacerles ver que Cristo es Rey de los niños y cada niño es un soldado de la milicia de Jesucristo, ya que según reza el Catecismo, "está obligado a su santo *servicio*." ¿No hablan de *servicio* militar? Hagamos de cada niño un militar de Jesucristo.

J. J. M., Congr.

Aplica el ejemplo

En los primeros siglos de la Iglesia se permitía a los fieles, cuando habían de emprender un peligroso viaje, llevar consigo la Sagrada Eucaristía.

En cierta ocasión Sátiro, hermano del gran obispo Ambrosio, embarcó en Italia con rumbo a las solitarias playas de África.

La nave se deslizaba sobre la superficie del mar, segura, con el aliento que da la prosperidad; Sátiro, sin recelos, confiado en sus propias fuerzas, como quien desafía los peligros y espera en breve tiempo llegar al puerto deseado.

De pronto cedió la brisa precursora de gran temporal.

El cielo, limpio y diáfano, fué empeñándose más y más, ocultándose primero tras tenue neblina que enturbia el aire e intercepta los rayos del sol. Un continuo relampaguear indica fraguarse la tormenta amenazadora y densas nubes que corren unas en pos de otras eclipsan por completo al astro del día, dando un cambio al mar.

Tomando cuerpo y cerrando los horizontes la nube plomiza de la tormenta rompió como si fuego expansivo de un volcán encerrase en sus entrañas.

En esta lucha con el mar se deshace por momentos la nave, y Sátiro, al darse cuenta del inminente peligro, no quiere morir privado de la Comunión, por lo cual se dirige presuroso a los cristianos compañeros suyos de viaje, rogándoles le concedan el poder llevar consigo la Prenda divina, objeto de su mayor consuelo; aunque por ser catecúmeno no le era lícito ni siquiera ver la Sagrada Eucaristía. Con todo, debido a las muchas instancias, logra al fin la gracia suspirada: llévala encima del pecho envuelta en un blanco y finísimo lienzo.

Al verse en posesión del Tesoro de los cielos se tiene Sátiro por feliz y dichoso y mucho más al sentir en su alma tanta confianza en la virtud del Sacramento, que en el mismo instante del naufragio se arroja decidido al mar, y sin ayuda de los restos de la nave, a los que se asían fuertemente los demás tripulantes, experimenta el manifiesto milagro de andar sobre las olas como si estuviese en tierra firme y llega el primero a la hospitalaria playa de Cerdeña.

Si Sátiro, con sólo llevar el Santísimo Sacramento sobre el pecho, pudo andar sobre las tempestuosas aguas del mar, ¿no podremos nosotros sortear todos los escollos de la vida si lo recibimos en nuestro pecho?

C. J., Congr.

¡Qué bien discurre!

¡Qué alegría se siente al encontrarse con un muchacho rico y generoso con los pobres, pero sin ostentación! De éstos es mi amigo Pepe. Pepe es rico y ha llenado su hucha de Misiones.

¿Queréis saber cómo?

No contento con depositar en la hucha su dinero, ha ejercitado el apostolado entre sus padres y parientes.

El por su cuenta ha ido depositando la mitad de lo que le daban en casa; en días fijos ha hecho que sus padres y los sirvientes de la casa, ayuden también a las Misiones.

Cierto día jugó a la lotería con su hermanito; le tocaron 20 pesetas; la mitad se la dió a su hermanito y las diez pesetas que a él le pertenecían fueron a la hucha. Así ha llegado a tener 150 pesetas y se las ha llevado al encargado de las Misiones en el Colegio.

Este se lo agradeció en nombre de los misioneros y añadió: Ayer me trajo un muchacho su huchita con cincuenta céntimos.

—Pues, quién sabe si a ese muchacho le han costado más esos 50 céntimos que a mí las 150 pesetas, y así ha ganado delante de Dios más que yo.

—Tienes mucha razón al pensar así; lo que vale es el sacrificio, que queda oculto; sólo de Dios conocido; si no se hace público con sólo el fin de animar a otros.

L. A., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

El porqué de un misterio

De un amigo mío muy querido recibo una carta que me produce a la vez tristeza y consuelo. El tiene dos hermanos casados; él idolatraba a sus sobrinos, era feliz; pero... sus dos sobrinitos han muerto, dejando sumidos a sus padres en el más hondo dolor, pero resignados al ver la muerte santa que tuvieron sus hijos queridísimos.

"El de Jesús era muy mono y simpático y ya iba haciendo gracias. De Maxi, ya recuerdas. El angelito ha muerto como un santo, en la plena lucidez mental; y sus últimas palabras fueron para pedir agua de San Ignacio, que tomó reiteradamente. Pidió confesarse y lo hizo: ha recibido además, a petición propia, el Viático y la Extremaunción...

Su cadáver parece que tenía vida. Estaba hermoso, como sabes que era, con una placidez angelical en su semblante. Llamó a sus hermanos, hace dos o tres días, para despedirse de ellos con gran cariño, y les distribuyó sus juguetes.

Ha muerto como un santo... y así se explica el misterio".

¿Qué es esto, amigos míos? Un jovencito, que se ve hermoso y fuerte, cuando le dicen que está grave, pide el Santo Viático, pide la Extremaunción, reparte sus cosillas entre sus hermanos menores, *se despide de todos con grande cariño*... ¿Qué es esto?

Los héroes más valientes se llenan de pavor cuando se ven en el último trance... piensan que de aquel momento depende la eternidad... piensan que sólo se muere una vez... tiemblan... ¡y este jovencito que no llega a quince años, está tranquilo esperando la muerte, despide a sus hermanos como quien les dice *hasta luego...!* ¿Qué es esto?

Oye la explicación del secreto: este chico está en paz con Dios: para él la muerte es *empezar a vivir, empezar a reinar.*

¡Ah! por si puede interesaros: me dice mi amigo que los papás de Maxi, cuando estaba sano, no le dejaban pisar el cine... Si hubiera ido todas las semanas, ¿hubiera muerto con tanta alegría?

R. A. M., Congr.

Corrida en pelo

Un domingo por la tarde íbamos tres congregantes al catecismo. Comentábamos en el tranvía algunas de las advertencias, muy oportunas por cierto, que el Padre nos había hecho aquella mañana durante la misa.

Subió en esto una jovencita con más afeites que entendederas, con los que procuraba paliar su fealdad.

Cinco minutos más tarde entró un sacerdote. Tendría alrededor de 60 años. Su presencia despertó en seguida en torno nuestro curiosos comentarios. El clérigo hizo la señal de la cruz y se puso a rezar su breviario.

—Se ve, dije a mis compañeros, que la serenidad es planta trabajosa de cultivar en nuestros días, pero que crece lozana en el alma de ese buen sacerdote. ¡Fijaos cómo les deja despotricar a todo su sabor...!

Y un hombre, gordinflón y soez, seguía arrojando bilis por la boca.

La presuntuosa joven, al ver la actitud de este hombre, creyó que se hallaba rodeada de atmósfera suficientemente densa, y comenzó también a despotricar groseramente.

Un movimiento de indignación brotó en mi espíritu y en el de mis compañeros. Lejos de quedar aplastados por el rodillo del respeto humano, dije con voz de trueno:

—Decía usted que los curas y los frailes eran... esto y aquello...

—Sí, señor.

—Pues, no, señor...

Uno de mis compañeros tuvo un gesto oportunísimo. Con voz potente y optimista grita:

—¡Señor cura! ¡Caballeros; ¡Señoras! ¡Tápense las narices...! Esas burlas tabernarias nos descubren un corazón corrompido. "Raza de víboras, ¿cómo es posible que habléis bien, siendo, como sois, malos...? Sois sepulcros blanqueados", como lo dijo Jesucristo.

El gordinflón abre de par en par sus ojos de besugo, y aquella tonta, tan llena de perfumes, se convence que éstos no bastan, que son insuficientes para evitar que todos los viajeros no se tapen las narices...

Los caballeros y señoras que iban allí, recibieron con fruición nuestra ocurrencia y se morían de risa.

Y aquellos dos entes ridículos quedaron bien corridos y avergonzados.

J. V., Congr.

¿Hay mejor amistad?

No puedes figurarte el agrado tan grande que siento al tomar la pluma para escribirte, que quiere decir, hablar contigo. Y es... ¡que es tan agradable hablar con un amigo! Además hay amistades hechas en las clases, hay amistades forjadas en el divertirse, y hay amistades, y éstas son las más grandes, que deben su origen al continuo trabajar haciendo bien por amor de Cristo. La nuestra se debe a la tarea de la Catequesis, por eso es tu amistad, la que yo estimo por encima de todas las otras amistades. ¿Te acuerdas? Hace algunos, pocos, años nos encargaban la catequesis de Galdácano. Hemos trabajado, el Señor ha querido recompensarnos. Hoy nuestra catequesis marcha; buen número de chicos aprenden la Ley de Cristo, y con el tiempo y ayuda del Cielo, tú conmigo y los demás catequistas haremos más, mucho más.

F. S., Congr.

FLORES Y FRUTOS

Núm. 269.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Diciembre de 1935

¡Ya creo, ya creo!

Se le veía pasar los veranos en una de nuestras ciudades del Norte: era un médico, joven todavía, de buena presencia, de trato exquisito. Había leído mucho, había escrito mucho. Abundaba en amigos y era solicitado en todas las tertulias por aquella conversación siempre salpicada de comparaciones luminosas, siempre variada, siempre suya.

Pero... no tenía fe: los filósofos modernos le habían dicho que no existe un Dios justo, bueno, padre de todos los hombres; que el alma humana muere con el cuerpo; que el verdadero Dios son las fuerzas del Universo ciegas; que ni los católicos ni nadie saben resolver esos hondos problemas que todo pensador se plantea: *¿Qué soy yo? ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy?...* ¡Le habían quitado la fe y no le habían dado la verdad!

En un balneario tuvo ocasión de conversar durante ocho días con Monseñor, Obispo auxiliar de N. Nuestro joven quedó muy gratamente impresionado de la primera tarde en que el Obispo se le acercó cuando salía del jardín, y tras una conversación, vulgar al principio, fué mostrando en sus palabras una delicadeza y un celo de amigo, de apóstol.

Se repitieron aquellas charlas: hablaron de literatura, de filosofía; y cuando habían intimado algo, el buen Prelado le tuvo toda una tarde entretenidísimo, contándole diversos pasajes de la historia del héroe más admirable que la humanidad ha tenido: Jesús de Nazaret. Se lo fué presentando como Poeta, autor de aquellas parábolas—breves poemas orientales—de belleza genial; como Filósofo, defensor de la moral más pura y más generosa; como propagandista de la tragedia judía, donde mantuvo hasta el patíbulo una serenidad de corazón jamás igualada, donde se mostró fidelísimo cumplidor de todo lo que había predicado...

El joven le oyó con respeto: aquellas palabras parecían quedar prendidas en su corazón, parecían agradarle; pero nada más...

—Yo no creo—le decía—, yo no creo en nada. Cristo fué la flor de la Humanidad; pero Dios... ¡imposible!

Y cuando llegó el momento de despedirse, le dijo:

—Mire, Monseñor: si algún día yo veo solucionadas todas las dificultades que tengo contra la existencia de Dios, contra la inmortalidad del alma, contra la Iglesia católica, entonces yo creeré.

—¡Aceptado, amigo mío!—le respondió el Obispo—. Yo escribiré a un sacerdote de la misma ciudad de usted, hombre entusiasta, hombre estudioso, recién formado. El estará a su disposición, él irá respondiendo a todas sus dificultades o dudas, él se las aclarará todas.

—¡Ya le costará!... Pero, lo dicho, dicho: si responde satisfactoriamente a todos mis argumentos, *¡yo creeré!*

—Aquel será para usted el día más feliz. Que Jesús de Nazaret le hable al corazón y le mueva... ¡Adiós, mi buen amigo!

Y se despidieron.

* * *

El joven médico y el sacerdote joven hablaron despacio, hablaron bien.

Aquél preguntaba y éste respondía. Este preguntaba y aquél le tenía que confesar algunas veces que la razón humana nunca llegaría a solucionar tales problemas... Por fin, le dijo una tarde con sinceridad de amigo:

—Mire lo que me pasa: ya no se me ocurre nada contra la Religión Católica, y, sin embargo... *¡no creo!*

—Y así tenía que ser—le contestó el sacerdote: la fe es una gracia sobrenatural que no podemos conseguir por nuestras solas fuerzas. Pero usted tiene deseo de poseer la verdad, tiene buena voluntad. ¿Ya recuerda aquella confianza con que el cieguecito del Evangelio pedía a Jesús: *Señor, que yo vea?* Y se lo pedía antes de ver, se lo pedía sin haberle visto nunca. Pues usted también acérquese confiadamente a ese Dios en quien no cree, y dígale cada día: *¡Señor, que yo crea! ¡Señor, que yo crea!*

El joven cumplió el consejo. Pasaron días. Y

Universidad de Deusto
Biblioteca

una mañana corrió a buscar al sacerdote. Venía radiante de júbilo, venía con una paz, con una luz...

—¿Sabe?—le dice emocionado—. ¡Ya creo, ya creo...!

¡Oh, la eficacia de la oración para la conversión de las almas! ¿Queremos hacer mucho bien a los niños de nuestros catecismos? Invitémosles a rezar, recemos por ellos.

S. de J. C., Congr.

¡Qué dos madres!

Una escena sucedida en este verano pasado. Un amigo mío, congregante, está haciendo el servicio. Un día le toca hacer guardia a la puerta de la cárcel. Es la hora en que los familiares de los presos se acercan para llevarles cosas de comer.

Entre los visitantes viene una mujer, cuyo hijo está preso por complicaciones en los sucesos de Octubre del año pasado. Charla a voz en cuello con otra compañera y se le oye decir:

—Mi hijo es comunista. Está preso y yo estoy satisfecha de tener tal hijo. Sólo deseo que salga de la cárcel para que vuelva a trabajar por la causa. Yo le animo y le ayudo en lo que puedo. Ya sé que alguna vez le matarán, pero será un héroe. Si tuviera más hijos, con gusto los daría. Una, mil veces que estén en la carcel, ¿qué importa? Cuando él muera, me quedará el consuelo de que su vida ha sido de provecho para la sociedad. Aquí le traigo ésto, pobrecito, ¡cómo estará sufriendo! Pero ya le digo, para que te estimen hay que sufrir. Para valer hay que trabajar, hay que luchar, aunque cueste...

¿Te parece cuento todo esto? Puedes creerlo. Es completamente histórico; lo supe el mismo día que sucedió, y te advierto que he dejado olvidar algunas frases que tenían una fuerza terrible.

Ahora comparemos madres. Una, que a costa de cualquier sacrificio quiere sacar de su hijo un comunista fervoroso, aunque le maten... Otra (no me atrevo a nombrarla, la que no se preocupa o impide que su hijo acuda todos los días a Misa), quiere hacer de su hijo un fervoroso católico, pero sin sacrificios... sin que se moleste un poquito por las mañanas, sin que se prive del cine, sin que le falte nada, sin que le lastime nada...

Dentro de unos años:

—Mira, ése es el comunista más activo de la región. Ha organizado él solo casi doscientas células. Es dueño de la voluntad de cientos de obreros. Hace una propaganda intensa. Con frío o con calor, viaja por todas partes para hacer secuaces y ganar adeptos.

—¿...?

—¿Ese? Creo que es católico, por lo menos eso dicen. Pero tiene mala historia. No frecuenta la iglesia; en cambio frecuenta otros sitios. Un compañero suyo me dijo que ha perdido la fe, y no me extraña. Los problemas sociales no le preocupan un rábano. No tiene más que obreros izquierdistas en su fábrica; dice que los "otros" sólo sirven para traer líos...

R. M., Congr.

¡Cómo discurre este niño!

Son las ocho de la mañana. Hace un frío que pela. Ha caído una helada más que regular y la poca gente que a estas horas va por la calle, camina de prisa y bien abrigada.

José Ramón, en su habitación bien calentita, ha pegado su cara al cristal y mira a la calle. Por la acera de enfrente ve pasar a un compañero suyo, congregante, que vuelve de la Misa de Congregación. A José Damón el remordimiento le nubla la vista y se pone triste.

En esto entra su mamá, que al verle cariacontecido, le pregunta: —¿Qué te pasa?

—Mamá—dice el niño con pena—, ¿no te dije ayer que me despertaras a tiempo para no perder la Misa?

—Es que... (a la mamá no le viene la idea). Es que... como ayer nos acostamos tarde... Además, como hoy hace tanto frío...

Por la acera de enfrente cruza ahora un vendedor de periódicos. Es un niño de diez años. Va muy mal vestido y procura defenderse del frío metiendo las manos en los bolsillos de una chaqueta que fué nueva hace años. Lleva la cara amoratada y de vez en cuando pregona el periódico con su voz infantil, destigurada ya por el esfuerzo del pregón diario.

—Mira, mamá—dice José Ramón—, ese niño habrá tenido que madrugar para poder ganarse unos céntimos. Pobrecito, ¡qué frío lleva!

La madre se hace la distraída, pero comprende la indirecta.

—Mamá—dice el niño—, por el dinero fíjate qué sacrificios tiene que hacer ese pobre niño; en cambio yo, que no me falta nada, por Jesucristo no hago ningún sacrificio.

J. N., Congr.

Catequista heróico

Un día el misionero recibió la noticia de que el catequista que había enviado a aquella aldea lejana, entre gente tan mala, había muerto. El Padre tembló; de seguro que aquellos guerreros feroces del centro de África lo habían hecho desaparecer.

Acompañado de algunos cristianos, el misionero sube a la piragua y se lanza río abajo en busca, aunque sea, del cadáver de su catequista. Le sale al paso el jefe, que le conduce al sitio donde murió el cristiano. Allá, al otro lado de la aldea, en un claro del bosque, está la cabaña miserable, de techo desplomado y podrido, donde había pasado sus últimos días.

El misionero se lanza a su interior. Sobre la tierra desnuda yace un esqueleto cuyas carnes han sido devoradas por las hormigas. Arrolla los piadosos restos en una estera que había traído para el efecto, y al levantarlos encuentra junto a ellos una cajita de metal, en cuyo interior hay un cuadernito que no han comido las hormigas.

Y el misionero abre sus hojas: es el diario de aquel héroe de la fe, verdadero mártir, que le había pedido, no hacía mucho aún, le enviara a catequizar la aldea más difícil, donde las gentes fueran las más malas. Decía así el diario:

"Las gentes de aquí son muy malas. He tratado muchas veces de hablarles de Dios. No me han escuchado y se burlan de mí...

Con frecuencia me pegan y me dicen: —Te vamos a matar...

He bautizado a los niños que se iban a morir. He mandado al cielo diecisiete. El jefe me dijo ayer: —No queremos verte más en la aldea. Cuando haces cosas con el agua sobre los niños, los matas. Pero estoy muy mal para poderme marchar; creo que las gentes me han envenenado.

El hechicero de la aldea ha venido. El pecho me abrasa, la cabeza me hace mal. No puedo ya andar. Los hombres me han echado al bosque. He encontrado una choza pequeña...

Pronto será Pascua. Para salvar a las gentes, he aquí lo que pido a Jesús. Que mi cuerpo caiga a pedazos como el suyo cuando los malvados lo azotaron. Como el buen Jesús, quiero tener sed en mi agonía... Como el buen Jesús, quiero morir solo, abandonado de todos, sin un sacerdote que me consuele, sin volver a ver al Padre. Quiero morir solo, para que las gentes de aquí se hagan cristianas...".

Así había muerto, roído su cuerpo por las llagas que le produjo el veneno, abandonado de todos en la selva, sin que nadie humedeciera sus labios resecos por la fiebre. El misionero le enterró allí mismo, junto a un cruz de madera que él había construido; y junto a aquella sepultura bendita, se levanta hoy una modesta capillita, cristiana, donde los cristianos de la aldea, de toda la aldea, pues toda es cristiana, acuden a orar.

M. de N., Congr.

¡Vaya prueba!

Los niños y jóvenes del África Central desean mucho llegar a ser hombre. ¿Sabéis lo que esto significa? Vais a verlo.

El joven que quiere ser contado entre los hombres debe mostrar en presencia de toda la tribu que es digno de ello.

Por esto los que quieren probar que ya son hombres, deben presentarse ante el jefe de la tribu. Este les señala un día para la gran ceremonia, en que probarán lo que valen, e invita a concurrir a ella a todo el pueblo. Acuden todos los miembros de la tribu, los subjefes y demás dignatarios, rodeando al grupo de ancianos y al jefe. Se eligen unos cincuenta hombres que se distinguen por su fuerza corporal y que luego, con sendas varas en las manos, de unos cuatro metros de largas, forman dos filas, una enfrente de otra, guardando la debida distancia.

El primer aspirante se presenta. Medio vestido pasa por entre las filas, con paso tranquilo, hasta llegar al primer jefe. Entretanto caen los varazos sobre su cuerpo desnudo, de ambos lados, dirigidos por manos vigorosas. Sin proferir palabra, con la cabeza erguida, el joven sigue su camino triunfal, dominado por el único pensamiento: "Soy un hombre, aquí tenéis la prueba".

Si diera alguna muestra de dolor, estallaría un grito general de desprecio y de todas partes se oiría: —Ese es un cobarde; no sabe dominarse; nunca debe mandar a otros; es esclavo de sus sentidos; por esto debe ser para siempre esclavo de toda la tribu.

Si sale vencedor de la prueba, si ha sufrido con valor y aun con alegría, al terminar, suenan los tambores y le declaran ya como hombre entre los aplausos de todos los presentes.

Hasta en Africa, para ser hombre, hay que saber sufrir, dominarse y sujetar sus pasiones; y tú, para ser católico, ¿en qué te dominas? ¿qué sufres...?

C. N., Congr.

Dos escenas del Evangelio

Es en los campos de Galilea. Unas cuantas mujeres galileas se acercan a Jesucristo, presentándole sus hijitos, unos judíos preciosos y traviesos, como todos los chiquillos del mundo. Los niños rodean al Señoñr, se le echan encima, le agarran las manos, se las besan y empiezan a enredar con sus dedos y con su túnica, mientras Jesús posa sus ojos sobre ellos y sonríe.

Los apóstoles se miran extrañados. En vez de despachar a los niños, el Maestro les deja que le molesten y que se entretengan con El. A ellos no les parece bien la escena, y agarrando a unos del brazo, a otros de la ropa, los empiezan a despedir con viento fresco, diciéndoles que con quién creían que estaban jugando. Los niños levantan sus negros ojos a aquellos hombres tan serios, que empiezan a ponerse pesados, pero Jesucristo sale a su defensa.

—Dejad que los niños se acerquen a mí—dice a sus apóstoles.

... ...

—Yo ya quería venir a Misa, pero en casa no me han dejado. Me han dicho que hacía mucho frío... No me han despertado a la hora...

—¿Tu mamá te quiere y no te deja que te acerques a Jesús?

Es en el Viernes Santo. Por una de las estrechas calles de Jerusalem avanza una plebe soez, que grita, blasfema y se divierte. Unas mujeres preguntan qué pasa.

—Ahí traen a Jesús Nazareno. Le han cargado una cruz encima y va que no puede con la carga. Le van a crucificar en seguida en el Calvario... Y el que ha dado estas noticias se adelanta satisfecho; no quiere perder el espectáculo y teme llegar al Calvario cuando esté todo ocupado.

Las mujeres de Jerusalem esperan. Pasa la turba que ha triunfado del Gobernador de Roma. Pasan los escribas y fariseos, que se han salido con la suya. Pasan los soldados romanos, los legionarios y, por fin, pasa también Jesús. ¡Cómo viene! Las mujeres no pueden contener un grito de compasión y rompen a llorar. Jesús, al pasar junto a ellas, deja caer una frase muy expresiva:

—No lloréis sobre mí. ¡Llorad sobre vosotras y sobre vuestros hijos!

... ...

La escena se repite hoy. Lloramos por las le-

Universidad de Deusto
Biblioteca

ves antirreligiosas. Lloramos por la persecución religiosa. Lloramos por lo mal que se va poniendo la sociedad.

Y sin embargo... la mamá, que tanto ha llorado, sigue sin preocuparse de formar en el alma de su hijo al católico fervoroso que salga más tarde en defensa de los intereses de la Iglesia.

M. de N., Congr.

¡Qué recuerdo!

Hace de esto ya seis años. Estaba yo entonces pasando el verano en un pueblecito a unos cien kilómetros de Burdeos.

Al salir de misa de 8, era domingo, el último de agosto, nos entretuvimos un buen rato a la puerta de la iglesia. Allí estábamos casi una docena de jóvenes con sendas bicicletas en la mano, sin decidirnos a separarnos. Dos de ellos iban a pasar una semana en casa de unos amigos, "au bord de la mer", como ellos decían.

Volverían el domingo siguiente para asistir a las fiestas, que en aquel pueblo empiezan el primer domingo de Septiembre.

Yo les quería bastante: éramos buenos amigos; sobre todo Jean se arreglaba muy bien conmigo; así que me costó darle el último apretón de manos. Me parece que le estoy oyendo: "Adieu, Gustave, à dimanche!"—Bon, à dimanche.

¡Quién le iba a decir a mi amigo Jean que el domingo siguiente, ese mismo domingo por él tan ansiado, iba a entrar en el pueblo en un ataúd!

Sin saber cómo, de la manera más tonta, se ahogó el viernes por la tarde, mientras sus amigos creían que gritaba por divertirse. Cuando cayeron en la cuenta era ya tarde. En vano le hicieron la respiración artificial.

Mi amigo Jean, alumno de la Escuela de Agricultura de París, tuvo que ser trasladado a su casa en un coche fúnebre.

"¡A dimanche, Gustave!".

Y ese mismo domingo pasamos largos ratos juntos: él corrompiéndose en el ataúd; yo rezando rosarios a su lado.

G. S. J., Congr.

El caballo de bronce

Existía en el Parque del Retiro, de Madrid, no hace muchos años, un pequeño monumento compuesto de un hermoso caballo, sobre un pedestal, y que llevaba sobre sus lomos un jinete.

Estaba en medio de un estanque y se distinguía por el nombre de "El Caballo de Bronce".

Este caballo, que en apariencia es tan agradable, tiene una triste historia que os la voy a relatar.

Infinidad de pajarillos que iban a beber en el estanque, atraídos por la curiosidad, volaban al caballo y, registrándole por completo, se encontraban con que tenía la boca abierta y estaba hueco por dentro.

Cuando en los rigurosos días de invierno, ya lloviendo, ya nevando, traspasábales el frío, iban entrando (con un poco esfuerzo, pues la boca no era muy ancha), al interior del caballo, para allí resguardarse de las inclemencias del tiempo.

Al cabo de algunos años hubieron de traspasarlo a la Plaza de Oriente, donde actualmente se encuentra, y entonces se le quitó el cuerpo que llevaba encima.

¡Cuál no sería la sorpresa de aquellos hombres cuando, al levantarlo, vieron en el vientre del cruel cuadrúpedo un informe montón de plumas y esqueletos de avecillas tragadas por él!

¿Qué había sucedido? Que una vez de haber entrado los pobres pajaritos, al querer salir luego por la misma boca, les era imposible, pues estaba de tal forma que al hacer esfuerzos por salir se herían la garganta y el pecho con el borde afilado; y víctimas las infelices de su fatal imprudencia, que les impedía salir de allí, se angustiaban, pero caían rodando por aquella cárcel de metal... Y morían.

¿No se parece este cruel caballo a ese otro monstruo peor, que es el cine, que quita la vida de la Gracia a millares de niños y jóvenes?

No seáis como esos imprudentes pajarillos; y por pasar "bien la tarde", no os metáis en el cine sin saber si vuestras almas van a salir de él ¡ay! como las pobres avecillas de la historia.

F. B., Congr.

FLORES Y FRUTOS

Núm. 270.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de nero de 1936

La sed entre la nieve

Te invito a subir hasta los hielos polares, hasta la casita del P. Arturo Laity, Misionero Oblato de María Inmaculada, que está terminando de componer las *Memorias* de sus 47 años de apostolado en Atabaska-Makencia.

En la víspera de la Nochebuena de 1915, este amigo del Gran Rey moría santamente pronunciando el nombre del Sagrado Corazón de Jesús; y el día anterior le encontramos escribiendo así la última página de su librito:

"Mucho he caminado con *barajones* para andar y desandar los 500 kilómetros que separan Atabaska del fortín Vermillon, en la ribera La Paz. Mucho he corrido visitando a los salvajes y proporcionando víveres a los huérfanos de las Hermanas Grises. Hice estos viajes a los comienzos, cuando sólo vestíamos pieles de alce, que al secarse el sudor de que quedaban impregnadas, se arrugaban y nos obligaban a caminar encorvados.

"Alguna vez hube de trotar durante treinta y ocho horas seguidas... Otro día llegué a Atabaska extenuado; por toda provisión llevaba una albondiguilla de *pemicán* (carne seca, pulverizada y mezclada con sebo), pero no pude clavar en ella mis dientes doloridos porque estaba helada como una piedra y no la podía deshelar: ¡se me había perdido el eslabón para hacer fuego! Traía una rodilla torcida y amoratada toda la pierna. Me sentía tan mal que Monseñor Faraud me vió caer en el suelo, se alarmó, me creyó perdido. He conocido *el mal de barajones*. Todo lo he aguantado, todo lo he sufrido con buen ánimo, porque podía hacerlo, porque estaba robusto.

"Pero... a lo que jamás me avine fué a la sed. ¡Sí, a la sed! ¡Cuánto sufrí aquellas horas en que no podía detenerme a deshacer la nieve y no había medio de romper el hielo, demasiado grueso! ¡Cómo envidiaba a los perros que lamían la nieve y así se refrescaban!

"A veces, al llegar a algún paraje donde sabía que la corriente interior impetuosa adelgazaba el hielo, me detenía, lo rompía de dos hachazos, hacía brotar agua líquida y bebía. A la primera bocanada, hubiérase dicho que una bola de hielo se formaba en mi cerebro.

"¡Cuánto amor a Dios y a las almas (ahora lo veo), ha sido necesario para soportar todo eso! La sed, la sed en mis caminatas de invierno, la sed entre la nieve, he ahí el verdadero sacrificio en mi vida de misiones, ¡el único!, los demás no cuento. Dios, que pronto ha de juzgarme, quiera aceptar complacido este mi sacrificio. Yo se lo he ofrecido muchas veces por la conversión y perseverancia de mis entrañables hijos, los salvajes; se lo he ofrecido unido a aquel *Tengo sed* del Calvario..."

Y así terminó sus *Memorias*...

¿Qué dices, al leer esto, mi valiente amigo? Las últimas palabras que escribe son para sus entrañables hijos, son para unirse con Jesús paciente. las últimas palabras que pronuncia son para recibir los abrazos de Jesús amante: ¡Sagrado Corazón de Jesús!

Era un Misionero del Gran Rey.

Y si le preguntaras por qué se condenó a sufrir aquellas soledades inmensas, aquellos fríos de 35 grados bajo cero, aquellas hambres y cansancios, y sobre todo aquella sed... él te contestaría lo que Monseñor Grandin, Misionero también de aquellas regiones, solía decir a los jóvenes de los Colegios y de los Seminarios en las conferencias que dió a fines del pasado siglo en su viaje por Francia:

"Hacia aquel país de salvajes y fieras, de cielo glacial y suelo nevado, afluyen exponiéndose a mil peligros, comerciantes de todo género, *en busca de pieles* de osos y de martas... ¿Y no habrán de surgir sacerdotes deseosos de volar allá *en busca de almas!*"

¡Pues cuál será—pregunto yo ahora—*la recompensa* que recibirán estos generosos buscadores de almas?

"Alegraos—les dice el Señor Jesús—porque *vuestros nombres están escritos en los cielos*... A vosotros no os llamaré siervos sino *amigos*."

Dulcísima palabra del Maestro a sus apóstoles. Y dulcísima otra palabra que también Jesús dijo para ti y para mí y para todos los cristianos: "*El que recibe al apóstol, tendrá la recompensa del apóstol*".

El que recibe al apóstol, quiere decir el que ofrece morada o alimentos, el que le envía limosnas para sus escuelas o templos, el que reza por él, el que se sacrifica...; *el que recibe al apóstol, tendrá la recompensa del apóstol.*

V. C. R., Congr.

Catequista decidido

En tiempo del P. Lievens, cuando el pueblo de Chota Nagpore se volvía en masa hacia el catolicismo, los pastores protestantes no dejaron pasar ocasión de atacar y calumniar a la Iglesia católica. Sus mordaces diatribas preferentemente se dirigían contra el culto de la Santísima Virgen y contra la infabilidad Pontificia.

El catequista llamado Pablo obtuvo de su misionero permiso para replicar a un famoso predicador luterano, saliendo en defensa de nuestra fe.

Era día de mercado; se hallaba el pastor arengando desde un carro a la multitud apiñada; Pablo le interrumpe y le dice:

—Señor Pastor, ¿quiere usted hacerme el favor de contestar a esta pregunta?

—Sí, hermano mío, con mucho gusto, estoy siempre dispuesto a dar luz a los ignorantes.

—Gracias... Pero, no son los cristianos hermanos de Cristo?

—Sí, ciertamente.

—Luego, Jesucristo es nuestro hermano, ¿verdad?

—Pues claro.

—¿Y María no es la Madre de Jesucristo?

—Sí.

—Pues entonces, señor predicador; usted dispensará; si Jesucristo es hermano nuestro, y si María es la Madre de Jesucristo, las cuentas salen claras; María es también nuestra Madre y nosotros somos sus hijos. Por lo menos así discurrimos los de este pueblo de Munda. Y supongo que en todas partes los hijos aman y respetan a sus madres. ¿No es verdad

Gran risotada acompañada de una lluvia de aplausos coronó las felices palabras del intrépido Pablo. Por muchos días no se habló de otra cosa en toda aquella región, y el secuaz de Lutero hizo bien en no aparecer por aquellos parajes temiéndose algún bochorno mayor.

¡Cuánto tenemos que aprender muchas veces de los nuevos cristianos de los países infieles, que con valentía y sin respeto humano salen en defensa de nuestra Madre querida y de nuestra Santa Religión!

A. C., Congr.

Lluvia fatal de flores

Unos cuantos romanos habían tramado una conspiración contra el triste emperador Heliogábalo, célebre por sus locuras y desórdenes. No tardó el César en enterarse de lo que se trataba, y como si nada supiera, invitó a los conjurados a un banquete. Un tropel de comprometidos acudió con presteza al llamamiento. Nadie podría determinar con exactitud todo el esplendor y fausto de aquella orgía en la que el mismo emperador tomaba tanta parte adjudicándose para sí el papel de anfitrión. El convite terminado, Heliogábalo se levanta de su puesto y abandona aquella sala impregnada de desorden. El hormigueo de criados que pululaban por la habitación va desapareciendo, y las puertas quedan cuidadosamente cerradas.

De pronto, poco a poco, una lluvia de pétalos de rosa comienza a caer suave y dulcemente del áureo artesonado entreabierto, sobre los felices comensales. ¡Qué sorpresa más grata! El tiempo va pasando y la lluvia de rosas continúa inundándolo todo. La sala va llenándose cada vez más, y las paredes desaparecen cubiertas por las flores. Sólo entonces comienzan a oírse clamores de espanto y de dolor. El horroroso lazo quedaba al descubierto. Todos, jóvenes y ancianos, cortesanos y oficiales del ejército, iban a perecer en el más atroz suplicio, sepultados entre rosas perfumadas.

Así acontece con frecuencia a muchos pobres pecadores. El enemigo del alma hace caer sobre ellos una lluvia de rosas: honras, riquezas, placeres. Los incautos no ven el lazo tan funesto que se esconde bajo esos dones seductores. ¡Qué de remordimientos suceden a toda esa multitud de impetuosos deseos de gozar; pero en qué vienen a parar, en desengaños, y lo que es peor, en pecados con que se quita uno la vida del alma y muchas veces parte de la del cuerpo.

A. C., Congr.

Un buen ejemplo

A fines del año pasado, los periódicos neoyorquinos señalaban a sus lectores el caso de una criada empleada desde hacía cuarenta y siete años en un gran establecimiento de la gran urbe americana, y que acababa de morir.

El "New York Times", uno de los mejores y más importantes periódicos del mundo, hacía notar con toda intención que "Maggie" (Margaret Mallany), católica fervorosa, asistía cada mañana a la Santa Misa.

Durante sus cuarenta y siete años de fieles servicios en el Grand Hotel, no había faltado ni una sola vez a su devoción matinal. El mismo día, en que la llevó la muerte, se estaba preparando para ir, como de costumbre, al Santo Sacrificio. "La historia—escribía el "Times—, iba pasando con sus acontecimientos y celebridades durante cuarenta y siete años, y Maggie seguía de camarera en el Grand Hotel. Jamás se preocupó de otra cosa más que de su tarea cotidiana, acudiendo a Misa y haciendo por todas partes el bien que podía".

¡Qué ejemplo más elocuente da esa pobre criada a los que por pereza y por no vencerse uno y otro día, pierden el mayor bien que se puede perder, incomparable cúmulo de gracias, que emanan de la asistencia a la Santa Misa y de la recepción del sacratísimo Cuerpo del Divino Maestro Jesús!

A. C., Congr.

Un gran hombre

Nadie como el canciller Dollffus estuvo más persuadido de que la suerte de los hombres está en las manos de Dios. Herido de muerte por unos cuantos desalmados hostigados al crimen por el racismo pagano, agonizaba el Canciller hacia varias horas en el salón amarillo del Ball Paltz. Después de recomendar en un último esfuerzo a sus colaboradores Fey y Karwinsky la guarda de su esposa e hijos, pidió que su sangre no se compensase con otra sangre, se recogió en la oración, hasta que el Señor, a quien con tanta fidelidad y con una fe tan arraigada y valiente había servido, viino a recoger su último aliento.

El sacerdote, que pidió el moribundo con tanta insistencia y que le fué negado por aquellos brutos carniceros, le habrí encontrado del todo dispuesto a comparecer ante el Soberano Juez. Las últimas palabras del Canciller se dice que fueron: "¡Que Dios les perdone!"

Hacía tiempo que había hecho el sacrificio de su vida; era veterano, fué herido dos veces en la Gran Guerra y pocos meses antes de su muerte había sido objeto de otro atentado, y en poco estuvo que no fuese alcanzado por las balas traidoras. Su grandeza de ánimo y su valor eran tanto como su religiosidad. Era hijo de unos pobres aldeanos de la Baja Austria, y tan pequeño de estatura (1 m. 50) que le llamaban "Millemeternick" o "el canciller de bolsillo" Nadie crea que el cariñoso apodo popular hiciese en él la menor mella de disgusto, al contrario, él era el primero en reírse de su talla liliputiense. Razón por la cual se ganó no pocas simpatías.

Un caso, tomado al azar en la vida de aquel gran hombre, nos demostrará la solidez de su vida anterior.

Cierto día invitan a Dollffus a tomar las riendas del poder para salvar a la patria amenazada. Engelberto Dollffus pide que le dejen reflexionar hasta la mañana siguiente. Pues bien, toda aquella noche la pasó en la Iglesia que acostumbraba a frecuentar, pidiendo al cielo luz, consejo y valor. El nazismo no había aún hecho del terrorismo y del crimen la esencia de su programa de intimidación; pero la gravedad del asunto era para hacer volverse atrás a los más intrépidos. Dollffus oró mucho, y, con la angustia y el abandono en Dios de un fervoroso católico como él era, aceptó la carga que le costaría tantos sudores, tantos sacrificios y aun la misma vida.

Dollffus, como otros innumerables paladines de Cristo, formados en el vergel de nuestras Congregaciones Marianas, fué siempre fidelísimo observante, y con su propia sangre de mártir rubricó el propósito de las asociaciones Marianas: "Hacer de los fieles congregados bajo el manto de la Santísima Virgen cristianos de verdad, que traten sinceramente de la propia santificación en su respectivo estado y trabajen con gran empeño, según lo permita su condición social, en salvar y santificar a los demás, y en defender contra los ataques de la impiedad a la Iglesia de Jesucristo"

A. C., Congr.

Parada en seco

De vuelta de Lourdes, una pobre mujer iba pasando devotamente por sus dedos las cuentas del rosario. La mejor manera de hablar con la Virgen María y más después de haber recibido muchas gracias del cielo en aquel inolvidable santuario.

Mientras tanto un señor coloradote y pletórico de vida, sentado en el puesto de enfrente, y enfrascado sin duda en asuntos de gravísima importancia, abría y devoraba con afán una tras otra las páginas de algunos periodiquillos de mala muerte. Sabido es de todos, cuánto suele excitar el sistema nervioso de ciertas gentes el pasar de las cuentas benditas; y así fué este mal hombre terminó por enervarse; pero no pudo inmutar en lo más mínimo con sus miradas despectivas y maliciosas la calma y serenidad de la piadosa mujer del pueblo. Quiso por fin acabar con aquel escándalo de beatería, y con aire guasón preguntó:

—Buena mujer, ¿usted también viene de Lourdes?

—Sí, señor, respondió la interlocutora.

—¿Y habrá visto sin duda maravillas, verdad?

—Ya lo creo, y mayores de lo que esperaba.

—¿Ya vió la fuente milagrosa?

—Sí, señor, siguió contestando impasible la aldeana.

—¿Y qué, presenciaría usted algún milagro?

—Si por cierto, unos cuantos.

—Pero, sobre todo, vería a la Virgen, ¿verdad , proseguía con sorna.

—Sí, señor, y no sólo vi a la Virgen; vi también a toda la Sagrada Familia; al Niño Jesús amable, lo mismo lo mismo que en Belén. La Virgen le tenía sobre las rodillas, San José le contemplaba extasiado, y los pastores y reyes estaban postrados adorándole. ¡Lástima de que faltase tan sólo una cosa!

—¿Cuál era?, preguntó el caballero con tono más socarrón aún, picado por la curiosidad.

—Pues faltaba el burro del establo; pero como me lo encuentro aquí no tengo por qué apenarme... y prosiguió rezando el rosario.

La carcajada de los oyentes fué general.

A. C., Congr.

Peor que lucha

El día 12 de Diciembre último en Pattalan un magnífico leopardo se aproximó a la localidad en busca de un buen bocado: ternero, vaca o becerra, entrado al caer del día. Siguió tras el olor del rebaño, mas el resplandor de los hogares le infundió respeto. Pasó la noche bajo un cobertizo de láminas y maderas.

A la mañana siguiente, descansado, pero hambriento, salió de su escondite. Lo divisa una mujer y grita a sus vecinos que una especie de perrazo acaba de entrar en su establo.

Acude su marido indefenso, sin recelar de qué clase de perro se trataba. Un gruñido aterrador, y el hombre y la bestia ruedan abrazados por el patio. El hombre se mantiene firme a pesar de la honda herida abierta en sus carnes y a grandes

Universidad de Deusto
Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

veces pide auxilio. Pero la fiera se burla de los galantes que se esconden prudentemente siguiendo el consejo de Déroulède: "Mostrémonos de lejos, como la Esperanza, y para permanecer fuertes guardémonos vivos".

El leopardo, que no es tonto, teme que va a salir mal librado si juega largo rato y salta veloz por encima de un seto, cayendo sobre una anciana sorda, ocupada en su toilette. Grita la pobre en vano. El furioso animal le muerde el rostro y los brazos. Clama y llama a todo el mundo. Acude gente a la escena emocionante. Furioso con tanto estrépito el animal levanta la cabeza. Se acerca ya su fin. Cierto musulmán, Vagoor Pitchel, aprovecha la ocasión y coge su fusil. El leopardo le salta encima lanzándole cuatro o cinco zarpazos, y rápidamente se da la media vuelta. "He aquí una puerta abierta, se dice, escondámonos dentro". Es una casa de musulmanes. La estancia está ocupada por dos mujeres y tres niños que se refugian en el cuarto próximo.

El leopardo viéndose sin salida reaparece sobre el umbral furioso en demasía. Dos tiros le saludan. Da un salto formidable sobre la apiñada multitud. Llueven golpes y más golpes. Dos vecinos caen por tierra heridos. Para colmo de males la carga de un viejo fusil penetra en la pierna de un agresor. Pero la tragedia toca a su fin: cuchillos, bastones, barras de hierro han hecho su oficio.

El animal tiene la espina dorsal y las patas quebradas y unas cien heridas poco más o menos, así que el golpe de gracia le es suministrado a sangre fría. Momentos después el hospital recibía las siete víctimas principales, tres de las cuales, creo, no volverán a salir.

Otras luchas tenemos nosotros con otras fieras, especialmente los amigos atrevidos que a veces se nos echan encima; si no los sacudimos enseguida y con valor llegarán a deshacernos. Ya sabes quién protege como ningún otro en estas luchas y en otras, cuando te figuras que estás solo, invoca el nombre de María y más aún el de Jesús.

J. A., Congr.

¡Cuántos hay como Enrique!

Enrique era un niño de nueve años: tenía un amigo de su misma edad llamado Pedro.

Enrique y Pedro solían ir a jugar al monte, pero nunca se acercaban a una laguna pantanosa que allí había, pues sabían que cayendo en ella, el barro aquel iría tragándoles hasta ahogarles sin poder ellos hacer nada por evitarlo.

Enrique, como casi todos los niños, tenía una mamá muy buena que le quería mucho, y precisamente porque le quería le tenía dicho muchas veces que no se acercase a la laguna, pues podría caer en ella y una vez dentro no podría salir.

Pero un día los dos amigos sintieron ganas de acercarse allí, pues habían oído decir que había una parte por donde se podía andar sin hundirse; en verdad tenían bastante miedo, pero al fin se decidieron y entraron; al principio todo fué bien; por allí se andaba a las mil maravillas y Enrique se reía de los "miedosos" que decían que andar por la laguna era muy peligroso.

Tan seguros estaban de que todo "era cuento", que se pusieron a jugar allí mismo; estaban en lo más interesante del juego, cuando Enrique, al dar un paso hacia atrás sintió que se le pegaba el zapato en el suelo; pugnó por sacar el pie y... perdió el equilibrio, echó la otra pierna, y sintió como que también se le empezaba a hundir.

Pedro, al ver caer y hundirse a Enrique, dió un grito y salió corriendo a avisar a casa de su amigo.

Mientras tanto, éste se iba hundiendo poco a poco: por más que se esforzaba para salir no podía; al fin, rendido por los esfuerzos, se dejó caer y notó que ya el fango le llegaba a las rodillas: sintió correr por su cuerpo un escalofrío de terror y gritó, pero poco a poco iba hundiéndose, hasta que la tierra le cubrió por completo.

Cuando Pedro llegó con la mamá de Enrique, ya no quedaba ni rastro del niño. *Aquella señora* sintió su corazón transpasado por el dolor y comenzó a llorar amargamente.

¡Cuántos jóvenes... y niños hoy día saben que no pueden ir al cine porque si van al fin y al cabo saben que han de caer en pecado y porque su Madre la Santísima Virgen, que tanto les quiere, les dice continuamente que no vayan.

Y ¡cuántos son los que un día, dejándose llevar de un mal compañero van porque "hay una parte por donde se puede andar" hay algunas películas que se "pueden ver", y luego sin darse cuenta caen y entran en lo más cenagoso, van a toda clase de cines.

¿Vamos a ser nosotros de éstos? ¿Vamos nosotros como el desgraciado Enrique a hacer derramar lágrimas de dolor a Nuestra Purísima Madre la Virgen, que tanto nos quiere? ¿Vamos a clavar un puñal más en el Corazón de Nuestra Santísima Madre, que ofreció la vida de su preciado hijo Jesucristo por nuestra salvación?

J. L. C., Congr.



Núm. 271.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Febrero de 1936

¿Cómo conoció al león?

La escena representa el desierto de Arabia. Viaja por él un incrédulo empedernido que se tenía por sabio, en compañía de su buen guía Kniffe, joven cristiano. Marchan los dos hasta que la puesta del sol les impide proseguir su viaje. Detenidos por esta causa, sacan los trastos que llevan consigo e instalan la tienda. Concluída la instalación, comienzan los preparativos de la cena. Dispuesta ya, colocan una tabla sobre la arena y... ¡a cenar se ha dicho! Mientras comen, conversan alegremente acerca de los incidentes del día, de los proyectos para lo sucesivo, etc. Son las diez, y como a la mañana siguiente tienen que madrugar, recogen los utensilios y demás enseres y van a descansar a sus respectivos lechos o lo que sean. El sabio, según su costumbre, acomodóse como mejor pudo y... a dormir. Kniffe hizo lo propio; pero antes arrodillóse para dar gracias a Dios por los beneficios del día y rogarle les preservara durante la noche de todo peligro. El sabio se dió cuenta y díjole:

—¿Qué es lo que haces?

—Orar.

—¿A quién?

—A Dios, nuestro Padre.

—Pero, ¿quién es ese Dios? ¿Tú le has visto, oído o tocado alguna vez?

—No.

—Pues eres un necio al creer en un Dios, que ni has visto, oído ni tocado.

Kniffe sintió herido su corazón; mas creyó prudente callar y, como si nada pasara en su interior, se acostó todo lo largo que era en el suelo hasta el nuevo día. El sabidillo, compadeciéndose del negro, se echó también a dormir de idéntica forma.

Ya descansan tranquilos. ¡Qué contraste! Esa tranquilidad está a punto de trocarse en terrible angustia...! porque mediada la noche, un animal de pelaje rubio oscuro, cabeza grande, dientes y uñas fuertes, cola larga, dirige majestuosa y silenciosamente sus pasos hacia ellos. Llegado a la tienda, da vueltas en su derredor como si tratase de encontrar puerta o ventana por donde entrar a devorar a ambos. El animal debió oír algún ruido de que Dios se sirvió para alejarle de este lugar.

Mientras tanto, el sabidillo ha despertado de su reparador sueño; se levanta y abre la puerta de la tienda para dejar paso a los refulgentes rayos del sol.

—¡Qué bien día!, exclama. Contempla la perspectiva que le ofrece el desierto; baja los ojos y advierte las huellas del león; queda aterrorizado.

—¡Kniffe...! ¡Kniffe!..., entra gritando.

Este que ya estaba levantado, al oírle y verle tan turbado, tan alterados sus nervios, le dice:

—¿Qué pasa, qué sucede?

—¡Ah!, Kniffe, esta noche hemos corrido gravísimo riesgo de vernos presos por las garras de un león.

Repuesto del susto Kniffe, que recordaba la discusión sostenida la noche anterior, cae en la cuenta que la ocasión es oportunísima, y, sin inmutarse en lo más mínimo, le contesta:

—Pero, usted ha visto, oído o tocado alguna vez a ese león?

—No.

—Pues no sé cómo llamarle a usted al creer en ese león que ni ha visto, ni oído ni tocado.

—Ven, ven conmigo. Vamos afuera.

—Vamos.

Salen fuera; le señala el sabidillo las huellas del rey de los animales y se explica así:

Mira, contempla estas huellas: ¿No te están diciendo que por aquí ha paseado anoche un león?

Entonces, Kniffe, le replica:

—¿Conque, sí... eh?

—Pues mire usted también ese horizonte, esa bóveda celeste que contempla, ese esplendoroso sol, y diga: ¿no es verdad que son huellas inconfundible de que por ahí anda Dios?

El sabiollo quiso refutarle; pero se vió impotente ante la réplica categórica y contundente de su guía.

Reconoce la lección que le ha dado su buen acompañante, le estrecha la mano efusivamente, y con profundo sentimiento en la expresión, le dice:

Universidad de Deusto
Biblioteca

"—Gracias, Kniffe, gracias. Hoy surgen en mi alma nuevas luces que reflejarán sin duda la imagen de ese Dios, de quien me acabas de hablar.

He sido muy tonto, que no acerté a leer en el libro escrito por Dios en la naturaleza; nunca me ocurrió pensar en el autor, cuando es lo primero que leo al coger un libro."

J. M. Z., Congr.

Ruidosa conversión

Esta historia que vas a leer, ocurrió a fines del año 1841. El joven protagonista se llamaba Alfonso Ratisbona, perteneciente a una de las familias más distinguidas de Estrasburgo, "judío empedernido", como le llamaba un amigo suyo protestante. Iba en viaje de recreo y estaba en Nápoles y se dirigía a tomar pasaje para Palermo cuando le asaltó la idea de ir a Roma, donde no había estado nunca. Tres días más tarde se encontraba en la Ciudad Eterna.

Voy a copiar trozos de la carta que, después de su conversión, dirigió al fundador y director de la Archicofradía de Nuestra Señora de las Victorias de París.

Dejémosle hablar: "Mi entrada en casa del Barón de Bussieres me puso de mal humor, pues el criado, en vez de tomar mi tarjeta me anunció y me introdujo en el salón. Al Barón le tenía yo por un beato y me regocijaba el poder martirizar sus oídos con motivo de la situación de los judíos en Roma.

El señor de Bussieres me habló de la grandeza del Catolicismo y yo le contestaba con ironías. En fin—me dijo—, ya que detestáis la superstición y sois un espíritu fuerte tan ilustrado, ¿os encontráis con ánimo para someteros a una prueba bien inocente?

—¿De qué se trata?

—De que llevéis con vos un recordatorio que os voy a dar... Aquí lo tenéis. ¡Es una medalla de la Virgen. Podrá pareceros ridículo mi deseo; pero a esta medalla le doy yo un gran valor.

La proposición—lo confieso—me maravilló y el primer movimiento fué de echarme a reír; entonces me ocurrió que esta idea me proporcionaría un delicioso capítulo para mi cuaderno de viajes; sujeté la medalla en el forro de la chaqueta. ¡Ja, ja, ja!, dije en explosión de risa. Héme aquí Católico, Apostólico y Romano.

El Barón que había triunfado quiso sacar el mejor provecho de su victoria. Ahora—añadió—hace falta terminar la prueba. Trátase de rezar todas las mañanas una oración: el "Acordaos", compuesto por San Bernardo.

El nombre de Bernardo me trajo a mi memoria el recuerdo de mi hermano, que se había convertido y era sacerdote y al cual por eso yo le odiaba; y le dije al Barón que no pasara más adelante, y como no quería dar a la cosa más importancia, le dijo: ¡Sea!, os prometo rezar esa oración: si no me hace bien tampoco me hará daño, y la copié delante de él, despidiéndome de aquella visita que por su extravagancia me pareció interesante.

Al día siguiente tomé mi pasaporte, y cosa extraña, por el camino iba repitiendo el "Acordaos" de la misma forma que se tararean ciertos aires populares.

A las 11 me fuí a despedir de mi amigo y me dijo que no me fuera tan pronto, porque iban a empezar las célebres funciones de San Pedro; y, aunque de mala gana, accedí y retrasé mi partida unos días."

Vamos a pasar por alto las escenas que cuenta durante su visita por los distintos monumentos, puesto que no tiene nada interesante para nuestra historia y llegamos al día de su conversión.

"Al salir de un café—escribe—encontré al coche del Barón. Este lo hizo detener y me invitó a subir; yo, como estaba cansado, accedí gustoso, y al pasar por la iglesia de San Andrés de los Frailes, me rogó le esperara un momento, pues tenía que hacer un encargo y dentro de diez minutos estaría de vuelta. Yo preferí salir del coche para ver la iglesia, así que entré con él. Se estaban haciendo los preparativos para los funerales de un amigo suyo, el Conde de Laferronnay según él me contó.

El Barón me dejó junto a una columna y entró en el convento. La iglesia de San Andrés es pequeña, pobre y no tenía nada que ver. Recuerdo que vi saltando un perro negro... De repente el perro desapareció de mi vista como desapareció la iglesia y ya no vi nada... es decir ¡Dios mío!, no vi más que una sola cosa. Yo me encontré allí de rodillas bañado en lágrimas, cuando el Barón me trajo a la realidad de la vida. Imposible me era responder a sus llamadas; al fin saqué la medalla del cuello, besé la imagen de la Virgen radiante de Gracia... ¡Ah! sí, era Ella misma, era la Señora que yo había visto!"

De esta manera se convirtió aquel joven israelita por la oración constante de un amigo. Imitemos nosotros a este joven y ofrezcamos todos nuestros trabajos por la salvación de los infieles de aquí y de allí.

J. R., Congr.

Uno de tantos diálogos

Ocurrió en un taller de mecánicos de París, hace un año nada más, el siguiente caso:

Eran las doce del día, y al tocar la sirena del taller todos iban dejando en su lugar las piezas diversas que utilizaban en sus trabajos. Vayamos a aquel taller de engranajes donde discuten amistosamente dos operarios. ¿Quiénes son? ¿Qué hablan?

Son dos obreros afiliados a una Asociación Católica Obrera; Alfred Minoir y Robert Renaired.

Oigamos la conversación.

Robert.—Escucha Alfred, ya sabes que soy tan católico como tú; pero hay cosas que no veo tan bien y que no honran tanto a los católicos.

Alfred—Tú siempre dando conversación; vamos a comer y déjate de habladurías. No sé si hablas de bromas o de veras; aunque sospecho que anoche fuistes al mitin comunista en Saint-Michel.

—Hombre, sí; fuí por curiosidad...

—Sí, por curiosidad y por no ser menos, por respetillo humano; hasta que dejes un día de ir a la iglesia y luego...

—¡Quita de ahí! No me creas tan tonto ni tan cobarde; pero algo no me pareció bien, y ocurre en la Iglesia católica.

—Explícate, a ver...

—Pues allí el camarada Senoir, dijo que la ciencia y la Iglesia siempre están y han estado reñidas; y pusieron el ejemplo de Galileo que la otra vez me lo explicastes; dijeron también que los frailes son unos vagos; que les gustaba castigaran a los que llegaban a descubrir algo; y no me pareció ni me parece bien.

—Pues mira, para que veas que no hay tal y que esos monjes son más sabios de lo que el mundo se figura; toma, lee el índice de este libro y te convencerás:

—"La escritura, de que hoy nos servimos, la crearon los monjes de la abadía de San Martín de Tours"...

"El monje Gerbet, primer Papa francés, introdujo en Francia la escritura de las cifras arábigas y su empleo en la Aritmética".

"El método de enseñanza musical que hoy se usa, lo inventó Guido d'Arezzo, monje italiano".

"El primero que habló del microscopio y del telescopio en Europa, fué el padre Franciscano Roger Bacon".

"La invención del barómetro y el descubrimiento del peso del aire se deben al abate Torricelli".

"Las leyes de la electricidad fueron descubiertas por un religioso, Becaria".

"Quien con mayor precisión determinó la constitución química del sol fué el Padre jesuíta Secchi".

"El...

—Bueno, no sigas más, ya veo que esos engaña-obreros se valen de su ignorancia para empozoñar sus corazones y apartarlos del camino de la verdad y la vida, echándolos al precipicio de la inmoralidad. Hay que trabajar en nuestra Asociación, a fin de refutar todos esos y otros errores, querido Alfred.

—Sí, Roger; hay mucho que trabajar por Cristo; anímate que yo ya lo estoy.

M. G., Congr.

¡Con qué satisfacción!

En aquellos días, no muy lejanos, los vecinos de una aldeíta de Asturias seguían como de costumbre ocupándose en sus tareas de labranza, a pesar de los rumores de que algo anormal ocurría en la capital y en otras poblaciones.

Pero aquella apacible calma del lugar, comenzó a ser enturbiada por un lejano, pero continuo cañoneo que llegó a inquietar el ánimo de aquella gente sencilla. ¡Bien lejos estaban de prever el peligro que les amenazaba, y esta imprevisión aumentaba su gravedad!

A media mañana, cuando los aldeanos se hallan entregados a sus labores rurales, un grupo de hombres armados avanzan rápida y sigilosamente camino del pueblo próximo, centro de concurrencia de otros cercanos, para lo cual era preciso pasar por éste del cual nos ocupamos. Aunque de paso se hicieron resuelta y rápidamente dueños y señores de todo y de todos sus indefensos moradores; éstos, atemorizados, no ofrecieron resistencia alguna; procuraron refugiarse cada cual donde pudo, huyendo de aquellos bárbaros intrusos. Inmediatamente se dieron éstos al saqueo de ciertas casas que alguien, buen conocedor de aquellos pueblos, les iba señalando:

Entretanto, Julio, labradorcillo de 15 abriles con su madre y hermano mayor pudo refugiarse en casa de un vecino.

Entretanto pensaban entre sí y se decían: Estos forajidos se guiarán pronto hacia el pueblo próximo; así fué en efecto.

Julio, que tenía corazón noble y sacrificado, y un alma tranquila, se dijo: Voy a ver si salvo la Iglesia del pueblo y a su buen párroco.

"Yo iré allá, dijo a su madre y a su hermano, y salvaré a don Justo y a todo el pueblo".

Su madre, emocionada al ver el sacrificio que se imponía su hijo, su querido Julio, duda un momento y exclama al fin: "Eres pequeño, hijo mío, quédate aquí". Su hermano calla, y en su corazón le admira a Julio. Este, como último recurso: "Madre, dice, he comulgado esta mañana, déjame marchar que pronto volveré; y ahora rezad por mí".

Su madre se rinde al fin y llora, y a un tiempo reza con el otro hijo, que un tanto avergonzado queda con la vista clavada en el suelo.

Y así como Dios le dió fuerzas a Julio para el sacrificio, así le ayudó a arrostrar los peligros y conseguir sus propósitos; ayudado de otros jóvenes ahuyentó a dos forajidos cuando se disponían a quemar la iglesia; perdida aquella ocasión no volvieron más.

¡Con qué satisfacción mira desde entonces la iglesia por él salvada!

Fíjate: ¿quieres tener eso que hace héroes a los débiles? Lo tendrás sin dudarlo, si puedes decir todos los días como Julito:

"He comulgado esta mañana".

Piénsalo.

G. T., Congr.

¿Por qué no elegir lo mejor?

Visitaba a los enfermos del Hospital un joven recién doctorado en medicina, pero rapado a navaja en instrucción religiosa.

En la cama número 16 agonizaba un periodista impío que moría como un perro. En la número 19 expiraba tranquilamente un obrero joven, católico práctico, que había caído de un andamio. Mientras exhalaba los últimos alientos, se esforzaba por besar el crucifijo que le presentaba el Capellán, y decía con piedad: "Señor mío Jesucristo..."

El doctor miró al moribundo del número 16; miró al moribundo del número 19...

—Mañana—dijo para sus adentros—los dos estarán muertos. Si es verdad que después de la tumba no hay nada, el incrédulo habrá terminado de sufrir; pero si es verdad que hay otra vida, se irá al infierno. En cambio, el moribun-

Universidad de Deusto
Biblioteca

do católico, o también dejará de sufrir o se irá al cielo para siempre. La disyuntiva es horrible para el primero y favorable para el segundo. Lo reconozco. ¿Por qué, pues, no he de escoger ahora para mí lo mejor y el camino que todos, creyentes y no creyentes, tenemos por el más seguro?

Y cuando se retiraba a su casa, no podía apartar de su mente aquel *¿por qué?...*

¿Por qué no elegir el camino que *todos* tenemos por el más seguro?

Esta razón hizo de nuestro doctor un excelente cristiano.

Si todos hiciéramos del entendimiento el uso que Dios manda, tendríamos un cielo anticipado en la tierra.

P. P., Congr.

Lo más ridículo

Mira cómo los japoneses se ríen de ese: Miedo al *qué dirán*, de vergüenza, de ese *respeto humano*. Para ridiculizar al que se ría de lo que otros puedan pensar de nuestra conducta suelen contar esta gráfica anécdota. Oigámosles.

Un día caminaban cuatro ciegos, uno detrás de otro. En un recodo del camino dieron de manos a boca con un elefante. El primero, que tropezó con él, topó con una de las patas del animal, y dijo a los otros:

—Esto debe ser un tronco de árbol.

El segundo, que palpaba el vientre del elefante, repuso:

—¿Qué estás diciendo? Esto es una pared.

El tercero, que entonces cogía la trompa, corrigió:

—¡Nada de eso! Esto es una serpiente.

A lo cual, el cuarto, apoderándose de la cola, replicó:

—¡No sabéis lo que decís! Esto es una cuerda...

Gracioso, ¿verdad? Pues igualmente digno de risa y desprecio es el que porque fulanito me diga algo, y se ría de mí, dejo de hacer lo que debía o hago lo que no debía. Apliquémonos el cuento: que a uno le parezca una cosa y a otro otra, ¡qué importa!; el caso es cumplir con su deber y no temer a los pareceres de otros; lo contrario es lo más ridículo.

M. de N., Congr.

Paciencia y alegría

Un día, el Padre Lievens venía de predicar en una aldea donde esperaba convertir a toda la gente; el pueblo se encontraba a cinco horas de Torpa. Iba de camino cuando de repente estalló una espantosa tormenta. Aunque muy cansado, y con los pies desnudos y ensangrentados, quiso seguir su camino, pero llovía a cántaros y era ya muy noche. No pudiendo más, se apoyó contra un árbol, se persignó y se entregó al cansancio que lo invadía.

¿Se durmió o perdió el conocimiento? No lo supo nunca; pero cuando volvió en sí se encontró en la choza de una familia pagana: el jefe de la casa lo encontró en el bosque al amanecer, y no queriendo abandonar al Blanco que parecía moribundo, lo cargó sobre sus hombros y lo llevó a su casa.

Otra vez en camino, durante la noche, en plena selva y durante otra tormenta, su caballo agotado por la fatiga, se detuvo, y no quiso dar un paso más, "intenté espolearlo", cuenta el Padre Lievens, sin conseguir nada; comprendí que el pobre animal no podía más. ¿Qué hacer? Me encontraba a dos leguas de Ranchi. Descendí de la silla, e inmediatamente el caballo se dejó caer como una masa, y bajo el agua trató de dormir. No encontré mala la idea del animal y a mi vez quise hacer otro tanto al pie de un árbol. Lo que apenas es creíble, es que dormí y dormí bien. En cuanto a mi pobre caballo, murió".

No veis en medio de estos trabajos la providencia que tiene Dios de los suyos; y si viéramos la tranquilidad y hasta el contento que les llena cuando sufren por Dios, nos animaríamos a sufrir más y más por El.

S. M., Congr.

¡Se lució!

En la revista Missionsbote cuenta un misionero de China, el P. Dalenkamp, que un negociante de Dumiatu, engolfado en sus negocios se olvidó del principal. Por otra parte no hacía nada malo, según él afirmaba; su único empeño era hacerse rico a toda costa. De día en día iba enfriándose; ni se le veía en el templo, aunque acudiera a él todo el pueblo a la llegada del Padre Misionero.

Cierto día, al encontrarse con el Padre le afeó éste con dulzura su conducta; él le repuso:

—Padre, yo soy cristiano; y aunque no sea tan fervoroso, no dejaré por eso de recibir los últimos sacramentos, puede usted estar seguro.

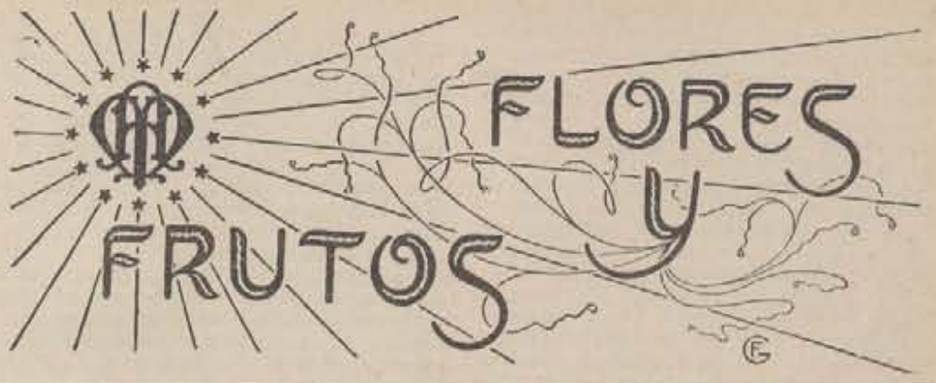
Pocas semanas más tarde, el misionero fué a visitar al más cercano de sus compañeros que estaba a diez horas de camino. Había dicho a su portero que estaría de vuelta para el día siguiente por la tarde.

Entraba en casa, cuando llega un mensajero en busca del Padre, pues aquel cristiano tibio había muerto de repente. Dada la gran distancia que les separaba del puesto más vecino, adonde se había dirigido el Padre, era imposible mandarle recado.

La gracia, que en vida había despreciado, le fué negada en la hora de la muerte, ya que ni siquiera tuvo un minuto de lucidez para poder hacer un acto de perfecta contrición.

Dios Nuestro Señor no acostumbra a hacer milagros sin necesidad; nuestra salvación depende en gran parte de la vida que hemos tenido. Como es la vida de uno, así suele ser comúnmente la muerte. No te fíes.

A. C., Congr.



Núm. 272.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Marzo de 1936

"Este hombre es un santo"

Un amigo mío recién llegado de Roma me habla del Cardenal Pacelli.

Allí, en la Capital de la cristiandad, el Cardenal Pacelli tiene fama de hombre de Dios, de sacerdote según el Corazón de Jesucristo.

Le han visto en las audiencias, en la calle, en el altar, con esa modestia y ese no sé qué del varón justo que encanta y atrae. Siempre espiritual, siempre humilde este Príncipe de la Iglesia...

Dicen que en esas solemnes canonizaciones de la Basílica Pontificia, que duran cinco y más horas, se le ve atento, devoto, metido en Dios y tratando con El sus graves negocios.

El Cardenal Pacelli fué enviado como Legado especial del Papa Rey al Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires; y a su llegada adquirieron un nuevo valor espiritual todos aquellos suntuosos preparativos, aquellos monumentos, aquellas propagandas, aquel entusiasmo por tributar a Jesucristo Sacramentado un homenaje nunca visto.

El triunfo final coronó tantos trabajos y tantas oraciones. Aquella Comunión de 107.000 niños; aquella otra de 200.000 hombres; aquellas confesiones en las calles o en las plazas, sentados o de pie, según se encontraba al sacerdote; aquellas Bendiciones con el Santísimo; en fin, aquellas consagraciones y protestas de fe fueron espectáculos que a cientos de pecadores arrancaron lágrimas de penitencia.

De uno de éstos me hablaba mi amigo.

Dicen que era un caballero protestante, a quien habían hablado despacio acerca de la falsedad de su religión y la verdad del Catolicismo.

El caballero no veía claro, no quería ver claro. Y no quería ver, porque el Catolicismo impone diez mandamientos que debemos cumplir para llegar a la suprema felicidad.

Por eso decía que la verdad lo mismo está en el Catolicismo que en el Protestantismo; y no había modo de convertirle.

Pero llegó el Congreso Eucarístico del año 1934 en Buenos Aires.

Una persona íntima de este señor vino a decirle:

—Ahora desembarca el Cardenal Pacelli, el que viene al Congreso como Embajador del Papa Pío XI. Vamos a ver pasar el cortejo, que será espléndido y triunfal.

Accedió el hombre, se colocaron donde todo lo viesen bien, y ante sus ojos comenzaron a desfilar los militares, los clérigos, los diplomáticos... músicas, banderas, majestad...

—Ya llega, ya llega, dijo la gente a media voz.

Llegaba el Cardenal: todas las miradas le seguían, amantes y respetuosas: ¡Era el enviado del Papa, del *dulce Cristo que vive entre los hombres!*

El seguía su paso, recogido y humilde...

El caballero protestante le miró, le miró... Y de pronto, volviéndose a aquella persona que estaba con él, exclamó conmovido:

—¡Soy católico!

—¿Qué dices? ¿Qué te pasa?

—No lo sé... Este hombre es un santo... Me ha mirado: ¡soy católico!

Y se convirtió sinceramente. ¡El poder del ejemplo, el poder de la santidad!

¿Tú quieres ser apóstol? ¿Deseas que algún amigo, alguna persona de tu familia se convierta a Dios?

Pues procura ser cada día mejor, cada día mejor estudiante, mejor hijo, mejor hermano... cada día más santo, y salvarás a esa persona: ¡un santo es invencible, y tú puedes ser un santo!

S. de J. C., Congr.

El amor de una madre

Pepito era el menor de tres hermanos.

Cuidado entre los mimos de sus papás y hermanas, había ido haciéndose un niño gastador y presumido; augurando de él, sin juicios temerarios, una juventud desastrosa...

Por otra parte, Pepito era afable, alegre, afectuoso; extremadamente sociable.

Universidad de Deusto
Biblioteca

A los siete años le llevó a la Congregación uno de los pocos amigos buenos que tuvo. Entró bien. Se consagró a la Virgen. Vivió en ella durante muchos años, pero sin saber apenas lo que significa ser congregante de María. La medalla, la comunión mensual y... nada más. Cumplía por cumplir.

Entretanto seguía dando rienda suelta a sus gustos y apetitos.

Joven, con dinero, mimado, con todas las debilidades de su edad, ¿dónde iría a parar...?

Su madre es una santa: no hay que temer. Sí, tiene una verdadera madre que le ama: que llora y ora insistentemente por su hijo.

"—Pepito—le dice un día—, he pensado que hagas Ejercicios en retiro".

Pepe accede y está tres días encerrado, tratando a solas con su Dios, en una Casa de Ejercicios.

¡Lo que pedía en estos días su mamá! A eso se debió el cambio radical que todos notaron en Pepe.

"Mamá, ven que te voy a leer los propósitos —la dice cogiéndola por el brazo y dándole un beso.

Ya no te desagradaré más; comulgaré todos los días; me apartaré de las malas compañías; querría... ser religioso, todo para Dios, pero... mamá, te quiero mucho, no puedo separarme de ti..."

Los dos se echaron a llorar.

Su mamá no se cansaba de dar gracias a Dios; seguía pidiendo...

Por desgracia, no habían pasado dos meses, cuando Pepe fué invitado a pasar una temporada en Madrid. No paró hasta conseguir el permiso. Fué, se olvidó de todo, volvió a las andadas.

Su mama oraba, lloraba, hacía penitencia por su hijo.

Pepe cada vez más alegre, más simpático, más afectuoso, y... más atrevido.

La oración de la madre era constante, confiada, humilde, heroica, hasta llegar a lo más sublime del amor materno: "Señor, o quítale la vida antes y no siga por ese camino, o quítamela a mí para que él sea todo tuyo."

Esta oración no tardó en ser oída: cuando Pepe se disponía a salir al teatro después de cenar, estando aún en la mesa, su mamá moría repentinamente y subía a recibir el premio de su sacrificio, a ver desde el cielo el cambio de su hijo.

La gracia poderosa que Dios le envió por la muerte de la que él más amaba en este mundo, de la que le costaba tanto separarse, fué eficaz para que Pepe, dejando su triste estado y arrancándose de su papá y hermanas, corriese confiado a las puertas del Noviciado de la Compañía de Jesús.

La madre de Pepe era una santa, modelo de madres que se consumen en la oración en holocausto sublime de amor. Su conducción, a juicio de todos los que lo presenciaron, fué una procesión. La bandera de la Congregación, precedida de los ciriales y cruz, iba escoltada de dos filas interminables de congregantes, terciarios, alumnos salesianos, Conferencias de San Vicente, obrero y pobres a quienes aquella madre solícita y cariñosamente atendía.

F. L., Congr.

¡Qué dos hermanos!

Pablo es ya un jovencito; hállase en la plenitud de sus facultades. ¡Qué pena! En esa edad en que la sangre arde con más ímpetu, se cree libre y dueño de sí. Se engaña a sí mismo y se da a la vida fácil y alegre, pasando el día y parte de la noche en juegos y diversiones.

En cambio, ¡cuán distinto piensa su hermano Estanislao! Está resuelto a ser fiel a Dios hasta el sacrificio y la muerte. En efecto, con la oración, la mortificación y el amor a la Virgen y a su amante Hijo, apréstase a la lucha que se le avecina. Pablo ve la conducta de su hermano, tan opuesta a la suya, que constituye una censura constante con la que amarga sus diversiones, y se empeña tenazmente en que Estanislao se entregue al modo de vivir de él y de sus compañeros.

Estanislao procura amoldarse al humor de Pablo en todo lo que no contradiga la voz de su conciencia; contra esta voz no dará un paso. Más que a su hermano ama a Jesús.

Sin embargo, Pablo no se detiene aquí: resuelve quitar aquel estorbo y darle la batalla.

¿Cómo describirla? Cada negativa de Estanislao a las invitaciones que le hace, excita su ira de tal forma que todo le parece poco, amenazas, insultos, empellones, pisotones y golpes.

Ni cuando yace en el suelo herido sale de sus labios más defensa ni lamento que una frase suave, aunque firme, enérgica, tanto que aunque tan jovencito valía por muchos hombres; apoyado siempre en su ideal: "No he nacido para las cosas del mundo, sino para las del cielo".

Pablo sigue golpeándole, pisoteándole, hasta dejarle como exánime. Sólo entonces acuden presurosos en su ayuda varios compañeros que con ellos vivían, pero, lejos de compadecerse, le dicen que él es culpable de todo por su terquedad... e intransigencia. Estanislao ve, oye y... calla, y le ofrece todo al Señor para que su hermano vuelva al buen camino.

Y mira cómo se venga Estanislao:

Al día siguiente la habitación de Pablo aparece mejor dispuesta: sus vestidos cuidadosamente arreglados, sus zapatos limpios, los que precisamente le habían servido para desahogar su ira y envidia.

Y mira cómo también el demonio emprende su ataque:

Está enfermo, tendido en la cama, cuando ve en medio de su aposento un horrible mastín de ojos encendidos, fauces abiertas, que se abalanza para despedazarle.

El permanece sereno, valiente, y conociendo al que se encubre debajo de aquel disfraz: hace la señal de la Cruz e invoca a María. ¡Santo remedio!, instantáneamente desapareció aquella fiera.

Podría seguir narrándote algunos rasgos más; aunque basta lo expuesto para que caigas en la cuenta del valer y del valor de este joven.

Grabó en su alma con letras como de fuego la predicha frase: *"No he nacido para las cosas de este mundo, sino para las del cielo"*, y con ella venció todas las dificultades y tentaciones. Con sólo la persuasión de esta verdad adquirió su alma aquel temple en tal grado, que arrostró y se conservó victorioso: Su pureza en tantos y tan difíciles peligros.

La gracia de Dios lo mismo te ayuda a ti que a Estanislao, y más si te vales, como él, de tu Madre, la Madre de Dios.

J. G., Congr.

¿Por qué no estaba contento?

Por fin llegó el día que yo con tanta ansia esperaba. Me habían prometido llevarme a pasar unos días cazando; y hoy me avisan que me ponga en camino para Sobrón

¡Con lo que a mí me gustaba la caza! ¡Qué días me iba a pasar!

Llega la tarde y con mi maletita llena de lo imprescindible, aumenté el número de los que se dirigían al conocido balneario, subiendo en un autobús de los que a él se encaminaban.

No hay para qué decir que cuanto más nos acercábamos a nuestro destino, las olas de alegría que me inundaban iban tomando mayores proporciones con la perspectiva de lo que esperaba divertirme.

A eso de las ocho y media de la noche un buen número de pasajeros dejamos de apretar a los demás bajándonos en Sobrón; allí me esperaban los tíos a quienes acompañaría el día siguiente.

¡Qué bien lo pasé, qué alegre, pero la verdad es que pasó tan pronto!

El segundo día pasó como el primero, y no sé si más deprisa.

Llegó el tercero, era el último; pero habíamos dejado lo mejorcito para este día; íbamos a cazar patos en un hermoso lago, y junto a los cañaberales que le rodeaban tendríamos nuestra comida.

Mas ¡ay! ¡qué desilusión!, lo tengo que confesar: cuando más alegre estaba me acordé que era el último día y pasaría como los demás y todavía más rápido.

Y este pensamiento sofocaba la alegría que, aparente y fingida, como la de todos los pasatiempos humanos, creía llenaría mi corazón.

La caza, como pasatiempo, no me llenó ni me podía llenar; y menos aún puede llenar el cine, la radio, las necias lecturas; todo ello está como vacío, aun los mismos días que pasé cazando; alegran un momento y pasan, y sólo sirven para aumentar nuestras tristezas.

V. A., Congr.

Gracia desgraciada

Van dos muchachos montados en un burro. Al subir una cuesta, el que iba detrás, viendo que se caía, le dice a su compañero:

—¡Echate p'alante, que se me acaba el burro!

El que marcha a la cabeza, que se halla muy tranquilo y muy bien, le contesta con mucha sorna:

—No te apures; ponte sobre la cola, que también la cola es burro.

Así obran siempre los egoístas; con gracia o sin ella, con tal que ellos vayan bien, poco les importa que los demás tengan que arrastrarse; eso no tiene nada de cristiano.

M. de N., Congr.

¿Por qué estaba contento?

Junto al recuerdo triste que dejan los pasatiempos resalta más la alegría que trae consigo el recuerdo de nuestros trabajillos en las catequesis, alegría que queda como depositada en el corazón.

Yo no se explicar el porqué; pero al encaminarme tempranito al autobús, que nos llevaba a nuestras catequesis, iba contentísimo, y aunque tuviinos que ofrecer algunos sacrificios a Jesús y a su Madre, eso mismo aumenta más y más nuestro contento.

Parecía que el autobús no podía contener tanta y tan verdadera alegría que en su interior se encerraba, y la iba derramando en los pueblos por donde pasaba; paraba en los pueblos y bajaban los jóvenes portadores de la palabra de Dios a los niños.

Yo veía cómo se repetían estas escenas, pues me dirigía a uno de los pueblos más distantes. ¡Con qué alegría nos rodeaban aquellos pequeñuelos inocentes! Parecía que nos decían: Háblenme del Niño Jesús; quiero conocerle y amarle, con ello me hará feliz.

Y alentado con sus risas inocentes, ¿quién no les hablará de Dios a unos niños que lo necesitan, más aún, que lo piden?

Terminado el tiempo destinado para hablarles nos regalábamos con un caramelo muy dulce para nosotros, y éste era el gusto que nos producía ver a aquellos peques tan contentos: caramelos al alma y al cuerpo ¡qué bien los saboreaban los niños!

Al cabo de un rato, vuelve el autobús recogiendo su preciosa carga de catequistas; más contentos, si cabe, que lo que estábamos al partir de mañana.

Al terminar el día yo me recogía un poco, pensaba y me decía: ¡qué diferencia, Antonio; el otro día fuistes a cazar; al volver estabas triste porque todo había pasado; hoy también ha pasado, pero ¡cómo me dura el contento, qué satisfacción siento!

¿Por qué será? ¡Oh, sí, ya caigo! Cuando cazaba o me divertía con otros pasatiempos, me consolaban las cosas de la tierra, que, repito, me proporcionaban alegría pasajera, no era alegría verdadera; en cambio al volver de la catequesis, me consolaba Jesús y su Madre, y este consuelo y esta alegría eran verdaderos. ¡Vaya si lo eran!

V. A., Congr.

Y tú ¿por qué no?

Era la última hora de la tarde, la del último rezo del musulmán, cuando discurría yo, con otro amigo, por la angosta calle que pone en comunicación el Hospital Central con el Zoco Chico de Larache, el primer día de mi llegada a aquella moruna ciudad. De pronto, una voz vibrante y estremecida se dejó oír como un lamento sobre toda la población.

—¿Qué es eso?, inquirí.

—Es el muezín—me contestó—que, encaramado en la parte más alta del minarete de la mezquita próxima, invita a los creyentes a la oración quinta y última del día.

Universidad de Deusto
Biblioteca

¿Una especie de nuestro toque de Angelus? Eso es, pero no para rezarla en casa, sino en la mezquita a la que ahora verás cómo acuden los hombres, solos, claro está, porque a las mujeres no se les permite entrar. También ellos podrían hacerla en casa, pero como es más meritorio hacerla en la mezquita, a ella acudirán en seguida.

Aún seguía hablando mi amigo, cuando de aquel dédalo de callejuelas oscuras y misteriosos pasadizos empezaron a salir moros, envueltos unos en la rigidez de sus albornuces, cubiertos otros por mugrientas chilabas y capanes, sin que tampoco faltaran algunos pobres metidos en sus harapientos envoltorios, dirigiéndose todos a la mezquita, en donde, al poco rato, después de besar la tierra, como buenos creyentes, mirando hacia el Oriente, empezaban sus rezos y cánticos con singular recogimiento y fervor, ya que, si los interrumpiesen con alguna mirada o palabra indiscretas, tendrían que comenzarlos de nuevo, según se lo ordena el Korám.

¡Y era la quinta vez que aquel día acudían a la mezquita!

¡Lector amigo; ya ves cómo proceden los que tienen la desgracia de profesar una religión que es un conjunto de errores y de fábulas mezclados con algunas verdades del cristianismo, y cuán mal se portan tantísimos cristianos que, ni siquiera una vez al día, entran en la iglesia para adorar a su Dios prisionero por su amor en el Sagrario!

¡Amigo del alma, no seas tú así! ¿Qué te cuesta, al pasar por delante de una iglesia, entrar en ella unos minutos para consolar a tu Jesús? ¡Si supieras cómo agradece esas visitas!... ¡Si comprendieras que los minutos así pasados son los más provechosos y felices...!

¿No te parece que es vergonzoso que los infieles den ejemplos de religiosidad a los cristianos?

M. V.

El mejor de los consuelos

Se encontraba un misionero ocupado, como siempre, en sus tareas apostólicas cuando vió venir a un pobre indio, de un pueblo que hacía varios años no había visitado. Fatigado, rendido y jadeante, llegó el infeliz a los brazos del misionero; éste lo estrechó amorosamente, mientras le preguntaba el motivo de su visita.

¡Ay, Padre mío!, respondió el indio; hace muchos días que estoy en camino, sólo por venir a encontrarte; he andado muchas leguas a pie, he navegado horas enteras por el río, apenas puedo ya sostenerme; pero era necesario encontrarte.

—Y ¿por qué tanto empeño en venir a buscarme, hijo mío?

—¡Oh Padre!, porque ansiaba la Comunión y sólo tú podías dármela. Soy muy desgraciado y necesito que Jesucristo esté conmigo, para poder vivir en la tierra. Oye, Padre: un huracán echó mi casa, y en sus escombros perecieron todos los seres que amaba; no tengo a nadie en el mundo y la vida se me hace insoportable; pero si me entregas a Jesucristo en la Comunión, me sentiré acompañado y tendré valor para todo.

El misionero emocionado le administró la Comunión que el indio la recibió con muchísimo fervor y dijo: Gracias, Padre mío, ya me siento consolado y valiente, ya puedo seguir viviendo. Adios, Padre.

Por muchas que nuestras tristezas sean, no debemos jamas olvidarnos que en la Comunión encontraremos el mejor de los consuelos.

I. A., Congr.

¡Dios no muere!

Era Mayo de 1931.

Las iglesias y conventos eran pasto de las llamas, que, majestuosas y resplandecientes, se elevaban al cielo, pidiendo a Dios perdón por aquellas sacrílegas manos que destruían sus templos y profanaban su Santo Tabernáculo.

Era en un apartado pueblo de una provincia castellana.

Ardientes aún las cenizas a que se había reducido el templo parroquial, aún estaba caliente el cadáver de su santo párroco, bienhechor espiritual y material de los mismos que, arrebatándole la vida, habían ceñido su alma con la corona del martirio; los vecinos comentaban el hecho.

Sobre las rojas cenizas y entre los escombros de lo que una horas antes fué iglesia parroquial, majestuoso, con los brazos abiertos y perdonando a sus enemigos, un Santo Cristo permanecía intacto, después de haber desafiado las llamas por espacio de dos horas.

De aquellos que acaban de destruir la Casa de Dios y profanado el Sagrario, algunos caían arrodillados ante el Crucificado, mientras los otros aparentaban, con hipocresía sin límites, estar lo suficientemente tranquilos, para reírse de aquello, que las "beatas" llamaban milagro y lo era una muestra más de la omnipotencia de Dios, que quiso valerse de aquella imagen, reflejo del misterio de amor que encierra, para mostrar su poder a los ojos de los hombres.

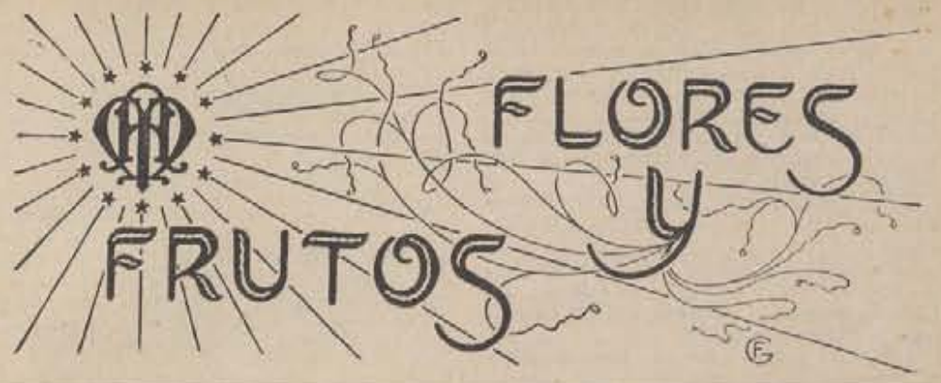
L. L., Congr.

Lejitos, aun de la cartelera

Un joven quiso ir a un circo donde había animales feroces. Había, entre otros animales, un león enorme, encerrado en una jaula de hierro. Un espectador dijo al joven que no se acercase demasiado de la jaula del león, sino que se quedara a una distancia respetable del animal. Nuestro joven, no haciendo caso de los avisos, se puso tan cerca de la jaula del león, que éste no tuvo ninguna dificultad para poder agarrar con sus zarpas el brazo del imprudente joven y arrancárselo con furor. El joven gritó de manera ensordecedora, mas era demasiado tarde. Había perdido un brazo.

La enseñanza es bien clara: No te metas en cines, etc., y que si te acercas y entras perderás mucho más que un brazo.

M. J., Congr.



Núm. 273.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.º de Abril de 1936

¡Justicia al Obrero!

Parecían apaciguados ya los clamores de la revolución de 1848, cuando cierto día una excitada muchedumbre de hijos del pueblo invadía la Iglesia de San Lorenzo de París.

La cabeza cubierta, el insulto en los labios, la amenaza en los ojos...

De pronto un nuevo personaje se destaca en la puerta de entrada; y abriéndose paso a fuerza de puños, llega hasta el púlpito, sube en dos saltos, pasea por la turba una mirada centelleante, hace gestos de querer hablar.

—¡Silencio, silencio!, gritan unos. —Es Brucker, Raimundo Brucker... ¡que hable! gritan otros. Y todos callan y todos se apiñan para oirle.

Han conocido al tribuno, y esperan sus palabras. Raimundo Brucker tenía entonces 48 años. Obrero, periodista, poeta, novelista y orador de mitin, escribió muchos libros, y después los arrojó al fuego. ¿Por qué? Porque eran libros impíos, y él quería convertirse a la verdad...

Raimundo Brucker volvió a mirar a los amotinados con aquel fuego del corazón que le salía por los ojos; esperó unos momentos, los vió a todos en espectativa, y cuando se persuadió de que el silencio era sepulcral en todo el templo, lanzó este clamor:

—¡No se hace justicia al Obrero!

Un estampido de aplausos y hurras fué el eco de su afirmación.

Brucker imperó silencio, y continuó, exaltándose por momentos:

—¡No se hace justicia al Obrero, no se tributa homenaje al Obrero, no se respeta al Obrero!

Pasan ante él, y no le saludan; pasan ante él, y ni siquiera le miran; pasan ante él, y ¡le injurian cara a cara!

Esto me subleva, señores, esto me hace vibrar de indignación... Lo he dicho y lo sostengo: ¡no se hace justcia al Obrero!

La que vibraba de entusiasmo era toda aquella muchedumbre: el orador los había fascinado: en algunos ojos brillaban lágrimas: le vitoreaban, le aplaudían y al mismo tiempo se mandaba callar para no perderle ni una sílaba:

"No se hace justicia al Obrero; y con sólo mirar la iglesia en que os hablo, todo en ella atestigua a la vez la inteligencia y el poder del Obrero:

¿Quién, sino el Obrero, ha levantado con mano potente y generosa esta bóveda que nos cobija?

¿Quién sino el Obrero ha tallado con cincel esos animales y plantas, que parecen vivir en estas piedras?"

¿Quién sino el Obrero ha construido ese órgano gigante, cuyas armonías impresionan y recrean?

¿Quién sino el Obrero ha sido el carpintero, el cantero, el albañil, que ha ideado todas estas maravillas, y las ha ejecutado, y las ha puesto al servicio del hombre?

Y, sin embargo..., ¡no se hace justicia al Obrero!

Nueva salva de aplausos le obligó a callar unos instantes: su voz pareció adquirir nuevos bríos y gritó:

—No aplaudáis, compañeros! Sabed que sólo hay un Obrero en el mundo; un Obrero verdaderamente digno de este nombre glorioso; un Obrero que ha hecho todas las cosas y ha hecho a todos los demás obreros; y... ¡no se hace justicia al Obrero; el único Obrero es Dios!

El silencio de un respeto religioso descendió sobre aquel pueblo que parecía indomable: Brucker lo aprovechó para seguir con acento conmovido:

—El único Obrero es Dios. El, sabio y poderoso, ha levantado esa bóveda azul de cielo con millones de astros por lámparas y adornos... ha dado la vida a plantas y animales... ha hecho al hombre, dándole inteligencia para conocerle a El, corazón para amarle a El y a los hombres por El... Y todo lo hizo de la nada, y todo lo hizo por puro amor, sin tener ninguna necesidad de nosotros, deseando darnos su felicidad...

Y, sin embargo, no se hace justicia a este Obrero, al Obrero. Hace un momento habéis

Universidad de Deusto
Biblioteca

entrado en su casa con la cabeza cubierta y la blasfemia en los labios. Hace un momento habéis pasado ante aquel altar, donde está El, y no le habéis saludado. Hace un momento habéis proferido amenazas—¡yo las he oído!—contra los sacerdotes que son los servidores de este Obrero y son vuestros amigos...

Esto me ha sublevado, compañeros, esto me ha hecho vibrar de indignación; ¡no se hace justicia al Obrero!

Todos callaban en la iglesia. Todos evitaban mirar al vecino que tenían al lado. Brucker añadió:

—He terminado, señores: Me llamo Raimundo Brucker, vivo en esa misma calle de San Lorenzo, número 15. Si puedo serviros en algo, estoy a vuestra disposición.

Y bajó del púlpito y todos le abrieron calle y en silencio salió del templo.

Y tras él, salió toda aquella gente, poco a poco...

¡Poder invencible el poder de la verdad, cuando se presenta tal como es!

S. de J. C., Congr.

Cuidado con lo que lees

¡Cuántas narraciones, desgraciadamente, empiezan y terminan de este modo!

Pablito era un niño de 10 años y la pureza de su alma, libre aún de pasiones, se reflejaba en su rostro verdaderamente angelical. Fué creciendo, siempre puro, y a los 16 años era un joven de los que abundan poco; fiel a sus padres, amante de Jesús, frecuentaba mucho la iglesia, en la cual solía pasar grandes ratos conversando con su Amigo del Sagrario, y nunca pisaba un cine ni ningún sitio donde pudiese mancharse lo más mínimo.

Pero el padre de Pablo era católico a la moderna que veía con malos ojos la ejemplar vida de su hijo; y conociendo que por la fuerza no conseguiría hacerle abandonar aquellas costumbres tan religiosas, y mucho menos su fe, decidió convencerle "por la razón". Empezó por aconsejarle la lectura de uno de los libros impíos con que él alimentaba su sectarismo.

Al principio Pablo, guiado por la voz de su conciencia, se negó a leerlo; pero un día, después de unas palabras de su padre, lo abrió...; lo abrió para apartar horrorizado los ojos de él.

No obstante, su padre, con buenas palabras y suaves razonamientos, consiguió hacerle creer que aquel libro lo único que hacía era hablar con claridad de todo y que serviría para "hacerle ver claro el mundo". Al fin Pablo comenzó a leerlo, con miedo al principio, para terminar por interesarle vivamente, tanto que terminó pronto con él y se dió a leer otros parecidos.

Pasa el tiempo y Pablo tiene 20 años; es un pobre joven sin fe y sin temor de Dios. Completamente cegado por los vicios, se dedica a leer a Dumas, Renan, Zola y demás autores impíos; él, que en su tierna edad no conocía otros libros que el Catecismo, la Imitación de Cristo y algunas Vidas de Santos.

Un buen día el padre de Pablo, conociendo la perversidad de su hijo y olvidando que él era el único causante de aquella maldad, le llama aparte para reprenderle duramente. La tal reprensión deja tal huella en el abatido ánimo de aquel pobre muchacho, que Pablo aquella noche no aparece por su casa.

Al día siguiente aquel desdichado padre recibe la noticia: su hijo se había atravesado la frente con una bala y había muerto maldiciéndole.

Y ahora, después de conocer el daño terrible que hacen las malas lecturas, ¿vas a leer tú ese libro, esa revista que te ofrece un mal amigo? ¿No romperás con valentía esas novelluchas que corrientemente llegan a tus manos y que, piensalo bien, pueden ser la perdición, la eterna condenación de algún desgraciado como Pablo?

L. L., Congr.

Cuento japonés

Cuenta una leyenda japonesa que un comerciante rico hizo un encargo interesante a un pintor. Su cuadro había de representar un gallo solamente.

Hecho el encargo, el comerciante esperó varios años sin ningún resultado. Cansado de tanto esperar, se dirige a casa del pintor para ver qué le había ocurrido. Entra en su casa, no encuentra trazada ni una sola línea. El pintor hace que se siente el comerciante; se pone a trabajar y en un cuarto de hora trazó el cuadro admirablemente. El comerciante se entusiasma.

Pero llega la hora de pagar y queda espantado de la suma que le pide por aquel "cuarto de hora"; y estalla de indignación.

Para contenerle el pintor señala con un gesto un montón de papeles que inundan el cuarto próximo; en cada hoja estaba dibujado un gallo; se los enseña y le dice: Estos cuadros los he pintado durante cuatro años; sólo mediante este ejercicio he logrado la habilidad de pintar con esta perfección en un cuarto de hora". El comerciante le da la razón y paga la suma pedida.

Algo semejante tenemos que hacer nosotros si queremos llegar a ser jóvenes de carácter. Con la paciencia del pintor que va trazando sobre el lienzo las líneas del cuadro concebido en su fantasía hemos de trabajar nosotros en el ideal de nuestra alma.

Con esta comparación te haré ver lo mismo: ¿Quiéres llegar a saltar la altura de un metro? La primera vez no podrás, pero al cabo de un mes lo harás con facilidad; otro tanto ocurre en la vida espiritual: al principio te cuesta privarte de algo; exige gran abnegación y lucha.

A la mañana saltas aprisa de la cama y dices para tus adentros: "un poco de dominio de mí mismo". ¿Es muy interesante un libro? Ciérralo en el pasaje más emocionante: "un poco dominio de mí mismo". ¿Te acusa un hambre muy grande? Espera un poco antes de empezar a comer: "un poco dominio de mí mismo".

Ejercita tu voluntad un día y otro y llegarás a tenerla fuerte y dominarás sobre ella. No te quepa la menor duda.

J. R. S., Congr.

La cofradía de los Aisauas

Es una de las principales de Marruecos, fundada por un aventurero de Mequínez, Sidi Mohammed-ben-Aissa, cuya vida está llena de fabulosas aventuras y falsos milagros.

De la barbarie y crueldad de sus ceremonias no es posible hacerse idea, y son, sin duda, las que mayor impresión y más ingrato recuerdo dejan en el alma de todo europeo que las haya presenciado.

La escena que describo tuvo lugar en el Zoco Chico de Larache, en el que todo rezuma ambiente castizamente moruno. Son las cuatro de la tarde — las terrazas y azoteas aparecen colmadas de bultos blancos como fantasmas. Son las moras que desde allí se disponen a presenciar la gran fiesta religiosa que comienza ya. Yo estoy bajo los arcos más próximos a la mezquita y desde allí empiezo a escuchar la música bárbara y estridente de las chirimías y derbukas o tambores, al son de la cual, por la izquierda van irrumpiendo en el Zoco los cofrades, presididos hoy—por eso es fiesta extraordinaria—por un santón llegado de Mequínez, el cual viene sobre un bonito caballo arabe y rodeado de ocho banderas de seda finísima y de muy variados colores, rematadas por globos metálicos en los que el bárbaro sol de la tarde se quiebra en múltiples irisaciones. Los cofrades vienen cogidos por las manos y forman un círculo cuyo diámetro no será menor de diez o doce metros. En el centro de ese círculo están los penitentes más devotos, empuñando algunos seudas hachas en forma de media luna y sosteniendo otros pesadas bolas de hierro entre sus manos bronceadas por el sol. La aglomeración es cada vez mayor y pocas veces he visto un conjunto tan heterogéneo y abigarrado, ni tanta variedad de uniformes y colores en la indumentaria. El ambiente tiene vaharadas de horno encendido y una especie de locura parece que se ha apoderado de aquellos hombres que, a una señal del santón, inician una danza desenfrenada, salpicada de gritos, gestos y contorsiones, como para infundir pavor. Los tres provistos de hachas saltan como gamos y aullan como fieras, y en sus rostros, llenos de sudor, ha puesto el sol fulgurencias de acero. Las chirimías, las derbukas y el tantán—especie de ollas de barro con una piel tirante—, suenan cada vez más fuerte, y en el paroxismo de aquella danza horripilante y desenfrenada, los del centro empiezan a darse cortes con sus hachas en su afeitada cabeza, en la que van haciéndose una serie de cisuras por las que la sangre mana en abundancia, afeándoles horriblemente el rostro y la chilaba. A pesar de todo siguen danzando y agitándose como epilépticos y poseídos, mientras los demás lanzan sus pesadas bolas al aire y las reciben en la cabeza, colocada de medio lado, o sobre los riñones contorsionados. No faltan tampoco quienes, llenos de un delirio salvaje, meten ascuas y maderas en la boca y las mastican con sus dientes de chacal. Así estuvieron largo rato; pero, al fin, un aisaua que tenía varios hachazos en la cabeza, con los cabellos en desorden, desorbitados los ojos, inyectado de irritación el rostro y piafando como un caballo, cayó al suelo sin sentido, escapándosele de sus manos el hacha que empuñaba, la cual, ensangrentada como estaba, volvía a caer violentamente, en seguida, sobre la cabeza de otro desgraciado, que no tardó mucho en correr la misma suerte que el anterior. ¡Con qué religiosidad repetían: ¡Al-lah ixfih!—Dios le curará—los moros que estaban a mi lado!

La fiesta terminó lanzando al aire un cordero vivo, cuyos miembros, palpitantes todavía, juntamente con los huesos y la piel, fueron prestamente devorados.

Este bárbaro espectáculo tuve ocasión de presenciarlo varias veces en Larache, Tánger, Arcila y Arcazarkivir.

Lector amigo: Discurre ahora un poco por tu cuenta, y ve cuán grande es la diferencia que hay entre estas prácticas monstruosas y sangrientas y las tan dulces y sublimes de nuestra sacrosanta Religión Católica, y da gracias a Dios, que, para salvarte, te exige solamente la guarda de sus Mandamientos, cosa no tan difícil, puesto que siempre ha de darte su gracia para ello.

Implórala por mediación de esa Madre bondadosísima que tenemos en el cielo, pues bien sabes que la devoción a la Virgen es la prenda más segura de nuestra salvación. Llámala con amor y ya verás cómo viene en tu auxilio.

M. V., Congr.

El gitanillo rebautizado

Un amigo mío, que es gracioso como un andaluz y bueno como el sol, me contó la siguiente historieta:

"Era una vez en un barrio de Granada, que está todo lleno de gitanos. Y a uno que le llamaban "Sardina", le nació un niño pequeñín, que también era gitano.

"Sardina estaba pensando que a los niños pequeños hay que bautizarlos; y como era gitano, va y dice a un señor muy rico, que se llamaba D. Fernando, que si quería ser padrino en el bautizo de un hijo que parecía un lucero, y que él no tenía dinero para la fiesta.

"D. Fernando le dijo que sí, y cuando llegó la hora del bautizo se fué para la Iglesia y estuvo de pie mientras bautizaban al gitanillo; le pusieron el nombre de Fernando, como su padrino.

"Y al salir, va D. Fernando y les paga la comida en un hotel, y les da, además, un billete de cien pesetas para que criaran bien al chiquitín.

"Pero Sardina y su familia se lo gastaron todo en vino de Jerez y de Málaga y se pusieron muy contentos, hasta que se acabó.

"Entonces Sardina quedó triste, pero se le ocurrió una mala idea: como era gitano pensó en bautizar otra vez a su hijo con otro padrino que les diera también dinero.

"Y va y busca a otro señor y le dice: —Mire usted, D. Gerardo, ya sabe usted que cada uno vive de lo que trabaja, y que al señor párroco hay que pagarle los servicios que nos hace. Como tengo un hijo que vale más que un impe-

Universidad de Deusto
Biblioteca

ro que me lo acaba de dar Dios, si usted quiere ser su padrino le bautizaremos con su nombre de usted, y si no, quedará sin bautizar por esta vez.

"El bondadoso D. Gerardo, consintió, apadrinó al chico, pagó los gastos, les dió unas pesetas, que era lo que querían los gitanos, y dejó a todos con una satisfacción que parecía la mayor de su vida.

"Pero cuando se acabó el dinero, ya no estaban alegres. Entonces el Sardina se fué a buscar otro padrino, y después otro; y luego otro... Cada vez ponían al chico el nombre del padrino. Aquel chico podría llamarse Todos los Santos...

"Pero he aquí que una vez, después de tantos bautizos, cuando inclinaban al gitanillo sobre la pila, como ya tenía experiencia de lo que le venía encima, se llevó las manos a la nuca para defenderse del agua fría...

"Desde aquel día, el Sardina tuvo que dejar tan mal modo de sacar recursos para vivir sin trabajar..."

Hasta aquí el cuento de mi amigo. Y ahora se me ocurre que la gracia dada por los Sacramentos—solo *un grado de gracia*—vale más que los dineros del gitano y todo el oro del mundo; y que las diversiones de unos momentos no tienen nada que ver con la felicidad eterna que se compra con la gracia. Si meditáramos en esta verdad, seríamos más asiduos en frecuentar los Sacramentos que el gitano en bautizar a su chico.

Bautizarnos, sólo una vez, porque no se puede más. Pero confesar y comulgar... ¡Si llega a entender el gitano lo de la felicidad eterna!

A. A., Congr.

Este joven te agradará

Smith es uno de esos jóvenes católicos alemanes que sienten el amor a Cristo y a su Iglesia y lo proclaman sin ningún respeto humano, mostrándose dispuestos a defender su fe aun a costa de la vida. Pertenecía a una Asociación de jóvenes cristianos y, como todos, el día primero de aquel año tomó parte en un hermoso acto: la jura de la bandera de la Asociación al aire libre, en el campo.

Por entonces la nieve cubría las campiñas y el frío era extremado; pero aquellos jóvenes, vestidos únicamente con sus camisas azules, lo soportaron todo sin protestar y con la disciplina más férrea que darse pueda. Allí Smith prometió a Jesucristo que defendería su doctrina aun a costa de los mayores sacrificios, y parece que el Divino Redentor quiso comprobar la sinceridad de sus palabras, dándole ocasión para ello.

Era nuestro joven huérfano de padre y madre, y ganaba el pan con que sustentarse trabajando rudamente como dependiente de un comercio.

Un día dirigíase en bicicleta a hacer unos encargos de su oficio, cuando llamóle la atención un numeroso grupo de gente que se encontraba leyendo un cartel. Se detuvo, acercóse al grupo y comenzó a leer; con gran indignación vió que allí se insultaba a los católicos, presentándoles como enemigos de Alemania, y se exhortaba a todos a acabar con la Iglesia. Smith no dudó un momento, y con esa valentía que da la conciencia tranquila y se acrecienta con la Eucaristía, atravesó por medio de todos y de un brioso tirón arrancó aquel insultante cartel, disponiéndose con gran tranquilidad a continuar su camino. Cuando Smith montaba de nuevo en su bicicleta, unos cuantos, repuestos ya de la sorpresa que el valiente rasgo de aquel joven les había producido, se echaron sobre él, deteniéndole, y le preguntaron por qué había hecho aquello: "Porque lo que este cartel dice no es verdad, pues los católicos queremos a Alemania tanto como cualquier otro alemán"—contestó con energía.

Sin embargo, la cosa se ponía mal, y aquellos que le rodeaban comenzaron a insultarle y pegarle cuando la llegada de un policía impuso orden. Fué detenido, y habiéndole preguntado nuevamente el porqué de su valiente acción, contestó con no menos energía que antes, que porque aquel cartel faltaba descaradamente a la verdad.

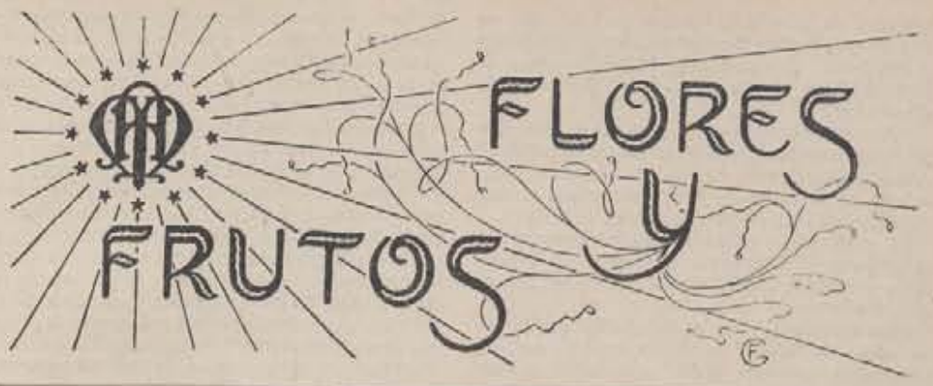
Pasó veinte días en la cárcel, perdió aquel empleo, que era su único sustento y quedó abandonado a la providencia divina; pero aun en medio de esta desgracia exclamaba: "Estoy contento porque he cumplido lo que le prometí a Jesucristo el día primero de año. He perdido mi empleo, pero Dios no me dejará de su mano y me dará otro".

En efecto, al poco tiempo Dios, que, como sabemos, no se deja ganar en generosidad, premió la valentía y decisión de aquel joven, haciendo que encontrara otra ocupación más ventajosa y de menos trabajo.

Pero no termina aquí esta hermosa lección de amor a Cristo, pues, colocado ya en su nuevo empleo, decía el valiente Smith: "Me encuentro así muy a gusto, pero si los enemigos de la Iglesia agudizaran la persecución y fuese necesaria mi cooperación, no vacilaría un momento: abandonaría mi puesto e iría a ofrecerme a las autoridades católicas para que hiciesen de mí un soldado de Cristo más en las luchas contra sus enemigos".

Y todavía más: este ejemplar joven, años más tarde concluía su heroica gesta, abandonando la incertidumbre del mundo por la tranquilidad del claustro, pues creía que así, de hermano religioso, es como podía dar más gloria a Dios.

L. L., Congr.



Núm. 274.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Mayo de 1936

¿Quién lo salvó sino Ella?

¡Era el 27 de abril de 1922! En el campamento general de Mexerak, a tres jornadas de Larache, el tema obligado y fecundo de todo el día fué la operación del 28 para tomar Feddan-Yebel, el poblado rebelde en el que en gran número se ocultaban los moros de Sumata y Beni Arós enardecidos por las proclamas del Raisuni dispuesto a impedir que nuestras tropas entraran en Tasaruf. Estamos rodeados de montañas y todo el paisaje es adusto con algo de bélico y exaltado, que da la sensación de hostil ardor.

Un movimiento extraordinario se nota en todo el campamento, que parece envuelto en un ruido de colmena, notándose en todas partes febril actividad. Los soldados limpian sus fusiles y se escucha constantemente el crepitar de ametralladoras en observación. Los trajes uniformes y serios de los españoles vense confundidos en abigarrada confusión con los jaiques, albornuces y chilabas de los soldados indígenas que han de compartir con nosotros los riesgos de la operación.

A media tarde llegaron tres camionetas cargadas de camillas, que fueron colocadas en cuatro tiendas hospitales contiguas al quirófano, en el que varios médicos desenvuelven toda clase de instrumentos de cirugía, todo lo cual hacía presagiar la importancia de la batalla que se avecinaba, acentuándose, cada vez más, la duda e indecisión con visos de trágica realidad, y quién más, quién menos, todos nos hacíamos esta pregunta angustiosa: ¿qué será de mi mañana?

Yo tenía que ir con los Regulares, que eran las fuerzas de choque de aquella zona, en la que aún no intervenía el Tercio y, realmente, el puesto que se me había asignado no era como para ir tranquilo, y procuré disponerme como si fuera a morir al otro día, confesándome con el Capellán auxiliar de Mallorca, mi buen amigo Serra. El lo hizo conmigo y también confesamos a un buen número de oficiales y soldados.

Cuando yo creía terminada mi labor, se me acercó un soldado de Regulares, andaluz, rogándome que lo confesara.

—Mira—le dije—: Ve ahí, donde los demás nos hemos confesado, y prepárate, que voy en seguida.

—Es que yo—me replicó—no me he confesado desde pequeño y quisiera que usted me preparara.

—Nada, hombre, no te apures por eso, y ya verás qué bien te vas a confesar ahora.

Así fué. Lo preparé, se confesó muy bien, y gentilmente me dió después las gracias.

Hay que advertir que el muchacho aquel llevaba ya dos años y medio en Regulares y había tomado parte, por lo tanto, en varias operaciones, así que le pregunté:

—¿Cómo no te confesabas otras veces, habiendo tomado parte en tantos combates?

—Es que ahora dicen que van a ser muy duros y por si acaso; porque mire; yo siempre he creído eso que ustedes dicen, pero uno no se acuerda de hacer esto hasta que se ve la mala.

—Cierto, pero tan duras como puedan ser éstas, fueron las operaciones de enero, en Muires, y no te confesaste.

—Tiene usted razón; pero no sé por qué, hoy se me ha metido en la cabeza que tenía que confesarme. ¡Y que no me he quedado poco tranquilo!

—¿Y te acordabas de rezar alguna vez?

—Poco, eso sí; pero ningún día me he olvidado de rezar a la Virgen una oración que me enseñó mi padre de pequeño y tres Avemarías a esta imagen (era una medalla de la Milagrosa) que me pusieron las monjitas cuando estuve en el hospital.

Tras una mirada interrogante a aquellos montes llenos de misterio, en los que se iba a luchar dentro de unas horas, tornamos a nuestras tiendas.

El día 28, para las tres de la mañana, un rumor solemne se extendía por todo el campamento, y para las cuatro la muchedumbre guerrera caminaba por el valle Bukrus. Bien pronto el ronco estampido del cañón repercutía en las montañas cual si fuese un trueno, y empezamos a escuchar los primeros silbidos de las balas enemigas que pasan rozando nuestras cabezas.

En seguida uno, diez, cien disparos fueron el

Universidad de Deusto
Biblioteca

preludio de aquella horrorosa sinfonía. Es un momento de sublimidad heroica en el que moros y españoles se disputan la codiciada presa de Feddam Yebel, de la que, al fin, fué arrojado el enemigo.

¡Qué penosa impresión me produjeron los primeros muertos que vi en el puesto de socorro! ¡Allí estaba, con un enorme pacazo en la frente que debió de ocasionarle una muerte instantánea, el soldado a quien confesara la víspera.

Al verlo yerto y desangrado no pude menos de exclamar: ¡Afortunado muchacho; la Virgen te ha salvado! ¿Quién sino Ella te inspiró para que te confesaras ayer tarde?

Lector carísimo: Yo no sé si ésto que te estoy contando habrá logrado interesarte; pero te aseguro formalmente que al recordarlo mi alma se ha conmovido.

¿Tú no sabes que la devoción a la Virgen es el mejor medio para salvarse?

Afiánzate en ella cada vez más, y en este mes de mayo consagrado a su devoción, ofrécele muchas flores espirituales.

M. V.

Buen retrato

En una fábrica un obrero predica el comunismo y otro le contradice:

—Tú hablas contra el comunismo y no sabes lo que es—interpeló el primero.

El interpelado, sin responder palabra, se quita una mala blusa que lleva puesta, la rasga en dos pedazos, luego en cuatro, después en ocho, etc., y dando a cada obrero uno de los trozos, les dice:

—Esto es el comunismo, amigos míos. De una cosa útil para uno, hacer pedazos para repartirlos, y no sirven para ninguno.

Tal el famoso reparto comunista.

J. J., Congr.

Héroes por El

Hace poco conocí la historia de un joven, salido de nuestras filas: dicen que cuando estaba en el Noviciado con aquella cara siempre alegre, parecía un chico de sexto año, un chico travieso, pero de un corazón de oro y de un temple... Hace seis años terminaba el bachillerato. La lectura de las cartas de San Francisco Javier le hacía vibrar: "Cuántas almas se pierden por nuestra cobardía", decía el santo. "¡Que no se pierdan por la mía!", decía el jovencito; y en sus comuniones se ofrecía al Señor, y el Señor le dió un deseo fuerte y constante de ser misionero.

Bien sabía él que su padre se opondría; por eso buscaba ocasión propicia para decírselo poco a poco... Pero he aquí que por el descuido de un amigo a quien él lo había comunicado, el padre lo supo todo de un golpe... ¡y lo supo de labios ajenos!

La cena de aquella noche fué un drama sin palabras: el padre, mudo y severo; la madre, con los ojos humedecidos; el chico, sin saber qué decirles, sin saber a quién mirar...

Había que hablar, tarde o temprano; y a la mañana siguiente se presentó a su padre, le comunicó sus deseos, le pidió permiso para entrar en el Noviciado. Un no rotundo fué la respuesta. Un no que se repetía los días siguientes, cuantas veces repetía él su petición. Pero no se desanimaba: dejaba pasar tiempo, volvía a su padre, volvía a pedir...

Hasta que un día le dijo el buen señor:

—Esos son fervores de momento, y no vocación verdadera. Una vez que termines el bachillerato, irás a Madrid a estudiar medicina.

El chico bajó la cabeza; pero aquel mismo día empezó una novena con todo el fervor de su alma a San Francisco Javier, y al concluirla, entró en el despacho de su padre, que leía allí una carta, después de cenar.

—Papá—le dijo—, haré lo que tú quieres; iré a Madrid, estudiaré medicina; pero te aseguro que en cuanto yo llegue a la mayor edad, lo dejaré todo y marcharé al Noviciado es mi vocación.

Ante tanta decisión, quedó impresionado el caballero: le hizo sentar a su lado; y con tonos de cariño por una parte, con gran viveza por otra, le fué presentando las dificultades de la vida religiosa, las calumnias de sus enemigos, las persecuciones que tienen que padecer, las penas del misionero. A todo respondía el muchacho con una elocuencia y una felicidad, que él mismo ignoraba después de dónde le venían. Entonces fué el padre quien bajó la cabeza: tomó pluma y papel, escribió allí mismo el permiso deseado, lo firmó y se lo dió. El hijo lo tomó contentísimo, lo guardó en su cartera y le despidió hasta mañana.

Eran ya las doce de la noche: rezó sus tres Avemarías y pronto quedó dormido.

¡Y cuando al nuevo día se despertó nuestro héroe, lo primero que hizo fué correr a su cartera, y buscar aquel papel, para verlo y tocarlo y leerlo... Temía que fuese un sueño tanta dicha, pero ¡era realidad! Allí estaba el permiso: ya podía ser misionero. Y mientras escribo estas palabras, él estaba en China...

Con otro de estos futuros apóstoles, congregante de ayer y amigo nuestro muy querido, yo mismo tuve ocasión de hablar. Hícele algunas preguntas, y él, sin quererlo, me dejó vislumbrar en sus respuestas el ideal que le movía.

Un misionero de Madagascar les había hablado de los leprosos: "aquellos pobrecitos se creen el deshecho de la humanidad. Se ven tan feos, tan repugnantes, tan tristes, que no les extraña ser olvidados de sus mismas familias... Por eso, cuando ven que el Misionero va a ellos, les habla de Jesús, les lleva esperanza, les quiere, ellos quedan poseídos de gratitud honda, y aman al misionero y hacen cuanto les pide."

—Yo entonces—me decía mi amigo—, al oír estas palabras de aquel Misionero antiguo sentí deseos de ser también destinado en China a una leprosería.

—¿Para qué?

Me respondió con ingenuidad:

—Para servir a Jesús en los leprosos. Como ellos no tienen nada que sea naturalmente amable o simpático, todo lo que se hace por ellos, se hace sólo por Jesucristo, todo lo que a ellos se les ama, es amor que va sólo a Jesucristo. Cuando se trata con otras personas, es muy fácil amarlas por simpatía natural; pero a los leprosos sólo se les ama por El... Además dicen que los leprosos hacen lo que les pide el Misionero que por ellos se sacrifica. Yo ya tengo pensado lo que les voy a pedir... Les hablaré primero del tesoro que tienen en la cruz de su dolor. Les diré que el dolor es la lucecita misteriosa que purifica el alma propia y atrae gracias de conversión sobre las almas de los pecadores; les diré que ellos pueden completar en sus miembros doloridos lo que falta para que la Redención de Jesucristo se aplique a muchas almas; les diré que Jesús ama a los que sufren... Y ellos me creerán; y entonces les pediré una gracia: les pediré que ofrezcan su dolor por la conversión de los paganos; y así, aquella leprosería—mi leprosería—será un templo de trescientos corazones que rezan crucificados con Jesús, que se ofrecen con Jesús al Padre celestial. Y yo en medio de ellos seré yo sacerdote, y cada mañana subiré al altar del Señor para presentarle estos ofrecimientos unidos al ofrecimiento santísimo del Corazón de Jesús. De esta manera, las bendiciones de Dios descenderán sobre los trabajos de los demás Misioneros, y mientras nadie se acuerde de mí, ellos harán grandes conversiones... Por eso quiero ser destinado a la leprosería; para amar sólo a Jesucristo; en los estudios que hacemos después del Noviciado, Jesucristo ha sido una revelación para mí...

Yo le oía entusiasmado y conmovido... Y se me ocurrió este pensamiento: Por un Judas que vendió a Jesús, ¡cuántos miles y millones de amigos fieles, que sólo piensan en El, que lo venden y lo dan todo por El, que son héroes por El...!

M. A. R., Congr.

El hombre intrépido

Bernardino Palissy decía que para él no tuvo más libro que "El cielo y la tierra que a todos es dado conocer y leer". Viéndose pobre, casado y padre de familia, vínole la idea de hacerse orfebrero. Como todos sus conocimientos en la materia se redujesen a algunas conjeturas acerca de los elementos que entran en la composición del esmalte, de sus muchas tentativas no tuvo otro resultado que una enorme pérdida de leña, de substancias químicas, de tiempo y trabajo. Continuó su experiencia por espacio de muchos años, a pesar de las quejas de su mujer y las ironías de sus vecinos. Descontento de su primer horno, construyó un segundo, quemó otras leñas, forjó otras vasijas, y con esto vino a encontrarse en los brazos de la miseria.

Persistió en su empeño, sin embargo. No pudiendo cocer sus vasijas en su casa, las llevó a una lejana fábrica, en donde fracasó también. Vivamente contrariado, pero siempre invencible, construyó por sus propias manos un horno de vidrio, lo encendió y la operación comenzó de nuevo.

Velaba Palissy al lado de su horno, alimentándole con la última provisión de leña que había podido recoger: el esmalte no se fundió. Al día siguiente por toda comida, le llevó su mujer al lado del horno un pobre desayuno, mientras él, desesperado, echaba al fuego sus últimos restos de leña, y el esmalte no fundió. Vino la noche y Palissy quedó en vela. Pálido, osco, erizada su cabellera, desesperado casi, pero sin rendirse a los fracasos, permanecía al lado del fuego volviéndose todo ojo para ver si derretía el esmalte, y el esmalte no se derritió. Seis días con sus seis noches siguió velando y trabajando por más que veía frustrarse todas sus esperanzas, y el esmalte siguió negando a fundirse.

¿Cómo era posible alimentar a aquel fuego infernal, si no había leña ni dinero para comprarla. Se acordó de la empalizada del jardín, y acto continuo las arrancó y las arrojó al horno. Vano sacrificio; el esmalte permaneció en su dureza. Otros diez minutos y un poco más de calor eran acaso, todo lo que faltaba: pero faltaba también leña y era preciso adquirirla a todo precio... Un gran estruendo se oyó entonces en la casa: Palissy, sin atender a los gritos aterrados de su mujer y de sus hijos que piensan que se ha vuelto loco, arrebata estrepitosamente la mesa y las sillas y las arroja al horno y el esmalte no se fundía.

No le quedan nada más que las tablas del entarimado. ¿Qué hará? Por segunda vez ensordece la casa el estrépito de las tablas que se rompen a martillazos, y las astillas arrancadas van a unirse en el horno con los muebles. Esta vez la mujer y los hijos ya no gritan en casa; espantados se van por todo el pueblo, diciendo a voces que Palissy ha perdido la razón y está quemando la casa por cocer sus vasijas.

En aquel momento el inventor, consumido y casi seco, rendido de fatiga, fijaba sus miradas en el horno, viéndose, a causa de él, endeudado, cubierto de ridículo, arruinado y medio muerto, cuando un rayo de gozo iluminó su frente: la última subida del calor había fundido el esmalte; Palissy salía airoso de aquella tan tremenda lucha, con la gloria de gran inventor; la voluntad del hombre podía aplaudirse de haber ganado tan admirable victoria.

Cristianos: ¿seremos nosotros menos intrépidos para trabajar por Dios y por salvar del infierno a otros, cuando tantos otros lo fueron para realizar sus inspiraciones?

J. T., Congr.

Cómo fué templándose

Andrés, terminado su bachillerato, tenía que ir a Madrid; quería emprender la carrera de Ingeniero Agrónomo.

Se fué a Madrid y aunque no llegó a hacerse del todo malo, ni dejarse pisar ni arrastrar por sus compañeros, con todo reflexionó y entendió que estaba en camino poco seguro.

Una leve sonrisa, un "qué dirán", o un "ese beatito", le torcían el rumbo y, sin extraviarse del todo, se le veía vacilar.

Comenzó a pensar consigo mismo un día en que no se había atrevido a cortar cierta conversación, como solía hacerlo antes: "¿No es indigno de mí que yo esté aquí esclavo de esta nueva especie de señoritas que creen que con soltar una palabrita o palabrota y hacerse los hombres hay que respetarles?"

Me decido de una vez a demostrarles que era más hombre que todos ellos.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Aquella misma tarde entro en el café, en donde estaban la mayoría de los estudiantes de mi curso, y en una mesa aparte pido unos emparedados y una copa de Oporto. Antes de sentarme recito una breve oración, me santiguo y me siento. Después vinieron a mi mesa la mayoría de mis compañeros, me bromeo con ellos, hablo de todo y nos levantamos.

Vuelvo entonces a recitar mi oracioncita de costumbre y a santiguarme.

En los labios de algunos de ellos asoma una leve sonrisa; observo que la mayoría me miran con admiración y se contienen.

Salimos poco después del café y nos vamos por la calle de Alcalá, donde se me fueron separando poco a poco algunos de los compañeros. Sólo quedo con cinco; uno de ellos el más leal que tiene un cuerpo como un roble de fuerte, me dice decididamente: "Andrés, has sido un valiente y todos lo hemos reconocido. Me has dado buena lección."

—Y a mí también me la has dado—dijo un simpático navarro.

—Y a mí!

—Y a mí!

Pasadas unas semanas me encontré con que era el joven que tenía más autoridad en mi curso; lo cual me animó muchísimo para seguir aprovechándome de esa influencia para contener suavemente a los atrevidos y para animar a los buenos.

J. D. G., Congr.

¿Quién tiene la culpa?

Juan era un joven de 15 años, modelo entre sus compañeros por su piedad, amor al estudio, docilidad, trato afable, que le hacían ser admirado por todos los que le conocían.

Sus padres, conociendo el influjo de las primeras impresiones en el porvenir de su único hijo, le educaron en el amor a la Religión y a la virtud, apoyando sus lecciones con el ejemplo. ¡Cuán dulces lágrimas brotaban de los ojos de los padres al recibir las felicitaciones de sus parientes y amigos, cuando les decían que estaban envidiosos de su dicha! No duró mucho! Se verificó al poco un cambio notable en Juan, más sensible de día en día. Pronto el niño de carácter risueño en otro tiempo, se vuelve triste y pensativo; corresponde con indiferencia a las caricias de sus padres; le disgustan las diversiones sencillas que amaba antes con tanta pasión; se aparta de sus antiguos compañeros, buenos y virtuosos que le invitan a tomar parte en sus juegos y paseos.

Los profesores, que le amaban y a quienes él tanto quería, le hallaron por primera vez indócil a sus consejos.

Su padre, alarmado, no sabía a qué atribuir este doloroso cambio. En vano se esfuerza en sondear su corazón; ruegos, lágrimas, amenazas, todo se pone en juego para descubrir el mal que le mina en silencio; Juan, tan sensible en otro tiempo a los menores disgustos de su padre, sigue en una terquedad insolente.

Pronto el cambio en la conducta de Juan se manifiesta con todos sus caracteres. Su rostro palidece, se arruga su frente y se agita su sueño; suire, enflaquece y se le ve enfermar de día en día.

Llámanle al médico, pero éste no puede explicar el mal que corroe a tan desgraciado joven.

Entonces el desventurado padre va a casa de un amigo sacerdote que había tratado a Juan con el mayor interés y la más tierna amistad; le cuenta sus cuitas y le ruega que pase por su casa al día siguiente.

No falta a la cita. Pero Juan le recibe con marcada frialdad. Después de algunas palabras de introducción le habla el sacerdote del cambio que todos observan en él y del disgusto que con ello causaba a sus padres. El joven baja los ojos conmovido por sus sentidas palabras y dejó ver una gruesa lágrima, signo de arrepentimiento. Conmovido Juan le abre el corazón, le cuenta todos sus pesares; pregunta cuál era el origen de tantos males le dice: "Si quiere saber venga conmigo".

Juan, seguido del clérigo, entra en el despacho de su padre, que está pensativo en su mesa, y cogiendo un libro de la biblioteca lo presenta a los dos diciendo: "Este es el que me ha perdido". Lo abre el eclesiástico: era una novela inmoral e impía.

¡Cuál no sería la sorpresa del angustiado padre al ver que él había sido la causa de tanta desventura! Toda su vida se acusó de la culpable imprudencia de conservar malos libros; no los había leído jamás y estaba muy distante de sospechar que hubiesen de caer en manos de su hijo.

Después el buen sacerdote rompió los libros y continuó su obra hasta no dejar ni una sospecha. Despertaron los buenos sentimientos que Juan había recibido en su infancia, y logró, no sin largos y penosos combates, volver al sendero de la virtud aquella oveja descarriada, con lo cual le devolvió también la salud del cuerpo con la tranquilidad del alma y todos los tesoros que el vicio, fruto de las malas lecturas, le había arrebatado.

¡Buen ejemplo para esos jóvenes que no se recatan en leer libros y novelas que pueden ser fatales para su alma y a veces para su cuerpo! y ¡mejor para los padres que no vigilan a sus hijos en sus diversiones, compañías y lecturas!

F. B., Congr.

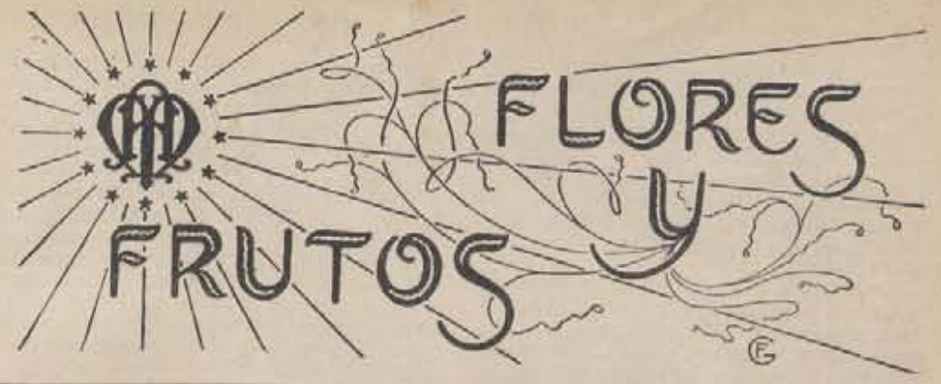
Respuesta a un pedante

El célebre predicador P. Tomás Burke, dominico, había subido a un ómnibus de la ciudad de Dublín. Abriendo su Breviario empezó a rezar sus horas canónicas. Junto a él hallábase un pastor protestante, que intentando dar una lección al religioso, le dice:

—Señor, nos dice en el Evangelio que cuando recemos no debemos hacerlo como los hipócritas, que prefieren la publicidad de las calles y plazas para que los vean los hombres. Yo, cumpliéndolo, cuando rezo lo hago en mi cuarto, cierro la puerta y oro sin que nadie me vea.

—Sí será cierto—contestó el dominico sin levantar sus ojos del Breviario—; pero después de haber rezado en secreto viene usted a un ómnibus para decirlo en público...

La broma fué general. E. J., Congr.



Núm. 275.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Junio de 1936

Hoy estarás conmigo...

Vivía en Nueva York un joven que fué arrestado por la justicia y condenado a dos años de prisión por varios delitos que cometió.

Cumplida su condena, fué puesto en libertad; pero el mismo día volvió el desgraciado a su mala vida, de tal suerte, que en una riña quedó mortalmente herido.

Fué trasladado a la casa de su madre; mas ésta era tan pobre, que no pudo ofrecer a su hijo moribundo ni siquiera una cama...

Le dejan en el duro suelo: la expresión de su rostro es espantosa. La pobre madre, cuya ardiente fe se aviva en presencia del peligro que corre aquella alma, le dice: "Hijo mío, estás muy mal; la hora de tu muerte ha llegado: es hora de que pienses en el cielo..."

Por toda respuesta, escucha un cúmulo de injurias... más aún, aquel hijo perverso arroja a su madre los objetos que a su mano encuentra.

La pobre mujer comprende que sólo de Jesús y María puede venir ayuda y misericordia en estos instantes: al punto toma una imagen del Sagrado Corazón de Jesús y la coloca cerca del hijo: después corre a la iglesia, oye la Santa Misa y ruega a la Virgen de los Dolores; Esta fué la única oración que sus labios pudieron articular: "Señor, en tu reino acuérdate de mi hijo, no permitas que perezca eternamente", y no volvió a su casa sino después de haber repetido muchas veces y con todo el fervor de su alma la oración del ladrón penitente.

Vuelve a su casa y... ¡qué cambio había experimentado su hijo! Aquel rostro, antes espantoso, se muestra ahora sonriente, apacible, feliz.

—¡Madre!, le dijo, ¡madre mía! ¿Ves el Sagrado Corazón?... Me ha mirado y me ha dicho: "Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso".

La nube de tristeza que envolvía el corazón de tan piadosa madre, se disipó y exclamó emocionada:

—¡Hijo mío!, ¿quieres un sacerdote?

—Sí; cuanto antes.

Y vino el sacerdote y poco después, por los méritos infinitos de Jesucristo, los pecados y crímenes de aquel joven quedaban perdonados...

Lloraba el hijo, lloraba la madre, y el sacerdote estaba tan conmovido, que en sus ojos brillaban lágrimas de consuelo y de ternura...

Después partió en busca del Santo Viático, para poner, por última vez, sobre aquella purificada lengua el Sacramento del Amor.

En esto llegó el padre del herido. Tal padre y tal hijo vivían enemistados de tiempo atrás.

La buena madre creyó conveniente prevenir a su marido y le dijo: nuestro hijo está herido gravemente; pero se ha convertido y se ha confesado.

El padre se acercó al moribundo. La expresión de su rostro era tan distinta y su voz tan suave, que también el hombre quedó transformado.

Arrodillóse ante su hijo, y los dos se fundieron en un abrazo de cariño, de perdón y de despedida hasta el cielo...

Por fin, después de haber comulgado con sentimientos de piedad profunda, murió al mundo para vivir en la eternidad.

El padre cambió por completo desde aquel día; y en el libro "Tesoro de Historias sobre el Sagrado Corazón de Jesús", de donde ésta ha sido tomada, se dice que ahora vive como buen cristiano y es modelo de su parroquia. Y la madre —la mujer de fe viva y honda—cuando alguien muestra admiración por tales milagros de la gracia, responde agradecida: —No es extraño, el Sagrado Corazón de Jesús lo prometió, al decir a Santa Margarita María: "Los pecadores hallarán en Mí la fuente y el océano de la misericordia"

J. I., Congr.

O me matas a mí...

El Padre Alfonso Laenen es un misionero jesuita del Manabí-Esmeraldas (Ecuador), que con caridad grande ha trabajado entre los leprosos, y ha pedido a Dios varias veces que le conceda morir de la misma enfermedad. Es médico tan notable, que el Gobierno de la República le ofrecía un puesto muy codiciado en el Instituto mé-

Universidad de Deusto
Biblioteca

dico de la capital si salía de la Compañía de Jesús.

El misionero contestó que prefería ser el último hermano en la casa del Señor antes que ser el primero en las casas de los príncipes...

Se distingue por una gran devoción al Corazón de Nuestro Señor Jesucristo; y de una larga carta escrita en Bahía de Caraques el 18 de diciembre de 1935, él mismo nos cuenta con sencillez edificante los favores que recibe de su Señor y Maestro. He aquí uno de ellos con sus mismas palabras.

"Durante mis giras misionales, me encomiendo de un modo especial al Sagrado Corazón de Jesús, y trabajo con todas mis fuerzas para propagar su conocimiento y su culto... Con mucha frecuencia he visto las bendiciones del Sagrado Corazón con curaciones de enfermos corporales, pero sobre todo espirituales... Caminaba yo un día en mi caballo por un senderito, cuando se me ofreció al paso un hombre, revolver en mano y ebrio por la ira... Medio adiviné el intento criminal que le empujaba; le llamé, y no me hizo caso; salté del caballo y corrí hacia él; le tomé del brazo y a las buenas averigüe el fin con que corría tan colérico por el camino; y entonces, sacudiéndose de mí, me dijo: "Juro que he de matar a fulano por esto que me hizo... Intenté descubrirle el crimen que iba a cometer, le rogué que no lo hiciera; al fin me arrodillé ante él, con una imagencita del Sagrado Corazón de Jesús en la mano, y le supliqué que perdonase a su enemigo por amor del Señor...

Se calmó, él mismo me levantó del suelo; y me dijo: —Padrecito, no puedo negarle lo que me pide; por amor al Sagrado Corazón de Jesús, le perdono.

Y me entregó su revolver que guardé en la bolsa de mi montura.

Subimos a mi caballo, yo delante, él en las ancas; y así íbamos charlando cuando de repente, por entre las breñas del camino, saltó el hombre enemigo con machete en la mano izquierda y revólver en la derecha.

Salté a tierra veloz y me abalancé sobre el recién aparecido al grito de ¡no tires! Se aturdió un tanto, lo que me dió tiempo para pedirle a él también que perdonase... Comenzó a forcejear para librarse de mis apretones y entonces soltándole, me eché a sus pies, y dije: "O me matas a mí primero, o le perdonas por amor al Sagrado Corazón de Jesús".

Detúvose el hombre, me miró y... echándose a mis brazos, me dijo: —Perdono, Padrecito, perdono. Se abrazaron los dos enemigos, y alabando las bondades del Sagrado Corazón de Jesús, seguimos a pie los tres el camino. Llegamos a la choza del último, donde hallamos a su mujer e hijos bañados en lágrimas, pues temían que su marido y padre regresaría a casa o asesino o asesinado. Bendijo la mujer a Dios por lo sucedido, nos dió de comer; bauticé a cuatro niños del hombrecito aquel; y el padrino fué su antiguo enemigo, ya del todo reconciliado. Grandes son las misericordias del Corazón de Jesús, y felices los que les den a conocer a los demás."

S. de J., Congr.

Lo que puede un joven

En la industriosa Amberes vivía Leopoldo von Soden, belga enérgico y perseverante, como su padre. Tenía entonces 16 años. No había terminado aún el bachillerato clásico, porque en Bélgica no se termina de ordinario hasta los 17 ó los 18 años.

Había visto el bien que la "biblioteca para los marineros" había hecho, no sólo a los católicos, sino a los pobres protestantes que, medio ateos y desesperados, tienen que pasar una vida casi infernal en los barcos de carga. Hacía sólo dos años que se había inaugurado esa biblioteca y ya se notaba el cariño que todos los marineros le tenían y el bien que en sus almas había hecho nacer.

Leopoldo concibió su plan. Había visto que de débiles y diminutos principios había nacido aquella biblioteca católico ambulante, cuyos libros llegaban a todos los extremos del mundo. El quería hacer algo parecido para los trabajadores del muelle, para los estudiantes y para los oficinistas, para que pudieran encontrar en ella refutadas las muchas calumnias que oían diariamente, en la oficina, en las clases y en el muelle contra Jesucristo y su Iglesia.

Leopoldo pidió a su padre permiso para hacer lo que quisiera con las tres revistas de apologética que su padre recibía, pasados tres días después de llegadas.

—Muy bien—contestó su padre.

—Y los dos periódicos que recibes católicos me los darías al día siguiente.

—¿Para qué los quieres?

—Ahora no puedo decírtelo. Pero no es para nada malo. Al contrario, para algo muy bueno.

—Bien. Haz de ellos lo que quieras. Tienes permiso.

—¿Y me dejarías llevar de tu biblioteca 20 libros que yo escoja, con tal de que tú los hayas leído ya?

—¿Para qué los querrás tú?... Pero, en fin, también te lo concedo, con la condición de que me has de decir el fin a que los vas a destinar, antes de pasado un mes.

—Muy bien, papá.

Cosa parecida hizo con sus tíos Salvador, Ignacio e Irene. De quien no obtuvo libros consiguió francos, y así, con la ayuda del párroco, quien le cedió un local desocupado, junto a la sacristía, pudo inaugurar antes de pasado el mes su Biblioteca parroquial católica. El párroco pudo recaudar otro tanto que lo que el había reunido.

Ya el primer día estaban suscritos a once revistas católicas, dos periódicos y tenían en los estantes más de 250 libros católicos e indiferentes. En caja quedaba una reserva de más de 200 francos.

Lo que se podía hacer si hubiera muchos jóvenes que se interesaran por los intereses de Cristo y de su Iglesia, como Leopoldo! ¡Cuántos se habrán salvado por encontrar en la rica biblioteca, de la que él puso la primera piedra, alimento para sus almas y una medicina contra los venenos espirituales que les sirven en todos los restaurants del mundo!

J. D. G., Congr.

¡He dicho que no!

Serían, poco más o menos, las seis de la tarde, cuando nos habíamos reunido varios compañeros alrededor de una pequeña mesa, en casa de un amigo, para jugar un rato al "parchesi".

Ya llevábamos un buen rato jugando muy entretenidos, cuando a uno de ellos se le ocurre hojear unos periódicos y revistas que habíamos retirado de la mesa y los habíamos colocado allí cerca sobre una silla; todos los demás seguíamos el juego con interés y entusiasmo, preocupándonos muy poco de las tonterías que suelen traer las tales revistillas.

Pero en los momentos de más animación, se le ocurre al demonio meter su rabo, poniendo en las manos de nuestro gracioso amiguito, una de esas revistas que parece que las hace él, y sólo sirven para que le hagan compañía en el fuego.

—Oye, Pedro, exclama dirigiéndose a un verdadero amigo que junto a mí estaba, mira qué fotografía.

Pedro volvió la cabeza para atender al que le llamaba; mas, tan pronto como sus ojos se sintieron heridos, los bajó bruscamente y le dijo al que quizás sin caer del todo en la cuenta hacía las veces de tentador: ¡Quita *eso* de ahí! ¡Me oyes!

—Pero hombre, Pedro, si no tiene nada, insistió el primero.

—¡Te he dicho que no quiero ver eso! ¡Quítalo de delante!

Nos volvimos todos para ver lo que pasa, y encontramos a Pedro que arrugaba y deshacía entre las manos la infame revista, mientras que el tentador callaba avergonzado.

El diálogo fué breve, pero desde este día en adelante, nadie le ha dado a Pedro bromas de esta clase y tengo para mí que esta lección no se le olvidará nunca a su compañero y menos aquel enérgico: ¡Te he dicho que No!

V. A., Congr.

Lamparita que se apaga...

El mismo misionero del Manabí, Padre Alfonso Lacnen nos habla de un compañero suyo con estas palabras que parecen vibrar impregnadas en la dulzura del acento americano:

"Nuestro queridísimo Padre Mauricio Detroux se nos ha ido al cielo. Por aquí la gente le llama *La lamparita del Santísimo Sacramento*. Sí: toda su vida (le conozco desde el 25 de marzo de 1891) he admirado en él una singular devoción al Santísimo Sacramento y al Sagrado Corazón de Jesús. Era imposible tratar cinco minutos con el Padre sin oirle hablar de estas dos devociones. Muy frecuentemente me decía: ¡Ah, Padre Alfonso, si conociesen los hombres al Corazón de Jesús, cómo dejarían sus vicios para amar y servir a Jesucristo!

Los últimos años que pasó conmigo en el oficio de capellán del Colegio, ya no se le encontraba en la casa parroquial, sino en la iglesia: allí quedaba hasta las diez y más de la noche. Una vez, habían dado ya las once, y aún mi Padre Mauricio no se había recogido a la casa: bajé a la iglesia, y encontré al Padrecito sentado y dormido. Le desperté, y espontáneamente me dijo: —Vea, Padrecito; pedí permiso a mi Padre del cielo para descansar una horita ante El, para seguir después velando hasta las tres, y allí descansaré otro momento.

Durante los largos años que me cupo la feliz suerte de vivir con el Padre, jamás le oí una palabra de menos aprecio para con el prójimo. Cuando oía hablar de alguno muy malo, lo único que decía era: —Este pobrecito no conoce a Jesús, por eso no le ama. Si le conociera, ¡qué santo no fuera!

Si por la calle oía alguna blasfemia, se acercaba dulcemente al que la profería, y le rogaba que por amor al Corazón de Jesús no dijese esas cosas. El culpable, le contestaba mansamente: —Bueno, Padrecito, así lo haremos.

En sus dolores nunca se quejaba; y cuando arreciaba el mal y ya no podía andar, me rogaba me fuese yo en su lugar al Sagrario...

Al fin, la falta de sueño y de apetito le fué debilitando. Pasó 15 días sentadito en su sillón, desde el cual voló su hermosa alma al cielo...

Así mueren los amigos del Corazón de Jesús: así dejan esta peregrinación para entrar en la Patria de la felicidad... ¡Qué abrazo les dará su Señor! Ven, bendito de mi Padre, a poseer el Reino que te tengo preparado..."

Y al oír esta carta, me puse a pensar: Cuando a mí llegue aquella hora (que no tardará), ¿qué habré querido más: haber vivido entre diversiones y triunfos y placeres, y, por lo tanto, lejos de Dios, o haber vivido en el cumplimiento de mi deber, salvando almas, cerca de Dios...?

Es una pregunta que da mucha luz...

S. de J., Congr.

¡Adíos! que anima

Tuve hace unos días la dicha de poder abrazar a un Padre que marchaba para las misiones del Japón. Lo dejaba todo por Jesucristo e iba obedeciendo a su voz.

Era un Padre jesuita, a quien varios compañeros le habíamos conocido antes de su feliz destino, y ahora tuvimos ocasión de vernos de nuevo a su alrededor; ya este sería el último encuentro acá en la tierra.

Después de charlar un rato con él sobre su próxima partida al Japón y sus propósitos, nos dió el abrazo de despedida; se le veía cómo estrechaba contra su emocionado pecho a todos y a cada uno de sus compañeros, y los llamaba por sus propios nombres al darles el último adiós. Pronto me llegó el turno, y le pude contemplar frente a frente; estaba sereno y a la vez profundamente conmovido; lentamente abrió los brazos para recogerlos en seguida y estrecharme a mí contra su pecho.

—Adiós, Padre, le dije mientras me esforzaba por contener las lágrimas.

¡Cuánto encerró en aquella sola frase...:

—Adiós, Antonio, hasta el cielo...

—Adiós, Padre, le contesté bajando la cabeza, adiós.

El Padre se marchó, pero aquel "adiós, Antonio, hasta el cielo", acude muchas veces a mi

Universidad de Deusto
Biblioteca

memoria para animarme a trabajar con toda mi alma por Jesucristo, por las almas.

Yo sé que el Padre dejaba a su madre, a su patria, a sus hermanos de religión; sé que todo esto le costaba; pero sentía también que Jesucristo y su Madre Santísima eran dignos de estos sacrificios y por ellos lo dejaba todo.

Cuando a estos sacrificios los comparo con los míos, con el trabajar en las catequesis, con evitar los espectáculos que nos hacen daño, con el decir un valeroso ¡NO! cuando se debe, veo entonces que estos últimos se pierden entre aquellos y que Jesús y nuestra Madre son dignos de ellos. ¡De ellos y de infinitos más!

V. A., Congr.

¿Qué da más valentía?

Hallábame en cierta villa, cuyo nombre callo, en compañía de un amigo íntimo con quien pasaba aquellos días. Uno de éstos en que tomamos un taxi para recorrer todas las partes más dignas de verse, me llamó la atención mi amigo hacia un joven correcto y grave que cruzaba la acera.

—¿Lo ves?, me dijo. Pues ninguno de nosotros somos dignos de pisar el polvo que él pisa.

Malicioso, le tomé a chacota la observación.

—No te rías, añadió muy serio, pues por lo que te voy a contar tú mismo te vas a quedar pasmado, y empezó a contarme la historia de este joven.

Conocí a ese muchacho hará unos cuatro años y puedo asegurarte, por lo mucho que le he tratado, que hasta los 19 años que ahora tiene conserva aún la pureza y la inocencia más completa.

Es rico y huertano desde los 8 años y le ha tocado un tutor que pisa la iglesia de año en año.

—¿Y cómo se conserva tan puro?

—Escucha: su madre era una señora muy digna y cristiana y le educó como tal; eso sí, al morir le llamó a su lado y dándole una cruz y una medalla de la Inmaculada, le dijo: Hijo mío conserva y defiende tu inocencia y tu fe, y luego tomándole entre sus manos descarnadas le oprimió contra su pecho, mientras entre lágrimas le decía: "No peques, no... no..." Y fué tal su emoción al decir estas palabras que sin soltarle aún, expiró.

Tan profundamente se le grabó estas palabras que comenzó a cobrar a la Santísima Virgen mayor amor que a su madre; tanto que huía de toda ocasión de pecado, como cualquiera huye de un perro rabioso.

Da gusto andar con él, tan simpático como piadoso y trabajador, y desgraciado del que se descuide ante él de decir una palabra mal sonante.

Iba un día en el tranvía apretado de gente; unos jóvenes hablaban entre sí y se reían de la misma pureza de la Virgen; el que parecía más atrevido, a pesar de ser chico muy alto, recibió tales bofetadas que se vió lanzado contra el asiento de enfrente. Mira, le dice, si vuelves a hablar de ese modo te arranco la lengua."

Este incidente se lo oí a él mismo; me lo contaba con la mayor naturalidad. ¿Crees tú ahora que este joven con estos sentimientos es capaz de cometer un pecado mortal? ¡Imposible! El ofender a Dios es de cobardes, y éste, como has visto, es valiente de veras.

¡Ojalá fueran muchos jóvenes como éste, tan puros como valientes! ¡Qué verdad es lo que he oído repetir mucho: Nada da tanta valentía como la pureza; ni tanta cobardía como la impureza.

J. I. L., Cong.

La avaricia castigada

Al célebre doctor francés Valpeau le ocurrió una chistosa aventura que le perjudicó en sus intereses, a los cuales era un tanto apegado.

Hizo a un niño de seis años una maravillosa operación quirúrgica, y la madre, reconocida, fué al cabo de algunos días a ver al doctor.

—Señor, le dijo, habéis salvado a mi hijo y no sé cómo expresaros mi gratitud, y he pensado que este portamonedas bordado por mi propia mano...

—Señora, respondió Valpeau, interrumpiéndola, yo no hago de mi profesión un asunto de puro sentimiento. Mi vida tiene sus exigencias como la vuestra. Permitidme que rehuse el obsequio en cambio de una recompensa más sólida.

—Pero señor doctor, exclamó la señora conmovida, ¿de qué se trata? Fijad vos mismo vuestros honorarios.

—Mis honorarios, señora, son cinco mil francos.

Al oír estas palabras la dama abrió el portamonedas que contenía diez billetes de a mil francos; dió cinco al doctor y se retiró con una ganancia de un ciento por ciento.

A. M., Congr.

¡Una de dos!

Alejandro Magno, aquel vigoroso luchador a quien bastaron tres batallas para hacerse dueño del Asia Menor, de Siria, de Egipto y del resto del imperio de los persas, realizando así la gigantesca idea de su padre Filipo; aquel que, en sus ansias de gloria, pensó apoderarse del mundo entero y moría a los 33 años en Babilonia, llorando amargamente porque la muerte inexorable no le dejaba ver sus sueños realizados, supo un día que uno de sus jóvenes guerreros se había mostrado cobarde en una batalla; llamóle a su tienda.

—¿Cómo te llamas?—le dijo con rostro airado.

—Alejandro, como vos—contestó tímidamente el soldado.

—Pues mira— le replicó—: Aut mutua nomen aut mores: O cambias de nombre o de conducta.

Aplícate seriamente este ejemplo:

¿Eres cristiano y te portas... como tú sabes?

¡Cambia de nombre o de costumbres!!!

M. V., Congr.



Núm. 276.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Julio de 1936

Le fusilaron...

El 15 de enero de 1915, durante la guerra europea y en el frente francés, el valiente Padre Doncoeur, capellán militar y comendador de la Legión de Honor, fué testigo y actor de una escena dolorosa. Que él mismo nos la refiera:

"Me avisaron a media tarde que el coronel tenía necesidad de mí. Subí a su aposento, y me dijo: Uno de los muchachos de la cuarta compañía, asesino y dos veces desertor, ha sido condenado a muerte. Le pongo en sus manos, por si quiere prepararle.

Intercedí por el pobre soldado; el coronel se mostró inexorable: la ejecución había de ser al día siguiente.

Muy de madrugada partí al pueblecito de Saint-Pierre-Aigle, y me condujeron al puesto donde custodiaban al sentenciado: era la casa de un campesino.

Entré. —Ese es, me dijo el sargento. Y vi al soldado sentado a la mesa, con una taza de café delante, el kepis echado sobre la nuca, la guerrera desabrochada.

Pedí al sargento que nos dejase solos, y dije al joven:

—Amigo mío, vengo a servirte y acompañarte: soy el capellán. Tú sabes que los hombres te han juzgado. Ellos ya nada tienen que decirte. Yo, en cambio, vengo de parte de Dios.

El levantó la cabeza y me miró receloso. Su frente estaba encogida, sus ojos hundidos, sus labios cerrados.

—Yo vengo a traerte el perdón de aquel Dios bueno a quien tú rezabas con tu madre.

Su mirada volvió a bajarse. Me dijo entre dientes:

—Yo nunca conocí a mi madre.

—Con tu padre..., me atrevi a decirle.

—No hacía más que pegarme.

—Entonces, amigo mío, en la escuela quizá te hablaron de Dios...,

—No, señor.

Sentí una pena grande. Me senté a su lado, le mostré gran cariño, y durante tres cuartos de hora le instruí en lo principal del Catecismo. Que hay un Padre de todos en el cielo; que su Hijo es Dios como El, que se hizo Hombre para salvarnos a todos y perdonarnos; que hay un paraíso de felicidad; y que él, si quería arrepentirse, iría allá para gozar sin fin, sin llorar nunca. Cuando terminé, sus ojos me seguían con ternura.

—¿Quieres hacer la primera Comunión?

—¡Sí, señor capellán! Y muchas gracias.

Me abrazó, le confesé, y rodeados de un piquete de infantería fuimos a la iglesia. Hice celebrar allí la Santa Misa. El pobre muchacho y yo la oíamos de rodillas uno junto al otro. Comulgó, hicimos los dos la acción de gracias, mientras allá fuera, sobre el camino helado, yo sentía el paso de las compañías que habían de presenciar la ejecución. Un sargento vino a llamarnos. Era la hora. Le ofrecí mi brazo para que se apoyara, y salimos sin cesar de rezar los dos juntos.

Nos rodeó un pelotón, bayoneta calada, y descendimos la cuestecilla de la iglesia. Ya en el valle, apareció todo el regimiento alineado en los tres costados en actitud de firmes, y yo sentí de pronto que mi amigo se detenía un momento, como vacilante. Le sostuve con esfuerzo creyendo que se había mareado, pero él mirándome dulcemente, me dijo:

—He notado que yo no llevaba el paso de mi pelotón. He querido cambiar de paso para no deshonrar a mis compañeros delante de todo el regimiento.

Dos minutos después, habiéndome abrazado por última vez y besado el Crucifijo, el divino perdonador, cayó fusilado sobre la hierba blanca por el hielo. Entonces, según las ordenanzas, el regimiento desfiló en silencio ante el cadáver.

Y yo entonces, arrodillado ante él, sentí temblar en mi corazón un sentimiento de indignación que jamás había experimentado en toda mi vida. ¡Ah, me prohibieron enseñar el Catecismo a este muchacho en la escuela, y ahora tuvieron necesidad de mí para conducirle al patíbulo!

Muy por encima de estos que desfilan ante el soldadito muerto, mis ojos van a buscar a los mayores culpables. A los que bien emboscados en confortables salones, habían querido todo esto, habían rehusado a este joven toda religión, que

es lo mismo que arrancarle toda fe, toda esperanza, toda obediencia; y después le habían llevado a la línea de fuego como un ser sin alma, diciéndole: "Avanza o cae!" Y ahora, cuando este degraciado sin Dios ni ley se rebela, ellos le fusilan...

¡Enorme es vuestra responsabilidad, pretendidos libertadores de los hijos del pueblo, que llegaréis a ser sus verdugos!

¡Y enorme responsabilidad la nuestra, católicos de hoy, si no ponemos alma y vida en defender a cualquier precio las almas de nuestros niños y jóvenes, capaces de ser asesinos, y capaces una vez iluminados por nuestra fe redentora, de ir a la muerte guardando el paso marcial, "para no deshonrar a su batallón"! ¡A qué paso de héroe marcharían ellos, si no les hubieran precipitado en la anarquía!

Hasta aquí la historia del capellán militar Doncoeur. El hablaba de su patria. Nosotros podemos ya hablar lo mismo de la nuestra...

M. A. R., Congr.

Una cacería

Entresaco de la carta de un sevillano simpático. Tenía 14 años y estaba entonces pasando las vacaciones de Navidad con sus padres en Sevilla.

...No sabes, Arturo, lo que me divertí el viernes pasado. Por primera vez pude ir a una cacería de avutardas en serio. Como no sabes lo que es una cacería de avutardas te lo contaré: Salimos muy temprano de casa. Ya sabes que ahora pasamos una temporada en "Villa Gineta". Desde allí al "Melgarejo", que era la finca en que teníamos que cazar, hay unos 4 kilómetros.

Todos íbamos a caballo. Delante había ido el auto llevando todas las provisiones al lugar señalado para tomar el almuerzo. Íbamos 4 de casa y 7 convidados. Todos, excepto yo, llevaban gemelos para ir oteando todos los montes y descubrir todos los puestos donde hubiera algunas avutardas. A mí, mi hermano Pablo, me dejaba los gemelos siempre que él no los necesitaba.

Después de andar más de 6 kms., vió Pepe una bandada de avutardas en la falda estrecha de un monte muy frondoso. Todos entonces nos paramos, y echamos manos a los gemelos. Resultó que era una banda de más de 14.

El cotero indicó que la mejor manera de batirlas era dirigirnos hacia la cañada que se encontraba en frente, colocándonos nosotros detrás de unos bardales que orillaban un vadeable arroyuelo. A mi hermano Baltasar le parecía mejor batirlas hacia la izquierda. Pero finalmente terminamos por seguir la indicación de Juan el cotero.

Juan nos llevó a los puestos, y después volvió a recoger a los 9 batidores. Pasados unos 25 minutos, sonó la corneta de Juan el cotero y en el mismo momento aparecieron bordeando el monte, primero 6 avutardas, después, 9 y finalmente una. A mí me entró el bando de 9. Tiré con mi escopeta del 20 pero no hice blanco; mi escopeta era muy pequeña para pájaros tan grandes, si no es que se les disparo desde muy cerca. Las otras 5 le entraron a Ignacio Gordón y derribó una, aunque otra iba herida. La última le entró a Salvador, mi cuñado; pero, como venía detrás, se levantó mucho y entró muy alta.

Una de las cosas de que más me acuerdo en estas cacerías y en todas las vacaciones es la frase del Padre Mar: "Tú crees que vas a ser feliz en estas vacaciones?; sólo vas a tener una sombra de felicidad, porque las vacaciones para que pudieran darte la felicidad tendrían que ser eternas y lo serán sólo en el cielo... Estarás siempre pensando en que ya faltan menos días para que se terminen y eso te aguará gran parte de tu felicidad; y otro tanto te pasará después en tu vida, en tu carrera, etc., si en todo tiempo y lugar no tratas de estar bien con Dios y servirle. Por lo que estoy observando, no vemos hombres más felices que estos que prefieren antes la muerte a ofenderle a Dios.

J. D. G., Congr.

El amor más grande

Dos obreros trabajan en lo alto de un andamio. Un crujido de maderas, un derrumbamiento y los dos pierden el equilibrio, caen por el aire, y quedan agarrados a un travesaño que penetraba en la pared... Allí están suspendidos, silenciosos, sin atreverse a mirar al abismo. ¡Ah, gran Dios! El uno de ellos hizo un esfuerzo... el travesaño dió un chasquido agudo, quedó rajado.

—No te muevas —gritó el otro—, o somos perdidos, es demasiado débil para los dos!

Y transcurrido un minuto, que les pareció un siglo:

—Santiago, yo tengo hijos pequeños.

—Ah, es justo!...

Santiago encomendó a Dios su alma, cerró los ojos y soltó las manos...

Ante esto, se siente el escalofrío de lo sublime: ¡esto sólo lo hace un cristiano que está en paz con su Dios!

J. J., Congr.

Retrato de un vivo

Invitado en cierta ocasión un sastre a que confeccionara un traje, fuéle presentado el material absolutamente necesario, sin que de él sobrase lo más mínimo.

Rogado que cortara el vestido, estuvo por espacio de largo tiempo midiendo la tela sin comenzar nunca a echar mano de sus tijeras; por lo que intrigado el dueño le interpeló diciendo: Maestro, ¿por qué no corta usted el traje?

A lo que respondió el sastre: ¡Ay! me hallo sumamente perplejo con material tan reducido; si hay para mí, no hay para usted; y viceversa, si hay para usted no queda para mí.

Si Jesucristo se hubiera portado así, si no se hubiera dado todo por nosotros y quedado con nosotros, lucidos estaríamos. Ni aun así apreciamos sus ejemplos y amamos al prójimo.

J. T., Congr.

No tengo tiempo...

¿Quieres que te descubra un secreto?

Es un papelito que se encontró entre los escritos privados de García Moreno, el Presidente de la República del Ecuador.

Es la distribución de su tiempo y dice así: "Oración por la mañana y pedir particularmente la humildad.

Misa y Rosario diario. Leer el Kempis y conservar la presencia de Dios sobre todo al hablar, para refrenar la lengua.

Ofrecer a Dios mis obras antes de comenzarlas.

En las dudas y tentaciones decir: ¿Qué pensaré de esto a la hora de la muerte?

Hacerlo todo a mayor gloria de Dios. Confesarme por lo menos semanalmente."

Así distribuía su tiempo aquel hombre valiente que mereció caer asesinado por los enemigos de Jesucristo, cuando salía de la Catedral donde había comulgado, un Primer Viernes... Sus últimas palabras fueron aquel grito de triunfo que vibró en sus labios agonizantes: ¡Dios no muere!

Así distribuía su tiempo un hombre sobre quien pesaba todo el gobierno de la República... y yo diré que no tengo tiempo para cumplir mis deberes con Dios...? ¿No tengo tiempo o no quiero ser valiente?

J. M., Congr.

Contra el vicio de fumar...

Te voy a contar este caso rigurosamente histórico para que veas cuál es el mejor remedio, no sólo contra el vicio de fumar, sino contra toda clase de pasiones y defectos.

Tenía este amigo mío más de 25 años y hacía siete que fumaba como una chimenea. Todos los días de labor se fumaba invariablemente una cajetilla y los días de fiesta añadía a la ración ordinaria un puro de peseta.

Claro está que esta costumbre de echar tan tontamente el humo por las narices y de mirar cómo se deshacían poco a poco aquellas azuladas espirales costaba a mi amigo al cabo del año cuatrocientas y más pesetas.

Varias veces intentó dejar el vicio para ahorrarlas; pero como el motivo que le impulsaba a dejar de fumar tenía tan poca solidez, resultaba que mi amigo en seguida se arrepentía de su propósito y volvía a la carga con nuevos bríos.

Pero hete aquí que un día, después de pensarlo todo bien, se le ocurre dar una patada al mundo, y... aquí fué Troya. Porque has de saber que donde él pensaba retirarse no fuman ni los días de fiesta: por eso a mi buen amigo se le hacían insufribles los días en aquel retirito. Eso de no poder echar un pitillo... ¡era horrible!

Instintivamente se le iba la mano al bolsillo en busca de tabaco y al no encontrarlo, casi le venían tentaciones de dejar el nuevo género de vida y de volverse al mundo, donde al menos podría fumar con toda tranquilidad.

¿Sabes cómo encontró compensación? Estaba una mañana en la capilla después de comulgar y se le ocurrió una idea feliz: Voy a meter, se dijo a sí mismo, en el bolsillo donde solía guardar los cigarros un crucifijo; y cuando la mano se me vaya al bolsillo en busca de tabaco, tropezaré con el Crucifijo; lo sacaré reverentemente, lo miraré con devoción, consideraré la sed inmensa de Jesús en la Cruz y lo besaré con cariño diciendo: ¡¡Por Jesucristo, cualquier cosa!!

Y así el que no pudo dejar este vicio por más esfuerzos que hizo, lo quitó fácilmente al contacto de Jesús crucificado.

¿Te gusta el método? Ponlo en práctica cuando tengas que vencer alguna dificultad; mira a Jesús crucificado por tu amor y di: ¡Por Jesucristo cualquier cosa! El te lo premiará.

G. S., Congr.

El valiente teme a Dios

Tomás Becquet, favorito de Enrique II de Inglaterra, de origen normando, de humilde familia, se fué levantando hasta llegar a ser nombrado Canciller del reino. Para tenerle más propicio y más a sus órdenes le animó el rey a cursar la carrera eclesiástica con el fin de que sucediese a San Anselmo en el cargo de Arzobispo.

Quería el rey por su medio quitar los privilegios que tenía en Inglaterra la Iglesia para juzgar por sí a los sacerdotes.

Tomás Becquet al verse nombrado Arzobispo, cambió de vida; dejó la vida de la Corte y se dedicó al estudio, a la penitencia y a ser consuelo de los pobres; redujo su comida a pan y agua, y aun ésta mezclada con hierbas amargas.

Ensangrentábase las espaldas con frecuentes disciplinas; diariamente lavaba los pies a trece pobres; daba crecidas limosnas.

El rey para conseguir su propósito, y quitar los privilegios a la Iglesia le acusó de algunos homicidios cometidos por aquellos días.

Tomás Becquet hizo ver la falsedad de aquella calumnia y no cedió ante el rey; éste comenzó a perseguirle, pero él se opuso a las leyes que sujetaban a la Iglesia, y en su destierro decía: "El que alimenta a los pajarillos del aire, cuidará de mí y de mis compañeros de destierro", y excomulgó a todos los que obedeciesen las leyes que prohibían los derechos de la Iglesia.

El rey poco tiempo después quiso reconciliarse, por mediación del rey de Francia y citó a su presencia a Tomás, que, echándose a sus pies, exclamó: "Remito a vuestra discreción todo motivo de discordia, salvo el honor de Dios".

Esto exasperó al rey, que le desterró, y, cuando años más tarde volvió a Inglaterra, fué asesinado por cuatro soldados del séquito real, mientras celebraba la Santa Misa.

El pueblo indignóse y el rey estuvo forzado

Universidad de Deusto
Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

a derogar las leyes antes promulgadas, y el Papa Alejandro III canonizó a Tomás Becket. Tanta fué la atracción de sus virtudes que acudían millares de peregrinos a su sepulcro, y aun el rey veló una noche sobre él en señal de arrepentimiento.

Acabamos de ver, cómo la fortaleza de espíritu es lo que más agrada a Dios; a esta entereza tiene que acompañar la humildad; son inseparables. Anímate.

M. G., Congr.

Recuerdos de un Misionero

Sólo Dios sabe lo que me costó aquella lucha de tres años que hube de sostener contra el cariño de un padre que no tenía más hijos que yo! Y si algún espíritu fuerte quisiera acusarme de no haberle amado, yo le respondería ante su retrato —que jamás me abandona, desde hace más de 30 años, así como la fotografía de la tumba de mi madre— lo que respondí a un viejo samurai, oficial de la clase noble de aquellos antiguos hidalgos del viejo Japón. Era 1881, en la ciudad de Matsusaka. Por vez primera entraba yo en esta parte de mi distrito, donde jamás habían visto un europeo.

Todos me miraban como un bicho raro, como una curiosidad de circo. Los notables acudieron al hotel para oírme decir algo. Entre ellos vi a Tamaki, un médico finchado, un samurai de pura cepa, tan derecho como la vaina de su sable. Me examinó al por menor... hasta me palpó la rótula por ver si mi rodilla se doblaba tan naturalmente como la suya... Me preguntó todo lo preguntable: si yo comía como ellos, si estaría mucho tiempo en Matsusaka, qué fin me traía, qué negocio tramaba, qué diablos se me habían perdido allí...

Y cuanto más le respondía yo, más perplejo quedaba él. La noche interrumpió nuestra primera conversación, pero al día siguiente mi hombre volvió a la carga con nuevos bríos: ¿Por qué había yo dejado mi patria? ¿Cuándo pensaba volver? ¿Cómo? ¿Si yo pensaba quedarme y morir en el Japón? ¿Si tenía, tal vez, familia, hijos, esposa...? Sí, ¡tenía un padre! ¿Vive todavía?

—Sí —le contesté—, mi padre, mi muy querido padre vive aún. Yo soy su hijo único.

—¿Y tú le abandonaste? —me gritó—. ¿Tienes entrañas de hombre?

Entonces lo cogí por un brazo, lo sacudí bruscamente y le grité yo también:

—¡Cállate, por favor! ¡No remueves en mi alma el recuerdo de esta separación!

Dos lágrimas saltaron de mis ojos, y mirándole al rostro vi que los suyos también se arrasaban en llanto... se despidió al punto, y sin decir más entró en su casa.

He sabido después que el buen hombre, durante dos días, no cesaba de repetir a su mujer: Abandonó a su padre para siempre, ¡él, su hijo! O está loco —lo cual no lo parece— o su religión es verdaderamente divina.

Y recuerdo que en una carta conté a mi pobre padre todo este incidente. Su respuesta no se hizo esperar: "Yo lloré sobre tu carta, al leer las exclamaciones de tu bravo médico japonés. ¡Dios sea bendito! Qué bien comprenden ellos el sacrificio que hace un padre cuando les da su hijo único..."

A. V., Congr.

Correspondencia abierta

Se despacha a gusto.

He ofrecido mis servicios al señor cura de un pueblo cercano como catequista, que suele venir muchas veces al caserío y nos lo cuida; ha aceptado mis servicios muy contento al saber que he sido catequista en Bilbao. No he podido empezar todavía a ejercer mi nuevo cargo. Me parece que voy a tener buen resultado, pues aquí los niños me tienen mucho respeto.

Voy a misa lo más a menudo que puedo (estos días que ha llovido no, porque son cuatro kilómetros los que hay que andar y en medio de barro no se puede), y ayudo al señor cura en ella.

Recientemente he asistido a una fiesta de un pueblo que se celebra muy alegremente y dentro del margen del recato y las buenas costumbres.

El segundo día hubo misa; cantaron la de Angelis, muy bien cantada por las "mozas" con su nota típica: a falta de órgano se cantó con acordeón y otro instrumento de aire; pero todo el mundo lo veía como la cosa más natural y nadie se extrañaba por ello.

En Barruelo, pueblo que usted conocerá por su fama de revolucionario, donde se quemó el Ayuntamiento, la iglesia, etc., el día del Corpus salió la procesión. ¡Que se enteren por ahí bien de este ejemplo!

El cambio de papel de escribir tiene una explicación muy sencilla. Se me ha acabado y la tienda de enfrente está a catorce kilómetros.

Me parece que con esta "cartita" ya quedo bien despachado. En cuanto me conteste le volveré a escribir, porque queda mucho que decirle.

A. de la I., Congr.

«LA EDITORIAL VIZCAINA»



Núm. 277.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Agosto de 1936

¿Cuándo?

Un sucedido más. ¿Cuándo? Han transcurrido ya muchos años. ¿Lugar? No recuerdo exactamente. Sé que acaeció en un pueblo de Francia. No obstante, reconocerás enseguida la realidad del mismo.

El interés de esta narración gira en torno de algunos protestantes. Y del eximio Cardenal Cheverus:

Es el caso que, los tales protestantes, acudían a oír los sermones que con frecuencia daba el Cardenal Cheverus; y lo que era de extrañar, que habían quedado satisfechos y con deseos de seguir oyendo su autorizada y docta palabra. Pero, hay algo que no les agrada: es un Crucifijo en el fondo del púlpito.

Y si bien es verdad que asistían a las sucesivas pláticas, también es cierto que poco antes de comenzar la primera de ellas, no se contuvieron y dieron a entender sus deseos de que retiraran aquel Crucifijo.

Monseñor Cheverus calló, y... subió triste, pensativo al púlpito. Ya en él, se postró breves instantes, conversó con Dios, y seguidamente, hizo uso con nuevos bríos, de la inspiración que le ha conferido el Jesús del Sagrario.

Se expresó de esta manera: Conozco a algunos de vosotros que ven la imagen del Crucifijo con disgusto colocada aquí, y vuestros deseos de que la retire. Quisiera daros gusto; pero antes permitidme unas consideraciones:

Un hombre de bien tenía un enemigo que le odiaba a muerte. Una noche le aguarda, escondido entre unos matorrales, para dar cumplimiento a su cruel propósito. Un amigo íntimo, enterado circunstancialmente de aquellos propósitos, se persona en el lugar para prevenirle en lo posible.

Poco después pasa ese buen hombre con dirección a su casa. Su enemigo, apostado en lugar invisible, dispara. El gentil hombre se interpone inmediatamente, cubriéndole con su cuerpo, de tal manera, que el proyectil abrióle en el corazón una herida mortal. ¡Qué heroísmo!

Iba casualmente acompañado de un pintor, que como mejor pudo reprodujo la escena en un cuadro, y lo donó al señor que había quedado con vida; éste lo conserva agradecidísimo.

Trae a la memoria que tú y yo estábamos también perdidos, amenazados por la misma justicia divina; que Cristo nos cubrió entonces con su cuerpo y recibió el castigo, sufriendo sin hacer sufrir, los tormentos dirigidos contra nosotros. Si tú no quieres, yo sí; yo llevaré este recuerdo junto a mi corazón y moriré abrazado a la cruz. Ninguno me la quitará, ni siquiera en el sepulcro; tendré en mis yertas manos el Crucifijo, la imagen de mi Salvador. ¿Lo queréis vosotros?

Se oye un grito unánime. ¡Queremos el Crucifijo!

El Cardenal desciende a la nave central con él; todos se apresuran a besarle devotamente las manos, incluso los protestantes.

Interrogados a la salida, confiesan con sinceridad, que abandonan sus creencias, que abrazan la religión única, la católica, apostólica y romana, la asentada sobre roca inquebrantable.

Y tú también con tanta más firmeza creerás y propagarás tu religión, cuanto mejor la conozcas y para eso estúdiala. Cuanto antes mejor. ¿No te parece?

J. M. Z., Congr.

Un drama en la nieve

Todo el formidable ímpetu del salvaje norte, barrió las heladas llanuras. Rugía el vendaval a través de los campos cubiertos de profunda nieve, levantando a su paso blanquísimos torbellinos. El P. Tim Sheenam guía sus perros contra la furia de la tempestad, en dirección a su lejana misión entre los indios, diminuta residencia apellidada: "Casa de la paz".

Era la vigilia de Navidad. El trineo avanzaba rápido, cargado de preciosos regalos para sus pequeños indios, cajas de dulces y golosinas y los objetos necesarios para las Hermanas de la Misión. ¡Adelante!, gritaba el P. Tim a sus perros, mientras apretaba el paso para llegar lo antes posible al deseado término. Los perros se desviaron a la derecha, hacia una gran montaña de hielo, al resguardo del helado soplo huracanado.

—¡Qué vientos!, exclama el misionero jesuita, sacudiendo la nieve que cubre su vestido de pieles, ¡Y aún me falta una jornada de camino!...

Y el P. Tim, veterano de Alaska, dirigió una larga y penosa mirada a las blancas turbonadas de nieve.

La prudencia aconsejaba acampar allí, esperando pasase la furia de la tempestad. Pero... ¡y mis niños!, repetía el misionero. Y el recuerdo de sus pequeños indios, que esperaban impacientes su regreso, le aguija sin cesar.

—No, se dice, tengo que seguir mi camino.

Y allá, en lontananza, le parece ver perfiladas las cabecitas de sus pequeñuelos, atisbando desde la ventana de la Casa Misión el rastro del trineo de su Padre. ¡Pobrecillos! ¿Qué serían para ellos las Navidades sin los dulces y sin el cariño del Padre?

Y recordó con fruición la larga lista de regalos. ¡Cuánta felicidad proporcionaban estas chucherías a su pequeña grey!

Y qué caras pondrían sus indios al ver colgados del árbol de Navidad tantos regalos, ¡para ellos, para ellos solos!

El P. Tim no era joven y aquel debía de ser su último año en la difícil Misión "Casa de la paz". Sus cabellos, blancos como la nieve que cubría sus pieles, rodeaban su rostro amable y rugoso. Cuarenta años de dura brega en el norte, habían dejado su huella en el venerable jesuita. En sus ojazos azules, tan azules como el radiante cielo de su patria, Irlanda, brillaba un gesto de amor materno hacia sus pobres indios esquimales.

—¿Podremos comenzar a andar? preguntó el misionero a uno de los hermosos perros de su trineo, mientras le acariciaba con dulzura; y el fiel animal, comprendiendo la pregunta, meneó el rabo ligeramente y levantó su cabeza mirando al rostro del Padre Tim.

—Sí que llegaríamos, continuó éste, si todos anduviesen como tú, pero... anda, Espartano, no seas celoso...

Y se volvió a su magnífico perro guía que aullaba sordamente, como si se tuviese por ofendido de las caricias hechas a los otros perros.

—¡Pobre Espartano! Y el P. Tim retuvo entre sus manos la cabeza de su fiel compañero, y la acarició con afecto.

—Tú llevas siempre el mayor trabajo, mi querido Espartano, pero vamos a hacer un supremo esfuerzo, ¿verdad? Andando hacia la Casa de la Paz o hacia el cielo...

Una vez más, el valiente misionero animó a sus perros en medio de la tempestad. La nieve levantada por el vendaval le azotaba furiosamente la cara, pero él, inclinando la cabeza lo más posible, procuraba defender su rostro de la borrasca.

El huracán soplando le envolvía en medio de torbellinos de nieve intentando arrastrarle, pero el misionero se agarraba fuertemente al trineo, confiando en su perro guía, el bel Espartano que le dirigía rápidamente hacia la casa Misión siguiendo el camino tantas veces por él recorrido.

El anciano P. Tim sintió pronto los efectos de aquella dura batalla. Las piernas le empezaron a flaquear, pero él se asía estrechamente al trineo, conociendo muy bien las leyes del norte; si se pierden los perros, se pierde la vida. Más de una vez había visto el llegar a la Misión, los perros rendidos por la tempestad, arrastrando pesadamente un trineo volcado, mientras el guía, quedaba allí, lejos, solo, en medio de las inmensas llanuras cubiertas de nieve, condenado a morir... ¡y con qué muerte!...

Respiraba ya con mucha fatiga; hizo un esfuerzo para quitar con su mano la nieve del capuchón con que cubría la cabeza, da un mal paso y cae en la nieve, hacia adelante, dándose un fuerte golpe en la cabeza contra el trineo.

Permanece unos instantes aturdido, mientras los perros caminan velozmente. Se pone pesadamente en pie e intenta seguir tras el trineo... pero sus miembros no le obedecen.

—¡Espartano! ¡Espartano!, gritó reuniendo todas sus fuerzas, pero el vendaval dispersa en la lejanía sus débiles voces.

—¡Jesús mío, ten piedad de mí! ¡Virgen Santísima, ayúdame!, exclamó con todo su corazón.

Su cansada vista no distinguía más que nieve por todas partes; los perros se iban alejando, alejando cada vez más, y no pararían hasta llegar a la Misión.

La tempestad le envolvía completamente y estaba solo, vacilante por la fuerza de la borrasca y condenado a morir.

Perdido en la tormenta, el fatigado misionero hace un supremo esfuerzo para proseguir el camino, pero sus pies le traicionan... y cae. ¿Habría llegado la hora de la total inmolación? Sí, estaba dispuesto para morir, siempre lo había estado durante los cuarenta años de trabajos y fatigas por la salvación de sus queridos indios. Pero tenía que llegar a la Misión; todos esperaban con afán la llegada del Padre. ¡Qué será de sus pequeños esquimales!... Un nuevo esfuerzo... y todavía se arrastra penosamente unos metros, hasta que oprimido por un peso enorme, cae con el rostro vuelto a la llanura helada.

Quiere quitar la nieve que se le ha metido en la boca y una dulce paz, un enforpecimiento antecesor de la muerte, invaden sus sentidos.

—¡Jesús mío, estoy dispuesto! ¡Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu! son sus últimas palabras.

Y bajo aquel cielo plomizo que parece acercarse al horizonte hasta tocar casi con la llanura en medio de la deshecha borrasca de nieve y viento, mientras allá lejos, muy lejos, los indios esperan impacientes el regreso de su querido Padre, el alma del venerable jesuita sube al descanso eterno, dejándose oír en los aires la melodía angélica: "Bienaventurados los que mueren en el Señor!...

¿Preguntas quién ha visto esta escena si el misionero iba solo?... Cuando el trineo llegó a la misión sin el misionero, mientras rugía la tempestad de nieve, el religioso que salió a abrir la puerta a los jadeantes perros, fácilmente adivinó la tragedia. Sabía que el P. Tim quería traer los regalos de Navidad; los regalos llegaron, el Padre fué hallado muerto en la nieve, el día había sido de cellisca... por muy hermosa que te parezca esta narración, siempre será pálido reflejo de la hermosa hazaña de un gran corazón.

A. A., Congr.

Un minuto diario para ser valiente

¿Sabes cómo? Pues mira: cuando vas a acostarte, te pones de rodillas en el suelo; y allí, quieto, callado, piensa durante un minuto: Arriba el cielo, abajo el infierno, yo en medio... Arriba, felicidad infinita para siempre; abajo, desesperación... para siempre... yo en medio; ¿adónde iré? De mí depende: **Señor mío Jesucristo...**

J. M., Congr.

Si tú supieras...

En el Tribunal Supremo de uno de los Estados del Norte, y hace ya bastantes años, se vió la revisión de aquel famoso proceso:

Uno de los principales caballeros de la capital había subido las gradas del cadalso: durante el juicio oral ni reconoció las acusaciones que le hacían ni se empeñó en probar su inocencia. Callaba como los héroes antiguos.

Cuentan que su esposa estuvo a visitarle con el pequeñín en los brazos y en el alma una espada de aflicción; y que él le dijo, mientras tomaba en los suyos al infante que de nada se daba cuenta todavía:

—Elisabet, tú me crees y me basta: soy inocente.

Ante una muchedumbre que lo contemplaba atónita, la cabeza del gallardo prócer cayó entre el tajo y la segur, y fué recibida por los paños que cubrían el cadalso, paños de terciopelo negro con el escudo condal bordado en plata sobre cada una de sus esquinas.

* * *

Volaron las primaveras con la rapidez que suelen: el pequeñuelo de ayer es hoy un gracioso muchacho que ha salido ya de los trece años y aún no llega a los quince. Su madre, la viuda del ajusticiado, vive sola con él en una casita de las afueras de la ciudad.

A la sombra del castaño de indias reposaban los dos una tarde de septiembre: ella hacía labor, el leía. No sentían necesidad de hablarse: aquel estar en un silencio íntimo se lo decía todo, les hacía felices, les bastaba.

De pronto la señora levantó el semblante, miró a su hijo, y

—Pablo—le dijo—, cierra el libro, que te quiero hablar de tu padre.

Y con serenidad, con grandeza de alma, con un no sé qué de heroína, le fue reviviendo las escenas pasadas:

—Tu padre callaba por no comprometer a su rey: fué condenado y murió en un patíbulo; pero ahora el rey no vive ya: a nadie se hará agravio con poner en claro la verdad de los hechos. Y, ¿quién ha de hacerlo sino tú? Irás a Londres, comenzarás los estudios, pasarán los años, yo acaso moriré, pero tú llegarás a ser doctor en leyes, rodearás tu nombre con la aureola de la ciencia y de la virtud... Y entonces tendrás las llaves de los documentos antiguos, los descifrarás, y al fin podrás mostrar ante los jueces y ante el mundo que aquella sentencia no fué un borrón sobre el nombre de tu padre, sino el coronamiento de su heroica lealtad al monarca. Tú lo harás, Pablo. Tu madre lo espera de ti.

No respondía el muchacho. La grandeza de aquellas revelaciones lo tenía como sobrecogido; pero clavando en la noble viuda prolongadamente los clarísimos ojos, pareciale decir: "Lo haré, madre"...

Así fué: comenzó a estudiar, consultó, reunió noticias; y al cabo de varios años, presentó su demanda ante el Tribunal. Fué rechazada.

—Volveré a empezar—se dijo Pablo. Revisó nuevos documentos y dos años más tarde tornó a presentar la querella. Nuevamente declararon los jueces no haber lugar.

—¿Y ahora, hijo?—le preguntó su madre, en cuya venerable cabeza habían puesto ya los años su corona blanca.

—Empezaré otra vez. Respondió el joven.

Y de nuevo consumió sobre los libros los días risueños de su juventud. Cuando ya se fatigaban sus ojos y aparecían sobre su frente las huellas de la edad, creyó coronada su obra y apeló ante el Tribunal Supremo.

Le admitieron los jueces, le escucharon y le hicieron justicia. De tal manera declararon la inocencia del padre en pública sentencia, que el buen hijo dió por bien pagado todo lo que había trabajado y sufrido hasta ver la luz de aquel día dichoso.

Todavía los compatriotas de Pablo recuerdan la piedad de aquel joven que empleó lo mejor de su vida en reparar la honra de su padre.

Fué hombre de un ideal. Cuando llegaban las horas de hastío o de aburrimiento, cuando los amigos seductores o la sed del placer le invitaban con vehemencia, él se acordaba de su padre justo reputado entre los inicuos, fre-

Universidad de Deusto
Biblioteca

naba toda pasión, se decía: ¡Es por él!, y seguía adelante.

Su ideal le llevó al triunfo, y tengo para mí que tanta gloria como él, merece la madre que se lo supo infundir...

¡Oh el poder de un ideal así, meditado y vivido!

Si tú supieras cómo enaltece sobre el montón de las almas vulgares, cómo ilumina las más pequeñas acciones de la vida cotidiana, cómo vence los obstáculos... "¡Lo hago por él, por mi ideal!"

Y ¿qué ideal más hermoso y amable para trabajar por él que Jesucristo, mi Dios, mi Rey, mi Padre, mi Amigo, mi Jesucristo bueno sobre toda bondad?...

¡Oh, el poder de este ideal para triunfar y hacerse santo!

Si tú supieras...

M. A. R., Congr.

Dos sin pies

No hace mucho tiempo todavía que, caminando yo hacia mi casa, se me acercó una vecina, madre de unos buenos mozos, mujer noblota y sencilla, que me habló de esta manera:

—¿Estará usted en casa dentro de media hora?

—Y dentro de una también.

—Porque, ya sabrá que se me ha casado uno de mis chicos.

—Sí, lo supe por su otro hermano.

—Pues mire, voy a hacer unos encargos y enseguida le visitaré.

Y así lo hizo. Apenas habrían pasado veinte minutos, cuando mi buena vecina, portadora de un sobre de gran tamaño, irrumpió en el comedor donde cenábamos y, alargándome el sobre:

—Usted que entenderá de estas cosas —me dijo— ¿qué le parece este retrato?

Lo miré con detención y, realmente, vi que se trataba de una artística fotografía, en la que los nuevos desposados aparecían con sus elegantes trajes de boda tomados hasta un poco más abajo de las rodillas.

—A ella —le dije luego— no tengo el gusto de conocerla; pero él, su hijo, está admirablemente, y los dos están con mucho gusto colocados. Ya sé que es obra de un gran fotógrafo.

—Eso mismo me han dicho otros; pero a mí no me convencen, porque, la verdad —había que ver con qué pena decía— ¿le parece a usted bien que, habiéndoles costado sesenta y cinco pesetas, se atreva ese retratista a sacarlos sin zapatos?

—Por eso precisamente —le dije con gran esfuerzo, porque la risa no me dejaba hablar— porque se trata de una fotografía muy bien hecha, ha procurado el fotógrafo sacarlos muy bien de cara y manos, que son las cosas que dan vida a un retrato, y ha prescindido de los pies, dando así mayor empaque a la fotografía.

—Así será, no le digo que no; pero a mí no se me quita esa pena. ¡Costarles sesenta y cinco pesetas y sacarlos sin zapatos?

¡Vaya pena la suya!

Y así suele pasar: nos apena no poder lucir este cuerpo con ser lo más bajo que tenemos; y no nos fijamos en el alma, que tanto más brilla y resplandece cuanto más se humilla y sacrifica, como nos lo enseñó Cristo.

M. V., Congr.

El único salvador

Tengo a la vista un interesante y documentado artículo del diario "La Mañana". Y, si bien puedo transcribírtelo íntegramente, solo lo haré en sus puntos esenciales, en los cuales, te recomiendo concentres tu atención. Comienzo, pues.

"El hecho es que un filósofo alemán, llamado Raumsol, ha creado una escuela que la denomina "Escuela de la Espiritualidad". Y se va popularizando tanto, que hoy cuenta con muchos adeptos".

"Dice su fundador que el actual caos social y materialismo preponderante, se debe a la grave crisis espiritual porque atravesamos. Crisis, que tiene su origen en la ausencia práctica del espíritu de Cristo.

De esta crisis provienen: las envidias disfrazadas con piel de política, las diversiones malsanas, las comodidades, los placeres, las desmedidas ambiciones, etc., etc.

El remedio de estos males afirma Raumsol está en cultivar la espiritualidad. Solo así nos salvaremos de esta ola monstruosa de materialismo que a su paso todo lo destruye.

El autor de este artículo, explana a continuación unas consideraciones, y concluye de este modo:

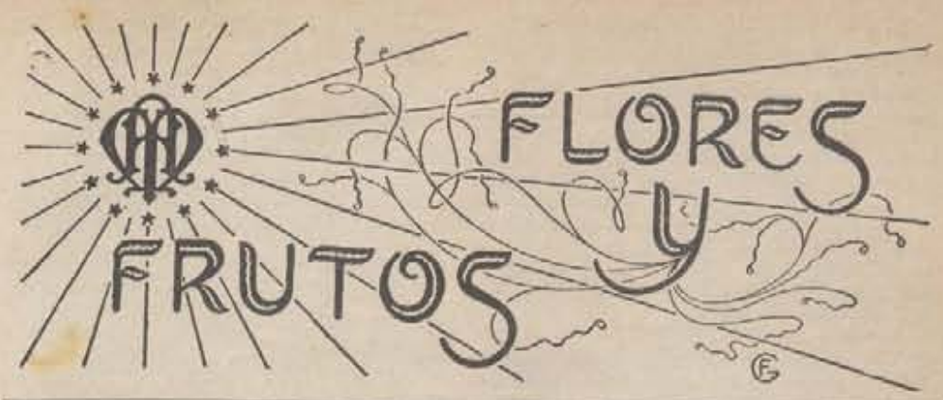
Cristo y su doctrina son la única verdad; por lo tanto, para llegar a la regeneración de la humanidad, hemos de inspirarnos en el evangelio de Jesucristo.

Triste verdad te revela la precedente reflexión. Luzbel y sus seguidores, más fieles, los masones, trabajan satánicamente para imperar en la sociedad mediante la muerte de todo sentimiento espiritual. Los judíos coadyuvan con la manufactura de películas inmorales, a las que se ha acostumbrado ya aún la gente que tenemos por buena.

Y tú, joven escogido, convencido de que te debes a Dios para alabarle y servirle en esta vida, y, así, poder después gozarle en la eterna, ¡vas a tener el mismo espíritu de sus enemigos! ¡vas a ir con ellos! No te acercarás a Cristo, leyendo detenidamente y con afecto su vida y pidiéndolo para ti y para todos su espíritu, único salvador.

Si no procuramos inspirarnos en su amor, nos hundiremos más y más. Refrena la curiosidad, el afán de lucirte y darte gusto y apártate de todo lugar y compañía peligrosa. No te canses de repetir: ¡Corazón de Jesús, en Vos confío!

J. Z., Congr.



Núm. 278.—Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.—Bilbao 1.° de Septiembre de 1936

¿A qué venís?—A salvarte

En una pequeña aldea de Bretaña, se estaba muriendo un párroco anciano: clavado en su lecho esperaba la hora de salir de este mundo, y la hora no estaba muy lejos, pues en su pecho un soplo apenas alimentaba la vida. Se le hizo saber que uno de sus feligreses, enemistado hacía mucho tiempo con Dios y con la Iglesia, se moría como él. Envió allá un coadjutor. El coadjutor vió al enfermo; pero regresó bien pronto, despedido, sin resultados.

"¡Oh Dios mío!, exclamó el anciano párroco, volved allá, os lo suplico, y recordadle que me había prometido no morir sin reconciliarse con Dios." El coadjutor volvió al enfermo otra vez, y cumplió con el encargo recibido. "Es al párroco a quien yo le había prometido ése", contestó el enfermo, mofándose con aire desdeñoso, y por segunda vez despidió al sacerdote.

El celoso párroco levantó los brazos y los ojos al cielo y luego, como animado por una inspiración súbita: "Que traigan una parihuela", dijo. Se le obedeció llorando. Hizo colocar en ella su colchoncillo y que le pusiesen encima, cubriéndole cuidadosamente. "Vamos adelante", dijo en seguida, y en medio de la noche, que era profunda y oscura, alumbrado por una linterna vacilante, el moribundo fué llevado por largos y escabrosos caminos a través del frío cierzo que soplaba con ímpetu.

Cuando el impenitente vió de improviso entrar en su habitación aquella camilla y aquel anciano moribundo que venía a visitarle, incorporándose en su cama: "¡Oh, exclamó, ¿a qué venís aquí?"

—"A salvarte", respondió el sacerdote.

Depositaron la camilla junto al lecho y dejaron solos a los dos enfermos... Cuando volvieron a entrar ambos a dos lloraban. El buen párroco bendijo por última vez al moribundo, y le dijo: "¡Hasta luego, o mejor, hasta el cielo!"

El sombrío cortejo volvió a emprender su marcha en las tinieblas de la noche, silencioso como un convoy fúnebre. No se oía más que los pasos de los portadores sobre los guijarros del camino, y en los sotos el viento que hacía extremecer las hojas.

A la vuelta, cuando se descubrió la camilla, el cuerpo, más pálido aún que antes, estaba inmóvil: el alma había volado...

El deber exige el sacrificio de la vida, y se le ha dado la vida como un don debido.

He aquí lo que debemos responder a la pasión cuando nos dice que el deber es duro, que demanda sangre. Sí, es verdad; pero ese es el precio del honor, y el honor jamás es caro, es lo que cuesta la felicidad eterna del hombre, y esta felicidad, por mucho que nos cueste, siempre será barata.

J. J., Congr.

¡Muérete... y verás!

Oyele; te habla un experimentado, Felipe Sasone.

"El caso es tan frecuente y tan humano que casi huelga el comentario, pero yo quiero hacértelo, recordando mis experiencias. Porque yo también he sido ateo. ¡Naturalmente!

Yo me afeité con gillet las barbas que no tenía, y me fumé antes de tiempo un cigarro puro y, me mareé de tal suerte..., que me dió por no creer en Dios. Todo era presumir; en el fondo luchaba con dos miedos: el santo temor de Dios y el temor de que los otros jóvenes, ateos de mi edad, se burlasen de mi religiosidad.

¿Habré sido yo una excepción o les ocurrirá lo mismo a otros librepensadores? Yo me las arreglaba recordando el adagio "A Dios rogando y con el mazo dando", que aplicaba mal en mi provecho, y así medraba: negaba de día la existencia de Dios y me ponía a rezar antes de acostarme.

Pero, mi vida, decentita, no respondía a mis palabras; al revés de aquellos bandoleros calabreses, con escapulario, que le ponen una vela a la Virgen para que les salga bien el atraco, el secuestro o la puñaladita.

Gracias a Dios, padecí estos extravíos cuando

aún pude enderezar mi camino acompañado por los dos miedos, hasta que acabé por quedarme con el temor de Dios.

Así ya he perdido el miedo a las burlas de ciertas gentes, y me he habituado a que se rían de mí por esas calles y me miren como bicho raro; tampoco me importa —¡¡claro está que no!— que se burlen cuando me ven persignarme antes de un estreno, antes de salir al escenario para una conferencia; ahora mismo, antes de escribir este artículo; y no ha mucho en el comedor del hotel, antes y después de mi pobre almuerzo, ganado con mi trabajo y con el favor de Dios.

Así la experiencia me hace decirle al ateo amigo: Sí; en un momento de contrición se salva un alma; pero hay que darse prisa; que en esta vida moderna, con tantos viajes en auto y tantos pistoleros sueltos, a veces no da tiempo la muerte; y al ateo enemigo, al que me quiera pegar, a éste le pido tiempo también para cerciorarme de la firmeza de sus convicciones, y, sin desearle un mal fin —¡cristiano soy!, me limito a contestarle por no discutir a destiempo: ¡"Muérete... y hablaremos"!; haz cuenta que vas a morirte en seguida y convendrás conmigo".

Bien claro te habla éste y te dice que el pedante está en camino de ser ateo, vicioso y un desgraciado.

F. S., Congr.

Demasiado felices

Marido y mujer conversan íntimamente en la galería de su palacio señorial, rica en luz y en comodidades.

El ostenta el título de Conde, ella el de Duquesa; ella y él pertenecen a la alta nobleza belga; ella y él, más todavía que por su sangre y sus riquezas, son nobles y amables por su corazón y por su generosidad.

Es reciente su matrimonio: es la continuación de un idilio que comenzó —lo mismo que en una leyenda antigua— cuando él soñaba en triunfos militares al coronar sus veintitrés primaveras y terminó con la bendición sagrada del Padre que está en los cielos...

Y les agrada saborear tanta dicha, tal vez para retenerla y no se les vaya; tal vez para preguntarse si será posible gozar tanto en este, que dicen, valle de lágrimas:

—¡Oh, somos demasiado felices!, exclama ella en un arrebato de gratitud a Dios y poniendo fijamente sus ojos en los de su esposo para sondear el efecto que estas palabras le producían.

—Verdad es —dice él también agradecido. Y queda mirando a su esposa, y después repite despacio:—. Demasiado felices...

—¿Qué podremos dar a Dios, en acción de gracias por tantas bondades? —le pregunta ella poseída de un sincero sentimiento religioso, y con la seguridad de quien sabe que habla con un alma gemela.

—Le daremos todo lo que podamos —respondió el cristianísimo Conde, que no necesitaba de impulsos exteriores para vibrar ante una idea sublime. Y repitió:— Todo lo que podamos, aun el mayor sacrificio.

Le oyó su joven esposa; le oyó como la heroína que se ve de pronto ante el instante supremo, hace días esperado. Y le dijo:

—El mayor sacrificio que podremos ofrecerle es nuestra separación...

Calló un momento como asustada. Hizo un esfuerzo, recobró su serenidad y prosiguió:

—Nuestra separación para consagrarnos a servirle a El solo.

—¿Hablas en serio? —le preguntó él conmovido y respetuoso como ante una santa.

—Sí —dijo ella sencillamente, mientras bajaba la cabeza para que no le descubriese las lágrimas que brillaban en sus ojos.

—Pues, si tú lo quieres... yo también; Dios merece mucho más...

Y quedaron en silencio. Y los ángeles presentaron este sacrificio ante el trono del Altísimo; y sobre los corazones de aquellos jóvenes descendieron consuelos celestiales, suavísimos; y en la gran ciudad seguían rodando de aquí para allá los automóviles, los placeres, el barro...

Ella ingresó en las Carmelitas de Bruxelas. El en la Congregación Misionera del Sagrado Corazón, llamada vulgarmente de Pic-pus.

Terminados sus estudios, el Conde recibió la ordenación sacerdotal del llorado Cardenal Mercier; y en el felicísimo día de su Primera Misa, él mismo recibió los votos solemnes de la que había sido su amada esposa.

Luego, las puertas del claustro se cerraron tras ella, y él tomó el camino de las Misiones africanas. ¡Sólo en el cielo se volverán a ver!

—¿Es verdad todo eso?, pregunté al amigo que me refirió este hecho. Y él me contestó:

—Exactamente; yo hice la misma pregunta al Padre General de Pic-Pus, con quien tuve ocasión de encontrarme en Santander. ¿Es verdad lo que refirieron los periódicos, por ejemplo, *La Croix* de París, acerca del Conde belga que dejó su palacio, su esposa, su porvenir...? Y me respondió que todo era rigurosamente histórico, que él mismo había despedido al Conde misionero...

Sublime, ¿no?

¡Ah, cuando se separaron él tenía 25 años y ella 23!

Jesucristo tuvo héroes en las Catacumbas romanas, los tiene en el siglo XX. Siempre los tendrá. No hay que ir a Bélgica; aquí hemos conocido a varios matrimonios, tan heróicos como éste.

F. J., Congr.

El no te olvida...

Después de haber recorrido varias naciones del mundo buscando en todas ellas la diversión y el placer, después de haber malgastado su honra, su dinero y su juventud, el primogénito de una noble familia, consumía sus días últimos en la cama de un hospital.

Se veía solo, triste, desanimado, destrozado...

A un buen joven a quien trajeron herido hacía poco tiempo, le dijo cierta noche:

—Cuando yo me muera, tú a lo menos derrama una lagrima por mí. Ese es mi único consuelo.

Al oír estas palabras aquel joven, cristiano y generoso, le respondió:

—¿Qué dices, mi pobre amigo? Una lágrima por ti te parece gran consuelo y... hay uno que ha derramado por ti toda su sangre.

—¿Toda su sangre por mí? ¿Quién es?

—Este—y le enseñó un pequeño crucifijo que llevaba al cuello, y le habló de Jesucristo: Este derramó toda su sangre por ti y por mí, siendo El inocente...

El hombre pecador escuchaba admirado y conmovido; él nunca había oído palabras tan consoladoras. Y después cogía el crucifijo y lo regaba con su llanto:

—Jesucristo, Jesucristo inocente y Redentor, si yo te hubiera conocido antes...

Cuántas veces en tus penas buscas las lágrimas de un amigo. Acuérdate del que dió toda su sangre por ti y por mí.

M. A. R., Congr.

Un nuevo Tarsicio

En la parroquia de la Purísima Concepción, de Albacete, se reúnen gran número de colegiales, los cuales, con toda devoción, asisten a misa, cantan y rezan con fervor.

Entre todos los colegiales señálase uno que parece el distinguido de este día, el cual, puesto en medio de todos, es obsequiado por todos ellos.

En efecto, son sus compañeros de colegio, que ya al entrar le han saludado con mucha alegría y complacencia, le han dado enhorabuenas y plácemes más sinceros.

¿Qué pasa?... ¿qué ha hecho ese niño?... ¿por qué le felicitan?... ¿por qué acaban de hacer una suscripción en honor suyo todos los colegiales?... ¿porqué hasta los fieles que pasan le miran con aire de admiración y simpatía?

¿Quién es ese niño?...

Oíd al señor Cura Párroco. El Dr. D. Tomás Conesa sube al púlpito y declara el objeto de aquella reunión, de aquella misa, de aquella comunión general, de aquel comportamiento, de aquella suscripción o colecta que habrán notado se ha hecho entre los niños.

Todos aquellos niños y jóvenes, todos aquellos fieles venían a hacer un obsequio a un compañero suyo allí presente, a un niño que hacía poco había recibido su primera comunión, a José del Castillo Jara.

¿Qué hizo aquel niño para que de aquel modo se le obsequiase?

Los niños de la parroquia de la Purísima, de Albacete, hacían su primera comunión.

Terminó la ceremonia con las promesas y juramentos de que habían de ser fieles a Jesucristo y de que nunca jamás apostatarían.

Iban los niños alegres y satisfechos a sus casas, deseando contar en ellas lo que habían hecho, lo que habían cantado, lo que habían sentido, lo que habían prometido.

Entre otros iba sonriente José del Castillo, cuando se vió rodeado de unos cuantos niños malos.

Estos, que no sé por qué ley del demonio, no suelen contentarse con ser ellos torcidos, sino que quieren también torcer a los demás y pervertirlos, en cuanto advirtieron que José había hecho la primera comunión tuvieron una idea horrible, y se dijeron:

—Vamos a hacerle blasfemar.

—Sí, sí, tenemos que hacerle blasfemar.

Y, en efecto, fueron a él; y con amenazas y sugestiones se empeñaron en que había de blasfemar de la Santísima Hostia que había recibido.

Horrorizóse José de tan grande maldad. Acordóse de Tarsicio. Negóse resueltamente a blasfemar. ¿Blasfemar él del Dios que había resibido?... Insultar a él, a Jesucristo que acababa de llevar en su pecho ... ¡Antes morir!

—Di lo que te decimos o te matamos.

—Matadme.

—Tú has de decir lo que nosotros te decimos.

—¡Jamás!

—¿Que no?... pues toma!

Y dicho y hecho, a golpes y empellones le arrojan por tierra, le insultan, le dejan tendido.

Pero José conserva la gracia. José honra a la Eucaristía. José morirá, si es preciso, como Tarsicio. Pero no le entregará a los malvados. Fué en seguida socorrido José por los católicos.

Por eso los amigos de José se reunieron a la mañana en la Comunión general, y a la tarde en una velada literaria, en la que celebraron los honores del nuevo Tarsicio.

¡Acuérdate de Tarsicio, y acuérdate de José del Castillo de Jara, que fué atropellado por no querer ofender a Jesús Sacramentado, a quien había recibido en su corazón.

E. E., Congr.

Recordémosle una vez más

Tomás Moro era canciller y guardasellos de Inglaterra, cuando Enrique VIII, para escaparse del Deber, imaginó el odioso proceso de divorcio, que debía desembarazarle de Catalina de Aragón. Aquel mismo día rompió Tomás con su amo y señor, y despojado de sus cargos, se retiró a la pobreza de su familia, arruinado, pero sin mancha, y fiel al menos por su parte al Deber.

Ana Bolena se sintió abofeteada por aquel anciano que silencioso se retiraba de ella...; bramó de cólera y se acordó de Herodías.

Después de dos años se impuso al desterrado el juramento de la nueva Constitución. Este juramento violentaba su conciencia. El Deber se le apareció... y el anciano se inclinó ante él... Rehusar era la muerte... Y aceptó la muerte.

Una Real Orden inspirada por Ana le condenó a la Torre de Londres. Fué preciso partir. En su casita de Chelsu vivía con su mujer, con sus hijos — con sus nietos, y sobre todo con su hija primogénita, aquella "muy amada

Universidad de Deusto
Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

Margarita", la primera en su corazón; con ella había soñado vivir y sufrir ya que era preciso; pero... en medio de ellos, junto con todos ellos.

"Somos pobres", escribía; mas, aunque nos fuera peor, no nos separaríamos, iríamos cantando la Salve a mendigar, pero todos juntos". Y ahora era preciso dejar allí aquellos seres tan queridos!...

No tuvo valor para afrontar la dolorosa pena de las despedidas... guardó secreta su condenación, y, llegado el día, contempló por última vez su pobre morada, dulce cuna de sus hijos, y por una puerta del jardín se alejó de aquel imán de su alma, y a los cincuenta y cuatro años vino a constituirse prisionero de la Torre.

Tenido al principio incomunicado, un día le entregan una carta, era de su hija, de Margarita... La abre, nota que está aún empapada en lágrimas, y en sus líneas amorosas escucha a su hija que le conjura con acentos que le desgarran que ceda al rey, que pronuncie aquel juramento que debe salvarles a todos, que, según ella cree, admite un sentido legítimo.

"¡Oh, hija mía, prorrumpe Moro, el temor de morir no me aflige; pero tus lágrimas, que yo he sentido todavía húmedas, pero, tu súplica, pero, tu dolor... ¡Oh, cómo me desgarra el alma todo eso!... Margarita, mi querida hija, no puedo; mi convicción es inquebrantable; no puedo, no quiero faltar a mi Deber".

"No tengo miedo a la muerte, pero el pensar que mi esposa, que mis hijos, que tú, Margarita mía, habéis de sufrir por mi causa, me espanta... ¡Oh, que Dios os proteja y que El os bendiga!"

Poco tiempo después Margarita, triunfante, le anuncia que el Obispo de Rochester había suscrito la fórmula de la Constitución y prestado el juramento. Era ésto una calumnia artificiosa de Cromwell.

"Hija mía, le responde, pobre inocente: tú no conoces la perversidad de los hombres. Te están engañando; Fischer, mi amigo, no ha cometido esa bajeza. Pero aunque la hubiera cometido, yo al menos no la cometeré".

En fin, el rey perdió toda esperanza de vencer aquel gran valor, y el 1.° de julio de 1535, después de cinco meses de prisión, en la sala de justicia de Westminster, Moro fué condenado a muerte.

Precedido del verdugo, que llevaba vuelto hacia su cara el corte del hacha, bajo la custodia de Eduardo Kingston, que derramaba gruesas lágrimas, el heróico anciano regresó a pie a la Torre: marchaba apoyado en su bastón; sus cabellos se habían encanecido, su cuerpo se había encorvado bajo la bóveda de la prisión, pero su alma había permanecido valiente; marchaba sosegado y pensativo. De repente, junto al río, levanta la cabeza; su hija, su querida hija, Margarita, estaba allí... Lánzase la infortunada en sus brazos, y a la vez se oyen estas exclamaciones:

—¡Padre!

—¡Margarita!... ¡hija mía!...

La voz se extingue en los labios de entrambos y ya no se escucharon más que sus llantos y sollozos.. Ella cayó de rodillas; él la bendijo y prosiguió su marcha...

Margarita, sostenida por una criada, fué poniendo sus pies sobre las pisadas de su padre en el largo trayecto de aquel calvario. Cuando se abrió la puerta de la cárcel, la pobre Margarita, lanzando un grito desesperado, se arrojó por segunda vez al cuello de su padre... Aquel fué el último beso antes de la muerte; apartaron violentamente al uno de la otra, y la pesada puerta de hierro se cerró separándolos para siempre en este mundo.

Al poco tiempo vinieron a notificarle que había llegado su hora. Sobre un pedazo de papel escribió con carbón su última carta a su hija:

"¡Adiós, Margarita, yo te bendigo, bendigo a tu esposo y a vuestro hijo, bendigo a todos mis hijos y nietecitos, y a todos mis amigos. Sé feliz, queridísima hija mía. Yo voy a morir fiel a Dios y al rey! ¡Que descienda sobre todos vosotros mi última bendición!"

Al pie del cadalso se detuvo para orar; después subió con paso firme, abrazó al verdugo; inclinó la cabeza y cayó el hacha.

Más de trescientos años han pasado desde aquella odiosa fecha. Y mirad, la Iglesia ha recogido aquella sangre y aquel cadáver, le ha colocado de pie sobre sus altares, y en todos los rincones del mundo los fieles, postrados de rodillas ante aquel valiente, ante aquel siervo fidelísimo del Deber, se inclinan diciendo: "Bienaventurado Santo Tomás Moro, rogad por nosotros".

Y en todo el universo acuden a él los pueblos respetuosamente, y en nuestras antiguas catedrales, y en la pequeña iglesia de las aldeas, y en la capilla de bambú del Africa y de las Indias, vienen a besar las reliquias del mártir.

Yo quisiera saber quién es al presente el hombre de corazón libre y honrado que se descubre ante la tumba de Enrique VIII de Inglaterra, que vaya a besar el polvo de aquella mujercilla que se llamó Ana Bolena.

Templemos nuestras almas con estos ejemplos, que Dios es muy generoso en ésta y, mucho más, en la otra vida.

B. V., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

FLORES y FRUTOS

DE LA CONGREGACION DE LA INMACULADA Y S. ESTANISLAO DE KOSTKA



Universidad de Deusto
Biblioteca

LA última fotografía de "EL PADRE"...

De "estraperlo" como todas.

Yo fuí el culpable; me puse delante del objetivo; luego, una sencilla flexión de tronco y... ¡zás! Aún se ve mi espalda, el cuerpo del delito.

Pero .. ahí teneis al Padre en su clásica postura de 33 años...

Fué esclavo de su Congregación. Por eso triunfó.

¡Cuántos avisos desde esa mesa!

¡Cuántas palabras de aliento!

y... ¡Cuántas "pelucas" también,

que... acababan con un par de higos o un puñadito de pasas.

¡Cuánto nos ha amado!

EX LIBRIS

BILBAO
Octubre - 1944.



Nuestro primer certamen catequístico.



En el festival catequístico.

400 niños de nuestras catequesis llenan las "tribunas" del patio de la Congregación.



Soka - tira.

Zubiaur arenga a sus chicos:

¡Animo, pues, que la victoria nuestra es!



El emperador del Catecismo.

Eustaquio Arroyo de nuestra Catequesis de Burceña.

Universidad de Deusto
Biblioteca

FLORES y FRUTOS

de la Congregación de la Inmaculada Virgen María y San Estanislao de Kostka :-: Bilbao.

PRESENTACION

Universidad de Deusto
Biblioteca

Soy tu amigo

¿No me recuerdas?

Hace ya ocho años que las circunstancias me han impedido llegar a tus manos.

Cuando salió mi último número, con su apariencia sencilla y amena, quizá no eras todavía congregante... Pero, al menos, has oído hablar de mí a congregantes más antiguos y habrás curioseado números atrasados.

Soy FLORES Y FRUTOS.

Aunque mi ropaje haya variado, soy el mismo.

* * *

Quería ser FLORES Y FRUTOS un eco de la Congregación, un prolongarse de la palabra del Padre, que no quería morir cual mariposa fugaz que apenas vive, que quería continuar en manos de los Congregantes, llegar a sus hogares alegre y confiada, dejando caer su semilla buena...

Ahora, también, lo quiero.

Quiero ser **para ti** el eco de la Congregación, un vínculo más que a ella te una; un recordatorio perenne de lo que en ella oyes y vives; un despertador de ideales, de anhelos de grandeza. Quiero ser tu amigo...

316011

Universidad de Deusto
Biblioteca

Quiero ser, también, un eco de la Congregación **para tus padres.** Quisiera ser amigo suyo. En mis páginas encontrarán plasmados los afanes de la Congregación... Ellos y ella se empeñan en la misma tarea: tu formación, tu bien. ¿Por qué no obrar de acuerdo, por qué no caminar juntos, por qué no fundir ambos afanes en un mismo afán multiplicando las fuerzas y ahorrando fracasos? Ya sé que tus padres viven muy ocupados, pero... vengo a hablarles de ti y para ocuparse del hijo querido siempre hay tiempo.

Quiero ser, también, un eco de la Congregación para tus hermanos mayores, **los antiguos Congregantes.** Muchos son ya sesudos padres de familia, otros sacerdotes, religiosos... ¡Cuánto recuerdan la Congregación! ¡Con qué agrado reciben sus noticias! Yo les llevaré las tuyas y te traeré las suyas. En mis páginas ellos te contarán "lo que fué" nuestra Congregación de historia gloriosa, y tú les dirás "lo que es"... En momentos serios, cuando luchan y trabajan en la vida, yo quiero ser para ellos una ráfaga suave de brisa juvenil y pura...

* * *

Todo eso quiero ser y algo más.

Me ves pequeño y humilde... ¿Dudas?

Recuerda que los niños, por lo mismo que son pequeños, llegan a todas partes, se introducen por cualquier resquicio y no paran hasta ponerse en primera fila...

Me ves pequeño y humilde... ¡No temas!

He leído en el apóstol San Pablo que Dios gusta de confundir a los fuertes, escogiendo para sus obras instrumentos frágiles y despreciables... ¿No se valdrá de mi pequeñez?

Vengo a tus manos alegre y confiado. Sé que me recibirás con sonrisa de cariño.

Vengo a ofrecerte mi amistad. ¿La aceptas?

Antes de salir a la calle he querido postrarme a los pies de Jesús. Le he pedido que me empape de amor a ti, de amor como el suyo, que al venir a tus manos te recuerde su caricia divina...

Y... creo que me ha escuchado.

E. M., Congr.

CONSIGNA DEL MES

¡Estudia desde octubre!

Estamos en Octubre. Se ha echado encima con ceño de exigencia y de trabajo.

Tras la libertad sin condiciones de vacaciones se nos antoja triste. ¡Estudio! ¡Clases! ¡Distribución fija! ¡Horror!

¡No! Octubre es tiempo de siembra. En el surco rígido, abierto con nuestro sudor, hay que depositar **un poco** de semilla para cogerla luego centuplicada.

El que no siembra no recoge. Para recoger hay que sembrar a tiempo. El labrador no espera a Mayo o Julio para sembrar el trigo. Entonces es tiempo de recoger.

No dejes para más tarde el comenzar a estudiar.

Al principio te costará algo. Estás desentrenado. Pero empieza pronto. ¡Véncete! ¡Estudia!

No dejes pasar el tiempo tontamente sin entrar a fondo.

Seguir al día, si se empieza pronto, es fácil. Aprender de memoria lo del día; entender lo del día; hacer el trabajo del día, es fácil. No hace falta ser un talento.

Pero dejar que los demás avancen y querer juntarse a ellos cuando ya llevan cinco o seis meses de marcha constante, eso es imposible.

Entonces—principios de Mayo—son los apuros, las angustias inútiles... y a lo más el "pasar" dejando pelos en la gatera.

Pero aun suponiendo que "pases", ¡cuánto has perdido!

Has perdido un tiempo precioso para formar tu carácter y fortificar tu voluntad. Has sido juguete de tus caprichos.

Y con esa voluntad-juguete ¿serás para algo útil en la vida? ¡No!

Si quieres valer, ahí tienes la ocasión preciosa en tus manos. ¡Véncete! ¡Estudia!

Pon seriedad y constancia en tu tarea de estudiante.

Seriedad.—No mariposees por las cosas. No las prendas con alfileres, para el momento del susto en clase...

Seriedad.—No dejes en tu lección nada por entender. Pregunta a tus profesores. No dejes enemigo a la espalda.

Constancia en aprender de memoria, y en entender, y en consultar y en tu trabajo diario.

Constancia cuando te luces y cuando no te tiran los libros; constancia en las vísperas de fiesta y en los días siguientes a fiestas.

¿Sabes lo que esto significa de entrenamiento de tu voluntad para luchar?

Pero además, oye: ¿A ti no te asaltan las tentaciones? ¿Y quieres ser puro? ¿De veras?

No se puede ser puro sin tener

Universidad de Deusto
Biblioteca

una voluntad fuerte. ¿Quieres conseguirla? ¡Véncete! ¿Quieres vencerte? ¡Estudia!

¡Estudia! Las tentaciones serán menos numerosas. En entendimiento ocupado no entran tentaciones.

¡Estudia! Tu voluntad será más fuerte. No lo olvides: **"La pereza es madre de la impureza".**

Pero déjame que te diga lo mejor. Estudia **como Congregante.**

Dios quiere que estudies. Es su voluntad y al cumplirla santificas tu alma. Tu estudio, con el alma en gracia, es santidad —es mérito que crece—.

Pero tú además, como congregante, tienes que hacer que otros se salven y se santifiquen.

Tu estudio, como todo lo que tú hagas, tiene que ser oración. Oración de Apóstol.

Tu mesita de estudio debe ser una atalaya desde donde avizores el mundo entero; desde donde hagas caer sobre él la lluvia de tu oración.

Oración más fecunda por ser al mismo tiempo sacrificio de vencimiento propio.

No lo olvides: el curso es tiempo de siembra.

Siembras tu carácter, siembras tu pureza, siembras tu santidad, siembras la salvación de muchas almas.

Estudia con seriedad y constancia.

¡Véncete! ¡Estudia!

I. I., Congr.

¿Tienes la hoja de la Congregación **"Método y consejos para estudiar"?**

Si no la tienes, pídela al Padre hoy mismo.

¿Quieres estudiar bien?

¡Sé puro! El que es impuro, no puede aprovechar en el estudio.

¿Quieres estudiar bien?

No vayas al cine. El cine quita la afición al estudio.

Las escenas vistas en el cine actúan en tu imaginación durante el estudio, y así, te impiden trabajar bien.

SE NECESITAN HOMBRES

Linterna en mano, en pleno día, buscaba Diógenes un hombre completo por las calles de Atenas, abarrotadas de gente, y, a pesar de todo, buscaba en vano.

Llega a la mitad de la plaza y exclama:

—¡Oídme, hombres!

Y, cuando tuvo un grupo de gente a su alrededor, les dice despectivamente:

—Yo clamaba por hombres, no por bestias.

Verdaderamente, es difícil encontrar un hombre en el verdadero sentido de la palabra. Un hombre que tenga el valor de sus convicciones y que no tema decir NO cuando todo el mundo diga SI. Un hombre que sepa dar un desplante al grupo de amigotes que tienen el "valor" de la desvergüenza en conversaciones indignas.

Aunque hay millones sin ocupación, es casi imposible encontrar el hombre a propósito para cada empleo, por lo que por todas partes nos parece ver escrito el letrero de anuncio: SE NECESITA UN HOMBRE.

Pero, ¡qué difícil es encontrarlo! Y, sin embargo, ¡qué necesario es serlo en estos tiempos, en que, al lado de miles de millones de personas, apenas hay unos pocos miles de hombres de carácter.

Preguntad a los chicos pequeños qué es lo que quieren ser y os dirán invariablemente: Yo quiero ser un Hombre.

Pues aquí tienes dos buenos medios para serlo:

PRIMERO. Ejercita tu voluntad.

Así como para aprender a correr, hay que correr y para aprender a nadar, hay que nadar, para educar la voluntad, hay que ejercitarla. Y para ejercitarla, es necesario ir contra los propios gustos y comodidades.

Haced esta experiencia: Echad un papel con fuerza contra la dirección del viento y veréis cómo se eleva. Del mismo modo, haced chocar vuestra voluntad contra aquello que os agrada y conseguiréis una voluntad de bronce, de esas voluntades de las que estamos hoy tan necesitados.

Y no creas que tienes que hacer cosas grandes. Véncete en las cosas pequeñas. ¿Acaso no están hechos los montes de granos de arena y los años de momentos?

Son menudencias, te dirán. Pero en las menudencias está la perfección, que no es ninguna menudencia.

Véncete, sacrifica tus gustos y experimentarás una alegría espiritual incomparable con todas las satisfacciones de tus caprichos.

SEGUNDO. Márcate un ideal y síguelo.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

Los hombres entregados en cuerpo y alma a un ideal son los que han cambiado la faz de la Humanidad.

Fíjate tú también un ideal grande y después no te apartes nunca de él y aplica todas tus fuerzas para alcanzarlo.

Pero para alcanzar ese ideal grande pon delante de ti ideales más cercanos.

Así, podrías proponerte librarte del defecto mayor que hayas descubierto en ti.

Y aun ideales más cercanos todavía: el curso pasado saqué suspensos; este año no. O tuve solo aprobados; este año tendré notables, sobresalientes, todo sobresalientes. Y concreta tus propósitos a plazos más cortos y a cosas muy concretas: este mes, esta semana, este día con la gracia de Dios me levantaré a tiempo, iré a la Congregación, comulgaré, seré dócil con mis padres y superiores, estudiaré, seré delicado en la pureza, no diré ni una sola mentira...

Pero todo esto con la gracia de Dios, confiando plenamente en El, como si nada hicieras tú; trabajando intensamente tú, como si nada esperaras de Dios. Así se junta toda la eficacia humana y divina en tu obra. Así triunfarás, serás HOMBRE.

José M.ª A., Congr.

¡Felicidades!

Cumplen sus años en Octubre:

Día 2.—Jesús Villanueva Santaularí.
Francisco Zubiaur Isasi.
" 3.—Esteban M.ª Martínez Rodamilans.
" 4.—Francisco Goyenaga Echevarría.
" 5.—José M.ª Mojas Mauri.
Juan Antonio Moro Goicoechea.
" 6.—Javier Eguiraun Benedicto.
Arsenio Juarrero Juarrero.
" 7.—Sabin Aldecoa Ercoreca.
Miguel Vega Salinas.
" 8.—Luis García Otaola.
" 9.—Evaristo Ramos Rodríguez.
Día 12.—Francisco José Vega Salinas.
" 14.—Pedro M.ª Garro Elejalde.
" 15.—Restituto Puente García.
" 16.—Alberto Fontán Gamarra.
Rafael M.ª Guzmán Bergareche.
" 19.—Ignacio Marcoartu Gorriarán.
" 20.—Antonio Pontes Fernández.
Miguel Angel Rodet Oribe.
" 21.—Rafael M.ª Lasa Curiel.
" 29.—José M.ª Beltrán de Guevara y Solaun.
Jesús Zabala Otaola.
" 31.—Rafael López Peón.

MARIANAS

El Rosario

¿Conocéis a Mubo? Es aquel tágalo gigantesco que fuma en pipa a la entrada del pueblo. Ahora es anciano; su cuerpo se ha inclinado a la tierra que se acerca ya a recibirle y apenas si puede descolgar la clava que pende en su choza; pero, cuando en su cuerpo no se juntaban aún tantas lunas, las armas españolas habían experimentado su fuerza. Eso era en sus años mozos. Ahora, es el cacique del pueblo y amigo de los españoles.

* * *

¿Veis a ese otro anciano de barbas nevadas qué se acerca a Mubo?

Viste ropas talares y es uno de los Padres Dominicos que vinieron con las naves de Legazpi. Se ha parado ante el cacique e inicia la conversación:

—Dios te guarde, Mubo.

—Los dioses le sean propicios.

El Padre medita un momento.

—Tengo un fetiche especial para ti que socorre en todas las dificultades.

—¿Cómo, Padre? —sonríe Mubo—. Usted no cree en eso.

El Padre esquiva la respuesta directa.

—¿Cuántos fetiches posees, Mubo?

—¡Muchos! —responde orgulloso el cacique—. Los tengo para todas las necesidades. Uno lo conquisté de la tribu de...

—Te falta el mío, Mubo, que es el más importante. ¿Lo quieres?

—Démelo.

—Mira, hay que rezarle todos los días unas oraciones que tenemos los cristianos. ¿Lo harás?

—Sí, Padre, —asiente sin excesiva convicción el cacique.

Y el buen Padre Dominico le fué explicando el mecanismo de aquel fetiche que iría a engrosar su ya abundante colección y que era un rosario.

* * *

Pasó el tiempo. Un año, quizás dos y el Padre casi había olvidado la entrevista de aquel día. ¿Cumplía Mubo los requisitos impuestos por el Padre para el exacto funcionamiento del fetiche? Dios lo sabe y todavía guarda el secreto.

Y un día estaba el Padre rezando sus oraciones a la puerta de su choza, cuando vió venir a Mubo con grandes muestras de excitación.

—Padre, —le dijo éste al llegar, arrodillándose—. Padre, vengo a decirle que he cumplido su encargo.

—¿Y bien?...

—Que la SEÑORA a quien rezaba me ha salvado; que quiero convertirme; que quiero odiar a mis antiguos ídolos.

No fué preciso más. El Padre, un poco aturdido, introdujo en su cabaña al cacique y, tras algunos meses de conciliábulos, el anciano Mubo recibía el bautismo el día de la Virgen del Rosario.

J. M.ª C., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Sería **"Flores y Frutos"** un hijo desnaturalizado si, al salir de su escondido recogimiento de ocho años, no tuviera un recuerdo para el **Padre** que le dió vida y por espacio de veintitrés años le sostuvo.

COMENZÓ el P. Angel Basterra a ser nuestro Director el 14 de Noviembre de 1910. Se retiró a Loyola a gozar de bien merecido descanso el 27 de Julio de 1943. Desde esa fecha, un antiguo Congregante suyo, el P. Clemente Espinosa, ocupa su puesto.

EN ESTOS 33 AÑOS:

4.300 Congregantes han pasado por sus manos. Cada Congregante ha permanecido en la Congregación, por término medio, durante 4 años, recibiendo sólida e indeleble formación cristiana.

El Padre hizo de la *Misa y Comunión diarias*, el eje alrededor del que ha girado la vida de nuestra Congregación.

Las asistencias a la Misa diaria en 33 años suman *dos millones y medio*, las Comuniones, *dos millones ciento setenta y un mil*, las asistencias a la lectura espiritual de la noche *novecientas cincuenta y dos mil*.

Hacen falta jóvenes puros. El *Padre* ha alimentado diariamente a cientos de jóvenes con el Pan de los Angeles.

¡Cuánta Comunión! ¡Cuánta pureza!...

Damos gracias a la Virgen Santísima porque durante treinta y tres años nos ha concedido un director tan sacerdote, un pastor tan amante, un apóstol de la Comunión diaria, un Padre Padre...

Ejercicios Espirituales en retiro.

El Padre ha organizado en los 33 años 54 tandas de Ejercicios con un total de 1.580 ejercitantes.

¡Cuántos coloquios amorosos con Jesús! ¡Cuántas resoluciones generosas!

Correspondencia.

Para sostener el espíritu de los Congregantes ausentes durante el verano el Padre nos obligaba a escribirle. Las cartas recibidas por él en sólo 28 años son 6.000. Todas las contestaba.

Las tarjetas y avisos enviados a los Congregantes perezosos ascienden a varios millares.

¡Qué empeño por el bien de nuestras almas!

Que la Virgen se lo pague.

Apostolado.

Ser Congregante es ser apóstol. La actividad apostólica de nuestra Congregación se ha manifestado principalmente en las Catequesis, en la propaganda misional y en diversas obras de caridad, como Conferencias de San Vicente de Paul, Apostolado del Mar, visitas a Hospitales y Cárceles y visitas al Asilo de las HH. de los Pobres.

Catequesis.

De todas estas actividades la preferida del Padre ha sido la Catequesis.

65 Catequistas, por término medio, han catequizado anualmente a unos 650 niños en 39 Centros catequísticos.

Las instrucciones catequísticas recibidas por los niños de nuestras catequesis son seiscientas cincuenta y tres mil, en los 33 años.

Además, desde el año 1930, los más animosos de nuestros Catequistas han dado todos los años un triduo de Ejercicios Espirituales a los niños de los catecismos en Semana Santa.

Propaganda misional.

El Padre nos ha inculcado con fervor el amor a las Misiones, a los Misioneros y a los niños infieles. Nuestras pequeñas oraciones, mortificaciones y limosnas han ido modelando nuestro corazón según el Corazón de Cristo.

Nueve Congregantes misioneros son nuestra *colaboración personal a las Misiones*.

La *colaboración material* ha sido de ciento cincuenta mil pesetas y trece mil específicos recogidos para los dispensarios médicos de Wuhu.

La *formación y propaganda misional* se ha realizado en nuestras Academias de Misiones, funciones dramáticas y conferencias.

Publicaciones.

"Flores y Frutos" se publicó de 1913 a 1936 con un total de seiscientos veinticinco mil ejemplares.

"Luz en las tinieblas" fué durante 2 años la revista formativa de nuestros Catequistas.

"Luz en las trincheras" fué durante la guerra el lazo de unión con los Congregantes que se hallaban en los frentes.

Además, un sinnúmero de impresos diversos: cartas a los padres, avisos a los Congregantes, exámenes de conciencia destinados a las madres, otro exámen para Congregantes, "método y consejos para estudiar", hojas de obsequios al Sagrado Corazón y a la Santísima Virgen, concursos, asistencias, ochenta mil ejemplares de estampas del Sagrado Corazón, doscientos cincuenta mil de la Inmaculada de Murillo...

Propaganda eucarística.

La ha hecho el Padre con millones de hojitas.—"Mañana Primer Viernes, ¡a comulgar!". Y también con el ejemplo de sus congregantes en las 109 excursiones realizadas a 58 pueblos. En ellos los Congregantes oían Misa y comulgaban y, antes de marchar, se despedían del pueblo con una función eucarística en la iglesia parroquial y el rezo del santo rosario.

Nuestra corona.

El Señor se ha dignado visitar este Jardín Mariano y escoger sus más bellas flores. Son nuestras vocaciones. Ante ellas "El Padre", henchido de gozo paternal y divino, exclama con el apóstol San Pablo:

"Mi gozo y mi corona".

Han salido de la Congregación 28 vocaciones sacerdotales, de ellas 20 ya sacerdotes. 97 vocaciones religiosas, de ellas 34 ya sacerdotes. *Total, ciento veinticinco vocaciones.* Y entre ellas: un mártir del Señor en Madrid: Emilio Serrano, en religión Fr. Saturnino de Bilbao, O. M. C.

Y nueve misioneros en China y Japón.

¡Señor! Has pasado entre nosotros y hemos sentido tu caricia divina.

Esta caricia se ha personificado en nuestro Padre Angel Basterra.

Gracias, Señor, ¡que seamos siempre tuyos!

Universidad de Deusto
Biblioteca



ECOS DE NUESTROS CATECISMOS

Presentación

¡Catequista!

¿Te acuerdas de LUZ EN LAS TINIEBLAS? o, al menos, ¿has oído hablar de aquella revistita de nuestros catequistas que hace diez años comenzó a salir en nuestra Congregación?

Eramos entonces muchos los que trabajábamos en Catequesis. Todos los domingos 150 congregantes, y aún más, distribuídos en trenes y autobuses, inundábamos más de quince pueblos para derramar la VERDAD, como intensos rayos de LUZ en las espesas TINIEBLAS de la ignorancia y del error.

Para orientar tanto trabajo, los entusiasmos juveniles de nuestros hermanos crearon LUZ EN LAS TINIEBLAS. Hoy será una de las secciones de su hermana mayor FLORES Y FRUTOS.

Aquí contaremos nuestros anhelos y triunfos catequísticos. Aquí los heroicos legionarios catequistas, que sacrifican íntegramente por los niños las tardes de los domingos, nos espolearán con su ejemplo. Aquí os hablaremos de las intensas dulzuras del Apostolado por Jesucristo. Aquí recibiremos orientaciones para realizar mejor nuestra nobilísima tarea.

¡Catequista, sé también tú LUZ EN LAS TINIEBLAS del error.

Los que enseñan a muchos el camino de la justicia, brillarán como estrellas en perpetuas eternidades.

Daniel.

¡Catequista prepárate!

Un excelente catequista, Overberg, que siendo de avanzada edad, continuaba preparando cuidadosamente sus explicaciones, escribió en su diario íntimo estas admirables y aleccionadoras palabras:

"Esta mañana he ido a explicar la lección sin haberla preparado seriamente ¡Oh Dios mío! ¡Que jamás me vuelva a suceder!..."

A ti, catequista, ¿no te ha pasado muchas veces esto?

Está desgraciadamente bastante generalizada entre nosotros la idea de que para hablar a los chicos es necesario prepararse poco, pero sucede todo lo contrario; pues, para hacer comprender a esos sencillos entendimientos las verdades sublimes de la Fe, es necesario tener bien claras las ideas, ponerlas en orden y hacerlas amenas, y esto sólo se consigue con una buena preparación.

Para penetrar bien en el alma del niño, es preciso adaptar la explicación a un modo de pensar, y esto no se puede improvisar, sino que hay que prepararlo cuidadosamente pensando que quizá de nuestra diligencia dependa la salvación de varias almas.

No nos debe guiar a prepararnos el que los niños nos tomen cariño; ni descorazonarnos el que no nos atiendan; nuestra razón del amor al niño es aquello que dijo Jesucristo: "Lo que hiciereis con estos pequeñuelos, lo haréis conmigo". Hemos de hablar al niño con amor, como si fuese al mismo Jesús, prescindiendo de sus cualidades.

Y sobre todo, después de preparar bien la explicación, debemos pedir al Corazón de Jesús por los niños, pues es El quien lo hace todo.

F. I. de O., Congr.

El apostolado catequístico te educa poderosamente:
En el ejercicio del celo;
en los sacrificios no pequeños que tienes que hacer;
en el asimilarte más la misma doctrina que enseñas;
en el espíritu de responsabilidad y de iniciativa que se desarrolla en ti.

Catequista

Para que vayas bien preparado a la Catequesis, recuerda y cumple estos puntos de nuestro Reglamento de Catequistas.

1.° Procúrate el texto del Catecismo, el libro de explicación correspondiente a tu grado, que puedes adquirir en la Congregación.

Los grados y textos son:

Preparatorio: Sinopsis.

Primer grado: "Para mis pequeñuelos". Quinet.

Segundo y Tercer grado: "Explicación dialogada del Catecismo". Llorente.

2.° Antes del día de la Academia de Catequesis, lee atentamente la lección que se va a explicar; ésta se indicará en la Academia anterior.

3.° Acude con puntualidad a la Academia y lleva el texto del Catecismo.

4.° Oye con atención y, si te ayuda, toma notas de lo que entiendas que te va a servir. Luego, en casa, repasa bien tu lección.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Campaña misional para este curso.

No sé si sabréis que una de las obligaciones de los miembros de la Junta es entrevistarse con el Padre, a lo menos quincenalmente. Me había encargado el Padre la redacción de un artículo para la "Sección Misional" de "Flores y Frutos", y yo estaba francamente desorientado; así, aprovechando ambas coyunturas, decidí pegar unos golpecitos en la puerta del despacho del Padre y preguntar: —¿Se puede?

—Adelante—responde la voz del Padre que, ignorando mi "misión" me recibe con su gesto alegre y bondadoso haciéndome sentar.

Entretanto, sigilosamente, extiendo sobre la mesa unas cuartillas y un diminuto lápiz: son las armas del delito.

—Bien, ¿qué te trae por aquí?

—Pues, Padre, he venido a tratar con Vd. de la organización de la actividad misional en la Congregación para este curso.

—Muy bien; supongo que habrás pensado un plan completo de acción misional.

—Lo más completo posible.

—Y... ¿qué has pensado?

—Podríamos en primer lugar perfeccionar el Círculo Misional que funcionaba el año pasado.

—Te puede servir de orientación para ello el artículo publicado en el "Siglo de las Misiones" de noviembre de 1943.

—Si, ya recuerdo. ¿Aquel que estaba ilustrado con fotos de la Congregación?

—El mismo.

—Entonces formaremos grupos de regiones misionales y cada grupo de círculistas se encargará del estudio de las necesidades misionales de una región.

—Muy bien. ¿Y qué grupos piensas formar?

—Seguiremos con los del año pasado, si le parece: India, Africa, China, resto de Asia, Japón, América y Oceanía. El jefe de cada grupo repartirá entre sus compañeros los temas para la reunión, indicándoles al mismo tiempo dónde y cómo pueden encontrar la bibliografía.

—Casi solo con la colección del "Siglo de las Misiones" tenéis abundantísimo manantial; y más cuando el P. Gaviña publique su nuevo índice de "El Siglo de las Misiones", pero adviértele que en la exposición del tema no lean, que eso no los forma. Conviene que hagan una sinopsis detallada del tema y hablen sirviéndose de ella, pero sin libros delante. Así se acostumbrarán a hablar en público.

—¿Día de la reunión?

—Domingos por la noche.

—¿Duración?

—Treinta minutos. Ni uno más. Cada círculista hablará durante cinco minutos y tú puedes exponer, al

principio del mes, la intención misional de "El Apostolado de la Oración". Y cuando Dios quiera que acabe la guerra, podréis poneros en comunicación con los mismos misioneros y en la Academia Misional leeréis sus cartas. A ver si se nos pega algo del espíritu de aquellos héroes. ¡Qué cosas sabremos de tantos heroísmos ocultos por la guerra!

—Entonces les enviaremos medicinas y lo que recogemos en la colecta de los domingos por la noche.

—Caudal que podréis aumentar si organizáis la "Obra misional del sello".

—¿Cómo podríamos hacer eso?

—En el "Siglo de las Misiones" de Enero de 1943, tenéis perfectamente explicada la organización; y la documentación que archiváis de nuestros amigos, los congregantes de Barcelona, os dará preciosas indicaciones de cómo lo hacen ellos. Sólo el año pasado obtuvieron dos mil pesetas de la venta de sellos recogidos.

—¿Y la Propagación de la Fe?

—Habrá que intensificarla y también la Santa Infancia.

—Creo que para esto nos podremos valer de los mismos grupos de congregantes formados en la Congregación. Y así, el jefe de cada grupo será también el de un grupo de la Propagación de la Fe o Santa Infancia. ¿Tendremos los jueves las conferencias para los congregantes?

—Me parece muy bien.

—¿Temas?

—Los podréis encontrar en "El problema de las Misiones" de don Joaquín Goiburu y en otra obra de título parecido, "Problemas de las Misiones", editado en "El Siglo de las Misiones".

—Bien, Padre, estupendo.

—¡Desgraciado! ¿No crees que falta algo?

—Vd. dirá.

—Ser misionero desde aquí con la mejor de las armas: la oración. Hace falta pedir mucho por las Misiones y para ello inculcar en todos los congregantes la preocupación de la salvación de las almas en los países paganos y mantener constante esta santa preocupación durante el año.

—¿Y cómo?

—Recorre tú mismo el año y lo verás.

En Octubre preparar el "Domingo Mundial de la Propagación de la Fe"; en Diciembre, tenemos la fiesta de San Francisco Javier; luego las Navidades para volver a hacer la rifa misional como en los buenos tiempos de la Congregación.

—¡Formidable! ¿Y en Enero?

—Tenéis el Octavario por la Unión de las Iglesias Orientales y en Marzo la "Novena de la Gracia".

—¿Volveremos a hacer la propaganda del año pasado para esta novena?

—Si Dios quiere; y después la campaña de suscripciones a una buena revista misional. Es inmenso el fruto que produce en las familias una revista de misiones: mayor aprecio de la fe, generosidades insospechadas, sacrificios heróicos que atraen las bendiciones del Señor y la conversión de las almas.

Universidad de Deusto
Biblioteca

—¿Y no podríamos representar algunos dramas misionales?

—No hay inconveniente. Os ayudaré con toda el alma. Y, si quisierais, también podríais celebrar una fiesta misional de fin de curso en la que hagáis un recuento de vuestro esfuerzo misional y tracéis vuestro programa de vacaciones—recogida de sellos, de medicinas y concurso misional sobre algún cuestionario o libro que se reparta a los congregantes para este efecto.

Congregante: Aquí tienes este programa espléndido de generosidad apostólica misional para este año.

Y yo me levanto y me despido del Padre porque Félix ha entrado en el despacho con un enorme fajo de papeles a la vez que me dice: "¡Que llevas ya hora y media!"

J. A., Congr.

Intención misional del Apostolado de la Oración para este mes de Octubre.

Quiere el Papa que en este mes de Octubre pidamos al Corazón de Jesús que se digne multiplicar y bendecir el clero indígena, y que los seglares católicos se preparen a ejercer los cargos públicos en los países de misión.

¡Congregante! ¡Sé apostol, sé misionero desde aquí!

¿Cómo?

Ofreciendo tus estudios, tus trabajos y oraciones al Corazón de Jesús, por esta intención del Papa.

"Flores y Frutos" quiere ser también el intermediario entre la Congregación y los padres y madres de los Congregantes. A ellos dedicamos esta página.

La Congregación es el mejor modo de educación.

Nos escriben:

. . . . . .

Siempre he considerado a esa Congregación como el mejor modo de educación integral.

El inyectar constantemente ánimos para un afán incesante de superación es el único medio para hacer grandes cosas.

Aquí me tiene Vd. muy ocupado con cuatro hijos, dos niñas y dos niños. Siento de veras no vivir en Bilbao para que estos fuesen Congregantes y vayan a Misa y comulguen todos los días.

Estoy seguro que los grandes beneficios que me ha hecho Nuestro Señor, se deben a que desde niño comulgué a diario en la Congregación y así desde entonces no he dejado, ni durante la carrera, ni después, la Misa y Comunión diarias. Menos algún día que se duerme uno, pero bien lo pago, pues ese poco rato que concedo al cuerpo me deja todo el día un mal humor... como que falta lo principal.

S. de A., antiguo Congr.

Importa a los padres saber...

- que los actos a que deben acudir sus hijos congregantes en este mes de Octubre van indicados en la última página de "Flores y Frutos".
- que la Congregación se cierra por la mañana, a la una y cuarto, y por la noche, salen los Congregantes, a las ocho y media en punto, menos los que asisten a las Academias de la Congregación, y a los retiros, que salen a las 9 en los días señalados en el Calendario.
- que la reunión de principio de curso de las madres de los Congregantes con el P. Director, será el próximo día 4 de Octubre a las 5 de la tarde.
- que deben los padres llenar enseguida y devolver a la Congregación la papeleta, que se les ha enviado, de la "Participación del Congregante en la vida de la Congregación".
- que mensualmente recibirán los padres un Boletín de las asistencias de sus hijos a los actos de la Congregación.
- que para facilitar a los Congregantes la asistencia a la Misa de la Congregación y la Comunión, se ha establecido en ella un servicio de desayuno de café con leche al precio de 30 pesetas mensuales y que deberán avisar enseguida los que quieran utilizar este servicio.
- que el P. Director de la Congregación recibe visitas de las **familias de los Congregantes** de 11 a 1 de la mañana y de **los Congregantes** de 6 a 8 de la noche.

Universidad de Deusto
Biblioteca

BUEN HUMOR

CONCURSO DE PASATIEMPOS

A los que presenten soluciones escritas a este concurso se les premiará con puntos del 0 al 10. Con estos puntos podréis adquirir libros en la Congregación.

ACERTIJOS

Campo blanco,
semilla negra;
dos que lo ven,
y una que lo siembra.

* * *

Dos hermanos son,
el uno va a misa y el otro no.

* * *

¿Por qué las locomotoras no llevan corbata?



Poner un pie gracioso a este dibujo.

CHISTES

—¿Por qué tienes hoy cara tan triste?

—Porque me he comprado este sombrero y me está pequeño.

—¿Y por eso pones cara triste?

—Es que si me río, se me cae de la cabeza.

* * *

—Pero niño, ¿por qué te pones los calcetines del revés?

—Porque por el otro lado están rotos, mamá.

* * *

—Por qué duermes con las gafas puestas?

—Porque si no, como soy corto de vista, no conozco a nadie cuando sueño.

* * *

Un señor distraído, cogiendo el cepillo en vez del espejo: Hay que ver cómo me ha crecido la barba en un día.

¿SABIAS TU ESTO?

El árbol más antiguo conocido, es el "Dragón", de Tenerife, que cuenta 6.000 años de vida. El más alto, de 150 metros, un "Eucaliptus"; y el más ancho, un castaño de 20 metros de diámetro.

* * *

Los diversos colores de las bengalas y fuegos artificiales, se producen añadiendo a las pólvoras pequeñas cantidades de sales metálicas que comunican a la llama colores variados: amarillo las sales de sodio, rojo las de estroncio, azul las de cobre y violeta las de potasio.

PENSAMIENTOS DE HONDURA

Parece raro que los pájaros al morir no digan ni pio.

* * *

Los niños que aprenden a leer, debieran de comer todos los días sopa de letras.

Calendario del mes de Octubre

MES DEL ROSARIO

1. DOMINGO.—Acto de Congregación, a las 8.
   Reunión a las 11 para los mayores de 14 años.
   A las 7 en punto, Velada Recreativa. Reparto de premios a los vencedores de los Campeonatos de verano.-Bendición, en la Capilla.-Reunión preparatoria de la Academia de Misiones.
2. L.—Fiesta de los Santos Angeles de la Guarda.
3. M.—Academia Literaria, de 8 y cuarto a 9.
4. M.—Reunión de las madres de los congregantes con el Padre Director, a las 5 de la tarde.
5. J.—Reunión de la Junta Directiva.
6. V.—Primer Viernes, Retiro y bendición, a las 8 y diez.
7. S.—Fiesta del Santísimo Rosario.
   Sabatina, a las 8 y diez.
   Reunión de Catequistas, a las 8 y 25.
8. DOMINGO.—Acto de Congregación, a las 8.
   Catequesis en los pueblos. Catequesis en el Salón y Academia de Catequistas, a las 10 y media.
   Velada recreativa, a las 7 en punto. Bendición.
   Academia de Misiones.
10. M.—Academia Literaria de 8 y cuarto a 9.
11. M.—Nuestra Señora de Begoña.
12. J.—Nuestra Señora del Pilar. Misa, a las 8.
    Reunión de la Junta, de 12 a 1.
    A las 7 de la tarde, Conferencia con proyecciones. Bendición.
14. S.—Sabatina, a las 8 y diez.
    Reunión de Catequistas, a las 8 y 20.
15. DOMINGO.—Como el día 8.
    Comienza la Semana Misional.
    Campaña de oración, limosna y propaganda por las Misiones. Conferencias misionales, por la noche.
17. M.—Academia Literaria.
19. J.—Reunión de la Junta.
21. S.—Sabatina y reunión de Catequistas.
22. DOMINGO.—**Día Mundial de la Propagación de la Fe.** Misa dialogada misional, a las 8. Turnos de Oración en la Capilla, por las Misiones, de 10 y media a 1 de la tarde y de 3 y media a 7.
    Velada misional, a las 7 en punto. Bendición.
    No hay Circulo de Misiones.

Del 23 al 29.—Semana de Ejercicios Espirituales.
Acto de la noche, de 8 y diez a 9. Acto de la mañana, de 7 y media a 8. Se suprimen las demás actividades de la Congregación.

28. S.—Confesiones por la tarde y noche. Reunión de Catequistas, a las 8 y diez.
29. DOMINGO.—**Fiesta de Cristo-Rey.** Misa Comunión y acto final de Ejercicios; Bendición Papal.
    A las 7 y media, todos los Congregantes asistirán a la Función solemne de la Residencia en honor a Jesucristo Rey.
31. M.—Academia Literaria, de 8 y cuarto a 9.

La Misa diaria es a las 7 y media, y los días festivos, que se indican, a las 8. La instrucción espiritual diaria es a las 8 y diez de la noche.









Ejercicios cerrados.

La 56.ª tanda de ejercicios espirituales cerrados para nuestros Congregantes.

Loyola del 26 de Junio al 1.º de Julio.

Otra tanda.

25 Congregantes hacen ejercicios en Loyola en otra tanda del 2 al 8 de Agosto.

Recogida de medicinas

Los pequeños han recorrido las casas de 300 médicos de Bilbao y vuelven gozosos cargados de medicinas...

para Fontilles.

...que otros se encargan de clasificar, para enviarlas a los leprosos de Fontilles, como antes se enviaba a los dispensarios médicos de las misiones.

FLORES y FRUTOS

DE LA CONGREGACION DE LA INMACULADA y S. ESTANISLAO DE KOSTKA



La nueva capilla de la Congregación, donde desde el pasado mayo Jesús vive con nosotros y una preciosa Inmaculada de Murillo, copiada en el Museo del Prado, nos recuerda a nuestra Madre del Cielo. Al llegar a la Congregación siempre entramos a saludar a nuestro mejor amigo. Nosotros le hablamos y El nos habla.

Aquí hacemos las "Guardias de honor" a nuestra Reina; aquí tenemos nuestros retiros; a veces también, el "Acto de Congregación"; los domingos, y todas las noches, la "Instrucción espiritual"; aquí pedimos por nuestros antiguos hermanos y amigos; aquí, en fin, Jesús y nuestra Madre van personalmente educando nuestras almas.

¡Qué recogida y devota resulta nuestra Capilla!

"¡Quédate con nosotros, Señor, que la tarde avanza!"

BILBAO
Noviembre - 1944.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Calendario del mes de Noviembre

MES DE LAS BENDITAS ANIMAS DEL PURGATORIO

1. ✠ M.—**Fiesta de Todos los Santos.** Misa, a las 8. - Conferencia, por la noche. - Bendición solemne.

2. J.—Conmemoración de los Fieles Difuntos. - Misa, a las 7 y media. Cada Sacerdote dice tres Misas. A los Congregantes sólo obliga la de las 7 y media; las demás son voluntarias. - Reunión de la Junta Directiva.

3. V.—PRIMER VIERNES. - Bendición solemne por la noche.

4. S.—**Comienza la novena de San Estanislao.** - Sabatina, a las 8 y diez. - Reunión de Catequistas, a las 8 y 25.

5. ✠ DOMINGO. - Acto de Congregación, a las 8. - Velada recreativa, a las 7. - Bendición solemne. - Academia de Misiones.

6. L.—**Comienzan los Ejercicios Espirituales para Congregantes.** (Estos Ejercicios se han trasladado del mes pasado a esta fecha). Por la mañana de 7 y media a 8 en la Misa de la Congregación. Por la noche, de 8 y cuarto a 9, hablará sobre verdades eternas y el espíritu, propio de Congregantes, el R. P. Sebastián Mantilla, S. J., antiguo Congregante. A este acto de la noche deben acudir todos los Congregantes. Se suprimen esta semana las demás actividades de la Congregación.

11. S.—Confesiones por la tarde y noche. Reunión de Catequistas, a las 8 y 25.

12. ✠ DOMINGO. — **Fiesta anticipada de San Estanislao.** - Acto de Congregación, a las 8. - Fiesta de patios, a las 10 y media. - Velada recreativa a las 7. - Bendición solemne. - Academia de Misiones.

13. L.—**San Estanislao de Kostka.** - Misa, a las 7 y media. - Por la noche, Conferencia.

14. M.—Academia literaria, a las 8 y media.

16. J.—Reunión de la Junta Directiva.

18. S.—Sabatina, a las 8 y diez. - Reunión de Catequistas a las 8 y veinticinco.

19. ✠ DOMINGO.—Acto de Congregación, a las 8. - Velada recreativa, a las 7. - Bendición solemne . - Academia de Misiones.

21. M.—**Fiesta de la Presentación de la Santísima Virgen.** - Academia literaria, a las 8 y media.

22. M.—Santa Cecilia. - Obsequio a los cantores.

23. J.—Reunión de la Junta Directiva.

24. V.—Comienza la Novena de San Francisco Javier.

25. S.—Sabatina, a las 8 y diez. - Reunión de Catequistas, a las 8 y veinticinco.

26. ✠ DOMINGO.—**Fiesta de San Juan Berchmans.** - Misa de Congregación, a las 8. - Velada recreativa, a las 7. Bendición solemne. - Academia de Misiones.

28. M.—Academia Literaria, a las 8 y media.

29. M.—**Comienza la Novena de la Inmaculada Virgen María.**

30. J.—Reunión de la Junta Directiva.

EPOCA II :-: Núm. 2 — BILBAO, NOVIEMBRE 1944

FLORES Y FRUTOS

de la Congregación de la Inmaculada Virgen María y San Estanislao de Kostka :-: BILBAO.

"Flores y Frutos" a sus amigos

¡Muchas gracias!

Os las doy de todo corazón a todos por la buena acogida que me habéis dispensado. Y primero ¡gracias! a tí, Congregante de ahora.

Aunque la mayor parte no me conocíais, pronto nos hemos hecho amigos. Es que nos mueven los mismos ideales y anhelos de grandeza y de nuestros afanes hablamos jugando, como chicos que somos.

Quisiera ser amigo de tus padres, te decía en mi primer número, y ellos han sido tan buenos que me han acogido con cariño. Ya sé por qué; es que les hablo de tí. Casas ha habido que me han leído papá, mamá, hermanos y hermanas, todos; y en algunas es papá quien después de cenar me ha leído a todos, de todos me he hecho amigo y me han dicho que vuelva todos los meses. Sí que iré, si Dios quiere.

Estoy muy contento. ¡Gracias!

Y ¡gracias! también a tí, Congregante de antaño, mi viejo amigo. ¡Qué alegría volvernos a encontrar!

Uno me decía: "Qué recuerdos tan gratos me traes de aquellos años, cuando yo lucía melenas.—¿Te acuerdas?—¡Ay qué pelucas más cariñosas y qué orejones más ricos...! ¡Qué lejos me parece eso! y sin embargo, con tu vuelta, mi querido FLORES Y FRUTOS, nos acercamos un poco a todo aquello.

Otro, en cuanto llegué a su casa de Madrid, a pesar de andar con el agua al cuello de ocupaciones y preocupaciones se hundió en una butaca y me leyó de un tirón. Luego me decía: "Gracias a tí encontraré siempre un rinconcito en mis trabajos para vivir de nuevo aquella vida tan feliz de la "Congre".

Un amigo de Burgos se llenó de alegría al verme. Me miró y volvió a mirar mi formato, mi portada, mis tipos, mis grabados, los pies de mis fotografías, mis secciones y no cesaba de decirme: "pero ¡simpático, qué guapo vienes!"

No faltaron quienes, al encontrarse conmigo se emocionaron y no pudieron reprimir sus lágrimas al abrazarme. Y cuando yo les invitaba a que siguieran siendo Congregantes, ya que no efectivos, al menos protectores, todos me dijeron que sí, que enviarían su tarjeta de inscripción. Ya han llegado bastantes y llegarán todas, cuando yo pueda visitarles a todos. De muchos antiguos me falta la dirección. Preguntadles si no han recibido mis números. Y, si no, que escriban dónde están. Quiero ser para todos, mientras luchan por la vida, una ráfaga suave de brisa juvenil y pura...

Al volver de vuestras casas a la Congregación, he entrado en la Capilla y me he postrado a los pies de Jesús y de nuestra Madre. Les he contado vuestra cariñosa y entusiasta acogida y les he presentado vuestras enhorabuenas, vuestro auxilio a la Congregación, vuestra simpatía hacia ella y todo mi agradecimiento. Ellos lo han mirado todo con amor y yo les he pedido que tú sigas siendo lo que aquí aprendimos a ser:

¡Fieles hijos de la Virgen!
¡Apóstoles de Jesucristo y de su Iglesia!
¡CONGREGANTES!

Universidad de Deusto
Biblioteca

¡Comulga!

DEVORADORES DE CORAZONES

Terrible fué el martirio a que los Pieles Rojas sometieron a los santos mártires del Canadá. Su insaciable odio a los hombres blancos, venidos de lejanas tierras, que predicaban una religión nueva, distinta de la que sus padres aprendieran, se desplegó en una infinita variedad de tormentos a cual más crueles. El cuerpo de los mártires, mutilado, desangrado, iba rindiendo su tributo al dolor, pero su espíritu entero y valiente no vaciló un solo instante. Los mismos verdugos estaban asombrados de tanto valor. Al tiempo que dan muerte a sus cuerpos, se reconocen impotentes para vencer a aquellos hombres a quienes odian, pero no pueden menos de admirar. Y cuando vieron a sus pies los cadáveres exánimes de los padres Brebeuf y Lallemand, rásganles el pecho con sus afilados cuchillos, toman los corazones aún calientes y los devoran ansiosos.

¿Creían, quizás, los Pieles Rojas que, comiendo el corazón de los mártires, asimilarían su valor indomable?

Muchos son los pueblos que han creído que en la comida adquirían cualidades del animal que devoraban.

Burda creencia, me diréis. Y tenéis razón, pero...

* * *

¿No ocurrirá algo de esto cuando en la Comunión comemos el Cuerpo de Jesús y bebemos su Sangre?

¿Has pensado alguna vez por qué quiso Cristo que uno de los siete Sacramentos de los que había de valerse para darnos su gracia, consistiese en comer su Cuerpo y beber su Sangre?

"Mi Carne es verdadero **manjar** y mi Sangre verdadera **bebida**", decía un día a los judíos, y se lo decía aunque sabía que sus palabras habían de escandalizarles y alejarlos de El.

Ante todo le interesa dejar bien claramente establecido que, si queremos tener verdadera vida, hemos de alimentarnos de su Cuerpo.

¿Por qué?

"PAN DE VIDA"

Así llama Jesús a la Eucaristía.

"Yo soy el pan de vida —nos dice—; vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron. Yo soy el pan vivo bajado del cielo; si alguno come de este pan vivirá para siempre."

"Pan de vida". En este nombre tienes la explicación que buscas.

Cuando recién nacido aún te bautizaron, Cristo infundió en tu alma la vida, la verdadera vida, la vida sobrenatural que te hace hijo de Dios y heredero del cielo. Vives, por lo tanto, dos vidas distintas. La vida de tu cuerpo y la vida sobrenatural de tu alma. Y así como diariamente y varias veces cada día tienes que atender a la vida de tu cuerpo, alimentarle, restaurar sus fuerzas, si quieres que no desfallezca y muera, has de atender también necesariamente a la vida de tu alma si quieres conservarla sana y robusta.

Y ¿quién no lo quiere?

Para ello, **como el cuerpo tiene su alimento, el alma tiene el suyo.**

Y este alimento es el **Cuerpo de Cristo**, que lo comemos en la Comunión.

Por eso, para significar que su Cuerpo santo produce en nuestra alma efectos semejantes a los que el manjar material causa en el cuerpo, quiso el Señor que este Sacramento tuviese forma de banquete. La Iglesia lo llama "banquete sagrado".

* * *

Cuatro son los efectos del alimento: sustentar la vida, aumentar las fuerzas, reparar el desgaste y producir agrado y deleite.

Y estos cuatro efectos produce la Comunión en nuestras almas. Piensa un poco y de estas ideas deducirás tú mismo la necesidad que tienes de comulgar cuanto puedas.

¡Cuántas veces no te has lamentado a solas contigo mismo! Quieres ser bueno y te cuesta, a veces casi te faltan las fuerzas, te sientes débil para vencer todas las dificultades. Quisieras tener una voluntad fuerte, de esas que cumplen lo que se proponen aunque les cueste, y envidias a algunos compañeros tuyos a quienes tienes en concepto de "hombres de carácter".

Si has tenido la desgracia de caer alguna vez, recuerda un momento... ¿No es verdad que en tu caída tuvo gran culpa tu falta de decisión, que no supiste decirte a ti mismo un **no** rotundo y valiente, que ante el halago de los sentidos te encontraste sin fuerzas para vencer? Más caíste por débil, que por malo. Eso no te disculpa, pero explica tu caída.

Eres débil. Bien lo ves. Débil contigo mismo. ¡Cuánto te cuesta vencer la pereza al levantarte y en el estudio! ¡Cuánto te cuesta vencer esos ojillos vivarachos que todo lo quisieran ver! ¡Cuánto te cuesta vencer esa curiosidad que todo lo quiere indagar aun a trueque de acarrearte dificultades y tentaciones! Y esa imaginación, verdadera "loca de la casa", ¡cuánto que hacer te da, cuánto te cuesta traerla a mandamiento!

Y con tus compañeros... ¡Cuántas veces has visto que debías decirles un **no**, que no debías acceder a sus propuestas, y no te has atrevido! Se tenía un conversación algo atrevida, se murmuraba de un profesor... Tú no estabas conforme, pero... te has callado. ¡Qué débil eres! Ni tan siquiera has tenido valor para dejarlos y marcharte...

Eres muy débil y necesitas de quien te pueda dar fuerzas.

En la Comunión encontrarás a Jesús que te espera.

A ti también te dice: "Venid a Mí los que trabajáis y estáis cansados y Yo os aliviaré".

Jesús es la fuente de vida y de fuerza.

En ti pensaba cuando instituyó la Eucaristía. Para ti, para robustecer tu debilidad, para hacerte fuerte, para hacerte valiente, la instituyó.

Ya que eres débil, **¡comulga!**

Y como todos los días necesitas que el Señor te dé fuerzas, **¡comulga todos los días!**

¿Das de comer a tu cuerpo una sola vez a la semana? ¿Dejarás a tu alma que pase hambre, hambre de Dios, y caiga y desfallezca falta de fuerzas?

PAN DE LOS FUERTES

Pan de la fuerza, llamaban los paganos chinos a la Eucaristía. No la conocían, pero a ella atribuían el valor de los cristianos para confesar su fe.

Con este pan de los fuertes se alimentaban en la cárcel los antiguos cristianos antes de ir al martirio.

Para ti, también, ha de ser la Eucaristía el **"Pan de los fuertes"**.

* * *

—**Don Olgiati**—decía un día un joven al célebre apóstol de la juventud milanesa—**hace tiempo que estaba deseando ir a su casa para contarle lo que estoy haciendo de un mes acá y me propongo hacer siempre en adelante.**

—**Y ¿qué estás haciendo?**

—**Desde hace un mes comulgo todos los días. Por la mañana, antes de ir al trabajo, entro en la Iglesia y recibo la Comunión. Nunca había estado tan alegre como ahora. Me siento fuerte; créalo Vd.**

"**No sé lo que le respondí**—comenta D. Olgiati—. **Sé únicamente que las palabras "me siento fuerte" se grabaron de un modo imborrable en mi mente. Habían sido pronunciadas con tal energía, que expresaban todo el latir, todo el brío de un corazón puro".**

Me siento fuerte. También tú lo dirás si te unes todos los días a Jesús en la Comunión.

Su Cuerpo te hará fuerte. Como el apóstol San Pablo, podrás exclamar con toda verdad: "**Todo lo puedo en Aquel que me conforta.**"

* * *

Cuenta una bella tradición medieval que, queriendo el santo abad Senán enviar la Comunión a Santa Brígida de Escocia, que vivía en una isla desierta, dispuso con ramas una pequeña barquilla, adornóla con flores y, colocando en ella un cofrecito con la Sagrada Eucaristía, dejóla sobre las olas, al cuidado de la Providencia.

Vióse, entonces, a la barquilla alejarse de la costa, sortear todos los escollos y avanzar sobre las olas como si la guiaría el más experto piloto. Poco después, arribaba a la playa en que la Santa esperaba al Divino Viajero.

La Eucaristía ha de ser también el piloto que guíe tu barquilla a través del movido mar del mundo.

Andrés E. de Mañaricúa, Pbro.
(Antiguo Congregante)

Suscripción a **FLORES Y FRUTOS**: 10 pesetas anuales. PARA LOS CONGREGANTES la suscripción es de 0,75 pts. mensuales que se cobrarán añadiéndola a la cuota.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Así establecimos la Comunión diaria

Angel M.ª Moreno, veterano de la Congregación, nos pintó el año 1928, de mano maestra, este bellísimo cuadro de una campaña, en táctica de guerrillas, con que se implantó en nuestra Congregación la Comunión diaria. El gesto valiente de aquellos Congregantes de primera, es hoy para nosotros, junto a la consigna de este mes, una lección y un plan de ataque. ¡A imitarlos!

Soy un veterano de la Congregación, he conocido los comienzos de esa Comunión diaria, cuyos frutos se ven ahora palpablemente, y os voy a decir cómo se hizo esa obra admirable cuyo ejemplo es la admiración de muchas otras Congregaciones. ¡Cuánto bien hace esa Comunión diaria! Pero, veréis cómo nació.

Nosotros... nosotros mismos la hicimos hace 34 años, y al poder decir nosotros, recordamos la parte que tomé en aquellos comienzos memorables. Creedme que me siento orgulloso y satisfecho, porque veo la obra grandiosa, veo el fruto sazonadísimo, y puedo decir "nosotros".

Era ya conocido el deseo del Pontífice Pío X, el Santo Papa de la Comunión diaria, como le llamamos.

Los deseos del Papa... Los deseos del Papa son para nuestra Congregación, revolución y desvelo continuo, para que se conozcan por todas partes y se cumplan también de buena gana, a poder ser, por todos los ámbitos del mundo.

¡Había que empezar con la Comunión diaria! Esta práctica, resultaba entonces inusitada. Había personas muy sesudas que creían y afirmaban que era muy grande la Majestad de Dios, para recibirle en Comunión todos los días, como si la institución misma del Sacramento no demostrase que el amor de Dios ha acortado esa distancia. Cuando Dios quiso esconderse en forma de pan para nosotros y se rebajó a eso, por amor, ¿va a querer ahora que por respeto a su inconmensurable Dignidad, lo dejemos una temporada y nos acerquemos a El sólo de tarde en tarde? No; eso no es lógico de ningún modo.

Nos reunimos unos pocos. Muy pocos, menos de una docena. Empezó la cosa con mucho entusiasmo, y había que vernos salir a ocupar un par de bancos en la Residencia, tan poquitos, pero tan animados, tan unidos, con esa unión que da la comunidad de ideales, sobre todo cuando son tan grandes. Oíamos nuestra Misa y comulgábamos. El Padre nos hablaba:

"Hay que hacer más. Hay que moverse; y fortalecidos con el Pan que habéis recibido hay que propagar con verdadero entusiasmo la Comunión diaria. Buscad cada uno un compañero, un amigo que se comprometa a venir con vosotros; buscadlo por todos los rincones y no paréis hasta que déis con él, en el Colegio, en la calle, en vuestra misma casa..." y salimos.

—Tú, Perico... ¿Tú vas a traer alguno?

—Yo no sé... José Luis no querrá.

—A Rodríguez... A Rodríguez cualquiera le mueve.

—Pues yo sí que le traigo. A Ortiz, a Gómez, o a Larrañaga, yo me traigo un amigo mañana, aunque sea arrastrando.

—Pues yo... también le hablaré a Aldecoa a ver si quiere, aunque yo creo que se dormirá. ¡Hace tanto frío por la mañana!

—Pues habla a tres o cuatro, ¡hombre!, y así, si te fallan unos, siempre vendrá alguno...

Y nos desplegamos, animosos, a buscar cada cual alguno. Hubo quien quiso llevar seis, y le fallaron los seis. Pero, en general, todos llevamos alguno, y el grupo quedó casi duplicado en un par de días.

Y entonces surgió una organización que podríamos llamar de guerrillas. Cada incondicional tenía que mantener la constancia de los que había traído. Animarles, primero con su ejemplo, y después con el estímulo.

—Vamos chicos, a ver si mañana está nuestro grupo completo. Hoy ha faltado Urrutia. ¡Caramba con él! Nos ha ganado el grupo de Félix y el de Luis, que han estado completos. Nos han dado una lección. ¡Ese Urrutia! Y el dormilón Urrutia oía avergonzado la reprimenda de los amigos en la primera ocasión.

—¿Pero en serio habéis ido todos?

—Claro que sí, menos tú, gandul.

Y Urrutia sentía la responsabilidad de la excepción, e iba al día siguiente.

El éxito de la organización hizo que se perfeccionase. Se hicieron unos carnets con la lista de cada grupo, hasta diez, y se nombraron seriamente los capitanes, que llevaban las cuentas de las faltas de sus agrupados y trabajaban con el mayor celo por la constancia de los que acudían.

Yo tuve también mi carnet. Recuerdo que mi grupo era bueno, pero había un rebelde...

Quedó anotado en seguida, lleno de consolador optimismo: Enrique Ortuño.

—Yo acudiré —decía— sin dejar un solo día, desde el lunes. Desde el lunes, como un clavo.

—¡Qué, desde el lunes! —le repliqué indignado—. ¡Desde mañana mismo! Estamos en miércoles y son cuatro faltas que nos van a estropear el carnet. Los compañeros protestarán. Desde mañana. Desde mañana.

Ortuño hizo alguna resistencia; pero al fin prometió solemnemente acudir al día siguiente.

Efectivamente, al día siguiente, como un clavo, el compañero Ortuño se quedó en la cama.

En cuanto pude fuí a su propia casa, cumpliendo con mi deber de capitán.

—¿Está el señorito Enrique?

Estaba el señorito.

—¿Qué hay, tú?

—¿Cómo que, qué hay? Que prometiste venir por la mañana y no has venido. Todos, menos Echene, que está enfermo, hemos ido. Tú solo has llegado a fastidiarla.

—Pues chico, mira, yo pensaba ir y dije que me llamaran y no me han llamado, y claro es... que me he dormido. ¡Es tan temprano la Misa! Si fuese siquiera a las diez.

—¡Atiza!

Otra vez prometió Ortuño acudir como un clavo, y otra vez se quedó como un clavo en la cama. ¡Uy, qué calamidad de hombre!

Nuevamente me fuí a su casa y esta vez me recibió su mamá muy atenta.

—Sí, ahora saldrá, se está vistiendo. Vendrá usted para lo de la Misa, ¿no? Como es tan temprano, ¡el pobre!, siente frío, pero ya irá, ya irá de vez en cuando.

No me gustó la señora, que me pareció llevaba gran parte de la culpa de las faltas de su hijo.

—No, pues él se ha comprometido para todos los días, porque precisamente, lo que nos proponemos establecer y organizar es eso, la Comunión diaria, aconsejada por el Papa... Diaria, y claro está, dejaría de ser diaria, si fuese sólo de vez en cuando.

En aquel momento entraba Enrique un poco confuso por mi nueva decidida presencia.

—¡Nada!, o renuncias a ser de los buenos Congregantes, o te comprometes a venir con formalidad y constancia.

—No, renunciar no —me replicó Enrique Ortuño, sinceramente—. Ya iré... mañana, como un clavo...

Su madre le excusó y después añadió lánguidamente:

—¡Debieran ustedes poner, al principio, menos días! Sobre todo en invierno.

Como aquella señora hubo y hay todavía iguales y mucho peores. ¡Ay, si supiesen ellas el mal que hacen!

Ortuño vino algunos días, pero faltó también muchos, y cada vez que faltaba iba yo a su casa a averiguar la razón de la falta.

Su madre le disculpaba siempre y siempre tenía las mismas consideraciones.

—Todos los días... Es demasiado, ¿no? Siquiera en invierno deberían de poner menos días.

Ortuño, en cambio, prometía siempre:

—Mañana, como un clavo.

Y poco a poco fueron disminuyendo las faltas. El simpático Ortuño tenía en su casa dos enemigos que vencer, el calorcillo de la cama y la consideración de su madre.

Este fué mi grupo y muy parecidos los de los demás. Al que resultaba más constante se le daba un premio, un premio cuyo valor consistía en la satisfacción de un triunfo como aquél, luchando por una causa tan excelente como es la causa de Dios.

Así surgió esta Comunión diaria. Se multiplicaron los grupos, y se formó un núcleo formidable que ha edificado a todo Bilbao y establecido en nuestra Villa la Comunión frecuente de los jóvenes.

¡Cuánto puede la constancia, y cuánto educa la voluntad esta diaria labor de vencimiento, este continuo domeñar el animal instinto!

Acordaos mucho de este nacer de la Comunión diaria en la Congregación. Ved lo que se puede hacer con el decidido celo de cada cual. Pensad en el fruto formidable que puede conseguir uno solo, trabajando con verdadero tesón y constancia.

A Ortuño, al final, no se le pegaban las sábanas. Era fuerte ya. Y muchos llegaron a ser con su fortaleza unos colosos de virtud y hoy esos Congregantes forjados en el temple del sacrificio diario y alimentados con el Pan de los fuertes, son los hombres de más confianza en su esfera social.

Imitadlos.

Angel María Moreno, Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

El Campeonato de la Misa diaria

¿Habéis leído el precioso artículo de la sección EUCARISTICAS?

¿Y os habéis fijado con qué palabra termina?

Imitadlos.

Pues vamos a ello. Hoy la FORJA DE CARACTERES va a entrar en acción.

Hay que conquistar a los perezosos, a quienes se les pegan con demasiada frecuencia las sábanas; hay que convencer a las mamás, que miman demasiado a sus hijos; hay que conquistar a muchos jóvenes, cuyas obligaciones son perfectamente compatibles con las de la Congregación.

Manos a la obra.

Trabajaremos como trabajaron nuestros antiguos hermanos. Ya se han formado los grupos, ya está hecho el Reglamento de los Jefes de grupo.

Ellos son nuestros hermanos mayores —dice el Reglamento— nuestros ángeles custodios que velan por nosotros; son los agricultores que cultivan una parcela del Jardín de la Virgen; son Capitanes del gran Rey que nos conducen a la victoria.

Por eso nosotros amaremos y seguiremos con fidelidad a nuestros Jefes de grupo.

Ya están nombrados doce Jefes de grupo; pero no basta, hacen falta más. Ofrecéos al Padre para Jefes de grupo. En la Congregación no tenemos cargos meramente honoríficos; nuestro honor es trabajar por la Virgen, que es trabajar por la Congregación.

Queda anunciado para todos los grupos el *Campeonato de fidelidad y constancia.*

Habrá muchos y buenos premios. Pero el premio que a nadie será quitado es el sacrificio diario del levantarse temprano y el robustecimiento con el Pan de los Angeles que presta vigor y hermosura a nuestras almas.

¡Animo y a la brecha!

Bases del Campeonato

1.ª Todos los que participen en el Campeonato serán contados entre los Congregantes de *Primera Categoría*, si además reúnen las otras condiciones para ello.

2.ª Para poder inscribirse en el Campeonato deben comprometerse a venir, al menos, cuatro días en la semana. Las asistencias de los domingos no se cuentan a los efectos del Campeonato, pues todos los Congregantes tienen obligación de asistir al *Acto de Congregación del Domingo*.

3.ª El que no justifique ante su Jefe de grupo y ante el Padre cuatro ausencias seguidas o doce interrumpidas en un mes, quedará excluído del Campeonato y pasará a ser Congregante de *Segunda Categoría*.

4.ª El Campeonato es por puntos, concediéndose a cada grupo tantos puntos cuantas unidades tenga el tanto por ciento del total de asistencias que puede alcanzar ese grupo. Así, por ejemplo, si un grupo es capaz de tener de lunes a sábado 60 asistencias y llega a tener 45, como 45 representa el 75 por ciento de 60, se le concederán a ese grupo 75 puntos. Con estos puntos pueden adquirir los concursantes billetes para ir a la playa en el verano, los libros y objetos expuestos en la Congregación, sin perjuicio de poder ganar los otros valiosos premios al fin de curso. Cada Jefe de grupo distribuirá entre sus Congregantes los puntos ganados de la misma forma que se indica en esta base para los grupos.

5.ª Todos los domingos aparecerá el resultado de la semana en el cuadro gráfico de la Congregación. El resultado de cada mes se publicará en FLORES Y FRUTOS.

6.ª Se concederán las siguientes primas de 10 puntos: a) Al grupo que tenga más asistencias el lunes, el día siguiente al festivo y el día que haga mal tiempo.
b) Al Congregante que conquiste para la Misa diaria a otro Congregante y mantenga su constancia durante un mes.
c) Al Congregante que conquiste para la Congregación a otro chico cuya conducta durante un mes dé esperanzas de poder ser admitido en el número de los Congregantes.

La medalla de la Virgen es defensa eficaz

Era el P. Papetard hijo de un coronel del Ejército francés. El mismo siguió la carrera militar y fué teniente en 1834 y capitán en 1837. Tomó parte en las guerras de Africa por la conquista de Argelia y allí fué condecorado con la Legión de Honor en el campo de batalla.

Sin ser impío o ateo, era víctima de esa indiferencia que hacía parte esencial de la moda en 1830. Llevaba una medalla de la Santísima Virgen, la medalla milagrosa; pero por complacer al deseo de su piadosa madre, que rezaba con fervor por su hijo, expuesto cada día a la muerte del cuerpo, y tal vez también a la del alma. En el célebre sitio de Constantina, subiendo uno de los primeros al asalto a la cabeza de su compañía, fué derribado por una bala recibida en pleno pecho. Con la violencia del choque cayó desvanecido, y, cuando se levantó, extrañado de no sentir ninguna herida, descubrió la bala, que después de haber atravesado el uniforme y los vestidos había tomado como sobre un molde los rasgos de la imagen en relieve de la medalla.

La cosa le pareció bastante singular, pero en medio del bullicio de la guerra, arrastrado por el torbellino de los negocios y placeres, nuestro valiente oficial no pensaba en sacar de esta preservación milagrosa ninguna consecuencia en provecho de su alma.

Enviado de guarnición a París, y encontrándose cierto día cerca de la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias, se refugió de la lluvia bajo el pórtico de esta iglesia. Viendo entrar en ella los fieles, siguió maquinalmente la multitud y pronto se encontró frente al púlpito, desde donde el párroco, Sr. Desgenettes, hacía en aquel momento la relación de las gracias maravillosas que la Santísima Virgen había concedido por medio de la medalla milagrosa. Nuestro capitán, comparando los prodigios contados por el Sr. Desgenettes, se decía a sí mismo que si el predicador conociese lo que le había sucedido en Constantina, vería una prueba aún más destacada de la protección sobrenatural de la Virgen.

Impulsado, sin duda, por la gracia, siguió al sacerdote a la sacristía, y mostrándole la bala aplastada donde se veían finamente reproducidos en vacío, dentro del plomo, todos los rasgos de la medalla milagrosa, le contó cómo esta medalla le había servido de coraza y conservado la vida. Una conversación, animada por una emoción recíproca, siguió a la escena, y el santo sacerdote, con su celo ardiente y su ciencia de las almas, hizo comprender al joven oficial que había sido preservado por un favor insigne, del que tenía que estar agradecido a la Santísima Virgen. Abrió a sus ojos los horizontes infinitos del cielo por encima de esta pequeña tierra, que hasta entonces le había cautivado.

Alma recta, corazón generoso, el soldado dobló las rodillas delante del hombre de Dios, e inclinó la frente bajo la sentencia de misericordia que le trajo la paz con el perdón de lo pasado.

Desde este momento el capitán Papetard, que había expuesto tan frecuentemente su vida por su patria, quiso consagrar todas sus fuerzas, toda su inteligencia, al servicio del Rey de los reyes. Deponiendo su espada, se hizo estudiante de Teología a los 33 años, y entró en el Seminario Romano en 1841. En 1845, fué ordenado de sacerdote en las órdenes de la Trinidad por el Cardenal Patrizzi, y durante muchos años se dedicó al servicio de Dios y de las almas en el santuario de Nuestra Señora de las Victorias en París.

Luego se puso al servicio de un Obispo americano que venía a buscar socorros a Europa y le ayudó a recoger limosnas, para ponerse más tarde al de Mgr. de Mario-Brésilhac, fundador de las Misiones Africanas de Lyon. En una de sus primeras correrías por España obtuvo abundantísimas limosnas en Barcelona para su obra misional, y luego entró en esa misma Sociedad, de la que fué miembro utilísimo.

Congregante: Si la Virgen así defiende los cuerpos de los que llevan su medalla, ¿qué no hará para defender de las tentaciones a los hijos que acudan a Ella con devoción?

Que en las tentaciones tu recurso instantáneo sea la Virgen como los hijos pequeños acuden en los peligros a su madre.

J. M.ª E., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca



ECOS DE NUESTROS CATECISMOS

Para ser buen Catequista

P
A
R
C
E

¿Que significan esas letras? Ante todo, cuando el Sr. Director de LUZ EN LAS TINIEBLAS me invitó a que le mandase unas líneas para esa simpática Revista, una y otra vez he querido contestarle: dispense usted... **perdóneme...** no puedo.

Mas... ¡cualquiera puede... resistir al imán de tales catequistas! Así que la palabra **parce** significa, más bien, que pido perdón al Sr. Director por no haber sabido corresponder a las atenciones y distinciones que han tenido para conmigo.

Y si queréis, amadísimos catequistas, esa palabra significa que pedimos a Dios perdón por nuestros descuidos y negligencias en el desempeño de la gloriosa y santísima Obra, que su bondad infinita se ha dignado encomendarnos.

* * *

En esas letras se halla el secreto para lograr la asistencia de los niños a las Catequesis y la mayor eficacia de nuestro apostolado. Durante la Asamblea Catequística de Zaragoza, había en la Exposición una cajita en cuya tapa estaba escrito con letras gruesas: "EL MEJOR ATRACTIVO DE LOS NIÑOS; ABRASE CON CUIDADO".

Dentro, en una tarjeta, se daba la respuesta: **"UN BUEN CATEQUISTA".**

No es sólo el mejor atractivo, es **el alma de la Catequesis,** como lo es de la escuela el buen maestro.

Pues bien, en esa palabra nemónica, **parce,** se incluyen las principales virtudes del catequista:

PIEDAD filial para con Dios.

AMOR a los niños y ALEGRIA.

RESPETO santo, basado en el valor del alma en gracia.

CELO que es consecuencia del amor e incluye la CONSTANCIA.

EJEMPLO, siempre y en todas partes, de lo que enseñamos de palabra.

No sería oportuno, que yo ahora me pusiese a desarrollar esos conceptos. Pero, ¿verdad, queridos catequistas, que en algún Círculo de Estudio vais a reflexionar sobre ellos, aportando cada cual hechos e ideas para entender mejor esas virtudes y enamoraros de ellas? ¿Verdad que alguna vez haréis a solas un examen práctico, confrontando vuestra conducta, con el Divino Modelo?

¡Que Dios os bendiga, catequistas! ¡En manos de los catequistas, decía Pío XI, está el porvenir de la Religión y de la Iglesia!...

¡Ya el Señor os tiene preparada la aureola con que habéis de brillar por perpetuas eternidades!

✠ **Daniel Llorente,**
Obispo Vicario Capitular de Burgos.

Nota de la Redacción.—Cuando los jóvenes que llenamos estas páginas, sentamos los cimientos de nuestra revista a la sombra del Santuario de Begoña, soñamos un día que hasta quizá, nuestro amadísimo D. Daniel escribiría en ella. Abrimos los ojos y vemos que es verdad. ¡Agradecidísimos! No sabemos cómo pagarlo. Pero si vale como pago, le prometemos formalmente que tal examen práctico lo haremos, y al efecto proponemos a los catequistas este concurso que todos vais a contestar como homenaje a nuestro queridísimo CATEQUISTA-OBISPO. Este concurso se celebrará durante todo este año escolar.

Concurso

1.º —¿Por qué los catequistas debemos tener PIEDAD filial para con Dios?
2.º —¿En qué se debe manifestar esa PIEDAD?

Las tres mejores respuestas se premiarán con obras del Excmo. Sr. D. Daniel Llorente a elección de los concursantes.

Sabemos...

- QUE apenas hay ya uno en la Congregación, mayor de 15 años, que no sea Catequista;
- QUE el Padre está muy contento por esto y a todos nos felicita;
- QUE son muchos los menores de 15 años que tienen grandes deseos de ser Catequistas;
- QUE, para que estos pequeños se preparen bien a este gran apostolado y los que ya somos Catequistas lo seamos mejores, se va a dar un gran impulso a la **Academia de Catequistas;**
- QUE esta **Academia** comenzará todos los miércoles, a las 8 y diez de la noche; acabará a las 8 y cuarenta y cinco, y se tendrá en vez de la instrucción espiritual.
- QUE la preparación que se va a dar en esta **Academia de Catequistas** va a ser estupenda con los mejores recursos pedagógicos que sean posibles;
- QUE los Catequistas deben justificar sus ausencias a la preparación de Catequesis los sábados, y para ello se enviará **Aviso de ausencia** a las casas de los que no asistan a esta reunión.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Estadística

¡Magnífico...! ¡Elocuentes sus datos...! A través de los "partes" y de las líneas escritas por los Jefes, se ve a los Catequistas, a los niños y... hasta los bancos de las Catequesis.

Pondremos números; pero antes tenemos que hacer una observación, para que no se envalentonen demasiado los favorecidos por las cifras, ni se molesten los de resultados más modestos: es posible que la conquista de un niño en **"tierra de Minas"**, valga más que la de una docena de niños en terreno más iluminado por la LUZ DE LA VERDAD. ¡Animo todos! A leer.

LISTA POR ORDEN ALFABETICO

CATEQUESIS	NIÑOS	CATEQUISTAS	FALTARON
Alonsótegui	31	8	0
Ariz	25	2	0
Burceña	115	8	1
Celero	20	2	0
Dos Caminos	200	14	0
Galdácano	43	8	0
Repélega	67	10	0
San Salvador	82	7	0
Santa Agueda	38	6	4
Ugarte	43	4	0
Usánsolo	78	6	1

PEQUEÑAS DEDUCCIONES

Las adjuntas cifras nos demuestran los tres siguientes datos:

Número de Catequesis, 11.
Número de niños, 742.
Número de Catequistas, 75.
Catequistas que faltaron, 6.

Como se ve, sólo faltó a la Catequesis un 8 por ciento de Catequistas. Y aún de esos que hay que descontar: un enfermo y cuatro que quedaron castigados en el Colegio. (¡Ojo, eh, a portarse bien!).

Uno sólo hizo "pira", prefiriendo a la Catequesis ir a jugar un partido de foot-ball; pero, —¡qué desgracia!—, volvió al mediodía a casa con el codo roto. Se ve que Dios sabe castigar sin palo y que no quiere que un Catequista falte a su Catequesis.

¡Bien por Burceña! ¡Bien por Dos Caminos! ¡Bien por todos los Catequistas! Os habéis portado.

Hay este año en la Congregación menos chicos mayores que el año pasado y, sin embargo, somos más catequistas y tenemos una Catequesis más. Se ha recorrido minuciosamente la lista de Congregantes y podemos contar con los dedos de una mano los "emboscados", y aún sobran dedos. El mes que viene ya no lo serán. Se ha agotado la cantera. ¡Bravo!

¡Felicidades!

Congregantes que cumplen los años en Noviembre:

Día 2.—Francisco Javier Larrea Basterra.
" 5.—Antonio Arregui Lizárraga.
Ignacio González de Durana Isusi.
" 6.—Nicolás González Pinto López.
" 7.—Ignacio M.ª Martínez Rodamiláns.
" 9.—Francisco Javier Icaza Zabálburu.
Día 9.—Juan Miguel Ordozgoiti Santiago.
" 12.—Nilo Tuñón Rodríguez.
" 13.—Josafat Ortiz Arroyo.
" 14.—Jaime Quintanilla Castro.
" 16.—Tomás Zárraga Echániz.
" 19.—Ignacio Aguirre Delgado.
" 23.—Ignacio Olea Alcorta.
" 25.—Rafael Icaza Zabálburu.
Jesús Ordozgoiti Santiago.

Ecos de nuestros Catecismos

Espigando en los "partes"

DE UGARTE

El día de las Misiones, por la tarde, se escenificó el Drama en dos actos "Travesuras Malgaches", original del Padre José Julio Martínez.

Actuaron: A. Ruiz, D. de la Puente, F. Movilla, J. Arana S. Aldecoa, Herrera 1.º, P. Zubizarreta y Urigoitia, a los cuales agradecemos su prestación desinteresada en fecha coincidente con el partido A. Bilbao-Madrid. Mucha lluvia.

Javier Arana, Congr.

¡Muy bien por esos Catequistas y "escenificadores"!

DE SAN SALVADOR:

Hoy, 15 de Octubre, ha tenido lugar la inauguración del centro catequístico de San Salvador.

Llegamos a las 3 y ½ a la Catequesis encontrándonos con una multitud de niños que nos esperaban en la estación. A las 4 y 3/4, dió comienzo una serie de juegos de patio, que anteriormente se había señalado en los programas repartidos por el pueblo.

En la segunda parte de la fiesta, se representó la soberbia y entretenida comedia "El sueño de Valdivia", y después tuvimos la animada sesión de payasos que nos dieron Zubiaur y Arriola, con lo cual se dió por terminada la función y con ella la inauguración de la Catequesis de San Salvador del Valle. Hay que hacer resaltar el gran empeño con que todos los artistas trabajaron.

OTRA VEZ SAN SALVADOR:

Día 22.—Por la tarde ha sido muy concurrida la sesión de cine y creo que daremos al traste con el Cine de al lado de la Catequesis. Pues, según rumores, los del Cinema decían que iban a dar a los chicos la entrada gratis y además una onza de chocolate de propina. ¡Esto va que chuta!

Miguel Goya, Congr.

DE REPELEGA:

La Catequesis ha comenzado a las 10 en punto. Ha terminado a las 11 y diez. Se presenta un gran porvenir, tanto por el nuevo campo de apostolado, como por la docilidad de los chicos y el celo del Sr. Cura.

José M.ª Antoñana, Congr.

DE GALDACANO:

Se recogieron entre los chicos de la Catequesis la cantidad de 0,70 pesetas en concepto de limosna para las Misiones.

D. de la Puente, Congr.

DE DOS CAMINOS:

Hacen falta más catequistas, pues se ha dado el caso de catequistas que tenían 38 niños.

Ya veis, queridos catequistas, que la mies es mucha... Vengan más operarios.

J. Albizua, Congr.

DE ARIZ:

Hoy han venido muchos chicos, se nota mucho la influencia del verano y la falta de la Catequesis en él, pues hoy no ha comulgado ninguno.

El sacerdote que celebra la Misa, nos ha dicho que uno de los catequistas debiera ir a la Misa para cuidar de los chicos y para que estén atentos.

J. M.ª Ezcurra, Congr.

Pues que vayan dos a Misa y que acerquen los niños a Jesús.

DE ALONSOTEGUI:

Al principio de la Catequesis sólo han asistido 7 chavales, debido a la lluvia. Poco a poco, han ido llegando, habiendo al final 31. Los catequistas han asistido todos.

José R. de Diego, Congr.

Muy bien. ¡Así se da ejemplo!

Universidad de Deusto
Biblioteca

Por las Misiones de Madagascar

Intención misional de Noviembre

Se trata de la isla mayor del Africa, mayor que Francia, Holanda y Bélgica reunidas, y que, sin embargo, no tiene cuatro millones de habitantes. No son propiamente negros africanos, sino mezcla de malayos y otros pueblos del Océano Indico con un grupo menor de africanos. Todos hablan la misma lengua malgache.

Hasta muy entrado el siglo XIX no hubo misiones católicas permanentes, a pesar de muchos intentos, pero desde entonces ha sido, con Uganda, la misión más floreciente del Africa. Trabajaron en ella solos los jesuítas hasta el año 1896 en que la isla fué declarada colonia francesa. Desde entonces empezaron a ir otros misioneros, pues los primeros no daban abasto.

En 1942 había 8 Vicariatos y 2 Prefecturas apostólicas, como quien dice 10 Obispados, y 700.000 católicos y catecúmenos, casi una quinta parte de la isla. Los protestantes son algo menos, pero se oponen mucho a la misión, y están bien provistos de medios. Los mahometanos apenas son conocidos en la isla.

Hay muchos colegios y escuelas católicas con miles de alumnos. El clero indígena se desarrolla, y desde 1939 cuentan con un Obispo indígena. Unos 300 sacerdotes y varios miles de catequistas promueven la expansión de la Iglesia. Hay también un observatorio muy estimado en Tananarivo, varios hospitales y dispensarios y dos leproserías. La prensa católica se halla representada por varias revistas y periódicos semanales.

A principios del siglo hizo mucho daño a la misión la persecución escolar del Gobierno francés, pues los misioneros tenían 100.000 niños en las escuelas y tuvieron que cerrar la mayoría de ellas. Sin embargo se ha logrado después reparar gran parte del desastre.

Roguemos mucho al Corazón de Jesús, para que Misión tan prometedora pueda seguir adelante hasta la conversión total y pronta de la isla.

Congregante: Tus vencimientos, tus horas de estudio, tus actos de obediencia y, sobre todo, tu fidelidad y constancia a la Misa y Comunión diarias este mes, por las Misiones de Madagascar.

León Lopetegui, S. J.

Nuestra acción misional en Octubre

El Círculo de Estudios Misionales tuvo su primera reunión el día 1.º de Octubre. Asistieron cuantos quisieron enterarse de nuestra Academia Misional, y en ella se inscribieron unos 30.

El día 8 el circulista José M.ª Múgica explicó la Intención Misional de este mes.

El Círculo del día 15 se dedicó a ultimar la campaña misional del *Domingo Mundial de la Propagación de la Fe*.

Sirvieron de preparación a este día las instrucciones misionales que el Padre nos dió la semana precedente, por las noches. En este Domingo se movilizaron nuestras huestes. Algunos vendieron *Catolicismo* en la puerta de la iglesia y todos recogíamos limosnas que después entregábamos a nuestros jefes de grupo. Un precioso gráfico, obra de nuestro Congregante Carlos Lasúa, representaba el Paganismo, figurado en una pagoda, siendo atacado por nuestros tanques. Este gráfico acusaba el fervor misional de cada grupo en la colecta de limosnas.

Según se había anunciado, se organizaron turnos de Oración en la Capilla, por las Misiones, durante todo el día, cada turno de un cuarto de hora.

Por la noche de este Domingo, después de un precioso diálogo misional, arreglo de nuestro presidente José M.ª Múgica, el M. P. León Lopetegui, Doctor en Misionología, nos dió una preciosa conferencia con proyecciones de la Misión de Ruanda.

José R. de Diego, Congr.
Prefecto de Misiones

DE MI DIARIO

SETIEMBRE

Día 15.—Se han presentado al Sr. Obispo en un pergamino muy bonito, los obsequios espirituales que le hemos hecho, como muestra de nuestra adhesión filial. Dicen que ha quedado muy contento el Sr. Obispo. Zabala le ha ofrecido no hablar en una partida de dominó, ¡pobre de él! se va a ver mal para cumplirlo.

Día 16.—Hoy no he ido a Misa a la "Congre", pues, como llovía, mi mamá no me ha querido llamar y yo tenía pereza. Mi mamá me quiere demasiado. Estoy triste. Ahora me acuerdo de una frase que oí el otro día: **Hay cariños que matan.**

Día 18.—Zabala gana una partida de dominó sin hablar ni una palabra. Cumplió su promesa. Ya vale para cartujo. ¡Es algo formidable!

Día 19.—Ayer el P. Gaviña nos contó el caso de un javanés que por una promesa hecha a su dios se pasó recitando poesías toda una noche. Yo he prometido llegar pronto a Misa pero no lo he cumplido; qué mal cumplo mis promesas hechas al Dios verdadero y a su Madre. ¡Soy un zoquete!

Día 21.—Han seguido hoy las expulsiones. Hasta dónde se puede llegar con las malas compañías de chicos no Congregantes. Le he prometido a la Virgen no tener más amigos que Congregantes y aun de éstos buscar los mejores. ¡Madre mía, dame buenos amigos!

Día 24. DOMINGO.—Después de Misa nos habla el Padre de que tenemos que tener la conciencia limpia, aun de pequeñas faltas, pues somos hijos de la Virgen Inmaculada.

Día 25.—Hoy he visto las pruebas del primer número de FLORES Y FRUTOS. ¡Qué cosa más imponente! ¡Qué presentación! ¡Es formidable!

OCTUBRE

Día 1. DOMINGO.—Hoy hemos tenido retiro en la Congregación los mayores de 13 años. El Padre nos ha dado una meditación sobre el espíritu apostólico del Congregante. Después en el salón los jefes de las Catequesis han explicado a los demás lo que se hace en cada una de ellas para que se apuntara el que quisiera. Todos menos uno se han apuntado a alguna Catequesis. ¡Colosal! Yo me he apuntado a Repélega. Por la mañana tendremos Catequesis y por la tarde cine y proyecciones de catecismo.

Día 2.—Comienzan las clases; pero con todo hemos asistido bastantes a Misa. Por la noche empieza el Padre la explicación de la hojita **"Método y consejos para estudiar bien"** y nos anima para que ofrezcamos el estudio a nuestra Madre.

Día 4.—Hoy nuestras madres han tenido con el Padre la reunión de principio de curso. ¿Qué les habrá dicho?

Día 7.—Primera reunión semanal de los Catequistas en la que se dan los últimos toques a la organización. Han asistido todos con gran alegría.

Día 8. DOMINGO.—Se inauguran las Catequesis; entre ellas la mía de Repélega. Yo no creí que se pudiera estar tan contento después de enseñar el catecismo a los niños.

Día 12.—Esta noche unos 70 Congregantes hemos acompañado al Viático que el Padre llevaba a Pedrito Nebreda desde la Parroquia. Es muy edificante la devoción con que Pedrito recibió al Señor.

Día 17.—Academia Literaria. Hemos hecho la crítica de algunas revistas de Congregaciones. Me ha gustado mucho un artículo de "Berchmans" sobre el trabajar por la Congregación, que es trabajar por la Virgen.

X. X. Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Página de las familias

Nuestro buen amigo el P. Antonio Iralo, antiguo Congregante, nos cuenta este hecho hermosísimo.

Una verdadera madre.

En una de mis jiras por el centro de España se me presentó una señora Maestra directora de un grupo escolar y ferviente católica.

—Padre, me dijo, soy la madre afortunada de un Jesuita. Hace tres años mi hijo mayor Luis me pidió permiso para entrar en la Compañía. Examiné su vocación; la hice examinar por personas competentes y convencida de que era de Dios, le dí con mucho gusto mi consentimiento. Luis ha hecho ya los votos religiosos y está ahora cursando los estudios humanísticos en Loyola. Sé que es feliz y está en su centro.

Pero entretanto en estos tres años una terrible prueba me ha sobrevenido. Me voy quedando casi completamente sin vista y los médicos me han dicho que pronto me quedaré del todo ciega. Por imposibilidad física he tenido que renunciar al puesto de directora y maestra de las clases superiores y he pedido una clase de párvulas. Así mientras me dure la poca vista que me queda tengo asegurado el pan para lós tres hijos más pequeños que me quedan. Luis no tardará en enterarse de todo eso y temo que al saberlo se desencadene una lucha terrible en su interior: el amor a Dios y la fidelidad a su vocación por un lado; y el amor a su madre y el deseo de socorrerla por otro. Pues bien, Padre, si ve a mi hijo dígale bien claro de mi parte y lo mismo a los Superiores "que jamás se le ocurra dejar a Dios por su madre, que siga fiel a su vocación y no se preocupe para nada de mí. Estoy en las manos de Dios que es nuestro Padre y sé que nunca me ha de abandonar."

Así habló aquella madre ejemplar de fe tan recia que sabe apreciar por encima de todo el bien espiritual y eterno de su hijo y sabe confiar plenísimamente en Dios nuestro Padre.

Confieso que al oirla sentí conmovérseme toda el alma y supliqué al Señor se dignase concedernos muchas madres santas como aquélla.

Dos minutos de reflexión

Conocéis a padres para quienes es honda preocupación ver que sus hijos no aprueban el curso y... buscan profesores y pagan buenas cantidades en lecciones particulares para sus hijos.

Hay un Maestro que conserva maravillosamente la inocencia de vuestros hijos y los hace respetuosos, obedientes, sinceros, laboriosos, amables, candorosos, angelicales, varoniles...

Este Maestro es **Jesucristo.**

Tiene su clase gratis de 7 y ½ a 8 todos los días en la Misa y plática diarias de la Congregación y personalmente da la lección a tu hijo cada mañana cuando se une a su alma en la Comunión.

Padres, ¿habéis caido en la cuenta de esto?

¿Os preocupáis de que vuestros hijos se acuesten temprano y se levanten a tiempo para que aprendan esta lección diaria del Maestro Divino?

Importa a los padres saber...

- QUE seis ausencias seguidas y no justificadas a la Misa de Congregación los días de fiesta o doce salteadas, durante un año, determinan el despido de la Congregación;
- QUE no falta alguno que aprovecha el tiempo de preparación de Catequesis el sábado por la noche para marcharse al cine, diciendo luego en casa que ha estado en la Congregación, y para evitar esto:
- QUE se enviará «Aviso de Ausencias» a las casas de los Catequistas, que no vinieran el sábado a la reunión de la noche;
- QUE conviene vigilar mucho los amigos de sus hijos;
- QUE conviene que esos amigos sean Congregantes para que no les aparten de la Congregación o los arrastren a diversiones impropias de un Congregante.

Dicen los antiguos...

Os dedicamos esta sección a vosotros para que nos digáis «lo que fué» nuestra Congregación de gloriosa historia y nos enseñéis a amarla como vosotros la amáis.

"Los Congregantes tienen un sello inconfundible e imborrable, que denuncia a simple vista su aristocracia cristiana"

Vedlo en esta reciente carta que publicamos para ejemplo de antiguos y actuales Congregantes:

Querido Padre: Suprimo los tratamientos en gracia a nuestra vieja amistad. Amistad nacida en ese mismo ambiente que hoy, por designio de Nuestro Señor, tienes el encargo de conservar en el calor de antaño; en aquel entrañable redil de la "Congre", donde tu antecesor, nuestro inolvidable Padre Basterra, forjó durante más de treinta años tantas y tantas almas.... y entre ellas la tuya y la mía. "Corderos" nos llamaba **"el Padre"** a todos, ¿te acuerdas?

Ayer, después de besar tu mano, cuando regresaba en el autobús, comencé a leer la carta que contigo firman Eliseo y Justo. (¡Ah, pícaros, cómo sabéis llegar al corazón!), y aquí tenéis mi respuesta.

¿Relegaremos al olvido su memoria —decís—, haciendo referencia a la Congregación, o nos limitaremos a un vago y platónico recuerdo?

Nada de eso. Para mí, el recuerdo de la Congregación es algo de valor positivo, cuyo elevado interés percibo a diario y libre de tributos; es el alimento constante de mi espíritu; porque, créeme, yo rezo por las mañanas lo que aprendí en la Misa diaria de la "Congre"; lo hago asimismo antes de trabajar, estudiar, pasear o comer, porque me lo enseñó **"el Padre"**; y me santiguo en el tren, en el tranvía o al pasar frente a la Iglesia, porque en nosotros no llegó a nacer el temor del "qué dirán", que tanto repetía el Padre Basterra; y comulgo con frecuencia y defiendo la Religión a capa y espada donde quiera que fuere, porque fuí Congregante.

¿Ves qué bueno soy? Pues mira: hago todas esas cosas buenas a pesar de ser "el ganso de Luisín"; porque tocante a formalidad bien sabes tú que fuí del montón.

Pero es que si algo llevo a término agradable a los ojos de Dios, no dudo que lo debo, en gran parte, a la Congregación. ¿Qué no harán, pues, con esta patente, los que fueron buenos? Y es que no falla: los Congregantes tienen un sello inconfundible e imborrable, que denuncia a simple vista su aristocracia cristiana.

Querido Padre, ¡cuánto podría contarte acerca de la influencia que en mi vida ha ejercido el recuerdo de la Congregación nuestra, tan querida. ¿Puedes creer, así, que no la amo, ni que haya un sólo Congregante de nuestros tiempos que no sienta, por lo menos, como yo, que soy de los peores?

Conservo con especial cariño aquella hermosa estampa de la Inmaculada de Murillo que nos dió el Padre Basterra y a cuyo dorso se leen unas bellas palabras de sencillo y puro amor a la Virgen—ya recordarás—escritas por un Congregante modelo, que murió santamente. ¿Olvidar, decís, y no ayudar...?

Lloraría de pena ante la sospecha de que nuestra Congregación pudiera desaparecer.

Quiero, sí, ser Congregante y con el mayor gusto te devuelvo adjunto la tarjeta de inscripción como Congregante Protector, suscribiéndome también a "Flores y Frutos".

Quiero vivir y morir siendo Congregante de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka.

Besa tu mano,

Luisín.

A LOS ANTIGUOS CONGREGANTES

Bien conocéis por experiencia el inmenso valor formativo de vuestra querida Congregación.

¿No querríais hacer el mismo bien a vuestros hijos o a los de vuestros amigos?

Recomendadles que se inscriban donde vosotros os educasteis.

Universidad de Deusto
Biblioteca

BUEN HUMOR

CONCURSO DE PASATIEMPOS





Poner un pie gracioso a este dibujo.

Algunas de las soluciones presentadas como pies de este dibujo

Eso que tiene Vd. delante es la tierra, ¿comprende?
—No lo creo.
—¿Por qué?
—Porque eso es una "bola".
(6 puntos)

* * *

—Dígame, ¿dónde está "Bilbao"?
—Ha ido a pedir higos al Padre.
(4 puntos)

* * *

—¿Qué es esto?
—El delantero centro del Valencia recostado sobre Mesa.
—¡Se habrá quedado calvo!
—No, señor, se ha ido al Español.
(8 puntos)

CLARIN.

Algunas soluciones presentadas a los acertijos del mes pasado:

Campo blanco: el alma del Congregante.
Semilla negra: el pecado.
Dos que lo ven: Dios y el ángel de la guarda.
Y una que lo siembra: la voluntad.
(10 puntos)

* * *

Dos hermanos son,
el uno va a misa y el otro no.
(Aunque la solución verdadera es **el vino y el vinagre,** publicamos también esta otra que tiene "miga").

El pez delfín no va a misa, en cambio su hermano Delfín sí. Por cierto que se coloca siempre el del fin para salir más pronto, conforme a la sentencia evangélica "los últimos serán los primeros". ¡Buen pez está hecho!
(Se le paga por la "miga" 8 puntos)

CHISTES

Un bromista entra en la lechería:
—Señorita, deme por favor un metro de leche.
La dependiente, sin inmutarse, echa con la jarra una línea de leche de un metro de larga en la mesa y dice con amabilidad:
—¿Se lo envuelvo o lo va a llevar puesto?

—¿Cómo te llamas?
—Como mi padre.
—¿Y tu padre?
—Como yo
—Bueno; pero ¿cómo te llaman tus padres a la hora de comer?
—No me llaman, acudo siempre el primero.

LIBROS Y HOJAS

Libros y hojas que la Congregación facilita a menos precio que el corriente en librerías.

PARA LA NOVENA DE LA INMACULADA

Estampas de la Inmaculada de Murillo

Tamaño tarjeta postal, a todo color, con un precioso texto al dorso muy apropiado para los jóvenes.
Cada estampa, 25 cts.; el ciento, 20 ptas.
Muy apta para repartirla a colegiales y congregantes en la Novena de la Inmaculada.

Año Cristiano y Vidas de los Santos

Por Teodomiro Moreno Durán

Contiene una preciosa narración para cada día del año. La mejor obra para vivir el espíritu de los grandes héroes del cristianismo. En la lectura diaria de vidas de santos se educaron las generaciones pasadas. No debe faltar esta obra en una casa verdaderamente cristiana.
12 tomos. - Sólo 40 pesetas. - ¡Gran ocasión!
Cada tomo, 220 páginas con grabados, encuadernación en tela. Los Congregantes pueden adquirir esta obra a plazos de 10 ptas. mensuales.

Sábados Populares dedicados a María

Por el R. P. Cándido Arbeloa, S. J.

Preciosa colección de ejemplos aptísimos para inculcar en los jóvenes la devoción a la Santísima Virgen.
1 tomito de bolsillo, encuadernado en tela, 300 páginas, **3,50 ptas.**

Método y Consejos para estudiar *(hoja)*

¿Quieres estudiar con provecho? En esta hoja encontrarás resumidos los mejores consejos para estudiar.
Precio de cada hoja **5 cts.**; el ciento, **4 ptas.**

Exámen de conciencia para las noches y exámen práctico semanal para jóvenes

Hoja doble en cartulina y una imagen de la Santísima Virgen con San Estanislao.
Precio de cada hoja: **10 cts.**; el ciento, **8 ptas.**

Universidad de Deusto
Biblioteca









DE NUESTRA ULTIMA EXCURSION A ORDUÑA.

Tres buenos amigos en la subida a la "Peña".

Un Grupo de Congregantes a los pies de la Virgen.

Nuestro "Presi", Hector, en el momento del reparto.

Bajando de la "Peña"

FLORES y FRUTOS

DE LA CONGREGACION DE LA INMACULADA Y S. ESTANISLAO DE KOSTKA



El Papa

Congregante Mariano celebra sus bodas de oro

13 de diciembre de 1944.

En esta fecha, hará 50 años que Su Santidad Pío XII recibió su Medalla de Congregante Mariano en el Colegio Capránica de Roma.

Hoy, el Vicario de Cristo en la tierra, que para gran honor, tuyo, es tu Hermano Mayor de Congregación, siente su corazón agobiado por los males que azotan a la humanidad.

¿No podrás ayudarle con tus oraciones?

¿No sientes deseos de obsequiarle en tan señalado día?

BILBAO
...iembre - 1944
...nero - 1945



Calendario de Diciembre

1. V.—**Primer Viernes.** Bendición solemne por la noche.
2. S.—Sabatina, a las 8 y diez.
   Reunión de catequistas, a las 8 y 25.
3. † DOMINGO.—**San Francisco Javier.** Acto de Congregación, a las 8.
   Velada recreativa, a las 7.
   Bendición solemne.
4. L.—Reunión de la Junta Directiva.
5. M.—Academia Literaria, a las 8 y 10.
6. M.—Academia de Catequistas, a las 8 y diez.
7. J.—Víspera de la Inmaculada.
   Retiro para los mayores de 12 años y todos los aspirantes.
8. † V.—**Fiesta de la Inmaculada Concepción.** Misa, a las 8, en la Residencia.
   Juegos de patio en la Congregación, a las diez.
   Solemne admisión de nuevos Congregantes, a las 12 y cuarto, en la Residencia.
   Velada recreativa, a las 7.
   Bendición solemne.
   Guardia de honor a la Santísima Virgen, desde las 9 y media de la mañana hasta las 7 de la tarde en el orden que se indicará.
9. S.—Sabatina, a las 8 y diez.
   Reunión de Catequistas, a las 8 y 25.
10. † DOMINGO.—**Día del Papa Congregante.** Acto de Congregación, a las 8.
    Velada en honor del Papa, a las 7.
    Bendición solemne.
    Academia de Misiones.
11. L.—Academia de monaguillos a las 8 y diez.
12. M.—Academia Literaria, a las 8 y diez.
13. M.—JUBILEO DEL PAPA CONGREGANTE. En este día se cumplen los 50 años que Su Santidad el Papa Pío XII fué admitido en la Congregación de la Santísima Virgen del Colegio Capránica de Roma.
    Academia de Catequistas, a las 8 y diez.
14. J.—Reunión de la Junta Directiva.
16. S.—Sabatina, a las 8 y diez.
    Reunión de Catequistas, a las 8 y 25.
17. † DOMINGO.—Acto de Congregación, a las 8.
    Velada recreativa, a las 7.
    Bendición solemne.
    Academia de Misiones.
18. L.—Academia de monaguillos, a las 8 y diez.
19. M.—Academia Literaria, a las 8 y diez.
20. M.—Academia de Catequistas, a las 8 y diez.
21. J.—Reunión de la Junta Directiva.
23. S.—Desde hoy la Misa diaria es a las 8.
    Sabatina, a las 8 y diez.
    Reunión de Catequistas, a las 8 y 25.
24. † DOMINGO.—**Navidad.** Acto de Congregación, a las 8.
    Hay Catequesis en los pueblos.
    Velada recreativa, a las 7.
    Bendición solemne.
    Se suprimen las Academias y Catequesis hasta el 7 de Enero.
25. † L.—**La Natividad de Ntro. Señor Jesucristo.** Misa en la Capilla de la Congregación a las 9.
    Hoy todos los sacerdotes dicen tres Misas. A los Congregantes sólo obliga asistir a la de las 9; las demás son voluntarias.
    Velada recreativa, a las 7.
    Bendición solemne.

26 al 31.—La Misa diaria continúa siendo a las 8.
Todas las noches hay velada recreativa a las 7.

Al Papa congregante

Las Congregaciones Marianas de España.

En los momentos terribles de tormenta por los que atraviesa el mundo, quisiéramos ir, más que nunca, a la sombra de nuestro Padre común, dentro de la barquilla de Pedro, en la Iglesia Santa, sujetos a su alta e infalible dirección para no naufragar.

Las Congregaciones Marianas españolas contemplan con emoción sobre la Tiara pontificia del primer congregante mariano del mundo, la luz refulgente de la verdad reflejada por la Reina Inmaculada, madre del género humano y Señora especialísima de los congregantes, que vestimos su medalla, con nuestro Santo Padre Pío XII a la cabeza.

¡Santísimo Padre! Todos los congregantes marianos a vuestro lado hasta morir por seguiros, si fuera preciso.

Julián P. Bodero
Presidente de la Confederación Nacional de CC. MM.

S. S. EL PAPA CONGREGANTE, PIO XII,

AGRADECE EL HOMENAJE DE LAS CONGREGACIONES MARIANAS ESPAÑOLAS Y LAS BENDICE.

"Paternalmente agradecidos por solemne filial homenaje que Congregaciones Marianas de la católica España celebran para conmemorar quincuagésimo aniversario de nuestra agregación como miembro de tan benemérita institución, hacemos fervientes votos por su próspero florecimiento e implorando para queridos hijos, visible asistencia Virgen Inmaculada, enviamos, de todo corazón, nuestra apostólica Bendición, señal de particular benevolencia y prenda de abundantes gracias divinas."

Pius, PP. XII

Universidad de Deusto
Biblioteca

El Exmo. y Rvmo. Sr. Obispo de Vitoria

D. Carmelo Ballester y Nieto,

acaba de dirigir una carta a nuestro Padre Director.

Con filial veneración y agradecimiento recogemos las alentadoras frases de nuestro Padre y Pastor.

Ellas y su paternal bendición nos sirven de estímulo para continuar con redoblado esfuerzo el apostolado catequístico tradicional en nuestra Congregación siempre fieles a las orientaciones del Prelado.

No puedo menos de alabar, aprobar y bendecir la hermosa labor catequística que esos celosos jóvenes congregantes realizan en los pueblos colaborando en la labor apostólica parroquial.

Que el Señor les colme de toda suerte de gracias y bendiciones para que esas almas juveniles lleguen a ser los ardientes apóstoles y eficaces colaboradores de la Jerarquía que la Iglesia necesita en nuestros tiempos.

Con singular afecto le saluda y bendice,

† *El Obispo de Vitoria.*

EPOCA II :-: Núms. 3 - 4 DICIEMBRE - ENERO 1945.

FLORES y FRUTOS

de la Congregación de la Inmaculada Virgen María y San Estanislao de Kostka :-: BILBAO Paz, 2.

El Exmo. y Rvmo. Sr. Obispo Vicario Capitular de Burgos, nuestro amadísimo D. Daniel Llorente, nos envía esta felicitación y bendición para todos:

¡Qué bonita la presentación de "Flores y Frutos"! ¡Y qué interesante el contenido con tan buenos artículos de los Congregantes!

¡Enhorabuena! Felicidades a todos.

Muy EX CORDE bendigo la Revista y a todos sus redactores, colaboradores y lectores.

† Daniel, Ob. Vic. Cap.

"Flores y Frutos" acoge lleno de júbilo y gratitud estas palabras de aliento y las trasmite a sus lectores.

Al mismo tiempo suplicamos que encomienden al Señor a este gran amigo de los niños y de nuestra Congregación.



CONSIGNA del mes

¡Por el Papa!

Un Papa en el destierro

Era el año 1848.

La Revolución habíase enseñoreado de Roma.

El día 15 de Noviembre, al subir las escaleras del Parlamento, los revolucionarios habían asesinado al primer ministro del Papa. Las turbas se dirigieron al Palacio Pontificio y dispararon contra sus ventanas. Una bala hirió de muerte a uno de los Prelados domésticos de Su Santidad.

La situación era insostenible. Todos abandonaban al Papa que era, en realidad, prisionero de sus enemigos y hubo de pensar en huír de Roma.

La huída se realizó el 24 del mismo Noviembre.

Mientras el embajador de Francia en la cámara papal leía en voz alta diversos documentos a fin de que pensasen que despachaba con el Pontífice, Pío IX cambiaba sus blancos hábitos por una negra sotana de simple clérigo y, acompañado del abate Filipanti, abandonaba el palacio por una escalera secreta. Al día siguiente llegaba a Gaeta en el coche del embajador de Baviera. Había hecho el viaje como preceptor de sus hijos y en la frontera con el reino de Nápoles nadie había sospechado su verdadera calidad.

Días amargos para el Santo Padre. El obispo de Gaeta estaba ausente y hubo de hospedarse en un posada de mala muerte de la que no se atrevía a salir para no suscitar sospechas, hasta que el rey de Nápoles puso a su disposición el palacio real.

Entretanto la furia revolucionaria se ensañaba en Roma. El 9 de Febrero declaraba desposeído de su soberanía temporal al Papa y proclamaba la República romana. Días más tarde privaban a la Iglesia de todos sus bienes.

En medio de tantas amarguras, Pío IX no perdía su confianza, que toda la tenía depositada en el cielo.

Fué para él María Inmaculada la estrella matutina que anuncia ya cercano el día, el rayo de luz esperanzadora en medio de los nubarrones llenos de tempestad que por doquier oscurecían el horizonte.

Desde su tierna infancia había llamado la atención la filial devoción del Papa a la Santísima Virgen. En su destierro ve en ella el medio mejor de conjurar los castigos del cielo. "Ella —escribe— calmará las espantosas tempestades de que la Iglesia se ve asaltada por todas partes".

Y para reanimar la devoción a María en los fieles, firma el 2 de Febrero la enciclica preparatoria de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción.

No fué vana su confianza. La Virgen le devolvió a Roma.

Pocos años más tarde, en pago de su deuda sagrada, el santo y mártir Pío IX, rodeado de una multitud de obispos venidos de todas partes del mundo, en medio de la pompa pontifical, con lágrimas en los ojos y labios trémulos, leía en la Basílica Vaticana la bula por la que definía, para honra y ornamento de la Virgen, que por especial privilegio de Dios había sido preservada de toda mancha de pecado desde el primer instante de su concepción.

Un ansia muchas veces secular del pueblo fiel quedaba colmada.

Y la Virgen aceptó el homenaje. Poco después se aparecía en Lourdes y cuando Bernardita le preguntó cómo se llamaba, le contestó:

—Yo soy la Inmaculada Concepción.

Como entonces...

La historia que precede ha venido espontánea a mi recuerdo.

Este mes de Diciembre de 1944 es para los Congregantes el mes de la Inmaculada y el mes del Papa.

El **mes de la Inmaculada** cuya fiesta es el sol que ilumina y calienta sus primeros días.

El **mes del Papa.** El día 13 se cumplieron cincuenta años desde que el entonces adolescente Eugenio Pacelli, hoy S. S. Pío XII, ingresaba en la Congregación Mariana del Colegio Capránica de Roma. Día fausto para las Congregaciones. Pueden contar un Papa más en la serie de sus hijos ilustres.

Y porque para tí es éste el mes de la Inmaculada y el mes del Papa, la Inmaculada y el Papa han de constituir, intimamente unidos, el centro de tu vida espiritual, de tu oración y de tu sacrificio.

Como entonces...

Como el año 1848, cuando el santo y mártir Pío IX gemía desterrado en Gaeta...

También hoy negros nubarrones, presagio de tempestad, cierran el horizonte. También hoy se ciernen sobre el mundo males sin cuento; una guerra sin precedentes lo asola todo. También hoy la Iglesia se ve amenazada por todas partes, por enemigos sañudos, por hijos traidores.

Como entonces, el corazón de nuestro Padre el Papa está inundado de amargura y destila lágrimas de sangre...

Y, como entonces, su mirada se fija en María, "nuestra esperanza".

Varias veces ha pedido el Papa que oraciones de niños lleguen hasta el trono de la Reina de los Cielos, en súplica inocente por él y por el mundo desquiciado y olvidado de Cristo.

Y tú, hermanito pequeño del Papa en el seno de la gran familia de la Congregación, ¿te olvidarás de él?

Cuando en la Misa sigas paso a paso el sacrificio de la Cruz,

cuando en la Comunión juntes tu corazón al de Jesús y acerques tus labios a su Costado santo,

cuando en la Visita tengas con El un rato de confidencia de amigos,

cuando ores,

cuando estudies,

cuando te sacrifiques,

¿te olvidarás del Papa y de su dolor?

E. de M., Congr.



¿Quieres un buen regalo de Reyes para todo el año?

Pide que te suscriban a EL SIGLO DE LAS MISIONES, Revista mensual ilustrada de Misiones.
Fundada en 1914 y bendecida por SS. SS. Benedicto XV, Pío XI y Pío XII.

Da idea acabada de todo el problema de las Misiones Católicas y de sus cuestiones fundamentales.

PRESENTA en animado cuadro la obra de la evangelización del mundo.

FOMENTA el interés y entusiasmo por la causa misional con variedad de relaciones amenas.

ENTRETIENE, instruye y moraliza con la descripción de los usos y costumbres de los pueblos infieles y con la presentación de curiosidades etnológicas, geográficas, zoológicas, botánicas, etcétera.

ILUSTRACIONES de primera mano tomadas directamente en los países de Misiones. Cuatro páginas artísticas en huecograbado.

CUARENTA páginas mensuales, no contadas las de anuncios.

PRECIO DE LA SUSCRIPCION:

Ordinaria ..... 16 pesetas
De bienhechor ..... 25 »
(La suscripción se entiende de Enero a Diciembre.)

Dirigirse a: Sr. Administrador de EL SIGLO DE LAS MISIONES
A. de Mazarredo, 59, pral. - BILBAO - Apartado 211.

o también a: CONGREGACION DE LA INMACULADA Y SAN ESTANISLAO.
Paz, 2.—BILBAO

Universidad de Deusto
Biblioteca

Nuestro Santo Padre el Papa Pío XII ama a las Congregaciones Marianas

El Papa es Congregante hace 50 años. Y en su espíritu actualmente mariano y congregacionista, y en sus recuerdos de Congregante, encuentra con gozo —lo ha escrito de su puño y letra en una foto dedicada al Secretariado General de las CC. MM.— **"Los más suaves motivos de gratitud al Señor y la celeste Madre".**

El 22 de Octubre de 1938 en **Menzinger** (Suiza) ante una Asamblea de Directivos de las Congregaciones Marianas helvéticas, dijo:

> **"La divina Providencia os ha encomendado una misión muy seria en estos tiempos tan atormentados, la misión de la Acción Católica según el espíritu de la Virgen Santísima. Habéis sido llamados para abrir nuevos surcos en el porvenir y preparar así una abundante cosecha a la verdad eterna."**

¿Habrá documentos oficiales probativos del amor del Papa a las Congregaciones Marianas? Por supuesto. En el A. A. S. (vol. II, año 32, pág. 294). Escribía el Pontífice al P. General de la Compañía de Jesús, y después de alabar **"los muchos méritos que vuestra Compañía ha logrado en estos últimos siglos con el ministerio de la educación sólida y sana de la juventud"**, añade:

> **A esa juventud le proponéis con verdadero interés los ejemplos de santísimos jóvenes para que los conozcan y los imiten: jóvenes como Luis Gonzaga, Juan Berchmans y Estanislao de Kostka..."**

Y continúa más abajo:

> **"Para formar así jóvenes aptos que ocupen en la vida puestos estratégicos a la gloria de Dios y bien de la Iglesia y de las almas, ayudan mucho aquellas instituciones de sólida piedad y de apostolado cristiano que se llaman Congregaciones Marianas, a las que la Iglesia de Cristo considera como ejército escogido y poderoso auxiliar, dispuesto a salir al campo de batalla bajo la bandera de María Inmaculada."**

Realmente, no cabe concepto más claro y exacto. Pero, ¿quiere el Papa que continúen siendo "éso" las Congregaciones, y persiste el señalarles "ahora" esa misión de extrema vanguardia? Aquí tenéis la respuesta Pontificia:

> **Continuad, pues, ocupados en esta Santísima tarea, y no creáis que habéis hecho bastante cuando todavía no podáis hacer más..."**

En una carta que escribió al Cardenal Leme, del Brasil, dice que ve:

> **Con singular agrado nuestro afán para procurar no solo una sólida formación espiritual sino también una intensa y fecunda actividad apostólica, elementos ambos esenciales a toda Congregación Mariana..."**

Este es el punto de toda la Carta: una confirmación y un magnífico comentario de nuestra Regla 1.ª No, no hemos pasado a la historia, al contrario: **"Nuestros más vivos deseos son que estas palestras de piedad y de apostolado cristiano crezcan cada día más, se robustezcan cada día más... y difundan cada día más abundantemente la vida cristiana en el individuo, en la familia y en la Sociedad..."**

(Tomado de "Estrella del Mar.")

Un recuerdo de familia

S. S. el Papa Pío XII y nosotros

Un día un Congregante, Ignacio Iparraguirre, hoy Jesuita, llegaba a Roma llevando prendido en su corazón el amor al Papa.

Su amor le llevó a los pies del Santo Padre y allí le habló de nosotros.

¿Qué le dijo el Papa?

El mismo P. Iparraguirre se apresuró a escribírnoslo. Su carta es para nosotros un queridísimo recuerdo de familia.

Leedla.

> *He tenido ocasión de estar con el Papa y hablarle de esa Congregación. Me ha manifestado que la conducta del grupo de fieles Congregantes proporcionaba una gran alegría a su corazón atribulado, ahora sobre todo que tantos jóvenes se dejan llevar por sus caprichos.*
>
> *Las dos cosas que más le han gustado de todo lo que le he narrado, han sido la Comunión diaria, "¡QUE TESORO!" ha dicho, y los Catecismos. Que se consoliden éstos, que haya constancia, es su deseo.*
>
> *Ha estado todo el tiempo paternalísimo, sencillísimo, se reflejaba en su rostro la alegría que le proporcionaban los sacrificios que le contaba de algunos de ésos. Yo pensaba: si vieran la gran alegría que han proporcionado al Padre común, si vieran cómo su corazón se abría y sus ojos brillaban, no dudo que se darían por completamente pagados, y otros muchos se animarían a hacer cosas mayores y ser fieles a la Misa de la mañana y a la Comunión, ofreciendo por el Papa y las demás intenciones el sacrificio que, sin duda, supone en muchos.*
>
> *Al final, extremando más aún su delicadeza, ha apoyado sus brazos sobre mí, como si quisiera hacerlo con cada uno de los buenos congregantes, y me ha encargado que les transmita, junto con su aprobación y su alegría, "UNA BENDICION ESPECIALMENTE ESPECIAL" a todos y a cada uno, y en particular a los de la Junta y al Prefecto de Catecismos, animándole a que siga adelante. Que arraigue el espíritu de sacrificio, que sin él no valdrán para nada el día de mañana.*
>
> *Espero que esos Congregantes sabrán mostrarse dignos de la predilección que ha mostrado el Santo Padre por ellos. A todos los motivos, tantos y tan grandes, que tenían antes y siguen teniendo para ser fieles a la Comunión diaria y a los Catecismos, se añade ahora uno que ha de mover los corazones de todos los hijos dignos de tal nombre: ¡EL PAPA LO QUIERE!*

¿Habéis leído bien, queridos Congregantes? Dice el Papa que tenéis un TESORO en vuestra Misa y Comunión diarias y desea que lo conservéis como se conserva un tesoro que vale mucho con fidelidad y constancia.

Seguid también con todo entusiasmo vuestro apostolado catequístico.

¡EL PAPA LO QUIERE!

¿Quieres ser simpático?

Contemplad a Juan Mari. No descuella ni por su vigor físico, ni sus facultades intelectuales revelan un prodigioso desarrollo. Dechado de sencillez en aspecto exterior, también es sencillo de carácter. Un joven del montón... Y sin embargo le admiro, aunque no llego a comprenderle.

Su vida es irradiación de alegría. El aprecio y cariño que le profesan sus compañeros raya en la admiración.

No sé qué tienes, mi querido Juan Mari. ¿Cuál es tu secreto?

Agosto.

El cielo encapotado ha cedido ante la insistente llamada del sol que quiere lucir sus galas veraniegas. Ambiente propicio para la expansión juvenil que busca en sus excursiones la brisa apacible del mar y del campo.

Bullicio en el tren y, en la playa, el consabido baño. Después un rato de paseo y allí, entre un grupo de PP. Jesuítas, un ademán conocido delata al que un día fué mi primer catequista en la "Congre" y en la actualidad viste, como tantos otros, la sotana del glorioso San Ignacio. Hacia él me encamino y le alcanzo.

—¡Buenos días, P. Enrique!

—Pero, ¿eres tú? Tantos años...; supongo que también habrá llegado para ti la hora de dejar la Congregación.

Y con la vivacidad de viejos amigos que vuelven a verse, departimos juntos en conversación sostenida con interés: recuerdo de nombres que suenan a una época un tanto lejana, incidencias que evocan el pasado tan grato porque ya fué y por su estela de dulce memoria, y el punto central del tema constituía invariablemente nuestra Congregación. ¡Oh, la "Congre" para el que ya vió contar los años de su permanencia en ella! Y pasamos del pretérito al presente para después abordar el incógnito futuro.

Pero hay que despedirse. El Padre, mi antiguo catequista, clava en mí su mirada insinuante y deja caer, recalcando, sus últimas palabras.

—Supongo que conservarás de la "Congre" algo más sólido que la memoria de nuestros buenos tiempos. Vamos, ¿sigues amando a las Misiones?

—Padre... —repuse con dignidad.

—Al grano. ¿Rezas todos los días por las intenciones misionales?

Prefiero omitir mi respuesta, así al menos es posible que la benevolencia de algún lector me otorgue la contestación afirmativa.

—¿Te quieren los chicos de la Catequesis?

—Con delirio. ¿Conoce usted algún catequista que no sea correspondido en su amor hacia los pequeñuelos que Dios le confió?

—¡Menos mal! Y permíteme que te dirija una última pregunta. ¿Tienes algún ideal?

—Claro. Lo inconcebible sería lo contrario.

—Está bien, pero atiende.

Sea cualquiera tu ideal, ten bien presente que ahora y cuando acabes tu carrera debes aspirar a esto: **Hacer simpática tu presencia en todas partes, conservando siempre el carácter afable y digno del buen católico. Mostrar donde quiera que te halles y en toda circunstancia y momento la alegría del recto proceder.** El buen ejemplo, el trato esmeradamente cristiano valen con frecuencia mucho más que la elocuencia avasalladora de un excelente sermón.

He tenido gran placer en volver a verte, pero no olvides que tu ideal ha de ser ése: **Practicar el bien sin que se percaten de ello los beneficiados.**

Nos despedimos; luego el P. Enrique, al unirse a sus hermanos de Religión, ha rubricado, sin saberlo, su recomendación última: Todos le han recibido con muestras de alegría; todos le aprecian y le quieren. Yo mismo, al oír su conversación dotada de sugestiva amabilidad me sentía feliz.

Hoy he visto a Juan Mari con su temple habitual. Es el mismo de siempre; pero ya he logrado descifrar el enigma que encubre su vida. Se trata de uno de los contados jóvenes que saben apreciar el valor de una palabrita oportuna, del silencio empleado con generosidad, y conoce que una sonrisa puede traducirse en amistad. Es su dignidad, su temple cristiano alegre y afable quien le granjea tan privilegiada posición. Es su sello de buen Congregante en el más bello sentido de la palabra.

F. V. de M., Congr.

¡Felicidades!

Congregantes que cumplen los años en Diciembre:

Día 1.—Jesús Narbaiza y Azpiazu.
Carlos Serrano Vilavona.
" 2.—Jaime Samperio Balerdi.
" 5.—José Elezcano Larreátegui.
" 6.—Francisco Javier Rodamilans Vellido.
José Barrón Ezpeleta.
" 8.—Julio Sánchez Ruiz.
José María Zubizarreta Mendiola.
Pedro María Zubizarreta Mendiola.
" 9.—Francisco Javier Acha Valle.
" 11.—Fernando María Amann Mutiozábal.
" 13.—José Ramón Lasa Curiel.
" 14.—Teodoro Venero González del Ron.
" 16.—José María Antoñana Gortázar.
" 17.—Alfonso Aresti García.
Luis Larumbe Salinas.
Félix Acero Camiruaga.
Aurelio Bañares Zorzano.
" 19.—Ignacio Fontán Gamarra.
" 21.—Fafael Fontán Gamarra.
" 24.—Juan Manuel Prieto del Olmo.
" 25.—Jesús Barrenechea Arroitajáuregui.
" 26.—Javier Lecube y Muñoa.
" 27.—Inocencio Urigoitia Belacortu.
Juan Aizpuru y Abendibar.
Juan Asúa Cantera.
" 28.—Juan Luis Camiña Borda.
" 30.—Enrique Olea Alcorta.
" 31.—Juan Ignacio Ramos Rodríguez.
Juan Carlos Sáez Mena.

Congregantes que cumplen los años en Enero:

Día 1.—Ernesto Ruiz Gázquez.
" 3.—Javier Jesús Ipiña Azkúnaga.
" 4.—Juan Domingo Toledo Ugarte.
" 8.—Luis Iturbe Pinedo.
" 11.—Félix Movilla Hernández.
José Miguel Angulo Torróntegui.
Jesús Mojas Mauri.
" 13.—José María Benito del Valle.
Alberto Federico Wicke Laca.
" 15.—Javier Zubiri Sánchez.
" 16.—Vicente Gros del Río.
Enrique Jacob Verdes.
" 19.—Juan Albizua Zabala.
" 21.—Javier Urrutia Villar.
" 22.—Félix Bilbao Erausquin.
" 23.—Juan José Aréchaga Bilbao.
" 25.—Manuel María Jaén Palacio.
José Ignacio Ipiña Azkúnaga.
" 28.—Javier María Angulo Cortadi.
" 31.—Víctor Elordi Beascoechea.
Pedro María Rubio del Río.

Para ser simpático

Nunca exageres.

Nunca reveles un secreto.

Nunca rías de las desgracias ajenas.

Nunca prometas lo que no has de cumplir.

Nunca dejes de ser puntual a la hora señalada.

Nunca dejes de dar contestación a una pregunta atenta.

Nunca preguntes a un sirviente o a un niño acerca de asuntos de familia.

Nunca leas las cartas que encuentres dirigidas a otros.

Nunca cuentes que has hecho algún regalo o algún favor.

Nunca mires lo que otro está escribiendo o leyendo.

Nunca te fijes en la cicatriz, defecto o deformidad de algún presente.



Pío IX define como dogma de fe la Inmaculada Concepción de nuestra Madre.

La Concepción Inmaculada de María fué proclamada dogma de fe por el inmortal Pío IX el 8 de Diciembre de 1854 en presencia de más de 200 obispos y con aplauso general de la Iglesia.

Trasladémonos en espíritu a San Pedro de Roma en la mañana del 8 de Diciembre de 1854, y juntémonos a la inmensa muchedumbre que fué devota a aclamar a la augusta Madre de Dios por su glorioso privilegio.

Pío IX, con la tiara en la cabeza y llevado en la *Silla* gestatoria, aparece en la Basílica rodeado de su Corte y escoltado por 200 obispos que han venido de todos los países del globo. Estos *ángeles de las iglesias* son como testigos de la fe de sus pueblos en la Inmaculada Concepción, y van a confirmar con su presencia el testimonio que dieron por escrito.

Ruidosas, entusiastas y repetidas aclamaciones explotan de esa multitud delirante, mientras el cortejo pontificio atraviesa majestuosamente el segundo recinto y va a colocarse alrededor del altar de la confesión.

En la cátedra de San Pedro está sentado su 258.° sucesor.

Se da principio a los Santos Misterios. Después del Evangelio, cantado en griego y en latín, un venerable obispo, cargado de méritos y de años, se acerca al trono: es el decano del sacro Colegio de Cardenales, que se considera feliz, como en otro tiempo el anciano Simeón por haber visto el día de la gloria de María. Dirige al Soberano Pontífice, en nombre de todos los obispos, una última súplica. El Papa responde que es necesario implorar el auxilio de lo Alto. Al punto la inmensa asamblea cae de rodillas, y el himno del Espíritu Santo, salido de 25.000 pechos humanos, sube al cielo como un inmenso concierto.

Concluído el canto, se levanta el Pontífice: se pone de pie en la cátedra de San Pedro, su frente se ilumina con un rayo celestial, visible efusión del Espíritu de Dios, y con voz grave y majestuosa empieza la lectura de la bula *Ineffabilis Deus*.

Al llegar a las palabras de la declaración del dogma, parece que se le apaga la voz, se detiene para enjugar sus lágrimas. Los asistentes enternecidos como él, pero mudos por el respeto y la veneración, aguardan en el más profundo silencio. El Papa continúa la lectura con voz fuerte, que se eleva por grados hasta el entusiasmo.

"Con la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo de los bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo y la Nuestra, *declaramos, pronunciamos y definimos que la doctrina que defiende que la bienaventurada Virgen María, fué preservada y exenta de toda mancha de pecado original desde el primer instante de su concepción, por gracia y privilegio especial de Dios, en vista de los méritos de Jesucristo, Salvador del género humano, es revelada por Dios, y, en consecuencia, debe ser creída firme y constantemente por todos los fieles.* Y si alguno, lo que Dios no permita, presumiere admitir una creencia contraria a nuestra definición, sepa que ha naufragado en la fe y está separado de la Iglesia."

Al mismo instante los cañones del castillo del *Santángelo* y todas las campanas de la ciudad anunciaron la glorificación de la Virgen Inmaculada.

(Del Catecismo en Ejemplos de D. Damián Bilbao)

De mi amigo

Desde el próximo número, D. m., comenzaremos a publicar una sección que llevará por título «LA VOZ DEL AMIGO» y tendrá como fin exponer los trozos más selectos del Santo Evangelio en relación contigo.

Quisiera que Jesús, tu gran Amigo, te hablara aquí, de corazón a corazón, como El sabe hacerlo.

Hoy permíteme que te lo presente. Es Jesús de Nazaret que tiene su domicilio en todos los sagrarios del mundo. Ahí le tienes también en el sagrario de nuestra Congregación.

Lee bien este artículito, luego vete a la capilla, háblale, calla ... y oirás *la voz del Amigo*.



Tengo un amigo que se llama Jesús y es el Hijo de Dios.

El me conoce desde toda la eternidad y me amó antes de que yo le amara.

Para poder hacerse mi amigo, se hizo niño y joven como yo. A mí, en cambio, me ha levantado a su altura de Hijo de Dios, por la vida de la gracia.

Ahora El busca mi amistad.

Es Amigo amabilísimo que se goza cuando sé la lección y me salen bien las cosas.

Si necesito consejo, El me aconseja en las dudas y me dice: **"Yo soy la Verdad", "el Angel del gran consejo".**

En la adversidad la voz de mi Amigo vuelve a oirse: **"No quieras temer". "Ven, tú, que estás agobiado y cargado, que Yo te aliviaré."** Y en verdad que El enjuga mis lágrimas y me fortalece en la lucha.

Para que en todo esto le encuentre pronto, se ha querido quedar en todos los sagrarios del mundo, y en sus puertas me parece leer las palabras que me dijo un día el Amigo bueno: **"Llamad y se os abrirá, buscad y hallaréis, pedid y recibiréis".**

A mi amigo

¿QUÉ tengo yo, que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierta de rocío,
pasas las noches del invierno oscuras?

¡Oh cuánto fueron mis entrañas duras,
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío,
si de mi ingratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras!

¡Cuántas veces el ángel me decía:
«Alma, asómate ahora a la ventana,
verás con cuánto amor llamar porfía!»

Y ¡cuántas, hermosura soberana,
«mañana le abriremos», respondía,
para lo mismo responder mañana!

Lope de Vega.

Jesús es el Amigo sincero que a nadie cuenta mis infidelidades, y cuando le hago traición como Judas, pecando, aún me sigue llamando su amigo, como a Judas.

Me quiere tanto que por mí nació en una cueva, trabajó en un taller y murió en una cruz.

El es mi alimento diario en la Comunión y mi precio en la cruz. Cuando esté gravemente enfermo vendrá a visitarme.

Cuando muera recogerá mi espíritu.

En el Cielo será mi premio.

Y al fin del mundo volverá a visitarme para hacerme triunfar hasta de la muerte.

Anda, vete al sagrario y piensa en todo esto.

Cuando lo hayas pensado, pregúntate:

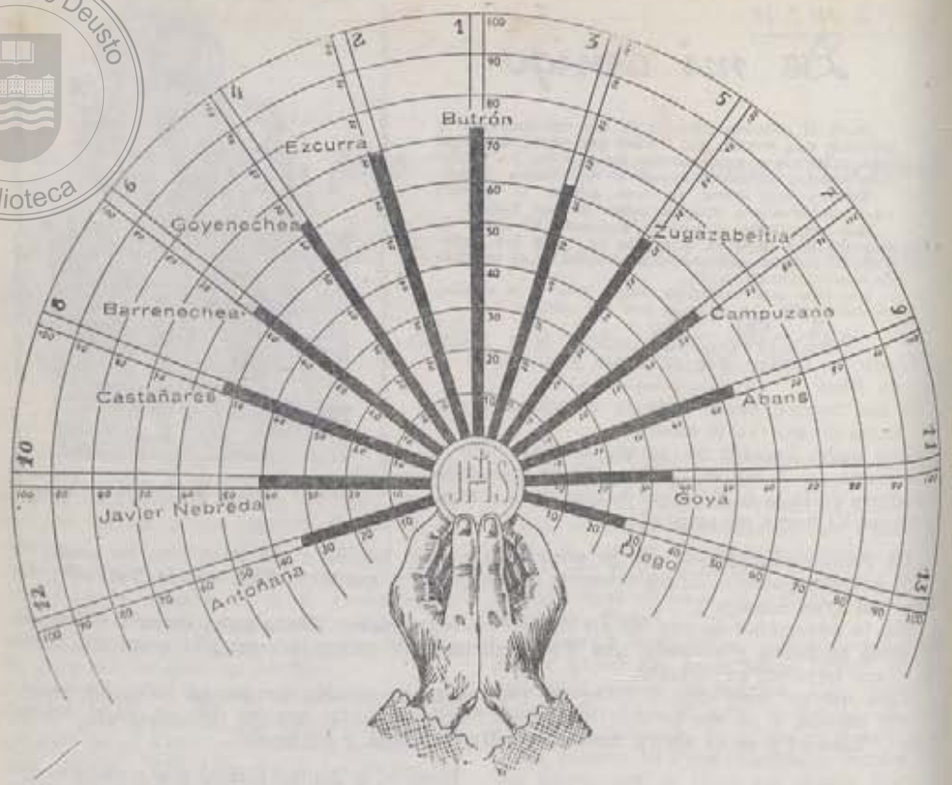
¿Qué he hecho por Cristo?

¿Qué hago por Cristo?

¿Qué debo hacer por Cristo?

C. E., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca



El campeonato de la misa diaria

Ya está en marcha con todo entusiasmo el campeonato de la Misa diaria en la Congregación. Seguimos el ejemplo de los antiguos.

Unos 140 Congregantes participan en él, sin contar otros muchos que oyen Misa y aun comulgan en sus respectivos Colegios. Nuestra Congregación sigue siendo, gracias a Dios, la Congregación de la Misa y de la Comunión diarias.

Ahí tenéis la irradiación eucarística de los 13 grupos bien expresada en ese gráfico.

En cada radio aparece el tanto por ciento de asistencias conseguidas por cada Jefe de grupo.

Por un descuido del taller donde se grabó el dibujo no aparece el nombre de Javier Nebreda en el radio núm. 3.

Ha ganado el campeonato en el mes de Noviembre el grupo de Butrón con el 73 % de asistencias. Le sigue muy de cerca el de Ezcurra, con el 69 %, y luego, a la par, los de Juan Nebreda y Goyenechea, con el 63 %. A continuación Zugazabeitia con el 59 % y después con poca diferencia entre sí, Barrenechea (55 %), Campuzano (54 %) y Castañares y Abans, emparejados, con un 53 %.

Como se ve, la cosa va reñida y aún creemos habrá sorpresas, pues ni Javier Nebreda, ni Goya, ni Antoñana, ni Diego se resignan a quedar en los últimos puestos.

Los campeones de cada una de las semanas de Noviembre han sido: en la segunda semana Ezcurra, con el 77 % de asistencias; en la tercera Butrón, con el 76 %, y en la cuarta Butrón, con el 73 %.

Las primas de los lunes y días que por el mal tiempo pedían más esfuerzo para asistir a Misa las han ganado los grupos de Ezcurra (una prima) Juan Nebreda (una prima); Butrón (dos primas).

¡Animo y a la lucha!

¿Por Jesucristo? ¡Cualquier cosa!

El Celador de Asistencias.



ECOS DE NUESTROS CATECISMOS

Espigando en los "partes"

Para que os animéis y edifiquéis mutuamente con la narración de vuestros esfuerzos en este nobilísimo apostolado, dedicamos toda la sección de «Luz en las Tinieblas» en este número a contar algo de lo que nos transmitís en vuestros «partes».

DE ALONSOTEGUI. Día 29 de Octubre. Llegamos a las 8 y media y en el camino nos pilló una granizada de cerca de 10 minutos.

Los Catequistas asistieron todos y los chicos respondieron mucho mejor que el domingo pasado.

Pidieron los chicos T. B. O. para leer antes de empezar la Catequesis y se acordó llevarlos. Esto será un aliciente para que los chicos lleguen puntuales a la Catequesis.

Día 19 de Noviembre. A la llegada a la Catequesis hemos extendido sobre una mesa todos los T. B. O. y "Marcas" que habíamos llevado, con lo que los chicos se han puesto contentísimos.

La Catequesis, la hemos tenido sin novedad, a pesar de que el Párroco no estaba en la Catequesis.

Hoy ha venido el mayor número de chicos que han asistido y me parece que lo mejoraremos.

Día 26 de Noviembre. Todavía hoy ha aumentado el número de niños de la Catequesis. Los Catequistas han asistido todos. Los niños piden entradas para el partido de foot-ball.

José R. de Diego, Congr.

¡Bien por esos catequistas! Cuando hay celo hay sacrificio e ingenio para mejorar la Catequesis y atraer a los niños. ¡A seguir así!

A ver si hay por ahí un amigo que nos dé alguna limosna para comprar todos los domingos entradas de niños para el foot-ball.

DE ARIZ. Día 29 de Octubre. Por indicación del señor Cura vamos a mandar al señor Maestro de Ariz la lista de los chicos que faltan al Catecismo para que les urja la asistencia.

J. M.ª Ezcurra, Congr.

DE BURCEÑA. Día 12. S. O. S. ¡¡¡BURCEÑA!!! S. O. S. PEDIMOS TRES CATEQUISTAS - CONTESTACION RAPIDA.

El señor Coadjutor quiere incrementar la asistencia de los niños, para cuyo efecto le facilitaremos un "parte" de los niños que faltan, clasificados por los grados del Colegio.

El procedimiento es eficaz. El comportamiento de los catequistas es excelente, tomando esto con verdadero entusiasmo y sacrificio, a pesar de la lluvia y de la caminata.

¡S. O. S.! BURCEÑA NECESITA MAS CATEQUISTAS. ¡S. O. S.!

¡BURCEÑA! van en nuestro socorro cuatro esforzados Catequistas nuevos.

Día 19. ¡Gracias por vuestro socorro! Con la inclusión de Barainca, Camiña, Larumbe y Urrutia, vamos bien en Burceña.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Día 26. Nos dice el señor Coadjutor que, al tratar en la escuela de Llano y en el Colegio de San Juan Bosco, ambos de Burceña, la cuestión de la asistencia a nuestra Catequesis hubo de utilizar nuestras fichas para compulsar las faltas de asistencia y asegura que produjo verdadera sorpresa en los pequeños este "seguirles la pista", es su expresión, por parte de los Catequistas.

Se ha anunciado que el día de la Inmaculada se pondrá en escena, por el cuadro dramático de la Congregación, la obra "Travesuras malgaches", del P. José Julio.

F. G., Congr.

DE DOS CAMINOS. Día 19 de Noviembre. Hoy ha visitado el Padre nuestra Catequesis. Con ello hemos recibido orientaciones respecto al grave problema del excesivo número de niños, o mejor, del reducido de Catequistas. Aislaremos más las secciones para que nos molestemos menos. Parte iremos a las clases del Colegio donde con toda comodidad, cada Catequista tendrá más niños. Unos carteles indicadores de las secciones facilitará el movimiento de los niños en la Catequesis.

C. Sáez, Congr.

DE EL CALERO. Día 5 de Noviembre. Muchos preguntan ya a ver si este año habrá también Certamen.

Día 12. El señor Maestro se interesa por la asistencia de los niños a la Catequesis, pues por encargo de él hemos dejado una lista de los niños asistentes.

Día 19. Hoy nuestra Catequesis ha batido el "record" asistiendo treinta y dos, cifra desconocida desde hace tiempo; hay tendencia a aumentar el número de niños.

Día 26. El record de la semana pasada ha sido batido por dos más y permanece la tendencia a superarlo.

Juan Albizua, Congr.

Bien por ese ascenso de niños, a seguir en progresión creciente. Decidles que habrá un Certamen y mejor que el año pasado. ¡A prepararse, niños y Catequistas!

DE GALDACANO. Día 26 de Noviembre. Los chicos van respondiendo muy bien y todos los domingos se nota un aumento en la Catequesis. Los Catequistas son constantes y acudimos con mucho entusiasmo, no habiendo faltado en lo que va de curso, más que uno una mañana con causa justificada.

Javier Nebreda, Congr.

DE SAN SALVADOR. Día 12 de Noviembre. Por la mañana han venido más chicos que otras veces.

Por la tarde ha sido un éxito el cine. Los chicos han salido muy satisfechos; durante la sesión se han portado correctamente y todo ha transcurrido muy bien.

Nos hacen falta más Catequistas, pues hay mucho trabajo, sobre todo por la tarde.

Miguel Goya, Congr.

¡Catequistas legionarios! ¡A ofrecerse!

DE SANTA AGUEDA. Día 19 de Noviembre. A pesar de ser tres Catequistas para 43 chavales nos ha salido una Catequesis formidable; al principio hemos encomendado la Catequesis al Sagrado Corazón. La Santa Misa ha transcurrido sin ninguna contrariedad, comulgando siete chicos (esto es una heroicidad), creo que por las cosas que les dijimos el domingo.

La Catequesis ha transcurrido con normalidad. Hoy, al chaval mejor de la Catequesis le he puesto a explicar una parábola que ya la había preparado convenientemente delante de mí y de tres niños de primer grado. Los demás le han escuchado con admiración. El señor Cura del pueblo ha tenido que salir corriendo a oficiar una Misa Mayor en Alonsótegui, por lo que yo he tenido que hablarles al final.

Francisco J. Acha, Congr.

DE UGARTE. Día 29 de Octubre. Según nos informa el señor Cura el pasado domingo se recaudaron 300 ptas., es decir, a razón de peseta por cada católico práctico que vive en el barrio; tuvieron parte honrosa en la cuestación los Congregantes que representaron "Travesuras malgaches", pues su recaudación tuvo el mismo destino: las Misiones.

Ante la lluvia torrencial hubimos de examinar todos al amparo del único paraguas que llevamos.

Día 26. En este mes hemos acudido todos los Catequistas en tres domingos y en el otro faltaron justificadamente dos Catequistas, uno por enfermedad y otro por tener que acudir al Colegio, no castigado; lo cual registramos con satisfacción.

Javier Arana, Congr.

DE USANSOLO. Día 29 de Octubre. La Catequesis transcurrió con mucha animación y hoy ha venido el mayor número de niños que ha asistido a la Catequesis en este curso.

Al final de la Catequesis, después de haberles hablado yo a todos de la fiesta de Cristo Rey, les anuncié que a la tarde vendrían los cómicos "Hermanos Quito y Nacho". Esto fué acogido con gran regocijo por toda la chiquillería. Se les repartió vales para la sesión de la tarde.

Por la tarde, en el tren de las 3 y 10 fuimos Zubiaur, Arriola y Goyenechea, por la "Compañía", y Aquesolo y yo, como Catequistas.

La sesión, que duró cerca de una hora, fué del agrado del infantil público, y tanto Zubiaur, "Quito", como Arriola, "Nacho", hicieron las delicias de la chavalería.

Día 26 de Noviembre. Vino a ver cómo funciona la Catequesis el Prefecto, Pablo María Abans.

Félix Bilbao, Congr.

DE REPELEGA. Día 29 de Octubre. Se organiza todos los domingos una rifa después del Catecismo.

Día 19 de Noviembre. Nos ha dicho el señor Cura que desearía tener unas sinopsis de las explicaciones del Catecismo que nosotros usamos, para que las usen las chicas Catequistas.

Desde el próximo domingo la rifa habitual se hará por grupos, con las siguientes bases:

1.ª No podrán tomar parte los que no hayan venido el domingo anterior.

2.ª El que tenga nota más baja que el domingo anterior quedará excluído.

3.ª Se tendrá en cuenta para adjudicar el premio, la conducta y la aplicación.

El cine de hoy costará 10 céntimos, pero el que pague 15 tiene derecho a la rifa. Si uno ha pagado 10 y quiere tomar parte en la rifa tiene que pagar otros 10.

Desde que comenzó la Catequesis no ha faltado ningún Catequista.

José M.ª Antoñana, Congr.

Cosas que pasan en las catequesis

EN ARIZ

Corrección educadora. Estoy explicando la lección a los chaveas, uno de ellos no para de hablar, le digo que esté en silencio; pero que si quieres. Entonces le digo que si no está en silencio, Jesús se pondrá muy triste. El "peque" se queda pensativo, y me dice señalando uno de los cuadros del Vía-Crucis: "Voy a estar callando porque esos le están pegando".

José M.ª Ezcurra, Congr.

Muy bien, así se educa.

EN BURCEÑA

Por el fruto se conoce el árbol. Ingresó en el Seminario el alumno de 3.er grado Eduardo Terrero. Ingresaron en la Compañía de Jesús en el pasado curso tres catequistas de Burceña.

EN EL CALERO

Para el Niño Jesús. Como nota curiosa, referiré el hecho de que un niño ha entregado a un catequista veinte céntimos; el catequista sorprendido le preguntó a ver para qué le daba aquello y el niño contestó: "Para que se lo eche al Niño Jesús".

EN UGARTE

Alto espíritu de compañerismo. El Jefe nos convidó a manzanas, que nos gustaron mucho; ello fué obsequio en honor al nuevo Catequista S. Aldecoa. Quedamos sumamente complacidos por esta muestra de alto espíritu de compañerismo.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Nuestro catecismo de Repélega

Crónica

El pueblo está enclavado en lo alto de un monte desde el que se divisa un paisaje encantador. Por un lado la zona minera de San Salvador del Valle, con sus tierras rojizas, que contrasta con el verdor del lado opuesto sobre el que se alza como guardián perpetuo el majestuoso Serantes.

Somos once los que vamos todos los domingos a dedicar una parte de nuestro esfuerzo a la obra de enseñar el catecismo a unos niños que se hallan tan necesitados de él.

¡Qué pena da que sus padres no comprendan la importancia de la educación religiosa para sus hijos!

Pero si esto pudiera entrañar un desaliento también es un estímulo a nuestro entusiasmo. En nosotros no puede caber el desaliento.

El mantenerse sonriente ante un peligro que no podemos eludir es sin duda heróico y la verdadera gloria es la resignación ante lo inevitable. Esto es precisamente lo que nos hace mantenernos alegres en todo momento. Si nos vieseis cuando subimos la cuesta de Portugalete (¿te acuerdas Fano?)... os aseguro que llamamos la atención por la satisfacción que se refleja en nuestros rostros.

Una vez que hemos llegado a la iglesia, esperamos a que acabe la Misa de nueve y media y acto seguido entramos en ella sin que los chicos se hayan movido de sus sitios. Reza el señor Cura la oración preparatoria y se van formando los grupos con su catequista al frente.

La labor por grupos suele durar aproximadamente unos cuarenta minutos, al final de los cuales el toque de campanilla de don Epifanio nos avisa que va a comenzar la explicación general.

El jefe del catecismo habla a continuación de algún tema apropiado que los chicos escuchan con mucha atención a pesar de haber estado sujetos la media hora de Misa y los cuarenta minutos con su grupo.

Edifica mucho el comportamiento de estos chicos; creedme que estamos admirados los catequistas.

Acabada la explicación general, el Sr. Cura suele rifar entradas de fútbol y, después de rezada la oración final, van saliendo los chicos, uno a uno, cantando y besando los pies del Santo Cristo situado a uno de los lados de la Iglesia.

Aquí podíamos decir que concluye la catequesis, pero falta una faceta muy interesante.

Conscientes de los peligros que el cine de Portugalete puede tener para los chicos, dos catequistas abnegados sacrifican la tarde del domingo para llevar películas de **"cine movido"** con lo que se consigue que los chicos pasen alegremente la tarde y libres de los peligros de malas diversiones.

De este modo los chicos nos quieren cada vez más y nosotros cada vez más a ellos.

¿No es consolador todo esto?

¿No es mejor pasar un domingo así que no en cines y espectáculos peligrosos?

Nosotros así lo creemos, otros creen lo contrario.

¿Quiénes son los equivocados?

Sólo os pido una oración por este catecismo donde el campo de apostolado es tan amplio y tan escasos los medios de que disponemos.

José María Antoñana, Congr.

¿Quieres ser simpático?

Sigue la gran máxima:

¡Sufrir sin hacer sufrir!

Ocho congregantes visitan un hospital.

Se ha creado en la Congregación esta nueva sección, constituida hoy por Congregantes menores de trece años, que visitan a los niños hospitalizados en el Hogar y Clínica de San Juan de Dios, de Santurce, y por la Farmacia para pobres que hemos organizado recientemente. De lo primero os va a decir algo uno de los pequeños visitadores.

Queridos Congregantes: Voy a contaros algo sobre San Juan de Dios.

Se va por la mañana, a las once, en el tren de Portugalete y se llega a las once y media.

Es como un Colegio muy bonito y está muy bien acondicionado.

Hay treinta y siete chavalitos. Catorce están en cama, a los cuales les hacen unas operaciones muy horribles, y hay tres de éstos a quienes hay que darles de comer a la boca. Yo tengo uno de éstos, que se llama Vicente. Es un chico a quien han hecho una operación hace cuatro días y tiene todo el brazo izquierdo enyesado. Los otros 23 chicos ya corren y juegan ellos solos. Tienen un frontón muy bonito y muchos juegos.

También hay unos Hermanos, que son los que les cuidan; son muy buenos y cariñosos.

Nosotros somos ocho. A la hora de comer nos ponemos unos delantales blancos, ponemos los platos y demás y rezamos. Se sirve la comida y al terminar se da gracias a Dios por la comida.

Les llevamos caramelos y "tebeos" que recogemos en la "Congre", porque al Padre no le gusta que leamos nosotros "tebeos". A ellos les gusta mucho y hay veces que no se preocupan de comer por leer "tebeos". Los pequeñitos no leen y hay que leerles.

Al salir les preguntamos: ¿venimos otro día? y ellos contestan que sí. Ellos están contentos con nosotros y nosotros con ellos. Al volver a la una y media de darles la comida tenemos tanta alegría que no cabe en nosotros. Tan grande, que iríamos a la "Congre" después de comer a todo correr para volver otra vez a San Juan de Dios.

También os digo que hay que dar alguna limosna para comprarles caramelos y demás cosas, pues los chicos lo agradecen mucho y sabed que la Congregación tiene muchos gastos y no tiene fondos.

Fernando García, Congr.

La farmacia de la Congregación para los pobres

Es ya tradicional entre nosotros recoger todos los años en las casas de los Médicos bilbainos las muestras de específicos que ellos reciben. Antes de la guerra se enviaban estas medicinas a las Misiones. Ahora, por las enormes dificultades de comunicación, se han enviado a la leprosería de Fontilles y algunas también a la Misión de los Padres del Corazón de María en Fernando Poo. Aun así ha quedado un buen surtido de medicinas, con las que se ha organizado la **Farmacia de la Congregación** para los pobres.

Los socorridos son, por ahora, los pobres de las Conferencias de San Vicente de Paúl.

Un antiguo Congregante, farmacéutico, selecciona, clasifica los específicos y vigila el despacho de los mismos.

Ha comenzado a funcionar este servicio desde el día de la Inmaculada.



Que los católicos conozcamos bien nuestros deberes para con el Africa actual

Intención misional de Diciembre

Vosotros habéis oído hablar, sin duda, de la profunda impresión que causaron en Europa el siglo pasado los relatos de los primeros exploradores del Africa Central. Todo el mundo hablaba del Africa, y los gobiernos se apresuraron a repartirse aquel continente de tantas promesas.

Pues bien, Dios dispuso que tales lecturas y tales descubrimientos entusiasmaran a muchos otros hombres, pero únicamente porque les descubrían un mundo donde trabajar muchísimo para propagar la fe.

Así se distinguieron el V. Libermann, fundador de la Congregación del Espíritu Santo, Marion de Bresillac, y otros muchos.

Pero el gran apóstol y propagandista del Africa, que hizo conocer a tantas almas lo mucho que allí se podía hacer para extender la fe, fué el arzobispo de Argel, Mgr. Charles Lavigérie. Fué nombrado arzobispo de Argel, y trabajó por la conversión de los musulmanes. Se internó luego hacia el Sahara por medio de sus hijos, los Padres Blancos de Africa, fundados por él; propuso al Papa la misión del Africa Central, y comenzó a enviar expediciones a Uganda, Urundi, Ruanda, etc., donde hoy están las misiones más florecientes del mundo, y emprendió una campaña por toda Europa por comisión del Papa para acabar con la esclavitud africana.

Sus sermones, viajes, escritos, etc., provocaron centenares de vocaciones. Por sus escritos fundó la Madre Ledóchowska el Sodalicio de San Pedro Claver para ayudar a las misiones de Africa con libros, revistas, limosnas, propaganda. Hoy día la propaganda de cosas africanas es intensísima, pues tanto los protestantes como los mahometanos quieren también ganar para sí a todo el continente negro.

En medio de todo esto, ¿qué debes hacer tú, Congregante? Siguiendo el deseo expreso del Papa, debes enterarte bien de lo que pasa en las misiones africanas, con revistas, conferencias, etc., y entonces te será fácil rezar por ellas, hacer alguna limosna, y enseñar a otros compañeros o a los de tu familia lo que deben hacer los católicos en favor de aquellas misiones. Así salvarás muchas almas y asegurarás la salvación de la tuya.

León Lopetegui, S. J.

Nuestra acción misional de Noviembre

EL CIRCULO MISIONAL

Ya está en marcha definitivamente. Los nombres de estas cuatro grandes regiones, Africa, América, China e India, titulan otros tantos grupos misionales.

Por el grupo de Africa hablaron los circulistas Goyenechea y Castañares. Este último explicó la intención misional del mes. Por el grupo de América hablaron Goya, J. Arana y García. Por el de China, Darío de la Puente y Javier Abans, y disertaron sobre la India Albizua, Méler y Ramón Araná.

Este mes escuchamos una interesante conferencia del P. Ramón Gaviña sobre el "Problema Misionero" ilustrada con magníficas proyecciones que gustó a todos extraordina-

(Pasa a la página siguiente.)

Dos minutos de reflexión

Hay padres y madres para quienes la Congregación es **sólo** un centro de honesto recreo, donde sus hijos se diviertan, sin peligros de orden moral, MIENTRAS A ELLOS LES DEJAN EN PAZ.

Tales padres no entienden el valor preciosísimo de la Congregación, y así no es extraño que su colaboración con ella sea tan mezquina.

¿Es para tí la Congregación solo un recurso cómodo para librarte algunas horas de la carga de los hijos?

O por el contrario, ¿estimas a la Congregación como el colaborador excelente en la educación de lo que más quieres en el mundo?

Un descubrimiento

Hay y ha habido siempre en la Congregación muchos jóvenes que pasan los años más peligrosos de su vida con el precioso tesoro de su pureza inmaculado. Bien se les conoce en su modestia angelical, en el candor de su mirada y en la amabilidad y equilibrio de su carácter.

No hay dinero bastante en el mundo para comprar este tesoro; pero en la Congregación se adquiere gratis con la devoción filial a la Virgen Inmaculada y el "Pan de Vida" que es Jesucristo.

¿Caéis en la cuenta de lo que es la Congregación?

* * *

"Yo soy el Pan de la Vida", dijo Jesucristo.

"El que come mi carne y bebe mi sangre tendrá vida eterna".

No es extraño así que millares de jóvenes vayan por plazas y calles paseando almas cadáveres. ¡Es que no comulgan!

Y tu hijo, ¿es alma cadáver?

Acuérdate que Jesús ha dicho: "Yo soy la resurrección y la vida".

Visitas al P. Director

Los días laborables, de 11 a 1 de la mañana. Si a esta hora no pueden venir pídanle por teléfono otra hora.

(Viene de la página anterior.)

riamente, tanto por el dominio del Padre sobre el tema, como por lo inmejorable de las proyecciones.

La recogida de limosnas para las Misiones todos los domingos y días festivos por la noche sigue con ritmo creciente.

En cuanto a la O. M. S. (Obra Misional del Sello), se han puesto a la venta sellos extranjeros. A ver si se animan los coleccionistas.

Vamos a mejorar la instalación de la O. M. S.

Necesitamos voluntarios.

¡Ayudadnos en la O. M. S.!

José R. de Diego, Congr.
Prefecto de Misiones.

Suscripción a **FLORES Y FRUTOS:** 10 pesetas anuales. PARA LOS CONGREGANTES la suscripción es de 0.75 pts. mensuales que se cobrarán añadiéndola a la cuota.

Universidad de Deusto
Biblioteca

DE MI DIARIO

OCTUBRE

Día 22. DOMINGO.—Día Mundial de la Propagación de la Fe. A las 10 de la mañana comienzan los turnos de oración por las Misiones, de seis en seis, todo el día en la Capilla.

En un gráfico aparece una gran pagoda que representa el paganismo atacada por tantos tanques cuantos grupos tenemos en la Congregación. El avance de cada tanque expresa el dinero aportado por cada grupo para las Misiones.

Por la noche, último ataque de los tanques para destruir la pagoda. Mi grupo quedó campeón. Ha habido una conferencia del P. Lopetegui sobre la Misión de Ruanda y un diálogo misional arreglado por el "Presi".

Día 25.—Como las noches anteriores, el Padre trata temas misionales en la instrucción espiritual.

Día 29. DOMINGO.—Esta noche, el P. Gaviña nos da una conferencia de misiones con estupendas proyecciones de gráficos sobre el problema misionero.

NOVIEMBRE

Día 1.—Esta mañana ha comenzado el Padre la plática del Acto de Congregación diciendo: "Hoy estoy contento porque he despedido de la Congregación a cinco". ¡Atiza! No dirán lo mismo los despedidos. Y luego continuaba: "Estoy contento, no porque me agraden las expulsiones, que me duelen mucho, sino porque así, vosotros los que quedáis, vais a ser mejores".

Esto se llama poner en práctica el principio "Restar es sumar".

Por la noche se despide de la Congre el que ha sido este curso nuestro querido "Presi" José M.ª Múgica.

Al terminar la comedia, "El sueño de Valdivia", nos comunica el Padre que ha "votado" a otro. ¡Arrea! Se ve que esto va en serio y que quiere una Congregación de verdad. Me alegro.

Día 3.—Hoy ha llegado a casa una hoja de avisos de la "Congre". Papá la ha leído a todos en la cena en lugar de leer la vida del Santo de mañana. Nos ha dicho que siempre que lleguen avisos de la "Congre" los leeré yo a todos en la mesa para que todos nos enteremos y nos aprovechemos.

Día 4.—Hoy he ido a Loyola con otros a ver los novicios congregantes. Daban envidia y ganas de quedarse con ellos aunque no sea más que por estar tan contentos y felices.

Día 5. DOMINGO.—Hoy tampoco he asistido a la Misa de la Congregación. ¡Qué pronto se me olvida el SI que he puesto en mi ficha...! Mañana llegará a casa el "Aviso de Ausencia". ¿Qué pondrá papá en él? Te prometo, Madre mía, que esta va a ser la última.

Día 6.—Comienzan los ejercicios anuales. La plática hoy es sobre el "Fin del hombre". ¡Cuántos medios tenemos los congregantes para ser buenos y salvarnos! La Misa diaria, Comunión, tantas pláticas e instrucciones... Si yo fuera buen Congregante sería santo de altar.

Día 7.—El pecado es el peor de los males. ¡Dios mío!, antes morir que pecar.

Día 8.—Yo creo que lo único que me proporcionará alegría a la hora de la muerte será el haber sido buen Congregante. Quiero ser un Congregante modelo.

Día 9.—A mí me ha hecho cosquillas la meditación del Infierno.

Día 10.—Día de misericordia. Jesús es el buen Pastor que busca continuamente mi alma. ¡Señor, que no sea sordo a tus llamadas!

Día 12.—Se celebra la festividad de nuestro Santo Patrono. Asistimos a Misa ciento sesenta. Buen fin de ejercicios.

Día 13.—Sale hoy el segundo número de Flores y Frutos. A mi parecer está mucho mejor en contenido que el primero, pero no en presentación, porque no nos han podido dar papel más blanco.

Día 14.—Comienza otra era para la Academia Literaria, a cargo de un antiguo Congregante, D. Andrés Mañaricúa, Phro.

X. X., Congr.

Lo que pensamos del cine

Como resultado de una encuesta transcribimos algunas de las opiniones de nuestros Congregantes sobre el cine.

Todos hemos visto el cine. Unos más, otros menos, todos hemos oído hablar de él en términos elogiosos y hemos sentido el deseo acuciante de verlo, de vivir ese ambiente de emociones, de lujo, de glorias mundanas... Todos hemos soñado en esas cosas, todos hemos vivido algunas horas en ese mundo ficticio, de felicidad. Ese es el anverso del cine.

Su reverso...

No son los moralistas quienes van a mostrarte su aspecto moral. Si ellos fueran quienes te hablaran del cine, dirías: "Es su oficio" y te encogerías de hombros.

No es el Sacerdote, ni el moralista, ni tus padres, ni la Congregación, ni tus profesores quienes van a hablarte del cine.

Van a ser tus compañeros, esos compañeros que tienes a tu lado, a los que conoces tan bien...

Y te dicen... (copiamos lo que escriben los Congregantes con todas las faltas de redacción, para no quitar ni poner nada).

"Hará unos cinco años que no he pisado esos locales que llaman cine más que una sola vez y esa durante 25 minutos, por lo cual, no me queda ninguna impresión moral, como no sea el recuerdo que tengo de que, al salir, lo único que me quedaba era un vacío y una tristeza grandes, aparte las ideas que me asaltaban de ser un héroe de alguna de esas hazañas que allí se realizan. ¿Tonterías? Conste que me gusta el cine y mucho; pero no voy."

"Las pocas veces que he asistido y esas a películas "aptas para menores" me ha parecido que no lo son siempre, y más para la pureza que debe tener un Congregante."

"No creo que haya sobrepasado de tres veces la asistencia al cine que, a pesar de haber sido en sitio bueno, verdaderamente siempre he sentido profundo vacío, considerándolo como tiempo perdido, por no haber sacado de ello ninguna conclusión que me acerque a Dios, contrariándome que al correr el día me vengan a la imaginación las escenas vistas."

"Creo que el cine no es ni más ni menos que la obra predilecta del demonio y si no la fábrica donde se forman los pecadores. O la Escuela de él donde se aprende a amar el ocio y odiar la virtud."

"No recuerdo exactamente el número pero sí sé que de la mayor parte de ellas he salido decepcionado. ¡Qué costumbres las de estos tiempos! no sólo

en la pantalla sino en el público. ¡Qué selección! ¡Qué de combustible!

Acerca de lo que es, no hace falta casi expresarlo; basta saber que el entrar en muchas de dichas películas es casi igual que el meterse en boca del diablo."

"Yendo al cine, al principio contento, al final se arrepiente uno. Por una parte la película ha sido mala, por otra el dinero se podía haber dado a las misiones."

"La impresión que me ha causado no tiene nada de buena; en el cine no se puede aprender nada bueno."

"El cine no me ha hecho ningún bien sino al contrario, me ha dejado la conciencia intranquila y rebajado el espíritu."

"Nos ha hecho el cine apartarnos de la Congregación y mirarla como cosa de beatos y aburrida."

"Si se quiere perder la Congregación no hace falta más que ir al cine."

"Yo creo que un buen congregante no debiera asistir a ningún espectáculo de cine. Las veces que he asistido he podido notar que poco a poco se va apagando el espíritu, cosa imprescindible para luchar contra la tentación."

"En el cine se aprenden cosas malas que primero hieren mucho; pero que después por la costumbre resultan familiares. ¡Se ha degradado uno!

"El espectáculo me ha producido una terrible impresión de impureza y el Salón, de inmoralidad."

"Aún las películas que parecen recomendables imprimen en el ánimo una mancha moral que por pequeña que sea, va debilitando el espíritu."

"Siempre que he asistido al Cine mi alma ha quedado vacía."

"Me ha causado malísima impresión las tres veces que he ido al cine."

"Habré asistido unas cinco veces en el curso y me he convencido de que el cine es lo peor que hay, porque se gasta el dinero en vano, se fastidia la inteligencia porque no discurre y ofende a Dios."

"Después de salir del cine, viene a la memoria todo lo que se ha visto y no se hace más que pensar en ello."

¿Has oído? Eso dicen tus compañeros del cine. Si te has convencido, si ha entrado en tu corazón la verdad, obra en consecuencia. Y escoge el ideal, que es, en frase de otro Congregante:

"En tres años no he asistido una vez al cine que nunca más quisiera presenciar."

"El cine excita mi imaginación y luego no me deja estudiar lo que allí he visto."

Junta Directiva de la Congregación

Para la mayor gloria de Dios y aumento del culto de la Inmaculada Virgen María, queda constituída la Junta Directiva de la Congregación de la misma bienaventurada Señora y de San Estanislao de Kostka en la forma siguiente:

Presidente: José M.ª Antoñana Gortázar.
Vicepresidente-Tesorero: Félix Bilbao Erausquin.
Secretario: Miguel Goya Urigüen.
Instructor de Aspirantes: Ignacio Aldecoa Ercoreca.
Prefecto de Catequesis: Pablo M.ª Abans García.
Director de FLORES Y FRUTOS: Juan M.ª Castañares Larreátegui.
Prefecto de Misiones: José Ramón de Diego y Bengoa.
Prefecto de Juegos de Salón: Angel M.ª Goyenechea Goiri.
Prefecto de Juegos de Patio: Juan Albizua Zabala.
Bibliotecario: José M.ª Benito del Valle Larrinaga.
Capillero: Jesús Lacorzana Mamolar.
Celador de Asistencias: José M.ª Ezcurra Irastorza.
Prefecto de Piedad: Ignacio Campuzano de la Paz.
Vocales: Francisco Javier Nebreda de Miguel.
Javier Arana Gondra.

Dos minutos de charla teatral

En ese mes, en que comienzan a verse por las calles todas esas máquinas de tren de cuyo interior un hombre saca de vez en cuando un puñado de castañas asaditas, es cuando da principio en nuestra "Congre" la temporada teatral.

Del programa fijado de antemano se elige una obra: "El compañero Ciruelo".

El día 1.º de Octubre, los pequeños están a las 7 de la tarde en el salón cogiendo sitio para ver la primera comedia.

Y esta se da. Es divertida y como eso es lo que gusta, se ríen sus chistes y sus "cositas" (que hay muchas **cositas**, ¿no es verdad apuntador?) y se aplaude al final.

Para el domingo siguiente se ofrecen dos antiguos Congregantes: José Luis Mijangos y Moisés Rodríguez, bajo el seudónimo de los humoristas "Hermanos Tubito", que con sus graciosas ocurrencias y finos chistes hacen pasar a todos un rato delicioso.

Hay que ver el cariño con que trabajaron en su querida "Congre" y la simpatía que despertaron en los pequeños. ¡Que la Virgen se lo pague!

Estos amables "antiguos" suplieron al grupo artístico que ofrecía una representación aquel mismo día en Repélega con motivo de la inauguración de su Catequesis.

Gustó mucho a los del pueblo la obra "El sueño de Valdivia" y la celebraron con grandes aplausos, que se renovaron en el fin de fiesta que dos Congregantes, Zubiaur y Arriola (los hermanos "Quito-Nacho"), les ofrecieron en su primera y lucida actuación como caricatos excéntricos.

El mismo programa de esta Catequesis se repitió en la de San Salvador del Valle el día 15 con otro gran éxito. El apuntador que no sabía qué hacer con tanto embutido, nos gritaba al final: "Debíais instalar una tocinería".

Terminada la función en este pueblo, Zubiaur y Arriola tomaron el tren de vuelta hacia Bilbao para intervenir en un fin de fiesta como homenaje de despedida a dos Congregantes que aquel día daban su adiós a la Congregación y a las "tablas", con el juguete cómico "Nobleza de bohardilla".

No lo hubiera representado con más salero ni la Compañía de Maderas; y eso que es la que mejor trabaja en "tablas". (No es propaganda, ¿eh?).

Y como nuestros actores sirven para todo, hasta para el drama, también prepararon uno misional para el día 29, "Travesuras malgaches", que fué de lo mejorcito que se ha visto desde hace mucho tiempo en la Congregación.

No quiero citar ningún nombre, pues todos actuaron de modo inmejorable.

El 1.º de Noviembre era un día festivo que había que completarlo a la tarde con alguna velada teatral. Todavía la víspera no se había concretado cuál había de ser. Era casi seguro que nada se iba a representar. Amanece el día se oye la Misa en la "Congre" y cuando los chicos vienen al salón a las 8 y media con el desayuno en el pensamiento alguno de los de la Junta propone: "¿Qué tal si esta tarde se diera "El sueño de Valdivia"?; ya la han representado en algunas Catequesis y los actores tienen sabidos los papeles. Se acepta la idea y comienza a llevarse a cabo. Surge un contratiempo. El protagonista ha marchado de Bilbao aquel mismo día. No importa; un telefonazo y a las 6 y media llega Zubiaur de Uhídea. Ya está todo ultimado para las 7 y se da la comedia con el agrado de todos, que rieron mucho y aplaudieron más al final.

Los Ejercicios que anualmente se dan en el Salón de nuestra Congregación, impiden que los días 5 y 12 se corran las cortinas del escenario. Pero ello también da lugar a que se perfeccione una zarzuela que se da con todos los honores el 19. Es "La estatua de Pablo Anchoa". Tuvo una interpretación magnífica, para la que no se regatearon calurosas palmas durante los trozos cantados y partes más salientes de la obra y una ovación imponente al caer el telón. Al piano actuó el antiguo congregante Antonio Carreras, que con don Modesto, el organista de la Residencia, tuvieron la admirable paciencia de enseñar a los "divos" la alegre música de la partitura. Bien se merecen los unos y los otros un aplauso más.

"Funerales y danzas" es el título de la que se representó el día 26.

Está visto que hay "madera".

El panorama es magnífico.

F. Z., Congr.

Nuevos Congregantes

Pidamos a Dios Padre Omnipotente y a Jesucristo, su Unico Hijo, Nuestro Señor, por intercesión de la Inmaculada Virgen María y de nuestro celestial patrono San Estanislao de Kostka, que así como sus nombres han sido inscritos en el Libro de la Congregación, sean también inscritos en el Libro de la Vida. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Ignacio Achurra Alzola.
Angel Achurra Alzola.
Javier Achurra Alzola.
José María Aguirre Azcorra.
Ignacio Aguirre Delgado.
J. Miguel Aldazábal Iturrospe.
Juan M.ª Aldazábal Iturrospe.
Javier Artiach Meng.
Juan Cruz Barainca Goiriena.
Ramón Bareño Allende.
Santiago Bareño Allende.
Juan Luis Camiña Borda.
Fernando García Abechuco.
Víctor Elordi Beascoechea.
Pedro Jacinto Heredia Ramírez.
Ramón Iceta Gómez.
Antonio Iturbe Pinedo.
Luis Iturbe Pinedo.
Enrique Manuel Jacob Verdes.
Luis Larumbe Salinas.
Ignacio Marcoartu Gorriarán.
Prudencio Ortega Elías.
Mario Sagarduy Montero.
Luis María Sulibarría Ureta.
José Angel Urgoiti Abascal.
Alberto Wicke Laca.
José Miguel Arrieta Elizondo.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Categorías

En el mes de Enero se hará la clasificación de Congregantes en tres categorías, según el mérito de cada uno. ¿A cuál de ellas quieres pertenecer?

Ahí tienes, lee, examinate y tú verás a cuál perteneces hoy.

Pero aún tienes tiempo para rehabilitarte.

¡Animo!

CATEGORIAS

Primera Categoría.—Se incluye en ella los que se esmeran en cumplir bien todo el Reglamento de la Congregación, v. gr., asisten, pudiendo, a la Misa diaria y a la instrucción de la noche, tratan con el Padre una vez al mes, son asiduos a los actos ordinarios y extraordinarios, evitan todas las diversiones, paseos, compañeros, etc., que desdicen de un buen Congregante de la Santísima Virgen, se distinguen por su celo apostólico, toman parte en los concursos, etc.

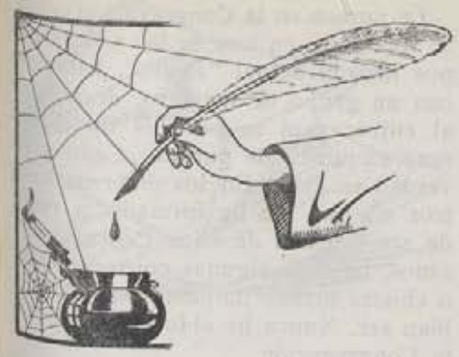
Segunda Categoría.—Se incluyen en ésta los que cumplen el Reglamento, pero con algunos descuidos; los que con alguna frecuencia pierden la Misa diaria, sin causa justificada, no asisten a algunos actos recomendados a los Congregantes, no toman parte en los concursos; pero asisten asiduamente a la instrucción de la noche y al ACTO DE CONGREGACION de los dias de fiesta.

Tercera Categoría.—Se incluyen en esta última los que, sin cometer faltas notables, son bastante descuidados en la observancia del Reglamento, v. gr., no acuden a Misa todos los domingos y dias festivos, no se alistan en las Catequesis ni en las secciones de piedad y celo organizadas por la Congregación, prefieren la compañía y amistad de los no Congregantes a la de los que lo son... Los Congregantes de esta tercera Categoría, están expuestos a salir de la Congregación por la menor falta que cometan.

Sección de honor.—Los Congregantes verdaderamente ejemplares se incluirán en la Sección de Honor de la Congregación. Las condiciones para ser admitido en esta sección se publicarán en el próximo número, Dios mediante.

Muy agradecidos

Vivamente agradecemos al **Colegio de Indauchu** las facilidades que conceden a los alumnos pertenecientes a esta Congregación para que puedan asistir a nuestra Misa del domingo y aun a la de los dias de labor equiparando esta Misa a la del Colegio.



Nuestro expresidente, José M.ª Múgica, se despidió el 1.º de Noviembre de los Congregantes y dijo:

Hace ya cerca de un año, un Congregante se despedia de nosotros para ingresar en la Congregación Mayor. Todas sus palabras fueron de gratitud a Dios Nuestro Señor y a su Santisima Madre por haber puesto en Bilbao esta nuestra querida Congregación, cantera inagotable de buenos cristianos, honra de nuestra sociedad actual.

También hemos oido a otros muchos antiguos Congregantes palabras de agradecimiento.

Yo, a mi vez, quiero expresar mis sentimientos hacia la "Congre" en estas palabras de despedida que, desde luego, no serán un reflejo exacto de lo que siento, porque es imposible expresarlo.

Mis recuerdos de Congregante.

Entré en la Congregación a los 7 años, tres dias después de mi Primera Comunión.

Antes de hacerla ya asistia con mis hermanos a las veladas de los domingos, y de aquel tiempo recuerdo las

Dicen los antiguos

representaciones de las comedias, para mí formidables, "Los tres valientes", "Los terribles funerarios", "El soldado de San Marcial", el diálogo tan famoso de "Pelé y Melé" y la proyección anual de "Tito y Tif" hechas por los que hoy son personas tan respetables como "El Padre", que poco después de mi entrada en la Congregación ingresó en la Compañía de Jesús.

Por el mismo tiempo habían entrado en la Congregación un grupo de amigos míos y todos juntos (hasta catorce) éramos los "peques". Teníamos un equipo llamado "Los siete enanos", que jugaba en los campeonatos de la "Congre" hasta contra la Junta y siempre nos metían una paliza de 20 ó 15 a cero.

Nos dejaban avanzar hasta la portería y chutar a mansalva, pero "Pachín", que era el portero, siempre paraba nuestros impresionantes chupinazos con tal facilidad que nosotros pensábamos que valía para jugar con el Atlético. Los partidos siempre terminaban igual, 20-0. ¡Una paliza! a nosotros y otra que le daba el público al árbitro por hacer trampas en favor de la Junta; y con decir que ganaban porque eran unos tramposos y demás cosas que también ahora decís los "peques", quedábamos tan contentos.

Asimismo recuerdo los orejones que nos daba "El Padre" por repartir cartas, por traer dinero para bautizar chinitos con nuestros nombres, por hacer propaganda de "Mañana Primer Vier-

nes. Una de las veces que repartíamos estas bolitas por la calle de San Francisco (eran los tiempos de la proclamación de la República) los guardias nos siguieron y a uno de mis compañeros le llevaron al cuartelillo; pero resultó que sólo fué para que no anduvieramos por aquellas calles y a mi amigo le dieron los guardias diez cts. y le anduvieron dando vueltas en el sillón giratorio del Jefe, hasta que fueron a buscarle su papá y uno de la Junta. Estos son mis primeros recuerdos. Luego nos despacharon del salón y anduvimos errantes por la Sacristía, por el Colegio de Santiago Apóstol, calle García Rivero, el Patronato, hasta abrir nuestro nuevo local en Marqués del Puerto, donde hoy está la Biblioteca de Buenas Lecturas. Luego nuevamente aquí, por poco tiempo, pues comenzó el Movimiento, y otra vez a la Sacristía, hasta que en Octubre del 37 nos posesionamos del local para comenzar la nueva época de Congregación que ahora vivimos. De todos estos lugares me quedan gratos recuerdos, así como de mis compañeros, y sobre todo del P. Basterra y otros varios Padres que provisionalmente se ocuparon de la dirección de la Congregación a los que nunca podré agradecer bastante los innumerables beneficios que me han hecho.

Estos son mis recuerdos de 14 años de Congregante y ahora quiero que os fijéis en las excelencias de la Congregación.

Siempre nos han dicho los mayores: Aprovechaos ahora de la Congregación, que luego cuando se sale se nota lo mucho que vale.

Pues bien, quiero deciros, tomando aire de veterano, lo que a mi modo de ver son notas distintivas de la Congregación.

La pureza en la Congregación.—Hace tres años, en una de las visitas que nos hizo el actual "Padre", hablando con un grupo de mayores, decía: que al entrar aquí se percibía un aroma muy exquisito de pureza. ¡Cuán gran verdad es ésto! En los diversos Centros en que me he formado, a pesar de ser muchos de ellos Centros muy sanos, he oído algunas conversaciones o chistes menos limpios de lo que debían ser. Nunca he oído esas cosas en la Congregación.

¿Cómo logra conservar la "Congre" este ambiente de pureza en medio de tanta desvergüenza? En primer lugar por una asistencia muy especial de nuestra Reina y Señora la Inmaculada Virgen María. Ella ha dispuesto que en medio de tanta podredumbre se conserve un jardín donde recrear su vista, donde se produzcan esas flores, cada vez más raras por desgracia, de pureza, y ese su jardín es la Congregación.

Los demás medios son en primer lugar la Comunión diaria y luego la vigilancia del "Padre".

Observaréis que habréis oído decir lo mucho que va degenerando la sociedad actual. ¿Creeis que esta degeneración es cosa de un día, de un mes, de un año? No, es un ir olvidando poco a poco las buenas costumbres, sustituyéndolas por otras no tan santas, de una manera tan suave e imperceptible, que hay que fijarse mucho para darse cuenta. Un día se permiten tal pequeña libertad, al día siguiente otra y lo que hace un año era una sinvergüencería, hoy es la cosa más natural. En cambio la Congregación, gracias a sus "Padres", no ha permitido que esas cosas, al parecer sin importancia, fueran progresando y se ha mantenido pura y limpia.

(Continuará)



Correspondencia abierta

Al llamar la inolvidable "Congre" a la puerta de casa, me figuro que es la misma Virgen Inmaculada, nuestra Madre, quien llama.

Padre:

A pesar de que son varias las cuotas y suscripciones que hago, ha sido muy grato para mí el recibir de nuevo nuestra querida revista FLORES Y FRUTOS.

No me puedo negar a suscribirme a la misma, pues al llamar la inolvidable "Congre" a la puerta de casa, me figuro que es la misma Virgen Inmaculada, nuestra Madre, quien llama.

Adjunto ficha de suscripción.

Suyo affmo.,

J. L. E., Congr.

(¡.....!)

Un día y en un camino polvoriento de Palestina, Jesús curó a diez leprosos. Uno sólo volvió a darle las gracias, y era extranjero.

Jesús no quiso reprimir una queja:

—¿No han sido limpiados los diez? ¿Dónde están los nueve? ¿No ha habido quien vuelva a dar gracias a Dios sino este extranjero?

¡Qué desagradecimiento!

¡Que no seas digno de reproche semejante!

Vuelve a la Congregación a darle las gracias.

Vuelve a ella llevando tu tributo de agradecimiento, de simpatía, de amor.

A LOS ANTIGUOS CONGREGANTES

Con ésta es la tercera vez que FLORES Y FRUTOS va a las casas de los antiguos Congregantes, cuya dirección conocemos.

Han llegado ya a la Congregación bastantes tarjetas de Congregantes Protectores y de meros suscritores a la Revista y esperamos más.

A fin de poder arreglar toda la administración de FLORES Y FRUTOS para el mes de Enero, rogamos a todos los antiguos Congregantes y amigos que no han enviado la tarjeta, tengan la bondad de hacerlo, si así lo desean, con la mayor brevedad posible.

Con este mismo fin de tener más tiempo para arreglar definitivamente la organización de la Revista y recoger las suscripciones, este número es de doble cantidad de páginas y corresponde a los meses de Diciembre y Enero.

El número próximo saldrá (Dios mediante), a fines de Enero con 20 páginas.

El número de Febrero se enviará ya solamente a los señores Congregantes Protectores, suscriptores de la Revista, colaboradores y Revistas con las cuales tenemos intercambio.

Vacaciones de Navidad

Navidad y todo el mundo en guerra: los hombres se odian y se matan, y todos vivimos intranquilos.

El Niño Jesús quiere la paz, no quiere la guerra.

El Papa quiere que tú pidas por la paz, que tú te sacrifiques por la paz, que tú trabajes por la paz.

Jesucristo quiere la paz, ¿no querrás tú, Congregante, su apóstol, ayudarle a conseguirla? ¿Cómo?

Oye Misa, a las ocho y media; todos los días pide en ella por la paz.

Comulga también, todos los días; a Jesucristo pídele que nos dé la paz.

Visita varias veces a Jesús Sacramentado; díle que queremos la paz.

Sacrifícate; ofrece tus sacrificios para que pronto nos venga la paz.

Sé apóstol; procura que tus papás, que tus hermanos, tus compañeros, hagan lo mismo, y Jesucristo nos dará la paz.

Recuerda: Desde el viernes, 22, la Misa de la Congregación será a las ocho y media.

—Durante el día se tendrán los campeonatos de pelota, foot-ball, pin-pong, ajedrez, dominó y damas.

—Acude por las noches al Salón, te recrearás honestamente con las comedias.

He aquí los títulos de las que están en preparación:

La Nochebuena de Peru.

Los reclutas (zarzuela).

El espanto de Toledo.

Los tres valientes.

Pulmonía doble.

El médico a palos.

Un veneno.

Y además de esto algunas noches habrá "Teatro Guignol" y payasos.

Sabatina solemne en Begoña.—El día 30, último sábado del año, subiremos a Begoña a rezar el Rosario a nuestra Reina y cantarle la Sabatina a las cinco de la tarde, en acción de gracias por los beneficios recibidos, y el 6 de Enero primer sábado, volveremos de nuevo para consagrarle nuestra vida, en este año de 1945.

A las Hermanitas de los Pobres.—Allí subirán los mayores, como todos los años, para obsequiar a los ancianitos el día de Reyes a las once de la mañana.



¡NAVIDAD! ¡Fiesta grande del Nacimiento del Redentor de los hombres! ¡Con qué dulzura de recuerdos de hogar, de intimidad, de cariño, de fe, de esperanza en Dios habla a nuestros corazones!

LA CONGREGACION DE LA INMACULADA Y SAN ESTANISLAO al mismo tiempo que felicita a sus bienhechores estas Pascuas de Navidad, quiere agradecerles, en nombre del Divino Niño, la desinteresada y generosa ayuda que le prestan en la apostólica empresa de hacer de estos jóvenes y niños, tan queridos de la Santísima Virgen, CRISTIANOS DE VERDAD.

¿Quieres un buen profesor de francés?

CONSULTA EN LA CONGREGACION.

BUEN HUMOR



CONCURSO DE PASATIEMPOS



Algunas soluciones recibidas a los pies de este dibujo

—Mande a ese perro a la caseta para que podamos hablar.

—¿Al Gaseta dises? Ni al Correo Español.

—Al Correo no, pero a la Gaceta es conveniente antes de que se le muera de hambre, pues allí le tendrá "Desperdicios".

* * *

—¿Por qué no le pone cadena al perro?

—Qué cosas... ¡chocholo! Mentira parese que distinguir no te hagas que un año solo le tiene y que hasta el treinta años no se te pone cadena perpetua.

* * *

—No me ladra la perra, debe estar bien educada.

—A la gente gorda no acostumbra, pero en cuanto viene un pobre no cesa de gritar, por lo visto sabe que viene a por las perras.

* * *

—¡Qué perro más tierno, con cuánto gusto le comería!

—¿En guisado?

—No, en perro-salda.

* * *

—¿Para qué hay que tener cuidado con el perro?

—Para no pisarle.

* * *

—Iba a poner un pie, pero ¡quia!, no sea que me muerda.

CHISTES

En el restaurante económico

—¿Por qué no come Vd. el bisteck?
—Porque está muy caliente.
—Pues sóplele Vd.
—¡Sí; para que se me vaya por la ventana...!

Entre cómicos

—Y ¿qué tal su obra?
—Pues me da para comer.
—Vamos, ha gustado, ¿eh?
—No... es que me tiran muchas patatas.

* * *

El criado.—D. Filomeno, acaba de llegar un señor que ha dicho que viene a darle a Vd. una paliza.

El señor.—Que pase al salón de recibir.

HISTORICO

En un colegio de misiones, un profesor entregó a un negrito, discípulo suyo, un libro de cuentos como premio a su aplicación y buena conducta. Pero pronto le extrañó que el muchacho, en todos los ratos libres, se sentaba en cualquier sitio, y abriendo el libro en una de sus páginas, lo cerraba rápidamente, murmurando al mismo tiempo con cara alegre algunas palabras.

Queriendo averiguar la causa, se ocultó un día detrás de una columna y, cuando el negrito se sentó para repetir la operación por centésima vez, el profesor se acercó sigilosamente sorprendiendo el grabado que el niño volvió a ocultar como de costumbre.

El dibujo representaba un toro bravo que perseguía a un muchachito indígena.

El profesor soltó la carcajada al oír que el negrito decía: "¡Menos mal, todavía no le ha cogido!"



Calendario del mes de Enero

La Misa en vacaciones es a las 8,30

1. † L.—**La Circuncisión del Señor.** Misa, a las 9, en la capilla de la Congregación.
Velada recreativa, a las 7.
Bendición solemne.

2. M.—Continúan los campeonatos de Navidad.
Velada recreativa, a las 7.

3. M. Continúan los campeonatos de Navidad.
Velada recreativa, a las 7.

4. J.—Reunión de la Junta Directiva, a las 12.
Campeonatos.

5. V.—**Primer Viernes.** Campeonatos.
Velada recreativa.
Bendición solemne.

6. † S.—**La Epifanía del Señor** (Reyes).
Visita a los ancianos de las Hermanitas de los Pobres.
Recogida de tabaco para los ancianitos.
Sabatina solemne en Begoña.
Velada recreativa.
Bendición solemne.

7. † DOMINGO.—**Acto de Congregación, a las 8.** Se reanudan las Catequesis.
Velada recreativa, a las 7.
Bendición solemne.
Academia de Misiones.

8. L.—**La Misa diaria vuelve a ser a las 7,30.** Doble prima en el campeonato de la Misa.

9. M.—Academia Literaria.

10. M.—Academia de Catequistas.

11. J.—Reunión de la Junta Directiva.

13. S.—Sabatina, a las 8 y diez.
Reunión de Catequistas, a las 8 y 25.

14. † DOMINGO.—**Acto de Congregación a las 8.**
Velada recreativa, a las 7.
Bendición solemne.
Academia de Misiones.

16. M.—Academia literaria, a las 8 y diez.

17. M.—Academia de Catequistas, a las 8 y diez.

18. J.—**La cátedra de S. Pedro en Roma.**
Del 18 al 25 el Octavario por la unión de las Iglesias.
Reunión de la Junta Directiva.

20. S.—Sabatina, a las 8 y diez.
Reunión de Catequistas, a las 8 y 25.

21. † DOMINGO.—**Acto de Congregación a las 8.**
Velada recreativa, a las 7.
Bendición solemne.
Academia de Misiones.

23. M.—Academia Literaria, a las 8 y diez.

24. M.—Academia de Catequistas, a las 8 y diez.

25. J.—La conversión de San Pablo.
Reunión de la Junta Directiva.

27. S.—**San Juan Crisóstomo,** Patrono de los oradores sagrados.
Sabatina, a las 8 y diez.
Reunión de Catequistas, a las 8 y 25.

28. † DOMINGO.—**Acto de Congregación a las 8.**
Velada recreativa, a las 7.
Bendición solemne.
Academia de Misiones.

31. M.—**San Juan Bosco,** fundador del Instituto Salesiano.
Academia Literaria, a las 8 y diez.



A Loyola...

Ahí tenéis a cuatro de los siete, entre congregantes actuales y antiguos, que este año nos dejaron para abrazar una vida mejor.

¡Qué contentos marcharon! ¡Qué tristes nos dejaron!

Como buen reporter me fuí a Loyola a sacarles unas fotos y ahí están. Me faltó uno que aquel mismo día llegaba al Noviciado. Comparad las fotos y ved quién es. Le reemplazó delante de la máquina el Hermano Héctor, nuestro antiguo "Presi".

Con él son ocho este año los Congregantes novicios que piden por nosotros en Loyola.

Así rezan los novicios el Rosario.

Esta "foto" la saqué de reojo, como quien dice, para no distraerles. Aun así uno que está ahí, con mucha modestia, me miró, también de reojo.

Mi atrevimiento llegó al colmo. Ahí me tenéis ante la puerta del cuarto del Padre Maestro de novicios. El sancta sanctorum de esta casa santa.

Con este entrenamiento espero poder sacar el año que viene en cine sonoro hasta las confidencias espirituales de los novicios con el P. Maestro.

¡Preparaos los que penséis venir!

Universidad de Deusto
Biblioteca

Jesucristo puso
en ellos sus
ojos divinos



Este año entraron
en
Loyola.

Mañana
serán
otros Cristos.

Pedid que perseveren.

FLORES y FRUTOS

DE LA CONGREGACION DE LA INMACULADA Y S. ESTANISLAO DE KOSTK



¡Aquí está la "Congre"!

Aquí Jesús es mi Padre y la Madre de Dios, mi Madre.
Aquí El alimenta todos los días mi alma con el "Pan del Cielo": su carne y su sangre.
Aquí El me habla cada mañana las mismas palabras divinas que hablaba en la tierra: su santo Evangelio que "el Padre" nos lee y comenta; y por la noche de nuevo me instruye para ser "cristiano de veras".
En la "Congre" la Virgen hace en mi alma de continuo los oficios de la madre mejor.
Aquí encuentro amigos selectos y jamás se oyen conversaciones malas.
Aquí me divierto sin peligro alguno para mi alma.
Aquí saboreo la suave dulzura del apostolado por Cristo.
Es mi querida "Congre" como un jardín que cuida delicadamente la Virgen María.
Las más hermosas **flores** encuentro en él y también preciosísimos **frutos.**

¡La "Congre" es mi segundo hogar!

LBAO
ebrero - 1945

Universidad de Deusto
Biblioteca



Calendario del mes de Febrero

1. J.—Reunión de la Junta Directiva.
2. V.—**Primer Viernes.**
   La Purificación de Nuestra Señora.
   Bendición solemne por la noche, a las 8 y cuarto.
3. S.—Sabatina, a las 8 y diez.
   Reunión de Catequistas, a las 8 y 25.
4. ✠ **Domingo.—Acto de Congregación,** a las 8.
   Comienzan los Siete Domingos de San José.
   Velada recreativa, a las 7.
   Bendición solemne.
   Academia de Misiones.
6. M.—Academia Literaria, a las 8 y 10.
7. M. Academia de Catequistas, a las 8 y diez.
8. J.—Reunión de la Junta Directiva.
10. S.—Sabatina, a las 8 y diez.
    Reunión de Catequistas, a las 8 y 25.
11. ✠ **Domingo. — Nuestra Señora de de Lourdes.**
    Acto de Congregación, a las 8.
    Velada recreativa, a las 7.
    Bendición solemne.
    Academia de Misiones.
13. M.—Academia Literaria, a las 8 y 10.
14. Miércoles de Ceniza.
    Academia de Catequistas, a las 8 y 10.
15. J.—Reunión de la Junta Directiva.
16. V.—Vía Crucis, por la noche.
17. S.—Sabatina, a las 8 y diez.
    Reunión de Catequistas, a las 8 y 25.
18. ✠ **Domingo.—Acto de Congregación,** a las 8.
    Velada recreativa, a las 7.
    Bendición solemne.
    Academia de Misiones.
20. M.—Academia Literaria, a las 8 y 10.
21. M.—Academia de Catequistas, a las 8 y diez.
22. J.—Reunión de la Junta Directiva.
23. V.—Vía Crucis, por la noche.
24. S.—San Matías, Apóstol.
    Sabatina, a las 8 y diez.
    Reunión de Catequistas, a las 8 y 25.
25. ✠ **Domingo.—Acto de Congregación,** a las 8.
27. M.—Academia Literaria, a las 8 y 10.
28. M.—Academia de Catequistas, a las 8 y diez.

PRIMERA COMUNION

El día 14, Miércoles de Ceniza, comenzará el P. Director la preparación de niños a la Primera Comunión. Esta se tendrá todos los días laborables en la Congregación de 6,30 a 7,15 de la tarde. La Primera Comunión se celebrará (D. m.), el Lunes de Pascua, 2 de Abril, en la Residencia.

Véase la página 91 de este número donde se habla de ello.

EPOCA II :-: Núm. 5 FEBRERO 1945.

FLORES y FRUTOS

de la Congregación de la Inmaculada Virgen María y San Estanislao de Kostka :-: BILBAO Paz, 2.

¡Cuida bien tu reloj!
¡Cuida tu corazón!

Lo recuerdo como si fuese hoy.

Fué en unas vacaciones cuando conseguí, por primera vez, el derecho a usar el reloj que me regaló papá.

Los primeros días todo eran consejos: ¡Dale cuerda todos los días! ¡No lo dejes encima del mármol! ¡No juegues con él! ¡En cuanto notes que empieza a andar mal llévalo a la relojería!

¿No os han dicho a vosotros cosas parecidas?

Yo no necesitaba de tantas advertencias. Miraba al reloj con un respeto rayano en veneración; lo manejaba con más cuidado que si fuera de merengue; todos los días, sin dejar uno, y a la misma hora, le daba cuerda, despacio, muy despacio, casi con miedo...

¡Qué bien andaba mi reloj!

Al recordar estas escenas de mi infancia, se me ha ocurrido una comparación que quizás te guste y te pueda hacer algún bien.

Mira: Tú también tienes un hermoso reloj, regalo de tu Padre Dios; es despertador y cronómetro a la vez. Ese reloj es... ¡tu corazón!

¡Cuida tu reloj! ¡Cuida tu corazón!

Dale cuerda todos los días, despacio, muy despacio, pensando lo que haces... Dar cuerda es ir a la Congregación a oír Misa y comulgar todas las mañanas y rezar el santo rosario todos los días a la Virgen. Dar cuerda es practicar esos pequeños actos de vencimiento y mortificación, hacer lo que menos te gusta, para que el reloj de tu corazón ande bien, como un cronómetro.

No dejes tu corazón junto al mármol frío de corazones egoístas que no entienden lo que es vencimiento; de corazones sensuales que sólo buscan el placer; de corazones orgullosos y burlones que no respetan ninguna autoridad.

No leas "Tebeos" ni menos novelas insípidas, muelles, excitantes o exaltadas. ¡Rechaza todo eso con energía! Te llenarían de pensamientos extravagantes, de ilusiones quiméricas, de ansias de sobresalir y exhibirte... y el pobre reloj de tu corazón sufriría atrasos en su marcha; se pararía tal vez...

Si te das cuenta que empieza a andar mal, vete a ese relojero de corazones que es tu confesor, tu director espiritual, "el Padre", cuéntale la causa del retraso o demasiado adelanto de tu reloj, y haz lo que te diga.

Aun cuando tu reloj ande perfectamente, frecuenta las visitas a este relojero. Siempre vienen bien para ajustar al detalle la marcha de tu corazón. No olvides que es un reloj de precisión, un cronómetro.

Acuérdate que tu corazón, con su lento y rítmico tic-tac, va marcando segundo por segundo todas tus buenas y malas acciones, las que te acercan y las que te alejan de Dios, que es tu último y único fin.

¿Quieres, al fin de tu vida, ser feliz por toda una eternidad? Vigila con esmero ese tic-tac de tu corazón y arregla cuanto antes el menor desperfecto.

¡Cuida tu reloj! ¡Cuida tu corazón!

E. de L., Congr.



CONSIGNA del mes

¡Acude al relojero de tu corazón!

Ya lo has visto en el artículo anterior. Ese relojero es tu confesor y también "el Padre".

Ten, pues, un confesor con quien tengas plena confianza.

En el confesor te ha dado Jesucristo:

Un consultor gratuito, imparcial y secreto.
Un educador constante que te guía al bien.
Un padre que te anima y ayuda a ser bueno.
Un médico que cura tus enfermedades espirituales.
Un amigo íntimo, fiel, reservado y compasivo.
Un juez bondadoso que te absuelve siempre.

Debes tener un confesor fijo como en casa siempre tienes médico fijo. Y a él acudirás con más fidelidad cuando te sientas más tentado o caído.

Pero ten un confesor que te exija, con amor sí, pero que te exija, a quien acudas para tratar sin prisas las cosas de tu alma.

La regla 36 de las Congregaciones Marianas prescribe:

"En cuanto sea posible, tenga el Congregante su confesor fijo, a quien descubra con perfecta sinceridad el estado de su alma, y por quien se deje formar y dirigir en todo lo relativo a la vida espiritual."

Recuerda también que el Reglamento de la Congregación te dice:

"Procurarán verse, por lo menos, una vez al mes, con el Padre Director."

Su misión es encaminarte en las cosas de la Congregación para que seas Congregante fervoroso.

Ten con él, pues, plena confianza. Guardará absoluto secreto de tus cosas. Nunca te reñirá por lo que tú le digas. Nunca se asustará de tus deficiencias. Será para ti "el Padre".

Tu consigna en este mes:

¡ACUDIR CON FIDELIDAD CADA SEMANA AL RELOJERO DE TU CORAZON!

C. R., Congr.

"Echa incienso en el fuego y sacrifica a nuestro Dios"

Una de las historias más hermosas de los primeros tiempos de las persecuciones es la del anciano Barlaham, campesino sencillo, a quien intentaron hacer que quemase incienso ante la estatua de Júpiter.

Los verdugos, hombres fornidos ante los cuales cualquiera hubiera temblado, encendieron el fuego y pusieron el incienso delante de Barlaham. El altar, el fuego y el incienso se hallaban muy cercanos a la puerta de entrada y un poco más elevados del resto del suelo. Habiendo hecho subir allí a Barlaham le dijeron los verdugos:

—"*Echa incienso en el fuego y sacrifica a nuestro dios*".

Sin embargo, Barlaham contestó con calma admirable:

—"*No lo hago*".

Ante la negativa respuesta del anciano, los inhumanos verdugos comenzaron a torturarle sin resultado positivo. Todos los intentos fueron vanos. Entonces uno de los verdugos, con fuerza hercúlea, extiende a viva fuerza el brazo del viejo para que la mano de éste quede justamente encima de las llamas; sin soltarle la mano le pone incienso y le increpa:

—"*Deja caer el incienso y serás libre.*"

—"*No lo hago*" —repite secamente Barlaham.

Y allí está, de pie, inconmovible, inmutable, con el brazo extendido... La llama del fuego va subiendo; ya lame la palma de la mano y, quemada ésta, el incienso empieza a humear... Pero el hombre sigue impertérrito. La voracidad del fuego, nunca saciada, consumió la mano y parte del brazo y el incienso se quemó así, pero el corazón del mártir no fué perjuro a su Dios.

Pocos son hoy día, por desgracia, los que tienen este temple de mártires. A aquel anciano no le arredró ningún tormento ni aun la misma muerte. A nosotros, en cambio, un pequeño sacrificio para venir a Misa temprano nos echa atrás.

El Papa ha dicho: "PARA RESPIRAR EN EL AIRE CORROMPIDO DE LAS GRANDES CIUDADES MODERNAS Y VIVIR EN ELLAS CRISTIANAMENTE, SIN SU VENENO, HACE FALTA RESISTENCIA PROPIA DE MARTIRES".

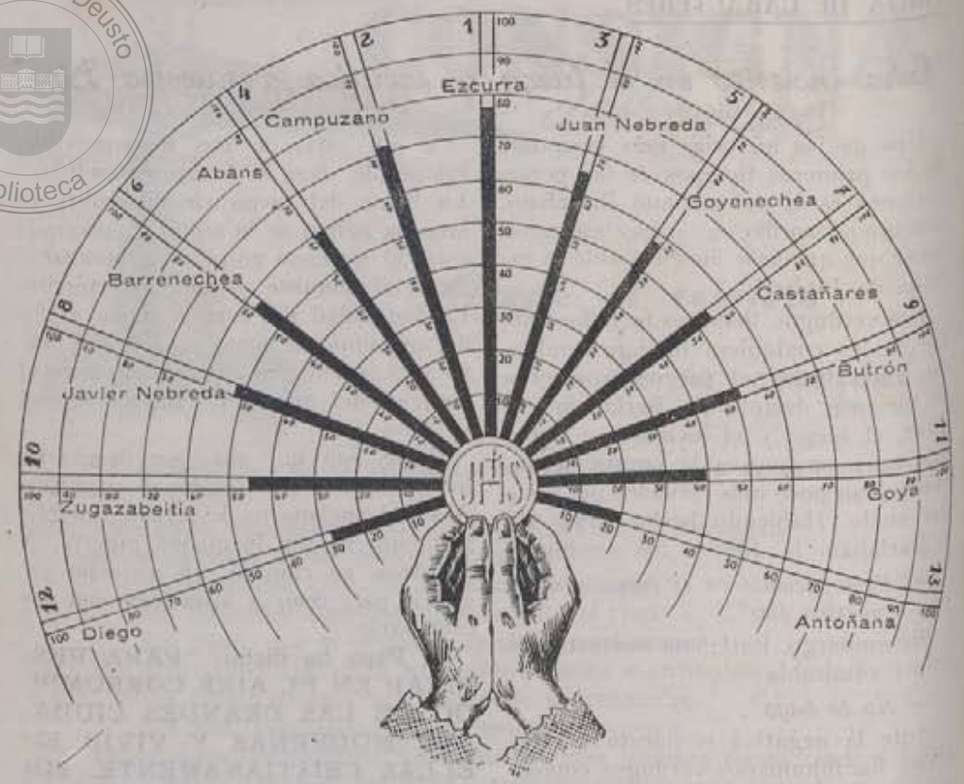
¿Quién nos dará este temple de mártires?

La Comunión diaria y con ella el vencimiento diario de la pereza por levantarnos temprano cada mañana para venir a la Congregación a comer el "*Pan de los fuertes*".

H. A., Congr.

Tú no dejas pasar ni un solo día sin comer.

No dejes pasar ni un solo día sin comulgar.



El campeonato de la misa diaria

La lucha en Diciembre ha sido reñida entre los grupos de Goyenechea y Barrenechea, cuyas diferencias han sido mínimas.

Como hecho notable se registra la caída del grupo de Butrón, que en el pasado mes ocupó el primer puesto y en éste ha descendido al noveno.

¡No hay que dormirse en los laureles!

Por otra parte se destaca la subida del grupo de Campuzano desde el séptimo puesto que ocupaba en Noviembre, al segundo.

Además este mismo grupo ha ganado tres primas los lunes.

Nuestra más cordial enhorabuena.

Grupo que ha ganado el campeonato de cada semana de Diciembre

1.ª semana, el grupo de Juan Nebreda
2.ª " " " " Campuzano
3.ª " " " " Ezcurra
4.ª " " " " Campuzano



La voz del Amigo

El Señor ausente y los siervos vigilantes.

¿Conoces a tu Amigo? Siglos y siglos esperaban los judíos la hora en que había de llegar el Mesías. Cuando llegó esa hora Juan el Bautista bautizaba a orillas del Jordán y convertía a las muchedumbres. Muchos sospechaban si sería el Cristo y un día inquietos le preguntan:

—¿Tú, quién eres? ¿Eres el Mesías a quien todos esperamos?

—No soy el Mesías, pero no le busquéis lejos. En medio de vosotros está y no le conocéis.

Como aquellos judíos. Muchos de vosotros tenéis también vivos deseos de conocer a Jesús o de conocerle más. Y así un Congregante, a la pregunta del pasado Concurso de Navidad en la Congregación "¿Qué echas de menos en FLORES Y FRUTOS?" Respondía: **"Quisiera que FLORES Y FRUTOS me hablara más de mi Amigo Jesús".**

FLORES Y FRUTOS acoge con júbilo tus deseos y se dispone inmediatamente a cumplirlos.

Cojo el Evangelio, ese librito que te habla de tu gran Amigo Jesús. El Evangelio es como Jesús viviendo entre nosotros. Por eso abro ahora ante ti el Evangelio como si hubiéramos ido tú y yo a buscar a Jesús en un rincón de Palestina hace diez y nueve siglos para ver a Jesús y escuchar la voz de nuestro gran Amigo.

A ti te gustan los cuentos. Ya lo sé. Jesús también lo sabía. Por eso contó parábolas o cuentos muy bonitos que todos escuchaban con viva atención.

Hoy Jesús te va a contar también un cuento.

La parábola del Señor ausente. Había una vez un señor que tuvo que asistir una tarde a un convite y dejar la casa al cuidado de sus criados. El banquete era fastuoso, la fiesta espléndida. No sabían los criados cuándo volvería su señor:

¿A la media noche? ¿A la madrugada?

¡Qué les jmportaba saberlo!

Eran unos criados muy fieles y esperarían como esperan los fieles criados: despiertos, auscultando en el silencio de la noche cualquier ruido de la calle que pudiera anunciar a su amo. Se habían recogido a la cintura sus largas túnicas orientales para no tropezarse al andar, y así acudir con presteza a abrir la puerta y servirle. En sus manos sostenían lámparas de aceite encendidas para alumbrar el camino a su señor, la mesa estaba puesta, la cena a punto...

No pensaban ellos probar bocado, aunque viniera a la media noche, aunque viniera a la madrugada. Primero servirían la cena a su señor, luego cenarían ellos.

Esperan y escuchan.

Se oye ruido de pasos. Es el señor y antes de que llame a la puerta ya le han abierto. Todos le alumbran el camino, uno le recoge el manto y le conducen al comedor donde otros criados acaban de poner la cena.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Quedó el señor complacido de tanta diligencia y amor. El ha llegado del convite bien cenado y, aunque cansado, quiere premiar el diligente servicio de sus criados. Ve que no han cenado por esperarle y al instante les manda sentar a su mesa.

Entonces ocurre algo nunca visto en casa de señores. Ante los ojos atónitos de aquellos criados el señor se convierte en el siervo de todos y él mismo les sirve la cena que para él estaba preparada.

Esta es la parábola.

¿Su significado? Jesús es el Señor que ha subido al Cielo para celebrar allí un banquete y fiesta con las almas que al Cielo han llegado.

Los criados somos nosotros, que debemos estar siempre dispuestos a servir en la tierra a nuestro Señor, Jesús.

La luz que ilumina el camino por donde Jesús viene a nosotros es la fe. Siempre debemos tener encendida la lámpara de la fe en nuestras almas.

¿Cuándo vendrá Jesús?

Para cada uno vendrá el día de su muerte a juzgarle. Y entonces... dice el Señor: "Bienaventurados aquéllos a quienes el amo, llegando, los halle despiertos y vigilando. En verdad os digo que se ceñirá (la túnica) y los hará ponerse a la mesa, y pasando por ellos les servirá".

¿Cuál será el banquete?—El banquete del Cielo será el mismo que para Jesús está preparado allí: Dios visto cara a cara y amado con goce indecible.

¿Quiéres gozar de ese banquete? Sirve a Jesús con fidelidad y diligencia. A Jesús le tienes muy cerca de ti. Le encontrarás en tus padres, en tus hermanos, en tus amigos del Colegio o de la Congregación. Piensa que lo que hagas por cualquiera de ellos lo haces por Jesús. Así lo dijo El: "Lo que hiciéreis por uno de éstos, por Mí lo hacéis".

¿No querrás tú servir a todos viendo en todos a Jesús?

¡Qué simpático serías entonces para todos!

¡Cuánto te querrían!

Pero sobre todo te querrá con cariño entrañable tu Amigo Jesús. Vuelve a oir sus últimas palabras:

"Bienaventurados aquéllos a quienes el amo, llegando, los halle despiertos y vigilando. En verdad os digo que se ceñirá y los hará ponerse a la mesa y pasando por ellos los servirá."

C. E., Congr.

EL CONGREGANTE

José María Idoyaga y Allende

espera en el Cielo el día de la resurrección.

Fué arrebatado porque la malicia no alterase su modo de pensar, ni sedujesen su alma las apariencias engañosas del mundo.

(Del Libro de la Sabiduría 4-11)

Las tres Avemarías

Probablemente, el nombre de José Recamier os es completamente desconocido. Sin embargo, cuando Luis XIV reinaba en Francia, su fama había atravesado las fronteras de su país y era considerado en todo el mundo como un prestigio de la ciencia.

Pero más que su fama, más que ser médico de cámara del rey, más que el lograr arrancar víctimas a la muerte estimaba su filiación mariana; ser hijo de María, a la que amaba tiernamente.

Y tenía por costumbre encomendar sus enfermos a la Virgen...

* * *

—*Hijos míos* —decía Recamier a su familia al rezar las últimas oraciones de la noche—. *Un pobre hombre, un desgraciado a quien los vicios han separado del regazo de María, se halla en grave estado. La muerte acecha sin remedio; la ciencia es impotente.*

Y añadió con voz trémula:

—*Pidamos a la Virgen la compasión de su Hijo para ese desgraciado que huye desesperadamente de su felicidad eterna. Tres Avemarías.*

Y en el momento de arrodillarse tropezó con el reloj de pared; saltó el muelle produciendo un chirrido y quedó parado.

—*Es el diablo que huye* —exclamó el médico sin prestar mayor atención al incidente.

Tras ésto, todos se recogieron en sus habitaciones.

* * *

Cuando a la mañana siguiente llegó Recamier a la calle de Bac, halló la casa completamente transformada. Donde dejó lágrimas y sollozos la noche anterior, encontraba paz gozosa.

—*Federico ha muerto* —le dijo la esposa del enfermo—. *Pero ha muerto como un santo. Se confesó. ¡Si le hubiera usted visto en aquel momento...! Lloraba de alegría y nos pidió perdón a todos. Yo no pude contener las lágrimas...*

—*Y ¿sobre qué hora fué eso?* —preguntó Recamier.

—*Cerca de las nueve y media de la noche.*

Recamier no quiso saber más. Después de recibir las gracias de aquella familia marchó a su casa y buscó el reloj estropeado. ¡Marcaba exactamente las nueve y veinticinco!

Pudo ser coincidencia, pudo ser realidad. Pero, ¿no es verdad que se adivina en el hecho una mano maternal movida por las tres Avemarías del médico?

En las Bodas de Oro del Papa Congregante.

Cuatro mil congregantes reunidos el 21 del pasado Enero en el Vaticano, escucharon con emoción la palabra augusta del Vicario de Cristo, el Papa Congregante. En el próximo número (D. m.), daremos cuenta del interesante discurso de S. S. Pío XII lleno de amor a las Congregaciones Marianas.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Dios te salve, María...

Siempre interesa a un hijo oir cuanto a su madre se refiere. Pero si esa Madre es la Virgen y lo que de Ella nos quieren explicar es el Ave María, FLORES Y FRUTOS salta de júbilo al recibir el comentario que nuestro queridísimo antiguo Congregante M. R. A. nos envía y hasta sueña en publicar los comentarios a las oraciones más populares de la Virgen.

¡Vengan, pues, más artículos, queridísimo M. R. A., y enséñanos a hablar con nuestra Madre!

Es el Ave María la oración más frecuente en el pueblo cristiano. La que todo Congregante tiene a flor de labios para saludar a su Madre.

¿No os parece que merece la pena recoger en sencillo ramillete lo que la devoción de los Santos y la investigación de los Teólogos han entendido en estas sublimes palabras?

Servirá para aumentar nuestro amor a tan hermosa plegaria y nuestra devoción al recitarla. Encontraréis nuevo gusto, cuando la recéis en el templo, en el colegio antes de las clases, en casa al rezar el rosario con vuestra familia, en la Congregación...

* * *

Los primeros labios que pronunciaron el Ave María fueron los del Arcángel San Gabriel, aunque no la dijo entera. Pero lo que él dijo a la Virgen es lo más sublime de esta hermosísima oración. Por eso se la llama *salutación angélica*.

Abramos el evangelio de San Lucas en el capítulo primero. El es quien nos cuenta la maravillosa escena de todos conocida.

María se encontraba en su casita de Nazaret, entregada a la oración, tal vez pidiendo al Señor que acelerase la hora en que había de llegar el Salvador de Israel. De pronto alguien entra en la estancia.

Las palabras que emplea el evangelista "*entró a donde ella estaba*" parecen indicar que no fué aquélla una aparición vaga y etérea, sino que el ángel San Gabriel se presentó a la Virgen en forma visible de varón.

María, sin embargo, reconoce al punto que se trata de un ser espiritual: tal vez se manifestó envuelto en un halo de luz misteriosa que debió contrastar de modo impresionante con la oscuridad de la habitación en que se hallaba la Virgen.

Si tenéis delante el evangelio de San Lucas, veréis que el Angel no llamó a María por su nombre. Sus palabras fueron: *Ave, llena de gracia.*

San Lucas escribe en griego: *Jaire*, que significa *Alégrate*. Este era el saludo ordinario entre los griegos; con él se deseaban al encontrarse los amigos felicidad y alegría, como nosotros nos deseamos que "*buenos días o buenas tardes nos dé Dios*". Con todo, es más seguro que el Angel no usó este saludo griego, sino más bien el judío *Shalón lak: la paz sea contigo.*

Si el modo de hablar y las costumbres reflejan el carácter de un pueblo, aquí se aprecia la superioridad espiritual del pueblo hebreo sobre el pagano griego. Mientras éstos no encontraban cosa mejor que desear al amigo a quien saludaban una dicha y una alegría superficial, los judíos sabían que la paz era la fuente de todos los goces, el manantial de la verdadera felicidad.

El Angel, pues, se presenta delante de María y desde su nimbo de luz le saluda sonriente, empleando el tradicional saludo en su sentido más pleno: *La paz sea contigo.*

La devoción popular ha cambiado estas primeras palabras del saludo del Angel, para acomodarlas a las circunstancias de los fieles.

Ahora decimos: Dios te salve, Dios te saluda, María. Dios te envía su mensajero, su embajador. Yo quiero también agregarme a esta embajada celestial y asistir a tu triunfo, a tu exaltación al trono de la maternidad divina.

¡Dios te salve, María!

M. R. A., Congr.

Clasificación de los Congregantes por

C A T E G O R I A S

Primera Categoría.—Se incluye en ella los que se esmeran en cumplir bien todo el Reglamento de la Congregación, v. gr., asisten, pudiendo, a la Misa diaria y a la instrucción de la noche, tratan con el Padre una vez al mes, son asiduos a los actos ordinarios y extraordinarios, evitan todas las diversiones, paseos, compañeros, etc., que desdicen de un buen Congregante de la Santísima Virgen, se distinguen por su celo apostólico, toman parte en los concursos, etc.

Segunda Categoría.—Se incluyen en ésta los que cumplen el Reglamento, pero con algunos descuidos; los que con alguna frecuencia pierden la Misa diaria, sin causa justificada, no asisten a algunos actos recomendados a los Congregantes, no toman parte en los concursos; pero asisten asiduamente a la instrucción de la noche y al ACTO DE CONGREGACION de los días de fiesta.

Tercera Categoría.—Se incluyen en esta última los que, sin cometer faltas notables, son bastante descuidados en la observancia del Reglamento, v. gr., no acuden a Misa todos los domingos y días festivos, no se alistan en las Catequesis ni en las secciones de piedad y celo organizadas por la Congregación, prefieren la compañía y amistad de los no Congregantes a la de los que lo son... Los Congregantes de esta tercera Categoría, están expuestos a salir de la Congregación fácilmente, si no se enmiendan.

Sección de Honor.—Pertenecen a esta sección los Congregantes mayores de 12 años que realizan el tipo ideal de un Congregante perfecto. Publicaremos sus nombres en el próximo número.

Delante de cada nombre se indica la categoría, detrás el número de asistencia en la Congregación.

3.ª—Abaitua Bilbao, Jesús Antonio, núm. 82.
3.ª—Abaitua Bilbao, Miguel Angel, 97.
3.ª—Abaitua Bilbao, Luis María, 92.
1.ª—Abans García, Javier, 135.
1.ª—Abans García, Pablo María, 5.
3.ª—Acha Valle, Juan Carlos, 89.
3.ª—Acha Valle, Francisco Javier, 79.
2.ª—Achurra Alzola, Angel, 191.
3.ª—Achurra Alzola, Gabriel, 53.
2.ª—Achurra Alzola, Ignacio, 190.
2.ª—Achurra Alzola, Javier, 194.
3.ª—Aguirre Azcorra, José María, 250.
2.ª—Aguirre Delgado, Ignacio, 241.
1.ª—Aizpuru Abendivar, Juan, 136.
1.ª—Albizua Zabala, Juan, 11.
1.ª—Aldazábal Iturrospe, José Miguel, 243.
1.ª—Aldazábal Iturrospe, Juan María, 248.
1.ª—Aldecoa Ercoreca, Ignacio, 4.
1.ª—Aldecoa Ercoreca, Sabino, 120.
2.ª—Alvarez Arteche, Julio, 174.
2.ª—Alvarez Belausteguigoitia, Ignacio, 167.
2.ª—Allica Ugalde, Carmelo, 83.
3.ª—Amann Loredo, Miguel, 152.
3.ª—Amann Mutiozábal, Fernando María, 153.
1.ª—Angulo Cortádi, Javier, 98.
3.ª—Antón Gil, Juan, 154.
1.ª—Antoñana Gortázar, José María, 1.
1.ª—Aquesolo Ortiz, José Antonio, 18.
1.ª—Arana Gondra, Javier, 14.
1.ª—Arana Gondra, Ramón, 137.
1.ª—Aréchaga Bilbao, Juan José, 188.
3.ª—Aresti García, Alfonso, 144.
1.ª—Arregui Lizárraga, José Antonio, 56.
2.ª—Arregui Olábarri, Carmelo, 42.
1.ª—Arrieta Elizondo, José Miguel, 252.

Universidad de Deusto
Biblioteca

1.°—Arriola Mallavia, Ignacio, 19.
2.°—Arteaga y Echevarría, Francisco, 208.
1.°—Artiach Meng, Javier, 256.
3.°—Artola Cenarro, José María, 155.
1.°—Asúa Cantera, Juan, 88.
2.°—Azaola Artolozaga, Francisco, 123.
1.°—Azpeitia Amiano, José María, 68.
1.°—Azpeitia y Bilbao, Eduardo María, 128.
1.°—Baldor y Valle, Juan Manuel, 105.
1.°—Baldor y Valle, Luis María, 101.
1.°—Baldor y Valle, Miguel Angel, 106.
1.°—Barainca Goiriena, Juan Cruz, 244.
1.°—Bareño Allende, Ramón, 262.
1.°—Bareño Allende, Santiago, 263.
1.°—Barrenechea Arroitajáuregui, Carmelo, 60.
1.°—Barrenechea y Arroitajáuregui, J. M.ª, 52.
3.°—Basterra y Sans, Juan María, 72.
1.°—Beltrán de Guevara y Solaún, J. M.ª, 138.
2.°—Beltrán de Heredia Larrazábal, J. Mª., 93.
1.°—Benito del Valle Larrinaga, José M.ª, 15.
1.°—Bergareche y Ruiz, José Ignacio, 219.
1.°—Bilbao y Erausquin, Félix, 2.
1.°—Bilbao García-Echave, Paulino, 139.
1.°—Burdáin Uruburu, Ignacio, 124.
1.°—Camiña Borda, Enrique, 221.
1.°—Camiña Borda, Gabriel, 222.
1.°—Camiña Borda, José María, 220.
1.°—Camiña Borda, Juan Luis, 201.
1.°—Campuzano de la Paz, Ignacio, 140.
2.°—Campuzano de la Paz, Javier, 223.
2.°—Cardenal Sagarduy, José Manuel, 156.
1.°—Castañares y Larreátegui, Juan M.ª, 6.
1.°—Castañares de la Torre, Juan Luis, 213.
2.°—Cortés Galimany, Pedro Carlos, 157.
1.°—Cortina Iceta, Ignacio, 141.
3.°—Damborenea Terroba, Antonio, 80.
2.°—Damborenea Terroba, Manuel, 84.
2.°—Damborenea Terroba, Ricardo, 90.
2.°—Díaz Vidaurrázaga, Juan Antonio, 184.
1.°—Diego Bengoa, José Ramón de, 7.
3.°—Diego Bengoa, Juan José de, 114.
3.°—Echevarría Usábel, Juan Justo, 40.
1.°—Eguiraun Benedito, Javier, 197.
1.°—Elezcano Larreátegui, José, 121.
2.°—Elordi Beascoechea, Víctor, 247.
2.°—Endeiza Ugarte, Juan Luis, 211.
3.°—Escondrillas Ibarrondo, José Luis, 47.
3.°—Escudero Seebold, José, 129.
2.°—Espinosa Marañón, Luis María, 202.
1.°—Ezenarra Irastorza, José María, 13.
1.°—Fontán Gamarra, Alberto, 168.
1.°—Fontán Gamarra, Ignacio María, 175.
1.°—Fontán Gamarra, José María, 158.
1.°—Fontán Gamarra, Rafael María, 130.
2.°—García L. de Abechuco, Fernando, 240.
3.°—García Otaola, Luis, 62.
1.°—Garro Elejalde, Pedro María, 110.
2.°—Gaztañaga García, Rafael Bernardo, 69.
2.°—Goiricelaya y Ugalde, José Antonio, 160.
1.°—González de Durana Isusi, Ignacio, 159.
2.°—González de Durana Isusi, José A., 142.
2.°—González Izaguirre, Carlos, 217.
2.°—González Pinto, José Miguel, 180.
1.°—González Pinto, Nicolás, 179.
1.°—Goya y Urigüen, Miguel, 3.
3.°—Goyenaga Echevarría, Pedro, 20.
1.°—Goyenechea Goiri, Angel María, 10.
2.°—Guiloche Zulueta, Javier, 46.
3.°—Gulías Foruría, Juan Manuel, 176.
2.°—Gros del Río, Vicente, 54.
3.°—Guzmán Bergareche, Rafael, 143.
1.°—Heredia Ramírez, Pedro Jacinto, 253.
2.°—Hernáiz Santisteban, Francisco, 85.
1.°—Herrán Matorras, Agustín, 161.
1.°—Herrán Matorras, Ramón, 170.
3.°—Herrera Esparza, Eduardo, 201.
3.°—Herrera Esparza, Javier, 200.
3.°—Herrera Esparza, José Félix, 169.
3.°—Ibáñez Ruiz, Fernando, 218.
3.°—Icaza García, José María, 41.
1.°—Icaza y Zabálburu, Rafael, 162.
1.°—Icaza y Zabálburu, Ramón, 224.
1.°—Ipiña Azcúnaga, Javier Jesús, 193.
1.°—Ipiña Azcúnaga, José Ignacio, 187.
1.°—Iturbe Pinedo, Antonio, 242.
1.°—Iturbe Pinedo, Luis, 249.
1.°—Jacob Verdes, Enrique, 255.
1.°—Jaén Palacio, Carlos Javier, 198.
2.°—Jaén Palacio, Manuel María, 163.
2.°—Juarrero Juarrero, Arsenio, 65.
1.°—Lacorzana Mamolar, Jesús, 12.
2.°—Landa Axpe, Francisco, 203.
3.°—Landa Axpe, Ignacio, 204.
3.°—Landa Axpe, Juan, 205.
1.°—Larrazábal Zorrozúa, Juan Jesús, 112.
3.°—Larrea y Basterra, Francisco Javier, 134.
1.°—Larumbe Salinas, Luis, 246.
2.°—Lasa Alvarez, José María, 145.
1.°—Lasa Curiel, Fernando Manuel, 180.
1.°—Lasa Curiel, José Ramón, 127.
1.°—Lasa Curiel, Rafael María, 182.
1.°—Lecube Muñoa, Javier, 189.
1.°—Legórburu Rodríguez, Carlos María, 102.
1.°—Legórburu Rodríguez, José María, 91.
1.°—Magra y Díaz-Emparanza, Fco. J., 131.
1.°—Malo Fernández, Fernando, 21.
1.°—Marcoartu Gorriarán, Ignacio, 250.
1.°—Mardones Espinosa, Manuel, 146.
1.°—Marín Lafuente, Modesto, 164.
1.°—Martín Barrio, Nilo, 32.
1.°—Martínez de Butrón Díaz, Juan A., 59.
1.°—Martínez de Butrón Díaz, Mario, 70.
1.°—Martínez de Lejarza Valle, Isaac F., 118.
1.°—Martínez de Lejarza Valle, Miguel A., 122.
1.°—Martínez Rodamiláns, Esteban María, 115.
1.°—Martínez Rodamiláns, Ignacio María, 58.
1.°—Massalleras Alfaro, Alberto, 55.
1.°—Maurolagoitia y Llano, José A., 171.
1.°—Méndez Simón, Félix, 132.
1.°—Mendibelzúa Vergara, Jesús, 22.
1.°—Menéndez Rubio, Luis María, 81.
1.°—Miguel García, José Miguel, 133.
1.°—Mojas Mauri, Jesús, 126.
1.°—Mojas Mauri, José María, 125.
1.°—Moro Goicoechea, José Ramón, 212.
1.°—Moro Goicoechea, Juan Antonio, 214.
1.°—Movilla Hernández, Félix, 43.
1.°—Narbaiza Aspiazu, Luis, 147.
1.°—Nebreda y García, Juan, 86.
1.°—Nebreda de Miguel, Fco. Javier, 9.
1.°—Núñez Corbera, José Luis, 99.
1.°—Olaizola Gorbea, Enrique, 34.
1.°—Olea Alcorta, Enrique, 23.
1.°—Olea Alcorta, Ignacio, 206.
1.°—Ouandía Aguirregomezcorta, Ignacio, 172.
1.°—Ordozgoiti Santiago, Jesús María, 74.
1.°—Ordozgoiti Santiago, Juan Miguel, 36.
1.°—Ortega Elías, Prudencio, 260.
1.°—Ortiz Arroyo, José, 179.
1.°—Orueta Abaroa, Juan José, 103.
1.°—Orueta Abaroa, Sabino Joaquín, 107.
2.°—Pascual Segurola, Federico, 192.
1.°—Pontes Fernández, Antonio, 66.
3.°—Porrúa Pradera, Guillermo, 71.
3.°—Porrúa Pradera, Nicolás, 78.
1.°—Prieto del Olmo, Juan Manuel, 196.
1.°—Puelles Izaguirre, José Felipe, 148.
1.°—Puente Fz.-Ullivarri, Darío de la, 61.
2.°—Puente Fz.-Ullibarri, Fernando de la, 87.
2.°—Puente y García, Restituto, 24.
1.°—Quintanilla Castro, Jaime, 149.
2.°—Ramos Rodríguez, Francisco E., 225.
1.°—Rentería Lapresa, José María, 173.
2.°—Río Casaus, Javier del, 150.
1.°—Roa Andrés, Javier, 44.
3.°—Robles Canive, José Luis, 37.
1.°—Roca Mocorrea, Francisco, 205.
2.°—Rocillo Landalace, Santos, 183.
1.°—Rodamiláns Vellido, Fco. Javier, 165.
1.°—Rodamiláns Vellido, Ramón Antonio, 151.
2.°—Rodet Oribe, Miguel Angel, 12.
1.°—Ruiz Gázquez, Ernesto, 31.
1.°—Ruiz Santos, Emiliano, 25.
2.°—Sáez Mena, Carmelo, 26.
2.°—Sáez Mena, José Angel, 108.
2.°—Sáez Mena, Juan Carlos, 94.
1.°—Sagarduy Montero, Mario de, 258.
1.°—Sagarminaga Salcedo, Antonio M.ª, 95.
1.°—Sagarminaga Salcedo, Francisco J., 104.
3.°—Samperio Balerdi, Jaime, 38.
2.°—Sánchez Ruiz, Fernando, 76.
2.°—Sánchez Ruiz, Julio, 75.
3.°—Sánchez Ruiz, Luis, 67.
3.°—Sánchez Ruiz, Pedro, 215.
1.°—Sasieta Rodríguez, Alberto, 39.
3.°—Señor Uría, Jesús María, 64.
1.°—Serrano Vilanova, Carlos, 216.
1.°—Sologaistúa Alayo, José Manuel, 45.
1.°—Sulibarría Ureta, Luis María, 245.
1.°—Toledo y Ugarte, Juan Domingo, 166.
1.°—Toledo y Ugarte, Pedro Santiago, 195.
3.°—Tuñón Rodríguez, Nilo, 27.
2.°—Ugarte y Urquiza, Francisco Javier, 111.
2.°—Ugarte y Urquiza, Mario de, 109.
3.°—Urgoiti Abascal, José Angel, 251.
3.°—Urigoitia Belacortu, Inocencio, 117.
1.°—Urrutia Salanova, José Ramón, 29.
1.°—Urrutia Salanova, Juan Antonio, 49.

Universidad de Deusto
Biblioteca

3.ª—Vega Salinas, Francisco José, 264.
3.ª—Ventero González del Ron, Teodoro, 239.
3.ª—Villanueva Santaulari, Jesús María, 77.
2.ª—Villanueva Santaulari, José María, 73.
1.ª—Wicke Laca, Alberto Federico, 254.
1.ª—Zabala Otaola, Jesús, 190.
1.ª—Zabalegui Gorostiaga, Miguel, 178.
3.ª—Zárraga Echániz, Tomás, 50.
2.ª—Zubiri Sánchez, Javier, 30.
2.ª—Zubizarreta Mendiola, José María, 63.
2.ª—Zubizarreta Mendiola, Pedro, 181.
2.ª—Zugazabeitia Marquijano, Germán, 57.
2.ª—Zulueta Olascoaga, Juan, 51.
2.ª—Zulueta Padura, Pedro María, 66.

Congregantes Supernumerarios

Son los Congregantes dispensados legítimamente de la asistencia a los actos de la Congregación.

Aguirrezábal Sagrario, Tomás, 17.
Aguirrezábal Sagrario, Jesús, 230.
Aguirrezábal Sagrario, Alejandro, 229.
Andreu Rodamilans, Rafael, 236.
Anitua López, Santiago, 228.
Arregui Lizarraga, Cornelio, 207.
Caballero Aldama, Ramón, 238.
Gaviria, Luis María, 233.
Gortázar Landecho, Fernando, 16.
Ibarlucea Figueriola, José María, 237.
Icaza Zabálburu, Javier, 234.
Iceta Gómez, Ignacio, 231.
Iceta Gómez, Ramón, 257.
Lecube Muñoa, Juan José, 235.
Miguel García, Ignacio, 35.
Nebreda de Miguel, Pedro María, 116.
Ramos Rodríguez, Juan Ignacio, 232.
Sautu y Arrupe, Joaquín María, 227.

Aspirantes

Acero Camiruaga, Félix, 463.
Alonso de Armiño y Heros, Francisco José, 412.
Amézola y Jaureguibeitia, Juan José, 409.
Angulo Torróntegui, José, 423.
Ariño Garay, Norberto, 416.
Arrate y Bilbao, Pedro María, 421.
Arrate y Bilbao, José Manuel, 422.
Aznar Trigueros, José Antonio, 441.
Bañares Zorzano, Aurelio, 418.
Barrón Ezpeleta, José, 426.
Bayo Saralegui, Carlos, 431.
Cantarela Gutiérrez, Pedro, 417.
Castillo Echevarría, Ramón, 430.
Castro Póo, Francisco, 444.
Corral Libano, José Miguel de, 402.
Escauriaza Fernández, Alfredo, 440.
Fernández-Valdés, Amézola, Esteban, 446.
Franco Insausti, Enrique, 447.
Franco Insausti, José Miguel, 448.
Garay Ruiz, Jesús María, 438.
García Miñaur, Alfonso, 435.
Guevara Amézola, Eduardo, 445.
Herrán Matorras, José Luis, 401.
Iceta Subiñas, Javier, 433.
Iturbe Echeverría, Jesús, 432.
Iturbe Echeverría, Francisco María, 420.
López Peón, Rafael, 407.
Melón Martínez, Félix Enrique, 185.
Mendiola Insausti, José María, 404.
Mendiola Insausti, Luis, 405.
Olabarría y Delclaux, José Ramón, 442.
Olabarría y Delclaux, Pedro María, 443.
Oñate Bilbao, Ignacio, 415.
Petit Goyanés, Faustino, 419.
Renovales Vivanco, Jesús, 406.
Rica Vega, Fernando de la, 428.
Rodríguez Sahagún, Agustín, 420.
Rubio del Río, Pedro María, 416.
Sojo y Allende, Eugenio, 430.
Ugalde Ferrández, Francisco Javier, 414.
Urgoiti Abascal, Carmelo, 411.
Urquijo Buzón, José Ramón, 413.
Urquiza Legórburu, Ignacio, 437.
Urquiza Legórburu, Javier, 430.
Vallejo Olejua, José Antonio, 424.
Vallejo Olejua, Eduardo, 427.
Vicente-Arche Alonso, Juan Manuel, 434.
Zaballa Uraga, Juan, 425.

Ascensos y descensos de Categoría

Se publicarán, Dios mediante, cada mes en FLORES Y FRUTOS.



ECOS DE NUESTROS CATECISMOS

Al habla con un catequista de Ugarte

Crónica

Soy un redactor de ocasión. Regresaba de una de las expediciones catequísticas, cuando el "Padre" que viajaba en visita de inspección, me abordó así:

—"Espero una crónica sobre la Catequesis de Ugarte."

—¿Yo, estando ahí el Jefe de la Catequesis?

—No hallarás mejor ocasión. Ten con él una entrevista y escribe.

No pude negarme, había acariciado la idea de componer un artículo para FLORES Y FRUTOS y la ocasión se ofrecía por sí misma.

—Oye, Víctor, ¿charlamos un rato sobre tu Catequesis?

—Encantado.

—¡Quiá! El gusto es el mío. Con que ya estás describiéndomela; que el "Padre" me ha puesto en el compromiso de hacerle una crónica y voy a hacérsela ahora mismo.

—¿Eh? Chico, estás desconocido.

—Eso es, cuéntamelo todo como a un desconocido. ¡Aprisa!

—¡Ejem! Trasládate a Baracaldo, vía Portugalete, y haz trasbordo a la línea del F. C. de Triano. Baja en la estación de Galindo y, andando luego 25 minutos, hallarás la Catequesis de Ugarte, enclavada en este barrio de San Salvador del Valle.

—Magnífico. No pienso ya extraviarme nunca. ¡Adelante!

—Fábricas de la Babcock Wilcox y la General Eléctrica a un lado, en torno puedes divisar la comarca minera de Vizcaya; pero nuestra etapa persigue otro objetivo: un grupo de almas infantiles apiñadas frente a la iglesia, que ostenta la advocación de San Juan Bautista, aguarda nuestra labor de guías para emprender la ruta que busca los accesos del cielo.

—Espera un poco, que me ha gustado el parrafito y no quiero perder palabra... Ya está, sigue.

—Tres años han transcurrido desde que este simpático Centro se reintegró a nuestro radio de acción y en las postrimerías del curso habremos desandado por centésima vez los caminos que nos conducen a la Catequesis. Tres años de tesón, de ilusiones, fracasos y triunfos. Tres años que, según palabras del señor Cura, "marcarán las huellas de una gran labor".

—¿...?

—Se hallan inscritos 50 niños, con una asistencia media de 37 y un total de 21 esforzados valientes que no registran una sola falta de asistencia en el curso de estos tres meses. Y si estuvieran provistos de un adecuado calzado para afrontar las inclemencias del tiempo...

—¡¡...!!

—Indudablemente, este gesto de nuestros pequeñuelos nos estimula ante toda contrariedad. ¡Cómo no apreciar la valía de esos niños, sabiendo que no todos los padres les animan para asistir al Catecismo! También en las minas tiene Jesús puestas sus esperanzas y quiere que seamos nosotros los que las coronemos con nuestro empeño.

—¿...?

—Los catequistas han acudido con generosidad. No se ha acusado una falta de asistencia sin su debida justificación. Dos días hemos emprendido el viaje en el tren de las 7 y media de la mañana, recorriendo a pie tres kilómetros, para oír la Santa

Misa en el pueblo y comulgar ante nuestros niños para darles ejemplo.

—¿Algo más?

—¡Ah! Que los Ejercicios Espirituales que el pasado curso dirigieron los Catequistas a los niños (incluyamos tres "niños mayorcitos" que acudieron desde Bilbao), dejarán un grato recuerdo... sobre todo en los improvisados "Padres misioneros".

—Sí señor, a pesar de los apuros y todo. Y si no, pregunta a José Mari.

—Y, en fin, un cariñoso recuerdo, con todo el afecto que nos inspira su figura, al excelente sacerdote don Antonio Sáez, que durante cuatro años de apostolado regó con su sudor los campos de Ugarte y cautivó nuestra admiración. Hoy ha partido a un nuevo destino y otro ministro de Cristo viene a reemplazarle en su labor ardua y compleja. También nosotros hemos depositado una preciada parte de nuestro corazón en este nuestro campo de operaciones. ¡Dios colmará nuestro esfuerzo!

—Amén.

Ya tiene, "Padre", la crónica solicitada; solamente me resta una exclamación de regocijo y de triunfo ante la hermosa labor de nuestros Catequistas. Lancemos, pues, enardecidos un entusiasta

Víctor

El Catecismo, el foot-ball y los catarros

I

Aquella mañana, como de costumbre, toqué un timbrazo a Antonio para que bajase y fuésemos juntos a tomar el autobús que había de llevarnos a nuestro catecismo.

Nevaba cuando salí de casa. Viendo cómo caían los copos de nieve y cubrían el pavimento con su blanca capa, esperaba yo en el portal la llegada de Antonio, cuando en su lugar me llegó una criada.

—*De parte del señorito* —me dice— *que no puede ir hoy. Está algo acatarrado y con este tiempo...*

—*¡Bien!, ¡bien! Dígale que lo siento, pero, en fin, qué vamos a hacer. ¡Que se alivie!*

Y salí corriendo para alcanzar el autobús que entonces pasaba delante del portal, mientras pensaba para mí: *¡Qué bien has aprendido el "rollo"!*

II

—*Peques, hoy tendréis que poneros con Javi. Vuestro catequista tampoco hoy ha podido venir.*

—*Y ¿qué le pasa?* —me pregunta uno de los mayorcitos del grupo, excelente chico.

—*Está algo acatarrado, y con este tiempo...*

Entonces el niño, dirigiéndose a sus compañeros, exclama:

—*¡Valiente catequista! También yo estoy...*

Un golpe de tos le interrumpió. Cuando se le pasó continuó:

—*Yo también estoy acatarrado y, sin embargo, he venido y... ¡sin tener calzado!*

Y enseñaba sus empapadas alpargatas.

Aunque me dolieron sus palabras, disimulé. Ellas me probaban una vez más el inmenso daño que causa un catequista infiel. No es sólo el perjuicio de sus niños y del catequista que ha de atenderlos; es, sobre todo, su mal ejemplo...

Proseguí inspeccionando las secciones y en todas ellas advertí un extraño zapateo. Me llamó la atención, pero pronto averigüé la causa. Mis chiquitos, mal abrigados, intentaban reaccionar contra el frío dando pataditas en el suelo.

Me acordé en seguida de los Congregantes y amigos de la Congregación. ¡Si vieran cómo estaban aquellos niños con las manitas en los bolsillos y completamente encogidos...

¡Cuántos abrigos se pierden!

Y me acordé de Antonio...

III

Es a la tarde y en el tranvía que lleva al campo de foot-ball. Ahora sí que llueve "a cántaros". Ni la plataforma del tranvía respeta el agua.

Pero... ¿qué veo? ¡Si aquel es Antonio! Pues lo visto se le ha curado ya el catarro. ¡Demasiado pronto, a la verdad! Pues, aunque me cale hasta los huesos, bajo del tranvía y voy a él, no sea que se me pierda entre la gente y me diga luego que ha estado toda la tarde en casa.

—*¡Eh, Antonio! Espera un poco, hombre. ¿Qué tal va tu resfriado?*

Me bastó decirle esto para que lo comprendiese todo. Ni siquiera intentó disculparse.

¡Bien sabía él que no hay disculpa posible cuando se prefiere un partido de foot-ball a las almas de los niños!

P. M.ª A., Congr.

De nuestros concursos

Leyendo Flores y Frutos



Este fué el tema del clásico concurso de Navidades: el juicio sobre el último número visible de FLORES Y FRUTOS.

Tenía el Sr. Director de la Revista curiosidad de saber si gustaba o no a los devotos. Qué es lo que más les gustaba y, en su constante afán de mejorarla, deseaba saber también qué es lo que menos les agradaba. Quería, en fin, hacer fijar la atención sobre los artículos que juzgaba más provechosos.

Cuatro medios kilos de turrón estimulaban el trabajo de los concursantes.

Pasemos a exponer los resultados. Empecemos por las respuestas a los artículos más jugosos:

De todas las ideas que se exponen en el artículo DE MI AMIGO, indica aquí la que más te mueve para ser fiel amigo de Jesús.

De 53 respuestas,

14 se han inclinado por la frase: "*Me quiere decir que por mí nació en una cueva, trabajó en un taller y murió en una cruz*";

13 por la frase: "*Para que le encuentre pronto, se ha querido quedar en todas las iglesias del mundo y en sus puertas me parece leer estas palabras que un día dijo el Amigo bueno: Llamad y se os abrirá, buscad y hallaréis, pedid y recibiréis*";

Y 10 han contestado: "*Jesús es el Amigo sincero que a nadie cuenta mis infidelidades, y cuando le hago traición, como Judas pecando, no me sigue llamando su amigo como a Judas*".

—o—

"Si eres Catequista, di en qué frases encuentras un motivo de aliento para continuar con entusiasmo la labor catequística."

Como es fácil suponer, las respuestas han sido menos y mayor su variedad. Sin embargo, dentro de esa tendencia, pudiéramos señalar, como grupos de opinión: 1.º el de los que se inclinan por las palabras del Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de Vitoria, bendiciendo la labor de nuestros Catequistas; y 2.º el de los que encuentran alientos en el grito: "*El Papa lo quiere*".

"En lo que dicen los congregantes del cine ¿qué motivo te parece más fuerte para estar más alejado de él?

10 respuestas señalan la frase: "*Creo que el cine no es ni más ni menos que la obra predilecta del demonio, si no la fábrica donde se forman los pecados o la escuela donde se aprende a amar el vicio y a odiar la virtud*".

Y 7 esta otra: "*Si se quiere perder la Congregación, no hace falta más que ir al cine*".

Y estas dos respuestas encuentran cada una seis adeptos: "*Siempre que he asistido al cine mi alma ha quedado vacía*". "*El espectáculo me ha producido una terrible impresión de impureza y el salón de inmoralidad*".

"Al recibir FLORES Y FRUTOS, ¿cuál es el primer artículo que has leído?"

11 han sido los que han comenzado por el artículo "De mi amigo"; seis, ¡cómo no!, por el "Buen humor"; seis, "Espigando en los partes" y 9 han comenzado por el principio.

"¿Cuál te ha gustado más?"

"De mi Amigo" obtiene 9 votos.

"¿Quieres ser simpático", 8.

"Lo que pensamos del cine", 6.

"¿Cuál crees que es el artículo más provechoso, el que más bien te ha hecho?"

Universidad de Deusto
Biblioteca

Y aquí por no sabemos qué casualidad, los cantos han quedado bastante bien definidos.

"Lo que pensamos del Cine" y "De mi amigo" se han acaparado casi todas las respuestas (10 cada uno) y han dejado a los demás artículos a una altura lamentable.

—o—

Tales son los puntos principales que habéis tratado en este concurso de Navidad. No parecen muchos ¿verdad? Pero sabed que hemos eliminado bastantes respuestas reveladoras de criterios tan individualistas que difícilmente se hubieran dado casos de coincidencia. Ved si no tres botones de muestra:

Primer botón.—Cierto intelectual de ocho años, que por lo visto anda buscando los senderos de Sócrates por todas las encrucijadas de la vida ha dado, al buscar la mejor frase del artículo "De mi Amigo", con una cuya profundidad da vértigo: —"*Yo soy la Verdad*", mientras seguramente miraría con desprecio olímpico a los que, según él, nos equivocamos.

—o—

Segundo botón.—Hay algún señor que se ha permitido criticar ciertas facetas de la Revista en un afán comodón y de salvaguardia de su integridad física. Así, uno escribe: "*Todo me parece bien en* FLORES Y FRUTOS *menos lo de* **Felicidades**, *porque así están los demás sobre aviso para estirarle a uno de las orejas*".

¿De modo que no ten convencen las felicidades que se insertan?

¡Bien, hombre, bien! Pero, mira ¡qué sorpresas guarda la vida! Los que te estiran las orejas, en aquel momento se hallan bendiciendo el día y la hora en que tan peregrina invención se puso en nuestra Revista. Y como FLORES Y FRUTOS tiende al bien común...

—o—

Tercer botón.—Y luego dicen de los estudiantes... ¡Ganas de calumniar! Un conspicuo alumno de un afamado Colegio de Bilbao se ha permitido el lujo de afirmar que el artículo que menos le ha gustado es: "Vacaciones de Navidad". ¡Hum!... De todos modos, no sabemos si creerlo.

—o—

Muchas gracias a los que nos dan batacazos.

Muchas menos gracias a los que han dejado de responder a algunas preguntas.

Muchas más gracias a los que encuentran completa nuestra Revista y tan bonita.

Ninguna gracia nos hacen los plagios o, por mejor decir, copias que se advierten en los concursos. Hay algunos hermanitos que no logran disimular, quizá ni lo pretendan, la identidad de su concurso con el de su hermano mayor, más demostrable que las matemáticas.

Y, en fin, gracias nos deben dar los afortunados con el turrón, aquél que un buen día asomó por breves momentos en el ambiente cargado de emoción de la "Congre".

J. M.ª C., Congr.





Dicen los antiguos

Nuestro expresidente, José M.ª Múgica, se despidió el 1.º de Noviembre de los Congregantes y dijo:

(*Continuación*)

El cine y la Congregación. Grande ha sido la lucha de la Congregación contra el cine. He observado por las respuestas al concurso del año pasado que muchos sois del parecer que el Congregante que va a menudo al Cine no está a gusto en la "Congre" y no es porque se aburra, es porque su corazón ya no es tan puro como antes, no habrá pecado, pero se ha manchado y ya no puede pensar en cosas altas. He aquí por qué siempre se ha aconsejado en la Congregación que no se vaya al Cine.

El eje de la Congregación, la Comunión diaria. Hablaba con un Padre Director de una C. M. de las mejores de España, si no la mejor, después de mostrarme la formidable obra que realiza su Congregación, me decía: "¡Qué envidia les tenemos! Si nosotros pudiéramos tener Misa y Comunión diaria". Siempre ha sido ésta la nota característica de nuestra Congregación. La Misa y la Comunión diaria.

Si me preguntaran cuál es la obra cumbre de la Congregación, respondería sin dudar: —La implantación de la Misa y la Comunión diaria. ¡Media hora diaria! ¿Habéis visto en vuestra vida mejor aprovechado un tiempo igual?: renovación del sacrificio de la Cruz, alimentarse con el Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, coloquios de amor sincero, oraciones indulgenciadas y diez minutos de plática sobre asuntos que insensiblemente van formando nuestros corazones. Al pensar en esto me comparo con mis compañeros no congregantes, todos muy buenos, y sin embargo les llevo yo la ventaja incomparable de haber oído la Santa Misa y recibido el Cuerpo de Nuestro Señor muchos más miles de veces que ellos. Y al seguir pensando llego a aquello de: Y si yo no comulgara diariamente, ¿cómo sería?

Os aseguro que lo que más me ha movido a comulgar diariamente es el ejemplo de aquel capitán de barco, cuyo genio era muy grande, pero que comulgaba a menudo. Un día oyó murmurar a sus subordinados que no comprendían cómo comulgando tan a menudo podía tener aquel genio, que alguna vez le hizo cometer alguna barbaridad. El entonces, adelantándose, les dijo: Lo comprenderéis muy fácil si por un momento os figuráis cómo sería yo, si no comulgara a menudo. Sigamos la vida del congregante:

La instrucción espiritual por las noches. Sólo 15 minutos diarios. Pero en esos minutos he oído hablar de hechos heroicos de los Santos, de las Misiones y sus dificultades, de las maravillas que ha puesto "nuestro Padre Dios" en el Universo, de las virtudes cristianas, narraciones amenas y, sobre todo, de Jesucristo Nuestro Señor y de su Santísima Madre. Entre las ventajas que he sacado de mi asistencia a la Lectura destaca mi formación religiosa. Recuerdo que en las clases de Religión del Colegio, nos ganaban algunos compañeros en saberse de memoria el Catecismo, pero en cuanto llegaban las preguntas que podríamos llamar de cultura religiosa, los congregantes éramos los primeros. Y es que en ese continuo oír hablar de estas cosas se van aprendiendo sin darse uno cuenta.

Los frutos de la selección que la Santísima Virgen ha hecho en la Congregación son ese grupo de congregantes, hoy 125 religiosos y sacerdotes que, dejando de ser Flores han pasado a ser Frutos de este jardín mariano.

(*Continuará*)

Que la fe que profesan los mahometanos en el Dios único y misericordioso, los lleve a Cristo Redentor

Intención misional de Febrero

Sin duda alguna, que recordando vuestras lecciones religiosas e históricas, hallaréis con facilidad en vuestra memoria la famosa fórmula musulmana: **"no hay más Dios que Alá, y Mahoma es su profeta"**, símbolo del intransigente monoteísmo o de la firme creencia en un solo Dios. Los capítulos del Corán suelen comenzar así: "En el nombre de Dios clemente y misericordioso". Y eso es lo que nos recuerda la intención misional de este mes en el modo con que está redactada.

Pero ocurre que esa fe en un solo Dios, en vez de conducir a los mahometanos al Cristianismo, los aleja más bien de él. Creen tenerlo todo en su Corán, porque han puesto en él cuatro cosas cogidas a su modo del Judaísmo y del Cristianismo, y no quieren oír más. Raramente admiten discusiones, y nunca en plan polémico, sobre todo si se hallan en grupo. Sería motivo suficiente para una acometida.

Pero el Islam deja incompleta el alma. No tienen sus creyentes noción del pecado original, ni de la redención, ni de los sacramentos, ni del sacerdocio, ni de la gracia. El alma no puede unirse a ese Dios, a quien adoran, ni mucho menos amarle como los cristianos.

Y ¿la moral? Tienen algunas máximas buenas. Pero falta lo esencial. No saben lo que es el pecado, y por lo mismo, tampoco saben el modo de perdonarlo, y la vida interior de cada cual es coto cerrado, donde cada cual puede tener toda la libertad del mundo. Pueden ser muy soberbios, lujuriosos, amantes de todo lo sensual y mundano, vengativos y, al mismo tiempo, muy buenos musulmanes.

Creen que su unión al Islam ha de salvarlos poco menos que infaliblemente.

El misionero tiene que aprovechar prudentemente la ocasión para irlos llevando poco a poco a Jesucristo, el Redentor, que completará lo que les falta y corregirá lo que tienen de equivocados en su fe.

Pero ¡qué difícil es eso! Sin embargo no es imposible.

Esperamos que las fervientes oraciones y comuniones de los congregantes conseguirán que Dios ilumine a tantos de ésos, que si no le conocen bien, le adoran por lo menos y proclaman su divinidad ante tantos ateos de nuestros días.

¡Felicidades!

Congregantes que cumplen los años en Febrero:

Día 5.—Manuel Mardones Espinosa.
" 6.—Jesús María Señor Uría.
" 7.—Juan Antón Gil.
" 10.—Prudencio Ortega Elías.
" 13.—Mario Martínez de Butrón Díaz.
Mario Ugarte Urquiza.
" 14.—Modesto Marín Lafuente.
" 15.—Ignacio Aldecoa Ercoreca.
" 16.—Pablo María Abans y García.
Día 18.—Ignacio María Landa Axpe.
Francisco Javier Landa Axpe.
Juan José Orueta Abaroa.
" 19.—Pedro María Zulueta Padura.
" 20.—Juan Antonio Martínez de Butrón Díaz.
" 23.—Carlos Javier Jaén Palacio.
" 25.—José Antonio Goiricelaya y Ugalde.
" 26.—José Manuel Beltrán de Heredia y Larrazábal.
" 28.—Eduardo Herrera Esparza.
Norberto Ariño Garay.

Unos minutos de reflexión

El Sagrario de mi casa. Al volver cada mañana tu hijo de comulgar de la Congregación piensa un momento: "Jesús entra ahora en mi casa y el pecho de mi hijo es su sagrario".

Resistencia de mártires. Nuestro Santo Padre el Papa Pío XII ha dicho: PARA RESPIRAR EN EL AIRE CORROMPIDO DE LAS GRANDES CIUDADES MODERNAS Y VIVIR EN ELLAS CRISTIANAMENTE SIN SU VENENO, HACE FALTA RESISTENCIA PROPIA DE MARTIRES.

Los que por su oficio poseen los secretos de muchas almas saben que esto es rigurosamente exacto.

¿Y dónde se adquiere esta resistencia heroica?—Donde la adquirieron los mártires: en la Comunión frecuente o diaria.

El que no come se muere y el joven que no se alimenta de la Eucaristía corre en estos tiempos gravísimo peligro de sucumbir.

¿Por qué será? Todas las madres se alarman al observan a un hijo falto de fuerzas, pálido, con ojeras, lleno de granos o pústulas...

Entonces las madres se desviven para que su hijo recobre la salud: médicos, reconstituyentes, purificadores de la sangre, administrarle las medicinas a la hora que sea precisa del día o de la noche, desvelarse... ¡No importan gastos ni sacrificios!

También hay madres que tienen hijos con el alma llena de enfermedades: son mentirosos, desobedientes, irrespetuosos, ladrones, holgazanes y casi seguro deshonestos: pero tal vez esas madres ni se desviven ni se sacrifican para que esos hijos se vigoricen con la frecuencia de Sacramentos.

¿Por qué será?

Preparación de los niños a la Primera Comunión

Fué tradicional en esta Congregación hasta la disolución de la Compañía de Jesús en España el año 1932, la preparación de niños para la Primera Comunión.

Así lo hicimos también el año pasado, restaurando esta costumbre. Queremos responder al deseo amoroso del Divino Salvador: "Dejad que los niños vengan a mí". Queremos prepararle con el mayor esmero esos sagrarios vivos, preciosamente adornados con la inocencia bautismal.

Saben que la Iglesia manda que los niños hagan la Primera Comunión al llegar al uso de razón, a los 7 años, cuando ya comienza para el niño el peligro de perder la gracia recibida en el bautismo.

Respondiendo a estos deseos de Nuestro Señor Jesucristo y de su Iglesia, comenzará el Padre Director la preparación de niños a la Primera Comunión el Miércoles de Ceniza, día 14 de Febrero. Esta se tendrá todos los días de 6 y media a 7 y cuarto de la tarde.

Se celebrará la Primera Comunión, como es costumbre en la Congregación, el Lunes de Pascua, que este año es el 2 de Abril, y ese mismo día se les admitirá solemnemente en la Congregación.

Los padres que deseen enviar a sus hijos a esta preparación pueden inscribirlos en la Congregación de 6 y media a 8 de la tarde.

A esta preparación se invita especialmente a los hermanitos de los congregantes, pero también pueden asistir quienes no tienen hermanos en la Congregación.

ENTRE LAS MIL y una cosas que nos hacen falta en la Congregación, la una es una buena máquina fotográfica, a poder ser del formato de la Leica, para sorprender las instantáneas de nuestra vida y ofrecerlas a nuestros lectores.
No habrá por ahí algún amigo...

Universidad de Deusto
Biblioteca

BUEN HUMOR





Poner un pie gracioso a este dibujo

—o—

Pregón de pueblo

"De orden del señor alcalde, que en vista de la inseguridad del tiempo, la corrida de toros del domingo se celebrará por la tarde si llueve por la mañana, y por la mañana si llueve por la tarde."

En el circo

—¿Y ese enano que trabaja, es muy pequeño?

—¡Figúrese! Como que cuando le molestan los pies, cree que le duele la cabeza...

En la escuela

—Niño; póngame un ejemplo de solípedo.
—Un caballo.
—Muy bien; otro ejemplo.
—Otro caballo.

En la estación

—¿A qué hora llega el tren de las 8?
—A las 8 en punto.
—¡Qué casualidad! ¿Viene sin retraso?
—No; es que es el de ayer.

En una lechería

Una criada se queda estupefacta al ver que no le han servido en la vasija que lleva, más que agua clara. —¿Qué es esto?—exclama asombrada—¡Agua pura!

El dependiente se inclina para comprobar el hecho y dice cándidamente:

—Dispense usted, nos habíamos olvidado de ponerle la leche.

—¡Pobre! Tiene usted cara de cansancio.
—No me hable usted! Mi señora tiene miedo a los ladrones y me despierta al menor ruido.
—Pero los ladrones no hacen ruido.
—Eso le he dicho yo; pero ahora me despierta cada vez que no oye nada.

—o—

Un ladrón escala por un octavo piso; resbala y cae, y en el aire grita: "¡Cogedme, que soy un ladrón!"

—o—

Volvía un cazador de su primera salida al monte con aspecto satisfecho; por lo cual, a la entrada del pueblo, le preguntó un paisano:

—Qué, ¿has matado muchas perdices?

A lo que contestó muy ufano el cazador:

—Tanto como matarlas no; pero les he arreado cada susto...

—o—

—¿Sabes cómo perdió Cosme los dedos que le faltan en la mano derecha?—Por haberse metido a investigar: quiso saber los dientes que tenía mi caballo y le metió la mano en la boca.

—Y ¿qué paso?

—Pues que el caballo era otro investigador y cerró la boca para enterarse de cuántos dedos tenía la mano de Cosme.

—o—

EL MAESTRO.—¿Qué es un reptil?

EL NIÑO.—Un animal que se arrastra por el suelo.

EL MAESTRO.—Muy bien; ¿podrías ponerme algún ejemplo?

EL NIÑO.—Mi hermanito de once meses.

LIBROS Y HOJAS

Libros y hojas que la Congregación facilita a precios económicos.

Año Cristiano y Vidas de los Santos

Por Teodomiro Moreno Durán

Contiene una preciosa narración para cada día del año. La mejor obra para vivir el espíritu de los grandes héroes del cristianismo. En la lectura diaria de vidas de santos se educaron las generaciones pasadas. No debe faltar esta obra en una casa verdaderamente cristiana.

12 tomos. - Sólo 40 pesetas. - ¡Gran ocasión!

Cada tomo, 220 páginas con grabados, encuadernación en tela. Los Congregantes pueden adquirir esta obra a plazos de 10 ptas. mensuales.

Tarjetas de la Inmaculada de Murillo

Tamaño postal, a todo color, con un precioso texto al dorso muy apropiado para los jóvenes.

Cada estampa, 25 cts.; el ciento, 20 ptas.

Muy apta para repartirla a colegiales y congregantes.

Tarjetas del Sagrado Corazón de Jesús

Tamaño postal, a seis colores, con un precioso texto al dorso respondiendo a "MIS TRES PREGUNTAS":

¿Qué ha hecho Jesucristo por mí?
¿Qué he hecho yo por Jesucristo?
¿Qué debo hacer por Jesucristo?
Y una síntesis de la devoción al Sagrado Corazón.
2.ª edición muy mejorada. **El ciento, 25 ptas.**

A nuestros suscritores

Las cuotas, tanto de suscripción a **"Flores y Frutos"**, como de Congregante Protector, se cobran a los ausentes de Bilbao contra reembolso del número de **"Flores y Frutos"** correspondiente a este mes, si no han preferido abonarlas antes. A los residentes en Bilbao se les pasará el recibo a domicilio este mes.

Universidad de Deusto
Biblioteca









Navidades en la "Congre"

El patio de la "Congre" ve jugar el 18.º Campeonato de foot-ball en el que queda campeón el "TOPOLINO",

mientras en el Salón conquistan el puesto de honor José M.ª Benito del Valle en Ajedrez y Damas (1.ª categoría), Javier Abans en Ajedrez (2.ª categoría), Fernando Lasa en Damas (2.ª categoría), Jesús Mendibelzúa y Juan Antonio Martínez de Butrón en Dominó, el mismo Juan Antonio Martínez de Butrón en el Juego de cajón (1.ª categoría) y Luis M.ª Baldor en (2.ª categoría).

Y por las noches las veladas íntimas en las que se representan "La Nochebuena de Peru", "Los reclutas", "El médico a palos", "Sangre de Uganda", "Pulmonía doble", "Pastor y Borrego", "Un veneno" y actúan al saladísimo "Quiquito" el día de Navidad y los simpáticos "Hermanos Tubito" el día de Inocentes.

No faltó nuestra clásica subida a Begoña el último sábado del año a cantar a la Virgen el Rosario y la Sabatina Solemne en acción de gracias por los beneficios recibidos; y otra vez el primer sábado para consagrarle nuestra vida en el año comenzado.

LBAO
-Abril 1945

FLORES y FRUTOS

DE LA CONGREGACION DE LA INMACULADA Y S. ESTANISLAO DE KOSTKA



En plena catequesis.

El apostolado catequístico nos educa poderosamente:
en el ejercicio del celo;
en los sacrificios no pequeños, a veces, que tenemos que hacer para ir a las Catequesis de los pueblos;
en el asimilarnos más la misma Doctrina que enseñamos;
en las energías latentes que se despiertan en nosotros al tener que vencer no pocas dificultades que salen al paso;
en el espíritu de responsabilidad y de iniciativa que ejercitamos, tan preciosos para la vida práctica.

Universidad de Deusto
Biblioteca



Calendario del mes de Abril

1. ✠ **Domingo de Resurrección —Acto de Congregación, a las 8.**
   Velada recreativa, a las 7.
   Bendición solemne.
2. **Lunes de Pascua.**—Misa, a las 8.
   Velada recreativa, a las 7.
   Bendición solemne.
4. M.—Misa, a las 8.
   Reunión de la Sección de Honor.
5. J.—Reunión de la Junta Directiva.
6. V.—**Primer Viernes.**—Bendición solemne, a las 8 y 10.
7. S.—Sabatina, a las 8 y 10.
   Reunión de Catequistas, a las 8 y 30.
8. ✠ **Domingo.—Acto de Congregación,** a las 8.
   Velada recreativa, a las 7.
   Bendición solemne.
   Academia de Misiones.
10. M.—Academia literaria, a las 8 y 10.
12. J.—Santo Rosario, a las 7,30.
    Reunión de la Sección de Honor, a las 7 y 30.
    Reunión de la Junta Directiva.
14. S.—Sabatina, a las 8 y 10.
    Reunión de Catequistas, a las 8 y 30.
15. ✠ **Domingo.—Acto de Congregación,** a las 8.
    Velada recreativa, a las 7 y 30.
    Bendición solemne.
    Academia de Misiones.
17. M.—Academia literaria, a las 8 y 10.
19. J.—Santo Rosario, a las 7.
    Reunión de la Sección de Honor.
    Reunión de la Junta Directiva.
21. S.—Sabatina, a las 8 y 10.
    Reunión de Catequistas, a las 8 y 30.
22. ✠ **Domingo.—Acto de Congregación,** a las 8.
    Velada recreativa, a las 7.
    Bendición solemne.
    Academia de Misiones.
24. M.—Academia literaria, a las 8 y 10.
    Santo Rosario, a las 7,30.
26. J.—Reunión de la Sección de Honor.
    Reunión de la Junta Directiva.
28. S.—Sabatina, a las 8 y 10.
    Reunión de Catequistas, a las 8 y 30.
29. ✠ **Domingo.—Acto de Congregación,** a las 8.
    Velada recreativa, a las 7.
    Bendición solemne.
    Academia de Misiones.

No digas nada que no quisieras que oyera Dios.

No hagas nada que no quisieras que viera Dios.

No escribas nada que no quisieras que leyera Dios.

No leas ningún libro que no quisieras que te dijera Dios: "Enséñamelo".

No vayas a ningún sitio en donde no quisieras que te encontrase Dios.

No trates con nadie con quien no quisieras que te viera Dios.

ÉPOCA II :-: Núm. 6-7 MARZO-ABRIL 1945.

FLORES Y FRUTOS

de la Congregación de la Inmaculada Virgen María y San Estanislao de Kostka :-: BILBAO Paz, 2.

EL PAPA NOS HA DICHO...

- que "nunca hemos sido tan necesarios como ahora",
- que "la Iglesia lo sabe y cuenta con nosotros",
- que "en todas las luchas contra el contagio y la tiranía de los errores y para la defensa de la Europa Cristiana las Congregaciones Marianas han combatido en primera línea",
- que "en nuestros tiempos y no en una sola nación, millares y millares de heróicos Congregantes han combatido y han caído aclamando e invocando a Cristo Rey",
- que "la Iglesia necesita en el tiempo presente Católicos, verdaderos Católicos, bien templados y fuertes y que tales hombres los forman las Congregaciones Marianas",
- que "su gratitud se dirige a todas las Congregaciones de todo el Mundo",
- que "no existe casi forma de sociedad o actividad de las que no hayan sido iniciadoras las Congregaciones Marianas",
- que "con la protección de María debemos ganar para Cristo los hombres de hoy",
- que "la consagración a la Madre de Dios en la Congregación Mariana es un don completo de sí mismo para toda la vida y para la eternidad",
- que "el Congregante es Ministro de María y sus manos visibles en la tierra",
- que "un Congregante, verdadero hijo de María, Caballero de la Virgen se ha enrolado bajo su bandera con un compromiso perfecto",
- que "no puede, sin ser infiel a su propia palabra, desertar y abandonar su puesto de batalla y honor".

El Papa nos ha dicho tantas cosas, nos ha prodigado tales elogios y colocado las Congregaciones —¡sus Congregaciones!— a tal altura, que aunque ha pasado el tiempo desde el 21 de Enero en que pronunció el discurso, aún no se ha ido de nuestros rostros el rubor. Estamos sinceramente confundidos. Porque estos elogios se han hecho públicos y ya no podemos ocultar en la intimidad lo que hasta ahora era secreto de familia: el amor del Papa a las Congregaciones Marianas y la predilección que por ellas siente S. S. Pío XII.

Y el secreto ya no lo es.

Porque Su Santidad ha querido expresamente la publicidad.

Pacientemente ha esperado el momento cumbre de su vida de Congregante —los 50 años— y la ocasión de tener en su audiencia, moralmente, al mundo entero —que no podía ahora de otro modo acudir por los caminos rotos de la guerra— representado por todo el Cuerpo Diplomático ante la Santa Sede, el Patriciado de Roma y más de 4.000 Congregantes de 41 naciones diferentes. Y el Papa ha hablado. Y hemos quedado al descubierto. Y sin secreto que guardar en adelante...

Pero con la decisión tenaz e irrevocable de siempre; ahora más firme que nunca, de seguir trabajando sin fatiga y sin descanso en la Congregación Mariana que el Papa ama, en servicio de la Iglesia y a mayor gloria de Dios.

(De "Proa")

Universidad de Deusto
Biblioteca

FLORES Y FRUTOS ESCOGIDOS

EL CONGREGANTE

José María Idoyaga y Allende

espera en el Cielo el día de la Resurrección

He entrado en un hogar cristiano y he visto arder en él, con luz radiante, la llama de la fe.

El Señor ausente había llamado a la puerta y un siervo vigilante, José María Idoyaga y Allende, había respondido a la llamada llevando en su alma luz vivísima de fe que alumbraba los caminos de su Señor.

El vino a aposentarse en el pecho de Pepito, cuando sólo tenía seis años, y tan prendado debió quedar de aquel ángel que determinó *"arrebatarlo porque la malicia no alterase su modo de pensar, ni sedujesen su alma las apariencias engañosas del mundo"*.

El hombrecito del deber. Era, en efecto, Pepito con sus siete años el hombrecito del deber.

Comenzaba a asistir al Colegio de Santiago Apóstol y desde el primer día fué para él un desvelo continuo llevar bien preparados sus deberes y asistir con puntualidad a las clases. Todavía recuerdo la profunda impresión que le hizo llegar un día cinco minutos más tarde de lo debido. No consintió entrar en el Colegio hasta que su mamá fué a dar la explicación del retraso.

Aun enfermo se ocupaba de dar avisos como éstos:

—*"Enrique, que vas a llegar tarde al Colegio."*

—*"Aña, vete pronto a Misa."*

Así era en todo y sobre todo con Dios. Nunca dejó sus oraciones cotidianas, y aun el estar enfermo en cama debió tomarlo como un deber, que cumplía con gusto.



—*"Pepito, ofrece tus dolores al Señor."*

—*"Yo no tengo que ofrecer nada, porque estoy muy contento"*, respondía.

Su amabilidad. Pero no era para él el deber un señor austero con ceño de pocos amigos. Todo lo contrario. Sabía hermanarlo con la alegría juguetona de sus ocho años. Era un encanto verle jugar y hacer volatines en las alfombras de su casa. Por eso no nos sorprendió que, comparando su manera de ser con la de las personas mayores, nos dijera ingenuamente:

—*"Yo no quiero ser mayor porque los mayores no juegan."*

En el juego era precisamente donde se dibujaba mejor la amabilísima línea de su carácter. *"Era muy desprendido,* nos dice una tía suya, *tanto con los amiguitos para ceder sus juguetes, como para demostrar su caridad con los pobres"*.

Así comprendemos la aceptación que tenía entre sus compañeros, en las diversiones y en el Colegio donde todos se disputaban tener su puesto junto al de Pepito, hasta que el Hermano hubo de decidir la cuestión.

También el Señor debió complacerse en Pepito y le agradó tenerle junto a sí con los que en puesto preferente siguen en el Cielo al Cordero cantando un cantar nuevo que sólo ellos saben cantar. Allí jugaría siempre sin ser mayor jamás.

¡Cuánto había hablado del cielo con su madre este último año! Cuando contemplaba en el pasado Agosto los fuegos artificiales, decía:

—*"Mamá, ¿en el cielo no habrá fuegos artificiales?"*

—*"No, hijo mío. Allí nos parecerá todo esto una tontería."*

Así iba providencialmente preparando el Señor el alma de Pepito para darle a conocer la Ciudad permanente de eterna dicha a donde pronto debía marchar.

Camino del cielo. Una septicemia fulminante le invadió, atacando especialmente las meningeas. Nada había que hacer humanamente. Sus padres determinaron que recibiera los últimos Sacramentos. Pero Pepito sufría sin tregua, en continuo desasosiego, con agudos dolores de cabeza. La presencia de cualquier otra persona que no fuese su madre le molestaba. ¿Cómo encontrar una hora de paz para administrarle los últimos Sacramentos?

Congregante de días. Llamaron al Padre Director de la Congregación donde su papá, antiguo Congregante, hubiera deseado que ingresara.

Avisaron al enfermo.

—*"Oye, Pepito; ha venido el Padre de la Congregación y te trae una medalla de la Virgen. ¿Quieres que entre?"*

Una débil señal de afirmación y poco después contemplaba Pepito en su cuello la medalla azul y blanca de la Congregación y era admitido en ella.

Al instante la Santísima Virgen lo hizo todo. Había sonado la hora de tregua en sus dolores.

—*"Mira, hijo mío* —le decía el Padre—, *los médicos te han dado muchas medicinas y no te han curado; pero Jesús es el mejor médico y tiene una medicina muy buena. Con esa medicina Jesús puede curarte. ¿Quieres que te la traiga?"*

Un "sí" resuelto, nos llenó a todos de alegría.

Al poco se le administraba la Unción, cuyas ceremonias seguía él con sumo interés, y la Extrema Unción dió al enfermito el sosiego que todos ansiábamos.

Una pequeña indicación ofreciéndole la Comunión y al poco recibía con toda devoción el Santo Viático dándose plena cuenta de todo.

El alma de Pepito se inundaba de paz celestial que su rostro de ángel reflejaba. Besaba su medalla de Congregante y enamorado de su cinta azul y blanca no quería que se arrugara, y así mandó ponerla en la cabecera de su cama. Desde entonces sus ojos buscaban constantemente

el objeto querido y allí se dirigían aun en momentos en que la progresiva meningitis nos parecía haberle quitado del todo el conocimiento.

¡Qué alegría experimentó al recibir al día siguiente el diploma de la Congregación! No cesaba de mirarlo y para tenerlo siempre a la vista quiso que se lo pusieran frente a su cama.

Cuando su hermano Enrique vino a casa quedó prendado del diploma y dijo:

—*"¡Qué suerte has tenido, Pepito! ¡Ser Congregante y sin ir a Misa!"*

Al Cielo. Aún le concedió Dios Nuestro Señor aquel mismo día un buen rato de perfecta lucidez y paz en el que se desbordó su amor filial en mil demostraciones de afecto. Aquello fué, en verdad, una despedida, aunque él no se diese cuenta de que lo era. De todos se acordaba y a todos, presentes y ausentes, manifestaba su afecto el simpático Pepito.

Aun en medio de los mayores dolores trataba de ocultar a su madre sus sufrimientos y le indicaba que fuese a descansar, diciéndole: —*"¿Qué hora es? ¿Tú cuándo duermes, mamá?"*

Después la enfermedad comenzó a vencer aquel cuerpo que parecía estaba dispuesto para ser el de un atleta.

Larga y cruel fué la lucha, pero el alma de Pepito seguía fortaleciéndose con la mirada fija en su medalla de Congregante. Llamó tanto la atención la insistencia en dirigir la vista a la cabecera donde se hallaba colgada, sitio tan incómodo por otra parte para mirar, que se retiró de allí algún tiempo. Entonces se vió que ya no dirigía allí la vista y se pudo comprobar que era su medalla de Congregante lo que tanto le atraía.

Sus últimas manifestaciones de conocimiento fueron besar el Crucifijo de su Primera Comunión, al que se había aplicado indulgencia plenaria para la hora de la muerte, y su último beso fué para la medalla de Congregante.

Dos horas más tarde entraba en agonía y entregaba al Señor su inocentísima alma que tanto pareció agradarle.

Eran las doce de la noche del 10 de Febrero.

Entonces sus padres, rodeados de otros familiares y amigos, recitaron el "Te Deum" en acción de gracias. Y en verdad que pudieron darlas de corazón. Habían cumplido plenamente el fin para el cual Dios Nuestro Señor les había dado aquel hijo. Este había asegurado su salvación y esperaba en el Cielo a sus cristianísimos padres para ser allí su gozo y su corona.

Pasó la muerte por el cuerpecito de Pepito pero sin maltratarlo. Vestido como su hermano San Estanislao de Kostka, con sotanita y roquete, la medalla azul y blanca al cuello, rodeado de flores, no nos hartábamos de mirar aquel semblante lleno de placidez y dulzura como quien, con segura esperanza, aguarda el día de la resurrección, mientras su dichosísima alma ve a Dios cara a cara.

Fué Congregante de pocos días, ni pisó siquiera la Congregación, pero bien pudimos advertir en el hijo de un antiguo Congregante el retoño auténtico que llevaba la savia de la Congregación.

Su amor a la Virgen Santísima y a su medalla de Congregante.

Su temple de alma en el sufrimiento.

El sufrir sin hacer sufrir.

Su amor al cumplimiento del deber con sencillez y naturalidad, perfumando toda su vida de encantadora amabilidad.

Así era Pepito, el hombrecito del deber.

C. de R., Congr.



CONSIGNA del mes

Aprende la lección de Nazaret

Treinta años.

¿Qué lección ha querido darnos Jesús en estos treinta años de su vida oculta?

Ciertamente que ha de ser lección importante si paramos mientes en el tiempo que en dárnosla emplea.

Jesús se ha hecho hombre para redimirnos y darnos ejemplo de vida, para enseñarnos cómo debemos de ser.

La lección de Belén dura unos pocos días. La lección de su vida pública dura poco más de año y medio, a lo sumo, tres años escasos.

Nos quedan unos treinta años que emplea Jesús en darnos la lección de Nazaret. ¿Por qué tanto tiempo?

Porque se trata de una lección difícil para nuestras cabezas duras. Quiere enseñarnos a obedecer y como sabe cuanto nos cuesta, quiere quitarnos todo pretexto y para ello durante treinta años Jesús se hace obediente.

Esta es la lección de Nazaret: ¡OBEDIENCIA!

"Les estaba sujeto..."

Toda la historia de Jesús en Nazaret la resumen los evangelistas en estas palabras:

"Y descendió con ellos y vino a Nazaret: y les estaba sujeto. Y Jesús crecía en sabiduría, en edad y gracia, delante de Dios y de los hombres."

"Les estaba sujeto", es decir, les obedecía.

En Nazaret obedecía Jesús niño,
y obedecía Jesús adolescente,
y obedecía Jesús joven.

¿Cuántos años tienes tú? Diez, doce, catorce, dieciséis...

Jesús cuando tenía tus años obedecía.

* * *

En Nazaret el más santo era Jesús. Después María y el último José.

El más sabio era Jesús. Después María y el último José.

El más poderoso era Jesús. Después María y el último José.

Ante la sabiduría y el poder de Jesús, desaparecían el saber y el poder de sus padres. Y, aunque santísimos, nada era su santidad ante la infinita de su Divino Hijo.

Pero San José era en aquella casa el padre. Por eso le obedecen la Virgen y Jesús.

Y María era la madre y le obedece Jesús.

Jesús valía más, mucho más, infinitamente más que sus padres. Pero son sus padres y les obedece.

¿Qué quiere que aprendas?

Tú no vales más que tus padres, pero aunque valieses;
tú no sabes más que tus padres, pero aunque supieses;
tú no eres mejor que tus padres, pero aunque lo fueses,

Universidad de Deusto
Biblioteca

deberías obedecerles.

No busques pretextos, no me digas nada. Si tus padres fuesen lo que son y tú fueses Jesús, serías obediente.

Si no te empeñas en ser obediente, es señal de que no te interesa parecerte a Jesús.

Nada tenían María y José que no lo hubiesen recibido de Jesús.

No importa. Jesús les obedece.

Y ¿tú?

Nada de lo que tienes es tuyo. Todo lo has recibido de Dios por medio de tus padres: la vida, la alimentación, la educación... Todo.

Si no eres agradecido a tus padres, no puedes ser agradecido a Dios.

¿No les obedeces? Entonces eres desagradecido a tus padres y a Dios. ¡Mal hijo de tus padres y mal hijo de Dios!

¿difícil?

He preguntado a muchos chicos de tu edad: ¿Qué es lo que más te cuesta?

Y casi todos me han respondido: Obedecer a mis padres.

Lo mismo te pregunto a ti. ¿Qué me respondes?

Si te cuesta obedecer es porque no has pensado detenidamente en dos cosas:

Primera. **Cuán necesario te es obedecer.**

Segunda. **Qué fácil es obedecer.**

* * *

Te es necesario obedecer.

Cuando el rey Saúl hizo la guerra a Amalec, recibió orden del Señor de que matase a todos los amalecitas y a sus ganados, sin exceptuar uno solo.

Pero Saúl pensó en conservar las mejores ovejas y los bueyes más gordos y mejor cebados, para ofrecerlos al Señor en sacrificio. Y así lo hizo. Desobedeció.

Y el Señor le mandó al profeta Samuel que se presentase al rey y le dijese:

—"El Señor prefiere la obediencia a sus mandatos, que no los holocaustos y las víctimas. Es mejor la obediencia que los sacrificios. Porque tú te has apartado del Señor desobedeciéndole, el Señor se apartará de ti."

Si eres desobediente, te dirá algo parecido Jesús desde el Sagrario y dentro de tu pecho después de comulgar:

—Más que los sacrificios, más que las comuniones, más que las oraciones quiero que seas obediente.

Y tú ¿qué le dices?

Si no eres obediente y vas a comulgar sin propósito de corregirte acuérdate de Saúl. **El Señor quiere obediencia y no sacrificios.**

* * *

Obedecer es fácil.

Nos dice el Espíritu Santo en la Biblia que todas las paternidades que hay en la tierra derivan de la paternidad de Dios.

Es decir, que tus padres son tus padres porque en ellos hay una chispita de la paternidad de Dios que es nuestro primer Padre.

¡Ah! Si pensases mucho en esto, si todos los días le pidieses a Jesús en la Comunión que grabe esta idea en el fondo de tu alma, si cuando te mandan algo tu padre o tu madre cayeses en la cuenta que es Dios quien te lo manda, que es a Dios a quien obedeces que no a un simple hombre, ¡ah!, entonces bien poco te costaría obedecer.

Cuando te manden algo dificultoso piensa que es el deseo de Jesús. ¿Te negarás a darle gusto?

Si en tu padre sólo ves un hombre y en tu madre una mujer, aunque mucho les debas, te costará obedecer. Ve en ellos a tu Padre Dios.

* * *

El premio.

El premio que Jesús mereció con su obediencia nos lo dice el apóstol San Pablo:

"Se humilló, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, por lo cual Dios le exaltó y le otorgó un nombre sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús doble la rodilla cuanto hay en los cielos, en la tierra y en los infiernos, y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre."

Y tú, con tu obediencia, participarás del triunfo de Cristo.

En ti tendrán plena realización las palabras del Espíritu Santo:

"Escucha, hijo mío, las amonestaciones de tu padre y no desdeñes las enseñanzas de tu madre; porque serán corona de gloria en tu cabeza y collar en tu cuello."

A. M., Antiguo Congregante.



La voz del Amigo

A sus amigos catequistas

"Yo soy el Buen Pastor"

"Yo soy el Buen Pastor. El Buen Pastor sacri-
"fica su vida por sus ovejas; pero el mercenario...
"en viendo venir al lobo, desampara las ovejas y
"huye, y el lobo las arrebata y dispersa el rebaño.
"El mercenario huye, porque es asalariado y no tiene
"interés alguno por las ovejas.

"Yo soy el Buen Pastor y conozco a mis ovejas,
"y mis ovejas me conocen a Mí... Otras ovejas tengo
"que no son de este redil; también tengo que traer-
"las, y oirán mi voz..."

¿Habéis oído la voz de nuestro Amigo?

Jesús es el Buen Pastor, y nosotros catequistas, sus zagales. Cada uno de nosotros tiene 8 ó 10 corderillos del rebaño del Buen Pastor y cada uno de nosotros puede decir: El me los dió al principio de curso, son míos, yo conozco a mis corderos y ellos me conocen a mí.

Soy el zagalejo del Pastor que dió la vida por sus ovejas, por eso sacrifico con gusto mis diversiones domingueras en favor de mis corderos.

Soy el zagalejo del Pastor valiente, que sale con bravura al encuentro del lobo.

El lobo de mis corderos es el amigote desvergonzado, sus burlas, la ignorancia y abandono de los padres, el cine. A todos estos lobos les arrebato su presa.

El Buen Pastor madruga; sube montes y baja a los valles, apacienta y abreva a su rebaño. También yo, su zagalejo, voy temprano al Catecismo, recorro el pueblo, busco a mis corderitos, pregunto por ellos, les visito si están enfermos, acudo a sus padres para que los envíen al Catecismo, y sobre todo pido al Pastor Bueno gracia, mucha gracia, para que a mis corderos no les falte el alimento.

Otros corderos tiene mi Pastor, que no están en su redil; también tengo que traerlos, y oirán mi voz, eco fiel del silbido amoroso del Buen Pastor.

Mis corderitos de vellón blanco, llevan tinta en su lana, la marca de mi Pastor; es una cruz de roja sangre, de sangre de mi Pastor, que dió la vida por sus ovejas y sus corderos.

Por eso yo, su zagalejo, también me sacrifico por mis corderos.

No emplees un minuto de modo que
no quisieras que Dios te preguntase:
"¿Qué estás haciendo?"

En el número diez

Es un recuerdo de la que llamaron Gran Guerra nuestros padres, y que ya parece pequeña en comparación de la guerra presente. Es un rayo de luz generosa y clarísima que se elevó hasta el cielo entre sombras de rencores inmortales.

El ejército enemigo, a tambor batiente y anunciando terribles represalias, penetra en la vencida ciudad. Bajo el ropón de la niebla gris que cubre las calles y las casas, los atemorizados habitantes oyen el pregón que hace dar el general vencedor: "Que todos los varones estén reunidos en la plaza mayor a las doce del mediodía; de lo contrario, la ciudad será incendiada en el término de media hora...".

Al acercarse el momento señalado, confluyen de todas las bocacalles los hombres que aún pueden andar por sus pies... Caminan en silencio, con los ojos bajos, llenos de ansiedad... llegados a la plaza, una pregunta tiembla en los labios de todos: ¿Qué nos querrán hacer?

Pronto la voz imperiosa de un jefe da la respuesta: —La población civil, por haber disparado contra el ejército de ocupación, será diezmada inmediatamente.

Y los soldados vencedores empiezan a ejecutar la sentencia.

—*Uno, dos, tres, cuatro...* —van contando algunos sargentos con potente voz a los hombres puestos en largas filas—, *ocho, nueve, ¡diez!* —y el ciudadano a quien corresponde este número trágico es llevado al grupo de los que han de ser ejecutados antes de la noche.

A través de todas las historias y de todas las guerras perdura el grito del bárbaro del Norte: —¡Ay de los vencidos!

—*Uno, dos, tres, cuatro..., ¡diez!* —sigue vibrando fríamente la voz que señala nuevas víctimas.

En medio de una de las filas, un hombre aguarda temblando al sargento que avanza ya por allí: —*Uno, dos, tres...* —el hombre se conmueve, se encoge, se atrasa; quisiera ser invisible; es un padre de familia—, *siete, ocho...* —el infeliz lanza un alarido desgarrador; ha visto más que el sargento: se ha visto bajo el número de la muerte... En efecto: *...nueve, ¡diez!* —dice el militar, señalándole con el dedo.

Preso de un pavor indecible, el desgraciado padre mira a todas partes con los ojos desencajados, ansioso de una salvación que no se atreve a esperar de nadie; después esconde la cara entre las manos, gimiendo lastimeramente: —¡Mis hijos..., mis hijos! —no acierta a decir otra cosa.

¿Qué le podían decir los que le rodeaban? Harto tenía cada cual con lo suyo... Pero de pronto, un sacerdote de sonrisa paternal, se le acerca y le dice acariciándole con la mirada: "—No llores, hijo mío, no temas por tus hijos y tu esposa: tendrán padre, tendrán alegría, que yo moriré gustoso por ti: Jesucristo me espera. ¡Adiós!, que seas muy bueno, y que en el cielo nos volvamos a ver". Y tomándole de la mano le saca del número diez y él se queda en su lugar.

En cuanto el jefe encargado del fusilamiento se entera de este hecho, corre al sacerdote, le saluda emocionado, le besa la mano y, dejándole libre, exclama ante todos: "—Yo no mato a los héroes".

Aquel sacerdote era un jesuíta... Se llamaba el P. Lefévre. El hombre salvado por su heroísmo se arrojó a sus brazos, le cubrió las manos de besos y de lágrimas, y no hacía más que decirle: —¡Tú eres mi salvador...! ¡Dime en qué quieres que te sirva; y qué debo hacer por ti...!

Y cuando llegaron los días de la paz, el P. Lefévre siguió trabajando con sus jóvenes y sus obreros. De cuándo en cuándo llegaba un aviso: —Dígame si necesita dinero para alguna de sus obras..., si necesita mi influencia, mi trabajo personal...

Era la gratitud de su redimido, que llevaba adelante un buen negocio en el comercio de la ciudad, y nunca podía olvidarse de que, cuando pesaba sobre su cabeza una sentencia de muerte, había venido un salvador a tomarla sobre la suya...

Y cuentan que cuando murió el jesuíta, acompañó sus restos mortales al cementerio, y quedó llorando sobre la tumba como se llora en la muerte de un padre muy querido...

Ya está contado el recuerdo de la Gran Guerra: un condenado a muerte bajo un número trágico; un amigo que le toma de la mano para sacarle y quedarse en su lugar; una gratitud que se extiende por toda la vida y que se excita más, cada vez que a la memoria acude esta idea: ¡El me salvó!

Cuando cada Semana Santa me habla de nuestro gran condenado a muerte, quisiera preguntar a los hombres: ¿Quien de nosotros no estaba en el número diez?

¡Y qué pocos son los que le dicen alguna vez —siquiera alguna vez en la vida—: ¿Qué debo hacer por Ti?!

Mar.

EL CONGREGANTE

José Manuel Sologaiztúa y Alayo

descansó en la paz del Señor en la fiesta de la Anunciación de Nuestra Señora, el 25 de Marzo.

Cuando estuvo enfermo su Amigo Jesús fué a visitarle;

al morir recogió su espíritu;

en el Cielo es su premio;

y al fin del mundo vivificará su cuerpo para hacerle triunfar hasta de la muerte.

¡Cuánto le quiso su Amigo Jesús!

Universidad de Deusto Biblioteca



He aquí a tu Madre

La Madre piadosa estaba
junto a la cruz, y lloraba
mientras el Hijo pendía;
cuya alma triste y llorosa,
traspasada y dolorosa,
fiero cuchillo tenía.

¡Oh, cuán triste y afligida
se vió la Madre escogida,
de tantos tormentos llena,
cuando triste contemplaba
y dolorosa miraba
del Hijo amado la pena!

¡Oh Madre, fuente de amor,
hazme sentir tu dolor
para que llore contigo!
Y que por mí Cristo amado
mi corazón abrasado
más viva en él que conmigo.

Hazme contigo llorar
y de veras lastimar
de sus penas mientras vivo:
porque acompañar deseo
en la cruz, donde le veo,
tu corazón compasivo.

Llena eres de gracia

No bastarían las páginas todas de la revista, si fuéramos a recoger todo lo que los santos han escrito sobre estas palabras.

¡Figuráos los problemas que en ellas se encierran!

El problema de la gracia, ese ser misterioso, que pertenece a la vida de Dios y se nos comunica de un modo que no podemos comprender nos hace hijos de Dios y nos da derecho a ser sus herederos, es decir, a vivir de la misma vida que El, a gozar con el mismo goce que El.

¡Es incomprensible!

Y luego el problema de María llena de esta gracia.

El ángel llama a María la llena de gracia. No es un epíteto. Es un nombre propio que el ángel le aplica. Como si María se llamase **Llena-de-gracia.**

¿Os acordáis cómo en la explicación anterior se hacía notar que el Arcángel Gabriel no pronunció el nombre de María? Esta es la razón: es que lo sustituyó por este otro: **Llena-de-gracia.**

Las madres suelen hacer esto mismo con frecuencia. Está el chiquitín tentando sus primeros pasos en el pasillo de casa; de pronto cae al suelo. Corre la madre, lo levanta y mientras le cubre de besos le dice: ¿Te has hecho daño, mi encanto, sol de mi vida...? y qué se yo cuántas cosas más.

Algo así ocurre con María. El ángel, en representación de Dios, le saluda con un nuevo nombre bello y expresivo. Le diría: **paz contigo, Llena-de-gracia.**

Y en verdad, que ningún nombre cuadraba mejor a María que éste. Muchos sentidos se han encontrado en él: todos sublimes, todos verdaderos.

Indicaremos algunos de los más importantes que se señalan.

Y primero hay que excluir la imposibilidad de aumento, que parece lleva consigo el concepto mismo de plenitud. En un vaso lleno no cabe más líquido. Pero no así en María. Ella desde el primer instante de su Concepción Inmaculada se vió llena de gracia. Pero después, durante toda ella, iba aumentando su capacidad de gracia, a medida que ésta se le iba comunicando. Como si un vaso se fuese ensanchando con el contacto del agua, de modo que siempre estuviese lleno y siempre capaz de recibir más y más. Así María siempre llena y siempre adquiriendo nuevos tesoros de gracia con los innumerables actos heróicos que ejercitó durante su vida.

Llena de gracia. María poseía colmadas todas las que Dios se ha dignado distribuir entre los hombres. No hay virtud, no hay don del Espíritu Santo, no hay gracia que haya sido concedida a Santo alguno, que María no alcanzara en grado eminente. Y sobre ellas, otras gracias especialísimas, singularísimas, que no han vuelto a ser concedidas, pues se trataba de un caso único, el de la Madre de Dios.

Llena de gracia. Por ello ha hallado "gracia" plenamente ante Dios. Dios tiene en ella sus complacencias y queda tan prendado de la gracia de María, que la ha escogido para Madre. Pues la razón y el fundamento de esta complacencia divina es la plenitud de gracia santificante que en su alma florecía.

Cuando reces, querido congregante, el Ave María, considera un momento las grandezas que estas sencillas palabras encierran y piensa un instante:

—Esta mujer tan privilegiada, tan agraciada, es mi Madre celestial.

Verás cómo sientes encenderse tu corazón e inundarse tu alma de alegría. ¿Quién podrá contra tí? ¿A quién temerás teniendo tal Madre?

Pídele que te ayude, Ella que alcanzó tal superabundancia de gracia, para que tú nunca pierdas la tuya.

¡Nunca!

M. R. A., Congr.

Tanto valdrás cuanto sepas vencerte

Cuenta una leyenda japonesa, que un rico comerciante, encargó a un notable pintor que le hiciera, con la mayor fidelidad posible, el dibujo de un caballo en tamaño natural, prometiéndole remunerarle espléndidamente si la obra resultase perfecta y de su completo gusto.

Pasaron varios años sin que el comerciante tuviera noticias del pintor y suponiéndole incapaz de hacer un cuadro perfecto creyó mejor ir a su estudio para ver siquiera lo que había hecho, y si esto era de su gusto adquirirlo.

En efecto, un día se dirigió a casa del pintor, y vió con estupor que éste ni siquiera había comenzado el cuadro. Preguntóle el comerciante la causa y el pintor le hizo sentar junto a su mesa de trabajo, donde estaba el lienzo aún en blanco.

En este momento, comenzó el pintor a trabajar y en media hora quedaba hecho el dibujo del caballo, tan perfecto que el comerciante quedó entusiasmado, tanto por la belleza del cuadro como por la rapidez con que lo había realizado.

Cuando llegó el momento de pagar, el ingenuo comerciante no pudo reprimir su asombro ante la enorme suma que el pintor le pedía como premio de su trabajo y estalló en indignación ante lo que para él era una pretensión exagerada.

Pero el pintor, con calma desusada, señaló un enorme montón de papeles que tenía en un rincón y le dijo: Estos cuadros los he pintado durante tres años y sólo mediante este arduo trabajo he logrado la habilidad de hacerlo en media hora; por tanto, es lógico que usted me pague el precio de estos tres años. El comerciante le dió la razón y le pagó.

Aplícate la lección. No conseguirás una prontitud en el bien obrar sin el trabajo penoso de muchos años de vencimientos pequeños a los que tú ni siquiera das importancia ahora.

Quizá todos los cuadros del montón de papeles del pintor serían verdaderas obras de arte, pero él encontró alguna falta en ellos que quiso remediar.

Del mismo modo, ese entrenamiento diario de tu voluntad en el vencimiento tiene un valor incalculable.

Tanto valdrás cuanto sepas vencerte.

José María Antoñana, Congr.



S. S. EL PAPA PIO XII

se dirige a los

Congregantes del mundo entero

(21-1-45)

Universidad de Deusto
Biblioteca

TEXTO ÍNTEGRO DEL DISCURSO

INTRODUCCIÓN: «Un dulce recuerdo de Nuestra vida»

"HABEIS venido con devoto pensamiento, amados hijos e hijas, para conmemorar junto a Nos el 50 aniversario de un dulce recuerdo de nuestra vida: el de Nuestra Consagración a la Santísima Virgen en la Congregación Mariana del almo Colegio Capránica.

"Y al acogeros, Nuestra primera palabra ha de ser para exclamar con todo el fervor de nuestro corazón agradecido: **"Magnificate Dominum mecum et exaltemus Nomen eius in idipsum,** *—Magnificad conmigo al Señor, y exaltemos juntos su Nombre—(Ps. 33, 4).*

I.—IMPORTANCIA DE LA CONGREGACIÓN MARIANA

1.—La Consagración del Congregante es un don completo y eterno.

"La consagración a la Madre de Dios en la Congregación Mariana es un don completo de sí mismo para toda la vida y para la eternidad. Un don no de pura fórmula, o de puro sentimiento, sino efectivo, que se verifica en la intensidad de la vida cristiana y mariana, en la vida apostólica que hace del Congregante el Ministro de María y, por decirlo así, sus manos visibles en la tierra, con la espontánea profusión de una vida interior superabundante que se derrama en todas las obras exteriores de la sólida devoción, del culto, de la caridad y del celo. Es lo que con especial energía inculca vuestra Regla 1.ª: Darse seriamente a la propia santificación cada uno en su propio estado: dedicarse no de cualquier manera, sino con ardor en la medida y en la forma compatible con las condiciones sociales de cada uno a la salvación y a la santificación de los demás. Aplicarse, por fin, valerosamente, a la defensa de la Iglesia de Cristo.

Esta es la consigna del Congregante, aceptada libre y resueltamente en el momento de su Consagración. Tal es el magnífico programa que le trazan las Reglas. En realidad estas Reglas no han hecho más que expresar con términos precisos y casi codificar la historia y la práctica constante de las Congregaciones Marianas, providencialmente instituídas por la tan benemérita Compañía de Jesús y aprobadas y repetida y calurosamente alabadas por la Santa Sede.

Universidad de Deusto
Biblioteca

2.—Lo que no es la Congregación Mariana.

"Como veis, estamos bien lejos del concepto de una simple unión piadosa, tranquila y ociosa; de un simple refugio contra los peligros que amenazan a las almas débiles. Pero también de una simple liga de acción solamente exterior, pueril por artificial, y que no puede provocar o encender más que un fuego de pajas de mayor o menor duración. *Nunquid potest homo abscondere ignem in sinu suo ut vestimenta eius non ardeant?*— Por ventura puede un hombre esconder el fuego en su seno sin que ardan sus vestidos?

"Y si esto es cierto hablando de la pasión humana desordenada una vez encendida en el corazón, ¿cuánto más lo será del amor de caridad, del que el Espíritu Santo enciende y reaviva constantemente la llama?

La devoción mariana de un Congregante de la Virgen no puede ser, pues, una piedad mezquinamente interesada que en la potentísima Madre de Dios no ve más que la distribuidora de beneficios, principalmente de orden temporal; ni una devoción de seguro descanso, que no piensa más que en apartar de su vida la cruz de los afanes, de las luchas, de los sufrimientos; ni una devoción sensible de dulces consuelos y de entusiastas manifestaciones; y ni siquiera, por muy santa que sea, una devoción demasiado exclusivamente cuidadosa del propio provecho espiritual.

3.—El Congregante, Caballero a las órdenes incondicionales de María.

"Un Congregante, verdadero hijo de María, Caballero de la Virgen, no puede contentarse con un sencillo servicio de honor. Debe estar a sus órdenes en todo: hacerse su guardián, el defensor de su nombre, de sus excelsas prerrogativas, de su causa, llevar a sus hermanos la gracia y los favores celestiales de su Madre común, combatir sin tregua, bajo el mando de Aquélla que "*cunctas hereses interemit in universo mundo*". Se ha enrolado bajo su bandera con un compromiso perfecto. No tiene ya derecho a dejar las armas por miedo a los ataques o a las persecuciones; no puede, sin ser infiel a su propia palabra, desertar y abandonar su puesto de batalla y de honor.

II.—ACTUALIDAD DE LA CONGREGACIÓN MARIANA

4.—La Iglesia ha contado con vosotros y no quedó engañada su expectación.

"Vosotros os habéis comprometido a defender la Iglesia de Jesucristo. La Iglesia lo sabe y cuenta con vosotros, como en el pasado contó con las generaciones de Congregantes que os han precedido. No quedó engañada su expectación. Vuestros mayores os han abierto y trazado noblemente el camino. En todas las luchas contra el contagio y la tiranía de los errores y para la defensión de la Europa cristiana, las Congregaciones Marianas han combatido en primera línea con la palabra, con la pluma y con la prensa; en la controversia, en la polémica y en la apología; con la acción, sosteniendo el valor del fiel, socorriendo a los confesores de la fe, colaborando con su asistencia y ayuda en el arduo y contrariado ministerio de los sacerdotes católicos; persiguiendo la inmoralidad pública con métodos algunas veces singulares, pero siempre enérgicos y eficaces. En alguna ocasión, hasta con la espada, en las fronteras de la Cristiandad, para la defensa de la civilización, con Sobieski, Carlos de Lorena, Eugenio de Saboya y tantos otros caudillos, todos Congregantes, como mil y mil de sus soldados.

"Pero ¿para qué ir a buscar ejemplos en el pasado, cuando en nuestros tiempos, y no en una sola nación, millares y millares de heroicos Congregantes han combatido y han caído aclamando e invocando a Cristo Rey?

5.—Nunca habés sido tan necesarios como ahora.

"Nos, confiamos que sabréis llevar dignamente el peso de tan gloriosa herencia. Más aún, queríamos afirmar que el modelo del católico como la Congregación desde sus orígenes se ha dedicado a formarlo, acaso nunca ha estado tan de acuerdo con las necesidades y con las contingencias de cada uno de los tiempos como ahora, y que acaso en ningún otro tiempo le ha exigido con tanta insistencia como el nuestro.

6.—La sociedad civil pide varones fuertes y capaces.

"Porque en realidad ¿qué pide hoy la vida en su aspecto civil? Hombres, verdaderos hombres. No de los que piensan solamente en divertirse y juguetear como niños, sino firmemente templados y dispuestos a la acción, que sienten como un deber sagrado el de no descuidar nada que pueda ayudar a su perfección. Nos mismo, desearíamos ver sobre el rostro de la juventud de nuestros días un poco más de aquella tranquila alegría de antaño. Pero los tiempos hay que tomarlos como son, y los nuestros son graves, amargos y duramente difíciles. Piden hombres que no teman caminar por los ásperos senderos de la presente y miserrima condición económica, y que sean capaces de sostener a aquellos que la Providencia ha confiado a sus cuidados. Hombres, finalmente, que en el ejercicio de su profesión, huyan de la mediocridad y tiendan a aquella perfección que exige de todos la labor de reconstrucción después de tantos desastres.

7.—La Iglesia necesita católicos llenos de fe, de fortaleza, de santa intrepidez

"¿Y qué pide la Iglesia?—Católicos, verdaderos católicos; bien templados y fuertes. Ya en otra ocasión hemos hablado de la profunda transformación social de nuestros tiempos. La guerra la ha precipitado desmesuradamente y se puede decir que está casi terminada. Desgraciadamente, poco a poco ha venido a ser reducido sobre todo en las grandes ciudades, el número de aquellos que, seguramente defendidos y firmemente guiados por la sana tradición católica que penetra y llena toda su vida, avanzan firmemente, llevados por esta vigorosa corriente. Es una crisis que envuelve no menos a la mujer que al hombre; a la juventud femenina no menos que a la masculina. La mujer de hoy se siente también arrastrada y arrollada en la lucha por la vida, en las profesiones y en las artes, y ahora también, en la guerra. Más aún, es a ella a la que tal transformación, a la que tal trastorno de las condiciones sociales, más llega y más afecta.

"El tiempo presente tiene, pues, necesidad de católicos que se hallen desde la primera juventud firmemente arraigados en la fe, para que no vacilen aun cuando no se sientan sostenidos y reforzados por el fervor de los que les rodean. Católicos que con los ojos fijos en el ideal de las virtudes cristianas, de la pureza, de la santidad, conscientes de los sacrificios que exige, tiendan a aquel ideal con todas sus fuerzas en la vida cotidiana, siempre derechos, siempre rectos, sin que las tentaciones ni las seducciones puedan doblegarlos.

"He ahí, amados hijos e hijas un heroísmo muchas veces oscuro, pero no menos precioso y admirable que el martirio cruento.

"El tiempo presente exige católicos sin miedo, para los que resulte la cosa más natural del mundo la abierta confesión de su fe, con las palabras y con las obras, siempre que lo pida la Ley de Dios y el sentimiento del honor cristiano. Verdaderos hombres, hombres íntegros, firmes e intrépidos.

8.—Tales hombres forman la Congregación Mariana

"Hoy el mismo mundo desecha, rechaza y pisotea a los que no lo son, a los que lo son solamente a medias. La formación de tales hombres y de tales católicos ha sido siempre la mira de las Congregaciones Marianas bien ordenadas y activas.

Universidad de Deusto
Biblioteca

9.—El combate por la verdad con las armas de la verdad.

"Ahora bien, vosotros sabéis que los enemigos de Cristo y de su Iglesia jamás dejan las armas, aun cuando aparentan pacíficas intenciones. Además de las persecuciones sangrientas y de los asaltos violentos, tienen otros métodos de guerra; la perversión, la intoxicación de los espíritus a la que se añade la contribución inconsciente de no pocos ilusos que se dejan extraviar y seducir por ellos.

"En estas luchas incesantes, la generosidad y el valor, la piedad y la humildad, la constancia infatigable son presupuestos indispensables en todo Congregante.

"Mas ello solo no basta. Con la protección de María, debéis ganar para Cristo a los hombres de hoy. Debéis combatir en favor de la verdad con las armas de la verdad. Pero, para eso es necesario saber manejarlas. ¿Y cómo conseguiréis adquirir su segura maestría? Antes que nada con el estudio de la Religión y de su Dogma, de su Moral, de su Liturgia, de su vida interna y pública, de su Historia. Antes que nada, pero no exclusivamente. Sería romper con el pasado de las Congregaciones de la Santísima Virgen, en las que siempre se ha buscado con los medios más a propósito, el favorecer la cultura, tanto general como profesional, y ambas, ya se comprende, en armonía con la caridad y el estado personal de cada uno. Es esta, precisamente, una de sus características, de las que dan testimonio sus Academias. Y, gracias al cielo, tal tradición no ha sido abandonada.

10.—Ejemplaridad cultural y profesional de las Congregaciones Españolas.

"Sin duda ninguna, la cultura general y profesional no puede tener en todas partes la amplitud conseguida, por ejemplo en Valencia, en España, en donde por diversas secciones jurídicas, científicas, literarias y técnicas, provistas de todos los instrumentos de estudio y de trabajo, especialmente la sección médica, con su clínica y su dispensario, aseguran a los Congregantes, gracias a las cooperaciones de ilustres maestros pertenecientes también ellos a la Congregación, un puesto eminente en el campo de sus respectivas profesiones.

"Pero aun en medida más modesta, en todas partes, las Congregaciones dignas de tal nombre, tienen este cuidado, y muestran este carácter propio suyo. En primer lugar, porque la eficacia del trabajo apostólico de cada uno de los Congregantes depende en gran parte de su valor intelectual, social y profesional, y no solamente de sus cualidades morales y espirituales. Además, porque desde sus orígenes, las Congregaciones, teniendo como finalidad la restauración de una sociedad cristiana, han ejercitado su apostolado especialmente en las profesiones y por medio de las profesiones.

11.—Congregaciones para todas clases de hombres.

"Con el impulso de este ideal, se han formado separadamente, también en estrecha unión y colaboración entre sí, Congregaciones para diversos estados de la vida, y para todos los grados de la escala social, desde las Congregaciones de Sacerdotes, de intelectuales, de caballeros y de damas de la alta sociedad, de estudiantes universitarios de ambos sexos, hasta de los humildes limpiabotas de Beirut, o de los muchachos vendedores de periódicos de Buenos Aires. De las Congregaciones de los estudiantes de Medicina de París salió el primer núcleo de la Unión de San Lucas para Médicos Católicos. Los Estados Unidos de América tienen su Congregación de enfermeras. Y para traer a la memoria un recuerdo personal nuestro de Munich, ¡qué riqueza de vida familiar verdaderamente cristiana, qué valor en la pública profesión de la fe, producía en la capital de Baviera la benéfica acción de la Congregación para hombres de San Miguel ,entonces tan floreciente! Finalmente, cerca, cerquísima de Nos, en la Congregación Mariana de la Guardia Suiza, bajo el nombre de Nuestra Señora del Rosario, están de alguna manera representados todos, de día y de noche, junto a Nuestra Persona.

"¡Cuánto bien hacen estas Congregaciones en sus ambientes respectivos! ¡Cuánto con su cooperación a los fines comunes para los que cada una aporta la contribución de su competencia especial! ¡Cuánto en las más variadas obras de celo y de caridad!

12.—El bien múltiple y universal de las CC. MM.

"Nuestro glorioso predecesor Pío XI, en una solemne ocasión, recordó lo que las Congregaciones en toda su historia secular y multisecular han hecho en este campo, en estos amplios horizontes de bondad, cooperando al bien doquiera que se presentase la necesidad y la posibilidad, y cooperando de las maneras más humildes y más altas, más exquisitas y más sencillas. Precisamente del modo que una Madre, y Reina y Patrona como la suya, podía enseñar a las almas redimidas con la sangre de Cristo. (Audiencia del 13 de marzo de 1930.)

"Casi como para confirmar la verdad de estas palabras. Nos habéis anunciado dos preciosos dones: vuestros ricos obsequios espirituales que nos sirven de grande apoyo y consuelo en el cumplimiento de vuestro gravísimo oficio, y vuestros dones materiales que nos ayudarán a proteger contra el frío a los míseros prófugos, hijos nuestros amadísimos y hermanos vuestros en Cristo.

"Pero nuestra gratitud va mucho más allá de esa íntima, aunque numerosa, reunión. Se dirige a todas las Congregaciones de todo el mundo que han querido unirse a nosotros con el corazón. De acuerdo con el precepto del Divino Maestro, y siguiendo el ejemplo incomparable de su Celestial Patrona y Madre, las Congregaciones buscan hacer el bien *in absconditis*, y las más de las veces el Padre Celestial que ve en el secreto (Mateo, 6, 4) es el único testigo.

"Muchas veces prestan también a otras obras la aportación de su actividad, facilitándoles los mejores servicios. No existe casi forma de sociedad o de actividad de las que en el pasado no hayan sido iniciadoras, observando siempre las nuevas necesidades para satisfacerlas y las nuevas aspiraciones para contenerlas.

13.—Por los frutos les conoceréis...

"Estas obras, comenzadas modestamente por ellas, han tomado luego impulso para volar sobre sus propias alas, seguras siempre de tener en las Congregaciones un apoyo y una participación tan presurosa como discreta. ¿Cómo se podría aquí dejar de recordar a dos ardientes Congregantes y fieles campeones de la Acción Católica Italiana, Mario Fanni y Juan Acquaverno?

"Pero, ¿cuál es el manantial íntimo de toda esta fecundidad, sino la vida fervorosa que, alimentada por la devoción más tierna y al mismo tiempo más eficaz a María, debe tender, según vuestras mismas Reglas, a la santidad? Flor escondida en el secreto de los corazones, que, a pesar de todo, se manifiesta en los frutos que produce, en las numerosas vocaciones que hace brotar, en la admirable falange de santos, de beatos y de mártires que la representan en el cielo.

EPÍLOGO

"Amados hijos e hijas: Bien podéis hacer vuestra la piadosa invocación de San Juan de Eire a la Virgen: "*¡Qué reconocido os estoy por haberme admitido en vuestra santa Congregación, que es una verdadera escuela de virtud y de piedad! Y hay en ello, oh Madre de gracia, una de las mayores gracias que yo he recibido de mi Dios por vuestra intercesión*".

Universidad de Navarra
Biblioteca

En la confianza de que sabréis corresponder a tan gran beneficio con una fidelidad cada vez mayor, mostrándoos cada día más dignos de él, invocamos sobre vosotros y sobre todos los Congregantes esparcidos por el mundo, los favores de Jesucristo y de su Santísima Madre, mientras que con toda la efusión de nuestro corazón paternal os damos a vosotros y a vuestras amadas familias, como augurio de las más escogidas gracias, nuestra paternal Bendición Apostólica."

BILBAO
EDICIONES «LUISES»



ECOS DE NUESTROS CATECISMOS

¿Eres buen catequista?

Lee, reflexiona, mejórate.

Primero prepárate, porque nadie da lo que no tiene.

1.° Procúrate el libro de explicación del catecismo correspondiente a tu grado, que puedes adquirirlo en la Congregación.

2.° Acude con puntualidad a la preparación de catequistas los sábados y lleva el texto del catecismo y el libro de explicación.

3.° Oye con atención y, si te ayuda, toma notas de lo que entiendas que te va a servir. Luego, en casa, repasa bien tu lección.

Pero piensa que el catecismo no se puede enseñar friamente, como la aritmética.

4.° Por eso el domingo en la Comunión acude al Divino Catequista, quien te dará fortaleza, luz, gracia y unción para realizar bien tu sublime misión. En la Comunión pide mucho por los niños que el mismo Jesús te ha confiado; ofrece por ellos la santa Misa, conságrate a su Divino Corazón, medita un poco sobre la lección que vas a explicar. En fin, haz algo que te cueste, por tus niños, a fin de conseguirles gracias eficaces.

En el viaje al pueblo donde has de dar el catecismo, pórtate bien. No vas de excursión. Piensa que eres portador de la semilla divina. No la desparrames antes de llegar al campo.

Orden de la Catequesis.

5.° Al llegar al centro catequístico, si hay iglesia o capilla, entrarán todos los catequistas a visitar al Señor para ofrecerle la catequesis y pedirle su bendición y gracia.

6.° En cuanto el Jefe dé orden de empezar el catecismo, corta toda conversación y entretenimiento y entrégate fervorosamente al cuidado de tus niños, dándoles ejemplo en la modestia y devoción al rezar, en el entusiasmo al cantar, si hay cantos, y en todo lo demás, para que vean en ti un ejemplo vivo que imitar.

7.° La Catequesis durará una hora. Ordenados afuera los niños por secciones, cada uno con su catequista, entrarán cantando, luego el Jefe reza la oración ya señalada en el reglamento.

En los primeros cuarenta y cinco minutos preguntarás la lección de memoria, que siempre has de señalar de un domingo para otro; tomarás la lección entera a todos y a cada uno de los niños y harás la explicación de la lección oída en la Academia.

Pon notas y haz que los aplicados ganen puestos todos los domingos; siempre los tendrás por orden de puestos.

Procura proceder en todo con el mayor silencio posible a fin de no molestar en las secciones contiguas.

No dejarás bajo ninguna excusa la sección sola. La carpeta te la entregará el Jefe o el secretario.

Al fin de estos cuarenta y cinco minutos, dada la señal, pasarás lista, pondrás notas y marcarás la lección. Entregarás la carpeta al secretario para que la pase al fichero de la secretaría.

Finalizado el trimestre, el niño que sepa perfectamente el programa de su curso pasará al siguiente.

¡Todo por Jesucristo!

Universidad de Deusto
Biblioteca

El arte de preguntar

El Evangelio nos dice que Jesús dió catecismo cuando solo tenía doce años a los doctores del templo. Tiene sus enseñanzas aquella Catequesis. Dice el Evangelio que escuchaba a los doctores y les **preguntaba**. Esto es de primera necesidad en la catequesis escuchar y preguntar, preguntar mucho y preguntar bien. Y es de primera necesidad, porque si la explicación es para todos, la pregunta está pidiendo una contestación en un niño y... le obliga a estar atento. La pregunta es la flecha que se clava en el blanco, la semilla que encuentra un trocito de tierra fértil donde germinar.

¿Y COMO SE PREGUNTA? **Con cariño**, en primer término. Este es el primer condimento de la pregunta; **claramente** para que nos la entienda; **con habilidad**, a fin de que las preguntas abarquen los principales puntos de lo que hemos explicado, si es que les preguntamos después de explicar; y si no para conducirlos como con andadores, a fin de llevarlos a la verdad, que es uno de los más gratos placeres conseguir las cosas por sí mismo. Y además, como dice D. Daniel Llorente, sean nuestras preguntas: "**cortas** en la frase, **variadas** en el tono, **inteligentes**, recalcando las palabras más importantes".

¿CUANDO? Al principio de la lección, bien está, para repasar la lección; intercaladas en la explicación para sostener la atención y al final de la lección para recapitular. Muy conveniente desde luego cuando están distraídos para conseguir la atención de nuestro pequeño auditorio.

¿Y A QUIEN? Más bien a uno que a todos juntos, sin seguir orden de puestos, pidiendo a uno la respuesta y a otro la corrección, a los más retrasados las preguntas más fáciles, y las más difíciles a los adelantados, disimulando la distinción.

Estas y otras muchas observaciones tomadas en su mayor parte de la "Pedagogía" del Excmo. Sr. Lorente, pueden sernos los puntos de meditación en orden a nuestras Catequesis, con objeto de que cada día sea más positiva la labor.

¡Ojalá que supiéramos preguntar con aquella sabia maestría de aquel catequista de doce años!

¡Atención, Catequistas!

¡Preparaos para el certamen!

1.ª Podrán concurrir a él todos los niños menores de 15 años de los Centros catequísticos de la Congregación.

2.ª El Certamen constará de dos ejercicios: el ejercicio de la memoria y el ejercicio de inteligencia.

En el ejercicio de memoria contestarán a las preguntas que se les hagan de la 3.ª parte del 3.º grado del Catecismo diocesano. Se sorteará la pregunta del Catecismo por donde se ha de comenzar a preguntar.

En el ejercicio de inteligencia responderán a las preguntas que se les hagan sobre la doctrina correspondiente a dicha 3.ª parte, contenida en la "Explicación Dialogada del Catecismo", del Excmo. Sr. D. Daniel Llorente.

Un tribunal de Padres calificará las respuestas, que se consignarán en una pizarra a la vista del público.

3.ª Los premios serán en metálico. Además, a los premios primeros se les entregará un artístico diploma.

Un primer premio de 25 ptas. y título de EMPERADOR DEL CATECISMO durante el curso de 1944-1945.

Un segundo premio de 15 ptas. y título de PRINCIPE DEL CATECISMO.

Terceros premios de 10 ptas. y títulos de PRINCIPES DEL CATECISMO.

Los demás, premios de 5 ptas. o libros a escoger.

4.ª Cada Centro Catequístico presentará al Certamen a los dos mejores niños de su Centro, que quedarán matriculados por el Jefe de la Catequesis para el penúltimo domingo de Mayo.

Simpático barrio éste de Baracaldo. Pocas veces habréis encontrado un remanso tan "rural", tan eminentemente lugareño en medio de un Municipio tan fabril como es el de la vecina Anteiglesia de Baracaldo.

Semejantes, en el aspecto sencillo y natural de su ambiente físico, son nuestros pequeños. Y la plazoleta de Zubillaga congrega a un centenar de chicos traviesos ciertamente en demasía, pero todavía niños: esto es, que no ha influído en ellos dolorosamente el "peso" de Desierto-Baracaldo.

Con ello se explica en parte el por qué de nuestro éxito. Es que los niños de Burceña constituyen una materia prima de lo mejor. Por otro lado, contamos con la dirección de un Coadjutor que une a su juventud el celo del apóstol.

Lo más interesante de nuestra Catequesis es, sin duda, la formación interior de los catequizados. Y podemos experimentar sus frutos al ver marchar a varios pequeños al Seminario. Y un verdadero "ojeador" descubriría allí la existencia de otros presuntos candidatos a la vida sacerdotal.

Coincidió con ello también la espléndida floración de vocaciones entre los catequistas del año pasado. Y aunque en ello no tenga parte en verdad la Catequesis, no se puede negar, sin embargo, que sea una bendición del Señor el hecho de haber tenido con nosotros, y en la última "fase" de sus relaciones con el mundo a los Melzer, Lizarralde y Lejarza.

Nuestra Catequesis cuenta con una matrícula de ciento cincuenta niños.

Habitualmente acuden todos los domingos unos ciento veinte; pero en cuanto viene el buen tiempo... "de pronto suena el balón..." se nos marchan barriada de Cruces arriba, unos cuantos chiquillos.

Disponemos de un saloncito modesto, como suelen ser los de una gran parte de las Catequesis de la periferia de Bilbao; acaso el "nuestro" sea un poco más desvencijado que otros. En él se han dado varias representaciones, de las cuales dos han corrido a cargo del Cuadro de la Congregación.

Las navidades del pasado año, nos ofrecieron buena ocasión para estrechar las relaciones con nuestros catequizados. Gracias al Mecenas de la iglesita de Burceña, pudieron disfrutar los niños con las hazañas de los que fueron "ases" del cine... van ya para treinta y cinco años. En esto batimos el record de la "vetustez".

Sin esta pequeña ayuda del cinema, hubiera sido una laguna harto considerable la falta de comunicación con nuestros chicos durante las Navidades. No convicne perder de vista el hecho de que a veces dejan de venir definitivamente a la Catequesis, cuando no se llena suficientemente este peligroso espacio de tiempo: las vacaciones de Navidad.

* * *

¿Lo mejor y más granado de nuestra Catequesis?

—Sin disputa, la "madera" excelente de nuestro pequeños y la admirable cooperación del Sr. Coadjutor que Dios les ha dado.

¿Lo más deficiente en ella?

—Psch... Reparos de tipo puramente "técnico". Necesitaríamos un servicio de investigación que nos trajera al "redil" a nuestros arriscados pilletes. Los colegios y escuelas que en la barriada funcionan pudieran servirnos, y de hecho nos sirven muchas veces, admirablemente.

Sin embargo, en este aspecto, se pudiera hacer mucho más.

¿Peculiaridades de nuestra Catequesis?

—Nosotros también tenemos (en las cercanías de nuestro "fortín" operan) ciertos **"correselvas"** o aventureros, especie de la que no se podrá ufanar ninguna otra Catequesis. Son los llamados "polvis". Se dedican a recoger el carbón desmenuzado y el carbón en polvo que "viaja" en la cima de los vagones.

También ellos son ahora carbón y polvo que viaja, pegado a los topes de los vagones para lograr la "requisa". Y si nosotros contáramos con medios, tal vez algunos de esos chiquillos se "limpiaran" de verdad.

¿No habrá alguien que nos ayude a recoger estos "detritus" humanos... doce, trece, quince años lanzados al aire y al azar?

J. B., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Bienaventurados los pies de los que evangelizan la paz

En la capilla del Seminario de Misiones Extranjeras de París, el coro entona el Adiós al misionero.

Siete misioneros, de pie ante el altar, acaban de recibir la última bendición de su Prelado y se vuelven hacia el público.

Entonces los asistentes, uno por uno, se acercan a besar los pies de aquellos apóstoles que al día siguiente marchan a Africa.

Un anciano, confundido entre la multitud, camina penosamente hacia el altar. Uno de los Superiores al verle, corre presuroso a sostenerle. Una emoción indecible se apoderó de todos, y las voces de los cantores por un momento parecieron apagarse.

El anciano avanzó lentamente. Llegado al altar, besó sucesivamente los pies de los cuatro primeros misioneros. Al llegar al quinto, éste, con movimiento instintivo se inclinó extendiendo las manos para que el anciano no se arrodillara ante él. Pero éste, venciendo aquella resistencia, se arrodilló, o más bien se postró en tierra e imprimió sus labios fuertemente en los pies del joven que palidecía intensamente. Y después de besar los dos pies, posó largo tiempo sobre ellos su venerable frente y sus cabellos blancos, y dejó escapar un suspiro, que resonó en el recinto sagrado y penetró en todos los corazones.

Era el padre del joven misionero, y aquel hijo era el segundo que el generoso anciano sacrificaba gustoso a Dios. Ya no le quedaba ningún otro para atenderle en sus últimos días.

Ayudaron al anciano a levantarse, y todavía besó los pies a los dos misioneros que seguían a su hijo.

Luego, mientras el coro cantaba: "Bienaventurados los pies de los que evangelizan la paz", el anciano padre volvió a su puesto.

La vendedora de flores

El Cardenal Pie refirió ante un grupo de caballeros el siguiente caso:

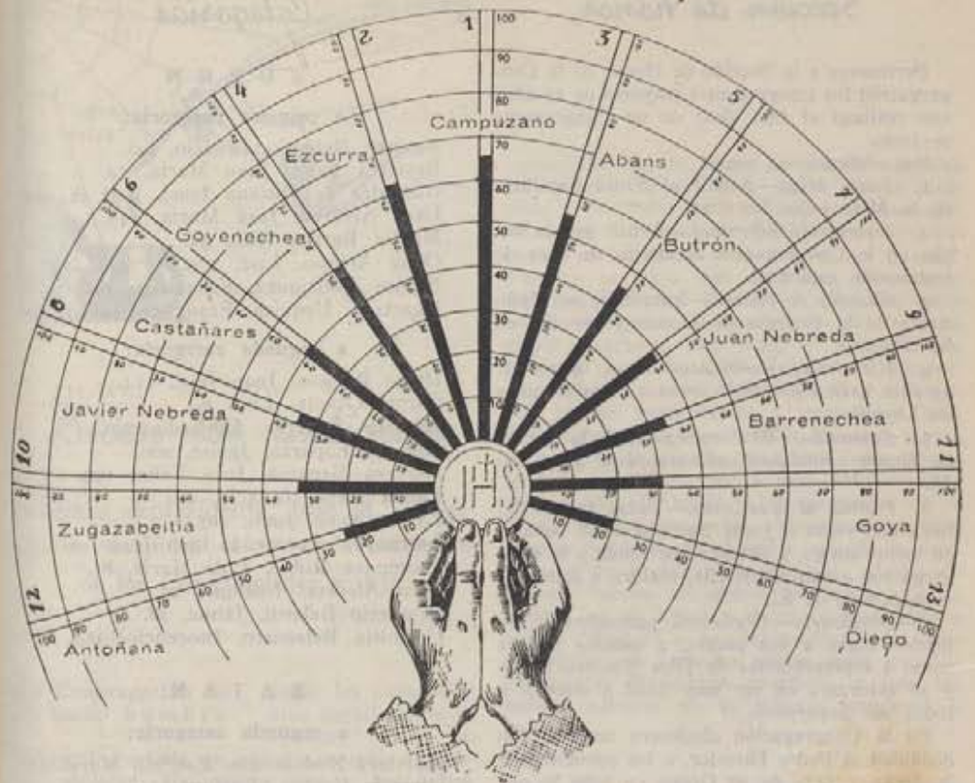
Conocí a un niño pobre... Deseaba ser sacerdote, pero sus padres eran demasiado pobres para poder costearle la carrera eclesiástica. Un día entró en la catedral de Poitiers. ¡Qué sentimientos embargaban su corazón! Rompió a llorar.

Al salir, una pobre mujer que vendía flores, se fijó en él: —Hijo mío, ¿tú lloras? —Sí, he llorado. —¿Te ha hecho daño alguien? ¿Por qué lloras así? —Porque... quisiera ser sacerdote y no tengo quien me ayude. —¡Yo te ayudaré!, contestó la mujer.

La vendedora de flores cumplió su palabra; se quitaba el sueño de los ojos, pasaba muchas horas de la noche cosiendo sin descanso, y así consiguió pagar los estudios al pequeño sacerdote.

Ella murió ya; los ángeles de la caridad la llevaron al cielo. Pero su sacerdote vive, trabaja, se consume con el deseo de la salvación de las almas. Ha llegado a ser Sacerdote, Obispo, Cardenal...; está aquí, soy yo mismo que os dirijo la palabra, yo, vuestro Cardenal.

¡Dichoso mil veces el que pueda decir: he formado un misionero, he ayudado a la formación de un apóstol!



El campeonato de la misa diaria

DICE EL CELADOR DE ASISTENCIAS

Que el pasado mes de Enero se notó una sensible baja en la asistencia a la Misa diaria, pues si en el mes de Diciembre los tantos por cientos de los primeros grupos fueron 78 por 100, 71 por 100, 68 por 100, etc., en este mes el grupo campeón sólo tiene el 66 por 100.

Por lo que respecta a la situación de puestos, los Jefes de grupo ocupan poco más o menos los mismos lugares que el pasado mes.

Se notó un notable aumento de la asistencia a la Misa diaria después de la conferencia que tuvo el Padre con las madres de los Congregantes; pero como sólo ha perseverado unas dos semanas, no han logrado levantar el porcentaje de estos dos meses, aunque en la última semana de Febrero y primeras de Marzo ha subido el tanto por ciento en general; ahora que esto no puede ser debido no solamente al esfuerzo de las madres, sino también a la llegada del buen tiempo.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Sección de honor

Pertenecen a la Sección de Honor de la Congregación los Congregantes mayores de 12 años que realizan el tipo ideal de un Congregante perfecto.

Sus obligaciones son:

1. *Santa Misa.*—Asistir al Santo Sacrificio de la Misa todos los días.

2. *Instrucción espiritual.*—Asistir por la noche en la Congregación al cuarto de hora de instrucción espiritual.

3. *Guardia de Honor.*—Inscribirse en algún turno de la Guardia de Honor y ser fiel en hacerla.

4. *Ejercicios espirituales.*—Si es mayor de 15 años hará Ejercicios cerrados todos los años en Loyola.

5. *Comunión.*—El Congregante de la sección de Honor comulgará ordinariamente todos los días.

6. *Visitas al Santísimo.*—Todas las tardes hará una visita a Jesús Sacramentado, como a su mejor amigo y siempre que venga a la Congregación o marche de ella, entrará a saludarle o despedirse de El.

7.—*Obediencia.*—Obedecerá puntualmente, en primer lugar a sus padres, a quienes mirará como a representantes de Dios Nuestro Señor y se esforzará en ser muy dócil a ellos y a todos sus Superiores.

En la Congregación obedecerá también con docilidad al Padre Director, a los miembros de la Junta y Jefe de su Grupo en todo lo que le manden, dentro de sus atribuciones.

8. *Actos de Congregación.*—Acudirá con exactitud a todos los actos obligatorios de la Congregación, especialmente a la Misa del Domingo; en caso de no asistir justificará su ausencia ante el Padre.

9. *Trato con el Padre.*—Irá a ver al Padre siempre que sea llamado por éste y, aun sin ser llamado, una vez al mes, para comunicarle con entera confianza sus buenos deseos, sus dificultades y cuanto crea que el Padre debe saber para el bien de su alma, de los Congregantes y del mayor servicio de Dios Nuestro Señor.

10. *Espectáculos.*—Jamás asistirá a espectáculos inmorales, ni acudirá a diversiones o playas peligrosas para su alma.

Rara vez irá a un cine, y si va ha de informarse bien antes hasta tener la absoluta seguridad de que ningún peligro hallará para su espíritu.

11. *Apostolado de ejemplo y acción.* — El Congregante de la sección de Honor ejercitará el apostolado del buen ejemplo y, si es mayor de 14 años, también el apostolado de acción, especialmente en Catequesis y obras de caridad en la forma que el Padre Director lo estime conveniente.

12. Asistirá a la reunión especial de la Sección de Honor el jueves o día de vacación semanal.

Categorías

SUBEN

a primera categoría:

Aguirre Delgado, Ignacio, 241.
Basterra Sanz, Juan María, 72.
González de Durana Isusi, José A., 142.
Lasa Alvarez, José María, 145.
Martín Barrio, Nilo, 32.
Ortiz Arroyo, José, 179.
Ramos Rodríguez, Francisco, 225.
Ugarte y Urquiza, Francisco Javier, 111.

a segunda categoría:

Diego Bengoa, Juan José, 114.
García Otaola, Luis, 62.
Herrera Esparza, Eduardo, 201.
Herrera Esparza, Javier, 200.
Herrera Esparza, José Félix, 190.
Landa Axpe, Ignacio, 204.
Landa Axpe, Juan, 205.
Larrazábal Zorrozúa, Juan Jesús, 112.
Menéndez Rubio, Luis María, 81.
Olea Alcorta, Enrique, 23.
Samperio Belardi, Jaime, 38.
Urigoitia Belacortu, Inocencio, 117.

BAJAN

a segunda categoría:

Martínez Rodamiláns, Esteban María, 115.
Olaizola Gorbea, Enrique, 34.

a tercera categoría:

Achurra Alzola, Angel, 191.
Achurra Alzola, Ignacio, 190.
Achurra Alzola, Javier, 194.
Arregui Olábarri, Carmelo, 42.
Damborenea Terroba, Manuel, 84.
Damborenea Terroba, Ricardo, 60.
Mojas Mauri, Jesús, 126.
Mojas Mauri, José María, 125.
Villanueva Santaulari, José María, 73.



Dicen los antiguos

Nuestro expresidente, José M.ª Múgica, se despidió el 1.º de Noviembre de los Congregantes y dijo:

(Conclusión.)

La Congregación me ha hecho hombre. Entre las cosas que más agradezco a la "Congre" es el de haber despertado en mí el concepto de responsabilidad. He tenido cargos, los habré cumplido bien o mal, pero siempre ha quedado en mi conciencia la satisfacción del deber cumplido o el pesar de mi negligencia. Por ejemplo, el ser catequista es el cargo que lleva consigo la mayor responsabilidad y del que tendremos que dar cuenta para nuestro premio o castigo allí en el Cielo. Pensar que 10 ó 15 niños se salvarán tal vez por lo que yo les pueda enseñar... Esto sólo bastaría para preocuparnos continuamente por ellos, para no faltar ni un solo día a la Catequesis y preparar con todo el cariño la lección. El bien que hacemos no lo sé, pero el que se puede hacer es muy grande. Me contaron hace tiempo este hecho histórico de un joven que asistió a una de las Catequesis de la Congregación. No voy a determinar exactamente los hechos, pues seguramente aun vivirán los protagonistas de la historia: Ocurrió en uno de los primeros vuelos por etapas de largas distancias. En uno de los aparatos de la escuadrilla iba un joven de una de nuestras Catequesis. Su avión, a causa de un desperfecto y por falta de gasolina, tuvo que aterrizar en un desierto. Sus provisiones, escasas, se acabaron y el auxilio no llegaba. Pasó a lo lejos una caravana, dispararon sus pistolas para llamar la atención, pero no fueron oídos. Entonces el jefe, que se había reservado una bala, le aseguró que si para cierta hora no llegaba el socorro, él pondría fin a su vida. La sed y el hambre fueron aumentando y cuando el jefe, desesperado, iba a suicidarse, nuestro joven, recordando lo que un catequista congregante le había enseñado sobre este acto cobarde del suicidio, la habló y, despertando en su alma los sentimientos cristianos, le hizo arrojar lejos de sí el arma suicida y confiarse a la Providencia de Dios. Al día siguiente fueron recogidos por unos aviones salidos en su busca y a su regreso vino a ver al "Padre" a dar las gracias a la Congregación por aquellas santas ideas que los catequistas le habían enseñado y que les habían salvado de la muerte temporal y eterna.

¿Por qué he permanecido tanto tiempo en la Congregación? Sencillamente porque es donde mejor paso el tiempo. Porque me divierto sin perder tiempo. El secreto de pasarlo bien en "la Congre" es el siguiente: Preocuparse por las cosas de la Congregación. La vida de la Congregación no admite aburrimientos y proporciona muchas alegrías. Preguntaba un mayorcito de mi grupo por qué no venía a "la Congre" los días de fiesta, y me respondía que porque ya era mayor y que era justo que los días que tenía libre se divirtiera por ahí, porque la Congregación, y esto lo decía muy serio, es un "tostón". Yo comprendía su caso: la Congregación le aburría porque él siempre había sido como un extraño a la Congregación, sólo venía por obligación y cuando lo hacía era para criticar. No hay juegos, no hay sitio a propósito, las comedias son unos tostones y salen mal, etc., etc. Todo esto pue-

de esa verdad, pero escuchad lo que dice un antiguo congregante: "Estoy aburrido, siempre lo mismo, pasear, ir al Cine. Voy a formar con mis amigos una compañía de teatro para ir a dar funciones a las Catequesis, porque los ratos más alegres de mi vida han sido en las comedias de la Congre". Y estoy seguro que esos congregantes que encuentran más divertido el Cine no lo pasan tan bien como nosotros lo pasamos en el escenario.

Trabajar por "la Congre". Y como digo en las comedias, también en las demás cosas. Si todos los congregantes pusiéramos un poco de buena voluntad, la Congregación sería el lugar más atractivo de Bilbao: los "peques" tratando bien los juegos, los libros y las cosas de la Congregación, como si fueran propias; los mayores, preocupándose de una sección determinada de las actividades de la Congregación. No sé si os habéis dado cuenta, pero aquí hay ocupación para todos los gustos y oficios: Maestro (Catequesis), Escritor (FLORES Y FRUTOS), Pintor (decoraciones, anuncios, etc.), Actor, Espectador (comedias, guiñol), Orador (conferencias), Filatélico (O. M. S.), Farmacéutico (medicinas), Organizador de fiestas, Oficinista, Impresor, Mecanógrafo, Cartero, Electricista, etc., etc., hasta Chapucero. ¿No recordáis lo que el "Padre" cuenta de la Congregación de Alicante? Existe allí un grupo de congregantes que se dedican a reparar todos los desperfectos de la Congregación. Los alicantinos, con su gracia habitual, tienen este letrero a la puerta de su taller: "Chapucería", aquí se hacen toda clase de chapuzas para la Virgen. Este es otro beneficio que me ha hecho "la Congre": enseñarme a divertirme, pero sin perder el tiempo y el dinero.

Buenos amigos. En fin, ya os he dado bastante la pelmada y ya solo me queda decir que también estoy agradecido a vosotros. Entre las respuestas a una encuesta que hizo el Padre Basterra acerca de "¿Por qué vienes a la Congregación?" fueron muchos los que coincidieron en esta: Porque en la Congregación siempre tengo buenos compañeros con quienes charlar y pasar el tiempo, sin peligro ninguno. Este ha sido para mi otro de los beneficios que me ha hecho la Congregación: el proporcionarme buenos amigos.

Confianza con el "Padre". Os he hablado del Jardín de la Virgen y ahora os voy a hablar de su jardinero "El Padre".

Muchas veces os habrá reñido, reprendido o hecho ver vuestras faltas. Pero esto no es más que una pequeña parte de su misión.

Su ilusión es ser vuestro Padre en unos casos y en otros vuestro amigo. Su ilusión es estar al tanto de vuestras penas para consolaros; de vuestras alegrías para alegrarse con vosotros, de vuestras dificultades para ayudaros. En una palabra, su ilusión es que tengáis una confianza ilimitada con El. Visitaba yo la Congregación Mayor de Barcelona. Un congregante me iba mostrando los locales, la biblioteca, los secretariados, la sala de Academias, pero yo no encontraba ni un salón para jugar. Extrañado pregunté: ¿Pero no hay aquí ningún salón? Sí, y me mostró un bonito y recogido salón pero sin mesas de juego. Y a mi pregunta de si lo empleaban para reunirse, me respondió: Sí, algunos se reúnen aquí para ir juntos a las catequesis, pero su misión principal es la de ser sala de espera para entrevistarse con el P. Director. Este salón está lleno todas las noches de congregantes que desean hablar con "El Padre". Entonces comprendí el porqué esa Congregación trabaja tanto y tan bien. La confianza de los congregantes con el Padre es ilimitada y todas las obras que empiezan llevan el sello de un consejo acertado del P. Director, y así no pueden fracasar. Hacer vosotros lo mismo y os aseguro que todo irá bien y que vuestro trabajo será más fácil y más práctico. Es mi consejo de despedida:

Que vuestra confianza con el Padre sea ilimitada.

Y ahora os pido unos favores: Que trabajéis mucho para que la Congregación vuelva a ser lo que fué; que ayudéis mucho y tengáis mucha confianza con el "Padre", en la seguridad de que si así lo hacéis la Congregación cumplirá sus fines de vuestra santificación y de la de los demás mediante nuestro apostolado. En fin, os pido que os acordéis de vez en cuándo de estos ex-congregantes que muy a su pesar dejan "la Congre."

"Imitad a los antiguos"

Ya murió aquel valiente Congregante, apóstol como ninguno entre sus compañeros de Instituto. Todos los días prometía en la Comunión hacer alguna obra de celo, y lo cumplía. Un día, la clase de Física fué una tragedia. Los ceros se sucedían unos a otros causando el terror más profundo entre los alumnos de 5.º Estábamos en Mayo y esa nota era decisiva en la calificación final. —"¡Señor! ¡la hora!"—, dijo respetuoso el bedel, y los inquietos discípulos salieron de clase protestando contra el justo profesor que quiso dar un escarmiento. En uno de los grupos se distinguía un joven. ¡Como me catee a mi ese viejo...! Y soltó un taco, de esos tacos que sueltan los chicos cuando se creen hombres—como me catee a mi ese viejo, visten de luto sus nietos.

Nuestro congregante, que le estaba oyendo, se acordó del propósito hecho en la Comunión. Dejó que se le pasase la ira, le pagó un helado y le acompañó hasta su casa. Hablaron en el camino de muchas cosas y ya en el portal, antes de despedirse, le dice: Oye tú, que eres tan buen chico, ¿por qué dices esas palabrotas cuando te enfadas? ¿No ves que eso está mal, y hasta es de mal gusto? Y abriendo entre tanto su cartera le dió una estampa de la Inmaculada con el articulito de Galdeano: Toma esta estampa para que tengas un recuerdo mío. Y se fué a la Residencia a rezar por aquel amigo suyo.

Le volvió a encomendar al día siguiente en Misa y cuál no sería su gozo cuando al salir de clase oye que le pregunta: "¿Dónde os dan estas cosas tan bonitas?"

—"En la Congregación"—. Y yo, podría ser congregante?

—"Pues claro que sí". En cuanto el Padre le vió fué admitido.

* * *

Pasaron los años. Una tarde de paseo, un novicio jesuita me contaba esta simpática historia. Y sacando de la cartera una estampa muy estropeada: "Esta es, me dijo, la que aquel buen amigo me dió después de la trágica clase de Física."

Y me consta que todos los días, al celebrar Misa, pues ya es sacerdote, pide al Señor por el alma de aquel buen congregante y por todos los actuales congregantes para que sean del temple de aquellos antiguos.

Un Antiguo.

Felicidades

Congregantes que cumplen los años en Abril:

Día 1.—José Felipe Puelles Izaguirre.
" 2.—Juan Luis Castañares de la Torre.
" 3.—José Antonio G. de Durana Isusi.
" 5.—Juan José Diego Bengoa.
" 7.—Agustín Herrán Matorras.
Día 8.—Fernando Ibáñez Ruiz.
" 11.—Jesús Mendibelzúa Vergara.
" 11.—Isaac Mz. de Lejarza y Valle.
" 17.—Juan María Nebreda García.
" 17.—José Antonio Elías Bartolomé.
" 19.—Alberto Masalleras Alfaro.
" 28.—Rafael Santolaria y del Solar.
" 29.—Francisco Castro Póo.

Universidad de Deusto
Biblioteca

De una madre al P. Director

"Puede V. estar satisfecho del cambio operado...

En su casa tiene buen ambiente, pero esto sólo no bastaría para obtener tan buenos resultados, si no tuviera su "Congre" que gota a gota va penetrando en su espíritu con sus magníficas enseñanzas. Gracias, muchas gracias."

La Conferencia y Retiro mensual para las madres de los Congregantes.

Con extraordinaria concurrencia se celebró el día 16 del pasado mes de Febrero la primera Conferencia sobre materias de educación y el Retiro mensual para las madres de los Congregantes

Quiere la Congregación estrechar cada día más la íntima colaboración con las familias en la educación de sus hijos.

Son las madres las primeras interesadas en este gravísimo problema lleno de dificultades.

En la primera Conferencia se habló de esto y de las valiosas soluciones que ofrecía la Congregación.

Contra la natural ligereza y superficialidad del niño; contra el ambiente frívolo y pagano de la actual sociedad que nos invade con sus cines y diversiones mundanas, con sus lecturas peligrosas, con su materialismo refinado y sensual, la Congregación ofrece a las familias una educación viril y valientemente cristiana con sus actividades diarias: misa, comunión, estudio de la vida y doctrina de Nuestro Señor Jesucristo, instrucción espiritual por las noches, intensa labor apostólica, principalmente en Catequesis; veladas recreativas y honestas diversiones, patio y salón de juegos.

Todo esto se vió claro y también que las dificultades que se ofrecen a una más intensa vida de Congregación no vale la pena de ser tenidas en cuenta...

Y que el hijo no es para la madre, sino para Dios...

Y que tiene el hijo una vida superior y divina de la que tan poco se preocupan muchas madres. Todo esto se pensó en aquella Conferencia y en aquel Retiro tenido en la capilla de la Congregación, postradas las madres ante la preciosa imagen de la Inmaculada que sus hijos contemplan a diario.

Allí han vuelto este martes santo de Marzo y allí volverán todos los meses para recibir orientaciones y fuerzas.

Son tantos los peligros...

Son tantas las ocupaciones de una madre...

Es tan preciosa el alma de un hijo...

Trabajaremos juntos: la Congregación con las familias; pero también las familias con la Congregación.

Si no nuestros esfuerzos son inútiles.

Cuadro de Cielo

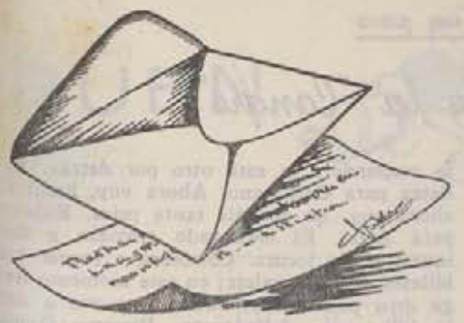
Hay algunos padres y madres cuyo aprecio a la Congregación es tan grande que diariamente acompañan a sus hijos a oír la misma Misa de la Congregación, la misma explicación de la vida de Nuestro Señor Jesucristo que a sus hijos se hace y comulgar también con ellos, fundiéndose y moldeándose así corazones de padres e hijos cada mañana en el mismo Corazón de Jesucristo.

¡Qué hermosura!

Al mediodía se juntan todos para comer el pan de la tierra.

Por la mañana se han reunido para comer el Pan del Cielo.

¡Familia santa! ¡Cuadro de Cielo!



Correspondencia abierta

Escribe un congregante

Queridos padres:

Me he alegrado mucho al saber que F. ya se ha curado, pues estoy seguro que ha sido el Sagrado Corazón el que le ha curado, pues yo no dejo de hacer ni un solo día la novena de la Confianza por él.

Y empezaremos con las notas. Aquí os mando las notas y como veréis han subido y han llegado a siete, que es lo que yo quería, para que veáis cómo no me abandona ni un solo momento el Sagrado Corazón. Es tan bueno... Así como ahora he sacado siete en nota media he de ir prosperando y a ver si llego hasta ocho, etc.... A ver si tenéis mucha confianza en el Sagrado Corazón; pues para que veáis lo bueno que es os voy a contar una cosa que me acaba de ocurrir a mí y a otro chico.

Pues estábamos en el patio y se me acercó este chico y me dice, oye, tú, tengo unas ganas de ver a mi hermano... ya le pudieran licenciar, porque hace mucho tiempo que no le he visto. Conque hablando así le dije, no te apures, hombre; yo te recomiendo que hagas una cosa, pues es el hacer la novena de la Confianza, y entonces le dije lo que había hecho J. M. (que había aprobado) y también lo mío, y me dice oye, tú, sabes que me has emocionado. Con que le dí la novena y a los tres días de hacerla se presenta su hermano a visitarle diciendo que le han licenciado. Con que ya veis (es histórico) a ver si tenéis pues mucha devoción al Sagrado Corazón. Yo, al ver que he mejorado en las notas e ido a la camarilla y al coger el Sagrado Corazón le he dado una infinidad de besos. A ver si os animáis...

Así rezamos todas las noches los Congregantes en la Capilla.

Oh Jesús,

a tu Corazón confiamos (tal asunto).

Míranos,

después haz lo que tu Corazón te diga,

deja obrar a tu Corazón.

Nosotros confiamos en tí.

nos entregamos a tí,

estamos seguros de tí.

¡Sagrado Corazón de Jesús,

en Vos confío!

Y el Sagrado Corazón nos va sacando de apuros.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Los ruidos de la "Congre"

¿Pero qué te has creído? ¿Crees que por tu culpa vamos a ir los últimos en la clasificación por grupos? A la próxima que no vengas, voy a tu casa y te armo una pelotera de padre y muy señor mío. Vamos, hombre, que no se diga. (Suele ocurrir frecuentemente al salir de Misa todos los días. Como muchas madres no se preocupan, tienen que suplirles los Jefes de grupo. ¡Si supieran ellas el mal que hacen a sus hijos...!)

¡Félix, asistencias! Yo no tengo, pídele a Abans. ¡Fernando, un lápiz! Muy bonito, ¿ahora te acuerdas? ¡Oyeeee... apúntame el 47, cuatro... siete... no te olvides. (Aquí se suele armar un barullo sólo comparable al pedido de billetes para la Catequesis de que hablaremos más adelante.)

Tilín... tilín... tilín... (Campanilla del Hermano que anuncia el comienzo de la Instrucción Espiritual. A los que están jugando, el tal tilín, les produce una sensación como de una condena a cadena perpetua. Pero no pasa nada y todos suben sin hacerse rogar gran cosa.)

¡¡Clin, clan!!, ¡¡¡ plaf!!! (Ruido de la rotura de un cristal. Esto suele ocurrir con una frecuencia tan aterradora, que hemos pensado establecer un contrato permanente con la Vidriera de Llodio.)

Pic, pac, pic, pac, pic, pac. (Retransmisión de un partido de Ping-Pong oído desde la Biblioteca. Por este procedimiento, se puede seguir perfectamente la marcha del partido.)

¡¡¡CHAF!!! (Aplastamiento de la pelota, con la que están jugando el partido, bajo los pies de uno de los jugadores. Esto también ocurre con tanta frecuencia que ha sido aprobado el proyecto de que, de aquí en adelante, se juegue con pelotas de madera.)

¡¡¡Billeteeeees!!! (Aquí acabó Sansón con todos sus filisteos. Este es un espectáculo semejante a la batalla de Stalingrado. Suele empezar suavemente: ¿Me das billetes para Portugalete? Para cuando el encargado quiere responder, ya está otro por detrás: Billetes para Galdácano. Ahora voy, hombre, ahora voy, no tengáis tanta prisa. Billetes para Ariz... El encargado empieza a dar muestras de locura. Comienza a contar los billetes de Portugalete; en este momento llega otro por detrás: bueno ¿me vas a dar los billetes o no? Esperaaa... Brrrrr... ¿Quién me da un Catecismo de tercer grado? ¡Píntalo si quieres! Pero vengan los billetes... Al final acaban cogiendo cada uno los suyos y se marchan tranquilamente mientras el encargado se devana los sesos para sacar luego las cuentas. Me consta que el Prefecto de Catequesis suele dormir unas tres horas, porque estas noches padece de insomnio.)

¡¡¡RRRRuuuuuuuuuuuuuu!!! (Ruido que se oye frecuentemente y que responde a la manía de algunos pequeños de transportar "el cajón" de una parte a otra arrastrándolo por el suelo.)

Laralaralalaaaa.. kikiriki.., (Los cantores están ensayando. La propensión de estos abnegados cantores hacia las aves de corral es tan grande que no reparan en sacrificios para mostrarlo a toda clase de gente; desde la intimidad de la "Congre" hasta cuando cantan en el coro de la Iglesia.)

¡Ahí va... José Luis ha ido al cine...! (En la Congregación hay una tradición muy laudable contra el cine. Al que suele ir con cierta frecuencia, se le juzga como "colaboracionista".)

Ejem... ejem.... pues... esto... bueno... (Primera salida de un pequeño para trabajar en una comedia. Lo que al principio es un apuro imponente, se convierte luego en naturalidad, la cual desemboca en cara dura y en no tener miedo en presentarse en público por muy numeroso que éste sea.)

¡¡¡Rrrrraaaajjjj...!!! (Se ha roto una de las palas de jugar al Ping-Pong. La Compañía de Maderas ha tenido el año pasado un aumento de beneficios debido principalmente a nuestros pedidos.)

J. M. A., Cong.

BUEN HUMOR





¡Que te confundes, Enrique! ¡Que las aguas que me mandó tomar el doctor, son ferruginosas...!

Pies graciosos para el dibujo de "Buen Humor"

—¿Por qué lleva usted bigotes tan largos?
—Porque se me pone en las narices.

—o—

—¿Quién le ha puesto el ojo izquierdo en blanco?
—El dibujante.

—o—

—¡Qué bigotazos!
—¡Mire que los de usted...!
—No me los he visto nunca, por que ciego...
—¿Usted ciego?
—Sí, para no verme los mostachos "ciego" los ojos.

CHISTES

Una criada entra en una tienda de ultramarinos y pide un kilo de uva.
—¿Blanca o negra?
—Lo mismo da, es para una señora ciega.

—o—

—¿Cómo distinguiría usted a los gallos viejos de los jóvenes?
—Por los dientes.
—¿Pero tienen dientes los gallos?
—No, pero los tengo yo.

—o—

—Nací en Sevilla, soy por lo tanto anda.
—Querrá usted decir anda-luz.
—No, porque hoy en día hay que ahorrar la luz.

—o—

—Ahora que va su hijo a la escuela debería comprarle una enciclopedia.
—¿Una qué?
—Una enciclopedia.
—Ya, ya, que vaya a pie como lo hicieron sus hermanos.

—o—

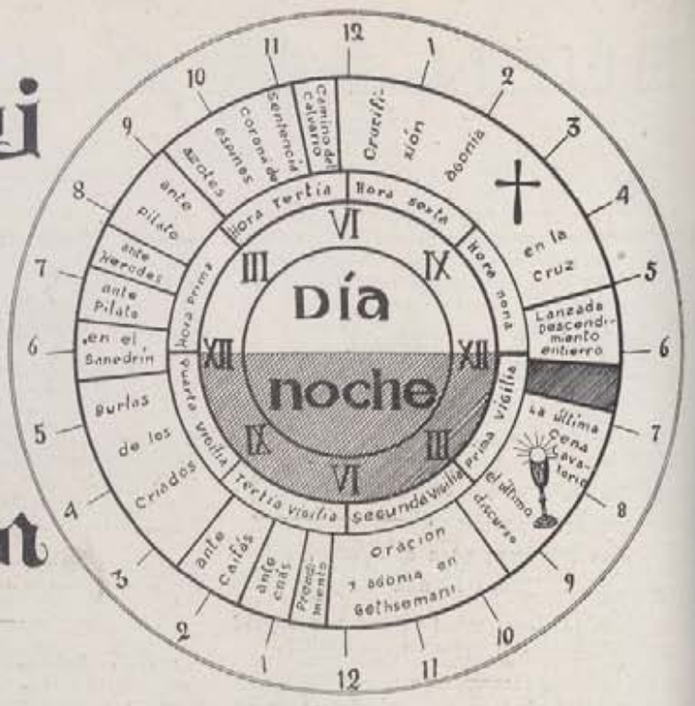
Samuel ve a Leví embriagado y tirado en una calle.
—¡Pero Leví! ¿cómo has llegado a ese estado?
—Por causa del agua.
—¿Del agua?
—Sí; es que llovía y para no mojarme me metí en aquella taberna.

—o—

—No se apure usted, don Tadeo; eso de la gota no es enfermedad grave.
—Pues el médico dice que no viviré mucho.
—¿Por la gota? ¡vá! Mi madre vivió 80 años ¡y tenía cataratas!

Universidad de Deusto
Biblioteca

Reloj de la Pasión



Próximos los días dedicados a conmemorar la Pasión y Muerte de Nuestro Divino Redentor, nos ha parecido oportuno ofrecerte este gráfico para que en días tan Santos puedas seguir hora por hora y paso a paso, con intenso cariño y agradecimiento los que El dió con amor infinito y con tan grandes dolores, entregándote su Cuerpo y su Sangre para alimento y su Vida en sacrificio por ti.

Para entender este gráfico debes tener en cuenta que los romanos dividían el día, desde la salida hasta la puesta del sol, en cuatro partes:

Hora prima, que comenzaba a la salida del sol y duraba hasta media mañana, es decir, más o menos hasta las nueve de nuestro reloj.

Hora tercia, desde las nueve hasta el mediodía.

Hora sexta, desde el mediodía hasta media tarde, o sea, más o menos hasta las tres; y

Hora nona, desde media tarde hasta la puesta del sol.

Esto lo encontrarás señalado en el centro del gráfico.

Correspondiendo a esa división hallarás en la parte de abajo, la división de la noche, desde la puesta hasta la salida del sol, en cuatro **vigilias** o estaciones, denominación tomada de las guardias militares.

En la parte exterior están señaladas con cifras arábigas ordinarias nuestras horas, haciéndolas corresponder con las de la división romana.

Finalmente, entre ambas tienes los pasos de la Pasión cada uno en la hora que sucedió.

No consta en el gráfico, pero no dejes de agradecer muy de veras al Señor, otra prueba de su amor, que dió, hacia las doce y media, y fué, que no quedándole nada que darte, ya que todo te lo había dado, te dió por madre a su Madre Santísima.

Acompáñala en todo lo que sufrió en este día, y en adelante, acuérdate de cuanto padeció por ti y pórtate como verdadero hijo: procura imitar las virtudes de tu Madre, y huye de cuanto lleve al pecado.

Ricardo Estefanía, S. I.

BILBAO
Mayo-Junio 1945

FLORES y FRUTOS

DE LA CONGREGACION DE LA INMACULADA y S. ESTANISLAO DE KOSTKA



En el Hogar de San Juan de Dios.

DE MI DIARIO

Hoy, como todos los domingos, he ido a "San Juan de Dios" a servir la comida a los pequeños de este hospital.

A mí me ha tocado dar de comer a un chavalito que tiene ataques de nervios. Estoy más lleno de alegría que otros días porque le he dado de comer con bastante paciencia.

Hoy los chavalitos estaban muy contentos porque el viernes les echaron una comedia. Nosotros el domingo que viene les vamos a llevar unos payasos para que les hagan reir.







El patio de la "Congre" en el "Día del Catecismo"

(Véase la crónica en la pág. 135)

EPOCA II :-: Núm. 8-9 MAYO - JUNIO 1945.

FLORES Y FRUTOS

de la Congregación de la Inmaculada Virgen María y San Estanislao de Kostka :-: BILBAO Paz, 2.

Vacaciones no son para hacer el vago,
descuidar el alma, sólo divertirse.

Vacaciones son para descansar, pero
también para que vayas

HACIENDOTE HOMBRE,
HACIENDOTE SANTO.

¡Aprovecha las vacaciones!



"Prohibido pararse"

Si vas a Roma, mi querido congregante, verás que en muchos lugares de sus calles más céntricas, allí donde el tránsito de coches es mayor, existen rótulos bien visibles que rezan: *Divieto di sosta*, es decir, *prohibido pararse*. Quien vaya en coche deberá continuar su camino en busca de la calle o plaza secundaria en que esté permitido detenerse. De lo contrario sería castigado.

Si vas a veranear fuera, al salir de la Congregación a tal o cual pueblo para pasar en él tus vacaciones estivales, un gran cartel, siempre presente, debiera advertirte:

Prohibido pararse.

¿Por qué?

Recuerdo a este propósito una anécdota de mi vida estudiantil. Un día caluroso de verano, proyectamos una excursión a ciertas cuevas existentes en las cercanías del pueblo en que veraneábamos. Un señor amigo nuestro se agregó al grupo. Quería dar un paseo en nuestra compañía. Como ya conocía las cuevas en cuestión, él nos acompañaría hasta su entrada y, mientras nosotros curioseábamos el interior, nos esperaría leyendo el periódico a la sombra.

Como lo proyectamos lo hicimos.

Al salir de la caverna, no encontramos a nuestro amigo en el lugar convenido.

—En vista de nuestra tardanza—pensamos—habrá marchado; pero llamémosle por si acaso se encuentra cerca.

Dimos una voz y la suya nos contestó a distancia. Seguía leyendo su periódico y, sin levantar la vista, nos aseguró que él no se había movido del lugar en que le dejamos.

No pudimos menos de reir lo ocurrido. Enfrascado en la lectura, sin él advertirlo, había ido deslizándose por la resbaladiza pendiente del monte cubierto de hojas de pino.

Lo mismo te ocurrirá a tí si te paras.

Has comenzado en la Congregación a subir la pendiente de tu formación. Aún no has llegado a la cumbre. Si, cansado del esfuerzo realizado en la Congregación, cejas en tu empeño y te sientas a la vera del camino, esperando que al término de las vacaciones reemprenderás la subida, te ocurrirá lo que a nuestro amigo. Sin tú advertirlo, embargado con las distracciones que te brinda el verano, irás deslizándote cuesta abajo. Al fin de las vacaciones verás con dolor que no estás donde estuviste.

Y, ¡es tan triste volver a andar el camino desandado sin motivo...!

Rema con brío.

¿Has remontado alguna vez en barca la corriente de un río?

Es necesario para ello que, al esfuerzo preciso para avanzar, si no tuvieses la corriente en tu contra, sumes el impulso necesario para vencerla. Si un solo momento paras los remos, aun cuando nada hagas para retroceder, la corriente te arrastra.

Y corriente impetuosa son las vacaciones.

A ella te lanzas con toda la alegría y el ardor propios de tus años. ¡Mira que no te arrastre! Pon para ello todos los medios. Ya los conoces. ¡Tantas veces te han hablado de ellos en la Congregación!

Un día se reunieron en la Congregación los que pertenecen a la Sección de Honor para pensar el plan del Congregante en veraneo y vieron que existen tres peligros principales:

el peligro del ocio,
el peligro del menor cultivo espiritual,
el peligro del ambiente corruptor de malas compañías.

Contra el peligro del ocio hazte un plan de vida como te enseña la *Consigna de este mes.*

Contra el peligro del menor cultivo espiritual te defenderá "Flores y Frutos", los avisos del Padre, tu constancia en la Misa y Comunión diaria, etc.

Contra el peligro del ambiente corruptor de las malas compañías has de defenderte creando un grupo de amigos buenos o prefiriendo estar solo que mal acompañado.

De todo esto te hablará "Flores y Frutos"

"Flores y Frutos" es siempre tu amigo, pero quiere estrechar contigo, más esta amistad en vacaciones.

Será para ti un prolongarse de la palabra del Padre para seguir despertando ideales nobles, anhelos de grandeza...

Rapídos pasarán estos tres meses.

Al volver a la Congregación desde el sagrario de nuestra capilla, Jesús te preguntará amoroso:

¿Qué has hecho?

Prepara ya desde ahora la contestación con tu conducta, para que El te sonría complacido.

Que puedas a la vuelta entrar en la Capilla y depositar a los pies de la Virgen Inmaculada la azucena inmaculada de tu alma cargada de aromas de pureza.

Andrés E. Mañaricúa (Ant. Congregante)

(De su obra "Tus Vacaciones")

FLORES Y FRUTOS ESCOGIDOS

EL CONGREGANTE

José Manuel Sologaistua Alayo

espera en el Cielo el día de la Resurrección

¡José Manuel se nos ha ido!

Al recibir la noticia, aunque conocíamos su grave estado de salud, se nos hizo casi increíble admitir que José Manuel, el simpático y juguetón José Manuel nos hubiese dejado.



El, que era el mismo vigor juvenil, jovial como pocos, de noble carácter, en fin, "un chaval majísimo", usando su propio lenguaje, voló al Cielo el 25 de Marzo para celebrar con los Angeles la fiesta de la Anunciación de la Santísima Virgen, su Madre.

Al marchar nos dejó el perfume de sus virtudes. Ahí veréis algunas.

Sufrir sin hacer sufrir. Padecía José Manuel un reúma que le atacó al corazón postrándole en cama desde el pasado Noviembre.

El mal hizo presa también en piernas y brazos; sus costados y espaldas sufrían por la larga permanencia en cama, todo él se había debilitado ocasionándole el reúma continuos padecimientos, con escasa tregua de dolor.

Sufrió durante más de cuatro meses, preparándose para ser recibido entre los Angeles del Cielo.

Rara vez salieron de sus labios quejas de dolor, mas cuando la intensidad del sufrimiento vencía su temple, haciéndole lanzar algún quejido, trataba rápidamente de reprimirlo.

Su enfermedad le hizo perder desde un principio el apetito y así, cuando le llevaban algún alimento, ello era causa de que su purgatorio fuese cancelándose en este mundo por las intensas molestias que le ocasionaba.

Pero *«sufría sin hacer sufrir»*. En efecto. Algunas veces observé cómo su buena madre entraba en la alcoba con un vaso de leche; Manuel sentía repugnancia y se resistía a ceder a los instantes ruegos de su madre. Esta salía contrariada de la habitación, pero el corazón de Manuel no podía verla triste y, sin que nadie se lo indicara, la llamaba de nuevo, la besaba y, en

aquel lenguaje tan suyo, le decía: "¿Qué hay, amachu? Ya sé que estás "picada", por eso te llamo para que traigas la leche: voy a tomarla". Y enseguida vaciaba por completo el vaso, aun a costa de aumentar su malestar y devolverla al poco rato.

El mismo día de su muerte fué preciso ponerle una inyección que le ocasionó fuertes sacudidas nerviosas. Le habían pinchado hasta cinco veces y no acertaban a encontrarle la vena. El Padre, que estaba presente, le animó diciendo: "José Manuel, acuérdate de los pinchazos que sufrió el Señor, en la coronación de espinas" y de nuevo le vimos ofrecer su brazo y resistir el dolor con solo apretar los dientes.

Agradecido. Otra virtud muy suya era la gratitud y nobleza de corazón. ¡Cuántas sonrisas salieron de sus labios para corresponder agradecido a las visitas que le hacían!

Siempre estaba atento a las conversaciones de los visitantes aunque algunas veces fueran desagradables o indiferentes para él.

Con frecuencia le visitaba un congregante amigo suyo llevándole cine Kodak y otros entretenimientos y José Manuel agradecía vivísimamente esta obra de caridad.

Pero sobre todo mostraba el agradecimiento con quien más lo merecía, con su madre. Vaya un detalle.

El mismo día de su muerte, cuando todos sabíamos que no podía tolerar alimento alguno, sabiendo cuanto iba a consolar a su madre que tomara algo, mandó a su hermana que le preparara una taza grande de café con leche y sopas. Todos quedaron asustados por la salida. Lo hizo por su madre. Aunque al poco rato ya no la pudo retener.

Su piedad. "¡Jesús mío, te quiero mucho! —¿Me quieres tú a mí?". Así se despedía José Manuel del Sagrado Corazón todas las noches antes de acostarse, mientras besaba su pie y hacía con gracia sin igual una genuflexión ante El. ¡Cuánto debieron agradar al Señor aquellas candorosas muestras de sincera piedad!

Era, en efecto, José Manuel profundamente piadoso y más de una vez le vió el Padre conmoverse hasta llorar ante la consideración de las cosas espirituales.

Rara vez faltaba a la Congregación por las mañanas y se le veía comulgar todos los días.

Era muy aficionado a la lectura y compró el Año Cristiano en doce tomos, que leyó por completo.

Pero su piedad no era meramente afectiva, sino que trascendía también al mejor cumplimiento de sus deberes. Mediante ella reaccionó valientemente de una racha de desaplicación que tuvo y llegó a traer ya de ordinario muy buenas notas. Sentía que su enfermedad le hiciera retrasarse en sus estudios y solía decir: "Yo no pierdo este curso. Lo aprobaré si es preciso, entre Junio y Septiembre".

Su confianza con el Padre. Mucho le ayudó para ser bueno la plena confianza que tuvo con el Padre. Cuando el inquieto y juguetón José Manuel hacía alguna travesura, se le veía luego en el despacho del Padre contándole sus pequeñas fechorías y saliendo de allí resueltamente dispuesto a ser mejor.

Esa misma confianza que tenía con el Padre le movió a elegirle por confesor ordinario y quiso que todas las semanas fuera a su casa, mientras estuvo enfermo, para confesarse con él.

La víspera de su muerte, temiendo todos el fatal desenlace, alguien le sugirió la idea de que se preparase para hacer una buena confesión y de que llamara al sacerdote que quisiera. José Manuel contestó: "No hace falta, yo todas las confesiones las hago buenas, que venga el Padre" y... con el Padre hizo su última confesión, una de tantas, porque todas eran buenas.

Camino del Cielo. Quiso también que el Padre le trajera el Santo Viático y le administrara la Extrema Unción al día siguiente.

Con santa impaciencia esperaba José Manuel aquella mañana a Jesucristo. No quiso tomar ni agua siquiera para recibir el Viático en ayunas.

Llegó el Señor a su casa acompañado de 130 Congregantes, y José Manuel recibió al Amigo Bueno con su habitual sencillez.

Con pleno conocimiento y atención seguía las ceremonias del Viático y de la Santa Unción. Todavía recuerdo la sinceridad y devoción con que respondía a las preguntas que el Padre le dirigía.

Víctima. Ofreció su vida a su Redentor y Jesús admitió la ofrenda. Durante las noches de su último mes de enfermedad, le velaba una monjita y ella fué quien le animó a ofrendar a Jesús el holocausto de su vida.

El día 19 de Marzo, comulgó y aquella misma noche la Hermana le preguntaba: "¿Qué tal la visita del Amigo?"

—"Muy bien", respondió José Manuel.

—"¿Y le has ofrecido tu vida?"

José Manuel profundamente turbado por lo inesperado de la pregunta, desvió la conversación. Pero en su turbación adivinamos la generosa ofrenda. Y Jesús la aceptó.

A las once de la noche del 25 de Marzo, entregaba dulcemente el alma a su Criador asistido por un Sacerdote que le leía la recomendación del alma.

No quiso el Señor que la muerte maltratase aquel cuerpo. Poco después le veíamos vestido como un novicio de la Compañía de Jesús, con sotana y fajín estrecho, con roquete y su medalla de Congregante. Ante él rezamos el Santo Rosario un grupo de Congregantes. No nos cansábamos de mirarle. Uno de sus amigos Congregantes con santa envidia le dijo: "¡Qué guapo estás, quién pudiera ir contigo!"

Fué Congregante fervoroso y por eso su nombre estuvo escrito en el Cielo. Allí espera el día de la Resurrección mientras pide por nosotros.

Darío de la Puente, Congr.

COLOCACIONES

Recomendamos a dos Congregantes de 14 y 16 años de edad, con varios años de Bachillerato, y a otro de 17 años, con cinco años de Bachillerato y estudios de comercio que desean colocarse en alguna oficina.

Informará el P. Director.



CONSIGNA del mes

Hazte un plan de vida.

"El tiempo es oro", dicen los ingleses.

Nosotros decimos mucho más: EL TIEMPO ES GRACIA DE DIOS, pues con él bien aprovechado, la ganamos, y con la gracia de Dios ganamos Cielo.

Gracia de Dios riquísima son tres meses de vacaciones...

Cierto autor compara el tiempo con un queso de bola que es preciso cortarlo para saborearlo bien y sobre todo... PARA QUE NO RUEDE.

Si no te decides a cortar tu tiempo, a disponerlo y distribuirlo con cuidado entre las varias ocupaciones que te soliciten, no le sacarás el provecho y gusto que te brinda y tú te prometes y, además... rodará, se te escapará de las manos.

Cuentan de Tito, emperador romano, que todas las noches examinábase de las buenas obras que durante aquel día había realizado. Y que si algún día encontraba que no había hecho ninguna, se lamentaba amargamente con aquellas palabras que se han hecho célebres: "DIEM PERDIDI". HE PERDIDO EL DIA. ¡No tengas tú también que lamentarlo!

El tiempo es gracia de Dios.
No lo pierdas.
Y para no perderlo, haz un "plan de vida".
¿Pesa el "Plan de vida"?
También las alas de los pájaros pesan.
El peso de "plan de vida" es peso de alas para ti.

Gobiérnate a ti mismo

Y, para no lamentarlo, toma desde ahora tus precauciones.

Y sea la primera, proponerte un PLAN DE VIDA, una distribución de tiempo y actividades para el lapso de vacaciones.

Después de bien estudiado y de aprobado el plan de vida por tu director espiritual o el Padre, tú mismo debes imponértelo con toda seriedad. Una vez impuesto, debes de considerarlo como una verdadera ley que estás obligado a cumplir, no sólo por el compromiso que contigo has contraído, sino por el que has contraído con Dios Nuestro Señor al pedirle su aprobación en la persona de tu director espiritual.

Tal vez alguno diga: ¿Qué vacaciones son éstas si uno no puede disponer del tiempo a su antojo?

Si piensas así, si entras en vacaciones con la ilusión del que ha roto amarras y puede desplegar velas y dejarse llevar del viento del momento, estás a punto de naufragar.

Imagina tú un barco velero, una de aquellas antiguas carabelas que guiadas por el valor de sus tripulantes, corrían el mar descubriendo tierras. Imagínatela en medio de fragorosa tempestad, con todas sus velas desplegadas azotadas por el vendaval y sin una mano que rija el timón y gobierne su velamen, arrastrada de un lado a otro sin dirección y sin control por el oleaje impetuoso que amenaza anegarla.

¿Llegará a puerto? No. Su arboladura no podrá resistir el empuje del viento y se desplomará crujiendo. Pronto el buque desmochado y maltrecho, pobre cascarilla juguete del océano, sin posibilidades de recobrar el rumbo de navegar, fatigado de errar a la deriva, se rendirá también y se entregará al mar que le sepultará inexorable en su insondable seno.

Pobre congregante que marchas a la deriva, sin rumbo, a merced de los vientos, ¡cuán inminente es el peligro de que no puedas arribar a tu puerto! Teme por tí. En vacaciones no te han de faltar las tempestades...

Y aunque no llegases a naufragar...

¿Qué te parecería ver a un hombre esforzándose en subir por una rampa una piedra redonda y a mitad de camino dejarla para tomar descanso?

Esfuerzo inútil, dirías, la piedra bajaría hasta abajo y sería preciso volverla a subir sin descanso hasta la cumbre.

Tú también estás a mitad de camino, aún no eres hombre y es preciso subir, subir aun en vacaciones.

Las alas de los pájaros

¿Has pensado alguna vez que también las alas de los pájaros pesan? Para que vuelen más ligeros, líbrales de ese peso y córtales las alas.

¿Te ríes?

Peso de alas es un plan de vida. Peso que te permitirá volar hacia tu ideal, volar hacia Cristo.

Y ¡qué poco pesa, si lo comparas con lo que te ayuda!

Porque UNA DISTRIBUCION DE TIEMPO BIEN OBSERVADA te hará aprovechar el tiempo que en otro caso lo perderás ciertamente y sin remedio;

te evitará el aburrimiento, ya que en tu día no habrá rato en que no sepas qué hacer;

te dará la satisfacción del deber cumplido, ese gozo vespertino tan suave y dulce que empapa el alma del que, al acostarse, vuelve la vista atrás y ve que ha vivido un día lleno;

te dará una voluntad fuerte;

en una palabra, TE HARA HOMBRE.

Y ¡tienes tantas ganas de ser hombre!

Para serlo no basta que transcurran los años. Es necesario que, al tiempo que el cuerpo crece, también la voluntad se robustezca, deje de ser la voluntad de niño que se deja arrastrar por el gusto y se transforme en la voluntad del hombre cumplidor del deber.

En la Congregación, en el Colegio, hay superiores que te urgen el cumplimiento de tus deberes. En vacaciones eres tú mismo quien has de ajustarte las cuentas.

¡Magnífica ocasión de formarte! No la pierdas.

¡GOBIERNATE A TI MISMO!

Pero... ¡sí no lo he de cumplir!

Si no lo haces, desde luego, no.

Si lo haces y quieres de veras cumplirlo, lo cumplirás.

No lo cumplirías si dependiese de tus solas fuerzas, pero contigo está Dios y con Dios... ¡TODO LO PUEDES! ¿Te has olvidado?

Obligate a pocas cosas y así las cumplirás.

El mejor plan de vida PARA TI es el que puedes cumplir.

Habrá otros muchos más completos, más hermosos, pero... no son para tí. También en esto se cumple el dicho popular de que "lo mejor es enemigo de lo bueno".

Pocas cosas y bien pensadas y, desde luego, consultadas con tu director. Sométete a éste con toda sinceridad y aunque te parezca que te pide demasiado poco. No te ilusiones con proyectos excesivos que, al verte después incapaz de cumplirlos, te desanimarán para lo mucho y para lo poco.

En tu plan de vida han de ocupar lugar preferente los EJERCICIOS DE PIEDAD.

Dios te da veinticuatro horas del día.

¿Será mucho que tú le dediques unos ratitos que, además, serán en tu provecho?

Durante el curso comulgabas todos los días o muy frecuentemente. Y en vacaciones ¿vas a dejar de comulgar cuando más falta te hace?

El alma no tiene vacaciones. Vacaciones del alma serían rodar cuesta abajo hasta el profundo, ir a la deriva en mar tempestuoso y naufragar. Cultiva tu alma en vacaciones. Esto es, esfuérzate en oír Misa y comulgar todos los días.

Reza tus oraciones por la mañana y por la noche.

Haz por la tarde una visita a Jesús tu mejor amigo.

Reza el santo rosario.

Antes de acostarte haz tu examen de conciencia.

ESTUDIA todos los días un rato y a la misma hora. Haz de esto cuestión de amor propio.

¿Te extraña mi consejo en vacaciones?

Te lo repito para que veas que no me he equivocado: Estudia.

¿Qué dirías de un mercader que pasase nueve meses de su año trabajando afanoso por acumular riquezas, no perdonando fatigas ni sudores y que, al cabo de ellos, cuando ya había logrado reunir un capitalillo, lo arrojase por la ventana para provecho del primero que pasase?

Un hombre va por la calle arrojando monedas y le señalan con el dedo.

—Está loco dicen los que le ven.

Congregante que empleas todo tu día en correr calles o montes, y no te acuerdas de saludar un rato a los libros, vas dejando en el camino tus riquezas—que riquezas es el saber—que a costa de tantos trabajos has reunido durante el curso. Si las gentes que te ven pasar conociesen cómo vas perdiendo el saber adquirido en el curso pensarían: ¡Pobrecito, está loco!

Poco a poco vas adquiriendo un caudal de conocimientos muy grande de modo que al terminar el bachillerato o lo que estudies podrán decir de tí lo que oí yo decir de un buen bachiller, que era un pozo de ciencia.

—¿Sabes por qué? Porque siempre repasaba en los veranos un poco lo que había aprendido en el curso. Así conservaba bien su capital de ciencia y llegó a ser un hombre eminente.

Pero entre todas tus asignaturas da la preferencia a la religión, y en particular, estudia bien el catecismo para llegar a ser un excelente catequista.

Y, una vez hecho el plan de vida, ¡a cumplirlo!

Y para ello:

1. Es importantísimo que todos los días te LEVANTES a la misma hora, ni muy temprano, ni muy tarde. Empieza bien el día. No discutas con las sábanas porque te vencerán. No prolongues tu estancia en la cama, sin dormir. Eso es pereza, y la pereza te pondrá en peligro de pecar. Un pedagogo no católico ha escrito: "Dime a qué hora te levantas y te diré si eres vicioso". Exige en tu casa que te llamen a la hora señalada. No te dejes mimar.

2. Sé puntual, exacto a las horas, aunque se trate de ocupaciones de poca monta y que nadie te espere, ni sepa tu tardanza. No des motivo a que te digan que has nacido con retraso. Entre los objetos que el Papa Benedicto XV gustaba de regalar, dicen que era uno de los preferidos, el reloj. "Para que seas puntual", le decía a un sobrino suyo al tiempo que le entregaba uno magnífico.

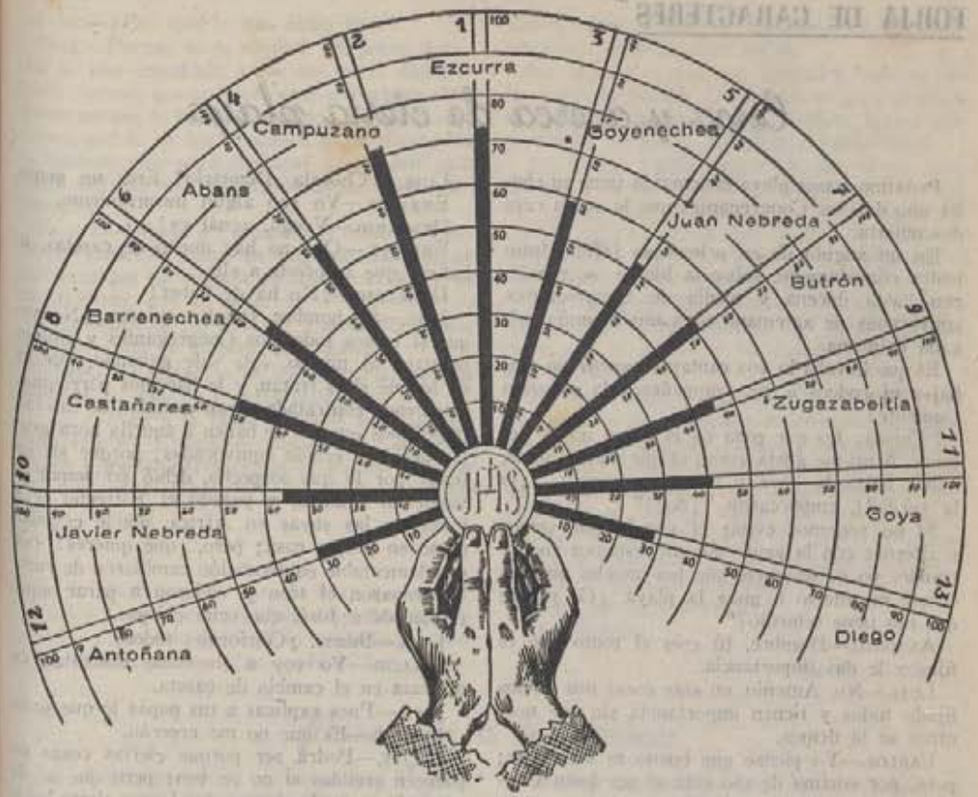
3. Cuando comiences algo, hazlo con valentía. Vence la pereza desde el primer momento y del todo.

4. No acortes o interrumpas, sin motivo verdadero, la ocupación en que te hallas. No cambies de continuo de libro o de materia de estudio. Si andas, como las mariposas, de flor en flor, no harás nada de provecho y terminarás por dejarlo todo. "Age quod agis", dijo en la antigüedad Tales de Mileto, uno de los siete sabios de Grecia y yo te lo repito. "Haz lo que estás haciendo".

5. En todo y siempre busca agradar a Jesucristo y a la Santísima Virgen y pídele todos los días gracia para ello. No olvides que eres Congregante y como tal, estás consagrado a la Santísima Virgen. Todo lo que hagas hazlo por la Virgen y no hagas nada que no sea digno de Ella.

Un plan de vida bien lleno, sin resquicios por donde entre el demonio del ocio será tu mejor fortaleza. Parapetado tras ella habrás defendido vigorosamente la gracia de Dios en tu alma y volverás a Bilbao a ponerte a los pies de la Virgen en la Congregación, mejor de lo que fuiste, más hombre, más Congregante.

Andrés Mañaricúa, An°. Congr.
(De su obra "Tus Vacaciones".)



Resumen del Campeonato en el curso 1944-45

Queda vencedor: El grupo de José María Ezcurra, con 430 puntos.
Le sigue muy de cerca el grupo de Campuzano con 423 puntos.

1.°	Ezcurra	Total puntos	430 = 72 %	de asistencias.
2.°	Campuzano	" "	423 = 71 %	"
3.°	Goyenechea	" "	341 = 57 %	"
4.°	Abans	" "	339 = 57 %	"
5.°	Nebreda, Juan	" "	313 = 52 %	"
6.°	Barrenechea	" "	311 = 52 %	"
7.°	Butrón	" "	306 = 51 %	"
8.°	Castañares	" "	295 = 49 %	"
9.°	Zugazabeitia	" "	276 = 46 %	"
10.°	Nebreda, Javier	" "	274 = 46 %	"
11.°	Goya	" "	264 = 41 %	"
12.°	Antoñana	" "	178 = 30 %	"
13.°	Diego	" "	164 = 27 %	"

NOTA.—El total de puntos es sobre un máximum posible de 600. El tanto por ciento de asistencias conseguidas es sobre un máximum ideal de 100.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Cerca y acerca de cierta playa

Próximo a una playa concurrida tiene su chalet uno de esos Congregantes que lo son a cara descubierta.

En un ángulo de su primoroso jardín, tumbados cómodamente sobre la hierba se reunieron hasta docena y media de Congregantes, convocados de antemano para una reunión privada e íntima.

El que llevaba la voz cantante expetó sin ambajes ni rodeos a sus compañeros la perorata siguiente:

"Chicos: Lo que pasa en la playa no es decente. A mí me gusta, como el que más, el agua, nadar hasta la boya y divertirme; pero... ¡la la verdad!, emporcarme ¡¡no!!"

Si no podemos evitar el ver lo que vemos y alternar con la gente que allí estamos encontrando, yo os aseguro, que por mucho que me cueste no vuelvo a pisar la playa. ¿Os parece que eso tiene remedio?"

ANTONIO.—Hombre, tú eres el tonto que te fijas y le das importancia.

LUIS.—No, Antonio, en esas cosas nos hemos fijado todos y tienen importancia sin que nosotros se la demos.

CARLOS.—Yo pienso que bueno es divertirse; pero, por encima de eso está el ser buen Congregante.

DEMETRIO.—¡Ahí va un plan!

TODOS.—¡Venga, venga!

DEMETRIO.—Iré enumerando para mayor orden y claridad:

1.° Elegimos el sitio más decente de la playa.

2.° Contratamos para toda la temporada unas mismas casetas, todas seguidas.

3.° Que nos sirvan los baldes con agua y demás trastos siempre un bañero.

4.° Le advertimos que si por allí hay inconveniencias le dejaremos todos y daremos parte a quien convenga, que el Sr. Gobernador ha dado un bando y bien claro.

5.° Iremos todos a la misma hora; y al primer fresco que se desmande, se le da una pitada imponente que la oigan hasta en la estrella polar.

6.° Hemos de avisar a otros compañeros que vengan a la misma hora y en estas condiciones.

7.° Llevaré yo mi balón de goma para jugar en el agua.

CARLOS.—¡Magnífico!

LUIS.—¡Chócala, Demetrio! Eres un genio.

ENRIQUE.—Yo veo algún inconveniente.

DEMETRIO.—Venga, ¿cuál es?

ENRIQUE.—Que no hay dueño de casetas, ni bañero que se preste a ello.

DEMETRIO.—¡No ha de haber!

JOSÉ.—Sí, hombre, cuantos quieras. ¿No ves que si vamos todos los Congregantes y amigos nuestros al mismo, éste sale ganando, que es de lo que ellos tratan, y le hacemos parroquia; y teniendo contratadas gran cantidad de casetas, impedimos que allí se bañen a aquella hora gentes que han venido equivocadas; porque su intento, por lo que sospecho, debió ser tomar el vapor en Málaga, y pasado el Estrecho ir a hacer de las suyas en África, donde estarían como en propia casa; pero, ¡qué quieres!, por una lamentable equivocación cambiaron de rumbo, tomaron el tren y vinieron a parar aquí. (Aplausos a José, que echa chispas.)

LUIS.—Bueno. ¿Conformes todos?

IGNACIO.—Yo voy a encontrar dificultad en mi casa en el cambio de caseta.

JOSÉ.—Pues explícas a tus papás lo que pasa.

IGNACIO.—Es que no me creerán.

FELIPE.—Podrá ser porque ciertas cosas no parecen creíbles si no se ven; pero que se dé tu papá una vueltecita por la playa a cierta hora.

JOSÉ.—¡Esa sería una gran idea! Podríamos exponer en nuestras casas el plan del eminente estratega Demetrio y, si nuestras familias se van sumando a nosotros, podríamos lograr arrinconar a esos equivocados y obligarlos a retirarse a su país, al África.

RAMÓN.—Nada, que es preciso lograr que a nuestra hora y por lo menos en la parte que nosotros elijamos se tenga "baño blanco"; es decir, baño en que: se respeten las casetas, se respete el trayecto al mar, se atienda a la decencia, no estemos obligados a oír conversaciones de doble y nada recomendable sentido, cada cual guarde su puesto y sin ver ofensa de Dios ni peligro de incurrir en ella podamos divertirnos.

FELIPE, LUIS Y DEMETRIO.—Muy bien has hablado.

ANTONIO.—Bueno, chicos, yo tengo una ocupación y me retiro.

VARIOS.—Puedes hacer lo que te parezca.

JOSÉ.—Adiós, Antonio, ¡no te dejes engañar!

LUIS.—¿Por qué le has dicho eso?

JOSÉ.—Porque es la verdad. Al pobre Antonio le han engañado y ya no es el Congregante formal que antiguamente conocimos. Los malos amigos le han trastornado; a él le parece menos mal lo de los africanos de la playa. No ha hablado sino para disculpar lo que allí pasa y ha sufrido un martirio durante toda esta discusión.

FELIPE.—Déjale ir; Antonio es cobarde; porque es cobardía pensar de una manera y obrar por debilidad de manera contraria. Si no es de los nuestros, que se vaya.

LUIS.—Bueno. Se propone a votación de los señores presentes el plan de Demetrio.

TODOS.—(*Poniéndose en pie y levantando con seriedad la derecha.*) ¡¡Aprobado!.

LUIS.—Pues a la tarde hacemos una lista de Congregantes o amigos buenos que podamos reunir, y mañana tomaremos el primer baño de "*La temporada blanca*".

* * *

En la playa hay un revuelo muy grande. Varios Congregantes se han despedido de sus bañeros y casetas, dándoles la verdadera razón de su determinación. Han mediado las promesas de rigor de que en adelante todo irá como una seda, pero ha sido inútil.

En cambio, a algunos honrados bañeros les ha caído la lotería. El revuelo se ha extendido a bastantes familias, que estaban acerca del particular en cierta descuidada tranquilidad.

Ha habido "baño blanco" y, por cierto, muy animado. Se ha visto lo de siempre, que si hay un valiente que levante la voz, son muchos los que le siguen; porque hay muchos que reprueban lo malo, pero no sirven para capitanear el movimiento bueno y tomar la ofensiva.

Son bastantes las mamás que han resuelto inspeccionar personalmente la playa. Excuso decir que el orden se va restableciendo como por encanto.

Los renacuajos y lagartijas más notados por su frescura han quedado aislados con el calificativo de "Africano". Aun al más desahogado le escuece; pues en cuanto alguien es nombrado miembro de la tribu, hace fortuna el nombramiento, y al instante cunde por toda la playa.

Unas cuantas denuncias de gente desaprensiva a la Autoridad, y con el aligeramiento del bolsillo se facilita la campaña.

¡Bien por esos bravos!

¡A imitarlos!

R. S., Congr.

Pasa eso a tu vecino

Fuí el año pasado a veranear con el propósito de no aburrirme. ¡Para algo me habían dado buenas notas!

Así es que enseguida que llegué al pueblo, busqué un grupo de amigos con quienes pasarlo bien. El pueblo era más pequeño de lo que yo había creído, y por lo tanto, los diez o doce veraneantes que allí había, formaban un sólo grupo, al que yo me uní. Todos podían ser mucho mejores. Iban a Misa solamente los domingos y comulgaban una vez al mes, cuando no se les "olvidaba". En resumen: eran chicos con los cuales no debía haberme juntado nunca y, sin embargo, todo el día estaba con ellos.

Al comulgar cada mañana, le pedía al Señor me diera suficiente voluntad, no sólo para separarme de ellos, sino para hacerles cambiar de camino; pero cuando a eso de las diez me venían a buscar, se me olvidaba todo lo que había prometido hacer por la mañana y seguía divirtiéndome con sus bromas y riéndome de sus chistes.

Así pasó el primer mes. Un día, el primer viernes de Agosto, le pedí lo de siempre al Señor, y aquel día lo hice con tanta insistencia, que me lo concedió.

Por la tarde, aprovechando el buen tiempo, fuimos todos a merendar a un lejano chaolí. Estábamos todos sentados formando corro, cuando uno de ellos sacó un cromo bastante indecente, y enseñándoselo al que estaba a su lado, le dijo: "Pasa esta preciosidad a tu vecino". Este se la dió al siguiente, y así fué corriendo por toda la mesa en medio de grandes carcajadas.

Por fin llegó donde estaba yo, y en vez de reír como los demás, con el valor que Dios me dió en aquel instante y con el arrojo del que aún hoy mismo yo me admiro, la rompí en pedazos y dando un buen bofetón al que me había dado la estampa, le dije: "Pasa eso a tu vecino".

Inútil decir que no volví a juntarme más con ellos y ¿queréis creerme?, me divertí desde entonces bastante más.

H. A., Congr.



La Voz del Amigo

He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres y en cambio no recibe de la mayor parte, sino ingratitudes y desprecios.

Siquiera tú...

¡Jesucristo me ama!
Jesucristo tiene Corazón...
y con ese Corazón me ama.
Jesucristo se hizo hombre por mí...
se da en alimento por mí...
envió el Espíritu Santo para mí...
fundó la Iglesia por mí...
me da su Madre para Madre mía...
me da su Corazón para refugio mío...
¿Qué más puede hacer por mí...?

¿Cómo responden los hombres a tanto amor de Jesucristo?

1.067 millones de paganos nada saben de El.

240 millones de musulmanes le desprecian.

200 millones de herejes y cismáticos se le van...

17 millones de judíos le rechazan.

100 millones de militantes contra Dios le odian.

Sólo una quinta parte del mundo le reconoce.

¡Qué pocos le aman!

¿Le aman los indiferentes? ¿Los que escandalizan? ¿Los que faltan a la caridad? ¿Los incapaces de sacrificarse por El? ¿Los que le reciben en pecado mortal, renovando el beso traidor de Judas?

¿Y tú...?

¿Le aman los que no le acompañan en el Sagrario, los que no hablan con El en la oración, los que no le socorren en sus pobres, los que no le sirven en sus niños, los que no le respetan en sus sacerdotes, los que no le piden que reine?

¿Y tú...?

Dice el Corazón de Jesús a su confidente:

"Si me correspondieran con algún amor, tendría en poco todo lo que hice por ellos y querría hacer más aún, si fuera posible...

Tú a lo menos dame el placer de suplir su ingratitud en cuanto seas capaz..."

Esto es lo que pide Jesús, esta es **la verdadera devoción a su Corazón Sagrado**:

Amor de correspondencia, amor de entrega por tanto que El ama, **consagración personal a El.**

Glorificación por tanto como se le ofende, expiación de los pecados, consuelo para sus aflicciones, **reparación.**

En este mes del Sagrado Corazón...
ni un solo día sin Misa,
ni un solo día sin Comunión,
ni un solo día sin hacerle una visita en el Sagrario,
ni un solo día sin sacrificarme algo por quien murió por mí.

Si pasara un solo día sin estos obsequios pensaré que es un día perdido para mí.

C. E., Congr.

Nuevos Congregantes

Pidamos a Dios Padre Omnipotente y a Jesucristo, su Unico Hijo, Nuestro Señor, por intercesión de la Inmaculada Virgen María y de nuestro celestial patrono San Estanislao de Kostka, que así como sus nombres han sido inscritos en el Libro de la Congregación, sean también inscritos en el Libro de la Vida. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Juan J. Amézola Jaureguibeitia
Ignacio Anacabe Maidagán
Angel Anacabe Maidagán
José Angulo Torróntegui
Pedro M.º Arrate Bilbao
José Miguel Arrate Bilbao
José Ant.º Ayestarán Albóniga
Aurelio Bañares Zorzano
José Barrón Ezpeleta
Ignacio Javier Celaya Urrutia
José M.º Elías Bartolomé
José Ant.º Elías Bartolomé
Alfredo Escauriaza Fernández
Esteban Fndez.-Valdés Amézola
Enrique Franco Insausti
Jesús M.º Garay Ruiz
Eduardo Guevara Amézola
José Luis Herrán Matorras
Domingo Hormaeche Ortiz
Javier Iceta Subiñas
Enrique Idoyaga Allende
Jesús Iturbe Echeverría
Francisco J. Iturbe Echeverría
Juan Iturriaga Elorza
Luis Lasterra Santos
Miguel Angel Martínez Jorcano
José M.º Mendiola Insausti
Luis M.º Mendiola Insausti
Jesús M.º Murube Quintana
José R. Olabarría Delclaux
Pedro M.º Olabarría Delclaux
Santiago Orio Vegas
Faustino Petit Goyanes
Jesús Renobales Vivanco
Pedro M.º Rubio del Río
Eugenio Sojo Allende
Iñigo Urquiza Legórburu
Javier Urquiza Legórburu
Enrique Urquiza Legórburu
José Ant.º Vallejo Olejua
Eduardo Vallejo Olejua
Juan Zaballa Uraga

Universidad de Deusto
Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

A los nuevos Congregantes

¡Vive tu consagración a la Santísima Virgen!

"La Consagración a la Madre de Dios en la Congregación es un don completo de sí mismo para toda la vida y para la eternidad."
Su Santidad Pío XII.

¿Qué es Consagración? ¡Cuántas veces has oído y pronunciado esta palabra! Sobre todo al hablar de la Consagración en la Santa Misa. ¿Qué significa Consagración en el Santo Sacrificio?

Es el acto por el cual coge el Sacerdote en sus manos el blanco pedazo de pan, la Hostia, se inclina sobre ella con toda reverencia y pronuncia las palabras que llamamos de la Consagración.

¿Qué sucede en este momento? Ya lo sabes por el Catecismo, y tal vez se lo has explicado a los niños de tu catequesis. Cuando el Sacerdote ha terminado de decir las palabras de la Consagración, el pan blanco sin levadura que era la Hostia, ha desaparecido, sólo quedan las apariencias del pan, los accidentes del pan y debajo de esos accidentes de color, olor y sabor, está Jesucristo Nuestro Señor con su cuerpo, con su alma, con su sangre, con su divinidad.

Hasta ese momento el Sacerdote no se arrodillaba, después de la Consagración se arrodilla ante la Hostia Santa. Antes la Hostia es pan y puede ser comido, como el pan, sin ninguna ceremonia, sin respeto. Ahora hay que guardar el ayuno eucarístico, hay que guardar la gracia en el alma. Antes las Hostias estaban en una caja de madera o de metal ordinario y en la sacristía. Ahora se le pone sobre la patena de oro, se le pone en el copón dorado. Ahora no está en la sacristía, sino en el altar, en el sagrario.

¿Qué ha pasado al decir el Sacerdote las palabras de la Consagración? Que el pan, que no es una cosa sagrada, sino profana, se ha hecho sagrada, se ha transformado, se ha transustanciado, se ha entregado a Dios, se ha hecho Dios mismo y por eso le adoramos y nos arrodillamos ante él y le tratamos con toda reverencia.

¿Y la Consagración a la Virgen? ¿Será algo parecido? —Sí. Tiene que serlo porque es una Consagración como dice el Papa. Tiene que ser una transformación. Tienes que transformarte. ¿En qué te transformas? —En hijo de la Virgen Santísima, es decir, en otro Cristo que es también hijo de la Virgen Santísima. Ya lo eres por ser cristiano, porque la gracia santificante te ha hecho hermano de Cristo, hijo de la Virgen Santísima. Entonces...

¿Para qué la Consagración? Para ser totalmente, sin reservas, hijo de la Virgen Santísima.

Después de la Consagración, has visto lo que sucede en la Santa Misa. Algo así tiene que pasar en tí. Te conviertes en hijo de la Virgen Santísima de una manera especialísima, te entregas a tu Madre y te entregas todo entero: tu alma, tus potencias, tus pensamientos, tus afectos, tu cuerpo. Desde ese momento ya no eres tuyo, perteneces a la Virgen Santísima y, claro está, no le vas a dar a la Virgen Santísima, tu Madre, un alma manchada por el pecado, no le vas a dar una flor marchita para ponerla en su altar, sino que escoges la más hermosa, la que tenga color más bonito, el perfume mejor. Una vez que te has entregado a la Virgen Santísima por la Consagración, no vas a ser como antes, perezoso, desobediente. No vas a ir a donde no debes ni a donde tú quieras, sino a donde quiera tu Madre a quien te has consagrado; no vas a pensar lo que quieras, sino lo que quiera tu Madre. Para eso te has entregado a Ella, para obedecerla, para amarla.

No te dejes vencer por la ociosidad, si no quieres ser vencido por la impureza.
Haz tu plan de vida.

¿Cómo has de ser después de la Consagración? ¿A que no aciertas quién es el primero que hizo su Consagración a la Virgen Santísima?

—El primer Congregante.

¿Y quién fué el primer Congregante?

—Nuestro Señor Jesucristo que tuvo por Madre a la Virgen Santísima.

¡Qué buen Congregante! ¡Qué modelo de Congregantes! ¡Y cómo se consagró a su Madre!

A Ella quería más que a todos los ángeles y a todos los santos juntos. De pequeño siempre estaba en los brazos de su Madre. Pensando en Ella todo el día, a ver cómo lo haría mejor para servirla mejor.

¿Os imagináis a Jesús dando un disgusto a su Madre, desobedeciéndola? —Ni imaginar se puede ese absurdo. Estaba donde su Madre quería, pensaba lo que su Madre quería, entregado a Ella con toda sumisión. "Subditus erat illis". Eso es consagrarse a la Virgen Santísima, entregarse a la Virgen, como Jesús, en todo.

Cosa grande. ¿No te parece cosa muy grande eso, no te parece que es sublime ser Congregante de la Virgen Santísima a imitación de Jesucristo y consagrarte a Ella como Jesús? Todo se lo contaba a Ella, no tenía secretos para su Madre. Todo se lo preguntaba a Ella, y ¡qué bien le instruía la Virgen Santísima! ¡Qué bien le formó en su espíritu! ¡Qué educación la que le dió, qué piedad le infundió!

Jesucristo es nuestro modelo infinito en todo, absolutamente en todo. Y en ese todo entra particularísimamente el amor, la devoción, el cariño filial, la obediencia a su Madre Santísima.

Si os consagráis a Ella, si os ponéis en sus brazos, qué bien os llevará. No tengáis entonces miedo porque Ella lo primero que os enseñará es a amar a su Hijo, a imitarle.

Nadie ha amado más a Jesús que su Madre y claro, nadie puede enseñar mejor a amarle que su Madre, porque nadie en la tierra conoció tan bien a Cristo como su Madre.

Juan Arriola, S. J.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Con Flor a María

Algo de lo que los Congregantes han ofrecido y pedido a la Stma. Virgen en el mes de Mayo.

TE OFREZCO:

Desde casa hasta el colegio he ido quitando todas las cáscaras de naranja y plátano para que no se caiga nadie.
Hoy tenía muchas ganas de jugar en los columpios de la "Congre", pero he hecho antes despacio una visita a Jesús.
Hoy me han reprendido en el "Cole" sin razón y me he callado sin protestar.
Hoy he partido una manzana con mi hermano y le he dado la mayor parte.
Para ayunar por la Virgen he tomado en el desayuno solo un poco de pan.
Al ir por delante de un cine he bajado la vista para no ver las carteleras.
He prestado un lápiz a uno que me tiene tirria.
Hoy he acudido en todas las tentaciones a la Virgen.
He rechazado enseguida los malos pensamientos.
He comulgado con más fervor que otros días.
Hacer el examen de conciencia por la noche.
El sacrificio que me origina la ausencia de mis padres.
No dejar la Catequesis en todo este mes.
No contestar cuando me han reprendido.
No haber perdido hoy un momento de estudio.
Haber hecho un recado que no me gustaba.
Le he hecho un favor a un chico que me ha llamado idiota.
He desviado una conversación mala.
Le he ofrecido a la Virgen que me elija para ser misionero.
Toda esta tarde he sido obediente por la Virgen.
He renovado el voto de pureza para todo el mes de Mayo.
No haber ido hoy al cine a pesar de las ganas que tenía.
Ser más afable con mis compañeros.
Me he levantado a la primera llamada.
Tomar menos postre por la Virgen.
Hoy no he pasado por la Gran Vía.
Obedecer en todo a mis padres.
Hoy no he reñido con mi hermano.
Hacer una visita al Santísimo.
Ser puro como un ángel.



Haber sido hoy obediente
No ir con malos amigos.
Tres pellizcos.
Visitar a un enfermo.
Levantarme pronto.
No ser brusco este día.
Este dolor de cabeza.
El haber sufrido sed.
No fumar.
Mi vocación.



TE PIDO:

Que solo aprenda aquello que me ha de valer para el Cielo.
Que me concedas la gracia de hablar menos en clase.
Que mi hermano saque aprobado en examen de ingreso.
Que aprenda a hacer lo que al Señor le agrade más.
Que al fin de mi vida tenga un Sacerdote junto a mí.
Que saque buena nota en geografía.
Conservar siempre la flor de la pureza.
Que me dés gracia para ser obediente.
Ser buen Congregante.
Que me aprueben (como esta 235 papeletas).
Que me enseñe la Virgen a comulgar con fervor.
Salir de un apuro muy grande que tengo.
Volverme más tonto de lo que soy si lo que aprenda me va a servir para ser malo.
Que caigan mis padres en la cuenta de lo hermoso que es tener un hijo religioso.
Aprobar las asignaturas.
Que venga pronto mi papá.
Que no me pregunten mañana en Geografía.
Que conserve mi pureza hasta la muerte.
Un corazón puro y una inteligencia despejada
No perder nunca la gracia de Dios.
Que mi padre encuentre colocación.
Que se ponga bueno mi hermano.
Que saque buenas notas.
Una bicicleta.
Que le salgan bien al "Padre" todas las cosas de la Congregación.
Que me ayude la Virgen a vencer las tentaciones.
Un balón de reglamento.
Que me ayudes en mis estudios.
Que mi papá sea bueno.
Que salga yo buen estudiante.
Por mi vocación.
Sacar matrícula.
Por la intención de un amigo mío.
Estudiar con gusto.
Que mi mamá se ponga buena.
Que no dé más disgustos a mi madre.
Que saque buena nota en el ejercicio de aritmética.
No tener malos pensamientos.
Un corazón bueno y humilde.
Que saque buena nota en ciencias.
Que llenes de gracia mi corazón para no cometer jamás un pecado mortal.
Sacar matrícula en todas las asignaturas (como esta se han encontrado 25 papeletas).



A la Virgen de la Congregación

(Un antiguo congregante)

Hoy vengo a hablar contigo
cual lo hacía en la "Congre" de pequeño,
hoy quiero desahogarme
y contarte ¡oh María! mis anhelos.

Porque es que así no puedo yo seguir,
que si no hablo, yo creo que reviento,
porque siento acá dentro muchas cosas,
que turban a mi alma
y la ponen muy triste, y en aprietos.

Tú siempre me has querido,
me has cuidado como a hijo predilecto,
me has mimado María
y me has guardado bueno.

En ti encuentro refugio
cuando se vuelca contra mí el infierno.
Te he amado más que a madre
si es que ese amor se diera acá en el suelo.

Has brillado en mi alma,
como lucen los astros en el cielo
en las noches sin nubes.

Has guardado a mi cuerpo
más puro que la nieve de los montes,
y a mi mente, de torpes pensamientos.

Al recordar tan grandes beneficios,
crece en mi pecho el miedo de perderlos,
pues sé que soy de barro,
y que tengo un traidor, ¡mi pobre cuerpo!

Tú sabes que yo lucho,
que es muy fundado el miedo,
pero en ti yo confío
y al darte muchas gracias en mis rezos,
te pido como antaño,
que me conserves bueno.

Deseo desahogarme,
que si nó, me parece que aquí adentro
va a estallar la borrasca.

Con negras nubes cubrirase el cielo,
se ensuciará la nieve
y el temporal vendrá muy turbulento.

¡Esto no ocurrirá,
Madre mía del cielo!
¿Pero por qué ha de amar mi corazón
aquello que no debo?
¿Por qué he de mantener tan fuerte lucha
entre el alma y el cuerpo?

Yo quiero amarte a Tí,
a Tí sólo, y sin miedo,
porque ese amor es grande,
pues no se funda en carne ni en el cieno.

Sin embargo mi pobre corazón
bulle cada vez más, en este pecho.
¡No quieras, Madre, que en la lucha noble
caiga vencido como vil muñeco!

Brilla en mi alma por siempre,
como lucen los astros en los cielos
en las noches sin nubes,
guarda mi pobre cuerpo,
más puro que la nieve de los montes
y a mi mente de torpes pensamientos.

Me he quedado esta tarde en la "Congre"
después de las flores,
y otra vez se ha anegado mi alma
en castos amores.

Del altar en que está colocada
volvióme los ojos,
y escuché a mi Madre
postrado de hinojos.

—¿Me conoces hijo,
te acuerdas de mí;
sabes que te quiero,
que soy para tí?

¿No recuerdas cómo ha muchos años
te ofreciste a mí?
¿sigo sola ocupando tu mente...?
¿...me conoces..., dí?

¿No recuerdas que aquí en la "Congre"
postrado en mi altar,
me pedías con grande constancia
¡Madre mía! enséñame a amar?

Cuando los embates
de la juventud
te ponían a riesgo de muerte,
era yo tu luz.

Te he librado entre muchos peligros
del vicio cruel,
no has manchado con lodo las alas
te conservas fiel.

Te he infundido fervientes deseos
de nunca pecar,
no seas ingrato,
ve cómo has de obrar.

Callóse un momento
la excelsa Señora,
y con voz reposada me dijo:
Contéstame ahora.

—Me preguntas si te amo, María,
¿pues a quién he de amar sino a tí?
y con todo cariño te digo:
te amo Amachu sí.

Me he quedado esta tarde en la "Congre"
después de las flores
y María ha inundado mi alma
en castos amores.

Universidad de Deusto
Biblioteca



ECOS DE NUESTROS CATECISMOS

Un curso

Ha terminado el curso. Esto es, ha escapado de nuestras manos el último domingo de estos ocho meses que Jesús nos dió para negociarle almas.

A unos confió el Señor cinco talentos, a otros tres, a otros uno, pero a todos algo y aun mucho: selecta formación cristiana en la Congregación, preparación catequística los sábados por la noche, tiempo, dinero para gastos de viaje y, sobre todo, el contacto diario o muy frecuente con el Corazón de Jesucristo en la Comunión para calentar el nuestro y hacerle arder en celo por las almas.

¿Qué hemos hecho con tanto caudal?

Apuntemos en nuestro haber el hecho de no encontrarse prácticamente en la Congregación un Congregante que tenga quince años y no sea catequista. Somos 102. ¡Muy bien!

Pero no basta ir.

Es preciso no ir vacíos de ciencia, o de celo, o de amor sobrenatural. Preguntémonos y respondamos con sinceridad:

¿Hemos asistido con puntualidad a la academia de catequesis los sábados por la noche?

¿Hemos preparado nuestra lección persuadidos de que nadie da lo que no tiene y si no tenemos ciencia catequística no la daremos?

¿Y nuestra obediencia al Jefe de la Catequesis?

¿Y nuestro espíritu de sacrificio?

¿Y nuestro ejemplo edificante en el viaje, en el pueblo y en todas partes sabiendo que éramos portadores de semilla divina y ésta se esteriliza con el mal ejemplo?

En fin, para los **catequistas de verdad,** la satisfacción del deber cumplido y el reconocimiento de Jesucristo.

Para los desertores o **tímidamente catequistas...** al menos, el propósito de ser más esforzados el próximo curso.

Pensemos siempre que el **ser apóstoles** es elemento esencial del **ser Congregantes** y que nuestras obras de celo no son una limosna a Jesucristo, sino el tributo que le debemos.

Varios Congregantes Catequistas dan ejercicios a sus niños en Semana Santa.

En la Catequesis de Santa Agueda

Véase nuestro "parte".

Lunes, martes y miércoles.—Nos reunimos con los "chavales" para hacerles pensar en Verdades de... "a puño" durante más de una hora y meditar sobre la significación de estos días. Me parece una "farolada" llamar a estas reuniones Ejercicios Espirituales, pero la verdad es que esta es nuestra pretensión.

Jueves y viernes.—Procesiones en Alonsótegui, el pueblo vecino, a las que asisten nuestros "chavales".

Sábado.—Preparación a la confesión y... una larga fila de niños ante el confesionario. El número de confesiones de niños es seis veces mayor que el de otros sábados.

Domingo.—Comunión General, de todos los niños de la Catequesis, a excepción, claro está, de los que no han hecho la Primera Comunión; 24 comuniones, número también muy superior al de otros domingos.

Nos visita el Padre acompañado del Prefecto de Catequesis.

El Padre habla al pueblo durante la Santa Misa y prepara a los niños a la Comunión.

Después en la Catequesis les anima a la Comunión frecuente y a la vida de piedad en general. Los niños le oyen embobados y en perfecto silencio... que cambian en griterío al ver el contenido de dos voluminosos paquetes de ropa que el Padre les regala.

Por la tarde y al mando del incomparable Prefecto de Catequesis, un grupo de Congregantes hace las delicias de un numeroso público en el salón, actuando como verdaderos maestros... y dejando a disposición de la Catequesis la recaudación de las entradas.

No citaré sus nombres, pero sí les daré las gracias más expresivas en nombre de la Catequesis.

Y nada más; aunque quedan algunas cosas que nacieron de la conversación entre el Padre y el señor Arechavala, ingeniero de la fábrica de Echevarría (a la que tanto debe la Catequesis) y que si Dios quiere veremos realizadas pronto.

Un Catequista.

En la Catequesis de Galdácano

En Bilbao dos Congregantes tomamos el lunes, 26 de Marzo último, el tranvía de Arratia que nos dejó a las puertas de Galdácano.

Llovió copiosamente. Ya en el trayecto sospechamos que llegar y volver iba a ser cuestión de minutos, pero, ya, ya. Los chiquitos avisados, el domingo anterior, nos esperaban bajo paraguas de los que alguno cubría a más de cuatro; otros se defendían con los abriguitos que, a prevención, habían llevado.

Con los pies mal calzados y calados de agua les vimos firmes, desafiando la inclemencia del tiempo a la vez que nos daban un gran ejemplo de sacrificio.

En un departamento de la sacristía, comenzamos la primera plática no sin antes habernos encomendado a Jesús y a su Santísima Madre. Al cabo de una hora la atención de los "peques" no había decaído un sólo instante

Al salir nos vimos asediados por aquel enjambre de niños que nos pedían volviéramos sin falta al día siguiente.

Dada cuenta de la jornada al Padre, nos indica la conveniencia de volver otra horita por la tarde. Por nuestra parte de acuerdo, pero, ¿y los chavales?

El 27, que también llovió lo suyo, les expusimos el caso con pocas esperanzas de conseguir éxito, pero pronto vimos el temple de aquellas almas; fueron ellos los que nos pidieron volviéramos sin falta por las tardes y así lo hicimos.

Quiera Dios que esas almas inocentes hayan conseguido algún fruto y, si así ha sido, lo conserven.

Pero sabemos ciertamente que hay algunos para quienes el fruto no se ha hecho esperar; somos nosotros, que yendo a catequizar fuimos catequizados por el gran espíritu de sacrificio de esos niños.

D. P., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Las Catequesis de Alonsótegui y Santa Agueda celebran un festival catequístico

Desde tiempo atrás, pensábamos los catequistas de Santa Agueda y Alonsótegui, verificar en colaboración, un festival que pudiese servir a los catequizados de ambas, como estímulo, para un mejoramiento en tiempo venidero de la Catequesis.

El Padre aprobó nuestro plan y pusimos manos a la obra. Unos flamantes programas pusieron al corriente de nuestros proyectos a pequeños y grandes.

Por la mañana del día 20 de Mayo se tendría en la Iglesia de Santa Agueda Misa de Comunión; luego certamen de los tres grados del catecismo diocesano, entre los alumnos de dichas catequesis; por la tarde, emocionante partido de fútbol entre las selecciones de niños de ambos pueblos, que han asistido con constancia al Catecismo durante el curso, luego juegos infantiles, lanzamiento de globos, etc., y un partido de fútbol. Al fin una entretenida comedia pondría remate al festival.

Y llegó el 20 de Mayo. Vinieron los de Alonsótegui a Santa Agueda, y pasaron todos al salón, donde bajo la presidencia del señor Párroco y del Prefecto de Catequesis de la Congregación, se iba a verificar el certamen. También entraron bastantes personas mayores.

Después de una oración rezada por el señor Cura, empezó el certamen. Salieron, pues, al escenario los del primer grado: tres chicos de cada catequesis provistos cada uno de su correspondiente programa, pues las preguntas iban a ser hechas por los mismos niños. Las primeras preguntas fueron de tanteo. Pronto los de Alonsótegui se lanzaron a fondo, preguntando los diferentes artículos del Credo. Dos de Santa Agueda fueron rápidamente eliminados. El que quedaba resistió bastante, logrando eliminar a uno de sus contrincantes. Pero por fin también caía él. Los de Alonsótegui fueron, pues, los que obtuvieron la primera victoria de la mañana.

Seguidamente se hizo el certamen del segundo grado. Aquí se vió qué bien dominaban el catecismo los participantes en el certamen, pues después de innumerables preguntas por ambos bandos, se eliminaron solo uno de cada parte. Los cuatro restantes se hicieron tan "pesados" que hubo que darles empatados. El señor Cura felicitó muy cordialmente a estos campeones esforzados del segundo grado y animó a los demás que presenciaban el certamen a que supiesen el catecismo como ellos. Los cuatro fueron despedidos con aplausos.

Los mayores de tercer grado se disputaron a continuación la supremacía. Pasó lo mismo que en el grado anterior. El dominio que todos tenían sobre el catecismo se mostró palpablemente, pues habían pasado ya más de diez vueltas y ninguno de los seis era eliminado. Visto lo cual, de común acuerdo con el señor Cura y el Prefecto, se dispusieron en el acto diversas preguntas de inteligencia sobre el texto del catecismo. Quedó campeón de este grupo, un niño de la catequesis de Santa Agueda, ocupando el segundo puesto otro de Alonsótegui.

A continuación se efectuó el reparto de premios, consistente en libros de cuentos y en metálico, que agradaron mucho a los niños.

A la tarde, después de haber rezado el Santo Rosario, nos dirigimos con los niños al campo de Pérchita, generosamente cedido por la S. A. Echevarría, donde tuvo lugar el encuentro de fútbol entre las dos catequesis con la victoria de Alonsótegui por 4 - 0. El encuentro fué movidísimo, viéndose jugadas de gran magnitud por ambos bandos.

Estuvieron presenciando el partido los señores Curas de Alonsótegui y Santa Agueda y el señor Ingeniero de la S. A. Echevarría en Santa Agueda, que patrocinaba la fiesta.

Como final hubo también en el referido campo, diversos juegos entre los niños, que resultaron muy entretenidos.

Y ya como despedida, en el salón de la catequesis de Santa Agueda se representó la comedia **"Los tres valientes"**, por unos cuantos Congregantes a quienes agradecemos **las dos catequesis muy sinceramente** su generosidad al venir a "trabajar", en fecha coincidente con un partido en San Mamés. La comedia despertó numerosos aplausos, y fué digno final de un día tan grande para nuestras dos catequesis de Santa Agueda y Alonsótegui.

José Ramón de Diego, Congr.

El día del catecismo

En nuestro segundo Certamen Catequístico queda vencedora la Catequesis de Alonsótegui.

Podemos decir que no se escapó ningún detalle a los organizadores del magno Certamen Catequístico que el día 31 de Mayo se celebró en nuestra Congregación: Cuestionario, programas anunciando la fiesta, viajes, merienda, adorno del salón de actos, premios, elementos recreativos... Todo estaba a punto. Sólo faltaba esperar a que el éxito coronase los esfuerzos de quienes habían querido cerrar con broche de oro el curso catequístico de este año.

Cuando fuí a la Congregación después de comer, ya bullían Congregantes y Catequistas que esperaban a sus pequeños catequizados.

A las tres, comenzaron a llegar los niños de los pueblos, acompañados algunos de sus catequistas, que habían hecho el sacrificio de ir a buscarlos con dificultades que Dios Nuestro Señor y el Angel de la guarda saben. A muchos de los niños les acompañaban su párroco o algún sacerdote.

Fueron llegando los chicos. Antes de nada, una visita a nuestro amigo Jesús, en la devota capilla de la Congregación, y van bajando ordenadamente al patio donde se colocan en el lugar previamente señalado con un cartel para cada Catequesis.

Contamos once letreros y leemos: Alonsótegui, Santa Agueda, Burceña, Ugarte, San Salvador, Repélega, Urbi, El Calero, Dos Caminos, Galdácano y Usánsolo. Poco a poco va cuajándose de niños la "tribuna" del patio de la "Congre". Son unos quinientos y no han venido más que la mitad. Nos sentimos dichosos de ser Congregantes y Catequistas y un **"¡gracias, Madre mía!"** se escapa de nuestro pecho.



Mientras van llegando, los chistularis de la Catequesis de Repélega nos amenizan la espera lanzando al aire las vibrantes notas del chistu. Mirad al pequeño con qué garbo lo hace.



Ya empiezan los juegos: allá van corriendo, llevan una pelota de ping-pong en una cuchara cogida en la boca; luego el emocionante "Soka-tira".

Y no digamos nada, cuando se trata de repartir entre once chicos tan solo diez sillas. Era curioso ver cómo tenían todos los participantes puestos sus cinco sentidos en dar la vuelta al círculo, mirar de reojo a las sillas y estar atentos al toque del silbato.

Prrrrriiii... Allí están dos chavales luchando por coger una silla mientras sus respectivas Catequesis les animan con imponente griterío.

¿Y la carrera de relevos? Espectáculo bonito fué ver cruzar vertiginosamente el patio a los equipos llevando en la mano banderitas de colores.

Pero donde la cosa llegó a su colmo, fué en los pucheros. Había que ver a los pequeños dar garrotazos en el vacío. Mirad el de la fotografía de la página interior de cubierta cómo se estira para poder llegar al puchero. Todos ríen, todos gozan; ¡qué santa alegría! En la presidencia, el Padre, con los demás sacerdotes venidos de los pueblos, reparten premios a los vencedores de cada juego.



...El emocionante «Soka-tira».

Ya es la hora. Se han terminado los juegos y todos los niños, formados por catequesis con su cartel a la cabeza, se dirigen a la Iglesia a recibir la bendición de Jesús Sacramentado que contempla complacido desde su trono unos 500 niños con gran parte de los Congregantes postrados ante El. Sus voces infantiles, se elevan al cielo con las nuestras cantando y rezando el Rosario. Son flores del jardín de la Virgen regadas con los afanes de sus jardineros catequistas. El Padre les arenga desde el púlpito y Jesucristo nos bendice a todos.

Ahora van saliendo ordenadamente. Según entran en el salón de actos, se les va entregando la merienda. Es un pan de tercera con chocolate que los niños reciben jubilosos.

Entretanto, los sacerdotes e invitados descansan un poco en la biblioteca donde, gracias al desinterés de dos Congregantes, se les pudo preparar un pequeño obsequio.

Me impresionó ver cómo charlaban animados comunicándose sus impresiones. Todos estaban encantados y prometían su ayuda más desinteresada en el próximo curso.

Concluída la merienda, ya está todo dispuesto para empezar el número principal de la fiesta: El Certamen.

Cada catequesis presentó a dos chicos, campeones en el certamen catequístico de su pueblo y cada uno llevaba un cartel con el número correspondiente. Preside el Reverendo Padre Prepósito de la Casa Profesa junto con los sacerdotes venidos de los pueblos y otros Padres. El tribunal comienza a actuar. Uno de los niños ha hecho ya seis o siete nudos en el jersey; no puede disimular su nerviosismo.

Las preguntas siguen martilleando a los participantes. No hay bajas en los primeros momentos. Las preguntas son contestadas fielmente. Una pregunta más y... ya cayó uno.

Con los ojos bajos y llorosos se retira del certamen. Tenía puestas todas sus ilusiones y ha fracasado. No importa; otro año volverá con más ánimos.

Ya ha caído otro. Los que quedan se frotan las manos de gusto. El griterío de los chicos va in crescendo. Ya solo quedan pocos participantes; poco a poco se van eliminando. Solo quedan tres. Sus compañeros les animan estentóreamente. Un largo rato y cae uno de ellos. Un ¡ohhhh! de desilusión brota de las gargantas de los de su pueblo. La pugna entre los dos supervivientes es enconadísima. Las voces y gritos de los de abajo aumenta. ¡Aupa Alonsótegui! ¡Animo San Salvador!

Se le saca a uno de ellos fuera. Al que queda dentro, se le hacen cinco preguntas; se llama al de fuera; se le hacen las mismas preguntas y... ¡¡HA GANADO!!



Queda proclamado EMPERADOR DEL CATECISMO en el curso 1944-45 el niño, Gerardo Burzaco de la Catequesis de Alonsótegui.

Quedan proclamados Príncipes del Catecismo en el curso 1944-45 Martín Angel Hormaechea de la Catequesis de San Salvador, José Ignacio Hierro de la Catequesis de Repélega, Martín Petralanda de la Catequesis de el Calero.

La ovación es imponente. Los de Alonsótegui, llegan al colmo de la euforia. El triunfador está emocionadísimo. Ni puede hablar. Su cara entre risueña y llorosa por la emoción nos refleja el estado de ánimo del chico.

Como iba siendo tarde, no se pudo tener la velada recreativa anunciada. Fueron saliendo los niños para sus pueblos y antes de marchar se les dió una naranja. A uno de los sacerdotes pregunté sus impresiones. "Formidable—me dijo—el año que viene, no

Universidad de Deusto Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

faltaremos. Y además ganaremos". Se había contagiado del ambiente del Certamen.

La parte recreativa queda para solos los Congregantes. Mijangos, a quien damos las más expresivas gracias, es el encargado de



EL EMPERADOR DEL CATECISMO.

hacer brotar la risa con su gracia nativa. Los dos chavales que trajo con él, futuras promesas de artistas, cosecharon abundantes aplausos por su excelente labor.

Gracias a todos ellos, y en especial a Mijangos, que sacrificó su tarde de fiesta para hacer reír a aquellos pequeños a quienes él tantas veces enseñó el catecismo en sus días de Congregante.

¡Qué recuerdos te trajo ese día la "Congre"! ¿verdad, José Luis?

Y no dió más de sí el día del Catecismo. Para nuestros niños, una tarde magnífica de alegría y emociones. Para nosotros

Más vale estar solo que mal acompañado.

los catequistas, un estímulo más para seguir alentados en la tarea de llevar almas a Jesús. Así, enseñando el camino del cielo a los niños, "brillaremos en él como estrellas en perpetuas eternidades".

José María Antoñana, Congr.

Catequistas en verano

El Catecismo es cosa de todo tiempo, del invierno y del verano. ¿Qué niño no necesita comer en el verano? Podíamos también decir: ¿Qué niño no necesita catecismo en el verano? Pues si es necesario, hay que dárselo.

¡Qué largo es el verano! Por muchos proyectos que hayamos hecho, siempre nos ha de quedar tiempo. Quién no recuerda cómo después de las excursiones en bicicleta o de bañarse en el río o en la playa nos quedan muchos ratos que no sabemos qué hacer, y, lo extraño del caso es, que no se nos ha ocurrido nunca cómo aquellos muchachitos que son hijos de un pescador y que los pobres no saben más que de redes, de peces y de botes, es posible que no sepan aún hacer "por la señal".

Pues yo te aseguro que ni la más larga caminata en bicicleta, ni el baño más refrescante de todo el verano te daría el contento, verdadero contento porque es interior, que te podría dar el enseñar el Catecismo, a ese pobrecito que va muchas veces a tu casa a llevar recados.

Concretemos:

1.° Tú este verano, al día siguiente que llegues al pueblo, si vas a veranear, vas al señor Cura y le dices: D. Fulano, yo soy Catequista en Bilbao durante el curso y no quiero olvidar el oficio. Cuente Vd. conmigo. ¿Qué días tengo que venir y a qué hora?

2.° Te juntarás con tus compañeros y formarás una piña de la que podía ser jefe el mayor o el que tenga más autoridad, y ese llevará nota de las asistencias, de suerte que sea el aguijón de todos.

3.° Si no tienes facilidad para estas cosas, **estudia, estudia, estudia Catecismo**, que eso es prepararse bien para que lo hagas en forma el día de mañana.

Yo te aseguro que, si así haces, a la vuelta del verano vendrás a darnos las gracias, porque habrás hecho una labor muy buena, habrás ayudado al señor Cura del pueblo en una labor muy penosa y habrás encontrado durante el verano en el Catecismo un tónico muy necesario con que librarte de tantos peligros como tenemos los jóvenes en este tiempo

Un Catequista.

¿Por qué voy a "San Juan de Dios"?

Con esta pregunta encabezábamos una encuesta hecha a los Congregantes visitadores del "Hogar y Clínica de San Juan de Dios" en Santurce.

Hemos visto durante todo el curso el cariño que tenían los "peques" a esta obra de apostolado; pero ¿la hacían porque pasaban un rato agradable, tomaban parte en ella porque se divertían más que en la "Congre"...? ¿por qué lo hacían? Esta incógnita nos movió a hacer la dicha encuesta.

En primer lugar nos interesaba saber qué les incitaba a esta obra de la Congregación a la que se mostraban tan atraídos.

Mirad lo que nos dicen. Copiaremos literalmente:

"Ante todo cumplir con mi deber de Congregante y después, como veo en ellos a Jesús... y por Jesús ¡cualquier cosa!"

"Que Jesucristo nos dirá: venid benditos de mi Padre... porque estuve enfermo y me visitasteis."

"Porque se nota que les alegra nuestras visitas y son hermanos míos."

"Sé por propia experiencia lo que agradece un enfermo las visitas, por eso; quizás sea egoísmo, ¿pero qué no conseguirán para nosotros estos angelitos que tanto y tan bien sufren por Jesús, a quienes hacemos pasar un rato agradable todos los domingos?"

"Qué sé yo; fálto N.. me propusieron a mí y no me negué. Creo que es pedirnos muy poco el ayudar en algo a los pobrecitos."

Les preguntábamos: ¿y qué frutos de santificación sacas para ti?

Sigamos leyendo:

"El hacer un sacrificio por Jesús cuando podía estar jugando al foot-ball en la "Congre". Estar haciendo una obra de caridad, que no quedará sin recompensa en el cielo."

"El hacer algo por mi mejor Amigo. Esto es ya bastante. Y se aprende tanto del ejemplo de los niños... en su paciencia, en su caridad, etcétera."

"Ser agradecido para con el Señor por haberse dignado concederme tantos beneficios, salud, etc."

"Muchas cosas aprendo: Confiar en Dios, aceptar los sufrimientos como venidos de su mano..."

"Gano méritos para ir al cielo y doy gracias a Dios porque me ha conservado sano."

Nadie anota lo que les cuesta servir y dar la comida, las grandes cosas hechas por Jesús y María nunca se confían a otros.

Se ha visto a muchos, menos valientes, que se han retirado ante esta gran prueba del pequeño apóstol de San Juan de Dios.

La primera consigna del Congregante "ser santo", está bien alcanzada; veamos la segunda: "Ser apóstol".

"Si se quejan, les ayudamos a llevar con paciencia su desgracia..."

"El consuelo que les llevamos y nuestro ejemplo les incita para que hagan obras de caridad semejantes a la nuestra, cuando se curen."

"Ven en los Hermanos a unas personas obligadas a estar a su cuidado, pero no así en nosotros y por esto nuestras palabras y ejemplo son escuchados y cumplidos como los de un amigo verdadero."

Hay uno más decidido que afirma:

"Noté desde el primer día que estos niños, debido al ambiente que los rodea, se creían ajenos a nosotros, como otra raza humana; pero al ver que nosotros no reparábamos en sus males hemos conseguido romper esta barrera que los separaba de nosotros."

Hay otro que nota extrañado:

"Aun los Congregantes más traviesos, llegan allí y son como personas de cincuenta años."

¿Es poco o es mucho lo que conseguimos para los niños y para nosotros, en nuestras visitas dominicales?

Difícil es responder a la pregunta, a la que tú contestarás mejor que nosotros después de leer estas líneas.

Si por nuestra mente pasó alguna vez la idea de que convendría suprimir esta obra de caridad para con los niños pobres, de seguro no volverá otra vez a brotar.

Con la ayuda de Dios, el curso próximo pondremos en práctica unas cuantas cosillas anotadas por los participantes en la encuesta con las que conseguiremos más frutos para nosotros y para los niños.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Una gran campaña misionera de los valientes Congregantes Berchmans de Barcelona.

Nuestra Congregación se adhiere a esa campaña.

¡Hacen falta voluntarios!

Tuvimos conocimiento de la gran campaña misionera emprendida hace dos años por nuestros hermanos los Congregantes de la Anunciación y San Juan Berchmans, de Barcelona.

Este año, han vuelto al ataque. Su propósito es extender el espíritu misional por todas partes, hacer de familias católicas familias misioneras, y para ello que penetre en todas partes la gran revista misional ilustrada "El Siglo de las Misiones", que desde hace 31 años, viene difundiendo el espíritu misional por toda España y América.

Además de la nuestra, otras 18 Congregaciones Marianas secundan los esfuerzos de nuestros simpáticos hermanos ¡Ojalá que todas las Congregaciones Marianas se sumaran a este movimiento!

Para estimular el celo de los propagandistas, han organizado una gran rifa en la que hasta ahora se destacan dos premios de 1.000 pesetas, tres de 500, uno de 450, que promete ser mayor, uno de 250, cuatro de 200, dos de 100, uno de 50, una bicicleta y un sin fin de valiosos objetos.

Se entregará a todo el que presente alguna nueva suscripción, uno o varios números de la rifa, según la siguiente norma:

Por una primera suscripción, **un número.**

Por la segunda que entregue el mismo propagandista, **dos números.**

Por la tercera, **tres;** y así sucesivamente.

De este modo el propagandista que haya conseguido diez suscripciones, recibirá 55 números y el que logre veinte, obtendrá 210 números de dicha rifa.

Estos números se repartirán a los Congregantes propagandistas en cada una de las Congregaciones respectivas, y el sorteo se celebrará en el local de la Congregación de la Anunciación y San Juan Berchmans de Barcelona, el día 30 de Diciembre de este año, delante de Notario.

Pero nuestro propósito no debe ser precisamente ir a la espectativa de uno de esos premios, sino extender el espíritu misional en las familias cristianas Es inmenso el fruto que produce en ellas una revista de Misiones: mayor aprecio de la Fe, generosidades insospechadas, sacrificios heróicos que atraen las bendiciones del Señor y la conversión de las almas.

¡Congregante! Ahí tienes un magnífico programa de apostolado misional. Introducir en cada familia un coferencista de misiones mediante la magnífica revista "El Siglo de las Misiones".

¿Está suscrita tu familia a la revista? ¿No? Debes hacer esta suscripción.

¿Están suscritos tus abuelos?

¿Tus tíos?

¿Tu médico?

¿Tu dentista?

¿La modista de tu mamá?

¿Las tiendas en donde compras?

¿Está suscrito el vecino del principal?

¿Y el del primer piso?

¿Y los de los demás?

¡YA VES CUANTAS SUSCRIPCIONES PUEDES HACER!

Hacen falta voluntarios para esta campaña.

Contamos con todos los veraneantes y con los que se quedan en Bilbao. Contamos con todos.

En la última reunión de madres

Las madres ante los peligros del veraneo para sus hijos

Con buena concurrencia de madres de Congregantes, aunque algo menor que en las reuniones anteriores, se celebró el 15 de Junio la cuarta de estas conferencias sobre materias de educación.

Por la singular importancia que tuvo el tema tratado, consignamos en esta sección algunos de sus puntos más destacados.

Se analizó el cambio que se opera en la mayor parte de los Congregantes al pasar del curso a las vacaciones:

1.º El día, lleno en el curso por las actividades escolares, pasa a ser un día vacío o menos lleno, surgiendo así el primer peligro: la ociosidad, "madre de todos los vicios".

La defensa contra este peligro es que cada Congregante haga su **"plan de vida"** como se indica en la "consigna" de este número. (Véanlo los padres).

2.º En el verano, sobre todo para los que salen fuera de Bilbao, se presenta el gravísimo peligro de los malos amigos, y la experiencia da que son muchísimos los chicos que han perdido su inocencia en el verano y precisamente por las malas compañías.

Se explicó cómo donde no hay virtud no puede haber verdadera amistad y se encareció el cuidado diligentísimo que deben poner los padres en la selección de los amigos de sus hijos.

3.º El tercer cambio que se opera es el del alejamiento de la Congregación durante el verano, unos por salir fuera de Bilbao, y otros, de los que en Bilbao se quedan, por un concepto del descanso muy mal entendido que les lleva a no venir a la Congregación por las mañanas a oír la Santa Misa, a fortalecerse con el Pan de los Angeles. Cosa inconcebible, cuando precisamente en el verano tienen mayores peligros los jóvenes y necesitan mayores cuidados sus almas.

Contra este peligro del menor cultivo espiritual, la Congregación ha comenzado una intensa campaña en defensa del precioso tesoro de gracia de Dios, que cada Congregante lleva en su alma.

Se está haciendo la ficha de cada Congregante con su exacta situación durante el verano, en orden a tomar parte en las actividades de la Congregación; se trabajará personalmente con cada uno y nos esforzaremos en mantener frecuente comunicación con los ausentes y prevenirles de los peligros.

Las excursiones, visitas a núcleos de Congregantes en verano, campeonatos de juegos y deportes, fomento de buenas lecturas y diversas tareas apostólicas, completarán la campaña veraniega.

Encarecidamente pedimos a los padres de los Congregantes su colaboración decidida en esta campaña para la defensa de la inocencia de sus queridísimos hijos.

De lo contrario, con gran dolor nuestro iremos eliminando a los Congregantes remisos en el cumplimiento de sus deberes.

Saben todos que no buscamos al admitir un Congregante una cuota más, sino un joven más a quien santificar intensamente bajo el amparo maternal de la Virgen Inmaculada.

El Padre Director.

Antes de marcharse a veranear, deben los Congregantes despedirse del Padre. En la ausencia le escribirán una carta al mes.

Estudiarán el catecismo diocesano de memoria.

Nuestro "Día Mundial de las Congregaciones Marianas"

El día 13 de Mayo, día Mundial de las Congregaciones Marianas, subimos con todas las demás Congregaciones Marianas de Bilbao a Begoña, para renovar juntos a los pies de nuestra Madre la consagración total de nuestra vida a nuestra Reina y Señora.

A las 8 y cuarto estaban a la puerta de la Basílica la mayoría de los Congregantes y de este modo para las 8 y media pudo comenzar la Santa Misa. Durante el ofertorio se entonaron varios cánticos a la Virgen; después de la Consagración fuimos acercándonos todos en dos largas filas a la Sagrada Mesa.

¡Qué espectáculo tan emocionante! ¡Cómo se alegraría nuestra Madre al ver aquellas almas juveniles tan puras que iban a recibir a su Divino Hijo!

Después nos dirigió una briosa arenga el R. P. Juan Arriola, S. J., presentándonos a Jesús modelo de Congregantes Marianos. A continuación se hizo la consagración a la Santísima Virgen, y luego todos, emocionados y puestos en pie mirando a nuestra Madre, en señal de despedida, entonamos la preciosa plegaria de la Salve y el himno de las Congregaciones Marianas.

A las 12, en la Iglesia de la Residencia, se tuvo la solemne admisión de nuevos Congregantes. En ella, después de rezadas las oraciones de costumbre, fueron subiendo uno tras otro todos los nuevos Congregantes, quienes después de hacer su consagración, se les impuso la medalla y después de besar la bandera fueron recibiendo su diploma. Luego nuestro Padre Director nos echó una pequeña plática acerca de la Consagración a la Santísima Virgen.

A las 4 de la tarde fuimos a Portugalete los de la Junta, Sección de Honor y algunos mayores para la inauguración de la Congregación Mariana de la Parroquia. Allí se tuvo la Exposición de Su Divina Majestad, se rezó el Santo Rosario y, como a la mañana, el sermón estuvo a cargo del R. P. Arriola, S. J.

Una vez terminada la función nos dirigimos al salón de actos donde hubo unos discursos por los Presidentes de ambas Congregaciones, y una velada literario-musical.

Después, henchidas nuestras almas de santas emociones, tomamos el tren para ir a la "Congre" donde nos esperaba la función recreativa en honor de los nuevos Congregantes, poniéndose en escena "Un pleito ganado", que resultó muy divertido por lo bien que trabajaron sus actores.

Cuando se terminó la velada fuimos a la capilla donde tuvimos la bendición como remate de este Día Mariano.

J. Aizpuru, Congr.

NUEVAS MEDALLAS

Han llegado las nuevas medallas de la Congregación que resultan preciosas. Cada uno tendrá la suya en propiedad. Cuestan a 5 ptas. con cinta.

Para guardarlas nos hacen falta cajas metálicas como las de cintas de máquinas de escribir. Los que quieran regalarnos esas cajas metálicas nos harán un buen favor.

Los Congregantes de Vitoria nos visitan

El lunes de Pascua, 2 de Abril, alrededor de las diez de la mañana, un autobús detenía su marcha frente a la "Congre". Descendieron de él unos cuarenta Congregantes de Vitoria con su P. Director.

Llenos de alegría salimos a recibirles a la puerta, y tras los primeros saludos, penetraron en nuestros locales. Poco tiempo permanecieron aquí, pues inmediatamente hubieron de trasladarse al Colegio de Indauchu, que amablemente nos prestó su campo donde había de ventilarse un encuentro de fútbol entre los Congregantes de Vitoria y los nuestros.

A las once y media salían los jugadores al campo. Su salida es acogida con gran entusiasmo por las "hinchadas".

La C. de Bilbao presenta esta selección: Miguel, Martínez, Hernáiz; Castañares, Nebreda, Arana; Goyenechea, Gaviria, Juanchu, Achurra y Abans. (Véase la foto).

A la señal del árbitro, el balón se pone en juego y pronto logra imponerse la "Congre". Transcurre la mitad del primer tiempo sin conseguirse gol alguno. Mas el dominio de los nuestros es persistente y Juanchu, en sus fugaces arrancadas, logra inclinar el tanteador 2-0 a favor de los nuestros, terminando así el primer tiempo.

Los vitorianos incluyen en el equipo jugadores de refresco, mientras se refrescan con las exquisitas naranjas que Fernando ha traído.

En esta segunda parte el juego se nivela y el dominio es alterno.

Próximo a terminar el partido, logran los visitantes de un córner el gol de honor. Aún hay momentos de peligro para las dos porterías, pero el resultado permanece fijo.

Termina el partido, pues, con la victoria de la C. de Bilbao, por 2-1.

A las seis llegaba yo a la Congregación, y allí estaban nuestros hermanos de Vitoria jugando y charlando con los de Bilbao.

Media hora después recibíamos juntos la Bendición con el Santísimo en la Capilla para terminar santamente este día y oíamos una plática del Padre sobre la "belleza" de la vida mariana del Congregante.

En honor de los visitantes hubo una pequeña velada teatral que, aunque un poco improvisada, fué objeto de calurosos aplausos.

El autobús llegaba de nuevo a buscarles y sacando los pañuelos se alejaron de nosotros... ¡hasta Vitoria!

Javier Arana, Congr.



Universidad de Deusto
Biblioteca

¡A Ejercicios!

Ha terminado un curso y después de la brega de ocho meses estamos cansados, cansados corporal y espiritualmente.

Jesús a sus discípulos fatigados de las tareas apostólicas por tierras de Galilea les dijo: *"Venid aparte a un lugar solitario, y reposad un poco".*

También a nosotros nos dice Jesús las mismas palabras.

¡Loyola, lugar solitario, santo retiro, donde Jesús nos espera para hablarnos con sosiego!

¡Qué dulces recuerdos nos trae Loyola a los que hemos tenido la dicha de hacer allí los Santos Ejercicios!

Mirad lo que escribieron a raíz de los Ejercicios los que el año pasado los hicieron:

"He sacado muchísimo más fruto de lo que esperaba. Nunca soñé con tanta gracia divina."

"Todo me ha parecido perfecto en estos Ejercicios. Me encanta la devoción con que he vivido en estos días: el orden, el silencio, las letanías de los novicios, las meditaciones, la disciplina y devoción en todos los actos, la seriedad de los ejercitantes, el celo de los Directores de manera ejemplar."

"Yo creí que el silencio me iba a ser más costoso y fué lo que más me gustó. ¡Hay tanto ruido en el mundo, que no escuchamos a Dios! Aquí Dios nos habla."

"Nada me ha costado en los Ejercicios. Todo va aquí como sobre ruedas bien engrasadas."

"¡Qué claras se ven aquí las cosas! Yo veo en mi alma como a través de un cristal."

"Tengo aumento de luz, de energía interior, deseos de un nivel superior... en fin, todo."

"¡Qué paz en el alma! ¡Qué fortificado queda uno contra las tentaciones! ¡Qué alegría! ¡Nunca he estado más alegre que aquí!"

"¡Aquí aprende uno a vivir con Cristo!"

"De aquí en adelante me consagraré fielmente al cumplimiento de mi deber; cultivaré una vida interior intensa, pujante y apostólica; me dedicaré con todas mis fuerzas a obras de celo; buscaré una buena dirección espiritual."

"Haré propaganda de los Ejercicios toda mi vida y los ponderaré diciendo que sirven para resolver todos los problemas y todas las situaciones por enrevesadas que parezcan."

Así hablan de los Ejercicios en Loyola los que allí los han hecho con fervor.

Condiciones para poder ir:

Tener quince años cumplidos o próximos a cumplir.

Ir VOLUNTARIO, pues el que va forzado poco o nada aprovecha en los Ejercicios.

PERSUADIDO de que vas a pensar más seriamente que nunca en el negocio que más te importa: la salvación de tu alma.

DISPUESTO a guardar con toda fidelidad el silencio y todos los avisos.

De no ir con estas disposiciones mejor es que no vayas, pues estás expuesto a que te manden a casa sin terminar los Ejercicios, cargas delante de Dios con la responsabilidad de despreciar esta gran gracia que te ofrece y quitas un puesto a otro, que se aprovecharía mejor que tú.

Pero si vas con buena voluntad, se te hará el tiempo corto, te costará muy poco guardar bien el silencio y saldrás contentísimo.

- **Tanda general: del 5 al 10 de Julio dirigida por el P. Gaztelumendi.**
- **Tanda especial para mayores: del 2 al 8 de Agosto dirigida por el P. Aranzadi.**

BUEN  HUMOR



—¿Cómo se llama Vd.?
—Jo... Jo... Jo... José. Pe... Pe... Pe... Pe... Pérez.
—Bueno; pondremos José Pérez para abreviar.

CHISTES

—Pues sí señor; se fué a América con unos pantalones rotos y a los diez años volvió con cinco millones.
—¿Y para qué quería cinco millones de pantalones rotos?

—o—

—Me ha dicho mi madre que me dé un litro de aceite, pero que sea muy claro.
—¿Te ha dado el dinero, rico?
—No señor.
—Pues dile a tu madre, que no me da la gana; y que si lo quiere más claro.

—o—

—Veamos niño: si yo te ofrezco 1/2 y 1/4 de plátano, ¿cuál cogerías?
—1/4 de plátano, señor profesor.
—¡Pero hombre; si 1/4 es menor que 1/2!
—Es que a mí no me gustan los plátanos, señor profesor.

Un comensal encuentra un pelo en el pescado.
—Camarero, ¿qué pescado es éste?
—Rape, señor.
—Pues que le corten el pelo al rape.

—o—

—Papá, cómprame un tambor.
—No, hijo mío, yo no puedo oír ese ruido.
—No temas, ya procuraré que tú no lo sientas.
—¿Y cómo?
—¡Toma! ¡Tocándolo solo cuando tu duermas!

—o—

El profesor al alumno:
—Señor Floripondio, ¿quiénes están fuera de la Iglesia?
—Los que están en Misa de una.

—o—

En un restaurante de tercer orden:
—Camarero, quisiera almorzar bien. ¿Qué me aconseja Vd.?
—Que se vaya a almorzar a otra parte.

—o—

—¿En qué lugar se come más sal?
—En los banquetes, porque todos son "comen-sales".

—o—

En la milicia:
Un sorchi se presenta al sargento y le dice:
—Mi sargento, la sopa tiene tierra.
—Bueno; ¿pero Vd. aquí a qué ha venido?, ¿a quejarse o a servir a la Patria?
—A servir a la Patria, mi sargento, pero no a comérmela.

—o—

—¿Por qué ponen el freno a los caballos?
—¡Hombre, para domarlos!
—No es eso.
—¡Pues para guiarlos!
—Tampoco.
—Entonces, ¿por qué se los ponen?
—Porque los caballos no saben ponérselo.

Universidad de Deusto
Biblioteca



¿Quién estará más contento?

¿Nosotros, que empleamos parte de la mañana del domingo en visitar y dar de comer a los niños impedidos del Hogar de San Juan de Dios o los que no piensan más que en divertirse todo el día? Nosotros no nos cambiamos por ellos.



FLORES y FRUTOS

DE LA CONGREGACION DE LA INMACULADA Y S. ESTANISLAO DE KOSTK



Ante el Día Mundial de la Propagación de la Fe.

Lección práctica sobre la esfera del mundo

Regiones inmensas...
pobladas por millones de hombres...
alejados de Cristo...
Grupos de valientes misioneros luchando hasta morir por encender la luz de la f
en las noches paganas.

¡Congregante! Acuérdate que eres apóstol. Haz de Octubre un mes misionero

BILBAO
Octubre 1945



Calendario del mes de Octubre

Distribución general

Cada día laborable:

Misa de Congregación, plática y Comunión, a las 7,30.
Guardia de Honor a la Santísima Virgen, de 7,30 a 8,10 en turnos de un cuarto de hora.
Instrucción Espiritual, a las 8,10 de la noche. Salida, a las 8,30.

Cada semana:

Lunes.—Academia de Catequistas, para Jefes y Sub-jefes de Centros, de 8,30 de la noche a 9.
Martes.—Academia de Sociología, de 8,15 a 9 de la noche.
Miércoles.—Academia Literaria, de 8,15 a 9.
Jueves.—Confesiones, a las 7.
Academia de Congregaciones Marianas, de 8,30 a 9.
Sábado.—Confesiones, a las 7.
Salutinis, a las 8,10.
Reunión de Catequistas, de 8,30 a 9.
Domingo.—Acto de Congregación de 8 a 8,45.
Catequesis en los pueblos.
Catequesis en el Salón de la Congregación para los menores de 14 años, de 10,15 a 11.
Visita al Hospital de San Juan de Dios, a las 11.
Velada recreativa, a las 7 de la tarde.
Bendición
Academia de Misiones, a las 8,30.

Distribución especial

Día 1. Lunes.—*Apertura del curso.*
Misa de Congregación, a las 8, obligatoria para todos.
Retiro, para los de 13 años en adelante, a las 10,30.
Reunión de Catequistas, a las 11,30.
Inauguración de la temporada teatral con la representación de la comedia en tres actos "*¡Qué tienes en la mirada!*", a las 7 en punto.

2. Martes.—Fiesta de los Santos Angeles de la Guarda.

5. Viernes.—*Primer Viernes.* Bendición solemne, a las 8,15.

7. ✠ *Domingo.*—Fiesta del Santísimo Rosario.
Comienzan las Catequesis y las Academias.

8. Lunes.—Conferencia y Retiro para las madres de los Congregantes, a las 5.

11. Jueves.—Nuestra Señora de Begoña.

12 Viernes.—Nuestra Señora del Pilar.
Misa, a las 8.

14. ✠ *Domingo.*—Comienza la Semana Misional. Campaña de oración y limosnas.
Desde el lunes por la noche la Instrucción Espiritual se sustituye en esta semana por Conferencias Misionales.

21. ✠ *Domingo Mundial de la Propagación de la Fe.*
Turnos de oración en la Capilla, por las Misiones, de 10,30 a 1 y de 3,30 a 7.
Velada Misional, a las 7.
No hay Academia Misional.

28. ✠ *Domingo.*—Fiesta de Jesucristo Rey.

EPOCA II :-: Núm. 10 OCTUBRE 1945.

FLORES Y FRUTOS

de la Congregación de la Inmaculada Virgen María y San Estanislao de Kostka :-: BILBAO Paz, 2.

La última carta del verano

Sobre la mesa de mi despacho acaba de dejar el cartero una carta.
Rasgo el sobre y mi vista busca presurosa la firma. Es de N. N.
"...Oigo Misa y comulgo todos los días... A eso de las 11 voy a buscar a un amigo y me voy por el pueblo a jugar...
"A la tarde, a eso de las 6, voy a buscar al amigo de antes y estamos jugando hasta las 8 y cuarto para ir después al Rosario. Algunas veces, cuando estamos muy entretenidos, nos olvidamos, mejor dicho, hacemos que nos olvidamos del Rosario. A pesar de esto muy pocas veces he faltado a él.
"Los días pasan, las semanas se suceden, los meses corren y el verano ya pasó y ya me encuentro otra vez en ese maldito (per omnia saecula saeculorum) Colegio."
Pliego la carta, mientras celebro la salida de mi pequeño N. N., y voy a la Capilla a pedir al Señor por él. Después tomo papel y escribo:
"Mi querido N. N.:
"He agradecido mucho tu carta, que me refleja con la sinceridad de siempre tu vida sencilla y feliz de pajarillo suelto.
"Jesús y la Virgen te conservan bueno.
"¡Cuánto me alegro!
"He ido a la Capilla a pedir especialmente por ti para cuando vuelvas al que tú llamas "maldito (per omnia saecula saeculorum) Colegio".
"Allí, ante el Sagrario, he pensado en ti.

TU MISA DE ESTUDIANTE

"No se celebraba la Santa Misa en la Capilla, ni era tiempo de celebrarla, pero más allá de nuestro occidente amanece el sol en otras tierras y miles de sacerdotes ponen en sus patenas de oro la blanca Hostia que ofrecen a Dios.
"Fíjate en uno de ellos. El monaguillo que ayuda la Misa ha puesto junto a la hostia grande del sacerdote la suya pequeña. Ambas están en la patena; una y otra son ofrecidas por el sacerdote y, al terminar la Consagración, la grande y la pequeña serán Cuerpo de Cristo.
"Tú también puedes ayudar esa Misa que un sacerdote desconocido celebra en ese momento en la tierra. Ayúdala con fervor, mientras estudias este año, poniendo junto a la hostia grande del sacerdote la tuya pequeña, la de tus estudios, la de tu vida de suave sacrificio en ese... Colegio.
"Al llegar a la Consagración de esa Misa mística hallarás maravillado que esos tus estudios han quedado divinizados porque los has ofrecido por Jesús, con Jesús y en Jesús, que en ese momento se inmola por ti en el Altar.

ESTUDIA COMO JESUS

"¿Cuántos años tienes ahora?
"¿13?
"Pues bien, piensa que Jesús tuvo un tiempo tu edad y a esa edad Jesús estudiaba como tú.

"También a Jesús le costaría algo estudiar y aprender con su entendimiento humano, pero lo hacía muy a gusto porque esa era la voluntad de su Padre.

"¡Qué grato resultaría a su Padre Celestial el estudio de Jesús!

"Contemplándole exclamaría seguramente: "He aquí a mi Hijo muy amado en quien tengo puestas mis complacencias".

"Imita a Jesús.

"Besa con amor esos libros que van a santificarte en este año y estudia por Jesús y con Jesús.

"Estudia por amor a Jesús todo y especialmente lo que menos te guste: el latín, las matemáticas... lo que sea. Estudia con Jesús teniendo por compañero de pupitre a Jesús, e inmólate con Jesús en esa Misa que ahora se celebra en alguna parte del mundo, poniendo tu hostia pequeña del sacrificio de tus estudios con la hostia grande del sacrificio de Jesús.

"Al contemplar el Padre Celestial a Jesús, y a ti confundido con El, al contemplar el sacrificio de tus estudios junto al sacrificio de Jesús, os envolverá a los dos en la misma mirada de amor y también por ti dirá tu Padre Dios: "He aquí mi hijo muy amado en quien tengo puestas mis complacencias".

SE REDENTOR DE ALMAS

"Jesús ofrecía todos sus trabajos al Padre por la redención de los hombres, y he aquí que Jesús quiere asociarte a su obra redentora.

"Junto a la Hostia Santa en esa Misa que ahora se celebra, no sé dónde, prolongación del sacrificio de Jesús en la Cruz para la redención de las almas, pon tú también el sacrificio de tus estudios, con sus fatigas, con sus pequeños o grandes fracasos, para ser con Jesús un pequeño redentor de almas".

"No olvides que eres congregante y que tu segunda consigna es "ser apóstol".

ESTUDIA POR LA VIRGEN

"A Jesús le enseñaría a estudiar la Santísima Virgen y Jesús estudiaba por agradar a su Madre. Con un cilindro de la Sagrada Escritura en las manos estudiaba Jesús con afán delante de la Virgen.

"Tú también eres hijo de la Virgen.

"Imita a Jesús.

"Estudia por la Virgen y delante de una imagen de la Virgen para que la mirada de tu Madre del Cielo te aliente en los momentos de desgana, en los momentos de lucha, en los momentos en que tal vez las espinas del mérito no comprendido se claven en tu alma.

* * *

"Perdóname, mi querido N. N., que haya publicado tu carta y mi respuesta.

"Me he figurado que hay muchos pajarillos Congregantes, alegres y buenos como tú, que al volver de vacaciones piensen con horror en su... Colegio.

"Estoy seguro que ya no quieres llamarlo maldito.

"Sea, pues, bendito (per omnia saecula saeculorum) ese Colegio que va a hacerte santo y sabio en este curso de 1945-46.

"Tus compañeros Congregantes serán también este año, como tú, ayudantes fervorosos de esas Misas, que sin interrupción se celebran en la tierra, y tú y ellos pondréis junto a la hostia grande del sacerdote la vuestra pequeña de vuestros estudios y trabajos, que, viviendo en gracia, quedarán consagrados, divinizados, esto es, hechos estudios y trabajos de Jesús, estudios y trabajos redentores de almas.

"Hazlo así, mi querido N. N., y sé fiel a la Congregación, que te ayudará eficazmente a hacerlo.

"Te bendice tu affmo. Padre, que quiere llevarte a Jesús por la Virgen,

CLEMENTE ESPINOSA, S. I."



CONSIGNA del mes

¡A Estudiar!

Ya estás otra vez sentado en el pupitre con los libros ante tus ojos.

Estos primeros días se te harán duros, largos... ¡una "secada"! Es natural: después de tres meses de expansión y libertad casi total en los alegres días de verano, resulta sumamente costoso someterse a un horario, en que todo son estudios y clases.

Pero no te desanimes, porque en tus manos está el pasar un buen curso.

Y no creas que lo pasarás bien haciendo precisamente el vago.

¡Ni mucho menos!

Si no estudias, entonces ciertamente que será un año desgraciado, lleno de tormentos: castigos, apuros tanto en clase como en casa, riñas, caras serias, tardes del domingo en el colegio y al fin de curso una buena cosecha le calabazas.

Mas no es esto lo peor. Quien no aprovecha los tiempos de estudios se ve asaltado por muchas tentaciones contra la pureza. Y como su voluntad es débil, pues no ha logrado vencerse y estudiar de firme, fácilmente puede caer..

PERO TU, CONGREGANTE...

Pero tú, Congregante de la Virgen, no puedes ser así.

En primer lugar porque la voluntad de Dios y la de la Santísima Virgen es que estudies.

Piensa, además, que tus padres se afanan y se sacrifican para ello. ¡Cuánto han padecido por ti! Y tú, ¿quieres, acaso, disgustarlos siendo desaplicado?

Otras muchas razones tienes para estudiar: formar el carácter, cumplir tu principal obligación, conservar la pureza, robustecer la voluntad, pasar santamente un curso feliz...

Más en particular, debes aplicarte en el estudio para que un día puedas cum-

Universidad de Deusto
Biblioteca

pir tu tercera consigna de Congregante: *ser defensor de la Iglesia de Jesucristo.* Para ello necesitas prepararte. Y ya sabes que esa preparación se adquiere estudiando, la Religión de una manera especial; pero también las otras asignaturas, a fin de que te distingas en tu profesión.

El Catecismo de nuestra Congregación mariana dice que debes distinguirte en tus estudios o en tu profesión. Por tanto, no puedes ser un cualquiera, tienes que ocupar los primeros puestos de clase.

¿Cómo lo conseguirás?

He aquí varias normas para que tu estudio sea más provechoso:

CON SERIEDAD Y CONSTANCIA.

Con seriedad, como cosa de trascendencia extraordinaria.

Se trata de tu formación y de forjar tu porvenir.

No aprendas la lección para el momento, para librarte del apuro de la clase, pues se borrará enseguida de tu entendimiento. Procura, por el contrario, grabarla firmemente.

Pregunta a los profesores todas las dudas que tengas, y te las resolverán con mucho gusto.

Estudia, también, con constancia.

Es fácil aprender la lección de cada día. Pero querer "empollarse" todas las asignaturas en los meses de Mayo y Junio, es poco menos que imposible.

Tu trabajo, pues, debe ser diario: sin "lunes de zapatero" ni "sábado inglés".

Sé constante en todas las asignaturas y con todos los profesores, aunque te parezca que éstos te tienen tirria, pues son un reflejo de Jesús Maestro, que es quien te enseña, aunque algunas asignaturas sean el "tostón padre".

Persuadido de la gravedad que sobre ti recae, entrégate de lleno al estudio, con seriedad y constancia.

OTRAS NORMAS

1.ª Antes que el profesor explique la lección, procura leerla, a fin de entenderla mejor.

2.ª Presta mucha atención a las explicaciones de clase. No te conformes con entender las cosas a medias. Pregunta si es necesario.

3.ª Aprende las lecciones en los tiempos de estudio. Así no tendrás ninguna necesidad de estudiar en casa o de que te pongan profesor particular, y lo pasarás mejor.

4.ª No vayas al cine. Las escenas que allí ves se renovarán continuamente en tu imaginación y no te dejarán estudiar.

5.ª No leas novelas ni revistillas, pues te transportarán a un mundo irreal y fantástico, quitándote las ganas de estudiar. En cambio, es muy conveniente que te aficiones a libros buenos y bien escritos.

6.ª Cuando salgas a dar la lección contesta con sencillez y modestia. No te jactes de lo que sabes, tampoco te aturdas ante tu ignorancia. Sé siempre sencillo.

Si cumples fielmente estas reglas, pasarás un curso alegre, feliz, más descansado y con mejores notas que en otros años.

¡A estudiar, Congregante!

J. A., Congr.

FORJA DE CARACTERES



Mira arriba a este grabado, tan gráfico: en qué forma se ha enroscado la serpiente, y cómo al ESO, que encierra tantas y tantas tentaciones, le sigue un NO, echando rayos. ¿No te representa bastante al vivo cómo debes negarte con energía tan pronto como adviertes la maldad que encierra la tentación?

Esta frase, la más corta y más valiente, que jamás olvidaré, oí a un buen amigo. Me dijo que él la repetía sin timidez, siempre que alguien le invitaba a algo que fuera sucio o resbaladizo. "Con un ¡ESO, NO!, me decía con naturalidad y valentía, desbarato toda provocación".

Pues bien, para que te animes tú a soltarlo a modo de *taco*, vas a leer esta historia.

¡Vamos!, que si Adán, y primero Eva, hubieran lanzado un enérgico ¡ESO, NO! a la serpiente, no se hubiera reído ni seguiría riéndose de nosotros el demonio; no tendríamos encima tantos males como han sufrido, sufren y sufrirán los hombres.

* * *

No sabían cómo consolarse los padres de Pablo cuando pensaban que su hijo había ya terminado el bachillerato y tenía que trasladarse a Madrid. No tenían allí parientes y debía hospedarse en casa de patrona. Encontraron sus padres a una de su pueblo, mujer honrada, que se comprometió a cuidar de Pablo.

Los consejos de sus cristianos padres le señalaron a Pablo los escollos de que tenía que alejarse; y llevaba, lo que valía mucho más que todos los consejos, el temor de Dios muy profundo y el amor de hijo a la Santísima Virgen, que le habían desde niño infiltrado en el alma. Todo le iba a hacer falta.

Ya en Madrid tuvo cuidado de elegir amigos y la suerte loca de encontrarse con dos buenos, con quienes salía de paseo los domingos.

Trabó también amistad con Lauro, estudiante, que se hospedaba en su misma casa.

Le invitó éste una noche a salir para refrescar la cabeza. Pasaron junto a un bar, que, como muchos, algo ocultaba, y Lauro le animó a entrar en aquel mal oliente infierno.

Pablo, como solía en todas las tentaciones, se encomendó a la Virgen.

Justamente llegó a la puerta, en aquel momento de lucha, otro estudiante, amigo de Lauro, que le ayudó en su propósito de hacer entrar a Pablo.

"¡No sabes, tonto, lo bien que aquí lo pasamos!", le decían, y tomándole del brazo le empujaban hacia dentro.

Pablo, viendo que a las buenas no entendían, les amenazó con el puño, y les soltó un taco, un ¡ESO, NO! tan enérgico que tuvieron que dejarle ir en paz por su camino.

Corrió pronto la voz de que Pablo no se dejaba doblegar, y desde entonces nadie se atrevió a molestarle; al contrario, le miraban con respeto.

Pues más te diré, que si Pablo hizo muy buena carrera y no pisó un cine ni un bar, ni cosa parecida, fué debido, además de a su devoción a la Virgen, que te digo, a la Comunión frecuente, con que solía fortalecer casi todos los días su alma.

A un ¡ESO, NO!, salido de aquella alma tan fortalecida y limpia, temían más sus compañeros que a un pistolero.

F. T., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Vosotros seréis mis amigos...

¿Quién no conoce aquella antigua historia de Damón y Pitias, cuando Siracusa estaba bajo el poder de Dionisio el Tirano?

Dionisio, como todo rey que no cumple con sus deberes y usa de su poder para oprimir a los súbditos, teme que ellos le den muerte para poner fin a sus malos tratos; por lo cual impone la pena capital a todo aquel que entre en palacio sin su licencia.

Damón y Pitias, dos verdaderos amigos, conocen esta ley; pero se deciden a quitar la vida al tirano, aun con peligro de perder la propia.

Después de largas deliberaciones, es Damón quien tiene que entrar en palacio; pero es sorprendido por los guardianes y llevado a la presencia del rey. Damón oye tranquilo la sentencia que le leen, después de un pequeño interrogatorio: "Irás a la cruz".

El condenado es conducido a la cárcel, y en el silencio del calabozo recuerda que es padre y debe cumplir con sus deberes de tal. Pide ser llevado a la presencia del rey, a quien solicita un favor: "Te suplico me concedas tres días para cumplir mis deberes de padre y, durante este tiempo ocupará mi amigo Pitias mi puesto en la cárcel como rehén".

"Sea como tú dices —contesta Dionisio—, pero si pasados los tres días no llegas, será crucificado tu amigo y tú quedarás en libertad."

Damón busca a Pitias y con pocas palabras, pero llenas de amor, le pone delante lo que ocurre. Pitias abraza a Damón y se entrega a los soldados.

Una vez puesto en salvo, corre para arreglar todos sus asuntos y despedirse de su familia.

Al rayar el tercer día, vuelve a Siracusa a ocupar su puesto en la cárcel y libertar a su amigo.

Tiene que luchar en su camino contra una banda de ladrones a quienes vence, arrostrar una tempestad, correr por malos caminos, etc.

Agotado, se sienta junto a una fuente para recuperar sus fuerzas y continuar su marcha.

Tiene el alma llena de inquietudes: ¿llegará pronto para salvar a su amigo?; ¿habrá muerto ya...?

Todos estos obstáculos retrasan su llegada; pero todavía le falta vencer la última batalla, quizás la más dura.

A la caída de la tarde, encuentra a su fiel criado Filóstrato.

"Huye —le dice—, salva al menos tu vida, pues no podrás salvar la de Pitias. En este momento va a morir. Esperaba tu regreso, sin perder las esperanzas de verte. ¡Huye! ¡Huye! ¡Salva al menos tu vida!"

Damón no hace caso a sus ruegos y corre al lugar del suplicio.

Todo está preparado, las cuerdas izan a su amigo, que refleja en sus ojos la esperanza y certidumbre de que Damón volverá.

Llega Damón y, al ver este espectáculo, grita: "¡Deteneos verdugos! ¡Yo soy quien debe morir!". Se abrazan los dos amigos y lloran de alegría.

* * *

¿No ves en esta historia a Jesús que se ofreció a su Padre, por su propia voluntad, por nuestro rescate y ha soportado el suplicio que nosotros merecíamos?

Nosotros, sin embargo, no volveremos, como el buen Damón, a ocupar el puesto que nos corresponde, sino que Jesús muere verdaderamente crucificado.

Pero no se contenta con morir por nosotros y dar una prueba de su amistad, sino que todavía nos dice pocos días antes de morir y teniendo presente nuestros comportamiento para con El: "Vosotros seréis mis amigos".

I. Aldecoa, Congr.

Textos marianos

El Señor es contigo

El pueblo de Israel gemía en Egipto esclavizado por los tiranos Faraones.

Un día Dios Nuestro Señor, considerando que estaba ya suficientemente probado su pueblo escogido, decide sacarlo de las garras de los egipcios e introducirle en la tierra de promisión.

Se aparece a Moisés (todos recordáis la escena de las zarzas que ardían y no se quemaban), y le encarga ir al Faraón y sacar al pueblo de Egipto.

—Señor, le responde Moisés, ¿quién soy yo para ir al Rey y libertar al pueblo?

La respuesta de Dios fué bien sencilla:

—**Yo seré contigo.**

A la muerte de Moisés, cuando la tierra de Canaán se perfilaba en el horizonte como un ensueño realizado, Dios escoge a Josué para caudillo de Israel.

—No temas, le dice. Sé valiente y confiado, porque el Señor es contigo.

Y así, siempre que Dios Nuestro Señor escogía a los que habían de ser los héroes de su pueblo, les prometía su asistencia divina con esta frase mágica: **Yo seré contigo.**

Ahora es un ángel quien se aparece a una jovencita en una humilde casa de Nazaret.

—Paz contigo, le dice, la llena de gracia, el Señor es contigo.

La Virgen Santísima, modelo de israelitas que era, conocía muy bien las Sagradas Escrituras, y comprendió perfectamente el alcance de estas palabras.

—Dios Nuestro Señor, pensaría, me promete una protección especial, como a los grandes jefes de Israel, a Moisés, a Josué, a David. Algo grande quiere hacer conmigo el Señor.

Y ella, tan humilde, quedaría anonadada.

Se turbó, dice San Lucas, pensando qué significaría este saludo.

¡Deliciosa turbación, encantadora humildad! Ella posee el secreto de hacer más atractiva la virtud.

¡Y pensar que no ha habido en el mundo persona a quien con más verdad se puedan decir estas palabras!

Efectivamente. Dios está unido con todos los justos por medio de la gracia santificante. El habita en su corazón como en su propia morada, y los justos tienen su corazón en Dios, le aman y cumplen su santísima voluntad.

Esta unión de Dios con el alma, es tanto mayor, cuanto más abundante sea el caudal de gracia santificante que el alma posee. Pensad ahora que María acumulaba desde el primer instante de su ser inmensos tesoros de gracia, mayores que los de todos los santos del cielo juntos; y mirad si no se puede decir con razón de María, con más razón que de cualquier otro: **El Señor es contigo.**

Por efecto de esta especialísima presencia de Dios en el alma de María, no había parte en ella, ni en sus potencias ni en sus sentidos, donde no reinase Dios.

Está en su memoria, arrebatándola con el recuerdo de sus beneficios; en su entendimiento ilustrándole para que mejor le conozca; está en su corazón enamorándola para que le ame más y más.

En el Templo de Jerusalén estaba Dios presente en una nube de incienso. Este templo era imagen de María.

Este es el plan que Dios tenía sobre ti. Hacerte Madre de Dios. Por eso te saluda por medio de su embajador, con la frase ritual, prenuncio de los grandes designios divinos: **"El Señor es contigo".**

Cuando veo al Niño Dios reclinado en los brazos de la Virgen; mirar el Niño a su Madre y la Madre al Niño, no puedo menos de exclamar: **"El Señor es contigo".**

M. R., A. Congr.

¿Estás débil? COMULGA. Necesitas transfusión de sangre. La sangre de Cristo, toda fuerza, inyectada en tu alma, te vigorizará y te empaparás de virginidad.

Universidad de Deusto
Biblioteca

La batalla de Lepanto y el Rosario

Enorgullecido el poder musulmán con sus conquistas en el Oriente, quiere avanzar hacia el Occidente con la escuadra más formidable que hasta entonces había surcado los mares.

Alarmado el Santo Pontífice Pío V, llama en su auxilio a Venecia y a España y forma la Confederación o Liga Santa, cuyas fuerzas debía mandar como generalísimo D. Juan de Austria, hijo del Emperador Carlos V; pero sobre todo imploraba el Papa el auxilio del Cielo por medio de la Virgen Santísima, mandando que en toda la cristiandad se rece el Santo Rosario.

¡La gloria del Señor iba a triunfar sobre las aguas!

Cada barco de los 250 enemigos es un volcán que arde y echa fuego, y los 120.000 combatientes son furias del infierno que quieren despedazar entre sus garras a los cruzados cristianos; pero no importa, la Iglesia ora sin intermisión por sus hijos y los cofrades del Rosario toman aquella expedición por suya.

Era el 7 de Octubre. A la vista del enemigo se hace la señal para la oración, y todos los cristianos, postrados en sus puestos, adoran la imagen de Cristo crucificado, que resplandece en el estandarte pontificio enarbolado en la nave capitana, y llaman en su auxilio a la Virgen Santísima. Acércanse con recelo las dos escuadras y, puestas ya en orden de batalla, a las doce del mediodía, bajo un cielo sin nubes, interrumpe aquel imponente silencio el estampido de los cañonazos de ambas capitanas: era la señal del combate.

El estruendo de la artillería y los gritos de los combatientes ensordecen el aire; aférranse navíos con navíos y hombres con hombres, y hombres y navíos desaparecen sumergidos en las revueltas ondas. Nubes de humo oscurecen el sol; tíñese de sangre el Océano, y pasa una hora y otra y tres horas, y el cielo no se declara en favor de ninguno.

La expectación era inmensa.

Por fin, abordan los cristianos la capitana turca y, herido de un balazo en la cabeza Alí Bajá, general en jefe de la escuadra enemiga, brilla en el triunfo la gloria de María, flotando en su estandarte.

El esfuerzo cristiano desbarata el poder musulmán y las aguas de los mares se separan para abrir sepulcro a los moros y hundir entre las ondas de aquel mar, rojo de sangre, toda la grandeza y soberbia otomana.

¡Otra vez el Rosario salva a la cristiandad de una horrible catástrofe! Y la batalla de Lepanto y su victoria aseguran la supremacía de la Cruz en el Occidente.

Lepanto recuerda al pueblo cristiano entregado al rezo del Rosario durante la empeñada acción. Recuerda ciento treinta galeras apresadas, cinco mil turcos prisioneros, veinticinco mil muertos y más de doce mil cristianos cautivos, que remaban en las galeras turcas, puestos en libertad. Es la última página de las Cruzadas y la victoria del Rosario de María.

* * *

Para conmemorar esta batalla, instituyó San Pío V en la Iglesia la fiesta del Santísimo Rosario y mandó añadir en las letanías la invocación de "Auxilium christianorum", Auxilio de los cristianos.

Por esto, los Pontífices ensalzan y recomiendan la devoción del Rosario en sus bulas, encíclicas, breves y decretos, y abren los tesoros de la Iglesia en favor de los que la practican.

Por esto, los Santos la cubren de flores en sus predicaciones, escritos, ejemplos y virtudes. Los príncipes, reyes y grandes señores tienen a gala el rezar el Santo Rosario, como Felipe II, que dijo antes de morir a su hijo: *"Hijo mío, si quieres conservar tus reinos al abrigo de todo peligro, reza y lleva contigo el Santo Rosario"*.

¿Y no lo rezarás tú?

F. de T., Congr.

Amigos por interés son MERCADERES.
Amigos sin educación son AMIGOTES.
Amigos afeminados son AMIGUITOS.
Amigos que te roban la pureza son JUDAS TRAIDORES.
¡Ten cuidado con los falsos amigos!
JESUS ES EL AMIGO SINCERO.

¡Felicidades!

Congregantes que cumplen sus años en Octubre:

Día 2.—Jesús Villanueva Santaulari.
" 3.—Esteban M.ª Martínez Rodamiláns.
" 4.—Ignacio Abando Bengoa.
" 5.—José María Mojas Mauri.
" 6.—Javier Eguiraun Benedicto.
" 6.—Arsenio Juarrero Juarrero.
" 7.—Sabino Aldecoa Ercoreca.
" 9.—Francisco Evaristo Ramos Rodríguez.
" 12.—Francisco José Vega Salinas.
" 14.—Ignacio Cortina Iceta.
" 14.—Pedro M.ª Garro Elejalde.
" 15.—Restituto Puente García.
Día 16.—Alberto Fontán Gamarra.
" 18.—Ignacio Anacabe Maidagán.
" 19.—Juan Manuel Vicente-Arche.
" 19.—Ignacio Marcoartu Gorriarán.
" 20.—Antonio Pontes Fernández.
" 20.—Miguel Angel Rodet Oribe.
" 21.—Rafael M.ª Lasa Curiel.
" 28.—Simón Cabido Gil.
" 29.—Jesús Ignacio Zabala Otaola.
" 29.—José M.ª Beltrán de Guevara y Solaun.
" 30.—Santiago Bareño Allende.
" 31.—Rafael López Peón.



ECOS DE NUESTROS CATECISMOS

Para empezar las catequesis

recemos un Padre Nuestro.

PADRE NUESTRO Gran dignidad para nosotros que Dios sea nuestro Padre y, por tanto, al ser NUESTRO, los hombres todos son mis hermanos. Así pues, el catequista que trabaja con sus niños en el banco vecino al mío es mi hermano y por eso mi labor para con él será de colaboración y, claro es, también hermanos, hermanitos y muy queridos, son un puñado de niños que mi dicha de Catequista me ha entregado para su educación e instrucción.

Con el cariño y el amor de un hermano los he de tratar desde ahora.

QUE ESTAS EN LOS CIELOS Esa es mi Patria. Patria se parece a padre y por eso el Cielo es mi verdadera patria porque es el reino de mi Padre Dios.
Y mis niños, es claro, que allí tienen su patria.
Nosotros, ellos y yo, somos los desterrados que a ella caminamos.

Allí nos veremos. Quiero ayudarles con toda mi alma a que vayan al Cielo.

SANTIFICADO SEA EL TU NOMBRE Sí, Señor, que así sea al menos en lo que a mí toca. Yo no podré, como San Francisco Javier, cansar mi brazo de tanto bautizar; pero estudiar, sacrificarme y orar por mis niños, eso sí, eso lo puedo y lo hago.

Señor, que los labios de mis niños no se manchen jamás con la inmundicia de la blasfemia.

VENGA A NOS EL TU REINO Eso es, cuanto antes; el reino de tu gracia en los corazones de mis angelitos y en el mío, pobre Catequista. Que seas Tú reconocido Rey de tantos niños a quienes tu reino no llega porque... Tú sabes...

Que todos los niños del mundo, fieles e infieles, te proclamen por su Rey.

HAGASE TU VOLUNTAD Señor, como sé que tu voluntad es que me prepare para explicar las lecciones, que me sacrifique y ore para que tu gracia sea fecunda, así lo haré.

Por ese mi trabajo dame, Señor, que mis niños cumplan también tu voluntad.

EL PAN NUESTRO... Para nosotros el pan de tu gracia, de tu sabiduría, de tu celo; para las Catequesis el pan de los medios económicos; para nuestros niños el pan de tu doctrina, el pan de tu santo Cuerpo y... también el otro pan...

¡Pobrecitos niños de mi Catequesis cuyos padres no tienen pan material ni espiritual!

PERDONANOS NUESTRAS DEUDAS Perdónanos las faltas de puntualidad, las de asistencia a la Catequesis; perdónanos, Señor, las faltas de preparación y de paciencia con los niños. Por lo demás, yo también les perdono todo lo que me hagan sufrir.

Perdona también a mis niños todos sus pecados. Perdónamelos también a mí.

NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACION Eso, jamás; porque no estando en gracia se explica muy mal el Catecismo. Que no caiga en la tentación de la pereza, de la indolencia con los niños para que no cunda mi mal ejemplo.

¡Señor, míralos! Que mis niños no caigan jamás en la tentación. ¡Presérvales!

MAS, LIBRANOS DE MAL Líbranos de la falta de confianza de nuestros niños; líbranos de la discordia entre catequistas y de las faltas de disciplina y de sumisión al Director de la Catequesis.

Libra a nuestros niños de la inconstancia a la Catequesis. Líbrales de la ignorancia religiosa.

AMEN ***Que nuestra labor sea fecunda; que tus Catequistas sean celosos; que nuestros niños sean hoy angelitos y mañana hombres recia-mente cristianos, y para ello:***

- ***que cada uno tenga su texto para preparar las lecciones;***
- ***que acuda, sin falta, los sábados a la preparación de catequistas;***
- ***y después que prepare personalmente su lección;***
- ***que una Comunión fervorosa caliente su explicación;***
- ***que ni un solo domingo falte nadie a su Catequesis;***
- ***que todos los Catequistas recen y se sacrifiquen por sus niños;***
- ***que todos sean disciplinados y obedientes a sus jefes;***
- ***que todos examinen cada domingo su labor y la mejoren para el domingo siguiente.***

J. M.ª E., Congr.

Universidad de Deusto Biblioteca

Día mundial de la Propagación de la Fe

Nuevamente se aproxima el Gran Día de la Catolicidad: el Domingo Mundial de la Propagación de la Fe, que este año es el día 21 de Octubre.

Su origen.—El Consejo Superior de la Obra de la Propagación de la Fe tuvo el deseo de ver generalizarse la celebración de un gran día misional.

Para esto, en la sesión celebrada el 26 de Marzo de 1926 dirigieron una súplica a S. S. Pío XI pidiéndole:

1) Que se fije el domingo anterior a la fiesta de Cristo Rey, como día de oración y de propaganda misionera en todo el mundo católico.

2) Que en ese domingo se añada en todas las Misas, la oración "Por la Propagación de la Fe".

3) Que la predicación en dicho domingo tenga carácter misional.

4) Conceder Indulgencia Plenaria, aplicable a los difuntos, a todos los fieles que en ese día comulgaren y rezaren por la conversión de los infieles.

El día 14 de Abril de 1926 la Sagrada Congregación de Ritos respondió afirmativamente a estas peticiones.

Su fin.—Su finalidad práctica es doble: 1) Oración. 2) Propaganda, y aún se puede subdividir ésta en otras dos: Inscripciones y limosnas.

Nosotros, como Congregantes, hemos de trabajar mucho por las Misiones, con oraciones, sacrificios y limosnas. Y para conseguirlo hemos de celebrar este gran día con todo el esplendor posible.

Durante toda la semana anterior se tendrá, en vez de la instrucción de la noche, una conferencia misional diaria para prepararnos de esta manera a celebrar con todo entusiasmo esta jornada misionera. También durante toda la semana se repartirán papeletas de obsequios y, como el año pasado, se pondrá un gráfico que registre el esfuerzo de cada grupo en la recogida de limosnas.

El domingo, después de la Misa, tendremos los turnos de oración en la Capilla, por las Misiones, de 10 y media a una de la tarde y de 3 y media a 7. A las 7, velada misional recreativa y a continuación la bendición.

A ver si nos animamos mutuamente y rezamos y nos sacrificamos para que aumente el número de misioneros, y el Señor derrame sus luces y gracias sobre los gentiles para que todos estemos unidos en un solo rebaño y bajo un solo Pastor.

J. Aizpuru, Congr.

Juega, corre, salta, ríe..., siempre como jugarías con tu amigo Jesús en Nazaret, con alegría, sin olvidar que eres Congregante.

Visitando a una familia pobre

Este verano se ha renovado en la "Congre" el antiguo apostolado de visitar a los pobres.

Os voy a contar algo de nuestra primera visita, el día 22 de Julio.

A media tarde, el Padre y otros dos Congregantes vamos a casa de una familia muy humilde.

Abre la puerta una niña y nos conduce a la habitación que hace de sala de espera, cuarto de estar, dormitorio, despacho... y otras cuantas cosas más. Allí encontramos a su madre y a su hermano.

—¡Buenas tardes! —exclama emocionada, al vernos, la madre.

—¡Muy buenas! ¿Cómo están ustedes?

—Ya ve... vamos tirando, gracias a Dios. Mi esposo ha tenido estos días fiebre bastante alta; pero ya está bien. La niña, como siempre, muy contenta. Y mi hijo, José Antonio, pasa todo el día aquí sentado. No puede hacer otra cosa, ya que para andar se vale de muletas. Tiene ahora 16 años.

—Y ¿a qué se dedica?

—Pues a leer y escribir. Es muy aficionado a la Literatura.

—Y usted, ¿qué tal se encuentra?

—Mire, Padre, esta última temporada la he pasado bastante mal. Un reuma espantoso me ha molestado mucho. Al fin, ayer me levanté de la cama, pues antes me era imposible. También tengo el pie un poco fastidiado, pero creo que no será nada de particular.

—¿Y su esposo?

—Está descansando un ratito. Voy a llamarle...

—De ninguna manera, no le moleste.

—Es que se alegrará mucho al verles.

Y, sin atender a nuestros ruegos, la buena mujer marcha por unos instantes.

Mientras tanto, el simpático José Antonio nos enseña algunos de sus escritos. Quedamos admirados de su magnífica redacción.

El padre de familia entra poco después y nos saluda afectuosamente.

—¿Qué tal esos ánimos?

—Bien, Padre, bien; pero ya no tengo tanta fuerza como antes para trabajar. Además el otro día estuve con mucha fiebre. Y a pesar de eso, tuve que ir al trabajo, porque ya sabe usted que hace falta...

—¿Cuál es su sueldo?

—Once cincuenta.

—Muy poco es. Pero animense ustedes pensando que la alegría con que sufren esta pobreza no puede quedar sin recompensa. Es hasta heroico conservar el humor que reina en esta casa. Dios les va a pagar extraordinariamente si siguen llevando de esta forma su pobreza.

—¡Cuánta razón tiene!

—Y ¿qué han comido hoy ustedes con 11,50?

—Yo un tomate y un poco de leche, éstos un plato de vainas y arroz.

—No me extraña que se sienta con menos fuerzas para trabajar.

Algo antes de marcharnos, nos enseñan la casa: pequeña, humilde pero limpísima.

También nos mostraron sus conejos:

—Aquí tenemos los conejos con los que se entretienen los niños. José Antonio los quiere tanto, que no permite que matemos ni uno. Cuando queremos comer alguno, lo matamos y lo dejamos en la conejera como si hubiera muerto.

Nosotros reímos un poco la "trampa" y, después de dejarles un donativo, recogido de los Congregantes, nos despedimos de aquella familia tan cristiana, muy edificados al verles juntar la pobreza con la más pura alegría.

* * *

Los Congregantes hemos tomado bajo nuestra protección a esta familia obrera para suplir con nuestras limosnas la escasez de su jornal.

Si vuestra generosidad fuera grande, ayudaríamos también a otras familias obreras.

Necesitamos ropas, alimentos y limosnas.

¡Congregante! Cuando los domingos, después de la Bendición de la noche, te acerquen la bolsa de limosnas, piensa que es Jesús pobre, con jornal de 11,50 diarias, quien te alarga la mano.

Y ¿preferirás tú gastarlo en golosinas o caprichos?

Félix Movilla, Congr.

LA MEJOR DE TUS DEVOCIONES, la Comunión. Ello es como el fuego de avanzadas, que impedirá se te acerque Satanás. Come si puedes diariamente a Dios y te incorporarás el valor, comerás la misma fuerza.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Familia, colegio y amigos

Papel de la Congregación

Tres ambientes rodean indefectiblemente a un estudiante: familia, Colegio y amigos. La familia será piadosa, el Colegio inmejorable, pero los amigos y el ambiente de la calle agostan muchísimas veces la buena semilla que la familia y el Colegio siembran en el niño y joven.

La santificación de este tercer ambiente es el fin peculiar que pretendemos. De este modo la Congregación es el mejor colaborador de familias y Colegios.

Siempre se ha esforzado esta Congregación en crear un ambiente sano de inocencia y pureza bajo el amparo de la Virgen Inmaculada, ofreciendo un hogar acogedor e intensamente formativo a niños y jóvenes selectos, hogar que ha resultado un verdadero oasis en medio de la actual corrupción de la juventud. La experiencia de 35 años ha probado que el P. Angel Basterra, cuyas huellas nos esforzamos en seguir fielmente, logró lo que se proponía.

No pretendemos atribuir a la Congregación toda la transformación educadora del chico. La familia y el Colegio profundamente cristianos ocupan en este problema lugar insustituíble; pero, si hemos de creer a los testimonios que de continuo nos dan las mismas familias, también esta Congregación ejerce en la educación de sus hijos papel decisivo, sobre todo en horas, días y temporadas de vacaciones.

Importa a los padres saber...

- que las actividades de la Congregación van indicadas en la segunda página de cubierta de este número;
- que la Congregación se cierra por la mañana, a la una y cuarto, y por la noche salen los Congregantes a las ocho y media en punto, menos los que asisten a las Academias de la Congregación, que salen a las nueve en los días señalados en el Calendario;
- que la conferencia y Retiro mensual para las madres de los Congregantes será este mes el próximo día 8, lunes, a las 5 de la tarde;
- que agradeceremos a los padres de los Congregantes nos devuelvan cuanto antes la ficha que se les envía a principio de curso acerca de la "Participación del Congregante en la vida de la Congregación";
- que mensualmente recibirán los padres un Boletín de la asistencia de sus hijos a los actos de la Congregación;
- que el P. Director de la Congregación recibe visitas de las *familias de los Congregantes* de 11 y media a una de la mañana.

TU MEJOR ARMA LA COMUNION. Si no quieres caer en la culpa que te hace enemigo de Dios y te arrebata el Derecho al Cielo, debes COMULGAR MUCHO.

En la ordenación de cuatro Antiguos Congregantes

La "Congre" cuenta con otros cuatro sacerdotes, que se ordenaron a fines del mes de Julio: los PP. Scheifler, Igartua, Amann y Ochoa.

¡Aquellos "corderotes" del P. Basterra son ahora pastores!

El presenciar las Sagradas Ordenes fué el principal motivo que nos impulsó a hacer la excursión a Oña. Pero quisimos que, además de revestir este matiz religioso, fueran días de expansión y alegría.

Todos los obstáculos que se presentaron fueron allanados y por fin logramos ultimar los preparativos.

Procuraré exponer, a continuación, las impresiones que he recogido en estos tres días.

Un viaje pintoresco

Sale el tren al mismo tiempo que una lluvia pertinaz nos despide de la Villa, no con los mejores augurios por nuestra parte.

Los expedicionarios somos únicamente seis, puesto que a última hora se han "rajado" varios. ¡Si hubiesen sabido éstos lo que allí les aguardaba, tal vez...! Pero, en fin, estamos suficientes y, además, se sumarán otros dos, Félix Bilbao y Rafa Andreu.

Cambiamos de tren en Miranda y no se hizo esperar mucho Calzada de Bureba, donde nos apeamos.

Resta aún la parte más interesante del viaje: cerca de 30 kilómetros, que los cubrimos (incluso los dos Padres que vienen con nosotros) en las "bicis" facturadas desde Bilbao.

El tiempo se torna propicio para la excursión ciclista, pues ligeras nubes cubren parcialmente el cielo y la temperatura es muy agradable. En cambio nos perjudica bastante un fuerte viento que se nos opone desde los primeros momentos.

Pero vencimos todas las dificultades y, capitaneados casi siempre por Mendibelzúa, "devoramos" los kilómetros cual consagrados ciclistas. ¡Había que vernos cómo (bajándonos de las bicicletas —esto no lo hace ni Trueba—) trepábamos las cuestas!

Rodamos "vertiginosamente", dejando atrás pueblos, extensos valles y montañas.

Poco antes de las seis llegamos a Oña, después de un viaje en el que, afortunadamente, no hubo un solo pinchazo ni otra avería semejante.

De las Ordenes a un baño en el Ebro

La primera tarde la dedicamos a ver el Monasterio, llamado de San Salvador, que, según me dijeron, fué fundado por D. Sancho, el último Conde de Castilla, en los albores del siglo XI.

Quisiera consignar aquí algo de lo que pasó ante mis ojos; y he dicho algo, porque ni lo recuerdo todo ni podría ponerlo en el Espasa.

Primeramente entramos en un patio interior de dimensiones colosales, en cuyo centro se alzaba una magnífica estatua del Sagrado Corazón: era el jardín del Filosofado.

Vimos, también, los claustros romano y gótico; este último data del siglo XV.

Más tarde pasamos a la huerta; pero ¡vaya huerta! Si no me lo dicen, creo que es un pueblo.

Había allí nada menos que catorce edificios: uno para los Filósofos, otro para los Teólogos, otro para el Catecismo, el de más allá para hacer el pan, el de más aquí para la central eléctrica, el otro para las vacas... Pero no termina aquí todo: dos tenis, un frontón, dos o tres campos de balón-mano, un lago de 80 metros, cuajado de truchas, sitios para descansar, etcétera.

Yo cada vez salía menos de mi asombro. Hasta que al fin lo comprendí todo, al enterarme que en el Monasterio se encontraban alrededor de 200 estudiantes Jesuitas.

Al día siguiente tuvieron lugar las Ordenes Sagradas, que las confirió el Excmo. Sr. Arzobispo de Burgos.

La solemnidad de las ceremonias, la exactitud con que eran ejecutadas y, sobre todo, el fervor que impregnaba aquel ambiente, contribuyeron a que resultasen realmente emocionantes.

¡Espectáculo maravilloso cuando el Excelentísimo Sr. Arzobispo confería el poder de consagrar la Hostia Santa y de perdonar los pecados!

Al llegar a esto se me para la pluma, porque no sabe expresar aquel acto en toda su sublimidad y magnificencia.

Solamente os recomiendo que lo veáis, pues no de otra forma sabréis lo que es este magno acontecimiento.

A media tarde montamos en las "bicis" y nos dirigimos al Ebro, que corre a pocos kilómetros de Oña.

En las aguas del famoso río tuvieron ocasión de lucir sus habilidades náuticas Diego, R. Arana y Mendibelzúa, que hizo gala de un estilo muy original. Concluido el baño, como aún sobraba tiempo, practicamos un poco de ciclismo.

Algo después de regresar al Monasterio llegaron Félix y R. Andreu, procedentes de Bilbao. Los dos venían provistos de máquina fotográfica y dispuestos, por tanto, a hacer de "repórter gráfico". En un principio temimos la competencia; pero no fué así "gracias" a que a uno de ellos se le veló (mejor dicho, le velaron) el rollo.

El día de San Ignacio

En este día fué cuando los nuevos sacerdotes celebraron su primera Misa y distribuyeron, también por vez primera, la Sagrada Comunión.

Algunos tuvieron la dicha de entregar el Cuerpo de Cristo a sus madres, que, emocionadas ante la potestad de sus hijos, lo recibían con lágrimas de regocijo. ¡Qué momentos aquellos...!

Al terminar la Santa Misa se formaban largas hileras para besar las manos que habían sido Trono de Nuestro Señor Jesucristo. En medio de tanta confusión de gente se derramaba por todas partes devoción y el más acendrado entusiasmo.

Llegó la hora de la comida. En el claustro gótico se hallaban colocadas las mesas para los nuevos sacerdotes y sus familiares. Nos "colamos" allí y de esta forma pudimos participar del banquete en honor a los Ordenados. ¡Qué menú, Dios mío! Más vale que no hablemos de esto...

A continuación se celebró en "Nazaret", lugar destinado al Catecismo, un acto literario-musical, conocido con el nombre de "Academia".

Toda ella se vió salpicada de un intenso humorismo.

En la parte musical intervino el afamado P. Otaño con dos de sus composiciones, que fueron interpretadas por un magnífico coro.

En resumen: una fiesta sumamente simpática.

No faltó tampoco tiempo para jugar al tenis.

Se ventilaron partidos interesantísimos. ¡Claro! No es de extrañar con la "categoría" de los jugadores.

¡Ya quisieran ver en Jolaseta las pelotas que salen fulminantes de una raqueta y van a dar... ¡oh desdicha!, a 200 metros del campo!

Organizamos también un campeonato de individuales; pero (¡viva la humildad!) los derroté, aplasté y vencí, y, desplegando un juego ultrainsuperable, logré ser campeón.

Nuestro "repórter gráfico", Félix Bilbao, sorprendió algunas escenas en el tenis y allí se puede observar el gran estilo... del fotógrafo.

Es una pena que se haya prolongado tanto esta relación. Así que no os puedo contar la vuelta a Bilbao, que fué como para escribir un nuevo tomo de las extravagantes aventuras de Julio Verne.

J. Arana, Congr.

BUEN  HUMOR

EN UNA RIFA

—¡Señores! Se sortea un magnífico reloj de pulsera. ¡¡Hay billetes!!

—Deme un ida y vuelta y otro coche-cama.

Doctor.—Podrá darle ya el medicamento. La primera cucharada le resultará repugnante, pero las demás casi agradables.

Señora.—Bien. Tiraremos la primera y tomará las demás.

ETIMOLOGIAS

—¿Por qué se llama así la "espada"?

—Porque "es-pa-dar".

—¿De dónde viene "González"?

—De su casa.

El maestro.—Muy bien, Mario. ¿Por qué el hombre es un animal racional?

El niño.—Porque se alimenta del raciona-miento.

EN EL RESTAURANTE

El camarero presente a un aldeano el menú:

—Aquí tiene usted la carta.

—¿Carta? ¿Cómo demonios enterarse han hecho del señas?

—¿Por qué estás riéndote tú solo?

—Porque me he contado un chiste que no sabía y me ha hecho mucha gracia.

Un borracho se encuentra enfermo, y el médico, después de examinarlo, dice:

—Esto es hidropesía. Aquí dentro hay agua.

—Es posible —dice el borracho—. Esos taberneros son unos canallas.

¿En qué se diferencia la provincia de Logroño a los trenes de Portugalete?

En que los trenes de Portugalete están en Bilbao cada media hora, y en la provincia de Logroño "Cala-horra".

—Yo jamás ronco.

—¿Y cómo lo sabes?

—¡Toma! Porque he estado sin dormir una noche para asegurarme.

¿En qué país del mundo hay más borrachos?

En Suiza, porque "está Berna".

El padre.—Si no estudias más te meteré de pinche. Tus estudios me cuestan mucho.

El hijo.—¡Y eso que soy de los que menos estudio, papá!

NOTA IMPORTANTE

Nos hemos visto precisados a omitir la publicación de Flores y Frutos durante estos tres meses de verano por las restricciones de energía eléctrica. Habiéndose comenzado a publicar la revista el año pasado en Octubre, quedan compensados los tres números de verano con los del último trimestre de 1944. De este modo las suscripciones comienzan a contarse desde 1.º de Enero de cada año.

Universidad de Deusto
Biblioteca



Nuestra 58.ª tanda de Ejercicios Espirituales cerrados en Loyola.
(Del 5 al 10 de Julio)

A la que siguió otra para mayores.
(Del 2 al 8 de Agosto)

HE AQUI ALGO DE LO QUE SENTIMOS AL TERMINAR LOS EJERCICIOS:

"Creí que me iban a costar más, pero con el auxilio de Dios y un poco de empeño han salido como una seda".

"Si de nuevo entrara ahora en Ejercicios iría sediento de gracia".

"Jamás he soñado con TODO ESTO. Un poquitín de generosidad y se me ha caído el CIELO encima. Estoy encantado".

"¿Qué es lo que se me ha hecho más duro en Ejercicios?—Precisamente, ahora mismo, en el momento de marchar, el dejarlos—Deseo más, más...".

"Me ha gustado sobre todo la paz que se siente en el alma, el silencio, las meditaciones, las letanías con los novicios, el orden y exactitud en todo".

"He solucionado perfectamente mis asuntos".
"He de hacer propaganda de los Ejercicios y, siempre que hagan algún asunto difícil en casa les diré que vayan a hacer Ejercicios.

FLORES Y FRUTOS

DE LA CONGREGACION DE LA INMACULADA Y S. ESTANISLAO DE KOSTK



AVE MARIA

BILBAO
Diciembre 1945.

Universidad de Deusto
Biblioteca



Calendario del mes de Noviembre

Distribución general

Cada día laborable:

Misa de Congregación, plática y Comunión a las 7,30.
Guardia de honor a la Santísima Virgen, de 7,30 a 8 de la noche en turnos de un cuarto de hora.
Instrucción Espiritual, a las 8,10 de la noche. Salida, a las 8,30.

Cada semana:

Lunes.—Academia de Catequistas, para jefes y subjefes de Centros, de 8,30 de la noche a 9,15.

Jueves.—Reunión de la Junta Directiva, a las 8,30.

Viernes.—Academias Literaria y de Sociología, de 8,15 a 9.

Sábado.—Confesiones, a las 7. Sabatina, a las 8,10. Reunión de Catequistas, de 8,30 a 9.

Domingo.—Acto de Congregación, de 8 a 8,45.
Catequesis en los pueblos.
Catequesis en el Salón de la Congregación para futuros Catequistas, de 10,15 a 11.
Velada recreativa, a las 7 de la tarde.
Bendición.
Academia de Misiones, a las 8,30.

Distribución especial

DIA DE LA INMACULADA

ACTO DE CONGREGACION y avisos en el Salón, a las 8.

GUARDIA DE HONOR a la Santísima Virgen. Cada Congregante o Aspirante hará su turno de Guardia de Honor ante la imagen de la Santísima Virgen, durante 15 minutos en el orden que se indicará.

FESTEJOS EN EL PATIO DE LA CONGREGACION, de 10,30 a 11,30.

SOLEMNE ADMISION DE NUEVOS CONGREGANTES, a las 12, en la iglesia de la Residencia, a la que asistirán todos los Congregantes.

VELADA RECREATIVA, a las 7, en obsequio a los nuevos Congregantes.

SABATINA SOLEMNE con exposición del Santísimo, a las 8,15.

El próximo número de Flores y Frutos, *que esperamos salga para Navidad, anunciará la distribución especial de este tiempo.*

EPOCA II :-: Núm. 11 — 8 DICIEMBRE 1945

FLORES y FRUTOS

de la Congregación de la Inmaculada Virgen María y San Estanislao de Kostka :-: BILBAO Paz, 2.

¿Te gusta ser Congregante?

Hoy el artículo de fondo lo van a hacer quienes un día respondieron a esta pregunta hecha en un concurso.
¡A leer y a pensar...!

Es lo que más amo en el mundo.

«La Congregación es lo que más amo en el mundo, después de lo más sagrado. Es otro hogar para mí.

No conozco medio mejor para educar y encauzar la juventud a la santidad. Es un hogar la Congregación en el que entran los jóvenes, algunas veces perdidos, aunque por fuera no lo parezcan, y salen convertidos en ángeles. (Esto lo he experimentado yo).

La providencia Paternal de Dios me llevó a ella casi por milagro. Aquel día lo recuerdo y celebro con gratitud como uno de los más felices e importantes de mi vida. Fué en una fiesta de María. Tenía sed de felicidad y bienestar hacía mucho tiempo y desde que entré soy feliz».

Refugio seguro y gustoso.

«¿Que si me gusta ser Congregante?

Un día me invitaron a dejar de serlo y contesté que no, que yo no dejaba la "Congre".

¿Por qué? Es que en la Congregación encuentro un refugio seguro y gustoso para ser bueno, apartarme de malos compañeros, no ir a la Gran Vía por las noches, ni al cine. Así, por ejemplo, cuando salgo del partido los domingos, los amigos me invitan a ir con ellos al cine o la Gran Vía, pero yo les digo que voy a la "Congre" y, como saben que esa es mi obligación, me dejan en paz».

Jardín de la Virgen.

«Si que me gusta ser Congregante. La razón es que la Congregación es como un jardín de la Virgen que huele siempre a buen perfume de pureza angelical».

La Congregación me ha formado.

«Me gusta muchísimo la Congregación, ya que me ha formado y, en cuanto a religión, entiendo uno de los que más de mi clase».

Para no ser un calavera.

«¿Qué hubiera sido de mí si no hubiera entrado en la Congregación? Pues dado mi carácter, no creo que hubiera tardado en ser un calavera. Pero en la "Congre" hallo medios para aguantar el chaparrón de sensualidad que lo inunda todo y encuentro los mejores amigos con quienes puede uno identificar sus pensamientos, siendo esto una fuente de felicidad».

Forja de voluntades.

«La principal razón que tengo para ser Congregante es que veo que la Congregación me hace mucho bien, pues me forma muy bien la voluntad y esto me hará mucho bien cuando sea mayor».

Me acerca a Jesús.

«Me gusta mucho ser Congregante porque quiero estar consagrado a la Virgen Santísima y, así, la Congregación me acerca más a Jesús».

Para no ser un podrido.

«Me gusta ser Congregante, porque con la asistencia asidua a la Congregación me es más fácil vencer las tentaciones, principalmente las que van contra la pureza, ya que se respira en la Congregación un ambiente muy delicado y no el podrido de mis compañeros de clase».

Encuentro buenos amigos.

«Da gusto salir con Congregantes. El ambiente de virtud y sacrificio que te rodea hace que tú, aunque sea por no ser menos, también te portes bien».

Así vivo siempre en gracia de Dios.

«Sí, gracias a Dios tengo la dicha de ser Congregante y es una de las cosas que más me gusta.—¿Por qué?—Porque gracias a la "Congre" vivo siempre en gracia de Dios».

Ya lo has leído; ahora piensa... ¿qué razones de estas te mueven a ti para ser buen Congregante?

¡Animo y a serlo de veras!

C. del R. Congr.



CONSIGNA del mes

Ser apóstol desde ahora

Tienes que pensar en el mañana. Es tu obligación. Para eso estudias; para eso trabajas. Todos te lo dicen: Eres joven. Tienes tiempo. Todos te preguntan: ¿Qué carrera te gusta? ¿Qué oficio vas a aprender?

Es verdad. Tu principal misión es el formarte para el día de mañana. Pero no lo olvides. YA TIENES UNA MISION DESDE AHORA. Ya hoy debes hacer algo para hoy. Debes ganar; no sólo gastar. Vivir la juventud, no sólo pasarla.

Esto no lo podrás realizar en el campo material. ¡Hay que saber tanto para todo...! ¡Hace falta estudiar tantos años para poder ejercer el más sencillo oficio...!

En el mundo espiritual es otra cosa. Ahí encontrarás un oficio para cuya realización no necesitas examinarte, ni sacar el grado de bachiller, ni siquiera pasarte esas horas tan largas de estudio.

Este oficio es ser apóstol.

Viviendo tu vida puedes ganar muchas almas para Jesucristo. Cumpliendo con tus deberes de congregante extiendes el reinado del Corazón de Jesús en el mundo; arrancas de las garras de Satanás tal vez millares de almas.

Fíjate bien. Es tu oficio de ahora.

SER APOSTOL CON EL EJEMPLO DENTRO DE LA CONGREGACION. Modelo en todo. Sin respeto humano. Campeón en todo. A batir el record. Es el apostolado más eficaz. Cuando todos quieren ser muy buenos, es mucho más fácil serlo. Así elevarás de nivel el ambiente. Así influirás en las almas selectas de los congregantes, haciendo que los buenos sean mejores. Es trabajar en oro puro. ¡Qué apostolado más hermoso! ¡Qué vida más fecunda!

APOSTOL CON EL EJEMPLO FUERA DE LA CONGREGACION. Que las mamás de tus compañeros de oficina, de colegio, de tus vecinos les repitan la eterna cantinela: Mira ESE CONGREGANTE: Así tienes que ser tú. ¡Qué vergüenza sería para un congregante que su madre le tuviera que poner como modelo uno no congregante...!

APOSTOL DE LA ORACION. Tu oración ha de ser la oración de un apóstol. Tu oración se ha de convertir, en virtud de los

méritos de Jesucristo, en un torrente de gracias para los jóvenes necesitados. Con tu oración has de bombardear los cines. Con tu oración el joven que se encuentra en atroces luchas ha de encontrar el refuerzo que le contenga.

¿Te cuesta sacrificar un momento de juego para hacer una visita al AMO DE LA CONGREGACION? Piensa que de ese momento de oración puede depender la pureza de un joven.

¡APOSTOL DEL SACRIFICIO. ¡Hay que reparar tanto...! Es el oficio que el Sagrado Corazón de Jesús ha reservado a sus almas predilectas... A TI.

La vida de un joven es un zarzal de espinas. ¡Tienes que hacer tantas cosas que te cuestan tanto...! ¡Habrá momentos en que sentirás tantos tirones...! Tienes una mina inagotable. Para ser apóstol no es necesario sufrir más. Basta entregar al Sagrado Corazón eso que sufres. El lo convertirá en gracias. Te cuesta el dejar las sábanas en estas noches frías de Diciembre... Ofrece ese salto por el Papa, por los congregantes remolones... Verás qué contento será el dulce abrazo con el Señor en la comunión.

APOSTOL DE ACCION enseñando el catecismo, visitando los enfermos, cortando conversaciones inconvenientes, ayudando a tus compañeros...

Ser apóstol SUPONE MUCHOS SACRIFICIOS pequeños y grandes. Un egoísta, un comodón, no pueden serlo. Así el pensar en los demás ayuda a tu misma formación. Será un estímulo que te moverá a quitar defectos, a realizar empresas que no las ejecutarías si pensaras sólo en ti.

Pero el ser apóstol INCLUYE GRANDES ALEGRIAS, INCREIBLES GOCES.

Un congregante apóstol ha encontrado el sol que ilumina su vida.

Un congregante apóstol multiplica su potencialidad.

Un congregante apóstol hace fecundos todos los minutos de su vida.

Y sobre todo no lo olvides: Un congregante no apóstol es un contrasentido. El alma de la Congregación es el apostolado.

En este mes de Diciembre aspira ser otro San Francisco Javier. Haz este obsequio a la Inmaculada, que es la Reina de los Apóstoles, que será tanto más Reina tuya cuanto más apóstol seas.

IGNACIO IPARRAGUIRRE, S. I.
Antiguo Congregante.

PALABRAS RECIENTES DEL PAPA

"Vivir la vida del Apostolado de la Oración, es vivir una vida de amor, de mutua caridad, de oración común que hermana los espíritus de devoción a aquel Corazón que es todo mansedumbre y misericordia, de celo apostólico que quiere ganar a todos para Cristo, pero especialmente a los hermanos extraviados".

El Apostolado de la Oración está establecido en esta Congregación desde el 20 de Noviembre de 1921.

Por eso, el Papa ha hablado ahora, también para ti, Congregante, que debes ser todo oídos a las órdenes del Vicario de Cristo.

¡VIVE LA VIDA DEL APOSTOLADO DE LA ORACION!

Eso, NO

Hace pocos días, día de invierno, mi amigo me propuso que faltásemos a clase y fuéramos a jugar a las cartas a cierto sitio. No quise aceptar la propuesta, y le añadí con libertad que si fuese, perdería el tiempo y el dinero y engañaría a mis padres. No contento con esto, al ver que recibía bien mi advertencia, le conté el ejemplo siguiente, que hacía pocos días lo había leído en una revista.

Hallábase encerrado en la cárcel el Beato Tomás Moro, gran Canciller de Inglaterra, por el sólo delito de no querer obedecer los decretos impíos de Enrique VIII, contrarios a las Leyes de la Iglesia.

—¡No, eso no!; decía Tomás, no lo haré jamás.

—Pues permanecerás en esos cepos, le decían sus amigos, perderás tus puestos, tus riquezas, tu mujer, tus hijos, la misma vida.

—¡Qué!, respondía a esto Tomás, piérdalo todo enhorabuena, con tal que yo no pierda a Dios.

Viendo el rey que nadie convencía al preso, envió a su mujer a la cárcel para conquistar aquel corazón tan fuerte.

Preséntase ella al efecto, con el semblante lleno de tristeza, descompuesto el cabello, derramando abundantes lágrimas y con sus dos hijitos en sus brazos; se le acerca y le dice: ¿Hasta cuándo, Tomás, tendrás valor para ver a tu esposa y a tus hijos en tan deplorable estado? ¿Consentirás en que estemos sin rentas, sin pan y sin albergue? ¡Ten piedad de ti, y de mí y de tus tiernos hijitos! Consiente, te ruego; con un acto de condescendencia remedias tus males y los nuestros! ¡Hijos míos arrojaos a los pies de vuestro padre, preguntadle si os quiere ver morir de hambre!

Tomás, que no tenía el corazón de bronce, se enterneció, y conteniendo la emoción, le dice: ¡Dime, Luisa, ¿qué ventajas vamos a conseguir, dando yo gusto al Soberano y disgustando a Dios? ¿Por cuánto tiempo disfrutaremos las honras, riquezas y valimento del Rey? ¿Acaso veinte años? ¿Quieres que sean treinta? ¿Y por veinte o treinta años de vida en honra y comodidades, he de ofender yo a mi Dios? ¿He de renunciar a una eterna felicidad que me promete en el Cielo? ¿No es locura, Luisa, proponerme partidos tan desiguales? Piérdalo yo todo, y perdámoslo todo, para hallarlo todo en la eternidad".

Mi amigo quedó conmovido al oír este caso y me prometió no faltar más a sus obligaciones. Y ahora, cuando alguno de sus antiguos amigos le invita a cualquier diversión peligrosa, les dice con valor y sin vergüenza: ¡ESO, NO!; y piensa para sus adentros: pierda todas las diversiones, con tal que no pierda a Dios.

F. de T., Congr.



Un soldado de María

El "León XIII" navegaba con tiempo espléndido.

Un silencio profundo reinaba a bordo, alterado solamente por el isócrono movimiento de los potentes émbolos de la máquina que conducía a tantos jóvenes soldados a las lejanas playas filipinas, donde habían de hallar gloriosa muerte la mayoría de los bizarros expedicionarios.

Terminada que hubieron los jefes y oficiales la tertulia, el coronel, para no faltar a su antigua costumbre, inspeccionó detenidamente los soldados y la cubierta donde descansaban los pobres soldados.

Todo lo halló según dispone la Ordenanza; pero cuando iba a retirarse a su camarote, observó, gracias a los vivos destellos de una potente lámpara eléctrica, junto a la toldilla de popa, a un soldado que, de rodillas, oprimía amorosamente en la diestra una medalla, y con la otra sostenía un papel que al parecer, leía con devoción.

Movido por la novedad del caso, dirigióse nuestro coronel con paso cauteloso para sorprenderle en su obra. Una vez ante él, se detuvo, y al darse cuenta de su presencia, el soldado levantóse con precipitación, y cuadrándose marcialmente, hizo con la mano derecha un airoso saludo militar, mientras con la izquierda sostenía el papel y la medalla que pendía de una ancha cinta azul.

—¿Qué haces?, —le preguntó el jefe.

—Mi coronel, —respondió el soldado—, cumplo con mis deberes de Congregante.

—Vamos, ¡ya comprendo! eres devoto y tienes algo así como si fuera miedo.

—En cuanto a lo primero, mi coronel, no hago más que cumplir con lo que prometí al ingresar en la Congregación de no acostarme jamás sin rezar el acto de consagración a la Virgen y un Padre nuestro a mi patrono. Acerca de lo segundo, he de advertir a mi coronel que aún no hemos medido nuestras armas con los tagalos para que pueda decirse de Luis si tiene o deja de tener valor.

Perturbado y mohíno retiróse el coronel, dejando que el soldado continuara sus devociones.

La primera conversación que entablaron jefes y oficiales al siguiente día, versó sobre la aventura del **"soldado congregante"**, como se llamó en lo sucesivo a nuestro amigo, haciendo cada uno impertinentes comentarios que decían poco en favor de Luis. Todos, a partir de aquel momento, lo consideraron como el soldado más cobarde e inútil del regimiento.

Transcurrieron diez días. El trasatlántico fondeó en la bahía de Manila, desembarcando inmediatamente los expedicionarios.

Dividido el regimiento en secciones, la cuarta compañía, a la que pertenecía Luis, fué destinada a reforzar la guarnición de Santa Cruz de Malabón.

La insurrección tagala se hallaba entonces en su mayor apogeo, especialmente en los alrededores de Santa Cruz, en donde la partida que acaudillaba Rojas hacía estragos, hostigando continuamente a la plaza, la cual, por no disponer de fuerzas suficientes, no hacía otra cosa que mantenerse a la defensiva.

Los doscientos soldados que constituían su guarnición hallábanse reducidos a la mitad, por efecto de las bajas sufridas y la fiebre, que se había cebado en los cuerpos de aquellos infelices españoles.

Lo que se temía desde mucho tiempo acaeció el día 8 de Diciembre.

Después de tres horas de fuego nutridísimo, cuando ya no quedaban en Santa Cruz para defender la bandera más que veinte soldados españoles, y aun éstos heridos y maltrechos, entraron los insurrectos, saqueando y acuchillando cuanto hallaban al paso.

El pueblo era ya suyo y la bandera insurrecta ondeaba en la torre de la Iglesia de la Purísima Concepción, mientras la mayoría de aquellos malvados se entregaban en el interior del templo a toda clase de sacrilegios, profanaciones y robos.

A un grito de Rojas, toda aquella turba de foragidos le rodeó con gran algazara. El cabecilla, perverso instrumento de la Masonería, ordenó la profanación de la Imagen de la Madre de Dios entre los aplausos y alegría de sus infames admiradores. En aquel instante apareció en la puerta del templo un pelotón de veinte soldados españoles, a cuya cabeza marchaba un sargento, ostentando en su pecho la medalla de Congregante.

El aspecto de aquellos valientes era heróicamente bello: el traje hecho girones, ensangrentados sus cuerpos, el coraje pintado en sus rostros, y en sus pechos el deseo de vengar a la patria y a la Madre de Dios injuriada que les daba energías y valor sobrehumanos.

El sargento (que no era otro que Luis, el Congregante), desenvainó el machete, enardeció los ánimos de aquel pelotón de leones arengándoles bravamente, y después de besar con profunda emoción su medalla, lanzóse a la pelea al frente de sus soldados, pasando a degüello a todos los que con Rojas se disponían profanar la veneranda Imagen de la Santísima Virgen.

La hazaña de Luis infundió tanto miedo en la partida insurrecta, que ésta, perseguida por aquel puñado de valientes, huyó a la desbandada, dejando el pueblo de Santa Cruz en poder de los bizarros españoles.

Conseguido esto, dirigióse el sargento con sus soldados a la iglesia y, arrodillados a los pies de la Madre de Dios, diéronle las más cordiales gracias por haberles ofrecido ocasión de defender su Imagen Santísima de las profanaciones y escarnios de aquella partida de foragidos y conquistar la plaza perdida.

No terminó aquí la heroicidad del valeroso Congregante, sino que, aumentado su valor por la oración, una vez salido del templo, corrió con sus compañeros a perseguir a los insurrectos, logrando ponerlos en dispersión y escarmentarlos como merecían.

Y en el momento en que la bandera filipina era sustituída otra vez por la española, sonaron allá lejos los clarines de una columna que venía en auxilio de la plaza.

El jefe de la columna de socorro era aquel coronel de Luis, que, a bordo del León XIII, puso en duda el valor de nuestro héroe por el mero hecho de no desdeñarse de practicar los deberes del Congregante.

—Tu heroísmo excede a todo encomio, dijo el coronel entusiasmado, abrazando a Luis.

—Mi coronel, contestó éste con santa arrogancia y mostrándole la medalla que pendía de su heróico pecho: para defender a la Virgen y a la patria, nada da tanto valor como la oración, nada tanta seguridad como la medalla del Congregante.

—¡Verdad dices, valiente! —exclamó el coronel—, rindiéndose a la evidencia y abrazando de nuevo a Luis.

La heróica conducta de éste fué premiada con ascensos y condecoraciones; pero como para él no había condecoraciones de tanta estima como la medalla de Congregante, mereció que la Santísima Virgen lo quisiera para sí y lo llamara del mundo a la soledad para que día y noche se empleara en su bendito servicio.

Y desde su regreso a España, al servicio de María Inmaculada, estuvo cantando las alabanzas de su Divina Madre en una famosa Comunidad de Monjes Benedictinos.

A. M., Congr.

Universidad de Deusto Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

NUESTRAS ACADEMIAS

Academia de Sociología

No ha podido comenzar bajo mejores auspicios nuestra academia de Sociología. Bajo la dirección del P. Arriola, ya es una garantía de éxito. Nos reunimos una vez a la semana para ir tratando de un problema, que sin ser nuevo, ha alcanzado en nuestros tiempos proporciones insospechadas. Se trata nada menos que de la llamada Cuestión Social.

El primer día se desarrollaron temas generales. Como católicos, debemos preocuparnos de este problema que asola a millones de hermanos nuestros, que, como consecuencia de la carestía de la vida, están condenados a un modo de vivir impropio de personas. De ahí el endurecimiento de su corazón a todo lo que sea religión.

Como Congregantes, debemos ver en ellos el campo propicio para desarrollar nuestra tercera consigna: Ser defensores de la Iglesia de Jesucristo.

El problema no es de estos últimos tiempos. Ya en 1891 (el 15 de Mayo) el Papa León XIII, lanzó al mundo la maravillosa Encíclica "Rerum Novarum" "Sobre la condición de los obreros". Con una visión más que humana, va desarrollando en ella los problemas que ahora se agudizan, dándoles soluciones tajantes.

Y no sólo este documento aislado. En 15 de Mayo de 1931, el Papa Pío XI, con ocasión del cuadragésimo aniversario de la anterior, lanzaba la no menos admirable "Quadragésimo Anno" bajo el título "Sobre la restauración del orden social".

En ella el Papa pone las cartas boca arriba cuando examina la antitesis entre el Capital y el Trabajo llegando a decir nada menos que esto: **"Las riquezas de los pueblos, no las hace sino el trabajo de los obreros".**

El obrero—dice el Papa—debe ganar lo suficiente, no sólo para él, sino lo necesario para mantener a su familia. Aún más, debe ganar lo suficiente para mantenerse y poder ahorrar. Todavía llega el Papa más lejos: El obrero necesita divertirse. ¿Por qué se le va a negar este pequeño descanso agradable después de sus intensas jornadas de trabajo?

Como veis, en estas reuniones, tratamos temas tan importantes como interesantes. Su finalidad es formar en nosotros un perfecto conocimiento y una verdadera visión de estos problemas que a la Iglesia tanto preocupan, para que, si el día de mañana llegásemos a ocupar un puesto de responsabilidad en la sociedad, podamos discutir el derecho de nuestros hermanos, y hacer lo posible para que esas masas apartadas del seno de la Iglesia formen parte del rebaño que se cobija bajo la sombra patriarcal de Jesucristo. En una palabra, estudiamos la redención del proletariado.

José María Antoñana, Congr.

Academia de Misiones

Dirigidos por el R. P. Ramón Gaviña, Director de la revista "El Siglo de las Misiones", reanudamos desde el principio de curso nuestros estudios misionales.

Veinticinco Congregantes, distribuidos en cinco grupos, estudiamos los problemas misionales de otras tantas regiones del mundo: América, Africa, China, Japón y Oceanía.

Cada día le toca actuar a un grupo. Buscamos un tema misional de la región que corresponda y cada uno de los componentes del grupo lo estudia bajo distinto aspecto.

Nuestras fuentes de estudio son por lo general, la colección completa de la revista "El Siglo de las Misiones" y en el magnífico índice de esta revista, recientemente editado, encontramos un poderoso auxiliar para nuestros trabajos.

Deseamos vivamente que la situación anormal en la comunicación con las misiones, creada por la guerra, desaparezca pronto, para que nuestras cartas a las misiones y las de los misioneros den vitalidad actual a nuestra Academia.

J. Aizpuru, Congr.

EN ACCION

TEMPLANDO LAS ARMAS

Academia de Catequistas

Es una de las que semanalmente se celebran en la Congregación; asisten a ella todos los Jefes y Subjefes de nuestras 10 Catequesis. Así todos los lunes, a las 8,30 "en punto" y alrededor de 3 mesas enpalmadas—ya más clásicas que Homero—, empieza con una breve oración la Academia de Catequistas.

En primer lugar, se leen los "Partes" de las Catequesis del domingo anterior, el P. Director los consulta, a veces corrige, y a veces alaba con el consiguiente sonrojo de los aludidos, y siempre y a todos anima a seguir trabajando por la Catequesis.

Con la lectura de "Partes" se ponen de manifiesto dificultades y "pegas" que se solucionan en común, y "armas secretas" y procedimientos prácticos "patentados" de los cuales cada uno aprovecha los que puedan servir a su Catequesis.

A continuación se habla y comenta sobre un tema de organización. "De cómo urgir la asistencia de los niños" se trató en la última Academia.

Todos los asistentes exponen su opinión, y de la discusión razonable—elevada con amplia libertad parlamentaria—, se saca la conclusión que cada Jefe amoldará al caso particular de su Catequesis.

En tercer lugar se trata un punto de pedagogía: "El lenguaje de los niños" ha sido uno de los temas últimamente expuestos.

Finalmente, y cuando cada uno ha despachado ya todas sus "pegas", se levanta la sesión con un Avemaría.

Muchos días, ya en la puerta de la Congregación, continúan las discusiones y cambio de impresiones durante bastante tiempo... y es que todos nos sentimos un poco más "hechos" gracias a la Academia de Catequistas.

Fernando Gortázar, Congr.

Academia Literaria

Tratamos de dar cuenta de la feliz apertura de la Academia Literaria en el curso 1945-1946.

La pausada y cálida palabra del Director de la Academia, D. Andrés Mañaricúa, Pbro., caía sobre nosotros llenándonos de optimismo.

Fueron nuestros buenos deseos tan verdaderos, que cada uno de los que compusimos la reunión podíamos decir: estamos verdaderamente resueltos a ser apóstoles con la palabra y con la pluma.

* * *

Los que aún no pertenecéis a esta Academia, tal vez no os déis cuenta de la capital importancia que tiene lo que en ella se desarrolla. No se trata de jugar a escritores, ni tampoco se pretende ser escritores de veras.

Intentamos revelar con nuestra pluma todas aquellas evocaciones íntimas que siente el corazón, al contemplar algo bello, o al recordar algo pasado que fué motivo de profunda emoción para nosotros.

* * *

Además queremos aprender a hablar. Parece ridículo pero es así. Algunos, cuando llegada la ocasión de defender a la Iglesia Católica de algún error, parece que no saben hablar y es que no tienen ganas de defenderla; nosotros queremos aprender a hablar para defenderla valerosísimamente con la palabra y más con la pluma.

Más con la pluma, porque con la palabra sólo se podrán enterar un número determinado de personas, y con la pluma se puede esparcir la palabra por todo el mundo. Los Congregantes son defensores de la Iglesia Católica. La academia literaria puede ayudarnos para extender más y más el día de mañana el reinado de Jesucristo en la tierra.

Jesús Aguirrezábal, Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca



La voz del Amigo

La perla preciosa

DICE JESUS:

Asimismo es semejante el Reino de los Cielos a un hombre mercader que anda en busca de perlas preciosas.

Y habiendo dado con una perla preciosa, fué y vendió cuanto poseía y la compró.

(S. Mateo, XIII-45 y 46).

Demos un salto en el tiempo hasta los años de la vida del Hijo de Dios en la tierra y otro salto en el espacio hasta las mismas orillas del lago de Genesaret.

Estamos en Cafarnaum, la ciudad predilecta de Jesús. Las caravanas de Media y Persia, pasan por la orgullosa ciudad para llevar a los puertos de Tiro y Sidón todo lo más precioso en joyas de Oriente: diamantes, rubíes y zafiros de Ormuz bellísimamente tallados por las hábiles manos del lapidario; amatistas de puro color violado, esmeraldas, crisopacios relumbrantes de día como astros y apagados de noche, jaspes, ágatas y otra infinidad de piedras preciosas labradas en formas redondas, cuadradas, ovaladas, fusiformes, engarzadas en collares, brazaletes, bellísimamente perforadas y limpiamente pulimentadas. Y entre tanta joya no falta nunca la más preciosa entre las preciosas, la perla lúcida y transparente como si hubiese sido engendrada por gotas de rocío caídas al amanecer sobre las conchas abiertas en las orillas del mar.

Había en Cafarnaum un rico mercader en perlas que espiaba afanoso el paso de las caravanas de Oriente a Egipto.

Por su buena dicha y tras largos afanes, he aquí que un día, se halla nuestro mercader con la perla que él anhelaba, traída por una caravana del Mar Rojo. La ve, la contempla embelesado. Es grande, redonda, de clarísimo oriente, de incomparable lucidez, toda limpia, nacarada y argentada.

La vió y fuésele el corazón tras ella.

Quizá otros, poco entendidos, la miraban tan sólo con el pueril embeleso con que miran los niños las burbujas tornasoladas de jabón, pero él reconoce su valor, y en poseerla pone toda su fortuna y felicidad.

Simula al principio la cuidadosa indiferencia del que no quiere descubrir su intención; hace las primeras diligencias de algún convenio y contrato con el poseedor, a fin de que tal joya no vaya a parar a manos de otro, y él luego va y vende cuanto tiene y la compra.

Nada le cuesta de cuanto hace por obtenerla. Toda la aspiración y dicha del mercader se cifra en la adquisición y posesión de la perla, y la perla, por sí misma, representa para él, todo lo más hermoso y precioso que puede apetecer.

* * *

Perla es la gracia, que es el Reino de Dios en tu alma; perlas son las almas en gracia, pero perla la más preciosa escogida y preservada es María Inmaculada. El mercader enamorado de esta perla es Jesucristo, que da su vida por rescatarla.

¿Quieres poseer a María? ¿Tener su devoción?

En la Congregación hallarás esa perla preciosa.

¿Quieres que sea tuya? Véndelo todo y dalo todo por ella, todo para vivir plenamente la vida de Congregante consagrado a la Virgen.

Así serás feliz, más aún que aquel mercader de perlas preciosas.

C. E., Congr.



EL CAMPEONATO DE LA MISA DIARIA

Hablando con el campeón

Es sábado, y hoy, al llegar a la "Congre", hemos ido flechados a ver el cuadro del Campeonato.

—¡Otra vez el grupo de Fernando, Campeón!

—¡Si gana otra semana se lleva la copa en propiedad!

—¡No hay derecho, esto es una vergüenza!

—¿Vergüenza? ¿De quién?

—Nuestra, por no espabilarnos.

—Vamos a ver a Fernando.

* * *

—Oye, Fernando, ¿nos quieres decir qué has hecho para salir dos veces seguidas campeón?

—Toma, pues ¡trabajar!

—Bueno, explica. ¿Cuántos tienes en tu grupo?

—Tengo 15 y uno dispensado de venir, por enfermo; pero que vendrá en cuanto se ponga bueno.

—Enséñanos la lista.

—No hace falta, me los sé de memoria.

Y como si estuviera leyendo, Fernando nos echa la lista de los quince.

—Es el grupo más numeroso.

—Y por eso el más difícil. Pero el Padre va a igualar los grupos. Veremos entonces cómo os arregláis.

—Bien, y ¿tú, cómo te las arreglas?

—Muy fácil, empiezo yo por despegarme el primero de las sábanas, me levanto a las siete menos cuarto y a las siete ya estoy en la calle recorriendo las casas de los del grupo y tocando timbres.

En algún sitio tienes que tener cuidado, porque te sale la portera y se "pica".

Primero hay que dar un vistazo. Luego, como primera providencia, se dan tres timbrazos de diez segundos cada uno y se miran las ventanas para ver si tienen las luces encendidas. Si a los cinco minutos no notas señales de vida, se repiten los timbrazos.

Así, hasta que recorres la zona.

—¿Has visitado a alguna mamá?

—Sí, a la de F. y a otras les telefoneo.

—Y ¿qué te dicen?

—Que al chico le da por temporadas y que si el constipado, que si el niño está creciendo. Lo de siempre, ¡mimos!, porque si esperan a que el niño deje de crecer para mandarlo a Misa, llega a los 25 años. Pero, en fin, ese ya viene, porque el procedimiento del timbre, es formidable. En una casa me dijeron que no parece sino que todos se habían hecho Congregantes, porque se despierta hasta el gato.

—¿Qué tal te viene Z.?

—Ese se me ha dormido dos días. Claro, como se acuesta tarde... Ya les digo que a las diez y media tienen que estar en la cama.

—Oye, y ¿el pequeñito X, ya te viene?

—¿Ese? ¡Ese es un tío! Con ocho años te viene a Misa todos los días y además te llega pronto; luego va a casa a desayunar, que vive a diez minutos de la Congre, y a las nueve te entra en el Colegio que está a 25 minutos de su casa.

—Colosal, Fernando. Pero creo que te falta una cosa.

—¿Cuál?

—Rezar un Avemaría por cada uno de los del grupo, como nos lo encargó el Padre.

—Ya la rezo.

* * *

Cuando se rezan diez y seis Avemarías diarias por el grupo y se despierta el Jefe antes que nadie y se sacrifica por sus chicos, indudablemente se triunfa.

¡A tener imitadores!

E. C., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

¿Tienes tu medalla de Congregante?

Si no la tienes, adquiérela pronto en la Congregación, llévala siempre contigo y que por la noche, ella guarde tu sueño desde la cabecera de tu cama.





Los Congregantes que pertenezcan a las Congregaciones Marianas Confederadas en España, ganan INDULGENCIA PLENARIA, con el sólo hecho de llevar puesta la medalla visiblemente al recibir la Sagrada Comunión en cualquier iglesia o capilla.

También ganan siete años de indulgencias, si al entregarse al sueño tuvieran en la cabecera de su cama la medalla de la Congregación y, al menos, contritos de corazón, rezaren tres Avemarías.

Ganan también indulgencia plenaria los Congregantes que besaren o tocaren la medalla en el artículo de la muerte, habiendo confesado y comulgado o, al menos, pronunciando los nombres de Jesús y María teniendo contrición de corazón.

Los ruidos de la "Congre"

(Continuación)

Chirriiiuuuiiiuuuuuiiiii... ¿El rápido de Madrid que va a salir? Nada de eso. Simplemente la persiana que incomunica la Capilla con el resto del salón que está en funciones. Yo creo que un poco de aceite no le vendría mal. Aunque sea de almendra o de ricino.

Crraaag... Una de las patas de la mesa del Ping-Pong que se ha "descuajeringao". Es un ruido tan familiar en la Congregación, que no nos preocupamos en arreglarlo. ¿Para qué? ¿Cómo vamos a hacer desaparecer de la Congregación una cosa tan tradicional? Desde los tiempos del gimnasio creo que están rotas dichas patas. Pero Dios nos libre de arreglarlas. Se carcomerán por la polilla pero arreglarlas... ¡jamás!

Raaaaaaammmmmmm ¡plaf! Uno de los bancos del salón se ha caído al suelo, el pobre. Lo que pasa es que a los demonios de los chavales les ha dado por jugar al escondite por entre los bancos. No creo que haya ningún sitio para esconderse por allí. Sin embargo, algunos tienen un gran interés por los bancos. Pero esto no lo tengo en cuenta porque es corriente. Y es lo que me digo yo, hablando de cuenta-corriente, ¿quién no va a tener interés en el banco? ¡Perdón!

Rash, rash, rash, rash, raaaaaaaaaack, rack, ¡raaash! Menos mal que ya se ha abierto el telón del escenario, porque hay domingos que está movilizada toda la Junta en el proceso. Pero él dale que te pega que no se abre. Y no digamos nada para cerrarlo, porque esto es la batalla de Guadalete. Unos tiran por un lado, los otros por el otro, el de más aquí transmite órdenes: estira ahora, por ahí no, etc.; el de más allá esgrime un palo para deshacer el nudo que se ha formado en la cuerda... Y entretanto los actores sin saber lo que hacer. Bueno, pero esto no importa. Tantos días se sale al escenario sin saber lo que hacer... El remedio no lo veo ni con catalejos.

Clin, plan, plan, clin, clin... A los chavales les ha entrado la manía de tocar el piano por procedimientos inusitados. Llegan a él; se encorvan un poco, sacan un brazo, que a mí se me antoja de la largura de los de un caballo, pues me parece imposible que el brazo de un "crío" pueda llegar hasta las cuerdas por aquel camino tan largo y angosto; una vez verificada esta operación, pulsan las cuerdas y... nos hacen auditores de uno de los conciertos más originales de todos los tiempos. He oído que le van a poner una funda de tela. Lo que deberían hacer es blindar el piano.

Tac, tac, tac, pim... tac, tac, tac, tac, pim... En la Congregación hay dos máquinas de escribir; una buena y otra mala: la buena anda bien; y la mala... bueno de la mala... Hay domingos en que hago el "parte" de mi catequesis en esa máquina. Pues bien, aquello en vez de un parte parece el Código de Hamurabi traducido al vascuence.

Cote.

Universidad de Deusto
Biblioteca

BUEN HUMOR





—¡Camarero! He encontrado entre la comida un retazo de pantalón.
—¿Qué creía el señor, que iba a encontrar un pantalón entero en un cubierto de dos duros?

CHISTES

—Mamá, ¿por qué papá tiene la cabeza tan calva?
—Ah, hijito, porque tu papá es muy sabio.
—Y tú ¿por qué tienes tanto pelo?
—¡Anda chiquito, vete a jugar!

* * *

En el tribunal:
—¿Vió usted al acusado cuando disparó los tiros de revólver?
—Sí señor.
—¿A qué distancia se hallaba usted del agresor?
—Cuando disparó el primero, a cinco pasos.
—¿Y cuando disparó el segundo?
—¡Lo menos a kilómetro y medio, señor presidente!

* * *

—Dice la estadística que de cada tres nacimientos uno ocurre en China.
—¡Mentira! Yo tengo siete hijos y ninguno ha nacido en China.

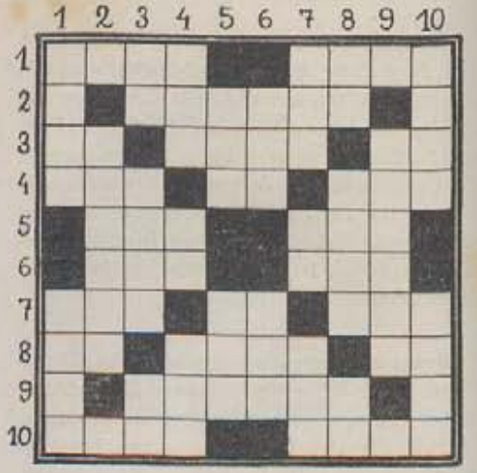
CONCURSO DE PASATIEMPOS

FLORES Y FRUTOS organiza un Concurso de Pasatiempos en el que podrán participar todos los Congregantes actuales.

El Concurso empieza con el Crucigrama del mes de Noviembre y concluirá con el corespondiente al número de Mayo.

Los premios prometen ser magníficos.

He aquí el primer Crucigrama que hay que entregar antes del día 31 de Diciembre en papel distinto al de la Revista:



HORIZONTALES: 1. Mueble. Vaso sanguíneo.—2. Representación o figura de algo. 3. Imperativo. Atreverse. Letra griega.—4. Fonéticamente, pueblo de la Rioja. Contracción. Ente.—5. Acto de marchar.—Artículo.—6. Nombre de varón. Agua en movimiento.—7. Pariente. Terminación. Marchaba.—8. Al revés, divinidad egipcia. Animales. Terminación.—9. Sustancias aceitosas.—10. Limpieza. Juntar.

VERTICALES: 1. Vivienda. Precio establecido por el Estado.—2. Fundar.—3. Nota. Fuerte aversión. Letra.—4. Principal. Al revés, nota. Presente de verbo.—5. Mango de recipiente. Personaje bíblico.—6. Letras de "águila". Ganado.—7. Ojear. Artículo. Condimento.—8. Preposición. Marché fuera. Adverbio.—9. En sentido figurado, era como el plomo.—10. Coger. Labrar.



Guardia de honor

Al llegar a la Congregación un letrero luminoso nos recuerda: **"Jesús espera tu visita"** y... entramos a saludarle.

Mal Congregante y mal hijo sería quien así no lo hiciera.

Pero esto no basta.

Mientras en el salón resuena la alegría bulliciosa y sana de almas en gracia, cinco voluntarios arrancan 10 minutos al juego para ponerlos a los pies de la Virgen.

Son 10 minutos de audiencia con la Reina del Cielo; 10 minutos de habla íntima, de corazón a corazón, con quien después de Jesús, más nos ama.

Así se ha establecido la "Guardia de honor" a la Virgen en esta novena que culmina con la Guardia continua el día de la Inmaculada.

Así seguirá en lo sucesivo para llevar a los pies de la Virgen todas las noches en la "Guardia de honor" el homenaje del amor de sus hijos.

Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

Flores y Frutos escogidos de 1945.

Siete vocaciones:

cinco a Loyola y dos al Seminario.



Jesucristo puso en ellos sus ojos divinos.

Mañana serán otros Cristos.

FLORES Y FRUTOS

DE LA CONGREGACION DE LA INMACULADA Y S. ESTANISLAO DE KOSTK



No se dejaba mirar,
envuelto en nubes y velos,
ahora en pajas y hielos
se deja ver y tocar:
como mira a los que son
la causa por quien suspira,
con unos ojuelos mira
que penetra el corazón.

Lope de Vega.

BILBAO
Diciembre 1945.

Universidad de Deusto
Biblioteca



Calendario del mes de Enero

Distribución general

Cada día laborable:

Misa de Congregación, plática y Comunión, a las 7,30.
Guardia de honor a la Santísima Virgen, de 7,30 a 8 de la noche en turnos de un cuarto de hora.
Instrucción Espiritual, a las 8,10 de la noche. Salida a las 8,30.

Cada semana:

Lunes.—Academia de Catequistas, para jefes y subjefes de Centros, de 8,30 de la noche a 9,15.
Jueves.—Reunión de la Junta Directiva, a las 8,30.
Viernes.—Academias Literaria y de Sociología, de 8,15 a 9.
Sábado.—Confesiones, a las 7. Sabatina, en la Residencia, a las 8,10 Reunión de Catequistas, de 8,30 a 9.
Domingo.—Acto de Congregación de 8 a 8,45.
Catequesis en los pueblos.
Catequesis en el Salón de la Congregación para futuros Catequistas, de 10,15 a 11.
Visita al Hospital de San Juan de Dios, a las 11.
Velada recreativa, a las 7 de la tarde. Bendición.
Academia de Misiones, a las 8,30.

Distribución especial

La Misa diaria, hasta el día de Reyes, es a las 8,30, obligatoria a todos los Congregantes.

Continúan los Campeonatos de juegos y el Campeonato de la Misa diaria.

1. ✠ Martes.—*La Circuncisión del Señor.* Misa, a las 9, en la Capilla de la Congregación.
   Velada recreativa, a las 7.
   Bendición solemne.
2. M.—Velada recreativa.
3. J.—Reunión de la Junta Directiva.
   Velada recreativa: *Juegos de prestidigitación.*
4. *Primer Viernes.*—Velada recreativa, a las 7: *Caza mayor,* en dos actos.
5. *Primer Sábado* del año.—Sabatina solemne *en Begoña,* a las 5 en punto, pero deben estar todos en el Santuario para las 5 menos cuarto.
   Confesiones, a las 6,30.
   Velada recreativa, a las 7,30.
   Asamblea general de Catequistas, a las 8,30.
6. ✠ Domingo.—*La Epifanía del Señor (Reyes).*
   Recogida de tabaco para los ancianos de las Hermanitas de los Pobres.
   Visita al Asilo de las Hermanitas de los Pobres, a las 11.
   Velada recreativa, a las 7: *La caja de caudales,* en dos actos.
   Bendición solemne.
7. L.—Se reanuda el Campeonato ordinario de la Misa diaria, a las 7,30.
   Prima de cinco puntos al Grupo Campeón en la Misa de hoy.
   Se reanuda la distribución ordinaria.
18. J.—Comienza el octavario por la unión de las Iglesias, que termina el día 25.

EPOCA II :-: Núm. 12 — 25 DICIEMBRE 1945

FLORES y FRUTOS

de la Congregación de la Inmaculada Virgen María y San Estanislao de Kostka :-: BILBAO Paz, 2.

Nuestro concurso de Navidades

El termómetro irá marcando temperaturas cada vez más bajas.

El invierno nos ha declarado la guerra y comenzará a atacar el fortín de nuestra vida: *La Misa, con su Plática y Comunión diarias.*

En la lucha arriesgamos nuestra riqueza espiritual.

Lo hemos recordado alguna vez: un día, el Vicario de Jesucristo, el actual Pío XII, tuvo la delicadeza paternal de dedicar unos momentos a esta Congregación y nos dijo que esa Misa, plática y Comunión diarias eran nuestro *"Tesoro"* y *"Que arraigue en nosotros el espíritu de sacrificio que sin él no valdríamos para nada el día de mañana."*

Defenderemos, pues, con valor nuestro Tesoro y el espíritu de sacrificio arraigará en nosotros con la lucha.

¡A las armas!

El concurso de estas Navidades versa sobre el valor educador de esta Misa, plática y Comunión diarias y la inconsistencia de las razones que se aducen para no asistir a ella.

Todos sin excepción Congregantes y Aspirantes, estudiarán la táctica del enemigo y opondrán a sus sinrazones las aceradas armas de la verdad. Esto es, todos harán y presentarán el *Concurso de Navidades.*

De este modo la santa Misa, plática y Comunión diarias seguirá siendo en la Congregación:

el recurso eficaz para crear en nosotros un ambiente reciamente cristiano;

el verdadero antídoto contra esta atmósfera de paganismo que nos asfixia;

el más enérgico reconstituyente de voluntades que desmayan en el cumplimiento del deber;

el sacrificio diario que templa caracteres;

y hasta el endurecimiento del cuerpo y robustecimiento de la salud con el madrugar y respirar el aire puro de la mañana.



CONSIGNA del mes

¡Alegría!

Os estoy viendo, queridos congregantes, correr y saltar con la sonrisa dibujada en vuestros labios y gozando a pleno pulmón de la libertad y diversiones de vacaciones.

Pero sedme francos: ¿Por qué os reís? ¿Por qué estáis contentos? ¿Por qué os divertís? ¿Porque habéis satisfecho todos vuestros deseos de libertad y de goce? ¿Sólo por eso?

Está bien, es un motivo para estar contento, pero ¡qué motivo más pequeño para un Congregante de la Virgen, en cuyo hermoso corazón bullen pensamientos de apóstol!

La vida sin alegría sería como el cielo en los días de tormenta, sombrío, triste, abrumador. La risa es un ejercicio excelente de higiene física y moral.

Por eso, querido Congregante, sonríe siempre y a todos por agradecimiento a los beneficios infinitos que has recibido de Dios. ¡Qué bueno ha sido El contigo! ¿Por qué no vas a estar alegre?

Sonreír siempre por la confianza que tengo en el Señor. El es mi Padre amoroso, y yo su hijo predilecto. ¿Por qué no voy a estar alegre?

Sonreír siempre por el amor que tengo a Dios. Yo le quiero con todo mi corazón. Yo quiero todo lo que El quiera. ¿Por qué no voy a estar alegre?

¡¡Alleluia!!

La sonrisa habitual hará de nosotros unos ángeles de carne y hueso, y la gente podrá decir al vernos pasar con nuestra sonrisa pura y simpática: "¡Así se deben reir los ángeles en el cielo!".

Procurar agradar, consolar, alegrar, dar, agradecer, ayudar. ¡Es tan bueno todo esto!

Tenemos que procurar que todos los que nos tratan sirvan a Dios con alegría de corazón, como nosotros. Ocuparse cada día en alegrar y hacer dichoso a alguien, ¡qué hermosa empresa! Así nos parecemos íntimamente a Dios. Esta fué la continua ocupación del Divino Maestro, Jesús.

¡Qué dulce es sembrar un poco de felicidad y alegría en torno nuestro, hacer felices a los que nos rodean! Acordaos que ser Congregante es ser Apóstol. Acordaos que una de las obras más hermosas es hacer amable la virtud; que hay palabras y sonrisas **"misioneras"...**

Por fin, sonreír siempre aun por agradar y ser simpático a los demás.

¿Queréis ser siempre bien recibidos? Acercaos sonriendo.

¿Queréis ganaros simpatías? Sonreiros siempre con esa sonrisa pura y atrayente fiel reflejo del cielo.

Para la santidad es necesaria la alegría. Nunca sois tan buenos como cuando estáis alegres.

Lo dice San Pablo: Hermanos míos queridísimos, alegraos siempre en el Señor. Una y otra vez os repito que viváis contentos y alegres.

¡Amén! ¡Alleluia!

E. M. de Laburu, S. J., y Ant. Congr.

¡ESO, NO!

Imitad a Gabriel García Moreno

—Ya estamos andando, tú tienes la palabra.

—¿Sabes lo que más me ha admirado en la vida que acabo de leer de García Moreno?; el temple de acero que le supo dar su padre, convirtiéndolo de niño tímido e indeciso, en hombre audaz que no reconocía peligros.

Rugía un día el huracán; ¿sabes lo que hizo su padre?; encerrar a su hijo, loco de terror, y dejarle solo, a la intemperie, en un balcón, para que se acostumbrase a los bramidos de la tormenta y al estampido del trueno.

Supo su padre otro día que un cadáver yacía en una habitación solitaria. La noche era oscura, y sólo fúnebres cirios iluminaban la triste escena. El niño, por una orden terminante de su padre tuvo que ir, pálido y desencajado de miedo, a encender una de las velas junto al difunto.

Si sacaban a la mesa alguna cosa que no le gustaba comer, era precisamente aquello lo que debía comer; y si no, no probaba otra cosa. Sus cristianísimos padres le animaban a que se negase a sí mismo muchos gustos; y por la noche le pedían cuenta de los vencimientos que, por obsequiar a la Virgen, había hecho. De esta forma el antes tímido y pusilánime niño iba cobrando virilidad, y con el negarse a sí mismo, adquiría fuerzas para saber contestar con un ¡ESO, NO! a cualquier atrevido.

En esto Gabriel quedó huérfano de padre y vió tronchados los vivísimos deseos que tenía de ilustrarse en el estudio. Pero, eso no importa, con su confianza en Dios y su voluntad de hierro, Gabriel consiguió ir a estudiar a la Universidad de Quito.

—Oye, y ¿cómo se las arregló para conservarse puro en aquella capital en medio de tánto joven corrompido y lejos de su madre?

—De una manera muy sencilla: aplicación tenaz al estudio y Comunión frecuente. En el estudio ocupaba casi todo el tiempo para no dejar al enemigo resquicio donde meterse. Con la Comunión y el amor a la Virgen, que le inculcó su madre, fortalecía su ya bien templada alma, para negarse a sí mismo y tener a raya a los demás; bastándole un ¡ESO, NO! para que el más atrevido callase en su presencia.

Llegaba su entusiasmo por el estudio al extremo que vas a ver.

A la noche, cuando todo el mundo se entregaba al sueño, velaba él a la luz de una pobre lámpara, encorvado sobre el libro, hasta que al fin, rendido de fatiga, quitaba de la cama mantas y colchón y vestido se acostaba sobre las tablas, para no dormir más tiempo que el que se había prefijado. Muy temprano volvía a sus queridos libros, y si, a pesar suyo, se le cerraban los ojos, se lavaba la cara o los pies con agua fría para despejar la cabeza.

Gracias a su constancia en el trabajo y a su intransigencia para lo malo, todos fijaron sus miradas en García Moreno. Llegó a ser alcalde de Quito, Rector de la Universidad, y hasta General en jefe del ejército; pues, llegado el caso, sabía montar a caballo, manejar la espada y cargar al frente de sus soldados contra los revolucionarios, para llevar la tranquilidad a su patria.

El pueblo, entusiasmado, le eligió para senador, y no tardó en llegar a ocupar la Presidencia de la República, para la cual fué reelegido otras dos veces.

Aquel hombre valiente practicaba el ¡ESO, NO! consigo mismo aun en la cumbre del poder. Trataba a su cuerpo como a una bestia de carga, destinada a ejecutar las órdenes del alma.

En estas penosas excursiones se contentaba por todo alimento con un poco de galleta, chocolate y algunos sorbos de café puro. Rara vez probaba el vino, jamás daba ni aceptaba un banquete. "Un jefe de Estado, decía, debe vivir para trabajar y no para engordar". Las más de las veces prefería a la cama, el duro suelo o una silla para dormir, pues, como él decía, "es preciso no hacer al cuerpo a malas costumbres".

¿Quieres saber el secreto para ser hombre de temple, que sirva para regir a otros el día de mañana? ¡Negarse, negarse, negarse! Saber decirse a sí mismo, y cuando haga falta también a otros, con valentía ¡ESO, NO!

F. T., Congr.



¡Felices Pascuas y Año Nuevo!

LA CONGREGACION DE LA INMACULADA Y SAN ESTANISLAO DE KOSTKA al mismo tiempo que desea a sus bienhechores y amigos Felices Pascuas de Navidad y Año Nuevo, quiere agradecerles en nombre del Divino Niño, la desinteresada y generosa ayuda que le prestan en la apostólica empresa de hacer de estos jóvenes y niños, tan queridos de la Santísima Virgen

cristianos de verdad.

Bendita eres entre todas las mujeres

Aquí empieza la segunda parte del Ave María.

La Iglesia ha asociado a las del ángel, las palabras con que Santa Isabel saludó inspirada por el Espíritu Santo a su prima la Virgen María, cuando ésta se le entraba por su casa de Ain-Karim.

Tejiendo estos dos ramilletes de alabanzas, ha logrado la Iglesia el saludo ideal a María, compuesto todo él de palabras celestiales, dichas bajo la acción inspiradora del Espíritu Santo y llenas por eso de significado denso y profundo, suficiente para proporcionarnos materia abundante de meditación.

Las palabras que hoy consideramos aparecen en las Biblias antiguas y también en muchos catecismos en boca del Arcángel San Gabriel. Pero si consultáis la magnífica Biblia en castellano publicada recientemente por la B. A. C. (Biblioteca de Autores Cristianos), veréis que esta frase ya no aparece en el saludo del Angel, sino sólo en el de Santa Isabel.

Por eso decía que aquí comienza la segunda parte del Ave María.

No os admiréis tampoco si os digo que las palabras **Bendita eres entre todas las mujeres** no son originales de Santa Isabel. Ella las dijo; pero no las inventó.

Los israelitas conocían casi de memoria la Biblia Sagrada; y en los momentos de entusiasmo y de fervor religioso prorrumpían en himnos, compuestos, como un mosaico, de frases escogidas de la Escritura y que ellos acomodaban al suceso presente. Así la Virgen Santísima entonó el canto del Magnificat, que es un retazo admirablemente compuesto de versículos esparcidos por todos los libros sagrados.

Así también la anciana Isabel, al contemplar delante de sí a la Madre del Mesías, recordó el canto de Débora que con acento triunfal exclamaba:

"*Bendita entre las mujeres,* Jahel"; y el júbilo de Betulia, que libertada por Judit de las garras de Holofernes, se desbordaba en alabanzas de la heroína por boca del príncipe Ozías: "*Bendita eres, hija sobre todas las mujeres de la tierra*".

Todo esto resonó en los oídos de Isabel, y pensó que a nadie como a María, la Madre del Salvador, podía aplicar mejor tales bendiciones.

Jahel mereció ser llamada por la profetisa Débora, bienaventurada entre todas las mujeres, por haber dado muerte a Sísara, enemigo del pueblo hebreo, y Judit fué digna de oír el estallido de las aclamaciones de un pueblo que pasó de las angustias de un aniquilamiento implacable a la seguridad de una vida libre.

Pero al fin, estas dos mujeres salvaron solamente al pueblo de Israel. María a todo el género humano.

Ellas vencieron a un enemigo que amenazaba con el cautiverio y la muerte temporal. María derrotó a un enemigo que tenía a todo el mundo cautivo con las cadenas del pecado y lo arrastraba irremisiblemente a un infierno eterno.

Las maldiciones que Eva atrajo sobre sí y sobre el género humano, María trocó en bendiciones. En Eva tuvo el linaje de Adán una madre, mas para la muerte; en María tenemos también una Madre, mas para la vida eterna.

Eva fué para todos fuente de perdición; María es para todos principio de salvación. "Una mujer, dice S. Agustín, nos dió a beber el veneno, y una mujer nos proporcionó el antídoto; por una mujer cayó el hombre, por una mujer fué levantado; por una mujer vino la muerte, y por una mujer volvió la vida".

Tal vez Santa Isabel no percibió todo este mundo de grandezas de su pariente. Pero no importa.

Nosotros, aleccionados por los Santos Padres y Teólogos, que durante veinte siglos han iluminado con su ciencia las verdades de la fe, podemos llamar a María **Bendita entre todas las mujeres** sabiendo todo lo que ello significa.

Bendita entre todas las mujeres porque ella ha sido el principio de regeneración de la mujer degradada en el paganismo; y porque ella es el ideal y modelo sublime de todas las mujeres de la tierra.

M. R. A., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca



Confianza

Era una noche de horrorosa tempestad la que a la sazón envolvía las abruptas sierras de Escocia.

En el recinto de miserable cabaña, perdida entre aquellas regiones del Septentrión, hallábase a punto de morir Patrick O'Connor, un pobre anciano de setenta y ocho años.

Kate, su esposa, no se apartaba del lecho del dolor, y a ratos con un pañuelo le enjugaba el sudor de la muerte, que ya humedecía sus sienes. En un rincón de la estancia, dos niñas de doce y catorce años, arrodilladas delante de una imagen de la Virgen, le rogaban conservase la vida al abuelo, y éste, reanimándose de cuando en cuando, abría los ojos, y con voz entrecortada decía a su mujer:

—Kate, ¿no ha llegado?

—Pero, Patrick de mi alma, ¿quién puede venir a estas horas y con un tiempo como éste? Ya me has hecho seis veces la misma pregunta. Mira, estás mal, aprovecha estos momentos y prepárate para morir encomendándote a Dios.

—Es imposible, no puedo morir, —replicaba el enfermo.

—Vamos, Patrick, deja esas ilusiones y prepárate para comparecer ante el tribunal de Dios.

—¿Ha llegado?

—Pero, hombre; con un tiempo como éste no puede llegar nadie aquí.

—Entonces es imposible, no puedo morir.

El enfermo volvió a cerrar los ojos. Fuera crecía en violencia la tempestad: la nieve caía más espesa, alcanzando en algunos puntos más de un metro de altura; los caminos estaban intransitables, y de un momento a otro parecía que el viento iba a derrumbar la cabaña.

Una ráfaga más fuerte, que penetró por la chimenea con un ruido de trueno, despertó al enfermo, el cual, echando una mirada alrededor de la cama, volvió a preguntar:

—¿Todavía no ha llegado? ¡Cuánto tarda en venir!

Esta vez Kate no contestó, porque le había parecido que alguien estaba llamando a la puerta...

—Será el viento—dijo—.

Pero al poco tiempo oyó otro golpe y una voz que decía:

—Abrid, buena gente.

Kate abre la puerta a un hombre de aspecto venerable y todo cubierto de nieve, quien penetrando en la choza y dejándose luego caer sobre un banco, exclamó:

—¡Gracias a Dios! Ya creía morirme.

Dejó en el suelo un bultito que llevaba, y sacudiendo la nieve de sus vestidos, siguió:

—¡Qué tiempo más espantoso...! Hace por lo menos veinte años que no se ha visto tempestad como ésta... Buena gente, si queréis dejarme pasar la noche en esta morada, haréis una obra de caridad, y Dios os lo recompensará.

Entre tanto, el enfermo abrió los ojos, y viendo aquella cara desconocida, dijo:

—¿Por fin, ha llegado?

—No, Patrick, no; éste es un viajero que busca abrigo hasta que pase la tempestad.

Al oír estas palabras el desconocido, se levantó, y enterándose de que había un enfermo, se acercó a la cama, y preguntó a Kate:

—¿Qué tiene?

—Mire usted, señor, y ésta es mi mayor pena; me ha preguntado siete u ocho veces si llega no sé quién; y porque no llega esa persona a quien se refiere, me contesta invariablemente que no puede morir; y mi pobre Patrick, que ha sido siempre tan buen cristiano, se va a morir como un perro. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Y rompió a llorar.

El viajero observó entonces detenidamente la cara del enfermo, y viendo todos los síntomas de una muerte inminente, le dijo:

—Amigo, entiendo algo de medicina, y me parece que está Vd. bastante mal: sería prudente que hiciera lo que dice su mujer.

—Es imposible, señor, no puedo morir.

—¿Y por qué es imposible?

Patrick, animándose un poco, dijo al viajero:

—Señor, tengo miedo de que vuestra gracia no me comprenda.

—¿Por qué?

—¿Vd. es católico?

—Sí.

—¡Ah! Entonces puede Vd. entenderme. Hice mi Primera Comunión en Londres, cuando tenía 14 años de edad. Mi confesor, el P. Juan Stone, me preparó para este gran acto, que cumplí con el mayor fervor de mi alma. Antes de acercarme al altar, me dijo que pidiera a Dios una gracia, asegurándome que serían atendidas mis súplicas con tal que fueran para mayor provecho de mi alma. Yo era entonces todavía un niño y no comprendía bien todo el alcance de sus palabras; pero el P. Juan, viéndome indeciso, me dijo textualmente:

—"Mira, Patrick, se acercan para Inglaterra días de luto y de persecución; nosotros, sacerdotes y religiosos, tendremos que huir y escondernos, porque se nos buscará para llevarnos al cadalso. Pide a Dios que no te deje morir sin que tengas a la cabeza de tu cama un Ministro del Señor para que te ayude a morir santamente. Toma esta Imagen de la Virgen de la Consolación; guárdala cuidadosamente, y no dejes pasar un día sin pedir a Dios, por intercesión de la Virgen, que te conceda esta gracia. Si eres fiel a mis consejos, Dios te escuchará..."

—Señor, la imagen que me regaló el P. Juan el día de mi Primera Comunión, la puede ver Vd. ahí enfrente de mi cama, delante de la cual están arrodilladas esas dos niñas... Han pasado sesenta y cuatro años, y se lo digo a Vd. con toda sinceridad, no me he acostado una sola vez sin cumplir el consejo de mi confesor; sesenta y cuatro años he pedido a Dios esta gracia, y ¿cree Vd. que me va a dejar morir sin tener aquí un sacerdote católico? No, señor, no; no puedo morir.

El viajero escuchó emocionadísimo toda la narración de Patrick, y cuando hubo terminado, le dijo:

—¡Oye, amigo mío! Dios no abandona jamás a los que esperan en El. Yo no tenía intención de detenerme en este lugar; negocios urgentísimos reclamaban mi presencia en Aberdeen; pero la tormenta me obligó a buscar un refugio en tu casa. Yo soy sacerdote..., y aún más que sacerdote.

Y desabrochándose su levita y enseñándole la cruz pectoral que llevaba escondida:

—Yo soy Obispo—le dijo—, y Dios ha enviado esta tempestad para obligarme a buscar refugio aquí y ayudarte a bien morir. Te voy a confesar y, como llevo conmigo lo necesario para celebrar la Misa, podrás recibir también el Pan de los Angeles en premio de tu fe y de la confianza en la Virgen.

—¡Ahora sí que creo que voy a morir!—dijo Patrick.

Se confesó, comulgó y murió como mueren los santos. Sus últimas palabras fueron:

—¡Gracias, Dios mío...! ¡Llegó...! ¡Llegó...! ¡Gracias...!

A. T., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca



La voz del Amigo

Mi asesor

A lo largo de mis estudios, negocios y trabajos, me he encontrado en muchas ocasiones incapaz de entender alguna lección, o de determinarme en la elección de un camino, o de resolver cuestiones que con frecuencia se presentan llenas de dificultades.

Y yo os aseguro que hace tiempo encontré al asesor que me convenía y a quien, Dios mediante, jamás dejaré de consultarle; porque no se me ha dado ocasión en que, habiendo acudido a él, me haya dejado sin desenredar el entuerto.

Este consultor posee un caudal de conocimientos, una capacidad de trabajo y una organización tales, que no hay materia que no domine, hora en que no atienda, ni consulta que no despache en el acto.

Se le puede hablar desde cualquier punto, pues tiene establecida una red especial de comunicaciones para casos urgentes; pero sin duda es mucho más eficaz visitarle en cualquiera de las muchas sucursales que tiene abiertas, tanto en la capital como en la provincia.

No hay consultorio tan económico como el suyo: os parecerá un disparate, pero es lo cierto que no cobra cuotas ni honorarios; sin embargo no os sorprenda, puesto que se trata de un señor inmensamente rico, que se ha propuesto tener la mayor cantidad posible de amigos, con el solo fin de que le conozcan y reciban sus beneficios. ¿Cabe mayor ganga?

Yo hace tiempo soy su cliente y, no sé si por razón de antigüedad, observo que cada vez me ofrece mayor confianza, hasta el punto de que ya, sin tener muchas veces intención de pedirle consejo, voy siempre que puedo a visitarle y pasamos los más hermosos ratos de charla. No puedo pasar sin ello.

La Casa es muy antigua. Data del tiempo de los romanos, en que se estableció la central y hoy tiene sucursales en casi todo el mundo. Figuraos si estará acreditada.

Pero no penséis que soy un comisionista. Os habla un amigo, lleno de experiencia. Yo también soy Congregante desde hace unos treinta años y por aquel entonces hice las primeras visitas al asesor de quien os hablo y a quien me recomendó nuestro inolvidable Padre Basterra. Por cierto que hace poco fui a visitarle en Loyola y hablábamos de estas cosas, con gran satisfacción de ambos.

Pues bien: mi asesor es Jesús, y su oficina el Sagrario.

L. G. P., ant. Congr.



ECOS DE NUESTROS CATECISMOS

El tiempo es oro

Así dicen los ingleses. En efecto: con el tiempo buscan oro. Tienen razón, pero nosotros decimos más: "El tiempo es cielo".

Hay que aprovechar el tiempo. Hay que aprovecharlo en las Catequesis. Y ¿cómo?

Cada maestrito tiene su librito, dice el refrán. Nosotros también lo tenemos. Helo ahí.

Antes de la Catequesis.—Llegar nosotros al pueblo y rodearnos los niños llenos de alborozo es todo uno. Cada niño busca al SUYO, su Catequista. ¡Hace una semana que no le ha visto! Es, por tanto, nuestra primera preocupación saludar a los niños que encontramos en la calle o que nos esperan.

Y más. Los diez primeros minutos los destinamos a recorrer las calles del pueblo acompañados de un buen pelotón de niños. De ello se obtienen dos importantes ventajas: una, que los niños vagabundos, a quienes la calle entretiene demasiado, se unen a nuestras filas, y otra, que, como a la algazara de los niños, acuden curiosas las miradas de las madres, nos hacemos familiares a sus ojos.

Después visitamos al Santísimo en la Iglesia convencidos de que "ni el que siembra, ni el que riega es nada, sino Dios quien da el incremento". Así damos ejemplo a nuestros niños para que se den cuenta de que la religión hay que vivirla.

Se arreglan los bancos; se reparte el material de organización (carpetas, etc.), y nos reunimos en una pequeña sesión de catequistas en la que, con el reglamento de nuestras catequesis en la mano, anotamos defectos que hay que corregir y cosas buenas que fomentar. Por fin, repasamos la lección que vamos a explicar con la sinopsis que nos dieron en la explicación del sábado y... empieza la Catequesis.

Cosas de niños

Un catecismo más grande. Un niño a su Catequista: José M.ª, me ha dicho mi madre que me des un Catecismo más grande para que aprenda más, aunque le cueste más dinero.

—Toma, simpático: el Niño Jesús te lo regala.

No quiero decir más palabrotas. Un niño de nueve años que con sus blasfemias tenía asustado al pueblo, vino el otro día a la Catequesis, y me dijo: "Ya no quiero decir más palabrotas". Asiste todos los domingos y está animadísimo a cumplir su promesa.

Yo quería que tenga ocho años. Les explico la vida de Nuestro Señor Jesucristo y cuando llego a decirles que Jesús tenía 30 años al empezar a predicar, un niño me dice muy compungido:

—"¿Jesús tuvo 30 años? Yo quería que siempre tenga ocho años."

Rectitud de intención. Llora un niño en la Catequesis; le pregunto por qué llora y me responde: "Porque me dicen que vengo a la Catequesis por los premios, y eso es mentira, que yo vengo para aprender a ser bueno."

¿Cuál es el séptimo mandamiento? El niño: ¿El séptimo mandamiento? Pues, no untar.

—No está del todo mal, ¿verdad?

El infanticidio. Dice un niño después de oir una explicación de la película "El Infanticidio":

—No sabes lo contento que estoy de no haber nacido por ahí porque igual mis padres me hubieran matado.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Mi Catequesis de Dos Caminos

Somos 13 Catequistas (bonito número). Salimos por un autobús de Basauri, a las 10, o por el tren del Norte a las 10'15, ya que el **"trole"** lo hemos despreciado por informal.

Es la Catequesis más "joven", pues comenzamos a actuar en ella el año pasado, bajo la dirección de D. Leonardo, Coadjutor de la Parroquia, y su estrecha y fraternal colaboración con los jóvenes de Acción Católica.

Damos la Catequesis en los locales del Colegio de San Viator y ocupamos un hermoso salón y dos clases cedidas por los Hermanos.

Contamos con 300 niños matriculados, y repartidos en 23 secciones, y de ellos concurren por término medio 200.

Lo mejor de la Catequesis es la asistencia de los niños. Veamos lo que dice de ellos uno de nuestros partes: "A pesar de la lluvia, apenas se ha notado la falta de asistencia por parte de los chicos. Hay mucha y buena **"madera"**; sólo hace falta un poco de celo por parte de los Catequistas".

Tenemos bien organizada la urgencia de asistencia por medio de los señores maestros, a quienes pasamos todos los lunes las listas de los niños que no han acudido a la Catequesis.

Entran por secciones cantando. Un niño precede a cada sección con su cartel indicador y detrás va el Catequista. Una vez colocados en sus bancos, se reza la oración inicial y comienza la Catequesis, que dura 45 minutos, al final de los cuales el Jefe hace la explicación general, da los avisos y rifa ropa o unas entradas de fútbol para San Mamés, pero lo que más les emociona son las entradas.

Y como a veces nos pasamos de la hora, tenemos que salir corriendo para coger el "trole" y llegar a Bilbao cerca de la una.

Para terminar, te pido que te acuerdes de esta nuestra Catequesis a los pies del Niño Jesús en estas Navidades, para que sepamos hacer de estos chavalitos unos niños semejantes a El.

Pablo M.ª Abans, Congr.

Nuestros grupos artísticos en las Catequesis

Los tres grupos artísticos de la Congregación están actuando estos días en las Catequesis llevando a nuestros niños horas de alegría. Así el grupo que dirige Ignacio Arriola ha representado el día 23 en Santa Agueda LOS CHALAOS y representará en Ugarte el día 6 EL PAVO ROBADO.

El grupo dirigido por Félix Movilla, representa en Alonsótegui, el día 25, ORLANDO EL FURIOSO y EL LIMPIACHIMENEAS.

El de Darío de la Puente da el día 28 a las Catequesis de Dos Caminos, Urbi y El Calero reunidas, LA NICOTINA.

Los jóvenes de Acción Católica completan el programa teatral de algunas Catequesis, mientras nuestras maquinitas de cine actúan en otras.

Espigando en los partes

Las Navidades en Repélega. Estamos haciendo un concurso de villancicos por grupos de Catequesis, para lo que se les ha impuesto uno obligado y otro de libre elección. El Sr. Cura les ensaya en la escuela o en la Catequesis.

Hacemos también un concurso de nacimientos dibujados por los chicos; y para los premios tenemos en cuenta el arte del trabajo y la edad del artista.

Uno de estos días viene el Sr. Cura a Bilbao con los más distinguidos de la Catequesis para ver nacimientos. Nosotros les saldremos a la estación y les acompañaremos.

La salvación de la Iglesia no está en los catecismos, sino en los catecismos bien organizados.



El campeonato de la Misa diaria

Sigue sostenido el vivo interés que ha despertado desde la primera semana este Campeonato.

Ganó la Copa semanal en las dos primeras semanas el grupo de Fernando, pero Nebreda se la arrebata en la tercera semana y la retiene en la cuarta. Nuevamente la consigue Fernando en la quinta semana. Sin embargo, los grupos de Aguirrezábal, Magra, Aizpuru, Abans, Movilla y Aldazábal luchan en pelotón de cabeza y los datos que damos a continuación darán sorpresas a más de uno.

Hablen los números:

El tanto por ciento global de asistencias por cada grupo al final de estas cinco semanas del Campeonato y la clasificación general es:

1.º	Aguirrezábal	84,88 %
2.º	Magra	82,06 %
3.º	Nebreda	80,98 %
4.º	Aizpuru	78,77 %
5.º	Fernando	78,48 %
6.º	Abans	75,16 %
7.º	Movilla	72,19 %
8.º	Aldazábal	70,49 %
9.º	Goyenechea	55,99 %
10.º	Urrutia	54,00 %
11.º	Asúa	52,50 %
12.º	Arriola	50,51 %
13.º	M. de Butrón	48,29 %
14.º	Antoñana	47,03 %
15.º	Aldecoa	46,83 %
16.º	Rubio	45,00 %
17.º	Baraínca	44,58 %
18.º	Pontes	42,81 %

Veremos el resultado de este Campeonato para la Copa le Navidad, que abre un paréntesis en el Campeonato general. Mientras tanto se reorganizarán los grupos, que quedarán aligerados de pesos muertos, a quienes se enviarán a tercera Categoría, como incorregibles.

¡Felicidades!

Congregantes que cumplen sus años en Enero:

Día 1.—Ernesto Ruiz Gázquez
Carmelo de Arregui Olábarri
" 2.—Pedro María Olavarría Delclaux
" 3.—Javier Jesús Ipiña y Azcúnaga
" 4.—Juan Domingo Toledo y Ugarte
" 6.—Alfredo Escauriaza Fernández
" 8.—Luis Iturbe Pinedo
" 10.—Ignacio Iceta Gómez
" 11.—Félix Movilla Hernández
José María Angulo Torróntegui
" 13.—Alberto Federico Wicke y Laca
Jesús Mojas Mauri
" 15.—Javier Zubiri Sánchez
" 16.—Enrique Jacob Verdes
Vicente Gros del Río

Día 16.—Alberto Urrutia Salanova
" 18.—Antonio Damborenea Terroba
" 19.—Juan Albizua Zabala
" 21.—Javier Urquiza Legórburu
" 23.—Juan José Aréchaga Bilbao
Eugenio Acero Camiruaga
" 25.—Manuel María Jaén Palacio
José Ignacio Ipiña Azcunaga
" 26.—Fernando Luis Portillo Irazábal
" 27.—Enrique Urquiza Legórburu
" 28.—Javier María Angulo Cortadi
" 30.—Jesús Iturbe Echeverría
" 31.—Pedro María Rubio del Río
Víctor Elordi Beascoechea

Universidad de Deusto
Biblioteca



La Caridad del Papa en Navidades

Nada más emocionante y bello que el reparto de aguinaldos hechos por Su Santidad en las anteriores Navidades a los niños refugiados en Roma con ocasión de los desastres de la guerra.

El Papa, por medio de la "Pontificia Comisión de Asistencia a los Prófugos", hizo distribuir 12.000 grandes paquetes, como regalo de Navidades, a los niños de las familias prófugas, residentes en todas las zonas de Roma.

Dos mil de esos pequeñines se reunieron en el magnífico salón de actos de la Universidad Gregoriana, los niños a un lado, las niñas a otro, dejando un pasillo en el centro. Como corona las pobres familias contemplando la dicha de sus hijitos de tres a diez años.

Su Santidad había prometido asistir a la distribución de los regalos, pero insistiendo que se guardase secreto, pues quería fuese en forma privadísima.

A las nueve en punto monseñor Traglia, Vicegerente del Cardenal Vicario de Roma, empezó la Santa Misa en un altar improvisado delante de la estatua del Redentor.

El artístico y devoto Nacimiento, tallado en madera, propiedad del Papa, presidía el acto, para que aquel Divino Niño, objeto de la piedad íntima del Padre Santo, lo fuese también para aquellos pequeñines y sus atribuladas familias.

Terminado el Santo Sacrificio, continuaron los villancicos, y, precisamente, cantaban los niños el "Tú ascendi dalle stelle...", "Tú desciendes de las estrellas", cuando el Sumo Pontífice, con su proverbial puntualidad, bajando del automóvil en el interior de la Universidad, era recibido por el M. R. P. Vicario, R. P. Rector y PP. Profesores, colocados en dos filas hasta la grande cristalera que da al salón de actos donde le esperaban los miembros principales de la Comisión.

Imaginaos al Papa, todo bondad, atravesando el aula, esplendente de luz, aclamado por las voces infantiles y por los corazones agradecidos de todos los presentes, hasta llegar junto a su Nacimiento, donde, sentado en una butaca blanca, pronunció un breve y conmovedor discursito de circunstancias. Con maravillosa sencillez les explicó el misterio del Dios-Niño, que tenían ante sus ojos:

Miradlo ahora —les decía—; *escuchad las palabras que os dice dulcemente en el fondo de vuestros corazones: "Queridos niños, mis pequeños hermanos, Yo bien sé lo que vosotros estáis sufriendo, es lo que Yo mismo sufrí, cuando nací en la cueva de Belén y mi amadísima Madre me puso en un pesebre. Mas esto lo quise Yo mismo, y lo quise porque os amo".*

Dada su Paternal bendición a los presentes y "*a todos los niños del mundo que sufren con vosotros, tal vez también más que vosotros*", se repitió en modo admirable aquella escena evangélica: "Dejad que los niños se acerquen a Mí", y comenzó la ordenada distribución de los paquetes, tan grandes, que una buena parte de niños no podía sostenerlo, y otros se tambaleaban, pero pronto venían en su ayuda los papás o parientes que les acompañaban. Cada paquete contenía: ropa blanca, vestido o trajecito, un juguete, un kilo de pastas, dos naranjas, pan dulce, un paquetito de sal (artículo raro para muchos), y una libra de chocolate, regalo personal del Papa; en cuyo corazón de Padre se debió sentir una emoción singular al oír la ingenua exclamación: "¡anche il cioccolato!", "¡También chocolate!", de un chiquitín que no salía de su estupor al saber que, dentro de aquel paquete también había chocolate.

Su Santidad no se contentaba con entregar personalmente el regalo, sino que sonreía a los pequeñuelos y les acariciaba, y hasta hablaba con ellos, más aún, en algún caso se hizo niño con los niños, como cuando habiendo preguntado —¿cuántos años tienes?— a un chiquitín, éste comenzó a preparar la respuesta contando con los dedos y el Padre Santo le ayudaba repitiendo con los suyos: "uno, due, tre", etc. Escenas semejantes se repitieron, dejando en el alma de todos una impresión indescriptible.

Después de media hora larga, el Sumo Pontífice dejaba la Universidad Gregoriana entre las aclamaciones de chicos y grandes, saludando, dando a besar su benéfica mano aun a los pequeñines que sus padres levantaban con los brazos.

¿No imitarás tú en estas Navidades la caridad del Papa?

(De la revista "IANUA COELI").



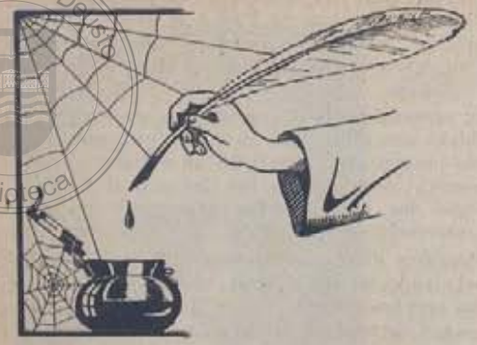
En estos días de Navidad, de alegría, de regalos, de mesa abundantemente provista para ti, acuérdate de las Navidades miserables, pobres y tristes de muchos millones de niños.

Estos niños son Jesús que vuelve a llorar en un mundo de abandono y de frío. Tú puedes consolar a Jesús.

¿Cómo? Imitando la caridad de algunos Congregantes que han entregado para los niños pobres de nuestras Catequesis ropas, juguetes y alimentos.

Despréndete también tú de algo.

Tu caridad será para el Niño Jesús la mejor canción de cuna.



Dicen los antiguos

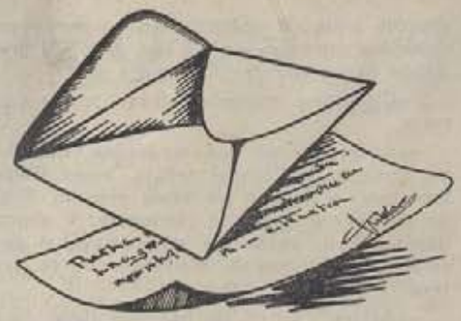
(*Trozos de la carta de un Congregante, hoy novicio en Loyola, al P. Director.*)

...Mi vocación, don inmenso cuyas primicias estoy palpando, se lo debo a la "Congre". No es de extrañar que sienta un cariño tan grande hacia la que ha orientado mi vida de una manera tan estupenda... El viaje lo realicé sin novedad. No se me olvidó el paraguas ni me pasó cosa alguna de este estilo... Me consolaba mucho pensando que estaba en vías de realizar lo que durante tanto y tanto tiempo había deseado. Con estos pensamientos plugo a Dios que no me entristeciera ni cogiera la tan temida "murria"... A las tres menos veinte de la tarde entré en el Noviciado. Me estaba esperando el H. Lejarza. Subí donde el P. Maestro y me apuntó en aquel momento. Una visita al P. Rector y luego a la huerta, donde estuve con el dicho Hermano hasta que bajaron los demás de la "Congre". Saludé a los ya Reverendos HH. Ezcurra, Aguirrezábal, Mendibelzúa y Campuzano, junto con los que el año pasado ingresaron. Después de una charla de hora y media me separé de ellos para empezar mi primerinado. Lo pasé formidable. Mi ángel fué el Hermano Cortina. Por fin, el día 10, después de un triduo estupendo que nos dió el P. Ayudante, alcancé mi sueño tan deseado. Por vez primera vestí la sotana de la Compañía. Mi gozo no se puede describir con palabras...

Pasaron los días velozmente y pronto llegó el 5 de Noviembre. Ejercicios Espirituales. Un mes de Ejercicios. ¡Qué gran don de Dios Nuestro Señor! Cuando esto escribo recuerdo los días pasados en trato íntimo con Jesús. Cuatro meditaciones diarias; cuatro horas dedicadas a pensar en las verdades eternas, en nuestra bajeza, en las finezas y amor infinito del dulcísimo Jesús para con nosotros. Y así un mes entero. Nunca me hubiera podido figurar que existiese un tesoro tan rico en los Santos Ejercicios. Recomiendo de Vd. a esos queridísimos Congregantes que se preparen bien a hacer los 4 ó 5 días de Ejercicios con toda su alma, para que saquen el fruto debido. Esto es lo más saliente de mi vida aquí. Feliz y contento como nunca lo hubiera esperado. Los días se me pasan como si fueran horas. Todos dedicados a servir a Jesucristo.

Gratitud de otro antiguo

Una vez más quiero hacer presente a esa "Congre" mi profundísimo agradecimiento por las enseñanzas recibidas y que son la brújula de la vida; ahora es cuando uno se da cuenta; la devoción a la Virgen es la clave de todo... y el único sedante para todas las calamidades; sin eso no hay nada.



Brindamos a las familias esta aleccionadora carta de un Antiguo Congregante, que invita a reflexionar.

Hace mucho tiempo que he estado pensando en escribirte, y siempre, por una u otra razón, lo he ido dejando; pero hoy, al recibir unos FLORES Y FRUTOS que me ha enviado ese buen "kostka" que se llama "Pachín", he revivido con su lectura los años que he pasado a la sombra de esa Casa junto contigo y con tantos y tan buenos amigos, y he tomado la decisión de que por este correo vayan unas líneas de saludo para ti, y para los que "nos siguen"... perpetuando lo que nosotros hicimos "siguiendo a otros"...

FLORES Y FRUTOS, en su nueva concepción, es algo "serio". Veo que habéis superado con mucho la labor de las Catequesis... Qué recuerdos, qué añoranzas al leer las críticas de las veladas, de los Ejercicios, de las Inspecciones de las Catequesis. Veo que los que vienen detrás vienen "pegando". Todo hará falta...

No puedes hacerte una idea del consuelo que me han dado esos dos ejemplares que han caído hoy en mis manos...

Los he leído y releído durante toda la tarde, e incluso he dado más de un "bocinazo" a los ordenanzas cuando han asomado a la puerta de mi despacho, para que no me molestaran en su lectura... He rejuvenecido un montón de años...

Veo que sigues "remachando". Haces bien. Si mi experiencia —corta, escasa— sirve de algo, te pido encarecidamente que "remaches" mucho, cuanto más mejor. Te escribo desde París, con esto está dicho todo. Llevo muchos años corriendo mundo —he tenido la suerte inefable de tener mi familia conmigo— y eso ha sido sin duda alguna un gran freno— y como puedes figurarte me ha tocado pasar por muchas cosas y sufrir incluso comienzos de crisis que hubieran podido ser fatales si no hubiera estado debidamente "remachado"... Cuanto más aprietes mejor, luego vendrán las tempestades que darán "holgura" a los "remaches" y harán que se "cuarteen" las "planchas".

No puedo menos de insistirte en la necesidad del "remacheo". En medio de la tragedia que hemos vivido, y que estamos aún viviendo y ante las perspectivas nada halagüeñas que se presentan, sólo hay una cosa que puede ser vislumbrada con esperanza, y ésa es la aplicación en la vida pública de las enseñanzas de Cristo, y para ello hay que estar bien "remachado". Y no olvidemos que esos que hoy juegan en el patio de la "Congre" serán dentro de unos años la "élite" de nuestro pueblo. Si ellos son cristianos, mucho estará adelantado en el camino de atraer el pueblo a Cristo.

Es consolador el ver que en los pueblos europeos que salen del cataclismo mundial desorientados, sin saber a dónde dirigirse, atraídos quizás por espejismos materialistas y propagandas interesadas, surge poco a poco, pero con firmeza, una luz que va convirtiéndose en faro potente y hace volver los ojos de la gente sana hacia ella: es el Cristianismo y las doctrinas políticas, sociales o económicas, en él basadas.

Este fenómeno lo podemos observar los que por aquí andamos mucho mejor quizás que desde ahí dentro: en Francia, en Italia, en Bélgica, en Inglaterra e incluso en U. S. A. los ojos se vuelven hacia Cristo en busca de la solución de los problemas que los hombres se confiesan incapaces de resolver.

Es posible que los futuros historiadores registren este hecho como una consecuencia de la segunda guerra mundial.

Pero para que estas promesas se conviertan en realidad es necesario que la juventud posea una formación a base de buenos "remaches".

X. X., ant. Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Una interviú con el reloj de la Congregación

Me venció la curiosidad. Su larga vida en la Congregación tenía que ser portadora de multitud de secretos y de confidencias que creí interesaría conocer.

Con esta idea, me fuí un día al escenario, cogí la escalera, la puse cerca del reloj y me encaramé sobre ella.

Abrí el reloj, y pregunté con curiosidad:

—¡Hola!, ¿qué hay?

—¡Cierra, que hace frío!

Fué la respuesta, que yo no esperaba oír. Me equivoqué; le creía paciente y reposado. Sin duda alguna estaba malhumorado.

—¿Qué te pasa, pues?

—Nada que a ti te interese.

Creí oportuno desviar la conversación y le espeté decidido:

—Es que quiero tener contigo una interviú; quiero que los Congregantes sepan de tus tristezas y alegrías y que les cuentes las impresiones sobre tu estancia en la Congregación.

Sus ojos se alegraron, el péndulo comenzó a oscilar rápidamente, y cuatro campanadas sonoras, me indicaron que estaba dispuesto a contestarme.

—Bien, pues—me dijo—pregunta lo que quieras.

—¿Cuánto tiempo llevas en la Congregación?

—Casi nada; conozco el Gimnasium y todo, ¿te acuerdas? ¡Qué tiempos aquellos!; entonces sí que yo andaba al minuto. Ahora es otra cosa. Ni se acuerdan de darme cuerda, ni me limpian...; no tengo más remedio que atrasarme; y para colmo tengo el "estómago" hecho un asco. Quieren que ande bien; sí, sí, no estoy ya para esos trotes.

Y el movimiento de su péndulo se torna triste y melancólico.

Tuve que levantarle el ánimo y le pregunté:

—Pero... ¿conservarás recuerdos felices, no?

—Ya lo creo. Conozco todo lo que ha sido y es la Congregación. Me acuerdo muy bien cuando Pacho tenía su feudo en el actual despacho del Padre, los tiempos de Durañona, Melo, etc. Ahora mismo, los domingos, cuando se reúnen todos los congregantes en la Capillita, me siento orgulloso de presidirlos con mi presencia. Cuando los congregantes vienen de las Catequesis... Aquella misa de gallo... ¡Ah!, y he visto todas las comedias que se han dado. El domingo es un día divertido para mí.

—Claro que también habrás tenido tus ratos...

—Calla; no me los recuerdes. Cuando me pusieron a Chopipi debajo, aquel Buda indecente: a aquello no había derecho. Fué un ultraje que nunca lo perdonaré. Y ahora que me han puesto ese gráfico... ¡Qué caramba!, son ganas de molestar, ¿no te parece?

—Así es... y oye, ¿te has roto algún día?

—El otro día cogí un catarro que me tuvo parado todo el día. Vino el Hermano para arreglarme, pero no pudo ser. A la noche me tomé una aspirina, y a la mañana siguiente, andaba como un reloj. Enfermedades graves no he tenido ninguna.

—¿Qué te parece la "Congre"?

—Espera. Déjame un momento que tengo que dar las cuatro y media. Ya está. ¿La Congre, dices? Hombre, está "chachi". Ahora que algún día se os mata algún chaval desde el trapecio o las paralelas, ¿eh? A veces no puedo reprimir un suspiro de preocupación.

—¿Estás contento?

¡Figúrate! Con esta nueva Capillita, doy las horas con más salero que un guardia con gabardina. Fíjate, y verás cómo me miran los congregantes al dar las horas durante la instrucción espiritual. Hoy mismo he estado viendo unas proyecciones en la conferencia que el Padre ha dado a las madres. ¡Qué bonitas! No las había visto nunca.

—Y como pregunta final: ¿Has visto FLORES Y FRUTOS?

—Eso sí que está "formi". Y el péndulo vuelve a correr con muestras de evidente satisfacción. A muchas de éstas—dice—, llego a las cinco en diez minutos.

—Bueno—le digo—, tengo que marcharme. Otro día me contarás más cosas.

—Y tanto que más cosas. Si supieras todo lo que sé...

Y mientras bajaba de la escalera, lanzó un profundo suspiro, dió una campanada lánguida..., y se paró.

Cote.

BUEN  HUMOR

LOS NOMBRES DE TODOS

Llegamos a un CASTILLO. Un PEON de confianza nos acompaña a visitar la exposición.

El CASTILLO por fuera era MALO, pero por dentro parecía el PALACIO de las CORTES.

En la PUERTA hay un busto de ZORRILLA y un cuadro al OLEA que PINTO GOYA.

El suelo de LASA-la era de BALDOR-a y había DIAZ cuadros, entre ellos PUENTES, RIOS, el NILO, y bodegones donde había un MELON.

Ciudades como TOLEDO, JAEN, ASUA, VILLANUEVA, BILBAO, AZPEITIA y AZCOITIA.

Cuadros de pesca I-CAZA, pinos I-PIÑAS.

El que más me impresionó fué un MONGE que ORAA-ba.

En un ANGULO estaba el retrato de LOPEZ DE VEGA, que parecía que se MOVILLA.

Como era tarde y estábamos ABANS-tante distancia de BILBAO, SABINO GUILOCHE por la CORTINA, y vió que eran las DIAZ.

Salimos de prisa porque era tarde, ya que si no DIEGO pronto a casa tendré que entrar a ESCONDRILLAS.

En el camino pasamos frío, puesto que estábamos A-CERO grados, y como llegamos tarde abrimos la PUERTA y nos metimos en el CORRAL DE JUAN; de pronto APARICIO un señor con trazas de ESCUDERO que LARREA un golpe al CABALLERO y le dice A-SUA-amigo:

En PUERTA cerrada no entran MOJAS.

PUYO parecerles esta relación muy extensa, pero procuraré ser más CLEMENTE en mi ESPINOSA tarea.

Contra los mareos una copita de vino ARRIETA durante la Misa de los Domingos. De efecto rápido y eficaz.

DIALOGOS

—A Pepito le han colocado en una oficina y dice que está allí como el pez en el agua.

—¿Y qué hace?

—¡Qué ha de hacer! Lo que hacen los peces.

—¡Nada!

El juez al procesado:

—¿Dónde vive usted?

—Con mi hermano.

—¿Y dónde vive el hermano de usted?

—Conmigo.

—Pero bien, ¿dónde viven ustedes?

—¡Vivimos juntos!

PARA LOS MATEMATICOS

La cantidad mayor con tres guarismos es 9^{9^9}, esto es la novena potencia de la novena potencia de nueve. En efecto, apelando a una tabla de logaritmos, se llega a la conclusión siguiente: que para dar el verdadero valor del número representado habría que emplear 369.693.100 cifras. Para escribir esta cantidad de cifras se necesitarían 33 volúmenes de 800 páginas cada uno en los que se escribieran 14.000 cifras por página.

El número así obtenido, por más asombroso que parezca, sería superior al número de átomos de toda la creación.

PERDIDAS

Se ha extraviado, desde el Campo de San Mamés a la calle de la Paz una tortilla de patatas... Se ruega la entreguen en esta redacción por ser recuerdo de familia. Se gratificará con otra tortilla.

(Tiene mucha grasia.)

Hemos tenido que desistir de una castañada en el patio de la "Congre" porque, siendo el pavimento de asfalto, al encender la hoguera, se derretiría el suelo y nos diría el Padre: AS-FALTAO.

Universidad de Deusto
Biblioteca



Para ti, Aspirante, escribo estas líneas.

Para ti, que has sido mi única ilusión durante estos últimos meses, que eras mi único pensamiento y me animabas en el cumplimiento de mis obligaciones de Congregante y de Instructor.

Te doy las gracias por todo lo que has hecho por mí, por tu esmero en aprender el Catecismo, por tu cuidado en escuchar mis pobres instrucciones. Sí, muchas gracias a todos, pero en especial a ti, que has sido admitido, pues me haces creer que te he ayudado para conseguir lo que tanto deseabas: ser Congregante.

Permíteme que esta vez —la última que te hablo como Instructor— merezcan mis palabras tanta atención como tuvieron otras veces.

¿Verdad que tú ansías y procurarás permanecer en la Congregación toda tu vida, después de haber oído aquello que te dijeron al llamarte para hacerte Congregante: "estar inscrito en el libro de la Congregación es estar inscrito en el libro de la vida"?

Escucha lo que me dijo un Congregante como tú, José Manuel Sologaistúa, hoy en el cielo: "Yo, si estoy en la "Congre", es porque tengo confianza en el Padre.

Aquí tienes un medio muy sencillo y muy práctico. Sigue el ejemplo de Sologaistúa, ten confianza con el Padre, trata con él con la mayor frecuencia posible; y perseverarás en la "Congre".

Ten confianza con el Padre. Cuéntale tus cosas; él te ayudará, no creas que perderás delante de él, sino que le irás ganando cada día más con tu confianza.

El será tu mejor guía para seguir sin errar el difícil camino que te has trazado al hacerte Congregante: **ser santo, apóstol y defensor de la Iglesia de Jesucristo.**

EL INSTRUCTOR.

INDICE DE FLORES Y FRUTOS DE 1945.

		Págs.
E. M.	Presentación: Soy tu amigo	1
	CONSIGNA DEL MES	
I. I.	¡Estudia desde Octubre!	3
A. E. de Mañaricúa	¡Comulga!	22
E. de M.	¡Por el Papa!	44
C. R.	¡Acude al relojero de tu corazón!	78
A. M.	Aprende la lección de Nazaret	101
A. Mañaricúa	Hazte un plan de vida	138
J. A.	¡A estudiar!	171
I. Iparraguirre, S. I.	Ser apóstol desde ahora	191
E. M. de Laburu, S. I.	¡Alegría!	210
	FORJA DE CARACTERES	
J. M. A.	Se necesitan hombres	5
	El Campeonato de la Misa diaria	26
F. V. de M.	¿Quieres ser simpático?	48
N. A.	Echa incienso en el fuego y sacrifica a nuestro Dios.	79
J. M. Antoñana	Tanto valdrás cuanto sepas vencerte	108
R. S.	Cerca y acerca de cierta playa	142
H. A.	Pasa eso a tu vecino	143
F. T.	¡Eso, no!	173
	" Al ir a la Universidad	173
	" Tomás Moro	193
	" Imitad a García Moreno	211
	MARIANAS	
J. M.ª C.	El Rosario	7
J. M.ª E.	La medalla de la Virgen es defensa eficaz	27
D. Bilbao	Pío IX define como dogma de fe la Inmaculada	50
	Las tres Avemarías	83
M. R. A.	Textos Marianos, 84, 103, 175 y	213
J. Arriola, S. I.	A los nuevos Congregantes: ¡Vive tu Consagración a la Santísima Virgen!	146
	Con Flores a María	148
F. de T.	La batalla de Lepanto y el Rosario	176
A. M.	Un soldado de María	194
A. T.	Confianza	214
	LA VOZ DEL AMIGO	
C. E.	De mi amigo	51
C. E.	La Voz del Amigo: El Señor amante y los siervos vigilantes	81
	A sus amigos catequistas: Yo soy el Buen Pastor	103
C. E.	He aquí el Corazón que tanto ha amado...	144
C. E.	La perla preciosa	198
L. G. P.	Mi asesor	216

Universidad de Deusto
Biblioteca

EUCARISTICAS

		Págs.
A. M. Moreno	Así establecimos la Comunión diaria	24

LUZ EN LAS TINIEBLAS (A)

	Presentación	10
F. I. de O.	¡Catequista prepárate!	11
D. Llorente, Obispo V. C. de Burgos	Para ser buen Catequista	28
P. M.ª A.	El Catecismo, el foot-ball y los catarros	86
	¿Eres cuen catequista?	117
	El arte de preguntar	118
	Un curso	152
J. M.ª E.	Para empezar las catequesis recemos un Padrenuestro.	178
J. Albizua	Divertirse	200
	El tiempo es oro	217

Ecos de nuestros Catecismos (B)

	Estadística	30
	Cosas que pasan en las Catequesis	55
José M.ª Antoñana	Nuestro Catecismo de Repélega	56
Víctor	Al habla con un catequista de Ugarte	85
J. B.	La Catequesis de Burceña	119
Un catequista y D. P.	Varios catequistas dan Ejercicios a sus niños en Semana Santa	153
J. R. de Diego	Festival catequístico en Alonsótegui y Santa Agueda.	154
J. M. Antoñana	El día del Catecismo: 2.º Certamen Catequístico	155
Un catequista	Catequistas en verano	158
J. A.	84 catequistas trabajan con denuedo en 10 Catequesis.	201
	Cosas de niños	217
P. M. Abaro	Mi Catequesis de Dos Caminos	218
	Nuestros grupos artísticos en las Catequesis	218
	Espigando en los partes, 31,33 y	218

SECCION DE CARIDAD

Fernando García	Ocho Congregantes visitan un hospital	57
	La farmacia de la Congregación para los pobres	57
	¿Por qué voy a "San Juan de Dios"?	159
Félix Morilla	Visitando a una familia pobre	181
De IANUA COELI	La caridad dle Papa en Navidades	220

SECCION MISIONAL (A)

L. Lopetegui, S. J.	Por las Misiones de Madagascar	32
L. Lopetegui, S. J.	Que los católicos conozcamos los deberes para con el Africa	58
	Que la fe de los mahometanos los lleve a Cristo	90
	Bienaventurados los pies de los que evangelizan la paz.	120
	La vendedora de flores	120

Nuestra Acción Misional (B)

		Págs.
J. A.	Campaña Misional para este curso	12
J. R. de Diego	Nuestra acción misional en Octubre	32
J. R. de Diego	Nuestra acción misional en Noviembre	58
	Gran campaña misionera de los Berchmans de Barcelona	160
	Día Mundial de la Propagación de la Fe	180

FLORES Y FRUTOS ESCOGIDOS

C. de R.	José M.ª Idoyaga y Allende	98
D. de la Puente	José Manuel Sologaistúa Alayo	135

PAGINA DE LAS FAMILIAS

S. de A.	La Congregación es el mejor modo de educación	15
A. Irala, S. J.	Una verdadera madre	34
	Preparación de los niños a la Primera Comunión	91
	De una madre al P. Director	126
	La Conferencia y Retiro mensual para las madres	126
	Cuadro de Cielo	126
El P. Director	Las madres ante los peligros del veraneo para sus hijos.	161
	Familia colegio y amigos	182
X. X.	Carta de un antiguo	223
	Dos minutos de reflexión, 34, 59 y	91
	Importa a los padres saber..., 15, 34 y	182

DICEN LOS ANTIGUOS

Luisín	Los Congregantes tienen un sello inconfundible	35
J. M. Múgica	Mis recuerdos de Congregante, 67, 89 y	123
Un antiguo	Imitad a los antiguos	125
Un antiguo	Trozos de una carta al P. Director	222
Otro antiguo	Gratitud	222

CORRESPONDENCIA ABIERTA

J. L. E.	Al llamar la inolvidable Congre a la puerta de casa...	69
	Escribe un Congregante	127

DOCUMENTOS

Julián D. Dodero	Al Papa Congregante, las Congregaciones Marianas de España	41
	S. S. Pío XII agradece el homenaje y bendice a las Congregaciones	41
Excmo. y Rvmo. D. Carmelo Ballester	Carta del Obispo de Vitoria al P. Director	42
D. Daniel Llorente, Obispo V. C. de Burgos	Felicitación y bendición	43
De ESTRELLA DEL MAR	S. S. Pío XII ama a las Congregaciones Marianas	46
I. Iparraguirre, S. I.	S. S. Pío XII y nosotros	47
De PROA	El Papa nos ha dicho	97
S. S. Pío XII	Discurso a los Congregantes (21-I-45)	109

Universidad de Deusto
Biblioteca

POESIAS

		Págs.
Lope de Vega	A mi amigo	51
Un antiguo Congregante	La Madre piadosa estaba	106
	A la Virgen de la Congregación	150

VIDA DE LA CONGREGACION

	Flores y Frutos a sus amigos. ¡Muchas gracias!	21
	En estos 33 años	8
	El Campeonato de la Misa diaria, 26, 52, 80, 121, 141, 199 y	219
X. X.	De mi diario, 33 y	60
	Junta Directiva	62
F. Z.	Dos minutos de charla teatral	64
	Nuevos Congregantes	65
	Vacaciones de Navidad	70
	Sección de Honor	122
	Categorías	122
J. M. A.	Los ruidos de la "Congre", 128 y	203
J. Arana	Nuevos Congregantes	145
	Los Congregantes de Vitoria nos visitan	163
J. Arana	¡A Ejercicios!	164
J. M. Antoñana	Excursión a Oña	183
J. Aizpuru	Academia de Sociología	196
F. Gortázar	Academia de Misiones	196
J. Aguirrezábal	Academia de Catequistas	197
	Academia Literaria	197
	¿Tienes tu medalla de Congregante?	202
	Calendario, 17, 20, 40, 72, 76, 96, 168, 188 y	208

DE NUESTROS CONCURSOS

	Lo que pensamos del Cine	61
J. M.ª C.	Leyendo Flores y Frutos	87
C. del R.	¿Te gusta ser Congregante?	189
	Nuestro Concurso de Navidades	209

MISCELANEA

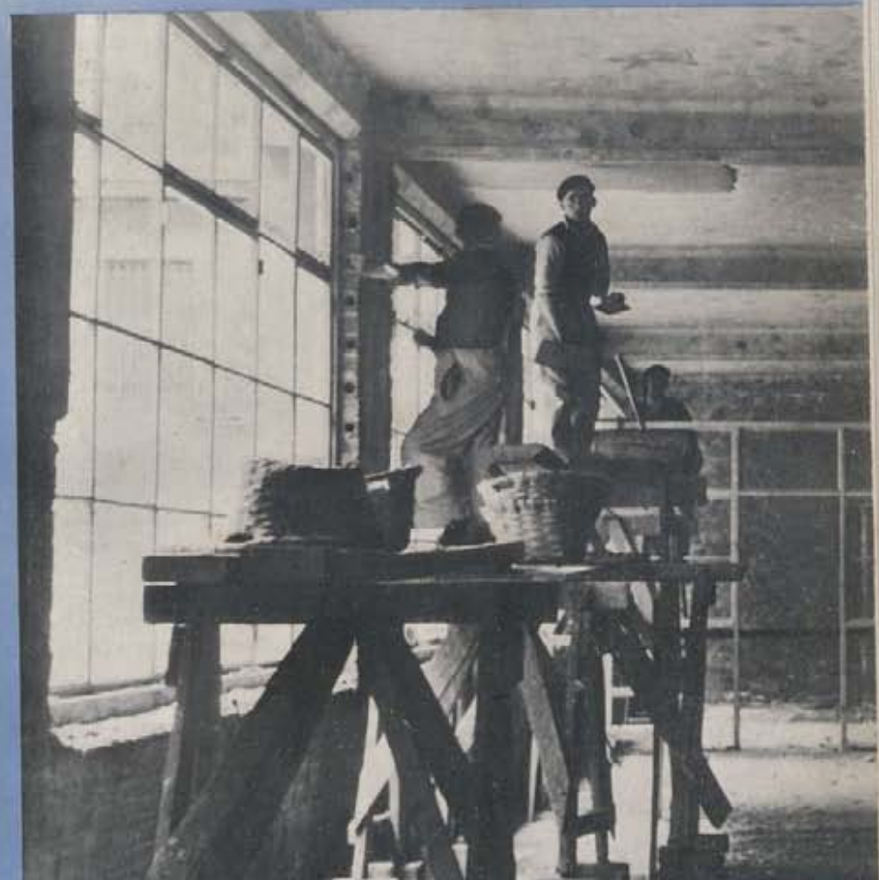
E. de L.	¡Cuida bien tu reloj! ¡Cuida tu corazón!	77
Mar	En el número diez	104
Andrés E. Mañaricua	¡Aprovecha las vacaciones!	133
C. Espinosa, S. J.	La última carta del verano	169
I. Aldecoa	Vosotros seréis mis amigos	174
Cote	Una interviú con el reloj de la Congregación	224
	Felicidades, 6, 30, 49, 90, 125, 177, y	219
	Buen humor, 16, 36, 71, 92, 129, 165, 185, 204 y	225
R. Estefanía, S. J.	El Reloj de la Pasión	130

Universidad de Deusto
Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

FLORES y FRUTOS

DE LA CONGREGACION DE LA INMACULADA y S. ESTANISLAO DE KOSTKA



Han comenzado importantes obras que avanzan rápidamente y harán de nuestra querida Congregación un hogar verdaderamente acogedor.

BILBAO
Abril - 1946
Núms. 13 y 14

Universidad de Deusto
Biblioteca

CALENDARIO DEL MES DE ABRIL

DISTRIBUCION GENERAL

Cada día laborable:

Misa de Congregación, plática y Comunión a las 7,30, para desde el día del cambio de la hora oficial, a las 8.

Guardia de honor a la Santísima Virgen, de 7,45 a 8,15 de la noche en turnos de un cuarto de hora. Instrucción Espiritual, de 8,10 de la noche a 8,30.

Cada semana:

Lunes. Academia de Catequistas, para jefes y subjefes de Centros, de 8,30 de la noche a 9,15.

Jueves. Conferencia obligatoria a todos los mayores de 13 años, a las 8,10 de la noche. Reunión de la Junta Directiva a las 8,40.

Viernes. Academias Literaria y de Sociología, de 8,15 a 9.

Sábado. Confesiones, a las 7. Sabatina obligatoria a todos los Congregantes a las 8,10. Reunión de Catequistas y futuros Catequistas, a las 8,30.

Domingo. Acto de Congregación, de 8 a 8,45.

Catequesis en los pueblos.

Catequesis en el salón de la Congregación para futuros Catequistas, de 10 a 11.

Visita al Hospital de San Juan de Dios, a las 11.

Velada recreativa, a las 7 de la tarde.

Bendición solemne.

Academia de Misiones, a las 8,30.

DISTRIBUCION ESPECIAL

4. J. Retiro mensual para los mayores de 13 años, a las 8,10 de la noche.

   Reunión de la Junta Directiva, a las 8,40.

5. *Primer Viernes.* Bendición solemne, a las 8,10.

8. L. Comienza la semana de *Ejercicios Espirituales* para Congregantes, por el *R. P. José M.ª Basabe S. J.*

   Estos Ejercicios obligan a todos los Congregantes. Los que no puedan asistir justificarán su ausencia ante el Padre.

   Acto de la mañana de 7,30 a 8.

   Acto de la noche de 8,10 a 8,50.

13. S. Confesiones de ejercitantes en la Capilla de la Congregación, desde las 7.

    No hay Sabatina, pero sí reunión general de Catequistas y futuros Catequistas, a las 8,30.

14. † *Domingo de Ramos.* Cambio de la hora oficial. Acto de Congregación, hoy sólo *a las ocho y media*, los demás domingos, *a las ocho.*

SEMANA SANTA

La asistencia a la Misa diaria y demás actos que se anuncian, obliga *a todos los Congregantes.*

15. *Lunes Santo.* Misa a las 8,30. Conferencia y Vía Crucis, a las 7,30 de la tarde.

16. *Martes Santo.* Como el día anterior.

17. *Miércoles Santo.* Como el día anterior.

18. *Jueves Santo.* Comunión en la Capilla de la Congregación, con fervorines y cantos a las 8,30.

    A las 11, los mayores de 14 años subirán al Asilo de las Hermanitas de los Pobres para lavar los pies a los ancianitos.

    Vela al monumento de la Residencia por turnos de 15 minutos que se indicarán.

    Conferencia después de la procesión.

19. *Viernes Santo.* No hay comunión.

    Sermón de las Siete Palabras en la Residencia, de 1,30 a 3 por el R. P. Xérica, al que pueden asistir los Congregantes desde las tribunas de la iglesia.

    Conferencia de Viernes Santo para los mayores de 13 años en la Congregación, a la que deben asistir todos sin falta. Los que no puedan venir justificarán su ausencia.

    Vía Crucis después de la procesión.

20. *Sábado Santo.* Misa de Gloria, a las 7,45 que oirán desde las tribunas de la Residencia donde podrán comulgar.

    Velada recreativa, a las 7,30 de la tarde.

21. *Pascua de Resurrección.* Acto de Congregación, a las 8,30.

    Velada recreativa a las 7.

22. *Lunes de Pascua.* Misa, a las 8,30.

    Velada recreativa, a las 7,30.

23. *Martes de Pascua.* Misa, a las 8,30.

    Velada recreativa, a las 7,30.

24. Desde hoy la Misa diaria, a las 8 y la instrucción espiritual de la noche, a las 8,40.

EPOCA II :-: Núm. 13 y 14 — 15 ABRIL 1946

FLORES y FRUTOS

de la Congregación de la Inmaculada Virgen María y San Estanislao de Kostka :-: BILBAO Paz, 2.

Hacia una Congregación mejor

Añorando mis tiempos de antiguo Congregante, me he dado hoy una vuelta por la Congregación y la he encontrado inundada de cemento, escombros y arena.

—¿Qué pasa? ¿De obras?

—Ven y verás —me contesta un veterano.

Y sin más, me lleva a lo que fué patio cubierto.

No salgo de mi asombro.

Universidad de Deusto
Biblioteca

En lugar de aquel sótano sombrío y sucio, veo un hermoso salón inundado de luz y alegría, para los juegos de movimiento de los pequeños. Al fondo otra sala menor para juegos de mesa, un guarda-ropa, un vestíbulo, una escalera interior nueva para unir estos nuevos locales con el piso superior, y una sala de servicios de aseo abundantes, limpios, bien ventilados; luego, en el salón de actos, un nuevo escenario de bellísimas proporciones... todo dispuesto con exquisito gusto.

Por todas partes veo obreros: enchapadores de azulejos, calefactores, hojalateros, electricistas, carpinteros... Realmente no salgo de mi asombro.

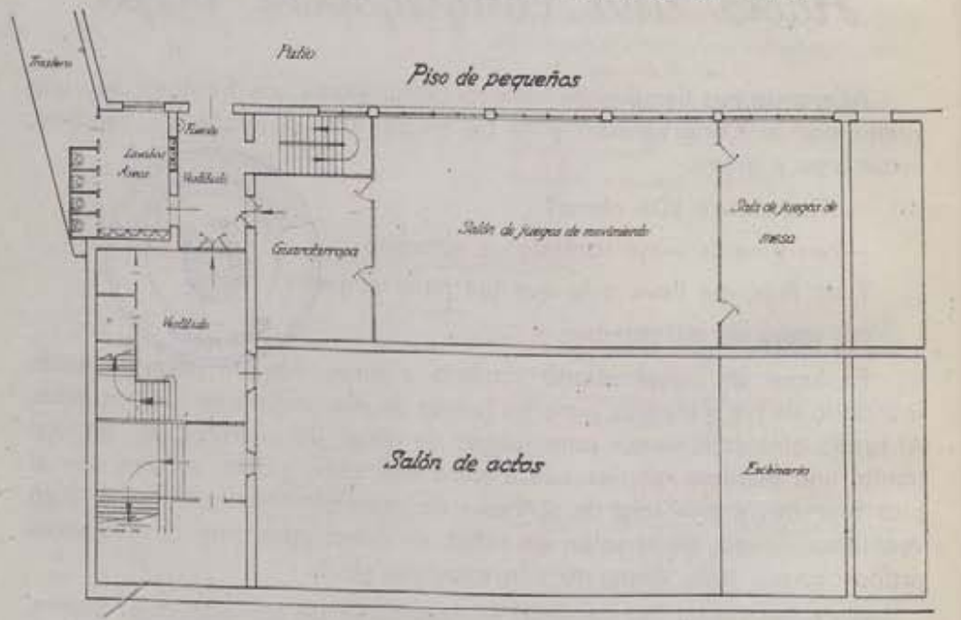
—¡Bien, muy bien, ya era hora! Explícame todo esto.

—Tú sabes bien que los pequeños constituyen hace mucho tiempo una invasión que no deja en paz a los mayores: con sus gritos y jolgorio, ni se pueden organizar seriamente las actividades genuinas del verdadero Congregante, ni están libres de ruidos la biblioteca y sala de academias, ni aun siquiera les dejan divertirse a gusto.

El Padre dice que hace falta dar a cada edad lo suyo: a los pequeños piedad y juegos; a los mayores, sin que les falte juegos, hay que facilitarles el ejercicio de las obras formativas y apostólicas.

320318

Todo esto se tendrá con las obras que contemplas. En este piso inferior estarán los pequeños, y tendrán columpios, trapecios, mesas de ping-pong y de juegos sedentarios. El piso superior, donde hasta ahora tenían todo todos y todos se estorbaban, será sólo para los mayores, que dispondrán de tres secretariados para organizar bien las obras de catequesis, caridad y misiones, la biblioteca, la sala de academias y una hermosa sala de juegos. Además se agranda la Capilla y el vestíbulo que sirve de ampliación a la misma, se instalan de modo adecuado la oficina y el despacho del Padre, y se pone calefacción en todos los sitios.



Puedes decir que apenas queda un palmo de terreno que no se renueve y quedará todo muy mejorado.

Eran unas obras urgentes y van a quedar muy bien, como es necesario que queden.

* * *

Hacía años que no visitaba los locales de la Congregación porque una vez fuí y me eché a llorar de pena al comparar lo que fué y lo que era.

Hoy, al visitarlos de nuevo, he quedado inundado de gozo viendo cómo se renueva lo viejo y qué bien se dispone todo alegre y acomodado para formar el segundo hogar de los Congregantes, la casa de la Virgen.

Se está haciendo en la Congregación un gran esfuerzo y he querido comunicártelo aquí a ti, antiguo Congregante, y ha vosotros padres de los actuales Congregantes, que tendréis la dicha de que vuestros hijos disfruten de todo esto y se formen aquí.

No necesito decir más. Vuestro corazón adivina el resto...

Un hijo bueno no permite que su madre pida limosna a un extraño mientras él pueda sostenerla.

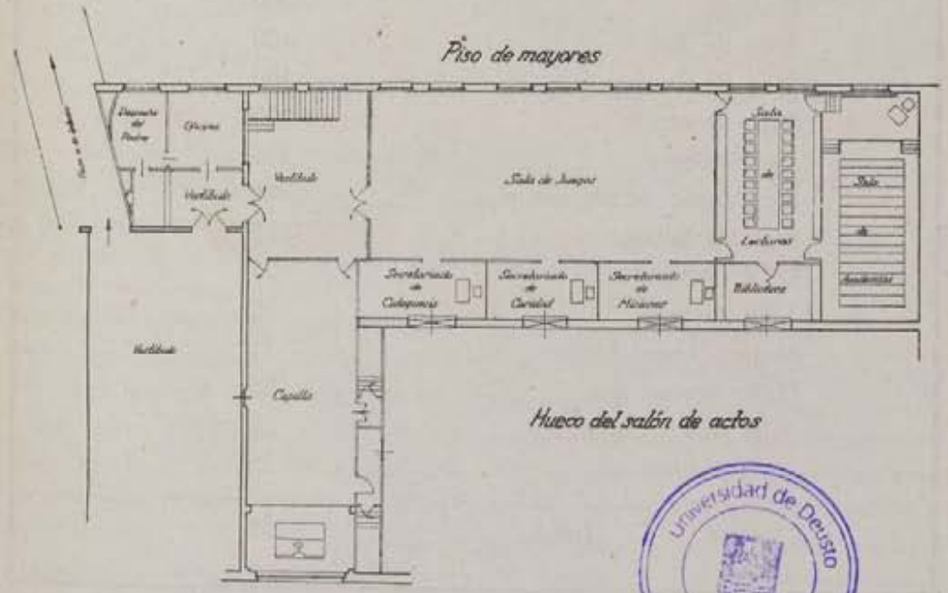
Hoy la Congregación necesita de nosotros y a la Congregación debemos ayudarla los antiguos Congregantes, los que nos amamantamos a sus pechos, los que aún vivimos de la vida que nos infundió. Y también deben ayudarla los que ahora van a gozar de tanta mejora.

* * *

Un día, y en un camino polvoriento de Palestina, Jesús curó a diez leprosos. Uno solo volvió a darle las gracias, y él era extranjero.

Jesús no quiso reprimir una queja:

—¿No han sido limpiados los diez? ¿Dónde están los nueve? ¿No ha habido quien vuelva a dar gracias a Dios sino este extranjero?



Universidad de Deusto
Biblioteca

¡Qué desagradecimiento!

¡Que no seas digno de reproche semejante!

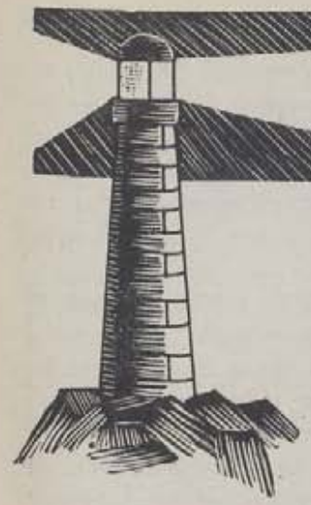
Vuelve a la Congregación a darle las gracias.

Vuelve a ella llevando tu tributo de agradecimiento, de simpatía, de amor.

LA GRATITUD DE LOS ACTUALES Y ANTIGUOS CONGREGANTES

Suscripción para las obras

T. de F.	3.000 pesetas
H. de P. B.	2.000 "
D. J. C.	1.000 "
Sres. de Toledo	300 "
D. J. M.	300 "
Sres. de Zubiri	100 "
Sres. de Cardenal	100 "
Sres. de Marín	100 "
Ramón Iceta	100 "
Sra. Viuda de Sagarduy	100 "
Sres. de Bilbao	25 "
D. R. Santaló	25 "
Julio Alvarez	25 "
Miguel Angel Rodet	25 "
D. F. Madariaga.	25 "
Félix Acero Camiruaga	25 "
Juan Aizpuru	25 "
Total	7.275 "



CONSIGNA del mes

Sed agradecidos.

Consigna del Espíritu Santo

Me piden que os escriba una consigna para FLORES Y FRUTOS. Lo haré, pero la consigna no será mía, que la tomaré de la epístola que hoy mismo hemos leído en la Santa Misa.

Allí, bajo la inspiración del Espíritu Santo, la dejó escrita San Pablo. Al escribirla él pensaba inmediatamente en los fieles de Colosas, pero a través de ellos escribía también para ti.

Hallábase San Pablo preso en Roma y fué a visitarle su antiguo discípulo Epafras. El cristianismo que éste había recibido de San Pablo, lo había divulgado entre sus compatriotas los colosenses. Pero a la naciente cristiandad se le presentan varios problemas, y de ellos hablan San Pablo y Epafras. Y fruto de su entrevista es la epístola que nosotros podemos leer.

Entre otras cosas, San Pablo exhorta a los colosenses a la práctica de las virtudes cristianas y les dice:

"Todo cuanto hacéis de palabra y de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por El."

¡Magnífica consigna!

Consigna que en verdad puedes decir que te la envía el Espíritu Santo.

Sé agradecido

Hay un pasaje en el Evangelio que bien pudiéramos llamar el Evangelio del agradecimiento. Es el que nos cuenta la curación de los diez leprosos.

Cuando Jesús iba camino de Jerusalén para celebrar su última Pascua, al entrar en un pueblo cura a los diez leprosos. "Id y mostraos a los sacerdotes", les dice. Y cuando iban quedaron limpios.

Y de los diez uno solamente vuelve a dar gracias a Jesús. Y Jesús lo nota y

¡Qué desagradecimiento!

¡Que no seas digno de reproche semejante!

Vuelve a la Congregación a darle las gracias.

Vuelve a ella llevando tu tributo de agradecimiento, de simpatía, de amor.

Universidad de Deusto
Biblioteca

LA GRATITUD DE LOS ACTUALES Y ANTIGUOS CONGREGANTES

Suscripción para las obras

T. de F.	3.000	pesetas
H. de P. B.	2.000	"
D. J. C.	1.000	"
Sres. de Toledo	300	"
D. J. M.	300	"
Sres. de Zubiri	100	"
Sres. de Cardenal	100	"
Sres. de Marín	100	"
Ramón Iceta	100	"
Sra. Viuda de Sagarduy	100	"
Sres. de Bilbao	25	"
D. R. Santaló	25	"
Julio Alvarez	25	"
Miguel Angel Rodet	25	"
D. F. Madariaga.	25	"
Félix Acero Camiruaga	25	"
Juan Aizpuru	25	"
Total	7.275	"



CONSIGNA del mes

Sed agradecidos.

Consigna del Espíritu Santo

Me piden que os escriba una consigna para FLORES Y FRUTOS. Lo haré, pero la consigna no será mía, que la tomaré de la epístola que hoy mismo hemos leído en la Santa Misa.

Allí, bajo la inspiración del Espíritu Santo, la dejó escrita San Pablo. Al escribirla él pensaba inmediatamente en los fieles de Colosas, pero a través de ellos escribía también para ti.

Hallábase San Pablo preso en Roma y fué a visitarle su antiguo discípulo Epafras. El cristianismo que éste había recibido de San Pablo, lo había divulgado entre sus compatriotas los colosenses. Pero a la naciente cristiandad se le presentan varios problemas, y de ellos hablan San Pablo y Epafras. Y fruto de su entrevista es la epístola que nosotros podemos leer.

Entre otras cosas, San Pablo exhorta a los colosenses a la práctica de las virtudes cristianas y les dice:

"Todo cuanto hacéis de palabra y de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por El."

¡Magnífica consigna!

Consigna que en verdad puedes decir que te la envía el Espíritu Santo.

Sé agradecido

Hay un pasaje en el Evangelio que bien pudiéramos llamar el Evangelio del agradecimiento. Es el que nos cuenta la curación de los diez leprosos.

Cuando Jesús iba camino de Jerusalén para celebrar su última Pascua, al entrar en un pueblo cura a los diez leprosos. "Id y mostraos a los sacerdotes", les dice. Y cuando iban quedaron limpios.

Y de los diez uno solamente vuelve a dar gracias a Jesús. Y Jesús lo nota y

observa un detalle. El que había vuelto era extranjero.

Y Jesús sufre con el desagradecimiento de los otros nueve, de los que más obligados estaban a El por ser sus compatriotas.

Este desagradecimiento de los más obligados, de los más favorecidos, es de todos los días. Es el que más hiere el Corazón amante de Jesús. El mismo se lo dijo a Santa Margarita María de Alacoque.

Y tú...

¿Eres de los nueve que recibieron la salud y no se preocuparon de agradecerla?

¿Eres de los muchos que reciben el don y no se preocupan de la mano que se lo da?

¿También a ti, que tantos favores has recibido a lo largo de toda tu vida, podría repetirte Jesús el reproche de ingratitud?

¿Cómo has de ser agradecido?

Te lo dice el Espíritu Santo por boca de San Pablo: *Dando gracias a Dios en cuantas cosas hagas.*

En todas, grandes y pequeñas, trascendentales y mínimas, en todas sin excepción. Cuando estudias y rezas, cuando juegas y duermes, siempre y en todo.

Toda tu vida debe ser una acción de gracias continua. Hazlo todo bien y ofrécelo al Señor. Es la única manera de darle gracias.

Una dificultad

Pero se te presenta una dificultad, y es: que por mucho que tú te empeñes en hacer tus obras con la mayor perfección, no es posible que las hagas tan perfectas que merezcan ser presentadas ante el trono de Dios.

Es verdad.

Pero también es verdad que ante el Señor tienes un embajador, un abogado, que es Jesús. Al tomar en sus manos Jesús las obras que tú le entregues, al juntarlas a sus merecimientos infinitos, las que salieron de tus manos profundamente indignas y mezquinas, se transforman y se elevan, el plomo se convierte en oro, lo humano se diviniza, y entonces sí que son presentables a Dios. Y no solamente presentables, sino aceptables.

No olvides que Jesús se encarnó y murió para que tú pudieses hacer algo que fuera aceptable para Dios.

Por eso tu vida debe ser continua acción de gracias, todo cuanto haces debes hacerlo *"en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por El"*.

No lo olvides

Tienes un deber, un ineludible deber de ser agradecido a Dios, de quien has recibido cuanto tienes.

No quieras recibir el reproche de Jesús.

Y no olvides estas palabras de San Lorenzo Justiniano:

"Invitatur ad magna qui de parvis gratias agere assuescit": Recibirá cosas grandes quien acostumbra agradecer las pequeñas.

Andrés E. de Mañaricúa.

Mi divisa. Soy Congregante

Soy Congregante.

Lo decimos a veces sin pensar, pero es bueno considerar que no es una mera fórmula lanzada al viento, ni un artículo de lujo, ya que encierra en sí una fuerza tal que es capaz de desbaratar una conversación criminal de compañeros, una insinuación malvada de éstos o un cobarde consentimiento nuestro.

Un kostka, ya mayorcito, se encontraba entre compañeros de clase, en cierta ocasión, y se fué la conversación hacia algo que repugna a un hijo de la Virgen. El fué incitado a tomar parte en ella, de una manera irresistible. ¿Qué hacer? ¿Quedar como un cobarde ante todos, como un tonto, bobo, retrasado, antiguo? Una vacilación, hasta que el chico contesta pausada, pero enérgicamente:

"¡Soy Congregante!, y por si hay duda os digo que esto quiere decir que pertenezco al grupo que comulga todos los días. Así que sería un cobarde si consintiera en esto."

La batalla había sido dada. El joven esperaba risas, burlas, etc., pero la balanza de la verdad, de la valentía, se inclina por el valiente, y así fué. La batalla se había ganado y desde entonces es este kostka el compañero predilecto de todos ellos, y las palabrotas y groserías, etc., se congelan en su presencia antes de pronunciarse.

Ahora basta de historias ajenas y ocupémonos en vivir cada uno de nosotros muchas historias iguales y mejores. Pero no perdamos de vista que para ganar batallas hacen falta armas y que éstas nos son dadas en la Congregación, en esa Comunión y plática diarias, en esa instrucción espiritual, en esa visita al Padre. En una palabra, nuestras armas son el ser Congregante.

Ahora bien, conviene distinguir, para evitar confusiones, entre el ser Congregante y el ir a la Congregación. Porque hay algunos de estos últimos (aunque pocos) que no quieren luchar, ni vencer, etc., o sea, que no quieren ser Congregantes de verdad, y sin esto no hay posibilidad de apostolado.

La Congregación pide batalla, lucha, y que nuestro escudo, bandera, armamento y grito de guerra sea: ¡Soy Congregante! Ya que el que pueda decir esto con dignidad y se lanza al combate, no sólo lucha sino que vence y gana a otros para Dios, que al fin de cuentas es lo que nos interesa.

Luis Sulibarría, Congr.

Universidad de Deusto Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

Dios todo lo sabe

Pedro Mari y Juan son muy buenos amigos.

El primero es mentiroso, ladronzuelo, goloso, y dice palabrotas, mientras que Juan es muy bueno.

Han salido del Colegio y van a merendar para luego juntarse otra vez. Pedro Mari come su ración y, callando, callando, sin que nadie le vea, quita dos pesetas a su mamá para tabaco y corre en busca de Juan.

Van por la calle y se encuentran una sortija de gran valor, dándose cuenta que es de un señor conocido, Pedro Mari la coge entusiasmado y dice:

—Aquí hay negocio Juanín, la venderemos y tendremos cines, caramelos, galletas, cigarros y todo seguro.

—Sí, pero eso no podemos hacer, porque es del señor X.

—Pero si nadie nos ha visto, tonto.

—Dios, que lo ve todo —responde Juan.

—Hombre, ahora sí que me has matado; eso es cuento. Dios ve las cosas en general, pero no entra en detalles, y... ¿qué sabe de lo que vamos a hacer del dinero? Mira, decimos que es para los pobres, y a escondidas... Bueno, pero ¿cómo va a saber lo que pensamos todos los millones de chicos que hay en el mundo, y si es El solo uno? Y...

—Y ¿qué? Mi madre me dice siempre que es inútil esconderse para hacer cosas malas, porque Dios ve en lo oculto, en lo escondido, en lo secreto.

—Pero...

—Cállate. Y cuando le pregunto cómo me puede ver a mí a la vez que a miles de millones de personas, siendo solamente uno...

—¿Qué?

—Pues me contesta que el sol es uno, pero que está muy alto y por eso ilumina con sus rayos media tierra al mismo tiempo, y en los ríos y estanques no se contenta con iluminar su superficie, sino que la atraviesa y lleva hasta el mismo fondo, haciéndolo a la vez en Vizcaya, Francia y África, etc., y luego me recalca: El sol mira el fondo de los ríos y todo lo ve: el fondo, las piedras preciosas, los pececillos, etc., y es solamente uno, pues de la misma manera Dios observa el fondo y todos los repliegues de nuestras almas y allí todo lo ve: el engaño, el robo, la maldad, la valentía, la virtud...

—Espérame, Juanín —dice Pedro, y echó a correr a casa para dejar las dos pesetas donde estaban anteriormente y junto con su amigo entregó lo encontrado, aunque no les había visto nadie, y no volvió a decir mentiras, ni palabrotas, porque se dió cuenta que el Señor todo lo sabe.

S. L., Congr.



La voz del Amigo

¡Contigo, mi Jefe!

Un célebre explorador, jefe de una expedición al centro de África, había rescatado a un niño árabe de doce años de unos sudaneses mercaderes de esclavos.

El niño cobró en seguida gran cariño a su bienhechor.

Pronto tuvieron que abandonar el campamento, y el explorador llama a su protegido para anunciarle la separación, mas la noticia causa en el niño tal pena, que el jefe concibe la idea de llevarlo consigo; pero ¿resistiría el cariño del niño al tiempo y a las penalidades del camino?

El explorador le llama y expone con toda lealtad las dificultades que le aguardan si se decide a seguirle.

—Amiguito, voy a partir —le dice— para la región de los lagos. Tú puedes quedarte aquí para esperar mi vuelta, o acompañarme. El viaje será muy duro, largas caminatas, tendrás que soportar el peso de tu equipaje y del fusil, faltarán con alguna frecuencia los alimentos, no tendremos agua... Tendremos que luchar contra todos los peligros de la selva, y ¿quién sabe si las flechas de alguna tribu nos silbarán muy cerca? Pero los dos sufriremos juntos: si faltan los alimentos, yo tendré hambre como tú, llevaré mi equipaje como tú. Responde libremente lo que quieras: ¿Te quedas o vienes conmigo?

El joven queda extasiado ante las palabras de su padre adoptivo, y dice con sencillez:

—¡Contigo, mi jefe!

Pocos días más tarde, sale la expedición. Agotados por largas caminatas y frecuentes caídas, soportan los abrasadores rayos del sol sin el refrigerio del agua.

Sudoroso y ensangrentado marcha el niño árabe lleno de ánimo. No se queja, pues ante él está su jefe que, a pesar de las fiebres, permanece en su puesto, al frente de la expedición.

Días peores les esperan: los negros portadores les abandonan, son atacados por una tribu hostil y les resulta difícil proveerse de alimentos.

Al detenerse el explorador después de una costosa jornada, pregunta al niño deseando conocer sus intenciones:

—¿Tú también me vas a dejar?

El niño árabe responde sin titubear:

—¿Es que yo no te he prometido nada?

Unos meses más tarde, un pequeño grupo vuelve hacia la costa; junto al explorador, contento y satisfecho de su proeza, va un jovencito árabe de trece años.

* * *

¿No es verdad que tú también has dicho a Jesús, si no con esta frase sí de otro modo, que no le abandonarás?

Pero cuántas veces le has dejado ante las burlas de tus compañeros, cuántas veces has ido a lugares que no deben ser frecuentados por Congregantes, cuántas, tal vez, has abandonado los actos de la Congregación porque así lo hacían tus compañeros de clase...

Este era el momento en que tu jefe Jesús quería saber tu modo de pensar y te decía:

—¿Tú también me vas a dejar?

Te hacías el sordo y no respondías. ¿Es que no te fijabas en El, que a pesar de su enorme cruz caminaba con paso firme y decidido para morir crucificado por ti?

Síguele de cerca, recíbele todos los días por la mañana, visítale cuantas veces puedas durante el día y repite con frecuencia tu promesa:

¡CONTIGO, MI JEFE!

I. A., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Bendito el fruto de tu vientre, Jesús.

Porque es la base y el origen de donde le viene a la Virgen Santísima toda la abundancia de sus bendiciones celestiales, decimos: "Bendito es el fruto de tu vientre, Jesús".

Como si Isabel hubiese dicho: Tú, Madre de mi Señor, eres bendita entre todas las mujeres porque es bendito el fruto de tu vientre, Jesús, tu Hijo, verdadero Dios y verdadero hombre, fuente inexhausta de todas las bendiciones.

Esta alabanza está puesta muy en su lugar. Pues la dignidad y honra del Hijo redunda en gloria y honra de la Madre; así como la estima del fruto redunda en estima del árbol que lo produce. Por eso apreciamos a los árboles según la calidad y precio de sus frutos.

Y ¿se ha cumplido la profecía de Isabel?

¡Vaya si se ha cumplido!

Todo el pueblo judío tenía sus ojos puestos en el Mesías, y era sentir unánime de todos el que expresaba David: *Bendito el que viene en el nombre del Señor*, que reventó en el grito jubilar del Domingo de Ramos, en que la multitud, reconociendo en Cristo al que hacía tantos siglos esperaban, prorrumpió en hosannas incontenibles.

Fué el máximo tributo, bien efímero, que recibió de su pueblo. A los cuatro días este mismo pueblo le crucificaba.

Por eso las palabras de Isabel tienen más bien el sentido de una profecía. Es en la nueva Ley cuando las bendiciones caerán sobre Jesús como el vaso de alabastro de la Magdalena, rociándolo con su suavidad y perfumándolo con su fragancia. Pasemos una rápida ojeada sobre los apóstoles, los mártires (bendiciones a Cristo en medio de los suplicios más atroces), las vírgenes, los santos todos, y oiremos subir al cielo, como inmenso clamor, una bendición incesante. El arte, por su lado, ha exprimido sus recursos para representar del modo más brillante esta bendición del mundo cristiano a su Redentor en el mármol de sus catedrales, en el pincel de sus artistas, en las notas de sus misas, oratorios y canciones sagradas.

A la bendición que, como nube de incienso, sube desde el altar de la Iglesia hasta el trono de Cristo glorioso, se une el canto de alabanza de la creación, la viviente y la inanimada, que contempla en Cristo su corona, perfección y suprema aspiración de toda la energía cósmica, que concentra inconscientemente toda su actividad a la realización de este "pimpollo" que es Jesús, el Rey de todo lo creado.

Pero demos un paso más, hasta la altura de lo infinito, y allí sorprenderemos el pleno sentido de estas palabras: Bendito el fruto de tu vientre, en las inefables bendiciones con que el Padre Eterno y el Espíritu Santo colman a Jesús, al ver en él escondido al Verbo de Dios.

Todas estas bendiciones, las de la Antigua Ley y las de la Nueva, las del Universo entero, hasta las del Dios Omnipotente, redundan en María.

¡Qué grandeza! ¡Qué plenitud de bendiciones!

De tal modo que nos vemos obligados a decir que María, en virtud de la participación de las bendiciones de su Hijo, no solamente es bendita entre las mujeres, sino entre todos los demás seres creados, así los que habitan en la tierra, como los que tienen su morada en el cielo.

M. R. A., Congr.



La mejor Madre

Terminada mi visita, me despedía en aquel momento de D. Mario Muriel y de su esposa.

Las últimas palabras de la conversación las decíamos ya en la misma puerta, sombrero en mano y dispuesto a marcharme. Alcé la vista y me fijé en un detalle del recibidor, que antes pasó desapercibido. Una bonitísima imagen de la Purísima, de regular tamaño, descansaba en una rinconera, con una luecita puesta con arte y algunas flores la adornaban. Aquella colocación original de la imagen llamó mi atención y me hizo pensar por qué la habrían puesto allí, en sitio tan desacostumbrado.

Dos chicos de diez a doce años, hijos de D. Mario, salían de casa entonces, y vinieron a darme, sin querer, una explicación a tan singular capricho: Se despidieron muy atentos y abrieron la puerta para irse. Su padre les observaba, como esperando algo.

"¡Hola!", dijo de pronto al ver que sus hijos cerraban ya la puerta. "Miguel, Luis, ¿por qué no os despedís?"

Miré extrañado a D. Mario, porque la despedida de sus hijitos me pareció del todo correcta, pero no paró ahí mi asombro.

Miguel y Luis entraron azorados, como quien ha cometido una falta, y se pararon frente a la imagen. Me pareció que una oración partía de su corazón y de sus labios hasta la graciosa Purísima que decoraba la sala.

Marcháronse los chicos y se explicó así D. Mario:

"Es una costumbre de mi madre que quiero perpetuarla en mi casa.

"Así honrábamos a la Virgen. Cuando me marchaba, me enseñó mi madre, la de aquí, la de la tierra, a despedirme de la Purísima, nuestra Madre del cielo.

"*Adiós, Madre mía. No permitas que me aparte de ti. Haz que hoy no manche mi alma. Cuando vuelva y entre en casa no me veas en pecado mortal.* Y así todos los días.

"¿Cómo iba a permitir la Virgen mi perdición?

"Cuando volvía dirigía una mirada de agradecimiento a mi Madre, que me cuidaba y me preservaba del pecado.

"Si alguna vez no obraba bien, si había estado en algún sitio próximo al pecado, llegaba ante la Virgen avergonzado y confuso y en sus ojos purísimos advertía siempre una mirada de perdón y de amor. ¡Cuánto me sirvió esta devoción!, sobre todo en mi juventud, cuando me perseguía por todas partes la sombra de lo malo, cuando encontraba a mi paso peligros y más peligros, tentaciones y más tentaciones.

"Temblaba yo pensando en el disgusto de mi Madre... ¡Si tuviese dos puertas mi casa, para no verla al entrar! Pero no, allí estaba siempre como pidiéndome cuentas cuando volvía al hogar.

"¡Qué vergüenza volver en pecado! Y así me contenía; así me libré de las mallas del pecado impuro que aprisiona tan fuertemente a la juventud. Por eso quiero que mis hijos ahora lo aprendan y lo practiquen, y así nunca ofenderán a Dios y será mi familia un grupo escogido de limpios y de dignos hijos de la Virgen. ¿Entiende usted ahora?"

Vaya si entendía, como que en cuanto llegué a casa propuse la idea a mi madre; y ahora también yo tengo vergüenza de pasar frente a la Virgen en pecado.

Universidad de Deusto
Biblioteca



El campeonato de la Misa diaria

Después del Campeonato especial de Navidades, en el que quedó triunfador el grupo de Fernando Malo, continúa el Campeonato ordinario de la Misa diaria.

Reformados los grupos y muy nivelados en cuanto al número de sus componentes, el grupo de Aizpuru es el que más se ha destacado durante este período, proclamándose campeón 5 de las 12 semanas transcurridas, y gana así en propiedad una copa. Le siguen el grupo de Lasa, que se proclama campeón dos semanas, y luego los grupos de Abans, Antoñana, Barainca, Goya y Magra, que consiguen ser campeones durante una semana.

A continuación damos la clasificación actual con el tanto por ciento de asistencias de cada grupo:

1.°	Aizpuru	88,79 %
2.°	Barainca	76,45 %
3.°	Abans	73,89 %
4.°	Goya	73,04 %
5.°	Aldazábal	65,24 %
6.°	Nebreda	64,87 %
7.°	Lasa	62,96 %
8.°	Aguirrezábal	62,72 %
9.°	Arriola	61,02 %
10.°	Magra	60,09 %
11.°	Antoñana	54,79 %
12.°	Sulibarría	53,34 %
13.°	Goyenechea	52,43 %
14.°	Aldecoa	52,19 %
15.°	Urrutia	45,89 %
16.°	Pontes	41,81 %
17.°	Movilla	37,66 %
18.°	Asúa	34,45 %

NOTA.—Habiendo ganado el grupo de Aizpuru en propiedad la primera "Copa", se ha adquirido otra nueva para el grupo que quede campeón tres semanas seguidas o cinco interrumpidas.

¡Felicidades!

Congregantes que cumplen sus años en Abril:

Día 1.—José Felipe Puelles Izaguirre.
" 2.—Juan Luis Castañares de la Torre.
Javier Oraá Moyúa.
" 3.—José A. González de Durana Isusi.
" 5.—Juan José de Diego Bengoa.
" 6.—Enrique Angulo García-Borreguero.
Alberto Sans Rodríguez.
" 7.—Agustín Herrán Matorras.
Enrique Idoyaga y Allende.
" 8.—Angel Amicabe Maidagán.
Fernando Ibáñez Ruiz.
Día 9.—Raimundo Abando Bengoa.
Gabriel Oraá Moyúa.
" 11.—Isaac Martínez de Lejarza Valle.
" 15.—Alejandro Cuerda Ortega.
" 17.—José Antonio Elías Bartolomé.
Juan Nebreda García.
" 19.—Alberto Massalleras Alfaro.
" 23.—Antonio Osés Arlegui.
" 25.—Antonio de Rotaeche Acha.
" 26.—José María González Barandiarán.
" 27.—Agustín Rodríguez Sahagún.



ECOS DE NUESTROS CATECISMOS

Catequesis de El Calero

En las inmediaciones de Basauri se encuentra nuestra Catequesis de El Calero. Se caracteriza este barrio por la sencillez de la gente y por el ambiente de simpatía que reina, pudiendo observarse esto con más intensidad (¡claro está!) en nuestra gente menuda.

En la escuela radica nuestro centro catequístico: lugar acogedor, sin muchas galas pero sumamente práctico, donde utilizamos tres clases con amplios ventanales que bañan de luz nuestros ratos de Catequesis. También contamos con un frontón cubierto, donde se preparan los futuros Atanos, y un reducido campo de fútbol. Somos cinco los catequistas que todos los domingos vamos a enseñar a los "peques" el camino del Cielo.

Llegamos a la Catequesis alrededor de las diez y cuarto y casi siempre encontramos a nuestros chicos jugando a "perras". Quince minutos más tarde forman tres filas, al frente de las cuales va el catequista, y entran en sus respectivas clases; se reza la oración que fija el Reglamento y da comienzo la Catequesis, que se prolonga hasta las once y diez, hora en que, después de haber puesto las notas, se agrupan todos en una sola clase para oír la explicación general y avisos de la semana. Rezada la oración final, concluye la Catequesis.

El Centro tiene una matrícula de 45 niños, y habitualmente acuden unos 35. Ahora tratamos de atraer a los niños del "Boquete", barrio de Bolueta y, por tanto, bastante lejano a nuestra Catequesis. Si lo conseguimos, la matrícula alcanzará la cifra de 60.

Lo mejor de nuestra Catequesis es, sin duda, la "madera" de nuestros pequeños, cuya disciplina y docilidad se ha hecho proverbial por todos los que nos han visitado, que ciertamente han sido bastantes: el Padre, el Coadjutor de Dos Caminos, el Subdirector de las Catequesis, el Prefecto y otros varios, especialmente de la Junta.

Lo más interesante de nuestra Catequesis es la formación interior, como preparación para la vida que han de llevar el día de mañana. Y podemos experimentar los frutos los que ya llevamos aquí algunos años viendo cómo jóvenes que en un tiempo fueron nuestros catequizados, hoy se afanan por cumplir con sus deberes religiosos y esto naturalmente alienta para seguir adelante en nuestra tarea catequística.

Juan Albizua, Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

La Firestone (Ariz)

Salimos de Bilbao a las diez en el autobús de Basauri, en compañía de los catequistas de El Calero y Dos Caminos. Vamos cuatro catequistas y el secretario. Damos la Catequesis en los comedores de "La Firestone".

Desde la parada del autobús hasta dichos locales, hay una carretera que henios de recorrer, por donde los catequizados corren a nuestro encuentro.

La vida en la Catequesis transcurre de la siguiente manera: llegamos a las diez y media a los locales donde se tienen las clases, y los niños, según sus deseos, se reparten para jugar al fútbol en el frontón o bien entrar a leer cuentos y jugar al parchesis, damas, oca, etc. A las once menos cinco se les recoge todo para empezar la Catequesis, la cual transcurre felizmente y dura hasta las doce. Al final el jefe da algún aviso y se les rifa ropa, juguetes o entradas de fútbol.

¿No es la Virgen María, Madre también de nuestros niños? Y ¿no tienen derecho a conocerla y a amarla?

Tenemos matriculados más de 50 niños y hay una asistencia que oscila en los 40, número que se sostiene gracias a la propaganda y a la actividad del actual jefe.

Lo peor de todo, la corridita acostumbrada, al final, para coger el "trole".

Por fin, te pedimos todos los catequistas de esta simpática barriada de Ariz, te acuerdes de estos niños en tus oraciones y regales para ellos los cuentos o juguetes que tú tengas abandonados.

Rubio y Lasa, Congrs.

Cesas de niños

El Alcalde del cielo. Pregunto a un niño: ¿Quién fué el contrario de Lucifer en el cielo?

—Ya lo sé, ya lo sé. ¡San Miguel Alcalde!

¿Por qué no vienen algunos niños? Me dirijo a un grupo donde faltaba el catequista. En la carpeta están anotados ocho niños y sólo asisten tres.

—¿Por qué no vienen los demás?

Silencio.

—¿Ya les avisáis en la escuela para que vengan?

—Sí; pero dicen que como no va el catequista, para qué van a ir ellos.

Buen comunismo. Preguntado un niño de unos once años, después de la explicación, por qué los cristianos éramos comunistas, contestó:

—Porque queremos el bien para todos.

Respuesta muy acertada.

¿Quién mató a Nuestro Señor Jesucristo? Pues... Pues... ¿Le mató Pilatos? ¡No!

Pues ¿quién le mató?

—Los judíos.

—¿Y qué judíos fueron?

—Caín, Abel y Noé.

¿Qué es envidia? Pararse delante de una pastelería y chuparse los dedos.

El Centauro. ¿Os acordáis de qué hablé el domingo?

—Sí, del Centauro.

—No, hombre, no, del Centurión.

¡Atención Catequistas!

¡Preparaos para el certamen!

NORMAS

1.ª Podrán concurrir a él todos los niños menores de quince años de los Centros Catequísticos de la Congregación.

2.ª El Certamen constará de dos ejercicios: el ejercicio de memoria y el ejercicio de inteligencia.

En el ejercicio de memoria contestarán a las preguntas que se les hagan de todo el tercer grado del Catecismo Diocesano. Se sorteará la pregunta del Catecismo por donde se ha de comenzar a preguntar.

En el ejercicio de inteligencia, responderán a las preguntas que se les hagan sobre la doctrina correspondiente a dicha primera parte.

Un tribunal de Padres calificará las respuestas, que se consignarán en una pizarra a la vista del público.

3.ª Los premios serán en metálico. Además, a los premios primeros se les entregará un artístico diploma.

Un primer premio de 25 pesetas y título de EMPERADOR DEL CATECISMO durante el curso de 1945-1946.

Un segundo premio de 15 pesetas y título de PRINCIPE DEL CATECISMO.

Terceros premios de 10 ptas. y títulos de PRINCIPES DEL CATECISMO.

Los demás, premios de 5 pesetas o libros a escoger.

4.ª Cada Centro Catequístico presentará al Certamen al mejor niño de su Centro, que quedará matriculado por el Jefe de la Catequesis para el penúltimo domingo de Mayo.

Iniciativas para el mes de mayo

Que se ponga una hucha en cada Catequesis donde nuestros niños vayan echando sus sacrificios por la Virgen.

Que se recen en todas las secciones, al empezar la Catequesis, tres Avemarías.

Que se cuente todos los domingos algún ejemplo de la Virgen y se haga repetir el de la semana anterior.

Que se cante al empezar y al acabar la Catequesis algún canto a la Virgen.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Espíritu de los Catequistas

1.° Ten siempre presente en este santo apostolado que el fin de la Catequesis no es otro si no la educación para la vida cristiana; lo cual exige hacer que entiendan los niños bien la doctrina, que la graben en su ntemoria y, sobre todo, que la amen y la practiquen, aun en la misma Catequesis, en cuanto sea posible.

2.° Al terminar la Catequesis se reunirán los catequistas con su Jefe y examinarán la marcha de la Catequesis para corregir los defectos y mejorarla.

3.° Si hay iglesia o capilla irán los catequistas a postrarse ante Jesucristo para examinar cada uno cómo le ha ido en la Catequesis, y si bien le ha ido darle gracias, si mal, mirar en qué está la falta y prometer la enmienda.

4.° Esfuérzate en conservar siempre la gracia de Dios en tu alma, y los domingos, en la Comunión, únete con el Divino Catequista, quien te dará fortaleza, luz, gracia y unción para realizar bien tu misión sublime. En la Comunión pide mucho por los niños que el mismo Jesús te ha confiado; ofrece por ellos la Santa Misa, conságrate a su Divino Corazón, medita un poco sobre la lección que vas a explicar. En fin, haz algo que te cueste, por tus niños, a fin de conseguirles gracias eficaces.

5.° Es muy recomendable que, cuando falte un niño habitualmente a tu sección, vayas a su casa a enterarte de la causa de su ausencia y animar a sus padres. Este santo celo te reportará grandes bendiciones de Dios Nuestro Señor y templará robustamente tu alma.

6.° No sólo debes catequizar de palabra, sino también, y más aún, con el ejemplo, esforzándote en darlo muy bueno a tus niños, especialmente en el comulgar con ellos en ocasiones, acompañar a los de tu sección con toda devoción en la Santa Misa, no fumar nunca, ni entrar en bares o establecimientos semejantes y en general procurando hacer tú mismo antes, todo aquellos que exhortas a tus niños.

7.° Se cruzarán en el camino de tu apostolado miserias humanas, pero tú no desmayes; se da un rodeo, se espera, se aguanta, y si no se puede obtener lo mejor, se obtiene lo bueno; pero siempre adelante y valiente, fijos los ojos en el Corazón de Jeús, por quien solamente te sacrificas y sufres.

8.° Trabaja con todo entusiasmo para que tu querida Catequesis sea excelente; pero puesta tu intención sólo en el servicio de Dios Nuestro Señor, alégrate de corazón al saber que las demás son mejores que la tuya, y aun trabaja porque lo sean.

El problema de las Misiones

Hay un problema al que el mundo católico en general no da la importancia que en realidad tiene, y es el problema de las Misiones. Muchos no aciertan a ver que hemos de intervenir todos en su resolución.

A nuestra vista, se destaca una cifra desgarradora: 1.230.000.000 de infieles que no saben nada acerca de la Sangre que fué derramada para su salvación y entrada en la Vida verdadera.

Si observamos las Misiones en cualquier parte del globo, encontramos lo mismo: falta de operarios, de útiles necesarios, de recursos monetarios, etc. Pero también se ven superabundantes heroicidades realizadas constantemente por los misioneros.

El misionero camina de pueblo en pueblo visitando uno a uno a los cristianos, confesando, sacramentando y, una vez consolidada la comunidad cristiana, deja catequistas que realizan importantísimos y eficacísimos trabajos para la Misión, y se dirige a la conquista de otra aldea o quizá a un martirio glorioso.

Tan pronto le vemos cabalgar sobre un jumento leguas y leguas, como enseñar oficios en un taller o atravesar la selva hacha en mano para cortar la maleza y puñal al cinturón para defenderse de las fieras, o está cuidando enfermos como médico, o como arquitecto edificando. En resumen, el misionero lo es todo para aquellas gentes de raza, costumbres e idioma tan distintos de los nuestros. Pero los misioneros son pocos y muchísimos millones de infieles se quedan como rebaño sin pastor.

Y todo esto ¿por qué? Por nuestra tacañería, por no dar limosnas para las Misiones y por no elevar a su verdadero punto el problema misional, recordando que a todos nos dirigió el Señor el mandato: "Id y predicad el Evangelio hasta en los confines de la Tierra".

El no especificó ni dió a entender que era este mandato sólo para los valientes que despreciando honores, riquezas, familia y amistades han ido e irán aún a la conquista de las almas infieles sin importarles sea China, Japón, la India, Africa, Oceania, América, el lugar en que han de sufrir constantes desvelos, trabajos, martirio, etc., sino para todos, y por eso todos hemos de ser conscientes y ver el papel que nos toca desempeñar para conseguir el ideal misionero: Que haya un solo rebaño y un solo Pastor.

S. L., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Academia de Misiones

Con gran interés vamos estudiando, en esta Academia Misional, los grandes problemas referentes a las diversas Misiones católicas.

El día 3 de Marzo correspondió hablar al grupo de América. Su jefe, Goya, juntamente con los demás componentes del grupo, nos hablaron de la difícil Misión de Alaska.

Al siguiente domingo el grupo del Japón nos habló de las interesantes Misiones del Extremo Oriente.

El grupo de Oceanía nos dió a conocer la falta de iglesias y casas de misión, la mayor parte de ellas destrozadas por los bombardeos de esta última guerra.

En el grupo de China, Méler nos habló de la intención misional del mes; I. Aldecoa y Renovales nos hablaron acerca del clero indígena en China.

Por último Albizua nos habló acerca de las vicisitudes de la Misión de Wuhu durante los años de guerra en China, siguiendo el precioso artículo de Monseñor Arámburu en "El Siglo de las Misiones".

Así terminaron las academias de Misiones celebradas durante el mes de Marzo.

J. Aizpuru, Congr.



¡Congregante!

Ahí tienes el testamento de Jesús moribundo.

"Mujer, he ahí a tu hijo"

"Juan, he ahí a tu madre"



Diario perdido

Venía un buen día a la Congregación a eso de las 8 de la tarde, cuando tropezó mi vista con un cuadernito perdido en uno de los rincones del salón.

Dudé entre abrirlo o entregarlo al Padre. Me venció la curiosidad y comencé a hojearlo. Ya me perdonará el propietario del librito, pero no tuve fuerzas para resistir.

Era muy interesante. Contenía las impresiones de un Congregante sobre lo que ocurría todos los días en la Congregación.

Por ello he decidido darlo a conocer, ocultando el nombre de su dueño, pero transcribiéndolo como yo lo he encontrado.

Día 1.—Año Nuevo. Para comenzar bien el año, he hecho promesa de llegar todos los días pronto a Misa. Hoy me ha salido bien. Veremos los siguientes.

Por la noche se ha representado la zarzuela "Sorgin-Etxe", que ha salido muy bien. Desde luego es lo mejor que he visto desde mi entrada en la Congregación. Durante la cena se la he contado a mis papás y se han reido mucho.

Día 4.—*Primer Viernes.* ¡Qué poco duran mis propósitos; hoy he llegado tarde a Misa! Como compensación, le he hecho a Jesús una visita doble que la de costumbre.

Día 6.—Reyes. Hoy he ido por primera vez a servir la comida a las Hermanitas de los Pobres. ¡Qué alegre he vuelto! Nunca hubiera pensado que dejaba tanta satisfacción el hacer una obra de apostolado. No faltaré ningún año.

Por la noche ha habido comedia, y durante la Bendición le he pedido al Niño Jesús que me haga niño como El; que me haga muy humilde, tan humilde como las Hermanitas de los Pobres donde he estado esta mañana.

Día 7.—¡Qué faena! Hoy han empezado las clases. ¡Qué cortas han sido las vacaciones!

Día 9.—El Padre ha expulsado a un Congregante amigo mío. ¡Qué pena me ha dado! No sabe él lo que pierde. Pero en seguida he salido de mi asombro cuando el Padre ha dicho que va a tener que despedir a más. ¡Caramba! Esto me ha hecho estar alerta. No quiero ser yo de ellos, y para eso me portaré como verdadero Congregante y repasaré el Reglamento.

Día 12.—Hoy he estado escuchando desde la biblioteca la preparación de los Catequistas. Algún día formaré yo parte en ellos. Y para prepararme desde ahora, me voy a aprender de memoria el Catecismo y no voy a faltar ni un solo día a la Catequesis del salón.

Día 13.—Por la noche se ha repetido la zarzuela "Sorgin-Etxe", que ha salido aún mejor que la vez anterior.

Día 16.—He hecho mi visita mensual al Padre y me ha animado mucho. Yo creía que me iba a echar una "peluca", pero me he equivocado. Ahora me va a costar muy poco ser bueno. No voy a faltar ningún mes a esta visita.

Día 17.—Desde hoy, todos los jueves, hay instrucción espiritual separada para mayores y pequeños. A nosotros nos ha hablado hoy de las excelencias de la virtud de la pureza. Antes morir que perder este tesoro. Y para conservarla, no voy a perder ni un solo día la Misa y la Comunión. Con estas dos cosas nada tengo que temer.

Día 24.—Ya han comenzado las obras de la Congre. ¡Qué bonita va a quedar! He visto los planos y me he quedado viendo visiones.

Día 28.—Hoy no he hecho visita. Pobre Jesús que me estaba esperando. Y yo sin hacerle caso por jugar un partido de ping-pong. Esta noche, cuando haga el examen, me voy a dar ocho pellizcos.

Febrero, 2.—El Padre se ha puesto hoy más serio que nunca en la explicación del Catecismo. Algunos no vienen. Si yo fuese catequista, no faltaba ni un solo día. Le voy a pedir a Jesús que me haga un buen catequista.

Día 3.—"Sólo queremos valientes. Si es preciso nos quedaremos con 250 Congregantes". Esto ha dicho el Padre. Tiene razón, no pensamos más que en divertirnos. Te prometo, Jesús mío, trabajar en lo que me manden en la Congregación, y si no me mandan nada me ofreceré para hacer algo.

Día 10.—Me he apuntado en un turno de la Guardia de Honor. Todas las semanas dedicaremos un cuarto de hora para estar con la Virgen. Que Ella me conserve puro como un ángel. No quiero perder jamás este tesoro.

Día 17.—Hoy han venido los colegiales de Indauchu para representar la comedia "El Rey Negro". Ha salido muy bien.

Mañana, aunque sea lunes, voy a procurar llegar antes de empezar la Misa. Para ello me acostaré hoy y todos los días antes de las 10. Cuando llegue tarde voy a estar cinco minutos más durante la visita de la tarde a Jesús.

¿Tienes tu medalla de Congregante?

Si no la tienes, adquiérela pronto en la Congregación, llévala siempre contigo y que por la noche, ella guarde tu sueño desde la cabecera de tu cama.



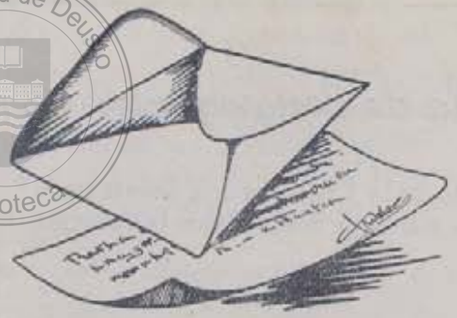


Los Congregantes que pertenezcan a las Congregaciones Marianas Confederadas en España, ganan INDULGENCIA PLENARIA, con el sólo hecho de llevar puesta la medalla visiblemente al recibir la Sagrada Comunión en cualquier iglesia o capilla.

También ganan siete años de indulgencias, si al entregarse al sueño tuvieran en la cabecera de su cama la medalla de la Congregación y, al menos, contritos de corazón, rezaren tres Avemarías.

Ganan también indulgencia plenaria los Congregantes que besaren o tocaren la medalla en el artículo de la muerte, habiendo confesado y comulgado o, al menos, pronunciando los nombres de Jesús y María teniendo contrición de corazón.

Universidad de Deusto
Biblioteca



Dicen los antiguos

De un antiguo Congregante al Padre Angel Basterra.

Querido Padre:

Mentira parece que haya podido dejar pasar tanto tiempo, tantos años podría decir sin comunicarme con Vd. No crea que esto ha sido debido ni a olvido ni a pereza. No pretendo con esto disculparme, pues ya sé que Vd. me ha perdonado.

Bueno Padre, aquí me tiene Vd. después de tantas vueltas por uno y por otro lado. Supóngase Vd. que llego a su despacho de la calle de la Paz. Antes habría pasado por la Iglesia de la Residencia a saludar al Señor y a la Inmaculada como Vd. nos enseñó. "Corderote" me habría llamado Vd. mientras yo me acercaba lleno de emoción a besarle le mano.

Digo lleno de emoción porque hoy se la besaría de manera muy distinta a como lo hacía cuando estaba en Bilbao. Entonces lo hacía por respeto, es cierto, pero sobre todo por costumbre. Hoy sería distinto. Hoy besaría la mano del sacerdote que, después de mis queridos padres, más ha hecho por mí. Es algo que nunca lo podré olvidar. En el año 1924 tuve la gran suerte de entrar a formar parte de la Congregación de María Inmaculada y de San Estanislao de Kostka de la que Vd. era Director. Tenía yo entonces ocho años. Desde ese día usted se encargó de ir formando mi alma, de inculcarme las ideas más verdaderas de hacerme amar lo más santo, de hacerme cristiano, en una palabra. El amor a Dios, su santo temor, el amor a la Santísima Virgen, el cultivo de la pureza, el odio al pecado. Usted ha sabido hacerme hombre y enseñarme a luchar en esta vida. Recuerdo nada más los famosos "Tengo el motor dentro", "eso no". Sí, Padre, y cómo me ha tocado comprender lo necesario que es llevar el motor bien dentro y tener valor para decir un rotundo "eso no". Lo que siento es no haberme aprovechado de sus lecciones como hubiera podido, porque todo me hace falta y todo es poco.

¡Vivo en un mundo tan distinto del que yo conocía! Es este un país completamente materialista, donde únicamente se piensa en dinero y en gozar. La mayor parte de la colonia española está compuesta por gente que vino al país muy joven, con muy poca o ninguna preparación y con un único ideal: hacer dinero. Aprendieron perfectamente esa necedad que tanto se oye y se practica: "Hacer dinero; lo más honradamente que se pueda, pero hacer dinero". Esa fué su única ambición, y ese el ideal por el que sacrificaron su juventud y sus más nobles anhelos. Muchos han conseguido lo que querían, y una vez en posesión de una regular fortuna, han tratado de crearse una familia, pero no lo han conseguido. Tienen dinero, casa e hijos, pero no hay familia; y es que materializaron su corazón, y para crear una familia cristiana se necesita un corazón grande y sano. No quiero decirle con esto que todos sean así; hay desde luego, muy honrosas excepciones.

Este no es el ambiente de un Bilbao, donde todo ayudaba a ser bueno, ni de un X en el que, por mucha podredumbre que hubiese, había también mucho sano y donde yo tenía por compañeros y amigos íntimos ya tres congregantes. Por eso le pido, querido Padre, que no se olvide de mí y que pida de vez en cuándo por este "cordero" suyo. Pídale a la Virgen que nunca olvide lo que Vd. me enseñó. Dígame también si conoce algún Padre de la Compañía que esté en la Capital.

Uno de los detalles suyos que con más cariño recuerdo desde que salí de casa es el siguiente: Cuando Vd. rezaba la cuarta estación del Viacrucis y nos leía aquello de: "En la calle de Amargura de mi vida" siempre, invariablemente, cerraba Vd. el libro y, mirándonos con pena y con cariño añadía de su propia cosecha: "Que las has de tener si vives". Sí, Padre, ¡qué pronto me tocó comprobarlo! Entonces le oíamos con impaciencia y hoy, cuando toca vivir las amarguras que Vd. nos pronosticó, recordamos sus enseñanzas y siguiéndolas, acudimos a nuestra Madre que por haber sufrido tanto es la que mejor sabe consolar.

> Dios es tu Padre,
> La Virgen es tu Madre,
> Jesús tu Hermano.
> Vive como hijo de tal familia.

Al recordar todo esto quiero patentizarle mi agradecimiento y asegurarle que cuando visito a Nuestra Señora, me acuerdo de Vd. y de su Congregación. También quisiera, y con qué gusto lo haría si pudiese, exhortar a sus congregantes para que se aprovechen mejor que yo de todos los medios que usted ha puesto a su alcance: la Misa con su plática y la Comunión diaria, la instrucción espiritual de las noches, las catequesis, las visitas de los pobres. Los que son mayorcitos que tomen parte activa en todo; que sean catequistas, que visiten a los pobres, que dén conferencias, que cooperen en veladas. Todo eso forma mucho y enseña mucho también, que luego da pena encontrarse que ni saben presentarse, ni hablar. Si viera que yo siempre que visito alguna ciudad o hago algún viaje me acuerdo de sus congregantes y tomo los datos principales para hablarles sobre ello: tengo en la cabeza infinidad de pequeñas conferencias.

Pero si hoy fuera dado decirles unas palabras a sus congregantes, créame que no les hablaría ni de ciudades, ni de viajes, ni de estudio. **Unicamente les diría que se esfuercen en querer más y más a María Santísima y en tener confianza ilimitada en el Sagrado Corazón de Jesús.**

Padre, me dicen que está Vd. algo enfermo. No quisiera molestarle contándole más cosas mías. Solo quiero decirle que pido a Dios le bendiga a usted y a su obra. Padre, esté donde esté, ya sabe dónde tiene un cordero que le quiere de veras. Si no tiene tiempo o no puede, no se moleste en escribirme.

Le besa la mano,

F. S., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Señales para conocer amigos

1.—El BUEN AMIGO lo es hasta tanto que no se interponga una ofensa de Dios.

AL MAL AMIGO *le importan poco los mandamientos de Dios y menos que ninguno el que mandan sus puros.*

2.—El BUENO no busca por amigo ni al rico ni al noble, sino al bueno, aunque sea pobre.

EL MAL AMIGO *se jacta uno de lo que no tiene, y es amigo por interés.*

3.—El BUEN AMIGO alterna con todos los buenos pero escoge uno entre mil, para considerarle como otro él y como la mitad de su alma.

EL MAL AMIGO *tan fácilmente se hace nuevos amigos como se desentiende de los anteriores, atento no a razones cuanto a impresiones y pasiones de momento.*

4.—EL BUEN AMIGO avisa a su amigo de sus faltas.

EL MALO *le alaba sus defectos y anima a seguir creciendo en el vicio.*

5.—EL BUENO, cuando ve que él no es bastante para corregir a su amigo, avisa discretamente a sus padres o a quien más convenga.

EL MAL AMIGO *enseña a su amigo a engañar a sus padres para que no echen de ver sus faltas y siga empeorando.*

6.—EL BUENO no teme ser visto ni sorprendido, nunca se esconde aunque le inciten a ello.

AL MALO *le gusta andar en casa y fuera de casa en escondites y si pueden encerrándose con otro para que no les vean.*

7.—EL BUEN AMIGO oculta a su amigo cosas y pensamientos que sólo a Dios y al director espiritual se deben descubrir.

EL MAL AMIGO *a veces cuenta faltas y proyectos que, con gran daño del alma, no se atreve a decir a su mismo confesor.*

8.—EL BUEN AMIGO aparta a su amigo de cualquiera mala compañía.

EL MALO *le pone en contacto y amistad con otros como él.*

9.—EL BUENO disuade a su amigo que vaya a espectáculos peligrosos.

EL MAL AMIGO *aprovecha todas las ocasiones para llevar a su amigo, aun pagándole, a diversiones y paseos escandalosos.*

10.—EL BUEN AMIGO aprecia a sus amigos y sigue sus consejos, mas no cuando están en oposición con los prudentes dictámenes y mandatos de sus padres.

EL MAL AMIGO *aprecia más a su amigo que a los mismos padres y pospone los consejos de éstos a los de aquél.*

11.—EL BUEN AMIGO habla siempre bien de sus padres, y si tienen cualquier defecto los calla.

EL MALO *ni en sus conversaciones respeta a sus padres y los nombra con apodos.*

12.—EL BUENO, cuando su amigo está enfermo o sufre cualquier desgracia, muestra su interés visitándole, consolándole, etc., etc.

EL MAL AMIGO *sólo quiere a su amigo para divertirse con él; llegada cualquier calamidad le abandona.*

13.—EL BUEN AMIGO se muestra generoso con su amigo en cualquier apuro monetario.

EL MALO, *en cuanto ve que su amigo no tiene ya dinero, no le hace caso o mucho menos que antes.*

14.—AL BUENO se le conoce en el modo de andar, en el vestir, en su modestia.

AL MALO *se le reconoce en sus posturas, ademanes y, más todavía, en sus conversaciones.*

Categorías

PRIMERA Se incluyen en ella los que se esmeran en cumplir bien todo el Reglamento de la Congregación, v. gr.:

1.—Asisten, pudiendo, a la Misa diaria y a la Instrucción Espiritual de la noche o a la Velada Recreativa los días festivos.

2.—Son asiduos a los demás actos extraordinarios.

3.—Visitan al Padre una vez al mes.

4.—Evitan los cines públicos y todas las diversiones, paseos, compañeros, etc., que desdicen de un buen Congregante de la Santísima Virgen.

5.—Toman parte en las secciones de piedad y obras de celo de la Congregación.

6.—Entregan los concursos.

7.—Atienden a los avisos que se les envían, etc.

SEGUNDA Se incluyen en ella los que cumplen el Reglamento de la Congregación pero con algunos descuidos, v. gr.:

1.—Pierden con alguna frecuencia la Misa diaria y la Instrucción Espiritual de las noches o la Velada Recreativa de los días festivos, sin causa justificada.

2.—Descuidan el asistir a los actos extraordinarios recomendados a los Congregantes.

3.—Son negligentes en hacer su visita mensual al Padre.

4.—No evitan del todo los cines públicos o diversiones algo peligrosas.

5.—No manifiestan mucho interés por las obras de celo y piedad de la Congregación.

6.—No entregan los concursos.

7.—Descuidan algunas veces responder a los avisos que se les envían.

TERCERA Se incluyen en ella los que, sin cometer faltas notables, son bastantes descuidados en la observancia del Reglamento, v. gr.:

1.—No acuden a la Misa diaria, ni a la Instrucción Espiritual de las noches o a la Velada Recreativa de los días festivos.

2.—Acuden frecuentemente a cines y diversiones peligrosas.

3.—Prefieren la compañía y amistad de los no Congregantes a la de los Congregantes.

4.—No visitan mensualmente al Padre.

5.—No toman parte en las obras de celo y piedad de la Congregación.

6.—No responden a los avisos que se les envían.

NOTA.—El estar incluído en SEGUNDA o TERCERA Categoría significa que incurren en alguna o algunas de las deficiencias que se han enumerado, no en todas.

Congregantes

3.ª—Abaitua Bilbao, Antonio
3.ª—Abaitua Bilbao, Luis María
3.ª—Abaitua Bilbao, Miguel Angel
1.ª—Abando Bengoa, Ignacio
1.ª—Abando Bengoa, Raimundo
1.ª—Abans García, Javier
1.ª—Abans García, Pablo María
3.ª—Acha Valle, Francisco Javier
3.ª—Acha Valle, Juan Carlos
2.ª—Achurra Alzola, Angel
2.ª—Achurra Alzola, Ignacio
2.ª—Achurra Alzola, Javier
1.ª—Aguirre Delgado, José Ignacio
1.ª—Aguirrezábal Sagrario, Jesús
1.ª—Aizpuru Abendibar, Juan
1.ª—Albizua Zabala, Juan
1.ª—Aldazábal Iturrospe, Juan María
1.ª—Aldazábal Iturrospe, José Miguel
1.ª—Aldecoa Ercoreca, Ignacio
1.ª—Aldecoa Ercoreca, Sabino
2.ª—Alvarez Belausteguigoitia, Ignacio
3.ª—Amann Mutiozábal, Fernando María
1.ª—Amézola Jaureguibeitia, Juan José
2.ª—Anacabe Maidagán, Angel
1.ª—Angulo Cortadi, Javier
2.ª—Angulo Torróntegui, José María
1.ª—Antoñana Gortázar, José María
1.ª—Arana Gondra, Ramón
2.ª—Aresti García, Alfonso
2.ª—Arteaga Echevarría, Francisco
1.ª—Artiach Meng, Javier
1.ª—Arrate Bilbao, José Manuel
1.ª—Arrate Bilbao, Pedro María
1.ª—Arregui Lizárraga, Antonio
1.ª—Arregui Lizárraga, Cornelio
1.ª—Arregui Olábarri, Carmelo
1.ª—Arrieta Elizondo, José Miguel
1.ª—Arrieta Isasi, Carlos
1.ª—Arriola Mallavia, Ignacio
1.ª—Asúa Cantera, Juan
1.ª—Azaola Artolozaga, Francisco
2.ª—Azcúnaga Bajineta, Juan
3.ª—Azpeitia Amiano, José María
2.ª—Azpeitia Bilbao, Eduardo María
1.ª—Baldor Valle, Juan Manuel
1.ª—Baldor Valle, Luis María
1.ª—Baldor Valle, Miguel Angel
1.ª—Bañares Zorzano, Aurelio
1.ª—Barainca Goiriena, Juan C.
2.ª—Barreño Allende, Ramón
1.ª—Barreño Allende, Santiago
1.ª—Barrenechea Arroitajáuregui, Carmelo
1.ª—Barrenechea Arroitajáuregui, Jesús
2.ª—Basterra y Sans, Juan María
1.ª—Beltrán de Guevara Solaún, José María
2.ª—Beltrán de Heredia Larrazábal, José Mª
2.ª—Berganza Berganza, Vicente
2.ª—Bergareche Ruiz, José Ignacio
1.ª—Bilbao García-Echave, Paulino
1.ª—Cabido Gil, Simón
1.ª—Camiña Borda, Enrique
1.ª—Camiña Borda, Gabriel
1.ª—Camiña Borda, José María
1.ª—Camiña Borda, Juan Luis
1.ª—Campuzano de la Paz, Javier
2.ª—Cardenal Sagarduy, José Mª.
2.ª—Celaya Urrutia, Ignacio
2.ª—Celaya Urrutia, Juan Domingo
1.ª—Corral Libano, José Miguel
3.ª—Damborenea Terroba, Manuel
3.ª—Damborenea Terroba, Ricardo
1.ª—Díaz Arcocha, Carlos
2.ª—Diego Bengoa, Juan José
2.ª—Diego de Somonte Santaló, J. Manuel
1.ª—Echániz Salicio, Juan José
1.ª—Echave-Sustaeta de Toledo, Pedro María
3.ª—Echevarría Usábel, Juan J.
1.ª—Eguiraun Benedicto, Javier
1.ª—Elezcano Larreátegui, José
2.ª—Elguezábal Zubizarreta, José Luis
1.ª—Elías Bartolomé, José Antonio
1.ª—Elías Bartolomé, José María
1.ª—Elordi Beascoechea, Víctor
3.ª—Endeiza Ugarte, Juan Luis
1.ª—Ezcurra Cebreiro, José María
1.ª—Fernández Valdés Amézola, Esteban
2.ª—Fontán Gamarra, Alberto
2.ª—Fontán Gamarra, Ignacio
2.ª—Fontán Gamarra, José María
3.ª—Fontán Gamarra, Rafael
1.ª—Fueyo María, Francisco José
1.ª—Gamechogoicoechea Inchausti, F. Javier
1.ª—Garro Elejalde, Pedro
2.ª—Gaztañaga García, Rafael
3.ª—Goiricelaya Ugalde, José Antonio
1.ª—González de Durana Isusi, Ignacio
2.ª—González de Durana Isusi, José Antonio
1.ª—González López, José Miguel
1.ª—González López, Nicolás
1.ª—Goya Urigüen, Miguel
1.ª—Goyenechea Goiri, Angel María
3.ª—Gros del Río, Vicente
1.ª—Guevara Amézola, Eduardo
1.ª—Guevara Amézola, José Antonio
1.ª—Guiloche Zulueta, Javier
1.ª—Guzmán Mediavilla, Angel
2.ª—Heredia Ramírez, Pedro Jacinto
2.ª—Herrán Matorras, Agustín

1.ª—Herrán Matorras, José L.
1.ª—Herrán Matorras, Ramón
1.ª—Herrera Esparza, Eduardo
1.ª—Herrera Esparza, Javier
1.ª—Herrera Esparza, José F.
2.ª—Hormaeche Ortiz, Domingo
2.ª—Ibáñez Ruiz, Fernando
2.ª—Icaza García, José María
1.ª—Icaza Zabálburu, Rafael
1.ª—Icaza Zabálburu, Ramón
1.ª—Idoyaga Allende, Enrique
3.ª—Iriña Azcúnaga, Javier
3.ª—Iriña Azcúnaga, José Ignacio
1.ª—Iturbe Echeverría, Francisco María
1.ª—Iturbe Echeverría, Jesús
1.ª—Iturbe Pinedo, Antonio
1.ª—Iturbe Pinedo, Luis
1.ª—Iturriaga Elorza, Juan
1.ª—Jacob Verdes, Enrique
1.ª—Jacob Verdes, Javier
2.ª—Jaén Palacio, Carlos
2.ª—Jaén Palacio, Manuel
2.ª—Juarrero Juarrero, Arsenio
1.ª—Lacorzana Mamolar, Jesús
1.ª—Larumbe Salinas, Luis
3.ª—Larrea Basterra, Francisco Javier
1.ª—Lasa Alvarez, José María
1.ª—Lasa Curiel, Fernando Mª.
1.ª—Lasa Curiel, Rafael
3.ª—Lecube Muñoa, Javier
1.ª—Legórburu Rodríguez, Carlos María
1.ª—Legórburu Rodríguez, José María
1.ª—Leguina Villa, Jaime
1.ª—Leguina Villa, Juan
1.ª—Macha Díaz-Emparanza, Francisco Javier
1.ª—Malo Fernández, Fernando
1.ª—Marcoartu Gorriarán, Ignacio
1.ª—Marín Laíuente, Modesto
3.ª—Martín Barrio, Nilo
1.ª—Martínez Jorcano, Miguel Angel
1.ª—Martínez Rodamiláns, Esteban
2.ª—Martínez de Butrón Díaz, Juan Antonio
2.ª—Martínez de Butrón Díaz, Mario
1.ª—Martínez de Lejarza Valle, Isaac F.
1.ª—Martínez de Lejarza Valle, Miguel A.
2.ª—Massalleras Alfaro, Alberto
1.ª—Meler Simón, Félix
3.ª—Melón Martínez, Félix Enrique
2.ª—Mendiguren Lecanda, Roberto
3.ª—Mendiola Insausti, José María
3.ª—Mendiola Insausti, Luis
2.ª—Menéndez Rubio, Luis María
1.ª—Miguel García, Ignacio
1.ª—Miguel García, José
3.ª—Mojas Mauri, Jesús
3.ª—Mojas Mauri, José
1.ª—Monge Pérez, Miguel Angel
1.ª—Movilla Hernández, Félix
3.ª—Murube Quintana, Jesús María
2.ª—Narbaiza Azpiazu, Luis
1.ª—Nebreda García, Juan
1.ª—Núñez Corbera, José Luis
1.ª—Olabarría y Delclaux, José Ramón
1.ª—Olabarría y Delclaux, Pedro María
3.ª—Olea Alcorta, Enrique
2.ª—Olea Alcorta, Ignacio
1.ª—Olmo Pérez, José Luis del
1.ª—Onandía Aguirregomezcorta, Ignacio
1.ª—Oraá Moyúa, Gabriel
2.ª—Oraá Moyúa, Javier
2.ª—Orio Vegas, Santiago
1.ª—Ortega Elías, Prudencio
1.ª—Ortiz Arroyo, José
1.ª—Ortún García, Orencio
1.ª—Orueta Abaroa, Sabino
1.ª—Palacio Urien, Ignacio
1.ª—Petit Goyanes, Faustino
1.ª—Pontes Fernández, Antonio
1.ª—Prieto del Olmo, Juan
3.ª—Pueltes Izaguirre, J. Felipe
1.ª—Puente F. Ullivarri, Darío de la
3.ª—Puente F. Ullivarri, Fernando de la
1.ª—Puente García, Restituto
2.ª—Puyo Ochandiano, José María
1.ª—Quintanilla Castro, Jaime
1.ª—Renobales Vivanco, Jesús
1.ª—Rentería Lapresa, José María
3.ª—Río Casaus, Javier del
2.ª—Robles Canive, José Luis
3.ª—Rocillo Landaluce, Santos
2.ª—Rodamiláns Vellido, Francisco Javier
2.ª—Rodamiláns Vellido, Ramón Antonio
3.ª—Rodet Oribe, Miguel Angel
1.ª—Rodríguez de las Fuentes, Jesús
1.ª—Rodríguez Sahagún, Agustín
1.ª—Rubio del Río, Pedro María
3.ª—Ruiz Gázquez, Ernesto
1.ª—Ruiz-Ogarrio Herault, Javier
1.ª—Ruiz-Ogarrio Herault, L. Fernando
1.ª—Sáez Mena, José Angel
1.ª—Sáez Mena, Juan Carlos
3.ª—Sagarduy Montero, Mario
3.ª—Sagarmínaga Salcedo, Antonio María
3.ª—Sagarmínaga Salcedo, Francisco J.
1.ª—Sánchez Ruiz, Fernando
1.ª—Sánchez Ruiz, Julio
1.ª—Sánchez Ruiz, Pedro
2.ª—Sans Rodríguez, Alberto
2.ª—Sans Rodríguez, Eduardo
3.ª—Sasieta Rodríguez, Alberto
2.ª—Seminario Iñarra, Francisco J.
2.ª—Seminario Iñarra, José Angel
2.ª—Serrano Vilanova, Carlos
3.ª—Solana Vega, Federico
1.ª—Sulibarría Ureta, Luis María
1.ª—Toledo Ugarte, Juan

Universidad de Deusto
Biblioteca

1.º—Toledo Ugarte, Pedro
2.º—Ugarte Urquiza, Francisco Javier
1.º—Ugarte Urquiza, Mario
3.º—Urgoiti Abascal, José Angel
1.º—Uriguitia Belacortu, Inocencio
1.º—Urquijo Buzón, José Ramón
3.º—Urquiza Legórburu, Enrique
3.º—Urquiza Legórburu, Iñigo
3.º—Urquiza Legórburu, Javier
1.º—Urrutia Salanova, Alberto
1.º—Urrutia Salanova, Juan
1.º—Vallejo Olejua, Eduardo María
1.º—Vallejo Olejua, José Antonio
2.º—Vega Salinas, Francisco José
3.º—Villanueva Santaulari, Jesús
3.º—Villanueva Santaulari, José
1.º—Wicke Laca, Alberto Federico
3.º—Zabala Otaola, Jesús Ignacio
2.º—Zabalegui Gorostiaga, Miguel
1.º—Zaballa Uraga, Juan
1.º—Zubiri Sánchez, Javier
3.º—Zubizarreta Mendiola, José María
2.º—Zubizarreta Mendiola, Pedro María
1.º—Zuluaga Olascoaga, Juan
1.º—Zulueta Padura, Pedro María

Supernumerarios

Alemany Meira, José María
Alvarez Arteche, Javier
Alvarez Arteche, Julio
Amann Loredo, Miguel
Andreu Rodamiláns, Rafael
Anacabe Maidagán, Ignacio
Anitua López, Santiago
Antón Gil, Juan Francisco
Aquesolo Ortiz, José Antonio
Arana Gondra, Javier
Aréchaga Bilbao, Juan José
Castañares de la Torre, Juan Luis
Cortina Iceta, Ignacio
Díaz Vidaurrázaga, Juan Antonio
Escudero Seebold, José
González Barandiarán, José María
Gortázar Landecho, Fernando
Ibarlucea Figuerola, José María
Icaza Zabálburu, Javier
Iceta Gómez, Ignacio
Iceta Gómez, Ramón
Iceta Subiñas, Javier
Juan Peñalosa, José Luis de
Larrazábal Zorrozúa, Juan Jesús
Lasterra Santos, Luis
Lecube Muñoa, Juan
Nebreda de Miguel, Pedro María
Ordozgoiti Santiago, Jesús María
Orueta Abaroa, Juan
Ramos Rodríguez, Francisco
Ramos Rodríguez, Juan
Ruiz Santos, Emiliano
Sautu Arrupe, Joaquín

Aspirantes

Abaitua Guzmán, Francisco Javier
Abando Beugoa, Sabino
Acero Camiruaga, Eugenio
Acero Camiruaga, Félix
Acero Camiruaga, Gregorio
Alvarez Uribe, José Miguel
Alvarez Uribe, Juan María
Angulo-García Borreguero, Enrique
Arancibia Pinedo, Nicolás
Arias Aspiazu, J. Luis
Arias Aspiazu, J. María
Arrate Echevarría, Juan José
Arrese Abando, Juan
Arriaga Garay, Juan Manuel
Azcoitia Villanueva, Ignacio
Azcúnaga Arana, José Antonio
Belausteguigoitia Aguirre, G.
Belausteguigoitia Aguirre, I.
Bengoría Inchaurtieta, Jaime
Bengoría Inchaurtieta, José María
Cañón García, Valentín
Castillo Echevarría, Ramón
Cruzat Salazar, Jaime
Cuerda Ortega, Alejandro
Delclaux Oraá, Luis
Díaz de Olarte Salazar, Celestino
Díez Domínguez, Alberto
Díez Ezpeleta, José
Durango Cendagorta-Galarza, José
Escauriaza Areilza, Borja
Eróstegui Gurruchaga, Eugenio
Fernández Valdés Amézola, Félix
Franco Inchausti, José Miguel
Galarza Erquiaga, Alberto
García Miñaur, Alfonso
García Osés, Eduardo
Grassa Ruiz, Ignacio Ramón
Goicoechea Bilbao, Roberto

Gómez Zulaica, Pedro
Herault Heredia, José Luis
Herrán González, Carlos
Hidalga Zaballa, Javier Ignacio
Hormaechea Arámburu, Santiago
Ibáñez García, Angel
Ibáñez García, Arturo
Icaza García, Ignacio
Irala Rodríguez, Javier
Iturriaga Elorza, Ignacio
Izquierdo San Pedro, Pablo
Jiménez Crespo, Armando
Landa Garamendi, Luis
López Abásolo, Enrique
López Abásolo, Jesús María
López de Garay, Francisco J.
López de Garay, Juan Carlos
López de Lerena Portillo, Fernando
López de Lerena Portillo, Julián
López de Lerena Portillo, Santiago
Mardones Espinosa, José Angel
Martínez Garmendia, Joaquín
Martínez Zabalgoitia, José María
Mateo Echevarría, José Antonio
Miguel San Miguel, Fernando de
Miñana Nicolás, Juan Eugenio
Olabarría Abendivar, Félix
Olabarría Abendivar, Javier
Ormaechea Imaz, Juan José
Otalora Beraza, Francisco Javier
Otalora Beraza, Luis Fernando
Ortiz Artiñano Ulliés, Javier
Osés Arlegui, Antonio
Pérez Martínez, Fernando
Portillo Irazábal, Fernando
Quintana Ariño, Juan Ml.
Quintana Ariño, Luis Ignacio
Riloba Oriol, Anselmo
Rodríguez de las Fuentes, José R.
Roncero Sagasta, José
Rotaeche Acha, Antonio
Rubio del Río, José Antonio
Ruiz Ocejo, Félix Enrique
Sáiz de Rozas Gómez, José Luis
Salvanes Pérez, Roberto
Sánchez Vivanco, Jesús
Santa María Camargo, Isidro
Santaolaria Bilbao, Pedro Luis
Sarasúa Muñoz, Juan Luis
Sellarés Iglesias, Antonio
Solar Estebas, Germán del
Sota y Poveda, Ignacio de la
Suárez Casuso, José Manuel
S. Vallejo, Eduardo José
Ureta Gómez de Tejada, Antonio
Urgoiti Abascal, Carmelo
Uriarte Unzaga, Fidel
Vicente-Arche Alonso, Juan Ml.
Vitórica y Gutiérrez, José L.
Zorrilla Lequerica, Alfonso
Zorrilla Lequerica, Ramón
Zulueta Picabea, Enrique

La Congregación Mariana es una asociación piadosa, aprobada por la Santa Sede, para hacer de los congregantes, santos, apóstoles y defensores de la Iglesia de Jesucristo, mediante la consagración total y para siempre del Congregante a la Santísima Virgen.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Cosas que pasan

Está visto que no se puede hacer carrera con las comedias.

Para una que ha salido bien, fué preciso repetirla dos veces (se trata de "Sorgin-Etxe"). Creo que para el año que viene se va a preparar una sola comedia para repetirla todos los domingos. Yo me labo las manos en tal asunto, "por si les mouches".

Bueno, y no hablo del "Pavo robado" (de la cual sólo se dió un acto), porque bastante se habló en su día. En este asunto me lavo las manos y los pies, "por si les cucaraches".

* * *

¡Oh, las obras de la Congre! Vaya rapidez. Y vaya bien que ha quedado el patio. Ni los vecinos más antiguos del lugar recuerdan cosa semejante.

* * *

¿Y las obras de la iglesia? Explicaré las maniobras necesarias para ir desde uno de los bancos de la iglesia hasta la "Congre" después de terminada la Misa, en el apogeo de las obras:

Se sale del banco, se tira a la derecha (hay que ir de costado, pues la anchura de los bancos no permite otra cosa). Llegado a la altura del altar de San Ignacio, se tuerce de nuevo a la izquierda (en este momento se entabla una verdadera batalla campal con la gente que viene de comulgar). Después de sufrir la mirada terrorífica del P. Zumárraga, que bajo el yelmo de su confesonario escudriña todos los movimientos, hay que pasar bajo la jurisdicción del H. Arrieta, que no siempre pone cara de buenos amigos. Parecen pasados todos los obstáculos, pero no; antes hay que tropezarse con una escalera de las de la tribuna lateral que está separada de las demás. Una vez recibido el golpe, al abrir la puerta que conduce a la Congregación, se pega siempre un buen porrazo a cualquiera de las personas que van a entrar en la iglesia.

Como veis, no tiene cuenta; es preferible salir por la puerta de atrás de la iglesia, dar la vuelta por la calle de Ayala, coger el transiberiano y, luego de hacer un ignoto recorrido, entrar por la calle de La Paz.

Todo antes de meterme por el laberinto de bancos, hormigonera, fuentes, viejas, etc. Menos mal que ya se acabó eso, porque si no, yo me iba a oír Misa a la ermita de San Adrián, en el Pagasarri.

* * *

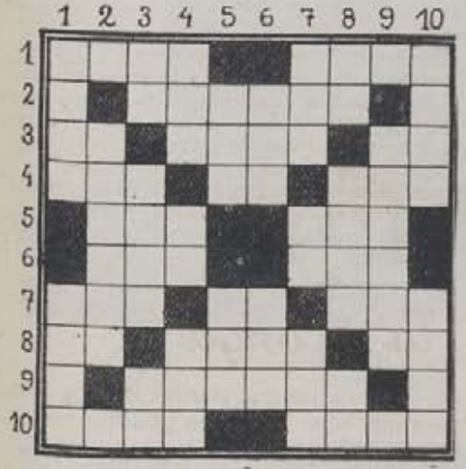
¡Hurra! Se ha logrado vender la máquina vieja de la "Congre".

Desgraciadamente no he logrado ser el comprador y por ello no me he podido permitir el placer de arrojarla por el balcón de mi casa.

Bueno, estoy seguro de que la echo por el balcón y me echan multa por arrojar objetos viejos a la vía pública. Pero he de confesar que la pagaría a gusto.

Cote.

BUEN  HUMOR



HORIZONTALES

I. Rey de Judá, vencedor de Jeroboam. Dios de los fenicios.—II. Abreviatura de punto cardinal. Cuarto profeta menor. Vocal.—III. Célebre poeta alemán. Opera de Verdi. Letra griega.—IV. Prelado español, juez en el Compromiso de Caspe. Vocales. Campos Elíseos de los egipcios.—V. Sobrino de Abraham. En latín, arte.—VI. Población de Filipinas de la isla de Panay. Extremidad de la pierna.—VII. Invertido, río polaco, afluente del Vístula. Interjección para parar las caballerías. Emperador de Rusia.—VIII. Nombre del sol en Egipto. Dios de los vienos. Nota musical.—IX. Abreviatura de punto cardinal. Invertida, Catequesis de la Congregación. Cifra romana.—X. Canapé ancho y cómodo. Pronombre demostrativo.

VERTICALES

I. Hijo de Sem que fundó Asiria. Nombre genérico de toda roca de textura granulosa. II. Consonante. Anteiglesia de Vizcaya. Abreviatura de punto cardinal.—III. Vocales. Padre de los moabitas. Virtud teologal, invertida. IV. Rey húngaro desde 1041-1044. En andaluz, todo. Nombre de letra griega.—V. Isla portuguesa del golfo de Oman. Hermana religiosa. VI. Monte de la isla de Creta. Onda grande que forma el agua agitada.—VII. En inglés, balido. Invertida y repetida, padre. Invertida en latín significa yo.—VIII. Carta de la baraja. Catequesis de la Congregación. En inglés, nosotros.—IX. Vocal. Caminar por recreo. Vocal. X. Al revés fonéticamente en inglés, regla.

MAGIA

Dos pasajeros trabaron conversación a bordo de un buque.

—Yo soy comerciante —dijo uno, a modo de presentación.

—Yo soy prestidigitador —dijo el otro.

—¿Prestidigitador? ¿Qué ocupación es esa?

—Tengo el poder de hacer desaparecer los objetos. Le voy a hacer una demostración.

En ese instante un torpedo dió en el buque y lo hundió. Nuestros dos hombres se encuentran en el agua, aferrados a un madero. El comerciante miró a su alrededor, y no viendo al buque por ninguna parte, dijo al otro:

—¡Hombre!... ¡No creo que sea muy gracioso lo que usted acaba de hacer!

* * *

El maestro prevenía a los alumnos contra las consecuencias del frío.

—¿Recuerdan al alumno Fernández? Hace pocos días, cuando hacía un frío terrible, tomó la pelota y se puso a jugar en la calle. Contrajo pulmonía y ayer murió.

Un hondo silencio se produjo en la clase. Y pocos segundos después, desde las últimas filas, se oyó una tímida voz que preguntaba:

—¿Dónde está la pelota?

* * *

—Papá, ¿cómo saben los astrónomos cuándo hay un eclipse de luna?

—Muy sencillo: ¿para qué están los periódicos?

—Y a ti, ¿por qué te condenaron?
—Por intento de soborno a un empleado público: le eché un hueso a un perro de policía.

* * *

—¡Cómo se parecen Antonio y Fernando!
—Sí, señor; sobre todo Fernando.

* * *

—Mi hijo se ha tragado una peseta. ¿Cree usted que puedo confiar en el doctor Puig?
—Ya lo creo. ¡Es honradísimo!

* * *

—Ya me han dicho que has sufrido mucho con la muerte de tu perro. ¿Tanto le querías?
—¡No! Lo que pasa es que tuve una terrible indigestión cuando me lo comí.

AL PIE DE LA LETRA

Acabo de despedir a mi secretario. No creo que haya en el mundo empleado más idiota que él. ¿Razones? Le pedí que escribiese a máquina una carta tal como yo se la dictase, y miren lo que hizo:

"Primero ponga la fecha señor aparte señor gerente dos puntos y aparte la presente tiene por objeto comunicarle que los en número trescientos quilos quinos con k de lana que usted me remitió acento en la o están sólo en parte en buenas condiciones punto y aparte en consecuencia debo advertirle advertirle sin h que ayer tomé las providencias del caso para que le sea devuelto el remanente en mal estado punto y seguido abra signo de interrogación a que se debe esa anomalía sin h cierre signo de interrogación punto y aparte espero respuesta a la brevedad posible brevedad con b larga primero y v corta después punto y aparte de usted atentamente déjemela en el escritorio que después la firmaré."

El foot-ball de la "Congre"

El principal de nuestros juegos de patio es el de foot-ball-rugby, para el cual hay gran fiebre entre los chavales.

Os voy a contar lo que es un partido de éstos:

Primero se alinean catorce jugadores en dos campos, a las órdenes de un señor que pita con mucha impertinencia; además tiene una caradura tremenda para aguantar el abucheo cuando lo hace mal, como ocurre la mayoría de las veces.

Por regla general, este señor no entiende una gorda de foot-ball. Vaya un botón de muestra: un árbitro discutía que una pelota que había dado a un jugador en el brazo, que no era mano, que era brazo y que por tanto no se podía pitar tal falta.

Lo mejor de estos partidos es la camaradería existente entre los jugadores.

Todos los años, durante las Navidades hay un campeonato de foot-ball.

Como en la Congregación se premia a los que son más cuidadosos, se les retira del torneo a los que pierden más puntos, para que otra vez sepan guardar mejor las cosas. En cambio al equipo "La Parrala", que no perdió ni un solo punto, se le premió. Hemos de decir, sin embargo, en honor de la verdad, que todos los puntos perdidos fueron recogidos cuidadosamente por sus dueños, pues los necesitarán el año que viene.

Es también necesario advertir que todos los partidos se celebran dentro de la más absoluta corrección, sólo empañada por pequeños lios después de los partidos (discusiones, heridos, muertos, etc.), pero sin gran trascendencia.

Para el año que viene se formarán equipos escogidos por la Comisión, a fin de evitar estas incorrecciones. Y si aun con esta medida continúan las broncas, hemos pensado traer guardias de asalto o de la porra para que les manden a la "ídem" a los desaprensivos.

José María Payo, Cádiz



Los Catequistas de Usánsolo con el Sr. Cura que con tanto celo y constancia llevan aquella magnífica Catequesis.

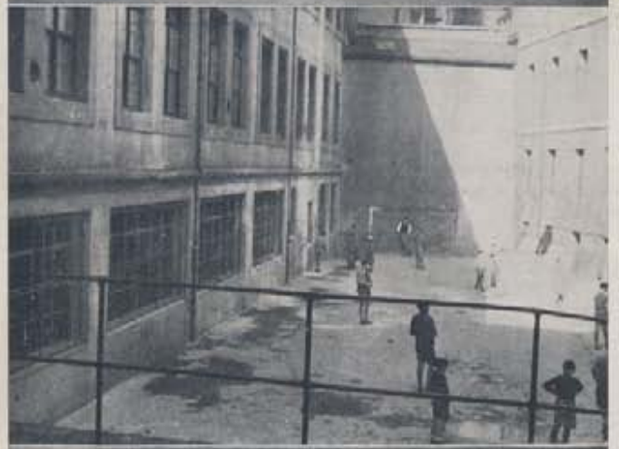


Al salir los domingos por la noche de la Capilla, los Congregantes van echando sus limosnas para que "la familia pobre, a quien socorremos, pueda comprar el racionamiento".

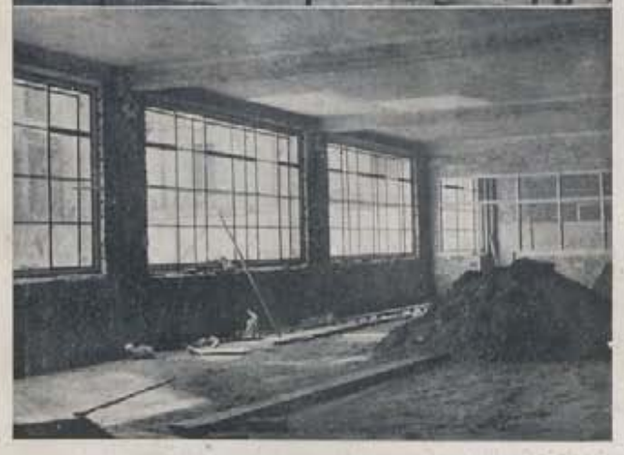
Universidad de Deusto
Biblioteca



Los partidos de foot-ball en el antiguo patio de la "Congre" tenían muchas faltas...



...pero ahora, con las obras, ¡qué bien!, nunca hay que sacar "falta"...



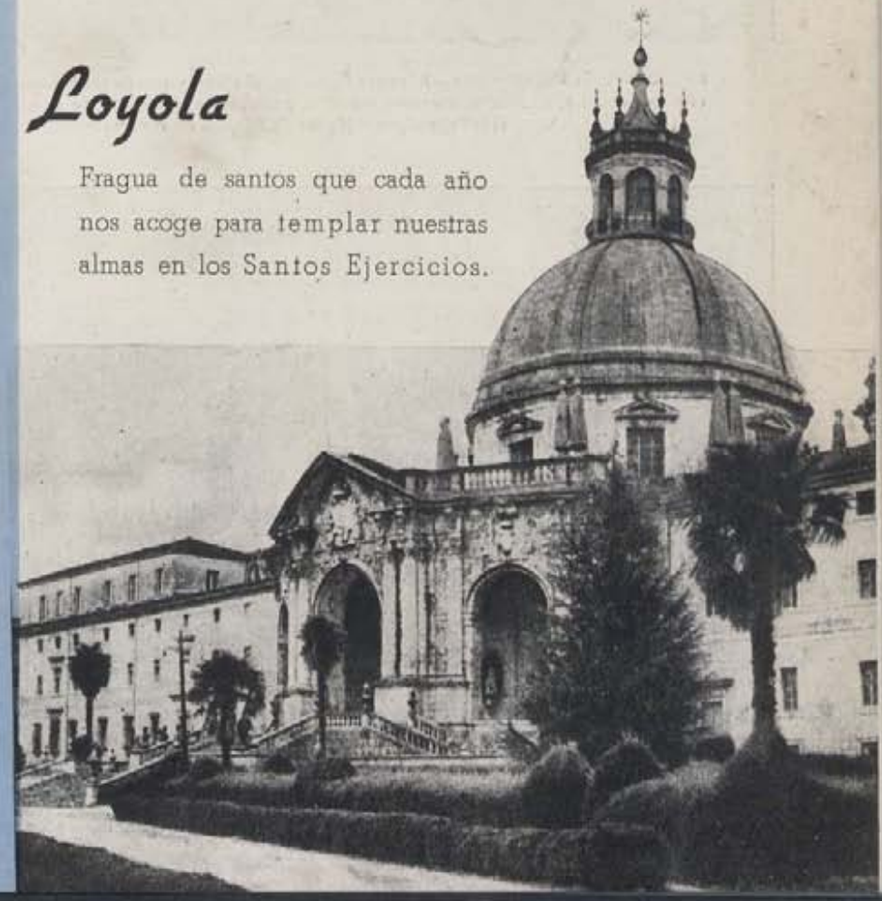
...y además en lo que era patio cubierto se están haciendo dos magníficas salas para los pequeños. Va a quedar estupendo.

FLORES y FRUTOS

DE LA CONGREGACION DE LA INMACULADA Y S. ESTANISLAO DE KOSTKA

Loyola

Fragua de santos que cada año nos acoge para templar nuestras almas en los Santos Ejercicios.

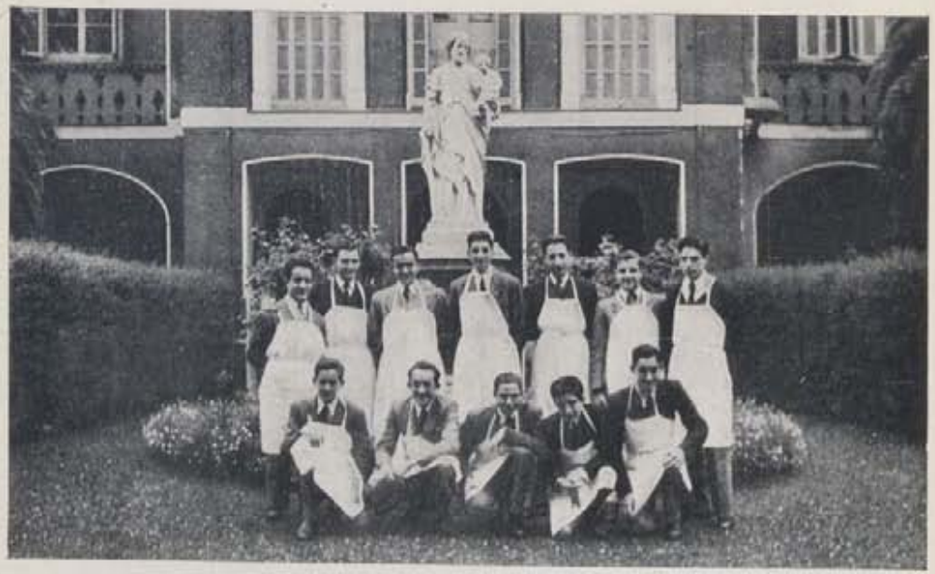


ILBAO
AYO-JUNIO 1946
Núms. 15 y 16

Universidad de Deusto
Biblioteca



RECOGIENDO «ASISTENCIAS».—Mientras Fernando, el «Secre», recoge las clásicas «asistencias» al entrar en Misa, un Jefe de grupo da medallas y atisba codicioso a los de su grupo para ver si le falta alguno. ¡Pobre de él! si no ha venido.



«Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros...»
Así lo hicieron estos Congregantes el Jueves Santo en las Hermanitas de los Pobres.

EPOCA II :-: Núm. 15 y 16 MAYO-JUNIO 1946

FLORES y FRUTOS

de la Congregación de la Inmaculada Virgen María y San Estanislao de Kostka :-: BILBAO, Paz, 2.

Universidad de Deusto
Biblioteca

¡Hay que mejorar!

Las obras de la Congregación avanzan rápida y vigorosamente. Ya están en uso los locales de los pequeños, ya se trabaja activamente en los de los mayores. Ante nuestros ojos va surgiendo el saloncito de conferencias, la hermosa sala de lecturas capaz para 45 lectores, el salón de recreo y los cuatro secretariados de propaganda, catequesis, caridad y misiones, fragua donde ha de forjarse nuestro temple apostólico.

Todos estamos muy contentos, porque nuestros locales van a estar perfectamente adaptados a las genuinas actividades de una verdadera Congregación Mariana de estudiantes.

Pero todo nos habla también a voces de que nuestra conducta como Congregantes tiene que mejorar.

Ya está lanzado el pregón: ¡Hay que mejorar!

Nos lo dijo el Papa en su discurso del 21 de Enero del año pasado:

"Porque en realidad ¿qué pide hoy la vida en su aspecto civil? Hombres, verdaderos hombres. No de los que piensan solamente en divertirse y juguetear, como niños, sino firmemente templados y dispuestos a la acción, que sienten como un deber sagrado no descuidar nada que pueda ayudar a su perfección."

Por eso nos ha dicho el Padre, que los Congregantes sin espíritu de sacrificio, que sólo piensan en divertirse, no tendrán cabida en nuestra Congregación.

Por eso nos ha dicho que el cuerpo material de la nueva Congregación va formándose; pero que el alma hemos de ser nosotros con nuestra vida valientemente consagrada al servicio de Jesucristo y de la Virgen.

Así es y así tendrá que ser. ¡Basta de mezquindades!

Universidad de Deusto
Biblioteca

Para los cobardes no habrá sitio en la Congregación. Para los que quieran seguir nuestra vida de sacrificio en servicio a la Madre de Dios siempre estarán abiertas nuestras puertas. Saldrán los cobardes antes de Octubre y entrarán los dispuestos a todo.

Nos lo pide la voz de nuestro queridísimo P. Angel Basterra, que vibró en esta Congregación durante 33 años y aún sigue vibrando en los muchos apuntes, hojas y notas que nos dejó, de cuyo espíritu vivimos y queremos seguir viviendo.

Nos lo pide la espectación de nuestros antiguos Congregantes y de los muchos amigos de la Congregación, que nos siguen y ayudan con cariño y ahora especialmente en estos momentos de apuros económicos.

Nos lo pide especialmente la Virgen Santísima, nuestra Señora, y Jesucristo nuestro Rey, que por labios de su Vicario en la tierra Su Santidad Pío XII pide **"Hombres, que en el ejercicio de su profesión, huyan de la mediocridad y tiendan a aquella perfección que exige de todos la labor de reconstrucción después de tantos desastres".**

Ya está, pues, lanzado el pregón:

¡Fuera cobardías y cobardes!

¡Hay que mejorar!

Tengo temor de Dios y no miedo a los hombres;
no me importa lo que digan de mí.



CONSIGNA DEL MES

No estés ocioso

Las vacaciones son para descansar; luego, ¿has de estar largos ratos sin hacer nada?

¡Cuidado con las confusiones!

Una cosa es "descansar" y otra muy distinta "no hacer nada". Aunque seas pequeño, es necesario que las distingas desde ahora.

Para descansar, no es necesario estar sin hacer nada. Basta que te ocupes en otra cosa distinta, más llevadera que aquella que te ha cansado.

Un ejemplo: Después de haber estudiado un par de horas, necesitas descansar. Sales a recreo, y te entregas de lleno a tus juegos, corres, saltas, te expansionas a tu gusto. Al cabo de media hora, ya tu cabeza está en disposición de volver al estudio, es decir, ha descansado, mientras tú te *ocupabas* de lleno en el juego.

Ahí ves cómo se puede descansar, estando *ocupado*. El descanso y la ocupación son buenos amigos. Ambos se hermanan admirablemente.

Por eso, al mismo tiempo que te digo que las vacaciones son para descansar, te insisto en que jamás estés sin hacer nada.

Soñando despiertos

Más de una vez os habréis encontrado con chicos y no chicos, perezosamente sentados o tumbados con abandono en el césped o —peor aún— en la cama, con la vista perdida, errante de un punto a otro, o bien, los habréis visto arrastrando su paso lánguido por las calles y plazas, parándose en cada esquina, mirando a todas partes, como quien se encuentra aburrido, y buscando en qué ocuparse no lo halla.

Preguntadles qué hacen.

Unos, los más sinceros, os dirán: Nada.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Otros, quizás, os contesten con cierto aire de importancia: Estoy pensando.

Pensando... ¿en qué?

Su pensamiento como su vista, no se detiene en cosa alguna. La última idea que se presenta es la que les ocupa, pero ella también cederá su puesto, tan pronto se presente otra nueva. Piensan lo que serían, lo que harían, lo que dirían, si...; piensan cosas extrañas, raras, descabelladas, que nunca han de suceder, en una palabra, más que pensar, sueñan despiertos.

Eso también, es no hacer nada.

Y no hacer nada, tiene un nombre: *ociosidad*.

¡Alerta!

Teme a la ociosidad. No estés nunca ocioso.

Un refrán castellano dice: "La ociosidad es madre de todos los vicios", y es una gran verdad, que la han reconocido buenos y malos en todos los tiempos.

Si quieres conservarte puro, evita con todo cuidado la ociosidad.

Hubo en la antigüedad un poeta romano, Ovidio, tan inmoral, que fué desterrado de la misma Roma pagana por sus escritos. Y este poeta tan malo escribe:

"Venus otia amat", que en castellano traduciríamos: "La impureza es amiga del ocio".

Un sabio americano, Franklin, ha dicho: "El que no hace nada está cerca de hacer mal".

En alemán una misma palabra, "Faul", significa perezoso y podrido.

Y pudiera seguir citándote testimonios sin fin, pero no son necesarios, porque es el mismo Espíritu Santo el que te dice:

"La ociosidad es maestra de muchos vicios."

Y dime tú mismo:

¿No es verdad que las tentaciones más fuertes, las que más te han costado rechazar, la mayor parte de las tentaciones, te han asaltado cuando estabas sin hacer nada?

La muerte del águila

"Un águila dormía al sol —cuenta hermosamente Mons. Sylvain—. De repente, despertándose, se lanza al espacio, batiendo el aire con sus potentes alas. Pero de repente, también, vacila y se balancea, como al choque de una fuerza invisible, y desciende, desciende lentamente; describiendo círculos cada vez más reducidos, se acerca al suelo y cae sobre él y en él permanece inmóvil después de algunas horribles convulsiones.

Asombrado el viajero que la había seguido con los ojos, se acerca a ella e intenta levantar aquella masa todavía palpitante... Un pequeño áspid se separa entonces del cuerpo inanimado del águila y huye por entre las plantas del suelo.

Atraído por el calor de las plumas del águila, habíase deslizado el áspid bajo una de las alas mientras dormía, y cuando el águila le arrastró consigo al espacio, mordiola con su diente emponzoñado."

La muerte del águila es retrato exacto de la caída del ocioso. Mientras no hace nada, mientras sueña despierto, se han introducido en su cabeza pensamientos e imágenes que pronto o tarde le harán caer.

Un terreno inculto sólo produce hierbas inútiles, zarzas y espinos, que estorban el paso; el agua estancada exhala fétido olor y no contiene sino miasmas y animales nocivos. Así —y la comparación es de San Juan Crisóstomo— el ocio produce en nosotros un amontonamiento embarazoso de preocupaciones inútiles y exhala del corazón y de la mente afectos y pensamientos que, ciertamente, no huelen a virtud.

¿Quieres ser puro?

No estés nunca ocioso, si quieres conservarte puro.

En la ociosidad te asediarán las tentaciones como a plaza sin fortificar.

En cambio, gran remedio es contra las tentaciones estar siempre ocupado.

"Hállete el demonio siempre ocupado", enseñaban a sus discípulos los antiguos Padres de Egipto.

"Señor, ¿qué haré, pues quisiera ser bueno y mis pensamientos no me dejan?" —preguntaba un día a Dios San Antonio Abad.

Y oyó una voz que le dijo: "Antonio, si deseas agradar a Dios, ora; cuando no puedas orar, trabaja. Procura estar siempre ocupado en algo y hacer lo que es de tu parte y no te faltará el auxilio del Señor".

* * *

Ya lo oyes.

No te dejes vencer por la ociosidad, si no quieres ser vencido por la impureza. Si tienes tendencia a soñar despierto, ¡Alerta!, lucha y vence antes de que sea demasiado tarde. Como el viento norte purifica los miasmas de la atmósfera, así —en frase de un célebre autor— la laboriosidad purificará los miasmas de tu corazón.

Andrés Mañaricúa, Pbro.
Antiguo Congregante.

Si leo malos libros o revistas, si voy a malas diversiones o paseos, a la larga me divertiré menos y tendré que arrepentirme.

Universidad de Deusto
Biblioteca

LA GRATITUD DE LOS ACTUALES Y ANTIGUOS CONGREGANTES

Suscripción para las obras

Suma anterior	7.275	pesetas
X. X.	20.000	"
Excma. Sra. Condesa de Zubiría	3.000	"
B. V.	2.000	"
D. José María Arregui	1.500	"
Excmo. Sr. Gobernador de Vizcaya.	1.000	"
D. G. I.	1.000	"
D. José Ml. Oraá	1.000	"
Sres. de Herault	500	"
Sres. de Icaza	500	"
Sres. de A.	500	"
D. Pedro Arrate	300	"
Sres. de Iraolagoitia	250	"
D. José Luis Echeandía	113	"
Sres. de Goiri	110	"
D.ª Felicitas Pradera	100	"
D. Víctor Borda	100	"
D. José Artiach	100	"
Sres de Larrea	100	"
Sres. de Azpeitia	90	"
Sr. Sagarduy	50	"
D. Ignacio Orbe	50	"
Agustín Rodríguez	50	"
Juan Carlos Hidalgo	50	"
Enrique Jacob.	50	"
D. Rafael Fernández	40	"
A. M.	25	"
X. X.	25	"
Mario Ugarte	25	"
Sr. Abando Zubizarreta	25	"
D. Pedro Bengoa	25	"
Sra. Vda. de Angulo	25	"
Carlos Serrano	25	"
Miguel A. Monge	25	"
Pedro María Echave-Sustaeta	25	"
Sres. de Zulueta	25	"
A. Mazas	18	"
Total	40.096	"



FORJA de CARACTERES

¡Eso, no!

Juntos siempre fueron los dos, juntos terminaron las primeras letras, juntos empezarían el Bachillerato.

Cierto día de Septiembre se encontraron los inseparables Víctor y Ramón con un amigo de sus padres, de esos que, como veréis, meditan bien la pasión de Cristo, y les hizo sentar un rato, que fué bien aprovechado.

"Mirad: os voy a pintar un cuadro en la imaginación; estad atentos para que se os grabe bien.

"Es un pretorio romano: soldados del Imperio sentados aquí y allá; verdugos de músculos incansables preparan látigos espinosos; en el centro una columna baja con una argolla de hierro; luz de media mañana; un Señor, hermosísimo y santísimo atado a la columna: Jesús de Nazaret.

"Afuera, viéndolo todo, un pueblo alborotado, desagradecido; entre la gente, una Señora Purísima, traspasada de dolor.

"Pero el cuadro tiene vida: Los hombres descargan latigazos sobre las espaldas del Señor; éstas se enrojecen, se parten, sangran... el dolor es indecible; vienen otros sayones de refresco con varas flexibles y penetrantes; le golpean, le cruzan espaldas y pecho, le vuelven a golpear.

"Los soldados ríen, Jesús calla, su Madre le mira... En esto llega un centurión: —¡Bárbaros! —dice a los hombres—. ¿queréis matarlo aquí mismo?

"Y suelta las cuerdas de la columna y Jesús cae desfallecido sobre su propia sangre; nota que está casi desnudo; se arrastra hacia sus vestidos... sus ojos apacibles tienen lágrimas...

"Este es el cuadro: ahora dime tú, Ramón: si estuvieras allí, ¿se te ocurriría acercarte a Jesús y darle un empellón para que no pudiera tomar su túnica,

—¡Oh, eso, no! —exclamó el muchacho conmovido.

—¡Eso, no, eso, no! —añadió aquel más que caballero—. Mirad, queridos: acercaos a Jesús azotado, darle un empellón, pisotearle... eso y más hace un pecador cuando le ofende. Si os viéreis en malas ocasiones, considerad que Jesús está allí, ensangrentado a vuestros pies, y huid diciendo de corazón: ¡Eso, NO!

Universidad de Deusto
Biblioteca

Pasaron días. Víctor y Ramón estaban juntos en la alameda; un tercer estudiante se les acerca; charla con ellos, y les propone asistir a cierta diversión ilícita.

A Ramón le parece muy agradable...

—Vamos, que nadie lo sabrá... —les decía el estudiante.

Pero Víctor exclamó rápidamente:

—¡Eso, NO!

Oídas estas palabras, Ramón recuerda al punto el cuadro de aquel caballero; se avergüenza de sí mismo, se arrepiente de su deseo... No asistieron a aquel lugar.

Meses después, Ramón estaba solo. A qué contar pormenores. Se vió en un gran peligro, no tuvo valor para decir ¡Eso, NO! al mal compañero que le invitaba, y cayó... Fué el principio de una serie de prevaricaciones; se desalentó; siguió rodando cuesta abajo; proporcionó horas amargas a su madre, no sacó adelante su carrera. ¡Pobre Ramón! ¡El simpático muchacho de ayer es hoy un perdido!

En cambio Víctor conservó en su memoria y en su corazón aquella bendita frase; y cuando algún atrevido se le presentaba con inconveniencias en palabras o gestos, le paraba los pies con un enérgico y rotundo: ¡ESO, NO!

Y ¡qué querido y respetado de todos era Víctor!

Cambio de escena.

Cierta noche Ramón estaba con cuatro amigos, gente de conciencia encallecida, jugando a la banca en un garito.

Uno de ellos lo ganaba todo, y sonreía satisfecho... Los otros tres y Ramón perdían y se abrasaban por dentro.

Al salir ocultamente, uno de los liquidados dijo a sus compañeros de infortunio:

—¡Nos ha vaciado ese ladrón, y aún ha tenido la desfachatez de burlarse de nosotros con sus chistes! Su casa está lejos; cuando vaya, le asaltamos, le despojamos y, si resiste, lo arrojamos al rompeolas.

Ramón tembló.

—Eso, NO —dijo débilmente; y al decir esta frase, al momento, surgió en su mente el cuadro aquel... le pareció ver a Jesús, agonizante a sus pies, ensangrentado... Todo fué muy breve: sus camaradas le arrastraron, él no tuvo valor para resistir, les siguió y... se vió envuelto en un crimen repugnante...

Los cuatro cayeron en poder de la justicia, y fueron encarcelados.

Víctor lo supo en seguida y corrió a visitar a su infeliz amigo.

Le encontró hablando consigo mismo, y repitiendo como un demente:

—¡Eso, NO! ¡Eso, NO! ¡Eso, NO!

Víctor lo comprendió todo, y dijo para sí:

—Ya es tarde, mi pobre Ramón... —y después levantó al Señor su corazón agradecido, añadiendo—: ¡Oh Cristo, Rey mío, gracias! Yo también estaría aquí si Tú no me hubieras enseñado a decir con toda mi alma delante de cualquier maldad: ¡ESO, NO!

Si quiero salir siempre con la mía, no valdré más que para estorbo en todas partes.

La voz del Amigo

Y mirándole... le amó.



Cierto día un joven de grandes ideales, atraído por la fascinante bondad de Jesús, tiene con el Maestro Bueno uno de los diálogos más hermosos que nos conserva el Santo Evangelio.

"—Maestro bueno, ¿qué de bueno haré para conseguir la vida eterna?"

"—Si quieres entrar en la vida eterna guarda los Mandamientos."

"Y él le dijo: —¿Cuáles?"

Entonces Jesús fué enumerándole los Mandamientos de la Ley de Dios.

"Dícele el joven: —Maestro, ya he guardado todos éstos desde mi juventud, ¿qué me falta aún?"

Había tanta ingenuidad y rectitud en aquel joven de alma pura, postrado a los pies de Jesús, que el Maestro Bueno le miró fijamente y le amó.

La historia, felizmente, se repite. Poco ha, antes de marchar de veraneo, tuviste una entrevista con Jesús, en la Congregación, en tu última Comunión.

En aquella entrevista Jesús contempló de hito en hito tu hermosa alma de Congregante, y al verla tan pura, te amó.

Si tal vez hubo manchas en algún tiempo, fueron lavadas con tus lágrimas de arrepentimiento y el auxilio de su gracia. El y tú sois ahora buenos amigos. Jesús te ama.

Sólo unas nubecillas turban de tristeza la mirada de Jesús proyectada sobre tus vacaciones con sus playas y baños, con sus ocios enervantes y diversiones peligrosas, con las nuevas amistades de vacaciones...

Ojalá que al volver de vacaciones y postrarte de nuevo a los pies de Jesús en la capilla de la Congregación, para contarle cómo pasaste tus vacaciones, el Maestro Bueno te mire y, hallándote *bueno*, te ame.

C. E., *Congr.*

Universidad de Deusto
Biblioteca

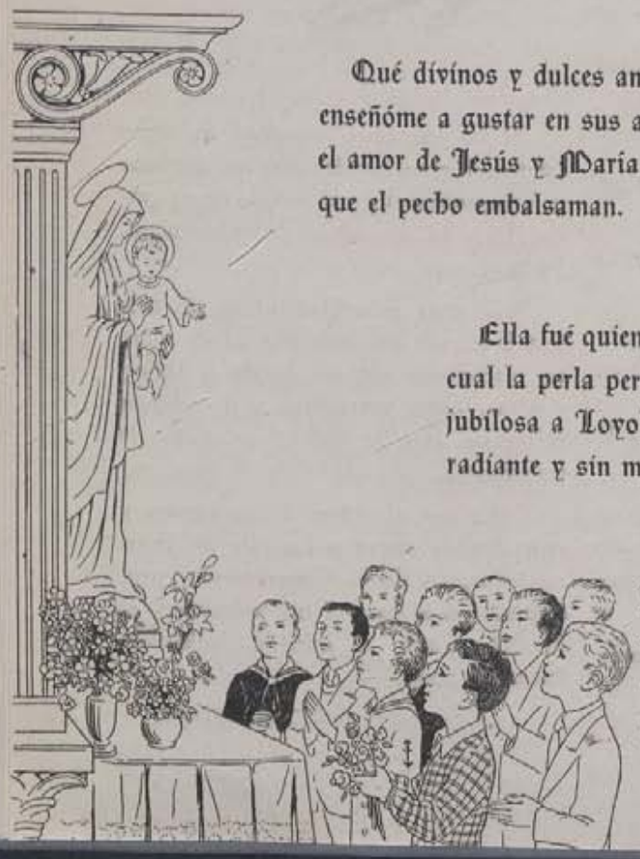
"La Congre"

Yo he vivido sin penas ni culpa
el tranquilo reir de mi infancia
en un puro resquicio de Cielo
mi "Congre" del alma.

Cuantos lazos buí venturoso
ignorando si el mundo pecaba
en la paz de inocentes anhelos,
pasiones en calma.

Ella fué quien del mundo maligno,
cuando en sombras mi pecho temblaba,
me sacó cobijándome luego
debajo sus alas.

Ella fué, quien cual Madre querida,
alimento dió al alma extenuada
engendrando en el pecho dormido
ideas más altas.



Qué divinos y dulces amores
enseñóme a gustar en sus auras,
el amor de Jesús y María
que el pecho embalsaman.

Ella fué quien en fin en sus manos,
cual la perla perdida y hallada,
jubilosa a Loyola me trajo
radiante y sin mancha.

Yo he vivido sin penas ni culpa
el tranquilo reir de mi infancia
en un puro resquicio de Cielo
mi "Congre" del alma.

Luis M.ª Ortiz de Zárate, S. I.

Buscando Madre



En un libro de la Santísima Virgen, que acaba de publicarse, leemos el siguiente sucedido, narrado por el mismo sacerdote a quien ocurriera.

Era en una parroquia de un arrabal de París.

Un día noté —cuenta su vicario— que en mi rebañito que acude al catecismo, se había mezclado una oveja forastera. Pronto la memoria me recordó que el intruso era hijo del contramaestre de la fábrica de vidrios, enemigo furibundo de la Iglesia. Yo fingí no haber notado su presencia, pero al terminar el catecismo le tomé aparte y le dije:

—¿Vas a la escuela? ¿Has oído hablar de Dios?

Nada me contesta. Su mirada es vaga e indiferente.

—¿Has oído hablar de la Santísima Virgen?

El chico levantó la cabeza y se iluminó súbitamente su rostro.

—Sí —me respondió en voz baja—. He oído decir que los niños que vienen al catecismo tienen una madre, que es la Santísima Virgen. Por eso he venido...

Y gruesas lágrimas surcaron sus mejillas, al añadir:

—¡Tengo tanta necesidad de una madre!

Estas palabras me conmovieron. Tomándole de la mano, le dije:

—Ven. Te voy a llevar a tu Madre...

Y le conduje al altar de María.

Cuando el niño vió la santa imagen coronada con diadema de oro, rodeada de flores e iluminada por el reflejo de los cristales, exclamó con las manos juntas:

—¡Ah, hela ahí! ¡Qué hermosa es! ¿Cree usted que me querrá admitir como a hijo suyo? Mire usted, tiene otro en los brazos. Quizá no tenga necesidad de mí, y yo, ¡ay!, si usted supiese qué necesidad tengo de una madre... sobre todo desde que estoy enfermo.

—¿Estás enfermo, pobre niño?

Tocándose el lado izquierdo, me respondió:

—Aquí está el mal. No es un mal grande, pero me impide jugar y correr con los demás y por eso el médico me ha prohibido ir a la escuela. Soy un desgraciado, porque estoy solo en casa. Mi papá me quiere mucho, pero siempre está fuera. Me dijeron que los niños que vienen acuí hallan una Madre muy buena, y por eso me escapé y he venido. ¿Cree usted —me preguntaba con insistencia—

Universidad de Deusto
Biblioteca

que me querrá por suyo la Santísima Virgen?

—Sin duda, amiguito mio, pero es preciso que hagas lo que los niños que acuden aquí y que aprendas el catecismo.

Y le puse un ejemplar en las manos.

—Gracias, señor —me repuso—, le aseguro que lo leeré.

Debió, en efecto, no sólo leerlo, mas también estudiarlo con ardor, pues no tardó en alcanzar a los otros y aun dejar atrás a algunos. Yo le veia llegar a cada reunión cada vez más pálido, demacrado y con la respiración fatigosa. Una mañana no vino. Me resolví a ir a visitarle en su propia casa, a riesgo de que su padre me devorase.

Felizmente el niño estaba solo. Apenas me divisó, me mostró el catecismo, que tenía sobre la almohada, pues estaba en la cama.

—Señor cura, ya sé la lección. Mi papá me ha ayudado a aprenderla.

—¿Es posible, hijo mío? ¿Qué es lo que ha pasado?

—Como estoy tan débil, se me turba la vista y apenas puedo leer. Estaba muy intranquilo por mi lección. Viendo mi padre que esto me hacia padecer, cogió el libro y lo ha leído sin cesar hasta que yo he podido repetirla sin error. Creo, señor cura, que moriré pronto; así, es preciso disponerme...

Inclinado hacia él, iba a alentarle e impedir que se fatigase, cuando un sollozo reprimido me hizo levantar la cabeza. El padre estaba a la cabecera de la cama.

—No llore usted, papá —repuso el enfermito—. Seré muy feliz si me ayuda como ayer a aprender la lección de catecismo, porque podré hacer mi primera Comunión e iré al cielo. La Santísima Virgen me llevará. También usted, papá, irá más tarde, ¿no es verdad?

El padre, con el rostro oculto entre las manos, guardaba silencio.

En un momento en que quedamos solos, me dijo:

—¿Sabe usted lo que me ha dicho papá? "Ya que le amas tanto a la Santísima Virgen, pídele que te cure; haz un voto en la forma que enseña tu catecismo. Yo mismo te llevaré a Lourdes".

—Tu padre tiene razón, amiguito, es menester hacer lo que desea —le dije yo con viveza, mas él meneó la cabeza:

—No se debe quitar lo que una vez se dió —me contestó—. Yo ofrecí mi vida a Jesús para que me dé su Madre en el cielo y lleve allá algún día a mi pobre papá... Esto será mejor que todo. ¿Cuándo podré, cuándo podré hacer mi primera Comunión?

La hizo un día del mes de Mayo. Sobre su cama se habia extendido una colcha blanca y encima se habían esparcido las primeras rosas de la primavera. Sus compañeritos de catecismo llenaban la habitación. El niño comulgó y murió como un santo.

* * *

¿Y tú, Congregante?

"La Madre de Dios es tu Madre."

¿Vives esta gran verdad, que ha de alegrar toda tu vida?

ELMA.

La Madre de Dios es mi Madre.

En Ella confío.



De nuestras Catequesis

El III Certamen Catequístico

Todos los años es esperado con afán este día por los Congregantes, y de modo especial por los catequistas.

Es el día de la recolección de los frutos sembrados durante el curso en los pueblecitos cercanos a Bilbao por ese valiente grupo de catequistas que, después de seis días de estudio, aún tienen los suficientes arrestos para dedicar unas horas a la enseñanza del catecismo en los centros catequísticos que la Congregación tiene a su cuidado.

Las tres y media. Era la hora señalada para dar comienzo al festival, coronado por el magno Certamen, que este año revistió especial interés por tener lugar en el nuevo salón de actos, que ofreció marco insuperable para el desarrollo de la fiesta.

Fueron llegando con puntualidad los niños, acompañados de sus catequistas y aun algunos de sus párrocos, que no quisieron perderse este día de tanta significación para ellos.

El patio, preparado de antemano, fué poco a poco poblándose de chicos y a las tres y media era aquello un hervidero de muchachos impacientes porque comenzaran los juegos anunciados.

Ocuparon la presidencia, con nuestro P. Director, el Sr. Párroco de Alonsótegui y los Sres. Coadjutores de Repélega y Dos Caminos acompañados de algunos catequistas de Acción Católica.

Dada la señal, comienzan los juegos y las diversas competiciones entre los pueblos. Los chicos animan estentóreamente a sus representantes y se dan escenas de verdadero regocijo, como aquella caída en la carrera de cuadrigas y la inolvidable competición de "una silla menos"; sin olvidarnos de los encargados de romper los pucheros y, sobre todo, de aquel que estaba empeñado en que el puchero se encontraba en uno de los bancos laterales. No mató a un congregante por milagro.

Entre risas, entusiasmo y regocijo general, transcurrió esta primera parte, de la que fueron testigos los innumerables vecinos asomados a las ventanas de las casas que rodean el patio de la Congregación.

Son las cuatro y media. La iglesia de la Residencia de los PP. Jesuítas, materialmente llena de niños, eleva al cielo las infantiles notas del Rosario cantado. ¡Buen ejemplo, catequistas! El que más

Universidad de Deusto
Biblioteca

y el que menos, se dió por bien pagado ante el espectáculo de 400 chicos recibiendo la bendición de Jesús Sacramentado de manos del Sr. Párroco de Alonsótegui, don Isidro. Inolvidable espectáculo al que asistí emocionado desde las alturas de la iglesia. Si se le hubiera podido ver a Jesús a través de la Hostia Santa... ¡qué sonrisa más inefable hubiéramos captado en su rostro divino, cuando veía que los catequistas le devolvían duplicado el talento que El les había entregado al principio de curso! ¡Ahí los tienes, Jesús! Tú se los diste pobres de alma, y ellos te los devuelven con la riqueza inmaculada de tu gracia.

A continuación, y ordenadamente, pasan los niños de la iglesia al salón de actos, previo el reparto de una sabrosa merienda, que los chicos devoran rápidamente, y un obsequio a los señores invitados.

La velada va transcurriendo con arreglo al horario señalado.

En el escenario están ya los representantes de las diez catequesis, que se van a enfrentar para la proclamación del Emperador y los Príncipes de este curso. Son los Príncipes de las catequesis de: Alonsótegui, Santa Agueda, Burceña, Ugarte, Repélega, El Calero, Usánsolo, Dos Caminos, Galdácano y Urbi.

El P. Director es el encargado de formular las preguntas, mientras un tribunal, formado por los PP. Iparraguirre y Gaviña, será el que dé su fallo.

Comienza el Certamen. Las dos primeras vueltas no dan resultado, ya que todos ellos responden a la perfección. Se ve que vienen bien preparados.

Ahora vienen preguntas de inteligencia, que no están expresamente respondidas en el catecismo.

La primera vuelta tampoco descalifica a nadie, en la segunda y tercera quedan fuera de concurso cuatro representantes de otros tantos pueblos.

Los chicos siguen entusiasmados las incidencias del Certamen y coronan con aplausos y vítores las respuestas de sus compañeros.

Para la sexta vuelta sólo quedan en pie cuatro concursantes. Ya tenemos en ellos al Emperador y a los tres Príncipes.

Dos vueltas más, y sólo se mantienen los representantes de Dos Caminos y Ugarte. Ambos responden acertadamente a las preguntas que se les dirigen. Se le pregunta al uno, mientras al otro se le saca fuera del local, pero es inútil, siguen empatados.

Como la velada se alarga, el Tribunal y los dos finalistas se reúnen aparte para dar con el vencedor, mientras tiene lugar la velada recreativa.

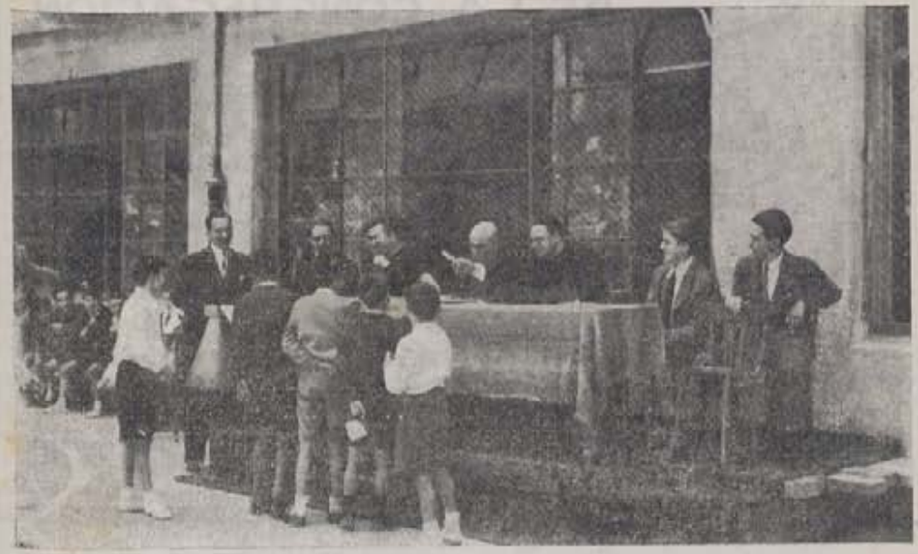
Por fin, el representante de Ugarte, Angel del Río, es el Emperador. Un simpático muchacho que no puede ocultar su emoción. El finalista de Dos Caminos, José Luis Oyón, ha sido su digno rival.

La velada recreativa sirvió para apaciguar los ánimos exaltados. En ella, hicieron las delicias de los chicos el antiguo Congregante José Ramón Urrutia, y el actual Ignacio Arriola. Ambos tuvieron una lucidísima actuación y contribuyeron a dar realce a esta magnífica fiesta.

Terminada la velada, marchan los chicos a coger sus respectivos trenes y tranvías, no sin haberles sido repartida antes una sabrosa naranja para entretenimiento del camino. Poco les duró, sin embargo, pues al poco rato la calle de la Paz parecía el Mercado del Ensanche por la



Los diez Príncipes de nuestras Catequesis que tomaron parte en el Tercer Certamen Catequístico. † Angel del Río, de la catequesis de Ugarte, Emperador del Catecismo.



Los ganadores de los «juegos de patio» recibiendo sus premios.

cantidad de pellejos depositados por los chavales.

Todo terminó, pero en el ambiente quedó flotando la satisfacción que da lo bien hecho. Sobre todo los catequistas pasaron "su" día, puesto que fué el día de "sus" chicos. Suyos, porque Jesús se los ha confiado para modelar sus almas en las Catequesis.

Día inolvidable, del que guardaremos feliz recuerdo, no sólo nosotros, sino los niños que tuvieron la suerte de asistir.

ANTOÑANA.



PRACTICAS DIARIAS DE PIEDAD:

Por la mañana, al despertar, pondrás en seguida tu pensamiento en Jesús y en María.

Rezarás las oraciones de la mañana y harás intención de ganar cuantas indulgencias puedas en aquel día.

Asistirás a la Misa de la Congregación, de no tener grave impedimento; procurarás comulgar todos los días y visitar a Jesús Sacramentado.

Rezarás el santo Rosario, y antes de acostarte harás el examen de conciencia y rezarás las oraciones de la noche.

PAGINA DE MISIONES



El desastre de Hiroshima relatado por un misionero

Un antiguo Congregante, el Reverendo P. Pedro Arrupe, hoy director del noviciado de Nagátsuka, a 8 kms. de Hiroshima, vivió las horas horrendas de la explosión de la bomba atómica en el Japón.

El P. Juan Bautista Siemes, S. J., relata sus impresiones sobre tan desolador y apasionante suceso en la revista "Desde el Japón", de la que entresacamos algunos párrafos salientes.

"Hacia tiempo —nos dice— que la gente de Hiroshima estaba maravillada de que su ciudad no fuera bombardeada por los americanos. Alguna que otra bomba había caído en ocasiones muy raras y con pocos daños en comparación con otras ciudades japonesas. Fantásticos rumores corrían alguna vez, de que el enemigo guardaba en reserva algo especial para nosotros; pero nadie soñaba con lo que vino.

Amaneció el 6 de Agosto claro y espléndido. A eso de las siete, sonó una alarma aérea. Poco después estaba yo en mi cuarto del Noviciado de Nagátsuka.

De repente, a eso de las 8,15, el valle entero se iluminó con deslumbrante esplendor, como de un fogonazo de magnesio que hiciera desde las nubes un fotógrafo gigante. Al mismo tiempo, sentía una ola de fuego. Conforme salía hacia la puerta, oí una explosión bastante estrepitosa. Al instante, todas las ventanas y puertas, saltaban hechas trizas, cayendo sobre mí muchos cristales y me encontré sangrando de manos a cabeza, cubierto de heridas.

Casi todos los demás jesuítas, estaban también heridos por los cristales, y algunos sangraban mucho.

Abajo, en el valle, varias casitas de labradores, ardían en llamas.

... ...

Media hora más tarde, apareció una larga fila de gente desesperada, que, espantada, huía de la ciudad; algunos venían con terribles heridas en las piernas, brazos y espaldas.

... ...

El P. Arrupe, nuestro Rector, había estudiado medicina en Madrid antes de ser Jesuíta, y estaba en todas partes entre los heridos, hasta que se acabaron las vendas y medicamentos.

A eso de las cuatro de la tarde supimos que nuestra iglesita, Casa central de la Misión, había sido pasto de las llamas, y que el Superior de todos los jesuitas del Japón, P. Lassalle, y el P. Schiffer, estaban gravemente heridos, sin poder andar. Nos contaron lo que les pasó. El P. Schiffer quedó enterrado entre los escombros de una pared derribada. Ambos, a pesar de las heridas, estuvieron auxi-

Universidad de Deusto
Biblioteca

liando a cuantos pudieron a costa de mucha sangre propia, pero, cercados por las llamas, tuvieron que huir al fin.

Todo el día siguiente lo pasamos recogiendo heridos por el camino. Por todas partes estaban aún desenterrando gente. Aquellos a quienes habíamos extraído el día anterior de los escombros, yacían aún en el mismo sitio en que les dejamos. Más de treinta horas pasaron sin recibir ningún auxilio oficial de fuera. Al volver a Nagátsuka, era otra vez de noche. Teníamos en casa más de cincuenta refugiados heridos, muchos con quemaduras de gravedad, y todos ellos débiles y desfallecidos. Pocos, gracias a Dios, de los que recogimos nosotros, murieron, y en cambio, de los que recogió la ambulancia oficial, una mitad murieron después, ya que los tenían que abandonar sin cuidados por falta de médicos, de asistencia, de vendas y medicamentos.

... ...

La magnitud de este desastre de Hiroshima fui poco a poco apreciándola después. Al estallar la bomba en el centro de la ciudad, quedó destruída toda ella de un solo golpe. Sólo algunas pequeñas barriadas de las afueras del sur pudieron resistir. El fuego se levantaba de la misma tierra, y era tan intenso, que producía remolinos de viento arrastrando las llamas por toda la ciudad, sin dejar a cuantos estaban enterrados entre las ruinas tiempo para escapar.

... ...

Nuestros PP. Kleinsorge y Cieslik, que se encontraban en el mismo centro, no sufrieron ninguna quemadura, sino golpes y heridas. De éstas, muchas se cerraron en quince días y otras empeoraron; pero van mejor. El efecto de los rayos de la bomba en la sangre es discutible. Se dice que de las ruinas de la ciudad seguían saliendo emanaciones de rayos. Yo lo dudo mucho, pues los que anduvimos largas horas por allá no sufrimos esos malos efectos.



El R. P. Pedro Arrupe, S. J., Antiguo Congregante.

Lo que emana, en medio de tan espantosa catástrofe, es el pensamiento en Dios. Las almas aparecen resignadas y más propicias ahora a levantar sus ojos al Cielo; sobre todo, si tuviéramos algo con que socorrerlas, si contáramos con catequistas, iglesias, dispensarios, medicinas... ¿Cuándo nos enviará algo de esto la Providencia?... ¡Dios mío! ¡Entonces sí que estas santas emanaciones llegarían al Trono de Dios y se convertirían en salvación de muchas almas!...

JUAN BTA. SIEMES, S. J.

No hay mejor médico para el alma que el confesor fijo.

Aún me queda otro

En Siltuko —pueblecito de Africa Central— vivía Enrique, un muchacho negro de pura cepa, cuyos padres, Pablo y María-Juana, eran cristianos ejemplares. En el poblado de Ugadugu había un Seminario Menor, y el misionero, conociendo la vocación de Enrique, preguntó a sus padres si querrían enviarlo allá para que estudiase y llegase al sacerdocio.

Mari-Juana y Pablo aceptaron la propuesta; prepararon la marcha de Enrique... Dicen que los negros difícilmente manifiestan sus penas con lágrimas exteriores; el corazón del padre y el de la madre quedaron llorando *para adentro*...

A los pocos días, el negrito de Siltuko era considerado entre los alumnos más listos de la clase. Prometía ser el primer sacerdote de aquella región, cuando su estado de salud dió que pensar. Fortificantes, nutrición especial, descansos... todo fué inútil. A pesar de los cuidados maternales que le prodigaron, aquella vida se apagaba por instantes.

El misionero comunicó a sus padres que Enrique se encontraba mal, muy mal, que no sabían qué era aquello... El bueno de Pablo salió camino de Ugadugu, con el corazón apretado por la pena y la duda...

Sólo hacía unas horas de su marcha, cuando llegó un propio con la triste noticia del fallecimiento de Enrique.

Inmenso dolor descendió sobre el corazón de la madre: ¡Ya no vería sobre la tierra al hijo querido!

Entre lamentos hondos, comenzó a rezar un Padrenuestro, y al llegar a aquecas palabras "hágase tu voluntad", las repitió, poniendo el alma en cada sílaba:

¡Hágase tu voluntad... hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo!

Y entró en la humilde iglesia del poblado y se echó a los pies del altar...

Pablo regresó pronto. ¿Ya para qué ir a Ugadugu?

Los paganos del pueblo venían a darles el pésame y consolarles. No faltó un grosero que con palabras ásperas les echó la culpa de la muerte de su hijo: "Si no lo hubiérais enviado al Seminario, no hubiera muerto".

Pero la fe de la madre negra tiene el temple de las cristianas antiguas:

—El Señor nos había dado a Enrique: nosotros se lo ofrecimos para que fuese todo de El, y El se lo ha llevado: *lo que Dios hace está bien hecho.*

Y dice al misionero cuando llega a consolarles:

—Aún nos queda otro hijo: cuando sea mayor, te lo puedes llevar al Seminario en lugar de Enrique...

¡Como las heroínas de Roma y Zaragoza, como los mártires de Uganda y Anam! ¡Cristiana!

¿Por quién se ha hecho jamás lo que se hace por Jesucristo?

S. de J. C., Congr.

Un hijo de la Virgen debe protestar ante una conversación que pueda mancillar su pureza.

Universidad de Deusto
Biblioteca

En las Hermanitas de los Pobres el día de Jueves Santo

«... Y acabada la Cena, como el diablo hubiese sugerido en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, el designio de entregarle: sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que de Dios había salido y a Dios iba; levántase de la cena, quítase sus vestiduras, y tomando una toalla se la ciñó. Echa después agua en un lebrillo y comienza a lavar los pies de los discípulos y a limpiarlos con la toalla con que estaba ceñido.

... ...

»Y después que les hubo lavado los pies y hubo tomado su ropa, volviéndose a sentar a la mesa, les dijo: ¿Sabéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor: y bien decís: porque lo soy. Pues si yo, el Señor y Maestro os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo he hecho a vosotros, así también vosotros hagáis ...».

Y siguiendo el ejemplo de Cristo, nos fuimos con el Padre unos cuantos Congregantes el día de Jueves Santo a las "Hermanitas de los Pobres", para cumplir la tradicional costumbre en la Congregación, de lavar los pies a los ancianitos acogidos en tan benemérito asilo.

Salimos a las once y media de la Congre y atajando por el casco viejo, nos presentamos en el asilo a eso de las doce menos diez.

Ya nos estaba esperando la Hermanita de todos los años, tan cariñosa y atenta como siempre. Una visita al monumento, preparado con delicadeza exquisita por ancianitos y Hermanas, y la visita obligada a la imagen de San José, tan interesante, por las peticiones que las Hermanitas le hacen y que él con tanta solicitud les concede. Esta vez la petición había llegado al colmo; nada menos le pedían que una camioneta. Pues estoy seguro que la tendrán; y si no, se tendrá que estar San José castigado contra la pared, como un niño malo, mientras las Hermanitas no tengan lo pedido. Y claro, por la cuenta que le tiene al Santo...

Seguidamente nos dirigimos al lugar donde nos estaban esperando los ancianos. Un delantal y una toalla. Unas palabras del Padre sobre el lavatorio del Cenáculo, y allí me tenéis a los pies de Luis, un ancianito de 87 años, y al que estoy visitando todos los años; ya nos conocemos.

—¡Caramba, Luis, le veo a usted cada vez más joven!

—Pues tengo de vivir 110 años —me dice con acento de completo convencimiento.

—Pues —me digo para mis adentros— si va Vd. a vivir 110 años y cada año le encuentro más joven, para cuando cumpla esa edad, va a parecer un niño de mantas.



Bajando de las Hermanitas de los Pobres.

Es alegre, altamente comunicativo, y los demás ancianos le miran casi como a un superior.

—Le llaman el obispo —me dice al oído la Hermanita— porque se pasa casi todo el día rezando.

Ya es mérito —pienso yo—; hay que verse en esos trances de abandono total del mundo, de recluimiento en un asilo de pobres, para comprender el mérito de este Luis. Mérito grande el suyo... y sobre todo de las Hermanitas que consiguen con sus desvelos modelar almas tan santas y que quizá en otros tiempos fueron ovejas descarriadas del rebaño del Señor.

Le lavo los pies, le calzo, y me dispongo a quitarme el delantal.

—Bueno, don Luis, hasta el año que viene, si es que antes no ha ido usted al cielo.

—¿A ver si vas a ir tú antes que yo? —me dice.

¡Caray! Le doy la mano y salimos a hacer otra visita a Jesús. Después nos sacamos una fotografía y nos marchamos de esta santa casa, situada en un alto hacia Begoña, como queriendo estar más cerca del cielo. Yo casi diría que es un pedazo de Cielo en la tierra.

José M.ª Antoñana.

El que frecuenta el "cine" demuestra que aprecia muy poco la gracia de Dios.

¡Felicidades!

Cumplen sus años en el mes de Julio:

Día 2.—José Ramón Urquijo Buzón.
" 5.—José Ignacio Bergareche Ruiz.
" 6.—José María Elías Bartolomé.
" 9.—Juan Zaballa Uraga.
" 10.—Luis María Baldor Valle.
" 11.—Santos Rocillo Landaluce.
" 13.—José Antonio Gogenola Goñi.
" 13.—Pedro Antonio Sellarés Yáñez.
" 15.—Juan José Lecube Muñoa.
" 16.—Juan Mi. Baldor Valle.
" 16.—Carlos Herrán González.
" 16.—Carmelo Urgoiti Abascal.
" 18.—Alberto Ignacio Sasieta Rodríguez.
Día 20.—Félix Meler Simón.
" 21.—José Félix Herrera Esparza.
" 23.—Javier Ignacio Hidalga Zaballa.
" 24.—Jesús Armando Irala Rodríguez.
" 24.—Pedro Toledo Ugarte.
" 25.—Santiago Hormaechea Aramburu.
" 27.—Ignacio Icaza García.
" 27.—Santiago José Orio Vegas.
" 28.—Antonio María Sagarminaga Salcedo.
" 30.—Francisco María Iturbe Echeverría.
" 30.—José María Villanueva Santaulari.
" 31.—José María Camiña Borda.

Universidad de Deusto
Biblioteca



La CONGREGACION en la FAMILIA

Para vacaciones

Más aún que en tiempo de curso conviene que sean muy cuidadosas las familias con estas reglas:

1.º Refuerzo

No dejen vuestros hijos la comunión diaria, o la más frecuente posible; ni el Rosario, ni el encomendarse a la Santísima Virgen como a su Madre, ni el examen brevecito que tiene la estampa de San Estanislao.

2.º Confianza

Tengan mucha confianza con su confesor. No hay mejor médico, ni educador más suave que un buen confesor fijo.

3.º Desconfianza

No se fíen de amigos desconocidos, ni de primitos, ni de vecinos, cuando quieran andar a escondidas y con secretos. Júntense vuestros hijos con los demás Congregantes en la Misa y anden con los mejores.

4.º Espectáculos

No vayan a romerías ni espectáculos, donde ya ni se ven, ni se oyen, por regla general, otra cosa que escándalos y donde hasta el cuerpo recibe daño.

5.º Despedida

Antes de salir de Bilbao por algún tiempo, se despedirán del Padre y le darán sus señas.

6.º Correspondencia

Cuando por estar fuera de Bilbao no puedan presentarse al Padre Director mensualmente, lo suplirán escribiéndole todos los meses una cartita: podrán contarle algo notable que les pase, las dificultades con que tropiezan para comulgar con frecuencia, qué habilidad tienen para hacer bien a otros, etc.

7.º Ocupación

Tendrán algo en qué ocuparse en las largas horas de calor, v. gr.: preparar alguna nueva asignatura, repasar una que esté enlazada con otra que al curso siguiente tienen que estudiar, escribir algo para FLORES Y FRUTOS; mejorar algo la letra, dibujar, pintar en fin, algo útil que les tenga entretenidos.



DICEN LOS ANTIGUOS

Impresiones de un testigo del Certamen Catequístico

Me invitan a un certamen catequístico y me encuentro con montones de azulejos, andamios, tablones... todo revuelto. Para pasar hay que ir sorteando obstáculos, procurando no pringarse de cal. ¿Dónde me he metido? ¿Me habrán engañado?

Y, sin embargo, es verdad. Me asomo a la ventana con mil precauciones y veo correr y saltar a 350 niños que en fraternal algazara, como si se conocieran desde que nacieron, juegan juntitos, los de un pueblo con los de otro y todos con los catequistas, sus guías y hermanos mayores.

¡Hermoso cuadro! Aquí no hay distinción de pueblos, clases, profesiones. Todos juntos. Las alpargatas del menesteroso con los lucientes zapatos del señorito. Todos juntos y todos contentos con la alegría de la caridad, la más pura de todas. ¡Cuántos problemas no se solucionarían si todos los jóvenes del mundo fueran como éstos!

La vida de los niños es un contraste con el yerto esqueleto del salón viejo, que yace boqueando a nuestro lado. Deja de existir, pero no por anemia, sino por pletorismo de vida. Es el paso de la juventud a la edad madura. Era un roble. Retoños de él pululan por todos los ángulos. Es la vida de la época pasada. Prueba evidente. No ha sido estéril ese viejo árbol. Lo dicen los 350 sazonados frutos de él; lo dicen la maestría con que dominan el catecismo esos "príncipes" de los pueblos, brotados por el vigor de su savia.

Sin embargo el roble se siente con pujos para más. Quiere renovarse. Un injerto de nueva savia que lo vigorizará más aún. Por eso a la vez se construye y se cosechan frutos. Es que *se mejora* la Congre, con los mismos elementos buenos de ella. Es la evolución de una vida pletórica... *no el comienzo* de una cosa nueva.

* * *

Mientras yo estaba embebido en estos pensamientos, los jueces fulminan preguntas sin piedad y los niños responden con aplomo y fijeza. Pasan varias vueltas y no hay quien caiga. ¡Pobres jueces! Las pasan negras para descartar a algunos. ¡Bravos catequistas y maestros y párrocos que han sabido preparar de este modo a los niños!

Entre el público menudo se masca un ambiente de campeonato. Ante el vacilar de algún "príncipe", sus partidarios contienen la respiración; le siguen con la mirada, le "soplan"... hay aplausos incontenibles a pesar de todas las prohibiciones —¿quién puede enfrentarse ante una ola de entusiasmo de masas?—, hay suspiros y también hay desilusiones. A estas mismas horas se está celebrando en Montjuich la final de football de la Copa. Ninguno de los chicos se acuerda de ella. Estoy por decir que aquí hay más pasión. Los "hinchas" están compenetrados con los suyos. Siguen todos sus movimientos. Ambiente de campeonato, de auténtico campeonato por algo mucho más trascendental que meter un pedazo de cuero entre tres palos. Aquí se trata de meter el catecismo, que vale mucho más que el mejor balón, en la cabecita de los "peques". Los delanteros son los catequistas. Y algunos tienen un chut formidable. ¡Qué bien pagados quedan todos los sacrificios del año... que han sido mucho menores que los de los jugadores de la final, sometidos a tantos entrenamientos, noches en tren, sujeción, agotamiento...

* * *

Siguen lanzando preguntas los terribles jueces. Va cayendo alguno que otro, no porque merezcan caer, sino porque ***tienen que caer*** todos menos uno. Lo mismo que en el football.

Sólo uno puede ser campeón. Todos saben la mar. No sé por qué yo, que por no conocer a ninguno, tengo que ser neutral, comienzo por encapricharme con algunos. No se puede asistir, sin compenetrarse. ¡Cómo me gusta el de Dos Caminos! Pues el de Santa Agueda ha dado una respuesta que ni un doctor. Tambien Ugarte se ha llevado un tres como una casa. Yo me inclino al de Dos Caminos. Veremos.

Siguen las vueltas. A duras penas se retiran algunos. Pero ya pueden estar satisfechos. ¡Bien por los chicos! El que menos, ha alcanzado el 87 por 100 de los puntos máximos posibles en las primeras cinco vueltas.

Por fin quedan sólo dos. Un duelo entre DOS CAMINOS y UGARTE. ¡Pobres jueces! No encuentran preguntas bastantes difíciles para ellos. Por fin, después de una larguísima competición, triunfa Angel del Río, mejor dicho, triunfan los dos, aunque uno tiene que quedar el primero. Con razón a José Luis Oyón le dan un plus en metálico sobre el asignado al segundo puesto.

Ya tenemos al campeón, un auténtico CAMPEON. No sólo ha vencido él. Han vencido, sobre todo, los catequistas y la Congregación.

Los catequistas que con sus sacrificios, su abnegación, sus oraciones, su pedagogía, su constancia, han sabido dar a conocer a Jesucristo a cientos de pequeñuelos, los más queridos a su Corazón, y la Congregación que ha sabido formar a esos valientes. Y todavía lo que tienen atesorado en el banco de la eternidad. *Que no hay pagador tan bueno como Jesucristo.*

¡Certamen catequístico de 1946 entre montones de cal y andamios y tablones! Eres la mejor prueba de la vitalidad de la querida Congre vieja. Y la mejor esperanza de la nueva.

UN ANTIGUO QUE TAMBIÉN DESEARÍA REMOZARSE.

El que quiere salir siempre con la suya demuestra poca educación y poco talento.



Un momento de los emocionantes «juegos de patio» en el III Certamen Catequístico.

Curiosas curiosidades para los curiosos

Deseando dar una "interesante información" a los lectores, he cogido la pluma, un par de cuartillas y la lista de congregantes que apareció en FLORES Y FRUTOS del mes de Abril y...

Primeramente, he contado el número de congregantes. El resultado del "escrutinio", ha sido de 385, incluyendo los supernumerarios y aspirantes. Bonita cifra, ya que éstos son de calidad "extra", como lo prueba contundentemente, que en la primera categoría, existen más que en segunda y tercera juntos.

Estos datos globales, están puestos a modo de entremeses, pero vayamos a lo nuestro, que es una purrusalda de nombres y apellidos.

¿Quiere Vd. apellidos largos? Gamechogoicoechea, Arroitajáuregui, Belausteguigoitia, Aguirregomezcorta. (Ya me duele la mano de escribir cosas tan ultrasuperkilométricas). Yo creo que antes de estampar una firma de éstos, es necesario haber comido unas buenas chuletas, para adquirir fuerzas. Si estos individuos fuesen personas célebres como "Manolete", Panizo, Gainza, o Langarica, estaban apañados los coleccionistas de autógrafos, pues para cada firma necesitaban un libro entero. (Los andaluces, tienen fama de ser exagerados, pero me parece que...).

Se da el caso curioso, que entre los congregantes, no haya apellidos tan vulgares y corrientes, como García, Gómez, López y Pérez, menos mal que los aspirantes compensan con creces, estas "deficiencias". Es un respiro...

El primer apellido, por orden alfabético, es Abaitua, y el primero por la cola es Zulueta.

Muchas veces con poner las iniciales de un congregante, se "cala" enseguida quién es. Pues bien, no ocurre lo mismo con los que tienen J. A. porque son, nada menos que ¡36!

Hay ocho señores (¡vaya trato que os doy!), que se apellidan Martínez. Después están los López con siete. El apellido Puyo, entre otros, es único en la lista de congregantes. Lo bueno se prodiga poco, ¿verdad?

Cuatro hermanos que pertenecen a la "Congre": los Camiña y Fontán. Tres hermanos son los: Abaitua, Abando, Acero, Achurra, Baldor, Herrán, Herrera, López de Lerena, Sánchez y Urquiza.

Dejemos ya los apellidos, para tratar un poco de nombres.

El nombre que cuenta con más adictos, es José. Claro que no son a secas, sino que van acompañados de Luis, María, Antonio, Angel, Miguel, etc. Suman 77 los Josés, lo que quiere decir que de cada cinco congregantes hay uno que celebra su santo el 19 de Marzo. ¡Buen número de estirones de orejas en ese día!...

A continuación están los Juanes. Son 44, también mezclados en su mayoría, con Luis, José, Cruz y Carlos...

Y por último, en tercer lugar, "ocupamos", con 35 sujetos, los de nombre más bonito (y si no preguntad a mis tocayos) que es:

JAVIER.

Cumpliré mi deber, cualquiera que sea, aunque otros no lo cumplan; Dios me ve.

Interviú con las obras de la Congregación

La "Congre" en obras. ¡Pero qué obras, Dios mío! Ha habido antiguo congregante que al entrar en la Congregación en el apogeo de las obras, ha preguntado:

¿Me hace el favor de decir en qué nuevo lugar se ha instalado la Congregación de los Kostkas?

—No, si es aquí...

—¡¡¡...!!!

Y es que las obras de la estación del Norte son, al lado de éstas, lo que un triciclo comparado con un tranvía de Santurce.

Me habían hablado de la vejez, de sus achaques y rarezas, de sus envidias... pero nunca creí que llegaran al extremo que pude comprobar el otro día cuando bajé a dar una vuelta por el patio para hacerme idea del estado de los trabajos.

No había un alma. En el silencio sepulcral de sus cuatro paredes, pude percibir las lamentaciones quejumbrosas de un anciano ladrillo de la antigua pared que, con sus ojos cubiertos por una espesa capa de cemento, presentaba un aspecto lastimoso.

—Mira —decía a un hermano suyo con acento de soberano desprecio —mira qué azulejos nos han puesto ahí. ¡Qué ganas de hacer las cosas al revés! A nosotros nos colocan uno encima de otro, y para más vergüenza nos tapan la cara con una inmunda capa de yeso. ¡Y en cambio a esos!... —y señala a los azulejos de la nueva pared—. ¡Orgullosos, más que orgullosos! ¡Cómo está el mundo, hermano!

—¡Ja, ja, ja! —susurró sarcásticamente un flamante azulejo negro—. El mundo avanza, querido ladrillo. Hay que desengañarse, donde esté un buen azulejo que se quiten los vulgares y depauperados ladrillos.

—¡Quién tuviera manos para romperte la cara! —dijo uno de éstos.

En este momento retumbó en el recinto un quejido lastimero parecido a un ¡ay! salido del más terrorífico cementerio a eso de las tres de la mañana. Provenía de una vieja viga que quería desasirse de un horrible gancho que le habían colocado para sujetar los columpios.

—¡Esto no es una Congregación —decía—, esto es un presidio! ¡No hay derecho!

—¡Pues mira que yo!... —intervino un pedazo de cemento armado arrancado a viva fuerza de los brazos de su madre la pared—. ¿Hay derecho a que le saquen a uno de su casa para tirarle en este denigrante montón?

—¡Venga, hombre, callarse de una vez, que estáis molestando! —murmuró un flamante retrete de los nuevos, honra y gloria de las obras del patio.

—¿También tú vienes a meterte con nosotros? Da gracias a Dios que no esté aquí ninguno de los retretes antiguos, que si no, de la primera bofetada ibas hasta el Chimborazo. Parece mentira que seáis así. ¡Vaya patio!

—¿Y ahora cómo veo yo los partidos de fútbol del patio? —tercia un ladrillo de la pared del fondo. Con ese tabique indecente que nos han puesto, y con esa tela metálica en las ventanas... ¡parece esto una cárcel!

Les dejo encendidos en la discusión, y decido subir al salón, donde la situación parece más tranquila.

Pero... ¡horror!, ¿qué es lo que veo? Nuestro querido escenario secándose unos gruesos lagrimones con el roído y sucio telón.

—¿Qué te parece? —me dice—. Me echan de aquí. Dicen que han hecho otro escenario por ahí abajo y ahora resulta que no les hago falta. ¡Qué poco se acordaron de mi vejez cuando no había otro más que yo! Cuando uno se esmeraba porque salieran bien las cosas, todo eran agasajos y felicitaciones. Sale ahora otro, y porque es nuevo ya no le hacen a uno ni caso. ¡El progreso, el progreso...!

—Es verdad, ¡qué caray! —interviene la concha del apuntador—. A mí también me echan. ¡Desagradecidos!

—Lo que pasa es que no valéis para nada —dice sonriendo la tercera ventana—. ¿No me veis a mí? Pues de ahora en adelante, voy a ser biblioteca. Es que una vale para todo.

—¿Y dónde voy yo ahora? —pregunta un roído banco de debajo del escenario, sacando su respaldo por entre la segunda escalera—. Porque si os marcháis vosotros, me quedo yo a la intemperie, sin casa, sin amigos y, lo que es peor, sin un pedazo de pantalón que llevarme. ¡Qué horrible tragedia!

Mira esos montones de tablas, ladrillos, cemento... ¡Dios mío, el desahucio!

—¡Ay! —se lamenta un viejo banco a quien ha caído un pedazo de yeso sobre una de sus patas—. Esto ya es por demás. ¿Encima a molestar? Por las buenas ya marcharemos, que lo que es por las malas...

—Bueno, muchachos —les digo—, basta de lamentaciones. Si se ha hecho todo esto, ha sido por vuestro bien. Ya sois viejos y podéis ir cargados de gloria al otro mundo. Los Congregantes os están agradecidos. Os habéis portado como unos héroes. Nada ni nadie ha sido capaz de quitaros de en medio. Sólo ahora...

—Es verdad, hombre —interviene la máquina de escribir.

—¡Claro, tú sí, porque vaya oficina que te han puesto, pero nosotros...! —dice el piano, dando un fa sostenido que es todo un poema trágico.

—Pues todavía tú no tienes sustituto, de modo que ya te pondrán un buen sitio.

—Sí —responde el piano—, con esta funda que me han puesto parezco un soldado de la Guerra Europea.

—¡Vamos, hombre, no hagas chistes malos!

Me voy alejando, y al pasar, un banco me da un ligero empujoncito.

—Oye, Cote —me dice—, a ver si me buscas un enchufe, que no estoy tan roto, y como aquí van a poner sala de mayores... no sé dónde me van a llevar.

—Está bien —le digo—; intercederé por ti. Adiós, y a no desesperar.

Y allá les dejo lánguidos y desesperados, mientras las obras que avanzan van a dejar la Congre como nueva. ¿He dicho como nueva? No, es poco, va a parecer otra Congre... una Congre como nunca la habíamos soñado.

COTE.

No te fíes de desconocidos, aunque parezcan amigos; sobre todo si quieres andar a escondidas o con secretos.

CONFEDERACION NACIONAL DE CC. MM.—*Reglas de la Congregación Mariana.*—32 págs., 16 cms., 1 peseta. Secretariado de Publicaciones, Zorrilla, núm. 3.—Madrid, 1946.

Con ocasión del Día Mundial, ha salido por fin la nueva edición tan esperada de las Reglas de la Congregación Mariana, en un simpático folleto presentado con una magnífica cubierta en bicolor, moderna y llamativa, y que contiene, tras una brevísima pero densa Introducción, el texto de las Reglas promulgadas en 1910 por el M. R. P. General de la Compañía de Jesús, Francisco Xavier Wernz.

Las particularidades de esta edición son las siguientes: las notas con las variaciones de las Reglas para Congregaciones no dirigidas por Padres de la Compañía, se han desglosado del texto, formando con estas variaciones un capítulo aparte que se adjunta en forma de apéndice. También se han suprimido, en la R. 27, los textos de los actos de Consagración de San Juan Berchmans y San Francisco de Sales; en cambio, al final del opúsculo, se ha puesto, en plural y generalizada, la fórmula que, con ligeras variantes, más se emplea en España. De las Indulgencias sólo se citan las Plenarias, y las especiales concedidas a los Congregantes españoles.

La mayor novedad del librito, es un "Programa para el Examen de Aspirantes", que sirve de índice analítico de todas las Reglas. Es de esperar que esta novedad tenga una gran acogida en todas las Congregaciones, y consiguientemente, que la Confederación, que con tanto acierto ha lanzado esta nueva y oportuna edición de las Reglas, haga una tirada aparte del Programa, de tanta utilidad para nuestros Aspirantes.

Universidad de Deusto
Biblioteca

BUEN  HUMOR

—¡Barriendo la calle! ¿Y cómo ha podido usted llegar a esto?

—Me hice recomendar por un ministro.

* * *

—...Y cuando respiro, me duele.

—Bueno; pues entonces no respire y venga a verme dentro de ocho días.

* * *

—¡Doctor, ha muerto su cliente don Eulogio!

—El tiene la culpa. Si hubiese tomado la medicina que le receté...

—¡Si ha muerto atropellado por un automóvil!

—Es que con mi medicina no habría podido salir a la calle.

NUEVOS RICOS

El señor Parvenu tomó una noche un palco en el teatro para que su familia viese representar una comedia nueva que les habían elogiado mucho.

—Dime, Pancho —preguntó la mujer al concluirse el segundo acto—, ¿está la comedia en prosa o en verso?

—No sé lo que te diga —contestó el señor Parvenu—, porque está el palco tan lejos que no lo veo muy bien.

* * *

Entre indios:

—Allí viene Colón.

—¿Cómo lo has conocido?

—Por "la pinta".

* * *

—¿Qué has hecho de las dos pesetas que te di ayer, Pepe?

—Se las di a una pobre viejecita.

—¡Muy bien hijito! Pero ¿qué tenía esa anciana para que le hicieses la limosna?

—Tenía paquetitos de caramelos de una y de dos pesetas.

INGENUIDAD

La nueva criada de la señora Pérez tiene buenas condiciones para el servicio, pero descuida mucho su higiene personal.

Con suavidad y paciencia la señora le enseña los rudimentos de limpieza corporal, insistiendo mucho en que se lave con frecuencia las manos y los dientes.

Entra un día en el cuarto de baño y encuentra la fámula cepillándose enérgicamente la dentadura con el cepillo de dientes de su hijo.

—¡Mujer! ¡Por Dios! ¡Qué atrevimiento sin igual!

—No se enoje, señora. Yo no tengo asco del niño.

* * *

—¿Por qué te emborrachas de ese modo?

—Para ahogar mis penas.

—¿Pero lo consigues?

—No; sin duda las malditas saben nadar.

* * *

El niño, llorando.—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Yo quiero montar en burro!

La mamá (a su marido).—¡Vamos, Juan, llévale un rato a cuestas a ver si se calla!

* * *

Entre "mangantes":

—Mira qué billete de cien pesetas más raro.

—¿Raro? Pues ¿qué tiene de particular?

—Que es mío.

* * *

Un quidam pregunta a varios niños:

—Vamos a ver ¿con qué instrumento mató Sansón a tantos filisteos?

Nadie responde.

—¡Cómo! ¿No os acordáis? ¿Qué es esto? —y señalaba su mandíbula.

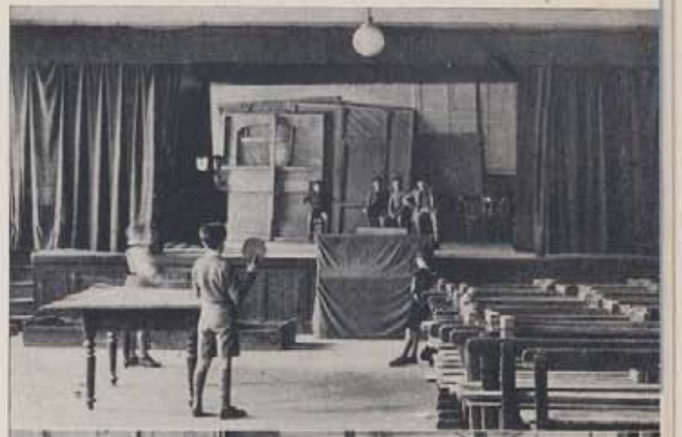
Un niño.—¡Una quijada de burro!

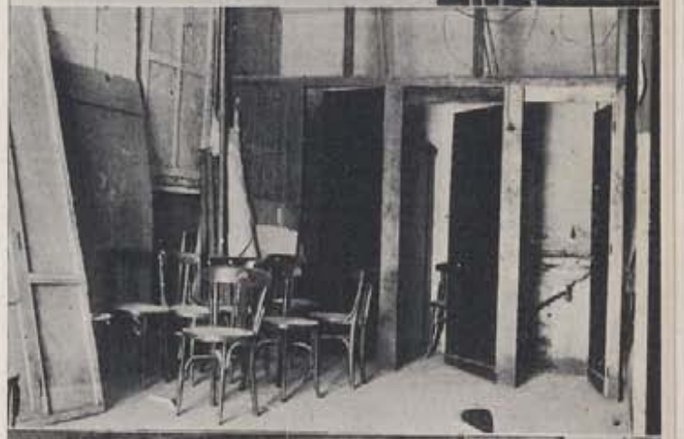
LAS OBRAS DE LA CONGREGACION

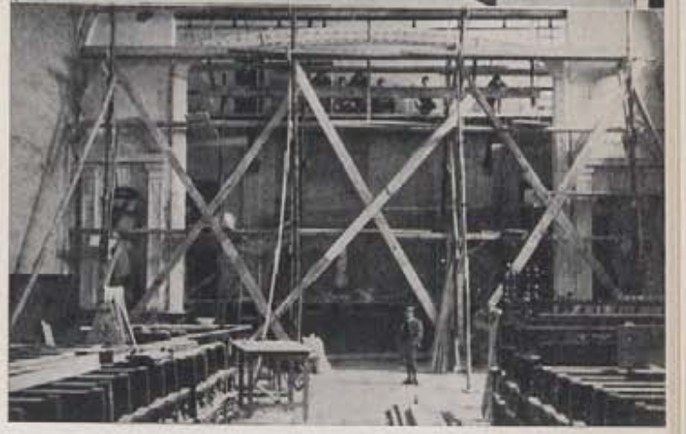
Del viejo al nuevo escenario

Queden ahí para recuerdo estas dos "fotos" de lo que, hasta hace poco, ha sido el típico escenario de la "Congre", que durante 20 años ha hecho las delicias de nuestro pequeño público.

¿No es verdad que a los que fuimos público y actores nos reviven estas "fotos" las escenas de "Pulmonía Doble", "Los Terribles Funerarios", "Sindo el Tonto", "Trampa y Cartón", el emocionante "Soldado de San Marcial" y tantas otras?







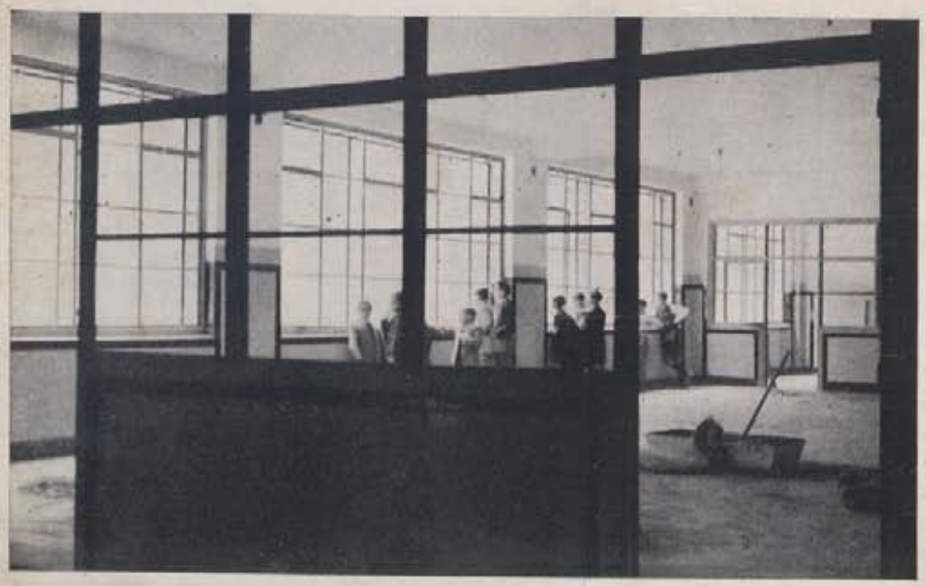
Quiera la Santísima Virgen que ese precioso y moderno escenario, en construcción, nos proporcione tan buenos ratos como el antiguo, fomente en nosotros el espíritu de familia y nos libre de tantos peligros como encierra el "cine" moderno.

Universidad de Deusto
Biblioteca

DEL VIEJO AL NUEVO SALON DE JUEGOS



Este único Salón de que disponíamos tenía que servirnos a la vez para sitio de juegos de mayores y pequeños, para salón de veladas, para biblioteca, despacho del Padre, para todo... y todos nos estorbábamos...



... pero ahora los pequeños tendrán en propiedad ese hermoso salón de juegos, lleno de luz y alegría, que ha surgido como por encanto del antiguo patio cubierto. Ya lo estamos disfrutando todos, mientras a los mayores nos preparan el nuestro.

FLORES y FRUTOS

DE LA CONGREGACION DE LA INMACULADA y S. ESTANISLAO DE KOSTKA

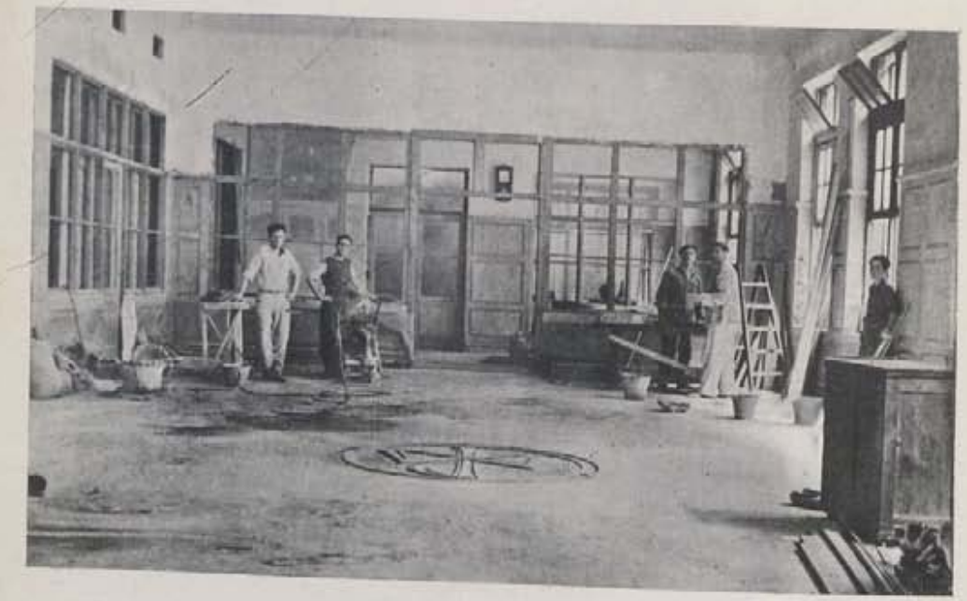
Así
entregó a Dios
Iñigo de Loyola



BILBAO
JULIO-AGOSTO 1946
Núms. 17 y 18

DEL VIEJO AL NUEVO SALON DE MAYORES





Al fondo, el vestíbulo que amplía la capilla, y más allá, la oficina y el despacho del Padre.

Universidad de Deusto
Biblioteca

EPOCA II :-: Núm. 17 y 18 — JULIO-AGOSTO 1946

FLORES y FRUTOS

de la Congregación de la Inmaculada Virgen María y San Estanislao de Kostka :-: BILBAO, Paz, 2.

PARA LOS VERANEANTES

Universidad de Deusto
Biblioteca

Dice el Padre

Ahora que estás de veraneo, en ese simpático rincón entre montañas, o en ese lugar costero, no puedes pasarte por el despacho del Padre para contarle cómo te va. Por eso te dirijo esta carta abierta, para que hablemos siquiera a distancia y estas letras valgan por las palabras que podrías oír en el despacho, mientras suena ese nuevo timbre discreto que anuncia la llegada de otro a la puerta del Padre.

Y sea ésta mi primera pregunta:

¿Mantienes contacto con Jesús? Porque ya sabes que me preocupan siempre tus amigos: y este Amigo tuyo es quien más te quiere y me interesa saber si tratas con El.

No seas como el impío que decía de Jesucristo: le saludo, pero no le trato. Si quieres ser fuerte no te apartes de la Fortaleza.

¿Confiesas con regularidad durante el verano? Sabes que es el mejor freno.

¿Comulgas diariamente? Sin esto ¿cómo podrás ser robusto?

Y quiero preguntarte por los otros amigos que tienes, que no son Jesús. ¿Son dignos de Jesús? Si el Padre los conociera, ¿no te daría ninguna vergüenza hablar con él de ellos? Los puedes conocer muy bien —porque el agua da testimonio de la fuente— por sus palabras, por sus aficiones, por sus mismos gestos. Cuida mucho de los amigos que eliges en vacaciones. Y pregunta a Jesús si son dignos de ti, hijo de la Virgen.

Ahora te hablaré de tus ocupaciones. Las vacaciones son para descansar. Pero descansar no es lo mismo que perder el tiempo. En hombre ocupado no entran pecados. Ocupado no precisamente en estudiar, sino en algo útil y provechoso, que puede ser leer, o escribir, o jugar un buen partido, o nadar o tocar el piano, o arreglar la caña de pescar y también estudiar algo... ¿qué sé yo? ¡Tantas cosas puedes hacer en vacaciones! Sólo te pido que cualquier cosa que hagas, sea útil a tu alma o a tu cuerpo, y te tenga ocupado. Porque el ocio es la puerta de los vicios.

Y por fin, no te olvides de la Congregación. No te olvides de que tu Madre la Santísima Virgen espera aquí tu vuelta para preguntarte si vienes tan puro como fuiste. No te olvides de que las Catequesis también volverán a comenzar. Aquí tienes una buena ocupación que te podía entretener un rato en el verano; durante el curso no te queda mucho tiempo, ¿por qué no te mejoras como Catequista?; ¿por qué no lees algún libro de Catecismo ahora, pensando en el curso próximo?

Cuando vuelvas ya sabes que aquí, en el despacho acogedor e íntimo de la Congregación, cuyas obras van adelante, te espero deseando saber de tus mismos labios tus noticias. Pero hasta tanto, escríbeme.

Te bendice tu mejor amigo que quiere llevarte a Jesús por la Virgen.

EL PADRE.

Nadie me quiere más que Jesús, que por mí nació en un portal, trabajó en un taller y murió en una cruz.



CONSIGNA DEL MES

Haz deporte

Un Papa deportista

Hablaba un día el Arzobispo de Milán, después Pío XI, a los jóvenes de su diócesis, y les decía: "Sed cristianos, pero sed viriles. Practicad el Evangelio y practicad el deporte. No descuidéis vuestra alma ni vuestro cuerpo".

Las mismas palabras puedes escuchar, como dichas a ti.

Sé Congregante modelo, pero sé también viril. Cuida con esmero a tu alma y no te olvides de tu cuerpo.

El deporte ha de ser la diversión preferida en tus vacaciones. De él se ha escrito que, a tu edad, no es un lujo, sino una necesidad.

¡Ama el deporte!

Además, que el deporte, aparte de robustecer tu cuerpo, puede ser para tu alma una escuela de carácter y de castidad. Todo depende de cómo se use.

Ama el deporte. Practícalo, pero no olvides... que el deporte es una espada de dos filos, que es necesario saberla manejar, si no quieres que te lastime.

Manéjalo bien... como buen Congregante.

Para ello... escucha.

* * *

Después del concurso de deportistas católicos europeos, que se celebró el año 1922, y antes de regresar a sus casas, un grupo de 132 deportistas belgas fueron recibidos en audiencia por el Papa Pío XI.

Y el Papa, que, al ver delante de si a aquellos jóvenes, recordaba sus propios juveniles, les exhortaba a que fuesen en verdad lo que se llamaban: "deportistas católicos". Siendo verdaderos deportistas y verdaderos católicos —les decía—, convertiréis vuestro deporte en obra de apostolado.

Y para que comprendiesen bien cómo se podía ser a un tiempo buenos atletas y buenos cristianos, les mostraba un modelo: "os basta mirarme". Pío XI se propone a sí mismo como modelo de deportista.

* * *

Pío XI había sido, en efecto, un auténtico deportista.

Joven sacerdote, cuando residía en Milán, fué amante del alpinismo, y no de un alpinismo que se satisface con escalar alturas de 200 metros, no. Sus grandes bríos le exigían grandes obstáculos que superar. Su afición le llevaba a los Alpes.

En 1889, acompañado por otro sacerdote, Mons. Grasselli, emprendió la expedición más arriesgada que llevó a cabo: la travesía del Monte Rosa y la subida al pico Zumstein (4.573 metros de altura).

Pero en los Alpes había otro monte más alto que el Rosa y a él marcha decidido Mons. Ratti al año siguiente. ¡Bien ajeno se hallaba, cuando escalaba las cumbres más elevadas de los Alpes, de que llegaría un día en que la Providencia Divina le obligase a escalar la más alta cumbre a que es capaz de llegar hombre alguno: la del Papado! Ya no pisaría más la blanca alfombra de nieve de los Alpes, pero toda su figura resplandecería bajo el níveo fulgor de su blanca sotana.

Siendo Papa, y en ocasiones solemnes, seguirá recordando complacido sus andanzas juveniles y su afición al deporte.

Tú y el deporte

El deporte no fué obstáculo para la intensa vida sacerdotal y de estudio de Pío XI. Tampoco lo será en ti, si tienes en cuenta y no olvidas la regla áurea que él mismo te propone:

"Se trata de hacer, no el deporte por el deporte, no el cuerpo por el cuerpo, sino el cuerpo por el alma, lo material por lo espiritual."

En estas palabras tienes claramente expresado el fin del deporte. Si no las olvidas, si ellas regulan tus juegos, el deporte será para ti, como antes te decía y como dice el Manual de los jóvenes católicos de Francia, *"escuela de carácter y de castidad"*.

Si las olvidas, puede ser ocasión de ruina.

* * *

El cuerpo y el deporte deben ser para el alma.

Por lo tanto, desde el momento en que el deporte, por ser excesivo, o por otra circunstancia cualquiera, resulte perjudicial para el alma, desde ese momento deja de cumplir su misión.

En medio de tus diversiones, de tus juegos, de tus expansiones, ten siempre presentes estos dos principios:

1. *El deporte debe ser provechoso para el alma.*
2. *El deporte es para ti y no tú para el deporte.*

Es decir, tú has de ser el amo y señor de tu deporte, tú has de ser quien lo domine, quien lo reglamente. Que el deporte sea esclavo tuyo, para que tú no seas esclavo del deporte.

Lucha con denuedo, para que el afán de deporte y de juego no te domine. Bien está que juegues. No seas de esos hombres aburridos que no saben cómo emplear su día. Pero no pases al otro extremo: el de quienes solamente piensan en el juego, en el partido, en la excursión... olvidándose de todo lo demás y relegándolo a segundo lugar.

Nunca debe ser tanto el afán de deporte que sea capaz de hacerte faltar al más pequeño de los deberes que te has impuesto. Sólo entonces será para ti verdaderamente educativo.

Tu grandeza es mayor

Otra advertencia quiero hacerte.

No pongas tu gloria en el deporte. Tu grandeza no está en el deporte.

En cierta ocasión, un señor constituído en dignidad, alardeaba de sus conocimientos culinarios. Nos contaba episodios de cuando era cocinero de... ¡Pobrecito! No caía en la cuenta de que le compadecíamos sus oyentes, al pensar: ¿Se alabará como cocinero, porque ninguna otra cualidad más elevada posee?

El mismo pensamiento viene a mi mente cuando tropiezo con algún joven, máxime si es Congregante, que parece poner su prestigio en su habilidad deportiva. Puesto que en ella pone su ilusión, ¿será porque la considera su más preciada prenda?

Si es así, poco vale.

Tu grandeza no está en el deporte. Como te dice San Agustín, "más agudeza en la vista que tú tienen las águilas y los buitres; más olfato, los perros; más velocidad, las liebres; más valor los leones y los elefantes".

¡Grandeza animal!

Tu grandeza es muy superior a ésa.

* * *

No seas tampoco de los que se aturden de admiración y hablan con apasionamiento de un futbolista de piernas ligeras y cabeza... más ligera quizás, o peor aún, de un boxeador de puños robustos y hechos de bruto.

Ama el deporte, cultiva el deporte, pero que sea el deporte que robustece el cuerpo y eleva el alma. El otro deporte, el deporte que degrada, el deporte salvaje, llámese boxeo o como quiera, no merece de ti sino una mirada de desprecio.

Para mayores cosas ha creado Dios al hombre.

¡Hacia Dios!

Viajaba por España, en cierta ocasión, un rico árabe de Tánger, acompañado de un andaluz.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Mostrábale éste el surtidor de la Puerta del Sol de Madrid, y el árabe respondía:

—Dios es más alto.

Mediale las dimensiones de El Escorial, y le decía:

—Dios es más grande.

Llevábalo por las alamedas de Aranjuez, y exclamaba:

—Dios es más hermoso.

Esta anécdota, que nos ha conservado un grande orador, pero poco cristiano, debe servirte de acicate.

Tú, Congregante, no seas menos que el árabe musulmán de Tánger. De todo, y también de tu deporte, elévate a Dios.

* * *

Hay entre todos los deportes uno, que yo quisiera que amases de manera especial y que —practicado con alma pura— eleva el espíritu al Dios de la hermosura, del poder y del amor: el alpinismo.

"El mar es hermoso —decía Pío XI al Dr. Bierbaum—, pero yo tengo predilección por los montes. Arriba, en las alturas, podemos sorprender y admirar el infinito poder de Dios.

Cuando alguna fresquita mañana, mis compañeros de excursión y yo escalábamos el pico de esos bloques alpestres, al tiempo que el sol aparecía radiante, nuestras emociones eran intensísimas.

Un turista que había llegado a perder la fe en Dios, exclamó, transportado de entusiasmo religioso:

—¡Compañeros, oremos! ¡Aquí debemos orar!

Y todos nos arrodillamos sobre aquella cresta altiva, para rendir al Señor el tributo de nuestras alabanzas."

Esto cuenta Pío XI.

* * *

Muchos y hermosos montes —Congregante que me lees— ha esparcido el Señor por nuestra bendita tierra.

Sube a sus cumbres y mira a lo lejos.

Contempla nuestros bellos y verdes valles, que reflejan la sonrisa de Dios.

Mira nuestros ríos que, humildes, se deslizan cantando con sus aguas su cántico al Creador.

Tiende la vista por el mar inmenso, siempre igual y siempre nuevo, espejo de la grandeza del Señor... y póstrate de rodillas. ¡Por aquí ha pasado Dios!

"Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura,
y, yéndolos mirando,
con sola su figura,
vestidos los dejó de hermosura."

Póstrate de rodillas y adora al Señor.

Que en las cumbres de nuestros montes que aún no corona una cruz, un corazón de Congregante se haya derramado de emoción y haya ardido de amor.

A. M., antiguo Congr.



FORJA de CARACTERES

Domina tu genio

El frailecillo de cartón

¿Te has fijado en esos barómetros de cartón que consisten en un fraile cuya capucha cae o se levanta según el tiempo? Si el tiempo es seco y bueno, la capucha echada atrás deja ver la cabellera blanca del fraile, mientras su mano con la vara apunta en el cuadrante al rótulo: "Buen tiempo". Si el tiempo es malo y amenaza lluvia, cúbrese el fraile con la capucha, y la mano señala el mal tiempo.

Todo el secreto de este cambio consiste en un cabello, tan poca cosa. La humedad y sequedad lo estiran y encogen, y entonces la capucha se cala y se descubre.

Yo no sé por qué, pero este frailecillo de cartón me ha traído a la memoria tu carácter. Tu carácter, que está a merced del tiempo y de los sucesos. Si hace sol, pasas un día alegre; si se nubla, te pones de mal genio. Si nadie te contradice, eres más dulce que la mermelada; si alguien te lleva la contraria, te enfadas y te pareces a la cáscara de la nuez que es amarga.

Yo bien sé que a pesar de todo, debajo de tu amargo sabor se esconde la dulzura. Por eso mismo es menester que la saques y no te dejes llevar del tiempo que hace. ¿Por qué vas a estar alegre o triste según que amanezcas, como suele decirse, con bueno o con mal pie?

El hombre debe estar por encima de los sucesos, buenos o malos, y no debajo de ellos. Dominarlos y no dejarse dominar por ellos.

Vive en gracia

Si quieres tener un buen carácter, el primer consejo es que procures vivir en gracia.

Porque yo no me explico bien cómo puede ser de buen carácter y amable, a la larga, el que tiene el alma revuelta con ese terrible revulsivo que es el pecado mortal.

Decía Santa Teresa que había oído decir a un hombre que entendía mucho de estas cosas, que no se extrañaba de nada de lo que hiciere uno que está en pecado mortal. Y que más bien se extrañaba de que no lo hiciese.

Y es que el que tiene el alma revuelta, ¿cómo puede ser tranquilo y afable? Y el que tiene en el alma ese grito de rebeldía que es un pecado, ¿cómo puede tener habitualmente en el rostro ese gesto de amistad que es la sonrisa?

Por los ojos se ve el alma, como por la ventana el cuarto: si el cuarto está sucio y polvoriento, asomará el polvo en la ventana.

Y Santo Tomás de Aquino dice que él no entiende cómo puede dormir tranquilo el que tiene un pecado mortal encima. Yo confieso que tampoco entiendo cómo puede levantarse alegre y contento.

Y de un hombre que se acuesta intranquilo y se levanta triste, ¿qué día puede esperarse?; ¿qué carácter amable puede tener?

Dejar correr

Pero no sólo necesitas estar en gracia para tener buen carácter. Necesitas algo más. Porque tú habitualmente vives en gracia, como buen Congregante. Y, sin embargo, no siempre estás libre de tu genio y malhumor. No siempre corresponde en ti la gracia de fuera a la de adentro. Tienes el alma iluminada y en la cara un gesto de malhumor. Tienes el alma delante de Dios hecha una sonrisa, y en los labios en cambio una palabra airada. ¿Por qué es esto?

Tal vez porque no sabes dejar correr sobre ti los acontecimientos como corre el agua sobre la piedra. Muchas veces esta virtud de *dejar correr las cosas* no se estima como es debido. Es una virtud como la paciencia, que dice San Pablo que obra una obra perfecta.

¿Te hiere el compañero con una frase algo molesta? *Déjalo correr*, no supongas en él peores intenciones de las que hubo.

¿Te ha salido mal un plan que habías hecho para ese día? *Déjalo correr*, y si puedes hacer otra cosa que supla a lo que proponías, procura hacerlo. Pero no te enfades, no grites. ¿Qué ganarías con gritar?

El grito es el desahogó de una rabia inútil, completamente inútil. ¿Has arreglado alguna vez una cosa con un grito?

¿Genio y figura...?

Debes procurar sacar falso el célebre refrán: "Genio y figura hasta la sepultura". No, no es así necesariamente. De más de un grande hombre sabemos que cambió su manera de ser a fuerza de dominio y voluntad.

Sócrates, cuando le acusaba un adversario de ser colérico, vengativo, bebedor, no se enfadó con él. Y cuando sus amigos se espantaban de que tolerase aquello, respondió: "Este hombre dice la verdad. Porque yo naturalmente soy inclinado a todos estos defectos que él dice, pero me he dominado y hecho fuerza".

San Francisco de Sales domó su genio, y siendo vivo y fácil a la ira, llegó a ser el santo de la mansedumbre que pudo decir: "Sólo una vez me he enfadado en mi vida y siempre me he arrepentido". Y de San Ignacio de Loyola se comprueba que siendo su temperamento iracundo y violento, sin embargo mantuvo en la mano las riendas de sus pasiones de manera que todos juzgaban que era hombre de temperamento suave y manso.

Cambia pues el refrán, y en vez de decir: "genio y figura hasta la sepultura", di así: "genio domado, sepultura te he dado".

Cuándo debes sacar tu genio

Sólo en una ocasión debes sacar a relucir tu genio: cuando te sea necesario para rechazar a un enemigo de tu alma, cuando te haga falta para el servicio de Dios. Como Jesucristo cuando se airó con los mercaderes del templo y los echó a latigazos.

Aunque entonces no debiera llamarse genio, sino energía. Entonces sí, sácalo a relucir. Digo mal; no sólo a relucir, sino hazlo brillar rápido y definitivo, como espada desenvainada a la luz del sol.

Porque el genio o cólera, como todas las demás pasiones, le ha sido dado al hombre para que le ayude a conseguir su fin. Si logras uncirlo a tu carro, y dominarlo a tu voluntad, como caballo domado, entonces te servirá para ganar la carrera.

De lo contrario, si él te domina a ti, ten cuidado porque puede despeñarte en su desbocamiento.

J. M. I., Congr.

COLABORACION DE LOS PEQUEÑOS

Cómo debe pasar las vacaciones un Congregante

En primer lugar, viviendo como Congregante

Viviendo tu Consagración a la Virgen. Viviendo piadosamente o, como diría el Padre, "nada de vacaciones de Congregación".

Alejandro Humboldt de pequeño estudiaba constantemente, aunque no le viera el maestro. Porque —según decía a todos los demás—, "Dios me ve y es mi deber".

También es tu deber, Congregante, vivir *como Congregante*, pues hasta tu mismo Catecismo de Aspirante te decía que tenías que hacer una entrega "total y para siempre" de ti mismo a la Virgen.

Después, siendo bueno

El dictador Cincinato, pagano, decía:

—Ah, amigos míos, no sabéis lo bueno que es ser bueno.

Sí, Congregante hermano, seamos buenos y Dios nos dará el hermoso y dulcísimo premio de su cielo.

Finalmente, siendo alegres

"La alegría es la mitad de la vida", decía Roosevelt, el fallecido Presidente de los Estados Unidos.

Y yo añado. Para un Congregante debe ser toda su vida alegre, alegre, para que el diablo te tiente menos o nada, alegre para no caer en la fatalidad y el infierno pasando por el pesimismo.

Pero de la alegría que da la gracia de Dios, que lo otro es una mentira, un engaño.

Nicolás Arancibia, Congr.
12 años.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Cuatro guapos

—Mira, Pepe, va siendo un escándalo intolerable el que los chicos de nuestra clase lean los papelluchos que leen; y yo creo que si nosotros nos ponemos a ello, podremos evitar ese y otros mayores escándalos.

—Tienes razón, Manolo. Es una vergüenza que esas porquerías se vean en manos de chicos educados; puedes contar con mi apoyo en todo lo que proyectéis hacer para impedirlo. ¿Qué te parece a ti, Carlos?

—¡Qué me ha de parecer! Que si queremos demostrar que somos Congregantes de verdad, debemos poner manos a la obra en seguida. ¿Y tú, Antonio, qué piensas?

—Que os sobra razón, que es una vergüenza que no se ponga un poco de cuidado para desterrar esas porquerías; pero ya que no se hace, vamos nosotros a darles el ejemplo.

Así hablaban cuatro jóvenes estudiantes, reunidos en una especie de junta para tratar del grave asunto que ocupaba su atención, animados a llevar a la práctica lo que allí plancaron.

—Lo que yo creo —dijo Manolo— que estamos hablando y quejándonos mucho, y con eso no cesan de leer esas cosas nuestros cochinitos compañeros y es necesario que hagamos algo práctico. Creo que lo mejor es lo siguiente: vamos curioseando por los corrillos siempre juntos; en cuanto vemos que alguno está leyendo o viendo alguna porquería nos separamos. Tú, Pepe, como más ágil, das un salto sobre él, le quitas el libro o lo que sea; en seguida lo pasas a Carlos, éste a Antonio y Antonio a mí. Yo me encargo de hacerlo trizas y que cuando venga a pedirlo su dueño no quede ni rastro.

—¡Bravo, bravo! —dijeron Carlos y Antonio.

—Me parece muy bien —dijo a su vez Pepe—; pero creo que para completarlo debemos hacer otra cosa, y es: que cuando les veamos leer esos papelluchos en clase, se lo pida el que de nosotros esté más cerca del lector, y luego, a la salida, lo rompemos cuando estemos reunidos.

Otra vez más se lanzaron por los reunidos: ¡Bravos! ¡Bien!, y en medio de un gran entusiasmo se disolvió la sesión.

Los efectos no se dejaron esperar, pues a poco tiempo de la reunión, y en ocasión de encontrarse un pollito embadurnándose con un indecente papelucho, presencié la práctica de las maniobras plantcadas en la reunión. Así fué: observé que los cuatro inseparables amigos se dispersaron; y adelantándose Pepe dió un soberbio salto y arrancó de las manos de aquel desdichado la porquería. En seguida vi por los aires el papel, lo vi recoger a Carlos, pasarlo a Antonio y éste a Manolo, y vi cómo Manolo, con gran satisfacción, iba haciendo menudos pedacitos aquella indecencia.

Observé después que no sólo trabajaban para desterrar las lecturas, sino también para corregir las conversaciones y las palabras. Y aquí la táctica era distinta; pues si se trataba de palabras sueltas, reprendían al que las pronunciaba, de esta o parecida manera:

—Oye, Fulano, ¿no te sería lo mismo hablar bien?

O bien:

—Cállate, que nos estropeas los oídos.

Y la mayor parte de las veces se callaba avergonzado. En cambio, si era una conversación, procuraban hablar de otra cosa, con lo que dejaban al cochinito con un palmo de narices.

Con estos buenos manejos estos cuatro buenos amigos estaban siempre alegres y contentos. Pero creo que más contenta y más alegre estaba la Virgen con aquella valiente campaña sanitaria de sus hijos.

L. L., Congr.

La voz del Amigo

La respuesta en la tentación



Jesucristo tentado

Vino el demonio, que en todo se mete, y se metió también en la vida de Jesucristo. Y nos hizo un beneficio; porque gracias a sus tentaciones sabemos ahora cómo hay que resistirle cuando se presenta.

Jesucristo estaba en el desierto, después de un ayuno de cuarenta días. Y el enemigo, cogiendo la ocasión como se presentaba, le tentó diciéndole: "Di que esas piedras se conviertan en panes". Y respondió Jesús: "No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios".

Por segunda vez volvió a la carga, transportando a Jesús a lo más alto del templo. Y le dijo: "Échate de aquí abajo". Y le respondió Jesús: "No tentarás al Señor tu Dios".

Y por tercera vez volvió al ataque el enemigo del Señor. Le llevó a un monte, y le enseñó un panorama de gloria, y le dijo: "Todo esto te daré si me adoras". Y respondió el Señor Jesús: "Sólo a tu Dios adorarás, y a El solo servirás".

Tres tentaciones tuvo Jesucristo. Tres veces le tentó el enemigo. Tú, amigo Congregante, ¿no te has encontrado nunca enfrente de este enemigo de tu alma?

Tres modelos de respuesta

Estás en vacaciones; ahora te es más necesaria la lección de tu Amigo, porque tu enemigo te busca ocasiones. Tu Amigo venció tres tentaciones, y te enseñó a vencerlas con tres respuestas.

Las tres fueron rápidas, breves, tajantes. Porque con el enemigo no se debe discutir.

Primera respuesta

Al decir Jesús que no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios, te enseñó a vencer la tentación del abandono de tus armas. Tus armas son las palabras de Dios ;de ellas vive el alma del hombre, y no las debe dejar.

Y por eso pregúntate a ti mismo: ¿Cómo tienes tus ejercicios de piedad en este verano? ¿Comulgas diariamente? ¿Es que no puedes? ¿Lees alguna cosa que mantenga el calor en tu alma? ¿O te olvidas de que necesitas la palabra de Dios tanto como el pan?

Segunda respuesta

Al decir Jesús: "No tentarás al Señor tu Dios", te da la respuesta que debes emplear para huir de los peligros. No te metas en ellos, porque morirás. Y Jesús te da la respuesta. Cuando te digan: no seas tonto, ven a tal playa, ven con tales amigos, ven a tal diversión, acuérdate: "No tentarás al Señor tu Dios". Y meterse en un peligro es tentar a Dios.

Tercera respuesta

La tercera respuesta es para la tentación franca y descubierta. Las otras dos eran para evitar la languidez del alma y para evitar meterse en peligros. Esta es para evitar ya el mismo pecado.

Si alguno con desvergüenza te dice: ¿Por qué no haces esto o aquello? Y esto o aquello son cosas como para poder más colorado a un tomate si las oyera, entonces, sin disimulo, ya sabes la valiente respuesta: "Sólo a tu Dios adorarás". Y hacer esas cosas sería doblar una rodilla para adorar a Satanás.

C. E., Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

La Virgen otra vez

Los patios y pasillos de la Universidad de Valladolid eran testigos de un espectáculo que supongo será muy repetido. Jóvenes que pasean nerviosos en rápido desorden en espera de la llamada de entrada. Al fin, por lista, son invitados a entrar en una amplia sala, donde será el examen escrito de la reválida.

Entre aquéllos estaba yo: me encontraba en un pupitre, ante un pliego de papel en blanco. Son dictados los problemas, los repaso y veo con harto dolor que no me era posible hacerlos, ya que tenían por lo menos tres cosas desconocidas para mí. Media hora ha pasado y no puedo empezar. El asunto no lo he visto en todo el bachiller, a pesar de ir no mal preparado.

Entonces, al faltar tan sólo treinta minutos, dirigí a la Virgen Santísima esta o parecida oración: Madre mía Santísima, yo no puedo hacer el problema, demuestra a tu Hijo que estás contenta con él y que recuerdas que en este curso, con frío, agua, nieve, de día o de noche, no he dejado un solo día de asistir a Misa y comunión en la Congregación; así que hazme ahora Tú esto, que puedes. Dime, yo escribiré.

Tomo la pluma y, con la mayor naturalidad, comienzo a hacer lo que era imposible con mis fuerzas; y, "casualidad", mi pluma ya no para ni un momento; los tres nombres técnicos desconocidos encajan perfectamente, obtengo una solución, entrego con la mayor confianza el trabajo mecánicamente hecho, y nada más salir veo que era mi solución la verdadera, siendo contados los que la obtuvieron.



Creí al punto que el corazón se me partía de gozo, noté un gran escalofrío de felicidad por todo el cuerpo y quedé sumido en una profunda acción de gracias, no por el problema, sino por ver y considerar que la Madre de Dios, la Reina de cielos y tierra, atiende tan perfectamente a quienes de Ella son criaditos.

En aquel día, gran rato pasé hincado de rodillas ante la Virgen de las Angustias y grande fué mi alegría. Prometí publicarlo y así lo hago para que vean todos si vale la pena de hacer algo por la Virgen, considerando que un día obtendremos por su intercesión no un aprobado terreno sino el Aprobado Eterno que es Dios mismo, conocido y gozado tal como es, por siempre jamás.

L. S., Congr.

De nuevo ante la Imagen

Hoy la he vuelto a mirar como antaño
con ojos serenos,
con la paz de los mares en calma,
con dulce sosiego,
cual se tiene a la tarde en verano
cuando el sol traspasó ya el otero.
Hoy la he vuelto a mirar
y al posar la mirada de nuevo
en la Virgen bendita
cual al alba sonríen los huertos
teniendo en el césped
lágrimas de cielo,
sonrió con dos perlas mi rostro
lanzando reflejos
que María cual sol matutino
al mirarme tornólos diversos.
Hoy la he vuelto a mirar
y de amor ha latido mi pecho,
y la he hablado
como el mar que está en calma
con la orilla conversa en el rezo.
Me encuentro feliz;
aún me guardas los ojos serenos,
la paz en el alma
y en el pecho los santos deseos.
Corro alegre el camino del mundo,
vivo sin recelos,
pues como antes a tu hijo cuidaste
lo harás hoy de nuevo.

Pero a veces se encoge mi alma
si pienso en mi cieno,
tengo carne inclinada a lo malo
corazón que rehuye lo bueno.
Aún soy muy jóven,
y cual joven soy muy inexperto.
Cualquier cosa que alague el sentido
me atrae. Cual veleta soy juego
del viento que sople.
Puedes ver que es fundado mi miedo,
y por eso al mirar a tu imagen,
con ojos serenos,
con la paz de los mares en calma,
te he pedido que no brame el viento
que remueve los mares furiosos
y que extiende en los ojos, cual velo,
la bruma del vicio.
Que jamás abandone el sosiego
que causa en el alma
el frescor de los buenos deseos,
cual se tiene a la tarde en verano
cuando el sol traspasó ya el otero.
Que por siempre sonría mi alma,
cual al alba sonríen los huertos
teniendo en el césped
lágrimas de cielo.

Un antiguo Congregante.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Ejercicios Espirituales

Lo que sentí

Al entrar en la casa solar de Loyola y sentir el fervor que exhalan sus ámbitos, me sobrecogí de santo amor y anhelé vivamente respirar esta paz que invade el corazón e inunda el espíritu.

Pasados los días, hoy, último de ejercicios, mi corazón rebosa felicidad, paz, se ha llenado de goces celestiales, se ha impregnado en amor a Jesucristo, ha oído su voz y se ha aprestado a seguirle. ¡Contigo donde Tú quieras!

Días son los primeros en que se barre el lastre que traemos del mundo con los fuertes rastrillos de las verdades eternas; la muralla de la concupiscencia, de la soberbia, del amor a lo terreno, es derribada con gruesa batería que dispara horror al pecado. Y al desocupar el corazón de toda esta inmundicia, queda un hueco insondable. ¿Cómo llenarlo? Con el amor a Cristo.

Sí, contemplé a Cristo en la Cruz muerto, vilipendiado, escarnecido de los hombres, y no pude menos de llorar. ¡Jesús! Sí, yo te he conducido al Calvario con mis frivolidades, yo te he hecho caer tres veces con el peso de mis pecados, y he atravesado tu corazón con la lanza de la ingratitud, mas ahora que veo con los ojos del amor, ahora que mi alma es vivo reflejo de tu santa faz, ahora no puedo menos de exclamar: Jesús, manda, que yo te sigo. Y oigo el eco de la voz de Jesús que me dice: "La mies es mucha, los operarios son pocos". "Ven y sígueme". "Sitio...".

X. X., Congr.

Letanías de los santos

Hoy no echo la siesta. Voy a escribir algo de Ejercicios para guardar recuerdo de ellos.

Diariamente, un cuarto de hora antes de la comida, acudimos a la capilla, donde nos reunimos con la Comunidad para rezar las Letanías de los Santos. Los primeros momentos del acto siempre me distraen un poco, pues la curiosidad me hace fijar la vista en algunos de estos novicios, antiguos compañeros de Congregación, que con posturas de santos entran en filas a ocupar sus bancos.

He dicho que me dejo llevar de la curiosidad; sí, eso era en los primeros días o la primera vez que se viene a ejercicios.

Hoy no puedo decir eso, porque por encima de la curiosidad está la admiración que siento hacia estos jóvenes como yo. Al principio curiosidad: ¡es un acto que se ve tan poco al año! (si no se viene a Ejercicios, ninguna). Después admiración: ¿quiénes hay que antes de ir a comer hagan cosa semejante en el mundo? ¿O no estamos viendo la cantidad de aperitivos que diariamente se "devoran" en los establecimientos?

Aperitivo espiritual éste de ponerse en presencia de la Santísima Trinidad y de todos los Santos presentando las más variadas peticiones, de enorme trascendencia para la Iglesia de Dios.

Y al salir de Letanías, impregnados de devoción, con la misma postura de santos, nos dirigimos al comedor. El Padre bendice la mesa y todos contestamos. Un novicio, antiguo Congregante, nos lee vidas de santos.

Come el cuerpo, pero el espíritu se nutre de manjar mejor.

Y, antes de dejar la pluma, hago un firme propósito de rezar mañana con todo fervor las Letanías. Así otras generaciones de ejercitantes, en unión con nuevas generaciones de novicios, al rezar las Letanías de los Santos nos invocarán a nosotros, ciudadanos del Cielo.

"Omnes Sancti et Sanctae Dei, intercedete pro nobis".

Todos los santos y santas de Dios, interceded por nosotros.

Juan Albizua, Congr.

Un día de ejercicios

Son las 7.45 de la mañana cuando suena la primera llamada. El Padre ha abierto un poco la puerta de mi cuarto a la par que saludaba: "Benedicamus Domino". He respondido: "Deo gratias", y me he levantado. A las 8,15 tenemos la primera plática: versa sobre el pecado. La siguiente trata del Infierno. Ya hemos entrado de lleno en los Ejercicios. Ahora se medita a gusto y se piensa en serio. Tras las Letanías la comida, visita al Santísimo y descanso, que aprovecho para echar una siesta.

Después el Vía-Crucis, y comienza la tarde, que se sucede meditación tras meditación con el Rosario y paseo en silencio. Así hasta la cena, terminando con el examen de conciencia.

A las 9,45 damos por finalizadas las tareas del espíritu, para dar descanso al cuerpo.

Son las 10, es hora de acostarse. Unos ruidos de cohetes llaman mi atención a la ventana, que está entornada. La brisa del anochecer me retiene un poco mientras contemplo el adiós del día a la noche. Allá abajo, sobre estos verdes jardines que adornan Loyola, los niños disfrutan los últimos momentos del día: juegan al corro alrededor de los bancos, donde posan sus mayores. Estos animan a dos futuros "Langaricas" que llegan de su carrera; todos, a coro y en alta voz, cronometran la diferencia: "Uno, dos, tres, cuatro...".

Las campanas del reloj anuncian las 10.30, hora de acostarse. Tras haber hecho un rápido examen de la jornada, dando gracias a Dios por haber pasado un día tan completo y apacible, me dispongo para el día venidero, y tomo el sueño en la paz del Señor.

J. A., Congr.

¡Jesús! ¡hermano mío!

(Meditación)

Tú eres modelo de hermanos.

Me has visto pobre y has corrido a socorrerme.

Me has visto ignorante y has venido a enseñarme.

Me has visto enfermo y me has traído salud.

Me has visto errante y me has enseñado el camino.

Me has visto equivocado y me has mostrado la verdad.

Me has visto pecador y has sido mi redentor.

Me has visto cubierto de harapos y me has vestido el ropaje divino de tu gracia.

Me has visto esclavo de Satán y me has hecho hijo de Dios.

Me has visto muerto y me has dado vida divina.

¡Jesús! ¡hermano mío! ¡cuánto me amas!

A.E. de M.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Campeonatos

"¿En qué equipo juegas?"

"¿Contra quién te toca?"

"Aizpuru, a éste y a mi apúntanos a mano"

"¿Te apuntas conmigo al dominó?"... y preguntas por este estilo, que no pueden faltar en todo campeonato, salen de labios de los Congregantes.

Sin duda la "fiebre" está justificada; el "campo" de foot-ball ofrece nuevas modalidades; antes sólo había una pared —la fachada de la Casa Profesa—; ahora, y frente a aquélla, está la que cubre el salón de los "pequeños", lo cual nos priva de los "discutidos" saques de banda. Así que se acabó el ver los partidos desde terreno de juego y la "hinchada" los presenciará a través de las mallas de los ventanales de los peques. Por tanto en el campo no habrá durante el partido más que el árbitro y jugadores. Desde luego, los del "chistu" están dispuestos a inaugurar el campo ganando el campeonato (si no que se lo pregunten a Gandarias). Pero los del "Richi" dicen que a su equipo no se lo merienda nadie (según Iturbe). Los demás equipos callan. ¡Algo sabrán ellos!

Los pelotaris también están ansiosos de inaugurar el frontón, que ahora tiene jugadas de dos paredes, a derecha e izquierda. Desde luego, y para que persistan los "tanques", sigue el tubo en su sitio, pero el suelo está completamente liso.

A los demás juegos aún no les ha llegado la renovación, por eso, para despedirles como se merecen, todos se proponen ser campeones en damas, en dominó, ajedrez y ping-pong. ¡Pobres mesas! ¡Qué merecida tienen la jubilación! ¡Hasta con carnet de mutilados!

Lo que no habrá será campeonatos de "güitos", porque nos han rellenado todos los "bochos".

Así que este año habrá premios extraordinarios. Animo, a todos nos tocará algo.

J. A., Congr.

¡Felicidades!

Congregantes que cumplen sus años en Setiembre

Día 3.—José María Azpeitia Amiano.
" 6.—Juan Luis Endeiza Ugarte.
" 8.—Ignacio Onandía Aguirregomezcorta.
" 9.—Ignacio Azcotia Villamueva.
" 9.—Javier Ugarte Urquiza.
" 9.—José Antonio Ugarte Urquiza.
" 9.—Ignacio Javier Celaya Urrutia.
" 10.—Enrique López Abásolo.
" 10.—Félix Olabarría Abendivar.
" 15.—Joaquín María Sautu Arrupe.
" 15.—Javier Ruiz-Ocejo Herault.
" 18.—Jesús Lacorzana Mamolar.
" 19.—Ignacio Iturriaga Elorza.
" 21.—José María Ezcurra Cebreiro.
" 23.—Fernando Manuel Lasa Curiel.
" 26.—Ramón Herrán Matorras.
" 28.—Eduardo María Azpeitia Bilbao.

El día del Carmen

Un año más y, siguiendo tradicional costumbre, la Congregación se dispuso a honrar a nuestra Madre la Virgen Santísima, con una excursión marítima, que sirviera a la vez para congregar a nuestros compañeros veraneantes y asistir a la procesión del Carmen que anualmente celebra el ferviente pueblo marino de Vizcaya.

Previas varias gestiones pudimos embarcar el día 16 de julio en el "Ayeta", remolcador generosamente cedido a la Congregación por el Sr. Aznar.

A las tres y media estábamos a bordo, y un cuarto de hora más tarde, surcábamos la ría bilbaína entre cantos, y alegría y las miradas de los que se estacionaban a lo largo de nuestro recorrido.

En una hora escasa, llegamos a Portugalete y minutos después recogíamos a una buena partida de Congregantes en el embarcadero de Las Arenas. Recorrimos el Abra en todas direcciones y por unos momentos fondeamos al costado del "Cabo de Hornos", atracado a los muelles del Puerto Franco de Santurce. Seguidamente los cohetes nos anunciaron que la Santísima Virgen salía en procesión desde el puerto de los Pescadores.

Esta fué de sublime belleza. Remolcadores y lanchas atestadas de gente rendían cálido homenaje a la Reina de los Mares.

Nuestra Señora paseó en triunfo, conducida por fornidos remeros, todos Capitanes de barcos, al son de la música y de las alegres notas de la Salve Popular.

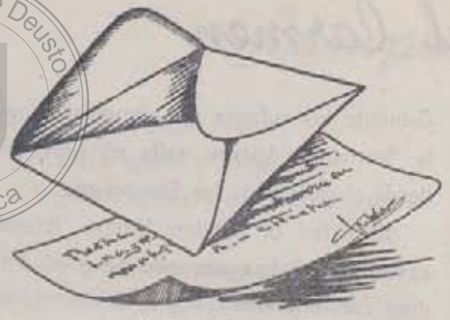
Nosotros, desde nuestro remolcador, entonamos algunos cantos marianos entremezclados con el susurreo de las olas y el estrépito de las sirenas de los barquitos pesqueros.

La Santísima Virgen retornó al puerto, desembarcamos a los veraneantes en Las Arenas y nosotros, tostados por el sol, emprendimos el retorno por la ría bilbaína, unos cantando, y otros comentando la tarde pasada, que ha tomado ya carta de naturaleza en las tradicionales excursiones de la Congregación.

Un excursionista.

Si te aficionas a leer TEBEOS o novelas te harás un insustancial y perderás las ganas de estudiar.

Universidad de Deusto
Biblioteca



Correspondencia abierta

Te espera un salón que ni soñado.

Ansio que las obras de nuestra simpática "Congre" lleven el mismo ánimo que antes.

Espero que, si no ya acabado, al salón de los mayores le falte muy poco, pues ya me estoy viendo con mi hermoso salón de juegos y, con lo que es mejor, los cuatro secretariados.

De mis aspiraciones le advierto que no han decrecido en nada, gracias a la Misa y Comunión diarias que hago con mamá y mi hermano.

Mi hermano, con lo trasto que es, se defiende aquí muy bien, y si no fuera por vergüenza le diría que tiene menos pereza que yo para ir a Misa.

Amor a la medalla

La carta de este fervoroso Congregante está encabezada con una cruz de tamaño tal, que bien podría llevarse en procesión. ¡Bien, hombre!

Le escribo estas letras para decirle mi vida de veraneante, la siguiente:

A las 7 y media, arriba para ir a Misa de 8 y media, a la que no falto ningún día a comulgar y con la medalla de mi Madre la Santísima Virgen y mi hermano San Estanislao de Kostka; la medalla que más he estimado hasta ahora por salvarme de la muerte en un caso (lo del atropello), y confío que me acompañará siempre así en mi vida. En cuanto salgo me voy pitando para casa, que dista bastante; desayuno, y a las 12 en punto a la playa, a gozar del día y el agua, si hace bueno. De los amigos, Padre, aunque no son Congregantes, están elegidos por mí, de lo muy bueno lo mejor. En Mayo le ofrecí a la Virgen no ir al "cine" desde el 19 del mismo mes hasta el año cumplido si me aprobaba. Solamente me han colgado en latín, que debo aprobar en Septiembre o en Enero, pero por una... no importa, y a cumplirlo como buen Congregante.

¿Qué clase es más divertida?

Por la mañana nos levantamos a las 8 y media para ir a Misa diaria de 9 y comulgar con la medalla puesta, y seguido de esto, después de desayunar, hago los deberes hasta las 12; a esta hora tengo clase, un día de matemáticas y otro de golf, que me es muy divertida. (*¿Qué clase es más divertida: matemáticas o golf*). Y a la una, a bañarme.

Por las tardes me uno con mis amigos, que son... y otros muchos, y vamos a jugar al tennis a Jolaseta o a casa de O. hasta las 9 y media, que es la hora que me retiro a casa.

Lo estoy pasando muy bien y le felicito por ser mañana San Ignacio, pues es el Fundador de su Compañía.

Bueno, Padre, habiéndole contado mi horario y cómo lo voy pasando, dejo unas líneas para mi hermano.

Querido Padre: Tan sólo dos letras para saludarle con todo mi cariño y decirle que hago la misma vida que mi hermano.

Me miran como "aparvaos"

Ya me puede perdonar que no le haya escrito antes, pero me he acordado mucho de usted y de la "Congre". Es que no sabía bien las señas de la "Congre" y le escribí a mi mamá para que me las dijese. Yo aquí estoy muy bien, me he echado unos amigos muy buenos. (No me he juntado con chicos malos, porque me acordaba de lo que me dijo usted antes de salir). Estos chicos andan internos en los HH. Maristas de Palencia, son muy buenos y además, Padre, son de Acción Católica.

Comulgo con frecuencia y no se crea, Padre, que dejo de oír Misa y ponerme cuando comulgo la medalla, y cuando me la pongo me miran aquí como *aparvaos*, y yo me pongo contento para que vean que soy de la "Congre".

Echo mucho de menos sus explicaciones, Padre, de la *Instrucción Espiritual* de las noches.

Un agradecido

Como le prometí, le escribo cuatro letras expresando el cariño que tengo a la Congregación. Voy todos los días a Misa y comulgo siempre que puedo, es decir, todos los días. Como en el invierno me levanto temprano, ahora duermo un poco más para recuperar fuerzas.

Ahora por allí andarán más descansados, pues como se han ido casi todos los chicos de veraneo, el Hermano no tendrá que apuntar asistencias.

Por aquí se está muy bien; hace calor y no llueve, eso es lo bueno; pero los aldeanos o campesinos están que echan chispas.

¿Os gusta este plan?

Mis días se pasan por aquí muy bien. Por la mañana me levanto a las 8 y me voy a Misa a los PP. Agustinos; vuelvo de Misa, y después de desayunar me voy a cuidar la vaca que tienen los tíos, hasta las 12; y después de comer echo la siesta, y al anochecer a nadar a un río cercano.

No te distraigas en misa.

No le he podido *escribir* antes, porque no me he acordado de *escribirle* nada más que en Misa, y como no le voy a *escribir* durante ella... y entretenido durante el día no me he acordado de *escribirle*, por eso le *escribo* hoy.

Como me dijo, voy a Misa todos los días excepto tres o cuatro veces, y comulgo durante ellas con mi medalla puesta, sin tener vergüenza de nadie.

Echo mucho de menos a la Congregación, pero sobre todo a usted y sus pláticas. ¿Qué tal van las obras?

Añoranzas

Aunque lejos de mi inolvidable "Congre", sigo sus pasos como si estuviese en ésa y les recuerdo a todos mucho.

Lo paso muy bien, pues hay también chicos de Bilbao y no nos falta de nada.

X. me escribe de usted y dice le manifieste que desearía recibir allí FLORES Y FRUTOS y, si no es abuso, Padre, yo también quisiera leerlo aquí.

¿Qué tal va mi grupo? Sueño con que las obras habrán avanzado mucho y que para cuando vaya estará eso desconocido.

Universidad de Deusto
Biblioteca

¿No quieres sacrificarte?

La campana de una humilde capilla, voltea alegre. Es la de una Misión, que con su alegre sonido va llamando a los fieles.

Por entre la tosca puerta, aparece el primer jesuíta misionero, Javier, que con su "Volcán de Amor" deberá abrasar toda la tierra por Cristo.

Sus labios febriles, su rostro sudoroso, sus ojos anhelantes contemplan los frutos de su apostolado.

Entonces su pensamiento se traslada a Europa, piensa en la Universidad de París, y con pulso estremecido escribe: "Muchas veces me viene al pensamiento ir a los estudios de esas partes, dando voces como hombre que tiene perdido el juicio, diciendo... ¡cuántas almas dejan de ir a la gloria y van al infierno por la negligencia de ellos".

Poco después Javier moría en la isla de Sanchón.

... ...

La campana de una humilde capilla, voltea alegre. Por la puerta sale un misionero, sus labios están febriles, su rostro sudoroso, sus ojos anhelantes...

Su pensamiento, como el de Javier, se traslada a Europa; y piensa en Universidades, colegios, jóvenes...

Mira a la mies y la ve lozana, mira a los operarios y los ve pocos, y su pensamiento sigue pensando en las almas que dejan de ir a la gloria y van al infierno.

Y su pensamiento sigue triste, porque no encuentra jóvenes que salven esas pobres almas.

Pero piensa también en ti, joven Congregante, y ve tu corazón generoso, y entonces de sus labios sale una sonrisa, en sus ojos se abre una esperanza, su rostro se llena de alegría, porque tus oraciones, tus visitas, tus sacrificios, tus estudios... y su corazón se alegra al ver cómo suben al cielo esas almas.

Y yo te digo: ¿no quieres sacrificarte?

¿No quieres alegrar el corazón del misionero?

¿No quieres llevar esas almas al cielo?

¿No quieres decir como Javier: ¡Señor, aquí me presento!, ¿qué quieres que haga?

Aun ahora, en vacaciones, puedes hacer algo por las Misiones. ¿Acaso el sacrificio pierde su oportunidad en el verano? El mismo calor que a veces te molesta, vencer tu pereza por la mañana acudiendo a Misa: todo esto ¿no es moneda de buena ley que en el banco del cielo puede cambiarse por almas?

Santa Teresa del Niño Jesús andaba en su jardín por obediencia, y andaba por un misionero que allá lejos seguramente se encontraría fatigado de tanto andar.

Tú puedes sufrir calor por un misionero que está sudando en Misiones, para que el Señor le alivie. Tú puedes rezar el Rosario por un alma pagana que no conoce a la Virgen.

No olvides que también en vacaciones eres misionero.

J. Aizpuru, Congr.

Cuando algún superior te manda, obedece con prontitud, alegría y perfección, porque es tu Padre Dios quien te manda.



De nuestras Catequesis

Perogrulladas catequísticas

Pensando en el curso que se acerca, y que se echará encima en un santiamén devorando tus vacaciones —porque yo no sé qué tienen las cosas buenas que se acaban más rápidamente que las malas— nos conviene recordar algunas verdades de esas que dicen que dijo el señor de Pero Grullo.

Dicen que este señor sabía cantar verdades: nos solemos reir de ellas y las llamamos perogrulladas; pero el hecho es que de puro claras y comunes solemos olvidarlas.

En el terreno catequístico hay unas cuantas capaces de ser entendidas aun por los más torpes catequistas, pero poco puestas en práctica aun por los más peritos en este arte.

La primera es ésta, capaz de tumbar de espaldas con su lógica a cualquiera: *Los niños son niños.* Sí, señor, los niños no son hombres, los niños no son jóvenes, no son padres de familia ni viejos de blanca barba: son eso, niños. Y como tales, inquietos como ardillas, móviles como azogue, y de atención como pelota de goma que rebota de continuo.

Pues si es así, ¿por qué empeñarse en soltarles un magnífico discurso, capaz de convencer al mismo Aristóteles si lo oyera, pero capaz también... de abrir la boca en un soberbio bostezo a los pobres niños, si es que no cierran los ojos y bajan la cabeza?

Los niños son niños. Cuando vayas este curso a explicar tu lección de catequista, párate un momento a pensar: ¿es verdad que estos que tengo delante son niños? ¿Es verdad que a los niños hay que hablarles como a niños? ¿Estoy cierto de que estos son niños, verdaderos niños?

Si te haces esta pregunta, puede suceder que Pero Grullo te parezca un gran señor.

La segunda verdad suya es: *el reloj sólo anda si se le da cuerda.* Para este viaje, ¿verdad?, no necesitabas alforjas.

Y, sin embargo, sin embargo, querido catequista, ¿no te ha sucedido nunca ir a explicar tu lección sin prepararla? Y, claro, a mitad, o a menos de la mitad, se te ha acabado la cuerda, y te has parado.

Sí, ya sé que dices que tienes facilidad de palabra, y que eras capaz de estar hablando una hora sin saber cómo. ¡Ah!, ¿es que a eso le llamas tú hablar...?

Yo a eso le llamo desenredar una madeja: ahora sale un cabo por aquí, luego hay que dar marcha atrás porque te has hecho un nudo, después aparece otro cabo... ¿pero cuántos cabos tiene esta madeja?

Si quieres que todo salga en orden y bien, como la seda, según suele decirse, prepara antes el ovillo. Nunca dejes de preparar tu lección, porque de lo contrario te pararás.

El reloj sólo anda si se le da cuerda. Y por hoy basta de recordar a Pero Grullo.

Pero conste que era un señor que tenía el menos común de los sentidos, que es el sentido común.



La CONGREGACION en la FAMILIA

Del diario de un jefe de grupo

José Antonio, que tan bien venía a Misa durante el curso, comenzó a faltar al comienzo del verano. Ya no venía con nosotros a dar el cotidiano paseo después de Misa.

Como yo era su jefe de grupo, le seguía los pasos, y al poco tiempo advertí que no tomaba con tanto afán los juegos de la Congregación, que antes con tanta fuerza le cautivaban.

Dos días seguidos no apareció en la Congregación. ¡Pobre José Antonio! ¿Estaría enfermo?

Quedé al día siguiente en ir a visitarle a su casa.

Después de Misa me separé de mis amigos congregantes, y me dirigí hacia su casa, cercana a la mía.

Eran alrededor de las nueve.

Llamé al piso y me salió una señora, que supuse sería su madre.

—¿José Antonio? —pregunté—. Soy su jefe de grupo en la Congregación, y como no viene hace más de dos días, creí que estaría en cama y vengo a visitarle.

Sí, era verdad, no me equivoqué; estaba efectivamente en cama, sin otra enfermedad que una descomunal pereza.

Su mamá, muy cariñosa, excesivamente cariñosa, le dió unos golpecitos, y José Antonio volvió a este mundo restregándose los ojos.

En cuanto me vió se quedó estupefacto, y sólo tuvo tiempo para decirme:

—¡Hola!, ¿qué hay?

—Creí que estaba enfermo...

Se enrojeció levemente y madre e hijo se dirigieron una significativa mirada.

Al cabo de un rato, y ante mi seria actitud, la madre trató de excusarle.

—Mire usted —me dijo—. Es que como ha estudiado mucho durante el curso, está cansado y... si pusieran ustedes la Misa a las 9... a las 8 es tan pronto...

José Antonio miraba a su madre mientras yo pensaba para mis adentros.

—¿Sabe usted lo que está perdiendo su hijo con los mimos que le prodiga? ¿No cree usted que el rato de cama que se toma todos los días de más, se lo está robando a Jesús, que quiere estar todos los días en el corazón de José Antonio? Mire usted que cuando se arroja la piedra ya no se la puede hacer volver atrás. ¿Quién le dice a usted que no está forjando con estos cariños imprudentes la futura desgracia de su hijo?

Pasado un buen rato me contestó:

—Pero es que tiene tanto sueño...

—Eso no tiene importancia —le atajé yo—. Nada más fácil para quitar el sueño que dormir lo necesario. De modo que si necesita horas para dormir, auménteselas por la noche, pero, por favor, no se las dé por la mañana. Si ahora se acuesta a las once, que desde hoy lo haga a las diez y media. Ya verá cómo se le quita el sueño radicalmente. Por de pronto vamos a hacer una prueba. Esta noche que se acueste a las diez y media y mañana yo vendré a buscarle para ir juntos a Misa. ¿Conforme, José Antonio?

—Conforme.

—Bueno, pues... hasta mañana, y esta noche a las diez y media a la cama, ¿eh?

A la mañana siguiente, a las ocho menos cinco salía yo del portal y me dirigía hacia la casa de José Antonio, cuando le vi venir corriendo a mi encuentro.

—Pero, ¿cómo? ¿Cómo te has levantado tan pronto?

—Estoy desde las ocho menos cuarto en el portal esperándote. Vamos corriendo, que si no llegamos tarde.

Oímos Misa, comulgamos y a la salida volví a acompañarle de nuevo a su casa. La prueba había dado el resultado apetecido.

No me faltó un día más en todo el mes, y cuando alguna vez me he encontrado con su mamá en la calle, me ha dado las gracias por el cambio experimentado en José Antonio, que me atribuye ingenuamente a mí.

—A mí, no —le he contestado—, todo se debe a esa fuente de energía que tiene la Congregación al alcance de todos y que es la Santa Misa, Plática y Comunión diarias.

Si todas las madres llegaran a comprender como la de José Antonio el caudal de gracias que pierden sus hijos cuando se les consiente quedarse en la cama por media hora más de sueño...

Y Jesús esperando toda la noche desde el Sagrario su llegada, y en cambio él...

Un jefe de Grupo.

Lo que vale nuestra "Congre"

¡Lo que vale nuestra "Congre"! No me refiero a la parte material, con estar mejorando extraordinariamente, sino a lo que influye en nosotros espiritualmente; valor que sólo se comprende cuando estamos alejados de ella, cuando comparando los actos de los de dentro y de los de fuera, elevamos nuestras miradas al Cielo y nos sentimos orgullosos de ser Congregantes; pues aquel continuo martillear del Padre va forjando nuestras almas y ¡alerta! como buenos soldados y sin darnos cuenta, ni buscar la ocasión, somos la máquina que sembramos la buena semilla recibida.

Poco tiempo ha, y en un pueblecito riojano cerca de Haro, en donde todo el personal es realmente bueno, tuve ocasión de apreciarlo.

Era un día de esos de cielo azul y sol abrasador, y sentado a la sombra de la preciosa chopera que hay entre el castillo secular y las cristalinas aguas del río Tirón, contemplaba ya el extenso campo de viñedo, ya el continuo aletear de los peces en mansa y amigable carayana por aquel límpido líquido que se distribuye por el pueblo embelleciéndolo y dando a todos generosamente parte de su caudal, cuando en aquel silencio armonizado por el murmullo de las aguas o el zumbido de insectos, me veo herido por un chasquido de infierno, por una blasfemia que llega a mis oídos, formando duro contraste entre lo que contemplaba y lo que oía. Era la voz de Antonio, muchacho bueno y fuertote, que en unión de sus amigos discute acaloradamente la belleza de su amado soto.

Lo que en aquellos momentos pasó por mí, no lo sé; sólo recuerdo que en aquel instante, y como si mi mente fuera una pantalla de cine, recordé mi Virgen querida... mi inolvidable Congre... las palabras del Padre... y con estas ideas en la mente mi cuerpo adquiere fuerzas de titán para avanzar hacia ellos con un "¡eso, no!", "¡eso, nunca!" tan resuelto y desafiante, que aquellos muchachos, desconcertados, me prometen no volver a repetirlo.

Con lo que satisfecha mi alma da gracias a Dios uniéndome a ellos, que, buenos en el fondo, se hicieron mis mejores amigos.

A. Bañares. Congr.

Universidad de Deusto
Biblioteca

LOS AMIGOS DE LA CONGREGACION

Suscripción para las obras

Suma anterior	40.096	pesetas
D. L. C.	1.000	"
Delclaux y Cía.	1.000	"
D. F. de T.	1.000	"
Javier Arana	200	"
Sres. de Bareño	100	"
D. Víctor Llorente	75	"
D. José María Pastor Rupérez	50	"
Sres. de Zulueta	25	"
Javier Magra	25	"
Sres. de Mendibelzúa	25	"
Total	43.596	"
Coste total de las obras	**300.000**	**pesetas**

...Con mucho gusto contribuyo a dichas obras, ya que desde los 8 a los 14 años he asistido tantas veces a los actos de la Congregación de Bilbao, que sería ingratitud de mi parte no cooperar a la mejora de un local que para mí tiene tan grato recuerdo, por haber sido formado en la vida espiritual por el querido P. Angel Basterra, muchas de cuyas enseñanzas me han servido mucho en la vida.

(De la carta de un antiguo a nuestro Padre Director.)

Teléfonos, timbres, el radar...

Señores:

Estamos en la Era atómica. En la Era de los inventos sorprendentes y espectaculares. Ante nuestros ojos surgen como por encanto, los más apasionantes y deslumbradores sucesos, producto del ingenio incansable del hombre.

Habréis visto esos magníficos automóviles que recorren las calles de todas las poblaciones de España y causan el asombro y la admiración de las gentes que los contemplan. Habéis leído los efectos asombrosos de la bomba atómica. Os hablan del radar, de la penicilina...

Pues bien, aún os queda por ver la última maravilla que de cerebro alguno pudiera salir y que ha aparecido en Bilbao, en un local del número 2 de la calle de la Paz.

¡El teléfono! ¡Oh, el teléfono! Sin quitar méritos al afortunado inventor del mencionado aparatito, he de decir que las innovaciones introducidas en la red telefónica de la Congregación, harían enrojecer de vergüenza a dicho señor.

Y es que...

Pero bien. Vayamos al grano, que esta vez nos ha resultado un divieso de padre y muy señor mío.

Tenemos en la Congre, nada menos que dos teléfonos, y un conato o proyecto de otro. Este último, un aparatito esmirriado, delgaducho y con un timbre blanco en la tripa, cumple su misión, a pesar de su tuberculosa presencia, como un teléfono hecho y derecho.

Veamos el funcionamiento conjunto de los tres:

1.ª *hipótesis.*—Félix en la Secretaría y el Padre en su despacho. Un buen señor, pulsa el 14095 y al momento los dos teléfonos, el del despacho y el de la Secretaría se ponen a tocar el timbre. ¿Que se descuelga uno de ellos? En ese momento se calla el otro y tan contentos. ¿Que se ha puesto a hablar Félix y el señor quiere hablar con el Padre? Pues nada más sencillo. Con coger Félix el teléfono y colgarlo, y con una señita que le haga al Padre de que ya puede hablar todo arreglado.

Ahora, lo malo es cuando las cortinas del despacho del Padre están cerradas y cogen los dos teléfonos al mismo tiempo. Como no se ven el uno al otro, se ponen a hablar los dos a la vez, y el resultado ya os lo podéis imaginar: que el único que no habla, es el señor que quería hablar, porque le falta tiempo para colgar el teléfono y marcharse a visitar a un médico psiquiatra. Pero aún esto se arregla si Félix tiene la precaución de marcar un cero en su teléfono. Al instante descuelga el Padre su teléfono y Félix cuelga el suyo.

2.ª *hipótesis.*—Félix en la Secretaría y el Padre en su cuarto. Viene una persona y al enterarse que llama al Padre ¿qué creéis que hace? ¿mandar un emisario a su cuarto? ¿tocar la campanilla para que baje? Nada de eso; mucho más sencillo. Con aire de desprecio pulsa el botoncito blanco del teléfono esmirriado y como por arte de magia, se encuentra el Padre hablando con el señor que ha llamado.

Lo malo es, que al enterarse dicho señor que el Padre estaba en su cuarto y en una décima de segundo, está hablando con él, cree que es una tomadura de pelo y que donde ha llamado no es a la Con-

Universidad de Deusto
Biblioteca

congregación sino a un determinado establecimiento benéfico que está en los alrededores de Bermeo, y las consecuencias son semejantes a las del señor de la primera hipótesis.

3.ª *hipótesis.*—El Padre en el despacho y Félix en la Secretaría. Aquél quiere hablar con éste.

Nada de gritos ni de llamaditas disimuladas a través del cristal, ni de procedimientos anticuados. Descuelga el Padre el teléfono, y marca tranquilamente dos ceros.

Al instante, suena el otro teléfono y Félix se pone al habla. Terminada la conversación, se sientan ambos y aquí no ha pasado nada.

Bueno, lo que ha pasado, es que está Félix tan acostumbrado a estas llamaditas, que cuando le pregunto: ¡oye Félix! me contesta con la mayor seriedad: con el 14.095, dígame...

Bueno, y lo de los teléfonos no es nada comparado con los procedimientos que se han instalado para entrar en el despacho del Padre.

Tú lector, haz la prueba. Ven por la Congre y llama al timbre que está a la entrada del despacho.

No oirás nada, pero al cabo de unos segundos, en tus mismas narices se enciende un letrerito que dice: "pase Ud". O tal vez este otro: "un momento".

Claro que si en vez de estos dos letreros, le aparece a Vd. el tercero de "ocupado", se queda Vd. sin entrar y el Padre sigue trabajando tan tranquilo.

4.ª *hipótesis.*—El Padre en el despacho, y un novato en la Secretaría. Marca el Padre el cero de su teléfono para hablar con la Secretaría. El novato, en lugar de coger el teléfono corriente, coge el pequeño. Consecuencia: que el Padre se pone a hablar y el novato no oye ¡naturalmente! ni palabra.

En vista de que el Padre no recibe contestación alguna, se traslada a la Secretaría y dice sin aparatos lo que desea, mientras el novato sigue dando gritos en el aparato tísico y acaba idem., y al enterarse de que el novato no ha oído nada, llama al electricista creyendo que el teléfono se ha estropeado. Claro, el electricista no encuentra ninguna avería y lo toma a guasa, el Padre lo toma en serio y el novato, creyendo que es una tomadura de pelo, opta por marcharse de la Congregación antes de volverse loco de remate, que es el final de todo el que se mete a jugar con semejantes aparatitos.

¿Y el timbre que han puesto en el patio? Mete tal ruido que al toque de llamada, salen todos los vecinos a las ventanas creyendo que vienen los bomberos.

Para antes de las ocho y media, que es la hora H, comienza todo el mundo (no sólo los congregantes, sino también los vecinos a taparse disimuladamente los oídos. Unos minutos antes de la hora, ya está la gente alarmada e impaciente. Ahora, ahora... ya falta poco... taparse bien los oídos... una, dos y... Trrrrriiiiinnnn.

Estoy viendo que dentro de poco va a aparecer en los periódicos el siguiente anuncio: Se derriban las casas colindantes a la Congregación de los Kostkas... ¡por falta de vecinos!

Sólo nos falta instalar una central de televisión interior y un radar en cada puerta de vaivén para evitar chichones y averías de narices, pero todo llegará y Vds. lo verán.

COTE

Procura juntarte siempre con amigos que sean Congregantes y, a poder ser, mejores que tú.

BUEN HUMOR





EN LA CARNICERIA

—¿Quiere hacerme el favor de pesar al tiene?

—¿Cómo lo quiere? ¿Con hueso o sin hueso?

PRINCIPIO Y POSTRE

Convidaron a cenar a un forastero y le pusieron rábanos al principio.

—En mi tierra —dijo el convidado— los rábanos se ponen de postre.

—Y aquí también, mi buen amigo —respondió el que le había convidado.

ENTRE ESCOLARES

—¿Qué tal lo pasáis en tu colegio?

—Mal. Por cualquier cosilla nos dejan sin comer.

—Peor lo pasamos nosotros. A nosotros nos dejan sin comer, y nos hacen leer un libro de cocina.

BATURRADA

—¡Señor jefe! ¡Señor jefe! Pare usted el tren, que voy de espaldas y me mareo.

—Cambie usted con el de enfrente.

—¡Otra qué! ¡Si voy solo!

DE POETAS

Un poeta se presenta con unos versos al director de una revista:

—¿Piensa usted pasar a la posteridad con esa composición?

—No, señor; me contento con pasar al restaurante de ahí al lado.

ORTOGRAFIA

Un pintor baja de su escalera después de haber concluido una muestra en la que figura la siguiente inscripción:

COMERCIO DE BINOS

—Dispense usted —dice tímidamente el dueño del establecimiento—, vinos ¿no se escribe con v?

El artista, después de mirar al amo con desprecio:

—¡Espere usted a que se seque, para juzgar mi obra!

EN LA MILICIA

Ultima recomendación de un sargento antes de entrar en batalla:

—Muchachos, sobre todo, no dar a entender al enemigo que no tenéis ya cartuchos. Aunque se os acabe, seguid disparando.

ENTRE ADMINISTRADORES

Un gran propietario tuvo que mudar de administrador.

El saliente presenta al entrante la lista de lo que se había gastado en semillas el año anterior, y decía así: Zevollas, verza, hagos koliflor, gisantes.

—¡Pero aquí no hay ortografía! —exclamó el nuevo administrador.

—Es que no se sembró el año pasado —respondió el antiguo.

Universidad de Deusto
Biblioteca

ME HIZO GRACIA

—Siempre me acuerdo del cuento del asno que me contó usted el año pasado.

—¿Tanta gracia le hizo?

—Muchísima. Desde entonces no puedo ver un burro sin acordarme de usted.

UN ABOGADO ANTE EL TRIBUNAL

—Estoy desesperado, señor juez. Si pierdo el juicio creo que voy a volverme loco.

DESPISTANDO

El hortelano, a un individuo que está subido en un peral:

—¿Qué hace usted ahí, buen hombre?

—¡Estoy colgando estas peras que se habían caído al suelo!

ENTRE AMO Y CRIADOS

—Desde que usted está aquí, me desaparece todo: los cigarros, las corbatas, el whisky... Puede tomar la puerta inmediatamente.

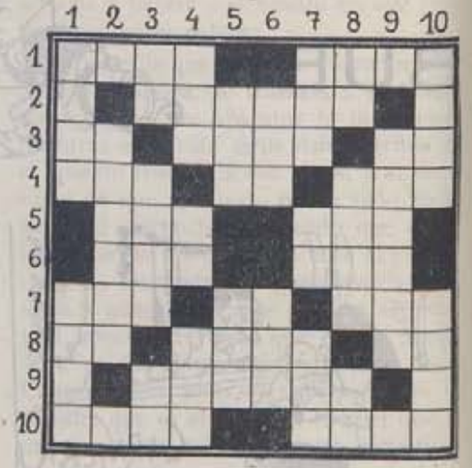
—Y ¿qué quiere el señor que haga con la puerta?

—Mañana es mi santo y vendrán algunos amigos a saludarme. No te olvides de sacar todos los bastones y paraguas que están en el perchero.

—¿Teme que se los roben?

—No: tengo miedo de que los reconozcan.





HORIZONTALES

1. Recipiente de madera. Esquila a límite. 2. Fondo público.—3. Nombre de letra. Escuchas. Nota.—4. En la vasija. Pronombre. Igualdad en la superficie—5. Letras de "lente". Auxilio.—6. Frío en vasco. Al revés, terminación de diminutivo.—7. Abreviatura de título. Marcha. Al revés, letra griega.—8. Terminación verbal. Orilla. Al revés símbolo químico.—9. Fallecido.—10. Masa de nieve. Arbol de la familia de las aceríneas.

VERTICALES

1. Arbusto del Perú. Al revés, bebida alcohólica.—2. Longitud de la nave.—3. Onomatopeya de balido. Nativo de Filipinas. Interjección, invertido.—4. Juego. Al revés, símbolo químico. Planta trepadora de fruto en racimo. 5. Criado. De venir.—6. Ganado. Período de tiempo.—7. Al revés, título inglés. Interjección para hacer parar a las caballerías. Fonéticamente, frecuentemente personaje en los cuentos de niños—8. Vocales. Piedra sólida. Al revés, letra griega.—9. Corta cantidad de dinero que retiene el ejército para proveer de ropas a los oficiales.—10. Buen sagrado. Ser.

DEL VIEJO AL NUEVO SALON DE MAYORES





EL NUEVO SALON PARA MAYORES VISTO DESDE EL VESTIBULO

En primer término, la sala de recreo. A la derecha, los secretariados de caridad, misiones y catequesis. Al fondo, la sala de lectura y biblioteca. Más allá, la sala de academias.

Universidad de Deusto
Biblioteca

EJERCICIOS EN LOYOLA



Paseo en silencio por la huerta de Loyola.



Nuestra 60.ª tanda de Ejercicios cerrados en Loyola, con el P. Mantilla, a la que siguió otra del 2 al 8 de Agosto para mayores con el P. Arratíbel.

FLORES Y FRUTOS

DE LA CONGREGACION DE LA INMACULADA Y S. ESTANISLAO DE KOSTKA - BILBAO



HOMENAJE
al Rvdo. Padre Angel Basterra, S. I.
que fué benemérito Director de la Congregación.
BODAS DE ORO
1896 - 24 Noviembre - 1946

Universidad de Deusto
Biblioteca

PROGRAMA

del homenaje al R. P. Angel Basterra, S. I.

INAUGURACION DE LOS NUEVOS LOCALES DE LA CONGREGACION COMO OBSEQUIO A SU MEMORIA EN SUS BODAS DE ORO

1896 - 24 Noviembre - 1946

A LAS NUEVE DE LA MAÑANA

Celebrará la Santa Misa de Comunión general para antiguos y actuales congregantes el R. P. Pedro Basterra, hermano de nuestro Padre y, si es posible, asistirá también el «Padre Angel».

Recibirán todos los antiguos a la entrada la Medalla de la Congregación y entregarán su tarjeta de visita como asistencia.

Al Evangelio cantarán todos el clásico canto de la Congregación «¡Oh, Virgen hermosa!

Plática del R. P. Clemente Espinosa, Director de la Congregación y antiguo congregante.

Darán la Comunión cuatro sacerdotes, antiguos congregantes.

Al final se cantará la Salve y recibirán todos un recordatorio.

A continuación **«todos al salón».**

En él bendecirá e inaugurará los nuevos locales el R. P. Prepósito de la Casa Profesa y oirán los clásicos avisos del «Padre».

A LAS SIETE DE LA TARDE

Acto público de homenaje al «Padre».

1.° **Lo que fué para nosotros y es para nuestros hijos la Congregación,** por don Luis García Pereda, antiguo congregante

2.° **La intuición pedagógica del R. P. Angel Basterra, S. I.,** por el Dr. don Rodrigo González Pinto, padre de cuatro congregantes.

3.° **La obra de «El Padre»,** con 70 proyecciones luminosas, por el P. Clemente Espinosa, S. I.

Intermedios musicales.

EPOCA II :-: Núms. 19, 20 y 21 SETIEMBRE-NOVIEMBRE 1946

FLORES Y FRUTOS

de la Congregación de la Inmaculada Virgen María y San Estanislao de Kostka :-: BILBAO, Paz, 2

Universidad de Deusto
Biblioteca

¡A Tí, Señor...!

Al Padre Celestial en las bodas de oro de nuestro Padre Angel Basterra.

A Tí, oh Dios, alabamos.
A Tí, Señor, confesamos.
A Tí, Eterno Padre, venera la tierra entera.
A Tí, Padre nuestro que estás en los cielos, levantamos nuestro espíritu.

De Tí *procede toda paternidad en los cielos y en la tierra* (Ef. 3, 15). Tú eres el único que verdaderamente merece el nombre de Padre (Mt. 23, 9).

Y en tu amor infinito a los pequeñuelos, Tú quisiste prender una chispa de tu paternidad en quien nosotros llamamos *Padre* en nuestra familia mariana.

Tú lo hiciste Padre. Fué Padre por Tí, en Tí y para Tí.

Tú —como al Apóstol— le hiciste sufrir *angustias de madre hasta formar a Cristo en nosotros.*

Por eso hoy —al cabo de los años—, unidos todos sus hijos y tus hijos en unión de amores, *elevamos a Tí en nombre del Señor Jesús* (Col. 3, 17) nuestro himno de gracias.

A Tí, *Rey de los siglos, inmortal, invisible, único Dios, el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.* (1 Tim. 1, 17).

Y de lo alto de tu gloria, Señor, mira a tu siervo.

En el ocaso de su vida se acerca a Tí. Le acompañan sus ganancias, las que lucró con tus talentos: sacerdotes, religiosos, misioneros, padres de familia, cristianos según tu Corazón...

En Tí fué Padre de muchos.

No enterró su talento. Ha sido tu siervo bueno y fiel.

Llene su alma tu paz y tu amor.

¡Señor!

Desde nuestro rincón, humildes y pobres, te suplicamos para quien en tu nombre fué nuestro Padre:

SÉ TÚ SU PREMIO.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Así era el Padre

Pidiendo perdón al Padre por mi atrevimiento...

Una voluntad firme, decidida, tenaz, puesta al servicio de un ideal muy concreto, muy práctico y muy eficaz. He aquí la silueta del Padre Angel Basterra, del «Padre», tal cual emerge del sopor de mis años infantiles.

Era todo *voluntad*. No poseía una memoria demasiado feliz, aunque retenía magníficamente el nombre de todos sus viejos y nuevos «corderotes» y poseía un círculo muy numeroso de relaciones. Tampoco sobresalió por sus dotes propiamente intelectuales; pero en él se daban delicadezas de la más cariñosa de las madres: los dulces «orejones» que acompañaban al saludo, las onzas de chocolate distribuídas a los congregantes como premio de algún servicio, el interés personal en apurados trances. Era un verdadero «Padre» siempre y con todos, y por todos es amado y recordado con un amor envuelto en veneración.

Lo típico, lo que se destacaba como elemento verdaderamente personal en él, era su tesón. No se puede negar. El Padre Basterra era todo voluntad.

Es muy diferente considerar la labor de un hombre después de haber salido triunfante de una ardorosa empresa descubrirle tal cual se veía él mismo antes de dar la batalla, de frente a una angustiosa interrogante, sin saber si todo aquel esfuerzo iba a ser inútil, si no sería más eficaz emprender el camino antagónico.

CUESTA ARRIBA Por ello, para comprender la grandeza del Padre Basterra no hay que contemplarle en la cumbre esplendorosa de sus triunfales cincuenta años, sino al principio de la cuesta ante una montaña de dificultades sin cuento.

Y él, solo, sin protección especial de nadie, supo imponerse con su trabajo monótono, rutinario, de oficinista metido en unos lóbregos sótanos, tratando con unos chicuelos.



El Padre con un grupo de congregantes en los Hermanitos de los Pobres hace 24 años.

Su voluntad, a pesar de esta visión nada halagüeña, no flaqueó jamás. El sorbió solo las lágrimas de la soledad, él rodeado de media docena de insignificantes trastos, que no servían, según la opinión de muchos, más que para traer al retortero a los «chivas» de la calle Ayala, sobreponiéndose a las tormentas internas de desaliento, a las incertidumbres nebulosas de la fecundidad de su trabajo, a las críticas de los que candorosamente le aseguraban que estaba perdiendo el tiempo o le dejaban que siguiera, según su opinión, entreteniéndose para que pudiera pasar el rato, por creerle incapaz para otras cosas, como se deja a los niños perder el tiempo deshaciendo juguetes, él siguió adelante impertérrito su camino. Es todo un «record» de tesón rayano a momentos en tozudez.

Pero una voluntad inmolada en aras de un *único*, sublime y fecundo ideal. Creemos sinceramente que si el Padre se hubiera creído capaz de muchas y grandes empresas, su acción hubiera sido mucho menos eficaz. Hubiera desflorado su actividad en mil alucinadores ministerios que no hubieran dejado el fruto de una obra modelo.

EN LA FORJA Su ideal fué forjándose paulatinamente. Primero fué la orientación de toda su personalidad. Una primera formación amplia, extraordinaria: Bachiller de Orduña, estudios de comercio en Burdeos con los beneméritos y abnegados Hermanos de la Escuela Cristiana, a quienes siempre profesó especial cariño y con quienes se sintió ligado con vínculos particulares de estima y afecto, ampliación de estudios en Inglaterra.

Eran las *primeras semillas* que germinarán en su día. El contacto con mentalidades extranjeras le dió esa amplitud de miras ante los problemas de los demás, ese saber comprender los hombres. Del ejemplo de la benemérita labor de los Hermanos de la Escuela Cristiana tuvo que sacar la conciencia de la eficacia del oscuro trabajo con los niños. El conocimiento del inglés, conservado cuidadosamente con especial tesón, le sirvió para confesar en esa lengua en muchísimas ocasiones.

Todos estos gérmenes florecieron en la tierra tan prometedora de los Basterras y Ortiz, cuidadosamente guardada en un hogar ejemplarísimo, rodeado de suma vigilancia y estimulado por el ejemplo de sus hermanos. Todavía uno de estos recuerda la extraordinaria docilidad de su hermano Angelito. Queremos hacer resaltar otro influjo de sus primeros años. El del celoso y mortificadísimo sacerdote don Manuel Barrena. Angel le conoció de niño en Mundaca. En seguida se aficionó a él. Don Manuel, después de haber explicado en el Seminario de Pamplona, tuvo que retirarse achacoso y ciego a Bérriz, donde murió. Nuestro Padre Basterra le proporcionó el apacible retiro y le acompañó a su descanso.

El distintivo de este ejemplar sacerdote fué el amor al sufrimiento. Como membrete de todas sus cartas estampaba el siguiente lema: SUFRIR SIN HACER SUFRIR. En sus conversaciones con el pequeño Angel iba sembrando sin cesar ideales de abnegación y de la fecundidad de la Cruz. Dios quiso regalarle con una dolorosa prueba para que dejara ejemplo de lo que tan magistralmente había enseñado en su vida. Le dejó ciego. Y el buen don Manuel, para compenetrarse más con la *luminosidad* de la Cruz en aquella continua meditación con su Dios, privado de todo contacto con las criaturas, pidió autorización para decir la misa de la Pasión, que se la aprendió de memoria. Sabido es que en esos casos ordinariamente se suele conceder celebrar la misa de Difuntos o de la Virgen.

La lección de don Manuel echó hondas raíces en la tierra fresca de Angel. La abnegación será en adelante la palanca de su apostolado y aquella máxima, «Sufrir sin hacer sufrir», una de sus máximas favoritas y que más solía inculcar a sus congregantes.

Biblioteca

CAMINOS DE DIOS Esta semilla se ahondó en los largos años de la carrera jesuítica, verdaderamente dura para el Padre. Fué *el necesario pudrirse y deshacerse de la semilla...* Porque —digámoslo con toda franqueza— el Padre Angel no brilló por sus aptitudes para los estudios filosófico-teológicos, debido sin duda a su edad ya no tan propicia para esas lides y al defecto de formación humanística. El escarceo escolástico no estaba hecho para él. Se sintió en eso inferior a los demás.

Y aquí hay que ver una especial providencia de Dios en su vida. Esta *conciencia de su inferioridad* unida a su firme voluntad enraizada en una vida sobrenatural intensa fué, por extraño que parezca, la clave de su éxito.

Creía que no tenía nada que perder, y por ello no tenía miedo a fracasar y ni le importaba lo que pudieran decir los demás.

Se fiaba de los demás. Se dejaba aconsejar por los que le rodeaban. Cuántas magníficas hojas volantes que repartía están redactadas por otras caritativas manos. El, cual abeja solícita, acudía a todas las flores para libar su néctar. Cuántas veces le oí: «Otro en mi lugar cuánto hubiera hecho». Y cómo me impresionaba la casi exagerada admiración que tenía por los demás, sobre todo por los que descollaban por sus cualidades intelectuales. Soy yo testigo de haber, en no pocas ocasiones, antepuesto planes de jóvenes de 14 años a los suyos, tomándolos con el calor con que se recibe una cosa propia.

EN ACCION Así se formó *el programa de su vida.* ¿Cuál fué éste? Se podrá expresarlo de formas diversas, pero no se puede dudar; sus raíces lo forman la abnegación y la caridad, su lozanía un singular amor a los niños. Todo él cultivado con el contacto frecuente con Jesús Sacramentado, una filial devoción a la «Virgencita», y madurado al sol de un ardiente celo por las almas. De los frutos no nos toca hablar a nosotros.

Nos gusta formular su ideal con la siguiente expresión, a pesar de ser tan general: FUE EL SIERVO DE LOS DEMAS.

Primero se despersonificó por medio de su conciencia de inferioridad; después, pensando en las necesidades ajenas, polarizó su acción fuera de sí.

Y se fijó en los niños. Era para los que se necesitaba menos ciencia. No le consultarían complicados problemas de moral. No hacía falta grandes cualidades oratorias para ellos. Y así él, inútil, según creía, para el púlpito, habló en la iglesia de la Residencia bastante más de diez mil veces, sin contar sus pláticas y «avisos» en el salón, verdaderos «sermones».



El Padre con los congregantes que fueron a Roma en 1926.

Pero los niños tenían padres y madres que era necesario conquistar para no echar a perder en casa lo que conseguía en la Congregación. Y los niños se hicieron grandes y seguían acudiendo a él. Así, casi sin darse cuenta, el Padre Angel Basterra se fué convirtiendo en uno de los grandes apóstoles de Bilbao. Y no bastándole Bilbao se lanzó a sus alrededores con el escuadrón volante de sus jóvenes convertidos en catequistas de los niños pobres, formando con la enseñanza de la doctrina cristiana, la generosa aportación material y la construcción de edificios para catequesis, verdaderos focos de regeneración espiritual en el cinturón de la fabril Villa.

Y las misiones entre infieles con la clásica rifa de Navidad, la recogida de medicinas, los sacrificios personales, encontraron en él uno de los más férvidos entusiastas.

SU PERFIL Odiaba a muerte todo lo muelle, se movía en el clima del sacrificio y lo exigía a sus chicos. Quería jóvenes curtidos y valientes, sin miedo al frío de las 7,25 y a las rechiflas de sus compañeros, dispuestos, si fuera necesario, a no pisar un cine, a decir, fuere donde fuere, un categórico: «ESO NO», a escudarse cada uno en «Mi Virgencita» ante los asaltos de la carne, a enfrentarse con toda la responsabilidad de la vida en unos ejercicios hechos en Loyola serios y valientes.

Fué *el apóstol de la abnegación.* Un hombre de voluntad firme no entendía ni podía entender las flexibilidades de caracteres más acomodaticios ni las contemporizaciones de los afeminados. Donde otros veían sutiles problemas, él no veía más que una sencilla realidad. Y lo resolvía con un sí o con un no categóricos.

Pero una abnegación envuelta en fragancias de exquisita caridad. La Congregación tenía que ser un segundo hogar. El, un segundo padre y San Ignacio «vuestro abuelito». Muchas veces le acompañé en sus visitas a congregantes enfermos. Ya se sabía. Su visita era una de las primeras, aunque el congregante viviera en un séptimo piso. Debajo del manteo un paquete con una medicina, cuando se trataba de algún pobre; un dulce, un folleto, una estampa. En los labios unas cuantas palabras, pocas —sus visitas eran muy rápidas—, pero llenas del más extraordinario interés para con el enfermo y su familia y rubricadas con un consejo y un estímulo a la resignación, a aprovechar los inapreciables méritos del dolor. Y en su corazón una fuente inagotable de caridad.

Sólo Dios sabe los miles de cartas que habrá escrito pidiendo o haciendo favores con su letra rápida, ligada, tirando a jeroglífico, en la que era más fácil adivinar su pensamiento que descifrar el sentido preciso. Pocos habrán escrito tantas cartas como el Padre Angel Basterra, y sobre todo pocos habrán pedido y hecho tanto sin tantos rodeos. Su sencillez y rectitud se reflejaba en su correspondencia, intensificada para sus jóvenes en la época más peligrosa de las vacaciones veraniegas. Las líneas del Padre eran para muchos un sostén y estímulo para conservarse puros en medio de los peligros.

Esta caridad se acentuó en la pasada guerra. Se afanó en la medida de sus posibilidades para proporcionar víveres, salvar personas, guardar objetos. Todos encontraban en él a un verdadero padre.

Así veo yo al Padre Basterra. Nada de complicados métodos de apostolado. Infundir en los niños un amor intenso a Jesús Sacramentado y a la Virgen. Conservarlos puros. Curtirlos a base de abnegación constante y callada. Encender en su pecho el fuego del apostolado. Hacerles con estos grandes medios jóvenes viriles, enteros. El no entendía otros sistemas, ni tampoco los hay.

Quería que sus congregantes fueran la prolongación viviente de su espíritu: voluntades firmes al servicio de un grande ideal.

IGNACIO IPARRAGUIRRE, S. I.
Antiguo congregante.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Mis padres

I

Tenía ocho años. El sol de Agosto inundaba a torrentes las calles de Bilbao. Nuestra casa, herméticamente cerrada, ¡tenía un aspecto tan triste! En una habitación ardían seis cirios en derredor de un lecho. Mi padre conmigo y mis cuatro hermanas arrodillados rezábamos el Rosario ante el cadáver aún caliente de mi madre. Era nuestra última reunión de familia.

Alguien se deslizó silenciosamente dentro de la habitación y me dijo en voz baja: «El Padre está ahí y quiere rezar un responso por tu madre». Me levanté..., pero ya la figura del Padre se dibujó en la puerta...

«¡Padre!» —dije echándome en sus brazos, sin poder articular más palabras.

«¡Perico!» —me respondió, apretándome contra su pecho—, «has perdido una santa madre», y señalándome el cuadro de la Virgen de Begoña que presidía la capilla ardiente añadió: «¡Mira, ahí tienes a tu Madre, más santa aún y que no muere!»

Mi corazón, mientras se desbordaba en llanto que inundó la sotana del Padre, sintió encenderse en sí una nueva llama de amor a la Santísima Virgen.

Entonces entendí más profundamente que «la Madre de Dios era mi madre».

II

Desde los tres años durante quince había asistido con mi padre a la procesión del Sagrado Corazón el día de San Juan.

Este año ardían como otros las calles con los preparativos para fiesta. Al lado de nuestra casa levantaban un altar... Esta vez yo no asistiría.

Me asomé un momento a la ventana y ví al Padre que penetraba en nuestro portal. Bajé precipitadamente a su encuentro.

«¿Cómo está don Marcelino?», me preguntó con semblante tristemente conmovido, refiriéndose a mi padre.

«¡Mal! Ha perdido ya el conocimiento y dicen los médicos que de esta noche no...» La voz se me anudaba en la garganta y no podía hablar más.

«¡Pobre Perico! ¡Cómo te prueba el Señor! ¡Llora, desahógate! Pero mira —dijo señalándome la estatua del Sagrado Corazón que en aquel momento colocaban en el altar—, mira, ahí tienes a tu verdadero Padre, que murió por tí, pero hoy vive siempre en el Sagrario a tu lado».

Sentí rasgarse mi corazón de arriba abajo, mientras una nueva llama de amor a Jesucristo prendió en él. El Sagrado Corazón fué para mí desde entonces mi verdadero y único Padre.

III

Dos años más tarde. Navidad. Volvía de Madrid para vacaciones. Pero, ¡cosa rara!, no llegué por la estación del Norte, sino por Achuri. Es que venía de la Corte después de haber hecho «una visita en Loyola».

Mi primer saludo había de ser para el Padre; así que desde la estación fuí derecho a la «Congre». Allí, en su despacho, estaba con él P. N. Sin respetar a nadie entré como un torbellino:

«Padre —le dije sin más preámbulos—, vengo a comunicarle un secreto».

«¡Tú por aquí!» —exclamó admirado, mientras el P. N. hacía ademán de marcharse para no oír «el secreto».

«Quédese, P. N. —le dije deteniéndole—, para usted yo no tengo secretos... ¡Estoy admitido en la Compañía!» —les dije a bocajarro. «¿Qué me dices?»— exclamó el Padre, sin poder añadir palabra.

Ninguno de los tres acertábamos a decir algo. ¡Qué de ideas debieron pasar entonces por nuestras cabezas!

Por fin el P. N. rompió el silencio:

«Vas a dejar así la carrera a medias... ¿A qué se debe tu vocación?» Me volví hacia el Padre y brotó desde lo más íntimo de mi alma esta frase, expresión del más hondo agradecimiento:

«Ahí tiene usted al Padre de mi vocación».

Esta vez fué al Padre a quien le saltaron las lágrimas.

Pedro Arrupe, S. I.
Antiguo congregante, hoy misionero en el Japón.

La obra de nuestro Padre

Nació nuestra Congregación el 8 de Diciembre de 1902 y sus primeros locales fueron los sótanos de la Casa Profesa de la Compañía de Jesús, en Bilbao, y la sacristía de la Residencia.

En el verano de 1910 entraba nuestro Padre Angel Basterra en Bilbao, terminados sus estudios, para encargarse de la administración de «El Mensajero del Corazón de Jesús», que entonces tenía sus locales en la casa número 1 de la calle Ayala, junto al edificio de la Residencia.

El 14 de Noviembre de 1910 se encargaba el Padre de la dirección de la Congregación y alternaba los trabajos de administración de «El Mensajero» con los de Director de la Congregación.

Al trasladarse «El Mensajero» a otro sitio, quedaron sus locales para la Congregación y allí vivió ésta catorce años, hasta que en 1925 se inauguraron los actuales locales.

En ellos encontraba la Congregación por vez primera un hogar adecuado, amplio salón, patio de juegos, etc.

En Febrero de 1932, quedábamos sin local. Disuelta la Compañía de Jesús en España, el vendaval antirreligioso nos arrojaba a la calle. Medio año sin local propio, pero de intensa vida de Congregación. Después, otro local, estrecho, demasiado estrecho para quienes no pueden estar quietos, pero en el cual, día y noche, moraba en una capillita recogida Jesús Sacramentado... y en 1935 vuelta a nuestra Casa de las Congregaciones.

No juzgues de las vicisitudes de nuestra Congregación por las de su local. El local es el cuerpo y... en un cuerpo robusto puede vivir un alma esmirriada y en un cuerpo enteco un alma de oro.

MOVIMIENTO DE CONGREGANTES

Podemos representar el movimiento de congregantes con una curva. Una curva que asciende... Un número cumbre de congregantes... ¡700!.. y un descenso paulatino.

Hablemos de él. No nos asusta.

«Hemos disminuído —leemos en una Memoria anual de la Congregación (1930-31)— no lo negaremos; y eso ninguna pena nos causaría si los que quedamos aumentásemos en amor al sacrificio».

¿Causas de la disminución? Varias. Señalemos dos.

La primera nos alegra hondamente en el Señor. Varios colegios cuyos alumnos nutrían nuestras filas han organizado en su seno organizaciones similares.

Otra la imposición de los tiempos y la necesidad —cada día más imperiosa— de la selección.

«En materia de CC. MM. —repetía el celebérrimo Padre Fiter, director de los Luises de Barcelona— *restar es sumar*, y por consiguiente *sumar es restar*.»

Pasado cierto límite, aumentar en masa es perder en selección... y la C. M. es obra de selección, no de masa, aunque algunos lo olviden y muchos lo ignoren.

Obra de selección fué la Prima-Primaria de Roma, de gloriosa historia, y lo han sido las más ilustres congregaciones de todos los tiempos.

En 1907 escribía el Padre General de la Compañía de Jesús al Provincial de Nueva Orleáns:

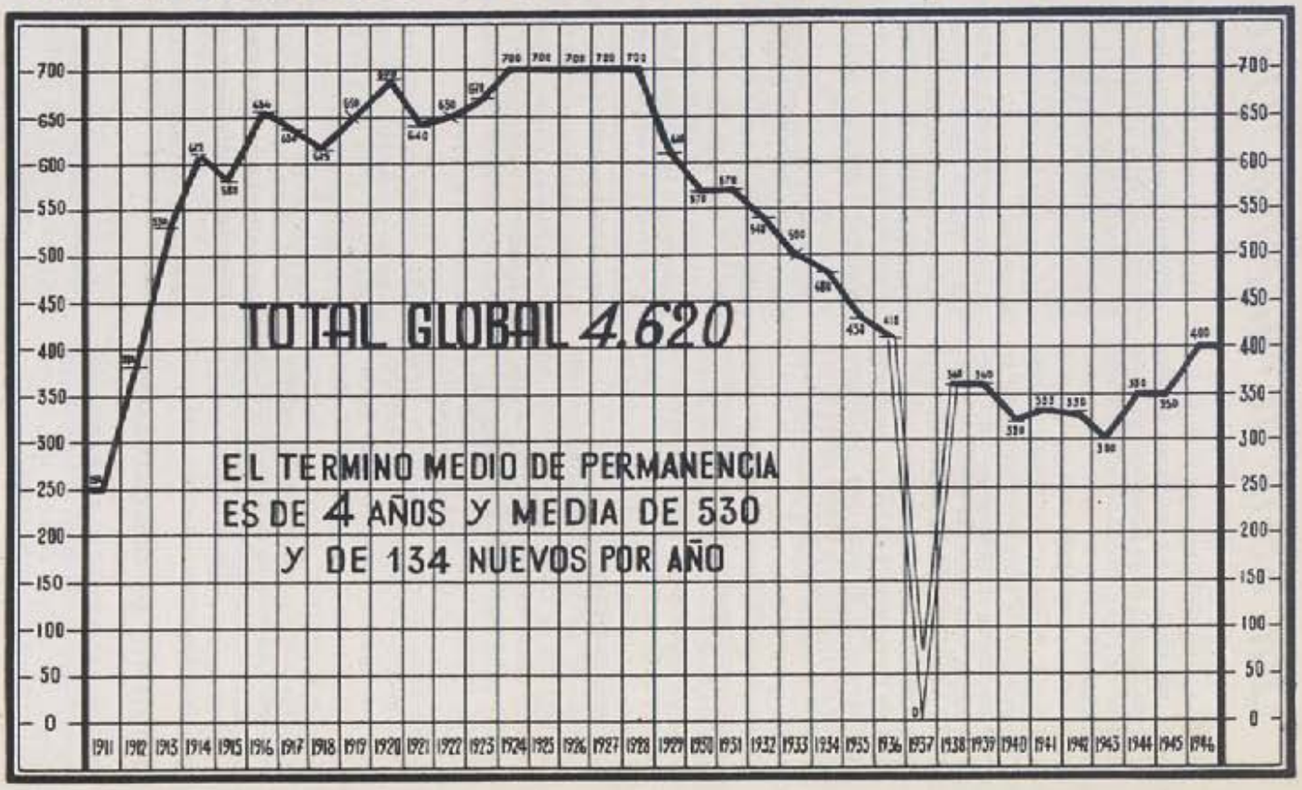
«Recuerde a los directores que en la C. M. no ha de pretenderse el número crecido de socios, sino el fervor y el ejercicio de las principales virtudes.»

En su lenguaje lo decía nuestra Memoria de 1916: «Se echa de ver un déficit de 129. ¿Qué se ha hecho de éstos?... No fueron constantes, se alejaron, se secaron, y hubo que cortarlos como ramos secos. Con esta buena poda la Congregación está con más vida».

* * *

Números por delante, pensemos:
¿Cuántos faltan por conquistar?
¡Señor!, ayúdanos en la tarea.

MOVIMIENTO DE CONGREGANTES



Universidad de Deusto
Biblioteca

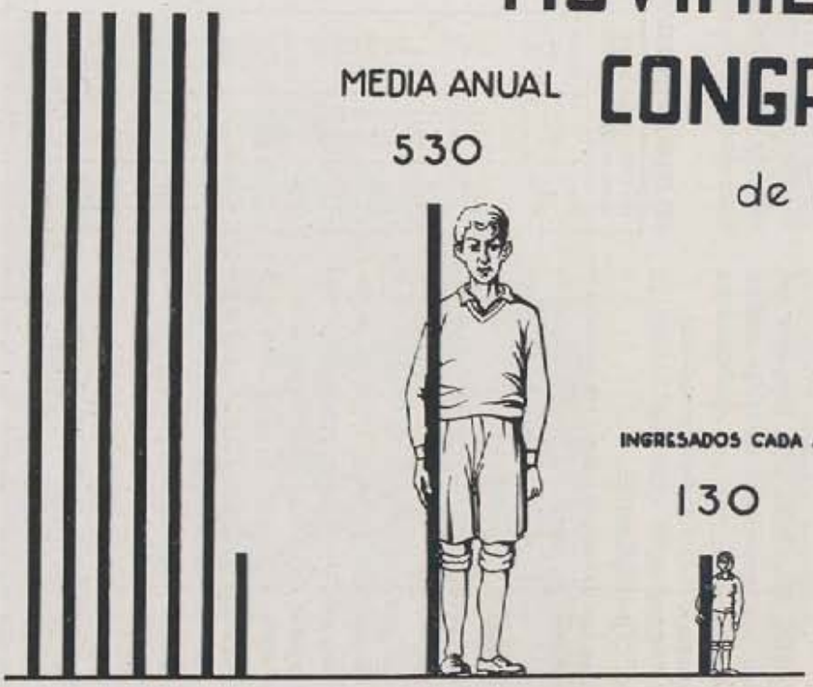
CONGREGACION DE LA INMACULADA
Y SAN ESTANISLAO DE KOSTKA
BILBAO

TOTAL GLOBAL
4.620

MOVIMIENTO DE CONGREGANTES

de 1911 a 1946

MEDIA ANUAL
530



INGRESADOS CADA AÑO
130

PERMANENCIA MEDIA
DE CADA CONGREGANTE
EN LA CONGREGACION
4 años

Universidad de Deusto
Biblioteca

LABOR DEL PADRE

El alma de la Congregación es el Espíritu Santo. La savia que la vivifica, la Gracia. Alma y savia accionan el organismo mediante un motor. El motor, el cerebro de la Congregación, es el director. En la nuestra, el «Padre» simplemente, como todos le llamamos. El «padre» de la gran familia.

La Congregación será lo que sea su director y para nosotros «El Padre» lo ha sido todo.

* * *

LABOR DEL DIRECTOR. Bajo este epígrafe pueden incluirse todos los gráficos que presentamos. Aquí sólo resaltamos dos aspectos más estrictamente personales.

1.° CONTACTO CON LOS PADRES DE LOS CONGREGANTES.

Si todas las fuerzas educativas que actúan sobre el niño no marchan de acuerdo se anularán mutuamente con grave detrimento de su educación.

Es necesario lograr el acuerdo con los padres.

El contacto con ellos lo ha establecido el Padre por la entrevista privada, las cartas, avisos, etc. Un exponente colectivo más tangible es la Junta anual de madres, en la que el Padre les habla de lo que más le interesa a una madre, de sus hijos y del modo de hacerles hombres. Luego esas reuniones fueron dos veces al año y ahora son casi mensuales.

2.° CORRESPONDENCIA VERANIEGA.

Para la educación del niño, sobre todo en su período crítico, no basta la labor colectiva. Es necesario, de todo punto, el trabajo individual. Ni basta de ordinario el que pueda ejercerse en el confesonario.

El trato personal con el congregante se tiene personalmente mientras acude a la Congregación y se ve con frecuencia con el Padre.

En vacaciones, se establece epistolarmente.

Trozos selectos de esas cartas se publicaban en nuestra revistilla «Flores y Frutos». «Perfiles de ángeles», llamaba a algunos de ellos cierta publicación.

Escojo al azar uno lleno de espontaneidad:

«¿Qué quiere que le diga? Que estoy lleno de alegría pensando en lo mucho que me quiere la Virgen. Así que todos los días, en la Comunión, le doy las gracias.»

DOS TRABAJOS FORMATIVOS DEL PADRE DIRECTOR

REUNION ANUAL DE LAS MADRES DE LOS CONGREGANTES			CORRESPONDENCIA DE VERANO		
Número de familias	Años	Señoras que asistieron	Congregantes veraneantes	Años	Cartas recibidas por el Padre Director
315	1911	—			
338	1912	—			
378	1913	—			
378	1914	—			
378	**1915**	—	140	1914	168
378	1916	200	204	**1915**	248
331	1917	214	205	1916	300
330	1918	203	225	1917	300
339	1919	228	250	1918	330
351	**1920**	240	250	1919	340
367	1921	190	265	**1920**	400
386	1922	172	235	1921	340
387	1923	200	250	1922	250
385	1924	226	180	1923	280
385	**1925**	226	220	1924	300
390	1926	220	155	**1925**	250
392	1927	290	240	1926	238
364	1928	260	260	1927	215
364	1929	230	270	1928	263
334	**1930**	240	240	1929	215
327	1931	200	260	**1930**	246
307	1932	230	160	1931	120
311	1933	200	215	1932	120
391	1934	170	195	1933	100
363	**1935**	160	140	1934	110
355	1936	160	180	**1935**	60
—	1937	—	160	1936	16
186	1938	80	—	1937	—
206	1939	90	40	1938	30
177	**1940**	80	40	1939	30
203	1941	90	40	**1940**	35
200	1942	120	20	1941	20
200	1943	—	20	1942	20

¿QUE ES LA CONGREGACION MARIANA?

La Congregación Mariana es una asociación piadosa aprobada por la Santa Sede para hacer de los congregantes *Santos, Apóstoles y Defensores de la Iglesia de Jesucristo*, mediante la consagración total y para siempre del congregante a la Santísima Virgen.

MEDIOS

I. PIEDAD.—Es necesaria de todo punto una honda vida de piedad si queremos que el niño o el joven atraviesen inmunes las crisis de su edad. Esta piedad ha de ser:

a) *Eucarística.*—El joven necesita fuerzas. La Eucaristía es alimento. No basta la Comunión mensual, ni tan siquiera la semanal. Es moralmente imposible que hoy los jóvenes, entre tantos peligros y en el ambiente en que viven, conserven la pureza con solo la Comunión semanal. Ha de fomentarse la Comunión frecuente, a poder ser diaria.

b) *Mariana.*—Para el congregante María no es solamente la Madre de Jesús: es muy especialmente —y esto lo lleva incrustado en el fondo de su alma— su Madre. Toda su vida debe respirar amor a María.

II. SACRIFICIO.—Sin él no formaremos voluntades robustas y sin éstas no tendremos hombres cumplidores de su deber.

III. CARIDAD Y APOSTOLADO.—La vida del congregante ha de ser vida íntegramente cristiana, por lo tanto impregnada de caridad, y la caridad es apostolado.

La piedad egoísta, que se cierra en el individuo sin hacerle procurar el bien ajeno, no es cristiana.



Entrando en Misa recogiendo asistencias y entregando medallas.

Los Primeros Viernes la instrucción se sustituye por la Bendición Eucarística en la capilla; los sábados por la felicitación sabatina, los domingos, por una velada amena (teatro; conferencias, etc.) a la que sigue la Bendición Eucarística.

3. EJERCICIOS ESPIRITUALES.—A principio de curso y durante una semana los practicaban todos los congregantes en el Salón. Además, los mayores de 15 años están obligados a hacerlos en retiro en tandas organizadas por la Congregación en verano.

Lee números:

61 tandas . . . . . 1.803 ejercitantes.

¡Cuántos coloquios amorosos con Jesús!

¡Cuántas resoluciones generosas!

¡Cuántos milagros del amor!

4. Toda esta vida de piedad procura la Congregación que se desenvuelva en *ambiente mariano*. Las manifestaciones de esta devoción son múltiples, v. g., la despedida del año viejo y consagración del nuevo, hechas el último y primer sábado de año en el santuario de nuestra Madre la Virgen de Begoña; las visitas sabatinas al mismo santuario; la guardia de honor a la Santísima Virgen; las visitas al Santísimo en nuestra capilla; la estampa de la Inmaculada de Murillo que se reparte a todo congregante para que la lleve en su cartera.

II.—ESTUDIO

La vida moral y religiosa del joven, —si quiere ofrecer garantías— debe tener una sólida base intelectual.

A la formación intelectual se endereza en nuestra Congregación:

1.° La plática diaria en la Santa Misa.

2.° La instrucción espiritual por las noches.

3.° La catequesis dominical para los menores, a la que han de añadirse los exámenes estivales de catecismo.

4.° Los círculos de estudios:

a) Catequístico, obligatorio para todos los catequistas.

b) Apologético, para mayorcitos, que ha funcionado desde 1924 a 1936.

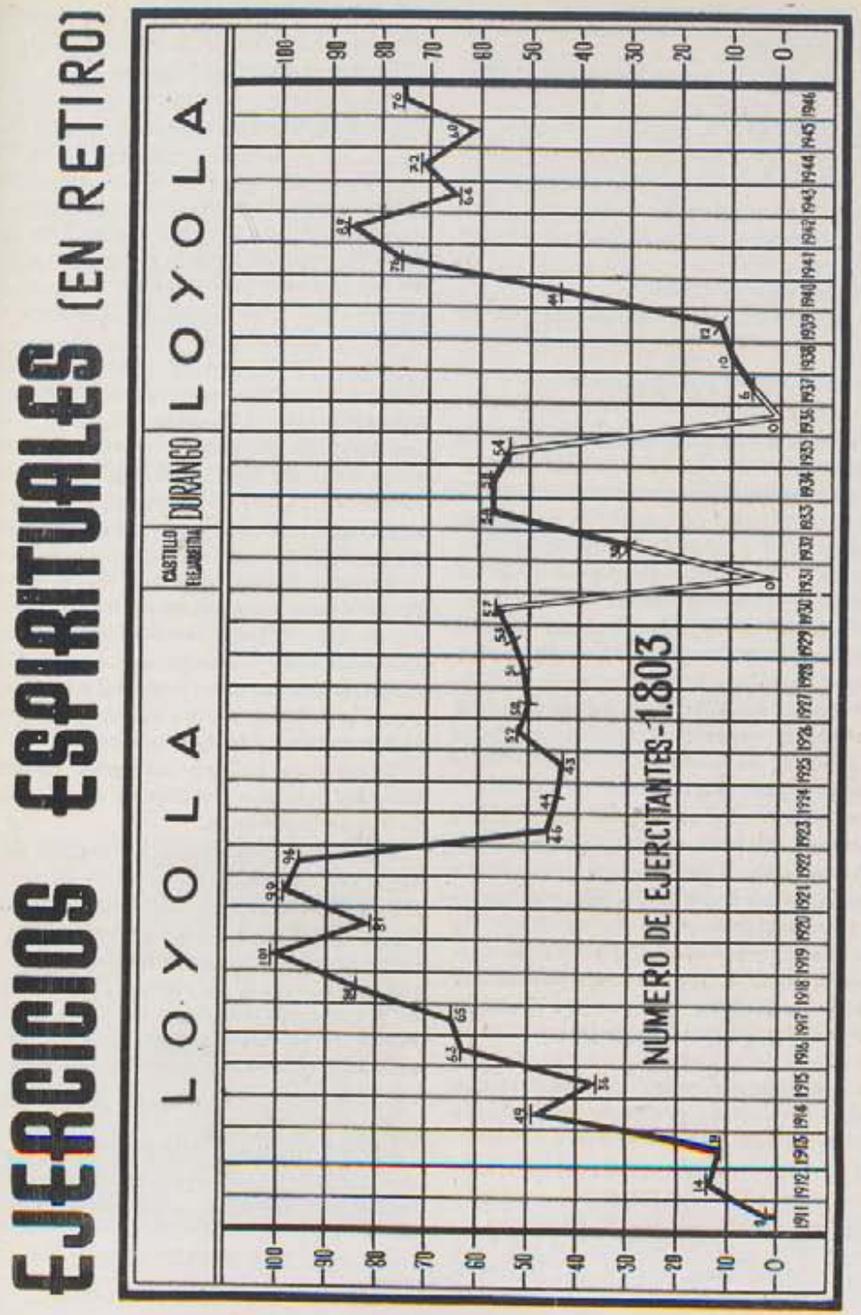
c) Misional.

d) De sociología.

e) Literario.



El círculo de estudios misionales



5.° Las numerosas conferencias, con o sin proyecciones.

6.° La biblioteca, con sus secciones catequística y misional.

Destaquemos un aspecto peculiar: los *concursos* o cuestionarios de diversas materias religioso-morales (han destacado los ocho concursos sobre el cine) a que todos los congregantes tienen obligación de contestar, repartiéndose premios entre los más acertados en sus respuestas.

Se han celebrado 55 concursos, con un total de unas 12.000 contestaciones.

III.—SACRIFICIO

El valor del sacrificio en la formación de la voluntad es decisivo. Por eso la Congregación lo exige de sus miembros.

Un gran cúmulo de sacrificios supone la asistencia fiel a todos los actos de la Congregación. Añádanse los que incluyen las diversas obras de apostolado de que diremos. Además se les piden diversos trabajos y servicios de la Congregación, verbigracia, reparto de hojas a domicilio y toda clase de servicios y encargos, propios de su edad.

Valor muy especial tienen los sacrificios que suponen vencimiento de la vanidad y del amor propio.

Una renuncia les es exigida en particular: la del *cine*. Es necesario lograr que dejen de frecuentarlo si queremos educarlos cristianamente. La experiencia triste nos enseña que, tratándose de la selección de espectáculos y películas, no se puede descansar en el criterio de muchos padres. Por lo tanto no justifica la asistencia a espectáculos el haber acudido en compañía de los padres.

Es necesario convencer al joven de que es condición indispensable de su formación el saber vencerse.

IV.—ACCION

El apostolado ¿es ajeno a las CC. MM.?

Muchos lo han creído así, y nada más falso.

Las *Reglas Comunes* de las Congregaciones, promulgadas el 8 de Diciembre de 1910 por el entonces General de la Compañía y eximio canonista, Padre Wernz, establecen en su artículo 1.° entre los fines de la Congregación hacer de los congregantes «cristianos de verdad que traten sinceramente de la propia santificación en su respectivo estado, y *trabajen con gran empeño, según lo permita su posición social, en salvar y santificar a los demás* y en defender contra los ataques de la impiedad a la Iglesia de Jesucristo».

Esto en 1910, que ya antes los Padres Generales habían insistido en este aspecto apostólico de las CC. MM.

«No ha de descuidarse —leemos en una carta de 7 de Enero de 1908— especialmente en nuestro tiempo, el apostolado seglar que tanto suele contribuir a la mayor gloria de Dios.»

Y el gran Papa de la A. C. Pío XI, exhortando a los congregantes de Roma (audiencia de 9-5-1926) les decía: «Estas tres cosas son esenciales y connaturales a toda C. M. La primera es el amor a María, y sobre esta base, la práctica de las virtudes, en especial la caridad y el *apostolado*».

Como decía el Cardenal Pacelli, hoy Pontífice f. r.: «Acción Católica en el espíritu de la Virgen Santísima».

Y recientemente el mismo Pontífice en su carta al P. Ilundain, Director de la Confederación Nacional de Congregaciones Marianas Españolas, *todos deben continuar como hasta ahora, promoviendo con el mayor empeño la vida espiritual y las obras de celo; que éstas son, como ya otras veces lo hemos dicho, los elementos esenciales de toda auténtica Congregación Mariana.*

* * *

La actividad apostólica de nuestra Congregación había de estar condicionada por la edad de nuestros congregantes: 7 a 17 años.

Sus manifestaciones principales han sido y son:

I. CATEQUESIS.—Ha sido y es nuestra obra predilecta.

Para ello se preocupa de educar a los congregantes de manera que al llegar a los quince años, o antes, estén en condiciones de ser excelentes catequistas auxiliares. Así se ha formado un buen plantel de ellos que todos los domingos acuden a nueve pueblos colindantes a la población, para ayudar cuanto pueden a los respectivos párrocos.

Teniendo en cuenta que la mayor parte de los congregantes, a causa de sus estudios, cuentan con reducido tiempo para prepararse para estas catequesis, todos los sábados a la noche oyen una explicación detallada de la lección a explicar al día siguiente.

La Congregación sufraga todos los gastos de sus catequesis.

A fin de curso los niños eran premiados con excursiones eucarísticas y actualmente se celebra un certamen catequístico en la concentración anual de todos los niños de nuestras catequesis en Bilbao.

¿Cuántas han sido las Catequesis fundadas o auxiliadas por la Congregación?

Contemplad el gráfico de la página siguiente y contadlas. Son 43 Catequesis, de tal modo que en 20 o más kilómetros a la redonda de Bilbao, apenas hay pueblo donde el Padre Basterra por medio de sus congregantes no haya difundido su celo catequístico.



En la Catequesis de Elejabarri, hacia el año 1925, donde aparecen los catequistas de entonces, hoy prestigiosos caballeros de Bilbao.

Este llegó a su cenit por los años de la República, en los que a la avalancha del laicismo opuso el Padre una gigantesca organización catequística.

El gráfico de la página 121 nos muestra aquel glorioso cenit. Año 1933: 23 Catequesis sostenidas por un ejército de 160 catequistas que adoctrinaban a 1.850 niños. Cada domingo salían de la Congregación brigadas de catequistas.

Los ferrocarriles de los Vascongados, Las Arenas, Santander, el tranvía de Arratia y dos autobuses trasladaban a esos 160 catequistas a los pueblos. Clases especiales preparaban a los diversos grados de catequistas los sábados por la noche. El celo, la abnegación heroica cundían por doquier.

Aquel fuego sigue hoy sin atenuarse. Hay menos congregantes que entonces y las Catequesis son, por tanto, menos. Nueve centros catequísticos sostienen hoy los congregantes con su celo; 80 catequistas acuden a ellas con ejemplarísima constancia y a la preparación de sus lecciones los sábados por la noche.

Nuestro amor y nuestros afanes el Señor los ha bendecido con larga mano.

¡Cuántas vocaciones no han germinado entre congregantes al contacto, en las catequesis, con las necesidades de las almas!

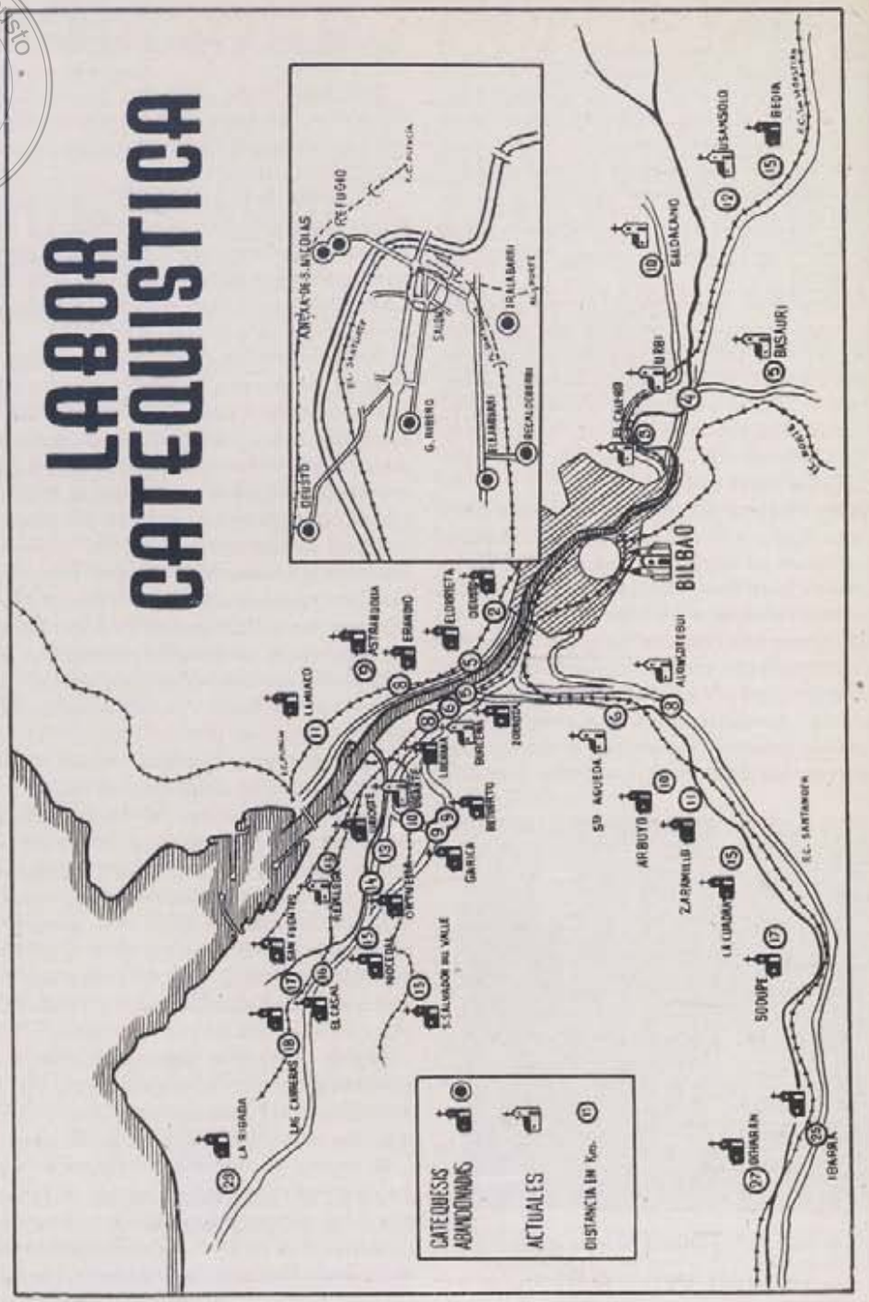
Del esfuerzo económico que suponen, no podemos dar datos concretos, pues ni los tenemos, ni nos interesan. Sólo te diré que el Salón-Capilla de San Salvador del Valle costó más de 120.000 pesetas y 80.000 la obra de cemento del de Lamiaco.

Añade tú la parte correspondiente a organización, material catequístico, desplazamientos, premios, excursiones, etc., y en algunos casos hasta alquileres de local.

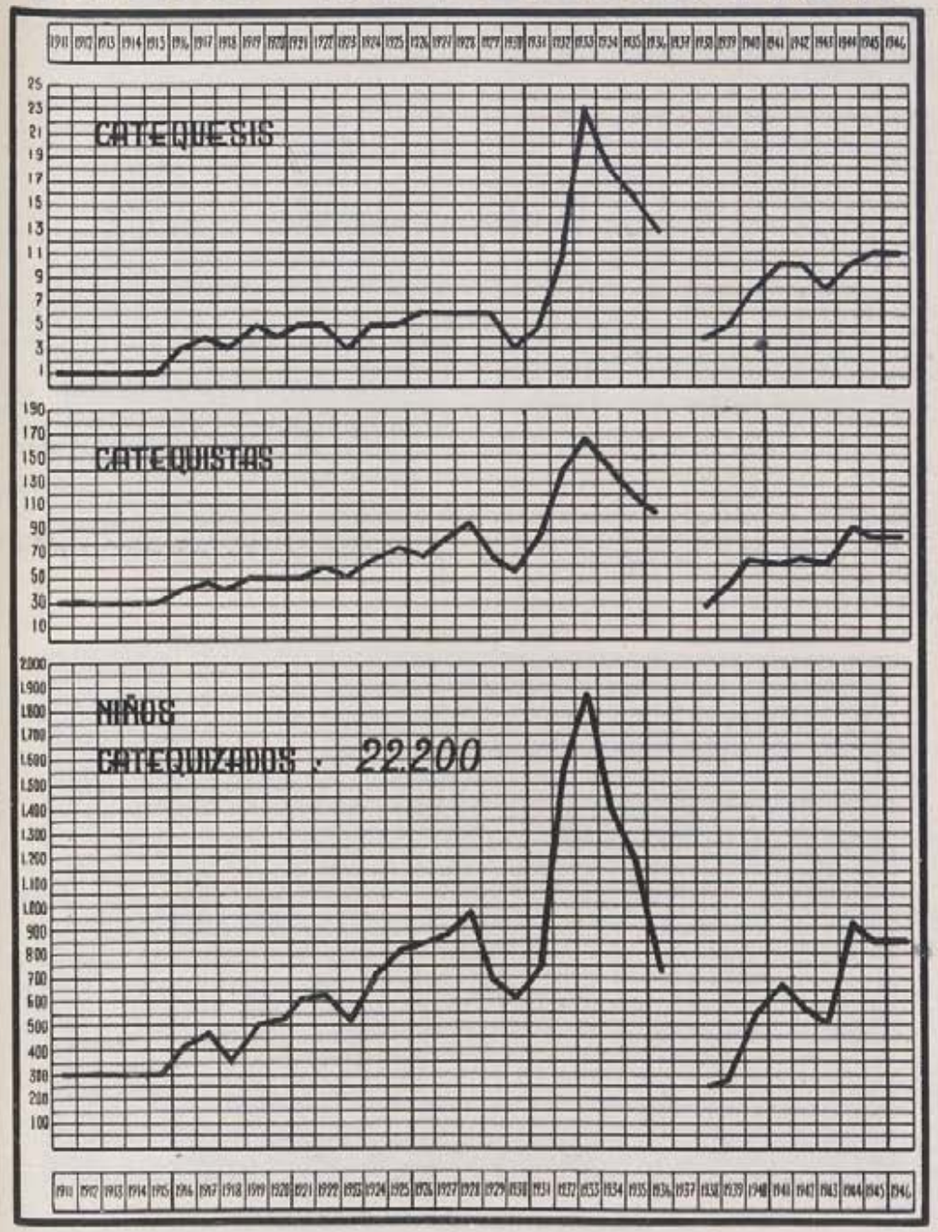
En varias de nuestras antiguas catequesis nuestros catequistas han sido sustituidos por hijos del pueblo, antiguos catequizados nuestros. ¡Era nuestro afán! Que los jóvenes del pueblo llevasen *su* catequesis. Laus Deo.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca



LABOR CATEQUISTICA



II. MISIONES.—Vivir la vida de la Iglesia. He ahí nuestro ideal.

No somos átomos que danzan independientes. Somos miembros del Cuerpo Místico de Cristo. Una misma vida nos traba íntimamente.

Y en el cuerpo «si un miembro padece, todos padecen con él, y si un miembro es honrado, todos participan de su gozo» (I Cor. 12, 26).

Vivir la vida del Cuerpo Místico. Vivirla conscientemente.

Romper el cerco del «yo»: mi Misa, mis Sacramentos, mi perfección...

Y acordarme... no sólo de mi amigo, de mis vecinos, de la miseria que mis ojos ven... sino de todos... también de aquellos que están muy lejos y ni les conozco ni les conoceré, ni han oído hablar de mí, ni oirán... pero a quienes amo porque Jesús les ama... y les ayudo a salvarse porque Jesús les quiere para sí.

Vivir el problema de la Iglesia, vivir ese trabajar incansable «para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe, al conocimiento del Hijo de Dios, al estado de virilidad, a la medida de la edad perfecta de Cristo». (Eph. 4, 12 s.)

Eso es ser misional. Eso sólo es ser íntegramente cristiano.

Y el congregante ha de serlo.

Y ¡qué valor formativo el del ideal misional!

El niño ama con fervor a las Misiones, al misionero, a los niños infieles.

Pedidle que se sacrifique por ellos. Lo hará... y sus pequeñas oraciones, mortificaciones y limosnas irán modelando su carácter y su corazón según el Corazón de Cristo.

Se establecieron los grupos de «La Propagación de la Fe». Además los domingos, al terminar la velada, se hace una colecta.

El jueves es el día consagrado a las Misiones. La lectura de la noche de ese día es misional, y corre a cargo de los congregantes mayores a fin de ejercitarlos también en la improvisación.

Hasta el año 1936 la Congregación organizaba una rifa el día de la Epifanía del Señor. Su beneficio se dedicaba a las Misiones. Aunque llegó a hacerse tradicional no ha podido aún ser restablecida.

En vacaciones se pasan unas circulares a los señores médicos a fin de obtener de ellos las muestras de medicinas que poseen, que debidamente seleccionadas son enviadas a las Misiones.



Empaquetando medicinas para las misiones.

3. Un grupo de congregantes mayores pertenecen a las *Conferencias de San Vicente de Paúl* y colaboran en la obra del *Apostolado del Mar*. Se efectúan visitas al *Asilo de las Hermanitas de los Pobres*.



¡Viva el Padre Basterra! Así gritaba esta ancianita en las «Hermanitas de los Pobres» cuando el Padre Basterra subía con sus congregantes a llevarles el consuelo de su caridad. ¿Te acuerdas, José Mary? Al verse con ese Congregante, hoy serio padre de familia, se le quitaban años de encima.

Cuando ha sido posible hemos visitado el Hospital y la cárcel. Hoy sirven los congregantes la comida los domingos en el Hospital y Clínica de San Juan de Dios, en Santurce, y socorren a una familia pobre.

Así aprenden el ejercicio de la caridad y del vencimiento propio, tan necesario en estos tiempos de puro egoísmo. El ver las necesidades ajenas y el palpar el fruto de su trabajo personal excita su celo. Todo ello estimula su amor al apostolado, del que se derivan naturalmente hermosas vocaciones sacerdotales y religiosas.

4. Formas populares de apostolado son el reparto de folletos y estampas. De éstas ha sido muy divulgada entre jóvenes la de la Inmaculada de Murillo de que queda dicho. Simpática en Bilbao por su sencillez es la *propaganda* que realizan los congregantes las vísperas de Primer Viernes de mes repartiendo unos volantes que rezan: «Mañana, Primer Viernes, a Comulgar»; propaganda parecida se hace igualmente en vísperas de otras festividades.

5. Apostolado principal de todo congregante es el del *buen ejemplo* en toda su vida.

III. PUBLICACIONES.—El primer lugar ocupa «Flores y Frutos», nuestra revistilla mensual, a base de artículos cortos, escritos por congregantes y a propósito para niños. Se publicó de 1913 a 1936, con un total de 625.000 ejemplares.

Selecciones de artículos de «Flores y Frutos» son:

a) *Flores y Frutos escogidos de una Congregación mariana*, colección de vidas ejemplares de congregantes fallecidos, precedida de un muy interesante prólogo sobre los orígenes de la Comunión diaria en la Congregación. Dos ediciones (1928 y 1940). 10.000 ejemplares.

b) *Vida de Manuel González Ledesma*. (1930). 5.000 ejemplares.

c) *Vida de Emilio Serrano y Lizarralde*. Fray Saturnino de Bilbao, O. M. C. (1941). 1.000 ejemplares.

d) «*Eso, no*», destinado a inculcar el vencimiento propio. (1932). 5.000 ejemplares.

e) *Valientes y valentías*, con análoga finalidad. (1936). 5.000 ejemplares.

De carácter catequístico son:

a) *Labor catequística*. Ecos de nuestros catecismos. Se publicó un número. Julio 1932. 4.000 ejemplares.

b) *Luz en las tinieblas*, de carácter análogo y además formativo-pedagógico para los catequistas. 24 números. (1934-39). 7.200 ejemplares.

c) *Sinopsis* explicativas de las lecciones de catecismo.

De índole interna son:

a) *Diploma del congregante*. 2.ª edición. 20.000 ejemplares.

b) *Reglamento de la Congregación*.

c) *Breve Memoria y Catálogo de la Congregación*. Anual 18 vol. (1915-31 y 1935). 18.000 ejemplares.

d) *Pasión de Nuestro Señor Jesucristo*. Extracto de la *Vida* escrita por el Padre Ogara, destinado a servir de materia del examen catequístico de verano. (1933). 1.000 ejemplares.

Universidad de Deusto
Biblioteca

e) *Libro de Cantos.* (1933). 4.000 ejemplares.

f) *Luz en las trincheras,* lazo de unión con los congregantes que se hallaban en los frentes. núm. 7. (1938-39). 2.100 ejemplares.

g) Un sin número de impresos diversos:

Cartas a los padres.

Avisos a los congregantes.

Examen de conciencia destinado a las madres.

Idem a los congregantes.

Obsequios al Santísimo Corazón y a la Santísima Virgen.

Concursos, asistencias, etc., etc.

Estampas:

Sagrado Corazón (120 x 80). 3.° edición. 180.000 ejemplares.

Inmaculada de Murillo (122 x 84). 11 ediciones. 350.000 ejemplares.

Padre Pro (120 x 75). (Hueco-grabado). 25.000 ejemplares.

IV. EXCURSIONES EUCARISTICAS.—Eucarísticas, porque esta era su finalidad: propagar la devoción a la Comunión.

Para ello los congregantes oían misa y comulgaban en el pueblo a que acudían, y antes de marchar, se despedían del mismo con una función eucarística en la iglesia parroquial y el rezo del Santo Rosario.

Y todo el resto del día dedicado a la alegría y al buen ejemplo, cumpliendo el mandamiento del Apóstol: «Alegraos siempre en el Señor. Os lo digo otra vez: alegraos. Sea conocida vuestra modestia por todos los hombres. El Señor está cerca» (Philip. 4, 4).

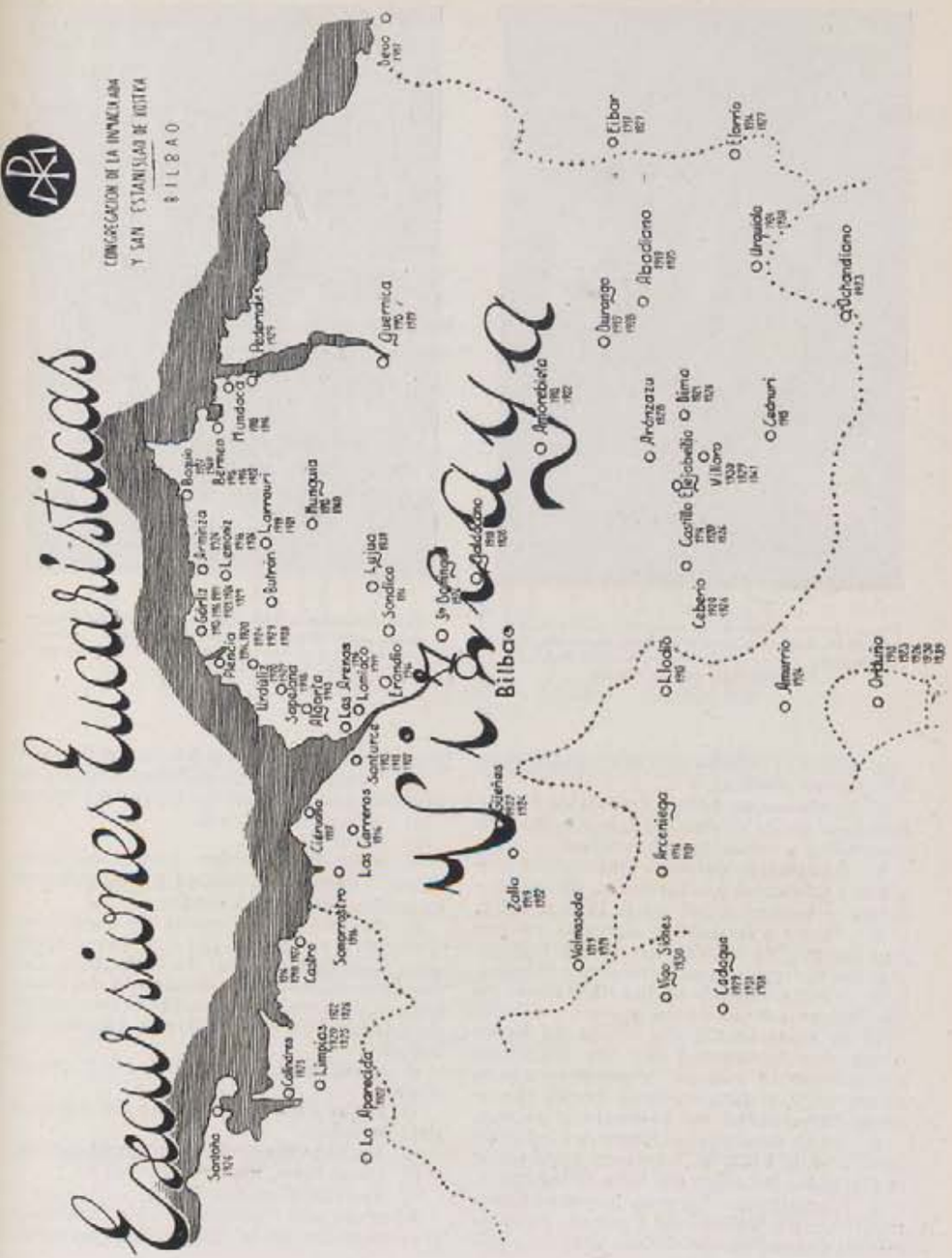
El Señor estaba cerca, muy cerca. En nuestros pechos, por la Comunión, a la mañana; en nuestras almas todo el día, por la gracia.

El es fuente de alegría.

Desde 1913 se han tenido 119 excursiones, a las que han de añadirse dos peregrinaciones a Roma (1926 y 1929) y una a Zaragoza (1940).



La alegría nos rebosa por todas partes en las excursiones. Es que comulgábamos todos los días. Leed nombres de izquierda a derecha: Ignacio Terán, Carlos Prado Nogueira, Manuel Mesa, Luis Gaztañaga y Julián Alonso Alegre.





Fregando los platos en la excursión al Cadagua, año 1929. Recordad nombres: Juan Molinero, Luis Gaztañaga, Clemente Espinosa, Andrés Robledo, San Miguel y Alonso Alegre.



En la excursión a Vigo Siones, con nuestro inseparable compañero de excursiones el P. Luciano Olavarrieta y el benemérito H Arrieta, gran amigo de los kostkas.

V OBRAS DIVERSAS Y PROPAGANDA.—1.° *Obras diversas.*

a) *Conferencias de San Vicente de Paúl.*—Funciona desde el año 1929, habiendo sido socorridas y visitadas 140 familias.

b) *Apostolado del Mar.*—Instrucción religiosa y educativa (conferencias, clases nocturnas y catequísticas). Años 1930 a 1936.

c) *Visitas a Hospital y Cárceles.*—Mientras fué posible se les instruyó en religión y se les distrajo con conferencias y veladas.

d) *Visitas al Asilo de las Hermanitas de los Pobres.*—Anualmente y desde el año 1914 se viene asistiendo: el día de Reyes a ejercitar la caridad con los ancianitos sirviéndoles la comida, y posteriormente, desde 1920, el día de Jueves Santo, ejercitando la humildad con el lavatorio de pies.

e) Visita dominical al Hogar y Clínica de San Juan de Dios, en Santurce, para servir la comida a los niños allí hospitalizados.

f) *Procesiones.*—Corpus, Sagrado Corazón, Nuestra Señora del Carmen, Semana Santa, despedida del último sábado y primer sábado del año en la Basílica de Begoña.

2.° *Propaganda.*—Se han hecho objeto de especial propaganda las siguientes obras:

a) Imitación de Cristo.
b) Misal Romano.
c) Vida de Jesucristo, Puntos de Catecismo, Caballero Cristiano y Devocionario completo del Padre Vilariño.
d) Explicación dialogada del Catecismo; Catecismo explicado con gráficos y ejemplos; Tratado elemental de Pedagogía Catequística; Explicación dialogada del Evangelio; Catequesis Bíblicas del Excmo. señor don Daniel Llorente, Obispo Auxiliar de Burgos.
e) «Drama de Jesús», del Padre J. J. Martínez.
f) Hojas Paterno-Escolares de don Andrés Manjón.
g) Hojas y folletos de Propaganda Social.
h) Idem, ídem, Mártires de Méjico.
i) Revistas diversas.

Añádase una multitud de hojas impresas o estampadas en la misma Congregación.

PROPAGANDA DIVERSA

Mañana, fiesta del
SAGRADO CORAZON
¡A comulgar!

Mañana
PRIMER VIERNES
¡A comulgar!

Mañana, Domingo
DIA DE LAS MISIONES
Ayúdalas con tus
Oraciones, Sacrificios y Limosnas

VARIOS MILLONES

repartidos por las calles, casas, talleres, comercios, etc.

Mañana empieza la
NOVENA DE LA INMACULADA
Es tu Madre
Obséquiala estos días

Mañana empieza la
NOVENA DE SAN JOSE

Mañana empieza la
NOVENA DE LA GRACIA
de San Francisco Javier

Universidad de Deusto
Biblioteca

HOGAR ACOGEDOR

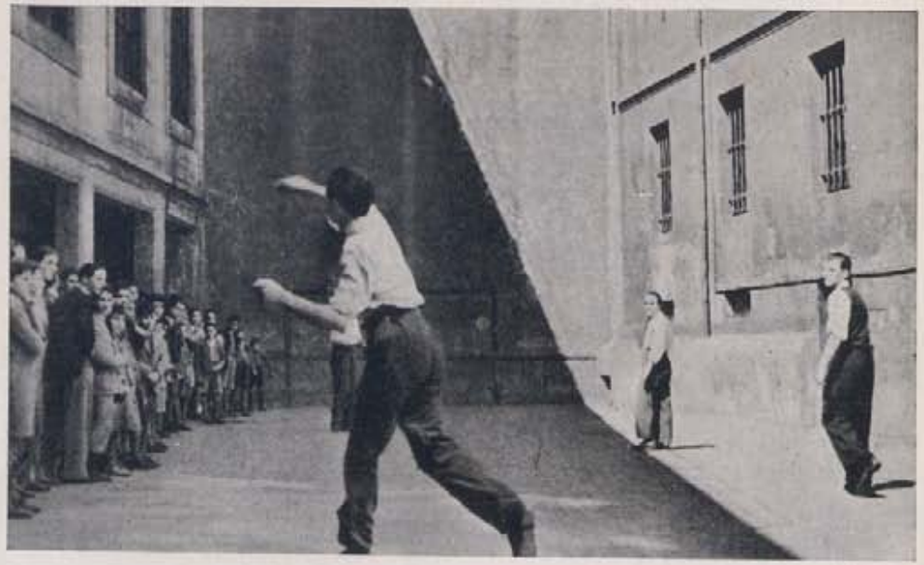
La Congregación es también un hogar acogedor bajo el cuidado amoroso de nuestra Madre, con sus salas y patio de juegos; con los campeonatos deportivos que organiza; con la biblioteca apta para la formación y recreo de niños y jóvenes, con las veladas recreativas de los días festivos; con su revista mensual «Flores y Frutos»; eco de la Congregación entre actuales y antiguos congregantes y sus familias; con las sanas amistades que encuentran en ella los congregantes; con el espíritu de familia que en ella reina.

Y todo esto, sin la fuerte disciplina necesaria en los centros de estudios, sólo a base de intenso cultivo espiritual y selección de sujetos.

La consecuencia es un singular bienestar espiritual entre los congregantes, que hacen así fácilmente de la Congregación su segundo hogar, librándose del gravísimo peligro de la calle y conservando la educación de sus cristianas familias y colegios. Así se da un ambiente exquisito de pureza en el que muchos jóvenes conservan inmaculada su inocencia.



Una escena íntima del patio.



El clásico patio de la «Congre» en un momento de los emocionantes campeonatos de Navidades.

He aquí lo que un congregante escribía alborozado:

Aquí Jesús es mi Padre y la Madre de Dios, mi Madre.

Aquí El alimenta todos los días mi alma con el «Pan del Cielo»: su carne y su sangre.

Aquí El me habla cada mañana las mismas palabras divinas que hablaba en la tierra: su santo Evangelio que el «Padre» nos lee y comenta; y por la noche de nuevo me instruye para ser «cristiano de veras».

En la Congregación la Virgen hace en mi alma, de continuo, los oficios de la madre mejor.

Aquí encuentro amigos selectos y jamás se oyen conversaciones malas.

Aquí me divierto sin peligro alguno para mi alma.

Aquí saboreo la suave dulzura del apostolado por Cristo.

Es mi querida Congregación como un jardín que cuida delicadamente la Virgen María.

Las más hermosas *flores* encuentro en él y también preciosísimos *frutos*.

¡La Congregación es la Casa de la Virgen y mi segundo hogar!

De aquí han salido y podrán seguir saliendo los mejores padres de familia, los mejores dirigentes de la sociedad y también muchos apóstoles de Jesucristo consagrados a El en el estado religioso o sacerdotal.



Aquí está la «Congre».

Universidad de Deusto
Biblioteca

NUESTRA CORONA

Y terminamos con una visión de paz y de gozo.

El Señor se ha dignado visitar este jardín mariano y escoger sus más bellas flores.

Unas se las llevó el cielo. Cincuenta congregantes muertos en el Señor en el seno de la Congregación. Son nuestros protectores celestiales.

Otras las ha acercado a su Corazón conservándolas en la tierra.

NUESTRAS VOCACIONES

Ante ellas la Congregación, henchida de gozo maternal y divino, exclama con el apóstol San Pablo a los fieles de Filipas (Philip. 4, 1).

MI GOZO Y MI CORONA
150 VOCACIONES

Para el Seminario, Capuchinos, Carmelitas, Compañía de Jesús, Corazón de María, de los Sagrados Corazones, Hermanos de la Doctrina Cristiana, Hermanos Maristas.

Y entre ellas:

Un mártir del Señor en Madrid: Emilio Serrano, en religión Fr. Saturnino de Bilbao, O. M. C.

Y ocho misioneros en China y Japón.

¡Señor!

Has pasado entre nosotros y hemos sentido tu caricia divina.

¡Que seamos siempre tuyos!

Ahí tenéis a grandes rasgos la obra de nuestro Padre Angel Basterra.



Ahí está el Padre en su clásica postura de 33 años...
Fué esclavo de su Congregación. Por eso triunfó.
¡Cuántos avisos desde esa mesa!
¡Cuántas palabras de aliento!
y... ¡Cuántas «pelucas» también!
que... acababan con un par de higos o un puñadito de pasas.
¡Cuánto nos ha amado!
¡Hoy sigue amándonos en su santo retiro de Loyola. Ante la fotografía de la capilla de la Congregación, hace sus visitas espirituales al Santísimo y en presencia de su Reina y Señora, a quien tan fielmente ha servido, desgrana por sus «corderos» las cuentas de su Rosario.

Andrés Eliseo de Mañaricúa, Pbro.
Antiguo congregante.

Prehistoria de la Congregación

Aquí falla el adagio del poeta de que «Cualquiera tiempo pasado fué mejor». ¡No! ¡Ni mucho menos! Los tiempos anteriores a nuestro querido «Padre» fueron peores, mucho peores.

Todavía no se había iniciado ese fecundo reflorecer de la frecuencia de sacramentos cuyos frutos sazonados en aumento de fe y vida cristiana estamos palpando ya hace tiempo. Todavía las constantes exhortaciones de Pío X, el Papa de la Comunión diaria, apenas hallaban eco en los corazones.

Y fué precisamente el Padre Basterra el que, con todo el dinamismo y constancia de su carácter, se puso aquí en Bilbao a la cabeza del movimiento y estableció ya desde los comienzos de su cargo de Director de la Congregación la comunión diaria.

Y este es a mi juicio el mayor, o por lo menos uno de los mayores méritos del «Padre» y uno de los mayores contrastes entre la prehistoria y la historia de la «Congre».

Hasta su venida sólo teníamos misa los domingos y en uno de ellos se celebraba la Comunión mensual. Desde que él llegó comenzaron a verse todos los días por las calles de Bilbao y tempranito aún a sus pequeños kostkas, que cruzando rápidos a la luz de los ya arrinconados faroles de gas, con bueno o con mal tiempo, acudían a la Residencia desde todos los barrios de Bilbao. Allí un buen grupo recibía al Señor cada día con admirable asiduidad y no menor fruto.

¡Qué revuelo se armó en un principio! Muchas mamás timoratas pusieron el grito en el cielo. Que si era un disparate, que por qué todos los días, que tan temprano, que si el frío, que si esto, que si aquello.

No sé si se retiraron de la Congregación algunos. Si en efecto lo hicieron fué sin duda con gran contento del Padre, que siempre tuvo el criterio de tener «pocos pero buenos», y sobre todo, como él decía, «valientes».

Pero la inmensa mayoría respondimos con generosidad a su llamamiento e inmediatamente nos organizó en plan de campaña a estilo ignaciano. Cada diez constituíamos un grupo y al frente de cada grupo puso un capitán, que pasaba revista a su pequeña grey al fin de la misa en plena calle, anotando en su carpeta las faltas de los perezosos y de vez en cuando premiaba con libros de interesante lectura a los más constantes.

¡Cuántos pequeños sacrificios y cuántos actos de vencimiento no suponía el continuar con asiduidad en la empresa a pesar del mal tiempo, del cansancio y en ocasiones de los mismos de casa que ponían dificultades! Pero el Padre Basterra sabía tocar todos los resortes y estimularnos con el ejemplo de los más abnegados. ¡Cuántas veces nos citó el de uno de sus «corderos» (así nos llamaba a todos) que venía a misa nada menos que desde el barrio de la Peña y que por ese motivo le distinguía de un modo especial y le llamaba familiarmente «el Cordero de la Peña»!

Su triunfo fué completo. Arrastrados por el ejemplo de los «peques», otras personas de la familia se fueron animando a acompañarles y era de ver cómo, a continuación de los niños, se acercaban a comulgar muchas señoras y también muchos caballeros, todos ellos animados del mismo espíritu de piedad y de la misma sana ascética que nos inculcaba constantemente el buen Padre en sus exhortaciones.

Había conseguido sacudir las conciencias dormidas y estaba en marcha el proceso de desintoxicación del virus liberal que tuvo adormecida por tanto tiempo la vida cristiana de nuestro pueblo. Por eso, ¡con qué satisfacción vemos hoy todos sus antiguos congregantes extendido ya por todo Bilbao este hermoso ejemplo y propagada esta santa costumbre en todas las otras iglesias!

El Padre Basterra fué el apóstol de la Comunión diaria en Bilbao.

Y estos fueron los comienzos, la gloriosa prehistoria de la Congregación, comienzos tan santos que Dios no podía menos de bendecir como de hecho ha bendecido con esplendidez divina.

SEBASTIAN MANTILLA, S. I.
Antiguo congregante.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Aquella calle de Ayala...

Hace 25 años... calle de Ayala... Una puerta de dos hojas, siempre abierta como símbolo de ofrecimiento público, sin precio ni interés, de enseñanza y espíritu cristiano.

Allí, a mano izquierda —¿lo recordáis?— brindando el cariño y el afecto, un ventanuco de cristales a cuyo través se divisa la mesa de trabajo, y en ella, indefectiblemente, la figura reducida, pero siempre tensa de cariño y actividad, del Padre Basterra. ¡Ay! ¡Si supiérais vosotros —los de hoy— qué difícil era cruzar por delante de aquellos cristales y resistir el llamamiento mudo del Padre! Sólo, tal vez, si las pequeñas malicias de aquellos años estrujaban con agobio nuestras estrechas conciencias de congregantes, acelerábamos el paso para pasar inadvertidos, pero el gesto paternal y comprensivo del Padre Basterra detenía el impulso —manifestado ya algunas veces— y la reacción —casi insensiblemente— obligaba a abrir la puerta inmediata para penetrar y besar su mano...

Un cuartucho reducido y humilde... a mano derecha, y a una altura superior a nuestras cabezas, un idolillo pagano que anidó en la «Congre»; «Chopipi» —¿lo habéis conocido?— era un recuerdo perenne de llamamiento en favor de la infancia infiel, con profundísimo sentido de interpretación del alma generosa del niño. Yo os diré —no os escandalicéis— que «Chopipi» era uno de los mayores afectos de los «Kostkas» de entonces, como símbolo —que hoy apreciamos con mayor valor— de la labor proselitista en la propagación de la Fe.

En aquel despachito, la Virgen María —no podía faltar su imagen en la impetuosa vocación mariana de la «Congre»— presidía sus labores, y en humanizado acorde —Madre al fin— miraba con complacientes ojos la munificiente reserva de dulces del Padre Basterra.

Y allí, la entrega de elementos de juegos infantiles, la solución paternal de una queja producida por la belicosidad tumultuaria de la sangre joven, el consejo en la primera tentación, la paternal «peluca» en la incipiente falta, la palabra que refuerza y vigoriza una voluntad decidida hacia un buen fin... todo ello sellado con el dulzón final de un caramelo, símbolo de perdón o de cariño.

Al fondo, y trasponiendo una puerta, la modesta biblioteca, sede severa de esas ideas madres —que por ser simples son fundamentales— y que no pueden ser explicadas por la filosofía, ni rebasadas por la ciencia moderna.

A la mano izquierda, un amplio salón; desnudos bancos —a la derecha respaldados— y al fondo un tabladillo con cortinas de percal blanco y guías de cuerda, desde el cual el Padre Basterra iba sembrando, día a día, en nuestras almas esas ideas, nociones y amores fundamentales que son guión y piedras miliares en la vida de quienes tuvimos la inmensa suerte de oírle.

Nosotros también tuvimos nuestro Cuadro Artístico. Vuestro Padre actual me perdonará revelar su secreto. Con él contribuímos a su desarrollo. De la pobre instalación —telón de cuerda y percal, y decoración única— se pasó a los primeros balbuceos que os han llevado al actual. Mas aquel tabladillo tiene para nosotros —los de ayer— otros recuerdos imborrables.

Yo quisiera tener pluma, paleta y pentagrama para describiros cómo, desde aquel modesto tabladillo, en los augustos días de la Semana Santa, nos hacía el Padre vivir la Pasión del Señor. Si algo en la vida del espíritu tenía realidad corpórea era aquel Vía Crucis en que, como acólitos, seguíamos la expresión, sentida y materialmente llorosa e improvisada, de acompañamiento de la humanidad doliente al sacrificio del Verbo humanado. En aquellas horas, la materialidad de la carne de la «Congre» entera perdía su corporeidad para transformarse en una espiritualidad profunda, encarnada en un cántico de perdón y misericordia a nuestro Redentor.

Padre Basterra: Tus cincuenta años de profesión los dedicaste, en parte, a nosotros; a nosotros nos corresponde, además del homenaje cordial que riñe con tu modestia, conseguir la continuidad de tu obra. Para los nuestros, que empiezan a vivir, será ella camino por el que habremos de orientarlos; para nosotros, guía y bagage de aspiraciones y enseñanzas.

MARTIN EIZAGA GONDRA.
Antiguo congregante.

De la vieja "Congre"

Domingo: invierno de 191... Son las 12 del mediodía; en la calle de Ayala contienden, después de terminada la sesión de catequesis, dos nutridos equipos de foot-ball; una portería, frente a la casa Profesa; la otra, a la altura del Athletic. Desde los amplios ventanales del piso primero, repletos de público, los Luises animan con sus gritos a los Kostkas contendientes, y éstos ponen todo su entusiasmo en la pelea, sintiéndose observados por los mayores. Tanto, que no aperciben cómo un pacífico paseante, que momentos antes ha recibido la caricia de la pelota en un ojo, aparece en la esquina de Hurtado de Amézaga en compañía de un «chiva», a quien indica con la mano el escenario del acontecimiento deportivo.

El representante de la autoridad irrumpe en el terreno de juego sin previo aviso, y se organiza la desbandada general, acogiéndose los más a «sagrado» —penetrando en la «Congre»— que, por ocasiones anteriores, conoce el guardia ser inviolable. Mas el portero y uno de los defensas, sorprendidos alevosamente por la espalda, son fuertemente agarrados y llevados camino de la «Comi» no sin una amena despedida procedente de los localidades preferentes, que lamentan ver finado el espectáculo.

El Padre se informa inmediatamente. Llama al «Secre»; reclama el manteo y la teja y sale disparado. Sus piernas llevan tanta celeridad como las de la «plana mayor» que siempre le acompaña; y no falta alguno que se rezaga, mas el Padre sigue raudo en cabeza. Dobla la esquina de Alameda Urquijo, y allí lejos, por la de Mazarredo, se divisa el grupo: un guardia con un chico de cada mano y tras él el consabido grupo de curiosos.

El padre acelera aún más el paso; la vista del grupo y la amargura de presenciar dos de sus corderos apresados le ha coloreado el rostro; varios «congres» se van rezagando, pues su paso es ya una carrera. El Padre va hablando: «No se puede consentir; pobres corderos, y son de lo mejorcito; en cambio tanta gente mala suelta por el mundo», y enseguida su habitual invocación, que tan bien nos inculcó, a la Santísima Virgen.

A la altura de los jardines de Albia alcanza al guardia. Mi pluma no es capaz de transcribir las consideraciones que le hace, pero el guardia queda convencido de que en vez de cumplir con su deber, ha faltado a él; «Perdone, Padre —dice— ... pero que sus chicos procuren en lo sucesivo no comprometerme...», y se los entrega.

El Padre sonríe; su tez recobra su color natural; se siente feliz como el pastor que recobra la oveja perdida, y regresa con el grupo a su «Congre»; manda pasar a su despacho a los «delincuentes» y cuando éstos esperan una reprimenda, se encuentran con un cariñoso cachete y un par de caramelos.

«Congre» de Ayala. Julio de 191... Padre, —dice el «Secre» entrando en el despacho de aquél y besándole respetuosamente la mano—, vengo de la Compañía del F. C. de Las Arenas y me dicen que, sintiéndolo mucho, no nos pueden servir más billetes para la playa.

¿Quién dice eso?—replica el Padre—. Piensa unos momentos; por su pensamiento desfila la nube de peques que diariamente le visita en esta época de verano pidiéndole: «Padre, ¿me puede dar un billete para la playa?» y en su mano, su importe, 15 céntimos. —Vamos a ver, tú eres.... ¡ah!, sí ...Gómez, Luisito. Vamos a ver el libro de asistencias... hoy has venido... sí, pronto; pero ayer... vamos a ver... tarde... bueno, cordero, que no vuelva a ocurrir, ¿eh? toma el billete y ya sabes, para las 7 de vuelta, no se te vaya a hacer de noche.

Recuerda aquellos otros que no se atreven a entrar y dudan en la puerta de la calle mientras él, con su combinación de espejos va siguiendo todas sus indecisiones hasta que llega un momento en que le dan pena y manda llamarlos, dándoles además del billete un par de caramelos para el camino, bajo la promesa formal de que al día siguiente llegarán pronto a misa.

Y ahora de repente, ¿se va a quedar sin billetes para sus corderos necesitados, para los que no tienen el privilegio de pertenecer a una familia que pueda sufragarse unas vacaciones veraniegas?

¡Imposible! —vuelve a replicar—. «¡A ver, pronto el manteo, la teja!»; y sale disparado con los dos primeros «congres» que alcanza en la calle y que, como siempre, le han de servir de escolta.

La espera en el antedespacho del gerente se alargo por encontrarse ocupado en urgentes menesteres, mas el Padre prefiere esperar; está decidido a verle y no marchará sin conseguir su propósito; se encomienda como siempre a la Santísima Virgen; por lo menos —le implora— durante este verano, y

aunque solamente sea durante una o dos veces por semana: ¿cómo voy a decir a mis corderos que ya no puedo darles billetes para la playa?

Llega por fin el turno de su visita; expone sus razonamientos; se le replica con razones técnicas, contables...; en aquellas condiciones no es posible...; las elevaciones constantes en el costo de los servicios..., gastos generales..., etc., etc. Mas él contrapone otras cifras menos contables pero más elevadas por su fuerza moral.

Como en su extrema modestia, desconoce el Padre su gran poder persuasivo, queda grandemente sorprendido cuando al terminar la entrevista le dicen: «Padre, desengáñese; en estas condiciones nos es totalmente imposible; en lo sucesivo los billetes para los congregantes costarán 20 céntimos».

He aquí dos semblanzas de un mismo carácter, que imprimió sello a la vieja «Congre», expuestas por quien tuvo la gran dicha —que hoy, un cuarto de siglo después, es cuando percibe en su integridad— de educarse bajo la dirección de aquel gran Padre de todos nosotros que fué el Padre Basterra, y que por siempre seguiremos todos llamándole del mismo modo: EL PADRE.

José M.ª Pastor Rupérez.
Antiguo congregante.

UNA FECHA MEMORABLE

Los 50 años del Padre Angel Basterra en la Compañía de Jesús

Nada más propio ni más adecuado el que, como uno de los homenajes que con más ilusión habrá de recibir en esta fecha el Padre Angel Basterra, dedique la Revista «Flores y Frutos», órgano de la Congregación de María Inmaculada y San Estanislao de Kostka, un número extraordinario al que tantos años fué su Director.

La viña de los jóvenes congregantes fué cuidada con singular esmero y paternal afecto por el Padre Angel. El nos trazó a través de tantos años a muchas generaciones de bilbainos rutas luminosas para actuar cristianamente en la sociedad. Siguiendo las huellas del Buen Pastor con celo extraordinario, día tras día, a través de sabrosas pláticas y hondos consejos, formó en el aprisco de Cristo aquellas legiones de «corderitos», como él los llamaba en su sublime sencillez, acorazando sus corazones con las sólidas virtudes que emanan del Evangelio.

¡La juventud, la niñez! Raudos pasan los años. Más el devenir del tiempo no hace nunca jamás olvidar nuestro segundo hogar de la «Congre». Allí el Padre Angel completó y pulió la educación moral y religiosa que nuestros padres nos enseñaron sobre sus rodillas. La oración, la práctica de la virtud, las infantiles diversiones y los incipientes estudios, eran actividades que en el debido orden de prelación, según la gama de valores que representan en la vida, fueron cuentas de un rosario que desgranaba el Padre Angel con su solícita y hábil dirección, bajo el amparo de la Cruz y en el maternal regazo de la Madre Santísima.

La Congregación Mariana era, y es, la sal de la que nos habla la Escritura. Allí el Padre Angel cuidaba que la sal no se corrompiera y muriera.

Formaba santos, apóstoles y defensores de la Iglesia de Cristo. Para ello mantenía aquellas células de santidad, vivero de perfección moral, que eran, y son, la diaria misa y comunión, la instrucción diaria espiritual, los actos de Congregación, las visitas al Santísimo, su dirección espiritual y las bellas jornadas marianas de la felicitación sabatina en Begoña.

¿Y qué decir del apostolado? La obra de la catequesis, la caridad a los pobres, la visita a los niños hospitalizados, el apostolado y obra misional. ¿Y de la formación y robustecimiento de la fe? Para ello están las Academias de Misiones, la de Catequesis, la de Sociología, la Literaria.

La Congregación, centro y hogar acogedores bajo el cuidado amoroso de nuestra Madre. Y el Padre Angel Basterra como instrumento inigualable de la Congregación. El árbol fué dando sus frutos. Y ellos son fecundos y amplios, reflejados en esas masas católicas, fervorosas y creyentes, que en Bilbao desfilan por iglesias y procesiones en la vida particular y en la vida pública, pregonando que la levadura de esta magnífica floración que Bilbao ofrece en el orden religioso se debe, en gran parte, a aquellas y constantes palabras que día tras día iba sembrando el Padre Angel en los niños de entonces y hombres de hoy.

FRANCISCO DE IGARTUA.
Antiguo congregante.



«EL PADRE»
Director de la Congregación del 14 de Noviembre de 1910 al 27 de Julio de 1943.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Inauguración de los nuevos locales de la Congregación

En esta misma fecha, 24 de Noviembre, en que celebramos las Bodas de Oro de nuestro Padre Angel Basterra, se inauguran estos nuevos locales que los antiguos y actuales congregantes costean como homenaje filial a nuestro Padre.

EL POR QUÉ DE LA OBRA Toda la riqueza espiritual de nuestro Padre, preciosa herencia legada a sus futuras generaciones de congregantes, padecía estrechura en los locales de que ahora disponíamos.

UNA CAPILLA Necesitábamos en primer lugar tener muy cerca a Jesucristo. Necesitábamos una capilla en la que con entera independencia pudieran los congregantes visitar al Señor y tener sus actos de piedad cuando en la Iglesia de la Residencia nos estorbaran o estorbáramos. Ya se hizo la capilla. El arquitecto don Ricardo Bastida, gran amigo del Padre Basterra, y padre de un antiguo congregante, puso en ella su delicado gusto artístico y la capilla se hizo. Mírala qué devota y recogida resulta.

El piso es de mármol escobedo y el altar es de finísimo mármol de Figueras. El terciopelo azul del fondo encuadra la preciosa Inmaculada de Murillo copiada en el Museo del Prado y el sagrario plateado ostenta en su puerta la imagen bondadosa del Corazón Divino.

Su capacidad es para 100 congregantes, pero se amplía fácilmente en momentos de concurrencia, deslizando el fondo sobre unas guías, y entonces puede acoger a 250 congregantes.





Esta obra se hizo hace dos años y medio. Pero la Congregación estaba así, o más bien mucho peor, pues esta fotografía es del año 1926 y por nuestra querida «Congre» habían pasado 20 años y la guerra...

El único salón de que disponíamos debía servirnos para todo:

Como lugar de juegos de mayores y pequeños,

como sala de conferencias y veladas recreativas,

como biblioteca,

como oficina administrativa y despacho del Padre,

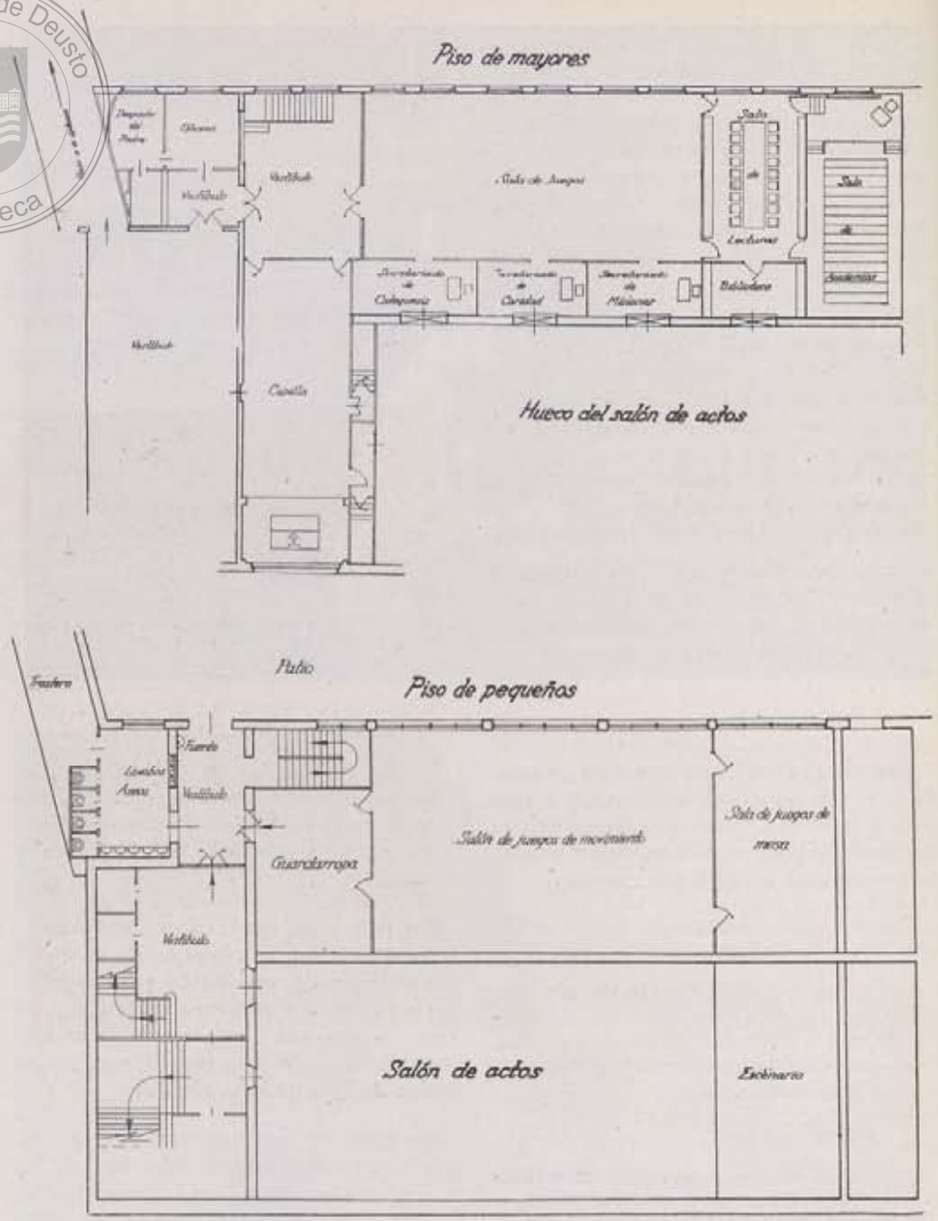
como secretaría para la organización de las diversas actividades apostólicas de la Congregación.

Tantas actividades en un sólo sitio, se hallaban mutuamente molestadas, y era notable también la dificultad que se derivaba de la convivencia de pequeños y mayores.

Por todo esto, confiando en el favor de la Santísima Virgen, comenzamos en Enero los trabajos de ampliación y adaptación de los locales a estas necesidades y ya están terminados precisamente para esta memorable fecha que recordamos de las Bodas de Oro de nuestro Padre.

Sus hijos, los antiguos congregantes, los que nos amamantamos a sus pechos, los que aún vivimos de la vida que nos infundió, estamos costeando los gastos de las obras para que esta nueva Congregación sea el momento perenne a la memoria de nuestro Padre.

Universidad de Deusto
Biblioteca



Contempla esos planos de un antiguo congregante, el prestigioso arquitecto don Rafael Fontán, que tiene también cuatro hijos congregantes.

En esta obra se admira el gusto artístico exquisito, luz, alegría, diafanidad, perfecta adaptación del sitio a las necesidades de una moderna Congregación Mariana con todos sus recursos; pero sobre todo hay mucho cariño de congregantes a su amada «Congre». Todas las personas que más han intervenido en su ejecución son antiguos congregantes o congregantes actuales.

Además del citado señor Arquitecto hay que mencionar a los hermanos don Pedro, don Luis y don Félix Olabarría, de la empresa «Olabarría Hermanos» y padres de seis congregantes, que han puesto a contribución sus poderosos recursos de construcción para que en su «Congre» y en la de sus hijos no faltara en ningún momento, a pesar de los difíciles tiempos que corremos, ni personal apto ni buenos materiales.

Don Luis Baldor, antiguo congregante y padre también de tres congregantes, se ha encargado de la colocación de unos 600 m² de limpísimo y sólido pavimento de terrazo.

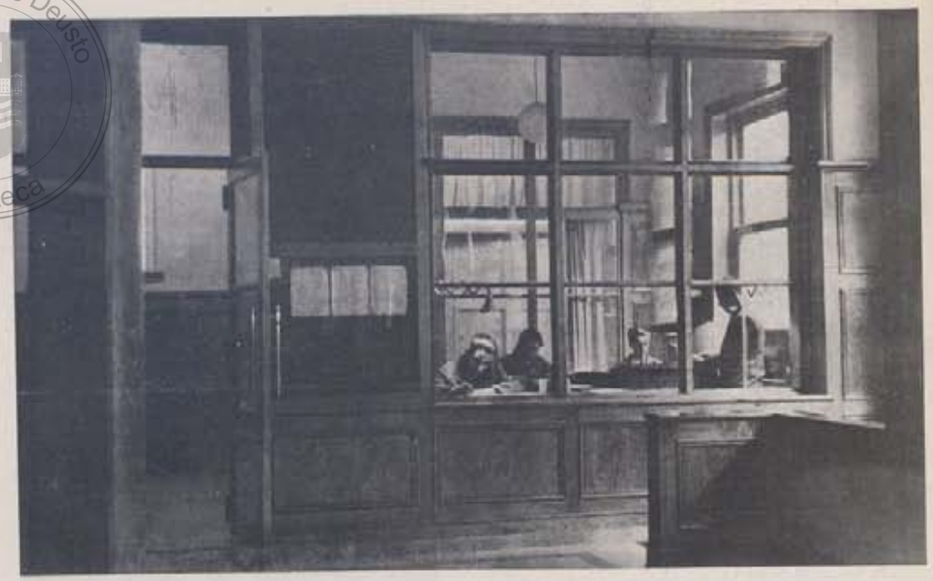
Don Serafín Esparza, padre de tres antiguos congregantes, y los señores de Juaristi, antiguos congregantes, han suministrado los preciosos azulejos que forman el zócalo de los salones para pequeños y servicios sanitarios. De éstos y de la hojalatería se han encargado los «Hijos de Torre», antiguos congregantes. Don Serafín Aguirregaviria, antiguo congregante, ha hecho con su habitual esmero lo referente a herrería. Don Claudio Onandía, padre de un antiguo congregante presidente de la Congregación, ha proporcionado los hierros necesarios. Don Juan Rementería, antiguo congregante, ha realizado admirablemente la parte decorativa de escayola. También son antiguos congregantes los señores de Ercoreca, que con finísima diligencia han proporcionado la ferretería, y los señores Delclaux, que han puesto la cristalería. Don Juan Andéchaga, padre de dos antiguos congregantes, ha realizado con admirable pulcritud y esmero los difíciles y cómodos servicios de electricidad. Don Celedonio Antoñana, padre de nuestro actual presidente, ha puesto la tapicería. Don Silvino de Diego, padre de dos congregantes, ha construído algunos preciosos muebles, y por fin don Eloy Garay, con su bien acreditado arte, está pintando las decoraciones del teatro, que han llamado extraordinariamente la atención de todos, y él también, con su hijo don Francisco Garay, antiguo congregante, se han encargado de la pintura de los locales.

Ahora, ved las obras.



Al entrar en la Congregación quedáis sorprendidos ante ese precioso vestíbulo presidido por la imagen de nuestra Madre Inmaculada. En este mismo vestíbulo os encontráis ante la cristalera de la oficina de la Congregación y la puerta de entrada al despacho del Padre.

Universidad de Deusto
Biblioteca



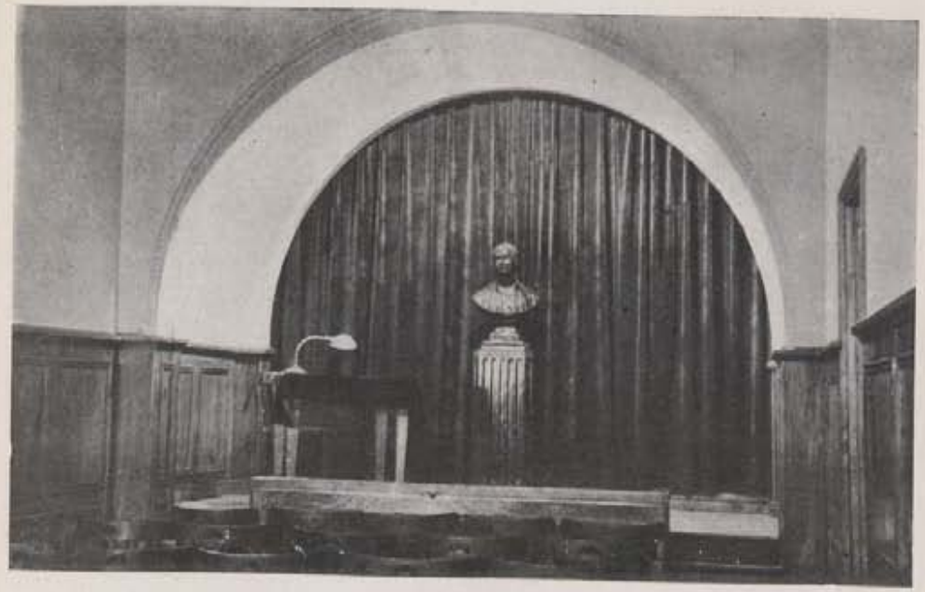
Pasáis una puerta de cristales y os halláis en un espacioso vestíbulo que da acceso a la capilla. Desde este vestíbulo puedes ver también la oficina, como aparece en esta foto, y el despacho del Padre.



Enseguida te encuentras ante el precioso salón para congregantes mayores de 13 años, con precioso pavimento de terrazo y zócalo de castaño, con sus tres Secretariados a la derecha para la organización de las actividades apostólicas de la Congregación.

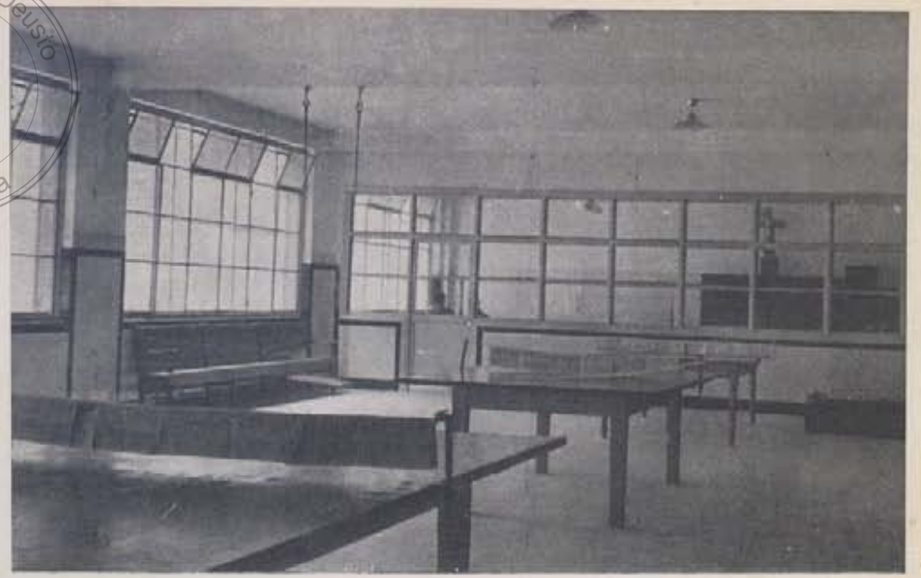


A continuación se encuentra esa preciosa biblioteca y sala de lectura, donde los congregantes hallan formación y solaz.

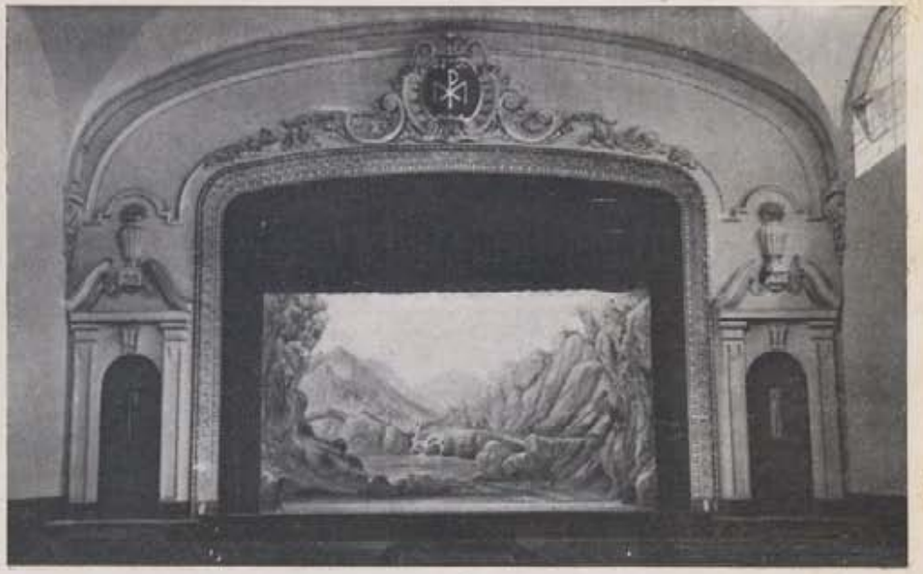


Al fin, en el sitio que ocupaba el antiguo escenario, se ha instalado la acogedora sala de Academias, cuyo arte sencillo y de buen gusto sorprende a los visitantes.

Universidad de Deusto
Biblioteca



Descendiendo al piso inferior, además del clásico patio de la «Congre» y los bien cuidados servicios sanitarios, se halla este hermoso salón de juegos para los pequeños.



En fin, ahí está este precioso salón de actos, donde se han superado a sí mismos el arquitecto D. Rafael Fontán, el decorador D. Juan Rementería y el escenógrafo y decorador D. Eloy Garay.

«La vida, si no es para servir a Jesucristo, ¿para qué sirve?»

(Máxima del «Padre» y programa de su vida.)

A nuestros colaboradores. Agradecemos muy de corazón los trabajos enviados para «Flores y Frutos» con ocasión de las Bodas de Oro de nuestro «Padre»; pero no han podido ser publicados todos en este número por falta de espacio. Lo haremos, Dios mediante, en los siguientes números.

Universidad de Deusto
Biblioteca

¿Has visitado los nuevos locales de la Congregación?

Son el monumento perenne que la filial gratitud de los antiguos congregantes elevan a la memoria de «El Padre».

Esperamos tu ayuda.

Universidad de Deusto
Biblioteca

FLORES y FRUTOS

DE LA CONGREGACION DE LA INMACULADA Y S. ESTANISLAO DE KOSTKA



Número dedicado a la santa memoria del P. ANGEL BASTERRA en la 2.ª reunión de

2(05)
F 67
BD Biblioteca Universitaria de Deusto

Número 24



Universidad de Deusto
Biblioteca

Dedicamos

este número con cariño filial a la santa memoria de nuestro Padre Angel Basterra, en el aniversario de su muerte, para recordar sus enseñanzas y agradecer sus desvelos en espera de un libro que nos muestre la figura completa del Padre en su vida, su obra y sus métodos de apostolado.

Rogamos

la colaboración de todos sus "corderos" para la composición de este libro: vuestros recuerdos y las cartas que de él recibísteis nos serán de máxima utilidad. Traednoslos a la Congregación.

II Reunión de Antiguos Congregantes

Día 22 de Febrero a las ocho y media de la mañana en la iglesia de la Residencia

Celebrará la Santa Misa de Comunión General, para antiguos y actuales Congregantes, el R. P. Pedro Basterra, hermano de nuestro P. Angel.

Para este acto procuren entrar todos poco antes de las ocho y media a la iglesia por los locales de la Congregación. Entregarán su tarjeta de visita como asistencia y recibirán a la entrada la medalla de la Congregación, que devolverán después.

Al Evangelio, cantarán todos el clásico canto de la Congregación «¡Oh Virgen hermosa!»

Plática del P. Director.

Darán la Comunión cuatro sacerdotes, Antiguos Congregantes.

Al final se cantará la Salve.

Por la tarde, a las siete, velada recreativa en la que un grupo de antiguos representará la clásica obra de la Congregación **Sorgin-Etxe.**

¡Fíjate!

La reunión de

Antiguos Congregantes

es

el próximo domingo, día 22, a las ocho y media de la mañana, en la iglesia de la Residencia, en el aniversario de la muerte de nuestro Padre ANGEL BASTERRA.

Ofreceremos la Santa Misa por su alma.

¡No faltes!

Universidad de Deusto
Biblioteca

"Flores y Frutos" va a salir como órgano oficial de las Congregaciones Marianas Menores de España, con veinte páginas.

Para nuestros Congregantes y Protectores editaremos, además, el **"Flores y Frutos"** local de la vida de nuestra Congregación con ocho páginas.

¿No quieres recibir este **"Flores y Frutos"** local?

"Flores y Frutos" trae a tu memoria los años más felices vividos al calor del Sagrario, cabe el manto de nuestra Madre, bajo la mirada paternal de **"El Padre"**.

"Flores y Frutos" será para ti cada mes, en medio de la lucha por la vida, una ráfaga suave de brisa juvenil y pura.

"Flores y Frutos" te recordará siempre aquellos principios sólidos de vida cristiana que aprendiste en la Congregación.

Debes recibir "Flores y Frutos" leerlo y saborearlo como se paladea un grato recuerdo de familia.

Suscríbete a "Flores y Frutos".

Y ¿por qué no más?

Hoy la Congregación necesita de ti.

Un hijo bueno no permite que su madre pida limosna a un extraño mientras él pueda sostenerla.

¿No quieres ser Congregante Protector?

Para ayudar a sufragar los cuantiosos gastos editoriales de nuestra revista, agradeceremos una cuota de 10 ptas. al año por el **"Flores y Frutos"** local.

Cuota anual de suscripción a **"Flores y Frutos"** Nacional: 18 pesetas.

Cuota anual de Congregante Protector: a voluntad de cada uno, de 25 ptas. en adelante.

Los Congregantes Protectores recibirán **"Flores y Frutos"** local, sin necesidad de suscripción aparte.

ÉPOCA II :-: Núm. 24 FEBRERO 1948

FLORES Y FRUTOS

de la Congregación de la Inmaculada Virgen María y San Estanislao de Kostka :-: BILBAO, Par, 2.

El Padre

¡Vamos a la "Congre"! ¡Vamos "donde el Padre"!

No preguntéis a los kostkas de Bilbao de los años 1910 a 1943 quién es "El Padre". ¿Quién va a ser? Los demás son el P. Fulano, el P. Zutano... pero sólo hay uno que es "El Padre". El Padre de los "peques".

Las hojas secas de nuestra perdida primavera sienten el verdegueante temblor de la vida al recordar los primeros capítulos de nuestra historia. En todas ellas tropezamos con la seriedad sonriente de su figura venerable.

Cuando la modestia de sus párpados dejaba ver el cristal de sus transparentes ojos, un relámpago de voluntad enérgica iluminaba su rostro. Bastaba asomarse a su borde para contemplar la luz clarividente de sus ideas y el inmenso seno de un alma a la vez fuerte y amable.

Su complexión nerviosa y el impetuoso arranque de su carácter parecía llamarle a doblegar las erizadas olas y tender las apostólicas redes, con Pedro y Santiago —el "hijo del trueno"— en alta mar.

Sin embargo, su misión estaba en la orilla, jugando en la arena con los niños. No en vano se llamó Angel Basterra. "Angel" para estar con los niños; "Basterra" —orilla— para jugar con ellos en la arena.

—Padre, "se ha roto" la pelota de pin-pon.

—Padre, Luisito, porque le he ganado al "cajón", se ha sentado en medio y no nos deja jugar; es un "fanfa".

—Padre, me ha dicho mi mamá que no he podido venir a Misa, porque no me ha llamado la criada.

¡Padre!... ¡Padre!, ¡Padre!

¡Oh, los niños! mordiscos de besos en los diez minutos de sus sonrosadas gracias y hostigante tormento en los diez y doce años de sus impertinencias e incomprensiones... Así fuimos todos.

Es más difícil sortear un naufragio de paciencia, entre sus preguntas y niñerías, que andar sobre las aguas. La paciencia del Padre a través de sus treinta y tres años de vida con sus "peques" en medio de una labor desconocida para casi todos, con las incomprensiones de las familias, los mimos de las mamás demasiado mamás, las mil impertinencias de sus chicos y las frecuentes dificultades externas a la Congregación, es sencillamente heróica.

No creo que sea ofensa ni exageración decir que sus cualidades naturales no eran las más propias para atraer a los niños. Sin embargo, nunca le abandonó la corona de sus cabecitas aurinegras. Todos girábamos a su lado porque la espiritualidad de su persona imantaba insensiblemente nuestras traviesas almas.

Un hombre de pocas ideas.

Un maestro de intuición pedagógica.

Un Padre espiritual de ascética práctica.

Alguien lo supo decir en una palabra: el P. Remache.

¡Remache!... Es todo un símbolo. Se lo pusieron sus kostkas. Vió que le cuadraba y lo aceptó gustoso. Estaba persuadido de que sin remachar no grabaría en nuestras almas esas pocas ideas que llevaba en la suya.

Sólo tres: abnegación constante, amor a la Virgen, Comunión diaria. Las arrancó del Evangelio, las asimiló él y nos las dió a nosotros.

La abnegación.—Una idea demasiado grande para nuestras cabecitas. Y el Padre nos la repetía en forma de píldoras. ¿Quién no las recuerda? —"¡Vencerse! —¿Eso? ¡No! —Sufrir sin hacer sufrir".

Y esto lo repetía él, nos lo hacía repetir a nosotros y escrito con letras doradas lo colgó en el salón, allí arriba...

¡Vencerse! ¡Vencerse!

Diceñ algunos que no sabía decir otra cosa.

Nosotros creemos más bien que *no quería* decir otra cosa. ¿Para qué más? ¿Pues qué? ¿No le había a él con eso sólo bastado?

Sus palabras no eran de almíbar, ni jamás se prendieron en sus labios los chistes, ni los nombres de los magos del balón y de la bicicleta.

Y sin embargo... ¡aquel hombre espiritual nos atrajo! porque su palabra era, como su vida, humilde, tosca, siempre religiosa. Una luz espiritual, honda, irrumpía a la menor ocasión, en palabras cálidas y fervientes.

Eran palabras de soldado de Cristo, palabras de guerra, de mortificación, entre el abrirse de capullos inocentes. Los que no se aterrorizaron demasiado, por la sequedad de su ascética, leen en sus hojas recientes triunfos de conquista, de valor, fuertemente entrenado desde niños a dar de patadas al gusto y acaramelado capricho.

Formó hombres rectos del deber sonriente y alegre, aunque una arruga les oprima el corazón.

Así los quiso él.

Los quiso también de María.

¡Almas de Congregantes! Muchas lucen como antorchas vivientes con resplandor heróico de sacrificio virginal haciendo guarda a la pureza virginal de María. Otros... Como quiera que se encuentren, aunque tengan salpicaduras de barro y desgarrones sangrantes, son almas suyas llevadas por sus manos al regazo purificante de María.

¡Virgencita! ¡La Inmaculada "del Padre"!

Me la puso entre las manos una tarde cuando fuí admitido en la "Congre" y me dijo: "Dale un beso... ¡que es tu Madre!"

Desde entonces ¡cuántos besos! ¡cuántas lágrimas resbalaron por mi rostro!

Y al pie de la imagen se lee: "La Madre de Dios es mi Madre, en Ella confío". Esta frase era dulcísimo gozo en los años de la pureza inconsciente, luego arenga con brisa de oasis, entre el calor de la polvareda; por fin destello vivificador para el herido al sentir el primer saludo del nuevo día.

Vía Crucis en el salón de la "Congre".

Lento rodar de estaciones. "Cuarta estación. Jesús encuentra a su Santísima Madre. ¡Oh! Señor mío Jesucristo, no sólo a Ti, sino también a tu Madre fuí causa de dolor. En la calle de la amargura de mi vida... —*que sí que la has de tener, si vives; aunque no lo creas, la has de tener*— enviame el consuelo de encontrar a tu Madre..."

¡Oh, Padre, cómo contarlo!

Caminaba yo despreocupado, sonriente; era joven y creía que aquello no era para mí... De pronto... el corazón roto y ahogado en pesadas y lentas lágrimas: "la calle de la amargura". En la misma esquina tropecé con sus palabras; las había pronunciado para entonces. Llevé la mano a la parte herida y tropecé con mi cartera, en el fondo su Virgencita, la Virgen de la "Congre". ¡Animo! "La Madre de Dios es mi Madre". Dios me envió a su Madre. ¡Qué encuentro! Desde entonces, feliz y contento. Nunca me ha abandonado.

Qué pena los que en la esquina de esa calle tienen que pedir limosna, piltrafas de consuelo humano, calderilla sucia y manoseada, porque no tienen madre. ¡Son huérfanos!

Congregantes de la Eucaristía.

Así los quiso.

Entonces todo se me hacía duro, porque no experimentaba sino el frío y la persistente lluvia, tan madrugadora como sus incondicionales Congregantes.

Bajo el apretado "sirimiri" o sobre la inmaculada y muelle nieve de aquellas mañanas-noches, las pisadas rápidas de mis cortos pasos de siete años. La nieve y el agua ya conocen el secreto de los kostkas desde que acompañaron a Estanislao de Viena a Roma. Sobre mi bufanda, la diminuta nariz avanzaba heróica, roja y humeante. ¡Qué importa!

La blancura de la Divina Hostia, rompía ya las tinieblas con celestial amanecer, y despertaba al Congregante cuando el calor se hacía más querido.

Misas temblorosas de siete y media, con bendiciones de banquete eucarístico.

Y nosotros no sabíamos por qué no éramos como los demás niños.

Sus ojos vieron en aquellos amaneceres eucarísticos, el secreto de un día lleno, conquistador de sus héroes.

¡La Comunión diaria era aún una utopía de devoción jesuítica!

Frente a los rutinarios prejuicios de unos y a los cariños excesivos de las mamás, recogía el Padre cada mañana sus valientes, sus fuerzas de ataque, sus voluntarios mejores.

¡Desfilar marcial y glorioso de mis doce años seguidos de Comunión diaria!

¡No podía acabar mal la página, cuyo primer renglón lo escribía la mano bendiciente del Dios-Hostia!

Hoy, ya comprendo por qué no éramos como los demás...

La "Congre".

¡Forja de caballeros cristianos!

¡Manantial de dignísimos padres de familia!

¡Cuna de religiosos santos!

¡La Congre...! ¡Tu Congregación, Padre, nuestra "Congre"!

Ramón Scheifler, S. I.

En las Bodas de Oro del Padre

Los antiguos Congregantes kostkas, tributaron el domingo, día 25 de noviembre de 1946, un apoteósico homenaje de gratitud al que fué su querido Director, P. Angel Basterra.

Numerosos grupos de antiguos Congregantes rodeaban la iglesia de la Residencia y llenaban los nuevos locales de la Congregación, antes de las nueve de la mañana.

Las tres naves de la Residencia y aun las tribunas, aparecieron a continuación totalmente ocupadas de antiguos Congregantes que venían a prestar homenaje de filial cariño a su querido "Padre". Emocionante era ver tanto caballero, jóvenes y niños, ostentando sus medallas y cintas de kostkas.

Celebró la Santa Misa el Rvdo. P. Pedro Basterra, S. J., hermano del Padre homenajeado. Dirigió la palabra a los presentes el actual Director de la Congregación, R. Padre Clemente Espinosa, mostrando al P. Basterra como instrumento providencial de la Santísima Virgen en Bilbao, para ejercer los oficios maternales de la Reina del Cielo.

Todavía estamos impresionados por aquella Comunión ordenadísima, en la iglesia y sus tribunas, dadas por cinco Sacerdotes, antiguos Congregantes. Luego, las clásicas oraciones que el "Padre" rezaba, y, aquel "todos al salón", tan suyo, para oir sus avisos. Y fuimos al salón, como en nuestros tiempos de kostkas.

Después de los amenos "avisos" dados por el P. Director, recibimos dos recordatorios del Padre y, para que no faltara lo típico, se obsequió a los asistentes con una bolsita de caramelos, en recuerdo de los que el P. Basterra solía dar a sus "corderos".

Por la tarde, ante una selecta concurrencia, presidida por el R. P. Provincial, el R. Padre Prepósito y D. Domingo Aboita, se desarrolló en el salón de actos, el programa anunciado.

La disertación dignísima, elegante y llena de hondo sentimiento de D. Luis Garcia Pereda, recordándonos "Lo que fué para nosotros y es para nuestros hijos la Congregación". La documentada y elocuentísima conferencia del Dr. D. Rodrigo González Pinto, para demostrar científicamente "La intuición pedagógica del R. P. Basterra"; y, por fin, la descripción vibrante de emoción de "La obra estupenda realizada por el benemérito "Padre" en Bilbao", ilustrada con 70 proyecciones luminosas, por el R. P. Clemente Espinosa.

Fué un día imborrable para los antiguos kostkas, que desean tenga su repetición anual, para recalentarse todos al calor de su amada "Congre".

De la numerosa correspondencia recibida por el Padre en ese día seleccionamos esta carta.

Queridísimo Padre Basterra: ¡Qué día más sabroso he pasado celebrando su jubileo de la Compañía! Para qué le voy a describir el gentío que ha acudido a los actos de la mañana y de la tarde, los emociones, las lágrimas que a mí y a otros nos han corrido abundantes, los recuerdos y las esperanzas que en la "Congre" tenemos centradas los padres de familia. Ha sido un día magnífico y no me cabe duda que el Cielo escuchará tanta oración y tan sentida, como son a nuestros años, y derramará sobre usted abundantes gracias.

Una labor tan escondida, tan penosa, tan poco apreciada en un principio; una vida dedicada a la "Congre" de los peques ha sido hoy el tema de muchas meditaciones. Hoy se le ha hecho justicia al Padre. Al pensar en esta tarea gigantesca para lo que se necesita una constancia, una tenacidad y un temple de alma extraordinarios, sobre todo en sus principios, sin medios, sin ambiente, nos hemos dado cuenta de su ingente labor y del agradecimiento que Bilbao le debe. Tengo la dicha de que mis tres hijos Congregantes tienen sus credenciales firmadas de su puño y letra, aunque para ello hubimos de adelantar un poco la entrada en la "Congre" del más pequeño. Que D. N. S. le colme de gracias y le pague con un Cielo magnífico todas sus fatigas, caridades y sobre todo paciencia.

Rogándole no me olvide en sus oraciones me repito como siempre de usted atento y s. s. que besa sus manos.

F. de I.

Palabras de sus Superiores en sus Bodas de Oro

Habla el M. R. P. General

Roma, 8 Enero 1947.

Reverendo en Cto. Padre,
P. C.

Con grande consuelo de mi alma he leído el número de la Revista titulada Flores y Frutos de la Congregación de la Inmaculada y San Estanislao de Kostka de Bilbao, magistralmente compuesta y elegantemente presentada, donde sus antiguos y actuales Congregantes, con ocasión de sus cincuenta años de vida religiosa, le han ofrecido con amor un obsequio de piedad filial hacia VR., Padre suyo veneradísimo, y antiguo Director durante treinta y tres años de dicha Congregación.

Con justa razón han celebrado tan fausto acontecimiento, pues trataban los hijos de coronar el largo y prolongado trabajo de su padre operario insigne, que empleó todas sus fuerzas en cultivar solícitamente el campo fecundísimo de la Congregación.

Gracias a sus trabajos han crecido en ella un gran número de jóvenes amantes de su propia salvación y de la de los prójimos, y han florecido muchas vocaciones a la vida sacerdotal y religiosa.

Todo esto lo está proclamando la revista de la Congregación de Bilbao, con sus hermosos artículos y magníficas estadísticas.

Por eso yo no puedo dejar pasar el fausto jubileo de VR. sin manifestarle mi agradecimiento y enviarle de muy buen grado mi paternal bendición.

Me encomiendo en los ss. SS.

De VR. Siervo en Cristo
J. B. Janssens

R. P. Angel Basterra
LOYOLA

Habla el R. P. Provincial

Sabe lo mucho que siempre he apreciado la magnífica labor suya en Bilbao, y cuán de cerca seguía en la Casa Profesa sus triunfos y sus entusiasmos. Por esta razón soy testigo de lo muchísimo que el Señor le ha ayudado en sus empresas, en las que ponía una decisión inquebrantable y una voluntad fervorosa para llevarlas adelante a mayor gloria de Dios.

A la altura de sus años verá, mejor que nadie, cuánta razón tuvo el santo P. Ipiña (su maestro de novicios), cuando le animó; pues veía que había de hacer mucho por el bien de las almas.

José M.ª Otegui, S. I.

Cuatro instantáneas del Padre

1932. Un grupo de niños aguarda la llegada del Padre en la portería del Colegio que dirigen las Rvdas. Madres Religiosas del Sagrado Corazón.

Una veintena de "diablillos" que corren y juegan, que gritan y cantan.

Se nos acerca el Padre dibujando su sonrisa y nos dispone para recibir la Sagrada Comunión por primera vez.

Un ejemplo, varias preguntas y unas pasas que disputamos con afán en nuestras contestaciones.

Ha comenzado a prender en nosotros, quizás de un modo inconsciente, cierto gusto por las cosas santas.

* * *

—El Presidente de la Congregación nos reúne unos años más tarde en el tránsito que comunica la "Resi" con la "Congre".

"Ayer se puso el Padre bastante enfermo —nos indica gravemente— y hubo de ser transportado a su aposento. Voy a leeros unos cuantos avisos y luego rezaremos para que recobre la salud."

Unos golpes porfiados en la puerta. Aparece el Padre jadeante, empuña un bastón en su diestra y con la otra se apoya en un Congregante.

Ha oído cantar en la Misa a sus chicos y pudo percatarse de que eran muy poco compactas sus voces. Es preciso combatir los temores a la lluvia del invierno, y si la postración de su estado físico fuera incapaz de retenerlo en el lecho, no mejor resultado hubieron de lograr sus solícitos cuidadores.

"No me gusta —comenzó hablando el Padre—. Hubiera preferido que me dieran *un bofetón* en la mejilla a que os portéis así con la Virgen."

"Estoy por decir que levanten el dedo los que no han animado para que venga un compañero."

Mutismo. Si me pregunta —pienso yo— voy a decir que he traído a mi hermano. ¿Y si éste se adelanta para confesar que fué quien me arrastró?

El Padre no cumple su amenaza. Le basta con que reconozcamos nuestro proceder.

"Mirad a estos dos hermanos —prosigue—, el uno tiene 8 años, el más pequeño 6. Ambos han venido todos los días desde la Ciudad Jardín. Este otro de 9 años tiene la cara hinchada a causa de un dolor de muelas."

"Que se vean todas las caras. También la de ése que se esconde detrás del mayorcito. Eso es, y no me hagas que te llame por tu propio nombre."

Alguien, a guisa de chiste, apunta en las últimas filas: ¡Las cosas del Padre! ¿Y quién es capaz de rebatir sus argumentos?

Profunda confesión de un Congregante "moroso". Algún día hubimos de admitir todos que contra estos ejemplos de los "peques" y ante el suyo propio —tallado con tanto celo— forzoso era bajar la cabeza una y mil veces, ya que otros tantos "remaches" hubieron de sustentar el pilar de su obra.

* * *

Han pasado otros dos años.

La edad, la dolencia y el trabajo van rindiendo a su gastado organismo, mas su espíritu es indomable.

Siempre alerta en su despacho, pasa y recuenta las asistencias anotadas en el Libro-registro.

Un día y otro rasguea las cartas, ora a mano y otras veces en su histórica máquina de escribir.

Ahora tengo presente una de ellas, así concebida:

"Querido G.: Así, ¿de qué te ha de servir la Congregación? Sólo has venido tres mañanas y seis noches al mes. Eso no es ser listo y aprovecharse de lo que tantos tan bien se aprovechan."

¡Uno de tantos avisos! Muestra palpable de su constancia. Lección evidente y adecuada a la fragilidad juvenil.

* * *

Noviembre de 1946. Bodas de Oro del Padre.

Me sitúo en la puerta de la Residencia para recoger las tarjetas de los asistentes al acto. Una, dos, tantas caras conocidas de Congregantes antiguos.

Al comenzar el Evangelio llegan a mis oídos estrofas de gratos recuerdos: "Oh! Virgen hermosa—Dulce Madre mía". Siento que en un instante ha tornado mi mente al año 1932. Entreabro la puerta y repito anhelante: "No olvide tu amor jamás. ¡Jamás!"

En aquel momento comprendí que la obra del P. Basterra no ha concluído. Que mientras viva el último de sus Congregantes una y mil veces se repetirán estas plegarias como entonces, con el recuerdo de pasados años, con el afán de la niñez en que aprendimos a gustar de las cosas santas...

Víctor M.ª Arana Gondra
Antiguo Congregante



Universidad de Deusto
Biblioteca

El Angel de nuestra aurora

Se llamaba el P. Angel. ¿Fué nombre inspirado por Dios? Quizá como el nombre del Bautista, como el nombre de Cefas, como el nombre de Jesús... Cefas sería la Piedra, Jesus sería el Salvador, nuestro Padre, sería el Angel de nuestra juventud.

¡Cuántos somos hoy los antiguos "corderotes", que, al hacer la revisión de nuestro pasado, entre tantos y tantos nombres oscuros y turbios que cruzaron la circunstancia de nuestra vida, tropezamos con unos cuantos nombres blancos: el de nuestro padre, el de nuestra madre, unos pocos más..., y siempre uno muy blanco, muy blanco, sobre el que se posan las suaves lágrimas de nuestro agradecimiento; el de nuestro ángel visible de la guarda, el de nuestro Padre Angel Basterra!

Ser ángel de la juventud; apostarse en la primera encrucijada de la vida, en donde la inconsciencia infantil puede jugarse la alegría y la tristeza eternas e irreparables. Allí estaba nuestro Padre, cerrando con mano enérgica los senderos de flores, y señalándonos siempre el otro sendero, el que nos haría hombres de Cristo, a través del esfuerzo de nuestra voluntad contra el capricho.

Angel de la mañana de nuestra vida; cuando la luz de las cosas es demasiado intensa para no hechizarnos, y cuando apenas se vislumbra la sombra negra de las cosas. Fué ángel, pero no un ángel absurdo de color de rosa y trenzas doradas como los de las estampas de colores. Jesucristo no nos dió una doctrina de color de rosa, sino que trajo la guerra y el incendio; y el Padre, era el ángel de Jesucristo.

Como San Juan para sus discípulos, también tenía para nosotros el Padre una frase con la que nos ametrallaba sin cesar: "Fastidiate! ¡Hay que fastidiarse!"

Angel de batalla y fuego, fué la beligerancia constante e infatigable que barría de enemigos las fronteras siempre abiertas de nuestras almas infantiles.

Fué el ángel de Cristo, y, como Cristo, atrajo hacia sí los niños para entregarlos un día a El ya hechos hombres. Como Cristo fué luz, camino, verdad y vida, en los momentos en que se abren nuestros ojos, toman rumbo nuestros pasos, y nuestro entendimiento y nuestro ser se vuelcan sobre las cosas.

Nosotros éramos la aurora y él era ya el crepúsculo. El sabía mucho de los diversos senderos de la vida; y nos acompañó en los primeros pasos. Cogidos de la mano el anciano y los niños, por aquellos caminos lejanos que él sabía muy bien que llevaban a Cristo.

No sabemos cómo será el ángel de nuestra guarda; pero yo no sé por qué, nunca me lo figuro de color de rosa ni asomando detrás de una nube, como en las estampas de colores; yo no sé por qué, me acuerdo sin querer del P. Angel Basterra.

Pedro M.ª Iraolagoitia, S. J.

La "Congre" peregrina

Señala este período (1931-1936) una sucesión de momentos en que la Congregación, desplazada de su centro natural, hubo de peregrinar con el Padre por distintos lugares, allí donde la "libertad religiosa" de la República, nos "permitía": el Patronato, una lonja en la calle del Maestro García Rivero, el "Gimnasium" de Marqués del Puerto.

Para quienes entonces éramos Congregantes, hay en estos nombres un vivero de recuerdos.

* * *

¡Año 1931...! No es de fácil olvido. Muchachos entonces, vimos cómo se descolgaban uno a uno de los confesonarios de la Residencia los carteles que decían los nombres de los Padres. ¡Que Dios perdone a los que cometieron aquel sacrílego desahucio que lanzó a los Padres de la Residencia, y a nosotros, los pollueles más queridos de la Compañía, de nuestro hogar, que lo fué la "Congre de la Calle de la Paz".

No era esa Casa coquetona que ahora tenéis y estáis disfrutando los Congregantes actuales, donde conocéis comodidades y servicios que nosotros no tuvimos, sino aquella otra, más modesta, pero suficientemente grande y confortable que sucedió a "la otra", la de la Calle de Ayala, institución y lugar venerandos al recuerdo, cuna de la Congregación, que está pidiendo para la historia de la Congregación y del Padre —siempre unidos— una pluma bien cortada y una memoria feliz.

Dejamos nuestra Casa, porque nos echaron de ella, en honor a la "libertad religiosa y de enseñanza". ¡Cuánto debió lacerar esto al corazón del Padre, no es para dicho, ni para escrito! De aquel "desahucio", sólo se salvaron los "bancos" de la "Congre", y poco más. Esos bancos que fueron siempre con nosotros en el carro ambulante de la Congregación Peregrina durante el lustro que vengo recordando; los mismos que hoy (quince años más tarde), tenéis los Gongregantes de ahora en algún rincón de vuestra "Congre", que fué y que es la nuestra.

* * *

El Patronato, local de la Calle de Iturribide, fué el primer local de "refugio". Al Padre, el Patronato le decía muchas cosas, especialmente de los días aquellos en que, seglar, se entregó a la enseñanza de los muchachos pobres y vagabundos de Bilbao, vendedores de periódicos algunos, donde enseñó el Catecismo, a leer y contar a muchos, y entre otros, tal vez también —¡quién lo dijera!—, a quien después iba a ser conocido político, socialista por más señas, bilbaino por adopción, aunque asturiano de nacimiento, luego director de periódico, factor con otros de la Constitución del año 1931, en honor y cumplimiento de cuyo artículo 26 se consumaba aquel incalificable atropello... ¡Que también Dios se lo perdone!

En el Patronato y con aquellos pobres muchachos de hace medio siglo largo, sintió el Padre la vocación que luego le trajo a nosotros.

* * *

La estancia fué breve. El ingenio del Padre dió con una lonja en la calle del Maestro García Rivero, donde tuvimos, y también de paso, nuestra estancia propia. Los "bancos" fueron de nuevo allí a dar con sus "huesos", al par que se improvisaba un teatrito, se hacían unas decoraciones, por cierto fragilísimas, y se sentaban las bases de aquel teatro de Guiñol portátil, fórmula de distracción para los Congregantes y para los niños de nuestros Catecismos, muy a tono con aquella nuestra vida trashumante y casi aventurera...

No faltaba, y con igual fervor y asistencia la vida íntima de la Congregación, con su Misa diaria y Comunión, que nunca se interrumpió, y la diaria plática, dirigida entonces por quien fué antiguo Congregante, D. Eugenio Beitia, hoy lustre de la Diócesis, siempre tan documentada y efusiva.

* * *

En poco tiempo nuestro acomodo se hizo mejor. Fué el "Gimnasium" los locales que tuvimos en la calle del Marqués del Puerto, número 1, cedidos generosamente por D. José María Olabarría a los Congregantes.

El "Gimnasium" fué una "creación" de vuestro Padre actual que se parecía bastante a la Congregación de hoy; bien aprovechados todos los espacios, no había en el local lugar de desperdicio, y tenía lo que nunca tuvo la Congregación: capilla, dispuesta por modo semejante a la que ahora tenéis, si bien mucho más modesta, y que valía tanto para las reuniones generales cuando el salón se llenaba de Congregantes, como para capilla "íntima", cerrada con el recinto de su breve espacio.

Todo aquello fué cuidado por el Padre con singular esmero, en este punto en el que toda diligencia le pareció pequeña: el tapizado de las paredes de madera, el Vía Crucis, el altar, el sagrario, sólido pero giratorio, aquella placa del Sagrado Corazón con la mano y el corazón en relieve, saltando del Sagrario, donde se hallaba adosada.

Allí rezó el Padre, solo, muchas horas, cuando en las tardes y los días de labor, la Congregación, sola o casi sola, esperaba a los Congregantes que salieran de los Colegios. El Padre se sentía en aquellos estrechos locales, más feliz que en los días en que tenía a mano los más amplios y acomodados de la Calle de la Paz. Vivía trabajando en su despacho a la sombra del Sagrario.

Quizá estos días fueron los mejores de la Congregación: su "siglo de oro". El Padre se crecía ante las dificultades y se multiplicaba. Nosotros le sentíamos con más años, pero más joven. Nuestras iniciativas, algunas audaces, le parecían realizables. Las reuniones del salón, con aquel teatro de tablado ascendente y descendente se multiplicaban con facilidad y hasta con perfección; los Catecismos seguían una vida más próspera que nunca y los Congregantes más despiertos tomaban parte en Círculos de Estudios y Academias y funciones literarias, preparándose para el día de mañana.

* * *

Y en fin, por septiembre de 1935, nos devolvieron la "Congre". De nuevo nos acomodamos en nuestro Centro, para proseguir la vida pujante que la Congregación había adquirido en aquel "período de catacumbas".

Y así vivíamos cuando estalló la guerra. Vino el segundo desahucio. Nuestra "Congre" tuvo la fortuna de hacerse Hospital y esta dedicación providencial fué motivo de que aún exista y de que vosotros, Congregantes actuales, podáis gozarla, más cómoda y confortable. Hacedla, siquiera, tan "íntima" como nosotros la tuvimos en aquel "Gimnasium" de la Calle de Marqués del Puerto de los años 1932 a 1935: La época de "Luz en las Tinieblas".

* * *

El Padre en la guerra hizo cuanto pudo y más de lo que pudo. No le entonaba el traje de paisano, ni aquella boina; pero sí el espíritu de caridad, que conservó ardiente para remediar tantas calamidades en aquella vida errante y escondida, de perseguido más bien, que hubo de vivir en los ocho meses que mediaron hasta la liberación de Bilbao.

¿Y después? La historia es cosa de vuestros días. De nuevo a su Congregación de la Calle de la Paz, y luego, Loyola...

¡Que nuestros hijos, querido Padre, te bendigan, como nosotros te bendecimos! y que te lleven como te llevamos en el recuerdo. ¡Eternamente...!

José M.ª Espinosa del Río
Antiguo Congregante

¡Antiguo Congregante!

Subscríbete a «FLORES Y FRUTOS»

¡Es tu revista!

10 Ptas. al año

Cuota de Congregante Protector: de 25 Ptas. en adelante.

¿Te acuerdas?

Para los antiguos

Cuando aquel día ingresaste en la Congregación, conducido quizá por un buen Congregante de tu Colegio, ni siquiera discurrió por tu imaginación, que alguna vez, ibas a llegar a ser nada menos que un antiguo. Tu sonrisa infantil e ingenua, tus travesuras, tu delicado cutis, se han tornado ahora en seriedad (con barba y todo) de un buen padre de familia, o cuando menos en la de un joven hecho y derecho, capaz de llamar ¡chavales...! y con razón, a los que hoy son lo que tú fuiste en un pasado aún no lejano.

Pues bien, amigo. Ya eres antiguo. Pasaron para ti los tiempos felices e inolvidables de la "Congre", en los que aquel P. Basterra, tan serio por una parte, pero tan padre por otra, iba "remachando" los consejos en tu alma, por el procedimiento tan sencillo del rollo diario y a mansalva.

Pero... no creas que voy a repetirte uno de tantos; en primer lugar, porque creo que no tengo autoridad para ello, y en segundo porque creerías que estoy haciendo propaganda de algo, que tú bien sabes, no necesita reclamos. No... Unicamente te voy a recordar algunas cosas de entonces, con el único deseo de que vivas por unos momentos los tiempos de tu juventud o los de tu niñez.

He sido Congregante hasta hace poco, pero a pesar de todo, puedo presumir de la autoridad que dan 16 años vividos en la "Congre". He conocido, pues, el Gimnasium de M. del Puerto. ¿Te acuerdas? Nos quitaron los salones de la Paz y fuimos a caer allí con todo el equipo.

Te acordarás que era un local bastante amplio, pero no lo suficiente para desarrollar todas las energías que un chico almacena en su interior. Así se explica el que un día, jugando a "la tiente", el menor de los Sodupe fué a dar con la cabeza en uno de los cristales de la entrada, que ¡claro!, quedó hecho trizas. Menos mal, que si en lugar de ser Sodupe es por casualidad Durañona, se lleva por delante hasta el tabique.

También me acuerdo de una famosa partida de dominó, entre los eternos "doministas" Durañona II, León, etc., nada menos que a ¡mil tantos! Ya salieron de la Congregación, que si no, aún están los pobrecitos sobre las fichas, y lo que es peor, nos habrían destrozado todas las mesas, en el afán de mostrar ruidosamente, que sólo ellos tenían el seis doble y que no era tan fácil ahorcárselo.

De ningún modo puedo pasar por alto la representación a todo lujo del Coro de Doctores de la famosa obra "El Rey que rabió", con acompañamiento de escobas, escobones, estacas y demás "instrumentos", hábilmente dirigidos por el sin par "Manazas", que hacía de rey con el mismo salero que yo haría de Emperador del Japón. Ni me voy a olvidar de la realidad de aquellos maullidos de gato que salían de detrás de un telón, en el que se proyectaba una película de "cine sonoro" y que provenían nada menos que de todo un Azcúnaga, verdadero especialista en imitar los ruidos de los animales. Sin embargo, el que mejor hacía la cucaracha, era el inmenso Aquilino, que se pasaba todo el día por el suelo, en compañía de todos sus secuaces jugadores del "escondite".

¿Y qué me decís del escenario camuflable? A decir verdad (y que me perdone D. Rafael Fontán), no he visto mayor ingenio que el que se necesita para construir semejante obra. Como por arte de magia, hajaban de la pared unas tablas mal unidas que, apoyadas en las mesas de Pin-Pong (las mismas que hasta hace unos días han estado funcionando en la Congregación) nos presentaban el mejor escenario que cerebro humano pudo concebir. En él pude presenciar una magistral interpretación de la "nunca vista" obra "El Soldado de San Marcial", por el eterno intérprete J. L. Serrano. También me sirvió para comprobar la caradura que tenía Aguirreche al sustituir a un actor enfermo, en un importante papel del que no tenía ni idea. Así salió ello. Y a Durañona hablando por el auténtico cuerno, del que se asustaría hasta el propio "Manolete", pero que al impertérrito gordo le tenía sin cuidado.

En mi memoria retengo el inmenso Teatro Guiñol, con sus insuperables intérpretes Espinosa, Gil y compañía que me hicieron sobrecoger de terror ante las tremebundas aventuras de los "Ladrones del pozo seco" y del inefable "Tío Pichorro".

Ahora me acuerdo de todo ello, como de algo pasado en la época inocente de mi niñez. Pero hoy, al celebrar nuestra segunda reunión de antiguos Congregantes, quisiera que para

mi y para vosotros, estos recuerdos fueran algo más que recuerdos. Quisiera que vivieseis, por un momento siquiera, aquellos felices tiempos de nuestra "Congre".

El día de mañana —nos decía el Padre— os va a hacer mucha falta todo este bagaje de energías que estáis adquiriendo con la Misa y Comunión diarias.

¿Verdad que estáis convencido de que aquellas palabras eran para algo más que para ser simplemente oídas, y que te han servido de mucho para lograr este porvenir que ahora disfrutas alegremente? Bien sabes tú que sí. Por eso te digo que, aunque eres antiguo, vuelvas este día a ser Congregante como entonces, o cuando menos, recuerda aquella bendita "Congre" que un día se cruzó en el camino de tu vida, para hacer de ti lo que tantas veces te repitió el Padre:

Cristiano de veras, cristiano de verdad.
Sigue siendo Congregante.

José María Antoñana, Congr.

El cine visto por "sus" Congregantes

Recuerdo aún como si fuera hoy el horror que nuestro buen Padre nos había hecho concebir por el "cine".

A los que sabíamos frecuentaban ocultamente el "cine" les teníamos una especie de conmiseración muy parecida a la que se debe sentir por un hombre condenado al infierno, y por nada del mundo hubiéramos consentido, ni aun con nuestros padres, en ir al malhadado Olimpia.

A ello contribuían los "concursos" invención suya, según creo, y que nos obligaban a discurrir sobre un cuestionario muy bien elegido al que habíamos de responder por escrito.

Uno de estos concursos consistió en caracterizar gráficamente con un dibujo la malicia y el peligro del "cine".

En mi casa se celebró consejo de familia y en la elección del motivo intervinieron todos los que componían la mía, presididos por mi padre, que como más diestro en el arte había accedido a suplir nuestra poca pericia en el dibujo.

En la colección de la simpática revistilla Flores y Frutos, donde se reprodujeron los mejores, se puede aún admirar el que presentó mi hermano: un joven que corre al abismo persiguiendo ciego una mariposa.

En el premiado en primer lugar se veían a los demonios azuzando en la sala del "cine" las pasiones de los espectadores y después cómo salían éstos con la venda de la inocencia hecha jirones.

¿Que no siempre se conseguía el mantener alejados del "cine" a los Congregantes? Es verdad, pero en muchísimos casos sí se conseguía y acaso más de uno de los que hoy día somos religiosos o sacerdotes no hubiéramos visto brotar en nuestras almas la semilla de la vocación sin este exquisito cuidado de nuestro Padre.

Sebastián Mantilla, S. I.
Antiguo Congregante

¡Antiguo Congregante!

En el aniversario de la muerte de nuestro Padre.

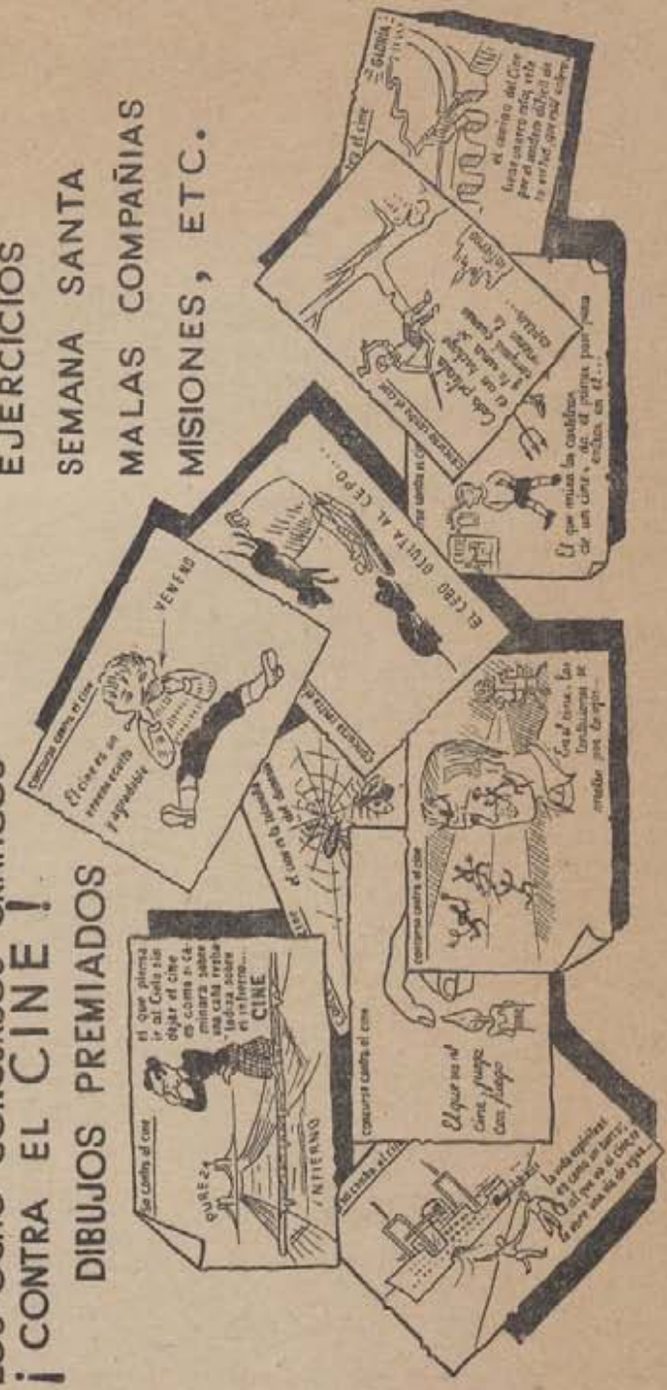
No faltes a la segunda reunión de sus Antiguos Congregantes el domingo, día 22, a las ocho y media de la mañana, en la iglesia de la Residencia.

CONCURSOS EDUCATIVOS

HAN DESTACADO SE HAN TENIDO SOBRE

LOS OCHO CONCURSOS GRAFICOS
¡CONTRA EL CINE!
DIBUJOS PREMIADOS

EJERCICIOS
SEMANA SANTA
MALAS COMPAÑIAS
MISIONES, ETC.



Anecdotario del P. Basterra

Universidad de Deusto
Biblioteca

En la dispersión de la Compañía. Abril de 1932. El Padre va al Gobierno Civil para sacar su pasaporte. Yo sólo le acompaño. A "respetuosa" distancia. Adela, con un voluminoso envoltorio.

De repente, el Padre se para, hace una seña a Adela y entramos en un portal. Se quita el manteo y la teja, se recoge la sotana metiendo los pliegues entre la faja. Aparecen unos pantalones "tubos" del siglo XV. Adela desenvuelve el envoltorio; saca una gabardina, que el Padre se pone. Una bufanda negra para cubrir el alzacuello (¡hacía un calor respetable!) y un sombrero hongo, negro, de munición, contemporáneo de los pantalones "tubos".

Con este disfraz perfecto, salimos de nuevo a la calle; la mutación se hizo en tres minutos y medio. A "respetuosa" distancia, Adela con el manteo y teja del Padre.

—Adiós, Padre Basterra, le saluda reverente una mujeruca.

—Adiós, contesta impertérrito el Padre, olvidado ya de su disfraz.

En el Gobierno Civil: Pasaporte para toda Europa, excepto Rusia. Datos, huellas dactilares, y esperar la firma del Gobernador.

De nuevo en la calle. Nos acercamos al portal estratégico. Seña a Adela. El Padre se "arranca" las prendas de medio-paisano. Se baja la sotana arrugada; manteo y teja.

—¡Ya está, perfectamente! ¿Ves qué fácil? —me comenta risueño y feliz.

A "respetuosa" distancia, Adela portando un envoltorio voluminoso y con cara de no haber roto nunca un plato.

Marzo del 32. En días de la dispersión.

Tenía yo 15 años. En aquel tiempo me dió por presumir "un poco": traje impecable, peinado brillante, guantes... en fin, todo "un gentleman".

El Padre: —Oye, ahí está una camioneta con las decoraciones que hay que llevar al Patronato. Móntate detrás y las bajas allí.

Camioneta descubierta: un cacharro. Mucho polvo y suciedad. Decoraciones enrolladas y bastidores armados. Las doce y media del mediodía. Atravesamos toda la Gran Vía. Y yo con mi traje impecable, peinado brillante y... guantes. ¡Todo un cuadro!

* * *

Abril del 32. En el Patronato. Las ocho y media de la noche. Representábamos la "novísima" comedia "Parada y fonda".

El comisionista catalán: —¿Cómo? ¿Que no tiene usted reloj? ¡La Mare de Deu! Precisamente tengo yo en mi maleta los mejores relojes que...

El Padre, interrumpiéndole: —No hacen falta. También yo tengo reloj, aunque no es muy bueno, y me dice que ya es muy tarde. Así que, chicos, un aplauso, porque lo están haciendo muy bien, y lo dejamos para otro día. Mutación.

* * *

El Padre habla en el salón. Miradas tensas de los oyentes. En los bancos de "los mayores" alguien habla *sotto voce*. El Padre le interrumpe:

—Oye, nene, a ti te digo, a ti, el que estás hablando, no te escondas ahora, hombre. Mira que te llamo por tu nombre, ¿eh?, Gonzalez, que te llamo por tu nombre.

Todos atienden otra vez.

Se abre la puerta de entrada, al fondo del salón; algunas cabezas inquietas, inconscientes, se vuelven a mirar.

El Padre: —¡Bien, muy bien! ¡Qué monos! ¡Así me gusta! Vuélvete a mirar, eso es, vuélvete, hombre, que así te educas, así te vences. ¡Qué gusto! Volveos a mirar todos, que así saldréis muy buenos Congregantes.

* * *

Tenía yo 15 años. Entro en el despacho del Padre, besándole la mano: —Buenas tardes, Padre. ¿Hay algo que hacer?

—Hola, corderote; sí, hombre, has llegado muy a tiempo. Espera un poco, que voy a terminar estas cartas, y me las repartes.

Pasa media hora larga. Tengo que repartir diez cartas, de aquella letra casi indescifrable, pero escrita ¡con un cariño de padre!

Las direcciones son: Calle Iturribide, n.° 2, 5.° piso. Sendeja, 10, 4.° piso. Las Calzadas, Rodriguez Arias, 4, 5.° Iralabarri, etc., etc.

Y mientras me da las cartas, comenta el Padre, como aconsejándome:

—A ti te conviene hacer ejercicio. Si quieres buscar algún otro que te acompañe... ¡ah! Y si te parece, también puedes ir en tranvía.

* * *

Otro día, dándome una carta:

—Mira, a ver si me encuentras a este señor: Creo que se llama Lucinio Gutiérrez, fué marino y vive en la calle Iparraguirre, no sé más. A ver si le encuentras.

¡Y como la calle Iparraguirre es muy ancha! ¡Pues no hubo más remedio que encontrarle!

E. M.ª de L., Congr.

El Padre en Loyola

Los trabajos por su querida Congregación habían consumido todas sus fuerzas, hasta no poder tenerse en pie y necesitar del recurso de un carrito, donde sentado se dirigía a su "Congre".

En la enfermería del Noviciado de Loyola pasó cerca de cuatro años, desde el 27 de julio de 1943 hasta su tránsito de este mundo. Vivió en Loyola siendo la edificación de todos por su conformidad sencilla, natural, sin creer que hacía algo de particular, sino contento y gozoso como cuando lleno de vigor, escalaba los montes en las excursiones para recrear a sus kostkas.

Hasta febrero de 1945 se valió él solo de su carrito. Entonces se rompió en una caída el fémur izquierdo y tuvo que sujetarse a la inmobilidad de una larga estancia en la cama; luego, aun cuando pudo dejar el lecho, hubo de ser ayudado para todo y su única variante fué que le llevaran de la cama al sillón de su mesa y de ésta de nuevo a la cama. Pero seguía siendo el mismo... únicamente tenía ocasión de mostrarse agradecido a los continuos servicios que se le hacían.

Antes de la caída celebraba el Santo Sacrificio de pie, con trabajo, aunque tenía permiso de la Santa Sede para celebrar sentado; pero jamás dejaba el consuelo de ofrecer a Jesucristo sacrificado. Después de caerse hubo de necesitar ayuda para vestirse, para sentarse en el carrito... pero aun sentado continuó celebrando. Las únicas excepciones que hubo fueron las que su larga y aguda diabetes le impidieron abandonar su lecho... y fueron muy pocas.

Otro de sus ardientes deseos era seguir a la Comunidad en el refectorio de la enfermería. No quería que le sirviesen en su aposento. Le atraía la presencia de sus hermanos en religión... la lectura del comedor... la conversación con ellos. Y por su pie, despacito, arrastrando sus pies al principio y luego en el carro... había que llevarle al comedor de la enfermería. Por eso era una penitencia que a las noches le hicieran acostarse antes y le sirvieran la cena en la cama. Pero jamás protestó, ni insistió. Era obediente al H. Enfermero con el mismo espíritu de fe que a sus superiores, mirando en el hombre a Cristo por quien se obedece.

Por este amor a la Compañía, es decir, amor a la Compañía concreta, a sus hermanos, eran sus delicias que dos novicios fueran en los recreos extraordinarios a su aposento, y con ellos, con su conversación y trato, estaba satisfecha y contenta su alma candorosa y sencilla.

Todos los días iba también por la tarde un novicio para hacerle la lectura espiritual. Este solía ser, por regla general, un novicio que hubiera sido Congregante "suyo".

Escribir cartas, numerosas, con letra de día en día más ilegible, leer, leer sólo libros piadosos y rezar rosarios y más rosarios, he ahí su ocupación de cuatro años.

No pidió un libro que no fuera para alimentar su piedad. Sólo de piedad y de éstos pocos, pero sólidos. El más constante fué el príncipe de los escritores marianos, San Alfonso María de Ligorio, en "Las Glorias de María", y también el Kempis y el Beato Avila fueron sus compañeros. Esto leyó hasta que no pudo leer o hasta que no pudo escuchar la lectura.

Muy reconocido a los servicios que se le hacían y a las visitas que recibía, daba las gracias con verdadero sentimiento.

La paciencia fué cosa en él connatural. Al principio, acostumbrado a mandar en su Congregación y a sus Congregantes, y sobre todo acuciado por la diabetes, le costaba algo someterse a las órdenes del enfermero, pero se sometía y sin la menor protesta o señal de contrariedad. Cuando en la enfermería había algún postre de azúcar los compañeros le tentaban... El Padre miraba al enfermero y si le permitía tomar un poco, lo tomaba; de lo contrario, ni un bocadito. Y en esto fué, dice el H. Enfermero: *obediente, dócil y austero, muy austero.*

En su larga enfermedad o por mejor decir lento decaimiento psíquico y somático, fué de una *edificación* muy poco vulgar.

Su *resignación* era extraordinaria. Mejor dicho, el P. Angel no se resignaba, que eso indica soportar, sobrellevar un mal; el Padre lo quería, lo amaba... se plegaba a la voluntad de Dios, quería lo que Dios quería. Su postración progresiva no era menos estimada y querida por él que su fortaleza.

Desde la ventana de su habitación miraba el poético y silencioso cementerio... su próximo aposento, como él lo llamaba, con nostalgias de patria anhelada.

Vivía con fe y *esperanza sin dudas*, como quien ve, como quien palpa, como quien siente a Dios Padre, con piedad de hijo que considera que Dios está cercano... muy cercano... pero oculto y es preciso que se le descubra.

Este sencillo plegarse a la voluntad divina, esta esperanza cierta, eran debidos a su *profunda humildad*. Esto rezumó el P. Basterra en la enfermería de Loyola, como la había sentido en su vida toda.

Todos eran superiores para él; todos tenían muy buenas cualidades... a todos animaba a que sirvieran a Dios con las cualidades que en ellos veía y... "que a mí no me ha dado".



La última plática del Padre a los Congregantes que fueron a Loyola a Ejercicios en el verano de 1945.

Esa su humildad se manifestaba también en su instintiva repugnancia a todo lo que significara *bamballa*.

El no servía para otra cosa... que para lo que había hecho. Lo más sencillo, lo más inútil, "¡no servía para otra cosa!". He ahí su hermosa obra de la Congregación, descrita por él mismo: "Como no servía para más, me he limitado a estar sentado... recibir chiquillos... y así creo que he evitado muchos pecados... y los he dispuesto para servir a Dios". Nada más que esto decía el P. Basterra de sus 33 años de paciencia de Job, de caridad entrañable, aun material (cuántas familias saben de la caridad del P. Basterra), y sobre todo de caridad a las almas de sus Congregantes. ¡Feliz el P. Angelito, que después de tal trabajo y fruto dice con toda sencillez y sinceridad: "¡no servía para otro cosa!"

De su humildad nació siempre aquel pedir consejo y ayuda a cualquiera que topaba en su camino de apostolado. ¡Y sinceramente seguía el consejo y lo ponía en práctica!

Esa su humildad le hacía ser sinceramente *agradecido* y *delicado*. Agradecido a cualquier servicio, visita que se le hiciera, a cualquier atención que con él se tuviera. ¡Humilde, le parecía que era indebida a él! "Mira qué bien me cuidan, decía a sus visitantes. ¿Tú crees que a un rico le cuidarían por ahí como a mí me cuidan en la Compañía?"

Era *alma delicada* que comprendía las delicadezas. "Vengo, Padre, de la huerta; he rezado ante la estatua de San José P. D. P. (pro dono perseverantiae) un Pater por mi perseverancia y otro por la familia Basterra, que regaló la estatua". El P. Basterra se emocionaba y con emoción manifestaba su agradecimiento. —"Esta flor, es la mejor que he encontrado, se la traigo; ya que usted no puede bajar a la huerta, que algo de la huerta venga a usted". El Padre ponderaba el color, la fragancia y hacía colocarla en la mesa, a su vista, junto a su Crucifijo.

Tenía serenidad completa ante la idea de la muerte cierta, próxima. Miraba al cementerio desde su ventana con frecuencia y alegría. Ponderaba la gran Cruz de piedra que lo cobija, bajo cuyos brazos redentores espera su cuerpo la resurrección.

Era de criterio religiosamente muy sólido en el aprecio de personas y obras.

Otra característica del P. Basterra era su intenso cariño a su familia... a los suyos, de quienes había recibido largos beneficios e intenso cariño; también a sus Congregantes, a sus "corderos", en quienes había puesto su alma; pero cariño muy ordenado, desprendido, sobrenaturalizado ante el Crucifijo, por quien los amaba.

Era desprendido en sumo grado. Todo lo suyo estaba a disposición de cualquiera, como antes en Bilbao, siempre dispuesto a patrocinar eficazmente cualquier obra de la gloria de Dios y a ayudar a todos, sin sentir la envidia que tantas empresas apostólicas corroe.

Así vivía en Loyola. Al fin fué perdiendo su energía psíquica con la energía corporal... y llegó a no darse cuenta del tiempo y hora en que vivía...

Ocho o diez días antes de morir volvió a fracturarse la cabeza del otro fémur. Ya no se levantó más.

Le sobrevino un coma diabético... la uremia; y con la uremia, semiinconsciente, recibió el Santo Viático y la Extremaunción a las cinco de la tarde del 6 de febrero. A las cinco de la mañana del día siguiente descansaba en el Señor.

Cuando en Bilbao se supo su muerte, un padre de familia mandó este telegrama: "¡Enhorabuena! Tenemos un santo más".

En el centro de una de las sacristías de la Basílica de Loyola se pusieron sus restos mortales. Su rostro reflejaba con placidez la paz de los justos. Llenos de emoción besamos por última vez su mano derecha, queriendo imprimir en ella el cariño filial de tantos miles de niños y jóvenes Congregantes suyos.

Sobre sus ornamentos sacerdotales, colgando del cuello, pusimos su querida medalla de Congregante, y la bandera de la Congregación velaba el sueño tranquilo del Padre.

Rezamos un rosario, dos... no acertábamos a separarnos de él, mientras saboreábamos el dulce recuerdo del que fué en Bilbao durante 33 años las manos visibles de la Virgen que tantos cuidados prodigaron a nuestra juventud y en cuyo corazón prendió una chispa de la paternidad divina.

Por eso le llamábamos "El Padre".

Luis Latasa, S. I.

La vida, si no es para servir a Jesucristo, ¿para qué sirve?

Máxima del P. Angel Basterra
y norma de su vida.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Algunas máximas del Padre

"Remaches" garantizados

"Sufrir sin hacer sufrir"
Así educaba a sus Congregantes en el sufrir cristiano, resignado y aun alegre.

"Jesús te espera, ya sabes dónde"
Así nos animaba a visitar al Amigo prisionero del Sagrario.

"Temo a Dios y no a los hombres. No me importa lo que digan de mí"
Así nos enseñaba a pisotear el respeto humano.

"¡Eso! ¡No!"
Con esta interjección nos hacía reaccionar valientemente contra cualquier insinuación al pecado.

"La gran mentira es decir: Estoy solo"
Para inculcarnos la constante y escrutadora presencia de Dios

"El que quiere salirse siempre con la suya, demuestra poca educación y poco talento"
Así nos acostumbraba a ser flexibles y educados.

"Tengo el motor dentro"
De este modo nos autoeducaba impulsándonos a obrar por motivos sobrenaturales internos, y no por agentes coactivos externos.

"La Madre de Dios es mi Madre; en Ella confío"
Con esta máxima, divulgada en la Inmaculada de Murillo por toda España, educó en el amor a la Virgen a centenares de miles de jóvenes.

"Tu Padre es Dios, tu Madre la Virgen, tus hermanos los santos. ¿Vives como hijo de tal Familia?"
Así levantaba y ennoblecía nuestros pensamientos.

"Nadie te ama más que Jesús, que por tí nació en un portal, trabajó en un taller y murió en una cruz"
Así nos animaba a amar a Jesucristo.

"Si leo malos libros o revistas, si voy a malas diversiones o paseos, a la larga me divertiré menos y tendré que arrepentirme"
Así cerraba los caminos de perdición a los primeros pasos peligrosos de nuestra juventud.

ANUNCIE USTED EN

"Flores y Frutos"

Revista Nacional de las Congregaciones Marianas Menores de España.

DURANTE UN MES

verán su anuncio las familias de miles de Congregantes actuales y las innumerables familias de Bilbao cuyos hijos han pasado por esta Congregación.

DURANTE UN MES

permanecerá su anuncio en la sala de espera de muchos

ABOGADOS,
MEDICOS,
FARMACEUTICOS,
INGENIEROS,
INDUSTRIALES,
COMERCIANTES,
PROPIETARIOS,

Asimismo verán su anuncio fuera de Bilbao, los muchísimos jóvenes y caballeros que frecuentan los locales de las Congregaciones Marianas.

TIRADA MENSUAL: 3.000 EJEMPLARES.

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS, AL DORSO.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Los gastos ordinarios de la Congregación son: 60.000 Ptas.

Ingresos ordinarios: por cuotas de Congregantes . . 30.000 Ptas.
Por cuotas de Protectores. . . 15.000 » 45.000 »

Hemos de cubrir un déficit anual de . . . . . 15.000 Ptas.

Gastamos:

en personal	21.000 Ptas.
en limpieza de locales	6.500 »
en material de oficinas	2.500 »
en impresos	3.500 »
en biblioteca	1.500 »
en gastos generales	9.000 »
en representaciones teatrales	1.000 »
en juegos	2.500 »
en conservación de locales	2.000 »
en la revista local	7.000 »
en obras de caridad	4.000 »
TOTAL	60.000 Ptas.

¿No quieres ayudarnos?

Un anuncio como este de 2/5 de página en un número, 210 Ptas.; en varios, 200 Ptas. cada uno

Un anuncio de 1/5 de página, apaisado como este o cuadrado como el de abajo, en un número, 110 Ptas.; en varios, números, 100 Ptas. cada uno.

AGUIRENA, S. A.
AGUIRRE, 9 - BILBAO

Maquinaria y Material eléctrico.
Motores y transformadores eléctricos, marca "ELSA"
Conductores, aislamientos, etc.
Máquinas, herramientas.

Representantes en España de las casas inglesas
JONAS & COLVER, (Novo) LTD.
ACEROS ESPECIALES NOVO
RANSOME & MARLES BEARING, Co. LTD.
RODAMIENTOS

Un anuncio como este de 1/10 de página: en un número, 60 pesetas; en varios, 55 pesetas cada uno.

REUNION DE ANTIGUOS CONGREGANTES

el próximo domingo, día 22, a las ocho y media de la mañana en la Residencia.
Por la tarde, a las 7, velada para los antiguos.

Un anuncio de plana entera en un número, 525 Ptas.; en varios, 500 Ptas. cada uno



Horas antes del gran viaje repetía el Padre la máxima que tanto él había inculcado: «La Madre de Dios es mi Madre, en Ella confío».



Beati mortui qui in Domino moriuntur.

Universidad de Deusto
Biblioteca



Un Congregante con la bandera de la Congregación, vela los restos del queridísimo Padre.



Las últimas preces... el último adios...

Universidad de Deusto
Biblioteca

FLORES y FRUTOS

DE LA CONGREGACION DE LA INMACULADA Y S. ESTANISLAO DE KOSTKA

A nuestro amado Padre y Pastor en testimonio de filial sumisión y veneración.

El Excmo. Sr. Dr. D. Casimiro Morcillo González



de
m-
a 8

bre

2(05)
F 67
D Biblioteca Universitaria de Deusto

Núm. 48

Un milagro de la Virgen de Begoña el año 1737

(Del libro sobre Ntra. Sra. de Begoña del Congregante de Mérito, Dr. D. Andrés E. de Mañaricúa.)

El 31 de Octubre llovió copiosamente hasta la tarde. A las 11 de la noche el cielo estaba estrellado; pero de nuevo comenzó a diluviar a las 3 de la mañana de tal manera que según el secretario del señorío, no se podía salir de casa ni tan siquiera para celebrar un bautizo anunciado.

Túvose solemne rogativa en Santiago, pero ya las aguas inundaban las calles. A la 1,30 volvió la campana de la iglesia a llamar a rogativas. Acudieron los sacerdotes y muchos fieles. Tomó el Santísimo Sacramento el Cura Párroco de Santiago y cantando el "Pange Lingua" salió la procesión a la calle. En la calle Correo, hasta donde llegaban las aguas, arrodillóse el Preste y por tres veces introdujo el copón en ellas. Volvieron a Santiago impresionados y llorosos. Se entonó el "Miserere" y las letanías mayores. Al terminarlas el agua entraba furiosamente por las puertas de la iglesia. "¡Ya se acaba Bilbao! ¡Se la va a tragar el agua!", exclamaban las gentes.

El Cabildo, que quiso marchar de la iglesia, lo tuvo que hacer en las mulas de un arriero. En vista de que las aguas seguían subiendo, se decidió ir a Begoña.

Estaban entonando las Vísperas y terminadas el Párroco accedió a que se sacase la Virgen en procesión. No existían andas para llevarla y acomodaron a la Virgen lo mejor que pudieron sobre una mesa que dió para ello el vecino de Begoña José Javier de Barraincúa. Con un palio protegían la imagen de la lluvia y era tal la fuerza del ventarrón que en algunos lugares no bastaban tres personas para sostener cada vara del palio.

Eran casi las cuatro de la tarde. El prior Epalza, que presidía la Procesión, repetía a los asistentes: ¡Adelante, señores! ¡Tengamos fe! A los pocos minutos empezó a llover y granizar con más furia.

Pero al acercarse la Virgen empezaron a bajar las aguas, la gente veía cómo iban quedando en ventanas y en recovecos los despojos de pajas, ramas de árboles y otras escorias. Los primeros en advertirlo daban voces que se extendían a lo largo de la procesión levantando el ánimo de todos.

Los begoñeses quisieron entonces volver la imagen al Santuario, alegando que nunca había salido de la jurisdicción de Begoña, pero a ruego de los bilbaínos accedieron a que fuera llevada al convento de la Cruz. Las religiosas del convento comenzaron cantar acompañadas del órgano, cuando de repente estalló un grito incontenible: ¡Milagro! ¡ M i l a g r o ! El agua sigue bajando rápidamente a pesar de que continúa lloviendo. Y fué tan patente el milagro que a las once de la noche el agua bajaba por completo a pesar de la pleamar que aquel día coincidía con aquella hora.

Las calles, sin embargo, quedaban intransitables por el lodo y la inmundicia y con todos los despojos de géneros y cosas que el vaivén de las aguas había sacado de las lonjas. En el Arenal y en la Plaza había varios navíos arrojados por el agua y que hubieran entrado por las calles a no haber sido detenidos por los árboles de la Plaza.

Para Bilbao entero en esta ocasión se vió la milagrosa intervención de la Virgen. En la iglesia de la Cruz el pueblo se apretujaba para rezar ante la imagen. Durante cuatro días aquello parecía un jubileo, y sobre todo el fervor era intenso en la Novena de acción de gracias organizada por el Ayuntamiento y en el "Te Deum" solemne que se entonó después del sermón.









¡LA MADRE DE TODOS!

A. E. de Mañaraicúa

Así es la Madre de Dios de Begoña.

Así —despojada de lienzos que la piedad posterior le vistiera— la vieron nuestros padres el año 1300 cuando Bilbao nacía a ser su villa.

Puebla pequeña de pescadores y marineros, iniciaba su vida entre turbulencias, presta a saltar al mar desde su refugio del Nervión. Y en aquellos días inciertos en que los bandos desangraban Vizcaya, en que Bilbao se debatía desesperadamente para no morir en las peleas crueles de los Leguizamón y Martiartu, Arbolancha y Zurbarán, desde la altura de Artagan, serena y dulce, rompiendo la rigidez románica pero sin llegar a patetismos barrocos, ANDRA MARI de Begoña hablaba a sus hijos de paz. Era la Madre de todos, del pescador humilde y del noble orgulloso, del menestril ignorado y del mercader opulento, del criminal y de su víctima.., de todos.

Y creció Bilbao y se serenó Vizcaya y el nombre de su Virgen cruzó los mares del mundo llevado en sus navíos... Y la Virgen que presidió su angustia, bendijo su prosperidad, serena y tranquila, con paz de siglos.

Y vinieron revueltas y guerras fratricidas y venganzas y odios. Y la Virgen hablaba de paz y de amor. Era la Madre.

Cuando después de recorrer Vizcaya sembrando amor y reconciliación, se detenía nuestra ANDRA MARI a las puertas de su basílica, en el momento de comenzar su ascensión a Santa Marina para acompañar en su dolor a sus hijos enfermos, del seno de la multitud emocionada, brotó un grito pleno de amor y de dolor que me llegó al alma:

¡Viva la Madre de todos!

PORTADA Y DEDICATORIA

Nuestro fotógrafo, José Luis Elguézabal ha sorprendido al Sr. Obispo en uno de sus más expresivos saludos en aquel memorable 8 de Septiembre, cuando hizo su primera entrada. No dudamos en afirmar que es una de las mejores fotografías de aquel día. El SR. OBISPO exterioriza realmente los más profundos sentimientos de su alma para con nosotros: confianza, aliento, simpatía, en una palabra caridad y amor de un bondadoso padre y un inteligente guía.

¡EXCELENTISIMO SEÑOR! Ante V. E. nos presentamos con rendida sumisión, como súbditos que desean adivinar el deseo de su jefe: con la compenetración que existe entre la mano del artista y el cincel que le sirve; con la prontitud de ánimo de un batallón de combate que confía en su capitán.

CONGREGACION MARIANA Y JERARQUIA: son dos conceptos unidos en la compenetración más profunda. Incondicional sumisión AL OBISPO es nuestro santo orgullo. Con el nombre de MARIA en los labios; con CRISTO en el corazón, en el ideal y en la inteligencia, fijamos nuestra mirada en V. E. para sorprender las consignas que nos lleven a realizar nuestra ambición de ser santos y apóstoles, para llegar a la conquista de aquella JERUSALEN que VOS describisteis con tanta unción y sabiduría en vuestro primer saludo a nuestro pueblo.



Universidad de Deusto
Biblioteca

CATECISMO DEL BUEN ESCOLAR

1.° Es estudioso.
2.° Es veraz.
3.° Es servicial.
4.° Ama a su prójimo como a sí mismo.
5.° Es cortés.
6.° Es obediente.
7.° Es leal.
8.° Es buen compañero.
9.° Es puro en pensamiento, palabras y obras.
10.° Es apóstol entre sus compañeros.
11.° Es alegre.
12.° Ama a la naturaleza.
13.° Ama a su Patria, sin despreciar a las demás.
14.° Es justo.
15.° Es bueno.
16.° Es caritativo.
17.° Es sencillo.
18.° Es manso y humilde de corazón.
19.° Vive sus creencias.
20.° Ama a Dios sobre todas las cosas.

REVISION DE VACACIONES

—Santi, debes cambiar tu traje. El que llevas está deshilachado. Se ve que has andado de vacaciones...

—Peru, tus zapatos están gastados; habrá que hacerlos remendar. ¡Has caminado kilómetros con ellos durante las vacaciones!...

—Señor Mecánico: le dejo mi coche por algunos días en el garage; necesita una buena revisión. Usted comprende: después de vacaciones...

Todo esto parece lógico y natural. ¿Por qué, entonces, no hacerlo también en tu manera de vivir...?

¿Nada que limpiar? ¿Ninguna rotura que reparar...? ¿Ninguna rueda que cambiar...? ¿Ningún neumático que inflar otra vez...?

Durante las vacaciones de verano ha habido pequeños —y tal vez grandes— desperfectos: revisar, con el pensamiento, las circunstancias en que te has encontrado, las personas con que has tratado... Tus pensamientos habituales, tus lecturas, tus diversiones, tus palabras, tus actos... Tus relaciones con Dios, con los miembros de tu familia, con los muchachos, con las chicas... Tu tendencia dominante: egoísmo o servicialidad, flojedad o virilidad, sensualidad o dominio de ti mismo, vanidad o sencillez...

¿Se ha pensado de ti: "Este es un muchacho estupendo..." O bien: "Este tipo no vale más que los otros..."?

¿Se ha pensado de ti: "Este es un joven de principios sólidos"... O bien: "Es tan mal hablado como sus amigos..."?

¿Has pasado las vacaciones haciendo el bien, o haciendo el mal...?

Para la mayor parte de los lectores (¡ojalá!) el Retiro al principio del año escolar será la ocasión para una revisión leal y severa.

Hay muchas "mariposas" que encuentran esto inútil y pasan adelante con ligereza.

Hay otros "enmohecidos" que ni siquiera son capaces de discernir entre el bien que no hacen y el mal que hacen en abundancia...

Hay otros, por fortuna, que saben aceptar sus responsabilidades bajo la mirada de Dios, reconocer sus errores, reparar sus desgastes y emprender de nuevo la marcha hacia adelante, alegremente, pero con más prudencia.

¿En qué categoría debes clasificarte...?

¡DOMUND!!!



Es una palabra popular. ¿Quién no sabe que quiere decir Domingo Mundial de las Misiones? Su contenido también es conocido para vosotros, queridos Congregantes. Ya sabéis que es una invitación solemne para que repitamos una y otra vez esos Padrenuestros y jaculatorias que ordeno la providencial Obra de la Propagación de la Fe, para que nos comprometamos, dando nuestro nombre a la Obra, a esa práctica constante del ofrecimiento diario de los sacrificios de nuestra vida, que mantendrán así siempre ardiente la caridad de los Heraldos del Evangelio y de la Cruz.

Recemos durante todo este mes para que sigan resonando en la tierra aquellos encendidos propósitos que escribía el P. Ponsol, misionero Jesuita, antiguo Congregante, y que recibió muchas veces la ayuda económica de nuestra Congregación:

«Pide para mí a Dios Nuestro Señor que me envíen los Superiores a una Misión dura donde tenga que sufrir por Jesús hambre y sed; molestias corporales y aislamientos de los consuelos humanos, hasta que por fin tenga la dicha de dar la vida por El.»

En efecto, este heroico Congregante misionero cayó en los campos de China con el corazón atravesado por el puñal comunista.

Que esos 250.000 apóstoles católicos que sudan y luchan en los campos de las Misiones se sientan envueltos y confortados por una atmósfera mística de invocación fraterna, que los sostenga tanto en el rudo aprendizaje de las lenguas indígenas como en el esfuerzo gigantesco del sostenimiento de las obras. ¡Tienen tanto que reconstruir! En 60 millones de dólares evaluaba la Congregación de Propaganda Fide el coste de las obras destruídas por la guerra en el Extremo Oriente.

Por eso a nuestra oración es necesario que acompañe el socorro de nuestra limosna. No es necesario ser muy pudiente para contribuir. Los ejemplos de mayor generosidad los han escrito los niños y los humildes. Su Santidad Pío XII concedía no ha mucho la «medalla del mérito» a una modesta viejecita de Dublín, Rosana Byrne. Durante 40 años esta humilde irlandesa, después de oír la Santa Misa, ha dedicado dos horas a recorrer calles y casas en busca de peniques para las Misiones. La suma alcanzada por este trabajo ha sido de 150.000 dólares.

Los niños forman en la vanguardia de esta contribución misionera, que está salpicada de rasgos minúsculos pero maravillosamente heroicos.

Al pasar por delante de una confitería se le iban los ojos a un muchacho tras los caramelos; la madre recogió la súplica de aquellos ojillos y le entregó unas pesetas. Cuando el niño puso su manita en el mostrador tropezó con la hucha expuesta que dice: «DOMUND. Para salvar las almas de los chinitos, una limosna por Dios». Un momento de angustia y por fin las pesetas van a caer de su manita a la rendija de la hucha, mientras dice: «Ya no quiero caramelos».

Mayores que éstas son las entregas de nuevas vidas que recogerán la antorcha de la fe cuando los actuales soldados de vanguardia caigan en las avanzadas. Orad para que se pueblen esos noviciados y seminarios de Misiones.

Contra todas las tentaciones de indolencia viene esta jornada a armarnos con un fecundo espíritu de fe y de esperanza en el día en que será un hecho el anhelo litúrgico: «Laudate Dominum omnes gentes». «Alabad al Señor todos los pueblos».



Un congregante misionero en el Japón

¡Japón! Imperio del sol mañanero de Oriente,
Un sol más divino nacer quiere en ti...
Clarea la aurora... un lucero se deja caer de Occidente,
Lucero del alba prendido en la frente,
Del nuevo Profeta que trae por mensaje
Las tablas legales de su Sinaí.
Ya llega el cruzado, ya toca la virgen orilla
Plantándose él propio cual cruz viva y santa de amores, de abrazos...
¡Japón! Peregrino de Cristo hoy llamo a tus puertas ardiendo...
Al fuego divino que vengo a prender.
Tus blancas neveras se irán derritiendo
Y entonces tus campos verás floreciendo
Con flores de vida que en nombre de Cristo sembrara Javier.

Uno de estos cruzados, antiguo Congregante y fruto logrado de esta Congregación de Kostkas nos acaba de visitar en estas vacaciones. El R. P. Pedro Arrupe ha aparecido por nuestra ciudad dejando en pos de sí fulgores apostólicos de estrella. Su voz de apóstol se ha estremecido en nuestro salón con ritmo de Padre para con aquellos millones de japoneses a quienes quisiera convertir.

Fué de un interés emocionante la descripción de la hecatombre de Hiroshima que ilustró con documentales en tecnicolor. La inteligente cura de aquellas quemaduras extensísimas de las víctimas ha servido para atraer a muchos a la Iglesia Católica. En rápida descripción nos hizo comprender los problemas fundamentales de ese Imperio de islas que evoca como una imagen de invertebrado gigantesco dormido sobre la cresta de las olas y pronto a despertar entre terribles convulsiones.

Fantásticas las imágenes de esas capitales japonesas de millones de habitantes; de cientos de puentes sobre los ríos y de amplísimas universidades. Al lado de todo este hormiguero moderno las imágenes clásicas de la calle silenciosa con la silueta de los pórticos, con las farolas, los "tori" y el misterio del palacio imperial con sus techumbres de pagoda.

...

El Japón se halla en una encrucijada. En el pasado aprendió de China la moral de Confucio. El Sintoísmo le enseñó a reverenciar al Emperador como una encarnación divina del espíritu nacional. Ese mito y esa moral se han venido abajo después del cataclismo de la derrota. El Catolicismo es el único que puede darle a ese pueblo valeroso la solución del más allá.

En tiempos pasados la fe cristiana vino a exaltar hasta los sacrificios más heroicos los valores del carácter japonés. Con guirnaldas y el rosario entre las manos se ofrecieron aquellos convertidos de Javier a los mayores tormentos por confesar a Cristo. Se les dislocaron los brazos; se les colocaron sobre las palmas carbones encendidos o se les introdujeron en las uñas astillas de madera para que luego fueran combustible del fuego. Todo inútil. Este suplicio hizo exclamar a una jovencita de 17 años: "¡Jesús mío! ¡con qué rubíes tan hermosos has adornado mis manos!"

Ante estos ejemplos de la historia y el sonrosado porvenir de la Iglesia japonesa el P. Arrupe nos excita a que le ayudemos a llevar a Cristo esas almas inteligentes y esforzadas.

J. J. G., C. M.



¡ATENCION!

¡Ningún Congregante sin insignia!

¡Todo Congregante mayor con carnet!

Es como una consigna para el curso que va a comenzar. Ahí tenéis en una foto a Andoni Isusi dispuesto a prender en la solapa de Arrieta la insignia de la Congregación. Andoni está encargado de procurar a todos los Congregantes lo mismo insignias que medallas, mientras que Juan Domingo Toledo, nuestro Secretario, está siempre dispuesto a facilitar a los mayores el carnet. Todo esto tiene más importancia de lo que a primera vista puede parecer.

El uso de la insignia y de la medalla, implica en primer lugar una definición de nosotros mismos: de nuestras ideas, de nuestra moral y de nuestros más íntimos sentimientos. Católicos cien por cien, vanguardia de la juventud cristiana, lo proclamamos a todos los vientos con el anagrama Mariano en nuestros pechos.

Esto nos recuerda continuamente el lema del Congregante: «A Jesús por María», estampado sobre el azul y blanco de nuestra bandera. Llevarlo sobre el pecho es un grito de triunfo, una confesión de Marianismo, de la «acendrada devoción, reverencia y amor filial a la bienaventurada Virgen María» (Regla 1.ª). Como una respuesta contundente a las campañas de otros proselitismos y del de los «hinchas» de los equipos de fútbol, ponemos en nuestro pecho este escudo invulnerable.

Cuando los enemigos de Dios odian a las Congregaciones Marianas y se esfuerzan por desprestigiarlas porque trabajan por la santificación de las almas y en defensa de la Iglesia de Cristo, nosotros con este testimonio externo, que grita nuestra condición de Congregantes, testimoniamos que la Iglesia sabe nuestros compromisos y cuenta con nosotros.

Con esto pisoteamos el respeto humano. Nos obligamos a un proceder no sólo correcto, sino edificante y heroicamente puro. Antes que manchar la insignia, arranquémosla; pero antes que arrancárnosla, morir. Proclamamos la unidad católica de nuestras Congregaciones; por medio de la insignia nos podemos reconocer y, consiguientemente, amar y ayudar.

El carnet sirve para dar testimonio de nosotros ante los superiores eclesiásticos. En él además de una síntesis de nuestras obligaciones primordiales se irá recogiendo el testimonio de nuestro empeño en su cumplimiento por medio de la hoja de servicio.

Por eso la buena lógica impone que «¡Ni un solo Congregante sin insignia! ¡Todo Congregante con carnet!»



Juan Domingo Toledo nuestro Secretario, prepara los nuevos carnets.

NUEVOS CONGREGANTES QUE SUBEN AL ALTAR

Universidad de Deusto
Biblioteca

Nuestro reportaje gráfico reproduce varias escenas de la ordenación y primera Misa de nuestros antiguos Congregantes, hoy fervorosos sacerdotes Jesuítas, R. P. Jesús Gil y R. P. Pedro Miguel. La solemne ceremonia tuvo lugar el día de San Ignacio en el Colegio Máximo de Oña (Burgos). A ellos dedicamos estas páginas de admiración y al mismo tiempo de aliento para los que siguen sus pisadas.

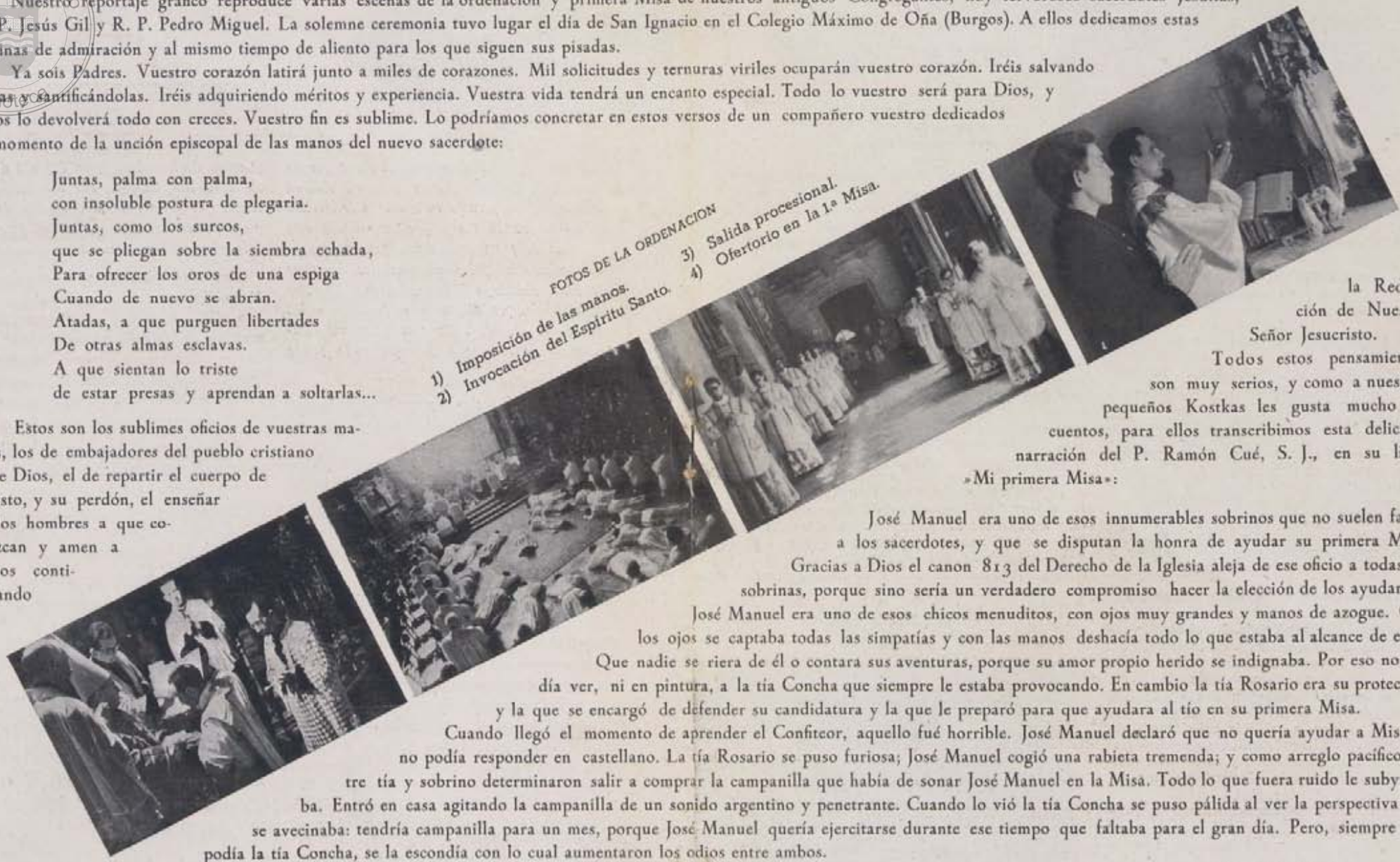
Ya sois Padres. Vuestro corazón latirá junto a miles de corazones. Mil solicitudes y ternuras viriles ocuparán vuestro corazón. Iréis salvando almas y santificándolas. Iréis adquiriendo méritos y experiencia. Vuestra vida tendrá un encanto especial. Todo lo vuestro será para Dios, y El os lo devolverá todo con creces. Vuestro fin es sublime. Lo podríamos concretar en estos versos de un compañero vuestro dedicados al momento de la unción episcopal de las manos del nuevo sacerdote:

Juntas, palma con palma,
con insoluble postura de plegaria.
Juntas, como los surcos,
que se pliegan sobre la siembra echada,
Para ofrecer los oros de una espiga
Cuando de nuevo se abran.
Atadas, a que purguen libertades
De otras almas esclavas.
A que sientan lo triste
de estar presas y aprendan a soltarlas...

Estos son los sublimes oficios de vuestras manos, los de embajadores del pueblo cristiano ante Dios, el de repartir el cuerpo de Cristo, y su perdón, el enseñar a los hombres a que conozcan y amen a Dios continuando la Redención de Nuestro Señor Jesucristo.

FOTOS DE LA ORDENACION

1) Imposición de las manos.
2) Invocación del Espíritu Santo.
3) Salida procesional.
4) Ofertorio en la 1ª Misa.



Todos estos pensamientos son muy serios, y como a nuestros pequeños Kostkas les gusta mucho los cuentos, para ellos transcribimos esta deliciosa narración del P. Ramón Cué, S. J., en su libro »Mi primera Misa«:

José Manuel era uno de esos innumerables sobrinos que no suelen faltar a los sacerdotes, y que se disputan la honra de ayudar su primera Misa. Gracias a Dios el canon 813 del Derecho de la Iglesia aleja de ese oficio a todas las sobrinas, porque sino sería un verdadero compromiso hacer la elección de los ayudantes. José Manuel era uno de esos chicos menuditos, con ojos muy grandes y manos de azogue. Con los ojos se captaba todas las simpatías y con las manos deshacía todo lo que estaba al alcance de ellas. Que nadie se riera de él o contara sus aventuras, porque su amor propio herido se indignaba. Por eso no podía ver, ni en pintura, a la tía Concha que siempre le estaba provocando. En cambio la tía Rosario era su protectora y la que se encargó de defender su candidatura y la que le preparó para que ayudara al tío en su primera Misa.

Cuando llegó el momento de aprender el Confiteor, aquello fué horrible. José Manuel declaró que no quería ayudar a Misa, si no podía responder en castellano. La tía Rosario se puso furiosa; José Manuel cogió una rabieta tremenda; y como arreglo pacífico entre tía y sobrino determinaron salir a comprar la campanilla que había de sonar José Manuel en la Misa. Todo lo que fuera ruido le subyugaba. Entró en casa agitando la campanilla de un sonido argentino y penetrante. Cuando lo vió la tía Concha se puso pálida al ver la perspectiva que se avecinaba: tendría campanilla para un mes, porque José Manuel quería ejercitarse durante ese tiempo que faltaba para el gran día. Pero, siempre que podía la tía Concha, se la escondía con lo cual aumentaron los odios entre ambos.

(Pasa a la pág. 11)



Universidad de Deusto
Biblioteca

(En Guetaria.
Al fondo la silueta de «El Ratón»)

Excursiones veraniegas

Las vacaciones son descanso y se descansa no en la ociosidad absoluta, sino en un cambio de ocupaciones. Durante el curso nos ocupa la conquista de los libros. En vacaciones nos entregamos a la conquista de las cumbres. Descubrir los secretos de las ciencias es el trabajo de las clases; descubrir nuevos horizontes, los recodos de las playas, los paisajes encantadores, se logra con el esfuerzo de las excursiones.

En las excursiones se ejercitan un cúmulo de virtudes, de compañerismo, de constancia, de puntualidad y de simpatía mutua. La Congregación ha organizado un gran número de excursiones en este verano. De nuestro archivo destacamos esas dos fotos que acompañan esta página. Dos instantáneas de Anduiza en una de las tres excursiones a Guetaria, con que hemos cerrado nuestra tandas de Ejercicios. La playa de Zarauz, "El Ratón" de Guetaria, los bosques del Castillo de Butrón y brisa rumorosa de la playa de Plencia han sido objetivos de más de diez excursiones. Plencia ha sido la palabra mágica que ha movilizado a un buen grupo en varias semanas.

La excursión más rica en impresiones fué sin duda la de Durango el día de San Ignacio. Un día lleno. No faltó nada. Ni el aspecto religioso con la Misa solemne en la Iglesia del Colegio y el fervoroso Rosario en el santuario de San Antonio de Urquiola. En el aspecto deportivo el sabroso baño en el río y la formidable ascensión bordeando el Amboto. Y por fin para terminar la tarde la emocionante película "Misión Blanca", que nos proyectó con su característica amabilidad y cariño el Director de la Congregación Mariana de Durango, nuestro querido P. Arratibel.

Para que nada faltara hubo hasta las emociones de los despistados, que tienen que coger el tren por los topes, y el jolgorio en el vagón del tren con el fracaso de Félix al querer convencer al interventor de que con cuarenta billetes podíamos ir cuarenta y uno. Pero las razones no le convencieron al de la gorra de plato y hubo que apoquinar el doble.

Pero sobreponiéndose a todo, a los montes a los valles, a los riachuelos, a la salida del sol y a las estrellas del cielo, el recuerdo del Creador, y el sentirnos hijos suyos humildes, de corazón y de ojos puros y predilectos siervos de Santa María.

En todo el Universo descubrir huellas que nos conducen a Dios. Por todas partes plan y medida, y al mismo tiempo la mayor variedad. Cada flor, cada hoja, cada pétalo son otras tantas obras maestras, que ni siquiera se asemejan. Cada flor, cada árbol, cada animal y cada hombre... es un pensamiento del Dios Creador, plasmado en vida.

¡Dulce Padre Celestial! Que haces rodar los millones de ingentes astros. Que has contado los cabellos de nuestra cabeza. ¡Tuya sea la gloria! ¡Tuyo nuestro corazón agradecido por las bondades que nos has dispensado en estas vacaciones! ¡Tuya siempre nuestra alma limpia de pecado y revestida de la nívea blancura de la gracia!





Primeras Misas.

(Viene de la pág. 9)

Llegó el día de la primera Misa. La tía Rosario y unas cuantas señoras trajeron a José Manuel, como un trofeo. Llevaba una sotana de raso azul celeste, esclavina con ribetes de piel de armiño; un roquete de encajes y unos zapatos blancos de raso con hebillas doradas. A la tía Rosario invadía el temor de que aquellas manitas de José Manuel se cansaran de ser formales y estropearan en un instante aquella obra de arte de pliegues y alfileres.

Comenzó la Misa. De aquel montoncito de raso salía un murmullo delicioso de un latín simpatiquísimo, que hubiera hecho sonreír al mismo Cicerón.

Llegó el Sanctus, y la campanilla nerviosa y juguetona se agitó por el aire en un triple repique que debió sonar en los cielos. Claro está; antes de la elevación ya se sentían pequeños ruidos producidos por la impaciencia del impaciente acólito. Pero ¡qué bien sonaba aquella campanilla! Tocada por un ángel en aquella primera Misa. Parecía un repique no de un campanilla de plata, sino del mismo corazón saltarín de José Manuel, claro como su inocencia e ingenuo como su alma.

Al Agnus Dei, al invocar por tres veces al Cordero de Dios hecho pan blanco, respondió la ingenua campanilla con un triple tintineo, como un zagal travieso que juega en las esquillas alegres de su rebaño blanco de corderos. Hasta después de la comunión sucedió todo bien. Pero ¡oh inestabilidad de las cosas humanas, que ni la dicha de los ángeles de la tierra llega a ser completa! Nadie presentía la tragedia: José Manuel daba por terminado triunfalmente su ministerio. ¡Incauto! Aquí tuvo precisamente el principio de su mal.

Al llegar el momento de purificar el cáliz subía José Manuel las gradas del altar con las vinajeras en sus manos. Nadie sabe explicarlo: unos dicen que se pisó la sotana por ser algo larga, esto lo niega rotundamente la tía Rosario; los más que sus manos de azogue enredaron con las vinajeras. La cosa es que se oyó un ruido de cristales rotos, una exclamación incontenible de la tía Rosario y un sollozo de José Manuel mientras acudía gente al altar para solucionar la tragedia.

De pie, las dos manos en la cara, limpiándose los ojos y deshaciéndose el peinado, con un reguero de vino y agua por la flamante sotana y los pedazos de cristal a los pies estaba José Manuel, como una estatua de la desolación infantil. Estaba inconsolable. La tía Rosario lo tuvo que sacar en brazos de la iglesia y la gente le miraba bondadosa y sonriente, mientras una estela de sollozos se iba alejando.

Después de la Misa no se había calmado José Manuel. A duras penas logró su tío apartar aquellas dos manos que parecían pegadas a su cara. Después de haber guardado silencio a otras preguntas se le dijo esto:

—No seas tonto, José Manuel, si tú no hiciste nada; tú no rompiste las vinajeras. (Mirada de sorpresa).

—Claro que no. ¿Sabes quién fué? Pues la tía Concha que no te puede ver y llena de envidia te empujó.

Santo remedio. José Manuel se quitó una mano de la cara y después la otra y dijo muy serio:

—Fué la tía Concha, ¿verdad?

—Pues claro tonto, fué ella.

Y mientras se limpiaba los ojos decía:

—Tío, mañana te volveré a ayudar a Misa.

Y luego acercando su boquita al oído del tío, murmuró muy bajito este secreto íntimo:

—Yo quiero ser cura como tú.

PREOCUPACION PATERNA

Cierto escritor de un periódico metropolitano, con gran urgencia telefoneaba a un médico, que su niño se había tragado la pluma fuente.

—Voy en seguida —contesta el médico—. Mientras tanto, ¿qué hace usted?

—Yo —dice el escritor— estoy escribiendo con lápiz.



La tertulia de "PITORRO"

PENSAMIENTOS PROFUNDOS

Los más bravos en la lucha son los mancos: pelean siempre a brazo partido.

Los sembrados son un gran tablero de ajedrez. Las únicas fichas que trabajan, son los caballos y los peones.

En la orquesta. El violinista toma nervioso el pulso. De vez en cuando los platillos estornudan estrepitosamente; y los timbales se enfurruñan; mientras la trompa, allá a lo lejos, no hace más que bostezar.

Todos los siglos tienen su cruz. El nuestro tiene dos; y son de San Andrés: siglo XX.

¿Por qué el firmamento todavía no se ha hecho añicos, al estrellarse todas las noches?

SE COMIERON A SU TIO

Los Rabateli, respetable familia romana, tenían un pariente que había emigrado a los Estados Unidos. Durante bastante tiempo no supieron nada de él, pero en cuanto el emigrado hizo fortuna, se acordó de los suyos y estableció contacto con ellos. "¿Qué queréis que os mande?", preguntaba en una de sus primeras cartas. Y como por entonces —y aún sigue— la vida estaba muy cara y lo principal era no pagar en el mercado negro los "spaguetti" y la carne, le dijeron que podía remitirles alimentos. "Está bien —respondió el tío— os mandaré latas de conserva". Y con regularidad ejemplar les remitía cada semana una docena de latas de "cornedbeef", maizena, leche condensada, leche en polvo, harina, etc.

Pero un día, entre el envío habitual, llegó una lata precintada y sin ninguna indicación de lo que contenía.

—¿Qué será esto, mamá? —preguntó uno de los chicos.

—Parece harina —respondió la madre.

—Claro que es harina —dijo el padre, que probó un poquito de aquel polvo blanquecino.

—Haremos unas croquetas.

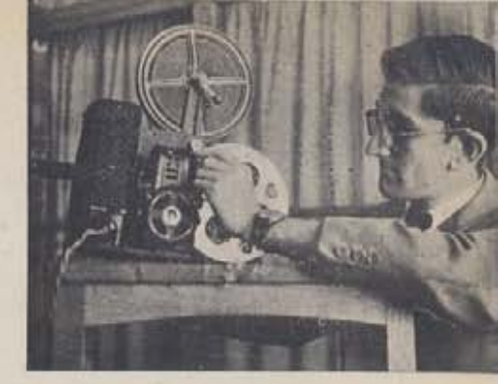
Las hicieron y se las comieron. Luego emplearon el producto en rebozar unas rajas de merluza y, en fin, lo emplearon en diversos alimentos hasta consumirlo todo. Precisamente el día que terminaban la lata recibieron una carta de América.

Cuando el padre la leyó estuvo a punto de morir. Con mucho secreto se lo dijo a su esposa, y aunque trataron de ocultarlo, no se sabe cómo los chicos se enteraron; luego lo supieron los vecinos y finalmente todo el barrio se enteró de lo sucedido. En una palabra, los Rabateli se habían comido al tío de América; mejor dicho a sus cenizas, porque el hombre, al morir, había dispuesto que su cuerpo fuera incinerado y las cenizas enviadas a Roma, donde serían sepultadas en el panteón familiar.

La fatalidad hizo que la carta en que se indicaba lo sucedido, sufriera un retraso por avería en el avión en que se envió.

Lea atentamente en la página siguiente el artículo «Las estrellas de mi vida»

Este artículo ha sido escrito por uno de los artistas más notables que haya producido el Cine y la Radio de los Estados Unidos, BING CROSBY; fué alumno de los jesuítas en la Facultad de Derecho de la Universidad de Spokane. Católico íntegro y fervoroso Congregante Mariano, nos manifiesta abiertamente qué es lo que piensa de la vida religiosa y sacerdotal.



MODESTO MARIN,
Prefecto de Espectáculos de la Congregación prepara esta máquina Kodak para entregársela al que tenga la suerte de llevársela después de haber demostrado su amor a las Catequesis.

LAS ESTRELLAS DE MI VIDA

Es siempre agradable para un actor de cine, hacer el papel de soldado aventurero o embrollón de gran categoría. Además de la acción considerada en sí misma, es un placer que nace del pensamiento de procurar a los demás un poco de alegría, un momento de descanso a las cotidianas ocupaciones de la vida. Y si se nos paga, esto no quita nada a nuestro gozo.

Pero cuando nuestra jornada termina y, finalmente, volvemos a casa, nos encontramos tan hombres como los demás. Terminadas todas las aventuras, nos queda la de tropezar con los patines de nuestros hijos, sentir el olor a pan tostado que se quema y responder a los que quieren tener noticias nuestras.

* * *

Pero hay en el mundo otras personas que viven siempre una vida de aventuras y, sea de día como de noche, representan siempre el mismo papel. Lo más curioso, sin embargo, es que no parecen ni aun acordarse de que son héroes, y ¡qué héroes! Son el Revdo. P. O'Malley, Sor Benedicta y otros tantos religiosos a los que Hollywood ni piensa dar un nombre.

Individuos que viven una vida que es todo un drama real, y días tras día se dedican a plasmar los caracteres de nuestros jóvenes, que perpetuarán la existencia de nuestro pueblo, basada en la fe en Dios. El "nosotros confiamos en Dios" que está grabado en nuestras monedas americanas.

* * *

La historia la hacen sólo los sacerdotes y las monjas. Nosotros no pensamos más que en nuestro oficio y en ganar dinero, y, sin embargo, después de algunos años nosotros desaparecemos y el dinero se acaba. Ellos, en cambio, construyen un reino de valores espirituales, con obras que influirán sobre generaciones y generaciones.

También nosotros, es verdad, tenemos nuestra partecita en el gran film de la vida, que debemos ejecutar conformándonos al querer del Supremo Director. La de la mayor parte de los hombres se asemeja un poco a la mía; una casa con una mujer y chicos que es necesario atender. Pero hay otros que podrán, también ellos, llegar a ser "divos" si responden a la invitación del Gran Director, que va en busca siempre de nuevos actores. Lo importante es avalorar nuestra capacidad para cumplir el papel señalado.

En este punto he de decir que verdaderamente envidio al joven que, como el Reverendo Padre O'Malley, ha sido llamado para darle toda la vida, y a la joven que, como Sor Benedicta, tendrá para siempre un papel de "estrella". En el film de mi vida sus nombres están escritos con letras mayúsculas y con caracteres indelebles.

Para recordar a los directores y productores la propia capacidad y ambiciones, los artistas de Hollywood se sirven de elegantísimos agentes. Pero hay otro modo de llegar a los principales papeles en aquel verdadero drama de la vida a que me he referido antes. Con cualquier recurso podéis obtener, en cuanto está de vuestra parte, el papel que ambicionáis.

En la vida real no es necesario ser un individuo extraordinario, para llegar a ser un Rvdo. P. O'Malley (he dicho en la vida real) y sólo las jóvenes modestas pueden llegar a ser Sor Benedicta.

* * *

Hoy el mundo tiene necesidad de un gran número de religiosos y religiosas: por el bien que pueden hacer y por el ejemplo que pueden dar de aquel espíritu que nosotros llamamos cristiano. Cuando, pasados los años, consideremos nuestro tiempo, el recuerdo de aquellos será más gloriosos que el de quizás cuántos Generales.

Bing Crosby, C. M.

MEDICINAS PARA LAS MISIONES

Universidad de Deusto
Biblioteca

Un grupo selecto de los Congregantes más sacrificados ha continuado en estas vacaciones la antigua tradición de recoger específicos para las Misiones. Nuestro querido P. Gaviña, alma cálida para promover entre nosotros los ideales misioneros, ha sorprendido con su «Kodak» tres momentos interesantes de esta campaña veraniega.

En la primera foto aparecen unos cuantos valientes cargados con las ya desvencijadas maletas, que llegan a la «Congre» abarrotadas de medicinas. Durante tres semanas los vecinos de enfrente podían contemplar la llegada continua de estos colectores fatigados con su preciosa carga.

En la segunda foto aparecen los jefazos de la organización, Olaizola, Cabrera y Compañía, faltando solamente el Prefecto, Fernández Guerra, en la plena euforia de contar concienzudamente las aportaciones de cada uno y de preparar los estantes para las nuevas remesas.

Y por fin se ha recogido en una instantánea el grupo de los vencedores, ante los cuales se extienden los bonitos cuadros de la Inmaculada, las copas de plata, los trofeos y los paquetes de caramelos con que fueron obsequiados en la solemne proclamación de los nombres de los campeones, entre los que quedaron en cabeza Achurra y Aránsolo, con la interesante cifra de 3.000 específicos recogidos.

Cuando este número entra en prensa están para llegar los Padres misioneros de la India y de China que se van a llevar a las Misiones Jesuíticas respectivos este magnífico regalo de los médicos bilbaínos.

Todavía flotan en el ambiente las interesantes anécdotas que nos contó el H. Santiago Otaegui en la conferencia que nos dedicó especialmente en estas vacaciones. Gracias a esta ayuda él pudo curar a miles de enfermos y preparar un ambiente favorable a la evangelización de los paganos.

Agradecemos desde estas páginas a todos los médicos donantes y a todos los abnegados colectores su preciosa ayuda.





